Karlheinz Deschner

HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO

los 10 tomos

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO

Volumen 1

Los orígenes, desde el paleocristianismo hasta el final de la era constantiniana

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

VOLUMEN I

Los orígenes,
desde el paleocristianismo hasta el final
de la era constantiniana

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de J. A. Bravo

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums*

© 1986, Rowohit Verlag Gmbtt, Reinbek bei Hamburg
© 1990, Ediciones Martínez Roca, S. A. Gran Vía, 774, 7.°, 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1458-9
Depósito legal B. 36.114-1990
Impreso por Libergraf, Constitució, 19, 08014, Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilhelm Adler
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Arnold
Josef Becker Karl Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Birnbacher
Dr. Eleonore Kottje-Birnbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Karl Finke Franz Fischer
Kläre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Häußler
Prof. Dr. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager und Frau Lena
Hans Kalveram
Karl Kaminski und Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde und Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Köble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine und Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Mächler
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jörg Mager
Prof. Dr. H.M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehle
M. Renard
German Rüdel
Dr. K. Rügheimer u. Frau Johanna
Heinz Ruppel und Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig und Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else und Sepp Schmidt
Dr. Werner Schmitz Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael Stahl-Baumeister
Prof. Dr. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut und Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bernd Umlauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wild
Lothar Willius
Dr. Elsbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzlsperger
Dr. Ludwig Zollitsch

Tomo I. Los orígenes, desde el paleocristianismo hasta el final de la era constantiniana

INTRODUCCIÓN GENERAL
SOBRE LA TEMÁTICA, LA METODOLOGÍA, LA CUESTIÓN DE LA OBJETIVIDAD Y LOS PROBLEMAS DE LA HISTORIOGRAFÍA EN GENERAL
5 **Capitulo 1. ANTECEDENTES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO**
54 Israel
54 El asentamiento y el "buen Dios"
58 La pena de muerte y la "guerra santa"
63 Los estragos de David y los traductores modernos de la Biblia
67 Judá, Israel y "el azote del Señor"
72 Clericalismo reaccionario y orígenes de la teocracia
75 Mucho dinero para "el Señor": el óbolo del Templo
79 El belicismo sacro de los Macabeos
85 La guerra judía (66-70)
87 Bar Kochba y la "última guerra de Dios" (131-136)
89 **Capitulo 2. EMPIEZAN DOS MILENIOS DE PERSECUCIONES CONTRA LOS JUDÍOS**
90 La religión judía, tolerada por el Estado pagano
92 Interpretatio Christiana
94 Manifestaciones antijudías en el Nuevo Testamento
97 El antijudaísmo en la Iglesia de los siglos II al IV
101 Efrén, doctor de la Iglesia y antisemita
102 Juan Crisóstomo, doctor de la Iglesia y antisemita
106 Los santos Jerónimo e Hilario de Poitíers, antisemitas
108 Embustes antijudíos de la Iglesia y su influencia sobre el derecho laico
111 **Capitulo 3. PRIMERAS INSIDIAS DE CRISTIANOS CONTRA CRISTIANOS**
112 En los orígenes del cristianismo no existió una "fe verdadera"
114 Primeros "herejes" en el Nuevo Testamento
118 Despreciadores de padres, de hijos, de "falsos mártires" por amor de Dios
120 El Cantar de Ágape y las "bestias negras" del siglo II (Ignacio, Ireneo, Clemente de Alejandría)
124 Las "bestias con cuerpo humano" del siglo III (Tertuliano, Hipólito, Cipriano)
127 El "Dios de la paz" y los "hijos de Satanás" en el siglo IV (Pacomio, Epifanio, Basilio, Eusebio, Juan Crisóstomo, Efrén, Hilario)
133 San Jerónimo y sus "reses para el matadero del infierno"
143 **Capitulo 4. PRIMEROS ATAQUES CONTRA EL PAGANISMO**
145 La temática antipagana en el cristianismo primitivo
149 Compromisos y odio antipagano en el Nuevo Testamento
150 La difamación del cosmos y de la religión y la cultura paganas (Arístides, Atenágoras, Tatiano, Tertuliano, Clemente y otros)
155 Las persecuciones contra los cristianos en el espejo de la historiografía eclesiástica
158 Los emperadores paganos vistos retrospectivamente
162 Celso y Porfirio: los primeros adversarios del cristianismo
167 **Capitulo 5. SAN CONSTANTINO, EL PRIMER EMPERADOR CRISTIANO, "SÍMBOLO DE DIECISIETE SIGLOS DE** HISTORIA ECLESIÁSTICA"
168 Los nobles ancestros y el terror del Rin
171 Guerra contra Majencio
176 Primeros privilegios para el clero cristiano
177 Guerra contra Maximino Daia
181 Guerra contra Licinio
185 El clero católico, cada vez más favorecido
190 Constantino como salvador, libertador y vicario de Dios
194 De la Iglesia pacifista a la Iglesia del páter castrense
207 Vida familiar cristiana y rigorismo de las prácticas penales
214 Constantino contra judíos, "herejes" y paganos

236 **Capitulo 6. PERSIA, ARMENIA Y EL CRISTIANISMO**
228 San Gregorio destruye el paganismo armenio y funda un patriarcado hereditario
239 El primer Estado cristiano del mundo: una guerra tras otra “ en nombre de Cristo”
233 Planes ofensivos de Constantino y las Disertaciones sobre la guerra del padre Atanasio
240 **Capitulo 7. LOS HIJOS CRISTIANOS DE CONSTANTINO Y SUS SUCESORES**
241 La primera dinastía cristiana fundada sobre el exterminio familiar
242 Primeras guerras entre cristianos devotos
245 Constancio y su gobierno de estilo cristiano
249 Un padre de la Iglesia que predica el saqueo y la matanza
251 Primeros asaltos a los templos. Torturas y terrorismo judicial bajo Constancio
255 Hecatombes bajo el piadoso Galo
256 La reacción pagana bajo Juliano
263 Cuentos de la vieja cristianos
267 Joviano, Valentiniano I y Valente
269 Ríos de sangre bajo el católico Valentiniano I
273 Temblor y crujir de dientes bajo el amano Valente
276 **BIBLIOGRAFIA**
285 Fuentes secundarias

INTRODUCCIÓN GENERAL

SOBRE LA TEMÁTICA, LA METODOLOGÍA, LA CUESTIÓN DE LA OBJETIVIDAD Y LOS PROBLEMAS DE LA HISTORIOGRAFÍA EN GENERAL

"El que no escriba la historia universal como historia criminal, se hace cómplice de ella."

K.D.[1]

"Yo *condeno* el cristianismo, yo formulo contra la Iglesia cristiana la más formidable acusación que jamás haya expresado acusador alguno. Ella es para mí la mayor de todas las corrupciones imaginables, [...] ella ha negado todos los valores, ha hecho de toda verdad una mentira, de toda rectitud de ánimo una vileza. [...] Yo digo que el cristianismo es *la gran maldición, la gran corrupción interior, el gran instinto de venganza,* para el que ningún medio es demasiado venenoso, secreto, subterráneo, *bajo; la gran vergüenza eterna* de la humanidad [...]."

FRIEDRICH NIETZSCHE[2]

"Abrasar en nombre del Señor, incendiar en nombre del Señor, asesinar y entregar al diablo, siempre en nombre del Señor."

GEORG CHRISTOPH LICHTENBERG[3]

"Para los historiadores, las guerras vienen a ser algo sagrado; rompen a modo de tormentas saludables o por lo menos inevitables que, cayendo desde la esfera de lo sobrenatural, vienen a intervenir en el decurso lógico y explicado de los acontecimientos mundiales. Odio ese respeto de los historiadores por lo sucedido sólo porque ocurrió, sus falsas reglas deducidas *a posteriori,* su impotencia que los induce a postrarse ante cualquier forma de poder."

ELIAS CANETTI[4]

---

[1] Deschner, Aphorismen 50.
[2] Nietzsche, II1234s.
[3] Lichtenberg, Sudelbücher 423.
[4] Canetti 37s.

6

Para empezar, voy a decir lo que no debe esperar el lector.

Como en todas mis críticas al cristianismo, aquí faltarán muchas de las cosas que también pertenecen a su historia, pero no a la historia criminal del cristianismo que indica el título. Eso que también pertenece a la historia se encuentra en millones de obras que atiborran las bibliotecas, los archivos, las librerías, las academias y los desvanes de las casas parroquiales; el que quiera leer este material puede hacerlo mientras tenga vida, paciencia y fe.

No. A mí no me llama la vocación a discurrir, por ejemplo, sobre la humanidad como "masa combustible" para Cristo (según Dieringer), ni sobre el "poder inflamatorio" del catolicismo (Von Balthasar), a no ser que hablemos de la Inquisición. Tampoco me siento llamado a entonar alabanzas a la vida entrañable que "reinaba en los países católicos [...] hasta épocas bien recientes", ni quiero cantar las "verdades reveladas bajo el signo del júbilo" que, según el católico Rost, figura entre "las esencias del catolicismo".

No seré yo tampoco el cantor del "coral gregoriano", ni de "la cruz de término adornando los paisajes", ni de "la iglesiuca barroca de las aldeas", que tanto encandilaban a Walter Dirks. Ni siento admiración por el calendario eclesiástico, con su "domingo blanco", por más que Napo- león dijese, naturalmente poco antes de morir, que «el día más bello y más feliz de mi vida fue el de mi primera comunión" (con *imprimatur).* ¿O debo decir que el IV Concilio de Toledo (633) prohibió cantar el *Aleluya,* no ya durante la semana de la Pasión, sino durante toda la Cuaresma? ¿Que fue también allí donde se dictaminó que la doxología trinitaria debía decir al final de los Salmos, *Gloria et honor patri* y no sólo *Gloria patri*.[5]

Poco hablaremos de *gloria et honor ecclesiæ* o de la influencia del cristianismo, supuesta o realmente (como alguna vez ocurriría) positiva. No voy a contestar a la pregunta:

¿para qué sirve el cristianismo? Ese título ya existe. Esa religión tiene miles, cientos de miles de panegiristas y defensores; tiene libros en los que (pese a tantas "debilidades", tantos "errores", tantas "flaquezas humanas", ¡ay!, en ese pasado tan venerable y glorioso) aquéllos presumen de la "marcha luminosa de la Iglesia a través de las eras" (Andersen), y de que la Iglesia (en ésta y en otras muchas citas) es "una" y "el cuerpo vivo de Cristo" y "santa", porque "su esencia es la santidad, y su fin la santificación" (el benedictino Von Rudioff); mientras que todos los demás, y los "herejes" los primeros, siempre están metidos hasta el cuello en el error, son inmorales, criminales, están totalmente corrompidos, y se hunden o se van a hundir en la miseria; tiene historiadores "progresistas" y deseosos de que se le reconozcan méritos, repartiendo siempre con ventaja las luces y las sombras, para matizar que ella promovió siempre la marcha general hacia la salvación y el progreso.[6]

7

[5] Dieringer, 103 s. V. Balthasar, Warum 17. Dirks ibíd. 46 s. Rost, Katholische Kirche 272. Cf. 45 y del mismo, Fröhlichkeit 37, 184 s. Orlandis/Ramos-Lisón, 175s.Wolpert, 89.

[6] Cf. la relación en Brox, Fragen zur "Denkform" der Kirchengeschichte, ZKG 1979, 4 s. Rudloff 130 s.

Se sobreentiende, a todo esto, que los lamentables detalles secundarios (las guerras de religión, las persecuciones, los combates, las hambrunas) estaban en los designios de Dios, a menudo inescrutables, siempre justos, cargados de sabiduría y de poder salvífico, pero no sin un asomo de venganza, "la venganza por no haber sido reconocida la Iglesia, por luchar contra el papado en vez de reconocerle como principio rector" (Rost).[7]

Dado el aplastante predominio de las glorificaciones entontecedoras, engañosas, mentirosas, ¿no era necesario mostrar, poder leer, alguna vez lo contrario, tanto más, por cuanto está mucho mejor probado? Una historia negativa del cristianismo, en realidad ¿no sería el desiderátum que reclamaba o debía inducir a reclamar tanta adulación? Al menos, para los que quieren ver siempre el lado que se les oculta de las cosas, el lado feo, que es muchas veces el más verdadero.

El principio de *audi alteram partem* apenas reza para una requisitoria. Picos de oro sí tenemos muchos..., eso hay que admitirlo; generalmente lacónicos, sarcásticos, cuyo estudio en cientos de discusiones y siempre que sea posible debo recomendar y encarecer expresamente, en el supuesto que nos acordemos de compararlos con algún escrito de signo contrario y que esté bien fundamentado.

El lector habrá esperado una historia de "los crímenes del cristianismo", no una mera historia de la Iglesia. (La distinción entre la Iglesia y el cristianismo es relativamente reciente, pudiendo considerarse que no se remonta más allá del Siglo de las Luces, y suele ir unida a una devaluación del papel de la Iglesia como mediadora de la fe.) Por supuesto, una empresa así tiene que ser una historia de la Iglesia en muchos de sus puntos, una descripción de prácticas institucionales de la Iglesia, de padres de la Iglesia, de cabezas de la Iglesia, de ambiciones de poder y aventuras violentas de la Iglesia, de explotación, engaño y oscurantismo puramente eclesiásticos.

Sin duda tendremos que considerar con la debida atención las grandes instituciones de la *Ecclesia,* y en especial el papado, "el más artificial de los edificios" que, como dijo Schiller, sólo se mantiene en pie "gracias a una persistente negación de la verdad", y que fue llamado por Goethe "Babel" y "Babilonia", y "madre de tanto engaño y de tanto error". Pero también será preciso que incluyamos las formas no eclesiásticas del cristianismo: los heresiarcas con los heresiólogos, las sectas con las órdenes, todo ello medido, no con arreglo a la noción general, humana, de la criminalidad, sino en comparación con la idea ética central de los Sinópticos, con la interpretación que da el cristianismo de sí mismo como religión del mensaje de gozo, de amor, de paz y como "historia de la salvación"; esta idea, nacida en el siglo XIX, fue combatida en el XX por teólogos evangélicos como Barth y Bultman, aunque ahora recurren a ella de buena gana los protestantes, y que pretendería abarcar desde la "creación" del mundo (o desde el "primer advenimiento de Cristo, " hasta el "Juicio final", es decir, "todos los avalares de la Gracia" (y de la desgracia), como escribe Darlapp.[8]

---

[7] Rost, Katholische Kirche 27.

[8] [8] F. Schiller, Kleinere prosaische Schriften, Crusius, Leipzig 1800, 2 parte, 28. Cit. s/Löhde, Das päpstliche Rom 76. Goethe, Italienische Reise, 28.8.1787. Cf. Von Frankenberg, Goethe 153 ss, en esp. 169. Saurer, Kirchengeschichte 157 ss. Bläser/Darlapp, Heilsgeschichte II 299ss, 312ss. Deschner, Hahn,

8

El cristianismo será juzgado también con arreglo a aquellas reivindicaciones que la Iglesia alzó y dejó caer posteriormente: la prohibición del servicio de las armas para todos los cristianos, luego sólo para el clero; la prohibición de la **simonía**, del préstamo a interés, de la usura y de tantas cosas más. San Francisco de Sales escribió que "el cristianismo es el mensaje gozoso de la alegría, y si no trae alegría no es cristianismo"; pues bien, para el papa León XIII, "el principio sobrenatural de la Iglesia se distingue cuando se ve lo que a través de ella ocurre y se hace".[9]

Como es sabido, hay una contradicción flagrante entre la vida de los cristianos y las creencias que profesan, contradicción a la que, desde siempre, se ha tratado de quitar importancia señalando la eterna oposición entre lo ideal y lo real..., pero no importa. A nadie se le ocurre condenar al cristianismo porque no haya realizado del todo sus ideales, o los haya realizado a medias, o nada. Pero tal interpretación "equivale a llevar demasiado lejos la noción de lo humano e incluso la de lo demasiado humano, de manera que, cuando siglo tras siglo y milenio tras milenio alguien realiza lo contrario de lo que predica, es cuando se convierte, por acción y efecto de toda su historia, en paradigma, personificación y culminación absoluta de la criminalidad a escala histórica mundial", como dije yo durante una conferencia, en 1969, lo que me valió una visita al juzgado.[10]

Porque ésa es en realidad la cuestión. No es que se haya faltado a los ideales en parte, o por grados; no, es que esos ideales han sido literalmente pisoteados, sin que los que tal hacían depusieran ni por un instante sus pretensiones de campeones de aquéllos, ni dejaran de autoproclamarse la instancia moral más alta del mundo. Entendiendo que tal hipocresía no expresaba una "debilidad humana", sino bajeza espiritual sin parangón, abordé esta historia de crímenes bajo la idea siguiente: Dios camina sobre abarcas del diablo (véase el epílogo de este volumen).

Pero al mismo tiempo, mi trabajo no es sólo una historia de la Iglesia sino, precisamente y como expresa el título, una historia del *cristianismo,* una historia de dinastías cristianas, de príncipes cristianos, de guerras y atrocidades cristianas, una historia que está más allá de todas las cortapisas institucionales o confesionales, una historia de las numerosas formas de acción y de conducta de la cristiandad, sin olvidar las consecuencias secularizadas que, apartándose del punto de partida, han ido desarrollándose en el seno de la cultura, de la economía, de la política, en toda la extensión de la vida social. ¿No coinciden los mismos historiadores cristianos de la Iglesia en afirmar que su disciplina abarca "el radio más amplio de las manifestaciones vitales cristianas" (K. Bornkamm), que integra "todas las dimensiones imaginables de la realidad histórica" (Ebeling) sin olvidar "todas las variaciones del contenido objetivo real" (Rendtorff)?[11]

9

Cierto que la historiografía distingue entre la llamada historia profana (es ésta una noción usual tanto entre teólogos como entre historiadores, por contraposición

---

anexo "Goethe und das Christentum" 599ss.

[9] Francisco de Sales, cit./s Rost, Katholische Kirche 170. León XIII, "Satis Cognitum" Acta Leonis XIII vol. 16, 160.

[10] Deschner, Ausgetreten 7ss, esp. 14. El mismo, Un-Heil 111s esp. 118. El mismo, Opus Diaboli 115ss, esp. 122.

[11] K. Bornkamm, Kirchenbegriff 445 ss; Ebeling y Rendtorffcit. ibíd.

a lo sagrado o santo) y la historia de la Iglesia. Aun teniendo en cuenta que ésta no se constituyó como disciplina independiente hasta el siglo XVI, y por mucho que cada una de ellas quiera enfilar (no por casualidad) rumbos distintos, realmente la historia de la Iglesia no es más que un campo parcial de la historia general, aunque a diferencia de ésta guste de ocultarse, como "historia de la salvación", tras los "designios salvíficos de Dios", y la "confusión de la gracia divina con la falibilidad humana" (Bláser) se envuelva en la providencia, en la profundidad metafísica del misterio.[12]

En este campo los teólogos católicos suelen hacer maravillas. Por ejemplo, para Hans Urs von Balthasar, ex jesuita y considerado en general como el teólogo más importante de nuestro siglo después de su colega Karl Rahner, el motor más íntimo de la historia es el "derramamiento" de la semilla de Dios [...] en el seno del mundo. [...] El acto generador y la concepción, sin embargo, tienen lugar en una actitud de máxima entrega e indiferenciación. [...] La Iglesia y el alma que reciben el nombre de la Palabra y su sentido deben abrírsele en disposición femenina, sin oponer resistencia, sin luchar, sin intentar una correspondencia viril, sino como entregándose en la oscuridad".[13]

Tan misteriosa "historia de la salvación" (y en este caso descrita por medio de una no muy afortunada analogía), nebulosa aunque pretendidamente histórico-crítica, pero inventada en realidad bajo una premisa de **renuncia al ejercicio de la razón**, es inseparable de la historia general, o mejor dicho, figura entre los camaranchones más oscuros y malolientes de la misma. Es verdad que dicen que el Reino de Cristo no es de este mundo, y que se alaban, principalmente para contraponerse a la interpretación marxista de la historia, de que ellos ven ésta como espiritualidad, como "entelequia trascendente", como "prolongación del mensaje de Dios redivivo" (Jedin); precisamente, los católicos gustan de subrayar el carácter esotérico de la "verdadera" historia, "le mystére de l'histoire" (De Senarclens). Como aseguran, "la trascendencia de todo progreso" está ya realizada en Cristo (Daniélou); sin embargo, los "vicarios" de éste y sus portavoces cultivan intereses de la más rabiosa actualidad. Papas y obispos, en particular, jamás han desdeñado medio alguno para estar a bien con los poderosos, para rivalizar con ellos, para espiarlos, engañarlos y, llegado el caso, dominarlos. Con ambos pies bien plantados en este mundo, podríamos decir, como si estuvieran dispuestos a no abandonarlo jamás.[14]

10

Esa línea de conducta empezó de una forma harto contundente a principios del siglo IV, con el emperador Constantino, a quien no en vano hemos dedicado el capítulo más largo de este volumen, y se prolonga a través de las teocracias del Occidente medieval hasta la actualidad. Los imperios de Clodoveo, Carlomagno, Olaf, Alfredo y otros, y no digamos el Sacro imperio romano-germano, se construyeron así sobre bases exclusivamente cristianas. Muchos príncipes, por

[12] Wagner, Zweierlei Mass 121 s. Sobre la diferenciación entre historia profana e historia eclesiástica cf. p.e. Meinhold, Historiographie 12 s; Saurer, Kirchen- geschichte 159; Meinild, Weltgeschichte; Weth, Heilsgeschichte 2 ss; Bläser/Darlapp, Heilsgeschichte II 229 ss, 312 ss.

[13] V. Balthasar, Theologie 53

[14] Cf. por ejemplo, los títulos de J. de Senarclens 'Le mystère de l'histoire, ' 1949, o de J. Daniélou Essai sur 'Le mystère de l'histoire, ' 1953, o del mismo Geheimnisse 15. También el clarividente ensayo de Saurer, Kirchengeschichte 160 ss. Ott, RGG 3, 186. Jedin cit. s/ Saurer, cf. en ibíd. las reseñas de fuentes originales.

convicción o por fingimiento, alegaron que sus creencias eran el móvil de su política, o mejor dicho, la cristiandad medieval lo remitía todo a Dios y a Jesucristo, de tal manera que hasta bien entrado el siglo XVI la historia de la Iglesia coincidió en gran medida con la historia general, y hasta hoy resulta imposible dejar de advertir la influencia de la Iglesia sobre el Estado en múltiples manifestaciones. En qué medida, con qué intensidad, de qué maneras: dilucidar eso, dentro de mi tema y a través de las distintas épocas, es uno de los propósitos principales de mi obra.

La historia general del cristianismo en sus rasgos más sobresalientes ha sido una historia de guerras, o quizás de una única guerra interna y externa, guerra de agresión, guerra civil y represión ejercida contra los propios súbditos y creyentes. Que de lo robado y saqueado se diese al mismo tiempo limosna (para adormecer la indignación popular), o se pagase a los artistas (por parte de los mecenas deseosos de eternizarse a sí mismos y eternizar su historia), o se construyesen caminos (para facilitar las campañas militares y el comercio, para continuar la matanza y la explotación), no debe importarnos aquí.

Por el contrario, sí nos interesa la implicación del alto clero, y en particular del papado, en las maniobras políticas, así como la dimensión y la relevancia de su ascendiente sobre príncipes, gobiernos y constituciones. Es la historia de un afán parasitario, primero para independizarse del emperador romano de Oriente, luego del de Occidente, tras lo cual enarbolará la pretensión de alcanzar también el poder temporal sirviéndose de consignas religiosas. Muchos historiadores han considerado indiscutible que la prosperidad de la Iglesia tuvo su causa y su efecto en la caída del Estado romano. El mensaje de que "mi Reino no es de este mundo" se vio reemplazado por la doctrina de los dos poderes (según la cual la *autoritas sacrata pontificum* y la *regalis potestas* serían mutuamente complementarias); después dirán que el emperador o el rey no eran más que el brazo secular de la Iglesia, pretensión ésta formulada en la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII y que no es depuesta of icialmente hasta León XIII (fallecido en 1903), lo que de todas maneras no significa gran cosa. La Cristiandad occidental, en cualquier caso, "fue esencialmente creación de la Iglesia católica", "la Iglesia, organizada de la hierocracia papal hacia abajo hasta el más mínimo detalle, la principal institución del orden medieval" (Toynbee).[15]

11

Forman parte de la cuestión las guerras iniciadas, participadas o comandadas por la Iglesia: el exterminio de naciones enteras, de los vándalos, de los godos, y en Oriente la incansable matanza de eslavos..., gentes todas ellas, según las crónicas de los carolingios y de los Otones, criminales y confundidas en las tinieblas de la idolatría, que era preciso convertir por todos los medios, sin exceptuar la traición, el engaño y la vesanía, ya que en la Alta Edad Media el proceso de evangelización tenía un significado militante, como luchar por Cristo con la espada, "guerra santa", *nova religio,* única garantía de todo lo bueno, lo grande y lo eterno. Cristo, descrito como soldado desde los más antiguos himnos medievales, combatiente, se convierte en caudillo de los ejércitos, rey, vencedor por antonomasia. El que combate a su favor por Jerusalén, por la "tierra de promisión", tiene por aliadas las huestes angélicas y a todos los santos, y será capaz de soportar todas las penalidades, el hambre, las

[15] Toynbee, Weltgeschichte 1220, 396. Momigliano, The Conflict 10.

heridas, la muerte. Porque, si cayese, le espera el premio máximo, mil veces garantizado por los sacerdotes, ya que no pasará por las penas del purgatorio, sino que irá directo del campo de batalla al Paraíso, a presencia del Sagrado Corazón de Jesús, ganando "la eterna salvación", "la corona radiante del Cielo", la *requies aeterna, vita aeterna, salus perpetua...* Los así engañados se creen invulnerables (lo mismo que los millones de víctimas de los capellanes castrenses y del "detente bala" en las guerras europeas del siglo XX) y corren hacia su propia destrucción con los ojos abiertos, ciegos a toda realidad.[16]

Hablaremos de las cruzadas, naturalmente, que durante la Edad Media fueron unas guerras estrictamente católico romanas, grandes crímenes del papado, que fueron perpetrados en la seguridad de que, "aunque no hubiese otros combatientes sino huérfanos, niños de corta edad, viudas y réprobos, es segura la victoria sobre los hijos del demonio". Sólo la muerte evitó que el primer emperador cristiano emprendiese una cruzada contra los persas (véase el final del capítulo 5); no se tardaría demasiado en organizar la inacabable secuencia de "romerías en armas", convertidas en una "empresa permanente", en una idea, en un tema que por ser "repetido incesantemente, acaba por empapar las sociedades humanas, e incluso las estructuras psíquicas" (Braudel). Porque el cristiano quiere hacer dichoso al mundo entero con sus "valores eternos", sus "verdades santificantes", su "salvación final" que, en demasiadas ocasiones, se ha parecido excesivamente a la "solución final"; un milenio y medio antes de Hitler, san Cirilo de Alejandría ya sentó el primer ejemplo de gran estilo católico apostólico contra los judíos. El europeo siempre sale de casa en plan de "cruzada", ya sea en la misma Europa o en África, Asia y América, "aun cuando sea sólo cuestión de algodón y de petróleo" (Friedrich Heer). Hasta la guerra del Vietnam fue considerada como una cruzada por el obispado estadounidense quien, durante el Vaticano II, incluso llegó a pedir el empleo de las armas nucleares para salvar la escuela católica. Porque "incluso la bomba atómica puede ponerse al servicio del amor al prójimo" (según el protestante Künneth, transcurridos trece años de la explosión de Hiroshima).[17]

12

La psicosis de cruzada, fenómeno que todavía muestra su virulencia en la actual confrontación Este-Oeste, produce mini cruzadas aquí y allá, como la de Bolivia en 1971, sin ir más lejos, que fue resumida por el *Antonius,* órgano mensual de los franciscanos de Baviera, en los términos siguientes: "El objetivo siguiente fue el asalto a la Universidad, al grito de batalla por Dios, la patria y el honor contra el comunismo [...], siendo el héroe de la jornada el jefe del regimiento, coronel Celich: *He venido en nombre propio para erradicar de Bolivia el comunismo.* Y liquidó personalmente a todos los jóvenes energúmenos hallados con las armas en la mano. [...] Ahora Celich es ministro del Interior y actuará seguramente con mano férrea, siendo de esperar que ahora mejoren un poco las cosas, ya que con la ayuda de la Santísima Virgen puede considerarse verdaderamente exterminado el comunismo de

[16] Heer, Kreuzzüge 24 ss, 40 ss, 64, 79, 105. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 131 s.

[17] Braudel, Die lange Dauer 174. Heer, Kreuzzüge 6 s, 103. Grupp, Kulturgeschichte V 146 s. V. Boehn, Die Mode 58. Kühner, Die Kreuzzüge 14-10-1970, 2- 9. Deschner, Heilgeschichte passim. El mismo, Un-Heil 25 s.

ese país."[18]

Aparte de las innumerables complicidades de las Iglesias en otras atrocidades "seculares", comentaremos las actividades terroristas específicamente clericales como la lucha contra la herejía, la Inquisición, los pogromos antisemitas, la caza de brujas o de indios, etcétera, sin olvidar las querellas entre príncipes de la Iglesia y entre monasterios rivales. Hasta los papas se presentan finalmente revestidos de casco y coraza y empuñando la tizona. Poseen sus propios ejércitos, su armada, sus herreros fabricantes de armas..., tanto así que todavía en 1935, cuando Mussolini cayó sobre Abisinia entre frenéticas alabanzas de los prelados italianos, ¡uno de sus principales proveedores de guerra fue una fábrica de municiones propiedad del Vaticano! En la época de los Otones, la Iglesia imperial está completamente militarizada y su potencia de combate llega a duplicar la fuerza de los príncipes "seculares". Los cardenales y los obispos envían ejércitos en todas direcciones, caen en los campos de batalla, encabezan grandes partidos, ocupan cargos como prelados de la corte o ministros, y no se conoce ningún obispado cuyo titular no anduviese empeñado en querellas que se prolongaban a veces durante decenios. Y como el hambre de poder despierta la crueldad, más adelante hicieron otras muchas cosas que durante la Alta Edad Media todavía no habrían sido posibles.[19]

13

Dedicaremos una atención pormenorizada a la formación y multiplicación de los bienes de la Iglesia ("peculio de los pobres", of icialmente, al menos desde los tiempos de Pelagio I), acumulados mediante compra, permuta, diezmo, rediezmo, o por extorsión, engaño, robo, o alterando el sentido de las antiguas prácticas de culto mortuorio de los germanos, convirtiendo el óbolo para los muertos en limosna para las almas, o quebrantando el derecho de herencia germánico ("el heredero nace, no se elige"). También saldrá a la luz lo de explotar la ingenuidad, la fe en el Más Allá, pintar los tormentos del infierno y las delicias del cielo, de donde resultan, entre otras cosas, las fundaciones de los príncipes y de la nobleza y también, sobre todo durante la Alta Edad Media, las mandas de los pequeños propietarios y de los colonos, *pro saluteanimae.*

Abundaban en la Iglesia los propietarios de latifundios enormes: los conventos de monjes, los conventos de monjas, las órdenes militares, los cabildos catedralicios y hasta las iglesias de los pueblos. Muchas de esas propiedades parecían más cortijo que casa de Dios, y estaban atendidas por sirvientes, domésticos y esclavos. En sus mejores tiempos, la abadía del Tegernsee fue propietaria de 11.860 alquerías; el convento de Saint Germain des Prés, junto a París, tenía unas 430.000 hectáreas, y el abate de Saint Martín de Tours llegó a poseer 20.000 sirvientes. Y mientras los hermanos legos y los siervos de la gleba cargaban con las faenas, mientras los conventos se enriquecían gracias a las dotes y las herencias, la riqueza inevitablemente corrompía cada vez más a los religiosos. "De la religión nació la riqueza —decía un proverbio medieval—, pero la riqueza devora a la religión." En tiempos la Iglesia cristiana fue dueña de una tercera parte de las tierras de Europa; en 1917, la Iglesia ortodoxa era propietaria de una extensión de territorio en Oriente proporcional a Rusia. Y todavía hoy la Iglesia de Cristo es la mayor terrateniente

[18] Revolution in Bolivien 1971, en: Antonius, julio/agosto, 4/1973, 136 s.

[19] V. Schubert, Geschichte I 283 ss, II 475. Sobre la fábrica vaticana de municiones 1935: Yallop 134.

privada del mundo. "¿Dónde hallaremos a la Iglesia? Naturalmente allí, donde campea la libertad" (según el teólogo Jan Hoekendijk).[20]

En la Edad Media, el estatuto de las clases menesterosas, naturalmente determinado por el régimen feudal, y las usurpaciones territoriales de los príncipes y de la Iglesia conllevaron una opresión cada vez mayor, que recayó sobre grandes sectores de la población, y acarrearon la ruina de *lospauperes liben homines* y los *minus potentes* mediante la política de conquistas, el servicio de las armas, los tributos, la represión ideológico-religiosa y rigurosísimos castigos judiciales. Todo ello provocó la resistencia individual y colectiva de los campesinos, cuyas sociedades secretas e insurrecciones, *conjurationes* y *conspirationes* llenan toda la historia de Occidente desde Carlos el Grande hasta bien entrada la Edad Moderna.

14

Serán temas especiales de nuestra investigación en ese contexto: el derecho de expiación, el *bracchium saeculare o* intervención de las autoridades temporales en la sanción de disposiciones y leyes de la Iglesia, con aplicación cada vez más frecuente de la pena capital (por decapitación, ahorcamiento, muerte en la hoguera, lapidación, descuartizamiento, empalamiento y otros variados sistemas). De los catorce delitos capitales legislados por Carlomagno después de someter a sangre y fuego a los sajones, diez se refieren exclusivamente a infracciones de tipo religioso. La frase estereotipada *morte moriatur* recae sobre cuantos actos interesaba reprimir a los portadores del mensaje gozoso: robo de bienes de la Iglesia, cremación de los muertos, denegación del bautismo, consumo de carnes durante los "sagrados cuarenta días de la Cuaresma", etcétera. Con arreglo al antiguo derecho penal de Polonia, a los culpables de haber comido carne durante el ayuno pascual se les arrancaban los dientes.[21]

Discutiremos también los castigos eclesiásticos por infracciones al derecho civil. Los tribunales eclesiásticos fueron cada vez más odiados. Hay cuestiones que discutiremos extensamente: las prácticas expiatorias (los bienes robados a la Iglesia debían restituirse al cuádruple, y según el derecho germánico hasta veintisiete veces lo robado); las prisiones eclesiásticas y monacales, llamadas especialmente ergástulas (también se llamaba ergástula a los ataúdes), donde eran arrojados tanto los "pecadores" como los insumisos y los locos, e instaladas generalmente en sótanos sin puertas ni ventanas, pero bien provistas de grilletes de todas clases, potros de martirio, manillas y cadenas. Se documentará la pena de exilio y la aplicación de este castigo a toda la familia, en caso de asesinato de un cardenal, extensible hasta los descendientes masculinos en tercera generación. También estuvieron muy en boga la tortura y los castigos corporales, sobre todo en Oriente, donde hizo furor la afición a mutilar miembros, sacar ojos, cortar narices y orejas. Asimismo gozaban de especial predilección, como suele suceder en los regímenes teocráticos, los azotes, como demuestra incluso la abundancia de sabrosas denominaciones *(corporis*

[20] Grupp, Kulturgeschichte II 125 s, IV 446. Gerdes, Geschichte 15. Stamer, Kirchengeschichte 145 s. Daniel-Rops, Frühmittelalter 608. Heer, Mittelalter 92 s, Hoeckendijk 105.

[21] Capitulatío de partibus Saxioniae, M.G. Fontes iuris Germanici antiqui in usum scholarum, Leges Saxonum u. Lex Thuringorum. ed. C. v. Schwerin, 1918, 37 ss. Cap. Sax. 45 ss. Hauck, Kirchengeschichte II 350 ss. Winter-Günther, Die sächsischen Aufstände 44 ss, 73 ss. Voigt, Staat und Kirche 325 s, 332. Schnürer, Kirche I 357 s, 395 s. V. Schubert, Geschichte I 336. Epperlein, Kari 37 s. Braunfeis, Kari 45 ss.

castigatio flageüum flagelli disciplina, flagellorum poena, percussio, plagae, plagarum virgae, verbera, verberatio, verberum, vindicta y así sucesivamente). La pena de los azotes, con la que se sancionaban hasta las más mínimas infracciones, se aplicó sobre todo en los conventos a monjes y monjas, pero también a los menores de edad, a los sacerdotes y sobre todo a los miembros del bajo clero, todos los cuales recibieron palos desde el siglo V hasta el XIX por lo menos; a menudo, eran los abades y obispos quienes esgrimían el látigo, el vergajo o la correa; a veces, los maltratados por los obispos eran abades, y habitualmente se superaba el tope de 40 o 39 golpes señalado por la ley mosaica para llegar a los 70, los 100 o los 200, quedando esta determinación "a discreción del abad" aunque, eso sí, sólo en casos excepcionales se autorizaba a "proceder hasta la muerte del reo" (según el católico Kober en comentario a Reg. Magistri c. 13). Es bastante plausible que no todas las autoridades llegasen a tales excesos, y seguramente no todos serían tan vesánicos como el abad Transmundo, que arrancaba los ojos a los monjes del convento de Tremití, o les cortaba la lengua (y que, pese a ello, gozó de la protección personal del papa Gregorio VII, quien también gozó de gran notoriedad). Ni debe sorprender que ocurriesen tales cosas cuando autoridad tan señalada como Pedro Damián, cardenal, santo y padre de la Iglesia, llegaba a la conclusión de que, si un castigo de 50 azotes era lícito y saludable, cuánto más no debería serlo uno de 60, 100, 200 o incluso 1.000 o 2.000 azotes. Por eso, durante toda la Edad Media menudearon las insurrecciones de religiosos, hartos de algún abad frenético que luego era linchado, mutilado, cegado, envenenado o apuñalado por su grey. Incluso delante del altar fue traspasado a puñaladas alguno de estos superiores, o asesinado por bandidos a sueldo. El caso es que los castigos corporales para los inferiores fueron tan frecuentes durante la Alta y la Baja Edad Media, que el ordinario solía preguntar rutinariamente durante sus visitas si se sabía de alguien que no fustigase a sus esclavos o colonos.[22]

15

Otros aspectos que van a merecer nuestra atención: la posición de la Iglesia ante la esclavitud y el trabajo en general; la política agraria, comercial y financiera de los monasterios, verdadera banca de la Alta Edad Media (durante los siglos X y XI hallamos en la Lorena monasterios en funciones de institutos de crédito o verdaderos bancos), convertidos en potencias económicas de primera magnitud. La agitación de los monjes en el mundo de la política y del dinero fue incesante, sobre todo durante las ofensivas alemanas hacia el Este, cuando las órdenes participaron en empresas de colonización y asentamiento, después del genocidio de naciones enteras. A comienzos del siglo XX, los jesuitas controlaban todavía la tercera parte del capital en España, y ahora que llegamos a finales del mismo siglo dominan el banco privado más grande del mundo, el **Bank of América,** mediante la posesión del 51 % de sus acciones. Y el papado sigue siendo una potencia financiera de categoría mundial, que además cultiva los más íntimos contactos con el mundo del hampa mediante instrumentos como el Banco de Sicilia, entre otros, llamado "el banco de la Mafia".

---

[22] Palad. Hist. Laus. 32; Poen. Paris. 26; Poen. Cumm. 4, 1; Lex. Al. 7. Frusta 25. Kober, Züchtigung 5ss, 22ss, 376ss, 433ss con muchas reseñas de fuentes. Schmitz, Bussdisciplin 222. El mismo, Bussverfahren 53. Dresdner 23 s. Stoll 272. Poschmann, Kirchenbusse 146. Grupp, Kulturgeschichte I 275, 288, 436, II 305 ss, III 349. Hauck, Kirchengeschichte I 250. Schnürer, Kirche II 183. His I 510, 549. Andreas 83 ss. V. Hentig 1129, 387, II 172 s. Ziegler, Ehelehre 135.

El financiero Michele Sindona, ex alumno de los jesuitas y "el italiano más célebre después de Mussolini" *(Time),* as de los banqueros de la Mafia (cuya actividad se desarrolló principalmente en Italia, Suiza, Estados Unidos y el Vaticano), siciliano que tuvo más bancos que camisas tienen muchos hombres y que, según se dice, hizo buena parte de su fortuna gracias al tráfico de heroína, era íntimo amigo del arzobispo de Messina y también del arzobispo Marcinkus, director del banco vaticano "Instituto para las Obras de Religión" ("mi posición en el Vaticano es extraordinaria", "única"), y entre sus amistades figuraba Pablo VI. Sindona era también asesor financiero y asociado comercial de la Santa Sede, cuyos bancos siguen especulando con el dinero negro del gangsterismo organizado italiano.

16

El mafioso Sindona, "probablemente el hombre más rico de Italia" (Lo Bello), que "había recibido del papa Pablo VI el encargo de reorganizar la hacienda vaticana" *(Süddeutsche Zeitung)* en 1980, fue condenado a 25 años de cárcel en Estados Unidos, como responsable de la mayor quiebra bancaria de la historia de dicho país; más tarde, fue extraditado a Italia, donde, en 1986, dos días después de su condena a cadena perpetua (por inducción al homicidio), murió envenenado con cianuro pese a todas las medidas de seguridad que se habían adoptado. Significativas fueron las declaraciones del magistrado milanos Guido Viola, después de investigar doce años de actividades financieras de Sindona (105.000 millones de pesetas en pérdidas, sólo en Italia): "El juicio no ha servido para destapar por completo ese tarro de inmundicia". También Roberto Calví, otro banquero de la Mafia que acabó colgado de un puente sobre el Támesis en 1982, figuraba durante el pontificado de Pablo VI en el cerrado círculo de los "uomini di fiducia", y en su calidad de "banquero de Dios", como le llamaban en Italia, contribuyó a "propagar por todo el mundo el cáncer de la delincuencia económica instigada desde el Vaticano". (Mencionemos de paso que, en abril de 1973, el director Lynch, del Departamento de represión del crimen organizado y la corrupción en el Ministerio de Justicia estadounidense, acompañado de funcionarios policiales y del FBI presentó en la Secretaría de Estado vaticana "el documento original por el que el Vaticano" encargaba a la Mafia de Nueva York "títulos falsificados por un valor ficticio de casi mil millones de dólares", "una de las mayores estafas de todos los tiempos"; el autor del encargo, por lo que parece, no era otro que el arzobispo Marcinkus, "íntimo amigo de Sindona" [Yailop].) El predecesor de Pablo, el papa Pío XII, cuando murió en 1958 dejó una fortuna privada (la misma que, según ciertas alegaciones, había gastado por entero en salvar a muchos judíos de las persecuciones nazis) de 500 millones de pesetas en oro y papeles de valor. Durante su pontificado, el nepotismo alcanzó dimensiones verdaderamente renacentistas. Se ve que los ministros de la salvación pensaban sobre todo en salvar su propio patrimonio.[23]

La avaricia de los prelados está documentada por testimonios de todas las épocas, así como el enriquecimiento privado de papas, obispos y abades, sus lujos generalmente desaforados, las malversaciones del patrimonio eclesiástico en beneficio de parientes, la simonía, la captación de canonjías o su usurpación, el

[23] Yallop 130 ss, 150 ss, 172 ss, 194 s. Mohrmann 51 ss. Lo Bello 216 ss, 255 ss, 267 ss, cf. también 61 s. Cf. además Deschner, Heilsgeschichte, II 288 ss. El mismo, Kapital 299 ss. Süddeutsche Zeitung 19-3-1986; 20-3-1986 (citando a ***Time****);* 21-3- 1986; 22/23-3-1986; 24-3-1986.

cambalacheo de dignidades eclesiásticas, desde la de sacristán de aldea hasta la misma de pontífice. O la venta de vino, cerveza, óleos, hostias, píldoras abortivas (!) llamadas *lateólas;* la práctica del soborno incluso por parte de los más famosos doctores de la Iglesia, del papa Gregorio I, de san Cirilo (que impuso un dogma mariano con ayuda de enormes sumas de dinero), y otros muchos negocios como el préstamo, tráficos diversos, usura, óbolo de San Pedro, indulgencias, colectas, captación de herencias durante dos milenios, sin exceptuar las gigantescas operaciones de tráfico de armas. Todo ello consecuencia de la plétora de privilegios de que disfrutaba el alto clero, derechos de inmunidad, franquicias, condados, aranceles, dispensas de impuestos, privilegios penales, culminando en la autonomía orgullosa del pontífice romano: *sic voló, sic jubeo!* ("Así lo quiero, así lo ordeno"). Sin olvidar el aspecto económico de las persecuciones contra idólatras, judíos, herejes, brujos, indios, negros, ni el factor económico de la milagrería, las estampitas, las vidas de santos, los librillos milagrosos, los centros de peregrinaje y tantas otras cosas.[24]

17

El santo fraude, o *pía fraus,* con sus diversos tipos de falsificación (apostolización, concurrencia de peregrinos, escrituras de propiedad, garantías jurídicas) se estudia en un apartado diferente, teniendo en cuenta que en toda Europa, hasta bien avanzada la Edad Media, los falsificadores fueron casi exclusivamente los religiosos. En conventos y palacios episcopales, y por motivos de política eclesiástica, buscaban la manera de imponerse en las luchas de rivalidad mediante la falsificación de diplomas o la práctica de la interpolación en los originales. La afirmación de que durante la Edad Media hubo casi más documentos, crónicas y anales falsos que verdaderos, apenas es exagerada; el "santo engaño" se convirtió en un factor político, "el taller del falsificador en instancia ordenadora de la Iglesia y del derecho" (Schreiner).[25]

La explotación sin escrúpulos de la ignorancia y de la superstición, en donde triunfan los engaños basados en reliquias, libros de devoción, milagrerías y leyendas (o dicho de manera científica, "la reinterpretación de los hechos históricos en el sentido de una causalidad hagiológica", según Lotter), dirige nuestra atención hacia los aspectos culturales, y más principalmente hacia los de política educativa.

Sin duda, las Iglesias, y en particular la Iglesia romana, han creado valores culturales importantes, sobre todo construcciones, lo que obedecía por lo general a motivos nada altruistas (representación del poder), así como en el dominio de la pintura, respondiendo también a razones ideológicas (las sempiternas ilustraciones de escenas bíblicas y de leyendas de santos). Pero dejando aparte que el tan decantado amor a la cultura contrasta fuertemente con la indiferencia cultural del paleocristianismo, que contemplaba las "cosas de este mundo" con total

---

[24] Cf. p. e. Dresdner 35, 61 ss, 73 s. Kober, Deposition 706. Hauck III 565. Dresdner 35, 61 ss, 73 s. Haller II. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 95. Toynbee, Weltgeschichte 465. Weitzel 16 s. Lo Bello 184 ss, esp. 188 s.

[25] Speyer, Fälschung, literarische, RAC VII 1969, 242ss, 251ss. El mismo, Religiöse Pseudepigraphie 238. El mismo, Die literarische Fálschung 300 ss. Schreiner, Zum Wahrheitsverstándnis 167ss. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 68ss, 76ss. Cit. aquí algunos pasajes de T.F. Tout, "Mediaeval Forgers and Forgeries" (1918-1920), donde dice p.e.: "It was almost the duty of the clerical class to forge", en cambio las mentiras de otros las juzgan como sacrílegas.

menosprecio escatológico, puesto que creía inminente el fin de todas ellas (error fundamental, en el que cayó el mismo Jesús), conviene tener presente que la mayoría de las aportaciones culturales de la Iglesia fueron posibles gracias a la explotación sin contemplaciones de las masas, esclavizadas y empobrecidas siglo tras siglo. Y frente a ese fomento de la cultura encontramos todavía más represión cultural, intoxicación cultural y destrucción de bienes culturales. Los magníficos templos de adoración de la Antigüedad fueron arrasados casi en todas partes; edificios de valor irreemplazable ardieron o fueron derribados, sobre todo en la misma Roma, donde las ruinas de los templos servían de canteras. En el siglo x se dedicaban todavía a derribar y romper estatuas, arquitrabes, a quemar pinturas, y los más bellos sarcófagos servían de bañeras o de comederos para los cerdos. De modo similar, pisotearon la grandiosa cultura de los árabes de España "no quiero decir qué clase de pies", para citar la frase de Nietzsche. Y en América del Sur el catolicismo arruinó (además de muchos millones de vidas) más tesoros culturales que los que innegablemente aportó, pese a la sobreexplotación.[26]

18

Pero la destrucción más tremenda, apenas imaginable, ha sido la causada en el terreno de la educación. La cultura general de la Antigüedad cada vez más desterrada de las escuelas, la enseñanza teológica convertida en enseñanza por antonomasia. Durante toda la Edad Media sólo se consideraban útiles aquellas ciencias que contribuyeran a la prédica eclesiástica. Entre los reunidos en el Concilio de Calcedonia se hallaron 40 obispos analfabetos. Los papas de los siglos siguientes se envanecían de su ignorancia, no sabían el griego y hablaban pésimamente el latín. Gregorio I Magno, el único papa doctor de la Iglesia además de León I, según la tradición mandó quemar una gran biblioteca que existía en el Palatino. Es probable que no todos los papas de los siglos IX y X supieran leer y escribir.

En la Edad Media las artes no eran sino *instrumentum theologiae, y* algunas veces fueron condenadas como "necedades y vanidades". ("Mi gramática es Cristo.") En las órdenes abundaban también los *illiterati et idiotae.* Desapareció el floreciente comercio librero de la Antigüedad, la actividad de los monasterios fue puramente receptiva. Trescientos años después de la muerte de Alcuino y de Rábano Mauro, los discípulos todavía estudiaban con los manuales que aquéllos escribieron. E incluso santo Tomás de Aquino, el filósofo of icial de la Iglesia, escribe que "el afán de conocimientos es pecado cuando no sirve al conocimiento de Dios".[27]

Aunque, en realidad, apenas estudiaba una ínfima minoría; todavía hoy, buena parte de la sabiduría del clero se funda en la ignorancia de los laicos. Hasta la época de los Hohenstaufen, la mayoría de los príncipes cristianos no sabían leer ni escribir; un trazo dibujado al pie de los documentos bastaba para considerarlos válidos. Los aristócratas medievales fueron "necios" (necio = el que no sabe) durante mucho

[26] Apg. 4, 13: *"Homines sine litteris et idiotae",* llaman, en la traducción latina, los sacerdotes judíos a los apóstoles de Jesús. V. Soden, Christentum und Kultur 8ss. Gregorovius I, 1239 s. Cf. también Deschner, Hahn 292 ss, 302 ss. RAC Christianisierung (II) der Monumente, 1954, 1230 ss, IV 64. Schuitze, Geschichte 248. Cf. Kriminalgeschichte 1503 ss, esp. 505 ss.

[27] Harnack, Mission 2.ª ed., I 75. V. Boehn 33. Lietzmann, Geschichte III 202. V. Schubert, Bildung 105. Illmer 27 ss. Dannenbauer, Entstehung 1147 ss, II 50 ss, 66 ss, 73 ss. Más detallado en Kriminalgeschichte III.

tiempo; así podía engañarlos más fácilmente el clero. Y las masas populares vegetaron en condiciones del más absoluto analfabetismo hasta bien entrada la Edad Moderna. Después de la primera guerra mundial, o más; concretamente en 1930, cuando dos terceras partes de la población española padecían carencias alimentarias endémicas, sólo en Madrid se contaban 80.000 niños sin escolarizar, obedeciendo sin duda a los principios definidos por un ministro católico. Bravo Murillo, cuando, al solicitarle licencia para levantar una escuela con capacidad para 600 hijos de obreros, contestó: "Lo que necesitamos no son hombres que sepan pensar, sino bueyes que sirvan para trabajar".[28]

19 En las universidades, la hipertrofia del aristotelismo abortó cualquier posibilidad de investigación independiente. Al dictado de la teología estaban sometidas la filosofía y la literatura; en cuanto a la historia como ciencia, era desconocida por completo. Se condenó la experimentación y la investigación inductiva; las ciencias experimentales quedaron ahogadas por la Biblia y el dogma; los científicos arrojados a las mazmorras, o a la hoguera. En 1163, el papa Alejandro III (recordemos de paso que por esa época existían cuatro antipapas) prohibió a todos los clérigos el estudio de la física. En 1380, una decisión del parlamento francés prohibía el estudio de la química, remitiéndose a un decreto del papa Juan XXII. Y mientras en el mundo árabe (obediente a la consigna de Mahoma: "La tinta de los escolares es más sagrada que la sangre de los mártires") florecían las ciencias, en especial la medicina, en el mundo católico las bases del conocimiento científico permanecieron inalteradas durante más de un milenio, hasta bien entrado el siglo XVI. Que los enfermos buscasen consuelo en la oración, en vez de llamar al médico. La Iglesia prohibía la disección de cadáveres, y a veces incluso rechazó el empleo de medicamentos naturales por juzgarlo una intervención ilícita en los designios divinos. En la Edad Media no tenían médico ni siquiera las abadías más grandes. En 1564, la Inquisición condenó a muerte al médico Andrés Vesalio, fundador de la anatomía moderna, por haber abierto un cadáver y por haber afirmado que al hombre no le falta la costilla con que fue creada Eva.[29]

En coherencia con esa tutela de la enseñanza, encontramos otra institución, la censura eclesiástica, muy a menudo (por lo menos desde los tiempos de san Pablo, en Éfeso) dedicada a la quema de libros adversos, paganos, judíos o sarracenos, a la destrucción (o la prohibición) de literaturas cristianas rivales, desde los libros de los arríanos y nestorianos hasta los de Lutero. Pero no vayamos a olvidar que los protestantes también implantaron a veces la censura, incluso para los sermones fúnebres y también para obras no teológicas, siempre que tocaran cuestiones eclesiásticas, religiosas o de costumbres.

20 Ésta es una selección de los principales temas que he contemplado en mi historia del crimen. Y sin embargo, no es más que un segmento minúsculo de la historia en general.

---

[28] Manhattan 87. Citado de la ed. alemana 84. H. Thomas, Bürgerkrieg 45. Cf. también la nota siguiente.

[29] A la cuestión de cómo se debe enseñar al hombre, Tomás de Aquino contesta de la manera siguiente: "Que lea un solo libro". Cf. Donin, Leben II 82. Hauck, Kirchengeschichte V 341. Hertiing, Geschichte 156. Heer, Mittelalter 13 ss, 403, 484, 479 y el mismo, Abschied 170. Morus 142 s.

¡La historia!

Fábula, según Napoleón; charlatanería, como dijo Henry Ford; destilado de rumores, según Cariyie, y vergüenza del género humano, según el parecer de Seume (tan escasamente conocido como digno de ser leído). Y yo añado: la prueba más segura del fracaso de la educación. La historia de los individuos y de los pueblos es, sin duda, lo más complejo y complicado, porque pretende abarcar e integrar todos los fenómenos del universo humano, en todo momento una catarata gigantesca en donde intervienen factores forzosamente ocultos, tanto para los contemporáneos como para la posteridad, sentimientos, ideas, acontecimientos, los condicionantes de esos hechos, la manera en que los mismos son percibidos, una barabúnda insospechable de eventos que pertenecen al pasado, un entramado vertiginoso de formas sociales y de formas del derecho, de normas, de roles percibidos o no, de actitudes y mentalidades, de infinitos ritmos de vida heterogéneos e incluso antagónicos, de influencias de pensadores, de factores geopolíticos, de procesos económicos, de estructuras de clase, en donde hay que considerar tanto las variaciones del clima como las estadísticas demográficas, la práctica de la esclavitud como los conciertos de Bach, la noche de San Bartolomé, las jugadas de fortuna y las crisis de los precios, las neurosis eclesiógenas, las encíclicas papales y los castigos judiciales, la prostitución, los debates parlamentarios y la vivisección, la moda, y mucho más, ya que, por si fuera poco, el psicoanálisis agrega las motivaciones inconscientes, sin dejar de lado las aportaciones de la psicosociología analítica, las de la historiografía misma o historia de la historia, en un palabra, citando a Max Weber: "Una corriente titánica y caótica de acontecimientos que avanza a través del tiempo", o como dice Droysen: "la historia que engloba todas las historias".[30]

¿Es posible encontrar un punto fijo en esta ebullición de la agitada humanidad?

¿Hallaremos una constante en lo que, por definición, es devenir ininterrumpido? ¿Existe algo que no cambie, o que retome siempre como el río de Heráclito?

Sin duda, no reconocemos en esta descripción el papel que ya Cicerón adjudicó a la historia como *magistra vitae.* ¿Será tal vez lo contrario?

¿Quizá la única conclusión que podemos sacar es "que los pueblos y los gobiernos jamás han aprendido nada de la historia, ni se han atenido nunca a las reglas que de ella pudieran deducirse"? Casi todas las frases lapidarias de Hegel me llevan a contradecir las anteriores, y también ésa es cierta sólo cuando nos referimos a los pueblos. Porque los gobiernos *sí han aprendido* de la historia, y con tal éxito, que las únicas artes en que no se inventa nada nuevo son las de la conducción de los hombres, como podemos ver con un poco de perspectiva.

21

Retornemos durante unos momentos al presente.

Cualquiera de nosotros puede leer la historia, más aún, revivirla a través de sus propios ojos, aunque sin duda no tanto directamente como por vía de la "realidad" de los medios, es decir de los textos, las noticias, los sermones escritos, los "cien rostros" (Braudel). Pero, por muy inextricable que parezca la confusión de los hechos históricos, los conflictos de intereses, las influencias rivales, y por complicado que

[30] Objetivität 214. Droysen, Historik 354.

sea el organismo de la sociedad, una cosa sí podemos ver todos, indiscutida y, según todas las apariencias, indiscutible: que siempre hubo y hay en el mundo una minoría que manda y una gran mayoría que es mandada, que hubo y hay capillas reducidas de astutos explotadores y ejércitos innumerables de humillados y of endidos. "Comoquiera que definamos el Estado y la sociedad, permanece siempre la oposición entre la masa de los gobernados y el pequeño número de los gobernantes" (Ranke). Esto rige para la era de la exploración espacial y la de la revolución industrial, lo mismo que para la época del colonialismo, o la del capitalismo mercantilista occidental, o la de las sociedades esclavistas de la Antigüedad. Así ha venido ocurriendo siempre, al menos, durante los dos mil años que aquí nos ocupan; no digo que se trate de una ley, pero sí que ha sido la regla general. ¡Nunca fueron los pueblos dueños de sus destinos! Siempre predominó un cierto afán de poder y de seguridad, siempre mandó una minoría mediante la opresión sobre la mayoría, mediante la explotación, perpetrando matanzas en o por medio de ella, unas veces más que otras, admitámoslo, pero por lo general con excesiva asiduidad. En todos los siglos que nos ocupan, la historia estuvo hecha de opresión y humillaciones, de clases altas explotadoras y clases bajas explotadas: lo que hoy se llama "Estado de derecho" y que forma parte indisoluble de la civilización humana, o mejor dicho de la cultura humana, y digo bien, porque los pueblos "cultos" siempre fueron los primeros en dar ejemplo.[31]

"La historia no se repite": el dicho se repite siempre..., como la Historia misma: en las tensiones sociales, las insurrecciones, las crisis económicas y las guerras. Es decir, en sus hechos principales y capitales, cuyas repercusiones, sin embargo, alcanzan a los ámbitos más íntimos de la vida privada, en las relaciones entre amo y criado, entre amigo y enemigo. Visto de esa manera, *en principio* nunca pasa nada nuevo, pues, en lo cualitativo, poco importa si la opresión se ejerció por medio del arco y la flecha o por el arcabuz, la ametralladora o la bomba atómica.

La historia es un drama de muchos actos..., de violencia, sobre todo, aunque también un progreso ininterrumpido, digamos, desde el cazador de cabezas hasta el especialista en lavados de cerebro, desde la cerbatana hasta el misil, desde el derecho del más fuerte hasta el derecho escrito en articulados, ese disfraz de la violencia. Y así vamos de tratado de paz en tratado de paz, de metástasis en metástasis, de tropiezo en tropiezo.

22

Queda visto, pues, lo que es permanente dentro de las mudanzas de la historia, la estructura que la informa en profundidad. He ahí el punto fijo en medio del cambio, la verdadera "histoire de longue durée" (Braudel), o en todo caso más duradero que las eras abarcadas por esa noción: un "modelo" que lleva milenios de vigencia, un ritmo más o menos uniforme, una especie de "histoire biologique". Es casi como el ritmo de las mareas o el de las estaciones de la naturaleza, que también se repite a su manera; aunque pueda parecer desprovisto de una finalidad, obedece a leyes causales, a cuyas manifestaciones, sin embargo, sólo podemos asignar una probabilidad estadística y no una certeza. Por el contrario, la historia responde a

[31] Ranke, Werke 1887, 318. Braudel 167. Lutz 320 ss.

intenciones y a voluntades, es decir, a acciones humanas deliberadas.[32]

Indudablemente, la historia en su globalidad es también acción humana única e irrepetible. Sin duda, la dimensión antropológica subrayada por el historicismo, la categoría de la individualidad, tiene sus derechos en esto como en todo: la importancia de la idiosincrasia de una persona determinada, la relevancia del carácter único de los fenómenos. Pero también está lo general, lo común, lo constante, mil veces demostrado empíricamente, sin que por eso sea necesario creer como Hobbes, pongamos por caso, o como Gobineau y como Burke, en la posibilidad de cultivar la historia con la perfección y la precisión de las ciencias naturales; esa historia de la que el mismo Edmund Burke escribió, en 1790 (en sus *Reflections on the Revolution in France),* que estaba hecha en su mayor parte "de la miseria que impera en el mundo por causa de la vanidad, la ambición, la codicia, la venganza, la lujuria, la insumisión, la hipocresía, y todas las demás pasiones desatadas. [...] Estos vicios son la causa de aquellas tormentas. La religión, la moral, las leyes, las prerrogativas, los privilegios, no son más que pretextos". Y el mismo Kant decía no poder encontrar ninguna intención racional y propia en los hombres y en sus juegos, refiriéndose a "la marcha absurda de los negocios humanos" y afirmando no poder evitar "un cierto enojo cuando uno contempla lo que sucede, por acción y por omisión, en el gran teatro del mundo, y que pese a ocasionales asomos de prudencia, al fin se mezclan en todo la necedad, la infantil vanidad, y también no menos infantiles actos de malicia y afán destructivo; de manera que, en conclusión, no sabe uno qué opinar de esta especie nuestra, tan pagada de sus supuestas prendas".[33]

Muchos sucesos abonan estas opiniones de Burke y de Kant, sobre todo después de los dos siglos transcurridos. Parece como si la humanidad careciese de capacidad para elevarse y redimirse de la miseria moral. En efecto, lo histórico es el infierno, y la historia la resurrección de lo que no debería volver nunca; un espectáculo ruin, en el que los pueblos (perros encadenados que sueñan con la libertad) mueren más pronto bajo las consignas que éstas bajo los pueblos. De esta manera, gobernar, por lo general, no significa sino impedir la justicia, hacer lo menos posible para muchos y lo máximo para muy pocos; y el derecho tampoco es la precondición de la justicia, sino que sirve únicamente para evitarla y prevenirla. *Summa sumarum:* que no se puede hablar de ética a los que sólo creen en la "política de las realidades". Como dicen los chinos, háblale de ideas a un chacinero y creerá que estás hablando de cerdos. Las ideas no son sino las bambalinas del escenario del mundo; en la escena, mientras unos mueren otros ríen entre bastidores. El militarismo es la mística del homicidio, la historia apenas otra cosa sino negocios, la riqueza pocas veces otra cosa sino el residuo de los crímenes, y mientras los unos se desmayan de hambre los otros están hartos antes de sentarse a la mesa. El hecho de que, cuando salgamos de este mundo, como lamentaba Voltaire, hayamos de dejarlo tan necio y mísero como lo encontramos al nacer, parece todavía una idea soportable ante la sospecha de que dentro de dos mil años aún será tan necio y mísero como lo era dos mil años antes de nosotros.

23

Tal vez fuese otro el juicio, o mejor dicho seguramente lo sería, si pudiéramos

[32] Nipperdey 33 ss. Cit. 49. Aydelotte, Das Problem 218.

[33] E. Burke, ci. s/Meinecke, Historismus 286. Cf. también nota 58.

abarcar totalmente la historia, el conjunto del universo humano, aunque a mi modo de ver eso quizá sería peor. Pero la verdad es que el conocimiento completo de los hechos es utópico, limitado nuestro saber histórico, perdidas o intencionadamente destruidas muchas informaciones valiosas; de la mayoría de los acontecimientos, además, jamás quedó comprobante alguno. Todo cuanto sabemos, a excepción de algunos testigos de piedra, visibles o desenterrados por los arqueólogos, se lo debemos a la historiografía. Y por minúscula que sea la noticia que ella nos da, nada más podemos averiguar: *quod non est in actis, non est inmundo.*

Como cualquier otro historiador, yo sólo contemplo una historia de entre las incontables historias posibles, particular, peor o mejor delimitada; e incluso de ese aspecto parcial no puede considerarse todo el "complejo de la acción", idea absurda, dado además el volumen de los datos existentes: teóricamente imaginable, pero prácticamente imposible y ni siquiera deseable.

No. El autor que se proponga escribir *La historia criminal del cristianismo* se ve constreñido a mencionar sólo el lado negativo de esa religión. No presentará un *continuum* sin fisuras, cosa también imposible, por supuesto, sino un "modelo de realidad" conforme a su propósito, en el que señalará únicamente los hechos más destacados y sintomáticos del devenir cronológico, los rasgos esenciales e históricamente relevantes, los que acarrearon las consecuencias más graves, los efectos más negativos y terribles, cuyo peso ha excedido a fin de cuentas el de los supuesta o realmente positivos. Quiero mostrar asimismo la tendencia que determina la historia, esa tendencia de fondo que ha condicionado o marcado durante esos dos mil años los destinos de las generaciones y las naciones, influidas, dominadas o combatidas por el cristianismo; señalaré las cabezas y las ideas rectoras de esa política cristiana, sus declaraciones, sus acciones, y muchos miles de hechos, hechos típicos, no alineados intencionadamente en un contexto tendencioso, ni con intención maliciosa ni calumniadora, sino presentados en su verdadero y propio contexto.

24

Quien prefiera leer acerca de otros aspectos, que lea otros libros: *La fe gozosa,* por ejemplo, *El Evangelio como inspiración, ¿Es verdad que los católicos no son mejores que los demás? ¿Por qué amo a mi Iglesia? El cuerpo místico de Cristo, Bellezas de la Iglesia católica. Bajo el manto de la Iglesia católica. Dios existe (Yo le he conocido). El camino del gozo hacia Dios, La buena muerte del católico. Con el rosario hacia el Cielo, SOS desde el Purgatorio, El heroísmo del matrimonio cristiano.*[34]

[34] Froher Glaube, D. Soeller/K. Munser, Das Evangelium ais Inspiration, Impulse zu einer christlichen Praxis, 1971. J. Scherer, Warum liebe ich meine Kirche? Ein Weckruf für Jugend und Volk, 1910. F. Jürgensmeier, Der mystische Leib Christi ais Grundprinzip der Asketik. Aufbau des religiósen Lebens und Strebens aus dem Corpum Christum mysticum, 1938. K. Adam, Der Christus des Glaubens. Vorlesungen über die kirchiiche Christologie; 1954. El mismo, Christus unser Bru- der, 1934. G. Rippel, Die Schónheit der katholischen Kirche, dargestellt in ihren áusseren Gebrauchen in und ausser dem Gottesdienste für das Christenvolk, 1911. L. Rüger, Geborgenheit in der katholischen Kirche. Katholisches Familienbuch, 1951. Rost, Die Fróhlichkeit in der katholischen Kirche, 1946. A. Doerner, Sentiré cum Ecciesia. Ein dringender Aufruf und Weckruf an Priester, 1941. H.J. Müller, Beichten ein Weg zur Freude. Ein Büchiein vom rechten Beichten, 1961. Th. Ballsieper, Das gnadenreiche Prager Jesulein, 1968. A. Frossard, Gott existiert. Ich bin ihm begegnet, 1970. D. Considine, Frohes Gehen zu Gott, 1928. L. Drenkard, Mitdem Rosenkranz in den Himmel. Der grosse Segen des Rosenkranzgebetes, 1935. A.M. Weigí, SOS aus dem Fegfeuer, 1970. J.

O si le parece demasiado monótona esa selección, provista casi siempre de *Imprimatur,* hay otros heroísmos, no sólo el del matrimonio cristiano: *Heridas del héroe. La Cruz en el hospital de campaña. Nuestra guerra (Consideraciones éticas), La conciencia ético-religiosa durante la guerra mundial. La guerra mundial a la luz de los sermones de campaña del protestantismo alemán. Lucha y victoria (Ideas en Viernes Santo y Pascua como mensaje de la Patria para el Ejército y la Armada), Libro de himnos para el personal militar evangélico. Bendiciones para el frente de batalla. El pastor de almas en la guerra. Pastores en el ejército de Hitler, ¡A las armas! Fidelidad hasta la muerte. Caídos en el seno del Señor, Jóvenes caídos con honor. Bienaventurados sean los caídos, María Auxiliadora de Occidente (Fátima y la "Vencedora en todas las batallas de Dios": el combate decisivo en Rusia).*[34a]

¡La literatura pro-cristiana! Más numerosa que las arenas del mar: contra 10.000 títulos apenas uno por el estilo de esta *Historia criminal del cristianismo.* Sin olvidar los millones de ejemplares que suman las incontables publicaciones periódicas confesionales, y que medio mundo anda lleno de reclutadores profesionales del cristianismo, de iglesias, de conventos; incluso las pequeñas pantallas están saturadas de Cruz y de Cristo, hasta el punto de que si Goethe viviera hoy, tendría motivos para repetir aquel sarcasmo suyo: "Entre tantas cruces y cristos, al Cristo verdadero y a su Cruz han ocultado"; en nuestros televisores veremos desde la ingeniosa *Palabra de Dios dominical* hasta las infiltraciones en todas las emisiones imaginables de todos los espacios culturales, sin olvidar la bendición papal *urbi et orbe* en no sé cuántos idiomas. Y resulta que verdaderamente hay entre los cristianos hombres de buena voluntad, como sucede en todas las religiones y en todos los partidos, lo que no debe tomarse como dato en favor de esas religiones y partidos, porque si eso se admitiese, ¡cuántos sinvergüenzas testimoniarían en contra! Hay incluso pastores que se inmolan voluntariamente por sus ovejas..., aunque los jefes de esos pastores prefieran comérselas. Porque todas las religiones viven, en parte, del hecho que algunos de sus creyentes son mejores que ellas. Y los cristianos buenos son los más peligrosos, porque tienden a confundirse con el cristianismo, o para decirlo con las palabras de Lichtenberg, "existen muchos cristianos justos, indiscutiblemente, sólo que no es menos cierto que sus obras *in corpore* y como tales nunca han servido para gran cosa".[35]

25

Juicios semejantes y expresados en términos bastante más contundentes los

Neuháusler (ed.), Heldentum in der christlichen Ehe, 1952.

[34a] H. Mohr, Der Held in Wunden, Gedanken und Gebete, 1914. Pastor Zeis- sig, Kriegs-Pfíngst- Predigt über Hesekiel 36, 26-27 gehalten am 1. Pfíngstfeiertag, den 23. Mai 1915 in der Jakobikirche zu Dresden. A. Titius, Unser Krieg. Ethische Betrachtungen, 1915. F. Koehier, Das religiós-sittiiche Bewusstsein im Weltkriege, 1917. El mismo, Der Weltkrieg im Lichte der deutsch-protestantischen Kriegspredigt, 1915. Conrad, Kampf und Sieg. Krafreitags-und Ostergedanken ais Gruss aus der Heimat für Heer und Marine, s/f. Estevant/Schneider (ed.), Katholisches Gesangund Gebetbuch für die Kriegsmarine, 1941. Feldgesangbuch für die evangelischen Mannschaften des Heeres, 1914. J. Preau, Priester im Heere Hitlers, 1962. J.M. Hócht, Maria rettet das Abendiand. Fatima und die "Siegerin in alien Schiachten Gottes" in der Entscheidung über Russiand, 1953. Todos los de- más títulos en M. v. Faulhaber (ed.). Das Schwert des Geistes. Feldpredigten im Weltkrieg.2ed. l917.

[35] Lichtenberg, Sudelbücher 379. Goethe, Venezianische Epigramme Nr. 67 y Fragment vom Ewigen Juden; cf. anexo "Goethe und das Christentum" en Deschner, Hahn 599 ss.

hallamos en personajes tan diferentes entre ellos como Giordaño Bruno, Bayie, Voltaire, Diderot y Helvecio, Goethe, Schiller y Schopenhauer, Heine y Feuerbach, Shelley y Bakunin, Marx, Mark Twain o Nietzsche. O como Hebbel, quien vio que "el cristianismo trajo al mundo escasas bendiciones y muchas desgracias", observación en la que, dice, "coinciden muchas de las cabezas mejores y más nobles". Y halla las causas no en *la Iglesia* cristiana, como la mayoría de los críticos, sino "en la *religión* cristiana", esa "peste de la Humanidad", "germen de toda discordia": "Odio y aborrezco el cristianismo"; y quiere plantear "a la altanería cristiana una única pregunta: ¿cómo se explicaría que todo el que alguna vez fue *importante* en este mundo pensó del cristianismo lo mismo que pienso yo?".[36]

Que los cristianos, repitiendo la expresión de Lichtenberg, *in corpore* y en sus obras como tales nunca han servido para gran cosa, y que tenemos pleno derecho a compartir el desprecio de Hebbel hacia el cristianismo; es lo que se propone demostrar esta historia de "los crímenes del cristianismo".

¿En qué se basa mi trabajo?

Lo mismo que la mayoría de los estudios históricos, se basa en las fuentes, en la "tradición", en la historiografía contemporánea. Es decir, sobre todo en textos. Se funda en la bibliografía histórica secundaria y sus ciencias auxiliares, la numismática, la heráldica, la sigilografía y otras, sin olvidar la utilidad de ciertas disciplinas parciales y estudios vecinos, en particular, como es lógico, la historia de la Iglesia con sus múltiples apartados que se entrecruzan: la historia de las misiones, la de la fe, la de las doctrinas teológicas y los dogmas, las vidas de mártires y otros religiosos, la historia del papado e incluso la historia de las "devociones". Hay que tener en cuenta, asimismo, a la arqueología, la historia económica y social, la historia del derecho común y constitucional, la historia militar y de la guerra, la geografía y la estadística. Un espectro tan amplio de disciplinas, en muchas de las cuales las investigaciones se hallan además tan avanzadas que incluso los especialistas tienen dificultad en seguirlas, sólo puede explotarse de manera parcial, incompleta.

26

Sin embargo, hay una cuestión más importante que la de las bases de mi trabajo, bastante obvias por otra parte. Esa cuestión es: ¿cómo veo yo la historia? ¿Y cómo la describiré? Porque las diferencias de planteamiento metodológico suelen determinar desde el primer momento los puntos de vista y las valoraciones. Un teórico de la ciencia como Wolfgang Stegmüller ha llegado a afirmar que "el método elegido determina en grado decisivo la perspectiva teorética resultante de la investigación".[37]

Nadie creerá que el autor de una *Historia criminal del cristianismo* vaya a tomar de la Revelación, ni de Roma, los principios de su historiografía, ni siquiera de una noción protestante de la Iglesia, por espiritualizada que nos la presenten, ni de ninguna interpretación teológica de la historia por "progresista" que se pretenda. Esos saltos mistificantes de fronteras, hacia las categorías de la perspectiva sobrenatural, ese pasar de la historia a la "intrahistoria" y de las esferas terrestres a las celestes, quedan reservados **a los apóstoles del delirio histórico-salvífico**, a los

[36] Sobre los autores citados cf. Deschner (ed.). Das Christentum I y II passim. Sobre Hebbel: Ahiheim, Hebbel, en Deschner ibíd. 1300 ss, esp. 304 ss.

[37] Stegmüller, Glauben 7.

numerosos lacayos de la Iglesia condicionados desde el seno materno y la familia, pasando por el bautismo (es decir, en el fondo, por un azar geográfico) y hasta llegar a los honores, a los premios, a las cátedras, a las prebendas, aunque en el fondo, según me ha demostrado la experiencia, sean unos "creyentes" tanto más escépticos cuanto más inteligentes.

Pero ¿qué diré de mi propia objetividad? ¿Acaso no soy parcial también? ¿No hablo desde mis propios prejuicios?

¡Naturalmente! Como cualquier hijo de vecino. Porque todos somos subjetivos, todos estamos condicionados por múltiples influencias, individuales y sociales, por nuestro origen, nuestra educación, nuestro ambiente social, nuestra época, las experiencias de nuestra vida, los intereses que nos llevan a explorar estas o aquellas áreas del conocimiento, por nuestra religión o irreligión; en fin, por una multiplicidad de influjos variados y toda una red de vínculos determinantes.

Si todos estamos condicionados, lo mismo cabe decir del historiador. El primero en admitirlo, para lo tocante a la ciencia histórica, fue Chiadenius. Así que yo también tengo mi "punto de mira", según la terminología un poco obsoleta de Chiadenius, o mi "posicionamiento", de acuerdo con la noción clásica introducida por Kari Mannheim en la sociología de la ciencia; sin duda, estoy también determinado por un cierto clima de opinión contemporáneo, por mis estudios y por los demás conocimientos que he ido adquiriendo. Admito que antes de ponerme a escribir había tomado ya ciertas decisiones; sólo un inconsciente podría abordar una tarea así desde una pretensión de completa imparcialidad. Pero, prescindiendo de que una investigación iniciada desde esa óptica apenas conseguiría interesar a nadie, ni siquiera el más ignorante podría seguir siéndolo por tiempo indefinido, porque no tardaría en formarse algunas "opiniones previas", de cualquier signo que fuesen.[38]

27 Uno de mis críticos me acusaba de "parcialidad" por exponer en el prólogo de un trabajo mío ciertas tesis que, a su entender, debían figurar al final. Prescindiendo de que yo, como la mayoría de los autores, suelo escribir el prólogo cuando la obra está terminada, cuando empiezo un libro, naturalmente, y también como la mayoría de los autores, tengo una idea bastante aproximada de lo que voy a poner en él. Esto lo sabe cualquiera que haya escrito aunque sólo sea una carta. Hay que señalar que la investigación y la descripción, en historia, no sólo viven de coincidencias, como dice Droysen, sino que las buscan deliberadamente. Es preciso "saber lo que se busca, porque sólo así lo encuentra uno; las cosas hablan con tal de que uno sepa preguntarles".[39]

Después de estudiar la historia, y en particular la del cristianismo, durante muchos lustros, y a medida que uno va conociéndola mejor, se forma una cierta Filosofía de la historia (Voltaire fue el primero que utilizó ese término), una cierta opinión del cristianismo, no peor, porque no podía serlo, y repito que no soy el único que piensa así. Pero cuando expongo sin rodeos mi subjetividad, mi "punto de mira" y mi "posicionamiento", me parece que demuestro mi respeto al lector mejor que los

[38] Sobre Chiadenius cf. Koselleck, Theoriebedürftigkeit 50, y además Schaff, Der Streit 33 ss, esp. 38 ss.

[39] Cit. s/P. Kluke, Neuere Geschichte, p. 154.

escribas mendaces que quieren vincular su creencia en milagros y profecías, en transubstanciaciones y resurrecciones de entre los muertos, en cielos, infiernos y otros prodigios, con la pretensión de objetividad, de veracidad y de rigor científico.

¿Acaso no soy yo, con mi parcialidad confesa, menos parcial que ellos? ¿Es que mi experiencia, mi formación, no me autorizan a formarme una opinión más independiente acerca del cristianismo? Al fin y al cabo yo abandoné el cristianismo, pese a haberme formado en un hogar profundamente religioso, tan pronto como aquél dejó de parecerme verdadero, con lo que no dejaba de privarme de ciertas oportunidades que, de otro modo, quizá habrían estado a mi alcance. ¡Siempre me sorprende comprobar cómo el partido cristiano niega seriedad a las interpretaciones de la historia soviética of recidas por historiadores soviéticos, mientras toma muy en serio las interpretaciones cristianas de los teólogos cristianos!

28

Admitámoslo: todos somos "parciales", y el que pretenda negarlo miente. No es nuestra parcialidad lo que importa, sino el confesarla, sin fingir "objetividades" imposibles ni elevar pretensiones de "verdades eternas". Lo que importa es la cantidad y la calidad de las pruebas que aduzcamos para documentar nuestra "parcialidad", si las fuentes utilizadas son relevantes, si el instrumental metodológico, el nivel de argumentación y la capacidad crítica son adecuados. Lo decisivo, en fin, es la superioridad palmaria de una "parcialidad" sobre otra.

¡Todos somos parciales! Todo historiador tiene sus determinantes vivenciales y psíquicas, sus opiniones previamente formadas. La situación de cada uno está socialmente determinada, en función de la clase y del grupo. Todos tenemos nuestras simpatías y nuestras antipatías, conocemos nuestras hipótesis favoritas y nuestros sistemas de valores. Cada cual juzga de manera personal, especulativa, condicionado por su propio horizonte mental a la hora de plantearse los problemas, y en el trasfondo de sus trabajos pueden hallarse siempre "explícitas, o implícitas como sucede más a menudo [...] convicciones de alcance muy general acerca de la Filosofía de la historia" (W.J. Mommsen).[40]

Esto es particularmente cierto en el caso de los historiadores que más se empeñan en negarlo, porque son los que más mienten..., y luego se echan mutuamente los perros del cristianismo; qué ridículo, cuando leemos que los católicos acusan de "parcialidad" a los protestantes, los protestantes a los católicos, cuando miles de teólogos de las más variadas confesiones se lanzan mutuamente tan socorrido reproche. Por ejemplo, cuando el jesuita Bacht quiere ver en el protestante Friedrich Loofs "un exceso de celo reformado en contra de la condición monástica como tal", motivo por el cual "sus opiniones son demasiado unilaterales". ¿Y cómo no iba a opinar con parcialidad el jesuita Bacht cuando se refiere a un reformado, él, que pertenece a una orden cuyos miembros tienen la obligación de creer que lo blanco es negro y lo negro blanco, si así lo manda la Iglesia?[41]

Lo mismo que a Bacht, a todos los teólogos católicos el hábito de la obediencia incondicional se les impone a través del bautismo, el dogma, la cátedra, la licencia eclesiástica para imprimir y otras muchas obligaciones y cortapisas. Y así viven año

[40] Mommsen, Die Sprache 77 s. Schaff, Der Streit 38 ss.
[41] Bacht, Die Rolle 202, nota 27.

tras año, disfrutando de un sueldo seguro, a cambio de propugnar una determinada opinión, una doctrina concreta, una interpretación determinada de la historia, fuertemente impregnada de teología. De la que pocos se atreven a renegar, porque las consecuencias pueden ser terribles. En Italia, una vez firmado el Concordato de 1929 con Mussolini, los clérigos que colgaban la sotana no podían enseñar en ningún centro ni desempeñar cargo público alguno. Todos y cada uno de estos casos eran tratados durante lustros "como si hubiesen asesinado a alguien, con el objeto de conseguir que los renegados sean arrojados a la calle sin contemplaciones y se mueran de hambre" (Tondi, S.J.). Es bien significativo que el cardenal Faulhaber, de Munich, recomendase expresamente ese artículo 5 del Concordato italiano a la atención de Adolf Hitler, como hizo el 24 de abril de 1933, es decir, sin pérdida de tiempo. Pero los lacayos de la Iglesia no dimiten; al contrario, cuanto mayor sea su inteligencia y más profundo su conocimiento de la historia, más prefieren seguir fingiendo; no tanto para engañarse a sí mismos, sino para seguir cultivando el engaño de los demás. Por ejemplo, acusando de parcialidad a los adversarios de su confesión y fingiendo creer que, en cambio, los católicos se encuentran a salvo de tal defecto; como si existiese, de dos mil años acá, otra parcialidad más pérfida que la católica. Precisamente por eso, ellos se certifican siempre a sí mismos el más invariable respeto a la verdad científica y a la objetividad.[42]

29 Mientras tanto, la consideración de la historia como ciencia, como saber objetivante, y la posibilidad de la objetividad en el terreno científico (que es un problema de "teoría de la historia") está siendo puesta en duda o negada tajantemente por los mismos historiadores, y digo más, por los "especialistas". En nuestra sociedad, el que no figura en la nómina de la industria científico-histórica establecida, en el muy ilustre gremio de la interpretación universitariamente homologada, siempre en cabeza de las investigaciones, lo que equivale a decir siempre atento a la próxima vuelta de la tortilla del poder, simplemente no existe. Al menos de momento..., porque a veces se cambian las tornas. He leído a demasiados historiadores como para respetarlos mucho; por el mismo motivo, a algunos, pocos, los respeto tanto más. En la mayoría de los casos, sin embargo, la lectura de libros de historia puede ser tan útil como la lectura del vuelo de los pájaros que hacían los antiguos augures. No en vano un hombre tan notable en su especialidad como el francés Fernand Braudel nos previene contra "l'art pour l'art" en los dominios de la historia. Y según William O. Aydelotte, un experto inglés, el criterio del consenso en el seno del grupo erudito "con frecuencia conduce a un dominio insuficiente del of icio", ya que el historiador podría caer bajo el dominio de "influencias externas" y tal vez acabaría por decir "no lo que refleja sus verdaderas convicciones u opiniones, sino lo que cree que puede agradar a su público".[43]

Cuan revelador el hecho de que cada generación de historiadores se dedique a reescribir la misma historia, a revisar esa antigua periodificación y esos personajes tradicionales, exactamente como hizo la generación anterior de sabios con las obras de sus predecesores, ¿y sin duda para verse a su vez puesta en tela de juicio por la siguiente? Porque, ¿se sigue discutiendo de un asunto cuando éste ha quedado bien

[42] Tondi, 216.; H.Maier 281s.

[43] Braudel, p. 182, Aydelotte, Das Problem 224. Beard 74 ss. Schaff, Geschichte und Wahrheit 87 ss.

resuelto? Parafrasear un relato, ¿aporta algo nuevo al mismo? ¿Es eso investigación, progreso y profundización del saber? En historiadores del pasado encuentro a menudo cosas mejores, y a veces mucho mejores, que en los modernos.

30

Naturalmente, los historiadores han buscado explicaciones para esa "reinterpretación de la historia" (Acham), para sus "innovaciones historiográficas" (Rüsen), explicaciones seductoras muchas veces, pero que no quitan el hecho de que la generación de historiadores que les suceda volverá a escribir la historia a su vez. Entre los unos y los otros surgen nuevos criterios, ideas predominantes, modos de expresión, métodos y "modelos", apreciaciones y depreciaciones dictadas por las modas, claves que adquieren o pierden vigencia según el interés de la época. Durante el siglo XIX predominó la "historia de acontecimientos", hoy los estudios se vuelven más hacia la "historia cuantitativa". También hay posiciones mediadoras. De vez en cuando alguien recupera las técnicas antiguas, si es que en realidad no las hemos conservado siempre, de la "histoire événementielle" narrativa que, siguiendo una tradición que se remonta a la Antigüedad y que contempla la historia como una disciplina principalmente literaria, había sido desplazada en casi todas partes, con la posible excepción de Inglaterra, por la "histoire structurelle", la reflexión analítica, el discurso crítico, la fijación de los conceptos con todo el rigor posible. Y así se ha producido recientemente en todo el mundo un renacimiento de la antigua historia narrativa, o una especie de reequilibrio. Otros siglos verán otras maneras de ver las cosas, otros criterios de plausibilidad, otras disputas metodológicas, nuevas formas mixtas y nuevos mediadores.[44]

Podremos preguntarnos de dónde sacan los historiadores la suficiencia para "sonreírse hoy de ciertas manifestaciones [...] de ingenuidad histórica del siglo XIX" (Koselleck), olvidando que los historiadores del siglo XXI tendrán ocasión de sonreírse al contemplar el estado de los conocimientos y de las opiniones de muchos historiadores del XX, y que a su vez muchos del XXII se sonreirán de los del XXI..., siempre suponiendo, naturalmente, que esos siglos llegue a verlos la humanidad. ¿No será una constante de todas las épocas eso de reírse los unos de los otros entre historiadores, y no serán locos los que así se empeñan en afirmar que ellos han descubierto las leyes inmutables de la ciencia histórica, o por lo menos las más probables, o que han andado cerca de ellas?[45]

Algunos objetarían que en esto de reescribir, parafrasear y reorientar continuamente la historia hay que ver la prueba de su propio afán de verdad y de exactitud científica, de la incesante búsqueda de mayor objetividad, de mayor precisión, teniendo en cuenta por otra parte la existencia de unas mejores condiciones de trabajo, de un instrumental más poderoso, de nuevas técnicas de investigación y nuevos métodos de interpretación, de sondeos más profundos, mejores posibilidades de verificación, nuevas concepciones teoréticas y metodológicas, planteamientos mejor delimitados, o ampliados, o más exactos de los problemas, sin mencionar las localizaciones de nuevas fuentes.

Sin embargo, lo que demuestran en realidad las obras de los historiadores es que

[44] Cf. Mommsen, Die Sprache 60 ss. Koselleck, Vergangene Zukunft 280 ss. Jauss 415 ss. Acham, p. 107.

[45] Koselleck, Theoriebedürftigkeit 47. Acham, p. 108 ss.

el centro de gravedad de sus intereses sólo se desplaza, por lo común, cuando se desplazan los intereses de la actualidad, sus ideologías, sus conceptos; que la historiografía se halla mediatizada en cierta medida por presupuestos extracientíficos, del entorno metacientífico, por los poderes imperantes, por la praxis política, que está sometida al influjo determinante de la voluntad estatal, que obedece a las disposiciones y a las intenciones de los dictadores y que, por consiguiente, como enseña el presentismo desarrollado sobre todo por los historiadores norteamericanos (contra el positivismo), no es más que la proyección sobre el pasado de los intereses del presente; esto se manifiesta en todo el mundo, y precisamente en nuestro siglo más que en ningún otro. Y lo mismo debió suceder durante el siglo pasado, *mutatis mutandis.* ¡De qué sirven las mejores teorías sobre la objetividad de la ciencia histórica, cuando la realidad de esa misma ciencia niega tales teorías a cada paso! Tal contradicción casi nos recuerda la que existe entre las prédicas del cristianismo y sus prácticas.

31

Tampoco las polémicas metodológicas, como la famosa disputa metodológica del siglo XIX, suelen ser objetivas, sino discusiones de orden político, procesos de transmutación de los valores sociales. Donde aparentemente se habla de ciencia, de investigación, de reflexión teórica, en realidad advertiremos la influencia de las realidades pre y extracientíficas, la política cotidiana, las realidades de la vida social, la subjetividad, los egoísmos.[46]

Al problema de la subjetividad se le suma otro más especial y delicado que guarda relación con el mismo. La dificultad no proviene del hecho de que las fuentes se hallen a menudo incompletas, de que las dataciones son inseguras, por no hablar de las considerables diferencias que se registran entre disciplinas distintas como la arqueología, la lingüística y la historia; la cuestión a que nos referimos es que la historia está hecha de textos, que toda historiografía es lenguaje, y lenguaje de historiador por más señas.

Según Louis Halphen (1946), sería suficiente "dejarse llevar por los documentos de una manera determinada, en la misma sucesión en que se nos han of recido uno tras otro, para ver establecido, de modo casi automático, el encadenamiento de los hechos". Pero, por desgracia, los hechos "historiográficos" no son lo mismo que los hechos "históricos", las palabras no son la realidad, no *sonfaits bruts,* y lamentablemente no existe "una divisoria exacta entre historia y mitología [...], ninguna frontera claramente delimitada entre *hechos* y teorías" (Sir Isaiah Berlín), sino que las unas y los otros "están entretejidos, de tal manera que sería inútil el pretender separarlos" (Aron). Y efectivamente, también los hechos históricos pueden ser vistos y valorados de diferentes maneras, iluminados bajo un determinado prisma, u oscurecidos, deformados, tergiversados, falseados, o pueden of recer de por sí diferentes niveles de interpretación, habiendo nacido ya como "construcciones científicas" (Bobinska), como una "construcción del historiador" (Schaff). En una palabra, que la vida histórica no se puede captar adecuadamente mediante la simple reproducción; escribir historia siempre es entretejer hechos, hipótesis, teorías. "Todo hecho es ya teoría", según la aguda definición de Goethe.[47]

---

[46] Groh, 321ss.

[47] L. Halphen, Introduction á l'histoire, 1946, 50. Cit. s/Braudel, p. 169 s. Berlin 70. Aron 19. Schaff, Der

32

Por cuanto la historia es pasado, nunca nos vemos inmediatamente confrontados con un acontecimiento histórico, con el hecho desnudo como tal, con "lo que propiamente fue", según Ranke; lo que desde luego parece más modesto que el propósito originario. El historiador conservador, que comparaba su of icio con el del sacerdote (¡vaya por Dios!) y se extendía él mismo certificados de imparcialidad y máxima objetividad, aseguraba querer "borrar su subjetividad" y "hablar sólo de cosas tales, que dejen ver las fuerzas poderosas", atribuyendo a la historia "verdadera" la misión, más allá de los pros y los contras partidistas, de "ver, de iluminar [...] para luego dar cuenta de lo visto".[48]

Esta fe inconmovible del objetivismo, llamada "ocularismo" por el conde Paúl York Wartenburg y satirizada como proposición de una "objetividad del eunuco" por Droysen ("sólo los inconscientes pueden ser objetivos"), es ilusoria. Porque no existe verdad objetiva en historiografía, ni la historia tal como ocurrió; "sólo puede haber interpretaciones históricas, y de ésas ninguna es definitiva" (Popper). Pensemos que el historiador sólo tiene en sus manos descripciones de los "sucesos" o de los "hechos", y eso desde las "fuentes" mismas, es decir, los soportes primarios de la información, las epigrafías, los documentos.[49]

Pero esas descripciones, a su vez, son obra de unos autores que utilizaban para su trabajo recursos retóricos y narrativos, pues en todas las épocas se ha suscitado y se sigue suscitando la necesidad de explicar los hechos en un orden determinado, y eso es un acto no tanto científico como literario. Los autores de las descripciones, de buena o de mala fe, omiten tal cosa, callan tal otra; a ellos, naturalmente, también les mueven unos intereses, una mayor o menor parcialidad, a partir de la cual los comprobantes originales, digamos que correctos (teniendo en cuenta que toda traducción es, en mayor o menor medida, interpretación) han sido coloreados de una manera determinada, situados en un cierto contexto; de manera más o menos consciente, la visión del mundo que tengan esos autores habrá servido de hilo conductor a su interpretación. Al problema de los textos se suma con frecuencia el de la tradición, o el fenómeno, no tan raro como se cree, de las falsificaciones y las interpolaciones. Y tampoco los historiadores modernos se apartan un ápice de esa línea cuando manejan los documentos y seleccionan éste, omiten el otro, subrayan, explican, dilucidan, fieles a su propia *Weltanschauung.*

33

La existencia de los corifeos no contribuye a reforzar nuestra fe en la objetividad de su of icio, que digamos. Theodor Mommsen (Premio Nobel en 1902) dejó escrito que la fantasía "es madre de toda Historia lo mismo que de toda poesía"; Bertrand Russell puso a una de sus obras el título de *History as an Art;* A.L. Rowse, destacado historiador inglés de nuestro siglo, dice que la historia está mucho más cerca de la poesía de lo que comúnmente se cree: "In truth, I think, it is in essence the same" ("En verdad creo que es en esencia lo mismo"). Según Geoffrey Elton (1970), es sobre todo "narración": "A story, a story of the changíng fortunes of men, and

Streit 33 ss, especialm. 36 ss. Bobinska 16 ss, 28 ss. Ludz/Rónsch 71 ss.

[48] Ranke, Werke vol. 33/34 p. VII; vol. 15 p. 101; vol. 43/44 p. XVI. El mismo, Das Briefwerk 518; cf. al respecto Vierhaus 63 ss.

[49] Schieder, Unterschiede 379s. Popper 332. Cf. al respecto H. Rutte, Karl Popper und die Geschichte 111 ss.

political history therefore comes first because, above all the forms of historical study, it wants to, even needs to, tell a store" ("Narración de la suerte cambiante de los hombres, y por eso la historia política es la primera, por encima de todas las formas de los estudios históricos, porque quiere, más aún, necesita narrar"). También Hayden White ha afirmado recientemente que los textos históricos no son sino "productos del arte literario" *(literary artifacts).* Conocedores del tema como Koselleck y Jauss coinciden en afirmar que la facticidad y la ficción se entretejen. Quizá haya sido H. Strasburger el autor de la definición más acertada (1966), la misma que admitió expresamente F.G, Maier en 1984: "La historia es una disciplina mixta que participa de la ciencia y del arte", añadiendo "hasta hoy mismo", aunque ya Ranke había dicho, en 1824, que la misión del historiador era "tanto literaria como erudita", y que la historia misma era "arte y ciencia al mismo tiempo".[50]

Si tenemos presente que todas las operaciones no objetivas, "no naturalistas", de los historiadores posteriores utilizan como material las exposiciones, los patrones interpretativos, las tipificaciones de los historiadores pretéritos, que actuaron a su vez de la misma manera, más o menos, porque no hay otra, y que incluso nuestras "fuentes" tienen un origen similar, que han atravesado otras mediaciones y otras interpretaciones, que son ya selección, híbridos de hechos históricos y texto, y eso en el mejor de los casos, es decir, "literatura" que no significa sino *constructo* o "tradición", si lo vemos raro, parecerá evidente que toda historiografía se escribe sobre el trasfondo de nuestra personal visión del mundo.[51]

Es verdad que muchos eruditos carecen de tal visión del mundo y por ello suelen considerarse, ya que no señaladamente progresistas, sí al menos señaladamente imparciales, honestos y verídicos. Son los adalides de la "ciencia pura", los representantes de una supuesta postura de neutralidad o indiferencia en cuanto a las valoraciones. Rechazan toda referencia a un punto de vista determinado, toda subjetividad, como pecados anticientíficos o verdaderas blasfemias contra el postulado de objetividad que propugnan, contra ese *sine ira etstudio* que tienen por sacrosanto y que, como ironiza Heinrich von Treitschke, "nadie respeta menos que el propio hablante". Tenemos, pues, "que lo que llaman ciencia pura, es decir, el registro de los sistemas y de las hipótesis, de las explicaciones y las observaciones, todo ello viene lleno, o mejor dicho, saturado hasta la saciedad de los más ancestrales mitologismos sensibles y ultrasensibles", como anotó Charles Péguy con clarividencia poco habitual, aunque hablando, como es lógico, desde su propia posición de católico.[52]

34

Pues bien, la ficción de la ingenuidad teórico-científica y la ocultación de las premisas ideológicas de la presentación histórica pueden servir para disimular muchas cosas, una inercia mental propia de la especialidad, por ejemplo, una estrechez de perspectivas, o la pusilanimidad que precisamente hace estragos en los círculos de expertos, en el "pequeño museo de los elegidos" (Von Sybel), un relativismo ético y un escapismo que huye cobardemente de las decisiones tajantes

[50] F.G. Maier, Der Historiker 83 ss. White 41 ss, Mommsen, Die Sprache 57 ss y bibliogr. en 60 s. Ranke, Werke vol. 33/34 p. VII. Cit. s/W. Hardtwig 185.

[51] Ludz/Rönsch 69 ss. Faber 9 ss.

[52] Treitschke, Deutsche Geschichte vol. V p. V. Péguy 80.

en materia de principios..., lo que no deja de ser también una decisión, ¡la de declararse irresponsable en nombre de la responsabilidad científica! Porque una ciencia que no quiere formular valoraciones, con ello, quiéralo o no, se hace aliada del *status quo,* apoya a los que dominan y perjudica a los dominados. Su objetividad es sólo aparente y en la práctica no significa otra cosa sino amor a la propia tranquilidad, apego a la seguridad y a la carrera. No discuto que un planteamiento histórico valorativo pudiera ser rechazado o descartado desde una determinada convicción científica. Pero sé que la repugnancia del historiador ante la interpretación de la historia, su miedo a admitir lo que ocurre en realidad, "no es más que otro ejemplo de la conocida 'trahison des cleros', la negativa del especialista a vivir lo que predica" (Barraclough).[53]

Sin duda existe más de un método y más de dos para cultivar la historia. O mejor dicho, existe una multiplicidad de métodos, como demuestra la historiografía norteamericana, sin que ninguno de ellos pueda pretender la exclusiva. Pero, aunque haya muchas formas diversas del saber y de la ciencia, aquí sólo nos importan dos posturas: la que cultiva la ciencia por sí misma, por considerarla como lo más elevado, lo último, como una especie de religión y que, como ésta, sería capaz de pasar por encima de los cadáveres (y lo hace); y aquella ciencia que sin considerarse ni lo más alto ni lo definitivo, se pone al servicio de los hombres, del mundo y de la vida, y en particular asocia la historiografía con "el deber de la pedagogía política", como ha dicho Theodor Mommsen, que no tuvo reparos en afirmar que la historia era el "juicio contra los muertos" y que a la vista de su "brutalidad desnuda", de su "barbarie supina", invitaba a abandonar "la fe infantil en cuanto a que la civilización consiga erradicar la bestialidad de la naturaleza humana".[54]

Las expresiones más conocidas de estas dos posturas frente a la ciencia podemos hallarlas en el siglo XIX: de un lado, el optimismo cientifista, tanto para las ciencias naturales como para las históricas, el positivismo y el objetivismo; del otro, el pesimismo radical de Nietzsche, quien vio en las ciencias naturales de su época "algo terrible y peligroso", y las denunció como manifestación de aquella "estolidez funestísima" susceptible de acarrear quizá, algún día, la ruina general. Similar es su valoración de la ciencia histórica imperante, que exige sea reemplazada por una historia "al servicio de la vida", una historia que of rezca "ejemplo, enseñanza, consolación", pero sobre todo una "Historia crítica", que juzgue el pasado, que "indague sin contemplaciones y que condene", porque "todo pasado [...] es digno de ser condenado".[55]

35

En un polo opuesto podríamos situar quizá a Max Weber, defensor de una separación rigurosa entre ciencia y juicios de valor, ya que según su concepto de la ciencia, ésta no debe ser sino investigación empírica e inventario analítico, ajena por

[53] Cf. carta de H. v. Sybeis a Waitz, mayo 1857, cit. en W.J. Mommsen, Objektivität und Parteilichkeit 143. Barraclough 222.

[54] Th. Mommsen, Römische Geschichte I 407. Más citas en Ch. Meier, Das ***Begreifen 208.***

[55] Otto Gerhard Oexle escribió en 1984 que el alegato de Nietzsche a favor de una historia no científica, sino crítica y puesta al servicio de la vida podía interpretarse como negación directa de lo afirmado por Ranke en 1824 en el sentido de que "no le incumbe a la Historia el pronunciar un juicio sobre el pasado" ni "el aleccionar al mundo actual en provecho del porvenir", sino simplemente "el mostrar lo que ocurrió en realidad".

definición a toda clase de valores, sentidos o finalidades; aunque también Weber distingue entre juicio de valor y (el término neokantiano de) referencia valorativa, ésta sí aceptada, entendiendo que los conocimientos científicos han de estar al servicio de unas decisiones tomadas en función de determinados valores, no sin incurrir con ello en flagrantes contradicciones.[56]

Pero nuestra vida no transcurre exenta de valores, sino llena de ellos, y las ciencias en tanto que parte de la vida, si se pretenden libres de valores incurren en hipocresía. Todos hemos de comparar, calibrar, decidir cada día; ¿por qué iba a librarse de esa ley la ciencia, que no es nada que esté fuera de nuestra vida, ni mucho menos por encima, y que figura entre las cosas que pueden amenazarnos o contribuir al progreso de la humanidad y del mundo? He tenido en mis manos obras de historiadores que venían dedicadas a la esposa, fallecida en un bombardeo, o tal vez a dos o tres hijos caídos en los frentes, y sin embargo, a veces, esas personas quieren seguir escribiendo "ciencia pura" como si no hubiese pasado nada. Allá ellos. Yo pienso de otra manera. Pues, aunque existiese, que yo digo que no puede existir, la investigación histórica totalmente apolítica, ajena a toda clase de juicios de valor, tal investigación no serviría para nada, sino para socavar los fundamentos éticos y abrir paso a la inhumanidad. Además no sería verdadera "investigación", porque no se dedicaría a revelar las relaciones entre las cosas; como mucho podría ser mero trabajo previo, mera acumulación de materiales, según ha señalado Friedrich Meinecke.[57]

36

Ahora bien, ¿hasta qué punto coincide la realidad de la historia con mi exposición? No entro aquí en el problema de la teoría del conocimiento (así como el de la estructura de nuestro aparato de percepción). He preguntado hasta qué punto, y no si coincide o no coincide. Pues cuando Wittgenstein dice de un axioma matemático que "no es axioma porque nos parezca evidente, sino porque admitimos la evidencia como prueba de verdad", y Einstein afirma que "las leyes de la matemática, en la medida en que se refieren a la realidad, no están demostradas, y en la medida en que están demostradas no se refieren a la realidad", ¿con cuánta mayor desconfianza no tendremos que considerar la historiografía?[58]

Todo historiador escribe dentro de un determinado sistema de referencia político y social, y eso se refleja de manera inconfundible en sus puntos de vista, e incluso en los mecanismos previos de selección que utiliza. Pues no hay ninguno que no "saque las cosas de su contexto", ya que no es posible hacerse con el objeto real, que es el pasado, con sus cadenas de acontecimientos sumamente complicadas y además no directamente accesibles para nosotros, con ese tejido gigantesco de ideas y de

---

[56] Dicho por Weber en su famosa lección inaugural de Freiburg (1895): "La economía política como ciencia explicativa y analítica es internacional, pero en cuanto formule juicios de valor queda ligada a la determinación humana que hallamos en nuestra propia manera de ser. [...] El legado que hemos de dejar a quienes nos sucedan no tiene por qué ser de paz ni de felicidad, sino el de la lucha eterna por la conservación y mejoramiento de nuestro modo de ser nacional". Después de la primera guerra mundial Weber extremó todavía más sus posturas nacionalistas. M. Weber, Politische Schriften, Tübingen 3 ed. 1971, 13 s. Cf. al respecto H. Lutz, Aufstieg und Krise der Neuzeit. Bemerkungen zu deutschen Interpretationen von Dilthey bis Horkheimer, 34 ss, esp. 36 ss. Cf. además H. von der Dunk, 1 ss. Rüsen, Werturteilsstreit 84 ss.

[57] Meinecke, Werke IV 68. Schieder, Unterschiede 366.

[58] Cit. en F.G. Maier, Der Historiker 91. L. Wittgenstein: Bemerkungen über die Grundiagen der Mathematik, cit. en Stegmüller, Metaphysik p. V.

acciones, con esa multiplicidad de sucesos similares o contradictorios, de procesos, de relaciones: ¿quién sería capaz de reproducir objetivamente todo eso como quien saca un retrato al natural? Y no sólo hay que seleccionar, sino que además es preciso interpretar, ya que no sólo importa el tema histórico elegido sino también la manera de presentarlo (y no me refiero aquí a los aspectos formales, no porque no sean esenciales, sino porque son tan amplios y complicados que su discusión aquí llevaría demasiado lejos esta digresión): los medios lingüísticos empleados por el historiador en su exposición, el modelo narrativo, el género literario, el "tipo de representación", o dicho llanamente: su manera de "deformar", "alienar" y "violentar" el asunto, no necesariamente de mala fe, sino muchas veces con las mejores intenciones.

Como cualquiera que se dedique a escribir historia, en consecuencia, yo he seleccionado, por principio, he "sacado de contexto"..., el más absurdo de los reproches, dado que no puede hacerse de otra manera. Como cualquiera, he tenido que seleccionar dentro de mi tema. Como cualquiera, cuando presento a esos criminales coronados, no coronados o autocoronados, los obispos y papas, los generales y otros protagonistas de los negocios y de la historia (porque los negocios acaban por hacer historia), no reproduzco todos los detalles de sus biografías, las incidencias individuales, los problemas personales, las aventuras amorosas (todo lo cual, sin embargo, no deja de tener su importancia) o las alteraciones de la bilis, aunque su influencia sobre el acontecer macroscópico haya sido mayor de lo que se suele creer. Porque comúnmente, tales detalles no son conocidos, y aunque lo fuesen difícilmente podríamos calibrar en qué medida influyeron en la historia universal. En esto, como en otros muchos aspectos, quedan todavía oportunidades magníficas para toda clase de tesinas y tesis, e incluso cabría inaugurar una rama científica nueva: junto a la medicina forense tendríamos una medicina histórica (a no confundir con la historia de la Medicina, establecida desde hace bastante tiempo ya, y con no poco éxito por cierto), divisible en toda una serie de apartados y temas como: "Historia sistemática de la digestión de las cabezas coronadas y ungidas y su influencia sobre el Occidente cristiano, desde la querella de las investiduras hasta la guerra de los Treinta Años. Con un índice suplementario sobre las di-gestiones, los digestivos y los digestorios de todos los papas y antipapas de ese período".

37

Es posible que buena parte de la exposición anterior haya parecido demasiado teórica (el caso es que no se puede escribir historia si no es a partir de una teorización), o incluso demasiado escéptica. Sin embargo, hay motivos para el escepticismo, y no son pocos, aunque no vamos a llegar hasta el punto de capitular y decir que no creemos en nada.

Por otra parte, la fe cada vez menor, y no sin causa, en la posibilidad de alcanzar la objetividad histórica, no debe minar en ningún caso "la ética científica del historiador", ni conducir a la "decadencia de la racionalidad" (Junker/Reisinger).[59] Más perjudica a esa ética, me parece, la pretensión de objetividad, porque tal pretensión necesariamente hipócrita sólo tiende a preservar "el fundamento de la ciencia histórica", que no es otro sino el carácter científico de esa disciplina, reiteradamente puesto en duda por muchos. A mí, en cambio, apenas me interesa

[59] Junker/Reisinger 424.

esta cuestión; la verdad, o mejor dicho la probabilidad, me preocupa más que las ciencias que en nombre de la ciencia niegan la verdad. Además prefiero por principio la vida a la ciencia, sobre todo cuando ésta empieza a evidenciarse como una amenaza contra la vida en el más amplio sentido. A esto se suele objetar que no es "la ciencia" la culpable, sino algunos científicos (lo malo es que son muchos, a lo peor casi todos), argumento bastante similar al que afirma que no hay que echar a la cuenta del cristianismo los pecados de la cristiandad.

Todo esto no significa que yo sea partidario del subjetivismo puro, que no existe, como no existe la objetividad pura. Naturalmente, no niego la utilidad de las escalas de valores, de las referencias verificables, de las experiencias comunicables y reproducibles, del saber intersubjetivo y de los vínculos intersubjetivos. ¡Pero sí niego las interpretaciones intersubjetivas! Un filósofo de la historia como Benedetto Croce sabía muy bien por qué admitía los juicios subjetivos en la contemplación histórica: "por una razón irrebatible", y es que "no hay manera de excluirlos".[60]

Cuando decimos que en historia no sirve la rigidez lógica del silogismo, no afirmamos que no se deba razonar, ni que se deba razonar ilógicamente. Aunque muchas cosas, o todas, como quieren los escépticos más radicales, sean controvertibles, existe una posibilidad de acercarse más o menos a unos hechos históricos, y de aducir mejores o peores razones que justifiquen una determinada manera de contemplarlos (o no justifiquen, si son tan malas). Para citar la definición negativa de William O. Aydelotte: "La afirmación de que todos los juicios son inseguros no implica que todos sean inseguros en igual medida".[61]

38

A esto me atengo, así como a la convicción de que pese a toda la complejidad, al caos y a la confusión de la historia, es posible extraer algunas conclusiones generales, y destacar lo esencial, lo típico, lo decisivo. En una palabra, que es posible generalizar lo que suele ser discutido, negado o menospreciado por considerarlo demasiado especulativo o no demostrable; sin embargo, el historiador que no se limita a cultivar su disciplina por curiosidad de visitante museístico bien tiene que generalizar alguna vez, si pretende decir algo que valga la pena. Naturalmente, sin avanzar un paso más allá de lo que le consientan los datos que tenga a su disposición.[62]

Para que tales generalizaciones tengan fuerza concluyente, yo utilizo, entre otros métodos, el de la cuantificación, consistente en recopilar gran número de casos, variantes, datos comparables, siempre que sean relevantes y representativos. Escribir historia quiere decir destacar rasgos principales. Procedo por acumulación de material informativo. Ambas cosas, la generalización y la cuantificación, van necesariamente unidas.

Escasa capacidad de convicción tendría mi tesis del carácter criminal del cristianismo si para demostrarla me limitase a of recer algunos ejemplos. Pero, tratándose de una obra de varios tomos, nadie dirá que esos ejemplos sean aislados o poco concluyentes. Pienso, como Cicerón, que "la ley principal de la historiografía es que nadie se atreva a escribir cosa alguna que sea falsa". Pero donde Cicerón

[60] Croce 77.
[61] Aydelotte, Das Problem 225.
[62] Ibíd. 214. Del mismo, Quantifizierung 251 ss. Gottschalk 208.

continúa ("En segundo lugar, que nadie se atreva a dejar de escribir lo que sea verdadero, ya que daría lugar a sospechar que le mueve una parcialidad favorable o una enemistad"), [63] yo digo que en mi caso no hace falta que nadie se moleste en sospechar. Porque escribo "por enemistad"; la historia de aquellos a quienes describo me hizo enemigo de ellos. *Y no me consideraría refutado por haber omitido lo que también era verdadero, sino únicamente cuando alguien demostrase que he escrito algo falso.*

Ahora bien, y para aludir brevemente a la estructura de la obra, como todo esto se escribió con el propósito justificable de prestar un servicio a aquellas personas que dispongan de poco o ningún tiempo que dedicar a la investigación personal acerca del cristianismo, he procurado exponer con la mayor claridad posible, en los diversos tomos y capítulos, todos estos hechos y acontecimientos, junto con los paralelismos y las relaciones causales que he creído advertir, y las conclusiones que extraigo de ellos: por orden cronológico a menudo, con cierta sistematización, tratando de destacar expresamente los aspectos más importantes, con cesuras o divisiones intencionadas entre distintas temáticas o entre distintos períodos, resumiendo en algunos puntos, introduciendo en otros una ojeada panorámica, retrotrayéndome a un pasaje anterior, añadiendo digresiones. En fin, todo lo que suele hacerse para facilitar la lectura y la visión general del asunto.

39

Criticar es fácil, según una opinión corriente; lo dicen sobre todo quienes por oportunismo, por indolencia o por incapacidad jamás han intentado criticar nada en serio. No faltan los que opinan que eso de criticar está muy mal..., sobre todo cuando los criticados son ellos, aunque esto último no lo confesarían jamás. Muy al contrario, afirman siempre que no tienen nada en contra de la crítica, que todas las críticas son bien recibidas pero, eso sí, siempre y cuando sean críticas positivas, constructivas, y no críticas negativas y deletéreas. Entendiéndose siempre que la crítica constructiva es aquella que no profundiza demasiado, o mejor aún si sólo es crítica en apariencia, procedente de aquellos que, en el fondo, están de acuerdo con nosotros. En cambio, se juzga "negativo", "estéril", "condenable", el ataque que apunta a los fundamentos con intención de destruirlos. Cuanto más convincente sea dicho ataque, más se expondrá su autor a verse denigrado..., o silenciado.

Los círculos clericales son los más sensibles a la crítica. Precisamente los mismos que dicen "no juzgues, y no serás juzgado", pero consignan al infierno cuanto no les interesa, los mismos cuya Iglesia gusta de presentarse como la principal instancia moral del mundo, tal como viene haciendo desde hace siglos y seguirá haciendo todavía, ésos son los que más se indignan cuando ven que alguien quiere tomarles la medida y juzgarlos a ellos; y cuanto más agudo sea el juicio y más aplastante el veredicto, más grande es su ira y su furor. Sólo que esa ira y ese furor (a diferencia de las pasiones que conmueven a los demás mortales) son santa ira y santo furor, "furor ordenado", cómo no, que según Bernard Háring, gran entendido en moral, es "una fuerza indudablemente útil que ayuda a superar los obstáculos que se oponen al bien, a conseguir nuestro objetivo, ciertamente elevado pero difícil. El enamorado que no es capaz de enojarse no tiene sangre en las venas [!]; pero si amamos el bien

[63] Cicerón, De orat. 2, 62.

enardecidamente, con todas nuestras energías anímicas y corporales, no serán menores nuestras energías en el momento en que debamos oponernos al mal. Porque no es lo propio del cristiano soportar los males con pasividad, sino alzarse contra ellos con valor y haciendo acopio de todas las fuerzas. Y entre éstas figura también la capacidad de enojarse".[64]

Con inflamada indignación se alzan esos círculos, precisamente, contra "la manía de juzgar" (Aitmeyer), y dan muestras de su escándalo con ribetes "científicos" cuando un autor, habráse visto, se atreve a "valorar", cuando "el historiador, reconocida su incapacidad en tanto que moralista, asume el papel de fiscal", cuando "cae en la tentación" de "extremar el rigorismo de su perspectiva", cuando se hunde "en las simas del maximalismo idealista", o adopta "la fraseología forense", y todo ello sin preocuparse del "tradicional problema historiográfico de la practicabilidad de las exigencias éticas" (Volk, S.J.).[65]

40

¿Acaso no es grotesco que los representantes juramentados de un culto mistérico ancestral, los que creen en trinidades, ángeles, demonios, infiernos, partos de vírgenes, asunciones celestes de un cuerpo real, conversiones del agua en vino y del vino en sangre, quieran impresionarnos con su "ciencia"? ¿Que el jesuita Volk (a quien la regla decimotercera de su orden impone creer "que lo que yo tengo por blanco no es tal, sino negro, si lo manda la jerarquía eclesiástica") pueda presumir de un "espíritu de lúcida independencia y objetividad"? ¿Y no será el colmo de lo grotesco que personajes semejantes sigan recibiendo los honores del propio mundo científico?[66]

Pero son ellos precisamente quienes, al tiempo que condenan los juicios de valor y el pretender erigirse en fiscal (por parte de otros), más abusan del farisaico lugar común, sobre todo en los libros de historia, de que tal cosa y tal otra hay que entenderlas "teniendo en cuenta el espíritu de la época" (Dempf); durante el imperio romano tardío, por ejemplo, la aplicación de leyes contra el bandidaje a los "herejes" convictos, o mejor dicho toda la política eclesiástica de los emperadores de ese período, "o también —como agrega el mismo Dempf, siempre tan servicial—como en el período comparable de nuestra cultura occidental [!], la época de las guerras de religión, o sea, digamos, de 1560 a 1648".[67] De todo eso y mucho más, incluyendo el tiempo transcurrido entre esas dos épocas, se nos invita a hacernos cargo en nombre del "espíritu de la época", para que lo comprendamos y disculpemos. En particular, los teólogos historiadores de la Iglesia se ven obligados a utilizar con asiduidad estos argumentos, que no sería lícito rechazar siempre o por principio, atenuantes, exculpatorios o absolutorios. Ellos dicen que hay que comprender, lo explican, nosotros lo comprendemos, y una vez comprendidas así las cosas desde "el espíritu de la época", dejan de parecemos tan graves, empieza a parecemos que no pudieron ser de otro modo; al fin y al cabo, ¿no obedece toda la historia a la voluntad del

[64] Häring I 414s.

[65] Altrneyer 10. Volk, Zwischen Geschichtsschreibung und Hochhuthpro sa 200. El mismo, Hitlers Kirchenminister 312, 216 s. Cf. también mi crítica, lamentablemente desterrada al aparato crítico (aunque con mi autorización) en Heilsgeschichte II 560 ss, nota 320.

[66] Volk, Zwischen Geschichtsschreibung und Hochhuthprosa 196. Tondi 146.

[67] Dempf, Geistesgeschichte 138.

Señor?

En 1977, el teólogo Bernhard Kótting declaró ante la Academia de Ciencias de Renania-Westfalia que no sería justo exigir hoy que los obispos de la época constantiniana "hubieran solicitado al emperador un trato igual para todos los grupos religiosos, obedeciendo al espíritu de la caridad cristiana pongamos por caso. Eso sería querer determinar desde nuestros criterios actuales el horizonte espiritual en que vivían los hombres de la Antigüedad, y proyectar nuestras ideas actuales sobre la legitimidad del poder político hacia el siglo IV de nuestra era".[68]

41 Tal argumentación, expuesta en nombre de la perspectiva histórica, es precisamente un insulto a dicha perspectiva y es absurda por más de un motivo. En primer lugar, la Antigüedad pagana había sido bastante tolerante en asuntos de religión. En segundo lugar, fueron precisamente los autores cristianos de los siglos II, III y comienzos del IV quienes reclamaron con mayor apasionamiento la libertad de cultos, y ello en nombre del "espíritu de la caridad cristiana". Y en tercer lugar ¿qué valor hemos de asignar a ese "espíritu de la caridad cristiana", sabiendo que ha sido constantemente postergado en el siglo IV como en todos los demás transcurridos desde entonces, sin olvidar el siglo XX (sus dos guerras mundiales, su guerra del Vietnam), ya que seguramente ahora los cristianos no viven en el horizonte espiritual de la Antigüedad, pero tampoco en el "espíritu de la caridad cristiana". ¡No existe la proyección de nociones anacrónicas que se denuncia! En ninguna época los poderosos (del Estado y de la Iglesia) hicieron el menor caso del "espíritu de la caridad cristiana", invocado siempre sobre el papel, única y exclusivamente, pero siempre abyectamente traicionado en la realidad. Ése es el espíritu de la época que hay que considerar, en todas las épocas idéntico a sí mismo, y lo demás son trampas para incautos. Pero el "espíritu de la época", siempre útil a toda aplicación apologética, anida en las mentes queriendo disculpar, queriendo quitar hierro. El mismo Goethe ironizaba sobre esto en su *Fausto: Lo que llamáis espíritu de los tiempos, en el fondo no es sino el espíritu de los amos.*

Si no nos vale el testimonio del poeta, por notoriamente anticristiano y no poco anticlerical, acudamos al de san Agustín: "Corren malos tiempos, tiempos miserables, dice la gente. Dejadnos vivir bien, y sean buenos los tiempos. *Porque nosotros mismos somos los tiempos que corren; tal como seamos nosotros, así será nuestro tiempo*".[69] En otros sermones suyos, San Agustín reiteró esta idea de que no hay por qué acusar a los tiempos ni al «espíritu de la época», sino a los mismos humanos que (como los historiadores de hoy mismo) acusan de todo a los tiempos que corren, a la época miserable, difícil y turbia. Porque "el tiempo no of ende a nadie. Los of endidos son los hombres, y otros hombres son los que infligen las ofensas. ¡Oh dolor! Se of ende a los hombres, se les roba, se les oprime, y ¿por obra de quién? No de leones, no de serpientes, no de escorpiones, sino de los hombres. Y así viven los hombres el dolor de las ofensas, pero ¿no harán ellos mismos otro tanto, así que puedan, y por mucho que lo hayan censurado?".[70]

San Agustín sabía muy bien de qué hablaba, pues la última frase de la cita le

[68] Kötting, Religionsfreiheit 29.
[69] August. Serm. 80, 8.
[70] Ibíd. 311, 8, 8.

cuadra perfectamente a él mismo (véase el capítulo 10). Por otra parte, y a diferencia de Voltaire, yo no estoy tan convencido de que exista una *raison universelle* imperecedera. Ni tampoco transfiero al remoto pasado las ideas ni las escalas de valores de la actualidad, hábito mental al que Montesquieu llamó con razón, aunque no sin cierta exageración, "la más terrible fuente del error".[71] En toda época, sin embargo, al menos durante los últimos dos mil años, las rapiñas, los homicidios, la opresión, las guerras, fueron tenidas por lo que eran y son; no deberíamos olvidarlo, y menos que nadie los cristianos. Porque ellos habían recibido a través de los Sinópticos el mensaje de Jesús, indiscutiblemente pacifista y social, y los encendidos llamamientos al "comunismo del amor" de los padres y doctores de la primera Iglesia, hasta bien entrado el siglo IV. En una palabra, el mundo fue haciéndose cada vez más cristiano..., y cada vez peor, en muchos aspectos. Porque el cristianismo se funda en una serie de mandamientos, el del amor al prójimo, el del amor al enemigo, el no robarás, el no matarás; pero también se funda en la astucia, para no respetar ninguno de esos mandamientos.

42

Como esto, en el fondo, no pueden negarlo los apologistas, nos objetan que algunas veces (es decir, todas las veces que fue necesario, cualquiera que sea el período histórico que consideremos) los protagonistas "no eran cristianos verdaderos". Pero veamos, ¿cuándo hubo cristianos verdaderos? ¿Lo fueron los sanguinarios merovingios, los francos tan aficionados a expediciones de saqueo, las mujeres déspotas del período lateranense? ¿Fue cristiana la gran ofensiva de las cruzadas? ¿Lo fueron la quema de brujas y de herejes, el exterminio de los indios, las persecuciones casi bimilenarias contra los judíos? ¿La guerra de los Treinta Años? ¿La primera guerra mundial? ¿La segunda, o la del Vietnam? Si todos ésos no fueron cristianos, ¿quién lo ha sido?

En cualquier caso, el espíritu de los tiempos no ha sido siempre el mismo en cada época concreta.

Mientras los cristianos iban propagando sus Evangelios, sus creencias, sus dogmas, mientras transmitían su infección a territorios cada vez más extensos, hubo no pocos hombres, como los primeros grandes debeladores del cristianismo, Celso en el siglo II y Porfirio en el III, que supieron alzar una crítica global y aplastante, cuyas razones todavía hoy consideramos justificadas, como admiten incluso, todo hay que decirlo, los teólogos cristianos del siglo XX.

Pero no eran los paganos los únicos que se rebelaban contra la doctrina cristiana. En la misma época en que se vivía y moría por la fe en el dogma de la Trinidad, judíos y musulmanes lo rechazaban calificándolo de provocación inadmisible; tanto éstos como aquéllos veían en la paradoja del Dios hecho hombre un absurdo, una "injusticia", una "ofensa". Por lo que toca a las doctrinas rivales acerca de la doble naturaleza, el filósofo y místico islámico Al Ghazali (1059-1110) no lograba distinguir en los argumentos de los monofisitas, los nestorianos, los ortodoxos; sólo veía manifestaciones "incomprensibles, tal vez de pura necedad y pobreza de espíritu".[72]

43

[71] Acerca de Voltaire y Montesquieu cf. comentario y cita en Meinecke, Historismus 81 y 157.

[72] Gauss 320ss, 338ss.

Al igual que en los pensamientos, las personas de una misma época difieren asimismo en las obras.

Mientras el cristianismo se hacía culpable de tropelías espantosas, el budismo, que no tuvo nunca en la India una Iglesia organizada al estilo occidental, ni autoridad central dedicada a homologar la fe verdadera, daba muestras de una muy superior tolerancia. Los creyentes no sacerdotes no contraían ningún compromiso exclusivo, ni eran obligados a abjurar de otras religiones, ni se convertía a nadie por la fuerza. Muy al contrario, su amplitud de miras frente a las demás confesiones de otros países fue precisamente uno de sus "rasgos característicos" (Mensching).[73]

Sus virtudes pacificadoras pueden observarse, por ejemplo, en la historia del Tíbet, cuyos habitantes, nación guerrera entre las más temidas de Asia, se convirtieron en una de las más pacíficas bajo la influencia del budismo. En ese país, pese a su profunda religiosidad y a la existencia de una jerarquía sacerdotal bien organizada, reinó la tolerancia más absoluta entre toda clase de creencias y de sectas. Con razón escribe el lama budista Anagarika Govinda: "Las religiones que admiten plenamente la individualidad humana con todos sus derechos, se convierten automáticamente en impulsoras de la humanidad. Por el contrario, las que elevan la pretensión de poseer la verdad en exclusiva, o las que desprecian el valor del individuo y de las convicciones individuales, amenazan convertirse en enemigas de la humanidad, y ello en la misma medida en que la religión pase a convertirse en cuestión de poder político o social".[74]

El espíritu del tiempo ni siquiera imperaba sin límites entre los cristianos; ¡no todos estaban ciegos! Así, el gran trovador Peire Cardinal ironizaba sobre Hugo de Monfort y su epitafio: "Cuando uno mató gente, derramó sangre, condenó almas, instigó asesinatos, anduvo en consejo de réprobos, incendió, destruyó, violó, usurpó tierras, destripó mujeres y degolló niños, entonces dicen que mereció la corona de los Cielos y brillará allí para siempre".[75] Durante el siglo XIII llegó a desarrollarse toda una literatura satírica contra las cruzadas, como en estos sarcasmos del francés Ruteboeuf:

Que se atiborren de vino primero
y duerman ebrios junto al fuego,
luego tomen la cruz con hurra y alegría
y así la cruzada veréis que ha comenzado,
que mañana, con la primera luz del día,
en desbandada y deshonor habrá terminado.[76]

44

Quiere decirse que no todo el mundo andaba poseído del espíritu de su época, ni privado de la facultad crítica y de la capacidad para comparar, verificar y juzgar. En todos los siglos existió una conciencia moral, incluso entre cristianos, y no menos que entre "herejes". ¿Por qué no habríamos de aplicar al cristianismo su propia escala de medida bíblica, o en ocasiones incluso patrística? ¿No dicen ellos mismos que

[73] V. Glasenapp 15. Mensching, Soziologie 111.
[74] K. Wilheim, H.B. Metz, K. Rahner, E. Wolf y otros 249 s.
[75] Cit. en Kühner, Gezeiten 1199.
[76] Cit. ibíd.

"por sus frutos los conoceréis"?

Como cualquier otro crítico social yo soy partidario de una historiografía valorativa. Considero la historia desde un compromiso ético, que me parece tan útil como necesario, de "humanisme historique". *Para mí, una injusticia o un crimen cometidos hace quinientos, mil, mil quinientos años son tan actuales e indignantes como los cometidos hoy o los que sucederán dentro de mil o de cinco mil años.*

Escribo, por tanto, con intencionalidad política, que no es otra sino la ilustrada y emancipadora. Siempre estaré más cerca de la "histoire existentielle" que de la "histoire scientifique". Y la cuestión, últimamente muy debatida, de si la historia es o no una ciencia (cosa que ya negaban Schopenhauer y Buckie), apenas me preocupa. Los esfuerzos (casi diría los esguinces) polémicos de muchos historiadores profesionales, deseosos de probar el carácter científico de su disciplina, me parecen sospechosos, y muchas veces no tan "científicos" como "demasiado humanos". Mientras exista el género humano habrá historia; qué nos importa que se le reconozca el predicado de científica o no. Tampoco la teología es una ciencia (si lo fuera, sería la única que no consigue averiguar nada acerca del objeto de sus investigaciones; al menos los historiadores se salvan de ese reproche), pero tiene más cátedras que otras disciplinas que sí lo son. Al menos, en Alemania federal y durante el séptimo decenio del siglo XX, había en Würzburg diez cátedras para 1.149 estudiantes de ciencias político-sociales, y dieciséis cátedras para 238 futuros teólogos. Más aún, en Bamberg, el Estado federal de Baviera, gobernado por los socialcristianos, financiaba once plazas de número para treinta estudiantes de teología. Es decir, más profesores numerarios para treinta futuros expertos en asuntos de tejas para arriba (si no abandonaban antes la carrera) que para 1.149 estudiantes de otras ciencias no tan orientadas al Más Allá.[77]

Tengo para mí que la historia (y habrá bastado el ejemplo anterior, que no es sino una gota en un océano de injusticias) no puede cultivarse *sine ira et studio.* Sería contrario a mi sentido de la equidad, a mi compasión para con los hombres. El que no tiene por enemigos a muchos, es enemigo de toda humanidad. Y quien pretenda contemplar la historia sin ira ni afectación, ¿no se parece al que presencia un gran incendio y ve cómo se asfixian y abrasan las víctimas sin hacer nada por salvarlas, limitándose a tomar nota de todo? El historiador que se aferra a los criterios de la ciencia "pura" es forzosamente insincero. O quiere engañar a los demás, o se engaña a sí mismo. Diría más, es un delincuente, porque no puede haber delito peor que la indiferencia. Ser indiferente es facilitar el homicidio permanente.

45

Estos juicios, que quizá parezcan extravagantes o excesivamente severos, son consecuencia del doble sentido de la noción de historia, que se refiere tanto al suceso mismo como a la descripción de lo sucedido, *res gestae* y *rerum gestarum memoriae.* Y la historiografía no es sólo grafía sino también historia, parte de la misma, puesto que no se limita a reflejarla, bajo el matiz que sea; el historiador hace historia también. Importa tener presente que la reflexión deriva en acción, que influye en las ideas y en los actos de los humanos, de sus dirigentes y corruptores, influencia que en algunos casos ha podido ser determinante. En consecuencia, toda historiografía

[77] Mynarek, Herrén und Knechte 250 s. El mismo, Verrat 202.

reviste tres aspectos: "narra la historia, es historia y hace historia" (Beumann).[78]

Los historiadores nunca han dejado de tener una opinión excelente acerca de ellos mismos. La misma ha ido mejorando en el decurso del tiempo y nunca ha estado tan hipertrofiada como hoy, pese a todos los déficits teóricos, escrúpulos metodológicos, titubeos y auto justificaciones, pese a la diversidad de escuelas historiográficas rivales, para no hablar de los ataques externos. "El lugar de la historia pretérita desnaturalizada es la cabeza del historiador. De la historia real, no puede conservarse en aquélla sino su contenido" (Junker/Reisinger). En el siglo XX, precisamente, los historiadores han llegado a creerse protagonistas de la historia, hasta el punto que justifican la crítica de Edgard Hallet Carr: "Historia es lo que hace el historiador".[79]

Sin embargo, esto sólo es una parte de la verdad. Es más importante recordar que, por lo general, se hace historia a favor o en contra de los hombres, que siempre ha gobernado una minoría para la mayoría y en contra de ella, en contra de las masas dolientes y pacientes. La regla es que la historia política se funda en el poder, en la violencia, en el crimen; y por regla general también, esto no sólo lo silencia la mayoría de los historiadores, sino que muchos prefieren alabarlo, como siempre, al servicio de los potentados y del espíritu de los tiempos. Por tanto, también es regla que la historiografía no tiende a mejorar la política, sino que por lo general "se deja corromper por ella" (Ranke)..., y la corrompe a su vez. Pues así como sería posible hacer la política en favor de la mayoría, pero más comúnmente se hace en contra de ella, también la historiografía procede en contra de ella. A nosotros, en cambio, lo que nos importa no es la revolución en el trono, sino el destino de los hombres, como dijo Voltaire. Muchos historiadores, en vez de decirse *homosum* como era su deber, prefirieron dedicarse a la descripción de batallas. Y si conserva hoy su validez la sentencia de san Juan Crisóstomo, "el que elogia el pecado es más culpable que el que lo comete", entonces los que elogian los crímenes de la historia y ensalzan a los criminales, ¿no son incluso peores que éstos?[80]

46

Lo cual nos obliga a plantearnos la cuestión siguiente: ¿Qué es crimen? ¿Quiénes son criminales?

Para responder a eso no voy a citar el Código Penal, teniendo en cuenta que tales códigos tienden siempre a la reproducción de lo socialmente establecido, a expresar la ideología del *Establishment,* por cuanto se escriben bajo la influencia de la minoría dominante y en contra de la mayoría dominada. Yo me fundo en la *communis opinio,* a la que no es del todo ajena la ciencia jurídica cuando establece que es homicida el que mata a otro intencionadamente, sobre todo cuando lo hace por motivos "bajos", como quitarle sus bienes o ponerse en su lugar, por ejemplo. Sólo que la *Justitia* hace una gran diferencia entre matar a uno o matar a millones: sólo lo primero es crimen. Y también hace diferencia entre matar a millones y robar millones: sólo lo segundo es justiciable. Para mí, esa "justicia" no es digna de su nombre.

Pero el sentido común, que pretende tener claro quién es un criminal, también

---

[78] Beumann, Wissenschaft vom Mittelalter 8.

[79] Junker/Reisinger 461. Carr 26.

[80] Voltaire, Essai c. 83, cit. s/Meinecke, Historismus 106. Ranke, cit. s/Schieder, Unterschiede 380 nota 31. Crisóstomo, Comentarios sobre las Epístolas a los Romanos 6. Hom. c 2.

cree saber bien a quiénes convierte en héroes. ¿Quién habrá contribuido más a ello, después del Estado y de la Iglesia, sino la historiografía? En la mayor parte de las fuentes relativas a nuestra era ha predominado la tradición de los opresores, y ha sido ignorada la de las capas oprimidas. Se presenta bajo la luz más favorable a los actores de la historia, al reducido grupo de los déspotas que la hicieron; los lomos que la soportaron quedan en la oscuridad, siempre o casi siempre, De tal manera que la influencia de la historiografía, sobre todo la de los últimos siglos, puede tildarse de catastrófica. No fue hasta 1984 cuando Michael Naumann demostró en su trabajo *El cambio estructural del heroísmo* que, desde la época absolutista, "el poder político, las instituciones sociales, la historia y la identidad nacional tienden a 'condensarse' y 'personificarse' en la figura del héroe nacional", que también las masas han interiorizado los actos de tales héroes como "existencialmente representativos" y "dignos de emulación", y que "siempre han sido los historiadores los primeros en presentar como 'héroes' a estos personajes".[81]

Ahora bien, el heroísmo, y sobre todo el heroísmo político, suele ser más a menudo la mala disposición que quiere la ruina de otros, que la buena disposición para el auto- sacrificio. Y si Jean Paúl dijo que la historia no sólo era la novela más verídica que jamás hubiera leído, sino también la más hermosa, seguramente no llegaremos a saber nunca qué razones tendría para decirlo. Ni tampoco por qué Goethe ("en una de sus manifestaciones más conocidas", según Meinecke) afirmó que lo mejor que nos queda de la historia es el entusiasmo que ella suscita. La historia del intelecto, no diré que no. La historia del arte, indudablemente. Pero, ¿la política? ¿Esta canción malsonante?[82]

Sea como fuere, tenemos que Thomas Cariyie, "el virrey de Goethe en Inglaterra" presenta la Historia universal, en su obra programáticamente intitulada *Los héroes y el culto del héroe (Heroes and Hero Worship)* como la historia de los grandes hombres. O lo que es lo mismo, la fuerza como fuente de la legitimidad. En ello ha coincidido la inmensa mayoría de los historiadores profesionales, a los que realmente deberíamos llamar historiadores del Estado y que, en gran parte, no son sino funcionarios estatales que adoran a esos "grandes" hombres igualmente dotados para el mal como para el bien, a tal punto que el historiador Treitschke, hijo de un general de Sajonia, llegó a censurar la lucidez moralizante que "sólo concibe la grandeza como lo opuesto al desafuero".[83]

47

Ni siquiera una cabeza tan clara como la de Hegel consiguió ver la cuestión de otro modo; pero esto no debe sorprendernos, tratándose de un intelecto que por su parte se creía en posesión de la verdad absoluta (en contradicción con el sistema desarrollado por él mismo), que se tenía por un fiel "cristiano luterano" y que en su Filosofía de la historia identificó a ésta con la revelación divina; que, por otra parte y como máximo panegirista de la autoridad estatal en su versión más intolerante, rechazó todo lo marginal, todo lo diferente, como en el caso de "la demencia de la nación judía", en algunos pasajes llamada "incompatible [...] con las demás naciones", y que reserva todo su odio para los débiles y contestatarios, a los que

[81] Naumman 67; el subrayado es mío.

[82] Meinecke, Historismus 565.

[83] V. Treitschke, Aufsätze 57. Cf. también Kindermann/Dietrich 123.

llama “miembros gangrenados”, “seres próximos a la descomposición”, al tiempo que desaprueba las políticas “de paños calientes” y las “medidas suaves”, como apologista que fue de la violencia, de “proceder con la máxima intransigencia”, que recomendaba que el Estado debía justificarse a sí mismo “por medio de la violencia” a fin de obtener “la sumisión del hombre a la autoridad”. En cuanto a “esa chusma del pueblo alemán”, sería preciso reuniría en una masa “mediante la violencia de un conquistador”, para obligarla a “comportarse como corresponde a Alemania”. “Así, todos los grandes Estados se crearon por la violencia superior de los grandes hombres”; en coherencia con ello, para Hegel la paz, y no hablemos de la idea kantiana de la paz permanente, es una pesadilla, ya que, a largo plazo, significaría “el apoltronamiento de la humanidad” e incluso “la muerte”. En cambio, la guerra tiene la “significación superior” de servir para “preservar la salud moral de los pueblos, lo mismo que el movimiento de los vientos impide que se estanquen las aguas del mar”. En cuanto al “estamento militar”, Hegel dice sin rodeos que “le incumbe el deber [...] de sacrificarse”. Ahora bien, el sacrificio (a veces eufemísticamente llamado “abnegación”) “en pro de la individualidad del Estado” es también deber general. La obediencia es el principio de toda sabiduría, como dijo ya san Agustín..., y en efecto, ese principio conduce muchas veces a la muerte “heroica”. “El verdadero valor de los pueblos cultos [!] es la disposición para sacrificarse al servicio del Estado”, y ya que los Estados se reconocen los unos a los otros incluso durante las guerras, y que “incluso en la guerra misma la guerra se determina como una situación pasajera”, Hegel concluye que “la guerra moderna es más humana, ya que no se enfrentan personas alzadas en odio contra personas”, típica idea cristiana por cierto, casi como de cura de regimiento; si Hegel hubiese conocido la posibilidad de una guerra atómica-bacteriológica-química, sin duda habría visto bellamente confirmadas sus previsiones. Dios se encarga de que todo se presente en su punto: “La humanidad necesitaba de la pólvora, y la pólvora fue inventada”. La humanidad necesitaba de un Hegel, y hete aquí que apareció el maestro. Necesitaba guerras más humanas, y no le faltaron. No hay nada comparable a un pensador impertérrito, capaz de escribir incluso que los actores de la historia “merecieron la fama por hacer lo que hicieron como lo hicieron. No se podría decir cosa peor del héroe, sino que actuó inocentemente, porque el honor de los grandes caracteres consiste en soportar las culpas”, en efecto, mientras que la culpabilidad vergonzosa queda reservada para los “pequeños”; a éstos, cuando son culpables, y a veces aunque no lo sean, les toca la cárcel, el nudo corredizo o la silla eléctrica. A los grandes criminales, en cambio, el elogio de los historiadores y de los filósofos de la historia.[84]

48

No falla; si generaciones enteras han tenido maestros así, ¿cómo ha de extrañarnos que se dejaran seducir por el primer aventurero que les deparase la historia? ¿No andarían mejor los asuntos de la humanidad, y también los de la historia, si los historiadores (y las escuelas) iluminasen y educasen basándose en criterios más éticos, condenando los crímenes de los soberanos en vez de alabarlos? Pero la mayoría de los historiadores prefieren difundir las heces del pasado como si hubieran de servir como abono para los paraísos del porvenir. La historiografía alemana, sobre todo, se encargó de colaborar al mantenimiento de las formas

[84] Löwith/Riedel 306 ss. Hegel 552. Messer 103 ss, esp. 119 ss. Naumann 80 ss.

históricas tradicionales así como de las sociales, a la reproducción del "orden" existente (un orden que no es en realidad sino caos social y guerra continua, interna y externa), en vez de contribuir a derribarlo. La historiografía alemana, sobre todo, vinculó su suerte al apriorismo nacionalista. A partir del siglo XIX, entra en el remolino de la idea del Estado nacional, del optimismo patriótico y de la fe en la construcción nacional. Ella padeció desde luego esas tendencias en mayor medida que la historiografía de otros países, pero también contribuyó lo suyo a configurarlas. En cambio, la vinculación entre los procesos políticos y los sociales, es decir la historia social (que va a desempeñar un papel importante en esta obra, y que había tomado un impulso considerable a partir de finales del siglo XIX), ha preferido ignorarla y casi proscribirla, porque se entendía que "nuestro Estado, nuestra política de gran potencia, nuestra guerra, están al servicio de los bienes superiores de nuestra cultura nacional", que Alemania "representa la idea de la nación en su forma más elevada" y el enemigo, por el contrario, "el nacionalismo más brutal", como afirmaba en tiempos de la primera guerra mundial Friedrich Meinecke, más tarde convertido al liberalismo de izquierdas. Y todavía después de lo de Hitler, cuando algunos empezaron a abrir los ojos, la gran mayoría de los historiadores, y no sólo dentro de nuestras fronteras (cada vez más reducidas, como resultado de aquella misma política de gran potencia), aunque desengañados de la idealización y la adoración del Estado, no obstante quieren seguir justificándolo y defendiéndolo, y ni siquiera en la historiografía alemana más reciente hallamos apenas criterios "científicos", sino la proyección de determinados intereses de la actualidad hacia el pasado, lo que ha dado lugar a "las tendencias claramente restaurativas de la historia alemana de posguerra", según Groh.[85]

49 Continúan bien arraigados en las mentes, y por desgracia no sólo en las de los historiadores, el nacionalismo político, ahora llamado "europeísmo" (que no es sino un nacionalismo ampliado para peor) y la mentalidad de gran potencia: el imperialismo, en una palabra. Es casi repugnante leer siempre las mismas justificaciones por parte de los eruditos, tanto los eclesiásticos como los no eclesiásticos e incluso los antieclesiásticos.

Ejemplo de ello, para citar sólo uno, es la glorificación cotidiana de Carlomagno (o Carlos el Grande), un héroe casi universalmente encomiado hasta alturas celestiales: el mismo que durante sus cuarenta y seis años de reinado y perpetuas guerras emprendió casi cincuenta campañas y que saqueó todo lo que pudo en los cientos de miles de kilómetros cuadrados de su *imperium Christianum* (Alcuino), su *regnum sanctae ecclesiae (Libri Caroliní),* en virtud de cuyos méritos fue elevado a los altares en 1165 por Pascual III, el antipapa de Alejandro III, siendo confirmada la canonización por Gregorio IX y no anulada por ningún papa posterior, que yo sepa; durante mi infancia, yo todavía celebraba mi onomástica en la fecha de "San Carlos el Grande".

Naturalmente, los historiadores no dicen que un hombre de ese calibre fuese un saqueador, un incendiario, un homicida, un asesino y un cruel tratante de esclavos;

[85] Meinecke, Präliminarien 81, 95. Cit. s/H. Lutz, Aufstieg und Krise 44, cf. también 42ss. Iggers 328. Groh 322ss, cita en 327.

el que escribe en esos términos se desacredita ante el mundo científico.[86] Los investigadores auténticos, los especialistas, usan otras categorías muy distintas; las peores expediciones de saqueo y los genocidios de la historia vienen a llamarse expansiones, consolidación, extensión de las zonas de influencia, cambios en la correlación de fuerzas, procesos de reestructuración, incorporación a los dominios, cristianización, pacificación de tribus limítrofes.

Cuando Carlomagno sojuzga, explota, liquida cuanto encuentra a su alrededor, eso es "centralismo", "pacificación de un gran imperio"; cuando son otros los que roban y matan, son "correrías e invasiones de los enemigos allende las fronteras" (sarracenos, normandos, eslavos, avaros), según Kámpf. Cuando Carlomagno, con las alforjas llenas de santas reliquias, incendia y mata a gran escala, convirtiéndose así en noble forjador del gran imperio franco, el católico Fleckenstein habla de "integración política" e incluso viene a subrayar que no se trataba "de una empresa extraordinaria [...], sino de una operación que implicaba una misión permanente". Nada más cierto. Lo que pasó fue que "el Occidente", según Fleckenstein (pero casi todos los historiadores escriben así), "no tardó en dilatarse más allá de la frontera oriental de Alemania", terminología que tiende a evocar un fenómeno de la naturaleza o de la biología, el crecimiento de una planta o el desarrollo de un niño... Algunos especialistas usan expresiones incluso más inocuas, pacíficas, hipócritas y como Camill Wampach, catedrático de nuestra Universidad de Bonn; "El país invitaba a la inmigración, y la región limítrofe de Franconia daba habitantes a las tierras recién liberadas."[87]

50

Sin embargo podríamos describir con más lucidez lo que ocurrió en realidad, y ni siquiera sería necesario que padeciese por ello la "grandeza": "El emperador Carlos fue grande como conquistador. Ahora se le planteaba la misión aún más grande de crear un nuevo orden allí donde, hasta entonces, sólo se había presentado como destructor". Así es: primero se destruye, después se edifica un "nuevo orden". Y partiendo de ese "nuevo orden", salimos otra vez de nuestras fronteras, o bien para seguir "renovando el orden", lo que desde luego nos obliga a seguir presentándonos como destructores, o si eso no fuese posible, para continuar con las escaramuzas fronterizas; lo que importa en todo caso, es seguir creciendo.[88]

Acabo de citar una antigua *Historia del obispado de Hildesheim* (1899), cuyo autor es un clérigo no del todo desconocido, el canónigo Adolf Bertram, caracterizado por "el realismo de los oriundos de la Baja Sajonia" (Volk, S.J.). Tan grande fue su realismo que, no conforme con celebrar la grandeza de Carlomagno, y en su dignidad

---

[86] Lo que algunos valoran como falta de seriedad aparece, por ejemplo, cuando se recensiona un libro cuyo autor no sea "historiador de carrera" (lo que ya de por sí en nuestro país, constituye un veredicto abrumador): la "expresión desenfadada", que se lamenta; o cuando se habla de una mujer "de formas excepcionalmente amplias" o se dice que "Franz Egon von Fürstenberg puso en el mundo once hijos" o "que la cosa no salió bien", es decir giros atrevidos que según el crítico "sería preferible se hubiesen evitado" (E. Hegel comentando el libro "Die Goldenen Heiligen" de J.C. Nattermann en el periódico Rheinische Vierteijahrsblátter 1962, 265).

[87] Kämpf, Das Reich im Mittelalter 29. Fleckenstein, Das grossfránkische Reich 270. El mismo, Grundiagen 156. Wampach 247. Wampach fue también director del archivo of icial de Luxemburgo; su texto hace referencia a las luchas entre Radbod y Pepino.

[88] Bertram, l9s.

ulterior de cardenal y presidente de la Conferencia Episcopal de Alemania, no desdeñó la oportunidad de saludar a un nuevo conquistador y creador de un nuevo orden en el sur, en el oeste y en el este que, si no ha sido elevado a los altares tampoco nos consta que fuese excomulgado: Adolf Hitler, cuya anexión de Austria fue aprovechada por el primado Bertram "para expresar con el debido respeto mi felicitación y mi gratitud [...] a cuyo fin he dispuesto un solemne redoble de campanas para el próximo domingo". Y que todavía el 10 de abril de 1942 aseguraba "al excelentísimo Caudillo [Führer] y Canciller del Reich" que los obispos alemanes elevaban sus oraciones "por la continuación de vuestros éxitos victoriosos en la guerra [...]".

Y es que los príncipes de la Iglesia, realistas o no, estuvieron siempre que pudieron al lado de los grandes aventureros de la historia, como más adelante iremos viendo, en la medida en que a éstos (al principio) suele sonreírles el éxito. Nada impresiona tanto a los príncipes de la Iglesia como el éxito (aunque luego, a toro pasado, suelen apuntarse a la resistencia). Así, un partidario tan frenético de la primera y segunda guerras mundiales como el cardenal arzobispo de Munich Freising, el "resistente" Faulhaber, pudo afirmar que "cuando el mundo sangra por mil heridas y las lenguas de los pueblos se confunden como en Babel, entonces ha sonado la hora de la Iglesia católica". Pero ya en el siglo V (cuando san Agustín se había declarado abierto partidario de la guerra, aunque fuese la guerra ofensiva), el patriarca Teodoreto decía que "los hechos de la historia nos demuestran que la guerra nos favorece más que la paz".[89]

51

Incluso un historiador tan importante y tan crítico para con la Iglesia como Johannes Haller se entusiasma (en 1935, dicho sea de paso) con "las hazañas del gran rey Carlos" y afirma sin rodeos que "la sumisión de los sajones era para el imperio franco una necesidad, a los efectos de la seguridad nacional, y que sólo podía llevarse a cabo por medio de la violencia sin contemplaciones, es decir que la razón no estaba del todo con los sajones. Además no hay que olvidar que se trataba de incorporar un pueblo primitivo a un Estado ordenado, es decir, de extender el imperio de la civilización humana [...]".[90]

Debemos entender, pues, que allí donde la historia se produce "por medio de la violencia sin contemplaciones", se está extendiendo "el imperio de la civilización humana". Evidente, y así hemos continuado desde entonces en todas partes, en Europa, en América, sobre todo bajo la enseña del cristianismo: explotación interminable y descarada, y una guerra tras otra, pero..., no exageremos, hasta que por fin llegamos a la posibilidad de que desaparezca Europa o la humanidad entera, cuando el jesuita Hirschmann reclama "el valor necesario para arrostrar el sacrificio del rearme nuclear, dada la situación actual, incluso ante la perspectiva de la destrucción de millones de vidas humanas", y Gundiach, también jesuíta, se plantea incluso la destrucción del mundo, "ya que, por una parte, poseemos la seguridad de que el mundo no será eterno, y por otra parte nosotros no somos responsables de su

[89] Theodor, h.e. 5, 41. Lewy 218 s. Cf. archivo diocesano de Aquisgrán 30076. Winter, Die Sowjetunion 222. Volk, Die Kirche 540. Faulhaber en su sermón de Cuaresma del 16 de febrero de 1930, cit. en Lóhde 51. Más comentarios sobre Faulhaber en Deschner, Mit Gott 164ss y passim.

[90] Haller, Entstehung320.

fin", contando desde luego con la aprobación del papa Pío XII, que consideraba lícita incluso la guerra atómica bacteriológica-química contra "los delincuentes sin conciencia". Todo esto bajo el signo de la "extensión del imperio de la civilización humana". Confesemos, pues, que no se trataba de pacificar naciones primitivas en defensa de un Estado ordenado, sino de la lucha despiadada del más fuerte contra el más débil, del más corrompido contra el (tal vez) menos corrupto. La ley de la selva, en una palabra, que es la que viene dominando en la historia de la humanidad hasta la fecha, siempre que un Estado se lo propuso (u otro se negó a someterse), y no sólo en el mundo cristiano, naturalmente.[91]

Porque, como es lógico, no vamos a decir aquí que el cristianismo sea el único culpable de todas esas miserias. Es posible que algún día, desaparecido el cristianismo, el mundo siga siendo igualmente miserable. Eso no lo sabemos; lo que sí sabemos es que, con él, necesariamente todo ha de continuar igual. Es por eso que he procurado destacar su culpabilidad en todos los casos esenciales que he encontrado, procurando abarcar el mayor número posible de ellos pero, eso sí, sin exagerar, sin sacar las cosas de quicio, como podrían juzgar algunos que, o no tienen ni la menor idea sobre la historia del cristianismo, o han vivido totalmente engañados al respecto.

52

Que toda política de fuerza estuvo siempre acompañada de una discusión teológica, que por ejemplo "la labor teológica" continuó durante la lucha contra el arrianismo y que "no toda la vida de la Iglesia se agota en las luchas por el poder entre las facciones" (Schneemelcher) es cosa que nadie niega, y que se cumple para toda la historia del cristianismo. Pero el autor, después de leer tantos plagios al cabo del año, no tiene una gran opinión de la labor teológica ni de la vida de la Iglesia. Muy al contrario, porque considera que sólo sirven, con sus mentiras dogmáticas, sus justificaciones homilíticas y el adormecimiento litúrgico de las conciencias (las dudas que el sermón no haya despejado, las ahoga el estruendo del órgano), a la lucha descarnada por el poder, de la que siempre fueron y siguen siendo instrumentos.[92]

[91] Cit. en Miller, Informationsdienst zur Zeitgeschichte 1/62 haciendo referencia a StDZ 7/58. Gundiach 13. Purdy 157 s. Con más extensión en Deschner, Heilsgeschichte II 417 ss.

[92] Schneemelcher, Aufsätze 317.

53

CAPÍTULO 1. ANTECEDENTES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

"Y ¿qué sucedió? [...] 'El ángel del señor, dicen, cayó sobre el campamento de los asirios y mató de ellos a 185, 000 hombres; y al día siguiente, los que se alzaron no vieron más que cadáveres'. *Ésos son los frutos del temor de Dios* [...]

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, DOCTOR DE LA IGLESIA[93]

"... muestra claramente que la historia cultural e historia política no se pueden separar. Esto, que es patente en general, lo es mucho más en el caso de Israel, en cuya historia apenas se menciona una batalla que no tenga algún motivo religioso".

MARTINUS ADRIANUS BEEK[94]

"Más peligroso que la inseguridad de los caminos y las bandas de patriotas y salteadores de las montañas fue el avance de la teología judía."

THEODOR MOMMSEN[95]

"En todo lugar se advierte fácilmente que las penas más extravagantes son siempre las debidas a la intervención de los teólogos [...]" "Al exterminio de los paganos vino a sumarse la metódica destrucción de sus cultos y sus objetos de culto. [.] El asesinato de religiosos de las demás creencias, con sus mujeres y sus hijos, se considera como una manera de proceder típicamente israelita."

ERICHBROCK[96]

"Gracias a la lucha contra los cananeos quedó vencido el politeísmo y fue posible la conquista de la tierra prometida por el Dios de los padres, para que sirviera como plataforma de la Revelación. La guerra contra los cananeos *fue, por tanto, una guerra de religión, lo mismo que las futuras cruzadas de los cristianos* en aquellos mismos lugares, y por eso se sirvió de la misma arma religiosa de la confianza en el Señor, que decía: 'Dios lo quiere'."

CARDENAL MICHAEL FAULHABER[97]

54

Israel

El país en donde surgió el cristianismo, una estrecha franja costera al este del Mediterráneo, en los confines occidentales de Asia, es un puente entre el Asia Menor y el norte de África, en particular Egipto. En este "rincón de las tormentas" entre ambos continentes rivalizaron las mayores potencias de la Antigüedad. En época pre-

[93] Cirilo Alej., Über den rechten Glauben an den Kaiser 3; los subrayados son míos.
[94] Beek l29.
[95] Mommsen, Römische Geschichte VII 229.
[96] Brock, Grundlagen 43, 47.
[97] Faulhaber, Charakterbilder 69.

israelita le llamaban Canaán (bajo este nombre aparece noventa y ocho veces en la Biblia), topónimo que seguramente deriva del acadio "kinnahu" que designaba a la púrpura, importante mercancía de aquellos tiempos. Desde la conquista de Israel por los romanos bajo el emperador Adriano, en la segunda guerra judía, llevó el nombre de Palestina, ya que aquéllos pretendían borrar hasta el recuerdo del judaísmo. En la Biblia no figura esa denominación; sólo en la Vulgata, es decir, en su traducción al latín aparece la palabra *palæstini,* aunque se designa con ésta a los filisteos. A veces, los romanos, y también algunos autores bíblicos, aplicaron a toda Palestina el nombre de su región meridional, Judea, de donde deriva el nombre de judíos. Al principio, los únicos en utilizar ese nombre fueron los no judíos, ya que aquéllos preferían llamarse el pueblo de Israel.[98]

En cambio, es relativamente rara la denominación "la tierra de Israel"; mucho más a menudo encontramos la expresión "tierra de Judá" referida, como queda dicho, a toda Palestina, que en su época de mayor expansión tendría una superficie no superior a la de Sicilia. A todo cuanto usurparon como "herencia" de disposición divina le dieron también el nombre de "Tierra de Promisión", como dice todavía la Epístola a los Hebreos, o "Tierra Santa", siguiendo la costumbre según la cual, la palabra santa tiende a cubrir con un manto deslumbrador los territorios, las intenciones y los personajes más oscuros. En el Talmud leemos, sencillamente, "la tierra", lo que ha sido celebrado por Daniel Rops con involuntaria ironía: "¡La tierra por antonomasia, la tierra de Dios!"[99]

El asentamiento y el "buen Dios"

Los israelitas, pueblo nómada, pastores de ganado según algunos investigadores, ocuparon parte de la tierra de Canaán quizá en el siglo XIV a. de C., y con toda seguridad en el XIII, donde se fundieron con otros invasores anteriores, los hebreos; proceso que intuimos pacífico a medias, y en todo caso difícil, históricamente llamado asentamiento y que sigue siendo un problema muy discutido. No obstante, es indudable que hay que buscar sus orígenes en el debilitamiento de la autoridad egipcia. Las doce tribus, que hasta entonces habían vivido separadas, cada una por su cuenta, formarían una "anfictionía" de fuerte matiz religioso, una especie de **Estado teocrático** cuyos centros serían los santuarios o lugares de peregrinación. Con el tiempo, estas tribus se unieron alrededor del culto a Yahvé, pues no fue una unidad natural o consanguínea, sino que se basaba en la "alianza" con este dios. Ciertamente, adoraban además a otras divinidades y espíritus, como El, de origen semítico, una deidad dotada de un miembro particularmente voluminoso, que luego acabó confundiéndose con Yahvé.

55

Conocieron también el culto a los astros, a las fuerzas de la naturaleza, a las divinidades domésticas *(teraphim),* a ciertos animales (el becerro, la serpiente), a lugares sagrados como árboles, fuentes y rocas. Poco a poco, los israelitas fueron

[98] dtv Lexikon 9, 281. Stauffer 11. Grundmann 143 ss. Daniel-Rops, Die Umweit 11 ss.
[99] Hebr. 11:9. Zac. 2:16. Daniel-Rops, Die Umweit 12 s.

destruyendo la nutrida red de las ciudades-Estado cananeas de la última Edad del Bronce, que se extendían en las comarcas de Palestina y Siria y eran defendidas por ejércitos en parte mercenarios, de un nivel cultural bastante superior; en suma, un país por el que, como sabemos, corrían la leche y la miel: "Y os di tierras que vosotros no habíais labrado, y ciudades que no habíais edificado, para que habitaseis en ellas, y os di viñas y olivares que no habíais plantado". Todo esto puso Yahvé en sus manos. Y junto a las constantes matanzas de cananeos (en el Antiguo Testamento llamados también "amorreos" e "hititas", y descritos como totalmente degenerados), los israelitas lucharon contra amonitas y moabitas; de estos últimos vencieron en cierta ocasión, según la Biblia, a "unos 10, 000 hombres, robustos y valerosos". Y pelearon siempre contra los filisteos, de los que Samgar [Sansón?] mató él solo a 600, según se afirma, "con una reja de arado", a lo que apostilla el traductor Lutero que aquél fue el "libertador de Israel". Precisamente, la enemistad contra los filisteos, quienes, procedentes seguramente de las islas del Egeo, dominaban cinco ciudades costeras (Gaza, Astod, Ekron, Ascalón y Gath), sirvió para dar forma al delirio nacionalista judío y forjar la unión de las tribus, antes mal avenidas. Los israelitas guerrearon contra los tiskal, los midianitas, los arameos y, cómo no, también contra ellos mismos, hasta el punto que Bethel (= la casa de Dios), pongamos por caso, fue destruida cuatro veces entre los años 1200 y 1000 a. de C.[100]

55 Ahora bien, esas batallas no eran "profanas", aventuras de vagabundos sanguinarios, salteadores de caminos ni bandidos de la estepa, como los llama una crónica contemporánea de Tell-el-Amarna, sino obra de "un reino sacerdotal y nación santa" (Ex. 19, 6), de pastores de carácter puro, en los que "ardía el Espíritu divino" (Noth), a las órdenes de "caudillos carismáticos" (Würthwein). A la cabeza de todos ellos combatía Yahvé, el que no perdona a nadie su castigo, cuya nariz exhala humo y cuya boca escupe "fuego devorador", el que "arroja llamas", hace llover azufre, envía serpientes encendidas y la peste, el "Señor de los Ejércitos", de las "huestes de Israel", el "guerrero justo", el "héroe terrible", el "dios terrible", el "dios celoso, que castiga en los hijos la maldad de los padres hasta la tercera y la cuarta generación de los que le aborrecen". Cierto que alguna vez Yahvé "usa de misericordia" y realiza acciones "salvíficas". Pero si alguna vez se preocupa por los paganos, ello sólo sucede en la medida que "los gentiles eran judíos en potencia" (Fairweather). Por lo demás, de él sólo emanan "tribulaciones", "destrucción", no poca "ruina súbita", por ser "para los habitantes de toda la tierra".

56 Cuando hace acto de presencia, el mundo tiembla, se estremecen las montañas y los enemigos caen como moscas. La regla de oro para el trato con una ciudad enemiga: "Cuando gracias a Yahvé, tu Señor, haya caído en tus manos, pasarás por

[100] Cf. en esp. Jos., sobre todo 24; y también Jue. 1, 4 ss; 1, 17; 1, 22 ss; 3, 29 ss 4, 18; Gen. 9, 20 ss; 26, 7 s; 34, 1 s; Núm. 21, 3; 33, 51 ss; Deut. 6, 10 s; 1 Sam. 11; 2 Sam. 10, 6 ss; 12, 26 ss; Jue. 7, 1 ss. LThK 2 ed. II 307 s. dtv Lexikon Antike, Geschichte II 151 s. Cornfeld/Botterweck III 817, IV 913 ss, V 1134 ss, 1208 ss, 1258, 1317. Jenni 118 ss. Richter 40 ss. Albright 285 s. Beek 32 ss, en la 43 dice "nómadas de la estepa", cf. también 45 s. Noth, Geschichte 133. Ringgren/Ström 69, 81 ss. V. Glasenapp, Die nichtchristlichen Religionen 199 s. Daniel-Rops, Die Umweit 42. Deschner, Das Kreuz 47 ss. Alt, que en sus Kleine Schriften cita detalladamente los hechos de guerra, describe también la "evolución pacífica", pero constata que "a fin de cuentas las complicaciones bélicas [...] acabaron predominando" e incluso insinúa que se convirtieron en "norma general": 1, 139.

la espada a todos los hombres que en ella habiten, y serán tuyas las mujeres y los niños así como las bestias y todo cuanto hubiere en ella". Evidentemente, tan misericordioso trato sólo está reservado a los enemigos lejanos; a los más próximos: "Ni uno solo debe quedar con vida".[101] Pero ese Dios, obsesionado por su absolutismo como ningún otro en toda la historia de las religiones, y de una crueldad asimismo inigualada, *es el mismo Dios de la historia del cristianismo.* Todavía hoy pretende que la humanidad crea en él, que le rece, que entregue la vida por él. Es un Dios tan singularmente sanguinario que "absorbió lo demoníaco". Porque, "siendo él mismo el demonio más poderoso, no necesitó Israel demonios de ninguna otra especie" (Volz). Es un Dios que hierve de celos y de afán de venganza, que no admite ninguna tolerancia, que prohíbe del modo más estricto las demás creencias e incluso el trato con los infieles, los *goyim,* por antonomasia calificados de *rasha,* gente sin dios. Contra éstos reclama "espadas bien afiladas" para ejercer el "exterminio"..., "por sus errores, ¡aleluya!". "Cuando el Señor Dios tuyo te introdujere en la tierra que vas a poseer, y destruyere a tu vista muchas naciones [...] has de acabar con ellas sin dejar alma viviente. No contraerás amistad con ellas, ni las tendrás lástima; no emparentarás con las tales, dando tus hijas a sus hijos, ni tomando sus hijas para tus hijos [...]. Exterminarás todos los pueblos que tu Señor Dios pondrá en tus manos. No se apiaden de ellos tus ojos."[102] Nada complace tanto a ese Dios como la venganza y la ruina. Se embriaga de sangre. Desde el "asentamiento", los libros históricos del Antiguo Testamento "no son sino larga crónica de matanzas siempre renovadas, sin motivo y sin misericordia" (Brock): "Ved cómo Yo soy el solo y único Dios, y cómo no hay otro fuera de Mí [...]. Vivo Yo para siempre, que si aguzaré mi espada y la hiciere como el rayo, y empuñaré mi mano la justicia, tomaré venganza de mis enemigos [...]. Embriagaré de sangre suya mis saetas, de la sangre de los muertos y de los prisioneros, que a manera de esclavos van con la cabeza rapada; en sus propias carnes cebarse ha mi espada".[103]

El 7 de febrero de 1980, el teólogo judío Pinchas Lapide inauguraba en la Universidad de Munich unas sesiones de la "Sociedad para la colaboración judeo-cristiana" con una conferencia sobre "Lo específico del judaísmo"; en ella había la afirmación siguiente: que si fuese preciso resumir la fe de Israel en una sola frase, de manera telegráfica, la misma tendría que ser "la sed de unidad". Prescindiendo que la sed de unidad, como nos enseña la historia, suele acarrear consecuencias catastróficas, ¿no sería más justo hablar de sed de sangre? Pero Lapide, como casi todos los teólogos, en realidad no piensa en la *historia* bíblica, sino en la *teología,* y por eso deduce como "primera consecuencia del monoteísmo judío" la existencia de una "ética unitaria", ¡y afirma que el valor más elevado de dicha fe sería el respeto a la vida humana!, "porque, para salvar una vida, y aunque fuese la propia, no sólo pueden, sino que deben quebrarse temporalmente casi todos los mandamientos...".

---

[101] Gen. 19, 24 s; ex. 15, 3; 19, 18; 20, 5; 24, 17; 34, 7; Núm. 16, 35; 21, 6; Deut. 4, 31; 5, 9; 9, 3; 13, 13 ss; 20, 13 ss; Jue. 5, 4 s; 5, 11; 2 Sam. 5, 10; 1 Rey. 19, 10; Is. 45, 6 s; Jer. 5, 14; 20, 11; Os. 12, 6; Am. 3, 13; Salm. 18, 8 ss; 74, 12; 89, 8. dvt Lex. Antike, Geschichte II 152. Fairweather 20. Montefiore 245 ss; Noth, Geschichte 103. Ring- gren 64, 83. Dewick 65 ss.

[102] Deut. 7:1 ss; 7, 16; 7, 20; Salm. 149, 6 ss. Volz 9, 31. Van Leeuwen 39 ss. Brock, Grundiagen 37

[103] Deut. 32:39 ss. Brock, Grundiagen 37.

57 Sin embargo, ¿no nos enseña la historia bíblica de Israel (y no pocos episodios de la contemporánea) que, en efecto, los mandamientos se quiebran a menudo, aunque no para salvar vidas, sino para destruirlas? Lo que no obsta para que Lapide llegue a esta segunda conclusión: que el monoteísmo judío implica "la igualdad de todos los hijos de Dios" y "el mismo derecho de todos los mortales a la salvación", en concordancia con el "mensaje gozoso del monte Sinaí, que ahoga en germen toda pretensión de pueblo elegido...[104] Sin embargo, en la Biblia, tal como nosotros la conocemos, predomina un tono muy diferente. Ese Dios de la Biblia es incluso peor que su pueblo. No exige respeto a la vida humana, ni reconoce la igualdad entre todos, ni el derecho de todos a la salvación por igual, sino todo lo contrario. Una y otra vez protesta contra el que no se hayan ejecutado sus órdenes de exterminio, de que se haya confraternizado excesivamente con los infieles. "Tampoco exterminaron las naciones que les había mandado el Señor, antes se mezclaron con los gentiles, y aprendieron sus obras, y dieron culto a sus ídolos, y fue para ellos un tropiezo..." Porque ese Dios quiere ser un Dios exclusivo, que no consiente a su lado ninguna otra cosa, "always at war with other gods" (Dewick). Los rivales deben desaparecer. Se anuncia la guerra total de religión..., *tabula rasa!* "Asolad todos los lugares en donde las gentes, que habéis de conquistar, adoraron a sus dioses... Destruid sus altares y quebrad sus estatuas; entregad al fuego sus bosques profanos; desmenuzad los ídolos y borrad sus nombres de aquellos lugares." Órdenes tantísimas veces reiteradas por "el buen Dios" en el Antiguo Testamento. Y si alguno se niega, o incluso propone servir a dioses ajenos, aunque sea el hermano, el hijo o la hija, "o tu mujer, que es la prenda de tu corazón", debe morir, y "tú serás el primero en alzar la mano contra él...".[105] La traición contra Yahvé, muchas veces visto en la figura del "esposo" (aunque no de diosas, por supuesto, ni siquiera de una sola diosa, sino del pueblo de Israel) merece con frecuencia el nombre de "fornicación", lo que ha de entenderse al pie de la letra: la madre se "prostituye", los hijos son unos "bastardos", las hijas unas "rameras", las novias "unas adúlteras", los hombres siguen a las "fornicarias", a las "prostitutas del templo", "la nación abandona al Señor por amor a la fornicación", ha aceptado "el salario de la inmundicia"; a veces "la palabra de Dios" no titubea en describir la "Tierra de Promisión", la "Tierra Santa", como una especie de paraíso del lenocinio. Ejemplar, así, la conducta del profeta Oseas, el que engañó a su mujer en los ritos cananeos de la fecundidad, lo que sin duda no dejaría de servirle de inspiración; pero también Jeremías compara la idolatría de Israel con el comportamiento de las bestias en celo: "Reconoce lo que has hecho, dromedaria desatinada, que vas girando por los caminos cual asna silvestre, acostumbrada al desierto, que en el ardor de su apetito va buscando con el olfato aquello que desea...».[106]

58 En el caso de que este pueblo desobedezca, Yahvé le anuncia horrores inenarrables, castigos de "hambre y [...] un ardor que os abrasará los ojos y consumirá vuestras vidas [...] y enviaré contra vosotros las fieras del campo, para

[104] Lapide/Pannenberg 9ss.

[105] Deut. 12, 2 ss; Sal. 106, 34; cf. también Deut. 7, 5; 7, 25 y los ant. Pfeiffer 229 ss. Dewick 62 ss.

[106] Os. 1, 2; 2, 6 s; 2, 9; 2, 18; 4, 13 s; 9, 1 y ant.; Jer. 2, 23 s. Preuss 121. Cf. también Deschner, Das Kreuz 50 s.

que os devoren a vosotros y a vuestros ganados". Y sigue amenazando: "Maldito serás en la ciudad y maldito en el campo [...] y enviará el Señor sobre tí hambre y necesidad [...] y hará el Señor que se te pegue la peste, hasta que acabe contigo, en la tierra en cuya posesión entrares [...] te herirá el Señor con las úlceras y las plagas de Egipto, y en el sieso, y también con sarna y comezón, de tal manera que no tengas cura [...] te herirá el Señor con úlceras malignísimas en las rodillas y en las pantorrillas, y de un mal incurable desde la planta del pie hasta la coronilla [...] el Señor acrecentará tus plagas y las de tu descendencia, enfermedades malignas e incurables", [107] y así sucesivamente.

La pena de muerte y la "guerra santa"

Junto a las grandes matanzas propias de las guerras, naturalmente la pena de muerte se aplicaba con gran profusión; sin embargo, las sentencias (a ejecutar mediante lapidación por lo general, en casos excepcionales por cremación en la hoguera) no estaban confiadas a ninguna instancia concreta.[108]

Legalizada por el código mosaico y justificada por razones de religión, la pena de muerte sancionaba infinidad de infracciones. No sólo debe morir el asesino, sino también el que roba a otro, y el que maltrata a su padre o a su madre, o aunque sólo los maldiga. La misma pena recae sobre el adulterio (para la adúltera y para su amante), sobre las relaciones sexuales durante la menstruación, sobre la prostitución de la hija de un sacerdote, sobre la prometida que no hubiese gritado al ser violada; ítem más, sobre el incesto, la homosexualidad, la zoofilia (ejecutándose también al animal en cuestión): "La mujer que pecare con cualquier bestia, sea muerta juntamente con la bestia" (Lv. 10 y 16). Por lo general, la mujer, frívola e irresponsable, era tenida en poco, según de muestra la frecuente mención: "mujeres, esclavos y niños", como seres pertenecientes a una misma categoría; a menudo eran difamadas, cubiertas de sarcasmos, postergadas, desterradas de la vida pública y relegadas a la maternidad como sentido único de su vida, todo lo cual fue recogido más tarde por el cristianismo. Pena de muerte, por supuesto, para quien rindiese culto a otro dios, lo mismo que para quien blasfemase, o no cumpliese con el precepto de la circuncisión, o practicase la hechicería, o la adivinación, o se atreviese a profanar el monte Sinaí. Pena de muerte para quien se acercase al Arca de la Alianza, para el sumo sacerdote que no vistiese correctamente sus paramentos en el Templo, para quien trabajase en sábado, consumiese pan ácimo durante la *passah,* omitiese presentar las of rendas, comiese de la carne del sacrificio pasados tres días, quebrantase a sabiendas los ritos, desobedeciese a sacerdotes o jueces, y cientos de supuestos más.[109]

---

[107] Lev.26.14ss; Deut.28.15ss.

[108] Cf. B. Schüller LThK 2 ed. X 229.

[109] Pecados contra la carne, la vida, los padres: ex. 21.12 ss. Adulterio: Lev. 20, 10. Violación: Deut. 22, 23 ss. Incesto: Lev. 20, 11; 20, 17. Homosexualidad: Lev. 20, 13; bestialismo: ex. 22, 18; Lev. 20, 15 s. Relaciones sexuales durante la menstruación: Lev. 20, 18. Prostitución de la hija de un sacerdote: Lev. 21, 9. Otras penas capitales: Gen. 17, 14; ex. 4, 24 s; 12, 19; 19, 12 s; 22, 17; 22, 19; 28, 35; 28, 42 s; 31, 14 s; Lev. 19, 7 s; 20, 6; 20, 27; Núm. 1, 51; 15, 30; 17, 6 s; Deut. 17, 12. Cf. también Gen. 38, 7; 38, 10; ex.

59

La pena de muerte, impuesta muchas veces por infracciones menores o por puro capricho, se revestía de un sentido religioso, pues lo mismo que mentían y engañaban en nombre de Yahvé (como fue engañado Judá por Tamar, Esaú por Rebeca, Faraón por la comadrona hebrea, Labán por Jacob, que significa "el astuto", y que a su vez engañó a otros, y no poco, pese a estar conceptuado como "de buenas costumbres"), también mataban según el espíritu de Yahvé. Más aún, el propio Yahvé devora, escupe fuego, envía maremotos, y mata, pero no a individuos, sino a grupos enteros: a todos los primogénitos de los egipcios, a los rebeldes y libidinosos durante la travesía del desierto, a los tres mil adoradores del becerro de oro: "Así habla el Señor Dios de Israel: que cada uno ciña la espada [...] y dé muerte a su hermano, a su amigo y a su prójimo". Yahvé extermina a la familia del sumo sacerdote Eli, y lo mismo las casas de los reyes Jeroboam, Baisa, Acab; destruye ciudades enteras como Sodoma y Gomorra "por el fuego y el azufre que llovieron del cielo", a toda la humanidad por medio del diluvio. "La Biblia contiene el relato de las grandes acciones, de las *mirabilia* realizadas por Dios en el Cosmos y en la historia", como ha escrito el católico Daniélou.[110]

Y puesto que eso hace el Señor, al tiempo que arenga una y otra vez a Israel: "De hoy en adelante pondré temor y espanto ante ti entre todas las naciones que moran bajo el cielo"; y truena: "Perseguiréis a vuestros enemigos, y caerán delante de vosotros; cinco de los vuestros perseguirán a diez extraños, y cien de vosotros a diez mil: vuestros enemigos caerán en vuestra presencia al filo de la espada", se deduce forzosamente que tales acciones no son en modo alguno criminales, sino justas y, en esencia, religiosas; la guerra misma es un acto de devoción, algo sagrado *(qiddes milhama* significaba consagrar para la batalla), y el campamento el primer santuario en el más propio sentido de la palabra: "Las guerras se conducían casi siempre como *guerras santas*. [...] Toda guerra es asunto de la directa incumbencia de Yahvé" (Gross). Los éxitos en el combate se atribuyen exclusivamente a ese poder superior. Todas las victorias son victorias de Yahvé, las guerras son guerras de Yahvé, los enemigos lo son de Yahvé, los homicidas son "el pueblo de Yahvé", y el botín, lógicamente, también le corresponde a él. Todos los espadones deben ser ritualmente puros y confiar en Dios, todos son "bendecidos" y lo mismo sus armas. Antes de la matanza se practican of rendas. Existe un clero influyente y bien organizado. Importancia particular reviste la consulta antes de la batalla; el Arca de la Alianza garantiza la presencia de la divinidad y acompaña a los combatientes. El sacerdote los arenga, les da ánimos, les quita el miedo: "Porque el Señor, vuestro Dios, os acompaña..."; "el Señor es mi estandarte".[111]

11, 4 ss; 12, 29; 14, 27 s; 15, 1; 15, 21; Lev. 10, 2; Núm. 14, 36; 16, 31 ss; 17, 14; 21, 6; 1 Sam. 6, 7; 12, 15 ss; 1 Rey. 13, 26; 20, 35 s. Merkel, Gotteslästerung RAC XI 1189 s. Schüller LThK 2 ed. XX 229. Sobre el papel de la mujer en el A.T. y en el judaísmo cf. ThRe XI 422 con abundante bibliografía. Grundmann 174 ss. Sobre el incesto cf. Halbe ZAW 91, 1980, 60 ss. Kilian 111 ss. Schoonenberg 72.

[110] Gen. 7, 21 ss; 19, 24; 25, 27; 27, 36; 29, 15; 31, 20; ex. 11, 4 ss; 12, 29; 14, 27 s; 15, 1; 15, 21; Lev. 10, 2; Deut. 16, 31 ss; 17, 14. Daniélou, Die heiligen Heiden 15.

[111] Gen. 34, 25 ss; ex. 17, 15; Lev. 26, 7 s; Núm. 21, 14; Deut. 2, 24 s; Jos. 3, 5; 6, 17 ss; 6, 24; Ju. 3, 10; 4, 14; 51, 11; 5, 13; 5, 31; 6, 20; 7, 15; 7, 20; 20, 2; 20, 27; 1 Sam. 1, 21; 4, 3 s; 41, 11; 13, 19 ss; 17, 45; 18, 17; 21, 6; 25, 28; 30, 26; 2 Sam. 1, 21; 5, 24. En conjunto: Fredriksson y Von Rad, passim. Gross LThK 2 ed. VI 639. dtv Lex. Antike, Geschichte II 152 s. Cornfeld/Botterweck IV 893 ss; V 1208 s, 1317, 1328 s. V. Hentig, Die Besiegten 19 ss. Lods 288, 462. Gamm, Sachkunde 67. Cf. también nota 9.

60

¡Cuántas de estas cosas retornan en el cristianismo! Para que nada falte, los que aborrecen a Yahvé deben caer, a fin de que viva el pueblo "de la Alianza", el medio elegido para la salvación del mundo. Aún en tiempos de Moisés, los israelitas acabaron con los importantes reinos de Sebón y de Og, al norte de Moab. Liquidaron a Sehón, el rey de los amorreos, y "fue pasado a cuchillo por los hijos de Israel" y "se apoderaron de sus mujeres y niños, y de todos los ganados, y de todos los muebles; saquearon cuanto pudieron haber a las manos". De similar manera fue derrotado Og, rey de Basan, y "mataron, pues, también a este rey, con sus hijos y a toda su gente, sin dejar hombre con vida, y se apoderaron de su tierra", "devastando a un mismo tiempo todas sus ciudades no hubo población que se nos escapara; nos apoderamos de sesenta ciudades [...] y exterminamos aquella gente [...] con hombres, mujeres y niños; y cogimos los ganados y los despojos de las ciudades". Y las Sagradas Escrituras nos cuentan de la victoria sobre los madianitas: "Como los hubiesen vencido, mataron a todos los varones, y a sus reyes [...] y se apoderaron de sus mujeres y niños, y de todos los ganados, y de todos los muebles [...]. Ciudades, aldeas y castillos, todo lo devoró el fuego".

Pero ni siquiera esto bastaba a Moisés, personaje a quien un opúsculo de 1598, *De los tres grandes embusteros,* achacaba "los mayores y más flagrantes crímenes" *(summa et gravissime Mosis crimina),* pues "enojado contra los jefes del ejército" preguntó cómo habían dejado con vida a las mujeres y a los niños: "Matad, pues, todos cuantos varones hubiere, aun a los niños, y degollad a las mujeres que han conocido varón; reservaos solamente **a las niñas y a todas las doncellas.** [...] Y se halló que el botín cogido por el ejército era de seiscientas y setenta y cinco mil ovejas, setenta y dos mil bueyes; asnos, setenta y un mil; y de treinta y dos mil personas vírgenes del sexo femenino"; muertes y rapiñas tremendas que, además, eran contrarias a los mandamientos quinto y séptimo del propio Moisés.[112]

De esta manera, entre 1250 y 1225 el "pueblo de Dios" asoló la mayor parte de Canaán, dedicado al exterminio (espoleado generalmente por gritos de guerra religiosos por el estilo de "espada de Dios por Gedeón"): mata, erradica "audazmente" a los malos, secuestra a las mujeres y a los niños, en el mejor de los casos, aunque eso sí, no olvida nunca el ganado. En una palabra, perpetran las atrocidades más horribles y se alaban por ello, y queman ciudades y aldeas hasta no dejar piedra sobre piedra. Hoy día, cuando se excavan los antiguos doblamientos cananeos, es frecuente hallar un grueso estrato de cenizas que confirma la destrucción por el fuego. Una de las ciudades palestinas más importantes del eneolítico tardío, Asdod o Tell-Isdud, emplazada sobre la ruta internacional del mar *(vía maris)* y que llegaría a ser la capital de la Pentápolis filistea, desapareció destruida por el fuego en el siglo XIII a. de C., lo mismo que su vecina Tell-Mor, seguramente. Y también pereció en llamas Hazor, una de las plazas fortificadas más importantes de Canaán, entre los lagos de Hule y de Genezaret, al igual que Laquis, hoy Tell Ed-Duwer, punto de importancia estratégica y entonces una de las ciudades amuralladas más fuertes de Palestina, y Debir (Tell Bet Mirsim), Eglon (Tell El Hesi) y otras muchas. Cierto que no es posible demostrar sin lugar a dudas que todas estas

[112] Núm. 21, 21 ss; 31, 7 ss; Deut. 2, 32ss; 3, 1 ss. Cornfeld/Botterweck IV 914. De tribus impostoribus 61, 95.

destrucciones fuesen obra de los israelitas, pero "it is true that there is ethnic intolerance all through Israel's history" (Parkes).[113]

61 A veces el exterminio se extendía a tribus enteras, y es que era común el lanzar contra el enemigo la forma más severa de la guerra decretada por el Señor, el anatema (en hebreo *herám,* que era la negación propiamente dicha de la vida, y cuya palabra deriva de una raíz que significa "sagrado" para los semitas occidentales), of recido a Yahvé como una especie de inmensa hecatombe o "sacrificio ritual". No por casualidad se han comparado las descripciones bíblicas del "asentamiento" con las posteriores campañas del Islam (ni con mucho tan sangrientas como aquéllas), cuando se dice que los conquistadores debían sentirse verdaderamente "depositarios de la palabra de Dios" y protagonistas de una guerra santa. "Sólo éstas, no las profanas, terminan con el anatema que supone el exterminio de todos los vivientes en nombre de Yahvé" (Gamm). Precisamente, "la destrucción de raíz [...] sólo encuentra explicación en el fanatismo religioso de los israelitas". La "insurrección" obedecía a una "determinación primariamente sociorreligiosa" (Cornfeld/Botterweck). Son los casos en que el Señor manda expresamente: "Porque en las ciudades que se te darán no dejarás un alma viviente, sino que a todos sin distinción los pasarás a cuchillo; es a saber, al heteo y al amorreo, y al cananeo y al fereceo, y al heveo y al jebuseo, como el Señor tu Dios te tiene mandado, para que no os enseñen a cometer todas las abominaciones que han usado ellos con sus dioses, y of endáis a Dios vuestro Señor".[114]

Semejantes excesos de la fe tenían su origen, en primer lugar, en el nacionalismo de aquel pueblo antiguo, sin duda uno de los más extremistas que se hayan conocido, unido a la rigurosidad de un monoteísmo desconocido en aquellas regiones. Ambos elementos se potenciaban mutuamente en la pretensión de ser el pueblo elegido, jamás abandonada por "el pueblo de Dios" ni siquiera durante las tribulaciones de la diáspora, juzgada por su intolerancia, desde los tiempos más antiguos, como *odium generis humani,* aborrecimiento al género humano o, como escribió Tácito, "adversus omnes alios hostile odium"; éste, sin embargo, alaba la "pertinaz superstición" de los judíos *(pervicacia superstitionis)* y en sus *Historias* comenta que son un género de personas odioso a ojos de los dioses *(genus hominum... invisum deis),* un pueblo abominable *(taeterrima gens),* de costumbres "perniciosas y sucias", "absurdas y ruines". La segunda condición del fanatismo religioso judío fue la convicción de que todos los "infieles" eran gente de costumbres corrompidas, consecuencia ésta de su propia "idolatría": los supuestos vicios sexuales largamente detallados en el texto bíblico, las "abominaciones" tremendas que hacían "impuras" las tierras, las "costumbres inmundas" de los paganos, tales que "la tierra en que moran los escupe" y "cualquier persona que incurriere en alguna de estas abominaciones, será exterminada de su pueblo. [...] Yo soy el Señor Dios vuestro".[115]

62

---

[113] Cornfeld/Botterweck 1130 s; 192 ss; III 603, 815 ss; 913 ss. 924. Parkes, Judaism 86. Gamm, Sachkunde 68.

[114] Cf. al respecto además de la nota 21 Deut. 13, 16 ss; 20, 10 ss; 20, 16 ss. LThK 2 ed. 11224ss. Cornfeld/Botterweck III 815; IV 893 ss; 920, 924. Hempel 20 ss. Junker 74 ss. Gamm, Sachkunde 67, 74.

[115] Tacit. hist. 2, 4; 5, 3 ss. Cf. también Josefo c. Apionem 1, 34, 6;2, 10, 1. Lev. 18, 1 ss en part. 18, 24 ss. Brock, Grundiagen 36, 44 s.

Y pese a que los paganos siempre se mostraron dispuestos a reconocer al dios de los judíos, y pese a que, o precisamente porque, en líneas generales, conducían sus guerras con menor crueldad, los israelitas de la época predavídica perpetraron los crímenes más terribles, y celebraron el genocidio como acción agradable a los ojos del Señor, casi como símbolo de la fe. Y esa "guerra santa", entonces y más tarde llevada a cabo con especial vehemencia, sin admitir ni negociaciones, ni pactos, sino sólo el exterminio del enemigo, del incircunciso (o del no bautizado, del "hereje", del "infiel"), es "un rasgo típicamente israelita" (Ringgren). Según la mayoría de los aspectos, la descripción veterotestamentaria del libro de los Jueces, fechada entre 1200 y 1050, es decir, siglo y medio después del "asentamiento", es una fuente de información si no del todo fiable, sí bastante válida; y en ella apenas se menciona otra cosa que "guerras santas". Éstas empezaban siempre con bendiciones, después de un período de continencia sexual, y terminaban por lo general con la liquidación total del enemigo, hombres, mujeres y niños. "Las ruinas de muchas aldeas y ciudades, repetidamente destruidas durante los siglos XII y XI, proporcionan el más gráfico de los comentarios arqueológicos" (Cornfeld/Botterweck).[116]

También el libro de Josué, correspondiente al mismo trasfondo histórico y, en general, vinculado estrechamente con el de los Jueces, describe la conquista de la tierra prometida como una "guerra santa de Yahvé", llevada a cabo con una brutalidad insuperable. El Arca de la Alianza, garantía de la presencia divina, acompañaba a las masacres. Con su ayuda, cruzaron el río Jordán, y fue paseada durante siete días alrededor de Jericó, mientras siete sacerdotes tocaban las trompetas "ininterrumpidamente", después de lo cual se ejecutó el anatema "y pasaron a cuchillo a todos cuantos había en ella [en Jericó], hombres y mujeres, niños y viejos; matando hasta los bueyes, y las ovejas, y los asnos". De igual manera procedieron Josué y "los hijos de Israel" con todas las demás poblaciones que redujeron a escombros y cenizas, como Hai, Maceda, Lebna, Laquis, Eglón, Hebrón, Dabir, Asor, o Gabaón, donde, durante los combates, el sol "permaneció inmóvil en medio del cielo casi todo un día" (si bien hoy, según la interpretación católica de monseñor Rathgeber, este "relato increíble de la Biblia" significa, sencillamente, que el sol desapareció tapado por negras nubes). Y la "palabra de Dios" repite con fatigante monotonía: "Acabando con cuanto había", "quitando la vida a todos sus habitantes", "acabando a filo de espada con cuanto había", "de tal suerte los destrozó, que no dejó alma viviente de ellos"; pero, eso sí, "repartieron entre sí todos los despojos y los ganados de estas ciudades, después de haber quitado la vida a todos los habitantes".[117]

63

[116] Deut. 23, 9; Ju. 7, 17 ss; 1 Sam. 21, 6; 27, 9; 2 Sam. 5, 8; 5, 23; 11, 11; 12, 31.LThK 2 ed. VIII 1300 s. Noth, Das Amt 404 ss. Alonso-Schókel 143 ss. Cornfeid/ Botterweck II 459 ss, III 813 ss, IV 895 ss, V 1217. V. Rad, Der Heilige Krieg 24 s muestra que además hubo guerras "profanas" en número más que sobrado. M. Weber, Grundriss III 1 parte quiere que las guerras "santas" de Israel consten sólo como "etapa preliminar" y seguramente "precedente" de otras, sobre todo las del Islam. Detalles sobre las fuentes arqueológicas: C. Wright, Biblical Archeology, 1957. Aunque naturalmente, según un autor católico la arqueología bien entendida es la que sirve para "destacar las verdades bíblicas [!] sobre el trasfondo histórico y cultural", Oberforcher 209. Gamm. Sachkunde 67. Brock, Grundiagen 47.

[117] Jos. 3, 6 ss; 6, 1 ss; 8, 1 ss; 10, 1 ss; 11, 6 ss; 11, 16 ss. Cornfeld/Botterweck III 815, IV 919. J. Scharbert LThK 2 ed. V 1145 s. Rathgeber 228 s. Comay, Story 77 ss.

Es posible que el asentamiento de los israelitas no se realizase sólo mediante campañas de exterminio. Podemos imaginar que también utilizarían la infiltración lenta y que, poco a poco, se irían confundiendo con los autóctonos. El mismo Yahvé mostraba, en principio, un talante pacífico: "En el caso de acercarse a sitiar una ciudad, ante todas las cosas le of recerás la paz; si la aceptase y te abriese las puertas, todo el pueblo que hubiere en ella será salvo y te quedará sujeto, y será tributario tuyo", aunque en caso contrario, naturalmente, las Sagradas Escrituras ordenan: "Pasarás a cuchillo a todos los varones de armas tomar que hay en ella". De tal manera que apenas hubo paz en Palestina, utilizándose todos los recursos bélicos entonces conocidos: el espionaje, la emboscada, las maniobras y asaltos de noche, el minado de las murallas, la penetración a través de galerías subterráneas, el empleo de máquinas balísticas y otros muchos. (Sin embargo, durante mucho tiempo los israelitas no tuvieron carros de combate ni caballería. Aquellos antiguos nómadas no sabían servirse de los caballos, que no fueron usados hasta la entrada de Absalón en Jerusalén; por eso, Josué hizo que les cortaran los tendones y mandó quemar los carros. Incluso David, que también ordenaba inutilizar los caballos de sus enemigos, tenía los asnos y los mulos por única montura.)[118]

Los estragos de David y los traductores modernos de la Biblia

En la época de los reyes, las guerras, las incursiones y las rapiñas se sucedieron sin solución de continuidad. Samuel, último juez de Israel y primer profeta, peleó contra los filisteos y los derrotó pero luego, sintiéndose viejo, hizo ungir caudillo del ejército a Saúl y le ordenó en nombre de Dios: "Ve, pues, ahora y destroza a Amalec y arrasa cuanto tiene: no le perdones, ni codicies nada de sus bienes, sino mátalo todo, hombres y mujeres, muchachos y niños de pecho, bueyes y ovejas, camellos y asnos...". La católica enciclopedia de muchos tomos *Lexikon für Theologie und Kirche* apostilla que el profeta en cuestión fue un personaje "sin tacha", y aún va más lejos en el elogio de su sucesor: "Un gran afán en la defensa de la **teocracia**, de la ley y del derecho, fue la mayor prenda del carácter de Saúl". Y este rey, el primero de Israel (1020-1000) ungido por Samuel, figura típicamente "carismática" a través de quien actuaba "el espíritu del Señor" y, sin embargo, "psicópata evidentemente depresivo y atormentado por la manía persecutoria" (Beck), continuó con energía la tradición de las "guerras santas". Como cuenta la Biblia, Saúl combatió a "cuantos enemigos le rodeaban", moabitas, amonitas, edomitas, contra los reyes de filisteos y amalecitas. Eso sí, cuando de acuerdo con las órdenes superiores hizo matar a todos los amalecitas incluidos los niños de pecho, pero se guardó los mejores ganados, incurrió en la ira del Señor y en la del profeta Samuel, tras lo cual sufrió una tremenda derrota a manos de los filisteos y se suicidó: por cierto, éste es el primer acto de este género que menciona la Biblia.[119]

---

[118] Cf. Deut. 20, 10ss; Jos. 8, 15ss; Ju. 7, 16ss; 20, 32ss; 2 Sam. 5, 8; 10, 8ss; 20, 15. Cornfeld/Botterweck IV 895ss. Beek 173 nota 6.

[119] 1 Sam. 11, 6; 11, 11; 14, 36; 14, 47ss; 15, 1ss. LThK 1 ed. IX 159 s, 194 s, 2 ed. IX 347. Beek 50ss. Wildberger 442ss. Beyerlin 186ss. Soggin 54ss. Comay, Who's Who 338 s, 341 s. El mismo, Story 99ss, 102ss.

64

Su sucesor, David, nombre que significa el escogido (de Dios), el que compró como esposa a la hija de Saúl, Micol, por el precio de cien prepucios de filisteos, hacia el final del milenio anunció el principio del Estado nacional y consiguió así el máximo período de esplendor para Israel, cuyas posesiones llegaron entonces desde la Siria media hasta los límites de Egipto; era la nación más fuerte entre los grandes imperios de Mesopotamia, Hamath y Egipto.

Tal como había sucedido con Saúl, también de David (1000-961) se apoderó "el espíritu del Señor" y le hizo emprender una campaña tras otra, ya que eran muchos los "opresores": al norte, contra los últimos enclaves de los cananeos, contra los amonitas, los moabitas, los edomitas, los arameos, los sirios de Adarecer. Y así lo reconoció David en su himno de acción de gracias: "Perseguiré a mis enemigos, los exterminaré: no volveré atrás hasta acabar con ellos. Los consumiré y haré añicos, de suerte que no puedan ya reponerse. Caerán todos bajo mis pies". "Pero nunca empezó él una guerra — le alaba san Ambrosio, doctor de la Iglesia— sin haber pedido consejo al Señor. Por eso también fue vencedor en todas las batallas, él que esgrimió la espada hasta la más avanzada edad." Como avezado ex-capitán de una partida de bandoleros (cuyas actividades cuenta el *Who's Who in the Old Testament* bajo el atractivo epígrafe de "The Guerrilla Years"), el "héroe magnífico" (san Basilio *dixit)* actuaba de forma especialmente contundente, a pesar de lo cual (o precisamente por eso) se le admira no sólo en la teología judía, sino también en la cristiana y la islámica como persona de destacada significación religiosa. "Siempre que salió en campaña, David no dejó hombre ni mujer con vida —le alaban las Sagradas Escrituras—; así hacía David cuando moraba en tierra de filisteos." Durante dieciséis meses vivió bajo la protección del rey Aquis, en Get, huyendo de la ira de Saúl; pero luego el mismo David infligió tales derrotas a los filisteos, que éstos apenas vuelven a ser mencionados en la Biblia. Entre otras costumbres del elegido del Señor (el primero que estableció el núcleo de un ejército permanente, y acentuó el carácter, ya existente, de la fe judaica como religión del Estado, convirtiendo a los príncipes de los sacerdotes en funcionarios reales y miembros de su corte) figuraba la de cortarles los tendones a los caballos del enemigo; alguna vez se empleó también en cortar manos y pies a los enemigos mismos. Otra de las aficiones del "divino David, profeta grande y suavísimo" (según el obispo Teodoreto, historiador de la Iglesia) consistía en picar a los prisioneros con serruchos y tenazas de hierro y quemarlos en hornos de ladrillos, como hizo con los habitantes de todas las ciudades amonitas.[120]

65

Viene al caso recordar que, en 1956, el Consejo de la Iglesia evangélica alemana y la Unión de las Sociedades Bíblicas Evangélicas acordaron la edición de una Biblia, "según la versión de Martín Lutero en lengua alemana", edición que, autorizada en 1964 y publicada en 1971, reproduce de la manera siguiente el pasaje que acabo de citar: "A los habitantes los sacó, *y púsolos a trabajar como esclavos* con las sierras y las hachas de hierro, y en los hornos de ladrillos". Sin embargo, Martín Lutero lo

[120] 1 Sam. 16, 1; 16, 13; 27, 1ss; 2 Sam. 4, 12; 8, 1ss; 12, 29ss; 1 Crón. 18, 4. Ambros. de of f. 35, 177. Teodoro h.e. 1, 33. Basil. epístola a Greg. Nac. 2, 3 s. Heilmann IV 324. Cornfeld/Botterweck II 410 ss, IV 899, V 1134. LThK 2 ed. III 174 ss. Beek 50 ss. Comay, Who's Who 88 ss. El mismo, Story 113 ss.

había traducido así: "A los habitantes los sacó, y mandó que fuesen aserrados, haciendo pasar narrias de hierro, y despedazarlos con cuchillos, y *arrojarlos a los hornos de ladrillos".*[121]

Este pasaje se corresponde con otro del Libro 1° de las Crónicas (20, 3), en donde la susodicha Biblia autorizada por el Consejo de la Iglesia evangélica alemana, "según la versión de Martín Lutero", dice: "A cuyos habitantes los hizo salir fuera, y *sometiólos a la servidumbre del trabajo* en los trillos, sierras y rastras", pero las palabras que Lutero escribió fueron: "A cuyos habitantes los hizo salir fuera, e hizo pasar por encima de ellos trillos y rastras, y carros armados de cortantes hoces; de manera que quedaban hechos piezas y añicos" .[122]

Eso es una falsificación, y responde a un cierto método.

En el decurso de los últimos cien años, la Iglesia evangélica ha propuesto nada menos que tres revisiones de la Biblia luterana. En la versión revisada de 1975 apenas dos terceras partes del texto remiten directamente a la traducción hecha por Lutero. Una de cada tres palabras ha sido cambiada; a veces, es cuestión de matiz, pero otras veces la modificación tiene su importancia: ¡de las 181, 170 palabras que suma, poco más o menos, el Nuevo Testamento, la innovación se extiende a unas 63, 420 palabras! (Los investigadores más críticos coinciden en afirmar que la modernización léxica necesaria para una comprensión actual del texto no exige cambiar más de 2, 000 o 3, 000 palabras.) Poco se figuraba Lutero que sus herederos espirituales iban a enmendarle la plana tan ampliamente, él cuyo lema como traductor fue que "las palabras deben ponerse al servicio de la causa, y no la causa al servicio de las palabras", y que "el sentido no está al servicio de las palabras, sino éstas al servicio del sentido, al que deben plegarse y obedecer".[123]

66

Es evidente que siempre cabe la posibilidad de "quitar hierro" en una traducción..., perdiéndole el respeto al predecesor; pero cuando la Iglesia evangélica anuncia una Biblia, *«según la versión de Martín Lutero* en lengua alemana", en realidad vende una crasa falsificación. De todas maneras, si los hubieran hecho esclavos, siendo ellos unos idólatras, seguramente no habrían corrido una suerte mucho más envidiable, incluso los no combatientes; como ha comentado el arqueólogo Glueck, que excavó la ruinas de Eilat, sobre los esclavos del Estado que allí trabajaban en los hornos de ladrillos: "The rate of mortality must have been terrific".[124]

En la Biblia, un tal Semeí maldice a David llamándole "sanguinario" y le arroja piedras; Erich Brock y algunos más han opinado que "no era para menos". Hasta el propio Señor lo confirma: "Tú has derramado mucha sangre, y hecho muchas guerras". Pero, eso sí, siempre "con el Señor", siempre "por voluntad del Señor"; por ello, sin duda, "miraba el Señor a David con agrado", por ejemplo después de

---

[121] Cf. Die Bibel oder die ganze Heilige Schrift des Alten und Neuen Testaments nach der deutschen bersetzung Martin Luthers, Württembergische Bibelanstait Stuttgart 1970, 368 incluyendo Martín Luther, Die gantze Heilige Schrift, vol. 1: Biblia: Das ist: Die gantze Heilige Schrifft / Deudsch / Auffs new zugericht, Wittenberg 1545. Reimpresión dtv text-bibliotek, ed. H. Volz con la colaboración de H. Blanke. Redacción de texto F. Kur, 1974, 591. Los subrayados son míos.

[122] Ibíd., vol. 1, 1974, 773. Subrayados míos.

[123] L. Schmidt, Das Neue Testament 345ss, esp. 361. Krause, Fragwürdigkeiten 75ss.esp.76s, 83, 89s.

[124] Glueck según Brock, Grundiagen 23.

escabechar a "veintidós mil arameos", o tras una matanza de "dieciocho mil" edomitas. "Haz todo cuanto te inspira tu corazón, porque Dios está contigo", dice en otro lugar; "contigo he andado en todas tus marchas, y en tu presencia he derrotado a todos tus enemigos, y te he dado renombre, cual puede tenerlo uno de los magnates que son famosos sobre la tierra".[125] Aunque los nombres de "los magnates famosos sobre la tierra", a menudo, no sean sino la nómina de los más grandes criminales.

El "sanguinario" David, no obstante, y al modo de todos los sanguinarios por devoción, da fe de su propia "rectitud", de su propia "pureza": "El Señor me recompensará según mi justicia, y me tratará según la pureza de mis manos"; "he vivido con inocencia de corazón en medio de mi familia"; "jamás he puesto la mira en cosa injusta". Incluso en sus últimas palabras, David se presenta "puro como la luz de la mañana cuando sale el sol, al amanecer de un día despejado". Y el Dios del Antiguo Testamento (seguido en esto, con bella continuidad, por el de los milenios cristianos), es "sin tacha" como el mismo David, pero además un "sanguinario" mucho más grande, que, por ejemplo, acaba con 50, 700 personas sólo porque osaron mirar el Tabernáculo..., aunque la tan mentada Biblia del Consejo de la Iglesia evangélica haya convertido los "cincuenta mil siete cientos" de Lutero en modestos "setenta".[126]

Pero si Dios alabó al "sanguinario" David por cumplir sus mandamientos y andar siempre bajo la sombra del Señor, haciendo *sólo lo que pudiese agradarle,* y si David se alabó a sí mismo, también le ha alabado siempre, incansable, el clero cristiano que, como me propongo demostrar, en todas las épocas ha estado a favor de los grandes criminales de la historia, *en la medida en que ello pudiera serle de utilidad.* El mismo rey "sanguinario" fue el primero en favorecer al clero cuanto pudo, y por eso ha servido de ejemplo durante milenios: por ser fiel al Señor, por hacer la guerra en nombre del Señor, por santificar el botín destinándolo a la construcción del Templo (quien intentase ocultar la contribución se exponía *al exterminio de toda su familia,* ganado incluido), "el oro y la plata tomados a los idólatras edomitas, moabitas, amonitas, filisteos y amalecitas", poniendo punto en boca a quien aborreciese de Dios y de sus servidores. "Los transgresores serán desarraigados todos como espinas, a las cuales nadie toca con la mano, sino que [...] mete fuego en ellas para abrasarlas y reducirlas a la nada." "La grandeza de David y sus éxitos —escribía en 1959 el *Lexikonftir Theologie und Kirche*— justifica la consideración en que le ha tenido la posteridad"; la misma obra le reconoce, por otra parte, "virtudes humanas extraordinarias".[127]

67

Judá, Israel y "el azote del Señor"

[125] 2 Sam. 7, 9; 8, 5; 8, 13 s; 16, 5 ss; I Crón. 17, 2; 17, 8; 18, 3 ss; 18, 12; 22, 8. LThK 2 ed. III 174. Brock, Grundiagen 22 s.

[126] 1 Sam. 16, 19; 2 Sam. 22, 21ss; 23, 1ss; 24, 15; Sal. 101, 1ss ("Espejo *de* gobernantes"). Cf. Biblia de Lulero, ed. cit. vol. 1, 517.

[127] Jos. 7, 20 ss; cf. 2 Sam. 8, 7 s; 1 Reyes 14, 8. Subrayados míos. Sal. 101, 5 ss; 1 Crón. 18, 7 ss. M. Rehm, LThK 2 ed. III 174 ss. Brock, Grundiagen 42.

A partir de 926, tras el hundimiento del gran reino forjado por David hacia el año 1000 a. de C., que abarcaba toda Palestina, y la división del mismo en un reino meridional (bajo la casa de David) y otro septentrional (bajo diversos reyes), cuya capital fue Samaría, ya no cesaron jamás las luchas por el poder, los disturbios, los golpes de Estado de los magnates y las guerras entre los dos países. Durante generaciones los príncipes se hostilizaron mutuamente, los ejércitos chocaron entre gritos de batalla al sonido de las trompas; hay que tener en cuenta que Jerusalén distaba sólo dieciséis kilómetros de la frontera con el reino septentrional. En el fragmentario reino meridional de Judá, constituido solamente por las tribus de Judá y Benjamín, reinó al principio Roboam, hijo de Salomón; en el septentrional de Israel, formado por las diez tribus restantes, reinaba Jeroboam, el gran enemigo de Salomón. "Durante la vida de Roboam continuó la guerra entre éste y Jeroboam", dice la Biblia; "continuó la guerra entre Asá y Baasá, rey de Israel, mientras vivieron ambos". Si hemos de creer la "palabra de dios", la sangre corrió a raudales. "Los de Judá cobraron grandísimos bríos, por haber puesto su esperanza en el Señor Dios de sus padres. Abía fue persiguiendo a Jeroboam en su fuga [...] ni pudo Jeroboam alzar ya cabeza [...] e hirióle el Señor y murió. Después que se aseguró Abía en el trono, tomó catorce mujeres, y de ellas tuvo veintidós hijos y diez y seis hijas." (Claro que Salomón [961-922], pese a su sapiencia tomó 700 mujeres y 300 concubinas, y si se apartó del Señor a ratos fue porque algunas de ellas le habían aficionado al culto idolátrico.)[128]

En la guerra de judíos contra judíos los prisioneros debían ser luego puestos en libertad, aunque esa condición no siempre se cumplió al pie de la letra; de lo contrario, habrían sido eliminados sin más o vendidos como esclavos, según las prácticas que atestiguan las Escrituras, que por cierto los declara especialmente necesitados de la ayuda divina y les promete la salvación..., para la época mesiánica, naturalmente.[129]

68

Alguna que otra vez los dos reinos entablan negociaciones o unen sus fuerzas; así lo hicieron el rey Joram de Israel (852-841) y el rey Josafat de Judá (870-849) contra los moabitas, tradicionales aliados de los hebreos. Grandes extensiones del reino de Moab quedaron totalmente devastadas, ya que se practicaba una especie de táctica de tierra quemada. "Destrozaron a Moab, destruyendo las ciudades; llenaron de piedras, que cada uno echaba, los campos más fértiles, cegaron todos los manantiales de las aguas, y cortaron todos los árboles frutales." Pero no tardan en reanudar las guerras fratricidas, en saquear, en asolar, en conspirar para lograr enfrentamientos entre otras naciones, en combatir a favor o en contra de éstas. Ciento cincuenta años de guerras ininterrumpidas que merecen la siguiente alabanza bíblica, tan exagerada como siempre: "Los hijos de Israel mataron de los sirios en un día cien mil hombres de infantería. Los que pudieron salvarse huyeron a la ciudad de Afee, y cayó el muro sobre veintisiete mil hombres que habían quedado". "Cómo han abandonado ellos la ciudad famosa, la ciudad de delicias", ironiza Jeremías sobre Aram (Damasco), y profetiza: "Serán degollados sus jóvenes por las calles, y quedarán exánimes en aquel

[128] 1 Reyes 15, 6; 15, 16; 2 Crón. 13, 1 ss; 13, 15 ss. V. Glasenapp, Die nichtchristlichen Religionen 198.

[129] Is. 42, 7; 61, 1; Joel 4, 6; Am. 1, 6, 9; 2 Crón. 28, 9ss; Salm. 79, 11; 102, 21; 2 Macab. 8, 36. LThK 2 ed. VI

día todos sus guerreros. Y aplicaré fuego al muro de Damasco, el cual consumirá por completo las murallas del rey Benadad". Así dice "el más personal, el más íntimo de todos los profetas", al que hay que colocar entre "los espíritus religiosos más grandes de todos los tiempos" y como uno "de los más próximos al Cordero de Getsemaní" (Nótscher).[130] Precisamente los profetas insistieron mucho en lo de la "guerra santa"; Isaías, en particular, considera como tal a la historia entera de Israel. Es habitual la pretensión de confundir tales batallas con el "juicio de Dios".[131]

Lo mismo que todas las victorias son del Señor, las derrotas se explican como castigo de la desobediencia, "Filosofía de la historia" que encontramos por doquier, y no sólo en los dos Libros de los Reyes. De esta manera, Cirilo de Alejandría, personaje por cierto muy indicado para nuestra historia criminal, formulaba la definición siguiente refiriéndose a los reyes "de la nación judía"; "Los unos olvidaron el santo temor de Dios [...] y ésos perecieron miserablemente. [...] Los otros se condujeron como tutores del culto al Señor [...] y ésos vencieron sin dificultades a sus enemigos y aplastaron a sus contradictores".[132]

Cuando los hijos de Israel "mataron de los sirios en un día cien mil hombres de infantería", Yahvé "entregó en sus manos toda esa gran muchedumbre" para que acabasen de conocer "que Yo soy el Señor". En la guerra fratricida entre Judá, bajo el rey Abía (914-912), e Israel bajo el rey Jeroboam (913-910), la primera venció con la ayuda divina contra un ejército, dicen, de un millón doscientos mil hombres. "Mirad, en cabeza de nuestro ejército avanza el Señor Dios nuestro con sus servidores..." Después de la victoria sobre los etíopes, "destruyeron todas las ciudades al contorno de Gerara; porque se había apoderado de todos un gran terror, y las ciudades fueron saqueadas, y se sacaron de ellas muchos despojos". Cuando se acerca la masa de los amonitas y los moabitas coaligados, es el mismo Señor quien arenga a sus fieles por boca de su profeta: "No tenéis que temer ni acobardaros a la vista de esa muchedumbre, porque el combate no está a cargo vuestro, sino de Dios". Siempre es "el terror del Señor" el que se derrama "por todos los reinos circunvecinos de Judá", cuyos príncipes no cejan hasta ver las ciudades "convertidas en montones de escombros" y sus habitantes diezmados, a tos que se compara en las Escrituras con la hierba que crece sobre los tejados, agostada antes de madurar.[133]

69

Aunque también suele ocurrir que "el terror del Señor" cunda entre las propias filas.

Casi la mitad de los reyes de Israel murieron asesinados. Las Sagradas Escrituras, que resumen los hechos de casi todos estos reyes en la sentencia "hizo el mal delante del Señor", describen la situación así: "El año treinta y ocho del reinado de Azarías, rey de Judá, reinó Zacarías, hijo de Jeroboam, sobre Israel, en Samaría, por espacio

---

[130] Citas: 2 Reyes 3, 25; 1 Reyes 20, 29 s; Amos 1, 3 ss; además I Reyes 11, 3; 20 ss; 2 Reyes 3, 6 ss; 6, 8; 8, 20 ss; 9, 15 ss; 14, 7; 14, 11 ss; 18, 8; 2 Crón. 13, 1 ss; 14, 8 ss; 16, 1 ss; 20, 1 ss; 21, 8 ss; 25, 21 s; 26, 6 ss; 28, 16ss.Cornfeld/Botterweck, 1125, IV 995. F. Notscher LThK 1 ed. V 308. Beek 67, 72. Los datos sobre los años de reinado de los monarcas de Judá e Israel (que difieren bastante según autores) los he tomado aquí y para todo lo que sigue de la cronología que da Beek 101.

[131] 1 Reyes 22, 9ss; Is. 7, 4ss; 37, 33ss; Ezra 38 s. Gross LThK 2 ed. VI 639.

[132] Ciril. Alej., ber den rechten Glauben an den Kaiser, 2.

[133] 1 Reyes 20, 28; Is. 37, 26 s; 2 Crón. 13, 1 ss; 13, 12; 14, 11 ss; 17, 10; 20, 15. Comfeld/Botterweck IV 881 ss.

de seis meses", pero "conjuróse contra él Sellum, hijo de Jabes, y acometiéndole en público, le mató y reinó en su lugar". El reinado siguiente duró tan sólo un mes, "porque Manahem [...] fue a Samaría, e hiriendo a Sellum, hijo de Jabes, lo mató, y reinó en su lugar". En cambio, Manahem, que cuando se apoderó de Tapsa mató a todas las mujeres preñadas "a las cuales hizo rasgar el vientre", logró mantenerse durante diez años con la ayuda del Señor y murió pacíficamente. Pero su hijo Facela sólo reinó dos años, ya que luego "conjuróse contra él Facea, [...] el cual le acometió [...] en la torre de la casa real, cerca de Argob y de Arie, y quitóle la vida, y reinó en su lugar". Y aunque Facea gobernó durante veinte años, finalmente Osee organizó una conspiración contra él, "y armóle asechanzas, e hirióle, y le mató, y reinó en su lugar".[134]

Verdad es que, siempre con la ayuda del Señor, a menudo hubo escabechinas dinásticas de más alcance; así, por ejemplo, cuando Baasá hubo dado muerte a Nadab, rey de Israel (910-909; era uno de los hijos de Jeroboam) y "reinó en su lugar", la Biblia nos cuenta que así que fue el rey "exterminó toda la familia de Jeroboam; no dejó con vida ni una sola persona de su linaje, "sino que le extirpó enteramente, según lo había predicho el Señor", porque Jeroboam "había irritado al Señor Dios de Israel". Después de esto, Baasá reinó durante veinticuatro años (909-886) y le sucedió su hijo Ela; pero ése sólo duró dos años. Porque "se rebeló contra él su siervo Zambri, comandante de la mitad de su caballería [...] y le mató [...] y entró a reinar en su lugar". Y tal como Baasá, según lo predicho por el Señor, había extirpado el linaje de Jeroboam, también Zambri "luego que llegó a ser rey, y se hubo sentado en el trono, exterminó toda la casa de Baasá, y todos sus deudos y amigos, no dejando vivo ni siquiera un perro" (Lutero traduce literalmente, en su recio alemán, la expresión "no dejando vivo ni siquiera al que meaba contra la pared").[135]

70

Tal cosa ocurría en el año del Señor de 885, pero Zambri sólo reinó siete días en Tersa y luego murió abrasado en el palacio, pues "todo Israel" se había alzado y tomado por rey suyo a Amri, general del ejército en campaña. Pues bien, aunque Amri (885-874) llegó al poder sin derramamiento de sangre por su parte, y aunque fue uno de los soberanos más capaces del reino septentrional, y fundó una dinastía que perduró cuarenta años (siendo digno de anotarse que él y su hijo Acab actuaron con tanto acierto político, económico e incluso cultural, que las inscripciones asirías de épocas posteriores todavía se refieren a Israel como "Bit Humri", "la casa de Amri"), el Antiguo Testamento tiene poco que decir de él. Ocurre que Amri se dedicó a fomentar el sincretismo religioso, con lo que "hizo el mal delante del Señor" y aun "sobrepujó en maldad a cuantos le habían precedido".[136]

También su hijo Acab (874-853), a quien las investigaciones modernas nos presentan como un administrador inteligente (en beneficio de las capas privilegiadas, eso sí) y gran constructor de ciudades, queda en la Biblia como un paradigma de perversidad, como un renegado y como el déspota por antonomasia. Pues aunque of icialmente permaneció fiel al culto de Yahvé, consultó siempre a los profetas de Yahvé antes de tomar ninguna decisión importante y dio nombres inspirados en

[134] 2 Reyes 15, 8 ss. dtv Lex. Antíke, Geschichte II 154. Comfeld/Botterweck IV 881ss.
[135] 1 Reyes 15, 25 ss; 16, 8 ss.
[136] 1 Reyes 16, 15 ss. LThK 2 ed. VII 1155. Cornfeld/Botterweck III 671 s Beek 75 s.

Yahvé a sus hijos, sin embargo también toleró otros cultos. Y su mujer, la princesa fenicia Isebel de Tiro, llamada Jezabel en la Vulgata y condenada en el Apocalipsis (2: 20) como símbolo femenino de la idolatría, era una ferviente adoradora del dios Baal de Tiro y además introdujo los cultos de la fecundidad de Atirat Jam, presididos por la deidad marina Azera. El propio Acab erigió un templo con altar a Baal, hizo esculpir una figura de Azera, con todo lo cual "hizo más males en la presencia del Señor que todos sus predecesores".[137]

En la cruzada contra las religiones de los pueblos vecinos, el castigo nunca se hace esperar demasiado. Su iniciador fue el profeta Elíseo, discípulo y compañero del famoso Elías, fanático debelador de los seguidores de Baal, que concentró sus ataques sobre el rey Acab y la reina Isebel, aunque con prudencia y sin mancharse personalmente las manos, utilizando la mediación de uno de los llamados "hijos de los profetas", es decir, de un discípulo que actuaba como profeta a cambio de una remuneración (anticipando con esto las prácticas del clero cristiano) para luchar contra la política liberal en materia religiosa; además, estos "hijos de los profetas" acompañaban al ejército, al que arengaban con sollamas patrióticas y propaganda de la "guerra santa". Con la intervención de uno de estos agentes, Elíseo promovió la insurrección del general Jehú y le hizo ungir rey de Israel; como no ignoraba que la entronización de Jehú acarrearía un baño de sangre. Elíseo prefirió soslayar la intervención directa. Pero el "hijo de los profetas" hizo saber en nombre del Señor: "Exterminarás la casa de Acab [...] desde lo más estimado hasta lo más vil y desechado en Israel [...] y a Jezabel la comerán los perros en el campo de Jezrael".[138]

71

Dicho esto, Jehú (841-814) liquidó a toda la dinastía de Amri. Primero mató a Joram (852-841), hijo de Acab. Luego hizo asesinar a la reina Isebel en Jezrael, y poco después a Ococías, hijo de Joram y rey de Judá; seguidamente organizó el exterminio de setenta hijos de Acab en Samaría, cuyas cabezas fueron enviadas a Jehú en cestos, con la advertencia: "Considerad ahora cómo no ha caído en tierra una sola palabra de las que habló el Señor contra la casa de Acab". No obstante, con el fin de saldar más redondamente las cuentas del Señor, "hizo, pues, matar Jehú a cuantos habían quedado de la familia de Acab en Jezrael, y a todos sus magnates, y familiares, y sacerdotes, sin dejar ninguno con vida". Una vez en Samaría, se tropezó con los hermanos de Ococías, el rey de Judá ya eliminado por él, y ordenó masacrarlos también: "Prendedlos vivos. Presos que fueron vivos, los degollaron junto a una cisterna vecina a la casa esquileo, en número de cuarenta y dos hombres, sin perdonar a ninguno.[139]

Así sucedió conforme a la "palabra de Dios" transmitida a Jehú por el discípulo de Elíseo. Quizá fuese también el mismo Elíseo quien inspiró el degüello de los sacerdotes de Baal, lo que parece tanto más probable por cuanto el amo y maestro de aquél, el profeta Elías (honrado por los católicos como "patrono de la pureza de

[137] 1 Reyes 16, 29 ss; 18, 19. Cornfeld/Botterweck II 445 s, III 672 ss, IV 883. dtv Lexikon 9, 192. Beek 77 ss. El final del reinado de Acab lo data Beek el año 852 en la p. 77 y el 853 en la p. 101. Connay, Who's Who 40 s, 112 s.

[138] 2 Reyes 9, 1 ss. Cornfeld/Botterweck II 446 ss, 450 s III 677. Comay, Who's Who 112 s, 116. Galling, Ehrenname 129 ss.

[139] 2 Reyes 9, 24 ss; 10, 1 ss. Comay, Who's Who 194 s.

corazón en las familias", de acuerdo con Hamp) había organizado ya una matanza similar a orillas del arroyo de Cisón, "en número de cuatrocientos cincuenta hombres", según la Biblia, "uno de los puntos culminantes de su carrera", como apostillan los investigadores cristianos, no sin observar que "los profetas de Baal jamás habían mostrado una postura agresiva" (Caspari). Pero el profeta "está siempre poseído del espíritu de Dios", como dice Hilario, doctor de la Iglesia, sobre todo teniendo en cuenta la presencia de un Elías (el nombre significa "Yahvé es mi Dios"; y comenta Preuss: "El mismo nombre era ya todo un programa teológico") en el fondo de la escena. El rey Jehú prolonga drásticamente la pía tradición; llama a todos los sacerdotes y seguidores de Baal "porque voy a hacer un sacrificio grandioso a Baal", y ordena luego "entrad dentro, y matadlos; que ninguno escape. Y los soldados y capitanes los pasaron a cuchillo". Esta hazaña es alabada por el Señor en persona: "Por cuanto has ejecutado con celo lo que era justo y agradable a mis ojos [...] tus hijos, hasta la cuarta generación, ocuparán el trono de Israel". Y el propio Jehú, aunque tampoco él "se apartó de los pecados de Jeroboam", ocupó el susodicho trono durante veintiocho años.[140]

72

Sin embargo, no termina con esto la cadena de crímenes. Atalía (841- 835), madre de Ococías, que se había alzado con el mando en Judá tras la muerte de su hijo, como primera providencia se dedicó al exterminio de la casa de David, con la intención de eliminar a posibles rivales peligrosos; una medida profiláctica, como si dijéramos. Hasta que la propia Atalía fue muerta a su vez, a instigación del sumo sacerdote Joyada, por cuanto Atalía, recordémoslo, hija de Acab y de Isebel, había fomentado el culto a Baal haciéndose con ello especialmente odiosa a la casta sacerdotal. "El espíritu de Elías y de Elíseo triunfaba tanto en el norte como en el sur" (Beek).

Un siglo después, en 722, los asirios conquistaban Israel, el reino septentrional, al primer asalto; ¡juicio de Dios por las continuas ofensas a la verdadera fe! Pero entre los años 597 y 587 los babilonios, bajo Nabucodonosor, se apoderan asimismo del reino meridional, Judá. En 586 asaltan y destruyen totalmente Jerusalén, ejecutan a buen número de los magnates incluido el primer sacerdote Saraías, deportan a la clase dirigente y no dejan en el país sino a una parte del "pueblo bajo", "para cultivar las viñas y los campos". La caída de Judá castigaba, sobre todo, las iniquidades de Salomón (la ausencia de campañas bélicas durante su reinado, quizá) y de otros reyes; todo ello consecuencia del "gran furor" que el Señor había concebido contra Judá a causa de todos los pecados cometidos.[141]

Babilonia, gran imperio que en tiempos de Nabucodonosor había sido prácticamente inexpugnable y casi invencible, cayó sólo medio siglo después a manos de Ciro II, fundador de la gran potencia persa; la capital misma se entregó en el año

---

[140] 1 Reyes 18, 19; 18, 22; 18, 40; 2 Reyes 10, 17 ss. Hilar. In ps. 51, 15. Cornfeid/ Botterweck II 446 s, III 676 s. LThK 2 ed. III 806 s; en 821 s subraya que "si bien es imposible deslindar totalmente la historia de la leyenda [...] no cabe dudar de la potencia milagrosa del profeta". Caspari 43ss. Preuss 83.

[141] 2 Reyes 11, 1 ss; 17, 1 ss; 18, 1 ss; 23, 26 s; 24, 1 ss; 25, 1 ss; Jerem. 52, 15 s; 52, 28 ss. dtv Lex. Antíke, Geschichte II 153 ss. Pauly II 1497. LThK 1 ed. I 755. Cornfeld/Botterweck III 688, 695 ss, 702 ss, IV 881 ss, 900. Gamm, Sachkunde 96 ss, 103 s. Beek 78 s. En la Biblia se describe a Nabucodonosor como prototipo del déspota, y así es como ha quedado para la Historia; en realidad parece que le interesaban más la religión y la arquitectura que la conquista del mundo, y que no era del todo ajeno a la tolerancia. Cf. Beek 95 s, 103. Comay, Who's Who 58 s.

539 sin disparar ni una sola flecha. Pero doscientos años más tarde también había desaparecido el imperio persa, hasta entonces el más grande del mundo. Alejandro de Macedonia fue su vencedor, y estableció en Babilonia su capital (331-323). Bajo los sucesores de éste, los descendientes de Seleuco, desempeñó todavía un papel histórico notable entre los años 312 y 64 a. de C. Luego sobrevinieron los romanos, y apenas cien años después de Jesucristo, Babilonia no era más que un montón de ruinas célebres.

Clericalismo reaccionario y orígenes de la teocracia

Durante su exilio en Babilonia, el rey Joaquín de Judá (597) recibió sin duda un trato digno. Y cuando el rey persa Ciro II conquistó el reino de Babilonia, entre 538 y 537, ese hombre (que ya entonces practicaba los principios hoy consagrados por el derecho de gentes: respeto al enemigo vencido como a igual, tolerancia frente a las religiones ajenas) of reció a todos los judíos que lo quisieran el regreso a Palestina; más aún, dispuso la reconstrucción del Templo a costa del erario real y devolvió a los judíos el tesoro de oro y plata capturado por Nabucodonosor en Jerusalén. Por ello, incluso el Antiguo Testamento tiene palabras de alabanza para el rey idólatra: "pastor de Dios" y "ungido del Señor" en el deutero-Isaías. Y el mismo Señor afirma: "Tú has cumplido todos mis designios", y eso que tales designios no podían ser ni son más diferentes.[142]

73

Una minoría de los exiliados regresó a su país e inició, en el año 520, la reconstrucción del Templo, quedado terminado en 515 el llamado segundo Templo, más grande que el anterior, principalmente gracias a los subsidios de los persas. Volvió a florecer Jerusalén como capital de la provincia persa de Jehud, pero gozando de una notable autonomía. También otras ciudades se repoblaron, controladas por gente de confianza de los persas como el davídida Zorobabel, aunque el clero no tardó en acaparar el poder, iniciándose así una evolución en virtud de la cual, hacia la época helenística, el verdadero amo de Judea era el sumo sacerdote, que mandaba en ella como los reyes en otros países. Pero ya bajo el dominio de los persas se había convertido en la cabeza espiritual y temporal de la comunidad judía, y ésta en una teocracia conducida por el clero que, como clase más rica y poderosa en Jerusalén, controlaba asimismo los asuntos políticos y económicos; es decir, que mandaba en todos los sentidos. Se renovaba la "alianza" con el Señor bajo la pretensión de que tal "nueva alianza" *(berit hadashah)* debía ser algo totalmente distinto de la primitiva alianza del Sinaí, aunque no fuese en realidad sino un refrito: "para que sepan los idólatras que Yo soy el Señor tu Dios". En la práctica, el discurso seguía siendo el del exclusivismo, el de la intolerancia religiosa, el de la demencia nacionalista; únicamente se aplazaban para un futuro indefinido las utopías escatológicas, la victoria total de Yahvé y la construcción del "reino de Dios". Toda idea cosmopolita,

[142] Is. 44, 28; 45, 1 ss; Ezra 1, 1 ss; 6, 2 ss; 2 Crón. 36, 33 s. Pauly III 417 ss. De Vaux 1354 s. Cornfeld/Botterweck V 1124, 1201. Jeremías 109 ss. Galling, Serubbabel 67 ss. El retorno de los exiliados en virtud del edicto de Ciro II no fue un acto súbito, sino un proceso bastante largo y complicado: Weinberg 45 ss, en especial, 51 ss.

por el contrario, seguía siendo para los profetas judíos una "abominación idólatra".[143]

En este sentido, destacó la actividad del sacerdote Esdras, representante of icial *(sofer,* "secretario") del culto a Yahvé en la corte persa, con el título of icial de "doctor en leyes del Dios de los Cielos". Descendiente de la notable familia sacerdotal de los hijos de Sadoc, de cuyas filas salieron, a partir de la restauración (es decir, desde la supuesta renovación religiosa y nacional), todos los sumos sacerdotes, se presentó "enviado desde Babel" por el rey persa Artajerjes (sería el primero, o el segundo de ese nombre) en el año 458, o quizá en 398 a. de C., poco importa. Por supuesto, venía guiado por "la mano del Señor" y con la exclusiva intención de restaurar la pureza de la ortodoxia, de la fe mosaica. Lo primero que hizo fue declarar ilegítimos los matrimonios mixtos y ordenar la expulsión de todas las mujeres extranjeras así como de sus hijos, con el fin de poner coto a las influencias foráneas. Esdras, considerado como uno de los legisladores y reformadores judíos más importantes de los siglos V y IV, se mesó los cabellos de su cabeza y de su barba al ver dichos matrimonios, se postró de rodillas, lloró, rezó e imploró a los judíos: "Vosotros habéis prevaricado y tomado mujeres extranjeras [...]; separaos de los pueblos del país y de las mujeres extranjeras". Tal era su radicalismo, que ni siquiera of reció la posibilidad de que aquellas mujeres se convirtiesen a la religión judaica. A todas luces, su causa era **más bien la de la pureza racial**. Y naturalmente, of reció la explicación que todos los hombres de religión han tenido siempre para las catástrofes de todas clases: "Nosotros mismos hemos pecado gravemente hasta este día, y por nuestras iniquidades hemos sido abandonados nosotros, y nuestros reyes, y nuestros sacerdotes en manos de los reyes de la tierra, y al cuchillo, y a la esclavitud, y al saqueo, y a los oprobios, como se ve aún en este día". No dejamos de advertir un hondo regusto chauvinista, cuando dice de los demás pueblos que son "inmundos" y que, por tanto, "no procuraréis jamás su amistad ni su prosperidad, si queréis haceros poderosos, y comer de los bienes de esta tierra, y dejarla a vuestros hijos en perpetua herencia".[144]

74

También Nehemías (que quiere decir "Dios consuela"), elevado al importante cargo de copero de Artajerjes y gobernador *(tirshata),* cuando regresó de Persia a Jerusalén (entre 445 y 444, según las investigaciones más recientes), abundó en el mismo tema, desagradándole ante todo lo de las mujeres extranjeras. Y ello a pesar de que el padre Abraham, que siempre gozó del favor del Señor "a pesar de su prepucio" (san Justino), se había casado con la egipcia Agar, y de que su esposa Sara había sido idólatra. Nehemías tampoco tuvo en cuenta que Isaac, hijo de Abraham y Sara, se casó con la extranjera Rebeca, y Jacob, hijo de éstos, con una mujer de otra tribu, como lo era Bala, y una esclava idólatra como Celia. Y el propio Moisés, pese a las protestas de Miriam y de Aarón, se casó con una etíope sin que Yahvé tuviese nada que objetar. Pero cuando Nehemías regresó de "Babel" a Jerusalén, no halló tarea más necesaria que la de combatir el liberalismo imperante, al que maldijo: "Los

[143] Cf. los libros de Ezra y Nehemías passim. Cornfeld/Botterweck 1, 85 ss, III 577 ss, V 1164 ss, 1202 ss. Sobre la "Nueva Alianza" cf. p.e. Jerem. 31, 31 ss, Ezra 36, 33 ss. Mommsen, Römische Geschichte VII 188. Grundmann 145 ss. Beek 106 ss. Comay, Story 187 ss.

[144] Ezra 7, 1ss; 9, 1 ss; 10, 1ss; 10, 10ss. LThK 1 ed. III 1101 s. dtv Lex. Antike, Mythologie V 1125ss, 1166, 1203ss. Beek 109ss. Brock, Grundiagen 44 s.

reprendí, y los excomulgué. E hice azotar algunos de ellos, y mesarles los cabellos, y que jurasen por Dios que no darían sus hijas a los hijos de los tales, ni tomarían de las hijas de ellos para sus hijos ni para sí mismos"; todo ello en pro de la purificación de la raza, sobre todo, pero también para edificación del pueblo de Dios y defensa de la auto identificación como pueblo elegido, lo que justificaba en realidad la norma de segregación. En efecto, los fanáticos Esdras y Nehemías salieron siempre triunfantes, por muchos disturbios y por muchas desgracias que produjese su actuación. No sólo los levitas tuvieron que someterse a la prueba de la pureza de sangre, es decir, a la verificación de sus registros genealógicos, sino que además se anularon los matrimonios mixtos, como queda dicho, expulsando a las mujeres y a su descendencia. Y, sin embargo, en otras épocas el Señor había admitido e incluso recomendado el casamiento con prisioneras extranjeras: "Si [...] vieres entre los cautivos una mujer hermosa", aunque acabasen de matar a su padre y a su madre, podían tenerla por mujer, al menos hasta que les "desagradare". Pero ahora pasaba a predominar la norma de la Torá, tanto así que incluso hoy día los judíos ortodoxos desaprueban los matrimonios mixtos y sólo se consienten excepcionalmente cuando la mitad no judía de la pareja está dispuesta a abrazar la religión.[145]

75

Nehemías, alabado posteriormente por su patriotismo, echó leña al fuego del nacionalismo judío y evocó en téminos altisonantes las épocas gloriosas de los antepasados fieles a la fe: "Tú los hiciste dueños de reinos y pueblos [...], tú abatiste delante de ellos a los [...] que la habitaban [...] y he aquí que nosotros mismos somos hoy esclavos [...] en esta tierra que diste a nuestros padres".[146]

No por casualidad, a los tres días de su llegada Nehemías emprendió una inspección nocturna y secreta (según Comay), "sin declarar a nadie lo que Dios me había inspirado hacer en Jerusalén", es decir, un detenido escrutinio acerca del estado de las murallas (pues no otro era el objetivo de su viaje), tras lo cual exclamó: "Venid y reedifiquemos los muros de Jerusalén, y no vivamos más en estado de tanta ignominia".[147] En efecto, cuando hablaba del "lastimoso estado en que nos hallamos", aludía en realidad a la servidumbre política, lo mismo que antes había hecho Esdras. Porque la clase dominante, el clero (siempre la principal aprovechada en toda época, pero más en tiempos de catástrofe), no lo pasaba nada mal; detalle importante, que va a repetirse con frecuencia durante la era cristiana y sobre el cual tendremos ocasión de volver, como sucede con tantos otros de los aspectos tratados en el presente capítulo.

Mucho dinero para "el Señor": el óbolo del Templo

[145] Deut. 21, 10 ss; Ezra 10, 15ss; Nehemías 2, 1ss; 7, 61 ss; 9, 2; 13, 1 ss; 13, 23ss. Justino dial. Tryph. 11, 4. LThK 1 ed. VII 480. 2 ed. VII 868 s. Beek 110. Brock, Grundiagen 45. Glasenapp, Die nichtchristlichen Religionen 201. Garden 85, 112ss. Ringgren/Ström 88 s. Comay, Story 190ss. La poligamia de los patriarcas y su correlativa abundancia de hijos lógicamente crearon muchos problemas a los apologetas cristianos; el obispo Eusebio de Cesárea dedicó al tema un volumen completo, que no ha llegado hasta nosotros. Cf. Isid. Pelus, ep. 2, 274. Moreau, Eusebius von Caesarea 1069.

[146] Nehemías 9, 22ss; 9, 36 s. Sobre la tardía glorificación de Nehemías cf. p.e. Sir. 49, 13; 2 Macab. 2, 13.

[147] Nehemías 2, 11 ss; 6, 15 s. Beek 111 ss. Comay, Who's Who 296 ss.

Los historiadores griegos Hecateo y Aristeas, que viajaron por Palestina hacia la época de la restauración, alrededor del año 300 a. de C., admiraron la pompa con que se presentaba el sumo sacerdote y el número de los que celebraban en el templo, no inferior a setecientos. Pero también el autor de la "Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac", oriundo seguramente de Jerusalén y doctor de la Ley, elogiaba hacia el año 170 a. de C. la impresión que causaba el sumo sacerdote en el pueblo: "Cuan magnífico era [...], como lucero de la mañana entre tinieblas [...], como las azucenas junto a la corriente de las aguas [...], rodeado del coro de sus hermanos, y a la manera de un alto cedro sobre el monte Líbano, como una hermosa palmera cercada de sus renuevos y racimos [...]. Asímismo todo el pueblo, a una, se postraba de repente sobre su rostro en tierra para adorar al Señor Dios suyo [...]; entonces el sumo sacerdote, bajando del altar, extendía sus manos hacia toda la congregación […] para dar gloria al Señor con sus labios y celebrar su santo nombre".[148] Casi como el ensayo de una aparición pública del papa hoy día..., sólo que, a pesar de todo, incomparablemente más modesta. Muchos son los paralelismos que podríamos trazar entre los pontífices romanos y sus antecesores y modelos judíos.

76

Desde el comienzo, el clero judío proveyó con largueza a sus propias necesidades..., mediante órdenes "divinas", naturalmente. "Ofrecerás en la casa del Señor Dios tuyo las primicias de los frutos de tu tierra..." "Todas las cosas que son of recidas por los hijos de Israel [...], el aceite, vino y trigos más exquisitos, todo lo que se of rece en primicias al Señor [...], todos los primogénitos de cualquier especie, sean de hombres o sean de animales [...] y que nadie se presente ante mí con las manos vacías." "Entrad el diezmo en mis trojes sin quitar nada de ello."[149]

Todos tenían que tributar, por lo público como por lo privado. Con el tiempo, la cuantía de los gravámenes se duplicó o incluso triplicó. Sobre el diezmo de las bestias se cargó otro "rediezmo"; si el camino era demasiado largo y excesivo el peso, "de tal suerte que no pudieses llevar allá todas estas cosas, las venderás y reducirás a dinero, lo llevarás contigo e irás al lugar que el Señor tu Dios haya escogido...". E incluso se ideó un tercer diezmo o diezmo de los pobres (de los que había multitudes en Palestina; además, durante los siglos I anterior y i posterior a nuestra era, la miseria incluso se agravó), aunque "sólo" se cobraba cada tres años. Así las cosas, el clero recibía la décima parte de cuanto produjeran los campos y los frutales, así como de los vacunos y ovinos y de "todo cuanto pasa bajo la vara del pastor"; a los remolones se les cobraba el quíntuplo como penalización. Los ingresos del Templo de Jerusalén llegaron a niveles insospechados. El primer gravamen permanente que se menciona en el Antiguo Testamento, el tributo del padrón, tenía un origen religioso ya que se consideraba como "expiación" e iba destinado "para el servicio del Tabernáculo del Testimonio". Todo judío varón de más de veinte años tenía que pagar ese rescate "para que no haya entre ellos ningún desastre", y la cantidad era de medio sido: "según el peso del Templo, un sido tiene veinte óbolos". Y lo que es más revelador: "el rico no dará más de medio sido, ni el pobre dará menos". El Templo recibía

[148] Jes. Sirach 50, 5 ss. Cf. LThK 1 ed. IX 594 s. De Vaux en el LThK 2 ed. IX 1355. Sobre Hecateo y Aristeas cf. Pauly 1555, II 976 ss.

[149] Ex. 23, 19; 34, 20; 34, 26; Núm. 17, 8ss; Deut. 4, 9 s; 14, 22ss. Cf. Deut**.** 18, 1ss. Mal 3, 10 y otros.

ingresos por exvotos y por innumerables motivos en infinidad de ocasiones. También los reyes israelitas, cuyo palacio comunicaba por medio de un portillo con la casa de Yahvé, Templo de Salomón (que subsistió durante casi cuatrocientos años sin apenas modificación alguna), hicieron contribuciones al tesoro, aunque más de una vez también se aprovisionaron del mismo cuando les hizo falta. A menudo, sus riquezas tentaron a los invasores. Bajo Roboam fue saqueado por Sesac, rey de Egipto; bajo Amasias por Joás, rey de Israel; también echaron mano Nabucodonosor y otros. En ocasiones, por el contrario, recibió aportaciones de soberanos extranjeros. En el siglo I de nuestra era, la reina Elena de Adiabene (Asiría) se convirtió al judaísmo junto con sus hijos Izates y Monobazos; esta dinastía, cuyos grandiosos sepulcros todavía hoy se conservan perfectamente en Jerusalén, favoreció en adelante al Templo con gran generosidad; muchos príncipes adiabenos combatieron a la cabeza de sus huestes durante la guerra judía contra los romanos.

77 Sin embargo, las principales fuentes de ingresos no fueron éstas, sino la caudalosa y continua corriente de los peregrinos, que aportaban los sacrificios reglamentarios. Durante la época de los reyes, todo varón israelita debía visitar Jerusalén tres veces al año, y después del exilio fue éste el único lugar reconocido para tales aportaciones, ya que allí se disponía de almacenes especiales para su recogida. En la fiesta de Passah llegaba a Jerusalén tal número de peregrinos que la población de la ciudad se triplicaba sobradamente, y las licencias para poner puestos de venta en la gran feria de la Passah engrosaban directamente el erario del sumo sacerdote; pero hubo otros mercados en Jerusalén, el de las frutas, el del trigo, el de la madera, la feria del ganado, e incluso existía en la "ciudad santa" una columna donde se subastaban los esclavos y esclavas. Otras muchas oblaciones, como los sacrificios pacíficos y los expiatorios, iban total o parcialmente destinadas al clero, se consideraban especialmente sagradas y en algunos casos era obligado pagar en metálico. Durante toda la época del segundo Templo, enviaron dinero los judíos de la diáspora, es decir, los que en número superior al millón vivían lejos de Palestina; casi todas las ciudades tenían una caja para el "óbolo del Templo". De muchos países, como Babilonia y otros del Asia Menor, se enviaban cantidades tan grandes que llamaron la atención, no sólo de los salteadores de caminos, sino incluso de los gobernadores romanos. Y después de la destrucción del segundo Templo, los "sabios" siguieron recomendando las peregrinaciones, en atención a la enorme fuente de ingresos que representaban.[150]

Los santuarios israelitas funcionaban incluso como bancos, por cuanto prestaban de sus tesoros contra interés, cuyo tipo seguramente sería parecido al imperante en los países vecinos (entre el 12% en el Egipto ptolemaico y del 33% al 50% en Mesopotamia); nada dice al respecto la Biblia, ¡excepto la prohibición genérica de cobrar intereses![151]

Los representantes del clero siempre se apañaron bien en esto de sacar dineros y

[150] Ex. 23, 14ss; 30, 11ss; 34, 18ss; Lev. 7, 6ss; 7, 31ss; 10, 12ss; 22, 10ss; 27, 30ss; Deut. 16, 1ss; 1 Reyes 9, 25; 12, 26ss; 14, 26ss; 15, 15; 15, 18. Ezra 2, 63s; Neh. 7, 70s; 10, 33ss. Mal. 3, 10. Cornfeld/Botterweck II 408, IV 1080 ss, V 1164, 1319 ss, 1365, VI 1442 s. Alfaric 38 ss, 45 s.

[151] Sobre la prohibición veterotestamentaria del préstamo a interés cf. Ex. 22, 24 (cita); Lev. 25, 35ss; Ez. 18, 5ss; Salm. 15, 5. En N.T. Lúe. 6, 34s. y además Cornfeld/Botterweck II 408. Weber, Aufsätze I 56ss pero también Karl Marx III 659 ss.

of rendas, puesto que se trata del "servicio de Dios", nada menos. En el aspecto financiero, precisamente, el clero cristiano fue discípulo aventajado del judío, que se las arregló para sacar el jugo de la renta nacional "por mil y una maneras" (Alfaric). Como es lógico, el sumo sacerdote y sus auxiliares más directos se quedaban con la parte del león. El historiador judío Josefo ilustró con numerosos detalles típicos la voracidad del alto clero, que naturalmente no reconocía a los demás templos de Yahvé: ni el de Jeroboam en Betel, pese a ser una fundación nacional lo mismo que el Templo de Jerusalén, ni los dos templos existentes fuera de Palestina, el de Elefantina y el de Leontópolis, ni mucho menos el de los samaritanos, que por otra parte no supusieron nunca una competencia seria en cuanto a capacidad de atracción sobre los judíos de la diáspora. En cambio, el bajo clero vivía en la necesidad, obligado a enviar el diezmo de su diezmo de recaudación por otro lado bastante incierta, ya que solían ser víctimas de los bandoleros, que trataban sin contemplaciones a quienquiera que se resistiese. "A veces, eran sacerdotes de alto rango, o el mismo sumo sacerdote, quienes organizaban las partidas" (Alfaric).[152] En cambio, la cúpula del clero se beneficiaba con frecuencia de la generosidad de los príncipes. Así, en el decreto de Artajerjes en favor de Esdras, "tú eres enviado de parte del rey [...] a llevar la plata y el oro, que así el rey como sus consejeros han of recido espontáneamente al Dios de Israel [...]. Además, toda la plata y el oro que recogieres en toda la provincia de Babilonia de of ertas voluntarias del pueblo, y lo que espontáneamente of recieren los sacerdotes para la casa de su Dios, que está en Jerusalén, tómalo libremente, y cuida de comprar con este dinero [...]. En orden a lo demás que fuere menester para la casa de tu Dios [...], se te dará del tesoro y del fisco real", prohibiendo además, en el mismo decreto, "imponer alcabala, ni tributo, ni otras cargas a ninguno de los sacerdotes [...] y sirvientes de la casa de este Dios".[153]

78

En tiempos de Nehemías hubo 4.289 sacerdotes organizados en 24 clases, y las rentas del Templo eran tan enormes que fue preciso establecer depósitos en otras ciudades, ya que Nehemías exigía "contribuir todos los años con la tercera parte de un sido para los gastos de la casa de nuestro Dios", "la leña que se debe of recer y conducir [...] a la casa de nuestro Dios", "las primicias de todos los frutos de cualquier árbol [...], los primerizos de nuestros hijos, y de nuestros ganados", etc. Esto nos lleva a recordar expresamente las oblaciones, primicias y diezmos "establecidos por la Ley para los sacerdotes y levitas, pues nuestros sacerdotes y levitas son la alegría de Judá". En realidad, este clero rico, que en los tiempos de la monarquía había reglamentado hasta los menores detalles de sus privilegios, tenía cada vez más enemigos, e incluso los demás sacerdotes, levitas, porteros y cantores, natineos, auxiliares por tanto del alto clero y en cierto modo suplentes del mismo, mantuvieron difíciles relaciones con aquél. Tenían derecho al diezmo sobre los cereales y el vino, pero el pueblo explotado se negaba muchas veces a pagar el tributo. En la época helenística, el Templo detrajo incluso una parte del diezmo levítico para incrementar su riqueza ya entonces legendaria.[154]

---

[152] 1 Reyes 12, 26ss. LThK 2 ed. IX 1353, 1357s. Alfaric 46 s. Comay, Story 133.

[153] Ezra 7, 11ss.

[154] Nehemías 10, 33ss; 12, 44ss; 13, 4ss. Cornfeld/Botterweck V 1162ss, 1323. Schmitt, Ursprung 575ss. Bringmann 79s: "De todos modos el dinero afluía hacia Jerusalén procedente de la diáspora, [...] gran

Las diferencias entre las clases llegaron a ser escandalosas, precisamente cuando las castas dominantes se habían dividido en un grupo estrictamente conservador y otro de orientales más o menos helenizados, o de helenos orientalizados, contradicción religioso-cultural que poco a poco iba a desembocar en una catástrofe.
79

El belicismo sacro de los Macabeos

Desde la conquista de Palestina por Alejandro Magno (332 a. de C.), dominó la dinastía (más bien pro-judía) de los Ptolomeos, a la que sucedió en 198 la dinastía también macedonia (pero cada vez más antijudía) de los Seleucos; quiere decirse con ello que el helenismo desempeñó en Judea un papel cada vez más importante.

En particular, las capas superiores, la aristocracia clerical y terrateniente, así como los mercaderes ricos, a los que atraía la superioridad de la cultura griega y la libertad de su estilo de vida, fueron tendiendo hacia el "cosmopolitismo" y abandonando el legado de los antepasados en manos de las clases bajas y de los círculos tradicionalistas, guardianes de la "semilla sagrada". Esta herencia era sólo "barbarie" a ojos de los griegos; hacia el siglo II antes de nuestra era, el proceso de helenización se había extendido a buena parte de los sectores más progresistas de la población. En el libro 2° de los Macabeos se lamenta esa helenización e "inclinación a las costumbres extranjeras", combatida por el sumo sacerdote Onías III; pero éste fue derribado por una conspiración que organizó contra él su propio hermano Jasón, que prometió dar al rey los tesoros del Templo. Una vez conseguido el sumo sacerdocio, Jasón estableció en Jerusalén un gimnasio, un *ephebeión,* y se planteó la posibilidad de homologar la situación político-religiosa de la capital con la de las numerosas ciudades helenísticas del país, convirtiendo a Jerusalén en *una polis* griega. Ello provocó la reacción de los tradicionalistas, que veían peligrar las antiguas costumbres judías, sus leyes y sus creencias. Creció el malestar, hubo disturbios y altercados callejeros, todo lo cual desencadenó fuertes medidas represivas por parte del enérgico soberano seleúcida Antíoco IV Epifanes ("Dios revelado"; "el Nerón sirio", según el cardenal Faulhaber), que intentaba consolidar su reino tambaleante mediante la introducción de una religión sincrética que lo unificase. Además, profanó el Templo de Jerusalén (en 168 hizo reformar el gran altar de los holocaustos y puso allí mismo un altar a Zeus Olímpico), prohibió la religión judía e incendió la ciudad, no sin saquear antes el tesoro del Templo y llevarse 1.800 talentos (que supondrían unos mil millones de pesetas; una tentativa anterior por parte de Seleúco IV fue abortada por los sacerdotes, que disfrazados de ángeles a caballo expulsaron del Templo a los idólatras encabezados por Heliodoro y le propinaron a éste una gran paliza. Siglos después, el pintor Rafael recibiría del papa León X el encargo de solemnizar tan significativo episodio en una de las paredes del Vaticano).[155]

---

cantidad de dinero en efectivo. [...] Las donaciones y los excedentes del ricamente dotado presupuesto de los sacrificios públicos se sumaban a este caudal y determinaron una gran acumulación de metales nobles en el tesoro del Templo".

[155] 1 Macab. 1. 2 Macab. 4, 12ss; 5 s. Josefo ant. Jud. 12, 248 ss. LThK 1 ed. I 499s, 2 ed. I 653s. De

La muerte de los siete "hermanos macabeos" junto con su madre en Antioquía, a orillas del Orontes, sucedió posiblemente en el verano de aquel mismo año 168. Si ese martirio es un hecho histórico y no un mito de la propaganda religiosa, aquéllos cayeron como judíos rebeldes, naturalmente, y no como los testigos de la fe o "campeones del monoteísmo" (según el benedictino Bévenot) que han querido ver en ellos tanto la leyenda judía como la cristiana, ya que se trata de los únicos "mártires" venerados por ambas tradiciones. Sin embargo, en el siglo IV, los cristianos se apoderaron de la sinagoga de Antioquía, donde según la tradición descansaban las codiciadas reliquias; además de convertir el edificio en una iglesia suya, hicieron de aquellos rebeldes "los santos macabeos", unos héroes cristianos anteriores a Cristo, como si dijéramos, y dispersaron sus restos para que pudieran ser adorados en todo el mundo.[156]

80

Según Elías Bickermann, si las rigurosas medidas de Antíoco IV contra los judíos hubieran surtido efecto, no sólo habrían supuesto el fin del judaísmo, sino que además "habrían imposibilitado la aparición del cristianismo y la del Islam".[157]

Nuestra imaginación casi no logra concebir un mundo tan diferente. Aunque también cabe suponer que no sería demasiado distinto; en todo caso, no fueron las medidas del rey las que acarrearon la sublevación, como se ha venido afirmando tradicionalmente y hasta hoy mismo. Es más exacto lo contrario: que la insurrección ya estaba en marcha, y de ahí la severidad de las represalias. Los acontecimientos (cuya cronología es muy discutida, debido a la escasez de las fuentes y la poca credibilidad de las mismas) fueron cobrando una dinámica propia; el partido nacionalista judío se reforzó y comenzó la "guerra de religión" (Bringmann), "la hazaña gloriosa del pueblo judío" (Bévenot) y de los asideos *(jasidim),* una secta de fanática fidelidad a la Ley, formada por sacerdotes y legos y que constituyó la fuerza de élite de los rebeldes. Cierto que hacia finales de otoño del 165 a. de C., Antíoco IV retiró las prohibiciones religiosas; tanto él como su sucesor, Antíoco V, ensayaron luego una política de conciliación, de pacificación y amnistía. Pero los rebeldes extendieron el teatro de las luchas más allá de la propia Judea; y pese a que coincidieron en este conflicto diversos móviles políticos y sociales, que cobraron cada vez más importancia, o precisamente debido a ello, la "guerra santa" contra la dominación seleúcida casi parece una continuación de las gloriosas matanzas de la época del "asentamiento" y posteriores, una restauración del Israel anterior al exilio; acaudillados por Yahvé, inician una especie de regeneración nacional; una vez más están en juego los valores más sagrados y hay que defender la ley mosaica "con la espada en la mano, hasta la muerte si fuere necesario" (Nelis). "El punto de convergencia de aquellos luchadores por la libertad fue el altar del Señor, y su divisa: Yahvé es mi escudo" (cardenal Faulhaber). En una palabra, que siempre la sed de

---

Vaux, Tempel 1964, 1355. Pauly II 1498 s. Cornfeld/Botterweck III 590 ss, 620 s. Sobre el tema en general: Jansen. Grundmann 148ss. Bickermann 60. Hengel, Judentum 131 ss. Tscherikover 175 ss, 191. Bringmann 15 ss, 29ss, 66ss, 97ss, 111 ss, 120 ss. Habicht, Geselischaft 1 ss. Hengel, Juden 126 ss. El mismo, Judentum 100 s, 108ss, 505 ss. Millar 1ss. Dempf, Geistesgeschichte 135. Fischer, Seleukiden 13ss.

[156] Bévenot LThK 1 ed. VI 818. Bickermann 17 ss. Schatkin 97 ss. Fischer, Seleukiden 28 s, 74.

[157] Bickermann 92.

sangre y de venganza son "resultantes de la devoción" (Wellhausen) .[158]

81 El primer cabecilla rebelde de los macabeos (de cuyo alzamiento iba a resultar un nuevo Estado y reino con la dinastía de los Asmoneos) fue el sacerdote y asesino Matatías (que significa "obsequio de Yahvé"), de la familia de Asmón. Poseído por el "celo religioso" a la manera bíblica tradicional, mató a un israelita que por orden del comisionado real pretendía celebrar un sacrificio a los ídolos, y también al propio comisionado, e inició una guerra de guerrillas contra la ocupación Siria. Estos hechos todavía no revestían mayor trascendencia; pero a la muerte de Matatías (166 a. de C.) asumió el caudillaje de los rebeldes uno de los cinco hijos de aquél, Judas Macabeo (derivado seguramente del hebreo *maqqaebaet,* el martillo), "un 'Carlos Martel' del Antiguo Testamento", "el héroe de la espada ungida", "el alma de la resistencia" (según el cardenal Faulhaber). Su especialidad: los ataques relámpago, las emboscadas nocturnas, los incendios amparados en la oscuridad, "campañas felices" (Bévenot, benedictino). Judas el Martillo generalizó la lucha de guerrillas, saltándose incluso la prohibición de combatir en sábado. Y como los sirios estaban comprometidos en un conflicto contra los partos, aquél pudo derrotar a los generales enemigos en Betorón, Emaús y Betsura; tomó Jerusalén y purificó el Templo, en donde había hallado "la abominación de la desolación" (Daniel 12, 11) impuesta por Antíoco Epifanes; además hizo clavar la cabeza del general enemigo Nicanor sobre la puerta de la ciudadela (hecho que sigue conmemorándose hoy día por medio de una festividad fija del calendario). Una vez más, el Señor había salvado milagrosamente a su pueblo. Pero en 163, cuando Antíoco IV murió durante una campaña contra los partos y el regente Lisias of reció la paz y la libertad de cultos, los macabeos se negaron, pese a que las condiciones habían sido aceptadas por el sumo sacerdote Alcimo y por los asideos o partidarios de la restauración religiosa; el objetivo de los macabeos era ya la independencia política, y no sólo la religiosa, y el exterminio de los "idólatras" en todo Israel. Sin embargo, con esta oposición contribuyeron paradójicamente, como suele suceder, "a la consolidación de la propia dinastía helenística que los ortodoxos se habían propuesto combatir; al of recer un tratado a los romanos. Judas, el que combatía incluso los sábados, *ha admitido ya* las formas paganas, con sus religiones, sus costumbres y sus estilos de vida" (Fischer). Y tras haber derramado grandes cantidades de sangre pagana, el mismo Judas cayó, entre los años 161 y 160, en un combate desesperado contra Báquides, convirtiéndose en el prototipo del héroe judío y pasando a ocupar incluso un lugar en la galería de los combatientes cristianos, como prototipo de soldado luchador por la fe.[159]

---

[158] Cf. 1 Macab. 3, 46ss. LThK 2 ed. VI 639. Cornfeld/Botterweck II 391s, III 591ss, 735, IV 945ss. Se cita aquí a J. Nelis, H. Bévenot en LThK 1 ed. VI 814. Wellhausen 134s. Faulhaber, Charakterbilder 1125. Bringmann 11, 51 ss. Fischer, Seleukiden 29ss, 55ss, 64ss, cf. también 189ss.

[159] 1 Macab. 2, 1; 2, 39 ss; 3, 32; 4, 26 ss; 2 Macab. 2, 15ss; 8, 9 ss; 12, 32ss. Jospeh. ant. Jud. 12, 6, 1. El mismo, Bell. 1, 3. dtv Lex. Antike, Geschichte 1102, II 158s, 277, III 155. Pauly II 1497 s, III 834, 1085. Bévenot LThK 1 ed. VI 815, 2 ed. VI1315 s. De Vaux, Tempel 1355. Cornfeld/Botterweck III 595ss. Wellhausen 134s. Faulhaber, Charakterbilder 124s. Grundmann 151 s. Bunde 251s. Sevenster 125. Fischer, Seleukiden 55ss, 182ss, cf. también 189ss. Durante la conquista de Jerusalén por Pompeyo éste penetró en el Santo de los Santos, pero no echó mano del tesoro.

El hermano menor de Judas, Jonatas, convertido en sumo sacerdote y gobernador militar de Judea (cargos, como se puede ver, magníficamente complementarios) gracias a las dificultades internas del Estado seleúcida y con la anuencia del rey sirio, murió asesinado el año 143; su hermano y sucesor. Simón, of icialmente llamado "sacerdote perpetuo, caudillo y príncipe de los judíos", cayó de igual forma en 135, a manos de su propio yerno Ptolomeo. Pero ya el cargo de sumo sacerdote pasaba a ser hereditario; aunque con Simón murieron sus hijos Matatías y Judas, el tercero, Juan Hircano I (135- 103), que consiguió escapar a la conjura, se convirtió en la nueva estrella del belicismo macabeo y fue *de facto* el soberano de un reino independiente. Aliándose primero con los fariseos y luego con la aristocracia clerical de los saduceos de Jerusalén, y favorecido por las rivalidades sucesorias de los sirios, emprendió grandes campañas militares, como ya no se conocían desde los tiempos de Salomón. Así, judaizó por la fuerza de las armas las provincias de Idumea y Galilea; pero no hay que creer que éstas fuesen vulgares campañas de expansión o por ambición de poder; eran "guerras religioso-particulares denominadas guerras santas" (R. Meyer), ya que estas "verdaderas expediciones de rapiña" se presentaban como "mera recuperación de tierras que el Señor había dado en herencia a los antepasados" (Beek). Al mismo tiempo, el sumo sacerdote asumía en su corte la pompa y el ceremonial de los magnates helenístico-orientales, y no titubeó en llevarse 3.000 talentos de la necrópolis real israelita, inmensamente rica, con objeto de allegar medios para sus campañas, según Josefo.[160] Juan Hircano asoló también Samaría, región que desaparece por completo de la historia política en la época cristiana.

82 Samaría, que había sido la capital del reino de Israel, ampliada con gran esplendor por el rey Amri, siempre rivalizó con Jerusalén; los samaritanos, pueblo híbrido en medio de Palestina, entre judío e idólatra, fueron odiados por los judíos más que ningún otro. En el año 722 a. de C. cuando el asirio Sargón II logró vencer la fuerte resistencia de Samaría después de tres años de asedio y la arruinó, esto importó bien poco a los judíos, que se mostraron igual de indiferentes en 296, ante la nueva destrucción de la ciudad por Demetrio Poliorcetes, en el curso de las rivalidades entre los diadocos o sucesores de Alejandro. Los samaritanos, a quienes pocos años antes el mismo Alejandro Magno había autorizado la construcción de un templo sobre el monte Garizim, con el evidente propósito de hacer la competencia al de Jerusalén, conservaban la fe judía, pero en versión atenuada. De las Sagradas Escrituras admitían únicamente el Pentateuco, es decir, los cinco libros de Moisés; los judíos los consideraban "inmundos" y los excluyeron de la reconstrucción del Templo. En 128, Juan Hircano redujo a escombros el templo del monte Garizim, pero subsistió allí un núcleo de "clero insumiso". "Se insolentaban hasta el punto de llamarse poseedores de la verdadera religión de Israel" (Daniel Rops). ¡Como si alguna religión en el mundo se hubiese presentado nunca con el atributo de falsa! Hacia el año 107 a. de C., el sumo sacerdote Hircano emprendió la destrucción de Samaría (pero fue reconstruida medio siglo después por el gobernador romano Aulo Gabinio,

[160] 1 Macab. 9ss; 13ss. Jos. ant. Jud. 13, 6, 6ss. Bell. Jud. 1, 2, 2 s. R. Meyer dtv Lex. Antike, Geschichte II 158 s. LThK 1 ed. V 237, 315, 2 ed. V 585, VI 1315 ss. Cornfeld/Botterweck III 598 ss, V 1275. Mommsen, Rómische Geschichte IV 138. Beek 137. Grundmann 148, 152 ss.

y poco después magníficamente ampliada por Heredes).[161]

El hijo de Hircano, Jonatás, o Alexandros Jannaios (103-76, tras sólo un año de reinado de su hermano Aristóbulo, que arrojó a las mazmorras a varios de sus hermanos y dejó que su propia madre muriese de hambre en la cárcel), continuó la misma política. Como rey y sumo sacerdote inició varias campañas santas, aunque desafortunadas (pero, ¿acaso no lo son todas las guerras?) contra los Ptolomeos, los Seleucos, los nabateos, e incluso una guerra civil contra los fariseos, en la que recurrió a mercenarios extranjeros, reclutados, según las crónicas, de entre la hez de la sociedad. En esta última venció, lo que le permitió vengarse cruelmente. Ochocientos de sus adversarios, "que habían combatido con el mismo encono que suelen mostrar siempre los devotos cuando luchan por la posesión de cosas terrenales" (Mommsen), fueron crucificados; en la contienda perecieron, según Josefo, unas cincuenta mil personas. Finalmente, Alexandros Jannaios, aficionado a la piratería marítima entre otras cosas e identificado a menudo por los historiadores como "el sacerdote malhechor" que mencionan los textos de Qumrán, consiguió dominar casi toda Palestina, es decir un reino casi tan grande como el que fue en tiempos de David..., pocos años antes de que fuese conquistada por los romanos bajo Pompeyo (64 a. de C.), que destruyeron el Estado asmoneo y después de arrasar a Jerusalén la redujeron de nuevo a la categoría de capital provinciana. En la lucha cayeron muchos judíos pero, seguramente, serían más los deportados a Roma, prisioneros y esclavos.[162]

83

Con este episodio concluía un siglo de "guerras santas". Pocos de los macabeos murieron de muerte natural: Judas Macabeo, en campaña; su hermano Jonatás, asesinado; Simón, asesinado; Hircano II, nieto de Juan Hircano I, ejecutado por Herodes, el aliado de los romanos; Aristóbulo II, envenenado; su hijo Alejandro, ajusticiado, lo mismo que el hermano de éste y último príncipe asmoneo, Antígono Matatías. También la hija de Alejandro, Mariamne, casada en el año 37 con Herodes, murió víctima de intrigas palaciegas, lo mismo que su madre. Alejandra, y sus hijos, Alejandro y Aristóbulo. "El reinado de Herodes fue, en gran medida, una época de paz para Palestina..." (Grundmann).[163]

A la cabeza de estos conflictos, guerras imperialistas, guerras civiles y atrocidades varias reluce la estrella, histórica o no, de los siete "hermanos macabeos", siete héroes de la "guerra santa". Es así que dichos macabeos no sólo merecen ser "reverenciados por todos", según Gregorio Nacianceno, doctor de la Iglesia, sino que: "Quienes los alaban, y quienes oyen su elogio, mejor deberían imitar sus virtudes y,

---

[161] 1 Reyes 16, 23 s; 2 Reyes 17, 24; Ezra 4, 4. Josefo ant. Jud. 13, 88. Bell. Jud. 1, 166. Juan 4, 20. Sobre la tremenda animadversión entre judíos y samaritanos en tiempos de Jesucristo cf. Lúe. 9, 52 s; Juan 4, 9. LThK 1 ed. IX 148 ss. Daniel-Rops, Die Umwelt 45ss.

[162] Más detalles en Jos. ant. Jud. 13, 3, 3 ss. dtv Lex. Antike, Geschichte II 159. Lexikon der alten Weit 109. LThK 2 ed. I 311, VI 1316. Cornfeld/Botterweck III 601 s. Mommsen, Römische Geschichte IV 53, 136 s. Beek 137 ss. Grundmann 154 s. Daniel-Rops, Die Umweit 13. Sobre Josefo cf. Laqueur, Flavius Josephus passim.

[163] Cf. dtv Lex. Antike, Geschichte II 277. LThK 2 ed. V 586, VI 1316. Grundmann 159.

espoleados por este ejemplo, elevarse a iguales hazañas."[164]

Es una opinión típica. Los más conocidos doctores de la Iglesia rivalizan en elogios a los (supuestos) protomártires de la insurrección, aquellos "hermanos macabeos" que, según san Agustín, "antes de la Encarnación de Cristo ya lucharon por la Ley de Dios hasta dar la propia vida", que "erigieron el estandarte magnífico de la victoria", según Juan Crisóstomo. Convertidos en símbolos de la *ecclesia militans,* convertida la sinagoga de Antioquía que albergaba los supuestos sepulcros en una iglesia cristiana, transferidas sus preciadas "reliquias" a Constantinopla, y luego a la iglesia romana de San Pietro in Vincola y a la iglesia de los Macabeos en Colonia y celebrados en Alemania y Francia, donde son venerados sobre todo en los valles del Rin y del Ródano, se les recuerda ya en los tres martirologios más antiguos. E incluso en el siglo XX (cuando numerosas organizaciones judías, especialmente clubes juveniles sionistas, toman el nombre de "macabeos" o "Makkabi"), el católico *Lexikon für Theologie una Kirche* los alaba como "protomártires del monoteísmo", y la Iglesia celebra su memoria con la festividad del primero de agosto.[165]

84

La existencia de santos cristianos antes de Jesucristo sólo puede parecer absurda a quien desconozca la mentalidad católica, al escéptico empedernido que se empeña en tomar la lógica como fundamento único de cualquier razonamiento.

Quizá estas personas desconozcan que el teólogo Jean Daniélou escribió, ya en 1955, todo un tratado sobre *Los santos paganos del Antiguo Testamento,* que ciertamente no aspira a ser "un estudio puramente científico", ni tampoco una "hagiografía edificante", sino "una obra de misión teológica". Podemos pasar por alto estas distinciones semánticas, puesto que están de más tratándose de la obra de un hombre capaz de mantener, con suave celo, que existieron santos "paganos", "gentes que sin haber conocido a Cristo, no obstante pertenecían ya a su Iglesia", y de extraer la sorprendente consecuencia de que "fuera de la Iglesia no puede haber salvación". El autor católico recaba el auxilio de las Escrituras y de la tradición, la ayuda de san Agustín y la de la Iglesia primitiva, para señalar que los santos del Antiguo Testamento tuvieron, cuando menos, "un lugar destacado" que hoy, por desgracia, "ya no tienen". Daniélou no es el único en lamentar "el olvido en que se les tiene" a santos como, por ejemplo, Abel, Enoc, Daniel, Noé, Job o Melquisedec. Sin olvidar al santo Lot, aunque cometiese incesto con sus dos hijas (eso sí, en estado de embriaguez) con tal éxito que "a su tiempo" ambas parieron (Gn. 19, 30 ss.), "un hombre sencillo, un exponente de la vida en lo que tiene de más cotidiano", como escribe Daniélou, "y también un paradigma de pureza, en cuya biografía hallamos un valor ejemplarizante".[166]

---

[164] Greg. Nacianc. Discurso sobre los Macabeos. Heilmann, Texte IV 347 s.

[165] Documentación sobre Cipriano, Crisóstomo, Ambrosio, Agustín: LThK 1 ed. VI 818. Cita de Agustín: De civ. dei 18, 36. Cita de Crisóstomo: Comentario sobre la epístola a los romanos 20, homilía 2. D. Schótz enfatiza en LThK 2 ed. VI 1319 acerca de los hermanos Macabeos: "A no confundir con los asmoneos hijos de Matatías". (!)

[166] Daniélou, Die heiligen Heiden 7 ss, 13 ss, 115 ss, especialm. 117 y 120.

Santos paganos..., y guerras santas.

En las dos grandes insurrecciones de los siglos I y II retornó la práctica de la "guerra santa" con todo su salvajismo y su crueldad, con sus locuras apocalípticas; el "combate de las postrimerías" contra la Roma idólatra perseguía, nada menos, "el Reino mesiánico de Dios".

85

La guerra judía (66-70)

Los **zelotes**, un grupo nacionalista judío originariamente constituido, sin duda, por un sector del clero de Jerusalén hacia el año 6, instigaron esa guerra como reacción frente al poder del ocupante romano. Pese a la existencia de rasgos diferenciales notables entre zelotes y cristianos, se han observado también muchos puntos de contacto. No es casual que uno de los apóstoles de Jesús, un tal Simón, sea llamado en el Evangelio de Lucas "el zelote" y en el de Mateo "el cananeo", lo que representa una simple transcripción del arameo *qannai*, "el exaltado". Entre los zelotes, a quienes la investigación actual atribuye una influencia importante en la trayectoria de Jesucristo, abundaban los rumores apocalípticos, como el oráculo que decía que, por aquellos tiempos, "uno de los suyos sería el rey del mundo"; cuatro lustros antes del estallido de la guerra judía propiamente dicha, luchaban ya contra los romanos, pero más aún contra ciertos judíos antipatriotas. Sus enemigos les llamaban "sicarios", que quiere decir "los del cuchillo", porque iban armados con una especie de gumía, la "sica", con la que apuñalaban por la espalda a quienes no les caían bien, entre los que se contaban, ante todo, algunos judíos ricos que por motivos de interés pactaban con los romanos; se dice (por parte de Eusebio, historiador de la Iglesia) que una de sus primeras víctimas había sido "el sumo sacerdote Jonatás". "Cometían sus asesinatos a pleno día y en medio de la ciudad; aprovechaban sobre todo los días festivos para confundirse en las aglomeraciones, y apuñalaban a sus enemigos con dagas pequeñas que llevaban ocultas bajo las túnicas. Cuando la víctima caía, los asesinos se sumaban al revuelo y a las exclamaciones de consternación, y gracias a esta sangre fría no fueron descubiertos casi nunca." Josefo, que en plena guerra cambió de bando y se puso a favor de los romanos, moteja a los zelotes de asesinos y bandoleros, pero no se le olvida mencionar que "tenían muchos partidarios, sobre todo entre la juventud".[167] En los círculos extremistas se azuzaba públicamente a la insurrección contra Roma. Leían con preferencia los dos libros de los Macabeos (cuya inclusión definitiva en las Sagradas Escrituras, recordémoslo de paso, data del Concilio de Trento, es decir, del siglo XVI), [168] para exaltarse con aquellas "acciones heroicas" y esperaban poder reeditar frente a los romanos, con la ayuda del Señor, los triunfos conseguidos contra los griegos. De esta manera se

[167] Lúe. 6, 15; Mat. 10, 4; Hechos 1, 13. Josefo bell. Jud. 2, 8, 1; 2, 13, 3; cf. 2.13, 6; 5, 9, 4; 5, 13, 3; 6, 5, 4. Además: Ant. Jud. 18, 1, 1; 20, 8, 10. Tacit. hist. 5, 13. Suet. Vespas. 4 Euseb. 2, 20, 4 ss. Mommsen, Römische Geschichte VII 224 ss. Grundmann 167. Alfaric 58 ss. A. Schalit, Herodes und seine Nachfolger en Schuitz, Kontexte 3, 41 s. Brunt 149 ss. Sobre las relaciones entre judíos y romanos en general, cf. E.M. Smallwood.

[168] Todavía en Jerónimo (Praef. in libr. Salom.) los dos libros de los Macabeos no cuentan entre los canónicos de las Sagradas Escrituras, lo mismo que ocurre hoy entre los cristianos reformados y los judíos: D. Schótz LThK 2 ed. VI 1318.

produjo al fin la *Bellum ludaicum* (66-70), una aventura sangrienta en la que incluso los romanos se vieron obligados a echar el resto, militarmente hablando.

Dicha obra tan agradable a los ojos del Señor, acaudillada primero por Eleazar ben Simón, hijo de un sacerdote, así como por Zacarías ben Falec, continuada luego por Juan de Gichala, comenzó en un momento bien escogido, un sábado, con el degüello de los escasos romanos de guardia en la torre Antonia de Jerusalén y en las poderosas fortificaciones del palacio real. Antes de rendir a la guarnición, prometieron que no matarían a nadie; luego, sólo perdonaron a un of icial que se avino a ser circuncidado. (Más tarde, los cristianos también perdonarían a los judíos que aceptaban la conversión.) En las ciudades griegas de la región, Damasco, Cesárea, Ascalón, Escitópolis, Hippos, Gadara, los helenos organizaron a cambio una matanza de judíos: 10, 500 o 18, 000 sólo en Damasco, según se cuenta. Al mismo tiempo, los judíos insurrectos, estimulados por el ardor de su fe y por los grandiosos recuerdos de las hazañas de los macabeos, iban limpiando de minorías toda Judea.

86

Los romanos empezaban a ponerse en marcha, primero a las órdenes del gobernador de Siria, Cayo Cestio Gallo; luego Nerón envió a uno de sus mejores generales, el ex tratante de muías Tito Flavio Vespasiano, cuyas primeras operaciones militares fueron sumamente cautelosas; además, después se encontró en una situación políticamente delicada, debido a la muerte de Nerón y la caída de Galba. Pero en el verano del año 68 controlaba ya casi toda Palestina; entre otras cosas, mandó quemar el eremitorio de Qumrán, a orillas del mar Muerto, cuya importante biblioteca, que poco antes los monjes habían ocultado en las cuevas de la montaña, no ha sido descubierta hasta mediados del siglo XX. También diezmó a los samaritanos, que habían tomado parte en la insurrección judía. Cerealis hizo con 11, 600 de ellos una hecatombe en el monte Garizim. Mientras tanto, en Jerusalén, ciudad de "triste fama" según Tácito, a la que ya tenía puesto cerco Vespasiano, los hijos de Dios divididos en dos partidos se combatían mutuamente; incluso llegó a formarse una tercera facción que luchó contra las otras dos en el Templo. Éste, con sus aledaños, era una verdadera fortaleza, convertida en reducto de los zelotes..., ¡que siguieron celebrando los ritos incluso bajo el asedio! Mientras las masas, privadas de víveres, se morían de hambre, los judíos se apuñalaban mutuamente en peleas callejeras, o degollaban a los prisioneros en las mazmorras, pero sin dejar de hacer causa común contra los romanos. Estos, por su parte, también solían pasar los prisioneros a cuchillo o los crucificaban. Vespasiano tuvo que partir hacia Roma, ya que sus tropas le habían proclamado emperador. Pero dos años después, a comienzos de septiembre del año 70, su hijo Tito puso fin a la insurrección con un baño de sangre: previamente, estando en la Cesárea palestina, en Berytus (Beirut) y en otros lugares, había mandado arrojar miles de judíos prisioneros a las fieras del circo, o los obligaba a matarse mutuamente en duelos, o los quemaba vivos. Los escasos sobrevivientes de Jerusalén, reducida a un único montón de ruinas, fueron acuchillados o vendidos como esclavos. El Templo ardió hasta los fundamentos, con todos sus bienes atesorados durante seis siglos, en el aniversario de la destrucción del primero. La lucha continuó durante varios años más en varias fortalezas aisladas, como Herodión, Maquiros y Masada, hasta que los defensores se suicidaron junto

con sus mujeres y sus hijos.[169]

87

En el año 71, el vencedor entró triunfante en Roma, donde todavía hoy puede verse el arco de Tito en recuerdo de la hazaña...

La masacre había costado cientos de miles de vidas. Jerusalén quedaba arrasada como antaño lo fueron Cartago y Corinto, y el país incorporado a los dominios del emperador. A los vencidos se les impusieron tributos abrumadores, hasta del quinto de las primeras cosechas, y para mayor calamidad, el país sufría la plaga de las partidas de bandoleros. La vida religiosa, en cambio, y como no podía ser de otro modo, florecía. Los judíos estaban gobernados por un consejo de 72 levitas, cuyo dirigente máximo ostentaba el título de "príncipe". Y la oración diaria de las 18 rogativas, la *schemone esre,* comparable al Padrenuestro de los cristianos, se enriqueció con una petición más, la que imploraba la maldición divina sobre los *minnim,* los cristianos, y solicitaba su exterminio. El caso es que ni en Palestina ni en lugar alguno se prohibió a los judíos la práctica de su religión: "Por prudencia se abstuvieron de declarar la guerra a la fe judía en tanto que tal" (Mommsen).[170] Pero todavía les aguardaba una derrota mayor, pocos decenios más tarde, como consecuencia del segundo intento de una última "guerra de Dios".

Bar Kochba y la "última guerra de Dios" (131-136)

A esta nueva sublevación se adelantaron en el año 115 diversos alzamientos entre los judíos de la diáspora, muy numerosos en el área mediterránea; según Filón, sólo en Alejandría se contaba más de un millón. Todavía no estaban desengañados del sueño mesiánico. Durante la guerra de Trajano contra los partos (114-117), corrió el rumor de una derrota desastrosa del imperio y hubo, además, un gran terremoto que destruyó Antioquía y otras ciudades del Asia Menor; ante estos desastres, los zelotes creyeron llegado su momento. En la Cirenaica, donde según se afirma murieron 200, 000 no judíos, el "rey" y "Mesías" Lukuas-Andrés destruyó la capital, Cirene. En Chipre, los insurgentes arrasaron Salamina y, según las crónicas, asesinaron a 240, 000 no judíos, cifra evidentemente exagerada. A partir de entonces, sin embargo, los judíos tuvieron prohibido el acceso a la isla y se ejecutaba incluso a los náufragos, si eran israelitas. En Egipto, donde los romanos liquidaron en represalias a todos los judíos de Alejandría, los combates se prolongaron durante años. En todos los lugares, la diáspora judía resultó duramente castigada.[171]

En la misma Palestina, el sucesor de Trajano, el emperador Adriano (117-138),

---

[169] Suet. Vesp. 5, 3 ss. Tit. 5, 2. Josefo ant. 18.1.6; Bell. Jud. 2, 8, 1 y 4 ss. Dión Casio 66, 4 ss. Tacit. hist. 5, 2. Pauly II 234, V 1490. dtc Lex. Antike, Geschichte II 159. LThK 1 ed. IX 150, 2 ed. X 1343. Cornfeld/Botterweck IV 893, V 1217ss, 1366s. Mommsen, Rómische Geschichte VII 226 ss. Hengel, Zeloten passim. Grundmann 167 ss. Friedlander 925. Grant, Roms Caesaren 257 s, 276 ss.

[170] Mommsen, Rómische Geschichte VII 237 ss. Knopf 242 s. Kiostermann 55 ss. Grundmann 169 s. Beek 166 ss.

[171] Beek ibíd. Cornfeld/Botterweck I 259 ss. Mommsen, Rómische Geschichte VII 192 s, 239 ss. Friedlander 925 ss. Grundmann 170. Stóver 75.

gran devoto de los dioses, hizo construir sobre las ruinas de Jerusalén una ciudad nueva, Aelia Capitolina, y en el solar del Templo levantó un altar a Júpiter y un templo de Venus. Y hete aquí que en el año 131, Simón ben Kosiba (Bar Kochba) inicia una guerra de guerrillas tan generalizada y tan mortífera, que obliga al propio emperador a tomar el mando de las tropas romanas. Bar Kochba (en arameo significa "hijo de la estrella", así llamado después del éxito de su alzamiento; en el Talmud, el vencido recibió el nombre de Ben Kozeba, "hijo de la mentira") se hace con el poder en Jerusalén. Su consejero principal es el rabino Aqiba, que le saluda con una clásica cita mesiánica llamándole "estrella de Jacob", o salvador de Israel. También le apoya el sumo sacerdote Eleazar, muerto más tarde por el propio Bar Kochba porque le aconsejaba la rendición. Sin embargo, hubo dos años de moral alta en Jerusalén, reanudándose el culto en el Templo y proclamándose una nueva era de libertad; hasta que el emperador Adriano envió cuatro legiones al mando de su mejor general. Julio Severo, con gran número de tropas auxiliares y una gran flota. Los romanos fueron recobrando terreno poco a poco. Según Dión Casio, cuyas exageraciones sin embargo son notorias, murieron 580, 000 combatientes judíos y fueron arrasadas 50 fortalezas, destruidos 985 pueblos, y enviadas al cautiverio decenas de miles de prisioneros. Mommsen considera que dichas cifras "no son inverosímiles", dado que los combates fueron encarnizados y seguramente acarrearon el exterminio de toda la población masculina. Las mujeres y los niños inundaron los mercados de esclavos, lo que originó una baja de los precios. La última población que cayó fue Beth-Ter (la actual Bittir), al oeste de Jerusalén, donde murió el mismo Bar Kochba en circunstancias no bien explicadas. El solar del Templo y sus alrededores fueron arados con bueyes; en cuanto a los zelotes, los romanos los exterminaron totalmente, pues al fin comprendieron que el fanatismo religioso de los judíos era la verdadera causa de su insumisión. "Durante los cincuenta años siguientes no se vio en Palestina ni el vuelo de un pájaro", dice el Talmud. Los israelitas tenían prohibida bajo pena de muerte la entrada en Jerusalén, y se duplicó la guarnición. Hasta el siglo IV no pudieron regresar los judíos allí para llorar una vez al año, el día 9 del mes Aw, la pérdida de la "ciudad santa". Y hasta el siglo XX, o más exactamente hasta el 14 de mayo de 1948, no lograron fundar de nuevo un Estado judío, el Eretz Israel.[172]

[172] Euseb. h.e. 4, 6, 2. Dión Casio 69, 12 ss. dtv Lex. Antike, Philosophie II 7. LThK 2 ed. 11245 s. Cornfeld/Botterweck I 262 ss, V 1225. Mommsen, Römische Geschichte VII 242 ss. Beek 166 ss. Friedlander 859. Grundmann 170 ss. Foerster, Jupitertempel 241 ss. J. Maier, Die Texte I 183 s. Mensching, Irrtum 137. Stóver 76 s.

89

CAPÍTULO 2. EMPIEZAN DOS MILENIOS DE PERSECUCIONES CONTRA LOS JUDÍOS

"¿Qué podrás decirme tú, mi querido judío?"

SAN JUAN CRISÓSTOMO, DOCTOR DE LA IGLESIA[173]

"Abajo con el judío."

SAN BASILIO, DOCTOR DE LA IGLESIA[174]

"Peor que el mismo demonio."

SAN ATANASIO, DOCTOR DE LA IGLESIA[175]

"Dos clases de humanos, los cristianos y los judíos." "La luz y las tinieblas." "Pecadores", "homicidas", "basura revuelta".[176]

SAN AGUSTÍN, DOCTOR DE LA iglesia

"Perseguir al que no piensa igual que nosotros, ése ha sido en todo lugar el privilegio de los religiosos."

HEINRICHHEINE[177]

Exceptuando en Palestina, en la época del paganismo los judíos no lo pasaron del todo mal. Es cierto que el antisemitismo tiene raíces antiguas. El primer testimonio documental lo encontramos en los papiros arameos de Elefantina. En 410 a. de C., fue destruido en Elefantina un santuario ofrecido a Yahvé, posiblemente porque los judíos se mostraron contrarios a la independencia egipcia y partidarios de la potencia ocupante, que era entonces Persia. Hacia el año 300 a. de C., el antijudaísmo estaba ya bastante difundido; por ejemplo, corría ya el rumor de que los judíos eran descendientes de leprosos. Tales enemistades obedecían a móviles principalmente religiosos, y también políticos, rara vez económicos y casi nunca de tipo racial.[178]

90

Con sus insurrecciones bajo Nerón, Trajano y Adriano los judíos (téngase en cuenta que representaban un 7% u 8% de la población total del imperio) se ganaron la consideración de peligrosos para el Estado; en general, se desconfiaba de ellos. Entre otras cosas, molestaba su actitud despreciativa frente a las demás culturas, religiones y nacionalidades, así como su aislamiento social *(amixid).* Tácito, siempre

[173] Crisóst. Comentario sobre la epístola a los romanos, 20 Homilía 4.
[174] Basil. Hex. 9Hom 6.
[175] Documentado en C. Schneider, Das Fríihchristentum 17.
[176] Cf. nota 32.
[177] Cit. s/Beutin, Heinrich Heine 222.
[178] Leipoldt, Antisemitismus 469 ss.

moderado, censura sin embargo su postura desdeñosa frente a los dioses y a la patria y menciona su carácter extraño, el exclusivismo de sus costumbres *(diversitas morum).* En él, lo mismo que en otros autores paganos (cuyas manifestaciones antijudías sin duda no dejaron de ejercer alguna influencia), como Plinio el Viejo, Juvenal (autor "de lectura obligada" en las escuelas de la Edad Media), Quintiliano (también autor clásico en los comienzos de la Era moderna), se reflejan indudablemente las impresiones de la guerra judía. Pero ya Séneca, que se suicidó en el año 65, es decir, un año antes del comienzo de dicha guerra, había escrito que "las costumbres de ese pueblo sumamente aborrecible han cobrado tanta fuerza, que están introducidas en todas partes: ellos, los vencidos, han dado leyes a sus vencedores".[179]

La religión judía, tolerada por el Estado pagano

Pero incluso los amos de Roma se mostraron tolerantes hacia los judíos (en quienes hallaban a campesinos, artesanos, obreros; en esa época todavía no estaban caracterizados como mercaderes), y en algunos casos mostraron cierta simpatía hacia ellos. Disfrutaban de algunos privilegios especiales, sobre todo en Oriente, como la observancia del sábado. Tenían fuero propio y no estaban obligados a someterse a la jurisdicción romana. César los apoyó en muchos sentidos. Augusto dotó con generosidad al Templo de Jerusalén. Según los términos de la donación imperial, todos los días sacrificaban allí un toro y dos corderos "al Dios más alto". Agripa, un íntimo amigo de Augusto, favoreció también a los judíos. En cambio, el emperador Calígula (37-41), algo excéntrico y aspirante a tener templo propio, que se presentaba en público revestido de los atributos de diversas divinidades, incluso femeninas, que vivía casado con su hermana Drusila y pretendía que se erigiese su imagen incluso en el Sanctasanctórum de Jerusalén, hizo expulsar a los judíos de las principales ciudades de Partía, donde eran especialmente numerosos. Pero incluso el emperador Claudio, antes de perseguir a los judíos de Roma, había promulgado un decreto a su favor, en el año 42, otorgándoles fuero especial válido en todo el imperio, aunque al mismo tiempo les advertía que no abusaran de la magnanimidad imperial y que no menospreciaran las costumbres de otros pueblos. La mujer de Nerón, Popea Sabina, fue una gran protectora del judaísmo. En líneas generales, la administración romana se mostró siempre dispuesta "a contemporizar en la medida de lo posible, y aún más, con todas las exigencias de los judíos, justificadas o no" (Mommsen).[180]

91

Ni siquiera después de la conquista de Jerusalén hostilizaron los emperadores a la fe judía, que para ellos era *religio licita.* Vespasiano y sus sucesores corroboraron los privilegios ya concedidos por César y por Augusto. Los judíos podían casarse, firmar contratos, adquirir propiedades, ocupar cargos públicos, poseer esclavos y muchas cosas más, como cualquier ciudadano romano. Las comunidades judías

[179] Tacit hist. 5, 5. Leipoldt, Antisemitismus RAC I 469 ss. Pauly III 27, IV 1311. Séneca cit. s/Friedlander 933, cf. también 931 s. Ruppin 348. Barón 370 ss. Frank, "AdversusJudaeos".

[180] dtv Lex. Antike, Geschichte I 204, 233. Mommsen, Rómische Geschichte VII 194 ss, 213, 224. Friedlander 867 s, 922, 933. Poliakov 2 ss.

podían administrar sus propios bienes y tenían una jurisdicción propia, aunque limitada. Incluso después de la insurrección de Bar Kochba, el emperador Adriano y sus sucesores consintieron la celebración pública de los cultos judíos, y concedieron la dispensa de las obligaciones comunes que fuesen incompatibles con su religión. Ni siquiera en las provincias existían casi restricciones contra ellos; construían sinagogas, nombraban a sus síndicos, y estaban exentos del servicio militar en atención a sus creencias.[181]

Y todo ello porque, así como hoy en día los pueblos primitivos desconocen en sus creencias la pretensión de exclusividad de un "ser superior", también el helenismo antiguo era característicamente tolerante. En el politeísmo, ninguna divinidad puede pretender la exclusiva. Los cultos autóctonos se fundían sin inconvenientes con los importados. En el panteón antiguo predominaba una especie de colegialidad o compañerismo amigable; los fieles podían rezarle al dios que prefiriesen, creían reconocer a dioses propios bajo las apariencias de los ajenos, y desde luego no se molestaban en tratar de "convertir" a nadie. Dice Schopenhauer que la intolerancia es una característica esencial del monoteísmo, que sólo el Dios único es "por su naturaleza, un dios celoso, que no quiere consentir la subsistencia de ningún otro. En cambio los dioses del politeísmo son por naturaleza tolerantes; viven y dejan vivir, y en principio toleran a sus colegas, los dioses de la misma religión. Más adelante, esa tolerancia se extiende igualmente a las deidades extranjeras". A los paganos, la creencia en un Dios único se les antoja pobreza de conceptos, uniformidad, desacralización del universo, ateísmo. Nada más ajeno a su manera de pensar que la idea de que los dioses de los extranjeros sean necesariamente ídolos; nada les suena tan incomprensible como ese "no tendrás a otro Dios más que a Mí" de los judíos; les extraña ese Dios que no deja de gritar "Yo soy el Señor", "Yo soy el Señor", "Yo soy el Señor tu Dios", expresión que se repite hasta dieciséis veces en el capítulo 19 del Levítico, por poner un ejemplo y no de los más extensos. El paganismo no conoce nada comparable al pacto de sangre entre Yahvé y su "pueblo elegido". Y nada excitaba tanto la antipatía contra los judíos como el comportamiento de éstos en razón de sus creencias. León Poliakov ha afirmado, incluso, que "nada, excepto sus prácticas religiosas".[182]

92

Interpretatio Christiana

Los cristianos, en quienes naturalmente los judíos no veían otra cosa sino doctores del error, convirtieron la idea de "Israel, pueblo elegido" en la pretensión de verdad absoluta del cristianismo y el mesianismo judío en el mensaje de la segunda venida de Jesucristo; es éste el primer paso importante en la evolución de la Iglesia primitiva, por el cual el cristianismo se diferenció de su religión madre, la

[181] Josefo ant. Jud. 14, 10, 5. Tacit. hist. 5, 12. Tertul. Apolog. 21. Mommsen, Rómische Geschichte VII 239 ss, 245 ss. Browe, Judengesetzgebung 110. Askowith, The toleration 70 ss. Langenfeid 42 ss. Frank, "Adversus Judaeos" 30. Friedlander 390 s.

[182] Schopenhauer, Parerga und Paralipomena II, cap. 15: ber Religión apart. 174. Cit. s/WeIter Cornfeld/Botterweck II 459 ss. Beek 115. Friedlander 864 ss, 920. Poliakov 4 ss. Meinhold, Kirchengeschichte 38.

judía.

No los judíos, sino los cristianos pasaban a ser ahora el "pueblo de Israel", del cual habían apostatado los judíos. De esta manera, les arrebataron el Antiguo Testamento y lo utilizaron como arma contra ellos mismos; extraordinario proceso de falsificación que recibe el nombre de *Interpretatio Christiana,* fenómeno singular que no tiene antecedentes en toda la historia de las religiones, y que es prácticamente el único rasgo original del cristianismo. "Vuestras Escrituras, o mejor dicho, no vuestras, ¡sino nuestras!", escribía Justino en el siglo II. Le consta a Justino que "aunque las lean, no las entienden". Al sentido literal de las Escrituras oponían, en una operación de exégesis que pone los cabellos de punta, un supuesto sentido simbólico o espiritual, para poder afirmar que "los judíos no entendían" sus propios textos sagrados. La Iglesia reivindicó lo que le convenía, las alabanzas, las promesas, las figuras nobles o juzgadas como tales, en particular las de los patriarcas y profetas, identificando con los judíos, en cambio, a los personajes siniestros, los delincuentes, sobre quienes recaían por consiguiente las amenazas bíblicas. Incluso enajenaron las "reliquias" de los macabeos, conservadas desde el siglo II a. de C. en la gran sinagoga de Antioquía, al declararlas cristianas; más aún, a finales del siglo IV, dichas reliquias fueron trasladadas, con lo que los judíos quedaban en la imposibilidad de rendirles culto. Y convirtieron la conmemoración judía en una festividad del calendario cristiano, que subsiste hasta nuestros días.[183]

Los cristianos les arrebataron a los judíos cuanto pudiera ser útil a la polémica antijudía. Como ironiza Gabriel Laub, el cristianismo no habría sido posible "si hubiera existido en la época veterotestamentaria algo parecido a la convención internacional de los derechos de autor". En el siglo I, los cristianos hablaban ya de "nuestro padre Abraham" y aseguraban que "Moisés, en quien tenéis puestas vuestras esperanzas, en realidad es vuestro acusador". En el siglo II, la figura de Moisés les servía para demostrar la solera y el prestigio de la cristiandad; y, finalmente, los "caudillos de los hebreos" pasaban a ser, sencillamente, "nuestros primeros padres".[184]

93

Todo esto, y más, ha sido estupendamente sistematizado por la teología cristiana. El Antiguo Testamento era la "Revelación primitiva", el anticipo de algo más grande que iba a producirse después; la teología cristiana habla de un "motivo de teofanía". Si existe el Antiguo Testamento, es para anunciar cosas que van a tener su cumplimiento en el Nuevo; "el motivo de cumplimiento", en donde, naturalmente, todo aparece "más diáfano", "más grande", "más completo", más todo: es el "motivo de superación". Los aspectos que no acaban de cuadrar se modifican mediante el "motivo de enmienda"; los que no cuadraban en absoluto, se eliminan: "motivo de supresión"; y como los judíos eran lo que menos cuadraba, se les suprime por

[183] 11. Gal. 6, 16; Rom. 9, 6; 1 Cor. 10, 18. Cf. 2 Cor. 3, 12 ss; Just.l. Apol. 31. Trif. 9, 1; 29 Bern. 10, 11 s; 13, 1 ss; 14, 1 ss; 4, 6 ss; 5, 11. Orig. Hom. in Exod. 8, 2. Koch, Erwáhiung 205 ss. Ringgren 102 ss. Cornfeld/Botterweck II 461. Hermann, Symbolik 73. Schmid, Auseinandersetzung 10 g, 20. Hruby, Juden 6 s, 10 ss. Parkes, Antisemitismus 95. Surkau 52 s. Lohse, Mártyrer 72 nota 3 ss. Kühner, Antisemitismus 30 ss, 45. Goppeit, Judentum 215 ss. Williams 14 ss. V. Soden, Die christiiche Mission 16 s.

[184] 1 Clem. 31, 2; Hebr. 2, 16; Juan 5, 45. Tat. or. 31 y 36 ss. Lact. div. inst. 4, 10. Laub. l83

"motivo de apostasía".[185]

Lo dicho: *Interpretatio Christiana.* Una religión expropia a otra y luego insulta, combate, persigue a la religión expropiada, y esto durante dos mil años.

Ello era necesario, porque en el cristianismo, lo que no se retrotrae al paganismo pertenece, sin excepción, a la fe judaica: su Dios, su monoteísmo, su liturgia en la parte no helenística de la misma, la prohibición de que la mujer participe en el servicio de la Palabra, el mismo servicio aludido, el Padrenuestro y otras muchas oraciones, los ritos de anatema y excomunión (utilizados muy pronto y con frecuencia, pese al mandamiento de amor al prójimo); ítem más, las legiones de los ángeles (que, sin embargo, todavía en el siglo IV eran una creencia proscrita por la Iglesia), herencia de un politeísmo antiguo, encabezadas por los arcángeles; así como numerosas ceremonias, por ejemplo la imposición de las manos en el bautismo o la ordenación; los días de ayuno, las festividades como la Pascua, Pentecostés... Incluso la palabra Cristo (del griego *christos)* no es otra cosa que una traducción del hebreo *maschiah o* "mesías".[186]

Y también las jerarquías del clero judaico, la distribución en sumos sacerdotes, sacerdotes, levitas y laicos, sirvieron de modelo estructurador de las primeras comunidades cristianas. Los paralelismos son tan llamativos, que incluso han movido a buscar en la organización del judaísmo tardío el molde del catolicismo romano plenamente desarrollado.

La noción del dogma indispensable para la salvación, la importancia concedida al magisterio de los obispos, tienen el mismo origen. La administración de la caja eclesiástica fue organizada más o menos como la del fondo sacro judío. Hasta las catacumbas cristianas seguían el modelo de los cementerios subterráneos de los judíos. La teología moral católica tiene sus antecedentes en la casuística de la doctrina moral de los rabinos. O mejor dicho, la mayor parte de la moral cristiana es judía; Michael Grant encuentra «el 90% de ella en la del judaísmo [...], incluido el mandamiento del amor al prójimo; la novedad más llamativa que añade es el mandamiento del amor al enemigo...", pero tampoco eso constituía una innovación absoluta, ya que lo mismo encontramos entre los budistas, en Platón, en la escuela estoica; incluso Jeremías e Isaías cantaban sus delicias: "Presentará su mejilla al que le hiere; le hartarán de oprobios".[187]

94

Como bastardo, el cristianismo se avergonzaba de sus orígenes, de su falta de originalidad. Y como, lógicamente, los judíos no querían admitir que sus creencias hubiesen de subordinarse a la interpretación cristiana, sino que pretendían seguir siendo el "pueblo elegido" de Dios, los cristianos se dedicaron a atacarles..., con lo

---

[185] LThK2ed.I393ss.

[186] Cf. Núm. 8, 10; 27, 18; 27, 23 así como Hechos 6, 6; 13, 3; 8, 17; 19, 6; 1 Tim. 4, 14; 2 Tim. 1, 6. Aristid. Apol. 14. Clem. Al. strom. 6, 5. Sin. Laodicea (ca. 360) c. 35. dtv Lax. Antike, Religión I 226 s. ThRe XI 1983, 115. Leipoldt Antisemitismus 476. Knopf 242 s. Kiostermann 55 ss. Bousset, Kyrios Christos 298. Oepke, 264 s. 278 nota 4. Krüger, Rechtstellung 172 ss. J. Maier, Geschichte 130 ss.

[187] 15. Sobre el amor al enemigo Platón, Critón c. 10 p. 49. Aff. Sen. ben. 4, 26, 1. Cf. también 1, 11 y De vit. 20, 3. ex. 23, 4 s; Is. 1, 6. Jerem. Lamentaciones 3, 30. Leipoldt, Antisemitismus 476. Drews 361 ss. Oidenberg 337. Haas passim. Kittel 117 ss. Krueger, Rechtstellung 172 ss. Schweinitz 40. Bieler 59. J. Maier, Geschichte 130 ss. Daniel-Rops, Die Umweit 51. Grant, Das Rómische Reich 281

que se sumaban a la misma misión que aquéllos, a la intolerancia salvaje de aquella deidad primitiva de un pueblo nómada, uno de los ídolos más vengativos que haya conocido la historia del mundo. Llevaron su agitación sobre todo a los círculos previamente trabajados por la influencia judía, y alcanzaron "una parte considerable" de sus primeros éxitos "a costa del judaísmo" (Brox).[188]

Manifestaciones antijudías en el Nuevo Testamento

El primero en marcar el tono fue Pablo, el verdadero fundador del cristianismo. Aunque el apóstol, "siervo de Dios" como él mismo se llamaba modestamente, supiera cantar al amor con acentos arrebatadores, en realidad dedicó muchas más palabras al odio más encarnizado, como han visto muchos, desde Porfirio, pasando por Voltaire, hasta Nietzsche y Spengler. Así, se convirtió en un clásico de la intolerancia, un prototipo del proselitismo, un creador genial de ese estilo ambiguo que oscila entre el servilismo rastrero y la brutalidad más desvergonzada, y que hizo escuela sobre todo entre los grandes de la Iglesia; agitador tan cerril y porfiado, que durante el período nazi algunos teólogos cristianos hallaron paralelismos entre las primitivas comunidades y "las centurias del ejército pardo de Hitler", llegando a soñar en unas "secciones de asalto de Cristo" (pero Goethe opinaba, en cambio: "Si a san Pablo concedieran un obispado de alborotador mudara en barrigón tranquilo, lo mismo que con ceteri confratres ha pasado»).[189]

95

De esa guisa, Pablo (también los judíos suelen considerarle creador del cristianismo) abrió el fuego contra los judíos y no dejó de luchar contra ellos en toda su vida. Era aficionado a predicar en las sinagogas, como viendo en ellas "el punto de partida y las bases" (Hruby) de su misión. Para lo demás, consideraba que los cristianos, sobre todo los de origen pagano, han pasado a constituir el verdadero pueblo de Israel; esta afirmación aparece por primera vez en la carta a los Gálatas (6, 16). *Érgo* prefiere solicitar a los gentiles, para que "caídos los judíos" la salvación beneficie a aquéllos. En cuanto a los judíos mismos, se sacude las ropas: "Caiga vuestra sangre sobre vuestras cabezas", y prosigue: "Puro compareceré desde ahora ante los gentiles". "Los gentiles, que no seguían la justicia, han abrazado la justicia"; los judíos, en cambio, "no han llegado a la ley de la justicia". Es verdad que tienen celo de las cosas de Dios, "pero no es un celo según la ciencia". Y "la mayor parte de

---

[188] Brox, Kirchengeschichte 31.

[189] 1 Cor. 3, 9. Sobre la superbia Pauli (Lutero), su auto elogio y falsa humildad, que luego hicieron tanta escuela entre cristianos, cf. por ej. 2 Cor. 3, 6 ss; 11, 22 ss; 12, 1 ss; 1 Cor. 3, 10 ss; 11, 1; 2 Cor. 6, 3 ss; Tes. 2, 10; 1, 6; Fil. 3, 17; 4, 9; 1 Cor. 2, 6 ss; 4, 16; 9, 15; 14, 18; 2 Cor. 1, 12; 1, 14; 3, 1;5, 12;10, 13. Sobre las acusaciones correspondientes por otros cristianos 2 Cor. 3, 1; 5, 12; 10, 13. Nietzsche, Anticristo 42. Spengler 524. Wrede, Paulus 54 s. Drews 143 ss, 141 ss. Sobre las reinterpretaciones y falsificaciones del Evangelio por parte de Pablo cf. p.e. Brückner 35. Windisch, Paulus und Christus 189, 202 ss. Bousset, Kyrios Christos 105. Deissmann 55. Mensching, Toleranz 36. Friedrichsen, Zum Stil 23 ss. El mismo, Peristasenkatalog 78 ss. Schrempf448. Schneider, Geistesgeschichte 107. Bornkamm 14. Nock, Paulus 194. Boltrnann, Theologie des N.T. 185 s, 289. Dibelius-Kümmel 82. M. Werner, Der Einfluss 61. Schweitzer 171. Kühner, Antisemitismus 17. Quasten, Conflict 481 ss. Goethe, Derewige Jude, cit. s/G. v. Frankenberg 164. Sobre las actitudes de Jesús frente al judaísmo cf. p.e. Dewick 77 ss.

ellos desagradaron a Dios, y así quedaron muertos en el desierto".[190]

Como era de esperar, los judíos contraatacaron. Este hecho fue muy destacado por los católicos alemanes en tiempos de Hitler, por ejemplo en el libro *Santa Patria alemana (Heilige deutsche Heimat,* con censura eclesiástica), que recuerda continuamente cómo los judíos "calumniaron, maldijeron y persiguieron" a Pablo, esa "maravilla del Espíritu y de la Gracia", cómo conspiraron contra él por ser "amigo de los gentiles", cómo "planearon matarle" y "organizaron varios atentados contra él", "le expulsaron de las sinagogas como si fuese un apestado o un leproso", le desterraron "a los lugares más inhóspitos bajo el cielo, a los bosques y a los desiertos donde no viven más que las fieras", etcétera.[191]

En efecto, el apóstol fue azotado varias veces por los judíos; se trataba de un tormento cruel, y que iba a tener un gran porvenir durante la época cristiana. Muchas veces los azotes cortaban "hasta tocar el hueso" y algunos supliciados no sobrevivían a semejante trato. Por parte de Pablo era absurdo el intento de volver el Antiguo Testamento contra los mismos judíos. Así, les echa en cara las persecuciones sufridas por los profetas y la muerte de Jesucristo, argumento propagandístico este último que iba a ser utilizado con mucho efecto por la Iglesia. En realidad, el tema del pueblo deicida no fue más que "una argucia", no especialmente hábil, "para echar sobre los judíos el peso de la responsabilidad por la ejecución de Jesús" (Guignebert). Además, los acusa *con carácter general* de adúlteros, ladrones y profanadores de templos. Afirma que la recaída en el judaísmo sería tan grave como volver a la idolatría. Los declara malditos "hasta el fin del mundo" por el Nuevo Testamento; a decir verdad, el "heraldo amabilísimo del Evangelio" (según el católico Walterscheid) utilizó las mismas expresiones estereotipadas que los antisemitas de la antigüedad y afirmó que todo el patrimonio espiritual y religioso de los judíos no era nada más que "inmundicia".[192]

96

En los Hechos de los Apóstoles quedan señalados una y otra vez como "traidores y asesinos"; en la Carta a los Hebreos como gente que ha "lapidado, torturado, aserrado, matado a espada". El Evangelio de Juan, que es el texto más antijudío de la Biblia, nos los presenta más de cincuenta veces como enemigos de Jesús. Son casi

---

[190] 1 Tes. 2, 15 s; Rom. 2, 21 ss; 9, 30 s; 10, 2; 11, 11; 1 Cor. 10, 5; Gal. 6, 16; Hechos 13, 46; 18, 6. Hruby, Die Synagoge 62 ss. Meinhold, Historiographie 19 ss. J. Maier, Jüdische Auseinandersetzung 125.

[191] Walterscheid 1139 s, II 40 ss. Este inspector de enseñanza de Bonn cita en la primera página del texto de su mamotreto en dos tomos (prólogo p. XIII) la obra "Die deutsche Volkskunde", del Reichsleiter nazi Adolf Spamer, y glorifica el militarismo p.e. 1128 ss, especialm. 131 ss y otras, para lo que alude por ejemplo al antiguo abad nazi Ildefons Herwegen "durante las jornadas con el Führer en Maria Laach", donde la Gran Hermandad de San Sebastián "ha encontrado una ayuda imprescindible en las ideas del nuevo Estado", dado que éste "se retrotrae a las mismas raíces antiguas de la fuerza alemana"; celebra además "el trueno del cañón", "los desfiles perfectos". El pío autor católico sueña con unas no menos pías escuadras católicas que estuviesen armadas "con escopetas de verdad", etc. El hecho es que la Biblia y la pólvora recorren juntas toda la historia del catolicismo, junto con partos mentales por el estilo de los citados, naturalmente bajo imprimátur eclesiástico.

[192] Fil. 3, 3 ss; Rom. 2, 21.ss; Gal. 4, 8 s; Hechos 2, 22 s; 3, 15; 4, 10; 5, 30; 7, 52; 10, 39; 28, 25 s. Dóllinger 88. Leipoldt, Antisemitismus 475. Waídstein 471 s. Merkel 1193, 1197. E. Meyer, Ursprung III 85. Hruby, Die Synagoge 62 ss. Goppeit, Missionar 199 ss. Schoeps, Paulus 13. El mismo, Antisemitismus 16. Schneider, Das Frühchristentum 5. El mismo, Geistesgeschichte I 98. Oepke 198 ss. Ch. Guignebert. Jesús 1947, 567 ss. cit. s/Poliakov 115 s. Walterscheid cf. nota 20.

continuas las conspiraciones contra su vida; aparecen como paradigmas de la maldad e hijos del demonio. El antijudaísmo fue el *leitmotiv* de este evangelista, y la consecuencia una visión sin matices, todo blanco o todo negro: a un lado los hijos de Dios, la luz, la verdad, la fe, al otro los hijos de Satán, la oscuridad, la mentira, la "herejía". "Jamás se formuló juicio tan severo contra el judaísmo en general", escribió en 1928 el teólogo Weinel. En el Apocalipsis los llama "sinagoga de Satanás".[193]

De Pablo, de Juan y demás inspirados de la Biblia tomaron, pues, los padres de la Iglesia lo que les convino. Desde el año 70, judíos de la diáspora y cristianos viven separados en todas partes, y crece la polémica antijudía.[194]

97

El antijudaísmo en la Iglesia de los siglos II al IV

La hostilidad creciente contra los judíos en tiempos del cristianismo primitivo se observa en los escritos de *iospatres aevi apostolici,* es decir, de los padres apostólicos, designación ésta creada por la patrística del siglo XVII para referirse a los autores que vivieron poco después que los apóstoles: "Cuando la tierra todavía estaba caliente de la sangre de Cristo", según la expresión de san Jerónimo.

De ellos sólo conocemos bien a uno, Ignacio, obispo de Antioquia de Siria, que escribió, a comienzos del siglo II, varias epístolas contra los judíos. "Cuando alguien venga a predicaros de cosas de judíos, no le escuchéis", exhorta Ignacio, porque las doctrinas del judaísmo son "falsas y erróneas", "astucias", "consejos de viejos, que de nada sirven", "falacias que son como columnas funerarias y cámaras sepulcrales". Los judíos "no han recibido la gracia", al contrario, persiguieron a los "profetas inspirados por el Señor". "Apartad de vosotros la levadura que se ha corrompido...".[195]

Toda la literatura cristiana, siguiendo la línea que empieza a marcar el Nuevo Testamento, vilipendia a los judíos llamándolos asesinos de profetas..., como si aquéllos no se hubieran dedicado a otra cosa; sin embargo, de los numerosos profetas citados en el Antiguo Testamento, sólo dos fueron efectivamente asesinados, [196] mientras que Elías, según la Biblia, hizo degollar a 450 sacerdotes de Baal, como ya hemos visto.

La carta de Bernabé, originaria de Siria hacia el año 130, muy apreciada por la

---

[193] 21. Hechos 7, 52; 2, 22 s; 3, 15; 4, 10; 5, 30; 10, 39; Hebr. 11, 37; Juan 5, 16 ss; 5, 37; 7, 1; 7, 13; 7, 28; 7, 34; 8, 19; 8, 31 ss, especialm. 8, 44; 8, 55; 10, 31 s; 16, 3; 18, 36 ss; Apocal. 2, 9; 3, 9. Knopf, Einführung 118. Weinel, Biblische Theologie 415. Dibelius, Die Reden 17. Weber, Aufsätze III 442 nota 1. Obsérvense los intentos de justificación de los católicos Ricciotti, Paulus 307. Hirsch 252 ss. Meinertz II 313. Wikenhauser, Neues Testament 221.

[194] Hay una abundante recopilación de textos en Williams, Adversus Judaeos. Cf. también Hulen 5ss. Cf. actualmente incluso a católicos como Frank, "Adversus Judazos" 31 aunque éstos, naturalmente, son reacios a confesarlo.

[195] Ign. ad Philad. 6, 1 s; ad Magn. 8, 1 s. Sobre Ignacio, Euseb. h.e. 3, 22, 1 ss; Hierón vir. ill. 16. A. Anwander LThK 1 ed. V 359. Winterswyl 5ss. Desde J.B. Cotelier (1672) se cuenta entre los "Patres aevi apostolici" a Bernabé, Clemente de Roma, Ignacio, Policarpo, Hermas; más adelante añadieron a Papías y al autor de la epístola a Diogneto. Cf. Altaner 72 s. Meinhold, Kirchengeschichte 32ss.

[196] Schoeps, Aus irühchristiicher Zeit, cap. 1: Die jüdischen Prophetenmorde 126ss.

Iglesia antigua y que figuró durante algún tiempo entre los textos de lectura obligada, les niega a los judíos sus Sagradas Escrituras diciendo que no las entienden, "porque se dejan persuadir por el ángel del mal". En cambio, el autor de la epístola, un pagano converso y visiblemente iluminado, of rece pruebas de una comprensión muy superior. Al glosar, por ejemplo, la prohibición de comer carne de liebre, explica que va contra la pederastia y similares, porque la liebre renueva el ano todas las temporadas y "tiene tantos orificios cuantos años ha vivido". Tampoco quiere admitir el desconocido autor que los judíos tengan algún tipo de alianza con el Señor, puesto que se hicieron indignos de ello "a causa de sus prevaricaciones". Al fin y al cabo, Cristo vino al mundo "para que fuese colmada la medida de los pecados de quienes habían perseguido a sus profetas hasta la muerte", por lo que Jerusalén e Israel estaban "condenados a desaparecer".[197]

98

San Justino, importante filósofo del siglo II, se manifiesta (lo mismo que Tertuliano, Atanasio y otros) muy complacido con la terrible destrucción de Palestina a manos de los romanos, la ruina de sus ciudades y la quema de sus habitantes. Todo ello lo juzga el santo como un castigo del cielo, "lo que os ha sucedido, bien empleado os está [...], hijos desnaturalizados, ralea criminal, hijos de ramera". Y no acaban ahí las invectivas del "suavísimo Justino" (Harnack), cuya fiesta figura adscrita al 14 de abril por disposición de León XIII (fallecido en 1903); dicho santo dedica muchos otros epítetos a los judíos: los llama enfermos de alma, degenerados, ciegos, cojos, idólatras, hijos de puta y sacos de maldad. Afirma que no hay agua suficiente en los mares para limpiarlos. Este hombre, que según el exégeta Eusebio vivió "al servicio de la verdad" y murió "por anunciar la verdad", afirma que los judíos son culpables de todas las "injusticias que cometen todos los demás hombres", calumnia en la que no cayó ni siquiera Streicher, el propagandista de Hitler. Sin embargo, vemos que el prior benedictino Gross no dice ni una sola palabra acerca del antijudaísmo de Justino en el correspondiente artículo del *Lexikonfür Theologie und Kirche,* de 1960. En cambio, el mismo autor figura en un libro de texto, la *Historia de la Iglesia antigua* de 1970, como "personaje ejemplar".[198]

A finales del siglo II, Melitón de Sardes (poco después colocado por su colega Polícrates de Éfeso entre las grandes estrellas de la Iglesia en el Asia Menor) escribe un sermón terrible. Una y otra vez fustiga la "ingratitud" de los judíos, y lanza de nuevo "la terrible acusación del deicidio [...] entendido como una culpa hereditaria" (según el católico Frank).

Israel nación ingrata...,
tesoros de gracia recibiste
y los pagaste con negra ingratitud,
devolviendo mal por bien,
tribulaciones por alegría,

[197] Bern. 4, 6ss; 9, 4; 10, 1 ss; 13, 1 ss; 14, 1 ss; 15, 1 ss; 16, 1 ss. Cf. también 4, 6 ss; 5, 1ss. LThK 1 ed. I 979, III 301. Lexikon der alten Weit 225. ALtaner 37ss. Cf. también la polémica de los Dídacos "contra los hipócritas" Did. 8, 1 ss. Cf. Knopf, Das nachapostolische Zeitalter 242 s. Kiostermann 55 ss. Frank, "Adversus Judaeos" 31 s. Meinhold, Historiographie 38ss.

[198] Just. 1 apol. 31; 47; 49 (cf. Tert. apol. 1, 114). Just. Trif. 12 ss; 16 s; 26 s; 30; 32;34;39; 41;46s; 64;93;95;108;118;120;123;130; 132 s;136. Tat.or. 18. Cf. Eu- seb. h.e. 4, 16, 1; 4, 16, 7. J. Hoh LThK 1 ed. 728 s, 2 ed. V 1225 s. Kühner, Gezeitender Krichel Ol.

¡muerte por vida!
Tú debías morir en su lugar.

Mas no fue así, truena la voz del predicador "universalmente reconocido como uno de los profetas que recibieron aún los últimos fulgores del cristianismo primitivo" (Quasten), conservada en un papiro manuscrito cuyo contenido no fue publicado hasta 1940:

99

¡MATASTE A NUESTRO
SEÑOR EN MEDIO DE
JERUSALÉN! OÍDLO
TODAS LAS
GENERACIONES Y
VÉALO:

"Se ha cometido un crimen inaudito"...[199]

A comienzos del siglo III, el obispo romano Hipólito, discípulo de san Ireneo y padre de la "católica Iglesia primitiva", redactó un panfleto venenoso, *Contra los judíos,* llamados "esclavos de las naciones", y pide que la servidumbre de este pueblo dure, no setenta años como el cautiverio de Babilonia, no cuatrocientos treinta años como en Egipto, sino "por toda la eternidad". San Cipriano, que fue un hombre muy rico, rector y obispo de Cartago en el año 248 después de divorciarse de su mujer, se dedicó a coleccionar aforismos antijudíos y suministró así munición a todos los antisemitas cristianos de la Edad Media. Según las enseñanzas de este célebre mártir, caracterizado por su "indulgencia y cordial hombría de bien" (Erhard), los judíos "tienen por padre al diablo"; exactamente lo mismo que decían los rótulos de los escaparates en la redacción del *Stürmer,* el periódico de agitación de las SS hitlerianas. El gran autor Tertuliano dice que las sinagogas son "las fuentes de la persecución" *(fontes persecutionum),* olvidando que los judíos no intervinieron en las persecuciones de los siglos II, III y IV contra los cristianos. Lógico, porque tales reproches pertenecen al repertorio habitual de la comunicación entre religiones, basada en la calumnia mutua. Tertuliano también nos hace saber que los judíos no van al cielo, que ni siquiera tienen nada que ver con el Dios de los cristianos, y afirma: "Aunque Israel se lavase todos los miembros a diario, jamás llegaría a purificarse". Incluso el noble Orígenes, pronto clasificado entre los herejes, opina que las doctrinas de los judíos de su época no son más que fábulas y palabras hueras; a sus antepasados les reprocha, una vez más, "el crimen más abominable" contra "el Salvador del género humano [...]. Por eso era necesario que fuese destruida la ciudad donde Jesús padeció, y que el pueblo judío fuese expulsado de su patria". En la epístola de Diogneto, autor cuyo nivel intelectual y dominio de la lengua tiene en mucha estima la teología actual, hallamos asimismo las burlas usuales contra las costumbres de los judíos y la caracterización de éstos como estúpidos,

[199] Melito, de Pascha 87 ss. Quasten LThK 1 ed. VII 69. Cf. también Kraft, Kirchenváter-Lexikon 374 s. Frank, "Adversus Judaeos" 35 s.

supersticiosos, hipócritas, ridículos, impíos; en una palabra, "establece todo un catálogo de vicios judaicos" (C. Schneider).[200]

100

Con el aumento del poder del clero en el siglo IV, también creció la virulencia del antijudaísmo, como ha observado el teólogo Harnack. Cada vez es más frecuente que los "padres" se dediquen a escribir panfletos *Contra judíos.* Algunos de los más antiguos se han perdido; nuestras referencias empiezan con los de **Tertuliano** (otro que luego se descolgó de la Iglesia of icial), Hipólito de Roma, y una serie de doctores de la Iglesia, desde san Agustín hasta san Isidoro de Sevilla en el siglo vii. Los opúsculos antijudíos se convierten en literatura de género dentro de la Iglesia (Oepke).[201]

Gregorio Niseno, aun hoy celebrado como gran teólogo, condenó a los judíos en una sola letanía, donde los llama asesinos de Dios y de los profetas, enemigos de Dios, gente que aborrece a Dios, que desprecia la Ley, abogados del diablo, raza blasfema, calumniadores, ralea de fariseos, pecadores, lapidadores, enemigos de la honradez, asamblea de Satán, etcétera. "Ni siquiera Hitler formuló contra los judíos más acusaciones en menos palabras que el santo y obispo de hace mil seiscientos años", alaban unos "católicos estrictos" en un panfleto de varios cientos de páginas..., contemporáneo del Concilio Vaticano II, por cierto.[202]

San Atanasio, "una de las figuras más importantes de la historia de la Iglesia", un "emisario de la divina Providencia" (Lippl), no sólo atacó durante toda su vida a los paganos, llamándoles "herejes", sino también a los judíos, cuya "contumacia", "locura", "necedad" según él, provienen directamente "del traidor Judas, que era uno de ellos". "Los judíos han perdido el sendero de la verdad", "babean de frenesí [...] más que el mismo demonio", "han recibido el justo castigo de su apostasía, pues además de su ciudad perdieron también el sentido común".[203]

En Eusebio, obispo de Cesárea e historiador de la Iglesia, hallamos frecuentes alusiones, no exentas de complacencia, al sino de los judíos, insistiendo en que "en tiempos de Pilatos y con el crimen contra el Salvador comenzó la desgracia de todo el pueblo" que, a partir de entonces, "en la ciudad y en toda Judea no quieren acabar las insurrecciones, las guerras y los atentados" y que, "cuando nuestro Salvador hubo subido al cielo, ellos aumentaron sus culpas con los crímenes inenarrables que cometieron contra sus apóstoles": lapidación de san Esteban, decapitación de Santiago, "tribulaciones sin cuento" de los demás apóstoles..., "por lo que finalmente

---

[200] Cypr. or. Dom 10. Testim. ad Quirin. Tert. pud. 48. Adv. Jud. 1 y 3. Apol. 21. Scorp. 10, 10; Praesc. haer. 8. Orig. c. Cels. 2, 5; 2, 8; 4, 22 s; 7, 8. Hippol. Demonstr. c. Judaeos (fragmento). Ad Diognet. 3 s. Otros escritos antijudíos de los primeros padres de la Iglesia: Ps.-Cypr. Adversus Judaeos; De Montibus Sina et Sidon; De Iudaica incredulitate. De pascha computus. Comodiano, Instructiones; Carmen Apologeticum. Novaciano, De cibis Iudaicis y otros muchos. Cf. las referencias bibliográficas siguientes, en parte relativas también a la nota anterior: Blumenkranz II ss y también Altaner 142 ss. Kraft, Kirchenváter-Lexikon 170, 279 s. Ehrhard, Urkirche 235. Hümmeler 242. Browe, Judenmission 96. C. Schneider, Frühchristentum 13, 16. Parkes, The Conflict 121 ss, 148 ss. Kühner, Antisemitismus 26 s. J. Meier 133 ss.

[201] Kraft, Kirchenváter-Lexikon 281. Harnack, Mission (1924) 174ss. Oepkee 282ss. Frank, "Adversus Judaeos" 32.

[202] Kraft ibíd. 248 s. Pinay 709 s.

[203] Athan. c. Arian. 2, 15; 2, 17; 2, 442; 3, 28. Lippl, Athanasius der Grosse BKV 1913 V, XIX.

cayó el castigo de Dios sobre los judíos, por sus muchas prevaricaciones [...], quedando borrada de la historia humana, de una vez por todas, esa ralea de impíos".[204]

101 Todo ello, el giro antijudío de la interpretación teológica de la historia, el triunfo sobre las "iniquidades" de los judíos, su "desgracia sin parangón", sus "continuas tribulaciones", su "miseria sin redención posible", las "hecatombes de judíos" en que "hasta treinta mil de ellos perecieron pisoteados" o "por el hambre y la espada [...] hasta un millón y cien mil judíos", la satisfacción con que se comentan "las terribles desventuras" de los deicidas, no dejaría de influir en los primeros emperadores cristianos, cuyo favor supo ganarse muy pronto el obispo e influyente consejero Eusebio. No es casual la orientación cada vez más antijudía de las leyes romanas a partir del mismo Constantino.[205]

Efrén, doctor de la Iglesia y antisemita

San Efrén (306-373), merecedor del más alto título de la *Catholica,* "cítara del Espíritu Santo", "mansedumbre", "hombre de paz en Dios", fue uno de los más encarnizados enemigos de los judíos de todas las épocas. El, que descendía de una familia cristiana y que ya de niño dio muestras de un carácter ofensivo y brutal, como demostró apedreando durante varias horas la vaca de un pobre hasta matarla, más tarde hizo gala del mismo talante en su polémica contra los judíos. Este profesor de la academia cristiana de Nisibis, en el país de los dos ríos, es decir entre el Tigris y el Eufrates, los apostrofó de canallas y serviles, dementes, servidores del demonio, criminales, sanguinarios incorregibles y "noventa y nueve veces peores que cualquier no judío". A los "deicidas", el doctor de la Iglesia prefería contemplarlos como simples asesinos. Este santo antisemita, por otra parte, fue el autor de los cánticos más antiguos de la Iglesia, "el primer cantor de villancicos de la Cristiandad". Formó un coro de voces femeninas que recorría los templos de toda el Asia Menor interpretando una versión musical de la Historia Sagrada compuesta por él "y que se entendía sin necesidad de mayores explicaciones" (Hümmeler, católico).[206]

Tampoco hacían falta muchas explicaciones para entender que a san Efrén no le gustaban los judíos. Este autor, cuyos méritos la Iglesia juzgó tan importantes que los conmemoró por duplicado (el 28 de enero la Iglesia oriental, el 18 de junio la occidental), jamás se cansó de comparar la pureza radiante del catolicismo y de los profetas con "la necedad", "el hedor" y "los asesinatos" del pueblo judío. "Salud a ti, noble Iglesia. Que todos los labios pronuncien tu elogio, tú que eres libre [, ..] del

[204] Euseb. h.e. 2, 6, 3 ss; 3, 5, 2ss; 3, 6, 28; 3, 7, 7ss. No sin algo de ironía escribe Grant: "Aunque él (Tito) no tenía ninguna intención de hacer un favor a los cristianos con la destrucción de Jerusalén, tal hecho ha entrado en la tradición cristiana como el castigo merecido por los judíos en tanto que pueblo deicida" (Roms Caesaren 278).

[205] Euseb. h.e. 2, 19, 1; 2, 26, 2; 3, 5, 4; 3, 7, 2; 4, 1, 2 ss. kraft, Kirchenváter-Lexikon 199. LThK 1 ed. III 857.

[206] Ephr. hymn. c. haer. 26, 10; Hymn. de fide 12, 9. RAC V 537 s. LThK 2 ed, III 926. Uglemann 127. Schiwietz III 94ss, 431. Donin, LebenI 439s. Hümmeler303. Harnack, Mission 174, nota 3. Schneider, Frühchristentum 17.

hedor de los apestosos judíos". Según asegura Efrén (cuya proclamación como *doctor ecclesiae* data de 1920), el pueblo judío "intenta contagiar a los sanos sus antiguas enfermedades; con la cuchilla, el cauterio y la medicina que requerían sus propios males intenta descuartizar los miembros llenos de salud [...]. El esclavo embrutecido intenta colocar sus propias cadenas a los hombres libres".[207]

102 Con insistencia sugiere "el admirable Efrén" (Teodoreto), "el gran clásico de la Iglesia siria" (Altaner, católico) que, si el pueblo judío mató a los profetas y mató también a Dios, ¿qué otros crímenes no cometerá? "Demasiada sangre ha derramado; ya no dejará de hacerlo, sólo que antes mataba en público y ahora asesina en secreto [...] ¡Huye de él [del pueblo judío], desgraciado, porque no ansia otra cosa sino tu muerte y tu sangre! Si quiso que cayera sobre él la sangre de Dios, ¿piensas que temerá derramar la tuya? [...] A Dios clavaron en una cruz [...]; los profetas fueron degollados como corderos [por ellos]. Matarifes se hicieron cuando vinieron médicos a sanarlos. ¡Corre, huye, busca refugio en Cristo, aléjate de esa nación enloquecida! [El Hijo de Dios] visitó a los descendientes de Abrahán, pero los herederos se habían convertido en asesinos".[208]

El *Lexikonfür Theologie una Kirche* (Roma, 1959), recopilado por el teólogo y padre benedictino Edmund Beck, ha dedicado a Efrén un artículo relativamente largo, pero no dice ni media palabra del furioso antisemitismo del santo varón.[209]

Juan Crisóstomo, doctor de la Iglesia y antisemita

Más furibundo que Efrén en sus ataques contra los "miserables, inútiles judíos", desde el siglo vi Juan Crisóstomo mereció a pesar de ello, ya que no precisamente por ello, el epíteto de *chrysostomos,* que significa "boca de oro"; desde el vil se le añadió el predicado de "sello de los padres", es decir, que su palabra era siempre la última y definitiva.[210]

En muchos escritos y en ocho largos e incendiarios sermones, de los que prodigaba hacia los años 386 y 387 en su ciudad natal de Antioquia ese predicador de insignificante apariencia, enfermizo, dotado de poca voz pero muy popular ("predicar me sana" decía), pocos crímenes o vicios quedaron pendientes de ser atribuidos a los judíos. (Uno de sus sermones, en el que, para empezar, presumió de haber alcanzado ya su objetivo de confundir a los judíos y taparles la boca, fue tan largo que el orador terminó completamente afónico..., pero reanudó la lucha al día siguiente, fiesta de las expiaciones por cierto.)[211]

103

---

[207] Ephr. hymn. c. haer. 56, 8; Hymn. de fíde 1, 48. LThK 1 ed. III 715 s, 2 ed. III 926. Hümmeler 303.

[208] Ephr. hymn. de fide 1, 50 ss. Theodor. h.e. 2, 31. Altaner 299.

[209] E. Beck en LThK 2 ed. III 926; mientras que en el tomo "Reformer der Kirche" (!) editado con licencia eclesiástica en 1970 por P. Mann dice literalmente en 159 s que "ya en vida Efrén gozó de un alto prestigio, que sigue manteniendo hasta hoy en toda la cristiandad. Vivió como un santo, como un asceta. [...] Se comportó con valor durante las adversidades de la guerra. [...] Efrén es la figura más importante de la literatura siríaca".

[210] Anastas. sin., Hodegos, 7. Altaner 278. Ritter, Charisma 171.

[211] Juan Crisóstomo, Hom post terrae motum. Rauschen, Jahrbücher 251s, 278s. 496ss.Baur 1169.

Hijo de un alto of icial y ex jurista, como predicador considera que la función del sermón estriba sobre todo en "reconciliar", en "consolar", puesto que las Escrituras en sí sólo contienen "consolaciones"; pero en lo tocante a los judíos no deja de fustigar "el sentido homicida" de los mismos, su "carácter asesino y sanguinario". Así como ciertos animales tienen veneno, explica Crisóstomo, "igualmente vosotros y vuestros padres estáis llenos de afán de matar". En particular, los judíos contemporáneos de Jesús "cometieron los mayores pecados", estaban "ciegos", carecían de "escrúpulos de conciencia", "maestros de iniquidades", afectados de una "especialísima corrupción del alma", "parricidas y matricidas". Ellos "mataron a sus maestros con sus propias manos", lo mismo que hicieron con Cristo, "crimen capital" ante el que "palidecen todas las demás abominaciones", y por el que recibirán "un castigo terrible". Serán "proscritos", pero no "según las leyes habituales de la historia universal", sino que será "una venganza del cielo", una "venganza más insoportable, más terrible que ninguna de las conocidas hasta ahora, sea entre judíos o en otros confines del mundo".[212]

El patrón de los predicadores, cuyas obras (dieciocho tomos de la *Patrología Graeca* de Migne) han merecido en el siglo XX, y por parte del benedictino Crisóstomo Baur, la calificación de "mina inagotable", "unión perfecta y ejemplar del espíritu cristiano con la belleza helénica en las formas", dedica a los judíos epítetos tales como diabólicos, peores que los sodomitas, más crueles que las fieras. Contra ellos, cuyos cultos y cuya cultura ejercían precisamente gran influencia sobre los cristianos de Antioquía, lanza reiteradas acusaciones de idolatría, además de tratarlos de estafadores, ladrones, epulones y lujuriosos. Los judíos viven sólo para su barriga, sus instintos y sólo entienden de comer, beber y abrirse las cabezas los unos a los otros. "En su desvergüenza son peores que los cerdos y los cabrones." O como dice Baur: "Sus sermones suelen ser de estilo dialogante, pero noble y elevado". Crisóstomo, cuyos escritos son más difundidos y leídos que los de ningún otro doctor de la Iglesia, difama a los judíos más gravemente que ninguno de sus predecesores; el "más grande hombre de la Iglesia antigua" (Theiner), que se lamentó alguna vez de que "no hay nada más duro de sobrellevar que los insultos", enseñó que no se debe tener trato con demonios ni con judíos, que éstos no eran mejores que "los puercos y los machos cabríos", "peores que todos los lobos juntos" y que mataban a sus hijos con sus propias manos; aunque de esto último hubo de retractarse más adelante, y dijo que, aunque ya no acostumbraban matar a sus propios hijos (!), sí habían matado a Cristo y eso era mucho peor. "Los judíos reúnen el coro de los libidinosos, las hordas de mujeres desvergonzadas, y todo ese teatro junto con sus espectadores lo llevan a la sinagoga. Así pues, no hay ninguna diferencia entre la sinagoga y el teatro. Pero la sinagoga es más que un teatro, es una casa de lenocinio, un cubil de bestias inmundas, una madriguera del diablo. Y las sinagogas no son el único refugio de ladrones, mercaderes y demonios, porque lo mismo son las almas de los judíos." Aconseja a los cristianos que no consulten a médicos judíos, "antes morir", que se alejen de todos los judíos "como peste y plaga del género humano que son". Y puesto que los judíos "pecaron contra Dios", su servidumbre "no conocerá

[212] Chrysost. advers. Jud. 6, 2. Comentario sobre la epístola a los romanos, 8 Hom. 1. 1er comentario a S. Mateo, 10. Hom. 2 y otras. Hümmeler 56. Ritter, Charisma 110 s. cf. también la entusiástica cita de Norman en Anwander 57.

fin", muy al contrario, "se agravará día tras día".[213]

104 Casi palidece un Streicher en la comparación con este "predicador de la gracia divina" (Baur). Pero incluso después de la segunda guerra mundial se le certifica su "grandeza", su "humanidad", su "humor suavísimo, que exhala un aroma como a rosas" (Anwander), así como "la viveza cordial del lenguaje", que todavía "dice cosas al hombre moderno que le tocan de cerca" (Kraft); o que las homilías de Juan "en parte se leen todavía hoy como sermones cristianos, caso seguramente único en toda la Antigüedad helénica" (V. Campenhausen); mientras que Hümmeler, en tiempos de Hitler, no lo olvidemos, "nuestra agitada época", le alaba su "elocuencia arrebatadora" y su "tremenda capacidad de sugestión sobre las almas".[214]

Con extraordinaria insistencia vuelve Juan Crisóstomo sobre el tema de la eterna servidumbre de los judíos, y abunda, de acuerdo con Pablo o los profetas, en lo de los "castigos más graves" por la incredulidad de los judíos. Incluso cuando Pablo todavía busca razones para "presentar la cuestión bajo una luz más benigna", Juan constata, satisfecho, que "no las encuentra, tal como están las cosas, e incluso lo que dijo de ellos sirve de acusación todavía más grave" y supone "una nueva condena contra los judíos", "un golpe". Y la maldición del profeta: "Oscurézcanse sus ojos de tal modo que no vean, y haz que sus espaldas estén cada vez más encorvadas hacia la tierra", apenas merece comentario alguno para el santo, pues: "¿Cuándo ha sido tan fácil como ahora capturar a los judíos y hacerlos prisioneros? ¿Cuándo había encorvado tanto el Señor sus espaldas? Y lo que es más, que no habrá tampoco redención de estos males para ellos".[215]

¿Cuándo ha sido tan fácil como ahora capturar a los judíos y hacerlos prisioneros?

¿No es eso invitar a la persecución, a la caza contra los judíos? Para Juan, "gran luminaria del orbe terrestre" (Teodoreto), los judíos son "como los animales, que no tienen uso de razón", "llenos de embriaguez y de gula [...], de extrema perversidad, [...] no quieren doblar la cerviz al yugo de Cristo ni tirar del arado de la Doctrina [...], pero tales bestias, que no sirven para el trabajo, sólo son útiles para el matadero. Y así ha sucedido con ellos, que habiendo resultado inútiles para el trabajo se les ha destinado al matadero. Y por eso ha dicho Cristo: "pero en orden a aquellos enemigos míos, que no me han querido por rey, conducidlos acá, y quitadles la vida en mi presencia" (Le. 19, 27)".[216]

105 Con razón dice Franz Tinnefeid que resulta difícil no ver en estas palabras «la

---

[213] Chrysost. Hom. adv. Jud. 1, 1 s; 1, 3 ss; 4, 1; 5, 4; 6, 2 s. Hom. in Ps. 8, 2 ss. Comentario a S. Mat. 16, Hom. Bauer en LThK 1 ed. II 953. J. y A. Theiner I 112. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 141 s, 152. Hruby, Juden 45 s, 69 s. Widmann 66. Kühner, Antisemitismus 35 ss. Schamoni 80 ss. Ritter, Charisma 200. Incluso Baur opina en I 275 que algunas de las manifestaciones de Crisóstomo que le valieron "entusiásticos aplausos de los cristianos" hoy probablemente "sólo servirían para llevarle ante el fiscal".

[214] Anwander 57. Kraft, Kirchenváter-Lexikon 299. Baur I 270. Hümmeler 56 y prólogo. V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 152. Todavía en 1970 la antología "Reformer der Kirche", publicada con imprimátur eclesiástico por P. Mann, elogiaba a Juan Crisóstomo en los términos siguientes: "De entre todos los padres de la Iglesia, sus sermones son los que menos actualidad, vigor y frescura han perdido con el paso del tiempo" (224), pero no dedica ni una sola palabra al antijudaísmo del santo.

[215] [¿]

[216] [¿]

invitación al genocidio contra los judíos». Y considera «muy probable, aunque no demostrable» que hubiese una relación entre estos sermones odiosos y las actividades antijudías en la parte oriental del imperio. En sus sermones antisemitas, Juan, con metódica perfidia, pone siempre en boca del «Cristo» palabras que en su intención eran metafóricas, entresacándolas arbitrariamente de las parábolas, como en la de las diez minas, que acabamos de citar, donde no es Cristo quien habla sino el supuesto rey dirigiéndose a sus siervos.[217]

Es también característica la reiteración de Crisóstomo sobre los "vicios antiguos" de los judíos; en lo tocante a vicios actuales, poco tenía que enseñar a sus ovejas, ni habrían salido moralmente aventajadas en la comparación con los judíos. De los judíos del pasado sí podía decirse que vivían "en la impiedad y en el pecado, sin omitir los más graves [...], adoraron el becerro de oro [...] y profanaron el Templo", que "degollaron profetas y derribaron altares"; en una palabra, que el judaísmo había "descendido a todo género de aberraciones [...] hasta la saciedad".[218]

Y es que la realidad era bastante distinta, y no poca la influencia de los judíos en una ciudad como Antioquía, capital oriental del imperio, donde la comunidad judía era especialmente numerosa; se consultaba a sus médicos, se celebraban sus fiestas, se bailaba a pies descalzos con los judíos en el mercado, se respetaban sus ayunos, se juraba por los libros santos de la Sinagoga, se solicitaba la bendición al rabino, y quizá fue esto último lo que más molestó a Crisóstomo, que escribe: "Es extraño, pero aunque han cesado las abominaciones, el castigo se ha multiplicado y no cabe esperar que muden las cosas. No setenta años, no cien ni doscientos, sino trescientos y muchos más vienen durando sin que se atisbe ni una sombra de esperanza. Y eso que ahora no adoráis a los ídolos ni hacéis ninguna de las cosas que antes osabais. ¿Cómo se explica esto? [...] Os lo había anunciado el Profeta cuando dijo que vuestras espaldas estarían cada vez más encorvadas hacia la tierra". Esto significaba, según el "boca de oro", la "interminable prolongación de las penalidades" y la "miseria sin fin."[219]

106

Los santos Jerónimo e Hilario de Poitíers, antisemitas

No es menor el odio antijudío que destila el cálamo (bastante venenoso por otra parte) de otro doctor de la Iglesia, Jerónimo, que por cierto tuvo bastante participación en el mísero final de Juan Crisóstomo a manos de su principal enemigo, a lo que contribuyó prestando "servicios de esbirro", como ha escrito Grützmacher.

El antijudaísmo de Jerónimo se halla sobre todo en sus exégesis bíblicas, y

---

[217] Tinnnefeid ibíd.

[218] Juan Crisóstomo, Comentario sobre la epístola a los romanos, 20 Hom. 1ss.

[219] Ibíd. Cf. también Frank, "Adversus Judaios" 39 s. Rauschen 252. El doctor de la Iglesia manifiesta reiteradamente y con énfasis que el judío es más culpable y reprobable que el pagano, "porque al haber recibido el don de la Ley su culpa se agrava [...] haciendo más merecido el castigo"; "cuanto mayores las muestras de benevolencia recibidas, mayor será el castigo", y que también las argumentaciones del apóstol Pablo, cuya "admirable inteligencia" elogia Juan, van en el sentido de que "el pagano está por encima del judío", cf. Coment. epístola romanos 6 Hom. 4 s.

principalmente en el comentario al libro del profeta Isaías; la obra es de tono agudamente polémico y abunda en sarcasmos contra las esperanzas de futura grandeza terrenal de los judíos (y de paso contra los cristianos **quiliastas**, a los que tiene por "medio judíos" y "los más miserables de entre los humanos"), que esperaban el milenio de Cristo en la tierra y el reinado de la justicia y la felicidad en este mundo, por más que tal creencia estuviese entonces muy difundida en la cristiandad antigua y la hubiesen compartido, entre otros, Ireneo, Tertuliano, Victorino de Poetavium y Lactancio. Una vez más, los judíos no supieron leer sus propios libros sagrados, según Jerónimo, que se burla de ellos, los ridiculiza y desprecia por considerar mentirosa toda su escatología. No anda corto en elocuentes elogios al triunfo de la cristiandad sobre los judíos, si bien éstos aún podían maldecir a los cristianos, bajo el nombre de nazarenos, tres veces al día, en sus sinagogas. Fustiga su altanería y en particular su avaricia, y tan grande es su aborrecimiento que ni siquiera quiere conceder la conversión de Israel al final de los tiempos, en la que incluso Pablo había creído.[220]

Jerónimo no quiere desaprovechar ocasión, ni en su correspondencia con Agustín, también adversario decidido de los judíos, para manifestar su aversión llamándolos "ignorantes" y "malvados", además de "blasfemos contra Dios".

Agustín es aleccionado en los términos siguientes: "Ante Jesucristo nada vale la circuncisión ni el prepucio...", o cuando se afirma: "Los usos y las costumbres de los judíos son la perdición y la muerte para los cristianos; cristiano judío o de origen pagano, el que los guarda reo es del demonio". ¿Acaso no se trata aquí de asuntos "de las sinagogas de Satanás"?[221]

En Occidente, san Hilario de Poitiers, vástago de noble familia gala (hacia 315-367), "combatiente del más inflamado amor a Cristo y de la más apasionada fe en Cristo" (Antweiler), se niega a comer en la misma mesa que un judío, le niega incluso el saludo. Y aquel rico perverso de la Biblia, aquel famoso tirano y traidor cuya ruina profetiza el salmo 52, según Hilario no es otro sino el pueblo judío, que poseído por Satanás sólo puede hacer las obras del mal. "No son hijos de Abraham ni hijos de Dios, sino de la estirpe de la serpiente, y siervos del diablo [...], hijos de una voluntad satánica." Y atendido que no existe para ellos la posibilidad de justificación, "es necesario tacharlos del libro de la vida". Únicamente los arríanos serían enemigos más grandes de Cristo, según Hilario, "Atanasio de Occidente" como le llaman, en lo que aciertan por más motivos de los que se suele pensar, cuyos méritos fueron todavía más grandes como "azote de herejes" y le valieron, en 1851, el título de doctor de la Iglesia, el más alto honor para un creyente de la fe católica, como se sabe, y que sólo dos de los papas han merecido.[222]

107

Del antijudaísmo de otros grandes patriarcas occidentales, como Ambrosio y Agustín, tendremos ocasión de tratar más adelante.

---

[220] Jerónimo, Comentario a Isaías 1, 10; 3, 1; 3, 3; 3, 17; 5, 18; 5, 24; 60, 1; 62, 10 ss. Comentario a Zefanías 3, 19. Kraft, Kirchenváter-Lexikon 504 s. Grützmacher II 123 s, III 109s.l82ss.203s.

[221] Hyeron.ep.l05.13ss.

[222] Venant. Fortunat. Vita Hil. 6. Hilar. Super Psalmos 53; 68, 23. MG Auct.ant 4, 2, 2. De trinit. 7, 23. Anwander LThK 1 ed. V 25 ss. Antweiler BKV 1935, 32. Parkes, Antisemitismus 96. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 78. Seifer 74. Kühner, Antisemitismus 37 s. Hruby, Juden 40 s. Held 128.

Sobre la inquina antijudía del cristianismo primitivo apenas hay lugar para la exageración. En 1940, en plena época hitleriana, Cari Schneider confiesa que "pocas veces en la historia se encuentra un antisemitismo tan decidido y tan intransigente [...] como el de aquellos primeros cristianos". Ello fue obra, sobretodo, del clero, al que escuchaba el pueblo (y pronto sería escuchado por otros) mucho más que ahora, y cuyos sermones encontraban un ambiente bien distinto de la indiferencia soñolienta de nuestros días.[223] Ya Pablo de Samosata, gran vividor y desde el año 260 obispo de Antioquía, censuraba a los que guardaban silencio durante los sermones. Era cuestión de aplaudir como en el circo y el teatro, de hacer volar pañuelos; los gritos, las pataletas, el ponerse en pie de un salto eran gestos habituales. En las catedrales resonaban las interpelaciones: ¡Campeón de la fe! ¡Decimotercer apóstol! ¡Anatema sea el que diga otra cosa! En las actuaciones de Crisóstomo, sin ir más lejos, cuyas andanadas de odio aclamadas por el público eran registradas simultáneamente por varios taquígrafos, el público perdía la compostura hasta el punto de que el mismo orador se veía en la obligación de reclamar orden diciendo que la casa de Dios no era un teatro, ni el predicador un histrión. Sin embargo, a los demagogos eclesiásticos de la época no dejaban de agradarles los aplausos, mendigados por algunos, como el obispo Pablo, con latiguillos, o agradecidos por otros, como el monje Esquió de Jerusalén, adulando a los oyentes. Tampoco Agustín era insensible a los aplausos, de los que según decía sólo le molestaban los de los pecadores.[224]

108

Embustes antijudíos de la Iglesia y su influencia sobre el derecho laico

En nuestro estudio hemos recopilado los disparates antijudíos de la Iglesia antigua. Aunque los hemos citado en extracto, vale la pena reproducir aquí por extenso un pasaje importante: "Los judíos no son el pueblo de Dios, sino que descienden de unos egipcios leprosos; el Señor los odia y ellos odian a Dios. No han entendido el Antiguo Testamento, sino que lo han falsificado, y únicamente los cristianos conseguirán restablecerlo. Los judíos no quieren espiritualidad, ni cultura, son el paradigma del mal, hijos de Satanás, son indecentes, asedian a todas las mujeres, son hipócritas, embusteros, y odian y desprecian a todos los no judíos. Los cristianos suelen complacerse en señalar la dureza de los juicios formulados por los profetas contra los mismos judíos". Y continuamos: "Los judíos fueron los que crucificaron a Cristo; los Evangelios disculpan al gobernador romano y acusan a los judíos; no fueron los soldados romanos, sino los judíos quienes atormentaron a Jesús y se mofaron de él; en el Calvario, los paganos se convierten mientras que los judíos continúan con sus burlas. Tal como mataron a Dios, les gustaría matar a todos los cristianos, porque en todo tiempo los judíos siguen siendo fieles a sí mismos". Los que así escribían no eran fanáticos, sino gente instruida y distinguida, como

[223] C. Schneider, Frühchristentum 6.

[224] Euseb. h.e. 7, 30, 14. Zellinger 404, 407, 413 s. V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 141. Deschner, Das Kreuz 182.

Clemente de Alejandría, Orígenes y Crisóstomo, entre los menos radicales. "[...] No puede existir un compromiso entre judíos y cristianos, aunque aquéllos pueden prestar a éstos servicios de esclavos."[225]

Según la composición de lugar de los doctores de la Iglesia primitiva, la influencia de cuyos tratados antijudíos abarcó toda la Edad Media y llegó incluso hasta la moderna, los judíos debían vivir dispersos por siempre jamás, errar por el mundo como apatridas, ser esclavos de los demás pueblos. Que nunca vuelvan a construir su Templo en Jerusalén, exige el doctor de la Iglesia Jerónimo; que nunca vuelvan a ser un solo pueblo en un solo país, reclama el doctor de la Iglesia Crisóstomo; pero que no desaparezcan del todo, pide Agustín, porque así servirán de testimonio vivo de la "verdad" del cristianismo. Al contrario, la imprecación del pueblo deicida, "caiga su sangre sobre nosotros y sobre los hijos de nuestros hijos", debe cumplirse en ellos hasta el fin de los tiempos.[226] Desde comienzos del siglo IV, el antijudaísmo de los primeros cristianos, hasta entonces sólo literario, empieza a tomar cuerpo en los cánones eclesiásticos. Como ha señalado Poliakov, "para los cristianos, el pueblo judío es criminal convicto".[227]

109

El alto clero empezó a destruir sistemáticamente las relaciones entre cristianos y judíos, que hasta entonces habían sido buenas por lo general, con el propósito de llegar a impedir todo contacto social. El pueblo cristiano, como ha señalado el católico Kühner, "fue inducido y azuzado por sus líderes eclesiásticos". En 306, el Sínodo de Elvira prohíbe bajo penas severísimas sentarse a la mesa con judíos, permitirles la asistencia a la bendición de los campos, los matrimonios mixtos entre ellos y los cristianos, e incluso amenaza con la excomunión el simple trato personal. El Sínodo de Antioquía prohibió en 341 la celebración común de la Pascua; los clérigos que infringieran la prohibición serían expulsados y desterrados. A menudo bastó la visita a una sinagoga para merecer la suspensión. Los decretos sinodales antijudíos se hicieron cada vez más abundantes.[228]

La influencia de las leyes eclesiásticas hizo que el derecho laico empezase a recoger también numerosas disposiciones de marcada tendencia antisemita.

La religión judía, hasta entonces permitida, se vio cada vez más perseguida y reprimida. En los decretos imperiales se alude a ella llamándola "secta infame", *"secta nefaria, judaica perversitas, nefanda superstitia"; l*os cultos fueron censurados y el proselitismo, absolutamente prohibido. Es verdad que, a veces, algunos príncipes de los paganos habían promulgado leyes antijudías; pero los emperadores cristianos las renovaron drásticamente. En 315, Constantino hizo de la conversión al judaísmo un crimen capital; tanto el judío proselitista como el cristiano converso eran reos de muerte. De manera similar perseguía el Estado cristiano los matrimonios entre

---

[225] C. Schneider, Geistesgeschichte 1587 s, con todas las reseñas de fuentes, cf. también 324.

[226] Hieronym. in Isaiam 60. Chrysost. hom. adv. lud. 5, 4. Exposit. in Ps. 8, 3. August. Enarr. in Ps. 56, 9; in Ps. 39, 13; De civ. dei 18, 10; 12, 12. De cons. evangel. 1, 13. C. Faustum 12, 12 s; 13, 10. Ep. 137, 16.

[227] Poliakov 118.

[228] yn. Elv. c. 16; 49 s; 78. Syn. Antioch. c. 1. Para la época subsiguiente cf. también Syn. Laodic. c. 10; 29; 31. Con. Chalced. (451) c. 12. Syn. Agde (506) c. 40. Syn. Epaon (517) c. 15. Syn. Orieans (538) c. 13. Syn. Macón (584) c. 15. Syn. Narbonne (589) c. 9y otros. Browe, Judengesetzgebung 122, 136 ss. Kühner, Antisemitismus 28, 32. Weigand 88 ss. Ritzer 134.

judíos y cristianos: a partir de 339, al contrayente judío, a ambos desde 388 en adelante. Los hijos de Constantino promulgaron la confiscación de bienes de los cristianos que judaizaran, y castigaron con pena de muerte el casamiento de judío con cristiana, así como la circuncisión de los esclavos. Poco a poco, los judíos se vieron privados de los derechos comunes; se les limitó la capacidad para testar, se les expulsó de numerosas profesiones, de los cargos palatinos, de la abogacía (es decir *militia palatina* y *fogata),* del ejército, disposición esta última que continuó en vigor hasta el siglo XIX y fue restablecida por Hitler. En 438, fueron excluidos por decreto de todos los cargos públicos; sólo podían acceder al decurionato, es decir, a cargos municipales y aun éstos porque eran onerosos y muchas veces había que obligarles, "pues no pretendemos hacer merced a esos individuos abominables, sino condenarlos" (Teodosio II). Infracciones banales eran penadas con la confiscación de bienes o con la muerte.[229]

110

De acuerdo con un estudio sistemático reciente, a partir del siglo IV las medidas jurídicas tomadas por los emperadores cristianos incluyen: castigos arbitrarios, prohibición de la trata de esclavos, expropiación de determinados esclavos, multas, trabas legales para poder testar o contraer matrimonio, confiscación de bienes y pena de muerte, esta última ya desde los tiempos de Constantino I, Constantino II y Teodosio I. Según el Códex Theodosiano, los judíos son gente de vida equívoca y de creencias equivocadas, desvergonzados, inmorales, repugnantes y sucios; sus opiniones son contagiosas como la peste. "Este vocabulario de la difamación personal penetra en la legislación romana después de Constantino, como demuestra la comparación con el material conservado de los tres primeros siglos de nuestra era" (Langenfeid).[230]

A finales del siglo IV y principios del V los emperadores se muestran más tolerantes con los judíos, a ratos, pero suelen ser demasiado débiles para reprimir con eficacia los asaltos a las sinagogas, los incendios y las usurpaciones a que se entregan cada vez más los cristianos. En esta persecución de creciente violencia no dejarían de intervenir los móviles económicos, y hasta cierto punto el racismo, pero el motivo principal era el religioso. En toda la Antigüedad y durante la Alta Edad Media, las legislaciones antijudías se justifican siempre por razones de religión. Escribe Harnack que, según el parecer unánime de los autores cristianos del período patrístico, "Israel había sido desde siempre la Iglesia diabólica".[231]

Pero diabólicos o endiablados lo eran ellos mismos, los cristianos, incluso contra los hermanos separados de su misma fe, como veremos.

---

[229] Cod. Theod. 16, 7, 6 s; 16, 8, 1; 16, 8, 3; 16, 8, 6 s; 16, 8, 16; 16, 8, 19; 16, 8, 24; 16, 8, 28; 16, 9, 2; 16, 9, 4. Nov. Theod. 3, 6. Vita Const. 3, 15 ss; 4, 27. Constitutío Sirmondi 6. Hiernym. Comment. in Isaiam 2, 3. Cf. Ivo de Chartres Decr. 13, 108. RAC I 475, III 336. Schürer I 8. Browe, Judengesetzgebung 115, 121 ss. Parkes, Antisemitismus 99. Vogt, Kaiser Julián 26 ss. Eckert/Ehriich 24 s. Ehriich 8. Widmann 67. Kühner, Antisemitismus 32. A. Müller, Geschichte der Juden 9.

[230] Noetlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 196. Langenfeid 63 s.

[231] Harnack, Mission I 75 s. Brower, Judengesetzgebung 116. Parkes, The Conflict 181 s, 189ss, resumen en 372 s.

111

CAPÍTULO 3. PRIMERAS INSIDIAS DE CRISTIANOS CONTRA CRISTIANOS

"¡Pluguiera a Dios que fuesen exterminados los que os escandalizan!"

SAN PABLO[232]

"Os prevengo contra las bestias en figura humana."

SAN IGNACIO[233]

"No sólo queremos levantar la bestia, sino herirla por todas partes."

SAN IRENEO[234]

"Pues todo aquel que no admite que Jesús se nos apareció en carne
y hueso es un Anticristo, [...] es siervo del demonio, [...] es el primogénito de Satanás."

SAN POLICARPO[235]

"Ningún hereje es cristiano. Pero si no es cristiano, todo hereje es demonio." "Reses para el matadero del infierno."

SAN JERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA[236]

"Pero si tomamos las armas los unos contra los otros, estamos perdidos sin necesidad de que intervenga el demonio. Toda guerra es funesta pero la guerra civil lo es más. Y la guerra entre nosotros mismos es aún más funesta que una guerra civil."

SAN JUAN CRISÓSTOMO, DOCTOR DE LA IGLESIA[237]

"Hablan en pro de sus religiones, no con la mesura y la moderación que sus grandes maestros predicaron mediante la palabra y el ejemplo,
sino [...] con acaloramiento tal, que no parece sino que no tuviesen razón."

LICHTENBERG[238]

"Apenas terminaron de predicar a Cristo, se acusaron mutuamente de Anticristos [...] y como es natural, en todas estas disputas teológicas no había nada que no estuviese construido sobre el absurdo y el engaño."

VOLTAIRE[239]

112

Al igual que atacaron verbalmente a los judíos (antes de pasar a *verbis ad verbera,* de las palabras a los golpes..., al expolio, a la persecución generalizada y a las grandes matanzas), desde el principio también riñeron los unos contra los otros hasta llegar a las manos, lo que comenzó mucho más pronto de lo que generalmente se cree.

---

[232] Gal 5:12.
[233] Ign. ad Smyrn. 4, 1.
[234] Iren. adv. haer. 1, 31, 4.
[235] Polyk.adPhil.7, 1.
[236] Hieron. c. Rufín. 3, 9. Grützmacher III 70 ss especiaba. 82. Cf. también nota 65.
[237] Chrysost. Coment. epístola romanos 9 Hom. 9.
[238] Lichtenberg, Sudelbücher 348s.
[239] Voltaire, Collection complete des oeuvres vol. 31, 389. Cit. s/Neumann 182.

En los orígenes del cristianismo no existió una "fe verdadera"

La Iglesia enseña que la situación originaria del cristianismo era de "ortodoxia", es decir, de "fe verdadera"; más tarde, aparecería la "herejía" (de *aíresis* == la opinión elegida), entendida como el camino desviado, apartamiento respecto del recto camino inicial. La noción de "herejía" existe ya en el Nuevo Testamento, pero adquiere su significado peyorativo por obra del obispo Ignacio, en el siglo II, el mismo que aportó la noción de "católico" decenios antes de que la Iglesia lo fuese verdaderamente. Sin embargo, la palabra "herejía" no tenía en sus orígenes el significado que luego se le atribuyó; para los autores bíblicos y demás judíos, no se interpretaba en contraposición con el fenómeno de la ortodoxia, por otra parte inexistente aún. En la literatura clásica se llamaba "herejía" a cualquier opinión, grupo o partido científico, político o religioso. Poco a poco, sin embargo, el término adquirió la connotación de lo sectario y desacreditado.[240]

Ahora bien, el esquema "ortodoxia original contra herejía sobrevenida", imprescindible para mantener la ficción eclesiástica de una tradición apostólica supuestamente ininterrumpida y guardada con fidelidad, no es más que un invento *a posteriori* y tan falso como esa misma doctrina de la tradición apostólica. El modelo histórico según el cual la doctrina cristiana, en sus comienzos, era la pura y verdadera, luego contaminada por los herejes y cismáticos de todas las épocas, "la teoría del desviacionismo, tan socorrida —como ha escrito incluso el teólogo católico Stockmeier, no se ajusta a ninguna realidad histórica". Tal modelo no podía ser verídico de ninguna manera, porque el cristianismo en sus comienzos **distaba de ser homogéneo;** existía sólo un conjunto de creencias y principios no muy bien trabados. Aún "no tenía un símbolo de fe definido (una creencia cristiana reconocida) ni unas Escrituras canónicas" (E.R. Dodds).[241] Ni siquiera podemos remitirnos a lo que hubiese dicho el propio Jesús, porque los textos cristianos más antiguos no son los Evangelios, sino las Epístolas de Pablo, que por cierto contradicen a los Evangelios en muchos puntos esenciales, para no mencionar otros muchos problemas de bastante trascendencia que se plantean aquí.

113

Los primeros cristianos incorporaban no una, sino muchas y muy distintas tradiciones y formas. En la comunidad primitiva se registró al menos una división, que sepamos, entre los "helenizantes" y los "hebraicos". También hubo violentas discusiones entre Pablo y los primeros apóstoles originarios. Y muchas de las cosas que luego fueron perseguidas y tenidas por diabólicas estaban más cerca de las creencias originarias que la "ortodoxia", ésta sí establecida *a posteriori.* Las luchas políticas por el poder en el seno de la Iglesia siempre utilizaron como pretexto la teología, la fe supuestamente "verdadera", con objeto de combatir mejor a los rivales.

---

[240] Ignat. Trall. 6, 1. Ephes. 6, 2. Smym. 8, 2. Perocf. 1 Cor. 11, 19; Gal. 5, 20; 2 Pedro 2, 1; Hechos 5, 17; 24, 5; 28, 22. LThK 2 ed. 823 ss. Wolf 13. Altendorfen el artículo Rechtgläubigkeit und Ketzerei del ZKG 80, 1969, 61ss.

[241] Altendorf, Rechtgläubigkeit 62ss. Harnack cit. ibíd. V. Campenhausen, Die Entstehung 380. Dodds 103 s. Stockmeier, Das Schisma 81.

A veces intervinieron consideraciones de oportunidad, por ejemplo cuando una creencia concreta predominaba en una región. En determinadas zonas del Asia Menor, de Grecia, de Macedonia, pero sobre todo en Edessa, en Egipto, desde el comienzo se predicó el cristianismo en variantes bastante alejadas de lo que luego sería tenido por "la ortodoxia" y, sin embargo, en ninguna de dichas regiones se dudaba de que aquello fuese el cristianismo legítimo. Y los creyentes mirarían con igual orgullo y desprecio a los llamémosles ortodoxos que éstos a ellos. Desde siempre toda tendencia, iglesia o secta, tiende a considerarse como la "verdadera", la "única", el cristianismo auténtico.[242]

Es decir, en los orígenes de la nueva fe no hubo ni una "doctrina pura" en el sentido actual protestante, ni una Iglesia católica. Era **una secta judaica separada de su religión madre, el judaísmo,** el segundo paso principal de cuya evolución fue su constitución en comunidades cristianas bajo la dirección de Pablo, y no sin fuertes polémicas con los más primitivos cristianos, los apóstoles oriundos de Jerusalén. Luego, durante la primera mitad del siglo II, se constituyó la Iglesia de Marción, que llegó a extenderse por todo el Imperio romano y seguramente sería más internacional que la católica ortodoxa; ésta no empezó a cristalizar hasta la segunda mitad del siglo y, salvo las creencias religiosas básicas, lo adoptó casi todo de Marción, creador además del primer Nuevo Testamento.

Si hemos de creer a la *communis opinio,* la Iglesia católica primitiva surgió entre los años 160 y 180. Las comunidades que hasta entonces habían vivido con relativa independencia buscaron una vinculación legal más estrecha, así como la unificación doctrinal, con objeto de poder discriminar quién era "verdadero creyente" y quién no. Pero tampoco estas Iglesias atesoraban una "ortodoxia" definida e invariable; reinaba por aquel entonces una flexibilidad que hoy nos parece extraña. Pronto surgirían "herejías" y "herejes" cada vez en mayor número y más frecuentes, pero no procedentes del exterior "como quiere la leyenda" (V. Soden); el sentido del movimiento herético era más bien de dentro hacia afuera. Al ser destruidos casi todos sus escritos, apenas tenemos de estos primeros movimientos alguna noticia parcial, deformada y, a menudo, totalmente falsa.[243]

114

A finales del siglo II, cuando se constituyó la Iglesia católica, es decir, cuando los cristianos se hubieron constituido en muchedumbre, como ironizaba el filósofo pagano Celso, empezaron a surgir entre ellos las divisiones y los partidos, cada uno de los cuales reclamaba una legitimidad propia, "que era lo que pretendían desde el primer momento". "Y como consecuencia de haber llegado a ser multitud, se distancian los unos de los otros y se condenan mutuamente; hasta el punto que no vemos que tengan otra cosa en común sino el nombre [...], ya que por lo demás cada partido cree en lo suyo y no tiene en nada las creencias de los otros." A comienzos del siglo III, el obispo Hipólito de Roma cita 32 sectas cristianas en competencia que, hacia finales del siglo IV, según el obispo Filastro de Brescia, alcanzaban el número de 128 (más 28 "herejías" precristianas). A falta de poder político, sin embargo, la Iglesia preconstantiniana sólo podía desahogarse verbalmente contra los "herejes",

[242] Altendorf, ibíd. 62ss.

[243] V. Soden, die christiiche Mission 20 s. Altendorf loe. cit. 61ss. Speyer, Büchervernichtung 123ss, especialm. 143ss.

al igual que contra los judíos; a la enemistad cada vez más profunda con la sinagoga, se sumaban así los enfrentamientos cada vez más odiosos entre los mismos cristianos, debido a sus diferencias doctrinales. Es más, para los doctores de la Iglesia tales desviaciones constituían el pecado más grave, porque las divisiones, a fin de cuentas, implicaban la pérdida de afiliados, la merma del poder. De tal manera que en estas polémicas no se trataba de entender el punto de vista del oponente, ni de explicar el propio, lo que tal vez hubiera sido inconveniente o peligroso. Sería más exacto decir que obedecían al propósito "de aplastar al contrario por todos los medios" (Gigon). "La sociedad antigua no había conocido nunca este género de disputas, porque tenía de las cuestiones religiosas otro concepto distinto y nada dogmático" (Brox).[244]

Primeros "herejes" en el Nuevo Testamento

Otra vez encontramos a Pablo, "*el primer cristiano,* el inventor del cristianismo" (Nietzsche). Como judío, había sido un espectador "complacido" de la lapidación de Esteban; más aún, solicitó al sumo sacerdote un permiso especial para perseguir a los seguidores de Jesús más allá de Jerusalén. "Iba asolando la Iglesia", "sacaba con violencia a hombres y mujeres, y los hacía meter en la cárcel"; él mismo confiesa: "Yo perseguí a muerte a los de esta nueva doctrina". Exagera, quizá, para hacer que pareciese más grandiosa su conversión ulterior, aunque la descripción cuadra con lo que sabemos de su carácter fanático.[245]

"El más noble entre los luchadores" (Gregorio Nacianceno), el "atleta de Cristo" (Crisóstomo, Agustín), se describe a sí mismo como espadachín "que no lanza tajos al aire"; sabemos también que para él las situaciones se convierten pronto en "misiones estratégicas". Sus escritos abundan en giros del lenguaje militar, y concibe toda su existencia como *militia Christi;* sorprende hallar en germen la mayoría de los mecanismos de que iban a servirse los futuros papas en su afán de llegar a dominar el mundo, entre ellos, y no los menos importantes, su elasticidad, su oportunismo para establecer pactos cuando no veía posibilidad de imponerse, su habilidad, que le lleva a decir que los paganos recibieron la misma herencia; Pablo se alaba por ser "el apóstol de los gentiles", sin perjuicio de recordar, cuando más conviene, que "yo también soy de Israel", "somos por naturaleza judíos, que no gentiles nacidos en el pecado". Lo que finalmente le conduce a declarar: "Lo he sido todo para todos...", y: "Pero si la fidelidad de Dios con ocasión de mi infidelidad se ha manifestado más gloriosa, ¿por qué razón todavía soy yo condenado como pecador?".[246]

115

Pablo el fanático, el clásico de la intolerancia, suministró el ejemplo del

---

[244] Orig. c. Cels. 3, 10 ss. Brox, Kirchengeschichte 128. Altendorf loe. cit. 68. Gigon 104.

[245] Hechos 8, 1 ss; 26, 9 ss. LThK 1 ed. VIII 218 s. Altaner 322. Nietzsche, Mor genróte 1, 68. Haenchen 257. Sobre la conversión de Pablo y las muchas contradicciones al respecto cf. Deschner, Hahn 156 ss.

[246] Rom. 3, 7; 11, 1; 11, 13; Gal. 2, 15; 1 Cor. 9, 19 ss; Efes. 3, 6. Greg. Nacianc or. 2, 84. Cf. también la opinión positiva de Harnack y de otros teólogos liberales: Harnack, Marcion 10. E. Meyer, Urpsrung 413. Bartmann 30 s. Schuchert 75. Cf. sobre Pablo el pasaje "... ein Klassiker der Intoleranz" en Deschner, Hahn 192 ss.

tratamiento que en adelante dispensaría Roma a quienes no pensaran como ella, o mejor dicho, "su figura es fundamental para entender el origen de ese género de polémica" (Paulsen).[247] Así se demostró en sus relaciones con los primeros apóstoles, sin exceptuar a Pedro. Antes de que la leyenda piadosa fabricase la pareja ideal de los apóstoles Pedro y Pablo (todavía en 1647, el papa Inocencio X condenaba por herética la equiparación de ambos, mientras que hoy Roma celebra sus festividades el mismo día, el 29 de junio), los partidarios del uno y el otro, y ellos mismos, se hostilizaban con furor; incluso el libro de los Hechos de los Apóstoles admite que hubo "gran conmoción". Pablo, pese a haber recibido de Cristo "el ministerio de predicar el perdón", contradice a Pedro "cara a cara", le acusa de "hipocresía" y asegura que con él eran igual de hipócritas "los circuncisos". Hace burla de los dirigentes de la comunidad de Jerusalén, llamándolos "protoapóstoles", cuyo prestigio según afirma nada le importa, puesto que no se trata sino de unos "mutilados", "perros", "apóstoles de embustes". Lamenta la penetración de "falsos hermanos", las divisiones, los partidos aunque se declarasen a su favor, al de Pedro o al de otros. A sus adversarios les reprocha sus envidias, sus odios y discordias, su confusión, sus persecuciones y maldiciones, así como la falsificación de la fe, por todo lo cual los maldice reiteradamente. A la inversa, la comunidad primitiva le reprochó esos mismos defectos y aun otros más, incluida la avaricia, acusándole de estafa y llamándole además cobarde, anormal y loco, al tiempo que procuraba la defección de sus seguidores. Agitadores enviados por Jerusalén irrumpen en sus dominios, incluso Pedro, llamado "hipócrita", se enfrenta en Corinto a las "erróneas doctrinas de Pablo". La disputa no dejó de enconarse hasta la muerte de ambos y prosiguió con los seguidores. En la Epístola a Tito, dice de "**los circuncisos**" (los cristianos de origen judío) que son "desobedientes y embusteros", y que "es menester taparles la boca", mientras que el Evangelio según Mateo (judeocristiano) llama perros y cerdos a los no judíos.[248]

116

Como celebra con júbilo Orígenes, Dios dispensa su sabiduría en cada palabra de las Escrituras.[249]

Las principales epístolas de Pablo, que compara su misión con un pugilato y se concibe a sí mismo como "guerrero" de Cristo, son en gran parte panfletarias. Los

---

[247] Paulsenl82s.

[248] 2 Cor. 11, 5; 12, 11 interpretado como una ironía por casi todos los estudiosos, p.e. Leipoldt, Neutestamentlicher Kanon I 183. Harnack, Mission I 335. Delling 152. Goguel 51. Nestie, Krisis 50. Klausner 344, 535 s. Ackermann 152. Albertz 150. - Gal 6, 1; 2, 4; 2, 1 ss; 1, 6 ss; 4, 17; 4, 9; 3, 13; 5, 1; 3, 1; 1, 8 s; 5, 12; 1 Cor. 9, 1s; 3, 3; 11, 18; 1, 10 ss; I Tesal. 2, 3 ss; 2 Cor. 2, 1; 2, 5; 2, 17; 3, 1; 5, 18; 7, 12; 10, 1; 10, 10; 10, 12 ss; 11, 4; 11, 20; 11, 6; 12, 1 ss; 12, 21; 4, 1; 12, 16 ss; 5, 12; 11, 1; Fil. 1, 15 s; 3, 2; 0)1. 4, 18; 2 Tesal. 2, 2; 3, 17; Mat. 7, 6; 10, 5 s; Tit. 1, 10 ss; 1 Tim. 1, 4 ss; Hechos15, 2. Sobre las maniobras de exégesis de los padres de la Iglesia cf. además Tert. prescr. haer. 23. Hieron. Comment. in Gal. 2, 11- August. ep. 28; ep 70. Hipp. Gen.fragm. 28; in Danielem 1, 15, 1. Euseb. h.e. 1, 12, 1. Thom. Comment. in Gal. Además Pfleiderer I 87 s, 131. E. Meyer, Ursprung III 441, 459, 583. Walterscheid I 139, II 31 ss. Ehrhardt, Urkirche 49 ss. Nock, Paulus 87, 160. Lietzmann, Geschichte 1109 s. El mismo SBeAW phil. hist. Kl. 1930, 153 ss. Feine 159 s. Schoeps, Paulus 72 ss. Reickes 18. Goppeit, Kirche und Háresie 9 ss. Riccioti 162. E. Graeser 84 ss. Paulsen, Schisma 182 ss. Meinhold, Kirchengeschichte 27 ss. Sobre la condena de la equiparación entre Pedro y Pablo por Inocencio X**:** Mirbt, Quellen 4 ed. 1924, 381. Cf. también Deschner, Hahn 160 ss.

[249] Orig. Comentario a los Salmos 1, 3. Heilmann IV 328.

temperamentos fuertes como Apolo o Bernabé prefieren alejarse; sólo aguantan a su lado los jóvenes como Timoteo, los novicios como Tito, o los acomodaticios como Lucas.[250]

Porque Pablo, muy diferente en esto al Jesús de los Sinópticos, sólo ama a los suyos. Overbeck, el teólogo amigo de Nietzsche que llegó a confesar que "el cristianismo me ha costado la vida..., porque he necesitado toda la vida para librarme de él", sabía muy bien lo que se decía cuando escribió: "Todos los aspectos bellos del cristianismo se vinculan a Jesús, y todo lo más desagradable a Pablo. Era la persona menos indicada para entender a Jesús". A los condenados, ese fanático quiere verlos entregados "al poder de Satanás", es decir, reos de muerte. Y la pena impuesta al incestuoso de Corinto, que fue pronunciada, dicho sea de paso, con arreglo a una fórmula típicamente pagana, debía provocar su aniquilación física, semejante a los efectos letales de la maldición de Pedro contra Ananías y Safira. ¡Pedro y Pablo y el amor cristiano! Quien predicase otra doctrina, así fuese "un ángel del cielo", sea por siempre maldito. Y repite, incansable, "¡maldito sea!", "¡quisiera Dios aniquilar a los que os escandalizan!", "maldito sea todo el que no ama al Señor", *anatema sit* que se convirtió en modelo de las futuras bulas católicas de excomunión. Pero el apóstol habría de dar otra muestra de su ardor, de la que también tomaría ejemplo la Iglesia (y aun otros, como los nazis): en Éfeso, donde se hablaba "en lenguas" y donde hasta las prendas interiores usadas por los apóstoles curaban enfermedades y expulsaban demonios, muchos cristianos, quizá desengañados de la magia vieja en vista de los nuevos prodigios, "hicieron un montón de sus libros, y los quemaron a vista de todos; y valuados, se halló que montaban cincuenta mil denarios. Así se iba propagando más y más, y prevaleciendo la palabra de Dios...".[251]

117

Desde el mismo Nuevo Testamento, temprano espejo de gran número de tendencias rivales, menudean las condenas contra "espíritus falaces y doctrinas diabólicas, enseñadas por impostores llenos de hipocresía, que tendrán la conciencia cauterizada o ennegrecida por los crímenes"; el que piensa de manera diferente es cubierto de dicterios de todas clases: "Su palabra se multiplica como un cáncer", "viven pendientes de sus bajas pasiones", "en el vértigo de los vicios infernales". Ya el Nuevo Testamento identifica la herejía con la "blasfemia contra Dios", el cristiano de otro matiz con el "enemigo de Dios"; ya los cristianos empiezan a llamar "infieles" a otros cristianos, "esclavos de la perdición", "almas adúlteras y corrompidas", "hijos de la maldición", "hijos del diablo", "animales sin razón y por naturaleza creados únicamente para ser cazados y exterminados", en quienes se quiere ver confirmado el dicho según el cual "el perro retorna siempre a su propio vómito" y "el cerdo se revuelca en su propia inmundicia". Ya se escuchan las primeras amenazas: "El Señor

[250] 1 Cor. 9, 26; 2 Cor. 10, 3; Fil. 2, 25. Cf. Gal. 2, 13; 1 Cor. 1, 12; Hechos 15, 37 ss. Véanse las justificaciones ideadas por el católico Schucher 66.

[251] 1 Cor. 5, 5; 16, 22ss; Gal. 1, 8ss; 5, 12ss; 1 Cor. 16, 22ss; Col. 2, 8; Hechos 5, 1ss; 19, 6ss; 19, 18ss. W. Doskocil, Exkommunikation RAC VII 11. F.C. Overbeck, Christentum und Kultur 1919, 55. Cit. s/Lampí I 357. Schónfeid, Die juristische Methode 81. Preisker 184. Heiler, Die Religionen 698. Lietzmann, Geschichte I 139. V. Campenhausen, Aus der Frühzeit 1 ss, 30 ss. C. ha visto en Gal. 5, 12 «un chiste del apóstol Pablo y los inicios del humorismo cristiano», aunque, como él mismo reconoce, es un chiste "cruel, sangrante" y "en más de un sentido típico de la época subsiguiente". Cit. ibíd. 102 ss.

exterminó a los incrédulos", ya se cita: "Mía es la venganza, dice el Señor".[252]

"La lectura de las Sagradas Escrituras es de inapreciable utilidad —nos instruye Juan Crisóstomo—, porque eleva el alma hacia el cielo."[253] La realidad es que las primeras muestras de la intolerancia más extrema se encuentran ya en el Nuevo Testamento, que prohíbe incluso el trato con el díscolo, porque "esclavo es del pecado". Ni recibirle en casa, ni of recerle el saludo, porque saludarle sería hacerse cómplice de sus malvadas actividades, lo que equivale a prohibir toda relación, y no iba a ser la última vez que se escuchase tal mandamiento. Según nos instruyen las Escrituras: "Huye del hombre hereje, después de haberle corregido una, y dos veces; sabiendo que quien es de esta ralea, está pervertido, y es delincuente". Por lo que parece, ésta fue práctica habitual de los apóstoles, quejosos de "los muchos crímenes que se dan entre cristianos" (J.A. y A. Theiner); Policarpo de Esmirna da testimonio de que uno de los "padres apostólicos", que en su juventud incluso había escuchado al mismo apóstol Juan y luego había logrado "muchas conversiones de herejes", contaba que estando Juan, el discípulo del Señor, en Éfeso, y disponiéndose a tomar un baño, vio allí a Cerinto, por lo que salió de la casa exclamando: "¡Huyamos!, pues cabe que la casa se hunda estando en ella Cerinto, el enemigo de la verdad".[254]

118

Esta historia se retrotrae a Ireneo, padre de la Iglesia, aunque todavía hoy se discute quién debió ser el tal Cerinto; en la tradición católica nos lo presentan como gnóstico, quiliasta y judaizante. En cualquier caso, una de sus peores "herejías" estuvo en afirmar que Jesús "no nació de una virgen", por parecerle a Cerinto que tal cosa era imposible, sino que fue "hijo de José y de María" y, por tanto, igual a todos los demás hombres, aunque "fuese superior a ellos en justicia, sabiduría y prudencia".[255]

Esto no parece del todo absurdo, y lo mismo debió parecer a muchos de los que lo oyeron en la Antigüedad. De manera que ya entonces un "verdadero creyente" no podía bañarse en la misma casa que un "hereje" sin incurrir en un peligro mortal, como quiere la leyenda, o la "fábula" puesta en circulación por Ireneo, según Edward Schwartz "con refinada mendacidad, para coronarse a sí mismo con la pequeña gloria de un discípulo indirecto de los apóstoles...". El exégeta Eusebio, que repite la anécdota de Ireneo, comenta que "los apóstoles y sus discípulos evitaban el trato con los enemigos de la verdad hasta el punto que ni siquiera la palabra querían dirigirles".[256]

---

[252] 1 Tim. 4, 1 s; 6, 20; 2 Tim. 2, 16; Hechos 5, 39; Jud. 4 s; 10; 16;18; 1 Pedro 4, 4; 2 Pedro 2, 2 s; 2, 12 ss; 2, 22; 1 Juan 3, 10 s; Hebr. 10, 30. Merkel, Gotteslästerung RAC XI 1199. Speyer, Gottesfeind RAC XI 1027 ss. Brox, Kirchengeschichte 17 s.

[253] Chrysost. Hom. sobre Gen. 35, 1. Cf. también Juan de Damasco, Darlegung des orthodoxen Glaubens 4, 17 (en Heilmann, Texte IV 333, 317 s).

[254] Mat. 18, 17; 2 Juan 10 s; Tit. 3, 10 s; 2 Tesal. 3, 14 s; 2 Tim. 3, 5; Iren. haer. 3, 3, 4; Did. 5, 2; 12, 5; 15, 3; 1 Clem. 15, 1; 46, 1 ss. Tert. prascr. 323, 2; Euseb. h.e. 3, 28, 6; 4, 14, 6; 5.20, 5 s. LThK 1 ed. VIII 360. Kraft, Kirchenváter Lexikon 430 s. Altaner 81 ss. Doskocil, Exkommunikation RAC VII 10 ss. J.A. y A. Theiner I 360. Aland, Von Jesús bis Justinian 67 ss.

[255] Iren. haer. 1, 26, 1. Hippolyt. ref. 7, 33; 10, 21. Wengst24ss.

[256] Euseb. h.e. 4, 14, 7. Schwartz, Johannes und Kerinthos V 175 s. Parecidamente en G. Bardy, Cérinthe, s/Wengst 25 s.

Despreciadores de padres, de hijos, de "falsos mártires" por amor de Dios

Estos comportamientos sí fueron respetados siempre por la Iglesia, que sobre todo prohibió siempre la *communio in sacris,* la oración en compañía de cristianos de otras confesiones, frecuentar sus iglesias y of icios sagrados, el trato of icial con sus clérigos y, naturalmente, la concurrencia a los sacramentos con los excomulgados. ¿No confesaba el propio Pablo, hablando de "sus" comunidades, que "se muerden y devoran los unos a los otros"? Según el Nuevo Testamento, incluso entre los "verdaderos creyentes" predominaban las envidias y las disputas, reinaba "el malestar por toda clase de acciones reprensibles", "riñas y pleitos": "Matáis y ardéis de envidia".[257]

Con qué frecuencia se esgrimía ya la espada que el mismo Jesús contribuyó a templar cuando invitaba a los hijos a levantarse contra los padres, y a éstos contra los hijos, "y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa". Cuántas escenas, discordias y odios, sobre todo entre las capas más bajas e ignorantes, cuántas tragedias hasta el día de hoy. Y cuántos fanáticos, devotos cerriles, envenenando familias, invitando a denunciar a padres, esposos, esposas, fomentando la inhumanidad, invitando al abandono de todos los vínculos sociales, al aislamiento, al enclaustramiento en los monasterios: Crisóstomo condenó a todo el que pretendiera disuadir a sus hijos de hacerlo. E incluso los esclavos cristianos procuraban convencer a los jóvenes para que abjurasen de sus creencias, desobedeciendo, si fuese necesario, a sus padres y maestros.[258]

119

Sin embargo, lo que más importaba a los líderes de la Iglesia era la ingratitud, la desobediencia, la falta de contemplaciones; o como dice Clemente de Alejandría: "El que tenga un padre, o un hermano, o un hijo impío [...] no conviva ni ande de acuerdo con él, sino que se disolverá el vínculo carnal a causa de la discordia espiritual [...]. Que Cristo sea en ti el vencedor". O como Ambrosio, doctor de la Iglesia: "Los padres se oponen, pero es menester desoírlos [...]. Tú, doncella, debes superar la obediencia infantil. El que vence a la familia ha vencido al mundo". Según Crisóstomo, doctor de la Iglesia, es lícito desconocer a los padres si ellos quieren oponerse a que llevemos una vida ascética. Cirilo de Alejandría, doctor de la Iglesia, prohíbe el respeto a los padres, "cuando es inoportuno y peligroso", es decir, "cuando por él peligra la fe". También es preciso que "la ley del amor a los hijos y a los hermanos se incline y retroceda, [...] a fin de cuentas, para el creyente la muerte es preferible a la vida".

Jerónimo, doctor de la Iglesia, se dirigía a Heliodoro (el futuro obispo de Altinum, cerca de Aquilea), que regresaba de Oriente movido por el cariño a su familia y, sobre todo, a su sobrino Nepote, convenciéndoles de la necesidad de romper con los suyos: "Por más encariñado que estés con tu sobrino, y aunque tu propia madre con el cabello revuelto y las vestiduras desgarradas te mostrase los pechos con los que te crio, y aunque tu padre cruzándose en el umbral de la puerta te implorase, tú pasarás por encima de tu progenitor sin derramar ni una lágrima, y correrás a enrolarte bajo

[257] Gal. 5, 15; Sant. 3, 14 ss; 4, 1 ss. En 4 Jh. Can. Apost. 9 ss. Kober, Depossition 631.
[258] Mat. 10, 36. Friedlander 934.

las banderas de Cristo". (Y confiesa Jerónimo que, cuando él mismo abandonó a sus padres y hermanos, el sacrificio más grande había sido el de tener que renunciar a los placeres de la mesa bien puesta y de la vida agradable.) Otro doctor de la Iglesia, el papa Gregorio I, dice que "el que tiene ansia de los bienes eternos no hace caso [...] del padre, ni de la madre, ni de los hijos que tuviere". San Columbano, el apóstol de los alamanos, pasó por encima de su madre que se había arrojado al suelo llorando y exclamó que no volvería a verla jamás mientras viviera. Y siglos después, inspirándose evidentemente en Jerónimo (que, por su parte, tampoco hizo ascos nunca a ese género de préstamos literarios), Bernardo, doctor de la Iglesia, escribía: "Y aunque tu padre se hubiese tendido de través en el quicio de la puerta y tu madre descubriéndose el seno te enseñase los pechos con los que te crio [...], tú pisotearás a tu padre y pisotearás a tu madre [...] y correrás, sin que se te escape ni una lágrima, a enrolarte bajo las banderas de Cristo".[259]

120

Sin derramar ni una lágrima, e incluso con odio y burla, contemplan a los que dan testimonio con su sangre de una fe distinta. De conformidad con el axioma agustiniano: *martyrem nonfacitpoena sed causa* (los mártires no los hace el suplicio, sino la causa [que propugnan]), la Iglesia mayoritaria prohibió rotundamente el culto a los mártires que no fuesen católicos, puesto que eran "falsos mártires" y "Dios no los mira", según el Sínodo de Laodicea (Frigia), del siglo IV. Según Cipriano, Crisóstomo y Agustín, derramaron su sangre en vano (lo que, a fin de cuentas, es excesivamente cierto) y no por ello dejaban de ser unos criminales. El fanatismo de Agustín queda reflejado en su dicho de que no dejaría de ser reo del infierno quien se hiciese quemar vivo por Cristo, si no pertenecía a la Iglesia católica. Apenas un siglo después, Fulgencio, obispo de Ruspe, enseñaba lo mismo (en un tratado que durante la Edad Media fue atribuido a la pluma de Agustín y, por consiguiente, muy leído, y en el que se leía que "ningún herético ni cismático [...] puede salvarse, por más limosnas que haya repartido, y ni siquiera derramando su sangre en nombre de Cristo").[260]

Los católicos que hubiesen rezado en capillas de mártires "heréticos" se arriesgaban a ser excomulgados y debían hacer penitencia, consistente por lo general en abrumar a los héroes de las demás creencias amontonando sobre ellos las peores calumnias posibles. En esto, Cipriano, Tertuliano, Hipólito, Apolonio y otros hicieron méritos increíbles. Apolonio, por ejemplo, decía de Alejandro, montañista, que había sido "bandolero" y que, por tanto, "no se le condenaba por sus creencias", sino por sus "actividades delictivas" iniciadas, cómo no, desde que abandonó la verdadera fe. Es posible que no todas fuesen calumnias. En cualquier caso, para cada bando los suyos eran los santos y buenos, los que padecían persecución por defender la verdad, mientras que los contrarios eran los incrédulos, envidiosos, malvados,

[259] Mat. 10, 34 ss. Clem. Al. Quis. div. salv. 22s; Ambr. virg. Kyr. Alex. ep. 17 (Migne 77, 105 s). 3 epístola a Nestorio 1, 9; 3, 11. Hieron. ep. 14, 2 ad Heliod. Greg. 1 homilía sobre la festividad de un santo mártir (Heilmann III 429). Keller, Lexikon 317 s. Lecky II 105 s. J.A. y A. Theiner 1113. Grützmacher 1147s. Harnack, Mission I 329ss. (2 ed. 19060. Hauck, Kirchengeschichte I 241s. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 84.

[260] Syn. Laodic. c p; Cypr. de unit. ecci. 14. Chrysost. homil. 11 in Ephes. August. de baptism. 4, 17. ep. 173, 6, 204, 4. Fulgent. de ide 5. de reg. verae fidei ad Petr. 1, 39, reg. 36 (80). Kraft, Kirchenváter Lexikon 46, 232 s. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 191.

obcecados, falsos, locos y traidores..., y así durante siglos se extendió el griterío contra los herejes; no la polémica objetiva, **sino la demagógica y denigrante**. "En estos círculos vilipendiar al contrario se consideraba más importante que una refutación en regla" (Walter Bauer).[261]

Así podemos comprobarlo en la literatura paleocristiana, sin necesidad de recurrir al Nuevo Testamento.

El Cantar de Ágape y las "bestias negras" del siglo II (Ignacio, Ireneo, Clemente de Alejandría)

La primera Epístola Clementina, escrita hacia el año 96 d. de C. (y atribuida al supuesto tercer sucesor de Pedro), el documento más antiguo de la patrística, la emprende contra los dirigentes de la oposición corintia que deseaban volverse hacia Oriente, abandonando Occidente, y los llama "individuos acalorados e imprudentes", "caudillos de la discordia", "padres de la disputa y del desacuerdo", que "desgarran [...] los miembros de Cristo mientras comen y beben, y engordan, y son descarados, vanidosos, reñidores y fanfarrones, hipócritas y necios", "un gran deshonor..."; el documento fue descrito como "un cantar al amor divino que todo lo perdona, que todo lo sufre y que es un reflejo del propio amor de Dios. Ni siquiera Pablo escribió palabras más bellas" (Hümmeler).[262]

121

En el siglo II salta a la palestra Ignacio de Antioquía, un santo que creó el "episcopado monárquico", es decir que introdujo en toda la Iglesia católica la idea de que cada comunidad o Iglesia provincial debía depender de un solo obispo, siendo preciso, según el obispo Ignacio, "que el obispo sea considerado como Nuestro Señor mismo" (!). Ignacio, "personalidad de dotes carismáticas [...], realmente fuera de lo común" (Perier), que "aprendió de Pablo que la fe cristiana debe ser entendida como una actitud existencial" (Bultmann), llama a todos los cristianos que no son de su cuerda "portavoces de la muerte", "apestados", "fieras salvajes", "perros rabiosos", "bestias", y asegura que sus dogmas son "inmundicia maloliente", sus ceremonias "ritos infernales". Así se expresa Ignacio, "cuya entrega en Cristo [...] se manifiesta en su lenguaje" (Zeller), cuya "cualidad más sobresaliente es su mansedumbre" (Meinhold), y que asegura que "hay que huir" de las falsas doctrinas como de las fieras, porque son como perros rabiosos, que muerden a traición, como "lobos que se fingen mansos" y "veneno letal".[263]

---

[261] Euseb. h.e. 5, 18, 6 ss; 5, 19, 2; 5, 14 ss. W. Bauer, Rechtgläubigkeit 142 ss.

[262] 1 Clem. 1, 1; 3, 1 s; 14, 1 s; 15, 1; 16, 1; 21, 5; 46, 5 ss; 47, 6; 57, 2. Sobre Clemente de Roma: Iren. haer. 3, 3, 3. Tert. praescr. 32. Epiphan. haer. 27, 6. Altaner 73ss. Bauer, Rechtgläubigkeit 103ss. Hümmeler 549. Altendorf, loe. cit. 62 ss. Aland, Von Jesús bis Justinian 58ss. Meinhold, Historiographie 133 observa por el contrario "una primera intuición de la decadencia de la Iglesia cristiana debido a su extensión, a su crecimiento y por los honores y prestigios mundanos".

[263] Ignat. ad Rom. 4, 1; Efes. 6, 1; 7, 1. Smyrn. 4, 1; Tral. 6, 1 s; 11, 1; Polic. 2, 1. Zeller en BKV Die apostolischen Váter 1918, 112. O. Perler en LThK 2 ed. V 611. Bultmann, Theologie 6 ed. 547 s cita según Schneemelcher, Aufsátze 174. Meinhold, Studien zu Ignatius 8. Cf. en especial 19 ss. También según Anwander 142 las epístolas de Ignacio "no deberían ser desconocidas para ningún católico culto". Sobre la gran influencia de Ignacio en el origen del episcopado cf. además Deschner, Hahn 230 s.

Estas metáforas son corrientes en la literatura patrística, que gusta de comparar las "herejías" y los "herejes" con los magos (incluso Pedro mereció alguna vez, como Pablo, el calificativo de *maleficus* y Simón el Mago es invariablemente el *magus maléficas),* que llevan consigo el veneno en redomas, en el corazón, en la lengua, entre los labios: veneno de alimañas, de víboras, tanto más peligroso por cuanto suele presentarse disimulado con mieles. La utilización de esta "técnica" por parte de cristianos está probada cuando menos desde el siglo IV, por ejemplo, en el caso del emperador Constantino, que probablemente envenenó a su hijo Crispo; también la podemos encontrar poco después, en la historia de un sacerdote que mediante soborno asesinaba con vino de misa emponzoñado. Tenemos luego la nómina de personalidades cristianas, sobre todo reinas y princesas, que mataron mediante vinos envenenados más o menos benditos. "En la leche de Dios mezclan albayalde", como escribió un autor desconocido..., [264]

122

Dice Ignacio que los "herejes" viven "a manera de judíos", que propagan "falsas doctrinas", "fábulas viejas que no sirven para nada". "El que se haya manchado con eso, reo es del fuego eterno", "morirá sin tardanza". Y además los que enseñan el error "perecerán víctimas de sus disputas". "Os prevengo contra esas bestias con figura humana." El santo obispo, que se califica a sí mismo de "trigo de Dios" y de quien se alaba todavía hoy su "seductora benevolencia" (Hümmeler) y su "lenguaje [...] lleno de la antigua dignidad" (cardenal Willebrands), fue el primero en utilizar la palabra "católico" para designar la que hoy es la confesión de setecientos millones de cristianos, aunque ya Fierre Bayie (1647-1706), uno de los pensadores más claros no sólo de su época, escribió y justificó que "todo hombre honrado 'debería considerarse of endido de que le llamasen católico' ".[265]

Hacia el año 180, intervino en el coro de los que tronaban "contra las herejías" Ireneo, el obispo de Lyon. Es el primer "padre de la Iglesia" porque fue el primero en dar por sentada la noción de una Iglesia católica y supo comentarla teológicamente; pero fue también el primero que identificó a los maestros de errores con la figura del diablo, que "declaró malicia deliberada las creencias de los demás" (Kühner).[266]

Ireneo también se adelantó a los grandes polemistas de la Iglesia en los ataques contra el gnosticismo, una de las religiones rivales del cristianismo y quizá la más peligrosa para éste. De origen sin duda más antiguo, aunque es poco lo que se sabe de sus orígenes y muchos puntos siguen siendo controvertidos hoy, representaba un dualismo todavía más extremo y pesimista; su difusión se produjo con rapidez increíble, pero en una infinidad de variantes que confunde a los estudiosos. Y como también tomó prestadas muchas tradiciones cristianas, la Iglesia creyó que la gnosis era una herejía cristiana y como tal luchó contra ella, aunque desde luego sin lograr la "conversión" de ningún jefe de escuela o de secta de los gnósticos. El caso es que

---

[264] Mart. Petr. 3. Pass. Paúl 7. Tert. spect. 27. Chrysost. in Col. hom. 3, 8, 5. Hieron. adv. Rufin. 1, 7 c. Joh. Hieros. 3. Cirilo Jerus. catech. 6, 20. Cf. artículo "Gift" RAC X 1233 ss, 1238 s

[265] 34. Ignat. ad Rom. 4, 1; Efes. 16, 2; Smym. 4, 1; 7, 1. Magn. 8, 1. Tral. 11, 1. Fil. 2, 2; 3, 3. De católicos: Ignat. Smyrn. 8, 2. Diercke 223 dice que son 709 millones los católicos. Mack, Pierre Bayie I 65 ss, cit. en 75. Hümmeler 66. Grant, Hermeneutics 183 ss. Aland, Von Jesús bis Justinian 64 s. Willebrands 88. Sobre la relación de Ignacio con la tradición cf. Paulsen, Ignatius von Antiochien 29ss.

[266] Kraft, Kirchenváter Lexikon 315. Kühner, Gezeiten der Kirche 97.

mucho de éstos, en razón de sus cualidades personales, como ha concedido el católico Erhard, "fascinaban a muchos fieles de las comunidades...". A partir del año 400, poco más o menos, el catolicismo se dedicó a destruir sistemáticamente los documentos escritos de esta religión, que tenía un acervo riquísimo de ellos. Incluso en pleno siglo XX, cuando se halló en Nag-Hamadi, una localidad del Alto Egipto, una biblioteca gnóstica completa, no faltaron eclesiásticos para reanudar la difamación de la gnosis, "ese veneno infiltrado", "foco de intoxicación" que sería preciso "erradicar" (Baus).[267]

123 Ireneo fustiga las "elucubraciones mentales" de los gnósticos, "la malicia de sus engaños y la perversidad de sus errores". Los califica de "histriones y sofistas vanos", de gentes que "dan rienda suelta a su locura", "necesariamente trastocadas". Este santo, cuya importancia para la teología y para la Iglesia "apenas puede sobreestimarse" (Camelot), en su obra principal exclama: "Ay, y oh dolor" en cuanto a la epidemia de las "herejías", para corregirse a sí mismo inmediatamente: "Es mucho más grave, es algo que está más allá de los ayes y de las exclamaciones de dolor"; el padre de la Iglesia censura en particular el hedonismo de sus adversarios. Según se cuenta, los marcosianos, que alcanzaron hasta el valle del Ródano (donde se enteró de su existencia Ireneo), eran propensos a seducir damas ricas..., aunque también los católicos las prefirieron siempre a las pobres. Es verdad que algunos gnósticos eran partidarios del libertinaje, pero también los hubo ascéticos rigurosos. Ireneo hace mucho hincapié en eso de la incontinencia. "Los más perfectos de entre ellos —afirma— hacen todo lo prohibido sin empacho alguno [...], se entregan sin medida a los placeres de la carne [...], deshonran en secreto a las mujeres a quienes pretenden adoctrinar". El gnóstico Marco, que enseñaba en Asia, donde según afirmaban se había amancebado con la mujer de un diácono, tenía "como asistente un diablillo", un "precursor del Anticristo" que "había seducido a muchos hombres y a no pocas mujeres". "También sus predicadores ambulantes sedujeron a muchas mujeres simples." Los sacerdotes de Simón y los de Menandro también eran siervos del "placer sensual"; "utilizan conjuros y fórmulas mágicas, y practican la confección de filtros amorosos". Y lo mismo los partidarios de Carpócrates; incluso Marción, pese a su reconocido ascetismo, es tildado de "desvergonzado y blasfemo" por Ireneo. "No sólo hay que levantar la bestia, sino que es preciso herirla en todos los flancos."[268]

---

[267] Altaner 111 s. Ehrhard, Urkirche 184 ss, 192. Schenke I 371 ss, especialm. 376 ss, 395 ss, 412 ss. Haardt II 476 ss. Schtíer II 196 ss. Brox, Kirchengeschichte 138 ss. Lüdemann 102. Schnackenburg, Der frühe Gnostizismus describe "la emocionante competencia entre la gnosis y la fe" y también N.T. Baus, Von der Urgemeinde 224, 230; en 213 asegura en particular que hubo una "opresión existencial" del cristianismo por parte del gnosticismo. Aún hoy continúa la difamación de los gnósticos p.e. en R. Hoffmann, Geschichte und Praxis 76 ss. Véase al respecto la recensión de A. Demandt HZ 232, 1981, 397 s. Sobre el gnosticismo y la destrucción de sus libros cf. Deschner, Hahn 95 ss. Nuevas investigaciones: B. Aland (Ed.), Gnosis, Festschrift für Hans Joñas 1978 y más especialm. B. Aland, Gnosis und Kirchenváter, 158 ss. K. Aland, Von Jesús bis Justinian 72 s. Andresen, Die Kirchen der alten Christenheit 100 ss.

[268] Iren. adv. haer. 1, 4, 3; 1, 9, 1; l, ll, 4s; 1, 15, 4; 1, 16, 3; 1, 25, 4; 1, 13, 1; 1, 13, 3; 1, 13, 5; 1, 15, 4; 1, 18, 1; 1, 23, 4; 1, 25, 3; 1, 27, 2; 1, 31, 4. Euseb. h.e. 4, 11, 2. LThK 2 ed. III 773 ss. J.A. y A. Theiner I 23 ss. Según Ehrhard, Urkirche 189 Ireneo "estaba excelentemente preparado para luchar con éxito contra la gnosis". Schenke 383s. Sobre Simón y sus seguidores cf. Beyschiag, resumen sobre las investigaciones al respecto 79ss; sobre la doctrina de Simón más especialm. 127ss.

En los umbrales del siglo III, Clemente de Alejandría considera que los "herejes" son individuos "engañosos", "mala gente", incapaz de distinguir "entre lo verdadero y lo falso", que no tiene conocimiento del "Dios verdadero" y, por supuesto, tremendamente lujuriosos. "Tergiversan", "fuerzan", "violentan" la interpretación de las Escrituras; así, Clemente, alabado aún hoy por su "amplitud de miras y su benignidad espiritual", define a los cristianos de las demás tendencias como aquéllos que "no conocen los designios de Dios" ni las "tradiciones cristianas", que "no temen al Señor sino en apariencia, puesto que se dedican a pecar asemejándose por ello a los cerdos". "Como seres humanos convertidos en animales [...], son los que desprecian y pisotean las tradiciones de la Iglesia."[269]

124

Las "bestias con cuerpo humano" del siglo III (Tertuliano, Hipólito, Cipriano)

Hacia comienzos del siglo III, Tertuliano, hijo de un suboficial y abogado que ejercía ocasionalmente en Roma (donde apuró hasta el fondo la copa del placer, como él mismo confesó) escribe sus "requisitorias contra los heréticos", aunque a no tardar, y durante los dos decenios finales de su vida, él mismo pasaría a ser un "hereje", un montañista y elocuente caudillo de un partido propio, el de los tertulianistas. En su *Praescriptío,* sin embargo, aquel tunecino ingenioso y burlón, que dominaba todos los registros de la retórica, "demuestra" que la doctrina católica es la originaria y por tanto la verdadera, frente a las innovaciones de la herejía, y que el "hereje", por tanto, no es cristiano y sus creencias son errores que no pueden aspirar a ninguna dignidad, ninguna autoridad, ninguna validez ética. (Más adelante, aquel polemista nato fustigaría con su ingenio y su afilada lengua a los católicos, pese a haber sido el creador de la noción institucionalizada de Iglesia, así como de todo el aparato doctrinal acerca del pecado y el perdón, el bautismo y la penitencia, de la cristología y del dogma de la Trinidad; mejor dicho, la misma noción de Trinidad fue obra suya.) Cuando aún pertenecía a la Iglesia—hasta el punto que, posteriormente, llegaría a llamársele el fundador del catolicismo—, era partidario de evitar la polémica con los "herejes", diciendo que "nada se saca de ella, sino malestares del estómago o de la cabeza"; incluso les niega la escritura, ya que dice que "arrojan las cosas santas a los perros y las perlas, aunque sean falsas, a los cerdos". Los llama "espíritus equivocados", "falsificadores de la verdad", "lobos insaciables". Para Tertuliano "sólo vale la lucha; es preciso aplastar al enemigo" (Kótting).[270]

Hacia la misma época Hipólito, el primer antiobispo de Roma, relacionaba en su *Refutatio* hasta 32 herejías, 20 de ellas gnósticas. Es, de entre todos los heresiólogos de la época preconstantiniana, el que más noticia dejó acerca de los gnósticos, ¡y eso

---

[269] lem. Al. strom. 7, 92, 1 ss; 7, 94, 4 ss; 2, 67, 2; 7, 95, 1; 7, 99, 5. Altaner 160. Kühner, Gezeiten der Kirche 100.

[270] Tert. de praesc. haer. 4; 6 s; 14 s; 17; 30; 41; 43. Kótting LThK 2 ed. IX 1372. Más detalles sobre el montañismo de Tertuliano: Ehrhard, Urkirche 2101 ss. Además: Morgan 366. Loofs, Dogmengeschichte 1906, 166. Kühner, Gezeiten der Kirche 104 s. Heiler, Altkirchiiche Autonomie 8 ss. W. Schuitz, Tertullian 28 ss. Von Campenhausen, Die Entstehung 330. Haendier, Von Tertullian 28 ss, 35 ss.

que no sabía nada de ellos! Además, estos "heréticos" sólo le servían de pantalla para el ataque contra su verdadero enemigo, Calixto, el obispo de Roma, y la "herejía" de los "calixtianos".[271]

125

Según Hipólito, que hablando de sí mismo asegura querer evitar hasta las apariencias de la "maledicencia", muchos de los heréticos no son más que "embusteros llenos de quimeras", "ignorantes atrevidos", "especialistas en embrujos y conjuros, filtros amorosos y fórmulas de seducción". Los noecianos son "el foco de todas las desgracias", los encratitas "unos engreídos incorregibles", la secta perática una cosa "necia y absurda"; los montañistas "se dejan embaucar por las mujeres", y sus "muchos libros necios" son "indigestos y no merecen ni media palabra". Los docetianos propugnan una "herejía confusa e ignorante", e incluso Marción, tan abnegado y personalmente intachable, no es más que "un plagiario", un "discutidor", "mucho más loco" que los demás, y "más desvergonzado"; en cuanto a su escuela, "llena de incongruencias y de vida de perros", es una "impiedad herética". "Marción o uno de sus perros", escribió el antiobispo santo (y santo patrono de la caballería) Hipólito, afirmando finalmente que había roto "el laberinto de la herejía, y no con la violencia", sino "con la fuerza de la verdad".[272]

Hacia mediados del siglo III, entre los que luchaban sin descanso contra los defensores de otras creencias, figura también el santo obispo Cipriano, el autor del dicho: "El padre de los judíos es el demonio", que tanta fortuna tendría entre los nazis; era un arrogante, un representante típico de su gremio, que pretendía que "ante el obispo hay que ponerse en pie como antes se hacía frente a las figuras de los dioses paganos", y eso que Cristo dijo, según el Evangelio de Juan: "¿Cómo es posible que creáis, vosotros, que andáis mendigando alabanzas unos de otros?".[273]

Como los judíos y paganos, los adversarios cristianos de Cipriano son para éste criaturas del demonio, que "testimonian todos los días con voz enfurecida su demencia frenética". Y así como cualquier escritor católico "respira santa inocencia", en las manifestaciones de "los traidores a la fe y adversarios de la católica Iglesia", de "los desvergonzados partidarios de la degeneración herética", no se encuentran sino "ladridos de calumnia y falso testimonio", mientras entre ellos "estallan las llamas de la discordia cada vez más irreconciliable" y viven entregados "al robo y a todos los demás crímenes".[274]

Insiste y se repite Cipriano, por ejemplo en su epístola número 69, en que todo "hereje" es "enemigo de la paz de nuestro Señor", que "los herejes y renegados no gozan de la presencia del Espíritu Santo", "que son reos de los castigos a que se hacen acreedores por unirse en la insumisión contra sus superiores y obispos", que "todos sin remisión serán castigados", que "no hay esperanza para ellos", que "todos serán arrojados a la perdición" de manera que "perecerán todos esos demonios". A los

---

[271] Ehrhard, Urkirche 189, 232. Koschorke 6, 73. Baus "no encuentra en las fuentes evidencia suficiente" para asegurar que Hipólito de Roma "hubiera sido el primer antipapa de la Historia", cf. Von de Urgemeinde 281 s.

[272] Hippol. refut. ornn. haer. 5, 17 s; 6, 7; 6, 9; 6, 20; 6, 41; 6, 52; 7, 29 s; 7, 31; 8, 11; 8, 19; 9, 2 ss; 10, 5.

[273] Juan 5, 44. Funke, Gótterbiid 781. Schneider, Geistesgeschichte II 249. Haendier, Von Tertullian 66.

[274] Cypr. ep.44.1ss; 45, 1 ss; 46, 1; 47, 1; 49, 1; 51, 1; 52, 1; 55, 25; 55, 28.

"herejes", argumenta el santo con abundantes pruebas tomadas del Antiguo

126

Testamento, "no se les deben ni los alimentos ni las bebidas terrestres", como tampoco, ni que decir tiene, "el agua salvífica del bautismo y la gracia divina"; del Nuevo Testamento deduce que "hay que apartarse del hereje como del 'pecador contumaz, que él mismo se condena' ".[275]

No tolera el obispo Cipriano contacto de ningún género con los cristianos separados. "La separación abarca todas las esferas de la vida" (Girardet). Para Cipriano, que se dedica de vez en cuando a establecer "verdaderas listas de herejes" (Kirchner), la Iglesia católica lo es todo y lo demás, en el fondo, no es nada. Elogia a la Iglesia como fuente sellada, huerto cerrado, paraíso ubérrimo y, reiteradamente, como "madre", de la que sólo quieren separarse "el contumaz espíritu de partido y la tentación herética", engañando a los fieles, que a no tardar andarán por ahí "balando como ovejas perdidas" en vez de comportarse como "guerreros valientes", "defensores del campamento de Cristo", que tienen prometidos los placeres celestiales, sublimados, si cabe, por la posibilidad de contemplar el suplicio eterno de sus perseguidores. Ahora bien, el que no está en la Iglesia perecerá de sed, porque ha preferido quedarse fuera *(foris,* terrible palabra que se repite machaconamente), donde no hay nada y todo es engaño; el que está fuera es como si hubiera muerto. "Fuera no hay luz, sino oscuridad; ni fe, sino incredulidad; ni esperanza, sino desesperación; ni razón, sino error; ni vida eterna, sino muerte; ni amor, sino odio; ni verdad, sino mentira; ni Cristo, sino el Anticristo." En las tinieblas exteriores todos perecen; allí no bautizan, sólo riegan con agua, al igual que los paganos. Cipriano no quiere tener nada en común con los "herejes", con cismáticos entre los cuales no establece ninguna matización: ni Dios ni Cristo, ni Espíritu Santo, ni fe ni Iglesia. Para él no son sino enemigos: *alieni, profani, schismatici, adversarii, blasphemantes, inimici, hostes, rebelles,* todo lo cual se resume en una palabra: *antichristi.*[276]

Ese tono acaba por ser el habitualmente utilizado en las relaciones interconfesionales. Mientras la Iglesia propia es alabada como "lazareto", "paraíso ubérrimo", las doctrinas de los adversarios siempre son "absurdas, confusión", "mentira infame", "magia", "enfermedad", "locura", "fango", "peste", "balidos", "aullidos bestiales" y "ladridos", "delirios y embustes de viejas", "la mayor impiedad". En cuanto a los cristianos separados, siempre son "engreídos", "ciegos", "persuadidos de valer más que los demás", "ateos", "locos", "falsos profetas", "primogénitos de Satanás", "portavoces del demonio", "bestias con forma humana", "dragones venenosos", "orates", contra los que hay que proceder, a veces, incluso con exorcismos. Contra los herejes se repite asimismo el cargo de corrupción de costumbres; son "enamorados de su cuerpo e inclinados a las cosas de la carne", "sibaritas" que sólo piensan "en la satisfacción del estómago y de otros órganos aún más bajos", que "se entregan a la lujuria más desaforada", que son como los machos persiguiendo a muchas cabras, o como garañones que relinchan al olfatear la yegua, o como cerdos gruñidores y verriondos. Según el católico Ireneo, el gnóstico Marco

[275] Cypr.ep.69, 4ss.

[276] Cypr. ep. 45, 3; 46, 2; 51, 1; 69, 1 ss; 70, 1 ss; 71, 1 s; 73, 1; 73, 107; 73, 14; 73, 21; 74, 2. Demetr. 17 y 24. H. Kirchner, Der Ketzeraufstreit 298 ss. Girardet, Kaisergericht lis.

seducía a sus feligresas con "filtros y pócimas de magia" para "mancillar sus cuerpos". Tertuliano, después de hacerse montañista, prueba que los católicos se entregaban a borracheras y orgías sexuales durante la celebración de la santa cena; el católico Cirilo dice que los montañistas eran ogros devoradores de niños. ¡De cristianos a cristianos! Y sin embargo, Agustín había dicho: "No creáis que las herejías son obra de cuatro pusilánimes; sólo los espíritus fuertes originan escuelas heterodoxas".[277] San Agustín dedicó toda su vida a perseguirlas, ya entonces con ayuda del brazo secular.

127

"Si alguna época hubo que pudiese llamarse de la objetividad —asegura el católico Antweiler—, fue la era patrística, y me refiero sobre todo a la época alrededor del siglo IV. "[278]

El "Dios de la paz" y los "hijos de Satanás" en el siglo IV (Pacomio, Epifanio, Basilio, Eusebio, Juan Crisóstomo, Efrén, Hilario)

Durante el siglo IV, a medida que menudeaban las divisiones y las sectas, los cismas, las herejías se desarrollaban con osadía creciente, el griterío antiherético se hace también más estridente, más agresivo; al propio tiempo, la lucha contra los no católicos busca los apoyos judiciales; es una época de agitación y de actuaciones casi patológicas, una verdadera "enfermedad espiritual" (Kaphan).[279]

San Pacomio, el primer fundador de monasterios cristianos (desde el año 320 en adelante) y autor de la primera regla monástica (de rito copto), odiaba a los "herejes" como a la peste. Este "abad general", que escribió en clave parte de sus epístolas, se considera capaz de descubrir a los herejes por el olfato y afirma que "los que leen a Orígenes irán al círculo más bajo del infierno". Las obras completas de este gran teólogo preconstantiniano (que fue defendido y apreciado incluso por grandes fanáticos como Atanasio) las arrojó Pacomio al Nilo.[280]

En el siglo IV, el obispo Epifanio de Salamina, apóstata judío y antisemita fantasioso y viperino, redacta su *Cajón de boticario (Panarion),* en donde pone en guardia a sus contemporáneos contra nada menos que 80 "herejías", ¡entre las cuales se cuentan incluso 20 sectas precristianas! Tanto irritan estas herejías al santo, que el poco entendimiento de que le dotó la naturaleza queda totalmente oscurecido, y aunque su fervor hoy nos parezca hallarse en proporción inversa a la claridad del razonamiento, ello no impide que un correligionario como san Jerónimo le elogie como *patrem paene omnium episcoporum et antiquae reliquias sanctitatis,* ni que el

---

[277] Euseb. h.e. 3, 26, 1 ss; 3, 28, 5; 3, 29, 3; 4, 14, 7; 4, 29, 3; 5, 16, 3 ff; 5, 18, 2; 5, 19, 3; 5, 20, 4; 5, 28, 2; 5, 28, 15; 7, 7. Cypr. laps. 34. Tert. jeun. 16 s. Basil. Hex. 3 hom. 9 ep. 62, 4. Chrysost. de sacerd. 4, 5. Greg. Nacianc. or. 20, 5. Iren. adv. haer. 1, 13, 5; 3, 2; 3, 3, 4; 1, 27. Ciril. Cat. 16, 8. Siricus ad omnes episcopos Italiae. Agustín cit. s/Kühner, Gezeiten der Kirche. Degenhart 59. BKV vol. 46, 231, 238, 240. P. Friedrich, St. Ambrosius 93 s. Kantzenbach, Urchristentum 83 s. Seeberg, Dogmengeschichte 1235. Benz, Beschreibung 81.

[278] Anmtweiler, Einleitung, BKV 1933, 7.

[279] Diesner, Kirche und Staat 13 ss.

[280] Altaner 224. Kraft, Kirchenváter Lexikon 403. Grützmacher, Pachomius 73 ss. Kühner, Gezeiten der Kirche 233

segundo Concilio de Nicea (787) honrase a Epifanio con el título de "patriarca de la ortodoxia". En su *Cajón de boticario,* tan confuso como prolijo, el fanático obispo agota la paciencia del lector con la pretensión de suministrar dosis masivas de "antídoto" a quienes hubieran sido mordidos por esas víboras de distintas especies, que son precisamente los "herejes", para lo cual el "patriarca de la ortodoxia" no sólo "da como ciertas las patrañas más extravagantes e increíbles, empeñando incluso su palabra como testigo personal" (Kraft), sino que además inventa nombres de "herejes" y se saca de la manga nuevas "herejías" inexistentes.[281]

128 ¡La historiografía cristiana!

En el siglo IV, Basilio el Grande, doctor de la Iglesia, considera que los llamados heréticos están llenos de "malicia", "maledicencia" y "calumnias", de "difamación desnuda y descarada". A los "herejes" les gusta "tomar todas las cosas por el lado malo", provocan "guerras diabólicas", tienen "las cabezas pesadas por el vino", "nubladas de embriaguez", son unos "frenéticos", "abismos de hipocresía", de "impiedad". El santo está convencido de que "una persona educada en la vida del error no puede abandonar los vicios de la herejía, lo mismo que un negro no puede cambiar el color de su piel ni una pantera sus manchas", motivo por el cual era preciso "marcar a fuego" la herejía, "erradicarla".[282]

Eusebio de Cesárea, "padre de la historia eclesiástica", nacido entre los años 260 y 264 y futuro favorito del emperador Constantino, nos of rece una relación completa de "herejías" horribles. El célebre obispo, hoy poco estimado por los teólogos, que le juzgan "escaso en ideas" (Ricken S.J.), "de menguada capacidad teológica" (Larrimore), fustiga a un gran número de hombres falsos y embaucadores: Simón el Mago, Satorrinus de Alejandría, Basílides de Alejandría, Carpócrates..., escuelas de "herejes enemigos de Dios", que operan con el "engaño" e incurren en "las abominaciones más repugnantes".[283]

129 Pero hete aquí que "continuamente levantan cabeza nuevas herejías". Tan pronto se denuncian "las perjudiciales doctrinas" de Cerdón, como "las blasfemias desvergonzadas" de Marción que, como dice Ireneo, "van haciendo escuela". Ahí es Bardesanes quien "no acierta a desprenderse del fango del viejo error", o Novato quien "se presenta con sus creencias totalmente inhumanas", o Maní, "el frenético, que ha prestado el nombre a su herejía inspirada por el diablo", un "bárbaro", que esgrime "las armas de la confusión mental", de sus "doctrinas falsas e impías",

---

[281] Entre las herejías precristianas Epifanio cita las escuelas filosóficas paganas y las sectas judías: haeres. 9 ss. Hieron. ad Rufín. 2, 22; 3, 6. LThK 1 ed. III 728 ss. Lexikon der alten Weit 838. Altaner 271 ss. Kraft, Kirchenváter Lexikon 188 ss. J.A. y A. Theiner 1116. Thorndike 494 s. Vogt, Der Niedergang Roms 313. Kühner, Antisemitismus 35. El mismo, Gezeiten der Kirche 97.

[282] Basil. ad Theodotus, obispo de Nicópolis (año 373 o 375) 1 s. A Atanasio (año 371). A los portavoces de Neocesárea (año 375). BKV 1925, 117 ss, 152 s, 162 s, 233 s.

[283] Euseb. h.e. 2, 13, 5 ss; 4, 7, 1 ss. RAC VI 1052 ss. J.A. y A. Theiner, I 24 s. Wikenhauser, Die Apostelgeschichte 394 ss. Bornháuser, Studien zur Apostelgeschichte 89 ss. Sóder 26 f, 198. Ricken 343. Larrimore 171. Sobre el origen de Eusebio nada se sabe, ni fecha ni lugar de nacimiento; tampoco hay datos concretos acerca de su familia.

"veneno letal".[284]

Tampoco Juan Crisóstomo, el gran enemigo de los judíos, consigue ver en los herejes otra cosa que "hijos del diablo", "perros que ladran"; por cierto que las comparaciones con los animales son un argumento muy utilizado en las polémicas contra los "herejes". En su comentario sobre la Epístola a los romanos, Crisóstomo se coloca al lado de Pablo, "esa trompeta espiritual", para luchar contra todos los cristianos no católicos, y le cita con satisfacción cuando dice: "El Dios de la paz [!] ha de triturar a Satanás bajo vuestros pies". Crisóstomo pone en guardia contra "la malicia de los réprobos", contra "su naturaleza pecaminosa", su "enfermedad", ya que de ellos no puede sobrevenir otra cosa sino "la perdición de la Iglesia", "el escándalo", "la división": Ésta, a su vez, procede "de la esclavitud del vientre y de las demás pasiones", porque "los maestros de los herejes son esclavos del vientre", es decir, que no sirven al Señor sino, una vez más parafraseando a Pablo, "sirven a sus vientres". Esta idea se encuentra también en la Epístola a los filipenses: "Tienen por dios a su vientre". Y en la Epístola a Tito: "Malignas bestias, vientres perezosos". Pero "El, que se complace en la paz, aniquilará a los que destruyeron la paz"; nótese bien que no dice que ha de "someterlos", sino "triturarlos", más concretamente "bajo vuestros pies". En un sermón a los cristianos, Crisóstomo invita a que los blasfemos públicos (que en esta época ya incluían a los judíos, a los idólatras, a los "herejes", apostrofados con frecuencia de "anticristos") sean interpelados en las calles y, en caso necesario, reciban la debida paliza.[285]

Para Efrén, doctor de la Iglesia y persona que profesaba un odio profundo a los judíos, sus enemigos cristianos eran "renegados abominables", "lobos sanguinarios" y "cerdos inmundos".

130

De Marción, primer fundador de iglesas cristianas (y también creador del primer Nuevo Testamento y más radical que nadie en la condena del Antiguo, y que según Wagemann tuvo del Evangelio "una comprensión más profunda que ninguno de sus contemporáneos"), Efrén sólo nos dice que carece de razón y que su única arma es "la calumnia". Es "un ciego", "un frenético", "una ramera de conducta desvergonzada"; sus "apóstoles" no son más que "lobos".

En cuanto a Bardesanes, es decir, el sirio Bar Daisan (154-222), el padre de la poesía siria, teólogo, astrónomo y filósofo de la corte de Abgar IX de Edessa, cuya doctrina fue la forma predominante del cristianismo en Edessa y en todo el reino

---

[284] Euseb. h.e. 4, 7, 13; 4, 10, 1; 4, 30, 3; 6, 38, 1; 6, 43, 2; 6, 43, 18; 7, 31, 1 s. V.C. 3, 64.

[285] Crysost. Coment. ep. romanos, 33 hom. sermón 1 7, 4 in Gen.; hom. 43, 2 in Mat. Cf. hom. 7, 6 c. Anom. hom. ll, 3inEph. hom. 43, 2 in Mat. de sacerd. 4, 4 s de stat 1, 12. In Saulus adhuc aspirans serm. 1 7, 4 in Gen. Cf. también 2 Cor. 6, 14 ss; Fil. 3, 18; 1 Juan 2, 18 s; Hechos 13, 6 ss. Tert. idol. 2, 1. Orig. exhort. mart. 25. Lact. mort. pers. 1, 5 ss. August. de civ. dei 20, 19. Merkel, Gotteslästerung RAC IX 1200. Cf. también Speyer, Gottesfeind RAC XI 1027 ss. "El género de muerte o el castigo de un enemigo de Dios, de Cristo o de la Iglesia se suele atribuir a la intervención inmediata de la divinidad, revistiendo así el carácter de un hecho sobrenatural." Para Crisóstomo, toda "herejía" era, sin excepción alguna y bajo cualquier circunstancia, "del diablo", y compara a los "doctores del error" con los "infanticidas", los que "roban niños para arrebatarles sus joyas y luego los arrojan al río o los venden como esclavos". En su primer sermón la emprendió ya contra los eunomianos, y no tardó en hacer lo mismo contra los arríanos, a los que califica de "locos rabiosos". Los maniqueos son "perros mudos y sin embargo ladran"; los marcionitas son "hijos del demonio". Cf. además Baur I 273, 285. Güidenpenning 86 s. Altaner 282. Ritter, Charisma 200.

osroeno hasta el siglo IV, Efrén halla en él "un carro cargado de mala hierba", "el paradigma de la blasfemia; es una hembra que se vende en la oscuridad sobre un catre", "una legión de demonios en el corazón y el nombre del Señor siempre en los labios". Siglo tras siglo, la Iglesia ha condenado a Bardesanes por gnóstico, cuando hoy sabemos que sus creencias apenas guardan ninguna vinculación con el gnosticismo, que Bardesanes fue "una cabeza sumamente original e independiente" y que propugnó un curioso sincretismo entre la fe cristiana, la filosofía griega y la astrología babilónica. Bardesanes no logró imponerse, aunque todavía quedaban algunos seguidores de su escuela a comienzos del siglo VIII .

Efrén lanza también las peores difamaciones contra Maní, un persa de origen noble cuya religión prohibía el servicio militar, el culto a la imagen del emperador y toda práctica de otros cultos foráneos. Nacido en 216 cerca de la residencia de los partos en Seleucia-Ctesifonte, Maní fue educado en la secta baptista de los mándeos y recibió alguna influencia de Bardesanes, hasta que por último, tras verse envuelto en la política religiosa de los reyes sasánidas, murió en la cárcel por su doctrina (mezcla de concepciones **budistas** —ya que Maní había visitado la India—, **babilonias**, **iraníes** y **cristianas**) en tiempos del rey Bahram I, hacia el año 276. Fue "el jefe religioso más notable de la época", fundador "de una religión mundial, casi podría decirse [...] de la única religión mundial que haya existido" (Grant), pero sus apóstoles no son para Efrén más que "perros". "Son perros enfermos [...], totalmente enloquecidos, a los que habría que matar a palos." En cuanto al propio Maní, "que tantas veces bebió los esputos del dragón, vomita lo amargo para que beban sus seguidores y lo ácido para sus discípulos"; a través de él, "se revuelca el diablo en su propio cieno como una piara de cerdos". El doctor de la Iglesia termina su himno 56 "contra los hijos de la serpiente en la Tierra", entonando este canto: "Que todas las bocas entonen tu alabanza, santa Iglesia, ya que estás limpia del fango y de la suciedad de los partidarios de Marción, el loco furioso; lejos de tí también los embustes y las impurezas de Bardesanes así como el hedor de los apestosos judíos".[286]

131

Es evidente que quien quiera aprender a odiar, a insultar, a calumniar sin empacho, a mentir y difamar, ha de buscar ejemplo en los santos padres de la Iglesia, los grandes fundadores del cristianismo. Así procedieron contra todos los que no pensaban como ellos, cristianos, judíos, o paganos: "No tengáis contemplaciones con la inmundicia idólatra" (Efrén); para ellos, el paganismo no era más que "necedad y engaño en todos los aspectos" y los mismos paganos "gentes que han mentido", que "devoran cadáveres" y son "como los cerdos", son "una piara que va ensuciando el

[286] Efrén, Himnos contra las doctrinas del error 1, 1; 1, 9 ss; 1, 15; 2, 2; 2, 3; 2, 7 ss; 2, 14; 2, 19; 27, 1; 55, 11; 56, 2 ss. Cerfaux, Bardesanes RAC 11180 ss. LThK 2 ed. I 1242 s. LThK 1 ed. I 966, VI 850 s. Lexikon der alten Weit 326. Donin I 446 s. Schaeder 2 ss. Bauer, Rechtgläubigkeit (1934) 34 ss. V. Wesendonk 336ss. Rehm 218 ss. Lietzmann, Geschichte (1936) II 266 ss. Puech 183 ss. Quasten I 264. Widengren 304 ss. Grant, Das Römische Reich 244ss, 285, 303, 306. Kühner, Gezeiten der Kirche 108 ss. Lóffler 26. Ehiers 334 ss, especialm. 344 ss. Schenke 411 s. Brown, Religion and Society 94ss. Sobre la gnosis más recientemente Rudolph espec. 58ss, 291ss. Un importante manuscrito descubierto últimamente, el llamado Codex de Coloma, indica que Maní pudo ser adepto de una secta cristiana baptista: Henrichs/Koenen, Ein griechischer Mani-Kodex, 19, 1975; 32, 1978; 44, 1981. Kóbert 243ss. Henrichs, Maní 23ss. Coyie 179ss. Beck, Bardaisan 271ss.

mundo...".[287]

Por contra, en un libro sobre *Héroes y Santos* aparecido durante la época hitleriana, (con el *nihil obstat* y en edición de gran tirada), se alaba la suavidad de Efrén y se cuenta cómo "le corrían las lágrimas por las mejillas cuando se sentía traspasado de recogimiento interior"; en cuanto a la violencia de su estilo, se explica por "el calor de las polémicas de aquellos años de lucha y la santa indignación de un ánimo devoto", ya que en realidad, exhibe el autor su carácter pacífico y contemplativo, hasta el punto que "después de hacer vigilia toda la noche, cuando se aprestaba a la oración de maitines, sobreveníale el espíritu de Dios".[288]

Mal asunto ése, como nos lo demuestra también el caso de **Hilario**, doctor de la Iglesia que aparte su especial inquina contra los judíos y los idólatras, esos "desvergonzados", "sanguinarios", "ese rebaño de reses de yugo" desprovisto de razonamiento, que "nacen y se multiplican casi como las bandadas de cuervos", [289] tuvo también por principales enemigos a los "herejes".

Nacido en la Galia a comienzos del siglo IV, atacó sobre todo a los arríanos y luchó, como atestigua el católico Hümmeler pese a los mil quinientos años transcurridos, "hasta el último aliento contra esa peste". Pese a la derrota inicial frente a su principal adversario, el obispo Saturnino de Aries (lo que le llevó a lamentarse de que "ahora hay casi tantas creencias como estilos de vida"), Hilario consideró plenamente justificada su lucha porque no se le podía rebatir "sino con falsedades deliberadas", ya que él predicaba "la sana doctrina y la única verdadera"; en 356, cuando fue depuesto por el Sínodo de Biterrae (Béziers), prefirió el exilio temporal en Frigia, mientras lamentaba que "nadie quiere escuchar nuestra sana doctrina".[290]

Nosotros sospechamos, sin embargo, que no fue desterrado por razones de fe, sino por otros *crimina* de un carácter más político. Hilario aprovechó este exilio oriental (de 356 a 359, durante el que molestó tanto a los amaños, que consiguieron que fuese devuelto a su país aquel "espanto de Oriente") para escribir un tratado completo contra ellos en doce libros, *De Trinitate.* Una larga retahíla de insultos llena las páginas, por otro lado tediosas y escasamente originales. En sus páginas escribía: "Ninguna destrucción violenta y súbita de ciudades y el exterminio de todos sus habitantes hizo jamás tanto mal [!] como esa nefasta doctrina del error, que es la ruina de los soberanos"; y concluía diciendo que su Iglesia era "la comunidad [...] del Anticristo".[291]

132

Admirado por Jerónimo hasta el punto de que éste se tomó la molestia de copiar de puño y letra, en Tré veris, una obra de Hilario, alabado por Agustín como defensor formidable y proclamado por Pío IX, en 1851, doctor de la Iglesia, tras largos

---

[287] Ephrén, Sobre Juliano 2, 11 ss; 2, 21; 3, 10 s.

[288] Hümmeler, 32.

[289] Hilar, inps. 146, 12.

[290] Hilar, c. Constantium c. 2 de trinit. 4, 6; 10, 3 ss. Hieron. de vir. ill. 100. Sulp. Sever. Chron. 2, 39. Altaner 316. Antweiler, Einleitung 8, 25, 40. Hümmeler 33. C.F.A. Borchardt 24 ss.

[291] Hilar, de trin. 6, 1; 6, 3; Sulp. Sev. 2, 45, 4. Kraft, Kirchenváter-Lexikon 273 ss. ALtaner 315 s. Antweiler, Einleitung 22, 41. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 172. Klein, Constantius II 125 s espec. nota 224.

discursos sobre el bautismo, la Trinidad y el eterno combate de Satanás contra Jesucristo, el santo Hilario carga contra "la perfidia y la necedad", "el sendero viscoso y retorcido de la serpiente", "el veneno de la falsedad", "el veneno escondido", "la demencia de los doctores del error", sus "desvaríos febriles", "epidemia", "enfermedad", "invenciones mortíferas", "trampas para incautos", "artimañas", "locura sin fin", el "cúmulo de mentiras de sus palabras", etcétera, etcétera.[292]

Con estas letanías, Hilario ("enemigo de frases hueras", "primer dogmático y exégeta notable de Occidente", según Altaner, quien halló en esos estudios "de la ortodoxia" una "amplitud de miras extraordinaria y es decir poco"; "gran talento y dotes extraordinarias del espíritu" que, según Antweiler, es un rasgo común "de todas las personalidades fuertes y originales de la Iglesia católica") llena los doce libros de su *De Trinitate,* "el mejor tratado contra los arríanos" (Anwander). El monótono caudal de odio se interrumpe sólo para dilucidar (o quizá sería mejor decir oscurecer) la cuestión de la Trinidad, materia desde luego difícil y sobre la que nuestro santo y doctor de la Iglesia no andaba muy firme; en otra de sus obras capitales, *De Synodis,* se muestra partidario de la teología eusebiana, ¡es decir, de una especie de conciliación entre él *homoiusios* oriental de los arríanos moderados y el *homousios* de la Iglesia occidental!, por lo que no gozó del aprecio de sus contemporáneos, que le juzgaban sospechoso (381), lo que no obsta para exclamaciones del tipo: "¡Cuánta contumacia en el error y cuánta necedad mundana!", "¡oh locura abominable, propia de espíritus sin esperanza!, ¡oh imprudencia necia de los impíos sin Dios, cuántas mentiras no parirá vuestro espíritu demente!", para terminar afirmando que, Hilario, "favorecido por los dones del Espíritu Santo, supo glosar el símbolo de la fe en los términos más moderados".[293]

133

San Jerónimo y sus "reses para el matadero del infierno"

En cambio, al maestro **Jerónimo**, de rica fortuna heredada de noble casa católica, podemos admitirle sin ningún género de dudas que "jamás he respetado a los doctores del error, y siempre he sentido como una necesidad del corazón la de que los enemigos de la Iglesia fuesen también mis enemigos". Y, en efecto, Jerónimo llevó con tal ardor la lucha contra los herejes que, sin proponérselo, suministró munición más que sobrada a los paganos, incluso en un tratadito sobre la virginidad, por ejemplo, que según él le era muy preciosa. Verde todavía como en los tiempos de su más lúbrica juventud, el santo se lo dedicó a Eustaquia, una jovencísima (diecisiete años) romana de rancia nobleza, "discípula" y, andando el tiempo, también santa; su fiesta se conmemora el 28 de septiembre. Jerónimo le dio a conocer "las suciedades y los vicios de todas clases", como admite su biógrafo moderno el

[292] Hilar, de trin. 2, 2; 4, 1; 4, 7; 4, 9; 6, 7 s; 6, 10 s; 6, 15; 7, 3; 7, 23; 10, 2; 10, 5. Hümmeler 32. Comay, Who's Who 298 s.

[293] Hilar, de trin. 5, 10; 5, 18; 5, 23; 10, 5. In ps. 130, 1. Anwandier LThK 1 ed. V 25 ss. Altaner 315 s. Antweiler, Einleitung en BKV 1933, 19, 32. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 172. Hümmeller 30 ss. Löffler 34 ss.

teólogo Georg Grützmacher, adjetivándolo de "repugnante".[294]

Al mismo tiempo que se enciende al rojo vivo contra los "herejes" y recibe a su vez, ocasionalmente, igual calificación, Jerónimo plagia a diestro y siniestro, queriendo hacerse admirar por su imponente erudición. A Tertuliano lo copió casi al pie de la letra, sin nombrarle. Del gran sabio pagano Porfirio sacó cuanto sabía de medicina, sin reconocerle el mérito. Con frecuencia se manifiesta "la repelente mendacidad de Jerónimo" (Grützmacher).[295]

Viniendo de tan santa boca, parece un ejercicio de moderación llamar sólo "blasfemo" a Orígenes, de quien por cierto también copió "con descaro páginas enteras" (Schneider), o cuando dice de Basílides que fue "antiguo maestro de errores, notable sólo por su ignorancia", y de Paladio "hombre de bajas intenciones"; ya en su tono habitual, llama a los "herejes" "asnos en dos pies, comedores de cardos" (de las oraciones de los judíos, según él raza indigna de figurar en el género humano, dijo también que eran rebuznos); a los cristianos de otras creencias los compara con los "cerdos" y asegura que son "reses para el matadero del infierno", además de negarles el nombre de cristianos, puesto que son "del diablo": "*Omnes haeretici christiani non sunt. Si Christi non sunt, diaboli sunt.*"[296]

Este santísimo doctor de la Iglesia, a quien dedicamos especial atención en este apartado (porque no le hemos concedido capítulo propio, a diferencia de los teólogos puros como Atanasio, Ambrosio y Agustín), se enemistó en ocasiones o para siempre incluso con gente de su propio partido como, por ejemplo, con el patriarca Juan de Jerusalén, que persiguió durante muchos años a Jerónimo y a sus eremitas. Y todavía más violenta fue su enemistad con Rufino de Aquilea; en todos estos casos la discusión versó acerca de las obras de Orígenes, al menos aparentemente.[297]

134

Orígenes, cuyo padre Leónidas ganó en el año 202 la palma del martirio, sufrió suplicio él mismo bajo Decio, pero se negó a apostatar, y falleció alrededor de 254 (tendría unos setenta años), no se sabe si de resultas de la tortura. Lo que sí es seguro es que Orígenes fue una de las figuras más nobles de la historia del cristianismo.[298]

Este discípulo de Clemente de Alejandría personificó en su época toda la teología cristiana oriental. Aún mucho tiempo después de su muerte, sería alabado por numerosos obispos o, mejor dicho, por la mayoría de los de Oriente, entre ellos Basilio, doctor de la Iglesia, y Gregorio Nacianceno, que colaboraron en un florilegio de los escritos de Orígenes bajo el título de *Philokalia.* Incluso fue apreciado por Atanasio, que le protegió y lo citó muchas veces. Hoy día vuelve a ser elogiado por bastantes teólogos católicos y es posible que la Iglesia se haya arrepentido de la condena por herejía, demasiado poco matizada, que pronunció contra él en su

---

[294] Schade LThK 1 ed. V 13. Cf. ibíd. III 866 s, VIII 18 s. Grützmacher, Hyeronimus 250 ss, 277.

[295] Grützmacher, Hyeronimus II 160.

[296] Hieron. adv. Jovin. Dial. cum Lucifer. Dialogi contra Pelagianos, Prol. 2 Contra Vigil. 6. Grützmacher, Hyeronimus III 258 s. Hümmeler 460. Maier, Verwandiung 55. Kühner, Antisemitismus 34 s. Schneider, Christiiche Antike 201.

[297] Grützmacher, Hyeronimus III 1 ss, especialm. 8 ss, 56 ss, 70 ss.

[298] LThK 1 ed. VII 776 ss. ALMtaner 165ss. Kraft, Kirchenváter Lexikon 393ss. Pfliegler 21 s. Cf. también Deschner, Hahn 111 s, 383 s.

momento.[299]

En la Antigüedad fueron casi constantes las disputas alrededor de Orígenes; como suele ocurrir, la fe apenas fue algo más que un pretexto en todas ellas. Ello fue evidente sobre todo alrededor del año 300, y del año 400, y otra vez a mediados del siglo vi, cuando nueve tesis de Orígenes fueron condenadas en 553 por un edicto de Justiniano, sumándose a dicha condena todos los obispos del imperio, entre los que destacaban el patriarca Menón de Constantinopla y el papa Vigilio. La decisión del emperador obedecía a un móvil de política (eclesial), el intento de poner fin a la división teológica entre griegos y sirios uniéndolos contra un enemigo común, que no era otro que Orígenes. Pero, además, hubo razones dogmáticas (que, sin embargo, *también son siempre razones políticas),* es decir, algunos "errores" de Orígenes como el de su cristología "de subordinación", según la cual el Hijo es menor que el Padre, y el Espíritu menor que el Hijo, lo que ciertamente refleja mejor las creencias de los primitivos cristianos que el dogma posterior. También cabe señalar su doctrina de la **apocatástasis**, o reconciliación general, en la que se negaba que el infierno fuese *eterno,* idea horrible que para Orígenes no puede conciliarse con la de la misericordia divina, y que encuentra su origen (lo mismo que la doctrina opuesta) en el Nuevo Testamento.[300]

Hacia el año 400, la disputa sobre Orígenes y su doctrina se fundamentó en una penosa rivalidad entre los obispos Epifanio de Salamina y Juan de Jerusalén. La polémica trataba del derecho a predicar en la iglesia del Sepulcro (polémica iniciada en 394), y motivó el violento conflicto entre Jerónimo y el tratadista Rufino de Aquilea.[301]

135

Rufino, monje predicador, vivió seis años en Egipto, hasta 377, y luego se instaló como ermitaño en las cercanías de Jerusalén, hasta el año 397 en que regresó a Italia; en 410, huyendo de los visigodos de Alarico, murió en Messina. Desde su época de estudiante había sido amigo de Jerónimo y, lo mismo que éste, traductor entusiasta de Orígenes. Ante la nueva disputa, sin embargo, Rufino se desdijo varias veces de forma lamentable pero, aunque pronunció el símbolo de la fe delante del papa Anastasio en señal de ortodoxia, nunca renegó tanto de Orígenes como lo hiciera Jerónimo, pese a los ardorosos panegíricos escritos por éste bajo la influencia de Gregorio Nacianceno. El caso fue que a Jerónimo, viendo que le acusaban de hereje, se le encogió el ánimo y no tuvo reparo en mudar de opinión. Después, la emprendió contra Orígenes, fustigando en particular su doctrina espiritualista de la aniquilación de los cuerpos, "la más horrible de las herejías" y, quizá esto sea lo peor de todo, pretendió haber sido enemigo de Orígenes desde siempre.[302]

Rufino, en la misma época en que se justificaba frente al desconfiado papa Anastasio, sin embargo, preparaba un ataque demoledor contra Jerónimo

---

[299] Ibíd

[300] Ibíd. Cf. además Marc. 9, 43 ss y Hechos 3, 21; también Mat. 18, 8; 25, 46 con 1 Col. 1, 19 s; 1 Tim. 2, 4; Mat. 18, 14; 2 Pedro 3, 9; Juan 3, 17; 12, 47. Nigg, Buch der Ketzer 56ss.

[301] LThK 1 ed. VII 780. Grützmacher, Hieronymus III 5ss; quedo sobre todo en deuda con esta obra para los pasajes siguientes.

[302] Hieronym. Coment. Isaías 1, 1; 5, 13; 13, 13 y otros. Coment. Ezequiel 40, 41. LThK 1 ed. IX 1. Kraft, Kirchenváter Lexikon 266, 446 s. Grützmacher, Hieronymus III 3, 56 ss, 70 ss, 86.

exagerando dos invectivas contra Orígenes, distorsionándolas y convirtiéndolas en algo irreal, con el único fin de golpear a Jerónimo con ellas. Algunos de estos golpes, lógicamente, los acusó el destinatario, porque es verdad lo que dice Rufino cuando afirma que Jerónimo rompió su juramento de no leer más a los autores clásicos, o que en una epístola a su joven amiga Eustaquía había llamado a la madre de ésta, Paula, "suegra de Dios", o que había elogiado a Orígenes diciendo de éste que era "el más grande doctor de la Iglesia después de los Apóstoles", para luego presentarle como el gran patrono de la mentira y del perjurio, o que en un anónimo había llamado "cuervo" y "pajarraco negro como la pez" a san Ambrosio. "Pero si luego condenas a todos aquellos a quienes alguna vez alabaste, como a Orígenes, Dídimo y Ambrosio, no he de lamentarme de que a mí, que soy una sabandija en comparación con aquéllos, me destroces ahora después de haberme elogiado en tus cartas..."[303]

Rufino, padre de la Iglesia laborioso aunque escasamente original, fue bastante ortodoxo a pesar de tal o cual desviación (pero, ¡qué podía significar eso en aquella época!) y era, en cuanto a su carácter, una amalgama de valor y cobardía, de perfidia y de hipocresía. Arrojaba sus flechas envolviéndolas entre un prólogo edificante y un epílogo piadoso, como era y sigue siendo costumbre entre los polemistas cristianos. Para empezar dice que, de acuerdo con las palabras del Evangelio según las cuales bienaventurados sean los perseguidos, él, como su mentor Jesús, el Médico celestial, quiso dar la callada por respuesta a las acusaciones de Jerónimo. Y para terminar, después de haber escupido todo su veneno y toda su bilis, escribe: "No contestemos a esos insultos ni a esas calumnias, ya que nuestro Maestro Jesús nos enseñó a soportarlo todo con mansedumbre."[304]

136

Jerónimo se puso furioso. Y aunque no conocía los ataques de Rufino sino de oídas, como quien dice, a través de cartas de terceros, en seguida movilizó su temida pluma. Muy superior a su oponente en conocimientos, agudeza y estilo, aunque igual a él en falta de escrúpulos y afán de difamar, el santo no titubea en repetir rumores y falsedades. Censura de buena gana la perversidad de Rufino para mejor disimular así la propia, silencia las acusaciones verdaderas, a la vez que pone en circulación semiverdades o calumnias, e incluso da a entender que Rufino y sus protectores pretendían alcanzar el solio pontificio mediante sobornos, además de conspirar contra la vida del papa Anastasio, notorio enemigo de Orígenes.[305]

Entonces Rufino montó en cólera, lo que dio lugar a una animada correspondencia entre ambos padres de la Iglesia, que se acusaban mutuamente de robo, perjurio y falsificación. Para el caso de que no quisiera callar Jerónimo, Rufino le amenazó con llevarle ante los tribunales civiles y relevar su vida más íntima. Jerónimo replicó: "Te alabas de estar al corriente de los crímenes que, según dices, te confesé cuando éramos íntimos amigos. Dices que los divulgarás ante la opinión y que me pintarás tal como soy. Pero yo también sé pintarte a ti". Y en medio de los sarcasmos, de las ironías, de la marea de verdades y mentiras, tampoco Jerónimo deja de invocar a "Jesús el Mediador", fingiendo lamentar "que dos ancianos hayan tomado la espada por culpa de unos herejes, teniendo en cuenta sobre todo que ambos quieren

[303] Rufín. c. Hieron. 1, 20ss; 2, 4; 2, 9 ss; 2, 21ss. Hieron. ep. 84, 3. Grützmacher, Hieronymus III 56ss.
[304] Rufín. c. Hieron. 1, 1; 2, 13; Grützmacher ibíd. 61 s, 67, 88.
[305] Hieron. c. Rufín. 1, 1 *ss;* 2, 1 ss. Grützmacher ibíd. 70 ss.

llamarse católicos. Con el mismo ardor con que antaño loábamos a Orígenes, unamos las manos y los corazones y condenémosle ahora, ya que le condena la redondez entera de la Tierra. ».[306]

Pero no hubo nada de eso. Jerónimo no habría sido santo ni doctor de la Iglesia si, a la muerte de Rufino en 410, no hubiese prorrumpido en las exclamaciones de júbilo siguientes: "Murió el escorpión en tierras de Sicilia, y la hidra de numerosas cabezas dejó de silbar contra nosotros", y poco más adelante: "A paso de tortuga caminaba entre gruñidos [...], Nerón en su fuero interno y Catón por las apariencias, era en todo una figura ambigua, hasta el punto que podía decirse que era un monstruo compuesto de muchas y contrapuestas naturalezas, una bestia insólita al decir del poeta: por delante un león, por detrás un dragón y por en medio una quimera".[307]

Vivo o muerto Rufino, el doctor de la Iglesia Jerónimo jamás se refirió a él sin insultarle. También se enemistó con Agustín, otro doctor de la Iglesia, si bien en este caso el conflicto —bastante menos violento, por cierto— fue iniciado por el más joven de los dos, Agustín.

137

En 394 y siendo todavía un simple sacerdote, Agustín escribió por primera vez a Jerónimo, que por entonces ya era loado universalmente como una de las luminarias de la Iglesia. Esta carta no la recibió nunca Jerónimo; la segunda, enviada en 387, no le llegaría hasta 402 y aun entonces bajo la forma de copia no firmada. Anomalías que sólo podían suscitar la desconfianza de Jerónimo. "¡Envíame firmada con tu nombre esta epístola, o deja de molestar a un anciano que no desea sino vivir tranquilo en su solitaria celda!" Más debieron molestarle las críticas introducidas por Agustín en sus epístolas, aunque corteses como cumplía a tan ilustre exégeta bíblico, pero penetrantes y no desprovistas de una punta de malicia en ocasiones, y a veces "una flecha del peso de una falárica" (que era una jabalina bastante pesada de aquellos tiempos). "Si censuras con acritud mis palabras, pero si me exiges que me corrija, que me retracte, y me arrojas miradas torcidas [...]", le escribe Jerónimo a Agustín, de santo a santo, de doctor a doctor de la Iglesia, afirmando que los suyos no pasan de "alfilerazos, o menos aún". Pese a las alabanzas con que se acompañaba la ingenua petición, no debió de fastidiarle menos que Agustín le pidiera la continuación de sus traducciones al latín de los comentaristas griegos de la Biblia..., en especial de aquél a quien tanto solía citar en sus escritos (!), es decir, Orígenes, que ya por aquel entonces figuraba como "hereje" en la lista negra del destinatario de la carta.[308]

El hombre de Belén comprendió que aquel africano que le remitía nuevas y más agudas críticas acerca de su traducción de la Biblia no era un simple Rufino, frente a quien pudiese presumir de (*vir trilinguis hebraeus, graecus, latinus):* "Yo, filósofo, retor, gramático, dialéctico, hebreo, griego, latino, yo trilingüe, tú bilingüe y tal, que cuando te oyen hablar los griegos te tienen por latino, y cuando te oyen los latinos te toman por griego". Contra el nuevo oponente no valían esas tretas, así que Jerónimo tuvo que disimular más o menos su iracundia durante el intercambio de

[306] Rufin. c. Hieron. 2, 4. Hieron. c. Rufin. 3, 1 s; 3, 4 s; 3, 9 ss; 3, 41. Grützmacher ibíd, 66, 79.
[307] Hieron. Prol. al coment. Ezequiel 1. ep. 125, 18. Grützmacher ibíd. 86 ss.
[308] Hieron. ep. 105, 3 s; 112, 13. Grützmacher ibíd. 114 ss.

golpes bajos. Escribió que él había corrido lo suyo, que había tenido su hora y se había ganado el descanso; que ahora corriese Agustín a pasos tan largos como su ambición se lo permitiese. Y le rogaba al entonces obispo que no le molestase más, que no desafiase al anciano que no tenía ganas de hablar, ni de presumir de sus conocimientos, ni le llamase "abogado de la mentira" o "heraldo de la mentira". Ya se sabía, la "vanidad infantil" inspiraba a los jóvenes la costumbre de atacar a los famosos para hacerse famosos a su vez. "En el terreno de las Sagradas Escrituras, tú, el joven, no irrites al anciano, porque podría verificarse en tí lo que dice el proverbio de que el buey cansado tiene la pisada más fuerte."[309]

Además de negarse a criticar los escritos de Agustín que le enviaban, diciendo que tenía bastante quehacer con los suyos propios, Jerónimo siempre trató de calmar los ardores combativos de su corresponsal. Le aconsejaba que si quería brillar con su ciencia, "poner su luz en el candelero", en Roma no dejaría de encontrar jóvenes eruditos de sobra, y que no rehuirían la disputa bíblica con un obispo. En cuanto al propio Jerónimo, que no tenía rango alguno en la jerarquía, lo que quizá le of endía más que la creciente fama de Agustín, recordaba los extraños avalares de las primeras epístolas; el haberlas recibido con tanto retraso seguramente había sido intencionado (en opinión de algunas personas de su confianza, "verdaderos servidores de Cristo"), por "afán de notoriedad y de hacerse aplaudir por el pueblo [...], para que muchos fuesen testigos de tus ataques contra mí. Yo permanecía callado como si me ocultase mientras uno más sabio lanzaba sobre mí toda la caballería, sin que yo, como el más ignorante, hallase nada que replicar. Así te presentarías como el que acertó a colocar mordaza y freno al pobrecito hablador". Con sus palabras de alabanza, según Jerónimo, Agustín sólo pretendía quitar hierro a las censuras. También señalaba que no le habría creído capaz de "asaltarme con el puñal untado en miel, como suele decirse". Para terminar, dice que le cree partidario de la "herejía" ebionita. La reacción de Agustín fue mesurada en todo momento, pero inflexible, por lo que Jerónimo prefirió dar la callada por respuesta a la última epístola, aunque fingiese aliarse con él en la lucha contra los "herejes".[310]

138

La medida de lo que era capaz de hacer un santo que tan rudamente polemizaba contra los demás padres, lo demostró Jerónimo en un breve tratado, *Contra Vigilantius,* escrito según confesión propia en una sola noche. Tratábase de un sacerdote galo de comienzos del siglo v, que había emprendido una campaña tan franca como apasionada contra el repelente culto a las reliquias y a los santos, contra el ascetismo en todas sus formas, y contra los anacoretas y el celibato, y que recibió el apoyo de no pocos obispos.

"La capa de la Tierra ha producido muchos monstruos—inicia Jerónimo su exabrupto, y la Galia era el único país que aún carecía de un monstruo propio [...], de ahí que surgiese, no se sabe de dónde, **Vigilantius**, o mejor sería llamarle Dormitantius, para combatir con su espíritu impuro el espíritu de Cristo." Después, pasaba a llamarle "descendiente de salteadores de caminos y gentes de mala vida", "espíritu degenerado", "hombre de cabeza trastornada, digno de la camisa de fuerza hipocrática", "dormilón", "tabernario", "lengua de serpiente", "bocaza calumniosa",

[309] Hieron. ep. 105, 5; 112, 4; 112, 18. Grützmacher ibíd. 82, 123 s.
[310] Hieron. ep. 105, 2ss; 112, 2. Grützmacher ibíd. 124ss.

y encontraba en él "malicias diabólicas", "el veneno de la falsía", "blasfemias", "difamaciones desaforadas", "sed de dinero", "embriaguez comparable a la del padre Baco"; le acusaba de "revolcarse en el fango" y "ostentar el pendón del diablo, y no el de la Cruz". Escribe: "Vigilantius, perro viviente", "¡oh monstruo, que debería ser deportado a los confines del mundo!", "¡oh vergüenza!, dicen que tiene a obispos, incluso, como cómplices de sus crímenes...". Tan pronto hace chistes: "Tú duermes despierto y escribes dormido", como se indigna diciendo que Vigilantius "vomitó sus libros durante el sueño de una borrachera", que "había escupido la inmundicia que se alojaba en sus abismos interiores". Finge indignarse con la desvergüenza de Vigilantius, que durante un terremoto a medianoche huyó de su celda desnudo. El amigo íntimo de Eustaquia censura también el hecho de que "el dormilón da rienda suelta a sus pasiones y multiplica los ardores naturales de la carne con sus consejos [...] o mejor dicho, los apaga yaciendo con hembras. Con lo que, al final, no nos diferenciaremos en nada de los cerdos, no quedará ninguna distancia entre nosotros y los animales irracionales, entre nosotros y los caballos...", y así sucesivamente, siempre en el mismo tono.[311]

139

Igualmente rudo fue el tono polémico utilizado por Jerónimo contra **Joviniano**, un monje establecido en Roma.

Joviniano se había alejado del ascetismo radical a pan y agua y propugnaba por aquel entonces un estilo de vida más llevadero; contaba con muchos seguidores que opinaban que el ayuno y la virginidad no eran méritos especiales, ni las vírgenes mejores que las casadas; eran partidarios de poder casarse varias veces y creían que las recompensas celestiales serían iguales para todos, sin distinción de categorías. En cambio, Jerónimo argumentaba con citas sacadas del Nuevo Testamento que el matrimonio de los cristianos (ante la manifiesta imposibilidad de prohibirlo por completo) tenía que ser un matrimonio blanco. "Si nos abstenemos del concubinato, honramos a nuestras mujeres. Pero si no nos abstenemos, evidentemente no las honramos sino todo lo contrario, las profanamos." En su frenético elogio de los ideales anacoretas cubre de insultos a Joviniano, hasta el punto que Domnio, uno de sus amigos en Roma, le envió una lista de los pasajes más chocantes de su escrito con el ruego de que los reconsiderase o enmendase; e incluso el promotor de los dos tratados *Contra Joviniano,* Panmaquio, yerno de Paula la amiga de Jerónimo, hizo comprar todos los ejemplares existentes en Roma para retirarlos de circulación. Otro rasgo característico es que Jerónimo sólo se atrevió a lanzar sus dos tratados contra Joviniano después de que éste hubiese sido condenado por dos sínodos, a mediados de los años noventa del siglo IV, uno en Roma, bajo la dirección del obispo Siricio, y otro en Milán, presidido por Ambrosio, quien juzgó las opiniones de Joviniano, bastante razonables a fin de cuentas, como "aullidos de fieras" y "ladridos de perros". Por su parte, Agustín, olfateando "herejía", apeló a la intervención del Estado y para subrayar mejor sus tesis consiguió que el monje fuese azotado con látigos de puntas de plomo y desterrado con sus acólitos a una isla dalmática. "No son crueldades las cosas que se hacen ante Dios con pía intención", escribió Jerónimo.[312]

---

[311] Hieron. c. Vigilant. 1ss; 6; 8; 10; 12; 15; 17. Grützmacher ibíd. 28s, 154 ss.

[312] Hieron adv. Jovin. 1, 1; 1, 13. ep. 48 ss; 153. Ambros. ep. 42; 63; 83. August. haer. 82. ep. 167, 10.

La "principal habilidad" de Jerónimo consistía en "hacer aparecer como canallas y desalmados a todos sus adversarios, sin excepción" (Grützmacher). Así era el típico estilo polémico de un santo que, por ejemplo, insultó igualmente a Lupicino, el ordinario de su ciudad natal de Estridón con el que se había enemistado, concluyendo la diatriba con esta burla: "Para la boca del asno los cardos son la mejor ensalada". O como cuando la emprendió contra Pelagio, hombre de costumbres verdaderamente ascéticas, de gran estatura moral y sumamente culto. Pese a haber sido en otro tiempo amigo suyo, lo califica de simplón, engordado con gachas de avena, demonio, perro corpulento, "animalote bien cebado, que hace más daño con las uñas que con los dientes. Ese perro es de la famosa raza irlandesa, no lejos de la Bretaña, como todo el mundo sabe, y hay que acabar con él de un solo tajo con la espada del espíritu, como con aquel can Cerbero de la leyenda, para hacerle callar de una vez por todas lo mismo que a su amo, Plutón".

140

De sus contrarios en general, "doctores del error", el polemista dice que "no han podido acabar con nosotros por la espada, aunque no habrá sido por falta de ganas".[313] Mientras dispensa ese trato a un hombre tan universalmente respetado como Pelagio, propugna el ascetismo y la vida de anacoreta, que fueron los temas de la mayoría de sus obras, con tantas mentiras y exageraciones que incluso Lulero, en su charla de sobremesa, protesta: "No sé de ningún doctor que me resulte tan insoportable como Jerónimo...". En su *debut* literario supo describir la historia de una cristiana contemporánea que, acusada de adulterio—injustamente, según nos cuenta—, es condenada a muerte por un juez malvado, descrito como un practicante secreto de los cultos paganos. Torturada con suplicios horribles, que se comentan con todo refinamiento, dos verdugos la hieren finalmente con la espada hasta siete veces, pero es en vano. También supo contar Jerónimo ("el erudito más grande de que pudo ufanarse en su época la Iglesia cristiana", según J.A. y A. Theiner) la historia del anacoreta que vivió en el fondo de una mina y se alimentaba con cinco higos al día, o la de otro que durante treinta sólo comía mendrugos de pan y bebía un poco de agua turbia. Y divulgar la vida del legendario Pablo de Tebaida, de cuya existencia real dudó a veces el propio autor, y cuyas tremebundas hazañas se hicieron famosas en todo el mundo.

Por ejemplo, llegó a afirmar (él, que hacía burla de las mentiras descara- das que otros propalaban acerca de Pablo) que todos los días, durante sesenta años, un cuervo llevó al anacoreta medio pan en el pico: «El mejor novelista de su época» (Kühner).[314]

Este Jerónimo que unas veces difamaba sin contemplaciones y otras elogiaba con escaso respeto a la verdad, que fue durante algún tiempo consejero y secretario del papa Dámaso, y luego abad en Belén, panegirista del ascetismo y que gozó de gran popularidad durante la Edad Media, ha sido elevado con instinto infalible al

---

Altaner 351. Kraft, Kirchenváter Lexikon 270, 315. Grützmacher, Hieronymus III 147ss. Friedrich, St. Ambrosius 93s. Caspar, Papsttum 1284. Stein, Vom römischen 330s. Dannenbauer, Entstehung I 164 s. Deschner, Hahn 197. Evans, Pelagius 26ss, más por extenso en Dudden II 393ss.

[313] Hieron. Comm. in Hierem. 3, 1. ep. 7, 4; 141. Grützmacher, Hieronymus I 148, III 258 s.

[314] Kraft, Kirchenváter Lexikon 218. Luther, Tischreden Nr. 2650, cit. s/J.A. y A. Theiner, Einführung 96 ss. Grützmacher, Hieronymus 1143 ss, 160 ss. J. Marcuse 14. Kühner, Gezeiten der Kirche 234 s.

patronato universitario, en particular de las facultades teológicas. Nos parece que le faltó poco para llegar a ser papa. Cuando menos, él mismo atestigua que según el parecer común, era merecedor de la máxima dignidad eclesiástica: "He sido llamado santo, humilde, elocuente". Pero sus íntimas relaciones con diversas damas de la alta aristocracia romana excitaban la envidia del clero. Además, el fallecimiento de una joven, atribuido por el indignado pueblo, es de suponer que no sin motivos, al *"detestabile genus monachorum",* le hizo impresentable en Roma. Por eso huyó, seguido al poco por sus amigas, de la ciudad de sus sueños de ambición.[315]

141

En pleno siglo XX, sin embargo, Jerónimo "brilla" todavía en el gran *Lexikon für Theologie und Kirche,* editado por Buchberger, obispo de Regensburg, "pese a ciertos aspectos negativos, por su hombría de bien y su elevación de miras, por la seriedad de sus penitencias y la severidad para consigo mismo, por su sincera piedad y su amor ardiente a la Iglesia". "Fue muy respetado entre los mejores de su época" (Schade). Sin embargo, un teólogo tan notable como Cari Schneider, reprocha "las peores necedades" al hombre que mereció la máxima mención de honor de la *Catholica,* el título de doctor de la Iglesia, y patrón de sus facultades de Teología, y le acusa de "difamaciones y falsificaciones sin escrúpulos, afán de intriga y soberbia enfermiza, apasionamiento excesivo y carácter traicionero", "falsificación de documentos, plagio, exabruptos de odio, denuncias...".[316] Algunas veces los doctores de finales del siglo IV lamentaron aquel estado de cosas, aquella "guerra interna", en exclamaciones retóricas o en quejas sinceras. "He oído a nuestros padres el comentario —escribe Juan Crisóstomo— de que antes, durante las persecuciones, sí había verdaderos cristianos." Pero ¿cómo vamos a convertir infieles ahora? se pregunta: "¿Mediante milagros? Ya no existen. ¿Mediante el propio ejemplo de nuestras acciones? Están totalmente pervertidas. ¿Con el amor? De eso no se encuentra ni rastro". Y manifiesta que todo está destruido y perdido. "Nosotros, que fuimos llamados por Dios para curar a otros, andamos necesitados de alguien que nos sane."[317]

En el mismo sentido se manifestó el doctor de la Iglesia Gregorio Nacianceno, quien dimitió siempre de sus cargos eclesiásticos mediante el procedimiento de fugarse: "¡Qué desgracia! Nos abalanzamos los unos contra los otros y nos devoramos [...] y siempre bajo el pretexto de la fe, que sirve de tapadera con su nombre venerable a todas las disputas privadas. Nada tiene de extraño, pues, el odio que nos profesan los paganos. Y lo peor es que ni siquiera podemos afirmar que estén equivocados [...]. Eso es lo que hemos merecido con nuestras luchas fratricidas".[318]

En 372, también Basilio, doctor de la Iglesia, desesperaba de poder expresar una queja "proporcionada a la desgracia": "El temor a las gentes que no temen a Dios les franquea a éstas el camino hacia las dignidades de la Iglesia; así es evidente que la máxima impiedad va a premiarse con el máximo cargo, de manera que los más

---

[315] Altaner 346. Grützmacher, Hieronymus 1200, 225, 242, 275.

[316] Schade LThK 1 ed. V 13 ss. Altaner 347. Hümmeler 461 s. Schneider, Christiiche Antike 295, 304, 371 y otras.

[317] Chrysost. Hom. in Act. apost. 24. In 1. ep ad Timoth. hom 10, 3. Homilías sobre la epístola a los efesios 10, 2 s. Cf. también para las notas siguientes: Hornos l79.

[318] Greg. Nacianc. or. 2, 79 ss. Cf. P. Haeuser BKV vol. 59, p. IX ss. Deschner, Hahn473.

grandes pecadores van a parecer idóneos para la dignidad episcopal [...] y los ambiciosos despilfarran el óbolo de los pobres en provecho propio y para regalos [...]. Bajo el pretexto de luchar por la religión se dedican a dirimir sus enemistades particulares. Y otros, para que no se les exijan las responsabilidades por sus delitos se dedican a fomentar divisiones entre los pueblos, de manera que sus crímenes pasen más desapercibidos en medio del desorden general".[319]

142 Sin duda, la crítica de Basilio se dirige sobre todo contra "la plaga de la herejía", que estaba extendiéndose desde las fronteras de Iliria hasta la Tebaida, habiendo devorado ya "la mitad de la Tierra". *¡Pero también los herejes son cristianos!* Por eso le parece al obispo tanto más lamentable que "la parte que parecía sana también está rota por la discordia", que "junto a las guerras exteriores" hacían estragos "los disturbios internos", y que junto "a la lucha franca contra los herejes" las hubiese también "entre los verdaderos creyentes".[320]

Aun así, a las "guerras exteriores", a la lucha contra judíos y contra "herejes", se sumaba ya la guerra contra el paganismo.

[319] Basil., carta a los obispos de Italia y de la Galia 2 s (BKV 1925, 137 ss).
[320] Ibíd., además Kolping 415 ss.

143

CAPITULO 4. PRIMEROS ATAQUES CONTRA EL PAGANISMO

"Gozaránse los santos en la gloria, [...] resonarán en sus bocas elogios de Dios, y vibrarán en sus manos espadas de dos filos, para ejecutar la venganza en las naciones, y castigar a los pueblos impíos; para aprisionar con grillos a sus reyes, y con esposas de hierro a sus magnates; para ejecutar en ellos el juicio decretado, [...] ¡aleluya!"

SALMOS 149:5ss.

"Y al que hubiese vencido, y observado hasta el fin mis obras, yo le daré autoridad sobre las naciones, y regirlas ha con vara de hierro, y serán desmenuzadas como vasos de alfarero."

APOCALIPSIS, 2, 26ss.

"Pues vos también, Emperador santísimo, tenéis el deber de sujetar y el de castigar, y es vuestra obligación, en virtud del primero de los mandamientos del Altísimo, el perseguir con vuestra severidad y por todas las maneras posibles la abominación de la idolatría."

FIRMICO MATERNO, PADRE DE LA IGLESIA[321]

"Dos medidas importaron sobre todo a Firmico: la destrucción de los templos, y la persecución a muerte de quienes no pensaran como él."

KARL HOHEISEL[322]

Si desde el primer momento los cristianos combatieron con "santa ira" a judíos y "herejes", en cambio mostraron cierta moderación frente a los paganos, llamados *héllenes* y *éthne* por los tratadistas del siglo IV. El concepto de "paganismo", muy complejo y referido tanto al ámbito religioso como al de la vida intelectual, excluía sólo a los cristianos y a los judíos, y posteriormente a los musulmanes. No se trata, naturalmente, de una noción científica, sino teológica y procedente de la época tardojudía neotestamentaria, con las obvias connotaciones negativas. Traducido al latín dio primero *gentes (arma diaboli,* según san Ambrosio), y luego, a medida que los partidarios de la antigua religión iban quedando reducidos a las zonas rurales, *pagani, paganas.* En la acepción que designó a los no cristianos, esta palabra aparece por primera vez en dos epigrafías latinas de comienzos del siglo IV; en el sentido corriente significaba "campesinos" o "paisanos" o también puede entenderse como antónimo de "militares". Por ejemplo, los "paganos", es decir, aquellas personas que no eran soldados de Cristo, se llamaban en gótico antiguo *thiudos, haithns,* que en antiguo alto alemán da *heidan, haidano* (alemán moderno: *Heiden),* con el probable significado de "salvajes" (!).[323]

144

Decíamos, pues, que el trato inicial dado por el cristianismo a estos "salvajes" fue bastante suave. Notable detalle, que preludia la táctica utilizada por la Iglesia durante

---

[321] Firm. Mat. err. 29, 1.

[322] Hoheisel, 382.

[323] Ambros. Exp. ps. 118, 21, 11. Brockhaus **11**513. LThK 1 ed. IV 877. Lechner 16ss. Chadwick, Die Kirche 174, nota 1. Tinnefeid 225ss.

el próximo y largo milenio y medio: frente a las mayorías, prudencia, hacerse tolerar, sobrevivir, para luego destruirlas tan pronto como sea posible. Si nosotros tenemos la mayoría, ¡fuera la tolerancia!; en caso contrario: a favor de ella. ¡Eso es el catolicismo clásico, hasta el día de hoy! En nuestros días hemos visto como un teólogo reformado y socialista religioso, Karl Barth, escribe que las religiones sólo contienen superstición y "deben ser totalmente abolidas para dejar sitio a la Revelación".[324]

Al principio, los paganos vieron en el cristianismo solamente una secta disidente del judaísmo, que participaba de la opinión negativa que merecían los judíos en general, tanto más por cuanto, además de haber heredado la intolerancia y el exclusivismo religioso de aquéllos, ni siquiera representaban como ellos una nación coherente. Los antiguos creyentes sólo hallaban "impiedad" en aquellos grupúsculos innumerables, que además no tomaban parte en la vida pública, lo que les hacía sospechosos de inmoralidad. En una palabra, eran despreciados y se les hacía responsables de epidemias y hambrunas, por lo que no era de extrañar que resonase de vez en cuando el grito de: "¡Los cristianos a los leones!" (a un autor judío, anota León Poliakov, esas resonancias le resultan extrañamente familiares). De ahí que los padres de la época preconstantiniana escribiesen la "Tolerancia" con mayúsculas, haciendo de la necesidad virtud, incansables en la exigencia de libertad de culto, de respeto a sus creencias, al tiempo que hacían protestas de desprendimiento, de virtud, como quienes vivían en la tierra pero como si anduviesen ya por el cielo, amando a todos y no odiando a nadie, no devolviendo mal por mal, prefiriendo sufrir injusticias que infligirlas, ni demandar a nadie, ni robar, ni matar.[325]

Si casi todas las cosas de los paganos les parecían "infames", en cambio los cristianos se consideraban "justos y santos". "Y como saben que aquéllos están en el error, se dejan maltratar por ellos..." Hacia 177, Atenágoras explicaba a los emperadores paganos que "se debe permitir que cada cual tenga los dioses que prefiera". Hacia el año 200, también Tertuliano se muestra partidario de la libertad de religión; que los unos recen al cielo y los otros a los altares de FIDES; que éstos adoren a Dios y los otros a Júpiter, "es un derecho humano y una libertad natural para todos el adorar lo que le parezca mejor, ya que con tales cultos nadie perjudica ni beneficia a los demás...". Todavía Orígenes citaba una larga serie de puntos comunes entre la religión de los paganos y la cristiana, para destacar mejor el prestigio de ésta, y no quiere consentir blasfemias contra dioses de ningún género, ni siquiera en situaciones de flagrante injusticia.[326]

145

Es posible que algunos padres de la Iglesia se expresasen así por convicción; en otros no sería sino cálculo y oportunismo.

---

[324] Daniélou, Die heiligen Heiden 29.

[325] Diog. 5. Arist. apol. 17, 3. Amob. ad gent. 1, 6. Tert. de patient. 6, 7. apol. 37 de idol. 19. de corona milit. 12. Cypr. de bono patient. 16. Just. Tryphon. 110, 1. Tat. or. ad Gr. 19, 2; 11, 1. Orig. c. Cels. 8, 68; 5, 33; 7, 26; 3, 7; com. ser. 102 in Mat. Tert. apol. 40 y otros muchos. Documentado p.e. en Vogt 74. Cf. además Dodds lll.PoliakovI19.

[326] Arist. apol. 17, 2 s. Cf. también 15.1 ss. Athenag. leg. 1, 11s; 31ss. Tert. apol. 24, 5; 38. ad. scap. 2, 2. Orig. c. Cels. 3, 38; 7, 46; 8, 41; 8, 66. Kraft, Kirchenváter Lexikon 394. Miura-Stange 13ss. Wlosok 147ss. Kotting, Religionsfreiheit 21.

La temática antipagana en el cristianismo primitivo

Pero, por mucho que postulasen la libertad religiosa, atacaron a los paganos del mismo modo que hicieron con los judíos y "herejes". Esa polémica, esporádica o casi podríamos decir casual al principio, va ganando terreno desde finales del siglo II, es decir, cuando empezaban a sentirse fuertes. De la época de Marco Aurelio (161-180) conocemos los nombres de seis apologistas cristianos y los textos de tres apologías (de Atenágoras, Tatiano y Teófilo).[327]

Los temas antipaganos son numerosos, pero aparecen bastante dispersos, incluso en la bibliografía posterior. Hacen alusión a la teogonía y la mitología de los paganos, al politeísmo, a la naturaleza de los dioses, a las imágenes, su culto y su manufactura, al origen diabólico del "culto a los ídolos". Esto último en un cristiano se consideraba pecado gravísimo, sancionado con la expulsión.[328]

La argumentación de estos primeros tratados (y la de los que vinieron después) realmente no convenció mucho y no tuvo éxito, ni siquiera literario (Wlosok). Apenas influyó sobre la opinión pública y no tuvo ninguna trascendencia en el plano político; es una corriente turbia, escasa y pobre de ingenio, que fluye a través de los siglos siempre igual a sí misma. Los cristianos tomaron muchas de sus críticas de los mismos paganos, como sucede con el historiador Eusebio o Atanasio, el doctor de la Iglesia, que se remontan a veces hasta los presocráticos. Con anterioridad al cristianismo, la crónica escandalosa del Olimpo pagano y los rasgos excesivamente obscenos de la mitología habían merecido fuertes críticas, lo mismo que se había discutido, y con bastante apasionamiento algunas veces, la interpretación del culto a las imágenes.[329]

146

Los mitos antiguos eran un escándalo para los cristianos, a quienes chocaban por "inmorales", por abundar en "amores" y "cupiditas" o bajos deseos.

Arnobio de Sicca, que fue maestro de Lactancio, dedicó siete mamotretos, patéticamente aburridos, a polemizar *Contra los paganos,* cuyos dioses tenían sexo "como los perros y los cerdos", "miembros vergonzosos que una boca honesta ni siquiera puede nombrar". Critica que se libren a sus pasiones "a la manera de los animales inmundos", "con frenético deseo al intercambio de inmundicias del coito". Arnobio, como otros muchos tratadistas, da la relación de los amores olímpicos, de Júpiter con Ceres, o con humanas como Leda, Dánae, Alcmena, Electra y miles de doncellas y mujeres, sin olvidar al efebo Catamito, "a nada hace ascos Júpiter [...] hasta que finalmente se diría que el desgraciado sólo nació para ser semilla de crímenes, blanco de injurias y lugar común en donde se vierten todos los excrementos de las cloacas del teatro"; de teatros que, según Arnobio, merecerían

[327] Euseb. 4, 26, 1; 4, 26, 4 ss; 4, 17, 1; 5, 17, 5. Fredouille 869 ss. Wlosok 149 ss.

[328] Tert. adv. Marc. 4, 9. idol. 1. Cf. August. in ps. 88. serm. 2, 14; 62, 6, 9. ep. 232, 1, 2. Fredouille 870 ss. Dodds 102 ss.

[329] Geffcken, Zwei griechische Apologeten 239. Hoheisel 41, 76 s, 79. Wlosok 163.

ser derribados, así como quemados la mayoría de los escritos y libros.[330]

¡Un dios adúltero es mil veces peor que otro que extermina a la humanidad mediante un diluvio! Los cristianos juzgan como ridículas leyendas las historias de dioses que cuentan Homero y Hesíodo. En cambio, que el Espíritu Santo pudiese dejar embarazada a una doncella sin alterar su virginidad era una cosa muy seria, como demostró uno de los católicos más famosos de la época antigua, Ambrosio (cuya "grandeza", según Wytzes, desde luego "no hay que buscarla en la originalidad del ingenio"); ¿acaso los buitres no procrean sin el concurso del apareamiento?: "Dicen imposible en la madre de Dios lo que no se les discute a los buitres. Estas aves conciben sin el macho, cosa que nadie niega; en cambio, a María, por concebir estando prometida, se quiere poner en tela de Juicio su castidad"; Que los paganos enterrasen la figura de un dios, le dispensaran honras fúnebres y luego celebrasen con fiestas su resurrección, también les parecía altamente risible a los cristianos, aun teniendo por santa su propia liturgia de Semana Santa y Pascua de Resurrección. De nuevo nos proporciona san Ambrosio unas demostraciones de cariz científico: la metamorfosis del gusano de seda, los cambios de color del camaleón y la resurrección del ave fénix.[331]

A los antiguos creyentes, los cristianos les acusan de adorar a la criatura en vez de dar culto al creador. Reiteran siempre la "demostración" de la naturaleza material de los ídolos: "Se arrodillan ante la obra de sus propias manos", como censuraba ya Isaías, o como dice el salmo 115: "Boca tienen, mas no hablarán; tienen ojos, pero jamás verán. Orejas tienen y nada oirán; narices, y no olerán...". En realidad, los antiguos no identificaban a las imágenes con los dioses; sabían que sólo eran "representaciones simbólicas, [...] no las divinidades mismas" (Mensching). Para los cristianos, sin embargo, tales divinidades eran "muertas e inútiles" (Arístides), no podían "ni ver, ni oír, ni caminar" (Apocalipsis de Juan). Según Gregorio Niceno, una estrella de la teología católica de la época, la impasibilidad de las estatuas se contagiaba a sus adoradores.

147

Además, estos ídolos, estos "objetos inservibles", como diagnostica el historiador de la Iglesia Eusebio, ocultan "muchas infamias". Se rellenan con huesos, desperdicios, paja, y sirven de refugio a los insectos, a las cucarachas, a los ratones y a las aves que anidan en ellos. Minucio Félix, Clemente de Alejandría, Arnobio y otros pintan con más o menos complacencia el deterioro de las imágenes, "cuando las golondrinas cruzan volando las bóvedas de los templos y dejan caer su inmundicia, y así vemos cómo poco a poco las cabezas, los rostros, las barbas, los ojos, las narices de las divinidades van cubriéndose de excrementos [...]; enrojeced, pues, de vergüenza [...]". Los dioses —ironiza **Maximino**, obispo amano— son carcomidos por las arañas y los gusanos. Y el *Martyrium Polycarpí* nos los pinta abonados de cagarrutas de perro.[332]

---

[330] Arnob. adv. nat. 3, 9 ss; 4, 24 ss; 4, 36; 5, 22. LThK 1 ed. 1689. Altaner 152 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 57. Tullius 88 ss.

[331] Arist. apol. 8; 13; Justin. apol. 1, 21; 1, 24 s. Tat. or. 8 ss. Ps. Just. or. ad Graecos 2 s. Min. Fel. dial. Oct. 20. Euseb. theoph. frg. 2, 13. Firm. Mat. err. 22. Ambros. exam 5, 20, 64 s; 5, 23, 77 ss. Wytzes 29. Lieberg 64 ss.

[332] 12. Is. 2, 8; Salm. 115, 5 ss.; Apoc. 9, 20. Arist. apol. 3, 2; 4, 1 ss; 13, 1 s. Athenag. leg. 6; 15; 18 s;

Según Tertuliano, tan temible como adorarlos o adquirirlos era el fabricarlos, actividad que, con el adulterio y la prostitución, era uno de los máximos pecados mortales. Porque, como observaban astutamente los cristianos, a los dioses los martillan, los tallan, los lijan y los encolan, "los queman en hornos de alfarero, los pulen con la muela y la lima, los cortan con la sierra, el berbiquí y el hacha, los alisan con el formón. ¿No es locura todo eso?». Y todavía más, ya que las imágenes se hacían «a veces» de los «adornos de las prostitutas y las joyas de las hembras, o de huesos de camello...» (Arnobio). Atenágoras afirma que siempre se sabe de qué taller ha salido cualquier dios; según Orígenes, son los de los artistas más degenerados, de la misma categoría que los saltimbanquis y las envenenadoras. Justino, el santo enemigo de los judíos, nos cuenta que además seducían a sus esclavas jóvenes y las convertían en cómplices de la obra diabólica.[333]

Muchas de las críticas contra los paganos, cuando no todas, podrían volverse contra los mismos cristianos.

Como cuentan Clemente de Alejandría o Arnobio, muchas veces los artistas creaban en las imágenes retratos de modelos de carne y hueso, aunque fuesen "prostitutas y deshonradas" como Cratina, la amante de Praxíteles que sirvió de modelo para la Afrodita de Gnido. Pero ¿no tienen el mismo origen muchas de nuestras imágenes de vírgenes, santos y personajes bíblicos? ¿Acaso no pintó Fray Filippo Lippi a la monja Lucrezia Buti (más tarde su mujer, después de raptarla en 1456) con su hijo en la figura de María con el niño Jesús? ¿No eternizó Durero a las concubinas del cardenal de Maguncia, Alberto II (1514-1545), Catalina Stolzenfeís y Ernestina Mehandel, como hijas de Lot, y Lucas Cranach a Ernestina como "santa Úrsula", así como Grünewaid a Catalina en la figura de "santa Catalina en las bodas místicas"? Minucio Félix, un africano que ejercía de abogado en Roma, criticaba que se paseasen figuras de los dioses durante las procesiones paganas. Con el tiempo, las cristianas se llenaron también de cohortes enteras de santos; el arzobispo Alberto de Magdeburgo incluso paseó a una cortesana puesta en andas como "figura viviente". Y si el obispo Eusebio consideró que la exposición de las imágenes era un engaño para niños y mayores de pocas luces, ¿qué no diremos de los millones de santos de estuco que hoy se venden comercialmente?[334]

148

Hay más; la polémica contra los paganos censuraba que el hombre se arrodillase ante la obra hecha con sus propias manos, tal como hoy los cristianos se arrodillan ante imágenes de Cristo y de los santos. Se burlaban de la costumbre de besar los "ídolos"..., y ellos besan las figuras de santos y las reliquias. Afirmaban que las apariciones de dioses no servían como demostración de la existencia de los mismos, ¿qué demuestran entonces las apariciones de Cristo? Agustín aporta un argumento definitivo: los "ídolos" no protegen a los soldados en la guerra, ¿acaso sirven las estampitas? Clemente, Arnobio y otros se reían de los incendios de templos y otras

22; 28 s. Just. apol. 1, 9; 1, 20; Ep. ad Diogn. 2. Theoph. Ant. ad Autol. 1, 19; Mart. Apolon. 22. Mart. Polyk. 2, 2; Tert. apol. 12, 7 Min. Fel. dial. Oct. 24.

[333] Athenag. leg. 17. Just. apol. 1, 9. Tatian or. 4. Tert. pud. 5. adv. Marc. 4, 9, 6. apol. 12. Arnob. adv. nat. 6, 14. Cyrill. Hieros. catech. 6, 10. Hippol. trad. apost. 16. Orig. c. Cels. 1, 5; 5, 38.

[334] Min. Fel. Oct. 12, 5. Celm. Alex. protr. 53, 5 s. Arnob. adv. nat. 6, 13. Euseb. or. Const. ad sanct. coet. 11. ep. ad Constant. Cf. h.e. 7, 18, 4. Altaner 120. Menzel II 249 s. Deschner, Das Kreuz 190. Kindiers Malereilexikon IV 169.

catástrofes; en la segunda guerra mundial, sin ir más lejos, cayeron millares de iglesias (ya Lichtenberg ironizaba a costa de los curas que instalaban pararrayos en sus campanarios). Los cristianos opinaban que el material consumido en la fabricación de imágenes podía destinarse a mejores fines, que cuando éstas eran de materiales nobles se hacía preciso encerrarlas para defenderlas de los ladrones; lo mismo sucede con los tesoros artísticos de las iglesias. ¡Es que no se confía mucho en la protección celestial! Los cristianos criticaban que la religión romana y el Imperio romano tuviesen sus orígenes en crímenes y homicidios, ¿acaso no sucedió lo mismo con las iglesias cristianas y los imperios cristianos?[335]

Los inspiradores de estas idolatrías, naturalmente, no eran otros que el demonio y sus legiones de seres maléficos. Supersticiosos y contaminados de prácticas mágicas desde el primer momento, lo mismo que los paganos, los cristianos creían que los cultos idolátricos eran de directa inspiración diabólica; algunos, como Tertuliano, también incluyen en esa calificación el circo, el teatro, el anfiteatro y el estadio. Según los padres de la Iglesia, los demonios eran autores de los cultos idolátricos, parodiaban la Santa Cruz en las imágenes de los dioses y se ocultaban en éstas, se servían del oráculo y de los milagros paganos para evitar la conversión de los idólatras al cristianismo y dictaban a los poetas sus mentirosas narraciones, además de alimentarse a ellos mismos con los humos de los sacrificios paganos.[336]

149

Es significativo, no obstante, que todas estas críticas, estas censuras y estas burlas no se manifestasen hasta tiempo después; en los comienzos, cuando los cristianos aún eran minoría, no les quedaba otro remedio que poner al mal tiempo buena cara. El mundo antiguo era pagano casi por entero y frente a esta supremacía los cristianos actuaban con prudencia, o incluso establecían compromisos en caso necesario, a fin de poder acabar con ella cuando llegase la hora. También eso se pone de manifiesto en los autores cristianos más antiguos.

Compromisos y odio antipagano en el Nuevo Testamento

Las prédicas de Pablo contra los paganos fueron bastante más moderadas que contra "herejes" y judíos. A menudo, procura contraponerlos y no son raras las manifestaciones de clara preferencia en favor de los "idólatras". Lo mismo que quiso ser "apóstol de los gentiles", y dice que ellos participarán de la "herencia" y les promete la "salvación", acató también la autoridad pagana, de la que dice "proviene de Dios", que representa el "orden de Dios" y "no por un quizá ciñe la espada". Espada que, por cierto, finalmente se abatió sobre él, y eso contando con que además había sido azotado en tres ocasiones, pese a su ciudadanía, y encarcelado siete

[335] Polyc. ad Phil. 11, 2. Ps. Clem. Rom. recog. 5, 15. hom. 10, 22. Justin. apol. 1, 9. Clem. Al. protr. 4, 52, 2 s; 4, 53, 2. Arnob. adv. nat. 4, 10 ss; 6, 20 s; 6, 23. Firm. Mat. err 15, 3; 28, 4 ss; August. de civ. dei 1, 2. Lact. dov. inst. 2, 2, 22. Theophil. ad Autol. 2, 34. Euseb. or. Const. ad sanct. coet. 11. Funke 805. Tullius 22ss.

[336] Athenag. leg. 27. Justin. apol. 1, 14. Theophil. Ant. ad Autol. 2, 28. Clem. Al. protr. 44. Tret. apol. 22, 5 ss de spect. 4. idol. 1. Orig. c.Cels. 7, 67; 8, 18; Orig. mart. 45. Ps. Clem. Rom. hom. 9, 7ss recogn. 4, 14ss. Firm. Mat. err. 26s. Fredouille 889 s. Hoheisel 83ss.

veces.[337]

Ya Pablo no vio nada bueno en los paganos, sino que opina que "proceden en su conducta según la vanidad de sus pensamientos", "tienen oscurecido y lleno de tinieblas el entendimiento", y el corazón "insensato", "llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos", y "no dejaron de ver que quienes hacen tales cosas son dignos de muerte". Todo ello, según Pablo (y en esto se mostraba completamente de acuerdo con la tradición judaica tan odiada por él), era consecuencia del culto a los ídolos, del que sólo podía resultar avaricia e inmoralidad; a los "servidores de los ídolos" suele nombrarlos de corrido con los salteadores de caminos. Además, los llama infamadores, enemigos de Dios, soberbios, altaneros, inventores de vicios; y previene contra sus festividades, prohíbe la participación en sus cultos, en sus banquetes sacramentales, en "la comunión diabólica", la "mesa diabólica", el "cáliz del diablo": son palabras fuertes. ¿Y sus filósofos? "Los que se creían más sabios han acabado en necios."[338]

Podemos remontarnos aún más atrás, sin embargo, porque ya el Nuevo Testamento arde en llamas de odio contra los gentiles. En su primera carta, Pedro no titubea en considerar por un igual el estilo de vida de los paganos y las "lascivias, codicias, embriagueces e idolatrías abominables". En el Apocalipsis de Juan, Babilonia (nombre simbólico de Roma y del Imperio romano) es "morada de demonios", "la guarida de todos los espíritus inmundos"; los "sirvientes de los ídolos" quedan colocados junto a los asesinos, junto a "los impíos y malhechores y homicidas", los "deshonestos y hechiceros [...] y embusteros, su suerte será en el lago que arde con fuego y azufre". Porque el paganismo, "la bestia", debe estar donde se halla "la morada de Satán", donde "Satanás tiene su asiento". Por eso el cristiano debe regir a los paganos "con vara de hierro, y serán desmenuzados como vasos de alfarero". Todos los autores de la primera época, incluso los más liberales como subraya E.C. Dewik, asumen "esa enemistad sin paliativos".[339]

150

La difamación del cosmos y de la religión y la cultura paganas (Arístides, Atenágoras, Tatiano, Tertuliano, Clemente y otros)

Hacia mediados del siglo II, Arístides, uno de los primeros apologetas, fustigó (en una apología que no se descubrió hasta 1889, en el monasterio de Santa Catalina del Sinaí) la divinización del agua, del fuego, de los vientos, del sol y, desde luego, el culto a la tierra, ésta por ser el lugar "donde se almacena la inmundicia de los humanos y la de los animales, tanto salvajes como domésticos [...] y la descomposición de los muertos", "recipiente de cadáveres". Sin embargo, la

[337] Rom. 9, 30 ss; 11, 11 ss; Ef. 3, 6; Hechos 13, 46 ss; 18, 6. Dollinger 88.

[338] Efes. 4, 17ss; Rom. 1, 21ss; 1, 29ss; Col. 3, 5; 1 Cor. 5, 10 s; 10, 7; 10, 20. Sobre la creencia en demonios por parte de los primeros padres de la Iglesia cf. p.e.: Justin. apol. 1, 14; 1, 38. Thophan. Ant. ad Autol. 2, 28. Athenag. leg. 27. Van der Nat RAC IX 737 ss. Deismann 64. Conzelmann 204 s. Nock, Essays 1347.

[339] 1 Pedro 4, 3; Apoc. 2, 12ss; 2, 26s; 18, 2; 21, 8; 22, 15. Friediánder 835. Dewick 112. Meinhold, Historiographie 131.

enemistad especial de este cristiano iba orientada sobre todo, lo mismo que sucede con muchos de nuestros contemporáneos, contra "la envoltura oscura y tortuosa del lenguaje mitológico de los egipcios", como escribe McKenzie. Pues ellos, "el más simple e irracional de todos los pueblos de la tierra", rendían culto a los animales (aunque, desde el punto de vista de la historia de las religiones, es discutible que los animales hayan sido tenidos por divinidades, sino más bien una de las formas de manifestación de la divinidad). A la gente de iglesia eso le parecía un escándalo digno de toda censura. Una y otra vez acusan la indignación que les produce el culto a las divinidades teriomorfas, el pez, la paloma, el perro, el asno, el buey y el macho cabrío, e incluso el ajo y la cebolla. "¡No se dan cuenta esos míseros de que todas estas cosas no son nada!"[340]

Nada, pues, el reino animal, ni el vegetal. Nada, el placer. Y los mundos politeístas: "Locura", "habladurías blasfemas, ridículas y necias", que son origen de "todo lo malo, espantable y repugnante", de "grandes vicios", de "guerras inacabables, grandes hambrunas, amargos cautiverios y miseria absoluta", todo lo cual cae sobre la humanidad, "a causa del paganismo" y sólo por eso.[341]

A finales del siglo II, el ateniense Atenágoras quiere ver a Dios, el padre de la razón, hasta en las criaturas desprovistas de ella, y reclama que se honre la imagen de Dios no sólo en la figura humana, sino también en las de aves y animales terrestres. Precavido, el cristiano declara que "es preciso que cada cual elija a los dioses de su preferencia", asegura que no alberga la intención de atacar sus imágenes y ni siquiera niega que éstas sean capaces de obrar milagros; Agustín se pronuncia de manera muy parecida. Qué humilde, o casi podríamos decir, devoto parece Atenágoras en su *Rogativa en favor de los cristianos,* cuando solicita la "indulgencia" de los paganos Marco Aurelio y Cómodo, y alaba su "gobierno prudente", su "bondad y clemencia", su "ánimo pacífico y amor a los humanos", su "afán de saber" y su "amor a la verdad", sus "benéficas acciones"; incluso les asigna títulos honoríficos que no les correspondían.[342]

151

Sin embargo, por la misma época, es decir, hacia 172, el oriental Tatiano redacta una tremenda filípica contra el paganismo. Para este discípulo (cristianizado en Roma) de san Justino y futuro caudillo de la "herejía" encratita, para el "filósofo bárbaro Tatiano", como él mismo se llama, los paganos son unos pretenciosos ignorantes, pendencieros y aduladores. Están llenos de "soberbia" y de "frases campanudas", pero también de lujuria y mentira. Sus instituciones, sus costumbres, su religión y sus ciencias no son más que "necedades", "estupidez bajo múltiples disfraces", "aberraciones". En su *Discurso a los creyentes de Grecia,* Tatiano critica "la palabrería de los romanos", "la frivolidad de los atenienses", "la turba innumerable de vuestras inútiles poetisas, vuestras concubinas y demás parásitos". El ex-alumno de los sofistas encuentra "falta de medida" en Diógenes, "gula" en

[340] Arist. apol. 4, 2 s; 5, 1 ss; 6, 1; 12, 1; 12, 6 ss. Min. Fel. Oct. 28, 7 s. Justin. apol. 1, 24, 1. Athenag. leg. 1, 1; 14, 2; Kerygma Petr. frg. 3 a. Mart. Apollon. 21. RAC X 1204. Altaner 88 s. Mensching, Irrtum 9. McKenzie 40.

[341] Arístides, apol. 8, 5 s; 9, 5; 9, 8 s. Cf. también 3, 1ss; 8, 1ss.

[342] Athenag. leg. 1 s; 18; 21 ss; 26 s. Cf. también Justin. apol. 1, 9, 2. Theophil. ad Autol. 1, 10. Min. Fel. Oct. 23, 12. Eberhard BKV 1913, 6 y el mismo en LThK 1 ed. 1770. Funke RAC XI 784, 802. Hoheisel 81.

Platón, "ignorancia" en Aristóteles, "habladurías de viejas" en Feréquides y Pitágoras, "vanidad" en Empédocles. Safo no es más que una "hembra deshonesta, presa de furor uterino", Aristipo un "hipócrita lujurioso", Heráclito un "autodidacta vanidoso"; en una palabra: "Son charlatanes, que no doctores —ironiza el cristiano— , grandes en palabras pero parcos en saberes", que "andan sobre pezuñas como animales salvajes".[343]

Tatiano hace tabla rasa de la retórica clásica, de las escuelas, del teatro, "esos hemiciclos [...] donde el público se regodea escuchando inmundicias"; se carga incluso las artes plásticas (por su temática y por los modelos elegidos), e incluso lo que todo el mundo ha admirado y sigue admirando, la poesía y la filosofía de los griegos; opone continuamente la "frivolidad", la "necedad", la "enfermedad" del paganismo a la "prudencia" cristiana. Frente a "las doctrinas rivales y engañosas de los que ciega el demonio", las "enseñanzas de nuestra sabiduría".

Los verdaderos amantes de la sabiduría, afirma Tatiano, frecuentan las iglesias. "No somos payasos, o seguidores de las doctrinas griegas, y no nos prestamos a farsas", y *"nosotros* no mentimos", *"vuestras* palabras son necedades...". Entre "las verdades de las que soy heraldo" figuraban algunos cuentos para no dormir de Tatiano, como que los paganos comían carne de cristianos para que éstos no pudiesen resucitar el Día del Juicio.[344]

152

Con este discurso ("única y contundente requisitoria contra todos los logros del espíritu helénico en todas las disciplinas", según Krause), empieza el menoscabo de toda la cultura pagana, al que siguió el ostracismo y casi el olvido total en Occidente durante más de un milenio. Pero mientras un investigador crítico como Johannes Geffeken dice del sirio Tatiano que fue un "oriental enemigo de la cultura", "redomado hipócrita" y "erudito a la violeta", además de "embustero que no respetaba a los demás ni se respetaba a sí mismo", en cambio el partido católico del siglo XX todavía defiende a Tatiano y habla de la "belleza y utilidad" del tratado en cuestión, del que ya en el siglo IV decía el historiador Eusebio que era "famoso entre las gentes". El mismo obispo asegura que era "la más bella y útil de todas las obras de Tatiano".[345]

Ahora bien, el tan repetido **Tatiano** militaba en el mismo frente de la Iglesia antigua que se extiende desde san Ignacio (que rechazaba todo contacto con la literatura pagana y casi podría decirse que con la instrucción en general) y su correligionario **Policarpo**, obispo de Esmirna, hasta el polígrafo **Hermíades** y su *Sátira de los filósofos paganos*, tan burda como elemental, el padre de la Iglesia Ireneo, el obispo Teófilo de Antíoquía y otros que manifestaron su inquina contra la filosofía antigua, condenada como "falsas especulaciones", "desvaríos, absurdos, delirios de la razón, o todas estas cosas a la vez". Según san **Teófilo** (espíritu bastante mediocre, pero que fue titular de una sede prestigiosa), lo que difunden los representantes de la cultura griega sin excepción no es más que "palabrería", "charla

[343] Tat. or. ad Graec. 1, 4; 2, 1ss; 3, 2 s; 3, 6 s; 3, 9 s; 6, 4; 14, 1; 25, 1; 26, 1; 26, 5; 33, 1; 33, 7; 34, 5; 34, 7; 35, 2; 43, 1. Kukula BKV 1913, 4s; 7; 15; 18. Altaner 95 s. Krause, Die Stellung 24.

[344] Tat. or. 1, 7; 12, 6; 12, 13; 17, 2; 19, 1; 21, 1ss; 22ss; 26, 5; 32, 2 s; 32, 7.

[345] Tat. or. 8, 4; 9, 7 ss; 10, 3; 14, 1 ss; 15, 8; 18, 6 s; 29, 1 ss; 33 s. Euseb. h.e. 4, 29, 7. BKV 1913, 19. Geffcken, Zwei christíiche Apologeten 105 ss. Krause, Die Stellung 23.

inútil", ya que "no han tenido ni el menor atisbo de la verdad", "no han encontrado ni la más mínima pizca de ella".[346]

En las mismas valoraciones abundó **Tertuliano**. Moviéndose en la ambigüedad, como corresponde a los buenos cristianos, supo defender la tolerancia, dejando que se rezase lo mismo a Júpiter que ante el altar de la fe, y protestó de que se privase a nadie "de la libertad de religión y de elegir libremente a sus divinidades"; pero, al mismo tiempo, se burla: ¿qué tienen en común un filósofo y un cristiano, un discípulo de Grecia y un discípulo del cielo, un falsificador de la verdad y un renovador de ella? El veredicto sobre la filosofía es finalmente condenatorio (pese a que él jamás vivió de otra cosa), y abarca a la cultura griega en general. Nada le debe el cristianismo, porque aquélla no es más que halago para los oídos, necedad, obra del diablo, y si alguna vez se acerca a la verdad, es por coincidencia o por plagio.[347] Sin embargo, para Tertuliano, el colmo de la impiedad y la culminación de los siete pecados capitales, que en los gentiles se suponen con carácter general, es la adoración de múltiples dioses, sin tener en cuenta que al fin y al cabo éstos no son sino las fuerzas de la naturaleza personificadas y divinizadas, o las de la potencia sexual. Pues bien. Tertuliano, quizá más que ningún otro autor cristiano antes que él, emprendió una lucha sistemática contra este culto. Comprueba con satisfacción el escaso respeto que los paganos tenían a sus propios ídolos y en lo tocante a los usos de su religión. Pone en su punto de mira la impasibilidad de los dioses, la indignidad de sus mitos; se burla y se escandaliza de que los cristianos no puedan ir a parte alguna sin tropezarse con dioses. Les prohíbe cualquier actividad ni remotamente relacionada con la "idolatría", así como la elaboración y venta de imágenes y todas las profesiones útiles al paganismo, incluido el servicio militar.[348]

153

Incluso un amigo de la filosofía griega como **Clemente Alejandrino,** en su *Advertencia a los gentiles* rebatía, a la vuelta del siglo III, todos aquellos "mitos santificados", "altares impíos", "adivinos y oráculos demenciales e inútiles", y todas sus "escuelas de sofismas para incrédulos y garitos donde abunda la locura". Por lo que se refiere a los "cultos mistéricos de los impíos", Clemente se propone "revelar los engaños que se ocultan en ellos", su "desvarío sacro", ya que no hay en ellos más que "orgías engañosas", "totalmente inhumanas", "semilla de todo mal y de la perdición", cultos abominables que sin duda sólo impresionarían "a los bárbaros más incultos de entre los tracios, a los más tontos de entre los frigios y a los más supersticiosos de entre los griegos".[349]

De todo lo que era realmente bello y lleno de sentido, como la divinización de los astros y del sol, al que rendían culto especialmente los persas, de la tierra y sus frutos, de las aguas —sobre todo entre los egipcios, que divinizaron en particular las del

---

[346] 26. Hermias 21, 2, 10; Theoph. ad AUtol. 2, 12; 2, 15; 2, 33; 3, 2 s; 3.17. Cf. también 3, 16;3, 29. Iren. adv. haer. 2, 14. BKV 1913, 6. Altaner 103. Kraft, Kirchenváter Lexikon 263 s. Krause, Die Stellung 26, 61 s. Deschner, Hahn 306 ss.

[347] Tert. apol. 24; 38; 42; 46; praesc. haer. 7; 14. anima I s. spect 17; 29. Sobre el "latrocinio de los helenos" cf. Tert. apol. 19. Altaner 126. Kraft, Kirchenváter Lexikon 474. Krause, Die Stellung 91 s.

[348] Tert. idol. 1; 4 ss; 10; 17 s. mart. 2, 7. apol. 13, 6; 22, 1 ss; 42; 46. pud. 5; adv. marc. 4, 9, 6. Wright 17ss. McKenzie 88 s. Morenz 30ss. Eliade 299ss. Cf. también el pasaje sobre "blasfemias contra los dioses y diosas" en Opeit, Die lateinischen Schimpfwórter 253ss.

[349] Clem. Alex. protr. 2, 11, 1ss; 2, 12, 1 s; 2, 13, 2ss; 2, 14, 1; 2, 17, 2; 2, 22, 3; 2, 23, 1.

Nilo—, así como del erotismo y la sexualidad, abominó expresamente dicho padre de la Iglesia, precedido en esto por **Arístides** y seguido por otros como **Firmico Materno** o **Atanasio**, doctor de la Iglesia, en su *Oratio contra gentes,* en donde el obispo no sólo condena la divinización de imágenes, seres humanos y animales, sino también la de los astros y los elementos; para él la religiosidad pagana estaba enteramente fundada en el exceso sexual y la amoralidad.[350]

Los cristianos de la Antigüedad no entendían el fascinante ciclo de la vida de las plantas, tan celebrado por los paganos, ni la interpretación de mitos antiquísimos en relación con la fecundidad, que implicaban la participación en realidades telúricas y cósmicas, así como la experiencia, profundamente religiosa, del eco de lo bello y lo vital en cada ser humano. "En esta religión todo guarda relación con la arada, la siembra y la recolección de los frutos del campo", escribió **Plutarco** refiriéndose a la de los antiguos egipcios. Al igual que en otros muchos sistemas de creencias, éstas eran alusiones simbólicas al eterno ciclo de la muerte y el renacimiento.[351]

154

En estas modalidades de la adoración al sol, la luna y las estrellas, a la tierra, su fertilidad y sus alegrías, Clemente de Alejandría tampoco quiso ver otra cosa que la "culminación de la necedad", "impiedad y superstición", "caminos aberrantes y resbaladizos que apartan de la verdad, que desvían al hombre de su ruta hacia el cielo y que le precipitan hacia los abismos". "¡Ay de tanto desvarío! —exclama Clemente—.

¿Por qué habéis prescindido del Cíelo para adorar la tierra? [...] Habéis, quiero repetirlo otra vez, rebajado la fe a ras del suelo. [...] Pero yo estoy acostumbrado a pisar la tierra con los pies, que no adorarla."[352]

En esto de pisar o pisotear la tierra con los pies podemos percibir, incluso con más claridad que en Arístides, el eco desgraciado del "Y dominad" veterotestamentario. Ahí nace la tendencia destructiva, de consecuencias que todavía hoy podemos apenas abarcar; en vez del "cosmos natural" interviene un "cosmos eclesiástico", un antropocentrismo religioso radical, cuyas numerosas repercusiones y cuyos "progresos" perduran más allá de la teocracia medieval y que conducen, como ha escrito con clarividencia A. Hilary Armstrong, hacia "a wholly man-centered technocratic paradise, which is beginning to look to more and more of us more and more like hell".[353]

Aún en 1968 un teólogo protestante como Albrecht Peters podía escribir, aludiendo expresamente al mandato bíblico que hemos citado más arriba: "En el encuentro con Dios, el hombre quedaba liberado de las fuerzas cósmicas elementales, del deber de idolatrizar lo mundano y palpable; frente al Dios *único* aprendía a ver el mundo como *unidad* [...], alcanzaba la posibilidad de la *secularización,* la libertad interior [...] que le permite dominar tecnológicamente ese mundo así desmitologizado [!].[...] Esta secularización aportada por el cristianismo supera todas las tendencias secularizadoras anteriores por su mayor capacidad de

[350] Athan c. gent. 1 ss. RAC XI 881. Mensching, Inturn 17.

[351] Plutarco, De Isis et Osiris. 65.

[352] Clem. Al. protr. 2, 25, 1; 2, 26, 1 s; 2, 27, 1; 4, 56, 2 ss; 4, 58, 3; 4, 63, 1. Cf. Orig. c. Cels. 7, 62. Funke RAC XI 780 s. Gentz, Athanasius 862. Hoheisel 133 ss.

[353] Armstrong 11 s.

penetración; la dominación técnica del mundo arrastra en su remolino a todas las culturas".[354]

Al tiempo que condena la divinización del Cosmos, Clemente Alejandrino lanza en su *Protreptikos* un sistemático anatema contra la sexualidad, tan vinculada con los cultos paganos, "con vuestros demonios y vuestros dioses y semidioses, propiamente llamados así como si habláramos de semiburros [los mulos]". En sus casas, se indigna Clemente mientras equipara a los dioses con los demonios, los paganos "exponen en imágenes las pasiones impuras de los demonios", "ponen monumentos a la desvergüenza de sus dioses", "figurillas de Pan con jóvenes desnudas, sátiros borrachos y miembros viriles en erección". "En la virtud no sois más que espectadores; en la maldad, por el contrario, habéis llegado a ser campeones." "¡Cuánto of enden a la vista esas inmoralidades!"[355]

155

En conclusión, establece Clemente, "todas las acciones de los gentiles son pecaminosas"; en todos los que "rinden culto a los ídolos" ve lo mismo que, literalmente, caracterizaba a incontables anacoretas cristianos: "El cabello sucio, las ropas mugrientas hechas jirones, no saben lo que es un baño y llevan las uñas largas como garras de fieras"; de los santuarios antiguos dice que no son más que "sepulturas y cárceles"; en las imágenes sacras de los egipcios, sólo ve "animales [que] pertenecen a las cuevas, o a los muladares, por lo que no ha de sorprendernos el inaudito triunfo de la religión cristiana sobre los paganos".[356]

A comienzos del siglo IV, el Sínodo de Elvira promulgó una serie de disposiciones antipaganas: contra el "culto a los ídolos", contra la magia, contra las costumbres paganas, contra el matrimonio entre cristianos y paganos o sacerdotes idólatras, todo lo cual se sancionaba con las máximas penas eclesiásticas; el culto pagano implicaba la excomunión incluso *in articulo mortis,* lo mismo que para los asesinos y los fornicadores. Sin embargo, el concilio en cuestión se abstuvo de posiciones extremistas; en su canon 60, por ejemplo, negaba la consideración de mártires a quienes hubieran perecido durante los tumultos consiguientes a la destrucción de "imágenes idólatras".[357] Y es que el cristianismo no era todavía una religión autorizada.

El tono cambió cuando se vio elevado a la categoría de religión of icial. En el conflicto con los antiguos creyentes, la gran inflexión se produce en el año 311, cuando el emperador Galerio autorizó el cristianismo, aunque de mala gana, y en 313, a partir de cuyo momento el emperador Constantino menudeó favores y demostraciones de simpatía para con esta religión, a la que concedió numerosos privilegios. Aliados de la potencia más fuerte del mundo, de la noche a la mañana los tratadistas cristianos no sólo cambiaron de tono, sino incluso de mentalidad, podríamos decir.[358]

---

[354] Peters28.

[355] Clem. Al. protr. 2, 22, 6; 2, 40, 4; 4, 60, 1; 4, 61, 1 ss. Fredouille, Gotzendienst RAC XI 873 s.

[356] Clem. Al. protr. 4, 11, 3; Quis dives sah? 3. paed. 3, 52, 2; 3, 4, 2 ss. Lacarriérel53.

[357] Syn. Elv. c. 3, 6, 15, 16, 17, 34, 40, 41, 55, 56, 60. Orlandis/Ramos-Lisón 3ss; 12ss.

[358] Fredouille, Gotzendienst 879.

Las persecuciones contra los cristianos en el espejo de la historiografía eclesiástica

Poco después de la última persecución, empiezan las acusaciones contra los paganos, precisamente a causa de esas persecuciones, presentadas con enorme exageración..., y en esa tónica hemos seguido hasta bien avanzado el siglo XX, cuando todavía se escribe que durante el siglo I el cristianismo "se bañaba en su propia sangre", se hace ponderación de "las huestes innumerables de personajes heroicos", y se evoca "el siglo II recorrido por la procesión de los que llevan en la frente la marca sangrienta del martirio" (Daniel Rops); aunque, a veces, haya que confesar que "no fueron millones" (Ziegler, 1956). Las investigaciones más serias y no refutadas por nadie calculan la cifra de las víctimas cristianas unas veces en 3.000, otras en 1.500 "para el total de los tres siglos de persecuciones". La cifra quizá sea discutible; lo que nadie puede negar, en cambio, es que con frecuencia los cristianos mataron a muchos más judíos *en un solo año* y, a veces, *en un solo día.*[359]

156

Cristiano tan digno de respeto como Orígenes, fallecido en 254, cuyo padre fue mártir, y que padeció suplicio él mismo, dice que el número de testigos de sangre del cristianismo fue "pequeño y fácilmente recontable". En efecto, sucede que la mayoría de las "actas de los mártires" son falsificaciones, que muchos emperadores paganos jamás persiguieron el cristianismo, y que el Estado no se metió con los cristianos debido a su religión. En realidad, el funcionariado del antiguo régimen los trataba con bastante tolerancia. Les concedían aplazamientos, se saltaban los edictos, toleraban engaños, los dejaban en libertad o les enseñaban las argucias legales con que podían librarse de la persecución sin abjurar de su fe. A los que se denunciaban a sí mismos los mandaban a casa, e incluso muchas veces soportaron con indiferencia las provocaciones.

En la primera mitad del siglo IV, sin embargo, el obispo Eusebio, "padre de la historiografía eclesial", se muestra inagotable en la invención de historias sobre los malvados paganos, los terribles perseguidores del cristianismo. A ese tema dedica todo el libro octavo de su *Historia de la Iglesia,* del que seguramente puede afirmarse lo mismo que dijo un estudioso de los tomos noveno y décimo de esta obra (que es casi la única fuente disponible sobre la historia de la Iglesia en la Antigüedad): "Énfasis, perífrasis, omisiones, medias verdades, e incluso falseamiento de los originales, reemplazan a la interpretación científica de documentos fiables" (Morreau).[360]

---

[359] Daniel-Rops, Die Kirche 214, 224. Ziegler en: Reí. Wórterbuch 525. En LThK 2 ed. II 1117 se admite que el número de los mártires "solía exagerarse antiguamente". ¿Sólo antiguamente? Drews hace referencia a Hausrath y cita: 1500, II 57.

[360] Moreau, Eusebius von Caesarea RAC VI 1072. En cuanto a la valoración de Eusebio como historiador cf. W. Bauer, Rechtgläubigkeit 13ss, 49 s, 112 s, 134 s, 151ss, 193ss, y otras. Eusebio de Cesárea, considerado como "un portavoz representativo de la era constantiniana y de sus obispos" (Stiewe), modernamente merece un juicio severo por su falta de veracidad, entre otras cosas por su biografía de Constantino, cf. Lexikon der alten Weit 928.

Vemos ahí cómo, una y otra vez, los malvados paganos (en realidad, nuestro obispo Eusebio) torturan a latigazos a los cristianos, "esos luchadores realmente admirables", les arrancan las carnes a cuchilladas, les rompen las piernas, les cortan las narices, las orejas, las manos y otros miembros. Eusebio echa vinagre y sal en las heridas, clava cañas aguzadas bajo las uñas, abrasa espaldas con plomo derretido, fríe a los mártires en parrillas "para prolongar el tormento". En todas estas situaciones y muchas más, las víctimas conservan su entereza, incluso su buen humor: "Cantaban alabanzas al Dios del cielo y daban gracias a sus torturadores, hasta el último aliento".[361]

157

Otros creyentes, nos informa Eusebio, eran anegados en el mar "por orden de los servidores del demonio", o crucificados, o decapitados "a veces en número de hasta cien hombres y niños de corta edad [!] y mujeres en un solo día. [...] La espada del verdugo se mellaba [...] y los sayones fatigados se veían obligados a relevarse". Otros eran arrojados "a las fieras antropófagas", para ser devorados por jabalíes, osos, panteras. "Nosotros hemos sido testigos presenciales [!] y hemos visto cómo por la gracia divina de nuestro Redentor Jesucristo, de quien daban testimonio [...], cuando la bestia se aprestaba al salto, retrocedía una y otra vez como repelida por una fuerza sobrenatural". El obispo cuenta de los cristianos (cinco en total) que iban a ser "destrozados por un toro enfurecido": "Por más que escarbaba con las pezuñas y asestaba cornadas a un lado y a otro, espoleado por hierros al rojo, resoplando de rabia, la Divina Providencia no permitió que les hiciera ningún daño".[362]

¡La historiografía cristiana!

En un pasaje, Eusebio menciona "toda una aldea de Frigia habitada por cristianos", cuyos habitantes, "incluso las mujeres y los niños", fueron quemados vivos..., pero desafortunadamente olvidó comunicarnos el nombre de la aldea en cuestión. Es un rasgo habitual éste de prescindir de los detalles, pese a haber sido, como dice, testigo presencial; prefiere hablar de "legiones innumerables", de "grandes masas" exterminadas en parte por la espada, otras veces por el fuego, "incontables hombres y mujeres y niños" que murieron "de diversas maneras por la doctrina de nuestro Redentor". "Sus muestras de heroísmo desafían toda descripción."[363]

Conviene recordar aquí que, durante el Concilio de Tiro, en 335, el obispo egipcio Pótamo de Heraclea acusó a Eusebio de haber renegado durante la persecución, algo que, lógicamente, no está demostrado y además podría ser una de las habituales calumnias entre colegas.[364]

Durante la persecución de 177 en las Galias, bajo Marco Aurelio (161-180), emperador filósofo cuyos *Pensamientos* admiró Federico II de Prusia, Eusebio cuenta

---

[361] Euseb. h.e. 8, 3, 1; 8, 6, 2 s; 8, 7, 1; 8, 9, 5; 8, 10, 5; 8, 12, 1 S; 8, 12, 6. Cf. también RAC VI 1072

[362] Euseb. h.e. 8, 6, 7; 8, 7, 1 ss; 8, 8, 1; 8, 9, 3 s; 8, 12, 5; 8, 13, 4.

[363] Ibíd. 8, 8, 1; 8, 4, 5; 8, 6, 6; 8, 6, 9; 8, 11, 1; 8, 12, 10.

[364] Epiph. haer. 68, 8. Moreau, Eusebius von Cesárea RAC VI 1055 s. Wallace-Hadrill 537 s. Posiblemente Eusebio se salvó de ser detenido mediante un oportuno viaje (p.e. a Tiro); su colaborador el obispo Pánfilo lo fue en noviembre de 307 y le cortaron la cabeza en febrero de 309. Euseb. h.e. 8, 7. Moreau, Eusebius von Caesarea 1055.

que hubo "decenas de miles de mártires"; sin embargo, los martirologios de la persecución gala bajo Marco Aurelio totalizan... 48 víctimas. De todas ellas, el aquí tan citado *Lexikonfür Theologie una Kirche* sólo recuerda a ocho, "santa Blandina con el obispo Potino y seis de sus seguidores". Por el contrario, el número de víctimas *paganas* en Galia fue, en siglos posteriores, "bastante superior" (C. Schneider).[365]

158

Sobre la persecución de Diocleciano, la más cruenta (contra la voluntad expresa de este notable emperador), Eusebio no pudo lamentar—o quizá sería mejor decir celebrar, ya que los caudillos de la Iglesia siempre consideraron providenciales las persecuciones, y esto lo han afirmado algunos papas de nuestro siglo XX—[366]que las víctimas se hubiesen contado por decenas de miles, ya que vivían aún muchos testigos presenciales. Las persecuciones constituyen un estímulo, fomentan la unidad de los perseguidos y son la mejor propaganda imaginable de todos los tiempos. Eusebio, autor de una crónica "sobre los mártires de Palestina", y que dejó escrito en su *Historia de la Iglesia:* "Conocemos los nombres [...] de los que destacaron en Palestina", cita un total de 91 mártires, y no "decenas de miles". En 1954, De Ste Croix revisó para la *Harvard Theological Review* las cifras del "padre de la historiografía cristiana" y le salieron sólo dieciséis mártires palestinos, y eso para la peor de las persecuciones, que duró allí diez años, con lo que el promedio no da ni siquiera dos víctimas al año. Pese a todo esto, uno de los panegiristas modernos de Eusebio rechaza la conclusión de que Eusebio careciese de "escrupulosidad científica" (Wallace-Hadrill).[367]

Hasta los emperadores paganos, pese a considerarlos designados «por Dios» como mantenedores de su «orden», quedaron sometidos al trato peyorativo de los padres de la Iglesia. Los del siglo II, que según Atenágoras eran todavía «clementes y bondadosos», sabios y amantes de la verdad, pacíficos, ilustrados, benefactores, etcétera, a comienzos del siglo IV eran reemplazados por monstruos sin parangón posible.

Los emperadores paganos vistos retrospectivamente

Los alaridos triunfales de los cristianos empezaron hacia el año 314, por obra de Lactancio. Su panfleto *Sobre las muertes de los perseguidores* es tan ruin por la elección de su tema, por su estilo y por su nivel, que durante mucho tiempo se quiso negar la autoría del *Cicero christianus,* aunque hoy la autenticidad se considera (casi) indiscutible. Pocos insultos ahorra Lactancio a los emperadores romanos en su

---

[365] Euseb. h.e. 5 Pr. 1, 1; 5, 1, 1 ss. LThK 1 ed. II 386. También según la fantasía de Aland, murió en Lugdunum "entre tormentos un gran número, cuando no la mayoría de los cristianos", pero... "tan pronto como cesó la persecución las comunidades florecieron de nuevo y más que antes", Von Jesús bis Justinian 100 ss. Tusculum Lexikon 167. dtv Lex. Antike, Geschichte II 284. Greg. Tur, in glor. mart. 48. C. Schneider, Die Christen 322 s. El mismo, Geistesgeschichte II 300. Últimamente ha escrito un moderno cuento de terror sobre "la masacre de Lyon" H.D. Stover en Christen verfolgung im Rómischen Reich. Ihre Hintergründe und Folgen 78ff.

[366] Cf. p.e. el papa Pío XI durante la guerra civil española: Deschner, Heilsgeschichte 1530 s

[367] Euseb. h.e. 8.7.1. Wallace-Hadrill 539. G.E.M. de Ste. Croix, Harvard Theol. Rev. 47, 1954, 101 s. Según R.M. Grant, Christen 15.

escrito, publicado en Galia mientras educaba a Crispo, hijo de Constantino: "Enemigos de Dios", "tiranos", a los que compara con los lobos y describe como fieras, "bestias". Apenas acababa de cambiar el ambiente político, comenta Campenhausen, y ya "la vieja ideología de mártires y perseguidos desaparece de la Iglesia como si se la hubiese llevado el viento, reemplazada por su contraria".[368]

159

Aunque perseguidor de los cristianos, el emperador **Decio** (249-251) se había propuesto gobernar pacíficamente, según dejó consignado en sus monedas *(pax provinciae),* y según las fuentes históricas fue un hombre de excelentes cualidades, hasta que cayó derrotado ante el caudillo de los godos Kniva y murió en Abrittus, lugar correspondiente a la actual región de la Dobruja. Pues bien, Decio fue para Lactancio "un enemigo de Dios", "un monstruo abominable" que mereció acabar pasto de "las fieras y los buitres". De Valeriano (253-260), que también persiguió a los cristianos y que murió prisionero de los persas, afirma Lactancia que "le arrancaron la piel, que fue curtida con tinte rojo para ser expuesta en el templo de los dioses bárbaros como recordatorio de aquel gran triunfo". Diocleciano (284-305), que había empleado a lactancia como *rhetor latinus* en Nicomedia cuando era un pobretón y que luego, durante las persecuciones y residiendo Lactancio en la capital imperial, no le tocó ni un hilo de la ropa, merece el apelativo de "grande en la invención de crímenes". En cuanto a Maximiano (285-305), corregente con Diocleciano, según cuenta Lactancio "no era capaz de negarse a ninguna satisfacción de sus bajas pasiones": "Por doquiera que iba, allí arrebataban a las doncellas de los brazos de sus padres para ponerlas a su disposición".[369]

Pero el peor "de los malvados que hayan alentado jamás" fue el emperador Galerio (305-311), yerno de Diocleciano; Lactancio le considera el verdadero inspirador de los pogromos iniciados en 303, en los que se propuso "maltratar a todo el género humano". Cuando "el miserable quería divertirse", llamaba a uno de sus osos, "en fiereza y corpulencia comparable a él mismo", y le echaba seres humanos para comer. "Y mientras le destrozaba los miembros a la víctima, él reía, de manera que allí nunca se cenaba sin acompañarse del derramamiento de sangre humana", "la hoguera, las crucifixiones y las fieras eran el pan de cada día", y "reinaba la arbitrariedad más absoluta". Los impuestos eran tan abusivos que personas y animales domésticos morían de inanición, y "sólo sobrevivían los mendigos. [...] Pero hete aquí que aquel soberano tan compasivo se acordó de ellos también, y queriendo poner fin a sus penalidades hizo que los reunieran para sacarlos en barcas al mar y ahogarlos allí".[370]

---

[368] Lact. div. inst. 3, 17, 41. de mort. pers. 5; 52. dtv Lex. Antike, Philosophie III, 26. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 73 f. Prete. Das geschichtiiche Hintergrund 488, 504. Rossetti 115 ss.

[369] Lact. de morí. pers. 4; 5; 7. Cf. Aur. Vict. 32, 5. Epit. Caes. 32, 6. Eutr. 9, 7. ZOs. 1, 36, 2. Oros. 7, 22, 4. lord. Get. 18. Pauly 11411; III 438 s; V 1098. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 58, 60. Lissner 242 s. Grant, Das Rómische Reich 32, 281. (La frase atribuida a Decio: "Preferiría recibir la noticia de que un rival me disputa el trono, antes que tener en Roma a un segundo obispo», si no es verdadera por lo menos resulta ingeniosa. Un siglo después de la muerte de Diocleciano fue robado su cadáver, junto con el sarcófago de pórfido rojo, del mausoleo de su gigantesco palacio, en cuyo solar se alzaron en 1926 nada menos que 278 viviendas para 3200 habitantes; el cristianismo se vengó además del difunto convirtiendo en iglesia la morada que el emperador había previsto para su eterno descanso, y que hoy es la catedral de Spalato, la actual Spiit de Yugoslavia.)

[370] Lact. de mort. pers. 9; 21 ss. dtv Lex. Antike II 42. Lexikon der alten Weit 1017 s. Moreau, die

160

¡La historiografía cristiana!

Al mismo tiempo, Lactancio no deja de asegurar, en esta "primera aportación del cristianismo a la filosofía y la teología de la historia" (Pichón), que ha "recopilado todos estos hechos [...] con la fidelidad más concienzuda, a fin de que no se pierda el recuerdo de los mismos y que ningún historiador futuro pueda desfigurar la verdad."[371]

El castigo de Dios alcanzó a Galeno en forma de cáncer, "una llaga maligna en la parte más baja de los genitales", mientras Eusebio, más pudoroso, prefiere aludir a aquellas partes "que no se nombran". Posteriormente, otros tratadistas eclesiásticos como Rufino y Orosio inventaron la leyenda de un suicidio. En cambio, Lactancio, después de establecer la fama de Galerio en la historiografía como "bárbaro salvaje" (Altendorf), dedica varias páginas a describir con regodeo la evolución de la enfermedad (el léxico es similar al utilizado en otro pasaje donde explica, siguiendo el ejemplo del obispo Cipriano, las satisfacciones que experimentarán los elegidos cuando contemplen el suplicio eterno de los condenados): "El cuerpo se cubre de gusanos. El hedor no sólo invade el palacio, sino que se propaga por toda la ciudad. [...] Los gusanos lo devoran vivo y el cuerpo se disuelve en una podredumbre generalizada, entre dolores insoportables...". El obispo Eusebio añadía a su relato esta apostilla: "De los médicos, los que no pudieron resistir aquel hedor repugnante por encima de toda medida fueron abatidos allí mismo, y los que luego no supieron hallar remedio, juzgados y ejecutados sin, compasión".[372]

¡La historiografía cristiana!

El caso es que Galerio, cuya agonía nos pintan los padres de la Iglesia sin ahorrar ninguno de los tópicos antiguos, aunque enfermo de muerte llegó a firmar, el 30 de abril de 311, el llamado "Edicto de tolerancia de Nicomedia", por el que ponía fin a las persecuciones contra los cristianos (en principio justificadas, en esta ocasión como en otras, por la doctrina de Diocleciano sobre la supremacía del Estado) y proclamaba que el cristianismo era una *religió licita.* Incluso les autorizaba a reconstruir sus iglesias "bajo la condición de que no contravengan las leyes en manera alguna". Con esta *Carta Magna,* aunque concebida en términos no excesivamente amistosos, Galerio, que efectivamente murió pocos días después en Serdica, "dejó un loable testimonio de su honestidad personal", según Hónn, ya que "por primera vez en la historia, los cristianos quedaban en cierto modo legalizados" (Grant).[373]

Christen verfolgung 100 ss.

[371] Lact. de mort. pers. 52. R. Pichón, Lactance, 1901, 426, cit. s/Prete, Der geschichtiiche Hintergrund 504.

[372] Lact. de mort. pers. 9, 2; 33 ss. div. inst. 7, 26, 7; Euseb. h.e. 8, 16, 3 ss. Cf. Epit. Caes. 40.4. Rufín h.e. 8, 13. Oros. 7, 28, 11. Altendorf, Galerius 795 s.

[373] El edicto fue promulgado también en nombre del emperador Licinio y de Constantino, pero no en el de Maximino. Euseb. h.e. 8, 17, 1ss; 9.1.1. Cf. Lact. de mort. pers. 24. Pauly III 1110. Hónn 104 Grant, Das Rómische Reich 288. Vogt, Constantin der Grosse RAC III 317 s. Altendorf, Galerius RAC VIII 789, 971 ss. Podemos desentendernos de las disputas entre sabios acerca de si fue una autorización o "sólo

161

Galerio se había adjudicado las provincias danubianas y la región balcánica; estableció su residencia principal en Sirmium y quiso renovar el imperio, en lo político así como en lo religioso, con arreglo a las reglas establecidas por Diocleciano. No fue un monstruo como nos lo pintan las plumas de Lactancio y demás padres de la Iglesia sino, tal como nos lo describen otras fuentes más fiables, un soberano justo y bien intencionado, aunque ciertamente algo inculto. Aurelio Víctor, prefecto de Roma en 389 y autor de una historia de los emperadores romanos, dice que había sido pastor y que, pese a ser "de modales rudos" y "carente de educación", poseía otras "cualidades con que le había distinguido la naturaleza"; entre otras cosas elogia la colonización de nuevas tierras en Panonia (a la que llamó provincia Valeria, por el nombre de su esposa, que fue quien influyó en su ánimo a favor de los cristianos), con la puesta en explotación de bosques inmensos y la construcción de un canal entre el lago Pelso (el actual Balatóa, posiblemente) y el Danubio.[374]

Pero Lactancio, eso sí, el mismo que poco antes, cuando los cristianos aún eran perseguidos, exclamaba: "Que cese la violencia; no más injusticia; la religión no puede imponerse"; "con palabras y no con varas hay que propugnar la causa, sea cual sea"; "mediante la paciencia, no con la crueldad; mediante la fe, no con el crimen"; el que afirmaba que "la raíz de toda justicia y el fundamento de todo sentido común" se condensaban en el principio de "no hagas con los demás lo que no quisieras que hicieran contigo mismo; por nuestro propio ánimo podremos colegir lo que hay en el del prójimo"; ese Lactancio es el que luego afirma que los soberanos de los gentiles eran "criminales ante Dios", y celebra que hayan sido "exterminados de raíz con toda su ralea". "Ya yacen postrados en el suelo aquéllos que pretendían desafiar a Dios; los que derribaron el Templo tardaron en caer, pero han caído mucho más bajo y tuvieron el fin que merecían." En cambio, el padre de la Iglesia sólo encuentra elogios para las matanzas perpetradas por Constantino con los prisioneros francos en el anfiteatro de Tréveris. Exultante de gratitud, en el epílogo de su *De las muertes de los perseguidores,* celebra que "la misericordia eterna del Señor se ha dignado mirar hacia la tierra y rescatar a sus ovejas, que andaban dispersas y perseguidas por los lobos sanguinarios, reuniéndolas de nuevo y poniéndolas a salvo, y exterminando a las fieras malvadas. [...] El Señor los aniquiló y los ha borrado de la faz de la tierra; cantemos, pues, el triunfo del Señor, celebremos la victoria del Señor con himnos de alabanza...".[375]

162

Otro protegido de Constantino, el historiador Eusebio, abunda en los mismos términos contra los emperadores paganos. A Valeriano lo pinta haciendo "carnicerías de niños, sacrificios de las criaturas de los más desgraciados, mientras los arúspices consultaban las entrañas de los recién nacidos y se descuartizaba a quienes eran

indulgencia" (Schwartz).

[374] Aurel. Vict. 40, 9. Eutrop. brev. 10, 2. Según Hónn 103 s, 235 nota 10. Cf. Tusculum Lexikon 270. dtv Lexikon VII 88. Pfíster 301 s. Altendorf, Galerius RAC VIII 786, 790. Sobre Aurelio Víctor cf. también V. Haehiing, Die Religionszu- gehorigkeit 392 s.

[375] Lact. de mort. pers. 1, 5s; 50, 1; 52. div. inst. 5, 19, 11. Heilmann II 411s RAC III 307.. dtv Lex. Antike, Philosophie III, 26. Schuitze, Geschichte I 98 s. Hornus 62 s. Ludwig, Massenmord 43. Momigliano, Historiography 79. Kótting, Religionsfreiheit 22. OPeIt, Polemik 98ss. Lactancio atacó también a los judíos y tenía planeada una gran obra contra ellos: Kühner, Antísemitismus 29; el mismo, Gezeiten der Kirche 115.

imagen y semejanza de Dios"; similares acusaciones merece el emperador Majencio, a quien se le atribuyen además matanzas de leones y de mujeres embarazadas (aparte el asesinato en masa de senadores). Tal género de acusaciones acaba por convertirse en un tópico de la historiografía eclesiástica, especialmente con referencia a Galerio, Maximiano, Severo y, cómo no, Juliano el Apóstata. Empresa fácil ésta para Eusebio, que había demostrado en los quince libros de su *Praeparatio Evangélica* la bajeza y la maldad del paganismo así como la elevación y las virtudes del partido propio, que había personificado el helenismo entero en la figura de un diablo, "un demonio pagano que odia la bondad y ama la malicia" y que asalta a los cristianos, tan nobles ellos, "con la furia de un perro rabioso", "con demencia bestial", "con venenos maléficos y letales para las almas" y azuza contra ellos "a todas las fieras salvajes y a todos los monstruos con figura humana". Por eso Eusebio manifiesta su júbilo cuando Constantino "emprendió la persecución contra los que tal hacían, e hizo caer sobre ellos el merecido castigo que les tenía reservado el Señor", y cuando "ahora los poderosos escupen el rostro de los ídolos", y "pisotean las leyes de los demonios", burlándose de las "necedades" paganas; "la ralea de los impíos ha desaparecido de entre el común de los hombres", "las fieras salvajes, los lobos y toda clase de bestias crueles y sanguinarias...".[376]

Antes de contemplar más de cerca a esas nuevas majestades cristianas, vamos a fijarnos brevemente en dos de los primeros grandes adversarios que tuvo el cristianismo en la Antigüedad. Muy pronto los paganos supieron descubrir los puntos débiles en la argumentación de los santos padres y refutarla, cuando no conducirla *ad absurdum.*

Celso y Porfirio: los primeros adversarios del cristianismo

Si bien es cierto que los primeros emperadores cristianos ordenaron la destrucción de las obras anticristianas de esos filósofos, como era lógico, ha sido posible reconstruirlas en parte, entresacando de los tratados de sus mismos adversarios; la obra de Celso, en particular, se deduce de una réplica en ocho libros escrita por Orígenes hacia 248. El teólogo más influyente de los primeros tiempos de la cristiandad se tomó evidentemente mucho trabajo en refutar a Celso, cosa tanto más difícil por cuanto en muchos pasajes se ve obligado a confesar las razones que asisten a su adversario. Pese a ser uno de los cristianos más honestos que se puedan citar, y pese a sus propias protestas de integridad, en muchos casos Orígenes tuvo que acudir a subterfugios, a la omisión de puntos importantes, y acusa de las mismas prácticas

[376] Euseb. h.e. 7, 10, 4; 8, 14, 5; 10, 4, 13 ss; 10, 4, 28; 10, 1, 7. V.C. 3, 1; Theodor. h.e. 3, 26. Otras muchas fuentes se documentan en J. Ziegler, Gegenkaiser 32ss. Kraft, Kirchenváter Lexikon 199. No obstante Fredouille le atestigua a Eusebio "indudablemente [...] una gran clarividencia" en la polémica general de los padres de la Iglesia contra el culto a los ídolos, RAC XI 880. La difamación de los emperadores paganos por parte de los dignatarios de la Iglesia antigua ha venido propagándose en el cristianismo de siglo en siglo. Todavía el aristócrata y obispo Otto von Freising repetía en su crónica (aplaudida por Lammers como el punto culminante "de la crónica medieval en todo el mundo") las acusaciones propagandísticas contra Maximino, Licinio y Majencio en el sentido de que "se daba muerte a mujeres embarazadas para consultar sus vísceras», etc. Otto Chron. 4, 1 ss. Lammers XXIV.

a Celso, autor desde luego no exento de tendenciosidad pero más fiel a la realidad de los hechos. Orígenes le reitera la calificación de necio de primera categoría, aunque el haberse molestado en escribir una réplica extensa "vendría a demostrar más bien lo contrario", como dice Geffcken.[377]

163

La *Palabra verdadera (Alethés Logos)* de Celso, originaria de finales del siglo II, es la primera diatriba contra el cristianismo que conocemos. Como obra de alguien que fue filósofo platónico, el estilo es elegante en su mayor parte, los argumentos matizados y hábiles, otras veces irónicos, y no del todo desprovisto de cierta voluntad de conciliación. El autor se muestra buen conocedor del Antiguo Testamento, de los Evangelios, y también de la historia interna de las comunidades cristianas; poco sabemos de su figura, pero según su obra ciertamente no fue un personaje vulgar.[378]

Celso distinguió con claridad los puntos más precarios de la doctrina cristiana, por ejemplo **la mezcla de elementos judaicos con otros del estoicismo**, **del platonismo**, y aun **de las creencias y cultos mistéricos egipcios y persas**. Opina que "todo esto se expresó mejor entre los griegos [...] y sin tanta altanería ni pretensión de haber sido anunciadas por Dios o el Hijo de Dios en persona". Celso hace burla de la vanidad de los judíos y los cristianos, de sus pretensiones de ser el pueblo elegido: "Por encima de todos está Dios, y después de Dios nosotros, creados por Él y semejantes a Él en todo; lo demás, la tierra, el agua, el aire y las estrellas, es todo nuestro, puesto que se creó para nosotros y por tanto debe ponerse a nuestro servicio". Para rebatir esto, Celso compara "la ralea de los judíos y cristianos" con "una bandada de murciélagos, o un hormiguero, o una charca llena de ranas que croan, o de lombrices...", afirmando que el hombre no lleva tanta ventaja al animal y que es sólo un fragmento del cosmos, cuyo creador atiende sólo a la totalidad.[379]

De ahí, Celso se ve obligado a preguntar por qué descendió el Señor entre nosotros. "¿Acaso necesitaba ponerse al corriente acerca del estado de cosas reinante entre los hombres? Si Dios lo sabe todo, ya debía estar enterado, y sin embargo nada hizo por poner remedio a tales situaciones antes." ¿Por qué precisamente entonces, y por qué debía salvarse sólo una parte minúscula de la humanidad, condenando a los demás "al fuego del exterminio"? Y ¿cómo podía resucitar un cuerpo ya descompuesto presentarse incólume? "Como no saben qué replicar a eso, utilizan el muy socorrido subterfugio de asegurar que Dios lo puede todo."[380]

164

En lo tocante a la ética cristiana, Celso, buen conocedor de la historia comparativa de las religiones, no encuentra nada nuevo. Con bastante razón dice que "es la misma de los demás filósofos, y no una ciencia venerable, ni nueva". Incluso el mandamiento del amor al enemigo le parece "muy antiguo y mejor expresado por otros antes", y "no en términos tan rústicos". Así cita como ejemplo el famoso pasaje 49 B-E del *Gritón* platónico. El diálogo entre Sócrates y Critón subraya la idea de que "bajo ninguna circunstancia es lícito obrar injustamente", ni tampoco "cuando se nos ha infligido una injusticia", "por grande que fuese el mal padecido"; que "nunca es lícito

---

[377] Geffcken, Das Christentum 80. Miura-Stange 125 ss. Cf. también Schiingensiepen 96 ss. Andresen, Logos 22 ss, 3293 ss. Gigon 104.

[378] Miura-Stange 37. Andresen, Logos 223 s, 237, 395. Gigon 104 ss.

[379] Orig. contra Celsus, 1, 5; 6, 1; 6, 23. Gigon 105ss.

[380] Orig. contra Celsus, 4, 2ss; 5, 14.

hacer lo que no es justo, ni defenderse devolviendo injusticia por injusticia...". Celso incluso da a entender que, antes de Platón, otros hombres inspirados habían propugnado la misma opinión, con lo que alude posiblemente a las doctrinas pitagóricas.[381]

Con toda la razón desde el punto de vista de la historia de las religiones, aduce el pagano que la figura de Cristo no reviste tanto carácter excepcional en comparación con Hércules, Esculapio, Dionisos y otros muchos que realizaron prodigios y ayudaron a los demás. "¿O acaso pensáis que lo que se cuenta de esos otros son fábulas y deben pasar por tales, mientras que vosotros habéis dado mejor versión de la misma comedia, o más verosímil, como lo que exclamó antes de morir en la cruz, y lo del terremoto y la súbita oscuridad?" Antes de Jesús hubo divinidades que murieron y resucitaron, legendarias o históricas, lo mismo que hay testimonios de los milagros que obraron, junto con otros muchos "prodigios" y "juegos de habilidad que logran los prestidigitadores". "Y esos son capaces de realizar tales cosas, ¿tendremos que tomarlos por Hijos de Dios?" Aunque, naturalmente, "los que desean que se les engañe siempre están prestos a creer en apariciones como la de Jesús".[382]

Celso subraya repetidas veces que los cristianos se recluían entre los círculos más incultos y más propensos a creer en prodigios, que su doctrina sólo convence a "las gentes más simples", ya que ella misma "es simple y adolece de carácter científico". En cambio, a las personas cultas, asegura Celso, los cristianos las evitan, sabiendo que no se dejan embaucar. Prefieren dirigirse a los ignorantes para contarles "grandes maravillas" y hacerles creer que "no se debe hacer caso de padres ni de maestros, sino escucharles únicamente a ellos. Que aquéllos sólo dicen tonterías y necedades [...] y que sólo los cristianos tienen la clave de las cosas y que saben cómo hacer felices a las criaturas que les siguen. [...] Así hablan ellos. Pero cuando ven que se acerca un maestro con instrucción y discernimiento, o incluso el padre en persona, entonces los más prudentes prefieren alejarse a toda prisa; pero los más descarados incitan a la desobediencia, diciéndoles a los niños que no se puede hablar de cosas importantes delante de los padres y maestros, puesto que ellos no quieren nada con personas tan profundamente corrompidas y encenagadas en la maldad, que sólo saben imponer castigos. Y les insinúan que, si quieren, pueden abandonar a sus padres y maestros...".[383]

165

La veracidad de lo que se cuenta en estos párrafos apenas puede ponerse en duda, si tenemos presente el fanatismo con que muchos siglos después los padres eclesiásticos siguen incitando a desobedecer a los padres naturales, cuando éstos pretenden oponerse a sus fines.

Un siglo después de Celso, el relevo de la lucha literaria contra la nueva religión lo toma Porfirio. Nacido alrededor de 233 y seguramente en Tiro (Fenicia), a partir de 263 Porfirio se estableció en Roma, donde vivió durante decenios y se dio a conocer como uno de los principales seguidores de Plotino (pensador éste que, pese a sus virtudes, según el padre Firmico, quedó refutado por completo al enfermar de

[381] Orig. contra Celsus, 7, 58. Gigon 116.
[382] Orig. c. Cels. 1, 68; 2, 8; 2, 49; 2, 55; 3, 22 s; 3, 26 ss.
[383] Ibíd. 1, 27; 1, 62; 2, 46; 3, 50; 3, 55; 6, 14.

la lepra y morir miserablemente). De los quince libros de Porfirio *Contra los cristianos,* fruto de una convalecencia en Sicilia, hoy se conservan sólo algunas citas y extractos. La obra propiamente dicha fue víctima de los decretos de príncipes cristianos, Constantino el primero, y luego, hacia 448, los emperadores Teodosio II y Valentiniano III, que ordenaron la primera purga de libros en interés de la Iglesia.[384]

Por desgracia, las referencias conservadas de la obra no dan una idea tan completa como en el caso de Celso. Podemos suponer que Porfirio conoció la *Palabra verdadera* de aquél; algunos argumentos se repiten casi al pie de la letra, cosa por otro lado bastante lógica. También Porfirio se pregunta, por ejemplo, qué tenían que aguardar tantas naciones anteriores a la venida del Cristo. "¿Por qué fue preciso esperar a una época reciente, permitiendo que se condenaran tantísimas personas?" Porfirio parece más sistemático que Celso, más erudito; le supera como historiador y filólogo, así como en el conocimiento de las Escrituras cristianas. Domina los detalles más a fondo y critica con severidad el Antiguo Testamento y los Evangelios; descubre contradicciones, lo que le convierte en un precursor de la crítica racionalista de la Biblia. Niega decididamente la divinidad de Jesús. "Aunque hubiese entre los griegos alguno tan obtuso como para creer que realmente los dioses residen en las imágenes que tienen de ellos, ninguno lo sería tanto como para admitir que la divinidad pudo entrar en el vientre de María virgen, para convertirse en feto y ser envuelta en pañales después del parto."[385]

Porfirio critica también a Pedro, y sobre todo a Pablo, personaje que le parece (lo mismo que a otros muchos hasta la fecha de hoy) notablemente antipático. Le juzga ordinario, oscurantista y demagogo, y le acusa de codicia, cosa que antes él habían señalado ya algunos cristianos, pues por algo dijo el mismo Pablo: "¿Quién milita jamás a sus expensas? ¿Quién planta una viña, y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño, y no se alimenta de la leche del ganado?", acogiéndose acto seguido a la Ley de Moisés: "No pongas bozal al buey que trilla". Porfirio incluso afirma que Pablo, como era pobre, predicaba para sacar dinero a las damas ricas y que no era otra la finalidad de sus múltiples viajes. Hasta san Jerónimo reparó en la acusación de que las comunidades cristianas estaban regentadas por mujeres y que el favor de las damas decidía quiénes podían acceder a la dignidad del sacerdocio.[386]

166

El pagano también censura la doctrina de la salvación, la escatología cristiana, los sacramentos, el bautismo, la comunión; el tema central de sus críticas es, de hecho, la irracionalidad de las creencias y no ahorra improperios, pese a lo cual Paulsen podía escribir en 1949: "La obra de Porfirio fue un alarde tal de erudición, de intelectualismo refinado y de capacidad para la comprensión del hecho religioso, que jamás ha sido superada, ni antes ni después, por ningún otro tratadista. Anticipa toda la crítica moderna de la Biblia, a tal punto que muchas veces el investigador actual, mientras lo lee, no puede sino asentir en silencio a tal o cual pasaje". Y el teólogo Harnack escribe que "Porfirio todavía no ha sido refutado", "casi todos sus

[384] Aparte la obra anticristiana no se emprendió nada contra los demás escritos del filósofo, de quien conocemos 77 títulos. Halbfass, Porphyrios 24 ss. Ziegler, Firmicus Maternus RAC VII 951. Hoheisel 27.

[385] August. ep. 102, 8. Hieronym. ep. 133, 9. Macario 4, 22. Halbfass, Porphy- rios 24 ss. Gigon 118 s.

[386] Macario 3, 19; 3, 32 s. Gigon 120 s.

argumentos, en principio, son válidos".[387]

Verdad es que Porfirio, hombre de su tiempo al fin y al cabo, junto a su crítica ilustrada nos sorprende por su firme creencia en oráculos y demonios. En la obra de su predecesor hallamos asimismo muchas ingenuidades, aunque también a Celso le reconoció el teólogo Ahiheim, en 1969, "una crítica devastadora de la imagen de Jesús que transmitieron los Evangelios". Y cuando Celso termina "en tono conciliador" proponiendo a los cristianos que tomen parte en la vida pública, que presten el servicio militar, ellos atendieron a la sugerencia y no con poco interés, según opina el teólogo: "De la noche a la mañana se pasaron al lado de Constantino, junto con los poderosos y los opresores. Comenzaba en ese momento la desgraciada alianza entre el trono y el altar".[388]

Los inicios de dicha alianza, cuyas gravísimas consecuencias perduran hasta hoy, serán objeto de nuestro capítulo siguiente.

[387] Macario 3, 15; 3, 17; 4, 1; 4, 8 s; 4, 19; 4, 24. Geffcken, Das Christentum 97.i Harnack, Mission (1924) 1521. Cf. además Lietzmann, Geschichte III 28. Halbfass, Porphyrios 26 s, 30ss.

[388] Ahlheim, Celsus, 9ss.

167

CAPÍTULO 5. SAN CONSTANTINO, EL PRIMER EMPERADOR CRISTIANO, "SÍMBOLO DE DIECISIETE SIGLOS DE HISTORIA ECLESIÁSTICA"

"En todas las guerras que emprendió y capitaneó, alcanzó brillantes victorias [...]."
SAN AGUSTÍN, PADRE DE LA IGLESIA[389]

"De entre todos los emperadores romanos, él solo honró a Dios, el Altísimo, con extraordinaria devoción, él solo anunció con valentía la doctrina de Cristo, él solo exaltó a su Iglesia como nadie desde que existe memoria humana; él solo puso fin a los errores del politeísmo y abolió toda clase de culto a los ídolos."
EUSEBIO DE CESÁREA, OBISPO[390]

"Constantino era cristiano. El que obra así, y sobre todo en un mundo que todavía era mayoritariamente pagano, tiene que ser cristiano de corazón, y no sólo con arreglo a las demostraciones externas."
KURT ALAND, TEÓLOGO[391]

"La cristiandad tuvo siempre ante sus ojos, como ejemplo luminoso, la figura de Constantino el Grande."
PETER STOCKMEIER, TEÓLOGO[392]

"También sus posturas espirituales fueron las propias de un verdadero creyente."
KARL BAUS, TEÓLOGO[393]

"Ese monstruo Constantino. [...] Ese verdugo hipócrita y frío, que degolló a su hijo, estranguló a su mujer, asesinó a su padre y a su hermano políticos, y mantuvo en su corte una caterva de sacerdotes sanguinarios y cerriles, de los que uno solo se habría bastado para poner a media humanidad en contra de la otra media y obligarlas a matarse mutuamente."
PERCY BYSSHE SHELLEY[394]

168

Los nobles ancestros y el terror del Rin

Constantino, nacido en Nissus (Nich), en los alrededores de la actual Sofía, empezó por falsificar su genealogía, la religión de su padre y su propio origen. Constancio I Cloro empezó su carrera como protector, es decir, guardaespaldas imperial; después, fue promovido a tribuno militar, prefecto de los pretorianos, cesar

[389] August., civ. dei 5, 25.

[390] Euseb., V.C.4, 75.

[391] Aland, Entwürfe 195. El resto de la cita epigráfica en Hemegger 117.

[392] Stockmeier, Leo I., 69, 138. Cf. también la opinión del historiador Johannes Straub: "Constantino profesó la fe cristiana, y debemos aceptar su propio testimonio en prueba de ello"; "y proporcionó a los cristianos la oportunidad de recordar sus deberes como ciudadanos, hasta entonces un tanto descuidados". Straub, Regenerado 88, 142.

[393] Baus, Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 16, 83.

[394] The Complete Works of Percy Bysshe Shelley, Newly Edited by Roger Ingpen and Walter E. Peck, 1965, VI, 38, cit. s/G. Borchardt, Shelley 210.

en 293 y emperador de Occidente en 305. Era pagano, aunque presumiblemente no muy fanático. Pero, más tarde, Constantino quiso que pasara por cristiano y "muy atento a la palabra de Dios" (Eusebio). La verdad es que Constancio, a diferencia de sus co-príncipes, hizo la vista gorda en relación con los decretos de Diocleciano, lo que no quita que (aunque, según Eusebio, "no participó de ningún modo en la guerra contra nosotros") expulsase a los cristianos del ejército; por su parte era, devoto del culto a Marte, dios de la guerra al fin y al cabo y segundo de la trinidad Júpiter-Marte-Quirino. El propio Lactancio reconoce que Constancio destruyó iglesias; de las Gallas, que formaban parte de su jurisdicción, tenemos incluso actas de mártires en su época, aunque eso naturalmente no demuestra gran cosa.

Si la religión de su padre era un poco oprobiosa para Constantino, algo parecido le sucedía también con su árbol genealógico. Constancio era un ilirio de baja extracción. Otros emperadores paganos tuvieron a orgullo el ser de origen humilde. Vespasiano, por ejemplo, al que apodaban "mulio" (tratante de muías), "de orígenes oscuros y sin nobleza alguna entre sus antepasados" (Suetonio), visitaba con frecuencia su aldea, no hizo reformar la casa natal, y durante toda su vida usó para beber en fiestas y ceremonias un cubilete de plata que había pertenecido a su abuela Tertulia. En cambio, Constantino pretendía que su padre era descendiente del emperador Claudio II Gothicus, es decir, el famoso debelador de los godos; con ello llamaba usurpadores a sus corregentes, según consta en las monedas de la época a partir de 314, para legitimar su propia dictadura. Eusebio, el historiador eclesiástico, le alaba su "rancio abolengo". Y la madre de Constantino, santa Elena, supuesta princesa británica, había sido pagana y tabernera *(stabularid)* en los Balcanes. Con esta santa vivió en concubinato Constancio Cloro antes de su primer matrimonio (con la emperatriz Teodora), y luego en una situación de bigamia. La aristocracia grecorromana llamaba a Constantino "el hijo de la concubina"; Ambrosio, doctor de la Iglesia, incluso dejó escrito que Jesucristo la había elevado "del fango al trono". (Pero en 326, cuando ella emprendió una "peregrinación" a "Tierra Santa" y el obispo Eustatio de Antioquía se atrevió a decirle algo semejante cara a cara, Constantino lo envió al exilio, de donde no regresó jamás.) Las familias gentiles más notables despreciaban a Elena por sus orígenes, y la futura santa, "intrigante, autoritaria y totalmente desprovista de escrúpulos", hizo cuanto pudo por alejar a Teodora de Constancio con la colaboración de los cristianos y la desterró a unas dependencias del palacio con su familia; todo ello para asegurar la sucesión a su propio hijo.[395]

169

Diga lo que diga la propaganda cristiana, Constantino fue extraordinariamente belicoso y si la empresa prometía éxito, no retrocedía ante ninguna clase de crímenes o de crueldades. Ya su padre, cuando residía en Augusta Treverorum (Tréveris) en su condición de más occidental de los corregentes de Diocleciano —por cierto,

[395] Suet. Vesp. 1, 1; 2, 1. Zos. 2, 8, 2; 2, 9, 1 s. Zon. 12, 31; 13, 1. Euseb. h.e. 8, 13, 12 s; 10, 8, 4; V.C. 1, 13ss; 1, 50; 3, 47. Cf. h.e. 8, 13, 13. Lact. de mort. pers. 15, 7. Anón. Vales. 1, 1; 2, 2; 2, 4. Pange. lat. 6 (7), 2; 4, 1. Ambros. de obitu Theod. 42. Vogt, Constantinus RAC III 313 s. dtv Lex. Antike, Religión II 41 s, 82 s. dtv Lexikon Antike, Geschichte I 243 ss, II 215. LThK 1 ed. VI 173. Hammond/Scullard 280. Seeck, Untergang 145ss, 105 ss. Schwartz, Kaiser Constantin 71. Ehrhard, Urkirche 308. Kornemann, Weltgeschichte II 278. Lietzmann, Geschichte III 59. Doerries, Konstantin 18 ss. Schamoni 76. Hónn 83 ss. Castritius 31ss. Aland, Entwürfe 222 s. Voelkl, Der Kaiser 34, 61. Chadwick, Die Kirche 152 s. Vogt, Pagans 43ss. Benoist-Méchin 14 s.

ocupaba con su palacio toda la parte nororiental de la que fue gran metrópoli de su época—, mantuvo una actividad guerrera casi constante. Según se cuenta, miles de francos fueron muertos, prisioneros, deportados o esclavizados por él, aunque todavía en pleno siglo XX el bando católico quiera mantener que fue un "soberano benigno y justo" (Bihimeyer). Y aunque fuese "durante toda su vida", según asegura Eusebio, "clemente y misericordioso", "extremadamente bondadoso y cordial con todos", el caso es que disputó grandes batallas en el frente del Rin, emprendió expediciones contra pictos y escotos, y venció varias veces, entre los años 293 y 297, a los usurpadores Carausio y Alecto, arrebatándoles las islas británicas. También su hijo Constantino, que permaneció largos años retenido casi a manera de rehén en la corte de Diocleciano, acompañaba a éste durante sus numerosas campañas por Egipto, a Galerio contra los persas y los sármatas, y destacaba personalmente en combates cuerpo a cuerpo contra "bárbaros" y fieras..., no siempre con carácter de voluntario, imaginamos, pero "la mano de Dios protegió al joven guerrero" (Lactancio).[396]

El 25 de julio de 306, cuando falleció Constancio I Cloro en Eboracum, la actual York (Inglaterra), después de una victoria sobre los pictos, las tropas nombraron sin demora emperador al joven Constantino. Pero Galerio, que táctica y formalmente quedaba como primer Augusto dentro del sistema de la tetrarquía, sólo quiso reconocer a Constantino como cesar. Aquella proclamación había sido un acto ilegal que rompía el orden de la segunda tetrarquía y suponía graves amenazas; deliberadas, indudablemente, pues como nos informa el obispo Eusebio, "Dios mismo. Rey de reyes, lo tenía decidido desde mucho antes". Por algo Constantino se impuso como "primera y principal ocupación — según el padre Lactancio— la de restablecer a los cristianos en el ejercicio de sus prácticas religiosas. El restablecimiento de la santa religión fue el primero de sus decretos".

170

Una vez se vio dueño de la Britania y la Galia, en el año 310 emprendió el saqueo de España, es de suponer que para privar a Roma del aprovisionamiento de los cereales ibéricos, e indisponer contra Majencio a la población hambrienta. Pero lo que más cultivó Constantino fueron las guerras fronterizas, que le convirtieron en el espanto de todo el Rin. Y eso que según Eusebio era, como su padre, "de naturaleza bondadosa, benigna y filantrópica como nadie", razón por la cual "Dios puso a sus pies las más diversas tribus de bárbaros". Su política exterior "desde el principio se caracterizó por su agresividad, pues conducía las campañas en contragolpes y profundas penetraciones por territorio enemigo" (Stallknecht). En 306 y 310 diezmó a los brúcteros, robó sus ganados, incendió sus aldeas y lanzó a los prisioneros al circo para que fuesen pasto de las fieras. "También a los brúcteros atacaste de improviso y fue incontable el número de los muertos", celebra un cronista of icial en Tréveris, residencia of icial del emperador desde 293. "De los hombres prisioneros, los que no valían para soldados por no ser de fiar, ni para esclavos por demasiado fieros, echó todos al circo y fueron tantos, que fatigaron hasta a las bestias salvajes",

[396] Euseb. h.e. 8, 13, 12; Vict. Caes. 39, 40 ss. Eutrop. 9, 22 s. Lact. de mort.pers. 23. Anón. Val. 2, 3; Zon. 12, 33. Paneg. 5, 7ss. Bihimeyer LThK 1 ed. VI 173. Pauly 11290 III 1109. dtv Lex. Antike, Geschichte 1244. Hónn 85, 90ss. Doerries, Konstantin 20. Pórtner 377 s. Grant, Das Rómische Reich 127. Straub, Regeneration 76. Barnes, Konstantin 15 s.

algo que incluso en aquellos tiempos no era frecuente e inspiraba pavor. El joven emperador ahogó en sangre cualquier conato de rebelión; en 311 y 313 aplastó a los alamanos, ya muy castigados por su padre, así como a los francos, cuyos reyes Ascarico y Merogaisio fueron destrozados por osos hambrientos, para edificación general. (Los francos idólatras respetaban la vida de los prisioneros de guerra, y el rey de los alamanos, Eroco, había apoyado desde Eboracum la proclamación de Constantino como emperador.)[397]

Pero Constantino, después de arrojar a la arena a sus víctimas (de los 71 anfiteatros conocidos de la Antigüedad, el de Tréveris era el décimo en importancia, con 20.000 asientos) y viendo la aceptación del espectáculo, decidió convertirlo en institución permanente. Así los "juegos francos", a celebrar todos los años entre el 14 y el 20 de julio, pasaban a ser el punto culminante de la temporada (aunque es posible que los reyes "francos" Ascarico y Merogaisio fuesen brúcteros o tubantes, en realidad).[398]

171

Mientras el joven soberano amenizaba de ese modo la vida de los habitantes de Tréveris, había en el Imperio romano otros tres emperadores: Majencio en Occidente, que tenía autoridad sobre Italia y África; Maximino Daia en Oriente, cuyo territorio comprendía la parte no europea del imperio (todas las provincias al sur de la cordillera del Tauro, y además Egipto), así como Licinio, dueño de las regiones danubianas (Panonia y Retía). Eso de que hubiese tantos emperadores, a Constantino le parecía intolerable, y se propuso desmontar el sistema de la tetrarquía, instituido por Diocleciano para consolidar aquel gigantesco imperio. Inició la destrucción del "orden" establecido mediante una campaña bélica tras otra, eliminando sucesivamente a sus rivales y estableciendo una vinculación cada vez más fuerte entre el imperio y la Iglesia cristiana. Tal "revolución" constantiniana ciertamente fue un punto decisivo en la historia del cristianismo, y también produjo el encumbramiento de una nueva clase dominante, **el clero cristiano**, aunque manteniendo las antiguas relaciones basadas en la guerra y la explotación. A eso se le ha llamado "el comienzo de la era metafísica mundial" (Thiess).[399]

Guerra contra Majencio

[397] Paneg. Lat. 7, 7; 7, 10ss. Exc. Vales, 4. Aurelius Vict. Caesares, Epitome 41, 2 s. Zos. 2, 15. Ammian. 15.5.33. Euseb. h.e. 8, 13, 12ss. 8 App. 4. Euseb. V.CJ 1, 25; 1, 46. Lact. de mort. pers. 24; 29 s. Eutrop. 10, 3, 2. Altendorf, Galerius RAC VIII 788 s. Vogt, Constantinus RAC III 312 ss. Groag, Maxentius en Pauly-Wissowa vol. 28.1996, 2446 s. Schónfeid, Wórterbuch 78. dtv Lex. Antike, Geschichte II 215 ss. El mismo. Religión II 42. Bang. Die Germanen 63. Hammond-Scullard 280. Stein, Vom rómichen 125, 133 s, 191. Schwartz, Charakterkópfe 237. Hónn 96 s. Kornemann, Weltgeschichte II 277. Thiess 229 ss, por demás dado a elogiar el "genio dominador" de Constantino y el "espíritu" de sus sicarios. Lissner 248. Hauck, Kirchengeschichte 197 s. Doerries, Konstantin 21. Voelkl, Der Kaiser 29. Zóllner, Franken 14 s. Stroheker, Germanentum 14 s. Doppelfeid 621 s. Schmitz, Die Zeit 83. Gwatkin 3. Stallknecht 32 s. Waas 4, 82. Straub, Regeneratío 76 s.

[398] RGA III 584, Pórtner 385ss.

[399] Bihiemeyer LThK 1 ed. IV 162. dtv Lex. Antike, Geschichte II 246, 288. Según Lietzmann, Geschichte III 65, "la eliminación de todos los rivales fue el objetivo evidente de la política constantiniana". Thiess 220. M.R. Alfóldi, Die constantinische Goldprágung 99.

Para asegurarse el flanco, Constantino se alió primero con Licinio, uno de los césares orientales; aguardó al fallecimiento del emperador Galerio y cayó luego por sorpresa — contra la opinión de sus consejeros—, movido puramente por "la compasión ante los padecimientos de los pobladores oprimidos de Roma" (Eusebio), sobre Majencio, el corregente occidental, cuyo campamento parecía "el cubil de una fiera acorralada".[400]

Naturalmente, hay muchos historiadores que quieren disculpar a Constantino en este punto, como en tantos otros. Seeck, por ejemplo, muy inclinado a defender al agresor, no sólo establece como principio general que aquel "héroe invicto" había "evitado siempre todas las guerras que no le fueron impuestas", sino que, refiriéndose a Majencio, asegura que por más que Constantino procuró eludir el enfrentamiento "lo preveía desde hacía mucho tiempo, razón por la cual se preparó concienzudamente". De Majencio, Seeck escribe: "Aunque planeaba una guerra de ataque, retuvo en Roma el grueso de su ejército para mejor protección de su valiosa persona, e hizo acumular provisiones de grano como para resistir durante larguísimo tiempo". En realidad, las fuerzas de que disponía Majencio eran escasas y estaban mal preparadas para una campaña; quizá por eso no disimulaba sus intenciones pacíficas. En cambio, Constantino se movía guiado por un principio único, "el de una soberanía más amplia" (Vogt), o mejor dicho, el de la soberanía universal, *principatum totius orbis adfectans* (Eutropio). Después de armarse hasta los dientes, descargó un verdadero diluvio de propaganda contra la "tiranía" del romano; la Iglesia no tardó en marcar también el paso y en pintar a Majencio con todos los colores del infierno.[401]

172

En realidad, Majencio (emperador desde 306 a 312) suspendió las persecuciones contra los cristianos, refrendó el edicto de Galerio por el que se había concedido a estos, en 311, la libertad bajo condiciones, y lo hizo cumplir escrupulosamente yendo, en Roma y en África, incluso más allá de lo estrictamente obligado. Con razón le llamó libertador de la Iglesia el obispo Optato de Mueve. Es verdad que desterró de Roma al obispo Eusebio y a Marcelo, sucesor de éste, pero fue debido a las trifulcas subsiguientes a otras tantas elecciones poco limpias, es decir, a título de "medidas de policía, estrictamente" (Ziegler). Devolvió a las comunidades cristianas los bienes que les habían confiscado, incluidas las fincas —y eso que el edicto no le obligaba a tanto, y sorprende tanto más si hemos de creer lo que cuentan, en el sentido de que Majencio saqueó los templos paganos—, les concedió nuevos cementerios y autorizó la celebración pública del culto y la libre elección de los obispos. Majencio siguió la misma política de tolerancia con los cristianos de África. Algunos de los beneficios que concedió al clero fueron atribuidos luego a Constantino. Por otra parte, Majencio no fue más incapaz que otros emperadores y procuró embellecer la capital; llamado desde el primer momento "*conservator urbis suae",* no abandonó nunca la ciudad y respetó las tradiciones municipales como ningún otro emperador lo había hecho. Pese a la brevedad de su mandato y a las dificultades de la situación en todos los sentidos, emprendió grandiosas

[400] Euseb. h.e. 9.9, 2. Groag, cf. nota siguiente.

[401] Eutrop. 10, 5. Groag en Pauly-Wissowa vol. 28 1996, 2449 ss, 2467 ss. Vogt, Constantinus RAC III318. Seeck, Untergang I 64, 114 s. Hónn 103. Baus, Von der Urgemeinde457.

construcciones, entre ellas, en recuerdo de su hijo, el circo de la vía Apia, el gran templo doble a Venus y Dea Roma (posteriormente destruido por un incendio), así como "la mayor obra cubierta de la Antigüedad clásica", llamada "Basílica Constantiniana", aunque Constantino sólo la terminó. Más que ningún otro emperador del período tardío, procuró mejorar la red viaria, sobre todo alrededor de Roma, pero también en el resto de Italia y en África hasta los confines del desierto. Sin duda, no fue el horrible tirano que nos presenta la odiosa propaganda clerical. Verdad es que agobió a la clase terrateniente, una clase que no tardaría en mantener muy buenas relaciones con la Iglesia, a base de impuestos, lo que precisamente le hizo muy popular entre el pueblo llano. Pero, más tarde, perdió todo su carisma, al faltar el trigo y declararse una gran hambruna, tras caer África durante mucho tiempo en manos de un usurpador y haberse perdido España, que Constantino le arrebató en 310.[402]

Majencio mimó a los romanos de la capital, mientras sangraba mediante nuevos tributos a los labradores, y sobre todo a los más ricos de entre éstos; en el caso de los grandes terratenientes, que eran además senadores inmensamente ricos y que por ello debían pagar en oro, se dice que el emperador recurrió a la violencia e hizo desterrar, encarcelar o ejecutar sin juicio previo a muchos de ellos. En realidad, no se conoce ningún nombre de senador ejecutado por orden de Majencio. Lo que sí consta es cómo la aristocracia romana, "terriblemente diezmada por la espada del verdugo" según Seeck, resurge bajo Constantino con toda su influencia y en todo su esplendor. Y los mismos que habían adulado indignamente a Majencio, pese a todo, poco después adularon a Constantino.[403]

173

No sería histórico, pues, presentar la campaña de Constantino contra Majencio como una cruzada, emprendida para librar a la Iglesia del yugo de un tirano fanático. Y aunque ni siquiera Constantino pudo afirmar que su rival hubiese discriminado a los cristianos, y aunque las fuentes cristianas atestiguan la tolerancia de Majencio, el clero no tardó en convertir aquella agresión en una especie de guerra de religión y a Majencio en un verdadero monstruo.[404]

El primero en manipular la historia fue Eusebio, que no logra concretar sus acusaciones acerca de "los crímenes de que se sirvió ese hombre para someter a sus vasallos de Roma mediante el imperio de la violencia". "No hubo indignidad en que no cayera, ni crimen impío y desvergonzado que no cometiera, ni adulterio y profanación de toda especie. [...] Todos, los ciudadanos y los altos funcionarios, le temían por igual y padecieron [...] la brutalidad de aquel tirano sanguinario. [...] Es

---

[402] Euseb., h.e. 8, 14, 1; 8, 14, 6 ; V.C. 1, 33, 1 s; 3, 52. Scor. h.e. 1, 12. Chronogr. a. 354, 62. M. Optat. Mil. c. Donat. 1, 18. Aurel. Vuict. 40, 24. CU. VI 37118. August. brev. coll. 3, 18, 34. CSEL LUÍ p. 84 s. Groag 2457 ss, 2462 ss, cf. nota 13. R. Hanslik en Pauly III 1103 ss. dtv Lex. Antike, Geschichte II 287. Altendorf, Galerius RAC VIII 794 s. Ehrhard, Urkirche 311. Schoenebeck 5 ss. Schwartz, Kaiser Constantin 60. L'Orange 177 ss. Ziegler, Gegenkaiser 36. Hónn 101 s, 109. Grant, Das Rómische Reich 288. Doerries, Konstantin 27 s.

[403] Euseb h.e. 8.14.4. V.C. 1, 35. Zonar. 12, 33. Aurel. Vict. Caes. 40, 24. Groag, Maxentius en Pauly - Wissowa vol. 28 1966, 2454 ss. Seeck, Untergang 196, cit. s/Groag.

[404] Euseb. h.e. 8, 14, 1 ss. Opt. Mil. 1, 18. Chronogr. a. 354. Mommsen Chron. Min. 11892, 62 a. 312. Vogt, Constantinus RAC III 318. Schwartz, Kaiser Constantin 66. Hernegger 234. Ziegler, Gegenkaiser 35ss con abundantes menciones de la investigación moderna.

incalculable el número de los senadores a quienes hizo ajusticiar para hacerse con sus fortunas, asesinándolos en masa bajo tal o cual pretexto. [...] Hizo abrir los vientres de las embarazadas y consultar las entrañas de niños recién nacidos [...] para conjurar demonios *y evitar la guerra* [!].*"*[405]

¡La historiografía cristiana!

Esta imagen ficticia de un "tirano impío" fue difundida por los cristianos tan pronto como cayó el emperador, cuya biografía falsearon por entero. Pintaron como soberano lujurioso a quien llevó en realidad una vida familiar totalmente morigerada. Describieron violaciones de esposas y doncellas, encarcelamientos de padres y maridos, tormentos sanguinarios, vejaciones imaginarias contra los cristianos. En una palabra, se crea para la posteridad la imagen distorsionada de un déspota odioso, tan cobarde como temido, imagen que incluso matiza las opiniones de algunos investigadores críticos como Schwartz o Ernst Stein. Más lapidario todavía, el *Lexikonfür Theologie una Kirche* editado por Buchberger, obispo de Regensburg, termina con cuatro líneas su juicio sobre Majencio: "Un tirano cruel y desenfrenado".[406]

174

En cambio, Groag, en un juicio más ajustado sobre la figura del emperador demuestra que Majencio, cercado por sus enemigos y en una situación límite, mantuvo siempre sus designios pacíficos; no tenía ninguna vena guerrera, no veía ninguna finalidad en la lucha, y no asistía a las maniobras militares, aunque sí supo nombrar generales excelentes. Sus actitudes frente a la Iglesia romana y a la cartaginense no fueron en modo alguno las de un cristiano, sino de tolerancia, "combinando con mesura lo benevolente y lo indulgente". Su energía se revela en los afanes constructores "de admirable grandiosidad" y en la seriedad con que dirigió el aparato administrativo. "Las fuentes no citan ni un solo ejemplo concreto de esa crueldad que se le ha imputado."[407]

La popularidad de que justificadamente gozaba Majencio entre el pueblo romano se desvaneció, sin embargo, al faltar los alimentos al perderse África y poco después España.[408]

Por el contrario, en la agresión constantiniana se quiso ver la acción de "Dios" e incluso la de las "huestes celestiales". En la primavera de 312, el atacante, que se había preparado a conciencia y además se declaró of icialmente en guerra, cruzó los Alpes occidentales a marchas forzadas con sólo la cuarta parte de sus efectivos, que serían unos veinticinco mil o treinta mil soldados de a pie y jinetes: "Menos de los que llevó Alejandro Magno en sus campañas", le alaba uno de sus aduladores. Parte del cuerpo expedicionario, que ya entonces iba acompañado de obispos, estaba formado por germanos, cuyo rápido avance por el norte de Italia, aprovechando la superioridad numérica, espantó incluso a los of iciales de Constantino. "Confiando

[405] Euseb. h.e. 8, 14, 1 ss. Los subrayados son míos.

[406] Euseb., h.e. 8, 14, 2; 8, 14, 5; 8, 14, 16; 9, 9, 8. V.C. 1, 33, 1s; 1, 34; 1, 36. Socr. h.e. 1, 12. Zonar. 12, 33. Bihimeyer LThK 1 ed. VII 13. Groag, Maxentius en Pauly-Wissowa vol. 28 1966, 2464ss. En p. 2482 las opiniones de Seeck, Schwartz, Stein.

[407] Groag, Maxentius ibíd. 2481 ss; cf. también 2451, 2459.

[408] Euseb. h.e. 8.14.1; 8.14, 6. V.C. 1, 36. Groag, Maxentius ibíd. 2464 ss.

en el auxilio divino" (Eusebio) se apoderó de Segusio (Susa, una fortaleza de la frontera); siempre confiando en el auxilio divino y en una nueva táctica contra los jinetes acorazados del enemigo, venció en campo abierto frente a Turín y en otra batalla, ésta particularmente sangrienta, ante Verona, donde la matanza se prolongó hasta bien entrada la noche. Allí perdió Majencio a su mejor general, Pompeyano Rúrico, prefecto de los pretorianos. Constantino cargó de cadenas a los defensores, se apoderó también de Aquilea, otra fortaleza importante, y prosiguió su avance sobre Roma. El 28 de octubre se presentó en el puente Milvio, hoy llamado Ponte Molle. Pero Majencio, y éste es un tema que se ha discutido mucho entre historiadores, abandonó la protección de las murallas y combatió en campo abierto con el Tíber a sus espaldas; además, el grueso de su ejército peleó con poco ardor, exceptuando a los pretorianos, que sí lucharon sin ceder terreno hasta que cayó el último hombre. Majencio se ahogó en el río junto con buen número de sus soldados, "cumpliéndose así la profecía divina: "Se hundieron como plomos en las aguas profundas" (Eusebio). O como dice Lactancio: "La mano de Dios pesó en el campo de batalla".[409]

175

A esta victoria de Constantino, celebrada por todos los historiadores de la Iglesia como nacimiento del imperio cristiano, contribuyeron las tropas germánicas, en especial la llamada *auxilium* (un contingente de mercenarios) de los *cornuti* (porque llevaban casco con cuernos, cuyo símbolo introdujo el emperador, como muestra de gratitud, en el escudo de los ejércitos romanos).[410]

Los padres de la Iglesia y el arte cristiano de la época trazaron un paralelismo entre esta matanza histórica de trascendencia mundial y la del ejército egipcio que se ahogó en las aguas del mar Rojo, o traen incluso a colación la caída de Pablo en el camino de Damasco, a fin de forzar la interpretación de un "nuevo Moisés" designado por voluntad directa de Dios. Una medalla de plata de Ticino (315) presenta la victoria del puente Milvio como una intervención divina: "Primer documento of icial y civil de la cristianización de las ambiciones constantinianas de monarquía universal" (Alföldi). Eusebio y Lactancio echan mano de leyendas contradictorias (o lo que es lo mismo, de la "mentira piadosa") al objeto de presentar la victoria sobre Majencio como una victoria de la religión nueva sobre la antigua. Con ello crean un fenómeno completamente nuevo en el cristianismo, y de alcance tremendamente destructivo: la religiosidad militante en lo político, la llamada teología imperial, cuya presencia podemos advertir en todo el período que va desde los carolingios y los Otones hasta las dos guerras mundiales de nuestro siglo. En realidad, el perdedor Majencio, cuyo padre había muerto dos años antes a manos de Constantino, había tolerado y favorecido en todo momento a los cristianos; y, por otra parte, su vencedor había venerado al Apolo gálico, a Hércules hasta 310, y durante mucho tiempo siguió acuñan do monedas con figuras de dioses paganos como Sol Invictus, Júpiter Capitolino y Marte, siendo el primero de éstos el que durante más tiempo tuvo culto

[409] Euseb. V.C. 1, 26; 1, 32; 1, 37; 1, 38; Eumen. paneg. 9, 3 ss. Nazar. paneg. 7, 1; 10, 17; 27, 5 ss. Vita Caes. 40, 23. Vict. epit. 40, 7. Zosim. 2, 16. Eutrop. 10, 4, 3. Oros. 7, 28, 16. Zonar. 13, 1. Groag, Maxentius, Pauly Wissowa vol. 28, 2470 ss, 2475 ss. Seeck, Untergang 1114 ss. Stein, Von rómischen 139 s. Barnes, Constantine 43.

[410] A. Alföldi, Cornutil 69ss.Waas 4. Dempf 90.

of icial, tanto así que la festividad del domingo, introducida en 321, era en realidad el llamado *dies Solis;* con ella Constantino, notorio antisemita, evidentemente quiso reemplazar la fiesta judaica del sábado por el día del Señor cristiano. Poco antes de su muerte, Constantino hizo representar su persona en una estatua de pórfido bajo la figura de Helios, e incluso la víspera de su fallecimiento restableció una ley antigua por la que "los sacerdotes paganos quedaban exentos a perpetuidad de los tributos inferiores". De sí mismo afirmaba que jamás había cambiado de divinidad a la hora de recogerse a rezar.

En Roma, sacaron a Majencio del fango, le cortaron la cabeza, que fue apedreada y cubierta de excrementos durante el paseo triunfal y luego conducida a África; finalmente, fueron pasados a cuchillo el hijo del vencido y todos sus partidarios políticos, y exterminada toda la familia de Majencio. "Ofreciste clemencia sin hacerte de rogar —dice un panegirista—. Roma exulta de felicidad ante tan fausta victoria." En efecto, Constantino se presentó con palabras de libertad y no tardó en figurar como "libertador de la ciudad" *(liberatori urbis)* sobre la piedra y el metal acuñado, como "restaurador de las libertades públicas" y "emperador excelente" *(restitutor publicae libertatis, optimus princeps),* aunque en realidad los supuestos "liberados" no tardaron en quedar despojados de todo poder político efectivo.[411]

176

Primeros privilegios para el clero cristiano

El 29 de octubre, el vencedor prescindió del sacrificio pagano en honor de Júpiter Capitolino; el clero cristiano se vio favorecido inmediatamente después de la batalla. De hecho, había más cristianos en Italia y en África que en la Galia. Y en Roma, donde el Senado hizo construir en honor de Constantino el arco de triunfo que todavía hoy podemos ver junto al Coliseo, quizá fue entonces cuando regaló al obispo Milcíades la *domus Faustae* con todas sus fincas; se trataba de un palacio imperial

[411] Lact. mort. pers. 44, 1ss; 44, 9ss. Euseb. V.C. 1, 26ss, especialm. 1, 33; 1, 41. h.e. 8, 14, 1; 9, 9, 2ss; 9.9, 9. Zos. 2, 15ss. Eumen. pan. 9, 1ss. Nazar. pan. 10, 17ss; 30, 4ss. Vict. epit. 40. Optat. Mil. 1, 18. Cod. Theod. 2, 8, 1; 12, 1, 21; 12, 5, 2. Cf. 9, 16, 2 s. Cod. Just. 3, 12, 2. Seeck, Untergang I 48, 114ss, 131 s cifra las tropas de Constantino en sólo unos 25.000 hombres y las de Majencio en "170.000 hombres y 18.000 caballos". Parecidamente Hónn 106. Delbrück, Kriegskunst II 299 calcula el ejército de Majencio en 170.000 infantes y 18.000 hombres de a caballo. También Stein, Vomromischen 139 s, que estima en unos 30.000 hombres las fuerzas de Constantino. Groag, Maxentius, Pauly- Wissowa vol. 28, 2480 s. dtv Lex. Antike, Religión II 42. LThK 1 ed. VI 450 ss. Vogt, Constantinus RAC III 318ss, 328 s. Dólger (Ed.), Konstantin 155ss, especialm. 181ss. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius 525 s. Del mismo, Charakterkópfe 243 s. Laqueur, Eusebius 183 ss. Schoenebeck 4 ss, 26 s. Alfoldi, Hoc signo 5. El mismo, Kreuzzepter 81 ss. Ehrhard, Urkirche 313. Hónn 105 ss, 189. Kornemann, Weltgeschichte II 279 s. Voelkl, Der Kaiser 45. Ewig, Kónigsgedanken 10. Doerries, Konstantin 30ss. El mismo, Das Selbstzeugnis passim. Lietzmann, Geschichte III 62. Kraft, Das Silbermedaillon 151 ss. Buonaiuti, Geschichte I 197. Dannenbauer, Entstehung I 18. Aland, Entwürfe 230ss. El mismo, Eine Wende 213ss. Hernegger 134ss, 150 s, 160ss, 189 s. Dempf, Geistesgeschichte 90. Ziegler, Gegenkaiser 35ss. Becker 161 s. Straub, Regeneratio 77 s, 80 ss, especialm. 100ss, 112. Tinnefeid 229 s. Kühner, Gezeiten der Kirche 81. Joannou 31. Chadwick, Die Kirche 142 s. Barnes, Constantine 44 s. Antón, Selbstverstándnis 43. Kari Honn, que escribe en su biografía de Constantino p. 107 "La familia y el apellido de Majencio fueron exterminados, muertos sus hijos, eliminados sus partidarios políticos", tres páginas más adelante (110) dice: "Constantino hizo que la clemencia presidiera su entrada en Roma, como ya había demostrado durante la conquista del norte de Italia".

que había pertenecido a la familia Laterani y que en aquellos momentos era propiedad de Fausta, la segunda esposa del emperador, que la había heredado de su padre Maximiano. Pero como Fausta no era cristiana, la transmisión del palacio lateranense probablemente no debió de tener lugar hasta después del asesinato de la propietaria. En cualquier caso, ello mejoró en gran medida las condiciones de alojamiento del pontífice romano, en cuyos dominios permaneció dicha sede hasta el año 1308. Además, el soberano cursó instrucciones a los obispos de que ampliasen sus iglesias o construyesen otras nuevas, para lo cual prometía "abundante apoyo de sus propios medios" (Eusebio). En África, que había incorporado a su mandato tras una campaña victoriosa, hacia finales de 312 y comienzos de 313 restituyó las iglesias que habían sido confiscadas, aunque hubiesen quedado en manos de ciudadanos particulares. Y ordena personalmente a Anilino, el procónsul, que se ocupe de "reintegrar las casas y los huertos [...] y todo lo que se halle en manos de ciudadanos o de otras personas" a la Iglesia "con la mayor diligencia posible".[412]

177

Además, Constantino apoyó al alto clero con dinero.

"Para las intenciones de la justa y santísima Iglesia católica" recibe Cartago varios cientos de miles de marcos; el emperador en persona, después de entrar en Roma, comunica al obispo Ceciliano que Ursus, "el prestigioso administrador general de los negocios de África, tiene orden de entregarle la suma de 3.000 […] a tu santidad"; dicha suma *(unfollis* era una bolsa de unos cien marcos) debía ser repartida entre los obispos de acuerdo con una lista de destinatarios elaborada por Osio, arzobispo de Córdoba, amigo del emperador y consejero suyo para los asuntos religiosos. En caso necesario se aumentaría la contribución, sin importar cuánto pudiese gravar al erario estatal. Porque, como escribió Constantino al patriarca de Cartago (que gracias a estos apoyos ilimitados del emperador pudo resistir a los cismáticos donatistas, eso sí, bajo la condición de que renunciase a la teología sacramental de san Cipriano), "si advirtieres que la suma no alcanza para todos ellos [...], no tengas reparo en pedir lo que sea necesario a Heráclides, el administrador de nuestros dominios". Y, efectivamente, en 313 convocaban un sínodo en Roma..., aunque éste no se celebró en el palacio "papal", ¡sino en el del emperador![413]

Al mismo tiempo, el procónsul de África, Anilino, recibió del soberano instrucciones en que se advierte expresamente "de los graves peligros para el Estado" que pueden resultar si se descuida "el máximo respeto al poder altísimo de la divinidad celestial", por lo cual estima imprescindible que aquellos "que se consagran al servicio de dicha santa religión, a los que suelen llamar clérigos, queden exentos a perpetuidad de toda clase de tributos y servicios al Estado". Con lo cual quedaba of icialmente reconocido el clero cristiano como estamento privilegiado.[414]

---

[412] Euseb. h.e. 9, 9, 9 ss; 10, 5, 15 ss; 10, 7, 1 s. V.C. 1, 42; 1, 48. Zos. 2, 29, 5 ss. Vogt, Constantinus RAC III 325 ss. Kraft, Konstantins religióse Entwickiung 32ss. Alfoldi, The Conversation 62. Klauser, Der Ursprung 12 s. Aland, Entwürfe 194, 254. El mismo, Glaubenswechsel 41. Hernegger 150s, 173, 176, 179s. Doerries, Die Kirche 142ss. Straub, Regeneratio 78ss. Tinnefeid 258s. Barnes, Constantine 44 s. Grant, Christen 170.

[413] Euseb h.e. 10, 6, 1 ss V.C. 1, 41, 43. Vogt, Constantinus RAC III 328 s. LThK 1 ed. V 150. Hernegger 174. Aland, Entwürfe 194, 254. Chadwick, Die Kirche 139. Haendier, Von Tertullian 81 s. Grant, Das Rómische Reich 290.

[414] Euseb. h.e. 10.7.1 s. Vogt, Constantinus RAC III 328 s.

Al generoso vencedor, que se consideraba investido de una misión como "protegido *(famulus)* de Dios", sólo se le oponían ya los dos potentados de Oriente, Maximino Daia, residente en Antioquía, y Licinio, que tenía su sede en Serdica.[415]

Guerra contra Maximino Daia

Maximino Daia, emperador romano (309-313) y sucesor de Galerio, había sido en tiempos de Diocleciano un riguroso perseguidor del cristianismo en sus dominios, las diócesis de Oriente y Egipto. Después del Edicto de Tolerancia de Galerio, publicado en Nicomedia el 30 de abril de 311, Maximino hizo concesiones, de mala gana indudablemente, y con reservas. En su caso, sin embargo, también "era obvio el cambio decisivo de actitud" en relación con los cristianos (Castritius), y evidentemente falsa la afirmación de Eusebio, cuando dice que Maximino guardó secreto sobre el edicto de Galerio y tomó las disposiciones necesarias "para evitar que fuese conocido en el territorio de su jurisdicción".

178

Más cierto es que al obispo Eusebio, cuando transcribió el edicto, se le olvidó citar el nombre de Maximino entre los firmantes del mismo. Es verdad que éste no lo hizo publicar en su contenido literal, lo que formalmente no era ninguna anomalía, y si lo publicó seguramente sería a insistencia de sus corregentes o bajo la presión de la guerra armenia en que se había embarcado. Ya que este césar, precisamente, acababa de consolidar el paganismo mediante un sistema de culto unificado y además era el inspirador de una activa propaganda anticristiana; entre otras cosas, imponía las falsas "actas de Pilatos" como lectura obligada en las escuelas. También accedió a los ruegos de las autoridades de Nicomedia, Tiro y otras ciudades que deseaban expulsar a los cristianos "si reinciden en sus malditas locuras", y prometió recompensar "con toda clase de mercedes" el celo de los que lo solicitaban. Según Eusebio y Lactancio, dichos grupos anticristianos de la ciudadanía habían sido instigados por el mismo emperador, lo que al parecer no es cierto, aunque desde luego parece seguro que comulgaba con ellos. De ahí que según Eusebio, este soberano, "el más impío de todos los hombres y el peor enemigo de la devoción", fuese todavía más malo que el emperador Majencio, "enemigo de todo lo noble y perseguidor de toda virtud", que obtuvo por extorsión "enormes sumas" y "exageró su vanidad hasta la locura", además de entregarse a la bebida hasta perder el conocimiento, en "excesos jamás superados por nadie" y "no pasaba nunca por una población sin deshonrar a las casadas y secuestrar a las doncellas", junto con otras cosas del mismo calibre, obligadas en cualquier escrito polémico de la época.[416]

Como era natural, Maximino Daia encontró el castigo que merecían sus pecados. El "padre de la historia eclesiástica", o incluso "de la historia universal" (según

---

[415] Altendorf, Galerius RAC VIII 789

[416] Euseb. h.e. 8, 14, 7ss; 8, 17, 1ss; 9, 1, 1ss; 9, 2, 1; 9, 2, 5; 9, 5, 1 s; 9, 6, 4; 9, 7, 1ss; 9, 9a4; 9a, 10, l. Cf. Lact. de mort. pers. 35, 1; 36ss. Pauly III 1111. dtv Lex. Antike, Geschichte II 288. Moreau, Eusebius von Caesarea RAC VI 1072. Stein, Vom romischen 135 s. Ehrhard, Urkirche 304. Pfister 301ss. Alfoldi Hoc signo. Castritius 43, 48ss, 52ss, 60ss, 71ss, 83ss. Grant, Das Rómische Reich 288 s. Baus, Von der Urgemeinde 452 s.

Erhard), detalla, infatigable, los estragos de la venganza divina: "Las lluvias del invierno dejaron de producirse en la cuantía acostumbrada [...], hambres imprevistas [...] seguidas de la peste y de otra enfermedad desconocida [...] por la que incontables hombres, mujeres y niños quedaban ciegos"; por si esto fuese poco (ya sabemos que el Señor jamás abandona a los suyos, véase el Antiguo Testamento), la guerra con los armenios. En una palabra, matanzas, hambre, peste, enfermedad, inundaciones; los humanos vagaban por las calles "como espectros", los cadáveres se amontonaban en las vías públicas "e incluso eran devorados por los perros". Todo esto fue la respuesta del cielo "al desafío imprudente del tirano contra la divinidad" y "a los decretos de las ciudades contra nosotros".[417]

Como sucede con tantos otros apologistas, al obispo Eusebio le obsesiona el afán de calumniar a todos los enemigos del cristianismo hasta que los deja que no hay por dónde cogerlos, bien sea mediante la "santa exageración" o la "santa mentira". Dice, por ejemplo, que Maximino Daia había sugerido a los antioquenos "que solicitasen como gracia especial del emperador el que no se permitiese residir en la ciudad a ningún cristiano". O como cuando afirma que el emperador no dejó que colgaran las tablas con el edicto de Galerio, o que el interventor de la hacienda municipal, Theoteknos, había "empujado a la muerte" a tantísimas personas. La realidad es que hubo por aquel entonces muy pocos mártires cristianos; el propio Eusebio sólo consigue recordar los nombres de tres..., y ya sabía lo que se decía Jacob Burckhardt cuando escribió del "padre de la historiografía eclesiástica" que no sólo era "el más repugnante de los aduladores", sino también "el primer historiador deliberada y totalmente mendaz de la Antigüedad".[418]

179

Y Lactancio no merece mucha más credibilidad. Aunque el emperador Maximino suspendió durante algún tiempo la persecución contra los cristianos en sus dominios (entre julio y noviembre de 309, por antipatía contra Galerio), no por ello dejaba de ser "un monstruo indescriptible", sus dilapidaciones "inmoderadas", sus vicios tales "que nunca se había visto nada parecido". "Castrados y alcahuetes andaban espiando por todas partes, y allí donde encontraban unas facciones bien proporcionadas, el padre y el esposo perdían sus derechos..." y "cuando caía en sus garras un cristiano, lo sacaban en secreto al mar y lo ahogaban". Es el tono que ha predominado hasta hoy en toda la historiografía cuando ha tenido que referirse a este emperador, de manera que aparte algunos intentos de rehabilitación (como los de Stein y A. Piganiol), los autores modernos siguen condenando con unanimidad casi total al "zélote du paganismo" (Grégoire).[419]

---

[417] Euseb. h.e. 9, 8, 1 ss. Ehrhard, Die aitchristlichen Kirchen 102. Doergens 446 ss.

[418] Euseb. h.e. 9, 2 ss. Laqueur, Eusebius 115. Castritius 64 s, 67, 75. Jacob Burckhardt cit. s/Aland, Von Jesús bis Justinian 185 s, que contradice a B. aunque con argumentos asombrosamente flojos, e incluso admitiendo que Eusebio "pinta con colores vivos sobre un fondo de oro".

[419] Lact. de mort. pers. 37 ss. Altendorf, Galerius RAC VIII 788 s. Bihimeyer LThK 1 ed. VII 20: "M.D. fue el peor perseguidor de los cristianos, un tirano voluptuoso cuya crueldad excedió incluso a la de Galerio." Castritius 7. El mismo ha demostrado cómo y por qué las voces paganas antiguas no quisieron rectificar esta imagen negativa de Maximino Daia: Grégoire cit. s/Castritius 51 nota 27.

En realidad, Maximino Daia no fue un mal regente. Supo administrar y protegió la literatura y las ciencias, pese a ser él mismo de origen humilde y cultura escasa. Sus persecuciones contra los cristianos, entre los años 311 y 312, bastante "moderadas" por otra parte como resume un estudio reciente acerca de esa figura histórica, "obedecían a instancias de las autoridades locales, motivadas por razones económicas y a las que el cesar, por evidentes razones, no podía negarse" (Castritius), ya que las prácticas cristianas comprometían la potencia económica de las ciudades, y el monarca dependía para todo de las contribuciones de éstas.[420]

180

Maximino no era del todo ajeno a ciertos pensamientos religiosos, como cuando escribe en respuesta a las instancias de las ciudades: "Prosperen las ciudades de la gran llanura y que ellos [los paganos] vean ondear a impulsos de la brisa serena los campos de trigo y los pastizales que la lluvia benéfica habrá sembrado de hierba y floréenlas; y que todos se alegren, ya que por nuestras devociones y sacrificios hemos ganado la benevolencia del poderoso Marte, que nos favorece con la paz y la seguridad de que tranquilamente disfrutamos".[421]

La paz, sin embargo, no iba a durar mucho. De ello se ocupaban I Constantino y Licinio, despabilados a este efecto por el "Rey de reyes, Señor del Universo y Salvador, dos hombres amados por la divinidad contra los dos tiranos más impíos". Una vez eliminado el primero de éstos, Majencio, en febrero de 313 Constantino renovó en Milán el pacto con Licinio, a quien casó con su hermana Constancia para refrendar el acuerdo. En una constitución, el llamado Edicto de Milán, ambos emperadores concedieron entidad jurídica al cristianismo, y con especial referencia a éste proclamaron la libertad de cultos en todo el imperio. Una vez derribado Maximino, la tolerancia se extendería a la parte oriental, pero ya equiparadas todas las religiones desde el punto de vista jurídico. Maximino, que construía templos en todas las ciudades o mandaba reconstruir los antiguos, y que puso protección a los sacerdotes paganos más notables, adivinó sin dificultad lo que se le venía encima. Durante el crudo invierno de 312 a 313, aprovechó una ausencia de Licinio para invadir Siria; después de conquistar Bizancio y Heraclea, el 30 de abril de 313 se enfrentó en el lugar llamado "Campus Serenus", próximo a Tzirallum, con un enemigo que ostentaba ya divisas cristianas en sus banderas.

Según el padre Lactancio, ésa fue ya una verdadera guerra de religión, juicio con el que coincide Johannes Geffcken cuando la llama "la primera guerra de religión verdadera que hubo en el mundo". Licinio, al que se le había aparecido la víspera "un ángel del Señor", el día de la batalla hizo que los soldados se quitaran los cascos para rezar; sus carniceros "alzaron las manos al cielo", invocaron tres veces el nombre de Dios y luego, "con los corazones llenos de valor, se pusieron otra vez los cascos y alzaron los escudos". Fue entonces que se produjo un milagro, cuando "aquellas escasas fuerzas hicieron una gran matanza". ¡**La religión del amor puesta a pintar batallitas**! Maximino pudo escapar disfrazado de esclavo en dirección a Nicomedia y luego continuó con sus fieles hacia Cilicia, pasando los montes del Tauro. El mismo año murió en Tarso, suicidado o enfermo, mientras las tropas de Licinio avanzaban

[420] Vict. epit. 40, 18 Stein, Vom romischen 135ss. Castritius 42, 46 s, 76, 87. Sobre los motivos económicos, detallado y convincente en 52ss.

[421] Euseb. h.e. 9, 7, 10 s

ya sobre la ciudad por tierra y por mar.

Sobre el mismo suceso, Eusebio cita dos relatos contradictorios pero no olvida pintar también con regocijo el final de Maximino, "devorado por un fuego invisible que le envió Dios". Lactancio afirma incluso que Maximino se volvió loco y "durante cuatro días arañó la tierra con las manos para comérsela. Más tarde, cuando los terribles dolores le obligaron a golpearse la cabeza contra las paredes, se le saltaron los ojos de las órbitas. Sólo entonces, ciego, vio a Dios que se aprestaba a juzgarle en compañía de una corte celestial de diáconos revestidos de casullas blancas [...] y creyó en Jesucristo, a quien rezaba para que se compadeciera de sus sufrimientos".[422]

181

¡La historiografía cristiana!

La "buena nueva" había triunfado por primera vez en todo el Imperio romano y los demás "enemigos de Dios", según Eusebio, es decir, los partidarios de Maximino Daia "fueron exterminados [...] después de largos suplicios"; "sobre todo los que, para halagar al soberano, más habían perseguido a nuestra religión cegados por su soberbia", secongratula el santo obispo. En efecto, Licinio, como cuenta Eduard Schwarz, "documentó su simpatía para con la Iglesia principalmente por medio de un tremendo baño de sangre, acogido por los cristianos con gran griterío de júbilo". Allí perecieron las mujeres y los niños que habían sobrevivido a la actuación de otros emperadores o cesares. Entre otros fueron asesinados Severiano, hijo del emperador Severo (a su vez, asesinado en 307), Candidiano, hijo del emperador Galerio (que había sido confiado por el padre moribundo a la tutela de Licinio); asesinadas también, y de la manera más brutal, Prisca y Valeria, esposa e hija de Diocleciano, junto con los hijos de esta última, pese a las súplicas del anciano emperador, que ya había abdicado y que murió ese mismo año. Asesinada igualmente la esposa de Maximino Daia, un hijo de ocho años y una hija de siete, prometida de Candidiano. Y "también los que se envanecían de su parentesco con el tirano [...] padecieron la misma suerte, tras grandes humillaciones", es decir, fueron exterminadas familias enteras y "borrados de la faz de la tierra los impíos" (Eusebio). También Lactancio comenta que "los impíos recibieron verdadera y justamente, con el juicio de Dios, el pago de sus acciones" y el mundo entero pudo ver su caída y su exterminio, "hasta que no quedó de ellos ni el tronco ni las raíces".[423]

Guerra contra Licinio

[422] Cf. Euseb. 9, 8, 1ss; 9, 9, 1ss especialm. 9, 10, 13ss. Del llamado "Edicto de Milán", tan discutido por los investigadores, tenemos dos versiones: Lact. de mortpers. 48 y la griega de Euseb. h.e. 10, 5, 1ss; en las transcripciones de ésta faltan sin embargo B. y D., y lo mismo así en Rufino como en la traducción siríaca. Las dos versiones 132ss, cf. también nota siguiente.

[423] Euseb. h.e. 9, 8, 2; 9, 9, 1; 9, 10, 1 ss; 9, 11, 3 ss. V.C. 1, 58 s. Lact. de mort. pers. 43; 45 ss; 49 ss. Zos. 2, 17. Vict. Caes. 41.4. Vict. epit. 40, 8. Eutrop. 10, 4, 4. Altendorf, Galerius RAC VIII 790. Vogt, RAC III 336 s. Pauly II 39. Seeck; Untergang I 144 ss. Stein, Vom romischen 142 ss. Geffcken, Der Ausgang 92. Caspar, Papsttum I 105. Schwartz, Charakterköpfe 246 s. El mismo, Kaiser Constantín 74. Ehrhard, Urkirche 314 ss. Kornemann, Weltgeschichte II 282 s. El mismo, Römische Geschichte 142 ss. Hónn 116 s, 119 s. Pfister 306 ss. Pfliegler 28 ss. Lietzmann, Geschichte III 63 ss. Voelkl, Der Kaiser 54 ss. Prete, Der geschichtiiche Hintergrund 379. Doerries, Konstantin 43. Bames, Lactantius 31.

Dos emperadores habían desaparecido; "dos hombres bienamados de Dios", según Eusebio, quedaban. "Para agradecer las mercedes recibidas del Señor, empezaron a limpiar [!] de enemigos de Dios el mundo." Ya se sabe que ése ha sido siempre un asunto urgente. Seguramente, debió de ser hacia el año 316 (y no en 314 como se dice) cuando Constantino rompió hostilidades contra Licinio en los Balcanes, puesto que la divinidad más alta, según él mismo, "en sus celestiales designios" le había confiado "la dirección de todos los asuntos terrenales". La batalla tuvo lugar el 8 de octubre junto a Cibalae, a orillas del Save, donde Constantino, "faro luminoso de la Cristiandad" (escribe el católico Stockmeier), aniquiló a más de veinte mil de sus enemigos. A ésta le siguió, en Filipópolis, una de las matanzas más espantosas de la época, que no decidió el resultado final, pero en cualquier caso Constantino había logrado arrebatar a su cuñado casi todas las provincias europeas (las actuales Hungría, Bulgaria, Rumania, Dalmacia, Macedonia y Grecia); luego, hizo las paces con él, aunque no fuese ya un "hombre bienamado de Dios", sino un "pérfido enemigo" (según Eusebio), y dedicó diez años al rearme y a la propaganda en favor del cristianismo, ya que en Oriente, por ejemplo en el Asia Menor, la mitad de la población era ya cristiana en algunas zonas. Transcurridos esos diez años, se alzó de nuevo en busca de la "solución final".[424]

182

El "salvador y benefactor" había preparado la batalla decisiva mediante una serie de medidas político-religiosas; los cristianos trabajaban a favor de Constantino y desprestigiaban a Licinio como "enemigo del orbe civilizado" incluso en las zonas que eran del diablo. Además, lo cercó mediante un pacto con los armenios, para entonces ya convertidos al cristianismo (véase el capítulo 6), y preparó la futura guerra como cruzada y "guerra de religión" (como ha dicho el católico Franzen): "Ciertamente, [...] como [si de] una guerra de religión [se tratase]" (C.T.H.R. Ehrhardt), con sus capellanes de regimiento, su lábaro o estandarte con las iniciales de Jesucristo constituido como emblema de la guardia imperial, y con una campaña de "santo entusiasmo". En el bando contrario, Licinio revitalizó el paganismo y persiguió a la Iglesia prohibiendo los sínodos, despidiendo a los cristianos del ejército y del funcionariado, poniendo trabas a la celebración pública del culto y promulgando diversos castigos y destrucciones; al mismo tiempo, celebró cultos y oráculos e hizo poner en sus banderas las imágenes de diversos dioses, "contra el falso dios extranjero" y "su bandera deshonrosa". En realidad, lo que importaba a uno y a otro era el poder exclusivo, la monarquía universal. En el verano de 324 se enfrentaron dos ejércitos de tamaño descomunal para la época (los soberanos incluso habían desguarnecido las fronteras); 130.000 hombres, según se afirma, con 200 naves de guerra y más de dos mil barcos de transporte por parte de Constantino, y 165.000 hombres (entre los cuales un fuerte contingente godo bajo el mando del príncipe Alica) con 350 naves de guerra por parte de Licinio, cifras que implican el más

[424] Euseb. h.e. 9, 11, 7; V.C. 1, 49. Sozom. 1, 2. Zos. 2, 18 s; 2, 20. Anón. Vales. 5, 16ss. Epitome 40, 9. Seeck, Untergang I 154 ss. Schoenebeck 39, 49. Schwartz, Charakterköpfe 247, 253. Kornemann, Weltgeschichte II 286. Hónn, 123 s. Voelkl, Der Kaiser 64 s. Vogt. Constantín 187ss. Habicht, Konstantin 360ss. Dannenbauer, Entstehung 118 s, 64. Bruun, The Constantínian coinage 15ss. Aland, Glaubenswechsel 41. Barnes, Constantine 67. Stockmeier, cf. nota 38.

ruinoso saqueo de todos los recursos del imperio. El 3 de julio fue derrotado el ejército de Licinio en tierra, y lo mismo su flota en el Helesponto; el 18 de septiembre perdió la última y definitiva batalla de Crisópolis (la actual Skutari), frente al Cuerno de Oro, en la orilla asiática del Bósforo.[425]

183

Decisión del cielo, qué duda cabe. Tanto había rezado el "santo y puro" Constantino, tanto había insistido en que sus tropas lanzasen tres veces el grito de guerra: "Dios todopoderoso, a ti y sólo a ti clamamos y de ti esperamos la victoria". Cuarenta mil cadáveres quedaron sobre el campo de batalla. La flota al mando de Crispo, que contaba entonces diecisiete años, embistió al enemigo en los Dardanelos y los restos fueron aventados además por un temporal milagroso junto a los acantilados de Gallipoli, hundiéndose 130 naves y 5.000 marineros. (Pero, en 1959, el teólogo católico Stockmeier comentaba las carnicerías constantinianas escribiendo que "todos los emperadores cristianos han procurado emular ese ejemplo, faro espiritual y guía de príncipes".) Después de la derrota de Crisópolis a Licinio le quedaron unos treinta mil seguidores. A ruegos de Constancia, Constantino juró respetarle la vida, pero un año más tarde y estando Licinio en Tesalónica, donde se dedicaba a conspirar con los godos según se cuenta, fue estrangulado junto con Marciniano, su generalísimo. En todas las ciudades del Oriente comenzó el exterminio de los más notables partidarios de Licinio, con o sin juicio. Así que después de diez años de guerra civil y continuas campañas de agresión por parte de Constantino, este "general victorioso cíebelador de todas las naciones" y "caudillo del orbe entero", como se hizo titular, quedaba (y con él, el cristianismo) vencedor definitivo y dueño del Imperio romano.[426]

Ahora bien; mientras Constantino mantuvo una postura ambigua y Licinio pasaba por ser el patrono y el protector de los cristianos, Eusebio naturalmente cultivó la adulación de Licinio; el célebre obispo, que iba modificando las sucesivas versiones de su obra con arreglo no sólo al "estado de los conocimientos", sino también atendiendo al resultado "de sus cálculos políticos" (Vogt), escribió páginas y más páginas encomiásticas. Mientras ambos emperadores fueron aliados, ambos eran predilectos del Señor, según Eusebio y Lactancio, "destacados por su prudencia y por su temor a Dios", e iban a servir de instrumento divino para "limpiar la tierra de impíos". El mismo Eusebio reconoce que Licinio favoreció "constantemente" a los cristianos por medio de sus edictos, concediendo privilegios y dinero a los obispos.

---

[425] Euseb. h.e. 10, 9. V.C. 1, 51; 2, 1 ss; 2, 12 ss; 2, 66. Eutrop. 2, 6, 1; Anón. Vales. 5, 21 ss. Vict.Caes. 41, 8 ss. Vict. epit. 41, 6 s. Socrat. 1, 4. Zosim. 2, 21 s. Zon. 13, 1, 22. Vogt, Constantinus RAC III 337 s. dtv Lex. Antike, Geschichte II 216 s. Ibíd., Religión II 42. Seeck, Untergang 1161 ss. Stein, Vom romischen 159. Patsch 17 ss. Schwartz, Charakterkópfe 258 s. El mismo. Kaiser Constantín 90 s. Vogt, Constantín 190. Voelkl, Der Kaiser 129 ss. Dannenbauer, Die Entstehung I 18 s. Kraft, Konstantins religióse Entwickiung 67. Hónn 122 s. Kornemann, Weltgeschichte II 288. El mismo, Rómische Geschichte II 380. Franzen 67. Chadwick, Die Kirche 147. Doerries, Konstantin 46 ss. Straub, Regeneratio 85. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 4 s. Barnes, Constantine 68 ss. C.T.H.E. Ehrhardt, Constantínian Documents 48.

[426] Euseb. h.e. 10, 9. V.C. 2, 4; 2.12; 2, 18; 2, 24 ss; 2, 48ss; Zos. 2, 2, 8; 2, 22, 3; 2.23 s; 2, 26; 3; 2, 28. Nazar. paneg. 10, 17; 10, 36 ss. Anón. Vales. 5, 23; 5, 26 ss. Eutrop. 10, 6, 1. Vict. epit. 41, 7. Socrat. 1, 4. Sozom. 1, 7. Cf. también Lact. de mort. pers. 46. Pauly-Wissowa vol. 8, 1958, 1723. Vogt, Constantinus RAC III 338. Seeck, Der Untergang 1166 ss. Pfáttisch 61. Schwartz, Kaiser Constantín 94. Voelkl, Der Kaiser 130ss. Doerries, Konstantin 47. Stockmeier, Leo I., 105 s. Poppe 39ss. Barnes, Constantine 210, 214.

Es por eso que su cabeza, lo mismo que la de Constantino, aparece con halo de santidad o "nimbo" en las monedas, como símbolo de la iluminación divina. En cambio, cuando Constantino se enemistó con Licinio, los "padres" corrigieron sus textos y Licinio pasó a ser hermano del mismísimo diablo.

184

En las últimas ediciones de su *Historia de la Iglesia,* Eusebio tachó párrafos enteros. Licinio, antes "parangón de la virtud y de la piedad", pasó a ser, en la trascripción de Barney, "un monstruo depravado", un "infame", un "impío", "hombre que of ende a Dios", "que ignora las leyes", que "odia a toda la humanidad", que "mereció la ceguera y la locura por su maldad congénita". Sobre sus seguidores recayó la amenaza de excomunión promulgada por el Concilio de Nícea.[427]

La brutalidad de Licinio quedó bien patente con el exterminio de las familias imperiales; en ese momento todavía era la niña de los ojos de los historiadores eclesiásticos. Entre sus víctimas hubo también filósofos inocentes, o mejor dicho, fue un gran enemigo de la gente de letras en general y de los jurisconsultos en particular, "esa peste venenosa del Estado", como solía decir. Por otra parte, y pese a hallarse el cristianismo mucho más difundido en la parte oriental, Licinio nunca fue tan benevolente con los cristianos como Constantino; por ejemplo, nunca pensó en delegar competencias estatales a la Iglesia, ni permitió intromisiones en asuntos de administración pública o política económica. Redujo gastos cortesanos y gravó fuertemente las grandes propiedades. Además, intentó ayudar al campesinado, clase social muy perjudicada por aquel entonces y de la que él mismo procedía.[428]

En cambio, el emperador cristianísimo y su Iglesia, cada vez más enriquecida, no sólo adoptaron políticas muy diferentes, sino que además clasificaron a la humanidad entera en buenos y malos, patrón que nos resulta familiar desde el Antiguo y el Nuevo Testamento, así como en otras culturas no cristianas, y perfectamente adaptado a la ideología religiosa de Constantino. Este sistema tan útil, sobre todo para combatir a los colectivos insumisos, no ha sido abandonado jamás por la Iglesia, y vemos que parecida estrategia demagógica ha seguido funcionando en boca de nuestros caudillos durante nuestro mismo siglo, a raíz de la división entre Oriente y Occidente. A la Iglesia y a la cristiandad nunca les han faltado demonios que combatir, y así les pasó a muchos emperadores de la era anterior a Constantino, lo mismo que a Majencio, Maximino Daia y finalmente a Licinio. El protector del propio bando, en cambio, es "el príncipe prudente amado de Dios", el "emperador bondadosísimo" que da muestras de clemencia incluso para con los mismos diablos, a imagen y semejanza del que accedió a tener por cuñado a uno de ellos, "admitiéndole en la nobleza de cuna imperial".[429]

Así resalta más la ingratitud de los pérfidos, la maldad de los "tiranos impíos".

---

[427] Euseb. h.e. 9, 9, 1; 9, 9, 12; 10, 2, 2; 10, 4, 60; 10, 8, 5; 10, 8, 8 ss. Lact. div. inst. 7, 27, 5. Vogt, Constantinus RAC III 308 s, 337. Moreau, Eusebius von Caesarea RAC VI 1061ss, especialm. 1073 s. Harnack, Militia Christi 91. Cadoux 260. Pero cf. también Grégoire, La "conversión" de Constantin en Revue de rUniversité de Bruxelles 1930/1931 231ss donde todavía figura Licinio como "champion du christianisme". Cf. al respecto Aland, Entwürfe 32, 204. Hornus 42, 68. Bames, Lactantius and Constantine 29. Grant, Das Rómische Reich 86.

[428] Vict. Caes. 41, 3. Vict. epit. 41, 9 s. Anón. Vals. 22. Stein, Vom rómischen 146.Hónn 119.

[429] Euseb. h.e. 10, 4, 61; 10, 8, 1ss. Hernegger 163. Ziegler, Gegenkaiser 9 ss, 26 ss.

Todo en vano, naturalmente, estando Constantino como estaba "en amistad con el Señor, su protector y refugio", de tal manera que pudo librarse siempre de las "asechanzas del traidor" y aparecer en los escenarios (y los campos de batalla) de la historia como "gran luz y salvador en medio de las tinieblas de la noche más oscura", como "benefactor", "protector de los buenos", "príncipe excelentísimo", "salvador", que cosechó sus victorias sobre los impíos "en merecida recompensa por su religiosidad", viéndose en el apuro de "tener que eliminar [!] a algunos descreídos en bien de la mayor parte de la humanidad". Y así Licinio "fue destruido y arrojado al fango. En cambio, su poderoso vencedor, Constantino, adornado de todas las virtudes del hombre temeroso de Dios, entró en posesión de todas las provincias orientales que le pertenecían, y cuya soberanía compartió con su hijo Crispo, queridísimo del Señor y semejante en todo a su padre. [...] Libre quedaba la humanidad del temor a sus antiguos tiranos, para celebrar la victoria con fastuosas fiestas de luz".[430]

185

El clero católico, cada vez más favorecido

Evidentemente, se inauguraba el paraíso terrenal, para los "obispos de la corte" constantiniana al menos, y para la jerarquía católica, cuyo servilismo frente al emperador asumía, como Eusebio en sus escritos, "el tono de salmista cuando habla del Señor" (Kühner). Otros hacían coro, como los padres de la Iglesia Ambrosio, Crisóstomo, Jerónimo, Cirilo de Alejandría. Y no les faltaban motivos. La religión cristiana, antes perseguida, pasaba a ser reconocida y of icial; más aún, la Iglesia católica y sus prelados disfrutaban de crecientes privilegios que les valían poder y riquezas.[431]

Las muestras del favor imperial no se redujeron a los privilegios dispensados después de la batalla del puente Milvio (año 312), ni se circunscribieron a Roma, donde el *líber pontificalis,* es decir, la crónica of icial del papado pinta "un cuadro imponente del rápido enriquecimiento de las iglesias romanas" (Caspar). Dichas iglesias, la basílica lateranense, San Pedro, San Pablo, no sólo poseían fincas en la capital y sus cercanías, sino además en el Mediodía italiano y en Sicilia. El emperador hizo donación al clero de grandes propiedades en Siria, en Egipto, así como en Tarso, Antioquía, Alejandría y otras grandes ciudades. Debemos tener en cuenta que las donaciones orientales suponían, además de rentas, operaciones de importación sobre todo en el mercado de especias y esencias de Oriente, muy apreciadas por los romanos. En una palabra, empezaba a acumularse el célebre *Patrimonium Petri,* del que tendremos ocasión de ocuparnos muy a menudo más adelante.[432]

---

[430] Euseb. h.e. 10, 08, 2 ss. Cf. sobre todo la V.C. y Vogt, Die Vita Constantini 463ss. La cuestión de la autenticidad de la obra, y sobre todo la de algunos pasajes y documentos de la misma, todavía no está definitivamente clarificada. Entre los escépticos Grégoire, Seston, Orgeis y espec. Scheidweiler en ByZ 46, 1953, 293ss. En general se admite que el autor es Eusebio. También Kühner, Gezeiten der Kirche 83ss. Gran detalle sobre la teología imperial híbrida de Eusebio: Berkhof, Die Theologie des Eusebius von Caesarea.

[431] Moreau, Eusebius Caesareus RAC VI 1061. Kühner, Gezeiten der Kirche 83, 91s.

[432] Caspar, Papsttum 1126 s. Barnes, Constantine 208 ss, que señala sobre todo los privilegios de los

186

Constantino mandó "multiplicar y difundir los libros de inspiración divina [...] en ediciones de gran esplendor". Sobre todo, fue aficionado a construir basílicas monumentales, siete de ellas sólo en Roma, "espléndidamente dotadas, muchas veces sin reparar en el detrimento del erario imperial". En la decoración se gastaban metales preciosos y, para mayor magnificencia, las fundaciones iban acompañadas de generosas donaciones de fincas de Italia, África, Creta, las Galias (uno de cuyos templos disfrutaba de una renta anual de más de 14.000 sueldos, que equivalían a 200 libras de oro). Sólo la Iglesia romana recibió de Constantino más de una tonelada de oro y casi diez toneladas de plata. La más grande de las "casas de Dios" en Roma, y con mucho la mejor dotada, la Basílica Constantiniana se emplazó, atendiendo a consideraciones de estrategia militar, sobre los fundamentos de un antiguo cuartel, que lo había sido de los *equites singulares imperatoris,* es decir, de la guardia montada del emperador. La construcción de dicha basílica "constantiniana", dicho sea de paso, fue iniciada por Majencio.[433]

En tiempos de Constantino empieza la metonimia (tanto en latín como en griego) de la palabra "iglesia" para significar tanto la comunidad de los creyentes como el edificio, antes llamado también *templum, aedes* y otros nombres. Constantino siguió erigiendo iglesias en Ostia, Alba, Nápoles, y también en Asia Menor y Palestina; como él mismo escribió a Eusebio, "todas ellas deben ser dignas de nuestro amor al fasto" y monumentos a sus victorias. Muchas de ellas se construyeron sobre el solar de los templos paganos derribados y fueron financiadas por las autoridades locales, militares o civiles, de acuerdo con las órdenes del soberano. Eusebio nos cuenta que "cursó instrucciones a los gobernadores de las provincias orientales para que las donaciones fuesen abundantes, y aun sobreabundantes". El obispo Macario de Jerusalén, por ejemplo, recibió orden de construir una basílica "cuya magnificencia no sólo debe exceder a la de todas las conocidas, sino a la de cualquier monumento que pueda encontrarse en ésta o cualquier otra ciudad". Después de la victoria sobre Licinio, dispuso que en los territorios usurpados se aumentase "la altura de las casas de oración, y también la planta" de las iglesias del Señor, "sin escatimar gastos, y acudiendo al erario imperial cuando fuese preciso para cubrir el coste de la obra". Y recomienda "la mayor diligencia" en restaurar y ampliar las iglesias existentes o construir otras nuevas. "Lo que precises para ello, tú mismo lo demandarás personalmente o por emisario tuyo, al igual que los demás obispos, de los generales o gobernadores de vuestras provincias."[434]

Ahora bien, todas estas iglesias —la basílica de San Pedro de Roma, la del Santo Sepulcro de Jerusalén, inaugurada por el emperador en persona (335), cuya pompa debía ser superior a la de todas las demás, la del Nacimiento en Belén, la de los Apóstoles y la de la Paz (Irene) en Constantinopla, la gran basílica de Antioquía, las de Tiro y Nicomedia, dotadas con fastuosidad "verdaderamente imperial",

---

cristianos en las provincias regidas por Licinio.

[433] Euseb. V.C. 3, 1. Líber Pont. 34. Nash 214 ss. Grant, Christen 169 ss. Browning 109, 181 s. Barnes, Constantine 49 s.

[434] Euseb. V.C. 2, 45 s; 3, 29; 3, 31; 3, 40; 3, 53. RAC III 339, 367 s. Más biblio- grafía en ésta. Ehrhard, Urkirche 320. Deichmann, passim. Voelkl, Die konstantinischen Kirchenbauten 49 ss. Doerries, Konstantin 119 ss. Weckwerth 37, 41. Süssenbach 63 ss.

"decoradas con múltiples y riquísimas of rendas votivas de oro, plata y piedras preciosas"— consumían sumas inmensas. Tanto más por cuanto la manía constructora del emperador era emulada por los demás miembros de la familia imperial, y sobre todo por su madre, Elena. Eusebio, como cronista de la corte, no se cansa de alabar "la generosidad inagotable de las donaciones imperiales". "Hemos visto cómo las iglesias fueron restauradas de su ruina hasta alcanzar alturas jamás vistas, y dotadas de un esplendor que nunca tuvieron las antiguas, destruidas durante la persecución [...], tal como si hubiese desaparecido de una vez por todas la abominación de la idolatría." A pesar de ello, durante todo el siglo IV no cristalizó un estilo artístico cristiano, ni puede advertirse ninguna preferencia hacia un estilo determinado.[435]

187

Pero ¿a qué venían aquellos dispendios exorbitantes en la construcción de templos monumentales, esquilmando para ello a la población, no imitados por ningún otro emperador hasta el reinado de Justiniano en Bizancio? Indudablemente, Constantino pretendía demostrar "en quiénes confiaba como sostén de su imperio" (Doerries).[436]

Sin embargo, eso no fue todo, ni mucho menos.

El propio Eusebio se refiere una y otra vez a las "ricas of rendas votivas", incluso "para favorecer a los pobres y promover la rápida adopción de la doctrina salvífica". Aquí encontramos otro privilegio tradicional del clero. "Pero la Iglesia de Dios fue distinguida sobre todo por su generosidad." Y lo más importante, "honró principalmente a aquellos hombres que más habían destacado en consagrar sus vidas a la sabiduría divina". En más de un sínodo o inauguración del templo, fueron recibidos por el soberano "en magníficas fiestas y banquetes", o bien "obsequiados con ricos presentes de acuerdo con su rango y dignidad". "Los obispos recibieron cartas y honores del emperador, así como frecuentes donaciones en dinero": la frase citada se refiere al caso de Licinio.[437]

El clero, en particular, recibió de Constantino "las más grandes honras y distinciones, en tanto que hombres consagrados al servicio del Señor". Una y otra vez reitera que "fueron honrados y envidiados a los ojos de todos", "acrecentó su prestigio mediante leyes y decretos", "la generosidad imperial abrió de par en par las arcas del tesoro y distribuyó sus riquezas con mano generosa". Y no fueron pocos los obispos que se vieron así en condiciones de emular la grandiosidad y el fasto de la corte imperial misma. Recibieron títulos especiales y sahumerios de incienso; se les rendía honores de rodillas, se les sentaba en tronos concebidos a imagen y semejanza

[435] Euseb. V.C. 2, 45 s; 3, 40; 3, 50. h.e. 10, 2, 1; 10, 4, 42. Socrat. 1, 16, 1. Vogt, Constantinus RAC III 369. LThK 1 ed. 1495. Lexikon der alten Weit 284. Brandenburg JbAC 24, 71 ss, especialm. 84. Ehrhard, Urkirche 320. Geanakoplos 167, 171s, 174 s. Acerca del monumento que la emperatriz Elena hizo erigir sobre la gruta del Nacimiento en Belén cf. Perler 129 ss. G.T. Armstrong 90 ss. G. Downey 342 ss. Hónn 180 s. Chadwick 144 s.

[436] Doerries, Konstantin 127.

[437] Euseb. h.e. 10, 2, 2. V.C. 3, 16; 3, 22; 4, 28; 4, 44. Cf. además 3, 43 s; 4, 43. Sobre la problemática que plantea esta Vita Constantini y sobre su autenticidad cf. Moreau 234 ss, además Vittinghoff 330 ss. Scheidweiler, Nochmals die Vita Constantini ByZ 44, 1956, 31 s. Aland, Die religióse Haltung 549 ss. Winkelmann, Vita Constantini 187 ss. Cf. también la disertación del mismo Die Vita Constantini des Euseb.

del trono de Dios.[438]

188

¡A otros les recomiendan la humildad en sus sermones! Tantas y tales fueron las muestras del favor de Constantino, que la influencia y el poder económico de los obispos aumentaron rápidamente. Participaban del reparto gratuito de trigo. En favor de ellos y sólo para ellos el emperador anuló las leyes que desfavorecían a las personas solteras o sin hijos. Los equiparó a los más altos funcionarios, los que no estaban obligados a la genuflexión en presencia del soberano. Quedaron autorizados a usar el correo imperial, y fue tal el abuso que hicieron de este privilegio que bajo el reinado del sucesor, Constantino II, dicho servicio quedó casi arruinado en muchas provincias. (El correo imperial tenía dos modalidades, el *cursus clabularis,* que utilizaba carretas de bueyes, y que fue el autorizado a los obispos, y el *cursus velox,* es decir, el servicio urgente.) En 313, las autoridades eclesiásticas quedaron dispensadas de las *muñera,* es decir, de la obligación de prestar servicio personal a la ciudad y al Estado; mediante otra ley posterior, se libraron también de pagar las tasas sobre los of icios (ya se sabe que los eclesiásticos siempre tienen otra actividad económica al margen). La justificación: "Indudablemente, los beneficios que obtienen con sus talleres deben revertir en caridades para los pobres". Estos privilegios fiscales, entre otros muchos de que disfrutaban, motivaron que muchos ricos intentasen abrazar el estado eclesiástico para evadir impuestos, corruptela que hubo de ser prohibida expresamente por el emperador en 320, ¡ya vemos que se habían dado prisa! En 321, las iglesias fueron autorizadas a recibir herencias, derecho que los templos paganos nunca habían disfrutado, salvo casos especialísimos. En cambio, para la Iglesia este privilegio resultó tan lucrativo, que apenas dos generaciones más tarde el Estado se vio en la necesidad de promulgar un decreto "contra el expolio de los devotos más crédulos, sobre todo las mujeres" (Caspar). Ello no fue obstáculo para que, sólo un siglo después, el patrimonio eclesiástico hubiese alcanzado proporciones gigantescas, al ser cada vez más numerosos los cristianos que "por la salvación de su alma" hacían donaciones a la Iglesia, o dejaban fortunas enteras. Esa costumbre se convirtió en una especie de epidemia durante la Edad Media, apoderándose la Iglesia de una tercera parte de la extensión de toda Europa.[439]

Nada nuevo, en principio, pues ya los sacerdotes paganos acostumbraban a arrimarse al frondoso árbol del Estado para lucrarse, para arrebatar privilegios y obtener dispensa de tributos y alcabalas..., justificándolo siempre en razón de la utilidad de la religión para ese mismo Estado y observaba que allí los sacerdotes, que le parecieron más hábiles que los de otras provincias, eran dueños de la tercera parte del país y "no pagaban tributos de ningún género". Cien años más tarde, el prefecto de Egipto dispensó de la prestación personal en forma de trabajo en el campo a los sacerdotes del dios cocodrilo de Arsinoe; como se ve, era una excepción poco frecuente. Y otro siglo después, cuando un despacho administrativo de Egipto

[438] Euseb. V.C. 1, 42; 3, 1. Ammian. Marcell. 21, 16, 18. Klauser, DerUrsprung 9 ss, 33 nota 17. Hernegger 183 ss. Kühner, Gezeiten der Kirche 89 s.

[439] Euseb. h.e. 10, 7. Cod. Theod. 16, 2, 1 s; 16, 2, 4. August. ep. 88. Stein, Vorómischen 149 s, 226. Schnürer, Kirche I 8. Caspar, Papsttum 1131. Doerries, Das Selbstzeugnis 205 s. El mismo, Konstantin 99, 117. Hernegger 185 ss. Franzen 66 s subraya que Constantino "fomentó por todos los medios el cristianismo". Kühner, Gezeiten der Kirche 89 s. Lorenz, Das vierte 11 s. Schmailzl 103 ss, Chrysos 119 ss.

transmitía la instancia de "numerosos sacerdotes y arúspices" en petición de una dispensa similar, estos peticionarios se remitieron a "las leyes sagradas" y al precedente establecido por aquel prefecto de Egipto. Algunos sacerdotes la justifican aduciendo que necesitaban mucho tiempo para educar a sus hijos con vistas a hacerlos también sacerdotes, lo cual era indispensable "a fin de preservar la crecida del sagrado río Nilo y la prosperidad eterna de nuestro emperador y señor".[440]

189

Junto a estos privilegios generales del clero, no faltaban las peticiones adicionales de carácter privado. Así, por ejemplo, hacia el año 336 el obispo católico de Oxyrhyncos solicitaba a un funcionario municipal la dispensa de sus obligaciones de administrar varias fincas y tutelar a varios menores de edad. (Al mismo tiempo, ese funcionario recibía otra petición, ésta de un "sacerdote del templo de Zeus, de Hera y de las grandes divinidades" de la localidad, "servidor y curador de las estatuas".)[441]

Incluso los cristianos de a pie recibieron las mercedes de Constantino. Los ciudadanos de Maiuma, distrito portuario de Gaza, en Palestina, se convirtieron en masa y adquirieron así su autonomía municipal, con lo que dejaron de depender administrativamente de Gaza hasta el reinado de Juliano. En el año 325, una ciudad frigia solicitaba privilegios fiscales con el argumento de que todos sus habitantes, sin excepción, eran cristianos.[442]

Tanto confiaba Constantino en los prelados, que incluso les delegó parte de las atribuciones del Estado. En los juicios, el testimonio de un obispo tenía más fuerza que el de los "ciudadanos distinguidos" *(honoratiores)* y era inatacable; pero hubo más, los obispados adquirieron jurisdicción propia en causas civiles *(audientia episcopalis).* Es decir, cualquiera que tuviese un litigio podía dirigirse al obispado, cuya sentencia sera "santa y venerable", según decretó Constantino. El obispo estaba facultado para sentenciar incluso en contra del deseo expreso de una de las partes, y además el fallo era inapelable, limitándose el Estado a la ejecución del mismo con el poder del brazo secular; procede observar aquí hasta qué punto eso *es contrario a las enseñanzas de Jesús,* adversario de procesos y juramentos de todas clases, quien dijo no haber venido para ser juez de los hombres y que dejó mandado que cuando alguien quisiera quitarle a uno el vestido mediante un pleito, se le regalase también el manto. Pues bien, Constantino concedió a los obispos atribuciones judiciales y también el poder para liberar a los esclavos, la llamada *manumissio in ecclesia,* seguramente a instancias del obispo Osio de Córdoba, que era el más importante de entre sus consejeros cristianos y residió en la corte imperial desde el año 312 hasta el año 316. Cualquier clérigo podía darles la libertad en el lecho de la muerte aun sin testigos ni documento escrito. "Pronto se convirtió la Iglesia en un Estado dentro del Estado" (Kornemann).[443]

---

[440] Diodorus 1, 73, 2 ss. Grant, Christen 67ss. En algunos casos sucedió que los campesinos fueron tan creyentes (o tan tontos) que aceptaron por escrito "asumir la prestación personal que correspondía a los sacerdotes según las leyes del Estado"; ibíd.71.

[441] Papyrus Oxyrhynchus XXII, 2344; X 1265.

[442] Sozom. 5, 3. Chadwick, Die Kirche 192.

[443] Cod. Theod. 4, 7, 1. Cod. Justin. 1, 13, 2. Mat. 5, 33ss. Cod. Theod. 1, 27, 1. Stein, Vom rómischen 150. Ehrhard, Urkirche 320. Doerries, Konstantin 68, 74. El mismo, Das Selbstzeugnis 197. Hernegger 180 s, 183 s. Braun, Radikalismus 185, II 80 f. Calderone 305ss. Selb 162ss, especialm. 171ss. Baus, Von der Urgemeinde 467. Lippoíd, Bischof Ossius 1ss.

190

Los favores imperiales de los que disfrutaba el clero cristiano llegaron a ser tan considerables, que muchos funcionarios municipales intentaban alcanzar algún cargo eclesiástico, hasta que el emperador lo prohibió expresamente en 326, y aun tres años después fue necesario reafirmar la prohibición: "No se multiplique sin necesidad el número de eclesiásticos; y que cuando uno de éstos fallezca, se elija a otro que no tenga parentesco entre los decuriones [regidores de la ciudad]". En cuanto al derecho ilimitado a ser beneficiario de herencia, mandas, legados y donaciones, a la Iglesia le resultaba tan lucrativo que en 370 le fue retirado, por lo que Jerónimo protestaba en 394: "¡Bien que pueden heredar los sacerdotes idólatras, los actores, los cocheros y las prostitutas!".[444]

Constantino como salvador, libertador y vicario de Dios

Sin embargo, es evidente que Constantino, *homo politicus* al fin y al cabo, tendría sus motivos para dispensar tantos honores, favores y riquezas. Al contrario que el pueblo ingenuo, los que mandan nunca dan nada "por el amor de Dios". No existiendo en aquella época librepensadores —según la opinión autorizada—, poco nos importa saber si el emperador, que durante algún tiempo y antes de manifestarse como cristiano fomentó con más asiduidad que ninguno de sus predecesores el culto al sol, fue en realidad un creyente sincero y hasta qué punto. Cuando era soberano en las Galias, donde los cristianos eran relativamente poco numerosos, apenas hizo ningún caso de ellos. Sólo cambió cuando pasó a reinar sobre Italia y el norte de África, donde aquéllos abundaban más, y no digamos después de conquistar las provincias orientales, casi totalmente cristianizadas. El hecho decisivo es que Constantino, hombre del "cambio", "revolucionario", pasó y pasa por haber sido cristiano y más aún, ejemplo magnífico de príncipe cristiano ideal. En este sentido, nos importan sobre todo las consecuencias de su política, "conducida en nombre del cristianismo y con plena colaboración por parte de éste", consecuencias que a través de merovingios, carolingios, Otones y el sacro Imperio romano germánico han empapado toda la cultura europea y se han prolongado hasta nuestros días. Rudolf Hernegger dice no conocer ningún otro personaje histórico "cuya influencia haya permanecido tan invariable a lo largo de diecisiete siglos", y subraya, a nuestro entender con razón, que "desde hace mil setecientos años ha merecido la Iglesia el epíteto de 'constantiniana' ".[445]

191

Constantino, un gran viajero desde su primera juventud, y muy bien informado en materia de política religiosa, pudo contar con los cuadros dirigentes de la *Catholica,* la organización más sólida y más fuertemente disciplinada de la época. En esta organización quizá vería un modelo útil para la que pensaba imprimir a su propio

[444] Cod. Theod. 16, 2, 3 s; 16, 2, 6. Hieron, ep. 52, 6. Vogt, Constantinus RAC III 336. Grant, Christen 177 s.

[445] Vogt. Constantinus RAC III 307. El mismo, Konstantin 265, 276. F. Lot» La fin du monde antique et le debut du Moyen Age 1927, 34, cit. s/Straub, Regeneratio 134. Cf. también ibíd. 88. Muy escéptico en cuanto al cristianismo de Constantino se manifiesta Hónn 187 ss. Además: Hernegger 117. Aland, Glaubenswechsel 41 ss. Grant, Das Römische Reich 204 s, 217 ss.

imperio, de manera que la conversión del emperador seguramente obedecería más a móviles políticos que religiosos, cosa que en aquellos tiempos no suponía ninguna distinción estricta, y tal vez se debía mucho a "consideraciones militares" (Chadwick).

Los antecesores de Constantino temieron a los cristianos y algunos de ellos los combatieron. En cambio, él los favoreció y así los ganó para su causa, hasta el punto que se llamaba a sí mismo "obispo para asuntos exteriores" *(episkopos ton ektós)* de la Iglesia, o como ironizaba Grégoire, "el gendarme de la Iglesia". En efecto, puso el clero a su servicio y le impuso su voluntad. "Pronto dominó al episcopado lo mismo que a su funcionario y exigió obediencia incondicional a los decretos públicos, aun cuando éstos interviniesen en los asuntos internos de la Iglesia" (Franzen, católico). La Iglesia ganaba influencia pero perdía independencia, y esto empezaron a verlo algunos ya durante el siglo IV; pasaba a ser parte del imperio, en vez de ser éste una parte de la Iglesia. Los obispos debían gratitud al emperador, su protector, que tanto los había favorecido. Y le obedecían; él era el amo, convocaba concilios e incluso decidía en cuestiones de fe, por confusa que fuese su propia cristología (pero... ¿cuál no lo es?), imponiendo fórmulas, que él y sus sucesores obligaron a respetar. Él y ellos hicieron la *Iglesia del Estado,* "en donde la palabra del emperador, sin llegar a ser mandamiento máximo, tenía sin embargo un peso decisivo y no sólo en cuestiones de orden externo, sino también en temas de doctrina" (Aland). Y aunque Constantino, cuando venían mal dadas, siguiera consultando las señales del cielo y las vísceras de los animales, sin embargo hizo cristianizar a toda su familia y acabó por recibir también el bautismo, haciéndose llamar salvador designado por Dios, enviado del Señor y hombre de Dios. Declaró que le debía todo cuanto era y había alcanzado "al Dios más grande", ordenó que se le rindieran honores como "representante de Cristo" (*vicarios Christi)* y que le enterrasen como "decimotercer Apóstol".[446]

192/299

192

Cierto que hubo de renunciar al título de *divus* que habían ostentado Diocleciano y sus corregentes. Este título, tradicional entre los emperadores romanos, significaba una categoría de "divinidad" algo inferior a los dioses del Olimpo, pero cercana a éstos de todas maneras y con pretensiones de recibir culto, de tal manera que el emperador era *sacer* y *sanctus.* Paganos y cristianos debían saludarle con la

[446] Euseb. h.e. 8, 17, 1 ss; 10, 5, 2. V.C. 3, 25 ss; 4, 62. Lact. de mort. pers. 34; 48. Lib. Pont. Vita Silvestri. Cod. Theod. 16, 10, 1. RAC III 317 s. Kraft, Kirchenvater Lexikon 210. dtv Lex. Antike, Religión II 42 s. Hammond/Scullard 280. Schartz, Zur Geschichte des Athanasius 1904, 536 ss; 1911, 425, 489. Pfáttisch 182. Seeck, Untergang IV 215. Caspar, Papsttum 1105 ss. Vogelstein 58 ss. Kornemann, Weltgeschichte II 313 ss, 323. El mismo, Römische Geschichte II 381. Vittinghoff 330 ss. Voelkl, Der Kaiser 135. Kawerau, Alte Kirche 100. Plóchi, Kirchenrecht I 39, Haller, Papsttum I 44 s. Vogt, Der Niedergang Roms 258. Dannenbauer, Entstehung I 63 s. Aland, Entwürfe 166. Hernegger 148ss, 163 ss, 170. Franzen 72. Chadwick, Die Kirche 142. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 23 s. Geneakoplos 171 s. En el siglo III la Iglesia estaba ya muy integrada en la sociedad y tenía la mejor organización, abarcando todo el imperio: F. Winkelmann, Probleme der Herausbildung 284. H. Grégoire, La "conversión" de Constantin RUB 36, 1930/31, 270, cir. s/Ziegler, Gegenkaiser 38. Últimamente, algunos investigadores traducen "episkopos ton ektós", no como "obispo para asuntos exteriores" sino "para los separados', ya que derivan "ton ektós", no de "tá ektós" (las cosas exteriores) sino de "hoi ektós" (los que están fuera); discusión detallada en Straub, Regeneratio 119ss.

genuflexión, de la que tal vez sólo estaban dispensados los obispos. Y también era sagrada cualquier cosa que él hubiese tocado. *(Sanctus y sanctitas,* nociones bien habituales del paganismo, fueron predicados de la dignidad imperial.)

El punto central de la nueva capital de Constantino, que recibió su nombre, era la corte, de lujo exagerado a la manera oriental, construida "*iubente Deo*", es decir, por orden divina, sobre un terreno cuatro veces más extenso que la antigua Bizancio y con ayuda de cuarenta mil operarios godos. Con la fundación de esta "nueva Roma", la antigua capital del imperio quedaba definitivamente relegada a un segundo puesto; se reforzaba la influencia del Oriente heleno y se agudizaban los conflictos entre la Iglesia oriental y la occidental. Constantino, por su parte, superó a los antiguos emperadores cuando denominó a su palacio, prototipo de la basílica primitiva y "casa del rey", no "campamento" *(castra)* como aquéllos, sino templo *(domus divina),* a imagen y semejanza de la sala del trono celestial. Y mucho antes que los papas, se hizo llamar vicario de Cristo y más que obispo, *nostrum numen,* "nuestra divinidad", junto con el predicado de *"sacratissimus",* que luego ostentaron los emperadores cristianos durante varios siglos e incluso algunos obispos. Relacionado con ello, la casa privada del soberano, *sacrum cubiculum,* adquiría "mayor relevancia" (Ostrogorsky), al igual que todo lo tocante a su persona; la sala del trono tenía forma de basílica, como si fuese un santuario, y se creó un ceremonial de recio sabor eclesiástico, que más tarde los emperadores bizantinos intensificaron, si cabe.[447]

En estas épocas en que incluso ciertos individuos particulares adquirían categoría de semidioses, al emperador se le reconocía naturaleza (casi) divina, como lo indica la ceremonia de la *«proskynesis»:* los que comparecían a su presencia se arrojaban al suelo, de cara a tierra. Estas modas fueron introducidas por los emperadores paganos desde antes de Nerón, que ostentó los títulos de *caesar, divus* y *soler, o* sea, emperador, dios y salvador; Augusto se hizo llamar mesías, salvador e hijo de Dios, lo mismo que César y Octaviano, libertadores del mundo. Este culto al soberano ejerció una profunda influencia que se refleja en el Nuevo Testamento, con la divinización de la figura de Cristo. La Iglesia prohibía rendir culto al emperador, pero asumió todos los ritos del mismo, incluyendo la genuflexión y la adoración de las imágenes; recordemos que la figura laureada del emperador recibía culto popular con cirios e incienso.[448]

193

Claro está que estas demostraciones de culto no iban ya dirigidas al emperador, sino a Dios, a quien se adoraba en la figura de aquél, truco teológico mediante el cual, si bien se subrayaba verbalmente el aspecto devocional en las apologías, en la

---

[447] Cod. Theod. 13, 5, 7. Euseb. V.C. 1, 12, 38. Vogt, Constantinus RAC III 349 s; 353ss especialm. 355. Lexikon der alten Weit 1588ss. Treitinger 50ss. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 30. Kornemann, Weltgeschichte II 297ss, 311 El mismo, Rómische Geschichtff 384 s. Dannenbauer, Entstehung 119. Kühner, Gezeiten der Kirche 85, 90 ss. Gottiieb, Ost und West 9 s. Dvornik 758ss. Hiltbumner 1ss. Straub, Des christlichen Kaisers 147ss. El mismo, Regeneratio 153ss. Grant, Das Rómische Reich 86, 203. Burian 623ss, especialm. 638.

[448] Cod. Theod. 6, 13, 1. Coll. Avell. Epistul. 14, 19, 181 (ed. Guenther). Weinel, Staat 20 s. Bauer, Das Johannesevangelium 71. Windisch 88. Treitinger 56. Bornháuser, Jesús imperator 13 s. Leitzmann, An die Rómer 98. Koch, Gottheit und Mensch 146 ss. Hernegger 201 ss. Weinstock, Divus Julius 1971. Cf. al respecto los detallados comentarios de J.A. North en JRS, vol. LXV 1975, 171 ss. Wrede, Consecratio . PRoce 28 ss. Gesche 377 ss.

práctica significó que se mantenían las mismas costumbres de antes (en Bizancio, hasta el siglo XV). Y también los monarcas cristianos imitaron el ceremonial cortesano y los cultos del imperio de Oriente. Recibieron culto religioso y trato de divinidad aunque, siguiendo la inspiración constantiniana, no directamente dirigidos a su persona, sino en calidad de representantes de Dios en la tierra, ya que a través de ellos habla y actúa la voluntad divina. El emperador, y este punto es de importancia fundamental, actúa por encargo de Dios, como si dijéramos, y por tanto no se somete a ninguna crítica ni rinde cuentas a nadie. Su voluntad es ley, su Estado es "el Imperio de la arbitrariedad"; la constitución es una autocracia al estilo oriental, y la jurisprudencia deja de existir lo mismo que las antiguas diputaciones de las provincias. No hay ciudadanos, sino súbditos, para no hablar de derechos humanos de ninguna especie. La razón siempre está de parte del emperador, del Estado, y ya la Iglesia antigua se encargó de corroborar este extremo desde el punto de vista teológico, con notable unanimidad. De tal manera que, en la mentalidad de los cristianos bizantinos, todo el imperio se convierte en un *corpus politicum mysticum,* y el propio Constantino, a su muerte, es proclamado *divus of* icialmente. Las monedas acuñadas en las cecas de sus hijos cristianos nos lo presentan subiendo a los cielos, lo mismo que se hizo con su padre. Delante de sus estatuas colocan lámparas y cirios y se ora para solicitar la curación de enfermedades. En el hipódromo tenía una estatua de cuerpo entero, llevando en la mano el cetro dorado de la ciudad; el regente de tumo y la población entera debían saludarla, puestos en pie, con una reverencia.[449]

Tan pronto como se vio soberano único, Constantino aumentó la pompa de su residencia; las obras empezaron inmediatamente después de la victoria sobre Licinio (324). Tomó prestado del ceremonial cortesano de los persas y los indios. Ante el ejército se presentaba revestido de una coraza de oro con piedras preciosas; ante el Senado, en ropa de gala y cubierto de joyas. A sus vestidos se les reservaba la seda púrpura, a sus imágenes el mármol de Egipto. En las audiencias, sólo él podía estar de pie, en medio de un círculo de pórfido exclusivo. Inventó nuevos y sonoros títulos para sus dignatarios; en fin, la vida cortesana se hizo cada vez más fastuosa.[450]

194

Al mismo tiempo, Constantino creó en su palacio, tan suntuoso, una comunidad cristiana a la que reunía para contemplaciones bíblicas y oraciones comunes. Por otro lado, se dice de él mismo que rezaba a Dios, que solía entrar en una tienda dispuesta para oraciones antes de una batalla y que incluso pronunciaba discursos teológicos sobre cuestiones fundamentales de la fe.[451]

En estos momentos, los obispos y padres de la Iglesia veían en él un carisma especial, lo comparaban con Abraham y Moisés, elogiaban su "religiosidad", le llamaban "caudillo amado de Dios" y "obispo de todos, nombrado por Dio" *(koinós episkopos),* "el único de todos los emperadores romanos que ha sido amigo de Dios",

---

[449] Cod. Theod. 15, 4, 1. Theodor. 1, 34, 3. Philostorg. 2, 17. Treitinger 158. Dannenbauer, Entstehung I 25 ss, 66 ss. Ewig, Kónigsgedanken 8ss. Kornemann, Rómische Geschichte 385. Bruun, Consecration 19ss. Hónn 133 s, 155. Karyannopoulos 341ss. Ewig, Das Bild Konstantins 3. Koep, Die Konsekrationsmünzen 94ss. Straub, Regeneratio 141 ss. Antón, Selbstverstándnis 45ss. Grant, Das Romische Reich203ss, 290s.

[450] Vogt, Constantinos RAC III 349 s. Delbrück, Antike Porphyrwerke 24 ss. Hónn 127ss.

[451] Euseb. V.C. 2, 12; 4, 17; 4, 22, 1; 4, 29. Vogt, ibíd. 360.

y sin que nadie los contradijera, "salvador" y "libertador". Dijeron que era "un ejemplo de vida en el temor de Dios, que ilumina a toda la humanidad", e hicieron de él un prototipo de príncipe cristiano. Estas fórmulas seguirían influyendo en la posteridad, incluso hasta la época moderna, a través de la trilogía Dios-Cristo-Emperador (gozando la forma monárquica de gobierno más alta consideración que ninguna otra). No es la historiografía profana, sino la eclesiástica, quien le ha dado el sobrenombre de "el Grande", y "con plena justificación" por cierto, según el católico Ehrhard. En la Inglaterra medieval se alzaban todavía capillas con su nombre. Y en pleno siglo XX se quiere ver en su figura, todavía, "una actitud de firme fe cristiana", "celo misionero" (el católico Baus), "una profundización gradual en el espíritu del cristianismo y una afición cada vez mayor a la religiosidad" (el católico Bihimeyer); se le celebra todavía como "ejemplo luminoso [...] de la cristiandad", *"princeps christianus"* (el católico Stockmeier), "cristiano según el corazón y no sólo por gestos externos" (el protestante Aland). La Iglesia oriental le tiene como "decimotercer apóstol"; a él y a su madre los cuenta entre los santos, y muchas iglesias griegas tienen su imagen y celebran con gran pompa su festividad el 21 de mayo. Así, Constantino, "el más religioso de todos los emperadores" *(religiosissimus Augustas)* se convirtió "en figura ideal, no sólo de un emperador cristiano, sino del príncipe cristiano por antonomasia" (Löwe).[452]

De la Iglesia pacifista a la Iglesia del páter castrense

194

Ese príncipe, inhumado entre las estelas funerarias de los apóstoles y santificado por la Iglesia oriental—aunque no faltan en la occidental héroes del mismo género, Carlomagno por ejemplo, llamado carnicero de sajones aunque sus hazañas se extendieron a otras muchas tribus, o Enrique II, "mil delincuentes santificados" (Helvetius) —, ese santo Constantino que jamás perdió una batalla, "hombre de guerra" (Prete), "personificación del perfecto soldado" (Seeck), libró incontables guerras y grandes campañas, la mayoría "de una dureza terrible" (Kornemann). En verano u otoño de 306, contra los bructerios, primero en territorio romano y luego invadiéndolos. En 310, otra vez contra los bructerios; incendia las aldeas y ordena el descuartizamiento de los cabecillas. En 311, contra los francos; los jefes de las tribus pagan con la vida. En 314, contra los sármatas, ya vencidos por él mismo en tiempos de Galeno, mereciendo ahora el título de "gran debelador de los sármatas" *(sarmaticus maximus).* En 315, contra los godos *(gothicus maximus).* En 320, su hijo Crispo derrota a los alamanos; en 332, es él mismo quien nuevamente derrota a

[452] Euseb. h.e. 9.9.1; 9, 9, 9; 10, 4, 61. V.C. 1, 3; 1, 12; 1, 44. RAC III 371, VI 1073. Bihimeyer LThK I ed. VI 163. Bury, History II 410. Vogelstein 75. Ehrhard, Urkirche 319ss. Hónn 136 s, 153. Löwe, Von Theoderich 16. Doerries, Konstantin 145. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 70. Stockmeier, Leo I. 138. Aland, Entwürfe 195. Kühner, Gezeiten der Kirche 83, 90 s. Baus en Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 9, 15. En el fondo, y como es lógico, los mismos tópicos habían servido ya, antes de la era cristiana, para trazar el retrato del soberano ideal: Ziegler, Gegenkaiser 26 s. Sobre la Vita Constantini cf. la nueva edición crítica de F. Winckelmann, ber das Leben des Kaisers Konstantin 1975, especialm. la extensa introducción, p. IXss. Cf. también Moreau, Eusebius von Caesarea RC VI 1073ss. En el régimen de Constantino, Eusebio encontró "la plenitud de la historia universal", ibíd. 1061.

los sármatas. Todo ello le vale un rico botín y millares de prisioneros, deportados a tierras romanas como esclavos. En 323, vence a los godos y ordena quemar vivos a todos los aliados de éstos. Los sobrevivientes también son arrojados a la esclavitud; nuevo título: *"gothorum victor triumphator".* Nueva fundación: los juegos *"ludí gothici",* que se celebran todos los años del 4 al 9 de febrero (después de haber fundado los "juegos francos"). Durante los últimos decenios de su vida, Constantino combatió a menudo en las regiones danubianas, tratando de hacer "tierra de misión" de ellas (Kraft), e inflige a los germanos derrotas que influyeron hasta en la historia religiosa de éstos (Doerries). En 328, somete a los godos en Banat. En 329, Constantino II casi extermina un ejército de alamanos. En 332, padre e hijo aplastan nuevamente a los godos en Marcianópolis; el número de muertes, incluso por hambre y congelación (hame *et frigore",* como dice el Anónimo Valesiano), se calculó en cientos de miles, sin exceptuar a mujeres y niños víctimas del "gran debelador de los godos". En el mismo año de su fallecimiento, el "creador del imperio mundial *cristiano*" (Dólger), a instancias del clero armenio sobre todo, se hallaba preparando una expedición contra los persas, a quienes se proponía vencer en una verdadera cruzada, con muchos obispos de campaña y capilla portátil de todo el instrumental litúrgico.[453]

Nada nuevo tampoco, en el fondo. La religión siempre estuvo íntimamente asociada con las batallas, desde el primer momento. Las naciones siempre tuvieron dioses de la guerra, los dirigentes combatieron a las órdenes y bajo la aprobación de éstos. En la India, los sacerdotes acompañaban al general. Los ejércitos de los germanos solían reunirse en el bosque sagrado y ostentaban en las batallas los símbolos del culto; "los sacerdotes prestaban el servicio de las armas al cristianismo" (Andresen/DenzIer). En sus campañas, los romanos apreciaron en mucho el apoyo de la religión: Marte, el dios de la guerra, tenía templos en el Campo de Marte, en la vía Apia, en el Circus Flaminius, y otro bajo la advocación de Utor (vengador) en el Foro Augusto. Sus fiestas se celebraban en marzo y octubre, seguramente coincidiendo con las épocas tradicionales de comienzo y final de las campañas bélicas; se limpiaban los cuernos de la guerra el 23 de marzo y el 23 de mayo, y los caballos eran bendecidos. Los salios, sacerdotes danzantes, ejecutaban una danza sagrada. Eran propietarios de un escudo caído directamente del cielo e invocaban a los dioses mediante el *carmen saliare;* igualmente, los generales, antes de ponerse en campaña, debían agitar las "lanzas de Marte" al grito de: "¡Despierta, Marte!". Más importante aún era el papel de la religión en las guerras de los judíos, cuyo "Testamento" asumieron los cristianos aunque sin imitar, *de momento al menos,* sus gritos de guerra.[454]

---

[453] Euseb. V.C. 2, 4; 2, 14; 4, 5; Zos. 2.21 s. Socrat h.e. 1, 18. Anón. Vales. 21; 30 s. Ammian, 17, 13, 1. Eutrop. 9, 7. Vict. Caes. 41, 12. Zonar. 13, 3. Vogt, Constantinos RAC III 371. RGA 2 ed. 1978 III 584. H. Kraft en dtv Lex. Antike, Religión I 176, II 42. Seeck, Untergang 147 s. Stein, Vom rómischen 158 s. Patsch 17 ss. Bang, Constantine and the Goths 208. Schmidt, Die Bekehrung 219. Kornemann, Weltgeschichte II 309 ss. El mismo, Romische Geschichte II 391. Prete, der geschichtiiche Hintergrund 502. Doerries, Konstantin 21, 80. Voelkl, Der Kaiser 58, 106, 120 s, 127, 163, 172, 194, 234. Straub, Herrscherideal 124. Dolger, Byzanz 11. Según las dataciones de C.H. Habicht, Konstantin 360 ss, especialm. 371 la guerra contra los godos no tuvo lugar el 315.

[454] Tac. Gemianía 7. Cornfeld/Botterweck IV 894. Andresen/DenzIer 351. dtv Lex. Antike, Religión 1120, 222, 231, II 82 s. V. Hentig, Der Friedensschiuss 44 ss. El mismo, Die Besiegten 19 ss.

196

Así, Orígenes, el teólogo más importante de la época patrística, opinaba que el cristiano que interpretase el Antiguo Testamento al pie de la letra tendría que "avergonzarse" ante la comparación con "otras leyes en apariencia mucho más perfeccionadas, humanas y razonables, como las de los romanos o las de los atenienses, por ejemplo". Los pasajes bélicos de la Biblia, según Orígenes, deberían someterse a una interpretación espiritual, ya que de lo contrario, los apóstoles "no habrían permitido la lectura de estos libros de los hebreos en las iglesias de los discípulos de Cristo". "Nosotros, obedientes a las enseñanzas de Jesús, preferimos romper las espadas [...] y convertir las lanzas en rejas de arado. [...] Ni queremos esgrimir la espada contra otras naciones, ni deseamos la guerra..."[455]

A fin de cuentas, el Jesús de los Sinópticos se nos presenta como adversario de las guerras, pacifista; desconoce los instintos chauvinistas y la sed de poder. No permite que la "buena nueva" se propague por medio de la espada y el fuego. Por el contrario, rechaza la violencia, ordena renunciar a la defensa propia, impone el heroísmo de la paciencia, no el de la autoafirmación. Incluso ordena devolver bien por mal.[456]

Según el Nuevo Testamento, el cristiano "no debe llevar otras armas que el escudo de la fe, el yelmo de la salvación y la espada del espíritu que es la palabra de Dios". De acuerdo con la prohibición neotestamentaria de matar, *durante los tres primeros siglos del cristianismo nadie permitió jamás el servicio militar.* Justino, Tatiano, Atenágoras, Tertuliano, Orígenes, Cipriano, Arnobio, Lactancio, por muchas que fuesen sus diferencias humanas y teológicas, y con independencia de su evolución ulterior convirtiéndose en "herejes", siendo anatomizados como tales, o permaneciendo dentro de la "ortodoxia", coinciden en predicar incansablemente al mundo entero las virtudes de la no violencia.

197

Todos aseguran, como Atenágoras, que el cristiano "no debe odiar al enemigo, sino amarle [...] e incluso bendecirle y orar incluso en favor de quienes atenían contra su vida"; que "no hay que devolver golpe por golpe, ni acudir al juez aunque nos roben". "No hay que of recer resistencia", escribe Justino al comentar el Sermón de la Montaña. El emperador no puede ser cristiano ni un cristiano podría ser jamás emperador. Tertuliano contrapone el deber del cristiano y el servicio de las armas, la fidelidad a las banderas mundanas y el deber de fidelidad a Dios, "el estandarte de Cristo y las banderas del diablo, el partido de la luz y el partido de las tinieblas"», diciendo que son "irreconciliables" y manifestando expresamente que "todo uniforme está vedado para nosotros, porque es el emblema de una profesión prohibida". "¿Cómo podríamos hacer la guerra, ni siquiera ser soldados en tiempos de paz, sin la espada que el Señor quitó de nuestras manos?", pues, "cuando desarmó

Ziegler, Gegenkaiser 47 s. Lindauer 97.

[455] Orig. Lev. 5, 1. Num. hom. 26. de princ. 4, 14; homilías sobre Josué 15, 1. c. Cels. 5, 33; 8, 73. Schópf37. Según Von Campenhausen, Tradition und Leben 210 s, en Orígenes se encuentra "una tenue resonancia pacifista" que "desde luego, en tanto que tal no procede de la Biblia sino del espiritualismo tardoplatónico".

[456] Lúe. 6, 27 s; 6, 32 s; 13, 1 ss; Mat. 5, 21 ss; 5, 38 ss; 5, 46 s; 19, 18. Harnack, Militia Christi 2. Weinel, Staat 7. Wendiand, Handbuch 23. Cadoux 21 s. Troeltsch 40. Knopf, Einführung 268. Windisch, Bergpredigt 150, 14. Asmussen, Bergpredigt 55. Dibelius, Jesús 105. El mismo, Botschaft und Geschichte I 113 ss. Preisker, Das Ethos 119. Nigg 489. Heer, Kreuzzüge 5, Jeremias 35 ss. Deschner, Hahn 493 ss.

a Pedro arrebató la espada a todos los soldados". Clemente de Alejandría llega hasta el extremo de abominar de la música militar (coincidiendo en esto con Albert Einstein, que—bien es verdad que por otras razones— decía que todo el que gusta de marcar el paso al compás de las marchas militares "tiene cerebro por un error de la naturaleza"). Los teólogos no admitían la legítima defensa ni la pena de muerte, en contradicción con el Antiguo Testamento que imponía ese castigo a los adúlteros, a los homosexuales e incluso a los animales "impuros".[457]

En el canon del obispo romano san Hipólito (del siglo III, el segundo en antigüedad de entre los que han llegado hasta nosotros), incluso los cazadores debían elegir entre abandonar la caza o abandonar la conversión. Para los cristianos, la prohibición de matar era absoluta y todos los padres de la Iglesia anteriores a la época constantiniana la interpretaron al pie de la letra, siguiendo las enseñanzas del Sermón de la Montaña. "Al soldado que preste servicio bajo las órdenes de un gobernador, decidle que no debe tomar parte en ninguna ejecución —enseña Hipólito en su *Tradición apostólica—.* Quien ostente un mando militar o la gobernación de una ciudad, quien vista la púrpura, debe dimitir o ser recusado. El catecúmeno o el creyente que pretenda hacerse soldado, sea recusado, porque ha despreciado al Señor." Es decir, la postura en contra de matar era consecuente, cualquiera que fuese el motivo o el derecho que pretendiera justificarlo: ni en los campos de batalla, ni en defensa propia, ni en el circo, ni en ejecución de una sentencia.[458]

198

"No se puede servir al mismo tiempo a Dios y a los hombres", afirma Tertuliano; "no es posible servir a ambos, a Dios y al emperador". Y acto seguido ironiza a costa de los cristianos deseosos de ocupar cargos públicos: "si ellos creen que es posible desempeñar algún cargo sin rendir culto a los dioses o permitirlo, sin administrar ningún templo, sin recaudar tributos religiosos, sin patrocinar espectáculos ni presidirlos, sin asistir a celebraciones públicas, ni promulgar edictos, ni jurar por los dioses, si como detentadores del poder judicial [no] ordenaron ninguna ejecución ni ninguna deshonra pública *(ñeque iudicit de capite alicuius velpudore;* por lo que parece, las multas serían leves), no condenaron a nadie en última instancia ni provisionalmente *(ñeque damnet ñeque paedamnet),* no hicieron cargar a nadie de cadenas, ni encarcelar ni torturar a nadie, en una palabra, si estos cristianos creen que todo eso es factible, entonces...", y Tertuliano renuncia a la conclusión, dejando

---

[457] Efes. 6, 16 s; Rom. 13, 9 s; Sant. 2, 10 s; Apocal. 13, 9. Did. 1, 3 s. Athenag. leg. 11. Iren ad, v haer. 4, 14, 2. Min. Fel. Octav. 30, 6. Just. Tryph. 110, 1. Apol. 1, 16. Tat or. 19, 2, 11, 1. Arist. Apol. 17, 3. Tertull. idol. 17; 19. de pat. 6 s. apol. 37. corona 11 s. Orig. c. Cels. 3, 7; 5, 33; 7, 26; 8, 68; 8, 73; 73, 1. Orig. comm. ser. 102. in Mat. Cypr. bono pat. 14; 16; Donatum 6, 10. Clem. Al. Paidag. 1, 12, 99; 2, 4, 42. Pero cf. también Clem. Al. protr. 10, 100. Diogn. 5; Arnob. adv. gent. 1, 6. Lact. div. inst. 6, 20, 15 ss; 5, 17, 12 s. Syn. Elv. c. 73. Sulp. Sev. Vita Martini 4. Hippol. Traditio Apóstol, c. 16. Constit. per Hippolytum 41. Cf. incluso Ambros. de of f. min. 3, 4, 27. Kraft, Kirchenváter Lexikon 279 ss, especialm. 284. Hefele I 21. Marcuse 24 s. Cadoux 49 ss, 158 ss, 245. Bainton 197, 208. Althaus V. Campenhausen, Tradition und Leben 202 ss. Schópf 75. Heer, Kreuzzüge 9 s. Homus 14 s. Deschner, Hahn 504 ss. Deschner, Un-Heil 53 ss. El mismo. Das Kreuz 52 ss. Widmann 74. Einstein cit. s/P.P. Furton, Der Kern derDinge s/f., 71.

[458] Hippol. traditio apóstol, c. 16. Constitut. per Hippolyt., 41. En Roma, Hipólito fue antiobispo del obispo (papa) Calixto, ¡y sin embargo llegó a ser santo! Las Iglesias celebran su fiesta el 13 y el 22 de agosto, y el 30 de enero la griega, LThK 1 ed. V 69.

que la saque el lector.[459]

Atenágoras nos cuenta que "los cristianos ni siquiera soportan ser espectadores de una ejecución capital ordenada por sentencia", puesto que, según su criterio, "apenas hay diferencia entre asistir a una ejecución y perpetrarla uno mismo, razón por la cual prohibimos ese género de espectáculos". "Así pues, nosotros, que ni siquiera osamos mirar para no contaminarnos de la infamia y la deuda de sangre, ¿como seríamos capaces de matar a nadie?"[460]

Eso, como queda dicho, rige en cualquier caso. Más aún cuando se trata de matanzas en masa, de hecatombes. De aquí que la Iglesia primitiva condenase la guerra "sin paliativos" (Cadoux); "amar al prójimo y matarle son nociones incompatibles". "Todos los autores notables, tanto del Oriente como del Occidente, rechazan la participación de cristianos en las acciones bélicas" (Bainton). Todavía era desconocida la absurda distinción que introdujo el clero posconstantiniano después de haber degenerado en Iglesia of icial y estatal, cuando condena las muertes al por menor, digamos, pero elogia las matanzas en el campo de batalla. Los caminos están infestados de salteadores, los piratas hacen estragos en los mares, escribe el futuro mártir Cipriano ("sin duda el obispo africano más notable del siglo iii, quizá sin exceptuar a Agustín", según Marschall), en todas partes de la tierra se derrama la sangre humana, pero "cuando es la de un solo hombre le llaman crimen; cuando son muchos y se hace públicamente, dicen que es un acto de valor. La magnitud del estrago asegura la impunidad del criminal...».[461]

199

Precisamente, *la magnitud del estrago que excusa al criminal* ha venido siendo desde siempre la moral de la Iglesia. ¡No así durante los primeros tiempos del cristianismo! Tenemos, por ejemplo, que durante los años 66 y 67, poco antes de que los romanos pusieran cerco a Jerusalén, la comunidad primitiva emigró de las tierras que ocupaba en la orilla oriental del Jordán hacia Pella —donde hoy se alzan las ruinas de Chirbet Fahil—"porque no querían ceñir [la] espada", como subraya el teólogo Erhard. Por eso, también, durante la insurrección de los judíos acaudillados por Bar Kochba, "únicamente los cristianos soportaron martirios terribles por no querer negar a Jesucristo ni pecar contra su doctrina"; quiere decirse que no tomaron las armas contra sus compañeros de fe: *nonpossum militare, non possum malefacere; christianus sum.* Por eso, en África, Maximiliano, hijo de militar, se niega a prestar el servicio de las armas ("Yo no sirvo al mundo, sino sólo a Dios mi Señor") y es ajusticiado por el procónsul. Es decir, había ya cristianos en el ejército (esto sucedía durante el siglo II a. de C.), porque eran soldados antes de su conversión y, obedeciendo a las disposiciones de Pablo, siguieron siéndolo, ¡pero se negaban a combatir! Ello explica seguramente por qué la última persecución de Diocleciano (303-311), como relata Eusebio, "empezó por los hermanos que militaban en las legiones", y sabemos también que dieron "la mayoría de los mártires"

[459] Tert. de idol. 17, 3. Cf. 19. Klauser, Christiiche Oberschicht 62 ss.

[460] Athenag.leg.35.

[461] Cypr. ad. Donatum 6. Cadoux 245. Bainton 197, 208. Cf. también la bibliografía relacionada en la nota 35. Sobre las bases ideológicas de la conversión de la Iglesia en confesión del Estado véanse más detalles en Hernegger 25 ss, 150 ss, Marschall 19. Meinhold, Kirchengeschichte 47.

(Andresen/DenzIer).[462] No sería sólo por negarse a rendir culto a la persona del emperador, según les demandaba su religión.

Ahora bien: "Pocas épocas cayeron tan pronto en el olvido como los primeros tres siglos de la fe cristiana", como lamenta el católico Kühner. Es verdad que, a comienzos del siglo IV, el Sínodo de Elvira excomulgaba todavía a los creyentes que *por una denuncia* (sin entrar en si ésta estaba justificada o no) hubiesen dado lugar a una condena de muerte o exilio. Pero, en el año 313, Constantino y Licinio promulgan su Edicto de Tolerancia; el cristianismo, antes prohibido, pasa a ser una religión lícita (que a partir de ese momento se apresura a declarar ilícitas todas las demás), ¡y de la noche a la mañana se produce la asombrosa metamorfosis de los pacifistas en capellanes de regimiento! Si antes lo arrostraban todo, incluso el martirio, con tal de no prestar el servicio, ahora la necesidad de matar les parece evidente. Apenas reconocidos por el Estado, en 314 el Sínodo de Arélate (Arles), "escuchando las voces del Espíritu Santo y de sus ángeles", excomulga a los cristianos desertores. El que arrojaba las armas era arrojado de la comunidad de los creyentes. Los que antes eran "*militia Christi*" pasaron a convertirse en milicia efectiva. Siempre fue algo sospechosa esa noción; el mismo Pablo se muestra muy aficionado a la terminología militar cuando habla de "las armas del Señor", "la coraza de la justicia", "el escudo de la fe", "el yelmo de la salvación", "las ígneas flechas del Maligno". ¡Lo que podría haber llegado a ser, si hubiera vivido en tiempos de Agustín! Los nombres de los soldados mártires desaparecieron rápidamente del calendario eclesiástico, para ceder su lugar a divinidades militares, al propio Jesucristo, a la Virgen, a diversos santos, bajo advocaciones destinadas a suplantar el papel de los ídolos bélicos paganos. La jura de bandera recibió el nombre de *sacramentum,* que ya es el colmo.[463]

200

También es curioso observar cómo entre los of iciales y generales de la época tardía del imperio oriental, relacionados por Rábano de Haehling para el período comprendido entre mediados del siglo IV y mediados del V, y en la medida en que consta qué religión profesaban, hallamos ya a veinte cristianos (ortodoxos), cinco arríanos y sólo siete paganos. Además, Rábano sospecha que entre los militares destacados del período hubo otros cinco ortodoxos, un arriano y dos paganos, aunque para la mayoría de los casos no se sabe nada concreto.[464] Entre los dignatarios militares del imperio occidental cita con seguridad a trece ortodoxos, tres arríanos y ocho paganos, y sospecha que otros cinco eran cristianos ortodoxos, sin más precisiones acerca de otros arríanos o paganos. En cualquier caso, vemos que la mayoría de los generales influyentes, que se sepa, eran ya cristianos.[465]

Un siglo, o más exactamente ciento dos años después del sínodo de Arles, todos los no cristianos quedaron excluidos del ejército por un decreto debido a un

---

[462] Justin apol. 1, 31. Euseb. h.e. 4, 8, 4; 8, 1, 8. Oros. hist. 7, 13. Andresen/DenzIer 351. Weinel, Staat 25. Knopt/Krüger 23 ss. Ehrhard, Urkirche 15. Kóhier, Ursprung5. V. Campenhausen, Tradition und Leben 206. Kühner, Gezeiten der Kirche 102 s.

[463] 2 Cor. 10, 3; Fil 2, 25; Ef. 6, 13 ss. Cf. Hieron. ep. 112, 2. Syn. Elvira c. 73. Euseb. h.e. 8, 17. Syn Arel. c. 3. El sínodo todavía no impuso directamente el deber de guerrear, pero sí el de prestar el servicio "en tiempos de paz", dtv Lex. Antike, Religión 1223. Erben 53. Hornus 159 ss. Heer,

[464] V. Haehiing, Religionszugehorigkeit 238ss. y cuadro de la p. 495.

[465] Ibíd. 453 ss y cuadro.

emperador cristiano; las matanzas en masa, ya se ve, quedan exclusivamente reservadas a los cristianos.[466] Y desde hace mil quinientos años, los historiadores cristianos toman nota del hecho sin pestañear..., o mejor dicho ¡lo aprueban! Hans von Campenhausen, uno entre tantos, en su estudio "El servicio militar de los cristianos según la Iglesia primitiva", ironiza a costa de la "ingenuidad" de aquélla al proclamar y practicar el pacifismo, "el derecho a la excepción". Nuestro teólogo y aristócrata lo explica recordando la existencia de "reducidos enclaves de mentalidad más o menos pequeño burguesa en las comarcas rurales del interior"; en el fondo, dice, a los primeros cristianos les faltaba el verdadero sentido de la responsabilidad; sus creencias eran demasiado superficiales. "Los cristianos aún no habían asumido la responsabilidad política [!], y tampoco habían profundizado en las reflexiones de la Antigüedad sobre las relaciones entre política y Estado. Pero tal situación no podía ser duradera." "La evolución era imparable, **y con la extensión de la Iglesia** las responsabilidades no podían quedar confinadas al terreno de la contemplación espiritual."[467]

"Profundización" y "responsabilidad" son eufemismos que en este caso significan que la Iglesia se hizo del partido de los depredadores; a partir de ese momento, compartió la responsabilidad directa e indirecta de un milenio y medio de matanzas. Pero no estaríamos hablando de un teólogo, si se hubiese atrevido a decirlo en términos tan crudos. Como la mayoría de sus congéneres, prefiere hablar con dos lenguas. Él no dirá "que la Iglesia haya abandonado la idea de exclusividad a partir de la supuesta

Kreuzzüge 10. Doerries, Konstantin 80 ss. Schneider, Geistesgeschichte I 707 s. Hemegger 198. Deschner, Hahn 220 s. Jones, Social Background 23ss. Dirks, Das schmutzige Geschäft? 16. Kühner, Gezeiten der Kirche 90. No menos significativo, aunque no tan craso, el cambio de postura de la Iglesia del siglo IV en lo tocante a la presencia de creyentes en los cargos públicos. De los cristianos en la magistratura española, el sínodo de Elvira exigió todavía que se abstuviesen de frecuentar la iglesia durante el año de su desempeño del cargo; en cambio el sínodo de Arles admitió que un cristiano pudiera ser gobernador, siempre y cuando no hiciese nada contrario a las normas de la Iglesia, cf. Syn. Elvira c. 57 con Syn. Arel. c. 7. 'desviación' constantiniana [!]"; o, "la Iglesia no capituló frente al mundo y su derecho de guerra", puesto que, como él asegura, "no proclama el servicio de las armas como una ley absoluta", admitiendo el principio de excepción "al reconocer el derecho de asilo que ampara las puertas del templo y del convento, donde cesa la vigencia del derecho de guerra y la de la justicia de sangre". Es decir, se trataba de salvar ante todo lo más importante, el pellejo de los miembros del clero (poco importa la sangre de los laicos), ¡y las apariencias! "Los religiosos y sacerdotes quedan dispensados de combatir", y además: "El cristiano jamás interpreta los frentes políticos y militares dando la razón última a un solo partido y sin admitir excepciones". De esta manera, el cristianismo concilia, en cierto modo, la guerra con la no violencia; la "excepción bien entendida", en este caso, es la interpretación necesaria y la confirmación de la

[466] Cod. Theod. 16, 10, 21 (año 416).
[467] Von Campenhausen, Tradition und Leben 205.

"regla bien entendida".[468]

201

La interpretación de Campenhausen se ajusta a la regla habitual entre teólogos. Hallamos un representante característico de ese cambio de planteamiento, la gravedad de cuyas consecuencias apenas cabe exagerar, de ese abandono radical (prescindiendo de sofismas a lo Campenhausen) de la centenaria religiosidad estrictamente pacifista de los orígenes, precursor de futuros *aggiornamentos* sorprendentes, en otro "padre de la Iglesia", Lactancio, que "fue uno de los primeros en disfrutar, como favorito del emperador, del nuevo régimen de alianza entre la espada y la cruz" (Von Campenhausen), o dicho de otro modo, uno de los primeros en mudar de camisa.[469]

En sus *Divinae Institutiones,* la principal apología cristiana de la época preconstantiniana, redactada poco antes del año 313 (!), Lactancio se muestra partidario apasionado del humanismo, la tolerancia y el amor fraternal. Sin duda, no hay en el mundo nada más importante que la religión; pero a ésta se la defiende "muriendo y no matando, sufriendo con paciencia, que no obrando con crueldad, mediante la fe y no mediante el crimen. Si pretendierais defender la religión derramando sangre y torturando, no la defendéis, sino que la manchái s y la deshonráis". En consecuencia, Lactancio impugna en su tratado los nacionalismos y las guerras. "No puede ser justo el que perjudica al prójimo, el que odia, el que roba, el que mata, que eso es lo que hacen quienes pretenden servir a su patria." Y no sólo desaprueba la guerra, sino también el homicidio, "aun en los casos en que lo considera legítimo el derecho mundano". Condena incluso a los denunciantes cuando la acción denunciada esté sancionada con la pena capital. Sin embargo, en 314, el mismo autor escribió un resumen o *epitomé* donde tachó todos los pasajes pacifistas y alabó a quienes dan su vida por la patria, "una obra extraordinariamente lograda", según Von Campenhausen.[470]

Lactancio se presenta como paradigma del cambio de posturas de su Iglesia. Desterrado en otros tiempos, y muchas veces víctima de grandes penurias, poco después de 313 se le nombra preceptor de Crispo, el hijo de Constantino, y consejero del mismo emperador. El súbito éxito profesional, los fastos de la corte, las villas suntuarias del valle del Mosela, los palacios de Tréveris (convertida en ciudad por Augusto, en residencia imperial por Constantino y su madre Elena, frecuentada luego por doctores de la Iglesia como Atanasio, Ambrosio y Jerónimo), el trato, en fin, con la "mejor" sociedad del imperio, hicieron que el anciano Lactancio olvidase lo que había predicado durante toda su vida. El agradecido tratadista corrige la dedicatoria de su principal obra y se pone a elogiar la actividad bélica y legislativa del soberano. Es entonces cuando el cristianismo pasa a convertirse en "lucha sangrienta entre el bien y el mal" (Prete), y el autor en un "precursor de los nuevos tiempos" (Von Campenhausen).[471]

---

[468] Ibíd. 214 s.

[469] Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 57.

[470] Lact. div. inst. 1, 18, 8 ss; 6, 20, 15 ss; 5, 17, 12 s; 6, 6, 19 ss; 6, 9, 2 ss. Más documentación en Cadoux 55 ss, 158 ss. Kraft, Kirchenváter Lexikon 339 ss. RAC III 307. dtv Lex. Antike, Philosophie III 26. Schnürer, Kirche 16 s. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 64 s, 70 ss. Prete, der geschichtiiche Hintergrung 491. Bloch, The Pagan Revival 193. Kühner, Gezeiten der Kirche 115.

[471] Hieron. vir. ill. 80. Pauly-Wissowa vol. 8, 1958, 1723. Kraft, Kirchenváter Lexikon 337. Koch, Kleine

202

Así traicionó Lactancio sus propias convicciones, renegando de casi tres siglos de tradición pacifista. Y con él, en el fondo, la Iglesia entera, obediente a la voluntad del emperador que la había reconocido y hecho rica e influyente, pero que no tenía empleo para un clero pacifista y pasivo, sino para quienes se avinieran a bendecir sus armas. Y que no han dejado de bendecirlas desde entonces, o como ha escrito Heine: "No fue sólo el clero de Roma, sino también el inglés, el prusiano; en una palabra, siempre el sacerdocio privilegiado se asoció con césares y similares en la represión contra los pueblos".[472]

Los teólogos modernos, que no se atreven a negar en redondo esa bancarrota de la doctrina de Jesús, hablan de un "pecado original" del cristianismo. Con ello pretenden restar importancia al hecho, como recordando el cuento de la serpiente y la manzana, como si toda la cuestión no fuese más que "un pequeño desliz edénico". Como si no hablásemos de matanzas perpetradas durante milenios, ahora se cometen en nombre de "la buena nueva", de la "religión del amor", y resultan ser justas, necesarias y aun excelentes, culminando en la "guerra santa", en el colmo del despropósito criminal; junto con la inquisición y la quema de brujas, la "guerra santa" figura entre las pocas novedades aportadas por el cristianismo. Antes de su aparición era desconocido "el horrible desvarío de las guerras de religión" (Voltaire), "esa locura sangrienta" (Schopenhauer).[473]

Nace así una teología nueva, aunque envuelta en el ropaje terminológico de la vieja para disimular. Y no sólo política, sino además militarista; ahora hablan de *Ecclesia triumphans,* de *Ecclesia militans,* de la teología del emperador..., o de todos los emperadores, al menos de los romanos de la Antigüedad que retrotraían su linaje a César, pero mucho más allá en realidad. Cierto que Constantino aborrecía casi tanto como el mismo Yahvé el hedor de los sacrificios paganos, "ese error vergonzoso que ha arruinado a tantas naciones"; "Huyo de la sangre inmunda, de todos los hedores repugnantes y malignos";[474] en cambio, el hedor de la sangre en los campos de batalla era tan agradable para el soberano como para el mismísimo Señor de los Ejércitos... El monarca que una vez dijo que "como hombre de Dios, en el fondo nada me es extraño y todo lo sé", manifestación de soberbia que nunca se le ocurrió a ninguno de los césares paganos, desde luego sabía lo que quería: consolidar el imperio por medio de la unidad religiosa. Lo mismo había pretendido su predecesor Diocleciano, sólo que éste favoreció al partido idólatra. Constantino buscó la ayuda de los cristianos para llevar a cabo su "revolución". Por un lado, en sus cartas a los obispos, los sínodos y las comunidades reclama, incansable, la unidad, la concordia, "la paz y la armonía de los espíritus" y asegura que su principal objetivo es "la felicidad de los pueblos de la Iglesia católica bajo una misma fe, el amor puro y la religiosidad auténtica", y "que la Iglesia de todos sea *una*". Por el otro lado, el déspota

Deutsche Kirchengeschichte 18. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 57 ss, 71 ss. Prete, Der geschichtiiche Hintergrund 497 ss, cf. también 508 s. Doerries, Konstantin 117 s.Brühl, Kónigspfalz 251 ss. Lippoíd, Theodosius58s.

[472] Heinrich Heine cit. s/Beutin 1220.

[473] Voltaire, Lettres philosophiques n 8, 33 cit. s/V. Neumann, voltaire I 83. Schopenhauer, Parerga und Paralipomena II, cap. 15; ber Religión art. 174 cit. s/ Welter, Schopenhauer 1183.

[474] Euseb. V.C. 4, 10. Kühner, Gezeiten 87ss.

mimaba las relaciones con el ejército y fue siempre, y antes que nada, caudillo militar. Emprendió una reorganización decisiva del ejército, desglosando los efectivos de la infantería y la caballería; formó milicias para la defensa de las fronteras, reclutadas sobre todo entre los veteranos; creó divisiones móviles, entre las que figuraron también *los palatini o* guardia de palacio, y fue uno de los principales promotores del reclutamiento de mercenarios germanos.[475]

203 En verdad aquel hombre supo lo que quería: una fe potente y un ejército potente. La mejor manera de servir al Estado, sentenció, es cumplir con Dios en todos los aspectos. Él fue quien introdujo los servicios religiosos en el ejército. "En primer lugar, fue mi propósito la unidad en el sentir de todas las naciones en lo tocante a la divinidad; lo segundo, sanar el mundo, que padecía entonces de una grave enfermedad, y restituirle la salud. Mis esfuerzos en tal sentido, por un lado, se desarrollaron en el secreto de mi corazón; por el otro, he tratado de alcanzar estos objetivos por medio de mi poderío militar." La vieja política de fuerza, pues, con la novedad de no invocar ya a los dioses paganos, sino al que murió en la cruz. "Portando siempre Tu sello —dice en un edicto imperial—, he acaudillado un ejército victorioso; y dondequiera que lo reclame la necesidad del Estado, atenderé a los signos visibles de Tu voluntad y tomaré las armas contra los enemigos."[476]

Y también los obispos sabían lo que querían, sólo que ello tenía poco que ver con los mandamientos de Jesucristo su Señor y mucho con las órdenes de su señor Constantino, sin descuidar por eso las intenciones propias. ¡El trono y el altar! El clero, o por lo menos el alto clero, figuraba entre los dignatarios del imperio, acumulaba dineros, propiedades, honores, y todo ello gracias a un príncipe cristiano, a sus batallas y sus victorias. ¿No era preciso mostrarse obedientes y complacientes en tal situación? Lo mismo que él distinguía al episcopado, éste favoreció a los funcionarios imperiales en el seno de la Iglesia. En virtud del canon 7 del Sínodo de Arles se les concedió que, caso de haber incurrido en un pecado normalmente sancionado con la excomunión, ésta no sería promulgada *ipso facto* como les sucedía a los creyentes del montón. Ya durante el siglo IV, extensos sectores de la Iglesia se inclinaban a la identificación entre ésta y el Estado. Y si antes los ejércitos combatían como seguidores de los ídolos, de los demonios y del mismo diablo, ahora "la mano de Dios" presidía "el signo de las batallas"; es Dios en persona quien hace "señor y soberano" a Constantino, y vencedor, "único entre todos los príncipes que han existido, invencible e inexpugnable", porque el Señor que le hizo "terrible" "combate a su lado". Por eso **su teólogo de corte** celebra que la primera majestad cristiana venciese "con gran facilidad a más naciones que ninguno de los emperadores anteriores". Constantino es el "amado de Dios y tres veces bendito".[477]

204 ¡Qué perversión! Por haber vencido por las armas a las demás religiones se quiere ver en el cristianismo a la "única verdadera". Una religión de amor se justificaba por

---

[475] Euseb. V.C. 2, 67; 3, 17 ss. Doerries, Konstantin 79 s, 101. Hemegger 153ss, 164 ss, 68. Tinnefeid 257 s. Szilágyi 376. Schneemelcher, Aufsatze 316 s. Straub, Regeneratio 70ss, 87 s.

[476] Euseb. V.C. 2, 55; 2, 65; Euweb. h.e. 10, 7, 2. **Cf.** al respecto Hemegger 159ss. Doerries, Konstantin 80. Tinnefeid 257 s.

[477] Euseb. h.e. 5 prooem.; h.e. 9, 1 ss; **V.C.** 1, 6;, 46. Hemegger 184. Poppe 26. Andresen, Dir Kirchen der alten Christenheit 319 s. Winkelmann, Probleme der Herausbildung 299.

la suerte de las batallas, por miles de muertes, sin que ningún obispo, papa ni padre de la Iglesia haya tenido nada que decir en contra. Una vez más, nos encontramos ante un caso conocido. Los dioses como ayudantes de las empresas militares abundan en la historia romana. Así, por ejemplo, en la batalla del lago Regilo intervinieron los Dioscuros, "hijos de Zeus" a los que se invocaba en las situaciones de apuro; Escipión fue ayudado por Neptuno en la toma de Cartago Nueva, Apolo acudió en auxilio de Octavio contra Antonio, el dios del Sol ayudó a Aureliano contra Zenobia, y así sucesivamente. Y he aquí que toda esa teoría pagana de la victoria militar se pasa al campo de la Iglesia del pacifismo, sin olvidar a Diké, la diosa de la venganza que tiene en su poder las llaves de la guerra, que tiene por atributo una o dos espadas y por ayudantes a las Erinias.[478]

La mayoría de los cortesanos de Constantino eran cristianos, naturalmente. Y todos los funcionarios llevaban uniforme, "recordando—como escribe Peter Brown— sus agitados comienzos en la vida militar [...]; incluso los emperadores habían renunciado a la toga y se hacían representar en atuendo bélico por los escultores". Los investigadores subrayan que esta invocación de incalculables consecuencias históricas comenzó en el ejército. "Los cristianos estaban perfectamente al tanto de que Constantino sólo se había inclinado hacia ellos con el fin de consolidar sus éxitos políticos y militares" (Straub). Al tiempo que el emperador militarizaba cada vez más la nueva religión, la comunidad romana fue, de entre todas, seguramente la primera que autorizó el of icio de soldado a sus seguidores. Ya después de su victoria sobre Majencio, adoptó el agresor un estandarte con la cruz *(labarum)* y el monograma XP. Dicen que oraba siempre que se veía en una situación de peligro. Y condujo la campaña contra Licinio, que no fue más que una lucha por desplazar al rival, como una guerra de religión, a la que acudió acompañado de obispos y provisto de una tienda de campaña especial para las oraciones. De la misma salía listo para la batalla y, lanzando el grito de guerra a sus sicarios, según el elogio del gran pastor Eusebio, "los abatían a todos, hombre a hombre".[479]

205

Tales prácticas son elogiadas por no pocos historiadores modernos. "La imagen que se presenta a nuestros ojos no es la de un hipócrita" (Straub), sino "la de un verdadero soldado, que busca en el estandarte de la Cruz el consejo del Cristo en quien creyó" (Weber).[480]

El obispo de la corte ni siquiera titubea en manifestar que Constantino "venció siempre sobre sus enemigos y pudo disfrutar de los monumentos a sus victorias" precisamente porque "se había reconocido creyente y siervo del Rey de reyes". Y Teodoreto, continuador de la historia eclesiástica iniciada por Eusebio (de 323 a 428) escribió la frase siguiente, digna de ser recordada: "Los hechos históricos nos enseñan que la guerra trae mayor provecho que la paz"; como es lógico, también este

[478] Liv. 2, 19, 12; 2, 42, 5; 25, 12, 15; 26, 45, 9. Cic. nat. deor. 2. Dio 51, 1, 3. Pauly II 24 ss. dtv Lex. Antike, Religión I 217ss. Hemegger 458 nota 19. Ziegler, Gegen kaiser 47 s.

[479] Euseb. V.C. 2, 12; cf. 2, 4; 2, 7 s. Harnack, Militia Christi 86 s. Bainton 194. Franzen 66. Straub, Regeneratio 112. Schneider, Geistesgeschichte I 697 ss, 734. Brown, Welten36.

[480] Weber, W. Die Vereinheitlichung 92. Straub, Regeneratio 85.

obispo juzga a Constantino un personaje "digno de todo encomio", y no titubea en acudir para ello al estilo paulino: "No de hombres ni por mediación de hombres (Ga. 1:1), sino del cielo mismo recibió su of icio", en coincidencia con las fanfarronadas del propio Constantino cuando dice que "Dios es el autor original de todas mis heroicas hazañas".[481]

"Cristo vence" es la nueva fórmula cristiana para aludir a las victorias del emperador. "Cuando el emperador vence, Cristo vence y la Cruz vence", apostilla Hernegger. En el fondo, se mantiene invariable la fe pagana en el poder milagroso del caudillo, sólo que ahora no vence con ayuda de los sacerdotes paganos, sino ayudándose de la Cruz. Precisamente, "por hacer todo lo contrario [!] de lo que hicieron los crueletiranos, sus predecesores, pudo triunfar sobre todos sus adversarios y todos los enemigos" (Eusebio). La religión de la paz se convierte *en una religión que no da paz a nadie.*[482]

El primer emperador cristiano propagó la cruz por todas partes y no sólo en las iglesias. No sólo la construcción de éstas adoptó la planta en forma de cruz, como las de Pablo y Pedro de Roma. A partir del siglo IV, prolifera como símbolo de honor o de victoria en las monedas y corona el cetro del emperador. Aparece también en los campos de batalla. Y el clero no tiene nada que objetar, todo lo contrario. "Con la cruz de Cristo y con su nombre en los labios van al combate, confortados y llenos de valor", dice un predicador tan notable como Ambrosio, según el cual "el valor en la guerra es lícito y honroso, por cuanto prefiere la muerte a la esclavitud y el oprobio" (o como se diría hoy, antes muertos que rojos). También Agustín nos enseña: "No creáis que no puede agradar a Dios quien se consagra al servicio de las armas". Sólo cuando empezaron a enfrentarse cristianos contra cristianos, la cruz sobre los estandartes se convirtió en motivo de escándalo. Lutero decía que si fuese soldado, "en viendo en el campo de batalla una enseña con la cruz [...] huiría de ella como alma que lleva el diablo; pero cuando asoma la enseña del emperador Carolus o de cualquier otro príncipe podemos seguirla con alegría y valor, porque ésa y no otra es la que hemos jurado."[483]

206

He aquí cómo en el cristianismo, la religión de la hipocresía, las apariencias cuentan por encima de todo, incluso para un protestante.

En la época de las invasiones fue muy corriente que los obispos participasen en la lucha armada. El clero arriano, en particular, estaba totalmente organizado en régimen de capellanía militar; a cada centuria le correspondía un sacerdote, y un obispo cada diez centurias. Durante el reinado de Teodorico, los obispados de Rávena y sus alrededores se distribuyeron de acuerdo con las regiones militares; de manera similar, las iglesias amanas de Roma y Bizancio eran en realidad "las capillas de los acuartelamientos" (Von Schubert).[484]

---

[481] Euseb. V.C. 1, 6. Euseb. Or. ad s. coetum 26. Theodor. h.e. 1, 2; 5, 41 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 482.

[482] Euseb. V.C. 3, 1. Hemegger 166 ss.

[483] Ambros. de of f. 41.202. August. ep. 189. LThK 1 ed. VI 243 s. Doerries, Konstantin 127ss, de donde también la primera cita de Ambrosio y la de Lutero.

[484] V. Schubert, Geschichte I 26. Giesecke, Die Ostgermanen 118. Schmidt, Die Bekehrung 280 s. Momigliano, The Conflict 10.

El Estado cristiano sanciona la deserción con las penas más graves: decapitación del desertor y muerte en la hoguera para quienes le hubieran dado refugio. En África cortaban las manos o quemaban vivos incluso a los reos de insubordinaciones leves. Del período comprendido entre los años 365 y 412 han llegado hasta nosotros nada menos que diecisiete leyes contra la deserción. En 416, Teodosio II ordena que sólo los cristianos sean aceptados en las filas del ejército. Ello no impide que, cuando conviene, los clérigos abominen de la guerra y prediquen la deserción; así, durante el reinado de Sapur II en Persia (310-379), los cristianos se negaron a servir bajo sus banderas, haciendo con ello un gran favor a los de Roma. De manera similar, en 362, el padre Atanasio amenazaba con la excomunión a cuantos sirvieran en el ejército de Juliano (que se había convertido al paganismo) y les exigía que desertasen, si eran cristianos.[485]

En ciertas ocasiones, todavía se desempolvaban los despojos del primitivo pacifismo cristiano. El santo Martín de Tours, convertido al cristianismo pocos años antes de la muerte de Constantino, continuó como tal dos años más en el ejército, pero llegada la hora de la batalla se negó a combatir. Su biógrafo, Sulpicio Severo, recurre a numerosos eufemismos en su *Vita Martín turolensis* para disimular el hecho de que el santo había sido antes of icial. En 386, un concilio romano excluyó de la profesión sacerdotal a quienes hubiesen jurado las armas después de convertirse al cristianismo. Crisóstomo llega al punto de asegurar que en sus tiempos todos los soldados eran voluntarios y que no se obligaba a nadie a prestar el servicio militar. En su opinión, los vencedores son culpables de toda clase de crímenes y sólo buscan el saqueo y el botín, como los lobos.

207

Algo parecido opinó poco más tarde Salviano, padre de la Iglesia, y antes que él lo dijo también san Basilio: los homicidas uniformados eran mucho peores que los salteadores de caminos. Por eso, "las manos impuras de los soldados" deben quedar excluidas de la comunión al menos durante tres años (pero nótese que los homosexuales, los incestuosos y los adúlteros son amenazados por Basilio con quince años de penitencia). De manera similar, durante todo el primer milenio, los tratados penitenciales imponen al soldado que ha matado (aun en combates defensivos) castigos de cuarenta días, por lo general. Y todavía el obispo Fulberto de Chartres (fallecido en 1029), discípulo de Gerberto de Reims, el futuro papa Silvestre II, dictaminaba: "Si alguien mata a otro en guerra declarada, cumplirá un año de penitencia".[486]

¡Qué poco, en comparación con el rigorismo primitivo! Son penas sin trascendencia práctica, y en un terreno tan abonado para la doble moral cristiana tampoco se observarían de una manera demasiado estricta. Un príncipe de la Iglesia tan avezado en las luchas callejeras como Atanasio predica sin rebozo que los cristianos prefieren dedicarse "no a los combates, sino a sus ocupaciones domésticas; en vez de utilizar las manos para empuñar armas, las unen en la oración". Pero en

[485] Cod. Theod. 6, 10, 21; 7, 18. Cadoux 590. Dannenbauer, Entstehung 1231. Poppe 47, 52.

[486] Chrysost. hom. ad. Mat. 61, 2. Salvian. de gub. dei 3, 50. Basil. ep. ad Amphil., c. 13 y 15. Regino de Pr. I 317 s. Fulg. d. Chartr. de peccatís capitalibus, PL 141 p. 339. LThK 1 ed. VI 984. Rauschen 240. Schmitz, Bussdisziplin 42 s, 264. Sternberg 163. Hellinger 89 s. Doerries, Konstantin 85 s. Ryan 27. Hornus 89, 158ss. Brown, Welten 160. Adulterio (en Basilio) entre dos casados.

otro pasaje, el mismo santo considera que aun no estando permitido el homicidio, "en la guerra no sólo es lícito, sino encomiable dar muerte a los enemigos". Otro doctor de la Iglesia, Juan Crisóstomo, el mismo que había comparado a los guerreros con los lobos y que había afirmado que la manera cristiana de hacer la guerra es confundirse con los lobos siendo ovejas y vencer convirtiéndolos a ellos en ovejas, admite en otra oportunidad la excepción "admirable" del que portando espada "se mantiene firme en medio del caos de la batalla". En cuanto a Ambrosio, le parece natural el alabar el valor del soldado "que defiende a la patria contra los 'bárbaros', para no mencionar otra vez los escritos de Agustín.[487]

Lo mismo que hoy, *predican la paz* como norma general, pero fomentaban sin reparos la guerra cuando la ocasión lo demandaba. Predicaban el Evangelio, pero no tenían inconveniente en forzar su interpretación cuando ello interesaba a las propias ambiciones de poder, siguiendo en esto el ejemplo de Constantino, a cuya semblanza volvemos seguidamente.

Vida familiar cristiana y rigorismo de las prácticas penales

El primer emperador cristiano, además de revelarse como un gran caudillo militar, se mostró coherente en la aplicación de la pena capital, emulado también en esto por los teólogos católicos de todas las épocas, sin exceptuar la nuestra. En efecto, el soberano que después de sus victorias alababa "la dulzura de la convivencia" y veía "extenderse cada vez más el cristianismo" en el seno de su familia, sentó mediante el ejemplo de sus numerosos crímenes dinásticos un precedente que luego fue imitado con asiduidad en todas las cortes cristianas.[488]

208

En el año 310, el hijo de santa Elena, de quien aseguran todavía los historiadores cristianos de la segunda mitad del siglo XX que "pocos de sus sucesores alcanzaron su grandeza política y humana" (Baus) y que "en su vida privada no hizo ningún secreto de sus convicciones cristianas, llevando una vida familiar cristianamente ejemplar" (Franzen), hizo ahorcar a su suegro, el emperador Maximiano, en Massilia (Marsella) tras lo cual fueron destruidas todas las estatuas e imágenes que lo representaban; ordenó estrangular a sus cuñados Licinio y Basiano, esposos de sus hermanas Constancia y Anastasia; en 336, esclavizó al príncipe Liciano, hijo de Licinio, que fue luego azotado y asesinado en Cartago; en 326, hizo asesinar a Crispo, hijo suyo (habido de su concubinato con Minervina poco antes de casarse con Fausta), seguramente envenenado, junto con "numerosos amigos suyos" (Eutropio), dicho sea de paso, pocos meses después del Concilio de Nícea en que fue promulgado el Símbolo de la Fe. Y por último, este parangón de la grandeza humana acusó de adulterio con Crispo a su propia esposa Fausta, madre de tres hijos y dos hijas, reconocida poco antes en monedas como "*spes reipublicae*" (esperanza del Estado); aunque nada se demostró (y aunque las canas al aire del propio soberano eran públicas y notorias), fue ahogada en un baño y todas sus propiedades del antiguo

[487] Athan. ep. ad Amm. Chrysost. comentario a Mat. 26, 7 ambros. de of f 1, 129. Heilmann II 374. Cadoux 146, 257. Hornus 8, 88.

[488] Aland en Entwürfe 223 dice que la frase citada es en parte supuesta.

barrio lateranense adjudicadas definitivamente al papa.[489]

¡"Vida cristiana ejemplar", en efecto (Franzen)!

"Desde cualquier perspectiva que juzguemos como historiadores la cuestión de las convicciones religiosas de Constantino, se impone la conclusión de que "se comportó como cristiano convencido", escribe Aland en una deducción basada, sin duda, en el entorno familiar del emperador ya que no en su política familiar, como parece evidente. El historiador bizantino Zósimo, pagano acérrimo cuya muy bien documentada historia de los emperadores es, junto con las *Rerum gestarum libri XXXI* de Amiano, nuestra principal fuente de información sobre los hechos del siglo IV, asegura que después de la liquidación de su hijo y su esposa la impopularidad de Constantino en Roma había llegado a ser tan grande, que prefirió mudar de residencia. E incluso Seek, admirador suyo en tanto que héroe militar, que le atestigua "la escrupulosidad de cristiano y de gobernante", no consigue perdonarle, en el mismo pasaje, "la fría brutalidad del mercenario".[490]

209

La decadencia del Derecho se agudizó durante estos siglos IV y V de nuestra era. La mentalidad clásica de la época pagana se vio desplazada por el derecho vulgar de la época tardorromana y la legislación cayó "a un nivel de primitivismo acientífico" (Kaser), lo que justifica la afirmación de Jerónimo, doctor de la Iglesia (no exenta de cierto cinismo frecuente en las obras de este autor): "*aliae sunt leges Caesaru Christi...*"[491]

Durante el período republicano, la pena de muerte, aunque [ ]malmente abolida, se hallaba fuertemente limitada en su aplicacion. Bajo los césares, la tolerancia fue incluso mayor, aunque sólo en [ ] ció de las clases altas, los senadores y los of iciales; en cambio, la gente de a pie *(humiliores, tenuiores)* empezaron a menudear la cada vez más rigurosas.[492]

Esta tendencia se prolonga durante el período cristiano, siendo cada vez más frecuente la aplicación de la pena capital, fervorosamente fortificada por la Iglesia lo mismo que el servicio militar. A partir de Constantino, los emperadores "acentúan notablemente la severidad contra los libertos y los esclavos" (Nehisen). En el terreno de las declaraciones programáticas—y tal como sucede también con la Iglesia, a quien siempre se le dan muy bien—, todo era muy noble, muy elevado y pomposo,

---

[489] Euseb. V.C. 4, 56; 5, 2; 5, 4; 10, 7; h.e. 8, 13, 15; Zos. 2, 29; 2, 14, 1. Philostorg. 2, 14. Lact. div. inst. apéndice a 7, 26. Hieron. vir. ill. 80. Cod. Theodos. 3, 6, 2 s. Sozom. 1, 5. Ammian. 14, 1110; 14, 11, 20. Eutrop. 10, 6, 3. Vict. epit. 40, 5; 41, 11 s. EPit. Caes. 40, 5. Apoll. Sid. ep. 5, 8, 2. Chrysost. in ep. ad Philipp. 4, 15, 5. Zon. 12, 33. Pauly-Wissowa vol. 8, 1966, 2444 s. Pauly III 1108. Vogt, Constantínus RAC III 361. dtv Lex. ANtike, Religión II 41, 43. Lekixon der alten Weit 953. Seeck, Untergang I 49, 102 ss; IV 213. Schwartz, Charakterkopfe 265. Stein, Vom rómischen 199. Eger 110 s. Doerries, Konstantin 170. Honn 98, 131 s. Voelkl, Der Kaiser 156, 210. Komemann, Weltgeschichte II 314. Alföldi, Die constantinische Goldprágung 112 ss. Kraft, Konstantins religióse Entwickiung 128 ss. Vogt, Pagans 48 s. Franzen 68. Gwatkin 15. Browning 55. Baus, Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 16.

[490] Zosim. 2, 30. LThK 1 ed. X 366. Seeck, Untergang 1174. Aland, Entwürfe 223.

[491] Hieron. ep. 77, 3. Kaser, Das rómische Privatrecht II, 4.

[492] Lexikon der alten Weit 2559.

a fin de crear una impresión de humanismo y generosidad. En apariencia, el *ius stríctum* tan respetado antes de la época cristiana quedaba reemplazado por la "filantropía" del príncipe; su "magnanimidad" y su "bondad" decidían acerca del "bien común"; tanto a Constantino como a otro emperador no menos brutal, Justiniano, se les atribuye la frase "en todos los asuntos, la justicia y el buen sentido han de primar sobre la letra de la ley". Pero incluso un historiador tan amigo de Constantino y del cristianismo como Doerries admite que fue un rasgo característico de la época "la introducción de la retórica en la legislación, con una fraseología 'humanista' tendente a enmascarar la dura realidad de unas disposiciones cada vez más severas", y que precisamente en tiempos de Constantino "la contaminación del derecho consuetudinario vulgar enturbia la claridad del viejo Derecho romano, [...] la redacción se vuelve confusa y empeora la definición de los conceptos jurídicos. En todo ello se manifiesta no sólo la decadencia de la cultura jurídica, sino también, e inconfundiblemente, el peso de las realidades de la época...".[493]

Pero la época a que se alude en ese pasaje fue la cristiana y Constantino, "soberano digno de toda alabanza" (Teodoreto), el príncipe que marcaba el tono. Tan pronto como se vio emperador único, aquel autócrata impuso su voluntad personal "como fuente inmediata del Derecho" (Schwartz); fueron leyes suyas las que contribuyeron a esa "barbarie cada vez más flagrante del derecho penal tardorromano" (Stein), a esas prácticas judiciales "de rara crueldad", según Ernst Kornemann.[494]

210

La justicia pagana, qué duda cabe, era también muy dura, aunque no del todo exenta de rasgos humanitarios. También es cierto que Constantino atenuó el rigor de muchas disposiciones, quién sabe si influido por algún consejero cristiano. Por ejemplo, puso trabas legales al repudio de la esposa (aunque no lo abolió), mejoró la protección del deudor frente a sus acreedores, y reemplazó la crucifixión (con rotura de los huesos de las piernas, según se practicaba hasta el año 320) por el ahorca miento simple. En el año 316, Constantino prohibió las marcas a fuego en el rostro, castigo adicional impuesto a los condenados a trabajos forzados o a luchar como gladiadores en el circo, "porque el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios"..., y además las marcas a fuego podían aplicarse en la mano o en la pantorrilla. Sin embargo, y aun prescindiendo de que la evolución del Derecho seguía en algunos casos bajo la influencia de las doctrinas humanizantes del derecho antiguo (pagano) o de la filosofía antigua (pagana), es preciso admitir que las tendencias más benignas del cristianismo también influyeron. Para otros supuestos delictivos, en cambio, Constantino enconó la gravedad de las penas.[495]

En particular, aquel emperador "para quien era lo mismo que la ejecución fuese encargada al verdugo que a un asesino pagado" y que "no valoraba en nada la vida humana" (Seeck), aumentó los castigos por falsificar moneda; la primera majestad cristiana, pese a su lema "la justicia y la paz se han besado" *(iustitia et pax osculatae*

---

[493] Doerries, Das Selbstzeugnis 168. El mismo, Konstantin 64 ss. Nehisen 118. Thraede 94, en la nota 14 más bibliografía.

[494] Theodor. h.e. 5, 21. Schwartz. Kaiser Constantín 91. Stein, Von» rómischen 190 ss. Komemann, Rómische Geschichte II 392 s.

[495] Cod. Theod. 9, 5, 1; 9.7, 1; 9, 16, 1 s; 9, 40, 2; 15, 12, 1; 16, 10, 1. Sozom. 1, 8. Aurel. Vict. Caes. 41. Vogt, Constantínus RAC III 357 ss. El mismo, Zur Frage des christlichen Einflusses 118 ss, especialm, 141 ss. Hónn 142 ss. Thraede 94.

sunt) sancionó con pena de muerte, en vez del tradicional destierro, la publicación de libelos anónimos, y ordenó que se arrancase la lengua a los calumniadores, "la plaga más grande de la vida humana" antes de ejecutarlos. A los parricidas (como él mismo), el tirano, en cuya legislación quiere ver todavía el *Handbuch der Kirchengeschichte* "una atención creciente a la dignidad de la persona humana" y el historiador Baus "el respeto creciente a la vida humana", la insaculación *(poena cullei):* "Sea un saco lleno de serpientes la última morada del criminal expulsado de la comunidad, los reptiles inmundos su última compañía y el precipicio su último camino".

Horrenda fue también la persecución del soberano, que "inauguró la cristianización de la vida pública" (Franzen) y la humanización del Derecho "bajo la influencia de las ideas cristianas" (Baus) contra los delitos deshonestos; por ejemplo, criminalizó el rapto, hasta entonces delito privado. De manera que no sólo condenaba a muerte al raptor, y de manera horrible, sino también a la novia si había consentido, y además a quienes hubiesen actuado como mediadores, echando plomo derretido en la boca de las dueñas y quemando vivos a los esclavos. Los esclavos que hubiesen tenido relaciones sexuales con sus amas eran decapitados y ellas quemadas vivas, sin que conste ninguna disposición simétrica sobre los amos que tuviesen relaciones sexuales con esclavas.

211

Constantino equiparó el adulterio, seguramente por influencia cristiana, con los peores crímenes, y además amplió la definición del supuesto. Bien es verdad que el adulterio estuvo castigado con pena de muerte desde el siglo II, pero Constantino añadió "detalles de mayor crueldad" a la ejecución. "Sus disposiciones en materia penal fueron bastante duras" (Vogt). De él escribió Shelley, que se consideraba a sí mismo "filántropo, demócrata y ateo" y que mereció los mayores elogios de Byron ("una cabeza de gigante..."): "Los castigos que promulgó ese monstruo, el primer emperador cristiano, contra los placeres del amor prohibido fueron tan inenarrablemente graves que ningún legislador moderno los consideraría ni siquiera contra los peores delitos". Mientras, Constantino, "que no invocaba a los demonios, sino al Dios verdadero", por una parte prohíbe los arúspices el ejercicio privado de su of icio, pero lo tolera en público. Y en el año 320, habiendo caído un rayo sobre su palacio, ordenó sacrificios para consultar las vísceras de los animales, frecuentaba astrólogos, practicaba sortilegios y encantamientos, curas simpáticas y otras artes de magia para fomentar la salud, o las cosechas, o para evitar inundaciones y pedriscos; pero por otra parte castiga con el exilio y la confiscación de bienes, la administración de bebedizos o filtros amorosos; en caso de envenenamiento producido por éstos, los culpables eran arrojados a las fieras o crucificados. (Pero también Calocaerus, el intendente de los establos de camellos del emperador, fue torturado y crucificado en Ch[ ] por intentar un golpe de Estado.)[496]

---

[496] Cod. Theod. 9, 9, 1; 9, 15, 1; 9, 16, 1 ss; 9, 21, 1; 9, 24, 1; 9, 34, 1; 16, 10, 1. AureL Vict. de Caes. 41, 11 s. August. civ. dei 5, 25. Lexikon der alten Weit 2559. Seeck, Untergang I 53, 63. Stein, Vom rómischen 148 s, 192 ss. Rehfeldt 78. Voelkl, Der Kaiser 86, 95 ss, 109, 210. Doerries, Das Selbstzeugnis 171 s, 180. El mismo, Constantin 60, 63 s, 132 s. Frnzen 68. Noethichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 24 s. Jones, The later Román Empire 192. The Complete Works of Percy Bysshe Shelley, Newly Edited by R. Ingpen and W.E. Pack, 1965, VI 38. cit. s/G. Borchardt, Percy Bysshe Shelley I 210, cf.

La tortura, que aún habría de celebrar grandes fastos (cristianos) desempeñaba ya un papel muy importante, sobre todo para reprimir a los numerosos esclavos que el Estado y la Iglesia empleaban en el cultivo de sus inmensas propiedades, motivo por el cual no fue abolida la esclavitud, sino muy al contrario, reforzada mediante disposiciones de especial severidad, sobre todo contra los fugitivos. Constantino autorizó también el interrogatorio mediante la tortura durante los procesos, "los métodos previstos eran de extraordinaria crueldad" (Grant).[497]

Acabamos de mencionar que el derecho constantiniano castigaba con el hacha y las hogueras las relaciones sexuales entre ama y esclavo, no así las habidas entre amo y esclava. Tal como sucedía durante el paganismo, cualquier casado podía servirse de sus esclavas como le apeteciera, contando en todo caso con la aprobación del legislador — "*aliae suntleges Caesarum, aliae Christi*", como dice Jerónimo—; Constantino mantuvo las prácticas paganas, sobre todo en cuestiones fundamentales, cuando le interesó y sin importar si eran contrarias a la fe cristiana. El abandono de los niños, por ejemplo, radicalmente condenado según el cristianismo, le parece bastante "tolerable"; y llama la atención el hecho de que la Iglesia apenas tuviese nada que objetar; el mismo Harnack afirma que "no consta que se llamase al orden a los amos cristianos por los abusos cometidos con las esclavas, y eso da mucho que pensar".

212

Desde que se escribieron estas líneas, se descubrieron algunas excepciones en textos de Lactancio y de Agustín, por ejemplo, pero en 1978 Alfred Stuiber todavía reparaba en que "los predicadores y tratadistas cristianos, pese a sus numerosas advertencias contra la deshonestidad y el adulterio, no advirtiesen sino muy raras veces contra ese peligro tan presente en el ámbito doméstico".[498]

El derecho constantiniano dificultó en gran medida los divorcios, en lo que advertimos casi con seguridad las influencias; además, a partir del año 326 dejó de tolerar el concubinato de los hombres casados como sucedía en el derecho romano clásico; mejor dicho, hasta esa fecha no existía tal relación desde el punto de vista jurídico. Más adelante fue sujeto de legislaciones numerosas y cada vez más restrictivas; por ejemplo, las concubinas y sus hijos no podían heredar del varón, amante o padre, ni por donación ni por cesión *ínter* vivos ni por última voluntad. Más adelante, los hombres de clase distinguida que cohabitaran de manera pública y notoria con mujer de estado inferior se hacían reos de infamia y arriesgaban la pérdida de sus derechos civiles. Por otra parte, Constantino prohibió legitimar al hijo de una esclava, pareciéndole ésta "liberalidad excesiva"; y si Diocleciano prohibió a los padres el vender a sus hijos como esclavos, Constantino lo permitió en los casos de grave necesidad y siempre que se hiciese bajo pacto de recompra. Si un esclavo se tomaba la libertad por su cuenta y se refugiaba entre los *barban,* una vez capturado le cortaban un pie y lo destinaban a trabajos forzados en las minas, lo que casi

192 ss. Baus, Von der Urgemeinde 468 s. El mismo en Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 8. Grant, Das Rómische Reich 101 s. Vogt cf. nota siguiente.

[497] Cod. Just. 6, 1, 3 ss. Vogt, Zur Frage des christlichen Einflusses II 130 s. Grant, Das Rómische Reich 102.

[498] Cod. Theod. 3, 16, 1. Cod. Just. 5, 26, 1. Vogt, Constantínus RAC III 357 s. Harnack, Die Mission 193 s. Stuiber 69 s, de donde también la cita de Harnack.

siempre venía a ser lo mismo que una pena de muerte. Por orden de Constantino (imitado posteriormente por otras majestades no menos cristianísimas como Arcadio y Justiniano), a los esclavos o los mensajeros que denunciasen a su amo (excepto en los casos de adulterio, alta traición o delito fiscal, y eso de por sí ya es bastante significativo) se les debía ejecutar sin más investigación de causa ni audiencia de testigos.[499]

Con frecuencia leemos elogios del primer emperador cristiano por haber mejorado la triste suerte de los esclavos, explicando por ejemplo que "en varias de sus leyes prolongó las antiguas tendencias del derecho romano en el sentido de favorecer la manumisión y el trato humano a los esclavos" (Vogt), o como escribió Einhold en 1982: "Atenuó la severidad de las leyes tocantes a los esclavos".[500] ¿Hay algo de cierto en eso?

Veamos dos edictos de Constantino que afectan a "la suerte de los esclavos".

213

El primero, dado en Roma el 11 de mayo del año 319 (el lugar no es verdadero porque para entonces el emperador se encontraba en Sirmium, lo cual da pie a dudar también de la fecha), iba dirigido, por lo visto, al prefecto romano Baso y dice: "Del Emperador Augusto a Baso: Cuando un amo fustigue a su esclavo con varas o correas *(virgis aut loris)* o le haya aherrojado para mejor vigilarle, si el esclavo muriese no tema aquél haber cometido ningún delito; no se admita en esto ninguna interpretación sobre fechas o circunstancias". El amo sólo sería culpable de homicidio cuando la muerte del esclavo se produjese por efecto de una acción especialmente brutal, a diferencia de los castigos acostumbrados (y autorizados) mediante varas o grilletes. Seguidamente, Constantino pasa a desgranar una relación tan larga como farragosa de las diversas formas horribles de muerte que pretende prohibir, a fin de demostrar el progreso realizado en comparación con las bárbaras costumbres de los paganos; pero en realidad sus limitaciones y sus llamadas a la moderación no eran ninguna novedad, sino una mera confirmación de las disposiciones antiguas.[501]

Fue sobre todo Adriano (117-138) el que más destacó en querer mejorar la situación de los esclavos. Mandó cerrar las terribles mazmorras para esclavos *(ergástula),* abolió los interrogatorios judiciales bajo tortura y la venta de esclavos para combates de gladiadores, salvo autorización judicial, y prohibió que los amos les dieran muerte personalmente o por encargo. Una romana que había maltratado a un esclavo suyo por un motivo banal fue condenada por Adriano a cinco años de destierro. En líneas generales, dicho emperador, el primero de los romanos que usó la barba de los filósofos y dispensó a la intelectualidad (filósofos maestros, médicos) de la prestación personal obligada para todos los ciudadanos, introdujo una

[499] Cod. Just. 5, 26, 1; Cod. Theod. 4, 6, 2 s. Vogt, Zur Frage des christlichen Einflusses 135 s. Doerries, Das Selbstzeugnis 175 s. El mismo, Konstantin 65. Tinnefeid 262. Nehisen 95. Roby 103.

[500] Vogt, Constantinus RAC III 357. El mismo, Zur Frage des christlichen Einflusses 131 s. Meinhold, Kirchengeschichte 51.

[501] Cod. Theod 9, 12, 1; con alguna variante en Cod. Just. 9, 14. Cf. incluso Ulpian. Dig. 1, 6, 2. Stuiber 65 s.

legislación (relativamente) más humana.[502]

Constantino, en cambio, no se dio por satisfecho con el primer decreto que acabamos de citar; algún tiempo después promulgó otro parecido, pero todavía más riguroso: "Del mismo Augusto a Maximiliar Macrobio. Cuando tal incidencia motive que el esclavo sea azotado por su amo resultando de ello la muerte de aquél, sea el amo exento de culpa *(culpa nudi sunt),* ya que se hizo tratando de prevenir un mal mayor y de corregir al esclavo. En estos asuntos, en que interesa al amo la defensa de su potestad íntegra, es nuestra voluntad que no se investigue si el castigo fue infligido con voluntad de dar muerte a un ser humano o por accidente; en cualquier caso será declarado inocente del homicidio si éste ocurrió como consecuencia del correctivo doméstico normal; pero si durante esta disciplina necesaria, la fatalidad quiso que el esclavo falleciera [*inminente fatali necesítate*]*,* no teman los amos ningún género de investigación [*nullam metuant domini quaestionem*]. Sirmium, 18 de abril de 326".[503]

214

Imposible mayor complacencia con los dueños de esclavos que la del emperador cristiano, "a quien todos conocimos como padre bondadosísimo", según el obispo Teodoreto, en este segundo decreto (cuya fecha y lugar son una vez más dudosos). Ahora prohíbe expresamente toda investigación de intenciones. Pueden quedar contentos los esclavistas, puesto que todo lo que hagan se entenderá hecho en bien de sus esclavos, con móviles pedagógicos como si dijéramos. Y si las víctimas muriesen, al fin y al cabo, habrá sido por "necesaria fatalidad inminente". Nada ha cambiado, por tanto, en comparación con el derecho antiguo, como glosa Stuiber. "Pese a la palabrería de tinte moralista y humanitario, se mantiene deliberadamente la crueldad tradicional frente a los esclavos [...]. Ambos decretos nos revelan un carácter impaciente y duro, bastante despreocupado de finas distinciones jurídicas, que arroja en la balanza todo el peso de su imperial autoridad para mayor descanso de los propietarios tal vez intranquilos".[504]

Hay que admitir que los criterios del Sínodo de Elvira fueron más humanitarios; de acuerdo con el canon 5, la propietaria que matase a una esclava como consecuencia de una crueldad excesiva en el castigo pagaría una penitencia..., siempre y cuando la víctima falleciese en el plazo de tres días, o como dice literalmente el sínodo, "entregase su alma entre dolores terribles antes de que transcurra el tercer día" *(intra tertium diem animam cum cruciatu effundat).* Es decir, si la esclava reventase el cuarto día o más tarde, o acabase por reponerse, la dueña quedaba dispensada de toda penitencia, según los obispos reunidos en el sur de España. No se puede decir que los sínodos no fuesen respetuosos con los derechos... de los propietarios. En el siglo XII, el canon 5 de Elvira acabó incorporado, vía Decreto de Graciano, al *Corpus iuris canonoci.*[505]

CONSTANTINO CONTRA JUDÍOS, "HEREJES" Y PAGANOS

[502] dtv Lex. Antike, Geschichte II 96 s. dtv Lexikon 8, 140. Hártel 346.
[503] Cod. theod. 9, 12, 2. Vita Hadr. 18, 7. Vogt, Zur Frage des christlichen Einflusses II 131. Stuiber 66.
[504] Theodor. h.e. 1, 34. Stuiber 67s.
[505] Syn.Elv.c. 5. Stuiber 73.

El emperador no se mostró muy amigo de los judíos, seguramente estaba muy influido por los permanentes ataques antisemitas de los doctores de la Iglesia, que hemos visto en el capítulo 2, y el reciente Sínodo de Elvira, que había sancionado con penitencias muy fuertes las relaciones entre cristianos y judíos, en particular la asistencia a bendiciones de campos y banquetes celebrados por éstos.[506]

Los emperadores romanos fueron bastante tolerantes con el judaísmo; ni siquiera Diocleciano trató de obligarles a cumplir con los ritos paganos. En cuanto a Constantino, pese a reconocerlo como *religio licita,* les creó dificultades de todas clases y adoptó frente a esta profesión religiosa "actitudes predominantemente negativas" (Antón). En su primera disposición antijudía, fechada en otoño de 315, amenaza ya con la hoguera, y eso que el 313 había anunciado una amplia tolerancia mediante un decreto firmado conjuntamente con Licinio, en el sentido de que "los cristianos y todos los demás ciudadanos podrán elegir libremente la religión que prefieran".

215

En la exposición de motivos, los coautores declaran haber decidido "después de madura y acertada reflexión" que "cada cual debe ser libre de optar por la religión que en su fuero interno haya juzgado ser la que más le conviene". Pero después del Concilio de Nícea, Constantino llega a la conclusión, reflejada en una epístola a todas las comunidades, de que los judíos, "mancillados por el delirio", "heridos por la ceguera del espíritu", "privados del recto juicio", son "una nación odiosa", y les prohíbe pisar la ciudad de Jerusalén que él y su madre habían llenado de iglesias, excepto *un solo día al año.* Además, les prohíbe tener esclavos como los cristianos; esta disposición tuvo graves consecuencias, pues fue una de las primeras que privaron a los judíos, en la práctica, de poseer explotaciones agrícolas. El cristiano que judaizase era reo de muerte. Además, Constantino renovó una ley de Trajano, promulgada doscientos años antes, según la cual el pagano que se convirtiese al judaísmo era condenado a la hoguera; de paso, generalizó este castigo a todas las comunidades judías que acogiesen a un pagano converso y a todos los que tratasen de impedir la conversión de un judío al cristianismo. El primogénito de Constantino y segundo emperador de su nombre amplió la legislación antijudía con disposiciones cada vez más rigurosas; o mejor dicho, el antisemitismo inspiró en líneas generales la política de toda la dinastía en materia de religión.[507]

Lógicamente, cabría esperar que se hubieran producido revueltas judías durante ese reinado. Las noticias que confirman dicho extremo, sin embargo, son dudosas; es probable que los primeros amagos de rebelión fuesen sofocados inmediatamente y las crónicas dicen que se cortaron algunas orejas por ese motivo.[508]

---

[506] Syn. Elv. c. 49, 50. Cf. c. 16.

[507] Cod. Theod. 16, 8, 1; 16, 8, 5; 16, 9, 2; Euseb. V.C. 3, 18; 4, 27; h.e. 10, 5, 3 s. Voelkl, Der Kaiser 66, 77 s resume los últimos edictos bajo el título de «disposiciones para la protección de los judíos conversos». Browe, Die Judengesetzgebung 120. Komemann, Weltgeschichte II 308. El mismo, Römische Geschichte II 390. Blumenkranz, Missionskonkurrenz 229. Avi-Yonah 167. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 32 ss, 45 ss. Langenfeid 64 ss, 105. Tinnefeid 245 ss. Antón, Sebstverstándnis 44. Grant, Das Römische Reich 274.

[508] Chrysost. P.G. 48, 900. Tinnefeid 308 s.

Más dura todavía fue la política contra los "herejes", y esto ya desde la época de la regencia, a partir del año 311, con motivo de que muchos de los que habían abjurado del cristianismo pretendían recibir de nuevo el bautismo; de esto resultó un cisma con repercusiones sangrientas que se prolongaron durante varios siglos. Es en esa época cuando aparece por primera vez en un documento imperial la definición de "católico" en contraposición a la figura del "herético".[509]

En una carta de invitación al Sínodo de Arles, a celebrar en agosto de 314, dirigida a Cresto, obispo de Siracusa, el emperador lamenta que se hayan producido en África "determinadas divisiones funestas y erróneas" dentro de "la religión católica", después de censurar estas "reprobables discordias entre hermanos", estas "interminables y enconadas luchas de partidos", advierte al obispo siciliano que "precisamente los que más deber tienen de entenderse fraternalmente viven en un estado abominable de discordia...".[510]

216

¿Qué había sucedido?

En el año 311, habiendo fallecido el obispo Mensurio, fue nombrado sucesor, a lo que parece incorrectamente, el archidiácono Ceciliano, de quien desconfiaban desde hacía mucho tiempo los partidarios más fanáticos del culto a los mártires, por cuanto se afirmaba que uno de los que of iciaron en su consagración, el obispo Félix de Abthungi, había sido traidor durante la persecución y había revelado escritos sagrados. En consecuencia, la consagración carecía de validez no sólo en Cartago, sino también en todas las comunidades africanas. También se decía que Ceciliano había saboteado el aprovisionamiento de víveres para los mártires sitiados de Abitina. Setenta dignatarios eclesiásticos tunecinos protestaron, promulgaron la deposición de Ceciliano y nombraron en su lugar al lector Mayorino. Todo ello se hizo mediante ciertos sobornos, dicho sea de paso, ya que la rica cartaginesa Lucila, de quien era doméstico Mayorino, pagó de su bolsillo 400 *folies,* es decir, unos 40, 000 marcos oro. La adinerada devota había sido objeto de las censuras de Ceciliano porque antes de comulgar besaba ostentosamente un hueso que, según ella, era una sagrada reliquia, pero no había sido reconocido como tal.

Mayorino murió en el año 315, pero el cisma prosiguió bajo Donato el Grande, dignatario enérgico y bien dotado para el mando, que contaba con el apoyo de la gran mayoría de los cristianos de África, pero muchos de cuyos seguidores, según se afirmaba, habían apostatado también. Fueron los llamados *pars Donati* o donatistas, que apenas veinte años después convocaron en Cartago el primer concilio donatista del que tenemos noticia, y que reunió a 200 obispos. No era cuestión de diferencias doctrinales, puesto que "llevan la misma vida eclesiástica que nosotros, las mismas lecturas, la misma fe, iguales sacramentos e idénticos [ ]—como escribió Optato de Mileve, el primero que los combatió – y no solo la guadaña de la envidia los ha separado de las raíces de nuestra madrela Iglesia". Sin embargo, los donatistas rechazaban la asociación con el Estado, la alianza constantiniana entre el trono y el altar. Juzgaban que ellos eran la verdadera *Ecclesia sanctorum* y que la Iglesia

[509] Grant, Das Rómische Reich 292 s.

[510] Euseb. h.e. 10, 5, 21 ss. Vogt, Constantinus RAC III 332.

Romana era la *civitas diaboli;* apelaban a las creencias del cristianitivo al exigir mayor austeridad para el clero. Pretendían que mantenerse moralmente cualificado, es decir, libre de pecado [ ] la validez de los sacramentos dependía de la pureza del of i [ ] de acuerdo, en esto, con una tradición de la Iglesia africana, pro [ ] itre otros por san Cipriano). Por último, pero no menos importante, los donatistas no querían reconocer como cristianos a los que habían abjurado durante la persecución y habían entregado a los perseguidores las Biblias u otros escritos "sagrados", entre otras abominaciones peores, como por ejemplo rendir culto a los ídolos paganos de lo que se acusó al diácono Ceciliano y con toda seguridad al obispo romano Marcelino (296-304). Por todo ello, los oportunistas eran considerados *lapsi* y *traditores,* es decir, apóstatas y traidores. Los católicos que se convertían al donatismo recibían por segunda vez las aguas bautismales, entendiendo que el único sacramento válido era el administrado según la fe donatista. Cuentan que los donatistas solían purificar el suelo que hubiese pisado un católico.[511]

217

Todo esto contrariaba enormemente a Roma que, por lógicas razones, mantenía la doctrina de que la Iglesia es la institución que objetivamente dispensa el perdón y la salvación, es decir, no deja de ser santa por muy corruptos que (subjetivamente) puedan resultar sus miembros. Esta doctrina es fruto excelentísimo del sacramento del Orden, con su *character indelebilis,* es decir, que imprime carácter permanente en la persona del sacerdote; criterio no reconocido por la *Catholica* primitiva y que además se halla en franca contradicción con la doctrina de la misma.[512]

Por supuesto, la nueva opinión resultaba útil para combatir a los donatistas. "Si el servidor de la palabra evangélica es un justo, será partícipe del Evangelio; si no lo es, no por ello deja de ser administrador del mismo", establece Agustín. Los donatistas recurrieron al emperador, pero el recurso fue rechazado, "en presencia del Espíritu Santo y de sus ángeles", por Roma en 313, por Arles, convertida en capital de la Galia por Constantino, en 314 (durante el mismo sínodo que prescindió del pacifismo cristiano); y apenas hubo concluido con el relativo éxito que sabemos la campaña de Constantino contra Licinio, se volvió contra los donatistas a instigación del obispo Ceciliano, en una campaña que duró varios años, presidida por la decisión de "no tolerar ni el menor asomo de división o desunión, dondequiera que fuere". Más aún, en una carta de comienzos de 316 a Celso, vicario de África, amenazaba:

"Pienso destruir los errores y reprimir todas las necedades, a fin y efecto de of recer a todo el género humano la única religión verdadera, la justicia única y la

---

[511] Euseb. h.e. 10, 5, 21 ss; 10, 6, 4 s; Opt. Mil. 1, 16; 1, 15; 1, 19 ss; 2, 6 ss; 5, 1; 26, 121. August. ep. 43, 6, 17; 43, 9, 25 s de un. ecci. 18, 46; enarr. in ps. 26, 2, 19. Hieron. ep. 133, 4. Vogt, Constantinus RAC III 330 ss, ibíd. IV 128 ss. dtv LEx. Antike, Religión I 219 s Lexikon der alten Weit 769. Seeck, Untergang I 314 ss, especialm. 317. Stein, Vom rómischen 152. Schwartz, Kaiser Constantin 82ss. Ehrhard, Urkirche 308. El mismo, Die griechische und lateinische Kirche 179ss. Van der Meer, Augustinus 109 ss. Diesner, Studien zur Geselischaftslehre 64. Komemann, Rómische Geschichte II 381. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 186. Voelkl, Der Kaiser 59 s. Hernegger 390. Vogt, Der Niedergang Roms 189 s. Deschner, Hahn 340 s, 476. Grasmück 17ss. Doerries, Wort und Stunde I 80ss. Rauh 104. Kühner, Gezeiten der Kirche 110 s. Chadwick, Die Kirche 138 ss, 248. Brown, Augustínus 184 ss. Jones, Román Empire I 81 s. Girardet 6ss, 17 ss, 26ss. Aland, Von Jesús bis Justinian 164ss. Wojtowytsch 69, 410 ss con abundantes reseñas bibliográficas.

[512] Cf. al respecto, p.e. "Die Anfánge des Priesterbegriffs in der alten Kirche", en V. Campenhausen, Tradition und Leben 272ss.

unanimidad en el culto al Señor todopoderoso". A los donatistas les quitó sus iglesias y sus fortunas, exilió a sus jefes y mandó tropas que hicieron matanzas de hombres y mujeres. Aún no había empezado la hecatombe de paganos y ya cristianos hacían mártires a otros cristianos en una sangrienta guerra campesina, ya que los esclavos agrarios del norte de África, bárbaramente explotados, habían hecho causa común con los donatistas. Fueron asaltadas varias basílicas y todo el que of reció resistencia a los soldados resultó muerto, incluyendo a dos obispos donatistas. A partir de entonces, los herejes llevaron un calendario propio de mártires y estas víctimas contribuyeron a enconar el cisma. Ante la inminencia de la nueva campaña contra Licinio, en 321, el emperador dispensó a los sacerdotes desterrados, les devolvió sus iglesias, reconoció su fracaso y recomendó a los católicos que aplazaran para mejor oportunidad la venganza de Dios.[513]

218

Nunca tuvo reparo Constantino, y menos todavía sus sucesores, en poner la fuerza al servicio de las exigencias de los grandes dignatarios eclesiásticos, pues para ellos la unidad del imperio era preferible a cualquier división. Por la misma razón, sin embargo, y por más que ello pudiera disgustar al clero, muchas veces hicieron de mediadores entre los grupos rivales e incluso entre las tan pendencieras sectas cristianas. Con frecuencia, los soberanos procuraron contener los excesos de los fanáticos y arbitrar las diferencias doctrinales en busca de compromiso, en particular cuando los partidos en discordia eran poderosos y, por tanto, políticamente influyentes. Sin embargo, y como escribe Johannes Heller, "la época se caracteriza por las divisiones, las discordias y los conflictos dondequiera que uno mire".[514]

Por todo ello, los esfuerzos conciliadores fracasaban una y otra vez, no quedando sino el recurso a la fuerza, a la violencia. En los años 326 y 330, Constantino emitía edictos en favor del clero católico, mientras desfavorecía expresamente a "herejes" y "cismáticos". E incluso durante el período final de su reinado, entre los años 336 y 337, tuvo lugar una severa persecución contra los donatistas, a cargo del prefecto Gregorio, que había sido atacado por Donato en una epístola, que fue acogida como una "heroicidad" y distribuida en numerosas copias, llamándole "vergüenza del Senado y oprobio de la prefectura".[515]

Constantino luchó también contra la iglesia de Marción, más antigua y en algún

---

[513] Syn. Arel. (314) c. 8; 13. Euseb. h.e. 10, 5, 18 ss. Optat. Mil. 1, 23 s. August. ep. 43, 5, 14 ss; 53, 2, 5; 88, 2 s; 89, 3. cont. litt. Petilian. 2, 92, 205; 3, 67; 2, 92, 205; c. Cresc. 3, 40, 44; ep. Parm. 1, 8, 13; 11, 18; brev. coll. 3, 12, 24; 3, 17, 31 ss; ad Donat. post coll. 31, 54; 33, 56; ep. 141, 9. Cod. Theod. 16, 2, 1 (donde aparece por primera vez en Cod. Theod. la noción de "haereticus"). Mirbt/Aland, Quellen n 237 ss, p. 109 s. RAC II 1203. Vogt, Constantinus ibíd. III 331ss. dtv Lex. antike. Religión II 42. V. Soden/V. Campenhausen n 11 ss; n 30. Seeck, Untergang I 326 ss, III 324ss. Stein, Vom rómischen 152 ss. Schwartz, Kaiser Konstantín 88 s. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 180 s. Komemann, Weltgeschichte II 290. El mismo, Rómische Geschichte II 382. Habicht, konstantin 368, 372 s. Lietzmann, Geschichte 68 ss. Kraft, Kaiser Konstantin 196. Grasmück 91 s. Haller, Papsttum 1363. Doerries, Wort und Stunde I 80 ss, 88 ss. Voelkl, Der Kaiser 82. Honn 161 ss. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 191. Hernegger 17, 390, 399. Vogt, Der Niedergang 191 s. Instinsky 59 ss. Tengström 93. Greenslade 15. Monachino 11 ss, 16 ss. Lorenz, Das vierte Jahrhundert 10. Marschall 103 ss. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 7 ss. Haendier, Von Tertullian 82 ss. Jones, Román Empire 182. Wojtowytsch 69 ss. Barnes, Constantine 57 ss.

[514] Heller, Papsttum 145.

[515] Optat 3, 3. Honn 166 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 144.

momento dado seguramente también más seguida que la católica. Prohibió los of icios de la misma aun cuando se celebrasen en casas particulares, hizo confiscar sus imágenes y sus propiedades, y ordenó la destrucción de sus templos. Los sucesores, instigados con toda probabilidad por los obispos, extremaron la persecución contra esa secta del cristianismo, después de haberla difamado ya por todos los medios, incluso recurriendo a falsificaciones, durante los siglos II y III.[516]

219

En el año 326, poco después del Concilio de Nícea, Constantino promulgó un severísimo edicto "contra herejes de toda laya" (supuesto que fuese auténtico y no una ficción de Eusebio, que es quien nos comunica la noticia del mismo), muy imitado por otros posteriores, ya que les atribuye toda clase de "mentiras", "necedades" y dice que son "una epidemia", "enemigos de la verdad y adversarios de la vida", y "propagandistas de la destrucción". El dictador les prohíbe el culto, adjudica a los católicos "sus casas de oración" y les quita todas las demás propiedades. "Los que quieran dedicarse a la práctica de la religión pueden hacerlo en las iglesias católicas." Eusebio cuenta, entusiasmado, cómo se limpiaron "las madrigueras de los heréticos" y fueron acosadas "esas fieras salvajes". "Así resplandece exclusivamente la luz de la Iglesia católica."[517]

Las actuaciones de Constantino contra los "herejes" sentaron ejemplo, pero al menos les respetaba la vida en la mayoría de las ocasiones. A fin de cuentas, no le importaba tanto la religión como la unidad de la Iglesia sobre la base del concilio niceno, y de ahí la unidad del imperio. Sin duda, tenía de la religión un concepto exclusivamente político, aunque los problemas religiosos siempre, y desde el primer momento, se presentaron en relación con los conflictos sociales y políticos, en interés del poder del Estado promovió la unidad de la Iglesia y no otra era la causa de su odio a las discordias de todo género. "Yo estaba seguro de que, si lograba culminar mi propósito de unificar a todos los servidores de Dios, cosecharía frutos abundantes en pro del interés público", escribe en una carta a Arrio y al obispo Alejandro.[518]

Frente a los paganos, este príncipe tan deseoso de reforzar la unidad estatal se comportó, en principio, con notable reserva; hay que tener en cuenta que aún eran gran mayoría, sobre todo en las provincias occidentales, y que también predominaban en las filas del ejército. Por eso el futuro santo de los cristianos orientales asumió durante toda su vida la dignidad de *pontifex maximus* (sumo pontífice) que le correspondía of icialmente como emperador, que simbolizaba la vieja alianza entre la religión pagana y el Estado, y que nunca dejó de figurar en los documentos of iciales. Y no sólo san Constantino presidió durante toda su vida en el colegio de los sacerdotes paganos, lo que entre otras cosas le confería el derecho a efectuar nombramientos entre ellos, sino que además mantuvo la costumbre de hacerse dedicar templos a su nombre, como por ejemplo el que se erigió en la villa

---

[516] Just. apol. 1, 26; 1, 58. Tryph. 35, 4 s; 80, 3. Iren. adv. haer. 1, 27; 3, 3, 4; Harnack, Marcion 26, 196, 28 ss. El mismo, Dogmengeschichte 77. Heussi, Kompendium 54. Marcion 193 ss. Bauer, Rechtgläubigkeit 30. Rist, Pseudepigraphic Refutation 39ss, 50, 62. Buonaiuti 197 ss. Lietzmann, Geschichte 1267. Kraft, Konstantíns religióse Entwickiung 126 ss. Kawerau, Alte Kirche 52 ss, especialm. 56.

[517] Euseb. V.C. 3, 64 s. Cod. Theod. 16, 5. Vogt, Constantinus RAC III 344, Pfáttisch 141. Martín, Theodosius laws 117ss. Doerries, Selbstzeugnis 82 ss. El mismo, Wort und Stunde I 502 ss. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 11ss. Jones, Román Empire 188. Antón, Selbstverstándnis 43 s.

[518] Euseb. V.C. 2, 65. Hernegger 164 ss. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 17 ss.

de Hispellum, en la actual Umbría, aunque evitando que se practicaran en ellos "rituales paganos".[519]

220

En el año 330, sin embargo, lanza una condena contra la escuela neoplatónica e incluso ordena la ejecución de Sopatro, que venía presidiendo dicha escuela desde la muerte de Yámblico. El filósofo fue víctima de una intriga cortesana montada por Ablabio, *praefectus praetorio* de Oriente y cristiano explícitamente confeso, para librarse de él. Durante algún tiempo, Ablabio fue el más influyente de los consejeros de Constantino y además preceptor de su hijo..., hasta 338, en que el nuevo emperador hizo liquidar a su mentor. Es probable, no obstante, que en tiempos del mismo Constantino los cristianos hallasen ya más facilidades que otros para hacer carrera en la corte y en la administración estatal. A medida que ellos progresaban sin límite y mientras dediñaba la influencia de los paganos, es decir, durante los últimos años de la época constantiniana, el emperador empezó a proceder también en contra de éstos, para mayor satisfacción del partido cristiano, como es lógico.[520]

Cuando promulgó el Edicto de Milán (313), todavía opinaba que "la tranquilidad de nuestro régimen" impone que "todos sean libres de elegir la divinidad de sus preferencias y rendirle culto, y así lo mandamos y disponemos, para que nadie crea que deseamos postergar ningún culto ni ninguna religión". Pero después, Constantino se dejó influir durante dos decenios por las jerarquías cristianas y los paganos pasan a ser (recordemos los insultos dedicados a judíos y "herejes") "insensatos", "gentes sin moral" y su religión un "semillero de discordia", "error funesto", "imperio de las tinieblas", "locura perjudicial que ha arruinado a naciones enteras". En consecuencia, estima que el Señor le impone la obligación de "destruir el execrable culto a los ídolos".[521]

Según los historiadores, "la política de este emperador rara vez ultrapasó el límite de la parcialidad en el trato dispensado a cristianos y paganos" (Von Walter) o, como escribió en 1982 el teólogo Meinhold, fue "emblema de la tolerancia, que respetó los derechos de todas las religiones entonces existentes".[522]

221

En realidad, tanto la coexistencia proclamada en los años 311 y 313 como el correlativo principio de libertad de religión fueron víctimas de una erosión gradual, predominando finalmente la tendencia represiva. A medida que Constantino acumulaba poder y ganaban más radio de acción sus disposiciones, empeoraban las condiciones para los paganos, sobre todo durante el último período de su reinado. En el año 319, había legislado ya contra los arúspices y demás adivinadores paganos del porvenir (los mismos de quienes ya Catón decía que no podían contener la risa cuando se encontraban dos de ellos en la calle), aunque sólo un año más tarde él

---

[519] Vogt, Constantinus RAC III 334. Geffcken, Der Ausgang (reimpresión 1963) 92ss. Chadwick, Die Kirche 175. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 14.

[520] Socrat. h.e. 1, 9. Gel. Cyc. h.e. 2, 36. Zosim. 2, 40, 3. Eunap. Vitae sphist. 6, 2, 12; 6, 3, 7. Athan. ep. fest. 4. Fredouille, Götzendienst RAC XI 879. Pauly I 15. Aland, Glaubenswechsel 42. V. Haehiing, Religionszugehórigkeit 57 s. Tinnefeld 264.

[521] Euseb. h.e. 10, 5, 8. V.C. 2, 24ss; 2, 48 ss; 4, 9ss. Cf. Cod. Theod. 9, 16, 1 s; 16, 2, 5; 16, 10, 1. J. FontaineJbAC (25) 1982, 21. Schuitze, Geschichte I 41. Doerries, Konstantin 132ss se empeña demasiado en restar importancia a la actitud de Constantino.

[522] J. v. Walter 289. Meinhold, Kirchengeschichte 52.

mismo consultaba sus servicios profesionales (también sus predecesores, como Augusto, Tiberio y otros habían legislado contra la magia). Inmediatamente después de su victoria sobre Licinio, Constantino garantizó expresamente la libre práctica del culto a los practicantes de la antigua religión, en una epístola dirigida a las provincias orientales: "Que cada cual crea lo que su corazón le dicte", en una primitiva versión de la célebre frase de Federico II de Prusia: "Que cada cual busque la salvación a su manera", aunque ya Josefo había expresado antes la misma idea. Pero no parece que el regente lo dijera en serio; su verdadera intención era que todos los humanos "reverencien al único Dios verdadero" y que abandonasen "los templos de la mentira".[523]

Mientras los paganos de las provincias occidentales disfrutaban aún de una relativa tranquilidad, en Oriente las persecuciones empezaron después de la derrota definitiva de Licinio (324). Constantino prohibió que se erigieran nuevas estatuas a los dioses, que se rindiese culto a las existentes, que se consultasen los oráculos y todas las demás "formas" del culto pagano; en 326, llegó a ordenar la destrucción de todas las imágenes, al tiempo que iniciaba en Oriente la confiscación de propiedades de los templos y el expolio de valiosas obras de arte. En su nueva capital, Constantino, bendecida el 11 de mayo de 330 después de seis años de obras financiadas en parte por el monarca gracias a los tesoros confiscados a los templos, quedaron prohibidos los cultos y las festividades del paganismo y se les retiraron las rentas a los templos de Helios, Artemio Selene y Afrodita. Constantino, calificado de "renegado" e "innovador y destructor de antiguas y venerables constituciones" por el emperador Juliano, pero alabado por muchos historiadores modernos en razón de su inteligente moderación, no tardó en prohibir la reparación de los templos paganos que amenazasen ruina y ordenó numerosas clausuras y destrucciones, "dirigidas precisamente contra los que más habían sido venerados por los idólatras" (Eusebio). Dispuso el cierre del Serapio de Alejandría, el del templo al dios Sol en Heliópolis, el derribo del altar de Mambre (con motivo de que el Señor en persona se había aparecido allí al padre Abraham, en compañía de dos ángeles), y el del templo de Esculapio en Aegae, cumpliéndose esto último con tanta diligencia "que no quedaron ni siquiera los fundamentos del antiguo desvarío" (Eusebio). Ordenó asimismo la destrucción del templo de Afrodita sobre el Gólgota, por el "gran escándalo" que representaba para los creyentes; también le llegó el turno al de Aphaka en el Líbano, de cuyo santuario, "peligrosa telaraña para cazar almas" y que según el emperador "no merece que le alumbre el sol", no quedó piedra sobre piedra; y el muy famoso de Heliópolis, incendiado y reducido a escombros por un comando militar. Según el católico Ehrhard, sin embargo, "Constantino se abstuvo prudentemente de cualquier provocación contra los partidarios del culto antiguo"; la realidad es que el ejemplo de Elías, cuando fueron pasados a cuchillo los sacerdotes de Baal, sirvió de inspiración a "toda clase de desmanes" (Schulze). Constantino hizo quemar los escritos polémicos de Porfirio. A partir del año 330, en que fue prohibido el neoplatonismo, los cristianos abundaron en saqueos de templos y rotura de

[523] Catón: Cic. de divin. 2, 51. Joseph. Vita 23, 113. Euseb. V.C. 2, 56. Cod. THeod. 9, 16, 1 s, cf. 16, 10, 1. Vogt, Constantinus RAC III 363 s. Büchmann II 676 s. Schuitze, Geschichte I 47 s. Geffcken, Untergang 93. Haller, Papsttum I 42 s. Karpp 145 ss. Kempter 4. Straub, Regeneratio 107. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 20 ss. Baus, Von der Urgemeinde 472.

imágenes, como celebraron todos los cronistas cristianos y pese a haber sido prohibidas implícitamente tales actividades por el Concilio de Elvira. El santo Teófanes, en su cronografía ampliamente difundida durante la Edad Media, hace constar que "el piadoso Constantino" se había formado el propósito de "destruir las imágenes de los ídolos y sus templos, de tal manera que los mismos desaparecieron de muchos lugares, y todas sus rentas fueron asignadas a las iglesias del Señor".[524]

222 Los clérigos no anduvieron remisos en colaborar. El diácono Cirilo, que se había destacado especialmente por su fanática manía destructora —"lleno de santo celo", según Teodoreto—, sin embargo fue asesinado y descuartizado en tiempos de Juliano, aunque el castigo de Dios no tardó en alcanzar a los homicidas, que según se cuenta habían devorado incluso los hígados del santo varón. Bien es verdad que "no podían permanecer ocultos al ojo que todo lo ve [...]; los que habían tomado parte en aquel crimen horrible perdieron los dientes y sus lenguas se cubrieron de úlceras pustulosas, y por último acabaron perdiendo también la vista, de manera que los castigos padecidos sirvieron de testimonio acerca de la verdad de la religión cristiana" (Teodoreto).[525]

¡La historiografía cristiana!

En contra de lo que querrían hacernos creer los historiadores cristianos, al emperador, naturalmente, no le interesaba luchar cara a cara contra el paganismo que aún detentaba la mayoría en gran parte del imperio y conservaba parte de su fuerza; lo que por supuesto no quita que fuesen bien recibidas no sólo por las iglesias, sino también por el mismo emperador y su corte, "las pequeñas expropiaciones materiales" (Voelkl): las piedras, las puertas, las figuras de bronce, las vasijas de oro y plata, los relieves, "los valiosos y artísticos exvotos de marfil confiscados en todas las provincias", como destaca Eusebio. "Por todas partes andaban robando, saqueando y confiscando las imágenes de oro y plata [...] y las estatuas de bronce" (Tinnefeid). Constantino ni siquiera respetó los famosos trípodes de la pitonisa del santuario de Apolo en Delfos.

223 El historiador Kornemann constata "un latrocinio de obras de arte como jamás se había visto en toda Grecia". Incluso san Jerónimo criticó que la ciudad de Constantinopla se hubiese construido con el botín de casi todas las demás ciudades. "En un abrir y cerrar de ojos desaparecerían templos enteros", se regocija Eusebio. El Olimpo entero quedó reunido en la "nueva Roma", en donde el emperador, aun sin atreverse a derruir los templos, hizo quitar de ellos todas las estatuas. Los dioses

---

[524] Gen. 18.1 ss; cf. además Gen. 13, 18; 14, 13; 23, 17. Euseb. V.C. 2, 45; 3, 1;3, 25 s; 3, 48; 3, 52 ss; 3, 58; 4, 25; 2, 45. Cod. Theod. 15, 1, 3. Syn. Elv. c. 60. Socrat. h.e. 1, 2; 1, 18. Sozom. h.e. 2, 5; 5, 10. Oros. 7, 28, 28. Julián, or. 7, 228 b. Ammian 21, 10. Vogt, Constantinus RAC III 347 s. Funke, Gótterbiid ibíd. XI 808. LThK 1 ed. VI 838, X 79. Schuitze, Geschichte 149 ss, II 336 ss. Geffcken, Ausgang 95. Pfáttisch 130 ss. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 16. Vittinghoff 358 ss. Doerries, Selbstzeugnis 86 ss. Geanakoplos 175 ss. Winkelmann, Vita Constantini 187 ss, especialm. 235 s. Lacarriére 150. Honn 183 s. V. Haehiing, Religionszugehórigkeit 57 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 19 ss, espec. 28 ss. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 8 ss. Jones, Román Empire I 84, 92. Barnes, Constantine 210. Tinnefeid Grant, Christen 173.

[525] Theodorh.e.3, 7.

más venerados quedaron instalados en casas de baño, basílicas y plazas públicas; así ocurrió con la Hera de Samos, la Atena Lindia, la Afrodita de Cnido. Como era lógico, la nueva capital a orillas del Bósforo (caracterizada también por siete colinas y asimilada en todo por su fundador a la ciudad del Tíber, con sus catorce regiones, su senado, etcétera.) no tuvo ritos paganos, ni culto a Vesta, ni templo capitolino; lo que hizo Constantino fue conferirle "un rostro inequívocamente cristiano" y "el carácter de una contra-Roma cristiana" (Vogt), que debía servir como pública demostración de la victoria sobre el paganismo. A una estatua de Rea con dos leones, por ejemplo, le modificaron la postura de los brazos para que pareciese una orante. A una Tyché le marcaron la frente con una cruz. El Apolo deifico, que había sido el monumento más venerable del mundo helénico, fue reconvertido en un Constantino el Grande (como escribió Nietzsche; "Constantino ha sido el venerado destructor del oráculo") mediante la adición de un orbe de oro coronado por una cruz en la mano, y una placa cuya epigrafía confirmaba la nueva advocación. En cambio, el centurión Balmasa, un ladronzuelo (los crímenes pequeños son los únicos que se pagan siempre) que había echado mano de una figura de Atenea Pallas, fue ajusticiado, mientras los metales nobles robados por el emperador pasaban a engrosar las finanzas de la Iglesia y del Estado, ya que en el año 333 se hizo perentoria la necesidad de poner de nuevo en funcionamiento las cecas. "Riquezas inmensas desaparecieron amonedadas o fueron a rellenar las arcas vacías de la Iglesia", nos recuerda Voelkl.[526]

La consabida profanación de los dioses también fue iniciada por Constantino, si hemos de prestar crédito al testimonio del obispo Eusebio. Ante todo, el emperador hizo "exponer públicamente en todas las plazas de la capital las imágenes durante tan largas eras veneradas por el engaño, de tal modo que of reciesen un espectáculo aborrecible a todos cuantos las viesen [...] y que todos comprendieran que el emperador hacía de todos aquellos ídolos juguetes de la plebe y objeto de mofa". Lo mismo que se hizo en Roma por orden del soberano, aunque no pocos eruditos lo valoran como una medida de protección y embellecimiento. En las provincias, los emisarios del emperador "sacaron a la luz incluso las imágenes que habían permanecido escondidas y recubiertas de polvo, quitándoles a los dioses todos sus adornos, para que todos pudieran ver la fealdad que ocultaban las figuras pintadas. [...] Los dioses de los antiguos mitos se vieron así arrastrados con sogas de cáñamo".[527]

224

Si para los cristianos el ejemplo del emperador era ya casi una orden, lo mismo les sucedió a muchos paganos deseosos de evitar conflictos. De ahí que Eusebio nos cuente que los habitantes de la provincia fenicia "entregaron a las llamas numerosas imágenes de ídolos acogiéndose así a la ley salvadora. Y lo mismo en otras muchas provincias, prefiriendo el camino de la salvación, renunciaron a todas aquellas

[526] Euseb. V.C. 3, 48; 2, 53 ss. Socrat. h.e. 1, 16. Soz. h.e. Zos. hist. 23, 31, 1. Joh. Malal. Chron. 13. Hieron. Chronikon (PL27, 677). W. Deichmann, Christíanisierung II RAC II 1230. Vogt, Constantinus RAC III 349 ss. Schuitze, Geschichte I, 50, 65, II 283 s, 288. Ehrhard, Urkirche 320. Voelkl, Der Kaiser 191, 207. Kornemann, Rómische Geschichte 384. Nietzsche cit. s/Honn 154. Doerries, Selbstzeugnis 86 s. Antón, Selbstverstándnis 41. Tinnefeid 225. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 10. Grant, Das Rómische Reich 292.

[527] Euseb. V.C. 3, 54. Funke, Gótterbiid 816.

naderías. [...] Los templos y los santuarios, antes tan orgullosos, fueron destruidos sin que nadie lo ordenase, construyéndose en su lugar iglesias y cayendo en el olvido el viejo desvarío".[528]

Un desvarío a cambio de otro.

Considerados en conjunto, los primeros siglos de la *Ecclesia triumphans* bajo el primer emperador cristiano justifican la opinión del filósofo francés Helvecio (1715-1771), cuando dice que "el catolicismo propugnó siempre el latrocinio, el expolio, la violencia y el homicidio", y aún más es este otro juicio del mismo pensador sobre aquella época tan adornada por los cronistas de la posteridad: "¡Qué le importan a la Iglesia las acciones tiránicas de los reyes ensoberbecidos, con tal de participar en el poder de ellos!". Como había subrayado ya otro santo, Policarpo, "el anciano príncipe de Asia" (Eusebio), a quien es costumbre invocar contra dolores de oídos, a los cristianos se les enseña que "deben acatar a los príncipes y jefes que han recibido su autoridad de Dios, *siempre y cuando ello no nos perjudique*". [529]

En el año 337, Constantino se propuso lanzar una cruzada contra el rey de los persas y "bárbaro de Oriente" Sapur II; como de costumbre, según escribe el historiador Otto Seeck, no lo hizo por su propia voluntad, "sino obedeciendo una vez más al designio divino que le había elegido como instrumento para restaurar el imperio de Alejandro y llevar el mensaje del cristianismo hasta el último rincón del orbe". Aunque el persa envió embajadores en 337 para of recer la paz, no fueron escuchados por el emperador (como el mismo Seeck admite en la página siguiente). Así pues, el "héroe jamás derrotado" quería la guerra, la cruzada, asistida como era de rigor por "el necesario servicio religioso", según cuenta Eusebio, que relata asimismo cómo los obispos le aseguraron al emperador "que tomarían parte de muy buen grado en la expedición, sin retroceder jamás ante el enemigo y colaborando a la victoria con sus más fervorosas oraciones".[530]

Sin embargo, en la Pascua del mismo año, el soberano cayó enfermo. Primero buscó remedio en los baños calientes de Constantinopla, y luego en las reliquias de Luciano, patrono protector del arrianismo y discípulo que fue del propio Arrio. Por último recibió en su finca, Achyrona de Nicomedia, las aguas del bautismo, pese a su deseo de tomarlas a orillas del Jordán como Nuestro Señor. En aquel entonces (y hasta el año 400 aproximadamente) era costumbre habitual aplazar el bautismo hasta las últimas, sobre todo entre príncipes responsables de mil batallas y condenas a muerte. Como sugiere Voltaire, "creían haber encontrado la fórmula para vivir como criminales y morir como santos". Después del bautismo, que fue administrado por otro correligionario de Luciano llamado Eusebio Constantino fallecido el 22 de mayo del año 337. Así las cosas, resulta que el primer *princeps christianus* se despidió de este mundo como "hereje", detalle que origina no pocos problemas para los historiadores "ortodoxos", pero que le fue perdonado incluso por el enemigo más acérrimo del arrianismo en Occidente, san Ambrosio, "teniendo en cuenta que había sido el primer emperador que abrazó la fe y la dejó en herencia a sus sucesores, por

[528] Euseb. V.C. 4, 37 ss.

[529] Policarpo cit. s/Grant, Das Römische Reich 276. C.A. Helvétius, De l'homme, 1774, II 147, 338, cit. s/V. Mack, Claude Adrien Helvétius 1119 s. LThK led. VIII 360.

[530] Euseb. V.C. 4, 55. Seeck, Untergang IV 25 s. Klein, Constantius II 187 ss, 195 ss.

lo que le incumbe el más alto mérito [*magnum meriti*]".[531]

225

Mientras los cristianos casi prescindían de su sentido común por elogiar a Constantino, lógicamente son muy pocos los testimonios de sus críticos que han llegado hasta nosotros, entre ellos los del emperador Juliano o los del historiador Zósimo, lo que dista de ser un hecho casual.[532]

La cruzada prevista por Constantino contra los persas fija nuestra atención en un reino que no tardaría en verse asediado por otros príncipes cristianos; en especial, consideraremos el caso de Armenia, el primer país del mundo que hizo del cristianismo la religión del Estado.

[531] Euseb. V.C. 4, 61 ss. Theodor h.e. 1, 32; 1, 34. Ambr. de obitu Theod. 40. Vogt, Constantinus RAC III 361. LThK 1 ed. VI 162, 676. Schuitze, Geschichte I 64. Seeck, Untergang IV 24 ss. Rail 20. Voltaire, Dictionaire philosophique 49, cit s/Mack, Voltaire 86. Chadwick, Die Kirche 144.

[532] Vogt, Constantinus RAC III 371. LThK 1 ed. X 1095. Baus, Von der Urgemeinde 454.

226

CAPITULO 6. PERSIA, ARMENIA Y EL CRISTIANISMO

"El origen y la fundación de esa Iglesia son típicamente armenios. Gregorio [el apóstol de Armenia] recorre violentamente el país, rodeado de tropas, destruye los templos y va cristianizando a la población. Era una cosa nunca vista hasta entonces en el mundo helénico."

G.KUNGE[533]

"Los armenios pasaron a cuchillo todo el ejército persa, sin permitir que se salvase ni uno solo", "no dejaron hombre ni mujer con vida". "Vieron el baño de sangre perpetrado entre las tropas derrotadas. Toda la región apestaba por el hedor de los cadáveres. [...] Así quedó vengado san Gregorio."

FAUSTO DE BIZANCIO[534]

"Consolaos en Cristo, porque quienes murieron lo hicieron en primer lugar por la patria, por la iglesia y por la gracia de la divina religión" […]

WRTHANES, PATRIARCA DE ARMENIA[535]

227

Desde hacía siglos, dos grandes potencias rivalizaban en el Próximo Oriente, el Imperio romano al oeste y el reino de los partos al este, aunque tampoco faltaron largos períodos de paz, e incluso de relaciones bastante amistosas, bajo Augusto y sus sucesores, bajo Adriano y durante la época de los Antoninos. Durante el período de los Severos, a comienzos del siglo III, ambos Estados se otorgaron reconocimiento recíproco y el gran rey de los partos trataba de igual a igual con el emperador romano.[536]

Dicho estado de cosas terminó en el año 227 con la caída de los partos y el auge de la dinastía persa (de los sasánidas), enemiga muy peligrosa para Roma. Ambos bloques, el neopersa y el romano, tenían fuertes ambiciones imperialistas. Ambas potencias se enfrentaron en guerras ofensivas y defensivas, guerras de unas dimensiones mucho mayores de lo que comúnmente se piensa, y en ellas el cristianismo desempeñó un papel cada vez más importante.

Durante los siglos III y IV, la nueva religión se propagó por toda Persia, difundida allí por romanos prisioneros de guerra que se quedaron en el país, sirios occidentales deportados y otras naciones. En 224, la comunidad cristiana contaba ya con dieciséis obispos. Pero así como los romanos persiguieron el cristianismo, en cambio ni los arsácidas ni los sasánidas organizaron pogromos anticristianos, según las noticias que nos han llegado. Pudieron darse persecuciones locales instigadas por algún

[533] Klinge, Armenien RAC 1684.
[534] Cf. notas 13 y 15.
[535] Faust.3, 11.
[536] K.-H. Ziegler, Die Beziehungen 5 ss, 20 ss, 45 ss, 97Ss, 129 Ss especialm. 128, 140.

mago, pero sin que fuesen ordenadas por el soberano. De ahí que, durante el siglo III, Persia fuese tierra de asilo para muchos cristianos.[537]

Los sasánidas mantuvieron su política de tolerancia aun a pesar de haberse propuesto a fines de reordenación política la restauración del antiguo credo iraní, es decir, la renovación del mazdeísmo, la religión fundada por Zoroastro que, sin embargo, cayó luego al primer empuje del Islam. Durante un breve paréntesis, bajo Sapur I y su hijo, también fomentaron la religión de Mani. Y aunque el gran rey hizo ejecutar a una de sus mujeres, Estassa, que se había convertido al cristianismo, y desterró por igual motivo a la reina Siraran, hermana de aquélla, no obstante dejó mandado "que cada cual sea libre de profesar sin temor el culto que prefiera: los magos, los zándicos, los judíos, los cristianos y todas las demás sectas [...] en todas las provincias del reino persa".[538]

No era de ese parecer el gran rey Bahram I (274-277), que influido por el maestro mago Kartir combatió con energía todas las confesiones no mazdeístas e hizo encarcelar a Mani, por supuestos delitos contra la religión zoroástrica, en el presidio de la capital Bet- Lapat (Gundi-Sa-pur), donde falleció en 276. (Un siglo después, su seguidor Sisinio sería crucificado por orden de otro rey.) También Bahran II (277-293) hizo matar a su mujer, la cristiana Quandira, y permitió que los magos persiguieran a cristianos y maniqueos; al poco tiempo, la hostilidad se redujo a estos últimos mientras que los cristianos disfrutaron de tranquilidad a partir de 290, aproximadamente, cuando Papa accedió al obispado de la nueva capital, Ctesifonte. Y la situación continuó con pocos cambios cuando Nerses (293-303), sucesor de Bahran II, después de sufrir una tremenda derrota (en 297, que fue el principal acontecimiento de la época en materia de política internacional) a manos de Galerio, el yerno de Diocleciano, en 298 tuvo que ceder mediante tratado cinco provincias de la Mesopotamia, junto con la ciudad de Nisibis, y reconocer además el protectorado romano sobre Armenia, país de importancia estratégica como Estado-tampón situado entre las dos grandes potencias.[539]

228

El monarca armenio Trdat (Tirídates) III, dos veces expulsado por los persas y dos veces reinstaurado gracias a la ayuda de los romanos, emuló en Armenia las persecuciones de Diocleciano. Por lo visto, hacía bastante tiempo que vivían allí cristianos. Diocleciano recordó al armenio sus obligaciones en una larga epístola, a la que éste, muy servil, contestó que haría lo que le mandasen, pues no podía olvidar que debía su trono a los romanos. Pero poco después, y diez años antes de la subida de Constantino al trono imperial, el rey tomó las aguas del bautismo y se convirtió en el "Constantino de los armenios", siendo éste el primer país del mundo que hizo del cristianismo su religión of icial.[540]

---

[537] Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 36. Neusner 144 ss. C.D.G. Müller, Stellung und Bedeutung 227. Hage 174 ss. Blum, Situation 11 s.

[538] Pauly III 1119ss. Christensen 109ss. Nischer-FaIkenhof, Stilicho 12 s. Hage 176. Blum, Situation 12ss.

[539] Baynes, Byzantine studies 186. K.-H. Ziegler, Die Beziehungen 144 ss, Blum, Situation 17ss. Browning 274.

[540] Sobre los comienzos del cristianismo en Armenia cf. Tert. apol. 5, 6. ad scap. 4. Euseb h.e. 4, 30; 5, 5; 6, 46, 2. Cass. Dio. 71, 8ss. Además: Klinge, Armenien RAC I 683ss. Pauly V 931 s. LThK 1 ed. I 663 s. Klein, Constantius II 171ss.

San Gregorio destruye el paganismo armenio y funda un patriarcado hereditario

La conversión de Armenia fue obra de Gregorio el iluminador, el apóstol de los armenios. Converso al cristianismo en Cesárea, empezó a predicar la nueva religión hacia el año 280, cuando Trdat reconquistó Armenia. Tenía gran ascendiente sobre Khosrovidukht, una hermana del rey, gracias a lo cual acabó gozando de la privanza del soberano..., [541] proceso bien característico, pues sabemos que el clero siempre se ha servido de las mujeres, las hermanas, las esposas o las queridas de los príncipes para llegar a dominar a éstos; por este procedimiento se logró la "cristianización" de naciones enteras.

Persuadido por su hermana, el rey Trdat envió finalmente a la Cesárea una delegación encabezada por Gregorio; una vez allí, el ordinario Leoncio le hizo obispo y cabeza espiritual de la Iglesia Armenia. Poco después se convirtieron Trdat y su esposo Arshken, promulgándose un edicto por el cual todos los súbditos (como cuenta Sozomenos, historiador de la Iglesia) quedaron obligados a abrazar la religión del monarca; se trata de la primera proclamación del cristianismo como religión of icial, aunque desde el siglo IV la fecha exacta de la disposición es objeto de controversias, debido sobre todo a que casi todos los cronistas eclesiásticos de la época silenciaron el caso sistemáticamente.[542]

229

Por extraño que eso pueda parecemos y mientras se sigue discutiendo la fecha, queda el hecho de que la proclamación del cristianismo como religión of icial de Armenia inicia un período de tremendas persecuciones contra el paganismo.

Respaldado y protegido por el rey, **Gregorio** se dedicó a destruir concienzudamente los templos para reemplazarlos por iglesias cristianas, que además fueron dotadas con generosidad. En Ashtishat, la antigua Artaxata, que había sido un centro destacado del politeísmo, "el maravilloso Gregorio" (Fausto de Bizancio) arrasó el templo de Vahagn (Hércules), el de Astiik (Venus) y el de Anahit; luego construyó una espléndida iglesia cristiana destinada a ser el nuevo "santuario nacional" de Armenia. Al mismo tiempo, Gregorio hizo construir un palacio para uso propio. Fue nombrado arzobispo, primer dignatario del reino después del rey y *katholikos*. Este título, adoptado también por los arzobispos de Persia, Etiopía, Iberia y Albania, resultaba muy significativo, ya que antiguamente era el que correspondía a un alto funcionario de la hacienda pública. Gregorio el iluminador, venerado como santo por la Iglesia Armenia e incluido asimismo en el martirologio romano por el papa Gregorio XVI (su advocación se celebra el 30 de septiembre), no dejó de atender a las necesidades propias y de los suyos, utilizando las propiedades de la Iglesia en beneficio personal y de sus parientes. Nombró obispo y sucesor suyo en calidad de *katholikos* (325-333) a su hijo benjamín, Aristakes; y tan alta dignidad, que

[541] Klinge, Armenien RAC I 683 s. Pauly V 932. LThK 1 ed. IV 673. Sobre el papel de la mujer en el primer cristianismo armenio cf. también: Krikorian 29 s. Klein, Constantius II 171

[542] Sozom. h.e. 2, 8, 1. Pauly V 932. Klein, Constantius II 169ss. Barnes, Constantine 65. Krikorian 29 sitúa en el año 301 los comienzos del cristianismo como religión de Estado.

implicaba el mando sobre doce obispados y la primacía espiritual de la nación, se fue heredando en el seno de la familia hasta que falleció, sin dejar descendencia, su último representante, el *katholikos* Sahak (390-438), tras lo cual pasó a una rama próxima, la de la familia Mamikonia.[543]

Al principio, y esto es bien significativo, el cristianismo arraigó sólo entre la aristocracia, y podemos imaginar cuál sería la profundidad de sus convicciones. La ética del cristianismo no desempeñaba ningún papel en aquella corte real. El motivo de la conversión del monarca, y de la subsiguiente conversión a escala nacional, no fue otro sino la desconfianza y la enemistad frente a los persas. En esto coincidían los intereses de los armenios y los de los romanos, ya que éstos se veían en la necesidad de tener en cuenta la importancia estratégica del país y su constante política de juego a dos barajas entre las grandes potencias. De manera que se produjo la alianza y la cristiana Armenia, lo mismo que la cristiana Roma, se embarcó en una serie de campañas militares.[544]

230

El primer Estado cristiano del mundo: una guerra tras otra " en nombre de Cristo"

El escritor bizantino Fausto, autor hacia el año 400 de una grandilocuente historia de Armenia, dedica docenas de capítulos a las sucesivas escabechinas que totalizaron 29 victorias a lo largo de treinta y cuatro años. Si hemos de creer lo que dice este autor cristiano (de veracidad bastante discutible), los persas armaron sucesivos ejércitos de ciento ochenta mil, cuatrocientos mil, ochocientos o novecientos mil y hasta cuatro o cinco millones de hombres. Y aunque los cristianos combatieron en inferioridad numérica de uno a diez, o incluso de uno a cien, exterminaron siempre a sus enemigos..., mujeres y niños incluidos. En 1978, un notable dignatario de la iglesia apostólica armenia, Mesrob Krikorian, se hace eco de esos ditirambos: "En cualquier caso, la religión cristiana asumió primordial importancia para Armenia y para todos los armenios de la época..."; en cualquier caso, Fausto subraya una y otra vez que "todos los soldados persas fueron pasados a cuchillo por las tropas cristianas, no salvándose ni uno solo de ellos", "ni siquiera las mujeres del séquito", "ni uno solo escapó con vida", "hicieron un baño de sangre general".[545]

¡Un nuevo y bello rostro!

La lectura de estas crónicas recuerda vivamente el Antiguo Testamento y las masacres y correrías de los israelitas. "Los armenios realizaron una incursión por las provincias persas", "regresaron cargados de tesoros, armas, joyas y cuantioso botín, cubriéndose de gloria imperecedera y enriqueciéndose sin cuento", "pasaron a fuego

---

[543] Faust. 3, 2 s; 3, 5; 3, 10; 3, 14. LThK 1 ed. I 644, 664, 716, IV 673 s, V 901. Pauly III 166. KLinge RAC 1684ss. Krikorain 30 s. Klein, Constantius II 172ss. J. Assfalg 156 s menciona a Gregorio como "la figura señera de los inicios de la Iglesia Armenia", que le conmemora en sus festividades propias y en el canon de su misa.

[544] Klinge RAC 1685 s. Klein, Constantius II 174 ss.

[545] Faust. 3, 8; 4, 21 ss; 4, 50. Sobre Fausto cf. además LThK 1 ed. 972 s y Lauer III s. También Klein, Constantius II 182 nota 32. Krikorian 30.

y hierro el país". En ocasiones, lucharon también contra la cristiana Roma, aliado o no con los paganos persas (y con éxito no menor, como ya se comprende); así por ejemplo, según Fausto, "durante seis años seguidos asolaron las provincias griegas", "pasaron a cuchillo a todos los griegos de tal manera que ni uno solo se salvó", y "no hay medida ni cuenta de los tesoros que llevaron consigo..."[546]

Siempre, naturalmente, combatiendo bajo las banderas de Dios, fiando en Dios, venciendo en nombre de Dios; es Dios quien concede "la suerte de las grandes victorias", es "confiando en Dios" como se asalta el campamento de los persas. En los campos de batalla, al rey le acompaña siempre el *katholikos,* el "gran arzobispo de Armenia". "Y vieron el baño de sangre realizado con las tropas derrotadas. El hedor de los cadáveres apestaba toda la región [...]. Así quedó vengado san Gregorio en la persona del rey Sanesan y en su ejército, pues no sobrevivió ni uno solo para contarlo."[547]

231

Claro es que, a veces, el servicio del Señor producía bajas en las propias filas. Para eso estaba entonces la Iglesia católica, para tranquilizar, consolar, arengar, dar ánimos, como hacía por ejemplo "el sumo sacerdote Wrthanes", otro de los hijos del "sumo Gregorio". Después de haber sufrido pérdidas especialmente graves, "sobre todo de personalidades de la aristocracia", el patriarca Wrthanes confortó a todos los afectados, al rey y a sus tropas, que como se nos cuenta con la habitual abundancia de hipérboles, "estaban presa de gran tristeza, con los ojos arrasados de lágrimas, cariacontecidos y con el espíritu vencido al considerar la desproporción entre el número de los fallecidos y el de los supervivientes".[548]

Era la hora de los sacerdotes; en aquel momento menudeaban ya las frases que no han dejado de repetir desde hace siglos: "Consolaos en Cristo, porque los que murieron han caído por la patria, por las iglesias y por el consuelo de la santa religión, a fin de que la patria no se vea vencida e invadida, que las iglesias no sean profanadas con desprecio de sus mártires, que los sacerdotes del Señor no caigan en manos de los impíos e incrédulos, que se preserve la santa fe y que los hijos del bautismo no sean llevados al cautiverio ni renegar de sus creencias para someterse al abominable culto de la idolatría. [...] No hay que llorarlos, sino honrarlos por lo que hicieron mediante leyes que proclamen por todo el país el deber de recordarlos como héroes de Cristo y celebrar su fiesta con alegría...".[549]

El *katholikos* Wrthanes dispuso, pues, la celebración anual del día de los caídos, de los "testigos de Cristo", los "héroes de Cristo", a fin de promover imitadores de su ejemplo. Y también promulgó que en adelante se recordase a los caídos en las misas, es decir, santos y héroes casi al mismo nivel, con el argumento de que "cayeron en la guerra como Judas y los macabeos Matatías y sus hermanos".[550]

Y como también cayó el general mismo, el patriarca y el rey ordenaron que el hijo del difunto (un niño todavía) "sea educado [...] de tal modo que viva en la fe de sus mayores y de su padre, *y emprenda heroicas acciones* [...] *en nombre de Cristo*

[546] Faust. 3, 20; 4, 11; 4m20; 4, 22; 4, 33.
[547] Ibíd. 3, 7 s; 4, 22.
[548] Ibíd. 3, 5; 3, 11; 4, 22.
[549] Ibíd. 3, 11.
[550] Ibíd

Nuestro Señor sobre todo, que atienda a las viudas y los huérfanos, y que asuma durante toda su vida las funciones de valiente general y famoso caudillo de los ejércitos".[551]

El clero y la guerra... unidos en el primer Estado cristiano del mundo. Acciones heroicas "por Cristo Nuestro Señor". Sin duda, los armenios no necesitaban la bendición eclesiástica para ponerse a luchar y a matar. Pero el caso es que la bendición no les faltó, debidamente argumentada con toda clase de razones metafísicas, justificaciones bíblicas y evangélicas, etcétera. Y siguieron combatiendo, venciendo en unas batallas y perdiendo y desangrándose en otras, "como fieras salvajes, como leones", según el panegírico de Fausto, año tras año, decenio tras decenio. Luego se generalizó la fatiga; los combatientes desearon la paz y solicitaron la ayuda del sumo pontífice. Habían combatido durante treinta años, como él mismo sabía muy bien; treinta años sin descansar las armas, treinta años sudando y portando la espada, la daga y la lanza. "No lo soportamos más, y no queremos seguir luchando; mejor sería que nos sometiéramos al rey de los persas..."[552]

232

Pero fue el *katholikos* Nerses I, otro discípulo de aquel que dijo:

"Bienaventurados los mansos de corazón", quien se opuso, y aun sin ser demasiado amigo del rey invitó a seguir luchando por él. Fausto menciona con orgullo que el nuevo arzobispo, de pasado militar y funcionarial, "tenía aspecto de guerrero" y había demostrado "un envidiable vigor en los ejércitos de armas", además de fomentar siempre y en todas partes el cristianismo, como era natural. "La luz del orden de la Iglesia brilló en todo su esplendor, las relaciones entre las iglesias católicas quedaron armonizadas en el más bello orden, y se multiplicó el número de las santas ceremonias así como el de los servidores de la Iglesia. Hizo construir numerosos templos nuevos y reconstruir los antiguos. Muchas fueron también las vocaciones en el monacato. [...] Nunca tuvo la tierra armenia otro que pudiera comparársele."[553]

Un hijo auténtico de su Iglesia, podríamos decir, nada deseoso de secundar los anhelos de paz de los armenios. El rey Arsakes o Arsaces "quería continuar la guerra" (Fausto), aunque fuese un gran pecador, como decía el patriarca (alabado todavía en el *Lexikon für Theologie una Kirche* como "gran renovador de la vida religiosa en Armenia"):

"Queréis entregaros a la esclavitud en manos de los idólatras, renegar de vuestra vida en Dios, abandonar a vuestros príncipes designados por Dios para servir a unos extranjeros, cuya errónea religión tenéis que abrazar; [...] pero, aunque Arshak fuese mil veces peor, al menos le reza al verdadero Dios; aunque sea un pecador, es vuestro rey, y tal como dijisteis en mi presencia, hace tantos años que combatís por vosotros y por vuestra vida, por la tierra, por vuestras mujeres e hijos, y *lo que vale más que todo eso, por vuestras iglesias y por el juramento de vuestra fe en Nuestro Señor Jesucristo.* ¡Y siempre os concedió el Señor la victoria en su nombre! Pero ahora no queréis vivir sometidos a la fe de Cristo, sino a la falsa religión de la magia y sus

[551] Ibíd. 3, 11; el subrayado es mío.
[552] Ibíd. 4, 49; 4, 51
[553] Ibíd. 4, 3 s.

seguidores. [...] Quiera la ira del Señor arrancaros de raíz y lanzaros para toda la eternidad a la esclavitud oprobiosa de los paganos, de manera que no arrojéis nunca más de vosotros el yugo de la servidumbre...".[554]

233

Ni por ésas quisieron seguir peleando los armenios. Fausto cuenta que la arenga del patriarca fue acogida con un gran abucheo; se formó un tumulto "y todos retornaron a sus casas, porque no querían seguir escuchando tales palabras".[555]

Debido a sus excesivas simpatías para con la Cesárea romana, el *katholikos* Nerses I se vio relevado por el *antikatholikos* Cunak. Al acceder al trono el rey Pap, fue repuesto en su dignidad, pero murió envenenado en 373 por instigación del mismo soberano durante la festividad de la Reconciliación. Al año siguiente, sin embargo, Trajano, general de los ejércitos romanos de Oriente, hacía asesinar al rey Pap durante un banquete, por haber propugnado la independencia de la Iglesia armenia y la aproximación a Persia.[556]

Planes ofensivos de Constantino y las *Disertaciones sobre la guerra* del padre Atanasio

Las preferencias, como era natural, iban en el sentido de incorporar la cristiandad persa al *imperium romanum.* Durante el Concilio de Nícea, el historiador Eusebio— que había visto ya que "imperio" y "*oikumene*", *imperium* y *orbis terrarum,* eran nociones sinónimas— contemplaba con satisfacción la posibilidad de tener un obispo godo y otro persa, cuando se hubiera "logrado incorporar ambas naciones a la Iglesia imperial" (Von Stauffenberg).[557]

Apenas un decenio antes, probablemente en 314, el rey armenio había firmado con Licinio y Constantino un solemne pacto de alianza, que apenas sería otra cosa sino que pacto militar contra Persia encaminado a consolidar la comunidad de creencia. La misión de los obispos armenios por los reinos caucásicos, que tuvo lugar bajo el reinado de Chosrau II, sucesor de Trdat y también gran amigo de Roma, fue otra jugada del expansionismo imperial romano. Y en 334, cuando los persas pusieron en aprietos a los armenios, y los jinetes sasánidas hicieron prisionero al heredero de Trdat, fue Constantino quien envió tropas bajo el mando de su hijo Constancio; después de algunos reveses iniciales, los expedicionarios derrotaron al ejército invasor, cayendo en los combates el caudillo de éste, Narsch, un príncipe hermano del rey persa Shapur II.[558]

El alcance de los planes de Constantino lo demuestra el hecho que, en 335, nombró a su sobrino Anibaliano, hijo de su hermano Dalmacio, "rey de Armenia y de los pueblos que la rodean"; se trataba de asegurarse la posesión de Armenia, cuyo trono estaba en aquellos momentos vacante, así como las provincias limítrofes con

---

[554] Ibíd. 4, 51 s. Además LThK 1 ed. VII 490. El subrayado es mío.

[555] Faust. 4, 51 s.

[556] Faust. 3, 3; 3, 13; 5, 31. Klinge RAC 1685s.LThKled.VII 924.

[557] Euseb. V.C. 3, 7. V. Stauffenberg 112 s.

[558] Philostorg.h.e. anexo 7, 32. Pauly III 1576. Klein, Constantius 11175ss, 192ss. Blum, Situation 26s.

el imperio por Oriente, y aun ampliarlas si fuese posible.[559]

234 Es evidente que las ambiciones con respecto a Oriente eran de tipo expansionista. Y cuando Constantino, "obedeciendo sólo a su libre albedrío", como asegura el obispo Teodoreto, decidió "hacer suya la causa de los discípulos de la verdad cristiana en Persia" al enterarse de que "eran expulsados de sus tierras por los paganos, y el rey de éstos, esclavo del error, procuraba perjudicarlos por mil maneras", [560] escribió una carta a los persas en términos amenazantes, o mejor dicho, no una carta sino un sermón, en una de aquellas patéticas profesiones de fe que viniendo de potentados cristianos no suelen augurar nada bueno.

En su epístola, Constantino reconoce sin empacho que "estoy entregado a este servicio de Dios. Apoyándome en mis campañas sobre el poder de este Dios, y comenzando en las orillas más alejadas del océano he exaltado todo el orbe terrestre mediante la esperanza de la salvación, de tal modo que todas las naciones que padecían bajo el poder de tan terribles tiranos, expuestas a toda clase de desgracias, al participar en el mejoramiento general de las condiciones de gobierno han despertado a una nueva vida, por decirlo así, como si se hubiesen beneficiado de una medicina prodigiosa. A ese Dios venero, y su símbolo es llevado a hombros por mis tropas, que van siempre allá donde las llama la justa causa del derecho, mereciendo en premio las más estupendas victorias".

Después de explicarle al gran rey que Dios mira con agrado las obras de los bondadosos y mansos de corazón, y ama a los seres de corazón puro y de alma sin mácula (a la cabeza de los cuales, sin duda, se contaba él mismo), tampoco le oculta que a los malos suele tratarlos de otras maneras muy diferentes, que la impiedad es castigada y los soberbios humillados y arrojados a las tinieblas por naciones enteras o incluso por varias generaciones. "Creo no equivocarme, hermano mío [...]", le escribe Constantino, expresando su alegría (no sin insinuar una cierta amenaza, una vez más) de que "los bellos paisajes de Persia también estén poblados de tantos cristianos". Y "que sean contigo todos los parabienes, lo mismo que con ellos, si así tú los tratas, pues de esta manera habrás merecido la benevolencia del Señor y dueño del mundo".[561]

Para Eusebio, como historiador de la Iglesia, este llamamiento al rey de los persas demuestra que todas las naciones del *oikumene* eran conducidas por Constantino a manera de timonel y preceptor de pueblos instituido por Dios. Precisamente, "una idea de imperio universal, 'católicamente' determinada" es el tema principal de la biografía de Constantino, tal como la ve su panegirista Eusebio, "y todo conduce a ver en la prevista guerra contra los persas [...] la que había de ser su coronación definitiva" (Von Stauffenberg).[562]

235 En sus manifiestos religioso-políticos, el emperador reitera su vocación de salvar a la humanidad de la peste de las tiranías anticristianas, unificarla bajo el signo de la

[559] Aurel. Vict. epit. 41, 20. Anón. Vales. 6, 35. Ammian. 14, 1, 2. Stallknecht 36 ss. Klein, Constantius II 196 s.

[560] Theodor h.e. 1, 24.

[561] Ibíd. 1, 25. Euseb. V.C. 4, 9 ss.Soz. h.e. 2, 15.

[562] V. Stauffenberg 113ss.

"verdadera fe" y plasmar esa unidad en un nuevo imperio cristiano universal. En el año 337, precisamente, cuando la muerte de Constantino truncó la gran campaña cuyos preparativos venían realizándose desde hacía varios años, Afrahat, el decano de los padres de la Iglesia siria, monje y probablemente obispo (y seguramente gran enemigo de los judíos, como su compatriota Efrén) escribió su tratado sobre las guerras, un *opus* "dictado totalmente por la impresión de los preparativos bélicos que se iniciaban en Occidente" (Blum). El padre Afrahat, "personalidad venerable, de gran seriedad ética" (Schühlein), hace en este escrito un llamamiento belicista a todos los cristianos, celebrando "el movimiento que se anuncia en estos tiempos", "los ejércitos que se reúnen para la batalla". Ve que "las tropas se alzan y vencen", "los ejércitos se han reunido para el juicio de Dios". Considera que el Imperio romano será como el macho cabrío y romperá los cuernos al carnero de Oriente, que representará al inminente reinado de Cristo y que será invencible "porque marcha con este ejército ese hombre fuerte llamado Jesús, cuyas armas llevan todas las legiones del imperio".[563]

Jesús en el ejército, Jesús acaudillando las tropas, Jesús presidiendo batallas..., en el siglo IV como en el XX, en la primera guerra mundial, en la segunda, en la del Vietnam... Shapur II (310-379), que se había mostrado tolerante al principio con los cristianos, lo mismo que sus predecesores Nerses (293-303) y Hormizd II (303-309), pasó a considerarlos como espías de los romanos y no eludió el conflicto. Pero antes quiso consolidar su reino en el interior, para lo cual recurrió a los mismos medios que Constantino; y así como éste había buscado la estabilidad interior en el cristianismo, Shapur lo hizo proclamando el mazdeísmo como religión de Estado. Y tal como, a efectos de la mencionada estabilización, Constantino hizo convocar el Concilio de Nícea, también Shapur organizó una conferencia religiosa, en la que el sumo mobed Aturpat estableció las diferencias entre el culto of icial del Estado y los disidentes, decretando que "ahora que hemos divisado la única [verdadera] religión de la Tierra, no permitiremos que nadie persevere en sus creencias falsas, y pensamos poner gran celo en esa misión".[564]

No sabemos contra quién se dirigiría primariamente ese concilio de los persas; pero lo cierto es que el gran rey se enfrentaba con un partido cristiano cada vez más numeroso. Los peligros no eran sólo externos, ya que los cristianos persas se envalentonaban al conocer el triunfo de su religión en el seno del Imperio romano.

236

En la capital, Seleucia-Ctesifonte precisamente, y a finales del siglo III, el obispo Sabía había pronunciado palabras tan encendidas sobre la "victoria de Nuestro Señor", la soberbia de los reyes y la vanidad de los poderes terrenales, que luego hubo de poner pies en polvorosa; otro obispo ambicioso. Papa BafAggai, provocó disturbios al pretender la primacía sobre los demás obispos y la autoridad sobre toda la comunidad de los cristianos persas, es decir la creación de una especie de patriarcado persa. Ello habría supuesto una consolidación, y al mismo tiempo la acentuación de la tendencia prooccidental de aquella Iglesia, motivo por el cual Papa

---

[563] Afrah. Dem. 5, 1 ss; 5, 10 ss; 5, 23 ss. Schühlein LThK 1 ed. I 530. Altaner 298. V. Stauffenberg 114. Sobre la animadversión de Afrahat contra los judíos: Pavan I christini 457ss y además: Stallknecht 42 f. Blum, Situation 27 s.

[564] C.D.G. Müller, Stellung und Bedeutung 228. Blum, Situation 23 s.

contó con el apoyo de varios prelados occidentales, entre los que destacó el obispo de Edessa (la actual Urfa de Turquía), que era entonces uno de los baluartes de la acción misionera de los cristianos. Sin embargo. Papa, primero de la serie de los *katholikoi* y luego patriarcas de Seleucia Ctesifonte, no dejaba de tener enemigos en las filas de su propio clero, el principal de ellos su archidiácono Simeón. La corte persa fomentaba esta oposición e incluso cosechó un notable triunfo a largo plazo, cuando la Iglesia persa bajo Dadisho se declaró definitivamente autocéfala (aunque esto no sucedió hasta los años 423 y 424), anulando el derecho de recurrir a los patriarcas occidentales e instituyendo que el "*katholikos* de Oriente" sólo era responsable "ante Cristo", autonomía que los dirigentes de la Iglesia persa mantuvieron siempre y hasta nuestros días, en que el actual máximo dignatario de la misma reside en San Francisco, (EE.UU.).[565]

Pese a los apuros en que se veía Shapur II, pese a que se acercaba a las fronteras un Constantino cada vez más poderoso, pese al hecho de que la Iglesia persa era sospechosa de conspirar con el tradicional enemigo romano y que en el interior "judíos y maniqueos, los mayores enemigos del nombre de cristiano", según la crónica de Arbela, denunciaban ante los magos que "todos los cristianos eran espías de los romanos", a pesar de todo no hubo persecución of icial contra aquéllos. Cierto que se habla de dos pogromos locales (en 318 y 327), pero no están documentados y podrían ser apócrifos. En el año 337, sin embargo, cuando Constantino murió antes de entrar en campaña, el rey persa consideró que era el momento oportuno para recuperar las cinco provincias mesopotámicas perdidas en su día, junto con la capital Nisibis..., pero fracasó ante las fuertes murallas de ésta, que se defendió con buena fortuna bajo el mando de su obispo.[566]

Según la crónica de Arbela, fue justamente esta derrota la que desencadenó la persecución de Shapur contra las iglesias. "El rey emprendió la retirada entre amenazas, jurando que extirparía de sus reinos la fe de los romanos".

Dicha persecución comenzó en el año 340. Mediante un decreto, el obispo de la capital, Simón Bar Sabba'e, "y todo el pueblo de los nazarenos" vieron duplicadas las tasas y alcabalas, a modo de multa por negarse a prestar el servicio militar. "Viven en nuestro país, pero están confabulados con el emperador nuestro enemigo." También se les acusó de despreciar la religión (estatal) zoroástrica y de negarse a rendir culto al rey persa. Otros factores importantes fueron la gran cohesión de las comunidades, impulsada desde el sector occidental, así como la vieja enemistad entre cristianos y judíos; a esta última confesión se había convertido la madre de Shapur II, la reina Fphra Hormiz, mientras que, en el bando opuesto, Constantino cultivaba una política bastante antijudía, como hemos visto. De la primera persecución de Shapur fueron víctimas el *katholikos* Simón Bar Sabba'e (año 344), cinco obispos y 97 presbíteros y diáconos. Sin embargo, los motivos de esta campaña de exterminio, que duró varios decenios, "eran fundamentalmente políticos, aunque no sin un trasfondo importante de origen religioso, como es lógico" (Blum); además, "con sus actitudes, el clero cristiano se lo había buscado sobradamente" (Rubín).[567]

---

[565] C.D.G. Müller, Stellung und Bedeutung 227 s. Blum, Situation 23 ss.

[566] Stein, Vom römischen 212. Vóóbus, History I 235 s. Blum, Situation 24ss.

[567] Kmosko 690 ss. Higgins 265 ss. Rubín, Zeitalter Justinians I 253. Vóóbus, History I 239 ss. C.D.G.

237

Las guerras contra los persas prosiguieron.

Después de su fracaso ante Nisibis, en el año 338, Constancio, hijo de Constantino, nombró como primera providencia rey de Armenia a Arsaces, hijo del ciego rey Tiran. Al año siguiente cruzó varias veces el Tigris para realizar incursiones en Persia; pero en el año 344, en una gran batalla junto a Singara los romanos padecieron graves pérdidas. Sin embargo, también el ejército persa, constituido fundamentalmente hasta el siglo VI por la caballería y por una masa de siervos campesinos, quedó muy debilitado; el heredero del trono cayó prisionero y fue linchado por la soldadesca romana. En los años 346 y 350, los persas realizaron sendos intentos de recobrar Nisibis; en el segundo de estos asedios, el más prolongado ya que se mantuvo durante tres meses, el rey Shapur incluso hizo desviar el curso del cercano río Migdonio para lanzar la fuerza de las aguas contra las murallas de la ciudad, consiguiendo derribarlas en parte.[568]

San Efrén, que fue oriundo de Nisibis, celebró en una colección de cantares de gesta la resistencia de su maestro, el obispo Jacob, y de los demás defensores frente a los reiterados asedios de los persas. Y también Teodoreto, pastor principal de Ciro desde 423 contra su propia voluntad, elogió a Jacob, "protector y caudillo", "hombre de Dios". Cuando las aguas del río rompieron contra las murallas "como un ariete gigantesco", Jacob ordenó "que fuesen reparadas durante la noche y que subieran arriba las máquinas de guerra, para impedir nuevas aproximaciones de los atacantes; y todo esto lo consiguió sin acercarse para nada a las murallas, ya que permanecía confinado en el templo, donde oraba e invocaba la protección de Dios sobre sus conciudadanos". Véase cómo en el siglo IV los obispos habían aprendido ya a utilizar las máquinas de guerra y a ser "caudillos" sin mancharse las manos. "Brillaba a su alrededor el halo de la benignidad apostólica."[569]

238

Pero luego el emperador Joviano, nada menos, él tan alabado por el clero, entregó a los persas esa posición clave, la inexpugnable ciudad de Nisibis..., a lo que el padre de la Iglesia Efrén, tremendamente defraudado, se retiró hacia Edessa diciendo que la ciudad había sido entregada por el apóstata Juliano (!). El regente cristiano, Joviano, incluso firmó un tratado prometiendo que dejaría de ayudar a su fiel cliente y aliado el rey Arsaces II de Armenia contra los persas.[570]

En el año 371, se enfrentaron de nuevo en Armenia un ejército romano a las órdenes del emperador Valente y otro persa bajo Shapur II, pero hubo parlamentos y cada uno se retiró hacia su territorio. También cuando Teodosio I, durante los años ochenta de aquel siglo, envió una vez más tropas a Armenia, se prefirió envainar las armas y dialogar, acordándose la división y reparto del país. Ni Shapur III (383-388) ni su sucesor, Bahram IV (388-399), quisieron renunciar a sus reivindicaciones frente a los vecinos occidentales.[571]

Müller, Stellung und Bedeutung 228 s. Hage 181. Bluffl, Situation 24, 27 ss.

[568] Liban, or. 18, 206 ss. Stein, Vom römischen 213 s.

[569] Efrén, Carmina Nisibena. Theodor. h.e. 2, 31. Cf. también Theodor, reí. histor. c. 1. Altaner 295, 299 s. Blum, Situation 27 s.

[570] ThRe IX 1982, 756. Ziegler, Die Beziehungen 146 s.

[571] Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 47. Ziegler, Die Beziehungen 147 s. Blum, Situation 31.

Los aires cambiaron, literalmente, para los cristianos persas y los entonces cuarenta obispos que los mandaban, durante el reinado de Jezdegerd I (399-420), enemigo declarado del mazdeísmo y del clero zoroástrico, por lo que ha ingresado en la tradición de éstos como "el pecador" por antonomasia, mientras que la bibliografía siriocristiana le tiene por "el ungido, el rey cristiano" no menos paradigmático. Jezdegerd tuvo por valido al obispo Maruta de Maiphkerat (Martirópolis), el reorganizador de la Iglesia persa, e incluso autorizó dos sínodos. En 420, una delegación encabezada por el obispo Acacio de Amid (ciudad del curso superior del Tigris) se presentó en la corte persa y declaró que todos los cánones de la Iglesia occidental regían también para la oriental, corroborando así la unidad del cristianismo por encima de todas las fronteras.

Pero en el último año del reinado de Jezdegerd, cuando los persas cristianos, envalentonados por la protección of icial, quisieron combatir el culto al fuego y un obispo de los más fanáticos, san Abdas, hizo destruir el templo mazdeísta de Susiana, la corte les retiró sus favores. El obispo Abdas, "adornado por muchas y muy diversas virtudes", fue interpelado "con serenidad" por el soberano, pero como se negó a reconstruir el templo fue condenado a muerte y ejecutado (su martirio se conmemora el 5 de septiembre). Dícese que entonces se dispuso "la destrucción de todas las iglesias" (Teodoreto). Y en el año 421, cuando las provincias orientales romanas se negaron a entregar cierto número de cristianos fugitivos, estalló una nueva guerra entre ambos imperios, a la que un año después puso fin un tratado de paz que debía regir durante cien años, pero duró menos de veinte.[572]

239

Finalmente, la Iglesia armenia se independizó totalmente de las provincias romanas orientales y de su "Iglesia madre", la de Cesárea. Gregorio el iluminador, converso y ordenado allí, ordenó a su vez personalmente a sus hijos; y aunque toda la sucesión de *katholikos* hasta Verses fue bendecida en Cesárea, a partir del patriarca Sahak (360- 438), hijo de Nerses, cesó esa costumbre. La Iglesia armenia tuvo un desarrollo autónomo, tanto en su organización como en su doctrina, hasta convertirse en una Iglesia nacional independiente tanto de los **monofisitas** sirios como de la misma Roma. Todavía hoy se considera equiparable al papado en categoría. Lo mismo que la Iglesia romana, se pretende de origen apostólico (por los apóstoles Tadeo y Bartolomé), e incluso retrotrae su fundación al mismo Jesucristo; aquí como allá, "santas mentiras" en todo momento.[573]

[572] Socrat. 7, 18; 7, 20. Theodor, h.e. 5, 41. LThK 1 ed. 112, V 357, VI 1002 s. Stein, Vom römischen 423 ss. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 47. Ziegler, Die Beziehungen 147 s. C.D.G. Müller, Stellung und Bedeutung 229 s, 232. Blum, Situation 31 s.

[573] Cf. Klinge, Armenien RAC 1683 ss.

240

CAPÍTULO 7. LOS HIJOS CRISTIANOS DE CONSTANTINO Y SUS SUCESORES

"Desde Constantino, los emperadores fueron cristianos mucho más devotos de lo que habían sido nunca como paganos."

FRANK THIESS[574]

"De esta manera, el emperador cristianísimo es el patrono protector de todos los cristianos; defiende sus intereses, estén ellos donde estén, y esta convicción y esta obligación las asumen todos los sucesores de Constantino como elementos constituyentes de la razón de Estado, y así lo cumplen."

K.K. KLEIN[575]

"Durante los siglos IV y V, la alianza entre el cristianismo y el Imperium Romanum [...] proporcionó a los habitantes del imperio un sentido de las cosas finales, de la finalidad y el objeto de la propia existencia..., una imagen del mundo totalmente nueva, en consecuencia, a la que fácilmente se habría augurado una larga duración. El imperio pudo considerarse como institución cristiana, y si la meta del cristianismo era traer a todos los hombres la paz de Dios, por otro lado el imperio también persiguió metas que tendían hacia la paz."

DENYS HAY[576]

Todo parecía muy prometedor: una idea nueva del mundo, el *imperium* como institución cristiana orientada hacia la paz, los emperadores convertidos en unos cristianos llenos de celo... Efectivamente, los hijos de Constantino, Constantino II, Constancio II y Constante, junto con el padre, fueron comparados por Eusebio con la Trinidad, de la que serían imagen terrenal ennoblecida por "la herencia de la fe", "la filiación divina", la "*qualitas cristiana*". Por una parte, Constantino I había cuidado mucho su educación religiosa, haciendo de ellos "unos partidarios verdaderamente fanáticos de la nueva fe" (Browning); por otra parte, casi desde que comenzaron a andar estuvieron acompañados de experimentados prefectos, vestidos de púrpura, en las filas del ejército. Apenas tenían quince, doce, once años, tomaron parte en campañas que se desarrollaban en remotos frentes. Buenos cristianos, soldados intrépidos: una combinación ideal, propugnada durante siglos por esa religión de la paz que jamás ha llevado la paz a parte alguna.[577]

241

La primera dinastía cristiana fundada sobre el exterminio familiar

[574] Thiess265.

[575] Klein, Gotenprimas Wulfila 90 s.

[576] Hay 338.

[577] Euseb. V.C. 4, 52. Julián, or. 1, 12. Liban, or. 59, 46. Shuitze, Geschichte I 69. Seeck, Untergang IV 2 ss. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 260 nota 264. Blum, Jugend des Constantius II 389 ss. Browning 62 ss, 233. Kühner, Gezeiten der Kirche 122.

La realidad es que el ejemplo del imperial padre hizo mucha escuela. Apenas hubo fallecido éste, Constancio II, que se consideraba un enviado de Dios y "obispo de obispos", y alguna vez practicó incluso la continencia sexual, inició en agosto de 337 el exterminio de casi todos los miembros masculinos de la casa imperial en Constantinopla: su tío Dalmacio, medio hermano de Constantino, que había vivido muchos años rodeado de espías, y el padre del emperador Juliano, Julio Constancio, muy odiado por la emperatriz santa Elena, amén de seis primos y otras personalidades cortesanas mal vistas. Entre éstas, el casi omnipotente Ablabio, prefecto de los pretorianos, cuya hija Olimpia fue prometida de niña a Constante. (Más tarde, Constancio la casó con el rey de los armenios, Arsaces III, y murió por obra de la anterior esposa del soberano, con la complicidad de un sacerdote que mezcló veneno en el vino de misa.) La misericordia cristiana sólo respetó a Juliano, que tenía cinco años (sería asesinado durante una campaña contra los persas); su hermanastro Gallo también se salvó porque se hallaba tan enfermo que parecía perdido de todas maneras (moriría en Istria el año 354). Constancio era cristiano, también lo era la mayoría de sus obedientes sicarios, soldados de su guardia; Juliano dedujo de todo ello que "no hay fiera tan peligrosa para el hombre como lo son los cristianos para sus compañeros de fe". Y así como ningún hombre de la Iglesia había criticado los asesinatos de parientes perpetrados por Constantino, tampoco nadie censuró los del devoto Constancio, "uno de los príncipes cristianos más notorios del siglo" (Aland). Eusebio alude a la "inspiración de más arriba" para justificar la carnicería. En Constancio se podía contemplar a un Constantino redivivo, escribió el obispo, y no se equivocaba. Los elogios dedicados al múltiple parricida y belicoso Constancio son casi tan ditirámbicos como los que merece el caudillo militar y exterminador de parientes Constantino.[578]

Paradigma de la crueldad según Amiano, Constancio no tardó en mandar recado al obispo Eusebio de Nicomedia, el preceptor de Juliano, de que no le hablase jamás de los destinos de la familia. Y seis años después, hallándose Juliano y Gallo presos en Macellum, una siniestra fortaleza escondida entre montañas —"sin que se autorizase a nadie acercarse a nosotros, sin estudios dignos de tal nombre, sin conversaciones, aunque eso sí, rodeados de un espléndido servicio...", recuerda Juliano—, un agente secreto del emperador le sugirió a Gallo, el primogénito, que Constancio no era culpable de la muerte de su padre, y que el exterminio de su familia había sido un acto incontrolado de la soldadesca.[579]

---

[578] Euseb., V.C.4, 68 ss. Athan. hist. Arian., 69. Zos. 2, 40; 2, 55, 2 s. Socrat. 2, 34; 3, 1, 6 ss. Ammian. 14, 7, 9 ss; 14, 9; 14, 11, 27; 21, 16, 6. Philostorg. 3, 28; 4, 1. Soz. 5, 2. Liban, or. 18, 10. Greg. Nacianc. or. 4, 21; 4, 91. Julián, ep. ad Athan. 270; 273. Eunap. Vita Aedes 25. Pauly I 1291 s, 1368, IV 288. Schuitze, Geschichte I 68. Stein, Vom römischen 202 ss, 226. Seeck, Untergang IV 28 s. Giesecke 11. Kornemann, Weltgeschichte II 323. El mismo, Römische Geschichte II 396. Scheidweiler, Eine arianische Predigt 140. Vogt, Pagans 47 ss. El mismo, Niedergang Roms 264 s. Voelkl, Der Kaiser 241. Thiess 266. Jacob Karau/Ulmann 90. Jones, Román Empire 1116. Aland, Entwürfe 22. Girardet, Konstantius II 101 s. Tinnefeid 239 s. Klein, Konstantíus II 211. Browning 53 s, 58 s. Benoist-Mechin 18 s.

[579] Ammian. 21, 16, 8. Benoist-Mechin 19, 32, 272, nota 20. También según Klein, Constantius II 200, la iniciativa de la matanza no fue de Constancio, ya que eso "fue una gran calumnia de Juliano y sus seguidores", sino "del ejército". Sin embargo Klein es siempre muy elogioso para sus héroes y en este caso apenas convence.

242

Primeras guerras entre cristianos devotos

Después de la matanza, los hijos de Constantino se repartieron el botín. El mayor, Constantino II (337-340) se quedó con las provincias occidentales, la Galia, Híspanla, Britania, y estableció su residencia en Tréveris; el benjamín, Constante, las centrales, Italia, África y Grecia, con su capital en Sirmium (la actual Mitrovicz, en Servia). Constancio II (337-361), que los sobrevivió y heredó a todos, se adjudicó Oriente y residió en Antioquía hasta el 350..., cuando no estaba en campaña. Pronto estalló la guerra entre el mayor y el benjamín por una cuestión de deslindamiento de fronteras. A principios de 340, Constantino II salió de la Galia e invadió por sorpresa Italia, pero cayó en una emboscada cerca de Aquilea, mientras intentaba forzar un paso alpino. Los generales de Constante le dieron muerte y arrojaron su cadáver al río Aisa. En aquellos momentos Constancio II, como veremos en el apartado siguiente, estaba muy ocupado con las querellas entre cristianos y sobre todo con las incursiones de los persas en Oriente, de manera que Constante pudo quedarse con las provincias occidentales sin discusión alguna.[580]

Aquel adolescente de diecisiete años, dueño de las dos terceras partes del inmenso imperio, era el único bautizado de entre los hijos de Constantino y había sido educado en la castidad, la máxima virtud cristiana, como sabemos. De hecho, rehuía a las mujeres pero solía gozar de la compañía de rubios efebos germanos, rehenes o esclavos, con los que salía a cazar por remotos bosques solitarios, mientras se declaraba públicamente enemigo de la pederastía. También fue enemigo de francos y alamanos, acaudilló campañas en la Panonia y en Britania, llenó de exvotos las iglesias católicas y no se mostró tacaño con los prelados que le rodeaban para mendigar sus favores. Saqueó el *imperium* todavía más que su padre; su incesante sed de dinero le indujo a la venta de los cargos públicos, además de abrumar a la población con impuestos, lo cual desencadenó una inflación monetaria que, como de costumbre, perjudicaba sobre todo a los pobres. Y mientras crecía su impopularidad a consecuencia de esta política financiera, así como por las rigurosas medidas disciplinarias que implantó en el ejército y por su carácter altanero y desdeñoso, procuraba ganar para la causa católica a su hermano Constancio, que simpatizaba más bien con los arríanos, utilizando a veces las amenazas como argumento.[581]

243

Dentro de los dominios de Constante, se producen en Roma las primeras

---

[580] Zos. 2, 41. Vict. epit. 41, 21. Caes. 41, 22. Philostorg. 3, 1. Eutrop. 19, 9, 2. Liban. or. 59. Julián, or. 1. Aurel. Vict. Caes. 41, 22. epit. 41, 21. Socrat. h.e. 2, 5. Soz. h.e. 3, 2. Zonar. 13, 5. dtv Lex. Antike, Geschichte II 217 s. LThK 1 ed. VI 164. Seeck, Untergang IV 47 s. Stein, Vom römischen 203 s. Lietzmann, Geschichte III 176. Kraft, Die Taten 158 s. Nersessian 73.

[581] Liban, or. 14, 10; 59, 124 ss; 59, 147 ss. Zos. 2, 41 s. Eutrop. 10, 8. Cod.Theod. 9, 7, 3. Athan. apol. ad Const. 4; 7. Ammian. 21, 16, 6. Vict. epit. 41, 22 ss. Vict. Caes. 41, 23 s. Schuitze, Geschichte 171 s. Seeck, Untergang 162 s, IV 47 ss, 87 ss. Stein, Vom römischen 202 ss, especialm. 206 s. Kornemann, Weltgeschichte II 326. El mismo, Römische Geschichte II 398 s. Dannenbauer, Entstehung 176, 244. Schmitz, Die Zeit 86. Jacob-Karau/Ulmann 90. Lippoíd, Theodosius 15. Waas 17. Ya en el 324, Constante asentó a francos en tierras del imperio y hacia 342-343 avanzó hasta Britania, cf. Kraft, Die Taten 141 ss, especialm. 173 ss, 180 ss.

destrucciones de templos, esporádicas al principio, así como una renovada persecución contra los donatistas. Como no se dejaban corromper por los dineros del emperador, que el anciano Donato había rechazado con brusquedad, Constante decidió expropiar a los clérigos insumisos y, mediante la fuerza de las armas, entregó las iglesias donatistas a los católicos. En 347 se produjo el sangriento aplastamiento de la insurrección de Bagai, donde fue asesinado el ordinario, otro Donato y el obispo Márculo, santo principal de los donatistas. Otros fueron atados a columnas y azotados por orden de Macario, el comisario imperial, alabado por los católicos como "abogado de la santa causa". Se empezó a hablar de "la persecución macariana"; algunos donatistas murieron torturados en las cárceles. Muchos huyeron y otros fueron desterrados. El mismo Donato murió, al parecer en el naufragio de la nave donde viajaba deportado. Los bienes de los exiliados fueron confiscados. En Numidia, los pogromos alcanzaron grandes proporciones y no cesaron hasta el año 362, en que se quebró la oposición y los católicos que habían llamado a las tropas imperiales pudieron alabar de nuevo a Dios por la unidad recobrada.[582]

Mientras tanto, el 18 de enero de 350, se produjo en Autun (Lyon) el pronunciamiento del general Magnencio, nacido en Amiens e hijo de una franca y de un bretón, que se apoderó de las provincias occidentales. Según algunas fuentes más tardías era pagano; sin embargo, las monedas que hizo acuñar sugieren lo contrario, es decir, que era cristiano. Los francos y los sajones le apoyaron en seguida, y cayeron en sus manos todas las ciudades y fortalezas del Rin. Britania, Galia, Italia y África se apresuraron a reconocerle como emperador. Sus tropas llegaron hasta Libia, y el obispo Atanasio, que "se propasaba más de lo que le autorizaba su dignidad, inmiscuyéndose incluso en los asuntos exteriores" (Amiano), escribió entonces una carta al usurpador cuyos soldados estaban ya entrando en su diócesis. Esta misiva cayó en manos de Constancio y fue negada por su autor en nombre de Dios y del Hijo unigénito junto con otros muchos sagrados juramentos, calificándola de falsificación perpetrada por los "arríanos". El santo no dejó piedra por remover para quitarse aquella mancha; dijo que Magnencio había sido un traidor, un perjuro, un nigromante y un asesino..., sin embargo, y eso sí que es sospechoso, más adelante dejó escrito que el insurrecto, el "Satán", había sido un rey y que Constancio lo asesinó. Odiado por todos, Constante trató de huir hacia Hispania, aunque allí era un desconocido, pero Magnencio envió a Gaiso en su persecución y fue cazado en una remota aldea de la Galia pirenaica, donde se había refugiado en una iglesia. Contra todo derecho de asilo, lo arrancaron de allí y le dieron muerte.[583]

---

[582] Cod. Theod. 16, 6, 2; 16, 10, 2 ss. Optat. Mil. 2, 15; 2, 18; 3, 1 ss; 3, 4; 3, 6; 7, 6 s. Passio Maximiniani et Isaaci (PL 8, 768). Passio Marculi (PL 8, 760 ss). Monum. vet. ad Donatist. hist. Pertinent (PL 8, 774). August. c. ep. Parm. 1, 11, 18. In ev. loh. tract. 11, 15; c. Cresc. 2, 42, 46; 3, 50, 44. c. litt. Petil. 2, 39, 92. Eutrop. 10, 8. Aur. Vict. 41. Zos. 2, 41. dtv Lex. Antike, Religión I 220. Schuitze, Geschichte I 75. Stein, Vom romischen 205, 207, 211 ss. Caspar, Papsttum I 167 s. Ehrhard, Die griechische und lateinische Kirche 182. Hernegger 401 s. Grasmück 118 ss. Van der Meer, Augustínus 14 s. Dannenbauer, Entstehung I 90. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 191. Tengström, Donatísten 93 s. Lorenz, Das vierte 18, 22 s. Chadwick, Die Kirche 258 y nota a esta p. 258 en 361. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 50 ss, 53 ss. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 146.

[583] Consularia Constantinopolitana ad 350. Mommsen, Chron. Min. I 237. Julián. or. 1, 26; 2, 56. Zos. 2, 42, 2 ss. Eutrop. 10, 9, 4. Philostorg. 3, 26. Aurel. Vict.epit. 41, 22 ss. Athan. apol. ad Const. 6 ss, especialm. 11. Hist. Arian. 74. Oros.7, 29, 7 ss. Ammian. 15, 7, 7 ss. Zonar. 13, 5. Pauly II 660. Madden,

244

Ciertamente, Magnencio, el primer anticésar germánico y el más peligroso de todos los usurpadores que amenazaron el trono de Constancio (hasta seis en total), no logró disfrutar de su victoria durante mucho tiempo. El emperador salió de los Balcanes hacia el Danubio, para iniciar la "guerra santa", con unos efectivos que duplicaban los de su contrario. Según Teodoreto, hasta los paganos del ejército tuvieron que bautizarse por orden de Constancio. En cuanto a Filostorgio, continuador de la historia eclesiástica de Eusebio, interpreta como guerra de religión la batalla del 28 de septiembre de 351 junto a Mursa (Esseg, la actual Sisak de Yugoslavia), que fue la más cruenta del siglo y sin duda una de las grandes hecatombes de la historia. Magnencio perdió seguramente porque el jefe de su caballería, el franco (y cristiano) Silvano se pasó a Constancio junto con la élite de sus jinetes antes de la batalla. Se dice que de los 116.000 soldados cayeron o se ahogaron en el Drau 54, 000; de ellos, 24, 000 estaban en el ejército de Magnencio y 30, 000 en el de Constancio. Este último se guardó mucho de personarse en el campo de batalla. Después de haber atizado hábilmente el entusiasmo "religioso" de sus soldados, se retiró a una capilla apartada, para orar en compañía del obispo Valente de Mursa, al que durante la noche se le había aparecido un ángel para anunciarle la victoria. (Esta circunstancia le aseguró al prelado, hábil oportunista que cambió varias veces de bando teológico —de arriano a católico y luego, otra vez arriano— una gran influencia sobre aquel monarca tan creyente, y además supersticioso.) No fue hasta el día siguiente que su majestad hizo acto de presencia en el campo de batalla, para derramar unas lagrimillas a la vista de los montones de cadáveres; serían de alegría por la victoria. En cambio, Magnencio era expulsado de Italia en 352, fue derrotado también en las Galias y el 10 de agosto del año 353, viéndose cercado en su castillo de Lyon, se arrojó sobre la punta de su propia espada, no sin haber acabado antes con sus amigos más íntimos, su hermano Desiderio y su madre. Constancio hizo que pasearan la cabeza del enemigo por el país, y mandó cortar otras muchas. Sus esbirros recorrían todas las provincias occidentales; los acusados de rebeldía eran cargados de cadenas sin más averiguación previa y enviados a la corte para ser juzgados.[584]

245

Constancio y su gobierno de estilo cristiano

Christian Emblems 33 ss. Schuitze, Geschichte 179 s. Seeck, Untergang IV 90 s. Stein, Vom romischen 215. Hagel 75. Lietzmann, Geschichte III 208 s. Enssiin, Einbruch 97.Kent, The Revolt 105 ss. Schmitz, Die Zeit 86. Kellner, Libertas 79 s. Zóllner, Franken 165. Ziegler, Gegenkaiser 53 ss, 69, 73. Noethlichs, Die gesetzgeberischen assnahmen 57. Waas 18, 84, 88 ss, 105. Baines, Constantine's Successors 59. Según Joannou, Die Ostkirche 107, es "totalmente descartable" que hubiese correspondencia entre Atanasio y Magnencio, pero no aporta pruebas; en cambio Klein considera que "habría sido muy lógico" que "trabasen relaciones" y además lo justifica: Constantius II 53 nota 117.

[584] Zos. 2, 45 ss. Theodor. h.e. 3, 3. Eutrop. 10, 12. Sulp. Sever. 2, 38, 5 ss. Socrat. 2, 32. Soz. 4, 7, 3. Philostorg. 3, 26. Zonar. 13, 8. Kraft, Kirchenváter Lexikon 26. Schuitze, Geschichte I 82 s. Seeck, Untergang IV 89 ss, 109 ss, 137 s. Stein, om romischen 201, 215 ss. Kornemann, Weltgeschichte II 326 s. Lietzmann, Geschichte 209 s. Rubín 252. Schmitz, Die Zeit 86. Kent, The Revolt 105 s. Zóllner, Franken 165. Benoist-Méchin 69 s. Previté-Orton, The shorter 47. Joannou, Die Ostkirche 107. Klein, Constantius II 86 ss, 160, pone en tela de juicio la gran influencia de Valente (y de Ursacio), entre otros "obispos de la corte", sobre Constancio. Waas, 18, 90. Stallknecht 84.

El emperador Constancio II, correoso y enérgico, aunque también bastante astuto y desconfiado, no cargó su conciencia sólo con esos crímenes judiciales contra los supuestos partidarios de unos rivales ya vencidos, o con la eliminación de generales sospechosos y de sus amigos o ayudantes. No contento con estas matanzas pérfidas, el "*religiosissimus imperator*" emprendió continuas guerras contra los alamanos, los sármatas, los persas y otras naciones; siempre muy precavido, lento pero concienzudo, preparando siempre las campañas a fondo, desde Mesopotamia hasta el Rin. A sus espaldas solía dejar sólo la tierra quemada.[585]

En unas recientes *Investigaciones sobre la política exterior del imperio romano tardío,* Stallknecht ha intentado documentar las intenciones pacíficas de este emperador, diciendo que se limitaba a realizar demostraciones de fuerza para salvaguardar las fronteras, prefiriendo siempre las estrategias que supusieran menos bajas. "Tan pronto como los bárbaros solicitaban la paz, él se avenía a negociar con ellos y cerraba el tratado a poco que ellos se avinieran a sus condiciones." Pero ¿quién no firmará un tratado de paz cuando el enemigo se aviene a nuestras condiciones? Ante esta evidencia, el mismo Stallknecht se ve obligado a confesar que Constancio "interpretaba como rebeldía y contumacia la menor resistencia a aceptar sus condiciones", y castigaba tales actitudes del modo más cruento, titubeando sólo mientras la cuestión estaba en el alero, pero golpeando sin vacilar tan pronto como la falta de acuerdo se hiciese patente. A fin de cuentas, ese supuesto estudio sobre la política exterior del Imperio romano entre los años 306 y 395 (es decir, durante el primer siglo cristiano) se reduce a la crónica de un inacabable rosario de guerras. En ellas, Constancio gustaba de hacerse acompañar por capellanes que estuviesen en olor de santidad..., y es que "a su manera se tomaba en serio los mandamientos de la Iglesia cristiana" (Lietzmann).[586]

En efecto, aquel político de cuchicheo y gabinete, en cuya corte se reunió una extraordinaria acumulación de obispos, tenía relaciones muy intimas con la religión. "El primer gobernante que se consideró entronizado 'por la gracia de Dios' " (Seeck), y que gustaba de llamarse of icialmente señor de toda la tierra y "mi eternidad" *(aeternitatem meam),* estaba convencido de ser un instrumento designado por el Altísimo y de que gozaba de la protección especial de un ángel, cuyos vagos y vaporosos contornos incluso creyó ver a veces, flotando en el aire. Practicó la castidad con más convicción que su hermano, el aficionado a los erebos. Inmediatamente después de su sangriento *debut,* hizo separar a los hombres de las mujeres en las cárceles. En cuanto a los matrimonios entre parientes consanguíneos que el clero condenaba, lo castigó con pena de muerte para los grados más próximos. En uno de sus decretos proclamaba: "Es nuestra voluntad vivir orgullosos de nuestra fe, en la convicción de que nuestro imperio se sostiene más por la religión que por las hazañas y trabajos y los sudores de los cuerpos".[587]

---

[585] 12. Ammian. 14, 5; 15, 1 s; 15, 3 ss; 15, 5, 8; 15, 11, 19; 16, 5; 16, 8; 16, 10, 10; 17, 12 s;18, 3; 19, 12; 21, 168 ss. Zos. 3, 1, 1; 3, 2, 2. Julián, ep. 23. Cf. también las liquidaciones on ocasión de ser ajusticiados el Magist. ped. Barbacio y su mujer: Ammian. 18, 3. ThK 1 ed. VI 173. Seeck, Untergang IV 29 s, 133, 227 ss, 301 s. Stein, Vom romischen 206. Ludwig., Massenmord 17. Schmidt, Die Ostgermanen 229. Klein, Constantius II 89, 162 s. Stallknecht 44 ss. Browning 276 s.

[586] Seeck, Untergang IV 29. Lietzmann, Geschichte III 177. Stallkneeht passim, especialm. 44ss, 55s.

[587] Ammian. 15, 1, 3; 21, 14, 2. Cod. Theod. 3, 12, 1 s; 9, 16, 1; 16, 2, 16. Seeck, Untergang IV 29ss.

246

Lógicamente, este emperador favoreció a los sacerdotes cristianos todavía más que su padre, y confirmó, amplió y multiplicó los privilegios otorgados.

Si Constantino los había dispensado de la contribución artesanal, Constancio les perdonó la territorial y la tasa por uso del correo. En el año 355, dispuso que los obispos no pudieran ser juzgados por los tribunales comunes, "para evitar falsos testimonios promovidos por los espíritus fanáticos". Y no sólo los dispensó de los servicios comunes, sino que ellos "y sus mujeres e hijos así como sus sirvientes de ambos sexos serán exentos a perpetuidad de toda clase de impuestos y prestaciones por cuenta del Estado". Sin embargo, y esto es típico de toda la historia eclesiástica, tales concesiones sólo sirvieron para que el clero reclamase todavía más privilegios. Así por ejemplo, el Concilio de Rimini exigió "que los bienes raíces que aparezcan como propiedades de la Iglesia sean francos de cargas de todas clases y que se cancele la deuda fiscal pendiente", cosa que durante algún tiempo, por lo que parece, llegaron a obtener.[588]

Constancio, que no fue bautizado sino hacia el final de su vida, tal como había hecho su padre (y también en ese caso, siendo el of iciante un arriano, Eudocio de Antioquía), fue cristiano amano, lo que explica la "mala prensa" que encontró entre los padres de la Iglesia, obedeciendo muchas veces al móvil político que en algunos casos rayó en la alta traición. De ahí los improperios de Lucifer de Calaris, por ejemplo: "Nosotros, los obispos consagrados por el Espíritu Santo, ¿hemos de respetarte a tí, que eres un lobo sanguinario? [...] ¿Quién más necio?...". El padre Hilario lo compara a Nerón, Decio y Maximiano, aunque se abstuvo de publicar su diatriba *Contra Constancio* antes del fallecimiento del criticado. El padre Atanasio, su principal adversario, lo incluye en la nutrida nómina de grandes pecadores bíblicos; le tilda de perjuro, injusto, irresponsable y peor que los emperadores paganos, caudillo de los impíos, cómplice de bandoleros y Anticristo. "Casi no caben insultos peores que los prodigados por Atanasio" (Hagel).[589]

Recientemente, Richard Klein ha intentado revisar "esa imagen panfletaria del *princeps arianorum Constantius,* trazada por una animadversión personal y aceptada por muchos pese a constituir una grosera falsificación de la realidad; por difundida que esté la noción de Constancio como *arriano,* no deja de corresponder a un cliché; nos parece más cierto que este emperador obedeció, como su padre, primordialmente a móviles políticos, que no religiosos, haciendo del clero instrumento del poder".[590]

247

Así lo pone de manifiesto la "misión" del indio Teófilo en Arabia, hacia el año 340.

Este personaje, exiliado en Roma a título de rehén, fue educado por Eusebio de Nicomedia, probablemente el mismo que le ordenó obispo poco antes de iniciar su expedición. Como jefe de la delegación imperial, apenas hizo labor misionera, sino política (aunque venga a ser lo mismo a fin de cuentas). El imperio tenía grandes

---

Stein, Vom romischen 205. Thiess 266. Brown, Welten 111.

[588] Cod. Theod. 16, 2, 12; 16, 2, 14 s. Jones, Greek City 1373 s. Tinnefeid 259.

[589] Hilar, d. Port. c. Constant. imp. 7, 1. Athanas. de syn. 31, 3. Histor. Arian. 30; 45 s; 49 s; 67 ss; 74 ss. Lauchert 74 s. Hagel 70. Antweiler, Einleitung 35. Haendier, Von Tertullian 97

[590] Klein, Constantius II, 1 ss. Citas: 67, 157. Cf. también la recapitulación 265ss y el resumen 270 ss.

intereses en la *Arabia Félix,* donde descargaban las naves portadoras de los preciados productos orientales de importación para continuar el transporte por la vía terrestre. El obispo Teófilo, que viajó allí con una gran flota mercante, fomentó dichos intereses mediante una táctica de sobornos a los jeques. No hizo conversiones, no fundó diócesis ni ordenó sacerdotes, y si hizo construir alguna "casa de Dios", fue atendiendo siempre a tangibles razones políticas o económicas. Así autorizó la erección de una iglesia en Tafaron, a orillas del mar Rojo, porque era la capital de la región, y otra en Adana, junto al océano Índico, porque era el puerto más importante para el comercio de los romanos con la India. Un tercer templo se alzó en la desembocadura del golfo Pérsico, donde interesaba ganarse a la población local. A Constancio le convenía influir sobre los árabes y sus príncipes, que soportaban mal la superioridad militar de los persas, y que en adelante las habituales expediciones de saqueo no recorriesen las provincias romanas limítrofes sino el territorio vecino. Incluso cabía la posibilidad de ganárselos como aliados, o cuando menos como simpatizantes, aunque neutrales, de cara a la inminente guerra contra los persas, principales enemigos de Roma en Oriente. Por eso, la expedición misionera del obispo no llevó como regalos, digamos, doscientas biblias, sino doscientos corceles de pura raza capadocia, en naves especialmente acondicionadas para transportarlos.[591]

Otro ejemplo de cómo la razón de Estado era la definitiva para Constancio nos lo proporciona el caso de Armenia, región cuyos problemas conocía de su época de césar.

Cuando el *katholikos* Nerses promovió la fusión de la Iglesia Armenia con la griega, entrando al mismo tiempo en la zona de influencia del Imperio romano, el emperador dio su visto bueno; pero cuando el mismo patriarca se dedicó a consolidar su posición militarizando cada vez más su séquito y poniéndose de parte de los señores feudales, y cuando censuró acremente al rey Arsaces por el asesinato de su sobrino Knel para poder casarse con Farantzem, esposa de éste, lo que motivó el relevo de Verses por un (anti)patriarca llamado Tsunak, Constancio no respaldó en modo alguno al obispo legítimo, a quien antes había apoyado, sino que prefirió la amistad del rey Arsaces, que era el más importante de entre sus aliados en Oriente, demostrando con ello que valoraba más esta alianza frente al común enemigo persa que la legitimidad del *katholikos.* Nerses fue desterrado por Arsaces y no pudo regresar hasta nueve años más tarde.[592]

248

Lo mismo que su padre, Constancio utilizó el cristianismo como instrumento de su política y no al revés. Por eso, tan pronto como se vio emperador único, su primera preocupación fue la unidad de la Iglesia, aunque a diferencia de su progenitor prefirió buscarla en los arríanos. De ahí que fuese desterrando uno tras otro a numerosos patriarcas católicos, entre ellos Atanasio, Pablo de Constantinopla e Hilario de Poitiers. También otros, como el papa Liberio y Osio de Córdoba, sufrieron el peso de su autoridad: "Mi voluntad ha de ser ley para la Iglesia —explicó a los reunidos en Milán en 355—. Obedeceréis, o seréis desterrados". Al mismo tiempo continuaba

[591] Philostorg. h.e. 3, 4 ss. Mi texto sigue más de cerca a Klein, Constantius II215 ss. Cf. también K.K. Klein, Gothenprimas Wulfila 91 s. Nischer-FaIkenhof, Stilicho 12 s.

[592] Faust. 4, 3. Klein, Constantius II, 201 ss.

la persecución contra los donatistas de África que no iniciara Constantino, e incluso procedió contra una secta del amanismo, la de los eunomianos, setenta de cuyos obispos se dice fueron exiliados por orden suya.[593]

Con los judíos, Constancio se mostró incluso más brutal que su padre. Una ley del año 339, que los tilda de "secta nefanda" y llama "mercados" *(conciliábulo)* a sus lugares de reunión, prohíbe bajo pena de muerte en la hoguera poner dificultades a ningún judío que pretendiese convertirse al cristianismo. Ahora bien, y aunque los judíos estuviesen autorizados a hacerse cristianos, el cristiano que se convirtiera al judaísmo arrostraba la "pena merecida", según el emperador, de confiscación de todos sus bienes. Prohibió los casamientos entre cristianos y judíos; en particular, persiguió el ingreso de las mujeres en las comunidades hebreas con la pena de muerte. Los judíos no podían comprar esclavos, ni aunque fuesen paganos, bajo pena de confiscación de bienes, o pena de muerte si se atrevían a circuncidarlos. En consecuencia, les vedaba cualquier actividad económica cuya explotación necesitase el empleo de esclavos; seguramente, fue entonces cuando empezó la dedicación de los judíos a las actividades financieras, que los hicieron todavía más odiados. La represión fue severa, sobre todo con los judíos de Palestina, tras una insurrección que fue sangrientamente aplastada.[594]

Muy dura fue asimismo la actitud de Constancio frente a los paganos, seguramente instigada por el partido cristiano.

249

Un padre de la Iglesia que predica el saqueo y la matanza

Y llegó la hora de Firmico Materno, quien manifestaba con alegría que "si bien en *algunas* regiones rebullen todavía los miembros moribundos de la idolatría, parece próxima la erradicación completa de tan perniciosa aberración en todas las provincias cristianas", lo que le servía para lanzar esta proclama a los emperadores cristianos: "¡Fuera todos los ornatos paganos de los templos! ¡A la ceca y al crisol con el metal de las estatuas idólatras, para que se fundan al calor de las llamas!". Y les recordaba la obligación que tenían de "corregir y castigar", de "perseguir por todas las maneras posibles a los seguidores del culto idólatra", prometiendo siempre a cambio "el premio celestial" y "cuantiosos beneficios. Obrad, por tanto, según está escrito y dispuesto...". Con razón ha escrito Schulze que la lucha del Estado contra la religión pagana, "desde sus comienzos bajo Constantino hasta su pleno desarrollo bajo Constancio, estuvo presidida por la anuencia y aun la colaboración de la Iglesia", que

[593] Athan. de syn. 31.3. Hist. Arian. 33. Philostorg. 4, 8 s. Socrat. h.e. 2, 47. August. ep. 105, 9. LThK 1 ed. VI 173. Diekamp 123 ss. Albertz, Untersuchungen.¡ Haller, Papsttum I 51 s. Martin, Caesaropapism 121 ss. Girardet, Kaiser Konstantius II 101 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 58 s.

[594] Cod. Theod. 16, 8, 1; 16, 8, 6; 16, 8, 7; 16, 9, 2. Schuitze, Geschichte I 379.Seeck, Regesten 48. Browe, Judengesetzgebung 120 s. Tinnefeid 293 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 72, que sólo reconoce un decreto sobre judíos atribuible "con seguridad" a Constancio (Cod. Theod. 16, 8, 7), que es el que sanciona con la confiscación de bienes la conversión de un cristiano al judaísmo; a pesar de ello el historiador ve en Constancio "una actitud neutral" frente a los judíos.

"ejerció una influencia activa en cuanto a la legislación" (Gottiieb).[595]

Julio Firmico Materno, siciliano de familia senatorial oriunda de Siracusa, según parece no efectuó su pública conversión al cristianismo hasta que quedó claro que los hijos de Constantino se pronunciaban en favor de dicha religión con más claridad que su padre. En la diatriba *Sobre el error de las religiones paganas,* redactada hacia el año 347, Firmico incita a los emperadores Constancio y Constante, llamados "*sacratissimi imperatores*" y "*sacrosancti*", al exterminio, sobre todo, de los cultos mistéricos, los competidores más peligrosos del cristianismo; se trataba de los cultos a Isis, Osiris, Serapis, Cibeles y Atis, Dionisio-Baco y Afrodita, y el culto solar del mitraísmo, el más pujante de la época, caracterizado por numerosos y sorprendentes paralelismos con la religión cristiana. El caso es que nuestro renegado fue persona instruida, de gran cultura, y tanto que siendo todavía pagano escribió un erudito y muy piadoso estudio sobre "los cultos sagrados" (Weyman), así como un tratado de astrología, *Matheseos librí VIH,* el más completo y voluminoso de la Antigüedad; en cambio, como cristiano polemizó acremente contra el culto a los elementos (agua, tierra, aire y fuego) habitual en las religiones orientales. Muchos autores católicos niegan todavía (pese a haberse demostrado incontestablemente en 1897) que Firmico fuese el autor de aquellas diatribas sanguinarias, que se desacreditan por su mismo estilo fanático y recargado de pleonasmos, prototipo de futuras retóricas panfletarias del catolicismo.[596]

250

Cristo, se congratula el padre de la Iglesia, "ha derribado la columna en donde tenía su imagen el demonio", que aparece así "casi vencido, convertido en fuego y cenizas". "Poco falta ya para que el diablo, totalmente avasallado por vuestras leyes, quede totalmente destruido poniendo fin al nefasto contagio, una vez exterminado el culto a los ídolos, ese veneno [...]. Celebrad con júbilo la aniquilación del paganismo, cantad a plena voz el aleluya [...], pues habéis vencido como soldados de Cristo."[597]

Todavía no, sin embargo. Aún existían las *religiones profanae,* aún continuaban en pie casi todos los templos y aún acudían los paganos a sus santuarios. Por este motivo, el agitador reclama la confiscación de sus bienes, la destrucción de los centros de adoración. Que se ponga término a la necedad, exige con más énfasis que ningún otro cristiano antes que él. "*Tollite, tollite, securi...* Quitad, quitad sin temor, santísimo emperador, los ornatos de los templos. Fundid las figuras de los dioses y acuñad con ellas vuestra moneda; incorporad los exvotos al erario imperial. El Señor os ha llamado a empresas más altas, cuando hayáis coronado la tarea de aniquilar todos los templos."[598]

---

[595] Firm. Mat. err. 20, 5; 28, 6; 29, 1 ss. Cf. 20, 7. Además: Sozom. 4, 11. Schuitze, Geschichte 197. Gottiieb, Ost und West 17.

[596] Firm. Mat. err. 8. Ziegler, Firmicus Maternus RAC VII 946 ss, 953 s, 957.Fredouille, Gótzendienst 882 s. dtv Lex. Antike, Philosophie II 130. Kraft, Kirchenváter Lexikon 229 s. Schuitze, Geschichte I 100 ss, II 337 s. Tinnefeid 227 s. Hoheisel 11 s, 21 ss, 44. Weyman cit. s/Hoheisel. La identidad del autor de ambos tratados ha sido documentada por C.H. Moore, J. Firmicus Maternus, Der Heide und der Christ, 1897. Sobre el mitraísmo: Deschner, Hahn 75 ss.

[597] Firm. Mat., Vom Irrtum der heidnischen Religionen, BKV 58 s (262 s).

[598] Ibíd. 28, 6. Ziegler, Firmicus Maternus RAC VII 955 ss. Cf. aquí y sobre la nota sgte. C.A. Forbes 164 ss.

La propagación del cristianismo, ésa era la empresa más alta, junto con la erradicación de las perniciosas doctrinas paganas. Claro está, los paganos no opinaban que fuese así, sino al revés. "Cobraba cada vez más fuerza la opinión de que con la irrupción del cristianismo en el mundo había empezado una decadencia general de la especie humana" (Friedlander). Pero prescindiendo de que la vida y el pensamiento fuesen mucho más libres durante la época del paganismo, hay que tener en cuenta que éste conoció también —tal como ha señalado Kari Hoheisel en un voluminoso estudio sobre el tratado de Firmico—, "junto a los aspectos turbios de la agitación orgiástica, una aspiración ascética y una práctica de la castidad que eran la admiración de muchos cristianos. En aquel tiempo, los rasgos obscenos de la mitología habían desaparecido frente al rigorismo, o circulaban en todo caso bajo un disfraz secular. [...] Las religiones antiguas of recían refugio y consuelo a sus partidarios; les ayudaban a comprender la existencia, ordenaban las relaciones entre los hombres y daban un sentido a las cuestiones trascendentes de la existencia. [...] Casi todas las doctrinas salvincas que estudió Firmico eran potencias espirituales de gran vitalidad".[599]

De ahí precisamente el fanatismo, la rabia frenética, la incitación al pogromo. Por eso los paganos sólo podían ser "necios", "infames", "apestados", y era preciso que "tales abominaciones sean erradicadas y exterminadas por nuestro santísimo emperador". Por eso el santo padre postula "leyes severísimas", el saqueo de los templos, la aplicación de "el fuego y el hierro", la persecución "por todos los medios". Siempre invocando al Yahvé del Antiguo Testamento, como es lógico; hasta entonces ningún cristiano se había reclamado con tanto énfasis heredero de las hecatombes bíblicas, ni había utilizado de manera tan sistemática el precedente para justificar el recurso a la brutalidad y al terror. Dios amenaza incluso a la familia y a los hijos de los hijos, "para que no sobreviva la semilla maldita, [...] y no quede ni rastro de las generaciones paganas". "Ni al hijo ni al hermano perdonará, e incluso traspasará con la espada el cuerpo de la esposa amada; al amigo perseguirá con noble intransigencia, y el pueblo entero se alzará en armas para destrozar a los infames."[600]

251

Tan pronto como la Iglesia se encontró en una posición de fuerza, dejó de rechazar la violencia para pasar a ejercerla "por todos los medios", como dice el teólogo Cari Schneider. La vieja apologética que hablaba de libertad de cultos queda desplazada por el libelo y la diatriba; la ideología del martirio y las vidas ejemplares de los mártires no interesan ya, es la hora del fanatismo perseguidor, de "los poderosos llamamientos a la cruzada" por parte de un Firmico "denigrador de las religiones no cristianas como ningún otro antes que él" (Hoheisel). Los emperadores, ciertamente, eran quienes disponían de los medios para aplicar la coerción y la violencia; pero ellos también eran cristianos y no serán necesarias muchas pruebas para suponer que el libro de Firmico Materno, dedicado a los emperadores Constancio y Constante, no dejaría de influir en alguna medida sobre la política antipagana de los mismos, sus prohibiciones y sus amenazas. Y éstas, a su vez, determinarían la postura del autor de ese panfleto cristiano.[601]

---

[599] Friedlander 920, 934 ss. Hoheisel 326 s.

[600] Firm. Mat. err. 16, 4 s; 28, 6 ss; 29, 1 s. Hoheisel 392 ss, 401 ss.

[601] Ziegler, Firmicus Maternus RAC VII 956. dtv Lex. Antike, Religión 1187. Schneider,

Primeros asaltos a los templos. Torturas y terrorismo judicial bajo Constancio

Así se entiende mejor la santa ira contra el paganismo, que todavía tenía muchos seguidores entre los campesinos, los muchos retores y filósofos; también se conservaba entre la aristocracia cultivada, sobre todo las más rancias familias senatoriales, incluso entre las del imperio de Oriente.[602]

En el año 341, un decreto atribuido a Constante comenzaba no con la clásica exposición de motivos, sino con un grito propagandístico: "¡Que cese la superstición! ¡Que sea abolido el desvarío de los sacrificios!" *(caesat superstitio sacrificiorum aboleatur insania),* consecuente con ello, el soberano dispuso en 346 el cierre, con efectos inmediatos, de los templos sitos en las ciudades; en 356, se ordenaba la clausura de todos los templos. La cuestión estribaba en impedir que los malvados *(perditi)* siguieran haciendo sus cosas malas, lo que desencadenó una oleada de asaltos contra los templos. La confiscación de bienes y la muerte por pisar un templo, o por participar en la "aberración" de los sacrificios o adorar una imagen, era uno de los puntos de las leyes de Constancio: "Quien tales cosas haga, sea abatido por la espada vengadora". También amenazaba con la confiscación de bienes a los gobernadores que no pusieran celo suficiente en el cumplimiento del decreto. Un año después, en 357, el regente amplió la pena de muerte a las prácticas adivinatorias y astrológicas. "Que callen ahora y de una vez para siempre." En realidad, aún había muchos paganos incluso entre el alto funcionariado; en su mayor parte, la aristocracia romana vieja y el mundo de la cultura seguían fieles a la antigua fe, motivo por el cual muchas de estas leyes fueron, de momento, papel mojado. Pero eran síntomas del auge de la intolerancia, y mientras tanto los pastores cristianos iban aumentando el número de sus cabezas.[603]

252

Pero no siempre quedaron en papel mojado. Libanio, retor pagano de Antioquía, ha contado que Constancio heredó de su padre "la chispa de la inclinación a las malas acciones, convertida por él en un gran incendio, pues hace saquear los tesoros de los dioses, derriba los templos, anula los sagrados cánones". Libanio comenta que Constancio "generalizó a la retórica *(logoi)* el desprecio del culto pagano, y no es de extrañar, porque ambas cosas, el culto y la retórica, están emparentadas y van unidas"; el lector contemporáneo entenderá que con esto acusaba al emperador de ir

Geistesgeschichte II 27. Lorenz, Das vierte 96. Hoheisel 8, 44 se muestra escéptico en cuanto a la influencia de la obra entre los contemporáneos, cf. también 249ss y 330. Kóttíng, Religionsfreiheit 22, 32 s.

602 Tinnefeld244s.

603 Cod. Theod. 16, 10, 2 ss; 16, 10, 6. Cf. 16, 10, 10. Athan. apol. ad Const. 7. Chrysost. hom. in Juvent. et Martyr. 1. August. conf. 8, 2. Soz. 5, 4. Liban. Mon. In Jul. Symm. reí. 3, 7. RAC II 1228 s. Schuitze, Geschichte I 75 ss. Seeck, Regesten 191. Ehrhard, Die griechische und latenische Kirche 17. Dannenbauer, Entstehung I 81 s. Scheidweiler, Eine arianische Predigt 140. Bloch, Pagan Revival 194. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 53 ss, 62 ss. Tinnefeid 271. Antón, Selbstverständnis 48 s.

al mismo tiempo contra la religión y contra la cultura del paganismo.[604]

Los cristianos más fanáticos atentaban ya contra los altares y los templos. El diácono Cirilo de Heliópolis, por ejemplo, se hizo famoso con sus acciones. En Aretusa de Siria, el sacerdote Marco hizo derribar un antiguo santuario (lo que luego, siendo obispo y durante la reacción pagana de Juliano, le valió una grave paliza). En Cesárea de Capadocia, la comunidad cristiana arrasó un templo de Zeus, patrono de la ciudad, y otro de Apolo. En Alejandría, el arriano Georgios destruyó toda una serie de lugares sagrados del paganismo. En una palabra, vemos que ya entonces hacía estragos "el mismo fanatismo religioso por el que unos cristianos tomaban las armas contra otros — como ha escrito Johannes Geffcken—, aunque algunos excesos obedecerían más bien al móvil de la codicia".[605]

Cierto que cuando Constancio visitó por primera vez Roma, en mayo de 357, toleró la subsistencia del panteón, el templo de Júpiter sobre el Capitolio donde residía la Tyche romana; impresionado por las tradiciones de la ciudad, toleró e incluso patrocinó los ritos paganos de la misma, confirmó los privilegios de las vestales y contribuyó con dinero a las festividades. Sin duda, se trataba de contemporizar con la poderosa aristocracia romana, pero estas demostraciones de favor producían resurgimientos del paganismo en toda Italia, posiblemente con la excepción de Sicilia. De manera que Roma siguió siendo una plaza fuerte de la religión antigua.[606]

253

Una generación más tarde, sin embargo, todo esto había cambiado bastante. Durante una visita del general en jefe de los ejércitos occidentales del emperador Teodosio, la esposa de aquél descubrió que la estatua de la Gran Madre lucía un precioso collar y se lo apropió para usarlo personalmente. Una anciana, la última vestal, que se atrevió a criticar el latrocinio perpetrado por la distinguida visitante, fue expulsada del templo y pronunció una maldición que, según cuenta Zósimo, se cumplió.[607]

Constancio persiguió a los acusados de prácticas mágicas aún más que a judíos y paganos, pues tenía un pánico cerval a cuanto oliese a brujería o artes diabólicas, aparte los prejuicios contra los paganos que daban el móvil religioso habitual.

En el año 357, el emperador decretó la pena de muerte contra adivinos, magos, clarividentes y arúspices. Los astrólogos y los intérpretes de sueños podían ser torturados ante el tribunal para obligarlos a confesar. Incluso un paseo nocturno por un cementerio podía constituir indicio de prácticas de magia negra *(magicae artes).* Bastaba con usar un amuleto para arriesgarse a perder la cabeza. La revelación de sueños de contenido equívoco podía dar lugar a una denuncia por alta traición. "El que consultase a un adivino *(hariolus)* acerca del chillido de un murciélago o porque se le hubiese cruzado un tejón en su camino u otras señales similares —asegura el contemporáneo Amiano Marcelino— era llevado ante los tribunales y reo de

---

[604] Liban, or. 67, 8. Cf. Tinnefeid 240 ss, 271 ss.

[605] Theodor. h.e. 3, 7; 3, 18. Szom. 5, 4. Schuitze, Geschichte 183 ss, 151. Geffcken, DerAusgang98s.

[606] Symm. reí. 3, 7. Symm. ep. 10, 54. Amm. Marcell. 16, 10; 19, 10, 4. Schuitze, Ge schichte 190 s. Geffcken, Der Ausgang 100 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 65. Erdbrooke 40 ss. Antón, Selbstverstándnis 48 s.

[607] Zos. 5, 38. Me atengo al texto de Grant, Christen 181.

muerte." Pero no se trata de un informante imparcial; Amiano suele exagerar las actuaciones del déspota a quien odiaba para sustanciar la acusación de terrorismo judicial.[608]

En el año 358, el emperador amenazaba con la tortura por prácticas de brujería y adivinación incluso a los antes privilegiados de su entorno y a los miembros del séquito del cesar. En caso de falso testimonio del "culpable", éste era condenado al suplicio del caballo de madera, consistente en desgarrar los flancos de la víctima con unas garras metálicas. Por lo visto, la fe del soberano, como la de otras muchas generaciones futuras de cristianos, era magníficamente compatible con la tortura y el ajusticiamiento. "La sinceridad de sus convicciones cristianas está por encima de toda duda. [...] El Símbolo de la Fe no era una simple fórmula para él, sino elemento regulador de todas sus acciones en materia de ética religiosa, de toda su personalidad" (Schütze).[609]

Agobiado de miedo y de manía persecutoria, cargado de "manías de vieja" (Funke), Constancio II mantuvo una nutrida policía secreta. En otoño de 359, se produjo en Escitópolis (la actual Beth Sheab, de la Jordania occidental) un proceso por consulta de oráculos, celebración de sacrificios, uso de amuletos y visitas nocturnas a sepulcros; el emperador encargó la instrucción de la causa a un tal Paulo, motejado *Tartareus* (Paulo el infernal), "capaz de sacar negocio incluso de los trebejos del suplicio, lo mismo que cualquier tratante de esclavos", y que, según nos cuenta Amiano, inauguró en Palestina un auténtico régimen de terror.[610]

254

Paulo, oriundo de Híspanla y llamado también *Catena* (cadena, grillete), era posiblemente arriano. En la corte imperial, su cargo de *notarius* le asignaba competencias para misiones especiales, y sobre todo para la persecución de los delitos de alta traición, en todo el ámbito del imperio. Tal vez se trate del mismo Paulo que inició hacia el año 345, siendo todavía emperador Constante, la persecución contra los donatistas en el norte de África. En el año 353, se dedicaba a buscar en Britania a los partidarios del usurpador Magnencio; dos años más tarde, a los seguidores del usurpador Silvano. Este último, que era franco y cristiano, adversario de Constancio en la batalla de Mursa, había sido enviado a la Galia para luchar contra unos invasores germanos. Asediado por sus enemigos en la corte y acusado de alta traición mediante cartas falsas, el 11 de agosto de 355 se hizo proclamar emperador por las tropas galo- germanas en Colonia. Pero pocas semanas después, mientras huía y estaba refugiado en una capilla, fue asesinado por sus *bracchati* y *cornuti* (cuerpos de ejército formados también, en parte, por germanos) que habían sido sobornados por Constancio. El soberano mandó supliciar a todos los amigos y colaboradores de Silvano. En verano de 359, Paulo estuvo en Alejandría, investigando a los partidarios de Atanasio, pero en 361 fue quemado vivo en Calcedonia por sentencia de Juliano, en el curso de las represalias ordenadas por éste

---

[608] Cod. Theod. 9, 16, 4; 9, 16, 5; 9, 16, 6. Ammian. 15, 3, 9; 6, 8, 1 s; 18, 4; 19, 12, 1ss. Liban, or. 18, 138. Lea III 449 s. Seeck, Untergang IV 37 s. Barb 103, 108 ss. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 65 ss. V. Haehling, Prozess 77, 88 ss.

[609] Schütze, Geschichte 173, 89 s.

[610] Ammian, 19, 2. Funke, Ammianus 151 ss. V. Haehling, Prozess 74 ss, 98.

contra los sicarios de su predecesor.[611]

El notario Paulo quedaba excluido del procedimiento judicial en las actuaciones contra los seguidores de Magnencio y de Silvano; lo mismo pasó en el proceso de Escitópolis, donde las fuerzas en litigio eran el poder estatal, por una parte, y los paganos por otra (sin duda serían paganos de los más decididos). Por eso, el Estado se saltó las competencias del juez ordinario, Hermógenes, prefecto de Oriente hacia 358 o 359, porque era también pagano, había consultado el oráculo en la corte por encargo de Licinio, y hacia 353 y 358, siendo todavía procónsul Archiae en Corinto, a menudo había pasado días enteros en el santuario de la Diké. En su lugar nombraron instructor al cristiano Modesto. La consecuencia fue que de entre los acusados, los más poderosos o influyentes salieron bien librados; en cambio, varios individuos desconocidos o de posición modesta fueron ejecutados por infracciones más bien banales, como por ejemplo llevar un amuleto contra las fiebres.[612]

Domicio Modesto, el *comes Oriens,* era otro personajillo repelente de la corte; lo mismo que Paulo, se hizo cristiano cuando accedió al poder Constancio II. Bajo el emperador Juliano se hizo pagano igual que el emperador, lo que le valió la prefectura de Constantinopla. A la muerte de Juliano se hizo bautizar por un sacerdote arriano, y en 370 ascendió a la prefectura imperial, uno de los cargos más importantes que podía nombrar el emperador arriano Valente, y que desempeñó persiguiendo sin tregua a los católicos; incluso se atrevió a meterse con Basilio, padre de la Iglesia, aunque luego tuvo correspondencia con él. Este reiterado transfuguismo de Modesto no sólo fue beneficioso para su carrera; aun siendo teóricamente "pobre" con su salario de *comes Oriens,* en tiempos de Valentiniano y de Valente se convirtió en propietario de grandes latifundios.[613]

255

Hecatombes bajo el piadoso Galo

En Palestina, escenario del proceso de Escitópolis, habían ocurrido poco antes los desmanes de Galo, un primo de Constancio que se salvó de la matanza dinástica del año 337. Encontramos aquí a otro buen cristiano, asiduo a la iglesia desde la infancia, gran lector de la Biblia y esposo supuestamente fiel de la anciana Constancia, hermana del emperador casada en segundas nupcias y notoria arpía, "una furia desatada —como escribió Amiano—, tan sanguinaria como su mismo esposo". Galo envió a su hermanastro Juliano varias cartas de reconvención, invitándole a regresar al cristianismo; en 351, año de su proclamación como césar, escandalizó a los paganos llevando los huesos de san Babilas —la primera traslación bien documentada que conocemos, dicho sea de paso— al famoso santuario de Apolo en Dafne, que así quedó desnaturalizado.

El cristiano Galo, gran aficionado al pugilato (en aquel entonces el boxeo era muy

[611] Ammian. 14, 5, 6 ss; 15, 5 s; 22, 3, 10 s. Liban, or. 18, 31. Sozom. h.e. 4, 10, 11. Zonar. 13, 9. Pauly V 198. dtv Lexikon Antike, Geschichte III 199. Waas 17, 25.V. Haehling, Prozess 95. Browning 104 ss afirma que Paulo Catena fue enterrado vivo, cf.184.

[612] Ammian. 19, 12, 6. V. Haehling, Prozess 74 ss, especialm. 85 ss, 93, 95 ss.

[613] Lib. ep. 55. Tinnefeid 110. V. Haehling, Prozess 95, 98. El mismo, Religionszugehórigkeit 67 ss.

cruento, con frecuentes roturas de huesos), se reveló como un pequeño tirano en su residencia, Antioquía, mediante arbitrariedades de todas clases y procesos por alta traición y brujería en los que se hizo burla de todas las normas jurídicas y que acarrearon una estela de confiscaciones, destierros, torturas horribles y ejecuciones. La lucha contra los paganos revestía tintes de verdadero fanatismo, y utilizaba una red de espías que abarcó toda la ciudad. El cesar Galo, de quien dice Teodoreto con énfasis que "fue ortodoxo a machamartillo hasta el día de su muerte", incluso indujo algunos linchamientos por parte de la plebe para librarse de ciertos conciudadanos incómodos. En 352, cuando los judíos sufrieron otro de sus periódicos ataques de excitación mesiánica y se rebelaron contra la prohibición de tener esclavos que no fuesen judíos, asaltando una guarnición romana para procurarse armas y nombrando rey a un tal Patricio, el piadoso Galo quemó ciudades enteras y degolló hasta los niños. De este régimen de terror tampoco se salvaban los altos funcionarios imperiales; así cayó el prefecto de Oriente, Talasio, responsable directo ante el emperador. Le sucedió Domiciano, que al poco de su llegada a Antioquía fue capturado por la soldadesca, arrastrado por las calles, colgado de las piernas y arrojado al río Orontes; el mismo fin padeció su cuestor, Monzo. Hubo otros asesinatos diversos, y hacia comienzos del verano de 354 la población se alzó "por variados y complicados motivos", como escribe Amiano, pero sobre todo a causa de la hambruna y la miseria general. El gobernador Teófilo resultó muerto y descuartizado. Constancio se vio en la necesidad de llamar a su primo, pese a haberle prometido inmunidad total, y le pidió que se hiciese acompañar por su mujer, "la encantadora Constancia", pues hacía tiempo que no la veía. Galo comprendió que había gato encerrado, pero confiaba en el apoyo de Constancia, la hermana del emperador. Pero esta valedora falleció en aquellos días de resultas de unas fiebres y el emperador hizo decapitar a su hombre de confianza una mañana de otoño de 354, en Flanona (cerca de la actual Pola, en Istria). Tras la ejecución procedió con el potro del suplicio, el hacha del verdugo o el destierro contra todos los amigos de Galo, sus of iciales y funcionarios, e incluso contra algunos religiosos.[614]

256

Sólo la muerte del soberano, a los cuarenta y cuatro años de edad, ocurrida en Mopsukrene el 3 de noviembre de 361, evitó la confrontación de éste con su primo Juliano.

La reacción pagana bajo Juliano

Al igual que su hermano Galo, también Juliano se salvó de la matanza de parientes, aunque como miembro de la dinastía imperial no dejó de estar estrechamente vigilado, primero en una fastuosa finca de Nicomedia, que había sido

[614] Greg. Nacianc. or. 4, 23 ss. Julián, ep. 31. Philost. 3, 27 s. Theodor. h.e. 3, 3. Zos. 2, 55. Socrat. 2, 33; 3, 18. Soz. 4, 7, 5; 5, 19. Chrysost. de s. Babyla 3. Vict. Caes. 42, 10. Ammian. 15, 2 s; 14, 1 ss; 7, 1 ss; 11, 6 ss; 22, 13. Liban. 19, 47. RAC I 466 s. Pauly I 1291 s. dtv Lex. Antike Geschichte II 48. Lexikon der alten Weit 1024. Schuitze, Geschichte I 87. Seeck, Untergang IV 107, 123 ss. Geffcken, Der Ausgang 99. Stein, Vom römischen 219 s. Avi-Yonah 182 ss. Funke, Ammianus 158 s. Blockiey 433 ss. Tinnefeid 151ss. Browning 93ss. Benoist-Méchin 70ss. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 62 s.

propiedad de su madre (Basilina, fallecida poco después del nacimiento de Juliano), y luego en la solitaria fortaleza de Macellum, sita en el corazón de Anatolia, donde también estuvo prisionero su hermano mayor. El desconfiado emperador tejió una tupida red de espías alrededor de ambos príncipes, para que le trasmitieran todas y cada una de las palabras de éstos. Vivían "como prisioneros en aquel castillo persa" (Juliano), prácticamente arrestados y seguramente amenazados de muerte. En Nicomedia, le pusieron a Juliano un preceptor, el obispo Eusebio, pariente de Basilina, eclesiástico y hombre de mundo ya conocido por aquel entonces, que siguiendo la costumbre de los prelados orientales solía teñirse las uñas con cinabrio y el pelo con henna, y que tenía instrucciones de educar severamente al niño en la religión cristiana, de impedirle todo contacto con la población y de "no hablarle jamás del trágico fin de su familia", aunque a sus siete años lo tenía bien presente y ello motivaba frecuentes accesos de llanto y terribles pesadillas nocturnas. En Macellum, donde estuvo confinado siete años sin apenas otra compañía que la de sus esclavos, tuvo por educador al arriano Jorge de Capadocia, encargado de formarle para el sacerdocio. Pero luego pudo salir y se instaló en Constantinopla, donde vivió las disputas entre arríanos y ortodoxos y conoció la vida real de aquel mundo de violentos tumultos y encendidas excomuniones mutuas. Hacia finales de 351, cuando contaba veinte años, Constancio ordeno que prosiguiera sus estudios en Nicomedia. Juliano visitó Pérgamo, Efeso y Atenas, donde tuvo maestros notables que le ganaron para el paganismo.

Nombrado cesar en 355 por Constancio, y proclamado *augustus* por el ejército en París en 360, el mismo soberano, que no tenía descendencia, a la hora de la muerte le nombró sucesor..., cuando ya los dos ejércitos enfrentados marchaban el uno al encuentro del otro. Se produjo entonces una efímera restauración de las tradiciones politeístas, con el establecimiento de una "religión de Estado" helenística, cuya organización siguió en muchos aspectos el patrón de los cánones cristianos.[615]

257

Juliano intentó reemplazar la cruz y el nefasto dualismo de los cristianos por una fórmula compuesta de ciertas corrientes de la filosofía helenísticas y de un "panteísmo solar". Sin descuidar a los demás dioses del panteón pagano, hizo construir un templo al dios Sol —identificable seguramente con Mitra— en el palacio imperial; en numerosas ocasiones proclamó su veneración por el *basileus* Helios, el rey Sol, que era ya entonces una tradición bimilenaria: "Desde mi infancia, me inspiraron un anhelo invencible los rayos del dios, que siempre han cautivado mí alma, de tal manera que constantemente deseaba contemplarlo e incluso de noche, cuando me hallaba en el campo, lo olvidaba todo para admirar la belleza del cielo estrellado...".[616]

Hoy nos hemos acostumbrado a interpretar la reacción de Juliano como un movimiento nostálgico, un anacronismo romántico o el intento absurdo de volver

---

[615] Zos 3, 8 ss. Ammian. 20, 4 s; 21 s. Socr. 2, 47. Liban, or. 18, 117. Philostorg. 6, 5. Zon. 13, 11. dtv Lex. Antike, Geschichte II 163 s. Seeck, Untergang IV 205 ss. Stein, Vom römischen 239 ss, 246 s. Vogt, Der Niedergang Roms 264 ss. Browning 55 ss, 120 ss, 156 ss. La cita de Juliano p. 70. Benoist-Méchin 19 ss.

[616] Julián, or. 11 (4). Dempf 136. Tinnefeid 236 s. Browning 247ss. Para Juliano, escribe W. den Boer, el mundo estaba lleno de manifestaciones simbólicas, "almost everything in nature was for him a mystery, an indication of the powers that be, and ultimately of the one Supreme Entity": W. den Boer 16.

hacia atrás las manecillas del reloj. Pero ¿por qué lo interpretamos así? ¿Acaso fue refutado, o podía serlo, en vez de ahogado en sangre? ¿Habría sido diferente la marcha de los acontecimientos? Quién sabe si un mundo no cristiano habría sido menos belicoso...; ¡aunque sepamos por los diecisiete siglos transcurridos desde entonces que el mundo no cristiano jamás ha sido tan guerrero, ni con mucho! Quién sabe si, al decaer el terrible mandamiento bíblico según el cual el hombre debe someter a la naturaleza, nos habríamos ahorrado las graves consecuencias que padecemos ahora en forma de destrucción del medio ambiente. Desde luego, no imaginamos que en un mundo pagano hubiese subsistido la hipocresía, esa plaga del cristianismo, ni la intolerancia religiosa.

Lo cierto e innegable es que el emperador Juliano (desde 361 hasta 363), llamado "el Apóstata" por los cristianos, fue muy superior a sus predecesores cristianos en cuanto a carácter, moralidad y espiritualidad.

Instruido en filosofía y literatura, que cultivó además activamente, de carácter serio y sensible aunque a veces bastante sarcástico en lo tocante a la religión cristiana. Juliano se había dado cuenta de que la "alta teología" (en la que, no lo olvidemos, él mismo había sido educado) se reduce en esencia a dos gestos, el de silbar para espantar a los espíritus malignos y el de persignarse. No sólo fue "el primer emperador auténticamente culto desde hacía más de un siglo" (Brown), sino que también mereció "un lugar destacado entre los escritores de la época en lengua griega" (Stein), y supo rodearse de los mejores pensadores de su tiempo. Celoso del cumplimiento de su deber y enemigo de toda molicie, ya que jamás tuvo queridas ni efebos, ni se emborrachó nunca, el emperador se ponía a trabajar desde la madrugada; intentó racionalizar la burocracia y colocar a intelectuales en los altos cargos gubernamentales y administrativos. Abolió los fastos de la corte, la tenencia de eunucos y bufones, y todo el sistema de aduladores, parásitos, espías y denunciantes, que fueron despedidos a millares. Redujo el servicio, rebajó en una quinta parte los impuestos, actuó con severidad contra los recaudadores infieles y saneó el correo estatal. También abolió el *labarum,* es decir, el estandarte del ejército con el anagrama de Cristo, y trató de resucitar los cultos antiguos, las fiestas, la *paideia,* la educación clásica. Ordenó la devolución de los templos antiguos o la reconstrucción de los que habían sido destruidos, e incluso la devolución de las estatuas y demás ornamentos sagrados que adornaban los jardines de los particulares que se los habían apropiado. Pero no prohibió el cristianismo; al contrario, permitió el retorno de los clérigos exiliados, lo que sólo sirvió para fomentar nuevas conspiraciones y tumultos. Los donatistas de África, al tiempo que elogiaban al emperador como parangón de la justicia, desinfectaron sus iglesias recién recobradas fregándolas de arriba abajo con agua de mar, lijaron la madera de los altares y el yeso de los muros, recuperaron la influencia perdida bajo Constante y Constancio II, y se dispusieron a disfrutar su venganza. Los católicos fueron convertidos a la fuerza, sus iglesias expropiadas, sus libros quemados, sus cálices y ostensorios lanzados por las ventanas y las hostias arrojadas a los perros; algunos clérigos maltratados fallecieron. Hasta 391, los donatistas siguieron teniendo vara alta, al menos en Numidia y Mauritania.[617]

[617] Cod. Theod. 15, 1, 3. Rufin. 10, 28. Hist. aceph. 9. Liban, or. 2, 58; 18, 126; 18, 154. Ammian. 22, 4,

258

Juliano fue amigo de los judíos, lo que los hizo todavía más odiados, si cabe, por los predicadores cristianos. "Los judíos estaban fuera de sí, de tan entusiasmados", se burla Efrén, que asegura que los "circuncisos" adoraban las monedas acuñadas por Juliano con la figura de un toro, "en el que reconocen a su antiguo becerro de oro". Cierto que Juliano, como partidario del politeísmo, criticaba el Antiguo Testamento y su rigorismo monoteísta, así como la arrogancia del supuesto pueblo elegido, pero concedió a Yahvé un rango igual al de los demás dioses e incluso admitió alguna vez que el Dios adorado por los judíos era "el mejor y más poderoso de todos". Una delegación judía que en julio del año 362 le visitó en Antioquía, obtuvo la autorización para reconstruir el Templo de Jerusalén y la promesa de nuevos territorios, en una especie de anticipación del actual "sionismo", lo que motivó el júbilo de la diáspora. La reconstrucción del templo fue iniciada con gran afán la primavera siguiente, mientras Juliano emprendía su campaña en Persia, pero hacia finales de mayo un incendio, juzgado "providencial" por los cristianos, así como la muerte de Juliano, significaron el fin de las obras para siempre.[618]

259

Juliano se mostró siempre partidario de la tolerancia, incluso para con los cristianos. Si sus disposiciones en cuanto a los "galileos", dijo en cierta ocasión, eran benignas y humanitarias, ellos debían corresponder no molestando a nadie, ni tratando de imponer la asistencia a sus iglesias. En una carta a los ciudadanos de Bostra, escribió: "Para convencer y para enseñar a los hombres, es preciso emplear la razón y no los golpes, las amenazas y los castigos corporales. No me cansaré de repetirlo: si sois sinceros partidarios de la verdadera religión, os abstendréis de molestar, atacar u of ender a la comunidad de los galileos, que son más dignos de lástima que de odio, puesto que andan equivocados en asuntos de tanto fuste y trascendencia".[619]

Hemos tenido ocasión de referirnos a los privilegios conseguidos por el clero bajo los emperadores cristianos, inaugurados por Constantino y ampliados por Constancio, al tiempo que emprendían medidas de presión contra los insumisos. Juliano no titubeó en llamar a estos exiliados ni en devolverles sus bienes, aunque les prohibió que usurparan funciones de jueces ni que inscribieran testamentos como si fuesen notarios, ni mucho menos "apropiarse de las herencias de otros registrándolas a su propio nombre".[620] El patriarca Jorge no había sido, ni con mucho,

---

9; 22, 5, 2; 22, 7, 5. Socr. 3, 1, 48; 3, 11, 3. Soz. h.e. 5, 5, 5; 5, 5, 9 s; 6, 1, 1. August. c. litt. Petil, 2, 97, 224. Optat. Mil. 2, 16 ss; 2, 17 s; 6, 1 ss. La purificación con agua salada: 6, 6. Según Anwander, Wórterbuch der Religión 152 s, el supuesto sincretismo místico de bajos vuelos de Juliano es "lo contrario de la fuerza interior, la plenitud y la unicidad", o sea, del cristianismo. RAC IV 131. Schuitze, Geschichte I 133 ss. Lea I 238 s. Lucas 85. Seeck, Untergang IV 338. Stein, Vom römischen 251 ss. Lietzmann, Geschichte III 262 ss, 268 ss, 285 ss. Kornemann, Weltgeschichte II 336 ss. El mismo, Romische Geschichte II 405, 408 s. Frend, Donatist Church 187 ss. Lorenz, Das vierte 35. Grasmück 133. Vogt, Der Niedergang 266 ss.Van der Meer, Augustínus 115. Jones, Román Empire 1120 ss, 136 ss. Diesner, Afrika und Rom 97 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 74 s. Brown, Welten 114. Benoist-Méchin 170 ss. Browning 184 ss. Handbuch der Kirchengeschichte II/1148.

618 Socr. 3, 20. Soz. 5, 22, 4. Efrén, ber Julián den Apostaten, canto 1, 16, BKV 919, 1 217. Stein, Vom römischen 254. Vogt, Kaiser Julián 36 ss. Avi-Yonah 195. Chadwick, Die Kirche 179, 196. Tinnefeid 238 s, 294 s.

619 Schulze, Geschichte 1128. Benoist-Méchin 288 nota 26. Browning 200 ss.

620 Grant, Christen76.

el único en recurrir a semejantes procedimientos para hacerse rico.

Ahora bien, y por más que Juliano fuese partidario de la tolerancia, por mucho que procuraba que las sentencias no se viesen influidas por la confesión religiosa de los litigantes, por elevada que fuese la ética exigida a sus sacerdotes —filantropía, imparcialidad, justicia, bondad e incluso amor al enemigo—, ante la presencia del fanatismo él, que fue "pese a sus errores, uno de los personajes más nobles y más dotados de la historia universal, y quizá el más amable" (Stein), no pudo evitar el empleo de la violencia contra los violentos, los cristianos que se dedicaban a profanar e incluso destruir los templos recién reconstruidos en Siria y Asia Menor, así como las estatuas. Su legislación en materia de enseñanza suscitó muchos odios, por cuanto prohibía a los cristianos el estudio de la literatura griega (diciendo "que se queden en sus iglesias interpretando a su Mateo y su Lucas"), Asimismo, exigió la devolución de las columnas y capitales robados de los templos por los cristianos para adorno de sus "casas de Dios". "Si los galileos quieren tener ornato en sus templos, sea enhorabuena, pero no con los materiales pertenecientes a otros lugares de culto." Cuenta Libanio cómo podían verse por todas partes "los barcos y los carros que devolvían sus columnas a los dioses saqueados". Y cuando se introdujo en Edessa un ataque de los amaños contra un pequeño núcleo sobreviviente de gnósticos valentinianos, Juliano procedió contra ellos argumentando con ironía que "no pretendía otra cosa que ayudarles a encontrar el camino del cielo". "Puesto que ellos tienen una ley, por todos los conceptos admirable, que los obliga a vender todo lo que tienen para dárselo a los pobres, a fin de emprender más ligeros el viaje a los reinos celestiales, yo el emperador para ayudarles en ese empeño he ordenado que todos los dineros de la Iglesia de Edessa sean repartidos entre los soldados." El resto de las propiedades fue confiscado en beneficio del erario imperial mediante un decreto que, según parece, quedó como un caso aparte.[621]

260

El 22 de octubre de 362, los cristianos incendiaron el templo de Apolo en Dafne, que había sido restaurado por el soberano, y destruyeron la famosa estatua. En represalia, Juliano hizo arrasar la basílica de Antioquía y otras iglesias consagradas a diversos mártires. (Por cierto, los cristianos dijeron que el templo había sido herido por un rayo; según Libanio, no había nubes de tormenta la noche del incendio.) En Damasco, Gaza, Ascalón, Alejandría y otros lugares ardieron las basílicas cristianas, a veces con la colaboración de los judíos; algunos creyentes fueron torturados o muertos, entre ellos el obispo Marco de Aretusa, como ya hemos contado, por lo que entró en la nómina de los mártires. Pero, en líneas generales, "más of endidos habían sido los derechos de los paganos" (Schuitze), y en cualquier caso dicho pogromo no fue más que una reacción frente a los excesos de los cristianos, sus abusos y sus diatribas contra el paganismo. Los verdaderos mártires cristianos (dejando de lado por ahora aquéllos cuya existencia es a todas luces apócrifa) pudieron contarse con los dedos de una mano: Juventino y Máximo, ejecutados por sedición, y los presbíteros Eugenio y Macario que, desterrados a Egipto, fallecieron allí cuarenta días después. Las protestas de los cristianos solían ser despachadas por el emperador

[621] Julián, ep. 55, 115. Ammian. 22, 10, 2; 25, 4, 20. Cod. Theod. 13, 3, 5. Cod. Just. 10, 53, 7. Liban, or. 18, 126. Socr. 3, 12. Geffcken, Der Ausgang 127 s. BenoistMéchin 184. Grant, Christen 175 s. V. Haehiing, Prozess 85. Tinnefeid 236 ss. Chadwick, Die Kirche 178. Browning 198 ss.

con la frase: "Mi razón ha escuchado vuestra sinrazón". Juliano incluso consintió que permaneciese en Antioquía el obispo Melecio; al obispo Maris de Calcedonia, que había atacado públicamente al emperador llamándole traidor y ateo durante una audiencia, se limitó a contestarle con sarcasmo que prefería aplazar la guerra contra los "galileos" para cuando hubiese concluido su campaña en Persia.[622]

En todo el imperio, desde Arabia y Siria, pasando por Numidia, y hasta los Alpes italianos, Juliano era celebrado como "benefactor del Estado", "deshacedor de los entuertos pasados", "restaurador de los templos y del imperio de la libertad", "magnánimo inspirador de los edictos de tolerancia". En una epigrafía latina de Pérgamo, le llama "dueño del mundo, maestro de la filosofía, soberano venerable, emperador temeroso de los dioses, siempre vencedor augusto, defensor de las libertades republicanas". Otra inscripción, ésta en árabe, dice que "sólo hay un Dios y un emperador Juliano". El regente, que tenía lo que hoy llamáramos sensibilidad social, abolió muchos privilegios injustificados, rebajó impuestos y mejoró varias ramas de la economía. "¡Oh infelices labradores! —exclama después de su muerte el noble Libanio. ¡Pronto volveréis a ser víctimas del fisco! Vosotros, los pobres, los oprimidos de siempre, ¿de qué os servirá ahora tanto clamar al cielo?" Incluso uno de los principales detractores intelectuales de Juliano, Gregorio Nacianceno, confesaba que le dolían los oídos de tanto escuchar elogios del liberal régimen de aquél, según Ernst Stein "uno de los más sanos que jamás llegó a tener el Imperio romano".[623]

261

Pero con eso no hizo felices a todos; los menos felices eran los cristianos, principalmente los de Antioquía. Habituados al fasto y al lujo, a fiestas, juegos y orgías, la severidad de Juliano los irritaba y contrariaba, así como su austeridad, su vestir desaliñado, sus comidas espartanas, sus largas vigilias e incluso su larga barba, lo que motivó que sacaran coplas y pliegos de cordel. El emperador Juliano, que estaba en situación de aplastar a los burlones con un simple gesto, se limitó a escribir una réplica titulada *Misopogon (El enemigo de la barba),* "un gruñido del león contra los mosquitos de la fábula", "un caso único en la historia de los reyes y de los pueblos" (Chateaubriand).[624]

"Es cierto —replica Juliano en esta obra, muy admirada por numerosos literatos y cargada de ironía, tristeza, amargura y, lo que es más sorprendente por venir de quien viene, una burla de él mismo—. Es cierto, llevo barba y eso no gusta a mis enemigos. Dicen que así no se puede comer sin tragar un puñado de pelos con cada bocado. Pero voy a revelarles algo que todavía no saben: No la peino jamás; me gusta así de selvática y descuidada. Es el prado en donde apaciento a mis piojos. En cuanto a mi pecho, lo tengo velludo como un mono. También es verdad que no me baño

---

[622] Julián, ep. 55 (Weis 4230). Theodor. 3, 7; 3, 12, 2 s; 3, 13, 2; 3, 15. Socr. 3, 18 s. Rufin. 10, 30 s. Philostorg. h.e. 7, 8 ss. Ammian. 22, 11; 22, 13, 2. Zonar. 13, 12, 39. RAC I 466 s. Funke, Götterbiid 812. Schuitze, Geschichte I 128, 140 ss, 150 ss. Geffcken, Der Ausgang 125 ss. Baur I 46, 56. Lindsay 102 ss. Brown, Welten 115. Benoist-Méchin 184 ss. Browning 200 s, 247 ss, 267 s. V. Haehiing, Religionszugehórigkeitl42s, 181.

[623] Liban, or. 17, 27. Greg. Nacianc. or. 4, 75. Cf. Ambros. de obitu Valent. consolat. 21. Geffcken, Der Ausgang 140. Stein, Vom rómischen 259. Kornemann, Romische Geschichte II 408. Benoist- Méchin 178 ss, especialm. 180. Browning 196.

[624] Benoist-Méchin 192 s. Chateaubriand cit. ibíd. 195.

jamás en agua de rosas ni en leche perfumada, y que despido un hedor repugnante. Es verdad que voy intencionadamente más sucio que un cínico o un galileo, y también que visto con descuido y como parcamente...

"Es cierto que normalmente prefiero el rancho de mis soldados, que duermo en un jergón colocado expresamente para la noche, y que dedico muchas vigilias al trabajo y a la meditación...

"Cuando me presenté aquí, me recibisteis como a un dios. No pedía yo tanto. Vuestro senado me expuso vuestras preocupaciones y yo las he atendido. He rebajado vuestros impuestos. Os he adelantado grandes sumas en oro y plata. He perdonado la quinta parte de los tributos.

Más no podía hacer sin quitar a otros lo suyo.

262

"Para salvar vuestros apuros de aprovisionamiento, he traído trigo de Tiro y de Egipto, pagado por mí, pero ese trigo no se ha repartido entre los pobres, sino que se lo quedaron los poderosos de entre vosotros para revenderlo al triple de su precio, a fin de poder seguir celebrando alegremente sus fiestas. Todo eso, lo habéis olvidado.

"¿Que si me importa? Os consiento que sigáis cubriéndome de improperios, en lo que se manifiesta vuestra ingratitud. Os permito que me acuséis como yo mismo acabo de acusarme. Más aún, yo superaré todas las críticas que día a día me dirigís, pues soy tan necio que no había comprendido las costumbres de esta ciudad. ¡Ya podéis burlaros de mí! ¡Maltratadme! ¡Insultadme! ¡Hacedme trizas con vuestros colmillos! Por mi parte, os castigaré de una sola manera, no con ejecuciones, azotes, cadenas ni cárceles, ¿de qué serviría, puesto que no vais a corregiros? [...] He decidido dejar Antioquía y no volver aquí jamás. Prefiero establecer mi residencia en Tarso..."[625]

Por segunda vez, el ejército iba a ser el factor decisivo en la caída del paganismo y el auge del cristianismo. Juliano había ordenado la exclusión de los cristianos, pero tropezó con la resistencia de éstos. Algunos soldados propusieron apuñalar al "Apóstata" durante un desfile. Los dos instigadores, unos of iciales llamados Juventino y Máximo, fueron ejecutados y, como hemos mencionado, convertidos así en nuevos "mártires".[626]

Durante la campaña en Persia, iniciada por el emperador desde Antioquía (que era la principal base de operaciones de los romanos contra los persas) el 5 de marzo de 363, se presentó una ocasión más favorable. Juliano, que no llevaba coraza, cayó al norte de Ctesifonte, a orillas del Tigris. ¿Por qué iba desarmado? ¿Fue herido por una lanza enemiga o, como afirman algunos, desde las propias filas? Nadie lo supo. Se rumoreó incluso que él mismo había pedido que lo traspasaran, supuestamente después de haber constatado la situación desesperada de su ejército. Libanio, que fue amigo de Juliano, asegura que el autor fue un hombre "que se negaba a rendir culto a los dioses". E incluso un historiador cristiano asegura que Juliano murió a medianoche del 26 de junio de 363, cuando tenía treinta y dos años y había gobernado durante veinte meses, víctima de un asesino a sueldo de los cristianos...,

[625] Ibíd. 193 ss.

[626] Theodor. h.e. 3, 15. Benoist-Méchin 201 ss. Browning 282.

un héroe sin tacha, naturalmente, que "perpetró esta acción audaz en defensa de Dios y de la religión". (Los persas adujeron que no pudo ser uno de los suyos, porque estaban fuera de tiro cuando el emperador fue herido en medio de sus tropas.) "Sólo una cosa es segura —ha escrito Benoist-Méchin—, y es que no fue un persa." Aunque tampoco aporta ninguna demostración definitiva. "Sea como fuere —escribió Teodoreto, padre de la Iglesia—, y fuese hombre o ángel quien esgrimió la espada, lo cierto es que actuó como servidor de la voluntad divina."[627]

263

Cuentos de la vieja cristianos

Los cristianos, sin embargo, predicadores del amor al enemigo y de la doctrina de que toda autoridad emana de Dios, celebraron la muerte del emperador con grandes banquetes públicos, con fiestas en las iglesias y capillas y bailes en los teatros de Antioquía, la ciudad que, como dice Ernest Renán, "estaba plagada de titiriteros, charlatanes, actores, magos, taumaturgos, brujas y estafadores religiosos". La diatriba en tres volúmenes que Juliano había escrito poco antes de su muerte. *Contra los galileos,* fue prontamente destruida, pero cincuenta años más tarde, el doctor de la Iglesia Cirilo todavía se molestaba en polemizar contra ella: *Pro sánela Christianorum religione adversas libros athei Julián* en treinta volúmenes, de los cuales han llegado diez hasta nosotros en su texto íntegro griego y otros diez en fragmentos griegos y siríacos. Naturalmente, un obispo como Cirilo, enemigo tan declarado de la filosofía que incluso pretendió prohibir su enseñanza en Alejandría, no pretende profundizar en el pensamiento de Juliano, sino sólo "aplastarlo con la máxima energía" (Jouassard). Los cristianos destruyeron también todos los retratos de Juliano y las epigrafías que conmemoraban sus victorias, sin escatimar medios para borrar de la memoria de los hombres su recuerdo.[628]

En vida de Juliano, los más famosos doctores de la Iglesia habían guardado un prudente silencio, pero poco después de su muerte y durante mucho tiempo más, se dedicaron a atacarle. Y mientras el mismo Agustín reconocía, entre las habituales perfidias, que Juliano había sido hombre "de cualidades no comunes", Juan Crisóstomo aseguraba que "todos hemos vivido en peligro mortal", ya que Juliano hacía sacrificar incluso a los niños, costumbre atribuida también a los judíos por el

---

[627] Greg. Nacianc. or. 5, 13. Ammian. 12, 11; 14, 5; 15, 1 s; 15, 3; 15, 5 s; 16, 8; 18, 3; 24, 17 ss; 25, 3. Socr. 3, 12; 3, 21. Soz. h.e. 5, 4; 5, 15; 6, 1 s. Liban, or. 18, 194; 18, 274 s; 15, 43; 12, 84 s; 24, 17. Theodor. h.e. 3, 9; 3, 19; 3, 25; 3, 28. Rufin. 1, 34. dtv Lex. Antike, Geschichte II 163 ss. Pauly III 613. Schuitze, Geschichte 1171 ss. Dólger, Zur Einführung, en: Bidez 8, 358 s. Bidez, Julián 8, 114 s, 332, 358s. Fórster, Kaiser Julián 9ss, 16 ss. Seeck, Untergang IV 3209, 337 s, 353 ss. Stein, Vom rómischen 252 ss, 262 s. Dannenbauer, Entstehung I 83ss. Kawerau, Alte Kirche 104. Vogt, Der Niedergang Roms 268 s. Chadwick, Die Kirche 181 s. Baynes, Constantine's Successors 84. Benoist-Méchin 201 ss, 240ss. Browning 223, 273, 285ss, 312ss. Aland asegura que Juliano, del que por otra parte da un retrato bastante positivo, "fue alcanzado por la lanza de un jinete persa" y que "no se debe afirmar" que fuese asesinado por un cristiano. Aunque tampoco aporta pruebas: Von Jesús bis Justinian 202 s.

[628] Theodor. h.e. 3, 22; 3, 28. Liban. 11, 300. Jouassard 506, cf. también 501. Altaner 245. Baur I 55. También el obispo Eusebio de Cesárea escribió una obra "Contra Porfirio", que no debía contar menos de 25 volúmenes, pero que ha desaparecido sin dejar rastro. Cf. Hieron. ep. 70, 3; vir. ill. 81. Moreau, Eusebius von Caesarea 1067 s. Benoist-Méchin 252, 274 nota 27, 288 nota 36 (aquí cit. de Renán).

mismo santo, dicho sea de paso. También Gregorio Nacianceno dedicó dos diatribas al emperador muerto y enterrado, grotescas caricaturas en las que lo presenta como instrumento del diablo y "cerdo que se revuelca en el fango". "Reunía en su persona todos los vicios: la apostasía de Jeroboam, la idolatría de Acab, la dureza de Faraón, las inclinaciones profanadoras de Nabucodonosor, y todos ellos se resumían en el principal, el de su impiedad."[629]

264

Efrén, otro santo cuyos cánticos odiosos eran repetidos por la feligresía de Edessa, dedicó todo un tratado a "Juliano el Apóstata", el "emperador pagano" y, según él, "frenético", "tirano", "embaucador", "maldito" y "sacerdote idólatra". "Su ambición le concitó la lanzada mortal" que "desgarró su cuerpo preñado de oráculos de sus magos" para enviarlo definitivamente "a los infiernos". Así muriesen destrozados todos los partidarios del paganismo: "El Galileo pasará por la rueda todo el rebaño de los magos y los arrojará a los lobos del desierto, mientras que el rebaño de los galileos se multiplicará y conquistará el mundo". No retrocede Efrén ante el embuste cuando asegura que fue Juliano quien entregó Nisibis a los persas "para eterno baldón suyo".[630]

En realidad, fue Joviano, el sucesor cristiano de Juliano, quien cedió esta fortaleza (Nusaybin) a los persas, y también otra posición clave para los romanos, la de Singara (Sinjar), amén de cinco provincias fronterizas a orillas del Tigris que habían sido conquistadas en 297 por Maximiano y Diocleciano. Avergonzado por esa traición, durante su retirada no se atrevió a pernoctar entre las murallas de Nisibis, sino que acampó ante las puertas y así él y su ejército pudieron presenciar, al día siguiente, la entrada de un alto funcionario persa que izó su bandera sobre las almenas. Pero el doctor de la Iglesia Efrén salió para darse el gusto de contemplar el cadáver de Juliano (que, embalsamado, era transportado por las tropas para ser luego enterrado a las afueras de Tarso —recordemos que Juliano quiso residir allí después de una victoria sobre los persas—, junto a la calzada romana que conducía a los desfiladeros del Tauro y frente a la sepultura de Maximino Daia). El santo Efrén observó al soberano muerto y cantó:

Me acerqué, ¡oh hermanos! y contemplé
los despojos del impuro.
En pie al lado del yacente
me burlé de su paganismo.[631]

Efrén escribió además cuatro cantos de muchas estrofas "contra el emperador Juliano, que se hizo pagano, contra las doctrinas erróneas y contra los judíos, sobre

---

[629] August. civ. dei 5, 21. Chrysost. de S. Babyla c. Jul. et c. gentes 14B. hom.í 5, 11 adv. Jud. Cf. de S. Hieromat. Babyla 2. Greg. Nacianc. or. 4 s. Zit. 4, 52. También publicó una refutación Filipo de Side: Socr. h.e. 7, 27. Fredouille RAC XI 884. B. Wyss, Gregor II. (Gregorio Nacianceno) RAC XII 816 s. Las invectivas de Gregorio contra Juliano no fueron verdaderos discursos sino panfletos; el obispo afirma que Juliano "no sólo eligió a sus hombres de confianza entre la plebe y los bajos fondos" (aunque sin nombrar a nadie), sino que además llevó el imperio al borde del abismo: Greg. Nacianc. or. 4, 53; 5, 41.

[630] Efrén, ber Julián 2, 16 ss; 2, 25 ss; 3, 4 ss. Cf. BKV 1919, 1223 notas 2 y 3. Anwander, Wórterbuch der Religión 153. Benoist-Méchin 185 s.

[631] Ammian. 25, 6; 25, 7, 9; 25, 7, 12; 25, 9, 1; 27, 12, 15. Zos. 3, 31; 3, 33, 2 ss. Liban. or. 24, 9. Socr. 3, 227. Sozom. 6, 3, 2. Philostorg. 8, 1. Pauly-Wissowa vol. 18, 1968, 2008 s. Stein, Vom rómischen 263 ss. Ziegler, Die Beziehungen 146 s. Browning 3137 ss.

la melodía del himno 'honrad siempre a la verdad' "[632]

En estas producciones, con el estribillo para el coro: "¡Saludemos a quien lo destruyó y vistió de luto a los hijos del error!", Juliano es presentado como un lujurioso repugnante, en contradicción con Amiano, que alaba la sobriedad de sus costumbres. Le llaman mago, embustero, oscuro, malvado, tirano, lobo y cabrón. En la estrofa inicial, así se expresa la santa inquina: "Las bestias se alegraban al verle, los lobos se le acercaban, [...] incluso los chacales aullaban de satisfacción". En la quinta dice que: "El estiércol fermentó y parió serpientes de todos los tamaños y una gusanera de todas clases...". En la decimoquinta se manifiesta la óptica lamentablemente reducida, no sólo de aquel doctor de la Iglesia sino de toda su Iglesia, a blanco y negro: "Pues sólo la Iglesia fue su enemiga incondicional, así como él y todos los suyos fueron enemigos de ella. Lo cual demuestra sin lugar a dudas que sólo pueden existir dos partidos, con la Iglesia o contra ella".[633]

265

Los historiadores clericales del siglo v, que a veces también fueron juristas, como Rufino, Sócrates, filostorgio, Sozomeno, Teodoreto, hablan de Juliano en un tono todavía peor. Teodoreto, padre de la Iglesia, afirma muy convencido que Juliano hizo colgar a una mujer con los brazos abiertos en el templo de Carrae (ciudad de Mesopotamia al sudeste de Edessa, que es la Harán de la Biblia) "abriéndole el vientre de una cuchillada para leer el porvenir en sus vísceras, que naturalmente le prometieron una victoria sobre los persas. [...] Cuentan que en Antioquía se han encontrado muchas cajas llenas de cabezas en el palacio imperial, y pozos cegados de cadáveres. Son cosas que se aprenden en la escuela de los abominables dioses".[634]

Los cristianos empezaron a propalar durante el siglo V estos cuentos de la vieja que, como rasgo característico, suelen incluir una nota de perversión sexual. Así, dicen que en la Heliópolis libanesa Juliano hizo que desnudaran a unas monjas para afeitarles el vello, y luego las asesinaron y echaron sus vísceras a los cerdos. Ningún contemporáneo del emperador cita ese caso, como es natural, y si hubo tropelías de la plebe o abusos de algún gobernador, fue sin su anuencia. Como ha escrito su biógrafo Robert Browning, "no tenía inclinación ni voluntad de violentar a nadie para hacerle cambiar de opinión". Y, sin embargo, sus enemigos se empeñan en calificarle de "cabrón maloliente", "renegado", "anticristo", y los religiosos cristianos le llaman "perro maldito" y "lacayo del diablo". Se tejió toda una serie de leyendas de rabia y odio alrededor del santo Mercurio, el supuesto asesino de Juliano. Se contó que también en Orontes, como en los sótanos del palacio imperial, se habían encontrado cadáveres de criaturas, vestigios de los sacrificios paganos de Juliano. En las leyendas greco-sirias aparece como un ogro que arranca el corazón del pecho a los niños, con objeto de celebrar conjuros mágicos; y la bibliografía cristiana se enriquece con anécdotas en donde el emperador se entretiene en profanar reliquias de mártires y santos, abre el vientre a las embarazadas, jura fidelidad a la diosa de los infiernos Hécate, se hace rebautizar con sangre de cerdo y sacrifica cristianos "en honor de Júpiter". En todos los países cristianos aparecieron leyendas de falsos mártires, y eso

[632] Cf.BKV1919.I213.
[633] Ibíd. 312 ss. Lied 1, 1; 1, 5; 1, 7; 1, 13; 1, 15; 2, 1; 2, 5 s; 2, 9. Ammian. 25, 4.
[634] Teodor, h.e. 3, 26.

que bajo su régimen apenas hubo tales.[635]

Mientras el mundo cristiano difamaba al "renegado", como suele hacer con sus enemigos, la Ilustración corrigió esa imagen en el sentido diametralmente opuesto.

266

En 1699, el teólogo protestante Gottfried Arnold, en su *Historia imparcial de la Iglesia y de las herejías,* rehabilitaba la figura de Juliano. Pocos decenios después, Montesquieu lo elogiaba como estadista y legislador. Voltaire escribió: "Así, ese hombre que nos ha sido descrito con los trazos de horrible fue quizá el más noble de todos, o por lo menos el segundo". Montaigne y Chateaubriand le cuentan entre las máximas figuras históricas. Goethe se alababa de comprender y compartir la animadversión de Juliano contra el cristianismo. Schiller quiso hacerle protagonista de uno de sus dramas. Shaftesbury y Fielding le ensalzaron y Gibbon considera que merecía haber sido dueño del mundo. Ibsen escribió *César y Galilea,* y Nikos Kazantzakis su tragedia *Juliano el Apóstata,* estrenada en París en 1948. Más recientemente, entre los años 1962 y 1964, el norteamericano Gore Vidal le dedicó una novela. El historiador francés André Piganiol considera, con razón, que la verdadera grandeza de la figura de Juliano está en el plano ético, aunque se equivoca al interpretar el fenómeno de la santidad, como muchos, cuando dice que el emperador le parece más "santo" que la mayoría de los teólogos de su época, lo que no es precisamente un elogio. El historiador Rubín opina que el emperador fue una autoridad en materia de religión y dice que "aunque gran escritor y gran caudillo militar, destaca más como personalidad". Y también Robert Browning, pese a la severidad de algunos juicios suyos sobre Juliano, concluye resumiendo que fue un literato brillante y que "poseía una nobleza de carácter que le hace destacar casi como un faro entre los numerosos oportunistas de su época".[636]

En cambio, el benedictino Baur (representativo, en esto, de muchos católicos actuales) sigue difamando a Juliano en pleno siglo XX, llamándole "soñador ajeno a la realidad", "majestad dudosa", y repetidamente "fanático", "fanático juvenil", "fanático resentido". Le parece falto de "tacto y dignidad", y sobrado en cambio de "obsesión", "vanidad sin límites", "ridiculez". En sus actos encuentra "el desvarío del fanatismo", "la intolerancia del ideólogo", "una extraordinaria falta de visión política y de comprensión". Dice que como hombre "no supo distinguir entre las aficiones personales y los deberes y cometidos de un gobernante", y que dio cargos "a filósofos y charlatanes de todas clases". Pero, si bien le acusa de "graves persecuciones", violaciones y muertes de cristianas y cristianos, a veces bajo "refinados tormentos", se contradice cuando afirma que si Juliano se hubiera sentido más fuerte, "sin duda habría procedido a una persecución sangrienta", o en otro pasaje, "la persecución

---

[635] Bidez, Julián 358. Cf. especialm. al resp. Fórster, Kaiser Julián 9 ss, 25 ss. Baur 154. Philip 41 s. Browning 200 s, 330 ss. Cf. también la nota sgte.

[636] Hammond/Scullard 568. Bidez, Julián 362 s. Fórster, Kaiser Julián 39 ss. Lucas 85. Schuitze, Geschichte 1171. Philip 52 ss. Rubin 126, 87. Speyer, Die literarische Fálschung 259. Gibbon s/Fines 147. Chadwick, Die Kirche 182. Browning 8, 319, 322, 327, 336 ss. En algunos puntos Browning se manifiesta muy crítico hacia Juliano: "Fue un filósofo griego y un emperador romano; en ambas cosas fracasó", sus resultados fueron "sorprendentemente magros". Pero, ¡qué iba a conseguir un emperador que sólo reinó dos años! Cosa que el mismo Browning no ignora, por lo que escribe que de haber vivido más tiempo, prometía más que sus sucesores, 319ss.

sangrienta no se habría hecho esperar".[637]

267

Tras la muerte de Juliano, y habiendo renunciado el sucesor designado, Segundo Salutio, un filósofo pagano moderado y prefecto de los preteríanos de Oriente que había sido amigo personal de Juliano, en julio del año 363 y por un año accedió al trono el ilirio Joviano, un general de la guardia.

JOVIANO, VALENTINIANO I Y VALENTE

Aunque "cristiano convencido", "cristiano y católico" (Baur), "an earnest Catholic" *(The Oxford Classical Dictionary),* aunque que se cuenta que fue insumiso cuando el ejército aún celebraba sacrificios paganos, en el momento de acceder al trono, Joviano mandó celebrar uno y consultar las vísceras. Su primer acto de gobierno fue aquel tratado vergonzante con los persas, en el que hizo grandes concesiones territoriales al ceder todas las posesiones romanas de la otra orilla del Tigris así como una franja considerable de la suya, con varias ciudades importantes como Nisibis, cuyos habitantes le habían suplicado la autorización para defender sus murallas aun después de la retirada de las fuerzas romanas. Y mientras los persas izaban su pabellón sobre la ciudadela y los habitantes de Nisibis abandonaban la ciudad, los correos de Joviano ya volaban hacia Occidente para anunciar la gran victoria del emperador.[638]

Bien distinto del asceta Juliano, el emperador católico, de mediocre cultura aunque aficionado a dárselas de mecenas, celebrado por la Iglesia como "compañero de los santos", era amante del vino, las mujeres y las fiestas. Restableció el lábaro como estandarte imperial y no sólo hizo asesinar a un notario mayor del mismo nombre, al que temía como posible candidato al trono, sino que además depuso a numerosos funcionarios civiles y militares de los nombrados por Juliano, confiscando sus bienes y desterrándolos o ejecutándolos. Según Teodoreto, estas medidas sólo afectaron a los que habían cometido abusos contra cristianos o contra la Iglesia cristiana. A un tal Vindaonio Magno que había destruido una "casa de Dios" en Berytus lo condenó a muerte, pero luego le perdonó la pena a cambio de que pagase de su bolsillo la reconstrucción. El paganismo no fue especialmente perseguido, aunque se cerrase o destruyese algún que otro templo (como el de Corfú), se prohibiesen los sacrificios o se quemase en Antioquía una biblioteca establecida por Juliano en el templo del Trajano (por contener principalmente obras anti-cristianas). Un poco incapaz, pero obediente a las sugerencias del clero, tan pronto como pisó tierras romanas Joviano restituyó sus privilegios a los jubilosos sacerdotes, además de darles otros que antes no tenían. En el decurso del tiempo arrebataron muchos más. Los sacerdotes desterrados regresaron, los prelados se agolparon a montones en la corte, e incluso en Oriente revivió la fe nicena. El santo Atanasio, distinguido

---

[637] BaurI40ss, 52ss.

[638] Socr. 3, 22, 2 s; 4, 2, 4. Theodor. h.e. 4, 1, 3; 4, 2, 3. Ammian. 25, 6 s; 25, 8, 8 ss; 25, 9, 1 ss; 26, 6, 3; 27, 12, 15. Liban, or. 24, 9. Zos. 3, 31; 3, 33, 2 ss; 4, 4. Philostorg. 8, 1. Rufin. h.e. 11, 1. Pauly-Wissowa vol. 18, 1968, 2006 ss. Bigelmair LThK 1 ed. V. 586 Hammond/Scullard 566. Baur 156. Stein, Vom romischen 264 s. Waas 12 s.

por el emperador con una epístola y triunfalmente recibido en Hierápolis, le profetizó a Joviano por escrito "un reinado largo y pacífico"..., sólo que ocho meses más tarde, el 17 de febrero de 364, el emperador fallecía en Dadastana (Bitinia), a la temprana edad de treinta y un años, "bellamente preparado para la muerte", según Teodoreto, pero en realidad intoxicado por un brasero de carbón. Lo enterraron en el templo apostólico de Constantinopla.[639]

268

De nuevo rechazó la púrpura Segundo Salutio, por lo que tras duras discusiones los dignatarios del imperio eligieron, a finales de febrero del año 364, a Valentiniano, descendiente de unos labradores de Panonia e hijo del general Graciano. El 28 de marzo, en el campo de Marte, el nuevo emperador nombró corregente para la parte oriental del imperio a su hermano Valente, "por unanimidad —ironiza Amiano—, puesto que nadie se atrevió a contradecirle", aunque se reservó para sí mismo *lapotior auctoritas*.[640]

De Valentiniano y Valente, en cuya época se generalizó el uso de la palabra *pagani* para designar a los adeptos de la antigua religión, suele afirmarse que fueron "tolerantes" para con la antigua religión. Ciertamente, ostentaron todavía, como sus predecesores, el título *de pontifex maximus.* Entre los altos cargos del ejército y de la administración predominaban todavía los paganos, aunque por última vez y por la escasa mayoría de 12 a 10. En la parte asignada a Valente, la nómina de los funcionarios conocidos nos da, junto a nueve politeístas, un maniqueo, tres arríanos y diez ortodoxos. Muchos senadores prestigiosos de la época de Juliano y de antes abandonaron el cargo, evidentemente por causa de sus creencias. Además, los corregentes promulgaron confiscaciones de propiedades de los templos (para incorporarlas a su peculio particular), castigos contra astrólogos y amenazas de pena capital para los practicantes de conjuros nocturnos.[641]

Ambos emperadores se mostraron cristianos confesos; se dice incluso que Valentiniano había sido represaliado por ello en tiempos de Juliano, mientras que no consta ninguna incidencia similar para el caso de Valente. Ambos anunciaron por decreto (suponiendo que sea auténtico) que "la Trinidad está constituida por una sola esencia y tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y ordenamos que así lo crean todos...". Pronto, sin embargo, hubo diferencias doctrinales entre ellos y cada uno se dedicó a fomentar la suya; mientras Valentiniano I, el emperador de

---

[639] Greg. Nacianc. or. 21.33. Socr. h.e. 3, 22 s; 3, 24, 3 ss; 3, 26, 2. Soz. 6, 3 ss. Philostorg. 8, 5 ss. Ammian. 25, 5, 1 ss; 25, 10, 12 ss; 25, 8, 18; 26, 6, 3; 26, 8, 5. Rufin. h.e. 11, 1. Theodor. 4, 2, 3 s; 4, 5; 4, 22, 10; 5, 21. Eutrop. 10, 17 s. Zos. 3, 30; 3, 35. Liban. or. 17, 34. Cod. Theod. 5, 13, 3; 10, 1, 18. Ps. Aur. Vict. epit. 44, 1; 44, 3. Themist. or. 5, 63 c. Zonar. 13, 14. Pauly-Wissowa vol. 18, 1968, 2009 s. RAC 1467. dtv Lex. Antíke, Geschichte II 131. Schuitze, Geschichte 1178 ss. Geffcken, DerAusgang 142. Lippl XVI. Seeck, Untergang IV 358 ss. Stein, Vom romischen 265 s. Lietzmann, Geschichte IV, 3. Joannou 148. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 76 ss. V. Haehiing, Die Religionszugehórigkeit 554. Benoist-Méchin 251. Grant, Christen 76.

[640] Ammian. 26, 1 s; 26, 4 s. Socr. 4, 1; 4, 6. Themist. or. 6. Symmach. or 1, 18.Pauly-Wissowa vol. 14, 1965, 2097 s. Pauly II 870, V 1090, 1093. dtv Lex. Antike, Geschichte III 282. LThK 1 ed. V 476, 480. Waas 13.

[641] Cod. Theod. 9, 16, 7 s; 10, 1, 8. Theodor. h.e. 5, 21. Zos. 4, 2, 1 ss. Pauly-Wissowa vol. 14, 1965, 2135, 2200. Geffcken, Der Ausgang 142, 144. Alföldi, A Festival passim. Tinnefeid 66, 272 s. Gottiieb incluso dice de Valentiniano que "ni siquiera favoreció unilateralmente al cristianismo": Ambrosius 57 y en términos parecidos V. Haehiing, Die Religionszugehórigkeit 556 ss.

Occidente, permanecía fiel al credo niceno, Valente, que "había sido ortodoxo al principio" (Teodoreto), impulsaba en Oriente las creencias arrianas; en cierto modo cabría decir que así se expresaba la eterna rivalidad entre el Este y el Oeste. Ambos, y sobre todo Valente, eran bastante incultos; ambos fueron brutales, en particular Valentiniano; y ambos tenían un pánico cerval a la brujería. Ambos fueron también emperadores-soldados, militares entronizados que, en consecuencia, fomentaron activamente la militarización y disputaron guerras internas y externas que desangraron provincias enteras. Ninguno de los dos retrocedió ante el perjurio ni ante el crimen; al contrario, demostraron una "notable falta de escrúpulos" (Stallknecht) en sus métodos políticos.[642]

269

Después de su proclamación, Valentiniano y Valente viajaron juntos a través de Tracia y Dacia, para separarse en Sirmium.[643]

RÍOS DE SANGRE BAJO EL CATÓLICO VALENTINIANO I

El católico Valentiniano I (364-375), que residió con frecuencia en Milán y Tréveris, nacido en 321 en Cibalae, importante puesto militar de Panonia, era rubio y de ojos azules, diligente, osado y astuto. Oficial de la guardia personal de Juliano, y de cuarenta y tres años de edad en el momento de acceder al trono, le importaron poco los dogmas o las disputas del clero, e incluso combatió con leyes las tendencias adquisitivas de éste; en el decreto anteriormente citado decía: "Obispos, dejaos de utilizar como pretexto la autoridad del emperador y no persigáis a los verdaderos servidores de Dios...". Sin embargo, Valentiniano era muy supersticioso (antes habría renunciado a ser emperador que coronarse en un día bisiesto, por lo que retrasó un día su proclamación), y tenía muy en cuenta que se cumpliesen todos los ritos, incluidos los cristianos. En materia de religión, legisló unas treinta constituciones. Restableció los privilegios del clero creados por Constantino y prohibió que los cristianos fuesen condenados a pelear como gladiadores. Como católico puritano que era, sancionó el adulterio con la pena de muerte y él mismo fue un marido fiel (al menos con su segunda esposa, Justina, más joven que la primera, y que a su vez había estado casada en primeras nupcias con el usurpador Magnencio). En el año 357, siendo todavía tribuno, Valentiniano contrajo matrimonio con una tal Marina Severa, católica y madre del futuro emperador Graciano. Pero, en 369, la envió a las Galias para casarse con la bellísima Justina, que además era de familia aristocrática. *Sólo después de la muerte de este emperador,* en 375, se atrevieron los obispos a criticar ese divorcio. No obstante, en una ley del 17 de noviembre de 364,

[642] Cod. Theod. 5, 13, 3; 10, 1, 8. Ammian. 26, 5, 4. Theodor. h.e. 4, 7 s. Nikephor. Kall. h.e. 11, 30 (por cierto que en su traducción del decreto imperial, Nicéforo Calixto suplanta tranquilamente el nombre del "hereje" Valente por el de Graciano, que no fue emperador sino algunos años más tarde, en el 367). Pauly-Wissowa vol. 14, 1965, 2097 s, 2191, 2203. RAC II 1228 s. dtv Lex. Antike, Geschichte III 282. Schuitze, Geschichte I 178 ss, 188 ss. Seeck, Untergang V, 17. Dudden I 75. Haller, Papsttum I 52. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 14 s. Dannenbauer, Entstehung I 88, 193 s, 244. Maier, Verwandiung 102 s. Poppe 53. Joannou 141ss. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 76ss, 83ss. Stallknecht 70.

[643] Pauly-Wissowa vol. 14, 1965, 2167 s.

el emperador disponía que los jueces y funcionarios que hubiesen perjudicado intencionadamente a cristianos serían reos de muerte o confiscación de bienes. En 368, dispuso que los religiosos sólo fuesen juzgados por otros religiosos, cuando el litigio tocase a cuestiones de fe o de disciplina. En cambio, tanto Valentiniano como Valente fueron tolerantes con los judíos y otorgaron privilegios a sus teólogos.[644]

270

En líneas generales, este soberano ascendido de entre las filas del ejército y muy condicionado siempre por las prioridades de su política militar, prefirió evitar los conflictos religiosos, como lo demuestra la ocupación paritaria de los cargos públicos bajo su mandato. De esta manera, toleró a casi todas las sectas, y sobre todo se mostró de una indulgencia sorprendente para con Aujencio, el obispo arriano de Milán, aunque por otra parte fue el primer emperador cristiano que persiguió a los maniqueos, disponiendo contra ellos, en 372, el destierro y la confiscación de sus lugares de culto; en 373 hizo un baño de sangre entre los donatistas, que se habían rebelado.[645]

Provocados sobre todo por las brutales maneras de Romano, el *comes Afrícae* entre los años 364 y 373, en 372 un príncipe cliente llamado Firmio, católico romanizado a quien Valentiniano había nombrado *dux Mauretaniae,* se hizo proclamar emperador, siendo secundado por algunos destacamentos romanos. Los mauritanos, y sobre todo los donatistas —a quienes en tiempos de Agustín se motejaba todavía *defirmiani—,* cuyas prácticas anabaptistas acababan de ser prohibidas por Valentiniano, se sumaron entusiasmados al partido de Firmio. En Rusicade, el ordinario les abrió las puertas de la ciudad y aplaudió mientras las hordas mauritanas saqueaban las casas de los católicos. La zona de influencia de Firmio no quedó limitada a la Mauritania y la Numidia, ya que fue reconocido por algunas ciudades del África *proconsularis.* Entonces se puso en marcha contra Firmio el *magister militum* Teodosio, católico hispano y padre del futuro emperador; dos veces le of reció la paz por mediación de varios obispos, y otras tantas rompió su promesa. Las tropas rebeldes eran pasadas a cuchillo después de rendirse, y pudieron considerarse afortunados los que se salvaban con sólo ambas manos cortadas. A los así engañados no les quedó más remedio que combatir con el vigor de la desesperación, de donde resultó una guerra terrible, de una crueldad poco usual, que asoló todo el norte de África. El general Teodosio no sólo hizo quemar vivos, o por lo menos mutilar a los soldados que desertaban hartos de combatir, sino que además practicó la táctica de tierra quemada sobre extensos territorios y exterminó las tribus mauritanas hasta hacer cientos de miles de víctimas. “El régimen severo del emperador Valentiniano I [...] creó las condiciones necesarias para la paz” (Neuss/Oedinger). Firmio, al verse acorralado, se ahorcó (entre 374 y 375); en cuanto a Teodosio, fue víctima de una intriga cortesana y decapitado en Cartago a comienzos de 376, arrastrando en su caída a su hijo del mismo nombre. En cambio,

---

[644] Cod. Theod. 7, 8, 2; 16, 1, 1; 16, 2, 10; 16, 8, 13. Ammian. 25, 10, 9; 26, 1 ss; 30, 7, 2. Socr. 4, 1. Eunap. frg. 30. Philostorg. 8, 8. Zos. 3, 36. Ambros. ep. 21.2. Pauly-Wissowa vol. 14, 1965, 2159 ss, 2187, 2198 s. RAC IV 65. Pauly V 1093. dtv Lex. Antike, Geschichte III 282. LThK 1 ed. X 480, Seeck, Untergang V 1 ss. Kornemann, Weltgeschichte II 344 s. Pórtner 325. Joannou 141 ss. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 83 ss, 98. Weijenborg 244 s y especialm. nota 14. Waas 89 s.

[645] Joannou 146. V. Haehiing, Religionszugehórigkeit 560. Sobre las persecuciones religiosas bajo Valentiniano I cf. bibliografía de las notas 72, 73 ibíd.

Romano, el *comes Africae* cuyos latrocinios habían provocado toda aquella rebelión, y que había sido en carcelado por Teodosio en 373, después del juicio celebrado en 376 quedó en libertad.

271

Una vez aplastada la rebelión, el papa prohibió la celebración de los cultos donatistas, y el santo Opiato de Mileve, que por aquel entonces atacó a los donatistas en una obra de siete volúmenes (cuyo título no se ha conservado), seguramente no sin alguna que otra falsificación documental, exigió para ellos la pena de muerte, con apoyo de ejemplos del Antiguo Testamento: "Opiato escribe en tónica irenista", comenta el católico Martín; quiere decirse conciliadora.[646]

Valentiniano, en su condición de "cristiano convencido" (así lo califica Bigelmair, e incluso Joannou) no retrocedió ante el crimen judicial contra los magos, los adivinos y los "delincuentes sexuales". Su divisa: la severidad y no la clemencia es la madre de la justicia. Sus jueces recibieron instrucciones de proceder con dureza, y la benignidad de algunas disposiciones quedó más que compensada por la falta de escrúpulos de muchos de aquéllos. "Los principios más elementales de la justicia fueron burlados mediante penas de muerte sin pruebas, o fundadas en confesiones arrebatadas mediante la tortura" (Nagí). El emperador, hijo de campesinos, odiaba a la antigua nobleza romana e hizo registrar sus casas en busca de recetarios de magia y filtros amorosos; hombres y mujeres de las mejores familias fueron desterrados o ejecutados, y confiscadas sus propiedades. En sus accesos de rabia, ordenaba ejecuciones sin pestañear; las faltas menores eran castigadas con la hoguera o la decapitación, las mayores con la muerte por tortura. Un paje que durante una partida de caza había soltado demasiado pronto a los perros fue muerto a latigazos, y no era un caso excepcional. Jamás ejerció su derecho de indulto.[647]

Los delincuentes a veces eran arrojados a dos osas, "Doradita" *(mica áurea)* e "Inocencia" que el soberano tenía en jaulas al lado de su dormitorio. En época reciente, Reinhold Weijenborg ha intentado rebatir esta anécdota referida por Amiano diciendo que "no puede ser cierta en su sentido literal". Así que se ha inventado una "segunda lectura", según la cual esas dos jaulas serían las habitaciones de las emperatrices, Marina Severa y Justina. Dice nuestro erudito que el historiador antiguo "tenía el humor vengativo", y había sido humillado por Valentiniano y además profesaba cierta antipatía contra Justina. Nos parece que Weijenborg intenta tomarnos el pelo, aunque eso sí, de manera científica. Valentiniano I prohibió celebrar ejecuciones los domingos. "Muchos, agradecidos, daban su nombre a los hijos" (Neuss/Oedinger).[648]

En el fondo, al emperador apenas le importó otra cosa que no fuera el ejército.

---

[646] J. Martin, LThK 1 ed. VII 733 s. También según Kraft, Kirchenváter Lexikon 392, "una obra concebida en tono pacífico". Cf. además Altaner 211, 324 s y nota 76.

[647] Ammian. 27, 7, 4ss; 28, 1, 11; 28, 1, 22ss; 28, 1, 44; 28, 12 s; 29, 3, 3ss; 29, 3, 2ss; 30, 5, 19; 30, 8, 3; 30, 8, 6; 30, 8, 14. Liban, or. 24, 14. Theod. h.e. 4, 6, 1. Zos. 4, 2, 4. Symm. ep. 10, 27. Zonar 13, 15. Pauly Wissowa vol. 14, 1965, 2191 s, 2196 s. Nagí ibíd. Seeck, Untergang V 8ss, 18ss. Bigelmair LThK 1 ed. X 480. Joannou 143.

[648] Ammian. 29, 3, 9. Pauly-Wissowa vol. 14, 1965, 2199. Neuss/Oediger 30. Weijenborg 241ss. Cf. también Seeck nota 74.

Mientras apremiaba el cobro de los tributos con brutalidad, confiscaba fortunas enormes a través de las sentencias judiciales y toleraba una inmensa corrupción administrativa, que enriqueció a muchos de sus funcionarios (sólo eran denunciados y castigados los de escasa categoría), en lo militar, en cambio, Valentiniano demostró ser "un genio natural". Pasó los once años de su mandato casi siempre a orillas del Rin y del Mosela. Bajo su dirección, se construyó una gran red de castillos, cabezas de puente y torres de vigía, alabada incluso por Amiano; entre Andernach y Basilea creó fortificaciones y consolidó las defensas de las actuales Boppard, Alzey, Kreuznacir, Worms, Horburg, Kaiseraugst; hizo construir cabezas de puente en Wiesbaden, Altrip (Alta Ripa), Alt- Breisach. Extendió el *limes* (fue el último emperador que se ocupó de reforzarlo) hasta el Rin y el Danubio, a cuyas fuentes llegó, así como hasta el Neckar y el valle del Kinzig. "Gran terror de los sajones", durante los años 368 y 369, el *comes* Teodosio (el futuro vencedor de Firmió) pacificó la Britania hasta la antigua muralla de Adriano siguiendo las instrucciones imperiales. Hizo frecuentes incursiones en la otra orilla del Rin. Guerreó dos veces contra los alamanos, aunque durante la segunda campaña éstos le infligieron graves pérdidas, hasta que su rey Vithicabio (cuyo padre, Vadomar, había prestado servicios a los romanos en tiempos de Juliano) cayó asesinado por unos sicarios enviados por Valentiniano. Asoló también con el fuego y la espada los territorios de francos y cuados; en 370, obtuvo de los sajones una retirada mediante tratado, para atacarlos luego a traición y exterminarlos.[649]

272

El emperador Valentiniano, que se tenía a sí mismo por una persona pacífica (error de perspectiva frecuente entre los de su clase y condición), murió de un ataque de furor. Estaba parlamentando con unos pobres cuados, a cuyo rey Gabinio había invitado en 374 su *dux Valeriae,* Marceliano, para asesinarlo de una puñalada por la espalda durante un banquete (véase el asesinato del rey de los alamanos, que acabamos de recordar), cuando habiendo montado en cólera se le puso el rostro congestionado, de color púrpura, y cayó como herido por el rayo. Tuvo un vómito de sangre y murió en seguida, el 17 de noviembre del año 375, en la ciudad fronteriza de Brigetio (frente a Komorn), siendo inhumado en Constantinopla.[650]

273

---

[649] Socr. h.e. 4, 3; 4, 31. Soz. h.e. 6, 36; 6, 6. Ambros. de obitu Theod. 53. Ammian. 26, 10, 6 ss; 27, 7, 4 ss; 27, 7, 8; 17, 10; 27, 10, 7; 28, 5, 1 ss; 28, 6; 29, 1, 10 s; 29, 3, 2 s; 29, 4, 5 s; 29, 5 s; 30, 2; 30, 3, 1; 30, 3, 5 s; 30, 5, 7 s; 30, 7 s; 30, 8, 8. Liban, or. 24, 12. Cod. Theod. 5, 13, 3; 8, 7, 13; 16, 5, 3; 16, 6, 1. Symm. or. 6.4. August. c. litt. Pet. 3, 25, 29; c. ep. Parm. 1, 10, 16; 2, 83, 184; ep. 87, 10. Oros. 7, 32, 10 s; 7, 33, 5 ss. Optat. Mil. De schism. Donatist. 3, 6. Zos. 4, 1, 1; 4, 16 s. Claud. bell. Gild. 310 ss. Pauly-Wissowa vol. 14, 1965, 2169 ss, 2175 ss, 2189 s. dtv Lex. Antike, Geschichte II 31 s. Pauly II 555 IV 1454, V 1093. Seeck, Untergang V 21, 27 s. El mismo, Urkundenfáischungen 214 ss. Stein, Vom romischen 267 ss. Heering 151 s. Egger 9 ss. Dudden 175 ss. Schmidt, Westgermanen 42 s. Thompson, Historical Work 89 ss. Kornemann, Weltgeschichte II 347 s. El mismo, Rómische Geschichte II 415 ss. Warmington 91. Ensstín, Religionspolitik 8. Maier, Verwandiung 102 s. Lippoíd, Theodosius 11, 16. Grasmück 131 s. Cf. 151 ss. Tengström 79 ss, 95 s. Kellner, Die Zeit 67 s. Neuss/Oediger 30. Diesner, Afrika und Rom 101. Demandt, Die afrikanischen Unruhen 282 ss. El mismo, Der Tod des alteren Theodosius 598 ss. El mismo, die Feldzüge 81 ss. Ruby 27. Zóllner, Franken 79 ss. Pórtner 325 ss. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 151. Stallknecht 59, 69, 124 nota 17.

[650] Ammian. 29, 6, 5 s; 30, 5 s. Socr. 4, 2; 4, 31, 1 ss. Rufin. h.e. 11, 12. Zos. 4, 16;4, 17, 2. Pauly II 653, III 989, V 1094. Schuitze, Geschichte 1209. Seeck, Untergang V10, 33 s. Baynes, The Dynasty 230. Kornemann, Weltgeschichte II 349. Stallknecht 61.

Temblor y crujir de dientes bajo el amano Valente

Su hermano Valente (364-378), el último emperador que apoyó of icialmente el arrianismo, había sido antes ortodoxo, pero se convirtió seguramente por influencia de su mujer Albia Domenica, "quien pronto fue presa del error arriano y le convenció, de tal modo que ambos se precipitaron en los abismos de la blasfemia"; esto favoreció en principio al patriarca Eudoxio, "que aún tenía en sus manos el timón de Constantinopla, pero no para llevar el barco a buen puerto, sino para hundirlo" (la cita es de Teodoreto), y luego a un sucesor más moderado, Demófilo. Instigado por Eudoxio, Valente actuó contra las sectas y demás desviacionismos, incluso contra los semi-arrianos que luego, con tal de medrar, hicieron una vergonzosa abjuración en Roma.

Los católicos fueron muy duramente perseguidos durante los últimos años del régimen de este emperador, lo que enconó la resistencia e hizo que incluso los desterrados fuesen considerados mártires. Entre éstos figuraron los obispos Atanasio de Alejandría, Melecio de Antioquía, Pelagio de Laodicea, Eusebio de Samosata, Barsés de Edesa y otros muchos. Algunos católicos fueron ahogados en Antioquía, y también hubo martirios en Constantinopla. Incluso se cuenta que en el año del Señor 370, Valente envió cartas secretas a su prefecto Modesto, disponiendo que ochenta obispos y sacerdotes católicos fuesen conducidos con engaños a bordo de un barco, el cual fue quemado con todos sus pasajeros en alta mar; también se dice que huestes enteras de "partidarios de la verdadera fe" fueron arrojadas al Orontes. Y aunque san Afrahat, militante sirio, sanó a un caballo del emperador con agua bendita, dispersó una nube de langosta y reformó con el santo óleo a un casado demasiado aficionado a echar canas al aire, nada de esto sirvió para que Valente abandonase su "herejía".[651]

"Sobre nosotros ha caído una persecución, mis venerados hermanos, la más enconada de todas", se lamentaba, en 376, Basilio, doctor de la Iglesia, en carta a los obispos de Italia y de la Galia (aunque él personalmente no había sido molestado). Se cerraban casas de oración, se abandonaba el servicio de los altares, eran encarcelados los obispos bajo cualquier falso pretexto, y enviados de noche al destierro y a la muerte. "Es bien sabida—continúa Basilio—, aunque hayamos preferido silenciarla", la deserción de los sacerdotes y diáconos, la dispersión del clero; en una palabra, "se ha cerrado la boca de los creyentes, mientras que las lenguas blasfemas andan sueltas y se atreven a todo".[652]

Según Fausto de Bizancio, siempre tan exagerado, Valente mandó a todas las ciudades "pastores ateos" y "falsos obispos arríanos". "Todos los doctores de la verdadera fe fueron separados de sus partidarios, y suplantaron sus puestos los

[651] Greg. Nacianc. or. 43, 46. Rufin. h.e. 11, 3. Socr. h.e. 4, 1; 4, 14 ss; 4, 20 ss.Theod. hist. reí. 8. h.e. 4, 12 ss; 4, 19; 4, 24. Soz. h.e. 6, 6; 6, 13 s; 6, 19. Pauly-Wissowa vol. 14, 1965, 2132 ss. LThK 1 ed. III 839, X 476. Lecky II 159. Baur I 57, 72.Seeck, Untergang V 82 s. Ehrhard, Die griechische und lateinische Kirche 49, Chadwick, Die Kirche 166. Joannou 149.

[652] Basil. ep. 243, 1 ss. LThK 1 ed. X 476.

sirvientes de Satán."[653]

A Valente le inspiraba tanto temor la brujería, que la castigó con pena de muerte desde el primer año de su mandato. Por este motivo, reanudó la persecución iniciada por Constantino contra los adeptos de la magia negra, los clarividentes, los intérpretes de sueños, desde el invierno de 371 y durante dos años "como una fiera en el anfiteatro. [...] Era tan grande su furor, que parecía lamentar el no poder prolongar el martirio de sus víctimas después de la muerte" (Amiano). En el año 368, el senador Abieno perdió ya la cabeza porque una dama con quien andaba en relaciones se sintió víctima de un encantamiento. El procurador Marino padeció pena de muerte porque se había procurado con artes mágicas la mano de una tal Hispanila. El cochero Atanasio murió quemado por ejercer las artes de la magia negra. El miedo se extendió por todo Oriente; eran miles los detenidos, torturados, liquidados, incluso altos funcionarios públicos, sabios filósofos; participantes o simples testigos eran quemados vivos, estrangulados, decapitados, como en Éfeso, pese a hallarse enfermo, el filósofo Máximo, que había sido amigo y preceptor de Juliano. Se confiscaban sus bienes, se les extorsionaba con cuantiosas multas; bastaba una palabra imprudente, o haberse atrevido a fabricar un crecepelo. La demagogia hizo quemar bibliotecas enteras, afirmando que eran "libros de magia". Y como la maquinaria de la justicia era todavía demasiado lenta para Valente, las decapitaciones y las hogueras prescindieron de formalidades judiciales; al mismo tiempo, él se consideraba un soberano clemente, como su hermano Valentiniano, además de fiel cristiano, buen esposo y hombre casto. Nadie niega que imperase en su corte la "pureza de costumbres". Un verdugo que conducía a la ejecución una adúltera desnuda, fue también quemado vivo en castigo por tal desvergüenza.[654]

274

Procopio, de cuarenta años y pariente de Juliano, se alzó en Constantinopla, principalmente con el apoyo de los paganos; apenas logró hacerse con el usurpador, Valente lo hizo decapitar sin demora el 27 de mayo del año 366. El caso fue que durante esta insurrección Valente pasó mucho miedo y estuvo a punto de abdicar, desistiendo sólo a ruegos de su séquito. El castigo de los rebeldes fue despiadado; las fortunas de los condenados enriquecieron los bolsillos de Valente y sus principales funcionarios. Otro pariente de Procopio, Marcelo, que también creyó que podía llegar a ser emperador, fue eliminado con todos sus seguidores después de crueles suplicios; el mismo fin tuvo la conspiración de Teodoro, entre 371 y 372. Valente "perdió todo sentido de la medida" (Nagí), persiguió incluso a las mujeres de los sublevados, hizo quemar infinidad de libros y siguió enriqueciéndose junto con sus verdugos. Todo esto sucedía en medio de casi un decenio de conflictos con los persas. El rey de Armenia, como no era de fiar, fue asesinado por of iciales romanos durante un banquete; sin embargo la aristocracia romana permaneció fiel a Roma, "movida sobre todo por la común fe cristiana" (Stallknecht). En el año 367, el emperador inició además una campaña contra los ostrogodos, que habían ayudado

[653] Faust.4, 5.

[654] Cod. Theod. 9, 16, 7 s. Ammian. 26, 5, 8 ss; 26, 10; 28, 1; 29, 1, 5 ss; 29, 1, 33 ss;29, 2 s; 31, 14. Socr. 4, 19. Zos. 4, 4, 3 ss; 4, 8, 4 s; 4, 13 ss. lordan. de orig. act. Get. 26.Eunap. frg. 38. Vict. epit. 48, 3 s. Soz. 4, 35. Philostorg. 9, 15. Pierer XVIII 339. dtvLex. Antike, Geschichte III 104, 282. Schuitze, Geschichte I 202 ss. Lea III 449 s.Soldan-Heppe I 82 s. Seeck, Untergang V 10, 17, 20, 135. Dudden I 77 s, 162 s.Maier, Verwandiung 53. Lippoíd, Theodosius 16. Barb 111 ss. Seyfarth 378 s. Funke, Ammianus 172 ss.

a Procopio. Las operaciones discurrieron entre turberas y pantanos, y aunque se puso precio a las cabezas de los godos, la guerra terminó sin éxito en 369. El 9 de agosto de 378, en Adrianápolis, Valente perdió la batalla y la vida.[655]

275

Hemos visto, pues, cómo gobernaron aquel formidable imperio las primeras majestades cristianas: Constantino, sus hijos, y los emperadores Joviano, Valentiniano I, Valente. ¿Se comportaron, en tanto que "instituciones cristianas", de manera más benigna, más humanitaria, más pacífica que sus predecesores, o que el mismo Juliano el Apóstata?

Junto a las constantes matanzas en el interior del imperio, en las fronteras, en territorio enemigo, bajo condiciones de colosal explotación, intervenían las eternas querellas clericales. La política interior del siglo IV estuvo determinada por la lucha entre las dos confesiones principales, los arríanos y los ortodoxos. En el punto crucial se encontraba Atanasio de Alejandría, el obispo más destacado a caballo entre Constantino y Valente y uno de los más nefastos de todos los tiempos, cuya impronta se haría notar en tiempos venideros.

[655] Ammian. 26 ss; 30, 1, 18 ss. Liban, or. 24, 13. Socr. 4, 8 s. Faust. 5, 32 s. Philostorg. 7, 10; 9, 5. Theodor. 4, 36. Zos. 4, 10 s. Themist. or. 10. H. Dessau, Inscript.Lat. select. 60. Pauly-Wissowa vol. 14, 2100ss (Nagí). Sobre la guerra persa: 2213ss. Seeck, Untergang V 45 ss. Stein, Vom romischen 287. Schmidt, Die Ostgermanen 231 s. Ostrogorsky, Gechichte des byzantinischen Staates 43. demandt, Zeitkritik 27 s. Stallknecht 62 ss.

BIBLIOGRAFIA

AAS: Acta Apostolicae Sedis, 1909 ss.
ACÓ: Acta conciliorum oecumenicorum, ed. por E. Schwartz, 1914 ss. Ad Diognet: epístola de Diogneto.
Afrah. Dem.: Afrahat, demonstratio (= Hoimilien). Agathias: Agathias (Scholastikos) de Myrina (Aiolis).
Agnellus, Liber pont. ecci. Ravenn.: Agnellus, Liber Pontifícalis ecelesiae Ravennatís (MGScript. Rer. Langob.) 333.
Alex. Alexandr. Sermo de anima: Alejandro de Alejandría, de anima et corpore deque passione domini.
Ambr. virg.: Ambrosio, de virginibus (PL 16, 187 ss) (vgl. de virginitate; de institutionevirginis). Ambros. c. Aux.: Sermo contra Auxentium de basilicis tradendis (PL 16, 1007 ss).
Ambros. de Abrah.: de Abraham (PL 14, 419ss). Ambros. bono mort.: de bono mortis (PL 14, 539ss).
Ambros de incarn.: de incarnationis dominicae sacramento (PL 16, 817 ss). Ambros. de fide: de fíde ad Gratíanum (PL16, 527ss).
Ambros. de ob. Theod.: Oratio de obitu Theodosii (PL 16, 1385 ss). Ambros. de ob. Valent.: de obitu Valentiniani consolatio (PL 16, 1357 ss). Ambros. de of f.: de of fíciis ministrorum (PL16, 23ss).
Ambros. de paenit.: de paenitentia (PL 16, 465 ss). Ambros. de parad.: de paradiso (PL 14, 275 ss).
Ambros. de Tob.: de Tobia (PL 14, 759 ss).
Ambros. enarr. ps.: Enarrationes in XII psalmos Davidicos (PL 14, 921 ss). Ambros. ep.: Epistulae (PL 16, 876 ss).
Ambros. exaem.: Hexaemeron (PL 14, 123 ss).
Ambros. exhort. virgin.: Exhortatio virginitatis(PL16, 335ss).
Ambros. Exposti. Evangelii sec. Lucam: Expositionis evangelii secundum Lucam libri decem (PL 15, 1527 ss).
Ambros. Exp. ps.: Expositio in psalmum CXVIII(PL15, 1197ss). Ammian.: Ammiano Marcelino, Res gestae.
AMrhKG: Archiv für mitteirheinische Kirchengeschichte 1949. Anastas. I. ep.: Anastasio I, Epistulae.
Anastas. imp. ep.: Anastasio I, Epistulae.
Anastas. Sin., Hodegos: Anastasius Sinaita, Hodegos. Anón. Val.: Anonymus Valesianus.
Apg.: Hechos. Apoc.: Apocalipsis de S. Juan.
Apoll. Sid. ep.: Apollinaris Sidonius (cf.Sidonius Apollinaris). Epistulae. Aponius, Expol. in cant. cantíc.: Explanatio in Canticum cantícorum.
App.: Appendix.
Arist. apol.: Aristídes, Apología.
Arnob. adv. nat.: Arnobio de Sicca, adversus natíones (advers. gent.).
A. T.: Antiguo Testamento.

Athan. ad Afros episc.: Atanasio, An die Bischofe Westafrikas (PG 26, 1029 ss). Athan. ad episc. Aeg.: Ep. encyclica ad episcopos Aegypti et Libyae (PG 25, 537 ss). Athan. ad Serap.: (PG 26, 529 ss).

Athan. apol. ad Const.: Apología ad Constantíum imperatorem (PG 25, 595 ss). Athan. apol. c. Ar.: Apologia contra Arianos(PG25, 247ss).

Athan. apol. de fuga sua: Apología de fuga sua(PG25, 643ss). Athan. c. Arian.: Orationes contra Arianos (PG26, 9ss).

Athan. c. gent.: oratio contra gentes (PG 5, 3ss).

Athan. hist. Arian.: Historia Arianorum ad monachos (PG 25, 691).

Athan. de incarn. et c. Arian.: de incarnatione et contra Arianos (PG 26, 983 ss) (posible atribución a Marcellus de Aneirá).

Athan. de sent. Dion.: epist. de sententia Dionysii(PG25, 479ss). Athan. de decr.: Epístola de decretis Nicaenae synodi (PG 25, 415).

Athan. de syn.: Epístola de synodis Arimini in Italia et Seleuciae in Isauria celebratis. Athan. ep. ad Serap. de morte Arii:.

Athan. ep. encycl.: Epist. ad episcopos encyclica (PG25, 221ss).

Athan. Vita Ant.: Vita S. Antonii (PG 26, 835 ss). Athenag. leg.: Atenágoras, Legatio.

August. ad Donat. post coll.: Agustín, Ad Donatistas post collationem liber unus (PL43, 651ss). August. advers. Jud.: Adversus Judaeos (PL42, 51ss).

August. brev. coll.: Breviculus collationis cum Donatistis (PL 43, 613 ss). August. c. Parm.: Contra epistolam Parmeniani libri tres (PL 43, 33 ss). August. c. Acad.: Contra Académicos (PL 32, 905 ss).

August. civ. dei: de civitate Dei (PL 41).

August. cons.: de consensu evangelistarum libri quatuor (PL 34, 1041 ss).

August. c. Cresc.: Contra Cresconiun grammaticum partis Donati libri quatuor (PL 43, 445). August. c. Gaud.: Contra Gaudentium Donatistarum episcopum libri dúo (PL 43, 707 ss). August. conf.: Confessiones (PL 32, 659 ss).

August. don. persev.: de dono perseverantiae liber ad Prosperum et Hilarium secundus(PL45, 393ss).

August. de cura ger. pro morí.: de cura gerenda pro motuis (PL 40, 591 ss).

August. De grat. chr. et de pecc. orig.:de gratia Christi et de peccato originali, contra Pelagium et Caelestium, libri duo(PL44, 359ss).

August. de haeres.: de haeresibus (PL 42, 21 ss).

August. de pecc. mer.: de peccatorum meritís et remissione et de baptismo parvulorum ad Marcellinum, libri tres (PL 44, 109 ss).

August. de serm. domini in monte: de sermone Domini in monte secundum Matthaeum libri dúo (PL 34, 1229 ss).

August. de único bapt.: de único bautismo contra Petilianum, ad Constantinum, liber unus (PL 43, 595 ss).

August. de un. ecci.: de unitate ecciesiae.

August. de urb. excid.: de urbis excidio (PL40, 714ss). August. ord.: de ordine (PL 32, 977 ss).

August. útil. ieiun.: de utilitate ieiunii (PL40, 707ss). August. de útil. cred.: de utilitate credendi (PL42, 65ss).

August. de vera reí.: de vera religione liber unus(PL34, 121ss).

August. c. litt. Peí.: Contra litteras petiliani Donatistae Critensis episcopi libri

tres(PL43, 245ss).
August. de baptísm.: de baptismo contra Donatistas libri septem (PL 43, 107 ss). August. en. in ps.: Enarrationes in psalmos (PL36ss).
August. corr. et grat.: de correptione et gratia (PL 44, 915 ss). August. in ev. Joh.: In Johannis evangelium tractatus 124 (PL 35, 1379 ss).
August. Gen. ad litt.: de Genesi ad litteram (PL24, 219ss). August. ep.: Epístolas (PL 33).
August. serm.: Sermones (PL 38 ss).
August. de bono coniug.: de bono coniugali(PL40, 373ss).
August. de catech. rudibus: de catechizandis rudibus (PL 40, 309 ss).
August. de gestis Pelagii: de gestis Pelagii, ad Aurelium episcopum, liber unus (PL 44, 319). August. de mor. ecci. et de mor. manich. de moribus ecciesiae catholicae et de moribus Manichaeorum libri dúo (PL32, 1309 ss).
August. de nat. et grat.: de natura et gratia, ad Timasium et Jacobum, contra Pelagium, liber unus (PL 44, 247 ss).
August. de lib. arb.: de libero arbitrio libri tres(PL 32, 1221). August. de trin.: de trinitate libri quindecim(PL42, 819ss).
August. op. imperf.: opus imperfectum contra Julianum (PL 45, 1049 ss) 316
August. retract.: Retractationes (PL 35, 583 SS). August. solil.: Soliloquia (PL 32, 869 ss).
Aurel. Vict. Caes.: Aurelio Víctor, De Caesaribus. Aurel. Vict. Epit.: Epitome.
Avit. Vienn. ep.: Avitus de Vienne, epístolas.

Barn.: epístola de Bernabé.
Basil. ep.: Basilio de Cesárea, epístolas (PG32, 291ss).
Basil. Hex.: Homiliae 9 in Hexaemeron (PG29, 3ss).
Basil. hom.: Homilien.
BibL: Bíblica, 1920 ss.
BKV: Biblioteca Patrística ed. por O. Bardenhewer, Th. Schermann, C. Weymann, 1911ss.
Bonif. I ep.: Bonifacio I, epístolas.
ByZ: Byzantinische Zeitschrift, 1892 ss.
Byzlav: Byzantinoslavica.

Cass. var.: Flavius Magnus Aurelius *Cas*-siodorus, Variae.
Cass. Dio.: Dión Casio.
Catal. Felic.: Catalogus Felicianus, parte más antigua del Líber Pont. (ibid-), fupten Catalogus Liberianus.
Catal. Liberianus MG hist. Auct. ant.: Monumenta Germaniae Histórica, Auctores antiquissimi.
CHR: The Catholic historical Review, 1915ss. I., 2. Chron.:
Crónicas.
Chrysost.: Juan Crisóstomo. Chrysost. hom.: homilías.
Chrysost. ep.: epístolas. Chrysost. sac.: de sacerdotio.
Chrysost. de stat.: Homiliae 21 de statuis.
Chrysost. adv. Jud.: 8 homilías contra judíos.

Chrysost. de S. Babyla c. Jul. et c. gent.: de S. Babyla contra Julianum et gentiles.
Cié. de divin.: Cicerón, de divinatione.
Cic. de orat.: de oratore.
Cic. nat. deor.: de natura deorum.
Cic. Caí.: Cato maior de senectute.
CIL: Corpus Inscriptionum Latinarum, ed. por la Berliner Akademie der Wissenschaften, 1863 ss.
I. Clem.: I epístola de Clemente.
Clem. Al. protr.: Clemente de Alejandría, Logos protreptikos.
Clem. Al. paed.: Paidagogos.
Clem. Al. Quis dives salv.: Quis dives salvetur (Hom. über Mk. 10, 17 ss).
Clem. Al. strom.: Stromateis.
Cod. Just.: Codex Justinianus.
Cod. Theod.: Codex Theodosianus.
Coelestin I. ep.: Coelestín I., epístolas.
Coll. Avell.: Collectio Avellana.
Coll. Casin.: Collectio Casinensis.
Corp. Jur. Civ.: Corpus iuris civilis.
CSEL: Corpus scriptorum ecciesiasticorum latinorum, ed. por la Wiener Akademie der Wissenschaften, 1866 ss.
Cypr. ad. Donat.: Cipriano de Cartago, ad Donatum. Cypr. bono pat.: de bono patientiae.
Cypr. de unit.: de catholicae ecciesiae unitate.
Cypr. ep.: epístolas.
Cypr. laps.: de lapsis.
Cyrill. Hieros. catech.: Cirilo de Jerusalén, 24 catcquesis.

DAM: Deutsches Archiv für die Erforschung des Mittelalters.
Dam. ep.: Dámaso I, epístolas.
Decret. Gelas.: Gelasio I, decretales.
Did.:Didache.
Didasc.: Didascalia.
Dio.: Dión Casio.
Diodorus: Diodoro de Tarso.
Diog.: Epístola Diogneto.
DOP: Dumbarton Oaks Papers, ed. Harvard University, 1941 ss.
DZGw**:** Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft, 1889 ss; ab 1898: HV.

Ennod.: Magnus Félix Ennodius, obispo de Pavía.
Ennod. Libell.: Libellus adversus eos, qui contra synodum scribere praesumpserunt.
Ennod. paneg. Theod.: Panegírico del rey Teodorico (después de su intervención a favor del papa Símaco).
Ephes.: Efesios.
Ephram, Carmina Nisibena: Efrén el Sirio, 77 Cantos (8, 22, 23, 24 faltan).
Ephrám, hym. de fíde: 87 Himnos sobre la fe.
Ephr. hymn. c. haer.: Hymni (Sermones) contra haereses.

Epiphan. de mensur.: Epifanio de Salamina, de mensuris et ponderibus. Epiphan. haer.: Haereses (cit. tamb. Como Panarion).
Epit. Caes.: s. Aurel. Victor.
Epitome: s. Aurel. Victor.
Euagr. h. e.: Euagrius Scholasticus, Historia Eclesiástica.
Eumen. pan.: Eumenio, Panegyrici Latini.
Eunap. Vitae sophist.: Eunapio de Sardes, Vidas de los sofistas. (Plotino, Porfirio, Lámblico, Edesio, Libanio y otros).
Euseb. h.e.: Eusebio de Cesárea, Historia Eclesiástica.
Euseb. Or. ad s. coetum: Oratio ad sanctorum coetum.
Euseb. V. C.: Vita Constantini.
Eutr. brev.: Eutropio, Breviarium ab urbe condita.
EvTh: EvangelischeTheologie, 1934 ss.
Ez.: Ezequiel.

Faust.: Fausto de Bizancio.
FF: Forschungen und Fortschritte, 1925 ss.
FHG: Fragmenta Historicorum Graecorum, ed. C. Müller.
Firm. Mat. err.: Firmico Materno, de errore profanorum religionum.frg.: fragmento.
Fulgent. C. Arrian.: Fulgencio de Ruspe, contra Arríanos.
Fulgent. de fíde: de fíde ad Petrum. Gal.: Gálatas.

Gel. Cyz. h.e.: Gelasio de Cicico, Hist.Eclesiástica.
Gelasius I. ep.: Gelasius I, epístolas.
Gennadius de vir. ill.: Genadio de Masilia, devirisillustribus.
Gesta conc. Aquil.: Gesta concilii Aquileiensis. Gregor I. dial.: Gregorio I, dialogi de vita et miraculis patrum Italicorum.
Greg. I. hom.: Homilías.
Greg. II. ep.: Gregorio II, epístolas.
Greg. Naz. or.: Gregorio Nacianceno, Sermones.
Greg. Naz. de vita.: Carm. de vita sua.
Greg. Nyssa: Gregorio Niceno.
Greg. Nyss. In cant. hom.: Gregorio Niceno, Homilías sobre el Cántico.
Greg. Nyss. or.: Sermones.
Greg. Tur. in glor. mart.: Gregorio de Tours, in gloria martyrum.
Greg. Tur. hist. fr.: Historiarum libri X (Hist. Francorum).

Hebr.: Hebreos.
Hermes: Hermes, Zeitschrift für klasische Philologie, 1866 ss.
Hieron. adv. Jovin.: Sophronius Eusebias
Hieronymus, AdversusJovinianum.
Hieron. adv. Joh. Hierosolym.: Adversos
Johannem Hierosolymitanum.
Hieron. Contra VigiL: Contra Vigilantíum.
Hieron. Dialogi contra Pelagianos: Dialogi contra Pelagianos libri III.
Hieron. adv. Rufin: Apología adversus libros Rufíni.

Hieron. Comment. in Ez.: Comentario a Ezequiel.
Hieron. de nom. Hebr.: liber interpretationis Hebraicarum nominum.
Hieron. ep.: Epístolas.
Hieron. vir. ill.: de viris illustribus.
Hieron. in Hierem.: in Hieremiam prophetam libri sex.
Hieron. Comment. in Isaiam: Comentario a Isaías.
Hilar, c. Constant.: Hilario de Pictavium (Poitiers), Contra Constantium imperatorem.
Hilar, de trinit.: de trinitate (de fíde, adversus Arianos).
Hilar. Super Psalmos: Tractatus super Psalmos.
Hilar, contra Auxent.: Contra Arianos ve Auxentium Mediolanensem episcopum.
Hilar, lib, ad. Constant.: liber I ad Constantium.
Hippol. refut.: Hipólito, Refutatio omnium haeresium (Philosophumena).
Hippol. trad. apost.: Hipólito.
HJ: Historisches Jahrbuch der Górres-Geselischaft, 1880 ss, 1950 ss.
Hos.: Oseas.
HThR: The Harvard Theological Review, 1908 ss.
HV: Historische Vierteijahresschrift, 1898 ss, bis 1898: DZGw.
Hydat. Chron.: Hydatius (Idacius), obispo de Aquae Flaviae (Chaves, Port.), Chronicon.
HZ: Historische Zeitschrift, 1859 ss.

Ignat. Tral.: Ignacio de Antioquía. Ign. ad Magn.: a los tralenses.
Ign. ad Philad.: a los filadélficos. Ign. ad Rom.: a los romanos.
Ign. ad Smyrn.: a los esmirnenses.
Innoz. I. ep: Inocencio I, Epístolas. lord. Get.: lordanes, de origine actibusque Getarum. lord. Rom.: de summa temporum vel origine actibusque gentis Romanorum.
Iren. haer.: Ireneo de Lyon, adversus haereses.
Isid. hist. got.: Isidoro de Sevilla, Historia de los godos, vándalos y suevos.
Isid. Peí. ep.: Isidoro de Pelusium, epístolas.

Jak.: Santiago.
JbAC: Jahrbuch für Antike und Christentum.
JBL: Journal of Biblical Literature, publ. by the Society of Biblish Literature and exegesis, 1881 ss.
JEH: The Journal of Ecciesiastical History, 1950 ss.
Jer.: Jeremías.
Jes.: Isaías.
Jh.: Evangelio de San Juan.
JJS: Journal of Jewish Studies, 1948 ss.
JK: Regesta Pontificum Romanorum abcondita ecciesia ad annum post Christum natum MCXCVIII von Ph.Jaffé u.a. 1885 ss.
Joh. Chrysost.: s. Crisóstomo.
Joh. Malal. Chron.: Juan Malalas, cronografía.
Joh. Mosch. prat. spir.: Juan Moschus, pratum spirituale.
Joh. Nikiu, Chron.: Juan de Nikiu, crónica.
Joseph. Ant. Jud.: Fia vio Josefo, Antigüedades judías.

Joseph. Bell. Jud.: Flavio Josefo, La guerra judía.
Joseph. c. Apionem: Contra Apionem (Apologie).
Joseph. vit.: de vita sua.
JR: The Journal of Religión.
JRS: The Journal of Román Studies.
JThS: The Journal of Theological Studies, 1899 ss.
Jud.: Judas.
Julián. Aecl. Lib. ad Florum: Juliano de Aeclanum, Lib. ad Florum en: August. op. imperf. (8vols.).
Julián. Aecl. Lib. adTurbant.: Lib. Ad Turbantíum(4vols.).
Julián, ep.: Flavius Claudius Julianus (Apostata), cartas.
Julián, or.: Discursos.
Just. apol.: Justino mártir, Apologías.
Justin (dial.) Tryph.: Diálogo con el judío Tritón.
Juvenal. Sat.: D. Junius Juvenalis, Satyrae.

Kol.: Colosenses.
I., 2.Kón.:Reyes.
I., 2. Kor.: 1., 2. Corintios.
Kyr. Alex. ep.: Cirilo de Alejandría, Epístolas (PG 77, 401 ss).
Kyr. Alex. hom.: Sermones (PG 77, 981 ss).
Kyrill. Alex. Advers. nolentes confit. sanct. virg. esse Deiparam: Adversus nolentes confiteri sanctam virginem esse deiparam (PG 76, 255 ss).
Kyr. Alex. ad reg.: ad reginas (PG 76, 1201 ss).
Kyrill. Jerus.: cf. Cyrill. Hieros.

Lact. div. inst.: Lactancio, divinae institutiones.
Lact. mort. pers.: de mortibus persecutorum.
Leo I, ep.: León I, epístolas (PL 54, 593 ss).
Leo I, serm.: sermones (PL 54, 137 ss).
Liban, or.: Libanio, Discursos.
Lib. ep.: Libanio, Epístolas.
Liber Heracl.: Liber Heraclidis.
Liber. Poní.: Liber Pontifícalis, 2 vols. ed. Duchesne, 1886 ss, 2ª ed., vol. 3 ed. C. Vogel, 1957.
Liberat. Brev.: Breviarium Causae Nestorianorum et Eutychianorum.
Liberius ep.: Liberio, Epístolas (PL 8, 1349 ss).iv.: Livio.
Lk.: Evang. S. Lucas.
LThK: Lexikon für Theologie und Kirche.
Lucif. Calar.: Lucifer de Calaris (Caguari deCerdeña). Malal.: cf. Juan Malal.

Makk.: Macabeos.
Mansi, Conc. coll.: J. D.
Mansi, Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio. Ed. L. Petit/J. B. Martín, 1899 ss.
Marc. Diac. vita Porphyr.: Marco, vida de Porfirio de Gaza.

Marc. comes Chron.: Marcellinus comes, Chronik (opus rusticum).
MG Auct. Ant.: Monumenta Germaniae Histórica, Auctores antiquissimi.
MG SS rer. Langob.: Monumenta Germaniae Histórica, Scriptores rerum Langobardicarum.
Min. Fel. dial. oct.: Minucio Félix, Diálogo de Octavio.
MIG: Mitteilungen des Instituís für sterreichische Geschichtsforschung, 1880 ss.
Mk.: Evangelio S. Marcos. 1., 2., 3., 4., 5.
Mos.: Pentateuco.
Mt.: Evangelio S. Mateo.
MThZ: Münchener Theologische Zeitschrift.

Nazar. pan.: Nazario, Panegyricus.
Néstor, Lib. Heracl.: Nestorio, Liber Heraclidis.
NT: Nuevo Testamento.

Olymp. frg.: Olympiodoros, 22vols.
Optat.: Opiato de Mileve.
OrChr: Oriens Christanus, 1901 ss.
OrChrA: Orientalia Christana Analecta, 1923 ss.
OrChrP: Orientalia Christiana periódica, 1935 ss.
Orig. Cels.: Orígenes, contra Celsum.
Orig. comm. Ser.: el mismo, series.
Orig. hom.: el mismo, homilías.
Orig. de princ.: de principiis.
Oros. hist.: Orosio, Historiae advers. paganos libri VII.
Oros. Lib. Apol.: Liber apologeticus.
OstKSt: Ostkirchiiche Studien 1951 ss. Pacat. paneg.: Latinus PDrepanius Pacatus, Panegyricus.

Pallad, dial.: Paladio, Dialogus de vita s. Joannis Chrysostomi.
Pallad. Hist. Laus.: Historia Lausiaca.
Pallad. Vita Joh. Chrys.: Dialogus de vitas. Joannis Chrysostomi.
Paneg. lat.: Panegyrici latini.
Paulin. Vita Ambr.: Paulino, Vita s. Ambrosii.
Pauly: Der Kleine Pauly. Lexikon der Antike, ed. K. Ziegler/W. Sontheimer, 5vols., 1979.
Pauly-Wissowa: Paulys Realencykiopadie er kaissischen Altertumswissenschaft, ed. revisada por G. WIssowa/W. Kroll, 1893 ss.
Pelag. ep.: Pelagio. Epístolas.
Pelagius, Ad Demetriadem: Epistula ad Demetriadem.
l., 2.Petr.:l., 2., Pedro.PG: Petrologiae cursus completus... series graeca. Phil.: Filipenses.
Philostorg. h.e.: Filostorgio, Historia Eclesiástica.
Philostr. vita Apoll.: Filostrato, Vita Apollonii.
PL: Patrologiae cursus completus... series latina.
Plin. nat. hist.: Plinio el Viejo, Naturales historia.

Plot. enn.: Plotino, Enéates.
Plut. de Is. et Os.: Plutarco, de Iside et Osiride.
Plut. Cam.: Camilus.
Plut. Num.: Numa.
Plut. Quaest. Graec.: Quaestiones Graecae.
Plut. Quaest. conv.: Quaestiones convivales.
Plut. Rom. :Rómulo.
Poen. Cumm.: Poenitentiale Cummeani.
PO: Patrologiae cursus completus... seriesorientalis.
Polyc. ad Phil.: Policarpo de Esmirna a los filipenses.
Posid. Vita: Posidio de Calama, Vita s. Augustini.
Prokrop. bell. vand.: Procopio de Cesárea, Guerra contra los vándalos.
Prok. bell. gol.: Guerra contra los godos.
Prokop. bell. pers.: Guerra contra los persas.
Prokop. de aedifíc.: de aedifíciis.
Prokop. hist. arcan.: historia arcana (Anekdota).
Prol.:Prolog.
Proom.: Proómium.
Prosper. Chron.: Tiro Prospero, Crónica (PL61, 535ss).
Prudent. c. Symm.: Aurelius Clemens Prudentius, contra Symmachum.
Ps.: Salmos.
Ps.: Pseudo.
Ps. Clem. hom.: Homilías Pseudoclementinas.
Ps. Clem. recog.: Recognitiones.
Ps. Cypr. sing. cler.: Pseudo-Cyprian, de singularitate clericorum.
Ps. Just. or. ad Graecos:
Pseudo-Justin, oratio ad Graecos.

RAC: Reallexikon für Antike und Christentum, ed. por Th. Klauser, 1941 (1950)ss.
RGAK: Reallexikon der germanischen Altertumskunde, ed. por J. Hoops, 1911 ss.
RGG: Die Religión in Geschichte und Gegenwart, 1909 ss, 2ª ed., 1927 ss, 3ª ed., 1956 ss.
RhMus: Rheinisches Museum für Philologie, 1833 ss.
Ri.:DasBuchRichter.
Rom.: Romanos.
Rufin. c. Hieron: Rufino de Aquileia, Apología contra Hieronymum.
Rufin .h.e.: Historia Eclesiástica.
Rusticus diac., C. Acephalos disput.: Diácono Rústico, contra Acephalos disputado.
RV: Rheinische Vierteijahresblátter.

Sach.: Zacarías.
Saeculum: Saeculum. Jahrbuch für Universalgeschichte, 1950.
Salv. de gub. dei: Salvianus von Massilia, e gubernatione dei. 1., 2.
Sam.: Libros de Samuel.
SbPAW phil.-hist. KL: Sitzungsberichte der Preusischen Akademie der Wissenschaften, philologisch- historische Klasse.

Sen. ben.: Séneca, de beneficiis. serm.: sermones.
Sid. Apoll.: s. Apollinaris Sidonius.
Sir.: Jesús Sirach.
Siric. ep.: Siricio, epístolas.
Sixt. III. ep.: Sixto III, epístolas.
Soch. h.e.: Sócrates, Historia Eclesiástica.
Soz. h.e.: Sozomenos, Historia Eclesiástica.
StdZ: Stimmen der Zeit (vor 1914: Stímmen aus Maria-Laach), 1871 ss.
Suet. Claud.: Suetonio.
Suet.Tit.:Tito.
Suet. Vesp.: Vespasiano.
Sulp. Sev. Chron.: Sulpicio Severo, Chronicorum libri dúo.
Sulp. Sev. dial.: Dialogorum libri dúo.
Sulp. Sev. Vit. Mart.: VitaS. Martini.
Symm. ep.: Aurelio Simaco, Epístolas. Symm. reí.: relationes.
Symmach. or.: discursos.
Syn.: sínodos.
Syn. Antioch.: Antioquía.
Syn. Arel.: Arélate (Aries).
Syn. Carth.: Cartago.
Syn. Elv.: Elvira.
Syn. Laodic.: Laodicea.
Syn. Narb.: Narbonne.
Syn. Orí.: Orieans.
Syn. Serd.: Serdica.
Syn. Tol.: Toledo.
Synes. ep.: Sinesio de Cirene, Epístolas.
SZG: Schweizer Zeitschrift für Geschichte.

Tacit. Ann.: Tácito, Anales.
Tacit. Germania: de origine et situ Gennanorum.
Tacit. hist.: Historia.
Tat. or.: Tatian, oratio ad Graecos.
Tert. ad scap.: Tertuliano, ad Scapulam.
Tert. adv. Marc.: adversus Marcionem.
Tert. anima: de anima.
Tert. ApoL: Apologeticum.
Tert. cor.: de corona.
Tert. de idol.: de idololatria.
Tert. de pat.: de patientia.
Tert. de praescr. haer.: de praescriptione haereticorum.
Tert. de pud.: de pudicitia.
Tert. de spect.: de spectaculis.
Tert. jeun-: de ieiunio adversus psychicos.
Tert. mart.: ad martyres.
ThBl: Theologische Blátter, 1922 ss.

Themist. or.: Temistio, Discursos.
Theodor. h.e.: Teodoreto de Ciro (Kyrrhos), Historia Eclesiástica.
Theodor. hist. reí.: Historia religiosa.
Theodor. ep.: Epístolas.
Theodor. Lect. h.e.: Teodoro Lector, Historia Eclesiástica.
Theoph. ad AutoL: Teófilo de Antioquía, ad Autolycum.
Thess.: Tesalonicenses.
ThGl: Theologie und Glaube, 1909 ss.
ThJ: Theologische Jahrbücher, 1842 ss.
ThLZ: Theologische Literaturzeitung, 1878 ss.
ThRE: Theologische Realenzykiopádie.
ThSt: Theological Studies, 1940 ss. 1., 2. Tim.: Timoteo.
ThZ: Theologische Zeitschrift, 1945 ss.
Tit.:Tito.
TR: Theologische Rundschau.

Veget. Epit. rei mil.: P. V. Renato Vegecio, epitoma rei militaris.
Venant. Fortunat., Vita Hil.: VenancioFortunato, vita et miracula S. Hilari. Vict. Tonn.: Victor de Tonnona, Crónica(444-566).
Vict. Vitens. pers.: Víctor de Vita, historia persecutionis Africanae provinciae.
VigChr: Vigiliae christianae, 1947 ss.

WbSt: Woodbrook Studies.

Zachar. Rh. h.e.: Zacarías Rhetor, Historia Eclesiástica.
ZAW: Zeitschrift für alttestamentliche Wissenschaft, 1881 ss.
ZDMG: Zeitschrift der deutschen morgenlándischen GeselIschaft, 1847 ss.
ZHT: Zeitschrift für historische Theologie.
ZKG: Zeitschrift für Kirchengeschichte, 1876 ss.
ZKTh: Zeitschrift für Katholisehe Theologie, 1877 ss.
ZMR: Zeitschrift für Missionswissenschaft und Religionswissenschaft, 1934 ss, 1950 ss.
ZNW: Zeitschrift für die neutestamentüche Wissenschaft und die Kunde der alteren Kirche, 1900 ss, 1934 ss.
Zon.: Zonaras, Crónica.
Zos. hist.: Zósimo, Historia.
ZPF: Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik.
ZSavRGkan: Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Kanonistische Abteilung, 1911 ss.
ZSavRGrom: Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, RomanistischeAbteilung, 1880 ss.
ZThK: Zeitschrift für Theologie und Kir che, 1891 ss

FUENTES SECUNDARIAS

Abramowski, L., Untersuchungen zum Liber Herakiidis des Nestorius, 1963. Abramowski, L., Die Synode von Antiochien 324/25 und ihr Symbol, ZKG 86, 1975. Acham, K., Neuere angelsächsische Theorien zur Geschichte, en: Th. Schieder/G. Graubig Ed, Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft, 1977.

Ackermann, H., Entstellung und Klárung der Botschaft Jesu, 1961.

Ackermann, H., Jesús: Seine Botschaft und deren Aufnahme im Abendiand, 1952. Adam, A., Der manicháische Ursprung der Lehre von den zwei Reichen bei Augustin, ThLZ77, 1952.

Adam, A., Das Fortwirken des Manicháismus bei Augustin, ZKG 69, 1958.

Adam, K., Causa finita est, en: A. M. Koeniger (Ed.), Festgabe Albert Ehrhard, 1922. Adam, K., Christus unser Bruder, 1934.

Adam, K., Der Christus des Glaubens, Vorlesungen über die kirchiiche Christologie, 1954.

Ahiheim, K., Friedrich Hebbel 1813-1863, en: Deschner, K. (Ed.), Das Christentum imUrteil seiner Gegner, 1, 1969.

Ahiheim, K., Celsus, en: Deschner, K. (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, **I,** 1969.

Aland, B., Gnosis, Festschrift für Hans Joñas, 1978.

Aland, B., Gnosis und Kirchenvater, en: Aland, B. (Ed.), Gnosis, Festschrift für Hans Joñas, 1978.

Aland, K., Kirchengeschichtliche Entwürfe, Alte Kirche. Reformation und Luthertum, Pietismus und Erweckungsbewegung, 1960.

Aland, K., Eine Wende in der Konstantinforschung, FF 28, 1954. :

Aland, K., Die religiöse Haltung Kaiser Konstantins, en: Studia Patristica 1, 1957; Aland, K., ber den Glaubenswechsel in der Geschichte des Christentums, 1961.

Aland, K., Von Jesús bis Justinian. Die Frühzeit der Kirche in Lebensbildern, 1981. Albert, G., Zue Chronologie der Empörung des Gainas im Jahre 400 n. Chr., Historia 29, 1980.

Albert, H., Das Elend der Theologie. Kritische Auseinandersetzung mit Hans Küng, 1979.

Albert, M., Die Botschaft des Neuen Testaments, I, Vol. 2, 1952.

Albert, S., Bellum lustum. Die Theorie des «gerechten Krieges» und ihre praktische Bedeutung für die auswärtigen Auseinandersetzungen Roms in republikanischer Zeit, 1980.

Albertz, M., Untersuchungen über die Schriften des Eunomius, 1908. Albright, W. F., Von der Steinzeit zum Christentum. Monotheismus und geschichtiicfaesWerden, 1979.

Alexander, P. J., The Strength of Empire and Capital as Seen Through Byzantine Eyes, en: Speculum, 1962.

Alfaric, P., Die sozialen Ursprünge des Christentums, 1963.
Alfoldi, A., A Festival of Isis in Rome under the Christian Emperors of the IVth Century, Dissertationes Pannonicae Ser. II., Fase. 7, 1937.
Alfoldi, A., Hoc signo victor eris, Beitráge zur Geschichte der Bekehrung Konstantins des Gropen, en: Festschrift für F. J. Dolger, 1939.
Alfoldi, A., The Conversión of Constantine the Great and Pagan Rome, 1948. Alfoldi, A., Das Kreuzszepter Konstantins d. Gr., Schweizer Münzblátter 4, 1954. Alfoldi, A., Rómisches Kaiserreich, en: Historia Mundi, 4. vols., 1956.
Alfoldi, A., Cornutí, a Teutonic contingent in the service of Constantin the Great and its decisive role in the battie of the Milvian Bridge, DOP 13, 1959.
Alfoldi, M. R., Die constantinische Goldpragung in Trier, en: Jahrbuch für Numismatik und Geidgeschichte, IX, 1958.
Alonso-Schókel, L., Erzáhikunst im Buch der Richter, en: Bibl. 42.1961. Alt, Kleine Schriften. Zur Geschichte des Volkes Israel.
Altaner, B. Patrologie, Leben, Schriften u. Lehre d. Kirchenvater, 3ª ed., 1951.
Altaner, B./Stuiber, A., Patrologie, Leben, Schriften und Lehre der Kirchenvater, 1978. Altendorf, H.-D., Zum Stichwort: Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum, en: ZKG, 80, 1969.
Altendorf, H. D., Galerius, RACVIII, 1972.
Altendorf, H. D., Die römischen Apostelgraber, en: ThLZ, Okt. 1959.
Althaus, P., Die Todesstrafe ais Problem d. christlichen Ethik. Sitzungsberichte d. Bayer.
Akademie d. Wissenschaften, Phil. -hist. Kl., cuadernos 2-3, 1955. Altheim, F., Geschichte der Hunnen, 5 vols., 1959 ss.
Altheim, F./Stiehí, R., Die Lage der Bauern unter den späten Sassaniden, en: Henmann/ Selinow, Die Rolle der Wolksmassen in der Geschichte der vorkapitalistischen Geselischaftsformationen, 1975.
Altrneyer, K. A., Katholische Presse unter NS-Diktatur, 1962. Anastos, M., Nestorius was orthodox, DOP 16. 1962.
Andreas, W., Deutschland vor der Reformation. Eine Zeitenwende, 5ª ed-, 1948. Andresen, C., Logos und Nomos, Die Polemik des Kelsos wider das Christentum, 1955. Andresen, C., Die Kirchen der alten Christenheit, 1971.
Andresen, C./DenzIer G., Wórterbuch der Kirchengeschichte, 1982. Antón, H. H., Fürstenspiegel u. Herrscherethos in der Karolingerzeit, 1968.
Antón, H. H., Kaiserliches Selbstverständnis in der Religionsgesetzgebung der Spátantike und Pápstiiche Herrschaftsinterpretation im 5. Jahrhundert, ZKG 88, 1977. Antweiler, A., Einleitung. Die Zeitlage, Grundiagen, en: BKV 7, 1933.
Anwander, A., Wörterbuch der Religion, 1948.
Arbesmann, R., The Idea of Rome in the Sermons of St. Augustine, Augustiniana 4, 1954.
Armstrong, A. H., Man in the Cosmos. A Study of some differences between pagan Neoplatonism and Christianity, en: W. den Boer/P. G. van der Nat/C. M. J. Sicking/J. C. M. van Winden, Romanitas et Christianitas, 1973.
Armstrong, G. T., Imperial Church Buildings in the Fourth Century, BA 30, 1967. Aron, R., Evidence and Inference in History, en: D. Lerner (Ed.), Evidence and

Inference: The Hayden Colloquium on Scientific Concept and Method, 1959.
Askowith, D., The Toleration and Persecution of the Jews in the Román Empire, 1915. Asmussen, H., Die Bergpredigt, 1939.
Assfalg, J., Gregorios der Erieuchter, en: P. Manns (Ed.), Reformer der Kirche, 1970. Aubin, H., Die Umwandiung des Abendiandes durch die Germanen bis zum Ausgang der Karolingerzeit, en: W. Andreas (Ed.), Der Aufstieg des Germanentums und die Weit des Mittelalters, 1940.
Auer, L., Der Kriegsdienst des Klerus unter den sachsischen Kaisern, en:MIG, 1971. Avi-Yonak, M., Geschichte der Juden im Zeitalter des Talmud in den Tagen von Rom u. Byzanz, 1962.
Ayck, Th., Mark Twain, en: Deschner, K. (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, 1, 1969.
Ayck, Th., Theodor Lessing, 1872-1933, en: Deschner, K., (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, II, 1971.
Aydelotte, W. O., Das Problem der Historischen Generalisierung, en: Th. Schieder/G. Gráubig, 1977.
Aydelotte, W. O., Quantifizierung in der Geschichtswissenschaft, en: Th. Schieder/G. Gráubig (Ed.), 1977.

Bachrach, B. S., Procopius, Agathias and the Frankish Military, en: Speculum, 45, 1970.
Bacht, H., Die Rolle des orientalischen Monchtums in den kirchenpolitischen Auseinan dersetzungen um Chaikedon (431-519) en: Grillmeier/Bacht, Das Konzil von Chalkedonll.1953.
Bainton, R. H., The early church and war, en: HThR 3. 1946.
Ballesteros y Beretta, A., Geschichte Spaniens, 1943.
Ballsieper, Th., Das gnadenreiche Prager Jesulein, 1968.
Balthasar, H. U, von, Theologie der Geschichte, 1950.
Balthasar, H. U. von, en: W. Dirks/E. Stammier (Ed.), Warum bleibe ich in der Kirche? Zeitgenóssische Antworten, 1971.
Bang, M., Die Germanen im rümischen Dienst bis zum Regierungsantritt Constantins I, 906.
Bang, M., Constantine and the Goths, The Cambridge Medieval Hist. 1, 1936. Barb, A. A-, The Survival of Magic Arts, en: Momigliano (Ed.), The Conflict, 1964.
Bardenhewer, O., Geschichte der altkirchiichen Literatur, 2ª ed. revisada, 1913.
Barker, E., Italy and the West, 410-476, en: Gwatkin/Whitney, The Cambridge Medieval Historyl, 1975.
Barnes, T. D., Lactantius and Constantine, en: The Journal of Román Studies, vol. LXIII, 1973.
Barnes, T. D., Constantine and Eusebius, 1981.
Barón, W., A social and religious history of the Jews, 1952.
Barraclough, G., History in a Changing Worid, 2955.
Barrow, R. H., Prefect and emperor: The Relationes of Symmachus A. D. 384, 1973. Bartmann, B., Paulus ais Seelsorger, 1920.
Bates, M. S-, Glaubensfreiheit. Eine Untersuchung, 1947.
Baetke, W., Die Aufnahme des Christentums durch die Germanen. Ein Beitrag zur

Frage der Germanisierung des Christentums, en: Stier, H. G./Ernst, F. (Ed.), Die Weit ais Geschichte. Eine Zeitschrift für Universalgeschichte, 1943.

Bauer, A., Die Legende von dem Martyrium des Petrus und Paulus in Rom, Wiener Studien 38.1916.

Bauer, W., Das Johannesevangelium, 2ª ed., 1925.

Bauer, W., Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum, 1934.

Baur, Chr., Der heilige Johannes Chrysostomus und seine Zeit, 1, 1929.

Baus, K., Von der Urgemeinde zur frühchristlichen Gro (3kirche, 1973.

Baus, K., Erwägungen zu einer künftigen «Geschichte der christlichen Mission in der Spátantike» (4.-6. Jh.), en: E. Iserioh/K. Repgen (Ed.), Refórmala Refomanda, I, 1965.

Baynes, N. H., Constantine's Successors to Jovian: and the struggle with Persia, en: Gwatkin/Whitney, The Cambridge Medieval History 1, 1975.

Baynes, N. H., The dynasty of Valentinian and Theodosius the Great, Cambr. Med. Hist. 1, 1924.

Baynes, N. H., Sozomen, Ecciesiastica Historia 115, JThS 49, 1948.

Baynes, N. H., Byzantine studies and other essays, 1960.

Beard, C. A., That Noble Dream, en: American Historical Review 41, 1935.

Beauvoir, S. de., Das andere Geschiecht. Sitie und Sexus der Frau, 1968.

Beck, E., Bardaisan und seine Schule bei Ephrám, en: Le Muséon, 91, 1978.

Beck, H.-G., Kirche und theologische Literatur im byzantinischen Reich, 1959.

Beck, M., Bemerkungen zur Geschichte des ersten Burgunderreiches, en: SZG, 1963.

Becker, E., Die Schiacht am Pons Milvius und die Katastrophe am Schilfmeer, ZKG, XXXI.

Beek, M. A., Geschichte Israels. Von Abraham bis Bar Kochba, 1961.

Beissel, S., Die Verehrung d. Heiligen u. ihrer Reliquien in Deutschland bis zum Beginne des 13. Jahrhunderts, 1890 (I).

Beissel, S., Die Verehrung d. Heiligen u. ihrer Reliquien in Deutschland wáhrend der zweiten Hálfte des Mittelalters, 1892 (II).

Bell, H. J., Jews and Christians in Egypt, 1924.

Bell, H. J., The episcopalis audientía in Byzantine Egypt, Byzantion 1, 1924.

Bell.H. J., Anti-SemitisminAlexandria, JRS31, 1941.

Benoist-Méchin, J., Kaiser Julián oder der vergiühte Traum, 1979.

Benz, E., Augustins Lehre von der Kirche, 1954.

Benz, E., Beschreibung des Christentums, Eine historische Phánomenologie, 1975.

Berkhof, H., Kirche und Kaiser, 1947.

Berkhof, H., Die Theologie des Eusebius von Casarca, 1939.

Berlin, I., Historical Inevitability, 1954.

Bernhart, J., Der Vatikan ais Weitmacht. Geschichte und Gestait des Papsttums, *19.-23*\Tausend, 1951.

Bernheim, E., Mittelalterliche Zeitanschauungen in ihrem Einflup auf Politik und Geschichtsschreibung. Teil I: Die Zeitanschauungen, 1918.

Bernsdorf, W., Soziologie der Prostitution, en: H. Giese (Ed.), Die Sexualität des Menschen. Handbuch der medizinischen Sexualforschung, 1953.

Bertholet, A., Wörterbuch der Religionen, 1952.

Bertram, A., Geschichte des Bisthums Hildesheim, 1899.
Berve, H., Dasneue Bildder Antike, vol.2:Rom, 1942.
Beumann, H., Zur Entwicklung transpersonaler Staatsvorstellungen, en: Vorträge und Forschungen, 3, 1956.
Beumann, H., Wissenschaft vom Mittelalter, 1972.
Beutín, W., Heinrich Heine, en: Deschner. K. (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, 1, 1969.
Bévenot, M., Cyprian von Karthago, en: Theologische Realenzyklopädie, vol. VIII, 1981.
Beyeriin, W., Das Konigscharisma bei Saúl, en: ZAW 73, 1961.
Beyschiag. K., Simón Magnus und die christliche Gnosis, 1974.
Bickermann, E., Der Gott der Makkabaer, Untersuchungen über Sinn und Ursprüng der makkabáischen Erhebung, 1937.
Bidez, J. Julián der Abtrünnige, s/f.
Bidez, J., (Ed.), Philostorgius Kirchengeschichte. Mit dem Leben des Lucian voa Antiochien und den Fragmenten eines arianischen Historiographen, 1913.
Bieler, L., Das Bild des «gottiichen Menschen» en Spátantike u. Frühchristentum, 1, 1935.
Bienert, W. A., Dionysius von Alexandrien. Zur Frage des Organismus im 3. Jahrhundert, 1978.
Bienert, W. A., Das vornicaenische homoousios ais Ausdruck der Rechtgläubigkeit, en: ZKG 90, 1979, cuadernos 2-3.
Bienert, W./Scháferdiek, K. (Ed.), Gesammelte Aufsätze zum Neuen Testament u. zur Patristik, 1974.
Bihimeyer, K., Kirchengeschichte auf Grund des Lehrbuches von F. X. Funk, *W* ed., 1936, 1. Teil: Das christiiche Altertum.
Bihimeyer, K., Kirchengeschichte. Neubesorgt von H. Tüchie, Erster Teil, Das christiiche Altertum, 18. Aufl., 1966.
Biondi, B., U diritto romano christiano 1, 1952. Blackman, E. C., Marcion and his influence, 1948.
Blank, J., Petrus - Rom - Papsttum. Eine folgenreiche Geschichte, en: Das Papstamt. Dienst oder Hindernis für die kumene? 1985.
Bláser, P., /Darlapp, A., Heilsgeschichte, en: H. Fries (Ed.), Handbuch theologischer Grundbegriffe, II, 1970.
Blázquez, J. M., Die Rolle der Kirche in Hispanien im 4. und 5. Jahrhundert, en: Klio 63, 1981.
Bloch, H., A new Document of the last Pagan Revival in the west, en: HThR 38, 1945.
Bloch, H., The Pagan Revival in the West at the End of the Fourth Century, en: Momigliano (Ed.), The Conflict, 1964.
Blockiey, R., Constantius Gallus and Julián as Caesars of Constantius II, Latomus, 31, 1972.
Blum, G. G., Zur religionspolitischen Situation der persischen Kirche im 3. u 4. Jahrhundert, en: ZKG, 91 vols., 1980.
Blum, W., Die Jugend des Constantius II. bis zu seinem Regierungsantritt. Eine chronologische Untersuchung, en: Classica et Medievalia, 30, 1974.
Blumenkranz, B., Die Judenpredigt Augustins. Ein Beitrag zur Geschichte der jüdisch christlichen Beziehungen in den ersten Jahrhunderten, 1946.

Blumenkranz, B., Die christiich-jüdische Missionskonkurrenz (3. bis 6. Jahrhundert), en: Klio 39, 1961.

Bobiriska, C-, Historiker und historische Wahrheit. Zu erkenntnistheoretischen Probtemen der Geschichtswissenschaft, 1967.

Boehn, M. V., Die Mode. Menschen und Moden im Mittelalter. Vom Untergang der alten Weit bis zur Renaissance, 1925.

Boer, W7. den/van der Nat, P. G./Sicking, C. M./van Winden, J. C. M. (Ed.), Romanitas et Christianitas, 1973.

Boer, W. den, Allegory and History, en: W. denBoer/P.G. van der Nat/C. M. J. Sicking/ J. C. M. van Winen (Ed.), Romanitas et Christianitas, 1973.

Borchardt, C. F. A., Hilary of Poitier's role in the arian struggle, 1966.

Borchardt, G., Percy Bysshe Shelley, 1792-1822, en: K. Deschner (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, 1, 1969.

Bornháuser, K., StudienzurApostelgeschichte, 1934. Bornháuser, K., Jesús imperator mundi, 1938.

Bornkamm, G., Jesús von Nazareth, 1956.

Bornkamm, K., Kirchenbegriff und Kirchengeschichtsverstándnis, ZKG, 75 Jg. 1978, H. 4.

Bosi, K., Europa im Mittelalter, Weltgeschichte eines Jahrtausends, 1970.

Bousset, W., Kyrios Christos, 2ª ed., 1921.

Bousset, W., Das Mónchtum in der sketischen Wüste, ZKG, 42, 1923.

Brackmann, A., Gesammelte Aufsátze, 1941.

Brandenburg, A./Urban, H. J. (Ed.), Petrus und Papst. Evangelium Einheit der Kirche

Papstdienst. Beitráge und Notizen, vol. 1, 1977; vol. II, 1978. i;

Brandenburg, H., Ars humilis, Zur Frage eines christlichen Stiis in der Kunst des 4. Jahrhunderts nach Christus, JbAC 24, 1981.

Brandi, M., Bemühungen der Wiener Nuntiatur um die Verbreitung von Hontheims (Fe-JK bronius') Widerruf (1779), en: Romisch- Historische-Mitteilungen, 20, 1978.

Braudel, F., Die lange Dauer (La longue durée), en: Th. Schieder/G. Gráubig, Theorie-probleme der Geschichtswissenschaft, 1977. |

Braun, H., Spátjudisch-háretischer und frühchristlicher Radikalismus. Jesús von Nazaret und die essenische Qumransekte, 1957, 1, und II. ?

Braunfeis, W., Kari der Grope, In Selbstzeugnissen und Bilddokumenten, 1972. |

Bringmann, K., Hellenistische Reformen und Religionsverfolgungen in Judáa. Eine Untersuchungzurjüdisch-hellenistischen Geschichte (175-163 v. Chr.), 1983.

Brinken, A.-D. von den, Studien zur lateinischen Weitchronistik bis in das Zeitalter Ottos vonFreising, 1957.

Brock, E., Die Grundiagen des Christentums, 1970.

Brock, S., The Conversations with the Syrian Orthodox under Justinian (532), Or ChrP 47; 1981. ;

Brockhaus: Der Neue Brockhaus. Allbuch in fünf Banden und einem Atlas, 3ª ed., 1958.

Brooks, E. W., The Eastern Provinces from Arcadius to Anastasius, en: Gwatkin/Whitney, P The Cambridge Medieval History 1, 1975.

Browe, P., Die Hostienschándung der Juden im Mittelalter, en: RGAK, 1926.

Browe, P., Beiträge zur Sexualethik des Mittelalters, 1932.
Browe, P., Die Pflichtbeichte im Mittelalter, en: ZKTh, 1933.
Browe, P., Die Judengesetzgebung Justinians. Pontifica Universitas Gregoriana. Analecta Gregoriana, 1935.
Browe, P., Die Judenbekámpfung im Mittelalter, en: ZKTh, 2 und 3, 1938.
Browe, P., Die Judenmission im Mittelalter und die Papste, 1942.
Brown, P., St. Augustine's Attitude to Religious Coerción, JRS 54, 1964.
Brown, P., Pelagius and his Supporters, Aims and Environment, JThS 19.1968.
Brown, P., The Diffusion of Manichaeism in the Román Empire, en: Journal of Román Studies, 59, 1969.
Brown, P., Religión and Society in the Age of Saint Augustine, 1972.
Brown, P., Augustinus von Hippo. Eine Biographie, 1973.
Brown, P., Welten im Aufbruch: Die Zeit der Spátantike. Von Mark Aurel bis Mohammed, 1980.
Brown, P. R. L-, Religious Coerción in the Later Román Empire, en: History, 1963.
Browning, R., Julián der abtrünnige Kiaser, Biographie, 1977.
Brox, N., Tendenzen und Parteilichkeiten im Ossterfest des zweiten Jahrhunderts, ZKG 83, 1972.
Brox, N., Faische Verfasserangaben. Zur Erkiárung der frühchristlichen Pseudepigraphie, 1975.
Brox, N., Probleme einer Frühdatierung des rómischen Primats, en: Kairos, 18, 1976.
Brox, N. (Ed.), Pseudepigraphie in der heidnischen und jüdisch-christíichen Antike, 1977.
Brox, N., Fragen zur «Denkform» der Kirchengeschichte, ZKG, 1979.
Brox, N., Kirchengeschichte des Altertums, 2ª ed., 1986.
Bruckner, A., Julián von Eclanum, sein Leben und seine Lehre. Ein Beitrag zur Geschichte des Pelagianismus, 1897.
Bruckner, A., Ouellen zur Geschichte des pelagianischen Streites, 1906.
Bruckner, A., Die vier Bücher des Julián von Eclanum and Turbantius. Ein Beitrag zur Charakteristik Julians und Augustins, 1910.
Bruckner, M., Der sterbende und auferstehende Gottheiland in den orientalischen Religionen und ihr Verhaltnis zum Christentum, 1920.
Brühl, C., Kónigspfalz und Bischofsstadt in fránkischer Zeit, RV 23, 1958. Brunsmann, J., Lehrbuch der Apologetik. Tomo 2°, Kirche und Gottesglaube, 2ª ed., 1930.
Bruñí, P. A., Josephus on Social Conflicts in Román Judaea, en: Klio, 59, 1977.
Bruun, P., The Constantinian coinage of Arélate, 1953.
Bruun, P., The Consecration Coins of Constantino the Great, Arctos, Acta Philologica FennicaN.SI, 1954.
Büchman, G., Geflügelte Worte. Der Zitatenschatz des desutschen Volkes, dtv 1967, 3vols.
Buhier, J., Die Germanen in der Vólkerwanderung. Nach zeitgenóssischen Quellen, 1925.
Bullat, N., St. Cyprian and the Román Primacy, en: Realyty, 12, 1964.
Bullough, D., Italien unter den Germanen. Die Konigreiüfle der Ostgoten und Langobarden, en: Rice Ed., Morgen des Abendiandes, 2965.

Buitmann, R., Die Frage nach dem messianischen Bewtípstein Jesu und das Petrus-Bekenntnis, ZNW 1919/20.

Buitmann, R., Theologie des Neuen Testaments, 1948. Buitmann, R., Die Geschichte der synoptischen Tradition, 1957.

Bund, K., Thronsturz und Herrscherabsetzung im Frühmittelalter, 1979.

Bunge, J. G., Quellenkritische, literarische, chronologische und historische Untersuchun-gen zum zweiten Makkabáerbuch ais Quelle syrisch-palástinensischer Geschichte im 2. Jh.v. Chr., 1971.

Buonaiuti, F., Geschichte des Christentums I. u. II.

Burchhardt, J., Die Zeit Constantins des Gropen, 1954.

Burian, J., Sanctus ais Wertbegriffin der Historia Augusta, en: Klio, 63, 1981.

Burkitt, F. C., The Bookof Rules of Tyconius, 1894.

Burnaby, J., The «Retractationes» of Saint Augustine: Self- criticism or Apología? en: Augustinus Magister, Congrés international augustinien. París, 21-24 Septembre 1, 1954.

Búry, J. B., The History of the later Román Empire, From the death of Theodosius I tó the death of Justinian. En dos volúmenes, 1958.

Bussek, V., Episcopalis audientia, eine Friedens und Schiedsgerichtsbarkeit, ZSavRGkan, 59, 1939.

Bussmann, M., Mánner, Mitren und Macht, en: Th, Seiterich Ed., Briefe an den Papst.

Beten allein genügt nicht. Ein Publik- Forum-Buch, 1987.

Büttner, H., Die Alpenpolitik der Franken im 6. und 7. Jahrhundert, HJ, 1960.

Büttner, Th./Werner, E., Circumcellionen und Adamiten, 1959.

Cadoux, C. J., The Early Christian Attitude to War. A contribution to the History of ChristianEthics, 1919.

Calderone, S. Costantino e il Cattolicesimo 1, 1962.

Camelot, P.-Th., Athanasios, der Grope, en: LThKI, 2ª ed., 1957.

Camelot, P.-Th., Das Konzil und die Konzile, 1962.

Camelot, P. -Th., Ephesus und Chalcedon, 1963.

Campenhausen, H. v., Ambrosius von Mailand ais Kirchenpolitíker, 1929.

Campenhausen, H. v., Griechische Kirchenváter, 3ª ed., 1955.

Campenhausen, H. v., Lateinische Kirchenváter, Ped., 1960; 3ª ed., 1972.

Campenhausen, H. v., Tradition und Leben. Kráfte der Kirchengeschichte, Aufsátze und Vortráge, 1960.

Campenhausen, H. v., Aus der Frühzeit des Christentums. Studien zur Kirchengeschichte des ersten und zweiten Jahrhunderts, 1963.

Campenhausen, H. v., Lehrerweihen und Bischofsweihen im 2. Jahrhundert, en: In memoriamE. Lohmeyer, 1951.

Campenhausen, H. v., Die Entstehung der christlichen Bibel, 1975.

Canary, R. H./Kozicki, H. (Ed.), The Writing of History, 1978.

Canetti, E., Die Provinz des Menschen. Aufzeichnungen 1942-1972, 1973.

Capelle, W., Die Germanen der Volkerwanderung. AufGrund derzeitgenóssischen Queilen dargestellt, 1940.

Capizzi, C., L'imperatore Anastasio I (491-518), OrChrA 184, 1969.

Capizzi, C., Sul fallimento di un negoziato di pace ecciesiastica fra il Papa Ormisda et

l'imperatore Anastasio (515- 517), en: Critica storica XVII, 1980.
Carr, E. H., Was ist Geschichte?. 1963.
Cartellieri, A., Weltgeschichte ais Machtgeschichte 382-911. Die Zeit der Reichsgründungen 1, 1927.
Caspar, E., Geschichte des Papsttums. Von den Anfángen bis zur Hohe der Weltherrschaft. Tomo 1°: Romische Kirche und Imperium Romanum, 1930. Tomo 2°: Das Papsttum unter byzantinischer Herrschaft, 1933.
Caspar, E., Primatus Petri, ZSavRGkan, 47, 1927.
Caspari, W., Die israelitischen Propheten, 1914.
Castritius, H., Studien zu Maximinus Daia, 1969.
Cecchelli, C., L'arianismo e le chiese ariane dTtalia, en: Settimana Spoleto 7, 1960. Cerfaux, L., Bardesanes, en: RAC 1, 1950.
Chadwick, H., The exil and death of Flavian of Constantinople, JThS, 1955.
Chadwick, H., Ossius of Cordova and the Presidency of the Council of Antioch 325, en: JThSt9, 2, 1958.
Chadwick, H., Die Kirche in der antiken Weit, 1972.
Chadwick, H., Priscillian of Avila. The occult and the charismatic in the eariy church, 1976.
Chapman, J., Studies on the Eariy Papacy, 1928.
Christ, F., Das Petrusamt im Neuen Testament, en: Denzter, Christ u. a., Zum Thema Petrusamt und Papsttum, 1970.
Christ, K., Romer und Barbaren in der hohen Kaiserzeit, en: Saeculum X, 1959.
Christ, K., Der Untergang des Rómischen Reiches in antiker und moderner Sicht. Eine Einleitung, en: K. Christ (Ed.), Der Untergang des Rómischen Reiches, 1970.
Christensen, A., Sassanid Persia, Cambr. Ancient Hist. XII, 1939.
Chrvsos, E., Die angebliche «Nobilitierung» des Klerus durch Kaiser Konstantin d. Gren: Historia 18, 1969.
Claude, D., Adel, Kirche und Kónigtum im Westgotenreich, 1971.
Claude, D., Probleme der vandalischen Herrschaftsnachfolge, DAM, 1974.
Claude, D., Geschichte der Westgoten, 1970.
Clauss, M., Der magister of fíciorum in der Spátantike (4.- 6. Jahrhundert). Das Amt und sein Einflup auf die kaiserliche Politik, 1980.
Clover, F. M., The Family and Eariy Can-er of Anicius Olybrius, Historia 27, 1978. Coler, C. Ed., Ullstein Weltgeschichte, 5 vols., 1965.
Colpe, C., West und Ost, en: H. J. Schuiz Ed., Kontexte 3, Die Zeit Jesu, 1966.
Comay, J., Who's Who in the Oíd Testament together with the Apocrypha, 1971. comay, J., The world's greatest story. The epic of the Jewish People in Biblical Times, 1978.
Conrad, H., Deutsche Rechtsgeschichte, Tomo 1: Frühzeit und Mittelalter, Ein Lehrbüch, 1954.
Conrad, Kampf und Sieg, Karfreitags- und Ostergedanken ais Grup aus der Heimat für Heer und Marine, s/f.
Considine, D. Frohes Gehen zu Gott, 1928.
Constanzi, V., La rivolta di Pavia e la catástrofe di Stilicone, 1904.
Conzelmann, H., Der erste Brief and die Korinther, 1969.

Conrfeid, A./Botterweck, A. J. (Ed.), Die Bibel und ihre Welt. Eine Enzykiopádie, dtv-Lexikon, 6 vols. 1972.
Corsini, E., Introduzione alie Storie di Orosio, 1968.
Courcelle, P., Anti-Christian Arguments and Christian Platonism: from Arnobius to St. Ambrose, en: Momigliano (Ed.), The Conflict, 1964.
Coyie, J. K., The Cologne Mani-Codex and Mani's Christian Connections, en: Église et Théologie, 10, 1979.
Cramer, M., Thebanische Monche, ihr asketisches und kultisches Leben, en: Archiv für Liturgiewiss, 2, 1952.
Cramer, M./Bacht, H., Der Antichaikedonische Aspekt im historisch-biographischen Schrifttum der koptischen Monophysiten (6.-7. Jahrhundert). Ein Beitrag zur Geschi- chte der Entstehung der monophysitischen Kirche Aegyptens, en: Grillmeier/Bacht, Das Konzil von Chaikedon U, 1953.
Crees, J. H. E., Claudian as an historical authority, 1908.
Croce, B., ber die sogenannten Wert-Urteile, en: Logos 1, 1910/11.
Croke, B., Arbogast and the Death of Valentinian U, Historia 25, 1976.
Culican, W., «Am Ende der Welt». Spanien unter den Westgoten u. Mauren, en: Rice Ed., Morgen des Abendiandes, 1965.
Cullmann, O., Petrus, Jünger, Apostel, Mártyrer, 1952.
Cüppers, H., Die Hochschule und das geistige Leben in Trier zur Rómerzeit, en: Archiv für mittelalterliche Kirchengeschichte, 1974.

Daley, L. J., Themistius' Plea for religious Tolerance, Greek, Román and Byz. Studies, 12, 1971.
Dallmayr, H., Die gropen vier Konzilien. Nicaea, Konstantinopel, Ephesus, Chalcedon, 1961.
Daniélou, J., Die heiligen Heiden des Alten Testaments, 1955.
Daniélou, J., Vom Geheimnis der Geschichte, 1955.
Daniel-Rops, H., Die Kirche im Frühmittelalter, 1953.
Daniel-Rops, H., Die Umweit Jesu. Der Alltag in Palastina vor 2000 Jahren, 1980.
Daniel-Rops, H., Die Kirche zur Zeit der Apostel und Mártyrer, 1951.
Dannenbauer, H., Grundiagen der mittelalterlichen Welt, Skizzen und Studien, 1958.
Dannenbauer, H., Die rómische Petruslegende, HZ 146, 1932.
Dannenbauer, H., Die Entstehung Europas, Von der Spátantike zum Mittelalter. Tomo 1°: Der Niedergang der alten Welt im Westen, 1959. Tomo 2°: Die Anfange der abendiándischen Welt, 1962.
Dassmann, E., Zur Entstehung des Monepiskopats, en: Jahrbuch für Antike und Christentum17, 1974.
Dassmann, E., Ist Petrus wirkiich darin? en: Kirschbaum, E., Die Graber der Apostel-fürsten. St. Peter und St. Paúl in Rom, 1974.
Dassmann, E., Ambrosius und die Mártyrer, en: Jahrbuch für Antike und Christentum 18, JbAC, 1975.
Davidsohn, R., Geschichte von Florenz, 4 vols., 1896-1927.
Dawson, C., Die Gestaltung des Abendiandes. Eine Einführung in die Geschichte der abendiándischen Einheit, 2ª ed., 1950.
Deane, H. A., The political and social ideas of St. Augustine, 1963.

Degenhart, F., Der hl. Nilus Sinaita. Sein Leben und seine Lehre vom Mónchtum, 1915.
Deichmann, F. W., Christianisierung II, en: RAC II, 1954.
Deichmann, F. W., Frühchristíiche Kirchen in Rom, 1949. Deissmann, A., Paulus, 2ª ed., 1925.
Delbrück, H., Geschichte der Kriegkunst im Rahmen der politischen Geschichte II, 1901-M02; III, 1907; IV, 1920.
Delbrück, R., Antike Porphyrwerke, 1932.
Delius, W., Geschichte der Mairenverehrung, 1963
Delling, G., Paulus's Stellung zu Frau und Ene, 1931.
Demandt, A., Zeitkritik und Geschichtsbiid im Werk Ammians, 1963.
Demandt, A., Die afrikanischen Unruhen unter Valentinian I, en: Diener/Barth/Zimmermann (Ed.), Afrika und Rom in der Antike, 1968.
Demandt, A., Der Tod des alteren Theodosius, en: Historia 18, 1969.
Demandt, A., Magister militum, en: RE Suppl. 12, 1970.
Demandt, A., Geschichte ais Argument. Drei Formen politischen Zukunftsdenkens im Altertum, 1972.
Demandt, A./Brummer G., Der Prozep gegen Serena im Jahre 408 n. Chr., Historia 26, 1977.
Demandt, A., Die Feldzüge des alteren Theodosius, en: Hermes, 100, 1972.
Dempf, A., Sacrum Imperium. Geschichts- und Staatsphilosophie des Mittelalters und der politischen Renaissance, 1929.
Dempf, A., Geistesgeschichte der aitchristíichen Kultur, 1964. den Boer, W./van der Nat, P. G./Sicking, C. M. J./van Winden, J. C. M., Romanitas et Christíanitas, 1973.
Denzier, G., Das Papsttum und der Amtszolibat. Erster Teil: Die Zeit bis zur Reformation, 1973.
Denzier, G./Christ, F. u. a., Zum Thema Petrusamt und Papsttum, 1970.
Deschner, K., Das Kapital der Kirche in der Bundesrepublik, en: G. Szczesny, Club Voltaire, Jahrbuch f. kritische Aufklárung, IV, 1970.
Deschner, K., Abermals krahte der Hahn. Eine Kritische Kirchengeschichte von den Anfángen bis zu Fius XII, 1962.
Deschner, K., Mit Gott und den Faschisten. Der Vatikan im Bunde mit Mussolini, Franco, Hitler und Pavelié, 1965.
Deschner, K. (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, vol. 1, 1969; vol II, 1971. Deschner, K. (Ed.), Warum ich aus der Kirche ausgetreten bin, 1970.
Deschner, K., Das Kreuz mit der Kirche. Eine Sexualgeschichte des Christentums, 1974. Deschner, K., Kirche des Un-Heils. Argumente um Konsequenzen zu ziehen, 1974.
Deschner, K. (Ed.), Warum ich Christ/Atheist/Agnostiker bin (mit Friedrich Heer und JoachimKahl), 1977.
Deschner, K., Ein Jahrhundert Heilsgeschichte. Die Politik der Pápste im Zeitalter der Weltkriege. Tomo I: Von Leo XIII. 1878 bis zu Pius XI. 1939. Tomo U: Von Pius XII. 1939 biszu Johannes PaulI. 1978, 1982/83.
Deschner, K., Nur Lebendiges schwimmt gegen den Strom, Aphorismen, 1984.
Deschner, K., Die beleidigte Kirche oder Wer stort den óffentuchen Frieden. Gutachten im Bochumer Paragr. 166- Proze? 1986.

Deschner, K., Opus Diaboli, Fünfzehn unversóhnliche Essays über die Arbeit im Weinberg des Herrn, 1987.

De tribus impostoribus. Anno MD II C. Von den drei Betrügern 1598 (Moses, Jesús, . Mohammed), ed. G. Bartsch, 1960.

Dewick, E. C., The Christían Attitude to other Religions, 1953.

Dibelius, M., Die Formgeschichte des Evangeliums, 2ª ed., 1933.

Dibelius, M., Jesús, 2ª ed., 1947.

Dibelius, M., Die Reden der Apostelgeschichte und die antike Geschichtsschreibung, Sit zungsbericht der Heidelberger Akad. der Wiss., 1949.

Dibelius, M., Botschaft und Geschichte, Gesammelte Aufsátze, 1953.

Diehí, E., Inscriptiones latinae christianae veteres 1, 1925.

Diehí, C., Justinian. The Imperial Restoration in the West, en: Gwatkin/Whitney (Ed.), The Cambridge Medieval History II, 1976.

Diehí, C., Justínian's Government in the East, en: Gwatkin/Whitney (Ed.), The Cambridge Medieval History II, 1976.

Diekamp, F., Gotteslehre des hl. Gregorv. Nyssa 1, 1896.

Diercke, Weltstatistik 84/85. Staaten, Wirtschaft, Bevólkerung, Politik, 1984.

Dierich, J., Die Quellen zur Geschichte Priscillians, 1897.

Dieringer, R., Kanzelvorträge.

Diesner, H.-J., Afrika und Rom in der Zeit des Dominái s, en: Diesner/Barth/Zimmermann (Ed.), Afrika und Rom in der Antike. 1968.

Diesner, H.-J., Kirche und Staat im spátromischen Reich. Aufsátze zur Spátantike und zur Geschichte der Alten Kirche, 1963.

Diesner, H.-J., Die Laufbahn des «Comes Africae» Bonifatius und seine Beziehungen zuAugustin, en: Kirche und Staat im spátrümischen Reich, 1963.

Diesner, H.-J., Gildos Herrschaft und die Niederlage bei Theueste, Klio 40, 1962.

Diesner, H.-J., Orosius und Augustinus, en: Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae, 1963.

Diesner, H.-J., Der Untergang der rómischen Herrschaft in Nordafrika, 1964.

Diesner, H.-J., Studien zur Geselischaftslehre und sozialen Haltung Augustins, 1954.

Diesner, H.-J., Die Lage der nordafrikanischen Bevólkerung im Zeitpunkt der Vandaleninvasion, Historia II, 1962.

Diesner, H.-J., Kriege des Altertums. Griechenland und Rom im Kampf um den Mitttelmeerraum, 1985.

Diesner, H.-J., Die Circumcellionen von Hippo Regius, ThLZ 7, 1960.

Diesner, H.-J., Das Vandalenreich, Aufstieg und Untergang, 1966.

Diesner, H.-J., Possidius und Augustinus, en: Studia Patrística, Berlín, 1962.

Dignath-Düren, Kirche-Krieg-Kriegsdienst. Die Wissenschaft zu dem aktuellen Problem in der ganzen Weit, 1955.

Dihie, A., Zum Streit um den Altar der Victoria, en: W. den Boer/P. G. van der Nat/C. M. J. Sicking/J. C. M. van Winden (Ed.), Romanitas et Christianitas, 1973.

Dill, S., Román society in the last century of the western empire, 2ª ed., 1930.

Dinsen, F.. Homoousios. Die Geschichte des Begriffs bis zum Konzil von Konstantinopel(381), 1976.

Dirks, W., Das schmutzige Gescháft? Die Politik un die Verantwortung der Christen, 1964.

Dirks, W./StammIer, E., Warum Bleibe ich in der Kirche? Zeitgenóssische Antworten, 2ª ed., 1971.

Dittrich, O., Geschichte der Ethik. Die Systeme der Moral vom Altertum bis zur Gegenwart, 2 vols., 1926.

Dobschütz, E. von. Das Decretum Gelasianum de libris recipiendis et non recipiendis (Texte und Untersuchungen zur Geschichte der aitchristíichen Literatur vol. 38, H. 4), 1912.

Dodds, E. R., Pagan and Christían in an Age of Anxiety. Some Aspects of Religious Experience from Marcus Aurelius to Constantine, 1965.

Dolger, F.J.(Ed.), Konstantin der Grope und seine Zeti, 1913.

Dolger, F., Byzanz und die europáische Staatenweit. Ausgewáhite Vorträge und Aufsátze, 1964.

Dolger, F., Die Kaiserurkunde der Byzantiner, HZ, 1939.

Dollinger, H., Schwarzbuch der Weltgeschichte, 5000 Jahre der Mensch des Menschen Feind, 1973.

Dollinger, J. J. I. v., Christenthum und Kirche in der Zeit der Grundiegung, 1860.

Donin, L. (Ed.), Leben und Thaten der Heiligen Gottes oder: Der Triumph des wahren Glaubens in alien Jahrhunderten. Mit Angabe der vorzüglichsten Geschichtsquellen und praktischer Anwendung nach den bewáhrtesten Geistesmánnern. Zweite vermehrte und verbesserte Auflage, 7 vols., 1861/62.

Doppelfeid, O., Kóln ais Brücke zum Abendiand, en: Bohner, K. (Ed.), Das erste Jahrtausend, II, 1964.

Doergens, H., Eusebius von Caesarea, der Vater der Kirchengeschichte, ThGl 29, 1937.

Doerner, A., Sentiré cum Ecciesia. Ein dringender Aufrufund Weckruf an Priester, 1941.

Doerries, H., Wort und Stunde. Vol. I: Gesammelte Studien zur Kirchengeschichte des vierten Jahrhunderts, 1966. Vol. II: Aufsátze zur Geschichte der Kirche im Mittelalter, 1969. Vol. III: Beitráge zum Verstándnis Luthers, 1970.

Doerries, H., Das Selbstzeugnis Kaiser Konstantins, Abhandiungen der Akademie der Wissenschaften in Gottingen, Phil.- hist., Klasse, 34, 1954.

Doerries, H., Konstantin der Grope, 1958.

Doskocil, W., Exkommunikation, en: RAC VII, 1969.

Downey, G., A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab Conquest, 1961.

Drenkard, L., Mit dem Rosenkranz in den Himmel. Der grope Segen des Rosenkranzgebetes, 1935.

Dresdner, A-, Kultur- und Sittengeschichte der italienischen Geistiichkeit im 10 und 11.Jahrhundert, 1890.

Drews, A., Die Christusmythe II, 1911.

Droysen, J. G., Historik. Vorlesungen über Enzykiopádie und Methodologie der Geschichte, ed. R. Hübner, 5ª ed., 1967. dtv-Lexikon der Antike l-III, 1971.

Duchrow, U., Christenheit und Weltverantwortung. Traditionsgeschichte und systematische Struktur der Zweireichelehre, 1970.

Dudden, F. H., The Ufe and Times of St. Ambrose, 2 vols. II, 1935.

Duickeit G./Schwarz, F., Rómische Rechtsgeschichte, revisada por W. Waídstein, 1975.

Dumoulin, M., The Kingdon of Italy under Odovacar and Theodoric, en: Gwatkin/Whitney, CMHI, 1975.

Dunk, H. Von der Wertfreiheit und Geschichtswissenschaft, en: HZ, 21. Tomo 4°, 1971.
Dunlap, J. E., The Office of the Grand Chamberlain in the Later Román und Byzantine Administratíon, 1924.
Dvornik, F., Byzanz und der romische Primat, 1966.
Dvornik, F., Pope Gelasius and EmperorAnastasius I, en: ByZ, 1951.
Dvornik, F., Early Christian and Byzantine political philosophy, origins and background, vol.2, 1966.

Eckert, W. P./Ehriich, E. L., Judenhap-SchuId der Christen?! Versuche eines Gesprachs, 1964. :
Eger, H., Kaiser und Kirche in der Geschichtstheologie Eusebs von Caesarea, ZNW 38, 1939.
Egger, R., Der erste Theodosius, Byzantion, 1930.
Ehiers, B., Bardesanes von Edessa - ein syrischer Gnostiker, en: ZKG, vol. 81, 1970.
Ehrhard, A., Die Kirche der Mártyrer, 1932.
Ehrhard, A., Urkirche und Frühkatholizismus, 1935.
Ehrhard, A., Die altehristíichen Kirchen im Western und Ostea. I. Die griechische und die lateinische Kirche, 1937.
Ehrhardt. C. T. H. R., Constantinian Documents in Gelasius of Cyzicus, Ecciesiastical History, JbAC23, 1980.
Ehriich, E. L., Geschichte der Juden von Deutschland, 1961.
Elbern, St., Usurpationen im spátromischen Reich, 1984.
Eliade, M., Die Religionen und das Heilige, 1966.
EngeI-Janosi, F./Klingenstein, G., Lutz, H. (Ed.), Denken über Geschichte, 1974.
Enplin, W., Zu den Grundiagen von Odoakers Herrschaft, en: Serta Hoffilleriana, Zagreb, 1940.
Enssiin, W., Zum Heermeisteramt des spátromischen Reiches, Klio 24, 1931.
Enssiin, W., Gottkaiser und Kaiser von Gottes Gnaden, 1943.
Enssiin, W., Die Religionspolitik des Kaisers Theodosius d. Gr., SBA phil.-hist. Kl., 1953.
Enssiin, W., Einbruch in die antike Weit: Wolkerwanderung, en: Valjavec, F. (Ed.), Frühes Mittelalter, 1956.
Enssiin, W., Theoderich der Grope, 1947.
Epperlein, S., Kari der GroRe. Eine Biographie, 1975.
Erben, W., Kriegsgeschichte des Mittelalters, 1929.
Erbes, C., Die Todestage der Apostel Paulus und Petrus und ihre romischen Denkmaler. Kritische Untersuchungen, 1899.
Erdbrooke, R. O., Jr., The Visit of Constantius II to Rome in 357, en: American Journal of Philology.97, 1976.
Erdmann, C., Die Entstehung des Kreuzzuggedankens, 1955.
Ernst, J., Des angebliche Widerruf Cyprians in der Ketzertauffrage, ZKTh 19, 1895. Espenberger, J. N., Aurelius Augustinus, Bibliothek der Kirchenváter, 1911.
Estevant/Schneider (Ed.), Katholisches Gesang- und Gebetbuch für die Kriegsmarine, 1941.
Evans, R. F., Fastidius and the Pseudo-Augustinian De Vita Christiana, JThS 13, 1962.
Evans, R. F., Pelagius. Inquines and Reappraisals, 1968.

Evans, J. A. *S.,* Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea, en: Greek-Roman- and Byzantine-Studies, vol. 12, 1971.

Ewig, E., Zum christlichen Kónigsgedanken im Frühmittelalter, en: Mayer, Th. (Ed.), Das Kónigtum, 1956.

Ewig, E., Das Bild Constantins des Gropen in den ersten Jahrhunderten des abendiandischen Mittelalters, HJ 75, 1956.

Ewig, E., Die Kathedralpatrozinien im romischen und im fránkischen Gallien, HJ, 1960. Raber, K.-G., Objektivität in der Geschichtswissenschaft, 1975.

Fairweather, W., The Background of the Gospeis, 1911.

Faulhaber, M. v., Das Schwert des Geistes. Feldpredigten im Weltkrieg, 2ª ed., 1917.

Faulhaber, M. v., CharakterbilderbiblischerFrauenweIt, 6ª ed., 1935.

Feine, H. E., Kirchiiche Rechtsgeschichte I. Die Katholische Kirche, 3ª ed., 1955.

Feldgesangbuch für die evangelischen Mannschaften des Heeres, 1914.

Fellermayr, J., Tradition und Sukzession im Lichte des romisch-antiken Erbdenkens, 1979.

Ferdinandy, M. de, Der heilige Kaiser Otto III undseine Ahnen, 1969. Ferdinandy, M. de, Die nordeurasischen Reitervólker und der Westen bis zum Mongolensturm, en: Valjavec, R., (Ed.), Frühes Mittelalter, 1956.

Fichtinger, C., Lexikon der Heiligen und Pápste, 1980.

Fines, J., Who's who in the Middie Ages, 1970.

Finley, M. I., Das antike Sizilien. Von der Vorgeschichte bis zur arabischen Eroberung, 1979.

Fischer, J., Die Volkerwanderung im Urteil der zeitgenóssischen kirchiichen Schriftsteller Galliens unter Einbeziehung des hl. Augustinus, 1948.

Fischer, Th., Seleukiden und Makkabáer. Beitráge zur Seleukidengeschichte und zu den politischen Ereignisse um Judáa wáhrend der 1. Hálfte des 2. Jahrhunderts, v. Chr., 1980.

Fleckenstein, J., Grundiagen und Beginn der deutschen Geschichte, 1974. Fleckenstein, J., Das gropfrankische Reich: Móglichkeiten und Grenzen der Gropreichsbildung im Mittelalter, en: HZ 233, 1981.

Folz, R., The Concept of Empire in Westem Europe from the Fifth to the Fourteenth Century, 1969.

Forbes, C. A., Firmicus Maternus and the Secular arm., en: Class. Journ. 55, 1960.

Foerster, W., Der Jupitertempel auf dem Tempelplatz su Jerusalem, en: ThBl, 10, 1931.

Fórster, R., Kaiser Julián in der Dichtung alter und neuer Zeit, en: Studien zur vergieichenden Literaturgeschichte, ed. M. Koch, 1905, 5ª ed., 5 vols., cuaderno 1.

Fórster, K-, Die ekkíesiologische Bedeutung des Corpus- Begriffs im Liber Regularum des Tyconius, MThZ, 1956.

Frank, K. S., Gehorsam, RAC IX, 1976.

Frank, K. S., «Adversos Judaeos» in der Alten Kirche, en: B. Martin/E. Schulin (Ed.), Die Juden ais Minderheit in der Geschichte, 1981.

Frankenberg, G. v., Friedrich d. GroRe (1712-1786), en: Deschner (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, 1, 1969.

Frankenberg, G. v., Johann Wolfgang Goethe (1749-1832), en: Deschner (Ed.), Das

Christentum im Urteil seiner Gegner, 1, 1969.
Franzen, A., Kleine Kirchengeschichte, 1965. Franzen, A./Báumer, R., Papstgeschichte, 1974.
Fredouille, J.-C., Gótzendienst, RAC XI, 1981.
Fredriksson, H., Jahwe ais Krieger, 1945.
Frend. W. H. C., The Donatist Church. A movement of prótest in Román North África, 1952.
Frend, W. H. C., The Rise of the Monophysite Movement: Chapters in the history of the church in the fifth and sixth centuries, 1972.
Frend, W. H. C., Der Verlauf der Mission in der Alten Kirche bis zum 7. Jahrhundert, en: Frohnes, H./Knorr, U. W. (Ed.), Die Alte Kirche, 1974.
Freudenberger, R., Die Auswirkungen kaiserlicher Politik auf die Ausbreitungsgeschichte des Christentums bis zu Diokietian, en: H. Frohnes/U. W. Knorr, Kirchengeschichte ais Missionsgeschichte, vol. I, Die Alte Kirche, 1974.
Frick, H., Die Kirchen und der Krieg, 1933.
Fridh, A., Die Bekehrung der Westgoten zum Christentum, en: U, E. Hagberg (Ed.), Studia Gótica, 1972.
Friedlander, L., Sittengeschichte Roms, o. J.
Friedrich, P., St. Ambrosius von Mailand über die Jungfrauengeburt Marías (Virginitas Mariae in partu), en: Festgabe Alois Knopfler, 1917.
Friedrichsen, A., Peristasenkatalog und Res gestae. Symbolae Osloenses, 8, 1928.
Friedrichsen, A., Zum Stíl des paulinischen Peristasenkatalogs, 2. Cor, II, 23 ss., Symbolae Osloenses, 7, 1928.
Fríes, H. (Ed.), Handbuch theologischer Grundbegriffe, 4vols., 1970.
Fríes, H., Das Petrusamt im Zeugnis der Bibel, en: B. Moser (Ed.), Das Papsttum. Epochen und Gestalten, 1983.
Frohnes, H./Knorr, U. W., Kirchengeschichte ais Missionsgeschichte, vol. I, Die Alte Kirche, 1974.
Frossard, A., Gott existiert. Ich bin ihm begegnet, 1970.
Frusta, G., Der Flagellantismus und die Jesuitenbeichte. Historisch-psychologische Geschichte der Geipelungsinstitute, Kiosterzüchtigungen und Beichtstuhiverirrungen aller Zeiten, 1834.
Fry, F. Clark (Ed.), Geschichtswirkiichkeit und Glaubensbewáhrung, Festschrift für BischofD. Dr. b. c. Friedrich Müller, 1967.
Fuchs, E., Christus und der Geist bei Paulus, 1932.
Fuchs, J., Handbuch zur Kirchengeschichte. Kommentar zum Lehrbuch «Katholische Kirchengeschichte» vonJoseph Fuchs, 1962.
Fuhrmann, H., Eine im Original erhaltene Propagandaschrift des Erzbischofs Gunthar von Koln (865), en: Archiv f. Diplomatik, 4, 1958.
Fuhrmann, H., Einflup und Verbreitung der pseudoisidorischen Faischungen. Von ihrem Auftauchen bis in die neuere Zeit. lª parte, 1972.
Funke, H., Majestáts- und Magieprozesse bei Ammianüs Marcellinus, JbAC, 1967.
Funke, H., Gótterbiid, RAC XI, 1981.

Galling, K., Kónigliche und nichtkonigliche Stifter beim Tempel von Jesuralem, en:

ZDPV68, 1945.
Galling, K., Der Ehrenname Elisaus und die Entrückung Elias, en: ZThK, 53, 1956.
Galling, K. (Ed.), Die Religions in Geschichte und Gegenwart. Handworterbuch für Theologie und Religionswissenschaft, 3ª ed., 1, 1957.
Galling, K., Serubbabel und der Wiederaufbau des Tempeis in Jerusalem, en: Festschrift W. Rudolph, 1961.
Gamm, H.-J., Sachkunde zur biblischen Geschichte, 1965.
Gamm, H.-J., Aggression und Friedensfáhigkeit in Deutschland, 1968.
Gams, P., Series episcoporum ecciesiae catholicae quotquot innotuerunt a beato Petro apostólo, 1873.
Gams, P., Kirchengeschichte von Spanien, 2 vols., 1ª parte, 1864. Garden, E., Sagt die Bible die Wahrheit? 2ª ed., 1959.
Gardner, A., Religious Disunion in the Fifth Century, en: Gwatkin/Whitney (Ed.), The Cambridge Medieval History 1, 1975.
Gauss, J., Anseim von Canterbury. Zur Begegnung und Auseinandersetzung der Religionen, en: Sákulum, vol. 17, 1966.
Gautier, E. F., Geiserich, Konig der Wandalen. Die Zerstórung einer Legende, 1934.
Geanakoplos, D. J., Church Buildings and «Caesaropapism» A. D. 312-565, en: Greek-Roman-and Byzantine-Studies, vol. 7, 1966.
Géerlings, W., Zur Frage der Nachwirkung des Manichaismus in der Theologie Augustins, ZKTh93, 1971.
Geffcken, J., Zwei griechische Apologeten, 1907.
Geffcken, J., Das Christentum im Kampf und Ausgleich mit der griechisch-rómischen Welt, 3ªed., 1920.
Geffcken, J., Der Ausgang des griechisch-rómischen Heidentums. Reimpresión no modificada de la edición Heidelberg 1929, Darmstadt 1963. Gelmi, J., 1. Von den Anfángen bis zur Konstantinischen Wende, en: B. Moser (Ed.), Das Papsttum. Epochen und Gestalten, 1983.
Gelmi, J., 2. Von der Konstantinischen Wende bis zum Ausgang der Antike, en: B. Moser (Ed.), Das Papsttum. Epochen und Gestalten, 1983.
Gentili, R., La rivalitá fra Ezio, Felice e Bonifacio e 1'invasione dei Vandali in Arica, Mondo Classico 5, 1935.
Gentz, G., Arianer, RAC 1, 1950. Gentz, G., Athanasius, RAC 1, 1950.
Gerdes, H., Geschichte des deutschen Bauernstandes, 3ª ed., 1928.
Gesche, H., Die Divinisierung der rómischen Kaiser in ihrer Funktion ais Herrschaftslegi timation, en: Chiron, 8, 1978.
Gessel, W., Leo I., en: P. Manns, Reformer der Kirche, 1970.
Gessel. W./Stockmeier, P., Bavaria Christiana, Zur Frühgeschichte des Christentums in Bayern. Festschrift AdolfWilheIm Ziegler, 1973.
Giese, H. (Ed.), Die Sexualität des Menschen. Handbuch der medizinischen Sexualforschung, 1953.
Giesecke, H.-E., Die Ostgermanen und der Arianismus, 1939. Gigon, O., Die antike Kultur und das Christentum, 1966.
Girardet, K. M., Kaisergericht und Bischofsgericht. Studien zu den Anfángen des Donatistenstreites (313-315) und zum Proze? des Athanasius von

Alexandrien (328- 346), 1975.
Girardet, K. M., Kaiser Konstantius II ais «Episcopus Episcoporum» und das Herrscherbild des kirchiichen Widerstandes (Ossius von Corduba und Lucifer von Calaris), Historia 26, 1977.
Glasenapp, H. v., Von Buddha zu Gandhi, 1954. Glasenapp, H. v., Die nichtchristíichen Religionen, 1957.
Glockner, H., Die europische Philosophie von den Anfángen bis zur Gegenwart, 2ª ed., 1960.
Gógler, R., Epiphanios von Salamis, en: Lexikon für Theologie undKirche III, 2.1. Goguel, M., Das Leben Jesu, 1934.
Goemans, M., Chaikedon ais «Allgemeines Konzil», en: A. Grillmeier/H. Bacht, Das Konzil von Chaikedon, 1, 1951.
Gontard, F., Die Papste. Regenten zwischen Himrnel und Hollé, 1959.
Goppeit, L., Christentum und Judentum im I. und 2. Jahrhundert, 1954.
Goppeit, L., Kirche und Háresie nach Paulus, en: Gedenkschrift für W. Ebert, 1955.
Goppeit, L., Der Missionar des Gesetzes, zu Rom. 2, 21 s, en: Basileia, Walter Freytag zum 60. Geburtstag, 1959.
Górlicht, E. J., Kleine Kirchengeschichte, 1958.
Gottiieb, G., Ambrosius von Mailand und Kaiser Gratian, 1973.
Gottiieb, G., Ost und West in der christlichen Kirche des 4. und 5. Jahrhunderts, 1978. Gottiieb, G., Gratianus, RAC XII, 1983.
Gottschalk, L., Generalization in the Writing of History, 1963.
Goetz, H.-W., Die Geschichtstheologie des Orosius, 1980.
Grabmann, M., AugustinusLThK, Ped., 1930.
Graf, G., Chaikedon in der berlieferung der christlichen arabischen Literatur, en: Grillmeier/Bacht, I, 1051.
Grant, M., Roms Caesaren. Von Julius Caesar bis Domitian, 1983.
Grant, M., Das Rómische Reich am Wendepunkt. Die Zeit von Mark Aurel bis Konstantin, 1972.
Grant, R. M., Christen ais Bürger im Rómischen Reich, 1981.
Grant, R. M., Hermeneutics and Tradition in Ignatius of Antioch, en: Archivio di filosofía, 1963.
Grant, M./Hazel, J., Lexikon der antiken Mythen und Gestalten, 1973.
Grasmück, E. L., Coercitio. Staat und Kirche im Donatistenstreit, 1964.
Graesser, E., Das eine Evangelium. Hermeneutische Erwágungen zu Gal. 1, 6-10, en: Ders. Text und Situation. Gesammelte Aufsátze zum Neuen Testament, 1973.
Gray, P. T. R., The Defense of Chalcedon in the East (451- 453), 1979.
Greenslade, S. L., Church and State from Constantin to Theodosius, 1954.
Gregorovius, R., Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter. Vom V. bis zum XVI. Jahrhundert. Ed. W. Kampf. Edición completa y revisada en 7 vols., 1978.
Greschat, M. (Ed.), Alte Kirche 1, 1984. Grill, J., Der Primat des Petrus, 1904.
Grillmeier, A., Jesús der Christus im Glauben der Kirche. I. Von der Apostolischen Zeit bis zum Konzil von Chaikedon, 1979.
Grillmeier, A., Jesús der Christus im Glauben der Kirche, vol. 2/1. Das Konzil von Chaikedon (451), Rezeption und Widerspruch (451-518), 1986.

Grillmeier, **A.,** Die theologische und sprachiiche Vorbereitung der christologischen Formel von Chaikedon, en: A. Grillmeier/H. Bacht (Ed.), Das Konzil von Chaikedon.
Geschichte und Gegenwart, 1, 1951.
Grillmeier, A./Bacht, H. (Ed.), Das Konzil von Chaikedon. Geschichte und Gegenwart, 1, 1951;II, 1953.
Grisar, H., Geschichte Roms und der Pápste im Mittelalter. Rom beim Ausgang der antiken Welt. Nach den Schriftiichen Quellen und den Monumenten, 1901.
Groag, Maxentius, en: Pauly-Wissowa, Realenc. 28. Hbbd., 1966.
Groh, D., Strukturgeschichte ais «totale» Geschichte? en: Schieder/Graubig, Theoriegeschichte, 1977.
Gróne, V., Papst-Geschichte, 1, 2ª ed., 1875. Gro(3; J., Entstehungsgeschichte des Erbsündendogmas. Von der Bibel bis Augustinus, **I,** 1960.
Gross, J., Theodor von Mopsuestia, ein Gegner der Erbsündenlehre, ZKG 1953/54. Grothusen, K.-D./Zernak, K., Europa Slavika-Europa Orientalis, Festschrift für Herbert Ludat zum 70. Geburtstag, 1980.
Grotz, H., Die Stellung der romischen Kirche anhand frühchristiicher Quellen, Archiv. Hist. Pontif. 13, 1975.
Grundmann, W., Das Palástinensische Judentum im Zeitraum zwischen der Erhebung der Makkabáer und dem Ende des Jüdischen Krieges, en: J. Leipoldt/W. Grundmann (Ed.), Umweit d. Urchristentums, 5ª ed., 1966.
Grupp, G., Kulturgeschichte des Mittelalters, 6 vols., 1907-1925. Grützmacher, G., Pachomius und das álteste Kiosterleben. Ein Beitrag zur Monchsgeschichte, 1896.
Grützmacher, G., Hieronymus. Eine biographische Studie zur alten Kirchengeschichte, I, 1901;11, 1906;III, 1908.
Güidenpenning, A., Geschichte des ostromischen Reiches unter den Kaisern Arcadius und Theodosius II, 1885, reimpr. 1965.
Gíilzow, H., Christentum und Skiaverei in den ersten drei Jahrhunderten, 1969.
Güizow, H., Cyprianund Novatian, 1975.
Gundiach, G., Die Lehre Pius XII, vom modernen Krieg, StdZ 7, H., 1958/59.
Gwatkin, H. M., Constantine and his City, en: Gwatkin/Whitney (Ed.), The Cambridge Medieval History 1, 1975.

Haacke, R. M., Rom und die Caesaren. Geschichte des Cásaropapismus, 1947.
Haacke, R., Die kaiserliche Politik in den Auseinandersetzungen um Chaikedon (451-553), en: Grillmeier/Bacht, 11, 1953.
Haardt, R., «Gnosis» und «Gnostizismus», en: Sacramentum Mundi, Theologisches Lexikon für die Praxis, II, 1968.'
Haas, H., Idee und Ideal der Feindesliebe in der auperchristlichen Welt, 1927. Habitch, Chr., Zur Geschichte des Kaisers Konstantín, en: Hermes, 86, 1958.
Habicht, Chr., Die herrschende Geselischaft in den hellenistischen Monarchien, en: VSWG45, 1958.
Hadot, P., Fürstenspiegel, RAC VIII, 1972. Hagberg, V. E. (Ed.), Studia Gótica, 1972.
Hage, W., Die ostrómische Staatskirche und die Christenheit des Perserreiches, en: ZKG, vol.84, 1973.

Hagel, K. F., Kirche und Kaisertum in Lehre und Leben des Athanasius, 1933. Hagemeyer, O., Cyprian, en: P. Manns (Ed.), Reformer der Kirche, 1970.

Hagendahí, H., Zu Augustins Beurteilung von Rom in De civitate Dei, Wiener Studien 79, 1066.

Haehiing, R. v., Die Religionszugehórigkeit der hohen Amtsträger des Romischen Reiches seit Constantius I. Alleinherrschaft bis zum Ende der Theodosianischen Dynastie. (324- 450 bzw. 455 n. Chr.), 1978.

Haehiing, R. v., Ammianus Marcellinus und der Prozep von Skythopolis, en: JbAC 21, 1978.

Haehiing, R. v., Damascius und die heidnische Opposition im 5. Jahrhundert nach Christus, JbAC 23, 1980.

Hahn, F., Die Petrusverheipung Mt 16, 18 s., Materialdienst des Konfessionskundiichen Instituís Bensheim 21, 1970.

Halbe, J., Die Reihe der Inzest-Verbote Lev. 18, 7-18. Entstehung und Gestaltungsstufen, en: ZAW, vol. 92, 1980.

Halbfap, W., Porphyrios, en: Deschner (Ed.), Das Christentum imürteil seiner Gegner, 1, 1969.

Halbfap, W., Denis Diderot, en: Deschner (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, 1, 1969.

Haller, J., Entstehung der germanisch-rómanischen Welt, en: K. A. von Müller/P. R. Robden (Ed.), Knaurs Weltgeschichte. Von der Urzeit bis zur Gegenwart, 1935.

Haller, J., Das Papsttum. Idee und Wirkiichkeit I-V, 1965.

Halporn, J. W., Saint Augustine Sermón 104 and the Epulae Venérales, JbAC 19, 1976.

Hamman, A., Hieronymus, en: P. Manns (Ed.), Die Reformer der Kirche, 1970.

Hamman, A., Kyrillos von Alexandria, en: P. Manns (Ed.), Reformer der Kirche, 1970.

Hammond, N. G. L./Scullard, H. H., The Oxford Classical Dictionary, 2ª ed., 1978.

Haenchen, E., Die Aposte Igeschichte, 10ª ed., 1956.

Handbuch der Kirchengeschichte, ed. H. Jedin. Die Reichskirche nach Konstantín dem Bropen. Erster Halbband: Die Kirche von Nikaia bis Chaikedon von K. Baus/E. Ewig, 2ªed., 1979.

Handbuch der Kirchengeschichte, ed. H. Jedin. Die Reichskirche nach Konstantin dem GroRe. Tomo 2°: Die Kirche in Ost und West von Chaikedon bis zum Frühmittelalter (451-700) von K. Baus/H.-G. Beck/E. Ewig/H. J. Vogt, 2ª ed., 1982.

Haendier, G., Wulfíla und Ambrosius, 1961.

Haendier, G., Der Ketzertaufstreit ais ükumenisches Problem, en: Evangelische Missionszeitschrift, 23, 1966.

Haendier, G., Die drei gropen nordafrikanischen Kirchenvater über Mt. 16, 18-19, en: ThLZ 5/6, 1956. .

Haendier, G., Von Tertullian bis zu Ambrosius. Die Kirche im Abendiand vom Ende des 2. bis zum Ende des 4. Jahrhundert, 1978.

Haendier, G., Die abendiándische Kirche im Zeitalter der Vólkerwanderung, 2ª ed», 1983.

Hanhart, R., Fragen um die Entstehung der LXX, en: Vet. Test. 12, 1962.

Hanssens, J. M., U concilio di Aquilea nel 381 alia luce dei documenti contemporanei, en: Scuola cattolica 103, 1975.

Hardtwig, W., Die Verwissenschaftiichung der Geschichtsschreibung und die Asthetisierung der Darstellung, en: R. Kosselleck/H. Lutz/J. Rüsen (Ed.), Formen der Geschichtsschreibung, IV, 1982.

Hardy, E. R., The patriarchate of Alexandria, Church History 15, 1946.

Harnack, A. v., Militia Christí. Die christiiche Religión und der Soldatenstand in den ersten drei Jahrhunderten, 1905.

Harnack, A. v., Marcion: Das Evangelium vom fremden Gott, 1921. Harnack, A., LehrbuchderDogmengeschichte, II, 5ª ed., 1931 (reimpr. 1964).

Harnack, A., Missions und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten, 2ª ed., 1906; 4ª ed., 1924.

Háring, B., Das Gesetz Christi. Moraltheologie. 6ª edición ampliada yrevisada en3 vols., 1961.

Harris, R., Editions and translations of Christian Documents in Syria and Garstunu, en: Woodbrooke Studies, II, 1927.

Harrison, R. M., The Emperofs Zeno's Real Ñame, Byz 74, 1981.

Hártel, G., Zur rechtiichen Stellung der Skiaven, Klio, 1977.

Hartmann, C. M., Geschichte Italiens im Mittelalter, 4 vols., 1897 ss. (reimpr. 1969).

Hauck, A., Kirchengeschichte Deutschlands, 5 vols., 1887-1920.

Hauck, F. Theologisches Fremdwórterbuch, 1950.

Hauck, K. (Ed.), Frühmittelalterliche Studien, 7 vols., 1973.

Hauptmann, L., Kroaten Goten und Sarmaten, en: Germanoslavica, Vierteijahresschriftfür die Erforschung der germanisch-slavischen Kulturbeziehungen, 1935.

Hay, D., Das Reich Christi. Das mittelalterliche Europa nimmt Gestait an, en: D. T. Rice (Ed.), Morgen des Abendiandes, 1965.

Heer, F., Mittelalter, 1961.

Heer, F., Kreuzzüge- gestem, heute, morgen? *1969.*

Heer, F., Abschied von Hóllen und Himmein. Vom Ende des religiüsen Tertiár, 1970.

Heer, F., Ohne Papsttum kein Abendiand, en: B. Moser (Ed.), Das Papsttum, Epochen und Gestalten, 1983.

Heering, W., Kaiser Valentinian 1, 1927.

Hefele, C.J., Beitrage zur Kirchengeschichte, Archáologie und Liturgik, vol. 1, 1864.

Hegel, G. F. W., Vorlesungen über sthetik, Werke vol. 10. Teil 3. 2ª ed., 1843.

Heiler, F., Erscheinungsformen und Wesen der Religión, 1961.

Heiler, F., Die Religionen der Menschheit in Vergangenheit und Gegenwart, 1959.

Heiler, F., Urkirche und Ostkirche, 1937.

Heiler, Der Katholizismus. Seine Idee und seine Erscheinung, 1923.

Heiler, F., Altkirchiiche Autonomie und pápstiicher Zentralismus, 1941.

Heilmann, A. (Ed.), Texte der Kirchenváter, nach Themen geordnet, 5 vols., 1963.

Heinzberger, F., Heidnische und christiiche Reaktion auf die Krisen des Wesrómischen Reiches in den Jahren 395-410 n. Chr., 1976.

Heinzelmann, M., Bischofsherrschaft in Gallien. Zur Kontinuitat rómischer Führungsschichten vom 4. bis zum 7. Jahrhundert. Soziale, prosopographische und bildungsgeschichtiiche Aspekte, 1976.

Helbiing, H., Goten und Wandalen. Wandiung der historischen Realität, 1954.
Held, W., Die gallische Aristokratie im 4. Jahrhundert hinsichtíich ihrerSiediungsstandorte und ihrer zentralen Stellung zur rómischen Provinzial- bzw. Zentraladministration, en: Klio, 1976.
Hellinger, W., Die Pfarrvisitation nach Regino von Prüm, en: ZSSR, Kan. Abt., 1962/63.
Hempel, J., Die israelischen Anschauungen von Segen und Fluch im Lichte altorientalischer Parallelen, en: ZDMG, Leipzig NF 4, 1925.
Hendrikx, E., Augustinus, LThK 1, 1957. Hengel, M., Die Zeloten, 1961.
Hengel, M., Judentum und Hellenismus. Studien zu ihrer Begegnung unter besonderer Berücksichtigung Palástinas bis zur Mitte des 2. Jh. v. Chr., 2ª ed. rev., 1973.
Hengel, M., Juden, Griechen und Barbaren, 1976.
Hennecke, E., Neutestamentliche Apokryphen, 2ª ed, . 1924.
Henrichs, A., Mani and the Babylonien Baptists. A Historical Confrontation, en: Harvard Studiesin Class. Philol. 77, 1973.
Henrichs, A./Koenen, L., Der Kólner Mani-Kodex, Editíon, en: ZPE 19, 1975. Henrichs, A./Koenen, L., Ein griechischer Mani-Codex, en: ZPE 5, 1970.
Hentig, H. v., Der Friedensschiup. Geist und Technik einer verlorenen Kunst, 1965.
Hentig, H. v., Die Besiegten. Zur Psychologie der Masse auf dem Rückzug, 1966.
Hentig, H. v., Die Strafe. I. Frühformen und kulturgeschichtiiche Zusammenhánge, 1954. II. Die modernen Erscheinungsformen, 1955.
Hergenróther, J., Handbuch der allgemeinen Kirchengeschichte, 2ª ed. 1, 1879.
Hergenrother, J., Handbuch der allgemeinen Kirchengeschichte, 3ª ed. ampliada, 1, 1884.
Hernegger, R., Machí ohne Auftrag. Die Entstehung der Staats- und Volkskirche, 1963.
Herrmann, F., Symbolik und Religionen der Naturvólker, 1961.
Herrmann, J., Ein Streitgesprach mit verfahrensrechtüchen Argumenten zwischen Kaiser
Konstantius und Bischof Liberius, en: Festschrift für H. Liermann zum 70. Geburts tag, hl. v. K. Obermayer/H.-R. Hagemann, 1964.
Herrmann/SelInow (Ed.), Die Rolle der Volksmassen in der Geschichte der vorkapitalistischen Geselischaftsformationen. Zum XIV. Internationalen Historiker Kongrep in San Francisco 1975, 1975.
Herter, H., Die Soziologie der antiken Prostitution im Lichte des Heidnischen und christlichen Schrifttums, en: JbAC, 1960.
Hertiing, L., Geschichte der katholischen Kirche, 1949.
Heussi, K., Die rómische Petrustradition in kritischer Sicht, 1955.
Heussi, K., Marcions, Vergangenheit und Gegenwart XVI, 1926.
Heussi, K., Eine franzósische Stimme zur rómischen Petrustraditioo, en: Die Christiiche Weit, 1939.
Heussi, K., Drei vermeintliche Beweise für das Kommen des Petrus nach Rom, en: Historische Zeitschrift, 1958.
Heussi, K., Galater 2 und der Lebensausgang der jerusalemischen Urapostel, en: ThLZ, 1952.
Heussi, K., «Papst» Anencletus I und die memoria Petri auf dem Vatikan, Deutsches Pfarrerbiatt, 1949.
Heussi, K., Das Grab des Petrus, en: Deutsches Pfarrerbiatt, 1949.

Heussi, K., Petrus und die beiden Jakobus in Galater 1-2, en: Wissenschaftiiche Zeitschrift der Friedrich-Schiller-Universität Jena, 1956/57.

Heussi, K., Die Entstehung der rómischen Petrustradition, en: Wissenschaftiiche Zeitschrift der Friedrich-Schiller-Universität Jena, 1952/53.

Heussi, K., Ist die sogenannte rómische Petrustradition bereits im Lukasevangelium uns schon kurz nach dem Jahre 70 bezeugt, en: Wissenschaftiiche Zeitschrift der FriedrichSchiller-Universität Jena, 1956/57.

Heussi, K., Kompendium der Kirchengeschichte, 1949.

Heyer, F. (Ed.), Die Kirche Armeniens. Eine Volkskirche zwischen Ost und West, 1978.

Higgins, M. J., Aphraates' dates for the Persian persecution, en: ByZ 44, 1951.

Hildebrand, P., Die Absetzung des Papstes Silverius (537). Eine quellenkritische Ubtersuchung, HJ, 42 vols., cuaderno 2, 1922.

Hiltbrunner, O., Die Heiligkeit des Kaisers. Zur Geschichte des Begriffs sacer, FrühmitteÍalterliche Studien.Jahrb. des. Insti. für Fr., vol. 2, 1968.

Hirsch, E., Das vierte Evangelium in seiner ursprünglichen Gestait, 1936.

His, R., Das Strafrecht des deutschen Mittelalters. I Die Verbrechen und ihre Folgen unallgemeinen, 1920. II Die einzeinen Verbrechen, 1935.

Hócht, J. M., Maria rettet das Abendiand. Fatima und die «Siegerin in alien Schiachten Gottes» in der Entscheidung um Rupland, 1953.

Hoffmann, R., Geschichte und Praxis. Ihre prinzipielle Begründung durch Klemens von Alexandrien. Ein Beitrag zum spátantiken Platonismus, 1979.

Hofmann, F., Der Kampf der Pápste un Konzil und Dogma von Chaikedon von Leo dem Bropen bis Hormisdas (451-519), en: Grillmeier/Bacht, Das Konzil von Chaikedon, II, 1953.

Hofmann, F., Der Kirchenbegriff des hl. Augustinus in seinen GrundJagen und in seiner Entwickiung, 1933.

Hoheisel, K., Das Urteil über die nichtchristlichen Religionen im Traktat «De errore profanarum religionum» es Julius Firmicus Maternus, 1972.

Hoekendijk, J., Kirche, en: Schuiz (Ed.), Theologie für Nichttheologeh, 2. Folge.

Holl, K., Augustins innere Entwickiung, en: Gesammelte Aufsátze zur Kirchengeschichte III, 1928.

Holl, K., Gesammelte Aufsátze zur Kirchengeschichte III, 1928. Holmes, W. G., The Age of Justinian and Theodora, 2ª ed., 1912.

Holtzmann, R., Die Italienpolitik der Merowinger und des Konigs Pippin, 2ª ed., 1962.

Holum, K. G., Theodosian Empresses. Woman and Imperial Dominión in Late Antiquity, 1982.

Honigmann, E., The Original Lists of the Members of the Council of Nicaea, the RobberSynod and the Council of Chalcedon, Byzantion 16, 1944.

Honigmann, E., Juvenal of Jerusalem, en: Dumbarton Oaks Papers 5, 1950. Hónn, K., Konstantin der GroRe. Leben einer Zeitenwende, 2ª ed., 1945.

Hornus, J.-M., Politische Entscheidung in der alten Kirche. Mit einem Vorwort von NikolausKoch.1963.

Hoerster, N. (Ed.), Recht und Moral. Texte zur Rechtsphilosophie, 1977.

Hóss, J., Duldung, Glaubenszwang und Widerstand. Eine Stellungnahme Johann Spangenbergs aus dem Jahre 1541, en: AR, 1970.

Hruby, K., Die Synagoge, Geschichiiche Entwickiung einer Institution, 1971. Hruby, K., Juden und Judentum bei den Kirchenvátern, 1971.
Huber, W., Passah und Ostern. Untersuchungen zur Osterfeier der alten Kirche, 1969.
Hulen, A. B., The Dialogues with the Jews as Sources of the Early Jewish Argument against Christianiíy, en: Journal of Biblical Literature, 51, 1932.
Hümmeler, H., Helden und Heilige, s/f.
Hünen, E., Staatliche Machí und Katholizismus in Deutschland, 1, 1969.
Hunger, H. (Ed.), Byzantinische Geistesweit. Von Konstantin dem Gropen bis zum Fall Konstantinopeis, 1958.
Hyde, H. M., Geschichte derPornographie. Eine wissenschaftiiche Studie, 1965.
Hyde, W. W., Paganism to Christianity in the Román Empire, 1946.

Iggers, G. G., Deutsche Geschichtswissenschaft, 1971.
Illmer, D., Formen der Erziehung und Wissensvermittiung im frühen Mittelalter. Quellenstudien zur Frage der Kontinuität des abendiándischen Erziehungswesens, 1971.
Instínsky, H. U., Bischofsstuhl und Kaiserthron, 1955.
Irmscher, J., Die Widerspiegelung der Rolle der Volksmassen in der historischen Literatur der Justinianischen Zeit, en: Herrmann/SelInow (Ed.), Die Rolle der Volksmassen, 1975.
Iserloh, E./Repgen, K. (Ed.), Refórmala Reformanda, Festgabe für Hubert Jedin, **I,** 1965.

Jacob, L., Aufstande und Volksbewegungeh in der Darstellung Ammians, en: Herrmann/ Selinow (Ed.), Die Rolle der Volksmassen, 1975.
Jacob-Karau, L./Ulmann, J., Warum Ammian-Forschung heute? en: Klio, 1976.
Jalland, T. G., The Ufe and the Times of St. Leo the Great, 1941.
James, E. O., Das Priestertum, Wesen und Funktion. Eine vergieichende und anthropologische Studie, s/f.
Jansen, H. L., Die Politik Antiochus IV, 1943.
Janson, E., Johann Nikolaus von Hontheim - Justinus Febronius. Zum Werk und seinen Gegnern, en: AMrKG28, 1976.
Jántere, K., Die rómische Weltreichsidee und die Entstehung der weitlichen Macht des Papstes, 1936.
Jauss, H. R., Der Gebrauch der Fiktion in Formen der Anschauung und Darstellung der Geschichte, en: R. Koselleck/H. Lutz/J. Rüsen (Ed.), Formen der Geschichtsschreibung.1982.
Jedin, H., Kleine Konziliengeschichte. Die zwanzig ókumenischen Konzilien im Rahmen derKirchengeschichte, 1959.
Jenni, E., Zwei Jahrzehnte Forschung an den Büchern Josua bis Kónige. IV. Josuabuch, ThR, NF27, 1961.
Jeremías, J., Hesekiel-Tempel und Serubbabel-Tempel, ZAW, 52, 1934.
Jeremías, J., Jesu Verheipung an die Vólker, 1956.
Joannou, P.-P., Die Ostkirche und die Cathedra Petri im 4. Jahrhundert. Revisada por G. Denzier, 1972.
Jones, A. H. M., The Social Background of the struggle between Paganism and

Christianity, en: Momigliano (Ed.), The Conflict, 1964.
Jones, A. H. M., The Greek City, 1940.
Jones, A. H. M., The Constitutional Position of Odoacer and Theoderic, en: JRS, 1962.Jones, A. H. M., The later Román Empire284-602. A social, economic and administrative survey, 2 vols., 1973.
Jones, A. H. M., The Prosopography of The Later Román Empire 260-395, 1, 1971. Jouassard, G., Cyrillv. Alexandrien, RACIII, 1957.
Junker, D./Reisinger, P., Was kann Objektivität in der Geschichtswissenschaft heipeh und wie ist sie móglich? en: Th. Schieder/G. Gráubig (Ed.), Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft, 1977.
Junker, H., Der alttestamentliche Bann gegen heidnische Vólker ais moraltheologisches und of fenbarungsgeschichtiiches Problem, en: ThZ 56, 1947.
Jürgensmeier, R., Der mystiche Leib Christi ais Grundprinzip der Aszetik. Aufbau des religiósen Lebens und Strebens aus dem Corpus Christi mysticum, 1938.
Jüthner, J., Hellenen und B arbaren, 1923.

Kadelbach, G. (Ed.), Wissenschaft und Geselischaft, 1967.
Kaegi, W. E., Arianism and the Byzantine Army in África, 533- 546, en: Traditio, Studies in Ancient and Medieval History, Thought and Religión, 1965.
Kaegi, W. E., The Byzantinum and the Decline of Rome.
Kahí, A.-D., Zum Gesti der deutschen Slawenmission des Hechnrittelalters, en: Beumann, Heidenmission, 1963.
Kallis, A., Petrus der Feís - der Stein des Anstopes? Das «Petrusamt» in derSicht der Orthodoxie, en: Das Papstamt, Dienst oder Hindernis für die kumene, 1985.
Kampf, H., Das Reich im Mittelalter, 1950.
Kant, I., Kritik der reinen Vernunft, Text der Ausgabe 1781 mit Beifügung sárntlicher Abweichungen der Ausgabe 1787, ed., K. Kehrbach.
Kantzenbach, F.-W., Die Geschichte der christlichen Kirche im Mittelalter, 1967.
Kantzenbach, F.-W., Urchristentum und alte Kirche. Das Christentum von seinen Anfángen bis zum Zerfall des romischen Reiches, 1964.
Karayannopoulos, J., Das Finanzwesen des frühbyzantinischen Staates, 1958.
Karayannopoulos, J., Konstantin der Grof3e und der Kaiserkult, Historia 5, 1956.
Karpp, H., Konstantin Gesetzsgebung gegen die prívate Haruspizen aus den Jahren 319 bis 321, ZNW 41/42, 1942.
Karrer, O., Papst, en: Fríes, H. (Ed.), Handbuch theol. Grundbegriffe III, 1970.
Kasemann, E., Die Legitimität des Apostéis. Eine Untersuchung zu 2. Kor. 10-13, ZNW, 1942.
Kaser, M., Das rómische Privatrecht, Zweiter Abschnitt, 1959.
Kasper, W., Dienst an der Einheit und Freiheit der kirche. Zur gegenwártigen Diskussion um das Petrusamt in der Kirche, en: A. Brandenburg/H. J. Urban (Ed.), Petrus und PapstII, 1978.
Kawerau, P., Die nestorianischen Patriarchate in der neueren Zeit, en: ZKG, vol. 67, 1955/56.
Kawerau, P., Geschichte der alten Kirche, 1967.
Kawerau, P., Geschichte der mittelalteriichen Kirche, 1967.
Keeler, L. W., The problem of error from Plato to Kant. A historical and critical study.

Pontifica Universitas Gregoriana, vol. VI, 1934.
Keller, H., Spatantike und Frühmittelalter im Gebiet zwischen Genfer See und Hochrhein, en: K. Hauck (Ed.), Frühmittelalterliche Studien, vol. 7., 1973.
Keller, H. L., Reclams Lexikon der Heiligen und der biblischen Gestalten. Legende und Darstellung in der bildenden Kunst, 1968.
Kellner, H.-J., Die Zeit der romischen Herrschaft, en: M. Spindier (Ed.), Handbuch der bayerischen Geschichte, 1968.
Kellner, W., Libertas und Christogramm. Motivgeschichtiiche Untersuchungen zur Münzprágung des Kaisers Magnentius (350-353), 1969.
Kempf, F., Primatiale und episkopal-synodale Struktur der Kirche von der gregorianischen Reform, en: Archivum Historiae Pontificiale. 16, 1978.
Kempter, K., Der Kampf des romischen Staates gegen fremde Kulte, 1944.
Kent, J. P. C., The Revolt of Trier against Magnetius, NC, 19, 1959.
Kettier, F. H., Der melitianische Streit in Agypten, en; ZNW 35, 1936.
Kidd, J., A.HistoryoftheChurchtoA.D.461, 3.vols., 1922.
Kilian. R., Literarkritische und formgeschichtiiche Untersuchung des Heiligkeitsgesetzes, 1963.
Kindermann, H./Dietrich, M., Lexikon der Weltíiteratur, 1950. Kindiers Malerieilexikon, IV, 1967.
Kirchner, H., Der Ketzertaufstreit zwischen Karthago und Rom und seine Konsequenzen für die Frage nach den Grenzen der Kirche, ZKG 81, 1970.
Kirsch, J. P., Die Kirche in der antiken griechisch-romischen Kulturweit, 1930. Kirschbaum, E., Die Gráber der Apostelfürsten. St. Peter und St. Paúl in Rom. Mit einem Nachtragskapitel von Ernst Dassman, 1974.
Kittel, G., Die Probleme des palástinensischen Spátjudentums und des Urchristentums, 1926.
Klauser, Th., Der Ursprung der bischóflichen Insignien und Ehrenrechte, 1953.
Klauser, Th., Die Rómische Petrustradition im Licht der neuen Ausgrabungen unter der Petruskirche, 1956.
Klauser, Th., Rom und der Kult der Gottesmutter María, JbAC 15, 1972.
Klauser, Th., Sind der christlichen Oberschicht seit Mark Aurel die hóheren Posten im Heer und in der Verwaitung zugánglich gemacht worden? JbAC 16, 1973.
Klauser, Th., Gottesgebárerin, RAC XI, 1981.
Klausner, J., Von Jesús zu Paulus, 1950.
Klein, K. K., Frithigern, Athanarich und die Spaltung des Westgotenvoiks am Vorabend des Hunneneinbruchs (375 n. Chr.), Südostforschung 19, 1960.
Klein, K. K., Gotenprimas Wulfila ais Bischof und Missionar, en: F. Clark Fry, Geschichtswirkiichkeit und Glaubensbewáhrung, Festschrift für Bischof F. Müller, 1967.
Klein, R-, Symmachos. Eine tragische Gestait des ausgehenden Heidentums, 1971. Klein, R., Der Streit um den Victoriaaltar. Die dritte Relatio des Symmachus und die Briefe 18, 18 und 57 des Mailánder Bischofs Ambrosius. Einführung, Text, bersetzung undErláuterungen, 1972.
Klein, R., Constantius II und die christiiche Kirche, 1977. Klinge, G., Armenien, en: RAC 1, 1950.
Klinkenberg, H. H., Papst Leo der Grope. Romischer Primat und Reichskirchenrecht,

1950.
Klinkenberg, H. M., Papsttum und Reichskirche bei Leo d. Gr., en: ZSavRGkan, 1952.
Klostermann, H., Das Mattháusevangelium, 2ª ed., 1927.
Kluke, P., Neuere Geschichte, en: Kadelbach, Wissenschaft und Geselischaft, 1967.
Kmosko, M., De persecutione Saporis, en: R. Graffín, Petrologia Syriaca I, 2, Parisüs, 1907.
Knopf, R., Das nachapostolische Zeitalter, 1905.
Knopf, R., Einführung in das Neue Testament, 3ª ed., 1930. Knopf, R./Krüger, G. (Ed.), Ausgewahite Mártyrerakten, 1929.
Knópfler, A., Lehrbuch der Kirchengeschichte, 6ª ed., 1924.
Kober, F., Die Deposition und Degradation, nach den Grundsátzen des kirchiichen Rechts historisch dogmatisch dargestellt, 1867.
Kober, F., Die kórperliche Züchtigung ais kirchiiches Strafmittel gegen Cleriker und Mónche, 1875.
Kóbert, R., Orientalistische Bemerkungen zum Kólner Mani- Kodex, en: ZPE 8, 1971.
Koch, C., Gottheit und Mensch im Wandel der rómischen Staatsform, en: H. Berve, Das neue Bild der Antike, 2 vols.: Rom 1942.
Koch, F. J., Katholische Apologetik. Nach der oberhirtíichen Instruktion für die Oberkiassen der hóheren Lehranstalten in Bayern, revisado por M. Siebengartner, 3ª ed., 1910. Koch, H., Cathedra Petri, 1930.
Koch, H., Die KirchenbuRe des Kaisers Theodosius d. Gr. in Geschichte und Legende, en: HJ, 1907.
Koch, H., Cyprian und der romische Primat, 1910. Koch, H., Cyprianische Untersuchungen, 1926.
Koch, K., Zur Geschichte der Erwáhiungsvorstellung in Israel, ZAW 67, 1955.
Koch, K., Kleine Deutsche Kirchengeschichte, 1940.
Koehier, F., Der Weltkrieg im Lichte der deutsch-protestantíschen Kriegspredigt, 193.5.
Koehier, F., Das religiós-sittiiche Bewuptsein im Weltkriege, 1917.
Kohier, W., Ursprung und Wesen der Problematik: «Staat und Kirche», ThBl, enero 1936, Nr.I.
Kohns, H. P., Versorgungskrisen und Hungerrevolten im spátantiken Rom, 1961.
Kolping, A., Alte Ketzerhüte auf neuen Háuptern? Zur «nestorianischen» oáer «monistischen» Tendenz in heutiger Theologie, ZKTh, 96 vols., 1974.
Koeniger, A. M. (Ed.), Gestgabe Albert Erhard, 1922.
Koep, L., Bischofsliste, RAC II, 1954.
Koep, L., Die Konsekrationsmünzen Kaiser Konstantins und ihre religionspolitische Bedeutung, JbAC, 1, 1958.
Koopmans, J. H., Augustine's First Contact with Pelagius and the Datingofthe Condemnation of Caelestius at Carthago, en: V. Chr., 8, 1954.
Kornemann, E., Weltgeschichte des Mittelmeer-Raumes. Von Philipp II von Makedonien bis Muhammed. Ed. 2, H. Bengtson. Vol. 2: Von Augustus bis zum Sieg der Araber, 1949.
Kornemann, E., Romische Geschichte. Vol. 2: Die Kaiserzeit, 4ª ed. revisada por H. Bengtson, 1960.
Koschorke, K., Hippolyfs Ketzerbekámpfung und Polemik gegen dis Gnostiker. Eine tendenzkritische Untersuchung seiner «Refutatio omnium hacresium»,

1975. Koselleck, R., ber die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft, en: Th. Schieder/
K. Gríibig, Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft, 1977.
Koselleck, R./Mommsen, W. J/Rüssen, J. (Ed.), Objektívität und Parteilichkeit in der Geschichtswissenschaft, 1977.
Koselleck, R., Vergangene Zukunft, Zur Semantik geschichtiicher Zeiten, 1979.
Kosminski, J. A./Skaskin, S. D., Geschichte des Mittelalters, vol. 1, 1958.
Kósters, L., Die Kirche unseres Glaubens. Einte theologische Grundiegung katholischer Weltanschauung, 1935.
Kótting, B., Das Wirken des ersten Styliten in der ffentlichkeit, ZMR 37, 1953.
Kótting, B., Die abendiándischen Teilnehmer an den ersten allgemeinen Konzile, en: E. Iserioh/K. Repgen (Ed.), Reformata Reformanda. Festgabe für Hubert Jedin, **1,** 1965.
Kótting, B., Christentum I (Ausbreitung), RAC II, 1954.
Kótting, B., Melania die Jüngere, en: P. Manns (Ed.), Reformer der Kirche, 1970.
Kótting, B., Mit staatlicher Macht gegen Háresien? en: J. Schreiner (Ed.), Die Kirche im Wandel der Geselischaft, 1970.
Kótting, B., Die Stellung des Konfessors in der Alten Kirche, en: JbAC 19, 1976.
Kótting, B., Religionsfreiheit und Toleranz im Altertum, 1977.
Kótting, B., Peregrinatio Religiosa. Wallfahrten in der Antike und das Pilgerwesen in der alten Kirche, 1950.
Kraft, H. (Ed.), Eusebius von Caesarea, Kirchengeschichte, 1967.
Kraft, H., Kirchenváter Lexikon, 1966.
Kraft, H., Kaiser Konstantins religióse Entwickiung, 1955.
Kraft, H., Das Silbermedaillon Constantins des Gropen mit dem Christusmonogramm auf dem Helm, Jahrbuch für Numismatik und Geidgeschichte, 1955.
Kraft, K., Die Taten der Kaiser Constans und Constantius II, en: Jahrbuch für Numismatik und Geidgeschichte, IX; 1958.
Krámer-Badoni, R., Judenmord Frauenmord Heilige Kirche, 1988.
Kraus, F. F., Die Münzen Odovakars und des Ostgotenreiches in Italien, 1928. Krause, G., Theologische Fragwürdigkeiten der Lutherbibel- Revisión von 1975, en: ZThK, Beiheft5, 1981.
Krause, W., Die Stellung der frühchristlichen Autoren zur heidnischen Literatur, 1958.
Krikorian, M., Die Geschichte Armenisch-Apostolischen Kirche, en: F. Heyer (Ed.), Die Kirche Armeniens. Eine Volkskirche zwischen Ost und West, 1978.
Krüger, G., Lucifer, Bischof von Calaris und das Schisma der Luciferaner, 1886. Krüger, G., Die Rechtsstellung der vorkonstantinischen Kirchen, 1935.
Kuhn, K., Die wahre Kirche. Ein Büchiein für Katholiken zur Stárkung im katholischen Glauben, 1919.
Kühner, H., Die Kreuzzüge - eine pseudotheologische Grundfrage, 3 Teile, Radio Bremen, DRS Studio Bern, September/Oktober 1970.
Kühner, H., Lexikon der Pápste von Petrus bis Paúl VI, s/f. Kühner, H., Gezeiten der Kirche in zwei jahrtausenden, 1, 1970.
Kühner, H., Der Antisemitismus der Kirche. Genese, Geschichte und Gefahr, 1976.
Kühner, H., Das Imperium der Pápste. Kirchengeschichte - Weltgeschichte - Zeitgeschichte. Von Petrus bis heute, 1977.

Kupisch, K., Kirchengeschichte, 1, 1973; II, 1974.

Lacarriére, J., Die Gott-Trunkenen, 1967.
Lachmann, O. F., Die Bekenntnisse des heiligen Augustinus, s/f.
Lammers, W., Otto Bischof von Freising, Chronik oder die Geschichte der zwei Staaten, 1961.
Larnpl, H. E., Franz Camille Overbeck, en: Deschner (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, 1, 1969.
Langenfeid, H., Christianisierungspolitik und Skiavengesetzgebung der rómischen Kaiser von Konstantin bis Theodosius II, 1977.
Langgartner, G., Die Gallienpolitik der Pápste im5. und 6. Jahrhundert. Eine Studie über den apostolischen Vikariat von Arles, 1964.
Lapide, P./Tannenberg, W., Judentum und Christentum. Einheit und Unterschied. Ein Gesprach, 1981.
Laqueur, R., DesjüdischeHistorikerFlaviusJosephus, 1920.
Laqueur, R., Die beiden Fassungen des sog. Toleranzedikts von Mailand, Epitymbion Swoboda, 1927.
Laqueur, R., Eusebius ais Historiker seiner Zeit, 1929.
Larrimore, D., Die Synode von Antiochien (324/25) und ihre Bedeutung für Eusebius von Caesarea und das Konzil von Nizáa, en: ZKG, 81 vols., 1970.
Larson, C. W. R., Theodosius and the Thessalonian Massacre Revisited. Yet again, en: SP 10.1970.
Laub, G., Denken verdirbt den Charakter. Alie Aphorismen, 1984.
Lauchert, F., Das Leben des heiligen Athanasius des Gropen, 1911.
Lauer, M. (Ed.), Des Faustus von Byzanz Geschichte Armeniens, 1879.
Lea, H. C., Geschichte der Inquisistion im Mittelalter. I: Ursprung und Organisation der Inquisition, 1905; II: Die Inquisition in den verschiedenen christí.
Lándern, 1909; III**:** Die Tatigkeit der Inquisition auf besonderen Gebieten, 1913.
Lechner, K., Hellenen und Barbaren im Weltbiid der Byzantiner, 1954.
Lecky, W. E. H., Sittengeschichte Europas von Augustus bis auf Kari den GRopen. Zweite rechtmápige Auflage, mit den Zusátzen der dritten englischenvermehrt, und durch- gesehen v. F. Lówe, 2 vols., 1879.
Leclerc, J., Geschichte der Religionsfreiheit im Zeitalíer der Reformations, 2 vols., 1965.
Leeuwen, A. van., Christentum in der Weltgeschichte. Das Heil und die Sákularisation, 1966.
Lehmann, K. (Ed.), Das Petrusamt. Geschichtíiche Stationen seines Verstándnisses und gegenwártige Positionen, 1982.
Leipoldt, J., Schenute von Atripe und die Entstehung des national ágyptischen Christentums.1903.
Leipoldt, J., Geschichte des neutestamentlichen Kanons, **1:**1907; II**:** 1908.
Leipoldt, J., Vom Jesusbiid der Gegenwart, 2ª ed., 1925.
Leipoldt, J., Jesús und Paulus, Jesús oder Paulus, 1936.
Leipoldt, J., Antisemitismus, en: RAC 1, 1950.
Leipoldt, J./Grundmann, W. (Ed.), Umweit des Urchristentums, 5 ª ed., 1966.
Lerner, D. (Ed.), Evidencie and Inference: The Hayden Colloquium on Sdentifíc Concept and Method, 1959.

Le Roy Ladurie, E., The Territory of the Historian, 1979.
Lesaar, H. H. (Ed.), Aurelius Augustinus. Wahrheit und Liebe, 1947.
Lewy, G., The Catholic Church and Nazi Germany, 1964.
Lexikon der Alten Weit, por: C. Andresen/H. Erbse/0. Gigon/K. Schefold/K. F. Stroheker/E. Zinn, 1965.
Lexikon für Theologie und Kirche, 10 vols., lª ed., 1930 ss; 2ª ed. totalmente revisada, 1957 ss. Uchtenberg, G. C., Sudelbücher, ed. F. H. Mautner, 1984.
Lichtenberg, G. C., Vermischte Schriften (1800-1806) B. 2, Nr. 2, Bemerkungen verm. Inhalts. Nr. I, Philosophische Bemerkungen.
Liébaert, J., Ephesus, okumenische Synode (431), en: Theol. RealenzIX, 1982.
Lieberg, G., Die rómische Religión bei Minucius Félix, ThMus 106, 1063.
Liebeschütz, W., Did the Pelagian Movement have Social Aims? en: Historia 12, 1963.
Lietzmann, H., An die Romer, 4ª ed., 1933.
Lietzmann, H., Geschichte der alten Kirche, 4ª ed., 4 vols., 1953.
Lilje, H., Der Krieg ais geistíge Leistung, 1941.
Lindauer, J., Tacitus Germania, Bericht über Germanien, 1975.
Linden, J., Die Wahrheit der katholischen Religión. Grundiehren und Unterscheidungslehren dargestellt für die heranwachsende Jugend und das katholische Volk, 5ª ed., 1924.
Lindsay, F. M., The Triumph of Christianity, en: Gwatkin/Whitney, The Cambridge Medieval History 1, 1975.
Lippl, J., Athanasius der Grope, en: BKV, V, 1913. Lippoíd, A., Theodosius der Grope und seine Zeit, 1968.
Lippoíd, A., Bischof Ossius von Cordova und Konstantin der Grope, 92 vols., 1981.
Lippoíd, A., Rom und die Barbaren in der Beurteilung des Orosius, 1952.
Lippoíd, A./Kirsten, E., Donauprovinzen, RAC IV, 1959.
Lissner, L., Die Casaren, Macht und Wahn, 1963.
Lo Bello, N., Vatikan im Zwielicht. Die unheiligen Geschäfte des Kirchenstaates, 1985. Lochs, A., Israel, from the beginnings to the middie of the eighth Century, 1932.
Lof, L. J. van der, Warum wurde Tyconius nicht katholisch? ZNW 57, 1966.
Loffier, P., Die Trinitátslehre des Bischofs Hilarius von Poitiers zwischen Ost und West, en: ZKGLXXI, 1960.
Lóhde, W., Das pápstiiche Rom und das Deutsche Reich. Eine Dokumentation, 1964.
Lohse, B., Augustins Wandiung in seiner Beurteilung des Staates, en: Studia Patrística, 6, 1962.
Lohse, E., Martyrer und Gottesknecht, 1955. ,
Lohse, E., Tempel und Synagoge, en: H. G. Schuitz (Ed.), Kontexte 3, Die Zeit Jesu, 1966.
Loofs, F., Pelagius, en: Realencyclopádie für protestantische Theologie und Kirche, ed. A. Hauck, XV, 1904.
Loofs, F., Nestoriana, 1905.
Loofs, F., Das Nicanum, en: Festgabe K. Müller, 1922.
Loofs, F., Dogmengeschichte, 4ª ed., 1906.
L'Orange, H. P., Der spátantike Bildschmuck des Konstantinbogens, 1939. Lorenz, R.,

Das vierte bis sechste Jahrhundert (Westen), 1970.
Lorenz, R., Das Problem der Nachsynode von Nicáa (327), en: ZKG, 90 vols., 1979. Lorenz, R., Arius judaizans? Untersuchungen zur dogmengeschichtiichen Einordnung des Arius, 1980.
Lorenz, R., Augustinliteratur seit dem Jubiláum von 1954, en: TR, 1959.
Lorenz, R., Des Augustinismus Prospers von Aquitanien, ZKG 73, 1963.
Lorenz, R., Circumcelliones - cotopitae - cutzupitaüi, ZKG 82, 1971.
Lortz, J., Geschichte der Kirche in ideengeschichtiicher Betrachtung. Eine Sinndeutung der christlichen Vergangenheit in Grundzügen, 4ª ed., 1936.
Lotter, F., Designation und angebliches Kooptationsrecht bei Bischofserhebungen. Zur Ausbildung und Anwendung des Prinzips der Kanonischen Wahí bis zu den Anfangen der fránkischen Zeit, en: ZSavRGkan, 1973.
Lotter, F., Die historischen Daten zur Endphase rómischer Prásenz in Ufernorikum, en: J. W. Werner/E. Ewig (Ed.), Von der Spátantike zum irühen Mittelalter. Aktuelle Probleme in historischer und archáologischer Sicht, 1979.
Lówe, H., Von Theoderich dem Gropen zu Kari dem Gropen. Das Werden des Aben diandes im Geschichtbiid des frühen Mittelalters, 1956.
Lówe, H., Deutschland im fránkischen Reich, en: Gebhard, Handbuch der deutschen Geschichte, 2 vols., 1973.
Loewenich, W. v., Von Augustin zu Luther, Beitrage zur Kirchengeschichte, 1959.
Loewenich, W. v., Geschichte der Kirche, 6ª ed., 1962.
Lowith, H./Riedel. M. (Ed.), Georg Friedrich Wilheim Hegel, Studiensausg, in 3 Bdn., vol.2, 1968.
Lucas, L., Zur Geschichte der Juden im vierten Jahrhundert, 1980.
Lucius, E., Die Anfánge des Heiligenkultes in der christlichen kirche, 1904.
Lüdemann, G., Untersuchungen zur simonianischen Gnosis, 1975.
Ludwig, G., Massenmord im Weltgeschehen. BilanzzweierJahrtausende, 1951.
Ludwig, J., Die Primatworte Mt. 16, 18-19 in der altkirchüchen Exegese, 1952.
Ludz, P. C./Ronsch, H.-D., Theoretische Probleme empirischer Geschichtsforschung, en: Th. Schieder/G. Gráubig (Ed.), Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft, 1977.
Lumpe, A., Zur Geschichte der Worter Concilium und Synodus in der antiken christlichen Latinität, 1970.
Lütcke, K. H., «Auctoritas» bei Augustin, 1968. Lutz, H., Aufstíeg und Krise.
Lutz, H., Braudeis La Méditerranée. Zur Problematik eines Modellanspruchs, en: R. Koselleck/H. Lutz/J. Rüsen (Ed.), Formen der Geschichtsschreibung, 1982.

Macgregor, H. C., Friede auf Erden? Biblische Grundiegung der Arbeit vom Frieden, 1955.
Mack, V., Claude Adrien Helvétíus, en: K. Deschner (Ed.), Das Christentum im Urteü seiner Gegner 1, 1969.
Mack, V., Pierre Bayie, en: Deschner (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner I, 1969.
Madden, F. W., Christian Emblems on the Coin of Constantino I, the Great, his Family and his Successors, NC 18, 1878.
Maier, F. G., Augustin und das antike Rom, 1955.

Maier, F. G., Die Verwandiung der Mittelmeerweit, 1968. Maier, F. G. (Ed.), Byzanz, Fischer Weltgeschichte, Ed. 13, 1973.
Maier, F. G., Der Historiker und die Texte, HZ, 1984.
Maier, F. G., Die Soziologie der Pápste. Lehre und Wirkung der katholischen Sozialtheorie, 1965.
Maier, J., Die Texte vom Toten Meer, 1, 1960.
Maier, J., Geschichte derjüdischen Religión, 1972.
Maier, J., Jüdische Auseinandersetzung mit dem Christentum in der Antike, 1982. Mango, C., Erbe des rómischen Weltreichs. Konstantinopel von Justinian bis Theophilus, en: Rice, D. T. (Ed.), Morgen des Abendiandes, 1965.
Manhattan, A., The Vatican and Worid Politic, 1949, edición alemana Der Vatikan und das XX. Jahrhundert, 1958.
Manitius, M., The Teutonic Migrations, 378-412, en: Gwatkin/Whitney (Ed.), The Cambrige Medieval History 1, 1975.
Manns, P. (Ed.), Reformer der Kirche, 1970.
Mansons, T. W., Jesús and the Non-Jews, 1955.
Marcuse, J., Die sexuelle Frage und das Christentum. Ein Waffengang mit F. W. Fórster, dem Verfasser von «Sexualethik und Sexualpádagogik», 1908.
Marrou, H., Augustinus in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten, 1958.
Marschall, W., Karthago und Rom. Die Stellung der nordafrikanischen Kirche zum apostolischen Stuhl in Rom, 1971.
Martín, B./Schulin, E. (Ed.), Die Juden ais Minderheit in der Geschichte, 1981.
Martín, J., Studium und Beitráge zur Erkiárung und Zeitbestimmung Commodians, 1913.
Martín, Th. O., Theodosius laws on heretícs, en: Am. Ecc. Rev., 1950.
Martín, Th. O., The Twenty-Eighth Canon of ChaIkedon: A Background Note, en: Grillmeier/Bacht, II, 1953.
Martín, Th. O., Caesaropapism in action, en: Am. Ecc. Rev., 1950.
Marx, K., Das Kapital, vol. III, ed. Engeis, F., 1953.
Matthews, J. F., Western Aristocracies and the Imperial Court, 1975.
Mazzarino, S., Stilicone, 1942.
McKenzie. J. L., Myths and Realities. Studies in BiblicalTheology, 1963.
Meer, F. van der, Die Alte Kirche. Einleitung, en: M. Greschat (Ed.), Alte Kirche I, 1984.
Meer, F. van der, Augustinus ais Seelsorger, 1951.
Meffert, F., Gesammelte Apologetische Volksbibliothek, vol. 1, 1909. Meffert, F., Das Urchristentum. Apologetische Abhandiungen, 1935.
Mehnert, W. (Ed.), Cólibat und Sittiichkeit. «Die Einführung der erzwungenen Ehelosigkeit bei den christlichen Geistiichen und ihre Folgen» Im Auszug mit bibliographischen Einführungen und Ergánzungen neu herausgegeben, 1932.
Meier, Ch., Das Begreifen des Notwendigen. Zu Theodor Mommsens Romischer Geschichte, en: R. Koselleck/H. Lutz/j. Rüsen (Ed.), Formen der Geschichtsschreibung, 1982.
Meier, J., Jüdische Auseinandersetzung mit dem Christentum in der Antike, 1982. Meier-WeIcker, H., Die Simonie im frühen Mittelalter, en: ZK, 1952/53.
Meinecke, F., Práliminarien der Kriegsziele, 1915. Meinecke, F., Die Entstehung des

Historismus, 2ª ed., 1946. Meinecke, F., Werke, ed. E. Kessel, 1959.
Meinertz, M., Theologie des Neuen Testaments, II, 1950.
Meinhold, P., Zur Grundiegung der Dogmengeschichte, en: Saeculum X, 1959.
Meinhold, P., Geschichte der kirchiichen Historiographie 1, 1967.
Meinhold, P., Kirchengeschichte in Schwerpunkten. Ein ókumenischerVersuch, 1982.
Meinhold, P., Studien zu Ignatius von Antíochien, 1979.
Meinhold, P., Weltgeschichte - Kirchengeschichte - Keilsgeschichte, en: Saeculum 9 cuadernos 3/4, 1958.
Meissner, B., Eine syrische Liste antiochenischer Patriarchen, en: Wiener Zeitschrift für Kunde des Morgenlandes, 8, 1894.
Mensching, G., Soziologie dergropen Religionen, 1966.
Mensching, G., Der Irrtum in der Religión, 1969.
Mensching, G., Toleranz und Wahrheit in der Religión, 1955.
Menzel, W., Geschichte der Deutschen, II, 1872.
Merkel, H., Gotteslasterung, RAC XI, 1981.
Messer, A., Geschichte der Philosophie von Kant bis Hegel, 6ª-7ª ed., 1923.
Meyer, E., Ursprung und Anfánge des Christentums, 4ª- 5ª ed., 1921.
Meyer, H., Der Regierungsantritt Kaiser Majorians, ByZ, 62, 1969.
Meyer, H., Geschichte der abendiandischen Weltanschauung. II: Vom Urchristentum bis zu Augustin, 1947.
Michel, A., Die Kaisermacht in der Ostkirche (843-1204). Mit einem Vorwort von Franz Dólger, 1959.
Michel, A., Der Kampf um das politische oder petrinische Prinzip der Kirchenführung, en: Grillmeier/Bacht (Ed.), Das Konzil von Chaikedon II, 1953.
Micheis, A., Kirsoop, The topography and interpretatíon of the Lupercalia, en: Transactions and Proceedings of the American Philological Association 84, 1953.
Mickiey, P., Die Konstantin-Kirchen im Heiligen Lande. Eusebius-Texte übersetzt und eriáutert, 1923.
Millar, F., The Background of the Maccabean Revolution: Reflections on Martín Hengel's «Judaism and Hellenism», en: JJS, 29, 1978.
Mingana, A., The Early Spread of Christianity in Central Asia and the Far East, en: The Bulletin of the John Rylands Library, 9, 1925.
Mirbt, C./Aland, K., Quellen zur Geschichte des Papsttums und des rómischen Katholizismus, 6ª ed., revisada (lª, 1924) I: Von den Anfángen bis zum Tridentinum, 1967.
Miura-Stange, A., Celsus und Orígenes. Das Gemeinsame ihrer Weltanschauung nach den acht Büchern des Orígenes gegen Celsus. Eine Studie zur Religions-und Geistes- geschichte des 2. und 3. Jahrhundert, 1926.
Mohr, H., Der Held in Wunden. Gedanken und Gebete, 1914.
Mohrmann, H., ber Finanzen und Kapital des hohen katholischen Klerus, en: Katholische Soziallehre - klerikaler Volksbetrug, 1960.
Momigliano, A., Pagan and Christian Historiography in the fourth Century a. C., en: id., The Conflict, 1964.
Momigliano, A. (Ed.), The Conflict between Paganism and Christianity in the fourth Century, 1964.

Mommsen, Th., Rómische Geschichte, 8 vols., 1976.
Mommsen, W. J., Objektivität und Parteilichkeit im historiographischen Werk Sybeis und Treitschkes, en: Koselleck, R./Mommsen, W. J./Rüsen, J. (Ed.), Objektivität und Parteilichkeit in der Geschichtswissenschaft, 1977.
Mommsen, W. J., Die Sprache des Historikers, en: HZ, 238, 1984.
Monachino, V., II primato nello scisma donatísta, en: Archivum Historiae Pontificiale 2 1964.
Montefíore, C. G., Liberal Judaism and Hellenism, 1918.
Montgomery of Alamein, B. L., Weltgeschichte der Schiachten und Krieeszüee, 2 vols 1975.
Moreau, J., Die Weit der Kelten, 1958.
Moreau, J., Die Christenverfolgung im Rómischen Reich, 1961, 2" ed., 1971.
Moreau, J., Eusebius von Caesarea, RAC VI, 1966.
Moreau, J., Zum Problem der Vita Constantini, en: Historia 4, 1955.
Morenz, S., gyptísche Religión, 1960.
Morgan, J., The importance of Tertullian in the development of ehristian Dogma, 1928.
Morris, J., PelagianLiterature, JThS 16, 1965.
Morus (Lewinsohn, R.), Eine Weltgeschichte der Sexualität, 1965.
Moser, B. (Ed.), Das Papsttum. Epochen und Gestalten, 1983.
Mouat, K., Leben in dieser Welt. Philosophie und Moral eines nichtchristlichen Humanismus, 1964.
Muhibacher, E., Deutsche Geschichte unter den Karolingern, 1896.
Müller, A., Geschichte derJuden in Nürnberg 1146-1945, 1968.
Müller, A. v., Geschichte unter unseren Füpen. Archáologische Forschungen in Europa, 1968.
Müller, C. D. G., Stellung und Bedeutung des Katholikos- Patriarchen von Seleukeia-Ktesiphon im Altertum, en: OrChr. 53, 1969.
Müller, H. J., Beichten - ein Weg zur Freude. Ein Büchiein vom rechten Beichten, 1961.
Müller, K. A./Rohden, P. R. (Ed.), Knaurs Weltgeschichte. Von der Urzeit bis zur Gegenwart, 1935.
Müller, K., Kirchengeschichte, 1929.
Müller, K., Beiträge zur Geschichte der Verfassung der Alten Kirchen. Abhandiungen er Preupischen Akademie der Wissenschaften, Jg. 1922, Phil.-hist. Klasse, Nt. 3, 1922.
Müller, K., Dionys von Alexandrien im Kampf mit den libyschen Sabbeüanem, ZNW 24, 1925.
Müller, K., Der heilige Patrick, 1931.
Müller, M., Grundiagen der katholischen Sozialethik, 1968.
Müller, M., Ethik und Recht in der Lehre von der Verantwortiichkeit, 1932.
Mynarek, H., Herrén und Knechte der Kirche, 1973.
Mynarek, H., Verrat an der Botschaft Jesu - Kirche ohne Tabú, 1986.
Myres, J. N. L., Pelagius and the End of the Román Rule in Britain, en: The Joumal of Román Studies, 50, 1960.

Nash, E., Pictorial Dictionary of Ancient Rome, 2ª ed., 1968.
Nat, P. G. van der, Geister, RAC IX.

Naumann, M., Strukturwandeí des Heroismus. Vom sakralen zum revolutionaren Heldentum, 1984.
Nehisen, H., Skiavenrecht zwischen Antike und Mittelalter. Germanisches und rómisches Recht in den germanischen Rechtsaufzeichnungen. I: Ostgoten, Westgoten, Franken, Langobarden, 1972.
Nelson, J. L., The problem of Alfred's anointing, JEH 18, 1967.
Nersessian, Die Geschichte Armeniens, en: Rice, D. T. (Ed.), Morgendes Abendiandes, 1965.
Nestíe, W., Griechische Religiosität von Alexander d. Gr. bis auf Prokios, 1934.
Nestíe, W., Krisis des Christentums, 1947.
Neuháusler, J. (Ed.), Heldentum in der christíichen Ene, 1952.
Neumann, V., Voltaire, en: K. Deschner (Ed.), Das Christentum in Urteil seiner Gegner 1, 1969.
Neusner, J., The conversión of Adiabene to Christianity, en: Numen 13, 1966.
Neuss, W./Oediger, F. W., Das Bistum Koln von den Anfangen bis zum Ende des 12, Hahrh., 1964.
Niederhuber, J., Ambrosius von Mailand, en: BKV, 1914. Nietzsche, F., Werke in drei Bánden, ed. K. Schiechta, U, 1965.
Nigg, W., Das Buch der Ketzer, 1949.
Nilsson, M. P., Die Geschichte der griechischen Religión, 1950.
Nipperdey, Th., Geselischaft, Kultur, Theorie. Gesammelte Aufsátze zur neueren Geschichte, 1976.
Nischer-FaIkenhof, E., The army Reforms of Diocletian and Constantine, en: Joumal of Román Studies 13, 1923.
Nischer-FaIkenhof, E., Stilicho, 1947. Nock, A. D., Conversión, 1933.
Nock, A.D., Paulus, 1940.
Nock, A. D., Essays on religión and the andent worid, 1972.
Nordberg, H., Athanasius and the Emperor. Commentationes Humanarum Litterarum XXX, 3, 1963.
Noth, M., Das Amt der «Richter Israels», en: Festschrift Éür A. Bertholet, 1950.
Noth, M., Geschichte Israels, 4ª ed., 1959.
Noethlichs, K. L., Materialien zum Bischofsbiid aus den spátantiken Rechtsquellen JbAC.1973.
Noethlichs, K. L., Die gesetzgeberischen Mapnahmen der christíichen Kaiser des vierten Jahrhunderts gegen Haretíker, Heiden und Juden, 1971.

Oates, D., Aufstieg und Untergang des neupersischen Reichs der Sassaniden, en: Rice, D. T. (Ed.), Morgen des Abendiandes, 1965.
Oberforcher, R., Bibel und Archáologie. Ein kritischer Literaturbericht, en: ZKTh, 101. vols., 1979i
Obermayer, K./Hagemana, H.-R. (Ed.), Festschrift für H. Liermann zum 70. Geburtstag, 1964.
Obrist, F., Echtheitsfragen und Deutung der Primatsstelle Mt. 16, 18ff in derdeutschen protestantischen Theologie der letzten dreipig Jahre, 1960.
O'Connor, D., Peter in Rome: The Literary, Liturgical and Arehaeoloeical Evidence, 1969.

Oepke, A., Das neue Gottesvolk, 1950.

Oidenberg, H., Buddha. Sein Leben, seine Lehre, seine Gemeinde, 4ª ed., 1921.

Omán, C. W. C., The Art of War in the Middie Ages A. D. 378-1515. Revisada y editada por J.H.Beeler, 1953.

Oost, S. I., Galla Placidia Augusta. A Biographical Essay, 1968.

Opeit, I., Formen der Polemik im Pamphiet De mortibus persecutorum, en: JbAC 16, 1973.

Opeit, I., Die lateinischen Schimpfwórter und verwandte sprachiiche Erscheinungen. Eine Typologie, 1965.

Opitz, G. G., Athanasius' Werke, vol. III, parte I, Urkunden zur Geschichte des arianischen Streits 318-328, 1934/35.

Opitz, H. G., Dionys von Alexandrien und die Libyer, en: Quantulacumque, Studies presented to K. Lake, 19370.

Orlandis, J./Ramos-Lissón, D., Die Synoden auf der iberischen Halbinsel bis zum Einbruch des Islam (711), 1981.

Ortiz de Urbina, I., Das Symbol von Chaikedon. Sein Text, sein Werden, seine dogmatische Bedeutung, en: Grillmeier/Bacht, Das Konzil von Chaikedon, 1, 1951. Ortiz de Urbina, I., Nizáa und Konstantinopel, 1964.

Oster, R., The Ephesian Artemis as an Opponent of Early Christianity, JbAC 19, 1976.

Ostrogorsky, G., Geschichte des byzantinischen Staates, 2ª ed., 1952.

Otto, W., Zum heutigen Stand der Papyrusforschung, HZ 157, 1937. Oxenstierna, E. C. G. Graf, Die Urheimat der Goten, 1945.

Palangue, J.-R., Die Kirche in der Volkerwanderung, 1960.

Parkes, J., The Conflict of the Church and the Synagogue. A study in the origins of antisemitism, 1934.

Parkes, J., Judaism and Christianity, 1948. Parkes, J., Antisemitismus, 1964.

Parmentier, L./Scheidweiler, F. (Ed.), Theodoret, Kirchengeschichte, 2ª ed., 1954.

Patsch, C., Beitráge zur Volkerkunde von Südosteuropa III: Die Volkerbewegung and der unteren Donau in der Zeit von Diokietian bis Herakiius, Akademie der Wiss. Wien, phil.-hist. Kl. 208, 2, Abh., 1929.

Paúl, J., Werke ed. von R. Wustmann, s/f.

Paulsen, H., Studien zur Theologie des Ignatius von Antiochien, 1978.

Paulsen, H., Schisma und Háresie. Untersuchungen zu 1. Kor. II, 18-19, en: ZThK 79, 1982.

Pauly, Der Kleine, Lexikon der Antike, editado por K. Ziegler/W. Sontheimer, I-V, 1979.

Paulys Realencykiopádie der klassischen Altertumswissenschaft. Neue Bearbeitung unter Mitwirkung zahireicher Fachgenossen, ed. Georg Wissowa, 1970.

Pavan, M., La politica gótica di Teodosio nella publicistica del suo tempo, 1964.

Pavan, M., I Christiam e il mondo ebraico nell' etá di Teodosio «ü Grande», en: Annali Fac. di lett. Univ. Perugia 3, 1965/66.

Péguy, Ch., Erkámpfte Wahrheit. Gedanken, 1951.

Pengo, G., Storia della Chiesa in Italia, I: Dalle origene al Concilio di Trento, 1978.

Perau, J., Priester im Heere Hitlers, 1962.

Perier, O., Die Weihnachtsminiatur des St. Gallener Cod. 340 und der konstantinische

Memorialbau zu Bethlehem, en: W. Gessel/P. Stockmeier, Bavaria Christíana, 1973.
Perrone, L., La chiesa di Palestina e le controversie christologiche. Dal concilio di Efeso (431) al secondo di Constantinopoli (553), 1980.
Pesch, R., Simon-Petrus, 1980.
Pesch, R., Neutestamentliche Grundiagen des Petrusamtes, en: K. Lehmann (Ed.), Das Petrusamt. Geschichtiiche Stationen seines Verstándnisses und gegenwártige Positionen, 1982.
Peters, A., Glaube und Geschichte, en: F. Clark Fry (Ed.), Geschichtswirkiichkeit und Glaubensbewahrung. Festschriftfür Bisch of D. Dr. h. c. Friedrich Müller, 1967.
Pfattisch, J. M., Die Rede Konstantíns an die Versammiung der Heiligen, en: Dólger (Ed.), Konstantin, 1913.
Pfeiffer, R. H., The polemic against idolatry in the Oíd Testament, en: JB143, 1924.
Pfeilschifter, G., Der Ostogotenkonig Theoderich d. Gr. und die katholische Kirche, 1896.
Pfister, K., Der Untergang der antíken Weit, 1941.
Pfleiderer, O., Das Urchristentum, 1902.
Pfliegler, M. (Ed.) Dokuniente zur Geschichte der Kirche, 1938.
Pharr, C., The Theodosian Code and Novéis and Sirmondian Constitution, 1952.
Philip, K., Julianus Apostata in der deutschen Literatur, 1929.
Pinay, M., Verschworung gegen dir Kirche, 1963.
Pirenne, H., Geburt des Abendiandes, Untergang der Antike am Mittehneer und Aufstieg des germanischen Mittelalters, 2ª ed., 1941.
Plochi, W., Geschichte des Kirchenrechts, 1, 1953; II, 1955.
Podskaisky, G., Nestorius, en: M. Greschat (Ed.), Alte Kirche II, 1984.
Poliakov, L., Geschichte des Antisemitismus, I. Von der Antike bis zu den Kreuzzügen, 1977.
Poppe, K. H., Vom Toleranzedikt zum Kirchenstaat, en: K. Deschner (Ed.), Der christiiche Weg zum Ewigen Leben, 1970.
Popper, K., Die of fene Geselischaft und ihre Feinde, 2: Faische Propheten (The open Society and Its enemies, 2: The High Tide of Prophecy, Londres 1945), 1958.
Pórtner, R., Mit dem Fahrstuhlin die Rómerzeit. Stádte nd Stáaten deutscher Frühgeschichte, 1967.
Poschmann, B., Die abendiándische Kirchenbupe im Ausgang des christlichen Altertums, 1928.
Poschmann, B., Die abendiándische Kirchenbupe im frühen Mittelalter, 1930.
Poschmann, B., Ecciesia principalis, 1933.
Poulsen, F., Romische Kulturbilder, 1949. Preisker, H., Das Ethos des Urchristentums, 1949.
Prete, S., Der geschichtiiche Hintergrund zu den Werken des Laktanz, en: Gymnasium, Zeitschrift für Kultur der Antike und humanistische Bildung, 63, 1956.
Prete, S., Pelagio e il pelagianismo, 1961.
Preuss, H. D., Verspottung fremder Religionen im Alten Testament, 1971.
Previté-Orton, C. W., The Shorter Cambridge Medieval History. Vol. I: The later Román

Empire to the Tweifth Century, 1971.
Price, F., Between Man and God: Sacrifice in the Román Imperial Cult, en: The Journal of Román Studies, vol. LXX, 1980.
Prinz, F., Die bischófliche Stadtherrschaft im Frankenreich vom 5. bis zum 7. Jahrhundert, en: HZ, 1973.
Puech, H. C., Der Begriffder Eriosung im Manichaismus, en: Éranos-Jb. 4, 1936.
Purdy, W. A., Die Politik der katholischen Kirche, 1967.

Quasten, J., The conflict of early Christianity with the Jewish temple workship, en: ThSt, 2, 1941.
Quasten, J., Patrology, 1, 1950; II, 1953.

Rad, G. v., Der Heilige Krieg im Alten Israel, 1951.
Raddatz, A., Theodor von Mopsuestia, en: M. Greschat (Ed.), Alte Kirche II, 1984. Ragaz, G., Die Bergpredigt Jesu, 1945.
Rahner, H., Abendiándische Kirchenfreiheit, 1943.
Rahner, H., Leo der Grope, der Papst des Konzils, en: Grillmeier/Bacht, 1, 1951.
Rahner, H., Kirche und Staat im frühen Christentum. Dokumente aus acht Jahrhundert und ihre Deutung, 1961.
Rahner, K., Augustin und der Semipelagianismus, en: ZKTh, cuaderno 2, 1938. Rahner, K., Dogmen und Theologiegeschichte - gestern und morgen, ZKTh, 99. vols., 1977.
Rail, H., Zeitgeschichtiiche Züge im Vergangenheitsbiid mittelalterlicher, namentlich mittelaltlateinischer Schriftsteller, 1937.
Ranke, L. v., Samtíiche Werke, 1877 ss.
Ranke, L. v., Das Briefwerk, ed. W. P. Fuchs, 1949.
Ranke-Heinemann, U., Eunuchen für das Himmeireich. Katholische Kirche und Sexualität, 1988.
Raschke, H., Das Christusmysterium, 1954.
Rathgeber, A. M., Wissen Sie Bescheid? Antwort aufreligióse und weltanschauliche Fragen unserer Zeit, 13ª ed., 1962.
Ratzinger, J., Beobachtungen zum Kirchenbegriff des Tyconius im Liber Regularium, en:
Revue des Eludes Augustiniennes, 2 (RFA), 1956.
Rauch, H. D., Das Bild des Antichrist im Mittelalter: Von Tyconius zum Deutschen Symbolismus, 1973.
Rauch, A./Imhof, P. (Ed.), Basilius, Heiliger der Einen Kirche, 1981.
Rauschen, G., Jahrbücher der christlichen Kirche unter dem Kaiser Theodosius d. Gr. Versuch einer Erneuerung der Annales Ecciesiastici des Baronius für die Jahre 378- 395, 1897.
Reallexikon für Antike und Christentum. Sachwórterbuch zur Auseinandersetzung des Christentums mit der antiken Weit, ed. T. Glauser, 1950 ss.
Reallexikon der Germanischen Altertumskunde, 2ª ed., 1978.
Rehfeid, B., Todesstrafen und Bekehrungsgeschichte. Zur Rechts und Religionsgeschichte der germanischen Hinrichtungsbráuche, 1942.
Rehm, B., Bardesanes in den Pseudo-Clementinen, en: Philol. 93, 1938.

Reickers, B., The Jewish Damascus Documents, 1946.
Reutterer, R., Legendenstudien um den heiligen Hipollytos, ZKTh, 95 vols., 1973.
Ricciotti, G., Paulus, 1950.
Rice, D. T., Schmeiztiegel der Vólker. Osteuropa und der Aufstieg der Slawen, en: Rice, D. T., Morgen des Abendiandes, 1965.
Richardson, C. C., A new solution to the quartídec. riddie, JThS NS 24, 1973.
Richter, W., Zu den «Richtern Israels», ZAW, 77, 1965.
Ricken, F., Die Logoslehre der Eusebios von Caesarea und der Mittelplatonismus, Theologie und Philosophie, 42, 1967.
Ries, J., Kirche und Keuschheit. Die geschiechtiiche Reinheit und die Verdienste der Kirche um dieselbe, 1922.
Rimoldi, A., Gervasio e Protasio, en: Bibliotheca Sanctorum 6, Roma, 1965.
Ringgren, H., Israelitische Religión, 1963.
Ringgren, H./Strom, A., Die Religionen der Vólker. Grundri? der allgemeinen Religionsgeschichte, 1959.
Rippel, G., Die Schonheit der Katholischen Kirche, dargestellt in ihren áuperen Gebrauchen in und auper dem Gottesdienste für das Christenvolk, 1911.
Rist, M., Pseudepigraphic Refutations of Marcionism, en: JR Chicago 22, 1942.
Rist, J. M., Hypatia, en: Phoenix. The Journal of the Classical Association of Canadá, vol. XIX, 1965.
Ritter, A., Arianismus, en: Theologische Realenzykiopádie III, 1978. Ritter, A. M., Wer ist die Kirche? 1968.
Ritter, A. M., Charisma im Verstándnis des Johannes Chrysostomos und seiner Zeit. Ein Beitrag zur Erforschung der griechisch-orientalischen Ekkíesiologie in der Frühzeit derReichskirche, 1972.
Ritzer, K., Eheschiiepung. Formen, Riten und religióses Brauchtum der Eheschiiepung in den christlichen des ersten Jahrtausends, 1, 1951; II, 1952.
Roby, H. J., Román Law, en: Gwatkin/Whitney, The Cambridge Medieval History II, 1976.
Rolffs, E., Das Indulgenz-Edict des rómischen Bischofs Kallist. Kritisch untersucht und reconstruiert, 1893.
Ronner, W., Die Kirche und der Keuschheitswahn. Christentum und Sexualität, 1971. Rossetti, L., De opificio dei di Lattanzio, en: Didaskaleion nuova serie 6, 1928.
Rost, H., Die Fróhlichkeit in der katholischen Kirche. Eine Philosophie des Glückes, 1946.
Rost, H., Die katholische Kirche, die Führerin der Menschheit. Eme Kultursoziologie, 1949.
Roethe, G., Zur Geschichte der rómischen Synoden im 3. und 4. Jahrhundert, s/f.
Rothenhofer, D., Untersuchungen zur Skiaverei in den ostgermanischen Nachfolgestaaten des Rómischen Reiches, 1967.
Rubín, B., Das Zeitalter Justinians 1, 1960. Rudioff, L. v., Kleine Laiendogmatik, 9ª ed., 1938.
Rudolph, K., Die Gnosis. Wesen und Geschichte einer spáteren Religión, 1977. Rüger, L., Geborgenheit in der katholischen Kirche. Katholisches Familienbuch, 1951.

Ruppin, A., The Jewish population of the worid, en: The Jewish people, past and present, 1946.

Rüsen, J., Werturteilsstreit und Erkenntnisfortschritt. Skizzen zur Typologie des Objektivitátsproblems in der Geschichtswissenschaft, en: id. (Ed.), Historische Objektivität. Aufsátze zur Geschichtstheorie, 1975.

Rutte, H., Kari Popper und die Geschichte.

Salin, E. (Ed.), Bilder und Studien aus drei Jahrtausenden. Eberhard Gothein zum siebzigsten Geburtstag, 1923.

Sasel, J., Antiqui Barbari. Zur Besiediungsgeschichte Ostnoricums und Pannoniens im 5. und 6. Jahrhundert nach den Schriftquellen, en: J. W. Werner/E. Ewig (Ed.), Von der Spátantike zum frühen Mittelalter. Aktuelle Probleme in historischer und archáologischerSicht, 1979.

Saunders, J. J., The Debate on the Fall of Rome, en: History. The Journal of the Historical Association, vol. 48, 1963.

Saurer, E., Kirchengeschichte ais historische Disziplin? en: F. Engel-Janosi/G. Klingenstein/H. Lutz (Ed.), Denken über Geschichte, 1974.

Scipioni, L., Nestorio e il Concilio di Efeso. Storia, dogma, critica, 1974.

Seeberg, R., Lehrbuch der Dogmengeschichte II, Die Dogmenbildung in der antiken Kirche, 1959.

Seeck, O., Untersuchungen zur Geschichte des Nicánischen Konzils, ZKG 17, 1897.

Seeck, O-, Geschichte des Untergangs der antiken Weit, I, 1895; III, 1909; IV, 1911; V, 1913; VI, 1920.

Seeck, 0., Urkundenfáischungen im 4. Jahrhundert, en: ZKG, cuadernos 2 y 4, 1909.

Seeck, O./Veith, G., Die Schiacht am Frigidus, Klio 13, 1913.

Seeck, O., Regesten der Kaiser und Pápste für die Jahre 311- 476 n. Chr., 1919. Seel, O., Die Verbannung des Athanasius durch Julián, en: Klio 32, 1939.

Seidimayer, M., Geschichte Itahens. Vom Zusammenbruch des Rómischen Reiches bis zum Ersten Weltkrieg, con un epílogo «Italien vom ersten zum zweiten Weltkrieg», por T. Schieder l962.

Seiferth, W., Synagoge und Kirche im Mittelalter, 1964.

Seiterich, Th. (Ed.), Briefe an den Papst. Beten aüein genügt nicnt. Ein Publik-Forum-Buch, 1987.

Selb, W., Episcopalis audientia von der Zeit Konstantins d. Gr. bis zur Novelle 35 Valentinians III, ZSavRGrom. 84, 1967.

Sellers, R. V., The Council of Chalcedon. A Historical and Doctrinal Survey, 1953.

Seppeit, F. X., Der Aufstieg des Papsttums, 2ª ed., 1954.

Seppeit, F. X./Lóffler, K., Papstgeschichte. Von den Anfangen bis zur Gegenwart. Nueva ed. ampliada, 1940.

Seppeit, F. X./Schwaiger, G., Die Geschichte der Pápste. Von den Anfangen bis zur Gegenwart, 1964.

Sesan, V., Kirche und Staat im rómisch-byzantinischen Reiche seit Konsantin dem Gropen und bis zum Falle Konstantinopels. I: Die Religionspolitik der christiich-rómis- chen Kaiser A. D. 313-80, 1911.

Setton, K. M., Christian attitude towards the emperor in the fourth century especially as shown in the adresses to the emperor, 1941.

Sevenster, J. N., The Roots of Pagan Anti-Semitism in the Ancient Worid, 1975. Seyberlich, R.-M., Die Judenpolitik Kaiser Justinians I, en: Deutsche Historiker-Gesellschaft, Byzantinische Beiträge, Berlín, 1964.

Seyfarth, W., Ehen zwischen freien Frauen und Skiaven, en: Byzanti, Beitr., J. Irmscher 1964.

Seyfarth, W., Glaube und Abergiaube bei Ammianus Marcellinus, en: Klio, vol. 46, 1965.

Sheridan, J. J., The Alter of Victory, en: Ant. Class. 35, 1966.

Sickenberger, J., Syneisaktentum im ersten Korintherbriefe? en: Biblische Zeitfraeen 3 Jg., 1905.

Sieben, H. J., Die Konzilsidee der Alten Kirche, 1979.

Siemers, C., Geschichte der christlichen Kirche für katholische Gymnasien. Zweite vermehrte und verbesserte Auflage, ed. A. Hóischer, 1852.

Silva-Tarouca, C., Nuovi studi sulle antiche lettere dei papi, en: Gregorianum 12, 1931.

Smallwood, E. M., The Jews under Román Rule: From Pompey to Diocletian, 1976.

Soden, H. v., Christentum und Kultur in der geschichtiichen Entwickiung ihrer Beziehungen, 1933.

Soden, H. v., Die christiiche Mission in Altertum und Gegenwart, en: H. Frohnes/U. W. Knorr, Die alte Kirche, 1974.

Soden, H. v./Campenhausen, H. v. (Ed.), Urkunden zur Entstehungsgeschichte des Donatismus, 2ªed., 1950.

Sóder, R., Die apokryphen Apostelgeschichte und die romanhafte Literatur der Antike, 1932.

Soggin, J. A., Charisma und Institution im Kónigtum Sauís, en: ZAW 75, 1963. Soldan-Heppe, W. G., Geschichte der Hexenprozesse. Revisada y publicada por Max Bauer, 2vols., 1911.

Soelle, D./Munser, K., Das Evangelium ais Inspiration, Impulse zu einer christlichen Praxis, 1971.

Sommerland, Th., Die wirtschaftiiche Tatigkeit der Kirche in Deutschland, vol. 1, 1900; vol. II, 1905.

Specht, Th., Lehrbuch der Apologetik oder Fundamentaltheologie, 2ª ed., de G. L. Bauer.1924.

Speigí, J., Das Religionsgesprách mit den severianischen Bischófen in Konstantinopel im Jahre 532, en: Annuarium Historiae Conciliorum 16, 1984.

Spengler, O., Der Untergang des Abendiandes. Umrisse einer Morphologie der Weltgeschichte, 1959.

Speyer, W., Die literarische Fálschung im heidnischen und christlichen Altertum. Ein Versuch ihrer Deutung, 1971.

Speyer, W. Fálschung, literarische, RAC VII, 1969. Speyer, W. Büchervernichtung, en: JbAC 13, 1970.

Speyer, W. Religióse Pseudepigraphie und literarische Fálschung im Altertum, en: Brox, N. (Ed.), Pseudepigraphie in der heidnischen und jüdisch-christlichen Antike, 1977. Speyer, W. Gottesfeind, en: RAC XI, 1981.

Speyer, W. Zum Bild des Apollonios von Tyana bei Heiden und Christen, JbAC 19, 1974.

Spotts, F., Kirche und Politik in Deutschland, 1976.

Surkau, H. W., Martyrium in jüdischer und frühchristiicher Zeit, 1938.
Süssenbach, U., Christuskult und kaiserliche Baupolitik bei Konstantin. Die Anfange der christlichen Verknüpfung kaiseriicher Reprasentation am Beispiel der Kirchenstiftungen Konstantins, 1977.
Szilágyi, J., Pnces and Wages in the Western Provinces of the Román Empire, en: Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae, 1963.
Schaeder, H. H., Bardesanes von Edessa in der berliefenmg der griechischen und syrischen Kirche, en: ZKG 51, 1932.
Schäfer, E., Das Petrusgrab und die neuen Grabungen unter St. Peter in Rom, EvTh, cuaderno 10, 1951.
Schafer, E., Die Bedeutung der Epigramme des Papstes Damasus I für die Geschichte der Heiligenverehrung, 1932.
Scháferdiek, K., Germanenmission, RACX, 1978.
Scháferdiek, K., Wulfíla. Vom Bischof von Gotien zum Gotenbischof, en: ZKG 90, 1979.
Scháferdiek, K., Zur Verfasserschaft und Situation der epistula ad Constantiam de imagine Christi, en: ZKG 91.1980.
Schaff, A., Geschichte und Wahrheit, 1970.
Schaff, A., Der Streit um die Objektivitat der historischen Erkenntnis, 1975.
Schalit, A., Konig Herodes, 1969.
Schamoni, W., Das wahre Gesicht der Heiligen, 3ª ed., 1950. Schatkin, M., The Maccabean Martyrs, en: VigChr., 28, 1974.
Scheidweiler, F., Eine arianische Predigt über den Teufel, en: Zeitschrift für Kirchengeschichte, 67 vols., 1955/56.
Scheidweiler, F., Nochmals die Vita Constantini, ByZ 44, 1956.
Scheidweiler, F., Die Verdoppelung der Synode von Tyros vom Jahre 355, en: BZ, 51, vol.1, 1958.
Schenke, H.-M., Die Gnosis, en: J. Leipoldt/W. Grundmann, Umweit des Urchristnmtumsl, 1966.
Scherer, J., Warum liebe ich meine Kirche? Ein Weckruf für Jugend und Volk, 1910.
Schieder, Th., Unterschiede zwischen historischer und sozialwissenschaftiicher Methode, en: Schieder, Th./Gráubig, G. (Ed.), Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft, 1977.
Schieder, Th./Gráubig, G., Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft, 1977.
Schieffer, R., Der Papst ais Pontifex Maximus. Bemerkungen zur Geschichte eines pápstlichen Ehrentiteis, en: ZSavRGkan, 1971.
Schieffer, R., Von Mailand nach Canossa. Ein Beitrag zur Geschichte der christlichen Herrscherbupe von Theodosius d. Gr. bis zu Heinrich IV, en: DAM, 1972.
Schilling, O., Die Staats- und Soziallehre des hl. Augustinus, 1910.
Schindier, R., Die Besiediungsgeschichte der Goten und Gepiden im unieren Weichselraum aufgrund der Tongefápe, 1940.
Schiwietz, S., Das morgenlándische Mónchtum, 1, 1904.
Schiier, H., Gnosis, en: Handbuch theologischer Grundbegriffe, II, 1970.
Schiingensiepen, H., Die Wunder des Neuen Testaments, Wege und Abwege ihrer Deutung bis zur Mitte des 5. Jahrhunderts, 1933.
Schmailzl, A., Auf den Spuren des Athanasius, en: W. Gessel/P. Stockmeier, Bavaria Christiana. Zur Frühgeschichte des Christentums in Bayern.Festschrift

Adolf Wilhehn Ziegler, 1973.
Schmid, H., Die christíich-jüdische Auseinandersetzung und das Alte Testament in hermeneutischerSicht, 1971.
Schmidt, K.-D., Die Bekehrung der Ostgermanen zum Christentum (Der ostgermanische Arianismus), 1939.
Schmidt, K. L., Die Kirche des Urchristentums, en: Festgabe für Adolf DeiRmann zum 60. Geburtstag, 1927.
Schmidt, L. Das neue Testament der Lutherbibel in der Fassung von 1975, en: ZThK 77, 1980.
Schmidt, L., Geschichte der Wandalen, 2ª ed., revisada, 1942.
Schmidt, L., Geschichte der deutschen Stámme bis zum Ausgang der Vólkerwanderung. Die Westgermanen, lª parte, 2ª ed., 1938.
Schmidt, L., Geschichte der deutschen Stámme bis zum Ausgang der Vólkerwanderung. Die Ostgermanen, 2ª ed., 1934.
Schmidt, L., The Sueves, Alans and Vandals in Spain, 409- 429. The Vandal Dominión in África 429-533, en: Gwatkin/Whitney, The Cambridge Medieval History 1, 1975. Schmidt, L., Aphorismen von A-Z, Das grope Handbuch geflügelter Defínitionen, 1971. Schmitt, G., Der Ursprung des Levitentums, en: ZAW, 94 vols., 1982.
Schmitz, A. L., Die Weit der ágyptischen Einsiedler und Mónche, en: Rom. Quart. 37, 1929.
Schmitz, H., Die Zeit der Rómerherrschaft am Rhein, en: Bohner, K. (Ed.), Das ersteJahrtausend, vol. 1, 1962.
Schmitz, H. J., Die Bupbücher und die Bu(3disciplin der Kirche. Nach den handschriftiichen Quellen dargestellt, 1883.
Schmitz, H. J., Die Bupbücher und das kanonische Bupverfahren. Nach handschriftíichen Quellen dargestellt, 1898.
Schnackenburg, R-, Der frühe Gnostizismus, en: H. J. Schuitz (Ed.), Kontexte 3, Die Zeit Jesu, 1966.
Schnackenburg, R., Die Stellung des Petrus zu den anderen Apostein, en: A. Brandenburg/H. J. Urban (Ed.), Petrus und Papst. Evangelium Einheit der Kirche Papstdienst. Beitráge und Notizen, 1977.
Schneege, G., Theoderich der GroRe in der kirchiichen Tradition des Mittelalters und in der Deutschen Heldensage, en: DZGw, vol. 1, 1894.
Schneemelcher, W., Zur Chronologie des arianischen Streites, ThLZ 79, 1954.
Schneelmelcher, W., Gesammelte Aufsátze zum Neuen Testament und zur Patristik, ed. W. Bienert/K. Scháferdiek, 1974.
Schneider, A. M., Die vorjustinianishce Sophienkirche, BZ 36, 1936.
Schneider, C., Die Christen im rómischen Weltreich, en: Historia Mundi IV, 1956.
Schneider, C., Die Unterschiede zwischen dem frühen Christentum im Oslen und Westen des antiken Raumes, en: Gymnasium, Zeitschrift für Kultur der Antike und humanistischeBildung, 63, 1956.
Schneider, C., Das Frühchristentum ais antisemistische Bewegung, 1940. Schneider, C., Geistesgeschichte des antiken Christentums I und II, 1954. Schneider, C., Geistesgeschichte der christlichen Antike, 1978.
Schneider, K.-P., Christiiches Liebesgebot und weitliche Ordnungen. Historische

Untersuchungen zu Ambrosius von Mailand, 1975.
Schnitzer, J., Hat Jesús das Papsttum gestiftet, 1910. Schnitzer, J., Orosio e Pelagio, en: Religio 8, 1937.
Schnürer, G., Kirche und Kultur im Mittelalter, 3 vols., 2ª ed., 1927/29.
Scholz, H., Glaube und Unglaube in der Weltgeschichte. Ein Kommentar zu Augustins DecivitateDei, 1911.
Schondorf, K. A., Die Geschichtstheologie des Orosius, 1952.
Schoenebeck, H. v., Beiträge zur Religionspolitik des Maxentius und Constantin, en: Klio, 30, Beiheft, 1939.
Schonfeld, W., Die juristísche Methode im Kirchenrecht, Archiv für Rechts- und Wirtschaftsphilosophie 18, 1924/25.
Schónfeid, M., Worterbuch der altgermanischen Personen- undVólkernamen, 2ª ed., 1965. Schónmetzer, A., Zeittafel zur Geschichte des Konzils von Chaikedon, en: GriUmeier/ Bacht, Das Konzil von Chaikedon, II, 1953.
Schoenenberg, P., Theologie der Sünde. Ein theologischer Versuch, 1966. Schopen, E., Geschichte des Judentums im Orient, 1960.
Schopen, E., Geschichte des Judentums im Abendiand, 1961. Schopenhauer, A., SárntlicheWerke, ed. M. Kóhier, s/f.
Schopf, B., Das Tótungsrecht bei den frühchristíichen Schriftstellern bis zur Zeit Konstantins, 1958.
Schoeps, H. J., Aus frühchristiicher Zeit. Religionsgeschichtíiche Untersuchungen, 1950. Schoeps, H. J., Paulus, 1959.
Schottiaender, R., Augustins moraltheologische Katastrophendeutung ais Geschichtsfaktor, klio, 1978.
Schreiber, H., Die Hunnen. Attila probt den Weltuntergang. Neuauflage, 1987.
Schreiner, J. (Ed.), Die Kirche im Wandel der Geselischaft, 1970.
Schreiner, K., Zum Wahrheitsverstándnis im Heiligen- und Reliquienwesen des Mittelalters, 1966.
Schrempf, Paulus, der Apostel Jesu Christi, Ges. Werke 9, 1934.
Schróder, H. E., Ludwig Klages, 1872-1956, en: K. Deschner, Das Christentum im Urteil seiner Gegner, II, 1971.
Schubart, W., Justinian und Theodora, 1943.
Schubert, H. v., Geschichte der christlichen Kirche im Frühmittelalter, 1, 1917; II, 1921.
Schubert, H. v., Bildung und Erziehung in frühchristiicher Zeit, en: Salin, E. (Ed.), Bilder und Studien aus drei Jahrtausenden. Eberhard Gothein zum siebzigsten Geburtstag, 1923.
Schuchert, A., Kirchengeschichte, 1958.
Schuck, J., Geschichte der Kirche Christi dem katholischen Wolk erzahit, vols I y II, 1949.
Schuitz, H. J. (Ed.), Theologie für Nichttheologen, ABC protestantíschen Denkens, 1963ss.
Schuitz, J. H. (Ed.), Kontexte 3, Die Zeit Jesu, 1966. Schuitz, W., Tertullian, 1961.
Schuitze, V., Geschichte des Untergangs des griechisch- rómischen Heidentums. I. Staat und Kirche im Kampfe mit dem Heidentum, 1887.
Schuitze, B., Die Papstakklamationen auf dem 4. und 6. ókumenischen Konzil und Vladimir Soloviev, OfChrP 41, 1975

Schwaiger, G., Geschichte der Papste im 20. Jahrhundert, 1968.
Schwaiger, G., Papstiicher Primat und Autoritat der Allgemeinen Konzitien im Spiegel der Geschichte, 1977.
Schwartz, E., Cyrill und der Monch Viktor, en: SpAW, Wien, Phil.-hist kl., 208. Tomo 4°. Abhandiung, 1928.
Schwartz, E., Charakterkópfe aus der Antike, 2ª ed., 1943.
Schwartz, E., Codex Vaticanus gr. 1431, eine antichaikedonische Sammiung aus der Zeit Kaiser Zenos en: Abhandiungen der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Philos.-philolog. und histor. Klasse, 1927.
Schwartz, E., Publizistische Sammiung zum acacianischen Schisma, Abhandiungen der ABhMn, Philosoph.-historsiche Abteilung. Neue Folge, cuaderno 10, 1934.
Schwartz, E., Der sechste nikanische Kanon auf der Synode von Chaikedon, Sitzungsberichte der preupischen Akademie der Wissenschaften, Phil.-hist. Kl., 1930.
Schwartz, E., Kaiser Constantín und die christhche Kirche, 2ª ed., 1936. Schwartz, E., Zur Kirchenpolitik Justinians, 1940.
Schwartz, E., Zur Geschichte des Athanasius. Gesammelte Schriften, 1959. Schwartz, E., Johannes und Kerinthos, en: Gesammelte Schriften, V, 1963.
Schwartz, E., Goten, Nordgermanen, Angelsachsen. Studien zur Ausgliederung der germanischenSprachen, 1951.
Schweinitz, H. v., Buddhismus und Christentum, 1955. Schweitzer, A., Die Mystik des Apostéis Paulus, 1930. Stadtmüller, G., Geschichte Südosteuropas, 1950.
Stallknecht, B., Untersuchungen zur rómischen Aupenpolitik in der Spatantike (306-395 n. Chr.), 1967.
Stamer, L., Kirchengeschichte der Pfalz, 1936.
Stauffenberg, A., Graf Schenk v., Das Imperium und die Vólkerwanderung, s/f. aprox. 1947.
Stauffer, E., Jerusalem und Rom, 1957. Stead, Chr., Divine Substance, 1977.
Steeger, Th., Allgemeine Einleitung (zu Papst Leo I), Bibliothek der Kirchenvater, 1927.
Stegmüller, W., Glauben, Wissen und Erkennen. Das Universalienproblem einst und jetzt. Sonderausgabe, 1967.
Stegmüller, W., Metaphysik, Skepsis, Wissenschaft, 2ª ed. mejorada, 1969.
Stein, E., Justinian, Johannes der Kappadozier und das Ende des Konsulats. ByZ 30, 1930.
Stein, E., Geschichte des spátrümischen Reiches.
Stein, E., Vom rómischen zum byzantinischen Staate (284-476 n. Chr.), 1928.
Steinmann, J., Hieronymus. Ausleger der Bibel. Weg und Werk eines Kirchenvaters, 1961.
Steinwenter, A., Eine kirchiiche Quelle des nachkiassischen Zivilprozesses, en: Acta congressusjuridici internationalis, 2, 1935.
Steinwenter, A., Der antike kirchiiche Rechtsgang und seine Quellen, ZSavRGkan, 23, 1934.
Steinwenter, A., Audientia episcopalis, RAC 1, 1950.
Stemberger, G./Prager, M. (Ed.), Bibel in Wort und Bild. Altes und Neues Testament in neuer bersetzung. Die Bibel und das Christentum. Kirchengeschichtiiche Quellentexte. Die Bibel und die Religionen. Religionsgeschichtiiche

Quellentexte, vol. 8, 1981.
Sternberg, G., Das Christentum des limiten Jahrhunderts im Spiegel der Schriften des Salvianus von Massilis, en: Theolog. Schriften und Kritiken, 82. Jg., 1909.
Stevens, C. E., Marcus, Gratian, Constantine, Athenáum 24, 1957.
Stockmeier, P., Leo I des GroRen Beurteilugn der kaiserlichen Religionspolitik, 1959.
Stockmeier, P., Das Petrusamt in der frühen Kirche, en: Denzier, Christ u. a-, Zum Thema Petrusamt und Papsttum, 1970.
Stockmeier, P., Romische Kirche und Petrusamt im Licht frühchristiicher Zeugnisse, en: Archiv. Hist. Pont. 14, 1976.
Stockmeier, P., Das Schisma - Spaltung und Einheit in der Kirchengeschichte, en: P. Stockmeier (Ed.), Konflikt in der Kirche. Droht eine Kirchenspaltung? 1977.
Stockmeier, P., Bemerkungen zur Christianisierung der Goten im 4. Jahrhundert, ZKG, 92, 1981.
Stockmeier, P., Johannes Chrysostomus, en: M. Greschat (Ed.), Alte Kirche II, 1984. Stoll, O., Das Geschiechtsleben in der Vólkerpsychologie, 1908.
Stórig, H. J., Kleine Weltgeschichte der Philosophie 1, 1969.
Stóver, H. D., Christenverfolgung im Rómischen Reich. Ihre Hintergründe unid F&lgen, 1984.
Stratmann, F. M., Die Heiligen und der Staat, 4 vols., 1949-1952.
Straub, J., Eugenius, RAC VI, 1966.
Straub, J., Regeneratio Imperii. Aufsátze über Roms Kaisertum und Reich im Spiegel der heidnischen und christlichen Publizistik, 1972.
Straub, J., Vom Herrscherideal in der Spatantike, 1939.
Straub, J., Des christlichen Kaisers secunda maiestas (Tertullian und die Konstantinische Wende), ZKG 90.1979, cuadernos 2-3.
Stroheker, K. F., Der senatorische Adel im Spatantike Gallien, 1948.
Strzelczyk, J., Einige Bemerkungen zur Diskussion über die Frühgeschichte der Goten, en: K.-D., Grothusen/K. Zernak, Europa Slavica - Europa Orientalis, Festschrift für Herbert Ludat zum 70. Geburtstag, 1980.
Stuiber, A., Konstantinische und christiiche Beurteilung der Skiaventotung, en: JbAC 21, 1978.

Taddey, G. (Ed.), Lexikon der Deutschen Geschichte. Personen - Ereignisse - Institutíonen. Von der Zeitwende tós zum Ausgang des 2. Weltkrieges, 1979.
Teall, J. L., The Barbarians in Justinian's Armies, en: Speculum, 1965. Telfer, W. Sozomen 115. A Reply, JThS 50, 1949.,
Telfer, W. When did the Arian Controversy begin? JThS 47, 1946.
Telfer, W. Paúl of Constantinople, en: Harvard Theological Review, 43, 1950 Telfer, W. Episcopal succession in Egypt, JEH 3, 1952.
Telfer, W. Meletius of Lycopolis and episcopal succession in Egypt, HThR 48, 1955. Tengstrom, E., Die Protokollierung des «Collatio Carthaginensis», en: Studia Graeca et Latina Gothoburgensia, 14, 1962.
Tengstróm, E., Donatisten und Katholiken. Soziale, wirtschaftiiche und politische Aspekte einer nordafrikanischen Kirchenspaltung, 1964.
Tetz, M., Zur Biographie des Athanasius von Alexandrien, en: ZKG, 90 vols., 1979.

Theiner, J. A., und Theiner, A., Die Einführung der erzwungenen Ehelosigkeit bei den christlichen Geistiichen und ihren Folgen. Ein Beitrag zur Kirchengeschichte, 1892.

Thiep, F., Das Reich der Damonen, 1941. Thomas, H., Der spanische Bürgerkrieg, 1962.

Thomas, M., Das psychische Eriebnis im Werk von Augustinus, en: Wissenschaft und Weisheit, Zeitschriit für augustinisch-franziskanische Theologie und Philosophie in der Gegenwart, 35, 1972.

Thompson, E. A., The Settiement of the Barbarians in Southern Gaul, en: The Journal of R. Stud, vol., 46, 1956.

Thompson, E. A., The Conversión of the Visigoths to Catholicism, Nottingham Mediaeval Studies4, 1960.

Thompson, E. A. Christianity and the Northern Barbarians, en: Momigliano (Ed.), The Conflict, 1964.

Thompson, E. A., Zosimus on the End of Román Britain, Antiquity 30, 1956. Thompson, E. A., A History of Attila and the Huns, 1948.

Thompson, E. A., The Visigoths from Fritigern to Euric, Historia 12, 1963.

Thompson, E. A., The Visigoths in the Time of Ulfíla, 1966.

Thompson, E. A., The Historical Work of Ammianus Marcellinus, 1947.

Thorndike, L., A history of magic and experimental science, 1923.

Thraede, K., Das antike Rom in Augustins De civitate Dei. Recht und Grenzen eines verzerrten Themas, en: JbAC 20, 1977.

Thür, G./Pieler, P. E., Gerichtsbarkeit, RAC X, 1978.

Tinnefeid, F., Synesios von Kyrene: Philosophie der Freude und Leidensbewáltigung. Zur Problematik einer spátantiken Personlichkeit, en: C. Gnilka/W. Schetta (Ed.), Studien zur Literatur der Spatantike, 1975.

Tinnefeid, F., Die frühbyzantinische Gesellsehaft. Struktur - Gegensatze - Spannungen, 1977.

Titius, A., Unser Krieg. Ethische Betrachtungen, 1915.

Tüdt, H. E., Theologie und Vólkerrecht. Eine Prüfung gemeinsamer historischer und gegenwártiger Probleme angesichts der Mitverantwortung für den Weltfrieden, en: Picht/Eisenbart, Frieden und Vüikerrecht, 1973.

Tondi, A., Die Jesuiten. Bekenntnisse und Erinnerungen, 1961.

Toynbee, A. J., Das Christentum und die Religionen der Weit, 1959.

Toynbee, A. J., Der Gang der Weltgeschichte 1, 1970.

Treitinger, O., Die ostrómische Kaiser- und Reichsidee nach ihrer Gestaltung un hófischen Zeremoniell, 1938.

Treitschke, H. v., Deutsche Geschichte im Neunzehnten Jahrhundert (5 vols., 1879.1894).

Treitschke, H. v., Historische und politische Aufsatze, vol. 2, 6ª ed., 1903. Troeltsch, E., Die Soziallehren der christhchen Kirchen und Gruppen, 1, 1912. Tscherikover, V., Hellenistic Civilization and the Jews, 2ª ed., 1961.

Tücnle, H., Kirchengeschichte Schwabens, vol. 1: Die Kirche Gottes im Lebensraum desschwabisch-alamanischen Stammes, 2ª ed. aprox., 1955.

Tullius, F., Die Quellen des Arnobius im 4., 5. und 6. Buch seiner Schriit «Adversus nationes», 1934.

Tusculum Lexikon der griechischen und lateinischen Literatur vom Altertum bis zur

Neuzeit, 1948.Ueding, L., Die Kanones von Chaikedon in ihrer Bedeutung für Mónchtum und Klarus, en: Grillmeier/Bacht, II, 1953.

Uhiemann, F. G., Ephráms des Syrers Ansichten von dem Paradiese und der Fall des ersten Menschen, en: ZHT, 1, 1812

Ulbrich, H., Augustinus Briefe zur entscheidenden Phase des Pelagianischen Streites (Von den Verhandiungen in Jerusalem und Diospolis im Jahre 415 bis zur Verdammung des Pelagius in Jahre 418), en: Revue des études augustiniennes 9, 1963.

Ullmann, W., Die Machtstellung des Papsttums in Mittelalter. Idee und Geschichte, 1960.

Ullmann, W., Leo I and the Theme of Papal Primacy, JThS, 1960.

Ullmann, W., Gelasius I (492-496). Das Papsttum an der Wende der Spatantike zum Mittelalter, 1981.

Vasiliev, A. A., Justin the First. An Introduction to the Epoch of Justínian the Great, 1950.

Vaux, R. de, Tempel, en: LThK, 2ª ed., IX, 1964.

Vernadsky, G., Das frühe Slawentum. Das Ostslawentum bis zum Mongolensturm, en: Valjavec, F. (Ed.), Frühes Mittelalter, 1956.

Vierhaus, R., Rankes Begriff der historischen Objektivität, en: R. Koselleck/W. J. Monunsen/ J. Rüsen (Ed.), Objektivität und Parteilichkeit in er Geschichtswissenschaft, 1977.

Vittinghoff, F., Ensebios ais Verfasser der Vita Constantini, RhMus 96, 1953.

Vogelstein, M., Kaiseridee-Romidee und das Verháltnis von Staat und Kirche seit Constantín, 1930.

Vogt, H.-J., Cyrill von Alexandrien, en: M. Greschat (Ed.), Alte Kirche II, 1984.

Vogt, J., Kaiser Julián und das Judentum, 1939.

Vogt, J., Zur Frage des christlichen Einflusses auf die Gesetzgebung Konstantins des Grossen, en: Festschrift für Leopoíd Wenger, II, 1945.

Vogt, J., Synesios gegen Andronikos: der philosophische Bischofin der Krisis, en: FIeckenstein/Schmid, Adel und Kirche, 1968.

Vogt, J., Constantin der Grojie und sein Jahrhundert, 1949.

Vogt, J., Die Vita Constantini des Eusebius über den Konflikt zwischen Konstantin und Licinius, en: Historia 2, 1954.

Vogt, J., Der Niedergang Roms. Metamorphose der antiken Kultur, 1965.

Vogt, J., Pagans and Christians in the Family of Constantine the Great, en: Momigliano (Ed.), The Conflict, 1964.

Vogt, J., Constantinus der GroRe, RAC III, 1957.

Vogt, J., Die kaiserliche Politik und die christiiche Mission mi 4. und 5. Jahrhundert, en: Frohnes/Knorr (Ed.), Die alte Kirche, 1974.

Voigt, K., Staat und Kirche Konstantin dem GroRen bis zum Ende der Karolingerzeit, 1936, reimpr. 1965.

Volk, L., Hitlers Kirchenminister. Zum Versuch einer Gesamtdarstellung des Reich. Eine Aufsatzsammiung zum Verháltnis von Papsttum, Episkopat und deutschen Katholiken zum Nationalsozialismus 1933-1945, 1976.

Volk, L., Zwischen Geschichtsschreibung und Hochhuthprosa. Kritisches und Grundsátzüches zu einer Neuerscheinung über Kirche and Nationalsozialismus, en: D. Albrecht (Ed.), Kath. Kirche im Dritten Reich. Eine Aufsatzsammiung zur Verháltnis von Papsttum, Episkopat und deutschen Katholiken zum Nationalsozialismus 1933- 1945, 1976.

Volk, L., Die Kirche in den deutschsprachigen Lándern (Deutschland, sterreich, Schweiz), en: Handbuch der Kirchengeschichte VII, Die Weltkirche im 20. Jahrhundert. 1979.

Voelkl, L., Der Kaiser Konstantin, Annalen einer Zeitenwende, 1957.

Voelkl, L., Die konstantinischen Kirchenbauten nach Eusebius, en: Rivista di Archeologiedella Libia 29, 1953.

Vollmann, B., Studien zum Priszillianismus. Die Forschung, die Quellen, der fünfzehnt Brief Papst Leo des Gropen, 1965.

Volz, P., Das Dámonische in Yahwe, 1924.

Vóóbus, A., History of Ascetism in the Syrian Orient. A contribution of the history of culture in the Near East. I, The origin of ascetism. Early monasticism in Persia, 1958.

Vóóbus, A., Entdeckung eine-Tünbekannten Biographie des Athanasius v. Alexandrien. Eine angeblich von Amphilochius von Ikonium verfapte Vita, en: ByZ, 71, 1978.

Voss, B. R., Berührungen von Hagiographie und Historiographie in der Spatantike, en: FS, 1970.

Vries, W. de, Der «Nestorianismus» Theodors von Mopsuestia in seiner Sakramentenlehre, OrChrP7, 1941.

Vries, W. de, Die syrisch-nestorianische Haltung zu Chaikedon, en: Grillmeier/Bacht, Das Konzil von Chaikedon 1, 1951.

Vries, W. de, Die Kollegialität auf Synoden des I. Jahrtausends.

Vries, W. de., Das Petrusamt in ersten Jahrtausend, en: K. Lehmann (Ed.), Das Petrusamt.., 1982.

Vries, W. de, Die Obsorge des hl. Basilius um die Einheit der Kirche im Streit mit Papst Damasus, en: A. Rauch/P. Imhof (Ed-), Basilius, Heiliger der Einen Kirche, 1981.

Vries, W. de, unter Mitarbeit von O. Bárlea, J. Gilí, M. Lacko, Rom und die Patriarchate des Ostens, 1963.

Waas, M., Germanenimrómischen Dienst (im4.Jh. n. Cb.), 2ªed., 1971.

Wagner, F., Zweieriei MaR der Geschichtsschreibung - eine of fene Frage, en: Saeculum X, 1959.

Wagner, N., Getica, 1967.

Waídstein, W., Geipelung, RAC IX, 1976.

Wallace-Hadril, D. S., Eusebius von Caesarea, en: Theolog. Realenz., X, 1982.

Walter, J. v., Die áupere Geschichte der Christianisierung der Germanen, en: W. Künneth/H. Schreiner (Ed.), Die Nation vor Gott. Zur Botschaft der Kirche im Dritten Reich, 4ª ed. corregida, 1934.

Walterscheid, J., Heilige Deutsche Heimat. Das deutsche Kirchenjahr mit seinen Festen, Seinem Volksbrauch, den Volksheiligen, religióser Literatur und religióser

Kunst, 1, 1936.
Wampach, C., Das Apostolat des hl. Willibrord in den Vorlanden der eigentlichen Frisia. Aktuelle Fragen um dessen raumiiche Bestimmung, en: Annales des historischen Vereins fúr den Niederrhein, 1954.
Warmington, B. H-, The.North African Provinces from Diocletian to the Vandal Conquest, 1954.
Weber, M., Grundrifi der Sozialokonomik, III, vols. I y 2, 3ª ed., 1947.
Weber, M., Die «Objektivität» sozialwissenschaftiicher und sozialpolitischer Erkenntnis, en: Gesammelte Aufsatze zur Wissenschaftslehre, 3ª ed., 1968.
Weber, M., Gesammelte Aufsatze zur Wissenschaftslehre, 3ª ed., 1968.
Weber, W., Die Vereinheitlichung der religiósen Welt. Probleme der Spatantike, 1930.
Weckwerth, Das aitchristiiche und das frühmittelalterliche Kirchengebáude, ZKG, LXIX.1958.
Weibull, C., Die Auswanderung der Goten aus Schweden, 1958.
Weigand, R., Die bedingte Eheschiiepung im kanonischen Recht. Eül Beitrag zur Geschichte der Kanonistik von Gratian bis Gregor IX, 1963.
Weigí, A. M., SOS aus dem Fegfeuer, 1970.
Weijenborg, R., Zum Text und zur Deutung von Ammianus, Rómische Geschichte 29, 3, 9, en: Klio, 1975.
Wein, M. (Ed.), Ich kam, sah und schrieb. Augenzeugenberichte aus fünf Jahrtausenden, 1964.
Weinberg, J. P., Demographische Notizen zur Geschichte der nachexilischen Gemeinde inJuda, en: Klio, 54, 1972.
Weinel, H., Die Stellung des Urchristentums zum Staat, 1908. Weinel, H., Biblische Theologie des Neuen Testaments, 4ª ed., 1928.
Weinreich, O., Antikes Gottmenschentum, en: Neue Jahrbücher für Wissenschaft und Jugendibildung, 1926.
Weinstock, S., DivusJulius, 1971.
Weijíengruber, F., Zu Augustins Definition des Staates, Rom. Hist. Mittíg. 22, 1980.
Weitzel, J., Begriff und Erscheinungsformen der Simonie bei Gratian und den Dekretisten, 1967.
Wellhausen, J., ber den geschichtiichen Wert des zweiten Makkabaerbuches im Verháltnis zum ersten, en: Nachrichten von der Konigl. Geselischaft der Wissenschaften zu Gottingen. Philol. hist. Klasse, 1905.
Welter, J., Schopenhauer, en: Deschner, K. (Ed.), Das Christentum im Urteil seiner Gegner, 1, 1969.
Wendiand, J., Handbuch für Sozialethik, 1916.
Wengst, K., Haresie und Orthodoxie im Spiegel des ersten Johannesbriefes, 1976.
Wenskus, R., Stammesbildung und Verfassung, 2ª ed., 1977.
Wermelinger, O., Rom und Pelagius. Die theologische Position der romischen Bischófe im pelagianischen Streit in den Jahren 411-432, 1975.
Werner, H., Barbarus, en: Neue Jahrbücher für das Klass. Altertum, Geschichte und deutscher Literatur, 21.1918.
Werner, J., Die Herkunft der Bajuwaren und der «óstiichmerowingische» Reihengraberkreis, en: Werner, J. (Ed.), Aus Bayerns Frühzeit, 1962.

Werner, J. (Ed.), Aus Bayerns Frühzeit, 1962.
Werner, J., Der Einflu? paulinischer Theologie im Markusevangelium. Eine Studie zur neutestamentlichen Theologie, 1923.
Werner, J. W./Ewig, E. (Ed.), Von der Spatantike zum frühen Mittelalter. Aktuelle Probleme in historischer und archaologischer Sicht, 1979.
Werner, M., Der protestantische Weg des Glaubens, 1, 1955.
Werner, M., Die Entstehung des christlichen Dogmas, problemgeschichtfich dargesteUt, 1941.
Wes, M. A., Das Ende des Kaisertums im Westen des romischen Reiches, 1967.
Wesendonk, G. v., Bardesanes und Mani, en: Acta Orientalia 10, 1932.
Weth, G., Die Heilsgeschichte, 1931.
Wetter, G. P., «Der Sohn Gottes». Eine Untersuchung über den Charakter und die Tendenz des Johannes-Evangeliums. Zugleich ein Beitrag zur Kenntnis der Heilandsgestalten der Antike, 1916.
Wetzer, H. J./WeIte, B. (Ed.), Kirchen-Lexikon oder Encykiopádie der katholischen Theologie und ihrer Hilfswissenschaften, 11 vols., 1847 ss.
Weyman, C., Vier Epigramme des hl. Papstes Damasus, 1905.
White, H., The Historical Text as Literary Artefart, en: R. H. Canary/H. Kozicki (Ed.), The Writing of History, Literary Form and Historical Understanding, 1978.
Wickert, U., Episkopalismus, en: Theologische Realenzykiopadie, vol. XI, 1983. Wickert, U., Cyprian, en: M. Greschat (Ed.), Alte Kirche, 1, 1984.
Wickham, L. R., Eutyches/Eutychianischer Streit, en: ThRe, X, 1982.
Widengren, G. W., Mani und der Manicháismus, 1961. Widmann, M., Geschichte der Alten Kirche im Unterricht, 1970.
Wikenhauser, A-, Die Apostelgeschichte und ihr Geschichtswerk, 1921.
Wikenhauser, W., Einleitung in das Neue Testament, 2ª ed., 1956.
Wildberger, H., Samuel und die Entstehung des israelitischen Kónigtums, en: ThZ, 13, 1957.
Wilheim, K., Mez, H. B., Rahner, K., Wolf, E. et. al., Die Antwort der Religionen, 1964.
Willebrands, J., Die Zukunft der ókumenischen Bewegung, en: Zehn Jahre Vatikanum II, 1976.
Williams, A. L., Adversus Judaeos. A bird's-eye view of christian Apologiae until the Renaissance, 1935.
Willis, G. G., Saint Augustine and the Donatíst Controversy, 1950.
Windelband, W., Lehrbuch der Geschichte der Philosophie, 14ª ed., H. Heimsoeth, 14. Aufl., 1948.
Windisch, H., Paulus und Christus, 1934. Windisch, H., Der Sinn der Bergpredigt, 1929.
Winheller, E., Lebensbeschreibungen der vorkarolingischen Bischófe von Trier, 1935.
Winkelmann, F., Der trinitarische Streit in zeitgenossischer Sicht, en: Das Altertum. Im Auftrag der Sektion der Altertumswissenschaft bei der Deutschen Akademie der Wissenschaften zur Berlin, ed. Johannes Irmscher, vol. 13, 1967.
Winkelmann, F., Probleme der Herausbildung der Staatskirche im romischen Reich des 4. Jahrhundert, en: Klio 53, 1971.
Winkelmann, F. (Ed.), ber das Leben des Kaisers Konstantin, 1975.

Winkelmann, F., Die Kirchengeschichtswerke im ostrómischen Reich, Byzslav, 37, 1976.

Winkelmann, F., Rolle und Problematik der Behandiung der Kirchengeschichte in der by-zantinischen Historiographie, en: Klio 66, 1984.

Winkelmann, F. W., Die Vita Constantini des Euseb. Ihre Authentizitat, ihre Textbezeugung, 1959.

Winkelmann, F. W., Zur Geschichte des Authentizitátsproblems der Vita Constantini, en: Klio 40, 1962.

Winkier, S., Die Samariter, Klio, 1965.

Winowska, U., Die Jungfrau der Offenbarung. Mana gestern und heute, 1958.

Winter, E., Der Frühhumanismus. Seine Entwickiung in Bóhmen und deren europáische Bedeutung für die Kirchettreformbestrebungen im 14. Jahrhundert, 1964.

Winter, E., Die Sowjetunion und der Vatikan, tercera parte de la trilogía Rupland und das Papsttum, 1972.

Winter-Günther, E; Die sáchsischen Aufstande gegen Kari den Gropen in den Jahren 792-804, 1940.

Winterswyl, Die Briefe des heiligen Ignatíus von Antiochien, 4ª ed., 1954.

Wirth, G., Fóderierte Staaten in der spateren romischen Kaiserzeit, Historia 16, 1967. Wissowa, G., Pauly's Realencikiopadie der classischen Altertumswissenschaft, 1894 ss. Wlosok, A., Christiiche Apologetik gegenüber heidnischer Politik bis zu Konstantin, en**:** H. Frohnes/U. W. Knorr (Ed.), Die alte Kirche, 1974.

Wojtowytsch, M., Papsttum und Konzile von den Anfángen bis zu Leo I (440- 461). Studien zur Entstehung der berordnung des Papsttums über Konzile, 1981.

Wolf, E., Háresie, en: Die Religión in Geschichte und Gegenwart, 3ª ed., III, 1959.

Wolffheim, H-, Hans Henny Jahnn, 1894-1959, en: K. Deschner (Ed.), Das Christentumim Urteil seiner Gegner II, 1971.

Wolfram, H., Gotische Studien I, Das Richteramt Athanarichs, en: MIG, 83, 1975.

Wolfram, H-, Gotisches Kónigtum und rómisches Kaisertum von Theodosius dem Gropen bis Justinian I, Frühmittelalteriiche Studien, 13, 1979.

Wolpert, L., Die einzige Seele. Sonntagslesungen, 4ª y 5ª ed., 1925.

Woodward, E. L., Christianity and Nationalism in the Later Román empire, 1916.

Wrede, H., Consecrado in formam deorum. Vergóttiichte Privatpersonen in der rómischen Kaiserzeit, 1981.

Wrede, W., Paulus, 1907.

Wright, G. E., The Oíd Testament Against its Environment, 1950.

Wühr, W., Das abendiándische Bildungswesen im Mittelalter, 1950.

WyP, B., Gregor II (Gregor von Nazianz), RAC XII, 1983.

Wytzes, J., Der Streit um den Altar der Victoria. Die Texte der betreffenden Schriften des Symmachus und Ambrosius mit Einleitung. bersetzung und Kommentar, 1936.

Wytzes, J., Der letzte Kampf des Heidentums in Rom, 1977.

Yailop, D. A., Im Ñamen Gottes? Der mysterióse Tod des 33- Tage-Papstes Johannes Paúl I, Tatsachen und Hintergründe, 1984.

Young, F. M., A Reconsideration of Alexandrian Christology, en: JEG, Cambridge, 22, 1971.

Zeipig, Pastor, Kriegs-Pfíngst-Predigt über Hesekiel 36, 26-27, gehalten am I. Pfíngstfeiertag, den 23. Mai 1915 in der Jakobikirche zu Dresden.

Zellinger, J., Der Beifall in der altehristiichen Predigt, en: Festgabe Alois Knópfler, 1917.

Zepf, M., Zur Chronologie der antidonatistischen Schriften Augustins, ZNW 28, 1929.

Ziegler, A. K., Pope Gelasius I and his Teaching on the Relation of Church and State, en: CHR, 27, 1942.

Ziegler, J., Zur religiósen Haltung der Gegenkaiser im 4. Jh. n. Chr., 1970.

Ziegler, J. G., Die Ehelehre der Ponitentialsummen von 1200-1350. Eine Untersuchung zur Geschichte der Moral- und Pastoraltheologie, 1956.

Ziegler, K., Firmicus Maternus, en: RAC VII, 1969.

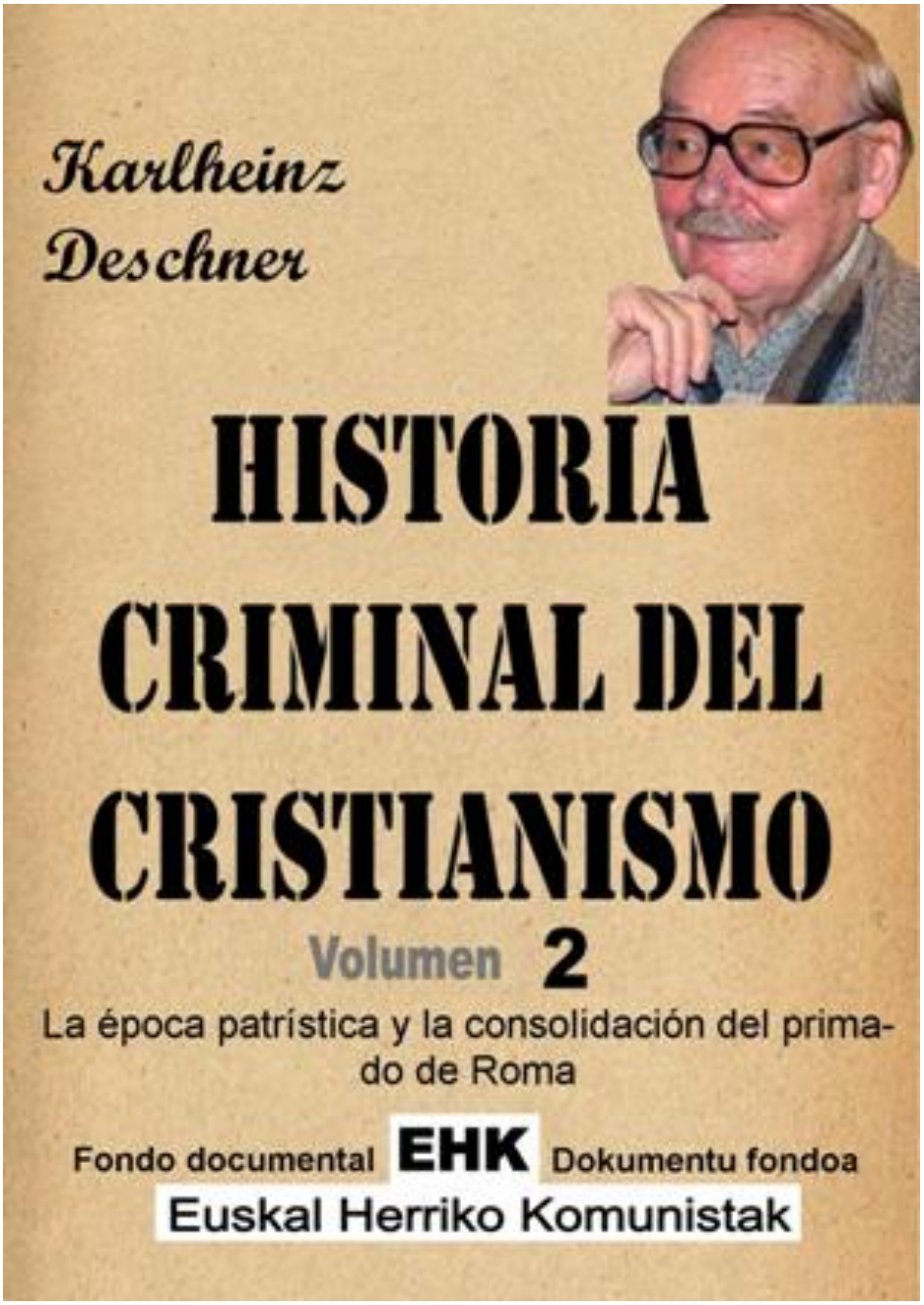
Ziegler, K.-H., Die Beziehungen zwischen Rom und dem Partherreich. Ein Beitrag zurGeschichte des Volkerrechts, 1964.

Zóckier, O., Askese und Monchtum, 2 und gánziich neu bearbeitete und stark vermehrte Auflage der «Kritischen Geschichte der Askese», vols., 1 y 2, 1897.

Zollner, E., Geschichte der Franken bis zur Mitte des 6. Jahrhunderts. Auf der Grundage des Werkes von Ludwig Schmidt unter Mitwirkung von Joachim Werner, 1970.

Zulli, G., S. Ambrogio e il culto dei Santi, culto dei Martiri e delle loro reliquie, 1945.

Zumkeller, A., Das Monchtum des heiligen Augustinus, 1950.


Karlheinz
Deschner
HISTORIA
CRIMINAL DEL
CRISTIANISMO
Volumen 2
La época patrística y la consolidación del primado de Roma
Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

VOLUMEN II

La época patrística y la consolidación del primado de Roma

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de J. A. Bravo

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums*

© 1986, Rowohit Verlag Gmbtt, Reinbek bei Hamburg
© 1991, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Vía, 774, 7.°, 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1458-9
Depósito legal B. 36.114-1990
Impreso por Libergraf, Constitució, 19, 08014, Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilhelm Adler
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Arnold
Josef Becker
Karl Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Birnbacher
Dr. Eleonore Kottje-Birnbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Karl Finke
Franz Fischer
Kläre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Häußler
Prof. Dr. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager und Frau Lena
Hans Kalveram
Karl Kaminski und Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde und Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Köble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine und Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Mächler
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jörg Mager
Prof. Dr. H.M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus

Hildegunde Rehle
M. Renard German Rüdel
Dr. K. Rügheimer u. Frau Johanna
Heinz Ruppel und Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig und Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else und Sepp Schmidt
Dr. Werner Schmitz
Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael Stahl-Baumeister
Prof. Dr. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut und Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bernd Umlauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wild
Lothar Willius
Dr. Elsbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzlsperger
Dr. Ludwig Zollitsch

Tomo 2. La época patrística y la consolidación del primado de Roma

CAPITULO 1. ATANASIO, DOCTOR DE LA IGLESIA (HACIA 295-373)
La naturaleza complicada de Dios y el dominio de las tinieblas
No se luchó por la fe, sino por el poder y por Alejandría
El Concilio de Nicea y la profesión de fe “constantiniana”
Carácter y táctica de un padre de la Iglesia
Otras difamaciones de Atanasio, falsificaciones Y la muerte de Arrio
El “campo de batalla” de Alejandría bajo los patriarcas Atanasio y Gregorio
Antioquía y el cisma meleciano
Situación análoga a la de una guerra civil en Constantinopla y amenaza de guerra desde el Occidente católico
Regreso de Atanasio (346), nueva huida (356) y amparo durante seis años con una belleza veinteañera
Los sínodos de Arles, Milán, Rímini y Seleucia y el espectáculo tragicómico de los obispos Lucifer de Cagliari y Liberio de Roma
Padres conciliares sin escrúpulos y el patriarca Jorge, un “lobo” arriano, monopolista y mártir
CAPITULO 2. AMBROSIO, DOCTOR DE LA IGLESIA (HACIA 333 O 339-397)
La política ambrosiana, arquetipo para la Iglesia hasta la actualidad
San Ambrosio impulsa la aniquilación de los godos y vive “el ocaso del mundo”
El emperador Teodosio “el Grande”: Lucha en favor del catolicismo y “sangre vertida como agua”
La lucha de Ambrosio contra el paganismo
Ambrosio aniquila el cristianismo arriano de Occidente
Descubrimientos de un padre de la Iglesia o “elemento soprannaturale”
La batida contra Prisciliano: las primeras ejecuciones de cristianos a manos de cristianos
El padre de la Iglesia Ambrosio, un antisemita fanático. Primera quema de sinagogas con autorización y por orden de obispos cristianos
Una sospechosa misión diplomática de Ambrosio y una guerra entre soberanos católicos
Dos masacres de un emperador “notoriamente cristiano” y la explicación que da Agustín al derramamiento de sangre.
La lucha de Teodosio “el Grande” contra los “herejes”
Con la legislación y la guerra contra el paganismo
CAPITULO 3. EL PADRE DE LA IGLESIA AGUSTÍN (354-430)
“Genio en todos los campos de la doctrina cristiana” y lucha “hasta el último instante”
La campaña de Agustín contra los donatistas
El derrocamiento de Pelagio
La acometida de Agustín contra el paganismo
El obispo de Hipona y los judíos
Agustín sanciona la “guerra justa”, la “guerra santa” y ciertas guerras de agresión
CAPITULO 4. LOS NIÑOS EMPERADORES CATÓLICOS
La división del Imperio: surgen dos estados católicos forzados
Arcadio, Rufino, Eutropo
El “verano caliente” del 400. San Juan Crisóstomo y la masacre de godos en Constantinopla.
Caza de cabezas, persecución de paganos y “herejes”
Honorio, Estilicen, Alarico y las primeras incursiones de cristianos germanos
La invasión de Radagaiso, la muerte de Estilicen y nuevas matanzas de godos católico-romanos
La caída de Roma (410) y los pretextos de Agustín
Los clérigos no tienen vergüenza, no sienten perplejidad.
La lucha de Honorio contra “herejes”, paganos y judíos
Teodosio II, ejecutor de “todos los preceptos del cristianismo”
Antisemitismo agresivo en el Oriente cristiano
Asesinato tras asesinato en el Occidente católico
CAPITULO 5. LA PRIMACÍA PAPAL O LA “PETRA SCANDALI”. EL TRIUNFO DE LA SUBREPCIÓN Y DE LA AMBICIÓN DE PODER
Ni Jesús instituyó el papado ni Pedro fue obispo de Roma

182 No hay pruebas de la estancia y la muerte de Pedro en Roma
184 El cuento del hallazgo de la tumba de Pedro
188 El origen de los cargos eclesiásticos, de las sedes metropolitanas y patriarcales y del papado
190 La lista de obispos romanos falsificada
193 Las pretensiones de primacía
194 La Iglesia antigua no conocía Ninguna primacía de derecho y honorífica del Obispo de Roma instaurada por Jesús
199 Lo mismo que los obispos y los padres de la Iglesia, tampoco los concilios antiguos reconocieron la primacía de derecho de Roma
202 El asunto de Apiario
204 La disputa sobre la primacía papal continuó hasta la Edad Moderna
208 **CAPITULO 6. LAS PRIMERAS RIVALIDADES Y TUMULTOS EN TORNO A LA SEDE EPISCOPAL ROMANA**
209 La lucha de san Hipólito contra san Calixto
211 ¡Obispos romanos y santos, todos juntos!
213 Cornelio contra Novaciano
215 Basta. Cristianos sobre cristianos. Curas sobre curas.
216 El “mariscal de Dios” y “patrón del ganado vacuno”
217 Tumultos, muerte y patrañas. Los papas Marcelino, Marcelo, Milcíades, Silvestre y otros
218 De toda suerte de derramamientos de sangre y de más mártires. El cisma de Feliciano
221 El papa asesino Dámaso combate al antipapa Ursino y otros diablos
227 Creciente reivindicación de la primacía con Dámaso
230 Inocencio I, ¿la cumbre del cargo episcopal o simples mentiras?
234 Eulalio contra Bonifacio, “la cumbre apostólica”

5

CAPITULO 1. ATANASIO, DOCTOR DE LA IGLESIA (HACIA 295-373)

"San Atanasio [...] fue el más grande hombre de su época y quizás, ponderando todo de manera escrupulosa, el más grande de los que haya podido presentar nunca la Iglesia."

Abbé de Bletterinni[656]

"La posteridad agradecida dio al eficaz obispo alejandrino el merecido sobrenombre de "el Grande"; tanto la iglesia oriental como la occidental le veneran como santo."

Joseph Lippl[657]

"Toda cuestión política es llevada al campo de la teología; sus adversarios son herejes mientras que él es el defensor de la fe pura. Los adversarios aprenden de él la asociación entre teología y política. [...] Como una especie de anti-emperador, anticipó el prototipo de los grandes papas romanos, siendo el primero de los grandes patriarcas egipcios que acabaron por desligar a su país de la unidad imperial."

G. GENTZ[658]

"Los actores de la historia de la Iglesia fueron en buena medida los mismos que los de la historia de Bizancio en general."

Friedhelm Winkelmann[659]

"Desde el siglo IV al VII, por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo, las escuelas de teología, los papas y los patriarcas se combatieron con todos los medios a su alcance; se juzgó, se degradó y se proscribió; comenzaron a actuar servicios secretos y maquinarias propagandistas; las controversias degeneraron en éxtasis salvajes; hubo tumultos y refriegas callejeras; se asesinó; los militares aplastaron las revueltas; los anacoretas del desierto, con el apoyo de la corte de Bizancio, instigaron a las multitudes; se urdieron intrigas por conseguir el favor de emperadores y emperatrices; se desencadenó el terror estatal; lucharon entre sí los patriarcas, se les elevó al trono y se les volvió a destronar en cuanto que una nueva concepción trinitaria lograba triunfar [...]."

Hans KÜHNER[660]

6

Kühner continúa diciendo: "[...] aparecieron los primeros grandes doctores de la Iglesia, y los santos, en contra de todas las pasiones humanas, realizaron una serie de ejercicios mentales dignos de todo encomio que han entrado a formar parte tanto

[656] Cita según Donin III 24.
[657] Lippl XVIII.
[658] Gentz, Athanasius I 862.
[659] Winkelmann, Historiographie 257, 260.
[660] Kühner, Gezeiten der Kirche 117.

de la historia de la fe como de la historia del pensamiento [...]". Sin embargo, cabe puntualizar que esto no se produjo en contra de todas las pasiones humanas sino en buena medida por ellas, pues quien se toma en serio el espíritu no puede creer que uno sea dos o tres o que tres sea igual a uno. La teología cristiana llama a esto suprarracional y no contrarracional o irracional. Lo llama misterio, no absurdo. Y al haber entre el cielo y la tierra tantas cosas que nuestra filosofía escolástica ni se imagina, no es necesario tomar por verdadero todo lo que se ha imaginado, ni hace falta tomar el mayor de los absurdos por cierto y considerarlo un gran misterio. "Si Dios -dice Diderot-, por quien tenemos la razón, exige sacrificar la razón, es un prestidigitador que hace desaparecer lo que acaba de dar."[661]

La naturaleza complicada de Dios y el dominio de las tinieblas

Cualquier ciencia que se precie se basa en la experiencia, pero ¿qué llega a saberse de Dios, si es que existe? En los primeros tiempos del cristianismo se barajaba "toda una masa de las más diversas ideas" acerca de los espíritus celestiales (Weinel, teólogo). En el siglo II y comienzos del III "apenas nadie" se preocupaba del "Espíritu Santo" (Harnack, teólogo), y en el siglo IV, según se queja Hilario, doctor de la Iglesia, nadie sabe cuál será el credo del año siguiente. Sin embargo, los teólogos fueron ahondando cada vez más en el tema en el curso del tiempo. Llegaron a descubrir que Dios era algo así como un único ser *(ousia, substancia)* en tres personas *(hypóstaseís, personae).* Que esta triple personalidad era consecuencia de dos "procesos" *(processiones):* de la generación *(generatio)* del Hijo a partir del Padre y de la "exhalación" *(spiratio)* del Espíritu entre el Padre y el Hijo. Que esos dos "procesos" equivalían a cuatro «interacciones» *(relationes):* la calidad de padre y la de hijo, la exhalación y el ser exhalado, y esas cuatro "interacciones" dan a su vez cinco "particularidades" *(proprietates, notiones).* Que al final, todo esto, en mutua "compenetración" *(perichóresis, circuminsessio)* daría sólo un Dios:

¡*actus purissimus*! Por más que hayan dado de sí los quebraderos de cabeza a lo largo de los siglos, los teólogos saben "que cualquier trabajo intelectual sobre el dogma de la Trinidad seguirá siendo una 'sinfonía inacabada' "(Anwander) o, por mucho que se profundice en ello, "un misterio de fe impenetrable", como escribe humildemente el benedictino Von Rudioff, aseverando con toda seriedad que nada de ello "habla en contra de la razón. No decimos que tres sea igual a uno [...] sino que tres personas son un ser". Y eso sin decir que se profundizó en el tema multitud de veces, y que puede seguir haciéndose. Sin embargo, en 1977, a Karl Rahner le parece "evidente que la historia de los dogmas (en el sentido más amplio de la palabra) continúa y debe continuar [...] por lo tanto la historia de los dogmas continúa [...]".[662]

7

Por mucho que puedan decir los teólogos — un proceso sin fin de conceptos a

[661] Diderot, cita según Halbfass 1101. Kühner, Gezeiten der Kirche 117.

[662] Hilar, Pictar. lib. ad. Constant. 2,5. Anwander 63 s. Hamack, Mission I 117 Notas. I. Weinel en Hennecke 330. v. Rudioff 39 s. Cit. 43. K. Rahner, Dogmen-und Theologiegeschichte 2. Sobre la aparición del problema trinitario, cf. Deschner, Hahn 381 s.

menudo nebulosos, sobre todo porque en la historia de los dogmas han impuesto sus creencias por todos los medios, incluso recurriendo también a la violencia—, al no haber sido nunca tales disputas más que una discusión por las palabras y porque nunca poseyeron, ni poseen, ninguna base de la experiencia, precisamente por eso, y hablando por boca de Helvetius, "el reino de la teología se contempló siempre como el dominio de las tinieblas".[663]

En el siglo IV se intentó arrojar luz sobre estas tinieblas, con lo cual todo se volvió todavía más oscuro. "Todo el mundo sospecha de su prójimo — reconoce el padre de la Iglesia Basilio—; se han soltado las lenguas blasfemas.[664]" Pero los concilios, en los que, iluminados por el Espíritu Santo, se intentaba aclarar los misterios, sólo contribuyeron a crear mayor confusión. Incluso Gregorio Nacianceno, santo padre de la Iglesia, se burla de las conferencias clericales y admite que rara vez llegan a buen fin, avivando más la polémica en lugar de suavizarla: "Evito las reuniones de obispos pues hasta el momento nunca he visto que ningún sínodo acabara bien; no resuelven ningún mal sino que simplemente crean otros nuevos [...] En ellos sólo hay rivalidad y luchas por el poder".

Diversas circunstancias dificultan la orientación. Por un lado, del importante Concilio de Nícea (325) apenas se ha conservado nada, lo mismo que de algunos otros sínodos. Por otro lado, los vencedores impidieron la circulación de los escritos de sus opositores, cuando no llegaron a destruirlos. Sólo unos pocos fragmentos de Arrio, o de Asterio de Capadocia, un arriano moderado, han llegado hasta nosotros a través de citas en escritos de réplica. Aunque los tratados católicos se difundieron con frecuencia, sobre todo muchos de los redactados por los padres de la Iglesia Hilario de Poitiers (fallecido en 367) y Atanasio de Alejandría (fallecido en 373), se trata sólo de productos propagandísticos subjetivos. Los no menos tendenciosos historiadores del siglo V Sócrates, Sozomeno, Teodoreto y Filostorgio, de estricta tendencia arriana (o dicho con mayor precisión: eunomiánica), son ya de generaciones posteriores.[665]

Una buena idea de la historiografía espiritual de esta era y de su tendencia sin escrúpulos a falsear nos la proporciona la primera historia global de la Iglesia después de Eusebio, la de Gelasio de Cesárea (fallecido entre 394 y 400). Desconocida hasta hace poco tiempo, se la ha reconstruido en gran parte y su importancia se acrecienta por el hecho de tomar como fuente principal de sus descripciones a historiadores de la Iglesia del siglo V (Rufino, el más antiguo de Occidente, Sócrates y Gelasio de Quícicos). Gelasio fue también sucesor (el segundo) de Eusebio, un alto dignatario y arzobispo de Cesárea con jurisdicción en toda Palestina.[666]

8

Friedrich Winkelmann ha presentado de manera muy concisa el método de esta única y gran historia contemporánea de la Iglesia durante la disputa trinitaria: la difamación estereotipada del adversario. El arzobispo autor de la obra apenas se preocupa de los avances o las diferenciaciones producidos. De los arríanos sólo relata

[663] Meinhold, Dogmengeschichte 5, aquí con referencia a Hamack. Mack, Helvétius 1115.

[664] Basil ep. 191; 266,2 Greg. Nacianc. ep. 130 ad Procop; ep. 131 Rauschen 137.

[665] LThK 1.a ed. I 743. Krait, Kirchenváter Lexikon 426. Altaner 203. Winkelmann, Der trinitarische Streit 100 s.

[666] Altaner 202, 204. Winkelmann, Der trinitarische Streit 102 s. Altendorf, Zum Stichwort 65.

reticencias e intrigas; no son más que perturbadores inconvertibles, "títeres del diablo, que habla por su boca". Gelasio atribuye a Arrio un perjurio. Miente también al afirmar que no fue Constancio sino su hijo, el emperador Constantino, quien quería rehabilitar a Arrio. Por otro lado, Constantino — una nueva mentira — no desterró a Atanasio, el contrincante de Arrio, sino que le envió de nuevo a Alejandría colmado de honores. Gelasio es también el primero en exponer la falsedad de que Constantino nombró en su testamento a Constantino II, el Católico, heredero de su reino, pero que un presbítero amano dio el testamento a Constancio a cambio de la promesa de apoyar al arrianismo. El obispo de Cesárea no solamente enmascara todo lo negativo, pasando por alto la mayoría de los sucesos, sino que también deja correr simplemente su imaginación, en contra de la verdad estricta; en suma, lo que se manifiesta es "un gran complejo de una burda falsificación de la historia".[667]

Pero ¿fue Atanasio, doctor de la Iglesia, menos escrupuloso, menos agitador y apologista? Reprueba de manera global a los arríanos: "¿A quién no han ultrajado [...] a su antojo y arbitrio? ¿A quién no [...] han maltratado hasta el punto que haya muerto en la miseria o hayan resultado perjudicados sus parientes? [...] ¿Dónde hay un lugar que no muestre algún recuerdo de su maldad? ¿A qué adversario no han aniquilado, esgrimiendo además pretextos inventados a la manera de Jezabel?".[668]

Incluso el benedictino Baur habla de una "guerra civil entre católicos y arríanos", en la que, naturalmente, lo mismo que sucede con todos los auténticos apologetas católicos, los arríanos — cuyo nombre pronto se convertiría en uno de los peores insultos de la historia de la Iglesia — eran presa del diablo y envilecían el nombre cristiano ante un mundo, todavía medio pagano, "con intrigas abominables, rabia persecutoria, mentiras e infamias de todo tipo, incluso mediante asesinatos en masa"; por consiguiente, ya era hora "de que desapareciera por fin del mundo esta planta venenosa".[669]

En el centro de esta disputa entre teólogos estaba la cuestión de si Cristo era Dios verdadero, si tenía la misma naturaleza que el propio Dios. Los ortodoxos, aunque a veces desavenidos, así lo afirmaban, mientras que los arríanos, la mayoría de los obispos orientales en el apogeo de su poder (después del Concilio de Milán, 355), lo negaban. Cuando parecía que casi habían ganado, se escindieron en radicales, anomoítas, que consideraban al "Hijo" y al "Padre" como totalmente dispares y diferentes *(anhomoios),* semiarrianos, homoítas, que en su opinión se consideraban más o menos homousianos, y un partido que rechazaba a los dos anteriores y defendía el homoísmo, señalando la similitud (que se dejaba intencionadamente vaga) o igualdad de "Padre" e "Hijo", pero no la "identidad de naturaleza", el *homoúsios* de los nicénicos. Los arríanos y los ortodoxos se mantuvieron aferrados al monoteísmo, pero para los primeros, sin duda más cercanos a la fe cristiana primitiva, el "Hijo" era totalmente diferente del "Padre", era una criatura de Dios, si bien completa y muy por encima de todas las restantes. Arrio habla de él con el máximo respeto. Para los ortodoxos Jesús era, en boca de Atanasio, "Dios hecho carne" *(theos sarkophoros),* pero no un "hombre, que lleva a Dios" *(anthropos theophoros),* siendo el "Padre" y

[667] Winkelmann, Der trinitarische Streit 105 s.
[668] Athan. apol. de fuga sua c. 3.
[669] Baur 1102. 253

el "Hijo" una única naturaleza, una unidad absoluta; eran *homoúsios,* de la misma naturaleza. Pues sólo así era posible sostener el dogma de la doble, o incluso triple, divinidad y orar al "Hijo", el nuevo, lo mismo que al "Padre", como hacían ya los judíos. A los arríanos se les acusaba de "politeísmo" y de "tener un Dios grande y otro pequeño".[670]

9

A los ortodoxos, entonces y más tarde, les resultó también difícil pensar de un modo dogmáticamente correcto, tal como da a entender el teólogo Grillmeier, S.J.: "La insistencia en el alma humana de Jesucristo parece muchas veces un tanto artificial". Incluso en la cristología de Cirilo, el santo doctor de la Iglesia, en cualquier caso en su fase anterior a Éfeso, el jesuita encuentra "a menudo poco examinada a fondo la idea de la "humanidad completa" del Señor [!]", de modo que, sorprendido por la escasa intervención del Espíritu Santo, se asombra de "lo difícil que les resultó a los círculos eclesiásticos elaborar una síntesis".[671]

Para las masas populares de Constantinopla, que, como en todas partes, acudían multitudinariamente a la "Iglesia nacional" preferida, la cuestión de fe era al parecer cautivadora y fascinante, alcanzando la disputa cristológica una gran popularidad en calles, plazas y teatros, como manifiesta con ironía un contemporáneo de finales del siglo IV:

"Esta ciudad está llena de artesanos y esclavos que son profundos teólogos, que predican en las tiendas y en las calles. Si quieres cambiar una moneda con un hombre, primero te informará acerca de dónde radica la diferencia entre Dios Padre y Dios Hijo, y si preguntas por el precio de una barra de pan, en lugar de responderte te explicarán que el Hijo está por debajo del Padre; y si quieres saber si tienes el baño preparado, el bañero te contestará que el Hijo ha sido creado de la nada [...]".[672]

10

No se luchó por la fe, sino por el poder y por Alejandría

El exacerbado interés hacia la fe no era en realidad más que el anverso de la cuestión. Desde un principio, en esa disputa secular se trataba menos de diferencias dogmáticas que del núcleo de una típica política clerical. "El pretexto era la salvación de las almas — admitía incluso Gregorio Nacianceno, hijo de obispo, y santo obispo a su vez, que evitaba inmiscuirse en cuestiones mundanas y que a menudo eludía sus cargos eclesiásticos mediante la huida, y el motivo era el ansia de dominio, por no hablar de los tributos y los impuestos." Las ambiciones jerárquicas de poder y las disputas por las sedes episcopales, en cuyo curso se olvidaban con frecuencia las

---

[670] Athan. de incam. et. c. Arian. 8 LThK 1.a ed. 1637. Sobre los orígenes de la, disputa amana, cf. recientemente Lorenz, Arius judaizans? Cap. I. Infinidad de referencias así como notas "a modo de digresión" en Wojtowytsch 418 s. Además: Grillmeier, Vorbereitung I 74 s, 117 s. Sobre los inicios de la disputa arriana cf. sobre todo Sozom. h. e. 1,15 s. Epiphan. haer. 69,3 s. Socr. h.e. 1,5 s. Theodor h.e. 1,2 s. Euseb. V.C. 2,61 s. Gentz, Arianer RAC I 647 s. Sobre la fe paleocristiana (comprensible también para los "profanos") cf. Deschner, Hahn 17 s, especialmente 170 s. Véase también Komemann, Romische Geschichte II 382. Chadwick, Die Kirche, 161. Brox, Kirchengeschichte 171 s.

[671] Grillmeier, Vorbereitung 156,160. Cf. también 165 s, especialmente 174 s.

[672] Greg. Nyssa, de deitate fil. et spirit, sancti (PG 46,557 B). Cita Stadtmüller: 83. Cf. Hunger, Byzantinische Geistesweit 86. Hónn 172 s.

rivalidades teológicas, dieron duración y vehemencia a aquellas enemistades. No sólo excitó a la Iglesia sino que, al menos en Oriente, también al estado. No sólo los padres conciliares se enzarzaban a veces en peleas hasta que hablaba el Espíritu Santo, sino que también los laicos se batían de manera sangrienta en público. Cualquier disputa producida allí entre el clero, amano y monofisita, el iconoclasmo, desborda los límites de una mera querella entre frailes y conmociona durante siglos toda la vida política y social. Esto hace afirmar, de manera lapidaria, a Helvetius: "¿Cuál es la consecuencia de la intolerancia religiosa? La ruina de las naciones." Y Voltaire llega a asegurar que "Si se cuentan los asesinatos perpetrados por el fanatismo desde las reyertas entre Atanasio y Arrio hasta nuestros días, se verá que estas disputas han contribuido al despoblamiento de la Tierra más que los enfrentamientos bélicos [...]", lo que sin duda ha sido muy a menudo consecuencia de la complicidad entre el trono y el altar.[673]

Sin embargo, lo mismo que las políticas del Estado y de la Iglesia estaban íntimamente entrelazadas, también lo estaban esta última y la teología. Por supuesto, no existía ninguna doctrina oficial acerca de la Trinidad, sino únicamente tradiciones diversas. Las decisiones vinculantes "sólo se tomaron en el curso ya del conflicto" (Brox). A pesar de ello, cada una de las partes, en especial el santo Atanasio, gustaba de llamar cuestión de fe a sus ansias de prestigio y poder, pues así podían presentarse y justificarse constantemente acusaciones. Atanasio teologiza de inmediato cualquier ímpetu político y trata de herejes a sus rivales. De la política se hace teología y de ésta, política. "Su terminología no es nunca lo suficientemente clara, la cuestión es siempre la misma" (Loofs). "Con Atanasio no se trata nunca de fórmulas" (Gentz). Lo que más bien caracteriza al "padre de la ortodoxia" es que deja su postura dogmática sumamente confusa, utilizando él mismo hasta la década de 350, para designar la "fe verdadera", aquellos tópicos que más tarde se emplearían para estigmatizar la "herejía" amana o semiarriana: que él, el defensor de Nícea y del *homoúsios,* rechazó durante mucho tiempo la teoría de las hipóstasis, retrasando con ello la unión, y que él, el baluarte de la ortodoxia, incluso despejó el camino para una "doctrina herética", el monofisismo. Por esa razón, los católicos de los siglos V y vi tuvieron que "retocar" los tratados dogmáticos de su doctor de la Iglesia. Sin embargo, durante mucho tiempo los arríanos propusieron una fórmula de profesión que coincidía literalmente con la utilizada a menudo por Atanasio, pero que luego apareció como "herejía amana", puesto que dijera lo que dijese el adversario, siempre era malo de antemano, maligno y diabólico, y cualquier enemigo personal era un "amano".[674]

11

Todo este estado de cosas se vio facilitado por el hecho de que desde hacía tiempo

---

[673] 18 Greg. Nacianc. or. 3,13; 9 Carm. 2,1,11 de vita sua. P. Haeuser BKV tomo 59 IX s. RAC I 648 dtv Lex. Antike, Religión 1118 297 s. Lexikon der alten Weit 297. *T* Burckhardt, Die Zeit Constantins 305 d. J. A. y A. Theiner 1108. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius (1911) 496. Haller 147. Neumann, Voltaire 83. Mack, Helvé-tius 123. Cf. también Deschner, Hahn 473.

[674] Athan. c. gent. 45. Gentz, Athanasius RAC I 862, 864 s. Loofs citado según Gentz ebenda dtv Lex. Antike, Religión 1119. Lexikon der alten Weit 297. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius 372. Lietzmann, Geschichte III 222 s, 252 IV 28. Von Campenhausen, Griechische Kirchenváter 79 f, 106 s. Schneemelcher, Zur Chronologie 393 f. Dannenbauer, Entstehung 177. Klein, Constantius II37. Brox, Kirchengeschichte 175.

imperaba una total confusión en los conceptos teológicos, y los arríanos volvieron a escindirse. Incluso Constantino II, que paulatinamente les había ido favoreciendo de forma cada vez más radical —"a todos los obispos corruptos del Imperio" (Stratmann, católico), "a las caricaturas del obispo cristiano" (Ehrhard, católico)-, se hartó tanto de la disputa sobre la "naturaleza" de Cristo que acabó por prohibirla. Los teólogos de la época post-constantiniana compararon esta guerra de religión, cada vez más ininteligible, con una batalla naval en medio de la niebla, un combate nocturno en el que es imposible distinguir al amigo del enemigo, pero en el que se golpea con saña, cambiando a menudo de bando, con preferencia, por supuesto, hacia el lado del más fuerte, en el que están permitidos todos los medios, se odia intensamente, se traman intrigas y se provocan envidias.[675]

Incluso el padre de la Iglesia Jerónimo afirmó en su momento que no lograba encontrar paz y tranquilidad ni en un pequeño rincón del desierto, pues todos los días los monjes le pedían cuentas de su fe. "Declaro lo que desean, pero no les es suficiente. Suscribo lo que me proponen y no lo creen [...]. ¡Es más sencillo vivir entre las bestias salvajes que entre tales cristianos!".[676]

Numerosos aspectos de la cronología de la disputa amana siguen siendo objeto de controversia, dudándose incluso de la autenticidad de muchos documentos. No obstante, el punto de partida directo fue la revuelta provocada por un debate acerca de la Trinidad alrededor del año 318 en Alejandría, una ciudad en la que se luchaba por algo más que por la fe.[677]

12

Alejandría, fundada en el 332-331 por Alejandro Magno, la ciudad del poeta Calimaco, del geógrafo Eratóstenes, del gramático Aristófanes de Bizancio y de Aristarco de Samotracia, la ciudad de Plotino y más tarde de Hipacia, fue la principal metrópoli de Oriente, una ciudad cosmopolita de casi un millón de habitantes, cuyo lujo sólo rivalizaba con el de Roma. Alejandría estaba trazada con amplias miras, era rica y una importante plaza comercial, con una flota pesquera que obtenía capturas nada despreciables y destacaba por su monopolio en la industria del papiro, que suministraba a todo el mundo. Alejandría, el lugar donde se tradujo al griego el Antiguo Testamento (los Setenta), era también la sede de un patriarcado — no es verdad que lo fundara san Marcos; el primer obispo del que existe constancia histórica es Demetrio I—, y fue, dentro del conjunto de la Iglesia, incluyendo la de Occidente, la mayor y más poderosa de todas las sedes episcopales. Estaban bajo su jurisdicción los dos Egiptos, Tebas, Pentápolis y Libia. Esta posición tenía que mantenerse, consolidarse y ampliarse. Los jerarcas alejandrinos, llamados "papas" y que pronto se volvieron inmensamente ricos, pretendieron durante los siglos IV y V hacerse a todo trance con el dominio de la totalidad de las diócesis orientales. Su teología se oponía además a la de Antioquía, a lo que vino a unirse también la lucha por el rango entre

[675] Basil. ep. 82. Socr. h.e. 1,23,6; 7,32,5. dtv Lex. Antike, Religión 1119. Ehrhard, Griechische und lateinische Kirche 39. Stratmann III 48. Historiker und Theologen, que se sienten "a la altura de los tiempos" y sólo hablan de "atanasista" y "antiatanasista". Por el contrario aquí se habla de amano y antiarriano, lo que conserva el recuerdo de Arrio y facilita el vocabulario para el lector, sin falsearlo.

[676] Jerónimo, ep. 17,3 ad Marcum presb. 22.

[677] Sobre la cronología objeto de discusiones: W. Telfer, Arian Controversy 129 s. El mismo, Sozomen 187 s. Baynes, Sozomen 165 s. Schneemelcher, Zur Chronologie 394. Cf. también Vogt, Constantinus RAC III 343 s.

ambos patriarcas, ganando siempre aquel a quien apoyaran el emperador y la sede eclesiástica e imperial de Constantinopla. En constante lucha contra los competidores eclesiásticos y el Estado, surgió aquí por primera vez un aparato político de la Iglesia, similar al que más tarde habría en Roma. A tenor de éste actuaron entonces los obispos de las sedes secundarias, que pagaban todo cambio de curso con la pérdida de sus sillones episcopales, o bien los ganaban. No se conservó ninguna de las innumerables iglesias paleocristianas de Alejandría.[678]

Alrededor del año 318, el patriarca Alejandro habría preferido acallar la candente cuestión sobre la ousía, la naturaleza del "Hijo". Hubo una época en que estuvo personalmente vinculado al orador Arrio (hacia 260-336), denunciado por los melecianos y que desde 313 era presbítero de la iglesia de Baucali, la más prestigiosa de la ciudad y centro de un numeroso grupo de seguidores formado por jóvenes mujeres y trabajadores de los diques. Pero Arrio, que era un erudito amable y conciliador y que probablemente compuso las primeras canciones populares de la época cristiana, hoy totalmente olvidadas, había renunciado a la sede episcopal en favor de Alejandro, y en la contienda participó menos a título personal que como exponente de la escuela de teólogos de Antioquía, que ni había fundado ni dirigía. Por otro lado, el obispo Alejandro había defendido con anterioridad, cosa que también le reprochaban los arríanos, ideas y doctrinas similares a las que ahora perseguía; afirmaba que Arrio se pasaba "el día y la noche en improperios contra Cristo y contra nosotros", y escribía de él y sus seguidores: "Cuando no es porque han de acudir a los tribunales por las acusaciones de mujeres licenciosas a las que han enredado en sus errores, es porque dan una mala reputación al cristianismo por las jovencitas que se les unen y que deambulan por las calles sin el menor recato [...] ¡Oh, esta triste ofuscación, esta locura sin medida, este fatuo afán de gloria y esta convicción satánica, que se ha asentado en sus almas impías como un tumor empedernido!".

13

Después de dos debates públicos, en un sínodo que reunió a 100 obispos, san Alejandro excomulgó y exilió a Arrio y a todos sus seguidores—decisión a la que sin duda contribuyó la lucha de la alta sede contra los privilegios de sus presbíteros — y advirtió por todas partes contra las intrigas del "heresiarca". Informó también al obispo romano Silvestre (314-335), y mediante dos encíclicas, en 319 probablemente y en 324, apeló a "todos los otros amados y venerables servidores de Dios", "a todos los obispos bienamados por Dios de todos los lugares". Esto dio lugar a que se tomaran medidas y contramedidas. Unos príncipes de la Iglesia anatematizaron a Arrio mientras que otros le expresaron su reconocimiento. Entre estos últimos estaba el importante intercesor ante la corte, el influyente obispo Eusebio, pastor supremo de Nicomedia, la ciudad de residencia del emperador, que acogió a su amigo desterrado, y el obispo Eusebio de Cesárea, famoso ya como exégeta bíblico e historiador. Dos sínodos que resolvieron a favor de Arrio hicieron posible su rehabilitación y regreso. El partido amano de Alejandría fue adquiriendo cada vez

[678] Dio 39,58. RAC I 271 s, 280 s. LThK 1.a ed. 252 s, 2.a ed. I 319 s. Lexikon der alten Weit 112 s, 369. Dórrie ebenda 179. Pauly 1244 s, 554 s, 580 s, II 344 s, III 73 s, V 128 s. Caspar, Papsttum I 138. Hagel 3 s. Beck, Theologische Literatur 28, 188 s. Dannenbauer, Entstehung I 77 s. Hanhart 139 s. Maier, Verwandiung 154. Mango 104. Tinnefeid 211 s.

más fuerza, llegándose a nombrar un contraobispo. Alejandro se defendió en vano, se lamentó sobre la "guarida de ladrones" de los arríanos y llegó a temer por su propia vida. Se sucedieron los disturbios, que se extendieron por todo Egipto, y finalmente la Iglesia de Oriente se escindió.[679]

Nuevas conferencias episcopales, como el sínodo de Antioquía del año 324, volvieron a condenar a Arrio, llegándose a escribir a los "obispos de Italia, que dependen de la gran Roma", aunque sin considerar por ello al poder romano como soberano o que hubiera llegado a desempeñar algún papel de relevancia. Y en el año 325 se celebró el concilio en la residencia de verano del emperador.[680]

El Concilio de Nicea y la profesión de fe "constantiniana"

Constantino había recomendado el lugar por la bonanza de su clima y había prometido una estancia agradable. Él fue quien convocó el concilio, y no el "papa". También él lo abrió el 20 de mayo y ocupó la presidencia. El emperador corrió con los gastos de los participantes, sobre cuyo número los datos oscilan entre 220 y 318 (¡por los 318 hijos de Abraham!), que además viajaron con el correo estatal (lo mismo que había sucedido en el sínodo de Arles), junto con el personal, varias veces superior; de Occidente acudieron sólo cinco prelados.

14

Faltó Silvestre, el pastor supremo de Roma. Se hizo representar por dos presbíteros, Víctor y Vicente, y—no únicamente por esa razón— no desempeñó "ninguna función de primer orden" (Wojtowytsch). Pero el emperador se presentó ante los obispos "como un ángel de Dios descendiendo del cielo, resplandeciente en sus brillantes vestiduras, deslumbrante de luz, con el ardiente fulgor de la púrpura y adornado con el claro destello de oro y costosas piedras preciosas" (Eusebio). Los propios señores del clero eran custodiados por guardianes y alabarderos "con las afiladas espadas desenvainadas". Por decreto del soberano se les "ofreció todos los días una manutención opulenta". Según relata Eusebio, en un banquete "unos se sentaban a la mesa en los mismos almohadones que el emperador, mientras que otros lo hacían a ambos lados. Se podría haber pensado o imaginado fácilmente que era una imagen del reino de Cristo, que sólo era un sueño y no realidad". En lo referente a los aspectos dogmáticos — no se levantaron ningún tipo de actas — la gran mayoría de estos siervos de Dios mostraron un interés más bien escaso o nulo, algo que al propio anfitrión poco le preocupaba. Un año antes, en octubre de 324, a través del obispo Hosio de Córdoba había comunicado a los representantes de la disputa "que

[679] Alex. Alexandr. Sermo de anima 7. Athan. de syn. 16. Hilar. Poit. fragm. hist. 7,4. Socr. h.e. 1,11. Sozom, h.e. 1,15. Epiph. haer. 68,4; 69,2; 69,7. Philostr. 2,2; 1,3. Soz. 1,15. Theodor. h.e. 1,3 s. Euseb. V.C. 2,61,5; 3,13. Kraft, Kirchenváter Lexikon 199. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius (1905) 258 s, 289 s, (1908) 366 s. El mismo. Kaiser Constantin 122 s. Hamack, Dogmengeschichte 211 s. Lippl VI s. Opitz, Athanasius' Werke III Urk. 16. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 35 s. Lietzmann, Geschichte 193 s, III 99 s. Voelkl, Der Kaiser 100 s. Franzen 78. Doerries, Das Selbstzeugnis 78 s. Joannou Nr. 1. Wojtowytsch 77 s, 418 s. Klein, Constantius 1116 s. Chadwick, Die Kirche 140. El mismo, Ossius 292 s. Aland, Von Jesús bis Justinian 171 s. Kotting, Die abendiándischen Teilnehmer 2 s. Schneemelcher, Aufsátze 346 s.

[680] Wojowytsch80s.418.

no se trata más que de una bagatela", de "ganas de polemizar en un ocio inútil". "¡Vuestro asunto no justifica en ningún caso tales lamentos!"[681]

El obispo Eusebio, el "padre de la historia de la Iglesia", no desempeñó en Nícea un papel muy glorioso. Al presentarse como acusado, acabó doblegándose ante el partido contrario, el de Alejandro y Atanasio. Sin embargo, gracias a sus dotes diplomáticas, a su oratoria y a su servilismo, consiguió los favores del emperador, al que desde ese momento asesoró en cuestiones de teología y en política de la Iglesia.[682]

Aunque quizás Constantino no dirigiera las sesiones—un problema sobre el que se ha discutido mucho—, lo que sí hizo fue determinar su curso y tomar las decisiones; para ello se aseguró de tener la mayoría, e incluso impuso la fórmula decisoria, es decir, presentando las propuestas y haciéndolas después prevalecer; esto no solamente era un método que los participantes no defendían, sino que la Iglesia de Oriente, en el sínodo de Antioquía del año 268, lo había condenado como "herético". Esa fórmula era el concepto algo cambiante (que significa igual, idéntico, pero también similar, del griego *homos)* del *homoúsios,* de la homousía, la igualdad de las naturalezas del "Padre" y del "Hijo", "un signo de antagonismo frente a la ciencia, que pensaba por los derroteros de Orígenes" (Gentz). En la Biblia no se hace ni una sola mención al respecto. Esa consigna — que como es notorio el propio emperador había formulado — se oponía a las creencias de la mayoría del episcopado oriental, aunque procediera de la teología gnóstica. También la habían utilizado ya los monarquianos, otros "herejes" (antitrinitarios).

15

Sin embargo, el joven Atanasio, que acompañaba como diácono al obispo Alejandro, "no la había empleado en sus primeros escritos como lema de su teología" (Schneemelcher) y "necesitó 25 años para poder tomarle afición" (Kraft). Si bien ya en el concilio "se manifestó en contra del arrianismo", no lo plasmó por escrito hasta un cuarto de siglo después. Nunca se dieron razones ni se explicó con más detalles aquella decisión de fe. El emperador, al que como es innegable interesaba la unidad y que consideraba la disputa de los clérigos tan sólo como una intransigencia, prohibió toda discusión teológica y exigió simplemente el acatamiento de la fórmula; los "santos padres" (Atanasio), cuya presencia deparaba presuntamente al dictador una felicidad "que excedía a cualquier otra" y a los que por espacio de un trimestre había colmado de atenciones, agasajado y cubierto de honores, obedecieron; y hoy millones de cristianos siguen creyendo en *la-fides Nicaena,* la confesión de fe de Nícea, que debería llamarse con mayor razón, según ironiza Johannes Haller, de Constantino, la obra de un laico que ni siquiera estaba bautizado. "Creemos en un solo Dios, el Padre todopoderoso [...] y en un solo Señor, Jesucristo [...] verdadero Dios del verdadero Dios, engendrado, no creado, de la misma naturaleza *(homoúsios)* que el Padre [...]. Y en el Espíritu Santo [...]".[683]

---

[681] Athan. apol. de fuga sua 5. Euseb. V. C. 2,64; 3,7 s; 3,15 s. Socr. h.e. 1,8; 2541,13. Sozom h.e. 1,17. Theodor. h.e. 1,7. Gelas. v. Kyz. h.e. 2,5. Gentz, Arianer, RAC I 648. Lippl VII s. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 36 s. Hemegger 181 s, 194 s. Kraft, Konstantins religióse Entwickiung 106 s. Beck, Theologische Literatur 44. Franzen 69 s, 79. Joannou Nr. 2. Baus, Von der Urgemeinde 466. Bames, Constantine 214 s. Wojtowytsch 66, 78, 82 s, 418 s. Schneemelcher, Aufsátze 346 s.

[682] Theodor. h.e. 1,12. Socr. h.e. 1,8. RAC VI 1057 s.

[683] Athan. apol. c. Arian. 6. de decr. Nic. syn. 33,7 (PG 25,416 s). Euseb. V. C. 2,86; 3,6 s; 4,24. Actas del concilio: Turner, Ecciesiae occidentalis monumenta iuris antiquissimi I 1 s, 36 s. Socr. 1,8; Theod. h.e.

En Occidente, algunos decenios más tarde apenas se conocía todavía la confesión de fe de Nícea y en los círculos ortodoxos era objeto de discusión. Incluso el padre de la Iglesia Hilario se opuso en un principio a esa fe de bautismo, si bien más tarde regresó a ella. Sin embargo, el santo obispo Zenón de Verona, un apasionado enemigo de los infieles y de los arríanos, se burlaba de un credo que funcionaba con fórmulas, que era un *tractatus* y una ley. En las postrimerías del siglo IV, en los sermones de Gaudencio de Brescia o de Máximo de Turín, no se menciona todavía "Nicea en ningún momento" (Sieben, jesuita). Hasta Lutero, en 1521, admite odiar "la palabra *homoúsios",* aunque en 1539, en su *obra Acerca de los concilios y de las Iglesias,* la acepta. Tiene razón Goethe al afirmar que "el dogma de la divinidad de Cristo decretado por el concilio de Nícea [...] fue muy útil, incluso una necesidad, para el despotismo".[684]

16

El comportamiento de Constantino no fue en modo alguno un hecho aislado. Desde entonces, los emperadores, y no los papas, fueron los que tomaron las decisiones acerca de la Iglesia. Durante todo el siglo IV, los obispos de Roma no desempeñaron ningún papel decisivo en los sínodos ni fueron autoridades determinantes. Desde Constantino imperó el "poder sinodal imperial". El historiador de la Iglesia Sócrates escribe desapasionadamente, a mediados del siglo v: "Desde que los emperadores comenzaron a ser cristianos, las cuestiones de la Iglesia dependen de ellos y los concilios más importantes se celebraban, y se celebran, a su arbitrio". Myron Wojtowytsch comenta de manera escueta en 1981: "Esa afirmación no era en modo alguno exagerada". El historiador de los papas añade: "Incluso el contenido de las decisiones respondía, en la mayoría de los casos, a los deseos del gobernante de turno". Y: "Por parte de la Iglesia, la participación del poder mundano en las cuestiones del sínodo se consideró en general como plenamente justificada".[685]

1,12. Gentz, Arianer RAC I 649. Vogt, Constantinus RAC III 341 s. dtv Lex. Antike, Religión II 43 s. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius 1908, 369 s, 1911, 384. El mismo, Kaiser Constantin 134 s. Seeck, Untersuchungen 348. Hamack, Dogmengeschichte 76. Loofs, Das Nicánum 68 s. K. Müller, Kirchengeschichte I 383. Vogelstein 71. Caspar, Papsttum I 116 s, 136. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 36 s. Bietzmann, Geschichte III 103 s. Werner, Entstehung 591 s, 598 s con muchas Fuentes bibliográficas. El mismo, Der protestantische Weg I 182. Haller, Papsttum I 46 s. Kraft, Eusebius 59 s, 62 s. El mismo, Konstantins religióse Entwickiung 100. Voelkl, Der Kaiser 137 s. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 39. Hóhn 178 s. Von Campenhausen, Griechische Kirchenváter 79 s. Dannenbauer 172 s. Jedin, Kleine Konziliengeschichte 19. Altaner 230 s. Hunger, Byzantinische Geistesweit 93. Schneemelcher, Aufsátze 283. Jones, Román Empire I 87. Sieben 39 Notas. 59. Chadwick, Die Kirche 148 s. Bienert, Homousios 5 s, especialmente 15 s. Dinsen 4 s. Stead 190 s, 245 s. Barnes, Constantine 215 s. Girardet, Kaisergericht 43 s. Brox, Kirchengeschichte 171 s, especialmente 174 s. El resultado es tanto más interesante por cuanto que los primeros sínodos se consideraban inspirados por Dios, mientras que, por otra parte, los laicos (ya desde el siglo III) habían quedado relegados al papel de oyentes. Bajo Constantino, que se autoproclamaba "obispo para asuntos exteriores", que dirigía las asambleas eclesiásticas y que firmaba también en sus decisiones, surgieron los sínodos ecuménicos, los sínodos provinciales y locales de Constantinopla; el clero elevaba muchas veces a posteriori un sínodo a "concilio ecuménico" si los resultados le convenían, como sucedió con el de Éfeso 431.

[684] Altaner 322. Lulero cf. WA 8, 117,33 s con WA 50,571 s. Goethe, Unterhaltungen mit dem Kanzier Müller, cita según Hohn 179. Sieben 202 s, 214.

[685]Socr. h.e. Prooem. ad lib. 5. Wojtowytsch 66 s, 82 s, especialmente 89 y 138 s. Girardet, Kaisergericht 1 s.

La confesión de fe de los arríanos, que contrapusieron el *homoiusios* (de naturaleza semejante) al *homoúsios,* le fue arrancada de las manos al orador, en Nícea, haciendo trizas el documento antes de que hubiera acabado de leerlo. "En seguida fue rechazada por todos y tachada de errónea y falsaria. Se produjo un gran tumulto [...]" (Teodoreto). En las reuniones sacras, hablando por boca de Eusebio, partícipe en ellas, reinaban "por doquier enconadas disputas", como sucedía también a menudo en los concilios. El emperador arrojaba directamente al fuego, sin siquiera leerlos, los escritos de quejas y de querellas de los obispos. Todos aquellos que compartieron "de buena voluntad la mejor opinión" recibieron "sus máximas alabanzas [...]. Pero, por el contrario, rechazó con horror a los indisciplinados". Arrio volvió a ser condenado y, tras la deserción de todos sus seguidores, excepto dos de ellos, los obispos Segundo de Ptolemaida y Teonas de Marmarica, desterrado junto con éstos a las Galias, ordenándose la quema de sus libros y amenazando con la pena de muerte a quien los poseyera. Sin embargo, ya que al cabo de unos meses Eusebio de Nicomedia, el más importante de los partidarios de Arrio, y Teognis de Nícea revocaron su firma y acogieron a los arríanos, también la "cólera divina" se desató contra ellos; se les arrestó y se les envió asimismo al exilio de las Galias. No obstante, dos años después los desterrados pudieron volver a sus sedes episcopales. Un posterior sínodo celebrado en Nícea a finales del otoño de 327 rehabilitó también públicamente a Arrio, el "hombre del corazón de hierro" (Constantino); una ambigua declaración del "hereje" le fue suficiente a Constantino. Sin embargo, el clérigo esperó en vano su restauración en el cargo. El nuevo patriarca de Alejandría se opuso a la exigencia del emperador de volver a instalarle en su antiguo puesto.[686]

17

Carácter y táctica de un padre de la Iglesia

El obispo Alejandro murió en abril de 328. Atanasio, su secretario privado, no permaneció junto a su lecho de muerte. Como muchos de los otros príncipes de la Iglesia, si no la mayoría de ellos — una de sus mentiras tipo — no aspiraba a honores ni poder y, lo mismo que los candidatos a papa del siglo XX, demostraba humildad. Se atribuyen así a su antecesor moribundo las palabras: "Atanasio, crees haber escapado, pero no lograrás huir".[687]

Atanasio, nacido alrededor del 295 probablemente en Alejandría, de padres cristianos, ascendió, cuando contaba unos treinta y tres años de edad, el 8 de junio de 328, a la sede patriarcal de aquella ciudad, de la que fue expulsado cinco veces, totalizando diecisiete años y medio de exilio. Fue el obispo de mayor influencia en Oriente y soberano del más grande aparato eclesiástico de la época. Sin embargo, lo

[686] Euseb. V. C. 1,44; 3,13; Socr. h.e. 1,9; 1,14; 1,26 s. Theod. 1,7; 1,19 s. Soz. 1,21. Athan. apol. c. Ar. 59 s., especialmente 59,4 s. Gentz, Athanasius RAC I 860. LThK 1.a ed. I 636 s. Camelot, Athanasios LThK 2.a ed. I 976. Seeck, Untersuchungen 350. Lippl VIII. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius 380 s. Ehrhard, Digriechische und die lateinische Kirche 34,37. Haller, Papsttum 148. Voelkl, Der Kaiser 140 s. Doerries, Das Selbstzeugnis 80. Franzen 79 s. Lorenz, Nachsynode 33. Wojtowytsch 89 s, 419 s. Brox, Kirchengeschichte 159.

[687] Sozom. h.e. 2,17,1 s. Lippl VI. Sobre el aniversario del obispo Alejandró, cf. Parmentier/Scheidweiler 351 s.

mismo que Agustín y otros muchos papas, ascendió de manera incorrecta, y no exenta de violencia. Aunque se dice que fue "elegido unánimemente por el clero y el pueblo" (Donin, católico), en realidad le nombraron y consagraron sólo siete de los 54 obispos egipcios y, además, faltando a la fe jurada, un penoso hecho que quien tanto hablara sobre él, y a menudo de forma severa, prefiere pasar por alto. "Nuestro obispo acostumbra a tratar brevemente los acontecimientos desagradables, o incluso a silenciarlos por completo, como por ejemplo los antecedentes de su elección" (Hagel).[688]

Igual que sucediera en el Imperio Romano, también la situación eclesiástica en Alejandría resultaba desconcertante, y no sólo entonces.

Ya durante la persecución de Diocleciano se produjo en Egipto un cisma, lo mismo que en el norte de África con la disputa de los donatistas. Por precaución, el patriarca Pedro desapareció de la escena, con lo que el rigorista Melicio, obispo de Licópolis, usurpó los derechos del alejandrino huido, no pudiendo hacer desaparecer el cisma ni con su martirio (311). Siguió existiendo como la "Iglesia de los mártires", a pesar de la excomunión de Melicio en el año 306, al que finalmente se desterró a las temidas minas de Faino (Palestina), pero que siguió contando con cerca de un tercio del episcopado egipcio, 34 prelados. En el Concilio de Nícea, no estando excomulgados pero tampoco reconocidos del todo, sus partidarios intentaron presentar un candidato propio a la muerte del patriarca Alejandro. Sólo esto puede explicar que de los 54 obispos reunidos en Alejandría únicamente siete, una precaria minoría, eligieran a Atanasio, que sin embargo aparentó ante Constantino la existencia de unidad para recibir de él una carta congratulatoria.[689]

18

Probablemente como Pablo y como Gregorio VII, Atanasio—una de las personalidades más discutidas de la historia (incluso hoy siguen siendo objeto de controversia algunos de los datos sobre su vida) —era bajo y débil; Juliano le llama "homúnculo". Sin embargo, lo mismo que Pablo y Gregorio, cada uno de los cuales era un genio del odio, este clérigo, el más obstinado de su siglo, compensaba su escasa presencia física con una enorme actividad. Fue uno de los personajes eclesiásticos que con mayor tenacidad y falta de escrúpulos indujo a errores. Sin embargo, los católicos le declararon padre de la Iglesia, que es uno de los máximos honores, para lo que se ajustan los hechos: "Violencia brutal contra los adversarios a los que se aproximaba, malos tratos, palizas, quema de iglesias, asesinato" (Dannenbauer). Falta por citar el soborno y la falsificación; "imponente", si queremos utilizar el término empleado por Erich Caspar, pero "totalmente desprovisto de rasgos humanos atractivos". De manera análoga se manifiesta Eduard Schwartz sobre esta "naturaleza humanamente repulsiva, pero soberbia desde el punto de vista histórico", y deja constancia de"la incapacidad de distinguir entre política y moral, la ausencia

---

[688] Socr. 1,15; 1,23,3. Soz. 2,17,4 s; 2,25,6. Athan. apol. c. Ar. 6,4. Epifan. pan. 68,7,3 s. Gentz, Athanasius RAC 11860. Pauly-Wissowa 4. Hbbd. 1970, 1935 s. Según esta fuente, Atanasio nació alrededor del 300. Kraft, Kirchenváter Lexikon 60. Donin III 16. Lippl VI. Hagel 76. Schwartz, Kaiser Constantin 158 s. Heiler, ürkirche 158. V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 72, 77. Camelot, Athanasios LThK 2.a ed. 976 s. Maier, Verwandiung 56, 154. Joannou 37 s.

[689] Soz. h.e. 2,17,4; 2,25,6, Philostr. h.e. 2,11. Vogt, Constantinus RAC III 339. LThK 1.a ed. VII 67 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 373 s. K. Müller, Beitráge 12 s. Kettier 155 s. Honn 171 s. Lietzmann, Geschichte 89 s. Nordberg 10 s. Girardet, Kaisergericht 52 s.

de cualquier duda sobre su propia autolegitimidad". El teólogo Schneemelcher, por el contrario, hila más fino, distinguiendo los "panfletos de política eclesiástica de Atanasio [...] con su aborrecible polémica y su falta de veracidad" de sus "escritos dogmáticos, que alegran el corazón de la ortodoxia", y considera a Atanasio como un hombre "que quiere ser teólogo y cristiano y que sin embargo se queda siempre en su naturaleza humana", lo que quiere decir que el teólogo y cristiano, lo mismo que muchas de sus acciones, aúna la ortodoxia gratificante con el odio y la mentira. El propio Schneemelcher cita las "intrigas" y "los impulsos violentos de los jerarcas", y con razón considera que la imagen no mejora "por las acciones de la otra parte, que se encuentran exactamente al mismo nivel". (De lo que resulta la tesis principal: "La política de la Iglesia es, en último término, siempre injusta".) Sin embargo, Atanasio, que trabajó "con todos los medios de la difamación" y que "en más de una ocasión rozó los límites de la alta traición", tal como escribe su admirador Von Campenhausen, no retrocedía ante la liquidación del adversario, como atestiguan numerosos contemporáneos. Un "hombre sanguinario", según afirmaba en el año 255 el competente Constancio de Milán, que se ríe "taimado en la cara de todo el mundo". O, como dice su sucesor, el emperador pagano Juliano: un sujeto que se crece cuando arriesga su cabeza. O bien, resumiendo de boca del católico Lippl: "Su vida y su obra son una parte muy importante de la historia de la Iglesia".[690]

19

Pero quizás el "papa" alejandrino fue el primero en invocar el grito de lucha: libertad de la Iglesia frente al Estado, si no contamos con que los donatistas ya preguntaban con anterioridad: ¿Qué tiene que ver el emperador con la Iglesia? Pero igual que ellos, Atanasio gritó tan sólo porque el Estado, el soberano, estaba en su contra, puesto que, naturalmente, el santo apreciaba también para sí la opresión y el poder, y era "a menudo tan brutal como su contrincante" (Vogt). San Epifanio (cuyo fervor religioso contrastaba, como es bien sabido, fuertemente con su inteligencia), venerado como "patriarca de la ortodoxia", testifica sobre Atanasio:

"Si se le oponía resistencia, recurría a la violencia". Pero si la violencia le afectaba a él mismo, como sucedió en el año 339 con la entrada en Alejandría del amano Gregorio, declara: "Un obispo no tendría nunca que haberse introducido con ayuda del amparo y la fuerza de quien ostenta el poder mundano". Cuando la violencia le afectaba, como en los años 357-358 huyendo de los funcionarios de Constantino, predica patéticamente la tolerancia y condena la fuerza como signo de la herejía.[691]

Pero esto siguió siendo siempre la política de una Iglesia que cuando se veía vencida predicaba la tolerancia y la libertad frente a toda opresión, pero que al acceder

---

[690] Juliano ep. 61 (Weis). Greg. Nac. or. 21,26. Camelot, Athanasios LThK 2.a ed. 1977. Gógler 944 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 60, 188 s. Lippl V. Caspar, Papsttum 1139. Schwartz, Kaiser Constantin 147 s. (= 1.a ed. 1913,158 s.). V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 72 s. Stratmann III 17. Rahner, Kirche und Staat 129, 125. Maier, Verwandiung 56 s. Dannenbauer, Entstehung I 354. Schneemelcher, Aufsátze 20,285. Y en 1970, el santo padre de la Iglesia atestigua en la recopilación editada con imprimátur eclesiástico por P. Manns "Reformer der Kirche": "Ejerció el poder sin miramientos, era enérgico hasta la violencia". V. 176.

[691] Aman. hist. Arian. 33,1 s; 67,2. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius 388. Caspar, Papsttum 1144,153. Vogt, Constantin 203 s. (= 2.a ed. 1960, 200 s.). Komemann, Romische Geschichte II 397. Daniel-Rops, Apostel und Mártyrer 626. Hernegger 200. Chadwick, Die Kirche 153. Klein, Constantinus II 105 s.

a la mayoría, al poder, no retrocede ante la coacción y la infamia. Pues la Iglesia cristiana, especialmente la católica, nunca aspira a la libertad, a la libertad esencial, sino únicamente a su propia libertad. ¡Nunca busca la libertad de los otros! Diciendo que en nombre de la fe, pero realmente por sus ansias de poder, destruye toda conciencia y necesidad de libertad y, siempre que puede, insta al Estado a que proteja sus "derechos", para arruinar los derechos del hombre, y así durante siglos.

Cuando fue la Iglesia católica la del Estado, Optatus de Mileva aprobaba en 366-367 luchar contra los "herejes", incluso pasándolos por las armas. "¿Por qué—se pregunta el santo— habría de estar prohibido vengar a Dios [!] con la muerte de los culpables? ¿Se quieren pruebas? Hay miles en el Antiguo Testamento. No es posible dejar de pensar en terribles ejemplos [...]." ¡Y no hacen falta los textos de las Sagradas Escrituras! Sin embargo, cuando los arríanos estaban en el poder, los católicos se presentaban como defensores de la libertad religiosa. "La Iglesia amenaza con el exilio y la cárcel—se lamentaba San Hilario—, quiere llevar a la fe por la fuerza, ella, a la que antes se creía en el exilio y la cárcel. Persigue a los clérigos, ella, que fue propagada por los clérigos a los que se perseguía. La comparación entre la Iglesia de antaño, hoy perdida, y lo que tenemos ante nuestros ojos, clama al cielo." De manera análoga apela Atanasio al emperador Constantino, que estaba de parte de los católicos.

20

Sin embargo, cuando Constantino apoyó a los arríanos, Atanasio abogó por la *libertas ecclesiae* y la política del emperador se volvió de pronto "inaudita", convirtiéndose éste en el "patrón del ateísmo y de la herejía", en precursor del Anticristo, comparable al demonio en la tierra. Atanasio no dudó ni un momento en injuriarle gravemente de manera personal, tratándole de hombre carente de razón y de inteligencia, amigo de los criminales... y de los judíos. "Con espadas, lanzas y soldados no se anuncia la verdad—afirma. El Señor no ha empleado contra nadie la violencia." Incluso el jesuita Sieben admite "que Atanasio se vio obligado a hacer afirmaciones de este tipo por las dificultades que le causaba la persecución. En cuanto la facción de Nícea alcanzó la supremacía y gozó de la atención del emperador, no se elevaron esos tonos". No obstante, el mismo Atanasio pudo dedicar a ese mismo emperador, cuando esperaba recuperar mediante él su sede episcopal, numerosos panegíricos, elogiando con nuevos atributos su humanidad y su clemencia, incluso agasajándole como a cristiano que desde siempre había estado lleno de amor divino. En su *Apología ad Constantinum,* publicada en 357, corteja al soberano de un modo repugnante. No obstante, en el año 358, en su *Historia Arianorum ad monachos,* le colma de desprecio y odio. Atanasio cambia constantemente de opinión acerca del emperador y del Imperio, adaptándose u oponiéndose, según la situación, según las necesidades. Durante su tercer destierro se atrevió incluso a la rebeldía franca contra su señor (cristiano). Sin embargo, la muerte temprana de Constantino le evitó tener que sacar conclusiones acerca de esas consideraciones.[692]

[692] Athan. de synod. 31,3. Histor. Arian. 30; 33; 44 s; 49 s; 52,3; 67 s; 74 s. Optat. Mil. de schism. Donatist. 3,6 s. Hilar. Poit. c. Auxent. 3 s. Gentz, Athanasius 863. Camelot, Athanasios LThK 2.a ed. I 978 s. Lauchert (una mala apología) 74 s. Hagel 70,75 s, 78. V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 79. Kühner, Gezeiten der Kirche 115 s. Sieben 44 s.

Otras difamaciones de Atanasio, falsificaciones y la muerte de Arrio

Lo mismo que al emperador, Atanasio, por supuesto, también atacó y difamó a Arrio.

Habla constantemente del "desvarío de Arrio", de su "aberración", de sus "discursos deplorables y ateos", de sus "actitudes desabridas y rebosantes de ateísmo". Arrio es "el mentiroso", "el impío", el precursor del "Anticristo". E igualmente se enfurece contra todos los otros "farsantes del desvarío amano", los "malintencionados", los "pendencieros", los "enemigos de Cristo", "los impíos que han caído en la irreflexión", "en la trampa del diablo". Todo lo que dicen los arríanos es "palabrería sin sentido", "artificio", "simple alucinación y devaneo". Les achaca "hipocresía y fanfarronería", "futilidades necias y sin sentido", un "abismo de irreflexión" y constantemente "ateísmo". "Pues les están vedadas las Santas Escrituras, ya que desde todas partes se les declara culpables como insensatos y enemigos de Cristo." Afirma "que los arríanos, con su herejía, luchan contra nosotros sólo aparentemente, pero en realidad llevan la lucha contra la misma divinidad". "Usted sabe — escribía en 1737 Federico II de Prusia al emisario sajón Von Suhm —, que la acusación de ateísmo es el último refugio de todos los difamadores."[693]

21

Sin embargo, Atanasio también vilipendiaba despiadadamente, tachándoles de "arríanos", a todos sus adversarios personales e incluso, lo que históricamente es falso, a toda la teología antioqueña. Al que se le opone "le declara sin piedad, en tono de máxima indignación, como hereje notorio" (Domes). El santo padre de la Iglesia, que se vanagloria diciendo "los cristianos somos nosotros y sabemos apreciar el mensaje de alegría del Redentor", manifiesta acerca de los cristianos de fe distinta: "Son el vómito y las heces de los herejes"; acosa diciendo "que su doctrina induce al vómito", que esa doctrina "la llevan en su bolsillo como inmundicia y que la escupen como una serpiente su veneno". Los arríanos incluso superan "la traición de los judíos con su difamación de Cristo". No puede decirse nada peor. Y "de este modo los desgraciados deambulan como escarabajos [!] y buscan con su padre, el diablo [!], pretextos para su "ateísmo", tomando prestado para ello "los libelos" de los judíos, y "de los paganos el ateísmo".[694]

Atanasio "no es simplemente el animoso defensor de la ortodoxia [...] el abogado literario de la fe de Nícea que más éxitos cosechó", no, "Atanasio justifica al cristianismo" incluso "frente al paganismo y el judaísmo [...] de un modo fundamentado y afortunado". Es decir, el defensor de la *verafides,* la "gran potencia espiritual de la vida eclesiástica de su tiempo" (Lippl), ensucia también a judíos y a paganos, lo mismo que a todo lo que no le conviene. La "demencia" de los arríanos es "judía", "judaísmo bajo el nombre de cristianismo", "absurdidad de los judíos actuales". Los arríanos hacen lo mismo que "los judíos", que "intentaron matar al

---

[693] Athan. c. Arian. 1,4 s; 1,10 s; 1,14; 1,23; 1,64; 2,1; 2,3; 2,7; 2,25; 2,32 s; 2,50 s; 3,28. Cf. también Athan. de decr. 21; 27,1; 29. ad Serap. 4,9 entre otros muchos Frankenberg, Friedrich der Grosse 1149.

[694] Athan. c. Arian. 2,30; 2,43; 3,16; 3,28. Dorrie en: Lexikon der alten Weit 297, 369. Schneemelcher, Aufsätze 336. Doerries, Die Vita Antonii ais Geschichtsquelle, en: Nachr. d. Akad. d. Wissensch. in Góttingen, phil.-hist. Kl. 1949, 357 s, cita según Tetz 163 s.

Señor", que "perdieron el juicio", que son "todavía peores que el diablo". Y los paganos hablan igualmente "con lengua difamatoria", se les "ha eclipsado la mente", son "necios", "borrachos y ciegos", llenos de "ignorancia", "necedad", "fetichismo", "idolatría", "ausencia de Dios", "ateísmo", "mentira", deben "fracasar", etcétera, etcétera.[695]

Ya conocemos este celo y esta rabia cristianos contra cualquier otra fe, que se han mantenido a lo largo de los tiempos. El hecho de que Atanasio no sólo carece de escrúpulos sino que posiblemente incluso se cree mucho de lo que predica, no hace más que empeorar las cosas, hacerlas más peligrosas y fomentar el fanatismo, la intolerancia, la obstinación y la vanidad de quien no duda nunca de sí, quizás ni siquiera de su causa, de su "derecho".

22

La escandalosa elección del santo dio lugar a la instauración de un antiobispo y en muchos lugares a que se produjeran tales tumultos callejeros que el emperador Constantino, en el año 332, se quejó por escrito a los católicos de Alejandría, impresionado por el penoso espectáculo de los hijos de Dios, diciendo que no eran ni un ápice mejores que los paganos. Un emisario de Atanasio, el presbítero Macario, destrozó en una iglesia meleciana el sillón episcopal y volcó el altar, rompiendo con ello el cáliz de la Santa Cena. Y el propio Atanasio continuó con "su propia política de pacificación" (Voelkl), de apaleamientos, encarcelamientos y expulsiones de los melecianos. (Unas epístolas en papiro descubiertas recientemente demuestran que estas acusaciones están justificadas.) Juan Arcaf, el sucesor de Melecio, afirmó incluso que por orden de Atanasio se había atado al obispo Arsenio a una columna y se le había quemado vivo. El santo tuvo que responder por ello ante la corte y en dos sínodos. Con el emperador salió bien librado, pero no compareció ante un sínodo convocado en la primavera del año 334 en Cesárea, Palestina. Sin embargo, en el sínodo imperial del verano de 335, en Tiro, donde se incriminaron los antecedentes de su elección, los injustos impuestos de su gigantesca provincia eclesiástica, el menosprecio hacia el sínodo de Cesárea, múltiples actos de violencia, lascivia y muchas otras cosas, mostrándose incluso una mano cortada del "asesinado" Arsenio, hizo acto de presencia con numerosos prelados y con aquel a quien se daba por muerto (que pudo asimismo mostrar su mano ilesa). No obstante, los obispos contrarios le tacharon de "hechicero", hablaron de "engaño" y se dispusieron a "hacerle pedazos y matarle de forma cruel" (Teodoreto).

La comisión investigadora sinodal — que no dirigió el enviado imperial Dionisio, como afirma Atanasio, al menos para evitar lo peor, sino que la vigiló sin participar probablemente en ella — en realidad "se esforzó mucho", según afirma un teólogo actual, por arrojar algo de luz en este oscuro asunto. En las actas aparecen afirmaciones que no concuerdan con la acusatoria. "Aunque con ello se destruyó la leyenda del acto violento durante el servicio religioso, se confirmó el hecho de la entrada de Macario, el derribo del altar y la rotura del cáliz" (Schneemelcher). Atanasio abandonó en secreto la ciudad para evitar tener que someterse. Sin embargo, los arríanos o (y) los eusebianos defendieron siempre como justa su destitución en Tiro, producida el 10 de septiembre y confirmada por Constantino;

[695] Athan c. Arian. 2,15 s; especialmente 2,17; 2,42; 3,27 s; c. gentes 1; 9 s; 19; 23; 25. Theodor. h.e. 1,31. Lippl XVIII s. Cf. después también Klein, Constantinus n 87.

hasta la muerte de este último, dicha destitución fue la base jurídica de su actuación frente a los jerarcas. Sin embargo, el obispo de la corte, Eusebio, uno de los enemigos mortales de Atanasio, logró aumentar su influencia sobre el emperador, y en particular sobre su hermanastra Constancia, una cristiana convencida y seguidora de Arrio. Eusebio fue deshancando sistemáticamente a sus contrincantes, de modo que los arríanos (muchos de los cuales, sobre todo los de mayor influencia, aunque no defendían la doctrina original de Arrio tampoco comulgaban con la fórmula de Nícea) fueron ganando terreno y los obispos de los católicos hubieron de exiliarse, incluso Atanasio, a quien al final hubo que amenazar con una huelga de los trabajadores del puerto, lo que suponía el corte de los suministros de grano de Egipto. El 7 de noviembre, una semana después de su llegada a Constantinopla, Constantino, cuyas simpatías hacia los católicos se habían ido enfriando, le relegó sin darle audiencia, desatendiendo incluso las peticiones de san Antonio, y le envió al otro extremo del Imperio Romano, a Tréveris (elegía siempre lugares de recreo como destierro para los clérigos).[696]

23

Ordenó al obispo de la capital que admitiera de nuevo a Arrio en comunión. Sin embargo, desde 336 la sede patriarcal de Constantinopla la ocupaba Pablo, un íntimo amigo de Atanasio y no menos brutal que él. Y precisamente allí, en Constantinopla, en el año 336, inmediatamente después de ser readmitido en la Iglesia, Arrio murió de manera súbita y misteriosa en la calle, al parecer cuando iba a tomar la comunión, o quizás en el camino de regreso; para los católicos fue un castigo divino, para los arríanos un asesinato. En un relato lleno de detalles, Atanasio explica veinte años después que Arrio había expirado en respuesta a las oraciones del obispo del lugar: que reventó en unos lavabos públicos y que desapareció entre el estiércol..., una "odiosa leyenda" (Kühner), una "historia falaz" (Kraft), "que desde entonces permanece arraigada en la polémica popular, pero que al lector crítico se le revela como el informe de una muerte por envenenamiento" (Lietzmann).[697]

---

[696] Athan. apol. c. Arian. 61 s; 71 s; 86 s. Theodor. 1,27 s. Zit. 1,34. Soz. 2,25,1 s; 2,28; 2,31; 2,35. Rufin h.e. 10,16 s; Socr. 1,29; 1,34. Euseb. V. C. 4,41 s. Gela& Cyz. h.e. 3,17 s. Schneemelcher, Aufsätze 300 s. RAC VI 1060 menciona todas las fuentes sobre el sínodo de Tiro. Kraft, Kirchenváter Lexikon 199. Pauly I 1283 s; LThK 1.a ed. 1637, III 345 s. Seeck, Untergang 161. Schwartz, Zur Geschichte 367 s, 413 s. El mismo, Kaiser Constantin 163 s. Pfáttisch 169 s. Lippl 9 s. Stein, Vom r6mischen 166 s. Hagel 28 s, 34 s. Bell, Jews 58 s. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 40. Lietzmann, Geschichte III 118 s. Honn 171 s, 184 s. Greenslade 20. Vogt, Constantin 242. Doerries, Der Selbstzeugnis 96. Kraft, Kaiser Konstantin 253 s. Voelkl, Der Kaiser 195 s, 208. Schneemelcher, Zur Chronologie 400. Aufsátze 298 s, 304 s. Schäferdiek, Zur Verfasserschaft 177 s, especialmente 185 s. Lorenz, Nachsynode 31 s. Wojtowytsch 91 s. Chadwick 153. Kühner, Gezeiten der Kirche 120 s. Baus, Von der Urgemeinde 456. Girardet, Kaisergericht 57 s, 66 s.Atanasio llegó probablemente en febrero de 336 a Tréveris, puesto que para el trayecto Constantinopla-Tréveris en el "cursus clabularis", el correo estatal, un tiro de bueyes que recorría diariamente 35-40 kilómetros, se necesitaban aproximadamente 90 días; cf. Schmailzl 106. Joannou 38 s. A finales del siglo IV y en el siglo v, cuando no se podían exhibir mártires propios pero se proporcionaban mártires a los paganos, se acostumbraba llamar confesores a todos los clérigos exiliados, es decir, se les daba el título de "adeptos" de la época de los mártires. A algunos de ellos incluso se les veneró más tarde oficialmente como "mártires", como en el caso de Eusebio de Vercelli, que es bien sabido que en 363 regresó del exilio y dirigió todavía durante ocho años su diócesis. También los "herejes", por ejemplo los monofisistas, han "concedido la corona de mártires" naturalmente a todos los obispos, sacerdotes y monjes exiliados. Jerón. ep. 3,2. Kótting, Die Stellung des Konfessors 22 s. Sobre la enorme patraña de los "mártires", ampliamente: Deschner, Hahn 334 s, especialmente 349.

[697] Athan. c. Arian. 1,1. Hist. Arian. 51,1. ep. ad Serap. de morte Arii. Socr. 1,37 s. Soz. 2,29 s. LThK 1

Quien de este modo lanza literalmente al lodo a un enemigo es capaz de todo, no sólo como político de la Iglesia sino también como escritor religioso. Aunque expertos como Schwartz atestiguan su "incapacidad estilística" y Duchesne apunta de forma poco afable que "le era suficiente con saber escribir [...]", el "padre de la ortodoxia", conocido también como "padre de la teología científica" (Dittrich), el padre de la Iglesia honrado con el atributo de "el Grande", poseía indudablemente un talento cuasi literario: fue un falsario ante el Señor. No se limitó a adornar su *Vita Antonii* (que desempeñó un papel importante en la conversión de Agustín, fue arquetipo de las vidas de santos griegas y latinas y durante siglos inspiró la vida monástica de Oriente y Occidente) con milagros cada vez más disparatados, sino que falsificó también documentos en el peor de los estilos, por así decirlo. ¿Sorprende a alguien, pues, que asimismo bajo el nombre de este famoso falsificador se falsificaran "innumerables" escritos? (El teólogo Von Campenhausen prefiere decir: "puestos bajo la protección de su nombre".)[698]

24

"¡Deja a los vivos un recuerdo que sea digno de tu vida, nobilísimo padre!", incitó san Basilio en cierta ocasión a san Atanasio.[699] Y dejó falsificaciones para difamar a Arrio por un lado y por el otro para su propia justificación.

Una larga epístola, en forma de carta del emperador Constantino dirigida a Arrio y los arríanos, procede de nuestro padre de la Iglesia, al menos en su mayor parte. En ella cubre a Arrio — intelectualmente superior a él — con toda una serie de impertinentes inventivas: "soga de ahorcado", "triste figura", "impío, maligno, pérfido", "embustero", "chiflado", etcétera. Y en otra carta escrita por Atanasio quince años después, tras la muerte de Constantino y redactada en su nombre, quería ver condenados a muerte a todos aquellos que conservaran siquiera fuese un escrito de Arrio, sin apelación ni clemencia.[700]

El padre de la Iglesia falsificó por dos veces un escrito de Constantino al Concilio de Tiro (335), que destituía legítimamente a Atanasio.

El hecho de que el primer soberano cristiano, muy apreciado por todos los creyentes, fuera su adversario, debió de tomarlo a mal el patriarca y considerarlo como un oprobio. Así, en la supuesta carta dirigida por Constantino al concilio, moderó con cuidado el juicio del soberano y lo presentó ante todos como consecuencia de calumnias políticas. En esta primera versión, contenida en su *Apología contra Aríanos,* una amplia colección de documentos con numerosas explicaciones, apenas pudo ir más lejos: diez años después de la muerte de

---

ed. VIII 47. Kraft, Kirchenváter Lexikon 56. Lippl X s. Seeck, Untersuchungen 33 s. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 40. Lietzmann, Geschichte III 125. Poppe 44 s. Kühner, Gezeiten der Kirche 121. Chadwick, Die Kirche 155. Lorenz, Nachsynode 25.

[698] Joh. Mosch. prat. spir. 40 LThK 1.a ed. 763. Siemers 90. Donin III 13. Lippl XVIII. Seeck, Urkundenfáischungen 4. H. 419. Schwartz, Kaiser Constantin 147 s. El mismo, Zur Geschichte des Athanasius 367 s. Dittrich 188. Para glorificación o justificación de Atanasio cf. también: Górlich 15. Stratmann III 46 s. V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 82 s. Voss 56. Cf. Deschner, Das Kreuz 414 Notas 27. El mismo, Hahn 399 s. Schneemelcher, Aufsátze 291 s. Duchesne cita según Palanque 53, para el que Atanasio es con todo un "extraordinario escritor". Igual de absurdo que el juicio de Peter Brown de que Atanasio habría sido un "griego intelectualmente refinado": Welten III.

[699] Basil. ep. 66.

[700] Athan. de decr. Nic. syn. 39 s. Kraft, Konstantins religióse Entwickiung 230 s.

Constantino, la posición política de éste en la Iglesia gozaba todavía de aceptación general. Sin embargo, en el posterior *Synodicum,* cuando ya no había testigos que pudieran recriminar a Atanasio la mentira, modifica por completo esa carta y hace que el emperador afirme: "Vimos a aquel hombre tan abatido y humillado que se apoderó de nosotros una indecible compasión, pues sabíamos que era ese Atanasio cuya santa mirada [!] es capaz de hacer que incluso los paganos reverencien al Dios del universo". El santo falsario hace que el emperador siga afirmando solemnemente que malos hombres le habían difamado, a él, Atanasio, pero que se habían refutado todas aquellas mentiras "y que después de que se le encontrara inocente en todos aquellos asuntos, nos le enviamos colmado de honores a su propia patria, devolviéndole en paz a los pueblos ortodoxos que él dirige".[701]

25

En realidad Atanasio, que como siempre no se amedrentaba "ante ninguna falsificación" (Klein), no consiguió llegar a Alejandría hasta el advenimiento del nuevo soberano después de la muerte de Constantino, el 23 de noviembre de 337.[702]

El "campo de batalla" de Alejandría bajo los patriarcas Atanasio y Gregorio

La salida de Atanasio en junio de Tréveris, la ciudad de Occidente que le había recibido triunfalmente y le había tratado de manera extraordinaria, fue el primer acto de gobierno de Constantino II, "un grave quebrantamiento de la ley y un gran agravio no sólo para Constantino, sino también para los obispos, a los que la sentencia cogió en Tiro" (Schwartz). (Por supuesto, Atanasio pensaba de los sínodos lo mismo que de la violencia. Eran buenos siempre que abogaran en su favor, la *causa Athanasii,* jactándose siempre de tener la mayoría. "Sin embargo, comparando número por número, los sínodos de Nícea son más numerosos que los particulares [...]." O bien: "En la sentencia votaron a nuestro favor [en Serdica] más de trescientos obispos [...]". Y mientras que para Nícea había "motivos racionales", los sínodos de los arríanos "se convocaban de manera forzada, por odio y ganas de polémica".) Durante el largo viaje de regreso, el repatriado aprovechó para establecer la paz a su manera en Asia Menor y Siria, es decir, ayudando a los católicos a recuperar el poder. Por esa razón, después de su campaña aparecieron por doquier los antiobispos, la discordia y nuevas escisiones. Puesto que: "Allí donde había antiobispos se producían con regularidad tumultos y luchas callejeras, tras lo cual el pavimento quedaba cubierto de cientos de cadáveres" (Seeck).[703]

Al regresar también los restantes desterrados a sus hogares patrios, floreció por doquier la ortodoxia. En primer lugar, se limpiaron a fondo las iglesias manchadas

---

[701] Athan. apol. c. Arian. (PG 25, 248-409). Socr. h.e. 1,13. Seeck, Urkunden-fáischungen 4. H. 399 s, especialmente 418 s.

[702] Sobre Klein cf. las pruebas en la nota siguiente.

[703] Athan. apol. c. Arian. 87 (PG 25,406 s) Hilar, frg. 3,8. Socr. 2,3. Theod. 2,2. Soz. 3,2. Philostorg. 2,18. Gentz, Athanasius RAC I 860. Camelot LThK 2.a ed. 1976. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius (1908) 372. Stein, Vom romischen 207 s. Seeck, Untergang 161, IV 52 s. Caspar, Papsttum 1138. V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 77. Lietzmann, Geschichte III 178. Kühner, Gezeiten der Kirche 121. Klein, Constantius II 29 s, 157. Sieben 40 s, 60 s. Cf. 202.

por los "herejes", aunque no siempre con agua de mar, como hicieran los donatistas. Estos obispos católicos practicaban unas costumbres más drásticas. En Gaza, el supremo pastor Asclepio hizo destruir el altar "profanado". En Akira, el obispo Marcelo arrancó a sus adversarios las vestiduras sacerdotales, les colgó del cuello las hostias "envilecidas" y les arrojó fuera de la iglesia. En Andrianópolis el obispo Lucio dio de comer a los perros el pan eucarístico y más tarde, cuando regresaron, negó la comunión a los participantes orientales del sínodo de Serdica, soliviantando incluso a la población de la ciudad en su contra; por ese motivo, con el fin de restaurar el orden, Constantino ordenó la ejecución de diez trabajadores del arsenal imperial. Naturalmente, los "apóstoles de la ortodoxia de Nícea" (Joannou) se vieron obligados a exiliarse de nuevo, y sin embargo, Atanasio elogiaba a estos y otros héroes de su partido. "Ankyra lloraba por Marcelo", escribe, "Gaza por Asclepio", y a Lucio "reiteradas veces" los arríanos "le habían encadenado y así le martirizaron hasta la muerte".[704]

26

En su propia sede episcopal, la metrópoli egipcia, "un auténtico campo de batalla" (Schulze), ocupaban el cargo dos patriarcas. Pisto, el obispo amano a quien de nuevo Atanasio acusaba de "ateísmo", y él mismo.

Las intervenciones de la policía y de los militares, las expulsiones, los incendios y las ejecuciones se sucedían sin fin, lo que no impide que Atanasio afirme sin reparos que el pueblo de Alejandría está de su lado, aunque fuera más bien al contrario.[705]

El primer acto oficial, por así decirlo, del repatriado a finales de noviembre del año 337 fue interrumpir el suministro de grano, destinado por el emperador a dar de comer a los pobres, a todos los partidarios de su oponente, para apaciguar con el excedente a los nuevos miembros de su guardia pretoriana. También le favoreció la presencia de su maestro san Antonio, al que había hecho acudir desde el desierto y que se presentó con infinidad de milagros y acciones antiarrianas. En el invierno de 338-339 los arríanos, que consideraban a su obispo Pisto demasiado tibio, nombraron con un procedimiento muy poco canónico al presbítero Gregorio de Capadocia como antiobispo, tras haber renunciado a serlo Eusebio de Emesa. El obispo Pisto desapareció sin dejar rastro. El patriarca Gregorio, un erudito cuya gran biblioteca es objeto de elogios por parte del que más tarde sería el emperador Juliano (y que tras la muerte de Gregorio quedó en Antioquía), llegó a Alejandría en cuaresma, en marzo de 339. Lo hizo acompañado de militares y de Filagrio, el gobernador de Egipto, hombre acreditado que gozaba de gran aprecio en Alejandría y que fue nombrado por el emperador a petición de una embajada de la ciudad. Arríanos, melecianos, paganos y judíos asaltaron unidos las iglesias católicas. La iglesia de Dionisio fue pasto de las llamas (en el sínodo de Serdica se acusó a Atanasio del incendio). Los católicos fueron sometidos a una dura persecución, se confiscaron sus bienes, se apaleó y encarceló a los monjes y a vírgenes santas, se encendieron

[704] Athan. hist. Arian. 15. Apol. de fuga sua c. 3. Hilar. Poit. frg. 3,9 (PL 10,665). frg. A 4 (CSEL 65,48 s; PL 10,668). Socr. h.e. 2,20. Sozom. h.e. 3,8; 3,11. Epiphan. de haer. 72,2 s. Gentz, Athanasius RAC I 860. Joannou 49 s, 61 s, 82 s, especialmente 88 s. Wojtowytsch 95 s. Klein, Constantius II 77 s, 79 Notas 155.

[705] Athan. ep. encycl. 6,2. Schuitze, Geschichte 11 328. Schneemelcher, Aufsátze 325 s. Klein, Constantius II 107.

velas ante ídolos y el baptisterio se utilizó como baño, Atanasio, que recordó los sufrimientos del Antiguo y del Nuevo Testamento e incluso la Pasión de Cristo, había ya bautizado previamente en la iglesia de Teonas a su rebaño a fin de darle fuerzas para la batalla que se avecinaba y convocarle a la sublevación. Después se puso él mismo a salvo y durante la Santa Pascua organizó, desde su escondrijo, nuevos tumultos. Pero a mediados de marzo de 339 huyó a Roma con una demanda criminal a su espalda, dirigida a los tres emperadores y que le acusaba de nuevos "asesinatos". (Sin embargo, en este caso no pudo utilizar el correo imperial como solía hacer en sus destierros y viajes. Se desplazó por vía marítima.) Los suyos quemaron la iglesia de Dionisio, el segundo "templo divino" en cuanto a tamaño de Alejandría, para que así pudiera escapar al menos de la profanación "herética".[706]

27 Mientras que con ayuda del Estado el obispo Gregorio ejerce un mando riguroso, Atanasio, con otros príncipes de la Iglesia depuestos, se establece en Roma junto al obispo Julio I, que casi con la totalidad de Occidente es partidario del concilio niceno. Por primera vez en la historia de la Iglesia, prelados excomulgados por sínodos orientales obtienen su rehabilitación en un tribunal episcopal occidental. Los únicos a los que conocemos con certeza son Atanasio y Marcelo de Anquira, el profanador de clérigos y hostias mencionado antes. Tras demostrar su "ortodoxia" Julio I les admitió, junto con los restantes fugitivos, en la comunión de su iglesia. Y es aquí, en Roma y en Occidente, que adquiere una importancia decisiva para su política de poder, donde Atanasio trabaja hacia "un cisma de las dos mitades del Imperio" (Gentz), que se plasma en el año 343 en el sínodo de Serdica. Los arrianos, furiosos por la intromisión de Roma, "sorprendidos en grado sumo", como se señala en el manifiesto que presentaron en Serdica, excomulgan al obispo Julio I, "el autor y cabecilla del mal". Y mientras que Atanasio incita los ánimos y se sirve para su "causa" de una de las mitades del Imperio contra la otra, de modo que la lucha por el poder del obispo alejandrino se convierte en la lucha por el poder de Roma, la religiosidad alcanza en Oriente puntos culminantes.[707]

Antíoquía y el cisma meleciano

Desde hacía mucho tiempo las divisiones escindían la gran sede patriarcal de Antioquía. La actual Antakya turca (28.000 habitantes, de ellos 4.000 cristianos) no deja entrever lo que fue antaño: la capital de Siria, con quizás 800.000 habitantes, la tercera ciudad en importancia del Imperio Romano—después de Roma y Alejandría—, la "metrópoli y ojo" del Oriente cristiano.

Situada no muy lejos de la desembocadura del Oronte en el Mediterráneo,

[706] Greg. Nac. or. 21,28. Athan, Vita Antonii 69 s. Hist. Arian. 10 s. apol. c. Arian. 18 s; 72. de syn 22. ep. ene. 2 s. Socr. 2,8 s. Soz. 3,5 s. Synodaischreiben von Serdica: CSEL 65,55,5. Gentz, Athanasius RAC I 860 s. Camelot, Athanasios LThK 2.a ed. 1976. Lucas 7. Grisar, Geschichte Roms 253. Lippl XI. Seeck, Untergang IV 51 s. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius (1911) 473 s, 485 s. Stein, Vom romischen 207 s. Hagel passim. Joannou 36 s, 46 s, 53 s, 60. Schmailzl 103 s, 106. Kühner, Gezeiten der Kirche 122. Schneemelcher, Aufsátze 313 s, 327 s. Klein, Constantius II 35 s, 68 s, 106. Wojtowytsch 96 s.

[707] Gentz, Athanasius RAC 1860 s. Girardet, Kaisergericht 80 s, 162. V. también Notas 48. 257

edificada de manera majestuosa por los ostentosos reyes sirios, famosa por sus lujosos templos, iglesias, calles porticadas, el palacio imperial, teatros, baños y el estadio, centro importante del poder militar, Antioquía desempeñó desde el principio un gran papel en la historia de la nueva religión. Fue la ciudad en la que los cristianos recibieron su nombre (de los paganos, de los cuales tomaron todo aquello que no era de los judíos), la ciudad en la que predicó Pablo y entró ya en conflicto con Pedro, donde Ignacio agitó los ánimos, y donde la escuela de teología fundada por Luciano, el mártir, impartía sus enseñanzas, representando el "ala izquierdista" en el conflicto cristológico, y marcó la historia de la Iglesia de ese siglo, aunque la mayoría de los miembros de la escuela (incluso Juan Crisóstomo perteneció a ella) estuvieran acusados de herejía durante toda su vida o parte de ella. Arrio sobre todo. Antioquía, lugar de celebración de numerosos sínodos, sobre todo arríanos, y de más de treinta concilios de la antigua Iglesia, donde Juliano estuvo residiendo en los años 362-363 y escribe su diatriba *Contra los galileas,* donde Juan Crisóstomo vio la luz del mundo y se eclipsó. Antioquía se convirtió en uno de los principales bastiones de la expansión del cristianismo, "la cabeza de la Iglesia de Oriente" (Basilio) y sede de un patriarca que en el siglo IV regía las diócesis políticas de Oriente, quince provincias eclesiásticas con más de doscientos obispados. Por eso valía la pena pelear por "Dios", aunque todo se hacía sin orden ni planificación en los templos cristianos y los pobladores eran muy sensibles a las insinuaciones y volubles de opinión. De hecho, Antioquía estaba llena de intrigas y tumultos, sobre todo desde que en 330 los arríanos habían depuesto al santo patriarca Eustaquio, uno de los apóstoles más apasionados de la doctrina nicena, por "herejía", debido a su inmoralidad y a su rebeldía contra el emperador Constantino, que le desterró hasta su muerte. Sin embargo, en la época del cisma meleciano, que duró 55 años, de 360 a 415, llegó a haber tres y cuatro pretendientes que luchaban entre sí y que desgarraron en sus disputas tanto a la Iglesia oriental como a la occidental: paulinianos (integristas de Nícea), seguidores de la doctrina de Nícea, semiarrianos y arríanos.[708]

28

Hasta el "cuerpo sano de la Iglesia" (Teodoreto) ya estaba dividido, y no solamente había dos partidos católicos sino también dos obispos católicos. "Lo que les separaba — opina Teodoreto — era única y exclusivamente las ganas de disputar y el amor hacia sus obispos. Ni siquiera la muerte de uno de ellos puso fin a la división."[709]

En el cisma meleciano, Atanasio, junto con el episcopado egipcio, el episcopado árabe. Roma y Occidente, se decidió antes o después por Paulino de Antioquía (consagrado no sin ciertas irregularidades), al que había nombrado obispo Lucifer de Cagliari, aquel Lucifer que más tarde creó su propio conciliábulo en contra de la Iglesia católica. Frente a ello estaba la casi totalidad de Oriente, entre ellos los "tres grandes capadocios", los padres de la iglesia Basilio, Gregorio Nacianceno y san Gregorio de Nisa, así como el santo obispo Melecio de Antioquía, al que varias veces

[708] Gal. 2,1 s. Apg. 1,19 s. Euseb. h.e. 9,6,3. Ruffin h.e. 1,30. Socr. h.e. 2,44; 3,25. Sozom. h.e. 5,12; 6,4. Basil e.p. 66 s. (la cita 66,2). ep. 70; 203. Liban, or. 11,177 s. RAC 1461 s. LThK 1.a ed. 491 s; III 864. 2.a ed. 1648 s. ThRe IX 1982, 543 s. Baur 34 s, 57 s, 113 s. Según Baur, alrededor de 325 pertenecían a Antioquía unos 150 obispados; V. 35. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 40. Haller, Papsttum I 61 s. Beck, Theologische Literatur 28, 190 s. Downey 581 s. Tinnefeid 101 s, 114, 116 s. Aland, Von Jesús bis Justinian 62 s, 258 s. Dempf, Geistesgeschichte 105 s. Browning 213 s. Benoist-Méchin 192.

[709] Theodor. h.e. 3,4

desterró durante años el emperador amano Valente y que tuvo como discípulo apasionado al padre de la Iglesia Juan Crisóstomo (que tras la muerte de Melecio abandonó su partido, aunque sin unirse al de Paulino). También el padre de la Iglesia Jerónimo se encontraba ante una disyuntiva: "No conozco a Vital, rechazo a Melecio y de Paulino no sé nada". Incluso Basilio, que llevaba las negociaciones con Roma, acabó arrepintiéndose de haber tenido relaciones con el "entronado" romano. Con ocasión del pomposo entierro de Melecio, en mayo de 381, san Gregorio afirmó provocativo, en presencia del emperador: "Un adúltero [Paulino] ha subido al lecho nupcial de la esposa de Cristo [se trata de la Iglesia antioquena ya unida a Melecio], pero la esposa ha quedado incólume". (Para Paulino, el "Padre", el "Hijo" y el "Espíritu Santo" eran una sola hipóstasis, mientras que para Melecio eran tres, igual que para los tres capadocios.) Todavía en el Concilio de Constantinopla (381) se produjeron violentos altercados entre los "padres" debido a la sucesión de Melecio. Paulino era entonces el único obispo en Antioquía, pero se eligió a Flaviano y Ambrosio protestó.

29

Además de los dos ortodoxos, Melecio y Paulino, junto con la "parte sana del pueblo", en Antioquía había también la parte "enferma" (Teodoreto) bajo el obispo amano radical Euzoio, que mandaba en casi todas las iglesias de la ciudad, así como toda una serie de sectas en competencia, masalianos, novacianos, apolinaristas, paulianos (seguidores del obispo Pablo de Samosata, que no deben confundirse con los paulinianos de Paulino) y muchas otras. El "cisma de Antioquía" duró hasta el siglo V y convulsionó a la ciudad con las revueltas producidas a causa de los conflictos sociales; en los años ochenta del siglo IV se produjeron varios levantamientos de la población hambrienta y explotada: en 382-383, 384-385 y 387. Al final, gran parte del pueblo sirio se decidió a favor de los "herejes", los jacobitas: en el siglo vi (en que Antioquía sufrió, en 526, un terremoto que al parecer costó un cuarto de millón de vidas humanas) el monje y clérigo Jacobo Baradai fundó la Iglesia monofisita siria. En vísperas de las cruzadas pertenecían todavía al patriarcado de Antioquía 152 obispados. Sin embargo, tanto las construcciones como las iglesias cristianas de la ciudad han desaparecido sin dejar rastro, lo mismo que sucedió en Alejandría.[710]

Situación análoga a la de una guerra civil en Constantinopla y amenaza de guerra desde el Occidente católico

En Constantinopla, a finales del año 338, vuelve a enviarse al exilio, encadenado, al furioso seguidor de Nícea, el arzobispo Pablo—el asesino de Arrio según los arrianos—, al que Constantino ya había desterrado al Ponto. (En realidad, las noticias sobre su vida y su destino son muy contradictorias.) Su sucesor, Eusebio de

[710] Basil. ep. 239. Socr. h.e. 2,44,1 s; 3,91 s; 4,12; 5,9; Sozom. 2,37; 4,28; 5,13,1 s. Theodor. h.e. 2,31 s; 3,5; 4,19. Historia Acephala 7. Epiphan. haer. 73,29 s. Philostorg. 4,4. Greg. Nac. de vita 1680 s. Greg. Nyss. or. in Meletium (PG 46,857). Lib. or. 19 s. LThK 1.a ed. 1492 s, III 864, V 255, 807, VII 65 s, VIII 21. 2.a ed. 1648 s. Lexikon der alten Weit 181. RAC 1461 s. Rauschen 98 s, 114 s. Grützmacher 1167 s. Baur I 35 s, 61 s. V. Campenhausen, Ambrosius 22. Haendier, Von Tertullian 114 s. Joannou 166 s, 188 s, 212 s. Tinnefeid 153 s. Chadwick, Die Kirche 167 s.

Nicomedia, el prominente protector de Arrio, muere unos tres años más tarde. Con autorización imperial. Pablo, que vive como exiliado con el obispo de Roma, regresa en el año 341. El fanático Asclepio de Gaza, también con el permiso de Constantino, vuelve de su destierro y prepara la entrada del patriarca, con toda una serie de muertes, incluso en el interior de las iglesias. Impera una "situación análoga a la de una guerra civil" (Von Haehiing).

30

Cientos de personas son asesinadas antes de que Pablo haga su entrada triunfal en la capital y excite los ánimos de las masas. Macedonio, el semiarriano que fuera su viejo enemigo, es nombrado antiobispo. Sin embargo, según las fuentes, la culpa principal de los sangrientos desórdenes en constante aumento es de Pablo. El general de caballería Hermógenes, encargado por el emperador en 342 de restablecer el orden—se trata de la primera intervención del ejército en un conflicto interno de la Iglesia—, es acorralado por los seguidores del obispo católico en la iglesia de Santa Irene, la iglesia de la paz, quienes, tras prender fuego al templo, dan muerte a Hermógenes, y arrastran su cadáver por las calles, atado por los pies. Partícipes directos: dos adscritos al patriarca, el subdiácono Martirio y el lector Marciano, según los historiadores de la Iglesia Sócrates y Sozomenos. El procónsul Alejandro consiguió huir. Tampoco en Constantinopla cesan las revueltas de religión; sólo en una de ellas, perdieron la vida 3.150 personas. No obstante, el patriarca Pablo, alejado por el propio emperador, es llevado de un lugar de destierro a otro hasta que muere en Kukusus, Armenia, presuntamente estrangulado por arríanos, y Macedonio queda durante mucho tiempo como pastor supremo único de la capital.[711]

Después del triunfo de la ortodoxia, en el año 381 se trasladó el cadáver de Pablo a Constantinopla y se le enterró en una iglesia arrebatada a los macedonianos. Desde entonces esa iglesia lleva su nombre.[712]

Es muy probable que la brutal entrada en escena del salvador de almas católico tuviera también un trasfondo de política exterior. Cuando se dividió el Imperio, la diócesis de Tracia, junto con Constantinopla, debió pertenecer al principio al territorio de Constante, aunque éste se la cedió en el invierno de 339-340 a Constancio en agradecimiento por su ayuda contra Constantino II. Sin embargo, en esa época se hallaba separado de su cargo y no parece improbable—tesis recogida de nuevo por historiadores jóvenes—que el patriarca Pablo estuviera ya preparando en Constantinopla la devolución de la ciudad al Imperio de Occidente.[713]

En cualquier caso, el emperador Constante, que apoya en Occidente a los partidarios de Nícea, buscaba también la influencia política en Oriente. No es casual que hiciera intervenir al obispo Julio I de Roma a comienzos de la década de 340.

---

[711] Hilar, frg. hist. 3. Athan. de syn. 22 s. apol. 20; 29,3; 30,1; hist. Arian. 7. apol. c. Arian. 6,25. apol. de fuga sua 3,6. Socr. h.e. 2,6 s.; 2,12 s. Soz. 3,4 s; 3,7,5 s; 3,5. Liban, or. 1,44; 1,59; 59,94 s. Theodor. h.e. 2,2; 2,5. RAC 1860. LThK 1.a ed. III 860 s, IV 760, VIII 47, IX 698. Kraft, Kirchenváter Lexikon 210. Altaner 203. Lecky II 159. Lippl. XI. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius (1904) 341; (1911) 479 s, 489 s, 511 s. Seeck, Untergang IV 52, 71 s. Stein, Vom rómischen 207 s, 233. Baur, Johannes 157. Caspar, Papsttum 1138 s. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 41. Telfer, Paúl of Constantinople 31 s. Tinnefeid 177 s. Klein, Constantius II 71 s. V. Haehiing, Die Religionszugehórigkeit 244 s.

[712] Socr. 5,9. Soz. 7,10. Rauschen 116

[713] La tesis formulada ya por Seeck "con buenas razones" (Klein), volvió a ser aducida sólo por Girardet y Klein. Cf. Klein, Constantius II 76 s. Al respecto Zos. hist. nov. 2,39,2.

Tenía que interceder ante Constancio en favor de Atanasio, Pablo y otros perseguidos y convocar un sínodo general, que contó con el apoyo de otros católicos influyentes. Un año después de que se condenaran mutuamente dos concilios, uno de Oriente y otro de Occidente, con Atanasio, en Serdica (Sofía) (aquí se inicia la escisión de la Iglesia producida en 1054 y que perdura hasta la actualidad), Constante protesta en Antioquía, su residencia en ese momento, a través de los obispos Vicencio de Capua y Eufrates de Colonia. (En el dormitorio del anciano pastor de Colonia se produjo un penoso incidente que costó el puesto a su iniciador, el obispo amano local Esteban; su sucesor, Leoncio, fue también "traidor como los escollos ocultos del mar".) Sin embargo, es evidente que detrás de estas intrigas de Occidente contra Oriente estaba Atanasio. Es el protegido y compañero de polémicas del obispo romano. Reaparece también varias veces en la corte imperial. Soborna con espléndidos regalos a los funcionarios de palacio, en especial a Eustasio, muy apreciado por Constante. Por último, acaba manteniendo una conversación en Tréveris con el propio soberano, que quiere conseguir de Constancio el regreso de los exiliados, incluso amenazando con la guerra. De manera escueta e insolente escribe a su hermano: "Si me avisas de que les restituirás su trono y que expulsarás a aquellos que les importunan sin razón, te enviaré a los hombres; pero si te niegas a hacerlo, has de saber que iré yo mismo y aunque sea en contra de tu voluntad devolveré los tronos a quienes les pertenecen".[714]

31

O sus sedes episcopales o la guerra. No parecía pequeña la seducción de atacar por la espalda al hermano en eterna lucha con los persas, sobre todo cuando el rey persa Sapur se disponía a un nuevo ataque en Nisibis. Sin embargo, a comienzos del verano del año 345, Atanasio consiguió en Aquileja, donde había pasado un año completo, que Constancio le reclamara. Con todo, fue primero a Tréveris, a la corte, allí "formuló sus quejas", hizo "reclamaciones y advertencias", en suma, despertó "en el emperador el fervor de su padre" (Teodoreto). Pero también Constancio se quejó en otro escrito, al que siguió un tercero, del retraso del obispo e invitó a "Monseñor a subir sin desconfianza y sin temor al correo estatal y acudir con presteza a nosotros [...]". Finalmente, Atanasio, con insistentes recomendaciones de Constancio para que se mostrara conciliador en la patria, partió en el verano de 346 de Tréveris hacia Roma, donde estuvo otra vez con el obispo Julio, y continuó después viaje a Oriente, reuniéndose en Antioquía con Constancio, que le recibió con benevolencia e hizo destruir todos los antiguos expedientes que había en contra suya. No obstante, esto no impidió que el patriarca, lo mismo que en su regreso del año 337, volviera a dar todo tipo de rodeos, a intrigar para que se nombrara a obispos de su agrado, que se expulsara a otros, a hacer que el obispo Máximo de Jerusalén convocara un pequeño sínodo que por mayoría acogiera de nuevo en la comunidad eclesiástica a los desterrados por los orientales en Serdica, y que enviara una recomendación exaltada al clero egipcio para que facilitara su regreso.[715]

---

[714] Athan. apol. ad Const. 4. Socr. h.e. 2,12; 2,22,5 s. Sozom. h.e. 3,10; 3,20. Theodor. h.e. 2,4; 2,8,55 s; 2,9 s. Rufin h.e. 10,20. Philostorg. 3,12. LThK 1.a ed. I 637. Lippl XI s. Seeck, Untergang IV 81 s. Stein, Vom römischen 210. Palanque 23. Neuss/Oediger 43. Chadwick, Die Kirche 158 s. Joannou 46 s, 78 s, 99 s. Schmailzl 106. Klein, Constantius II, 51 s, III s. Con detalles sobre el sínodo de Serdica (342): Schneemelcher, Aufsätze 338 s., especialmente 352 s.

[715] Athan. apol. c. Arian. 51; 54; 55. Apol. ad Const. 4. Hist. Arian. 21 s. Socr. h.e. 2,23 s. Sozom. h.e. 3,24. Theodor. h.e. 2,4; 2.11. Hagel 45 s. Schmailzl 108 s. Joannou 100 s. Klein, Constantius II 51 s, 79 s,

32

Regreso de Atanasio (346), nueva huida (356) y amparo durante seis años con una belleza veinteañera

Al cabo de siete años y medio de exilio, el 21 de octubre de 346, Atanasio entró de nuevo en Alejandría, donde el año anterior había muerto el obispo amano Gregorio, después de "haber sido perseguido durante seis años con más crueldad que contra un animal salvaje" (Teodoreto). Y tanto más bienhechor parecía el santo, incluso incuestionable hasta el asesinato de Constante (350). Sin embargo, ya que por Dios todo está permitido, incluso es obligación, tras la muerte de su benefactor occidental, Atanasio escribió en secreto a su asesino, Magnencio. Sus tropas se encontraban ya en Libia, en el territorio del patriarca egipcio. Por lo tanto, el patriarca intentó atraer a su causa al usurpador, y más tarde afirmaría que sus cartas a Magnencio habían sido falsificadas. (De falsificaciones no entendía únicamente este santo.) Después de que en 351 los eusebianos intentaran sustituir el credo de Nícea por la primera fórmula de fe sírmica (otras tres se añadieron en los años 357, 358 y 359), los concilios de Arles y Milán, de los que vamos a hablar en seguida, volvieron a derribarle, pues ya no había ahora ningún gobernante occidental que protegiera a Atanasio. No obstante, Constancio no logró expulsar a los alejandrinos. No fueron éstos sino el enviado del emperador, el notario Diógenes, el que al cabo de cuatro meses, el 23 de diciembre de 355, abandonó la ciudad. Hasta que no aparecieron en la noche del 8 al 9 de febrero de 356 el notario Hilario y el caudillo amano Sirianos "con más de 5,000 soldados, que llevaban consigo armas, espadas desenvainadas, arcos, flechas y mazas" (Atanasio) y cercaron la catedral del patriarca, produciéndose en el curso de la acción algunos heridos y muertos—no por su culpa, como recalcó Sirianos—, no buscó Atanasio poner tierra de por medio. Mientras que en la lucha cuerpo a cuerpo con las tropas caían varios de sus seguidores, huyó con los monjes del desierto.[716]

Pero hay una versión más sabrosa, incluso por parte eclesiástica.

Después de las ciudades mundanas de Tréveris y Roma, inició ahora Atanasio algo más íntimo, la relación con una doncella de unos veinte años y "de belleza tan extraordinaria—como "atestiguaba todo el clero"—que por ella y su belleza se evita cualquier encuentro para no dar motivo a las sospechas y los reproches de nadie".[717]

33

La historia no nos la relata un malévolo pagano sino el monje, y obispo de Helenópolis en Bitinia, Paladio, un buen amigo también de san Juan Crisóstomo. En

113 s. Wojtowytsch 116 s.

[716] Socr. 2,22 s. Soz. 3,20; 4,6; 4,9 s. Philostorg. 3,12. Theodor. 2,4; 2,8,55; 2,13; 2,15; 5,41. Athan. de fuga sua 24. apol. ad Const. 3 s.; 22 s. Hist. Ar. ad mon. 21 s; 31; 48; 52; 81. Epiphan. haer. 71,1. Gentz, Athanasius RAC I 861. Camelot, Athanasios LThK 2.a ed. 1977. 1.a ed. I 637. Lippl XIII. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius (1904) 342. Seeck, Untergang IV 50, 84 s, 100,135 s, 153 s. Stein, Vom römischen 210 s, 236. V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 79. Haller, Papsttum I 51. Stratmann III 43 s. Tetz 176 s. Klein, Constantius II 117 Notas 212.

[717] Pallad, hist. Laus. c. 63.

su famosa *Historia Lausiaca,* una fuente importante sobre el monacato antiguo, que en su conjunto "se aproxima mucho a la verdadera historia" (Kraft), el obispo Paladio habla de la muchacha a la que rehuía todo el clero para no provocar las malas lenguas. Pero fue distinto con Atanasio. Importunado súbitamente por los esbirros en su palacio, tomó "vestidos y manto y huyó en mitad de la noche hasta esta doncella". Ella le acogió amablemente, aunque también temerosa "a la vista de las circunstancias". Pero el santo la tranquilizó. Había huido sólo a causa de un "supuesto crimen", para no ser considerado un insensato "y para no hundir en el pecado a aquellos que me quieren condenar".[718]

¡Qué considerado! Y puesto que la toma por asalto de su catedral había costado heridos y muertos, que la nueva huida la habían censurado incluso los amigos y la habían ridiculizado sus enemigos, se defendió mediante referencias a celebridades bíblicas inspiradas por Dios que, lo mismo que él, habían escapado: Jacob de Esaú, Moisés del faraón, David de Saúl, etc. "Pues es lo mismo matarse uno mismo que entregarse a sus enemigos para que le maten." Atanasio siempre se las arreglaba para justificar sus actos. Sabía que huir era lo adecuado en ese momento, "preocuparse de los perseguidores para que su furia no desencadene la sangre y se vuelvan culpables". El hombre no pensaba en su propia vida cuando dejó a los suyos abandonados al destino, lo mismo que muchos valientes generales en la batalla. Censurarlo sería ingratitud frente a Dios, desobediencia a sus mandamientos. También podía aprovecharse la fuga para anunciar el Evangelio mientras se huye. Incluso el Señor, escribe Atanasio, "se escondió y huyó". "¿A quién hay que obedecer? ¿A las palabras del Señor o a las habladurías?"[719]

Desde luego, no todo el que huye encuentra cobijo con una bella mujer de veinte años. Atanasio tuvo la suerte o la gracia. "Dios me manifestó en esta noche: 'Sólo con ella podrás salvarte'. Llena de gozo dejó todos sus escrúpulos y se entregó por completo al Señor" (bien dicho). "Por lo visto ocultó al santísimo hombre durante seis años, mientras vivió Constancio. Lavó sus pies, se deshizo de sus desechos, se cuidó de todo lo que necesitaba [...]." Llama la atención que pone de manifiesto la gran santidad de Atanasio al mismo tiempo que su largo cobijo junto a la joven, espacio de tiempo que se confirma además en otras fuentes. Sin embargo, se supone hoy (a favor del santo) que se alojó con aquel encanto "sólo de manera transitoria" (Tetz), un concepto elástico. Aparte de que la convivencia de un clérigo con una doncella consagrada a Dios, una *gyná syneísaktos,* una "esposa espiritual", estaba muy extendida en los siglos III y IV, e incluía aun la comunidad más estrecha, la del lecho. Sin embargo, naturalmente, Atanasio estaba por encima de toda sospecha. "Me refugié en ella—se defiende—, porque es muy hermosa y joven [!]. Así he ganado por partida doble: su salvación, pues la he ayudado a ello, y [la salvaguarda del mi reputación." Algunos se mantienen siempre inmaculados. (En nuestro siglo, el que sería más tarde el papa Pío XII tomó a los 41 años como compañera una monja de veintitrés, hasta que él murió.)[720]

34

[718] Ibíd. Kraft, Kirchenváter Lexikon 404 s. LThK 1.a ed. VII 896 s. Altaner 188 s.

[719] Cf. al respecto Tetz 172 s.

[720] Pallad, hist. Laus. c. 63. Tetz 171. Vóóbus, Entdeckung 36, especialmente 40. Deschner, Das Kreuz 182 s. El mismo, Heilsgeschichte II 21 s.

Los sínodos de Arles, Milán, Rímini y Seleucia y el espectáculo tragicómico de los obispos Lucifer de Cagliari y Liberio de Roma

La caída de Atanasio en los dos grandes sínodos de la residencia imperial de Arles (353) y de Milán (355) se produjo bajo una fuerte presión del emperador. En vano intentaron sus escasos partidarios trasladar al terreno teológico el descalabro político e iniciar un debate de religión, fieles a la práctica del maestro de ocultar un simple afán de poder, la *causa Athanasii,* detrás de una cuestión de fe. El varias veces destronado "padre de la ortodoxia" fue destituido por casi todos los participantes en los sínodos, con los obispos Ursacio y Valente a la cabeza, y formalmente anatematizado. "Atanasio ha atentado contra todo—decía el emperador—, pero a nadie ha ofendido tanto como a mí." Únicamente el obispo Paulino de Tréveris, desde hacía años el confidente más íntimo de Atanasio en Occidente, se negó a estampar su firma (en Arles, donde también firmaron los legados papales, el obispo Vicencio de Capua, amigo de Atanasio desde hacía casi tres décadas, y Marcelo) e inmediatamente pasó al destierro en Frigia, donde permaneció hasta su muerte. Sin embargo, en Milán, por deseo del obispo romano Liberio, después de la deslealtad de sus legados en Arles, se celebró un nuevo sínodo; ahora bien cuando el pueblo manifestó su protesta, evidentemente espoleado por su obispo Dionisio, el emperador trasladó la sede de las santas deliberaciones desde la iglesia a su palacio y siguió las sesiones detrás de una cortina: "¡Mi voluntad es canon!". De los 300 padres conciliares se le opusieron en total cinco, tres obispos y dos sacerdotes, que fueron desterrados inmediatamente, siendo honrados los altos dignatarios con una carta de felicitación del obispo Liberio en la que llamaba al emperador "enemigo de la humanidad". También el clérigo Eutropio, uno de los legados romanos, fue desterrado, mientras que el otro, el diácono Hilario, fue azotado si Atanasio no miente, como hace tantas veces.[721]

Uno de los cinco perseverantes—una curiosidad tragicómica de la historia sacra—fue el obispo Lucifer de Cagliari (Calaris), un antiarriano fanático de escasa formación que por el dogma de Nícea sufrió un largo exilio casi solo en Siria y Palestina. Puesto que un clérigo no debía homenaje a un emperador "hereje", redactó en su contra un sinfín de escritos, en los que entre numerosas citas bíblicas intercalaba toda suerte de primitivos improperios, llamándole anticristo en persona y digno del fuego del infierno. Sin embargo. Lucifer también se enemistó con Liberio de Roma y con Hilario de Poitiers y no reconoció las medidas oportunistas de Atanasio en el "sínodo de la paz" (362). Más bien dio la espalda a los católicos,

[721] Athan. apol. Const. 27 hist. Arian. 31 s; 34; 41; 76. Sulp. Sev. Chron. 2,39. Cf. también 2,37,7. Hilar, frg. 5 s. Mansi, Conc. coll. III 233 s. CSEL 65, 187. Socr. h.e. 2,36. Sozom. 6,9,1 s. Theodor. h.e. 2,15 s. Liberius ep. "Obsecro" 4 (CSEL 65, 166), ep. "Obsecro" 5 (CSEL 65,92), ep. "Quamvis sub imagine" (CSEL 65,164). LThK 1.a ed. VI 549 s, VIII 24. Lippl VII s. Seeck, Untergang IV 143 s. Stein, Vom römischen 234 s. Caspar, Papsttum I 171 s. Winheller 55 s. Joannou 115 s. Wojtowytsch 119 s. Según Klein, Constantius II 9 s, las palabras del emperador transmitidas por Atanasio de que "Mi voluntad es canon", no son auténticas fuera de todaduda ni se han querido decir en sentido de una máxima fundamental. Cf. especialmente también 51 s, 86 s, 137.

espantado por su riqueza, relajamiento y acomodación, y desde Cerdeña organizó su propio círculo, que perduró hasta el siglo v; conciliábulo pequeño pero muy activo, ramificado desde Tréveris a África, Egipto y Palestina. Lucifer tuvo partidarios incluso entre el clero romano. Tras su muerte (370371) ocupó la cabeza del movimiento Gregorio, obispo de Elvira, en sus orígenes también un defensor radical de la ortodoxia. Los luciferianos, "los que profesan la verdadera fe", rechazaban a los católicos como cismáticos, censuraban su pertenencia al Estado y la avidez de sus prelados por los honores, la riqueza y el poder, las "lujosas basílicas", las "basílicas rebosantes de oro, revestidas de suntuosos y costosos mármoles, con ostentosas columnas", "los extensísimos bienes raíces de los gobernantes". Y el estricto católico Teodosio I los reconoció como ortodoxos. Incluso tenían un obispo en Roma, Efesio, que en vano intentó entregar a la justicia de allí al papa Dámaso. El prefecto de la ciudad, Bassus, se negó categóricamente "a perseguir a hombres católicos de carácter irreprochable".[722]

35 Pero de ello se encargaron los propios señores.

En Oxyrhynchos, Egipto, los sacerdotes católicos destrozaron con hachas el altar del obispo luciferiano Heráclides. En Tréveris se persiguió al presbítero Bonosus. En Roma, la policía y los clérigos papales maltrataron de tal modo al luciferiano Macario que murió a consecuencia de las heridas en Ostia, adonde había sido desterrado. (Sin embargo, el obispo local, Florentino, no quería tener nada que ver con el "crimen de Dámaso" y trasladó sus restos mortales a un panteón.) En España los católicos forzaron las puertas de la iglesia del presbítero Vicencio, arrastraron el altar hasta un templo debajo de un ídolo, dieron muerte a golpes a los acólitos del eclesiástico, ataron a éste con cadenas y le dejaron morir de hambre. El obispo Epícteto de Civitavecchia llevó a cabo un proceso mucho más corto. Ató a su carruaje al luciferiano Rufiniano y le atormentó hasta la muerte. Sin embargo, el obispo Lucifer de Cagliari fue venerado como un santo en Cerdeña, que de momento estaba cerrada a la Iglesia central, y como tal le reconoció en 1803 el papa Pío VII.[723]

36 El hecho de que la historia de los papas no sea parca en curiosidades lo demuestra el obispo Liberio.

En vano intentó el emisario del emperador, el *praepositus sacrí-biculi,* Eusebio, un eunuco de mala fama que fue ejecutado bajo Juliano, convencer a Liberio para que condenara a Atanasio. De nada sirvieron los regalos ni las amenazas, así que Constancio hizo secuestrar por la noche al romano y le llevó a Milán. Allí le explicó el daño que había hecho Atanasio a todos, pero sobre todo a él. "No se ha dado por satisfecho con la muerte de mi hermano mayor y no ha cesado de instigar al ya

---

[722] Socr. 2,36 s. Soz. 4,9. Athan. hist. Arian. ad mon. 31 s. Lucif. Calar. Den non parcendo in Deum delinquentibus. Cf. De non conviendo cum haereticis.De regibus apostaticis. De San Athanasio. Moriendum esse pro Dei filio. Cf. también para completar la historia de las sectas escrita en 384 por los clérigos Faustino y Marcelino, el llamado Libelus precum in der Collectio Avellana. Cf. especialmente también Coll. Avell. ep. 2,85. Pierer X 567 s. LThK 1.a ed. IV 673, VI 677 s. Bertholet 331. Altaner 320. Kraft, Kirchenváter Lexikon 354. Krüger, Lucifer 39 s. Rauschen 140. Stein, Vom rómischen 234 s. Caspar, Papsttum I 201 s, 216 s. V. Campenhausen, Ambrosius 6. Lietzmann, Geschichte IV 40 s. Hemegger 403 s. Haendier, Von Tertullian 96 s. Klein, Constantius II 56 s, 121 s. Joannou 119, 139 s.

[723] Libellus precum 21; 23 s. Pierer X 567 s. Rauschen 199 s, Caspar, Papsttum I 202 s, 216. Hemegger 403 s.

fallecido Constante para que se enemistara contra nosotros." Añadió el soberano que incluso sus éxitos contra los usurpadores Magnencio y Silvano no significaban para él tanto "como la desaparición de este impío de la escena eclesiástica". Al parecer Constancio puso un alto precio a la captura del alejandrino fugitivo y solicitó la ayuda de los reyes de Etiopía.[724]

Sin embargo, a diferencia de sus legados, el obispo romano quería oponerse al máximo al emperador "hereje", incluso "morir por Dios". Por lo tanto, Constancio interrumpió la conversación: "¿Qué parte de la tierra habitada eres tú, que tú solo te pones al lado de un hombre impío y perturbas la paz del orbe y de todo el mundo?". "Tú eres quien por tí mismo sigues aferrado a la amistad de esa persona sin conciencia." Liberio recibió un plazo de tres días para reflexionar, pero se mantuvo imperturbable. "Para mí, las leyes de la Iglesia están por encima de todo—dijo—. Envíame donde quieras." Y esto a pesar de que, según Amiano, estaba convencido de la culpa de Atanasio. Pero al cabo de dos años de exilio en Beroa (Tracia), con el lavado de cerebro que le dieron el obispo local Demófilo y el obispo Fortunatiano de Aquileja, Liberio capituló. El romano tan admirado en Milán, el "victorioso luchador por la verdad" (Teodoreto), expulsó ahora de la Iglesia, en un espectáculo muy especial, al "padre de la ortodoxia", al doctor de la iglesia Atanasio, y firmó un credo semiarriano (la llamada tercera fórmula sírmica, según la cual el "Hijo" sólo es parecido al "Padre"), poniendo de manifiesto de manera expresa su libre albedrío. En realidad, lo que hizo fue comprar su regreso, y lo único que pretendía era salir "de esta aflicción profunda" y volver a Roma. "Consentidlo si queréis verme desmoralizar en el exilio", se quejaba en 357 a Vicencio de Capua, y aparece por dos veces en el martirologio, una en el de Nicomedio y otra en el de Jeronimiano. Sin embargo, frente a los orientales el papa mártir llamaba a sus peores enemigos, los obispos Valente y Ursacio, a los que san Atanasio dedicaba los peores insultos en cuanto se presentaba la más mínima ocasión, "hijos de la paz", y les auguró la recompensa en el reino de los cielos; asimismo afirmaba solemnemente no haber "defendido a Atanasio", que Atanasio "había sido separado de nuestra comunidad, incluso de la relación epistolar", que había sido "juzgado con razón". Y de su profesión de fe amana escribía: "La he aceptado en sentido amplio, no me he opuesto a ningún punto, estoy de acuerdo con ella. La he cumplido, esto lo aseguro". Se comportó de tal manera que la autenticidad—por completo asegurada— de sus cartas del exilio que le comprometían gravemente ha sido objeto de encendidas polémicas, aun cuando hoy se admita (!) de manera general, incluso en el campo católico. Hasta el padre de la Iglesia Jerónimo explicó en su tiempo que Liberio, quebrado en el exilio, había dado una firma "herética".[725]

37

Por otra parte, la postura del obispo romano como expresión de debilidad humana

[724] Soz. h.e. 4,11,3. Ammian. Rerum gestarum 15,7; 22,3. Athan. hist. Arian. 38 s. apol. ad Const. 29. Socr. h.e. 2,16. Theodor. h.e. 2,13; 2,16. Wojtowytsch 122 s. Klein, Constantius II 137 s.

[725] Theodor h.e. 2,16 s. Liberius, ep. 10 (Hilar. 4,168); ep. 12 (Hilar. 4,172); ep. 18 (Hilar. 4,155). Hilarii Coll. antiar. (frg. hist.) «Pro deifico», "Quia scio", "Non doceo". Soz. h.e. 4,15. Theodor. h.e. 2,16 s. Philostorg. 4,3. Sulp. Sev. Chron. 2,39. Hieron. de vir. ill. 97. Ammian. 15,7 s. Athan. hist. Arian. 38 s. LThK la ed. VI 549 s, IX 597 s. Altaner 307 s. Grisar, Geschichte Roms 281. Caspar, Papsttum 1171 s, 183 s. Hermann, Ein Streitgesprách 77 s. Wojtowytsch 121 s. Klein, Constantius II 86, 140 s. Aland, Von Jesús bis Justinian 181. Haendier, Von Tertullian 94 s. Jacob, Aufstánde 152.

se valora—con Richard Klein— de manera más indulgente que las posturas de san Atanasio (que explica detalladamente el caso de Liberio para hacer que parezca todavía más heroica su propia perseverancia) y de san Hilario, pues ambos, cuando era menester, adulaban de forma repugnante al soberano o bien le denigraban de manera descarada, aunque también Liberio—que no debería haber sido papa— tuvo el arrojo suficiente para al menos anatematizar a Constancio cuando murió.[726]

(Sin embargo, en nuestros días PerikIes-Petros Joannou califica las cartas de Liberio de falsificaciones amanas. "Lo que los arríanos no pudieron conseguir por medio de la violencia —afirma—, lo dieron por hecho en las cuatro falsificaciones que pusieron en circulación bajo el nombre de Liberio." Sin embargo: "La iniciativa para la presente obra partió del cardenal de la curia Amieto Giovanni Cicognani [Roma]". El prelado comprobó primero, "en una conversación personal", las intenciones que animaban a Joannou y a continuación le rogó "investigar más detalladamente en las fuentes eclesiásticas bizantinas la idea del prelado y presentarle después los resultados". Sólo entonces tuvo lugar la autorización del "cardenal Cicognani, a quien entretanto el papa había nombrado secretario de Estado".)[727]

38

Constancio autorizó en el año 358 el regreso de Liberio. Sin embargo, ésta era la condición, debería administrar el obispado de Roma conjuntamente con su sucesor Félix. Incluso un sínodo celebrado en Sirmia influyó en este sentido sobre Félix y el clero romano. No obstante, se produjeron tales tumultos en la "ciudad santa" que se entienden las manifestaciones de Hilario acerca de que no sabía cuál había sido la mayor ofensa del emperador, si el destierro de Liberio o la autorización para que regresara.[728]

Padres conciliares sin escrúpulos y el patriarca Jorge, un "lobo" arriano, monopolista y mártir

El gran concilio doble celebrado en 359 es muy instructivo. En mayo se reunieron en Rímini los occidentales, unos 400 obispos, entre ellos 80 arríanos, y en septiembre

[726] Athan. hist. Arian. 41. Hagel 76 s. Klein, Constantius II 142 s.

[727] Joannou VI s, 122 s. El autor falleció en 1972 en un accidente de tráfico cuando volvía a Munich desde Mantua. Su libro se publicó con el apoyo económico de la Deutschen Forschungsgemeinschaft. La DFG no tenía dinero para apoyar mi *Historia criminal del cristianismo* (yo mismo carecía también de un cardenal y secretario de estado detrás de *mí),* a pesar de que un teólogo no precisamente desconocido para la DFG apoyaba mi obra; entre otras cosas manifestaba: "Sin duda, el doctor Karlheinz Deschner se cuenta entre los investigadores de más amplio conocimiento, más diligentes, críticos y perspicaces en el campo de toda la historia del cristianismo. Su historia de la Iglesia, que ha editado en una gran tirada bajo el título de *Abermals krähte der Hahn* y que ha despertado un enorme interés, ha demostrado que el autor no sólo dispone de un dominio soberano de fuentes como son la literatura, sino que está también en condiciones de ver interrelaciones y no simplemente alinear el material. Obras como la citada son raras y la investigación debe mostrarse agradecida porque tan amplias ediciones no sólo se distribuyen entre los equipos de trabajo sino que pueden adquirirlas también los particulares. Por su importancia, este libro sólo puede equipararse con la historia de la Iglesia clásica, la *Unparteiische Kirchenund Ketzerhistorie* de Gottfried Arnolds, que como es bien sabido constituye la única fuente acerca de lo tratado por Goethe sobre el cristianismo y cuya influencia en todo el mundo resulta inapreciable hasta la fecha". Cari Schneider.

[728] Hilar, c. Const. 11. Theodor. h.e. 2, 17. Soz. h.e. 4, 15. Wojtowytsch 124 s.

en Seleucia (Silifke), cerca de la costa meridional de Asia Menor, los orientales, unos 160 obispos, homoioístas, semiarrianos y seguidores del dogma de Nícea.

Primero, invocando el dogma niceno, cientos de padres conciliares rechazaron el credo arriano postulado por Constancio, recurriendo a la llamada cuarta fórmula sírmica, propuesta en la curia y acordada por los dirigentes eclesiásticos de ambos partidos, en la que se dice: "Pero porque el Hijo es similar *(homoios)* al Padre en todo, creemos que las Sagradas Escrituras lo dicen y lo enseñan". Estos testigos de la fe negaban incluso admitir la manutención gratuita por parte del emperador. Sin embargo, ya que al parecer éste no concedía el permiso de regreso hasta que no tuviera la aprobación de todos, cientos de ellos volvieron a cambiar de opinión y profesaron la fórmula homoica. (Se conservan las palabras "por su naturaleza" y "en todo", pero desaparecen las expresiones *homoúsios* y *homoiusios.)* "Por orden tuya — *(te imperante),* aseveró el concilio —, hemos firmado la confesión, felices de ser adoctrinados por ti sobre la fe."[729]

En el sínodo de Seleucia, que se reunió en septiembre, se enfrentaron los representantes del homusianismo, del anhomoísmo, del homousianismo y del homoísmo. Y también aquí el emperador acabó imponiendo su fórmula, la que dice que el "Hijo" sólo es "parecido" *(homoios),* no de "naturaleza análoga" *(homoiusios),* al "Padre". Como quiera que un sínodo de los acacianos reunido a comienzos del año 360, en el que se elevó el homoísmo a dogma de fe, suspendió tanto al dirigente de los anhomoístas como al de los semiarrianos, Constancio consiguió el acuerdo de todos. "Todo el mundo romano gritó entre suspiros y se sorprendió de ser arriano", escribía estremecido san Jerónimo.[730]

39

Puede verse que centenares de obispos cambian de opinión repetidas veces, que traicionan sus convicciones "más sagradas", que, como se ha demostrado con frecuencia, les interesa menos la fe que su cargo. Lo mismo que la práctica totalidad de ellos se doblegaron en Arles (353) y en Milán (355) a la voluntad del emperador, también firmaron en 359 en Rímini y en Seleucia un credo arriano. Pero, apenas muerto Constancio, los prelados de Iliria y de Italia, que habían perdido en Rímini, volvieron a proclamar la confesión nicena, mientras que los obispos galos se retractaron ya en 360, en París, de su firma. Cuando el 21 de febrero de 362 Atanasio visita de nuevo Alejandría, celebra poco después su "sínodo de la paz" y garantiza a los arríanos la permanencia en sus sedes si abjuran de la "herejía" y reconocen el dogma de Nícea, cientos de obispos vuelven a ser católicos; sin embargo, los dirigentes, "que con ardides", según el obispo Liberio, "intentaron hacer que la luz fuera oscuridad y la oscuridad se convirtiera en luz", perdieron sus sedes episcopales. También el acomodaticio Acadio, que en 360 se pasó a los arríanos con la aprobación del emperador, se retractó inmediatamente en cuanto el emperador Joviano comenzó

[729] Athan. de syn. 1 s; 8; 10; 12; 30. Hilar, c. Const. 12 s. CSEL 65,85 s. Notas 19 s. Epiphan. haer. 73. Sulp. Sev. Chron. 2,40 s. Soz. h.e. 3,16; 4,16 s. Theod. h.e. 2,18 s. Socr. 2,37; 2,39 s. Athan. ep. ad Afros 3 s. LThK 1.a ed. VIII 899 s, IX 597 s. Seeck, Untergang IV 163 s. Stein, Vom römischen 238 s. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 44 s. Palanque 27. Joannou 131 s. Chadwick, Die Kirche 162.

[730] Hieron. adv. Lucif. 19. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 46 s. Chadwick, Die Kirche 162 s.

a mostrar su preferencia por el dogma de Nícea.[731]

Mientras tanto, la lucha por las iglesias había seguido haciendo estragos. Se produjeron escenas de violencia, proclamas de la policía y llamamientos del ejército a las armas. Decenas de obispos fueron desterrados o huyeron. En muchos lugares gobernaban dos al mismo tiempo y en Antioquía, en algunos momentos, tres.

Sin embargo, la victoria de los antinicenos parecía segura, dado que Constancio había derrotado a sus dos oponentes clericales más peligrosos, Atanasio e Hilario. A este respecto, Setton llama, al menos a este último — y no sin razón —, valiente *"behind the emperor's back than in his presence"* (a espaldas del emperador en vez de en su presencia). Sin embargo, sólo cuando se encuentra a una distancia segura le insulta diciendo de él que es un "hereje" arriano, personificación del anticristo, "carácter endiablado", "lobo feroz"; en tanto que, cuando está en el exilio, más cerca del emperador y esperando una audiencia, puede apostrofarle de "*piissime imperator*", "*optime ac religiosissime imperator*", cristiano deseoso de santidad, ¡a pesar de que su fe era exactamente la misma![732]

Oportunamente, Jorge de Capadocia, un ultra arriano, se hizo con el poder en Alejandría; era uno de los adeptos del soberano que aparecen aquí cada vez con mayor frecuencia y que unen a su cargo eclesiástico un sorprendente sentido de las finanzas.

El patriarca Jorge levantó un monopolio funerario, aunque al parecer también adquirió el del carbonato sódico e intentó comprar las lagunas de papiros, junto con las salinas egipcias. Entre sus proyectos religiosos preferidos estaban las herencias, un campo especial de los salvadores de almas cristianos a lo largo de todos los siglos. El obispo Jorge no sólo procuraba que los herederos perdieran lo que les habían dejado sus parientes, sino que manifestó incluso al emperador que todos los edificios de Alejandría eran patrimonio público. Resumiendo, el primado egipcio "sacó provecho de la ruina de muchas personas", por lo que, como escribe Amiano, "todo el mundo, sin distinciones, odiaba a Jorge".[733]

40

Aunque ordenado para Alejandría ya en el año 356, no se puso en marcha hacia allí hasta finales de febrero de 357, con una furia salvaje, "como un lobo o un oso o una pantera" (Teodoreto). Hizo que delante de una hoguera llameante se golpeara en la planta de los pies a viudas católicas y a doncellas, al parecer totalmente desnudas, con ramas de palmera o que las quemaran a fuego lento; hizo "azotar de una manera totalmente nueva" (Atanasio) a 40 hombres; muchos murieron. Atanasio informa de correrías, asaltos, el apresamiento de obispos, que eran encadenados, encarcelamientos, el exilio de más de treinta obispos "con tal falta de consideración que algunos de ellos se suicidaron en el camino y otros en el destierro". En el otoño del año 348, Atanasio recurre a la violencia. El patriarca Jorge se salva de un intento de asesinato en la iglesia y debe huir. El 26 de noviembre de 361 regresa, para su desgracia (aunque mayor es la suerte por ello), sin conocer el fallecimiento de su protector Constancio. Rápidamente es encerrado, el 24 de diciembre, pero católicos y paganos le sacan y, junto con dos funcionarios imperiales muy impopulares, es

[731] Hilar, frg. A I (CSEL 65,43). Chron. Kephalaion zu 362. Greg. Naz. or. 21. LThK 1.a ed. 1638. Lexikon der alten Weit 297. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 48. Joannou 133 s.

[732] Setton 100. Klein, Constantius II 125 s.

[733] Epiphan. Haer 76,1,4 s. Ammian. 22,11,4 s. Grant, Christen 75 s.

arrastrado por las calles y golpeado sin cesar hasta morir. Sin embargo, poco antes el obispo Jorge había llamado al estratega Artemio, gobernador militar de Egipto, y con su ayuda había perseguido también a los paganos, destruido el templo de Mitras, derribado estatuas y saqueado los santuarios paganos, por supuesto en provecho de las iglesias cristianas que se querían construir. (Juliano hizo decapitar en el año 362 al destructor de templos Artemio, con lo que a éste se le veneró como mártir arriano.) Los católicos y los "idólatras" pasearon por las calles el cadáver del obispo Jorge a lomos de un camello. Durante horas se ensañaron con el muerto. Después le quemaron y dispersaron sus cenizas, mezcladas con las de animales, por el mar. Y mientras que el tan salvaje lobo arriano se convierte en mártir, precisamente en Navidad, Atanasio regresó una vez más y, por fin — después de que el pagano Juliano le volviera a desterrar en 362, el católico Joviano le hiciera volver en 363 y el arriano Valente le exiliara otra vez, la última, en 365-366 —, durmió en el Señor el 2 de mayo de 373, anciano y muy apreciado.[734]

41

Al parecer, Atanasio había pensado para su trono en un tal Petros II, aunque había hecho los cálculos sin contar con los arríanos. Éstos se apoyaron en Valente e hicieron consagrar a Lucio como obispo. El "admirable Petros", sorprendido por la "inesperada guerra", fue a prisión, aunque logró salir y refugiarse en Roma en el año 375. Mientras tanto, en Alejandría el obispo Lucio, que busca "sus guardaespaldas entre los idólatras", como muchos otros, y parece remedar las "malas acciones de un lobo", encarcela de manera eficaz a los católicos, les persigue, destruye las casas de muchos de ellos y de nuevo comete "vilezas innombrables contra doncellas consagradas a Cristo". Se las captura en la iglesia, se las desviste, y desnudas, "tal como vinieron al mundo", se las lleva por toda la ciudad. A muchas, a las que "la práctica de las virtudes ha dado el aspecto de ángeles santos", se las violó, a otras "se las golpeó con mazos en la cabeza hasta quedar tendidas sin vida". Se alejó a los monjes levantiscos, los prelados opuestos fueron exiliados y sus ovejas maltratadas. "Quienes lucharon por la fe verdadera fueron tratados peor que criminales, pues sus cadáveres quedaron sin enterrar; los que lucharon con valentía sirvieron de alimento a los animales salvajes y las aves [...]" (Teodoreto). Sin embargo, tras el edicto de tolerancia de Valente, promulgado el 2 de noviembre de 377, Petros regresa y Lucio es expulsado de la iglesia principal.[735]

No obstante, desde que murió Atanasio, su "hombre fuerte" de Oriente, la Iglesia católica tiene un nuevo "hombre fuerte" no menos poderoso en Occidente. Y no sólo deja la impronta en su historia sino también, en mayor medida que Atanasio, en la

---

[734] Ammian. 22,11,3 s. Theodor. 2,14; 3,4; 3,9. Socr. h.e. 3,2 s; 3,7; 4,1,14 s; 4,8,4; 4,13; 4,16. Soz. 4,9 s; 4,28,3 s; 5,7,3 s; 5.12; 5,15. Philostorg. 7,2. Athan. ad episc. Aeg. 7. Hist. Arian. ad mon. 48 s; 54 s; 59 s. Apol. de fuga sua 6 s; 24. syn. 37. Historia Acephala 5 s. Theodor. h.e. 2,14; 3,18,1. Rufin h.e. 10,34 s. Epiph. haer. 76,1. Greg. naz. or. 4,86; 21. Pallad, hist. Laus. c. 136. Chron. pasch. 546,4 s. Pauly I 626. RAC I 861. LThK 1.a ed. I 706. Lecky II 159. Lippl XV s. Geffcken, Der Ausgang 119 s. Schuitze, Geschichte I 137 s. Bidez, Philostorgios LUÍ s. Stein, Vom rómischen 236 s, 255 s, 270 s. Seel 175 s. V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter80 s. Dannenbauer, Entstehung I 76. Lacarriére 150 s. Jacob, Aufstánde 152. Camelot, Athanasios 977. Poppe 50

[735] Socr. 4,20 s. Theodor. h.e. 4,19 s. Rufin h.e. 2,13; 11,3. Soz. h.e. 6,19; 6,39. Gentz, Athanasius 861. Schuitze, Geschichte I 205 s. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius (1904) 367. Stein, Vom rómischen 272 s. Caspar, Papsttum I 224. Lippoíd, Theodosius 16. Joannou 182,198, 225. Joannou fecha el edicto de tolerancia de Valente, pág. 225, el "2 de noviembre de 377, pág. 226, el "2 de noviembre de 378".

“gran” política.

42

CAPITULO 2. AMBROSIO, DOCTOR DE LA IGLESIA (HACIA 333 O 339-397)

"[...] Una personalidad sobresaliente en la que se aunaban la virtud del romano con el espíritu de Cristo para dar una unidad completa: hombre, obispo y santo de los pies a la cabeza; junto con Teodosio el Grande, la figura más importante de su tiempo, el consejero de tres emperadores, el alma de su política religiosa y el sostén de su trono; un formidable paladín de la Iglesia."

Johannes Niederhuber, TEÓLOGO CATÓLICO[736]

"Ambrosio, el amigo y consejero de tres emperadores, fue el primer obispo al que acudían los príncipes para apoyar su trono tambaleante [...]. Su extraordinaria personalidad emanaba una enorme influencia, llevada por el pensamiento más puro y el más completo altruismo [...] junto con Teodosio I, la figura más brillante de su tiempo."

Berthold Altaner, TEÓLOGO CATÓLICO[737]

"Ambrosio es un obispo que, en cuanto a la importancia y alcance de su actividad, deja en la sombra a todos los demás [...] no sólo supera a los papas de la primera época, sino también a todos los restantes guías de la Iglesia occidentales que conocemos."

Kurt Aland, TEÓLOGO PROTESTANTE[738]

"Todos los seres humanos que están bajo el poder romano *(ditione romana)* os sirven a vosotros, sus gobernantes y emperadores del mundo. Pero vosotros lucháis por el Señor Universal y por la santa fe."

AMBROSIO[739]

43

La política ambrosiana, arquetipo para la Iglesia hasta la actualidad

Lo mismo que Atanasio, Ambrosio (en su cargo de 374-397) — según el testimonio de Agustín, "el mejor y más mundialmente conocido obispo de Milán"— era no tanto teólogo como político de la Iglesia: igualmente inflexible e intolerante, aunque no tan directo; más versado y dúctil; conocedor del poder desde su nacimiento. Y sus métodos, más que los de Atanasio, siguen siendo hasta la fecha ejemplo para la política eclesiástica.[740]

Los agentes del santo se encuentran situados entre los más altos funcionarios del

[736] Niederhuber LThK 1.a ed. 350. Cf. también la "Allgemeine Einleitung" de Niederhuber en BKV 1914 IX s. También Kraft ve en Ambrosio "la virtud romana completada y aumentada con la virtud cristiana". Kirchenváter Lexikon 23.

[737] Altaner 330 s.

[738] Aland, Von Jesús bis Justínian 230.

[739] Ambros. ep. 17.

[740] August. conf. 5,13.

Imperio. Actúa hábilmente desde un segundo plano y prefiere dejar que quien haga las cosas sea la "comunidad", a la que fanatiza con tanto virtuosismo que incluso fracasan las proclamas militares dirigidas contra ella. Con mayor destreza que Atanasio protege a Dios, a los religiosos, a la "fe de Cristo", aunque su interés por la influencia, por el poder, no sea ni un ápice menor. No obstante, opera bajo otras condiciones, con los emperadores católicos de buena fe, declarados seguidores del dogma de Nícea. Y cuanto más les instiga tanto menos concesiones hace; declara con especial énfasis no ocuparse de asuntos de Estado y se considera a sí mismo, de manera típica para el *pastor politicus* que ha perdurado hasta la actualidad, teólogo, cuidador de almas. Con extraordinaria tenacidad se presenta humildemente, despierta compasión, emoción, manifiesta poses de mártir y afirma con voz apostólica: "Cuando soy débil, soy fuerte"; *(Habemus tyrannidem nostram.* La tiranía de los clérigos es su debilidad). En las crisis graves distribuye magnánimamente el oro entre el pueblo y saca de las profundidades de la tierra, por arte de magia, milagrosos huesos de santos. Cuatro soberanos de Occidente caen en su tiempo; él sobrevive. "Estamos muertos para el mundo, ¿qué nos preocupa?" (Ambrosio).[741]

Hijo del prefecto de las Galias, nació hacia 333 o 339 en Tréveris y, huérfano a temprana edad, creció, con dos hermanos, bajo la tutela de aristócratas romanos. Habiendo estudiado retórica y derecho fue nombrado, alrededor de 370, administrador *(consularis Liguriae et Aemiliae),* con residencia en Milán. El arriano Maxencio había sustituido allí en 355 al obispo local Dionisio y había contagiado a los milaneses la "enfermedad espiritual" (Teodoreto). Tras la muerte de Maxencio en 374, en la turbulenta elección de nuevo obispo se oyó de pronto por tres veces una voz infantil que gritaba: "¡Ambrosio obispo!". A lo que al parecer todos respondieron unánimemente: "¡Ambrosio obispo!". Pero, modesto como era, el que todavía no había sido bautizado rechazó por supuesto el alto cargo, mucho más importante que el que ocupaba en ese momento. Tal como resultaba de buen tono, opuso una resistencia más obstinada a convertirse en el obispo de la segunda ciudad más importante de Occidente (después de Roma). Incluso se llevó a casa prostitutas para echar por tierra su prestigio. Se dice también que, por la noche, huyó en dirección a Pavía. Sin embargo se perdió, un error que realmente tuvo muchas consecuencias posteriores, y al romper el alba se encontraba de nuevo allí donde, probablemente el 7 de diciembre de 374, sería consagrado obispo, apenas ocho días después de su bautismo y sin tener siquiera los conocimientos de cristianismo de un laico educado.[742]

44

A pesar de eso, en la casa paterna de Ambrosio era frecuente la visita de obispos, y entre sus ancestros contaba con una mártir, o tal vez varios. Su única hermana,

---

[741] 2.Kor. 12,10. Ambros. ep. 20,23. El mismo, Die Pflicht vor der Weit 44, Heilmann, Texte II 396. Lexikon der alten Weit 134 s. Caspar, Papsttum I 267. V. Campenhausen, Ambrosius 219. El mismo, Lateinische Kirchenváter 90. Dannenbauer, Entstehung 1242. Diesner, Kirche und Staat 25. K. P. Schneider, Liebesgebot 1.

[742] Paulin. Vita Ambr. 4; 6. Socr. h.e. 4,30. Theodor. h.e. 4,6,7; 4,7,1 s. Ambros. ep. 63; 65. de off. 1,1 s. de paenit. 2,73. Soz. 4,24. Ruf. 2,11. Kraft Kirchenváter Lexikon 22. Altaner 331. Schnürer, Kirche I 22 s. V. Campenhausen, Ambrosius 27 s, 90 s, donde se señala como 373 el año de la consagración de Ambrosio como obispo. El mismo, Lateinische Kirchenváter 79 s. Dudden 11 s, 66 s. Lietzmann, Geschichte IV 47. Schneider, Liebesgebot 3 s. Haendier, Von Tertullian 99 s.

Marcelina, había elogiado la virginidad eterna, que sirvió de tema del sermón en la Navidad de 353 para el papa Liberio, el firmante del credo arriano. Ambrosio hizo además de su hermano Sátiro, casi igual a él, su más íntimo colaborador, nombrándole administrador de los bienes eclesiásticos. Él mismo se convirtió en el principal aniquilador del arrianismo occidental, y también en el primero que luchó en Occidente por la idea del Estado católico; un obispo que no sólo gobernó la Iglesia sino también, como principal asesor espiritual de tres emperadores, el Estado, por lo tanto un político determinante que fue, en palabras de Erich Gaspar, "la figura principal de esta época".[743]

Milán (Mediolanum), fundada por los galos y notable nudo de comunicaciones, especialmente con vías importantes que conducen a los pasos alpinos, fue en el siglo IV la capital de Italia y de manera creciente la residencia imperial. Valentiniano II procuraba quedarse allí el máximo tiempo posible, Graciano todavía más, y Teodosio I permaneció en ella de 388 a 391, así como después de su victoria sobre Eugenio (394). A veces el obispo Ambrosio veía a los soberanos a diario. Y puesto que al ser proclamado augusto (375), Valentiniano II apenas contaba cinco años de edad, su tutor y hermanastro Graciano acababa de cumplir los dieciséis y el español Teodosio era al menos un católico muy decidido, el ilustre discípulo de Jesús pudo manejar perfectamente a sus majestades.

No solamente aprobó su política religiosa antiarriana y antipagana, sino que también instó a actuar contra los judíos, incluso con la amenaza de la excomunión. Se llegó así a que la cancillería imperial formulara el texto de una ley antiherejes (el 3 de agosto de 379) que seguía, en su sentido y en parte también literalmente, un documento sinodal romano (el del año 378), "sin duda una influencia de la actuación personal de san Eusebio sobre el emperador" (Rauschen). Sin embargo, la intensificación estatal de la "lucha contra los herejes" tiene su origen sin ninguna duda en el obispo, que no retrocedió ante discriminaciones ni falsedades, ni tampoco dudó en excitar los ánimos del pueblo, de la tropa o de los oficiales imperiales, pues la culpa de los otros estaba en su religión. E incluso aquellos actos en los que los católicos cometían injusticias evidentes (persiguiendo, quemando y destruyendo por motivos de fe), para Ambrosio "estaban justificados".[744]

45

"El amigo paternal y consejero del emperador", "el apoyo más firme del trono" (Niederhuber), inculcó este concepto de la justicia en los altos señores.[745]

Valentiniano I murió pocos años después de la toma de posesión del cargo por parte de Ambrosio. Su hijo Graciano (375-383), de dieciséis años recién cumplidos, le sucedió en el trono.

---

[743] Paulin. Vita S. Ambros. 3 s. Ambros. de virg. 3,1; 3,37 s. exhort. virg. 12,82. LThK 2.a ed. 427 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 26. Niederhuber VII, VIH Notas I. V. Campenhausen, Ambrosius 24s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 81 s. Caspar, Papsttum I 277, Dudden I 2, 176 s. Komemann, Weltgeschichte II 354. El mismo, Rómische Geschichte II 421. Dawson 56. Maier, Verwandiungen 53.

[744] Cod. Theodos. 16,5,5; Cod. Just. 1,5,2. RAC I 370. dtv Lex. Antike, Geschichte II 66, III 283. Rauschen 47. Caspar, Papsttum I 212, 267. Stratmann III 76, 104 s. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 79. Dórries, Wort und Stunde I 56. Diesner, Kirche und Staat 28 s, 44. Lippoíd, Theodosius 34 s, 83. Hernegger 407 s. Gottiieb, Ambrosius 60 s, 80 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 205.

[745] LThK 1 .a ed. 350 s. Niederhuber IX s.

El emperador, rubio, hermoso y deportista, no sentía el menor interés hacia la política, "nunca había aprendido lo que significa gobernar y ser gobernado" (Eunapio). Era un apasionado corredor, lanzador de jabalina, luchador, jinete, aunque lo que más le gustaba era matar animales. Descuidando los asuntos de Estado, día a día había matado a un sinnúmero de ellos, con una habilidad casi "sobrenatural", incluso leones, con una única flecha. De todas maneras también rezaba todos los días y era "piadoso y limpio de corazón", como afirmaba Ambrosio, de modo que muy pronto lanzaría mordaces indirectas: "Sus virtudes habrían sido completas si también hubiera aprendido el arte de la política" (Epit. de Ces.).[746]

Sin embargo, este arte lo practicó Ambrosio por él. No sólo guió personalmente al joven soberano — de manera efectiva desde 378—, sino que influyó también en sus medidas de gobierno. Por aquel entonces el soberano había promulgado, mediante un edicto, precisamente la tolerancia hacia todas las confesiones, salvo unas pocas sectas extremistas. Sin embargo, Ambrosio, que cuatro años antes estaba todavía sin bautizar, se apresuró a redactar una declaración: *Sobre la fe, cinco libros al emperador Graciano,* que éste rápidamente entendió. "Apresúrate, piadoso obispo, en acudir a mí", llamó desde la corte en Tréveris, deseando vivamente "en lo más profundo de mi corazón las manifestaciones divinas". Tras las enseñanzas sobre la divinidad de Cristo deseaba también mayor información acerca de la tercera persona divina. *Tres libros sobre el Espíritu Santo al emperador Graciano* siguieron en 381. Pero lo que Ambrosio pretendía con más apremio en la carta soberana era escuchar las palabras del emperador, puesto que no había sido el obispo quien había instruido al emperador, sino éste a aquél. ¡Nunca había leído nada tan perfecto! Y apenas llegado el propio Graciano a finales de julio de 379 a Milán — aquel mismo mes, el 5 de julio, había amparado legalmente el comercio de los clérigos con iniciativa mediante el decreto del *vectigal* (llamado también *lustralis aun collatio)—,* neutral como era desde el punto de vista de la política religiosa, lo mismo que Valentiniano I, anuló el 3 de agosto, tras una entrevista con Ambrosio, el edicto de tolerancia promulgado el año antes. Decidió entonces que sólo perduraría como "católico" lo que su padre y él en numerosos decretos habían ordenado como eterno, pero que "todas las herejías" deberían "enmudecer para la eternidad". Prohibió los servicios religiosos de las otras confesiones. Año tras año, salvo en 380, dispuso decretos antiheréticos, ordenó la confiscación de los lugares de reunión, casas e iglesias, dictó destierros y, como un medio bastante nuevo de opresión religiosa, derogó el derecho de testar. Fue también el primero de los emperadores cristianos que se deshizo del título de Pontifex Maximus (que llevaban los monarcas romanos desde Augusto), o mejor dicho, se negó a aceptarlo, si bien el año es todavía objeto de discusiones. El militar Sapor recibió la orden de "expulsar de los recintos religiosos a los predicadores de la blasfemia arriana como si fueran animales salvajes y devolver aquéllos a los verdaderos pastores y rebaños de Dios" (Teodoreto). También desapareció pronto la tolerancia hacia el paganismo, que era habitual entre sus antecesores; de hecho, su padre permitió todavía que se repararan templos dañados, corriendo el gobierno con los gastos. En 381, Graciano se trasladó al norte de Italia. En 382 atacó el culto

[746] Eunap. Excerpt. de Sent. 48. Auson. Grat. Act 64 s. Ammian. 27,6,15; 31,10,18 s. Soz. 7,25,11. Vict. Epit. de Caesaribus 47,5 s. Seeck, Untergang V 165. Dudden I 217 s.

pagano de Roma, muy probablemente aconsejado por Ambrosio; aunque también puede haber desempeñado un papel importante el saneamiento de las arcas del Estado. Persiguió asimismo a los marcionistas y, al igual que su padre, a los maniqueos y los donatistas, cuyas comunidades en Roma habían sido disueltas sin más, a instancias del papa Siricio (383399), con ayuda estatal.[747]

Valentiniano II (375-392), mucho más joven todavía, influyó de manera notable sobre el santo. De forma habitual se sirvió de él en contra del Senado de Roma, en su mayoría pagano, y contra todo el Consejo de la Corona. Y el último occidental en el trono de Oriente, el independiente Teodosio (379-395), dictó en casi cada uno de los años de su gobierno leyes contra los paganos o "herejes"; sin embargo, según el padre Stratmann, fue más tolerante que el obispo de la corte, que le animaba a que tomara medidas más estrictas por todos lados en contra de los paganos, los "herejes", los judíos y los enemigos extremos del Imperio. La razón: "Ya no es nuestra antigua vida la que seguimos viviendo sino la vida de Cristo, la vida de la máxima inocencia, la vida de sencillez divina, la vida de todas las virtudes" (Ambrosio).[748]

47

El modo en que Ambrosio vivía la vida de Cristo, la vida de máxima inocencia, de sencillez divina y de todas las virtudes, se manifiesta de múltiples modos. Por ejemplo en su comportamiento frente a los godos. Nos ocuparemos a menudo de ellos pues desempeñaron un papel muy importante en la historia de Europa, especialmente entre los siglos V y vi. Las fuentes son mejores en este caso que en el de las otras tribus de los germanos orientales, y más rico el aporte de la historiografía, si bien, como es frecuente, no menos controvertido.[749]

San Ambrosio impulsa la aniquilación de los godos y vive "el ocaso del mundo"

[747] Ammian 30,9,5. Theodor. h.e. 4,24,2 s; 5,2; 5,21,3 s. Socr. 5,2; Cod. Theod. 13,1,11; 16,5,4 s. Cod. Just. 1,5,2. Soz. 7,1,3. Ambros. ep. 1 s; 7 s. Auson. Grat. Act. 14,63. Epistula Gratiani imperat. (CSEL 79,3 s). Zos. 4,36,5. Rauschen 47,49 s. RAC II 1228 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 27. Seeck, Regesten 252. El mismo, Untergang V 104 s, 137. Sesan 60 s. Stein, Vom römischen 304 s. Heering I 60 s. Dudden I 191 s. V. Campenhausen, Ambrosius 15, 36, 40 s. Alföldi, A Festival. Según este autor, Graciano abandonó el título de Pontifex Maximus a comienzos de 379, pág. 36. Komemann, Römische Geschichte II 420. Enssiin, Die Religionspolitik 8 s. Lorenz 38. Diesner, Kirche und Staat 23. Maier, Verwandiung 53. Homus 168 s. WIdmann 59. Grasmück 131 s, 151 s. Lippoíd, Theodosius 16, 34 s. Kupisch I 91. Schneider, Liebesgebot 46. Aland, Von Jesús bis Justinian 224. Heinzberger 12, 227 Notas 37; aquí la bibliografía correspondiente. Thraede 95. Grant, Christen 177. La cronología, como sucede tan frecuentemente, no deja de ser objeto de polémica. G. Gottiieb, al que no se sigue aquí, en su trabajo de oposición a cátedra en Heidelberg fija para la redacción de la primera parte de "de fide" no el 378 (o 379), o sea, no como se hacía hasta la fecha inmediatamente antes (o poco después) de la batalla de Adrianópolis, sino un año más tarde. Cf. G. Gottiieb, Ambrosius von Mailand und Kaiser Gratian, Zusammenfassung 83 s. G. discute incluso cualquier influencia de Ambrosio sobre la legislación de Graciano en cuestiones de la Iglesia y de fe, 51 s, o explica al menos que tal influencia "no se puede constatar en ningún lugar" (87). Cf. al respecto también Gottiieb, Gratianus RAC VII 718 s, especialmente 723s.

[748] Ambros. Über die Flucht vor der Weit 44. Heilmann, Texte II 396. Stein, Vom römischen 296 s. Stratmann III 76. V. Campenhausen, Ambrosius 166. Bloch 197. Aland, Von Jesús bis Justinian 225. Rubín I 27 habla precisamente de la "sumisión" de Teodosio frente a Ambrosio.

[749] Cf. recientemente Strzelczyck 1 s.

Los godos—en su lengua Gutans o Gutós— fueron el principal pueblo de los germanos orientales. Procedentes de Suecia, de Gotland, Óstergotland o Vástergotland, se asentaron en el bajo Vístula en la "época de transición", y alrededor de 150 en el mar Negro. A mediados del siglo m se escindieron en godos orientales y occidentales (ostrogodos, de *austro,* "brillante", y visigodos, de *wisi,* "bueno"), aunque siguieron considerándose como un único pueblo y por lo general se llamaban a sí mismos sólo godos. Los ostrogodos se instalaron entre el Don y el Dneper (en la actual Ucrania), y los visigodos entre éste y el Danubio, desde donde se extendieron hasta los Balcanes y Asia Menor, citándose aquí por lo general el año 264. Dacia y Mecía (aproximadamente las actuales Rumania, Bulgaria y Servia) estuvieron constantemente bajo su presión. En el año 269 les derrotó el emperador Claudio II, Constantino luchó a menudo contra ellos, y en 375 ambos pueblos (salvo los godos de Crimea, católicos, que se mantuvieron allí hasta el siglo XVI) fueron expulsados por los hunos, que avanzaban hacia el oeste. Esta tribu de nómadas procedentes del interior de Asia, derrotados y expulsados a su vez por los chinos y que sólo vivían a caballo —"animales de dos patas", según escribía Amiano—, avanzó irresistiblemente desde la orilla septentrional del mar Caspio, extendiéndose por la llanura rusa y conquistando un gigantesco imperio. (Alrededor del año 360 habían cruzado el Don y hacia 430 habían alcanzado Hungría. Sin embargo, aliado con los visigodos, el general imperial Aecio—que en el pasado había buscado y encontrado protección entre los hunos— les derrotó en 451 en las Galias, en la batalla de los Campos Cataláunicos. Pocos años después murió su rey Aula, y más rápidamente aún de lo que habían llegado, se retiraron en su gran mayoría hacia Asia, en las estepas pónticas, el norte del Cáucaso y el mar de Azov. Sé disgregaron en varias tribus y se les conoció en adelante bajo el nuevo nombre de búlgaros.)[750]

48

Los godos de los Balcanes, del Danubio inferior y de las costas del mar Negro fueron "convertidos" pronto, los primeros de entre los germanos. Esto comenzó en el siglo III mediante los contactos con los romanos) y con cautivos. En el siglo IV se produce un notable incremento de cristianos entre los visigodos. En el año 325 existe ya el obispado de Gomia bajo el obispo ortodoxo Teófilo, uno de los participantes en el Concilio de Nícea. En 348 se produce una persecución contra los cristianos y en 369 una segunda, que dura tres años. Sin embargo, poco después la mayoría de los visigodos son cristianos. Los ostrogodos, por el contrario, si damos crédito a Agustín, al penetrar en Italia en 405, conducidos por Radagaiso, eran todavía paganos, mientras que en 488, cuando invadieron Italia con Teodorico, ya eran cristianos.[751]

La persecución del 348, dirigida por un "juez de los godos, sin religión y

[750] Plin. nat. hist. 37, 35; 4,28. Tac. Gemí. c. 44. Socr. 6,34. Ammian. 31,2,1 s; 31,3 s. Philostorg. 9,17. Stein, Vom römischen 289 s. Hauptmann 115 s. Schmidt, Ostgermanen 195, 201, 243. K.-D. Schmidt, Die Bekehrung 205 s, 215, 316 s. Capelle 185 s. Históricamente tiene especial importancia Weibull, Die Auswanderung der Goten aus Schweden, 1958. Ferdinandy 186 s. Vemadsky 258 s. Dannenbauer, Entstehung 110 s, 193 s. Conrad, Deutsche Rechtsgeschichte 77. Maier, Die Verwandiung 109 s, 130. A. v. Müller, Geschichte unter useren Füssen 114 s. Rice 149. Schwartz, Goten 13 s, 142 s. Bullough, Italien 167. Wagner, getica 214. Claude, Westgoten 7. Stockmeier, Bemerkungen zur Christianisierung 316 s.

[751] Mansi Collect. Consil. II 214. Schmidt, Die Niedergang Roms 427 s. Aland, Glaubenwechsel 58 s. Stockmeier, Bemerkungen zur Christianisierung 315 s. Al parecer, el primer misionero de los visigodos fue un tal Eutyches, ibíd.

profanador de Dios", o sea, un pagano, condujo a la expulsión de Urfila, el autor de la Biblia gótica, consagrado alrededor del 341 por Eusebio de Nicomedia como "obispo de los cristianos en la tierra de los godos". Con él huyó un grupo de sus seguidores, a los que el emperador Constancio II asentó al sur del Danubio, en la provincia de la Mesia Inferior, donde sus descendientes vivieron durante dos siglos.[752]

La segunda persecución contra los cristianos bajo los visigodos (en 369-372) la dirigió el príncipe de éstos, Atanarico. Es perfectamente comprensible que ya los autores antiguos quedaran fascinados con un hombre que, por ejemplo, rehusaba dirigirse al emperador Valente con el tratamiento de Basileus, arguyendo que prefería el título de juez, que encarna la sabiduría, mientras que el de rey solamente el poder. La segunda persecución no fue debida tan sólo a cuestiones de fe. Se trató sobre todo de una reacción antiromana y guardó estrecha relación con la guerra que enfrentó a godos y romanos entre los años 367 y 369, aunque evidentemente también con la lucha por el poder entre los príncipes Atanarico y Fritigemo, representante este último de una política favorable a los romanos y los cristianos.[753]

49

Tras una minuciosa preparación, Valente atravesó el Danubio en el año 367 y reanudó una lucha contra los godos que ya había iniciado Constantino, y a la que se había puesto fin en 332 mediante un tratado formal de paz con los visigodos. Valente, sin la talla guerrera del "gran emperador", asoló el país, fue a la caza de cabezas de un enemigo en desbandada, pero no logró alcanzar al grueso de sus oponentes, ya que Atanarico consiguió siempre con gran habilidad huir hacia los Cárpatos. Y aunque en 369 éste se detuvo con una parte de sus gentes y fue derrotado, lo fue de modo tan poco decisivo que Valente tuvo que aceptar su negativa a pisar suelo romano y hubo de pasar en septiembre todo un día negociando en una barca anclada en el río. Finalmente, el príncipe godo tenía las manos libres para dominar a los adversarios en su propio pueblo, lo que condujo a la persecución de tres años.[754]

El reinado de Atanarico no tembló hasta que los hunos arrollaron a los ostrogodos y los visigodos, momento en que Atanarico y Fritigemo, a despecho de su enemistad, lucharon codo a codo contra los poderosos invasores, y al parecer el rey ostrogodo Ermanarico se suicidó desesperado. Una parte de su pueblo fue sojuzgada mientras que la otra atravesó el Dneper y huyó hacia los visigodos. Sin embargo, también aquí la defensa se hundió ante el huracán de los hunos. Con Atanarico volvieron a huir a los infranqueables Cárpatos. (En 1857 los trabajadores que construían allí una carretera encontraron, cerca de una fortificación derruida en Pieirosa, el "tesoro de la corona" visigodo; en una gargantilla aparecía la siguiente inscripción rúnica: *utani othal ik im hailag,* es decir, tesoro de los godos, soy invulnerable.) Derrotados otra vez, entre cuarenta mil y setenta mil visigodos huyeron hacia el sur y pidieron en el año 376 al emperador Valente que les admitiera en el Imperio Romano.[755]

---

[752] Jord. Get. 267 (MG Auct. Ant. V 1,127). dtv Lex. Antike, Religión H 311 s. Thompson, The Visigoths 94 s. Fridh, 130 s. Wolfram, Gotische Studien lis. Schaferdiek, Wulfila 107 s, especialmente 117.

[753] Ammian. 27,5,9. Las fuentes en Jones, Prosography 120 s. dtv Lex. Antike, Geschichte 1155. K. K. Klein Frithigem 34 s. Aland, Glaubenswechsel 59. Wolfram, Gotische Studien 2 s, 13. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 235.

[754] Ammian. 31,4,13. K. K. Klein Frithigem 38 s. Wolfram, Gotische Studien 4,9 s.

[755] Ammian. 31,3,4. Socr. h.e. 4,33 s. Soz. 6,37. Según Dudden 1165 eran "neariy a million persons of both sexes". Giesecke, Die Ostgermanen 62 s. Schmidt, Die Bekehrung 223 s. Capelle 185 s. Thompson,

Mientras que Atanarico abandonó Gutthiuda, el país de los godos, aunque sin cruzar el Danubio, y con una pequeña tribu afín, la de los sarmatenos, también expulsados de sus tierras, se asentó en los territorios que más tarde serían Transilvania, Valente autorizó la inmigración de la gran masa de los godos gobernados por Fritigerno en calidad *de foederati,* federados, es decir, colonos con la obligación de acudir al ejército cuando se les necesitara, un antiguo método de obtener campesinos, pero sobre todo soldados. En el otoño de 376 atravesaron el río, un acontecimiento de gran alcance histórico, probablemente por Durostorum (Silistria): una larga hilera de carros, llevando a menudo los antiguos ídolos paganos aunque también con algún obispo entre ellos, un sacerdote cristiano. Y Fritigemo, que con muchos de los suyos se había hecho amano en 369, prometió a Valente la "conversión" de la parte de su pueblo que todavía era pagana, algo que agradó a los oídos del fanático "hereje", pero que para los godos fue más bien cuestión de oportunismo: la miseria y los hunos por un lado, el atractivo Imperio Romano por el otro. Sin embargo, sus explotadores oficiales y sus funcionarios, los acaparadores de alimentos y el hambre, que hizo que no pocos godos, hasta algunos jefes, vendieran como esclavos a sus propias mujeres e hijos (incluso a cambio de carne de perro)—un negocio bastante corriente en el Danubio—, el empuje de nuevos "bárbaros", visigodos, taifales, alanos, hunos, sobre la frontera abierta, todo esto empujó a los recién llegados, que ocupaban toda la Tracia, a rebelarse y marchar sobre Constantinopla, uniéndose a ellos bandas de hunos, alanos y también esclavos, campesinos y trabajadores de las minas del país.[756]

50

Los godos veían en su obispo Urfilas, nacido alrededor de 311 de padres godos capadócicos, a un "hombre sacrosanto". Escribiría en su lecho de muerte: "Yo, Urfilas, obispo y confesor", un título honorífico que guarda relación con la persecución de los godos cristianos, probablemente en 348. Sin embargo, igual que él—un estrecho colaborador de Fritigemo, aunque cristiano, que, lo mismo que la Iglesia preconstantiniana, "cultivaba con toda convicción una postura contraria a la guerra entre sus seguidores" (K.-D. Schmidt)— sólo en el arrianismo veía la "*una sancta*", en todos los demás cristianos anticristos, en sus iglesias "sinagogas del diablo" y especialmente en el catolicismo una "teoría extraviada de espíritus malignos", el obispo Ambrosio, por su parte, creía que el hecho de que no admitieran la salvación por la cruz sino únicamente en la imitación de Cristo, sea lo que sea lo que entendieran por ello, constituía "La característica más sobresaliente del arrianismo godo" (Giesecke).[757]

Atila 23. Enssiin, Einbruch 101. Aland, Glaubenswechsel 60. Altheim, Hunnen I 351. Dannenbauer, Entstehung I 195. A. v. Müller, Geschichte unter unseren Füssen 115. Maier, Verwandiung 110.

[756] Eunap. fr. 42 s; 55. Ammian. 26,10,3; 27,4; 31,3 s. Zos. 4,10 s. Socr. h.e. 4,33 s. Soz. 6,37 s. Oros. 7,32 s. Seeck, Untergang V 93 s, 101 s. Schwartz, Zur Geschichte des Athanasius 370. Delbrück, Kriegskunst II 280. Stein, Vom romischen 286 s. V. Campenhausen, Ambrosius 37 s. Schmidt, Die Bekehrung 242 s. El mismo, Die Ostgermanen 233. Giesecke, Die Ostgermanen 69 s. Capelle 172 s. Baetke, Die Aumahme17. Komemann, Weltgeschichte II, 352. El mismo, Romische Geschichte II 418 s. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 43. Enssiin, Einbruch 100 s. Vogt, Der Niedergang Roms 310 s, 428. Dannenbauer, Entstehung 1195. Maier, Verwandiung 110. Claude, Westgoten 14 s, 26 s. Nehisen 161. Aland, Glaubenswechsel, 59 s. Wolfram, Gotische Studien 10.

[757] Jord. de orig. act. Get. 25. Soz. h.e. 2,6. Philostorg. h.e. 2,5. Basil ep. 164,2. dtv Lex. Antike, Religión 1176. Seeck, Untergang V 90. K.-D. Schmidt, Die Bekehrung 216 s, 231 s, 236 s, 257 (aquí cita). Giesecke,

Aun al comentar el Evangelio, Ambrosio podía citar elogiosamente las palabras de Pablo, un abominador todavía mayor: "El amor es paciente, es bondadoso, no muestra celo, no se ufana". Podía dejar correr la imaginación: "Pero ¿no sería maravilloso 'ofrecer la otra mejilla a quien te golpea'?". Sin embargo, en realidad Ambrosio no ofrecía ni una ni otra mejilla, e incitaba con la consideración especialmente cristiana (y paulina): "¿No se consigue con paciencia devolver los golpes doblemente [!] al que golpea, en forma del propio dolor del arrepentimiento?".[758]

51

Es significativo de nuestro santo el hecho de que habla a menudo del amor al prójimo y que incluso lo trata en su conjunto en una monografía propia, su *Teoría de los deberes,* pero al parecer, alude solamente una vez al amor a los enemigos. Para él—lo mismo que pronto para Agustín y para toda la Iglesia—no era útil, sino tan sólo un signo de la mayor perfección del Nuevo Testamento frente al Antiguo. Sin embargo, esto no supone para Ambrosio ningún requisito vinculante. Lo que hace más bien es "curiosamente no rechazar en ningún lugar la guerra de manera categórica como ilícita" (K.P. Schneider). ¡Al contrario! Constantemente se esboza en él "de forma indirecta" la idea de una "guerra justificada".[759]

Y no sólo indirectamente, pues mientras que en Oriente el filósofo y educador de príncipes Temistios, que se mantuvo al lado de varios emperadores y que nunca se adhirió al cristianismo, intentaba mediar entre los partidos eclesiásticos y también entre paganos y cristianos y, al tiempo que apoyaba vigorosamente la política de un compromiso pacífico entre los godos y Valente, juraba que era responsable de toda la humanidad, también de los "bárbaros", a los que debía confinar y conservar como animales raros, san Ambrosio hacía justamente lo contrario. En cuanto pudo, lanzó en nombre de Jesús a su protegido Graciano, de diecinueve años, en contra de los godos, los paganos, los "herejes", los "bárbaros".[760]

El obispo no cesó de mostrar apasionamiento. "No hay ninguna seguridad de dónde se puede atentar contra la fe", exclamaba encolerizado ante el emperador. "¡Elévate, oh Señor, y despliega tu estandarte! Esta vez no son las águilas militares las que conducen el ejército y no es el vuelo de las aves el que lo dirige; es tu nombre. Jesús, el que aclaman y es tu cruz la que va delante de ellos. [...] Siempre la has defendido contra el enemigo bárbaro; ¡toma ahora venganza!" ¡Aunque no debería tomarse venganza precisamente en nombre de Jesús! Sin embargo, Ambrosio tomó como referencia—lo mismo que ha hecho el clero en todas las guerras hasta la fecha—el Antiguo Testamento, donde Abraham, con unos pocos hombres, aniquiló a numerosos enemigos, donde Josué triunfó sobre Jericó. Los godos son para el santo el pueblo Gog *("Gog iste Gothus est"),* cuya aniquilación predice el profeta, *de quo promittitur nobis futura victoria;* un pueblo que Yahvé, en su lapidario estilo, quiere "dar para que lo devoren" a las aves rapaces y otros animales, y también a los suyos:

Die Ostgermanen 6 s, 16 s, 44, 69. Thompson, Christianity 69 s. K. K. Klein, Gotenprimas Wulfila 84 s, especialmente 98 s. Previté-orton, The shorter 56. Claude, Die Westgoten 11 s, 26 s. Aland, Glaubenswechsel 58. Klein, Constantius II, 253 s.

[758] Ambros. Lukaskommentar 5,73 s.

[759] Schneider, Liebesgebot 27 s, 56.

[760] Pauly V 677 s. Straub, Regeneratio 203 s. Wolfram, Gotische Studien 13.

"Y habéis de comer grasa hasta quedar hartos y beber sangre hasta emborracharos de la víctima que os sacrifico". Según Ambrosio, para quien "germánico" y "amano", o "romano" y "católico", son términos casi equivalentes, para vencer a los godos sólo hace falta una cosa: ¡la verdadera fe! ¡Esto a pesar de que el Imperio era todavía bastante pagano y que el emperador de Oriente, Valente, era un amano! No obstante, el obispo pasó por alto tales hechos. No podía separarse la fe en Dios de la fidelidad al Imperio. "Donde se pierde la fidelidad a Dios, se rompe también el Estado romano." Allí donde aparecían los "herejes", les seguían después los "bárbaros".[761]

52

Por supuesto, el aspecto militar iba acompañado de otro de política eclesiástica. Sin embargo, en la Iliria ocupada, es decir, cerca del norte de Italia y de Milán, además de la guerra con el adversario exterior, también causaba estragos la del enemigo interno, las disputas con los arríanos. Secundiano residía en Singidunum como obispo, Paladio en Ratiaria, Juliano Valente en Poetovio, Ausencio en Durostorum, pero también vivía allí Urfilas, que desplegaba su actividad sobre todo en las provincias orientales del Danubio. Ambrosio quiere incitar al emperador en contra de estos influyentes cristianos, máxime cuando los arríanos ilíricos hacían propaganda también en Milán y otras ciudades del norte de Italia y la entrada de godos daba nuevos impulsos a la "herejía". Así pues, el católico no dejó de invocar la situación religiosa y la actuación de los amaños como un peligro para el Imperio y para la seguridad militar, que brindaría a los súbditos "heréticos" una protección ante los godos, sus compañeros de fe, mucho menor que los ortodoxos.[762]

No obstante, es evidente que el aspecto militar era ahora para Ambrosio más importante que el religioso que él pone de relieve, puesto que su diócesis no estaba muy alejada de los godos y en la cristiandad romana, según una antigua tradición, se hacía entre romanos y "bárbaros" la misma distinción que entre los seres humanos y los animales. El peligro surgía de los enemigos del país. Así, al celo religioso del obispo se le anticipa ahora el nacional. ¡Como si no hubiéramos visto esto incontables veces en las dos guerras mundiales! Lo mismo que entonces los curas castrenses alemanes insultaban a los franceses llamándoles libinidosos y hablaban de la "Babilonia de Occidente", de "los jardines venenosos de la Babel del Sena, de la moderna Sodoma y Gomorra", Ambrosio destacaba en especial la propensión al vicio de los "bárbaros", su depravación "peor que la muerte". Para él, el incuestionable patriota, el enemigo es también cualquier "extraño"; el "extranjero" *(alienígena),* casi equivalente a infiel. A los godos y similares *(Gothi et diversarum nationum viri)* les llama "gentes que antes habitaban en carretas", seres más temibles que los gentiles *(gentes).* Así, no combate a los romanos infieles; lo que hace más bien es colocar al ejército de los paganos de su lado e incitarlo contra los "bárbaros", y para ganarse al emperador pretexta motivos religiosos, mientras que busca el predominio de la

[761] Ambr. de fide ad Grat. 2,16,130; 2,16,139 s; 3,16,138 s. Ez. 38 s, especialmente 38,4; 39,4; 39,19. Ambr. ep. 10,9; 25 s. de off. 1,35,175 s. de Tob. 15,51. Sobre el concepto de "bárbaros", cf. por ejemplo Wemer, Barbarus 401 s. Jüthner 103 s. V. Campenhausen, Ambrosius 37 s, 46 s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 88 s. Beumann, Zur Entwickiung 219 s. Stratmann III 72. Christ, Rómer 273 s. Homus 169. Pavan, Politica gótica 70 s, especialmente 76 s. Schneider, Liebesgebot 49 s. Chadwick, Die Kirche 174. Haendier, Von Tertullian 102.

[762] Ambros. de fide 2,16,139 s. Sulp. Sev. Vit. Mart. 6,4. V. Campenhausen, Ambrosius 9 s, 18 s, 37 s. Schneider, Liebesgebot 45 s. Gottiieb, Ambrosius 21 s, 83 s.

"cultura romana", que a él mismo le proporciona protección. Y una vida muy prestigiosa.[763]

53 El santo obispo incita constantemente contra los godos, conjura al mundo a no bajar la guardia, y para él "prácticamente cualquier medio no sólo está justificado sino que además es necesario"—la postura de todos los curas en la guerra, incluso en el siglo XX—; "se alabará al general por su astucia si hace que bárbaros luchen contra bárbaros y de esta manera preserva las armas romanas, aunque este mismo general no sea cristiano. Difícilmente podía probar Ambrosio que su aversión contra los bárbaros estaba motivada sobre todo por razones religiosas" (K.-P. Schneider). Ni en sueños se le habría ocurrido la idea del obispo Basilio, santo y padre de la Iglesia como él: "Estamos tan lejos de poder subyugar a los bárbaros con la fuerza del espíritu y de la eficacia de sus dones, que más bien volveremos a hacer salvajes a los ya subyugados con el exceso de nuestros pecados".[764]

Ambrosio había enviado al "santo emperador" su obra pastoral *Defide,* aparecida durante el conflicto con los godos, al campo de batalla de Iliria, aunque sabía que una victoria se debería "más a la fe del emperador que a la valentía de los soldados" *(fide magís imperatoris quam virtute militum),* con lo cual incita de nuevo en contra de los arríanos, que en realidad no sólo son seres humanos en su apariencia exterior, pues en su interior son animales feroces. Aunque profetiza el triunfo, está seguro de la victoria, "como testimonio de la verdadera fe". Graciano, que ya había movilizado a las tropas de Panonia y de las Gallas aunque llegando sólo hasta la región de Castra Mariis, en la Mesia superior, retrocedió para dirigirse contra los alamanes. Éstos, aprovechando la ocasión, habían cruzado el Rin y devastaban el territorio romano. Graciano les derrotó en la batalla de Argentaría, en la que cayó su rey Priario, cruzó por su parte el río y les sometió. Sin embargo, ésta fue la última vez que un emperador romano cruzó el Rin.[765]

Y esta victoria en Occidente, con la ausencia de las fuerzas de Graciano en Oriente, provocó allí una catástrofe. Cuando en 377 los godos marcharon contra Constantinopla, pasando a sangre y fuego, saqueando, batiendo a las tropas romanas y siendo ellos mismos batidos, Valente, que aunque había permitido el asentamiento de los extranjeros no había cumplido los tratados, dirigió personalmente la contraofensiva. Procedente de los escenarios bélicos persas, se apresuró a llegar a Constantinopla. El 9 de agosto de 378 estaba en Adrianópolis, con unos treinta mil soldados, frente a los visigodos y ostrogodos unidos. Mientras rechazaba varias ofertas de paz de Fritigemo, que sólo buscaba ganar tiempo, apareció la esperada caballería ostrogoda y alana, excelentes jinetes avezados por sus largas campañas en Rusia y Europa central, que ya usaban estribos y espuelas. Conducidos por los reyes alanos Alateo y Safrax, cayeron de pronto sobre el flanco y la espalda de las legiones

---

[763] Ambros. ep. 19,7 s; 20,12; 20,20. de off. 2,136; 3,84. de fide 2,16. Prudent. c. Symm. 2,816 s. V. Campenhausen, Ambrosius 48 s. Schneider, Liebesgebot 49 s. Straub, Regeneratio 251. Haendier, Von Tertullian 102. Sobre el comportamiento del clero, sobre todo en la Primera Guerra Mundial, cf. Deschner, Heilsgeschichte 1236 s, especialmente 246 s.

[764] Basil. ep. 164,2. Schneider, Liebesgebot 54.

[765] Ambros. de fide 3,1,1; 1 prol. 1 s; 2,1,15; 2,16; Ammian. 31,7,3; 31,10,2 s; 31,11,6. Aurel. Vict. epit. 47,2. Oros. 7,33,8. Rauschen 17 s. V. Campenhausen, Ambrosius 43 s. Cf. Schneider, Liebesgebot 6. Stallknecht 66 s, 73.

romanas, que habían iniciado el ataque, y las destruyeron formalmente. Dos tercios del ejército quedaron en el campo de batalla, y entre ellos, para satisfacción de muchos católicos, el emperador, el "hereje odiado por Dios", "seguramente un juicio de Dios" (Jordanes). El propio Valente acabó lanzándose al tumulto, con cuatro de sus máximos jefes militares, mientras que la mayoría de sus generales, según una vieja costumbre, huyeron. Fue el primer desaire sangriento del Imperio a manos de un pueblo nómada y la primera gran victoria de los pesados jinetes germánicos—que desde entonces dominaron los campos de batalla cristianos durante los siguientes mil años, hasta el siglo XIV— sobre la infantería romana; según Amiano, desde Cannae la mayor derrota de la historia de Roma y, según Stein, el "principio del fin del Imperio Romano". Tras esta debacle, que inició el ocaso del Imperium romanum, los emperadores bizantinos disolvieron sus legiones de infantería.[766]

54 Amiano Marcelino, un griego procedente de Antioquía, soldado y el último historiador importante de la Antigüedad, al que ya se ha citado aquí con frecuencia; participó personalmente en la batalla que durante un milenio "revolucionó" la guerra a favor de la caballería. En el epílogo de su obra, formada por 31 tomos, que va desde Tácito hasta la catástrofe de Adrianópolis, describe como los godos retrasaron ex profeso el ataque, dejando que los romanos se cocieran literalmente en su jugo, bajo el sol abrasador y rodeados de incendios provocados, hasta que la caballería goda, "como un rayo que cae desde el pico de una montaña", se lanzó sobre "nuestra gente" provocando una "enorme carnicería". El fracaso impresionó grandemente a los contemporáneos. Y el aguerrido san Ambrosio se horroriza: "Estamos viviendo el ocaso del mundo".[767]

"Las consecuencias de la catástrofe fueron inconmensurables" (Ostrogorsky). Durante un milenio, el Imperio romano de Oriente lucha contra el problema de los germanos, el Imperio romano de Occidente se hunde, y la derrota de Valente conduce al definitivo ocaso del arrianismo.[768]

Tras esta batalla, con la que se perdió la totalidad de Mesia y Tracia, el *magister militum per Orientem,* Julio, estacionado en Asia, hizo pasar un día a cuchillo, a traición, a todos los soldados godos que estaban bajo sus órdenes. Para ellos se hundió el mundo; lo mismo que para los caídos en Adrianópolis, y para todos los godos que al año siguiente, en 379, sufrieron una asoladora epidemia, resultado de las oraciones del santo obispo Acolio de Tesalónica, como sabe Ambrosio, para quien el mundo, predestinado evidentemente al exterminio de todos los que no fueran católicos, en especial todo lo amano, no se hundía. Puesto que los arríanos, que "se arrogaban el nombre de cristianos" y sin embargo "intentaban herir con armas

[766] Ammian 31,12,10 s. Liban, or. 24. Socr. 4,38. Soz. 6,40. Philostorg. 9,17. Theodor. 4,31 s. Jordán, de orig act. Get. 26. Rauschen 22 s. Delbrück, Kriegskunst II 280 s. Seeck, Untergang V 118 s. Stein, Vom romischen 292 s. Biihier, Die Germanen 40 s. Dudden 169 s. Schmidt, Die Bekehrung 258. Omán 4 s. Dannenbauer, Entstehung I 195. Vogt, Der Niedergang Roms 311. Dawson 94 s. Maier, Verwandiung 110. Capelle 202. Enssiin, Einbruch 101 s. Heer, Kreuzzüge 10. Montgomery 1135 s. Claude, Westgoten 15. Stallknecht 67 s. Con respecto a los diversos modos de muerte de Valente según los diferentes historiadores, cf. Rauschen 22 s.

[767] Ammian. 31,10 s; 31,13. Ambros. Exposit. Evangelii sec. Lucam 10,10. dtv Lex. Antike, Philosophie I 110 s. Seeck, Untergang V 119 s. Wein 76 s. Vogt, Der Niedergang Roms 290 s.

[768] Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 43 s.

mortales" a los católicos, se parecían, según Ambrosio, a los judíos, si bien eran peores, y también a los paganos, aunque en realidad eran todavía peores, más que el anticristo y el propio diablo. Habían "reunido el veneno de todas las herejías", "eran seres humanos sólo en su aspecto exterior, pero en su interior estaban llenos de la rabia de los animales".[769]

55 Por esa razón a Ambrosio también le irritó el amano Juliano Valente, hasta su destierro obispo de Poetovio (Pettau, hoy Ptuj, en Yugoslavia), porque apareció "delante del ejército romano, manchado de impiedad goda y vestido como un pagano". Los "herejes" —"el desvarío del mal amano", "la enfermedad del pueblo", como también excita a sus colegas el padre de la Iglesia Basilio—, limitados en Occidente a Milán y algunos obispados ilíricos, tuvieron que desaparecer. "¡Adelante, hombre de Dios, lucha del lado bueno!" Ahora Ambrosio, que simplemente se encarga del clero de su antecesor, pudo gritar lleno de júbilo que en todo Occidente no se encontraban más de dos arríanos. Aquí, lo mismo que en Oriente, los pastores tenían menos interés en la fe que en su cargo.

Sin embargo, católicos fanáticos escribieron entonces al emperador Teodosio: "Estos excelentísimos obispos que con Constantino defendían la fe inmaculada, después anatematizados con la firma herética, han vuelto al reconocimiento de la fe católica en cuanto han visto que también el emperador vuelve a estar del lado de los obispos católicos".[770]

El emperador Teodosio "el Grande": Lucha en favor del catolicismo y "sangre vertida como agua"

En Teodosio I (379-395) encontró el padre de la Iglesia Ambrosio un enérgico compañero de viaje. "Apenas hay año de su reinado—afirma el teólogo protestante Von Campenhausen— en que no se proclame una nueva ley u otro tipo de medida para luchar contra el paganismo, para reprimir la herejía y para favorecer a la Iglesia católica." "La total aniquilación de quienes pensaban de modo distinto fue desde el principio la meta de su gobierno, y la tradición eclesiástica, que describe a Teodosio como un protector infatigable del catolicismo y enemigo de todas las herejías y del paganismo, le ha retratado con toda fidelidad."[771]

56 Teodosio, cuyo padre homónimo, un cristiano "ortodoxo", había ostentado ya el cargo de *magister equitum praesentalis* antes de perderlo, junto con su cabeza, bajo el hacha, por orden del católico Valentiniano, creció en los campamentos militares. Desde 367 había luchado en Bretaña y también contra los alamanes. En la década de

---

[769] Ammian. 31,16,8; cf. Zos. 4,26. Ambros. ep. 15,5 s de fide 1,85; 2,130; 2,135; 3,32; 3,38; 5,199; 5,230. de incam. 2,12. Serm. contr. Auxent. 31. Seeck, Untergang V 122 s. Stein, Vom romischen 295. Dudden I 174. Komemann, Weltgeschichte II 353. Capelle 205.

[770] Coll. Avell. 2,52. Ambros. ep. 10,9 s; 11,1. Cf. ep. 12,3; 20,12. de incam. 2,12. Basil. ep. 197,1. V. Campenhausen, Ambrosius 31, 64 s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 80 s, 88 s. Caspar, Papsttum 112 s. Dudden 1190 s. Giesecke, Die Ostgermanen 73.

[771] V. Campenhausen, Ambrosius 223 s, que señala ampliamente las leyes contra los paganos y los herejes.

370 destaca como *dux,* jefe militar, de la provincia de Mesia (hoy en territorio servio) contra los sármatas. Este católico ascendido a altos cargos, notablemente hermoso y, cuando quería, amable en extremo, pudo "verter sangre como agua" (Seeck). "Por desgracia"—dice en su honor el benedictino Baur—, fue el último talento militar que hizo brillar de nuevo el prestigio guerrero del antiguo Imperio romano."[772]

El 19 de enero de 379, tras la heroica muerte de Valente, Graciano proclamó a Teodosio, de treinta y un años de edad, regente, emperador, un emperador que consideró urgente diferenciar los estamentos capitalinos mediante una estricta ordenación de los ropajes, lo mismo que fijar de manera más detallada las leyes de Valentiniano sobre rango, preferencias y títulos, como por ejemplo conceder títulos senatoriales a las esposas de los senadores. Teodosio tendía al derroche, a la ostentación palaciega, al nepotismo y, no en último lugar, a una enorme explotación económica, sobre todo de los campesinos y los colonos. Incluso tras la confiscación de todos los bienes obligaba a los deudores, por medio de la tortura, a seguir pagando, con la esperanza de que los parientes ayudaran al desafortunado. Sin embargo, era estricto con la honestidad. Aun en contra de uno de los muchos fieles cónyuges imperiales, excluyó el adulterio de sus amnistías y castigaba con dureza el segundo matrimonio de una viuda celebrado antes de finalizado el año de luto. Incluso se ajusticiaba a los acusados de adulterio que, aunque absueltos, se casaban entre ellos. A los pederastas se les quemaba en público delante del pueblo, una pena de muerte agravante frente al Antiguo Testamento y a un edicto de Constantino. En suma, un emperador "que pensaba más en la salvación de su alma que en la prosperidad del Estado" (Cartellieri). Motivo suficiente para que la Iglesia, poco después de su muerte, le concediera el sobrenombre de "el Grande", que en este caso constituye como suele ocurrir, una especie de señas de filiación abreviadas.[773]

Teodosio desarrolló como emperador todo su amor hacia Cristo y hacia la carrera militar.

57

Lo mismo que Constantino, el amano Constancio II y el católico Valentiniano I, Teodosio fue también un héroe de guerra cada vez más violento. Volvió a fortalecer al ejército, gravemente dañado en Adrianópolis. Sus fuerzas combatientes comprendían 240 unidades de infantería y 88 regimientos de caballería, sus "tropas defensoras de la frontera", 317 unidades de infantería y 258 de caballería, además de 10 flotillas fluviales, que sumando daban en total medio millón de soldados. Mediante una fórmula creada en su reinado, tenían que jurar, por la Santísima Trinidad y por el emperador, amar y honrar a éste inmediatamente por detrás de Dios. Puesto que: "Si el emperador ha recibido el nombre de Augusto, se le debe fidelidad y obediencia, así como un servicio sin descanso, como a un Dios actual y en

---

[772] Seeck v. siguiente Nota. Baur, Johannes 1101.

[773] 3-Mos. 20,13. Cod. Theod. 3,8,1 s; 9,7,3; 9,7,6; 10,21,2; 14,10,1; 15,7,11; Cod. Just. 5,10,1; 6,56,4; 12,1,13; Themist. or. 14,180; 15,188. Socr. 5,2,2 s. Theodor. h.e. 5,6,3; Soz. 7,2,1. Zos. 4,16,6; 4,33; 4,35,3; Ambros. de ob. Theod. 53. Liban. or. 24,12. Ammian. 29,6,15. Ps. Vict. epit. 47,3; 48,8; Pacatus paneg. 2,8,3; 10.2. Oros. 7,34,2. Epit. de Caes. 48,18. Apelativo «el Grande» ya en el siglo v: Pauly V 701 s. Rauschen 326 s. Seeck, Untergang V 123 s, 170 s. Cartellieri 5. Dudden I 173. Stroheker, Germanentum 60 s. Enssiin, Die Religionspolitik 5 s, Vogt, Der Niedergang Roms 308 s. Thiess 274 s. Jones, Román Empire I 162 s, 169. Lippoíd, Theodosius 7, 10 s; pero en la pág. 135 le reconoce el título honorífico que se ha utilizado "en la historia muchas veces de manera tan generosa". Holum 7 s.

persona". Así se expresa el cristiano Vegetio, en aquellos tiempos escritor militar y autor de un tratado sobre la guerra.[774]

Sin embargo, el mérito especial del soberano católico consistió en una nueva política hacia los germanos. En su reorganización del ejército, gravemente cercenado, incorporó "bárbaros" (seguían una tendencia que existía ya desde Constantino) hasta en la cúpula de mando: francos, alamanes, sajones y sobre todo godos, y con este ejército "godificado" "limpió" los Balcanes de godos, que aunque oficialmente pertenecían al Imperio no eran ciudadanos sino siervos. En su primer año de reinado consiguió así victorias sobre los godos, los alanos y los hunos.[775]

¿Pertenece a las muchas víctimas del "gran" Teodosio también el príncipe godo Atanarico? Expulsado por los godos caucasianos, quizás sus parientes, buscó refugio en Constantinopla; fue recibido el 11 de enero de 381 con todos los honores por Teodosio, y dos semanas después, el 25 de enero, de manera sorprendente y a una edad no avanzada, falleció "de muerte natural" (Wolfram). No puede decirse lo contrario. Sin embargo, ¿cabe excluir esa posibilidad tratándose de un hombre como Teodosio? ¿Se opone sin ninguna sombra de duda la recepción real que se deparó a Atanarico al enterramiento asimismo real?[776]

Teodosio, según dicen siempre lleno de "magnanimidad hacia los vencidos" (Thiess), "el último gran protector de los germanos en el trono imperial romano" (Von Stauffenberg), no planteó nunca ninguna batalla en toda regla. Siguiendo la caza de cabezas godas de Valente, llevó a cabo más bien una especie de guerra de guerrillas, para lo cual sacrificó "sin escrúpulos o intencionadamente" también las propias tropas godas (Aubin). Lo mismo que Graciano, buscaba aniquilar uno tras otro los distintos grupos de "bárbaros". Así, atacaba a contingentes godos aislados allí donde creía conveniente, como por ejemplo en el año 386 a una tropa de ostrogodos dirigidos por el príncipe Odoteo. En otoño habían solicitado en la desembocadura del Danubio permiso para cruzar el río, aunque en un principio Promotus, el *magister militum* que mandaba en Tracia, lo denegó. Sin embargo, una noche oscura los atrajo hasta el río para que cayeran en manos del ejército romano. Se dispusieron a cruzarlo unos tres mil botes—el río quedó lleno de cadáveres—y fueron inmediatamente derrotados, mientras que las mujeres y los niños quedaron en cautiverio. Con todo, seguramente la política goda del emperador habría sido distinta si hubiera dispuesto de suficiente fuerza. Teodosio se apresuró a pasar revista al lugar de la hazaña y el 12 de octubre, con su carroza tirada por elefantes (regalo del rey persa), entró triunfante en Constantinopla, donde hizo levantar una columna conmemorativa de 40 metros de altura en recuerdo de esta y otras masacres de "bárbaros". Algunos años después, su general Estilicen causó un grave descalabro a otro grupo de godos. El obispo Teodoreto informa con júbilo sobre "matanzas" con "muchos miles" de "bárbaros" masacrados. Por otra parte, los prisioneros de tales operaciones inundaron los mercados de esclavos de todo Oriente. Y a partir de

[774] Vegetius, Epistoma reí militaris 2,4 s. dtv Lex. Antike, Philosophie IV 328. Lippoíd, Theodosius 48 s. Maier, Verwandiung 114 s.

[775] Cod. Theod. 7,13,8 s. Zos. 4,30,1. Socr. 5,6. Philostr. 9,19. Rauschen 39. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 43. Stauffenberg 27 s. Mango 103. Stallknecht 74 s.

[776] Zos. 4,34,4 s. Consularia Constantinopolitana a. 381 (ed. Th. Mommsen MGH Auctor. antiqu. 11,1892,243). Wolfram, Gotische Studien 12 s.

entonces, gracias a los "méritos" de Teodosio, en todas las batallas de la invasión de los bárbaros hay germanos luchando en ambos bandos.[777]

58

Aunque ¡qué era esto en comparación con sus obras religiosas! "Puedes estar contento en las batallas y ser digno de alabanza—le glorificaba Ambrosio—, la cumbre de tus actos fue siempre tu piedad."[778]

La primera medida de gobierno importante del emperador fue el edicto de religión *Cunctos populus,* dictado el 28 de febrero de 380 en Tesalónica, un año después de su subida al trono, tras haber pacificado de nuevo a los godos mediante hábiles negociaciones y haber superado una enfermedad que puso en peligro su vida.

Al parecer sin ayuda episcopal, el entonces todavía sin bautizar promulgó la obligatoriedad de fe, declarando, de manera breve y rotunda, con un lenguaje de un "fanatismo religioso casi demencial en el trono" (Richter), el catolicismo como la única religión legal en el Imperio, y llamando a todos los restantes cristianos "maniacos y dementes". "Primero les debe alcanzar la venganza divina y después el castigo de nuestra cólera", proclamó Teodosio de acuerdo con la voluntad de Dios *(ex caelesti arbitrio).* El emperador había prometido someter no solamente los cuerpos sino también las almas, influido quizás por el fanático obispo local Ascholios después de que recibiera de éste el bautismo, cuando se encontraba gravemente enfermo y esperaba la muerte. El Codex lustinianus pone el edicto al principio de todas las leyes.

59

Ese mismo año siguieron otras disposiciones de religión por parte del soberano y posteriormente nuevos decretos antiheréticos muy severos, corroborando el Concilio de Constantinopla, convocado por él y al que faltaron tanto el papa Dámaso como un legado de Roma, las leyes estatales; la confesión de fe "grande" o **niceno-constantinopolitana,** el credo cristiano vigente hasta la fecha, el único que aceptan todas las Iglesias cristianas, adoptó casi literalmente las fórmulas de Nícea, pero presentó como novedad la total divinidad del Espíritu Santo, sobre el que en Nícea no se habían hecho manifestaciones más precisas, aunque se le incluyera de modo nominal. Como religión del Estado, el catolicismo alcanzó una posición de monopolio, mientras que todas las restantes confesiones quedaron en condiciones muy precarias, sobre todo el arrianismo—apoyado por los godos todavía por espacio de algunos decenios—y todo lo que se entiende por tal. Tropas bajo sus órdenes reprimieron por doquier tumultos y levantamientos, se desterró a los obispos arríanos y sus iglesias pasaron a manos de los católicos.[779]

En Constantinopla, que era entonces todavía casi amana en su totalidad, la víspera de Pascua del año 380 los arríanos asaltaron la iglesia de los católicos, atentando

---

[777] Theodor. 5,5 s. Zos. 4,35; 4,38 s. Rauschen 225 s. Seeck, Untergang V 126 s. Stein, Vom romischen 189, 299 s. Dudden I 174. Schmidt, Die Bekehrung 263. Thiess 271. Stauffenberg 35. Stallknecht 74 s. Vogt, Der Niedergang Roms 311 s, 349. Capelle 308 s. Maier, Verwandiung 111.

[778] Ambros.ep.51.

[779] Theodor. e.p. 5,2. Pacat. paneg. 10 s. Cod. Theod. 16,1,2 (Cod. Just. 1,14). 263 Cf. también Cod. Theod. 16,2,25 del mismo día. Socr. 5,8. Soz. 7,4. RAC I 651. Richter según Rauschen 67 s, 88 s, 95 s. Schuitze, Geschichte I, 215 s. Seeck, Untergang V 138 s. Stein, Vom romischen 295 s. V. Campenhausen, Ambrosius 58. Stratmann III 104 s. Enssiin, Die Religionspolitik 15s, 23s. Dannenbauer, Entstehung I 79. Pavan 11. Maier, Verwandiung 107 s. Tinnefeid 268 s. Holum 16 s. Brox, Kirchengeschichte 183 s.

gravemente contra los monjes y las mujeres. A finales de noviembre el emperador destituyó como obispo al anciano Demófilo, que no quería ser niceno, y le desterró. Protegido por las armas ocupó su cargo un atanasista, el padre de la Iglesia Gregorio Nacianceno. Se produce un gran alboroto, "como si yo", relata él mismo, "en lugar de un Dios quisiera introducir varios dioses". Por calles y plazas se manifestaron los seguidores de Demófilo. La iglesia de Gregorio es asaltada incluso durante los servicios religiosos, especialmente por monjes. Una lluvia de pedradas cae a su lado cuando se encuentra en el altar, y se plantea seriamente la posibilidad de su asesinato, pues hay también muchos católicos que son sus enemigos. En 381 Teodosio nombra patriarca de la capital al jurista Nectarios, un laico que ni siquiera está bautizado y que es un perfecto desconocido en los círculos eclesiásticos, razón por la cual todavía no se le odiaba. Inmediatamente después de ser bautizado se le consagra obispo. Ningún niceno, que antes con tanta frecuencia pregonaban en voz alta la *libertas ecclesiae,* protesta contra la arbitrariedad del emperador. Al contrario, también el sínodo de Roma (382) aprueba la elección. Aunque en 388 queman el palacio de Nectarios, vuelve a reconstruirlo, extraordinariamente grande y lujoso, y conserva su trono hasta el año 397. Todavía hoy se le sigue considerando un santo en la Iglesia bizantina.[780]

60 Sin embargo, como santo, el catolicismo también venera a Ambrosio, no desde luego a pesar de que sometiera con tanta falta de escrúpulos como éxito a todos (paganos, "herejes", judíos; de hecho, fue promotor de incontables tragedias), sino precisamente por eso.

La lucha de Ambrosio contra el paganismo

Lo mismo que muchos otros padres de la Iglesia, él mismo estaba sujeto a la influencia de la filosofía pagana, sobre todo de Plotino. Sin embargo, habla de ella de forma bastante crítica, relacionándola con la "idolatría", un invento especial de Satán, y también con los "herejes", sobre todo los arríanos. Si esta filosofía tiene algo bueno es que procede de las "Santas Escrituras", de Esra, David, Moisés, Abraham y otros. Considera también a todas las ciencias naturales como un atentado a la "*Deus maiestatis*". El paganismo es para él, en su conjunto, un "*arma diaboli*", y la lucha en su contra "una lucha contra el Imperio del diablo" (Wytzes).[781]

El joven Graciano en un principio había dado un buen trato a los paganos, pero aprendió de su mentor espiritual "a sentir el Imperio cristiano como una obligación de reprimir a la antigua religión del Estado" (Caspar). Esto ya no era difícil al estar

[780] Greg. Nacianc. carm. de vita sua 652 s, 665 s, 1305 s ep. 77 s. or. 19,14; 33,5 s; 35,3 s; 42 (el discurso de despedida de Gregorio en Constantinopla). Socr. 5,7 s; 5, 13,3 s. Soz. 7,5 s; 7, 14,5; Theodor. h.e. 5,9. Ambros. ep. 40,13. Marcell, com. a. 380 (MGH AA XI, 61). Wyss, Gregor II (Gregor Nacianc.) RAC XII 796. LThK 1 ed. VII 482. Rauschen 50 s, 295, 534. Seeck, Untergang V 155 s. Stein, Vom romischen 305 s. V. Campenhausen, Ambrosius 133 s. Caspar, Papsttum 235 s. Ehrhard, Die griechische und lateinische Kirche 49. Baur, Johannes II 44, 52 s. Baetge, Die Aufnahme 14. Joannou 285 s. Lippoíd, Theodosius 70. Klein, Constantius II 154 s. Tinnefeid 179. Chadwick, Die Kirche 171 s. Holum 17 s.

[781] Ambros. Exp. ps. 118,2,5; 118,21,11; 118,22,9. enarr. ps. 35,1. de bono mortis 11,51; 10,45; de parad. 13,61; de Abrah. 2,2,5; 2,10,70. Wytzes, Kampf29 s.

el cristianismo establecido y el paganismo en franca retirada. Tras la visita a Roma de Graciano y su corregente en el año 376, la ciudad, que en buena parte seguía aferrada a la antigua fe, vivió la destrucción de un santuario de Mitras por parte del prefecto Graco, que, en espera del bautismo, demostró así sus merecimientos. En el verano de 382, Ambrosio estuvo en Roma, probablemente horrorizado por los numerosos gentiles, los "perros dementes", como les llamaba el papa Dámaso I, un español, y mientras él hablaba de persecución, los miembros cristianos del Senado tenían que prestar su juramento oficial ante la imagen de la diosa Victoria. A finales de ese mismo año, el soberano (que poco después sería asesinado) dispuso, "evidentemente por consejo de Ambrosio" (Thrade), "con toda certeza no sin la influencia de su paternal consejero Ambrosio" (Niederhuber), una serie de edictos antipaganos perentorios para la ciudad, en virtud de los cuales se retiraba el apoyo del Estado a diversos cultos y cleros, como a las populares vestales, se anulaba la exención de impuestos y se les negaba la propiedad del terreno de los templos.[782]

61

El monarca ordenó también retirar de la sala del Senado la estatua de la diosa Victoria, una obra maestra de Tárenlo arrebatada al enemigo y además símbolo muy venerado del dominio romano. Puesto que Victoria era una de las divinidades nacionales más antiguas, con una estatua de culto en la sala del Senado desde la época de Augusto (sólo Constancio II la había retirado hacía poco tiempo), la mayoría de los senadores y los ciudadanos paganos de Roma se sintieron ofendidos en lo más sagrado. Enviaron rápidamente legados a la corte, que no fueron recibidos a pesar de que les encabezaba Aurelio Simaco, uno de los literatos más importantes de Roma en su tiempo y emparentado con Ambrosio, que además tenía buenas relaciones con Graciano.[783]

Dos años más tarde, en 384, Simaco peregrinó de nuevo con una delegación al norte, esta vez a la corte de Valentiniano II. La situación parecía favorable. Simaco era entonces prefecto, el cargo imperial más alto de la ciudad. Le acompañaba también el prefecto pretoriano Vetio Agorio Pretextatus, un apasionado defensor de la antigua fe y de linaje muy noble, así como otros hombres influyentes que tampoco eran cristianos: el culto literato Virio Nicomaco Flaviano, provisionalmente prefecto pretorio por Italiam, al que Simaco llamaba "hermano" en todas las cartas; los dos magistrados preséntales, el general Rumorido, y Bauto, apoyado por Valentiniano II y al que Agustín dedicó en 385, cuando todavía era gentil, un panegírico (los dos lucharon después al lado del emperador cristiano). Simaco presentó así con fundadas esperanzas su famosa petición para la restauración del altar, según el derecho clásico: *ius suum cuique.* Moderadamente pero con habilidad diplomática y literaria, pidió

[782] Ambros. ep. 17,3 s; 17,9; 18,3; 18,11; 18,16. Hieron. ep. 107,2; Symm. Relat. 3,13 s. Pauly-Wissowa 2 Hbbd. 1958,1813. Schuitze, Geschichte 1221 s. Seeck, Untergang V 186. Niederhuber XI. Caspar, Papsttum I 268 s. Dudden I 258. Dannenbauer, Entstehung I 88. Lorenz, Das vierte 40. Schneider, Liebesgebot, parte de que Ambrosio "estaba fuertemente implicado en las súbitas medidas contrarias a los paganos" (pág. 36). Lippoíd, Theodosius 82. Grant, Christen 176 s, que también pone de relieve que el emperador Graciano en su comportamiento antipagano "estaba muy influenciado por Ambrosio". Thraede 95. Stroheker, Germanentum 24.

[783] Symm. Reí. 3,3 s. Ambros. ep. 17,9 s; 18,10. Gottiieb, Gratianus RAC XU 728 s. Rauschen 119 s. Caspar, Papsttum 1268 s. V. Campenhausen, Ambrosius 167 s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 90 s. Dudden 1258 s. Dannenbauer, Entstehung 189. Sheridan 186 s. Lippoíd, Theodosius 110. De manera detallada: Wytzes, Der Streit passim.

tolerancia a aquel que hasta nuestros días ha sido difamado como "*borne, hypocrite et égoiste*" (Paschoud). "Miramos las mismas estrellas, un cielo forma cúpula sobre nosotros, un mundo nos rodea. ¿Qué hace que cada uno busque la verdad con un entendimiento diferente?"[784]

Todos se sentían profundamente impresionados y predispuestos a conceder. Paganos y cristianos estaban de acuerdo en el Consejo de la Corona. Sin embargo, lo mismo que dos años antes, intervino Ambrosio, oculto como "pastor de almas" detrás del soberano de trece años; declaró incompetentes a los paganos que estaban a favor de la propuesta y a los cristianos que respondían afirmativamente les llamó malos cristianos. El derecho le interesaba tan poco como la integridad ética de Simaco, de quien él mismo había escrito en una ocasión que podría servir muy bien de ejemplo para un cristiano. No, lo que le interesaba era el poder del clero. "¡No hay nada más importante que la religión, nada más importante que la fe!" Ambrosio recordó al mayor de los dos emperadores, que era muy antipagano (y que había vuelto a salir de Milán). Amenazó al regente más joven con la expulsión en el más allá. "No te disculpes con tu juventud, también ha habido niños que han profesado valientemente a Cristo, y para la fe no hay infancia." Le anunció sin rodeos la excomunión. En caso de una decisión desfavorable no habría sitio para él en la Iglesia. Con ello, por primera vez amenazaba un obispo a un emperador con la exclusión. Efectivamente, Ambrosio consideraba que la restauración del altar sería un delito de religión y vendría seguida de una persecución contra los cristianos. Así tuvo el fanático la satisfacción de que el emperador adolescente se levantara "como un Daniel" y rechazara a los gentiles. Puesto que el santo no conocía "ningún otro camino para el bienestar del Estado que no sea el de que cada uno adore al verdadero Dios, pero ése es el Dios de los cristianos [...]". (Con ello replicaba a la objeción de Simaco de que el asesinato de Graciano, las últimas malas cosechas y las hambrunas eran consecuencias de la cólera de Dios: el éxito y el fracaso políticos no guardan ninguna relación con la religión.)[785]

62

Es sintomático que el príncipe de la Iglesia falseara también sin escrúpulo los hechos si ello le parecía oportuno. (¡Lo mismo que muchos obispos, en la Edad Media, siguen falseando documentos!) Ambrosio min tió diciendo que los cristianos ya eran mayoría en el Imperio y que también el Senado romano estaba formado en su mayoría por cristianos *(cum maiore iam curia Christianorum numero sit refería)*. Ninguna de las dos cosas se ajustaba a la realidad, como el propio Ambrosio deja entrever en ocasiones. Al igual que haría más tarde Agustín, cita el predominio pagano. Desde Gibbon, por lo tanto, salvo algunas raras excepciones, los investigadores están de acuerdo en una opinión: Ambrosio miente aquí de manera

---

[784] Symm. Reí. 3,10. Cf. 3,1; 3,8. Ambros. ep. 17 s; 24,8; 57,3 s; de ob. Val. 19,20. August. c. litt. Petil. 3,30; conf. 6,6. Rauschen 184 s. Seeck, Untergang V 196 según Caspar, Papsttum 1270. Dudden 1260 s. Bloch, The Pagan Revival 196 s. Waas 77 s, 103. Dihie 81 s. Schneider, Liebesgebot 36. Wytzes 48 s, 98 s, 133 s, 149 s. Paschoud cit. ibíd. 120. V. también R. Klein, Symmachus. Einetragische Gestait y Barrow, Prefect and Emperor.

[785] Symm. Reí. 3 Ambros. ep. 17 s; 57,2; de obitu Valent. 19 s. Schuitze, Geschichte 1230 s. Geffcken, Der Ausgang 146 s, especialmente 150. Dudden 1264 s. Caspar, Papsttum 1268 s. V. Campenhausen, Ambrosius 161,169 s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 91 s. Stratmann III 82. Lippoíd, Theodosius 110 s. Widmann 63 s. Dihie 81 s. Klein, Symmachus. Eine tragische Gestait 122 s. El mismo, Der Streit 44 s, especialmente 52. Demandt, Geschichte ais Argument 22 s. Haendier, Von Tertullian 104 s. Sobre la polémica anticristiana de Amobio hasta Ambrosio, cf. también Courcelle 151 s.

consciente.[786]

Albrecht Dihie señala contundente que Simaco no apela a la benevolencia del emperador ni pide una prueba de gracia, sino que reclama un derecho que ha argumentado con razones jurídicas, mientras que para Ambrosio la justicia o la injusticia no desempeñan ningún papel importante. Lo que hace más bien es alejarse con claridad de la legislación y la jurisprudencia heredadas, "ciertamente el aporte más notable del Estado romano a la civilización". Para Ambrosio importa mucho menos el bienestar público *(salus publica)* que la salvación del alma del emperador *(salus apud Deum);* está por encima del derecho pero, como *«miles Christi»,* tiene que servir a Cristo, es decir, a la Iglesia, y hacer prevalecer sus mandamientos en el gobierno y en la legislación. "Hay también de la pluma de Ambrosio manifestaciones estremecedoras de falta de sensibilidad hacia el derecho [...I." Por ejemplo, si los católicos queman una iglesia de los valentinianos o si destruyen una sinagoga, ante los ojos del santo esto no constituye en lo más mínimo una injusticia.[787]

63

Debido quizás a su intervención en el intento de restaurar el altar de Victoria, círculos cristianos denunciaron a Simaco ante el emperador. El prefecto de la ciudad había hecho arrastrar a fieles fuera de la iglesia y les había torturado. Aunque Simaco se justificó plenamente, pudiendo presentar incluso una carta de descargo del obispo romano Dámaso, se resignó y presentó su dimisión.[788]

Lo mismo que a los paganos, Ambrosio combatió también a los "herejes", en especial a los arríanos o a los que consideraba como tales.

Ambrosio aniquila el cristianismo arriano de Occidente

Para Ambrosio, los "herejes no son otra cosa que los hermanos de los judíos" *(non aliud quamfratres sunt Judaeorum).* Ciertamente, un reproche terrible ante sus ojos. Aunque a veces los judíos le parecieron peores que los "herejes", por lo general éstos tenían la primacía, ya que amenazaban a la "Iglesia de Dios" de una manera mucho más inmediata y provocaban escisiones. Además, crecían del suelo como hongos. Cada día, afirma Ambrosio, aparece una nueva "herejía", y cuanto más se las combate tantas más surgen. No basta un día para contar todos los "*nomina haereticorum diversarumque sectarum*". El santo obispo se queja siempre de la misma y eterna cuestión, de esta denodada guerra. Pero no baja la guardia. Sabía muy bien que un auténtico "*apostólicas"* gana un "tesoro con rentas", y atacaba a los "herejes", que eran taimados e indomables como zorros y asaltaban a los "cristianos" como los lobos por la noche.[789]

Aunque Ambrosio impugna todas las "enseñanzas heréticas"—destinó dos libros

[786] Ambros. ep. 17,9 s; 18,11; 57,4. Wytzes, Der Streit 132 s. Klein, Der Streit120, 137,164 s. Schneider, Liebesgebot 142 Notas 300. Heinzberger 25.

[787] Cf. por ejemplo Ambros. ep. 17,17. De manera más extensa: Dihie 81 s,

[788] Symm. Reí. 10,21. V. Haehiing, Religionszugehorigkeit 391.

[789] Ambros. de fide 1,44; 1,46. de incam. 10; 35; 62. Exp. Le. 7,31; 7,49; 8,13. Schneider, Liebesgebot

De paenitentia contra los novacianos—, su lucha principal es frente a los arríanos, contra los que escribió cinco libros *Defide ad Gratianum,* tres libros *De Spiritu Soneto* y una obra más. Los arríanos eran para él lo más execrable, ¡y tanto más por estar en su misma ciudad episcopal! ¡Y sobre todo en la cercana Iliria! Sabía que reunían el veneno de todas ^ las

«herejías» y después lo dispersaban por doquier, sin ningún escrúpulo 5 en sus medios, falseando las Sagradas Escrituras y, de manera refinada, quitando partes donde les convenía y añadiendo otras; eran "anticristos", peores que Satán. Éste al menos había admitido la verdadera divinidad de Cristo, pero Arrio no *(yerumfilium dei fatebatur, Arrius negat).*[790]

64

Había que acabar con tales diablos, y así lo hizo Ambrosio el 3 de septiembre de 381 en un sínodo celebrado en Aquilea, que le proporcionó a él, "el alma de los debates" (Rauschen), la fama súbita en Occidente.[791]

Animado por Graciano, la asamblea la convocó Paladio de Ratiaria, antiguo contrincante de Ambrosio. Paladio deseaba que fuera un concilio general, y así se lo había prometido el emperador, pero Ambrosio, que combatía desde hacía años el arrianismo occidental, sobre todo en sus bastiones del norte de Italia, en Iliria, temía una reunión con muchos orientales. Tampoco quería que fuera una discusión, sino que sólo pretendía una condena de los "herejes". Hizo fracasar así el gran concilio mostrando al emperador sus dificultades y costes, los viajes desde todo el Imperio, las molestias para los que vivían en lugares remotos, y todo por un simple asunto. Propuso convocar sólo a los italianos y se sintió "plenamente" facultado en su petición a Graciano, junto con algunos colegas del norte de Italia, para establecer la fe verdadera. El joven monarca cedió, y así, en lugar del concilio general acordado se celebró simplemente un pequeño sínodo provincial, al que no acudieron tampoco los romanos ni enviaron legados. Con la excepción de los obispos Paladio de Ratiaria, procedente de Iliria y, aunque no amano, tampoco niceno, y Secundiano de Singidunum, se reunieron sólo tres docenas de católicos ortodoxos, diez o doce del norte de Italia como sector duro, como "conjurados" de Ambrosio, que más tarde se burlaban de los dos "herejes", "que se atrevieron a oponerse al concilio con discursos insolentes e impíos". En suma, allí sólo había enemigos de ambos, pues a los laicos arríanos se les había excluido, incluso como oyentes. Ambrosio tenía exactamente el "concilio" que deseaba y la sartén por el mango.[792]

Los obispos de Iliria acudieron a Aquilea no sin desconfianza. El emperador Graciano, que se encontraba en Sirmium, tuvo que despejar sus dudas en una audiencia. Afirmó, equivocadamente, que también estaban invitados los restantes orientales. Mintió a los obispos o, lo que es más probable, san Ambrosio le había embaucado. Una vez en Italia se vieron los dos sin sus colegas orientales y

---

[790] Ambros. de incam. de fide 2,135; 3,32; 5,193; 5,230. ep. 10,6. Exp. Le. 7,51. Altaner 334, 337. Schneider, Liebesgebot 41

[791] Rauschen 110.Cf.l04s.

[792] Gratian, Ambigua dogmatum (PL 16,915 s). Ambros. ep. 10,2 s; 11,1; 12,3. Gesta concilii Aquileiensis 3 s; 7. Theodor. h.e. 4,9,1 s. Nueva edición de las mentes por J. M. Hanssens 562 s. Rauschen 106 s. Seeck, Untergang V 158 s. V. Campenhausen, Ambrosius 61 s. Dudden 199 s. Lietzmann, Geschichte IV 52. Joannou 257 s. Wojtowytsch 178 s.

engañados.[793]

65 El anciano Paladio declaró al comienzo: "Venimos como cristianos hacia cristianos", y no se equivocaba. En todo lo demás le habían engañado, tanto sobre la exclusión de los orientales como acerca de las verdaderas intenciones del sínodo. Aunque a los de Iliria se les garantizó la libertad de palabra, el santo transformó el escenario en un santiamén, convirtiéndolo en un auténtico interrogatorio. De nada sirvió que Paladio le reprochara: "Tu mego ha servido para que no hayan venido [los orientales]. Has simulado ante él [el emperador] intenciones que en realidad no albergabas y con ello has desbaratado el concilio [general]". De nada sirvió que Paladio le exigiera el concilio general prometido, que pusiera continuamente en tela de juicio la autoridad de la reunión, que confesara más de una vez que no seguía a Arrio y que no sabía nada de él, que Secundiano se remitiera a la Biblia. De nada sirvió que los dos solicitaran un escribiente elegido por ellos, puesto que en las actas prácticamente sólo aparecieron los ataques de sus adversarios. Se actuó con la misma falta de sinceridad con que se había comenzado. Permanecieron impasibles ante todas las protestas. Ambrosio consideraba que la argumentación y la discusión no eran una manera adecuada de tratar asuntos sagrados porque, como había formulado en una ocasión, "la disputa filosófica alardea con palabras voluptuosas, pero la piedad contempla el temor de Dios". Ambrosio dirigió el asunto y sus partidarios se situaron en los puntos decisivos como un coro. El obispo Paladio, contra el que se llegó a emplear la violencia, al que se cercó y se le impidió la partida, acabó bramando y designó a Ambrosio en un escrito agresivo como malhechor, charlatán, "hereje" y enemigo de la Biblia, "hombre impío", e incluso delincuente. Los "ortodoxos" no dejaron de anatematizarle y al final, unánime y formalmente, condenaron a los "arríanos", que se distanciaban con claridad de Arrio, como calumniadores de Cristo y arríanos, y se encargaron de que desaparecieran. También se condenó en ausencia al obispo Juliano Valente, difamándole como traidor, sacerdote de ídolos godos, y se exigió el destierro del abominable sacrílego. Pero Ambrosio, que en la turbulenta sesión, cuyas actas rompe de pronto sin motivo aparente, había desdeñado "el sentimiento simple de la veracidad y del decoro", sugirió entonces al emperador una "imagen totalmente trastocada" (Von Campenhausen), pidiéndole de inmediato por escrito que ratificara las conclusiones.[794]

En un sínodo de un solo día, el santo había hecho interrogar, juzgar y destituir a los dos obispos. Sin embargo, se podía haber alertado a los de Iliria. Tres años antes, un sínodo romano con Dámaso, y que contó con el considerable apoyo de Ambrosio, había ordenado "que todo aquel que hubiera sido condenado por una sentencia del obispo romano y que quisiera conservar ilegalmente su iglesia [...], sería llevado por el prefecto de Italia o el vicario imperial de Roma o se constituirían los jueces nombrados por el obispo romano". *Expressis verbis* se insistió en la "coacción estatal" y se pidió al monarca que desterrara de sus diócesis a los obispos destituidos, aunque indisciplinados, lo que se hizo casi con regularidad, como ahora también con los

[793] V. Campenhausen, Ambrosius 68; allí más fuentes y bibliografía.

[794] Gesta conc. Aquil. 6 s; 12; 26 s; 38 s; 48 s; 65 s. Ambros. de fide 3,1,2; 4,2,26; 4,8,78. enarr. in ps. 36,28. ep. 9 s. Rauschen 104 s. Seeck, Untergang V 159. Caspar, Papsttum I 237. Dudden I 200 s. Giesecke, Die Ostgermanen 72 s. V. Campenhausen, Ambrosius 49, 57, 61 s, 70 s, 123. El mismo, Lateinische Kirchenváter 89. Diesner, Kirche und Staat 24. Lippoíd, Theodosius 22 s.

ilirios acusados de herejía. Un último intento de Paladio y Secundiano, junto con el obispo godo Urfilas, de emprender un viaje peticionario a Constantinopla fracasó a pesar de su acogida relativamente amigable por parte del emperador. Con ello había desaparecido el arrianismo en la Roma de Occidente.[795]

66

Hubo más ejemplos significativos, sobre todo la disputa con la emperatriz madre Justina, que defendía el arrianismo en la forma moderada de los semiarrianos.

Tras la muerte del hijastro de Justina, Graciano, la tutela de hecho sobre su propio hijo Valentiniano II hizo que aumentara su influencia. Sin embargo, cuando en la Pascua de 385 pidió para ella y para su obispo Mercurino Auxentio, discípulo del godo Urfilas, la pequeña basílica Portiana extramurana (San Vittore al Corpo), situada por fuera de las murallas de la ciudad, Ambrosio se negó inmediatamente con brusquedad. Con ello disponía, al menos en Milán, de más de nueve iglesias. Cuando poco antes el emperador Graciano había dado allí a los arríanos una iglesia de los católicos, no protestó en lo más mínimo; en cambio, ahora se preguntaba cómo él, un sacerdote de Dios, iba a ceder su templo a los lobos "herejes". Sin miramientos insultó al obispo Mercurino, llamándole lobo con piel de oveja *(Vestitum ovis habet* [...] *intus lupus est),* que, sediento de sangre y desmedido, buscaba a quién podría devorar. En realidad el desmedido era Ambrosio, pues sólo dejaba a los arríanos una iglesia y para él todas las restantes. En realidad era él quien devoraba. Y puesto que se produjo un tumulto, con hordas amotinadas que, sobrepasando la guardia, penetraron en el palacio del Consejo de Estado, todos dispuestos, como dice Ambrosio, "a dejarse matar por la fe de Cristo", el joven emperador cedió aterrorizado.[796]

Sin embargo, cuando Justina se apoderó sin más de la basílica de la puerta y, como símbolo de confiscación, hizo desplegar el pendón imperial, las bandas de Ambrosio volvieron a soliviantarse, dieron una paliza a un sacerdote arriano y ocuparon la casa. El Gobierno ordenó innumerables detenciones e impuso a los comerciantes la gigantesca multa de 200 libras de oro; no obstante, éstos alardearon de querer pagar el doble "si eso salvaba su fe" (Ambrosio). Pero el santo, al que se consideraba en todas partes como promotor de la revuelta, afirmó solemnemente no haber incitado al pueblo. No era cuestión suya, sino de Dios, volver a calmarlo. En realidad, había agravado la agitación "hasta el máximo" (Diesner). Y con la máxima tenacidad se negaba también a apaciguar a la multitud. El clérigo contrario le llamó "idólatra" y la Iglesia amana "puta". Cínicamente confesó tener también su tiranía, "la tiranía del sacerdote es su debilidad". Al mismo tiempo, predicaba contra las malas mujeres, remitiendo siempre con claras indirectas a Eva, Jezabel o Herodías. Cuando tenía que hacerlo, dice Agustín, "lo hacía con la furia de una mujer, pero de una reina". Cuando el Gobierno hizo que las tropas cercaran otra iglesia, el obispo amenazó con excomulgar a cualquier soldado que obedeciera esa orden, tras lo cual una parte

---

[795] Schmitz, Bussdisziplin 152. Dudden I 205 s. V. Campenhausen, Ambrosius 85 s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 89. Hemegger 405 s. Wojtowytsch 180.

[796] Ambros. ep. 20,1 s. serm. 29 s. exp. Le. 7,52. Socr. 5,20,6. Rauschen 212 s. Niederhuber XVII s. Dudden I 272, 280 s. V. Campenhausen, Ambrosius 189 s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 93s. Dannenbauer, Entstehung I 80 s. Schneider, Liebesgebot 40 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 122.

cambió de frente, "para rezar y no para luchar" (Ambrosio). También Justina capituló. Incluso el emperador, apremiado por los oficiales a una reconciliación, se resignó furioso: "Me entregaríais a él atado si Ambrosio os lo ordenara".[797]

67 Cuando Valentiniano, de tendencia arriana como su madre, autorizó el 23 de enero de 386 mediante un edicto de tolerancia los servicios religiosos no ortodoxos y amenazó con fuertes penas cualquier perturbación, la emperatriz repitió en Pascua su intento, aunque esta vez con una basílica de la ciudad. Pero de nuevo Ambrosio se lo devolvió con creces. Primero se aseguró del apoyo de sus colegas vecinos y después hizo ocupar día y noche las iglesias amenazadas con una especie de "adoración perpetra", hizo que se predicara "en esta santa cautividad" (Agustín), que se cantaran himnos, y distribuyó piezas de oro entre los furiosos católicos que estaban dispuestos "a morir con su obispo" (Agustín), "antes morir que abandonar a su obispo" (Sozomenos); lo mismo que el propio Ambrosio, que declaró impertérrito estar dispuesto al martirio, "soportarían todo por Cristo".[798]

De este modo no sólo fracasó una nueva intervención de las tropas, sino que se evitó también la confrontación de Ambrosio y Mercurino ante un tribunal de arbitraje, como pretendía el emperador. En una carta dirigida a Valentiniano, Ambrosio afirmó que "los obispos sólo pueden ser juzgados por obispos", puesto que el emperador estaba "en la Iglesia, no sobre la Iglesia" *(imperator enim intra ecclesiam non supra ecclesiam est),* por lo que no podía juzgar sobre los obispos, si bien éstos, como tales, sí podían juzgarle a él. Esto no se lo había permitido todavía ningún jerarca frente al soberano. (Aunque a mediados del siglo IX unas desacreditadas falsificaciones cristianas, los pseudodecretos de Isidoro, ya pedían "que todos los príncipes de la tierra y todos los hombres obedecieran a los obispos". Y por último, acabaron exigiéndolo también los papas [...])[799]

68 Por supuesto, ya en el siglo IV los prelados pretendían un *privüegium fori, y* tenían desde hacía mucho tiempo motivos para sustraerse a la acción de los tribunales de justicia del Estado; sin embargo, sólo lo consiguieron con una constitución de Constantino II, el amano. El propio Ambrosio se apoyaba en un precepto del año 367, según el cual "los sacerdotes juzgarían a los sacerdotes" no sólo sobre cuestiones de fe sino también "en otros asuntos si un obispo era perseguido ante los tribunales y se investigaba una *causa forum*". Sin embargo, ese precepto no se ha conservado en ningún sitio. ¿Existió?[800]

No hay duda de que Ambrosio poseía un excelente olfato divino para todo lo que necesitaba. Buena prueba de ello es el descubrimiento de dos mártires, justamente

---

[797] Ambros. ep. 20,4 s; 20,13; 20,18; 20,23; 20,27. August. conf. 9,7,16. V. Campenhausen, Ambrosius 194 s. Giesecke, Die Ostgermanen 73 s, 78. Diesner, Kirche und Staat, 29 s. Aland, Von Jesús bis Justinian 226 s.

[798] Ambros. ep. 20. Serm. Aux. 1 s. Serm. 36. August. conf. 9,7. Cod. Theod. 16,1,4. Soz. 7,13,4. Rauschen 242 s. Dudden I 282. V. Campenhausen, Ambrosius 201 s, 205 s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 94 s. Giesecke, Die Ostgermanen 74 s. Dannenbauer, Entstehung I 80 s. Lorenz, Das vierte 42.

[799] Ambros. c. Aux. 35. ep. 21,1 s. serm. 26 s. ep. Clem. 1,39. Sommerlad II 199. Caspar, Papsttum I 272 s. V. Campenhausen, Ambrosius 210 s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 96 s. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 167.

[800] Ambros. ep. 21,2; 21,5. Cod. Theod. 16,2,12.

en el momento preciso: en el punto culminante del conflicto entre la Iglesia y el Estado en Milán, en el verano de 386, "para domar la furia de esa mujer", como afirma acertadamente Agustín, el testigo. Los investigadores hablan de los "mártires ambrosianos" (Ewig) y del propio Ambrosio como "iniciador y promotor del culto a los mártires en Occidente", añadiendo también, con acierto, "de manera muy especial" (Dassmann).[801]

DESCUBRIMIENTOS DE UN PADRE DE LA IGLESIA O *"ELEMENTO SOPRANNATURALE"*

Ambrosio sentía entonces la "necesidad acuciante" de encontrar los restos de algún mártir, tanto más cuanto que los milaneses deseaban una reliquia para la basílica Ambrosiana, que había hecho construir y que acababa de bendecir. Y en efecto, los santos "Gervasio" y "Protasio", hasta entonces desconocidos en todo el mundo, le comunicaron a Ambrosio en un sueño que reposaban en una iglesia y querían ser llevados a la luz. Empujado por su "ardiente presagio" *(ardor praesagii)* se puso manos a la obra y en la basílica Felicis et Naboris, rodeado de su rebaño, casi incapaz de hablar por la emoción, desenterró "el *corpi veneran dei Santi Martín Gervaso e Protaso*" (Zulli), a los valiosos mártires, "incorruptos" (Agustín). Incluso la tierra estaba enrojecida con la sangre de los héroes, de los gigantes decapitados, "como los que surgían en los viejos tiempos", según Ambrosio. (¡Y los teólogos!) No resulta sorprendente, pues, que los eruditos intenten averiguar a qué diabólico perseguidor de cristianos había que atribuir este pavoroso y productivo crimen, y expertos como Gabriele Zulli deben admitir que: "*Ancora oggi la questione non é definita* [...]". Un acto grato a Dios que "el obispo-confesor sometido a duras pruebas" (Niederhuber) escenifica de manera ostensible para excitar el fervor religioso de sus defensores—¡solicitantes de huesos santos!—, lo que decidió su triunfo. Esto último lo escriben al menos su biógrafo Paulino y san Agustín, que vivía entonces en Milán. A pesar de ello, la corte imperial consideró que el asunto era un juego tramado. Ahora bien, en fechas más recientes no todo el mundo juraría que sólo había imbéciles y oportunistas. Previté-Orton habla de una "mentira piadosa", peón de un "embuste a gran escala", mientras que el protestante Von Campenhausen no encuentra "nada que pudiera justificar la desconfianza hacia la honradez de Ambrosio", y el salesiano Gabriele Zulli consiguió un birrete doctoral triplemente consagrado *(Vidimus et approbamus)* con su defensa de los mártires ambrosianos, por los servicios prestados, puede decirse, si se tiene en cuenta la sagacidad con la que recurre constantemente a "*el elemento soprannaturale*". [802]

69

[801] August. conf. 9,7,16. Ewig, Kathedralpatrozinien 36. Dassmann, Ambrosias 51 s.

[802] Ambros. ep. 22,1 s; 22,16 s. August. de civ. dei 12,8. Paulin. Vit. Ambr. 14 s. RAC I 372. Rauschen 243 s. Lucius 155 s. Seeck, Urkundenfáischungen 4. H. 399. Niederhuber XX. Stein, Vom romischen 315. V. Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 99. El mismo, Ambrosius 215 s, quiere—en contra del testimonio de August. conf. 9,7 y Paulinus 14—cortar el paso al "descubrimiento" de los mártires en la época posterior al conflicto entre la Iglesia y el estado en Milán. Dudden I 300 "corrige" el cuerpo "incorrupto" de Agustín. V. también 303 s. Zulli passim. Cf. especialmente 24 s, 35 s, 42. Diesner, Kirche und Staat 36. Rimoldi 298 s. Previté-Orton, The Shorter 69. Brown, Augustinus 67 s.

La investigación pone de relieve las circunstancias próximas de la actividad martirológica, el hallazgo de los huesos, el rescate, la identificación; todo lo describe Ambrosio "con sorprendente sobriedad", "extraordinariamente escueto" y dejando "abiertas muchas cuestiones"; habría "hecho poco ruido" por el descubrimiento de los dos santos. También sus otras "invenciones de mártires", que algunos le atribuyen—pronto pasaremos a este tema—, "él mismo sólo las cita con reservas o las silencia" (Dassmann). Esta modestia sorprendente en un príncipe de la Iglesia coincide con el hecho de que en su extensa bibliografía falten por completo homilías para las fiestas y aniversarios de mártires, y que ante el milagro reaccione con una sorprendente parquedad de palabras. ¿Y no vale la pena decir también que, en un principio, quería que se le enterrara debajo del altar de la nueva basílica Ambrosiana, pero renunció a ello después de que se inhumara allí a "Gervasio" y "Protasio"? Este hecho despertó profundo respeto. Con todo, ¿no sería simplemente un gesto de "gusto" después de tanta falta de gusto martirológica? ¿Tan sólo el deseo de no pudrirse junto a los huesos de un cualquiera?[803]

Resulta asimismo interesante la rapidez con que el obispo Ambrosio hizo desaparecer de nuevo los cadáveres apenas descubiertos. La mayoría de los comentaristas pasan por alto este hecho sin pronunciarse. ¿Casualidad? Y Ernst Dassmann, que en 1975 reflexionó sobre esta precipitación, la explica—sin demasiada claridad— por el aparente esfuerzo de "no volver a poner en peligro la paz" y por un—también sólo supuesto— "desagrado a exponer unos huesos sin enterrar". Lo que sí está claro son las prisas del obispo por una rápida inhumación, y el no menor apremio del pueblo por lo contrario. Ambrosio descubrió a ambos mártires el 17 de junio de 386 y al cabo de dos días se les dio sepultura definitiva. No obstante, la numerosísima multitud había reclamado que el entierro se retrasara hasta el siguiente domingo y el santo se había opuesto a ello con todas sus fuerzas. ¿Por qué? Bueno, era verano, probablemente hacía calor, o incluso bochorno..., ¿tenían que comenzar ahora a descomponerse en dos días los adeptos "incorruptos" desde hacía varias décadas? ¿Qué dice Lichtenberg? "Hacer primero un examen natural antes de pasar a las sutilezas y, siempre, buscar siempre una explicación totalmente simple y natural."[804]

70

El triunfo fue considerable. De inmediato se produjeron los esperados milagros, de los que es testigo nada más y nada menos que Agustín: un ciego, el carnicero Severo toca el relicario con su pañuelo, y recobra la vista, endemoniados y otros enfermos se curan. Ambrosio tenía por fin su reliquia. En dos sermones ensalza a "Gervasio" y "Protasio" como defensores de la ortodoxia, y da a todo el conjunto una auténtica explicación:

"Mirad todos, éstos son los aliados que escojo". (La tiranía del sacerdote es su debilidad.) Y rezaba: "Jesús, gracias por habernos despertado de nuevo en tales tiempos el espíritu fuerte de los santos mártires [...]". Poco después la rica matrona romana Vestina destinó a los santos mártires milaneses una abundante donación, bienes raíces en Roma, Chiusi, Fondi y Cassino, junto con las rentas de cerca de mil

[803] Ambros. ep. 22,13. Dassmann, Ambrosius 54 s; 60 s.

[804] Ambros. ep. 22,2; 22,14. Lichtenberg, Sudelbücher 32. Dudden I 300. Zulli 27 s. Dassmann, Ambrosius 56 s.

sueldos de oro: *titulus Vestinae.* (Más tarde se dejó de lado a Vestina y se cambió el nombre del *titulus* por el de un mártir.) El culto introducido a la fuerza por Ambrosio se extendió con rapidez por Europa occidental, y por África de manos de Agustín. Sólo en las Galias merovingias aparecen seis catedrales consagradas a los "mártires Gervasio y Protasio", así como numerosas iglesias de "Gervasio" y "Protasio", llegando a Tréveris y Andemach. Finalmente, había tantas reliquias de ambos mártires por doquier que para explicarlo se necesitaron nuevos relatos de milagros.[805]

Animado por el éxito y llevado de su inspiración divina, siete años después de la primera "sacra invención" de Milán, estando de visita en Bolonia, el obispo descubrió, en el verano de 393, a dos santos héroes, también totalmente desconocidos: "Agrícola" y "Vital", precisamente en un cementerio judío. Ante una multitud de judíos y cristianos reunió Ambrosio con su propia mano diversos objetos de gran valor y los llevó a Florencia, para enriquecer una basílica recién construida, y patrocinada por la viuda Juliana. Se encontró incluso la cruz en la que padeció "Agrícola", así como tal cantidad de clavos "que las heridas del mártir debieron de ser más numerosas que sus miembros" (Ambrosio). Finalmente, dos años después, en 395, al final de "*un periodo caratteristico del culto delle reliquia*" (Zulli), el inteligente descubridor volvió a encontrarse otros dos mártires, los santos "Nazario" y "Celso", esta vez en una huerta a las afueras de Milán, aunque silencia estos hechos en todas sus obras, igual que sólo cita con gran reserva sus otras "invenciones de mártires"; por su parte, Von Campenhausen parece considerar en los nuevos hallazgos de Ambrosio como otras pruebas de su "honradez". El biógrafo Paulino, que estaba allí, vio "la sangre del mártir", "Nazario" —también en este caso una total oscuridad rodea a su martirio—, "tan fresca como si se hubiera vertido el mismo día, y su cabeza, cortada por los perversos perseguidores, tan completa e intacta, con cabellos y barba, que parecía que acabaran de lavarla y prepararla [...]". En la provincia gala de Embrun se venera ya desde el siglo V a "Nazario" y "Celso" como apóstoles nacionales, y en la basílica de Saint-Germain-des-Prés, en París, se guardaban sus reliquias.[806]

71

Si en el aniquilamiento del arrianismo en el Imperio romano de Occidente, donde su ingeniosa sagacidad con los mártires vino tan a propósito, Ambrosio fue el hombre de mayor relieve de su tiempo, en el sangriento derribo de los priscilianistas españoles desempeñó sólo un (triste) papel secundario.

La batida contra Prisciliano: las primeras ejecuciones de cristianos a manos de cristianos

[805] August. conf. 9,7,15 s. de civ. dei 22,8. Sermo 286,5. Ambros. ep. 22. Paulin. Vita Ambros. 14. Greg. Tur. de glor. mart. 47. Hist. Fr. 10,31,5; 10,31,12. RAC VIII 911. Rauschen 244 s. Caspar, Papsttum I 132. Dudden I 300 s, 304 s, 316. V. Cam penhausen, Lateinische Kirchenváter 99. Lietzmann, Geschichte IV 73 s. van der Meer, Augustinus 625 s. Ewig, Kathedralpatrozinien 36 s. Dassmann, Ambrosius 51, 54,56, 59s.

[806] Ambros. exhort. virgin. 1,1; 1,5; 1,9 s. Paulin. vita Ambros. 29; 32 s. Greg. Tur. Hist. Fr. 2,16. glor. mart. 43. Vita Drogt. 17. V. Campenhausen, Ambrosius 217. Dudden I 316 s. Zulli 24, 42 s, 46 s. Ewig, Kathedralpatrozinien 8,39 s. Dassmann, Ambrosius 57.

Prisciliano, un instruido cristiano laico, nacido alrededor de 345 en el seno de una familia noble y rica, no era codicioso ni pretencioso. Según informa Sulpicio Severo, el biógrafo de san Martín de Tours, renunció al dinero y a las rentas. Ilustrado, laborioso, elocuente y de carácter irreprochable, aunque estremecido ante el relajamiento del clero, Prisciliano debutó en 375 en Lusitania como dirigente de un movimiento ético-rigorista. Defendía un ascetismo estricto (incluyendo una dieta vegetariana, porque consideraba el consumo de carne como contrario a la naturaleza), una notable estima por las profecías y un cierto pensamiento dualista, y se extendió con gran rapidez por España. Hubo también obispos que se adhirieron, en especial Instando y Salviano. Éstos consagraron al propio Prisciliano obispo de Ávila en el año 381. Sin embargo, la mayoría del episcopado estaba en contra, a pesar de que Prisciliano y sus seguidores ponían gran empeño en mostrarse de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia. Bajo la dirección de Higinio de Córdoba (que denunció a Prisciliano, pero después se pasó a él), de Hidatio de Mérida y de Itacio de Ossonoba (Faro), un gran comilón que por principio era reacio al ascetismo, se incitó contra los priscilianistas. Un sínodo de doce obispos reunidos en Zaragoza condenó el 4 de octubre de 380, bajo Hidatio de Mérida, algunos de sus puntos de vista y prácticas, aunque todavía no a ellos mismos. Cuando se defendieron, los obispos españoles convocaron un nuevo concilio. Sin embargo, Hidatio lo hizo fracasar. Denunció a Prisciliano y a sus seguidores por "herejía" maniqueísta ante el emperador Graciano, quien, aconsejado quizás por Ambrosio, ordenó que el Estado persiguiera a los "maniqueístas y pseudo-obispos".[807]

72

Cuando Prisciliano, Instando y Salviano se personaron en Milán y Roma en el invierno de 381-382, Ambrosio se negó a inmiscuirse y el papa Dámaso incluso a recibirles. En vano rogaron al obispo romano en una petición por escrito: "Préstanos atención [...], danos, te pedimos suplicantes, cartas a tus hermanos, los obispos españoles, con [...]". Hasta que no iniciaron el viaje de regreso no se hizo justicia en la corte a Prisciliano e Instando (Salviano había muerto en Roma), si bien sólo mediante un soborno al *magister officiorum* (mayordomo mayor) Macedonio. Se suspendió el edicto imperial y los inculpados pudieron recuperar sus cargos. Pero contra su adversario especial se dictó auto de procesamiento. Prisciliano y sus enemigos mortales, los obispos Itacio e Hidatio, se dirigieron a la corte en Tréveris. Allí reinaba entonces el usurpador Máximo, un español ortodoxo, que quería congraciarse con el episcopado español, aunque tenía también razones para ver antipriscilianistas en, los obispos de Italia. Así, en la primavera de 385 demandó ante los tribunales a Prisciliano y a sus seguidores más ricos. Itacio e Hidatio actuaron como acusadores. Obligaron a sus víctimas a "confesar" mediante torturas y a continuación hicieron de ellos los primeros cristianos condenados oficialmente a muerte y decapitados de inmediato a manos de cristianos,! acusados de presunta depravación y "artes mágicas" *(maleficium).* Se trataba de siete personas: Prisciliano, los clérigos Felicísimo y Armenio, el diácono Aurelio, un tal Latroniano, un tal

[807] Mansi Conc. III 633 s. Sulp. Sev. Chron. 2,46 s. Priscill. Líber ad Damasum, CSEL 18,3 s; 18,34 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 434 s. Rauschen 72 s. Dudden I 225 s, 234. Gaspar, Papsttum I 217 s. Vollmann 3 s. Vogt, Der Niedergang Roms 255. Fundamentalmente ahora Chadwick: Priscillian of Avila 8 s, 20 s, 33 s, 51 s. Sobre la doctrina prisciliana, con todo detalle 57 s. Wojtowytsch 187. Haendier, Von Tertullian 128 s. Orlandis/Ramos-Lissón 31 s.

Asaviro y la rica viuda Eucrotia. También el obispo Britto de Tréveris y su sucesor Félix aprobaron el crimen, lo mismo que la inmensa mayoría de los prelados galos. Ese, mismo año murió en Burdeos un priscilianista a manos de la plebe católica. Se desterró a toda una serie de "herejes". Sin embargo, el usurpador Máximo, un celoso ortodoxo que había sido bautizado poco antes de robar el trono y que alegaba gobernar por "inspiración divina" *(divinal nutu),* que además se sentaba a la mesa imperial con san Martín de Tours y trataba con otros obispos en la corte, envió, a instancias del alto clero reunido alrededor de Itacio, "*tribuni cum iure Gladis*" a España para seguir el rastro a los "herejes", y quitarles la vida y sus posesiones. En una epístola al papa Siricio se atribuía al catolicismo el mérito de haber liquidado a los "maniqueos".[808]

La consternación por la acción sangrienta de Tréveris, desde donde Atanasio desterrado pedía ya la lucha contra los "herejes" y la tiranía de la fe, fue enorme en aquella época. En el Concilio de Toledo (400), los clérigos, apoyados por el obispo Herenas, aclamaron a Prisciliano como católico y santo mártir. Se les destituyó a todos. Y el obispo Simposio de Astorga tuvo que confesar a san Ambrosio que no conmemoraba como mártires a Prisciliano y sus compañeros muertos y que también evitaría sus "novedades de enseñanza".[809]

73

Por lo demás, se siguió mintiendo igual que se había hecho antes. Prisciliano habría profesado pensamientos obscenos, habría rezado por las noches desnudo en compañía de mujeres lujuriosas, e incluso habría hecho abortar con hierbas un hijo suyo de Procula, la hija de Eucrotia. En realidad, eran sobre todo las mujeres las que acudían a los ascetas, a los que se acusaba de corrupción, hechos violentos, persecución de los ortodoxos pero, sobre todo, a lo largo de un milenio y medio, de una especie de "herejía" maniquea, hasta que en 1886 se encontraron escritos de Prisciliano. En ellos se ponía de manifiesto que no había sido mago ni maniqueo, sino que más bien había condenado sus principios y había luchado contra varias sectas gnósticas, sobre todo contra los maniqueos. (También había combatido con rigor a los paganos, en un tono que recuerda al de Fírmico Materno: "Que se hundan junto con sus ídolos". "Lo mismo que a sus dioses, les golpeará la espada del Señor.") Igualmente le difamaron los padres de la Iglesia Jerónimo, Agustín, Isidoro de Sevilla—quien cita incluso un hombre al que Prisciliano habría enseñado brujería—y, con mayor furia que ningún otro, el papa León I, "el Grande", que justificó literalmente la ejecución del "hereje" y de todos sus seguidores. Todavía en el siglo XX les acusan algunos católicos de "desenfreno absoluto" (Ríes), y echan la culpa de la tragedia de Tréveris "sólo" al Estado (Stratmann).[810]

---

[808] Sulp. Sev. Chron. 2,47 s. dial. 2,6,3 s. Coll. Avell. 40. Theod. h.e. 5,15. Priscill. Lib. ad Damas. CSEL 18,34 s. Cit. 18,42. RAC VIII 905. Kraft, Kirchenváter Lexikon 435. Hauck 159. Rauschen 140 s, 222 s, 242 s, 254, 256 s. Gaspar, Papsttum I 218 s. Dudden I 228 s. Para la discutida fecha de ejecución, cf. especialmente Vollmann 4 s. Notas 6. Ziegler, Gegenkaiser 74 s, 78 s. Chadwick, Priscillian of Avila 36 s, 111 s, 144 s. Cüppers 19. Noethlichs 119 s, 307 Notas 714.

[809] Chadwick, Priscillian of Avila 170 s, especialmente 183 s. Orlandis/Ramos-Lissón 39 s, especialmente 50 s.

[810] Hieron. ep. ad Ctesiphon; ep. 133,3 s de vir. ill. 121. August. de haer. 70. Leo I ep. 15; 118. Sulp. Sev. Chron. 2,48 s. dial. 3,11. Gams, Kirchengeschichte 368 s. Kober, Deposition 738. Menzel 177 s. Schuitze, Geschichte II 136 s. Dierich passim. Geffcken, Der Ausgang 185 s. Lea I 241. Seeck, Untergang V

En España, el priscilianismo perduró durante algunos siglos. El primer Concilio de Braga (561) se ocupó exclusivamente de él y lanzaron en su contra todo un catálogo de anatemas. En ellos se condenaba a quien creyera que el diablo no había sido nunca un ángel bueno, que los seres humanos están sujetos a la influencia de las estrellas, a quien ayunase los domingos o en Navidad o a quien considerase impuro comer carne. El concilio no se privó de atacar públicamente la abstinencia de carne de los religiosos, ya que esto alimentaba las sospechas de priscilianismo. El canon 14, igualmente cómico y vergonzante, obligaba al clero católico a comer verduras cocidas junto con carne. ¡Al que se negaba se le excomulgaba y se le retiraba de su cargo! (Y, al parecer sin ápice de ironía. Domingo Ramos-Lissón cree, todavía en 1981, "que este canon no se aplicaba a los días de abstinencia dictados por la Iglesia [...]".)[811]

Mientras que en la tragedia de Prisciliano y de sus seguidores Ambrosio se mantuvo en un segundo plano, en la lucha contra los judíos volvemos a verle en primera línea.

74

El padre de la Iglesia Ambrosio, un antisemita fanático. Primera quema de sinagogas con autorización y por orden de obispos cristianos

Ambrosio acepta sin discusión el antijudaísmo obligatorio de la Iglesia. Durante años y con todo lujo de detalles insulta a los judíos. Lo mismo que los gentiles, pertenecen a las "*gentes peccatores*", para él "*mystice*", simbolizadas por los ladrones crucificados con Cristo. Reprocha a los judíos, a veces con bastante sarcasmo, estupidez y arrogancia, "hipocresía" *(yersutia),* "procacidad" *(procax),* "perfidia" *(perfidia),* no habiendo detrás de estas características típicas de su pueblo simplemente falta de formalidad y deslealtad, sino una enemistad sustancial contra la verdad, la Iglesia y Dios. Les imputa "provocación" y "muerte". Por no hablar, desde luego, de que no sólo mataron al Señor, sino que continuaron ofendiéndole en la figura de la Iglesia. En resumen, "Su rechazo de los judíos es terminante" (K.P. Schneider).[812]

Lo lejos que llegó Ambrosio y cómo el antijudaísmo literario del clero se refleja en hechos, lo demuestra el asunto de Kallinikon (hoy Raqqa), en el Eufrates sirio.

En esta importante ciudad militar y comercial, grupos de monjes alborotadores, por orden del obispo, asaltaron en 388 una sinagoga, la saquearon y la quemaron, lo mismo que una iglesia cercana *(fanum, lucus)* de gnósticos valentinianos, en aquella época ya como algo "casi cotidiano" (Kupisch), ¡y eso un milenio y medio antes de la "noche de los cristales" de los nazis, y a pesar de que la ley cristiana del Imperio

191. Ries 286. Caspar, Papsttum I 218. Dudden I 237 s. Stratmann IV 20, 23. Lorenz, Das vierte 50. Dannenbauer, Entstehung 1160. Chadwick, Priscillian of Avila 190 s, especialmente 206 s. La investigación desde el siglo XVI al XX (hasta 1964) la trata el benedictino Vollmann 9 s, 21 s, 39 s. Designación detallada de las fuentes ibíd. 51 s, 70 s, 87 s.

811 Orlandis/Ramos-Lissón 77 s.

812 Ambros. exp. Le. 10,123. Cf. además las numerosas pruebas de Schneider, Liebesgebot 30 s, 131 s.

garantizaba a los judíos libertad de culto y protegía las sinagogas como "*aedificia publica*." Los motivos para los ataques en Kallinikon fueron, al parecer, la propaganda de odio de los padres de la Iglesia, la envidia de la riqueza de los judíos y ciertos abusos de los gnósticos, no de los judíos.[813]

Incluso el emperador Teodosio, un firme católico, intervino en favor de los judíos. Defendió, lo mismo que Valentiniano I y Valente, una orientación projudía. Aunque les excluyó de poder adquirir esclavos cristianos y castigaba con la pena de muerte los matrimonios entre judíos y cristianos, por otro lado les liberó, junto con los samaritanos, de la inclusión forzosa en la corporación de navieros o de buques mercantes *(naúkleroi),* que iba unida a unos tributos considerables, y prohibió a los tribunales inmiscuirse en sus disputas religiosas. En el año 393 decretó "que la secta de los judíos no está prohibida por ninguna ley", se mostró "muy preocupado porque en algunos lugares se prohíben sus asambleas", pedía una protección especial para el patriarca, la cabeza de todas las comunidades judías, incluyendo a sus apóstoles y exactores de impuestos religiosos, y exigió el castigo riguroso de todo aquel que, por razones de la fe cristiana, desvalijara o destruyese sinagogas.[814]

75

Tras los sucesos de Kallinikon, el emperador se comprometió con toda solemnidad mediante un juramento a castigar severamente el incendio. Ordenó restituir lo robado y que la reconstrucción corriera a cargo de los culpables. Sin embargo, de nuevo se metió Ambrosio por medio, para "obedecer el mandato de Dios"; si bien para el santo antisemita los judíos eran por principio "realmente merecedores de la muerte" *(Judaei digni sunt morte),* al menos había que expulsarlos con el "látigo liberador" de Cristo, "hacia un exilio ilimitado e infinito, de modo que no haya ya en el mundo sitio para las sinagogas". Llegó incluso a insistir en que él mismo había quemado la sinagoga, que había dado la orden para hacerlo *(certe quod ego illis mandaverim),* "a fin de que no hubiera ningún lugar donde se negara a Cristo". Siguiendo una fórmula ya acreditada, el falsario llamó "persecución contra los cristianos" a la actitud del emperador y "mártir" al obispo de Kallinikon. Se declaró ardientemente solidario con ellos y aseguró que habría prendido fuego él mismo a la sinagoga de Milán si no hubiera caído víctima de un rayo. Llamó insultante al templo de sus adversarios "un hogar de la demencia" y afirmó que los judíos escribirían en un lugar "Levantado con dinero cristiano". Apeló al soberano (que le reprochó: "Los monjes cometen tantos crímenes [...]") para que fuera abogado del catolicismo y le amenazó también abiertamente con la excomunión. Si no escuchaba "en palacio", debería hacerlo "en la iglesia". Acabó en realidad chantajeando al dubitativo monarca ante la comunidad reunida, negándole la misa y consiguiendo la amnistía para los alborotadores de Kallinikon tras lo cual comunicó de inmediato por escrito a su propia hermana el triunfo (reproduciendo literalmente su discurso y la conversación con el emperador). Aleccionándola afirma: "¿Que esta primero, la idea del orden o el interés de la religión? Gert Haenhter escribe con razón: "El primer obispo que tenía el poder para hacer prevalecer las reivindicaciones clericales frente al Estado, no se

[813] Kupisch 193 s. Tinnefeid 309.

[814] Cod. Theod. 3,1,5; 13,5,18; 16,8,8 s; Cod. Just. 1,9,6. Stein, Vom römischen 321. Dempf 139. Pavan 518 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 182 s, 188. Tinnefeid 32, 122 s, 296 s.

guardaba de abusar de ese poder".[815]

Casi es una pena que a san Ambrosio se le adelantara el rayo en el caso del templo judío de Milán..., ¿o eran sólo palabrería sus afirmaciones? Sin embargo, dado que dominaban los cristianos, las controversias puramente teológicas del principio—a diferencia del filosemitismo del resto del mundo antiguo—desembocaron en un antijudaísmo muy vigoroso, y que condujo, pasando por los interminables pogromos medievales, a las cámaras de gas de Hitler. El antisemitismo nazi "hubiera sido imposible", afirma incluso el católico Küng, "sin los casi dos mil años de historia previa del 'cristiano' "; sin embargo, este "cristiano" entrecomillado es una pura falacia, puesto que el antisemitismo, que incluso los máximos santos cristianos, como Atanasio, Efraín, Crisóstomo, Jerónimo, Hilario, Ambrosio, Agustín, etcétera, han defendido y fomentado con ardor, era, según los padres de la Iglesia, obviamente un antisemitismo cristiano, y así sigue siéndolo.[816]

76

Los debates con judíos, muy numerosos en la época preconstantiniana, se fueron haciendo cada vez más raros, y en los siglos IV y V ya apenas se los menciona. También las plegarias por ellos, antaño muy frecuentes, animaban cada vez menos a los papas y obispos (huelga decir que, lo mismo que después de Hitler, fomentaban con tal motivo "campañas de oración" formales). Ahora había la posibilidad de hacer otras campañas totalmente distintas..., y las llevaron a cabo.

A mediados del siglo IV, en el norte de Italia, el obispo Inocencio de Dertona hizo destruir una sinagoga, con lo cual se incautaron evidentemente todas las posesiones de los judíos, una obra todavía a menudo necesaria en la historia religiosa. Más o menos sobre la misma época se saqueó otra en el norte de África y se la convirtió en iglesia. Antes del crimen de Kalliniko, los cristianos de Roma ya habían incendiado una sinagoga. Tras la actitud amistosa de Juliano hacia los judíos, los obispos insistieron en sus ataques antisemitas con más virulencia, y así, desde Italia a Palestina, ardieron ya entonces las sinagogas... Como dijo Ambrosio: "¿Qué está primero, la idea del orden o el interés de la religión?".[817]

Y todavía, después de la matanza de judíos en las cámaras de gas a manos de Hitler, el católico Stratmann pondera: «En la mayoría de los casos, estaba justificada la protesta de los santos contra la reconstrucción de las sinagogas por parte de un obispo [...]".[818]

---

[815] Ambros. ep. 40; 41. In Lúe. 8,20. Más polémicas antijudías de Ambrosio: ep. 72; 73; 74; 75; 77 s. Soz. 7,25; Paulin. Vit. Ambr. 22 s.Cod. Theod. 16,8,9. 12. 20 s; 21. 25. 27. Rauschen 292 s. Lucas 16 s. Seeck, Untergang V 222 s. Caspar, Papsttum I 274 s. Dudden II 371 s. Blumenkranz, Die Judenpredigt 37 s. V. Campenhausen, Ambrosius 231 s. El mismo, Lateinische Kirchenváter 100. Dannenbauer, Entstehung I 241 s, 392. Enssiin, Die Religionspolitik 60 s. Diesner, Kirche und Staat 38 s. Lippoíd, Theodosius 36 s. Kantzenbach, Urchristentum 142. Kupisch I 93 s. Hruby, Juden 43, 66 s. Avi-Yonah 213, Haendier, Wulfila 21. Kühner, Antisemitismus 33 s. Pavan 1475 s.

[816] Browe, Judenmission 55,134 s. Hans Küng según Kühner, Antisemitismus 6.

[817] Cod. Theod. 3,7,1; 9,7,5. Cod. Just. 1,9,7. Ambros. 40,23. Stein, Vom rómischen 320. Browe, Judengesetzgebung 123. Parkes, The Conflict 187 s. Vogt, Kaiser Julián 62 s. Hyde, Paganism 100. Bates 204. Oepke 189. Por el contrario, el testimonio de Zonaras (13,18,19 s) para el incendio de una sinagoga en Constantinopla por parte de cristianos y cuya reconstrucción ordenó el emperador Teodosio pero que Ambrosio lo impidió, es una manifiesta leyenda; evidentemente se apoya en los antecedentes en Kalinikon. Cf. v. Haehiing, Die Religionszugehórigkeit 124. 83.

[818] Stratmann III 110.

El modo en que Ambrosio pudo anteponer los intereses de la religión a la idea del orden, cómo logró sobrevivir a toda una serie de emperadores más o menos legítimos y cómo, sencillamente, consiguió dominar todos los reveses de la vida y de la historia universal, se puso de manifiesto en la catástrofe de Graciano, su protegido espiritual.

Una sospechosa misión diplomática de Ambrosio y una guerra entre soberanos católicos

En el año 383, mientras en Italia, las Galias e Híspanla la hambruna causaba estragos, los soldados destacados en Britania nombraron Augusto al general Quinto Aurelio Máximo, un católico. Al intentar derribar al usurpador, tras una serie de pequeñas escaramuzas, el emperador Graciano, abandonado por sus descontentas tropas, fue perseguido por el *Magister equitum* Andragatio, general de caballería y amigo de Máximo, capturado en Lyon y allí, el 25 de agosto, cuando contaba veinticuatro años de edad, fue muerto a traición en el curso de un banquete. Sin embargo, mientras huía de París a los Alpes a la cabeza de 300 jinetes, y las puertas de todas las ciudades se cerraban ante él y todos sus amigos le evitaban, encontró, afirma Ambrosio, ayuda y consuelo en la religión, en más de un salmo, en la fe sobre la inmortalidad de su alma. Y su última palabra, informa Ambrosio, fue: "Ambrosio".[819]

77

El hecho es que con Graciano, de quien Ambrosio, sobre todo en los, últimos tiempos, era el que más próximo estaba, nadie se sentía satisfecho, y el propio Teodosio participó en su eliminación. Por un lado tenía con él grandes diferencias en cuanto a política de la Iglesia, por otro había luchado antaño junto a Máximo, un pariente suyo, lo que no hizo más que favorecer la caída de Graciano.[820]

Está claro que los paganos no se afligieron por el pupilo de Ambrosio. Tampoco los católicos le lloraron mucho, pues gozaba de escasa popularidad por haber suprimido todas las exenciones de impuestos y privilegios en favor de unos pocos, llegando esas mismas leyes (de 19 de enero y 5 de marzo de 383) a perjudicar también a la Iglesia, así como por su política frente a los priscihanistas, restituyendo los "templos" a los sectarios incluso en contra del deseo de los obispos de Milán y Roma. Pero Máximo, el compañero de armas y pariente de Teodosio, como riguroso católico arremetió fanáticamente contra los "herejes". ¿Acaso pudo haber sido más hábil?[821]

En cualquier caso, Ambrosio fue por dos veces a visitar al usurpador, al asesino de su protegido, aunque por encargo de la emperatriz madre Justina, su enemiga personal y rival política, la "hereje". Al parecer, ella misma, con el pequeño Valentiniano de la mano, se lo pidió. ¿A quién, pregunta el clérigo diplomático,

---

[819] Socr. 5,11. Zos. 4,35, 3 s; 5,35. Rufin h.e. 11,14. Soz. 7,13. Oros, 7,34,10. Vict. epit. 47,7. Ambros. in ps. 61,17; 61,24 s. En ps. 61 enarr. 17; 23 s. En ps. 40 enarr. 23. de obitu Val. 79 s. Hieron. ep. 60,15. Sulp. Sev. Chron. 2,49,5. Rauschen 142 s, 482 s. Schuitze, Geschichte I 227 s. Seeck, Untergang V 167 s. Baynes, The dynasty 238. Stein, Vom rómischen 310 s. Dudden I 219 s. Lietzmann, Geschichte IV 60 s.

[820] Ammian. 29,5,6. Zos. 4,35,3. Seeck, Untergang V 168 s, 185 s. V. Campenhausen, Ambrosius162 s. Matthews 173 s.

[821] Seeck, Untergang V 185 s. Stein, Vom rómischen 310 s.

aludiendo sólo de manera excepcional a la sospechosa misión, a quién deben proteger más los obispos si no es a las viudas y los huérfanos? También en las Galias la "sucia adulación" de los obispos *(foeda adulatio:* Sulpicio Severo) rodeaba al vencedor Máximo. Incluso el más importante príncipe de la Iglesia galo, Martín de Tours, acudía a la mesa imperial y dejaba que en la corte del usurpador éste y la emperatriz le veneraran. Así, el asesino del piadoso Graciano, el católico celador, acaba siendo reconocido como señor de Britania, Galia e Híspanla, conformándose el hermanastro del asesinado Graciano, Valentiniano II, con la parte media del Imperio: Italia, África e Iliria.[822]

78

Sin embargo, Valentiniano II, de educación cristiana aunque no bautizado, estaba bajo la influencia de su madre, que era manifiestamente amana; es decir, era un "hereje". Y mientras que Ambrosio, el protector de viudas y huérfanos, se enemistaba cada vez más con los dos, Máximo, que aunque usurpador era ortodoxo, instaba a Valentiniano, el "hereje" pero emperador legítimo (una situación paradójica), "a cesar la lucha contra la fe verdadera" y "no renunciar a la piadosa ortodoxia del padre". Máximo exigía la conversión, una enmienda rápida, y amenazó con una guerra, que inició en 387, aunque sólo, como afirma solemnemente, para defender la fe nicena. Sin encontrar resistencia, avanza hasta Milán, donde el obispo Ambrosio puede permanecer confiado, mientras que Valentiniano, con su madre, su hermana y la corte, busca refugio junto a Teodosio, quien se apresura a afirmar que sus desgracias son el castigo por su apostasía y consigue que se pasen a la ortodoxia. Teodosio, viudo reciente — su mujer, Aelia Flavia Flaccilla, acababa de morir —, se enamora de Galla, la joven hermana de Valentiniano, y pronto se casa con ella, aunque en realidad más por razones dinásticas y a la vista de una "guerra necesaria pero sucia" (Holum). Se pertrecha, recoge las profecías favorables del anacoreta egipcio Juan y se dirige contra el ortodoxo Máximo. (La delicada situación del alto clero explica el fracaso del patriarca alejandrino Teófilo. Quería ser el primero en felicitar al vencedor y, como demostración de sus dones proféticos, envió a Italia al mismo tiempo regalos y cartas para Teodosio y Máximo. Su enviado, el presbítero Isidoro, debía entregar una u otra misiva según fueran las circunstancias, pero se las robó su lector y todo el asunto se hizo público, con lo que debió regresar apresuradamente a Alejandría.)[823]

Teodosio venció en el verano de 388 en dos batallas que tuvieron lugar en Siscia (Esseg) y Poetovio (Pettau). Máximo, el compatriota, pariente y buen católico, que no dejaba pasar ocasión de declararse protector de la cristiandad ortodoxa y de afirmar que su victoria era el testimonio de la voluntad de Dios para que reinara, fue

---

[822] Sulp. Sever. Chron. 2,49 s. dial. 2,6,3 s. Vita Mart. c. 20. Theodor. 5,14 s. Coll. Avell. 39 s. Ambros. de obitu Valent. 28. ep. 24,1 s. Paulin. Vita Ambros. 19. pacatos, paneg. 30. Zos. 4,37. dtv Lex. Antike, Geschichte n 283,288. Rauschen 158 s. Schuitze, Geschichte I 229. Seeck, Untergang V 192. V. Campenhausen, Ambrosius 162 s, 182 s, 217 s. Dudden 1222 s, 270 s, 345 s. Lippoíd, Theodosius 83 s. Kornemann, Rómische Geschichte II 421. Ziegler, Gegenkaiser 75 s, 82. Wytzes, Kampf 6 s, 9 s.

[823] Max. ep. ad Val. Coll. Avell. 88s. Socr. 5,11; 6,2,6s. Theodor. h.e. 5,13s. Pacatos, paneg. 30 s; 45. Zos. 4,37; 4,42 s. Soz. h.e. 7,2,18 s; 7,13 s; 8,2. Ambros. ep. 40,22 s; 53. Oros. 7,35. Philostorg. 10,18. Rufin h.e. 2,16. Sulp. Sev. Vita mart. 20,9. August, de civ. dei 5,26. Pall. hist. Laus. 43. Greg. Tur. 2,9. Prosper Chron. 1193. Mommsen Chron min. 1462. dtv Lex. Antike, Geschichte II 288, III 283. Langlois en Lexikon der alten Weit 134. Güidenpenning (reimpresión 1965) 144. Rauschen 267 s, 280 s, 295 s. Seeck, Untergang V 209 s. Stein, Vom rómischen 316 s. Dudden I 291 s, 350 s. Enssiin, Die Religionspolitik 63. Lippoíd, Theodosius 30. Ziegler, Gegen-kaiser 80 s, 84 s. Holum 22 s, 44 s.

capturado y muerto. Ambrosio recuerda entonces el salmo 37, versículos 35-36: "Vi al impío arrogante y alzado como los cedros del Líbano. Y entonces pasé y ya no estaba". También fue liquidada la guardia personal árabe de Máximo. Además, por orden del emperador, a muchos de los "bárbaros" que se habían pasado con él al ejército romano y que después habían huido a las regiones pantanosas y a los bosques de las montañas de Macedonia, se les persiguió y degolló. El general Andragatio, el asesino de Graciano, se ahogó. También el hijo de Máximo, Flavio Víctor, que era todavía un niño y había regresado a la Galia, fue pasado a cuchillo, y los prelados españoles y galos que habían colaborado con el usurpador fueron inexorablemente desterrados.[824]

79

El joven Valentiniano, tras la victoria sobre Máximo y la muerte de su madre amana, había ido cayendo cada vez más bajo la influencia de Teodosio y Ambrosio. Adopta su fe y dicta las correspondientes leyes de religión.

El 14 de junio de 388 prohíbe a los "herejes" reunirse y predicar, construir altares y celebrar cualquier tipo de servicio religioso. El 17 de junio de 389 se lanza (junto con Teodosio) contra los maniqueos. Se les prohíbe la permanencia en todo el orbe, pero sobre todo en Roma, bajo pena de muerte; sus bienes revierten al pueblo. En el año 391 Valentiniano amenaza con graves multas (de hasta 15 libras de oro para los funcionarios de mayor rango) a los paganos que entren en los templos y recen a los dioses, así como a los "herejes", prohibiéndoles reunirse en ciudades y pueblos, y por último, con especial dureza, a los apóstatas: no solamente no pueden transmitir ni recibir por herencia, sino tampoco prestar testimonio, hacer penitencia ni recibir la absolución. Deben perder todos los títulos y quedar deshonrados para siempre. En 392 Valentiniano II resulta asesinado, probablemente también por intervención de Teodosio.[825]

Dos masacres de un emperador "notoriamente cristiano" y la explicación que da Agustín al derramamiento de sangre.

De lo que era capaz Teodosio "el Grande" es buena muestra lo sucedido en el año 387 en Antioquía, tras una revuelta del pueblo (documentada con especial detalle) a consecuencia de un aumento de los impuestos en febrero.

Las diversas fuentes coinciden en que se trataba de un pago en oro; Teodosio lo necesitaba para financiar a sus mercenarios. Tras la lectura de la carta imperial por parte del gobernador, los *honoratioren* quedan anonadados. Manifiestan que el impuesto es exorbitante; muchos imploran la misericordia de Dios por lo que ya entonces se consideraba ilegítimo. La multitud, arruinada en los últimos años por las hambrunas, comienza a sublevarse, se lanza al asalto de los edificios del gobernador, derriba las imágenes de la familia imperial, prende fuego a un palacio y amenaza con nuevos incendios, incluyendo la residencia del emperador. Los arqueros empiezan a

[824] Ambros. ep. 40,18; 40,23. de óbito Valent. 39; 51. Zos. 4,45. Rauschen 333. Stein, Vom römischen 320. Cf. también Notas 88.

[825] Cod. Theod. 16,5,15; 16,5,18; 16,7,4 s. Cod. Just. 1,7,3. Rauschen 290, 307, 338 s, 360 s.

disparar contra el pueblo y se degrada a la ciudad, que pierde su condición militar; se cierran el circo, el teatro y los baños, se dictan sentencias de muerte, e innumerables personas, entre ellas niños, son decapitadas, quemadas o arrojadas a las llamadas bestias. Y con todo, casi una bagatela en comparación con el baño de sangre de Tesalónica.

En febrero del año 390 habían matado allí a Buterico, el comandante militar godo, a causa del encarcelamiento de un popular auriga, que galanteaba al bello copero de Buterico. El piadoso Teodosio, uno de los "soberanos notoriamente cristianos" del siglo (Aland), ordenó de inmediato atraer a la población al circo con el señuelo de un espectáculo e hizo que les mataran allí mismo. El obispo Teodoreto lo describe en términos poéticos: "como en la cosecha de las espigas, fueron todos segados de una vez". Aunque más tarde Teodosio lo desmintiera, sus matarifes pasaron a cuchillo por espacio de varias horas a más de siete mil mujeres, hombres, niños y ancianos; según Teófanos, Kedrenos y Moisés de Chorene, la cifra llegó a quince mil. Se trata de una de las masacres más monstruosas de la Antigüedad, lo que no impide a san Agustín glorificar a Teodosio como la imagen ideal de un príncipe cristiano. La Iglesia concedió al soberano el apelativo de "el Grande" y pasó a la historia como el "monarca católico ejemplar" (Brown).[826]

80

Debido a la conmoción general, esta vez Ambrosio no pudo guardar silencio. Hubiera preferido no tener que hacer ese gesto, pero aun así escribió una carta al emperador — ¡gran parte del mundo, incluyendo a los eruditos, se sigue maravillando de ello! — en mayo de 390 destinada expresamente a que la leyera él en persona. No sin comprensión recuerda el "fuerte temperamento" de Teodosio, pero sería lamentable que "no le doliera la muerte de tantos inocentes", "una prueba de la máxima piedad", "la mayor clemencia". Afirma Ambrosio solemnemente: "Esto no lo escribo para avergonzaros [...] para la afrenta no tengo ningún motivo [...] os amo, os respeto". No, lo que el eclesiástico quería era simplemente salvar las apariencias, un destello, por débil que fuese, de autoridad espiritual.[827]

La "disciplina de penitencia" afectaba a todos. Una mujer, por ejemplo, tuvo que hacer penitencia durante toda su vida por un aborto. Lo mismo les sucedió en muchos lugares a las viudas de clérigos que volvían a casarse, o al creyente que contraía matrimonio con el hermano o la hermana de su cónyuge fallecido. ¡Por no hablar de los asesinos! La penitencia significaba llevar un cilicio, la prohibición de viajar y cabalgar, ayuno continuo, salvo los domingos y días festivos, casi siempre también la abstención permanente de mantener relaciones sexuales, y muchas otras cosas ¡de

---

[826] Liban, or. 1,30. Soz. h.e. 7,24 s. Theophan. Chron. 113. Zos. 4,32,2 s; 4,41. Chrysost. hom de stat. 3 s. Rufin h.e. 11,18. Ambros. ep. 51. Paulin. Vita Ambros. 24. August. de civ. dei 5,26. Theodor h.e. 5,17; 5,20. Gams, Kirchengeschichte 332. Rauschen 259 s, 317 s, 512 s. Niederhuber XV s. Seeck, Untergang V 229 s. Stein, Vom rómischen 322. Schnürer, Kirche 123. Baur, Johannes 1212 s. Dudden 1356 s, II 381 s. Haacke, Rom 13 s. Ludwig, Massenmord 17. Thiess 286 s. Lippoíd, Theodosius 36 s, 77, 92 s. Maier, Verwandiung 112 s. Downey 419 s. Aland, Entwürfe 22. Larson 297 s. Tinnefeid 154 s. Brown, Welten 134 s.

[827] Ambros. ep. 51. de óbito Theodos. 34. August. de civ. dei 5,26. Rufin h.e. 11,18. Con un colorido ya legendario: Paulin. Vita Ambros. 24. Koch, Die Kirchenbusse 257 s. V. Campenhausen, Ambrosius 236 s. M. Müller, Ethik 37 s. El mismo, Grundiagen 56. Dudden II 384 s. Setton 127 s. Diesner, Kirche und Staat 40 s. Lippoíd, Theodosius 37. Widman 62 s. Schieffer, de Milán 336, observa, como muchos, el "notablemente discreto comportamiento" de Ambrosio.

por vida, por un aborto o por casarse entre parientes! Pero al *asesino de miles,* Ambrosio le impuso sentarse una vez en la iglesia entre los penitentes.[828]

81

Con un emperador, de lo que se trata simplemente es de los gestos, el principio. Este todo significaba en realidad la obediencia al clero, mientras que la muerte de miles en principio no era nada, como demuestra el comentario de Agustín, que explica la matanza como un ejemplo magnífico de *humilitas* evangélica, insertado dentro de la glorificación general de Teodosio como figura cristiana ideal de gobernante. "Y lo más asombroso de todo fue su piadosa humildad. El apremio de algunos hombres de su entorno le había arrastrado a castigar el grave desacato de los tesalónicos, aunque por recomendación episcopal ya lo había perdonado, y, sometido a la disciplina de la Iglesia, hizo de tal manera penitencia que el pueblo que rogaba por él, al ver inclinado en el polvo a su alteza imperial, lloró amargamente, como si hubiera temido su ira por una falta. Esta y otras buenas obras, cuya enumeración llevaría demasiado lejos, las asumió para sí desde las nieblas terrenas que rodean a todas las cumbres humanas y las altezas. Su recompensa es la bienaventuranza eterna que Dios concede sólo a los piadosos verdaderos."[829]

Un texto revelador. El asesinato de miles para vengar a uno solo — ni siquiera Hitler ordenó tal cosa — sirve al padre de la Iglesia Agustín como demostración de la "piadosa humildad" de un emperador. ¡Y mientras que el santo pasa por alto discretamente la horrible carnicería, recalca el "grave desacato de los tesalónicos"! Mientras que no dedica ni una sola palabra al sacrificio de tantos inocentes, lamenta la seudopenitencia del asesino, ¡"más amarga" incluso que si hubiera sido víctima de su propia ira! Presenta los máximos gestos de expiación — por así decirlo, el fruto de los sueños de una matanza — bajo el epígrafe de "buenas obras". ¡Incluye al perro sanguinario entre los "piadosos verdaderos" y le augura "bienaventuranza eterna"!

Sin embargo, apenas resulta perceptible el atroz delito, astutamente tergiversado en las instrucciones *para el castigo* al *crimen de la población* y enredado en la retórica de "las nieblas terrenas que rodean a todas las cumbres humanas y las altezas". Realmente bien dicho. Pues lo que cuenta es simplemente el sometimiento al clero; ¡el mayor crimen de la historia, por el contrario, es una simple niebla, vapor de agua, nada!

Tenemos aquí ante nosotros el primer "modelo de príncipe" de un monarca cristiano, un ideal de príncipe que hace en especial de la figura de Cristo, del rey, el ejemplo del emperador y que tendrá una influencia decisiva en el mundo germánico. Peter Brown, experto en la figura de Agustín, incluye el "retrato" agustiniano de Teodosio, lo mismo que el del emperador Constantino, entre "los pasajes más ramplones» *(the most shoddy passages)* del "Estado de Dios".[830]

82

Si bien se produjeron entonces tensiones, Teodosio cedió, por lo general de propia

---

[828] Syn. Ivirá c. 63. 1. Syn. Tol. c. 18. Syn. Lérida c. 2. Cap. Mart. Bracarens, c. 78 s. Soz. h.e. 7,25. Ambros. de óbito Theod. 34. Schmitz, Bussdisziplin 150 s, 113. Grupp, Kulturgeschichte I 296 s. V. Campenhausen, Ambrosius 238 s. Poschmann, Altertum 24, 152 s, 166. El mismo, Mittelalter 15 s, 47. James, Priestertum 214. Aland, Entwürfe 279. Un capítulo sobre "El sacramento de la penitencia" en Deschner, Das Kreuz 375 s.

[829] August. de civ. dei 5,26. Yo lo he puesto de relieve.

[830] Hadot 610 s. Jántere 142 s. Brown, Religion and Society 34.

voluntad. Desde su "penitencia" por Tesalónica, quedó al parecer "totalmente sujeto a la voluntad de Ambrosio" (Stein). De común acuerdo, el emperador y el obispo, los "dos grandes hombres, los más grandes, de su época" (Niederhuber), combatieron a los "herejes" y a los gentiles. Y lo mismo que el antecesor de Teodosio, Constancio, había procedido con mayor dureza contra ellos que Constantino, Teodosio los atacó ahora con más fuerza todavía que Constancio. Sin embargo, mientras que éste y su padre imponían todavía silencio a la Iglesia, Teodosio — bautizado mucho antes de su muerte — ya se sometía en ocasiones a su disciplina.[831]

La lucha de Teodosio "el Grande" contra los "herejes"

El emperador ya perseguía desde el año 381 a todos los cristianos de confesión diferente, cuando, mediante el decreto del 10 de enero, ordenó a todas las Iglesias sin excepción unirse a los ortodoxos y no tolerar más el culto "hereje". Envió a su general Sapor a Oriente para expulsar de las iglesias a los obispos arríanos. Por doquier se les persiguió con rigor, aunque gozaron todavía del apoyo de los godos por espacio de algunas décadas. Ese mismo año siguieron algunos otros decretos de religión a favor de los católicos y para combatir a sus oponentes. Teodosio continuó ahora, lo mismo que Graciano, la persecución de los marcionitas iniciada por Constantino, aunque con mayor brutalidad. Hizo pedazos ante sus propios ojos las peticiones de los obispos "herejes". Se prohibió a los cristianos no católicos el derecho de reunión, de enseñanza, de discusión y de consagración de los sacerdotes. Se confiscaron sus iglesias y centros de reunión, que pasaron a manos de los obispos católicos o del Estado, y se limitaron sus derechos civiles. Se les impidió el acceso a la carrera del funcionariado, se les negó la capacidad de legar y heredar, amenazándoles de vez en cuando con el embargo de sus bienes, el destierro y la deportación. Se atacó, entre otros, a los eunomianos, que en una ley del 5 de mayo de 389 eran ridiculizados como *spadones* (castrados). Se les retiró el *ius militandi* y *testandi,* es decir, el derecho a ser funcionarios en la corte y en el ejército, así como a hacer testamento o ser tenidos en cuenta en los testamentos. Al morir, todos sus bienes pasarían al fisco. (Su cronista será Filostorgios.) Por pertenencia al maniqueísmo, que en el Códice Teodosiano es la secta que con mayor frecuencia se cita y contra la que se lucha mediante veinte leyes, el emperador impone el 31 de marzo de 382 la pena de muerte. Pero también estaba vigente para los encracitas, que rehusaban la carne, el vino y el matrimonio, los sacóforos, que usaban ropas bastas como manifestación de su ascetismo, y los hidroparastacios, que celebraban la eucaristía con agua en lugar de con vino. La policía estatal debía seguir la pista de todos los "herejes" y llevarlos ante los tribunales. A los denunciantes se les levantaban las penitencias habituales en la época. Incluso muchas veces se recurría a la tortura. ¡Sí, en el año 382 ya se presagiaba el término *Inquisición*.[832]

---

[831] Niederhuber 16. Stein, Vom römischen 323. V. Campenhausen, Ambrosius 230, 233 s, 238 s.

[832] Cod. Theod. 16,1,3; 16,2,26; 16,5,6 s; 16,5,9 (aquí sentencias a muerte); 16,5,10 s; 16,5,12; 16,5,17; 16,5,18; 16,5,21; 16,5,29; 16,7,1 s; 16,10,10 s; 16,7,4; 11,29,11. Socr. h.e. 5,8; 5,10,25. Soz, 7,6. RACI 370. Gentz, Arianer 650 s. Rauschen 88 s, 127 s, 153 s, 306 s. Stein, Vom römischen 308. Enssiin, Die Religionspolitik 30 s, 42 s, 52. Dannenbauer, Entstehung 179 s. Kawerau, Alte Kirche 52 s. Joannou 243.

83

Teodosio dictó cinco leyes en contra de los apóstatas: una en el año 381, dos en 383 y otras dos en 391. Estos decretos, cada uno más detallado y riguroso que el anterior, castigaban a los apóstatas expulsándoles de la sociedad y privándoles de la capacidad de testar y heredar. Por consiguiente, no podían dejar un testamento válido ni ser herederos. Después de la tercera de esas leyes, se considera apóstatas no sólo a los cristianos que se convierten al paganismo sino también a los judíos, los maniqueos y los gnósticos valentinianos. La cuarta ley comenta sobre la exclusión de la sociedad lo siguiente: "Incluso hubiéramos ordenado expulsarlos a gran distancia y desterrarlos más lejos, a no ser porque es mayor castigo vivir entre los hombres pero estando privados de su auxilio. Por consiguiente, deben vivir como expulsados en su propio medio. Les está prohibida la posibilidad de regresar a su anterior condición. Para ellos no hay ninguna penitencia; no son 'caídos' sino 'perdidos' ". La última de las leyes declara que los apóstatas que ocupan puestos elevados tienen un "carácter indescriptiblemente abyecto", y determina que se les someterá a constante proscripción *(infamia)* y no se les contará ni entre los de la clase más baja. Con ello se aniquila la existencia social de estas personas.[833]

La cancillería imperial recurre con regularidad en su legislación antiherética al vocabulario anti-"herejes" desarrollado por los obispos católicos de Occidente. Este no sólo influyó "sobre la redacción de los textos, sino también sobre su contenido" (Gottiieb), puesto que detrás de Teodosio estaba naturalmente la Iglesia católica; "La Divina Providencia contribuyó a ello" (Baur, benedictino). Fue sobre todo Ambrosio — que en su oración fúnebre al emperador se congratulaba de que éste hubiera acabado con el "infame extravío"— quien "determinó a Teodosio a intentar unificar la Iglesia sobre la base católica en lugar de la arriana" (Dempf). También el autor eclesiástico Rufino de Aquilea pone de relieve que, tras su regreso de Oriente, Teodosio se dedicó con especial celo a la expulsión de los "herejes" de las iglesias y la transmisión de éstas a los católicos.[834]

Ambrosio no cesó de incitar contra los cristianos de distinta confesión, caracterizados todos ellos por "el mismo ateísmo" (!), porque todos eran ciegos, se hallaban metidos en la noche de la falsedad y confundían a las comunidades. Efectivamente, con la lógica y sagacidad que a menudo le eran propias, acusaba por un lado a los "herejes" de cerrar sus oídos a la fe "al modo de los judíos" y, por otro lado, resaltaba su interés en la fe, su afición a plantear interrogantes, su impertinencia en cuestiones de fe que incluso discuten.[835]

84

Con todo, no fue únicamente Ambrosio el que no dejó de animar a Teodosio para que atacara con vehemencia a los herejes, sino también otros padres de la Iglesia, como Gregorio Nacianceno. O como "el admirable Anfíloco", obispo de Iconio, emparentado con Gregorio Nacianceno y santo como él. (La Iglesia católica sigue celebrando la fiesta de Anfíloco el 23 de noviembre.) Se presentó ante Teodosio y, según relata Teodoreto, le pidió que "expulsara de las ciudades los conciliábulos de

---

Maier, Verwandiung 107, 112 s. Dempf 137 s. Klein, Constantius II 152 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 132 s, 161 s.

[833] Cod. Theod. 16,7,1 s; 16,10,12. Geffcken, Der Ausgang 156 s. TinnefeN? 268 s.

[834] Rufin 2,19. Baur, Johannes 1102. Dempf 131. Gottiieb, Ost und West 14 Cit.18. Cit.18. S.

[835] Ambros. de obitu Theod. c. 38 de fide 1,42; 1,44 s; 2,130.

los arríanos. Sin embargo, el emperador consideró la petición como excesivamente despiadada (!) y no la aceptó. El prudente Anfíloco guardó silencio por unos instantes, pero forjó una curiosa artimaña". En una nueva audiencia, saludó solamente a Teodosio pero no a Arcadio, su hijo, que hacía poco había sido nombrado sucesor. Cuando finalmente el monarca le invitó a hablar, el obispo declaró "con voz solemne: 'Ya ves, oh emperador, como no puedes soportar el desdén hacia tu hijo, sino que te enfadas vivamente contra quienes se comportan de manera inconveniente con él. Cree entonces que también el Dios del universo abomina de quienes difaman a su Hijo y que los odia como ingratos frente a su redentor y benefactor". Así comprendió el emperador, admiró el hecho y las palabras del obispo, e inmediatamente dictó una ley que prohibía las reuniones de los herejes".[836]

Los clérigos han sabido en todas las épocas cómo manejar a las testas coronadas, aunque tuvieran que cambiar sus métodos.

Karl-Leo Noethlichs, que no hace mucho ha estudiado ampliamente "las medidas legislativas de los emperadores cristianos del siglo cuarto contra los herejes, paganos y judíos", recopila como condenas contra los "herejes" las siguientes: quema de libros, prohibición de construir iglesias, prohibición de consagrar sacerdotes, secreto de enterramiento, prohibición de discusión, enseñanza y reunión, privación de iglesias y lugares de culto, limitaciones a la capacidad de dictar testamento, penas indeterminadas, intestabilidad, infamia, destierro, multas o (para los más pobres) bastonazos, privación de bienes, pena de muerte. Sin embargo, en el siglo XX el jesuita Lecler afirma, especialmente refiriéndose a finales del siglo IV: "Hagamos constar primero que la Iglesia, tanto en los períodos de paz como en los de lucha, no olvida los principios del Evangelio sobre el respeto de conciencia y la libertad de fe"[837]

No la "olvida" (una palabra de los jesuitas), pero, si es necesario, la menosprecia siempre y cuando sea posible.

Con la legislación y la guerra contra el paganismo

Teodosio ataca al paganismo con igual vehemencia que a los "herejes", y lleva adelante la "política antipagana más rigurosa hasta la fecha" (Noethlichs), animado "con frecuencia por obispos y monjes" (Kome-mann).[838]

85

A los cristianos pasados al paganismo, Teodosio les negó en los años 381 y 383 la capacidad de testimonio y de heredar, y en 382 dispuso la supresión del título de *pontifex maximus,* así como la retirada otra vez de la diosa Victoria del Senado. Entre 385 y 388 obligó al cierre de numerosos templos en Siria y Egipto. El monarca católico se mostró especialmente activo en Milán (388-391) — donde Ambrosio acudía casi cada día al palacio imperial —, mediante la estricta prohibición de asistir a los templos, adorar a las estatuas y ofrecer sacrificios, así como endureciendo

[836] Theodor. h.e. 5,16. LThK 1.a ed. 1375 s. Rauschen 352 s.

[837] Greg. Nacianc. ep. 102; 125. Lecler 1115. Enssiin, Die Religionspolitik 46 s, 56 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 193 s. Fontaine en JbAC (25) 1982,21.

[838] Komemann, Weltgeschichte **II** 536. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 166 s, 181s.

anteriores decretos dictados contra los apóstatas. Cuando el Senado romano quiso colocar por tercera vez, en 388-389, la estatua de la Victoria en su salón de sesiones, el vacilante monarca se negó a ello, aunque el obispo Ambrosio le dio su opinión "claramente a la cara". En 391, Teodosio dispuso una prohibición general de orar ante imágenes de dioses y de ofrecerles sacrificios, que más tarde habría de endurecerse en nuevas ocasiones. Una orden del 24 de febrero de 391 dirigida al preferí de la ciudad de Roma para impedir la práctica de sacrificios y la asistencia a los templos, es decir, toda ceremonia pagana, se amplió el 16 de junio a Egipto, y ese mismo año se privó también a los apóstatas de sus derechos ciudadanos y políticos.

A los jueces que se oponían a estas leyes se les pusieron fuertes multas. Si un alto funcionario *(índices)* acudía a un templo para adorar a los dioses, no sólo tenía que pagar 15 libras de oro de multa sino también renunciar al cargo. Los gobernadores provinciales en el rango de cónsules debían pagar 6 libras de oro y asimismo dimitir. Una ley antipagana dictada al año siguiente sanciona la ofrenda de sacrificios como crimen de lesa majestad. En caso de ofrecerse incienso, el emperador confiscaba "todos los lugares que hubieran sido alcanzados notoriamente por el humo del incienso" *(turis vapore fumasse).* Si no eran propiedad de quien lo había quemado, éste debía pagar 25 libras de oro, lo mismo que el propietario. A los jefes administrativos indulgentes se les castigaba con 30 libras de oro y a su personal se le imponía la misma suma. Geffcken considera esta ley "casi en el tono de un retórico sermón misionero", Gerhard Rauschen habla del "cántico fúnebre del paganismo". Tuvo como consecuencia la prohibición del culto a los dioses en todo el Imperio.[839]

De este modo, muchos templos fueron víctima del furor cristiano, como el de Juno Caelestis en Cartago o el de Sarapis en Alejandría; Teodosio, que "eliminaba a los herejes sacrílegos", como le alababa Ambrosio en su discurso funerario, transformó el templo de Afrodita de Constantinopla en una cochera. Amenazó con el destierro o la muerte por realizar servicios religiosos de la "superstición pagana" *(gentilicia superstitio)* se prohibió ofrecer incienso, encender velas, colocar coronas e incluso el culto privado en la propia casa. También Agustín ensalza al fanático porque "desde el principio de su gobierno había sido incansable", "socorriendo a la Iglesia amenazada (!) mediante leyes muy justas y misericordiosas contra los paganos", y porque "hizo destruir por doquier las imágenes de los ídolos paganos".[840]

86

Pero Teodosio reprimió el paganismo incluso mediante una violenta guerra, circunstancias que vuelven a poner de manifiesto el comportan miento de Ambrosio.

Valentiniano II, que desde la muerte de su madre estaba totalmente entregado a su amigo "paternal", el obispo, colgaba de una soga en su palacio de Vienne el 15 de mayo de 392. Allí le había trasladado Teodosio a fin de asegurar Italia para su propio hijo Honorio. Y allí, en Vienne, Valentiniano fue asesinado, quizás por orden de

---

[839] Cod. Theod. 16,10,10 s. Ambros. ep. 57. Rauschen 375 s. Niederhuber XII. Geffcken, Der Ausgang 145 s (2.a ed. 156). Straub, Eugenius 865. Tinnefeid 274 s.

[840] Cod. Theod. 16,7,1 s; 16,7,4 s; 16,10,7,9. 10,11. 12. Ambros. ep. 57. de obitu Theodos. 38; 51; 12 s; 28; 34 s. Cf. ep. 17. Socr. 5,12; 6,2. August. de civ. dei 5,26. RAC I 370. Punke, Gótterbiid RAC XI 809. Fredouille 885. Stein, Vom rómischen 323, 327. V. Campenhausen, Ambrosius 167, 227 s, 243. Vogt, Der Niedergang Roms 322. Maier, Verwandiung 113 s. Kawerau, Alte Kirche 104. Lippoíd, Theodosius 70. Halpom 103. Grant, Christen 180. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 166 s.

Arbogasto, general pagano franco (?) que era su primer ministro. Las distintas fuentes difieren considerablemente. Según Zósimo, Sócrates, Filostorgios y Orosio, estrangularon al emperador, según Prosperio fue él mismo quien se mató. (En Milán, adonde se le trasladó, durante el discurso funerario, Ambrosio afirmó, con la Biblia, de modo algo ambiguo: "Cualquiera que sea la muerte! que arrebata al justo, su alma descansará en paz".) Sin embargo, Arbogasto, al que muchos acusan de la muerte de Valentiniano, era considerado como el hombre de máxima confianza de Teodosio en Occidente. Así pues, ¿también estaba Teodosio detrás de la liquidación del monarca? Arbogasto insistió en su inocencia; Teodosio guardó silencio. Cuando el 22 de agosto de 392 Arbogasto coronó en Lyon como emperador a Eugenio, antiguo profesor romano de gramática y retórica, y éste proclamó inmediatamente ante Teodosio, mediante una embajada de obispos, la inocencia de Arbogasto, Teodosio permaneció pasivo. De esta manera creció la incertidumbre en Milán.[841]

Según la opinión generalizada, Eugenio era un cristiano religiosamente indiferente, que tras su proclamación mantuvo lazos crecientes con la reacción pagana. Aunque no la fomentó de modo explícito, la autorizó desde el principio. No dictó ninguna ley contra los "herejes" ni contra los judíos, aunque quería mantener las buenas relaciones con la Iglesia. En resumen, lo que deseaba era una clara tolerancia en política religiosa. Se ha demostrado en varias ocasiones "que la reacción pagana bajo Eugenio coincidía con los esfuerzos a favor de un entendimiento político leal, aunque con la condición de tolerar la religiosidad pagana" (Straub). Pero esto no lo deseaba Teodosio ni tampoco Ambrosio. Así, aunque este último mantuviera al principio unas buenas relaciones con Eugenio — incluso alegaba una amistad personal —, se echó ahora atrás, lo mismo que Teodosio. ¿Tomaría medidas contra Arbogasto en Italia? ¿O reinaba aquí Eugenio, que, aunque se mostraba predispuesto al entendimiento con Teodosio, había cerrado un pacto con los reyes francos y alamanes, por el que éstos se comprometían a poner tropas a su servicio?

87

Ambrosio se encontraba en una disyuntiva. Dejó sin contestar dos cartas de Eugenio, que como emperador buscaba todavía el contacto con el poderoso príncipe de la Iglesia. Al final supo, como diría en otra ocasión, que "se puede vivir de manera más segura con el silencio [...] el sabio primero medita antes de tomar la palabra: qué tiene que hablar, a quién debe hablar, en qué lugar, en qué momento [...]". Cuando al cabo de varios meses Teodosio expresó su condolencia a la hermana del fallecido, garantizándole su protección, rompió Ambrosio su silencio y se apresuró a escribir al monarca. Hasta ese momento, leemos, un excesivo dolor se lo había impedido. Se lamenta vehementemente del triste destino de Valentiniano, aunque silenciando por completo la política, lo único que le podía importar, y acaba subrayando en una

[841] Cod. Theod. 16,5,20. Epiphan. de Mensur 20. Philostorg. 11,1 s. Socr. h.e. 5,25. Oros, 7,35,10 s. Ambros. de obitu Valent. 66; 71; 80 ep. 53. Zos. 4,53 s. Joh. Ant. frg. 187 Chron. min. 1,298. Straub, Eugenius 860 s. dtv Lex. Antike, Geschichte 1134 s, II 23; III 283. Rauschen 360 s. Schuitze, Geschichte 1281 s. Schnürer, Kirche I 23. V. Campenhausen, Ambrosius 245 s. Stroheker, Germanentum 28. Lippoíd, Theodosius 30. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 124. Waas 15 s, 72. Baynes, The dynasty 245. Croke 235 s. Según varios historiadores, por ejemplo Caspar, Papsttum I 278, Valentiniano se suicidó, "se quitó la vida en un ataque de hastío". Algunas fuentes antiguas no excluyen por completo esta posibilidad; encabezados por Dudden II 417 s. Sin embargo, muchos afirman que Arbogasto fue el asesino: Socr. 5,25. Oros. 7,35,10. Zos. 4,54,3. Philostr. 11,1 y otros.

bendición, restringida y oscura, su connivencia con los planes imperiales. No obstante, en 393, cuando amenaza la incursión de Eugenio sobre Italia, Ambrosio se dirige también a él, le manifiesta su lealtad, le llama "*clementia tua*", le concede sin reservas la "*imperatoria potestas*" *y* justifica su comportamiento con la conocida sentencia de Pablo sobre la autoridad. ¡Finalmente, el episcopado galo acabó colaborando otra vez! Sin embargo, más tarde el obispo huye, pasando por Bolonia, hasta Florencia, donde expulsa espíritus impuros y resucita a un muerto (!). Amenaza en una carta con la excomunión a Eugenio, que ha avanzado sobre Milán y ha fijado allí su residencia, aunque protesta de su inocente obediencia *(sedulitatem potestati debitam).* Exhorta a su clero, que está ahora en apuros, a no renunciar a su sacerdocio y él mismo regresa, en cuanto Eugenio abandona la ciudad, el 1 de agosto de 394, ganando "lo mismo que los estrategas eclesiásticos de todos los tiempos [...] nuevas fuerzas con la huida" (Davidsohn). El conflicto producido entre los dos emperadores le parece ahora de nuevo una lucha entre Dios y el diablo...[842]

La lucha, llevada al menos al campo religioso — si bien Teodoreto veía a los ejércitos enemigos materializados en el signo de la cruz y en la imagen divina de Hércules, y Ambrosio contribuyó declarando el conflicto guerra de religión —, fue preparada en ambos bandos con ceremonias y consignas religiosas. Con la confianza, por un lado, en las profecías y los sacrificios paganos, y por otro en la "fuerza de la religión verdadera" *(yerae religionis fretus auxilio,* Rufin); por lo tanto, igual que en 388 contra Máximo, consultando de nuevo al respetado Juan de Escitópolis, en el desierto tebano (que augura el éxito "después de un abundante derramamiento de sangre"), mediante oraciones, ayunos y una solemne procesión a la iglesia del apóstol y mártir. Al partir,

88

Teodosio vuelve a rezar (en la séptima piedra miliar) en la iglesia de Juan Bautista, que él mismo había hecho levantar hacía poco, lugar donde desfila el ejército, donde los emperadores lanzaron sus arengas a las tropas en formación y donde el año anterior se había depositado la presunta cabeza de Juan Bautista. Eusebio y Arbogasto habían ocupado el bosque situado a la salida del puerto alpino Juliano y habían colocado allí estatuas de Júpiter. Al llegar a la altura del puerto, Teodosio se arrojó al suelo, suplicó al cielo entre lágrimas y pasó toda la noche rezando en una capilla. Hacia el alba, cuando se durmió, antes de la batalla decisiva de Frigidio (hoy Wippach), en un afluente del Isonzo, se le aparecieron el evangelista Juan y el apóstol Felipe, "con vestiduras blancas y sentados sobre caballos blancos", con la buena nueva de "impartir ánimos" (Teodoreto). Antes de la carnicería, el "muy creyente emperador" se arrodilló para rezar a la vista de todos; entonces, según relata Orosio, da con el signo de la cruz la señal de ataque *(signo crucis signum proelio dedif) y* también sus soldados llevan por delante "la cruz del Redentor". "Seguid a los santos — gritó el carnicero de Tesalónica —, a nuestros luchadores y guías [...]."[843]

---

[842] Paulin. Vita Ambr. 26 s. Rufin 2,31. Zos. 4,54 s. Ambros. ep. 53; 57; 61; 81. Enarr. en ps. 36,25. Exhort. virg. 42. Soz. 7,22,4. Philostorg. consideraba incluso que Eugenio era pagano: h.e. 11,2. Straub, Eugenius 860 s. Rauschen 366 s, 422. dtv Lex. Antike, Geschichte 1134 s, II 23, ni 283. Davidsohn 134 s. Seeck, Untergang V 246 s. V. Campenhausen, Ambrosius 246 s. Lippoíd, Theodosius 30 s, 38 s. Dudden II 418 s, 425 s. Ziegler, Gegenkaiser 89 s. Más detallado: Bloch, Document 225 s. Noethlichs, Die gesetzgeberischen Massnahmen 127. Wytzes, Kampf 20 s.

[843] August. de civ. dei 5,26. De cura pro morí. gerenda 17,21. Soz. h.e. 7,21 s. Theodor h.e. 5,24 s. Socr.

Así, los días 5 y 6 de septiembre del año 394, en unión del Redentor, de numerosos santos, gracias a la traición de un suboficial y a un viento huracanado decisivo para la batalla y que incapacita a los eugenianos para el combate, se derriba "valientemente a los enemigos" (Teodoreto), "más con la oración que por la fuerza de las armas", afirma Agustín. Durante el primer día de la batalla, que discurrió favorable para Eugenio, el clérigo español Orosio informa — con gran satisfacción y manifiesta exageración — de diez mil godos caídos. Por el lado de Teodosio luchaba un contingente de más de veinte mil visigodos, dirigidos por Alarico, que sufrieron grandes pérdidas. Los godos creían por ese motivo, y quizás no les faltara razón, que el emperador había puesto con ello sus miras en que se debilitaran. En cualquier caso, los soldados de Teodosio se retiraron simulando huir y Eugenio distribuyó regalos entre sus tropas. Sin embargo, después del segundo día de batalla, en el que el bora, el viento tormentoso que golpeó frontalmente contra las tropas eugenianas, resultó decisivo — siendo considerada, por supuesto, como un "juicio de Dios" —, Eugenio fue apresado, encadenado y decapitado allí mismo, clavándose su cabeza en una lanza y llevándola así por toda Italia. Arbogasto anduvo errante durante dos días por las montañas, tras lo cual se suicidó. Lo que consoló a los padres de la Iglesia fue el hecho de que la carnicería en el ejército de Teodosio afectó sobre todo a soldados "bárbaros". Y Ambrosio, que mientras remaba el usurpador le había llamado con toda claridad "cristiano" y "*clementissimus imperator*", le denomina ahora "*indignus usurpador*" y a sus tropas "*infideles et sacrilegi*". Compara el triunfo de su oponente con la victoria de Moisés, Josué o David, y se alegra de que el Imperio haya sido lavado "de la suciedad del indigno usurpador", de la "inhumanidad del bárbaro ladrón", como asevera en una carta a Teodosio, al que envía de inmediato otra en términos más rigurosos antes de acudir presuroso ante él para felicitarle personalmente y celebrar un oficio de acción de gracias, comunicando la victoria durante la misa. De todos modos, pidió también de forma harto comprensible la indulgencia para los eugenianos. (Lo mismo harían los obispos alemanes 1551 años más tarde, en 1945.) Teodosio hasta creyó haber ganado gracias a las oraciones de Ambrosio, que por su parte no dejó de hablar de la religiosidad y la manera de hacer la guerra del emperador. Debido a la sangre vertida, Teodosio se abstuvo durante algún tiempo de tomar la eucaristía; primero se mata, después se hace penitencia, por así decirlo, después se sigue matando...[844]

89

Agustín también se alegró de que el vencedor derribara las estatuas de Júpiter colocadas en los Alpes y que regalara sus rayos de oro "de maneara alegre y

7,10. Zos. 5,5. Oros. hist. 7,35. Pallad, hist. Laus. 35; 43; 268 46. Prosper. Chron. min. 1,463,1201. Straub, Eugenius 864,869,872 s. Funke, Gótterbiid 823 s. Rauschen 409 s. Schuitze, Geschichte 1292 s. Seeck, Untergang V 250 s. Stein, Vom rómischen 333 s. Geffcken, Der Ausgang 159. Dudden n 426 s. Haacke, Rom 13. Lippoíd, Theodosius 40 s. Ziegler, Gegenkaiser 88 s. Holum 20 s.

[844] Zos. 4,58. Theodor. h.e. 5,25. Rufin h.e. 2,32 s. Philostorg. 11,2. Socr. 5,25. Soz. h.e. 7,24. Ambros. ep 51; 57; 61 s. de obitu Theod. 34; 39; enarr. en ps. 36,25; August. de civ. dei 5,26. Oros. 7,35,12 s. Joh. Ant. frg. 187. Paulin. Vita Ambr. 31 s. Cod. Theod. 2,22,3. Straub, Eugenius RAC VI 864, 869 s. Rauschen 410 s. Seeck, Untergang V 257. Seeck/Veith 451 s. Geffcken, Der Ausgang 114 s. Stein, Vom rómischen 334 s. Caspar, Papsttum 1279. Dudden II 429 s. Stratmann III 126 s. Enssiin, Gottkaiser 64 s, 75. Bloch, Document 235 s. Komemann, Rómische Geschichte II 422. Diesner, Kirche und Staat 42. Lorenz, Das vierte 43 s. Vogt, Der Niedergang Roms 323. Capelle 215 s. Heer, Kreuzzüge 12. Maier, Verwandiung 114. Ziegler, Gegenkaiser 88 s. Schneider, Liebesgebot 29. Claude, Westgoten 16. Wytzes, Kampf 21 s. 110.

complaciente" a los mensajeros de la tropa. "Hizo destruir *por* doquier las imágenes de los ídolos, pues había descubierto que también la concesión de los dones terrenos depende del Dios verdadero y no de los demonios."[845]

"Así era el emperador en la paz y en la guerra — comenta lleno de alegría el devoto Teodoreto —; siempre pedía la ayuda de Dios y siempre le fue concedida". El 17 de enero de 195, a los 48 años de edad, Teodosio moría de hidropesía. (Ninguno de los restantes protegidos imperiales de Ambrosio llegó a alcanzar la mitad de esa edad.) Estando en el lecho de muerte, "pensaba más en el bien de la Iglesia que en su propia enfermedad", informa Ambrosio, que en un discurso funerario celebrado en Milán—naturalmente delante del ejército—alababa la humildad y la caridad del monarca, diciendo de él que era el ideal del gobernante cristiano y reproduciendo como resumen de su vida, sus presuntas últimas palabras:

"He amado...", en el sentido de Pablo, por supuesto, de que el amor es el cumplimiento de las leyes. Mientras que, según Teodoreto, el emperador moribundo habría recomendado "piedad completa", "puesto que con ella", dijo, "se garantizará la paz y se finalizará la guerra, se derrotará a los enemigos [...]". Es inútil esperar lógica de los historiadores eclesiásticos. En el siglo xii, el ilustre obispo Otón de Freising, cuya *Crónica* se considera como la cumbre de la cronística mundial del Medioevo afirma que después de 388 imperó bajo el emperador Teodosio "una época de total alegría y de paz no perturbada".[846]

90

Y cuando el propio Ambrosio murió, el 4 de abril de 397, confortado con los Santos Sacramentos—sus restos descansan hoy, lo que nunca se había imaginado, en un féretro con los de los santos "Gervasio" y "Protasio"—, su lucha la prosiguió un nuevo héroe.[847]

[845] August. de civ. dei 5,26.

[846] Theodor. h.e. 5,26. Socr. h.e. 5,26. Soz. h.e. 8,1; Ammian. 29,6,15. AureL Vict. epitome 47 s. Paulin. Vita Ambros. 32. Ambros. de obitu Theod. 35. Otto v. Freís, Chron. 4,18. Rauschen 430 s. Lietzmann, Geschichte IV 87. Lammers XXIV.

[847] Paulin. Vita Ambros. 47 s. Pauly-Wissowa 2. Hbbd. 1958, 1812. Dudden U 490 s.

91

CAPITULO 3. EL PADRE DE LA IGLESIA AGUSTÍN (354-430)

"Agustín es el mayor filósofo de la época patrística y el teólogo más genial e influyente de la Iglesia [...], lleno de ardiente amor hacia Dios y desinteresado altruismo, rodeado del suave brillo de la bondad infinita y la afabilidad más atractiva."

Martín Grabmann[848]

"Como pensador genial, dialéctico agudo, inteligente psicólogo, de un raro ardor religioso, al tiempo que hombre afable, Agustín fue ya durante su vida el gran guía de la Iglesia latina. Para la época posterior, su importancia no puede ser mayor."

E. Hendrikx[849]

"El mismo Dios os lo hace a través nuestro cuando rogamos, amenazamos, ponemos en el buen camino, cuando os afectan las pérdidas o las penas, cuando las leyes de la autoridad de este mundo se refieren a vosotros."

AGUSTÍN[850]

"Pero ¿qué importa el tipo de muerte con el que finalice esta vida?" "Nadie ha muerto, bien lo sé, que no hubiera tenido que morir alguna vez." "¿Qué se tiene contra la guerra, quizás que mueran seres humanos que alguna vez tenían que morir?"

AGUSTÍN[851]

"La fuerza que me mueve es el amor."

AGUSTÍN[852]

"*Prevalecen* el deseo oculto de venganza, la mezquina envidia! **Todo** lo deplorable, loque-se-resiente, lo agobiado-por-los-malos-sentimientos, todo el mundo-gueto de las almas está de repente *por encima de todo.* Basta con leer a cualquier agitador cristiano, por ejemplo a san Agustín, para entender, para *olfatear,* qué sucios compañeros están con ello por encima de todo. Se engañaría uno de medio a medio si se supusiera falta de entendimiento entre los dirigentes del movimiento cristiano. ¡Oh, son inteligentes, inteligentes hasta la santidad, estos señores padres de la Iglesia! Lo que les falta es algo por completo diferente. La naturaleza les ha desatendido, olvidó proveerles de una discreta dote de instintos respetables, *decente, limpios* [...]. Entre nosotros, no son ni hombres."

Friedhich Nietzsche

(El Anticristo, 59)

92

Agustín, el guía espiritual de la Iglesia de Occidente, nació el 13 de noviembre de 354 en Tagaste (hoy Souk-Ahras, Argelia), de padres pequeño-burgueses. Su madre,

[848] Grabmann, 828.
[849] Hendrikx, 1096.
[850] August. Brief an die Donatisten 4, 13.
[851] Cf. Notas 125.
[852] August. conf. 12, 10.

Mónica, de estricta formación cristiana, educó a su hijo en el pensamiento cristiano, aunque no le bautizó. Su padre. Patricio, un pagano al que su mujer "servía como a un señor", "se hizo creyente hacia finales de su vida temporal [...]" (Agustín); apenas aparece en toda su obra y sólo le cita por encima con ocasión de su muerte. Agustín tenía por lo menos un hermano, Navigio, y quizás dos hermanas. (Una de ellas, al enviudar, terminó su vida como superiora de un convento de monjas.) De niño, un rasgo simpático, a Agustín no le gustaba estudiar. Su formación comenzó tarde, acabó pronto, y al principio fue ensombrecida por las coacciones, los golpes, sus inútiles protestas y las carcajadas de los adultos por ello, incluso de sus padres, que le acuciaban.[853]

A los diecisiete años, el joven fue a Cártago, reconstruida bajo Augusto. Un rico burgués, Romaniano, había apoyado al padre de Agustín, muerto por esas fechas, permitiendo que el hijo realizara sus estudios. A decir verdad no lo hizo con mucho ahínco. "Lo que me gustaba — admite en sus *Confesiones* — era amar y ser amado." Le sedujo así "un caos salvaje de tumultuosos enredos amorosos", vagabundeó "sin rumbo por las calles de Babel", se revolcó "en su fango, lo mismo que en deliciosas especias y ungüentos", mientras que la Biblia no le atraía ni por su contenido ni por su forma, pareciéndole demasiado simple. Aunque acudía a la iglesia, lo hacía para encontrarse con una amiga. Y cuando rezaba, entre otras cosas pedía: "Dame castidad, pero no todavía [...]". Temía, efectivamente, que Dios le escuchara y "me curara de la enfermedad del apetito carnal, que yo quería más saciar que extirpar". A los dieciocho años fue padre. Una concubina, que vivió con él cerca de década y media, le dio un hijo en 372, Adeodato (don de Dios), que murió en 389.[854]

Poseído pronto por una ambición desmedida, Agustín codició riqueza, fama como orador y una mujer atractiva. Se hizo profesor de retórica en Tagaste y Cartago (374), en Roma (383), donde contó con el apoyo del prefecto pagano de la ciudad, Simanco, y en Milán (384). Aspiraba a conseguir un puesto como gobernador provincial por medio de amigos influyentes; "yo desesperaba totalmente de la Iglesia". Le sobrevino entonces una afección pulmonar que cambió su vida por completo. El "orador profesional"

—"excesivo era mi hastío de la vida, y enorme también mi temor ante la muerte"— hizo de sus "bajos" deseos otros "más elevados", de su miseria una virtud y puso todo exclusivamente en el amor a Dios: "¡Desdeña todo (!), pero a él respétale!". ¡Mas no vaciló en explicar que en el amor a Dios también se podía satisfacer el *amor propio.* (Su confianza en Dios no podía ser mayor: por miedo al mar, nunca se atrevió a navegar a lo largo de la costa rocosa hasta Cartago.)[855]

93

Sea como fuere, Agustín, al que en la noche de Pascua del 25 de abril de 387 Ambrosio, a quien en un principio no consideraba como "maestro de la verdad", bautizó en Milán junto con su hijo y su amigo Alipio, fue nombrado en 391, a pesar de una desesperada oposición, presbítero de Hipona, una ciudad portuaria de un

[853] August. *ibíd.* 2,3; 9,9. C. Jul. 3,13,26. Posid. Vita c. 26 (PL 32,55). Espenberger 1 s. Hendrikx 1094 s. Thomas, Das psychische Eriebnis 156 s. Chadwick, Die Kirche 253. Brown, Augustinus 15 s, 24s.

[854] August. conf. 2,3; 3,1; 3,3. Hendrikx 1094 s. Espenberger II s.

[855] August. ep. 34,6. conf. 4,6. Explicación de los salmos, para Ps. 53. Heümann, Texte 11 463. Espenberger IV s. Chadwick, Die Kirche 253. Brown, Augustinus 59,165.

milenio de antigüedad, el segundo puerto marítimo más grande de África. Y en 395 Valerio, el anciano obispo griego de la ciudad, que hablaba un mal latín, le nombra de forma ilegítima, así lo confiesa Agustín, "obispo auxiliar" (coadjutor), en contra de las disposiciones del Concilio de Nícea, cuyo octavo canon prohíbe la existencia de dos obispos en una ciudad. En su consagración se produjo otro escándalo más al no querer hacerla efectiva Megalio de Calama, el primado de Numidia, en el "criptomaniqueo", porque éste habría regalado un filtro amatorio a una mujer casada de elevado rango (al parecer, la esposa del obispo Paulino de Ñola, que, junto con Prudencio, fue el mayor poeta cristiano de la Antigüedad, y quien, por lo visto, desde entonces rompió los contactos con Agustín).[856]

A pesar de que el santo padeció achaques durante casi toda su vida, alcanzó la edad de 76 años. Van der Meer, su biógrafo, basándose en su antecesor Posidio de Calama, discípulo y amigo de Agustín, describe la muerte de éste el 28 de agosto de 430: "Permaneció solo durante diez días, con los ojos constantemente dirigidos hacia el pergamino que contenía los salmos penitenciales y que había hecho clavar en la pared, y repitiendo las palabras entre llantos continuos. Así murió". Pero ¿por qué lloraba tan cerca ya del paraíso? Puesto que "Quien aspira, como dijo el apóstol 'a apartarse para estar con Cristo' — escribía Agustín, naturalmente en los días sanos —, vive resignado y muere con alegría". Pero Agustín no murió con alegría. Y no vivió resignado.[857]

"Genio en todos los campos de la doctrina cristiana" y lucha "hasta el último instante"

El obispo de Hipona, futuro patrono de los teólogos, impresor, cervecero (y auxiliador en las enfermedades oculares), era muy inteligente, polifacético, aunque no minucioso. "En erudición muchos le superaron" (Jülicher). Era enormemente ambicioso y desconcertante. Su formación fue incompleta, incluso medida con el rasero de la educación superficial y rebajada de aquella época. Le faltó durante toda su vida la práctica metódica. Y no sólo en lo que respecta a la técnica, sino también a la precisión intelectual, "fue siempre un chapucero" (J. Guitton). Con ello disipó sus esfuerzos. A menudo dictaba al mismo tiempo discusiones a varios escritos: 93 obras o 232 "libros", dice él en 427 en las *Retractaciones* (que contemplan de manera crítica, por así decirlo, su trabajo en sucesión cronológica), a lo que hay que añadir la producción de sus últimos años de vida, amén de cientos de cartas y los sermones, con los que "casi siempre" se sentía insatisfecho. Muchas cosas le delatan como poco más que "un provinciano medio de finales del Imperio" (Brown).[858]

94

[856] August. solil. 1,17. c. Acad. 2,5 s. der vera reí. 24. Sermo 355,2. ep. 213,4. LThK 2.a ed. I 1095. Pauly-Wissova 4. Hbbd. 2363. Lexikon der alten Weit 402 s. Galling, Die Religión I 741. Espenberger V s. Holl, Augustins innere Entwickiung 55,64 s, 85. Hümmeler 415. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 175 s. Lachmann lis. Chadwick, Die Kirche 253 s. Brown, Augustinus 120 s.

[857] Possid. vita August. 31,1 s. Hom. zum I. Johannesbrief 9,2. van der Meer, Augustinus 324. Glockner 317.

[858] August. rudes 2,3 RAC 1982. J. Guitton cita según *ibíd.* 985. Hendrikx 1099 s. Fichtinger 48. Espenberger XV. Jülicher Pauly-Wissowa 4. Hbbd. 1970, 2364. Brown, Augustinus 255, 374 s.

La producción intelectual de Agustín fue sobrevalorada, en particular desde el lado católico. "Un gigante intelectual como él, sólo lo brinda el mundo una vez cada mil años" (Górlich). ¡Quizás del orbe católico! Sin embargo, lo que él llama "talla intelectual" es lo que le sirve, y lo que le sirve resulta perjudicial para el mundo. La existencia de Agustín, precisamente, lo revela de manera drástica. Con todo, Palanque le ensalza como "un genio en todos los campos de la doctrina cristiana". Y Daniel-Rops llega a afirmar: "Si la palabra *genio* tiene algún sentido, es precisamente aquí [...]. De todos los dones del espíritu que pueden fijarse analíticamente, no le faltaba ninguno; poseía todos, incluso aquellos que se considera de manera general como excluyentes entre sí". Quien se sobresalta por tal disparate es tildado de malévolo, malicioso, "un alma rastrera" (Marrou). No obstante, incluso el padre de la Iglesia Jerónimo, aunque por envidia, llamó a su colega "pequeño advenedizo". En el siglo XX, el católico Schmaus le niega rotundamente la genialidad como pensador; resulta demasiado evidente.[859]

¿El pensamiento de Agustín? Está totalmente dominado por ideas de Dios, en parte adormecido por la euforia, en parte aterrorizado. Su filosofía no es en el fondo más que teología. Desde un punto de vista ontológico, se basa en hipótesis sin ningún fundamento. Y hay una multitud de penosas ausencias. A menudo no son sino ficciones, ruido conceptual. "El más alto, el mejor, el más poderoso, el todopoderoso, el más misericordioso y más justo, el más oculto y más omnipresente, el más hermoso y más violento, tú, perpetuo e inconcebible, tú, eterno [...]." ¿Cómo dice Agustín? "Líbrame, Señor, de la palabrería [...]." Con frecuencia sermoneaba durante cinco días seguidos, algunos dos veces diarias.[860]

Le gustaba escucharse. Le gustaba leerse. Y también le gustaba caer en el verbalismo de otro tipo, en páginas y páginas de palabras huecas. "El Espíritu Santo suspira en nosotros porque causa nuestros suspiros. Y es nada menos que el Espíritu Santo quien nos enseña a suspirar, pues con ello nos recuerda que somos peregrinos y nos enseña a desear la tierra natal, y es precisamente éste el deseo en el que suspiramos. Quien es dichoso o, mejor dicho, quien cree ser dichoso [...] tiene la voz de un cuervo; pues la voz del cuervo es graznante, no suspirante. Pero quien sabe que se encuentra en la aflicción de esta vida mortal y peregrina lejos del Señor [...], quien sabe esto, suspira. Y mientras suspira por ello, suspira bien; el Espíritu le ha enseñado a suspirar, ha aprendido a suspirar de la paloma." ¡Dios mío! ¿Tenemos que suspirar? ¿Graznar? ¿O reímos homéricamente del gigante intelectual que el mundo otorga sólo una vez cada mil años, quien sin embargo ha ejercido hasta la fecha una profunda influencia en la teología, constituyendo hasta la actualidad su "fuente de juventud" (Grabmann), pero cuya literatura rebosa de analogías?[861]

95

Está cuajada de ridiculeces, como por ejemplo la afirmación de que Dios ha creado "las especies perjudiciales de animales" para que el hombre al que muerdan se ejercite

---

[859] Estoy convencido con Emst Stein, Vom römischen 395 s, que de todos los libros de Agustín (que yo sepa) sólo sus *Confesiones* son literariamente de un valor digamos permanente. Berkhof 122. Marrou, Selbstzeugnisse 51, 57. Górlich 18. Daniel-Rops, Frühmittelalter 25. Schmaus 133. Palanque 58.

[860] August. conf. 1,4. Über die Dreieinigkeit 15,51. Lachmann, Vorwort 13.

[861] August. Vorträge über das Johannesevangelium 6,2. Heilmann, Texte II 500. Grabmann LThK 1a ed. I 828. LThK 2.a ed. 11096. Fichtinger 48.

en la virtud de la paciencia, a fin de "volver a alcanzar, con denuedo, mediante el dolor, esa salvación perpetua que de manera tan injuriosa se dejó escapar". Sin embargo, también "el desconocimiento del provecho es útil como la práctica de la humildad".[862]

¡Un teólogo nunca se queda perplejo! Por eso tampoco conoce el bochorno.

Agustín, al que Palanque ensalza diciendo: "De un aletazo se eleva por encima de cualquier objeción superficial [...]", suele ser él mismo un prodigio de superficialidad. También el "orador profesional" de antaño (¡y de hoy!) engaña mediante trucos retóricos. Se contradice, con especial frecuencia en *La ciudad de Dios,* obra con fuerte influencia de Amobio y que apareció entre los años 413 y 426, su "*magnum opus*", como él mismo afirma, donde llega a trabajar con imitaciones e incluso unas veces equipara y otras diferencia con nitidez sus propios conceptos fundamentales: "Imperio romano" y "Estado diabólico", o "Iglesia" y "Estado de Dios". O la conversión de Israel, que en una ocasión se produce en una época apostólica y en otra en tiempos posteriores al paganismo, mientras que una tercera vez sostiene la expulsión eterna de los judíos. Cuando es un cristiano joven cree que ya no se producen milagros, por lo que "ya no resucita ningún muerto"; cuando llega a anciano cree lo contrario. Ya en 412 tenía la idea de "recopilar y mostrar todo lo que se me censure con razón en mis libros". Y así, tres años antes de su muerte inicia, ya que todo "estaba trastocado", un libro completo con "rectificaciones", las *Retractaciones,* sin que realmente pudiera "rectificar" todo. De todas formas, introduce 220 correcciones.[863]

96

Sin embargo, tantas veces como Agustín "rectificaba" algo, otras tantas refutaba, colocando en el encabezamiento de muchos de sus escritos un "Contra [...]".

Finalizando el siglo IV ataca a los maniqueos: Fortunato, Adimanto, Fausto, Félix, Secundino, así como, en otra serie de libros, al maniqueísmo, del que él mismo fue formalmente seguidor durante casi un decenio, de 373 a 382, si bien como "oyente" *(auditor),* no como "elegido" *(electus).* "Cualquier cosa que dijeran, por improbable que fuese, yo lo tomaba por verdadero, no porque supiera, sino porque deseaba que fuera verdad." A ver si resultará que a Agustín, el cristiano, le fue en secreto de distinta manera frente a los cristianos. Por lo demás, aunque hasta más o menos el año 400 combatió el maniqueísmo, no pudo vencerlo completamente, sino que quedó arraigado en él "con iniciativas de pensamiento esenciales" (Alfred Adam), incluso "lo recogió en la doctrina cristiana" (Windelband). En tres libros *Contra los académicos* (386) hace frente al escepticismo. Desde el año 400 se lanza sobre el donatismo, desde 412 contra el pelagianismo y a partir de 426 contra el semipelagianismo. Pero al lado de estos objetivos principales de su lucha, ataca con mayor o menor intensidad también a los paganos, los judíos, los arrianos, los

[862] August. Genesiskommentar 3,24. cons. 13,28 de civ dei 11,21 s. Heilmann, Texte 1154 s.

[863] August. conf. 1,9 s; 3,4; 8,1 s. ep. 10,2; 143,2,3; 213,4; de civ. dei I praef. 8; 17,16. de vera reí. 25,47. retr. 1,13,7. retr. prol. 3. Don persev. 21,55, Posid. Vita August. c. 8. RAC I 372, 981 s. dtv Lex. Antike, Philosophie 1224 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 71 s. Scholz 171. Stein, Vom rómischen 395 s. Holl, Augustins innere Entwickiung 58 s. Gautier 172. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 158 s, 176 s, 214 s. Bumaby 85 s. Marrou, Selbstzeugnisse 15 s, 54. Van der Meer, Augustinus 624 s. Palanque 58. Hruby, Juden 76 s. Lotter, Designation 129 s. Brown, Augustinus 68 s, 255, 365 s, 375 s. Wermelinger 269 s.

astrólogos, los priscilianistas, los apolinaristas. "Todos los herejes te aborrecen — le elogia su antiguo contrincante, el padre de la Iglesia Jerónimo —, igual que me persiguen a mí con idéntico odio."

Más de la mitad de los escritos de Agustín son apologías o tienen un carácter polémico. Por otra parte, mientras que, siendo obispo, en treinta años sólo una vez visitó Mauritania, la provincia menos civilizada, viajó treinta y tres veces a la increíblemente rica Cartago, donde, al parecer como compensación a su modesta dieta de convento, gusta de copiosas "comidas de trabajo" (por ejemplo pavo real asado), habla ante importantes personajes y pasa meses enteros con sus colegas en agitada actividad. Los obispos ya vivían a menudo cerca de las autoridades y en la corte, y eran ellos mismos cortesanos; el amigo de Agustín, el obispo Alipio, estuvo discutiendo en Roma hasta la muerte del santo. Por lo tanto, nada de lucha con "energía indomable [...] hasta su último aliento" (Daniel-Rops), "hasta el último instante [...] la espada del espíritu" oscilando (Hümmerler), aunque dejó huellas muy sangrientas, sobre todo con ayuda del "brazo mundano", mediante la corte de Rávena, gobernadores provinciales, generales, con los que el obispo mantenía estrechos contactos. Y contra todo aquello que él combatía — mostrándose iconográficamente con un libro y un corazón ardiente, símbolos de la sabiduría y del amor —, pedía violencia. Con la edad, él, en cuya vida y cuya doctrina al parecer el amor "ocupaba un puesto especial" *(Lexikon für Theologie und Kirche),* fue volviéndose cada vez más frío, más duro, más despiadado, el grandioso ejemplo de un perseguidor cristiano. Puesto que "Malo es el mundo, sí, es malo [...], los malos hombres hacen el mal mundo" (Agustín).[864]

97

Peter Brown, uno de los más recientes biógrafos del teólogo estrella, escribe: "Agustín era hijo de un padre violento y de una madre inflexible. Podía aferrarse a lo que consideraba verdad objetiva con la notable ingenuidad de su carácter pendenciero. Así, por ejemplo, importunó al inteligente y eminente Jerónimo de un modo totalmente carente de humor y tacto".[865]

Hay que señalar que la agresión cada vez más violenta de Agustín, como se manifiesta en su disputa con los donatistas, podría ser también consecuencia de su prolongado ascetismo. Antes, según confesaba él mismo, había tenido notables necesidades vitales, "en la lascivia y en la prostitución" había "gastado sus fuerzas", y más tarde había conjurado muy enérgicamente "el hormigueo del deseo". Vivió mucho tiempo en concubinato, tomó más tarde como novia a una niña (le faltaban casi dos años para alcanzar la edad legal para poder casarse: en las niñas doce años)

---

[864] Cf. por ejemplo August. Adversus Judaeos. Contra Faustum manichaeum. Contra Acadmicos. Ad Crosium. Contra Priscillianistas et Origenistas. Contra Sermonem Arianorum. De baptismo contra Donatistas. Psalmus contra partem Conati y muchos otros conf. 5,18; 5,25. Hom. 80,8. de dua anim. 11. Pauly-Wissowa 4. Hbbd. 1970, 2364 s. RAC I 981 s, 985 s. LThK 2.a ed. I 1096, 1099 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 79, 84 s. Espenberger III s, VIII s, aquí la cita de Jerónimo. Windelband 239 s. cita según Adam, Fortwirken des Manicháismus 23 s. Cf. también la relación de escritos contra los maniqueos en Grabmann LThK 1.a ed. I 829. Hümmeler 416. Daniel-Rops, Frühmittelalter 46. Adam, Der manicháische Ursprung 385 s. Cf. también Geeriings 45 s, que ve en Agustín influencias del maniqueísmo más fuertes que Adam. Marrou, Selbstzeugnisse 40, 59. Thomas, Das psychische Eriebnis 152. Stórig 227 s. Brown, Augustinus 39 s, 367 s.

[865] Brownibid.l80s.

y al mismo tiempo una nueva querida. Pero para el clérigo el placer sexual es "monstruoso", "diabólico", "enfermedad", "locura", "podredumbre", "pus nauseabundo", etcétera; "lo sexual es [...] algo que queda impuro" (Tomás). Constantemente vuelve a ensalzar la honestidad, aunque, como confiesa el agustino Zumkeller, "tanto más cuanto en mayor medida se alejó de ella en sus años juveniles". La lucha contra los "herejes", los paganos y los judíos, por el contrario, es una buena causa, una necesidad espiritual indomable. Por lo demás, ¿no le acuciaba también el sentimiento de culpa frente a la compañera de tantos años, a la que había obligado a separarse de él y de su hijo?[866]

La campaña de Agustín contra los donatistas

A los donatistas, a quienes el africano no había mencionado nunca con anterioridad, les presta atención cuando ya es sacerdote. Pero desde entonces les combatió año tras año, con mayor furia que a otros "herejes", les arrojó a la cara su desprecio y les expulsó de Hipona, su ciudad episcopal. Pues los donatistas habían cometido "el crimen del cisma", no eran más que "malas hierbas", animales: 'estas ranas se sientan en su charca y croan: "¡somos los únicos cristianos!" Sin embargo: "Se dirigen al infierno sin saberlo".[867]

98

¿Qué era para Agustín un donatista? Una alternativa que no se le presentaba, porque, cuando fue elegido obispo, el cisma contaba ya 85 años, era una cuestión local africana, relativamente pequeña, aunque no dividida en "infinidad de migajas" como él afirmara. El catolicismo, por el contrario, absorbía a los pueblos, tenía al emperador de su parte, a las masas, como fanfarronea Agustín, "la unidad de todo el orbe". Con frecuencia y sin titubeos insiste en tal demostración de mayoría, incapaz de hacerse la reflexión que más tarde formulará Schiller: "¿Qué es mayoría? Mayoría es el disparate; la inteligencia ha estado siempre sólo en la minoría". E incluso cuando se incurre en un error, piensa ese "gigante intelectual que el mundo sólo concede una vez cada mil años", realmente se equivoca uno en el seno de la mayoría. (Por supuesto, conoce otras "de postraciones" de la "*ventas católica*": recalca, por ejemplo, el milagro de su Iglesia, de los Evangelios; pero en el Evangelio sólo se cree "por la autoridad de la Iglesia católica", ¡que basa su autoridad en los Evangelios!)[868]

Ya nos hemos encontrado en diversos lugares con los donatistas, cuya principal área de expansión fue Mauritania y Numidia. Bajo Constantino y sus hijos se produjeron graves conflictos con ellos, que condujeron a encarcelamientos, fustigamientos, expulsiones e incluso la liquidación de prelados donatistas, como la del obispo Donato de Bagai, un resuelto luchador de la resistencia, o el obispo

---

[866] August. conf. 2,1 s; 3,1 s; 6,12; 9,1 y otros. Gen. ad litt. 9,10. Cf. al respecto las explicaciones psicológicas y los intentos de disculpa de M. Thomas, Das psychische Eriebnis 139 s. Zumkeller 203.

[867] August. enarr. en ps. 54,16; 95,11. Brief an die Donatisten 1,2 s. Grabmann LThK 1.a ed. I 828. Brown, Augustinus 167, 239.

[868] August. de útil. cred. 7,18 s; 15; 32. contr. ep. Manich. 5 Brief an die Donatisten 1,1. Holl, Augustins innere Entwickiung 63, 88. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 185. F. Schiller cita según L. Schmidt, Aphorismen 291. Chadwick, Die Kirche 260.

Marcelo, ambos mártires; el lugar de ejecución de este último atrajo pronto a multitud de piadosos peregrinos. Después, el decreto unificador imperial del 15 de agosto de 347 dio lugar a una unión (que perduró formalmente por espacio de catorce años) de donatistas y católicos, que, bajo el líder Grato de Cartago, condujo de nuevo a la expulsión y la huída de los adversarios, así como a la muerte del donatista Maximiano, que había roto un ejemplar del decreto de unión cuando se proclamó. Sin embargo, el regreso de los exiliados bajo Juliano provocó acciones de represalia. Ahora se produjo la caza, los malos tratos y, en casos aislados, la muerte de católicos, y al volver el obispo Parmeniano de su exilio, tuvo lugar el florecimiento de la Iglesia donatista.[869]

Pues aunque a ésta también se la persiguió después del levantamiento de Firmio, se prohibieron sus prácticas anabaptistas y servicios religiosos y se exilió a varios de sus dirigentes — entre ellos al obispo Claudiano, que se encontraba a la cabeza de la comunidad donatista romana (fundada por el africano Víctor de Garba, su primer obispo, y que se reunía ante las puertas de la ciudad) —, aunque un edicto imperial dictado en el año 377 y aplicado de manera bastante tibia renovaba todas las anteriores leyes antidonatistas, a pesar de todo ello el donatismo aventajó considerablemente a la Iglesia católica africana. Fue la confesión de mayor fuerza, sobre todo por obra de su primado Parmeniano, en su cargo por espacio de treinta años, un hombre muy cualificado tanto en su carácter como intelectualmente y que poseía también grandes dotes literarias, que no era africano sino que probablemente procedía de Híspanla o la Galia. Incluso desde el lado católico se escribe hoy acerca de él y de su mandato "que era firme en sus decisiones, se mantenía fiel a sus convicciones y era enemigo de intrigas y de la brutalidad". "Los contactos entre los miembros de ambas confesiones se normalizaron a nivel cotidiano y los donatistas hicieron proselitismo de una forma muy pacífica para el paso de los católicos a su comunidad" (Baus).[870]

99

La supremacía del donatismo — que según Jerónimo fue por espacio de toda una generación la religión de "casi toda África"— comenzó a desintegrarse poco a poco tras la muerte de Parmeniano, debido en parte a razones internas de la Iglesia, una escisión en su seno, y en parte también por un motivo extremo, una guerra perdida.

El sucesor de Parmeniano, Primiano, autoritario, estricto y carente de sensatez, provocó el levantamiento de su propio diácono, el que más tarde sería el obispo moderado Maximiano (un descendiente de Donato el Grande, muerto alrededor del año 355), y fue destituido en 393 por 55 obispos. Sin embargo, Primiano no lo soportó. Después de acosar a Maximiano con todos los medios a su alcance, lo mismo mediante intrigas que recurriendo a la violencia, el 24 de abril de 394 reunió a 310 obispos a su alrededor en un concilio celebrado en Bagai, e hizo excomulgar a su oponente. La catedral de Maximiano fue reducida a escombros y cenizas, su casa confiscada por Primiano, y el anciano obispo Salvio de Membressa, al menos así lo denuncia Agustín, fue obligado a bailar en su propio altar con perros muertos

[869] Optat. Mil. 2,16 s; 2,24 s; 3,1; 3,4; 3,6; 6,5 s. Passio Maximiani et Isaaci (PL 8,766 s). Passio Marculi (PL 8,760 s). August. ep. 93,4,12; 105,2,9. En ev. Joh. 11,15. Véanse también las remisiones introducidas en el texto.

[870] K. Baus, Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 144, 148 s. Ct. 149, 152.

colgados del cuello.[871]

Mayores consecuencias tuvo una aniquiladora derrota en el campo de batalla.

El príncipe berebere Gildo, hermano del usurpador Firmio, general romano y *comes Africae* desde 386, que acabó siendo también *magister utriusque militae* para África, intentó independizarse de Rávena y fue declarado enemigo del Estado, *hostis publicus.* Con el apoyo de un amplio círculo de desheredados, esclavos, colonos, circumceliones (temporeros) y revolucionarios, intentó una nueva distribución de la propiedad y quiso ocupar el puesto del emperador y convertirse en el mayor terrateniente del norte de África. Conspirando con Constantinopla, Gildo ya había impedido de nuevo en el invierno de 394-395 las exportaciones de África hacia Roma, lo que dificultó los suministros a la capital. En el verano de 397 cerró un acuerdo con el eunuco Eutropo, el ministro más influyente de Oriente, que mediante una embajada en Roma reivindicaba África para su emperador Arcadio (383-408), el hijo mayor de Teodosio I. Gildo declaró su anexión al Imperio de Oriente, confiscó los bienes imperiales y privados y se unió a la Iglesia donatista, que se manifestaba como la comunidad de los pobres y los justos, que tendía más al separatismo y que ya había luchado contra las autoridades romanas con ocasión de la rebelión de Firmio en el año 372. El obispo Opiato de Tamugadi (hoy Timgad), el prelado donatista más influyente de Numidia, era la mano derecha de Gildo y al parecer le adoraba como a un dios. Opiato, cuya ciudad se contaba a comienzos del siglo v, junto con Bagai, entre las "ciudades santas" de los donatistas, seguía una especie de política comunista. Distribuyó las tierras y las propiedades resultantes por herencia, aterrorizando al lado de Gildo, durante toda una década, a los terratenientes del sur de Numidia y a los católicos.

100

El emperador dictó la pena de muerte contra los asaltantes de iglesias. El mariscal Estilice, declarado enemigo del Estado por Eutropo en Constantinopla (lo que condujo a la confiscación de sus posesiones en la Roma de Oriente), envió contra Gildo a su propio hermano Mascezel, un ortodoxo fanático, enemistado con Gildo por cuestión de una querella de familia. Partiendo de Pisa, en la isla de Capraria tomó a bordo a varios monjes para asegurarse así la victoria con su apoyo. Según afirma Orosio, sacerdote católico, Mascezel estuvo orando y cantando salmos con estos monjes día y noche. Y en la primavera de 398, ya delante del enemigo, relata Orosio que a Mascezel se le apareció san Ambrosio y señaló con una vara en la tierra: *hic, hic, hic.* Mascezel entendió, hizo enviar "suaves palabras de paz" a los soldados enemigos, atravesó a uno de sus abanderados el brazo con un arma blanca y atacó por sorpresa en Ammaedara (Haidra) al ejército de su hermano, que al parecer contaba con unos setenta mil hombres y parte de cuyas tropas desertaron en el curso de la batalla, debido en cierta medida a que muchos de los oficiales simpatizaban con los terratenientes católicos. Gildo y parte de sus funcionarios murieron ese mismo verano a manos del verdugo o se suicidaron. Sus bienes y propiedades — los de Gildo eran especialmente cuantiosos — pasaron al tesoro del Estado, se restituyeron las

[871] August. c. Litt. Petil. 1,18,20; 2,20,45; 2,58,132; 3,39,45. c. Cresc. 3,56,62; 4,3,3; 4,5,6; 4,48,58; 4,46,55; 4,58,69. Enarr. en ps. 36. serm. 2,19 s. ep. 43,10,26; 44,4,7; 108,5,14. c. ep. Parm. 3,6,29. Hieron. vir. ill. 93 (PL 23, 734). RAC IV 128, 130 s, 133. Seeck, Untergang III 351 s. Brown, Augustinus 199. Baus, Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 152.

propiedades confiscadas a la Iglesia y se anularon los decretos anticatólicos. El obispo Optato de Tamugadi, maldecido enérgicamente por Agustín, llamado *familiarissimus amicus* de Gildo y también *Gildonis satenes,* "un perfecto bandido" (Van der Meer), murió en la cárcel, venerado como mártir por el pueblo donatista, mientras que los restantes obispos — un comportamiento habitual del alto clero en tales casos — se apresuraron a distanciarse de él. Pero Agustín celebró delirante la aniquilación, y el árabe Mascezel, a quien se debía, murió pronto por orden de Estilicos, al parecer por envidia. "Los cristianos africanos son los mejores" (Agustín).[872]

El fracaso de Gildo animó ahora a los católicos a atacar con mayor decisión a los donatistas, que no poseían ya ningún alto funcionario. No obstante, puesto que en África rara vez los donatistas se hacían católicos pero sí con mucha frecuencia éstos se convertían al donatismo, esta confesión mantuvo su mayoría hasta los años noventa de ese siglo. Estaban regidos por unos cuatrocientos obispos. También Hippo Regio y toda la diócesis de Agustín eran predominantemente donatistas; al parecer, ésta fue la única razón por la que el santo quería ganar al principio mediante argumentos, por qué prefería la diplomacia y la discusión a la violencia. Durante años estuvo lisonjeando a los adversarios. El "orador profesional" intentó persuadir a casi todos sus dirigentes. Sin embargo, los "hijos de los mártires" no querían estar unidos a los católicos, la "nidada de traidores" (obispo Primiano), a una Iglesia que "se ceba con la carne y la sangre de los santos" (obispo Optato), que siempre estaba al lado del Estado, de los opulentos. Por el contrario, el donatismo era más una Iglesia del pueblo, y el donatista estaba convencido de ser miembro de una hermandad "que está en guerra permanente con el diablo; su destino en este mundo sería la persecución, lo mismo que todos los justos habían sido perseguidos desde Abel" *(Reallexikon für Antike und Christentuní).*

101

A lo largo de su trágica historia, los donatistas colaboraron con un movimiento de campesinos religioso-revolucionario, que infligió vejaciones a los terratenientes: los circumceliones — temporeros del campo y al mismo tiempo el ala izquierda de esta Iglesia —, que gozaron primero del apoyo de Donato de Bagai y más tarde del de Gildo. Según su adversario Agustín, que los caracterizaba con el salmo de "rápidos son sus pies para verter la sangre", robaban, saqueaban, prendían fuego a las basílicas, lanzaban cal y vinagre a los ojos de los católicos, reclamaban pagarés y arrancaban con amenazas su emancipación. Dirigidos a menudo por clérigos, incluso obispos, "capitanes de los santos", estos "*agonistici*" o "*milites Christi*" (seguidores de mártires, peregrinos de afición, terroristas) golpeaban a los terratenientes y clérigos católicos con mazos llamados "israeles" bajo el grito de guerra de "Alabado sea Dios"

---

[872] Claudian, de cons. Stil. 1,277 s; 2,307 s; 3,81 s. de bello Gild. 418 s; 504 s. Oros. Hist. adv. pagan. 7,36. August. en. en ps. 21,26; 36,2 s. c. litt. Pet. 2,23,53; 2,28,65; 2,33,78; 2,83,184; 2,92,209. ep. 76,4. c. Parm. 2,4; 2,4,8. Zos. 5,8 s. Contradice Oros. 7,36. Cod. Theod. 7,13,12; 7,8,7; 9,40,19; 16,2,31. Eunap. frg. 66 s. Passio St. Salsae 13. Oros. hist. 7,36,2 s. Paulin. Vita Ambr. 51. c. Cresc. 3,60,66; ep. 76,3; de pecc. mer. 1,24,34. RAC IV 133, 134 s. dtv Lex. Antike, Geschichte 1135, II 27. Pauly I 497 s, II 470. Güidenpenning 61 s, 65 s. Schuitze, Geschichte I 341 s. Crees 81 s. Nischer-Ealkenhof, The army Reforms 53. El mismo, Stilicho 71 s, 76 s. Stein, Vom rómischen 315, 355 s. Dill 146 s. Frend, Donatist Church 225 s. Bury, History I 121 s. Kohns 53, 91 s. Diesner, Gildos Herrschaft 178 s. El mismo, Untergang lis, 97 s. El mismo, Das Vandalenreich 32 s. El mismo, Afrika und Rom 103 s. Manitius, Migrations 263 s, 378 s. Heinzberger 45 s. Haehiing, Religionszugehórigkeit 268 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 152 s.

(laus deo), las "trompetas de la masacre" (Agustín). En todos los "desórdenes" que se decían de ellos, dejaban entrever sin duda una cierta coherencia. Los católicos "dependían en grado sumo del apoyo del Imperio romano y de los terratenientes [...], que les garantizaban privilegios económicos y protección material" *(Reallexikon für Antike und Christentuní).* No era raro tampoco que los explotados se mataran a sí mismos para llegar así al paraíso. Como decían los donatistas, a causa de la persecución saltaban desde rocas, como por ejemplo los acantilados de Ain Mlila, o a ríos caudalosos, lo que para Agustín no era más que "una parte de su comportamiento habitual".[873]

La obligación del martirio, típica de la Iglesia donatista, ya la formuló Tertuliano alrededor del año 225. Y Cipriano, el santo obispo, que admiraba personalmente a Tertuliano y que, apoyado por todo el episcopado africano, había aseverado, contra el obispo romano Esteban, que ningún eclesiástico debería celebrar servicios religiosos en estado de pecado, se convirtió por así decirlo en un testigo principal de los cismáticos.

102

La muerte en martirio de Cipriano, acaecida el 14 de septiembre del año 258, su doctrina — rebatida con vehemencia por Agustín —, así como su concepto de los sacramentos y de la Iglesia de Tertuliano, sirvieron de especial testimonio para muchos africanos y probablemente forzaron la satisfacción donatista hacia el martirio. En cualquier caso, el centro de sus oficios era el culto a los mártires. Excavaciones realizadas en el centro de Argelia, que fuera baluarte de los donatistas, han sacado a la luz innumerables capillas dedicadas a la adoración de los mártires y que sin duda pertenecieron a los cismáticos. Muchas llevaban citas bíblicas o su divisa "*Deo laudes*".*[874]*

Se entiende que la inclinación de los circumceliones hacia el martirio, recurriendo a las palabras del obispo católico Opiato de Milevo, no era más que "*cupiditas faisi martyrii.*"[875]

Los circumceliones les parecían elementos subversivos a sus adversarios. Cogían lo que les era imprescindible para vivir y a menudo iban encabezados por clérigos, como el famoso obispo Donato de Bagai. Por tanto, arrancaban con amenazas, robaban, desvalijaban, asesinaban. Cocinaban sus alimentos con la madera de los altares destruidos, hacían señores de los esclavos, y esclavos a los señores. Los ataban a ruedas de molino y propagaban tales atrocidades que los propios acreedores se deshacían de sus documentos de deuda y se daban por satisfechos con salir con vida.

---

[873] August. enarr. en ps. 10,5; 132,6. ep. ad Cath. 19,50. ep. 23; 34; 35,4; 43 s; 52; 87 s; 88,12; 93,17; 108,5,14; 108,6,18; 108,8; 111,1; 185,15; 185,3,12; 185,4,15; 209,2. c. litt. Petil. 2,83,184; 2,84,186. c. Cresc. 3,42,46; 3,48,53. Posid. Vita c. 7. Optat. Mil. 2,14; 3,4. RAC IV 131 s, 135,139,144 s. Schilling, SoziaUehre 197 s. Seeck, Untergang ffl 364. Schnürer, Kirche I 74 s. Frend, Donatist Church 172 s, 211, 227 s. Stratmann III 208. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 185 s. Büttner/Wemer 61. Gautier 147 s. Van der Meer, Augustinus 113 s. Diesner, Studien zur Geselischaftslehre 58 s. Diesner, Kirche und Staat 17 s. El mismo, Untergang 13. Con detalle: Tengström, Donatisten 24 s, 42 s, 121 s. Vogt, Der Niedergang Roms 193. Maier, Verwandiung 63. Lorenz, Circumcelliones 54 s, 59. Dannenbauer, Entstehung I 210. Aland, Von Jesús bis Justinian 169. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 154. Brown, Augustinus 203.

[874] Cypr. ep. 65; 67. RAC IV 133,142 s. Diesner, Kirche und Staat 13.

[875] Optat. Mil 3,4.

De todos modos, acerca de esta ala izquierdista de los donatistas — que al parecer estaban escindidos a su vez en diferentes "alas" (Romanelli) —, salvo unas pocas fuentes jurídicas, sólo nos informan sus rivales, clérigos y escritores católicos, tales como Opiato, el obispo de Milevo, que a finales del siglo IV los describe "en tono pacífico" (Kraft), aunque atribuyéndoles "locura" *(dementia),* tachándoles de "alienados", comparando a sus obispos con "ladrones" *(latrones)* y burlándose de que todavía querían ser considerados "santos e inocentes" *(sancti et innocentes).* Los prosélitos dirigidos por tales criaturas son considerados deficientes mentales, "*insana multitudo*", y capaces de cualquier crimen. Sin embargo, fue Agustín, que constantemente fustigaba el "*furor*", los ataques de la "*turbae (agmina, multitudines) circumcellionum*" y que no veía en ellos más que ladrones, psicópatas e idiotas, quien afirmó que "siempre eran clérigos sus cabecillas". Sus juicios crean "odio" y "exageraciones" (Büttner), mientras que la lucha contra los circumceliones, con todos sus rasgos reprobables o incluso criminales, "era objetivamente justa" (Diesnes).[876]

Los donatistas reaccionaron con igual dureza frente a sus adversarios. Se produjo una fuerte resistencia y numerosos episodios de suicidio, pero también sangrientas venganzas. Unidos a los circumceliones desvalijaron y masacraron, hicieron asaltos nocturnos, incendiaron las casas y las iglesias de los católicos, lanzaron al fuego los libros "sagrados" y destrozaron o fundieron sus cálices para enriquecer sus propias iglesias, cuando no a sí mismos. Si un dirigente donatista se convertía, como el obispo de Siniti, Máximo, se amenazaba a sus seguidores. Agustín relata que un heraldo de los donatistas fue a Siniti, donde Máximo seguía ocupando su cargo, y proclamó: "Quien siga en la comunidad eclesiástica de Máximo, verá quemada su casa". El airado padre de la Iglesia continúa informando sólo de los "hechos más recientes". "El sacerdote Marcos de Casafalia se ha convertido al catolicismo por propia voluntad, sin ser obligado por nadie. Por eso le persiguen vuestros seguidores, y casi le matan [...]. Restituto de Victoriana se ha pasado a la Iglesia católica sin coacciones de ningún tipo. Por ese motivo se le arrastró fuera de su casa, se le golpeó, se le revolcó por el agua, se le vistió con ropajes burlescos [...]. Marciano de Urga se ha decidido por propia voluntad a favor de la unidad católica; por eso, ya que él había huido, vuestros clérigos han golpeado hasta la muerte a su subdiácono y le han tapado con piedras, y por eso se han demolido sus casas."[877]

103

Ojo por ojo, diente por diente...

A los prelados numídicos Urbano de Forma y Félix de Idicra se les consideraba particularmente crueles. Un obispo donatista se vanagloriaba de haber reducido a cenizas con su propia mano cuatro iglesias. A los clérigos se les maltrataba y se les quemaban los ojos, y se mutilaba también a los prelados contrarios. A san Posidio de Calama le golpearon hasta dejarle inconsciente. "A algunos — dice Agustín — les sacaron los ojos, a un obispo le cortaron las manos y la lengua." A varios, afirma, les

[876] August. Brief an die Donatisten 2,3. Optat. Mil. 2,18 s; 3,4; 6,1. Kraft, Kirchenváter Lexikon 392. Hóhn 160. Schneider, Geistesgeschichte I 513, 641. Cf. también B. H. Warmington 86 s. Büttner/Wemer 3,43 entre otros Romanelli 621. Cit. según Diesner, Kirche und Staat 18 s, 53 s, especialmente 57 s, 62 s, 73 s. El mismo, Die Circumcellionen von Hippo Regius, en: ThLZ 7, 1960.

[877] August. Brief an die Donatisten 2,3 s. Optat. Mil. 3,4; 6,1 s. Hergenróther I (2.a ed.) 444 s. Cf. también la siguiente nota.

llegaron a matar, si bien los donatistas se guardaban de matar obispos, siquiera fuese por miedo al castigo. El obispo Maximiano de Bagai, ladrón de una iglesia donatista, se salvó en el último instante de morir como un mártir. Sin embargo, le dieron una paliza, le acuchillaron y destruyeron un altar bajo el que había buscado protección, propinándole además toda suerte de golpes con el pie del altar. Al final, cuando ya se creía que estaba muerto, cubierto de sangre le arrojaron desde la torre, y entonces se produjo un milagro, un montón de estiércol impidió que se completara el martirio.[878]

Por el contrario, los donatistas, como tantas veces se pone de relieve, incluso por Agustín, no podían ser mártires "porque no vivían la vida de Cristo". Pero ¿acaso los mártires propios no resultaban totalmente oportunos para el santo? ¿No servían para fanatizar a las masas? ¿Para acrecentar la gloria de la Iglesia católica? ¿No le parecían precisamente por eso tan molestos los "héroes" del contrario? Casi suplicante, escribió al cazador imperial de donatistas, el comisario Marcelino: "Si no quiere escuchar los ruegos del amigo, escuche al menos el consejo del obispo [...], no quite esplendor al dolor de los servidores de Dios de la Iglesia católica, que debe servir de consuelo espiritual para los débiles, castigando a las mismas penas a sus enemigos y atormentadores".[879]

104

El fondo verdadero del problema donatista, que no sólo condujo a las guerras de religión de los años 340, 347 y 361-363, sino que provocó los grandes levantamientos de 372 y de 397-398, no lo comprendió Agustín o no quiso comprenderlo. Creyó poder explicar mediante una discusión teológica lo que era menos un problema confesional que social, los profundos contrastes sociales dentro del cristianismo norteafricano, el abismo entre una clase superior rica y los que nada poseían, que no eran en modo alguno sólo las "bandas de circumceliones", sino también los esclavos y las masas libres que aborrecían a los dominantes. Mientras que la casta eclesiástica directiva estaba formada sobre todo por romanos y griegos católicos, los donatistas, extendidos por todo el norte de África, se reclutaban sobre todo entre el pueblo cartaginés, o mejor, entre la población rural berebere-púnica. Sin embargo, el suelo y la tierra de Numidia y de Maretania Sitifensis, una de las regiones olivareras más importantes del Mediterráneo, pertenecían en su mayor parte al Estado y a los terratenientes privados. Los campesinos, oprimidos por los funcionarios imperiales, estaban crónicamente endeudados, lo que dio lugar a la aparición de los temporeros errantes para la época de la cosecha, que fueron los propagandistas más activos del donatismo. La gran diferencia de nivel social entre los dos grupos cristianos y la enemistad de los bereberes y los púnicos contra los romanos, contribuyeron mucho más al cisma que la divergencia religiosa, que en sí era poco importante.[880]

Agustín no supo o no quiso ver esto. Defendía con todo tesón los intereses de la clase poseedora y dominante. Para él los donatistas nunca tenían razón, simplemente difamaban y mentían. Sostenía que buscaban la mentira, que su mentira "llena a toda

---

[878] August. ep. 105,4; 185,7,30; 185,27; 204,4. c. litt. Petil. 2,88,195; 2,96,222. c. Crescon. 2,42,46; 3,43,47; 3,46,50. Posid. Vita August. c. 10; 12. Optat. Mil. 2,18. Seeck, Untergang III 361. Van der Meer, Augustinus 119 s. Stratmann III 209. Von Campenhausen, Ambrosius 192. Dannenbauer, Entstehung I 210. Büttner/Wemer 63 s. Diesner, Der Untergang 32. Diesner, Kirche und Staat 19. Kótting, Mit staatlicherMacht51.

[879] August. ep. 133,1 s. V. también la nota anterior.

[880] RAC IV 132 s. Diesner, Kirche und Staat 13, 18, 21. Kótting, Mit staatlicher Macht 47.

África", "que la facción de Donato se apoya siempre en la mentira". Sólo la expansión del donatismo hizo que el santo guardara al principio moderación, que practicara una "guerra con besos", como caracterizaba el obispo donatista Pertiliano de Cirta la táctica católica, razón por la que aún hoy se puede elogiar a Agustín:

"aunque en algunas ocasiones [!] se desviara de los principios de la no violencia, en otros lugares nos da muestras de cómo se orientaba conscientemente por el mensaje del Evangelio para su comportamiento frente a los herejes" (Tomás, que sin embargo sólo presenta una prueba).[881]

Las penas no se aplicaban por igual a todos los "herejes". Si éstos eran numerosos, los castigos eran leves para no arriesgar una resistencia abierta. Así pues, se trataba únicamente de una tolerancia arrancada, respeto por así decirlo en contra de la voluntad, una condescendencia contra "las malas hierbas sin mezclar", como Agustín llama a los donatistas. "Por tanto les toleramos en este mundo que el Señor llama su trigal y en el que la Iglesia católica está extendida en todos los pueblos, lo mismo que se toleran las malas hierbas entre el trigo [...] hasta la época de la cosecha, de la limpieza de la era..."[882]

105

Pero si una "herejía" contaba sólo con pocos seguidores, se procedía con dureza contra ella. Así, en el año 411, el obispo de Abora en la Proconsularis, donde los católicos eran mayoría, confiesa: "Quien entre nosotros se declara donatista es lapidado". No obstante, a una misma secta se la trataba de diferentes maneras según las circunstancias, para lo que no hacía falta demasiada inteligencia y todavía menos vergüenza.[883]

De manera análoga se diferenciaba en el caso de la vuelta de eclesiásticos "herejes" o cismáticos. Si habían cumplido penitencia y abjurado públicamente, se levantaba desde luego su excomunión, pero no su suspensión. Sin embargo, si se trataba de grupos grandes, se exoneraba a los religiosos y se les dejaba el puesto o al menos el rango, para ganar (de nuevo) al rebaño a través de la buena conducta de los pastores.[884]

Dada la escasez de sacerdotes, de la que constantemente se quejaban los sínodos, a los cismáticos de África no se les habría podido conducir sin su clero. Cuando el papa Anastasio advertía en el año 401 contra las "trampas y alevosías" de los donatistas, un sínodo africano celebrado en otoño agradecía al "hermano y también obispo Anastasio de Roma" los consejos dados "con paternal y fraternal cariño". Pero en vista de las circunstancias se prefería proceder "de manera benigna y pacífica" *(leniter et pacificó)* y, lo mismo que ya se había hecho antes, dejar a cada obispo que readmitiera o no con su rango a los clérigos donatistas que volvieran.[885]

---

[881] August. Brief an die Donatisten 1,1; 1,2; 2,6. Thomas, Das psychische Eriebnis 154 s, con referencia a August. sermo 357.

[882] August. Brief an die Donatisten 1,2; 5,16.

[883] Kober, Deposition 734 s.

[884] Ibíd. 629 s.

[885] Bruns I 172. Cf. también Handbuch der Kirchengeschichte n/1, 156 s, especialmente Nota 73.

Tampoco Agustín fue partidario inicialmente de la violencia. Cuestionaba cualquier intento de volver a usarla, como en "los tiempos de Macario"; es probable que esa actitud fuera fruto del estudio de los escritos de la iglesia primitiva y del Nuevo Testamento. Así, comenzó defendiendo la idea de la misión cristiana, de la conversión de los disidentes, excluyendo cualquier medio de coacción terrena, y en el año 393, cuando todavía era "obispo auxiliar", reprobó duramente en una carta dirigida a un donatista cualquier presión en el campo religioso, negándose a leer un escrito eclesiástico "mientras estén presentes los militares, para que nadie de vosotros opine que quería hacer más ruido del que conviene con intenciones pacíficas. La lectura se hará después de la marcha de los soldados, para que todos mis oyentes sepan que no tengo intención de obligar a nadie en contra de su voluntad a la comunidad religiosa con nadie [...]. Por nuestra parte cesará el horror de la violencia terrenal; quisiera que por vuestra parte cesara el horror de las multitudes errantes. Queremos luchar de manera totalmente objetiva [...]".[886]

106

No, según gritaba en sus sermones, "con las autoridades" Agustín no quería "tener nada que ver". Él, que con tanta frecuencia entraba en contacto con los gobernadores africanos y los militares de alto rango, sentía al parecer, lo mismo que Marcelino, Bonifacio, Apringio o Dario, una aversión natural hacia la política. Sólo los malos, repetía a menudo en sus sermones, se lanzaban con violencia contra el mal. El, por el contrario, ofrecía constantemente a sus oponentes el diálogo personal, la discusión objetiva. Claro está que cuando conoció la maldad de los "herejes" y vio que con algo de fuerza se la podía mejorar, de lo que ya se encargó el Gobierno de manera creciente a partir del año 405, cambió de opinión. Ahora, al darse cuenta de la inutilidad de sus artes oratorias con los obispos contrarios, afiló peligrosamente su pluma, y también su lengua. Ahora consideraba lógico convertir a los "herejes", aun en contra de su propia voluntad, para su salvación: "¡A muchos les gusta que se les obligue!". Sin embargo, si era un católico el que tenía que soportar esa fuerza, era "injusticia" y ese católico se convertía en "mártir". Pero cuando se castigaba a un disidente, "entonces no se producía ninguna injusticia". Los donatistas se levantaban "con violencia contra la paz de Cristo", así que no sufrían "por él" sino solamente por sus "pecados". "¡Cuan grande es vuestra ofuscación, pues, a pesar de vuestra mala vida, a pesar de llevar a cabo actos de bandidaje y de ser castigados con toda razón, todavía pretendéis la gloria del martirio!"[887]

El tolerante obispo que no quería tener nada que ver con las autoridades, pronto se puso detrás de ellas, las aguijoneó, y consideró que a sus oponentes «se les castigaba con justicia». Si el emperador Constantino dictaba contra ellos "una ley muy estricta", como admite Agustín, lo hacía "con razón". No, "no todas las persecuciones son injustas". Y puesto que los donatistas no abjuraban de su doctrina ni abandonaban la táctica de lanzar sus distintas facciones unas contra otras o a su clero contra los laicos, no deja de recordarlo con insistencia en la famosa epístola a los romanos acerca de la autoridad instaurada por Dios. No sin motivo, el autor de un

[886] August. ep. 23,6 s. Sermo 302,16 s. Kótting, Mit staatlicher Machí 51. Cf. también la nota siguiente.

[887] August. retract. 2,31. Brief an die Donatisten 2,5. Cf. al respecto los subterfugios apologistas de Thomas, Das psychische Eriebnis 153 s. También Chadwick, Die Kirche 261. V. asimismo notas previas. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 155.

tratado *Sobre la tolerancia* pone de relieve que la autoridad lleva la espada y que quien se opone a ella se opone a Dios. Por otro lado, Petiliano, obispo de Cirta, uno de sus principales contrincantes, que insulta a los católicos llamándoles "almas impúdicas", "más sucios que toda basura", opinaba que Cristo no había perseguido a nadie, puesto que el "amor" no persigue, no empuja al Estado contra los disidentes, no roba ni mata. De todos modos, en cuanto al amor, Agustín sabía diferenciar: "¡Amad a los que se equivocan, pero combatid con odio mortal su error!". O: "Pero sin vacilar hemos de odiar en los malos la maldad y para el amor elegir al ser". O bien: "Rezad por vuestro contrincante, mas rechazad y refutad luchando sus ideas".[888]

107

"Cuando el emperador ordena algo bueno, no es otro que Cristo quien ordena a través de él", afirmaba ahora el santo obispo. Y si "los emperadores siguen la doctrina verdadera, dictan disposiciones a favor de la verdad y en contra de la herejía, y cualquiera que las ignore atrae sobre sí mismo la perdición. Acarrea sobre sí el castigo de los hombres [...]". Esto lo escribe el mismo hombre que, algunas líneas antes, afirma solemnemente: "De todos modos no tenemos la menor confianza en ningún tipo de violencia humana [...]". Y que en la misma carta vuelve a amenazar a los donatistas: "Si por arbitraria temeridad forzáis tan violentamente a los hombres a dirigirse hacia el error o a perseverar en él, cuánto más debemos oponer entonces resistencia a vuestro frenesí mediante la muy legítima autoridad, que según su proclamación Dios ha sometido a Cristo, a fin de liberar con ella de vuestro despotismo a las almas dignas de compasión, para que se curen de la antiquísima ofuscación y se acostumbren a la luz de la verdad más evidente".[889]

La fe de los donatistas, no importa lo parecida que fuera, incluso esencialmente idéntica, no era nada más que error y violencia. Los católicos, por el contrario, sólo actuaban por pura compasión, por amor. Y si el castigo alcanzaba a los donatistas no era en virtud de sus enemigos sino por el propio Dios. "Os amamos — afirma el gran amador —, y os deseamos lo que deseamos para nosotros. Si por eso nos tenéis un odio tan grande, porque no podemos permitir que os equivoquéis y que os hundáis, decídselo a Dios [...], el propio Dios os lo hace a través nuestro, cuando rogamos, amenazamos, reprendemos, cuando tenéis pérdidas o dolores, cuando las leyes de la autoridad terrenal os afectan. ¡Comprended lo que os sucede! Dios no quiere que os hundáis en una desunión sacrílega, separados de vuestra madre, la Iglesia católica."[890]

¡Entendido! Y tampoco olvidamos, como dice el *Handbuch der Kirchengeschichte, o* más exactamente, el católico Baus, "que aquí habla la voz de un hombre que estaba tan impulsado y animado por la responsabilidad religiosa de llevar de nuevo a una *ecclesia* a los hermanos perdidos en el error, que todas las demás consideraciones quedaban para él en un segundo plano". ¡Qué típico! Debe exonerar a Agustín, hacer comprensibles su pensamiento y sus actos. Así, a lo largo de dos milenios, se han disculpado constantemente los grandes crímenes de la historia, se han ensalzado, se

[888] August. c. litt. Petil. 2,20,45; 2,80,45; 2,80,177; 2,78,173; 1,31. Sermo 302,19. Retr. 1,19. ep. 133 s; 185; 189; 220; 229 s. Brief an die Donatisten 2,9 s. Heilmann, Texte III 332, 344. Schnürer, Kirche I 73 s. Willis 127 s. Frend, Donatist Church 242. Stratmann III 204, 208. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 190 s. Lorenz, Augustinliteratur 29. Van der Meer, Augustinus 145. Diesner, Der Untergang 21, 133 s. Brown, Augustine's Attitude 110 s. Kawerau, Alte Kirche 185. Voigt, Staat und Kirche 85.

[889] August. Brief an die Donatisten 2,5 s; 3,11.

[890] Ibíd. 4,13.

han glorificado. En nombre de la religión, en nombre de Dios, se les ha justificado a lo largo de los tiempos; por "responsabilidad" religiosa se han relegado siempre "a un segundo plano" todas las consideraciones humanas, se las ha enviado a paseo, durante toda la Edad Media cristiana, en la Edad Moderna, incluso en la primera guerra mundial, y en la segunda. En ésta, por ejemplo, Hanns Lilje, posteriormente obispo superior y vicepresidente del Consejo de las Iglesias Evangélicas de Alemania, escribía en un documento con el expresivo título de *Der Krieg ais geistige Leistung* (La guerra como obra espiritual): "No debe estar sólo en el broche del cinturón de los soldados, sino en el corazón y en la conciencia: *con Dios*, sólo en nombre de Dios se puede legitimizar este sacrificio".[891]

108

Efectivamente, sólo en nombre de Dios se pueden permitir y cometer siempre ciertos crímenes, los más atroces, como se demostrará con mayor claridad cada vez a lo largo de esta historia criminal.

Con una extensa serie de astutas sentencias, sin que falten las correspondientes al Antiguo y el Nuevo Testamento, el gran amador exige ahora medidas coercitivas contra todos aquellos a los que "hay que salvar" *(corrigendi atque sanandi).* La coacción, enseña ahora Agustín, es a veces inevitable, pues aunque a los mejores se les puede manejar con el amor, a la mayoría, por desgracia, hay que obligarles con el miedo. Por lo tanto, más valen las heridas del amigo que los besos del enemigo; es mejor amar en la severidad que engañar en la benevolencia. ¡Sí, quien castiga con mayor dureza mostraría mayor amor! También los padres obligan a sus hijos — y los maestros a los discípulos — a la disciplina y la aplicación. "Quien guarda el bastón odia a su hijo", afirma, citando la Biblia. "A un malcriado no se le corrige con palabras." ¿Y no persiguió Sara a Hagar? ¿Y qué hizo Elías con los sacerdotes de Baal? Hacía ya años que Agustín había justificado las brutalidades del Antiguo Testamento contra los maniqueos, de los que procedía ese libro de príncipes de las tinieblas. También podía recurrirse al Nuevo Testamento. Pues ¿acaso no entregó también Pablo algunos a Satán? "¿Sabes?", dice al obispo Vicencio, explicándole el "Evangelio", "a nadie se le puede obligar a la justicia cuando lees cómo hablaba el jefe de familia a sus servidores: "¡Quien los encuentre que les obligue a entrar!", que él transcribe con mayor efectividad como "que los fuerce" *(cogitere intrare).* La resistencia sólo demuestra irracionalidad. ¿No se revuelven también los enfermos febriles, en su delirio, contra sus médicos? A la "tolerancia" *(toleratio)* Agustín la llama "infructuosa y vana" *(infructuosa et vana)* y se entusiasma por la conversión de muchos "mediante la saludable coacción" *(terrore perculsí).* No era otra cosa que el programa de Fírmico Materno, "el programa de una declaración general de guerra" (Hoheisel), lo hubiera leído o no Agustín.[892]

El problema de la honradez apenas le preocupaba. Si antes había temido la conversión forzada de "*ficti Christiani*", la preocupación se la deja ahora a Dios. Según

---

[891] Baus, Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 162. Lilje 13 s.

[892] Cod. Theod. 16,5,37. August. ep. 93,5 con ref. a Lk. 14,23. ep. 89,2; 185, especialmente 185,6; 185,21; 185,51. ench. 16,72 s. Espenberger X. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 192 s. Van der Meer, Augustinus 128 s. Brown, Augustinus 180, 207. Hoheisel 373. Kótting, Mit staatlicher Machí 49 s. Diesner, Der Untergang 18 s. Cf. al respecto también la postura de principio de Agustín con respecto al error y la culpa: Keeler 62 s, especialmente 79 s.

Agustín, el emperador estaba autorizado a dictar leyes en cuestiones de la Iglesia si se hacía en interés de ésta. La coacción para un buen fin le parecía válida. Trataba de hacer con sus contrincantes una obra de caridad, pues quería lo que ellos mismos querían en el fondo. "Bajo la coacción extrema", predica el "orador profesional", rico en artimañas, "se realiza la voluntad interior", remitiéndose a los Hechos de los Apóstoles, 9,4, a Juan, 6,44, y finalmente, a partir del año 416-417, a Lucas, 14, 23, ¡al Evangelio del amor! Al proceder contra sus enemigos daba la impresión de estar también "a veces un poco nervioso" (Tomás), aunque lo que parecía persecución, en realidad era sólo amor, se trataba "siempre sólo de amor y exclusivamente de amor" (Marrou).[893]

109

¡Multitud de sus opiniones lo atestiguan! "Amor, una deliciosa palabra, un hecho todavía más delicioso [...], no hay nada mejor de lo que podamos hablar." "¡Deja que el amor eche raíces en tu corazón, de ello no puede salir nada que no sea bueno!" "Ésta es la valiosa perla, el amor, sin el que nada te sirve por mucho que tengas." "El amor es fuerza y flor y fruto; el amor es esplendor y belleza, bebida y comida; el amor es [...]." Y naturalmente, también el "ir a buscar para que vuelvan" a los donatistas: "La Iglesia los aprieta contra su corazón y los rodea con maternal ternura, para salvarles", mediante trabajos forzados, fustigaciones, confiscación de bienes, eliminación del derecho de herencia. Sin embargo, lo único que Agustín quiere de nuevo es "imponer" a los donatistas "las ventajas de la paz, de la unidad y del amor", "por eso os he sido presentado como vuestro enemigo. Manifestáis querer matarme, aunque yo sólo os digo la verdad y, por lo que a mí respecta, no permitiré que os perdáis. Dios nos vengaría de vosotros y mataría en vosotros el error [...]".[894]

¡Dios nos vengaría de vosotros! El obispo no se considera ni por asomo un incitador. Pero, eso sí, cuando le parecía oportuno exigía aplicar todo el peso de la ley a los recalcitrantes, no concediéndoles "gracia ni perdón". ¡Mejor dicho, autorizaba la tortura! Efectivamente, el más famoso santo de la Iglesia antigua, quizás de toda la Iglesia, una "persona tan afable" (Hendrikx), el padre de "infinita bondad" (Grabmann) "y generosidad" (Kotting), que contra los donatistas "hizo practicar constantemente la dulzura" (Espenberger), que contra ellos no formula "ninguna palabra hiriente" (Baus), que intenta "preservar de las duras penas del derecho romano" incluso a "los culpables" (Hümmeler), en suma, el hombre que se hace portavoz de la "*mansuetudo católica*", de la benevolencia católica, permite la tortura... ¡La cosa no era al fin y al cabo tan mala! "Recuerda todos los posibles martirios —consuela Agustín—. Compáralos con el infierno y ya puedes imaginarlo todo fácilmente. El torturador y el torturado son aquí efímeros, allí eternos [...]. Hemos de temer esas penas igual que tememos a Dios. Lo que aquí sufra el ser humano supone una cura *(emendaüó)* si se corrige."[895]

---

[893] August. ep. 33; 34,6; 93; 185. c. Crescon. 3,47 s. c. ep. Parm. 1,10,16. c. Gaud. 1,34,44 Sermo 112,8. RAC IV 144 s. Marrou 55. Chadwick, Die Kirche 26L Hoheisel 402. Thomas, Das psychische Eriebnis 152.

[894] August. ep. 183,4; 185,13; 185,33; 100,1 s; 97,2 s. EnJoh. ep. trect. 7,8; 8,r; 10,7. Brief an die Donatisten 5,17.

[895] Cf. también las notas anteriores. Además: Espenberger VII. Hümmeler 416. Holl. Augustins innere Entwickiung 89 s. Fischer, Die Vólkerwanderung 64. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 191. Grasmück 229. Diesner, Untergang 19 s; 36; Doerries, Wort und Stunde I 58. Heer, Abschied 171. Baus, Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 155, 165. Hendrikx y Grabmann v. Motti Notas 1 y 2.

Los católicos podían así maltratar cuanto quisieran, carecía de importancia comparado con el infierno, con ese horror que Dios les haría cumplir para toda la eternidad. Era "ligera", "pasajera", ni siquiera una idea, ¡tan sólo una "cura"! ¡Un teólogo nunca se desconcierta! Por eso no conoce tampoco la vergüenza.
110

Puesto que los partidarios de Agustín tenían supremacía, los terratenientes católicos no se molestaban en enviar los circumceliones al obispo para que les "instruyera". Simplemente les hacían un pequeño proceso *in situ,* "como a todos los salteadores de caminos" (Agustín). Sin embargo, él mismo apremió al general Bonifacio a que arrollara "por todos los medios" no sólo a los "*visibiles bárbaros*", sino también a los llamados enemigos internos, los donatistas y los circumceliones (Diesner). Y mientras que pedía la intervención del Estado "con el afán de verdad *de Pablo* y el ansia de amor *de Juan*" (Lesaar), el santo explicaba casi al unísono: pero si hay que ajusticiarles, los católicos no habrían ayudado; ¡éstos preferirían dejarse matar por sus enemigos que enviarlos a la ejecución![896]

En el Imperio cristiano de aquellos tiempos imperaba todo menos la liberalidad y la libertad personal. Lo que prevalecía era la esclavitud, se encadenaba a los hijos en lugar de a los padres, por doquier había policía secreta, "y cada día podían oírse los gritos de aquellos a quienes el tribunal torturaba y verse los patíbulos con los ajusticiados caprichosamente" (Chadwick).[897]

Es cierto que Agustín rechazaba la pena de muerte, pero no por motivos humanitarios, sino por meras razones teológicas y tácticas: excluía la posibilidad de la penitencia y ayudaba a que el contrario se convirtiera en mártir, confiriéndole mayor capacidad de competir. Por otra parte, el obispo sabía no sólo que los terratenientes católicos actuaban con los circumceliones "como con todos los salteadores de caminos", sino que asimismo los sicarios del emperador liquidaban automáticamente a los donatistas que habían mutilado a sacerdotes católicos o que habían destruido iglesias. Agustín se conformaba en la práctica con la pena de muerte.[898]

Pero no sólo esto. Según él, el Estado estaba obligado a servir a la Iglesia, obligado a proteger la fe, a combatir a los "herejes". En efecto, Agustín aseveraba que al apelar a la fuerza del Estado, la Iglesia no utilizaba una violencia ajena, sino la suya propia, la concedida por Cristo. Y si ya antes habían corrido "ríos de sangre" contra los donatistas — que, repitamos, desde el punto de vista dogmático eran casi armónicos con el catolicismo —, en su época siguieron violentos levantamientos y desórdenes: "cuanto mayor es la dureza con que actúa el Estado, tanto más aplaude Agustín" (Aland). En una larga epístola dirigida a Bonifacio, incluso aprobaba la guerra civil contra los donatistas, aunque el general, procedente del Danubio y que había llegado a África a través de Marsella, pasaba su vida con extranjeros y heterodoxos y, paradójicamente, tenía que combatir a los cismáticos con tropas godas, con arrianos, es decir, "herejes".[899]

---

[896] August. ep. 88,9; 185; 189,5. Lesaar X. Diesner, Kirche und Staat 78 s, 103. Cf. también notas anteriores.

[897] Chadwick, Die Kirche 260 s.

[898] August. ep. 88,9; 91,9; 110,1; 133 s; 139,2; 153 entre otros. RAC I 991. Brown, Augustinus 210 s.

[899] August. ep. 205,4; 133,3; 134,4; 105,6. Retract. 2,48. Holl, Augustins innere Entwickiung 91. Brown,

Aquí se ve al celebrado padre de la Iglesia en toda su magnitud: como autor de escritorio e hipócrita; como un obispo que no sólo ejerció una terrible influencia durante su vida, sino que fue el iniciador del agustinismo político, arquetipo de todos los inquisidores ensangrentados de tantos siglos, de su crueldad, perfidia, mojigatería; y como precursor del horror, de las relaciones medievales entre Iglesia y Estado. Pues el ejemplo de Agustín permitía que el "brazo terreno" arrojara a millones de seres humanos, incluso niños y ancianos, moribundos e inválidos, a las celdas de tortura, a la noche de las mazmorras, a las llamas de la hoguera..., ¡para pedir hipócritamente al Estado que respetara sus vidas! Todos los esbirros y rufianes, príncipes y monjes, obispos y papas que en adelante cazarían, martirizarían y quemarían "herejes", podían apoyarse en Agustín, y de hecho lo hacían; lo mismo que los reformadores.[900]

111

El propio santo se burlaba de los donatistas en su tiempo: en caso de persecución deberían, según el Evangelio, "huir a otra ciudad" (Mt, 10, 23).

Efectivamente, dejaba bien claro que el emperador cristiano tenía el derecho de castigar la "impiedad", que a la vista de la multitud de bienes, castillos, comunidades y ciudades ganadas, no venía de algunos muertos. No hay éxito posible que no conlleve una cierta cuota de pérdidas. Sus cínicos cálculos con perdidos, salvados y muertos, le recuerdan a Hans-Joachim Diesner "la moderna estrategia imperialista", aunque también la "doctrina de la gracia" de Agustín. El donatista Ticonio, teólogo laico, uno de los principales escritores de su Iglesia, que le excomulgó alrededor del año 380 sin que se convirtiera al catolicismo, como muchos esperaban, un *outsider,* cuya "categoría como pensador y cristiano", cuya "audaz independencia de creyente solitario" (Ratzinger) ahora ponderan los católicos, católicos que hoy persiguen a su vez, Ticonio, pues, reconoce en la persecución a los donatistas el "horror de la desolación" (Mt, 24, 15).[901]

Cuando en el año 420 los esbirros estatales buscaban al obispo de Ta-mugadi, Gaudencio, éste huyó a su hermosa basílica, se fortificó allí y amenazó con quemarse junto con su comunidad. El jefe de los funcionarios, un piadoso cristiano, que sin embargo perseguía a las personas de su misma fe, no sabía qué partido tomar y consultó a Agustín. El santo, inventor de una doctrina sui géneris de la predestinación, replicó: "Mas ya que Dios, según secreta pero justa voluntad, ha predestinado a algunos de ellos al castigo eterno, sin ninguna duda es mejor que, aunque algunos se pierdan en su propio fuego, a la mayoría muchísimo más numerosa se la reúna y recupere de esa perniciosa división y dispersión, en vez de que todos juntos deban quemarse en el fuego eterno merecido por la sacrílega división".[902]

A ese respecto viene a propósito lo siguiente: El obispo católico de Hippo

---

Augustinus 369. Aland, Von Jesús bis Justinian 169.

[900] RAC IV 128. Holl, Augustins innere Entwickiung 92. Berkhof, Kirche 122. Nigg 122. V. Loewenich 108 s. Diesner, Untergang 19. Doerries, Wort und Stunde I 57. Hóss 234 s, especialmente 240 s. Kótting, Mit staatlicher Machí 52. Brown, Augustinus 209.

[901] August. ep. 185,33 s. c. ep. Parm. 1,1,1; 1,9,15 s. c. litt. Petil. 2,19,42 s. Burkitt lis. Dempf, Sacrum Imperium 120. Frend, Donatist Church 201 s. Ratzinger 185. Forster 183. Diesner, Der Untergang 20, 36 s. Van der Lof 260 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 150.

[902] August. ep. 204,2. Frend, Donatist Church 296.

Diarrhytos (Bizerta) había encarcelado durante varios años a sus rivales donatistas e incluso había intentado que los ajusticiaran. Como conmemoración de su victoria, construyó una gran basílica que llevaba su nombre, y Agustín predicó allí con motivo de la consagración.[903]

Desde hacía ya algún tiempo, diversos sínodos africanos venían discutiendo la readmisión de los donatistas: en 386 (Cartago), 393 (Hipo-na), 397 (Cartago), 401 (Cartago, un concilio en junio y otro en septiembre). Y así, año tras año, con excepción de 406, por espacio de una década se celebran concilios, e incluso dos el mismo año, como en 408.[904]

112

El obispo Primiano rechazó bruscamente una discusión sobre religión propuesta en agosto de 403 por el sínodo de Cartago. Al año siguiente, el Concilio de Cartago pidió al Estado la aplicación del decreto de los "herejes" contra los donatistas, el "recurso al brazo terrenal" (Sieben, jesuita). Naturalmente, esto se produjo con la ayuda de Agustín, que siempre que le era posible acudía a los concilios. Varias leyes estrictas siguieron a estos apremios. Primero, el emperador Honorio, a quien se refirió personalmente el relato de los "actos atroces" cometidos con dos obispos maltratados, dispuso en el año 405 un drástico "edicto de la unidad", que equiparaba los donatistas a los "herejes", disolvía en la práctica su Iglesia, prohibía sus reuniones, entregaba sus templos a los católicos y exiliaba a obispos tales como Primiano de Cartago y Petiliano de Cirta, o sea, resumiendo, que privaba a los donatistas de sus dirigentes y medios financieros. Para Agustín, un acto providencial; el propio Dios, afirmaba lleno de alegría, había hablado a través de los acontecimientos. De nuevo volvía a ser Agustín, "desde luego el primer teórico de la Inquisición", el que escribía "la única justificación completa en la historia de la Iglesia antigua" sobre "el derecho del Estado a reprimir a los no católicos" (Brown). En la aplicación de la violencia el santo únicamente veía un "proceso de debilitación", una "conversión por el agobio" *(per molestias eruditio),* una "catástrofe controlada", y la comparó a un padre de familia "que castiga al hijo al que ama" y que cada noche de sábado, "por precaución", golpea a su familia.[905]

Al "edicto de la unidad" de 405 siguieron otros decretos estatales en los años 407, 408, 409, 412 y 414. Se ordenó la retirada obligatoria de los donatistas, su Iglesia quedó relegada más o menos a la clandestinidad y comenzaron pogromos que durarían varios años. Cuando, entre finales de 409 y agosto de 410, por razones de Estado — porque Alarico cruzaba Italia en todas direcciones—, el Gobierno garantizó la libertad de culto de los donatistas, cuatro prelados africanos se apresuraron a acudir a la corte de Rávena y consiguieron la renovación de las leyes de persecución, incluyendo la pena de muerte. La Iglesia donatista fue prohibida, y se obligó a sus seguidores a pasarse al catolicismo. "El Señor ha destrozado los dientes del león" (Agustín). Ciudades enteras, hasta entonces donatistas convencidas, se hicieron católicas, siquiera fuese por temor a las penas y la violencia, como la propia ciudad

[903] August. serm. 359. Brown, Augustinus 209 s.

[904] Caspar, Papsttum I 262, 291. Monachino 22 s. Marschall 113 s. Sieben 71 s.

[905] Cod. Theod. 16,5,37. August. c. Parí. Don. post gesta 1,1. Enarr. 17 en ps. 118,2. De urbis exidio 3. ep. 93,2,4; 185,7,25. Brown, Augustinus 104 s, 293, Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 157 s. Sieben 68 s.

episcopal de Agustín, donde antaño los hornos no podían cocer el pan para los católicos. Finalmente, él mismo expulsó a los donatistas. Sin embargo, cuando el Estado los toleró transitoriamente durante la invasión de Alarico y regresaron, al gran santo le parecían "lobos a los que habría que matar a golpes". Sólo por casualidad escapó de una emboscada que le habían tendido los circumceliones.[906]

113 En el verano de 411, por indicación del Gobierno, se celebró en las termas de Gargilio, en Cartago, una "*collatio*", un coloquio público, de tres sesiones copiadas literalmente, a las que acudieron 286 obispos católicos y 284 donatistas (de un total de unos cuatrocientos). El comisario imperial Flavio Marcelino, amigo de Agustín y devoto católico — al que el emperador católico Honorio hizo decapitar dos años después, el 13 de septiembre de 413, fiesta de san Cipriano (un evidente asesinato legal)—, declaró vencidos a los donatistas "*omnium documentorum manifestatione*". ¡Los católicos ya lo sabían de antemano con tanta seguridad que se habían comprometido a que, en caso de un desarrollo negativo, expulsarían a los donatistas de sus sedes episcopales!

De nada sirvió la apelación de los vencidos ante el emperador, debido entre otras cosas a la corruptibilidad de Marcelino. El propio inculpado ordenó la disolución de las asociaciones de circumceliones y prohibió todas las reuniones de los donatistas, a los que se persiguió cada vez con menos escrúpulos. Se extendió el miedo y se multiplicaron los suicidios, sobre todo entre los circumceliones. La masa de esclavos y colonos, de los que sólo interesaba su fuerza laboral, debían ser mantenidos en el seno de la Iglesia católica, mediante trabajos forzados y el látigo de sus señores, para el mantenimiento de la "paz católica". Algunos "*ejecutores*" imperiales se encargaron de ello. A los ricos se les impusieron elevadas multas, de hasta 50 libras de oro (para los ilustres), llegándose incluso a la confiscación de todos sus bienes. Además de confiscar sus posesiones y desheredarles, se amenazó al clero donatista, enemigo de la unión, con expulsarlo del suelo africano. San Agustín, que enseñaba que "no a todos todo, pero todos merecen amor y nadie injusticia", expulsó él mismo de Hipona a su "contra obispo" Macrobio, que había regresado allí alrededor del año 409 después de un destierro de cuatro años, y aplicando la "*caritas cristiana*" siguió exigiendo persecuciones rigurosas — si bien cita los sucesos sólo de manera casual—, sobre todo por enredarse cada vez más en su polémica con Pelagio. En el año 414 se privó a los donatistas de todos sus derechos civiles y se amenazó con la pena de muerte a quien celebrara sus servicios religiosos. "Donde hay amor, hay paz" (Agustín). O como más tarde afirmaba triunfante el obispo Quodvult-deus de Cartago: "Se ha aplastado a la víbora, o mejor todavía: ha sido devorada".[907]

---

[906] Cod. can. eccL Afr. c. 107 b; 108. Cod. Theod. 16,5,51. August. ep. 108,6,19. c. litt. Petil. 2,83,184. Posid. Vita August. 9,4. RAC IV 132. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 159. Brown, Augustinus 167, 289. Cf. también las notas siguientes.

[907] August. ep. 93,19; 110,1; 133,1; 134,2; 128,1; 153; 185,3; 185,35; 204. En Joh. ep. Prol. Von den Siegen der kathol. Kirche 30,63. Brevic. coll. 3,43. Heilmann, texte IV 24. Cod. Theod. 16,5,37 s; 16,5,51 s; 16,5,54; 16,6,3 s; 16,11,2. Gesta collationis Carthag. 1 s, especialmente 1,4 s; 1,16. RAC IV 132. Stein, Vom römischen 356, 401 s. Zepf 55. Caspar, Papsttum I 326. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 192. Lachmann 15. Steinwenter, Eine christhche Quelle 123. Frend, Donatist Church 249 s, 310 s. Stratmann, III 209. Galling, Die Religión I 742. Grasmück 197, 203 s, 208 s, 225. Brown, Religión Coerción 283 s. Maier, Verwandiung 162. Diesner, Der Untergang 27 s. Van der Meer, Augustinus 127, 134. Tengström, Die Protokollierung. El mismo, Donatisten 104 s, 177. Doerries, Wort und Stunde 157 s. Dannenbauer,

114

El *comes Africae,* Heracliano, se sirvió del fanatismo de los donatistas y se constituyó en anticésar. En el verano de 413, con una gran flota procedente de África, desembarcó en la desembocadura del Tíber y marchó sobre Rávena. Allí fue derrotado y poco después, en Cartago, se le decapitó por orden imperial.[908]

Después del año 418, el tema de los donatistas desaparece durante décadas de los debates realizados en los sínodos de los obispos norteafricanos. En 420 aparece el último escrito antidonatista de Agustín: *Contra Gaudentium.* En 429, con la invasión de los vándalos, finalizan también los edictos imperiales antidonatistas, que seguían pidiendo el aniquilamiento. Sin embargo, el cisma dura hasta el siglo vi, aunque muy debilitado. Con todo, los tristes restos que lograron escapar a las constantes persecuciones fueron arrasados un siglo después, junto con los católicos, por el Islam. El cristianismo africano estaba minado, en bancarrota; finalmente, separado por completo de Europa en el aspecto religioso, escapó de su área de influencia para caer en la del Próximo oriente. La antaño más importante de las iglesias cristianas, la única del Mediterráneo, desapareció sin dejar huella. No quedó nada de ella. "Pero no se debió al Islam sino a las persecuciones contra los donatistas, las cuales hicieron que en el norte de África se odiara tanto a la Iglesia católica que los donatistas recibieron el Islam como una liberación y se convirtieron a él" (Kawerau).[909]

Agustín no luchó solamente contra los donatistas. Basándose en el *Líber de haeresibus* del santo obispo Filáster de Brescia, que cita 156 "herejías", las cuales se encarga de extinguir, cataloga en su propia obra *De haeresibus* un total de 88, desde el mago Simón a Pelagio y Celestio. Bajo el número 68 condena incluso a un grupo que por motivos religiosos se obligan a ir descalzos. Pero afirma que todas las sectas nacen de la arrogancia de una hembra animal y, completa el católico Van der Meer, "de la huraña necedad".[910]

El derrocamiento de Pelagio

Más que por la lucha contra los donatistas, Agustín se sentía interiormente motivado por la prolongada querella con Pelagio, que refutaba de modo convincente su sombrío complejo del pecado original, junto con la manía de la predestinación y de la gracia; el Concilio de Orange del año 529 la dogmatizó (en parte literalmente) y el Tridentino la renovó.

115

Según señalan la mayoría de las fuentes, Pelagio fue un lego cristiano de origen británico. Desde aproximadamente el año 384, o algo después, impartió sus

---

Entstehung I 357. Sieben 68 s. Brown, Augustinus 204 s, 210, 289 s, 293 s. Aland, Von Jesús bis Justinian 169. Kótting, Mit staatlicher Macht 48. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 162 s, 173.

[908] Oros. 7,42,12 s. Philostorg. 12,6. Hydat. Chron. 56.

[909] Cod. Theod. 16,5,54 s. Cod. can. ecci. Adr. c. 117 s (1 mayo 418). Greg. I. ep. 1,33; 3,32; 4,35; 6,34. Cf. también Greg. II. ep. 4 RAC IV 128. Von Campenhausen, Ambrosius 194. Dannenbauer, Entstehung I 210. Kawerau, Alte Kirche 41. Chadwick, Die Kirche 263 s. Aland, Von Jesús bis Justinian 170. Handbuch der Kirchen-geschichte II/l, 165.

[910] August. de haer. passim. LThK 1.a ed. VIII 218 s. Van der Meer, Augustinus 109. Altaner 322. Dannenbauer, Entstehung I 355. Marrou, Augustinus 47.

enseñanzas en Roma, gozando de gran respeto por su rigidez de costumbres, que no sólo postulaba sino que él mismo predicaba con el ejemplo, alcanzando en aquella ciudad una gran influencia sobre la aristocracia y el clero. Ante el avance de los godos de Alarico, buscó refugio en África en 410, aunque no se detuvo allí sino que continuó su viaje, mientras que su acompañante y amigo Celestio, un abogado de gran elocuencia y origen noble, el *enfant terrible* del movimiento, permanecía en Cartago. Sus intervenciones en favor de Pelagio produjeron en esta ciudad una sorpresa cada vez mayor, y en 411 fue excomulgado por un sínodo, ante el que al parecer se negó a dar una respuesta clara, tras lo cual se trasladó a Éfeso y fue consagrado sacerdote.[911]

Curiosamente, cuando desembarcó en Hipona en 410, Pelagio se encontraba en el séquito de Melania la Joven, su marido Piniano y su madre Albina, es decir, "quizás la familia más rica del Imperio romano" (Wermelinger). También el padre de la Iglesia Agustín había intensificado sus contactos con esta familia desde hacía poco tiempo. En efecto, él y otros obispos africanos, Aurelio y Alipio, habían convencido a los multimillonarios para que no malgastaran sus riquezas con los pobres ¡sino que las entregaran a la Iglesia católica! El inmensamente rico Piniano, bajo las presiones del creyente Agustín, se vio asimismo obligado a prometer que en el futuro sólo se dejaría bendecir por la iglesia de Hipona, y en dos cartas Agustín tuvo que exonerar a su comunidad de la sospecha de haber sido motivados por la riqueza de Piniano. La familia se dirige en 417 a Jerusalén, donde gobierna otro padre de la Iglesia, Jerónimo, y allí finalmente muere Piniano; su mujer entra como superiora en un convento, en el Monte de los Olivos, y la Iglesia se convierte en heredera de su gigantesca riqueza. Melania es incluso elevada a la santidad (festividad: 31 de diciembre). "¡Cuántas herencias robaron los monjes! -escribe Helvecio-. Pero las robaban para la Iglesia, y ésta hizo santos para ello."[912]

De Pelagio, un literato de gran talento, nos han llegado numerosos tratados breves, cuya autenticidad es objeto de controversias. Sin embargo, hay al menos tres que parecen auténticos. El más importante de sus trabajos. *De natura,* lo conocemos por el escrito de refutación de Agustín, *De natura et gratia.* También la obra teológica principal de Pelagio, *De libero arbitrio,* nos la ha transmitido, en varios fragmentos, sobre todo su contrincante, aunque a menudo su teoría se desfigura en el curso de la controversia.[913]

116

Pelagio, impresionante como personalidad, era un cristiano convencido; quería mantenerse dentro de la Iglesia y lo que menos deseaba era una disputa pública. Tenía de su lado a numerosos obispos. No rechazaba las oraciones rogativas ni negaba la ayuda de la gracia, sino que defendía más bien la necesidad de las buenas obras, así

---

[911] August. ep. 186,1. Oros. apol. c. Pelag. 12,3. Kraft, Kirchenváter Lexikon 415. Se ha discutido el origen británico de Pelagio, probablemente sin razón. Cf. por ejemplo Bury, The Origin of Pelagius 26 s. Además: Müller, Der heilige Patrick 113 sKoopmans 149 s. Palanque 30. Morris, Pelagian Literature 41. Wermelinger 122. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 169, 172. Brown, Augustinus 298 s.

[912] August. ep. 125 s; 157,4,38. Pauly III 1162, IV 864. dtv Lex. 12, 147. Mack, Helvétius I 121. Brown, Religión and Society 208 s, especialmente 212 s. Brown, Augustinus 298 s, 306. Wermelinger 5 s. A su muerte, Melania "la antaño mujer más rica del Imperio, sólo tenía 50 monedas de oro, que se las regaló al obispo": Kótting, Melania 247.

[913] Kraft, Kirchenváter Lexikon 415s. Bruckner, Quellen 60s. Altaner 327. Morris, Pelagian Literatura 26s. Chadwick, Die Kirche 268. Wermelinger39s, 84s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l ,169

como la necesidad del libre albedrío, el "*liberum arbitrium*". Pero para él no existía el pecado original. La caída de Adán era cuestión suya, mas no hereditaria (aunque fuera un mal ejemplo), y sus descendientes no están en pecado. Y lo mismo que Adán pudo evitar el pecado, también cualquier persona, opina Pelagio, puede hacerlo sólo con desearlo. Tiene la facultad de decidir en total libertad, de actuar con moralidad según sus propias fuerzas, de controlarse y perfeccionar su *bonum naturae,* que no puede perder. "Siempre que tengo que hablar de las reglas para una conducta moral y para llevar una vida santa, pongo primero de relieve la fuerza y la originalidad de la naturaleza humana y demuestro de qué es capaz [...], a fin de no derrochar mi tiempo llamando a alguien hacia un camino que considera imposible." Según Pelagio, todo ser humano tiene el don de diferenciar entre el bien y el mal. Imitando el ejemplo de Jesús, todo cristiano debe ganarse la vida eterna mediante su vida terrenal. Sin embargo, Pelagio, que criticaba del cristianismo medio su minimalismo ético y que incluso defendía un puritanismo moral, sabía que muchos son tanto más descuidados cuanto menos piensan en su fuerza de voluntad, que justifican sus debilidades acusando a la naturaleza humana antes que a su voluntad. Era precisamente su experiencia con la pereza moral de los cristianos lo que había determinado la postura que Pelagio adoptó, en la que incluía también muchas veces una crítica social intensa y de tinte religioso, apelando a los cristianos para que "sintieran las penas de los demás como si fueran las propias, y derramaran lágrimas por la aflicción de otros seres humanos".[914]

Pero esto no era desde luego un tema para el escaldado Agustín, que prefería contemplar las cosas a prudente distancia; él, que no veía al ser humano, como Pelagio, como un individuo aislado sino devorado por una monstruosa deuda hereditaria, el "pecado original", consideraba a la humanidad como una *massa peccati,* caída a causa de la serpiente, "un animal escurridizo, diestro en los caminos sinuosos", caída por culpa de Eva, "la parte menor [!] de la pareja humana", pues, al igual que los demás padres de la Iglesia, despreciaba a la mujer. Dios impuso a nuestros primeros padres su prohibición, aunque preveía "que no la cumplirían", "más bien por el motivo", como Agustín sabía (de dónde procedía ese conocimiento, cabría preguntar), "de que no tuvieran disculpa si él les castigaba". En estricta justicia, toda la humanidad estaría destinada al infierno. No obstante, por una gran misericordia habría al menos una minoría elegida para la salvación, pero la masa sería rechazada "con toda razón". "Ahí está Dios lleno de gloria en la legitimidad de su venganza." Incluso por el lado católico se admite que Agustín "se preocupa poco por poner de relieve una voluntad de salvación realmente *general* de Dios, también frente a la humanidad caída [...]" (Hendrikx).[915]

117

Según el *doctor ecclesiae,* estamos corrompidos desde Adán, ya que el pecado original se transmite a través del proceso reproductor; de hecho, la práctica del

[914] Pelagius, Ad Demetriadem 2 (PL 30,16 C). August. de nat. et grat. 18,20; 19,21; 20,22; 21,23; 43,50. BKV 1914, 324 s, aquí cita. Bury, History I 360. Evans, Fastidius 72 s. El mismo, Pelagius 90 s. Brown Augustinus 299 s, 305 s, 311, 320 s. Chadwick, Die Kirche 266 s. Wermelinger 40 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 170 s.

[915] Agustín hablaba también de las "masas corrompidas" (massa perditionis) de la humanidad, de la "maldita masa". August. de civ. dei 14,11 s; 21,12. Vom ersten katechetischen Unterricht 2,29 s. Hendrikx, Augustinus LThK 2.a ed. I 1098. Chadwick, Die Kirche 272.

bautismo de los niños para perdonar los pecados presupone ya éstos en el lactante. Por otra parte, la salvación de la humanidad depende de la gracia de Dios, la voluntad carece de importancia ética; hay que orientar a los extraviados "según los preceptos", naturalmente según los de Dios (¡lo que equivale a decir los de la Iglesia!). Pero así el ser humano se convierte en una marioneta que se agita en los hilos del Supremo, en una máquina con alma que Dios guía como quiere y hacia donde quiere, al paraíso o a la perdición eterna. ¿Por qué? "¿Por qué, sino porque ha querido? Pero ¿por qué lo ha querido? 'Hombre, ¿quién eres tú, que quieres hablar con Dios?' " Ésta es, lo mismo que sucedía con Pablo, la última consecuencia de la sabiduría de Agustín; con ella obtiene por un lado el título de "doctor de la gracia", mientras que por el otro vuelve a aproximarse a ciertas ideas maniqueístas.[916]

Al igual que ocurría con los donatistas, al principio Agustín no encontraba nada que objetar a Pelagio, un hombre que disputa con los arríanos y todavía más con los maniqueos, que goza de enorme prestigio e influencia, que tiene importantes protectores, lo mismo que Agustín. Así, primero le escribió exhortos llenos de admiración "bien escritos y directamente al asunto", donde le llamaba "nuestro hermano" y "santo"; lo cual, aunque exagerado, habla de unas relaciones amistosas. Todavía en 412, al iniciar sus críticas, trató con respeto a Pelagio, y en 413 le escribió amablemente. Es evidente que intentaba no acosar demasiado al amigo del inmensamente rico Piniano, sobre todo porque Agustín, o su comunidad, se había hecho sospechoso de albergar malas intenciones hacia las posesiones de Piniano. Sin embargo, cuando Demetrias, la joven hija de los Probi, una de las familias más opulentas de Roma, tomó los hábitos, y Jerónimo y Pelagio, junto con otros importantes autores de la Iglesia, enviaron tratados y consejos, Agustín volvió a inmiscuirse. Previno en contra de Pelagio y se lanzó ahora — cada vez más ocupado en la "*causa gratiae*", su teoría de la predestinación, que Jesús no anuncia y que él mismo no defendió en sus primeros tiempos—, durante más de una década y media, hasta el año 427, a publicar una docena de escritos polémicos contra Pelagio.

118

Sin embargo, antes que él (y que Jerónimo), un discípulo personal del africano, Orosio, había abierto los ataques directos contra Pelagio en su *Líber Apologéticas* (un libro partidista hasta lo increíble, según señala Loofs). Es el primero que aplica a Pelagio el calificativo de "hereje", además de insultarle personalmente, mientras que éste habla de Orosio como de un "joven que azuza a mis enemigos en mi contra". Después de que Celestio de África se dirigiera a Oriente, a Éfeso, en Asia Menor, Agustín envía a Orosio para intentar que también el obispo de Jerusalén, Juan, condene a su adversario. Sin embargo, Juan acusó a Orosio de "herejía" y dejó a Pelagio en su comunidad como ortodoxo. San Jerónimo, enemistado con el obispo de Jerusalén, redactó entonces una amplísima polémica, los *Dialogi contra Pelagianos,* en los que difama a su adversario llamándole pecador habitual, arrogante fariseo, "perro grasiento", etc., diálogos que Agustín ensalza como obra de maravillosa belleza y digna de fe. (En 416 los pelagianos prendieron fuego a los monasterios de

[916] August. de gestis Pelagii. Contra duas epístolas Pelagianorum ep. 186,23. En. en ps. 31,26. Cf. En. dur. 98. de civ. dei 14,11. op. imperf. 3,122; 5,22. con-, et grat. 8,17. Rom. 9,20. RAC 1991. dtv Lex. Antike, Philosophie III 294. Stein, Vom römischen 412. Lachmann 15 s, 17 s. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 203 s. Dannenbauer, Entstehung I 377. Marrou, Augustinus 43 s. Chadwick, Die Kirche 272 s. Cf. también Deschner, Hahn 181 s, especialmente 184 s.

Jerónimo, y la vida de éste corrió grave peligro.) Asimismo, dos desacreditados obispos galos que estaban desterrados en Oriente, Heros de Arles y Lázaro de Aix, en un *Libellus* pasaron a atacar a Pelagio y Celestio. Aunque en diciembre de 415 el sínodo de Diospolis (la antigua Lidda), en Palestina, absolvió a éstos de error, "sólo unos pocos", escribía Agustín, "están versados en la ley del Señor". Sin embargo, al año siguiente, 416, en dos concilios celebrados en Cartago y Milevo, los africanos trataron "histéricamente" (Chadwick) de herejes a los dos amigos por negar el bautismo infantil y la oración [!], lo mismo que el papa Inocencio I (402-417), en tres escritos que poseían "todos los signos de una 'caza de brujas' " (Brown), como "causantes de un error totalmente sacrílego y que todos debemos maldecir", el punto de inflexión decisivo en la gran disputa de los frailes. El propio Agustín, que exaltaba los ánimos por otros lados, redactó una carta y adjuntó también a la "santidad" la "benevolencia de corazón" *(suavitas mitissima coráis),* a la "fuente ubérrima" *(largo fontí)* el libro de Pelagio sobre la naturaleza, junto con su propia refutación. *De natura et gratia Dei,* con "pasajes principales" subrayados a fin de que su lectura resultara más cómoda para el pontífice.[917]

El papa Inocencio I (con toda probabilidad hijo de su antecesor, el papa Anastasio I, que era a su vez descendiente de clérigos) hojeó *De natura* y, aunque encontró suficientes elementos atentatorios contra Dios, evitó realizar una condena formal del total, pues, sintiera o no él mismo simpatía hacia Pelagio, temía a la falange cerrada de los africanos, que, junto con el Estado, acababan de aniquilar el donatismo. Famos, con fría arrogancia, aunque no precisamente de forma digna, se desembarazó de los romanos en enero de 417 con tres responsos distintos. Por un lado, no abandonó del todo a Pelagio y Celestio, sino que les dejó abierta, en caso de retractación—la medicina habitual, el veneno habitual—, la posibilidad de ser acogidos de nuevo; en las tres cartas se presenta con la pose del médico curador. Por otro lado, no molestó a los africanos, sino que confirmó sus resoluciones y condenó la "herejía", de modo que Agustín, por lo demás totalmente ignorado por el papa, en un sermón del 23 de septiembre de 417 afirmó que el asunto estaba cerrado, "*Causa finita est; utinam aliquando finiatur error!*" -como si también el error hubiera llegado a su fin, transformándolo más tarde en el pareado: *Roma locuta, causa finita.*[918]

119

Sin embargo, Agustín había echado las campanas al vuelo demasiado pronto. La fuerza con que la "herejía" — que estaba extendida por el sur de Italia y Sicilia, por el norte de África, en Dalmacia, en Hispania, Galia y Bretaña, en la isla de Rodas, en

---

[917] August. ep. 168; 175 s; 183,3,13. Conf. 2,4,9 s. de gestis Pelag. 1,3; 25,49. Oros. Lib. Apol. 1 s; 4 s. Loofs, Pelagius 747 s, especialmente 763. Bruckner, Quellen 7 s. Mirbt/Aland, Quellen (6.a ed.) 184 s. Grützmacher, Hieronymus III 257 s, especialmente 270 s. Stein, Vom rómischen 412 s. Adam, Causa finita 5. Hofmann, Der Kirchenbegriff432 s. Gaspar, Papsttum 1327 s. Schnitzer, Orosio 336 s. Nigg. 144. Von, Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 204 s. Marrou, Selbstzeugnisse 44 s. Lachmann 15 s. Ulbrich 57 s. Altaner 347. Haller, Papsttum 192 s. Gross, Erbsündendogma 150, 259 s, 375. Evans, Pelagius 6 s. Brown, Augustinus 298 *s,* 309 s, 314. Marschall 1 s, 129 s. Wojtowytsch 226 s. Wermelinger 6 s, 35 s, 57 s, 68 s, 88 s. Chadwick, Die Kirche 266 s. Palanque 29. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 174 s. Goetz 9 s. V. también la certera burla de Schopenhauer sobre la predestinación: V 318.

[918] Innoz. I. ep. 29 s. August. ep. 181 s. Coll. Avell. 41. Sermo 131,10 (PL 38, 734). Mirbt/Aland, Quellen (6.a ed.) Nr. 372, pág. 171 s. Adam, Causa finita 1 s. Caspar, Papsttum I 332 s. Haller, Papsttum I 94 s. Ulbrich 73 s. Marschall 55 s, 145 s. Wojtowytsch 230 s. Chapman 146 s. Wermelinger 116 s, 124 s, 153 s. Denzier, Das Papsttum. Primera parte 19.

Palestina, en Constantinopla — estaba entroncada también en la Ciudad Santa, alrededor de la Santa Sede e incluso en él mismo, se puso de manifiesto tres meses después, tras la muerte de Inocencio I, acaecida el 12 de marzo de ese mismo año.[919]

El sucesor Zósimo (417-418) recibió en Roma de modo muy amistoso a Celestio, que, siendo ya sacerdote, partió de Éfeso y se dirigió a informar personalmente al papa. Le puso a dura prueba y escuchó como Celestio creía en la necesidad del bautismo de los niños y como se sometía por completo al laudo de la Silla Apostólica; luego hizo revisar todas las actas y admitió "que no había ninguna sombra de duda" en la fe del "hereje". Declaró nulas las demandas de los obispos Heros y Lázaro, enemigos personales del papa, acusó de precipitación y negligencia al episcopado africano y exigió una rotunda revisión de la condena. Poco después llegó una carta de Pelagio (dirigida todavía a Inocencio) junto con un nuevo libro suyo, y Zósimo encontró que Pelagio, por el que intercedía también con gran energía el nuevo obispo de Jerusalén, Praylos, estaba asimismo fuera de toda sospecha, era ortodoxo en todas las cuestiones importantes, tenía un elevado carácter moral y dejaba traslucir su sometimiento a la autoridad papal. Así pues, se dirigió de nuevo a África. "Si hubierais podido estar presentes, queridos hermanos... — escribió Zósimo —. ¡Cuan impresionados estábamos cada uno de nosotros! Apenas ninguno de los presentes pudo contener las lágrimas ante el hecho de que se pudiera haber inculpado a un hombre de fe tan auténtica." El papa habló de falsos testigos y explicó a Agustín: "El signo de un sentimiento elevado es creer sólo difícilmente lo malo". Criticaba "esas preguntas capciosas y esos necios debates", la curiosidad, la elocuencia desenfrenada y hasta el abuso de las Santas Escrituras. "Ni siquiera los hombres más prominentes se libran de ello." Y citaba por su parte la Biblia: "En las muchas palabras no faltará pecado" (Pr, 10, 19).[920]

120

En suma, el papa exigía a los africanos una total rehabilitación de ambos. Pero los acusadores, dolorosamente perplejos, enojados, se revolvieron y comenzaron a intrigar y sobornar. A ciertos señores el dinero les llega como caído del cielo, a costa de los pobres. En el curso de la disputa divina, 80 sementales numidios cambiaron de establo, llevados personalmente a la corte de Rávena por san Alipio (festividad: 15 de agosto), obispo de Tagaste y amigo y discípulo de san Agustín; con él ya habían colaborado los africanos en la lucha contra los donatistas. Y el mayordomo mayor Comes Valerius, un enemigo jurado de los «herejes», lector de Agustín, pariente de un gran terrateniente de Hipona y más católico que el papa, se mostró complaciente con el dadivoso obispo. Igual que había sucedido poco antes con la represión de los donatistas, se les negó ahora a los pelagianos la discusión libre y se expulsó a sus obispos.[921]

El papa Zósimo quedó fuera de juego en una hábil estratagema del emperador

---

[919] Prete, Pelagio 20 s. Lorenz, Das vierte 65.

[920] Zos. ep. 3 «Postquam a nobis» I (PL 45,1721); ep. 2 "Magnum pondus" 4 s (PL 45,1720). ep. 12 «Quamvis patrum». August. De grat. chr. et de pecc. orig. 2,19 s. Mirbt/Aland, Quellen Nr. 410 s, pág. 188 s. Grisar, Geschichte Roms 288. Hofmann, Der Kirchenbegriff 442 s. Caspar, Papsttum I 350 s. Bury, History I, 361. Brown, Augustinus 314 s. Marschall 150 s. Wermelinger 68 s, 134 s, 141 s. Chadwick, Die Kirche 270. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 177. Wojtowytsch 252 s.

[921] Julián, Lib. ad Florum, en August. op. imperf. 1,42; 3,35. LThK 1.a ed. I 329 s. Chadwick, Die Kirche 362. Notas en la página 270. Brown 317 s, 335. Wermelinger 197 s.

Honorio, y en un escrito dirigido el 30 de abril de 418 a Paladio, prefecto pretoriano de Italia, dispuso la expulsión de Pelagio y Celestio de Roma—el decreto más duro de finales del Imperio romano — y censuró su "herejía" como crimen público y sacrilegio, poniendo especial acento en la expulsión de Roma (!), donde se produjeron disturbios y violentas disputas entre el clero, se persiguió a todos los pelagianos, se confiscaron sus bienes y se les desterró. *Ravenna locuta.* Y el papa Zósimo, agobiado, cambió de opinión, obedeció al emperador y anatematizó — una capitulación en toda regla — a comienzos del verano, mediante una encíclica universal dirigida a todos los obispos, aunque sólo transmitida en fragmentos, la llamada *Epistula Tractoria,* al británico al que hasta ese momento respetaba y protegía, así como a sus seguidores. Poco antes de su muerte excomulgó también a Juliano de Aeclanum y otros dieciocho obispos, que se habían negado a firmar su *Tractoria.* Así, "las manos de todos los obispos se armaron con la espada de Pedro para decapitar a los impíos", como exclamaba con júbilo, en Marsella, el monje Próspero Tiro, un furibundo e incansable simpatizante del agustiniano portador de la gracia, que en ocasiones desfiguraba, "hasta hacerlo irreconocible, un ideario originalmente pelágico" (Wermelinger). Y con su señor, también el presbítero Sixto, que más tarde sería papa y era igualmente protector del "hereje", cambió presuroso de frente y colaboró — a espaldas de Zósimo (siempre sospechoso) — con Agustín, que realizaba una búsqueda inquisitorial de los pelagianos. En el otoño de 418, Constancio promulgó un edicto antipelagiano aún más duro. Un nuevo escrito de respuesta del emperador, del 9 de junio de 419, amenaza a todos los obispos recalcitrantes con la pérdida de sus cargos. En 425, otro decreto del emperador Valentiniano III ordena la expulsión de los pelagianos de la Galia. Poco después, el papa Celestino I libera "a las islas británicas de la enfermedad del pelagianismo" (Próspero). El propio Pelagio, repetidas veces anatematizado, y perseguido por vía de requisitoria por el Estado, desaparece sin dejar rastro, mientras que Celestio emerge ora aquí, ora allá, y continúa actuando. Quizás se ocultó en un monasterio egipcio, quizás en su patria británica, ¡aunque *él* representaba la tradición y el "*doctor gratiae*" la nueva fe!, pues a favor de Pelagio hablan prácticamente todas las publicaciones de la Iglesia desde los comienzos hasta su tiempo, mientras que a favor de Agustín tan sólo los textos de Tertuliano (que se volvió asimismo "hereje") y algunos de Cipriano y Ambrosio.[922]

121 No es improbable que la rápida acción del Estado guarde relación con un cierto componente sociopolítico de la controversia teológica, aunque Pelagio estuviera respaldado por parte de la alta aristocracia y fuera amigo de una de las familias más ricas del Imperio, lo que a ciertos círculos católicos les parecía aún más peligroso. En cualquier caso, el riguroso ideal de pobreza pelagiano, la llamada a renunciar a las

[922] August. ep. 190, 191, 194, 201. c. Jul. 3,1,3. Zos. ep. 2 s. Coll. Avell. 45 s. Prosper Tiro, de gratia dei et libero arbitrio c. collat. 21,1 s. Posid. Vita August. 18./ Cod. Theod. 16,2,46 s. Const. Sirm 6. Kraft, Kirchenváter Lexikon 438 s. dtv Lex. Antike, Philosophie IV 43 s. Bruckner, Quellen 40 s. Mirbt/Aland, Quellen 190 s. Stein, Vom römischen 412 s. Chapman 169. Caspar, Papsttum I 329 s, 350 s, 383 s, 387 s. Hofmann, Der Kirchenbegriff 445 s. Nigg. 144. Holl, Gesammelte Aufsätze III 90 s. Haller, Papsttum 194 s. Bury, History I 361 s. Ulbrich 252 s. Chadwick, Die Kirche 270 s. Lorenz, Der Augustinismus 217 s. Wermelinger 137,153 s, 196 s, 202 s, 209 s, 244 s, 284. Palanque 29. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 177 s. Brox, . Kirchengeschichte 141. Marschall 151 s. Aland, Von Jesús bis Justinian 243. Brownn314s,348.

riquezas, intranquilizó a los millonarios en Sicilia. Pues precisamente allí, en Sicilia, expuso un compatriota británico de Pelagio su tesis central como socialista. Censuraba con acritud el comportamiento de los ricos, la salvaguarda de su poder mediante la brutalidad y la tortura, siendo la repugnancia natural ante la explotación el resultado de la teoría según la cual sólo es moral la actuación producida por una decisión de libre albedrío.[923]

El lema de la disputa pelagiana desempeñó un cierto papel en la vida estatal durante más de cien años. El Codex Theodosianus combate bajo el concepto de *grafía* el abuso de las leyes por parte del aparato funcionarial y judicial, los favores y los sobornos. Y muchos tratados de los pelagianos, en especial el *Corpus Pelagianum* de Gaspari, atacan la misma corrupción y caciquismo, al tiempo que defienden la justicia social y una mejor distribución de los bienes de este mundo, con lo que la importancia que dan los pelagianos a la "libre voluntad" les pareció peligrosa para el Estado a los regímenes totalitarios. En cualquier caso, las tendencias sociopolíticas siempre se han entrelazado con las teológicas en el curso de la historia, inclinando unas veces la balanza en un sentido y otras en el contrario, como seguramente sucedió en la disputa pelagiana, sin que tampoco aquí se pueda negar el trasfondo de crítica social.[924]

En la fase final del conflicto, el joven obispo Juliano de Aeclanum (en Benevent) se convirtió en el gran adversario de Agustín, del que por edad podría haber sido hijo, en el auténtico portavoz de la oposición, que a menudo arrinconó al belicoso africano mediante un ataque frontal.

122

Juliano nació probablemente en Apulia, en la sede obispal de su padre Memor, que era amigo de Agustín. Siendo sacerdote se casó con Tilia, hija del obispo Emilio de Benevent, y el papa Inocencio le nombró en 416 obispo de Aeclanum. A diferencia de la mayoría de los prelados, tenía una excelente formación, era muy independiente como pensador y fulminante como polemista. Escribía para un público «altamente intelectual», mientras que Agustín, a quien le resultaba difícil refutar al «joven», lo hacía para el clero medio, que siempre constituye mayoría.[925]

Juliano, que se burlaba de Agustín llamándole "*patronus asinorum*", "patrono de todos los asnos", le trata sin ningún respeto en sus cartas, entre ellas dos dirigidas al papa Zósimo, así como en sus libros a Florus (ocho en total, aunque sólo se conocen en parte gracias a las réplicas agustinianas), y se muestra irónico y fulminante, cada vez más vehemente contra el africano y contra las acciones violentas del Estado, que para los pelagianos suponen confesiones de incapacidad espiritual. Aunque teológicamente suscribe la teoría de la gracia, no la ve como contrapartida de la naturaleza, que sería también un valioso don del Creador. Pone de relieve el libre albedrío, ataca la doctrina agustiniana del pecado original como maniquea, combate la idea de la culpa heredada, de un Dios que se convierte en perseguidor de los recién nacidos, que arroja al fuego eterno a los niños pequeños, el Dios de un crimen "que

---

[923] August. ep. 156 s. Chadwick, Die Kirche 268, 271. Brown, Pelagius 93 S. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 172 s.

[924] Myres 21 s. Liebeschütz 227 s, Morris, Pelagian Literature 25 s, especialmente 47 s. Más reservado Wermelinger 207 s.

[925] August. op. imperf. 6,18. ep. 101. Bruckner, Julián 13 s. Brown, Augustinus 333. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 178. Wermelinger 226 s.

apenas puede uno imaginarse entre los bárbaros" (Juliano). Sin embargo, no sólo niega ese destino forzado al pecado, sino que se opone asimismo a la condena agustiniana de la concupiscencia en el matrimonio. Juliano era lo suficientemente resuelto como para suavizar el estricto ascetismo de Pelagio y admitir por completo la sexualidad, llamándola un sexto sentido del cuerpo, mientras que Agustín, que mezcla pecado original y concupiscencia, como un viejo fraile mojigato, se mofa de Juliano, el "experto":

"Seguramente querrías que los esposos se lanzaran a la cama cada vez que quisieran, siempre que les acuciara el deseo [...]". Al final, Juliano no sólo se defiende teológicamente con vigor, sino que censura también el soborno de los funcionarios por parte de los africanos, incluso su incitación al pueblo mediante dinero, sus intrigas con las mujeres y los militares. Sólo por miedo a su propia perdición, Agustín rechazó todo tipo de diálogo entre los bandos, cualquier tipo de negociación y de disertación; se limitó a esconderse detrás de las masas y avivar el acoso.[926]

A diferencia del hijo de pequeño-burgueses que era Agustín, que se alineó decididamente del lado de los ricos, Juliano, descendiente de la clase superior de Apulia, estaba socialmente comprometido. Para luchar contra una hambruna surgida a raíz de la invasión de los godos, vendió sus posesiones, y con esta medida ganó simpatías en el sur de Italia. "Durante veinte años mantuvo casi en solitario un enfrentamiento mortal contra los hombres que suplantaban las opiniones de la Iglesia por las suyas propias, que le habían negado la discusión libre de sus ideas y le habían expulsado de su sede episcopal, en la que había trabajado y se le había amado" (Brown).[927]

123

Junto con los dieciocho obispos que se reunieron a su alrededor. Juliano, excomulgado en 418 por Zósimo y, como la mayoría de ellos, expulsado de su cargo, encontró refugio en Oriente. Allí vivió, entre otros, con Nestorio, el patriarca de Constantinopla que pronto sería acusado de hereje y en cuya caída se vieron arrastrados también los peticionarios pelagianos. Como «hombre destacado», el «Caín de nuestros días», al que el papa Sixto III impidió en el año 439 el regreso a su sede episcopal y a quien el papa León I (440-461) volvió a condenar, Juliano de Aeclanum se vio obligado a llevar una vida en constante peregrinaje, y acabó muriendo después de 450 en Sicilia, tras haber sido profesor particular de una familia pelagiana y haberse pasado media vida exiliado. Los amigos escribieron sobre su lápida: "Aquí yace Juliano, el obispo *católico*". También en la Galia, Bretaña e Iliria contaba con partidarios entre el alto clero, que o bien hubieron de retractarse o abandonar sus cargos. Además, un grupo de prelados del norte de Italia se negaron a condenar a Pelagio y Celestio, sin que sepamos nada sobre su destino.[928]

---

[926] Marius Mercator, Commin. I. Julián Aecl. Lib. ad Florum, en August. op. imperf. 1,10; 1,18; 1,41 s; 2,21 s; 4,56; 5,7; 5,20. Julián. Aecl. Lib. ad Turbant., en August. c. jul. 2,10,34 s; 3,17,31. Gennadius de vir. ill. 45. Bruckner, Die vier Bücher 24 s, 108 s. El mismo, Julián 38 s. Altaner 329. Adam, Fortwirken des Manicháismus 1 s, 23. El mismo, Der manicháische Ursprung 385 s. Brown, Augustinus 308, 333 s. Wermelinger 229 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 178 s. Chadwick, Die Kirche 273.

[927] Brown, Augustinus 333 s.

[928] Pelag. ep. ad. Demetr. c. 21. August. de nat. et gratia 1. c. Jul. 3,1,4. Coll. Palat. 14; 36 (ACÓ 1,5,1). Leo I. ep. 2; 18. Gautier 171 s. Palanque 29 s. Brown, Augustinus 334 s. Wermelinger 137. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 181.

Sin embargo, Agustín consideraba a los pelagianos y celestianos unos "farsantes" inflados que fueron triunfalmente "despedazados". Encomiaba, al igual que los "gobernantes cristianos", que se impidiera una discusión libre, porque "con gentes como vosotros imponen su disciplina". "Hay que enseñarles, y en mi opinión será más sencillo si a la enseñanza de la verdad contribuye el miedo al rigor." ¡El viejo tema de Agustín! El poder estatal romano siguió a la Iglesia, habiendo despertado ésta ya a la sazón en los príncipes "un deseo tan grande de cristianizar el mundo, *que los emperadores consideraban las misiones de la Iglesia también de importancia para el Imperio*", una apreciación de los jesuitas Grilmeier y Bacht, para los que, naturalmente, cristianización significa sobre todo catolización.[929]

El querellante no se quedó tranquilo. Agustín fue haciéndose cada vez más severo en sus afirmaciones sobre la predestinación, la división de la humanidad entre elegidos y condenados. Ya en su lecho de muerte, atacó en una obra inconclusa a Juliano, aunque su teoría de la gracia y del pecado no logró arraigar del todo ni siquiera en el seno del catolicismo. (El agustinismo estricto que el padre de la Iglesia sostenía en sus postrimeros escritos, nunca fue admitido.)

124

La acometida de Agustín contra el paganismo

Lo mismo que a los "herejes", evidentemente Agustín reprimió también a los paganos. A pesar de ello, él mismo se aprovechó de su filosofía, sobre todo del neoplatonismo, de tal suerte que no vaciló en afirmar que lo que ahora se llama religión cristiana "existió ya en ciernes en la Antigüedad, y no faltó desde el comienzo del género humano, hasta que apareció Jesucristo en persona; desde entonces la verdadera religión, que siempre había existido, comenzó a llamarse cristiana". En efecto, explica: "Si los antiguos filósofos pudieran comenzar de nuevo con nosotros, cambiando unas pocas expresiones y frases, serían cristianos". En realidad el cristianismo se diferenciaba tan poco del neoplatonismo, en cuya órbita se encontraba Agustín, que a comienzos del siglo V el obispo Sinesio de Cirene rechazaba todos los dogmas que no coincidieran con él.[930]

Sin embargo, muchas de las figuras importantes del paganismo despertaban en Agustín escasas simpatías. Apolonio de Tiana, por ejemplo (hacia 3-97), principal representante del neopitagorismo, maestro y taumaturgo, el "santo y divino", de quien Porfirio y Hierocles se sirvieron contra Jesús, reverenciado por varios emperadores, "dotado de facultades poco comunes" (Speyer) también para los investigadores modernos, Apolonio, cuya biografía (obra de Filostratos) presentaba numerosos y sorprendentes paralelismos con los Evangelios, le parecía a Agustín, por lo demás dispuesto a creer en milagros, cómico en ciertos aspectos. En efecto, se

[929] August. op. imp. 1,10. ep. 191,2; 194,7,31. Serm. 181. Gautier 171 s. Cf. también la sección siguiente en el texto. Altaner 329. Grillmeier/Bacht II Einleitung 3. Lo he resaltado. Brown, Augustinus 318. Wojtowytsch 237, 239 s. Aland, Von Jesús bis Justinian 246 s.

[930] August. retract. 1,12,3. de vera reí. 6 s. Espenberger XVIII. Raschke 106,237. V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 125 s. Schneider, Geistesgeschichte I 297, 412. Cf. también H. Meyer, Abendiándische Weltanschauung 36 s. Windelband 221 s.

burla: "¿Quién no sería tomado a risa si intentara comparar con Cristo, o incluso anteponerle, a un Apolonio, Apuleyo o los restantes nigromantes de mayor experiencia?".[931]

El obispo combatió a "los infames dioses de todo tipo", "los cultos impíos", "la chusma de dioses", los "espíritus impuros, abominables"; "todos son malos", "¡arrójalos, desprécialos!". Agustín insulta a Júpiter llamándole "seductor de mujeres", habla de sus "numerosos y malignos actos de crueldad", de la "irreverencia de Venus"; define el culto a la madre de los dioses como "esa epidemia, ese crimen, esa ignominia", a la propia gran madre como "ese monstruo" que "mediante multitud de galanes públicos ensucia la Tierra y ofende al cielo", y dice de Saturno que los supera "en esa crueldad desvergonzada". Lo mismo que después Tomás de Aquino o el papa Pío II, Agustín defiende el mantenimiento de la prostitución para que "la violencia de las pasiones" no "eche todo abajo": la doble moral católica habitual. (¡Papas como Sixto IV [1471-1484], creador de la festividad de la Inmaculada Concepción de María, y obispos, abades y priores de honorables conventos, mantuvieron rentables burdeles!) Agustín repite los argumentos ya trillados contra el politeísmo, desde la materia e insensibilidad de las estatuas hasta la incapacidad de los dioses para ayudar. Y, lo mismo que muchos otros antes que él, los identifica con los demonios.[932]

125

El alcance, los métodos y la burla irrespetuosa de que hace gala el santo resultan patentes de modo menos sistemático que condicionado por las circunstancias, pero extraordinariamente detallado, en su obra magna *La ciudad de Dios* (413-426), dirigida expresamente contra los paganos, 22 libros que eran una de las lecturas preferidas de Carlo-magno. En esta obra, según pondera el católico Van der Meer, "ajusta cuentas, desde un punto de vista elevado, con toda la antigua cultura de la mentira", ¡a favor de una nueva y mucho peor! E incluso recurre a la falsificación, puesto que en *La ciudad de Dios,* en la que la creencia en los dioses aparece como el vicio capital de los romanos

—¡su pecado capital fue, como el cristiano, el ansia de poder que pasa por encima de los cadáveres!—, en la que el politeísmo figura como causa principal de la derrota moral, así como de la caída de Roma en 410, como motivo principal de todos los crímenes, de todos los *mala, bella, discordiae* de la historia romana, en su obra cumbre, pues, Agustín no vacila en "desacreditar mediante deformaciones conscientes" (F. G. Maier) el mundo de los dioses, permitiéndose frente a los paganos "cualquier medio", hasta la "falsificación de las citas" (Andresen). "La mentira y el escándalo son las dos grandezas en que se basa todo en la fe politeísta" (Schuitze).[933]

---

[931] Orig. c. Cels. 6,41. Dio Cass. 77,18,4. August. ep. 138,18 s (CSEL 44,145 s). Sobre Apolonio, cf. Philostr. vita Apoll. 1,6; 1,19; 3,41; 4,19 s; 5,22; 7,10; 8,30 entre otros. Pauly I 452 s. LThK 1 ed. I 549 s. Wetter 14 s. Weinrich 649. Geffcken 20 s. Nestie, Griechische Religiosität 123 s. Speyer, Apollonios 47 s. Allí junto a unos pocos que aprueban por parte cristiana, más juicios negativos sobre Apolonio, el "mago mezquino" y su "obras de magia engañosa", "las vergonzosas y ultrajantes consecuencias de su arte de magia" ibíd. 53 s. Sobre Apolonio cf. Deschner, Hahn 56 s.

[932] August. de civ. dei 1,31; 2,4 s; 2,11 s; 2,29; 3,1 s; 6,8; 7,26; 7,33. Cf. también 7,21 s. ep. 137,4,15. ord. 2,4. Fredouille 887 s. Bemsdorf 574. Mouat 106. Monis 130. Winter 96. Deschner, Das Kreuz 371 s. Denzier, Das Papsttum 134. Cf. también de Beauvoir 108.

[933] August. de civ. dei 1-10. Conf. 8,2. de consensu evangelist. 1,24. ep. 91. Oros. vict. adv. Pagan. 7,5,4.

Al comienzo de su vida como obispo, Agustín había predicado simplemente utilizar a los malos contra la violencia de los malos. Pronto combate a los paganos con la misma falta de escrúpulos que a los "herejes". El Estado romano en sí es malo, una segunda Babilonia, "*condita est civitas Roma velut altera babilón*". Justifica con resolución la erradicación de la antigua fe, ordena la destrucción de sus templos, sus centros de peregrinación y sus imágenes, la aniquilación de todos sus cultos: una medida de represalia contra aquellos que antes habían matado cristianos. Afirmaba también que existía un frente común de todos aquellos que él condenaba, de los herejes, paganos y judíos, "contra nuestra unidad", naturalmente en vano. Así, alrededor del año 400 señala triunfante: "En todo el Imperio han sido destruidos los templos, rotos los ídolos, abolidos los sacrificios, y aquellos que adoran a los dioses, castigados". Se resistía fanáticamente a que le hablaran de "los esfuerzos del pensamiento puramente humano tendentes a justificar la felicidad en la dicha de la vida terrena", y desbarató con rabia toda la tradición ética antigua, frente al paganismo, "*as ready to attack as he was prepared to attack Donatists and Pelagians*" (Halpom). Únicamente no quería que se aplicara la pena de muerte a los paganos; sin embargo, autoriza cualquier tipo de violencia, cualquier castigo, quitándole importancia con grotesca perfidia. Igual que comparó la campaña contra los donatistas con un padre de familia que todos los domingos por la noche acostumbra golpear a los suyos, equiparó las leyes antipaganas con las medidas de un maestro contra los niños que se revuelcan en el barro y se embadurnan. Y en la práctica admite también contra los paganos, lo mismo que frente a los donatistas, la pena de muerte que en principio discute.[934]

126

En respuesta a la frase de Agustín en la que dice acoger a los paganos "con bondad pastoral y generosidad", el teólogo Bemhard Kótting escribe: "Pero se muestra de acuerdo con las leyes y las medidas del emperador contra el culto pagano, contra los sacrificios y los lugares en que se practican, los templos. Se basa en preceptos del Antiguo Testamento, donde se ordena destruir los lugares de sacrificio a los ídolos, "en cuanto el país esté en vuestras manos". En cuanto se tiene el poder, se aniquila... ¡"con bondad pastoral y generosidad"! Varias veces rechazó una comprensión literal del Antiguo Testamento en favor de una exégesis alegórica. Sin embargo, lo mismo que tantos, otras veces rechazó lo alegórico en favor de lo literal, según conviniera.[935]

Como de costumbre, el Estado católico cumplió las exigencias de la Iglesia católica. Lo mismo que en la disputa con los "herejes", en los enfrentamientos con los paganos hubo primero sermones difamatorios por parte del clero, cánones estrictos, y después las correspondientes leyes civiles. En seguida se hizo retroceder al paganismo en África y se le aniquiló.

En marzo de 399 los *comités* Gaudencio y Jovio profanaron en Cartago los templos y las estatuas de los dioses, según Agustín, un hito en la lucha contra el culto infernal.

RAC I 991, dtv Lex. Antike, Philosophie III 259. Schuitze, Geschichte II 346. Mühibacher 236. Caspar, Papsttum 1229. Van der Meer, Augustinus 70. Maier, Augustinus 84 s, 93 s, 101 s, 117 s. Schóndorf passim. Kahí, Slawenmission 159. Halpom 82 s. Schottiaender 284.

[934] August. ep. 23,7; 91,9; 133,4; 185,3,12; 232,3. Serm. 2,18; 13,8; 62,17; 302,16. de civ. dei 18,22; 19,1,4 s. Ord. 2,12. c. ep. Parm. 1,9,15. Brown, Augustine's Attitude 107 s, especialmente 109 s. El mismo, Augustinus 286. Halpom 105.

[935] August. Serm. 62,17 s. Kótting, Religionsfreiheit 39 s. Cf. también Van der Meer, Augustinus 63s.

Más tarde, Gaudencio y Jovio destruyeron también los templos de las ciudades de la provincia, evidentemente con enorme satisfacción por parte del santo obispo, para el que se cumple así el derribamiento de los ídolos previsto ya en el Antiguo Testamento. Aprueba las disposiciones decretadas en 399 por el emperador cristiano—que, basándose en el salmo 71, 11, encuentra justificadas—, en las que exige la destrucción de los ídolos y prevé la pena capital para quienes los adoren. El 16 de junio de 401 el quinto sínodo africano decide pedir al emperador que se derriben la totalidad de las capillas y templos paganos que todavía quedan "por toda África". El sínodo no permitía ni siquiera los banquetes *(convivio)* paganos, porque en ellos se realizaban "danzas impuras", a veces hasta en los días de los mártires. La antigua Iglesia amenaza de nuevo a los cristianos que participen en tales comidas con penitencias de varios años o la excomunión. Ninguna comunicación con los que piensan de modo distinto: ése es siempre el punto de vista determinante..., cuando se lo pueden permitir.[936]

127

En su momento, en junio de 401, Agustín volvió a incitar a la rabia destructora. En un sermón dominical en Cartago, se congratulaba del fervor contra los ídolos, y se burló de ellos de modo tan primitivo que los oyentes se echaron a reír. Al pie de la estatua del Hércules de dorada barba se lee: HERCULI DEO. ¿Quién es? Debería poder decirlo. "Pero no puede. ¡Permanece tan mudo como su rótulo!" Y cuando recuerda que incluso en Roma se han cerrado los templos y se ha derribado a los ídolos, un clamor resuena por toda la iglesia: "¡Como en Roma, también en Cartago!". Agustín continúa azuzando: los dioses han huido de Roma para venir aquí. "¡Pensadlo, hermanos, pensadlo bien! ¡Yo ya lo he dicho, aplicadlo ahora vosotros!"[937]

Especialmente el emperador Honorio (393-423), uno de los hijos de Teodosio I, hizo grandes concesiones en su época a la Iglesia. Estuvo sometido tanto a la influencia de Ambrosio como a la de su piadosa hermana Gala Placidia, fundadora de templos y perseguidora de "herejes" por vía jurídica, en la que a su vez influyó san Barbatiano (festividad: 31 de diciembre), su consejero durante muchos años y gran milagrero. Así, tras repetidas solicitudes de la Iglesia, el emperador, mediante una serie de edictos promulgados en los años 399, 407, 408 y 415, ordenó retirar en África las imágenes de los templos, destruir los altares y cerrar o confiscar los santuarios, destinando sus bienes a otros fines. Cuando Agustín pidió en la corte una aplicación más severa de las leyes, así lo hizo Honorio, amenazando incluso con recurrir a la guarnición. "El Gobierno se mostraba cada vez más proclive a cumplir las exigencias planteadas desde el lado cristiano" (Schulze).[938]

Con el apoyo de la Iglesia y del Estado, las hordas católicas no fueron menos brutales en la "limpieza" de las propiedades rurales de los ídolos paganos de lo que

---

[936] August. de civ. dei 18,54. ep. 91,8; 97,2; 103,1; 185,19. Serm. 328,5. Cons. evang. 1,14,21; 1,26,40 s; 1,27,42. Syn. Carth. (401) can. 2; 4. Schmitz, Bussdisziplin 303. Schuitze, Geschichte 1334 s, 348 s. Frend, Donatist Church 76 s. Grasmück 184 s. Diesner, Der Untergang 22 s. V. Haehiing, Religionszugehórigkeit 315, 471 s.

[937] August. Serm. 24,6.

[938] August. ep. 97,1 s. Cod. Theod. 16,5,46; 16,10,13 s. Soz. 9,16,2. Jord. Rom. 328. Pauly II 1212, IV 876 s. LThK 1.a ed. 1961, IV 265. Schuitze, Geschichte I 374. Van der Meer, Augustinus 67. Diesner, Der Untergang 23 s.

lo fueron anteriormente los circumceliones. En ocasiones, Agustín estableció incluso como regla que los que se convirtieran al cristianismo deberían ellos mismos destruir los templos y las imágenes de los dioses. Así sucedió en Calama (Guelma), cerca de Hipona, donde era obispo san Posidio, biógrafo y amigo de Agustín, tan odiado que ni los miembros de la curia, los concejales, le protegieron. No obstante, mientras asaltaban el monasterio y mataban a golpes a un monje, el prelado se escapó. Y cuando los cristianos demolieron el templo de Hércules en Sufes, se originó un tumulto tal que Agustín, que denunció al gobierno de la ciudad, todavía de la antigua religión, tuvo que llorar la pérdida de 60 hermanos de fe masacrados. Informa de ello con una extraña mezcla de indignación, odio y sarcasmo, sin decir una sola palabra sobre cuántos paganos costó el alboroto provocado por los cristianos. Cabe su poner que en Sufes, como respuesta de la Iglesia, se produjo la destrucción de los templos e imágenes de dioses que todavía se conservaban, con cruentas luchas, en parte en los propios santuarios. Si por temor al fanatismo de sus adversarios los paganos abjuran de su fe—como hicieran antaño multitud de cristianos frente a los paganos—, Agustín se burla:

128

"Estos son los servidores que tiene el diablo". La destrucción de los centros de culto paganos y de sus estatuas lo consideró como un acto de devoción. En el campo de batalla contra los paganos celebró la victoria final conseguida. ¿Sorprende que, en una carta al padre de la Iglesia, el neoplatónico Máximo llame bribones a los santos?[939]

Por encargo de Agustín, su discípulo Orosio, un presbítero ibérico, continuó el desbaratamiento y la difamación del paganismo. Siguiendo la tendencia de su maestro, escribió, como él mismo nos relata, sus *Siete libros contra los paganos,* publicados en el año

418 y utilizados con frecuencia más tarde como "introducción [...] a la enseñanza" (Martín), como "texto de historia universal" (Altaner). Este producto apologético, chapucero y superficial se convirtió en una de las obras más leídas durante la Edad Media, quizás el libro de historia por antonomasia. Figuraba en casi todas las bibliotecas clericales y ha contaminado por completo la historiografía. Hasta entrado el siglo xii, esta imagen de la historia fabricada por Agustín y Orosio predominó en el mundo cristiano, y continuó después influyendo durante mucho tiempo en sus ideas, sobre todo en la historiografía.[940]

Para Orosio no hay ninguna duda de que la historia la ha dirigido Dios. Es parte del plan de salvación del Señor, tiene carácter de revelación, y por consiguiente cualquier suceso histórico posee una determinada función, o incluso múltiples funciones. Sin embargo, suele resultar difícil descubrir el secreto de la "Divina Providencia oculta", evidentemente hasta para un hombre de su condición que examina resuelto la historia, elige sus ejemplos según convenga, evoca a menudo la *occulta iustitia Dei,* la *occulta misericordia Dei,* la *occulta providentia Dei,* siempre

[939] August. ep. 16,2; 50; 90 s; 103 s. Serm. 24,6; 62,8,13; 62,17 s. útil, ieiun. 8,10. Funke, Götterbiid 820. Schuitze, Geschichte I 346, 349 s, II 151, 158 s, 164. Geffcken, Der Ausgang 184 s. Diesner, Der Untergang 23 s. Brown, Augustinus 201. Heinzberger 135 s.

[940] Oros. hist. 1 prol. 1; 7,43,17. Tusculum-Lexikon 188 s. J. Martín LThK 1.a ed. VII 784 s. Schuitze, Untergang 1411. Altaner 207 s. Von den Brinken 84. Diesner, Orosius 90. Goetz 137, 148 s.

atrevido pero con las pautas sobre el infierno histórico en ristre para poder demostrar el continuo gobierno del cielo sobre la escena terrena. Dios castiga a todos los que intentan estorbar su acción salvadora, ¡especialmente a los paganos! Es sólo Él —y no el emperador, el tiempo, el número de soldados— quien decide la batalla, mediante milagros o fenómenos de la naturaleza tales como tormentas, vientos tempestuosos u otros medios.[941]

El discípulo de Agustín comienza (abarcando más de tres mil años en el primero de los libros, y en total 5.618 años) con Adán y Eva, a los que entonces se atribuían todas las desgracias, y continúa con el juicio de Dios (que por supuesto sigue) después del pecado original, pasando por la expulsión, el diluvio universal, la destrucción de Sodoma y Gomorra — hechos que Orosio, como toda la época antigua y la historiografía hasta la fecha, considera sin más como un castigo—, de catástrofe en catástrofe hasta el año de la salvación, 417 después de Cristo. Allí la "Antigüedad", el mundo del pecado, reveses de la fortuna; aquí la *témpora christiana,* la era de la gracia y del progreso, una época en que no sólo se moderan las invasiones de los bárbaros, como lo demuestra la conquista de Roma por parte de Alarico, sino que las plagas de langosta resultan más soportables y los terremotos son menos violentos..., gracias a las oraciones cristianas. Lo mismo que

129

Agustín, Orosio escribe como un apologista, aunque a diferencia de la teología histórica del maestro, también mucho más extensa, más profana y optimista, transmite una historiografía llena de aspectos felices e infaustos, más de estos últimos, que sobre todo en la época precristiana es una "historia de desgracias": con Nerón y Marco Aurelio la peste, con Severo la guerra civil, Domiciano es asesinado, Maximino es asesinado, Decio derrocado, Valeriano va a parar a prisión, a Aurelia no le cae un rayo (en realidad sucumbe al complot de su secretario Eros), en suma, una inmensa colección de miserias, de rayos, pedriscos y otros azotes de la naturaleza, de bribonadas y actos vergonzosos, muertes y asesinatos y, naturalmente, para no ser menos, las grandes guerras *(miseria bellorum),* a fin de demostrar así, siguiendo a Agustín, que en la época antigua todo fue mucho peor que en la cristiana, que por lo tanto las miserias de la actualidad, a diferencia de las murmuraciones de los malignos paganos, no tienen nada que ver con la cristianización, sino todo lo contrario, pues el cristianismo ha aliviado considerablemente las calamidades terrenas.[942]

Como él mismo repite, Orosio trabaja desde el comienzo de su obra por órdenes de Agustín: "... *praeceptum tuum, beatissime pater Augustine",* pudiéndose comparar su relación con él con la que el perro establece con su amo, pues aquél no se limita a creer que debe obedecer, sino que quiere hacerlo. Agustín y Orosio escribían al mismo tiempo, y los investigadores no sólo discuten sobre cuántos historiadores utiliza Orosio

—las fuentes son muy intrincadas—, sino quién copia de quién, el discípulo del maestro o, no tan improbable como parece, éste de aquél, pues Agustín leyó su obra

[941] Oros. hist. advers. pág. 1,173; 2,3,10; 7,6,11; 7,35,14, s; 7,39,2 entre otros. Goetz 58 s.

[942] Oros. hist. 1 prol. 14; 1,1,1 s; 1,1,9 s; 1,3,1 s; 1,3,3; 1,5,9. 3 prol. 1 s; 4,6,37 s; 5,11,6; 7,7,10 s; 7,10,5 s; 7,15,4; 7,17,4 s; 7,19,1 s; 7,21,2 s; 7,22,3 s; 7,23,6; 7,38,7; 7,39,2. Pauly 1763. Kraft, Kirchenváter Lexikon 401 s. Schuitze, Untergang 1412 s. Altaner 207 s. Diesner, Orosius 91 s. Corsini 109 s. Goetz 12 s, 98 s, 136 s. Blazquez 653.

aunque debido a ciertos puntos de controversia nunca la cita.[943]

El obispo de Hipona y los judíos

El último año de su vida lo aprovechó el santo para redactar un escrito de lucha. *Contra los judíos,* en aquella época casi obligatorio. Aunque no es raro encontrar en él con anterioridad invectivas antijudías.[944]

Agustín, que sólo en una ocasión informa sobre una conversación personal con un judío, "un hebreo cualquiera" (a quien deja que le explique el significado de la palabra *Racha),* les ataca teológicamente y por su modo de vida.

Su diligencia le irrita tanto como su alegría o su búsqueda del placer, que a menudo critica. Repetidas veces les reprocha que acudan a los espectáculos. Les llama los mayores vocingleros del teatro. Sin embargo, aprovechan el sabbat sólo para comer golosinas, para holgazanear o, en lo que respecta a sus mujeres, para "bailar todo el día sin vergüenza sobre sus tejados planos". Constantemente interpreta los salmos para atacarles. Ve en los judíos a unos notables querellantes, dice que son peores que los demonios, que al menos habrían reconocido al Hijo de Dios, que ya en su tiempo distinguía entre sus seguidores y ellos "como entre la luz y la oscuridad". Lo mismo que Juan Bautista había descubierto el "veneno" de los judíos y les había insultado llamándoles "engendro de víboras", "no seres humanos sino víboras", Agustín los vilipendia como malignos, salvajes, crueles, los compara con lobos, les llama "pecadores", "asesinos", "vino de los profetas avinagrado", "rebaño de ojos legañosos", "suciedad removida".[945]

130

Desde el punto de vista teológico, el experto afirma que los judíos no entienden lo que leen, que "sus ojos están oscurecidos", que son "ciegos", están "enfermos", son "tan amargos como la hiel y ácidos como el vinagre". Son "culpables del monstruoso pecado del ateísmo". Simplemente no quieren creer, y Dios ha "previsto su mala voluntad". No es suficiente: "El padre de quien sois, es el diablo". Esto no deja de repetirlo Agustín con deleite. Y puesto que el diablo es su padre, no sólo tienen sus apetitos, sino que mienten como él: "veían en su padre lo que hablaban; ¿qué, sino mentiras?". Pero él, Agustín, es como el abogado de Dios" de la verdad, y así, con santa insolencia, no deja de hablar de "nuestros primeros padres", "nuestro Moisés", "nuestro David"—¡cristianos puros!-, "si bien ya vivían", lo cual es realmente incuestionable, "antes de que Jesucristo Nuestro Señor se hiciera carne". Y después de haber tergiversado la Biblia, como acostumbra, exclama: "¡Y cuanto más os ensalcéis con insolente desvergüenza, tanto más dura será la caída para hundiros con mayor infamia! "No os tengo ninguna simpatía", pero quien habla no es nadie más que el Señor, el Todopoderoso". Y repite ahora con evidente placer: "No

---

[943] Oros. hist. 1 prol. 1 s; 7,43,17. Cf. al respecto el tratado complementario: f Die Quellen bei Goetz 25 s, además 136 s.

[944] Para datar el tratado: Blumenkranz 207 s. Sobre el antijudaísmo de Agustín: el mismo, 59s, 110s.

[945] August. enarr. en ps. 50,1. Senn. 80,4 s; 9,3 de cons. evang. 2,77. En Joh. Ev. Tr. 3,19; 26,1; 30,2; 35,4; 38,5; 42,5; 45,10; 51,5; 92,2. de serm. domini in monte, 1,9,23. Blumenkranz 59 s. Van der Meer, Augustinus 106 s. Frank, «Adversos Judaeos» 42.

os tengo ninguna simpatía". Huelga decir que los judíos persisten en su "maldad", "en sus mentiras", que es necesario en la historia de la salvación, Dios así lo quiere, que constituyan una minoría no apreciada, dispersos "desde que sale el sol hasta que se pone", que vagabundeen sin patria. "En una impía manía innovadora, como seducidos por artes mágicas, habían caído en dioses e ídolos extraños" y "finalmente habían matado a Cristo".[946]

En *Handbuch der Kirchengeschíchte,* el historiador católico de la Iglesia Kari Baus cree que la interpretación teológica que de la inconvertibilidad de Israel realiza Agustín, "se expone sin vejamen para el judaísmo".[947]

131

Con Séneca, Agustín cree que "este pueblo criminal" obliga a adoptar su estilo a todos los países. "No se harán cristianos sino que nos hacen judíos. Las costumbres de los judíos son peligrosas y mortales para los cristianos. Cualquiera que las siga, proceda del judaísmo o del paganismo, cae en las fauces del diablo." Sobre los judíos acuña su enemigo el dicho: "Id [...] al fuego eterno", y proclama que deberán seguir siendo esclavos hasta el fin de los tiempos; naturalmente, esclavos de los cristianos. Agustín, que en su sede episcopal distinguía también entre "dos tipos de seres humanos, los cristianos y los judíos", desnaturalizó a éstos teológicamente hasta el extremo. Y para poderles negar los escritos del Antiguo Testamento, no sólo afirma: "Los leen como ciegos y los cantan como mudos", no sólo niega que sean "los elegidos", ¡sino incluso su derecho a llamarse judíos! Sin embargo, evidentemente satisfecho, añade que al hablar así sólo le mueve el amor y nada más que el amor: "¡Qué bien tan grande es el amor!". Todos los horrores cometidos por los cristianos contra los judíos los explica como un acto de justicia, y hasta mantiene que "ciertas matanzas de judíos" (Pinay) son un castigo de Dios. También fue un castigo de Dios la destrucción de Jerusalén y la guerra de los judíos con los romanos. Pero el santo conoce muchos de esos castigos divinos, y escribe que los judíos tiemblan bajo los cristianos, llegando aun a jactarse de ello, quizás con miras al primer gran pogromo judío — la primera "solución final"— ordenado por el santo padre de la Iglesia Cirilo en Alejandría, en el año 414: "Os habéis enterado de lo que les ha pasado cuando se han atrevido a levantarse sólo un poco contra los cristianos". Es también el primer teólogo que culpa a los judíos de su tiempo de la muerte de Jesús, lo que vuelve a determinar su eterna servidumbre, su *perpetua servitus.* En 1205, el papa Inocencio III adopta esta idea, y en 1234 pasa a formar parte de la colección de decretos de Gregorio IX. El antisemitismo de Agustín influyó también sobre la legislación anti-judía del emperador.[948]

---

[946] August. de civ. dei 4,34; 17,19; 18,37. Advers. Jud. 1,2; 5,6; 7,9; 9,12. de trin. 1,13,28. enarr. en ps. 65,9. de gratia Christi et peccat. originali 2,25,29 ep. 138,4,20. de catech. rudibus 19,33. Evangelio de San Juan 42. Vortrag 9 s; 53,4 s. Frank "Adversos Judazos" 42.

[947] Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 231.

[948] August. Advers. Jud. passim. Serm. 5,5; 350,3; de civ. dei 6,11; 12,12; 16,35; 7,42. Enarr. en ps. 58,1,21. C. Faustum 12,12 s. de cons evang. 1,18. Una extensa recopilación de tratados antijudíos en Oepke 282 s. Además, Martín, Studium 1 s. Lucas 20 s. Browe, Die Judengesetzgebung 133 s. El mismo, Judenmission 96. Van der Meer, Augustinus 107. Pinay 716, 718. Seiferth 53. Eckert/Ehriich 29 s. Widmann 67. Schmidt, Auseinandersetzung 22. Kühner, Antisemitismus 40 s. Hruby, Juden 33 s.

Agustín sanciona la "guerra justa", la "guerra santa" y ciertas guerras de agresión

Mucho más graves y asoladoras que sus ataques a todo lo no católico fueron las consecuencias derivadas de algo que el gran descendiente de un oscuro veterano romano no sólo no atacaba, sino que defendía, que incluso consideraba necesario: la guerra. Luchaba ardorosamente contra todos aquellos que no pensaran igual que él, ¡pero no contra la guerra! Al contrario. El *amantissimus Domini sanctissimus,* como agasaja en el siglo IX a Agustín el obispo Claudio de Turín, el "cincel de la Trinidad, la lengua del Espíritu Santo, que aunque hombre terrenal, era un ángel del cielo revestido de carne, que poseía el cielo y en visiones supraterrenales miraba como un ángel constantemente a Dios", dejó constancia, como nadie antes que él, de la compatibilidad entre el servicio a la guerra y la doctrina de Jesús.[949]

132

El padre de la Iglesia Ambrosio había celebrado ya una patética instigación a la guerra, y el padre de la Iglesia Atanasio había manifestado que en la guerra era "legal y loable matar adversarios" (aunque de todas maneras mintió al decir que los cristianos se dedicaban "sin tardanza a las ocupaciones caseras en vez de a la lucha, y en lugar de utilizar sus manos para llevar armas, las elevaban para la oración"). E igualmente Lactancio había dado un giro en su pensamiento hacia la batalla permanente, a pesar de todas sus aseveraciones anteriores de índole pacifista.[950]

Sin embargo, ninguno de ellos admitió el sangriento oficio con tan pocos escrúpulos y de manera tan fundamentalmente hipócrita como el "ángel del cielo" que mira "constantemente a Dios", siquiera fuese porque estaba "revestido de carne", engendrado "por el sol ardiente de los trópicos" (Lachmann), y "en sus venas ardía [...] el caliente sol del norte de África" (Stratmann). Un fuego, por cierto, no sólo del cielo, pues le hizo gastar fuerzas en "lascivia y prostitución", en "oscuros placeres de amor", en el "semillero de los pecados", "lodo de la sensualidad", como adúltero, pederasta y con dos favoritas, hasta que finalmente el orgullo desmesurado *"nulla salus extra ecciesiam",* virulento ya desde mucho antes, se le subió a la cabeza, propiciando la más furibunda cólera, contra los "herejes", los paganos, los judíos, aunque no sólo contra ellos, no, también contra los enemigos del Estado y del país, misión más propia del ejecutor de la justicia, así como del ejército.[951]

Ciertamente, Agustín no compartía ya el optimismo de un Eusebio o un Ambrosio, que equiparaban como providencial la esperanza de la *pax romana* con la de la *pax christiana;* puesto que: "Las guerras hasta la actualidad no son sólo entre imperios sino también entre confesiones, entre la verdad y el error". Al tejer su trama de gracia, predestinación y ángeles, Agustín se comprometía teóricamente de forma cada vez más negativa frente al Estado romano. A este respecto, a la "gloria terrena" no la llamó "precisamente una mujer débil", pero sí "inflada y llena de vanidad". Fue tal vez el único autor antiguo que incluyó expresamente la voluntad de poder, la

[949] V. Schubert, Geschichte II 449. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 152 s.

[950] Athan. ep. ad Amm. Cadoux, The Eariy Christian Attitude 146; 257. Notas l,Homus8,88.

[951] August. conf. 2,1 s; 3,1; 3,11 y otros. Gen. ad litt. 9,10. ord. 2,12. ep. 133,4. , Stein, Vom romischen 395 s. Rehfeldt, Todesstrafen 82. Stratmann III 201. Frend, Donatist Church 230. Poppe 70. Deschner, Das Kreuz 77 s, 304 s.

"*libido domínandi*", entre los mayores vicios; consideraba el esfuerzo por ser señor, "*dominus*" (un título cristológico), el peor de los endiosamientos, y al aplicarlo a la historia romana, hizo de este principio de moral teológica "el punto inicial de una crítica radical al imperialismo" (Schottiaender). Agustín — tan proclive a encolerizarse con los romanos de su época, a causa de su obstinación, de su *ingrata superbia* — se mofaba de los gobiernos sin legitimidad llamándolos "bandas de forajidos", y calificaba las guerras contra los vecinos de "pillaje enorme" *(grande latrocinium)*. En efecto, encontraba "más glorioso" "matar a la guerra con la palabra que a los seres humanos con la espada, ganar o afianzar la paz mediante la paz que con la guerra". "El hecho es que la paz supone un bien tan grande que no hay nada en el ámbito de lo terreno y perecedero que sea más grato de oír, nada que se pida más ardientemente, y tampoco nada mejor que se pueda encontrar." Sin embargo, desde un punto de vista histórico, esto era papel mojado, como el amor al enemigo en la Biblia. Agustín sabía que un "Estado cristiano" acorde con su idea no podía realizarse en la Tierra. Por un lado, el Estado era voluntad de Dios, por otro, era consecuencia del pecado y estaba corrompido por el pecado original. La *civitas Dei* y la *civitas terrena* no se pueden identificar del todo, están en interna contradicción. Así, subraya en el prefacio de su obra: "Al aspirar ella [la *civitas terrena*] a dominar, sobre ella se ejerce el dominio, aunque [lo correcto es: porque] los pueblos la sirven". Detrás de todo ello estaba su propia doctrina, según la cual todo Estado es una mezcla de trigo y maleza *(triticum* y *zizania),* una *civitas mixta* de bien y mal, en especial todo Estado de poder fundado en la *libido dominandi,* que se apoya en los pecados y que por ese motivo debe someterse a la Iglesia, basada en la gracia aunque de hecho tampoco libre de pecado. Esta filosofía del Estado, que constituyó la base histórico-filosófica de la lucha de poder medieval entre los papas y los emperadores, fue determinante hasta Tomás de Aquino.[952]

133

Tal como la Iglesia venía haciendo desde Constantino, el prelado nunca diferenció *en la práctica* las esferas religiosa y política; interpretó del mismo modo al político y al obispo, y dado que era una "figura principal" *(crucial figure:* Brown) de tal simbiosis, colaboró durante décadas con el Imperio: en la lucha contra donatistas y circumceliones, contra las tribus beréberes africanas, los maniqueos, pelagianos, arríanos, paganos, judíos..., "*le prince et patriarche des persécuteurs*" (Joly). Los gobernadores provinciales que venían a Cartago procedentes de Rávena, la mayoría buenos católicos, cristianos, escribe Brown, se veían inmediatamente obligados a encomiar el interés del obispo "por los decretos severos contra los herejes", así como a leer, desde el año 415, los ejemplares que les regalaba de *La ciudad de Dios.* Hasta el año de su muerte, Agustín no sólo pidió de hecho el castigo de los asesinos, sino también aplastar los levantamientos y someter a los "bárbaros", tomándolo como una obligación moral. No le resultaba difícil considerar maligno al Estado, pero sí ensalzar su práctica sangrienta y, como todo, también esto "atribuirlo a la Divina Providencia". Puesto que "su modo de proceder" es "evitar la decadencia moral humana por medio de las guerras" (!), así como "poner a prueba la vida de los justos y de los piadosos

[952] August. de civ. dei, praefatio; 4,4; 4,6; 5,20; 19,11. En ps. 45,13 ep. 229,2; 111; 138 entre otros. Grabmann 831. Hendrikx 1099. Ackermann, Entstellung 89. Lohse, Augustins Wandiung 447 s, especialmente 464 s. Diesner, Orosius 100 s. El mismo, Untergang 175 s. Maier, Augustin 117 s. Deane 137. Thraede 99 s. Schottiaender 386. Weissengruber 25 s.

mediante tal calamidad".

Quien así piensa, de un modo infantil y cínico a la vez, interpreta obviamente en el mismo sentido el mandamiento "No matarás". No hay que aplicarlo a la totalidad de la naturaleza y del reino animal. Discute con los maniqueos que no incluye la prohibición de "arrancar un arbusto" ni afecta al "mundo animal irracional", pues dichos seres "deben vivir y morir para nuestro provecho: ¡Sometedlos a vosotros!".[953]

"El hombre es dueño de los animales", se queja Hans Henny Jahnn en su genial trilogía *Fluss ohne Ufer*. "No necesita esforzarse. Sólo tiene que ser ingenuo. Ingenuo también en su ira. Brutal e ingenuo. Así lo quiere Dios. Aunque pegue a los animales irá al cielo." Ya antes, autores como Theodor Lessing y Ludwig Klages habían mostrado de modo persuasivo que, como afirma este último, el cristianismo encubre con una connotación de "humanidad" lo que realmente quiere decir: que el resto de los seres vivos carecen de valor, ¡salvo que sirvan a los seres humanos! "Como es sabido, el budismo prohíbe matar animales, porque el animal es el mismo ser que nosotros; ahora bien, si se le viene a un italiano con tal reproche cuando martiriza a un animal hasta la muerte, alegará que "*senza anima*" y "*non é chrístiano*", puesto que para el cristiano creyente el derecho de existir radica sólo en los seres humanos."[954]

134

Por otra parte, Agustín manifiesta que "la salvación de los ángeles, de los seres humanos, de los animales" se debe a Dios, y llega a decir:

"Y de gusanos hace ángeles". Incluso cuando Dios sana a los animales, aflora la idea de la "viva imagen", tal como muestra su comentario al salmo 3, versículo 9 —"Del Señor viene la salvación"—: "Quien te cura a ti, es el mismo que cura a tu caballo, el mismo que cura a tu oveja y, para pasar a lo más humilde, el mismo que también cura a tu gallina". Y también hace enfermar. Y destruye. No obstante, Agustín cree que el ser humano "incluso en las situaciones de pecado es mejor que el animal", el ser "de rango más bajo". Y al vegetarianismo lo trata de "impía opinión hereje".[955]

¡Todo está en la misma línea, que nadie se engañe! "Mientras haya mataderos afirmaba Tolstoi lacónicamente — habrá campos de batalla."[956]

Sin embargo, según Agustín, el hombre puede matar incluso al summum de la creación, la viva imagen de Dios, al hombre, "que supera a todo sobre la Tierra". En efecto, el hombre no sólo puede sino que debe matar al hombre cuando así se lo ordene Dios, "fuente de toda justicia", o una "ley justa". Por consiguiente, matar les está permitido a aquellos que hagan una guerra "por orden de Dios" o que, como representantes del poder estatal, castiguen "al criminal con la muerte". De Agustín, el "gigante intelectual" que aparece "sólo una vez cada mil años", no cabe esperar la

---

[953] August. de civ. dei 1,1; 1,20. Cf. Posid. vita August. 28 s. Diesner, Orosius 100 s. El mismo, Kirche und Staat 116 s. Brown, Religión and Society 44 s. Joly cit. ibíd.

[954] Wolffheim II 255. Schroder ibíd. 156. Cf. también Ayck ibíd 113 s, especialmente 121. V. sobre todo también Lessing, Europa und Asien.

[955] August. Vorträge über das Johannesevangelium 1,9 s; 34,3 s. Heilmann, Texte 1106,112, 219,291. Über den freien Willen 3,68 s. ep. ad Januar. 36. Vom katechetischen Unterricht 2,29.

[956] La cita de Tolstoi me la escribió, después de publicarse mi primer libro *Die Ñachí steht um mein Haus* (1956), el presidente de la Deutsche Jagdgegner de Hamburgo.

prudencia a que aludía Lichtenberg el 14 de junio de 1791:

"Cuando imponemos a un asesino el suplicio de la rueda, ¿no estaremos cayendo en el error del niño que golpea la silla contra la que ha chocado?". No puede esperarse de él esa prudencia, su Iglesia no la ha mostrado hasta la fecha.[957]

Pero ¿no habría podido, o debido, sustentar Agustín, el conocedor del Evangelio, el apóstol de Jesús, la idea que mil cuatrocientos años más tarde, poco después de Lichtenberg, formuló el gran Shelley?: "La guerra, sea por los motivos que sea, extingue en los espíritus el sentimiento de sensatez y de justicia". "El hombre no tiene ningún derecho a matar a sus semejantes y no tiene disculpa aunque lo haga vestido de uniforme. Con ello únicamente añade al crimen del asesinato la vergüenza de la esclavitud." "Desde el momento en que un hombre es soldado, se convierte en esclavo [...], se le enseña a despreciar la vida y el sufrimiento humanos [...]. Cae más bajo que el asesino; [...] un soldado profesional es, por encima de todos los conceptos, aborrecible y despreciable."[958]

135

¿No tendría que haber seguido eso Agustín, el discípulo de Jesús? Desde luego que no, precisamente su interpretación, su perfeccionamiento, por así decirlo, del pacifismo de Jesús, del sermón de la montaña, es justo la contraria, no sólo liquidar asesinos, sino también ejércitos enemigos, pueblos enteros: "Todo esto lo conduce y guía el único y verdadero Dios, según le parezca, pero siempre con justicia y equidad". El derecho a declarar la guerra lo tiene cualquier príncipe, también el malo; incluso a los mayores monstruos, aquellos que como Nerón, al parecer, alcanzaron "el máximo grado" de ansia de dominio, "por así decirlo, la cima de este vicio", "la Divina Providencia les dispensa el poder soberano". (Un ejemplo mucho más actual es el caso de Hitler, al que en su momento todos los cardenales y obispos alemanes atribuyeron "un reflejo del poder divino y una participación en la autoridad eterna de Dios".) Con la mala autoridad del Estado, señala Agustín, Dios castiga a los seres humanos. Por lo tanto, incluso con un mal gobernante — ¡una buena nueva para los déspotas!— los soldados cristianos deben obedecer inmediatamente si él les ordena: "¡Desenvainad la espada!

¡Marchad contra ese pueblo!". No es casual que Agustín subraye la obediencia y la ponga por encima de casi todo, incluso sobre la castidad, siempre tan ponderada, sentenciando: "No hay nada tan útil para el alma como la obediencia", y que llame a la desobediencia el vicio mayor.[959]

Con estos puntos de vista el obispo se encuadra, desde luego, dentro de una larga tradición. Bajo la influencia del Antiguo Testamento, la obediencia tiene también en Jesús una importancia fundamental, lo mismo que en Pablo. Creer y obedecer es idéntico para ambos, convirtiéndose pronto la obediencia en una actitud fundamental de la vida cristiana. Se la exige a los esclavos con respecto a su señor lo mismo que frente a la autoridad estatal, algo que no tiene que ver realmente con Jesús, por no hablar de la subordinación al obispo o al jefe del ejército. La obediencia es, según

[957] August. de civ. dei 1,21. Lichtenberg, Sudelbücher 400.

[958] Cf. Borchardt, Shelley 194. Allí toda la bibliografía.

[959] August.deciv.dei 1,21; 5,19; 5,21; 11,29; 19. enarr. en ps. 70,2,1. de genes ad litt. 8,6,12. Bemheim 32 s. Thraede 101. Cartas episcopales de los obispos alematíes de junio de 1933. Además, Deschner, Hahn 536 s. El mismo, Heilgeschichte n 147 s.

Agustín, simplemente parte del ser humano, la madre y guardiana de todas las virtudes humanas, propia sólo de la criatura racional, algo que refutaría cualquier perro. La obediencia, postula el príncipe de la Iglesia, debe prestarse de manera libre y alegre, ¡en sí misma proporciona verdadera libertad! En efecto, incluso en el más allá existe la obediencia como un yugo dulce y ligero.[960]

Próximo a la obediencia está el morir por la patria, su consecuencia más corriente y triste al mismo tiempo. Y también la más absurda. Pero Agustín, como cualquier prelado, seguro ante la muerte heroica, admira el amor a la patria. Y hoy se sigue afirmando que "nadie ya puede atreverse seriamente a hablar del "patriotismo" de Agustín; incluso hay que ponerlo en duda — hermosa lógica—, si es que es aplicable el concepto [...I" (Thraede). Él, Agustín, habla de ello bien alto, y como muestra la "disputa científica", existen multitud de contradicciones tanto en él como en la propia disputa. Incluso Thraede (después de largas vacilaciones, sobrecargadas de erudición, y a veces de índole paródica) conjetura acerca de la "ambivalencia" de Agustín, subrayando: Roma garantiza la *pax,* siendo en esto heredera de Babilonia, y aunque "Roma es sumamente imperialista, dado que es *pars unitatis,* resulta pese a ello aceptable para los cristianos". ¡Qué ridículo, nadar y guardar la ropa![961]

136

Agustín sitúa en realidad el patriotismo por encima del amor del hijo hacia su padre. Aprecia también el servicio militar y guerrero más que ningún otro padre de la Iglesia, aunque sabe perfectamente que la principal diversión de los soldados es aterrorizar a los campesinos locales. A pesar de ello, su propia comunidad había linchado antaño al comandante de la guarnición.[962]

Según Agustín, el soldado puede y debe matar sin cargo de conciencia, ¡en ciertos casos, incluso en una guerra de agresión! Quien participa en esas confrontaciones deseadas por Dios "no peca contra el quinto mandamiento". Ningún soldado es un asesino si mata a seres humanos por orden del legítimo ostentador del poder, "antes bien, si no lo hace, es culpable de contravenir y menospreciar la orden". No se detiene ahí:

"Los valientes guerreros merecen todo el aprecio y son dignos de alabanza; su gloria es todavía más verdadera si en el cumplimiento de su deber se mantienen fieles hasta en los mínimos detalles". Se revuelve vehementemente contra la antigua sospecha, en realidad superada ya desde hacía mucho tiempo, de la enemistad de los cristianos hacia el Estado:

"Si tuviéramos un ejército igual que la doctrina de Cristo [!] quiere tener soldados [...] nadie se atrevería a decir que esta doctrina es enemiga del Estado; no se puede por menos de confesar que, si se la sigue, supone la gran salvación del Estado". Que se puede agradar a Dios con las armas lo demuestra el ejemplo de David y el de "muchos otros justos" de aquel tiempo. Agustín cita al menos 13,276 veces el Antiguo Testamento, ¡del que antes había escrito que desde siempre le había

---

[960] August. pecc. mer. 2,11. de civ. dei 14,12; 19,27 enarr. en ps. 71,6. Con detalles: Frank, Gehorsam RAC IX 407 s. Allí multitud de referencias a fuentes bíblicas y paleocristianas.

[961] Thraede 90 s, especialmente 99 s. Cit. 101 y 145.

[962] August. enarr. en ps. 136,3. Serm. 302,14,13. Brown, Augustinus 368 s. Cf. también las notas siguientes.

resultado antipático!

Pero ahora le era de utilidad. Por ejemplo: "El justo se alegrará al contemplar la venganza; bañará sus pies en la sangre de los impíos". Y por supuesto, todos los "justos", lógicamente, pueden hacer una "guerra justa" *(bellum iustum).* Es un concepto introducido por Agustín; ningún cristiano lo había utilizado antes, ni siquiera el acomodadizo Lactancio, al que leyó con detenimiento. Pronto todo el orbe cristiano realizó *fusta bella,* bastando como motivo "justo" para la guerra cualquier mínima desviación de la liturgia romana.[963]

La expresión *"bellum iustum",* "guerra justa", faltaba en el cristianismo antes de Agustín, pero el paganismo ya la conocía desde hacía varios siglos.

137

El *contenido* del término lo encontramos ya en Ennio, un famoso literato romano nacido en 239 a. de C., y algo más tarde, con mayor claridad, en el influyente Polibios, historiador y filósofo helenístico de la historia. Según él, los romanos no sólo declaraban abiertamente la guerra sino que buscaban también un motivo oportuno que incrementara sus posibilidades de victoria. El *concepto* de *"bellum iustum",* sin embargo, no aparece hasta Cicerón, que admiraba a Ennio y que a su vez influiría más tarde notablemente sobre Agustín.[964]

Lo mismo que distingue entre una guerra "justa" y otra "injusta", el obispo diferencia también entre una paz "justa" y una "injusta", siendo, naturalmente, siempre justa la paz de los católicos e injusta la de sus adversarios. Por esa razón, Agustín reconoce asimismo "que la paz de los injustos, comparada con la de los justos, no merece siquiera el nombre de paz".[965]

Las proclamas pacifistas de Jesús en el sermón de la montaña, señala el santo, sólo se cumplirían literalmente si pudiera esperarse una enmienda del contrario. En esas palabras Jesús habría ofrecido más una convicción interna que un comportamiento a seguir. Es derecho del padre castigar a los hijos rebeldes, y del gobernante actuar de igual modo con los pueblos soliviantados. "Pues aquel a quien se le retire el permiso para la maldad, será convenientemente apresado. No hay nada más infeliz que la felicidad del malo *(felicítate peccantium)."*[966]

Agustín recomienda encarecidamente el servicio militar, y cita bastantes casos de "guerreros temerosos de Dios" sacados de la Biblia; no sólo los "numerosos justos" del Antiguo Testamento, tan rico en atrocidades, sino también un par del Nuevo Testamento. "Sin embargo, [los sacerdotes] están más elevados — recalca de forma expresa el obispo—; es el rango que ocupan con Dios aquellos que han abandonado todos los servicios terrenos [...]. Pero el apóstol dice también: "Cada uno tiene su propio don del Señor: uno de este modo, otro de una forma diferente". Por lo tanto,

---

[963] August. ep. 205 ad Bonif. ep. 138; 189,4; 229,2. de civ. dei 1,21; 1,26, 4,15; 5,26; 18,41; 91,4; 185,1. serm. 62,8. c. Faust. 22,7. RAC I 991. Marcuse 25. Holl, Augustins innere Entwickiung 57. Stratmann III 249. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 75. Marrou, Selbstzeugnisse 47 s. Homus 167 s. Hoerster182.

[964] Enn. Ann. 8,267 s. Polyb. 13,3,7; 36,2,1 s. Cic. en Qu. Caec. 19,62. Cat. 2,1,1. Phil. 13,17,35. Pauly II 270 s, IV 983 s. Albert, Bellum lustum 20 s. También César, Salusto y Livio conocen el concepto. V. ibíd. 26 s, 132.

[965] August. de civ. dei 19,12.

[966] August.ep. 138.

otros luchan por vosotros mediante la oración contra enemigos invisibles, vosotros lucháis por ellos con la espada contra los bárbaros visibles."[967]

Por consiguiente, soldados y sacerdotes luchan juntos, si bien cada cual por su lado, cada uno mediante "el don propio del Señor". "¡Oh, si hubiera en todo *una* fe! Entonces apenas habría que luchar [...]." Algo en lo que de todas maneras se engaña el santo. ¡Los cristianos hicieron más guerras entre sí que contra los que no eran cristianos! Pero, eso sí, siglo tras siglo, con sacerdotes, CON DIOS... Y según asevera Napoleón, "no hay seres humanos que mejor se entiendan que los sacerdotes y los soldados". También Hitler tenía sus curas de campaña. ¡Y hasta el propio Stalin, incluso católicos apostólicos romanos![968]

138

"Hacer la guerra — alecciona Agustín— y mediante el sometimiento de los pueblos ampliar el Imperio [!], se manifiesta a los ojos de los malos como felicidad, y ante los buenos como obligación. Pero ya que sería peor que los injustos dominaran sobre los justos, también es adecuado llamarlo felicidad." Hasta una guerra de expansión puede hacer feliz "de modo conveniente". El obispo es oportunista, y lo suficientemente desvergonzado como para considerar "guerras justas" las innumerables contiendas de Roma, y su grandeza extrema, una "recompensa de Dios". Las guerras de Roma sólo estuvieron motivadas por la "injusticia" de los vecinos, al amenazar los estados fronterizos — que por lo demás siempre existirían por mucho que se expandiera — a tan justo Imperio. "Puesto que el Imperio sólo ha crecido por la injusticia de aquellos a los que se han hecho guerras justas — afirma el santo—. Sería pequeño si hubiera tenido unos vecinos pacíficos y justos que no hubieran exigido la guerra con iniquidad [...]." Por otra parte. Roma no combatía, como anteriores imperios, por sed de placeres y ansias de poder, sino por motivos nobles: quería la gloria, llevar a los "bárbaros" la cultura, la civilización, la "*pax romana*".[969]

Al revisar las quince guerras de Roma en la época republicana, es decir, las tres púnicas, las tres contra los macedonios, las tres contra Mitrídates, las dos de Iliria, la guerra contra Antíoco III, la guerra contra Yugurta, la de las Galias, la campaña contra los partos en tiempos de Craso, Sigrid Albert se ve en la obligación de afirmar "que sólo un número muy pequeño de las guerras correspondían a las propias exigencias de los romanos y pueden ser clasificadas de manera clara como "*bella iusta".* De todos modos, dicha autora encuentra también muy reducido el número de las *bella iníusta,* siendo la mayoría de ellas "parcialmente justas". En suma, es evidente que la política de los romanos "iba dirigida a salvaguardar su posición hegemónica", o dicho en términos llanos: a asegurarse el botín.[970]

Pero Agustín se extasía formalmente ante estas orgías de aniquilamiento: "¡Cuántos imperios más pequeños fueron pulverizados! ¡Cuántas amplias y famosas ciudades fueron destruidas, cuántos estados dañados, cuántos aniquilados! [...] ¡Qué masas humanas, tanto de soldados como de pueblo inerme, se hundieron en la

[967] Ibíd. Carta al oficial Bonifacio 4 s. Heilmann, Texte III 516 s.

[968] Napoleón cit. por Leipoldt, Jesusbiid 62. Sobre Hitler y Stalin cf. Deschner, Heilsgeschichte II 54 s, 157 s.

[969] August. de civ. dei 4,15; 5,15; 5,21. Stratmann III 249. Schottiaender 385 s; Weissengruber 26.

[970] Albert, Bellum lustum 37 s. Cit. 132.

muerte! ¡Qué multitud de buques se hundieron en las batallas navales [...]!". No le conmueve la duración de las guerras, pues también lo dispone el "amado" Dios; las guerras "discurren más rápidas o más lentas hacia su final según disponga Su albedrío y Su justa advertencia y misericordia, para castigar o confortar al género humano". O para enmendarlo. Afirma Agustín que "con este medio se enmendará". Así, habla de guerras que duraron un tiempo considerable. Dieciocho años, según cuenta, se prolongó la segunda guerra púnica (218-201), veintitrés años la primera (264-241), cuarenta la que se condujo contra Mitrídates y su hijo Famakos (87-47), casi cincuenta, con algunas interrupciones, la mantenida contra los samnitas (342-290).[971]

139 Al igual que el sinfín de desgracias y horrores del mundo, todo esto ocurrió porque Dios así lo quería, sucedió "por indicación de la Suprema Majestad"; el Todopoderoso, el Bondadoso Infinito, el Omnisciente concedió "a los romanos el Imperio en el momento en que quiso y en la medida en que quiso", pues Dios dirige "el comienzo, el curso y el final" de todas las contiendas. Los horrores de la guerra se producen también, asevera Agustín, sólo para vencer al adversario, para "en lo posible [...] someter a los combatientes e imponerles entonces las propias leyes de paz"; a la postre todo se lleva a cabo únicamente en favor de la amada paz, "incluso los propios amigos de la paz no desean otra cosa que la victoria; mediante la guerra, pues, quieren alcanzar una gloriosa paz. ¿Qué es la victoria, sino el sometimiento del contrario? Una vez alcanzado esto, sobreviene la paz. Por la paz se hacen entonces las guerras [...]". A quien tema morir como consecuencia de ello, el gran santo le grita: "Sé muy bien que nadie ha muerto que no tuviera que morir alguna vez en algún lugar". "Pero ¿qué importa con qué tipo de muerte se acabe esta vida?" O con el cínico desparpajo que le caracteriza: "¿Qué se tiene contra la guerra, quizás que mueran seres humanos que alguna vez tenían que morir?". O sea: ¡si tenéis que reventar, por qué no de una vez! ¡Cuan bellamente confirman todo esto las palabras del jesuita Karl Rahner, cuando dice que para Agustín "Dios es todo, pero el hombre nada"![972] Y la Iglesia se comportó en consonancia. ¡Y Dios, no hemos de olvidarlo, es ella misma!

Que haya guerras le parece natural al heraldo del "piadoso mensaje". Al fin y al cabo, siempre había sido así. "¿Cuándo no han sacudido la tierra las guerras, separadas en el tiempo y en el espacio?" Y así seguirá siendo. "Es el sino del orbe ser atacado constantemente por tales calamidades, de manera parecida a como el mar tormentoso se revuelve con todo tipo de tempestades [...]." Realmente, ¿no se parecen la guerra y la paz a la pleamar y bajamar, un fenómeno de la naturaleza? Pero, tranquiliza Agustín, todo esto es pasajero. "Ya que las desgracias actuales, que horrorizan a los hombres, y por las que tanto protestan, ofendiendo con sus quejas al Supremo Juez, y aducen que ya no encuentran un redentor, los males actuales, pues, son sin duda sólo transitorios; se extinguen a través nuestro o nosotros perecemos por vía de ellos." Una filosofía realmente consoladora, muy cristiana.[973]

---

[971] August. de civ. dei 3,18; 5,21 s. Cf. también BKV 1911, 287 Notas 5-7, 288 nota 1 así como las notas siguientes.

[972] August. de civ. dei 1,11 s; 5,21 s; 8,32; 15,4; 19,11 s. c. Faust. 22, 74 s. ep.; 189; 220 ad Bonifat. 189; 205; 220.Rahner, Augustin196. Dignath-Düren 26s.

[973] August. Serm. 60. de civ. dei 5,22. Fischer, Vólkerwanderung 91 s.

Por lo demás, con la guerra pasa lo mismo que con la tortura. También era una bagatela para Agustín comparada con el infierno, resultaba "ligera" incluso en sus formas más severas, porque es pasajera y transitoria, una "cura"; todo para la enmienda y por el bien de los hombres: la tortura, la guerra. ¡Un teólogo nunca se desconcierta! Por eso tampoco conoce la vergüenza.

Agustín únicamente prohibía el abuso del poder de las armas. La guerra como tal era natural, necesaria, lo mismo que un terremoto o una tempestad en el mar. Pero era válido "vengar la injusticia" — algo muy evangélico y acorde con la doctrina de Jesús—, tomar las represalias más radicales, pues, según Agustín, ése es precisamente el sentido de la "guerra justa". Y la misión fundamental del soldado!— "una insignificancia"!— consiste en "responder a la violencia con la violencia".[974]

140

¡Violencia contra violencia! ¡De nuevo muy en la línea de Jesús! ¡Ojo por ojo y diente por diente!

Inspirado en su lucha contra los donatistas, Agustín amplió más su teoría de la guerra; además de la teoría de la "guerra justa" — a la que el Decretum Gratiani (redactado alrededor de 1150) confiere la importancia de una teoría oficial de la Iglesia—, lanzó la de la "guerra santa" *(bellum Deo auctore).* Y ya que los matarifes cristianos luchan por la fe y contra el demonio — los "herejes"—, son de manera muy especial servidores de Dios. Esta "guerra santa" no tiene como instigadores a los potentados y a los militares, sino al propio Dios.[975]

Huelga decir que no pocas veces Agustín se hallaba más cerca de los militares que del Señor, al menos como Sus instituciones sobre la tierra.

Como ejemplo cabe citar a su amigo Bonifacio, uno de los generales más competentes en África y uno de los hombres más cambiantes de su tiempo, fervoroso católico y afortunado luchador contra los grupos donatistas residuales, con el que gustaban de colaborar los obispos católicos. Tras la muerte de su esposa, Bonifacio cayó en una crisis moral y vio en el servicio militar un impedimento para su bienaventuranza, por lo que quiso entrar en un convento, ante lo cual Agustín protestó. Aunque odiaba viajar, junto con su amigo Alipio — ambos obispos, ambos campeones del monacato, ambos ya ancianos, ambos santos — se apresuró a acudir a Thubunae, un emplazamiento en la retaguardia, un sólido puesto fronterizo, desde su lejana sede episcopal, y allí desbarataron el piadoso proyecto. Por lo demás, Bonifacio no debía volver a casarse, tenía que permanecer "casto", pero eso sí, como soldado, puesto que también el guerrero es del agrado de Dios. El santo, que en otras ocasiones había enviado expeditivamente hacia "*gloria et pax et honor in aeternum*", instó de este modo al general cansado del mundo — haciendo referencia por supuesto a los correspondientes pasajes bíblicos, aunque también, como afirma el teólogo católico Fischer, "por un sano realismo" — (¡todo lo que apoya el poder de la Iglesia es realista y sano!) a que siguiera combatiendo para proteger a los católicos de los vándalos arríanos. Al parecer, el piadoso oficial, al que Agustín dedicó varios de sus

---

[974] August. de civ. dei 4,15; 5,26; 19,12. ep. 189,6. c. Faust. 80. Quaest. en Jos. I 6 de lib. Arb. 1,5,12. de bono coniug. 23,30. ep. 134; 139; 189; 220. Stratmann ffl. 239. Erdmann, Die Entstehung 5 s. Dignath-Düren 26 s. Homus 167 s. Diesner, Der Untergang 178.

[975] August. de civ. dei 1,21. Quaest. in Pent. 6,10. Kühner, Die Kreuzzüge, Studio Bem 14. 10. 1970. Tódt 39.

escritos, era quien les había llamado, poniendo incluso a su disposición los navíos de transporte, si bien esto es un punto discutido. En cualquier caso, los vándalos eran "moralmente" mucho menos "pervertidos" que sus católicos, tan importantes empero para el pastor de almas. El rey Geiserico castigó en África el adulterio, cerró los burdeles y obligó a las prostitutas a casarse. En cambio, el protegido y protector de Agustín, al que él había impedido acceder al estado monacal, regresó en 426 de una visita a la corte con una rica mujer, la "exuberante Pelagia, que se declaraba partidaria de la herejía amana", permitió que la hija que tuvo con ella fuera bautizada en el rito amano, y además buscó el consuelo de varias concubinas en los tiempos difíciles. Finalmente combatió con sus tropas ni más ni menos que en la sede episcopal de Agustín, donde éste "apoyó religiosa y moralmente" hasta el final la resistencia armada (Diesner).[976]

141

"Reuniendo las ideas agustinianas de guerra y de paz — resume un católico moderno — se obtiene casi el *pacifismo clásico*." De hecho, tanto Agustín como la Iglesia se basan en las premisas: ¡violencia contra violencia! ¡Vengar la injusticia! ¡Matar sin cargos de conciencia! ¡Ver también en la guerra de expansión "una dicha"! ¡Y en la "doctrina de Cristo" sobre los soldados "la gran salvación"![977]

Otro discípulo de Jesús afirma en la actualidad: "La realidad en este caso era que desde el siglo IX, y especialmente en el xi, en buena medida como consecuencia de la lucha defensiva contra los pueblos paganos, la Iglesia adoptó frente a la guerra una postura cada vez más positiva [...I" (Auer). ¡Como si no hubiera autorizado y estimulado desde los siglos IV y V todas las grandes carnicerías y guerras ofensivas! ¡Ni siquiera entonces practicaba el "pacifismo clásico" de Agustín! Tampoco el arzobispo Senecio de Cirene, que, refiriéndose a los asurianos, una tribu del desierto, así como al gobernador provincial Andronikos, que provocaba a la Iglesia, lanzó la frase: "Es feliz quien se desquita de ellos; feliz quien golpea a sus hijos contra las rocas". Asimismo predicaba: "¡La espada del verdugo contribuye a purificar a la población en no menor medida que el agua bendita en la puerta de la iglesia!". Como si en su época no se hubiera esforzado Jeznik de Kolb, el principal escritor eclesiástico armenio, en justificar la venganza de sangre! Ya el obispo Teodoreto había escrito: "¡Los hechos históricos demuestran que la guerra nos aporta muchos más beneficios que la paz!".[978]

De nuevo nos resulta muy instructivo Orosio, el discípulo de Agustín. La guerra le parece a Orosio algunas veces una cosa cruel, lo peor. Sin embargo, en el fondo las *miseríae bellorum* eran una cuestión de la época pagana, mientras que la era cristiana es de progreso pacífico. Si ahora también hay guerras, algo que Orosio no puede

---

[976] August. ep. 185; 189; 220; 205 retract. 2,48. Posid. vita August. 17; 28 s. Procop. bell. vand. 1,3,1 s; 1,3,5. Salv. de gub. dei 7,16; 7,94 s. Jordanes de orig. act. Get. 33,167 s. dtv Lex. Antike, Geschichte I 180. Güidenpenning 282 s. Stein, Vom romischen 474 s. Gautier 173 s. Gentili 363 s. Schmidt, Wandalen 172 s. Fischer, Vólkerwanderung 73 s. Lachmann 16. Van der Meer, Augustinus 251. Maier, Augustin 198 ss. Bury, History I 245 s. Diesner, "Comes Africae" 100 s. El mismo, Untergang 35 s, 46 s. El mismo, Kirche und Staat 100 s (aquí reseñas extensas sobre todas las fuentes importantes). El mismo, Vandalenreich 48. El mismo, Afrika und Rom 107 s. Brown, Augustinus 369 s. V. Haehiing, Religionszugehorigkeit 478 s.

[977] Stratmann III 255.

[978] Synes. Cyr. ep. 57; 108; 121. Jez. von Kolb c. Philos. 1,10. Theodor. h.e. 5,41. Kraft, Kirchenváter Lexikon 464. Marcuse 25. Homus 177 s. Vogt, Synesios 15 s. Auer, Kriegsdienst 1319.

negar, se trata de juicios de Dios, como por ejemplo debido a la "herejía" arriana, en el caso de la guerra civil con Constancio II o la aniquilación del "hereje" Valente en Adrianópolis (que por lo demás era responsable, junto con el arrianismo, de todo tipo de cataclismos). Por supuesto, contra las "guerras defensivas" presentaba tan pocas objeciones como Agustín, y al igual que éste, aprobaba determinadas contiendas ofensivas. Siempre que una guerra se lleva a cabo en interés del propio bando, del cristianismo, de la romanidad, el presbítero Orosio hace la vista gorda, y de este modo no logra ver ningún mal en ello, sobre todo porque el Estado romano cristiano constituye para él el Estado ideal, el emperador romano cristiano, siempre que no sea un "hereje" (como Constancio o Valente), es el emperador ideal, y a él están sometidos los ciudadanos, lo mismo que los cristianos a Dios. Si en una guerra por tales ideales las pérdidas propias son pequeñas, se trata incluso de una "guerra feliz". Las víctimas del otro lado, las de los "bárbaros", los godos (especialmente malos cuando son paganos, algo menos si son cristianos), no le preocupan a Orosio. Actúa como si no se hubiera derramado ni una sola gota de sangre, ambivalente y contradictorio, tal como tan a menudo se manifiesta con respecto a los "bárbaros" que caen sobre el Imperio con el permiso divino *(permissu Deí),* si bien él, Orosio, habría preferido expulsarlos de nuevo.[979]

142

Sólo son dolorosas las guerras civiles, las de romanos contra romanos, de cristianos contra cristianos. Sin embargo, tales guerras civiles, de manera análoga a como sucede con las defensivas contra los "bárbaros", son, gracias a la ayuda divina, cortas y casi incruentas, sin grandes pérdidas, opina Orosio, al revés de lo que sucedía en otros tiempos. En efecto, las guerras de su emperador ideal, de Teodosio, acumulan victoria sobre victoria y se erigen así, sin derramamiento de sangre, en soberbios testigos de la *témpora christiana.* En especial las guerras civiles de Teodosio contra los rebeldes Arbogasto y Eugenio. Desde la fundación de Roma, asevera el discípulo de Agustín, no ha habido ninguna guerra "iniciada con tan piadosa necesidad, llevada con tan divina beatitud y atenuada con obras de caridad tan indulgentes [...I". Y añade Orosio, el irreducible fanático del progreso: mientras que en siete siglos de historia pre-cristiana sólo existe un único año de paz, en la era cristiana las guerras desaparecen, constituyen la excepción; con el nacimiento de Cristo regresa la tranquilidad, la *pax augusta* se prolonga con una *pax christiana.* Y no basta con eso: a los "felices tiempos cristianos" ya transcurridos se añadirán otros más felices aún por venir.[980]

Agustín vivió el desmoronamiento del dominio romano en África, cuando las hordas vándalas invadieron Mauritania y Numidia en el verano de 429 y en la primavera de 430. Fue testigo de la aniquilación de la obra de toda su vida: ciudades enteras fueron pasto de las llamas y sus habitantes asesinados, sin que en ningún lugar las comunidades católicas, esquilmadas por la Iglesia y el Estado, opusieran resistencia; al menos no existe ninguna relación de ello. La fortificada Hipona fue defendida, como ya dijimos, ni más ni menos que por el general Bonifacio, el marido

[979] Oros. hist. 7,22,6; 7,22,9; 7,26,5; 7,33,8; 7,35,19; 7,37,14. Lippoíd, Rom 71 s, 81 s.Gretz98s, 123 s. 277

[980] Oros. hist. 4,11,4; 4,12,5 s; 7,1,11; 7,6,8; 7,22,9; 7,35,6 s; 7,35,19 **s.** Goetz 102 s, 122 s. Schóndorf 44s.

de una arriana, y por sus godos igualmente arríanos. Pero Agustín, enclaustrado, en medio de la catástrofe, se consolaba con una idea que refleja lo peor de él: "¿Qué se tiene contra la guerra, quizás que mueran seres humanos que alguna vez tenían que morir?", así como con las palabras: "No es grande quien considera muy trascendente el hecho de que caigan árboles y piedras y que mueran los hombres, que de todos modos deben morir". Eran las palabras de un pagano, Plotino.[981]

143

Agustín murió el 28 de agosto de 430, y fue enterrado ese mismo día. Un año después Hipona, retenida por Bonifacio durante catorce meses, fue evacuada y parcialmente incendiada. El biógrafo de Agustín, el santo obispo Posidio, que al igual que el maestro era un ferviente combatiente contra los "herejes" y los paganos, vivió todavía algunos años entre las ruinas, y después el clero amano le desterró de Calama, tal como él mismo había expulsado antaño al obispo donatista. No se conocen ni la fecha ni el lugar de su muerte.[982]

[981] Posid. Vita 28,11 s. Piolín, Enneade 1, 4,7. Brown, Augustinus 371 s.

[982] Prosper v. Aquitan. Chron. ad a. 438. LThK 1.a ed. Vffl 397. Brown, Augustinus 379. Cf. también nota 129.

144

CAPITULO 4. LOS NIÑOS EMPERADORES CATÓLICOS

"Estos soberanos siguieron los ejemplos del gran Teodosio."
CARDENAL HERGENROTHER, HISTORIADOR DE LA IGLESIA[983]

"También los emperadores eran piadosos católicos."
PETER BROWN[984]

"El mundo se hunde."
SAN JERÓNIMO[985]

La división del Imperio: surgen dos estados católicos forzados

El año en que Agustín fue nombrado obispo (395), murió en Milán el emperador Teodosio I. Dirigentes clericales le habían incitado de manera reiterada contra los paganos, los judíos y los "herejes", incluso contra los enemigos exteriores del Imperio, y los santos Ambrosio y Agustín le habían glorificado. Y ya en el siglo v, los círculos eclesiásticos dieron el sobrenombre de "el Grande" a aquel hombre que podía verter la sangre como agua.

Tras su muerte, el Imperio romano se dividió entre sus dos hijos. El Imperio de Occidente desapareció en 476, mientras que el de Oriente, como Imperio bizantino, perduró hasta 1453.

La unidad continuó existiendo en teoría. Muchas leyes aparecían en el nombre de ambos regentes, y las que promulgaba alguno de ellos en solitario, adquirían a menudo fuerza legal aquí y allí. Sin embargo, de forma paulatina fueron distanciándose. Cada una de las mitades del Imperio siguió un rumbo político particular, y la pronta aparición de la competencia condujo a la mutua mengua de poder. También desde el punto de vista cultural fueron diferenciándose cada vez más con el correr del tiempo. En Occidente apenas se hablaba griego, mientras que en Oriente el latín, aunque seguía siendo lengua oficial, iba quedando cada vez más relegado en favor del griego. Mientras gobernaban todavía los hijos de Teodosio comenzaron ya los conflictos, desempeñando en todo ello los germanos un papel esencial. En Oriente se produjo un cambio rápido de los detentadores del poder fáctico. En Occidente, Estilice, casado con Serena, sobrina de Teodosio, dirigió los asuntos de Estado durante más de una década.[986]

145

[983] Hergenroter, Kirchengeschichte I 319, 322.

[984] Brown, Augustinus 194.

[985] Cf. Nota 45.

[986] Pauly V 132, 372 s. dtv Lex. Antike, Geschichte III 225 s. Otto, Papyrus-forschung 312. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 44 s. Van der Meer, AlteKircheI13.

Desde esta división, nunca ningún otro monarca reunió bajo su mando al Imperio. En Constantinopla, Arcadio (395-408), de diecisiete años de edad, gobernaba sobre Oriente, que seguía siendo un territorio gigantesco: todo lo que más tarde sería Rumania, Servia, Bulgaria, Macedonia, Grecia, Asia Menor con la península de Crimea, Siria, Palestina, Egipto, la Libia inferior y Pentápolis. En Milán, Honorio (395-423), de once años de edad, mandaba sobre Occidente, que era todavía más grande, más rico, pero con una importancia no equiparable políticamente.

Ambos "niños emperadores", tutelados por la Iglesia y famosos por su piedad, continuaron la política religiosa de su padre. Si éste había luchado solo contra la "herejía"— uno de los principales blancos de sus ataques — con más de veinte disposiciones, sus hijos y sus sucesores apoyaron el catolicismo con multitud de nuevas leyes. Lo favorecieron desde los puntos de vista religioso, jurídico y financiero, aumentaron sus posesiones, dispensaron al clero de ciertos empleos, de algunos impuestos y del servicio militar. Resumiendo, la identificación del soberano con la cuestión de la ortodoxia, ya existente con Teodosio, se convierte ahora en el "repertorio" habitual (Antón).[987]

Con ello, el Estado de confesión católica fue aterrorizando cada vez más a aquellos que tenían una fe distinta, aunque continuara habiendo paganos incluso en puestos elevados; por lo que se sabe, eran cinco con Arcadio y catorce con Honorio (ningún acto verdadero de tolerancia: a estos heterodoxos de valía y experimentados en el puesto se les seguía necesitando). La situación cambia al llegar al siglo v, en especial con Teodosio

II. Al principio se perseguía menos a los disidentes individuales — también los arríanos ocuparon cargos importantes (cuatro, conocidos, con Arcadio y uno con Honorio) — que a la institución, se llevaba menos una política personal pro-cristiana que una política religiosa muy favorable a los cristianos; en resumen, una política con "*tolérance pour les personnes, intolérance pour les idees*" (Chastagnol). Sin embargo, la "iglesia imperial romana" que surgió en el curso del siglo IV se alineó con mayor decisión del lado del Estado que la favorecía. Rezaba por él, proclamaba que su poder era de Dios, le concedía por así decirlo una base metafísica: las viejas relaciones entre el trono y el altar.[988]

146

Es cierto que en la primitiva cristiandad el odio a lo mundano estaba muy extendido, que en el Nuevo Testamento se llama al Estado "gran puta" y "horror de la Tierra" y que al emperador se le consideraba un servidor del demonio. Sin embargo, desde Pablo hubo también un sector proclive al Estado, que se adaptaba conscientemente y que fue imponiéndose poco a poco. En efecto, escribía Ireneo: "No fue el diablo quien distribuyó los reinos de este mundo, sino Dios". Tertuliano aseveraba que "Los cristianos no son enemigos de nadie, y menos del emperador". El obispo Eusebio, cronista de la Iglesia, aseguraba después de que Constantino hubiera adoptado el cristianismo: "Qué afectuoso recibimiento dispensaron a los guías de cada una de las iglesias los funcionarios civiles y militares". San Juan Crisóstomo

[987] Socrat. 6,23. Soz. 9,1. Hieron. ep. ad Ager. 17; ep. 123,17. Cf. Cod. Theod. 16,5,25 s; 16,5,35 s; 16,6,4; 16,10,13 s. Diesner, Kirche und Staat 43. Antón, Selbstverständnis 54 s.

[988] V. Haehiing, Religionszugehórigkeit 222 s, especialmente 526, 590 s.Chastagnol ibíd. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 92.

afirmaba sin sombra de duda que aunque al principio Dios había dispuesto "sólo *un* dominio", "el del hombre sobre la mujer", pronto creó también otros "poderes", a saber, "príncipes y magistrados", con lo cual Dios deseaba "que una parte gobernara y la otra obedeciera; que el dominio fuera monárquico y no democrático", y también que los príncipes y los súbditos, los ricos y los pobres, fueran unos al encuentro de los otros, que unos deberían "amoldarse", los otros no. En resumidas cuentas, con las banderas desplegadas se iba hacia los detentadores del poder. Y solamente si éstos se resistían a la Iglesia, entonces era válido, al igual que sigue siéndolo hoy: debes obedecer más a Dios que a los hombres... "Dios", como es necesario repetir sin cesar, eran — son — ellos, no sólo teóricamente, sino también en la práctica.[989]

En Oriente y en Occidente los centros de gobierno cristianos presentaban la misma imagen: sin cesar intrigas palaciegas, luchas por el poder, crisis de ministros y asesinatos. Los "niños emperadores" católicos — Arcadio, Honorio, después también Valentiniano III y Teodosio II— carecían de independencia, eran unas nulidades coronadas incapaces de tomar decisiones, rodeados de un enjambre de codiciosos cortesanos, altos dignatarios, generales germánicos y, también, eunucos. Con el beneplácito personal de sus majestades, los castrados les rodeaban permanentemente, y los más importantes de ellos, los administradores de palacio, aunque a menudo habían sido adquiridos en el mercado de esclavos, competían muchas veces con los funcionarios imperiales de mayor rango y tenían incluso influencia política entre los potentados poco importantes. Algunos *magister officiorum* actúan en ocasiones como auténticos regentes, en Occidente es Olimpio, en Oriente son Helio, Nomus y Eufemio; la "gran" política queda en manos de los *magistri militum,* de los generales imperiales que en ocasiones luchan entre sí en todos los frentes; una parte de ellos son germanos, que se han vuelto poco a poco imprescindibles para la defensa de las fronteras, como es el caso de Estilicen en Occidente y de Aspar en Oriente; otra parte son romanos: Aecio, Bonifacio. Este último cae sobre el primero; Aecio, Aspar y Estilicen son asesinados. Y como sucede con frecuencia en los tiempos de "decadencia", ¡cuando no todos se desmoronan!, no pueden pasarse por alto algunas de las mujeres de la casa imperial: en Oriente Pulcheria, Eudoquia y Eudoxia, en Occidente Gala Placidia.[990]

147

Pero detrás de las mujeres (si bien no sólo *detrás* y no sólo *de ellas)* había un clero intrigante, en el que muchos altos funcionarios que temían por sus cargos gustaban de buscar apoyo mediante nuevos edictos de "herejes". También los obispos continuaron mezclándose en los asuntos de los funcionarios; ya durante el siglo IV y más todavía en el v, usurpaban sus facultades, se las arreglaban sobre todo para ampliar el ámbito de la jurisdicción eclesiástica, la *episcopalis audientia,* el *episcopale iudicium,* las "funciones arbitrales" de los obispos, aunque sin poder desplazar a los tribunales estatales, sobre todo porque se procuraba evitar a los eclesiásticos y, algo

[989] Apk. 17,1; 17,5. Heilmann, Texte III 314 s, 326, 530, IV 102. Deschner, Hahn 499 s con muchas pruebas.

[990] Socrat. 6,8; 7,21,8 s. Soz. 9,1 s. Theophan. a. 5901, 5920 s. Euagr. h.e. 1,20. Marc. Diac. vita Porphyr. 36 s. Lexikon der alten Weit 3048. dtv Lex. Antike, Geschichte 184,152,180, III 225 s. Güidenpenning 56 s. Gregorovius 190. Dunlap 161 s. Stroheker, Senatorischer Adel 43 s. Dannenbauer, Entstehung I 29, 197, 226, 232. Maier, Verwandiung 119 s. Chadwick, Die Kirche 290. Clauss, Magister offíciorum 1s, 153,159,173.

que resulta muy revelador, se prefería acudir a los otros.

En los países germanos el arbitraje de los clérigos no consiguió echar raíces. En principio, ya desde Constantino I, en un proceso civil cualquiera se podía acudir al obispo, aunque es discutible si se consideraban de igual valor los procedimientos episcopales y los terrenos. No obstante, todo esto minó todavía más la ya de por sí abandonada administración. Surgió un Estado cristiano forzado que al final se desintegró en Occidente, menos por la entrada de los "bárbaros" que por sí mismo, al que la Iglesia, en lugar de reforzar—ciertamente no el único motivo de la catástrofe—, continuó socavando, y que se arruinó y acabo siendo heredado.[991]

Arcadio, Rufino, Eutropo

Arcadio, que siendo todavía niño fue nombrado Augusto en el año 383 y en 384 se convirtió en soberano independiente de Oriente, fue educado primero por su madre Aelia Flaccilla, una católica estricta, y después por el diácono Arsenio, que procedía de Roma. Aunque no carente de formación — hasta un pagano, Temistios, prefecto de Constantinopla, había sido su maestro—, el monarca dependió siempre de sus asesores y también de su mujer Aelia Eudoxia (madre de santa Pulcheria y de Teodosio II), una decidida antigermana, a la que Arcadio empujó también contra los "herejes" y los seguidores de la antigua fe, y que dirigió en buena medida su política interior. El 7 de agosto de 395, el emperador, que contaba entonces diecisiete años, censuró la negligencia de las autoridades en la persecución de los cultos idólatras.[992]

148

Pero sobre todo, tras la muerte de su padre, el joven príncipe cayó en las manos del galo Flavio Rufino, su tutor.

El *praefectus praetorio orientis,* al que no se menciona en la mayoría de las historias de la Iglesia, aconsejó al parecer a Teodosio, el promotor de su carrera, que ordenara el baño de sangre de Tesalónica, una de las masacres más abominables de la Antigüedad, que el propio Agustín tachó de repugnante. Rufino de Aquitania, hermano de la virgen Silvia, era un "cristiano fanático"(Clauss). Interrumpió los contactos con los paganos Simaco y Libanio. Construyó la iglesia de los Apóstoles en Chalquedonia y la enriqueció con (presuntas) reliquias de Pedro y Pablo procedentes de Roma, y fundó, en las proximidades de la anterior, un monasterio para monjes egipcios. Brilló por sus donaciones a la Iglesia, lo mismo que por su enérgica defensa de la "ortodoxia" frente a los paganos y los "herejes". Los obispos le adulaban. Nada menos que Ambrosio, santo y padre de la Iglesia, le llamaba "amigo", si bien es cierto

---

[991] Cf. ya Didasc. 2,47 s. Además Chrysost. sac. 3,17. August. ep. 33,5. En ocasiones con actitud negativa: Ambros. ep. 82; off. 2,24. Thür/Pieler, Gerichtsbarkeit 465 s. Steinwenter, Audientia 915 s. El mismo, Rechtsgang 1 s. Bell, Audientia 139 s. Busek 453 s. Selb 162 s. También aparece allí numerosa bibliografía. Dannenbauer, Entstehung I 243, 273 s, 393, 398. Diesner, Kirche und Staat 9 s. Noethlichs, Bischofsbiid 30 s, especialmente 41 s.

[992] Socrat. 5,10; 6,8. Soz. 12,12. Them. or. 16,204 c. 213 a. Zos. 4,57,4. Eunap. frg. 62 s. Cod. Theod. 16,5,24 s; 16,10,13. Zonar 13,19. Baur, Johannes 11 30 s. Rauschen 433. Lexikon der alten Weit 242. Pauly I 497, II 407. dtv Lex. Antike, Geschichte I 135. Güidenpenning 3, 22 s. Stein, Vom romischen 345 s. Daley 465.

que admitía también lo mucho que se odiaba y temía a Rufino.

Lo primero que hizo fue desplazar de palacio a su rival, el general y antiguo cónsul Promotos, un pagano, trasladándole como castigo disciplinario a su unidad, después de lo cual fue asesinado, hecho que se atribuyó de manera generalizada a Rufino. En el año 392 se encargó del derrocamiento del *praefectus praetorio* Tatiano, un pagano erudito, y ocupó él mismo su puesto. El 6 de diciembre de 393 hizo decapitar (ante los ojos de su padre) a Proculus, hijo de Tatiano y prefecto de la ciudad de Constantinopla, con tanta diligencia que no le llegó el perdón del emperador. Arrebató a Tatiano sus bienes y le expulsó al exilio como a un mendigo. También fue obra suya el asesinato de Luciano, en 395, un cristiano y hombre de sorprendente sabiduría jurídica, cuyos bienes pasaron a manos de Rufino. Tras las quejas de un pariente del emperador, hizo detener a Luciano en medio de la noche en Antioquía, su sede oficial, y sin juicio ordenó que ante sus ojos le azotaran hasta la muerte con bolas de plomo. El amigo de los curas se enriqueció de todos los modos posibles a costa de ricos y pobres. Concedía cargos al mejor postor, vendía esclavos del Estado, premiaba a los delatores, hacía falsas denuncias, se dejaba sobornar en los procesos y amasó tan enormes tesoros que Simaco, el representante de la romanidad tradicional más importante de su época, habla de un "robo en el orbe". Además de referir su codicia, que el poeta Claudiano censuró especialmente, los historiadores antiguos llaman a Rufino arrogante, cruel, corrompido, cobarde. Al parecer también él inició la enemistad entre la Roma de Oriente y la de Occidente. Y, por último, al intentar casar a su hija con Arcadio, pretendió hacerse con todo el Imperio.[993]

149

Pero precisamente cuando Rufino esperaba así subir al poder, él mismo perdió la cabeza. En todos sus planes se cruzó su enemigo más encarnizado, el antiguo eunuco y ahora ministro Eutropo, un sirio comprado en el mercado de esclavos y castrado desde el comienzo de su juventud, que reinaba *defacto* en el Imperio de Oriente y dirigía al estúpido emperador "como a una cabeza de ganado" (Zósimo). Quizás confabulado con Estilicón, en noviembre del año 395 Eutropo hizo que las tropas godas, ante los ojos del soberano, acuchillaran a Rufino hasta reducirlo a una masa informe: destrozar el rostro, sacar los ojos, despedazar el cuerpo; después, pasearon su cabeza por la ciudad, clavada en una lanza. Al final, Eutropo se apoderó de buena parte de los bienes robados por Rufino. También en todos los restantes aspectos se hizo cargo de su herencia, con una codicia sin límites: destierros arbitrarios, confiscaciones, chantajes, intrigas, aunque en general sin comportarse cruelmente.[994]

---

[993] Symm. ep. 3,81 s. Socrat. 6,1. Zos. 4,49 s; 4,51 s; 4,57,4; 5,1,1 s; 5,12 s; 6,10; 6,51. Soz. 8,1. Cod. Theod. 5,18; 7,3,1; 8,6,2; 16,10,12 y también Ambros. ep. 52. Eunap. frg. 62 s. Claudian. Ruf. 1,176 s; 223 s. Liban, or. 1,269 s. Hieron. ep. 60,16. Joh. Ant. frg. 190. Pierer XIV 438 s. Pauly-Wissowa 7. Hbbd. 1931, 2463 s. 25. Hbbd. 1926, 1614 s. 45. Hbbd. 1957, 734. Demandt, Magister militum 715. Pauly III 750, IV 1178, 1465. dtv Lex. Antike, Geschichte III 151. Ibíd. Philosophie IV 242. Güidenpenning 16 s, 57 s, 72 s, 440 s. Schuitze, Geschichte 1336 s. Baur, Johannes 11 40. Rauschen 439 s. Seeck, Untergang V 235. Stein, Vom romischen 351 s. Cartellieri I 6. Schmidt, Die Ostgermanen 302, V. Stauffenberg 91 s. Nischer-Ealkenhof, Stilicho 58 s. Steinmann, Hieronymus 226. Bury, History 1107 s. Stroheker, Senatoris cher Adel 208 s. Maier, Verwandiung 119 s. Dannenbauer, Entstehung I 197 s. Tinnefeid 68 s. V. Haehiing, Religionszugehórigkeit 73 s, 587 s. Clauss 187 s. Held 139. Elbemll4s.

[994] Socrat. 6,5,3. Hieron. ep. 60,16. Zos. 5,7; 5,8,1 s; 5,9,2; 5,12,1. Philostr. 11,3. Cod. Theod. 11,40,17. Pauly-Wissowa 1970, VI 1, 1520 s. Lexikon der alten Weit 2677. Rauschen 491 s. Güidenpenning 47 s. Baur, Johannes II 91 s. Stroheker, Senatorischer Adel 208 s. Steinmann 237. Elbem 128 s. V. también notas

Poco a poco Eutropo fue corrompiéndolo todo, al soberano, a la emperatriz, que era una estricta católica, y a la Iglesia, cuyos privilegios recortó en favor del Estado. Limitó su derecho de asilo y las funciones de los tribunales episcopales. Nombrado patricio en 398 y cónsul (primer eunuco que alcanzaba tal cargo) en 399, ese mismo año cayó en desgracia. Y no fue otro que san Juan Crisóstomo, que debía a Eutropo la silla patriarcal, quien en un famoso sermón predicado en la catedral, con un doble sentido muy clerical, declaró que "había actuado injustamente" contra el clero. "Luchas contra la Iglesia y te hundes a tí mismo en el abismo", si bien el santo no quería "insultar" al eunuco, "escarnecerle" o "reírse de su desgracia". Al poco, Arcadio insultó al que hasta entonces había cubierto de honores, llamándole en un edicto condenatorio "vergüenza del siglo", "sucio monstruo". Desterró a Eutropo a Chipre y en 399 le hizo ejecutar en Chalquedonia bajo la injusta acusación de haber usurpado insignias del emperador. (La forma habitual de ejecución era decapitación o estrangulamiento.)[995]

El "verano caliente" del 400. San Juan Crisóstomo y la masacre de godos en Constantinopla.

El general Gainas, un godo arriano, que ascendió con rapidez en el ejército romano, había logrado entretanto encumbrarse. Estuvo en 394 en la guerra contra Eugenio, en 395 en la campaña de Estilicen contra Alarico, participó a continuación en el asesinato de Rufino, y de 396 a 399, por así decirlo bajo el mando de Eutropo, fue *comes et magister utrius-que militiae.* Un día enviaron a Gainas a los jefes del partido contrario a los germanos, su mayor adversario: el cónsul Aureliano, el consular Saturnio y el escribiente Juan. Sin embargo, el godo sólo les tocó con la espada, dando a entender manifiestamente que habrían merecido la muerte, y los envió al exilio.[996]

150

Ahora bien, tras una desgraciada operación en el año 399 contra el godo Tribigildo, que se había levantado en armas, Gainas cayó en sospecha. También en Constantinopla, como reacción a los pillajes de los godos, los tributos de guerra y todo tipo de demagogias, se había desarrollado una rigurosa orientación nacional, un notable antigermanismo "representado sobre todo por cristianos ortodoxos" (Heinzberger). El pueblo, incitado con rumores, odiaba sin más a los germanos, a los "bárbaros" y a los "herejes" arríanos, que incluso aspiraban a tener su propia iglesia en la capital. Por ese motivo, Gainas mantenía una viva polémica con el patriarca Juan Crisóstomo, que intentaba vehementemente "convertir" a los godos y que había asignado a los godos católicos un templo propio, la iglesia de San Pablo, convirtiéndose así en "el fundador de una iglesia nacional "alemana" en

anteriores.

[995] Chrysost. In Eutropium. Socrat. 6,6. Soz. 8,7,5; Zos. 5,17 s. Philostorg. 11,6, Cod. Theod. 9,40,16; 9,44,1; 11,40,17; 16,2,32 s. Eunap. frg. 75,6. Pauly II 470. Lexikon der alten Weit 930. dtv Lex. Antike, Geschichte II 27. Baur, Johannes II 99 s. Elbem 129,134.

[996] Theodor. h.e. 5,31,1 s; 5,32,1. Socrat. 6,5 s. Zos. 4,57,2: Joh. Ant. frg. 187; 190. Zos. 4,57,3; 5,7,4 s. Pauly-Wissowa VII 1912, 486 s. V. también las Notas siguientes.

Constantinopla" (Baur, católico).

Sin embargo, el obispo prohibió de manera estricta los servicios religiosos arríanos. Protestó ante el emperador contra las peticiones de Gainas de una iglesia propia. Se desató en improperios contra los arríanos y los restantes "herejes". Rogó insistentemente al soberano, dominado por Eudoxia, la fanática antigermana—desde el año 400 augusta—, que no permitiera que le arrojaran los perros al santo. Es mejor perder el trono que traicionar a la casa de Dios; compárense los consejos similares que impartía su colega Ambrosio. La intervención del obispo animó a los ciudadanos, con los que ya se habían producido conflictos. Se rebelaron en el "verano caliente" del año 400, debido probablemente a la xenofobia, a las diferencias entre los pueblos. "Sin embargo, lo decisivo fue el antagonismo confesional; el derramamiento de sangre se inicia, curiosamente, cuando Gainas exige para sus godos arríanos la concesión de una iglesia" (Aland).

El partido nacional había armado a los ciudadanos y atacó, junto con la guarnición romana y la guardia de palacio, a la minoría goda. Gainas se salvó con una parte de sus tropas la noche del 12 de julio de 400, cuando se produjo el asalto a la puerta de la ciudad. Sin embargo, muchos de sus soldados, junto con sus mujeres e hijos, fueron asesinados o bien quemados en el interior de la "iglesia de los godos", donde habían buscado refugio, en total, al parecer, más de siete mil personas. Se produjo "a instigación del obispo Crisóstomo" (Ludwig), aunque quizás en mayor medida a instancias del más tarde obispo Sinesio. Sus manifestaciones como emisario son típicas del antigermanismo que imperaba en Constantinopla. El prestigio de san Juan Crisóstomo "se reforzó con estos disturbios"; sin embargo, no fue, como opina el católico Stockmeier, porque estuviera "por encima de los partidos", sino porque estaba del lado de los vencedores. Los católicos, que eludían la lucha abierta, quitaron el techo de la iglesia y masacraron a los "bárbaros" con una lluvia de pedradas y vigas ardiendo, dando muerte hasta al último de ellos (34 años antes el procedimiento ya había dado buenos resultados en Roma, en la lucha entre dos papas). Tras la batalla, entonaron una acción de gracias al cielo y Crisóstomo volvió a ensalzar en su sermón a quien dirigía los destinos humanos.[997]

151

El fugitivo Gainas, ahora oficialmente enemigo del Estado, se dirigió a Tracia para reunirse con sus gentes al otro lado de la región inferior del Danubio. Sin embargo, tras la aniquilación de su ejército, al cruzar el Helesponto el 23 de diciembre de 400, por parte del cabecilla huno Uldino, al que había comprado el gobierno, fue muerto

[997] Philostorg. 11,4 s. Theodor. 5, 30; 5,32 s. Eunap. frg. 75 s. Rufin 2,54 s. Chrysost. hom. 8; de stat. 2,3; en ill. vidi Domin hom. 4,4 s. Socrat. 6,1; 6,6; 7,10. Zos. 5,8 s. 5,13 s. 5,17 s. Soz. 8,4; 8,7. Synes. de regno 14 s. Cod. Theod. 9,40,17; 9,45,3. Joh. Ant. frg. 190. Pauly-Wissowa VII 1912, 487. Pauly II 407. dtv Lex. Antike, Geschichte II 27. Schäferdiek, Germanenmission 506. Rauschen 434 s. Güidenpenning 86 s, 120 s. Bühier, Die Germanen 41. Cartellieri I 107. Stein, Vom romischen 287, 345, 357 s. Baur, Johannes II 69 s, 107 s. Giesecke, Die Ostgermanen 82, 116. Kornemann, Weltgeschichte II 369. Nischer-Ealkenhof, Stilicho 44, 84 s, 92 s. V. Stauffenberg 93 s. Altaner 241. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 45 Nota 2. Enssiin, Einbruch 107. Ludwig, Massenmord 18. Bury, History 1129s. Dannenbauer, Entstehung 1214, 275. Thompson, Visigoths 105 s. Chadwick, Die Kirche 292. Brooks, The Eastem 459 s. Manitius, Migrations 263. Langenfeid 148. Heinz-berger 34. Tinnefeid 179 s, ve aquí el "primer levantamiento popular sin motivos religiosos que está comprobado". Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 91. V. Haehling, Religionszugehórigkeit 269, 465. Albert, Zur Chronologie 504 s, Stockmeier, Johannes Chrysostomus 136. Aland, Glaubenswechsel 65 s.

y su cabeza enviada a Constantinopla a comienzos del año siguiente, donde en el invierno de 401-402 Aureliano volvía a ocupar el cargo de *praefectus praetorio orientis.*[998]

Caza de cabezas, persecución de paganos y "herejes"

A la cristiandad le gustaba contemplar las cabezas de los enemigos vencidos; los gobernantes encontraban placer en ello y también los gobernados. Era habitual enviar por todo el Imperio la cabeza de los castigados importantes, como trofeos de guerra. "Matar" — dice Mark Twain — es la máxima ambición del género humano y uno de los primeros acontecimientos de su historia, pero sólo la cultura cristiana ha levantado un triunfo del que puede estar orgullosa. En dos o tres siglos se reconocerá que los cazadores de cabezas más hábiles son todos cristianos [...]."[999]

Ya Constantino, el primer gobernante cristiano, hizo que en el año 312, después de la batalla del puente Milvio, llevaran sus tropas la cabeza del emperador Majencio en el desfile triunfal, arrojándole piedras y excrementos, y luego la envió a África. También la cabeza del usurpador Julio Nepotiano, que se rebeló probablemente a instancias de Constantinopla, fue paseada en el año 350 por Roma, el día 28 de su gobierno. Tres años más tarde, en muchas provincias del Imperio pudieron contemplar la cabeza del usurpador Magnencio. Como signo de victoria cristiana también sirvieron las cabezas de Procopio, un pariente del emperador Juliano, en el año 366, de Magnus Maximus en 388 y de Eugenio en el 394. A finales del siglo IV o comienzos del V se expusieron también las cabezas de Rufino, Constantino III, Jovino, Sebastián e incluso, en ocasiones, las de parientes de personajes caídos en desgracia.[1000]

152

Además de por su política hostil a los godos, los gobiernos de Arcadio y de Honorio se caracterizaron por las persecuciones contra los paganos y los "herejes"», y por tomar unas medidas todavía más rigurosas que las de su padre, que en 388 todavía saludaba a sacerdotes paganos revestidos en Emona, perteneciente en aquella época a Italia.[1001]

El mismo año en que accedieron al poder, los nuevos soberanos amenazaron a los cristianos reincidentes con una aplicación más estricta de los decretos vigentes hasta la fecha, y a los funcionarios que los incumplieran, con la pena de muerte. En 396 se anularon todos los privilegios y las prebendas que tenían los sacerdotes de los templos y se prohibieron las fiestas paganas. En 399 se dio la orden de derribar los templos rurales, la primera ley para su destrucción. El material resultante se utilizó para la construcción de caminos, puentes, conducciones de agua y murallas. Los oratorios de las ciudades se pusieron a disposición del público. Aunque se protegían las obras de arte, los obispos y los monjes rara vez las respetaban. Se procedió a destruir los altares y retirar las estatuas de dioses que todavía quedaban. No sólo se

---

998 Socrat. 6,6. Soz. 8,4,20. Zos. 5,22,2; Philost. 12,8. V. también última nota.

999 Mark Twain, ***El extranjero misterioso. Obras completas*** V 704 s, cit. según Ayck, Mark Twain 348.

1000 Elbem 20, 136. Con todas las remisiones a las fuentes.

1001 Paneg. lat. 2,37,4 B. Según Lippold/Kirsten 169.

las prohibió en el culto sino que también se impidió que fueran mostradas en los baños; así lo ordenó Arcadio en 399 y Honorio en 408 y 416, después de que una ley para la confiscación definitiva de todas las imágenes de dioses quedara tan sin efecto como muchas anteriores.[1002]

Los decretos dictados en nombre de ambos emperadores tenían validez para todo el Imperio, pero su aplicación fue más indulgente en Occidente, y se limitaba principalmente a anteriores disposiciones.[1003]

Por supuesto, ambos gobernantes combatían a los cristianos heterodoxos, ya fuera por medio de leyes agravadas o mediante las nuevas que dictaban.

En los años de transición al siglo V amenazaron a los "herejes" con la confiscación de los bienes, la expulsión o el exilio. Incluso los niños que se negaban a convertirse perdían toda su fortuna. Los cristianos no católicos tuvieron que entregar sus iglesias a los "ortodoxos". No podían construir otras nuevas ni utilizar domicilios privados para fines de culto, ni celebrar reuniones y servicios religiosos, ni recurrir a sacerdotes, ya fuera pública o secretamente. A los "herejes" se les privó de sus derechos civiles, se les prohibió llamarse cristianos, testar o heredar en virtud de un testamento. Y en el año 398 se impuso la pena de muerte por "herejía", aunque reservada al principio sólo a los maniqueos, que eran a los que se perseguía con mayor dureza. Sin embargo, todos estos intentos de sometimiento y erradicación los alentó por lo general la "gran Iglesia".[1004]

153

Honorio, Estilicen, Alarico y las primeras incursiones de cristianos germanos

Al principio, en nombre del emperador occidental Honorio (395-423), coronado cuando su padre Teodosio se encontraba ya en el lecho de muerte, y que contaba sólo once años de edad al morir éste, gobernó el semivándalo y general del ejército imperial *(magister militum)* Flavio Estilicen.

Hijo de un oficial vándalo, que dirigió con Valente un regimiento de caballería, era católico, aunque su política religiosa sufrió grandes vaivenes. Así, por ejemplo, hizo arrancar de las puertas del templo de Júpiter Capitolino los adornos de oro, ordenó la quema de los antiquísimos libros sibilinos, persiguió judicialmente a los "herejes", en especial a los donatistas, gracias a la intervención de Agustín, y restableció los privilegios de la Iglesia. Pero, por otro lado, Estilicón autorizó de nuevo la estatua de la Victoria, e incluso, por razones de Estado, favoreció a algunos paganos, como en el caso de la prefectura de Roma. Hubo siempre un cierto número de éstos a los que se hacían concesiones con objeto de atraerlos hacia la casa imperial cristiana, puesto

---

[1002] Cod. Theod. 16,7,6; 16,10,13 s; 16,10,15 s; 16,10,18 s. Fredoüille 885. Funke 810. dtv Lex. Antike, Geschichte I 135. Güidenpenning 397 s. Geffcken, Der Ausgang 178 s. Knópfler 149. Bihimeyer, Kirchengeschichte 196. Diesner, Kirche und Staat 9 s. Tinnefeid 276.

[1003] Heinzberger 35 s.

[1004] Cod. Theod. XVI 1,3; 4,3; 5,3. 4. 7. 8. 11. 12. 14. 15. 21. 26. 34 (pena de muerte). 39. 40. 45. 52. 53. 54. 57. 58. 65. 66; XVI 6,4. 5. 6; 16,16,7 y otros. Kober, Deposition 735 s. Güidenpenning 395 s. Voigt, Staat und Kirche 40 s. Lorenz, Dasvierte 76. Antón, Selbstverständnis 59.

que se necesitaba también al Senado como contrapeso a la autoridad de Constantinopla. Con habilidad logró satisfacer la ambición de paganos importantes mediante el cargo de prefecto de la ciudad, de enorme tradición en Roma, pero al mismo tiempo los mantuvo alejados de los puestos de decisión política.[1005] Desde 384, Estilicón estuvo casado con la sobrina de Teodosio, Serena, una mujer enérgica y fanática, que poseía una gran influencia en la corte de Honorio, al que había cuidado desde niño. Estilicón casó en 398 a su hija María con el emperador, y tras la muerte de ésta, a su hija menor, Termantia, lo que incrementó su influencia sobre el soberano, que dependió durante toda su vida de muchos otros personajes.[1006]

En tiempos de Estilicen se produjo la irrupción en Italia de los visigodos, una tribu germánica que había abrazado el cristianismo bastante pronto. Los godos se convirtieron en los principales misioneros entre los pueblos germanos. Pronto la mayoría de los "bárbaros" que desde mediados del siglo IV se habían asentado en las provincias danubianas, sobre todo en Panonia y Mesia (donde en otros tiempos ya había "obispados"), ya no eran paganos sino arrianos. Según el historiador de la Iglesia Sócrates, impresionados por su derrota frente a Constantino, es decir, obligados por la espada, los godos "creyeron en la religión del cristianismo". Estos déspotas ansiosos de poder les combatían constantemente — en 315, 323, 328—, y les vencían, con una derrota especialmente grave en 332, en la que sus muertos, entre los que al parecer se incluían mujeres y niños, se cifraron en cien mil. Las más recientes investigaciones admiten también que los éxitos guerreros de Constantino y la relación política de los godos con el Imperio romano dieron "impulso" a la cristianización de éstos. Ya desde Teodoreto, el obispo, el padre de la Iglesia, demostró su eficacia el curioso dicho: "Los hechos históricos demuestran que la guerra nos proporciona mayores beneficios que la paz".[1007]

154

Después de haber aniquilado a Valente en 378 en Adrianópolis, los godos, reforzados con los hunos y los alanos, habían invadido el Imperio romano de Oriente. Sin embargo, más tarde, Alarico I, el fundador de la monarquía visigoda, se alió con el emperador Teodosio, y en el año 394, en la batalla de Frígido contra Eugenio, el intenso reclutamiento de visigodos rindió un elevado tributo de sangre, cifrado al parecer en diez mil muertos, lo que dio pie a la sospecha de que Teodosio los había sacrificado intencionadamente.

Inmediatamente después de su muerte, Estilicen devolvió al este a sus peligrosos compañeros de armas. Pero una vez allí, Arcadio se negó ahora a hacer más pagos a los colonos del área danubiana, con lo que bajo el mando de Alarico invadieron el

---

[1005] V. Haehiing, Religionszugehórigkeit 467 s, 597 s.

[1006] Cod. Theod. 16,2,30; 16,2,36; 16,5,39; 16,5,53; 16,10,15. August. ep. 97,2 s. Schuitze, Geschichte I 335 Claudian, de cons. Stil. 3,176 s. Paúl. Diac. hist. Rom. 13,7. Zosim. 5,28; 5,38. Rutil. Namat. De Red. suo 2,52. Prudent. c. Symm. 2,709 s. Olymp. frg. 2 Oros. hist. 7,38,1. lordan. Get. 30. Philostorg. 12,2. Schäferdiek, Germanenmission 497. Pauly V 132, 372 s. Lexikon der alten Weit 1327 s, 2926. dtv Lex. Antike, Geschichte II 121, III 225 s. Rauschen 230, 300. Stein, Vom romischen 346 s. Según Giesecke, 279 Die Ostgermanen 167, Estilicón era católico. NischerFaIkenhof, Stilicho 21 s, 143. Komemann, Weltgeschichte III 367. Vogt, Der Niedergang Roms 359 s. V. Haehling, Die Religionszugehórigkeit 466 s.

[1007] Philostorg. h.e. 2,5. Sozom. h.e. 2,6. Euseb. V.C. 3,7. Theodor. h.e. 5,41. Socrat. h.e. 1,18. Kótting, Christentum I (difusión) 1147. Schäferdiek, Germanenmission 497 s. Cf. también 504 s. Lippold/Kirsten 181. Vogt, Die kaiserliche Politik 184 s. Chadwick, Die Kirche 292.

Imperio — "casi sin excepción cristianos [...], incluso cristianos convencidos" (Aland); disponían ya de una orden eclesiástica propia creada por el obispo Sigishari y también de monjes—. Ocuparon los Balcanes, así como, hasta su extremo sur, la casi inerme Grecia. Según Eunapios de Sardes (hacia 345-420), un fervoroso enemigo de los cristianos, la traición de los monjes permitió también el ataque de Alarico en las Termopilas. Sea como fuere, nunca había quedado Grecia tan devastada con anterioridad: Macedonia, Tesalia, Beocia, Ática. A los tebanos les salvaron sus gruesas murallas. Atenas (a la que protegían Atenea y Aquiles, un cuento tendencioso pagano) fue terriblemente saqueada. El resto del país, sus villas, templos y obras de arte, sufrió durísimos castigos, Corinto fue incendiada, y Beocia quedó desolada durante decenios. Por lo general, los godos cristianos saqueaban por completo las ciudades, según un testimonio contemporáneo confirmado en multitud de ocasiones, "degollando a los hombres, pero llevándose a las mujeres y a los niños en grupo, junto con sus bienes, como botín" (Zósimo). Por exageradas que puedan ser tales palabras, lo cierto es que la catástrofe fue terrible. Afectó por igual al paganismo, aunque la misión eclesiástica supo aprovecharlo, permitiendo a san Jerónimo ver "toda Grecia bajo el dominio de los bárbaros" y escribir: "El alma se estremece ante la visión de las ruinas de nuestro tiempo".[1008]

155

El emperador Arcadio, no obstante, nombró a Alarico *magister militum per Illyricum,* y Estilicen cesó la lucha contra él. El caudillo de los godos se mantuvo tranquilo por espacio de cinco años. Entonces la "*perfidia graecorum*", la Bizancio conspiradora con los "bárbaros", atizada por el miedo a la Roma de Occidente y la envidia de Rufino contra Estilicon, se defendió, valiéndose de un método que habría de hacer escuela: el apartamiento de Alarico hacia el Imperio de Occidente.[1009]

Desde los días de los cimbrios y de los teutones — diezmados por Mario en Aquae Sextiae y Vercellae (102-101 a. de C.) hasta quedar reducidos a un pequeño resto—, ésta fue la primera invasión de "bárbaros" en Italia.[1010]

Procedentes de los países del Danubio, severamente sangrados, los visigodos se abrieron camino en noviembre de 401 hacia Italia. Utilizaron los puertos alpinos que ya conocían de sus campañas con Teodosio, en el Bimbaumer Waid (al noreste de Trieste). El momento había sido bien elegido. Estilicen había enviado todas sus tropas disponibles hacia Reda para defenderse de un ataque de los vándalos, dejando las fronteras desguarnecidas, y la corte — Honorio preparaba ya su huida en Occidente — había buscado protección en Milán por consejo de Estilicen, adonde éste

---

[1008] Rufin 2,100 s; 2,124 s; 2,171 s. Oros. 7,35,19. Víctor. Epit. 47 s. Ammian 31,16. Socrat. 5,1; 6,1; 7,10. Soz. 7,1 s; 9,9,1. Eunap. frg. 42. Vitae Sophistarum 472 s. Zos. 4,24 s; 5,4,2; 5,5,4. lordan. Get. 140. Philostr. 12,2. Hieron. ep. 60,16. Olymp. frg. 26. Pauly-Wissowa 11894, 1286 s. Schäferdiek, Germanenmission 505. Cf. también 512. Rauschen 436 s. Schuitze, Geschichte 1435 s. Seeck/Veith451 s. Bühier, Die Germanen 41, 412. Schmidt, Bekehrung 248 s. Schmidt, Ostgermanen 258 s. Nischer-FaIkenhof, Stilicho 44 s, 63 s, especialmente 68 s. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 45. A. v. Müller, Geschichte unter unseren Füssen 115. Maier, Verwandiung 128, 138. Vogt, Der Niedergang Roms 365. Enssiin, Einbruch 105 s. Aland, Von Jesús 219. El mismo, Glaubenwechsel 60 s. Sasel 126. Tinnefeid 243 s. Stockmeier, Bemerkungen zur Christianisierung 315 s, afirma que la cristianización de los godos se remonta hasta el siglo III y "por ese motivo no se la podría relacionar desde sus orígenes con el arrianismo" (323).

[1009] Pauly-Wissowa 11894, 1287. Allí todas las remisiones a las fuentes.

[1010] Ibíd. 1287 s. dtv Lex. Antike, Geschichte II 190, III 248.

acudió con unidades procedentes de Galia y Bretaña. Los godos, que entretanto habían conquistado Venecia, fracasaron a las puertas de Milán ante el gran número de tropas con las que se encontraron. Una batalla que duró hasta la noche en Pollentia (Pollenzo), ocasionando abundantes pérdidas, y que Estilicón había iniciado el 6 de abril de 402, el lunes de Pascua (día en que sus contrincantes arríanos no querían luchar), quedó sin decidir. Sin embargo, su campamento, la familia de Alarico y todo el botín cayeron en manos de Estilicen, y entonces se acordó un alto el fuego. Pero en Vérona, que invadieron ese mismo año o el siguiente, después de un cerco fueron derrotados por el *generalissimus* imperial, si bien éste no se ensañó con las tropas, muy debilitadas por el hambre, la peste y las deserciones, sino que les dejó huir por los Alpes Julianos, ya que no lograron pasar a través del Brennero.[1011]

156

Claudio Claudiano, el último gran poeta romano, cantó en su época la matanza de Vérona: "Cuando el soldado [romano] agotado se retira de la línea de batalla, él [Estilicónl emplea tropas auxiliares [bárbaras] para reparar el daño. Gracias a esta astuta artimaña debilita a los salvajes vecinos del Danubio mediante la fuerza de sus parientes de sangre, y transforma la lucha en una doble ganancia para nosotros, pues por ambos lados caen bárbaros" *(Et duplici lucro committens proelia vertitlln se barbariem nobis utrimque cadentem)*.[1012]

La aversión de los romanos hacia los "bárbaros", el deseo de eliminar germanos mediante los propios germanos aprovechando sus discordias, algo en lo que ya sueña Tácito, se pone cada vez más de manifiesto en el curso de la migración de los pueblos —¡qué vocablo tan inocente!—, agudizado generalmente por el antagonismo religioso, puesto que los católicos se identificaban cada vez más con el ideal imperial romano. Conceptos tales como "Roma" y "romano" reflejan ahora para ellos el "orden" del mundo deseado por Dios. Y junto a los círculos de la nobleza, son especialmente los padres de la Iglesia, tales como Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Orosio y Próspero Tiro, los que crean una imagen con frecuencia espantosa de la brutalidad "bárbara", que no pocas veces supone simplemente una "propaganda de horrores" (Diesner).[1013]

Según Prudencio (348-después de 405), el principal escritor católico de la primera época y el más leído y admirado en la Edad Media, la diferencia entre romanos y "bárbaros" es la misma que existe entre el hombre y el animal. La victoria no se debe a los dioses paganos, no, afirma Honorio, sino que la fe cristiana ha reforzado a las legiones. Prudencio, que glorifica a la Iglesia y acaba queriendo "vivir exclusivamente para Cristo" (Altaner/Stuiber), pondera también que el patriotismo y el militarismo

---

[1011] Claudian, bell. Goth. 84 s, 213 s, 414 s, 481 s, 521 s, 588 s. lordan. Get. 30. Oros. 7,37. PaulyWissowa 11894, 1288. dtv Lex. Antike, Geschichte 196 s, III 226. Lexikon der alten Weit 100. RGA I 127. Güidenpenning 133 s. Seeck, Der Untergang V 328 s. Bühier, Die Germanen 41,412. Cartellieri 112. Stein, Vom romischen 378 s. Schmidt, Ostgermanen 303. Schmidt, Bekehrung 248 s. Capelle 224 s. Nischer-FaIkenhof, Stilicho 100 s. Enssiin, Einbruch 107 s. Bury, History 1160 s. Wirth 242. Kantzenbach, Kirche im Mittelalter 29. Maier, Verwandiung 128. Claude, Westgoten 17, 25. El mismo, Adel 21 s. Fines 9. Heinzberger 61 s. Wenskus 322 s. Wolfram, Gotisches Konigtum 1 s.

[1012] Claudian, paneg. de sext. cónsul Honor, aug. 218 s. CIL VI 1710. Tusculum-Lexikon 69. Lexikon der alten Weit 638 s. dtv Lex. Antike, Philosophie I 316 s. Pauly 11202 s. NischerFaIkenhof, Stilicho 115 s.

[1013] Tácito, Germania 33. Oros. hist. advers. pag. 7.43. Diesner, Das Vandalenreich 12 s. Chadwick, Die Kirche 292.

fortalecen al cristianismo.[1014] (¡Y lo sigue haciendo hasta la fecha al pie de la letra!)

El sentimiento antigermano lo alienta en Oriente el enviado Silesio (fallecido en 413414). Este terrateniente procedente de la vieja nobleza provincial instiga sin rodeos al emperador para que muestre una mayor actividad, ¡y más tarde, sin bautizar y con una actitud negativa frente al cristianismo, es nombrado, a pesar de criticar abiertamente su escatología, obispo de Ptolomeo y metropolitano de Pentápolis!

157

En el año 410, Sinesio se deja ordenar por el patriarca Teófilo de Alejandría, con la condición de que como obispo podrá seguir manteniendo sus ideas no cristianas, así como su matrimonio; deseaba expresamente "muchos y bien educados hijos", puesto que aunque Dios le había dado la ley, el patriarca le había dado a su mujer. El inventor de una nueva arma para la lucha contra los "bárbaros" organizó la guerra contra las tribus del desierto e hizo encendidas proclamas, lo que no le convertía en una excepción. Los obispos organizaban a menudo las acciones contra los germanos y los persas. (Un ataque de estos últimos, por ejemplo, contra una ciudad de Tracia, lo rechazó el obispo local cuando consiguió alcanzar de lleno al jefe de sus enemigos con una enorme catapulta que él mismo había disparado. Auténticos hechos milagrosos nos los reseña también un obispo de Toulouse, que dirigió el ejército durante un asedio.)

Sin embargo, Sinesio, el prelado infiel que probablemente cayó en la lucha contra las tribus del desierto, intervino también con gran dureza contra cualquier "herejía" que apareciera. Invitaba a "eliminar de nosotros a los cristianos adversarios igual que a un miembro incurable, para que con él no se eche también a perder el resto sano del cuerpo. Puesto que la mancha se transmite, y quien toca a un impuro tiene parte de la culpa [...] Por ese motivo, la Iglesia de Ptolomeo ordena a sus hermanas en todo el mundo lo siguiente", y aparece entonces un primer ejemplo de bula de excomunión contra cristianos que han caído en desgracia: "Se les deben cerrar todos los distritos y locales santos. El demonio no participa del paraíso; si se introduce de manera subrepticia, se le expulsará. Exhorto por lo tanto a todos los ciudadanos y funcionarios a no compartir con ellos ni el mismo techo ni la misma mesa, y en especial a los sacerdotes a no darles la bienvenida como seres vivos ni acompañarles cuando estén muertos [...]".[1015]

El demonio, para el proclamador de la buena nueva, es el amor al prójimo y al enemigo: ¡el cristiano de distinta confesión!

El príncipe de la Iglesia infiel Sinesio pronunciaba sermones "de una irreprochable corrección dogmática". ¡Y podía muy bien estar haciendo comedia, como tantos de los suyos! Pero ¿le molesta esto a la Iglesia? Las disputas con él comienzan "siempre allí donde los teólogos se toman realmente en serio su oficio y desean hacer

---

[1014] Prudent. c. Symm. según Grisar, Geschichte Roms 29 s. Cf. c. Symm. 2,816. Pauly IV 1202 s. Altaner/Stuiber 407 s.

[1015] Synes. ep. 58; 105. Pauly 1497 s, V 453. Lexikon der alten Weit 2464, 2960 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 464 s. Vogt, Synesios 23 s. Chadwick, Die Kirche 291. Con amplitud: Tinnefeid 139 s. Schneider, Geistesgeschichte 389. Altaner/Stuiber 282 s. Según Straub, Regeneratio 248, "el obispo cristiano Silesio" se dirige al emperador Arcadio, aunque éste hace ya más de dos años que ha muerto (408) desde que Sinesio fue nombrado obispo (410).

obligatorio para ellos y la Iglesia la idiosincrasia de la fe cristiana" (Von Campenhausen).[1016]

Honorio, montado sobre el carro de la victoria y con Estilicón a su lado, se apresuró a dirigirse hacia Roma, por el puente Milvio, con los gloriosos espolies de la victoria en la escolta de Cristo, como canta Prudencio. Un germano cristiano había luchado contra germanos cristianos y así había protegido de nuevo a Italia contra los germanos.

158

La invasión de Radagaiso, la muerte de Estilicen y nuevas matanzas de godos católico-romanos

A finales de 405 irrumpió un nuevo grupo de germanos, más violento, formado en su mayoría por ostrogodos paganos, dirigidos por el rey Radagaiso, procedente de Panonia, y a comienzos de 406 invadieron Italia: unas doscientas mil personas según Orosio e incluso cuatrocientas mil en opinión de Zósimo, lo cual es un disparate. Sea como fuere, el pánico cundió por toda Italia. El godo asedió Florencia, pero ante la presencia de Estilicón hubo de retirarse a las montañas (Fiésole). Allí le cercó Estilicen con una estrategia rutinaria, "gracias a la divina Providencia" (Orosio), y les rindió por hambre; según Agustín, que lo atribuye a "la misericordia de Dios", murieron "¡más de cien mil hombres, sin que mataran ni a un solo romano ni hirieran siquiera a alguno!". El 23 de agosto de 406, al intentar atravesar las líneas romanas, Radagaiso fue hecho prisionero y poco después decapitado. Sus tropas capitularon. El número de prisioneros convertidos en esclavos fue tan grande que afectó a los precios del mercado. Uno a uno fueron vendidos por unas pocas monedas de oro. Dios ha ayudado, celebra Agustín, "maravilloso y misericordioso".

Estilicen, el salvador de Italia, recibió en el foro una estatua con la inscripción: "A su excelencia [*ilustrísimo viro*] Flavio Estilicen, dos veces cónsul, *magíster* de las dos armas, comandante de la guardia, caballerizo mayor y desde la juventud ascendido hasta el parentesco real por todos los escalones de una brillante carrera militar, acompañante del inmortal emperador Teodosio en todas las campañas y en todas las victorias, también emparentado con él, suegro de nuestro señor el emperador Honorio, y al que el pueblo romano, debido a su popularidad única y su preocupación, y en recuerdo de su gloria imperecedera, ha decidido colocar en una estatua de bronce y plata en la tribuna de los oradores [...]."

Pero a finales de 406, los vándalos, alanos y suevos cayeron sobre las Galias y las conquistaron. Y alrededor de esa época — tantas veces llamada *mala témpora* — se produjeron una usurpación tras otra.

Primero, a finales de 406, se levantó el usurpador Marco en Bretaña, y poco después, en 407, fue asesinado. Cuatro meses más tarde perdió la vida su sucesor Graciano. Ese mismo año se rebelaron las tropas británicas bajo el mando de Flavio Claudio Constantino III (407-411). De simple soldado había pasado a ser emperador; también era cristiano, como la mayoría de los que usurparon el trono desde

[1016] V. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 125 s.

Constantino I, como demuestran las fuentes literarias o las inscripciones de las monedas. Constantino III se dirigió con un ejército hacia las Galias y después envió a su hijo Constante — que antes de llegar a césar era monje — a Híspanla, donde derrotó a un ejército dirigido por parientes de Honorio, y Constantino hizo ejecutar a dos de los comandantes, Didimo y Vereniano. Los otros jefes de los vencidos huyeron a Italia, adonde se dirigió entonces Constante, después de que su padre le nombrara augusto. Contra Constantino III se rebeló ahora su propio *magíster militum* Gerontio, amenazado de destitución. Gerontio nombró a su hijo Máximo emperador en contra de Constante, venció a éste y le persiguió por las Galias, donde a comienzos de 411 ordenó que le decapitaran, en Vienne, antes de que a él mismo le obligaran a suicidarse en Híspanla. Constantino III fue vencido por el general de Honorio, se hizo consagrar sacerdote y se entregó en Arles, su ciudad de residencia, tras recibir garantías por su vida; pero el emperador católico le hizo decapitar en agosto de 411 en Mincio, junto con su hijo menor Juliano. También Décimo Rústico y Agrecio, dos altos funcionarios de Constantino III y del emperador galo Jovino, fueron cruelmente asesinados en Clermont con sus principales partidarios. Sin embargo, mientras tanto, adelantándonos unos pocos años a los acontecimientos, Alarico amenazaba con una nueva invasión de Italia. Estilicen se encontraba en dificultades. Aconsejaba ceder, pero los católicos se oponían. Odiaban al descendiente de un vándalo y una provinciana romana, odiaban a *un* hombre que a pesar de todas sus luchas contra los "herejes" había suspendido la destrucción de los templos y que incluso había restituido la estatua de la Victoria al lugar que ocupara en la sala de sesiones del Senado, aunque no como imagen de culto sino como adorno.[1017]

159

En resumidas cuentas, el antigermanismo de Oriente estaba penetrando cada vez más en Occidente.

Con motivo de la incursión de los "bárbaros" sobre Italia, el padre de la Iglesia Jerónimo atacó la política de Estilicón. Veía en los germanos el presagio del anticristo, o incluso le consideraba personificado en ellos. En una carta dirigida a la joven viuda Geruchia (¡ah, a cuántas jóvenes mujeres escribía el santo, y qué mordaz se mostraba muchas veces!), a la que intentaba disuadir de un nuevo matrimonio, a mitad del texto se interrumpe y se dirige hacia la historia universal: "Pero ¿qué hago yo? Mientras el barco se hunde estoy hablando del desembarco. Quien detiene la decadencia es eliminado, y todavía no comprendemos que viene el anticristo [...]. Innumerables masas de pueblos salvajes se han derramado por toda la Galia. La totalidad del territorio comprendido entre los Alpes y los Pirineos, entre el océano y el Rin, ha sido devastado por cuados y vándalos, sármatas y alanos, gépidos y hérulos, sajones, burgundios, alamanes y — desgraciado Imperio—, nuestros enemigos de Panonia, *pues Assur viene con ellos.* Maguncia, que fue antaño una famosa ciudad, ha sido conquistada y destruída por ellos, varios miles de personas fueron asesinadas en la iglesia. También ha caído Worms después de un prolongado asedio. La sólida ciudad de Reims, así como Amiens, la región costera de los Merinos, Toumay, Espira y Estrasburgo, todo esto se encuentra ahora en manos de los germanos. Aquitania,

[1017] Thompson, Zosimus 163 s. Elbem 32 s, 102 s, 132 s, 141 s con todas las referencias. Además, cf. Nota 37.

Nueva Galia, la región de Lyon [...]". Jerónimo no encuentra fin a su elocuencia. Le brotan las lágrimas y se le secan. "¿Quién hubiera pensado que todo esto sería posible? ¿Qué obra de historia lo relatará en una lengua digna? ¡Que Roma lucha dentro de sus fronteras no para aumentar su gloria sino por su existencia! ¡No, no lucha, sino que compra su vida a cambio de oro y de todos sus bienes! No podemos imputar todas nuestras desgracias a nuestros emperadores temerosos de Dios. Se lo debemos a la perfidia de un traidor semibárbaro, que con nuestros medios ha proporcionado armas a nuestros enemigos."[1018]

160

No, según Jerónimo el culpable no era el piadoso gobernante católico, sino Estilicón, al que la inscripción de su estatua en el foro romano inmortalizaba como partícipe en todas las guerras y victorias del emperador. (Se arrancó ahora de ella el nombre de Estilicón.) Un traidor semibárbaro había llevado con dinero romano a los enemigos contra el Imperio. De todos modos, lo mismo creían los paganos romanos, todos los adversarios antigermánicos de Estilicón, "de la administración y de la Iglesia católica" (Elbem). Existía la sospecha permanente de que aspiraba a conseguir la corona para su hijo Euquerio, ya fuera el dominio sobre el Imperio de Oriente o sobre el de Occidente, de donde al parecer quería apartarle Honorio. Se afirmaba, además, que Euquerio, presunto cristiano, proyectaba una persecución contra los cristianos. Por supuesto, a Estilicen se le atribuyen ansias de poder, planes para robar el trono, e incluso se extiende el rumor de que había hecho acuñar monedas para él y que su mujer Serena había impedido el embarazo de sus hijas, las sucesivas mujeres del emperador, para apoyar las intenciones usurpadoras de su marido. Sin embargo, no había ninguna duda de su fidelidad al soberano, que ahora repudiaba a la hija de Estilicón, Termantia, aun cuando hubiera deseado que Alarico, que se había apresurado a acudir a Epira, se hubiera dirigido contra la Roma de Oriente, con la que no había finalizado la disputa desde los tiempos de Rufino.

Pero era el católico Olimpio, el jefe de la facción enemiga de Estilicen en Italia, quien más incitaba al emperador en su contra. Y cuando, el 13 de agosto de 408, Honorio presidía un desfile militar en Ticinum (Pavía), Olimpio, un ferviente católico "de la más estricta observancia" (Clauss) que debía mucho a Estilicón, hizo degollar a los amigos de éste que había en la comitiva imperial: el *praefectus praetorio* de Galia, Limesio, el *magíster militum per Gallias,* Chariobaudes, el *magíster equitum,* Vicente, el *antiguo praefectus praetorio* de Italia, Longiniano, el *comes domesticorum,* Salvio, y el *magíster officiorum,* Nemorio, al que sucedió Olimpio. El *quaestor sacri palatii* fue muerto mientras se abrazaba a las rodillas del emperador. En la ciudad, los soldados asesinaron a todos los funcionarios que caían en sus manos.[1019]

[1018] Cita según Steinmann, Hieronymus 307 s. Allí la bibliografía.

[1019] August. de civ. dei 5,23; ep. 96. serm. 105,10. Hieron. ep. 123,16, Philost. 12,2. Oros. 7,37 s; 7,40,4. Zos. 5,26; 5,28,2; 5,32; 5,34; 5,38; 6,2. Paulin. Vita Ambros. 50. Olymp. frg. 2; 12 = FGH 4,59. Pauly-Wissowa III 1899, 2144. RGA 1123. dtv Lex. Antike, Geschichte II 218, III 226. Lexikon der alten Weit 2506, 2926. Schäferdiek, Germanenmission 512. Fines 190. Schuitze, Geschichte I 358. Grisar, Geschichte Roms 30. Stein, Vom romischen 381 s. Cartellieri 13 s y otros señalan que los ostrogodos penetraron "en número enorme" en el norte de Italia y fueron "aniquilados" en Fiesole. Schmidt, Ostgermanen 265 s, 303. Nischer-Falkenhof, Stilicho 125 s, 149 s. Mazzarino 290 s. Thompson, Settiement 65 s. Maier, Augustin 48. Bury, History 1167 s. Vogt, Der Niedergang Roms 360. Enssiin, Einbruch 108. Langenfeid 149. Clauss,

Después de haber eliminado a sus partidarios y de haber atacado y matado mientras dormían a su guardia personal, formada por hunos fieles, Estilicón fue destituido, y el 21 de agosto, al abrigo de la noche, buscó asilo en una iglesia de Rávena. Debido a su emplazamiento, protegida en una península entre el Adriático y las lagunas, esta ciudad había sido elegida desde el año 400 como nueva residencia principal en Occidente, en lugar de Milán, situada en una llanura abierta. La traición y el asesinato alevoso prosperaron aquí. En la mañana del 22 de agosto de 408, los soldados sacaron a Estilicón de la iglesia mediante engaños. Le juraron y afirmaron solemnemente en presencia del obispo que el emperador — el yerno de Estilicen — no les había encargado que fueran a matarle, sino que le escoltaran. Una carta de su católica majestad le proporcionó más seguridad. Sin embargo, apenas había abandonado la iglesia, cuando le fue leído un segundo escrito imperial, que le comunicaba su condena a muerte por alta traición; al día siguiente cayó su cabeza.

161

Tras la matanza de Ticinum, Olimpio ascendió ese mismo mes de agosto a *magíster officiorum* (un título que los modernos historiadores traducen como "mayordomo mayor", "mayordomo imperial", "presidente de toda la corte", "ministro del Interior", "*minister of Foreign Ajfairs*", "*ministre de la pólice genérale*"*).* Era un cargo que estaba a la cabeza de los cuatro principales altos cargos del Imperio desde la segunda mitad del siglo IV, y que entre otras cosas asignaba también (y sobre todo) a quien lo ostentara las cuestiones de política religiosa y los "*agentes in rebus*"*,* una odiada organización que gozaba de mala fama, encargada de transportar las cartas y órdenes imperiales, de realizar servicios de confidentes y espionaje, e incluso a veces de ejecutar "encargos especiales", tales como la eliminación de personalidades de elevada posición.

Por consiguiente, Olimpio se convirtió en el hombre fuerte. Torturó hasta la muerte a los amigos de Estilicón y confiscó todos los bienes de otros compañeros suyos. Por iniciativa suya, y con efectos a partir del 14 de noviembre del año 408, se excluyó a los enemigos de la Iglesia católica ["*catholicae sectae*"*)* de las dignidades de la corte y se les prohibió servir en palacio. Lo que no está claro es si la exclusión afectaba sólo a los "herejes" o también a los paganos. Siguieron después nuevas medidas punitivas contra los donatistas, el 24 de noviembre de 408 y el 15 de enero de 409. Otras leyes adicionales amenazaban a los católicos que apostaran de su fe y reforzaban el poder de los obispos. El partido antigermánico logró la supremacía con Olimpio. Por todo el Imperio de Occidente se persiguió a los seguidores de Estilicen y a todos los germanos. Aunque el único hijo que había tenido con Serena (desposado en el año 400 con la hermana del emperador, Gala Placidia) pudo huir, fue encontrado en una iglesia al norte de Roma y los eunucos del emperador le mataron. Sin embargo, como escribe Ferdinand Gregorovius, mientras exponían a la curiosidad de los romanos su cabeza ensangrentada, "no sospechaban su propio destino". (Orosio, el discípulo de Agustín, imputa al hijo de Estilicen planes para una restauración pagana.) Igualmente, por orden del Senado, la viuda de Estilicón, Serena, sobrina del emperador Teodosio, fue muerta en Roma. Mataron asimismo al marido de la hermana de Estilicón, el *comes africae* Batanarius, y su cargo pasó a manos de Heracliano, que fue a su vez asesinado más tarde. Al mismo tiempo, por todas las

Magíster officiorum 98 Nota 118. Elbem 129 s. Heinzberger 51, 92 s, 124 s. V. también la nota siguiente.

ciudades del país, tropas italianas asesinaban a numerosas mujeres e hijos de mercenarios germanos. Y, finalmente, el Estado confiscó los bienes de todos aquellos que debían su puesto a Estilicón.[1020]

162

Aunque la responsabilidad familiar no era algo lógico entre los sobe ranos cristianos, a los que tanto gustaban de llamar "benignos", con mucha frecuencia los hijos de los condenados compartieron el destino de sus padres. En virtud de ello cayeron multitud de familiares, especialmente en el caso del tan odiado Estilicón. Y no era tampoco raro que se tomara cruel venganza contra los partidarios del adversario eliminado. Mientras un orador, después de la batalla del puente Milvio, celebraba la "bondadosa victoria" de Constantino y su "benignidad", se estaba exterminando a toda la casa del emperador Majencio y pasando a cuchillo a sus principales seguidores. Algo similar sucedió después de la victoria sobre Licinio, que por su parte, y con el júbilo de los padres de la Iglesia, había ordenado el exterminio de las familias imperiales. Durante la matanza de parientes después de la muerte de Constantino, el cristianísimo Constancio II, "obispo de los obispos", mandó asesinar a la mayoría de los miembros masculinos de la casa imperial, a sus dos tíos, seis primos y numerosas personas incómodas de palacio. Asimismo, tras el suicidio de Magnencio, el primer contraemperador germano, acaecido en el año 353 en Lyon, rodaron numerosas cabezas de entre los enemigos de Constancio. Igualmente, dos años más tarde, con ocasión de la eliminación del franco Silvano, aquél hizo dar muerte a los soldados sobornados, así como a los funcionarios. Al liquidar al usurpador Procopio, decapitado después de que le entregaran sus propios oficiales, y a Marcelo, que fue atrozmente despedazado, en el año 366, también se ejecutó a sus parientes. Apenas un decenio más tarde, los partidarios del contraemperador Firmio fueron masacrados en África con una crueldad inhabitual por orden del general Teodosio, padre del que más tarde sería emperador. Cuando al propio general, víctima de una intriga palaciega, se le decapitó en Cartago en el año 376, varios de sus amigos compartieron con él ese destino. Y también con el fracaso del príncipe berebere Gildo –hermano de Firmio—, que fue estrangulado a finales de julio de 398, parte de sus funcionarios acabaron en manos del verdugo o se suicidaron; el obispo donatista Opiato de Tamugadi, aliado suyo, murió en prisión.[1021]

Por lo general se respetó a las mujeres de los derribados. No obstante, hubo también algunas excepciones. Así, por ejemplo, la esposa del *magíster peditum* Barbatio, tras descubrirse la conspiración de éste, fue ejecutada junto con el general en Sirmio (cerca de Belgrado), en 359. Por regla general, las mujeres y los familiares afectados quedaban sumidos en la pobreza. Una ley de Arcadio, promulgada en el

---

[1020] 38. Hieron. ep. 123,16 s. Cod. Theod. 5,16,31; 16,5,42; 16,10,15 s. Oros. 7,38; 40,3. Eunap. frg. 62 s. Philost. 11,3; 12,1 s. Zos. 5,32 s; 5,34,5 s; 5,35; 5,37,4; 5,38; 5,44; 5,45,3. Olymp. frg. 6. Pauly-Wissowa I 1894, 1289; III 1899, 123; VI 1909, 282 s. dtv Lex. Antike, Geschichte n 42, ni 226. Fines 189 s. Gregorovius 156 s. Schuitze, Geschichte I 334 s. Grisar, Geschichte Roms 59 s. Costanzi 481 s. Griitzmacher, Hieronymus 111194 s. Cartellieri 14. Stein, Vom romischen 348, 382 s, 385 s. Schmidt, Ostgermanen 303 s. Capelle 233. Nischer-FaIkenhof, Stilicho 19, 136 s, 147 s. Dannenbauer, Entstehung 1200 s, 206 s. Pavan, La política gótica 71. Maier, Verwandiung 122. Vogt, Der Niedergang Roms 365. Waas 38 s. Straub, regeneratio 196 s. Demandt/Brummer 480 s. V. Haehiing, Religionszugehórigkeit 467, 602. Clauss, magister officiorum 1 s, 23 s, 61, 98 Nota 118, pág. 123, 130, 174. Elbem 141.

[1021] Cf. además de las reseñas citadas en tomo I Elbem 13 s, 18 s, 24 s, 131 s, especialmente 136 s, con toda la restante bibliografía.

año 397, perdonaba a los hijos de los reos de alta traición, pero confiscaba su herencia y les excluía del servicio al Estado; las hijas recibían una cuarta parte de la herencia de la madre.[1022]

163

De todos modos, una cosa era el papel y otra la realidad. Así, con la caída de Estilicón, no sólo fueron ejecutados su hijo y su cuñado, sino también su mujer.

Detrás del débil Honorio estaba la nacional-romana y católica camarilla de la corte, estaban los cristianos de credo más estricto, en especial, como cabecilla de la conjura, el asiático y *magíster officiorum* Olimpio, de cuyas oraciones se prometía mucho el emperador Honorio. Olimpio, primero protegido de Estilicón y más tarde su enemigo, alcanzó a través suyo un importante cargo en la corte del emperador, pero acabó siendo quien con mayor ahínco instigó contra él, e incluso después de su muerte acosó de manera brutal a sus seguidores. San Agustín apreciaba tanto a este piadoso advenedizo que le felicitó por partida doble, la primera vez ante los simples rumores y la segunda cuando los hechos se conocieron oficialmente. Tal como escribe Agustín, el ascenso se ha producido "por sus servicios". De inmediato exhorta a Olimpio a que haga realidad la ejecución de las leyes antipaganas. ¡Era el momento de mostrar a los enemigos de la Iglesia lo que significan las leyes! La postura de Agustín demuestra como los cristianos esperan precisamente ahora de Olimpio la definitiva puesta en práctica de las medidas contra los paganos y los "herejes" que Estilicón, siguiendo las presiones cristianas, había introducido mediante los decretos del 22 de febrero y del 15 de noviembre de 407, "una especie de arreglo definitivo con los adversarios de la fe católica y en el nivel político con los del Estado cristiano" (Heinzberger). Por el lado de los católicos se creía que una victoria sobre los "bárbaros" requería como condición previa la aniquilación del paganismo.[1023]

La caída de Roma (410) y los pretextos de Agustín

Furiosos por la masacre católico-romana, los soldados germánicos, al parecer unos treinta mil hombres, se pasaron al bando de Alarico. Huyeron de Italia hacia la esfera de influencia política del rey godo, que había esperado en Epira inútilmente al ejército de Estilicen. Tampoco los soldados romanos de Occidente recibieron sus sueldos. Así, Alarico avanzó por Panonia hacia Italia. De camino ya, exigió a Estilicón, mediante mensajeros, 4.000 libras de oro para su marcha hacia Epira; una suma muy considerable que el Senado sólo aprobó con gran renuencia después de una intervención de Estilicón, pero que después, a la vista de los cambios producidos en el gobierno del Imperio romano de Occidente, no había pagado. Alarico, que entretanto había atravesado los Alpes Julianos desprotegidos e invadía Italia, cruzó el Po por Cremona, asolándolo todo a su paso, y en 408 se presentó ante Roma, que sometió a asedio; el hambre y la peste se adueñaron de la ciudad. Al prometérsele un gigantesco tributo (al parecer 5.000 libras de oro, a lo que en parte contribuyeron imágenes de dioses fundidas, 30.000 libras de plata, 4.000 trajes de seda, 3.000 pieles

[1022] Ibid.23.136s.

[1023] Codf. Theod. 16,5,40 s; 16,5,43; 16,10,19. Zos. 5,32,1; 5,36,3. August. ep. 96; 97. Olymp. frg. 2. Pauly IV 291. Schuitze, Geschichte I 363 s. Stein, Vom romischen 389 s. Heinzberger 122 s.

teñidas de color púrpura y 3.000 libras de pimienta) se retiró hacia Tuscia después de incrementar su ejército con unos cuarenta mil esclavos escapados de la ciudad.
164

Sin embargo, Olimpio intentó neutralizar las exigencias de Alarico. Por ese motivo, el *magíster officiorum* perdió su cargo en enero de 409, y aunque lo recuperó después de un éxito contra los godos en Pisa, Honorio volvió a expulsarle a comienzos todavía de ese mismo año, ahora de manera definitiva. Huyó a Dalmacia, donde alrededor de 411-412 el *magíster militum* Constancio hizo que le capturaran, le cortaran las orejas y le golpearan con estacas hasta la muerte. Después de un nuevo fracaso en las negociaciones, Alarico marchó por segunda vez, en el año 409, sobre Roma. Esta vez él mismo se erigió en príncipe complaciente. Impuso a los romanos como contraemperador al prefecto de su ciudad, Priscus Attalus, que contaba unos sesenta años de edad y que tuvo que aceptar que el obispo godo Sigesario le bautizara en el campamento de Alarico. El nuevo cristiano y emperador (409-410), con objeto de garantizar el suministro de grano para Roma, tuvo que enviar un pequeño contingente de tropas a África, y él mismo se dirigió a Rávena para obligar a Honorio a que abdicara. Allí, el *praefectus praetorio* Jovius, que dirigía las negociaciones del soberano y era el hombre más importante de la corte, se pasó al bando de Attalus y propuso hacer mutilar a Honorio. Sin embargo, cuatro mil soldados que regresaban de Constantinopla le salvaron. Alarico destronó a Attalus porque se negaba a dejar que los godos conquistaran África, cuya colonización temía. El rey volvió a intentar, de nuevo en vano, llegar a un entendimiento con Honorio, tras lo cual avanzó sobre Roma por tercera vez. Y en esta ocasión, el 24 de agosto de 410, con los ciudadanos practicando el canibalismo a causa del hambre, la ciudad cayó. Por la Porta Salaria, que, según se dice, se abrió desde dentro, entraron los visigodos ebrios de victoria, mientras que una comente de fugitivos se extendió a través del sur de Italia hasta África y Palestina.[1024]

Roma, todavía una de las ciudades más ricas del orbe, fue sometida durante tres días a un riguroso pillaje, aunque no sufrió una gran devastación, y sus matronas y muchachas apenas fueron tocadas. A la mayoría, según Gibbon, la falta de juventud, belleza y virtud las salvó de ser violadas. Naturalmente, también se produjeron actos de crueldad. Así, al parecer "amaños devotos" o "idólatras" asaltaron los conventos para "liberar por la fuerza a las monjas del voto de castidad" (Gregorovius). Voces cristianas llegaron a afirmar que una parte de la ciudad fue incendiada. Pero, como siempre, no hay nada que perturbe a un hombre del cuño de Agustín. Puesto que, como anota, en la "catástrofe romana, todo lo que se ha perpetrado en cuanto a desolación, muerte, robo, incendio y otras fechorías, debe atribuirse a los usos de la guerra. Pero lo nuevo que ha sucedido, el hecho inesperado de que la brutalidad

[1024] Socrat. 7,10. Zos. 4,7,1; 4,8,1; 5,29; 5,31; 5,36 s; 5,44,1; 5,47 s; 6,6 s; 6,8,1; 6,12,1 s. Soz. 9,4; 9,8 s; 9,9,1. Oros. 2,3,4; 7,42,7. Philostr. 12,3. Marcellini Chron. ad a. 410. Olymp. frg. 3; 5; 13; 14. Cod. Theod. 16,5,43. Hieron. ep. 128. Cf. August. de civ. dei 1,7; 1,32 s. Prokop. bell. vand. 1,2,28; 1,2,36. RGA 1127 s. Pauly-Wissowa 11894, 1290. Pauly II 1446. dtv Lex. Antike, geschichte I 96 s. Fines 10. Gregorovius I 59 s. Grisar, Geschichte Roms 60 s. Stein, Vom romischen 388 s. Cartellieri 16 s. Schmidt, Ostgermanen 304. Giesecke, Ostgermanen 85 s. Capelle 235. NischerFaIkenhof, Stilicho 139 s. Bury, History 1174 s, 183 s. Dannenbauer, Entstehung 1202 s. Vogt, Der Niedergang Roms 367. Maier, Augustin 550. Claude, Westgoten 18. Manitius, Migrations 273 s. Heinzberger 144 s. Aland, Glaubenswechsel 61. Clauss, Magister officiorum 175. Wolfram, Gotisches Konigtum 8 s, Sasel 127. Elbem 33,102.

bárbara se haya mostrado tan benigna, que se hayan elegido iglesias amplias como lugares de reunión y de refugio para el pueblo, donde no se mataba a nadie, de donde no se secuestraba a nadie [...], esto debe atribuirse al nombre de Cristo y a la época cristiana [... No, sus sentimientos crueles y sanguinarios los ha refrenado uno, sólo uno", y teniendo en cuenta "al que tanto tiempo antes habló por boca del profeta: 'Quiero castigar sus pecados con azotes y sus crímenes con plagas. Pero no quiero apartar de ellos mi gracia' ".

165

El hecho real fue que, por orden expresa de Alarico, se respetaron las iglesias y los bienes eclesiásticos, igual que sucediera en los asedios de 408 y 409, con San Pedro y San Pablo, situadas fuera de las murallas. A pesar de ello, hasta bastante avanzada la época moderna se creía en Roma, donde la ignorancia no era casual, que los godos habían destruido la ciudad y sus monumentos. Sin embargo, el hecho cierto es que no fueron los "bárbaros" quienes la arruinaron, sino la decadencia de los cristianos en la Edad Media, e incluso algunos papas.[1025]

Desde hacía ochocientos años. Roma — la ciudad en la que, según se creía, descansaban Pedro y Pablo junto con innumerables mártires — no había sido conquistada. ¡Y cayó en la época cristiana! Los paganos consideraron que la causa había sido el desafuero cometido contra los dioses. "Mirad — decían—, en la época cristiana Roma se ha hundido." "Mientras fuimos haciendo sacrificios a nuestros dioses. Roma se mantuvo, Roma floreció [...]." A todo ello se añadió que, poco antes de la caída de la ciudad, el 14 de noviembre de 408, se había forzado legalmente la exclusiva validez del cristianismo. Entre los seguidores de la antigua fe casi se amenazó con gritar como antes, ante la llegada de todo tipo de desgracias, "*christianos ad leones*".[1026]

El mundo quedó hondamente impresionado, espantado; sobre todo el orbe católico. Ambrosio, que después de Adrianópolis había percibido el hundimiento general, ya no vivía. Sin embargo, su colega Jerónimo, lejos, en Belén, comentando al profeta Ezequiel veía ahora la amenaza del final, de la caída en la noche eterna; veía ante sí la caída de Troya y de Jerusalén: el mundo se hunde, *orbis terrarum ruit.*[1027]

"Si Roma puede caer, ¿qué hay entonces seguro?" ¿Por qué ha permitido el cielo que esto sucediera? ¿Por qué no ha protegido Cristo a Roma? "¿Dónde está Dios?" (*Ubi est deus tuus?)* Agustín ventiló en los años 410 y 411, en varios sermones, esta pregunta que movía al mundo (la primera vez, tres días después de la retirada de los godos de Roma); su sabiduría alcanza desde "*Quía voluit Deus*" hasta "*Deo granas*". Con ello afirma que la existencia del Estado terrenal revestiría sólo una importancia secundaria (en la actualidad, la supervivencia del mundo tampoco preocupa a los teólogos de la bomba atómica: ¡la teología avanza!). Agustín no percibía ninguna catástrofe; únicamente que Dios, el Padre amado, justo y riguroso, "castiga a todo

---

[1025] lordan. Get. 30: "no toleraban ningún ultraje de los Santos Lugares". Hieron. ep. 127, 12 s; 128,4; 128,5,1; 130,5 s. Hydat. Chron. 43. Socrat. 7,10. Soz. h.e. 9,9 s. Oros. 2,19,13 s. 7,39,1; 7,39,15. August. de civ. dei 1,4; 1,7; 1,10 s. Cf. también 1,1 s. de urb. excid. 2,2,3. Pauly-Wissowa I 1894, 1290 s. RAC IV 66. LThK 2.a ed. 267. Gregorovius I 72. Gaspar, Papsttum I 298. Schmidt, Bekehrung 258 s. Dannenbauer, Entstehung 1203. Montgomery 1137 (aquí la cita de Gibbon).

[1026] August. serm. 81 de ev. Mt.; ep. 136. Cod. Theod. 16,5,42.

[1027] Hieron. Comment. en Ez. 1 praef.; 3 praef.; 7 praef. ep. 123,16 s; 127,11 s; 128,5; 130,5 s. Grützmacher, Hieronymus III 193 s. Gaspar, Papsttum I 299. V. también nota 46.

hijo del que sospecha" (Hb, 12,6). Y aunque el obispo continúa hablando de "masacres, incendios, pillaje, asesinatos y torturas", consuela a la manera típica de los curas: ¡comparadas con los suplicios del infierno, estas tribulaciones no son tan malas! ¡Muchos se habían salvado, pero los muertos habían obtenido la paz eterna! Por consiguiente, ya podían estar contentos y dar gracias a Dios de que no hubiera destruido Roma por completo: "*manet civitas, quae nos carnaliter genuit. Deo gratias!*"[1028]

166

LOS CLÉRIGOS NO TIENEN VERGÜENZA, NO SIENTEN PERPLEJIDAD.

Aparte de esto, Agustín se emplea a fondo en esa pregunta, el sarcástico reproche de los paganos: "¿Dónde está ahora tu Dios?", la burla de aquellos que tendrían que preguntarse a sí mismos "¿dónde están entonces nuestros dioses?", en no menos de "22 libros sobre el Estado de Dios", su "*opus ingens*", su, como él mismo la llama, grandísima obra, perdiendo de vista el motivo principal en fantasías histérico-teológicas sobre la *civitas dei* y la *civitas terrena.*"[1029]

¡Con qué exuberancia retórica defiende el santo a Dios a la vista de la caída de Roma! No se trata, como muy bien sabía "el filósofo del *orbis universas christianus*" (Bemhart), el que se convierte aquí "en el primer historiador universal y teólogo de la historia de Occidente" (Von Campenhausen), de lo que pensaban los seres humanos sobre la destrucción, cuántos cristianos fueron torturados, asesinados y secuestrados, cuántos se dieron a sí mismos muerte, cuántos perecieron de hambre, a cuántas mujeres se violó, con cuánta frecuencia "se cebó indebidamente la lujuria bárbara". No, no. ¡Ah, incluso la violación tiene su lado bueno! ¿Cómo, si no, se habrían vanagloriado muchos de su castidad si la "pura soberbia" no hubiera visto "la luz del día"? Sí, "mediante la violencia se les arrebató su integridad de tal modo que la feliz conservación no trastoca su modestia". Sí, así habla "el filósofo del *orbis universus christianus*", el "gigante intelectual", el "genio en todos los campos [...]", al que todo esto no conmociona, ¡puesto que así lo quiere Dios! ¿Y qué pretendía Dios con ello? Lleno de citas bíblicas, farragoso, Agustín relata que Dios no quería aniquilar Roma, sólo "poner a prueba y acendrar mediante la desgracia" a los ciudadanos, "todo su servicio doméstico", castigarlos, purificarlos, despertarles el sentido de la penitencia y de este modo suavizar su propia ira, quería devolver a los romanos su benevolencia; sin duda, fines educativos de gran altura, del más alto nivel. La sociedad humana necesita disciplina. "No se hundirán si alaban a Dios, se hundirán si le ultrajan." "Sublime es la providencia del Creador y Conductor del

[1028] August. erm. 81; 105; 296. ep. 136; 138; 127. de urb. excidio 2,3. de civ. dei 1,28 s. Cod. Theod. 16,5,42. Schuitze, Geschichte I 407 s. Grisar, Geschichte Roms 281 67 s. Stein, Vom romischen 394 s. Cartellieri 20. Gaspar, Papsttum I 298 s. Jántere 136. Mazzarino 70 s. Fischer, Vólkerwanderung 52 s, 92 s. Arbesmann 305 s, Saunders 2. Para interpretar la caída de Roma a través de los siglos v. ibíd. 1 s. Maier, Augustin 48 s, 55 s, 69 s. Dannenbauer, Entstehung I 224 s. Hagendahí 509 s. Christ, Der Untergang 6 s. Straub, regenerado 249 s. Brown, Augustinus 251 s. Weissengruber 32 s.

[1029] August. de civ. dei 1-10: die Apologie; 11-22: die Geschichtstheologie. op. imp: de civ. dei 22,30. Cf. I praef.; reír. 2,69. V. también de civ. dei 1,28 s.

mundo, “misteriosos son sus castigos e inescrutables sus caminos”.”

167

Por eso resulta más sencillo comprender los caminos de sus servidores; los clérigos no tienen vergüenza, no sienten perplejidad.

Con Alarico, el vencedor de Roma — al que Agustín, en toda su obra cita únicamente en dos ocasiones (una de ellas sin mencionar su nombre)—, aquella conquista no guardaba ninguna relación, o a lo sumo una muy superficial; era más bien con los justos y misericordiosos caminos de Dios, cuyas enseñanzas son siempre las mejores, cuyos misterios se aclararán el día del juicio final, que incluso en la destrucción se ha mostrado clemente, que ha suavizado la severidad porque no deseaba el ocaso de los romanos, ¡sino su conversión y su nueva vida! “En resumidas cuentas, lo mismo que una mano preparada para golpear, por compasión se retiene, porque el digno del castigo ya se ha hundido, así sucedió en esa ciudad [...]. Sin duda Dios también permitió que fuera respetada la ciudad de Roma porque una gran parte de la población había sido expulsada de ella por los enemigos. Se expulsó a los refugiados, se expulsó a los muertos [...]. También por la mano del Dios enmendador, la ciudad había sido arreglada de nuevo en lugar de aniquilada.” [1030]

¡Filósofo del *orbis universus christianus*!

El presbítero Orosio, que ya se había encargado de demostrar lo mucho mejor que iban las cosas en la época cristiana, encuentra a su vez, lo mismo que el maestro, que todo el asunto es en realidad bastante satisfactorio, y no demuestra nada en contra de los cristianos. Orosio compara la invasión de Alarico con otra mucho más prolongada y peor de la época pagana, la invasión de los galos bajo el liderazgo de Brenno, el príncipe de los senones. Entonces (387 a. de C.), seis meses de miserias y un sangriento saqueo de la ciudad; ahora, algo más llevadero, casi un milagro: sólo tres días de ocupación, al parecer apenas muertos, aunque las calles estaban llenas de cadáveres, ruinas carbonizadas que quedaron durante años al aire, casas y palacios saqueados sin compasión, y los fugitivos anunciaban su hundimiento por todo el mundo. Pero a los cristianos que buscaron ayuda en las iglesias Alarico les garantizó, su primera orden, el respeto: una demostración de la clemencia de la *témpora christiana,* la época de la gracia.[1031]

168

Sin embargo, el obispo de Roma, Inocencio I (401-417), se comportó de una manera reveladora en su tiempo. En el año 408, cuando surgieron las primeras amenazas para la ciudad, autorizó el sacrificio pagano a los dioses en viviendas privadas, si bien, según el historiador Zósimo, para apaciguar la ira de los dioses. Al parecer, también el prefecto de la ciudad, Pompeyano, dio su consentimiento para que se consultaran los “*arúspices*”*,* los interpretadores de vísceras, cosa que Zósimo, que seguramente no fue el historiador más fiable ni el más agudo de su tiempo, pondera como una demostración de patriotismo, que “pone la salvación de la ciudad

---

[1030] August. de civ. dei 1,10 s; 1,16 s; 1,22; 1,27 s; 3,29; 20,2. serm. 81,9. LThK 2.a ed. 1267. Schuitze, Geschichte 1408 s. Fischer, Vólkerwanderung 67 s. Bemhart 55. V. Campenhausen, Tradition und Leben 253 s, 269 s. Straub, Regeneratio 254 s.

[1031] Liv. 5,38,3; 48,8 s. Plut. cam. 28 s. Oros. hist. 2,19,12 s; 7,37,4 s; 7,39,1 s; 7,40,1. Orosio culpa sobre todo al emperador Valente, “que tenía en la conciencia el arrianismo de los godos”. Pauly V 1562 s. Schmidt, Bekehrung 316 s. Lippoíd, Rom 68 s. Helbiing 17 s. Moreau, Kelten 32 s. V. Campenhausen, Tradition und Leben 254 s. Diesner, Vandalenreich 36. V. Haehiing, Religionszugehorigkeit 473 s.

por encima de la propia fe". Durante la toma de la misma, el alto señor brilló por su ausencia; sin embargo, otros pastores ya habían abandonado antes a su rebaño. El discípulo de Agustín, Orosio, relata que el Santo Padre, "alejado como un justo Lot de Sodoma, por un consejo inescrutable de Dios, se apresuró a ir a Rávena y no vio el hundimiento del pueblo pecador". En realidad había confiado al príncipe apostólico la protección de su basílica y, un año antes, como miembro de una comisión del Senado, se había instalado en la ciudad protegida por pantanos e inconquistable, ya fuera por razones profesionales o de su propia seguridad. En cualquier caso, el incendio de Roma no le afectó. Pero como afirma el jesuita Grisar (¿cómo lo sabe?), hubiera preferido acudir de inmediato "a reunirse con los afectados para ayudarles y consolarles". En realidad, en sus numerosas cartas Inocencio habla de eso tan sólo una vez, en una nota adicional y con un tono extremadamente frío y de manera muy breve.[1032]

Fue la mayor y más estremecedora de las catástrofes de aquella época. Pero el papa ni se inmutó. Orosio intentó justificarle de manera ostensible, probablemente frente a los comentarios poco propicios de los que habían huido. Jerónimo ensalza al predecesor Anastasio I. Afirma que Roma sólo pudo tenerlo durante poco tiempo, y que con un obispo tal, la capital del mundo no se hubiera hundido en el polvo. Sin embargo, sobre Inocencio I mantiene un silencio muy revelador. El historiador del papado Gaspar ve en ello "una aguda crítica", y afirma que el violento hundimiento del Imperio romano había dejado a Inocencio "incólume en lo más profundo de su ser". Enfrascándose en sus cartas como documento primario y casi único de la historia de su pontificado, se siente uno "fuera de aquel mundo, en el que estallan los tronos y se despedazan los imperios, ensimismado en el aire patriarcal de un ideario [...], orientado exclusivamente hacia la salvaguarda de las aspiraciones papales y hacia el poder universal".[1033]

Apenas hay ningún cronista cristiano de la época que defienda el intermezzo en Rávena del romano. Ninguna aureola de leyenda se teje a su alrededor, como sucediera más tarde con León I, cuando se opuso a Atila. Y esto debe de tener sus razones.

169

Parece ser que durante el saqueo, el emperador Honorio estaba totalmente dedicado a la cría de gallinas. Sin embargo, los vencedores se retiraron al cabo de tres días, con un inmenso botín y multitud de prisioneros, entre ellos el tesoro de mayor valor político, la hermana del monarca, Gala Placidia, hija de Teodosio I, una muchacha de veintiún años de edad, que pronto sería una de las mujeres de mayor influencia de aquel tiempo y a la que volveremos a encontramos más adelante.

Los godos atravesaron Campania, donde asediaron Ñola, la saquearon y tomaron prisionero al obispo, "voluntariamente pobre pero tanto más rico en santidad" (Agustín). Se dirigieron después hacia Calabria, Sicilia, y pusieron proa a África, el granero de Italia. Sin embargo, una tempestad en el estrecho de Mesina destruyó su

---

[1032] Innoz. I. ep. 36. Oros. hist. 7,39. Hieron. ep. 128. Zos. 5,41. Hergenróther, Kirchengeschichte 546. Gregorovius I 72 s. Grisar, Geschichte Roms 61. Stein, Vom romischen 389. Caspar, Papsttum 1299 s, Haller, Papsttum 1100 s. Andresen, Die Kirchen der alten Christenheit 335. Straub, Regeneratio 254. Ullmann, Gelasius I, 42.

[1033] Hieron. ep. 127,10. Caspar, Papsttum I 229 s.

flota. En el camino de regreso, Alarico murió repentinamente en Cosenza, donde se le enterró.

Todavía un año más estuvieron peinando Italia los asaltantes cristianos bajo el mando de su cuñado Ataúlfo (410-415), acabando, "como la langosta, con todo lo que quedó la primera vez" (lordanes). Después se dirigieron hacia el oeste. En Narbona, Ataúlfo contrajo matrimonio, en 414, con Gala Placidia, la que antaño fuera prometida del asesinado hijo de Estilicón, y fundó el reino godo hispano-franco, con la capital norteña en Tolosa, antes de que al año siguiente se viera obligado a cruzar los Pirineos y fuera asesinado en Barcelona.[1034]

La lucha de Honorio contra "herejes", paganos y judíos

Pocos años después de la desaparición de Estilicen, de su familia, sus oficiales y sus soldados, Honorio hizo ejecutar cruelmente a Olimpio, sucesor de Estilicón y beneficiario de sus bienes, que se encontraba fugitivo en Dalmacia. Lo mismo sucedió, recordamos, en Mincio al usurpador Constantino III, al que habían reconocido Bretaña y Galia y, de manera transitoria, el propio emperador, que había prometido bajo juramento respetarle. El hijo menor de ese mismo Constantino, Juliano, fue también asesinado; el *comes afrícae* Heracliano, que había dirigido el apresamiento y la decapitación de Estilicón, le mató con su propia mano, y después, en 413, su año de consulado, atacó Italia con una gigantesca flota de al parecer 3,700 navíos. También el *magíster militum* Alobico fue asesinado en Rávena, en agosto de 410; asimismo (por medio del visigodo Ataúlfo), el usurpador galo Sebastiano; otro tanto le sucedió a su hermano Jovino, que había extendido su dominio también por Bretaña antes de que el *praefectus praetorio* Dardanus le matara personalmente en Narbona, a comienzos del año 413. Las cabezas de ambos fueron enviadas a Constantinopla, lo mismo que la de Constantino III. Igualmente, su antiguo adversario Máximo cayó bajo la hoja del verdugo después de que en 422 se le llevara en triunfo con motivo del tricenal de Honorio. Y Attalus, fugitivo con los visigodos hacia el sur de la Galia, nombrado de nuevo emperador en 414 por Ataúlfo, fue finalmente capturado en el mar, le cortaron las manos y le desterraron a las islas Lipáricas.[1035]

170

Sin embargo, el joven emperador Honorio era piadoso y especialmente accesible a las insinuaciones clericales. Vivía "las dos ideas a las que debía su ascenso al trono: la legitimidad hereditaria y la adhesión inquebrantable a la Iglesia cristiana" (Ranke). Aumentó su protección y sus derechos, hasta que finalmente dio a los prelados una influencia casi ilimitada en la confección de las leyes. Y precisamente sus edictos de

---

[1034] lordan. Get. 31. Oros. 7,40,2; 7,43,2. Olymp. frg. 3; 24. August. de civ. dei 1,10. Cod. Theod. 11,28,7; 11,28,12. Rutil. Namat. 1,39 s. Prokop. bell. vand. 1,2. Soz. 9,8,2. Pauly-Wissowa 11894, 1291. Lexikon der alten Weit 100, 370, 1018. dtv Lex. Antike, Geschichte 1155. Fines 10. Gregorovius 190 s. Steeger XIII. Cartellieri 21 s. Schmidt, Ostgermanen 304 s. Capelle 248 s. Bury, History I 184, 194 s. Dannenbauer, Entstehung 1203. Claude, Adel 29.

[1035] Zos. 5,35; 5,37,1; 5,45,2 s; 6,7 s. Soz. 9,8; 9,13 s; 9,12,5; 9,15,3. Olymp. frg. 8 s; 13 s; 16; 19; 23. Greg. Tur. 2,9. Cod. Theod. 15,14,13. Oros. 7,42,6; 7,42,9. Philostr. 12,5 s. Pauly 11289, II 1032, IV 291. Schuitze, Geschichte I 363 s. Stein, Vom romischen 390 s. Elbem 34 s, 120, 132 s, 136,141.

religión — a diferencia de los de los emperadores Valentiniano I o Graciano — no son ya un intento de definir la "herejía" y la "ortodoxia", sino que suponen poderosos apoyos de la ortodoxia, una identificación con sus objetivos, "puras disposiciones ejecutivas para su realización" (Antón). Ahora el monarca ya no sólo pretende el derecho a castigar a los heterodoxos, sino también a cambiar su fe.[1036]

El 23 de marzo de 395 sanciona todos los privilegios que sus antecesores habían concedido al clero. Obliga a los llamados matemáticos a quemar sus libros ante los ojos de los obispos y a entrar en la Iglesia católica. Los que se oponen son expulsados, y los que se muestran especialmente renuentes, desterrados.[1037]

Es probable que Olimpio iniciara ya una orden imperial que señalaba la "fe católica" como la única permitida. El decreto del 12 de febrero de 405 amenazaba a todos los donatistas; el del 22 de febrero de 407 a los priscilianistas y los maniqueos, un edicto que probablemente inspiró el papa Inocencio I. Identifica la conducta "hereje" con un "crimen público" *(crimen publicum),* y el "bien común" *(salus communis)* con el "provecho de la Iglesia católica"; *mutatis mutandis,* el principio en el que ya se basaban las persecuciones contra los cristianos por parte de los soberanos paganos. El 15 de noviembre de 407 se dispone la destrucción de todas las imágenes de culto y altares paganos, así como la confiscación de los templos todavía no embargados, junto con todos sus bienes y rentas. El 14 de noviembre de 408, poco después del asesinato de Estilicen, todos los no católicos, todos los "enemigos de la religión católica" (*catholica secta),* son excluidos del servicio en la corte, y se promulgan las disposiciones más fuertes dirigidas contra los donatistas. Al mismo tiempo, una ley retira a los templos la totalidad de sus rentas para destinarlas especialmente a los soldados "fieles", por supuesto los nacionales, mediante los que el gobierno anti-germánico había hecho degollar en las ciudades de Italia a las familias de los mercenarios germanos. Se señala también que hay que hacer desaparecer las imágenes de ídolos que "todavía" quedan en los templos, "puesto que esto, como ya sabemos, ha sido dispuesto en diversas ocasiones por orden imperial". Deben eliminarse también las festividades paganas, y los propietarios de capillas privadas deben destruir éstas. Toda una serie de disposiciones dictadas contra los paganos y los "herejes" siguieron el 24 y 27 de noviembre de 408, el 15 de enero de 409 y el 1 de febrero, 1 de abril y 26 de junio de 409.[1038]

171

El gobierno de Rávena promulgó en el año 415 una disposición especialmente dura contra las "perversas supersticiones". El Estado confiscaba ahora todos los bienes raíces de los templos. Todas las rentas que correspondían antaño a "las supersticiones con justicia malditas" deben pertenecer ahora "a nuestra casa". Se suprimen asimismo todas las ceremonias de carácter pagano, se prohíben ciertas asociaciones infieles surgidas — quizás para proteger los templos y se amenaza con la muerte a sus dirigentes, los quiliarcas y los centónanos. Por último, el 7 de diciembre de 415

[1036] Cod. Theod. 16,2,29 s; 16,6,3 s; 16,5,41; 16,5,43 s; 16,5,46 s. Pauly II 1213. Bóing LThK 2.a ed. V 1960, 478. Ranke cit. de Schuitze, Geschichte I 368 s, 388. Antón, Selbstverständnis 58 s. V. Haehiing, Religionszugehorigkeit 598.

[1037] Soldan-Heppe I 82.

[1038] Cod. Theod. 16,5,38; 16,5,40; 16,5,42; 16,5,44 s; 16,8,19; 16,10,15 s; 16,10,19. Cod. Just. 1, 5; 4, 10. Theodor. 5,26. Rut. Namat. 2,52 s. RAC IV 66. Schuitze, Geschichte I 364 s. Stein, Vom romischen 383, 388. Caspar, Papsttum I 298. Pharr 457 A. 85. Antón, Selbstverständnis 58 s. Heinzberger 197s.

se prohíbe por primera vez por vía legislativa el empleo de infieles en el servicio estatal. Ya no tienen acceso a ningún puesto de la administración, de la justicia ni de la milicia. De hecho, frente a los 47 altos cargos cristianos había entonces sólo tres que no lo eran. En los últimos años del gobierno de Honorio, desde 418, ya no hay ningún alto funcionario de confesión pagana.[1039]

Por manifiesta iniciativa de los obispos africanos, mediante un decreto desacostumbradamente riguroso, Honorio exigió en 418 también la persecución contra los "herejes" Pelagio y Celestio, ordenando la búsqueda de ambos y de sus seguidores, y su deportación. Ese mismo año la Iglesia logra la exclusión de los judíos, a los que el emperador equipara con paganos y "herejes", de todas las dignidades y cargos. Se les separa asimismo del ejército. En la isla de Menorca se producen incluso bautismos obligatorios de judíos. Cientos de ellos son catolizados a la fuerza; a cientos de miles se les forzará más tarde, también en España. Sitó embargo, esta acción del año 418 fue la primera de su especie.[1040]

Mientras tanto, Honorio había hecho cónsul a Constancio (III), un oficial de Naisus (Niza) ascendido, y también *magíster militum,* y le había dado por esposa a su hermana Gala Placidia — en contra de la voluntad de ésta—, en agradecimiento por sus servicios contra el usurpador Constantino III, contra los visigodos en 417 y contra los paganos y los "herejes", a los que combatió sin tregua. Constancio, un cristiano al que le gustaba decidir en cuestiones eclesiásticas, que en 412 había llevado a la silla episcopal de Arles a su amigo y confidente Patroclo y que en 418 colocó en Roma a Bonifacio I, había expulsado allende los Pirineos, un año después de la boda, al (primer) marido de Gala Placidia, Ataúlfo, el cuñado y sucesor de Alarico. Ataúlfo fue asesinado en Barcelona, y entonces su sucesor, el rey Valia, había enviado a Placidia, en 416, a Rávena. El 8 de febrero de 421, Honorio ascendió a Constancio III al cargo de augusto. Sin embargo, Oriente no le reconoció, y Constancio inició los preparativos para la guerra, en lo que sin duda desempeñaron un cierto papel las reivindicaciones papales sobre la prefectura ilírica, que políticamente pertenecía al Imperio de Oriente y eclesiásticamente estaba sujeta a la sede de Constantinopla. Sin embargo, Constancio III murió el 2 de septiembre de 421 en Rávena, donde también fallecería más tarde Honorio, el 15 de agosto del 423. El hijo de Constancio, Valentiniano III, de cuatro años de edad, se convirtió ahora en emperador de Occidente. Hasta el año 437 (hasta su matrimonio con Eudoxia, hija de Teodosio II), gobernó por él su piadosa madre Gala Placidia. Esta era augusta desde 421, pero enemistada más tarde con Honorio, a principios de 423, huyó a Constantinopla con sus hijos Honoria y Valentiniano, donde Teodosio II nombró augusto a Valentiniano y de nuevo augusta a Gala Placidia.[1041]

172

[1039] Cod. Theod. 16,10,19 s. Fredouille 883. Schuitze, Geschichte I 368 s, 374 s. V. Haehiing, Religionszugehorigkeit 598, 601 s. Kaegi 60, 67.

[1040] Cod. Theod. 16,5,44; 16,5,46; 16,8,16; 16,8,24. Stein, Vom romischen 413 s. Caspar, Papsttum 1355 s. Cf. también Browe, Judengesetzgebung 119. Kühner, Anti-semitismus 48. Antón, Selbstverständnis 59, 61.

[1041] Socrat. 7,24. Oros. 7,42 s. Philostorg. 12,13. Prosper. Chron. 412 s. Soz. 9,16. Zos. 6,12,3. Olymp. frg. 23; 31; 34; 39 s. Pauly I 1292, 1544, IV 876. dtv Lex. Antike, Geschichte I 244, II 42, 121, III 283. Lexikon der alten Weit 370, 659, 1018, 3176. Gregorovius I 90 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 39 s. Stein, Vom romischen 415 s. Steeger XIII. V. Haehiing, Religionszugehorigkeit 469. 282

Teodosio II, ejecutor de "todos los preceptos del cristianismo"

El hijo de Arcadio, Teodosio II (408-450), contaba al iniciar su regencia siete años de edad. Por ese motivo, el gobierno lo llevó primero el prefecto pretoriano Artemio, un militar anti-germánico, que ya había educado a Arcadio. En 414, la beata y dominante hermana del emperador le relevó de su cargo.[1042]

Santa Pulcheria, que durante toda su vida ponderó la virginidad — aunque en el año 450 contrajo matrimonio, "no consumado", con el viejo militar Marciano—, estaba sujeta a la influencia de obispos y monjes y alcanzó un gran poder sobre Teodosio. También sufrió éste la influencia igualmente fuerte, aunque temporal, de su hermosa esposa Eudoxia (Alheñáis), hija de un profesor pagano de retórica de Atenas, que tras su bautismo por el obispo Ático de Constantinopla se convirtió en una activa prosélita y competidora de Pulcheria ante el emperador. En 441, quizás expulsada, abandonó la corte y vivió sus dos últimos decenios en Jerusalén, construyendo iglesias, escribiendo obras de alabanza a Dios e incitando revueltas; los bizantinos posteriores lo considerarían como un destierro. A sus consejeros espirituales, el sacerdote Severo y el diácono Juan, los hizo asesinar el piadoso monarca por medio de Saturnino, su *comes domesticorum* enviado a Palestina, tras lo cual, la piadosa Eudoxia mató a éste, quizás con sus propias manos.[1043]

173

Rodeado de ambiciosas beatas y curas fanáticos, Teodosio II "cumplió con exactitud todos los preceptos del cristianismo", como pondera el historiador de la Iglesia Sócrates, y "superó a todos en piedad y humanidad". Tan ensalzado por su fe, atacó de tal modo a "herejes", paganos y judíos que en abril de 423 incluso se certificó legalmente: "Conocidos y extendidos por doquier son nuestros decretos y los de nuestros antecesores, en los que reprimimos la ideología y el atrevimiento de los abominables paganos, judíos y también herejes". Pero ahora se hace más evidente la tendencia a apoyar al catolicismo a la fuerza y con la violencia; el comportamiento de los heterodoxos es una "enfermedad" que él, el emperador, como "médico", debe abortar. Su primera obligación es preocuparse por la "*vera religio*", la fe verdadera, condición previa del bien común. Los "herejes" eran para él, sin excepción, "una perfidia".[1044]

Por lo que respecta a los paganos, Teodosio supone en el año 423 que ya no existen. Un deseo piadoso. En realidad, desde 415 se les había separado de los puestos elevados y del ejército. En 416 se expulsó a todos los no cristianos de los cargos estatales, en 423 se castigaba la participación en sacrificios con el destierro y

---

[1042] Soz. 9,1 s. Theophan. a. 5901, 5920 s. Pauly 1371; IV 1242. Lexikon der alten Weit 2482. dtv Lex. Antike, Geschichte III 255.

[1043] Euagr. 1,20; 2,1. Prisc. frg. 8 = FHG 4,94. Zon. 12,24. Pauly-Wissowa VI 1909, 906 s. Pauly II 405 s. Lexikon der alten Weit 907, 2482, 3048. dtv Lex. Antike Geschichte III 255. Stein, Vom romischen 423 s. Bury, History I 212 s, 220. Holum 79 s, especialmente 92 s, 112 s. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 46. Langenfeid 72.

[1044] Socrat. h.e. 7,21 s; 7,47,3. Soz. h.e. 9,1. Theodor. h.e. 5,36,1 s. Theophan Chron. A.M. 5921. Cod. Theod. 16,8,26. Theod. II. Nov. III (31 enero 438). Antón, Selbstverständnis 61 s con abundante bibliografía.

la confiscación de bienes, en 435 y 438 se penaba la celebración de cultos pacanos con la muerte, atribuyendo incluso las malas cosechas y las epidemias a los cultos idólatras. "Prohibimos todos los execrables sacrificios de animales y las condenables libaciones de la criminal ideología pagana, y todo lo ya prohibido por la autoridad de disposiciones más antiguas. Mandamos por disposición oficial que se destruyan todos sus santuarios, templos y lugares sagrados, si queda todavía alguno que haya pasado desapercibido, y que sean redimidos erigiendo el signo de nuestra venerable religión cristiana. Todos han de saber que si puede alguien ser llevado ante el juez competente con pruebas adecuadas de haber transgredido esta ley, deberá castigársele con la muerte."

El católico emperador, que con tanta furia ordenaba la destrucción de los templos y la redención (exorcismo) con la cruz, debió de ser sin embargo un "monarca de buen corazón, totalmente absorbido por la vida familiar" (Thiess). En cualquier caso, los hechos son que la legislación imperial que promulgó en el año 438 — tras cuya publicación los monarcas del Imperio de Oriente apenas volvieron a enviar decretos al de Occidente, y los de éste dejaron de hacerlo por completo — contiene entre 381 y 435 no menos de 61 decretos contra "herejes"; antes de 381 sólo cinco.[1045]

174

El príncipe hizo quemar en el año 418, cuando sólo contaba diecisiete años de edad, todas las obras anticristianas. A finales del siglo IV y en el siglo V se destruyó de manera casi sistemática la práctica totalidad de la literatura no católica, y ya en 398 la posesión de tratados "herejes" se amenazaba con la muerte. En 418, bajo Teodosio, fueron a parar al fuego los últimos ejemplares de los quince libros de Porfirio *Contra los cristianos,* después de que Constantino hubiera ya ordenado en el Concilio de Nícea (325) la quema de las obras de dicho autor.[1046]

Antisemitismo agresivo en el Oriente cristiano

Bajo el segundo Teodosio, a los judíos les fue especialmente mal. En 408 se prohibió la fiesta del Purim, una festividad de alegría, por suponerse que los judíos habían quemado una imitación de la Santa Cruz. En 415 se dirigió contra el patriarca judío Gamaliel VI una brutal ley, tras la cual se encontraba santa Pulcheria, la beata hermana del emperador, que por contar éste catorce años actuaba como regente. Gamaliel perdió la prefectura honorífica y todos los derechos derivados de ella. No podía construir más sinagogas y, en el colmo de la desvergüenza arrogante, ¡debía derribar las "sobrantes"! No solamente se le prohibía arbitrar entre cristianos querellantes, sino también entre éstos y judíos, a los que además se les prohibió

[1045] Socrat. h.e. 7,21 s. Zos. 5,24. Philost. 11,3. Cod. Theod. 16,2,46 s; 16 5 6 s16,5,40; 16,5,57 s; 16,10,21 s; 16,10,25. RAC II 1229. dtv Lex. Antike, Geschichte III 255. Geffcken, Ausgang 178 s. Stein, Vom romischen 417. Voigt, Staat und Kirche 37 s. Thiess 368 s. Ostrogorsky, Geschichte des byzantinischen Staates 46. Dannenbauer, Entstehung I 89, 167. Hemegger 372 s. Doerries, Wort und Stunde I 46 s. Antón, Selbstverständnis 61, Notas 101, 63.

[1046] Cod. Theod. 16,5,34; 16,5,66. Socrat. h.e. 1,9. Sozom. 1,21. Firm. Mat. de err. 13,4. Halbfass, Porphyrios 24 s. Los fragmentos de la obra de Porfirio en Harnack, Porphyrius. Cf. también Hulen. Wilamowitz II 527. Poulsen 274 s. Lietzmann, Geschichte III 28 s. Kraft, Konstantins religióse Entwickiung 230 s. Dannenbauer Entstehung I 80.

circuncidar a los no judíos y tener esclavos cristianos. En lugar de ello, los esclavos cristianos de los judíos pasarían a pertenecer a la Iglesia. Por consiguiente, no lograban la libertad, sino que la Iglesia recibía el derecho de sucesión. Aunque en los años siguientes, como en los precedentes, se promulgaron también medidas de protección contra los judíos, a los que se acosaba cada vez con mayor desfachatez, lo siguiente habla por sí solo: "Sus sinagogas y viviendas no deben quemarse en todos sitios [!] ni se las ha de dañar a ciegas y sin [!] ningún motivo [...]". Pero la escasa utilidad de las leyes protectoras imperiales la pone de manifiesto el hecho de que en unos treinta años debieron renovarse diez veces. Cuando una sinagoga había sido transformada una vez en iglesia, como sucedió con las de Sardes (Asia Menor) o Gerasa (Jordania Oriental), la podían conservar; era suficiente con entregar un terreno a cambio. En 423, el soberano penó la circuncisión de cristianos con la confiscación de bienes y el destierro perpetuo. Retiró al patriarca judío el importante impuesto patriarcal, así como su título honorífico, y prohibió que después de su muerte (alrededor de 425) se nombrara a un sucesor. El 8 de abril de 426, una ley de Teodosio impulsaba la conversión de los judíos al cristianismo, también por derecho sucesorio; sin embargo, prohibía desheredar a un judío o un samaritano convertidos en cristianos. Incluso en el caso de que a hijos o nietos (convertidos) "se les pueda demostrar un grave crimen" contra parientes próximos, madre, padre, abuelo, abuela, [...] los padres, a pesar de ello, [...] deben entregarles la parte de la herencia debida" — una cuarta parte de la cantidad original—, ¡"ya que se lo han merecido al menos en honor de la religión elegida"! En 429 es abolida finalmente la institución del patriarcado judío, garante durante siglos de la unidad del pueblo siempre perseguido. En virtud de esto, los superiores de las dos sinagogas de Palestina, o los de cualquier otra provincia, deben "restituir todo lo que recibieron tras la separación de los patriarcas bajo el título de contribuciones". Cada vez se van arruinando más campesinos judíos de Palestina, y se les expulsa, se destruyen más sinagogas, se expropia a más propietarios, se dejan sin castigar mayor número de asesinatos contra judíos. ¡Y todo esto, beneficios y homicidios, suele basarse en razones teológicas! Teodosio II, siguiendo el ejemplo de Honorio, equipara también a los judíos con los paganos y los "herejes".[1047]

175 Cuando en 438 se recuperaron las reliquias del reverenciado antisemita y padre de la iglesia Juan Crisóstomo, al emperador le pareció llegado el momento oportuno de promulgar una nueva ley rigurosa contra los "obcecados judíos, samaritanos, paganos y las restantes especies de monstruos herejes". En todo tiempo imperan los esfuerzos por la verdadera religión, y el interés principal de sus acciones soberanas, tal como él proclamó, lo disponía su constitución del 31 de enero de 438 — con el precedente de una ley todavía más antisemita en Occidente—, que excluía a los judíos de todos los cargos y dignidades, de la administración civil y del puesto de *defensor civitatis,* para vedarles la posibilidad de juzgar a un cristiano. Prohibía además la construcción de sinagogas o su ampliación. "Cualquiera que construya una sinagoga debe saber que ha trabajado para provecho de la Iglesia católica [...]. Y el que haya comenzado la

[1047] Cod. Theod. 15,5,5; 16,8,18; 16,8,21 s; 16,8,25 s; 16,9,4; 16,9,9. Theodos. n. Nov. ni (31 enero 438). Stein, Vom romischen 417. Browe, Judengesetzgebung 115,118,124 s. Eckert/Ehriich 25. AviYonah 219 s. Tinnefeid 298 s. Antón, Selbstverständnis 61 s. Kühner, Antisemitismus 48 s. Stemberger/Prager 3017 s, 3272 s. Langenfeid 70 s, 90.

construcción de una sinagoga y no sólo quiera reparar una ya existente, deberá pagar como multa por su atrevimiento cincuenta libras de oro." E inducir a un cristiano a que abjurara de su fe era castigado con la pena de muerte.[1048]

No andamos equivocados si detrás de todos estos decretos, sumamente agresivos y a menudo destructivos, del monarca cristiano entrevemos a la Iglesia y la teología cristianas. Resumiendo la política judía del Estado en los trescientos años de la primera época bizantina, o sea, en los siglos IV, V y vi, Franz Tinnefeid escribe "que son precisamente los emperadores, que se toman muy en serio el cristianismo, los que causan las mayores dificultades a los judíos. La imagen enemiga de los judíos como empedernidos adversarios de Cristo es más fuerte que la idea del amor cristiano y de la reconciliación. Esta imagen enemiga la han desarrollado los teólogos cristianos al objeto de crear la base teórica para los ataques y los abusos de los cristianos".[1049]

176

Asesinato tras asesinato en el Occidente católico

Tras la muerte de Honorio, Teodosio II pretendió al parecer conseguir el gobierno de todo el Imperio. Por ese motivo, cuando a comienzos del año 423 Gala Placidia y sus hijos Honoria y Valentiniano huyeron a la corte de Constantinopla, no fueron recibidos precisamente de manera amistosa. Sin embargo, cuando en diciembre el *prímicerius notaríorum* Juan ascendió en Roma a emperador de Occidente, Gala Placidia y su hijo recibieron la dignidad de augustos, que les había sido arrebatada, para de este modo salvar al menos la dinastía en Occidente. Pero el usurpador Juan, un cristiano del que se decía que llevaba un gobierno indulgente, justo y — cosa rara para su época — anticlerical (ya que recortó los privilegios de la Iglesia y al parecer concedió plena tolerancia a todas las confesiones), acabó cayendo a traición en Rávena en poder de sus enemigos. Gala Placidia hizo que le cortaran la mano derecha, que le llevaran por el circo de Aquileia en un asno, que le maltrataran y, en mayo-junio de 425, le decapitaran, "un agravamiento bárbaro de la pena de muerte, antaño reservado a los usurpadores, y que habla ya de una alegría totalmente medieval ante el tormento" (Stein).[1050]

Tras el derrocamiento de Juan, el 23 de octubre de 425, Flavio Plácido Valentiniano III fue elevado al rango de augusto, de emperador romano de Occidente. Sin embargo, por espacio de los doce años siguientes quien gobernó fue exclusivamente su madre Gala Placidia, aconsejada por tres personalidades determinantes de la corte, Félix, Bonifacio y Ecio.

Flavio Constancio Félix, desde 425 *magíster utriusque militiae,* era general imperial y cristiano. Junto con su mujer, y con motivo de un voto, donó el mosaico del ábside de la basílica de Letrán, hecho que no le impidió asesinar al diácono romano Tito; al parecer, también dispuso la muerte del obispo de Arles, Patroclo. Sin embargo, el propio Félix fue muerto en mayo de 430 en Rávena, en el curso de una

[1048] Nov. Theod. 3,1 s. Cod. Just. 1,9,18. Langenfeid 102. Tinnefeid 300 s.

[1049] Tinnefeid 303 s.

[1050] Prokop. bell. vand. 1,3,6 s. Socrat. 7,23. Philost. 12,13. Olymp. frg. 40 s. Chr. min. 1,470. Pauly n 1429, IV 876 s. Stein, Vom romischen 426 s. Bury, History 1209 s. Elbem 102.

revuelta de soldados, según parece a causa de una intriga contra Ecio. En el lugar de Félix, Gala Placidia colocó al *comes africae* y amigo de Agustín, Bonifacio. Dos años más tarde se entabló entre éste y Ecio una guerra civil. Bonifacio consiguió la victoria en Rímini, pero murió tres meses después a causa de una herida que al parecer le infligió Ecio en el curso de la lucha.

Flavio Ecio, el principal — o incluso el mejor — general romano de la primera mitad del siglo, que pasó tres años como rehén, primero de los visigodos y después de los hunos (lo mismo que más tarde su hijo), logró finalmente poner a los germanos, "mediante violentas batallas, bajo el yugo romano" (Jordanes). Después de vencer a los visigodos y a los francos, con mercenarios hunos aniquiló en 436-437 el imperio burgundio en el Rin, y en 451 combatió, con la decisiva ayuda de los visigodos, a los hunos de Atila en Troyes, en los Campos Cataláunicos, con enormes pérdidas por ambos bandos; del lado de los hunos luchaban también germanos, sobre todo ostrogodos, y con Ecio burgundios y francos.[1051]

177

Valentiniano y Gala Placidia comenzaron a temer cada vez más a los todopoderosos militares, que conducían en buena medida la política exterior. Se le insinuó al soberano que Ecio quería destronarle y colocarse él en su lugar. Trabajando desde hacía décadas en Rávena y contando entonces ya sesenta años de edad, el general había luchado a menudo con la ayuda de los hunos. Así, cuando el Imperio huno se hundió, Valentiniano cobró ánimos. El 21 de septiembre de 454, piadoso católico como su madre, constructora de iglesias, con ocasión de una audiencia en el Palatino de Roma, le asestó a Ecio el primer golpe, mientras que las dagas de los eunucos de palacio hicieron el resto. El prefecto pretoriano Becio, que le acompañaba y era su amigo, también fue apuñalado; los cadáveres quedaron expuestos en el foro. El 16 de marzo del año siguiente, Valentiniano III, el último monarca legítimo de Occidente, es asesinado en Roma cuando se encuentra pasando revista a las tropas en el campo de Marte, víctima de una conspiración urdida por los oficiales del antiguo séquito de Ecio. La dinastía teodosiana, que en Oriente se extingue en el año 450 con la muerte de Teodosio II, desaparecía así también de Occidente. El presunto instigador del atentado, el patricio Petronio Máximo, se convirtió inmediatamente en emperador, y obligó a la viuda Eudoxia al matrimonio, pero, tres meses después, murió mientras huía de los vándalos, probablemente a manos de un guardaespaldas.[1052]

En la corte de Valentiniano III había todavía 29 funcionarios cristianos frente a los tres paganos: Volusiano y Teodosio en puestos elevados junto a un prefecto imperial

---

[1051] lordan. Get. 34,38,41. Joh. Ant. frg. 201. FHG (ed. C. Müller) 4,615. Chr. min. 1,471 s; 2,21 s. August. ep. 185; 189; 229 s. Greg. Tur. 2,7 s. Prosp. Chron. a. 426. Pauly-Wissowa I 1894, 701 s. Pauly I 105 s, IV 555 s. dtv Lex. Antike, Geschichte I 84. Lexikon der alten Weit 486. Hartmann, Geschichte Italiens I, 39 s. Stein, Vom romischen 473 s, 494 s. Schmidt, Ostgermanen 306 s. Giesecke, Ostgermanen 140. Enssiin, Einbruch 114. Diesner, Untergang 39 s. Vogt, Niedergang Roms 369. V. Haehiing, Religionszugehorigkeit 476 s. Elbem 123.

[1052] Joh. Ant. frg. 200 s. Greg. Tur. 2,7 s. Hydat. (Auct. Ant. 11,24 s). Prokop. bell. vand. 1,4. Chron. min. 1,303. 483. 492. 2,27. Sid. carm. 5,305; 7,316 s; 7,359. Pauly-Wissowa 11894,702 s. LThK 2.a ed. IV 495 s. Pauly 1105 s, V 1095 s. dtv Lex. Antike, Geschichte I 84. Lexikon der alten Weit 1018, 3176. Hartmann, Geschichte Italiens 40 s. Stein, Vom romischen 505 s, 517 s. Enssiin, Zum Heermeisteramt 471 s. Schmidt, Ostgermanen 308. Bury, History 1298 s. Oost 239.

italiano, mientras que el tercer infiel, Litorio, era general. Sin embargo, al comienzo de este gobierno aparecieron leyes que establecían sanciones muy estrictas contra todos los heterodoxos.

Contra los paganos, los judíos, los pelagianos y los celestianos, contra los maniqueos e incluso contra los cismáticos, que se habían retirado de la comunidad con el "*venerabilis papa*", un término utilizado por vez primera en el *Codex Theodosianus,* donde "el aspecto del terror [...] es elevado programáticamente a la razón última de la política religiosa imperial" (Antón). Esto habría de tener consecuencias muy amplias, y encuentra una analogía en una carta del papa León I, el primer obispo romano realmente importante, que desde 439 cooperó estrechamente con el emperador, el cual fue magnánimo frente a la Iglesia, lo mismo que su madre, y que a menudo residió en Roma.[1053]

Pero antes de que nos ocupemos de León I y de la interminable lucha por el poder de los prelados de Occidente y Oriente durante el período "más profano", es imprescindible echar un vistazo a la Roma eclesiástica, sobre todo a su origen y a la captación del primado papal.

[1053] Cod. Theod. 16,5,62. Const. Sirm. 6 (9 julio 425). Lib. Pont. 46; 98 s. Val Nov. 18: de Manichaeis entre otros Pauly V 1096. Antón, Selbstverständnis 62 s, 66 s. V. Haehiing, Religionszugehorigkeit 606 s.

CAPITULO 5. LA PRIMACÍA PAPAL O LA "*PETRA SCANDALI*". EL TRIUNFO DE LA SUBREPCIÓN Y DE LA AMBICIÓN DE PODER

"Pero cuando Kephas [Pedro] vino a Antioquía, me opuse a él en su cara."

PABLO, el "apóstol de los pueblos"[1054]

"Entre nosotros no hay ningún obispo de obispos."

San CIPRIANO[1055]

"Somos cristianos, no petrianos."

San AGUSTÍN[1056]

"Para quien mantiene la sobriedad de juicio, que es en todos sitios el primer precepto de la investigación, la leyenda de Pedro, el fundador y primer obispo de la Iglesia romana, sigue siendo lo que es: un mito sin núcleo histórico, poesía sin verdad."

Johannes HALLER[1057]

"La promesa de Pedro, Mt. 16: 17-19, constituye una trama posterior. Una trama [...]; en su forma actual no son palabras del "Jesús terrenal", sino una creación del evangelista." "Sobre la primacía especial del obispo de Roma, los textos del Nuevo Testamento, en los que se acostumbra basar hasta la fecha dicha primacía, no señalan nada. Este curso argumentativo tradicional es exegético e insostenible históricamente."

Josef BLANK, teólogo católico[1058]

"A pesar del intento del último concilio de integrar al papa en la Iglesia, en el Vaticano II se habla más y con mayor frecuencia del papa que en el Vaticano I. La *Nota Praevia* que se agregó a la constitución eclesiástica remitiendo a una "autoridad más alta", ha expresado el poder papal, que, al menos en cuanto a formulación, va mucho más allá del Vaticano I. Establece que: "El papa, como pastor supremo de la Iglesia, puede ejercer su poder en todo momento a discreción *(ad placitum),* tal como se lo exija su cargo"."

WALTER KASPER, TEÓLOGO CATÓLICO[1059]

"Somos totalmente conscientes de que el papa es el mayor impedimento en el camino hacia el ecumenismo."

PAPA PABLO VI (1967)[1060]

"Somos Pedro."

[1054] Gal. 2:11.
[1055] Cf. Nota 54 s.
[1056] Cf. Nota 62.
[1057] Haller, Papsttum 120. Cf. 86.
[1058] Blank, Petrus 19.
[1059] Kasper, Dienst 126.
[1060] Kallis 43.

PAPA PABLO VI (1969)[1061]

Ni Jesús instituyó el papado ni Pedro fue obispo de Roma

La Iglesia católica basa la fundación del papado y de ella misma en el pasaje de Mateo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra "*petrus*" edificaré mi Iglesia [...]" (Mt. 16:18).

En enormes letras de mosaico dorado aparecen estas palabras, las más discutidas de la Biblia, en la cúpula de San Pedro construida por Miguel Ángel. Pero faltan en tres de los cuatro Evangelios, sobre todo en Marcos, el más antiguo de los evangelistas. De hecho. Jesús no las pronunció nunca, eso es hoy "resultado cierto de la exégesis bíblica" (Brox). Existen al respecto toda una serie de motivos convincentes que ya he recopilado en otro lugar.[1062]

A pesar de ello, la Iglesia católica sigue manteniendo su "fundación divina". Tiene que hacerlo; lo ha afirmado durante dos mil años. Sin embargo, no pocos de sus teólogos capitulan ahora. Muchos de ellos — siguiendo con retraso a protestantes bastante conservadores — desarrollan un lenguaje que "científicamente" les hace conservar a medias la cara y les permite no perderlo todo ante sus superiores. Parafrasean la falta de autenticidad de las "palabras de fundación de la Iglesia" de la siguiente manera: Mateo no se refiere a ello históricamente sino que lo compone teológicamente. O bien dicen que la "piedra" es un encargo hecho después de la "resurrección". Los que menos rodeos dan explican la "promesa de Pedro" como una intercalación posterior, simplemente como un invento de los evangelistas.[1063]

181

Sin embargo, quizás Pedro tuviese una especie de primacía, una cierta función directora. Pero tal vez sólo de manera temporal y en determinados campos, no, desde luego, después del "concilio de los apóstoles". Pablo, que se opone a Pedro "en su cara" en Antioquía, le insulta llamándole hipócrita y, de manera abierta, en diversas circunstancias pone en tela de juicio las exigencias directoras de Pedro. En otras partes de las "Santas Escrituras" aparecen asimismo tendencias "antipetrianas". Y que Pedro conservara su primacía, si es que la tuvo, aunque sólo fuera un invento del "partido petrista", no aparece en ningún lugar del Nuevo Testamento. No se dice nada.[1064]

Sin embargo, incluso en el caso — que debe excluirse por muchas razones — de

---

[1061] Ibíd. Cf. también el papa Juan Pablo II (1979) en OstKSt 29,1980, 183.

[1062] Mt. 16,17 s. Deschner, Hahn 213 s. Allí hay más bibliografía. Schnitzer 37 s. Grill 21 s. Buitmann, Die Frage 165. Schmidt, Kirche der Urchristentums 258 s. Bemhart 15 afirma que las razones contra la autenticidad de esta palabra "sucumbirían ante una ciencia escueta", pero no se trata de eso. Cf. también 7 s. Un apologista se sucede a otro; toda la "refutación". Haller, Papsttum I 15. Obrist pasim. Hahn, Petrusverheissung 8 s. Pesch, Simon-Petrus 166. Seppelt/Schwaiger 13. Fries, Das Petrusamt 19. Ullmann, Gelasius 127, que recuerda acertadamente a Tert. de pud. 8,31. Brox, Kirchengeschichte 105 s.

[1063] Fries, Das Petrusamt 19. Pesch, Neutestamentliche Grundiagen 31. El mismo, Simon-Petrus 166. Blank, Petrus 19 s.

[1064] De Vries, Petrusamt 42. Ritter, Wer ist die Kirche? 42 s. Christ, Petrusamt 36 s, especialmente 40 s, con numerosas reseñas bibliográficas.

que las "palabras de primacía" procedieran de Jesús, la Iglesia no podría explicar cómo se transmiten de Pedro a los "papas", pues no sólo rigen para el apóstol sino también para sus "sucesores en el cargo". Ni la Biblia ni ninguna otra fuente histórica indican que Pedro nombrara a su sucesor.

Más de un católico encuentra la "discusión exegética" "notablemente diferenciada," y a la vista de los hallazgos "se ve en apuros cuando intenta explicar desde un punto de vista histórico y crítico la fuerza de los fundamentos bíblicos para el papado" (Stockmeier). Los teólogos más animosos admiten que "no hay nada" de una sucesión de Pedro (De Vries), que "en el Nuevo Testamento no se la puede constatar en ningún sitio" (Schnackenburg). En efecto, Josef Blank cree que la función de cimiento-roca de Pedro no sólo es única, intransferible, no intercambiable e irrepetible, sino que en la idea de unos cimientos en constante crecimiento ve, siquiera sea en sentido figurado, una imposibilidad interna. Por lo tanto, tampoco puede considerarse al papado como la roca de Pedro. Lo que este católico asegura con franqueza es: "Mirando hacia la historia de la Iglesia, podría más bien decirse: tampoco el papado [...ha podido destruir a la Iglesia". Y finalmente, el teólogo se pregunta cómo entendía esta sentencia la cristiandad primitiva.

¿Se refería a Roma o a la primacía del obispo romano como sucesor del apóstol Pedro? "La respuesta es, simple y llanamente: ¡No!"[1065]

La apologética se basa en más palabras e indicaciones de Jesús a Pedro: que pesque a los hombres, que tome las llaves del reino de los cielos; que todo lo que él una o desuna en la tierra, será unido o desunido en el cielo; finalmente: "Fortalece a tus hermanos", "Apacienta mi rebaño". Sin embargo, otros muchos paralelismos evangélicos o del Nuevo Testamento demuestran que las cinco disposiciones de Jesús no iban ligadas en principio a Pedro. Y sobre todo, de un sucesor, incluso de un superior de la comunidad romana como director de una Iglesia global, no se habla en absoluto en ningún texto paleocristiano.[1066]

182

No hay pruebas de la estancia y la muerte de Pedro en Roma

Como tampoco fue nunca obispo de Roma; se trata de una idea absurda, pero que constituye la base de toda una doctrina que los papas y sus teólogos ponen literalmente por las nubes. No hay pruebas definitivas ni siquiera de que estuviera alguna vez en Roma.

La comunidad cristiana de Roma no la fundaron ni Pedro ni Pablo, los "bienaventurados apóstoles fundadores" (en el siglo vi. el arzobispo Doroteo de Tesalónica les atribuyó un doble obispado), sino unos desconocidos judeocristianos.

[1065] Stockmeier, Romische Kirche 363. Sobre los subterfugios, a menudo de charlatanes, de los apologistas católicos, sobre todo de la época antigua, cf. por ejemplo Brunsmann 2 s, 17 s especialmente 42 s, 82 s. Pesch, Neutestamentliche Grundiagen 37. De Vries, Petrusamt 45. Schnackenburg, Die Stellung 33. De manera similar 24. Blank, Petrus 19, 21, 25. Cf. también la recopilación de la pág. 27 así como las conclusiones 34 s.

[1066] Blank, Petrus 29. Christ, Petrusamt 36 s, 44 s.

Ya entonces, entre éstos y los judíos se producían disturbios tan graves que el emperador Claudio, a mediados del siglo i, ordenó la expulsión de judíos y cristianos, entre los que entonces no se hacían diferencias: "*Judaeos imp—ulsare Chresto assidue tumultuantes Roma expulit*" (Sueton). El matrimonio Aquila y Priscila, que habían sido expulsados, encontraron a Pedro en su segundo viaje misionero en Corinto. Según Tácito, los cristianos romanos eran criminales procedentes de Judea.[1067]

La estancia de Pedro en Roma no ha sido nunca demostrada, aunque hoy, en la época del ecumenismo, de la aproximación de las Iglesias cristianas, incluso muchos eruditos protestantes lo suponen. Pero las suposiciones no son ninguna demostración. Aun cuando según leyendas llenas de fantasía Pedro sufriera el martirio en Roma, crucificado, como su Señor y Salvador, si bien, por un deseo de humildad, con la cabeza hacia abajo... Incluso aunque un cierto Gaius ¡casi siglo y medio después!— ya conociera el lugar, a saber, en el Vaticano, es decir, en los jardines de Nerón, de lo que informa por primera vez en el siglo IV el obispo Eusebio. De hecho, quien, como Daniel O'Connor, quiere demostrar con grandes esfuerzos una visita de Pedro a Roma, afirmándolo incluso de manera definitiva en el título: *Peter in Rome: the Literary, Liturgical and Archaeological Evidence,* llega a la pobre conclusión de que esta estancia es "*more plausible than not*".[1068]

183

En realidad, no existe ni una única prueba sólida al respecto. Ni siquiera Pablo — que sería quien habría fundado con Pedro la comunidad romana, y que escribe desde Roma sus últimas epístolas, aunque no cita nunca en ellas a su adversario, Pedro — sabe nada del asunto. Tampoco figura dato alguno en la historia de los apóstoles, los Evangelios sinópticos. Igualmente, la importante primera epístola de Clemente, de finales del siglo I, no sabe nada de la historia del "Tú eres Pedro" ni de otro nombramiento suyo por parte de Jesús, como tampoco de ningún papel decisivo de este apóstol. Se limita a informar con palabras poco precisas de su martirio. En resumidas cuentas, en todo el siglo I reina el silencio a este respecto, lo mismo que hasta bien entrado el siglo II.[1069]

El testigo seguro más antiguo de la estancia de Pedro en Roma, Dionisio de Corinto, resulta sospechoso. En primer lugar, porque sus testimonios proceden del año 170, aproximadamente. En segundo lugar, porque este obispo se encuentra muy lejos de Roma. Y en tercer lugar, porque afirma que Pedro y Pablo no sólo fundan conjuntamente la Iglesia de Roma sino también la de Corinto, aspecto este último que contradice el propio testimonio de Pablo. ¿Merece más confianza acerca de la tradición romana un garante de este tipo?[1070]

Pero quien duda esto, o incluso lo desmiente, "únicamente levanta un monumento infame a su ignorancia y su fanatismo" (Gróner, católico). ¿Y no sucede precisamente

---

[1067] Suet. Claud. 15,4; 25,3. Tacit. Ann. 15,44. Apg. 18,2. Thoroth. v. Thess. CoU. Avell. 105,4. Wikenhauser 285. Caspar, Papsttum I 2. Haller, Papsttum 115 s, 345 s. Cf. ThLZ 1959, 4, 289. Franzen 26. Seppelt/Schwaiger 15; allí Irenáus. Schneider, Christiiche Antike 59.

[1068] Euseb. h.e. 2,25,5 s. Cf. sobre todo Haller, Papsttum I 19 s, especialmente 349 s. Caspar, Papsttum I 73 s. Pesch, Das Petrusamt 33. De Vries, Petrusamt 43. 16.

[1069] 1. Clem. c. 5. Caspar, Papsttum lis. Cullmann 123.

[1070] Euseb. 2,25,8. Cf. 4,23,9 s. l.Kor. 3,6 s; 4,15. Cf. también Apg. 18.1 s. Para otros presuntos "testimonios" cf. por ejemplo Haller, Papsttum I 346 s.

al revés? ¿No es más frecuente el fanatismo entre los fieles que entre los escépticos? ¿Y por lo general también la ignorancia? ¿No viven de ello precisamente las religiones, el catolicismo y el papado? ¿No se desbordan sus dogmas en lo irracional y supranatural, en los absurdos lógicos? ¿No temen más que a nada a la explicación real, a la crítica auténtica? ¿No han instaurado una censura estricta, el índice, la autorización eclesiástica para poder imprimir, el juramento antimodernista y la hoguera?[1071]

Los católicos necesitan la visita de Pedro, necesitan la correspondiente actividad de este hombre en Roma, que encabece como "apóstol fundador" la lista de los obispos romanos, la cadena de sus "sucesores". En esta teoría se basa en buena medida la tradición "apostólica" y la primacía del papa. Afirman por tanto, especialmente en los escritos populares, que la presencia de Pedro en Roma "ha sido demostrada por la investigación histórica por encima de toda duda" (F. J. Koch); "es un resultado de la investigación confirmado de modo general" (Kósters, jesuita); es "totalmente incontestable" (Franzen); lo atestigua "todo el mundo cristiano antiguo (Schuck); no hay "ninguna" noticia de la Antigüedad "tan segura como ésta" (Kuhn), lo que no hace empero más cierta la imagen de que Pedro ha "montado su silla episcopal, su sede, en Roma" (Specht/Bauer).[1072]

184

En 1982, para el católico Pesch "ya no hay duda" de que Pedro murió martirizado en Roma bajo Nerón. (Sin embargo, el obispo mártir Ignacio no dice en el siglo II nada al respecto.) Incluso para toda la "investigación" actual, Pesch (a quien tanto gustan las muletillas: "como bien veo") lo considera incuestionable. Pero ni él ni ningún otro aportan *demostración* alguna. Para él sólo es "una idea atractiva suponer que Pedro partió hacia Roma [...]".[1073]

Es también una idea atractiva para muchos católicos el poseer la tumba de san Pedro.

¿Qué tal vamos de pruebas al respecto?

El cuento del hallazgo de la tumba de Pedro

Según una antigua tradición, la tumba del "príncipe de los apóstoles" se encuentra en la Vía Apia, y según otra versión debajo de la iglesia de San Pedro.[1074]

Después de que, al parecer, a mediados del siglo II ya se buscara esta tumba, entre 1940 y 1949 el arqueólogo Enrico Josi, el arquitecto Bruno Apolloni-Ghetti, el jesuita Antonio Ferrua y el también jesuita Engelbert Kirschbaum hicieron excavaciones debajo de la cúpula de San Pedro. La dirección corrió a cargo del prelado Kaas, que entonces era director del centro. Había dejado en Berlín a Hitler con la actualidad y

[1071] Gróne 5 s. Cf. Deschner, Hahn 126 s.

[1072] Koch, Katholische Apologetik 133. Kuhn 18 s. Specht/Bauer 297. Kosters 118. Rathgeber 387.Schuck 94. Franzen 27. Fuchs, Handbuch 47.

[1073] Ign. Rom 4,3 Pesch, Neutestamentliche Grundiagen 33. De Vries, Petrusamt 45.

[1074] Klauser, Petrustradition 69 s.

él siguió en Roma las huellas de la Antigüedad, con similar éxito...[1075]

La guerra mundial llegó y pasó. Y en la Nochebuena de 1950, el papa Pío XII anunció a la atenta humanidad (católica) que "las investigaciones que nos propusimos desde los primeros meses de Nuestro pontificado" habían llegado, "al menos en lo que respecta a la tumba del apóstol, a una feliz conclusión en el curso del Año Santo". El resultado de las investigaciones, "de las muy esmeradas investigaciones", lo considera el papa "de la máxima riqueza e importancia", y "a la cuestión esencial, la pregunta de si se ha encontrado la tumba de san Pedro, las conclusiones finales de los trabajos y de los estudios responden con un rotundo "sí". Se ha descubierto la tumba del príncipe de los apóstoles".[1076]

Pero al año siguiente, el católico *Herder-Korrespondenz Orbis Catholicus* publicaba, casi sin atreverse, que se había "encontrado, sin ningún género de duda", el lugar en el que fue enterrado Pedro, "pero no se ha encontrado la tumba del apóstol"; unas palabras que denotan el arte de la formulación y la escuela católica. Al fin y al cabo, no se quería contradecir directamente al papa.

185

De todos modos, según el *Herder-Korrespondenz,* "un indicio seguro que demuestra el hecho" es que la tumba de Pedro "se encontraba debajo del centro de la catedral de San Pedro". Como "indicio demostrativo" se señala: "en el lugar presumible [...] varias osamentas humanas, que fueron cuidadosamente levantadas". Había también enterramientos cristianos y paganos, estos últimos "superpuestos en varias capas". La tumba del apóstol, la descubierta y no encontrada, debió ser, tal como indica el informe de la comisión, asolada en el curso de los tiempos, y los huesos de Pedro llevados por "seguridad" a otro lugar durante las persecuciones; finalmente, Constantino habría mandado levantar una iglesia "sobre el venerable lugar"[1077] El *Herder-Korrespondenz* señala al final la exclusión "del público, durante un tiempo prudencial", del "venerable lugar". Los motivos: la estrechez de la entrada; el peligro que el acceso supondría para los monumentos arqueológicos de las proximidades, y por último, el auténtico motivo, suficientemente revelador: "porque en definitiva un ojo sin formación arqueológica no podría ver allí nada, o casi nada, memorable".[1078]

Sucede con ello como con todos los grandes misterios de esta religión: nada *memorable.* Alrededor del año 200 el presbítero romano Gaius creía saber dónde estaba la tumba de Pedro, "en el Vaticano", y la tumba de Pablo, "en el camino hacia Ostia". Y desde Constantino I se ha venerado — y visitado — la presunta tumba de Pedro en San Pedro. Sin embargo, su autenticidad histórica no ha sido demostrada; simplemente, en la época constantiniana imperaba la creencia de que habían dado con la tumba de Pedro. Pero esta creencia no demostraba nada más entonces de lo que demuestra hoy.[1079]

Lo que sí se halló debajo de la iglesia de San Pedro (en cuyas proximidades se encontraba el Frigianum, el santuario de la diosa Cibeles) fue una gran cantidad de

---

[1075] Ibíd. 35 s, especialmente 53 s. Herder-Korrespondenz, Sechster Jahrgang
[1076] Herder-Korrespondenz, Fünfter Jahrgang 1950/51,184.
[1077] Ibíd. Sechster Jahrgang 1951/52, 205.
[1078] Ibíd. 205 s.
[1079] Euseb. h.e. 2,25,6 s. Haller, Papsttum 119 s, 349 s. Kirschbaum 60. Gelmi 51. 284

tumbas paganas: en las últimas excavaciones no menos de 22 mausoleos y dos criptas abiertas.[1080]

Pero frente a la pobreza de resultados de las pesquisas vaticanas, la literatura sobre el tema se multiplicó prolíficamente. En 1964 había ya cerca de cuatrocientas publicaciones con los puntos de vista más dispares, "desde el más inocente entusiasmo hasta la negación más radical de los resultados de las excavaciones". Por ejemplo, el jesuita Engelbert Kirschbaum se vio obligado a rechazar sus propias investigaciones anteriores, demasiado bienintencionadas. Las de su colega en la orden, Grisar, se hicieron "con medios insuficientes", y las del "meritorio" arqueólogo silesiano Joseph Wilpert fueron menospreciadas por el mundo científico, que las tildó de "lamentable desliz crítico del ya anciano erudito".[1081]

186

Kirschbaum recopila "toda una serie de piezas demostrativas" de la autenticidad de la tumba de Pedro. Sin embargo, debe "admitir que varias piezas podrían interpretarse también de otro modo"; "que solamente tenemos el lugar, la ubicación de la tumba del apóstol, y no los componentes materiales de la misma"; que en una vieja tumba "no hay modo de saber quién estuvo allí enterrado". Tampoco sobre su aspecto puede "decir alguna cosa concreta [...]. Debió de ser una sepultura sencilla [...], formada únicamente por un par de losas. Si fueron sacadas de allí, ya no quedó nada que ver [...]".[1082]

Todo apunta en el sentido de que no se trata aquí de la tumba de Pedro debajo del llamado *tropaion,* sino que, en sí, éste no es más que un cenotafio, es decir, un monumento. Sin embargo, según palabras de Kirschbaum, en el informe de las excavaciones se "interpreta el *tropaion* como la tumba del apóstol, aunque en una fase más avanzada de su desarrollo".[1083]

Los resultados de diversos investigadores críticos — Adriano Prandi, Armin von Gerkan, Theodor Klauser, A. M. Schneider, y otros — acabaron arrancando a los jesuitas la confesión de que el informe (católico) de las excavaciones no estaba "exento de errores". Recogen "defectos en la descripción", hablan de "mayores o menores contradicciones" y mencionan que *errare humanum est,* "lo cual, desgraciadamente sigue cumpliéndose". Pero lo decisivo, quieren "creer", la crítica "en modo alguno [...] lo ha hecho tambalear". Finalmente, Engelbert Kirschbaum deja constancia de lo siguiente: "¿Se ha encontrado la tumba de Pedro? Respondemos: se ha encontrado el *tropaion* de mediados del siglo II, pero la correspondiente tumba del apóstol no se ha 'encontrado' en el mismo sentido, sino que se ha demostrado, es decir, mediante toda una serie de indicios se ha deducido su existencia, aunque ya no existan "partes materiales" de esta tumba original". Ergo, ¡la tumba ha estado allí, pero ya no está![1084]

"La fantasía quisiera imaginarse cómo reposaba en la tierra el cadáver del primer papa", escribe Kirschbaum, y supone que los huesos de Pedro fueron retirados de su tumba en el año 258. Naturalmente, sin la más mínima demostración. También cabe

---

[1080] Kirschbaum 15,20.
[1081] Ibid.48s.223s.
[1082] Ibíd. 91 s, 94.
[1083] Ibid. 115.
[1084] Ibid. 96.121.

simplemente "suponer [...] que se retiró la cabeza". ¡El resto podría haberse encontrado en la tumba que (de todos modos) no se ha hallado! ¡Por otra parte, se constató la existencia de la presunta cabeza de Pedro (y la de Pablo) en Letrán desde finales del siglo II! Sin embargo, en la que se suponía la tumba de Pedro se encontró "un montón de huesos", pertenecientes todos "a una misma persona", como señalan las pruebas médicas. Un hecho cierto es que "se trata de los huesos de un hombre viejo. Y Pedro, al morir, era anciano" (Kirschbaum). Una "demostración" tan asombrosa que ni siquiera el propio Kirschbaum se atreve "a decir la última palabra a ese respecto".[1085]

187

En 1965, Margherita Guarducci, profesora de arqueología en la universidad de Roma, en un libro que causó gran expectación, afirmaba haber descubierto sin ningún género de dudas las reliquias de san Pedro. Pero como no se disponía de la tumba del apóstol, el mundo científico apenas reaccionó ante el nuevo "descubrimiento", y más tarde lo hizo "a menudo de forma poco afable" (Dassmann). El propio Emst Dassman analizó el conjunto de indicios del libro de Guarducci, publicado por el Vaticano, y concluyó sus objeciones, nada más lejos que carentes de afabilidad, con el postulado del viejo maestro de la hagiografía, H. Delehaye, de que todas las reliquias sobre las que planee la menor sombra de duda deben considerarse falsas. "Pero lo único que consta con plena certeza son las dudas que, dado el actual estado de cosas, siguen lastrando la argumentación de M. Guarducci."[1086]

Cuando Venerando Correnti, un reconocido antropólogo, estudió las piernas del "*vecchio robusto",* los presuntos huesos de Pedro, los identificó como los restos de *tres* individuos, entre ellos con casi total certeza *(quasi cortamente),* los de una mujer anciana, de unos setenta años de edad.[1087]

No obstante, el 26 de junio de 1968 el papa Pablo VI anunció en su alocución con motivo de una audiencia general: "Las reliquias de san Pedro han sido identificadas de una manera que podemos considerar como convincente".[1088]

Pero en realidad, cualquier identificación entre el montón de restos enterrados era, tanto al principio como al cabo de dos mil años, imposible, aunque allí estuviera Pedro. Erich Caspar ha señalado con razón, y una buena dosis de prudencia, "que nunca se eliminarán" las dudas existentes. Dentro de este mismo contexto, Johannes Haller ha recordado, también con razón, el escepticismo con respecto a la autenticidad de los cráneos de Schiller y Bach, aunque la distancia en el tiempo es mucho menor y las condiciones mucho mejores. Igualmente, Armin von Gerkan escribe que, incluso si se descubriera la tumba de Pedro con inscripciones que así lo atestiguaran — lo cual no es el caso—, tampoco se habría conseguido nada, "puesto que esa inhumación procedería de la época constantiniana, y es muy posible que se tratara de una ficción. No existe ningún material arqueológico, sino que hay que remitirse siempre a una tradición, que de todos modos ya existía en la época de Constantino".[1089]

[1085] Ibíd. 124 s, 146, 204 s, 210, 215.

[1086] Apéndice de Dassmann, Petrus 223 s.

[1087] Ibid. 224

[1088] L'Observatore Romano 27. 6. 1968. Cit. según Dassmann, Petrus 247.

[1089] 36. Caspar, Papsttum I 74. Haller, Papsttum I 19 s, 349 s. V. Gerkan, en ThJ 1941, 90 s. Cf. por el

De lo que realmente se trata en la sospechosa historia de la tumba de Pedro, escribe el católico Fuchs (al que también debemos la sensacional noticia de que: "varios metros por debajo del actual altar de san Pedro se encontró una inscripción petr [...] y junto a ella huesos, además de una antigua tumba [...]"), es de que: "Estas excavaciones son adecuadas sobre todo para consolidar en el pueblo la idea de la tumba de Pedro". Este es el punto esencial, puesto que la primacía del papa no se basa en que Pedro esté enterrado en Roma, pero a la devoción popular le afecta esta creencia, y predispone a los peregrinos —"*térra santa!*"— a hacer donaciones.[1090]

188

Monseñor Rathgeber señala asimismo que estos lugares — "ciertamente" la tumba de Pedro — han sido desde los tiempos cristianos más antiguos "un lugar de peregrinaje muy visitado". El prelado cita una lápida descubierta allí que lleva no sólo la inscripción: "Pedro, ruega a Jesucristo por los santos cristianos que están enterrados junto a tu cuerpo", sino también un retrato, que se considera el del apóstol: la cabeza calva, una gran nariz, barba y labios carnosos... Ah, si hubiera todavía milagros, ¿no se habría sacado ya de las profundidades a Pedro (y Pablo) tan fresco, como hizo antaño Ambrosio con sus mártires? Pero los tiempos ya no son los mismos. "Los milagros deben verse desde la distancia — dice Lichtenberg — si se les quiere considerar verídicos, lo mismo que las nubes se toman por cuerpos sólidos."[1091]

Así, a pesar de todo, Pedro puede haber estado en Roma, e incluso haber muerto allí, aunque no como obispo, como titular de la "Santa Sede", que recibe de él su nombre. Kurt Aland escribe en 1981 que "No se trata de eso de ningún modo". Y Norbert Brox, quien en 1983 sabe "con toda certeza" que Pedro ha estado en Roma, confiesa que se ignora por completo el papel que desempeñó en la comunidad de dicha ciudad. "Queda descartado que fuera su obispo [...]." El autor de la primera epístola de Pedro no se presentó al "apóstol de Jesucristo" en "Babilonia", es decir, Roma, como obispo sino, según el teólogo protestante Félix Christ,"como predicador y sobre todo como 'anciano'. También para el católico Blank, Pedro no fue, "con toda probabilidad, "el primer obispo de Roma," (y naturalmente tampoco el fundador de la comunidad romana). Incluso para Rudolf Pesch, tan fiel a la línea contraria, no hubo "tal principio" (!) ningún episcopado en Roma. Ni Pedro ni Pablo, "ninguno de ambos apóstoles ha tenido un "sucesor" directo en un obispado romano". Sin embargo, al final de su estudio, este católico declara que la primacía papal es "la primacía católica de Pedro unida a la sucesión de los apóstoles en el cargo de obispo, al servicio de la fe de la Iglesia, una y santa"; esto es el "*factum theologicum*", en buen castellano: una subrepción. De nuevo con Pesch, es "una agradable idea suponer que [...]".[1092]

Pero antes de que sigamos el origen y el desarrollo del primado romano, surge de modo natural la cuestión de cómo se llegó realmente a los sacerdotes, obispos y papas cristianos.

---

contrario las concesiones y escapatorias del católico Gelmi 51 s.

[1090] Fuchs, Handbuch 48 s.

[1091] Lichtenberg, Vermischte Schriften. Rathgeber 388.

[1092] Cf. I Petr. 1,1; 5,1; 5,13. Aland, Von Jesús 61 s, 85 s. Christ, Das Petrusamt

El origen de los cargos eclesiásticos, de las sedes metropolitanas y patriarcales y del papado

189

Según nos enseña la exégesis histérico-crítica de la Biblia, Jesús — el apocalíptico que, totalmente dentro de la tradición de los profetas judíos, espera el final *inmediato,* la irrupción del "gobierno de Dios", y con ello se equivoca por completo (uno de los resultados más seguros de la investigación) — no quería desde luego fundar ninguna Iglesia ni instituir sacerdotes, obispos, patriarcas y papas. No sin ironía, la historiadora de la Iglesia y teóloga feminista Magdalene Bussmann escribe en 1987 al papa Juan Pablo II: "Jesús no encomienda a nadie, ni mujeres ni hombres, al sacerdocio, tal como usted y sus colegas lo entienden. Todos los seres humanos que posean un carisma donado por Dios deberán realizarlo para el bien de toda la comunidad. Ésa es la opinión de uso corriente de todas/todos las/los teólogas/teólogos, y en Roma debería suponerse al menos un mínimo de conocimientos exegéticos básicos para una interpretación seria de la Biblia".[1093]

En las primeras comunidades cristianas, marcaban la pauta los apóstoles, los profetas y los maestros. Obispos, diáconos y presbíteros ocupaban un segundo plano. Al principio eran sólo administradores técnicos a los que se confiaba funciones administrativas, organizativas y socioeconómicas. El obispo ascendió después hasta la cumbre: primero respecto de los presbíteros, con los que compartió un mismo rango durante todo el siglo i, y finalmente respecto de los carismáticos, los apóstoles, profetas y maestros. Desde las postrimerías del siglo II reunió todos los cargos en su persona.[1094]

Pero lo mismo que el obispo pasó de ser un subordinado a tener idéntico rango y después uno superior, entre ellos se establecieron también diferencias. Dependían por regla general del lugar en el que residían.

Con sede en la capital provincial, la metrópoli, era generalmente también metropolita (muchos de los cuales recibían asimismo el nombre, sobre todo en Iliria, de arzobispo, *archiepiskopos),* y superior de los restantes obispos de su área administrativa eclesiástica, cuyos límites solían coincidir con los correspondientes civiles; un proceso que en Oriente se [..rró] más o menos a comienzos del siglo III, aunque naturalmente no sin calidades. Como muy tarde alrededor del año 400, cada provincia tenía i metropolita.[1095]

También entre los metropolitas había obispos con mayor autoridad, como el obispo de Milán, residencia imperial desde Diocleciano; ésa era la razón principal por la que el *episcopus* milanos disponía de varias provincias. Por último, había asimismo áreas eclesiásticas que sobrepasaban considerablemente un área metropolitana, una especie de superobispado. Sin embargo, en el siglo III — siguiendo la estructura

---

[1093] Bussmann 104.

[1094] Este desarrollo lo muestra detalladamente el capítulo 28, "El origen de los cargos eclesiásticos", de mi historia de la Iglesia *Abermals krahte der Hahn,* 223 s. Allí las pruebas. Sobre "domesticación" de los cargos, cf. Lexikon der alten SEIT 50 s.

[1095] Conc. Nic. c. 4. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 242 s. Beck, Theologische Literatur 67 s. Brox. Kirchengeschichte 101 s.

organizativa eclesiástica una pauta similar a la de las unidades administrativas del Imperio — algunos prelados consiguieron prerrogativas especiales, sobre todo el patriarca de Alejandría frente a los cerca de cien obispos de Egipto. O, algo más tarde, el patriarca de Antioquía (con un […] hinterland de política y culturalmente menos unitario) frente a gran parte del episcopado sirio. Lograron también derechos especiales análogos en el Concilio de Nícea (325): el más tarde menos importante patriarcado de Jerusalén con tres provincias palestinas, cargo ocupado en 451 por el arzobispo Juvenal, oportunista sin escrúpulos y falsario), así como los exarcados de Éfeso, Cesárea de Capadocia y Heraclea; finalmente, en el Concilio de Constantinopla (381), la capital de Oriente. El título de patriarca, que al principio adornaba también a los obispos corrientes, se reservó desde el siglo V sólo para cinco obispos superiores, que en el Calcedonense se llamaron "exarcas", los dirigentes eclesiásticos de Alejandría, Antioquía, Constantinopla, Jerusalén y Roma.

190

Por eso, en Roma precisamente, el cargo de un obispo rector apareció relativamente tarde, en la cuarta o quinta generación cristiana, mucho más tarde que en Siria o Asia Menor. Todavía a mediados del siglo II, la comunidad cristiana romana contaba con cerca de treinta mil miembros y 155 clérigos, ¡ninguno sabía nada de la designación de Pedro!, como tampoco de su estancia y martirio en Roma.[1096]

La lista de obispos romanos falsificada

La más antigua lista de los obispos romanos la facilitó el padre de la Iglesia Ireneo, obispo de Lyon, en su obra *Adversas haereses,* aproximadamente entre los años 180 y 185. No se conserva el texto original griego sino una copia latina completa de los siglos III o IV, si no el v. La literatura al respecto apenas es apreciable, el texto está "echado a perder" de manera manifiesta. Lo que sigue siendo un misterio es el origen de la relación. Ireneo señala poco más que el nombre y basta. ¡Y en ningún sitio se habla de una primacía de Pedro! En las postrimerías del siglo II a Pedro no se le contaba todavía en Roma entre los obispos. ¡Y en el siglo IV se afirma que lo fue durante veinticinco años! El obispo Eusebio, un historiador de poca confianza, culpable incluso de falsificación de documentos, transmitió en su tiempo la sucesión de obispos romanos. Eusebio "perfeccionó" también la lista de obispos alejandrinos, muy parecida a la de los romanos. Igualmente la antioqueña, asociando una olimpiada con cada uno de los obispos Cornelio, Eros y Teófilo. En la lista de obispos de Jerusalén trabajó también con cómputos artificiales, no poseyendo "prácticamente ninguna noticia escrita" de los años en que estuvieron en el cargo; más tarde, el obispo Epifanio hizo una datación exacta comparándola con la de los emperadores. Alrededor del año 354, el *Catalogus Liberianus,* una relación de papas que va de Pedro hasta Liberio (352366), indicando las fechas en días y meses, fue continuado

[1096] 43. Conc. Nic. c. 6. Conc. Constant. c. 3. Leo I. ep. 119,4. Gams, Series I 460, 433, 443, 440, 427. dtv Lex. Antike, Religión I 180, II 150 s. Bertholet 421. Caspar, Papsttum 1243. Bury, History I 64 s. Honigmann 209 s. Heiler, Erscheinungsformen 378. Ortiz de Urbina, Nicáa 244 s. Brox. Kirchengeschichte 101 s. Stockmeier, Das Petrusamt 70 s. Dassmann, Zur Entstehung 83 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 243 s.

y "completado", como indica el católico Gelmi, que acto seguido añade: "todos estos datos no tienen ningún valor histórico". Coinciden en ello actualmente también los católicos, aunque señalando siempre: tanto más valiosa es la propia serie de nombres, ¡antiquísima y auténtica!

191

El *Líber Pontifícalis,* el libro oficial de los papas, la lista más antigua de los obispos romanos, contiene "una gran abundancia de material falsificado o legendario", que "completa mediante nuevos hallazgos" (Caspar); en resumidas cuentas, lleva tantos fraudes que hasta llegar al siglo vi no tiene apenas valor histórico, no nombrando a Pedro, sino a un tal Lino, como primer obispo de la ciudad. A partir de entonces Lino queda en segundo lugar y Pedro en el primero. Al final se construye un "cargo de Pedro", que "en las condiciones antiguas", naturalmente, "sólo se producía de manera ocasional" (Karrer), y se convierte en "papado". "Igual que una semilla"— escribe el jesuita Hans Grotz de manera poética — *"cayó* Pedro en la tierra romana." Y después cayeron también muchos otros, como sigue ocurriendo en la actualidad. Poco a poco pudieron contarse todos los "sucesores" de Pedro, tal como se ha dicho, con el año en que accedieron al papado y la fecha de su muerte, al parecer en una sucesión ininterrumpida. Sin embargo, a lo largo del tiempo la lista de los obispos romanos fue modificada, perfeccionada, completada, de tal manera que, en una tabla recopilada por cinco cronistas bizantinos, con la suma de los años que se mantuvieron en el cargo los primeros 28 obispos de Roma, sólo en cuatro lugares concuerdan las cifras en todas las columnas. En efecto, el redactor final del texto, quizás el papa Gregorio I, parece haber ampliado la lista de nombres hasta incluir doce santos, en paralelismo con los doce apóstoles. En cualquier caso, la lista de obispos romanos de los dos primeros siglos es tan insegura como la de los alejandrinos o los antioqueños, y "para los primeros decenios, pura arbitrariedad" (Heussi).[1097] ¡Hay que añadir a esto

[1097] Iren. adv. haer. 3,1,1; 3,2; 3,3,1 s. Euseb. h.e. 2,25,5 s; 4,5,1 s; 4,20; 5,6,1 s. Tert. de praescr. haer. 32. adv. Marc. 4,5. Opt. Mil. 2,3. Catal. Liberianus MG hist. Auct. ant. IX 73. Anastas. I. ep. 1. LThK 2.a ed. VI, 1016 s. Pauly III 622. Andresen/DenzIer 448. Lexikon der alten Weit 213 s. Koep, Bischofsliste 407 s, especialmente 411 s con datos bibliográficos 415. Karrer, Papst 280 s. Todavía en nuestros días los católicos afirman que la estancia de Pedro en Roma "es aceptada hoy por toda la investigación, también por eruditos no católicos", Schuchert, Kirchengeschichte 104. Una serie de historiadores y teólogos, sin embargo, lo niega enérgicamente, por ej.: Dannenbauer, Die römische Petruslegende 239 s. Heussi, Die romische Petrustradition passim. El mismo, en ThLZ 1959, Nr. 5, 359 s. El mismo, Eine französische Stimme 596 s. El mismo. Das Grab des Petrus 82 s. El mismo, «Papst» Anencletus I. 302 s. El mismo, Galater 2,67 s. El mismo, Die Entstehung der römischen Petrustradition 63 s. El mismo, Petrus und die beiden Jakobus 147 s. El mismo. La llamada tradición de Pedro aparece ya en el evangelio de Lucas y se reseña poco después del año 70, 571 s. El mismo, Drei vermeintliche Beweise 240 s. El mismo, War Petrus in Rom? El mismo, Petrus, wirkiich römischer Mártyrer? El mismo, Neues zur Petrusfrage. A. Bauer, Die Legende von dem Martyrium des Petrus u. Paulus in Rom 270 s. Haller I 14 s, 345 s. Robinson, Where and when did Peter die 255 s, 1945 en JBL. Smaitz, Did Peter die in Jerusalem? ibíd. 1952, 212 s. Hyde, Paganism, Exkursus III. Was St. Peter in Rome? 265 s. Otros impugnadores (anteriores) de una estancia de Pedro en Roma los menciona W. Bauer en Hennecke, Neutestamentliche 285 Apokryphen 118. Sobre la tumba del apóstol, sobre la lista de obispos romanos: A. M. Schneider, ThLZ 1951, 745. El mismo. Das Petrusgrab im Vatikan, ibíd 1952, 321 s. T. Klauser, Die romische Petrustradition 55 s. Schäfer, Das Petrusgrab 459 s. Altendorf, Die römischen Apostelgráber 731 s. Holz, Die neue Legende, Deutsche Woche Nr. 52,1957. V. Campenhausen, Lehrerweihen 248. Mirbt, Quellen zur Geschichte des Papsttums 6 s, 52. Heiler, Altkirchiiche Autonomie 191. Haller, Papsttum I 10 s, 443 s. Heussi, Die romische Petrustradition 72. El mismo, Kompendium 85. Cf. incluso el católico Bardenhewer, Geschichte 1565 o el católico Franzen, según el cual "ya no queda ninguna duda sobre un enterramiento de san Pedro en Roma"; "a pesar de que

que al principio del libro oficial de los papas parece una correspondencia falsificada entre san Jerónimo y el papa Dámaso I! (No es la única correspondencia falsa entre ambos: Pseudo Isidoro tiene otra.)[1098]

192

Bien es verdad que el jesuita Grisar pone de relieve "la circunstancia que la relación de los antiguos obispos romanos, comenzando por san Pedro, en lo referente a la certeza del orden sucesorio y de los nombres se diferencia muy ventajosamente de muchos (!) otros catálogos de obispos. Mientras que aquí la poesía y la falsificación no se han entrometido, las relaciones de los antiguos superiores de otras Iglesias fueron un campo favorito en el que se ensayaban los trabajos de los descubridores". Pero la realidad es que con el catálogo de obispos romanos, sin duda especialmente importante para los católicos, sucede lo mismo que con todas las restantes listas de obispos.[1099]

Tales series de nombres y tablas tradicionales, en parte construidas, rellenando artificialmente los huecos, las hubo desde luego mucho antes de que apareciera el cristianismo y sus listas de obispos, falsificadas ya desde el comienzo: el registro de los magistrados de las ciudades-estado griegas, la relación de los reyes espartanos de Agiadas y Euripóntidos, los diadocos en las escuelas griegas de filosofía, la rúbrica de los olimpiónicos. Pero, sobre todo, es comparable a las genealogías del Antiguo Testamento, que mediante una sucesión de nombres sin huecos vacíos garantizaban la participación en las promesas divinas, especialmente la lista de los sumos sacerdotes después del exilio, como lista de gobernantes de Israel. Y es de suponer que en estos principios de la tradición judía tengan también su base los esfuerzos del Islam por garantizar la teoría, transmitida oralmente, mediante una cadena sucesoria, una serie de testigos *(isnad),* que se remonta hasta el Profeta.[1100]

En cualquier caso, los fundamentos históricos — ¡no los que se han elaborado teológicamente! — sobre el origen del papado son de una naturaleza por completo distinta de lo que las jerarquías eclesiásticas quisieran creer. No son el resultado de la *pretendida fundación apostólica* de la sede episcopal romana, sino, sobre todo, de la *elevada importancia cultural y político-ideológica* de la ciudad millonaria, de su especial localización como centro del Imperio romano, de la "reina Roma", en definitiva, puesto que los poetas paganos la loaban como "*caput orbis*", "cabeza del mundo", un factor decisivo que los jerarcas romanos pasan curiosamente por alto.

193

A este respecto, no sólo en Roma, sino en todas partes, el rango eclesiástico de una ciudad correspondía más o menos a su antigua importancia política. Tal es el caso, por ejemplo, de Milán o, en la vecina Panonia, de Sirmium, igualmente residencia temporal del emperador y sede de un *praefectus praetorio.* Y cuando en

---

incluso no se ha podido identificar de manera totalmente precisa su tumba, y de que aunque se consiga no se podrán despejar todas las dudas..." 27 Cf. para el tema también Caspar, Papsttum I 2, 8, 47 s. Seppelt/Schwaiger 15. Gontard 80. Hardy 81 s. Telfer, Episcopal succession 1 s. Meissner 475 s. V. también el capítulo "Die Anfänge der italienischen Kirche" en Roethe 3 s. Cullmann 123. Aland, Yon Jesús bis Justinian 61, 65, 85 s, 209. Maier, Verwandiung 246. Koch, Cathedra Petri 83. Kupisch I 86. Grotz 35. V. Loewenich 65. Stockmeier, Das Petrusamt 67. de Vries, Das Petrusamt 46 s. Gelmi 51 s.

[1098] LThK 2.a ed. VI 1017. Pauly III 622. Caspar, Papsttum 12, 256, Notas 1.

[1099] Grisar, Geschichte Roms 732.

[1100] Plut. Numa 1. Herod. 7,204; 8,131. 1. Mos. 5,1 s; 11,10 s. Además, con más pruebas: Koep, Bischofsliste 407 s, lista que sigo aquí. Cf. Caspar, Papsttum I 13, nota 1.

las postrimerías del siglo IV la prefectura gala se situó en Arles, el obispo de esa ciudad exigió inmediatamente la dignidad de metropolita.[1101]

Sin embargo, Bizancio logró ocupar con gran rapidez un lugar de primera línea. Entre los años 326 y 330, a partir de la pequeña Byzantion, aunque por su situación muy favorecida militar y económicamente, surgió bajo Constantino I la "ciudad de Constantino", la "Segunda" o "Nueva Roma", "*Nea Rhome*". Entró así en competencia con la vieja capital del Tíber, pues, tomándola como ejemplo, fue magníficamente construida sobre siete colinas y ya en los siglos IV y V la superó en amplitud y prestigio internacional, de modo que, aunque un milenio más tarde, el erudito bizantino Manuel Chrysoloras elogia: "La madre es hermosa y elegante, pero en muchas cosas la hija es todavía más hermosa". Constantinopla desempeñó un papel político, militar y económico preponderante en todo el Imperio. De manera paulatina, su patriarca fue equiparado a los de Alejandría y Antioquía, para acabar siendo el "obispo del Imperio" y competir con el obispo romano, invocando que el cristianismo había surgido en Oriente, que "Cristo había nacido en Oriente", tal como señalaron frente a Occidente los padres sinodales del concilio imperial del año 381. Y después de la invasión de los árabes en el siglo VII, quedó sólo Constantinopla como patriarcado importante de Oriente.[1102]

Otra razón fundamental para la aparición del papado fue la posición determinante que logró el obispo romano, el único patriarca de todo Occidente (mientras que en Oriente rivalizaban entre sí tres o cuatro), en Italia y en la Iglesia latina después del hundimiento del Imperio romano, y que reforzaba su pronto enorme riqueza. En cuanto se constituyó el primado, el poder fáctico fue reforzándose cada vez más teológicamente, mediante la pretendida demostración de apostolicidad, el triple recurso a Pedro, la petrinología.[1103]

Las pretensiones de primacía

Las ambiciones de primacía de los obispos romanos, basadas por lo general en Mt. 16:18, carecen en realidad de fundamento. Durante más de dos siglos no se basaron nunca en la (pretendida) instauración por parte de Jesús. ¡Nunca reclamaron ser los sucesores de Pedro! "No parece que la promesa de Pedro, Mt. 16: 18 — señala Henry Chadwick—, haya desempeñado ningún papel, antes de mediados del siglo III, en la historia de las pretensiones romanas de dirección y autoridad." Es desde entonces cuando hay constancia de la primera exigencia de primacía de un obispo romano, un hecho que el jesuita De Vries confiesa, casi cínicamente, de la siguiente manera: "Hemos de admitir que tuvo que pasar mucho tiempo hasta que se reconoció en Roma toda la importancia de las palabras referentes a la piedra para el cargo de Pedro

[1101] Caspar, Papsttum 118. Cf. por ej. Benz, Beschreibung 157. Haller, Papsttum I 25. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 243 s. Brox, Kirchengeschichte 101 s, 105 s.

[1102] dtv Lex. Antike, Religión 1180, II 148. Caspar, Papsttum 1118 s, 243. Hunger, Byzantinische Geistesweit 13, 20 s. Heiler, Erscheinungsformen 378. Haller, Papsttum I 53, 65. de Vries, Petrusamt 54. Brox, Kirchengeschichte 103.

[1103] v. Loewenich 64. Haller, Papsttum I 25. HB II/l, 248 s. Brox, Kirchengeschichte 103 s.

como obispo de Roma. Pero finalmente se la reconoció [...]". En Roma no se desarrolló la idea de un status especial del "portador de la sede" como "sucesor" de Pedro! *Todas* las sedes episcopales, incluso la menos importante, eran de entrada "*sedes apostólica*", sin que fuera resultado de la tradición o de la preponderancia. Y *todos* los obispos reivindicaban el epíteto de *«apostólicas»* lo mismo que el sustantivo "*apostolatus*", para su dignidad y su actividad.

194

"La denominación de un simple obispo como *summus pontifex* puede demostrarse por primera vez incluso en un escrito papal" (Baus, católico). Tampoco los antiguos pastores de Roma se consideraban en modo alguno "papas". Durante mucho tiempo no tuvieron "ningún otro título [...] que el de los restantes obispos" (Bihimeyer, católico). Al contrario. Mientras que en Oriente hacía mucho tiempo que a los patriarcas, los obispos y los abades se les denominaba "papa" *(pappas, papa,* padre), esta designación aparece en Roma por primera vez sobre una lápida de la época de Liberio (352-366). A finales del siglo V adquirió carta de naturaleza también en Occidente, donde los obispos romanos utilizan la palabra "papa", junto con otros obispos, para autodenominarse, aunque no lo hacen de manera habitual hasta las postrimerías del siglo viii. Y hasta el segundo milenio la palabra "papa" no se convierte en un privilegio exclusivo de los obispos de Roma, los cuales todavía en los siglos xi y XII siguen llamando a los obispos no romanos "*vicarías Petri*" (representante de Pedro). El título de "sumo pontífice" se sigue aplicando a todos los obispos hasta la Alta Edad Media.[1104]

En consecuencia, la primacía del "papa" ha sido objeto de discusión desde el momento en que se comienza a hablar de ella, empezando por los propios teólogos, padres de la Iglesia y obispos católicos.

La Iglesia antigua no conocía Ninguna primacía de derecho y honorífica del Obispo de Roma instaurada por Jesús

El primero en remitirse a Mt, 16,18, es desde luego el despótico Esteban I (354-257). Con su concepción jerárquico-monárquica de la Iglesia, más que episcopal y colegiada, es en cierta medida el primer papa, aun cuando no dispongamos de ninguna afirmación suya a ese respecto. Sin embargo, el influyente Firmiliano, obispo de Cesárea de Capadocia, reaccionó de inmediato. Según el *Lexikonfür Theologie und Kirche,* no reconoce "ninguna primacía de derecho del obispo de Roma". ¡Firmiliano más bien censura a aquel que se vanagloria de su posición y cree "tener a su cargo la sucesión de Pedro" *(successionem Petri tenere contendif).* Acto seguido, habla de la "insensatez tan fuerte y notoria de Esteban", y en un apostrofe inmediato le llama "*schismaticus*", que se separa a sí mismo de la Iglesia. Le echa en cara su "audacia e insolencia" *(audacia et insolentia),* "ceguera" *(caecitas),* "estupidez" *(stultitia).* Irritado,

[1104] Zos. ep. 9,2 s. Incluso el católico Bemhart, Der Vatikan pág. 23, escribe:

"Los tres primeros siglos después de la muerte de Simón no saben nada de un soberano en la cátedra de Pedro». Heiler, Altkirchiiche Autonomie 261 s. Bertholet 412. Bihimeyer, Kirchengeschichte 103. Chadwick, Die Kirche 278. Aland, Von Jesús 127,137 s, 209. Baus en Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 297. Brox, Probleme 81 s. El mismo, Kirchengeschichte 107. de Vries, Petrusamt 48. Andresen/DenzIer 452. Gelmi 59.

le compara con Judas y afirma que da "mala fama a los santos apóstoles Pedro y Pablo".[1105]

195

"¡Con cuánta diligencia — ridiculiza Firmiliano en una carta dirigida a Cipriano de Cartago — ha seguido Esteban las santas amonestaciones del apóstol y ha conservado la humildad y la benevolencia! ¿Qué hay más humilde y benevolente que desavenirse con tantos obispos de todo el mundo [...], ora con los orientales (como seguramente sabréis vos muy bien), ora con vos en Occidente". Y apostrofa directamente al romano:

"Tú mismo te has excluido, no te llames a engaño [...]. Pues si bien crees que todos podrían ser excluidos de ti, tú solo te has separado de todos".[1106]

Y en aquel tiempo, en la controversia herética sobre el bautismo de 255-256 (la cuestión de si los cristianos convertidos al catolicismo tenían que bautizarse o, como enseñaba Roma, ya no era necesario, lo que afectaba a aspectos disciplinarios y dogmáticos), ni más ni menos que Cipriano tomó partido en la cuestión de la primacía. El obispo, mártir y santo de la Catholica no reconoció, evidentemente de acuerdo con la opinión predominante, ninguna preeminencia absoluta de Roma, y no admitía — tal como ridiculizaba con Tertuliano (contra Calisto) — a "ningún obispo de obispos", con lo cual concordaban ya a la sazón los sínodos del norte de África, lo mismo que los de Oriente, tanto en la época de lucha abierta como en tiempos más sosegados.

Para Cipriano, el obispo de Roma no es esencialmente más importante que cualquier otro obispo. "Ni en sueños se le ocurre atribuirle, aunque sólo sea como una conjetura, un poder de jurisdicción sobre ninguna otra comunidad que no sea la suya propia. No considera siquiera como primero entre iguales *(prímus Ínter pares)* al sucesor de Pedro" (Wickert). Para Cipriano, todos los apóstoles son equiparables, todos tienen el "mismo poder" que Pedro, "la misma parte de honor". Así pues, ningún obispo está sometido a otro, como tampoco por encima de los demás; ninguno puede censurar a los demás o ser censurado por otro; resumiendo, cada uno es responsable de la administración de su diócesis sólo ante Dios. ¡Por ese motivo, en Roma incluso se falsificó uno de los principales pasajes de los escritos de Cipriano! Sin embargo, ni siquiera la falsificación (en *De unitate eclesiae)* debe entenderse en el sentido de una primacía romana. Detrás de Cipriano (después de los concilios de Cartago y de Asia Menor, que dictaminaron a su favor) había otros dos, recibiendo en el concilio del 1 de septiembre de 256 en Cartago el voto nominal afirmativo de 87 obispos. El "papa" no recibió a la delegación de Cipriano con las conclusiones, y les negó también la comunión eclesiástica, cualquier acogida y toda hospitalidad. Prohibió enérgicamente un segundo bautismo, puesto que "nada debe renovarse que no se haya transmitido" *(nihil innovetur nisi quod traditum est),* probablemente el principio general más antiguo del papado, pues nadie rompía más las normas que el propio papado. Esteban I insultó a Cipriano llamándole "pseudocristiano" y "falso apóstol", un "pérfido intrigante" *(pseudochristum et pseudoapostolum et dolosum operarium),* mientras que Cipriano hacía responsable al "papa" de error, de

[1105] 52. Firm. Caes. en Cypr. ep. 75. LThK 1.a ed. IV 14, V 940 s, 2.a ed. IV 144. Caspar, Papsttum I 81 s. Von Campenhausen, Lateinische Kirchenváter 51. Wojtowytsch 49 s.

[1106] Firm. en Cypr. ep. 75,24 s.

testarudez, de arrogancia y de irreverencia, y le pone de vuelta y media llamándole "amigo de los herejes y enemigo de los cristianos".[1107]

196

No obstante, en esa época de intensa confrontación con Esteban, Cipriano no le excomulgó, que se sepa, si bien habría "sido lógico esperarlo" (Marschall). Por otro lado, debido a las sospechosas fuentes de que se dispone, sigue siendo objeto de controversias si Esteban de Roma excomulgó a san Cipriano; muchos hechos apuntan en ese sentido. Protestantes notables, tales como Seeberg o Lietzmann, así lo afirman, confirmándolo también recientemente el *Handbuch der Kirchengeschichte* católico. Más tarde, Agustín divulgó la noticia de la retractación de Cipriano, aunque en evidente contradicción con los hechos (y con apenas consenso en la historia).[1108]

Pero ya que a Cipriano, precisamente, se le considera una figura típica del catolicismo de Occidente, como un hito en su desarrollo, los católicos gustan de impugnar su negación de la primacía. Y realmente él fue quien acuñó los términos de "*cathedra Petri*" y de "*primatus Petra*", que de modo tan nefasto han hecho historia hasta la fecha, y quien precisamente incluyó en sus textos el pasaje de Matías "*Tu es Petrus*", preparando con ello el terreno para la teoría petriana de Roma, eso si no fue esta misma quien lo puso sobre la pista, para lograr el control de la historia mediante la Biblia, el dogmatismo y la doctrina.[1109]

Cipriano habla también de la "*Ecclesia principalis* [...], de donde parte la unidad eclesiástica". Este párrafo fue antaño muy discutido, pues supondría un testimonio de la primacía de Roma. El historiador de la Iglesia católico Hugo Koch perdió en 1912 su cátedra al demostrar lo contrario, y no sólo en *un* libro. Sin embargo, entretanto hay ya también muchos católicos que están de acuerdo en que "*Ecclesia principalis*" no significa primacía papal alguna, y que Cipriano no adjudicaba a los obispos de Roma ninguna posición jerárquica principal, *ningún* "poder de gobierno máximo" (Bihimeyer), *ninguna* "autoridad superior" (Bemhart); de hecho, tal primacía en el catolicismo de entonces no desempeñaba el menor papel.[1110]

197

Resulta elocuente el hecho de que la Iglesia antigua no reconociera ninguna

---

[1107] Cypr. ep. 33,1; 55,8; 59,14; 67; 69 s, especialmente 73; 74,1 s. Cf. también unit. c. 4 s. LThK 1.a ed. IV 14; 2.a ed. IV 144. Koch, Cyprian passim. El mismo, Cathedra Petri 32 s, 154 s, 179. Caspar, Primatus Petri 253 s, especialmente 304 s. El mismo, Papsttum 176 s. Poschmann, Ecciesia principalis 45, 65. Roethe 43 s. Peine 56 Nota 12. Quasten, Patrology II 128 s. Haendier, Kirchenváter 363. Gontard 94. Haller, Papsttum 134 s, 358 s. Ludwig, Primatworte 22. Bullat 17 s. Seppelt/Löffler 4 s. Fries, Handbuch III 281. Marschall 29 s, 85 s. Stockmeier, Das Petrusamt 72. Baus, Voder Urgemeinde 403 s. Wojtowytsch 39 s, 56 s, 386 s. Mirbt/Aland, Nr. 159; 164; 192 s. Según Von Loewenich, ya el obispo Calisto (217-222) justificó la autoridad de Roma remitiéndose a Mt. 16,18, aunque Tertuliano protestó inmediatamente. Ges286 chichte der Kirche 65. Kirchner, Der Ketzertaufstreit 290 s. Gelmi 53. Haendier, Von Tertullian 63 s, 69 s. Brox, Kirchengeschichte 107,141 s. Bévenot 246 s. de Vries, Das 47 s. Wickert, Cyprian 171 s.

[1108] Emst 324 s. Bemhart 42. Marschall v. nota anterior. Kirchner, Der Ketzertaufstreit 296 s, cuenta también con la excomunión de Cipriano. "Se produjo la escisión". Aquí también la bibliografía para Seeberg y Lietzmann. Baus, Von der Urgemeinde 405 s, que habla asimismo de "escisión" y "rotura". De manera análoga Seppelt/Löffler 5, en donde se habla de "abandono de la comunidad eclesiástica". Cf. Seppelt/Schwaiger 18. Wojtowytsch 47 s.

[1109] Hergenrother, Kirchengeschichte 303. Caspar, Papsttum I 72 s. Kósters 121.

[1110] Cypr. ep. 59,14. Koch, Cyprian. El mismo, Untersuchungen. El mismo, Cathedra Petri. Bihimeyer, Kirchengeschichte 104, 107 s. Bemhart 41 s. v. Loewenich 62, 74 s. Stockmeier, Das Petrusamt 73. Haendier, Von Tertullian 66. Wojtowytsch 44.

primacía honorífica y de derecho del obispo de Roma que hubiera sido instituida por Jesús. Dicha primacía está en contradicción con la doctrina de los antiguos padres de la Iglesia, incluso de los más destacados. Pues lo mismo que Cipriano, también Orígenes, el mayor teólogo de los tres primeros siglos, aunque acusado de herejía, interpreta la "posición de primacía" en un sentido colectivo. Al decir Pedro se hacía alusión también a los apóstoles, incluso a todos los fieles; "todos son Pedro y piedras y sobre todos ellos está construida la Iglesia de Cristo".[1111]

Y lo mismo que Cipriano y Orígenes en el siglo III, tampoco en el IV Ambrosio, tan influyente como los papas de su tiempo, adjudicó a éstos ninguna preeminencia singular. El proverbio de las puertas del infierno, para muchos católicos *locus classicus* de la primacía, tampoco la relaciona Ambrosio con el propio Pedro sino con su fe. Para Ambrosio, Pedro no tiene ninguna primacía, ningún privilegio, ni siquiera sucesor alguno. Ambrosio, cuya sede episcopal estaba en competencia con la romana, tomaba decisiones sinodales sin Roma, o incluso en contra de ella. En una evidente maniobra antirromana, el milano testifica la primacía del apóstol Pedro, pero la "primacía de la profesión, no la del honor *(non honoris),* la primacía de la fe, no la del rango *(non ordinis)*". De manera análoga, para el padre de la Iglesia Atanasio "en ningún lugar se habla del derecho de Roma, ni siquiera en el sentido de un tribunal de arbitraje eclesiástico [...]" (Hagel). El derecho a convocar un sínodo ecuménico se lo concede Atanasio sólo al emperador (cristiano). Y por lo que respecta al padre de la Iglesia Juan Crisóstomo, el benedictino Baur, su biógrafo moderno, no encuentra en él "nada que hable con claridad de la primacía jurisdiccional del papa".[1112]

Lo mismo que los corifeos eclesiásticos mencionados hasta ahora, tampoco Basilio "el Grande" concede ninguna reivindicación a la primacía romana (en Oriente). Para Basilio, que con una sola excepción no dirige sus escritos al obispo romano Dámaso, sino siempre a todos los obispos de Occidente, o a los de Italia y las Galias, la jerarquía clerical es una comunidad de iguales en derecho; por otra parte, Ántioquía, que se vanagloriaba de la "*cathedra Petri*", podría ser eclesiásticamente la cabeza del mundo, pero la cabeza de la Iglesia es sólo Cristo. ¡La Iglesia de Oriente nunca ha reconocido a ninguna otra cabeza visible! Para ella, el obispo de Roma únicamente era el primero del episcopado occidental. Algunas apelaciones a él de prelados orientales aislados carecen de importancia. Y cuando el papa Dámaso exige de los orientales la aceptación incondicional de un credo romano, Basilio lo rechaza con decisión. (El obispo y padre de la Iglesia Gregorio Nacianceno, amigo de Basilio, hablaba de los "rudos vientos del oeste" y llamaba al Occidente cristiano "los extranjeros".)[1113]

198

El padre de la Iglesia Jerónimo suele aceptar devotamente (como romano) las decisiones de Roma, tanto más cuanto que él mismo esperaba ser papa. Sin embargo,

---

[1111] Hergenrother, Kirchengeschichte 303. Caspar, Papsttum I 72 s. Kósters 121.

[1112] 59. Ambros. de incam. dom. sacram. 4,32. Expos. en Le. 6,97 (CSEL 32/4, 275). Von Campenhausen, Ambrosius 98 s, especialmente 107 s, 125 s. Baur, Johannes I 289. Koch, Cathedra Petri 32 s, 154 s. Hagel 73 s. Caspar, Papsttum I 245. Kósters 122. Galling, Die Religión 308. Haller, Papsttum 17, 34 s, 458 s. Marschall 29 s. Haendier, Von Tertullian 122. Aland, Von Jesús 229.

[1113] 60. Greg. Nacianc. de vita sua 1637,1802. Basil ep. 239,2 dtv Lex. Antike, Religión 1180, II 148. Beck, Theologische Literatur 95. Haller, Papsttum 165, 68 s, 102. Wojtowytsch 130 s, 150 s, 194 s, 219. De Vries, Obsorge 34. El mismo, Petrusamt 51.

se hace eco también de la opinión generalizada en su tiempo y llama iguales a todos los obispados, por muy diferentes que sean en cuanto a tamaño o riqueza de sus sedes. Donde quiera que esté un obispo, escribe, en Roma o Gubbio, Constantinopla o Regio, en Alejandría o Tanis, "tiene la misma importancia, tiene el mismo cargo".[1114]

Ni siquiera Agustín, tan afecto a Roma pero a veces oscilando delicadamente entre el papa y sus hermanos africanos, defiende primacía papal alguna en doctrina o jurisdicción. Sin atacar directamente la doctrina petrística romana, para Agustín, como para Cipriano, la primacía de Pedro era sólo un rango personal; en efecto, en lugar de "*solus Petrus*", para él es la *"universa ecclesia"* la que actúa como guardiana de las llaves de san Pedro. No es Pedro, la cabeza de los apóstoles, ni la cátedra romana o la autoridad romana, lo que ocupa para él el puesto más alto, decisivo para la doctrina, la disciplina y los usos de la cristiandad, sino la autoridad de la Iglesia en su conjunto, de la que Pedro sería sólo el símbolo, según Mt. 16: 17 y *ss*. Por encima del obispo romano estaría situado el I, concilio plenario. Por eso, el Vaticano I, de 1870, ¡incluso reprochó sus "opiniones erróneas" *(pravae sententiae)* al famoso padre de la Iglesiai *"Sumus christiani, non petriani"* (Somos cristianos, no petrianos), había afirmado Agustín (Enarr. en salmo 44, 23), y en cuanto a Mt. 16: 18, "no lo había entendido ni interpretado en sentido romano en ningún momento de su vida" (Caspar). Y no es casual que el discípulo de Agustín Orosio — muy leído en la Edad Media y admirado de manera exagerada—, no adjudique al obispo romano ninguna posición central, sino en todo caso una preeminencia espiritual.[1115]

Pero esta postura de los católicos más celebrados de la Antigüedad resulta tanto más curiosa cuanto que los escritos de los "santos padres", según el padre de la Iglesia Cirilo (que con ello puede haber ideado sus propios productos), "salieron a la luz por inspiración del Espirita Santo".[1116]

199

Lo mismo que los obispos y los padres de la Iglesia, tampoco los concilios antiguos reconocieron la primacía de derecho de Roma

Desde mediados del siglo II la Iglesia organiza sínodos, llamados *synodus o concilium;* primero concilios particulares, sínodos provinciales, evidentemente tomando como ejemplo las dietas provinciales estatales; después, también sínodos interprovinciales, concilios plenarios, como en las Iglesias egipcia, antioqueña, africana o italiana; finalmente, encuentros "de toda la Iglesia", concilios generales o ecuménicos. Hasta la fecha se cuentan 21 asambleas "ecuménicas" de ese tipo (a

[1114] Cf. Haller, Papsttum I 87.

[1115] Ambros. de incar. domin. sacr. 4,32. August. ep. 36,9; 43,7; 53,1. retr. 1,10,2. serm. 76,1; 270,2; 295. ep. ad Cath. de sect. Don. 21,60. Ps. c. part. Don. 229 s. Enarr. en ps. 44 c. 23. Baur, Johannes I 289. Koch, Cathedra Petri 171. Von Campenhausen, Ambrosius 98 s. Caspar, Papsttum I 338 s, 607. Hagel 73 s. Cf. también 76 s. Heiler, Katholizismus 288 s. El mismo, Urkirche 55 s. El mismo, Altkirchiiche Autonomie 41 s. Hofmann, Der Kirchenbegriff 316 s, 446 s. Benz, Augustins Lehre 40. Lippoíd, Rom 21 s. Haller, Papsttum 186 s. Haendier, Kirchenváter 363 s. El mismo, Von Tertullian 122. Lütcke 140. Marschall 42 s, 64 s. Woytowytsch 226 s, especialmente 242 s. Aland, Von Jesús 229, Gótz 15.

[1116] Kyrill. Alex. ep. 17,3.

menudo denominadas así con posterioridad) en el catolicismo, que no presentan características permanentes. (Las distintas fuentes — lo mismo que nosotros — utilizan los nombres de concilio y sínodo como sinónimos.)[1117]

Pese a la importancia que revisten las asambleas eclesiásticas ecuménicas para los católicos, ni siquiera los primeros concilios "generales" decretaron nunca la primacía de Roma. Y naturalmente, las conclusiones de estas reuniones no las ratificó ningún "papa", ¡puesto que todavía no había ninguno! Muchas veces comunicaban sus decretos al obispo romano, pero también a otros. Así, por ejemplo, el Concilio de Arles — reunido en el año 314 "con el Espíritu Santo y sus ángeles" *(angelis eius*) — comunicaba al obispo Silvestre de Roma "lo que hemos decretado por decisión común, para que todos sepan lo que deben observar en el futuro", ¡pero no para que el obispo romano lo apruebe! ¡Ni para que decida! Nadie pensaba en ello. "A no ser por los sínodos, es imposible resolver los grandes problemas", escribe el obispo Eusebio de Cesárea. Algo similar pensaba el obispo Epifanio: "Los concilios crean certeza *(aspháleid)* en las cuestiones que surgen de vez en cuando".[1118]

Las grandes asambleas eclesiásticas de la Antigüedad no fueron convocadas por el papa (cuyos legados incluso estaban a veces ausentes en los concilios "ecuménicos", por ejemplo, en Constantinopla en 381 y 553), sino por el emperador. Tenía a este respecto todos los derechos, y el papa ninguno. El emperador fijaba la fecha, el círculo preciso de los participantes y los temas de deliberación. Inauguraba, dirigía y ratificaba estas conferencias, dándoles fuerza legal. Tenía también el derecho a darlas por finalizadas, aplazarlas o retrasarlas. Podía hacerse representar por altos funcionarios, o castigar a los obispos no comparecientes. Ni concilio ni papa alguno discutían por entonces estos derechos. Incluso un pontífice tan arrogante como León I, pide al emperador Teodosio II que "organice" un sínodo. Así, el historiador de la Iglesia Sócrates, considerado en general como uno de los más honrados de la Antigüedad, puede dejar constancia, a mediados del siglo v, y sin exageraciones, de que: "Desde que los emperadores comenzaron a ser cristianos, las cuestiones de la Iglesia dependen de ellos, y los principales concilios se han celebrado y se celebran a su arbitrio". Por supuesto, los gobernantes no reconocían a los papas ninguna primacía. No es hasta finales del siglo IV cuando Graciano concede a la sede romana una especie de primacía jurisdiccional, aunque únicamente frente a los obispos de Occidente y Dámaso (desde 378) es juez supremo sólo sobre los metropolitas) pero no sobre los sufragáneos, sometidos a la autoridad de los tribunales locales.[1119]

200

Bien es verdad que ya entonces se pone de manifiesto un cambio, se forma una nueva doctrina, una nueva concepción, en virtud de la cual el obispo de Roma es el jefe de toda la Iglesia y tiene autoridad sobre todos los cristianos. Esta tendencia, con un primer momento culminante representado por León I, ya la desarrollan los papas Dámaso (bajo el cual, en 382, un sínodo celebrado en Roma habla por primera vez

---

[1117] 64. Andresen/DenzIer 345 s. LThK 1.a ed. VI 182 s; 2.a ed. VI 525 s. Cf. Lumpe Is. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 250 s.

[1118] Euseb. h.e. 10,5,21 s; V.C. 1,51. Epiphan. haer. 74,14. Mansi II 469 s. Roethe passim. Lumpe 1 s. Schwaiger, Pápstiiche Primat 23. De Vries cit. ibíd.

[1119] Socrat. h.e. Prooem. lib. V; VI pr. 9 s. Beck, Theologische Literatur 41s. Franzen/Báumer 52. Wojtowytsch 2s (aquí hay más bibliografía básica) 147 s, 197. Winkelmann, Kirchengeschichtswerke 173 s. Brox, Kirchengeschichte 169s.

de la "primacía de la Iglesia romana" en lugar de, como antes, la "primacía de Pedro") y Siricio, que exhorta por doquier, señala, ordena, amenaza: "*decernimus*", "*iudicamus*", "*pronuntiamus*", "disponemos", "juzgamos", "decretamos". En poco tiempo, esos términos se incorporan al lenguaje de la cancillería papal, cuyas decretales imitan los ejemplos del derecho civil y no se diferencian en nada de los decretos imperiales. No obstante, ni Dámaso ni Siricio reivindican el mando frente a un concilio. Anastasio I (399-401) se considera todavía sólo como la cabeza de Occidente. Y para la Iglesia oriental, aún en el siglo vi el papa es solamente el patriarca de Occidente. Tampoco entonces se desarrolla desde Roma ninguna actividad misionera decisiva. «Los intentos de asignar al papado anterior a Gregorio Magno un papel director en el misionado cristiano no resisten las críticas de las fuentes» (Baus, católico). Por el contrario, a la sede de Constantinopla se la llama cada vez con mayor frecuencia «apostólica». Desde el siglo vii se interpreta allí en un sentido antirromano la leyenda de la designación de Andrés, el apóstol de la ciudad, sobre todo porque, según Juan, 1,40, Jesús le eligió antes que a Pedro. En el siglo IX, el patriarca bizantino Focio se sirve del más antiguo apóstol, y el "primero elegido", Andrés, contra las reivindicaciones de supremacía de Roma y de su primer "papa". "Puesto que muchos años antes de que su hermano fuera obispo de Roma, se hizo cargo de la sede episcopal de Éizancio."[1120]

201

De todos modos, también en Occidente los gestos de dominio de los jerarcas romanos, que fueron manifestándose desde las postrimerías del siglo IV, su incansable ambición de ser los superiores de todos los obispos, encontraron oposición. "Así, el obispo de Parma — informa el sínodo romano reunido en 378 bajo el papa Dámaso — conserva la iglesia en sus manos, sin ningún pudor, a pesar de haber sido destituido por nuestro tribunal; así, Florencio de Puteoli [...] después de seis años ha vuelto a introducirse furtivamente en su ciudad, mantiene ocupada la iglesia y provoca disturbios."[1121]

Sobre todo las residencias episcopales más importantes preferían ignorar a Roma: Cartago, Vienne, Narbona o Marsella, donde, por ejemplo, el venerado Próculo, al que Jerónimo consideraba santo y muy erudito, sin preocuparse de las protestas romanas ejercía los derechos de metropolita que le había adjudicado un sínodo de Turín. Incluso después de su destitución, amparándose expresamente en el Concilio de Turín continuó consagrando obispos, "con una insolencia que sobrepasa lo habitual", "con férreo atrevimiento y olvidando toda vergüenza", tal como se irritaba el papa Zósimo, llamando a los "privilegios turineses" de Próculo "subrepción desvergonzada". Sin embargo, Próculo hizo tan poco caso de la citación para acudir a Roma como el metropolita Simplicio de Vienne, al que Zósimo atribuyera también «desvergüenza», si bien no logró solucionar la disputa con los obispos galos, ni con Lázaro de Aix, al que odiaba de manera especial, o los obispos Tuentius y Ursus. Aunque el romano tenía mayor autoridad frente a la Iglesia italiana, en modo alguno dominaba en todo el Occidente. Milán competía con Roma. Al llegar el siglo v, los

[1120] 67. Seppeit, Der Aufstieg 122 s, 127 s. Hunger, Byzantinische Geistesweit 182, 186 s. Gontard 113, 116. Baus, Erwágungen 36. Handbuch der Kirchengeschichte ü/1, 249. Wojtowytsch 353 s. Ullmann, Gelasius I, 20 s. Blank, Petrus II. Brox, Kirchengeschichte 104.

[1121] Cit. de Caspar, Papsttum 1208.

sínodos occidentales consultaban en las cuestiones importantes a los jerarcas de Roma y de Milán por igual, lo mismo que el Concilio de Cartago en 397. O bien, como sucedió en el de Toledo (400), se posponía la decisión hasta que "el actual papa [...], el obispo de Milán y los restantes sacerdotes de la Iglesia" escribieran. Al parecer, los de Galia e Iliria se dirigían a veces más a Milán que a Roma. Sin embargo, la relación entre ambos era en cualquier caso "una coordinación colegial". La sede "apostólica" gozaba de la máxima consideración, pero el obispo romano "no ocupaba ninguna posición excepcional de derecho". Y los "concilios se mantenían independientes y con los mismos derechos junto al papado" (Wojtowytsch). No eran "solamente la principal fuente de derecho de la Iglesia, sino también, junto con la Biblia, la principal fuente de fe" (H.-G. Beck).[1122]

La oposición a Roma fue a veces especialmente intensa en África, donde a comienzos del siglo V se contaban alrededor de 470 sedes episcopales.

Un sínodo nacional cuestionó entonces al *pontifex maximus* romano la posibilidad de decidir correctamente, y desde luego niega que su juicio sea superior. Los dirigentes eclesiásticos norteafricanos rechazan bruscamente la exigencia de mando y no conceden a Roma ninguna competencia decisoria en cuestiones de fe y disciplina. Los prelados están seguros de poder reconocer por sí mismos la doctrina correcta. Sólo la invasión de los vándalos, el regimiento de "herejes" arríanos en África, dio lugar allí a una estrecha cooperación de los católicos con el obispo romano, al que los sínodos de Cartago y de Milevo (416, 417) pidieron la ratificación de sus edictos. La invasión de los visigodos en Híspanla determinó también una relación más estrecha de la Iglesia hispana con Roma. No obstante, el Concilio de Cartago de mayo de 418 amenazó de nuevo con la excomunión las apelaciones "*transmarino*", restaurando así un antiguo principio legal de la Iglesia.[1123]

202

Lo poco afectos a Roma que eran los africanos lo demuestra un incidente cuyo tratamiento forense se extendió durante varios pontificados a comienzos del siglo v.

El asunto de Apiario

El obispo Urbano de Sicca, discípulo de Agustín, había excomulgado al presbítero Apiario por su escandalosa conducta *(«vilezas inauditas»),* y éste, saltándose a su metropolita, recurrió a Roma. El episcopado africano ya había decidido en el año 393 vedar a los sacerdotes la apelación a Roma, lo mismo que en mayo de 418 un sínodo general celebrado en Cartago prohibía cualquier recurso ante un "tribunal del otro lado del mar" *(ad transmarina).* Sin embargo, el papa Zósimo tomó partido por el sacerdote y ordenó a su obispo, ignorando a sus superiores, que se justificara. Al encontrarse el romano frente a oídos sordos, envió, como si se tratara de su representación en un concilio imperial, una delegación de tres miembros encabezada

[1122] Zosim. ep. 4 s; 7,10 s (JK 331, 332 s, 340 s). Hieron. ep. 125, 20. Caspar, Papsttum I 348 s. Beck, Theologische Literatur 42. Haller, Papsttum I 82 s. Wojtowytsch 148,191 s, 266 s, 367 s. Cf. por el contrario Gottiieb, Ost und West pág. 25, 287 Schneider, Christiiche Antike 431. Aland, Von Jesús 142 s. Brox. Kirchengeschichte143. Haendier, Von Tertullian 65 s. Cf. también las notas anteriores.

[1123]

por el obispo Faustino de Potenza y que, conforme a las instrucciones recibidas, se remitió a los cánones de Nícea, aunque en realidad eran los de Serdica. Además, los reglamentos literalmente citados contradecían el procedimiento papal, ya que, si bien autorizaban a un diácono o un presbítero destituidos de su puesto a presentar recurso ante los obispos cercanos, no contenían ni una sola palabra sobre una queja ante Roma, y mucho menos sobre el derecho de Roma a intervenir en tales casos.[1124]

Los africanos reaccionaron con reservas. Dejaron en su puesto a Apiario, que pedía perdón por todos sus "errores", aunque no en Sicca sino en Thabraca. Y con respecto a las disposiciones de apelación "nicenas" se mostraron desconfiados. Se hubieran doblegado inmediatamente ante ellas -¡pero no ante el "papa"!-; sin embargo, no las encontraron en los ejemplares de Nícea que ellos tenían y, por consiguiente, quisieron consultar a las Iglesias de Constantinopla y Alejandría. El legado papal Faustino intentó impedirlo varias veces, pero sin éxito.[1125]

Entretanto, Zósimo había muerto y había accedido al poder Bonifacio I. El episcopado africano criticó el comportamiento de su antecesor y escribió que si se hubieran atendido los estatutos de apelación también en Italia, "de ningún modo se nos habría obligado a tolerar lo que no queremos traer al recuerdo ni se nos habría exigido algo intolerable. Pero creemos [...] que, mientras que Vuestra Santidad gobierne la Iglesia romana, no volveremos a sufrir este arrogante trato, y que se tendrá en cuenta en relación con nosotros lo que se nos debe garantizar sin una discusión explícita". Tonos bien claros. Al mismo tiempo, el concilio de 419, presidido por Aurelio de Cartago y en el que también participó Agustín, reiteró la disposición del concilio general del año anterior que prohibía a todos los clérigos, hasta el nivel de sacerdote, recurrir a instancias extra-africanas, y por lo tanto también al papa, y aludió expresamente a la amenaza de excomunión. Poco después llegaron las actas de Nícea procedentes de Constantinopla y de Alejandría, donde se habían solicitado, y que, como era de esperar, desmentían a Zósimo; fueron enviadas a Roma y entonces allí, de cara al futuro, ¡se consideró niceno el canon de apelación de Serdica![1126]

203

En el año 424, bajo el papa Celestino, volvió a repetirse el caso de Apiario. Había reincidido y de nuevo se le había expulsado; él volvió a apelar ante Roma, donde el nuevo papa le acogió benevolente y envió otra vez a Faustino de Potenza, que en esta ocasión estuvo discutiendo durante tres días sin éxito, altanero e insultante, como se quejaron ante Celestino los padres conciliarios en su epístola *Optaremus.* Sin embargo, su protegido se hundió ante el peso de las pruebas, admitió la sentencia sinodal, y el fracaso de los legados papales fue completo. "En lo que respecta a nuestro hermano Faustino — escribían los sinodales—, tenemos la seguridad, basada en el sentido equitativo y moderado de Vuestra Santidad, de que, sin menoscabo del amor fraternal, en lo sucesivo África quedará completamente libre de él."[1127]

Pero Celestino también recibió una réplica de África como ningún obispo romano

1124

1125

1126

1127

había recibido. "Que gentes de vuestro lado deban ser enviadas — replicó el concilio cartaginés — no lo vimos establecido en ningún sínodo de los padres; lo que hace mucho tiempo Vos enviasteis, a través del mismo Faustino [...], como si fuera parte del concilio niceno, tal cosa no pudimos encontrarla en los códices fidedignos que son considerados como nicenos [...]." Los obispos tampoco querían volver a ver a ningún clérigo del papa como ejecutor, para no abrir las puertas "a la altanería de malos humos del mundo *(fumosum tyfum saeculi)*"[1128]

Con una inhabitual ausencia de compromisos, el episcopado africano prohibía las intervenciones papales en sus asuntos judiciales. Denegaba a Roma el derecho a admitir más recursos de clérigos de su país, y declaró por principio que cada sínodo era responsable único de la rectitud de sus decisiones. "¡No habrá nadie que crea que nuestro Dios concederá a uno (individual) el sentido justo para dictar una sentencia, mientras que puede negárselo a los obispos reunidos en gran número en un concilio!".[1129]

Con ello, al obispo romano no se le consideraba todavía, a comienzos del siglo v, y en la mayor de las Iglesias occidentales, como la instancia superior decisiva en las cuestiones de fe, de disciplina eclesiástica — como demuestra de manera tajante el asunto de Apiario—, ni en las de jurisdicción. Los concilios africanos se consideraban, por el contrario, totalmente competentes para decidir en todos estos campos por sí mismos sin albergar dudas. No le falta razón al historiador papal Erich Caspar al expresar la convicción de que la poderosa Iglesia africana nunca habría sido doblegada por la sede romana y la nueva teoría papal de la primacía y la subordinación, si la invasión de los vándalos no hubiera cortado el nervio vital y el Islam no le hubiera dado en el siglo vii el golpe de gracia. Las catástrofes de los demás fueron —¡hasta la fecha!— casi siempre una suerte para Roma. Y Caspar dice con razón que el fracaso de la poderosa Iglesia africana fue un "favor inaudito de la fortuna" para la historia de los papas, ya que esta catástrofe les liberó, en los momentos decisivos de su ascenso hacia la supremacía, del único rival serio que tenían en Occidente. "Lo mismo que un árbol gigantesco alcanzado por un rayo, la primacía cartaginesa cayó de golpe al suelo y dejó libre el camino a la romana."[1130]

204

La disputa sobre la primacía papal continuó hasta la Edad Moderna

Tampoco en los primeros siglos de la Alta Edad Media los concilios ecuménicos se doblegaron en modo alguno a las exigencias de representatividad exclusiva de Roma. La toma de resoluciones se hacía de modo colegial, y en la proclamación solemne de los cánones ni se citaba al papa. No era él la instancia jerárquica superior, competente para una decisión vinculante en cuestiones de fe, sino el concilio. El teólogo romano Wilheim de Vries, en el resumen final de su estudio sobre los sínodos celebrados durante el primer milenio, afirma: "Según estos concilios, lo *normal* es que al menos las decisiones en cuestiones de fe y en asuntos disciplinarios

1128

1129

1130

importantes se tomen de modo *colegial.* Es difícil ver cómo una primacía entendida en sentido absolutista puede encontrar apoyo en la tradición del primer milenio".[1131]

Pero también en el segundo milenio se siguió luchando contra esta primacía ganada de manera tan desleal, y tan encaprichada del poder. Así lo hizo la Iglesia griega, por supuesto, así como muchos "herejes", por ejemplo los cataros, los albigenses, los valdenses, los fraticelli. A principios del siglo XIV, Marsilio de Padua y Juan de Janduno, este último profesor de la universidad de París. Finalmente, John Wyclif, Hus, Lutero y todos los restantes reformadores. Pero también continuó la resistencia de los católicos. Así, en distintas asambleas eclesiásticas se intentó limitar o hacer desaparecer por completo, en favor de los obispos, las ambiciones de poder romanas; en Pisa, por ejemplo, en Constanza (donde el concilio allí celebrado, en el decreto *Haec sancta synodus* del 6 de abril de 1415, declaró estar por encima del papa) o en Basilea (donde el punto de vista de que el concilio general está por encima del papa fue elevado a dogma él 16 de mayo de 1439). También se discutió en aquellas épocas la infalibilidad papal en cuestiones de fe, y se pidió el derecho de poder destituir al papa en caso de prevaricación o incapacidad para el cargo. A este mismo contexto pertenece la *Declaración del clero francés (Declaratio clero gallicaní)* de 1682, el "galicanismo", que en Alemania se extendió bajo el nombre de "febronianismo" (por Justinus Febronius, que en realidad se llamaba Johann Nikolaus von Hontheim, obispo consagrado de Tréveris, aunque se retractó en 1778).[1132]

205

El parecer de que sólo la totalidad de los obispos (episcopalismo), no únicamente el obispo de Roma (curialismo), representa la unidad de la Iglesia, continuó influyendo también sobre el clero católico en la Edad Moderna, época en que León **X,** en 1516, lo condenó como herejía (un papa que, entre paréntesis, era ya cardenal a los catorce años de edad y que también hizo cardenales a tres de sus primos, entre ellos al bastardo Giulio, que más tarde sería Clemente VII). No hemos de olvidar tampoco que bajo el papa León, el "dios sol", el número de puestos eclesiásticos que podían adquirirse con dinero ascendió a dos mil doscientos. *Auri sacra fames.* En efecto, el episcopalismo estuvo en su apogeo en los siglos XVII y XVIII. El Vaticano I, sin embargo, le dio el golpe de gracia en el siglo XIX con la definición del episcopado universal papal y de la infalibilidad del papa.

Pero en el siglo XX —"pues la Iglesia predica por doquier la verdad", como dice san Ireneo — los apologistas católicos quieren hacernos creer que ya en la época "de la conversión de Constantino", o sea, a comienzos del siglo IV, o incluso mucho antes, como señala la cita que viene a continuación, "la existencia del papado, es decir, la posición dominante del obispo de Roma, era desde hacía mucho tiempo un hecho consumado" (Meffert); que los obispos de Roma, según indica "con imprimátur episcopal" el capitular catedralicio Joseph Schielle, "desde *siempre* han ejercido la primacía"; que, según el teólogo nazi Lortz, asimismo con las bendiciones eclesiásticas, "siempre han reivindicado la primacía de Roma sobre todas las Iglesias"; que el poder primado de los papas, afirma — con imprimátur — Alois Knópfler, antiguo consejero secreto de palacio, consejero arzobispal e historiador de la Iglesia

1131

1132

en la universidad de Munich, en la Antigüedad "no sólo fue aceptado por la totalidad de la Iglesia en multitud (!) de *msimfestsicione spontáneas,* sino que no pocas veces fue exigido [...]; el obispo de Roma, como cabeza de la Iglesia, [fue] investido siempre (!) de la máxima autoridad divina, respetado y venerado"; que también los testimonios "de los santos *padres*", como anotan los apologistas Tilomas Specht y Georg Lorenz Bauer, "muestran con toda claridad que el obispo de Roma o la Iglesia romana poseen la primacía". En resumidas cuentas, casi la totalidad de la teología católica romana sostiene hasta bien entrado el siglo XX (y en buena medida sigue haciéndolo en la actualidad) que: "*La primacía del papa romano* fue reconocida unánimemente por los *padres de la Iglesia* y las *asambleas eclesiásticas*" (F. J. Koch/Siebengartner), una solemne mentira.[1133]

El hecho cierto es, por el contrario, que la *Nota Praevia* añadida (por indicación de una "autoridad superior") a la constitución de la Iglesia del Vaticano I, adjudica al papa una autoridad que, en cualquier caso, verbalmente va más allá del Vaticano I, y que le permite ejercer "su poder en cualquier momento a su arbitrio *(adplacitum)*". Así, en 1967 Pablo VI pudo ser muy consciente "de que el papa es el mayor obstáculo en el camino del ecumenismo", y afirmar orgulloso dos años después: "somos Pedro".[1134]

206

Sin embargo, en la Antigüedad la influencia romana sobre la importante Iglesia de Oriente fue extraordinariamente mínima y, por ese motivo, apenas tenida en cuenta hasta la fecha. Los sínodos orientales no conocían el concepto de papado. En el gran Concilio de Nícea de 325, el "papa" no estuvo presente ni tuvo ningún peso. Después del Concilio de Tiro (335) no exigió ningún derecho especial para su *cathedra.* En el Concilio de Serdica (342 o 343) fracasó el intento de convertirle en la instancia de apelación en las disputas eclesiásticas. ¡Al contrario! Los obispos orientales no sólo se volvieron contra san "Atanasio y los otros criminales", sino que también excomulgaron a "Julio de la ciudad de Roma, como instigador al mal". No era Julio I (337-352) sino Atanasio el líder de la ortodoxia.[1135]

Pero aunque el papado no pudo someter nunca a la Iglesia oriental, en la Antigüedad tuvo ya las cosas más fáciles con la oposición en Occidente. En efecto, no a pesar de ello sino precisamente porque los obispos romanos no destacaban a nivel teológico tanto como otros de Occidente, como es el caso de Hosio de Córdoba, Lucifer de Cagliari o Hilario de Poitiers, precisamente porque se dedicaban menos a la teología que al poder, de manera paulatina — con el estímulo decisivo que suponía el trono en la (antigua) capital del Imperio, favorecidos por su importancia, su riqueza y su esplendor — fueron arrebatando a todos los demás grandes obispados occidentales la independencia que tenían al principio: Milán (constantemente se sitúa a Ambrosio, no al "papa", en el primer puesto entre los "obispos de Italia"), Aquilea, Lyon, Toledo, Braga; con lo cual Italia, Galia, España, Portugal, e incluso Escocia e Irlanda, quedan sujetos a los jerarcas romanos. Y con el hundimiento del Imperio romano se reforzó todavía más su posición de poder en Occidente, gracias a la teología de Pedro. Finalmente, la Iglesia romana heredó el Imperio romano de

1133

1134

1135

Occidente), ocupando, por así decirlo, su puesto.[1136]

Éste aumento del poder de Roma, a costa de los metropolitas occidentales, así como de los concilios, desde antiguo la más alta instancia eclesiástica, no se consiguió, bien es verdad, sin lucha.

Lo demuestra el caso, bastante más antiguo, que ha sido transmitido por Cipriano y que recuerda al asunto de Apiario, de los dos obispos españoles Basílides y Marcial. Habiendo apostatado durante la persecución, fueron relevados de sus sedes, tras lo cual — el primer proceso conocido de este tipo — apelaron a Roma, y el obispo Esteban dio instrucciones para que se les restituyera en sus cargos. Sin embargo, las comunidades hispanas se negaron; se dirigieron a África y un sínodo de allí les dio la razón. Se les animaba expresamente a no tratar "con sacerdotes impíos y manchados" e ignorar el error del obispo romano.[1137]

La lucha por el poder de Roma se pone asimismo de manifiesto en la "disputa sobre la Pascua" de Víctor I (189-¿198?), por la que el romano, para exasperación de san Ireneo, manifestaba que nadie podía ser cristiano católico si celebraba la Pascua en un día distinto del de Roma. La Pascua comenzaba el domingo siguiente al 14.° Nisan de los judíos (= primera luna llena después del equinoccio de primavera), aunque, como bien sabía Ireneo, ¡hasta hacía poco tiempo la fiesta no se celebraba todos los años! Muchos obispos, como señala el historiador de la Iglesia Eusebio, atacaron "violentamente" al obispo de Roma. Todas estas luchas se ponen asimismo de manifiesto en la "discusión sobre el bautismo de los herejes" que mantiene Esteban con los africanos, a mediados del siglo. Y poco después la "disputa de Dionisio", una discusión sobre teología trinitaria entablada entre el obispo romano Dionisio (259-268) y su famoso homónimo alejandrino, que luchaba contra el subordinacianismo, y en el curso de la cual apareció por primera vez el concepto de la igualdad de esencia entre el Padre y el Hijo.[1138]

207

Por mucha autoridad que tuviera el *pontifex* romano, su poder durante todo este lapso de tiempo, en los siglos II y III, fue limitado. Pese a la importancia que se le atribuía, no poseía ningún tipo de facultad superior en cuestiones decisorias y de jurisdicción, y ni la práctica ni el ideario de los contemporáneos conocían un papado en el sentido que se le adjudicaría más tarde. Y esto continuó siendo así, en esencia, hasta las últimas décadas del siglo IV.[1139]

Naturalmente, con la importancia en aumento de la sede romana, durante todas las épocas se produjeron cada vez luchas más intensas a su alrededor. Ya durante las persecuciones contra los cristianos (en su mayoría groseramente exageradas), el puesto fue objeto de codicias, ¡y eso a pesar de que los obispos de Roma residían, por así decirlo, pared de por medio con sus perseguidores imperiales! Sin embargo, las rivalidades se iniciaron en época muy temprana, y pronto lo normal fue que hubiera comunidades cismáticas y que muchas veces lucharan entre sí de tal modo que las

1136

1137

1138

1139

calles y las iglesias se llenaban de sangre. Y todo ello por amor a Cristo…

208

CAPITULO 6. LAS PRIMERAS RIVALIDADES Y TUMULTOS EN TORNO A LA SEDE EPISCOPAL ROMANA

"Cuando el obispo de Hipona cerró sus ojos en medio del asalto de los vándalos [...], se encontraba ya en la Silla de Pedro el sortilegio del esplendor y del poder. Los regalos de señores poderosos permitían a los señores de Roma desmentir la sencillez del pescador de Capernaúm. El fervor de los fieles se escandaliza ante sus pompas y su mesa. No eran las pasiones más nobles las que dividían a los electores en partidos."

Joseph BERNHART, teólogo católico[1140]

"Con una despreocupación a menudo sorprendente, los sucesores de Pedro en la sede episcopal romana se rodeaban [...] de las galas del mundo [...]. Surge de este modo una forma bajo la cual se presenta el cargo de Pedro, que en su aspecto monárquico muchas veces se parece más al antiguo Imperio que a la imagen bíblica de Pedro."

Peter STOCKMEIER, teólogo católico[1141]

"A partir de numerosas cartas de Jerónimo puede recomponerse una descripción de las costumbres de la Roma cristiana, que se parece más a una sátira [...]; y también este historiador, que no es enemigo de los cristianos, ha criticado ya el lujo y la ambición de los obispos romanos. Es con ocasión de la sangrienta lucha entre Dámaso y Ursino por la sede episcopal de Roma cuando se encuentra el famoso pasaje: "Si contemplo el esplendor de las cosas urbanas, veo que aquellos hombres con ansias de satisfacer sus deseos debieron luchar entre sí con toda la fuerza de sus partidos, puesto que una vez alcanzada su meta podían estar seguros de volverse ricos con los regalos de las matronas, de poder pasear en carroza, de vestirse con suntuosidad y de celebrar banquetes tan opíparos que sus mesas superaban a las de los príncipes."

Ferdinand GREGOROVIUS[1142]

209

Antipapas los hay en el catolicismo — así se desvivía el alto clero por la "Santa Sede"— a lo largo de trece siglos, hasta las postrimerías de la Edad Media. El primer antipapa — el término no se hace habitual hasta el siglo XIV (en sustitución del más antiguo de pseudopapa, anticristo, cismático) — aparece a comienzos del siglo m; el último, Félix V, en el xv. (Según muchos autores, Félix fue el número 39; sin embargo, la cifra de antipapas oscila entre 25 y 40, ya que ni los expertos cristianos acaban de saber quién era un auténtico papa y quién no.)[1143]

Los antipapas eran príncipes de la Iglesia a los que su propia Iglesia anatematizaba; aunque en realidad no siempre. Félix V, por ejemplo, el riquísimo y viudo conde Amadeo VIII de Saboya, elegido antipapa en 1439 en el Concilio de Basilea, obtuvo al final una despedida colmada de honores, con el título de "cardenal de Sabina", el primer rango en el denominado Sacro Colegio Cardenalicio, y, aunque era todo menos pobre, puesto que a quien tiene hay que darle, una pensión vitalicia. Por supuesto, muchas veces un antipapa se convierte incluso en santo — y en el

1140

1141

1142

1143

(auténtico) papa—. En esta Iglesia (casi) nada es imposible.[1144]

La lucha de san Hipólito contra san Calixto

El primer antipapa alcanzó el honor de los altares. Fue nombrado santo de las Iglesias romana y griega (festividad: 13 de agosto; como obispo de Oporto, 22 de agosto; para los griegos, 30 de enero). Hipólito, discípulo de san Ireneo, es el último autor de Occidente que escribe en griego y cuya amplísima actividad literaria fue completamente singular en el siglo III. Fue el primer prelado erudito de Roma, razón por la que le elevó la parte algo más exigente de los cristianos, una minoría cismática. Él mismo se denomina repetidas veces obispo de Roma y a su antecesor, san Ceferino, le llama hombre trivial e ignorante.[1145]

También el adversario de Hipólito, Calixto (217-222), es santo (festividad: 14 de octubre); sin embargo, es al mismo tiempo "un hombre experimentado en la maldad y hábil en la herejía", un "hipócrita" que gana tanto a los "herejes" como a los ortodoxos "con astutas palabras" y que pertenece a la escoria de la historia "de la herejía". Calixto, a quien recuerda la enorme catacumba de San Calixto, en la Vía Apia (lugar donde no reposa, sino que allí actuó como diácono), defendió al principio el modalismo, que era un dogma oficial de la Iglesia de Roma antes de su condena. No veía en las tres personas divinas individuos sino sólo modos, maneras de aparición de *un único* Dios, en Dios por lo tanto una persona indivisa. Al menos tres papas sucesivos defendieron esta "herejía": san Víctor I, san Ceferino e incluso san Calixto, que a su vez acusaba asimismo de "herejía" a san Hipólito, "la teoría de la doble divinidad" (diteísmo).[1146]

210

Hipólito, cuyas concepciones católicas se consideraron después ortodoxas, intentó aniquilar moralmente a su rival en una *Vita Callisti,* sarcásticamente subtitulada *El martirio de Calixto bajo el praefectus Urbi Fuscianus.*

Calixto, un esclavo del barrio del puerto que había recibido educación cristiana, presunto hijo de una esclava, Calistrata, y antaño, según Hipólito, también cabecilla de ladrones, comenzó su carrera, por así decirlo, como banquero. En la piscina pública situada en el mercado de pescado dirigió para el acaudalado cristiano Carpóforo, miembro de la corte imperial, un banco en el que hacían grandes ingresos los fieles cristianos romanos. Sin embargo, Calixto (un antiguo antecesor del arzobispo Marcinkus, asimismo director del Banco Vaticano y compañero de la Mafia) especula con el dinero de su señor, el de numerosas viudas y hermanos cristianos, y lo "despilfarra" todo. En 187-188 se produce la bancarrota, huye en un navío hacia Oporto, perseguido por Carpóforo se arroja al mar pero es capturado, se le lleva de nuevo a Roma y es condenado a trabajar en las calandrias. Logra escapar de allí mediante engaños y pronto discute con los judíos por unas (presuntas) cuentas atrasadas. Así, en el Sabbat se produce un tumulto en la sinagoga. Los judíos dan una

1144

1145

1146

paliza a Calixto y le arrastran hasta el prefecto de la ciudad, donde se declara cristiano. Sin embargo, Carpóforo, que se apresura a presentarse, declara:

"No creas a éste, no es cristiano sino que debe mucho dinero que ha desfalcado, como demostraré". El prefecto de la ciudad, Fuscianus, manda azotar a Calixto y dispone su deportación *ad metalla* a las minas de Cerdeña, la isla de la muerte. Sin embargo, aquí le salva la intervención de la cristiana Marcia, favorita del emperador Cómodo, y el obispo romano Víctor le pone a buen seguro durante unos diez años en Antium, una de las *villeggiaturas* preferidas de los romanos importantes, incluyendo la casa del emperador; además — qué cambiante luz cae aquí sobre la "bancarrota" del banquero—, una pensión mensual, que "honra plenamente" a Calixto (cardenal Hergenrother); hecho que la literatura más antigua designa incluso como destierro; en la Iglesia se le considera con toda seriedad como confesor. Con el sucesor de Víctor, el obispo Ceferino (199-217) —"un hombre ignorante e inculto, que desconocía las disposiciones eclesiásticas, que era accesible a los regalos y codicioso" (obispo Hipólito)—, Calixto consigue cada vez mayor influencia gracias a "su constante presencia y sus estratagemas", a su "juego de intrigas", es nombrado asesor financiero del alto obispo y, después de "destruir a Ceferino" y de haber expulsado a Hipólito, se convierte en obispo de Roma. "No era más que un embustero y un intrigante", escribe Hipólito sobre san Calixto. Tenía "veneno en lo más profundo del corazón", "ideas totalmente falsas" y miedo "a decir la verdad".[1147]

¿Sorprende entonces que desde Calixto el clero adoptara del derecho funcionarial romano la teoría de la inviolabilidad del cargo, que concedía atribuciones incluso a los titulares indignos? Fue precisamente Calixto el primero que exigió e hizo realidad en Occidente la indestituibilidad del obispo, incluso en los casos de "pecado mortal". ¡Y esto a pesar de que la epístola de Clemente, muy apreciada por la Iglesia y que en Siria se convierte incluso en "Sagrada Escritura", considera indestituibles únicamente a los moralmente intachables! En la lucha contra los donatistas cismáticos se continuó desarrollando entonces, en contraposición estricta a lo predicado tradicionalmente, la línea relajada hasta llegar a la consecuencia típicamente católica, insuperablemente cínica, asimilada también por todo tipo de bribones, según la cual la Iglesia (objetivamente) siempre es santa, por muy corruptos que puedan ser sus sacerdotes (subjetivamente).[1148]

211

El número de seguidores de su oponente, afirma san Hipólito, habría aumentado porque él, san Calixto, fue el primero en permitir pecados que Cristo había prohibido y que "sirven para satisfacer los apetitos". Calixto también habría autorizado "la consagración de obispos, sacerdotes y diáconos que habían estado dos y tres veces casados [...]"; también habría permitido ("que mujeres de elevada posición, solteras en edad todavía de casar pero que por su rango no querían sacrificarse en un matrimonio conforme a las leyes, tomaran un concubino, ya fuera un esclavo o un hombre libre, y que consideraran a éste como su esposo, aun sin un matrimonio conforme a las leyes. Y de este modo, mujeres que se llamaban cristianas comenzaron a utilizar medios anticonceptivos y a ceñirse el cuerpo para abortar el feto, porque debido a su alta cuna y su gran fortuna no querían tener un hijo de un esclavo o de

1147

1148

un hombre corriente. ¡Mirad lo lejos que ha llegado el infame en su impiedad! Predica a la vez el adulterio y el asesinato. Y a todo esto, van estos desvergonzados y se llaman "Iglesia católica" y muchos acuden a ellos creyendo actuar correctamente... Esta doctrina de los hombres se propaga por todo el mundo".)[1149]

¡Obispos romanos y santos, todos juntos!

Por supuesto, eran dos "trepadores" que luchaban entre sí. Naturalmente, el odio y la envidia eran quienes dirigían la pluma de Hipólito — los dominios de tantos curas —. Sin embargo, sus injurias acertaban en lo esencial. Y es evidente la discrepancia con la doctrina de Jesús: "Quien codiciare a una mujer aunque sólo sea con la vista, ya ha cometido con ella adulterio en su corazón". El "papa" Calixto dice ahora que el adulterio es disculpable. ¡Permite a las jóvenes de clase alta tomar, sin matrimonio, a un concubino a su elección! Relaja sin escrúpulos la moral cristiana, y la plebe cristiana se arremolina agradecida a su alrededor.[1150]

También Tertuliano, uno de los "herejes" de mayor violencia verbal, uno de los mayores "protestantes" anteriores a Lutero, se encrespa y se burla, tronando contra Calixto: "¿Quién eres pues, que tergiversas y cambias [...]?", y ataca la disposición *pontifex maximus,* al que da este título pagano mofándose de él, del "obispo de todos los obispos", como una "novedad inaudita", que mejor se hubiera publicado en los burdeles. "Allí tendrían que leer este indulto, que es donde lo esperan. ¡Pero no! Hay que leerlo en la iglesia".[1151]

212

Perspicacia *eclesiástica* no hay duda que la había demostrado Calixto, había percibido las "circunstancias reales" (Seppeit y Lóffler, católicos), las "necesidades prácticas" (Aland, protestante), había abierto el camino de una evolución que pertenecía al futuro. En su *«edictum perpetuum»,* si es que lo publicó, hecho que hoy se pone en duda de manera generalizada, se remitía a las "apostólicas llaves de san Pedro": Mt. 16:19.

(Desde luego, no recurrió a Mt. 5: 27. Tampoco a Gn. 38: 24; Lv. 20: 10; Dt, 22, 22; 1 Cor. 6: 9; Hb. 13:4, etc. Puesto que cada uno saca de la Biblia lo que le conviene.) Calixto orientó sobre todo su adaptación oportunista a las necesidades cotidianas y de las masas. Por el contrario, el erudito Hipólito, pasado de moda, autor de una afamada *Traditio apostólica* (que prohibía matar incluso a los soldados y a los cazadores: un "rigorista", como se acostumbraba a insultar, incluso en círculos clericales, a los cristianos no laxos), defendía la doctrina transmitida, según la cual ningún sacerdote ni ningún obispo podían perdonar la apostasía, el asesinato y la obscenidad. Pero ahora Calixto consideraba la prostitución como un pecado perdonable. Después de los abandonos masivos de la fe en el curso de la persecución de Decio, en la que sobre todo muchos de los que ocupaban cargos importantes abjuraron "en seguida" (obispo Eusebio), la Iglesia, celosa de las masas y el poder,

1149

1150

1151

perdonó también la apostasía. Y en 314, cuando surgieron los primeros curas castrenses, matar perdió también su carácter absolutamente excluyente. Así triunfaron los recién llegados, algo típico de la mayoría de los jerarcas atentos a los tiempos y a las circunstancias. Calixto sufrió al parecer martirio, aspecto citado por vez primera en 354. Más tarde se falsificó una *Passio Callisti,* toda una novela sobre martirios. Los alguaciles de Severo Alejandro arrojaron a un pozo a Calixto, al que habían apresado durante un servicio religioso. Otros dicen que fue linchado por el pueblo o incluso que se arrojó por una ventana, y esto "después de un prolongado y atroz encarcelamiento" (Wetzer-WeIte), aunque, sin embargo, predica, sana y bautiza. ¡En el siglo XII los alemanes crearon horribles relatos de sus penalidades! A lo largo de dos milenios la Iglesia le honró como mártir. Hoy, incluso sus teólogos admiten la falsificación.

El cisma continuó. Hipólito se mantuvo incluso contra Urbano I (222-230) y Ponciano (230-235). Finalmente, los "santos padres" llegaron a tal grado de disputa que el emperador Maximino Tracio desterró a ambos, a Hipólito y Ponciano, en el año 235, a Cerdeña, donde ambos murieron, aunque desde luego no en las minas, en las "canteras" (Gelmi), donde los católicos gustan de seguir diciendo que murió Ponciano, con objeto de tener un papa mártir más, aunque uno bastante raro. Pues sucedía que en el caso de los *honestiores,* entre los que ya se contaban los obispos, la ley sólo permitía la deportación (insulani*),* no la condena. Al parecer, Ponciano renunció a su cargo el […] de septiembre de 235: ¡la primera fecha de la historia de los obispos romanos que se conoce con precisión de día y mes! Tras su muerte, se fue a buscar a ambos contrincantes y se les enterró al mismo tiempo aunque en lugares distintos, y se les honró a los dos como mártires. Calixto, Ponciano e Hipólito son los romanos más antiguos que menciona el "calendario de santos" de la comunidad romana *(Depositio Martyrum)* del año 354. [1152]

213

Sin embargo, ninguno fue mártir. La fiesta de san Hipólito, que le llevó hasta ser patrón de los caballos, la celebra la Iglesia católica desde finales del siglo III, ininterrumpidamente hasta la actualidad, el 13 de agosto. Ese día era la festividad de la antigua diosa romana Diana, que se fusionó con la de la griega Artemisia, la diosa de la caza y protectora de los animales salvajes. Pronto la leyenda devoró la personalidad de Hipólito, sin dejar restos, y al final ya no nos queda ningún rasgo de su imagen histórica.[1153]

Poco después de su muerte, el griego, el idioma universal que también predominaba en Roma y que hacía de la capital una *graeca urbs,* es sustituido por el latín como lengua de la Iglesia occidental. Quizá guarde (también) relación con esto el hecho de que el prolífico y polifacético autor de la Iglesia, cuyas obras aprovecharon Ambrosio y Jerónimo, cayera en Occidente en el olvido: Jerónimo y Eusebio no conocían ya cuál era su sede episcopal. El sucesor de Hipólito, Dámaso I (366-384), en una inscripción en honor del erudito, no cita su título episcopal y habla sólo del presbítero, evidentemente con deseos de hacer olvidar el primer cisma romano. En 1551 se encontró en las catacumbas, probablemente en la cámara mortuoria de Hipólito, una estatua de mármol sin cabeza, con manto de filósofo y sobre una silla

1152

1153

episcopal, en cuya parte exterior, aunque de manera incompleta, se indican sus escritos. Con ello volvió a salir a la luz en Occidente el "gran desconocido" durante tanto tiempo en la historia de la Iglesia.

Cornelio contra Novaciano

Apenas había transcurrido una generación cuando se produjo un nuevo cisma entre los obispos romanos Cornelio (251-253) y Novaciano, en el que de nuevo, aparte las rivalidades personales, desempeñó un papel importante la cada vez más indulgente práctica de las penitencias.

Mientras que el importantísimo Cornelio — un santo, especialmente benéfico contra la epilepsia y los espasmos—, que volvió a acoger magnánimamente a los cristianos que habían renunciado a la fe durante la persecución de Decio, tenía asegurada naturalmente la victoria, Novaciano se oponía a todo ello con energía. En contra de la mayoría de las Iglesias romana y africana, pedía para los *lapsi* la excomunión perpetua, ya que la Iglesia no podía perdonar "pecados mortales" tales como asesinato, adulterio y apostasía: ¡algo que en realidad era su doctrina más antigua!

Novaciano era un retórico profesional, inteligente, estricto, un excelente estilista, que sentía gran aprecio hacia Virgilio y la escuela estoica. En la época de la persecución había dirigido la comunidad cristiana romana después de morir el obispo Fabiano (236 a 255) — *el primer papa mártir,* sobre el que no pendía la pena de muerte, aunque falleció en la prisión. Ni Cipriano ni la placa del interior de su sarcófago le llaman mártir. *Sin embargo, la Iglesia antigua consideró como mártires a once de los hasta entonces diecisiete obispos romanos*—, "faltaba tiempo para la documentación; pero ninguna tumba es inventada, ningún nombre es mítico y el "enjambre de testimonios" continúa despertando admiración", escribe de manera general Frits van der Meer. Pero ¿por qué tuvo que faltar tiempo para la documentación? También se la encuentra en multitud de historias de mártires falsificadas. ¿Y no habla Van der Meer, en las primeras páginas, del "inconmensurable perdón de los padres de la Iglesia"? ¿Y no tenían tiempo para documentar a sus propios mártires ni siquiera los "papas mártires"?

214

Novaciano se había hecho muchas ilusiones en ocupar la sede episcopal, lo mismo que Cipriano de Cartago. Pero pronto comenzaron a circular sobre los favoritos las murmuraciones más increíbles, sobre todo por parte del propio Cornelio. De menor carácter y talla intelectual, se burla de su contrincante llamándole "lumbrera", "dogmático y patrón del saber eclesiástico", le atribuye "insaciable avidez", "perfidia venenosa de serpiente", "hipocresía y falsedad, perjurios y mentiras". Le insulta llamándole un "ser humano astuto y taimado", "malicioso", "criminal", una "bestia "pérfida y maligna". Las comparaciones con los animales les gustan mucho a los cristianos cuando discuten. El obispo Cornelio relata que Novaciano había aparecido "como obispo de pronto, cual si lo hubiera lanzado una pieza de artillería", atrayendo a Roma "mediante engaños con ideas imaginarias a tres obispos, gentes incultas e ingenuas. San Cornelio propaga, acerca de su competidor, que había hecho que

"algunos de su chusma, destinados para ello, les encerraran y alrededor de las cuatro de la tarde, cuando estaban ebrios y se tambaleaban, les obligaron con violencia a que le entregaran el obispado mediante una imposición de manos imaginaria e ilegítima. Y ahora mediante intrigas y artimañas pretende este obispado que no le corresponde".[1154]

Cornelio sigue calumniando y denigrando: antes de ser bautizado, probablemente cuando era catecúmeno, Novaciano habría sido víctima de los malos espíritus y le habrían tratado exorcistas cristianos; "Satán" había "habitado en él mucho tiempo". Sin embargo, la "peor insensatez" de su antípoda habría sido que Novaciano, incluso al administrar la eucaristía, hacía jurar vehementemente a sus seguidores que le serían fieles. Habría sujetado con firmeza las manos de uno de ellos diciendo: "Júrame por la sangre y el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que no me abandonarás y que nunca te pasarás a Cornelio". Y al recibir el pan, en lugar de responder con un amén, al parecer tenían que decir: "Nunca regresaré a Cornelio".[1155]

El obispo Cornelio, al que Cipriano pone como muestra "del más espléndido testimonio de la virtud y de la fe", atribuye a su contraobispo también "cobardía y ambición por la vida", apostasía durante la persecución. ¡Novaciano murió como mártir en el año 258, aunque la Iglesia lo niega. Pero en cambio hace "decapitar" a Cornelio, que en realidad falleció en 253 en Centumcellae de muerte natural. "Los documentos — escribe el teólogo católico Ehrhard — que hacen del papa Cornelio un mártir carecen de valor", es decir, están falsificados; hoy casi nadie discute este punto."[1156]

215

En un sínodo de sesenta obispos celebrado en el año 251, Cornelio excomulgó a Novaciano y a todos sus partidarios; y después de unos penosos titubeos, Cipriano de Cartago (que en mayo de 252 fue nombrado contraobispo en un pequeño concilio celebrado en Fortunatus) se unió a Cornelio y pronto no le fue a la zaga en cuanto a su campaña difamatoria.

Lo mismo que Cornelio, Cipriano censura las "apostasías", "los traidores", su "error", "locura", su "rebeldía", "delirio". El objetivo principal de sus ataques es Novato, el presbítero, uno de sus principales oponentes, que impugna la consagración de Cipriano como obispo y que pronto apoya en Roma a Novaciano, el "malvado taimado", el "cismático descarriado". "Es un hombre que constantemente busca renovar, poseído por el afán de su codicia insaciable [...], siempre al acecho para traicionar, un zalamero que sólo quiere engañar [...]. Es una antorcha llameante para prender el fuego de la insurrección, un huracán arremolinado para provocar el naufragio de la fe, un enemigo de la serenidad, contrario a la tranquilidad, un adversario de la paz." Las arengas de Cipriano evocan a "los huérfanos a los que ha robado, las viudas a las que ha engañado y también el dinero de la Iglesia que ha denegado [...]". "También su padre había muerto en plena calle y no le hizo enterrar. Dio una patada a su mujer en el vientre, con lo que provocó un aborto y la muerte

---

1154

1155 Euseb. h.e. 6,43,6 s; 6,43,18 s. Cf. también notas anteriores.

1156 Cypr. ep. 45; 49,1; 49,3; 50; 55. Socrat. h.e. 4,28. Wetzer/WeIte Vil 659 s. LThK 2.a ed. III 58. Kraft, Kirchenváter Lexikon 390. Ehrhard, Mártyrer 72. Haller, Papsttum I 32,458. Mirbt/Aland Nr. 148 s, pág. 65 s. Freudenberger 140.

del [...].”[1157]

Basta. Cristianos sobre cristianos. Curas sobre curas.

La Iglesia de Novaciano, a la que pronto se dio por muerta, perduró en realidad durante varios siglos y “en su existencia histórica fue la confesión latente de la mala conciencia de la Gran Iglesia, que constantemente se veía forzada a llegar a compromisos con su entorno y que se daba cuenta de ello” (Andresen). A los novacianos se les consideró después dogmáticamente como ortodoxos, coincidiendo con los católicos en la controvertida teología trinitaria. Incluso Teodosio I les toleró. Desde Híspanla y Galia — donde también el obispo Marciano de Arélate (Arles) se hizo novaciano — hasta Oriente, hubo en casi todas las grandes ciudades dos obispos y dos comunidades que luchaban entre sí, aunque se facilitaba mucho su “regreso” al catolicismo. En Constantinopla, los novacianos poseían, en el siglo IV, tres iglesias; Acesio fue obispo en aquella ciudad bajo Constantino. Incluso en Roma, el cisma novaciano perduró hasta el siglo v, con un considerable número de partidarios y varias iglesias. En Oriente (en Siria, Asia Menor, Palestina, etc.), donde Novaciano recibió una acogida muy favorable, la secta se mantuvo durante mucho más tiempo; incluso numerosos montañistas se adhirieron a ella. En muchos sitios, a los novacianos se les llamaba montañistas y montenses. Ellos mismos, la “comunidad de los santos”, se autodenominaban, “con espiritual arrogancia”, dice Eusebio, “cataros”, los “puros”, porque su Iglesia era la Iglesia “libre” de pecados mortales; nombre que en la historia se utilizaría más tarde para designar a la secta homónima y que es asimismo la raíz de la que procede la palabra alemana *Ketzer,* que significa “hereje”.

216

En los siglos IV y V los emperadores cristianos combatieron a menudo a los novacianos por razones de unidad del Imperio. Los papas Inocencio I y Celestino I les robaron sus iglesias, de modo que su obispo Rustícula debía celebrar los servicios religiosos en viviendas privadas (¿o tendría que decir Celestino, que probablemente introdujo el introito en la misa?). También san Cirilo de Alejandría les quitó a los novacianos sus iglesias y todos sus objetos, e incluso hizo desaparecer en su bolsillo los bienes privados del obispo Teopemptos. En ocasiones hasta se destruyeron sus templos, como hizo el obispo Eleusios en Kyzikos, en el Helesponto. Y de los escritos que como primer teólogo escribiera en latín Novaciano, que poseía formación filosófica, prácticamente no ha quedado nada. Tampoco es casual que los novacianos atrajeran en especial a los cristianos cultos.[1158]

Los dos únicos eruditos que tuvo la Roma cristiana en el siglo III eran antipapas;

[1157] Cypr. ep. 51,1 s; 52,1 s; 52,4; 53,2; 53,4. Altaner 143. Bihimeyer, Kirchengeschichte 152 s. Chadwick, Die Kirche 134. Güizow, Cyprian passim. Wickert, Cyprian 166.

[1158] Euseb. h.e. 6,43,2. Socrat. 2,38,28; 5,10,27; 7,7; 7,11. Soz. 4,21,1; 7,12,10; 8,1,13. Conc. Nic. c. 8. Wetzer/WeIte VII 662 s. dtv Lex. Antike, Religión 121. Altaner/Stuiber 170 s. Fichtinger 286. Hauck, Theologisches Fremdwórterbuch 113. Kühner, Lexikon 28. Gaspar, Papsttum I 67 s, nota 3. Knopfler 113. Ehrhard, Urkirche 233, 266. Bihimeyer, Kirchengeschichte 152, 181 s. Haller, Papsttum I 33 s. Andresen, Die Kirchen der alten Christenheit 276 s. Aland, Von Jesús 147. Brox. Kirchengeschichte 58,127,143, 155.

a uno le combatieron durante toda su vida, al otro le excomulgaron.[1159]

El "mariscal de Dios" y "patrón del ganado vacuno"

Pero Cornelio (representado a menudo con un vaso de cuerno) no sólo aventajó en categoría a sus competidores, sino que se hizo popular. Como "papa" legítimo, como auténtico santo (festividad: 16 de septiembre) -santo especial en la católica Renania, completando a los catorce santos remediadores ("debido a sus servicios únicos y ayuda diaria": documento de 1479, de Colonia)y como falso mártir ascendió hasta convertirse en uno de los cuatro llamados mariscales, "mayordomos mayores de Dios", "abogados celestes", a los que se invocaba cuando se producían epidemias: el ermitaño Antonio, sobre todo en Wesel; el obispo Huberto, en las Ardenas; el tribuno Quirino, en Neuss, y Cornelio, en Selikum, San Severino (Colonia), o la Komelimünster, de Aquisgrán. Si bien el rico monasterio benedictino, secularizado en 1802, fue destruido en 1310 por los habitantes de la ciudad, se le restauró más tarde. Y aunque desde la Ilustración se dejó de venerar a los "cuatro mariscales", no sucedió lo mismo con los cuatro santos. Todavía en el siglo XX, en la festividad de san Cornelio acuden miles de peregrinos a la Komelimünster, que incluso posee — meta de los devotos — la "cabeza" del mayordomo, un "relicario de busto" en plata. (A finales de la Edad Media se adoraban allí como piezas principales también "el paño con el que el Redentor se ceñía en la Ultima Cena [...] y el sudario con el que se envolvió el santo rostro de Nuestro Señor en la sepultura": Beissel, SJ.) Cornelio se convirtió además en "patrón del ganado vacuno", y por lo tanto de todos los "idiotas", y además se le invoca contra las convulsiones, la epilepsia, etc.; aunque también san Valentín era más competente en este caso.[1160]

217

Tumultos, muerte y patrañas. Los papas Marcelino, Marcelo, Milcíades, Silvestre y otros

La controvertida cuestión de la penitencia provocó disputas también a comienzos del siglo IV, con los papas Marcelo I y Eusebio. Durante la persecución de Diocleciano, el papa Marcelino (296-¿304?), lo mismo que muchos cristianos, prefirió su vida al martirio. *Thurificatus* y *traditor,* ofreció sacrificios a los dioses y restituyó las "Santas Escrituras", si bien los testimonios históricos, de cristianos, donatistas, no resultan incontestables. Sin embargo, hasta el papa Nicolás lo aceptó como demostrado. Es muy significativo el hecho de que muchos de los catálogos papales antiguos no mencionan a Marcelino, haciendo justicia radical del que apostatara durante la persecución, la *damnatio memoriae,* un capítulo oscuro.

Una vez finalizada la persecución, los cristianos se lanzaron los trastes a la cabeza

---

[1159] Haller, Papsttum 140.

[1160] LThK 1.a ed. III 48, VI 210, 972 s. Cf. 2.a ed. III 57 s, VI 557, VII 106. Fichtinger 105. Keller, Lexikon 321, 367. Beissel II 122. Walterscheid II 142 s.

entre sí, unos en el partido estricto y otros en el laxo, cada uno de ellos con un obispo. Dos veces sucesivas interviene el gobierno. El obispo Marcelo, el obispo Eusebio, Heraclio, el jefe de la oposición clerical, tuvieron que exiliarse. Al parecer, después, hasta 335, existió un doble obispado. El antiobispo es Marco, un hombre de especial "santidad". Pero incluso el papa Dámaso I confirma la vehemencia de la disputa: *«furor, odium, discordia, lites, seditio, caedes, bellum, solvuntur foedera pacis».* En el epitafio que Dámaso colocó a Marcelo, un estricto rigorista, éste sigue viviendo como "un cruel enemigo de todas las miserias", lamenta "el odio furibundo" entre los cristianos, "discordia y desavenencia, tumulto y muerte".[1161]

Parece ser que Marcelino y sus tres presbíteros y sucesores hicieron sacrificios a los dioses: los papas Marcelo I (308-¿309?), que no accedió al cargo hasta después de cuatro años de permanecer éste vacante, el período más largo en la historia papal; Milcíades (311-¿314?) y Silvestre I (314-335). Pero como sucede tan a menudo, las noticias son inseguras, confusas y fueron sometidas también a intencionadas falsificaciones por parte del clero. En efecto, puede ser que Marcelino sea el mismo que Marcelo I (el emperador Majencio fue en realidad tolerante frente a los cristianos: fue enviado varias veces a las caballerizas y, según la leyenda, también murió en las caballerizas, *catabulum,* naturalmente como mártir). En cualquier caso, la Iglesia sigue venerando como santos a los tres, o cuatro. No obstante, incluso el *Líber Pontificalis,* el libro oficial del papado, designa a Marcelino como *traditor* (renegado) y señala que ofreció incienso a los dioses, aunque como expiación admite su muerte en martirio; por orden de Diocleciano, es decapitado. En el breve gobierno de Milcíades se produce la decisiva batalla del puente Milvio, se promulga el edicto de tolerancia de Milán y se condena a los donatistas.

218

El verdadero contemporáneo de Constantino es Silvestre I, "tan grande como el tiempo" (Grone, historiador del papado). En realidad, el obispo romano no desempeñó prácticamente ningún papel en las decisiones del emperador. Aunque parece que "gobernó" durante veinte años, se sabe de él tan poco como de los restantes obispos del siglo IV. Las ficciones y falsificaciones cristianas, a las que los papas deben todo su prestigio, dan muchas más informaciones. De san Silvestre no se conservan escritos auténticos. Todo lo que nos ha llegado de él es, literalmente, fábula. "Profusamente cubierto de una corona de leyendas" (Seppeit y Lóffler), cura al emperador leproso, libera a Roma del aliento venenoso de un dragón." Y puesto que al parecer hizo sacrificios a los dioses, los cuentos cristianos ponen de relieve su firmeza. El gobernador, que quiere obligarle a renunciar a las propiedades católicas, muere atragantado con una espina de pescado. En la lucha con los doce maestros judíos, Silvestre resucita a un toro muerto por el último de ellos. "Tu Dios puede matar, pero el mío puede volver a dar la vida." (Y, efectivamente: en el altar mayor de Gregorio Ehrhard, en Blaubeuren, 1493-1494, y también en multitud de imágenes

[1161] August. c. litt. Petil. 2,92,202. de único bapt. c. 16; 27. Pauly III 991 s, 1306. Kühner, Lexikon 21. Sobre el «papa Nicolás» cf. Gróne 64. Knopfler 113 s. Caspar, Papsttum 197 s. Ehrhard, Kirche der Mártyrer 101. El mismo, Urkirche 306. Bihimeyer, Kirchengeschichte 153, 245. Seppelt/Lóffler 6 s. Seppelt/Schwaiger 20 s. Haller, Papsttum I 54, 92, 177, 362 s. Kühner, Imperium 35. Heer, Ohne Papsttum 34 s. Cf. Gelmi 54 s.

posteriores, el toro reposa a los pies de Silvestre.)[1162]

De toda suerte de derramamientos de sangre y de más mártires. El cisma de Feliciano

Liberio (352-366) desencadenó una guerra civil en Roma a mediados del siglo IV.

A este papa nos lo encontramos ya bajo el emperador Constancio, cuando prefiere "sufrir la muerte por Dios" antes que aceptar cosas que van en contra de los Evangelios, pero que después en el exilio reniega de su fe y es excomulgado por el "ortodoxo" Atanasio. Esto lo atestiguan los padres de la Iglesia Atanasio y Jerónimo, aun cuando todavía en el siglo XX el teólogo fundamentalista Kósters de la escuela superior de los jesuitas de St. Georgen, en Frankfurt (con doble autorización eclesiástica), mienta afirmando que el papa "seguramente no suscribió ninguna forma herética". En cambio, el teólogo católico Albert Ehrhard, casi el mismo año aunque sin imprimátur, señala los resultados de la investigación:

"Está fuera de toda duda que Liberio suscribió la llamada tercera fórmula sírmica. Con ello no se limitó a abandonar a la persona de Atanasio sino que renunció a la frase programática de Nícea, el *homoúsios*".[1163]

219

Hay también otros católicos que lo confiesan. Así por ejemplo, para el historiador papal Seppeit no sólo "no existe ninguna duda" de que Liberio "puso su firma en la llamada tercera fórmula sísmica" sino que también admitió y suscribió voluntariamente la "primera fórmula sísmica (de 351), que igualmente rechazaba el *homoúsios*". Para Seppeit es asimismo "cierto que Liberio abandonó a la persona de Atanasio".[1164]

Cuando el traidor de la fe nicena regresó a Roma el 2 de agosto de 358, gobernaba allí el (anti)papa Félix II (355-358). Pero tal como había tenido que prometer Liberio al emperador, debía reconocerle como legítimo y gobernar conjuntamente con él la Iglesia romana: una dura humillación y eclesiásticamente imposible. Pero sólo bajo esta condición, con la que también el sínodo de Sirmio (358) se mostró de acuerdo, se autorizaba la vuelta de Liberio. Por otro lado, el propio Félix, junto con el diácono Dámaso, que más tarde sería papa, y con todo el clero romano, había hecho un solemne juramento con ocasión del destierro de Liberio, según el cual mientras vivieran no reconocerían a nadie más como obispo de Roma. Pero pocos meses después, al parecer mediante una orden imperial inspirada por el partido amano, Félix aceptó el cargo de papa, admitió de nuevo a los arríanos en la Iglesia y el clero romano se puso de su lado. […], el clero y el nuevo papa, habían roto el juramento. Tampoco Liberio cumplió la palabra dada al soberano, arremetiendo contra Félix y sus partidarios, que eran más débiles. Al parecer, el pueblo se había mantenido fiel

---

[1162] Wetzer/WeIte VI 813. Fichtinger 258 s, 276 s, 347 s. Keller, Lexikon 458. Altaner/Stuiber 353. Gróne 65, 84 s. Caspar, Papsttum 198 s, 109 s, 122 s, 130. Gontard 100. Seppelt/Lóffler 8.

[1163] Aman. hist. Arian. 41; apol. c. Arian. 89. Hieron. de vir. ill. 97. Soz. h.e. 4,15,3. Altaner/Stuiber 354. Caspar, Papsttum I 166 s, especialmente 182 s, 189 s. Kósters 226. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 169.

[1164] Seppeit, Der Aufstieg 86 s, especialmente 99 s.

al desterrado y cuando regresó lo celebró gritando: "Un Dios, un emperador, un obispo". El cisma de Feliciano, la lucha por el poder entre dos obispos romanos que en beneficio propio habían traicionado la fe "ortodoxa" de Nícea, condujo a sangrientos enfrentamientos, al llamado asesinato de los felicianos. Félix II, que consta como obispo en el catálogo oficial, fue desterrado en el año 358 y se trasladó a su hacienda en Oporto. Más tarde intentó el regreso, conquistó la Basílica Juliana, al otro lado del Tíber, pero poco después fue expulsado y, olvidado durante mucho tiempo, murió en Oporto el 22 de noviembre de 365. El papa Liberio, que bajo el emperador Constancio suscribió un credo semiarriano, volvió a perseguir a los amaños cuando reinó el emperador católico Valentiniano I.[1165]

A pesar de todo, la tradición oficial romana volvió a acordarse de Félix II y hasta le incluyó entre los papas legítimos y los santos, mientras que Liberio no desempeñó ningún papel decisivo, ya durante los últimos años de su vida, y se mantuvo comprometido de un modo moralmente irremediable. Sin embargo, el perjuro Félix, según parece al habérsele confundido curiosamente con un mártir llamado Félix al que se veneraba en la Vía Portuensis u otro del mismo nombre que era objeto de adoración en la Vía Aurelia, fue considerado desde el siglo vi como papa legítimo, mártir y santo (festividad: 29 de julio).

220

El libro oficial de los papas, que por cierto de poca utilidad es por espacio de medio milenio, sale como garante de su martirio. "Félix era un romano [...], gobernó un año, tres meses y tres días. Declaró hereje a Constancio, por lo que el emperador le hizo decapitar [...]. Sufrió la pena capital en la ciudad de Corona, con muchos sacerdotes y fieles, en el mes de noviembre [...]."[1166]

Pero el hecho de que Constancio, el que habría hecho decapitar al papa Félix, murió en 361, y Félix falleció bajo el reinado de Valentiniano I, en el año 365, hizo que muchos de sus sucesores se plantearan interrogantes acerca del martirio del (anti)papa. El proceso que fue creando esta opinión duró más de un milenio, pues Roma puede esperar. Entonces, Gregorio XIII (1572-1585) — ese "santo padre" que no sólo conmemoró con un *Tedeum* la matanza de la noche de San Bartolomé, sino que también había autorizado los planes para asesinar a la reina Isabel I de Inglaterra (afirmando solemnemente "que todo aquel que la haga desaparecer del mundo con la justa intención de servir con ello a Dios, no sólo no comete pecado sino que incluso contrae un mérito")—, este sensible papa, al revisar el "libro de los mártires romanos" quería borrar de él a su antiguo predecesor Félix.[1167]

Pero entonces sucedió de manera maravillosa un milagro en la iglesia de los santos Cosme y Damián, hermanos gemelos y mártires, que Félix IV había hecho levantar en el siglo vi sobre las ruinas de dos templos paganos. Estos santos, junto con otros

---

[1165] Lib. Pont. 37,5 (Duchesne, Lib. Pont 1207). Rufin h.e. 10,23. Soz. 4,11; 4,15. Socrat. 2,37. Theodor. h.e. 2,15 s. Coll. Avell. 1. LThK 1.a ed. III 992, 2.a ed. IV 67 s. Fichtinger 124. Stein, Vom römischen 235 s. Knopfler 167. Caspar, Papsttum 1187 s. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 169. Bihimeyer, Kirchengeschichte 239. Seppelt/Schwaiger 28. Seppelt/Lóffler 11. Haller, Papsttum I 59 s, 70, 248. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 47, 257 s. Wojtowytsch 124 s.

[1166] Wetzer/WeIte IV 2 s. Pauly IH 621 s. LThK 1.a ed. ni 992,2.a ed. IV 67 s. Fichtinger 124. Andresen/DenzIer 448. Caspar, Papsttum 1194 s. Bihimeyer, Kirchengeschichte 239. Seppelt/Schwaiger 28. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 47.

[1167] Wetzer/WeIte IV 3. Kühner, Lexikon 210 s. Gróne 94 s. Kühner, Imperimft 298 s.

tres hermanos, habían perdido su cabeza en el año 303 después de que antes les hubieran arrojado encadenados al mar, de donde los salvó un ángel, de que un fuego que debía aniquilarles quemara a los que había congregados a su alrededor y de que una serie de flechas y piedras que les arrojaron dieran la vuelta y abatieran a los esbirros; tras lo cual se les consideró como santos en toda la cristiandad y se convirtieron en patronos de los médicos, de los boticarios y de las facultades de medicina. Y aunque en el siglo XX incluso J. P. Kirsch, protonotario apostólico y director del Instituto Arqueológico Papal en Roma, afirma con imprimátur que: "Faltan noticias históricas fidedignas acerca de la vida y el martirio de los gemelos", el católico Hümmeler, también en el siglo XX, asegura solemnemente, también con imprimátur: "Desde entonces [desde el siglo vi], la veneración no se ha extinguido". Mejor dicho: "Se les ha admitido en el canon de la santa misa [...] como únicos santos de la Iglesia oriental". Y Kirsch añade: "Sus presuntas reliquias fueron a parar, en 965, a Bremen, y en 1649 a St. Michael, en Munich (valioso relicario). Festividad: 27 de septiembre; para los griegos, 27 de octubre".[1168]

221

Lo mismo que aquí se entrelazan lo natural y lo sobrenatural, las leyendas, es decir, mentiras, y la historia (que ciertamente a menudo es lo mismo), otro tanto sucede con Félix II. Pues fue precisamente en la iglesia romana de estos mártires pródigos en milagros, san Cosme y san Damián, donde el 28 de julio de 1582, la víspera del aniversario del (anti)papa Félix II, se encontró un sarcófago de mármol con la "vieja" inscripción: "Aquí reposa el cadáver del santo papa y mártir Félix, que ha condenado al hereje Constancio". Con ello, el nombre de Félix continuó figurando "en el libro de los mártires".[1169]

El papa asesino Dámaso combate al antipapa Ursino y otros diablos

Con el poder creciente de la sede romana y la mayor influencia, riqueza y lujo de sus poseedores, los clérigos se encapricharon cada vez más de ella, llamando ahora la atención el uso más frecuente que se hace de la denominación de *sedes apostólica y* de unos nuevos rasgos, autoritarios frente a las otras Iglesias. En el año 378, un sínodo romano habla ya de obispos que amenazan de muerte a otros obispos, que les persiguen y que les roban su obispado. El historiador Amiano Marcelino, un pagano que se esforzaba por mantenerse imparcial pero que contemplaba el cristianismo de una manera bastante benévola, que hacia 380 se trasladó desde Antioquía, su ciudad natal, a Roma, atribuye las luchas por la cátedra romana a las posibilidades de vida feudal de los papas. Por esa misma época, el cultísimo prefecto de la ciudad, **Praetextatus**, que también era pagano — como lo era todavía en su tiempo casi toda la nobleza romana, según atestigua Agustín—, responde burlonamente a los intentos de conversión de Dámaso con la frase: "Hazme obispo de Roma e inmediatamente me convierto en cristiano". La mesa de estos príncipes de la iglesia hacía palidecer a un banquete real. "Pero el clero pobre del campo acude de vez en cuando a Roma

[1168] J.P. Kirsch LThK 1.a ed. VI 218 s, 2.a ed. VI 566 s. Keüer, Lexikon 521 s. Hümmeler457 s.
[1169] Wetzer/WeIte IV 3.

para emborracharse allí sin que les vean" (C. Schneider).[1170]

Para el historiador católico del papado V. Gróne, que actúa aquí tergiversando y edulcorando sin reparos, todo sucedió de la siguiente manera:

"En la época en que **Dámaso** accedió al pontificado, el papado gozaba de tanto prestigio, incluso terrenal, que ya por la misma posición que ocupaba frente al emperador y los más altos funcionarios del estado, tuvo que desistir en su exterior de la pobreza de los apóstoles y por el bien de toda la Iglesia ejercerla únicamente en el espíritu. El obispo supremo de la Iglesia se vio obligado a rodearse de la pompa terrenal y a hacer uso de ropajes, viviendas y banquetes para poder representar también dignamente a la Iglesia con sus costosas bibliotecas, sus recipientes de oro, sus vestidos de púrpura y sus magníficos altares. Lo mismo que Pedro tuvo que ir a Roma con un bastón de peregrino para conquistar la fastuosa, rica y repleta ciudad, sus sucesores, con el cambio de los años tuvieron que hacer del bastón de madera uno de oro y calzar los pies con sandalias de púrpura para proteger y mantener a la desgarrada, saqueada y abandonada".[1171]

222

Precisamente bajo **Dámaso** I (366-384), servidor del Altísimo desde su juventud y llamado "lisonjeador del oído de las damas" *(matronarum auriscalpius)* por sus hermosos sermones, que estimulaban sobre todo a las mujeres, se produjeron luchas mucho más violentas que nunca; intrigas, difamaciones y también oscuros negocios financieros, que a los investigadores les recuerdan los papas renacentistas. Este primer "representante" en cierto sentido destacado, pero difícilmente adivinable en sus intenciones, que entonces contaba ya sesenta años, experimentó claramente la atracción del poder y gobernó mucho más tiempo que cualquiera de sus antecesores, dieciocho años. "Fuera de toda medida humana", escribe Amiano. Dámaso y su oponente Ursino ardían por "alzarse con la sede episcopal". Mediante el terror y el soborno acabó venciendo Dámaso, que primero había jurado fidelidad al papa Liberio, que le había nombrado diácono, pero que cuando gobernó el antipapa Félix había tomado partido por él, para volver de nuevo con Liberio cuando éste regresó.[1172]

Apenas habían acabado los funerales de este último el 24 de septiembre, cuando una parte del clero nombró al diácono Ursino como su sucesor y de inmediato le hicieron consagrar en la basílica de Julio (Santa María del Trastévere) por el obispo de Tívoli. Mientras tanto, la mayor parte del clero se encontraba todavía en San Lorenzo, en Lucina, ocupados con la elección de Dámaso, que de nuevo había abandonado el partido de Liberio y conducía a la victoria al del vencido (anti)papa Félix: preludio de meses de tumultos en la "santa" Roma, en la "capital de la religiosidad" (cf. Sozomenos). Se produjeron batallas en toda regla en calles y plazas, las basílicas se inundaron de sangre. Aunque para Dámaso toda la Iglesia católica era "una única estancia de Cristo", la romana tenía algo especial, "antepuesta a las otras

---

[1170] Hieron. adv. Joh. Hierosolym 7 s. Ammian. 27,3,11 s. Pauly 1302 s. Gregorovius 1110. Gontard 109. Mirbt/Aland Nr. 295, pág. 134. Agustín según Hallr, Papsttum I 72. Hemegger 367. Chadwick, Die Kirche 185. Sehneider, Christiiche Antike 323. Wojtowytsch 138 s. Allí más bibliografía, pág. 430.

[1171] Gróne 98.

[1172] Ammian. 27,3,11 s. Avellana 1,9. (CSEL 35,4). Hieron. vir. ill. 103. LThK 1.a ed. III 133, 2.a ed. III 136 s. Seeck, Untergang V 71. Caspar, Papsttum 196 s. Gontard 109. Kohns 94 s. Kühner, Imperium 40 s. Schneider, Christiiche Antike 323. Denzier, Das Papsttum 113. Gelmi 58.

Iglesias [...] por medio de la palabra de nuestro Señor y Salvador en el Evangelio, que le ha concedido la primacía al decir: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra quiero construir mi Iglesia ".

Dámaso no olvidó recordar a san Pablo que "bajo el emperador Nerón alcanzó gloriosamente el mismo día que Pedro la corona del martirio", y mediante este doble "triunfo venerable" la Iglesia de Roma "se había situado por encima de todas las otras ciudades del mundo entero. Por tanto es la primera sede del apóstol Pedro la romana, que no tiene ninguna mancha ni arruga de ningún tipo [...]".[1173]

223

Lo mismo en el año 382. Lo que ahora viene ya sucedió en el año 366 en la elección de papa, tras la que Dámaso "prosiguió la política de reconciliación iniciada por Liberio" (Seppeit, católico).

Primero, una horda armada con garrotes se abalanzó sobre los seguidores de Ursino, quienes todavía estaban reunidos en la iglesia, por incitación de Dámaso que, según se dice, se había ganado a la multitud mediante una buena cantidad de dinero. Tres días lucharon sangrientamente los católicos por la basílica de Julio, que ya la habían defendido con Liberio. Dámaso, que se ocultaba en Letrán con una guardia personal, hizo que esbirros de la policía sacaran a todos los clérigos de su oponente y los expulsó del cargo. Sin embargo, una parte del pueblo se los arrebató y se atrincheró con ellos en el Esquilmo, en la basílica Liberiana (Santa Mana la Mayor). El 26 de octubre de 366 se lanzó sobre ellos la tropa de matones papal, un montón de carreteros, gentes del circo y sepultureros, que el acaudalado pontífice había contratado como mercenarios, rompieron las puertas, prendieron fuego y bombardearon desde arriba a los encerrados con tejas. Pues Dámaso, "este sacerdote de espíritu divino y sentido por las artes", "un gran carácter", "liberó para la construcción las fuerzas del primitivo cristianismo tanto tiempo almacenadas" (Hümmeler, con imprimátur eclesiástico). Al menos 137 hombres y mujeres, partidarios leales de Ursino, perdieron "por la construcción" su vida en el recinto sagrado; según un informe ursiniano, fueron 160 personas, sin contar los heridos graves que murieron a consecuencia de sus heridas, en total cientos de víctimas, heridos, quemados. Pero, por milagro de Dios, ninguno de los compinches de Dámaso murió, su "sentido piadoso-infantil", que también ensalza el antiguo *Diccionario de la Iglesia* católico de Wetzer-WeIte (una "enciclopedia" de doce tomos redactada "con la colaboración de los más notables sabios católicos de Alemania", en cuya primera página — difícilmente puedo reprimir esto por amor a la siempre predicada humildad — el obispo de Friburgo otorga, en 1847, "Nuestra aprobación" y les autoriza "a imprimir la obra": "Nos, Hermann von Vicari, por la misericordia de Dios y la gracia de la sede apostólica arzobispo de Friburgo y metropolita de la provincia eclesiástica de la Alta Renania, gran cruz de la orden del León de Záhringen, portador de la cruz de honor de primera clase de Hohenzollem-Hechingen y Hohenzollem Sigmaringen [...], así concedemos Nos nuestra aprobación a este primer tomo [...]").

El prefecto de la ciudad, **Vivencio**, *integer et prudens pannonius, comoí* dice

[1173] Coll. Avell. 1,5 s. Ammian. 27,3. Soz. h.e. 3,8,5. LThK la ed. III 133 s, 2.a ed. U! 136 s. Pauly 11373. Fichtinger 108. Gróne 97. Dobschütz 29 s. Caspar, Papsttum 1196 s, 247 s. Seppeit, Der Aufstieg 109. Schuck 159. Kühner, Imperium 40.

Amiano, era sin duda un hombre hábil, pero sin suficiente poder. Así, respetando la divisa de no inmiscuirse en disputas de la Iglesia, disfrutó primero del espectáculo como espectador y después se retiró al sosiego y la seguridad de su casa de campo, mientras que los ursinianos entonaban letanías fúnebres y la multitud, al parecer recordando el papel desempeñado por Dámaso en la muerte de Feliciano, gritaba: "¡Por quinta vez Dámaso hace la guerra, fuera asesinos de la sede de Pedro!". Circularon también diversos panfletos. Una publicación del partido ursiniano elogiaba al pueblo temeroso de Dios, "que por más que mortificado en las numerosas persecuciones no teme al emperador ni a los funcionarios, ni tampoco al causante de todos los crímenes, al asesino Dámaso". No hay que olvidar que este papa estuvo también detrás de los *Edictos sangrientos* del emperador Teodosio para combatir a los cristianos apóstatas según él, Dámaso, a los que incluso el estado apoyaba con todos sus medios.[1174]

224

Naturalmente, el carnicero papal se convirtió en santo. Festividad: 11 de diciembre. Y para recuerdo permanente, como un estímulo acá, una intimidación allá, se dio su nombre al patio representativo del palacio papal. Siempre recuerdo a Claude Adrien Helvétius (1715-1771): "Si se leen sus leyendas de santos, se encuentran los nombres de miles de asesinos canonizados"; un amable empequeñecimiento del gran racionalista. (Y si se me permite manifestar una preferencia personal: de todos los santos sólo me gusta la vaca sagrada; pero todas las restantes vacas tienen para mí la misma importancia.)[1175]

Dámaso, que conquistó la nave de Pedro con ayuda del gobierno, debe "dirigir ahora" con el timón del Apóstol "lo que hemos recibido". Aunque afirmaba hipócritamente "no ser merecedor de este honor", se molestaba "sobremanera si no podíamos alcanzar la fama de su bienaventuranza". Si bien se había ganado la batalla decisiva, su obispado fue objeto de polémicas mientras se mantuvo en el cargo. Durante años se produjeron desórdenes, actos de violencia, torturas contra los clérigos del antipapa. También los luciferianos intrigaron; en vano intentó Dámaso que el juez Bassus procediera contra ellos. Quedaban todavía novacianos, restos de marquinitas, montañistas, gnósticos valentinianos. El papa atacó a los arríanos y a los semiamanos, a los obispos "herejes" Ursacio, Valente y Auxencio de Milán, a los que hizo condenar, a la nueva "herejía" del patriarca Macedonio *(pneumatomaquíos),* a los apolinaristas. También los donatistas contaban desde hacía poco con representación en Roma, donde de todos modos cuatro "Iglesias" distintas, cada una de las cuales tenía su propio obispo, se combatían entre sí, y lucharon desde comienzos del siglo IV contra el sexto obispo en la sucesión. Dámaso prohibió al presbítero luciferiano Macario el desempeño de las funciones eclesiásticas, y después de que por la noche celebrara un servicio religioso en un domicilio privado, hizo que sus sacerdotes y la policía le sacaran (oficialmente), y maltratándole le llevaran hasta un juez civil. Puesto que ni con amenazas Macario se pasó a Dámaso, fue llevado a

[1174] Collectio Avellana: 160 Tote 1,7. V. también Avell. 1,9; 1, 12. Ammian. 27,3,11 s; 137 Tote. Wetzer/WeIte ni 14. Burckhardt, Die Zeit Constantins 353 s. Seeck, Untergang V 71 s. Stein, Vom römischen 269. Caspar, Papsttum I 197 s, 203. Hümmeler 272 s. Seppeit, Der Aufstieg 109 s, 115. Seppelt/Löffler 12. Lietzmann, Geschichte IV 41 s. Kohns 94 s. Haller, Papsttum I 60. Gontard 108 s. Lorenz, Das vierte 33 s. Schneider, Christiiche Antike 632.

[1175] LThK 1.a ed. III 133 s, 2.a ed. III 136 s. Fichtinger 108.

Ostia, donde murió a consecuencia de sus heridas. Recordemos también que san Dámaso se negó a recibir durante el invierno de 381-382 a los obispos españoles perseguidos Prisciliano, Instando y Salviano, a pesar de sus constantes ruegos ("Danos audiencia [...], dánosla, te lo pedimos vehementemente [...]"), y que Prisciliano, junto con sus ricos seguidores, entre ellos la viuda Eucrocia, fue torturado y decapitado en Tréveris en 385, tras lo cual la Inquisición pasó a Hispanla. Las reuniones y los servicios religiosos de los ursinianos fueron disueltos por las tropas de asalto de Dámaso, incluso en los cementerios. Ursino y sus compañeros fueron desterrados por el emperador Valentiniano I, primero a las Galias y después a Milán, sin que por ello dejara de instigar desde la lejanía no sólo contra Dámaso sino también contra su sucesor. Cuando en 367 el emperador le autorizó a volver, se produjeron nuevas luchas, tras lo cual fue expulsado para siempre, internándosele en Colonia. No obstante, la disputa continuó mientras que vivió Dámaso. Todavía en 368, la mayoría del sínodo romano se negaba a excomulgar al antipapa Ursino, por muchas que fueron las presiones y promesas de Dámaso. "No nos hemos reunido para condenar a alguien sin escucharle."[1176]

225

El papa era sospechoso en muchos aspectos; demasiado sospechoso. Y más que sospechoso.

En 371 se acusó a Dámaso de adulterio.

Aunque el "lisonjeador del oído de las damas", cuyo propio padre era sacerdote (en San Lorenzo), estaba en estrecho contacto con mujeres ricas, era también autor de algunos tratados (no conservados) sobre la virginidad y, según Jerónimo, muy experimentado en estas lides, era maestro virgen de una Iglesia virgen; un clérigo que predicaba también a los clérigos "conservar casto el lecho", "generar hijos para Dios" (una formulación quizá de doble sentido), que ordenaba una abstinencia permanente, ya que "lo santo está destinado a los santos", "la unión carnal significa suciedad", el sacerdote que vive "sin castidad" se sitúa "al mismo nivel que los animales" y no merece el nombre de sacerdote. ¿Podía ser adúltero un papa tal como éste? ¿Un hombre "adornado con todo tipo de virtudes", que con su santa conducta se había hecho un "monumento eterno", como elogia el obispo Teodoreto? ¿Un hombre del que Gróne confiesa, en la última frase de su capítulo dedicado a él: "Ya sus contemporáneos le veneraban como a un santo y todavía hoy el pueblo italiano le dirige sus plegarias contra la fiebre"?[1177]

A pesar de todo, el judío Isaac, que se había convertido pero que volvió después a la sinagoga, acusó a Dámaso (y al parecer no le dejó en paz hasta su muerte, en 381) no sólo de adulterio sino de toda una serie de graves crímenes. En efecto, incluso se le acusaba de asesinato. "A tanto llegó a atreverse el partido de Ursino", se quejaban

[1176] Dam. ep. 7 (JK 234). Theodor. h.e. 2,22; 5,10,1 s. Sulp. Sev. Chron. 2,48. CSEL 1,101. Lib. ad Damas. CSEL 18,34 s. Coll. Avell. ep. 2,85. CSEL 30,20. Athan. ad Afros episc. 10 (PG 16,1045). Soz. h.e. 6,23. Lib. precum 2,13 s (CSEL 35,4). LThK 1.a ed. III 134, Pauly 11373. Gróne 97 s. Hergenróther 545 s. Rauschen 108. Stein, Vom rómischen 269. Brunsmann 300. Caspar, Papsttum I 201 s, 216. Seppelt/Lóffler 12. Seppeit, Der Aufstieg 110. Haller, Papsttum I 60, 67. Gontard 109 s. Joannou 183 s. Chadwick, Die Kirche 184 s. Aland, Von Jesús 214. Handbucder Kirchengeschichte II/l, 259.

[1177] Theodor. h.e. 2,22. Altaner/Stuiber 355. Gróne 100. Gontard 109. Denzier, Das Papsttum 12 s. Gelmi 58. Para el trato del santo y padre de la Iglesia Jerónimo con la castidad cf. Deschner, Das Kreuz 76 s.

más tarde, "que empujados por el judío Isaac [...] se pidió la cabeza de nuestro santo hermano Dámaso". Y puesto que se le incriminaba aunque el emperador le respaldara, debía de haber cargos muy graves. Mediante su enviado especial, el prefecto Maximino (ejecutado en 376 y al que Amiano compara con una bestia cirquense suelta), Valentiniano I inició investigaciones y después entabló un proceso, en el curso del cual se torturó también a algunos testigos, clérigos convocados, pero al final se suspendió el procedimiento. Esto no se debió en realidad a la intervención del clérigo antioqueño Euagrios, amigo de juventud del emperador, sino porque desde el principio el gobierno estaba a favor de Dámaso y ahora no podía hacerle caer frente al partido contrario a causa de una demanda criminal. Valentiniano ensalza a Dámaso, llamándole "*vírum mentís sanctissimae*".

226

No obstante, su reputación quedó tan quebrantada que siete años después, en un sínodo en Roma que él mismo dirigió, hizo que se le rehabilitara y que se condenaran como calumnias las acusaciones contra él. ¡Y precisamente este sínodo fue el que procuró sustraer al obispo romano de la jurisdicción estatal! ¡Intentó al mismo tiempo que el Estado colaborara en la ejecución de los veredictos eclesiásticos! Consideraba ya al "brazo terrenal", que el Santo Padre proyectaba lejos de sí, como el órgano ejecutor de la Inquisición. Los clérigos de toda Italia que incumplieran la sentencia de un tribunal eclesiástico debían ser llevados en segunda instancia ante el obispo de Roma, con ayuda de las autoridades. Para los restantes eclesiásticos de Occidente, los metropolitas eran competentes en la segunda instancia, y para los procesos de los metropolitas el obispo de Roma o el juez por él nombrado. "Vuestra piadosa Majestad — se decía en la petición a la que también contribuyó san Ambrosio — tenga a bien ordenar que cualquiera que haya sido condenado por sentencia del obispo romano y quiera conservar ilegalmente su iglesia [...] sea mandado buscar por los prefectos de Italia o el vicario imperial de Roma o que se presente a los tribunales que invoque el obispo romano [...]. Pero quien haya sido excluido de ese modo y si no teme al juicio de Dios, al menos *sea obligado por la fuerza del Estado,* para no multiplicar sus pecados [...]."[1178]

El arrogante tanteo de Dámaso tuvo éxito. El todavía jovencísimo emperador, sometido a estricta tutela por parte del clero, en especial de Ambrosio, aceptó casi literalmente el encargo del sínodo y le confirió fuerza legal. En efecto, Graciano era en un punto más papista que el papa. Dispuso que la colaboración de los funcionarios imperiales para la ejecución de las sentencias episcopales no fuera sólo para Italia, sino para todo el Imperio romano de Occidente. Bien es cierto que todo esto era más sobre el papel, pues el patriarca de Roma no disfrutaba todavía en Occidente de la posición que ocupaban los patriarcas de Oriente dentro de su patriarcado.[1179]

Pero incluso un padre de la Iglesia, el santo obispo Basilio, "el Grande", se quejaba amargamente de este papa. Le llamaba ciego y arrogante, le consideraba presuntuoso sobre un "trono altivo" y se lamentaba de que cuando una vez tuvo que pedirle algo,

---

[1178] Hieron. ep. 1,15; 22,22. Mansi III 626. Cit. según Hemegger 405 s. Altaner/Stuiber 355. Caspar, Papsttum 1203 s, 208. Seppelt/Löffler 12. Gontard 109. Haller, Papsttum I 73. Seppeit, Der Aufstieg 110 s. Mirbt/Aland Nr. 300 s, pág. 137 s. Joannou 159. Aland, Von Jesús 215 s. Kühner, Imperium 41. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 258. Gelmi 59. Wojtowytsch 147 s.

[1179] Coll. Avell. 13 (CSEL 35,1,57 s). Seppeit, Der Aufstieg 112 s.

el soberbio "se comportaba todavía más altanero cuando se le trataba amablemente". En Occidente, escribe Basilio, "no conocen la verdad ni quieren saberla", afirmando incluso que "discutían con las personas que les decían la verdad y que autorizaban hasta la herejía". Por el contrario, san Jerónimo, que siempre sabía extender sus velas al mejor viento (también un gran intrigante, embustero, falsificador de documentos y predestinado a ser patrón de las facultades católicas de teología), lisonjeaba a este papa. Quien estaba ligado a la sede de Pedro, escribía Jerónimo, era su hombre. "No siguiendo a ningún otro guía que a Cristo, me adhiero a la comunidad con tu santidad, o sea, con la cátedra de Pedro; sé que sobre esta roca se construyó la Iglesia."[1180]

227 El empeño belicoso de Jerónimo se recibió con benévolo agrado entre los jerarcas gobernantes en Roma, a donde viajó el padre de la Iglesia en el año 382. Pronto desempeñó un papel importante con Dámaso, sirviéndole de secretario y escribano secreto, llegando a redactar él mismo "las decisiones a las consultas sinodales procedentes de Oriente y Occidente", apostrofando al papa como "luz del mundo y sal de la Tierra" y adulando: "Ahora sale en Occidente el sol de la justicia". Apoyó también la lucha de Dámaso contra los luciferianos. Y aunque Jerónimo había alabado al principio a san Lucifer de Cagliari como salvaguardia de la ortodoxia, en Roma, en la época en que se masacraba al clérigo Macario, se puso de inmediato contra los seguidores del obispo sardo y le dedicó una serie de escritos muy sospechosos, simplemente por caer del agrado del viejo papa, cuyo puesto esperaba ocupar. (Pero en lugar de él le sucedió san Siricio, al que Jerónimo criticó severamente durante años.) Sin embargo, los partidarios de Lucifer acusaron poco después de 380 a Dámaso de "adoptar la autoridad de un rey *(accepta auctoritate regali),* perseguir a clérigos y laicos católicos y enviarlos al exilio".[1181]

Creciente reivindicación de la primacía con Dámaso

Diversas iniciativas de este hombre abrieron un proceso que incrementó la importancia y el rango de su sede y que poco a poco hizo del obispo romano el soberano de todos los prelados occidentales.

No es por casualidad que un contemporáneo hablara de la "*arrogantia Damasi (ut princeps episcopatus*)". Y el *Manual de la historia de la Iglesia,* católico, le llama hoy "un defensor consciente de sus fines de una reivindicación de primacía romana en constante aumento, que encuentra en él unas formulaciones no conocidas hasta la fecha". Aspiraba a este predominio en parte basándose en Mt. 16: 18, en el principio petrístico de la "singularidad" de Roma, pero crea para ello unas nuevas formas de expresión.

228 Su apetencia de liderazgo la apoyó el emperador Graciano, un joven por lo general doblegadizo. No sólo renunció al título de *pontifex maximus,* hasta entonces

[1180] Basil ep. 215; 239; 242. Hieron. ep. 15,2; 16,2; 35. Caspar, Papsttum I 220 s, especialmente 227. Haller, Papsttum I 62. V. también nota siguiente.

[1181] Hieron. ep. 15,1 s; 123,9; 127,9. Dial. Lucif. et orth. 20. Libellus precum. Avellana Nr. 2. Gróne 100. Grützmacher, Hieronymus I 201 s. Caspar, Papsttum I 246 s, 257. Haller, Papsttum I 62, 71. Aland, Von Jesús 210 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 68, 260 s. Chadwick, Die Kirche 185.

reservado a los monarcas, en favor de los obispos romanos, sino que en 387 incrementó mediante prerrogativa imperial su jurisdicción en Occidente a límites apenas determinables. Dámaso, que fue el primero en promulgar decretos, o sea, tomar disposiciones en el sentido de órdenes imperiales, afirmaba también la fundación de la Iglesia de Roma por parte de Pedro y Pablo, un doble apostolado, y fue el primer "papa", que se sepa, que habló de una "sede apostólica", asegurando de sí mismo que a todos los que ocupaban su mismo cargo *(manus),* "les superaba por las prerrogativas de la sede apostólica" (*praerogativa apostólicae sedis),* y desde entonces la sede episcopal romana se llama la "Sede Apostólica". Todo esto estableció y fomentó el comportamiento de primacía romano. "Dámaso hizo que el Estado le concediera privilegios y se presentaba como un rey" (Haendier).[1182]

Dicho sea de paso: también hizo de poeta. Escribió tristes pero numerosos epígrafes *(tituli),* de los que se conservan más de medio centenar completos, de manera fragmentaria o en trascripción literaria. Para ello cubría sus carencias literarias con expresiones de Virgilio y después disponía que sus epigramas los trasladara a mármol el calígrafo Furias Dionysius Philokalus. "Nunca se han adornado con mayor derroche peores versos", se burla Louis Duchesne. Las ocurrencias de Dámaso, tan faltas de arte como de talento, pensadas en el fondo para su propia gloria, servían sobre todo para los "numerosos cuerpos de los santos que buscó y encontró" y, como dice la *Vita Damasi* del *Líber Pontificalis,* "glorificó con versos".[1183]

Por ejemplo: "Profundamente bajo la carga de la montaña estaba oculta la tumba, que Dámaso sacó a la luz". O: "No aguantaba Dámaso que los enterrados por derecho común, después de haber hallado reposo, sufrieran de nuevo trágica pena. Así emprendió él la grande y esforzada tarea e hizo retirar las enormes masas de tierra de la cumbre de la colina, exploró diligente las entrañas misteriosas de la Tierra, secó todo el terreno empapado por el agua y encontró la fuente, que ahora otorga regalos para la salud". O, para volver al tema principal que nos ocupa, un último producto de poesía papal: "Sabed, aquí tenían antes los santos su vivienda, cuyo nombre, si lo preguntas, es Pedro y Pablo. El Oriente envió a estos jóvenes — lo admitimos perfectamente — pero por los méritos de su sangre — aunque siguiendo a Cristo por las estrellas han llegado al regazo del cielo y al imperio de los piadosos — Roma puede considerarlos como sus ciudadanos. Así quiere Dámaso proclamar vuestro elogio, sus nuevas estrellas".[1184]

229

Ahí puede estar, o en las estrellas, cómo el tan diligente buscador de mártires se sacó tantos santos. Pero así parece que es cuando un papa asesino se convierte en

---

[1182] Mansi 3, 624 D. LThK 1.a ed. III 134, 2.a ed. III 136 s. Altaner/Stuiber 354 s. Dobschütz 29 s. Caspar, Papsttum 1210, 242. Heiler, Altkirchiiche Autonomie 203 s. Haller, Papsttum I 67, 71, 374. Kühner, Imperium 40 s. Chadwick, Die Kirche 188. Denzier, Das Papsttum I 12. Ullmann, Gelasius I, 22 s. Haendier, Von Tertullian 122. DuIckeit/Schwartz 207 s. Michel 507. Joannou 286 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 259 s. Wojtowytsch 430. Brox, Kirchengeschichte 108.

[1183] Pauly 11373. Altaner/Stuiber 355. Según Gróne 100, la "poesitis" de Dámaso procede "de la elocuencia clásica y de una profunda vida afectiva". Weyman 105. Schäfer, Epigramme. Caspar, Papsttum I 46, 251 s. Duchesne, Hist. anc. 2, 483. Cit. según Haller, Papsttum 171. Cf. 367. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 263.

[1184] Cita en Caspar, Papsttum 1251 s. Allí las fuentes bibliográficas.

"papa poeta". (¡Compárense las mucho más elocuentes posturas de Pío XII en el siglo XX!)[1185]

Desde Dámaso rige la teoría de las tres sedes petristas, Alejandría, Antioquía y Roma, para basar sus derechos de patriarcado; por supuesto, de los tres grandes tronos "la primera sede del apóstol Pedro corresponde a la Iglesia romana". Pero incluso después del papa Gregorio I "el Grande", padre de la Iglesia, estas tres sedes son "una sola y única sede (la de San Pedro), de la que sobresalen ahora tres obispos por razones de autoridad divina". Según eso, los patriarcas alejandrino y antioqueño, como sucesores de Pedro, tienen el poder en virtud del derecho "divino" de gobernar una parte de la Iglesia. Prescindiendo de varios aspectos históricos discutibles, resulta ser una teoría de dos filos.

¿Cómo llegó Roma a esto? Cuando no era todavía tan violenta como quería serlo pudo equipararse primero a los influyentes guías de la Iglesia oriental y sin embargo, como sede principal por así decirlo del príncipe de los apóstoles, reivindicar para sí el máximo honor. Y entonces, ahí está la verdadera razón, intentó mediante esta teoría combatir al más temido de sus rivales, el patriarca de Constantinopla, que como representante de una sede no petrista no tenía ningún derecho de primacía. Y precisamente dentro de este contexto surge la teoría: en la época de Dámaso, con León I, Gregorio I, Nicolás I, León IX; con lo que en la disputa teórica de las reivindicaciones de Constantinopla por la dignidad patriarcal se produce finalmente, a regañadientes, el reconocimiento práctico.[1186]

Ciertamente que el proceso de la superioridad papal estaba todavía en sus comienzos. La posición de Dámaso fue muy contestada durante todo su pontificado, incluso en Roma. En Occidente y en otros lugares no era él quien conducía la Iglesia sino, de manera clara, Ambrosio. El milano influía, por no decir que dominaba, sobre el emperador con una estrategia "espiritual" muy ingeniosa que habría de crear escuela y su sede episcopal era también la capital de Occidente. Incluso el espectacular triunfo sobre la diosa de la victoria romana en el salón del Senado no lo consiguió Dámaso, sino exclusivamente Ambrosio, el poderoso prelado de la capital, como también en todos los restantes casos.

No se puede hablar ni mucho menos de una "política papal". En el siglo IV, el obispo de Roma no mandaba ni en toda Italia. Únicamente dirigía las llamadas Iglesias suburbicarias, la parte meridional y central de la península (delimitada por una línea que va desde el golfo de La Spezia hasta la desembocadura del Po). "Fuera de allí no se ve ninguna forma de poder del obispo de Roma" (Haller). Por supuesto que su sede era la más prestigiosa de Occidente, pero él mismo estaba sujeto a la jurisdicción del *vicarius urbis.* Y cuando se intentó presentar entonces la petición de sustraer al obispo romano de la competencia penal del prefecto de la ciudad (casi siempre era todavía un pagano) y crearle un tribunal preferente ante el monarca, hasta un Graciano lo rechazó, sin entrar en más detalles". Como alternativa al tribunal imperial se propuso someter a los obispos romanos a la administración de justicia (eclesiástica) de un concilio. Por primera vez en la historia de la Iglesia surge ahora en un sínodo papal — como informa Ambrosio — la afirmación no respaldada

[1185] Schwaiger, Pápste 143 s. Deschner, Heilsgeschichte II 546 nota 14. 291
[1186] Dobschütz, 29 s. Gaspar, Papsttum 1247 s. De Vries, Rom 15 s, al que sigo aquí.

con nada de que el emperador Valentiniano había dispuesto que los clérigos sólo podrían ser juzgados por clérigos. Que a partir de ello se deduzca que "la primera sede no podía ser juzgada por nadie", como se enseña más tarde, era algo todavía totalmente desconocido en su tiempo.[1187]

230

Inocencio I, ¿la cumbre del cargo episcopal o simples mentiras?

Los papas que siguieron a Dámaso y Silicio (384-399), que asimismo estaba totalmente a la sombra de su amigo personal Ambrosio, no fueron influyentes en ningún lugar ni dirigieron nada, pero continuaron no obstante construyendo el predominio de Roma, su posición de monopolio como *apostólica sedes,* como *cathedra Petrí,* en suma, la idea de la Iglesia romana como cabeza de toda la Iglesia, ayudándose para ello tanto de la Biblia, es decir, de lo que les convenía de ella, como del derecho romano.

Y no menos importante, también de la jerga oficial. En especial Siricio, que acuñó el concepto de la "herencia" de Pedro — uno de los fundamentos de toda la ideología papal del futuro — para sugerir de este modo una relación cuasi jurídica entre ellos y el apóstol, adaptó sus decretos en gran medida al estilo y a la terminología de los edictos imperiales. A decir verdad, hasta entonces sólo los sínodos se habían servido en la Iglesia de ese ejemplo. Pero Siricio promulgó su nueva legislación decretal como "antiguo modo del derecho eclesiástico" y al mismo tiempo lo equiparaba a los cánones sinodales" (Wojtowytsch). Pero por mucho que apareciera la "herencia" de Pedro como pastor supremo y que reafirmara su papel directivo y su posición de predominio legal dentro de toda la Iglesia —"Nos decidimos lo que a partir de ahora tienen que seguir todas las Iglesias y de lo que deben abstenerse [...]", escribía en sus primeros decretos, inmediatamente después de ser consagrado, al obispo hispano Himerio de Tarroco —, la teoría estaba todavía muy alejada de la realidad. La "herencia" *(haeres),* la sucesión de Pedro, la institución que nombra al papa heredero, era una pura construcción que carecía y carece de toda demostrabilidad y, con ello, de validez legal.[1188]

231

Inocencio I (402-417), del que se dice que podía llevar el título de "primer papa" con más derecho que cualquiera de sus predecesores, continuó desarrollando conscientemente la reivindicación papal de la primacía y la posición monopolista de la Iglesia romana, perdurando su influencia hasta el siglo xii. Dio el tono para todo un milenio. Hay varias cosas que vinieron en su ayuda: el poderoso Ambrosio, el competidor de Milán, había muerto, la propia Milán ya no era la residencia imperial, sino Rávena, y el Imperio romano occidental estaba bastante próximo a su hundimiento. Sin embargo, lo más decisivo partió de él mismo. Se consideraba "la cabeza y la máxima cumbre del episcopado". En efecto, frente a los sínodos de Cartago y Milevo, de 416, mantenía la pretensión — que a decir verdad, no siempre y frente a todas las Iglesias se atrevió a defender — de que sin el conocimiento de la

[1187] Gaspar, en ZKG 47,1928, 195. Haller, Papsttum 166 s, 72 s. Kühner, Imperium 41. Wojtowytsch 149.

[1188] Siric. ep. 1, JK 255. Gaspar, Papsttum 1216, 261 s. Ullmann, Gelasius 127 s. Wojtowytsch 141s.

"sede apostólica" ni los concilios podían decidir de manera definitiva "cuestiones incluso de las regiones más apartadas". Con frialdad, el jurista tacha el derecho nuevo como antiguo, las nuevas costumbres como tradicionales y santas, sin que el pasado ofrezca razones o ejemplo de ello. No obstante, todo estaba astutamente premeditado puesto que: "Sólo considerando como algo existente desde hace mucho tiempo lo que en realidad era una novedad reciente, podía esperar resistir la crítica de los contemporáneos" (Haller). Procedió consciente de sí mismo, aunque adaptándose a las condiciones locales, así, en Híspanla algo más enérgico que en Galia, donde Roma tenía dificultades desde hacía tiempo. Quería una presidencia sobre los sínodos y proclamó a la "sede apostólica" como la más alta instancia de apelación, a la que debían presentarse todos los casos importantes *(causae maiores);* esto lo podía interpretar, naturalmente, como él quisiera. ("Las inscripciones funerarias ensalzan en él de manera especial las virtudes de la benevolencia y de la modestia": Gróne.)[1189]

Como primer papa, Inocencio I utilizó "constante y sistemáticamente la idea jurídica del papa como sucesor de Pedro" (Ullmann). Consideraba a Pedro o sus discípulos como los fundadores de todas las Iglesias de Occidente, hecho que no encuentra el menor apoyo en ningún lugar. "Es sin embargo un hecho evidente — manifiesta con osadía en un escrito a Decentio de Gubbio — que en toda Italia, las Galias, Hispania, África, Sicilia y las islas intermedias nadie ha levantado iglesias que no fueran aquellos a los que el venerable apóstol Pedro o sus sucesores hubieran nombrado obispo. Habría que buscar si en estos países se encuentra a otro de los apóstoles que haya enseñado allí según la tradición. Pero si no puede leerse en ningún lugar porque en ningún sitio se ha transmitido, entonces todos deben seguir lo que la Iglesia romana custodia, de lo que sin duda toma su origen." Puesto que no hay nada distinto escrito en ningún lugar, deduce el papa Inocencio con emoción, todo ha sido misión de Pedro y sus discípulos y por lo tanto está bajo el dominio del obispo romano. Se entiende la ironía de Haller de que nunca con mayor atrevimiento "se había utilizado" el *argumentum e silentio,* la demostración silenciando las fuentes, "para una afirmación histórica que en realidad está toda en el aire". Y Erich Gaspar pone de relieve que el padre de la Iglesia, Agustín, que junto "a la figura de Inocencio I casi desaparece", había "defendido exactamente lo contrario a la tesis inocentista". Incluso los historiadores católicos del papado Seppeit y Schwaiger escriben que lo que el papa diga — una afirmación de muchísimo más peso y mayor alcance, mejor dicho: una falsedad — "en modo alguno está en consonancia con los hechos históricos"; "sin embargo, refleja las ideas que siempre han tenido más influencia en Roma" y a las que, podríamos completar, se debe el papado: ¡puras mentiras! De su triple condición subrepticia Inocencio reduce derechos especiales, es decir, naturalmente privilegios, la observación del "*referre ad sedem apostolicam*", el respeto de la *consuetudo romana* como única norma válida. Sólo la decisión del obispo romano hace que la decisión sobre cualquier cosa tenga importancia, sobre las *causae maiores,* finalmente. La presunta sede de Pedro se convierte en "*fons*" y "*capuz*": "todas las aguas fluyen de la sede apostólica, cualquiera que sea la fuente original, y se vierten en su forma más pura sobre todas las regiones de la Tierra"

[1189] Innoz. I. ep. 2,1. JK 286; ep. 27,1. JK 314. ep. 29 JK 321. Toda la correspondencia PL 20, 463 s. Altaner/Stuiber 356. Gróne 119. Seppelt/Schwaiger 33. Haller, Papsttum 180 s. Ullmann, Gelasius I 36 s. Wojtowytsch 205 s, 230, 300.

(totius mundi regiones). ¡Y mintiendo fríamente afirmaba que *referre ad sedem apostolicam* equivale a la antigua tradición![1190]

232

Quizá el papa Inocencio I llevaba la mentira y el engaño en la sangre. Es con toda probabilidad hijo de su antecesor Anastasio I, que descendía a su vez de un clérigo casado.

Sea dicho entre paréntesis que en Roma durante todo el primer milenio hubo hijos de papas que se convirtieron en papas; entre otros: Bonifacio I, Félix III (al parecer el tatarabuelo del papa Gregorio I, "el Grande"), Agapito I, el hijo de obispo Teodoro I, el hijo de obispo Adriano II (cuya primitiva esposa Estefanía y su hija mataron a un hijo del obispo Arsenio, un padre múltiple). También Martín II era hijo de un sacerdote, lo mismo que Bonifacio VI (que como presbítero llevaba una vida tan escandalosa que el papa Juan VIII le tuvo que suspender; gobernó únicamente dos semanas y probablemente fue envenenado). El santo papa Silverio (desterrado por su sucesor Vigilio a la isla de Ponza, donde murió) es incluso hijo del papa Hormisdas. Juan XI (que encarceló e hizo asesinar a su madre y a su hermanastro papal, pero que según el cronista Flodoardo de Reims "sin violencia [...], sólo se ocupaba de asuntos divinos"; "resolución y energía no pueden negarse a su pontificado": Seppeit y Schwaiger, católicos), el papa Juan X[¿] era hijo del papa Sergio III (el asesino de sus dos antecesores, pero para no silenciar también "lo bueno" (?), reconstruyó la basílica de Letrán, destruida por un terremoto). ¿No pedía Dámaso al clero "generar hijos para Dios"?[1191]

233

¿O tengo que explicar las disposiciones litúrgicas del hijo de papa Inocencio? ¿Dar en la santa misa el beso de la paz después de la elevación de la hostia? ¿Leer los nombres de los fieles sacrificados después de las correspondientes oraciones del cura sobre los dones? ¿Ayunar en sábado por aflicción sobre el Salvador que reposa en el sepulcro? El historiador del papado Gruñe llena exactamente la mitad de su capítulo sobre Inocencio con tales imbecilidades, para mayor provecho del lector naturalmente, que así conoce "en san Inocencio un papa experimentado en los usos y las leyes eclesiásticas y penetrado por espíritu apostólico".[1192]

En todo caso entendía su trabajo. Sabía mostrar la superioridad romana, el jefe, el monócrata, el señor inaccesible pero listo para actuar, que no pierde ni un instante de vista a los hermanos pero que no olvida la astucia diplomática, como tampoco rara vez sus sucesores. El tono de sus cartas, llenas de citas bíblicas, menos amenazante y más amable, con frecuencia también irónico, ligeramente humillante, creó estilo en la epistolografía eclesiástica. "Creemos que ya lo sabes", escribe. O "¿Quién no lo iba a saber?", "¿Quién no se ha apercibido?". Sorpresa era su palabra preferida, casi una fórmula estereotipada de censura. "Nos sorprendemos que un hombre inteligente

---

[1190] Innoz. I. ep. 25. Kraft, Kirchenváter Lexikon 296. Altaner/Stuiber 356. Gaspar, Papsttum I 302 s, 341, 343, 358. Bihimeyer, Kirchengeschichte 295. Seppelt/Schwaiger 33. Haller, Papsttum 180 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 265 s. Schwaiger, Pápstiicher Primat 40 s. Wojtowytsch 207 s. Ullmann, Gelasius 135 s, 40 s.

[1191] Fichtinger 22, 75, 124, 158, 198, 346 s, 361. Kühner, Lexikon 31, 35, 60, 66 s. Seppelt/Schwaiger 53 s, 109, 117 s. Kühner, Imperium 52, 103. Denzier, Das Papsttum 19, 41 s. Johannes XI. para D. es sólo "probablemente" el hijo del papa Sergio III. Ibíd. Cf. también Deschner, Das Kreuz 153 s.

[1192] Gróne 106 s.

solicite nuestro consejo sobre estas cosas, que son totalmente ciertas y conocidas." "Hemos quedado harto sorprendidos al leer tu carta"; "nos extrañamos que los obispos pasen por alto tal cosa, de modo que podría juzgarse que hacen favoritismos o que ignorarían su ilegitimidad". Caspar hace un buen comentario a este respecto:

"Los verdaderos virtuosos del Señor prefieren trabajar con tales tonos dulces y perspicaces, en lugar de con los rayos de un violento discurso conminatorio; saben conseguir de este modo que el aludido se sobresalte atemorizado, mientras que los medios brutales le hacen empecinarse o le animan a resistirse. Puede uno imaginarse que el episcopado suburbicario debió temblar ante este soberano espiritual".[1193]

Pero Inocencio I era absolutamente flexible.

Frente a los obispos galos, más alejados, se comportaba ya con más moderación. Y en Oriente incluso este experimentado clérigo tenía poco que decir. Es cierto que quería controlar la Iglesia de Constantinopla. Es cierto que fue probablemente el primer papa que mantuvo en aquella residencia imperial un encargado de negocios, un "apocrisiario", como se tituló al representante permanente del papa en la corte imperial de Constantinopla, el puesto diplomático más importante de Roma; con Inocencio fue al parecer el clérigo Bonifacio, que más tarde sería papa. Es cierto que — después de que Dámaso tendiera ya allí sus hilos, suponiendo la autenticidad de sus cartas — Inocencio se convirtió, por así decirlo, en el fundador del vicariato papal de Tesalónica (Salonüd), reivindicando en la lucha contra Constantinopla y del lado de su propio gobierno estatal la jurisdicción sobre Iliria Oriental (*Illyricum oriéntale),* confiando en 412 al obispo Rufus "en nuestro lugar" (*riostra vice)* toda la diócesis de la prefectura ilírica, las Iglesias de Achaja, Tesalia, Epirus, *veta* y *nova,* Creta, Dacia mediterránea y *rípensís,* Dardania y Prevalitana, ampliando también de manera importante los privilegios del metropolita, en concreto para "pronunciarse sobre todo lo que se trate en esas regiones". Pero cuando él y Honorio en la disputa con Juan Crisóstomo enviaron una delegación a Constantinopla, fue tratada de modo ofensivo, el emperador no la recibió y la hicieron volver de forma ultrajante. Los patriarcas de Oriente no tenían la más mínima intención de sujetarse al "arzobispo de Roma", como un León I se autodenominó en el Concilio de Calcedonia. Y tanto más el emperador, que no dejó que un obispo romano le quitara competencias. Según el derecho del imperio, Iliria dependía, tanto eclesiástica como políticamente, de Constantinopla, y por ese motivo continuaron disputando durante mucho tiempo el emperador cristiano y los obispos, quedando como manzana de la discordia entre Roma y Bizancio y siendo motivo para constantes conflictos de competencias y actitudes de poder desfogadas.[1194]

234

Eulalio contra Bonifacio, "la cumbre apostólica"

Durante varios meses se produjeron luchas alrededor de la sede romana después

[1193] Innoz. I ep. 37; 38; 41. Gaspar, Papsttum I 304. Ullmann, Gelasius I 37.

[1194] Innoz. I ep. 8 s; 13. Pallad. Vita Joh. Chrys. 4. Gaspar, Papsttum 1293 s, 304 s, 315 s, especialmente 325. Seppelt/Schwaiger 33 s. Seppelt/Löffler 15. Haller, Papsttum 180 s. Joannou 234 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 266 s. Wojtowytsch 209 s.

de la muerte del papa Zósimo (417-418), que fue el primero en remitir a los obispos romanos las pretendidas palabras de Jesucristo sobre unir y desunir, exigiendo para ellos, con una asombrosa argumentación, los mismos poderes y veneración que Pedro. En efecto, Zosímo afirmaba que tenía tan grande autoridad que nadie podía poner en duda sus sentencias: "*ut nullus de nostra possit retractare sentencia*". Y esta insolencia la coronó con otra todavía mayor, ¡que los "padres" habrían reconocido esta autoridad como apostólica! A pesar de su breve pontificado, Zósimo fortaleció aún más la *auctoritas sedis apostolicae* tan rotundamente anhelada por él, aunque, eso sí, provocando una resistencia no menos rotunda, sobre todo por parte de la Iglesia africana.[1195]

El mismo día del entierro de Zósimo, el 27 de diciembre, el archidiácono Eulalio (418419), el más anciano de los diáconos, fue elegido en la basílica de Letrán como la cabeza espiritual de Roma. Según el partido contrario, mientras que todavía se celebraban los funerales ocupó la iglesia, bloqueó las puertas y obligó al "moribundo obispo de Ostia" (Wetzer y Welte), carente de voluntad pues estaba medio muerto, a que le consagrara. Al día siguiente, la mayoría de los presbíteros, que estaban en contra del colegio diaconal, y la mayoría del pueblo — aunque las noticias se contradicen, como sucede tan a menudo en lo que respecta a las cifras — eligieron en la iglesia de Santa Teodora al ya anciano presbítero Bonifacio I (418-422) como pastor supremo de Roma. Era hijo del sacerdote Secundio y representante de Inocencio I en la corte de Constantinopla. (Al apocrisiario de la residencia imperial se le consideraba como un candidato a papa con muchas posibilidades de ser elegido.)

235

Esto puso en apuros al irresoluto Honorio. Un primer rescrito del emperador del 3 de enero de 419 reconocía la elección de Eulalio y relegaba a Bonifacio. Un segundo rescrito del 18 de enero disponía que ambos candidatos a obispo acudieran a Rávena para negociar. Pero al agudizarse la situación, al fracasar también un acuerdo sinodal propiciado por Honorio debido a la falta de unanimidad de los mismos prelados neutrales, un tercer rescrito, de 25 de enero, expulsaba a los dos aspirantes al alto cargo. El 30 de marzo encargó dirigir las ceremonias de la festividad de la Pascua a un obispo forastero, Aquileo de Spoleto; era tal la humillación que de inmediato hizo falta toda una serie de nuevos decretos imperiales: al prefecto pagano de la ciudad Aurelio Anicio Simaco (sobrino del famoso prefecto homónimo de Roma, que antaño luchara tan inútilmente por la estatua de la diosa Victoria), al obispo Aquileo, al Senado, al pueblo de la ciudad. Pero el partido diaconal no deseaba aceptar la ignominia del espoletino encargado por el emperador ni permitir en ningún caso que la Pascua la celebrara en Roma un obispo ajeno a la ciudad; aunque como atestigua san Ireneo, con anterioridad no se había celebrado aquí todos los años. Quizá los diáconos, que ya entonces mantenían una fuerte rivalidad con los presbíteros, vieron en esto solamente una ocasión favorable para intervenir. En cualquier caso, el 18 de marzo Eulalio regresó a Roma para celebrar él mismo la fiesta de Pascua en Letrán. Poco después apareció también en la ciudad el obispo Aquileo de Spoleto y se produjeron detenciones, interrogatorios, motines populares y nuevas luchas sangrientas por las iglesias.

Pero esta vez el emperador Honorio se puso del lado de Bonifacio, por quien

[1195] JK 342. Haller, Papsttum I 88 s. Ullmann, Gelasius 144 s.

intercedían ahora fuerzas poderosas en la corte. La princesa Gala Placidia hizo propaganda de su protegido en cartas dirigidas a católicos prominentes tales como Agustín, Aurelio de Cartago y Paulino de Ñola. Sin embargo, quien al final decidió la lucha por la silla de Pedro a favor de Bonifacio fue Flavio Constancio, que más tarde sería emperador y al que le gustaba intervenir en los conflictos internos de la Iglesia. Honorio, que primero estaba a favor de Eulalio, dejó ahora que persiguieran a éste, y en vista de la "caza de cargos" (*ambiciones)* de los clérigos romanos dispuso el primer reglamento electoral para los papas, aunque es bien cierto que en la práctica careció de toda importancia: en el caso de una doble elección en Roma, ninguno de los elegidos tendría en el futuro la posibilidad de negociar, sino que sería toda la comunidad la que nombraría al obispo en una nueva elección.[1196]

En realidad, las disputas y las desavenencias en las elecciones de los obispos romanos se habían hecho tan habituales, que en una misiva dirigida a Celestino I (422-433), el sucesor de Bonifacio, Agustín comienza diciendo, al felicitarle: "Tal como tenemos noticia, Dios te ha elevado a la sede de Pedro, sin que lograra prosperar ninguna escisión de la comunidad [...I".[1197]

236

El antipapa Eulalio fue más tarde obispo de Nepe. Sin embargo, Bonifacio I, jurista como Inocencio I, se remitió con firmeza a las ambiciones papales de sus antecesores y, siempre con la vista fija dirigida hacia el episcopado universal de la Iglesia romana, continuó urdiéndolas como era habitual con digresiones bíblicas e históricas, con ejemplos "históricos", con "*documenta*". Lo decisivo aquí no era la realidad sino, por el contrario, la idea petrista, a la que cada vez se daba mayor importancia, resumiendo, que el pasado era contemplado con ojos papales y en consecuencia interpretado de igual modo.[1198]

Para Bonifacio, que con anterioridad a su elección era desde hacía mucho tiempo un experto sobre Oriente, Iliria poseía a sabiendas una especial importancia. De nueve de las cartas que se conservan de él, tres tratan de la jurisdicción sobre el llamado vicariato papal de Tesalónica. Accediendo a los ruegos de los obispos locales insatisfechos con Roma y del patriarca Ático, un edicto del emperador Teodosio II, del 14 de julio de 421, somete su jurisdicción a la Iglesia de Constantinopla, "que goza de las prerrogativas de la antigua Roma". Inmediatamente protestó Bonifacio, apoyado por el emperador de Occidente, Honorio, ante el que se queja "de la traición de algunos obispos ilíricos" e incluso tiene éxito. Con los pertinentes versículos de la Biblia y ejemplos "históricos" insistió lo mismo que sus antecesores en la primacía de Roma, la monopolización del cargo de Pedro, la doctrina petrista, cuyo rasante vuelo en altura comienza realmente con él, y favoreció al máximo la idea del dominio monocrático, el "*favor apostolicus*". El origen y la autoridad de gobierno de la Iglesia romana se basan en el bienaventurado Pedro, y Roma es la cabeza de todas las Iglesias del mundo... Quien se oponga a ello será excluido del reino de los cielos, pues sólo

[1196] Bonif. I ep. 7. Coll. Avell. ep. 14 s, especialmente Avell. 15,18,19, 21 s. Socrat. h.e. 7,11. LThK 2.a ed. II 587, III 1180 V 478. Pauly 1,927. Wetzer/WeIte II 84. Fichtinger 73 s. Gróne 116. Gregorovius I, 1, 85 s. Stein, Vom römischen 414. Caspar, Papsttum I 360 s. Seppelt/Löffler 17. Seppelt/Schwaiger 36 s. Haller, Papsttum I 101. Gontard 120. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 270, Wermelinger 239 s. V. Haehiing, Religionszugehórigkeit 469.

[1197] August.ep.209.

[1198] Cf. especialmente Ullmann, Gelasius I 52 s.

puede abrirlo “la benevolencia del portero” Pedro *(gratia ianitoris).* La doctrina, defendida ya por Zósimo, de la indiscutibilidad de las decisiones y los dogmas petrísticos, se ahonda ahora todavía más mediante la altanera declaración de que: “Nadie debe osar levantar su mano contra la cumbre apostólica *(apostólico culminí),* no estando permitido a nadie impugnar sus decisiones”. Resumiendo, la Iglesia descansa en Pedro y su sucesor y de él depende “la totalidad de las cosas”, sólo quien le obedece alcanza a Dios.[1199]

Sin embargo, con eso no se resolvieron las dificultades en Iliria. La oposición del episcopado local no cesó, pero Bonifacio hizo valer su autoridad. Invitó a su vicario a una resistencia resuelta, le presentó el ejemplo de Pedro como héroe (que no fue siempre tan valiente) y se encolerizó: “Tienes al bienaventurado apóstol Pedro, que puede luchar ante ti por sus derechos [...]. El pescador no permite que, por mucho que pugnes, su sede pierda un derecho [...]. Te prestará apoyo y someterá a los infractores del canon y a los enemigos del derecho eclesiástico”. “¿Qué queréis? — escribe otra vez con aspereza, remitiéndose a Pedro —. ¿Debo ir hacia vosotros con la vara o con amor y espíritu manso? Pues ambas cosas, como sabéis, le son posibles al bienaventurado Pedro, tratar al manso con mansedumbre y domar al soberbio con la vara. Por eso conserva la sumisión que se debe a la cabeza.” De todas las maneras, Bonifacio quería ver “eliminados” *(resecarí)* algunos casos. De tal suerte logró imponerse el romano en Iliria que, precisamente en los ataques contra la oposición ilírica, consiguió llevar la pretensión de Roma de dominar en toda la Iglesia “hasta unos niveles no alcanzados hasta ese momento” (Wojtowytsch).[1200]

237

Así, de la miseria y la división en política interna cada vez mayor de Occidente, el papado — según le hiciera falta luchando con el Estado o contra él — se transformó en una potencia política, en uno de los más poderosos y longevos parásitos de la historia, “La Santa Sede — se dice con una errata significativa en el *Archivum Historiae Pontificiale* de la Universidad Pontificia, 1978 — fue reconocida de manera más o menos franca como custodio de la ortodoxia.”[1201]

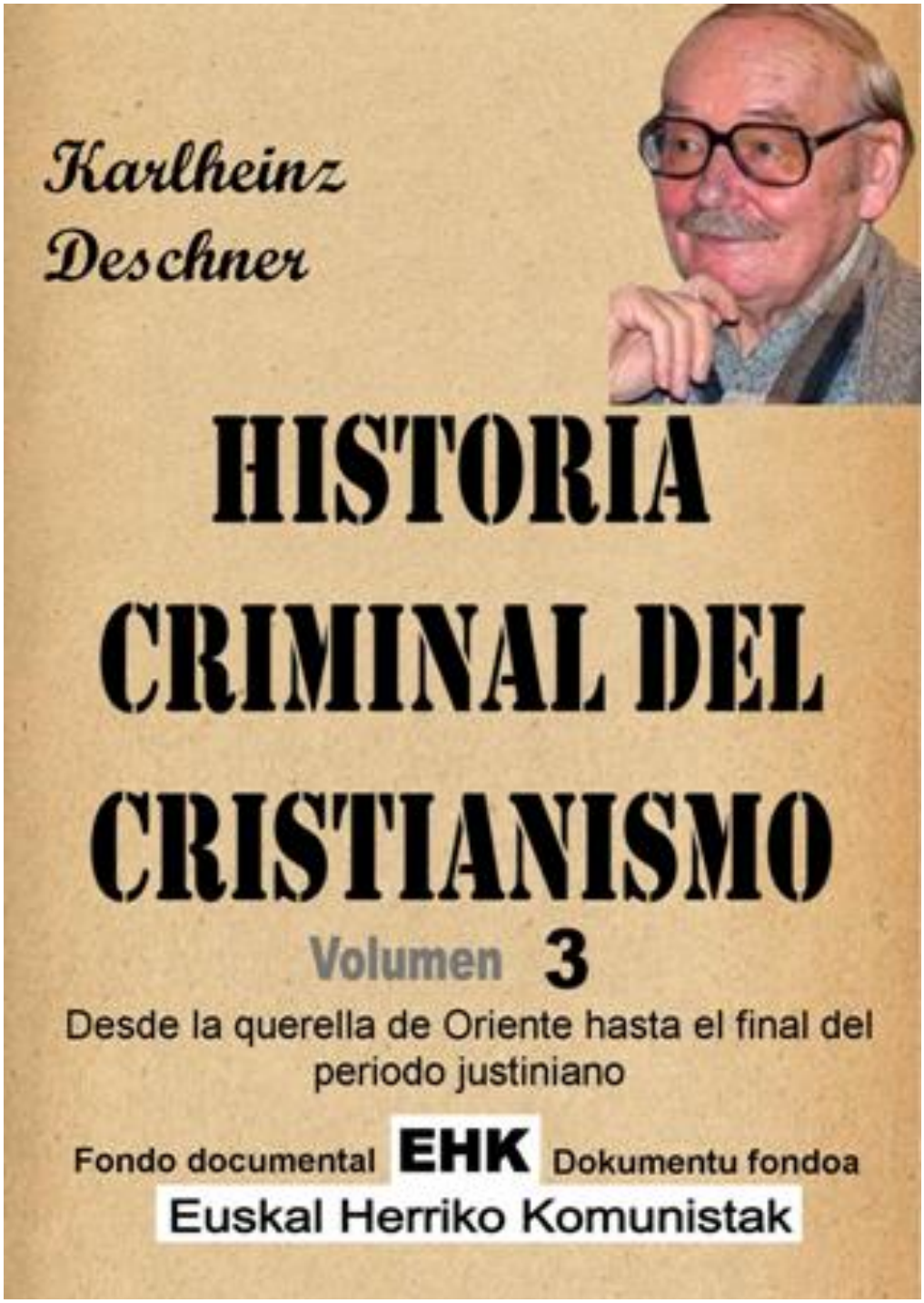
Pero con mayor furia aún que en Roma por la “Santa Sede”, en Oriente se luchó por las grandes sedes episcopales.

[1199] Bonifat. I. ep. 13 s. Cod. Theodos. 16,2,45. Coll. Thess. 35,25 s, 44,19 s. Wetzer/WeIte II 85, III 750. Gróne 116 s. Gaspar, Papsttum I 378 s. Seppelt/Löffler 17 s. Ullmann, Gelasius 1,48 s. Schwaiger, Pápstiicher Primat 32. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 271. Wojtowytsch 270 s, 279 s, 301.

[1200] JK 363 s. Coll. Thess. 33,17 s, 35,25 s. JK 360. Wojtowytsch 270 s.

[1201] Kempf28.

Los títulos completos de las fuentes primarias de la antigüedad, revistas científicas y obras de consulta más importantes, así como los de las fuentes secundarias, se encuentran en la Bibliografía publicada en el primer volumen de la obra, ***Historia criminal del cristianismo: Los orígenes, desde el paleocristianismo hasta el final de la era constantiniana*** (Ediciones Martínez Roca, colección Enigmas del Cristianismo, Barcelona 1990, pp. 315-362), y a ella debe remitirse el lector que desee una información más detallada. Los autores de los que sólo se ha consultado una obra figuran citados únicamente por su nombre en la nota; en los demás casos, se concreta la obra por medio de su sigla.


Karlheinz
Deschner
HISTORIA
CRIMINAL DEL
CRISTIANISMO
Volumen 3
Desde la querella de Oriente hasta el final del periodo justiniano
Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

VOLUMEN III

Desde la querella de Oriente hasta el final del periodo justiniano

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de Anselmo Sanjuán

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Kriminalgeschíchte des Christentums*
℗ 1986, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1992, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Provenca, 260, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-1561-5
Depósito legal B. 41.827-2000
Fotocomposición: Pacmer, S.A.
Impresión: Liberdúplex, S. L.
Encuademación: Reinbook, S. A.
Impreso en España — Printed inSpain

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo

expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

INDICE
Desde la querella de Oriente hasta el final del periodo justiniano

1 TOMO III – HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO
1 Karlheinz Deschner
1 Desde la querella de Oriente hasta el final del periodo justiniano
6 CAPÍTULO 1 — LA LUCHA POR LAS SEDES OBISPALES DEL ESTE DURANTE EL SIGLO V Y HASTA EL CONCILIO DE CALCEDONIA
7 El alboroto de los monjes y el cambio de bando de Teófilo
10 El Doctor de la Iglesia Jerónimo y sus socios hacen de «oficiales de verdugo» al servicio de Teófilo y contra el Doctor de la Iglesia Juan
12 Sobre la humildad de un príncipe eclesiástico
13 El Padre de la Iglesia Epifanio, el Sínodo «ad Quercum»: Asesinato y homicidio en el palacio del patriarca
14 Hagia Sophia arrasada a fuego: El final de Juan y de los johannitas
16 El patriarca Cirilo hace frente al patriarca Nestorio
18 Las escuelas teológicas de Antioquia y Alejandría
19 Comienza la lucha por la «Madre de Dios»
25 El Concilio de Éfeso del año 431: El dogma obtenido mediante el soborno
33 La «Unión» o el increíble chanchullo de la fe: La bribonada entre Cirilo y el monje Víctor
37 San Cirilo como perseguidor de «herejes» e iniciador de la primera «solución final»
40 Shenute de Atripe (hacia 348-466), abad de monasterio
43 El santo Shenute como adalid antipagano: Robos, arrasamientos y asesinatos
45 La controversia eutiquiana
49 El «Latrocinio de Éfeso» del año 449
54 El Concilio de Calcedonia, o sea: «Gritamos en aras de la piedad»
59 El canon 28
62 CAPÍTULO 2 — EL PAPA LEÓN I (440-461)
62 León predica su propia preeminencia y la humildad a los legos
64 El verdadero rostro de León
65 San León contra San Hilario
67 El papa León atribuye al emperador la infalibilidad en cuestiones de fe, imponiéndose a sí mismo el deber de proclamar la fe profesada por el emperador
68 Contrapartida: «Servicio militar en el nombre de Cristo...»
69 Colaboración para el exterminio de los «herejes» al amparo de la «exaltación de la dignidad del hombre»
72 León I persigue a pelagianos, maniqueos y priscilianistas, pero predica el amor a los enemigos
76 León Magno da al diablo a los judíos
78 La hora «estelar de la humanidad»
81 CAPÍTULO 3 — LA GUERRA EN LAS IGLESIAS Y POR LAS IGLESIAS HASTA LA ÉPOCA DEL EMPERADOR JUSTINO (518)
81 Oriente arde en llamas, o bien: «[...] El diablo, tú y León»
84 El papa León azuza los ánimos contra los «demonios» cristianos de Oriente
85 Tampoco bajo el emperador León I deja el papa León de exigir la violencia contra «los criminales» y de rechazar cualquier negociación
87 Los cristianos batallan entre sí por la fe
89 El papa Hilario, el emperador Antemio y algunas farsas grotescas entre cristianos asaltantes del trono
91 El papa Simplicio corteja al usurpador Basilisco y al emperador Zenón
93 El «Henotikon», un intento de unificación religiosa combatido por Roma, crea divisiones aún más profundas en el Imperio y la cristiandad
95 Se inicia el cisma acaciano. Alta traición eclesiástica
98 Teodorico conquista Italia: «¿Dónde está Dios?»
101 La colaboración con la potencia «herética» de ocupación
102 El emperador Anastasio y el papa Gelasio bajan a la palestra
105 La teoría de los dos poderes, o el Estado como esbirro de la Iglesia
106 El papa Gelasio en lucha contra la «pestilencia» de los cismáticos, «heréticos» y paganos
108 Un papa pacifista no puede gozar de un largo pontificado

El cisma laurentino con su acompañamiento de luchas callejeras y de batallas en las iglesias
Las falsificaciones de Símaco
Alineamiento de las fuerzas en combate: El reino godo y Roma contra Bizancio
CAPÍTULO 4 — JUSTINIANO (527-565): UN TEÓLOGO EN EL TRONO IMPERIAL
Justino y la subversión total: De porquero a emperador católico (518-527)
La persecución de los monofisitas bajo Justino I
El «Libellus Hormisdae»
Roma abandona a Ravena y se pasa al bando bizantino
Las cruzadas tempranas y toda índole de historias sacras arábigo-etíopes
El emperador Justiniano, dominador de la Iglesia
Justiniano emula la humildad de Cristo y «pone en orden las guerras y los asuntos religiosos»
Exprimir a los seglares para privilegiar a los obispos
Teodora, amante de criados y patriarcas (?)... y esposa del emperador
La revuelta Nika
El emperador Justiniano persigue a los cristianos disidentes «para que perezcan míseramente»
«Una especie de procedimiento inquisitorial» para los paganos
Para los judíos, «un destino de ignominia»
Justiniano extermina a los samaritanos
Los vándalos, o «contra aquellos que son objeto de la ira de Dios»
El amano Genserico persigue a los católicos
Hunerico y el clero amano dedicados a la expropiación, las proscripciones y las masacres
El clero católico a favor de «una especie de cruzada» contra los vándalos
«¡Os traemos la paz y la libertad!»
Parabienes papales por la «expansión del Reino de Dios», o «Todos ellos sumidos en la indigencia»
Sobre la «gran batida contra los godos» y otras cuestiones marginales
La gran beneficiaría de todo aquel infierno: La Iglesia romana
Algunas comedias de enredo entre este y oeste, o el papa asesino Vigilio
NOTAS

6

CAPÍTULO 1 — LA LUCHA POR LAS SEDES OBISPALES DEL ESTE DURANTE EL SIGLO V Y HASTA EL CONCILIO DE CALCEDONIA

«Las luchas y la escisión no perdonaron tampoco a la Iglesia romana [...], pero no alcanzaron nunca el grado de apasionamiento ni sangrienta ferocidad que estaba a la orden del día en Oriente.»

J. HALLER[1202]

«La lucha en torno a Orígenes desembocó en una guerra formal entre las dos capitales de Oriente y sus poderosos obispos: Teófilo de Alejandría y Juan de Constantinopla.»

J. STEINMANN[1203]

«Aliados a los coptos y, en cuanto ello era posible, a Roma, Teófilo, Cirilo y Dióscoro traicionaron al componente helénico en el cristianismo para cimentar y aumentar el poder del patriarca de Alejandría. Pero fue una victoria pírrica [...]. El ocaso del cristianismo griego se hizo ya patente en el momento mismo en el que Teófilo, forzado por los coptos, ordenó el maltrato del origenista Ammonio con las palabras "Maldice a Orígenes, hereje". Aquello constituyó, simultáneamente, la sentencia de muerte definitiva sobre los griegos de Egipto.»

C. SCHNEIDER, TEÓLOGO[1204]

Así como Alejandría poseía, por lo pronto, el rango más elevado entre las ciudades del Imperio de Oriente, también el metropolitano alejandrino desempeñó por mucho tiempo el papel principal en la Iglesia oriental.

Su patriarcado era desde sus inicios el más compacto de Oriente. Tenía gigantescas posesiones en bienes raíces y hasta el Concilio de Constantinopla (381) mantuvo allí un primado indiscutible. Lo mantuvo, al menos de facto, hasta 449, año del «Latrocinio de Éfeso», contando ocasionalmente con el apoyo de Roma. Paulatinamente, sin embargo, se vio desplazado en la jerarquía de los patriarcados orientales por el de Constantinopla, con larga trayectoria ascendente. Los patriarcas de Alejandría deseaban ver colegas débiles e ineptos en la capital, pues ellos mismos aspiraban a un papado oriental. Fueron, tal vez, los primeros obispos de rango superior en adoptar el título de «arzobispos» *(archiepiskopos) y* como mínimo desde el siglo III, y de forma preferente, también la denominación de «papa» *(papas)* que mantuvieron de forma continua. El uso de la denominación de patriarca se fue imponiendo muy lentamente a lo largo del siglo IV. Incluso de parte católica se concede que, desde la fundación de Constantino «la sede alejandrina padeció de celos casi ininterrumpidos respecto a la de Constantinopla» (Wetzer/WeIte). Para derribar a sus rivales de la capital, los alejandrinos se valieron, sin embargo, de la controversia teológica en aquella época de «luchas a muerte por la formulación de los dogmas».[1205]

Ello lo puso de manifiesto con toda virulencia la lucha por el poder entre los

[1202] Haller, Papsttum 1162
[1203] Steinmann, Hieronimus 275
[1204] Schneider, ChristUche Antike 348
[1205] WetzerAVelte III 171, Beck, Theologische Literatur 93 s. Heer, Ohne Papsttum 35

patriarcas Teófilo de Alejandría y Juan Crisóstomo de Constantinopla. Hacía ya un siglo que la sede obispal alejandrina venía siendo ocupada por personas incursas en la mejor tradición del santo Doctor de la Iglesia, Atanasio. O sea, que en su lucha contra el Estado *«se servían brillantemente de las bien probadas técnicas: soborno, manipulación de la opinión pública, intervención de la propia guardia personal, o bien de bandas de marineros y monjes armados»* (F. G. Maier). Los obispos de Alejandría mantenían una tropa de choque militar, compuesta por centenares de porteadores de enfermos con la que asaltaban templos y sinagogas, expoliaban y expulsaban a los judíos y combatían, en general, por el terror todo cuanto les causaba estorbo, incluidas las autoridades imperiales.

Con todo, el patriarca de Constantinopla, la «segunda Roma», seguía acrecentando paulatinamente su prestigio e influencia. Finalmente, en el segundo concilio ecuménico el de Constantinopla (año 381) le concedió la preeminencia honorífica entre todos los obispos orientales (Canon 3). Es más, el cuarto concilio ecuménico de Calcedonia le equiparó el año 451 al papa, a despecho de la áspera protesta de este último. Es natural que, en consonancia con ello, aumentasen también las posesiones y los ingresos del patriarcado cuyos inmuebles y empresas (dominios, viñas, molinos) estaban diseminados por todo su territorio y experimentaron continuos incrementos gracias a donaciones y legados.[1206]

7

Los jerarcas alejandrinos no estaban, sin embargo, dispuestos a aceptar voluntariamente su postergación, sino que se aprestaron a la lucha usando todos los medios. Su intento de entronizar en Constantinopla a un alejandrino, ya durante el concilio del año 381, fracasó. Tras la muerte del obispo Nectario (397) —que contó con el favor del emperador Teodosio I, pero con la hostilidad del papa Dámaso— se frustró *asimismo* el propósito del alejandrino Teófilo de imponer a su candidato en la capital. Era éste el presbítero alejandrino Isidoro, con quien ya nos topamos anteriormente (véase Vol. 2) a raíz de su fatal misión política y cuya función no era ahora otra que la de mantener ocupado el puesto para el sobrino del patriarca, Cirilo, demasiado joven aún. Veinte años más tarde, sin embargo, la suerte sonrió a Teófilo (385-412). Este sacerdote tan culto como carente de escrúpulos, auténtico faraón de los territorios nilotas, que aspiraba a convertirse en una especie de primado de todo Oriente, consiguió a la sazón y con la ayuda de la corte derribar a Juan Crisóstomo, soberano de la iglesia constantinopolitana, y enviarlo al desierto y a la muerte.[1207]

Apenas dos decenios antes de que Juan tomase posesión en Constantinopla (398-404) aún perduraba allí la furia de las feroces pugnas con los amaños. Ahora tan sólo halló allí a un obispo adjunto, Sisinio, pastor supremo de los novacianos, única secta que Teodosio toleró junto a los católicos. Sisinio apenas causó disgustos al patriarca; gozaba también del aprecio de los «ortodoxos», particularmente de los de la corte. Era hombre de verbo fácil e ingenioso. Sólo el hecho de que cada día acudiese dos veces a las termas resultaba algo chocante, tanto más cuanto que los novacianos se caracterizaban por un estricto ascetismo. La réplica de Sisinio acerca de su doble

[1206] Socrat. h.e. 7, 7, 4; 7, 11, 4; 7, 13, 9; dtv Lex Antike, Religión II 45. Beck, Theologische Literatur 65 ss. Dannenbauer, Entstehung I 242, 276 s. Maier, Verwandiung 154 s

[1207] Kraft, Kirchenváter Lexikon 489. Baur, Johannes II 10 ss. Seeck, Untergang V 162. Stein, Vom romischen 370 s. Steinmann, Hieronimus 238 s. Dannenbauer, Entstehung 1276 s

baño termal cotidiano fue, desde luego, chispeante: ¡Una tercera vez no me sienta bien![1208]

El Doctor de la Iglesia Crisóstomo, nacido en Antioquia como hijo de un alto oficial del ejército, que murió tempranamente, era, según el *menologion,* libro litúrgico de la iglesia bizantina, chocantemente pequeño, extremadamente flaco, de cabeza, orejas y nariz grandes y barba rala. Después de unos años de monacato en el desierto, una dolencia estomacal (causada por la ascesis) le llevó el año 386 a ser presbítero en Antioquia, llamado, presumiblemente, por el obispo Melecio. El posterior y fatal traslado a la sede patriarcal de Constantinopla se lo debía al anciano Eutropio. Pues cuando el emperador Arcadio, tras la muerte de Nectario se hallaba indeciso acerca del nombre del sucesor, el supremo eunuco de la corte y todopoderoso ministro hizo llamar por medio de correos extraordinarios al ya famoso predicador (antijudío), Juan. Teófilo quiso impedirlo, pero enmudeció apenas se le hizo una indicación referente al material reunido contra él, ya más que suficiente para un proceso criminal. Y no fue otro sino el reluctante alejandrino quien tuvo que consagrarlo como obispo en enero de 398 ! [1209] Con todo. Teófilo no cejó en sus planes, sino que usó la batida casi universal dirigida contra el origenismo, aquel conflicto entre «origenistas» y «antropomorfistas» que desgarraba especialmente al monacato oriental, para fomentar su propia política eclesiástica, aprovechándola por tanto como arma de batalla contra el patriarcado de Constantinopla.

1. 1 EL ALBOROTO DE LOS MONJES Y EL CAMBIO DE BANDO DE TEÓFILO

A finales del siglo IV había ya decenas de miles de monjes en Oriente y particularmente en Egipto, tierra de ascetas por antonomasia. Su avance triunfal arrancaba de sus innumerables monasterios y eremiterios a través del Sinaí, Palestina, Siria, Asia Menor y las provincias occidentales del imperio. En Oriente, desde luego, ejercían ya una considerable influencia en la sociedad, tanto sobre el pueblo como sobre los estratos dominantes. Había colonias de eremitas que atraían a personas venidas desde muy lejos para «edificarse» en ellas. Los aspectos excéntricos, las mortificaciones, las vigilias de los «atletas de Cristo», causaban asombro y se les veneraba de modo rayano en la superstición, casi como a seres supraterrenales. [1210]

8

Por una parte esta gente se ornaba con los méritos de una caridad de la que daban fe su hospitalidad, la concesión de albergue apropiado a los forasteros en sus asilos y el cuidado prestado a pobres y enfermos así como la asistencia a prisioneros y

[1208] Socrat. h.e. 5, 10; 6, 21 s. Soz. h.e. 7, 12; 8, 1. LThK 1, A IX 601, 2; A IX 798. Baur, Johannes II 44 s

[1209] Socrat. 6, 2 s; 6, 7. Pallad, dial, 5. Soz. 8, 2; Theod. h.e. 5, 27. Guldenpenning 84 ss. Baur, Johannes II 167, II 12 ss, 177 ss. Caspar, Papsttum I 313 s. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 143 s. Bury, History 1131. Dannenbauer, Entstehung 1405. Chadwick, Die Kirche 216 ss. Aland, Von Jesús 249 s. Stockmeier, Johannes Chrisostomos 125 ss, 130 ss

[1210] Bousset, Monchtum 1, ss. Schmitz, Die Weit 189 ss. Cramer 103 ss. Beck, Theologische Literatur 201. Tinnefeid 349 ss. Van der Meer, Alte Kirche 18. Información detallada sobre el ascetismo monacal de la antigüedad, Deschner, Das Kreuz 80 ss

esclavos. Añádase cierta actividad «cultural» más o menos asidua: la confección de libros, por ejemplo, y la creación de bibliotecas, sin que, como ya mostró Hamack, estuviesen especialmente pertrechados en el plano teológico. Por otra parte, ya el emperador Valente hubo de intervenir legalmente el año 370 contra los «amantes de la holgazanería» en las comunidades monacales *(monazontes)* ordenando que «*se les sacase de sus escondrijos por disposición oficial y se les ordenase regresar a su ciudad originaria para reasumir allí sus tareas*». Pues los monjes, esos «cristianos perfectos» tenían una profesión «cuyo desempeño era, como ningún otro, compatible con cualquier grado de estolidez, holgazanería e ignorancia» (E. Stein). Y pese a la prohibición del emperador Teodosio I, pronto se les vio vagabundeando por doquier, agolpándose especialmente en las ciudades, de modo que en algunos distritos como el de Ennatón, en Alejandría, llegaron a existir unos seiscientos monasterios de monjes y monjas «poblados como colmenas» (Severo de Aschmunein). Tanto el «ortodoxo» Crisóstomo, como el «herético» Nestorio criticaban aquel vagabundeo por las ciudades y el último llegó a excomulgarlos por ello. Pero si bien un obispo podía contar firmemente con el apoyo de aquéllos, su violencia, llegado el caso, no conocía límites. Pues a lo largo de todas las épocas, hasta el mismo siglo XX —el ejemplo más craso es el Estado ustascha croata en el que desempeñaron la función de dirigentes de auténticas bandas asesinas y de comandantes de campos de concentración—, los poderosos del clero y del Estado instrumentalizaron abusivamente a los monjes, echándose de ver que ellos aceptaban gustosos aquella manipulación. Desempeñaron un papel descollante en la aniquilación del paganismo, en el saqueo y arrasamiento de sus templos, pero con cierta frecuencia, también en las luchas intestinas de la Iglesia. Su existencia «marcada por el espíritu» se tomaba «vida de desenfreno» (Camelot, O. P). Se desplazan hacia las ciudades, originan tumultos, se entrometen en disputas teológicas, en asuntos internos de la Iglesia, se insolentan contra los abades, como en la Gran Laura, contra Sabas o contra Georgios. Con tanta más frecuencia atacan a los obispos. En Constantinopla, por ejemplo, a los dignatarios eclesiásticos Pablo, Gregorio de Nacianzo y a Juan Crisóstomo, cuyo deseo le hace hablar así a menudo: «*Bastaría que no hubiese monasterios y en las ciudades imperaría tal armonía legal (eunomia) que nadie tendría ya que huir nunca a los monasterios*». Pero también vemos a bandas de monjes luchar, dirigidos por el siniestro abad Shenute, santo de la iglesia copta, por el santo Doctor de la Iglesia Cirilo, o por su tío Teófilo. «No en vano se dirigían los papas y patriarcas, una y otra vez, a los círculos monacales. Bien sabían ellos cuan fácil les resultaría ejercer una eficaz presión sobre las decisiones del gobierno valiéndose de la multitud.» En su mayoría eran de un «primitivismo chocante», que sólo hallaba «sosiego» usando el argumento de la «violencia física». Pues tenían tantas menos contemplaciones en su lucha cuanto que, siendo «pneumáticos», se creían «especialmente inspirados por el Espíritu Santo» (Bacht, S. J.). [1211]

[1211] Cod. Theod. 12, 1, 63; Cod. lust. 10, 32, 26; Soz. 8, 9, 4 s. Kyrill. Scythop Vita Sabae c. 19; 35 s. Stein, Vom romischen 450. Ueding 672 s. Bacht, Die Rolle II 292 s; 307 ss. ibíd. sobre Hamack 310 s. Comprobar con nota precedente, Beck, Theologische Literatur 64. Camelot, Ephesus 180. Tinnefeid, 343 ss. Acerca del papel de los monjes en el Estado Ustasha de Croacia, véase Deschner, Mit Gott 223 ss. y especialmente 240 ss. Más reciente y prolija la obra del mismo autor: *La Política de los papas en el siglo XX,* Ed. Yaide, Zaragoza

En Oriente se produjo —algo significativo y fatal al mismo tiempo— un cambio de bando por parte del obispo alejandrino, quien necesitaba de aquellos camorristas religiosos para lograr sus objetivos. Entre los monjes de Nitria, una depresión del desierto libio donde, según Paladio, vivían5.000 de ellos, menudeaban los origenistas. Los del desierto de Escitia eran, muy probablemente, antropomorfistas en su mayoría. Tendían gustosos a entender de forma literal el antropomorfismo bíblico. Teófilo, afecto a la fracción origenista por su relación de estrecha confianza con el presbítero Isidoro, origenista acérrimo, se alió en un principio con los monjes de Nitria. Promocionó a sus dirigentes, los cuatro «hermanos largos», exceptuando al mayor, Ammón, un asceta fanático que, según se decía, se quemaba alternativamente ya éste, ya aquel miembro, con un hierro candente, y que rehuía hoscamente todo contacto con el patriarca. A Dióscoro, sin embargo, que también se le resistía, lo hizo obispo de Hermópolis Parva. A Eutimio y a Eusebio los convirtió en sacerdotes y administradores del patrimonio eclesiástico de Alejandría hasta que la crasa codicia del patriarca los empujó nuevamente al desierto.

9

Todavía en su encíclica para la Pascua del año 399, Teófilo atacó furibundo a los antropomorfistas, que se imaginaban a Dios en figura físicamente humana. A raíz de ello, éstos acudieron engrandes tropeles hacia Alejandría desde los monasterios de Pacomio, en el Alto Egipto, sembrando el pánico por toda la ciudad y amenazando matar al patriarca si no se retractaba. Teófilo, apasionado lector de Orígenes, pero comparado, por otra parte, al faraón a causa de su afán de dominio y de su amor a la ostentación, y tildado además de «adorador del dinero», de «dictador de Egipto», cambió ahora de trinchera, precisamente cuando la opinión general se iba volviendo contra Orígenes. Declaró que también él lo aborrecía y que había decretado su *damnatio* tiempo ha. Se convirtió en un inflamado defensor de los antropomorfistas y halagó a los iracundos manifestantes monacales: «Viéndoos a vosotros, me parece contemplar el rostro de Dios». Comenzó a «limpiar» Egipto de origenistas y, yendo más allá, puso en marcha una campaña de propaganda antiorigenista de gran estilo, una «auténtica cruzada» (Grützmacher). Paladín del origenismo hasta el mismo año 399, ahora, un año más tarde, anatematizó en un sínodo de Alejandría sus controvertidas doctrinas y también a sus adeptos, en especial a los «hermanos largos», exceptuando a Dióscoro. También las cartas pascuales de los años siguientes le sirvieron de pretexto para una feroz polémica en la que prevenía contra las «blasfemias», la «locura», el «criminal error de Orígenes, esta hidra de las herejías», que equiparaba Satán al mismo hijo de Dios. Orígenes, afirmaba Teófilo, era un idólatra, había «escarnecido a Cristo y enaltecido al demonio», había escrito «innumerables libros de vacua locuacidad, llenos de vanas palabras y de cuestiones farragosas [...], mezclando su propio hedor al aroma de las divinas enseñanzas». Y a este respecto servía un ragout tan repugnante de textos de Orígenes, mezclados muy a propósito, que tenía que revolver los estómagos de los «ortodoxos».

En carta circular a los obispos afirmaba que los «falsos monjes», capaces en su insania de «perpetrar lo peor», atentaban contra su vida. «Han sobornado con dinero a gente de baja estofa para provocar un baño de sangre. Sólo la gracia de Dios ha impedido hasta ahora mayores desgracias. Nos, lo hemos soportado todo con humilde paciencia [...]». En realidad fue él mismo quien acudió presuroso al desierto de Nitria acompañado de soldados para perseguir a los origenistas, incluidos los

cuatro «hermanos largos». A uno de sus portavoces, el anciano Ammón, lo amenazó con estrangularlo con su manto y lo golpeó hasta que sangró por la nariz. También excluyó de la Iglesia al presbítero Isidoro, un origenista casi octogenario, a quien pocos años antes quería elevar al patriarcado de la capital. Eso después de intentar sobornarlo y forzarlo a una declaración falsa (debía testimoniar, faltando a la verdad, que una difunta había dejado sus bienes a la hermana del patriarca). Además lo calumnió gravemente acusándolo de prácticas «sodomíticas» con un grumete (¡eso 18 años antes!). Finalmente, él mismo asaltó en medio de la noche y al frente de una tropa de choque semibeoda —entre ellos sus esclavos negros etíopes— un monasterio al que saqueó y prendió fuego. El incendio arrasó todo el edificio con su biblioteca y causó la muerte de un joven, quemándose, incluso, «los santísimos misterios» (El benedictino Baur). La demanda judicial de los maltratados monjes abarcaba setenta puntos. El papa Anastasio I (399-401), calificó, sin embargo, a Teófilo de «hombre santo y honorable» (vir sanctus et honorabilis), y en carta dirigida al patriarca Juan de Jerusalén reconocía su desconocimiento teológico confesando que hasta hacía poco ¡ni siquiera sabía quién era Orígenes ni qué obras había escrito.[1212]

10

1.2 EL DOCTOR DE LA IGLESIA JERÓNIMO Y SUS SOCIOS HACEN DE «OFICIALES DE VERDUGO» AL SERVICIO DE TEÓFILO Y CONTRA EL DOCTOR DE LA IGLESIA JUAN

Unos cientos de monjes huyeron el año 401 de Egipto; algunos hacia Constantinopla, otros, la mayoría, a Palestina. En esta, por cierto, el Doctor de la Iglesia Jerónimo estaba librando también su batalla contra los origenistas. El gran santo y patrón de los estudiosos, inmortalizado por Altdorfer, Durero y Leonardo, había contribuido mucho hasta entonces para defender la obra de Orígenes en el Occidente latino. Tradujo entusiasmado varios de sus libros, lo plagió descaradamente, como hicieron otros muchos, y lo ensalzó como «el mayor de los maestros de la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles», como «genio inmortal», indignándose de que Roma lo atacase una vez «no por lo novedoso de sus tesis, no por herejía, como pretextaban ahora los perros rabiosos que lo acosan, sino porque no podían soportar la fama de su elocuencia y de su saber». A fin de cuentas, también los doctores de la Iglesia Basilio, Gregorio de Nacianzo, Atanasio y Ambrosio se comprometieron otrora en favor de Orígenes. Ahora, sin embargo, cuando el viento soplaba en favor de sus enemigos y era impugnado por el papa Anastasio, por los obispos Simpliciano de Milán y Cromado de Aquilea, y, asimismo, por los sínodos de Jerusalén, Alejandría y Chipre, Jerónimo, siguiendo en ello a otras prominentes cabezas de la Iglesia, cambió bruscamente de bando. Con todo impudor, renegó de

[1212] Pallad, dial 6 s. Isid. Peí. ep. 1, 152. Theophil. ep. 92. Socrat. 6, 7. Soz. h.e. 8, 11. Hieronim. ep. 90; 96; 98; 100. Comp. Anast. I ad Simpl. en Hieron. ep. 95. Wetzer/WeIte VII 844 ss, II 177 ss. Kober, Deposition 347. Güidenpenning 145 ss. Baur, Johannes II 166 ss. Grützmacher, Hieronimus III 49 ss. Stein Vom r. 450. Knopfler 171 s. Stratmann III, 162 ss. Haller, Papsttum I 103 s. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 145 ss. Beck, Theol Literatur 201 s. Steinmann, Hieronimus 239, 262 s. Chadwick, Die Kirche 215 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l 131 s. Tinnefeid 346

su antiguo maestro, y de la noche a la mañana, por así decir, se convirtió camaleónicamente en un antiorigenista rabioso.

En un escrito a propósito, increpa venenosamente al obispo Juan de Jerusalén, que no quería renegar de Orígenes y que, prescindiendo de ello, estaba ya en el bando opuesto en la «guerra de los monjes». «Tú –le apostrofa Jerónimo—, el santo padre, el ilustre obispo, orador aclamado que apenas te dignas dirigir una mirada a tus consiervos, aunque también ellos, al igual que tú, hayan sido redimidos por la sangre del Señor [...]. Tú desprecias a los seglares, a los diáconos y a los sacerdotes y te vanaglorias de poder hacer mil clérigos en una hora [...].»

Tus aduladores afirman que eres más elocuente que Demóstenes, más sagaz que Crisipo, más sabio que Platón y tú mismo pareces creerlo así». Tal es la manera ultrajante, zahiriente y ofensiva que el santo Doctor de la Iglesia tiene de luchar contra el obispo de Jerusalén, a quien acusa de haberle echado en contra suya el poder del Estado. «*Un monje, ¡ay!, amenaza a otro monje con el exilio y tramita un decreto de confinamiento: un monje que se gloría de sentarse en la sede que ocupó un apóstol.*»[1213] Salta a la vista como en este caso, como en la mayoría de los casos, la política, la política eclesiástica y la teología, están inseparablemente entretejidas. Y si en un momento dado el patriarca Teófilo intentó todavía mediar entre las partes litigantes, ahora cambió rápidamente de bando. Todavía a finales del año 396 había intentado apaciguar a los adversarios, pero Jerónimo le endosó una réplica cuyo tenor se repetiría a lo largo de toda la historia de la Iglesia: «También nosotros deseamos la paz, y no sólo la deseamos, sino que la fomentamos, pero la paz de Cristo, la paz verdadera».

Esta paz, la «paz de Cristo», la «verdadera», la «auténtica paz» es la que buscan esos discípulos del Señor siglo tras siglo: contra los cismáticos, los «herejes», los infieles, contra los enemigos exteriores e interiores, contra todo el que no piense como ellos. Siempre y por doquier, también en el mismo siglo XX, se oye ese latiguillo de la «paz auténtica» y es tan frecuente y típica en demasía, tan embobadora de las generaciones, tan ampulosamente hipócrita, que cabe hacer una pequeña digresión al respecto. Esa frase causa estragos en la primera y segunda guerras mundiales, en la guerra fría subsiguiente, en la fase de rearme alemán, alentado por la Iglesia: valga el ejemplo del cardenal Frings, miembro de la Unión Cristianodemócrata (CDU), quien ante la Dieta Católica de Bochum, tildaba la objeción de conciencia de «sentimentalismo reprobable», de «presunción humanista», afirmando que «por consiguiente, según la concepción del papa, conducir una guerra contra la injusticia no sólo es un derecho, sino incluso un deber (!) de todos los Estados. La paz auténtica sólo (!) puede asentarse sobre un orden divino. Cuando y donde quiera que éste sea atacado, las naciones deben restablecer el orden vulnerado aunque sea por la fuerza de las armas».[1214]

11

Ergo: la paz auténtica reina únicamente allí donde sus intereses, donde todos los

[1213] Steinmann, Hier. 242 ss. con indicación de fuentes. (En las anotaciones dé Steinmann 14 y 17 b.) Comprobar también con la nota precedente

[1214] Neue Zeitung 24 de julio de 1950. Cita de Winter, Die Sowjetunion 263. El texto presenta diferencias mínimas en Spots 213. V. sobre ello Deschner, *La Política de los papas en el siglo XX* II 372 ss. Comprobar también Kirchenzeitung del arzobispado de Colonia del 18 de febrero de 1951

intereses del papado —¡intereses, por cierto, ubicuos!— son preservados. ¿No es ese el caso?, ¡pues guerra!, sea como sea y sin diferirla hasta lo último. «¡Por la fuerza de las armas!» Esto, sólo esto es lo que esa ralea, es decir Jerónimo, Agustín *e quanti viri* hasta nuestros días, entienden bajo la expresión «Paz de Cristo», «paz verdadera», «orden divino», a saber, su ventaja, su poder, su gloria y, fuera de ello, ¡nada más!

Así pues, también Teófilo había cambiado entretanto de partido y Jerónimo, que seguía escupiendo todo su veneno contra los «herejes», incitaba además al patriarca a cortar «los brotes malignos con afilada hoz». El santo observaba la santa persecución y los éxitos del alejandrino y los notificaba triunfalmente complacido por los estragos. Le felicitó por sus ataques contra los «herejes», contra «las víboras ahuyentadas» hasta los más ocultos escondrijos de Palestina. Egipto, Siria y la casi totalidad de Italia se verían libres del peligro de este error y todo el mundo exultaba ante sus triunfos.[1215]

Como quiera que el celo persecutor de Teófilo acudía a todas partes, escribiendo cartas a los supremos pastores de Palestina y de Chipre, obispo por obispo, y a Atanasio de Roma, enviando emisarios contra los así acosados, que no podían ya gozar ni siquiera de la protección de Juan de Jerusalén, éstos prosiguieron su huida hacia Constantinopla y Juan Crisóstomo los acogió e intercedió por ellos hasta el punto que el gobierno citó a Teófilo a responder ante un concilio en la capital. Juan debía emitir su juicio en él.

Teófilo, sin embargo, se las ingenió para darle la vuelta al asunto.

Por muy bien que dominase a las masas, Juan no era en absoluto persona indicada como obispo de la corte. No sólo tenía en contra suya a sus rivales alejandrinos, sino también a otros muchos prelados católicos. Destacaban entre ellos Severiano de Gebala, en Siria, predicador que gozaba de gran estima en los círculos cortesanos de Constantinopla, poseedor de extraordinarios conocimientos bíblicos, paladín, tanto del credo niceno como de la lucha contra los «herejes» y judíos y también el obispo Acacio de Berea (Alepo), a quien el poeta sirio Baleos cantó en cinco ditirambos. Añadamos al obispo Antioco de Tolomeos (Acó de Fenicia) y a Macario Magnes, a quien probablemente se puede identificar con el obispo de Magnesia (en Caria o Lidia).[1216]

Pero era especialmente en la misma capital, rica y finamente civilizada, donde Juan se hizo persona non grata. Resultaba insufrible para los millonarios contra los que tronaba con sus prédicas «comunistas», reprochándoles que sentían más aprecio por sus retretes dorados que por los mendigos apostados ante sus villas. Además de ello declinaba, precisamente, las invitaciones de los próceres *(aristoi)*. Su ascetismo intransigente, causa de sus persistentes dolencias estomacales, desagradaba a las damas de la corte, amantes de la vida placentera, y también a otras, a quienes, en privado o en público, reprochaba sus intentos de rejuvenecerse. «¿Por qué lleváis polvos y afeites en el rostro como las prostitutas? [...]» Desagradaba especialmente a la emperatriz Eudoxia, valedora del clero, de la Iglesia y, en un principio, también

[1215] Hieron. ep. 83 s; 86 s. ad Theophil. ep. 94; 99 de nom. Hebr. praef. vir. ill. 54. Fichtinger 116. Grützmacher, Hieron. III 51 ss, 56 s. Baur, Johannes II 176 s. Knopfler 172. Chadwick, Die Kirche 215 s. Handbuch der Kircheng. II/l, 128 ss

[1216] Altaner/Stuber 322 s, 3.31 s

del propio Crisóstomo, a Quien acabó odiando. Él la había apostrofado de «Jezabel», tras la confiscación de una finca. Motivo suficiente para que Teófilo incoase querella criminal contra su adversario: *laesa maiestas.* Juan excluyó sin más a varios eclesiásticos: a un diácono, por adulterio, a otro, por asesinato. Su rigor afectó incluso a algunos obispos a quienes depuso por haber obtenido su consagración de manos del metropolitano de Efeso, Antonino –que se sustrajo a toda responsabilidad suicidándose—, mediante el pago de tasas proporcionadas a los ingresos anuales. La simonía y la codicia florecían ya entre el clero.

12

Juan no gozaba de simpatías ni siquiera entre muchos de sus propios sacerdotes, entregados a una vida de placeres. Especial aversión suscitaba entre quienes veneraban el «sineisactismo» (de *syneisago* = convivir), la vinculación con una mujer consagrada a Dios, la *giné syneisaktos (la mulier introducta,* en latín). Esa convivencia que admitía incluso el uso, totalmente casto, de una cama en común podía ser, como tantas cosas más, bíblicamente documentada por sus practicantes. Su uso se extendió a miles de casos y perduró algunos siglos tanto en Oriente como en Occidente. Crisóstomo, sin embargo, malentendió esta obstinada mortificación y la impugnó en un doble y recio tratado afirmando que «*sería ya mejor que no hubiese más vírgenes (consagradas a Dios)*».[1217]

Por último, se opusieron vehementemente al patriarca algunos grupos de monjes. En tomo al abad Isaac, un sirio fundador de un convento en Constantinopla, se formó, apenas el antioqueno ocupó la sede, un partido monacal que lo rechazó y lo calumnió acerbamente durante año s. El propio abad Isaac se convirtió en un apasionado partidario de Teófilo y en afortunado acusador durante el proceso contra Juan.[1218]

1.3 SOBRE LA HUMILDAD DE UN PRÍNCIPE ECLESIÁSTICO

Isaac y sus partidarios habían tildado al patriarca de arrogante y orgulloso, y con ello apenas si cometían injusticia con él. El santo, sacerdote del Altísimo era, como tantos otros de sus homólogos, todo menos modesto. No sólo predicaba así: «Por eso nos puso Dios en el mundo [...] para que peregrinásemos por él como ángeles entre los hombres [...]». No sólo enseñaba así:

«¡Nada, oh hombre, hay tan poderoso como la Iglesia. La Iglesia es más poderosa que el cielo [...], el cielo existe por mor de la Iglesia y no la Iglesia por mor del cielo!», sino que denominaba al emperador «consiervo» ante Dios, se ufanaba de que el obispo era igualmente un príncipe y por cierto «aún más digno de respeto que aquel (el emperador). *Pues las leyes divinas han puesto al mismo emperador bajo la autoridad (espiritual) del obispo».* Se jactaba de que «el sacerdote tiene rango muy

[1217] Chrisost. Hom. in Mt. 61, 3; Hom. in Jn 47, 5; 69,4; 74, 3. Hom. in Rom. Lis Hom. in 1 Tesal. 11, 3 s. Socrat. h.e. 6, 4; Soz. 8, 3; 8, 6; 8, 9. Theod. h.e. 5, 28, 2; 5, 29. Pallad, dial. 8; 13. Ps. Cypr. sing. cler.: Alpf. Antón. 5. Güidenpenning 139, ss. Sickenberger, Syneisaktentum 44. Baur, Johannes 1141, II 53 ss, 134 ss, 142 ss, 161 ss. Mehnert 12, 17 s, 35 s. Gaspar, Papsttum I 313 s. Chadwick, Die Kirche 218 ss. Tinnefeid 344 s. Deschner, Das Kreuz 182. Stockmeier, J. Chrisost. 135 ss

[1218] Soz. 8, 9, 4 s. Tinnefeid 344 s

superior al del rey», de que *«incluso la persona del mismo rey está sometida al poder del sacerdote [...] y que éste es un soberano superior a aquel».* Capaz fue, incluso, de exclamar: «Los gobernantes no gozan de un honor semejante al de los presbíteros. ¿Quién es el primero en la corte?, ¿quién lo es cuando se está en compañía de mujeres? O ¿cuándo se entra en casa de los magnates? Nadie tiene un rango superior al suyo».[1219]

Y, naturalmente, pretende ver la dignidad espiritual honrada en cualquier caso, en todo momento, «sea cual sea la índole de su titular», exigencia y doctrina que, de permitírsela un tirano «temporal», se vería abatido por un huracán de carcajadas. Timo engañabobos de lo más simple porque aquí cohonesta toda amoralidad, toda vileza y satisface a todas las ovejas de la grey, especialmente a las más bobas, a la mayoría. Y así, por muchos y muy viles que fuesen los granujas que «dirigían» esta Iglesia, por tremebunda que sea la explotación que la enriquece y por monstruosas las iniquidades que la hacen poderosa, ella en cuanto tal se mantiene intachable y santa, ¡fabuloso en verdad! Y cuando un príncipe eclesiástico desea suscitar admiración en tomo suyo y ser cortejado, no lo hace en absoluto pensando en sí mismo, ¡qué va!, ¡lejos de él esa mezquina egolatría! Queremos ser honrados, pero no por nosotros mismos, ¡Dios nos guarde!

¡No!, exclama «Pico de Oro» *(Chrísostomos),* el patrón de los predicadores —recordemos nuevamente al respecto que, según él, hasta la mentira es legítima en aras de la salud del alma y que legitima esa afirmación con ejemplos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento—.

«Pensad: no se trata de nosotros, sino de la dignidad misma, del cargo de supremo pastor, ¡no de esta o aquella persona, sino del obispo! ¡Que nadie me preste a *mí* oídos, sino a la alta dignidad!». «Mientras ocupemos esta silla, mientras desempeñemos esta función de pastor supremo, poseeremos también tanto la dignidad como la autoridad que le son inherentes, aunque no seamos dignos de ellas.» Lo dicho: ¡fabuloso! Y la argumentación lo sigue siendo todavía hoy, pues incluso en la actualidad siguen embaucando con ello a las masas. Oh no, ellos no desean honores personales. Ellos son muy sencillos, honestos, probos, «si bien sólo hombres». En ellos se debe honrar únicamente a Dios y éste es lo más grande de todo.[1220]

13

Juan tenía, pues, enemigos y su ladino adversario, Teófilo, a quien por casualidad apodaban en Alejandría *Anphalla* (algo así como «el zorro») se valía contra él de todos los recursos posibles y le iba arrancando una a una todas sus bazas. En vez de defenderse, pasó a la ofensiva y, siguiendo un bien probado método, llevó la lucha al ámbito dogmático, acusando a Juan de la «herejía» de Orígenes.

1.4 EL PADRE DE LA IGLESIA EPIFANIO, EL SÍNODO «AD

[1219] Chrisost. Hom. 3, 2; 7, 2 ad pop. Ant. hom. 4, 4 s. en vidi Dominum hom. 3 Act. Post. Cit. según Güidenpenning 85 y Baur, Johannes II 37 s. Comprobar también con Heilmann, Textos III 39, IV 160 ss, 187 s

[1220] Chrisost. sacerd. 1, 8 s; hom. 22 in Gen. Además comentario a carta a los Col. 3, 5. Heilmann Textos IV 160 ss

QUERCUM»: ASESINATO Y HOMICIDIO EN EL PALACIO DEL PATRIARCA

En el invierno del año 402, el alejandrino le echó al patriarca constantinopolitano un empedernido «cazador de herejes» al cuello, el Padre de la Iglesia Epifanio de Chipre (hoy Constancia). Teófilo le escribió en tono bravucón que la Iglesia de Cristo «*había cortado la cabeza a las serpientes de Orígenes con la espada del Evangelio cuando aquéllas salían arrastrándose de sus madrigueras, librando así de aquella maligna peste a la santa legión de los monjes de Nitria*». Epifanio, siniestro artífice de un «arca de los fármacos para la curación de toda herejía» había lanzado entonces el grito de guerra antiorigenista y se había ejercitado lanzando sus dardos contra este teólogo, el más controvertido de la Iglesia primitiva —y que él tenía registrado con el n.° 64 en su «arca de fármacos»— tanto más cuanto que los origenistas de su diócesis le creaban bastantes quebraderos de cabeza y, por lo demás, le resultaban insufribles la tendencia espiritualizante de Orígenes y su exégesis simbólica. Entretanto, incluso no pocos católico certifican la enervante estolidez del famoso obispo, de celo, eso sí, tan ardiente como obtuso: como si el cristianismo, todo él, no resultase del *«failure ofnerve»* (Murray), de carencias en el vigor intelectual y en el sistema nervioso.

El «patriarca de la ortodoxia» (Nicea II, 787) había acudido ya, en 390 o en 392, a Jerusalén, cuyo obispo local simpatizaba con Orígenes. Ante la comunidad reunida combatió el origenismo y conjuró al arzobispo Juan a abjurar de Orígenes, «el padre de Arrio y fuente de todas las herejías». Exhortó insistentemente a Juan para que condenase incondicionalmente al «hereje». Por aquel entonces. Teófilo intentaba todavía hacer de mediador a través de su antiguo confidente y origenista convencido, Isidoro, a quien envió a Jerusalén. Es más, incluso apoyó al obispo de Jerusalén en su querella contra los monjes de Belén que esperaban en vano que aquél condenase a Orígenes. Ahora, sin embargo, el patriarca alejandrino mandó ir a Constantinopla al metropolitano chipriota, a quien antes fustigó como «alborotador» y «hereje» y a la sazón calificaba de «santo entre los santos». Epifanio surcó rápido los mares procedente de Chipre, recogió firmas contra Orígenes y soliviantó los ánimos contra Crisóstomo por dar cobijo a las «herejías» de aquél. Hizo cuanto pudo para conseguir la deposición del patriarca, pero, amenazado por aquél, se dio a la fuga y murió en alta mar, el 12 de mayo de 403, en su viaje de retomo.

Simultáneamente, Teófilo contactó con prelados de su adversario que habían sufrido sus filípicas y laboró contra él haciendo uso, sin la menor contemplación, de la calumnia, del soborno y del engaño. Envió dinero a la camarilla de la corte y, a través del obispo Severiano de Gabala y de sus cómplices, hizo falsificar sermones de Juan y, bien provistos de pullas contra la emperatriz Eudoxia, los puso en circulación para aplastar al patriarca con su ayuda.[1221]

[1221] Hieron. ep. 51, 1 ss. Socrat. 6, 7; 6, 10 ss. Soz. 8, 12; 8, 14 ss; 8, 17, 1. Pall. dial. 6, 8; 16. Epiphan. haer. 64 LThK 1. A. III 728 ss, 2. A. III 944 ss. Altaner in RAC V 910. Güidenpenning 147 s. Stein, Vom romischen 371 s. Baur, Johannes II 185 ss, 194 ss, 280. Knopfler 172. Campenhausen, Griech. Kirchenváter 147. Bury, History I 150 s. Stratmann III 162 ss. Steinmann, Hieron. 239, 263, 275. Hamman, Hieron. 237. Chadwick, Die Kirche 214 s, 220. Altaner/Stuiber 315 ss. Handbuch der Kirchengeschichte

En el verano del año 403, después del eficaz trabajo de zapa de sus amigos y colaboradores, el mismo Teófilo apareció por fin en persona en el Cuerno Dorado, no sin declarar previamente antes de su partida: «Voy a la corte para deponer a Juan». Acudió allí con 29 obispos egipcios, con un séquito de monjes, con mucho dinero y con profusión de valiosos presentes para el entorno personal del emperador. Se alojó extra muros en un palacio de la ya encizañada Eudoxia: ésta murió al año siguiente a causa de un aborto. Después, tras varias semanas de esfuerzos, auténtico escándalo público, puso de su parte a la mayoría del clero de Constantinopla, algunos obispos incluidos. Como quiera que el emperador ordenase en vano a Crisóstomo iniciar el proceso contra Teófilo, éste inauguró por su parte un concilio en septiembre, en la ciudad de Calcedonia (la actual Kadikóy), situada en la orilla asiática del Bósforo y enfrente de la capital. Fue convocado en el Palacio de la Encina *(ad Quercum),* recién construido por el depuesto prefecto Rufino y propiedad imperial desde su asesinato. El escrito acusatorio señalaba 29 delitos del santo Doctor de la Iglesia (entre ellos el de haber hecho sangrar a golpes a algunos clérigos y el haber vendido gran cantidad de piedras preciosas y otros bienes del tesoro eclesiástico). Un miembro del sínodo, el abad Isaac, completó esa lista de crímenes con otros 17 (entre otros el de que el patriarca había ordenado aherrojar y azotar al monje Juan y el de haber robado depósitos ajenos).[1222]

14

El acusado no compareció personalmente, pero envió a tres obispos. A los tres se les hizo sangrar a golpes y a uno de ellos le pusieron una cadena alrededor del cuello, cadena que estaba, propiamente, destinada para Juan. De haber venido éste, le hubieran expedido de inmediato fuera de la capital en una nave mercante. De hecho, y tras largas sesiones, fue depuesto por los «padres», arrastrado hacia un barco en medio de la oscuridad de la noche y, pese a todo, rehabilitado al día siguiente. Eudoxia interpretó un aborto como castigo divino. Al humillado se le concedió un retomo triunfal. Todo indica que entre constantinopolitanos y alejandrinos se produjeron alborotos y reyertas sangrientas y que el pueblo buscó a Teófilo para arrojarlo al mar. Éste desapareció a la desbandada rumbo a Egipto, con todos sus sufragáneos y acompañado también por el abad Isaac que, obviamente, temía el regreso de su adversario. La restante camarilla de Teófilo siguió, sin embargo, agitando en contra de Juan en la capital y Teófilo mismo lanzó un virulento panfleto contra él. Sin embargo fracasó hasta una tentativa de asesinato: el criado del clérigo Elpidio, sobornado, al parecer, con 50 piezas de oro, apuñaló a cuatro personas en el palacio del patriarca antes de que pudieran reducirlo. Sus instigadores, no obstante, no fueron encausados. En cambio, se usó fuerza militar contra Juan. El emperador se negó a recibir de sus manos la comunión. Saqueos, asesinatos y homicidios siguieron su curso. El regente, aunque más bien afecto a Juan, estaba bajo la fuerte influencia de Eudoxia y, ganado para la causa de los clérigos adversarios, acabó por imponer a Juan un destierro de por vida.

II/l, 129 s. Stockmeier, J. Chrisost. 136 s. Gilbert Murray cit. en Van der Meer, Alte Kirche 17

[1222] Pallad, dial. 8. Socrat. h.e. 6, 14 ss. Soz. 8, 14 ss. Güidenpenning 150 ss. Baur, Johannes II 197 ss. Kirsch 541. Chadwick, Die Kirche 220. Tinnefeid 346 s. Wojtowytsch 216 s

1.5 HAGIA SOPHIA ARRASADA A FUEGO: EL FINAL DE JUAN Y DE LOS JOHANNITAS

Mientras Juan era llevado, aquella noche de junio del año 404, a un barco, le prepararon además unos fuegos de artificio especiales: desde el mar pudo ver como se consumía en llamas Hagia Sophia, el templo de la sabiduría divina, y con él el suntuoso palacio senatorial. (El origen del incendio, que se inició en el trono obispal de la catedral y la convirtió en un montón de escombros y cenizas, sigue sin esclarecerse hasta hoy. Las facciones se acusaban mutuamente.) Por cierto que Hagia Sophia, en cuyos anexos habitaba el patriarca, fue destruida nuevamente por la rebelión Nika del año 523, pero tras cada reconstrucción se convertía más y más «en el centro místico del Imperio y de la Iglesia», en «morada predilecta de Dios», repleta de maravillas artísticas y de reliquias, pero dotada asimismo de «cuantiosos bienes y posesiones para el mantenimiento del santuario y de su clero» (Beck).[1223]

El mismo año del destierro de Juan, el patriarca Teófilo redactó una nueva homilía pascual contra Orígenes, «quien con argumentos insinuantes había seducido los oídos de los cándidos y los crédulos», exigiendo en este tono: «*Quienes deseen, pues, celebrar la fiesta del Señor, deben despreciar las quimeras origenistas*», y concluyendo impúdicamente con la consabida hipocresía: «Reguemos por nuestros enemigos, seamos buenos con quienes nos persiguen». Es más, dos años más tarde, cuando el desterrado Juan se arrastraba hacia su muerte, el alejandrino lanzó todavía un libelo contra él en el que su ya desahuciado rival aparecía como poseído por los malos espíritus, como un apestado, como ateo. Judas y Satán, como un tirano demente que entregó su alma al demonio, como enemigo del género humano, cuyos crímenes superaban incluso a los de los forajidos de los caminos. De «monstruoso» calificaron los cristianos de entonces al panfleto y también de deleznable a causa de sus reiteradas execraciones.[1224]

15

San Jerónimo, sin embargo, halló magníficos aquellos rabiosos improperios contra san Juan —no en vano se vanagloriaba (en una epístola á Teófilo) «de haberse nutrido de leche católica desde su misma cuna»— y no sólo eso sino que tradujo aquellas sucias difamaciones. Pues el «papa Teófilo» —halagadora confesión— había mostrado con plena libertad que Orígenes era un hereje. Él mismo se ocupó en Roma de la difusión de aquellos odiosos exabruptos alejandrinos y en carta adjunta a Teófilo alababa a éste y a sí mismo: «Tu escrito, como podemos constatar orgullosos, aprovechará a todas las Iglesias [...]. Recibe, pues, tu libro que es también el mío o, más exactamente, el nuestro».[1225]

La mejor prueba, sin embargo, de que la teología no era sino tapadera de la política de la Iglesia y Orígenes un puro pretexto en la lucha contra Juan Crisóstomo, lo muestra la propia conducta de Teófilo. Apenas había deshancado a su antagonista,

---

[1223] Schneider, Sophienkirche 77 ss. Beck, Theolog. Literatur 156 s. Véase también nota siguiente Steinmann, Hieron, 276. Stockmeier, J. Chrisost. 138. Schneider, Olympias, en Mann 227 s

[1224] Hieron. ep. 82,1 s. Heilmann, Textos III 355. Grützmacher, Hieron. ni 88 ss. Steinmann, Hieron. 279 con indicación de mentes. Comprobar también Caspar, Paps,ttum 1320, especialmente nota 3

[1225] Steinmann, ibíd. Comprobar también Grützmacher ibíd

olvidó su antipatía hacia Orígenes, contra quien, durante año s, lanzó venenosas acusaciones de herejía. «Con frecuencia se le veía enfrascado en la lectura de Orígenes y cuando alguno mostraba su asombro, solía responder: "*Las obras de Orígenes son como un prado en el que hay bellas flores y algo de cizaña. Es cuestión de saber escoger*".»[1226]

Al exilio de Juan le siguió la *damnatio memoriae,* el tachado de su nombre de los dípticos, de los libros eclesiásticos oficiales de Alejandría, Antioquia y Constantinopla (con ello se imitaba presumiblemente un uso oficial del Estado). Tres años adicionales de destierro, su deportación de acá para allá hasta el último rincón del imperio, una dolencia estomacal crónica, accesos de fiebre frecuentes, ataques de salteadores, todo ello —aunque también recibiese apoyos, ayuda, visitas y bastante dinero— acabó con su vida el catorce de septiembre de 407, en Komana (Tokat), donde otrora resaltaba magníficamente un famoso templo de la diosa Anaitis, con millones de sacerdotes y hieródulas. En su escrito, redactado en el exilio, a Olimpia, santa de las iglesias griega y latina, Crisóstomo reconocía que no había nada a quien temiese tanto como a los obispos, exceptuando unos cuantos.[1227]

Acá y allá y no sólo en la capital, dio comienzo una áspera persecución dejohannitas. Fueron incontables los encarcelamientos, las torturas, los destierros, las multas de hasta 200 libras de oro. En el otoño del año 403, tras la deposición de Juan, se contaron por cientos los monjes que sucumbieron a manos de los fieles. Muchos huyeron a Italia, «*tragedia de tonos tanto más siniestros cuanto que fueron puestos en escena por obispos católicos*» (el benedictino Haacke).[1228]

En su apremio, el patriarca perseguido (el obispo de Cesárea de Capadocia azuzó contra él a toda un horda de monjes) había apelado, sin reconocer primado alguno de Roma, en sendas cartas de igual tenor al obispo de aquélla y a los de Milán y Aquilea. Pero tres días antes había comparecido ya ante el papa un mensajero que Teófilo había despachado con urgencia. Posteriormente llegó un segundo mensaje del alejandrino, un amplio escrito de autojustificación y que contenía frases alusivas a Crisóstomo como estas: «*Ha asesinado a los servidores de los santos*», «*es un ateo, apestado, sarnoso (contaminatus), un demente, un tirano rabioso que en su demencia se gloría de haber vendido su alma al demomo con tal de adulterar (adulterandum)».*

Inocencio I manifestó en sendas cartas del mismo tenor que deseaba mantener buenas relaciones con ambos partidos. Ante el emperador Honorio sugirió un concilio ecuménico, pero una delegación de cinco miembros del soberano y del papa (entre ellos los obispos Emilio de Benevento, cabeza de la misma. Veneno de Milán y Cromacio de Aquilea) fue sometida a vejaciones en Atenas en el mismo viaje de

---

[1226] Steinmann ibíd. 280

[1227] Pallad, dial. c. 8 ss. Chrisost. hom. ante exilium; cum iret in exil. Socrat. h.e. 6, 16 ss. Zos. 5, 23 s. Theodor. h.e. 5, 34, 4 ss. Soz. 8, 15; 8, 18 ss. Güidenpenning 155 ss. Stein, Vom romischen 372 ss. Baur, Johannes II 200 ss, 226 ss, 233 ss, 244 ss, 258 ss. Caspar, Papsttum 1320 s. Haacke, Rom 37 ss. Stratmann III 162 ss. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 148 ss. Bury, history I 151 ss. Haller, Papsttum I, 104. Langenfeid 149. Gardner 492 ss. Tinnefeid 180, 345. Chadwick, Die Kirche 220 ss. Stockmeier, J. Chrisost. 136 ss. Wojtowytsch 217 s. Holum 72 ss.

[1228] Pall. dial. 9 ss. Soz. 8, 24. Zos. 5, 23, 4 s. Güidenpenning 163 ss. Baur, Johannes II 262 ss, 344 ss. Haacke, Rom 37 ss

ida, y también en Constantinopla. Y no sólo no obtuvieron audiencia ante el emperador Arcadio, sino que fue encarcelada e internada en algunas fortificaciones costeras. Y tras un intento de soborno que debía inducirlos a abandonar a su suerte a Juan Crisóstomo y a romper toda relación con su sucesor Ático, fue expulsada. De vuelta en casa después de cuatro meses informó sobre las «fechorías babilónicas». Y en cuanto al propio exiliado, que clamaba su desdicha y había pedido al papa que lo auxiliase «lo antes posible», a la vez que conjuraba «la horrible tormenta desencadenada en la Iglesia», «ese caos», Inocencio I se limitó a enviarle una carta de consuelo en la que le exhortaba a la paciencia y la resignación ante los designios de la divina voluntad y le ensalzaba las ventajas de una buena conciencia. La actitud del papa era tal que hubo de ser falseada, considerándosele después como autor de un escrito de gran entereza al emperador (con supuesta respuesta de éste en la que le pedía disculpas).[1229]

16

Treinta años más tarde, a finales de enero del año 438, Teodosio II mandó trasladar los restos de Crisóstomo a la iglesia de los apóstoles de Constantinopla, desde donde fueron a parar a San Pedro de Roma en 1204. Ello sucedió tras la sangrienta conquista de la ciudad por los cristianos latinos. Y allí reposan aún, bajo una gran estatua erigida en su memoria.[1230]

La vida de un obispo corría entonces muchos más riesgos por cuenta de los propios cristianos —el destino de Juan no es el único ejemplo que lo ilustra— que los que había corrido jamás por cuenta de los paganos. Nada menos que cuatro obispos de una ciudad frigia fueron sucesivamente asesinados por sus propios fieles.

Y cuando, tras degradarlo y expropiarlo, el emperador Teodosio nombró a la fuerza al poeta y prefecto de Constantinopla, Flavio Ciro –un hombre tan popular que la muchedumbre del hipódromo lo vitoreaba más aún que al propio emperador—, obispo de aquel contumaz municipio frigio (pese a que abrigaba la sospecha de que era pagano), no tenía, presumiblemente, otra razón que la de pensar en la suerte corrida por sus cuatro inmediatos antecesores. Ciro, sin embargo, se ganó en un voleo el corazón de su violenta grey, gracias a la extrema brevedad de sus sermones — su sermón inaugural consistió en una única frase— y el año 451, cuando el clima de la corte se hizo más bonancible, dejó de lado su dignidad espiritual.[1231]

El Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo resultó aniquilado y el patriarca de Alejandría Teófilo, vencedor. Su sucesor y sobrino, el Doctor de la Iglesia Cirilo, se opuso abiertamente a toda pretensión de rehabilitar al santo Crisóstomo y «todavía por mucho tiempo» (Biblioteca patrística) siguió convencido de su culpa. Lo comparó con Judas y se negó a que apareciese en los dípticos alejandrinos, en las listas de nombres de santos difuntos que se leían en el momento de la Eucaristía. Hubo que esperar hasta el año 428 para que atendiese, aunque fuese a regañadientes, a los

[1229] Pallad, dial. c 2; 4. Hieron. ep. 130,16. Inocencio I ep. 12. Soz. h.e. 8,261 ss. Baur, Johannes I 333 ss, II 254 ss, 277 ss. Caspar, Papsttum I 318 s. Dempf, Geistesgeschichte 116. Haller, Papsttum 1104 ss. Denzier, Das Papsttum 19 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 266 s. Wojtowytsch, 219 ss. Stockmeier, J. Chrisostomus 138 s

[1230] Dempf, Geistesgeschichte 114.

[1231] Vita Dom. Styl. 31. Malal. 15, 24. Zon 13, 22. Pauly III 420. Baur, Johannes U 8 s. Chadwick, Die Kirche 199 s. Elbem 130,135

ruegos del nuevo primado de Constantinopla, Nestorio, e incluyese el nombre de Juan en los dípticos de Alejandría. «*No quiero hablar de Juan —apostrofó en su momento Nestorio a su adversario Cirilo—, cuyas cenizas veneras ahora a regañadientes.*» Posteriormente Cirilo derrocó a este nuevo patriarca de Constantinopla usando métodos muy similares a los que había visto practicar a su tío.[1232]

1.6 EL PATRIARCA CIRILO HACE FRENTE AL PATRIARCA NESTORIO

Sólo pocos días después de la muerte de Teófilo, Cirilo de Alejandría (412-444) se encaramó a la sede patriarcal tras reñida lucha con su competidor, el archidiácono Timoteo, y en medio de graves tumultos. El santo, que, según el cardenal Hergenróther, no se sentía impulsado «por afán de poder o por consideraciones de tipo personal, sino por el sentido del deber y por el celo para con la pureza de la fe» era en realidad un «nuevo faraón», quintaesencia de los patriarcas sedientos de poder, taimado y falto de escrúpulos hasta el punto de superar a sus antecesores, incluido Demetrio y hasta el mismo Atanasio. El santo Doctor de la Iglesia controlaba el comercio del trigo egipcio y acrecentó sus posesiones con ayuda de las brutales bandas de monjes. Practicaba la peor de las simonías, vendiendo obispados a la gente más abyecta. Persiguió a los judíos de forma tan desmesurada que se le puede denominar, sin miedo a exagerar, promotor de la primera «solución final». Es más, el año 428, su propio clero lo llevó a los tribunales a causa de su violenta actuación en Constantinopla, si bien Cirilo consideró a sus acusadores como existencias en bancarrota, propias del «basurero alejandrino»

17

El emperador remitió a los acusadores, entre quienes figuraba el monje Víctor, que le producía especial impresión, al patriarca de la capital, Nestorio. Pero Cirilo se anticipó al proceso que le amenazaba siguiendo exactamente el sublime ejemplo de su antecesor y tío, cuyas campañas de exterminio contra la «herejía» y el paganismo había vivido desde dentro. Ya había, incluso, tomado parte en el tristemente famoso «*Concilio de la Encina*» (403), que derrocó a Juan Crisóstomo. Las aspiraciones a la autonomía, sustentadas por sus colegas y rivales de Constantinopla, le desagradaban ya de por sí. De ahí que, al igual que su predecesor Teófilo (y que su sucesor Dióscoro) prosiguiese la lucha contra el patriarcado de Constantinopla para preservar la propia posición hegemónica. Cuando Nestorio, siguiendo seguramente el deseo del emperador, se disponía a sentarse como juez sobre su persona, él lo acusó de «herejía». Le achacó intenciones aviesas. Afirmó que Nestorio «había dado motivo de escándalo a toda la Iglesia, depositando en todos los pueblos la levadura de una nueva y extraña herejía» En una palabra, fiel a la ya probada táctica de su antecesor y maestro Atanasio y de su tío Teófilo, trasladó de inmediato la rivalidad en el plano de la política eclesiástica, la lucha por el poder, hacia el plano religioso: ello resultaba tanto más fácil cuanto que hacía ya mucho tiempo que existían

[1232] Kyrill. Alex. ep. 75 s. Marcell. Comes a. 428. RAC III 500. Baur, Johannes II 379. BKV 1935, 11. Chadwick, Die Kirche 222 s

posiciones teológicas contrapuestas entre la escuela alejandrina y la antioquena, de la que provenía Nestorio. Este era partidario, probablemente incluso discípulo, de Teodoro de Mopsuestia, quien impuso su impronta a las radicales posiciones cristológicas de los antioquenos.[1233]

Nestorio, con quien —¡la cosa suena muy prometedora!— se inicia «el periodo clásico de las luchas cristológicas» (Grillmeier, S. J.), es decir, un duelo de alcance prácticamente universal y de dos siglos y medio de duración, nació en Germánica (Marasch, Siria) el año 381 en el seno de una familia persa. Su vida recuerda, en más de un aspecto, a la de su predecesor Juan Crisóstomo. Había sido monje en el monasterio de Euprepio, junto a Antioquia, donde fue consagrado sacerdote, «pues tenía una hermosa voz y sabía hablar bien» (el historiador de la Iglesia, Sócrates). Pero, por lo demás, dice el viejo *Léxico de la Teología católica* de Wetzer/WeIte, «carecía de una formación espiritual superior. Visto desde fuera, su vida era modélica. Apenas se mezclaba con la gente, estaba siempre en casa sentado ante sus libros y, gracias a su vestimenta, su flacura y su palidez, fingía la apariencia de un hombre de severas costumbres. Ello le hizo famoso en corto tiempo».[1234]

Al igual que otrora Crisóstomo, Nestorio accedió a la sede obispal constantinopolitana, el 10 de abril de 428, gracias a su fama de predicador y desplazando a otros concurrentes. En seguida prodigó sus ataques contra judíos y «heréticos», pero trató consideradamente a los pelagianos, lo que no le granjeó las simpatías de Roma. Por todo el patriarcado se produjeron disturbios y también, acá y allá, algunos hechos sangrientos. «*¡Dame, oh emperador, un orbe limpio de herejes y yo te daré a cambio el cielo. Extermíname a los extraviados en la fe y yo exterminaré contigo a los persas!*», así exclamó Nestorio, ya en su sermón inaugural, y atacó implacablemente a los cristianos de otra confesión, a los cismáticos, a los «herejes», a los novacianos, a los apolinaristas y a otras «sectas». Apenas cinco días después de su ordenación, mandó destruir la iglesia en la que oraban secretamente los arríanos. Cuando se consumía en llamas éstas incendiaron también las casas vecinas. Con el mismo fanatismo combatió también a los macedonia nos o «pneumatómacos» («los que combaten contra el Espíritu Santo», es decir, contra su equiparación al Dios Padre), a quienes arrebató sus oratorios en la capital y en el Helesponto: «Un adversario grandilocuente de los herejes —opina Hamack—, un hombre de bríos, imprudente, pero no innoble [...]». Y el emperador dio más relieve aún a los *pogroms* de su patriarca intensificando todavía más las leyes penales el 30 de mayo de 428.[1235]

18

Pero no tardó Nestorio en incurrir él mismo en sospecha de «herejía». De ello se

---

[1233] Kyrill. Alex. ep. 10; 17. Hergenróther, Kirchengeschichte 451. Güidenpenning 224. Stein, Vom romischen 418. Schwartz, Cyrill 3 s, 7. Ehrhard, Die griechische ünd die lateinische Kirche 62 ss. Caspar, Papsttum 1463. BKV 1935, 86 s. Kirsch 549. De Vries, «Nestorianismus» 91 ss. Gross, Theodor 1, ss. BihImeyer/TüchIe 278 s. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 153, s, 156 s. Kawerau, Alte Kirche 170 s. Dallmayr 148. Haller, Papsttum I 106. Hamman, Kyrillos 261. Young 107. Chadwick, Die Kirche 226 ss. Ritter, Charisma 190. Aland, Von Jesús 257 ss. Wojtowytsch 283. Raddatz 167 ss

[1234] Socrat 7, 29 ss. Wetzer/WeIte VII 521. LThK 1. A. VII 885 s. Grillmeier, Vorbereitung 159. Dallmayr 139. Camelot, Ephesus 29 s. Altaner/Stuiber 336. Podskaiskv Nestorius 215

[1235] Socrat. 7, 29; 7, 31. Marcell. com. 428; 429. LThK 2. A. VII 885 s. Klauser, Gottesgebärerin 1082 s. Hergenróther, Kirchengeschichte, 848. Güidenpenning 287, s. Seeck, Untergang VI 199 s, 435 s. Hamack, Lehrbuch der Dogmengeschichte 4. A. 11 1920 355, cita en Camelot, Ephesus 30. Stein, Vom romischen 450. Kirsch 35 s. Podskaisky, Nestorius, 215 s

cuidó Cirilo, a quien la significación y la influencia de su competidor en la capital le parecieron, ostensiblemente, excesivas. De ahí que intentase, prosiguiendo así la vieja querella entre ambas sedes patriarca les, derribar a Nestorio de modo tan alevoso como el que usó en su día su tío Teófilo para derribar a Crisóstomo.

Como siempre en tales casos, se halló rápidamente una razón teológica que, ciertamente, puso pronto en conmoción a las Iglesias de Oriente y Occidente, pero que, en sí misma considerada, no tenía por qué haberlas conmocionado. Lo único que la atizaba era, según E. Caspar, «el odio suspicaz y la implacable voluntad aniquilatoria con la que Cirilo persiguió e hizo morder el polvo a su adversario». También un historiador del dogma como R. Seeberg, subraya que no eran las discrepancias teológicas las que apremiaban a Cirilo a luchar contra Nestorio y las doctrinas antioquenas por él sustentadas, doctrinas que hasta entonces habían gozado de un respeto equivalente a cualesquiera otras. Eran más bien divergencias personales y, sobre todo, cuestiones relativas a la política eclesiástica, la constante pugna contra Antioquia y, especialmente, contra Constantinopla. La situación de prepotencia del arzobispo alejandrino sólo era comparable a la del de Roma, pero ésta quedaba lejos y, además, a partir del Concilio de Nicea, estaba más o menos aliada con Alejandría. Antioquia y la pretenciosa capital estaban más cerca y era sobre todo decisivo doblegar a esta última. Para ello, Cirilo preparó ahora a Nestorio la misma tragedia que su tío y predecesor Teófilo había escenificado contra Crisóstomo. «Pues si Teófilo —dice Seeberg— acusó a su adversario de origenismo por haber ofrecido su protección a los origenistas, a quienes él perseguía, ahora Cirilo convertía en herética la propia doctrina de su adversario, consiguiendo con ello, no sólo convertir en hereje al obispo de Constantinopla, sino hacer sospechosa la teología antioquena. Ello constituía una jugada política maestra, pues con ella golpeaba con igual furia a las dos rivales de Alejandría. En consonancia con su tradición en la política religiosa, Cirilo buscó y halló la alianza de Roma. La teología antioquena sucumbió a esta política».[1236]

1.7 LAS ESCUELAS TEOLÓGICAS DE ANTIOQUIA Y ALEJANDRÍA

A lo largo del siglo IV, la lucha en tomo a la complicada esencia de Dios, al problema de la naturaleza del «Padre», del «Hijo» y a la relación entre ambas, se había dirimido —contra el arrianismo y con el favor de todo el poder del Estado— en favor de la plena divinidad del «Hijo» y de su identidad esencial con el «Padre», punto de vista que se impuso finalmente el 28 de febrero del año 380 por orden tajante del emperador (véase Vol. 2): «El unigénito brotó de manera inefable desde la esencia del Padre, de modo que la plena naturaleza de su Progenitor nos brinda en él su aroma [...]», formula Cirilo poéticamente. Y Ambrosio comenta sagazmente el pasaje bíblico: «¡Haya en el firmamento de los cielos lumbreras que iluminen la Tierra!» (I Gen. 1, 14). «¿Quién pronuncia estas palabras? Dios las pronuncia. ¿Y para quién otro las pronuncia sino para el Hijo?» ¡Una prueba más en favor del dogma de la

[1236] Caspar, Papsttum I 390. Seeberg, Dogmengeschichte 220 s

Iglesia![1237]

Pero en el siglo V —y aunque ello sea una locura, responde a todo un método— el espectáculo «cristológico» —embobador de tantas épocas y tantas generaciones, dirimido con casi todo tipo de intrigas y violencias versaba sobre esta cuestión, sobre este gran misterio: ¿qué relación mantienen entre sí la naturaleza «divina» y «humana» de Cristo? Incluso si semejante engendro del magín clerical hubiese existido: ¿cómo aprehender con la razón o con cualquier otra facultad de la psique humana un misterio tan literalmente insondable? Es natural que los expertos se envolviesen nuevamente en insolubles controversias. Y una vez más toda la población del Imperio Romano de Oriente participó acaloradamente en ellas.

Según la escuela teológica antioquena, la más fiel, sin duda, al texto bíblico que partía del Jesús «histórico» de los evangelios, es decir, del hombre y de la existencia independiente de una naturaleza humana antes de su unión con el Hijo de Dios, en Cristo había dos naturalezas separadas y coexistentes. Según la doctrina alejandrina, que partía del *Logos,* del Hijo de Dios que asumió la naturaleza humana, las naturalezas divina y humana se unían íntegramente en él. Esa «unión hipostática», esa *«communicatio idiomatum»* recibía en la Iglesia primitiva la denominación, más o menos exacta (¡prescindamos del hecho de que allí no había, naturalmente, nada exacto ni podía haberlo en modo alguno!), de *mixtio, commixtio, concursas, unió, connexio, copulatio, coitio,* etc. Para los antioquenos, los «realistas», la unión entre ambas naturalezas era meramente psicológica. Para los alejandrinos, los «idealistas», los «místicos», era metafísico— ontológica. También el Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo defendía la tendencia antioquena en su versión más moderada. Paladín de la alejandrina era el Doctor de la Iglesia Cirilo, su auténtico inspirador. Atisbos de esta última aparecen ya en Atanasio, por ejemplo, en su sentencia: «No es que el hombre se hiciese más tarde Dios, sino que Dios se hizo hombre para divinizamos». En vez del cisma amano, pues, ahora había que contar con el monofisita, que sacudiría por más tiempo y con mayor intensidad que lo había hecho aquél al Estado y a la sociedad, causando más daños que la invasión de los «bárbaros», aquel reasentamiento de pueblos enteros.[1238]

19

1.8 COMIENZA LA LUCHA POR LA «MADRE DE DIOS»

Nestorio provenía de Antioquia y era un representante de la escuela antioquena. Una vez en Constantinopla, donde se discutía acaloradamente acerca de la Madre de Dios, quería imponer enérgicamente y por todos los medios «lo correcto», ciñéndose estrictamente a la opinión antioquena. Husmeando el tufo del apolinarismo y del fotinianismo, usaba giros que (tal vez sin querer), evidenciaban cierto dualismo en la persona de Cristo. Para el alejandrino Cirilo que, sin mencionar Nestorio, se manifestó inequívocamente contra él a finales del año 428, aquello expresamente a

[1237] Heilmann, Textos I 130, II 88

[1238] Athan. or. adv. Arian. c. 39; adv. Apoll. 1, 10; 1, 12. Hergenróther 410 ss, 447 ss. Ehrhard, Urkirche 220 ss, 230 ss. Del mismo, Die griechische und die lateinische Kirche 56 ss. Hunger, Byzantinische Geistesweit 99 s. Maier, Die Verwandlung 152 s. Brox, Kirchengeschichte 187 ss

equivalía a una doctrina cristológica «herética». Cirilo, sin embargo, para quien lo que en el fondo estaba en juego no era en absoluto la controvertida cuestión cristológica que él puso en el primer plano, aumentó y agravó la distancia dogmática que lo separaba de Nestorio mucho más allá de sus dimensiones reales. Es más, contradiciendo lo que su propia conciencia sabía, le imputó dolosamente a éste la doctrina de que Cristo constaba de dos personas diferentes, a lo que, como dice J. Haller, «ni Nestorio ni ninguno de sus partidarios afirmaron jamás. Cirilo se delataba con ello a sí mismo mostrando que no era el celo en pro o en contra de una opinión doctrinal lo que le impulsaba a la lucha, sino que —como ocurrió en casos parecidos anteriores o posteriores a éste— la controversia doctrinal había de servir de pretexto o de arma para librar una batalla por el poder en el seno de la Iglesia y aniquilar a un temido competidor».[1239]

Y es el dominico francés P. Th. Camelot, nada menos, patrólogo, historiador del dogma y asesor del II Concilio Vaticano, quien parece dar la razón a Haller, pues este católico concede (con el *imprimatur* eclesiástico): «Pues el obispo de Alejandría tenía que ver forzosamente cómo su prestigio se eclipsaba progresivamente ante el de la "Nueva Roma", a la que el Concilio de Constantinopla había otorgado una primacía honorífica el año 381. Y es por ello tanto más comprensible (i) que Alejandría realizase ahora el intento de intervenir en los asuntos eclesiásticos de la capital. Ya había ocurrido así con Pedro de Alejandría, que apoyó al usurpador Máximo contra Gregorio de Nacianzo y basta también recordar al respecto el papel jugado por Teófilo en la deposición de Crisóstomo («Sínodo de la Encina», 403).[1240]

Con todo, después de hacer constataciones tan incriminatorias para Cirilo como la de que el papel del santo «no fue nada honroso» frente a la tragedia de Nestorio y que es forzoso «reconocer que algunos rasgos del carácter de Cirilo parecen dar, en cierta medida, la razón a Nestorio y a sus partidarios contemporáneos y modernos»; que es asimismo «innegable que en más de una ocasión le faltó aquella "mesura" que le predicaba su adversario»; que su «intervención arbitraria en los asuntos de Constantinopla [...] nos resultan sorprendentes y algunas de sus intrigas escandalosas», después de todas estas concesiones, más bien incriminaciones, Camelot —en contradicción con su reconocimiento, en la página antecedente, de una motivación vinculada a la política de poder, a saber, la «creciente» pérdida de prestigio de Cirilo en beneficio de su rival— parece «estar seguro de una cosa: fuesen cuales fuesen los rasgos de carácter de Cirilo, los únicos [!] sentimientos que le impulsaban eran la preocupación por la verdad y el celo por la fe. Nada [!] hay en los textos que justifique en verdad el reproche de un talante autoritario. No hay ningún pasaje que muestre la intención de procurarle a Alejandría la posición hegemónica sobre Constantinopla, de aplastar y aniquilar a su adversario. Es verdad [...]», prosigue de inmediato el dominico, «de cierto que fue duro contra Nestorio», pero, afirma triunfalmente, en las negociaciones del año 433, Cirilo supo «mostrarse mesurado y renunciar, en aras de la paz, a formulaciones con las que se había

[1239] Seeberg, Dogmengeschichte 214 ss. Haller, Papsttum**,** 1, 110

[1240] Camelot, Ephesus 39. Comprobar también la concesión en BihImeyer/Tüchle 278 s, según la cual el modo de proceder Cirilo contra Nestorio «determinó también la rivalidad, en la política eclesiástica, del patriarcado de Alejandría contra el de Constantinopla, que, desde 381, ocupaba el primer lugar en Oriente»

encariñado, pero que eran impugnables».[1241]

20

En realidad, esa mesura, esa condescendencia, que tan sorprendente parecía, constituía cabalmente una demostración, particularmente manifiesta, incluso, de cuál era el motivo real de Cirilo: la política por el poder. Pues el año 433, apenas liquidado Nestorio, el vencedor se avino a toda prisa en la absurda farsa cristológica. Ya no tenía nada que temer de Nestorio y aquellas fintas engañosas en las cuestiones dogmáticas no fueron nunca las que le motivaron en primera línea. La unión de las dos naturalezas en Cristo no afectaba en su fuero interno, si es que le afectaba lo más mínimo, a un hombre de su talante. Era, antes que nada, un medio con vistas a un fin. En sí misma era, según expresó en diversas ocasiones, algo «inefable e indescriptible»: lo que no impidió que otros de su misma hechura hablaran incesantemente de ello a lo largo de los siglos. Aunque ello no resulte hoy tan fácil.

Pues la forma en que un teólogo católico se ve entretanto forzado a dislocar su cabeza, centrando, por una parte, su vista en la investigación y mirando, por la otra, continuamente y de reojo por la seguridad de su profesorado y hacia sus superiores, a los que en definitiva ha de dar la razón, es algo que Camelot expresa con todo impudor en la tercera página de la introducción a su obra *Éfeso y Calcedonia*. Pues, según él manifiesta, el historiador no puede «pasar ciertamente por alto las pasiones e intereses que guían a los hombres ni tampoco, en modo alguno, los a menudo más que lamentables percances» (percance como la aniquilación de los paganos, por ejemplo, percance como la quema de brujas, como el exterminio de los indios, como el embobamiento y la explotación del pueblo; percances como la Noche de San Bartolomé, como la guerra de los Treinta Años; percances como la primera y segunda guerras mundiales, como el fascismo, como Auschwitz, Vietnam, etc., etc.: la historia se compone de percances).

«Pero él —el historiador— no debe contemplar con rígida mirada, como hipnotizado, estas miserias de la historia, sino que debe mirar las cosas desde una atalaya superior, si no quiere obtener una perspectiva demasiado estrecha y fragmentaria, por no decir mal predispuesta, del curso de los acontecimientos».[1242]

A saber: imparcial es únicamente quien enmarca el curso de los eventos con la «parcialidad» de esta Iglesia, desde «esa perspectiva suya más eminente», desde una perspectiva y una distancia ofuscadoras, falseadoras o que, lo que es peor, ponen incluso todo cabeza abajo; es decir: quien mira sub *specie aeternitatis*. A este efecto es gustosamente capaz de convertir lo negro en blanco y lo blanco en negro —¡véase la regla 13 de la Compañía de Jesús!—, de modo que no serán ya aquellas miserias lo decisivo en la historia sino ¡los aspectos captados desde la eminente atalaya! Ahora una y otra vez se suscita la cuestión de qué es lo que infunde a esta gente «valor» para esas enormidades. Y una y otra vez, puesto que no se trata de ignorantes, se da la siguiente respuesta: una repulsiva mezcolanza de carencia de honestidad intelectual y de un desbordante oportunismo religioso, *summa summarum,* una espantosa deficiencia de pudor. «También las grandes figuras de Cirilo y León deben

[1241] Camelot, Ephesus 40 s

[1242] Ibíd. 11

ser contempladas bajo una luz adecuada [...].»[1243]

¡Deben! Por cierto que sí..., y la «luz adecuada» es la más tenebrosa de la Tierra.

Así pues, a juicio de Cirilo, Nestorio sustentaba una cristología «herética», en cuanto que, presuntamente, negaba la «Unión Hipostática» y enseñaba la existencia de dos hipóstasis en el

«Señor» (en unión meramente externa, psicológica o moral), y no de una hipóstasis o *Physis,* como pensaba Cirilo *(«Mía physis tou theou logou sesarkomene»):* «Una sola naturaleza del logos divino hecho carne». Y es curioso a este respecto, que Cirilo toma la expresión *mía physis,* que él cree proveniente de Atanasio, del obispo Apolinar de Laodicea, amigo, ciertamente, de Atanasio, el encarnizado enemigo de los arríanos, cuya refutación condujo o sedujo a Apolinar a refutar asimismo la plena naturaleza humana de Cristo y a reconocerle una única naturaleza, con lo que también este amigo de Atanasio cayó en herejía. «Este hombre —escribe A. Hamman con *imprimatur* eclesiástico sobre Cirilo— tenía en sí la ortodoxia inhumana del inquisidor»; y poco después añade de un modo casi grotesco: «Y no obstante se dejó extraviar por las erróneas formulaciones de Apolinar, creyendo que provenían de Atanasio; pretendiendo, sin el menor tacto, imponérselas a Nestorio. Un adversario tan innoble como él que hubiese interpretado literalmente sus doce anatematizaciones hubiera podido, sin más, depararles el mismo destino que el que Cirilo deparó a las expresiones de Nestorio». No tardaron, efectivamente, los monofisitas en remitirse a la autoridad de Cirilo. Y por lo que respecta a Nestorio, el teólogo e historiador de la Iglesia Ehrhard, un católico, certifica nada menos que su doctrina, «de modo muy similar» a la de Arrio, era apropiada «para satisfacer el pensamiento "racional". Con ello perseguía asimismo el objetivo de despejar del modo más plausible las objeciones de judíos y paganos contra la divinidad de Cristo».
21

Consecuentemente, Nestorio tampoco quería hacer de la Virgen María una diosa o una deidad. No quería en modo alguno que se la denominase «paridora de hombre» pero tampoco, en sentido directo, «Madre de Dios», «paridora de Dios» *(Theotokos).* Designación ésta que tampoco aparece ni una sola vez en la amplísima obra (la más extensa entre los antiguos escritores eclesiásticos orientales) del Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo, que también provenía de la escuela antioquena, algo que no puede ser pura casualidad. Nestorio, una de cuyas primeras medidas consistió en la inclusión del nombre de su derrocado predecesor en los rezos eclesiásticos, fustigaba sin tapujos la idea de una deidad envuelta en pañales, como si fuese una fábula pagana, ¡y es que lo era en realidad! Venía predicando contra el *theotokos,* si bien para nada se oponía a ese concepto «bien entendido»: hasta él mismo lo usaba ocasionalmente. Prefería, no obstante, el título de «Mater Christi», «paridora de Cristo» *(Christotokos).* Temía que la expresión «paridora de Dios» (en latín *Deípard)* originase un malentendido. Pues, ¿no se convierte con ello María en una diosa a los ojos de muchos? Y ¿cómo podría Dios —pregunta Nestorio, que advierte en ello, según escribe al obispo de Roma Celestino I (422-432), «*una corrupción nada leve de la verdadera fe*»— tener una madre? Nadie puede dar a luz a alguien más viejo que él mismo. Pero Dios es más viejo que María. Pero eso, ciertamente, confundió a

[1243] Ibíd

su comunidad y particularmente a aquellos que «en su ceguera, que los incapacita para la recta visión de la reencarnación divina, ni comprenden lo que dicen, ni saben cuál es el objeto de su celo». No hace mucho —dice— que ha llegado nuevamente a sus oídos «cómo muchos de entre nosotros se asedian mutuamente con preguntas». Pero si Dios tiene una madre, concluye Nestorio, «*entonces el pagano no merece realmente reproche alguno cuando habla de las madres de los dioses. Y Pablo sería un embustero cuando determina que la divinidad de Cristo «carece de padre y de madre» y de genealogía. Querido amigo, María no ha alumbrado a la divinidad [...], el ente creado no es madre del increado [...]. La criatura no ha alumbrado al creador, sino al hombre, que fue instrumento de la divinidad [...]*». Tanta lógica, sin embargo, irritó a la grey, a la «miserable pandilla» como decía el mismo patriarca, contra la que desplegó la policía y a la que hizo azotar y encarcelar. Pues muchos seglares y monjes habían comenzado ya a venerar a María como Madre de Dios y de un modo exaltado por demás, pese a que el Nuevo Testamento la menciona escasísimas veces y sin especial estima, o incluso la ignora, como es el caso de Pablo y de otros escritos. Y eso aunque el Nuevo Testamento hable inequívocamente de los hermanos de Jesús como si fuesen hijos de María, como lo sigue haciendo, por ejemplo. Tertuliano en época muy posterior. ¡Pero la gran masa quería ser redimida! ¡Quería un Dios pleno!, por consiguiente también su madre debía ser «Madre de Dios», tanto más cuanto que el paganismo conocía ya tales madres de dioses: en Egipto, en Babilonia, en Persia o en Grecia, donde la madre de Alejandro, por ejemplo, era «madre del dios».

22

Cirilo, sin embargo, que —insistimos— «no era empujado a la lucha contra Nestorio por contraposiciones dogmáticas» atacó su recomendación como nueva «herejía», pese a que, sin duda, se ajustaba más a la tradición. A este respecto, presentó «con refinada sutileza sus querellas personales contra aquél como algo absolutamente nimio frente a la controversia dogmática» (Schwartz) y convirtió la palabra clave «Madre de Dios» en distintivo de la verdadera fe. Con suaves halagos supo ganarse en Roma el favor de su «Padre santísimo y directísimo a los ojos de Dios», Celestino I, «pues Dios exige de nosotros que seamos vigilantes en estas cuestiones» y, ducho en todos los ardides de la política eclesiástica, avivó el acoso de Nestorio guardando exteriormente una apariencia de distinción y sensatez, aunque se consumiese en su interior. Para ello hizo que sus agentes extendiesen por Constantinopla el rumor de que Nestorio rehuía la expresión «Madre de Dios» porque no creía en la divinidad de Cristo.[1244]

Dos decenios largos antes de Celestino, hubo otro papa que mostró una conducta extrañamente discreta respecto a la «Madre de Dios».

En efecto, a finales del siglo IV, el obispo Bonoso de Sárdica había cuestionado la

[1244] Socrat. h.e. 7, 29; 7, 32. ACÓ I, 1, 10 ss; I, 2, 13, 27 ss; 14, 5, 22. Nest. Ad Caelest. ep. 1,2; 3, 1 RAC III 500. Klauser, Gottesgebärerin 1082 ss, 1091 s. Altaner 293 s. Altaner/Stuiber 313 ss, 323. Hergenrüther 449 s. Schwartz, Cyrill 4 ss. Caspar, Papsttum 1400. Loofs, Nestoriana 22 ss, 35 ss, 43 ss, 237 ss, 252 s. BKV 1935, 13. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 62 ss. Comprobar también Deschner, Hahn 360 ss, 364 ss. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 158 . Haller, Papsttum 1108. Dannenbauer, Entstehung 1279 s. Bury, History 1351 s. Seeberg, Dogmengeschichte 214, notas 1 y 221 ss. Dallmayr 138 s, 147. Hamman, Krillos 262, s. Camelot, Ephesus 15 s, 32 ss, 43 ss. Kühner, Gezeiten der Kirche 1137 s. Chadwick, Die Kirche 228. Aland, Von Jesús 258 ss. Grillmeier, Von der apostolischen Zeit 642 ss, especialmente 646. Del mismo, Rezeption 121 ss. Tinnefeid 323. Wojtowytsch 284 s, 288

virginidad permanente de María declarando, de conformidad con el Evangelio, que, aparte de Jesús, María había tenido varios hijos más. Era ésa una tesis avalada por la Biblia, pero sumamente herética para la Iglesia. Con todo, el Sínodo de Capua (391) no condenó a Bonoso, sino que transfirió la decisión a los obispos limítrofes, quienes, por lo demás, también la rehuyeron. Consultaron al obispo de Roma, Siricio, quien ciertamente defendió la virginidad perdurable de María, pero tampoco emitió dictamen alguno. Eso lo dejó en manos de sus «colegas», algo tanto más chocante cuanto que Siricio era precisamente de aquellos a quienes gustaba prodigar órdenes en todas las direcciones. Es probable que su circunspección refleje el hecho de que en el siglo IV Roma no conocía aún oficialmente ningún culto mariano.[1245]

El título de *Deípara* falta en todo caso en la literatura del cristianismo primitivo. Está completamente ausente en el Nuevo Testamento, que únicamente hable de la madre del Señor en cuanto éste es hijo de Dios, pero no ella *Deípara.* También falta este título mariano en toda la literatura cristiana de los siglo II y III, durante los que ella apenas jugó papel alguno especial (el predicado de *theotokos* de Arístides, Apol. 2, 7, no aparece sino más tarde, en la traducción armenia. Y en el caso de Hipólito, se trata asimismo de una interpolación tardía, es decir, de una falsificación). Hay que esperar a los años veinte del siglo IV para hallar las primeras titulaciones de *theotokos* —según Camelot «hacía ya mucho tiempo que estaban en uso entre los cristianos», ¡afirmación que no corrobora con ningún testimonio seguro anterior al siglo IV!— documentadas por el obispo Alejandro en el símbolo de la fe alejandrino. Y también el Sínodo de Antioquia (324/325) que resume el «Tomos de Alejandro» escribe: «El hijo de Dios, el *logos,* nació de María *Deípara (theotokos)...».* Pero muchos decenios después, ni el mismo Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo —retengámoslo una vez más— usa jamás la expresión *Deípara,* y resulta por lo demás chocante que raras veces habla de María.[1246]

Todavía en el siglo V hay otros obispos que rehuyen aquella titulación. Incluso Sixto III (432— 440), que poco después de 431 acabó la suntuosa basílica de Santa María Maggiore sobre el Esquilino, la primera iglesia de advocación mariana y por mucho tiempo la única, designaba simplemente a la madre de Jesús —pese a Éfeso— en la dedicatoria allí inscrita como «Virgen María». Y alrededor de otros veinte templos marianos se denominaban simplemente «Santa María». La difusión del culto a la madre de Dios fue, en términos generales, muy lenta, particularmente en Occidente.[1247]

23

El título de *Deípara* podría, incluso, tener consecuencias muy arriesgadas. Pues, ¿acaso la figura de María no adquiría con ello rasgos muy similares a las diosas y madres de dioses paganas? Una mujer que alumbra a un dios, ¿no debía ser ella misma una diosa? No sólo los creyentes más sencillos propendían a esa creencia; también los más cultos eran proclives a ella. Realmente había ya sectas marianas y una secta de los montañistas llamaba «diosa» a María. Y había grupos cristianos que

[1245] Sir. ep. 9 (seguramente de mano de Ambrosio). LThK 2. A. II 602 s. Gontard 116. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 265

[1246] Le 1, 43. Klauser, Gottesgebárerin 1071 ss, 1091 ss. Camelot, Ephesus 15 s. Delius 97 s. Abramowski, Die Synode 356 ss

[1247] Klauser, Gottesgebárerin 1091 ss. Véase también del mismo Rom 120 ss

veían en Cristo y María dos deidades anexas a Dios. Ya en Nicea —afirma el patriarca alejandrino Eutiquio —participaron patriarcas y obispos que creían que «*Cristo y su madre eran dos dioses junto a Dios. Eran bárbaros a quienes se designó como marianitas*».[1248]

Es curioso que en el transcurso de su litigio, Nestorio y Cirilo se remitieran ambos a la *«fides nicaena»,* al «gran y santo concilio». Por ello intercambiaron una serie de cartas entre sí, así como con otros, en los años 429-430 (época en la que los vándalos desembarcan en África y asedian seguidamente Hipona y los hunos avanzan hacia el Rin). Ya en su primera misiva, Nestorio fundamenta el rechazo del título *theotokos* en el hecho de que éste está ausente en el símbolo de la fe nicena. Cirilo se remite precisamente a éste y reprocha a su «hermano de dignidad en el Señor» sus «blasfemias», el «escándalo» que ha suscitado ante toda la Iglesia, la difusión de una «herejía insólita y extraña» y le previene de la «irresistible ira de Dios». Nestorio pasa por alto «las ofensas que has proferido contra Nos en tu pasmosa carta, pues exigen la paciencia de un médico [...]». Presupone en Cirilo una lectura «puramente superficial» y desea «liberarlo de todo falso discurso». Todavía se muestra pleno de optimismo o aparenta al menos estarlo: «Pues los asuntos de la Iglesia toman cada día un sesgo más favorable [...]».[1249]

Cirilo no puede negar que la denominación *Deípara* falta en *o. FIDES nicaena,* pero la halla allí de forma implícita y a la vista de la ubicua difusión de los escritos de su adversario amenaza con las palabras de Cristo: «No creáis que he venido al mundo a traer la paz. No es la paz lo que vine a traer, sino la espada». Y como Nestorio «ha malentendido y malinterpretado» el Concilio de Nicea, Cirilo exige: «Tienes que declarar por escrito y bajo juramento que das al anatema tus deleznables e impías doctrinas y que deseas pensar y enseñar como todos cuantos, en Oriente y en Occidente, somos obispos, doctores y guías del pueblo».[1250]

Cirilo labora por todos los medios posibles contra el patriarca de Constantinopla, de quien afirma con escarnio que se pretende «más listo que nadie» y que opina que «*sólo él ha captado el sentido de la escritura divinamente inspirada, el misterio de Cristo*». Lo tilda de «hinchado de soberbia y de enemigo venenoso para los demás a cuenta de su sede». Cirilo fue reuniendo un florilegio de citas de los padres de la Iglesia y también de aquellos textos homiléticos de su antagonista que le resultaban convenientes. Todo discurso de éste era copiado rápidamente por escrito y enviado por correo urgente a Alejandría. El santo redactó cinco libros «contra las blasfemias de Nestorio» y tergiversó de tal manera a éste en cartas confidenciales que ninguna transigencia podía ya mediar en el conflicto. Como tropas de choque, lanzó contra él a bandas de monjes. Desplegó un trabajo de agitación en todas las direcciones. Buscó aliados y conmilitones en el este y en el oeste y, naturalmente, los de mayor influencia posible. Inundó la corte con sus epístolas. Escribió (en tono prudente) al emperador Teodosio, a la emperatriz Eudoquia las princesas Arcadia y Marina, y en tono más áspero a Pulquería, hermana del emperador, cuyas tensas relaciones con Nestorio conocía evidentemente. Se dirigió a algunos obispos, a Juvenal de Jerusalén,

[1248] Klauser, Gottesgebärerin 1080
[1249] ACÓ I, 1, 1,25 ss. Camelot, Ephesus 225 ss. Sieben 212 s
[1250] Ibíd

al ya casi centenario Acacio de Berea, y, sin relegarlo al último lugar, a Celestino de Roma, a quien adjuntó todo el florilegio patrístico juntamente con una exposición *(commonitorium)* de la «herejía» de su adversario.[1251]

Cuando Nestorio tomó contacto con Roma —y lo hizo desde una posición de igual rango, algo que tenía que crear allí desazón— deseaba, por así decir, discutir objetivamente la cuestión teológica y combatir, «unido en la concordia a su fraternal homólogo, al demonio, al enemigo de la paz», pues, como escribió al papa, veía como entre sus propios clérigos «se extendía una epidemia herética cuyo hedor recordaba enormemente a Apolinar y a Arrio». Pronto se apercibió, sin embargo —y en ello se muestra muy atinado—, de que los romanos «*eran demasiado ingenuos para poder penetrar en las sutiles precauciones de las verdades doctrinales*». Cirilo, por su parte, a quien sus ataques le habían granjeado la antipatía de sus colegas de Oriente, supo aproximarse a Roma más hábilmente, aunque ello no le resultase nada agradable por principio.

24

«Padre santísimo y dilectísimo de Dios», así enaltecía al papa afirmando que «la costumbre eclesiástica me obliga a informarte. Hasta ahora he observado un profundo silencio [...]. Pero ahora, cuando el mal ha llegado a su culmen, me creo en el deber de hablar y comunicarte cuanto ha sucedido [...]».

Y contra su propia convicción, Cirilo, que también había vertido ya su virulenta crítica a Nestorio al latín (Nestorio omitió hacer otro tanto) presentó las doctrinas de su adversario de modo tan calumnioso, tan distorsionado que «aquél no se habría reconocido a sí mismo en ella» (Aland). Toda la luz recaía, al respecto, de su parte y toda la sombra sobre su adversario.[1252]

Aunque fuese tan sólo por sus pretensiones al primado, Roma acogió con satisfacción el primer intento de contacto que el alejandrino emprendió en el verano de 430. Y aunque las disputas teológicas la moviesen siempre menos que las cuestiones de poder, aprendió sin embargo a ejercer magistralmente el poder sirviéndose de la doctrina. Es así como el diácono León, el futuro papa, recogió a la sazón un dictamen (a efectos de refutación, naturalmente) de su amigo Juan Casiano,— el abad de St. Víctor de Marsella. Éste había vivido en Constantinopla en la época de Crisóstomo, sabía griego y hallaba además que el título de *Deípara (materDei et generatrix)* estaba ya en la Biblia. Y Celestino decidió contra Nestorio por medio de un sínodo romano del 2 de agosto de 430, digamos que por juicio sumarísimo, «sin examen atento de los documentos» (Hamman). El papa autorizó, como signo de su gracia, a Cirilo a aplastar en su lugar *(vice nostra usus)* «con gran severidad» la herejía de Nestorio, «el veneno de sus prédicas» y casi simultáneamente reconvino ásperamente a éste, exigiéndole, incluso, que se retractase «abiertamente y por escrito de la engañosa innovación», en un plazo de diez días. «Estamos preparando —le amenazaba— hierros candentes y cuchillos, pues no hay que tolerar por más tiempo unas heridas que han merecido ya su cauterización.» A Cirilo, en cambio, lo consideraba el romano «como coincidente con Nos en todas sus

[1251] Caspar, Papsttum 1401 s. Camelot, Ephesus 46 s. con indicación de todas las fuentes. Comprobar también Dallmayr 149 ss

[1252] ACÓ I 2, 12, 20 ss; I 1, 5, 10 ss. Jouassard, Cyrill 510. Aland, Von Jesús 264. Véase también la nota siguiente

opiniones», «como acreditado y denodado defensor de la fe verdadera». Lo alababa: «Has puesto al descubierto todos los lazos de la mendaz doctrina» y lo animaba así: «Hay que extirpar semejante tumor [...]. Actúa, pues [...]».

Y Cirilo actuó. Siguió reuniendo material contra Nestorio y mostrando un respeto más bien escaso a la verdad. Con intención totalmente dolosa le imputó falsas doctrinas, pese a que Nestorio reconocía como totalmente ortodoxo incluso el título mariano de «Madre de Dios». El emperador reprochó a Cirilo su espíritu «pugnaz» y «revoltoso» y le advirtió: «*Que sepas, pues, que Iglesia y Estado son una misma cosa y que por orden mía y por la providencia de nuestro Dios y Redentor se unirán más y más cada vez [...], y no toleraremos bajo ninguna circunstancia que por causa tuya cunda el desorden entre las ciudades y las iglesias*». Teodosio estaba a favor de quien él había nombrado para la sede de Constantinopla y Nestorio gozaba asimismo de la protección de la emperatriz Eudoquia, mujer tan bella como culta e hija de un filósofo ateniense. Pero el patriarca tenía ya, y precisamente en Constantinopla, muchos enemigos y ante todo la intrigante Pulquería (399-453), hermana mayor del soberano cuyas violaciones secretas del voto de castidad criticó Nestorio, y que, el año 439, tuvo que abandonar la corte a requerimiento de Eudoquia. Se le oponían además distintas sectas a las que había combatido sangrientamente. Había asimismo numerosos monjes en la capital que, dirigidos por el abad Dalmacio, defendían la causa de Cirilo, y, por encargo de éste, soliviantaban los ánimos difundiendo mentiras acerca de Nestorio como la de que éste predicaba la existencia de dos hijos de Dios, de dos hipóstasis en Cristo, de que veía en Jesús tan sólo un hombre y nada más. Acosado de este modo, Nestorio se apresuró para que, por intervención de Teodosio, se convocase, en Pentecostés del año 431, un sínodo imperial en Éfeso, capital de la provincia de Asia, sin presentir lo más mínimo que sería eso lo que le llevaría a su ruina.[1253]

25

1.9 EL CONCILIO DE ÉFESO DEL AÑO 431: EL DOGMA OBTENIDO MEDIANTE EL SOBORNO

Cuando en 1931 el papa Pío XI dispuso la conmemoración del 1.500 aniversario del Concilio de Éfeso mintió en su encíclica *Lux Veritatis* al afirmar que éste se reunió por mandato del papa *(Iussu Romani Pontificis Caelestini I).* ¡En realidad la convocatoria de sínodos imperiales, desde Nicea, obedeció siempre a órdenes del emperador y nunca a las del obispo de Roma! Ni uno solo de los ocho concilios ecuménicos —a los que la Iglesia no atribuyó esa denominación sino más tarde, por haberle resultado particularmente provechosos— fueron convocados, inaugurados, dirigidos o confirmados por el «papa», sino todos (de forma más o menos directa)

[1253] Socrat. 7, 29. Kyrill. Alex. ep. 11. JK 372 ss. ACÓ I, 2, 5 ss. Coelestin. I. ep. 11 ss. Coll. Casin. 2, 81. Altaner 243. BKV 1935, 14. Kraft, Kirchenváter Lexikon 385. dtv Lex Antike, Philosophie 236. Klauser, Gottesgebärerin 1083 s. Loofs, Nestoriana 183, 297. Stein, Vom romischen 450 ss. Caspar, Papsttum I 389 ss. Seeck, Untergang IV 207 ss, 437 s. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 158 s. Camelot, Ephesus 38 s, 45 ss. Haller, Papsttum I, 111 s. Mirbt/Aland, Quellen núm. 427, p. 211. Chadwick, Die Kirche 229. Kühner, Gezeiten der Kirche I 138. Tinnefeid 345. Wojtowytsch 283 ss. Podskaisky, Nestorius 216 ss. Dallmayr 154 ss. Hamman, Kyrillos 261. Scipioni 166 ss. Schwaiger, Pápstiicher Primat

por el emperador. El derecho de convocatoria imperial es algo tiempo ha demostrado y especialmente por F. X. Funk. Pero no es sólo que los regentes se arrogasen ese derecho, sino que la iglesia se lo concedió «sin más» (H. G. Beck). Y otro tanto vale decir, anotamos de pasada, de su derecho a presidir en persona o mediante un representante los sínodos menores, los patriarcales, las asambleas eclesiásticas locales, etc., y de firmar dándoles fuerza legal, sus resoluciones. Pues los monarcas podían influir asimismo en las materias dogmáticas o disciplinarias de estas reuniones eligiendo el lugar de su celebración o mediante una criba de sus asistentes. Es más, ellos mismos ordenaban elaborar e imponer fórmulas dogmáticas y fue nada menos que el Doctor de la Iglesia y papa León I quien reconoció la infalibilidad del emperador.[1254]

También el Concilio de Éfeso fue convocado, el 19 de noviembre de 430, por Teodosio II para la festividad de Pentecostés (7 de junio) del año 431 con el fin de reforzar el orden y la paz eclesiásticas, aunque estos concilios solían ser contraproducentes a este efecto. «*El bien de nuestro Imperio —escribía el emperador cuya actitud era desde un principio hostil a Cirilo, a quien había reprochado soberbia y afán disputador y rencoroso— depende de la religión. Ambos bienes están en mutua y estrecha relación. Se interpenetran y cada uno de ellos obtiene provecho del crecimiento del otro [...]. Pero antes que nada, nuestro afán se cifra en el respeto a los asuntos de la Iglesia en la medida exigida por Dios [...].*»[1255]

El escrito de la convocatoria imperial muestra la estrecha relación entre el Imperio y la religión. Cada uno de ellos estaba supeditado al otro y esperaba sacar provecho de él. Y que la Iglesia, en particular, nunca parece obtener el suficiente lo demuestra palmariamente la carta del obispo Celestino al emperador Teodosio II, fechada el 8 de mayo de 431: «*La causa de la fe debe ser para vos aún más importante que la del Imperio: su majestad debe prestar más atención a la paz de la Iglesia que a la seguridad de todo el orbe. Para todo hallará su majestad feliz solución con tal de preservar primero lo que resulta más valioso a los ojos de Dios*».[1256]

Apenas es posible exagerar la consideración que merecen esas líneas, reflejo del pensamiento católico-romano que recorre todas las épocas hasta hoy (como lo muestra drásticamente la política de influyentes círculos clericales, incluido el papa Pío XII, frente a las bombas atómicas). Ante todo y por encima de todo, lo más valioso: la Iglesia. Su causa es más importante que la del Imperio. Y lo mismo ocurre con su paz, es decir, su ventaja: ¡más importante que «*la seguridad de todo el orbe*»! El jesuita Hugo Rahner comenta en tono triunfal:

«*La anteposición de lo eclesiástico frente a lo estatal [...]*».[1257]

Todos los metropolitanos de Oriente fueron citados para el concilio. También lo fueron los de Occidente, incluido el obispo de Roma, Celestino, que envió delegados. Lo fue también Agustín, de cuya muerte, acaecida cuatro meses antes, no tenía

---

[1254] AAS XXIII 1931,483 ss. Liébaert IX 753. Beck, Theologische Literatur 41. Camelot, Koncil 59 ss. Del mismo, Ephesus 50 s, 212 s. Schneemelcher, Aufsätze 373. Brox, Kirchengeschichte 169 ss

[1255] ACÓ I, 1, 1, 114 ss. Caspar, Papsttum 1401 ss. Seeberg, Dogmengeschichte n 236 s. Camelot, Ephesus 50 s

[1256] Coelest. ep. 19, 2 (ACÓ 12, 25)

[1257] Rahner, Kirche und Staat 215

noticia la corte.

Nestorio fue el primero en acudir con dieciséis obispos y una escolta de soldados, «como si se tratara de una batalla» (Hefele), aunque debamos constatar que los soldados eran «los más pacíficos en aquella reunión de gallos de pelea» (Dallmayr). Con todo, el patriarca y otros seis o siete supremos pastores rehusaron comparecer ante el sínodo antes de que estuviese reunido en su totalidad. También estaba allí presente el obispo local, Memnón, quien secundaba a Cirilo con todas sus iglesias y el episcopado de Asía Menor, deseoso de escapar de la supremacía de Constantinopla. También Juvenal de Jerusalén, que acudió con quince prelados palestinos, oportunista y ambicioso, que aspiraba a una posición de supermetropolitano y a la autonomía respecto a Antioquia, estaba de antemano de parte de Cirilo. Éste, por su parte, había venido en barco y ya desde Rodas había notificado a los suyos: «Mediante la gracia y el amor de Cristo, nuestro Salvador, a los hombres hemos cruzado este mar ancho y profundo con vientos suaves y apacibles [...]».[1258]

26

En contra de las disposiciones imperiales, Cirilo irrumpió allí acompañado de un poderoso séquito personal, un enjambre de unos cincuenta obispos sufragáneos egipcios, muchos clérigos y hordas de belicosos monjes, en parte analfabetos, pero firmes en su fe. Esas escoltas de matones compuestas en su origen por vagabundos, porteadores de enfermos y marineros, eran, desde la época de Atanasio, instrumentos dóciles de la política de fuerza de los obispos. Sumamente fanáticos, no se detenían ante ningún exceso y aterrorizaban a tribunales, autoridades y a los propios adversarios eclesiásticos. Precisamente el monacato, mimado y tutelado por el alto clero, trabajaba así por doquier «con los medios más brutales para soliviantar a las masas» (Stein). También el obispo local, Memnón, había excitado al pueblo de Éfeso contra Nestorio, para quien estaban cerradas las puertas de todas las iglesias. Pues el mismo Cirilo no sólo había escrito, ya en 430, cinco libros *Adversus Nestorii blasphemias* y redactado a vuelapluma, aquel mismo año , otros tres tratados polémicos *De recta fide,* enviando uno al emperador Teodosio, dos *Ad reginas,* a sus tres hermanas Arcadia, Marina y Pulquería, y otro a su esposa Eudoquia, sino que ya había condenado en doce «Anatematismos» tanto al «enemigo de la Santa Virgen» como sus supuestas tesis convirtiendo con ello su papel de acusado en el de acusador. Trataba a Nestorio como hereje convicto, iniciativa contraria a derecho, pues, según norma canónica del Reich, entonces vigente, una controversia dogmática sólo podía ser zanjada por un sínodo convocado por el emperador. Aparte de ello Nestorio había declarado en varios escritos que, con ciertos reparos, también reconocía a María el título de *Deípara,* el *theotokos,* escribiendo, por ejemplo, al obispo de Roma: «Por lo que a mí respecta, no estoy en contra de quienes quieren usar el término *theotokos,* mientras no se le interprete, imitando la necedad de Apolinar y de Arrio, de modo que implique una confusión de las naturalezas».[1259]

[1258] Kyrill. Alex. ep. 20. Hefele II 165, cit. en Dallmayr 161. Caspar, Papsttum I 403 s. BihImeyer/TüchIe 279. Camelot, Ephesus 53 s, 57. Dallmayr 161, 168

[1259] Altaner/Stuiber 286. Stein, Vom romischen 450 ss. Caspar, Papsttum 1402 ss. Camelot, Ephesus 76 s. BihImeyer/TüchIe 1279. El católico Kirsch habla ciertamente del «séquito armado» de Nestorio. En cambio, por lo que respecta a la llegada de Cirilo sólo hace constar los «aproximadamente 50 obispos» que

El concilio no pudo iniciarse en la fecha fijada, el 7 de junio, porque el patriarca Juan de Antioquia —que llevaba semanas de penoso viaje por tierra durante el que enfermaron algunos obispos y murieron algunas acémilas— así como algunos obispos de Siria y Palestina se retrasaron. Pero aunque (o precisamente porque) un mensaje de Juan del 21 de junio prometía su pronta llegada, Cirilo resolvió dar ya comienzo a las sesiones. Hacía calor. También aquí cayeron enfermos bastantes obispos; algunos murieron, incluso. Pero ya antes de que llegase el grueso de los fieles de Nestorio, Cirilo inauguró el 22 de junio del 431 el Sínodo en la iglesia mayor de Éfeso, convertida ya hacía algún tiempo en iglesia mariana. Lo hizo por propia iniciativa y pese a la expresa prohibición del gobierno, a despecho de la enérgica protesta de 68 obispos de diferentes provincias (protesta fraudulentamente sustraída a las actas griegas del concilio) ya «que las acciones atropelladas —decían— que algunos han osado se volverán, por Cristo nuestro Señor y por los divinos cánones, contra su osadía e insolencia», también pese a la protesta reiteradamente elevada por el representante del emperador, el comisionado Candidiano, que se temía un «concilio privado», hasta que, finalmente, se le echó a la calle *«imperioso et violenter».* Cirilo se aseguró así, del modo más simple, una mayoría. Y *a posterior!* el rango de «Tercer Concilio Ecuménico de Éfeso».

El santo, que se alzó con todas las bazas sin el menor escrúpulo, afirmaría más tarde que unos cuantos obispos sirios se habían adelantado a sus colegas anticipando su estancia en la ciudad y le habían rogado en nombre del patriarca Juan —¡que luego protestaría y votó precisamente contra él! iniciar de inmediato el sínodo. Los datos aducidos por Cirilo causan al mismo Camelot «cierta dificultad [...]. Pero antes de cuestionar la sinceridad de Cirilo, habría que pensar más bien que no se acordaba ya exactamente de los hechos o confundía unos con otros [...]». ¡¿Acaso no vemos con harta frecuencia hoy en día que los políticos pierden su memoria y que, cabalmente, la Iglesia ya no recuerda, sin más, las cosas más importantes y confunde, incluso, calificándola de resistencia su colaboración con Hitler, Mussolini y Pavelic?! No hay nada nuevo bajo el sol.

[27]

Cirilo presidió a 153 obispos y según las actas de las sesiones ocupó delegadamente «el puesto de Celestino, el santo y venerable obispo de la iglesia de los romanos. Pues Cirilo tampoco esperó la llegada de los delegados de éste, los obispos Arcadio y Proyecto, ni tampoco la del presbítero Filipo. Primero se leyeron muchas áureas sentencias de la patrística acerca de la encamación del *logos* y la unión de la divinidad y la humanidad en Cristo. Después se las confrontó aparatosamente con 20 pasajes escogidos de Nestorio, «blasfemias» horrendas que causaron tal impacto en los oídos del obispo Paladio de Amasea que, casi petrificado de consternación, se tapaba sus ortodoxos oídos. A continuación se lanzaron sucesivos rayos y centellas, algunas bien estruendosas contra el maldito hereje que, para Euopcio de Ptolemais «merecía todos los castigos ante Dios y los hombres». Y ya en el primer día de sesiones impuso la excomunión y deposición del «impío» Nestorio, a quien ni siquiera oyó –se mantuvo prudentemente alejado— y a quien se mandó informar de todo con esta indicación personal: «A Nestorio, el nuevo Judas». Los sinodales procedieron, se dice en la resolución formal, a «emitir este triste dictamen

lo acompañaban y su exhortación a los alejandrinos para que «rezasen con el máximo recogimiento», 552

sobre él derramando abundantes lágrimas. El Señor Jesucristo, por él ultrajado, resolvió por consiguiente, a través del santísimo sínodo reunido que, ya privado de la dignidad obispal, fuese excluido del conjunto de la asamblea sacerdotal». No obstante «es hoy juicio unánime de los historiadores del dogma que Nestorio fue injustamente condenado como hereje». Y también lo es, de seguro, que el proceder de Cirilo «se caracterizó por una implacabilidad poco honrosa».

Mientras que Nestorio tuvo que ser protegido por los soldados, Cirilo se hizo festejar frenéticamente, con antorchas e incensarios: una puesta en escena tan llena de vileza como coronada por el éxito.[1260]

Jubiloso comunica al clero y al pueblo de Alejandría: «¡Salve Señor!» —acerca de este 22 de junio— que «tras una sesión que duró todo el día castigamos por fin al desdichado Nestorio con la deposición y privación de su dignidad de obispo. Fue condenado sin que osase siquiera presentarse al santo sínodo. Mas de doscientos obispos estaban allí reunidos», considerable exageración del santo. El dictamen conciliar lleva la firma de 197 obispos, pero allí había únicamente «unos 150 obispos» (Camelot y también el *Manual de la Historia de la Iglesia).*[1261]

Cirilo sigue contando a los suyos que todo Éfeso estuvo esperando desde muy temprano hasta muy tarde el juicio del «santo sínodo» y comenzó después a felicitarlo unánimemente y a alabar a Dios porque «había sido aplastado el enemigo de la paz». Después de abandonar la iglesia todos fueron acompañados hasta sus viviendas en medio de antorchas. «En toda la ciudad se celebraron fiestas de júbilo y luminarias. ¡Las mujeres llegaron incluso a preceder nuestros pasos agitando sus incensarios! El Señor ha mostrado su omnipotencia a quienes blasfemaron contra su nombre».[1262]

Resulta chocante: ¡a lo largo de la carta no se encuentra ni una sola sílaba referente a la proclamación de la maternidad divina de María, que es lo que pretendidamente estaba en juego!

¡Los textos conciliares no contienen ni una definición expresa del *theotokos! «En Éfeso no hubo en absoluto semejantes definiciones»,* enfatiza el cronista del concilio y asesor del II Concilio Vaticano, Camelot, para concluir poco después su exposición con estas palabras: «Esa historia divina y humana al mismo tiempo condujo en Éfeso a una *definición dogmática* expresiva de los más sublimes valores religiosos y de todo el realismo [!] de nuestra redención». Esto demuestra una vez más que no es sólo el carácter de los teólogos católicos lo que está endiabladamente perdido, sino también

---

[1260] Kyril. Alex. ep. 17 apol. ad Theod. 18. ACÓ I, 1,2, 3 ss. (Die latein. Konzilsakten. ACÓ I, 3, 52 ss) JK 378, coll. Veron. 9. Enchiridion Symbolorum coll. Denzinger-Umberg 1947, 113 ss. Coelest. I ep. 16 ss. Klauser Gottesgebärerin 1084 ss. Liébaert 753 ss. Altaner 244 ss, 293. Altaner/Stuiber 284. Kraft, Kirchenváter Lexikon 158. Stein, Vom romischen 452 ss. Schwartz, Cyrill 12 ss, 28,49. Caspar, Papsttum I 390, 403 ss. BKV 1935, 15. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 160. Winowoska 62. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 65 ss. Haller, Papsttum I, 112. Camelot, Ephesus 53 ss. Seeberg, Dogmengeschichte II 237 s, especialmente nota 2. Kühner, Gezeiten der Kirche 1138. Diesner, Der Untergang 129. Kótting, Die abendiándischen Teilnehmer 4 f. Schwaiger, Pápstiicher Primat 33 ss. Hamman, Kyrill 261 s. Andresen, Die Kirchen der alten Christenheit 387 ss. Gardner 500 s. Grillmeier, Vorbereitung 160 ss. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 109 s. Aland, Von Jesús 265 s. Holum 162 ss. Wojtowytsch, 289 ss

[1261] Kyrill. Alex. ep. 24. Camelot, Ephesus 57 ss. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 109

[1262] Kyrill.Alex. ep. 24

su lógica y que personas de esa índole sólo tienen cabeza al objeto de trastornar la del prójimo. (Por lo demás está muy bellamente expresado: ¡esta historia divina y humana al mismo tiempo!) Por cierto que el papa Pío XI habló repetidas veces, rememorando aquel espectáculo de Éfeso, de una definición solemne *(solemniter decretum)* relativa a María como Madre de Dios. No obstante, alguien —quizá el Espíritu Santo— tiene que haberlo iluminado después: ¡Su encíclica *Lux Veritatis* (¡Qué escarnio!) del 25 de diciembre de 1931 no contiene la menor alusión a una definición! En lugar de ello, Pío explica ahora el dogma de la maternidad divina de María como pura consecuencia de la doctrina de la «unión hipostática», que por cierto tampoco fue enunciado entonces conceptualmente.[1263]

28

Por lo demás, en su fuero interno, Cirilo no concedía gran importancia ni a lo uno ni a lo otro. De ahí que su carta se limite consecuentemente a hablar sobre cómo él y su séquito fueron incensados y sobre la aniquilación del «hereje», de su temido rival a quien se hizo saber por escrito:

«*El santo sínodo reunido en la ciudad de Éfeso por la gracia del más pío de los emperadores, santo entre los santos, a Nestorio, el nuevo Judas: Has de saber que a causa de tus impías manifestaciones y de tu desobediencia frente a los cánones del santo sínodo has sido depuesto este* 22 *de junio y que ya no posees rango alguno en la Iglesia*».[1264]

El Padre de la Iglesia Teodoreto de Ciro, participante en el concilio, escribió sobre ello: «Nuevamente se lanza furioso el egipcio contra Dios y pelea contra Moisés y sus siervos. La mayor parte de Israel aprueba a su adversario, pues son muy pocos los justos y tienen que sufrir tribulaciones por causa de su piedad [...]. ¿Qué comediógrafo escribió jamás semejante fábula? ¿Qué autor trágico pudo crear algo de tal aflicción?».[1265]

Nestorio declaró acerca de esta asamblea ecuménica que Cirilo encarnaba él mismo cada sesión «pues dijese lo que dijese, todos repetían sus palabras. Su persona representaba, sin duda alguna, el tribunal [...]. ¿Quién fue el juez? Cirilo. ¿Quién el acusador? Cirilo. ¿Quién fue obispo de Roma? Cirilo. Cirilo lo era todo». Por su parte, el papa Celestino reivindicó, naturalmente, para sí «la mayor parte, gracias a la ayuda de la Santísima Trinidad» y se glorió de haber proporcionado el escalpelo «para cortar ese absceso del cuerpo de la Iglesia», pues «la espantosa podredumbre lo hacía aconsejable». (En el siglo XX, el historiador católico Palanque atribuye al «hereje» Nestorio mal carácter y a san Cirilo «malevolencia»).[1266]

En la mente del papa Celestino, sin embargo, aquella asamblea de Éfeso se transfiguraba en una «gran legión de santos» que le «atestiguaba la presencia del Espíritu Santo». En realidad, Cirilo se había valido de él como pretexto, usándolo en su lucha contra Constantinopla, contra el patriarca y contra el emperador. Los delegados papales no tuvieron la menor influencia en las resoluciones y ni siquiera

---

[1263] AAS 23, 1931, 10 ss, 511 s. Camelot, Ephesus 76 ss, 83. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 169

[1264] ACÓ 1,1, 54 ss. Camelot, Ephesus 76 s

[1265] Theod. Cyr. ep. 162

[1266] Líber Heracl. c. 195. Caspar, Papsttum 1408,415. Camelot, Ephesus 55. Palanque 32. Schwaiger, Pápstiicher Primat 34 s. Wojtowytsch 292 ss

representaron a todo Occidente: el episcopado de África y el de Iliria tenían su propia representación autónoma. Por último, los legados romanos, cuya llegada ni siquiera fue aguardada para comenzar las sesiones, sólo se mencionan al final y muy de pasada en un informe tan amplio como el enviado a Celestino. De hecho, ello estaba en consonancia con su actuación, pese a algunas frases ampulosas como esta: «El santísimo y beatísimo Pedro, primero y cabeza de los apóstoles, columna de la fe y fundamento de la Iglesia católica, obtuvo de Nuestro Señor Jesucristo, redentor del género humano, las llaves del Reino y la potestad de atar y desatar. Y él sigue vivendo y juzgando en la persona de sus sucesores [...]», etc.[1267]

Con todo, no era sólo el caso de que Cirilo había usado a Roma como una baza, sino que Celestino, que realmente era entonces poco más que una carta en manos del alejandrino, había sido distinguido en Oriente como pocos papas anteriores a él. La declaración de su legado, el sacerdote Filipo, fue, al menos, incorporada a las actas conciliares ¡y pudo servir todavía de pieza probatoria de la infalibilidad papal al I Concilio Vaticano (1870)! En todo caso, «*la tragedia del patriarca Nestorio en su lucha con Cirilo, y el mismo Concilio de Éfeso, ofrecieron al papado ocasión para mostrar ante el orbe entero desde la gran tribuna de la iglesia estatal de Oriente las nuevas pretensiones de la época de las decretales. Se puede hablar con plena razón de una tragedia porque las distintas concepciones de las escuelas antioquena y alejandrina acerca de la encarnación no tendrían, en modo alguno, que haber desembocado en herejías y cismas para la Iglesia. El factor motriz que arrastró a la catástrofe, fue el odio suspicaz y la implacable voluntad aniquiladora con los que Cirilo atizó y llevó a su paroxismo la controversia nestoriana. Su tropa de choque más fuerte la constituían a este respecto bandas de monjes poco formados, adversarios de la razón, y por ello mismo, muy propensos al fanatismo [...]*». Tal es el juicio del teólogo católico e historiador de la Iglesia G. Schwaiger sobre uno de los mayores santos del catolicismo.[1268]

29

Con todo, la proclamación triunfal de Cirilo no puso colofón al concilio.

Algunos días después (a causa del mal tiempo y por «haberse despeñado los caballos») comparecieron los obispos sirios, llamados entonces «los orientales» —preventivamente excluidos por el santo— encabezados por su patriarca Juan de Antioquia, amigo de Nestorio. Apenas descabalgados se constituyeron, el 26 de junio, juntamente con una parte de quienes el 21 de junio se opusieron a Cirilo y en presencia del comisionado imperial y protector oficial del concilio, Candidiano, en lo que sin duda era «concilio legítimo, no se le puede denominar de otro modo» (Seeberg). si bien era un sínodo sustancialmente más reducido de unos 50 obispos. Depuso a Cirilo y al obispo local Memnón, gravemente comprometido, cuyas hordas de monjes acosaron de tal modo a Nestorio que hubo que proporcionarle protección militar (el documento de deposición lleva 42 firmas en las actas griegas; en la versión latina de Rusticus, 53). El sínodo declaró excomulgados a los restantes padres conciliares hasta tanto no condenasen las proposiciones heréticas de Cirilo «*frontalmente opuestas a la doctrina del Evangelio y de los apóstoles*». La minoría dirigió al emperador una áspera protesta contra la «bárbara asamblea» de los

[1267] Caspar, Papsttum I 410 s. Haller, Papsttum I 113 ss. Comprobar también la nota siguiente
[1268] Haller, Papsttum 1113. Schwaiger, Pápstiicher Primat 33 ss

adversarios e interceptó los escritos de Cirilo a Teodosio, a raíz de lo cual el santo echó a la calle a sus bandas de monjes más contundentes y aguerridos. Entre ellos descollaba especialmente Shenute de Atripe, santo de los coptos. El resultado fue una anarquía total: el concilio minoritario, de signo nestoriano, apenas pudo ser protegido de la soliviantada multitud, aunque también Nestorio iba flanqueado por una «pandilla de la porra» con la que amenazaba mortalmente a los obispos de Cirilo.[1269]

Durante el mes de julio, después de llegar los legados romanos, los obispos Arcadio y Proyecto y el sacerdote Filipo, auténtico portavoz, la mayoría conciliar se reunió todavía en una quinta sesión. Filipo hizo notar en su discurso de salutación que el papa Celestino había zanjado ya la cuestión mediante su carta a Cirilo. Seguidamente se leyó un segundo escrito papal, primero en latín, como exigieron firmemente los legados, y después en griego. Los reunidos, obviamente preparados por Cirilo, prorrumpieron en gritos: «¡Justo juicio! ¡Gloria a Celestino, el nuevo Pablo!

¡Gloria a Cirilo, el nuevo Pablo! ¡A Celestino, custodio de la fe, a Celestino cuyo espíritu está con nosotros en el sínodo! ¡A Celestino da las gracias el sínodo! ¡Un Celestino, un Cirilo, una fe en el sínodo, una fe en el mundo!». (¡Un solo pueblo, un solo Reich, un solo Führer!) ¡¿Qué alemán de mi generación no pensaría, al oír esa retórica totalitaria, en el grito —¡bastante más modesto pese a todo!— de la época nazi?!

¡Una sola fe en todo el mundo! eso es lo que desearían siempre, ¡si se trata de *su* fe! De su falta de fe... Alejandría y Roma quedaban, por así decir, coordenadas y equiparadas paritariamente en las aclamaciones sinodales. De ahí que el legado papal Filipo, valiéndose de un jerga sacra nauseabunda, se apresurase a presentar el asunto bajo la perspectiva romana: «*Agradecemos al sacro y venerable sínodo que tras haber leído en vuestra presencia la carta de nuestro santo y bienaventurado padre, vosotros os habéis unido como miembros sacros a la sacra cabeza por medio de vuestras voces y exclamaciones sacras [...] pues vuestra bienaventuranza sabe bien que la cabeza [...] de toda la fe y de todos los apóstoles es el bienaventurado Pedro*» (¡tanta santidad no puede ser otra cosa que una mentira!). También al día siguiente hizo Filipo manifiestas las aspiraciones de Roma a su primado, pero el obispo Teodoro de Ancira, malogró muy hábilmente sus propósitos. Tampoco Cirilo pensaba lo más mínimo dejarse convertir en mandatario del papa y destacó finalmente de nuevo la preeminencia del orden sinodal más antiguo, la aprobación, por parte de los romanos, de la resolución del concilio (¡y no, por ejemplo, viceversa!), sin que ambas partes tirasen no obstante a matar. Cada una de ellas usaba a la otra para sus propios fines.[1270]

[1269] ACÓ 1,1, 5, 13 ff; I, 5, 5, 119 ss. Socrat h.e. 7, 34. Néstor. Lib. Heracl. 372. LThK I. A. IX 243. Stein, Vom romischen 435 s. Schwartz, Cyrill 12 s. Ehrhard, Die griech, und die latein. Kirche 67. Camelot, Ephesus 62. Haller, Papsttum 1112 ss. Seeberg, Dogmengeschichte 11 237. Kühner, Gezeiten der Kirche I 139. Maier, Verwandiung 156. Andresen, Die Kirchen der alten Christenheit 387 ss. Chadwick, Die Kirche 231 s. Schwaiger, Pápstiicher Primat 36 s. Grillmeier, Von der Apostolischen Zeit 642 ss. Aland, Von Jesús 266. Dempf, Geistesgeschichte 133, s. Holum 165 ss. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 110 s. Wojtowytsch 291

[1270] Las actas conciliares de esta segunda sesión ACÓ I, 1, 3, 53 ss. Caspar, Papsttum I 408 ss. Haller,

30

El 11 de julio, la delegación papal confirmó la deposición de Nestorio. El 16 de julio, el concilio de la mayoría declaró nula y contraria a los cánones la deposición de Cirilo y de Memnón por parte de los orientales. El 17 de junio excomulgó al patriarca Juan de Antioquia (después que éste rechazase una triple citación de comparecencia) y a sus partidarios y dispuso su suspensión de todos los cargos espirituales hasta tanto «no se enmendasen». Así pues, cada uno de los concilios declaró maldito al otro, de forma bastante cristiana y cada uno de ellos envío a la corte una delegación, a requerimiento de la más alta dignidad. El emperador confirmó así las resoluciones de ambos. Fracasó un intento de avenencia. El abad Dalmacio, que pasaba por santo y presumiblemente no había abandonado su celda en 48 año s, entró en acción de parte de Cirilo. Dalmacio se puso ahora al frente de unas pandillas de monjes y se manifestó entre cánticos sagrados y acompañado de una gigantesca multitud ante el palacio imperial hasta que fue recibido por el indeciso soberano, quien ahora debía, más aún, tenía que tomar una decisión, pero siguió aún vacilante. A principios de abril apareció en Éfeso el tesorero imperial, Juan *(comessacrarum largitionum),* con un escrito de su señor que deponía a Cirilo, Memnón y Nestorio, hasta que él mismo, el *comes* Juan, arrestó a los tres actores principales, Cirilo, Nestorio y el obispo local Memnón, «en prevención» de tumultos, toda vez que ambos partidos se pelearon en su presencia al ser convocados conjuntamente. Al último, por deferencia, se le dejó en su propio palacio.

En esta fase decisiva del concilio, en la que Cirilo presentó el dogma de la «Madre de Dios» o de la virgen *Deípara,* como se prefiera, «se fue abriendo paso un vuelco en el ánimo de la corte» (Biblioteca patrística). De ahí que Cirilo escapase pronto de su encarcelamiento y estuviese, ya a finales de octubre, de nuevo en Alejandría. Allí recompensó a sus guardianes admitiéndolos en el clero local y se dedicó, sobre todo, a activar a su manera, y por medio de sus agentes en la capital, la continuación del concilio, «al estilo Cirilo», por así decir. Pues este hombre, el que con mayor frecuencia y patetismo habla del «aspecto carismático de la Iglesia» (K. Rahner, S. J.), a quien el papa Celestino llama «mi santo hermano Cirilo», *«bonusfidei catholicae defensor», «probatissimus sacerdos», «vir apostolicus»,* a quien Atanasio Sinaíta ensalza como «el sello de los Padres» y cuyo nombre ha sido perennizado en absoluto, en la historia de la Iglesia y del dogma, como el del instrumento providencialmente elegido, como el gran abogado, salvador, incluso, de la ortodoxia, este hombre comenzó a dilapidar el dinero de la iglesia alejandrina derramándolo sobre la corte. Ésta estaba plagada de cómplices y espías suyos y el santo soborno cielo y tierra, todo cuanto era sobornable, pero todo ello «en favor de la fe amenazada» (Grillmeier, S. J.). «Las últimas negociaciones eclesiásticas [...]», así titula el dominico Camelot (con el *imprimatur* eclesiástico) este apartado: «[...] todo lo cual es un asunto en el que no queremos demoramos en particular, pues no atañe directamente al concilio».[1271]

Papsttum I 112 ss. Camelot, Ephesus 53 ss. Schweiger, Pápstiicher Primat 34 ss. Wojtowytsch 292 ss

[1271] Vita S. Dalmatii. Altaner 243. Altaner/Stuiber 284. Hergenróther 457 s. Caspar, Papsttum I 404 s, 410 ss. Kirsch 554 s. BKV 1935, 12, 15 ss. Ehrhard, Die Griech. und die latein. Kirche 67 s. Seeberg, Dogmengeschichte II 238. Camelot Ephesus 65 ss. Dempf, Gesitesgeschichte 133 s. Aland, Von Jesús 266 ss. K. Rahner, cit. en Ritter, Charisma 198. Schwaiger, Pápstiicher Primat 34. Grillmeier, Einleitung in

Nosotros, en cambio, sí que queremos demoramos aún en ello, tanto más cuanto que apenas habrá nadie dispuesto a creer que el alejandrino inundó la corte imperial con sus *eulogias* («donativos») por razones caritativas.

31

San Cirilo, distinguido —¡estigmatizado!— por decreto de la Congregación de Ritos, con fecha de 28 de julio de 1882, con el máximo título concedido por la Iglesia católica, el de *Doctor Ecciesiae,* obsequió personalmente o por medio de terceros, con generosidad de gran comerciante y arriesgándolo todo en el justo momento, a las princesas y a la camarilla palaciega con codiciadas plumas de avestruz, costosos tejidos, tapices y muebles de marfil. Untó con gigantescas sumas a altos funcionarios, usando así de sus «conocidos recursos de persuasión», como dice Nestorio con sarcasmo —que no le duraría mucho desde luego—, de sus «dardos dorados». Dinero, mucho dinero: dinero para la mujer del prefecto pretorio; dinero para camareras y eunucos influyentes, que obtuvieron singularmente hasta 200 libras de oro. Tanto dinero que, aunque rebosante de riqueza, la sede alejandrina hubo de tomar un empréstito de 1.500 libras de oro, sin que ello resultase a la postre suficiente, de modo que hubo de contraer considerables deudas. (Cuando el sucesor de Cirilo, Dióscoro, tomó posesión de su cargo, halló las arcas vacías a causa de estos sobornos.) En una palabra, el Doctor de la Iglesia Cirilo se permitió, sin detrimento de su santidad si no, más bien, al contrario, poniéndola cabalmente así de manifiesto, «maniobras de soborno de gran estilo» (Caspar), pero, al menos, maniobras tales —escribe complacido el jesuita Grillmeier— «que no erraron en sus objetivos». Disponemos de inventario de aquellas maniobras constatables en las actas originales del concilio. Una carta de Epifanio, archidiácono y secretario *(Syncellus)* de Cirilo al nuevo patriarca de Constantinopla, Maximiano, menciona los «regalos», una lista adjunta los desglosa exactamente, y el Padre de la Iglesia Teodoreto, obispo de Ciro, informa al respecto como testigo ocular.[1272]

El dogma costó lo suyo, no cabe duda. A fin de cuentas ha mantenido su vigencia hasta hoy y el éxito santifica los medios. En este caso, literalmente, incluso al promotor del éxito. Y no es éste ni mucho menos el único caso en que se granjearon así el favor del Espíritu Santo y en que la teología, o por mejor decir, sus resultados prácticos se pagaron en metálico. El dinero jugó ya desde muy temprano su papel en la imposición de la fe y de la violencia y también, y a mayor abundancia, en épocas subsiguientes. El jesuita Bacht aborda tangencialmente la cuestión de «los cuantiosos dineros de soborno», que «nunca (¡) escatimaron los patriarcas de Alejandría». ¡Pero tampoco escatimaron los otros!, los de Roma sin ir más lejos, de modo que los soberanos de la Iglesia y de la «herejía» operaron con ellos, pagándolos y embolsándoselos, y también los emperadores cristianos, como ya hizo el primero, Constantino, quien no sólo colmó al clero de dinero y prebendas, sino que también

---

Grillmeier/Bacht 1245. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 111

[1272] Bibl. Casinens. 1, 2, 46. ACÓ I, 4, 222 ss. Seeck, Untergang VI 230 s, 444. Stein, Vom romischen 454 s. Kidd III 259. Caspar, Papsttum 1412 f. Schwartz, Cyrill 12 ss. BKV 1935,17. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 71, quien desplaza a un año posterior, en 433, el acto de soborno mediante regalos y lo bagateliza como signo de «victoria». Campenhausen, Griech. Kirchenváter 160 s. Alföldi, romischen Kaiserreich 239. Haller, Papsttum 1112 ss. Dannenbauer, Entstehung 280, 393. Kühner, Gezeiten der Kirche 1139 s. Meier, Verwandiung 156. Bury, History 1353 s. Camelot, Ephesus 66. Aland, Von Jesús 266 ss. Chadwick, Die Kirche 232. Grillmeier, Einleitung in Grillmeier/Bacht 1245. Wojtowytsch 287

distribuyó donativos entre los pobres para hacerlos cristianos.[1273]

Y de seguro que también jugó su papel el que el dogma de la maternidad divina de María tomase cuerpo precisamente en Éfeso, es decir, en la sede central de la gran deidad madre pagana, de la Cibeles frigia, de la diosa protectora de la ciudad, Artemisa, cuyo culto, rendido por peregrinos, era algo habitual desde hacía siglos para los efesios. Artemisa, venerada especialmente en mayo, como «intercesora», «salvadora» y por su virginidad perpetua, acabó por fundir su imagen con la de María, si bien los últimos devotos de la diosa escondieron su imagen en el templo «adjuntándole cuidadosamente todos los fragmentos de las columnatas y estatuas de cierva que pudieron hallar mientras la construcción era arrasada por los cristianos, llevados de su santo celo» (Miltner).[1274]

Cirilo, a quien, según Altaner, el mundo debe —entre otras cosas— «el más famoso de los sermones a María de la Antigüedad» (Hom. 4) –en caso de que sea auténtico, algo contra lo cual hay serios reparos incluso por parte católica—, dio plenamente en la diana con sus «dardos dorados». Hasta el pío *Manual de la Historia de. la Iglesia,* editado con la bendición obispal no puede por menos de hablar de una «amplia donación de regalos entre las personalidades más influyentes de la capital», a consecuencia de la cual el patriarca «gravó la iglesia alejandrina con una enorme carga de deudas». El manual parece, al mismo tiempo, irritado por el hecho de que «Nestorio tildó, amargado, de soborno aquella acción», como si no hubiese sido efectivamente uno de los más tremendos. Los católicos se buscan penosamente aquí, como en todos los casos altamente escabrosos, subterfugios no menos escabrosos. El teólogo Ehrhard, por ejemplo, no subsume el uso de las ingentes cantidades de soborno por parte del Doctor de la Iglesia «bajo el concepto con el que hoy se designaría», pues en ese caso «habría que condenarlo del modo más enérgico» y eso, por lo visto, no debe hacerse. De ahí que acuda al eufemismo, calificándolo de bien conocida «costumbre de la época [...] de no presentar un ruego a una (?) alta personalidad sin acompañarlo de un presente». Pero, en todo caso, hasta para el propio Ehrhard, el santo «rayaría más alto en nuestra estima si no se hubiese plegado a esta costumbre y hubiese confiado única y exclusivamente en la bondad de su causa». Pero eso es, precisamente, lo que no podía hacer el santo.

32

El patriarca de Constantinopla, sin embargo, perdía ahora a ojos vista el terreno bajo los pies. La opinión de la corte dio un vuelco. El emperador Teodosio II, cuyo parecer dependió a lo largo de su vida del de su entorno, estaba intimidado, además, por la actitud terrorífica de los monjes de Cirilo como también, quizás, por aquella carta del papa Celestino en la que, precisamente por entonces, el año 431, le inculcaba la idea de que el auténtico soberano de su reino *(impertí rector)* era Cristo, por lo cual el regente debía proteger la ortodoxia y defender la fe verdadera, a la par que acentuaba la prioridad de todo lo religioso frente a todo lo «temporal». De ahí que Teodosio dejase a Nestorio en la estacada, tanto más fácilmente cuanto que este cometió el error de ofrecerle su abdicación. Renunció a su sede obispal y suplicó al

[1273] Euseb. h.e. 5,18,12; 5,28, 10. Stein, Vom romischen 457. Bauer, Rechtgläubigkeit 156 f. Bacht, Die Rolle, 203

[1274] Klauser, Gottesgebärerin 1087 s., 1095 ss. Schneider, Geistesgeschichte 1239, n 116. Dallmayr 131 ss. Miltner, cit. según R. Oster 24 ss. (Cit. 29, nota 44). Comprobar también Deschner, Hahn 365 ss

déspota poder intervenir, en cambio, para promulgar en todas las iglesias edictos reprobando la «charlatanería de Cirilo», evitando así el escándalo a los más simples. El 3 de septiembre del año 431 Nestorio fue a su antiguo monasterio junto a Antioquia y el 25 de octubre fue sucedido en su cargo por el presbítero Maximiano, una nulidad que no causó estorbo ninguno a Cirilo.

Ni tampoco al papa. Celestino saludó la «elevación» de Maximiano, le dedicó una carta escrita plenamente en tonos propios del superior y dirigió una larga carta pastoral a los clérigos de Constantinopla, como si todos estuviesen a sus órdenes. El 15 de marzo del año 432 se abatió nuevamente contra el destronado Nestorio comparándolo con Judas, salvando las distancias a favor de éste. Fustigó su «impiedad», pero mantuvo su prudencia guardándose de dar «el nombre de "herejía" a su perfidia», pues, «no toda impiedad es herejía», expresión muy equívoca. Y mientras denostaba a Nestorio como «pecador» de «ofuscada mirada», se presentaba a sí mismo bajo la luz más favorable. «Reivindico para mí —escribía el papa— el mayor mérito gracias a la ayuda de la reverenda Trinidad, en el restablecimiento de la calma [!] en el conjunto de la Iglesia y en las cimas de la actual alegría; pues fui yo [...] quien echó la semilla [...].» «Como el extirpar este tumor del cuerpo de la Iglesia era algo que parecía aconsejable a la vista de la terrible podredumbre, acompañamos el escalpelo a las vendas curativas.»

También Cirilo anunció su triunfo al orbe a toques de trompeta y no descansó hasta que su ya condenado antagonista, el «lobo carnicero», el «dragón redivivo», el «hombre de pérfida lengua inflamada por el veneno», que, sin embargo, se había estado resignadamente en calma durante varios año s, no cayó dentro de su esfera de poder. Deportado primero a Petra (Wadi Musa, en la Palestina del sur), fue finalmente llevado a un remoto rincón, casi sin agua, del desierto egipcio (con el encantador nombre de «Oasis»), lugar de residencia de funcionarios de la corte, caídos en desgracia, y de presidiarios. Vigilado por los espías del santo, Nestorio vegetó hasta consumirse en las condiciones más primitivas, sólo y olvidado, pero inquebrantable en su fuero interno y firme en la convicción de su ortodoxia hasta el final de sus días, siendo secuestrado y obligado varias veces a cambiar de residencia hasta el año 451. Después de una fallida petición de gracia, murió presumiblemente en los alrededores de Panápolis (Alto Egipto). Legó al mundo unas memorias, el *Libro de Heráclides* y su afligida autobiografía (editada en 1910), en la que trazó ciertos paralelismos entre su destino y el de su predecesor Juan Crisóstomo y también con el de Anastasio y Flaviano.[1275]

33

Nestorio fue la víctima de la colusión entre Alejandría y Roma, y, por último,

[1275] Una versión con interpolaciones del Líber Heraclidis se conservó en un manuscrito siriaco perdido durante la primera guerra mundial en el Kurdistán. El «Libro (Bazar) de Heráclides de Damasco» lo editó P. Bedjan en 1910 en París; versión francesa de F. Ñau; inglesa de G. R. Driver/L. Hodgson 1925. Kyrill. Alex. Dass Christus Einer ist. ACÓ I 1, 7, 71. Néstor. Lib. Heraki. 388. Socrat. 7, 37, 19. Altaner 245, 293 s. Altaner/Stuiber 286. Stein, Vom romischen 450 s, 455 ss. Seeck, Untergang VI 436. Schwartz, Cyrill 161 s. Caspar, Papsttum I 389, 413 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 68, 71 ss. Campenhausen, griech. Kirchenváter 162. Haller, Papsttum I 114 s. Jedin 26. Seeberg, Dogmengeschichte II 238. Anastos 117 ss. Abramowski, 259. Franzen 84. Kühner, Gezeiten der Kirche 1,139 s. Dallmayr 176 s. Camelot, Ephesus 67. Gardner 502 s. Chadwick, Die Kirche 232 s. Antón, Selbstverstándnis 70 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 111. Podskaisky, Nestorius 216, 221s

también de la corte. El papa Celestino I había jurado a Teodosio prestarle su apoyo para cimentar tanto más sólidamente su propia dominación. Y después del concilio elogió de forma casi entusiástica al monarca y con las palabras del profeta denominó a su Imperio «reino para toda la eternidad». Ese título de gloria le pertenecería siempre ya que «ninguna época ni longevidad lo podrán borrar. Pues es eterno cuanto sucede por amor al rey eterno». Esto estaba ciertamente en consonancia con su antigua declaración: «Dichoso el Imperio entregado al servicio de la causa de Dios». En realidad, dichoso en tal caso no lo es tanto, desde luego, el Imperio como el papado. Eso es, por lo demás, lo debido. ¡Se trata únicamente de eso! Y ello es lo que justifica cualquier dureza, cualquier bajeza, cualquier abyección. De ahí que W. Ullmann subraye con razón que fue el mismo papa quien rogó al emperador que Nestorio, ya condenado por el veredicto de los obispos, fuese además apartado de la sociedad, algo que J. Haller interpreta como señal «del miedo y del odio que todavía suscitaba el derrocado», a quien aún se creía capaz de un reinicio de la controversia pelagiana.[1276]

El cronista conciliar Camelot nos presenta, sin embargo, un resumen típico de la teología católica. Partiendo de la cuestión de cuál fue «el auténtico Concilio de Éfeso», opina de inmediato que muchos historiadores ven en este sínodo «tan sólo un asunto bien triste», una «tragedia lamentable y embrollada» escenificada por el «faraón alejandrino» (apelación, por lo demás de un católico famoso, el historiador de la iglesia L. Duchesne, a quien la institución tampoco dejó del todo indemne) y expresa de hecho que «hasta hoy en día muchos estudiosos, incluso muy buenos y en modo alguno heréticos en su totalidad, se sintieron impulsados a juzgar severamente e incluso a malfamar la conducta de Cirilo en todo este asunto y, en consecuencia, al mismo concilio». Y con no poca frecuencia da la impresión de que el mismo Camelot propende a ello, pues aduce razones de peso en favor del concilio de Nestorio y de Juan y también otras equivalentes en contra de Cirilo, cuya impugnabilidad y carácter escandaloso están «fuera de toda duda». Claro está que a continuación escribe así: «La presencia de los legados romanos basta, sin embargo, para garantizar el carácter ecuménico del concilio de Cirilo, calidad ausente del de los obispos orientales. Fue así como el concilio de Cirilo, y no el de Juan, estuvo en comunidad con el papa».

Con ello se pone una vez más de manifiesto, como en mil otras ocasiones de la historia, que basta meramente hacer causa común con el papa para convertir en justo lo injusto. Dice, con todo, Camelot que algunos hablan del «latrocinio de Éfeso», no concediéndole más valor que al del año 449. Más aún, en su libro *Los cuatro grandes concilios,* aparecido en la editorial católica Kósel, H. Dallmayr califica de «fiasco» y de «el concilio más escandaloso en la historia de la Iglesia» a aquella asamblea en la que los legados papales hallaron que «todo respondía a los cánones y a las reglas eclesiásticas».[1277]

Hoy apenas hay en Éfeso unos cuantos monumentos cristianos. La antigua iglesia del concilio es una ruina e Izmir, que es con mucho la ciudad más grande de la

[1276] Coelest. ep. 22, 3 (Mansi V 267 E); ep. 23, 1 (Mansi V 270 AB). Haller, Papsttum I, 115. üllmann, Gelasius I, 57 s. mit Bez. aufJK 386 (ACÓ 12, 89)

[1277] Dtv Lexikon IV 219. Caspar, Papsttum 1410. BiehImeyer/TüchIe 1281. Camelot, Ephesus 68 ss, 81. Duchesne cit. asimismo en Dallmayr 131, 162

comarca, cuenta apenas con dos mil cristianos entre sus 450.000 habitantes.[1278]

1.10 LA «UNIÓN» O EL INCREÍBLE CHANCHULLO DE LA FE: LA BRIBONADA ENTRE CIRILO Y EL MONJE VÍCTOR

Cuando los vientos volvieron a soplar en la otra dirección y comenzaron las protestas en todo Oriente, Cirilo, vencedor de momento gracias al oro y la astucia, desechó todo cuanto había propugnado teológicamente en Éfeso, con tal de preservar su puesto. Los dos sínodos —el papa Celestino le había felicitado varias veces por su fructífero trabajo conciliar en marzo de 432— se habían separado, en realidad, en actitudes totalmente irreconciliables. Con todo, después de cierto tira y afloja, Cirilo capituló dogmáticamente. Ya en 433, renunció a buena parte de su terminología y firmó un profesión de fe a manera de fórmula unitaria que también Nestorio hubiese aceptado en buena medida, si es que no del todo. Ahora admitió como válida la diferencia entre las cualidades divinas y humanas de Cristo, algo que hasta entonces había reprobado, y se pronunció a favor de una fórmula de compromiso típicamente equívoca: Cristo verdadero Dios y verdadero hombre en «unidad inmixta». Y de acuerdo con ello también la maternidad divina de María. «En definitiva, también Nestorio hubiese podido firmar eso» (Haller). Es más, para H. Daílmayr, que se confiesa cristiano, no hay «hoy mucha gente que dude de que Nestorio hubiese suscrito de todo corazón este credo unitario. Sólo que no estaba en situación de hacerlo, pues no le fue presentado». ¡Era la reproducción textual de un escrito de protesta contra los «Anatematismos de Cirilo», símbolo de fe escrito probablemente por Teodoreto de Ciro y que los antioquenos aliados con Nestorio habían redactado ya, palabra por palabra, el año 431 en Éfeso y enviado a la corte! «Alégrese el cielo, exulte la Tierra», exclamó ahora Cirilo ante Juan. Y como contrapartida por su signatura, los antioquenos reconocieron ahora —y en ello siguió insistiendo Cirilo, pues eso era lo único decisivo para él— la consagración del nuevo patriarca de Constantinopla, Maximiano, y —lo que Seeberg reputa como un «suicidio moral»— la condena de su antecesor, Nestorio.

34

¡Ellos, que enseñaban lo mismo que él! y que hacía poco, regresando de Éfeso, en Tarso y en la misma Antioquía, arrebatados por la indignación, habían condenado en sendos sínodos a Cirilo como apolinarista, improperio que aparece una y otra vez en sus escritos, excluyendo de la Iglesia tanto al santo como a sus partidarios! El obispo Alejandro de Hierápolis seguía empeñado en que aquél se retractase de sus Anatematismos. Más aún, un grupo opositor dirigido por los obispos Eladio de Tarso y Euterio de Tiana urgió al nuevo papa Sixto III para que anatematizase al alejandrino. Provincias enteras renegaron de Juan. Pero lo que menos necesitaba el emperador era una disputa clerical. Hizo pues intervenir a Simeón el Estilita, el santo tan a menudo ridiculizado en la antigüedad y en la modernidad (por parte de Gibbon, Tennyson y Haller) pero altamente venerado por la Iglesia, que primero se pasó siete años de pie sobre una columna pequeña y después otros treinta sobre otra mayor. Al

[1278] LThK. 1. A. III 711 s, 2. A. III 920 s. Dallmayr 186

parecer, Simeón arrancó de la «idolatría» a etnias enteras y causó un número tal de extraordinarios milagros que ello raya «en lo increíble» incluso para los católicos (Wetzer/WeIte). Frente al clero, desde luego, Simeón, tan fecundo en milagros y en visiones —a quien en otro tiempo habían incluso perseguido sus propios monjes del monasterio de Teleda—, mostró ser a todas luces impotente. E incluso cuando un comisionado especial de Teodosio, el tribuno y notario Aristolaos, a quien aquél envió a Antioquía, exigió la condena de Nestorio juntamente con la de sus escritos, siguieron resistiendo los orientales reunidos en sínodo. Sólo después que el patriarca Juan apelase al «brazo secular» y tras la dura intervención de los funcionarios del emperador, firmó el episcopado sirio la condena de Nestorio a excepción de una pequeña minoría agrupada en torno al nestoriano Alejandro de Hierápolis. Éste fue depuesto y deportado a Egipto por disposición del patriarca. Una vez más vencieron la corrupción y la violencia. Juan, que en 431 había depuesto a Cirilo apoyado por todos sus prelados, escribió ahora: «¡Asentimos (a los obispos ortodoxos de Éfeso), deponiendo a Nestorio [...]!».[1279]

Se trataba de un chanchullo casi increíble, al que llamaron la «Unión», tramado entre los patriarcas Cirilo y Juan y en el que dos papas metieron también cucharada: Celestino I, que había muerto entretanto, y su sucesor Sixto III, quien, con una autocomplaciencia rayana en el cinismo, escribió a Juan: «*El desenlace de este asunto te habrá hecho ver cuánto vale el estar de acuerdo con Nos*». (En memoria del concilio hizo también adornar con mosaicos la iglesia de Santa María Maggiore, cuya estructura había reformado.)

Varios obispos fuera de la órbita de poder de Cirilo le atacaron desde luego acremente, como hizo Sucenso de Diocesarea o Valeriano de Tarso. Pero incluso una parte de sus propios partidarios y entre ellos uno de los primeros, Acacio de Melitene, acérrimo antagonista de Nestorio, se escandalizaron de tal modo que Cirilo tuvo que tragarse algunos reproches, hacer declaraciones y seguir, en una palabra, un camino sinuoso, maligno y sin escrúpulos para no perder su apoyo. Juan, por su parte, unido por antigua amistad con Nestorio aparecía como su traidor. Los antioquenos aparecían en general y cada vez más como los acusados, mientras que Cirilo y Alejandría saboreaban su triunfo como partido más fuerte. Casi de inmediato, Teodosio II y Valentiniano III hicieron quemar todos los escritos de Nestorio. «Advierte, querido hermano» —celebraba el papa Sixto ante el patriarca antioqueno— a los «munificentísimos y cristianísimos emperadores» y «cuan vigilantes se han entregado a la causa de la religión, cómo resolvieron sin demora, sin atender a los asuntos temporales hasta que no satisficieron antes los celestiales [...]. Han puesto su empeño en favorecer la causa del papa, que nunca sustrajo su apoyo al imperio. Ellos saben que prestan su solicitud a quien sabrá resarcírsela con réditos. Lo que nos hace dignos de alabanza, es ver a los soberanos temporales aliados al rey celestial».

35

[1279] P. G. 77, 169 ss. ACÓ I 1, 4, 5, ss; 14, 18; I 4, 145 ss. Coelest. I ep. 22 ss. Wetzer/WeIte X 151 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 385. Altaner/Stuiber 284. Kirsch 556 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 69 ss. Seeberg, Dogmengeschichte II 238 ss. Haller, Papsttum I 115. Beck, Theologische Literatur 284. Camelot, Ephesus 244 ss. BihImeyer/TüchIe 1280. Dallmayr 181. Handbuch der Kirchengesch. n/1, 113 ss. Liébaert 754. Comprobar también la nota siguiente

¡Trono y altar! «¡Dame, oh emperador, la Tierra limpia de herejes y yo te daré el cielo como recompensa. Aniquila conmigo a los heterodoxos y yo aniquilaré contigo a los persas!» Así exclamó Nestorio en la prédica con la que inauguraba su cargo. Ahora era él mismo el hereje aniquilado. A excepción del *Líber Heraclidis* (disponible en versión siriaca) sólo se conservan algunos fragmentos de sus escritos, aunque él mismo no fuese «nestoriano» y no estuviese muy lejos de la fórmula que pronto sería promulgada en Calcedonia como ortodoxa. Se consideró «ortodoxo» hasta el último momento y ya contemporáneos suyos hablaron de la «tragedia de Nestorio». Y de hecho no ha podido ser convicto de herejía hasta el presente. Investigadores de renombre intentaron rehabilitarlo. El historiador del dogma, R. Seeberg ha esclarecido la fe de Nestorio basándose en el *Líber Heraclidis,* en el que critica mordazmente a Cirilo y expone su propia posición. Seeberg resume: «Esa doctrina no tiene, de hecho, nada de «herética» [...]. Viene, en sustancia, a coincidir plenamente con León y el calcedonense. La diferencia estriba en que estos últimos han prodigado acusaciones y afirmaciones de carácter general, mientras que Nestorio es tan esmerado en la refutación de sus adversarios como en la exposición de sus concepciones. Apenas resulta exagerado considerar a su libro como el intento más significativo y más sagaz de resolver el problema cristológico de entre los emprendidos en la Iglesia antigua». Y el católico Franzen escribe por su parte que «sigue siendo algo no dilucidado hasta hoy» en qué medida era «herética» su enseñanza. Lo es sobre todo porque de este lado es muy raro que se reconozca la comisión de un error grave, de un delito.

No obstante, los nestorianos, públicamente perseguidos, huyeron en desbandada al reino persa. Allí obtuvieron una acogida favorable y debilitaron aún más a la ya débil *Catholica.* El año 485, los dos soberanos de las iglesias respectivas, el nestoriano Barsuma de Nisibe, y el católico Bábilas de Seiéucida, se anatematizaron recíprocamente. Bábilas fue ejecutado aquel mismo año . Los nestorianos, en cambio, separados oficialmente de los católicos desde el Concilio de Seiéucida del año 485, se expandieron poderosamente. Como también fueron duramente combatidos por los monofisitas, ello condujo a nuevas luchas. A despecho de todo, su expansión continuó, llegando en el siglo VI a Ceilán y a las comarcas turcas del Asia Central. En el siglo VII llegaron a China, que toleró durante dos siglos a los cristianos, a través de la ruta de la seda. Como escribe el Katholikos Timoteo I, que impulsó afanosamente las misiones, muchos «cruzaron los mares hacia la China y la India, llevando tan sólo su báculo y su bolsa» En el siglo XIV, la invasión mongola determinó, sin embargo, su brusco y rápido declive. En el siglo XVI, numerosos nestorianos se unieron a Roma bajo la denominación de caldeos o cristianos de Malabar. En el siglo XVII, muchos se hicieron monofisitas (jacobitas). Pero todavía en el siglo XX sigue habiendo (pequeñas) iglesias nestorianas en Irak, Irán, y Siria, aparte de los 100.000 nestorianos del Kurdistán, unos cinco mil en la India y unos veinticinco mil en EE.UU. Nestorio pasó, con todo, a la historia como el «hereje» reprobo de Dios, mientras que ya el Concilio de Calcedonia, lo que en todo caso es harto significativo, celebró a Cirilo como un segundo Atanasio adornándolo con el título de «abogado de la fe ortodoxa e inmaculada».[1280]

[1280] ACÓ 11, 1, 7 ss; 15 ss; 11,4, 25 s; Kyrill. Alex. ep. 38. Sixt. III. ep. 6. Coelest. ep. 4, 1. Joh. Ant. ep.

Realmente, el santo era un consumado artero, como lo eran, sin duda, muchos de los príncipes de la Iglesia, si bien no todos llegaron a santos y, menos aún, a doctores de la Iglesia. Pero por muy taimadamente que el «abogado» hubiese luchado antes de la eliminación de su enemigo — supuestamente por mor de la fe y no del poder— ahora que ya tenía el poder, la fe no parecía ya tan importante. Y si poco tiempo atrás había amenazado a Nestorio citando al Señor: «*No creáis que yo he venido al mundo a traer la paz; no es la paz lo que yo vine a traer, sino la espada*». Ahora, tras el aplastamiento de Nestorio en la primavera del año 433, confesó a Juan de Antioquía que «tenía presentes las palabras del Señor: "Mi paz os doy; mi paz os dejo"». Había aprendido también a rezar: «Dios y Señor nuestro, danos la paz, pues con ellos nos lo has dado todo». ¡Muy al caso después de tenerlo ya todo![1281]

36

Lo que antes valía, no valía ya. Juan pensaba lo mismo y le escribió así: «Por lo que respecta a las razones de esas discrepancias de opinión, no es necesario entrar en ellas en estos tiempos de paz». La respuesta de Cirilo era muy análoga: «De qué modo surgió la disidencia es algo que no vale la pena exponer. Considero más conveniente pensar y decir todo aquello acorde con este tiempo de paz». Y de pronto podía ahora «convencerse plena y firmemente [...] de que la escisión de la Iglesia carecía totalmente de objeto y resultaba por ello inconveniente». Todo era ahora armonía, incluso en lo referente al credo. Complacido por el «querido hermano y colega Juan» a través de una «intachable profesión de fe», lo único que «puede constatar tras esas santas palabras» que «Nos pensamos como Vos. Pues ya hay únicamente un Señor, una fe, un bautizo» (Efes. 4, 5). Sí, ahora todo parecía ir a pedir de boca. Cirilo, el gran paladín de la fe, el abogado de la ortodoxia, no persistió ya en las expresiones de la escuela alejandrina, sino que asumió las fórmulas dogmáticas de la moderada cristología antioquena. Repentinamente dio muestras de «un alto grado de espíritu de conciliación» (el católico Ehrhard). Y los «criticones», los «detractores», los «insensatos», los «heterodoxos», la gente dada a la «locura» y a las «fábulas», todos aquellos «habituados a distorsionar lo correcto», a «tergiversar» al Espíritu Santo, todos los que a la «manera de avispas salvajes zumban acá y allá y llevan en sus labios palabras inicuas contra mí», sí, todos «tienen que ser entregados a la irrisión», a todos hay que «taponarles la boca». «Sobre sus cabezas atraen un fuego inextinguible».[1282]

Aquellos manejos en torno a las creencias, ponen en evidencia cuan poco le interesaba la verdad al Doctor de la Iglesia Cirilo. Según toda evidencia, apenas mostró interés en la controversia pelagiana que no afectaba a su afán de poder, mientras que el papa Celestino —que ni siquiera pudo imponerse a los obispos de

---

ad Proel. Jouassard, Cyrill 510. Kraft, Kirchenváter Lexikon 298, 385. LThK 1. A. II 824 ss. Dtv Lex. Antike Philosophie 236. Altaner 243. Kühner, Lexikon 29. Wickham 558 s. Hergenróther 454. Lea I 620. Stein, Vom romischen 456. Mingana 9. Heft 297 ss. Harris 110 ss. Kirsch 670 s. Caspar, Papsttum 1415 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 72. Campenhausen, Die griech. Kirchenváter 161 s. Dawson 139. Grillmeier/Bacht 5. Gross, Theodor 1. Sieben 241. Kawerau, Die nestorianischen Patriarchate 119 ss. Seeberg, Dogmengeschichte II 217 ss, 239 ss. Abramowski 259. Dannenbauer, Entstehung I, 280, 400. Oates 38. Franzen 84. C. D. G. Müller, Stellung und Bedeutung 227 ss. especialmente 233 ss. Camelot, Ephesus 87 ss. Anastos, Nestorius 117 ss. BihImeyer/TüchIe 281. Dallmayr 182 s. Kühner, Gezeiten der Kirche I 140. Chadwick, Die Kirche 232 ss. Aland, Von Jesús 268, 284. Frend, Mission 32 ss, especialmente 47 ss. Tinnefeid 323. Beck, Theologische Literatur 284. Wojtowytsch 298 s

[1281] ACÓ I 1, 4, 15 ss. PG 77, 173 ss

[1282] Ibíd. 11,4, 7 ss. PG 77, 169 ss. Ehrhard, Die griech. und die lateinische Kirche 71

África en el asunto de Apiario— persiguió a los pelagianos en la Galia Britania y hasta el fin del orbe de entonces, Irlanda, antes de que él mismo se durmiese «felizmente en el seno del Señor» (Grone).[1283]

Y al chanchullo de la Unión corresponde la —digámoslo así— bribonada menor en relación con el monje Víctor.

Víctor, presumiblemente un abad, fue uno de los tres acusadores de Cirilo, del «basurero alejandrino», cuyas quejas dieron motivo para el concilio. Era uno de los más peligrosos por gozar de especial respeto. Su acusación se vino abajo en Éfeso. Ahora, con Cirilo ya como vencedor, Víctor temió por su existencia. Por otra parte, el prestigio y la sabiduría del monje, que resultaban imponentes incluso para el emperador, seguían alimentando el temor de Cirilo. Así pues, Víctor se mostró ahora dispuesto a una declaración según la cual nunca había dirigido acusación ninguna contra Cirilo. Corroboró esta increíble mentira con un juramento, tras de lo cual pudo regresar a su monasterio. Y Cirilo, el santo Doctor de la Iglesia, no sólo fingió prestar crédito al juramento, sino que hizo de la mentira jurada su «triunfo más sólido» en su escrito de defensa contra el emperador. También Víctor, afirmaba, había sido calumniado como él, aunque nunca hubiese acusado a su patriarca. Así pues, ambos quedaban con su fama impoluta.[1284]

El alejandrino había obtenido un triunfo colosal con el Concilio de Éfeso, menos en el ámbito teológico que en lo relativo al poder en el seno de la Iglesia, que es lo que propiamente se estaba ventilando. «El concilio —subraya H. Kraft— tuvo su importancia por el hecho de que finalmente condujo a una clara condena de Nestorio. Su contribución al esclarecimiento del dogma cristológico fue, en cambio, escasa.». Fue ante todo un triunfo contra el patriarca de Constantinopla, la capital, pero también contra el gobierno que, al menos en un principio, prestó su apoyo a Nestorio. El patriarcado de Alejandría, en fase ascendente desde Atanasio, alcanzó ahora la cima de su poder. Cirilo se convirtió en el dirigente de la Iglesia oriental, es más, elevó «su poder temporal en Egipto por encima del de los representantes locales del emperador» (Ostrogorsky).[1285]

37

1.11 SAN CIRILO COMO PERSEGUIDOR DE «HEREJES» E INICIADOR DE LA PRIMERA «SOLUCIÓN FINAL»

El afán de poder, auténticamente horrendo, de este santo se satisfizo —como es desde luego típico para el catolicismo en general— bajo el pretexto de la lucha por la fe. Las obras de Cirilo ocupan, con todo y pese a diversas pérdidas, diez volúmenes de la *Patrología Graeca,* amplitud sólo superada por las de Agustín y de Juan Crisóstomo entre todos los antiguos padres de la Iglesia.

[1283] Gróne 123. Comp. con Abramowski 265, quien en relación coa la disputa nestoriana se refiere a Devreesse. Haller, Papstgeschichte 1107. Seppelt/Lofflér 19. Seppelt/Schwaiger 37 s

[1284] Schwartz, Cyrill 11,20 ss, 50 s

[1285] Kraft, Kirchenváter Lexikon 157. Ostrogorsky, Die Geschichte des bizantinischen Staates 48 s. El católico Camelot, Ephesus 40 no consigue ver en Cirilo ansias de poder ni tampoco intención alguna de «procurar a Alejandría la hegemonía respecto a Constantinopla»

Impávido contempla Cirilo a la «Iglesia de Dios» amenazada por tantas «herejías», por «doctrinas perversas e impías» de otros cristianos, «impíos», que, sin embargo, «se precipitarán también prontamente en las profundidades del infierno», en los «lazos de la muerte»; eso en caso de que no hallen «ya en esta vida un final miserable: él estaba allí para ayudarles a hallarlo. Sólo sobre el trasfondo de su obsesión por el poder se puede entender el borbotón informe, abrumador, y soporífero a menudo, de sus denuestos. La demonización de todos los cristianos disidentes, ya iniciada en los primeros siglos, tiende a acrecentarse aún más en él, siguiendo en ello exactamente las huellas de su siniestro predecesor y maestro, san Atanasio, de «nuestro bienaventurado y celebérrimo padre», a quien no aventaja, ciertamente, en obcecación, pero sí en brutalidad a la vez que llega como mínimo a su altura en lo referente a su inepcia como estilista. Incluso por parte católica se considera que su lenguaje y su exposición son poco atrayentes, lo cual no puede ser casual. Su expresión se califica de pedestre y difusa y, pese a ello, exuberante y recargada muchas veces (Biblioteca patrística). En una palabra: «Sus escritos no tienen un rango literario muy elevado» (Altaner/Stuiber). Eso expresado de una manera muy suave.

Quien no está con él, sólo puede ser un «hereje» a quien le imputa «insensatez», «ignorancia excesiva, desmesurada», «extravío y corrupción» —pues quien enseña algo distinto ha de ser también moralmente malvado—, le reprocha «escándalo», «blasfemias», «locura», «charlatanería y vacuidad», «demencia llevada al extremo». Tales gentes «inicuas en grado sublime», «tergiversadores y calumniadores consumados», «semejantes a beodos», «obnubilados por el delirio», «minados por la levadura de la maldad», «gravemente enfermos de ignorancia de Dios», llenos de «frenesí» y de doctrina «de origen diabólico», «pues falsean incluso la fe que nos fue legada apoyándose en la invención de la bestia rediviva», que aquí significa a Nestorio.[1286]

Cirilo apenas es capaz de poner fin a tales explosiones de dicterios, propias, desde luego, de un santo. Y naturalmente, exigía —poniendo ahora sus ojos en el emperador-: «¡Fuera, pues, con esas heces humanas!». «¡Fuera, pues, con esa charlatanería y vacuidad, con todo ese desvarío y engaño de palabras repulidas!» Y así como Nestorio en su misma prédica inaugural exhortó al emperador: «Aniquila conmigo a los herejes [...]» y ya en mayo de 428 se procuró de aquél un edicto contra todas las «herejías», también para Cirilo era obligación obvia del déspota el exterminar herejes. Pues, dice amenazando con el Antiguo Testamento, «si no se convierten, el Señor hará refulgir la espada contra ellos». El Señor lo era no sólo el emperador, sino, sobre todo, Cirilo.

De ahí que, apenas elegido obispo el 17 de octubre del año 412, procediese a atacar a los novacianos hasta entonces tolerados y considerados totalmente «ortodoxos». Especialmente rigoristas en su moral, ello no impresionaba precisamente a un hombre como Cirilo. Enfrentándose abiertamente al gobernador imperial ordenó cerrar por la fuerza sus iglesias, expulsándolos del país —otra trasgresión de la ley

[1286] Kyrill, Alex. ep. 39. Über den rechten Glauben an den Kaiser 5 s, 10 ss, 15. Adversus nolentes confit. sanct. virg. esse Deiparam 1 s; 6 s; 10 ss; 18; 29 s. Dass Christus Einer ist (BKV 1935,114 ss, 142,146,186) ep. 17 (Migne, 77,105 ss. 3. Brief an Nestorius) BKV 1935, Einleitung 18. Altaner/Stuiber 284

del Estado— y embolsándose tanto el patrimonio eclesiástico como el privado del obispo novaciano Teopento. Cirilo, comenta elogiosamente la «Biblia patrística», dio «el golpe de gracia» a más de una secta, pero —opina naturalmente el comentarista— con su «arma principal», con la «pluma». «¡Ay de la locura!», clama una y otra vez; «¡Ay de la insensatez y de la mente alocada!»; «¡Ay del entendimiento débil como el de una vieja y del espíritu vencido, que sólo puede parlotear [...]!». ¡Oh sí!, los «herejes» sólo cuentan «invenciones impías», «fábulas repugnantes», «estupidez supina». Y siempre están en las «cimas de la iniquidad». «Su garganta es, en verdad, una tumba abierta [...], sus labios esconden el veneno de las víboras.» «¡Despertad, borrachos, de vuestra ebriedad!»[1287]

38

Cirilo persiguió también a los mesalianos (del sirio *msaliyane* = orantes, llamados por eso *Cuchitas* en griego): ascetas pertenecientes en su mayoría a las capas sociales más bajas, con larga barba y vestidos de penitencia que se abstenían de trabajar y trataban de servir a Cristo mediante la renuncia y la pobreza totales. A este efecto, solían fomentar la convivencia de hombres y mujeres como expresión de la «fraternidad», algo que disgustaba especialmente a los católicos. Toda vez que ya habían sido condenados anteriormente, Cirilo hizo reprobar una vez más sus doctrinas y sus prácticas en Éfeso, forzándolos así a refugiarse en la clandestinidad. Naturalmente, hubo otros muchos que participaron en esta persecución. El patriarca Ático de Constantinopla (406-425), elogiado por el papa León y venerado como santo por la Iglesia oriental (su fiesta se celebra el 8 de enero y el 11 de octubre), exigió a los obispos de Panfilia expulsar a los mesalianos como si fuesen alimañas o ratas. El patriarca Fabliano de Antioquía los hizo desterrar de Edesa y de toda Siria. El obispo Anfiloquio de Iconio, los persiguió en su diócesis y otro tanto hizo el obispo Letoio de Mitilene, que incendió sus conventos. Para el obispo Teodoreto, Padre de la Iglesia, eran simples «cuevas de ladrones». Con todo, los mesábanos resurgieron en la Edad Media a través de los bogomiles.[1288]

Pero cada vez que Cirilo lanza un ataque, la parte atacada —algo típico en la casi bimilenaria política clerical— es presentada como un abismo de error, locura, estupidez, delirio. La otra, aparece como ortodoxia inmaculada, encamada por él mismo, cuya «exposición sabia y comprensible no es susceptible de censura en ningún punto», como él mismo se certifica modestamente. Una y otra vez, él y sus parciales pertenecen a aquellos «que han asentado firmemente su fe en un roca inquebrantable, que preservan su piedad hasta el final [...] y se ríen de la impotencia de sus adversarios. "Dios está con nosotros [...]"». De esta parte luce siempre «el resplandor de la verdad», mientras que la otra rezuma «insensatez y embriaguez», predica «como en sueño y en delirio», con ignorancia de «las Escrituras y del poder de Dios. Dormid, pues, como es debido, vuestra borrachera».[1289]

[1287] Kyrill. Alex. Über den rechten Glauben an den Kaiser 9; 12; 23. Dass Christur Einer ist BKV 1935,133,156,163. Socrat. h.e. 7,7; 7, 29. Cod. Theod. 16, 5,65. Ps. 7, 13. Jouassard, Cyrill 499 s, 508 s. Pauly 411. Dtv Lexikon Antike, Religión II 121. Kraft, Kirchenváter Lexikon 154 s. Stein, Vom romischen 413,418. BKV 1935, Einleitung 17. Caspar, Papsttum I 389. Thiess 294. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 156. Kawerau, Alte Kirche 171

[1288] Epiphan. haer. 80,1 ss. Theodor. haer. 4,11. hist. 4,11. LThK 1. A. 1780 ss, VII 114. Kraft, Kirchenváter Lexikon 70. Hergenróther 396 s. Tinnefeid 318 ss

[1289] Kyrill. Alex. Dass Christus Einer ist. Adversus nol. confit. sanct. virg. Esse Deiparam 1; 6; 10 s

«El testimonio más hermoso de su noble ánimo —ensalza a Cirilo una "edición especial" con el *imprimatur* eclesiástico concedido en la época hitleriana— es que hasta en la propia lucha intentó obsevar el mandamiento del amor fraterno y, pese a su vehemencia innata, nunca se dejó arrastrar hasta la pérdida de su autodominio, ni siquiera ante la más abyecta malevolencia de sus adversarios.» Y un investigador más reciente de este santo lo reputa como «intelectual de marcada frialdad cerebral» y su lucha contra la «herejía», como bastante «mesurada» (Jouassard): ¡al menos si se la compara con sus ataques contra los paganos y, sobre todo, céntralos judíos![1290]

El patriarca Cirilo, que constata en estos últimos una «ausencia total de comprensión del misterio» cristiano y habla de su «estolidez», de su «insania», y los califica de espiritualmente «ciegos», de crucificadores, de «asesinos del Señor», los trata en sus escritos «aún peor [...] que a los paganos» (Jouassard). Pero Cirilo, no se limitó a asestar golpes literarios, como la mayoría de los padres de la Iglesia, sino que también los asestó en la práctica. Ya en 414, este hombre «de energía extraordinaria», este «carácter de una pieza» (Daniel-Rops, católico), confiscó todas las sinagogas de Egipto, haciendo de ellas iglesias cristianas. También en Palestina aumentó por aquella época la represión de los judíos, siendo sus sinagogas incendiadas por mano de monjes fanatizados. Y cuando en la misma Alejandría, donde vivían muchos judíos, Cirilo citó ante sí a sus dirigentes, se produjeron al parecer atrocidades por parte de los judíos, incluso una masacre nocturna, aunque las fuentes no permiten ni probar ni tampoco desechar, en principio, estos hechos. En todo caso, el santo, sin estar en modo alguno facultado para ello, hizo que una muchedumbre gigantesca, dirigida por él, asaltase y destruyese la sinagoga, saquease las propiedades de los judíos como si se estuviera en situación de guerra, y los hizo desterrar, incluidos mujeres y niños, privados de su hacienda y de alimentación en un número de, presuntamente, cien mil o incluso de doscientos mil. La expulsión fue total y la comunidad judía alejandrina, la más numerosa de la diáspora y con más de setecientos años de existencia, fue así erradicada: la primera «solución final» en la historia de la Iglesia. «Puede que este modo de proceder de Cirilo —se dice en la "Biblia patrística", en 1935— no esté totalmente exento de inmisericordia y violencia.»

39

Cuando Orestes, el gobernador imperial, se quejó de inmediato ante Constantino, acudió allí a toda prisa una horda de monjes del desierto «despidiendo desde lejos el olor de la sangre y la santurronería» (Bury), que insultó a Orestes, bautizado en Constantinopla, tildándolo de idólatra y pagano y llegando a las manos contra él. Lo hirieron de una pedrada en la cabeza y lo habrían matado presumiblemente si el pueblo no se hubiera puesto de su lado. Cirilo rindió al atacante, que murió en el tormento, honores de mártir, aunque ni siquiera todos los cristianos lo tenían por tal. Es más, en un sermón glorificó al monje, y ya el 3 de febrero de 418 hizo elevar a 600 el número de miembros de su tropa de choque, que había sido reducida a 500

[1290] Jouassard, Cyrill 503, 508. Hümmeler 93. Tengo a mi disposición una edición especial del 42.-141. Tausend. «El imprimatur eclesiástico lo concedió el vicariado general del arzobispado de Colonia.» Comprobar también el prefacio que «en una época de profunda mutación [...] considera muy especialmente a las personalidades con cualidades de "Führer" religioso»

por un decreto imperial del 5 de octubre de 418.[1291]

Después que el suplicio causase la muerte del «mártir» surgió el estímulo adecuado para el asesinato de Hipatia.

Pues en marzo del 415 y con la aquiescencia de Cirilo, que soliviantó además los ánimos para ello (Lacarriére), fue despedazada la filósofa pagana Hipatia, conocida y celebrada en todo el mundo de entonces, hija del matemático y filósofo Theon, último escolarca conocido de la Universidad del Museo de Alejandría. Era asimismo maestra de Sinesio de Cirene, quien por carta la elogiaba como «madre, hermana y maestra», de «filósofa dilecta de Dios», pues tenía, incluso, alumnos cristianos. Y no sólo eso, sino que el mismo *Praefectus augustalis* Orestes gustaba de tratar con ella, lo que provocaba el encono de Cirilo. Pero una vez que el patriarca exaltó las pasiones populares difamando a Hipatia en sus sermones como maga y propalando infundios sobre ella, fue asaltada por la espalda por los monjes del santo, dirigidos por el clérigo Pedro, arrastrada a una iglesia, desnudada y hecha literalmente trizas con fragmentos de cristal. El despedazado cadáver fue públicamente quemado: «La primera persecución de brujas de la historia» (Thiess).[1292]

Pero aquello era también, y en mayor medida, una persecución de páganos. El patriarca Cirilo pasaba por ser «en boca de todos, el promotor espiritual del crimen» (Güidenpenning). Incluso la obra colectiva *Reformadores de la Iglesia,* publicada en 1970 con el *imprimatur* eclesiástico, escribe lo siguiente acerca de este santo católico, que figura entre los más grandes: «Cuando menos [!] es moralmente responsable del abyecto asesinato de la ilustre pagana Hipatia». Pues hasta un historiador cristiano como Sócrates, que, a mayor abundancia, es uno de los que entre todos sus colegas aspiraba a una mayor «objetividad» informa que el hecho era imputado por el pueblo a Cirilo y a la Iglesia de Alejandría. «Podemos, pues, estar convencidos de que la noble y cultísima mujer fue efectivamente la víctima más prominente del fanático obispo» (Tinnefeid). El paganismo tenía en Egipto una posición más fuerte de lo que comúnmente se cree. Había grupos numerosos de paganos en lo que suele denominarse «el pueblo» y entre las capas rectoras había importantes personalidades, especialmente entre los intelectuales.[1293]

40

Cirilo, continuador de la lucha de su tío y antecesor contra los paganos no podía, en principio, ver en ellos nada que los diferenciase de los judíos. Era necesario «hacerles morder el polvo», como hizo el por él tan celebrado Josías «que quemó a

---

[1291] Kyrill. Alex. Wider die Gegner des Namens «Gottesgebärerin» 10; 15; 17. Socrat. 7, 13 s. Cod. Theod. 16, 2, 42 s. Jouassard, Cyrill 506 s. Pauly III 411. Güidenpenning 225 ss. Stein, Vom romischen 418 ss. Schneider, Das Frühchristentum 15. Del mismo, Geistesgeschichte 1588 s. BKV 1935, 179, 199. Leipoldt, Antisemitismus 16. Thiess 294 s. Daniel-Rops, Frühmittelalter 185. Bury, History I 218. Schopen, Judentum 1960, 113. Kühner, Antisemitismus 37. Müller, Geschichte der Juden 9. Bell, Antisemitism 17 s. Rist, Hipatia 223. Hamman, Kyrillos 261. Tinnefeld 285s, 310s, 347

[1292] Socrat. h.e. 7, 14. Philostorg. 8, 9. Synes. ep. 10; 15; 16; 33; 81; 124; 133; 136 s; 154; 159. Güidenpenning 228 ss. Seeck, Untergang VI 76 ss. Stein, Vom romischen 419 s. Thiess 295 s. Schneider, Geistesgeschichte I 613. Del mismo, Die Christen 322 s. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 156. Bury, History 1217 ss. Lacarriére 151. Rist, Hipatia 214 ss. intenta exculpar personalmente a Cirilo. «There apears no reason to implícate Cyril in the murder itself [...]» sin resultar convincente. Tinnefeid 285 s. Haehiing, Religionzugehórigkeit 209 s. Hammond/Scullard 534

[1293] Jouassard, Cyrill 504 ss. Altaner/Stuiber 226. Kraft, Kirchenváter Lexikon 459. Güidenpenning 233. Hamman, Kyrillos 261. Tinnefeid 286

los idólatras juntamente con sus bosques sagrados y sus altares erradicando toda clase de hechicería y adivinación y reprimiendo las malas artes de la mentira diabólica». Cirilo no olvida añadir: «De este modo aseguró a su gobierno el respeto y la alabanza de los antiguos y por ello es admirado hasta nuestros días por todos los que saben estimar el temor de Dios».[1294]

Sin embargo, este santo criminal, que afirma por una parte que los filósofos griegos habían robado lo mejor que tenían a Moisés y que, por su parte, había plagiado de otros sus «exudaciones» literarias, tan aburridas como afectadas (30 libros nada menos *Contra el impío Juliano:* ¡I O libros por cada uno de los escritos por Juliano «contra los galileos»!); este Cirilo, convicto de múltiples mentiras, de calumnia contra Nestorio, y también de grave soborno, culpable de expropiaciones a favor de la Iglesia y en beneficio propio, de destierros de la deportación más brutal de millones de personas, de complicidad en asesinato; este demonio, que demostraba una y otra vez con hechos qué «peligroso riesgo» entrañaba, como él mismo decía, «el enemistarse con Dios y el ofenderlo de cualquier modo desviándose del camino del deber», sería bien pronto celebrado como «defensor de la verdad» y como «fogoso amante de la exactitud». El iniciador de la «solución final» en la historia de la Iglesia cristiana, a la que, ciertamente, seguirían aún muchas otras «soluciones finales» se convirtió en el «santo más ilustrado de la ortodoxia bizantina» (Campenhausen), pero también en uno de los santos más radiantes de la Iglesia católica romana, en *Doctor Ecciesiae.* E incluso después del exterminio de judíos por parte de Hitler, Cirilo sigue siendo para muchos católicos «un historiador extraordinario, virtuoso en toda la extensión del término» (Pinay) [!]. En cambio, ya en el siglo XVI el católico L. S. Le Nain de Tillemont ironizaba discretamente pero con ese cinismo tan celebrado entre los suyos: «*Cirilo es un santo, pero no se puede decir que todas sus actuaciones sean igualmente santas*». Y es así como también el cardenal Newman, aparentemente irritado, contrastaba de forma un tanto ridícula «las obras externas» de Cirilo con su «santidad interior».[1295]

En todo caso, un investigador como Geffcken, con afán de «imparcialidad» y esforzado en buscar «el lado bueno en ambos campos enfrentados», no puede por menos, pese a todo, de «sentir una profunda repugnancia» ante Cirilo, hallando en él «fanatismo sin auténtica, y menos aún, luminosa pasión, erudición sin profundidad, celo sin auténtica fidelidad en los detalles, un grosero gusto por la pendencia, sin destreza dialéctica, y, en el fondo de los fondos, falta de integridad en la lucha...». Esta opinión no es exclusiva de Geffcken, sino la de casi todos los historiadores no católicos. Y eso tiene sus buenas, o mejor dicho, sus malas razones.[1296]

Cuando el santo murió, todo Egipto respiró aliviado. Una carta, quizás apócrifa, pero atribuida al Padre de la Iglesia Teodoreto, testimonia el alivio general: «*Por fin, por fin murió este malvado. Su defunción complace a los supervivientes, pero habrá*

[1294] Kyrill. Alex. Über den rechten Glauben an den Kaiser, 2. Jouassard, Cyrill 505

[1295] Kyrill. Alex. Über den rechten Glauben an den Kaiser, 2. Kraft, Kirchenváter Lexikon 160. Campenhausen, Griech. Kirchenváter 153 ss. Camelot, Ephesus 40.-Pinay 330. Kühner, Antisemitismus 37. L. S. Le Nain de Tillemont, Memoires pour servir a 1'Histoire Ecciesiastique XIV, 1709,541. Cit. por Camelot ibíd. Newman cit. según Dallmayr 148. Del Anti Julián de Cirilo se han conservado los diez primeros libros

[1296] Geffcken, cit. en Tinnefeid 289. Camelot, Ephesus 40

atribulado a los muertos».[1297]

Mencionemos al menos un ejemplo que ilustre qué clase de cataduras humanas se movían en el entorno del patriarca.

1.12 SHENUTE DE ATRIPE (HACIA 348-466), ABAD DE MONASTERIO

Shenute («Hijo de Dios» en saídico) fue acompañante de Cirilo en el Concilio de Éfeso, donde «jugó un papel extraordinario» *(Léxico de la Teología y de la Iglesia).* Cuando era más joven, sin embargo, pastoreaba ganado en el Alto Egipto: inicio frecuente de una brillante carrera cristiana. Pronto ingresó en el Monasterio Blanco de su tío Pgól, donde fue sometido a menudo a duros castigos, adelgazando de tal modo a fuerza de ayunos que, según su discípulo Visa, «llevaba la piel pegada a los huesos». No obstante lo cual, a partir del año 383, él mismo regentó el Monasterio Blanco junto a Atripe, en la Tebaida, un doble monasterio en el que, en ciertas épocas, dirigía hasta 2.200 monjes y 1.800 monjas. Hasta J. Leipoldt, el biógrafo moderno de Shenute, a quien tanto gusta justificar a su héroe y que subraya que «fue algo más que un duro tirano», lo ve, pese a todo, como alguien que atribulaba incansablemente a «paganos y pecadores» con «descomunal violencia», como hombre «cuyo puño era tan ágil como su lengua [...], un vigoroso héroe». Pues el «gran abad», el «profeta», el «apóstol», no se detenía ni ante el embuste palpable, ni ante el asesinato cometido por su propia mano. Era, más bien, capaz de vapulear bárbaramente y durante decenios a sus monjes, y, a veces, hasta de matar a alguien a golpes, y ello por «transgresiones» mínimas. Bastaba una risa, una sonrisa. La *Vida de Shenute,* escrita por Visa, usa habitualmente al respecto la siguiente e impresionante perífrasis: «[...] la Tierra se abrió y el inicuo se precipitó vivo en el infierno».[1298]

41

Los maltratos gozan de especial estima entre los grupos teocráticos, pues las palizas no se propinan únicamente en aras de la «enmienda» o para reforzar la «autoridad propia», sino como catarsis mágica, como eliminación de nocivos miasmas. La punición física existía ya en el derecho sacral judío, pero, al menos, no podía sobrepasar la ya elevada cifra de 40 azotes, reducida más tarde a 39. (Por lo que respecta al derecho egipcio se tenía constancia de 100 golpes; el griego exigía 50 o 100). La época cristiana mantuvo la vigencia de la flagelación y la usó profusamente. ¡Pero lo significativo del asunto es que ahora se tiene en cuenta el rango social de las personas a la hora de tasar el castigo! También la penitencia eclesiástica acudía al látigo. De ahí que el XVI Concilio de Toledo (693), dispusiera castigar con cien azotes el pecado de idolatría o de impureza cometido por personas plebeyas. Pero no solamente se azotaba a los legos, sino incluso a los propios religiosos, como fecha más tardía, a partir del siglo V y ello ¡hasta el siglo XIX! Pero la flagelación era especialmente asidua y ferviente en los monasterios. Jean Paúl

[1297] Cit. en Hamman, Kyrillos 262

[1298] LThK 1. A. IX 243, 2. A. IX 390 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 451. Altaner/Stuiber 268. Zóckier 271 s. Leipoldt, Shenute 1 s, 39 ss, 47 ss, 62 ss, 92 ss. Stein, Vom romischen 447 s. Dannenbauer, Entstehung 1155. Lacarriére 153 ss

escribía todavía en su época que «el novicio católico se convertía en monje a fuerza de azotes».[1299]

Shenute, agitado entre la exaltación y la depresión profunda había estipulado por escrito toda clase de minucias, tratando cada una de ellas como si fuera un acto de Estado. Pero de lo que para él se trataba no era de que «se observasen los mandamientos *importantes* para la vida del convento, sino de que prevaleciese su voluntad despótica».[1300]

Cierto que, ocasionalmente, reconocía la brutalidad de su régimen, que Dios no le aconseja «librar esa dura guerra en ti mismo», promete un régimen más suave, dejar que sea el cielo quien castigue a los pecadores. Pero estos sentimientos son efímeros. Gusta de sentar la mano con dureza, con una aspereza, presume Leipoldt, mayor de la prescrita por la regla monacal. Todo delito debía darse a conocer con lo que, consecuentemente se fomentaba, es más, se exigía perentoriamente, la delación. Y él mismo golpeaba en persona a los hermanos, que frecuentemente se retorcían de dolor en el suelo. Cuando uno de ellos sucumbió a la tortura, se autoexculpó con excusas sofísticas o, mejor dicho, cristianas: tenía «un carácter plenamente consecuente con su posición» (el benedictino Engberding) y se convirtió en santo de la Iglesia copta (celebración el 7 de abril = 1 de julio). [1301]

La rudeza de Shenute se echa de ver en su conducta contra aquellos que se cortaban de un tajo los genitales «para hacerse puros». Cierto que el rigor de la clausura hacía en general imposible las relaciones sexuales, incluso cualquier delito «práctico» de esta índole. Los monjes tenían prohibido hablar entre sí en la oscuridad y a las monjas se les vetaba ver a sus hermanos de sangre, ni aunque fuese en su lecho de muerte. Un asceta curandero no podía ni sanar a una mujer, ni tampoco un miembro viril. Tanto mayor era la exuberancia con la que prosperaban las fantasías más lascivas. Y el registro de pecados del Monte Blanco recoge una y otra vez este tipo de «delitos». Así pues, cuando algún escrupuloso se cortaba el pene para «hacerse puro», mutilación que la Iglesia prohibía pese a su obsesión demencial por la castidad, el santo lo expulsaba de inmediato, sin contemplaciones. «Ponió bañado en su propia sangre en una cama y sácalo después al camino [...]. Sea ejemplo o señal (de escarmiento) para todos los transeúntes» Pese a todo no era totalmente inmisericorde. Al menos permite —permite, meramente, no es que ordene en absolutono abandonar a los automutilados, en aras de la salud de su alma, para que la diñen enseguida en el monasterio. Pues «si quieren seguir los caminos del Señor, entrégalo a sus parientes para que no mueran en nuestras proximidades [...]».[1302]

42

Sólo las monjas se liberaban de ser vapuleadas personalmente por el abad. Seguramente para evitar tentaciones. Una especie de legado perpetuo, un «anciano», le representaba para ello. Y la «madre» del monasterio, la superiora, tenía que notificarle a él, el «padre», todas las infracciones, siendo él quien determinaba el número de golpes. Sólo las niñas podían ser vapuleadas en todo momento sin su

[1299] Deuter. 25, 2 s; 16. Syn. Tol. c 2 s. RAC IX 479 s, 485 ss. Jean Paúl im «Wuz», Werke IV 17. Kober, Züchtigung 49. V. Hentig, Die Strafe 1381, 387

[1300] Leipoldt. Schenute 48s. 51

[1301] Engberding LThK 1. A. IX 243,2. A. IX 390s. Leipoldt, Schenute 51,140 ss

[1302] Leipoldt, ibíd. 63, 145 ss

consentimiento. En ambos monasterios, al igual que en otros, había niños aunque no sepamos otra cosa de su existencia, sino que las palizas jugaban un «papel primordial». «*Los niños del Monasterio Blanco tenían el privilegio de ser golpeados a menudo.*» Su miserable vida en los monasterios cristianos merecería un estudio riguroso.

¡También lo merece su destino en los actuales hospicios (cristianos)![1303]

Sobre las tumbas que el abad Shenute asignaba a las monjas nos informa una carta singular en la literatura del monacato copto:

> *«A Teonoe, hija del apa Hermef, que según nos informasteis en los comienzos cometió malignamente delitos y robó: treinta bastonazos.*
>
> *»A la hermana del apa Psiros, que, según nos informasteis al principio, sustrajo una cosa: veinte bastonazos.*
>
> *»A Sofía, la hermana del viejecito, que, según nos informasteis, contradijo y replicó con obstinación a quienes la aleccionaban y también a (otros) muchos sin justificación y que dio una bofetada en la cara o en la cabeza a la vieja: veinte bastonazos.*
>
> *»A Genliktor, la hermana del pequeño Juan, que según vuestro informe, deja que desear en su prudencia y conocimientos: quinze bastonazos. »A Tese, hermana del pequeño Pschaips, que según informáis, acudió presurosa a Sansno, impulsada por la amistad y la concupiscencia: quinze bastonazos.*
>
> *»A Tacus, llamada Rebeca, cuya boca aprendió a hablar mentirosa y vanidosamente: veinticinco bastonazos.*
>
> *»A Sofía, hermana de Zacarías: diez bastonazos. Yo sé por qué se le han de propinar.*
>
> *»Y también su hermana Apola hubiese merecido igualmente recibir unos bastonazos, pero por amor a Dios y por el miramiento con que se le trata, la perdonamos esta vez, tanto en lo que respecta a aquel comercio (prohibido) como al vestido que se puso por vano placer [...]. Pues sé que no los podría soportar (los bastonazos) al estar tan grasicnta y obesa [...].*
>
> *»A Sofía, hermana de José: quince azotes. Yo sé la razón para propinárselos.*
>
> *»Sansno, hermana del apa Helio, la que dice: "Yo enseño a los demás": cuarenta bastonazos. Pues a veces acudía, llena de amistad, a su vecina. Otras mentía por cosas vanas y perecederas, dañando así a su alma, respecto a la cual nada vale el mundo entero y menos aún una pintura, una copa o una tacita que la induzcan a mentir.*
>
> *»Todos estos (bastonazos) se los propinará el anciano con su propia mano (es decir, personalmente) en los pies, estando sentadas en tierra y mientras la vieja Tahóm y otras mujeres mayores las sujetan. Y también aquellos ancianos [...] deben sujetar con bastones sus pies hasta que aquél deje de castigarla, tal y como nosotros mismos hicimos con algunas al principio. Cuando venga a nuestro monasterio, debe indicarnos los nombres de aquellas que se le*

[1303] Ibíd. 113, 138 s

opongan en lo que sea. Ya os indicaremos lo que deba hacerse con ellas. Si él quiere, con todo, propinarles más golpes, sea así. Es legítimo que lo haga. Si les quiere dar menos, él será quien lo determine. Si quiere excusar a alguien, sea, pero si su corazón está contento con algunas de vosotras, de modo que también esta vez os quiere perdonar [...] sea.» [1304]

También el castigo de la expulsión, aplicado a menudo, venía precedido a veces del calabozo y la flagelación. No obstante lo cual, el teólogo Leipoldt justifica estas y otras barbaridades de formas más o menos sumarias:

«El éxito salta a la vista: Shenute fue capaz de salvar a su monasterio de la mejor manera posible a través de todos los peligros inherentes a un crecimiento excesivamente rápido. La época subsiguiente estaba ya habituada a la regla y a sus rigores [...]».[1305]

43

1. 13 EL SANTO SHENUTE COMO ADALI ANTIPAGANO: ROBOS, ARRASAMIENTOS Y ASESINATOS

La actividad de Shenute no se agotaba, desde luego, en los azotes, por intensiva y extensiva que fuese en ese campo. Su terror está, más bien, estrechamente vinculado al ocaso del paganismo en Egipto, ocaso que aquí —donde ya Clemente de Alejandría reputaba a los hombres como «peor que monos», a causa de su idolatría— fue, desde finales del siglo IV, más violento que en otras partes.[1306]

Las incursiones exterminadoras se efectuaron, no obstante, casi siempre bajo la dirección de obispos y abades que no veían otra cosa, incluso en los templos más espléndidos, que focos de infección, baluartes de Satán. Y como arrasadores de la peor especie obraban aquellos «puercos de sayal negro», como decían los griegos, que tenían aspecto de hombres, pero vivían como cerdos. Ascetas con instintos reprimidos, tendían a la agresividad, a la destrucción. Parecían expresamente creados para la acción arrasadora, tanto más cuanto que sus filas estaban repletas de excéntricos de existencias tragicómicas. Ya el origen social de algunos de los más famosos de entre ellos resulta casi típico. Shenute fue pastor; Macario, contrabandista; Moisés, salteador de caminos; Antonio, escolar fracasado. Sus discípulos y correligionarios habían elegido la «contracultura» y el hecho de que «se oponían al diablo como auténticos "boxeadores profesionales"» (Brown)[1307] era uno de los factores que más contribuyó a su prestigio en el mundo cristiano.

Recorrían el país en hordas exaltadas, gustosamente recubiertos de pieles de animales, asolando y quemando los templos, arrasando hasta las obras de arte más grandiosas, bastando para ello que pareciesen representar a dioses. Toda vez que los funcionarios estatales se mostraban más tibios en la persecución del paganismo, los

[1304] Ibíd. 142 s
[1305] Ibíd. 157
[1306] LThK 1. A. IX 243, 2. A. IX 390 s. Lacarriére 148 s. Haehiing, Damascius 82 ss. Cita 95
[1307] Liban, or. 30, 8 ss; 30, 54. Seeck, Untergang V 220. Brown, Welten 125, 128 s

monjes se hicieron cargo de ella. Allá donde ardía un santuario antiguo, donde era reducida a cenizas una iglesia de «herejes» o una sinagoga, o donde había dinero al que echar mano allí estaban ellos casi indefectiblemente. Legiones de codiciosos de botín saqueaban a fondo las aldeas sospechosas de «falta de fe». «Los monjes cometen muchos delitos», se atrevió el mismo emperador Theodosio I a opinar ante el obispo Ambrosio, y el 2 de septiembre del año 390 decretó su expulsión de las ciudades (medida que revocó, en todo caso, ya el 17 de abril de 392). Quizá se había acordado del texto de Libanio —del pagano altamente estimado, esclarecido (de quien poseemos muchos discursos y más de mil quinientas cartas que hacen de él una de las personas mejor documentadas de la Antigüedad)—, de un pasaje sobre los monjes, tan fervientemente admirados por los cristianos, monjes que, sin embargo, «devoran más que los elefantes y vacían muchas cráteras», que ocultaban hábilmente su modo de vida real «bajo una fingida palidez». De ahí que, se queja Libanio, en su escrito *Pro templis* al soberano, se precipiten como torrentes salvajes y arrasen el país destruyendo todos los templos.

«Aunque tu ley siga vigente, oh emperador, irrumpen en los templos cargados con leños o armados de piedras y espadas. Después hunden los techos, derriban los muros, despedazan las imágenes de los dioses, destrozan los altares. Los sacerdotes no tienen otra elección que callar o morir. Una vez destruido el primer templo acuden presurosos al segundo y al tercero y amontonan más y más trofeos para escarnio de la ley.»[1308]

La demolición de los templos requería autorización estatal. Las acciones destructivas fueron ordenadas por ley, en 399, por lo que respecta a Siria. En Occidente, en cambio, donde la aristocracia romana seguía defendiendo la vieja religión, ese mismo año obtenían protección legal, si bien un decreto de Estilicen confiscó en 407 todos los santuarios paganos en el territorio perteneciente a la capital. En Oriente fue Teodosio II quien dispuso, en 435, la clausura definitiva de los templos, el exorcizarlos y el destruirlos. Pero ello debía efectuarse sin grandes alborotos *(sine turba ac tumulto).* Y como quiera que las autoridades, los funcionarios y los soldados toleraban a menudo el paganismo más allá de lo que permitían los decretos promulgados bajo la presión clerical, el clero y el pueblo procedieron también a destrucciones no autorizadas —«noches de cristales rotos» a la antigua— o, como expresa eufemísticamente el término técnico, procedieron a «cristianizar»: «A menudo» — pretende hacemos creer el jesuita Grisar— o, incluso, «sobre todo, a causa de los tumultos provocados por los paganos». Especialmente en las provincias orientales, donde predominaba el cristianismo y la resistencia de los paganos era, en el doble sentido del término, puramente «académica» (Jones), el número de templos demolidos se fue acrecentando ya en la segunda mitad del siglo IV, dándose frecuentemente el hecho de que las masas fanatizadas caían cruentamente sobre los partidarios de la vieja fe. Se sabe que se defendían en ocasiones, pero no mucho más.[1309]

[1308] Ambros. ep. 41, 27. Cod. Theod. 16, 3, 1 s. Liban. Pro templis c. 3. Eunap. Vita Aedes. Dtv Lex. Antike, Philosophie III 59 s. Schuitze, Geschichte I 267 ss. Stein, Vom romischen 321 s. Geffcken, Ausgang 114. Seeck, Untergang V 220. Dannenbauer, Entstehung 1166. Vogt, Niedergang Roms 275. Lacarriére 152

[1309] Socrat. 3, 2. Cod. Theod. 16, 10, 15 s; 16, 10, 25. Soz. 7, 15, 3 ss; 7, 20, 3. RAC II 1229 s, IV 64. Grisar, Geschichte Roms 22. Stein, Vom romischen 321. Voigt, Staat und Kirche 37. Jones, Social

44

El terror venía, sin embargo, precedido de una larga preparación literaria. También por parte de Shenute.

Siguiendo bien acreditados métodos, insultaba y vilipendiaba profusamente en sus libelos a los «ídolos» y a los «idólatras»: a los adoradores de la madera, de la piedra, «de pájaros, cocodrilos, animales salvajes y ganado». Se mofaba de las velas flameantes, de la unificación con incienso: cosas que florecen incluso en el catolicismo actual, aunque no suceda ya en favor de los «dioses», sino ¡menuda diferencia! en favor de «Dios» (y de sus «santos»). Shenute se servía al respecto de una táctica que también sigue siendo usual entre todos los círculos eclesiásticos y de modo especial entre los católicos: delante de la plebe lanzaba improperios y denuestos de lo más grosero y primitivo, reforzando así el odio fanático. Ante círculos más cultivados adoptaba un tono serio y se esforzaba, por difícil que ello le resultara, en ganarse más bien al adversario mediante la caballerosidad. «Y como Shenute apenas abrigaba otros sentimientos frente a los paganos y su culto divino que no fuesen los de la mofa y el escarnio, exultaba, en consecuencia, ante la guerra de persecución, muchas veces sangrienta, que el populacho cristiano libraba cabalmente en su época contra los últimos sacerdotes del helenismo. Alaba a los "justos reyes y generales" que destruyen los templos y derriban las imágenes de los dioses. Se alegra de que arrastren lejos las estatuas. Se divierte con las canciones cristianas que se mofan de los paganos y de sus templos.» (Leipoldt)[1310]

Por entonces, y también más tarde, el «gran abad» se dedicó a asolar el país. Shenute, un enemigo de la ciencia, era el peor aborrecedor de los helenos, un celóte católico que alaba a voz en cuello a todos los poderosos que aniquilan los templos y las estatuas de los dioses (y esto último es algo que está a la «orden del día» desde el asesinato de Juliano: Funke). Al frente de bandas de ascetas casi militarmente entrenados, debidamente excitados por él y suficientemente hambrientos —la carne, el pescado, los huevos, el queso y el vino estaban prohibidos y prácticamente sólo se permitía el pan y una única comida al día— irrumpía en los templos, los saqueaba y demolía, arrojando al Nilo las imágenes de los dioses. Todo cuanto poseía algún valor y podía dar dinero, se lo llevaba a su monasterio. Incluso el año anterior a su muerte, acaecida, presumiblemente, cuando contaba ya 118 año s, asoló de ese modo un templo en la Tebaida. De ahí que el teólogo Leipoldt no pueda por menos de reputar como «mérito» incuestionable de Shenute el hecho de que «a partir del año 450 los dioses no fuesen ya venerados en el Alto Egipto».[1311]

No pocas veces, el santo demolió con su propia mano los templos de su país. «El ejemplo de su arzobispo Cirilo le animaba así a obtener grandes éxitos de esa manera rápida y cómoda», escribe Leipoldt, quien también nos describe cómo Shenute incendió el santuario pagano en la cercana Atripe o el templo de la aldea de Pneuit (hoy Pleuit). «Los paganos que presenciaban su acción no se atrevieron a oponer resistencia. Unos huyeron de allí como "zorras ahuyentadas por el león". Los otros se limitaron a implorar: "¡Respetad nuestros lugares santos!", es decir: ¡Mostrad

Background 32 s. Wytzes, Kampf 1

[1310] Leipoldt, Shenute 176 s

[1311] RAC IV 82. Funke, Gótterbiid 812 s. con referencia a Socrat. h.e. 3,15 y a Leipoldt, Shenute 182. Stein, Vom romischen 447. Geffcken, Ausgang 195 s. Lacarriére 158 ss

piedad por nuestro sagrado templo! Fueron muy pocos los que tuvieron el valor de amenazar a Shenute: si la pretensión de éste era fundada, podía tramitarla e imponerla a través del tribunal. De hecho, en el último momento se alzaron voces, incluso entre los seguidores de Shenute, que, temiendo seguramente las malas consecuencias, aconsejaban la paz. Pero Shenute creía que debía desoírlas. Confiaba en el favor de su arzobispo y del gobierno cristiano e intentaba consumar su propósito fuese como fuese. Sustrajo del templo todos los objetos transportables, los candelabros sagrados, los libros de magia, las ofrendas, los recipientes para el pan, los objetos de culto, los exvotos y hasta las mismas imágenes sagradas de los dioses y regresó así a su monasterio cargado de rico botín: más tarde se le reprochó a Shenute, posiblemente con razón, haberse apropiado de los ricos tesoros del templo para proporcionar a sus monjes, en aquellos tiempos de penuria económica, un ingreso supletorio. Las nefastas consecuencias de esta acción no tardaron, naturalmente, en dejarse sentir. Cuando llegó a Antinou un hegemón pagano, Shenute fue acusado ante él por los sacerdotes del templo saqueado. Pero si pensaron que el funcionario pagano podía darles la razón, se equivocaron. Olvidaban cómo los odiaba el pueblo y cómo veneraba éste a Shenute. En una palabra, el día del juicio Shenute no compareció sólo en Antinou. Los cristianos, hombres y mujeres, acudieron allí venidos de todas las aldeas y fincas de los alrededores en tropeles tan numerosos que casi desbordaban los caminos. Su número se acrecentaba de hora en hora. Pronto se hicieron dueños de Antinou, cuya población era aún pagana en buena parte. Y cuando la sesión debía comenzar la muchedumbre allí reunida exclamó como un solo hombre: "¡Jesús!, ¡Jesús!". La furia popular sofocaba la voz del juez: el proceso se frustró. Shenute, en cambio, fue conducido en medio de un griterío triunfal a la denominada Iglesia del Agua, en donde pronunció un sermón contra los paganos.»[1312]

45

Al expolio, derribo, amotinamiento y extorsión, dirigida, sobre todo, contra los acaudalados propietarios rurales griegos, la clase económica dominante, vino a sumarse el asesinato.[1313]

A raíz del arrasamiento a fuego del gran templo de Panápolis, fue aniquilado el adinerado dirigente de los paganos. Y como quiera que el abad penetró también en las casas de otros notables para destruir toda clase de dioses y objetos diabólicos, y «limpiar» la comarca, también allí se produjeron derramamientos de sangre. Y respecto al arrasamiento nocturno, por parte de Shenute, de la casa de Gesio, recién partido de viaje, en Akhmín, cuyos «ídolos» fueron arrojados al río debidamente despedazados, y la queja del expoliado ante el gobernador, la *Vida de Shenute* nos informa así: «Desde que Jesús le privó de sus riquezas, nadie ha vuelto a oír nada de él»; fórmula acuñada eufemísticamente, a todas luces, para referirse a las criminales hazañas del santo. También cuando —como él mismo reconoce— destrozó a golpes una estatua de Akhmín visitada por muchos devotos, saqueando e incendiando la ciudad, y masacrando a sus habitantes, éstos, confiesa Shenute, corrieron la misma suerte que Gesio: «No se supo nunca más de ellos y después de la masacre sus despojos fueron dispersados por el viento [...]». «Un carácter duro, rudo, impetuoso,

[1312] Leipoldt, Shenute 178 ss

[1313] Comprobar ante todo nota 113

pero también fascinante y arrebatador» para el que «sólo contaba lo práctico: obedecer a Dios y cumplir con su tarea.» *(Léxico de la Teología y de la Iglesia.)*[1314]

En otra obra standard católica, la *Patrología* de Altaner, Shenute figura (con *imprimatur* del año 1978) como el «enérgico organizador del monacato egipcio», como «el más notable de los escritores del cristianismo nacional copto de Egipto». También E. Stein ensalza al abad como al hombre más descollante de su pueblo en el plano espiritual, como «héroe de la literatura copta», añadiendo, sin embargo, que «su bajo nivel intelectual y su rudeza, que no se detenía ni ante el asesinato ni el homicidio perpetrados por su propia mano, nos sirven de índice con el que evaluar la miseria espiritual de su nación».[1315]

1.14 LA CONTROVERSIA EUTIQUIANA

Algunos años después de aquel vergonzoso escándalo, del «chanchullo de la Unión», Nestorio vegetaba miserablemente en el destierro después de haber sido puesto fuera de juego. Sus antípodas, el amigo traidor, Juan, y san Cirilo no vivían ya. Pero la oposición continuaba y acabó por causar también la ruina de Alejandría. La controversia monofisista, que vino a suceder en el siglo V a la amana, causó una división aún más profunda de la Iglesia y del cristianismo. Resulta, por cierto, grotesco al respecto que los «herejes» monofisitas, los partidarios de la fórmula *mia physis,* se remitían en lo esencial a san Cirilo, pues, en un sentido amplio «no enseñaban otra cosa que la cristología cirílico-alejandrina» (Grillmeier/Bacht, S. J.). Con ello este Doctor de la Iglesia queda ubicado en la inmediata proximidad de la «herejía» más popular de Oriente en el cristianismo antiguo. Eso si no fue, como sospecha algún investigador, su promotor más influyente.[1316]

46

En Constantinopla, Nestorio fue sucedido, en 431, por Maximiano, «una nulidad». A éste le sucedió, en 434, el ambicioso Proclo que ya había optado en vano tres veces por la sede episcopal. Finalmente y después de su muerte, acaecida en 466, la ocupó Flaviano, de carácter más bien íntegro, pero débil. Siguiendo el bien probado nepotismo, cuando en 422 murió en Antioquía el patriarca Juan, fue sucedido por su sobrino Domnos, asesorado sobre todo por Teodoreto, el teólogo más importante de aquella escuela, pero hombre de «ortodoxia» vacilante. Desde la muerte de Cirilo, el 27 de junio de 444, imperaba en Alejandría el patriarca Dióscoro, su sobrino, que siguió activando la tradicional lucha por el poder contra Constantinopla y propugnaba una teología ultracirílica. Era persona «de ambición desenfrenada e implacable hasta la brutalidad, apoyado en este punto por el ejército imperial y por las bandas de monjes, fanáticas y bregadas en la lucha» (Schwaiger). Los católicos ven, de forma casi unánime, en Dióscoro una de las figuras obispales más desagradables del siglo V. Pero no es casual, sino lógico que Cirilo lo nombrase

---

[1314] LThK 1. A. IX 243. Zóckier 271 s. Stein, Vom romischen 448. Lacarriére 159 s. Brown, Welten 133

[1315] LThK 1. A. IX 243. Altaner/Stuiber 268. Stein, Vom romischen 448

[1316] Hauck, Theologisches Fremdwórterbuch 107. Grillmeier/Bacht II 4. Tamb. según Ehrhard, Die Griech. und die latein. Kirche 73 s, el monofisitismo «no es otra cosa que la teología alejandrina llevada al extremo»

precisamente a él su archidiácono, distinguiéndole con su especial confianza. Ambos estaban cortados de la misma madera. Y encaja perfectamente con ello el hecho de que Dióscoro, apenas muerto su valedor Cirilo, acusase a éste de haber dilapidado el tesoro de la Iglesia, confiscase su legado y excluyese del clero a varios de sus parientes.[1317] Por lo demás, en su lucha contra Constantinopla y siguiendo en ello los pasos de Cirilo, Dióscoro atacó simultáneamente al patriarca de la ciudad y a la teología antioquena. Pero el lazo que tendió a sus dos adversarios se fue cerrando en tomo a sí mismo, más que probablemente porque lo tendió, como hizo Cirilo, en alianza con Roma, creyendo que también prevalecería sobre ésta. Dos influyentes personalidades de Constantinopla, el eunuco de la corte Crisafio, y el archimandrita Eutiques, secundaron al alejandrino en su lucha.

Desde que Crisafio había logrado el destierro de la emperatriz Eudoquia y el total apartamiento de la hermana del emperador. Pulquería, era él quien dirigía la política de Teodosio II. El poderoso eunuco estaba, sin embargo, enemistado con el patriarca de la ciudad, Flaviano, pues éste no le había enviado el debido obsequio, gesto de deferencia esperado tras su elección, sino tan sólo pan bendecido que aquél devolvió de inmediato, manifestando su deseo: lo que tenía era apetito de oro. Tercero en aquella alianza: el archimandrita Eutiques, que regentaba un gran monasterio próximo a Constantinopla, persona que gozaba de gran prestigio en Oriente y era, además, padrino del omnímodo eunuco. El ilustre trío intentaba liquidar la «Unión» del año 433 e imponer como directriz los tristemente famosos «Doce anatematismos» de Cirilo, oponiéndose así a la victoria —en verdad deshonrosa— de la teología antioquena. En relación con ello, el patriarca de Alejandría, Dióscoro, debía recuperar su preeminencia frente al de Constantinopla, Flaviano.[1318]

Fue el anciano abad Eutiques quien inició la maniobra. Los católicos gustan de presentarlo como poco sólido en lo dogmático, como un bobo en cuestiones teológicas. Pero en las cuestiones divinas, naturalmente, unos y otros sabían y saben bien poco, por más que algunos sean más locuaces, más avispados o menos escrupulosos y obtengan «razón» aunque sea por motivos que nada tienen que ver con la lógica, la probidad o un saber empíricamente fundamentado. ¿Cómo podrían siquiera tenerlo? En este asunto no hay *nada* «fundamentado». Todo está suspendido en el aire, sin ningún asidero; mero espejismo de nomenclaturas, «mera idea» en senti do kantiano, «pura búsqueda a tientas y, lo que es peor, entre meros conceptos». ¿Hay algo filosóficamente más vergonzoso que tener que reiterar esto una vez más?[1319]

47

En alusión a Eutiques, el nuevo espectáculo teológico que irrumpía ahora en escena, y que pronto estremecería a medio mundo, se denominaría controversia eutiquiana, en cuyo transcurso se rompería, por vez primera, la alianza tradicional

[1317] Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 74 s. Camelot, Ephesus 94 ss, sobre todo por lo que respecta a la teología de Teodoreto. Schwaiger, Pápstiicher Primat 41 s. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 116 s

[1318] Theophan. a. m. 5940. Nikeph. Kall. 14, 17. Steeger XXX. Seeberg, Dogmengeschichte II 255. Camelot, Ephesus 91, 98 s. Aland, Von Jesús 268 ss. Chadwick, Die Kirche 234 s

[1319] Comp. Camelot en LThK 2. A. III 1213 s. Kant, Kritik 3, 16 f. El problema de Dios lo traté ampliamente en Agnostiker 117 ss. Camelot, Ephesus 98. Bihimeyer/TüchIe 284. Handbuch der Kirchengesch. II/l 117

entre Roma y Alejandría.[1320]

Sobre Eutiques, monje desde su juventud y con fama de singular piedad, recayó la sospecha de herejía. El papa, que inicialmente había elogiado su celo, le amenazó finalmente con el destino de todos aquellos a cuyas «doctrinas extraviadas» se había adherido, en caso de que «persistiese en la inmundicia de su insensatez». A saber, Eutiques negaba la creencia de que Cristo asumió «dos naturalezas después de la unión». Acentuaba la doctrina profesada por la escuela alejandrina acerca de la unión de las naturalezas divina y humana hasta convertirla en una fusión total, un monofisitismo. Esta variante cristológica se remontaba al obispo Apolinar de Laodicea (fallecido hacia 390), convicto de herejía, quien en la controversia acerca de la unión de las dos naturalezas en el Señor, restringía la humana, algo que en su tiempo no llevó aún a las barricadas a los ortodoxos. Se llegó incluso a copiar y difundir toda una serie de escritos del obispo «herético», atribuyéndolos nominalmente a padres de la Iglesia «ortodoxos». Algo que hoy parece consolar al teólogo H. Kraft porque, entre otras cosas, muestra «cuan poco entendían, incluso los antiguos, (!) de aquellas cuestiones sobre las que tan apasionadamente controvertían». En realidad nada puede entenderse de aquello que se burla, cabalmente, de toda experiencia y se basa en meras ficciones o, hablando claro, en ideas quiméricas. En una palabra, para asegurar la unidad de la persona de Cristo, el monofisitismo niega la plenitud de su naturaleza humana, bien sea, según los herejes más moderados, desde la resurrección o bien, según los radicales, desde su encamación, lo cual equivale a afirmar la diversidad de su naturaleza humana respecto a la nuestra.

Así como Nestorio urgía, al parecer, por separar en Cristo lo divino y lo humano; por distinguir la personalidad divina de la humana, Eutiques, en cambio, enseñaba que lo divino y lo humano se hallaban inseparablemente mezclados en él, que lo humano quedaba subsumido en lo divino. Ni más ni menos: «Una naturaleza única después de la unificación», la fórmula *mía physis,* que Eutiques había tomado prestada de san Cirilo! Todo el eutiquianismo, concede Camelot, «vive de la intransigente fidelidad a las formulaciones de san Cirilo y particularmente a la fórmula de «una única naturaleza». Los monofisitas atribuían a Cristo, después de su encamación, una *sola* naturaleza, la divina *(mía kai mone physis).* Eutiques cuestiona, pues, la humanidad de Cristo. La consideraba como transmutada en la deidad «tal como una gota de miel resulta absorbida por el agua del mar». Contra ello se pusieron ahora en pie los antioquenos, los mismos que tan prontamente mudaron la opinión el año 433, a raíz de la «Unión». Su nuevo patriarca, Domnos, sobrino y sucesor de Juan, protestó ante el emperador por las desviaciones doctrinales y las calumnias del monje Eutiques.[1321]

El patriarca alejandrino Dióscoro (445-451) tomó ahora cartas en el asunto. El sucesor de san Cirilo, que, modestamente, se llamaba a sí mismo «emperador de

[1320] Grillmeier, Vorbereitung 1196

[1321] Theodor. ep. 79 ss. Leo I ep. 20; 28 s; 35; 88, 2. Kraft, Kirchenváter Lexikon 42 ss, 380 s. Dtv Lex. Antike Relig. 1240. Grisar, Geschichte Roms 513. Steeger XXVIII s. Caspar, Papsttum 1,464 s, 481 s. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 74. Rahner, Leo I 333. Camelot, Ephesus, 89 s, 98 s. Hunger, Byzant. Geistesweit 99 s. Palanque 32 s. Chadwick, Die Kirche 235 s

Egipto», había obligado ciertamente a los parientes de su antecesor a entregar las riquezas atesoradas bajo la protección del santo, pero por lo que a él respecta siguió cultivando los mismos vicios. Al igual que aquél, impuso un auténtico «régimen de terror». Es más, «no era intachable ni siquiera en el plano moral (!)» (Ehrhard). Al igual que Cirilo, también él tenía sus espías y sus cómplices en la corte imperial y también siguió los pasos de aquél (y de otros muchos obispos) en lo tocante a la instrumentalización de los monjes para imponer sus objetivos en la política de poder. Algo que no deja de ser curioso, pues aquéllos constituían una comunidad surgida para huir del mundo. Es así como todos los ideales primigenios del cristianismo se tomaron en sus valores opuestos y ello en un plazo de tiempo más bien breve que largo. Protegido por sus guardaespaldas, el arzobispo Dióscoro —santo venerado por los monofisitas— regía valiéndose de la cruda violencia y en caso de necesidad —¡en el ejercicio de su jurisdicción espiritual!— de asesinos a sueldo. Su propio clero, al que tiranizaba sin la menor consideración, acabó acusándole de querer gobernar el país por sí mismo, suplantando al emperador (Marciano).[1322]

48

El patriarca se vio pronto envuelto en una querella cada vez más violenta con sus colegas de Antioquía, querella librada por medio de cartas y cuyo trasfondo era el de la rivalidad tradicional entre ambas sedes patriarcales, tanto más virulenta ahora cuanto que la sede de Constantinopla la ocupaba un antioqueno, Flaviano. «Dióscoro —escribía el historiador de la Iglesia y obispo de Ciro, Teodoreto, por encargo del patriarca antioqueno Domnos— nos remite incesantemente a la sede de San Marcos, sabiendo, sin embargo, que la gran ciudad de Antioquía tiene la sede de San Pedro, maestro de san Marcos y, a mayor abundancia, superior y cabeza de todos los apóstoles».[1323]

La protesta llegó a Flaviano, pastor supremo de Constantinopla, exigiendo de Su Santidad, «que no permita que se conculquen impunemente los santos cánones, sino que combata valientemente en aras de la fe». Pero Flaviano, hombre bastante modesto y timorato —a quien la historiografía eclesiástica gusta tanto más de llamar «irónico» cuanto que, sinceramente, son pocos los príncipes de la Iglesia que pueden ser calificados de tales— no quería medir sus fuerzas con el poderoso soberano monacal de su diócesis. Pues como escribe Nestorio, que incluso desde su exilio seguía atentamente la evolución en el campo de batalla, Eutiques lo utilizaba como a «un sirviente suyo». Sólo cuando el obispo Eusebio de Dorilea (Frigia), un carácter exaltado, temido, que siempre venteaba «herejes» en torno a él, se alzó también contra Eutiques, se vio Flaviano obligado a intervenir. Flaviano decía, suspirando, de Eusebio que ya había denunciado a Nestorio en su día y que «en su celo por la fe hallaba demasiado frío al mismo fuego». El año 448, el patriarca citó a Eutiques ante el *Synodos endemousa* (sínodo diocesano).[1324]

[1322] Mansi VI 1016 ss. LThK 2. A. III 409 s. Stein, Vom romischen 460. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 75. Haller, Papsttum I 128 ss. Dannenbauer, Entstehung I 242, 393. Maier, Die Verwandiung 154. Bacht, Die Rolle II 202, 243

[1323] Theodor. ep. 86. Kraft, Kirchenváter Lex. 215 s, 480 s. Caspar, Papsttum I 466. Bacht, Die Rolle II 203 ss. Camelot, Ephesus 94 ss

[1324] ACÓ II 1, 1, 131. Theodor. ep. 85 s. Lib. Heracl. (Ed. Ñau) 294. LThK 1. A. Vffl 650. Kraft, Kirchenváter Lex. 207 s. Seeck, Untergang VI 208,249 ss, 451 ss. Stein, Vom romischen 461. Caspar, Papsttum I 466 s. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 74. Camelot, Ephesus 99 s. Bacht, Die Rolle

Eutiques no acudió, impedido primero por una promesa y después por enfermedad. Sólo acudió a la tercera citación —según el derecho canónico la citación ante un tribunal sinodal debía realizarse tres veces— compareciendo en la séptima y última sesión sinodal, el 22 de noviembre de 448, acompañado por un tropel de monjes y también por soldados y funcionarios del prefecto de la guardia. Aquel hombre que aseguraba vivir en su celda como en una tumba fingió durante el proceso «la pose de un eremita ausente del mundo» que por motivos profesionales, digámoslo así, «no podía abandonar su clausura». Pero, en realidad, «estaba, desde hacía ya decenios, plenamente involucrado en las peripecias de la política eclesiástica». Con esas palabras caracteriza el jesuita Bacht una conducta que, *mutatis mutandis,* resultaba más que típica de la hipocresía de innumerables dirigentes eclesiásticos en los viejos y en los nuevos tiempos.[1325]

Eutiques se remitió a la fe de san Atanasio y de san Cirilo, defendiendo una posición inequívoca y radicalmente monofísita: cierto que Cristo es hombre verdadero, pero su carne no era esencialmente igual a la humana. Cierto que *antes de* la encamación constaba de dos naturalezas, pero no ya *después de aquélla.* Las dos naturalezas, en el momento de la encamación, se fundieron más bien en *una* única naturaleza divina *(monos physis).* Repitió su *confíteor* incansablemente: «Confieso que Nuestro Señor constaba de dos naturalezas *antes de* la unión, pero no ya *después de* ella». ¡Hasta el papa León, según confesión propia, estuvo mucho tiempo sin comprender «lo extraviado» de la doctrina de Eutiques! Parecía, incluso, que en un principio se ponía de su parte, tanto más cuanto que había sido un aliado complaciente en la lucha contra Nestorio. El patriarca Flaviano tuvo un arrebato de valor y, derramando las consabidas lágrimas, depuso a Eutiques como calumniador de Cristo, lo despojó de su condición de abad y de sacerdote y lo dio al anatema. A Roma envió las actas *(Gesta)* firmadas por 32 obispos (¡posteriormente! se añadieron las firmas de 23 archimandritas y abades). Todo lo expuso al papa, consignando la magnitud de su dolor y la abundancia de sus lágrimas. En un principio, el papa sentía poca simpatía por Flaviano, ya fuese tan sólo por la suspicacia de los obispos de Roma frente a la ambición de sus colegas de Constantinopla. Además, Flaviano había demorado deliberadamente el envío de las actas a Roma. En junio de 449, sin embargo. León I condenó también a Eutiques y su «error antinatural e insensato». Ahora calificó a aquel procer del monacato, en olor de gran santidad y casi septuagenario (era tan antinestoriano y amigo de Cirilo que éste le envió un ejemplar de las actas conciliares de Éfeso), de *«senex imperitas»* y también de *«stultissimus»,* de tonto de capirote, que no conocía ni las Escrituras ni tan siquiera el comienzo del Credo.[1326]

49

El «lobo de la herejía» no cedió, pese a todo. Envió cartas a todo el mundo, a los obispos de Ravena, Alejandría, Jerusalén y Tesalónica, a los «defensores de la

II 206 ss. Dallmayr 198 s

[1325] ACÓ II, 1, 124 ss. Steeger XXIX. Bacht, Die Rolle 206 ss. Camelot, Ephesus 99 ss

[1326] ACÓ II 1, 1, 123 ss. Leo I, ep. 21 ss; 28 s; 34 s. Flavian: Migne PG 54, 723 ss. LThK 2. A. IV 161. Steeger XXIX. Stein, Vom romischen 460 ss. Caspar, Papsttum 1467 ss. Klinkenberg, Papsttum 53 ss. Bacht, Die Rolle 206 ss. Cita en 208. Haller, Papsttum 1129 s. Seeberg, Dogmengeschichte II 255 s. Grillmeier, Vorbereitung 195 ss. Camelot, Ephesus 98 ss, especialmente 100. Chadwick, Die Kirche 236. Aland, Von Jesús 271

religión». Sólo se ha conservado la epístola a León I en la que Eutiques califica todo aquello de juego con cartas marcadas, afirmando asimismo: «Hasta mi propia vida se vio amenazada por el peligro» si no fuese porque el concurso divino, gracias a las preces de Su Santidad (un malentendido, seguramente, malintencionado), hizo acudir una pronta ayuda militar que me sustrajo a la furia del populacho que me acosaba». Adjuntaba su profesión de fe. Aparte de ello compuso un florilegio de los «padres» con abundantes condenas de la dualidad de naturalezas. Es más, intentó incluso incidir en la opinión de la población mediante carteles murales, que, naturalmente, fueron de inmediato arrancados por orden del patriarca Flaviano. Eutiques halló, no obstante, apoyo en el emperador Teodosio II, cuya atención pudo atraer gracias a su hijo de confesión, el poderoso eunuco Crisafio. Y secundados por el arzobispo alejandrino, Dióscoro, ambos consiguieron que el emperador promoviese la costosa empresa de un concilio imperial en Éfeso: para reforzar la fe verdadera, como subrayaba el regente en su decreto de convocatoria del 30 de marzo de 449. Fue inútil que Flaviano, que no presagiaba nada bueno y que se alió con el papa León I —también éste recibió su invitación el 16 de mayo— intentase estorbar la pía asamblea.[1327]

1. 15 EL «LATROCINIO DE ÉFESO» DEL AÑO 449

El sínodo imperial de Éfeso, convocado por el emperador para el 1 de agosto no se constituyó hasta el 8 de este mismo mes de 449, contando con unos ciento treinta obispos. Las sesiones se celebraron nuevamente en la iglesia de María, lugar del triunfo cirílico. Ateniéndose a la orden imperial, ejercía la presidencia el alejandrino Dióscoro, quien, según la acrisolada práctica, acudió con 20 obispos-vasallos. El papa León había mantenido inicialmente buenas relaciones con él y le había expresado su respeto y afecto juntamente con la esperanza de que continuase el buen y próspero acuerdo entre Roma y Alejandría: «Deseamos —le escribió el 21 de julio de 445— poner cimientos más firmes a tus inicios para que no falte nada a tu perfección, pues, como hemos podido comprobar, te acompaña el mérito de la gracia espiritual». Sin embargo, cuando la gracia espiritual se fue al diablo, lo calificó, sarcástico, de «nuevo faraón», como habían llamado a Cirilo. La naturaleza única de Cristo, la rehabilitación de Eutiques —en revancha por su condena el año anterior—, la deposición de Flaviano y la puesta fuera de juego de todos los «nestorianos», era ya cosa decidida. Dos comisionados imperiales, el *comes* del sagrado consistorio, Elpidio, y el tribuno Eulogio, que se presentaron con un rígido itinerario del curso previsto para el concilio y fuerte despliegue militar, lo controlaban todo. A Teodoreto de Ciro, la potencia teológica más brillante de los adversarios, le había sido absolutamente vetada la participación. Y los padres conciliares del sínodo diocesano del año anterior, juntamente con otros muchos obispos de toda especie, hasta un total de 42, no obtuvieron derecho al voto. Dióscoro mismo se presentó con sus

[1327] ACÓ II, 1, 1, 39 f; 1, 1, 175; II, 1, 2, 45 s; II, 4, 143 s; II, 5, 117. Leo I. ep. 21; 24 ad Theodosium; 26; 29, Kraft, Kirchenváter Lex. 215 s. Steeger XXX. Caspar, Papsttum I 267 ss. Stein ibíd. Klinkenberg, Papsttum 56 ss. Bacht, Die Rolle 221 ss. Camelot, Ephesus 101 ss. Handbuch der Kirchengesch. IX/1,118 Wojtowytsch 318 ss

monjes y también con su guardia personal armada y camuflada como grupo de «enfermeros» *(parabolanen)* «dispuestos a cualquier violencia» (Caspar). Precavidamente había traído consigo al archimandrita sirio Barsumas (Bar Sauma), un conocido antinestoriano a quien un escrito imperial acreditó, en premio a su virtud y su ortodoxia, como representante de los abades orientales en el concilio. Barsumas, que sin ser obispo y contra toda tradición, obtuvo asiento y voto en el concilio, era amigo de Eutiques. Ambos iban acompañados de un considerable tropel — en el caso de Barsumas eran, al parecer, mil— de robustos monjes armados de porras. En todo caso, aquellas hordas de monjes mostraron ser sumamente útiles en las distintas fases del concilio.[1328]

50

Mucho menos útiles resultaron, sin duda, los tres legados de León I (desconocedores del griego y supeditados al traductor, el obispo Florencio de Sardes), el obispo Julio de Puteoli, el diácono Hilario, más tarde papa, y el secretario Dulcicio. El cuarto legado, el más importante al parecer, era el sacerdote Renato, que murió en Délos durante el viaje. Los enviados de León habían traído cartas para diversos proceres de Constantinopla, entre ellas una para el emperador, a quien intentaba disuadir de la celebración del concilio. La correspondencia de León incluía, por último, la *Epístola dogmática ad Flavianum,* el llamado *Tomus Leonis,* una declaración dogmática del pontífice, que, en acres palabras, propugnaba la distinción perdurable de naturalezas en el Verbo encarnado: «unidad de la persona» y «dualidad de las naturalezas»: con ello, el papa entraba en contradicción con el Doctor de la Iglesia Cirilo, que había hablado a menudo de «dos naturalezas», antes de la unión y de «una naturaleza», tras ella e incluso, y de forma expresa, «de una naturaleza del logos encamado» *(mía physis tou logou sesarkomene),* doctrina que había sido condenada como herética por el obispo de Roma, Dámaso (en 377 y en 382) y también por el Concilio de Constantinopla (en 381).[1329]

El *Tomus Leonis* —en el que el «hereje» Nestorio, que lo estudió en su exilio, veía confirmada su propia doctrina— fue, por cierto, depositado, según cuenta una leyenda posterior, sobre la tumba de san Pedro y concluido allí de forma milagrosa. Sin embargo, en el concilio que condenó la doctrina de las dos naturalezas de Cristo «después de la encarnación», ni siquiera fue leído. En el mismo comienzo, Dióscoro atajó rotundamente una iniciativa de los legados papales en ese sentido y Juvenal le apoyó. Se amenazó con el destierro a todo el que «hablase de dos naturalezas después de la encamación de Cristo». Se reputaba la doctrina nestoriana como algo peor que si procediese del demonio. Los ánimos se inclinaron totalmente a favor de Dióscoro y de Alejandría. «¡Viva para siempre Cirilo! ¡Prevalezca Alejandría, la ciudad de la ortodoxia!», gritaban los padres conciliares. Y también: «Todo el orbe ha reconocido tu fe, oh Cirilo, hombre sin par en el mundo».[1330]

[1328] ACÓ II 1,1,69 ss. Mansi conc. Coll VI 605 ss. Leo I ep. 9; 120,2. LThK 1. A. 1989. Kober, Deposition 347. Stein, Vom romischen 463. Caspar, Papsttum 1457 ss, 483 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 75. Honigmann, Original Lists 20 ss, especialmente 34 ss. Bacht, Die Rolle 231. Camelot, Ephesus 107, 117 s, 120. Haller, Papsttum I, 132. BihImeyer/TüchIe 284. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 118s

[1329] Kyrill. Alex. ep. 40; 46,2. Leo I ep. 28 (Tomus ad Flavianum). Además ep. 29 ss. Negativa de León a participar personalmente: ep. 31. LThK 1. A. VIII 650. Steeger XXXI s. Caspar, Papsttum 1483 ss. Altaner 270. Camelot, Ephesus 108,118 s. Chadwick, Die Kirche 236

[1330] Seeberg, Dogmengeschichte II 256 con indicación de fuentes. Comprobar también nota 130

La gente de León hizo un papel nada airoso. Después de su primera intervención, que no obtuvo precisamente una acogida muy amistosa, ni siquiera pudieron tomar la palabra durante bastante tiempo. Cuando, en seguimiento de Juvenal, cuatro quintas partes de los conciliares —113 de unos 140 participantes— certificaron, según lo previsto en el programa, la ortodoxia de Eutiques, el obispo Julio de Puteoli se abstuvo. ¡Una serie de malentendidos hizo que los mismos legados pontificios apoyasen también el voto contra Flaviano! Sólo cuando tras su condena (y la de Eusebio de Dorilea, litigante obstinado y antiguo abogado en Alejandría, cuyas intervenciones eran interrumpidas con gritos de energúmeno) Flaviano hizo valer su protesta en alta voz cuestionando la competencia de Dióscoro, se atrevió el delegado Hilario a lanzar un breve veto lanzando en el justo momento un *contradicitur* a la asamblea: punto culminante en la intervención de los delegados papales.

No obstante, las disposiciones del Espíritu Santo, adoptaron formas bien chocantes. Se produjeron un estruendo y un barullo enormes. A una seña de Dióscoro dirigida a los prepotentes militares se abrieron las puertas por las que irrumpieron soldados con la espada desenvainada, su guardia personal, los *parabolanos* alejandrinos, monjes enfurecidos y la vocinglera multitud. Las paredes de la iglesia de María retumbaron a los gritos de: «¡Quien hable de dos naturalezas, sea anatema!», «¡Afuera Eusebio!, ¡Quemadlo!, ¡Quemadlo vivo!, ¡Hay que cortarlo a trozos!». A trozos, porque él «escindía a Cristo». Es digno de hacer notar al respecto que en relación con las «exclamaciones» y «aclamaciones» de los conciliares de la Iglesia antigua «se pretendía advertir un influjo tanto más operante del Espíritu Santo cuanto más unánimes y ruidosos eran los gritos. El abad Barsumas amenazaba a Flaviano, que quería huir hacia el altar, gritando: «¡Matadlo a golpes!». El arzobispo de Constantinopla —quien posteriormente pudo todavía (gracias a un correo secreto a través del legado Hilario) apelar a la «sede del Príncipe de los Apóstoles»: «La necesidad impone que yo informe debidamente a Su Santidad *(sancütatem vestram)»,* comienza su escrito pidiéndole pronta ayuda en pro de «la amenazada fe de los padres»—, este príncipe de la Iglesia constantinopolitana, insistimos, intentó por lo pronto buscar su seguridad refugiándose en el altar, siendo alcanzado, al parecer, por el arzobispo Dióscoro que lo derribó y lo trató a patadas, provocando de inmediato que otros conciliares, particularmente monjes, se le uniesen espontáneamente. El maltrecho Flaviano —las circunstancias y fecha de su muerte son controvertidas— sucumbió, tal vez, a sus heridas pocos días después, camino de su destierro en Hipaipa (Lidia). (Eso en caso de que hubiera sido herido, lo que se ha cuestionado por parte católica, y no fuese eliminado por Santa Pulquería —algo que Chadwick trata de probar— a quien beneficiaba su muerte.) En el concilio siguiente, en Calcedonia, se dijo también que Dióscoro asesinó a Flaviano o bien que lo estranguló Barsumas. Como quiera que sea: los padres conciliares proclamaron ahora (en Calcedonia) a Flaviano como santo y mártir, siendo así que él mismo fue, tal vez, víctima de una santa (su festividad es el 18 de febrero). Y *auno domini* 1984 F. van der Meer nos alecciona así en su introducción a *La Iglesia Antigua:* «El panorama de la antigua Iglesia resulta tan encantador para el cristiano de hoy porque éste halla en él una Iglesia indivisa: se expresa, cierto, en dos lenguas, pero es una Iglesia única, segura de sí misma, impávida y, por ello mismo, convincente».

51

El legado papal, por su parte, el diácono Hilario, se despidió un tanto

precipitadamente abandonando todo su equipaje *(ómnibus suis),* fundando más tarde en Roma, en signo de acción de gracias por su milagrosa salvación, una capilla bajo la advocación del apóstol Juan, patrono de Efeso, capilla que todavía se puede contemplar hoy en el laterano:

«Liberatori suo beato Johanni evangelistae Hilarus episcopus famulus Christi».[1331]

También Eusebio de Dorilea —depuesto y convicto de hereje— se escabulló y envió sus súplicas a León: «La única ayuda que le queda aparte del Señor».[1332]

Y el obispo Teodoreto, que también perdió su sede en Éfeso, hizo llegar a Roma tres cartas de tono sumamente adulador: una epístola de un servilismo rastrero para el propio papa, otra para el archidiácono Hilario, sucesor de León, y otra dirigida al mismo presbítero Renato, ya fallecido, a quien rogaba: «Persuade al más santo de los arzobispos (el romano) para que haga uso de su poder apostólico», encomiando al respecto a aquella santísima sede, «sobre todo», por «haber quedado (siempre) al abrigo de todo hedor herético».[1333]

El sínodo imperial de Éfeso constituía un tremendo triunfo de los monofisitas y de Dióscoro, quien llevó las riendas del concilio con más firmeza aún que su predecesor, san Cirilo, con ocasión del otro Concilio de Éfeso, apenas dos decenios antes. Al contrario que Cirilo, Dióscoro no necesitaba ya el apoyo del obispo de Roma, a quien mantenía a raya, convirtiéndose ahora — con la ayuda del emperador, que confirmó las resoluciones sinodales— en «señor efectivo de la Iglesia» (Aland). Ciento trece de los «padres» presentes habían declarado a Eutiques ortodoxo y lo habían rehabilitado, deponiendo en cambio a Flaviano. Con ello eliminaron de un manotazo la «Unión» del año 433. El papa León, desde luego, anatematizó a Dióscoro; tildó su proceder no de «juicio», sino de «vesania»; el concilio de *«nonjudicium sed latrocinium»,* de «sínodo bandidesco», de asamblea en la que «so capa de la religión ventiló intereses privados» *(privatae causae),* afirmación que valdría asimismo para toda la historia de la Iglesia e incluso para cada creyente particular. Por lo demás, no sólo el patriarca de Constantinopla, también el de Antioquía, Domnos II (442-449), juntamente con Eusebio y el obispo Ibas de Edesa (rehabilitado, por cierto, en Calcedonia y vuelto a condenar cien años más tarde en la «Cuestión de los Tres Capítulos» el año 553), en una palabra, todos los prelados antioqueños prominentes fueron depuestos, condenados y subsiguientemente desterrados. Las sedes de las Iglesias orientales más ilustres fueron ocupadas por partidarios de Dióscoro, quien también excomulgó al papa León I, si bien con el único apoyo de diez obispos egipcios. En suma, una victoria que apenas tenía par en

---

[1331] Mansi VI 905 ss. ACÓ II, 1,1,111; II, 1, 2,116; II, 1,1,191; II, 1, 78; II, 5, 118. Néstor. Lib. Heracl. 494 s. Prosper. Chron a. 448. Comprobar la carta de Hilario, v. 13. 10. 449 a Pulquería ep. 46. Leo I ep. 46. LThK 1. A. IV 29, VIII 650 s. Altaner/Stuiber 347 s. Lecky II 160 s. Grisar, Geschichte Roms 313 s. Steeger XXXI ss. Stein, Vom romischen 464, duda de que Flaviano muriese a causa de sus heridas. Caspar, Papsttum I 487 s. Haller, Papsttum I 132 s. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 75 s. Diehí 980. Sellers, 70 ss. Camelot, Ephesus 109 ss, 117 ss. Chadwick, The Exil 16 ss. Del mismo, Die Kirche 236 s. Stratmann IV 27 s. Goemans 285. Grillmeier, Einleitung zu Grillmeier/Bacht 249. Andresen, Die Kirchen der alten Christenheit 389 s. Handb. d. Kirchengesch. II/l, 119 s. Aland, Von Jesús 272,278 s. Van der Meer, Alte Kirche

[1332] ACÓ II, 2, l,79ss

[1333] Theodor. ep. 113; 116; 118

la historia anterior de Alejandría.[1334]

52

El papa dirigió a la sazón un escrito, con el correo del 13 de octubre de 449, a su «clemente majestad», al «más cristiano y venerable de los emperadores», a Teodosio, afirmando por lo pronto audazmente que todo habría tenido un desenlace muy distinto si se hubiesen seguido sus directivas. Si no se hubiese estorbado la lectura de su carta al «santo sínodo» (que también le merecía el calificativo de «latrocinio»), la exposición de su «fe incontaminada que agradecemos a la inspiración del cielo y que mantenemos con firme fidelidad, hubiese cesado el estruendo y la ignorancia teológica —¡como si esa ignorancia no fuese el alfa y el omega de la teología!— se habría disipado. Las envidias clericales —algo que sigue floreciendo en nuestros días— no hubiesen hallado ningún subterfugio para su obra maligna». Es más, el papa censuraba que «al pronunciarse el veredicto no estaban presentes todos los conciliares». ¡Como ya pasó en Éfeso en 431! «Se nos ha informado de que a algunos se les denegó sin más la participación, de que otros fueron introducidos de matute, quienes con docilidad de esclavo —¡ni siquiera tenían por qué haber sido obispos!— y cediendo a la arbitrariedad, prestaron su mano a una firma impía, pues sabían exactamente que perderían su puesto si no se plegaban a sus órdenes (las de Dióscoro).» ¡Como si las cosas fuesen distintas cuando los concilios siguen directrices católicas![1335]

El papa León exigía, pues, «la revocación de ese siniestro seudoveredicto, que supera cualquier sacrilegio». El diablo jugaba de tal modo con cierta gente insensata «que les aconsejaba veneno cuando buscaban una medicina». ¡Ay!, el corazón de León se encogía al decirlo. Rogaba a su majestad convocar un concilio en «tierra italiana» para solventar todas las cuestiones controvertidas y restablecer el amor fraterno. El romano permitía generosamente que participasen también los obispos orientales. Quería, incluso, reconducir «a la salud con curativa medicina» a los que se hubiesen desviado del recto camino de la fe verdadera. «Incluso si alguno hubiese incurrido en pertinaz transgresión, no debería perder los vínculos que lo unen a la Iglesia si mudaba sanamente de parecer.» En caso contrario, desde luego, tendría que tragarse el tósigo católico perdiendo asimismo su puesto. Por lo que respecta a corrupción y afán de poder, ambos bandos andaban igualados.[1336]

Con todo, por mucho que el papa condenase las resoluciones conciliares considerándolas como auténticos crímenes y sintiéndose mortalmente ofendido por ellas, no se atrevía a impugnar, ni menos aún a derogar el veredicto de Éfeso, ni mediante declaración pública personal, ni tampoco mediante un sínodo. Con ello hubiese entrado en contradicción con el derecho imperial relativo a la Iglesia: el «primado jurisdiccional» sobre la totalidad de la Iglesia, acá o allá. Y cuando más tarde, él mismo envió a la Galia una parte de las actas del Concilio de Calcedonia con el *exemplar sententiae,* el texto exacto de la sentencia emitida contra Dióscoro, no

[1334] Mansi Conc. coll. VI 1009, 1045. Leo I ep. 44, 1; 45; 95, 2. Según Fuchs, Handb. der Kirchengesch. 1, fueron 135 los obispos que firmaron la «excomunión del ortodoxo Flaviano». LThK 1. A. VIH 650 s. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 76. Caspar, Papsttum I 492 ss, 511, 515. Camelot, Ephesus 124. Seeberg, Dogmengeschichte 256 s. Bacht, Die Rolle 227 ss. Haller, Papsttum I 133. Chadwick, Die Kirche 237. Alnd, Von Jesús 272 s

[1335] Leo I ep. 44 (PL 54, 827 ss)

[1336] Ibíd. Rahner, Kirche und Staat 219

tuvo reparo alguno en suprimir de entre las razones que fundamentaban aquella sentencia la del anatema que Dióscoro lanzó contra él mismo: no convenía que los obispos occidentales llegasen siquiera a tener conocimiento de aquella tremenda posibilidad.[1337]

Cierto es que León apeló urgentemente al emperador escribiendo una y otra vez: «Os conjuro»,

«¡No carguéis con el lastre de un pecado cometido por otros!», «Desechad toda culpa de vuestra pía conciencia». Le rogaba invocando «la divinidad una y trina [...], por los santos ángeles del cielo». Le imploraba con todos sus obispos, con todas las iglesias de «esta mitad de nuestro imperio». Invocaba «entre lágrimas a la clemente majestad». La exaltaba como «el más cristiano de los emperadores ante quien todos doblaban humildemente su rodilla». Pero también escribió al santo Flaviano (difunto ya entretanto), al clero y a los monjes de Constantinopla, a los ciudadanos de la capital, a obispos de Oriente, de Italia y de las Galias. A todos los exhortaba a la defensa del catolicismo. Pero, sobre todo, se escudaba en Pulquería, la hermana mayor del emperador, mojigata y sedienta de poder, que había educado a su hermano tanto más cristianamente cuanto que ella misma había hecho voto de castidad, induciendo a sus hermanas a hacer otro tanto. Como quiera que ella «había apoyado siempre los esfuerzos de la Iglesia», el papa la requería para que interviniese ante Teodosio en virtud «de la alegación que el mismo apóstol Pedro le había expresamente encomendado». También el diácono Hilario, que tan milagrosamente escapó de Éfeso, adjuntó un escrito a Pulquería. La (falsa) monja pasaba, por lo visto, en Roma por ser la figura clave en la casa imperial de Constantinopla.

53

El déspota mismo, no obstante, se puso decididamente de parte de Dióscoro. No se ablandó ni siquiera cuando León I intentó mover el ánimo de su «clemente majestad» en la Roma oriental para que derogase el veredicto del sínodo imperial de Éfeso, pese a que ahora trataba de lograrlo a través de cuatro cartas —impetradas por León en la fiesta de la «Cathedra Petri», el 22 de febrero en la iglesia de San Pedro-: una del emperador Valentiniano, otra de su madre Gala Placidia, otra de su mujer Licinia Eudoxia, hija de Teodosio II, y otra de la hermana de Valentiniano, y a las cuales, como decían las altas señoras «mezclaban lágrimas a sus palabras» y «apenas si podían hablar de tanta pena». Las epístolas de la corte —León lo había tramado todo hábilmente— rezumaban por cierto devoción ante la sede romana, que «superaba a todas en dignidad», y eran más papistas que el papa. Pero Teodosio no admitía intromisión alguna del «patriarca León» en los asuntos de Oriente, calificando al sínodo de «juicio divino» y a sus resultados de «verdad pura». Flaviano, «culpable de nocivas innovaciones», recibió el castigo que merecía. «Desde su alejamiento imperan en la Iglesia la paz y la unanimidad total [...].» Sucesor del «bienaventurado Flaviano», que no pudo ya recibir la carta de consuelo de León fue Anatolio, hechura de Dióscoro y presbítero suyo, apocrisiario alejandrino en la corte. Anatolio, a su vez, entronizó de nuevo a Máximo, miembro de la misma facción, en Antioquía.[1338]

[1337] Mansi Conc. coll. VI 1045. Leo I ep. 103. Comprobar Caspar, Papsttum I 492 ss, 497 ss, 525 nota 4, 527.

[1338] Mansi Conc. coll. VII 495. Valentín, an Theod.: Leo I. ep. 55. Gala Plac. An Theod.: Leo I. ep. 56.

Pero precisamente en el momento en que Dióscoro de Alejandría se disponía a regir sobre la totalidad de la Iglesia oriental, cayó desde toda la altura de sus triunfos. Una simple y desdichada casualidad condujo a una alteración total de la política imperial y eclesiástica.

El 28 de julio del año 450, el emperador Teodosio, obstinado oponente del papa y valedor de los monofisitas hasta el fin de su vida, sucumbió a una caída de caballo en una cacería cuando sólo tenía 49 año s. Murió sin dejar varón. Santa Pulquería, su hermana, tan dada a beaterías y otrora apartada por Crisafio de la escena política, tomó las riendas del Estado y, sin más rodeos, hizo decapitar al omnímodo eunuco con quien hacía causa común el patriarca de Constantinopla —ésa fue la primera acción del nuevo gobierno—, arrancando a Eutiques de su monasterio y enclaustrándolo a la fuerza en Constantinopla. El papa León vio como de súbito «aumentaba considerablemente la libertad de los católicos en virtud de la gracia de Dios».

Y, efectivamente, bajo el general Marciano (450-457), encumbrado hasta el poder por el hombre fuerte de Oriente, el jefe del ejército Aspar, con quien (Marciano) se casó en agosto de aquel año Pulquería —que era aún virgen a sus 51 años y lo seguiría siendo en el futuro— y a quien haría regente adjunto, los vientos soplaron en dirección completamente opuesta. El advenedizo que, según escribe Próspero, era «hombre estrechamente vinculado a la Iglesia» y adversario declarado de los monofisitas, por lo demás, apenas otra cosa que un dócil instrumento en manos de la emperatriz, ofreció insistentemente un concilio al papa que «sirva a la paz de la religión cristiana y a la fe católica». Pero León, sabiendo ahora que el déspota estaba de su parte, no necesitaba ya de concilio alguno. Dios le había escogido para la «defensa de la fe», escribió a Marciano, conjurando le, con todo, a no dar lugar a que esta fe se sometiera siquiera a la discusión de un concilio. Acto seguido, el cadáver de Flaviano fue inhumado solemnemente en la catedral de Constantinopla. Eutiques fue excomulgado en un sínodo doméstico y Dióscoro, hasta ahora victorioso patriarca de Alejandría, fue acusado de blasfemia contra la Santa Trinidad, de «herejía», de latrocinio, de asesinato, etc. Y Alejandría «tomó a ser escenario de luchas sangrientas surgidas de la intolerancia» (Schuitze). Todos los obispos volvieron repentinamente la espalda a Dióscoro como animados por un solo corazón y una sola aspiración, echándole todas las culpas y encareciendo que sólo habían cedido ante la violencia. También Anatolio (449-458), convertido en patriarca de Constantinopla por Dióscoro, se arrastró ante la cruz —esta vez ante la romana— bajo la fuerte presión ejercida por la «monja» desposada, abandonando la causa de su propio promotor, Dióscoro, y enviando a Roma una retahila de declaraciones de arrepentimiento de conciliares de Éfeso, a la vez que practicaba un doble juego. También el patriarca antioqueno. Máximo, recogió declaraciones condenatorias contra Nestorio y Eutiques. Hasta el propio archidiácono de Dióscoro le volvió la

---

Eudoc. an Theod.: Leo I. ep. 57. Leo I. ep. 30 s; 43 s; 54 ss; 62 ss. Socrat. 7, 22. Theodor. h.e. 5, 36, 3. Grisar, Geschichte Roms 314 s. Steeger XXXIV ss. Stein, Vom römischen 417, 464. Kirsch 564 ss. Caspar, Papsttum I 492 ss, 499 ss. Rahner, Kirchenfreiheit 185. Klinkenberg, Papst Leo 17 s. Del mismo, Papsttum 63 ss. Camelot, Ephesus 126 ss, Bacht, Die Rolle 231 ss. Bury, History I 214. Goemans 252 s. Haller, Papsttum I 132. Schwaiger, Pápstiicher Primat 42 s. Aland, Von Jesús 273 ss. Wojtowytsch 327 ss

espalda, convirtiéndose, como se dijo más arriba, en patriarca de Alejandría.[1339]

54

Este patriarcado, que durante tres generaciones había avanzado de victoria en victoria, en su lucha por el dominio de la Iglesia oriental, había perdido, en todo caso, su posición dominante. Su sed de poder se vio, incluso, definitivamente frustrada. A partir de ahora fue su rival constantinopolitana la que ejerció un dominio incuestionado en Oriente gracias a una archidiócesis de más de trescientos obispados. No sólo superaba, con mucho, a Alejandría y a Antioquía, sino también al obispo de Roma, quien sólo ejercía su dominio sobre casi toda Italia e Iliria. Bien es cierto que éste tendía afanoso sus hilos hacia Oriente, pero no todo transcurriría allí a la medida de su gusto.

1. 16 EL CONCILIO DE CALCEDONIA, O SEA: «GRITAMOS EN ARAS DE LA PIEDAD»

Todavía el 9 de junio de 451, León rogó al emperador Marciano que aplazase el concilio, pero éste había tomado ya otra decisión. Es así como se llegó al famoso cuarto concilio ecuménico, de secular influencia, pero celebrado con cartas tan marcadas como las del anterior «latrocinio» y, ocasionalmente, al menos, no inferior a él en turbulencias.

Como era usual, lo convocó el emperador, cuyo escrito de invitación del 17 de mayo de 451 a todos los metropolitanos se iniciaba con esta frase: «Los asuntos divinos han de anteponerse a todos los demás». El monarca había fijado también, sin consultar a ningún obispo ni «papa» el tiempo y el lugar (primero Nicea, después Calcedonia, hoy Kadikoy, situada en el Bosforo, frente a Constantinopla), lo cual era entonces algo perfectamente obvio. Como lo era el que también se sometiese a ello, sin objeción alguna, el papa León «Magno», pese a que no deseaba en modo alguno el concilio y más bien había manifestado su disgusto en diversas ocasiones, enfatizando que en tiempos tranquilos hubiese celebrado gustosamente un concilio en Italia. Puesto, sin embargo, ante hechos consumados, escribió en una epístola de salutación a la asamblea obispal (26 de junio de 451): «Es loable la pía decisión del augusto soberano por la que se dignó convocamos para aniquilar los lazos mortales tendidos por el demonio y restaurar la paz de la Iglesia, salvaguardando el derechoy el honor del muy bienaventurado apóstol Pedro por medio de la misivacon la que también nos invitaba a Nos a honrar con nuestra presencia el venerable sínodo. Pero ciertamente, ni la premura, ni cierta antigua costumbre lo permitían. Ahora bien, quiera vuestra fraternidad considerarme allí presente, presidiendo *(praesidere)* vuestro sínodo en la persona de los hermanos enviados por la Santa Sede».[1340]

[1339] Prosper. Epit. Chron. a. 450, Leo I. ep. 73; 75; 78; 80; 89 s. Prokop. bell. vand. 1, 4, Euagr. 2, 1. Marc. comes ad a. 450. LThK 2. A. I 497. Dtv Lex. Antike, Geschichte I 152. Schuitze, Geschichte I 378. Steeger XXXVIII ss. Stein, Vom rómischen 464 ss. Caspar, Papsttum 1502 ss. Klinkenberg, Papsttum 75 ss. Del mismo, Papst Leo 84 ss. Dannenbauer, Entstehung I 282 s. Bury, History I 236. Dallmayr 191 s. Rahner, Kirche und Staat 215. Camelot, Ephesus 129 ss. Haller, Papsttum I 136. Chadwick, Die Kirche 237. Aland, Von Jesús 273 s. Wojtowytsch 329 ss

[1340] Leo I ep. 93. Caspar, Papsttum I 509 s. Goemans 257 ss. Dallmayr 193 ss. Schwaiger, Pápstiicher

Los legados de León acudieron realmente en esta ocasión: los obispos Pascasino de Lilybaeum (Marsala, Sicilia), hombre de su especial confianza, para quien exigía la presidencia *vice apostólica,* Lucencio de Ascoli, el sacerdote romano Bonifacio con un escribiente y asimismo Julián de Quíos, experto en Oriente. Con todo, apenas si pudieron leer la salutación papal y ello en una reunión especial... ¡casi al final de las reuniones conciliares! Y cuando el concilio se reunió el 8 de octubre de 451 en la basílica de Santa Eufemia, la presidencia, en el centro de la nave principal, estaba constituida por los plenipotenciarios del emperador, cónsules, senadores, prefectos; dieciocho, nada menos. Y el mismo emperador intervino personalmente y de forma determinante, sin abandonar su «divino palacio», en las sesiones del concilio. El 25 de octubre presidió él mismo, junto a la emperatriz, y aprobó las resoluciones, con lo que éstas obtuvieron su validez. La afirmación hecha por Pío XII en su encíclica *Sempitemus Rex Christus,* en 1951, a raíz del jubileo por los 1.500 años transcurridos desde el concilio, en el sentido de que éste se reunió bajo la presidencia de los legados papales y de que todos los padres conciliares reconocieron esta prerrogativa de Roma, es tan incierta como el aserto de Pío XI en su encíclica *Lux Verítatis* del año 1931 con motivo de la celebración del 1.500 aniversario del concilio de Éfeso, por no hablar de otras deformaciones tendenciosas y tergiversaciones históricas de la encíclica de Pacelli. Todas ellas, eso sí, al servicio de las pretensiones de un primado de Roma.[1341]

55 Pero también mienten los teólogos católicos desde la cúspide hasta los rangos más modestos, incluyendo al jesuita J. Linder quien —con su *imprimatur*— escribe así: «Los concilios ecuménicos estaban siempre [!] presididos por los papas o por sus representantes». Incluyendo también a los apologetas católicos Koch/Siebengartner, quienes, a su vez con *imprimatur,* escriben lo siguiente: *«Nunca se celebró una asamblea general de la Iglesia sin estar presidida* por el papa o por sus delegados». Incluido asimismo el católico J. P. Kirsch (también con *imprimatur):* «Los presidentes del sínodo eran los legados papales». Incluido, en fin, el *Léxico de la Teología y de la Iglesia:* «Un legado papal ejercía la presidencia». Y eso no debe extrañamos, pues hasta el mismo legado Lucencio afirmaba en Calcedonia contra Dióscoro: «*Tuvo la osadía de celebrar un sínodo sin la autoridad de la Santa Sede, algo que no se permitió ni sucedió nunca*».

Los católicos son capaces de mentir así a lo largo de dos milenios ante la faz del mundo.[1342]

El papa León I reivindicó ciertamente para sí el derecho a presidir el concilio de 451, ¡pero no lo obtuvo! Requirió del emperador Marciano que Pascasino ejerciese

---

Primat 44 s.

[1341] Mansi Conc. coll. VI 580 s. (Sitzung 8. Octubre). Leo I ep. 80; 83; 88 ss; 94. Pius XI Lux Veritatis del 25 de diciembre de 1931, AAS 23, 1931 493 ss. Pius XII Sempitemus Rex del 8 de septiembre de 1951, AAS 43, 1951, 625 ss. Caspar, Papsttum 1504 ss. Steeger XL s. Goemans 257 ss, 262 ss. Dannenbauer, Entstehung I 282 s. Dallmayr 196. Hallamos una breve sinopsis sobre «el estado de la investigación» y una amplísima sinopsis de ocho páginas sobre todas las fuentes, de forma muy detallada, en Grillmeier, Rezeption 16 ss, 22 ss. Ortiz de Urbina, Das Symbol 397. Camelot, Ephesus 132 ss, 146 ss, 152 ss. Anders B. Kótting, Die abendiandischen Teilnehmer 7 ss. BihImeyer/TüchIe I 285. Schwaiger, Pápstiicher Primat 43 s. Schneemelcher, Aufsátze 365 ss. Aland, Von Jesús 274 s

[1342] ACÓ II, 1, 1, 65 (Cit. por De Vries, Die Kollegialität 86) LThK 1. A. II 822. Koch/Siebengartner, Katholische Apologetik 134. Kirsch 567. Linden 47

la presidencia en su lugar *(vice mea)* y también escribió a los obispos de las remotas Galias que sus hermanos «presiden el sínodo en representación mía», ¡pero en realidad sólo pudieron hacerlo un único día! Incluso el franciscano holandés M. Goemans, quien piensa que un lector atento de las actas conciliares «puede hacerse la idea a la vista del descollante papel de los *comisionados* imperiales, que la auténtica presidencia del concilio estaba en sus manos» constata por sí mismo a cada paso que son ellos, justamente, quienes «presiden», «presiden» y «presiden» en las sesiones 1.a, 2.a, 4.a, 5.a. En la 6.a (5 de octubre), en la que se confirmó solemnemente el símbolo de la fe de Calcedonia, estuvieron presentes el emperador y la emperatriz Pulquería. Constata también que sus comisarios «presiden asimismo las sesiones de la 8.a a la 17.a [...]». Eran ellos efectivamente quienes llevaban las riendas del concilio. Y fueron ellos también, y nadie más, quienes lo salvaron en cada una de sus varias fases críticas.[1343]

Sí, el Espíritu Santo habló también, a buen seguro, por boca de los representantes del déspota: y así será siempre, con tal que hable en favor de la Iglesia romana. Y si no es así será el demonio quien hable. (Por qué el Espíritu Santo permite tan siquiera que hable también el demonio, que se hable y se tomen también decisiones en detrimento de la Iglesia romana —eso incluso en concilios reconocidos por Roma, en concilios «ecuménicos» como el de Constantinopla (381) y hasta, como hemos de ver aún, en el de Calcedonia—, eso es secreto del Espíritu Santo.)

León I no tenía tampoco el más mínimo interés en que se discutieran cuestiones relativas a la fe. Semejantes debates, auténticas confrontaciones cuando se trataban especialmente aspectos dogmáticos, no son nunca del gusto de los papas. No puede existir la menor duda, escribió León en su salutación acerca de los conciliares, acerca «de lo que yo deseo. Por eso, dilectísimos hermanos, reprobamos de forma rotunda y tajante la osadía de suscitar debates acerca de la fe inspirada por Dios. Calle el fatuo descreimiento de los extraviados y prohíbase la defensa de aquello que no es lícito creer [...]». Y en una última misiva con fecha del 20 de julio conjuraba así al emperador Marciano: «¡No haya la más mínima disputa acerca de cualquier reanudación del proceso!».[1344]

Pero la exigencia papal, «¡No haya discusiones en lo relativo a la fe!», fue tan desoída como desatendido su deseo de ejercer la presidencia del concilio. Al contrario, los comisionados imperiales insistieron expresamente en aquella discusión. No obstante lo cual, el credo redactado por la propia comisión conciliar fue apasionadamente rechazado en la 5.a sesión (el 22 de octubre). Los legados papales amenazaron con su retomo y con un concilio en Italia. El emperador presionó sobre los conciliares: o un nuevo símbolo de fe o el traslado del sínodo al país del papa. De inmediato se dio la preferencia a lo primero. Los obispos cedieron y redactaron una nueva definición de fe en la que dieron cabida al escrito doctrinal de León. Pero ello no sucedió en reconocimiento de una autoridad doctrinal, sino porque se tenía la convicción de que su *Tomus* coincidía con la fe ortodoxa.[1345]

[1343] Leo I ep. 89, 93, 103 ad Episc. Galliarum. Caspar, Papsttum I 509. Scónmetzer II, 950 ss, especialmente 951. Kirsch 567 ss. Dallmayr 236 s. Respecto a Goemans, véase nota 140

[1344] Leo Lep. 93s

[1345] ACÓ II 1, 2, 93 ss. Comp. Schónmetzer, Usta cronol. 951 con indicación de fuentes. Wojtowytsch

56

El concilio, un triunfo de la ortodoxia, en el que participaron presuntamente 600 obispos fue una de las asambleas más pomposas de la antigua Iglesia. El cardenal Hergenróther da una cifra de entre «520 y 630» participantes. En las actas conciliares —que no siempre recogen el orden cronológico de las sesiones *(praxeis, actiones)* y muestran en general discrepancias en los recuentos— constan en todo caso tan sólo 430 firmas. En realidad «sólo estaban presentes 350 o 360 padres» (Goemans). La 1.a sesión, el 8 de octubre, se dedicó a la inculpación de Dióscoro, destronado en la 3.a (31 de octubre) ¡sin que su doctrina fuese, pese a todo, condenada! Dióscoro se mantuvo prudentemente alejado desde entonces, pero replicó por su parte excomulgando al papa. El concilio le privó de su sede obispal y de todas sus dignidades espirituales (el emperador lo desterró más tarde, primero a Cizico, después a Heraclea y, finalmente, a Gangra, en Paflagonia, donde murió después en el exilio). *Un único* malhechor para no perder a otros: la táctica ya seguida contra Nestorio. Por lo demás la asamblea reconoció, por miedo a las represalias, una fórmula idéntica a la deseada por el emperador Marciano —a la sazón presidente del sínodo y aclamado como «novus David», «novus Paulus», «novus Constantinus», más aún: como «sacerdote» y «maestro de la fe» [!]—, por el papa y por el patriarca de Constantinopla, Anatolio: la doctrina difisita, un Cristo de dos naturalezas, base de toda la teología ortodoxa, de los griegos, de los católicos y de los protestantes.[1346]

Pues así como la profesión de fe de Nicea tomó cuerpo en este concilio tan sólo por intervención del emperador Constantino (por ello la denominaba sarcásticamente Haller «símbolo constantiniano»), también la fórmula definida en Calcedonia «se aprobó tras intensa intervención política: sólo un amenazador ultimátum del emperador hizo posible zanjar de forma inequívoca y definitiva la cuestión de la relación entre las naturalezas divina y humana en Cristo y plasmarlo todo en forma de una profesión de fe formulada por el concilio» (Kawearau). El mismo León I atribuía al emperador el mérito principal de la victoria del sínodo sobre la nueva «herejía», «pues gracias al santo celo de su clemente majestad fue exterminado el maligno error [...]».[1347]

El déspota siguió, pues, prestando más tarde su decidido apoyo a este símbolo y el nestoriano Elias de Nisibe (975— 1049) no andaba muy descaminado al escribir en su libro *Pruebas de la verdad de la fe:* «Pero el emperador habló así: "Ni se han de admitir dos personas, siguiendo a Nestorio, ni una naturaleza, siguiendo a Dióscoro y sus parciales, sino dos naturalezas y una persona". Lo que él ordenó lo mantuvo con violencia y matando a espada a los contradictores mientras afirmaba: "¡De los dos males, el menor!" [...]. Los maestros enseñaron [...] que el parecer expuesto por el emperador es reprobable y viciado, apartado de la verdad, y se mantuvieron firmes en su antigua y ortodoxa fe; fe inalterable que no dio pie a violencias ni dio lugar a mediaciones, ni a donaciones de obsequios, ni a dispendio de dinero en su favor

336 ss

[1346] Mansi. Conc. coll. VI 929, 931, 985. Leo I. ep. 102, 2. Hergenróther 471 s. Grisar, Geschichte Roms 315 s. Stein, Vom römischen 462 s, 467. Caspar, Papsttum I 515. Ewig, Kónigsgedanken 11. Klinkenberg, Papsttum 84 s. Michel Kaisermacht 5. Seeberg, Dogmengeschichte II 263. Schónmetzer 950 ss. Dannenbauer, Entstehung I 284. Maier, Verwandiung 157. Goemans 261 s. Camelot, Ephesus 136 ss. Chadwick, Die Kirche 237 ss. Schwaiger, Pápstiicher Primat 45

[1347] Leo I. ep. 104. ACÓ II, 4, 55. Hofmann, Kampf der Pápste 17 s. Kawerau, Alte Kirche 172

[...]».[1348]

En cualquier caso, la mayoría de los padres conciliares apenas comprendían qué era lo que allí se ventilaba teológicamente. Según un documento clerical, la mayoría de los obispos del sínodo de Antioquia (324-325) no eran expertos «ni siquiera en cuestiones relativas a la fe de la Iglesia», hecho que esclarece de modo contundente cuál era el calibre espiritual de muchos de ellos.

¡Como lo esclarece asimismo el hecho de que en el de Éfeso muchos obispos no eran capaces ni siquiera de escribir su propio nombre y firmaron por mano de otros! ¡Y también en el de Calcedonia participaron 40 obispos analfabetos! Hasta un católico moderno subraya el nivel cultural, chocantemente bajo todavía, del «episcopado romano-oriental» (Haacke). ¿Acaso la del romano-occidental era distinta? ¡Era, reconocidamente, peor aún![1349]

57

Por supuesto que la fórmula «Un Cristo en dos naturalezas» tampoco era comprensible para nadie. ¡Una distinción sin separación, una unión sin confusión! Gran misterio, en verdad. Nadie lo ha comprendido aún. Eso se colige de la declaración del benedictino Haacke (que compara a los monofisitas «con los nacionalsocialistas»: «Frente a la «confusión» preconizada por los monofisitas, se subrayó la «coadunación», frente a la distorsión de la «íntima subjetividad», la íntima «interpenetración». ¡Pues lo que justamente se necesitaba era un Señor absolutamente divino! ¡Y absolutamente humano! Pero, por encima de todo, ¡una sede obispal![1350]

La lectura del escrito dogmático de León —*Epístola dogmática o Tomus* de León, en Oriente (también «Tomos del malvado León», según la, historiografía copta), con una fijación antialejandrina en su cristologíase vio acompañada, en la segunda sesión conciliar, el 10 de octubre, por aclamaciones de entusiasmo: «¡Ésta es la fe de los padres! ¡De los apóstoles! ¡Así lo creemos todos, así los ortodoxos! ¡Sea anatema, quien no lo crea así! ¡Pedro habló por boca de León! ¡Es lo que enseñaron los apóstoles! ¡Pía y verdadera es la doctrina de León! ¡Cirilo enseñó lo mismo! ¡Sea anatema, quien no enseñe tal doctrina!». Los ilustres adalides de la fe no querían ni tomarse tres días de reflexión hasta la próxima sesión:

«Ninguno de nosotros está en duda, ya hemos firmado», exclamaron; triunfo, también, de la autoridad papal, que durante cuatro siglos, hasta el año 869/870 (Constantinopla), no fue ya superada en ningún otro concilio «ecuménico».[1351]

La estereotipada expresión «¡Pedro habló por boca de León!» parecía no querer desprenderse ya nunca más de los labios de teólogos y apologetas católicos, tanto menos cuanto que ésta se había esfumado de la boca de los obispos orientales. Cada vez que se ponían sobre la mesa «pruebas» históricas de la autoridad doctrinal del

---

[1348] LThK 1. A. III 625 s. De Vries, Syrisch-nestorianische Haltung 606. Ortiz de Urbina, Das Symbol 1391

[1349] Hamack, Mission 175. Von Boehn 33. Haacke, Rom 63 s. Lietzmann, Geschichte III102

[1350] Ortiz de Urbina, Das Symbol 410. Haacke

[1351] Mansi Conc. coll VI 553 ss, 580 ss, 972 s. ACÓ II, 1, 2,69 ss, especialmente II, 1, 2, 81. Leo I ep. 94. Steeger XLI s. Caspar, Papsttum 1511 ss. Camelot, Ephesus 141 ss, 148 ss. Cramer/Bacht II 320. Dannenbauer, Entstehung I 283 s. Klinkenberg, Papsttum 85. Schuitze, Papstakklamationen 211 ss. Chadwick, Die Kirche 240. Schwaiger, Pápstiicher Primat 44 ss. Wojtowytsch 13, 336 ss

papa, aquélla aparecía también en el menú. Pero, escribe el teólogo e historiador de la Iglesia Schwaiger, «un atento estudio de las fuentes evidencia que el Concilio de Calcedonia no remite en ninguna parte, a la hora de justificar la aceptación del *Tomus Leonis,* a una supuesta autoridad incondicional del papa en cuestiones doctrinales [...]. Una parte de los obispos aceptó el *Tomus,* ostensiblemente, tan sólo a causa de la abrumadora presión imperial».[1352]

La «obra maestra» leoniana —que en nuestros días sería bastante más idónea para curar insomnios, incluso los más agudos, que para zanjar la más suave de las dudas en cuestiones de fe— tenía, en amplios pasajes, un tenor del que nos puede dar idea esta muestra: «El nacimiento según la carne es manifestación de la naturaleza humana; el alumbramiento de la Virgen, en cambio, signo de la potencia divina. La niñez del pequeño se manifiesta en la humildad de la cuna; la grandeza del Altísimo se anuncia por boca del ángel [...]. Aquel a quien tienta como hombre la astucia del diablo es el mismo a quien los ángeles sirven como a Dios. Pasar hambre, sed, fatigarse y dormir es, a todas luces, propio de humanos, pero dar de comer a 5.000 con cinco panes, dispensar a la samaritana agua de vida tal que quien bebe de ella nunca más padece la sed, caminar sobre las aguas del mar sin que se hunda su pie, calmar las hinchadas olas conjurando la tormenta, todo ello es inequívocamente propio de Dios. Como tampoco pertenece a la misma naturaleza —y paso por alto otras muchas cosas— el llorar con amor compungido al amigo muerto y el despertarlo de nuevo a la vida, tras yacer cuatro días bajo la losa de la tumba, con una sola orden de su voz. O bien el colgar de la cruz y el transformar el día en noche o hacer temblar a los elementos. O bien el ser traspasado por los clavos y el abrir las puertas del paraíso al ladrón creyente. Como tampoco corresponde a la misma naturaleza el poder decir: "Yo soy uno con el Padre" y "El Padre es mayor que yo"».[1353]

Bien rugido. León, no sería aquí, precisamente, la expresión más adecuada.

58

No es de extrañar que historiadores del dogma críticos como Hartnack o Seeberg juzguen muy desdeñosamente el *Tomus* de León. Ya es asombroso que E. Gaspar le atribuya «vigor convincente», una «eficacia convincente entre amplísimos círculos». ¡Y tanto! Pues ¡qué cosas, por amor de Dios, no fueron ya capaces de convencer a amplísimos círculos![1354]

Quizá no haya nada que pueda glosar mejor esta tentativa papal, esa desangelada exaltación espiritual que trata de explicar lo que es *per se* inexplicable, de dar plausible concreción a algo vanamente quimérico, que el consejo dado por san Jerónimo a Nepociano previniéndolo contra declamadores y pertinaces vanilocuentes: «Dejemos a los ignorantes lanzar palabras vacías de sentido y a traer hacia sí la admiración del pueblo inexperto con su verborrea. La petulancia de explicar lo que uno mismo no entiende no es, por desgracia, nada infrecuente. Uno acaba por considerarse a sí mismo una lumbrera cuando ha hecho tragar infundios a los demás. No hay nada más fácil que embaucar al pueblo simple o a una asamblea ingenua, pues cuanto menor es su conocimiento de causa, tanto más aumenta su

[1352] Schwaiger, Pápsti. Primat 46 s

[1353] Leo I. ep. 28 (Tomus ad Flavianum)

[1354] Hamack, Lehrbuch 379 ss. Seeberg, Dogmengeschichte (2. A.) 239 s. Acerca de ello véase Caspar, Papsttum 1478 ss

admiración».[1355]

Culturalmente, la mayoría de la espléndida asamblea conciliar era, en verdad, una «asamblea ingenua»: eso incluso aunque no se hubiese dado el caso de que uno de cada diez entre aquellos reverendísimos señores no sabía leer ni escribir. En desquite de ello su pico funcionaba tanto mejor. Pues no todo fue cavilar sobre problemas teológicos, respecto a lo cual distintos motivos daban pie para callarse. También se ventilaron escándalos como el de las querellas entre los obispos Basanio y Esteban de Éfeso. Se produjeron auténticos tumultos y los padres, animados por el Espíritu Santo, dieron lugar a escenas tales que también el católico G. Schwaiger halla no pocos paralelismos entre el famoso cuarto concilio ecuménico y el «Latrocinio de Éfeso». R. Seeberg, que constata una «impresión de lo más desagradable», acentúa incluso «que su desarrollo no fue menos tumultuoso que el del "Latrocinio"». Caspar halla palabras casi idénticas. Las actas de la sesión ponen de manifiesto que los sinodales se habrían empantanado en su propio alboroto y se habrían visto abocados a un pronto fracaso si el Estado no los hubiese constreñido a seguir un procedimiento como de protocolo notarial.[1356]

Los comisionados imperiales reprendieron el griterío «plebeyo» de los obispos. Éstos replicaron chillando: «Gritamos en aras de la piedad de la ortodoxia».

Y mientras que Dióscoro —su situación estaba tan perdida de antemano como la de Nestorio el año 431 en Éfeso— siguió siempre fiel a sí mismo y mantuvo lo que había defendido, los obispos que lo habían ovacionado dos años antes le volvieron ahora la espalda casi como un *solo* hombre. Ya en la primera sesión, por la tarde y a la luz de las velas, su deposición era cosa decidida. Lo abandonaron sin la menor consideración: «¡Fuera el asesino Dióscoro!» se oyó exclamar. Ahora y en la tercera sesión, el 13 de octubre, cuando lo destronaron *in absentia* se oyeron cosas como: «hereje», origenista, blasfemo contra la Trinidad, libertino, profanador de reliquias, ladrón, incendiario, asesino, reo de lesa majestad, etc.[1357]

La aparición de Barsumas, nestoriano declarado, suscitó la misma tormenta de indignación: «¡Fuera el asesino!». El obispo de Cizico gritó:

«Él mató al bienaventurado Flaviano. Él estaba allí gritando: "¡Abatidlo a golpes!"». Algunos de los supremos pastores exclamaron: «Barsumas ha llevado a toda Siria a la perdición». Barsumas permaneció impertérrito. Cuando apareció el historiador de la Iglesia Teodoreto de Ciro, fiel amigo de Nestorio y adversario de Cirilo, pero «innegablemente una de las figuras mayores de la época» (Camelot), en verdad, una especie de Agustín de Oriente (Duchesne), los «padres» de Egipto, Palestina e Iliria hicieron retumbar la iglesia con rugidos que atronaban los oídos: «¡Expulsad al judío, al adversario de Dios, y no lo nombréis obispo!». «¡Es un hereje! ¡Un nestoriano! ¡Fuera el hereje!» Pero incluso el «Agustín de Oriente», el obispo Teodoreto, el enemigo de Cirilo y amigo de Nestorio, traicionó a este último tras cierta resistencia. En un principio declaró todavía: «Os aseguro ante todo que no tenía los ojos puestos

[1355] Hieron. ep. ad Nepot. 52, 8

[1356] Caspar, Papsttum 1512. Schónmetzer 951. Seeberg, Dogmengeschichte 259. Dallmayr 197. Schwaiger, Pápsti. Primat 46

[1357] Caspar, Papsttum I 512 s, 514 s. Dallmayr 236 s. Seeberg, Dogmengeschichte 259 con indicación de fuentes. Comprobar también la nota siguiente

en un obispado [...]». Pero era de eso de lo que se trataba también en su caso. Y cuando se le amenazó con no restituírselo y con una nueva condena, declaró en acta: «Nestorio sea anatema y todo el que diga que la Virgen no es *Deípara.* También quien escinda en dos al Hijo Único [...]. ¡Y acto seguido, recibid mi saludo!».[1358]

59

¡Y acto seguido, recibid mi saludo!

Sólo trece obispos egipcios que aparecieron con Dióscoro, rompieron filas respecto a los demás. No declararon culpable a Eutiques y se negaron tenazmente a aceptar la carta doctrinal de León: «Nos matarán, nos matarán si lo hacemos». De nada sirvió que se les apremiara o amenazara. Como mínimo exigían una demora hasta la elección de un nuevo patriarca. Es más, deseaban seguir sosteniendo la fe de sus padres y preferían morir allí mismo a ser lapidados a su regreso a Egipto. Todo ello expresado con gran patetismo y, finalmente, saldado de momento con la concesión de una moratoria por parte de los funcionarios imperiales hasta tanto no se cubriese de nuevo la sede alejandrina. No faltó el gimoteo de los obispos. Y desde luego la fórmula de las «dos naturalezas» condujo realmente, como pronto veremos, a violentos excesos en Egipto y en Palestina.[1359]

1.17 EL CANON 28

Veintisiete cánones habían superado ya los trámites de manera casi enteramente satisfactoria para Roma (prescindiendo de los cánones 9 y 17 que ya habían ampliado los derechos del patriarca de Constantinopla), cuando en la sesión del 29 de octubre, el último de ellos, el 28, deparó un revés de la peor especie en el ámbito de la política y la jurisdicción eclesiásticas a León «Magno» y al papado, es decir, al vencedor en el campo dogmático. En verdad que ese canon se convirtió en «la razón primordial de las desavenencias venideras..., hasta el día de hoy» (Dólger).[1360]

La asamblea obispal (vengándose así evidentemente por la imposición del dogma que Roma consiguió gracias a la interposición del emperador) codificó la supremacía del patriarca de Constantinopla en Oriente. Remitiéndose al canon 3 del Concilio de Constantinopla (381) —que atribuía al obispo local el «primado de honor», si bien «tras el obispo de Roma»— el Concilio de Calcedonia reconoció ahora al patriarca de la «Nueva Roma» (Constantinopla) «las mismas prerrogativas» que al patriarca de la Roma antigua y, por descontado, el derecho de ordenación en las diócesis de Asia, Ponto y Tracia. Ello se hacía «siguiendo una costumbre ya establecida desde hace mucho tiempo» *(consuetudinem, quae ex longo iam tempore permansit).* Es decir, que el obispo de Constantinopla podía consagrar a los metropolitanos de estas diócesis. Con ello obtuvo no sólo un primado honorífico, sino también la jurisdicción sobre un amplio territorio de Oriente. Cierto que se certificó el derecho de

---

[1358] ACÓ II 1, 1, 66 ss. De Vries, Syrisch-nestorianische Haltung 603. Bacht, Die Rolle 238 s. Seeberg, Dogmengeschichte 259, nota 4, 260. Camelot, Ephesus 94 s. 138, 147, 171 ss. Duchesne, Histoire ancienne II 394, citado por Camelot en 94 s

[1359] Mansi Conc. coll. VII 49 ss. ACÓ II, 1, 2, 110 ss. Euagr. h.e. 2, 5 ss. Caspar, Papsttum I 516. Bacht, Die Rolle 255. Seeberg, Dogmengeschichte 260. Camelot, Ephesus 147.

[1360] Dólger, Byzanz 82 s

anterioridad a la Roma antigua, pero a la nueva se le concedieron iguales prerrogativas. Los legados papales —que al parecer no habían sido preparados por el papa para la discusión de cuestiones jurisdiccionales— evitaron intencionada, pero imprudentemente estar en esa sesión decisiva. En la siguiente, sin embargo, protestaron del modo más enérgico. A la invitación de los comisionados de que presentasen los cánones, cosa que ambos bandos hicieron precipitadamente, Pascasino citó el canon 6 de Nicea, pero, claro está, en la versión *falsificada* por Roma. Pues ese canon tiene por título —en un texto latino que se remonta documentadamente hasta el año 435-: *De primatu ecciesiae Romanae* y afirma en su primera frase:

«*La Iglesia de Roma tuvo desde siempre la primacía (Primatum)».* Eso era, sin embargo, una interpolación que falta en la versión constantinopolitana del mismo canon. El legado Lucencio, obispo de Herculaneum, cuestionó el carácter voluntario de las signaturas afirmando que los padres fueron víctimas del ardid, de la violencia y del embaucamiento, firmando bajo presión. La respuesta fue, no obstante, un amplio coro de voces, quizá la voz de la unanimidad: «¡Nadie ha sido forzado!». Los supremos pastores testificaron uno a uno haber firmado voluntariamente y no tener objeción alguna contra la resolución. Los gerentes imperiales levantaron correctamente acta de todo y ratificaron el canon 28 con los votos de los legados romanos en contra: «Lo expuesto fue aceptado por la totalidad del sínodo».

60

Por supuesto que León I se manifestó expresamente de acuerdo con las decisiones conciliares en la medida, y sólo en la medida, en que afectaban a la fe, *«in solafidei causa».* Por lo demás no quería que para la «Nueva Roma», la nueva ciudad imperial, valiese lo que ya valía para la Roma antigua. Pues en los asuntos divinos —escribió al emperador, al tiempo que le expresaba su «dolido asombro» de que el espíritu codicioso de prestigio volviese a perturbar, apenas restablecida, la paz de la Iglesia— imperaban otros principios que en los humanos, *«alia ratio est rerum saecularium, alia divinarum».* Pero en realidad, el que el *status* civil de una población determinase también su *status* eclesiástico se ajustaba plenamente al principio ya claramente formado en el sínodo de Antioquia (328 o 329). León se mostró todavía bastante moderado frente al emperador. Frente a otros como Anatolio, santa Pulquería y Julián de Quíos babeaba de rabia. Rezumando por su parte afán de poder, el «arzobispo de Roma», apelativo que usaron los sinodales para él tras la clausura del concilio, desaprobaba con radical iracundia las aspiraciones de Constantinopla a la supremacía, tildándolas de «codicia desenfrenada», «extralimitación desmesurada en sus competencias», «desvergonzada pretensión», «desvergüenza inaudita», como intentó —según dio a entender a Anatolio, patriarca de Constantinopla, a quien dirigió la carta más violenta— de «echar por tierra los cánones más sagrados. Te pareció sin duda que se te presentaba un momento favorable, toda vez que la sede alejandrina había perdido el privilegio de segunda en el rango y la antioquena se vio privada de su cualidad de tercera en esa jerarquía honorífica, para, sometiendo estas ciudades a tu férula, privar de su honor a todos los metropolitanos».[1361]

[1361] ACÓ II, 1, 3, 88 ss; 1, 3, 99. Mansi Conc. coll VII 452. Leo I. ep. 104 ss, 115 ss. Stein, Vom römischen 469 s. Steeger XLIII s. Schwartz, Der sechste nikänische Kanon 611 ss. Caspar, Papsttum I 518 ss, 527 ss. Martín, The Twenty-Eight Canon 433 ss, especialmente 451 ss. Hofmann, Kampf der Pápste 15 ss. Dallmayr

Aliada con el emperador. Roma había aniquilado el «papado» alejandrino. Evidentemente, León temía ahora un «papado» en Constantinopla, en la capital del imperio, y ello tanto más cuanto que Roma ni siquiera era ya capital de Occidente, pues lo era Ravena. De ahí que mientras León encomiaba el Concilio de Nicea como «privilegio divino», rebajaba la autoridad del concilio «ecuménico» de Constantinopla (381), acusando de «ambición de poder» al patriarca Anatolio e indicando enfurecido que no «servía absolutamente de nada» aducir en favor suyo aquella «pieza escrita» «supuestamente redactada por no sé qué obispos hace sesenta año s», un papel que ninguno de sus antecesores presentó para conocimiento de la Santa Sede» «y ahora tú pretendes, vana y tardíamente, sonsacando de forma artera la apariencia de una aprobación a los hermanos (del Sínodo de Calcedonia) venir en apoyo de esa pieza escrita, caducada de antemano y tiempo ha arrumbada (!) [...]». Y mientras que la Iglesia griega mantuvo en general la permanente vigencia del canon 28, León declaró «nula» la aprobación de los obispos —en carta a la emperatriz Pulquería— «cancelándola íntegramente en virtud de la autoridad del santo apóstol Pedro y mediante determinación general» *(in irritum mittimus et per auctoritatem beati Petri apóstol!, generali prorsus definitione cassamus).*[1362]

Hasta el jesuita A. Grillmeier reconoce con franqueza que el canon 28 atrajo más la mirada del papa «que la decisión dogmática del sínodo». Es más, concede que León «apenas se ocupó, quiza nada, de la situación objetiva de las Iglesias orientales».[1363]

Y sin embargo, este papa se presentaba de puertas afuera como sumamente solícito y desinteresado: «Me declaro tan henchido de tal amor para con la totalidad de los hermanos — escribía a su rival de Constantinopla— que no puedo atender ningún ruego suyo que pueda serles nocivo [...]». Y no fue la única vez que León I enmascaró su colosal ambición tras la apariencia de su fraternal amor al prójimo. Cuando, por ejemplo, combatió a san Hilario en las Galias —ya tenemos de nuevo a dos santos enfrentados— concluía así un escrito dirigido al episcopado galo: «No es que Nos propugnemos en favor nuestro las consagraciones en vuestra provincia, como tal vez [!] presenta Hilario la cuestión, siguiendo su mendacidad y tratando de seducir vuestro ánimo, sino que es concesión que os hacemos como expresión de nuestra solicitud para atajar innovaciones y no dar ocasión a quien ose aniquilar vuestros privilegios».[1364]

61

¿Quién era este papa que, mientras reprochaba a otros obispos, incluidos los santos, su arrogancia —con razón en muchos casos— usaba él mismo, y seguro que sin razón para ello, de un lenguaje apenas concebible por su arrogancia en ningún jerarca romano de los que le antecedieron en el cargo; que fingía salvaguardar los privilegios de otros obispos, mientras los privaba de ellos, ocultándolo además tras una apariencia de altruismo?

238. Camelot, Ephesus 182 ss. Mirbt/Aland núm. 456, pp. 216 s. Schwaiger, Pápstiicher Primat 29 s, 47 ss. Wojtowytsch 156 ss, especialmente 162, 339 ss

[1362] Leo I. ep. 105, 3; 106,1 ss. Kallis 59. Wojtowytsch 167 ss, 343 s

[1363] Grillmeier, Rezeption 128 ss

[1364] Leo I. ep. 10, 9; 106

62

CAPÍTULO 2 — EL PAPA LEÓN I (440-461)

« [...] una personalidad de caudillo.»

DANIEL-ROPS[1]

«[...] hasta León I la sede de san Pedro noconoció ni un solo obispo de importancia y grandeza históricas.»

F. GREGOROVIUS[2]

«Rugía y los cobardes corazones de los animales empezaban a temblar.»
EPITAFIO ESCRITO EL AÑO 688 EN LA LÁPIDA DE LA TUMBA DE LEÓN 1
A SUGERENCIA DEL PAPA SERGIO I[3]

«Aludiendo a su nombre se le ha exaltado hasta nuestros días como el León de la tribu de Judá, calificativo halagador, que no merece. Más bien se le podría comparar con el zorro.»

J. HALLER[4]

«León es el primero de los papas de la Iglesia de la Antigüedad de quien nos consta poseía una idea del papado clara y determinada [...]. Esa idea arrancaba del hecho de que el obispo romano era el sucesor del apóstol Pedro. De ahí extraía León la conclusión de que él poseía las mismas atribuciones que Cristo concedió al apóstol.»

A. EHRHARD, TEÓLOGO CATÓLICO[5]

«León Magno nos legó [...] esa doctrina del primado de forma tan excelente que ha constituido hasta nuestros días la columna vertebral del papado.»

W. ULLMANN[6]

Nada se sabe acerca de la patria, los padres y los estudios de León I. *«The best that can be suggested cannot be more than a guess»* (R. Jalland). Los más antiguos autores católicos gustan de situar su ascendencia en círculos nobles: a los «herejes» se les atribuye más bien, en caso de duda, un origen «menor». León nació, presumiblemente, a finales del siglo IV y la mayor parte de los manuscritos del *Líber pontificalis* lo consideran oriundo de la Toscana. Volterra es la que reivindica con más energía que ninguna otra ciudad su calidad de lugar natal de León I. ¡Todavía en 1543 este municipio imponía una multa de 48 *solidi* a todo el que no conmemorase festivamente el aniversario de León, el 11 de abril![7]

Tiro Próspero de Aquitania, curial bajo León, menciona a Roma como su ciudad natal, aunque también la llama «mi patria», lo que puede tener, sin duda, un sentido más amplio. Lo que es seguro es que León era ya diácono de la «sede apostólica» bajo

[1] Daniel-Rops, Frühmittelalter 131
[2] Gregorovius I 168
[3] Rahner, Leo 324
[4] Haller, Papsttum I 186. Cit. por Rahner en Leo 324 s
[5] Ehrhard, Die Griech. und die lateinische Kirche 334
[6] Ullmann, Gelasius I, 67
[7] Wetzer/WeIte VI 445. Altaner/Stuiber 357. Steeger VIII, XII. Jalland 33 ss.

sus predecesores, Celestino I y Sixto III, ejerciendo ya entonces una gran influencia. Hasta Cirilo de Alejandría procuraba ganarse su favor. Y la regente de Occidente, Gala Placidia, lo envió el año 440 a las Galias para que allanase la enemistad entre el general Aecio y el gobernador Albino. Mientras desempeñaba esta misión, el archidiácono León I fue elegido papa y consagrado como tal, tras su regreso, el 29 de septiembre de 440.[8]

2. 1 LEÓN PREDICA SU PROPIA PREEMINENCIA Y LA HUMILDAD A LOS LEGOS

La importancia histórica de este papa radica en su ampliación del primado de Roma. Contando con poco apoyo en la tradición —si exceptuamos sus últimos predecesores-pero con naturalidad, sistematismo y consecuencia tanto mayores, León cimentó y amplió las pretensiones del poder papal.

Para fundamentar y propagar esas pretensiones se sirvió, ante todo, de la doctrina de Pedro. Ésta le había sido ya predicada a todo Occidente, África incluida, pero León hizo uso y abuso particularmente frecuente de la misma, elevándola a *potestatis plenitudo,* a «petrinología», no sin integrar en ella elementos de la ideología pagana exaltadora de Roma y del Imperio con su correspondiente «ceremonial de palacio». León habla incesantemente de Pedro, colocándolo siempre en el candelero. Después equipara con él a los obispos de Roma y los convierte en «partícipes» del honor de Pedro, más aún, en sus «herederos». Es esta la época en que emerge también el concepto de «vicario» de Pedro. Y mediante los conceptos de «vicario», de «heredero», León se identifica también jurídicamente con Pedro, reivindicando la totalidad de los supuestos plenos poderes de aquél. Con todas las artes de una osada exégesis equipara también a Pedro, «la trompeta de los apóstoles» con Jesús, le hace partícipe del poder de Dios para, de este modo, hacer que también el papa participe del mismo. Todo concluye allí en una «inmutable participación». ¡Pues por boca del papa habla Pedro. Quien escucha al papa, escucha a Pedro, escucha a Cristo, escucha a Dios! «Así pues, cuando nuestras amonestaciones hallan oído en vuestra santidad, creed en verdad que es Él, de quien ejercemos como vicarios *(cuius vice fungimur),* quien habla».

63

Si, según Cipriano, Pedro tenía meramente un primado *ínter pares,* ahora León lo eleva muy por encima de los demás apóstoles. Conjura a cada paso la preeminencia de Pedro, la legitimación de los papas para su mandato, el papel de Roma como la sede de las sedes, la *sedes apostólica,* cabeza de la Iglesia. Con ello distorsiona la tradición e intensifica las pretensiones, presentando otras completamente nuevas, para lo cual se valía, incluso, de Valentiniano y de las damas de la casa imperial a quienes ordena escribir cartas a Constantinopla con exigencias que van mucho más allá de lo hasta entonces establecido en relación con el primado romano. Sólo el obispo de Roma y nadie más es «vicario de Pedro», expresión que, salvo que hubiese

[8] Leo I. ep. 31,4; 119,4. serm. 1. Prosp. Epit. Chron. a. 440. Wetzer/WeIte VI 445. Steeger VII ss. Caspar, Papsttum 1423 ss. Jalland 33 ss. Klinkenberg, Papst Leo 134. Daniel-Rops, Frühmittelalter 130. Haller, Papsttum 1117 s

sido ya usada, en 431, por el legado Filipo en Efeso, fue probablemente León el primero en acuñar. Petrus «en cuyo lugar Nos reinamos»: el primer *pluralis majestatis* de la historia de los papas. De ese modo, el obispo romano, «no sólo es obispo de esa sede, sino primado de todos los obispos». Todos le deben obediencia, también todos los *maiores ecciesiae,* los patriarcas. A él se le ha de encomendar «la dirección de toda la Iglesia», como «príncipe de toda la Iglesia», «de todas las Iglesias del orbe entero». Sólo «un anticristo, el diablo» lo negaría. Y quien cuestione su *«principatum»* no podrá «menguar su dignidad, sino que, engreído por el espíritu de la soberbia, se precipitará él mismo en los infiernos». Bien se echa de ver quén es aquí el engreído, ello pese a que León enfatice a cada paso su bajeza, su indignidad, su calidad de *«indignas haeres»* (indigno heredero). Pues fue este personaje, ducho en todos los entresijos del derecho romano (autor también de una estrecha vinculación jurídica entre el papa y Pedro gracias a los conceptos de «participación» y de «herencia» y, por lo tanto de una indivisible unidad entre teología y derecho, entre Biblia y jurisprudencia), quien acuñó ya previsoramente la célebre, y tristemente célebre a la par, formulación —razones para esa triste celebridad las hubo mucho tiempo ha y las siguió habiendo, y con harta frecuencia— de que ni siquiera «los herederos indignos» carecen de la dignidad de Pedro» *(etiam in indigno haerede).* De ese modo, comenta el católico Kühner, «todo, incluido el crimen, podría ser justificación».[9]

El papa León recalcaba infatigable la omnipotencia de los papas y, consecuentemente, la suya propia. Predicaba y escribía insistentemente en esa línea: «*Pedro fue elegido en todo el orbe para ser cabeza de todos los apóstoles, de todos los pueblos convocados, de todos los padres de la Iglesia*». «D*esde todos los puntos del orbe vienen a buscar refugio en la sede de San Pedro.*» León lo ensalza como «roca» y fundamento, como «custodio del Reino de los Cielos», como «arbitro de la remisión o reducción de los pecados». Cierto que todos los obispos, concede, tienen una «dignidad común», pero en modo alguno el «mismo rango». Algo similar ocurría ya con Pedro y los apóstoles, pues «aunque todos fuesen elegidos de una misma, sólo *a uno* le fue otorgado el destacar por encima de los otros». Y no es ya que León se propase afirmando que «lo que Pedro sentencia también queda sentenciado en el cielo», sino que encarece asimismo que él, el papa, goza, en el desempeño de su cargo, «del perpetuo favor del todopoderoso y eterno Sumo Sacerdote», que es «semejante a él [!] e igual al Padre».[10]

Imposible llevar la arrogancia a límites superiores. Pero ya en su primer sermón como papa, el 29 de septiembre de 440 —el primer sermón papal recogido por la tradición exultó, en actitud nada modesta, con el salmista: «Él me bendijo, pues obró en mí grandes milagros [...]», para exclamar jubiloso poco después, que Dios le había «colmado de honores», encumbrándolo hasta «lo más alto».[11]

64

[9] Leo I. serm. 2 ss. ep. 10, 1 s; 55 ss; 65, 2. Caspar, Papsttum I 427 ss. Klinkenberg, Papst Leo 106, 17 s. Del mismo, Papsttum 43 ss, aunque sobreestime la importancia de León en p. 112. Gontard 131. Ullmann, Leo I 25 ss. Del mismo, Gelasius 1,61,67 ss, 77 ss. Mirbt/Aland, Quellen núm. 441 s, pp. 206 ss. Haller, Papsttum 1119 s. Vogt, Der Niedergang Roms 488 s. Kühner, Imperium 48 s. Stemberger/Prager 2985 ss. Wojtowytsch 304 ss, 349 s

[10] Leo I. serm. 4,2 ss; 3,1 ss; 5, 1 ss. ep. ad episc. Anast. 14,1 s

[11] Leo I. serm. 1 s. Haendier, Abendiándische Kirche 68

¡Tanto mayor era su insistencia al predicar humildad a las ovejitas de la grey! «Pues la plena victoria del Redentor, debelador del mundo y de Satán, tuvo su comienzo y su fin en la *humildad*» (León conjura a menudo y de modo muy gráfico al diablo y al infierno, y con menos frecuencia, como era usual, al cielo: éste da menos de sí). Yendo más lejos, León afirma: «Así pues, dilectísimos, la entera [!] doctrina de la sabiduría cristiana no consiste en palabras ampulosas ni en sutiles disquisiciones tampoco en el afán de gloria y honor —eso quedaba para él y sus igualessino en la *humildad* auténtica y voluntaria»: ésta iba destinada a los súbditos, a los sujetos a vasallaje y explotación. Baste recordar al respecto que el obispo de Roma era, ya en el siglo V, el mayor latifundista de todo el Imperio romano.[12]

2.2 EL VERDADERO ROSTRO DE LEÓN

León nos ha legado una obra escrita de una extensión superior a la de cualquier otro papa anterior a él: 90 sermones y prédicas de festividad, cuaresma o pasión (ni de sus antecesores, ni de sus inmediatos seguidores se nos ha conservado prédica alguna). El número de epístolas que poseemos de él es casi el doble (114 de ellas relativas a la política cara a Oriente). Pero,

«dilectísimos», no es tan fácil explorar un carácter a partir de unos sermones. Sermones que eran, por lo demás, muy breves. Algunos (el 1, el 6, el 7, el 8, el 13 y el 80) extremadamente cortos, como si hubiese puesto su celo en imitar el ejemplo de Flaviano Ciro. Y sus 173 epístolas (entre ellas unas veinte espúreas y 30 dirigidas a él) son primordialmente producto de sus secretarios, sobre todo de la mano de Próspero de Aquitania, autor oriundo de la Galia meridional, amigo de Agustín, fervientemente entregado a la especulación teológica y enconado oponente de los pelagianos. De él provienen también «según toda probabilidad» el contenido teológico de aquellos «escritos de estadista que hicieron cabalmente célebre el nombre de León en Oriente y Occidente», como escribe J. Haller, quien subraya previamente: «Cuando menos, aquella forma artificiosa, tan estimada en esa época de decadencia, el *pathos* altisonante, con gran derroche de palabras para decir tan poco, la cadencia rítmica, que embelesa el oído con su eufonía y lo distraen de la pobreza y la debilidad de las ideas, podrían proceder tanto del servidor como del señor».[13]

En todo caso, León, de talante tan autocrático, tan amante ya del ceremonial cortesano apostólico» (!), tan pomposo propagador del primado romano —aunque solía denominar «objeto de temblor» *(materia trepidationis)* a la «Sede de Pedro»— era un típico «señor», un déspota espiritual, a quien Nicolás I, uno de sus más notables sucesores compara con el «león de la tribu de Judá» (Apocalipsis 5,5) en una carta dirigida al emperador Miguel, león que, «apenas abría su boca hacía estremecer al orbe entero, incluidos los mismos emperadores». Por más que todo ello fuese una hipérbole y por más que él engalanase hábil, por no decir farisaicamente, su sed de

[12] Leo L serm. 37,2 s

[13] Gennad. de vir. ill. c. 84. Altaner 311. Altaner/Stuiber 357. Steeger XLI ss, XLIV ss. Caspar, Papsttum I 462. Silva-Tarouca 386 ss, 547 ss. Haller, Papsttum I 118. Ullmann, Gelasius I, 61 s

poder, sus continuas exigencias sazonadas con numerosas citas bíblicas —autodenominándose, verbigracia, «discípulo de un maestro humilde y apacible», maestro «que dice "tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, pues soy indulgente y humilde de corazón [...], mi yugo es suave y mi carga ligera"»—, León era en realidad una naturaleza rotundamente antievangélica. En una carta del 10 de octubre de 443 dirigida a los obispos de Campania, Piceno y Tuscia se muestra irritado porque «*por doquier» (passim) se consagra a esclavos como sacerdotes y prohíbe resueltamente el nombramiento de sacerdotes a quienes no avale «un linaje adecuado*».

¡El cristianismo había nutrido otrora sus filas, y en no pequeña medida con personas de esos estratos! Ahora el papa prohíbe que un «vil esclavo» *(servilis vilitas)* sea elevado a sacerdote, pues no puede acrisolarse ante Dios quien no pudo hacerlo ni ante su mismo señor. León I, el Doctor de la Iglesia, «el Magno», convierte así la calidad del linaje en prerrequisito de la carrera sacerdotal. ¡Condena la ordenación de esclavos como sacerdotes como violación de la santidad del sacramento del sacerdocio y de los derechos de los amos! Con ello, la Iglesia se adaptó a la sociedad esclavista de la fase final del Imperio romano, sociedad de la que ninguna otra institución era tan representativa como ella. El estado cristiano tomó, complacidamente, noticia de ello. Tan sólo unos años después —la conexión es palpable— Valentiniano III promulgó un decreto por el que prohibió la ordenación de esclavos, colonos y miembros de las corporaciones laborales forzosas.[14]

65

También frente a sus colegas obispales se muestra León I altanero. Es él quien manda, quien debe mandar. Pues él destaca por encima de todos ellos. Les hace sentir su superioridad respecto a ellos, que él «por voluntad del Señor está en posición preeminente». Amplía su mandato directo a prelados que hasta entonces habían sido independientes de Roma, como el metropolitano Aquilea. Somete también a sus órdenes a los obispos españoles. Los de la Galia no lo tratan ya como «Tu Fraternidad», hasta entonces usual, sino «Vuestro Apostolado» *(apostolatus veste r).* También se le ensalza con la denominación *«corona vestra».* Aparte de ello, el plural se hace ahora usual en el tratamiento.[15]

El modo como León procedió contra sus colegas obispales, responde asimismo a esa actitud. Tal fue el caso en la Galia, donde los obispos de Arles y de Vienne contendieron por la dignidad de metropolitano. Vamos a referirnos primero, muy de pasada, a los antecedentes.

2.3 SAN LEÓN CONTRA SAN HILARIO

En los albores del siglo V, Heros se hizo cargo de la sede de Arles, la *«gallula Roma»* («Roma gala»), que era entonces una de las ciudades más florecientes de Occidente. Heros, discípulo de Martín de Tours, había obtenido su dignidad obispal

[14] Leo I, ep. 4, serm. 5, 4. JE 2796 (MG ep. VI 473). Grisar, Geschichte Roms 309. Rahner, Leo 327. Diesner, Kirche und Staat 11. Haller Papsttum I 118 s. Langenfeid 23. Stemberger/Prager VIII 2987 s

[15] Leo I. ep. 1,1 ss; 6,1; 15; 65,1. Haller, Papsttum 1120 s. Wojtowytsch 310 ss. Stemberger/Prager 2987

mediante la amenaza y la violencia (según testimonio de Zósimo) y sólo pudo consolidar su sede con ayuda del usurpador Constantino III, quien residió en Arles desde el año 409 al 411. Es por ello perfectamente creíble que Heros, como escribe el historiador Sozomeno, diese cobijo en su iglesia al cercado usurpador del trono y lo consagrase, incluso, como obispo sin que ello impidiera, no obstante, su ejecución. Poco después de ello, y a consecuencia de sus manejos políticos y de otro tipo, Heros se vio pronto padeciendo exilio en Palestina, juntamente con el obispo Lázaro de Aix, sobre el que pesaban grandes acusaciones. Aquí acosaron a Pelagio, a quien llegaron a acusar formalmente con un amplio escrito.[16]

Un sucesor de Heros, el influyente Patroclo de Arles (412-426), *«un personnage asser suspect»* (Duchesne), asesinado posteriormente, consiguió la elevación al solio pontificio de Zósimo. Ello gracias al respaldo que le dispensaba el gobierno de su amigo Flavio Constancio, a quien debía propiamente su sede obispal. Y casi de inmediato, Zósimo honró al obispo Patroclo con una serie de «sorprendentes privilegios» (el católico Baus). Ya su primer decreto del 22 de marzo de 417 —¡cuatro días después de su elevación a Papa!— estableció en favor de aquél «un amplio poder metropolitano». Es más, aparte de ello, le otorgó el derecho de supervisión «*sobre toda la Iglesia gálica*» (el católico Langgártner). Con todo ello no hacía probablemente otra cosa que pagar con la mayor celeridad la factura que Patroclo le presentó por su ayuda en la elección papal.[17]

El obispo de Arles había fomentado esa tendencia atribuyendo trapaceramente un origen petrino a su sede. La ironía de la historia hizo que fuese la misma Roma, concretamente a través de Inocencio I, quien propaló la historia de que todas las iglesias del mundo habían sido fundadas por Pedro o sus discípulos. Aquello compaginaba muy bien con su interés por el primado, pero condujo después al conflicto entre el papa y otros clerizontes sedientos de poder. En esa línea, Patroclo de Arles se inventó un discípulo de Pedro, san Trófimo de Arles, y este personaje, que ni siquiera existió, fue, no obstante, exaltado a misionero de las Galias y fundador de la iglesia de Arles. Con ello y con la anuencia del papa Zósimo, Patroclo se elevó también a metropolitano. Los obispos de Marsella, Narbona y Vienne protestaron en el acto y negaron su obediencia a Roma, pese a algunas citaciones y acres reprimendas. Próculo de Marsella fue depuesto y pocos decenios después ello condujo a una grave desaveniencia entre el papa León y un sucesor de Patroclo, san Hilario de Arles, a quien aquél privó de los derechos de metropolitano, derechos que ya habían restringido sus antecesores.[18]

66

El arzobispo Hilario de Arles (429-449), un santo auténtico de la Iglesia católica (festividad el 5 de mayo) descendía de círculos políticos dirigentes de vieja raigambre. Al principio fue monje del monasterio insular de Lerinum (Lérins) y fue

---

[16] Zos. ep. 2 ss. Soz. h.e. 9, 15, 1. Prosper, Chron. a 412 MGA ant, 9, 465 s. August. ep. 175, 1. Dtv Lex. Antike, Geschichte II 218. Caspar, Papsttum I 288. Langgartner 24, 33 ss. Wermelinger 68 s

[17] Prosper Chron. 412. Chron. Gall. 452. Pauly I 1292, IV 555. Haller, Papsttum 184 ss. Langgartner 26 ss, 61 ss, 188. Duchesne, Histoire 228 según Langgartner p. 33. Comprobar también Von Haehiing, Religionszugehórigkeit 469. Baus in Handbuch der Kirchengesch. II/l 269

[18] Zos. ep. 4 ss. Pauly IV 555 s. Caspar, Papsttum 1288. Haller, Papsttum 185. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 269 s. Ullmann, Gelasius I, 34 ss, especialmente 44 ss

investido de los honores episcopales —pese a la mucha resistencia que él mismo opuso, si hemos de creer a su biógrafogracias a un pariente, su antecesor el obispo Honorato. Nos dice también el biógrafo que san Hilario hacía todos sus viajes descalzo, incluso en invierno, cubierto de un hábito miserable sobre una áspera camisa penitencial a efectos de mortificación; que rescataba prisioneros, fundaba monasterios y construía iglesias; que los días de ayuno predicaba a menudo hasta tres horas seguidas y que lloraba amargamente cuando una desgracia afectaba a uno de los suyos. Por otra parte, san Hilario, al decir de san León, irrumpía tumultuosamente y por la fuerza de las armas en aquellas ciudades cuyo obispo había muerto para imponerles un sucesor de entre sus parciales. Incluso cuando el obispo Proyecto yacía aquejado de grave enfermedad apareció el santo, quien consagró a Importuno a la cabeza de la diócesis. «En su arrogancia —decía el papa, sarcástico— , creía que la muerte del hermano no acudía al paso debido.» Contra lo esperado, Proyecto mejoró y los habitantes de la ciudad elevaron sus quejas contra Hilario: «Apenas tomaron noticia de su llegada y ya había desaparecido de nuevo». También por lo que respecta a las excomuniones era el metropolitano harto expeditivo. De ahí que León, el santo, se enfureciese contra Hilario, el santo, quien «busca su fama más en una ridícula celeridad que en una mesurada actitud sacerdotal». Aquí se enfrentaban santo contra santo, algo que no era tan infrecuente y que sucedió incluso entre los doctores de la Iglesia. Y como suele pasar en círculos no santos, también entre los santos es el que está más arriba quien descabalga al que estarnas abajo.[19]

El romano tenía miedo de su resoluto y elocuente colega, de la formación de un patriarcado en Arles, incluso temía se constituyese una Iglesia de las Galias independiente, temor tanto mayor cuanto que también la aristocracia gala, emparentada con Hilario, secundaba a éste y se oponía a la nobleza italiana. De ahí que León, al estallar el conflicto entre, por una parte, Hilario y, por la otra, Proyecto y el obispo Celedonio –este último depuesto por aquél por estar, según parece, casado con una viuda— procedió a lanzar un ataque frontal. «Ansia someteros a su dominio *(subdere)* — escribía León a los obispos de la provincia de Vienne— y no quiere, por su parte, soportar el someterse a san Pedro *(subiectum esse)»* y «Vulnera con palabras de suma arrogancia la reverencia que debemos a san Pedro [...]». El santo León reprocha al santo Hilario su «ambición de nuevas pretensiones insolentes». Asevera que «es siervo de su concupiscencia», que «no se considera sujeto a ninguna ley ni limitado por ninguna prescripción de orden divino» que «perpetra lo que es ilícito» y «desconsidera lo que debiera observar [...]». Cuando el arlesiano intentó, el año 445, solventar la cuestión hablando buenamente con el papa tras cruzar a pie los Alpes en lo más crudo del invierno —«entró impávido en Roma, sin caballo, sin silla y sin abrigo» *(Vita Hilarü)*— León, por su parte, lo puso bajo custodia y lo llevó ante un concilio. Hilario, sin embargo, lanzó contra la asamblea improperios de tal violencia que «*a ningún seglar le es permitido pronunciar ni a ningún obispo oír*» *(quae nullus laicorum dicere, nullus sacerdotum posset audire)* y emprendió viaje de regreso.

[19] Leo I. ep. 10. JK 407. Rever. Vita Hilar, c. 1 ss. LThK 1. A. V 24, 2. A. V 335. Pauly II 1146. Jalland 116 ss. Caspar, Papsttum I 439 ss. Haendier, Abendiándische Kirche 73 ss. Comprobar también nota siguiente

El romano dejó tan sólo el derecho de regir su propia diócesis —derecho del que ya se había hecho propiamente indigno— a quien se había sustraído al veredicto «mediante una huida vergonzosa» y «aspira a la autoridad de forma malévola».

Cabe resaltar, con todo, que León no depuso al popular Hilario (como afirmó posteriormente una falsificación hecha en Vienne). Sin embargo, siguiendo sus hábitos, se aseguró el apoyo del poder estatal para dar fuerza a sus medidas. Informado «por el fidedigno informe del venerable obispo romano León» acerca del *«abominabilis tumultus»* en las iglesias gálicas, el emperador Valentiniano III mandó el 8 de julio de 445 que «para todo el tiempo futuro» y bajo multa de 10 libras de oro, se prestase obediencia a sus propias órdenes y a la autoridad de la Sede Apostólica. A los gobernadores de provincia les ordenaba que llevasen por la fuerza ante el tribunal del obispo romano a aquellos obispos que se resistiesen «como salvaguarda de todos los derechos que nuestros mayores otorgaron a la Iglesia romana».[20]

67

León acentuó especialmente el deber protector del soberano, que para él finge a menudo como *«cusios fidei»,* considerándolo en verdad característica esencial de la potestad imperial. El monarca ha obtenido su poder de manos de Dios y en consecuencia se debe no sólo al gobierno del mundo, «sino ante todo *(máxime)* a la protección de la Iglesia»: ¡ésa será *siempre,* para cualquier papa, la misión más importante, con mucho, del poder estatal! Y ello conlleva perpetuamente, con tal que sea mínimamente posible, el exterminio o, en todo caso, la opresión de los disidentes.[21]

León tenía ahora a los obispos de la Galia sujetos a su poder, pero desde luego sólo a los del sur, el territorio donde el emperador seguía, de momento, ejerciendo su soberanía gracias a Aecio. Pero también allí se aproximaba la catástrofe.

Por lo que respecta a Hilario, en la travesía invernal de los Alpes, de retorno a su sede, contrajo una enfermedad a la que sucumbió en 449. Lo lloró, parece, todo Arles y la población se mostró tan ansiosa de tocar su santo cuerpo que el cadáver corrió peligro de ser despedazado. León tuvo ahora palabras de recuerdo para el santo *«sanctae memoriae».*

2.4 EL PAPA LEÓN ATRIBUYE AL EMPERADOR LA INFALIBILIDAD EN CUESTIONES DE FE, IMPONIÉNDOSE A SÍ MISMO EL DEBER DE PROCLAMAR LA FE PROFESADA POR EL EMPERADOR

Pero incluso frente a las personas de rango superior al suyo sabía este papa comportarse de manera significativa. Cuando el emperador Valentiniano III, hombre débil, espléndido con la Iglesia y muy influido por la doctrina petrina de León, visitó

[20] JK 407. Nov. Valentín III. 17 (8. Juli 445). Vita Hilar 16 ss; 21 ss. Gennad. de vir. ill. c. 70. Leo I. ep. 10 s; 40; 66 LThK 2. A. V 335 s. Stein, Vom romischen 488 s. Comprobar 410 ss. Steeger XII s. Caspar, Papsttum 440 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 336. Jalland 114 ss, 124 ss. Klinkenberg, Papsttum 47. Haller, Papsttum I 123 ss. Langgartner 61 ss, especialmente 67 ss, 74 ss. Vogt, Der Niedergang Roms 489. Prinz, Stadtherrschaft 15 s. Heinzelmann, Bischofsherrschaft 78 ss. Chadwick, Die Kirche 284 s. Wojtowytsch 315 ss

[21] JK 470 (ACÓ II, 4, 102). JK 509 (ACÓ II, 4, 88). Ullmann, Gelasius I, 66, 78 ss.

Roma en febrero del año 450, León se dirigió a él en un sermón laudatorio, en el tono de aquella típica seudohumildad clerical, que rezumaba en realidad arrogancia y afán de dominación: «*Ved, pues, como Cristo entregó la dirección de la primera y más populosa ciudad del mundo a un hombre pobre e insignificante como Pedro. El cetro de los reyes se sometió a la madera de la cruz; la púrpura de la corte se humilló ante la sangre de Cristo y de los mártires. El emperador [...] viene y anhela la intercesión del pescador*». El *sacerdocium* del papa se equipara así en derechos al *imperium* del cesar, pero «ya está echada la semilla de su anteposición» (Klinkenberg).[22]

Ello no quita que cuando la situación lo requena, también León «Magno» sabía doblar su espinazo ante los de arriba. Tanto más cuanto que los poderosos combatían a herejes y paganos: actividad que él les exigía y que gustaba denominar «labor», denominación que también aplicaba a su propia actuación. Si ello resultaba oportuno ensalzaba, incluso, a los emperadores —que precisamente por entonces (algo a lo que hasta ahora apenas si se ha prestado atención) se autotitularon como «pontifex»— como «custodios de la fe», «hijos de la Iglesia», «heraldos de Cristo». En ese caso les reconocía los derechos más asombrosos hasta en el ámbito eclesiástico, incluso la autoridad en el plano religioso, «santidad sacerdotal». En los textos leoninos hallamos más de 15 loas acerca del talante real y sacerdotal (obispal) del monarca.[23]

«Sé —escribe el papa León I al emperador León I— que estáis más que suficientemente iluminado por el espíritu divino que mora en Vos». Acredita al déspota que «nuestra doctrina armoniza también con la fe que Dios os inspiró», con lo cual le concede, incluso, la inspiración doctrinal. Le certifica incluso el derecho de derogar dogmas relativos a las resoluciones conciliares. ¡Y en varios escritos esas concesiones culminan incluso en el reconocimiento de la infalibilidad! Pues León I, llamado «el Grande» (y único papa, si exceptuamos al también «Grande» Gregorio I, honrado con el nada frecuente título de «Doctor de la Iglesia»), se humilla hasta tal punto ante el emperador que en cartas dirigidas a éste le encarece repetidamente que no necesita de adoctrinamientos humanos, pues está iluminado por el Espíritu Santo y ¡no puede errar por principio en asuntos de fe! León asevera con auténtico énfasis que el emperador homónimo «poseído por la más pura luz de la verdad, no flaquea en aspecto alguno de la fe [...] sino que con juicio santo y perfecto distingue lo recto de lo falso». «Estáis —le escribe— más que suficientemente aleccionado por el Espíritu de Dios, que mora en Vos, y no hay error que pueda confundir a Vuestra fe». «Su clemencia no requiere adoctrinamiento humano y se ha nutrido de la más pura de las doctrinas desde la superabundancia del Espíritu Santo». Es más, reconoce que es deber suyo (del papa) «revelar lo que sabes y proclamar lo que crees» *(patefacere quod intelligis et praedicare quod creáis}:* ¡y todo ello a pesar de que el papa no está en modo alguno convencido de la infalibilidad del emperador![24]

67

[22] Grisar, Geschichte Roms 315. Schnürer, Kirche I 93. Klinkenberg, Papsttum 47 s

[23] Ullmann, Gelasius I, 84 ss. Comprobar también la nota siguiente

[24] Leo I. ep. 104 s, 156, 162, 3; 165, 1. Caspar, Papsttum I 553 s, 560 s. Ehrhard, Die griech. und die lateinische Kirche 334 ss. Voigt, Staat und Kirche 77 ss. Stockmeier, Leo I. 76 ss, 130 ss, 138 ss. Michel, Kaisermacht 5. Ullmann, Gelasius I, 84 ss

(Resulta interesante saber que no pocos obispos, por ejemplo, aquellos de Secunda Syria y más aún los de Prima Armenia usaban incluso el pasaje de Mt. 16, 18: «Tú eres Pedro y sobre tu roca edificaré yo mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» como referido a León, ¡pero no al papa, sino al emperador! Consideraban, naturalmente, a Cristo como cabeza de la Santa Iglesia católica, pero su «fuerza y fundamento sois Vos», a saber, el emperador, «a ejemplo de la inconmovible roca sobre la que el Creador de todo ha construido su Iglesia».[25]

2.5 CONTRAPARTIDA: «SERVICIO MILITAR EN EL NOMBRE DE CRISTO…»

Por otro lado, sin embargo. León no se cansa de repetir que no es tanto el emperador sino Cristo y Dios quienes gobiernan; que el emperador ha recibido su poder desde lo más alto, *«regnatper Dei gratiam».* Confió a Julián de Quíos la misión de transmitir en el momento adecuado al emperador las *«opportunas sug gestiones».* Pues, él, León, conocía por «amplia experiencia», la fe del glorioso augusto y sabía que «está convencido de que el mejor servicio que puede prestar a su poder es el de trabajar pensando especialmente en la integridad de la Iglesia». Pues el emperador ha recibido su poder, ante todo, para proteger a la Iglesia, como León acentúa con énfasis, usando a menudo el apelativo de *«cusios fidei»,* referido al emperador. Y lo que es bueno para la Iglesia, sugiere, es también bueno para el Estado. «Redundará en ventaja de toda la Iglesia y de vuestro Imperio el que en todo el orbe no prevalezca más que *un solo* Dios, *una sola* fe, *un único* misterio para la salvación del hombre y *una sola* confesión». Y no contento con ello, este vicario de Cristo muestra seductoramente cuan provechosa puede ser la religión del amor para la guerra; la Buena Nueva para el potencial militar. «Si el Espíritu de Dios fortalece la concordia entre los espíritus cristianos —alusión a los emperadores Marciano y Valentiniano— entonces todo el orbe verá como crece la confianza en un doble sentido: pues progresando en la fe y en el amor [¡] el poder de las armas [!] se hará invencible, de forma que Dios, conmovida su gracia por la unidad de nuestra fe, aniquilará simultáneamente el error de la falsa doctrina y la hostilidad de los bárbaros.»[26]

¡Eso es hablar claro! ¡El amor y las armas!

Unidad, fortaleza, aniquilación de los enemigos: todo ello fue, tiempo ha, programa y, desde luego, también práctica habitual de la cristiandad, singularmente en Roma donde, presumiblemente, en los albores del siglo V, el cristiano Aponio, verbigracia, no solamente proclama con fervor la hegemonía eclesiástica de la ciudad eterna, sino también una teología imperial cristiana. Según ella, los reyes romanos son la cabeza del pueblo, pero «por supuesto, aquellos que han reconocido la verdad y sirven humildemente [!] a Dios. De ellos emanan las pías leyes, la paz loable y la sublime sumisión [!] frente al culto de la Santa Iglesia, como desde lo alto del carmelo [...]». Pero para que todo eso: la pía legislación, la loable paz y la sumisión, emane y cunda bellamente, los reyes tienen que «prestar su servicio a las armas en

[25] Cit. según Grillmeier, Rezeptíon 232

[26] Leo I. ep. 45, 2; 69, 2; 82, 1; 90, 2; 140. Ullmann, Gelasius I, 77 ss

el nombre de Cristo, rey de reyes [...]».[27]

68

Justamente así lo entendía León, que pregonaba para todo el orbe un Dios, un imperio, un emperador (¡Un Dios, un Reich, un Führer...!) y, naturalmente, una Iglesia, todo lo cual lo presentaba él como «orden sacro», como *«pax christiana»,* únicamente amenazada por dos enemigos: «los herejes» y «los bárbaros». «De ahí que también el emperador deba luchar contra ambos» (Grillmeier, S. J.).[28] De ahí que este obligado a la *«reparatiopacis»,* es decir a lo que ellos entienden por ese término: guerra hasta obtener lo que desean, sin reparar en pérdidas. Y ése sigue siendo actualmente su deseo. Algo que ilustran diecisiete siglos de historia eclesiástica, más sangrienta que no importa qué otra historia. Y más hipócrita...

2.6 COLABORACIÓN PARA EL EXTERMINIO DE LOS «HEREJES» AL AMPARO DE LA «EXALTACIÓN DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE»

Un papa así no conoce el perdón para los «herejes». Una y otra vez ataca con encono los «extravíos doctrinales de los herejes de dientes rechinantes», sus «impíos dogmas», sus «monstruosidades». Todos ellos, enseña León, están seducidos por la «perfidia del diablo», «corrompidos por maldad diabólica», dados a «todos los vicios posibles», propensos a «pecados cada vez más graves». Y si bien aquéllos presentan a veces un aspecto humilde, halagador, «revestidos con piel de oveja aunque por dentro sean lobos carniceros», en realidad se limitan a ocultar «su naturaleza de fieras sanguinarias tras el nombre de Cristo». Es el diablo quien los guía y si esas bestias, esa «trailla de fieras sanguinarias» actúa a veces, como ya quedó dicho, con artera conmiseración, con afable simpatía, «finalmente acaban por atacar a muerte».[29]

Palabras certeras en el fondo: son la descripción del propio proceder. Un autorretrato clásico.

Como profilaxis teológico-pastoral León recomienda insistentemente —lo cual se relaciona estrechamente con lo anterior— el ayuno, la insensibilización de la carne, el desprecio del mundo y, particularmente, el desprecio del placer, algo vigente en esa «moral» hasta muy entrado el siglo XX. «El placer —aduce León— conduce a la morada de la muerte.» En realidad ocurre precisamente todo lo contrario: la represión del instinto conduce a la agresión; la muerte del placer al placer de matar. ¡Apenas hay nada al respecto —véase Nietzsche— que el cristianismo no haya puesto cabeza abajo! De ahí que el cristianismo deba, según León Magno, «luchar incesantemente contra la carne», suprimir de raíz los placeres de la carne. «Tiene que sofocar sus apetitos, desecar sus vicios» y «evitar todo placer terreno» en absoluto. Para León «todo amor al mundo está fuera de lugar». Enseña literalmente: «Tenéis que despreciar lo terrenal para tener parte en el Reino de los Cielos».[30]

---

[27] Aponius, Expl. in cant. cantic. PL supptetffi. 1, 1958,799 As. AltaneiTSttíilwr 457. Grillmeier, Rezeption 162 s

[28] Grillmeier ibíd. 159 s, 164 ss

[29] Leo I. serm. 9, 1; 16, 3; 28, 4; 28, 6; 30, 3; 30,5; 36, 2; 72, 4; 82, 2; 91, 2

[30] Ibíd. 40, 2; 44, 2; 72, 3; 72, 5; 87, 1; 90,1; 90,4

Todo ello es diáfano como la luz del sol para León, el papa, el santo, el Doctor de la Iglesia. Quien piensa de otro modo vive «en la inmundicia». Pues ¿en favor de quién, pregunta, «luchan las apetencias de la carne, si no es en favor del demonio? [...]».[31]

León Magno enseña realmente que «*¡fuera de la Iglesia no hay nada puro y santo!*» y se remite para ello a Pablo (Rom. 14, 23) ¡De ahí que el papa prohiba «todo trato» con los no católicos! Exhorta expresamente a despreciarlos. A ellos y a sus doctrinas. Ordena rehuirlos como «a un veneno mortífero». Aborrecedlos, rehuidlos y evitad hablar con ellos». «No haya comunidad alguna con quienes son enemigos de la fe católica y sólo son cristianos nominales». Todos ellos tendrán que «recogerse a sus siniestras guaridas».[32]

Es claro que toda discusión acerca de la fe, toda controversia religiosa, algo que probablemente rechaza todo papa como tal, resultaba, ya de antemano, especialmente inaceptable para un hombre como él, que consideraba a los no católicos poco menos que como a demonios, como «lobos y bandidos». Lo relativo a la doctrina era ya cuestión decidida y si algo quedaba por decidir, eso era cosa suya. Sin el menor reparo exponía a los padres conciliares de Calcedonia que no podían abrigar dudas acerca de cuál era su deseo (de él) «acerca de aquello que no era lícito creer [...]». Y después del concilio apremió al emperador a no permitir ulteriores negociaciones. Eso entrañaría mostrarse desagradecido frente a Dios, «Lo que fue formalmente definido *(pie et plene)* no puede discutirse de nuevo. En otro caso suscitaríamos la impresión, como quisieran los reprobos, de que nosotros mismos dudamos [...]». Las «cuestiones dudosas» no debían ser, según León, sometidas a examen. Sólo él, exclusivamente él, podía presentar las resoluciones correctas con su «autoridad máxima». «Pues si a las opiniones humanas les fuera siempre lícito el debatir *(disceptare),* nunca faltarán personas que se atrevan a oponerse a la verdad y a confiar en la vanilocuencia de la sabiduría terrena.» «A la auténtica fe, en cambio, le basta saber quién es el que enseña» *(scire quis doceat).*[33]

70

Pero si alguno enseña algo distinto a lo de León, éste se servirá del estado contra él siguiendo un uso largamente probado, pero que él reitera especialmente. También el papa León apela al déspota de Oriente en términos casi idénticos a los usados otrora por Nestorio: «*Si Vos defendéis la segura salvaguarda de la Iglesia, entonces, la segura mano de Cristo defenderá también vuestro imperio*». En el oeste, la firme mano de Cristo se las tenía que haber con una «mujer mojigata» y un «emperador imbécil» (Gregorovius): con la augusta Gala Placidia, muy sumisa a la Iglesia, que durante mucho tiempo gestionó los asuntos del Estado como regente de su hijo, y después con éste, el no menos católico Valentiniano III. Aquélla siguió, posteriormente, tomando parte en importantes decisiones políticas y ello hasta su propia muerte, acaecida el 27 de noviembre de 450. (Uno de los consejeros que le sirvió por más años fue san Barbitiano, un sacerdote autor de muchos «milagros», primero en Roma y después en Ravena.)[34]

---

[31] Ibíd. 74, 5; 95, 8

[32] Ibíd. 30, 5; 69,5; 77,6; 79,2; 96,1; 96,3

[33] Ibíd. 96, 1; ep. 93; 120,4; 162,1 s; 164

[34] Leo I. ep. 44. Soz. 9, 16, 2. Chron. min. 1, 303; 1, 489. LThK 1. A. I 961 s, IV 265 s, X 481. Pauly

El gobierno tenía, ciertamente, interés en fomentar las tendencias centralizadoras de la Iglesia aunque tan solo fuera porque el vacilante Imperio espera sacar de ellas su propio provecho en aquellas provincias ocupadas o amenazadas por los bárbaros. Tales consideraciones contribuyeron cabalmente al éxito de León en Occidente. A lo largo de los siglos IV y V, toda la política del Estado frente a la Iglesia perseguía, por una parte, el objetivo de unificarla y pacificarla. Por otra parte, sin embargo, era reacio a que una sede particular ejerciese una dominación en exclusiva. Es así como el Estado, aliado con Roma, se impuso a Alejandría en el Concilio de Calcedonia, pero el intento de mantener en jaque a Roma a través del patriarca de Constantinopla fracasó. El Estado era débil y el papa se valió de esa debilidad para sus objetivos. A ese fin, comprensiblemente, él mismo se mostró siempre acomodaticio y nunca insubordinado.[35]

León I mantenía relaciones óptimas con los monarcas. Una gran parte de la correspondencia que de él conservamos — 144 cartas— va dirigida a la casa imperial. El católico Camelot comenta elogioso: «Una colaboración en la confianza y la armonía». El jesuita K. Rahner habla de la «devoción imperial de León». Y ya en sus epístolas más antiguas el papa lanza vehementes pullas contra los «herejes»: no eran otra cosa que una turba de facciosos, sectaria y levantisca, poseída por los extravíos, la corrupción, la mendacidad y la impiedad; llena de perfidia y necedad. Su doctrina un único delirio, maligno y pestilente: *error, pravus error, totius erroris pravítas, pestíferus error, haereticus error.*[36]

La iniciativa para esta cooperación antiherética, la lucha de los «hijos de la luz» contra los «hijos de las tinieblas» partió evidentemente del papa. Era él quien enviaba escritos de elogio y agradecimiento a sus majestades por el castigo de sus adversarios. Sabía muy bien que sin el apoyo del poder estatal la «herejía», y particularmente en Oriente, se haría predominante. De forma expresa y reiterada exhortaba por ello a Valentiniano III, a Marciano, a León I y a la emperatriz Pulquería, ardiente partidaria de la idea papal, a combatir a los «herejes», a *«pro fide agere».*

Deseaba que quienes sostuvieran credos disidentes fuesen expulsados de cargos y dignidades. Ansiaba sobre todo su destierro, pero también justificaba apasionadamente para ellos la pena capital, exigiendo que se les impidiera a toda costa «seguir viviendo con semejante credo». La pestilencia de la herejía era «para el papa como una enfermedad» que «había que extirpar del cuerpo de la Iglesia» *(haereses a corpore Ecciesiae resecantur).* El emperador, que debía perseguir a los «heréticos» tanto con la «espada de su lengua» como con la «espada refulgente», se le antoja a León auténtico *«Vicarias Christi vel Del»,* «brazo ejecutor de Dios». Ese talante sanguinario le merece al teólogo católico Stockmeier este comentario, hecho ya en 1959: «Se invita al Estado a que, con todos sus medios y posibilidades, coadyuve a la obtención de la situación ideal [!]». «Bajo la mano protectora del emperador, la religión se entrega a la fecunda abundancia de sus valores [!] y bienes

IV 876 s. Stockmeier, Leo I. 68 con referencia a ep. 90; 125. Camelot, Ephesus 212. Gregorovius 1,1, 90

[35] Stein, Vom romischen 487 s. Caspar, Papsttum 1555. Seeberg, Dogmengeschichte II 262 s. Haller, Papsttum 1122 s

[36] Leo I. ep. 3 s; 6 ss; 12; 18; 24; 28. serm. 16, 3 s; 28,6; 34,4; 75,4; 77,6; 82, 2; 91, 3; 96,1 ss. Caspar, Papsttum 1431 ss. Rahner, Leo 1327. Stockmeier, Leo I. 6, 11,37. Camelot, Ephesus 211

y halla también allí su refugio. Su mirada se vuelve agradecida hacia él [...]. »[37]

71

A su agente, el obispo Julián de Quíos (en la Bitinia póntica), que fue probablemente el primer apocrisiario en la corte imperial de Constantinopla, escribía León que si hay gentes «que se aventuran hasta el delirio, hasta el punto de que prefieren el loco desenfreno a ser curados, el emperador está legitimado para reprimir con energía tanto a los perturbadores de la paz eclesiástica como a los enemigos del Estado, que se gloría, con razón, de sus cristianos soberanos». «En tal caso deben al menos –como dice en otra misiva a su legado— temer al poder de quienes tienen la potestad punitiva.»[38]

Al patriarca Anatolio de Constantinopla, de cuyas ambiciones recelaba él, poseído por los celos, y a quien denunció ante el emperador, le expuso el 11 de octubre de 457 su «profundo malestar por el hecho de que entre tus clérigos hay algunos proclives a la maldad de nuestros adversarios [...]. Tu solicitud debe atender vigilante para seguir sus pasos *(investigaríais)* y castigarlos con el debido rigor *(severitate congrua).* Aquellos en quienes el castigo no surte efecto alguno, deben ser apartados sin miramiento».[39]

Y como el rigor de Anatolio no le parecía suficiente, el año 457 escribió al emperador León que si su hermano «*Anatolio se muestra laxo por excesiva bondad y miramiento en la represión de los clérigos "heréticos", tened a bien, en aras de vuestra fe, dispensar a la Iglesia la medicina salutífera para que aquéllos no sólo sean separados del orden sacerdotal, sino desterrados de la ciudad*». «Pues el mal debe también inflamar en el momento oportuno el sentido obispal y apostólico de vuestra piedad exigiendo el justo castigo.»[40]

A Genadio, el exarca de África, le escribió que la misma violencia con que se volvía contra los enemigos debía aplicarla a los enemigos de la Iglesia y «librar, como guerrero de Dios, las batallas de la Iglesia en lucha por el pueblo cristiano». Pues es bien sabido que los «herejes», si se les deja en libertad, «se alzan turbulentamente contra la fe católica para inocular el veneno de la herejía en los miembros del cuerpo de Cristo». Ya en su momento había agradecido al emperador Marciano el que «por designio divino, la herejía fue destruida mediante vuestra intervención».[41]

Era esto, no cabe duda, lo que el papa Pelagio loaba como «ubérrima solicitud por la fe» en León y también lo que el emperador Valentiniano ensalzaba el 17 de julio de 445 como la «humanidad del clemente León I». Y también es, a todas luces, lo que un moderno panegirista, el jesuita H. Rahner, celebra una y otra vez como *«moderatio»* de León:

«En un sentido amplio y no traducible de este término, auténticamente romano y cristiano, que tan del gusto de León era [...], *moderatio* era un sentido fino de la justicia distributiva, de la noble mesura, del equilibrio intermedio entre los extremos,

---

[37] Leo I. ep. 15; 60; 113; 118 s. Voigt, Staat und Kirche 76 s. Ehrhard, Die griech. und die lateinische Kirche 336. Stratmann IV 18 s, 23. Stockmeier, Leo 1.43 ss, 75,79 ss, 93 ss; III ss. Ullmann, Gelasius I, 80 s. Grillmeier, Rezeption 168 ss

[38] Leo I. ep. 5 s; 13 s; 117. Stockmeier, Leo I. 9 s. Ullmann, Gelasius I, 104 ss. Wojtowytsch 313 ss

[39] Leo I. ep. 155

[40] Ibíd. 156

[41] Ibíd. 1, 74; 104. Leo I 242. Stratmann IV 91. Sobre Leo y África véase Jalland 105 ss

de la atinada y a menudo certeramente diplomática evaluación de lo posible en cada momento dado, actitud que pese a su elegante ductilidad persigue impertérrita sus objetivos [...]». En una palabra, de lo que se trata para León, dice también el teólogo católico Fuchs, ya en la segunda mitad del siglo XX es de «realzar la dignidad humana». Caso, pues, similar al de Juan Pablo II (véase mi folleto *Un papa viaja al lugar del crimen).*[42]

72

2.7 LEÓN I PERSIGUE A PELAGIANOS, MANIQUEOS Y PRISCILIANISTAS, PERO PREDICA EL AMOR A LOS ENEMIGOS

León I jugó ya un papel decisivo en la ruina personal de Julián de Elcano, el gran antagonista de san Agustín. Pues según un informe de Próspero, el que Sixto III no reinstaurase en su sede al acosado Julián, en 439, se debió a la intervención del diácono León. El mismo que lo volvió a condenar más tarde (capaz, también, de apremiar al emperador Marciano para que confinase a una comarca aún más remota al ya desterrado Eutiques).[43]

El primer ataque de León, una vez papa, lo dirigió contra los pelagianos de Venecia. El obispo Séptimo de Altinum le había denunciado que en la diócesis de Aquilea había clérigos parciales de Pelagio y Celestio que habían sido admitidos en la Iglesia sin previa retractación. León alabó al sufragáneo, mientras que censuró acremente al metropolitano, pues por la laxitud del pastor habían penetrado en el rebaño del Señor «lobos en piel de oveja». Le amenazó con desatar contra él la áspera vía apostólica, si persistía en su tibieza, y le urgió para que condenase el «error», la «soberbia de la extraviada doctrina», la «grave enfermedad» *(pestilentiam),* para que «erradicase esta herejía».[44]

El papa persiguió a los maniqueos desde el 443 con un talante casi inquisitorial.

Pues, según escribió por entonces, «en todas las herejías hallaba algo verdadero en uno u otro aspecto», pero en el dogma de los maniqueos no hallaba *ni lo más mínimo,* que pudiera siquiera ser tolerado. Todo era malo en ellos. Mani mismo era un «embaucador de desdichados», el servidor de una «superstición impúdica»; su doctrina una auténtica «fortaleza del diablo», quien imperaba allí «soberanamente, no ya sobre *una* especie de depravación, sino sobre *todas* las más inimaginables necedades e infamias en su conjunto. Toda la pecaminosidad pagana, toda la pertinacia de los judíos, hombres "de pensamientos camales", todo lo prohibido en las doctrinas ocultas de la magia, todos los sacrilegios y blasfemias reunidas en la totalidad de las herejías, todo ello ha venido a desembocar en esta secta como en una especie de *letrina,* juntamente con toda la inmundicia restante». León encarece: «No hay en ellos nada santo, nada puro, nada verdadero», «todo va envuelto en tinieblas

[42] Pelag. ep. 3, 82, 30 ss. Valentín. III. PL 54,638 A. Rahner, Leo I 325. Comprobar 337, donde él parlotea acerca «del bello medio de esta moderación» y también Fuchs, Handbuch 90. Comp. «Un papa viaja al lugar del crimen» en Deschner, Opus Diaboli, Ed. Yaide, Zaragoza

[43] Prosper. Epit. Chron. a. 439. Leo I. ep. 134, 2

[44] Leo I. ep. 1, 1 s. JK 398 ep. 2. JK 399. Steeger XIV s. Caspar, Papsttum I 431 s. Jalland, 98 ss, 172 ss. Wojtowytsch 311

y todo es engañoso»; más aún, «el número de sus crímenes es mayor que el número de palabras de que podamos disponer para su mención».[45]

Hipérboles, generalizaciones y absolutizaciones que hablan por sí mismas.

El maniqueísmo (véase vol. 1), que sobre el trasfondo de un monismo trascendental divide el mundo de las apariencias según un dualismo riguroso es, en virtud de sus elementos budistas, iranios, babilonios, del judaismo tardío y cristianos, un universalismo sincrético, una religión universal que se extendía desde España hasta China. Objeto, a menudo, de áspero rechazo por su pretensión de validez exclusiva, sólo fue religión de Estado en el reino uigur (paleoturco) de Mongolia, desde el año 763 hasta el 814. Los emperadores cristianos persiguieron una y otra vez este culto como la más peligrosa de todas las herejías, si bien Diocleciano se les anticipó al combatirlo ya legalmente. Ya el católico Teodosio I, que por lo demás hizo derramar la sangre como si fuera agua, amenazó con la pena de muerte a los adeptos del maniqueísmo, después que toda una serie de padres de la Iglesia hubiesen escrito contra el mismo. Especialmente fecundos fueron al respecto Efrén y Agustín (véase vol. 1), quien durante casi diez años nada menos había sido, él mismo, maniqueo.[46]

Después que los vándalos conquistaron Cartago (439), muchos maniqueos huyeron a Italia, especialmente a Roma, mezclados entre la masa de fugitivos africanos. León los atacó allí repetida y enconadamente calificándolos de «cáncer corrosivo», de «sumidero fecal» y en su «solicitud» (Grisar, S. J.) mandó seguir sus pasos, detenerlos y, probablemente, atormentarlos. También encarceló al obispo maniqueo *(a nobis tentus),* forzándolo a confesar. En diciembre de 443 hizo que un tribunal de senadores, obispos y sacerdotes cristianos, presidido por él mismo, interrogase a cierto número de *electi* y de *electae* («escogidos» y «escogidas», a quienes no les era lícito matar a ningún ser viviente, ni dañar a las plantas, ni tener comercio sexual, mientras que los *auditores* sí que podían casarse). El papa puso al descubierto sus «depravaciones»; también su impudicia ritual cometida en una muchachita al objeto de liberar las partículas divinas de luz ínsitas en el semen humano. Pues tanto León, el santo, como Agustín también santo, *(non sacramentum, sed exsecramentum)* apuntaron con su dedo «hacia la lascivia maniquea como tal» (Grillmeier, S. J.). León ordenó recoger los escritos de los malditos y quemarlos públicamente. Algunos, capaces aún de «enmienda», tuvieron que abjurar, fueron sometidos a punición eclesiástica y arrancados de «las fauces de la impiedad». A aquellos a quienes «ningún remedio» podía ya salvar, el papa los hizo condenar por jueces «temporales», «según los decretos de los emperadores cristianos» a destierros de por vida [!] *(per públicos iudices perpetuo sunt exsilio relegati).* Durante el interrogatorio hizo además investigar los datos personales de maniqueos foráneos forzándolos a declarar acerca de sus maestros, sacerdotes y obispos en otras provincias y ciudades. Además de ello, el 30 de enero de 444, ordenó

[45] Leo I. serm. 16, 4; 24, 5; 76, 6. Comprobar también notas 48 y 50

[46] Cod. Theod. 16, 5. Cod. lust. 1, 5. August. de mor. ecci. cath. et de mor. manich. PL 32,1309 ss. C. ep. Manich. PL 42,173 ss. Para los restantes escritos antimaniqueos de Agustín, v. Altaner/Stuiber 427. Dtv Lex. Antike, Religión II 76 ss. Andresen/DenzIer 383. Con más detalles Jalland 56 ss. Caspar, Papsttum 1432 ss

a todos los prelados de Italia seguir los rastros y echar mano a todos los maniqueos que se hubiesen escabullido. A este efecto adjuntaba las actas procesales de Roma para que sirvieran de directiva, de estímulo y de emulación. Finalmente extendió su caza «policial» de herejes hasta Oriente.[47]

73

Y no sólo eso. Además incitó a los seglares a denunciar, a fisgar, a hacer de soplones, a una actividad que benéficamente florecería después en la Iglesia medieval, en el transcurso del exterminio de los heterodoxos, de la «brujas». «¡Desplegad, pues, el santo celo que exige de vosotros el cuidado de la religión!», exclamaba; y ordenaba así: «*Que denunciéis ante vuestros sacerdotes a los maniqueos que se ocultan por doquier*». Exigía: «*Poned al descubierto los escondrijos de los impíos y abatid en ellos al mismo demonio, de quien son sus servidores. Pues, dilectísimos, si bien es cierto que todo el orbe y toda la Iglesia en todas las regiones deben tomar las armas de la fe contra tales hombres, sois precisamente vosotros quienes debéis distinguiros por vuestro brío [...]*».[48]

Este mismo León, que actuaba ya casi como un inquisidor medieval, podía, impertérrito, repetir hasta la saciedad sus manidas sentencias cristianas exigiendo indulgencia, mansedumbre, amor al prójimo, evitación de la pugnacidad y renuncia a la venganza. Era capaz de predicar una y otra vez farisaicamente: «Y como no hay nadie que no caiga en falta, sabed también perdonar». «No seamos tan reacios a conceder lo que con tanto gusto nos concedemos a nosotros mismos.»

«Desechad toda enemistad entre los hombres por medio de la mansedumbre [...] "no devolviendo a nadie mal por mal" y "perdonándoos unos a otros como Cristo nos perdonó también a nosotros".» «Cese toda venganza [...].» «¡Cesen, pues, todas las amenazas!» «Que el cruel rigor se tome clemencia y la iracundia suavidad.» «¡Que todos se perdonen recíprocamente sus faltas!» «Recemos, pues: "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores".» El papa acentúa enfáticamente al respecto: «*Con ello no nos referimos únicamente a aquellos que nos son allegados por la amistad o el parentesco, sino realmente a todos los hombres, a los que nos une la naturaleza, sean enemigos o aliados, libres o esclavos*».[49]

¡Pero no a los herejes! ¡No a los maniqueos! ¡No a los pelagianos! ¡No a los priscilianistas! ¡No a los judíos! ¡No a todo el que siga un credo distinto! ¡Ni a los no creyentes en general, «... a todos los hombres»! ¡Papel, papel, papel! Toda la hipocresía de esta Iglesia, su «Buena Nueva» de dientes rechinantes, su «amor a los enemigos», que devora hecatombes, su repulsiva palabrería sobre la paz; todo eso es lo que aquí se palpa. La repugnante doblez, la mendacidad que recorre toda su historia; que estigmatiza toda su historia; que hace escarnio de sí misma; que se pone a sí misma en la picota; que se redude a sí misma al absurdo. ¡Desde la Antigüedad hasta hoy! ¡El evangelio del verdugo! O dicho de otro modo, de León Magno. El papa

---

[47] Leo I. ep. 7, 1; 15, 16. serm. 16, 3 s; 22, 6; 24, 5; 34,4; 42,4 y también Prosper, Chron. ad a. 443 (MG uct. ant. 9,479). Dtv Lex. Antike, Philos. IV 43 s. Grisar, Geschichte Roms 309 s. Steeger XVII ss. Caspar, Papsttum I 432 ss. Jalland 43 ss. Stratmann IV 19. Kawerau, Alte Kirche 51. Brown, The Diffusion 92 ss. Prinz, Stadtherrschaft 15 s. Gregorovius I, 1, 90. Ullmann, Gelasius I, 62 s. Grillmeier, Rezeption 204

[48] Leo I. serm. 9, 4; 16, 6; 34, 5.

[49] Ibíd. 12, 3; 39, 5; 42, 6; 43,4; 49,5; 50,3

vuelve con inusitada frecuencia y casi siempre con crispada irritación a la cuestión maniquea. Con los mismos vituperios caracteriza una y otra vez a estos hombres como instrumentos de Satán, como parásitos dañinos, falsificadores de la Escritura, como «gente obtusa [...] que en su ciega ignorancia o llevados por sus sucios apetitos se inclinan hacia cosas que no son santas sino abominables».[50]

74 Aunque el «sentimiento común del pudor» impida a León «entrar en más detalles», se demora gustoso en esas «cosas», en las «acciones perversas» que «los deleitan; que maculan cuerpo y alma; que no respetan ni la pureza de la fe, ni la decencia», «de aspecto obsceno». A este respecto advierte —y ofende a la par— «ante todo» a las mujeres para que no traben conocimiento con gente semejante ni se diviertan con ella: «¡Para que no caigáis en los lazos del demonio, mientras vuestro oído se recrea candidamente con sus historias fabulosas [. 1. *Pues como Satán sabe que sedujo al primer hombre a través de la boca de una mujer [!* 1 *y gracias a la credulidad de la mujer expulsó a todos los hombres de la dicha del paraíso, también ahora acecha a vuestro sexo con confiada astucia [...]*».[51]

A la par que advierte a las mujeres, las difama siguiendo una vieja tradición cultivada por los cristianos más insignes de la Antigüedad: por Pablo, Juan Crisóstomo, Jerónimo y Agustín. Que las mujeres están destinadas «primordialmente» a satisfacer la lascivia de los hombres, tal y como enseña el santo Crisóstomo, era algo que el papa podía observar por sí mismo entre los maniqueos, pues éstos revelaron, en efecto, a su tribunal «un hecho depravado, cuya sola *mención* causa vergüenza» Pero, pese a todo, lo menciona. Es más, fue él quien dirigió la investigación acerca del mismo «tan meticulosamente que disipó la menor duda incluso en aquellos más bien reacios a creer la cosa y también en los consabidos criticastros. Estaban presentes todas las personas con cuya complicidad pudo cometerse el hecho abominable: una muchacha de diez años de edad *como máximo,* naturalmente, y dos mujeres encargadas de desnudarla y disponerla para la impúdica obra. También estaba presente el joven, de edad apenas adolescente, que había desflorado a la muchacha, y su propio obispo, de quien partió la orden de tan execrable delito. Toda esa gente declaró lo mismo y con idénticas palabras. A raíz de ello se pusieron al descubierto abominaciones que nuestros oídos apenas si podían escuchar. Nos dispensa «de tener que herir los oídos más castos con palabras más claras la prueba de las actas, de las que se desprende, con toda claridad, que esta secta carece de la más mínima decencia, del más mínimo decoro, del más mínimo pudor, y que su ley es la mentira, su religión, el demonio; su sacrificio, la desvergüenza».[52]

Finalmente, el papa León obtuvo del emperador Valentiniano, el 19 de junio de 445, un rescripto más severo para el mantenimiento del «orden público», que restablecía los antiguos castigos ordenando tratar a los maniqueos como profanadores de un santuario, privándolos en todo el Imperio de derechos y honores civiles y calificando al maniqueísmo de *«publicum crimen»,* condenable *«toto orbi».*

---

[50] Ibíd. 22, 6; 24, 4 ss; 34,4 s; 76, 6 ss

[51] Ibíd. 16, 5; 24,4; 24,6. Comprobar también nota 50

[52] Ibíd. 16,4. Sobre la difamación de la mujer por parte de los padres de la Iglesia, véase también Deschner, Das Kreuz 205 ss

Según el decreto, todo el que les concedía cobijo se hacía culpable de los mismos delitos. Los cómplices perdían también la posibilidad de estipular contratos y el derecho de herencia activo y pasivo, entre otras cosas. En la introducción se dice que «los delitos de los maniqueos recientemente descubiertos no merecen ninguna indulgencia. No hay desvergüenza, por monstruosa, innombrable e inaudita que sea, que no haya sido puesta al descubierto por el tribunal del muy bienaventurado papa León sobre la base de confesiones propias, hechas, con toda franqueza, ante el ilustre senado [...]. No podemos por menos de tomar conciencia de todo ello, ya que no cabe permitirse una actitud laxa ante tan abominables ofensas contra la deidad». Esta orden imperial de persecución de los maniqueos, que muestra una vez más el estrecho engranaje entre la Iglesia y el Estado, entre derecho y religión, entre *res romana* y *Ecciesia,* se redactó en la cancillería papal y el mismo papa tuvo «parte determinante» en ello, como escribe el jesuita H. Rahner después de celebrar, pocas líneas más arriba, *«el sutil equilibrio de León entre el más acá y la huida del mundo»* y antes de celebrar, a renglón seguido, «el amor, tan ensalzado por León», «la humanidad de León, auténtica proeza secular». En realidad, la ley antimaniquea, promulgada a instancias suyas, era «de una dureza draconiana» (el católico Ehrhard), persiguiendo a los maniqueos «hasta en los más recónditos escondrijos» (el católico Stratmann).[53]

75

Este mismo León, capaz de instigar al Estado a una persecución brutal era asimismo capaz de exigir de aquél una noble indulgencia y hasta el perdón. «¡El rigor del dominio sobre nuestros súbditos debe ser atemperado y toda represalia por un delito, suprimida! ¡Alégrense los infractores de haber llegado a ver estos días en que, bajo el dominio de príncipes píos y temerosos de Dios, son condonados hasta los más duros castigos públicos! Remita toda clase de odio [...].» Ese mismo León, capaz de azuzar al Estado a que juzgue, destierre, encarcele y mate a los herejes, podía, por otra parte, implorar así, en el tono del cristianismo más evangélico: «¡Remita toda venganza y olvídese toda ofensa!»... «*De modo que si alguno estaba poseído de espíritu vindicativo contra alguien hasta el punto de arrojarlo a la prisión o hacerlo aherrojar, procure de inmediato su liberación ¡y no sólo en el caso de su inocencia, sino incluso cuando parezca merecer el castigo!» Ese mismo León era capaz de exclamar: «Que nadie nos sienta como opresores [...]». Y sabía que Jesús prohibía que se le defendiera «armas en mano contra los impíos*».[54] ¡Papel, papel, papel!

La entrega de los maniqueos, por parte del papa, a la jurisdicción criminal del Estado respondía ciertamente a las normas jurídicas, a las leyes imperiales relativas a los «herejes». Lo nuevo radicaba en la estrecha cooperación entre tribunales eclesiásticos y temporales. Y al igual que podemos decir que la decapitación de Prisciliano y sus compañeros constituye el primer hecho sangriento contra los «herejes», podemos asimismo calificar los ataques de León contra los maniqueos de primer proceso «inquisitorial» aunque ello no sea cierto desde una perspectiva

[53] JK 405. PL 54, 622 B (Decret. Valent. III). Leo I. ep. 7,1. Con todo detalle: ep. 8. Steeger XVIII. Caspar, Papsttum I 435. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 336. Stratmann IV 19. Rahner, Leo I 334 s. Haller, Papsttum 1122. Ullmann, Gelasius I, 63

[54] Leo I. serm. 39, 5; 45,4; 52,4; 86, 2

estrictamente jurídica.[55]

El inglés T. Jalland, biógrafo de León, estima que el modo de proceder de éste no sólo arroja luz sobre su carácter, sino que califica asimismo su persecución de los maniqueos de *«the first known example of a partneship between Church and State in carriyng out a policy ofreligious persecution».* Hasta entonces, sólo el Estado había reprimido a los heterodoxos. Ahora, por vez primera, la Iglesia asumía esa tarea en la persona del papa. Con todo, hay que recordar al respecto la persecución conjunta de priscilianistas, donatistas y arríanos, de paganos y judíos, ya en el siglo IV, aunque hasta ahora ningún papa se había comprometido personalmente de forma tan inquisitorial.[56]

Pocos años después de la expulsión de los maniqueos de la ciudad de Roma, León se lanzó a la lucha contra los priscilianistas en España. El obispo local de Astorga (Asturia Augusta), Toribio, había constatado en 445, a raíz de un viaje de inspección, que aquellos subsistían aún, denunciando en dieciséis capítulos sus principales herejías.[57]

Las notificaciones del obispo español eran relativamente correctas y en todo caso había informado al papa de forma considerablemente más objetiva de lo que se desprende de la respuesta de éste. Pues León «comprimió las objetivas notificaciones en su esquema y trazó con ello una imagen distorsionada del priscilianismo: los priscilianistas fueron homologados a los maniqueos» (Haendier).[58]

Realmente, el romano volvía a generalizar aquí de un modo análogo. Lo que no es papista es, sin más, diabólico. De nuevo despotrica contra esta «abyecta herejía», esta «secta abominable», «esta impía locura» que, una vez más, «arruina toda moralidad, suprime todo vínculo matrimonial, aniquila todo derecho divino y humano». Cierto que ya antaño, en 385, la primera ejecución de cristianos a manos de cristianos en Tréveris (véase vol. 1) había indignado todavía a la cristiandad y la sentencia de muerte halló «un eco inequívocamente negativo incluso entre los obispos [...] más notables» (el católico Baus). El, ¡ay!, tan humano y moderado León, que tan farisaicamente clamaba por la conmiseración, la supresión de toda venganza, de toda amenaza, de todo odio; el elocuente proclamador del perdón, de la Buena Nueva destinada a *todos* los hombres, del amor al prójimo y a los enemigos; el hombre que enseñaba que Cristo no quería verse defendido por manos armadas, ese hombre se siente a la sazón dichoso por el atropello de Tréveris, justifica apasionadamente la liquidación de Prisciliano y de sus compañeros. «Con razón *(mérito)* desplegaron nuestros padres, en cuya época irrumpió esta impía herejía, todos los medios en toda la amplitud del orbe para extirpar de la Iglesia hasta el último resto de esta impía locura. También los monarcas terrenales aborrecieron de tal modo este criminal desvarío que abatieron a su creador y a muchísimos [!] *(plerisque)* de sus discípulos con la espada de las leyes públicas. León «Magno» no se recata al respecto de subrayar, hasta con cierto cinismo, la oportunidad de semejante asesinato de

[55] Comprobar Caspar, Papsttum 1433 ss

[56] Jalland 49

[57] Leo I. ep. 15. Comprobar Idac. Chron. c. 16; 130 (MG auct. ant. 11, 15, 24). El escrito mismo del obispo Toribius no se ha conservado. Steeger XXV s Jalland 152 ss

[58] Haendier, Abendiándische Kirche 72 s

«herejes»: «Este rigor benefició por mucho tiempo a la clemencia de la Iglesia, que, aunque satisfecha con el tribunal obispal, evita castigos cruentos, apoyándose no obstante en la severidad de los príncipes cristianos. Pues aquellos que temen los castigos físicos se acogen con frecuencia a los remedios espirituales». León convocó en Galicia una asamblea eclesiástica contra los priscilianistas, sin poder, desde luego, erradicarlos del todo. Todavía un siglo más tarde, el Sínodo de Braga (capital de los suevos en los siglos V y VI) lanza nada menos que diecisiete anatemas, basados en la iniciativa de León, contra los priscilianistas, que, al parecer, eran todavía muy numerosos en España, y urge a los obispos para que combatan más enérgicamente la «herejía».[59]

76

2.8 LEÓN MAGNO DA AL DIABLO A LOS JUDÍOS

Los excesos antijudíos de este papa están mucho menos documentados que sus ofensivas antiheréticas. Apenas si se hace mención de ellos. Pero, a despecho de ello, León I debe figurar en la larga lista de padres de la Iglesia hostiles a los judíos, lista que va de Justino, Ireneo y Cipriano hasta llegar a Atanasio, Eusebio, Efrén, Crisóstomo, Jerónimo, Hilario» Ambrosio y Agustín (véase vol. 1).

Para León, tan noble, clemente y moderado, los judíos tampoco son otra cosa que necios, obcecados, mentalmente ofuscados. Sus sacerdotes, «aborrecibles a los ojos de Dios». Sus doctores de la Ley, «insensatos». Su saber es «sumamente ignorante», su sabiduría «totalmente ignara». «No captan con su entendimiento lo que han aprendido de las palabras de la Sagrada Escritura. Pues para sus insensatos rabinos la verdad es un escándalo y para sus obcecados doctores de la Ley, la luz se convierte en tinieblas.» Una y otra vez aparecen los estereotipos que tan del gusto de la Iglesia han sido hasta nuestros días, tópicos pintados en blanco sobre negro, frases de tosco cartel de propaganda, de sectaria difamación de lo más burdo. Una y otra vez tenemos, de un lado, «las tinieblas de la ignorancia» y del otro «la luz de la fe». Una y otra vez luchan allí «los hijos de las tinieblas» y allá «la luz de la verdad». Una y otra vez contienden «la injusticia [...] y la justicia»; «la mentira contra la verdad»; «la obcecación contra la sabiduría»: el sempitereno y repelente esquema.[60]

Una y otra vez este papa reprocha a los judíos la muerte de Jesús. En cada uno de sus sermones fustiga de continuo a sus «desalmados dirigentes y a sus prevaricadores sacerdotes». «Todos los sacerdotes estaban obsesionados por el pensamiento de cómo perpetrar su crimen contra Jesús.» Todos ellos «poseídos por un frenesí parricida, tenían un único objetivo en su mente»: Todos «son equiparables por su crueldad» y Pílalos «acabó por entregar la sangre del justo al pueblo impío [...]».[61]

Siguiendo la tendencia que ya aparece en los Evangelios, León inculpa a los judíos y exculpa a Pilatos, el romano, «aunque éste prestase su brazo a la enfurecida turba

---

[59] Leo I. ep. 15; 118. Grisar, Geschichte Roms 310. Lea 1241. Steeger XXV ss. Caspar, Papsttum I 433 s. 436 s. Voigt, Staat und Kirche 76 s. Stratmann IV 23. V. Schubert, Geschichte 1181 s. Jalland 152 ss. Baus en el Handbuch der Kirchengesch II7/140 ss

[60] Leo I. serm. 32, 3; 35, 2; 54,6; 59,1; 61,5; 68,2; 69,4

[61] Ibíd.58, I s; 59, I s; 69,4

[...]» pues «las manos de los judíos, prestas a. secundar a Satán», clavaron «en la cruz su carne concebida sin pecado».

«Su impiedad fue más fuerte que todas las losas y piedras sepulcrales.» En cambio, «los guerreros de Roma mostraron más disposición a creer en el hijo de Dios [...]». «Es sobre vosotros, sobre vosotros, pérfidos judíos, y sobre vuestros dirigentes, reprobos a los ojos de Dios, sobre quien recae todo el peso de la iniquidad.» «La injusticia que echaron sobre sus hombros Pilatos, por su sentencia, y los soldados, por el cumplimiento de la orden de ejecutar al Señor, os hacen aún más odiosos a los ojos de los hombres.»[62]

«Esa mañana, judíos, el sol no *salió,* sino que *se puso* para vosotros. No fue aquélla la acostumbrada luz que iluminaba vuestros ojos, sino una horrible obcecación que ofuscó vuestro corazón impío. Esa mañana destruyó vuestro templo y vuestros altares, os despojó de la Ley y de los profetas; abolió vuestra realeza y vuestro orden sacerdotal transformando todas vuestras tiestas en eterna aflicción. Pues desdichado y cruel fue vuestro propósito de entregar a la muerte al "autor de la vida" y "Señor de la gloria", entregado por vosotros, "toros cebados y becerros en tumulto, bestias rugientes y perros rabiosos".»[63]

77

Más de una vez, León I compara a los judíos con animales enfurecidos, con toros y bueyes, conjurando «la obstinada y ciega furia de los toros cebados y la furiosa agitación de becerros indómitos». Los tilda de «fieras rugientes», ávidas «de la sangre del pastor de la justicia».[64]

El papa León «Magno» no se cansa nunca de difamar a los judíos. Constantemente los ultraja como «perseguidores inflamados por la ira», «asesinos», «criminales», «impíos», «judíos impíos y descreídos», «judíos de pensamientos carnales», «judíos criminales», «ancianos sedientos de sangre», «el pueblo alborotado y ciego», «ofuscado e irreconciliable», «pueblo desenfrenado, que sólo miraba por los ojos de los sacerdotes». (¿Qué otra cosa han hecho los católicos respecto a sus papas y ello a lo largo de siglos?) A cada paso. León se refiere a su «acción depravada», a «su iniquidad», a «su crimen horrible», a la «rabia destructora de los judíos», a la «ceguera de los judíos», a la «malignidad de los judíos», a la «obstinación de los judíos», a la «obstinación y crueldad de los impíos». Continuamente alude a ellos como «insensatos doctores de la Ley», «sacerdotes aborrecibles a Dios», «servidores y mercenarios de Satán». Los menciona como «reprobos», «rebosantes de hipocresía», de «ultrajes», de «vituperios» de «absurdos discursos de mofa». Da siempre por bueno «que los judíos, inflamados por la furia, mortificaron a Jesús de todas las maneras que se propusieron», que lanzaron «contra el Señor de la gloria» «los dardos mortíferos de sus discursos y las flechas envenenadas de sus palabras». Una y otra vez les hace gritar: «¡Crucifícale, crucifícale!». «Eso debe haceros conocer que habéis sido reprobados.»

«Con razón, pues, os condenan ambos testamentos.» Para el papa León, estas

---

[62] Ibíd. 59, 2 s; 68, 3; 72, 2

[63] Ibíd. 54, 6

[64] Ibíd. 60, 2Leo I. ep. 15; 118. Grisar, Geschichte Roms 310. Lea 1241. Steeger XXV ss. Caspar, Papsttum I 433 s. 436 s. Voigt, Staat und Kirche 76 s. Stratmann IV 23. V. Schubert, Geschichte 1181 s. Jalland 152 ss. Baus en el Handbuch der Kirchengesch II7/140 ss

obras de los judíos serán «para todos los tiempos objeto de execración».[65]

Tan odiosa diatriba tenía que emponzoñar al pueblo cristiano. Tenía que conducir a una represión legal cada vez más severa de los judíos, a la expropiación y al arrasamiento a fuego de sus sinagogas —algo que ya se dio en la Antigüedad (véanse vols. 1 y 2)— y, posteriormente, a los continuos *pogroms* de las edades Media y Moderna. Pero ha habido que esperar al año 1988 para que el católico Krámer-Badoni escriba, refiriéndose precisamente a León I: «*Las leyes del Estado de cuño más discriminatorio se promulgaron precisamente bajo su pontificado y no vinieron inopinadamente. Los emperadores romanos nunca se habían inmiscuido en asuntos religiosos si los seguidores de una religión mantenían su lealtad política. Aquel papel intolerante les fue impuesto por la Iglesia*».[66]

Por cierto que todas las invectivas de León y de la Iglesia contra los judíos como «deicidas» son tanto más grotescas cuanto que éstos se limitaban a cumplir la voluntad de Dios. ¡Dios quiso ser asesinado por ellos!

¡Es así como quiso redimir al mundo! Ya desde la eternidad había previsto todos los trámites de ese proceso: o todo lo más tarde después de que su «plan de salvación» (a saber «primeros padres de la humanidad», «percance del pecado original», «diluvio» y otros episodios) se vio abocado a más de un fracaso. Los judíos eran, pues, meros ejecutores del plan. Habían sido escogidos por Dios mismo —León lo sabe muy bien— «para fomentar la obra redentora» y fue cabalmente «su injusta crueldad la que nos trajo la salvación». Es por ello por lo que para el «magno» papa son, ciertamente, objeto «de execración y, por otro lado, también motivo de alegría pese a todo». Desde luego, lo que menos advertimos en él es alegría por causa de los judíos y otro tanto puede decirse de otros «famosos» padres de la Iglesia, antijudíos vociferantes.

Pero para qué perder más palabras acerca del contrasentido de una teología que obliga a odiar y perseguir a veces (¡demasiadas veces!) hasta la muerte a los judíos ¡aunque todo se lo debe a ellos![67]

78

2.9 LA HORA «ESTELAR DE LA HUMANIDAD»

La gloria más esplendorosa la alcanzó León en 452, cuando los hunos con Atila a su cabeza irrumpieron en la Italia septentrional a través de los pasos, no vigilados, de los Alpes Julianos y tras librar la dura batalla de los Campos Cataláunicos, una de las grandes carnicerías de la historia europea. Los hunos asolaron y saquearon aquellas regiones, expugnando Aquilea, Milán y Pavía. Su rey Atila era, juntamente con Genserico –con quien siempre mantuvo contacto y colaboró con éxito— uno de los caudillos más notables de su tiempo. A despecho de ello, ya entonces se abrigaba el sentimiento de que los hunos —como pasaba en la Alemania nazi con los rusos—

[65] Ibíd. 29, 3; 32, 2 s; 35, 2; 54,6; 56,2; 58,4; 59,6; 60,2 s; 61,1 s; 61 5- 62 5; 65, 3; 67, 2; 68, 2 s; 69, 2 s; 70, 1 s; 76,4; 82,4

[66] Krámer-Badoni 27

[67] Leo I. ep. 35, 2; 60, 3; 62, 5. Comprobar al respecto Deschner, Agnostiker 115 ss, especialmente 146 ss

eran una especie de subhumanos. Más bien pequeños, de cráneos alargados —así los describen los cronistas latinos—, ojos oblicuos y piel oscura, cubiertos de pieles y avanzando como diablos, montados sin silla en sus pequeños caballos salvajes y sembrando el terror y la muerte... «¡Que Jesús siga manteniendo semejantes bestias fuera del orbe romano!», rezaba san Jerónimo. Con todo, el año 452, algunos legados imperiales (el cónsul del año 450, Avieno, el antiguo prefecto, Trigecio y el mismo obispo León), acudieron presurosos hacia el agresor y en Mincio, junto a Mantua y entre el lago de Garda y el Po, le rogaron que se retirara, a raíz de lo cual Atila, el «Azote de Dios», desistió de seguir su avance.

Este asunto ha hecho derramar mucha tinta. Y no es casual el que posteriormente reinase un silencio casi absoluto acerca de los otros dos legados. Tanto más se habló, en cambio, de León, quien, sorprendentemente, sólo hace una única y breve referencia a este asunto. Se le exaltó —lo que más bien constituye leyenda cristiana que historia— como liberador de Italia frente a las hordas de los hunos. Se llegó incluso a decit que durante la alocución que el papa dirigió a Atila los apóstoles Pedro y Pablo aparecieron suspendidos en el aire para apoyar a León. Rafael plasmó (1512— 1514) aquella «hora estelar de la humanidad» (Kühner) en un famoso fresco de la *Stanza d'EUodoro* en el Vaticano. Algardi ornó con la misma escena el altar funerario de León (bajo Inocencio X). En cambio, cuando el padre de Casiodoro (conspicuo hombre de Estado bajo Teodorico el Grande y después monje) y Carpilio, el hijo de Aecio, consiguieron, una vez más, la retirada del ejército de los hunos mediante otra legación petitoria no se hicieron tantos aspavientos. Y en Mantua no fue de hecho la lengua de León, por muy elocuente que fuese, la que detuvo a Atila, sino —como era de esperar para un hombre de su talante, a quien un obispo romano difícilmente podía infundirle más respeto que un senador— cosas de naturaleza muy distinta: la falta de víveres para sus soldados y caballos, las diversas epidemias en el ejército, los disturbios en su retaguardia, el peligro de un avance sin cobertura, la dificultad de operar con la caballería en las regiones montañosas de la Italia central, el inminente ataque de la Roma de Oriente en Panonia, el reino huno. Tal vez, también, el recuerdo de la muerte de Alarico después de la conquista de Roma.[68]

En todo caso a lo largo de los siglos siguientes hubo muchos príncipes *católicos* a quienes muy a menudo les importaron un comino los intereses papales y ¡¿habría sido el papa respetado precisamente por Atila y motivado en éste resoluciones tan significativas, tan preñadas de consecuencias?! ¿Debemos creer, como Próspero de Tiro, que la «presencia del más alto príncipe eclesiástico [!]» produjo tal alegría al rey de los hunos que «éste desistió de proseguir la guerra, prometió mantener la paz y se retiró a las regiones del Danubio?».[69]

De ahí que, por parte católica, todavía hoy se siga exaltando a León como salvador de Europa y el siglo V como «un momento crucial para Occidente y la Iglesia». Pues, «en el mar embravecido de la invasión de los bárbaros, León se mantuvo firme como

[68] Leo I. ep. 113, 1; Prosper, Epit. Chron. a. 452. Cassiod. Variae 1, 4. lordan. Get. 42. Paúl. Diacon. 14, 12. Kühner, Lexikon 30. Gregorovius I, 92 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 40. Steeger LV ss. Grisar, Geschichte Roms 319 s. Gessel 266 Stein, Vom römischen 499. Caspar, Papsttum I 556. Steinmann, Hieronimus 236 s. (Nota 11 en *La Guerra de los Monjes).* Schreiber 275 ss, especialmente 289. Haller, Entstehung 286. Mirbt/Aland 215. Altheim, Hunnen IV 332 s

[69] Comprobar al respecto Schreiber 274 ss

una roca ante el oleaje». Uno se siente casi tentado de denominarlo «papa de la Acción Católica». Y para «profundizar» en su conocimiento, el teólogo católico J. Puchs aporta en su libro el «Gráfico 19 A. El papa León "Magno" defiende a los hombres en el ámbito natural: salvando a la humanidad de su aniquilación a manos de los *hunos* [...]». Y exactamente enfrente, en la página siguiente, el «Gráfico 19 B. *La Iglesia defiende nuestra dignidad* humana previniendo contra el *comunismo».* Así se conjuntan las cosas en este Comentario para *catequistas* en el que «la referencia al Corpus Christi Mysticum refulge por doquier» (O. Berger): sin duda en una perspectiva adecuada al momento histórico.[70]

79

Atila regresó a Panonia y murió de improviso, ya al año siguiente, en 453, en el lecho nupcial de una germana, probablemente la bella princesa burgunda Ildico, en medio de la embriaguez y del agotamiento amoroso: una de las noches de bodas de la historia y de la literatura mundiales. Para los hunos, dice H. Schreiber en su biografía de Atila, «una auténtica muerte de huno, una muerte de rey». Pues aunque fuesen impávidos jinetes, también poseían «suficiente sabiduría y arte de vivir para reputar por feliz a quien moría en plena efusión gozosa». Con razón se admira Schreiber de que los hunos no hicieran la menor recriminación a la muchacha. «Apenas mil años después—, Ildico habría sido tenazmente torturada hasta hacerle confesar que era una bruja causante de la muerte de Atila mediante un maligno filtro amoroso.»[71]

Por lo visto el amor de ambos era tan conocido en el entorno del rey que la sospecha de homicidio ni siquiera llegó a pasárseles por la mente. En la tradición bizantina, por el contrario — la tradición del oeste—, las acusaciones de asesinato proliferaron con exuberancia, tanto en las crónicas monacales como en las sagas heroicas.[72]

Por el pío Occidente circulaban en general, y no por casualidad, ideas muy deformadas o falsas acerca de los hunos. Naturalmente debelaron a pueblos enteros en sangrientas luchas, pero después no los esclavizaron privándolos totalmente de sus derechos, como tan frecuentemente hacían los cristianos (cuyos campesinos tenían a veces más simpatías por los turcos que por sus amos cristianos). Los grupos étnicos integrados en el reino huno obtuvieron una equiparación total hasta el punto de que fueron, en ciertos casos, preferidos a las tribus del este. «Ése es un fenómeno excepcional en la historia del desarrollo humano», escribe M. de Ferdinandy, y, «sin embargo, sumamente fácil de explicar: para el nómada victorioso el enemigo vencido se transforma inmediatamente en amigo si no falta a su palabra o se convierte en traidor [...]. El dirigente de un pueblo vencido o que se someta voluntariamente es nombrado miembro del Consejo del Gran Khan. Y eso no es puro formalismo. El rey ostrogodo Balamiro se convirtió en el más íntimo de los amigos de Atila. El rey de los Gépidos, Ardarico, se convirtió además en su sucesor designado [...]. Los pueblos germánicos han permanecido fieles al recuerdo de su gran dominador de otrora [...]». Por lo demás Atila era un hombre que también luchó «con la espada de Dios», del

[70] Fuchs, Handbuch 90 ss. O. Berger en: Christiich-pádagogishe Blátter, según el texto de la solapa de la Editorial Kosel

[71] Schreiber 300 s

[72] Ibíd. 301 ss

Dios de los hunos, claro está.[73]

Tres años más tarde. León I fue incapaz, sin embargo, de impresionar de modo especial a los vándalos.

Por aquel entonces, Petronio Máximo, hizo abatir públicamente a golpe de espada al emperador Valentiniano III, mancillador de su honor familiar, obligando a su viuda, Eudoxia, a casarse con él. Ésta, sin embargo, llamó al rey de los vándalos, Genserico, cuya flota apareció de allí a poco en la desembocadura del Tíber. ¡El pánico se apoderó de Roma! León salió ahora al encuentro de los vándalos, pero aquélla no fue ya una «hora estelar». Los invasores saquearon la ciudad —sin asesinar ni incendiar— durante 14 días y... en toda regla. El mismo papa tuvo que entregar con su propia mano los cálices más preciosos. El emperador Máximo y su hijo murieron durante su fuga (que Genserico les concedió): Máximo, probablemente, a manos de un miembro de su guardia personal. Padre e hijo fueron despedazados por el pueblo y arrojados al Tíber. Los vándalos forzaron a miles de prisioneros, entre ellos a la emperatriz Eudoxia y a sus hijas Eudoquia y Placidia, a emigrar con ellos. Al regresar a África se llevaron además obras de arte irremplazables, una parte de las cuales se perdió para siempre a causa de los naufragios.[74]

80

Ni la conducta de León ni su cristianismo parecen haber impresionado gran cosa a los romanos. Pues era este mismo gran predicador quien exclamaba indignado: «*Es extremadamente peligroso que los hombres se muestren desagradecidos a Dios, que no quieran ya acordarse de sus benéficas acciones, que no quieran mostrar su alegría ni por su castigo y contricción, ni por su liberación [...]. Me avergüenzo de decirlo (pudet dicere), pero no puedo silenciarlo: los ídolos paganos son más venerados que los apóstoles. Los absurdos espectáculos son más concurridos que las iglesias de los santos mártires*».[75]

León I tenía ya sus razones al constatar: «La dignidad de san Pedro no se pierde ni en el caso de un sucesor indigno» *(Petri dignitas etiam in indigno haerede non déficit).* Frase digna de un brindis, antigua, burda y malévola, pero que de siglo en siglo se fue haciendo cada vez más irrenunciable para la *Catholica.* Por supuesto que León —capaz de declarar que la Iglesia misma «desiste, por repugnancia, de toda persecución sangrienta» dejando esa persecución en manos de los príncipes cristianos «ya que el temor ante la pena capital impulsa a la gente a la salud espiritual»— se sentía cualquier cosa menos indigno. Y la Iglesia incluye a este antiguo inquisidor entre sus papas más insignes. Llegó a santo y –gracias a Benedicto XIV— a Doctor de la Iglesia en 1754. ¡Es más, obtuvo el renombre de «Magno»! «Humildad, mansedumbre y amor para con todos los hombres eran los rasgos característicos del santo y sumo pastor y por ello lo honraban y amaban el emperador y los príncipes; los proceres y los plebeyos; los paganos y los pueblos más rudos»

---

[73] De Ferdinandy 187, 190, 197

[74] MG gesta poní. 1, 104. Prokop. Bell. vand. 1, 4 s. Prosper, Epit. Chron. a. 455. Pauly ffl 1113 s. Hartmann, Geschichte Italiens 141. Stein, Vom römischen 540 ss. Caspar, Papsttum 1556. Bühier, Die Germanen, 413. Nota 94. Schmidt, Wandalen 78 ss. Dannenbauer, Entstehung I 221 s. Bury, History 325. Diesner, Der Untergane 61

[75] Leo L serm. 84, 1

(Donin).[76]

[76] Ibíd. 3, 3 s. Kühner, Lexikon 30. Donin II 437. Haller, Papsttum I 123 Gessel 267

81

CAPÍTULO 3 — LA GUERRA EN LAS IGLESIAS Y POR LAS IGLESIAS HASTA LA ÉPOCA DEL EMPERADOR JUSTINO (518)

«El monofisismo se convirtió en religión nacional del Egipto cristiano y de Abisinia y en el siglo VI era también predominante en Siria occidental y en Armenia. El nestorianismo, con sus dudas acerca de la Madre de Dios, conquistó para sí Mesopotamia y Siria oriental. Esto tuvo una importante consecuencia política: medio Egipto y el Próximo Oriente saludaron en el siglo VII a los árabes como liberadores del yugo religioso, político y financiero de la capital bizantina.»

K. BOSL[1]

«[...] la más acérrima condena del credo de Calcedonia como decreto impuesto a las Iglesias orientales radica en la historia de los dos siglos siguientes, en el intervalo de 451 *hasta aproximadamente* 650*, es decir, entre Calcedonia y la irrupción del Islam: este periodo se inaugura con las rebeliones más horrorosas del pueblo y de los monjes, especialmente en Egipto, en Palestina y en partes de Siria, contra el calcedonense. Al final de esos doscientos años hallamos Iglesias nacionales monofisitas, sólidamente organizadas, en Armenia, Siria, Egipto y Abisinia, todas ellas poseídas por un odio acérrimo contra la Iglesia imperialista de Bizancio.»*

P. KAWERAU[2]

3.1 ORIENTE ARDE EN LLAMAS, O BIEN: «[...] EL DIABLO, TÚ Y LEÓN»

El gran concilio, comparado muy a menudo con el «Latrocinio de Éfeso» y al que Hamack denomina «Sínodo de los bandidos y de los traidores» para distinguirlo de aquel, no calmó los ánimos. Todo lo contrario: fue eso justamente lo que lo soliviantó de verdad. Fue el comienzo de nuevas y numerosas desdichas y escándalos. Fue arranque de una escisión que aún hoy se hace sentir, en relación con la cual, cada parte se consideró y se sigue considerando, por descontado, como «ortodoxa», poseedora de la «fe verdadera».

El de Calcedonia fue un sínodo de las Iglesias del Imperio. Sus resoluciones se convirtieron en leyes imperiales. Y como quiera que los términos con que se revistió la nueva doctrina: esencia, naturaleza, substancia *(ousia, physis, hypostasis)* fueron usados desde siempre en acepciones muy diferentes por los pensadores griegos, a los

[1] Bosl 41

[2] Kawerau, Alte Kirche 175

amantes de la especulación teológica y de la pendencia intelectual se les abrieron inagotables posibilidades de discutir sin mutuo entendimiento y de acusarse recíprocamente de herejía; tanto más cuanto que el término «persona» (griego: *prosopon)* aportado por los latinos era ampliamente polisémico, de modo que Occidente, hasta la muerte del papa Gregorio I (604), se vio especialmente afectado por la discordia.[3]

Es claro que aquí no analizamos el desarrollo postcalcedoniano con vistas a «su fuerza de inspiración de una cristología espiritual» (Grillmeier). ¡Dios nos libre!, ¡no! «Sólo» nos interesa sus consecuencias en la política eclesiástica; las interminables querellas religiosas; la pugna por la «ortodoxia»; las herejías y las eternas disensiones eclesiásticas; todo el odio, la sangre, las rebeliones y las intervenciones militares, especialmente en Palestina y en Egipto. También los destierros, encarcelamientos, exterminios; todos los conflictos, de cada década, entre emperadores y papas hasta el, finalmente, logrado entendimiento entre el papa Hormisdas y el emperador Justino I, casi setenta años más tarde. Entendimiento que no acarreó, naturalmente, la paz sino nuevas y más enconadas persecuciones.[4]

Rápidamente surgieron ahora imputaciones contra aquella asamblea eclesiástica por sus supuestas inclinaciones nestorianas. Incluso se acusó despectivamente a los sinodales de nestorianos y, más tarde, también de «difísitas» (la «gente de las dos naturalezas»). Pues precisamente los parciales del obispo san Cirilo creían ver ignorada en Calcedonia la cristología de este último y la marcada diferencia entre ambas naturalezas, que León propugnaba, se les antojaba puro nestorianismo, ¡horrible herejía! (De hecho, el hasta hoy proscrito Nestorio había

contribuido, desde el punto de vista de la historia del dogma, a preparar decisivamente las fórmulas cristológicas de Calcedonia y en su momento saludó las formulaciones leonianas como una justificación de su persona. ¡El papa, en cambio, volvió a condenar por segunda vez, juntamente con el concilio, a quien ya estaba desterrado en el desierto! Ahora, sin embargo, hasta el jesuita W. de Vries parece reconocer en los sínodos de la Iglesia nestoriana persa de los siglos V y VI [exceptuando, en el peor de los casos, el del año 486 en Seleucia] «una cristología totalmente correcta».)[5]

82

La resistencia contra Calcedonia no venía, pues, de los nestorianos. Vino de los monofisitas de Egipto, donde han residido hasta hoy los sucesores de los patriarcas cismáticos en serie ininterrumpida, y de Siria, baluarte del monofísismo, donde eran monofisitas hasta los monjes, fervientemente admirados por el pueblo. Venía también de los monofisitas de Arabia y Abisinia, adonde huyeron, después del año 451, un sinnúmero de cristianos sirios. Venía asimismo de Persia y Armenia y condujo a la separación de pueblos enteros que se alejaron del catolicismo. De ahí que en el siglo VI un variopinto conjunto de sectas dominase las riberas surorientales del Mediterráneo: severianos, julianistas, fantasiastas, teodosianos, gayanitas,

[3] Hamack, Lehrbuch 11 373. Bury, History I 402. Aland, Von Jesús bis Justinian 286. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 8

[4] Haller, Papsttum I 147 s. Dannenbauer, Entstehung 1284 ss. Grillmeier, Rezeption 10

[5] Dannenbauer, Entstehung I 285. De Vries, Die syrisch-nestorianische Haltung 610 ss. Handbuch der Kirchengesch. IV2, 5. Podskaisky, Nestorius 223

ftartólatras, actistas, temistianos, triteístas, tetraditas y niobitas. Y todas ellas y algunas más se vieron favorecidas en el siglo VII por la expansión del Islam, que se apoderó de Palestina, Siria y Egipto y permitió que prosperasen numerosas Iglesias nacionales que existen, en parte, en la actualidad.[6]

Todavía a lo largo de toda la Edad Media los obispos, teólogos e historiadores monofisitas atacaron «la errónea doctrina del hipócrita concilio», el «sucio credo del concilio herético», como hizo a comienzos del siglo IX el obispo de Takrit Abu Ra'ita, para quien el «ignorante Marciano» era, sin más, «un segundo Jeroboán». Poco después el copto Severo, obispo de Usmunain, afirmaría en su *Libro de los Concilios* que Dióscoro recibió en Calcedonia «una fuerte bofetada» de manos de la reina —también el *Léxico de la Teología y de la Iglesia* ensalza a Pulquería como «vigorosa», «heredera del espíritu de su abuelo Teodosio I»— lo que dio pie a «nuevas vejaciones de Dióscoro». Según el historiador jacobita Barhebraeus (1225— 1286), el escritor más conocido de su nación, la santa mantenía relaciones sexuales con su marido pese a su voto de castidad. Y por cierto, también con su propio hermano Teodosio, según Nestorio. (De hecho Pulquería no pasaba por santa en la antigüedad: a la vista estaba y de forma muy drástica su, en más de un sentido, desaprensivo afán de encumbramiento. Esa veneración «sólo es constatable, según el léxico de la Iglesia antes mencionado, a partir de la Edad Media».) Todavía a principios del siglo XVI, el patriarca de los jacobitas Ignacio Nuh (Noé), habla de Calcedonia como de «ese maldito concilio... condenado por boca del Señor» y pone en la de Dióscoro estas palabras dirigidas al emperador Marciano, «el amigo del diablo»: «Ya es bastante que en este concilio haya tres cabezas: el demonio, tú y León».[7]

Pulquería, Marciano y León, trío suficiente en todo caso para que, tras un concilio de resultados más que halagüeños para Roma, la casi totalidad de Oriente ardiera en vivas llamaradas.

En Alejandría, cuyo arzobispo Dióscoro había sido desterrado en noviembre de 451 a Paflagonia, el soliviantado pueblo cristiano quemó viva a la guamicióm imperial apenas supo de los resultados del concilio. Con ella ardió la iglesia donde se habían refugiado, el antiguo templo de Serapis. Marciano apeló a los alejandrinos para que se unieran a «la santa y católica Iglesia de los ortodoxos». «Obrando así salvaréis vuestra alma y vuestras obras complacerán a Dios.» Bien pronto les prohibió, sin embargo, hacer cualquier clase de propaganda contra el concilio, y en su áspera constitución *Licet iam sacratissima* impuso a los «herejes» una larga serie de castigos. El archidiácono Proterio (451-457), confidente de Diáscoro, a quien abandonó luego, sólo pudo tomar posesión de su sede en medio de feroces batallas callejeras, de asesinatos y homicidios. Únicamente fue consagrado por cuatro obispos, que también traicionaron a Dióscoro, en noviembre de 451 y sólo pudo mantenerse en el cargo con el reconocimiento papal y protegido por un fuerte contingente de tropas. El pueblo y los monjes, pero también muchos clérigos, estaban de parte de Dióscoro, mientras que Proterio, «el auténtico discípulo de los apóstoles» (León I), tenía su principal apoyo en el emperador Marciano. Poco después de la muerte de éste, estalló

[6] Dtv Lex. Antike, Religión II 99 s. Hunger, Byzantinische Geistesweit 100. Dallmayr 245 s

[7] LThK 1. A. Vffl 563 s, 2. A Vffl 900 s. Grillmeier/Bacht, Einleitung 1,421 ss, U 9 s. Graf, Chaikedon 176,0 ss

en Alejandría, como pronto veremos, un tumulto todavía mucho más violento, en el que, una vez más, los monjes tuvieron decisiva participación.[8]

83

En general, fueron precisamente los monjes quienes atizaron en Oriente la resistencia contra Calcedonia. Hubo desde luego otros grupos de monjes que agitaron incansablemente en su favor. En cualquier caso «los monjes lucharon en primera línea en todos los frentes» (Bacht S. J.).

Ya antes de acabar el concilio se produjo una sangrienta revuelta de monjes en Palestina. Los dirigentes del monacato local, Romano y Marciano, juntamente con el religioso y antiobispo Teodosio (451-453), piadoso fanático y seguidor de Dióscoro, que debió de organizar ya tumultos en el mismo concilio, conquistaron Jerusalén con unos diez mil ascetas y la mantuvieron ocupada durante veinte meses, antes de huir al Sinaí. El ambicioso Juvenal, patriarca de la ciudad desde el año 422 al 458, a quien acusaban los monjes, y no sin razón, de haber quebrantado «sus juramentos y promesas» y traicionado la teología de Cirilo, perdió entretanto su sede. El año 431 había presentado en Efeso falsos documentos en apoyo de sus ambiciones de poder y de la ampliación de su diócesis (nada menos que en tres provincias: Fenicia I y II y Arabia), prestando además una ayuda sustancial a Cirilo. En 449 se pasó a sus adversarios y, junto a Dióscoro, fue, de seguro, el líder más prominente de aquel «latrocinio conciliar» y además el primero de entre 113 obispos que abogó por la rehabilitación de Eutiques, a quien hallaba «completamente ortodoxo». En Calcedonia volvió a cambiar rápidamente de trinchera. Volvió ignominiosamente la espalda a su antiguo aliado Dióscoro y se proclamó partidario de su destierro y de la rehabilitación de Flaviano. A la sazón huyó —¿necesito recordar que en Oriente se le venera como santo? (se conmemora el 2 de julio)— como una exhalación a Constantinopla.

En cambio, en Jerusalén, Teodosio ocupó su puesto apoyado por el pueblo y los monjes. Estos últimos arrasaron a fuego bastantes casas y perpetraron una atrocidad tras otra. Al obispo de Escitópolis, Severiano, lo mataron a golpes, juntamente con su séquito, tras su regreso del concilio. Y no fue éste el único obispo liquidado. Muchas sedes obispales cayeron ahora en manos de los monofisitas, que dominaron enseguida toda Palestina, aunque no tardarían mucho en ser expulsados de ella; eso sí, no sin intervención de las tropas y sin una batalla en toda regla. El levantamiento fue financiado parcialmente por la emperatriz Eudoquia, la viuda de Teodosio II, que residía en Jerusalén. Enemistada con la corte se resistía al ataque de Marciano y de Pulquería, su odiada cuñada, contra Eutiques. Por obra de Eudoquia, de su influencia y de sus intrigas casi todos los monasterios de los contornos de la «ciudad santa» renegaron de Juvenal. Desde Roma, el papa agitaba en cambio los ánimos contra «las hordas de falsos monjes», contra los mercenarios del anticristo, como él decía en noviembre de 452 en carta a Julián de Quíos, en la que también culpaba al fugitivo

[8] Euagr. h.e. 2, 5 ss. Zacharias Mityl. 4,2. Liberal. Brev. 15. s. Theodor. Lect. 1. 8. Zacharias Rhet. h.e. 4, 10. Leo I. ep. 126 s; 129 s. Simplic. ep. ad Zenonem. Coll. Avell. 56. LThK. 1. A. VIII 509, 2. A. VIII 815 s. Kirsch 570 s. Klinkenberg, Papsttum 97. Dannenbauer, Entstehung I 284 s. Rubin 36. Seppeit, Der Aufstieg 205 s. Bacht, Die Rolle II 255 ss. Hofmann, Der Kampf der Pápste 1122 ss, 37 ss. Camelot, Ephesus 201. Haacke, Politik II 109 s. Maier, Verwandiung 159. Chadwick, Die Kirche 240. Grillmeier, Rezeption 120 ss. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 4

Juvenal. Dos años antes el papa quena incluso que el nombre de Juvenal (junto al de Dióscoro y el de Eustaquio de Berito) se omitiese en las misas. Y con todo, este falsificador y tránsfuga oportunista era un misionero tan activo a los ojos del Señor que ya hacia el año 425 había consagrado al jeque de una tribu beduina como primer «obispo de los aduares». Más tarde se encumbró hasta «el honor de los altares»: ¡bien merecido! ¡En enero de 454, sin embargo, León tuvo que dar las gracias al soberano por haber repuesto violentamente a Juvenal en su sede! ¡Y el 4 de septiembre de aquel año , él mismo azuzaba al patriarca para que endureciese sus ataques! León exigía asimismo la eliminación de los eutiquianos. Todos ellos debían **ser** deportados, como los partidarios de Dioscoro, allí donde no causasen el menor daño y ser perseguidos aplicándoles el código de lo criminal.[9]

El emperador Marciano, complaciente servidor de Pulquería y del papa, que le testimoniaba complacido la unión en su persona «del poder real con el celo sacerdotal» había anunciado ya en Calcedonia que tomaría medidas contra quienes rechazasen su definición: las personas privadas del pueblo llano serían expulsadas de la capital. Militares y clérigos serían depuestos. Indicó la posibilidad de otros castigos adicionales y tan sólo entre febrero y julio de 452 promulgó cuatro decretos para cimentar y remachar los acuerdos conciliares, y en ellos, sobre todo en el cuarto, el 18 de julio de 452, se represaliaba a los «eutiquianos». Prohibió sus reuniones, sus enseñanzas, sus sermones y también el consagrar obispos y sacerdotes o el construir monasterios. Les vetó el envío de sacerdotes, y a los monjes, la vida en comunidad. Les privó del derecho de testar o heredar y los desterró de Constantinopla. A los clérigos y monjes del monasterio de Eutiques los desterró, incluso, fuera del imperio. Quien los acogía se exponía a confiscaciones y a la deportación. Quien oía sus sermones tenía que pagar una multa de diez libras. A los monjes los atropello con leyes como las aplicadas contra «herejes» y maniqueos. Sus escritos contra el credo de Calcedonia debían ser quemados, sus poseedores y difusores, deportados. Y esa represión, con despliegue de tropas, acabó imponiendo pronto la verdadera fe.[10]

84

El emperador conciliar persiguió también a los paganos con toda brutalidad. En el año 451 amenazó con confiscaciones y ejecuciones toda acción de culto pagano, medidas que afectaban a celebrantes, ayudantes y cómplices. La multa que habían de pagar los gobernadores que fuesen negligentes en la aplicación de la ley —en el año 407 era de 20 libras de oro— fueron elevadas a 50 libras de oro para el gobernador y otras tantas para sus funcionarios.[11]

---

[9] Leo I. ep. 80, 3; 109 ad Julianum; 116 ss; 126 ad Marcian; 136; 139. Hieron. Vita Hilar. 25. Zacharias Rhet. h.e. 3, 3. ACÓ II 1, 3, 125; 1, 3, 131 s. Euagr. h.e. 2, 5. Sozom. h.e. 5, 15, 15. LThK 1. A. V 734, IX 504. Stein, Vom rómischen 521 s. Kirsch 570. Hofmann, Kampf der Pápste 18 ss. Caspar, Papsttum I 505, 531, 535 s, 538 s. Dannenbauer, Entstehung 1284. Seppeit, Der Aufstieg 204 s. Grillmeier/Bacht n, Einleitung 8. Comprobar con Bacht, Die Rolle II 258, 291 s. Honigmann, Juvenal 200 ss. Camelot, Ephesus 170 s, 200 s. Rubín, 36. Maier, Verwandiung 160. Tinnefeíd 324 s. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 194, 247 s, 372,11/2, 5. Grillmeier, Rezeption 113 ss. Perrone 90

[10] ACÓ II, 1, 3, 119 ss. Leo I ep. 115, 1. Caspar, Papsttum I 531 s. Grillmeier/Bacht, Einleitung I 421 ss, II 9 s. Camelot, Ephesus 153. Tinnefeid 325. Grillmeier, Rezeption 125 ss

[11] Cod. lust. 1, 11,7; Cod. Theod. 16, 10, 19

3.2 EL PAPA LEÓN AZUZA LOS ÁNIMOS CONTRA LOS «DEMONIOS» CRISTIANOS DE ORIENTE

Detrás de todos los ataques antiheréticos estaba, no obstante. León I. Una y otra vez trataba de impedir nuevas discusiones acerca de los acuerdos conciliares, de tener en jaque a los «herejes» y de enviar al exilio, en la más extrema soledad, a los monjes rebeldes.

En tono triunfante anunciaba a los obispos de la Galia que después de Calcedonia nadie podía defender la «errónea doctrina» pretextando ignorancia «pues el sínodo reunido expresamente para ello, con casi seiscientos hermanos y colegas obispales, no se permitió usar del arte de la disputación o de la disertación elocuente contra la fe divinamente fundamentada [...]. El santo sínodo alejó ya de la Iglesia de Dios esos monstruosos embustes de mentes diabólicas [...] dando al anatema ese vergonzoso estigma».[12]

En Constantinopla, Julián, un italiano educado en Roma que era obispo de Quíos, junto a Nicea, y había aprendido por ello el griego, ejercía de vicario permanente de León contra los «herejes» del momento *(contra temporis nostri hae reticos).* Después de su escrito oficial de nombramiento del 11 de marzo de 453, el papa tenía con él, por así decir, su espía acreditado en la corte, su vigilante, su confidente, su mediador y su azuzador. Su misión era, exigía León una y otra vez, combatir a los «herejes» y también a los monjes rebeldes, es decir, hacerlos perseguir por el emperador y por los tribunales seculares. Julián tenía que aplicar «como vicario mío *(vice mea functus)* un cuidado especial para que la herejía nestoriana o eutiquiana no renaciesen en ningún lugar. Pues el obispo de Constantinopla no es una garantía para el catolicismo». «No quiero, por el momento, alzarme contra él como se merece [...].» El vicario leoniano no podía perder de vista ni al patriarca de la capital ni a Eudoquia, la viuda del emperador, que atizaba la rebelión de los monjes en Jerusalén y Palestina y también el malestar entre los monjes egipcios. Otra tarea de Julián, y no la menos importante, consistía en tutelar en provecho de Roma, «asesorándola», a la mojigata pareja imperial, que vivía según «el matrimonio de san José», a la que el papa ensalzaba a menudo su acción sacerdotal a la par que, todavía con mayor frecuencia, les exigía cumplir con su «deber protector» para con la Iglesia. Al monarca mismo le recomendaba el papa «tengas a bien atender a las sugerencias *(suggestiones)* de Julián como si fuesen mías».[13]

85

Ese jerarca tan supuestamente moderado y humano no vacilaba nunca en amargar al máximo la vida a sus adversarios, en cerrarles cuando menos la boca de forma aún más radical, teniendo para ello en el emperador Marciano, el antiguo general desposado con la monja Pulquería, un dócil instrumento. He aquí cómo le escribía el 15 de abril de 454: «Si pues aceptáis gustoso mis sugerencias para tranquilidad de la fe católica, deberéis saber que se ha puesto en mi conocimiento por medio de mi hermano y colega Julián, que el impío Eutiques continúa merecidamente en su destierro, pero que incluso en el lugar de su condena *(damnationis loco)* rezuma en

[12] Leo. ep. 102, ACÓ II, 4, 53 s

[13] Leo I. ep. 109; 111; 113; 117 s; 125. Seppeit, Der Aufstieg 203 s

su desesperación el abundante veneno de sus blasfemias contra el conjunto de los católicos y que, con mayor desvergüenza aún, sigue escupiendo la doctrina que lo hizo condenable y abominable para todo el orbe, de modo que podría engañar a gente inocua *(innocentes).* De ahí que considere muy prudente el que Vuestra clemente persona lo haga llevar a un lugar más alejado y escondido».[14]

En marzo de 453, León expresaba al obispo Julián de Quíos y a la santa emperatriz Pulquería profunda satisfacción por las medidas imperiales. Y, naturalmente, le produjo especial alegría el que el regente mandara restablecer «el orden» con la fuerza de las armas a través del *Comes* Doroteo. Muchos monjes perdieron en ello su vida. Los archimandritas Romano y Timoteo fueron encarcelados en Antioquía, al destronado patriarca Teodosio lo encerraron en los calabozos de un monasterio de Constantinopla. Pero el papa León eligió aquel sangriento trabajo en un escrito a su majestad calificándolo de obra de su fe, fruto de la piedad imperial *(vestraefidei opus, vestrae pietatis estfructus).* Había que hacer sanar al enfermo e imponer paz a los tumultos. «Me alegro, pues..., de que Vuestro Imperio goce de la calma, ya que lo dirige Cristo, y sea poderoso, ya que Cristo lo protege.» León rezaba incesantemente por Marciano, según le escribió dos años antes de la muerte de éste, «pues la Iglesia y la *res publica* romana se benefician grandemente, gracias a Dios, a través de Vuestro bienestar».[15]

3.3 TAMPOCO BAJO EL EMPERADOR LEÓN I DEJA EL PAPA LEÓN DE EXIGIR LA VIOLENCIA CONTRA «LOS CRIMINALES» Y DE RECHAZAR CUALQUIER NEGOCIACIÓN

Pulquería, a quien el papa tanto gustaba elogiar por «los cuidados, gratos al Señor, de su santo corazón», aunque no sin añadir que debía también «ser constante en esa práctica», murió en julio de 453, y Marciano el 26 de enero del año 457: los rezos de León pidiendo larga vida a su majestad no fueron escuchados.

Se supone que la dignidad imperial fue ofrecida al poderoso *Magíster militum* Flavio Ardabur Aspar, un «hereje» amano, hijo de una goda y de un noble alano. Aspar, sin embargo, que fue general romano desde el año 427 al 471 pero nunca partidario de la ortodoxia, la rechazó (o fue rechazado). De ahí que, finalmente, obtuviese la púrpura y, según algunos autores, no sin la ayuda de aquél, uno de sus oficiales. León I (457-474), de cuya desconfianza gratuita vino a caer víctima el propio Aspar, un hombre acrisolado por su fidelidad a tres emperadores. Pues León, estricto católico por su parte —muy atento a la santificación y especialmente devoto del santo estilista Daniel, obtuvo por arte de la Iglesia el epíteto de «el Grande»—, mandó asesinar en el palacio imperial a Aspar y a su hijo Patricio, a quien él mismo había elevado a César. También en esta acción jugó un papel el catolicismo beato del

[14] Leo I. ep. 134 ad Marcian

[15] ACÓ II 1, 3, 119 ss. Zacharias Rh. h.e. 3, 5. Leo I. ep. 116 ad Pulcher. ep. 117 s. ad Julián; ep. 126, 134, 142 ad Marcian. Caspar, Papsttum 1531 ss. Hofmann, Kampf der Pápste 18 ss. Bacht, Die Rolle II 247 ss. Grillmeier, Rezeption 168 ss. Perrone 89 ss

soberano frente a su víctima, amana y de convicciones anticalcedonianas.[16]

Cuando, tras la muerte del emperador Marciano, la oposición monofisita se fue haciendo más y más fuerte, el papa León I recalcó con tanto más ahínco la obligatoriedad de las resoluciones dogmáticas de Calcedonia. Estaba resuelto a prohibir cualquier transacción nueva «acerca de lo que fue decretado por inspiración divina» o, como escribía en otro lugar, «contra aquello revestido de tal autoridad *(tancta auctoritas)* cual es la del Espíritu Santo». De modo que León no sólo declinó una invitación personal a Constantinopla, sino que instruyó además a sus legados para que, una vez recibiesen su carta doctrinal del 17 de agosto de 458 (una especie de complemento de su carta doctrinal a Flaviano y a la que la posteridad llamó por ello Tomo II), no entrasen en ningún tipo de disensiones.[17]

86

Pero el romano siguió agitando incansablemente los ánimos contra el «descarrío herético» de tantísimas personas en Oriente, especialmente en Constantinopla, Antioquía y Egipto. Quería imponer por doquier, como escribía al obispo Julián, «lo dispuesto en Calcedonia para salvación del mundo exterior y bajo la dirección del Espíritu Santo». En aras de su «salvación» se dirigió a obispos, presbíteros, diáconos; envió legados a la corte, como hizo el 17 de agosto de 458 con los obispos Domiciano y Geminiano; escribió una y otra vez al nuevo emperador León, de cuyas virtudes «se pueden alegrar el Estado romano y la religión cristiana». Pero como cada vez que la Iglesia se empeña enérgicamente en su «salvación», ello sólo podía y tenía que suceder, también ahora, a costa de la perdición de muchos. El papa León, en efecto, apremiaba *offilius ecclesiae* imperial a adoptar urgentemente las medidas pertinentes para restablecer la *«christiana libertas»,* lo cual, si es posible, tiene siempre este significado: la privación de la libertad de todos los demás. Conjura al emperador para que «él, teniendo bien presente la fe común, frustre todos los manejos de los heréticos», le instiga personalmente, una y otra vez, para que resista «a las manos asesinas de los impíos», «a la maligna astucia», a la «maldad de los herejes», le apremia a castigar a «los criminales». Exige la depuración del clero, que el príncipe «triunfe sobre los enemigos de la Iglesia, pues si ya es motivo de gloria para Vos el aniquilar las armas de pueblos enemigos [!], ¡cuánto mayor será esa gloria si liberáis a la Iglesia alejandrina de sus furiosos tiranos!». Una vez más se ve aquí qué es lo que está siempre en juego para los papas: aniquilación de los enemigos exteriores del Imperio y aniquilación de todos los enemigos interiores. «Sé consciente, venerable emperador..., de cuánta ayuda le debes a tu Madre Iglesia que se gloría de modo especial teniéndote a ti como hijo.» León «el Grande» quería ver en acción a la violencia y las armas, pero no concilios ni discusiones religiosas. Aborrecía las disputas en general y muy particularmente las relativas a cuestiones de fe. También frente al emperador reiteró a menudo la necesidad de desechar cualquier posibilidad de transacción, a la par que afirmaba: «No tenemos espíritu vengativo, pero no

[16] Leo I. ep. 84. lord. Get. 45. Prokop, Bell. vand. 1,5,7; 1,6, 3. Zacharias, Rh. h.e. 4, 7. Zonar. 13, 25, 33 s. Dtv, Lex. Antike, Geschichte I, 152, II 244 s. Pauly III 561 s. Stein, Vom rómischen 523 ss, 529 ss. Caspar, Papsttum I 547. Dannenbauer, Entstehung I 286 s. Grillmeier, Rezeption 131 s. Von Haehiing, Religionszugehórigkeit 275 s. Demandt RE Suppl. XII 779, cit. según Haehiing ibíd

[17] Leo I. ep. 146, ACÓ II, 4, 97. ep. 162, ACÓ II, 4, 106 s. ep. 164. ACÓ II, 4, 110 s. Seppeit, Der Aufstieg, 207.

podemos vinculamos con los servidores del diablo».[18]

Y así, una vez más, la intolerancia radical se ve acompañada del habitual disimulo del eufemismo. La última frase de León recuerda fatalmente a la de san Jerónimo, citada y comentada más arriba: «También nosotros deseamos la paz y no sólo la deseamos, sino que la fomentamos, pero la paz de Cristo, la paz verdadera». La misma actitud, la misma hipocresía.

Las cartas que León enviaba al Este eran textos de agitación envueltos en pías frases. Giran siempre en torno al mismo tema, apremiando al sojuzgamiento, depuración y aniquilación del adversario, al que se injuria una y otra vez como impío, maligno, satánico y criminal, demonizándolo así groseramente. Sólo «el anticristo y el demonio», sugiere el papa al emperador León I el 1 de diciembre del año 457, tendrían la osadía de atacar «la inexpugnable fortaleza». Sólo aquellos que «no se dejan convertir por la maldad de su corazón», que «bajo la apariencia de su celo espiritual dispersan su mentirosa semilla pretendiendo que ésta es el fruto de su búsqueda de la verdad». La furia desenfrenada y el odio obcecado «han urdido hechos cuya sola mención provoca desprecio y aborrecimiento..., pero Dios nuestro Señor ha enriquecido grandemente a su majestad iluminándolo acerca de sus misterios. Por eso no debéis olvidar nunca esto: la potestad imperial no os ha sido otorgada únicamente para gobierno del mundo, sino ante todo [! 1 para proteger a la Iglesia *(sed máxime ad Ecciesiae praesidium)...* ¡Sería, en consecuencia, algo grandioso para vos si os fuera posible añadir la corona de la fe a la diadema imperial pudiendo celebrar un triunfo sobre los enemigos de la Iglesia!».[19]

En definitiva, aquellas personas cuyo aplastamiento exige el papa son cristianos y sacerdotes a quienes él desprecia y aborrece, a quienes imputa mentiras, odio y furia desenfrenada, a quienes injuria como «anticristos» y «demonios»: lenguaje que abunda por demás entre los «mejores» círculos cristianos, entre sus dirigentes.

87

Muchos apologetas que descalifican los estudios de investigadores críticos como los de E. Caspar y, más aún, los trabajos de E. Schwartz, J. Haller y muchos otros, tildándolos de «enfoques exclusivamente políticos», han de hacer a su vez, arduos esfuerzos para presentar los motivos primordiales de los papas, no como políticos, sino, naturalmente, en palabras de E. Hofmann, como «genuinamente religiosos». Y los apologetas por su parte «acentúan» que la «lucha por la cuestión calcedoniana», que constituyó durante más de medio siglo «el centro de todos los esfuerzos papales», se desarrolló «en gran medida sobre el plano político».[20]

Pero lo que se desarrolla en gran medida sobre el plano *político* es, consecuentemente, *político* en gran medida, primordialmente *político,* y en el fondo sólo *político,* mera lucha por el poder: por el poder en el interior de la Iglesia. Por el poder en el interior de cada una de las Iglesias rivales y por el poder de una sobre todas las demás. ¡Eso es lo que la historia demuestra! Lo religioso se presenta como

---

[18] Leo I. ep. 115; 144 ad Julián. 145 ad León. imp. 146 ad Anatol. 155 ad Anatol. 156 ad León. imp. 157 ad Anatol. 162 ad León. imp. 164 s. ad León. imp. 169 s. Caspar, Papsttum I 554. Hofmann, Kampf der Pápste II 24 ss. Seppeit, Der Aufstieg 206 ss. Haller, Papsttum 1148 s. Stockmeier, Leo 108 ss. Grillmeier, Rezeption 132 ss

[19] Leo I ep. 156, PL 54, 1127 ss

[20] Hofmann, Kampf der Pápste II 14 s

pretexto. Es puro medio al servicio de un fin. El hecho de que muchos cristianos, y precisamente los de buena fe y buenos sentimientos —pero no bien informados— vean, sientan y vivan todo eso de forma muy distinta, en nada afecta a los hechos, a la realidad. Cierto que esos cristianos, y a mayor abundancia las «fuerzas religiosas», pertenecen también a esa realidad; es más, son ellos quienes la hacen posible en general, pues son su fundamento, su condición previa. Pero todo ello queda en el ámbito «de lo privado». En cambio, la entidad que se sirve de todo eso con un cinismo carente de escrúpulos, abusando desaprensivamente de ello a lo largo de la vida (a veces incluso con el subterfugio y el autoengaño: «El pueblo me mueve a lástima»), esa entidad hace historia, historia universal: historia criminal.

3.4 LOS CRISTIANOS BATALLAN ENTRE SÍ POR LA FE

La contienda cristológica, la pugna entre caldenonenses y monofisitas, asoló con furia casi increíble las regiones orientales del Imperio romano. Esa contienda abarca la segunda mitad del siglo V y todo el VI Las difamaciones, deposiciones, destierros, riñas, intrigas, asesinatos y homicidios se hacían interminables. Uno de los bandos de la cristiandad intentaba incesantemente recusar las formulaciones calcedonianas; el otro, imponerlas. Aunque violentamente divididos entre ellos, los monofisitas eran unánimes en su resistencia contra el sínodo «maldito», contra Roma *y* Calcedonia. Las acciones violentas que la ortodoxia exigía continuamente y a las que los gobiernos se prestaban a menudo, las persecuciones y los martirios tan sólo servían para intensificar el odio confesional, la resistencia. Y los compromisos que procuraban hallar a veces algunos emperadores, su condescendencia, transigencia y complacencia ocasionales, todo ello fracasó fundamentalmente a causa de la resistencia del catolicismo. Por supuesto que lo que estaba enjuego, como la mayor parte de las veces, era algo mucho más amplio: lo que importaba no era tanto la charlatanería cristológica, ni el dogma de las dos naturalezas, como la influencia, la ambición, el dinero, el poder y el nacionalismo, sobre todo el de egipcios o sirios. Pues pese a toda la exaltación del delirio confesional, había, en el trasfondo, cierta lucha «nacional» de egipcios y sirios por su propia existencia como tales. Y había también, y estrechamente vinculado a ella, un fuerte antagonismo social entre los nativos, ya fuesen semitas, sirios o felagas del valle del Nilo, los coptos, y la exigua capa superior griega, más o menos cultivada, compuesta por terratenientes griegos que, apoyados por los funcionarios, policías, oficiales y sacerdotes imperiales, proclamaban su fidelidad a la Iglesia oficial del Imperio. De ahí que la población nativa buscase, contra aquella clase dominante, contra aquellos opresores foráneos que los explotaban implacablemente, la protección de los monjes, a quienes admiraban con delirio, y de losobispos del país, los cuales, naturalmente, también abusaban de ellos a su manera.[21]

Con todo, el primer plano estaba ocupado por el espectáculo de la fe. Los adversarios de Calcedonia se alzaron especialmente en Alejandría, el centro de la

[21] Caspar, Patsttum 1531 ss. Dannenbauer, Entstehung 1285 s. 324 s. Dawson 139. Mango 107. Nersenian 76. Maier, Verwandiung 159 s. Chadwick, Die Kirche 240 ss

oposición. Y si bien el papa León había hablado en 454 de las «tinieblas que anidaban en Egipto», la verdad es que esa tiniebla se hizo aún más densa.[22]

88

Al patricarca alejandrino Dióscoro I, depuesto en Calcedonia como partidario de Eutiques, le siguió en la sede el católico Proterio (451-457), fiel al concilio (pero que infligió al papa una derrota en la cuestión del conflicto por la fijación de la Pascua, que Roma sólo encajó reconcomida por la rabia). Y poco después de la muerte de Marciano, el 26 de enero de 457, los monofisitas contrapusieron a Proterio a uno de los suyos, el monje sacerdote Timoteo (457-460), con el apodo de «Ailuros» (la comadreja), un adicto seguidor de Dióscoro, que fue consagrado canónicamente por dos obispos. Llevaba al parecer años soliviantando a los monjes de Alejandría contra Proterio, llegando incluso a presentarse de noche con apariencia de ángel delante de las celdas de los anacoretas para exhortarlos a evitar a Proterio y a elegir a Timoteo (él mismo) como obispo. En caso de que esta historia, legada por diversas fuentes, sea verdadera muestra hasta qué punto se abusaba de los monjes, y caso de ser falsa, muestra, cuando menos, hasta qué punto se podía abusar de la buena fe del mundo: del que, desde luego, parece posible abusar sin límites en cualquier época. Timoteo «Ailuros» fue, ciertamente, encarcelado en seguida por el gobernador imperial, y el ahuyentado Proterio fue traído de nuevo a Alejandría por una escolta militar, pero sólo duró allí hasta el 28 de marzo de 457, día en que una furiosa turba de cristianos lo asesinó (durante la misa del Jueves o Viernes Santo) en la iglesia de San Quirino. Su cadáver fue profanado, despedazado y quemado, pero él mismo fue hecho santo de la Iglesia romana (su festividad se conmemora el 28 de febrero).

A continuación, el arzobispo Timoteo «Ailuros» —León I lo llama «parricida» y en todo caso fue el beneficiario del crimen— «limpió» de enemigos el episcopado egipcio. A todos los obispos que se resistieron los privó de su sede. En un sínodo alejandrino lanzó el anatema contra el papa y contra el patriarca de Constantinopla; era manifiestamente una venganza por la deposición de Dióscoro, el ascenso de Constantinopla y también, de seguro, por el desaire hecho a la cristología de Cirilo en Calcedonia. El año 460, sin embargo, el emperador León mandó apartar de su sede al alejandrino: apremiado a ello una y otra vez y de la forma más enérgica por el papa, quien inundó Oriente con su correspondencia y conjuró al regente para que no sólo fuera soberano del orbe, sino también protector de la Iglesia. Timoteo «Ailuros» fue desterrado; primero a Paflagonia, después a Crimea. Ascendió al solio alejandrino Timoteo Salophakiolos («el de la mitra vacilante»), con el apoyo de tan sólo diez obispos, «un nuevo David por su mansedumbre y paciencia».[23]

Todavía en 460 envió León cartas de felicitación y advertencia a Egipto, la última correspondencia que de él se conserva. Felicitó entusiasmado al recién nombrado *Salophakiolos»,* elogió al emperador por la expulsión de su predecesor, el «infame parricida», y murió en otoño del año siguiente, el 10 de noviembre.[24]

León I, la primera figura de pontífice descollante en la historia, un hombre hábil

---

[22] Leo I. ep. 126

[23] Wetzer/WeIte V 187. Stein, Vom romischen 525. Schwartz, Schisma 173. Caspar, Papsttum 542 ss, 548 ss, 554. Haller, Papsttum I 162. Seppeit, Der Aufstieg 205 ss. Haendier, Abendiándische Kirche 75. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,4 ss. Grillmeier, 131 ss. Tinnefeid 326

[24] Leo l. ep. 171 ss

como pragmático y también como doctrinario, la perfecta mezcla de ambas cosas, se parecía en su conducta, como ya dijo atinadamente Haller, más al zorro que al león. Frente a quien estaba más alto, ante el emperador León I, podía mostrar un servilismo tan devoto como si fuese el abanderado del cesaropapismo. Pero cuando la ocasión lo exigía adoptaba resueltamente aires señoriales incluso frente a los más poderosos. Consumado diplomático, era capaz de lanzarse al ataque, y de retirarse, humillarse y pisotear y fomentar $u propio encumbramiento por encima de todo lo demás. Pero su mayor capacidad consistía en amedrentar vejatoriamente al propio clero. Podía leerles la cartilla a auténticos santos y negar la dignidad sacerdotal a «viles» esclavos. Era capaz de exigir humildad y obediencia de la grey y para sí mismo la potestad de mandar sobre toda la Iglesia, el rango supremo, el honor máximo: y todo ello dándose apariencias de modestia.

Y sobre todo, era capaz de perseguir inmisericordemente, o hacer perseguir, todo cuanto no era católico: con encarcelamientos, destierros, aniquilación física, a la par que predicaba el amor al prójimo y al enemigo, el pleno perdón y la renuncia a toda venganza. Una y otra vez sabía servirse del emperador sin dejarse instrumentalizar por aquél, sin que le importase un comino el Imperio occidental, servidor de sus intereses. Antes bien, se valía de su impotencia para conseguir sus propósitos y usaba su poder residual como una baza contra Oriente para sacar también provecho de ello, si bien, en sus últimos año s, cada vez con menos éxito. Con todo, las decisiones de León crearon una impronta de siglos en el derecho canónico. Y su autoridad llegó a tal extremo que sus cartas fueron objeto favorito de los falsificadores cristianos.[25]

89

3.5 EL PAPA HILARIO, EL EMPERADOR ANTEMIO Y ALGUNAS FARSAS GROTESCAS ENTRE CRISTIANOS ASALTANTES DEL TRONO

A León I le siguió en el solio el sardo Hilario (461-468), que tomó posesión el 19 de noviembre, «no por mérito propio, sino por la gracia de Dios». Era el mismo diácono que huyó tan precipitadamente del «Latrocinió de Éfeso» y en acción de gracias por su salvación fundó una capilla en Roma.

Sus experiencias en Oriente dejaron en él una huella profunda. Su correspondencia iba dirigida, casi exclusivamente, a destinatarios occidentales y especialmente a obispos hispanos o galos. De sus siete años de pontificado, que no son tan pocos, no se conserva ni una sola carta sobre el problema cristológico de Calcedonia. Es más, aparte de un insignificante fragmento, ¡no hay un solo escrito suyo dirigido a Oriente! La inquieta situación en el sur de la Galia, las conquistas de los germanos en esa región, la usurpación de la sede de Narbona por parte de Hermes, la privación parcial de derechos de este último, la constante rivalidad entre Arles y Vienne, los disturbios que también afectaron a España, todo ello no explica del todo aquel hecho. Tanto menos cuanto que el papa también tuvo tiempo para perseguir en Roma a los «macedonianos» (favorecidos por el emperador Antemio) y, sobre todo, para

[25] Véase al respecto distintos pasajes del cap. 5 y los pertinentes pasajes del 4. Véanse también Caspar, Papsttum 1555 ss. Haller, Papsttum 1150 s

satisfacer una desbordante pasión constructora, embelleciendo aún más el Laterano y, tras el saqueo de los vándalos, también y con gran pompa otras «casas de Dios», como San Pedro, San Pablo y San Lorenzo. La Iglesia romana era ya la más rica de todo el mundo cristiano, bastante más rica, incluso, que las de Constantinopla y Alejandría. Mientras que la ciudad venía a menos, se empobrecía y decaía progresivamente, las basílicas fulgían con fabuloso esplendor: pilas bautismales con ciervos de plata, cruces recamadas de piedras preciosas, altares refulgentes de lujo, antecriptas con arcos dorados... Mientras que en toda la correspondencia papal «no hay ni asomo de un problema religioso [...]» (Ullmann).[26]

En política exterior, el emperador León I, católico santurrón, desplegó, generaciones antes de Justiniano, un tremendo esfuerzo por aniquilar el reino vándalo, cuya religión resultaba tan odiosa a los católicos romanos como su raza y sus costumbres.

Comoquiera que desde finales del año 465 no hubiese ya emperador en Occidente, León nombró en 467 a Antemio, yerno de Marciano, cesar de Occidente. Antemio, que ya había vencido a ostrogodos y a hunos, entró en Italia con un ejército, se convirtió allí en augusto y amenazó a Genserico con una guerra en la que también intervendría Oriente si no cesaba de hostigar al Imperio occidental. Pero cuando de ahí a poco el mismo Genserico declaró la guerra, la Roma de Oriente equipó un ejército por la gigantesca suma de unas sesenta y cuatro mil libras de oro y setecientas mil de plata, causa a la que se atribuyen los apuros financieros que padeció Bizancio incluso en el siglo siguiente. Pero había que hacer desaparecer a toda costa al reino «hereje». En todo caso la guerra anti vándala de León, en la que su cuñado Basilisco, hermano de la emperatriz Verina, iba, en 468, al mando de 1. 100 barcos y más de cien mil hombres —cifras supuestas y a buen seguro considerablemente abultadas— constituyó un fiasco total. Ya tenían la victoria casi en el bolsillo, pero, en el último momento, fueron víctimas, una vez más, de la artería del anciano Genserico, quien se apoderó de nuevo de todas las conquistas realizadas por la Roma oriental.[27]

90

El emperador Antemio (467-472) era indiferente en lo religioso y puede que, en su fuero interno, hostil al cristianismo. Nombró prefecto de la ciudad a un filósofo y creyente en los antiguos dioses y concitó con ello las iras del papa Hilario. Su tolerancia frente a paganos y «herejes» suscitó desconfianza y acabó siendo víctima de Ricimero, el todopoderoso hacedor y deshacedor de emperadores en Occidente, que creyó amenazada su posición. Ricimero elevó el año 472 al senador Flavio Anicio Olibrio a la dignidad de augusto (el marido de Placidia, hija de Valentiniano III) y después de cinco meses de guerra civil conquistó Roma. Una horda germánica, compuesta de cristianos de fe amana se abatió el 11 de julio sobre la ciudad, ya

[26] Lib. poní. Vita Hilar. (Ed. Duchesne 242 s; ed. Mommsen 107 s). JK 552; 664, 11. Gregorovius I, 1, 110 s. Caspar, Papsttum I, 483 ss, II 10 ss. Hofmann, Kampfder Papste II 35. Fuhrmann, Propagandaschrift 1 ss. Ullmann, Gelasius 1,109 s

[27] Prokop. Bell. vand. 1,6. Marcell, com. ad a. 468. Kandidos, frag. 2 (FHG IV 137; HGM 1445). Pauly III 561 s. Dtv Lex. Antike, Geschichte I 114. Stein, Vom romischen 530 ss, 573 ss. Cartellieri I 38 s. Karayannopulos, Finanzwesen 3. Dannenbauer, Entstehung I 294 s. Haacke, Politik II 112. Las fuentes hacen evaluaciones distintas de las sumas invertidas en la flota de Basiliskos. Una fuente, p. ej., menciona 47.000 libras de oro; otra 17 libras de oro y 700.000 de plata. Comprobar también cap.4,nota 96

castigada por el hambre y la peste, sometiéndola al asesinato y al saqueo. Según una antigua narración, si bien las fuentes divergen una vez más, sólo tuvieron miramientos con el territorio vaticano, repleto ya de monasterios e iglesias, y con San Pedro. Antemio, en todo caso, murió despedazado a golpes de espada en una batalla callejera, en la iglesia de San Crisógono. Pero al mes siguiente, a mediados de agosto, falleció el mismo Ricimero (siendo enterrado en el barrio de la Suburra, en la iglesia de Santa Ágata por él construida o renovada). A las pocas semanas le siguió Olibrio. Ambos fueron víctimas de la peste.[28]

Comoquiera que en 474 murió también en Constantinopla el emperador León, se hizo imposible una nueva intervención en Occidente, en el que poco antes se produjo una nueva ruptura con Genserico. En Oriente, sin embargo, la contienda religiosa convulsionó al Imperio de tal manera que los dos regentes que siguieron a León hubieron de transigir en mayor o menor medida con el monofisismo: en medio de circunstancias tan grotescas que podrían figurar en una farsa.

León I había nombrado a su nieto, el hijo de Zenón, corregente y sucesor suyo el año 473. Después de la muerte de León, el 18 de junio de 474, Zenón (su verdadero nombre era Tarasis Kodissa, 474-475 y 476-491), un capitán de forajidos oriundo de Isauria y muy odiado por el pueblo, se hizo elevar a augusto y corregente en febrero, siendo también el primer emperador que se hizo coronar por el patriarca. Su pequeño vastago, León II, no sobrevivió ni hasta finales de año . La emperatriz viuda, Verina, intentó conseguir la púrpura para su amante y puso en escena la farsa de una revolución palaciega para engatusar a Zenón. El emperador huyó como una exhalación a sus lares bandidescos, pero no olvidó llevarse consigo el tesoro estatal mientras los cristianos masacraban a los isaurios en la capital. Quien realmente ascendió al trono fue — contra lo previsto en el guión—, no el amante de Verina, sino el hermano de ésta, Basilisco (475— 476, sólo dieciocho meses), el lastimoso perdedor de la guerra contra los vándalos, a quien se le supone, con cierta probabilidad, un origen germánico. Basilisco envió contra Zenón a un pariente de éste, Ilón, también jefe de salteadores isaurios, un cristiano ortodoxo a quien el usurpador encandiló con grandes promesas. Pero en vez de eliminar a Zenón, su antiguo jefe, Ilón se pasó a sus filas y laboró por su reposición unido al patriarca Acacio. A finales de 476, Zenón recuperó el poder. No mediante la guerra —estuvo a punto de darse a la fuga ante las tropas conducidas por el general de Basilisco, que no era otro que el notorio amante de la emperatriz, galán bien conocido en la capital—, sino con dádivas y promesas. Zenón supo retener ese poder pese a su impopularidad, al desafecto de los círculos senatoriales y a las continuas guerras civiles. Él, por su parte, ordenó la liquidación de Basilisco, de su esposa y de su hijo, mientras que sus compatriotas, que volvieron con él a la capital, cometían nuevos y peores desafueros.[29]

Los desórdenes religiosos vinieron además a complicar los políticos. En efecto, el

[28] Pauly I 355, 371 con indicación de fuentes. Dtv Lex. Antike, Geschichte I, 114, III 123. Gregorovius I, 1, 112 ss. Haller, Papsttum I 153. Dannenbauer, Entstehung 1291 ss. Comprobar también nota 50

[29] Anón. Vales. 41 ss. Marcell. com. ad a. 476. Malalas 16, 385. Zach. Myth. Chron. 5, 9. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 307. Pauly III 561 ss. Schwartz, Schisma 181 ss, 189 s, 216. Hofmann, Kampf der Papste II 35 ss. Bury, History I 389 ss. Stein, Vom romischen 536 ss. Dannenbauer, Entstehung I 287 ss. Haller, Papsttum I 162 s. Maier, Verwandiung 121. Harrison 27 s. Clauss 161 ss. Ullmann, Gelasius I, 117 ss

usurpador Basilisco, que halló la muerte por hambre al ser encerrado con su familia en una cisterna seca, en Asia Menor, había intentado, después de rebelarse, granjearse apoyos mediante una política estrictamente promonofisita. Influido por el patriarca Timoteo «Ailuros» («la comadreja» o «el gato», según otras versiones), repuesto tras 16 años de exilio, revocó sin más las decisiones de Calcedonia y el *Tomus Leonís,* dándolos al anatema, pues sólo habían provocado descontento y desave nencias. A todo el que no estuviera dispuesto a suscribir el nuevo decreto, el llamado *Enkykiion* (conservado en dos versiones), le amenazó con aplicarle las leyes «antiherejes» de Constantino y de Teodosio II: ¡Más de medio millar de obispos firmaron al momento la profesión de fe «herética»! Era, por añadidura, el primer «decreto sobre la fe» promulgado por un emperador al margen de cualquier sínodo, autocráticamente. Por cierto que la mayoría de esos obispos se habían declarado hacía poco, bajo León, decididamente calcedonenses...[30]

91

No es fácil confundir a un teólogo: su impudicia es ilimitada. Días de triunfo para Timoteo «Ailuros». Otra vez tenía el timón en sus manos tras ser recibido entusiásticamente en Alejandría después de un prolongado exilio. Ahora tomó, ciertamente, un rumbo más moderado. Y en Antioquía, tercer foco de disturbios tras Alejandría y Jerusalén, Pedro Fullo (Petrus «Gnapheus», «el batanero»), un monje monofisita, ascendió a la sede obispal. También aquí se trataba de una reposición: años antes había desalojado de la misma al patriarca católico Martyrios (459-471) hasta ser depuesto en 471 por León I, que lo encarceló, deportó a Egipto y enclaustró, finalmente, en el monasterio superortodoxo de los akoimetas, cerca de la capital. Con todo —hagamos una breve anticipación—, Pedro retomaría una vez más, la tercera, desde el año 485 al 488, a la codiciada sede antioquena, otrora baluarte de la ortodoxia, y murió cuando aún la ocupaba con rango de patriarca. Previamente pasaron estas cosas: su suplantador, Juan de Apamea, a quien él mismo había nombrado obispo, fue, a su vez, rápidamente descabalgado. El sucesor de Juan, el calcedonense Stefanos II (477-479), pereció en batalla callejera. El siguiente, Stefanos III, murió después de pocos año s, y Calandión, su sucesor, fue también expulsado.[31]

«La antigua Iglesia —exulta hoy F. van der Meer— es tema de moda porque se vuelve a tener conciencia de que el agua más cristalina es la más próxima al manantial.»[32]

3.6 EL PAPA SIMPLICIO CORTEJA AL USURPADOR BASILISCO Y AL EMPERADOR ZENÓN

[30] Caspar, Papsttum II 14 ss. Haller Papsttum 1162 s. Camelot, Ephesus 202 s. Dannenbauer, Entstehung I 314. Frend, The Rise 169 ss

[31] Theodor. Lect. h.e. 1, 20 ss. Euagr. h.e. 1,13. Simplic. ep. ad Acacium, Coll. Avell. 69. Kraft, Kirchenváter Lexikon 419. Schwartz, Schisma, 191 ss. Kirsch 634 s. Caspar, Papsttum II 15, 20. Hofmann, Kampf der Papste II 36. Bacht, Die Rolle 260 s. Camelot, Ephesus 201 ss. Tinneféld 236. Handbuch der Kirchengesch. n/2, 7

[32] Van der Meer, Alte Kirche I 8

En Roma, entretanto, Hilario fue sucedido por Simplicio (468-483). Éste volvió a convertir la política cara a Oriente en una cuestión central en el desempeño de su cargo y rodeó de halagos al usurpador con tanta devoción como si se tratara del soberano legítimo. En una palabra: se comportó como tantos otros papas en una situación similar. «Apenas considero la veneración con la que yo, el más humilde de los servidores, contemplo a los emperadores cristianos —así iniciaba, el 10 de enero de 476, un agitador escrito de homenaje—, abrigo el deseo de dar expresión, mediante ininterrumpida correspondencia con Vos, al agradecido sentimiento que me embarga.» Simplicio habla allí de su «veneración humildísima» «amorosa, respecto a Vuestra Majestad», de su deber de «saludar como es debido a Vos, hijo glorioso y clementísimo, excelso emperador». Pero a continuación fustigaba «los latrocinios de los doctores extraviados» de Oriente y especialmente a «Timoteo, asesino de un obispo», «que ha atizado de nuevo el incendio de la anterior locura..., reuniendo a tambor batiente una pandilla de depravados —¡todos ellos ellos cristianos sin excepción!—, apoderándose otra vez de la Iglesia de Alejandría, otrora mancillada por él con sangre obispal. Ha llegado además a nuestros oídos que este hombre sanguinario ha expulsado al actual y legítimo obispo...

»Mi espíritu, venerable emperador, se estremece cuando considero los muchos crímenes cometidos por este «gladiador». Más aún me horroriza, lo confieso con franqueza, que todo ello pudiera suceder, por así decir, ante los mismos ojos de Vuestra Majestad. Pues, ¿quién ignora o duda —se deshace nuevamente en halagos gratos al usurpador— del talante de sincera piedad propio de Vuestra Majestad, de Vuestra entrega a la causa de la verdadera fe? Fue, sin duda, el divino designio de la Providencia quien dispuso todo para que, en bien de la salud del Estado, Vos crecieseis edificándoos en el virtuoso ejemplo de ambos emperadores, Marciano y León, siendo instruido por ellos en el sentimiento de tierna simpatía con la verdad católica y así nadie osará pensar que vais a la zaga en la fidelidad religiosa respecto a ellos, que os precedieron en la dignidad imperial» Y tras exponer, naturalmente, a Basilisco que «el soberano piadoso debe atender por encima de todos los asuntos del Imperio a aquello que preserva su soberanía», es decir, que «debe anteponer el recto cumplimiento de sus deberes para con el cielo a cualquier otro asunto», «sin lo cual nada goza de sólida duración», le conjura «con ahínco y con la voz del bienaventurado apóstol Pedro *(beatí Petri apostoli voce),* sea cual sea la calidad de mi persona como ministro de mi sede: no dejéis que los enemigos de la antigua fe prosigan impunemente su mala obra si queréis que también Vuestros propios enemigos se os sometan... No sufráis que la fe, nuestra única esperanza de salvación, sea vulnerada de forma alguna, si queréis que Vos mismo y Vuestro Estado gocen de la gracia de Dios».[33]

92

Una vez más era deber del soberano amparar la verdadera fe católica y deponer a Timoteo, quien no sólo era un asesino, sino más vil que Caís, «Anticristo» y *«divini culminis usurpator».* Eso mientras el papa usaba simultáneamente los términos de *«christianissimus princeps»* para ensalzar al usurpador. Y efectivamente, el *Enkykiion,* que convertía al monofisimo en confesión oficial del Imperio, pero que provocó la inmediata y resuelta resistencia del patriarca de Constantinopla, Acacio

[33] Coll. Avell. 56, CSEL 35, 124 ss

(472-489), unido conspirativamente a Zenón, fue derogado formalmente por medio de un *Antienkykiios.* Acacio era un político de descollante talento y se fue con virtiendo crecientemente en centro de los ataques del romano. El patriarca, seguramente el primer obispo de la capital que exigió para sí el tratamiento de «Patriarca ecuménico» *(universalis Patriarcha),* ignoraba además fríamente el *deferre ad sedem apostolicam* y tenía de cierto en su mente algo más importante que la simple preservación de la «recta fe», a saber, el mantenimiento de sus pretensiones como patriarca, los derechos de soberanía anejos a su *thronos,* la vigencia del canon 28. De ahí que llegase a rogar a Daniel Estilita, a quien las masas veneraban con frenesí, que bajase de su columna, situada en Anaplous, cerca de Constantinopla, y encabezase una gigantesca muchedumbre que él puso en marcha contra Basilisco, quien la esquivó refugiándose en su palacio. Fue una manifestación refinadamente organizada, tan fructífera para el patriarca como penosa para el emperador. «El enemigo de la Santa Iglesia hubo de hincar su rodilla», dice exultante la *Vita S. Danielis Stylitae.* Con todo, era Zenón quien inspiraba mayor temor a Basilisco, pues aquél preparaba ya su contragolpe desde una posición militar de superioridad, a partir de las montañas isaurias. De ahí que Basilisco, después de pocos meses, revocase el «Decreto de la Fe» (mediante un nuevo decreto redactado en un estilo retorcido, que delataba su interna renuencia) declarándose ahora sin ambages en favor del punto de vista opuesto: «Que la fe apostólica y ortodoxa... siga, ella sola, en vigor, inviolada e incólume, y que impere para siempre en todos los templos de la ortodoxia católica y apostólica...». Y con todo, el usurpador fue barrido de la escena a finales de agosto de 476, pese a las escasas simpatías de que Zenón gozaba entre la población. Su final se reputaba más bien como castigo del cielo que como éxito del emperador retomado, al que pronto acudieron en tropel los prelados a rendirle su homenaje. «¡Qué cambio venido de la mano del Altísimo!», exclamó inmediatamente Simplicio en tono exultante. Ahora exigía una y otra vez la deposición y el destierro de sus enemigos en Oriente; la de Pablo de Éfeso, la de Pedro Fullo, la de Timoteo «Ailuros» y la de muchos otros. Apremiaba al emperador para que ahora, con la ayuda de Dios, «expulse a los tiranos de la Iglesia», imponiéndoles un «exilio sin remisión» *(ad inremeabile... exilium).* En un santiamén el papa se acomodó a la nueva situación. Hizo como si nunca hubiese tenido el menor contacto con el derrocado Basilisco, burda treta de la que la clericalla se sirvió secularmente, sin interrupción, hasta la misma época postnazi: primero su «hijo gloriosísimo y clementísimo, excelso emperador», después «tirano», «tirano herético», incluso, en palabras de su sucesor, Félix III. Simplicio hizo como si no hubiese solicitado los favores del usurpador, al igual que hacía ahora con Zenón; como si no hubiese recordado a Basilisco que se mirara en sus grandes modelos, Marciano y León I, como ahora se lo recordaba a Zenón. La epístola papal «rezuma literalmente de un servilismo untuoso, de devota lisonja y de loas delirantes al emperador» (üllmann).

Zenón causó, de momento, una inmensa alegría al papa gracias a una profesión de fe ortodoxa, disponiendo además, a requerimiento suyo, el destierro de Timoteo «Ailuros», destierro que fue impedido por la muerte de éste, acaecida el 31 de julio de 477, justamente cuando se lo habían de llevar a su destino. Se dijo que se había envenenado. Su archidiácono y sucesor monofisita, Petros III Mongos, sólo pudo mantener 36 días su sede patriarcal. Los monjes de la oposición la reconquistaron a

favor del católico Salophakiolos, no sin que se produjesen al respecto batallas callejeras. Pedro Mongos fue condenado a la deportación, pero se sustrajo a la misma pasando a la clandestinidad. Alejandría tenía ahora dos patriarcas: uno visible, a quien no se respetaba, y otro respetado, pero invisible.

93 Entretanto, Zenón, que había recuperado el poder en Constantinopla con ayuda de la ortodoxia y de Acacio, pensaba más en el interés de su capital que en el de Roma y tanto menos en el de su servil obispo. De ahí que pronto decretase con toda claridad: «La Iglesia de Constantinopla es la madre de nuestra propia piedad y de todos los cristianos ortodoxos, y la santísima sede de nuestra ciudad debe gozar, legítimamente y para siempre, de todos los privilegios y honores relativos a los derechos de consagración y a la preeminencia que posee frente a las demás, tal y como eran reconocidos antes de que asumiésemos nuestro cargo». Al mismo tiempo, Zenón intentó mediar entre ambos partidos eclesiásticos contendientes promulgando, en 482, un Decreto de Unión, auténtico edicto de fe en forma de carta a los cristianos de Alejandría, Egipto, Libia y Pentápolis.[34]

3.7 EL «HENOTIKON», UN INTENTO DE UNIFICACIÓN RELIGIOSA COMBATIDO POR ROMA, CREA DIVISIONES AÚN MÁS PROFUNDAS EN EL IMPERIO Y LA CRISTIANDAD

El *Henotikon* (la fórmula de «unificación», denominación extraída del lenguaje vulgar, del que el exquisito papado no hizo nunca mención nominal) era en sí una obra maestra del patriarca Acacio y de su amigo Pedro Mongos, expresión típica de la idea de una Iglesia imperial e intento de compromiso entre católicos y monofisitas, que, sin embargo, acabó pronto ahondando las diferencias ya existentes. En aras de la unidad del Imperio, de la que, se pensaba, era condición imprescindible la unidad religiosa, quería reconciliar a monofisitas y difisitas y, sobre todo, pacificar a Egipto y Siria en el plano político-religioso en bien del Estado. Ello resultaba tanto más necesario cuanto que el emperador se veía acosado tanto por los ostrogodos como por los generales en rebelión, Ilón entre ellos.

El *Henotikon* no era formalmente herético. Tomaba como base las profesiones de fe de Nicea (325) y de Constantinopla (381). Mantenía la unidad de Cristo y su igualdad esencial con el «Padre» y también el término ya tópico de «Madre de Dios». Sustentaba la teología cirírila de los «Doce Anatematismos» y también la condena del

[34] Liberatus, Breviar. 16 s. Zachar. Rh. h.e. 5, 2; 5, 5. JK 586 (Avell. núm. 69). JK 592. Theodor lect. h.e. 1, 32 s. Cod. lust. 1, 2, 16. Simplic. ep. 3 ad Zenonem. Coll. Avell. 56; 60. Euagr. Hist. ecci. 3, 4 ss. Cassiod. divin. et s. instit. litt. 11. JK 573. Coll. Avell. 56. LThK 2. A. III 155 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 420. Hartmann, Geschichte Italiens I 137 ss. Stein, Vom romischen 537 s. Kirsch 631 s, 634. Caspar, Papsttum I 552 s, II 15 ss, 17 s, 28, 41. (Como fecha de la muerte de Acacio se indica aquí el 26 de noviembre de 488. Con todo, algunas de las obras clave para el tiempo en que rigió este patriarca indican distintas fechas del mismo.) Schwartz, Schisma 189 ss. Haacke, Rom 67 s. Del mismo Politik II 112 ss. Bury, History I 391, 403 s. Hofmann, Kampfder Papste II 36 ss. Seppeit Der Aufstieg 213 ss. Bacht, Die Rolle 262 s, 264 ss. Kótting, Das Wirken 187 ss. Haller, Papsttum I 162 s. Rahner, Kirche und Staat 222 s. Camelot, Ephesus 202 s?. Frend, The Rise 169 ss. Tinneféld, 327. Perrone 116 ss, 133, 136 s. Ullmann, Gelasius I, 116 ss, especialmente 123. Grillmeier, Rezeption 267 ss, 274 ss, 287 s

«hereje» Eutiques y la del «hereje» Nestorio: Zenón mandó, en 489, destruir totalmente la escuela de los nestorianos de Edesa. En cambio eludía algunos puntos controvertidos. Evitaba toda clase de complicaciones dogmáticas, ciertas formulaciones de Calcedonia, cuyos estatutos ignoraba, y de modo especial los conceptos precarios, por no decir peligrosos, de «persona» y de «naturaleza». Dejando, pues, de lado el punto eminentemente conflictivo (una o dos naturalezas: de Cristo se decía únicamente que «era uno y no dos») Zenón, un cristiano piadoso por demás, pretendía ganarse a los monofisitas para la Iglesia del Imperio, unificar al clero contendiente en una línea intermedia y asegurar de este modo un culto unitario y la paz religiosa en bien del Imperio. «A quienquiera que piense o pensara de otro modo, entonces, ahora o en cualquier momento, sea en Calcedonia o en cualquier otro sínodo, ¡lo declaramos *Anathema*\» Con esa misma radicalidad, incluso de forma aún más resuelta, había inculcado un siglo antes, el 28 de febrero de 380, otro emperador, Teodosio I, la fe ortodoxa.[35]

94

Pero si la opresión sangrienta de Teodosio no logró la unidad, tampoco lo consiguió el intento de conciliación, pues el *Henotikon* no satisfizo ni a los ortodoxos ni a los monofisitas. Cada obispo particular obraba como mejor le parecía, escribe Evagrio de Antioquía, quien, dicho sea de paso, fue, entre los historiadores antiguos de la Iglesia, el que poseyó los más elevados títulos estatales. Los contendientes cristianos «no tenían ya la menor comunicación entre sí. Eso llevó a muchas escisiones en Oriente, Occidente y África... La situación se hizo aún más absurda pues tampoco los obispos orientales comunicaban lo más mínimos entre sí». Efectivamente, incluso en Oriente, donde el *Henotikon* había sido suscrito por los patriarcas monofisitas de Alejandría, Pedro Mongos («el Tartamudo»), el partidario más significado de Timoteo, por el de Antioquía, Pedro Fullo, y también por Martirius de Jerusalén y otros prelados, incluso allí existían cuando menos cuatro grupos cristianos principales que rivalizaban acremente entre sí: uno a favor de Calcedonia sin *Henotikon,* otro en favor de Calcedonia y del *Henotikon,* otro en contra de Calcedonia y en favor del *Henotikon* y otro contra Calcedonia y contra el *Henotikon.* Es más, continuamente se producían nuevas escisiones: severianos, julianistas, agnoetas (Cristo como hombre no era omnisciente), actistetas (el cuerpo de Cristo era increado), ctistólatras (adoradores de lo creado), triteístas, damianistas, cononistas, niobitas, etc., que difundían doctrinas más o menos contrarias o totalmente contrarias, en su caso, acerca de la naturaleza de Cristo y la resurrección del cuerpo humano. Ni siquiera todos los monofisitas aceptaron el *Henotikon.* No lo hacían, por ejemplo, los acéfalos, la tendencia más extrema del monofisismo.[36]

---

[35] Euagrios h.e. 3,14; lat. bei Liberat. Breviar. 17; syr. bei Zachar. Rh. h.e. 5, 8. Dort auch zuerst der Ñame «Henotikon». Hauck, Theologisches Wórterbuch 66. Pauly V 1498. Dtv Lexikon VIII 267. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 307. Kraft, Kirchenváter Lexikon 420. Hergenróther 1462. Hartmann, Geschichte Italiens 1138 s. Schwartz, Codex Vaticanus 52 ss. Neuausgabe der lat. Übersetzung auf Grund neuen handschrifti. Materials 54 ss. Bardenhewer, Geschichte IV 82. Kirsch 634 s. Caspar, Papsttum II 22. Haacke, Rom 68 ss. Haller, Papsttum I 161 ss. Ders. Politik 11 120 ss. Bacht, Die Rolle II 266. Dannenbauer, Entstehung I 314. Bury, History I 402 ss. Camelot, Ephesus 203 s. Chadwich, Die Kirche 240 s. Tinneféld 327. Frend, The Rise 174 ss. Gray 28 ss. Ullmann, Gelasius I, 138, 150 ss. Grillmeier, Rezeption 285 ss

[36] Euagrius h.e. 3, 30. Pierer XI 400. Kraft, Kirchenváter Lexikon 218. Bardenhewer III 238. Kirsch 635. Bury, History 1403. Chadwick, Die Kirche 241. Winkelmann, Kirchengeschichtswerk 178 ss. Grillmeier, Rezeption 290 ss

A pesar de todo ello, el *Edictum Zenonis,* como se denominó originalmente, hubiera pacificado paulatinamente la encarnizada lucha eclesiástica de Oriente, si el obispo de Roma no la hubiera atizado desde lejos. El *Henotikon,* una declaración de fe puramente imperial, lo ignoraba completamente sin pedirle para nada su consejo. Añadamos que precisamente su más enconado rival, el patriarca Acacio, que seguía desde un principio un curso intermedio buscando cierto compromiso entre calcedonenses y monofisitas, alentaba e incluso dirigía los intentos mediadores del gobierno. Aparte de ello, el papado rechazaba de plano cualquier solución de compromiso en cuestiones dogmáticas blasonando como siempre de su fidelidad a los principios. Por último, Roma se aferraba tanto más firmemente a las decisiones de Calcedonia cuanto que la Iglesia romana también había tomado parte en las mismas haciendo oír su palabra. Fue incluso la primera vez que pudo siquiera hablar en uno de los grandes sínodos imperiales. «Hasta entonces, todas las decisiones fueron adoptadas sin su participación, única y exclusivamente por cuenta de los obispos y teólogos orientales.» (Dannenbauer)[37]

De ahí que, muy al revés que su antecesor Hilario, el papa Simplicio reanudase la tradición de León I, aunque con mucha menos habilidad. Roma quería a todo trance que no se llegase a un compromiso y menos aún a uno conseguido a costa de sus pretensiones de primado universal.

Sus exhortaciones a Oriente para que combatiese la herejía eran incesantes, pero partía de una valoración equivocada tanto de Acacio, una cabeza eminentemente política y muy superior a la suya, como del emperador. Ambos lo ignoraban a menudo y en cualquier caso no lo tomaban en serio. Con todo, Simplicio apremiaba una y otra vez a Acacio para que consiguiera del soberano la deportación de los «herejes» a lugares inaccesibles, para que los apartase de la sociedad humana mediante una disposición especial, situándolos al margen como si tuvieran una enfermedad contagiosa, lo que equivalía a una proscripción en toda regla. Insistía en que no se les concediese la menor posibilidad de rendir satisfacción y en que se sacase también de su escondrijo clandestino a Pedro Mongos, «socio y príncipe de los herejes» y se le confinase a un país lejano. Había que impedir cualquier rebrote del desvarío herético y no había que conceder tregua en ello. Era deber del patriarca asediar al emperador, oportuna o inoportunamente, rogándole que amparase al catolicismo haciendo uso del poder del Estado.[38]

La resistencia imperial contra los «herejes» le parecía demasiado débil a Simplicio. Le desagradaba asimismo que el patriarca de la corte de Zenón consagrase al de Antioquía, sede independiente de Constantinopía, viendo en ello un acrecentamiento intolerable del poder de Acacio. Y cuando en Alejandría, muerto ya en febrero de 482 el recién nombrado Timoteo Salophakiolos, los católicos eligieron al monje Juan Talaia mientras que el emperador y Acacio lo dejaron de lado, por perjuro y por traidor, y entronizaron al obispo cismático y amigo de Timoteo «Ailuros», Pedro Mongos, al *«socius hereticorum»* excluido de la Iglesia, como Simplicio escribía a Acacio, el difusor de «herejías militantes», y al mismo emperador (ninguno de los

[37] Caspar, Papsttum II 22 s, 35. Dannenbauer, Entstehung I 315. Ullmann, Gelasius 1,450 ss

[38] Simplic. ep. ad Acacium, JK 577; 580. Coll. Avell. 63; 68; 95. Caspar, Papsttum II 14 ss, 36 s. Hofmann, Kampf der Papste II 38 ss. Ullmann, Gelasius I 123 s

dos contestó: *«Nullum responsum»,* hizo constar su asombrado sucesor Félix), la disputa con Roma estalló sin paliativos.[39]

95

3.8 SE INICIA EL CISMA ACACIANO. ALTA TRAICIÓN ECLESIÁSTICA

Los obispos de Oriente y los de Occidente, especialmente los de Roma, tenían un interés común, que era por lo demás el que más divisiones creaba entre ellos: el interés por la política de poder, unido siempre a la política personal. El *Manual de la Historia de la Iglesia* constata con razón que el inextricable embrollo de la Iglesia oriental «no se podía resolver con fórmulas teológicas, pues su origen estaba en otra parte. Había que habérselas con determinadas personalidades» (Beck). Es decir: con intereses de poder político y personal, muy vinculados, desde que el mundo es mundo, a los de la «gran política». Ello contribuía a hacer más intrincados los antagonismos.[40]

Cuando todavía practicaba una política religiosa ortodoxa, Zenón depuso a Pedro Mongos, pero no lo desterró pese a los muchos requerimientos del papa. Ahora, que pretendía mediar, reconciliar y ganarse también las simpatías de sus súbditos monofisitas, necesitaba nuevamente a Pedro y lo repuso en su sede tras la muerte de Salophakiolos. Pues el mismo *Henotikon,* aquella moderada fórmula de unificación con la que el emperador pensaba zanjar las disputas clericales y obtener la unificación de las Iglesias de Oriente, había sido elaborado por Pedro Mongos (482— 490), una mente osada y tenaz, juntamente con Acacio.[41]

Candidato del papa era Juan Talaia, quien, debido a su vinculación con Ilón, hubo de jurar ante el emperador, el senado y en presencia del patriarca que nunca se haría ordenar obispo. Quebrantando el juramento se hizo, con todo, ordenar obispo como sucesor de Salophakiolos en Alejandría. Zenón lo sustituyó, indignado, por Pedro Mongos. Y mientras los monjes compañeros de Talaia estigmatizaron a Pedro como hereje, pues era monofisita aunque partidario del *Henotikon,* Talaia por su parte se dirigió al influyente general Ilón precisamente cuando éste urdía planes de rebelión contra el soberano. Ilón se asoció para ello con el patriarca de Antioquía, Calandión, e intentó contactar con el dominador de Italia, Odoacro. El papa estaba ya en tratos con éste. Talaia huyó por Antioquía donde coincidió con Ilón, a quien ya había enviado presentes cuando aún administraba la sede alejandrina (Bacht, S. J.). Desde Antioquía prosiguió su fuga hasta Roma, pues, aconsejado por Calandión y el general, había apelado al papa. El 10 de marzo de 483, Simplicio murió tras larga enfermedad poco antes de que llegase Talaia, pero su sucesor, Félix, elegido bajo la presión de Odoacro, también atacó con dureza al emperador: ¡justo en el momento

---

[39] Euagr. h.e. 3, 10. Simplic. ep. ad Zenon. ep. ad Acacium. Coll. Avell. 66 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 137. Caspar, Papsttum II 20 ss. Schwartz, Schisma 195 ss. Bury, History I 403 s. Haacke, Politik II 118 ss. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2,6 ss. Ullmann, Gelasius 1128 ss

[40] Beck, Handbuch der Kirchengeschichte 11/2,7 s

[41] Zachar. Rh. h.e. 5, 5. Liberat. Brev. 16 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 420. Hartmann, Geschichte Italiens I 138. Kirsch 634. Camelot, Ephesus 204. Seppeit. Der Aufstieg 214 ss. Bacht, Die Rolle II 264 ss. Bury, History 1403 s. Perrone 133, 136 ss.

en que Ilón se sublevaba contra él en Asia secundado por el patriarca de Antioquía, el aliado de Talaia y del papa![42]

El papa Félix III (483-492) —«tercero» pese a que Félix II fue antipapa— fue el primer papa descendiente de la alta nobleza romana. Fue el primero que ascendió al cargo tras la caída del Imperio de Occidente. Era seguramente el candidato de Odoacro y se mostró dispuesto —o hizo que lo estaba— a trabajar con los nuevos amos germánicos. Casado antes de su carrera eclesiástica, tenía varios hijos. Él mismo era hijo de un sacerdote y (presumiblemente) tatarabuelo de Gregorio «el Grande».[43]

El nuevo pontífice protestó acuciado por Talaia. Lo hizo con bastante más resolución que su débil y servil predecesor. Era inexperto en asuntos curiales, pero tenía una eficaz cancillería, con Gelasio, el futuro papa, a su frente. El mismo año 483 envió a Bizancio una embajada con los obispos. Vital de Trento y Miseno de Cumas y, sin atacar directamente al *Henotikon,* expuso al soberano que la «recta vía media» era Calcedonia, sabiendo que para el emperador lo era el *Henotikon.* En otro escrito, mixtura de arrogancia, mordacidad apenas encubierta y bien escogidos pasajes de la Biblia intentó, inútilmente, que Acacio «se justificase, a la mayor brevedad, ante San Pedro» y su sínodo. Acacio, que ampliaba enérgicamente su propia posición de poder, no abrigaba ese propósito. Su rango en la Iglesia imperial era más o menos el del papa, pero en cuanto que «papa» de Oriente, no se sentía ya igual, sino bastante superior. De hecho los obispos romanos, pese a la cada vez más dura polémica, a su lucha por los principios y a sus muchas pretensiones, estaban condenados, jurídica, táctica y, en cierto modo, espiritualmente, a cierta impotencia. Eran, casi, una *quantité négligeable,* al menos frente a los soberanos de Oriente. De ahí que, apenas desembarcados en Abidos, los legados de Roma fuesen encerrados y sobornados por Acacio. Mudaron miserablemente de opinión e incluso asistieron a la misa celebrada por el patriarca. El papa respondió con la excomunión y anatematización irrevocable de Acacio «que me ha encarcelado a mí en la persona de los míos» en un sínodo romano. Anatema extensivo a todo obispo, sacerdote, monje o seglar que tuviese trato con él: el primer gran cisma entre Oriente y Occidente. «Dios ha privado a Acacio de su dignidad obispal mediante veredicto proveniente del cielo», declaraba solemnemente la sentencia condenatoria.

«Has de saber que fuiste excluido de la dignidad obispal y del número de los creyentes y que nunca te liberarás de los indestructibles lazos del anatema.»

96

La condena de deposición emitida por el sínodo y suscrita por los 77 sinodales la llevó a Constantinopla el *Defensor Ecciesiae* Tutus (según otra versión, los monjes akoimetas opositores, fieles a Roma, fijaron la bula condenatoria al palio arzobispal de Acacio durante la misa dominical, lo que provocó que el séquito de éste abatiese a golpes a unos y encarcelase a los otros). Tutus, sin embargo, fue asimismo

[42] Euagr. h.e. 3, 15. Hartmann, Geschichte Italiens I 137 s. Kirsch 635 s. Schwartz, Schisma 195 ss. Allí se indican todas las fuentes. Bacht, Die Rolle I 264 ss. Bury, History 1410. Camelot, Ephesus 204. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2. 8 s. Grillmeier, Rezeption 292. Ullmann, Gelasius 1,130 s, 135 s

[43] Euagr. h.e. 3, 15. Hartmann, Geschichte Italiens I 137 s. Kirsch 635 s. Schwartz, Schisma 195 ss. Allí se indican todas las fuentes. Bacht, Die Rolle I 264 ss. Bury, History 1410. Camelot, Ephesus 204. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2. 8 s. Grillmeier, Rezeption 292. Ullmann, Gelasius 1,130 s, 135 s

sometido a presiones y sobornado teniendo que ser despedido por el papa al igual que los legados Vidal y Miseno. Había comunicado con Acacio en misa solemne y reconocido al monofisita Pedro Mongos como patriarca de Alejandría. Sólo once años más tarde fue readmitido Miseno por el papa Gelasio para no arriesgar que el arrepentido muriese por enfermedad o vejez sin reconciliarse con la Iglesia. El otro legado, Vital, había muerto ya...[44]

Félix escribió entonces al emperador una carta en cuyo inicio expresaba ya su temor por la «salud del alma» del soberano y a cuyo término volvía a conminar por «tribunal de Dios» —todo ello en un tono inaudito hasta entonces, de mordaz condensación y fríamente cortante, inspirada evidentemente por el responsable de la cancillería papal, Gelasio— para que el emperador, en las cuestiones atañentes a Dios, sometiese *(subdere)* su voluntad a los obispos de Cristo, de quienes tenía que aprender, y no enseñar, y para que no jugase el papel de amo de la Iglesia, sino que la obedeciese, pues era voluntad de Dios «que su majestad, en muestra de pía devoción, incline su cerviz ante esa Iglesia»: pretensión de dominación papal anunciada ya para siglos venideros y expresada en una frase que se hallará reiteradamente en muchas codificaciones canónicas. Ni el regente, que estimaba más la lealtad de Egipto y de Siria que el aplauso de Roma, ni Acacio, que borró tranquilamente el nombre del papa –quien lo calificaba de «serpiente», de «bubón de pus» y de «enfermo canceroso» —, acción que simbolizaba su exclusión de la Iglesia, se preocuparon lo más mínimo por la opinión de Simplicio. Razón para que el sínodo romano del 5 de octubre de 485 se quejase de «que nuestras perlas son arrojadas a los cerdos y los perros... Satán ha sido reducido, pero sigue operando». El papa depuso, pues, y excomulgó a los tres patriarcas remitiéndose a un derecho consuetudinario, aplicado, desde mucho tiempo atrás, en Italia. La consecuencia fue un cisma que separó a Roma de Constantinopla durante 35 años (484-519).[45]

Sólo hay que leer en su debido contexto esos pasajes de increíble petulancia para hacerse una idea de lo que se permitía un clero romano, que se encumbraba más y más a base de trapacerías, frente a un emperador cuya voluntad no coincidía con la de aquél. «Quede clara constancia — escribía Félix (Gelasio)— de que también para el ámbito de Vuestra propia jurisdicción sería sumamente saludable que Vos, en las cuestiones atañentes a Dios, sometieseis Vuestra imperial

voluntad a los obispos de Cristo, como ordena la ley divina, sin pretender que aquélla prevalezca *(praeferre)* sobre aquéllos. No sois Vos quien ha de enseñar los sagrados misterios, sino aprenderlos de Vuestros ministros. Debéis obediencia a la bien fundamentada autoridad de la Iglesia y no intentar imponerle normas meramente humanas. No debéis pretender disponer despóticamente *(dominan)* sobre las santas instituciones de la Iglesia, pues es Dios mismo quien ha dispuesto

---

[44] Gregor I. dial 4,17. Caspar, Papsttum II 25 ss. Ullmann, Gelasius 1,135, con indicación de fuentes. Comprobar también la nota siguiente

[45] JK 591 ss; 599 s; 603. Gelas. I, Testa de absol. Miseni, Coll. Avell. 103. Comprobar también Coll. Avell. 70. Euagr. h.e. 3, 18 ss. Félix III. ep. 1 ss. Liberat. Brev. c. 17. LThK 2. A. I 234 s; IV 68. Kühner, Lexikon 31. Hartmann, Geschichte Italiens 1139. Kirsch 635 s. Caspar, Papsttum II 16; 26 ss, 36, especialmente nota 3, 747. Hofmann, Kampf der Papste II 43 ss, 58 s. Bacht, Die Rolle II 269 ss. Haller, Papsttum 1165 s. Camelot, Ephesus 205. Tinneféld 327 s. Wes. 101 s. Ullmann, Gelasius I, 126, 133 ss, 141 ss

que Vuestra Majestad incline piadosamente su cerviz ante la Iglesia.»[46]

97

Roma nunca cuestionó la ortodoxia del *Henotikon.*

Es bien significativo que la epístola papal para nada se refiera a la querella monofisi— modifisismo. Pues lo que estaba realmente enjuego no era la fe, sino, una vez más, el prestigio y el poder. «Sin esa porfía entre los dos papas, el de la Vieja y el de la Nueva Roma es probable que aquella querella entre Oriente y Occidente, que duraría 35 años y que se inició con Félix III, ni siquiera hubiera surgido» (Haller). Se trataba de las pretensiones hegemónicas de Constantinopla. Roma deseaba la disputa, la provocó adrede, a todo trance. De ahí que se enfrentase, arrogante como nunca, al emperador y al patriarca. Se permitía tales alardes de valor, desde luego, bajo la protección de dos «herejes» germánicos, primero Odoacro y después Teodorico. Roma rechazó todos los intentos de avenencia del emperador y ¡se alió, incluso, con las tropas sublevadas contra él![47]

El rebelde fue en este caso aquel Ilón que, bajo el poder del usurpador Basilisco, salió en campaña para aplastar al destronado Zenón, pero lo aupó nuevamente al trono. Ilón, isaurio como Zenón y promovido por éste a general, no llevó, desde luego, una vida excesivamente feliz como consejero de la retomada majestad, pues fue víctima de tres intentos de asesinato (en 477,478 y 481: en el tercero perdió una oreja, pero volvió a escapar con vida), si bien Zenón negó rotundamente tener nada que ver con los atentados y expresó en cada caso su viva simpatía al tenaz superviviente. Durante bastante tiempo evitaron ambos la lucha abierta comportándose como si fuesen aún «jefes de forajidos en las montañas de su patria natal» (Schwartz). El servicio al lado de Zenón se tomó excesivamente arriesgado para Ilón; consiguió que se le nombrase comandante de Siria y allí, con ayuda de la emperatriz viuda, Verina, proclamó antiemperador al general Leoncio.[48]

La oposición calcedoniana hizo también causa común con Ilón. Antes que nadie Juan Talaia de Alejandría, a quien Zenón declaró reo de alta traición, perjuro y capaz de los hechos más abominables. Talaia había establecido estrechos vínculos con Ilón y más tarde con el también conjurado exarca de Egipto. Finalmente, imitando a Atanasio, huyó también a Roma, donde él conspiraba contra el emperador y el papa urdía la ruptura con Constantinopla. Poco después se les unió también Calandión el archicatólico patriarca de Antioquía, ciudad donde residía el antiemperador Leoncio, pero tras la derrota de éste —su gloria duró sólo dos meses— Calandión fue deportado convicto de alta traición. Ilón, que intentó en vano involucrar al rey Odoacro, usurpador del trono italiano, fue derrotado con su antiemperador, entregado a León y ejecutado en 488. No tardó mucho, sin embargo, Odoacro en declararse independiente de Constantinopla y en aliarse a los vándalos de África.[49]

---

[46] Coll. Avell. 70. JK 601. Félix III. ep. 8 ad Zenon. Caspar, Papsttum II 32 s, 37 ss. Ziegler, Gelasius 1,427 s. Rahner, Kirchenfreiheit 211 ss. Hofmann, Kamp der Papste II 47 ss. Camelot, Ephesus 214. Chadwick, Die Kirche 241. Ulmann, Gelasius I, 145 ss, 153 ss. Antón, Selbstverstándnis 79 ss

[47] JK 601 cit. en Rahner, Kirche und Staat 253. 47. Caspar, Papsttum II 33 ss. Haller, Papsttum I 167 s. Dannenbauer, Entstehung I 316,404. Ullmann, Gelasius I, 145 ss, especialmente 149

[48] Euagr. 3.27. losua Stylit. 12 ss. Pauly II 1366. Schwartz, Schisma 193, 201. Caspar, Papsttum II 23. Rubin 40 s. Clauss, Magister Officiorum 42, 162 s

[49] Joh. Ant. fragm. 214, 2. Liberat. Brev. c. 17. Hartmann, Geschichte Italiens I 138. Schwartz, Schisma

A partir de ese momento el papado inició una serie de virajes de un oportunismo de dimensión histérico-universal y mientras sus víctimas fueron cayendo una tras otra, él se fue acrecentando y robusteciendo. Primero se volvió contra la Roma de Oriente aliándose con los godos. Después aniquiló a los godos y a los vándalos unido a la Roma de Oriente;

Seguidamente volvió a enfrentarse a la Roma de Oriente uniéndose a los longobardos. Y luego, obtenida ya su «libertad» combatió a los longobardos, sus liberadores, con ayuda de los francos. En este volumen podremos seguir de cerca únicamente el primero y segundo acto de esta desvergonzada comedia.

98

En Occidente, donde imperaban el desbarajuste y el caos, circunstancías tanto más favorables para los papas, se fueron sucediendo, tras la muerte de Valentiniano III, toda una serie de emperadores fantasmales hasta un total de nueve en tan sólo veinte año s. Seis de ellos fueron casi seguro asesinados, y entre ellos Mayorano, que murió violentamente junto al Ira, tras apenas cuatro años de gobierno, y Artemio, a quien mataron en Roma el 11 de julio de 472. El hacha del verdugo y el veneno hicieron estragos. Era el general Ricimero quien detentaba las riendas del poder, auténtico «fabricante de emperadores» y más poderoso que Estilicen o que el mismo Aecio. De hecho fue él quien, vástago amano de un príncipe suevo y de una hija del rey ostrogodo Walia, preparó el futuro dominio de reyes germánicos en Italia aunque no pudiera aún abrigar la esperanza de reinar él mismo. Después, la última figura fantasmal del Imperio occidental, el niño de cuatro años Rómulo Augústulo, fue destronado por el esciro Odoacro, cuyo padre Edeco tenía una destacada posición en el ejército de Atila. Rómulo se retiró, consolado con una renta, y Odoacro (476-493) fue el primer rey germano que gobernó sobre toda Italia. Es discutible hasta qué punto obtuvo el reconocimiento de Constantinopla. El padre de Rómulo, Orestes, antiguo secretario de Atila, y su hermano Paulus perdieron la vida por orden de Odoacro el 28 de agosto y el 4 de septiembre, respectivamente. El emperador Julio Nepote, huido en 475, protestó cuatro años más desde Dalmacia hasta que fue asesinado en una casa de campo cerca de Salona, en mayo de 480. Tal fue el ocaso del Imperio romano de Occidente, hundido, como dice M. E. Gibbon en su monumental obra *Decline and Fall of the Román Empire* por el «triunfo de la religión y de la barbarie».[50]

3.9 TEODORICO CONQUISTA ITALIA: «¿DÓNDE ESTÁ DIOS?»

195 ss. Caspar, Papsttum II 21 ss, 30 ss. Haller, Papsttum I 164 ss

[50] Coll. Avell. 95, 61; 100, 13. Sidon. Apoll. carmen. 2, 361 ss. Joh. Ant. fragm. 203; 207; 209; 214 a. Marcell. com. ad a. 461. lordan. Get. 45. Euagr. 2,16. Paúl. Diac. 15,3 ss. Anón. val. 7, 36. Pauly IV 63; 338. Dtv Lex. Antike, Geschichte 1114, II 273, III 9, 21, 123. Hartmann, Geschichte Italiens I 42 ss, 51 ss. Stein, Vom römischen 549 ss, 562 ss, 581 ss. Schmidt, Ostgermanen 308 ss, 317 ss. Enssiin, Zu den Grundiagen 381 ss. Bury, History 1323 ss, 410. Dannenbauer, Entstehung 1291 ss, 402. Maier, Verwandiung 122 ss, 137, 140 ss. Stroheker, Germanentum 88 ss, especialmente 90. Bullough, Italien 158, 167. Meyer, Regierungsantritt 5 ss. Bund 175. Ullmann, Gelasius 1,108. Uno de los pocos emperadores occidentales del siglo V que no fue depuesto, asesinado ni tampoco ambas cosas fue Olibrio, muerto en 472. Comprobar Clover 195

La Roma de Oriente se convirtió en la sucesora legal del imperio. El conflicto latente entre las partes occidental y oriental de aquél se agravó continuamente según pasaba el tiempo. La vieja táctica papal de servirse de los regentes occidentales para contrarrestar a los orientales hizo quiebra tras la muerte de Valentiniano III. La Roma de Oriente consiguió imponerse políticamente a los germanos, tanto en el interior como en el exterior. Es más, el emperador Zenón consiguió por su parte mantener su trono, amenazado de continuo, gracias «al juego de esgrima diplomática menos convencional de todos los tiempos» (Rubín). A aquel resultado contribuyó no poco el que supo desviar hacia Italia a los ostrogodos, que amenazaban el Imperio romano de Oriente.[51]

Los ostrogodos, sometidos el año 375 por los hunos, que avanzaban como un huracán, llegaron a comienzos del siglo V a la cuenca del Danubio húngaro y tras la muerte de Atila (año 453) y el rápido desmoronamiento de su gigantesco imperio, que parecía imbatible, se sometieron a la soberanía romana. Entonces se asentaron en Panonia, en la región del lago Balatón. Aquí nació, a mediados del siglo V, Teodorico (el Dietrich de Berna de la Saga), como hijo del rey Teodomiro de la dinastía de los ámalos y que probablemente fue bautizado amano ya de niño. Las fuentes, apenas dicen nada sobre su origen y su juventud, ni tampoco sobre sus primeros años de reinado. Cuando contaba 7 años vino como rehén a Constantinopla, donde permaneció 11, al parecer, entre el círculo de personas más próximas a León. Allí cultivó el latín y el griego y aprendió a apreciar la cultura antigua. Se familiarizó con la situación política y militar y contrajo matrimonio con una princesa imperial.

El rival ostrogodo más peligroso de Teodorico era Teodorico Estrabón. Durante año s, jugó la baza de enfrentar entre sí a aquellos dos príncipes relacionados por un lejano parentesco, quienes, no obstante, se unieron en más de una ocasión contra el emperador. A raíz del golpe militar de Basilisco, en 475, Teodorico el ámalo tomó partido por Zenón mientras que Teodorico Estrabón, el mayor de los dos, se unió al usurpador, perdiendo el año 476 todos sus honores. Posteriormente, fue revestido nuevamente de todos sus cargos y dignidades. El año 481, sin embargo, sucumbió a una herida que él mismo se produjo inadvertidamente. Los dos hermanos de Estrabón, que asumieron ahora la jefatura juntamente con el hijo de éste, Requitach, fueron asesinados de allí a poco. El año 484, Teodorico abatió en Constantinopla, con su propia espada y a sabiendas de Zenón a un primo suyo.[52]

99

Como quiera que, pese a todos los honores en favor del ámalo –hecho patricio en 476 y cónsul y amigo del emperador en 484— se produjesen una y otra vez fricciones entre él y el regente e incluso incursiones asoladoras de Teodorico por la Tracia (los territorios resecados del bajo Danubio no podían alimentar ya a su gente) Zenón le

[51] Caspar, Papsttum 1560. Haller, Papsttum 1168 s. Rubin 39

[52] Joh. Ant. fragm. 210 s, 214. Malchus fragm. 11. Pauly V 685 ss. Dtv Lex. XIII 274. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 252 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 63 ss. Stein, Vom römischen 527 s. Con más amplitud: Schmidt, Ostgermanen 278 ss. Del mismo Die Bekehrung 316 ss, 323. Giesecke, Ostgermanen 117 s. Bury, History 1413 ss, 421. Vogt, Der Niedergang Roms 492 s. Enssiin, Theoderich 12 ss, 16 ss, 42 ss, 58 ss. Del mismo, Einbruch 119 ss. Capelle 352 ss. Bullough, Italien 167. Von Müller, Geschichte unter unseren Füssen 115 ss. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 28. Rothenhófer, Skiaverei 95. Maier, Verwandiung 138 s, 203

encomendó formalmente una campaña contra Odoacro, el «dominador violento» (Procopio).[53]

Odoacro era esciro o rugió y, en todo caso, germano y amano. Investido rey el 23 de agosto de 476, aunque jamás llevó púrpura ni diadema, dominó Italia durante trece año s, desde los Alpes hasta el Etna. Genserico le cedió en 477 Sicilia a cambio de un tributo. Posteriormente, cuando amenazó también con irrumpir en el Imperio oriental coincidiendo con la devastación de Tracia por Teodorico y con la rebelión de Illos, hechos que pusieron en gran aprieto al emperador, éste acudió al bien probado recurso de poner fuera de juego a unos germanos sirviéndose de otros, espoleando a los rugieres a invadir Italia. Pero Odoacro se les adelantó y en dos campañas, años 487 y 488, aniquiló su país (situado en la actual baja Austria en la orilla izquierda del Danubio) y a la mayor parte de su pueblo: guerra no sólo entre dos tribus germanas, sino también entre cristianos, pues los rugieres eran asimismo amaños. Zenón, sin embargo, se reconcilió de nuevo con Teodorico, sometió a Illos en 488, lo mandó decapitar y, aquel mismo año , lanzó al rey de los ostrogodos contra Odoacro a quien consideraba usurpador y tirano, y a quien sólo había admitido como gobernador a regañadientes. Zenón, «maestro en el arte de sacar partida de las situaciones», como hace constar Procopio, sedujo a Teodorico con la perspectiva de «ganar para sfy para sus godos todo Occidente tras someter a Odoacro. Para él, miembro del senado romano, sería en efecto más digno debelar a un dominador violento e imperar después sobre Roma e Italia, que involucrarse en una peligrosa lucha con el emperador. A Teodorico le alegró sobremanera la propuesta y emprendió camino hacia Italia con todo el pueblo godo».[54]

Esto sucedió en el otoño del año 488.

Teodorico partió de Mesia con sus guerreros, sus mujeres y sus niños, pero en modo alguno con todo su pueblo, una parte del cual se quedó en los Balcanes. Tomaron parte, en cambio, pueblos de otros orígenes hasta llegar a un total de 100.000 o, quizá, 200.000 personas. Tal vez eran muchos menos. En todo caso eran muchos menos que los habitantes de la Roma de entonces.

«Todo el mundo —escribe un contemporáneo, el obispo Enodio de Pavía— se venía encima, en carros que les servían de casas, rapiñando hacia sus tiendas móviles todo cuanto caía en sus manos.» Por cierto que también estos godos, recordémoslo, eran cristianos. De camino y a su paso por Rumania, exterminaron a la casi totalidad de los gépidos, una tribu emparentada con ellos y también cristiana, pero que les era hostil. En una situación extremadamente crítica de la batalla, Teodorico hubo de exponerse en primera fila y, según una fuente muy antigua, causar estragos «como un torrente desbocado en los sembrados o como el león en un rebaño». Después, en la Italia septentrional, hubo una guerra encarnizada de cuatro años y rica en vicisitudes, con deserciones y traición en ambos campos contendientes y a resultas de la cual toda aquella región, y en especial Liguria, sufrió una devastación horrible.

---

[53] Prokop, Bell. got. 1, 1 ss. Pauly V/685 mit weiteren Quellenhinweisen. Dannenbauer, Entstehung I 300 s.

[54] Prokop. bell. got. 1, 1. Marcell. a. 476, 2. Anón. Vales. 11, 49. lordan. Get. 57, 290 ss. Pauly II 1366. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 21, 151 s. Wetzer/WeIte VII 703 ss. Gregorovius I, 1,115 s, 119 ss. Schwartz, Schisma 215. Schmidt, Ostgermanen 335 s. Dannenbauer, Entstehung 1298 ss. Rubin 41

Por lo pronto, Teodorico venció a Odoacro con un gran ejército, reforzado por otras huestes germánicas, en el verano y el otoño, junto al río Isonzo y cerca de Verona, cuyo río, el Adige, vio obstruido su caudal por la masa de cadáveres de los guerreros. Después de ello, Milán le abrió sus puertas, probablemente bajo la influencia del obispo local, Lorenzo, quien desde el comienzo de la guerra apostó por Teodorico, el más fuerte (convirtiéndose bajo su reinado, tal vez, en el prelado más poderoso de Italia. También el obispo de Ticino-Pavía hizo una visita de presentación al ámalo en Milán). El 11 de agosto de 490 tuvo lugar una dura batalla junto al Adda, en la que Teodorico, apoyado por el rey visigodo Alarico II, obtuvo una tercera victoria a pesar de sufrir grandes pérdidas.

100

Como en ocasiones anteriores, el desesperado Odoacro se retiró a Ravena, su última plaza fuerte. Los godos lo cercaron y sometieron a un asedio de dos años y medio a la ciudad, casi inaccesible a causa de las lagunas, pantanos y terraplenes; una de las fortalezas más fuertes, casi inexpugnable, de aquel entonces: fue la «Batalla de los Cuervos», de que habla la saga. Ni los atacantes podían avanzar, ni los defensores hallar un respiro a causa de la merma continua de sus filas. Pero el agresor pudo bloquear Ravena por mar, a partir del verano de 492, cuando se procuró barcos en Ariminio. El 25 de febrero de 493, el arzobispo Juan de Ravena medió hasta conseguir un tratado según el cual ambos reyes ejercerían su dominación sobre una Italia dividida en partes. El 26 de febrero, los portones de Clasis se abrieron a Teodorico. El 5 de marzo, el arzobispo lo condujo a Ravena en solemne procesión, entre cruces, penachos de humo y cánticos de salmos. Sin embargo, días más tarde, Teodorico invitó a Odoacro a reunirse con él en el palacio imperial de Lauretanum y, ante las vacilaciones de los asesinos comisionados al efecto, abatió con su propia espada —y quebrantando su juramento— a su socio germano, sexagenario e indefenso: un cristiano amano a otro cristiano amano. «¿Dónde está Dios?», dijo Odoacro cuando el primer golpe de espada le hirió en la clavícula. Y Teodorico, al ver como su segundo golpe partía en dos a Odoacro hasta casi la mitad de su cuerpo dijo: «Este engendro no tiene ni un hueso en el cuerpo». A continuación aniquiló a la familia de Odoacro. Al hermano lo atravesó de un flechazo en una iglesia. A su hijo Thela lo hizo deportar primero y ejecutar después. A su mujer Sunigilda la condenó a morir de hambre. Aparte de ello, las tropas de Odoacro, juntamente con sus familiares, fueron totalmente exterminadas a lo largo y lo ancho de Italia por orden del ámalo.[55]

¡Teodorico el Grande!

Ahora era señor único de Italia, si bien bajo la superior soberanía del emperador de Oriente. Y este sanguinario vencedor, alumno aventajado del arte cristiano de matar, organizador de una masacre que recuerda vivamente al espantoso baño de

[55] Anón. Val. 49 (MG Auct. ant. 9, 316). Anón. Vales. 53. Joh. Ant. fragm. 214 Marcell. com. (MG Auct. ant. 11, 93). Cassiod. var. 1, 1, 2. lord. Get. 57. Prokop. bell. got. 1, 1 ss. Ennod. paneg. Theodor. 6, 23 ss, 8, 36 ss. Agnellus. Lib. pont. ecci. Ravenn. (MG Spript. rer. lang. 303). Hartmann, Geschichte Italiens 172 ss, 187. Grisar, Geschichte Roms 449. Cartellieri I 43 s. Schmidt, Bekehrung 318 ss. Schmidt, Ostgermanen 287 ss, 297 ss. Giesecke, Ostgermanen 119. Capelle 339 ss. Enssiin, Theoderich 70 ss. Del mismo, Einbruch 119, 123 s. Haller, Papsttum I 169. Bury, History 1422 ss. Vogt, Der Niedergang Roms 493 s. Jones, The Constitutional Position 126 ss. Beck, Burgunderreich 451. Dannenbauer, Entstehung I 300 ss. Maier, Verwandiung 133, 138 s. Bullough, Italien 167 s. Nehisen 123 s. De Ferdinandy, Kaiser 20. Dumoulin 439 s. Haendier, Abendiándische Kirche 24. Bund 175 s

sangre tras la muerte de Constantino, quien como soberano amaba perlas de la retórica pía como *«píetas riostra», «providentia nostra»,* etc. y se sentía plenamente como rey por la gracia de Dios. Era también el caso de Constancio II, «el primer representante de los ungidos por la gracia de Dios» (Seeck) quien, pese a la extensa degollina practicada previamente entre sus parientes, se sentía como soberano especialmente enviado por Dios hasta el punto de poder declarar: «Que remos que en todo momento se nos celebre por nuestra fe [...]». Teodorico, el rey germánico por la gracia de Dios, decía ahora por su parte: «Con la asistencia divina, todo cuanto deseamos se someterá a nuestra voluntad». O bien: «Reinamos con la ayuda de Dios». Por todas partes ordenó el sostenimiento de las iglesias amanas y él mismo erigió en Ravena un templo a san Martín, al lado mismo de su residencia, y reconstruyó la *Basílica Herculis.* Lo cual no es óbice para que fuese, al menos entonces (y por lo tanto en términos absolutos) «ladrón y asesino» y por cierto uno de «rango máximo» (De Ferdinandy).[56]

Los godos de su tiempo eran *«foederati»* y no ciudadanos romanos. Sólo ellos, sin embargo, podían ser soldados. A los romanos se les vetó el servicio militar, a excepción de algunas tribus belicosas de las regiones fronterizas. Pero al igual que en el caso de los católicos romanos, tampoco los arríanos hallaban en el cristianismo un impedimento para la guerra. Al contrario: las prescripciones eclesiásticas se tomaban, al parecer, muy en serio y Teodorico mismo se preparaba antes de cada acción militar con oraciones y penitencias. En su orden de movilización para su campaña en las Gallas podía leerse: «Más que persuadirlos al combate, a los godos les basta simplemente con que se lo anuncien, pues una estirpe belicosa halla su placer *(gaudium)* en ponerse a prueba en aquél». (También Gundobad, el piadoso rey de los borgoñones, cuyos príncipes eran muy adictos a Roma, había aprovechado el conflicto en que se desangraban los cristianos germánicos para emprender una expedición de pillaje a Liguria, de donde se trajo muchos prisioneros.)[57]

Inmediatamente después de la victoria de Teodorico, buena parte de Italia del sur y del centro —y con mayor razón aún Roma, que ya había cerrado sus puertas a un Odoacro, cuya estrella declinaba— y hasta la misma Sicilia se declararon en favor de este rey, cuyo Imperio ostrogodo se extendía desde Hungría y las antiguas provincias romanas al norte de los Alpes hasta el sur de las Gallas, Imperio que duraría, no obstante, tan sólo sesenta años hasta ser definitivamente aniquilado, en 553, en la batalla del Vesubio (véase capítulo siguiente).

101

Pertenecían a los territorios de asentamiento gótico, en sentido más estricto, Samnio, Piceno, Tuscia del Norte, Emilia, Venecia y, de modo especial, las tierra al norte del Po. De forma más dispersa, los godos se establecieron en Dalmacia, Istria, Savia y Panonia. En la política exterior, Teodorico consiguió una posición dirigente gracias a sus alianzas con todos los Estados germánicos. Se casó con la hermana del merovingio Clodoveo, entregó en matrimonio sus hijas a los reyes visigodos y

---

[56] Agnellus. lib. pont. ecci. Ravenn. (MG SS rer. Langob. et Italic. saec. VI-IX, 1878, 334 s, 356 s) Pfeilschifter 50 s. Schmidt, Ostgermanen 336. Enssiin, Theoderich 162 s, 373 con indicaciones de otras fuentes. De Ferdinandy, Kaiser 20

[57] Cass, var. 1, 24, 1. Salvian. de gub. dei 7, 10. Ennod 80. Vita Epiphan. 138 s. Schmidt, Bekehrung 279. Enssiin, Theoderich 193 ss. Haller, Papsttum I 155. Beck, Burgunderreich 447

vándalos y su nieta al rey de los turingios.[58]

3.10 LA COLABORACIÓN CON LA POTENCIA «HERÉTICA» DE OCUPACIÓN

Cuando el ámalo irrumpió en Italia persistía, desde el *Henotikon,* el cisma entre este y oeste, es decir la enemistad entre Constantinopla y el papa. Ello encajaba perfectamente en los planes del godo, quien pensaba en primera línea en su propia influencia en Roma y menos en la del emperador. De hecho, la misma Constantinopla atribuía las dificultades para entenderse con Teodorico a la escisión eclesiástica. Movido, tal vez, menos por una tolerancia de principio que por cálculo político, el ámalo practicó una política amistosa para con los católicos. De todos modos, los soberanos arríanos, tanto los visigodos como, y de modo especial, los ostrogodos, eran bastante transigentes, exentos de cualquier prurito de convertir a los demás. Los romanos no fueron forzados a la conversión. Ellos mismos alabaron la magnanimidad de los godos, que, ciertamente, no era resultado del arrianismo, sino herencia germánica como lo indicaba este proverbio: si se ha de pasar entre un altar pagano y una iglesia, no hay mal alguno en mostrar veneración por ambos lados. El clero amano, que sólo vivía en celibato a partir del grado de obispo y no ofrecía cabida al monacato, no intentaba ganar ningún ascendiente sobre el propio gobierno ni activar la misión entre los vecinos católicos. Nadie podía reprochar al mismo rey el haber hecho nunca amano a un católico, ni el haber perseguido a un solo obispo. Su madre, Hereleva, se hizo católica siendo bautizada con el nombre de Eusebia. El papa Gelasio estaba en contacto con ella, pero no quería por su parte que los obispos viajaran a la corte real sin su *placel.* En Roma, donde Teodorico apareció por vez primera el año 500 siendo recibido por el pueblo, el senado y por el papa al frente de sus sacerdotes, acudió primero —300 años antes que Carlomagno— a la basílica de San Pedro a rezar «con gran devoción y como un católico» ante la (supuesta) tumba del apóstol, a quien donó dos candelabros de plata que pesaban setenta libras. También con los judíos fue tolerante, como lo había sido Odoacro. «Por respeto a la civilización —decía— no debe privarse de los beneficios de la justicia a aquellos que persisten en los errores de fe.» O bien: «No podemos imponer una fe por decreto, pues nadie puede ser forzado a creer contra su voluntad». En varias ocasiones defendió a los judíos contra el clero de Roma, donde el año 521 la sinagoga judía, tres siglos más antigua que San Pedro o el Laterano, fue reducida a cenizas por los católicos. Todo indica que fue un acto de venganza por el castigo de algunos cristianos que mataron violentamente a sus señores judíos. Desde luego, los romanos ya habían devastado la sinagoga en numerosas ocasiones y por última vez la habían quemado reinando Teodosio. También en Ravena incendiaron los cristianos una sinagoga. Y fueron también católicos quienes en esa ciudad arrancaron el cadáver de Teodorico de su tumba para ultrajarlo. Eso sí, para los paganos practicantes, el godo mantuvo en vigor la pena de muerte en seguimiento del derecho penal de los

[58] Cass. var. 1, 3. Caspar, Papsttum II 53 s. Haller, Entstehung, 289. Schmidt, Ostgermanen 296. Von Müller, Geschichte unter unseren Füssen 116. Rothenhófer, Skiaverei 96. Maier, Verwandiung 201

emperadores Marciano y Valentiniano.[59]

Como rey de Italia, Teodorico ejerció su jurisdicción sobre la Iglesia, no sólo el derecho de supervisión general, sino también la judicatura civil y criminal. También los papas, que sacaron provecho de su reinado aumentando aún más su propia influencia le reconocieron como regente legítimo. Cuando menos se vieron forzados «a mostrar ante el todopoderoso arriano la máscara de sentimientos amistosos, aunque ello contribuyese, quizás, a acrecentar su odio interno» (Davidsohn). Pues eran precisamente los católicos italianos los que nunca se avinieron a la idea de que sus dominadores, los godos, fuesen herejes.

102

Con todo, los papas, que por lo demás habían combatido el arrianismo hasta su exterminio, nunca se insubordinaron a la sazón contra el arrianismo, estando ellos mismos, como era el caso, bajo el dominio de los arríanos. Tampoco a Gelasio, el papa más relevante del siglo, después de León, le paso por la mente el propósito de predicar contra el poder «herético» de los ocupantes. En casi toda Italia había obispos arríanos ejerciendo sus cargos junto a los católicos. Al igual que en Ravena, también en Roma había iglesias amanas y ningún paladín de la fe católica osó tocarlas: ¡lo que podían, en cambio, eso sí, era incendiar sinagogas! ¡Pues los judíos no eran quienes gobernaban! ¡No dependían de ellos! Obispos católicos tan prestigiosos como Epifanio de Pavía y Lorenzo de Milán eran estrechos colaboradores del ámalo. Y el mismo Gelasio contactaba con el «poderoso Señor» mediante cartas donde se le mostraba más bien como devoto suyo. Es más, en un pleito (relativo a cuestiones financieras) con el conde gótico Teya, un hombre que, como el papa escribía, «pertenecía, sin duda, a la otra comunidad», se permitía amenazar a aquél aludiendo a su propio «hijo, el rey mi Señor [...] pues como, en su sabiduría, no quiere oponerse en nada a los asuntos eclesiásticos, es justo que quien viva bajo su mandato imite el ejemplo del poderoso Señor para no suscitar la apariencia de que obra contra su voluntad». De igual modo, Gelasio, pese a su feroz polémica contra la Iglesia opositoria del este y contra Acacio, trataba delicadamente al emperador, encareciéndole, incluso, que «tampoco» su predecesor Félix III había «ofendido en lo más mínimo» el nombre del emperador. Y él, por su parte, celebraba «cuan grande era el pío celo que su clemente majestad mostraba en su vida privada».[60]

En Oriente, entretanto, no sólo había muerto, en noviembre de 489, Acacio, cuya sede fue ocupada por Fravita durante tan sólo cuatro meses –él mismo murió en marzo siguiente— sino también Zenón, en abril de 491. El papa Félix, fenecido en febrero del año 492, había solicitado últimamente su favor, pero de un modo frío, por así decir —sin ser correspondido—, presentándolo como víctima de su inepto patriarca. Ariadna, la imperial viuda, se alió ahora con un funcionario de la corte entrado en año s, que se había encumbrado bajo Zenón y había sido tres años antes,

---

[59] JK 683; 735. Cass. var. 2, 27, 2; 4,43, 2. Anón. Vales. 12, 58 s. Gregorovius I, 1, 133 ss, 146 ss. Pfeilschifter 48 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 222. Caspar, Papsttum II 94 s. Schmidt, Bekehrung 297, 325 s. Schmidt, Ostgermanen 278, 334, 388. Enssiin, Theoderich 99 ss. Von Schubert, Geschichte I 28 s. Voigt, Staat und Kirche 114 ss, 170 ss, 187. Vogt, Der Niedergang Roms 496. Seiferth 74 s. Bosi 48. Maier, Verwandiung 203 s. Ullmann, Gelasius I, 224

[60] JK 622; 632; 650. Davidsohn 145. Caspar, Papsttum II 44 ss, especialmente 71 ss. Schmidt, Ostgermanen 378 s. Bullough, Italien 170. Ullmann, Gelasius **I,** 218 ss. Haendier, Abendiándische Kirche 90

tras la muerte de Pedro Fullo, pretendiente a la sede patriarcal de Antioquía. Ahora se convirtió en emperador: Anastasio I (491-518).[61]

3.11 EL EMPERADOR ANASTASIO Y EL PAPA GELASIO BAJAN A LA PALESTRA

Anastasio, a quien el patriarca de Constantinopla, Eufemio, inculcó expresamente su obligación de dar soporte a la ortodoxia, a la profesión de fe de Calcedonia, al ser elegido emperador, comenzó bien pronto a defender el *Henotikon* de Zenón. Personalmente muy piadoso, según reconocía incluso el nuevo papa Gelasio, favoreció a Severo de Antioquia (512-518), posterior patriarca de los monofisitas y hombre de gran cultura y no menos éxito. Un «hombre genial» (Bacht, S. J.), quien del año 508 a 511 fue huésped de la corte imperial. Poco a poco, el Imperator se inclinó hacia los monofisitas hasta ponerse, incluso, totalmente de su parte. Ya antes de su elevación al trono había predicado ocasionalmente en favor de aquéllos y estaba realmente en boca de todos como sucesor de P. Fullo. Pero esta parcialidad del soberano hacia los monofisitas empujó a los católicos a la rebelión, sobre todo a los del Asia Menor y a los de los Balcanes, tanto más cuanto que Anastasio I aplicaba también una rigurosa política fiscal. Sus medidas al respecto merecieron juicios muy diversos, especialmente positivos por parte de Prokopio y del estudioso Juan Lido. El monarca pudo, cuando menos, consolidar la situación monetaria y sanear las finanzas del Estado renovando a fondo el sistema fiscal y gracias a una administración austera y todavía relativamente humana. Fue incluso el único de los emperadores romanos tardíos que suprimió un impuesto que gravaba a las ciudades, el *chrisargyron,* un impuesto en oro, lo cual favoreció a las clases más pobres. Al morir no dejó deudas y sí, en cambio, 320.000 libras de oro para el fisco. Ergo, desde una perspectiva católica: «La codicia de oro y la herejía mancharon su reinado y su nombre» (Wetzer/WeIte). El emperador Anastasio no erigió tampoco edificios suntuosos, como hizo más de un papa, y sí en cambio instalaciones portuarias, acueductos y obras semejantes, a la par que adoptaba enérgicas medidas en previsión de las hambrunas. Y, finalmente, bajo su reinado no se efectuaron jamás «persecuciones tan devastadoras como las desencadenadas por Justino y Justiniano tras la abolición del *Henotikon* [...], y cuando juzgó necesario deponer a un obispo, exigió estrictamente que no se derramara sangre» (Schwartz). Consecuentemente, hasta un enemigo teológico lo consideró como

«Anastasio, el buen emperador, el amigo ,de los monjes y protector de los pobres y de los desdichados».[62]

103

[61] Theophan. Chron. 133. Euagr. h.e. 3, 23. JK 612 s. Dtv Lex. Antike, Geschichte 1110. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 11. Ullmann, Gelasius I, 156 ss

[62] Euagr. h.e. 3, 32 ss. John. Nikiu, Chron. 89. Wetzer/WeIte I 226. Pauly I 333, III 801 s. Schwartz, Schisma 216 ss. La obra conjunta de Grillmeier/Bacht data los años de patriarcado de Eufemio en la p. 51: 490/95, p. 944: 490/96. Pero no es ésa, ni muchos menos, la única diferencia al respecto. Haacke, Politik II 126 ss. Bacht, Die Rolle, II 278 s. Bury, History I 430 ss, 436 ss, 446. Rubín 44 ss. Haller, Papsttum 1170. Maier, Verwandiung 121 s, 160 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, II.Brown,Welten, 189

Pero no todos gozaron de su protección.

Por lo pronto, Anastasio, «limpió» la corte de compatriotas isaurios de su antecesor, cuya familia en pleno puso tierra de por medio. La misma Isauria se vio afectada durante años por una guerra limitada. Todos los enemigos fueron abatidos o hechos prisioneros y amplios sectores de la población deportados a Tracia. Lo que en realidad caracteriza a este gobierno son, con todo, las guerras defensivas contra los persas, el viejo «enemigo secular», y contra los búlgaros, descendientes residuales de los hunos, quienes, reforzados por otras tribus asiáticas se convirtieron en un nuevo «enemigo secular». Ha de consignarse, sin embargo, que este emperador, en craso contraste con sus sucesores católicos «evitó, por principio, las guerras de agresión» (Rubín).[63]

Por lo demás, Anastasio hizo causa común con los monofisitas. El patriarca de la corte, Eufemio (490-496), sirio y, doctrinalmente, calcedonio riguroso, recelaba desde un principio del futuro emperador. Conocía sus prédicas de seglar, de modo que antes de su coronación hizo que asegurase bajo juramento que «salvaguardaría la integridad de la fe y no introduciría novedades en la Santa Iglesia de Dios». El patriarca depositó en su archivo el texto de la *«homología».* Era manifiesto que el patriarca se inclinaba más hacia Roma —donde ni Félix III ni Gelasio I se mostraron, sin embargo, muy deferentes con él— que hacia su perjuro soberano. El obispo de la corte logró escapar a varios atentados y también, al parecer, establecer contacto con los rebeldes isaurios, contra quienes combatía Anastasio desde su elevación. Este último hizo que un sínodo constantinopolitano depusiera y expulsara, el año 496, a Eufemio por alta traición, siendo deportado a Euchaíta. A su sucesor Macedonio (496-511) se le tomó juramento de fidelidad al *Henotikon.* De ese modo, el monarca provocó la resistencia, aún más rabiosa, de los católicos, estando varias veces a punto de perder su trono. Ahora bien, en relación con todo ello entraban en juego no sólo motivaciones religiosas, sino también de índole económico-política, que suelen ir a menudo de la mano de aquellas.[64]

A finales de febrero de 492 murió en Roma el papa Félix III. Gelasio I (492-496) se convirtió, ya el 1 de marzo, en su sucesor. Como cancelario de la curia había redactado ya cartas de Félix y obtenido considerable ascendiente, y aunque su pontificado duró pocos años imprimió a éstos un carácter inconfundible, de fuerte impronta, pues era enormemente pugnaz, lleno de ímpetu, de sagacidad dialéctica y de intransigencia. Aficionado a cierta ironía sarcástica, propendía también en su correspondencia a la ampulosidad, a la verborrea, a periodos enrevesados, a frases largas como una solitaria y a recursos estilísticos puramente retóricos. De todo ello resultaba, sin embargo, en conjunto una hábil mezcla literaria de jurisprudencia romana y sentencias bíblicas. Rara vez se olvidó al respecto de amenazar con el juicio divino. En una palabra: este pontífice estaba predestinado, diplomática y jurídicamente para este cargo y no sólo tuvo enorme relevancia política, sino que

[63] Eustah. fragm. 6. Joh. Ant. fragm. 211, 4. Dtv Lex. Antike, Geschichte I 110 s. Schwartz, Schisma 216 s. Caspar, Papsttum II 44. Bury, History 1429 ss. Dannenbauer, Entstehung I 312, ss. Rubin 46. Haller, Papsttum 1169

[64] Euagr. h.e. 3, 32. Theodor. lect. h.e. 2, 6; 2, 9 ss. Joh. Nikiu, Chron. c. 89. Caspar, Papsttum 1143 ss. Bacht, Die Rolle II 275 ss. Haller, Papsttum 1169 s. Haacke, Politik 124 ss. Rubin 45 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, lis. Grillmeier, Rezeption 299 ss

desde hacía un cuarto de milenio, desde Novaciano, el primer papa con una formación teológica efectiva. El *romanus natus,* como se llamaba a sí mismo, aunque todo indica que nació en el norte de África, no se arredraba ni ante la argucia, ni ante la cruda mentira: tal su afirmación de que sólo Roma había decretado el Concilio de Calcedonia para rendir servicio a la verdad. O bien la de que desde la época de Cristo ni un sólo emperador se arrogó el título de sumo sacerdote. De la jerarquía de los patriarcas derivaba él además un poder judicial, cuestionando a Constantinopla todas las prerrogativas aceptadas entretanto por el Imperio y por la Iglesia. Aparte de ello, tomó partido contra Odoacro, forzado a la defensiva, y en favor del más fuerte, Teodorico, y supo sacar partido a su situación, entre un emperador semiparalizado por las querellas intestinas, las incursiones de los germanos y los hunos, y el rey, que le daba su apoyo, para elevar sus exigencias de poder hasta un nivel que sólo se volvió a alcanzar más de tres siglos después.[65]

104

Los papas sabían, naturalmente, lo que debían a los creyentes y a la Biblia y por ello tampoco Gelasio desperdiciaba ocasión para encarecer que él mismo no era digno de su cargo, que era él «el más insignificante de los hombres» *(sum omnium hominum minimus).* Por otra parte, sin embargo, y pese a toda esa indignidad, sólo sobre él gravitaba el «cuidado» de toda la cristiandad. Y ese cuidado, según Gelasio, abarcaba todo cuanto afectaba a los creyentes, a toda su vida, pública y privada en este mundo.[66]

Gelasio citaba a menudo las supuestas palabras de Jesús en Mt 16, 18. Insistía repetidamente en la petrinidad de la sede romana, pues era la sede de San Pedro la que legitimaba y confirmaba a las restantes. Y en el sínodo de marzo de 495, que readmitió al legado Miseno, se hizo aplaudir modestamente, pese a su confesada indignidad, por los asistentes a la asamblea: 45 obispos y 58 presbíteros a los que hay que sumar algunos diáconos y representantes de la nobleza. No menos de once veces lo aclamaron así los sinodales: «Vemos en tí al Vicario de Cristo», «Vemos en ti al apóstol Pedro», siendo ésta la primera vez que se contemplaba a un papa como Vicario de Cristo y se le declaraba por tal públicamente.[67]

Gelasio, «el más insignificante de todos los hombres» no se cansaba de trompetear satisfecho por todo Oriente proclamando la primacía de su propia potestad, su propio rango, su propio poder; o por mejor decir, no sólo por Oriente, sino por todo aquel mundo, en el que él era el primero. Pues lo más sublime y lo primero es lo divino, es Dios, *«summus et verus imperator».* Que sea lo divino es algo que decide Roma, la «primera sede de Pedro, santo entre los santos», «la sede angélica». Ella es el custodio y sancionador de las verdades de fe. Sólo lo que ella reconoce tiene también validez. Es ella la que legitima, en virtud de la potestad de que sólo ella está revestida, cualquier sínodo. Gelasio fue el primer papa que adjuntó sus propias decretales y las

---

[65] JK 632. Anón. Vales. Chron. Theodor. 11, 54 ss. LThK 2 A. IV 630. Altaner/Stuiber 462 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 139. Grisar, Geschichte Roms 456. Caspar, Papsttum II 44 ss. Hofmann, Kampfder Pápste II 51 ss. Ullmann, Machtstellung 36. Del mismo Gelasio 1162 ss. Haller, Papsttum 1170 ss. Acerca de la táctica de Gelasio para exculpar a Zenón a costa de su consejero Acacio (muerto en 489) véase p. ej., JK 611, 37; 622, 2 y otros. Dvomik, Byzanz 64 ss. Wes 67 ss. Capizzi, Anastasio 110 ss. Grillmeier, Rezeption 331

[66] JK 625. Ullmann, Gelasius I, 211 ss

[67] JK 669; 701. Ullmann, Gelasius 1234 ss, 249 ss

de sus predecesores a los estatutos sinodales, concediéndoles por lo tanto la misma importancia que a los cánones de los sínodos. Algo que Oriente no ha reconocido jamás. Pese a ello, Gelasio se sentía superior a todos. Es más, declaró que esta sede podía convertir «en lo contrario» cualquier decreto conciliar. Desde luego, semejantes afirmaciones no tenían el menor apoyo histórico; eran, sin más, falsas. Sin embargo, respondían a la temible tendencia y, si se quiere, a la lógica inmanente al afán de poder papal, iniciada en época muy anterior a Gelasio y ya señalizada por el concepto de *gubemare,* de la *gubernatio,* concepto que aparece de continuo en los escritos curiales del siglo V. Afán de poder eufemísticamente designado como conciencia de su cargo y que Gelasio llevó a una primera culminación, hasta el punto de que más de una vez consideró ultraje hecho a Dios el que se desatendieran o desestimasen sus pretensiones papales. Este hombre revolvió cielo y tierra para acentuar la preemeninencia de Roma (y consecuentemente la propia) ante todo lo demás. «No podemos silenciar lo que todo el orbe sabe, a saber, que la sede de San Pedro tiene potestad para desatar cualquier cosa que hubiese sido atada por la decisión de no importa qué obispo y que (esta sede) tiene potestad para someter a juicio a cualquier iglesia, mientras que nadie puede constituirse en juez de ella. Los decretos han establecido que se puede apelar a ella desde cualquier parte del mundo, pero que no se podrá interponer recurso contra ella (acudiendo a otra instancia)»: pasaje que halló cabida en muchas colecciones de derecho canónico.[68]

105

3.12 LA TEORÍA DE LOS DOS PODERES, O EL ESTADO COMO ESBIRRO DE LA IGLESIA

Aunque Gelasio, una vez papa, escribió una sola vez al emperador, sus campañas epistolares, ambiciosas o, más bien, temerarias, iban en buena medida dirigidas contra él, a quien el *Henotikon* involucraba directamente en el cisma eclesiástico. Y si bien el romano no cuestionaba el hecho de que el emperador sobrepujaba por su dignidad a todo el género humano, ante él (el papa), que en esto enlazaba con las ambiciones ambrosianas (véase vol. 2) —las «coronaba»—, aquél no era más que un «hijo» *(filíus).* En cuanto tal no estaba legitimado, se pretendía, para juzgar a los hombres de Iglesia. Pues él (el emperador) no era su cabeza, sino que tenía el derecho y el deber —y en ello le iba la salud de su alma— de servir a los intereses de la Iglesia, persiguiendo y castigando todo cuanto suscite disturbios en el Estado y en la Iglesia, o provoque cismas y «herejías». A saber, si el poder de la Iglesia fuese escaso o nulo, entonces debe el Estado obrar en su lugar: ¡su potestad soberana! En una palabra, el emperador ha de ejecutar las órdenes de aquella sede escogida por Dios para mandar sobre todos los obispos. El emperador es el siervo de Dios, el *Minister Dei.*[69]

Era inevitable que aquel exorbitante crecimiento del poder de la *Catholica* la convirtiese no sólo en opositora, sino también en rival y enemiga del Estado apenas intentase este último recortar las pretensiones de aquélla, pretensiones cada vez

[68] JK 622 ss; 664; 701. Caspar, Papsttum 149 s, 61 s, 77 ss. Ullmann, Gelasius 1176 ss. De Vries, Petrusamt 52 s

[69] JK 622; 701. Gottiieb, Ost und West 22 s. Ullmann, Gelasius 1189 ss, 198 ss, 247 s

mayores, más descaradas, dispuestas a cualquier falsificación (¡llamadas desde siempre, y también en el siglo XX, «Derechos de Dios»!): pues siempre, hasta en nuestros días, se escuda en la sentencia de que hay que obedecer antes a Dios que a los hombres. Léase: al clero por encima de todo.

«Así como el alma sobrepuja al cuerpo y el cielo a la Tierra, también el poder espiritual al temporal», aleccionaba ya J. Crisóstomo. «El reino del emperador abarca la Tierra y las cosas terrenas. El nuestro las almas y la cura de las mismas. En la misma medida en que el alma se eleva por encima de todo lo terrenal, también nuestro reino se eleva por encima de aquél del emperador». También Ambrosio, a raíz de su enfrentamiento con el emperador Tedosio había establecido la preeminencia del concepto «religión» respecto al de «orden» estatal. Es más, ya entonces emitió abiertamente la osada afirmación respecto al «valor claramente inferior» de la «gloria real» comparada con la «dignidad del obispo», usando el símil, no precisamente modesto, del plomo comparado con el oro.[70]

Los príncipes de la Iglesia gustaban de remitirse a tan solemnes sentencias en situaciones conflictivas.

En años anteriores, el patriarca de Antioquía, Calandio, y el de Alejandría, Juan I Talaia, habían sido depuestos por la justicia criminal del emperador. El primero por alta traición (en 485) y el segundo por perjurio. Ahora el papa Gelasio reivindicaba —¡vieja tentativa obispal, por lo demás!— el *prívilegium fori.* El emperador no estaba legitimado, según ello, para hacer de juez del clero, pues el alumno no puede estar por encima del maestro. Las leyes, tanto las humanas como las divinas, según Gelasio, prescribían «que las sentencias sobre los obispos emanasen de un sínodo obispal» y ello aun en el caso de que «su transgresión fuese de índole terrenal».[71]

¿A qué leyes humanas aludía aquí el papa? ¿A la constitución de Constantino del año 355 ? Pero ésta mostró no ser buena en la práctica y hubo de ser abolida poco después. ¡Valentiniano III, en cambio, sometió también a los obispos a tribunales civiles en asuntos criminales el 15 de abril de 452! Pero con su reivindicación de una jurisdicción espiritual especial, léase: con la «subordinación» de la justicia criminal estatal bajo un tribunal de arbitraje eclesiástico, el papa Gelasio establecía un nuevo postulado lanzando un ataque de osada desfachatez contra el derecho público para arrebatar al emperador uno de los principios constitucionales básicos del ordenamiento jurídico antiguo y ello en beneficio de la Iglesia.[72]

106

Pero la cosa iba aún más lejos. Este papa, que ignoraba la realidad a la manera en que la ignora un sonámbulo; que negaba el pasado poniendo la historia cabeza abajo; que designaba al emperador no como vértice de la Iglesia, sino como «hijo», como «defensor», «custodio», «patrono» de la Catholica *(fidei cusios et defensor ortodoxiae),* fórmulas ya usadas por su predecesor Félix III, este papa, insistimos, afirmó (en 495) no sólo que «Toda la Iglesia del orbe sabe que la sede de San Pedro tiene potestad para desatar cualquier cosa atada por no importa qué sentencias

[70] Ambros, de dign. sacerd. 2. Caspar, Papsttum II 70 ss. Voigt, Staat und Kirche 94, sin los impedimentos allí usuales

[71] Gelasius ep. 1; 26 y otras. Caspar, Papsttum I 206, II 23, 60 ss. Ullmann, Machtstellung 41 s. Del mismo Gelasius 1,184 ss

[72] Caspar, Papsttum I, 136, II 63 s. Ullmann, Gelasius I, 186 ss, 212 ss

obispales», sino que estableció además esta tesis tremebunda: en las «cuestiones celestiales» el emperador debe subordinarse a los obispos, aprender de ellos y no instruirlos él, no dominar, sino obedecer. Debe inclinar la cerviz por mandato divino. Literalmente: «Dos son, pues *(quippe),* las cosas por las que en primera línea se rige este mundo, excelso emperador: la sagrada autoridad de los obispos *(auctoritas sacrata pontificum)* y la potestad real *(regalis potestas).* De estas dos cosas, el peso de los obispos es tanto más considerable, cuanto que serán ellos quienes darán cuenta ante el juicio divino acerca de los reyes de los hombres. Pues tú, dilectísimo hijo, sabes que, aunque estés por encima del género humano en cuanto a la dignidad, inclinas, sin embargo, tu cerviz piadosamente antes tus superiores en cuestiones divinas *(praesulibus)* esperando de ellos los medios de tu salvación».[73]

Este texto acerca de la «doctrina de los dos poderes», que aquí se establece por vez rimera, convertida en fundamento del derecho canónico medieval y en factor de relevancia histérico— universal, fue probablemente el más citado a lo largo de un milenio con ocasión de cualquier declaración papal. Devino un tópico clásico pese a no ser otra cosa que una fanfarronada urdida prácticamente a partir de las ficciones de los antecesores de Gelasio. Éste apostaba con ello no ya por una doctrina que equiparaba los derechos de los dos poderes. Lo que pretendía, más bien, es superponer la potestad episcopal a la imperial y osaba al respecto pronunciar amenazas soterradas: «¡Pues es mejor que escuchéis en esta vida lo que yo reclamo de Vos que tener que oír ante el juicio de Dios cómo os acuso! [...] ¿Con qué descaro podríais en su momento rogar la eterna recompensa de Aquel a quien aquí abajo habéis perseguido sin trabas?».[74]

Con todo, estas y otras inauditas insolencias de Gelasio: como la de que el sucesor de Pedro es el primero en la Iglesia y preeminente respecto a todos los demás; que él puede juzgar irrestrictamente en ella y que nadie en este mundo puede sustraerse a su sentencia ni tampoco impugnarla, todo ello era aún teoría, muy alejada de la realidad y, curiosamente, sólo la hacía posible la protección del dominio «herético» de los ostrogodos. Es cierto que el *Manual de la Historia de la Iglesia* pone esto en cuestión y nos presenta, incluso, al papa como una especie de paladín de la resistencia, pero, naturalmente, frente a un Odoacro ya en declive. Pero hasta para ese manual «se evidencia cada vez más que para Roma el núcleo escabroso de aquel asunto no tenía que ver con la cuestión calcedoniana, sino con el primado de Constantinopla».

Y no era, claro está, «la sed de poder» la que hablaba por boca de este campeón de la supremacía papal, sino tan sólo «el sentimiento de su alta responsabilidad ante el juicio de Dios [...]» (Hofmann), juicio con el que Gelasio se complacía justamente

---

[73] JK, 595; 632 c. 2; 664 c. 5. Gelasius I. ep. 12 ad Anast. imp. Comprobar también Félix III. ep. 8, 5. Kühner, Lexikon 31. Schnürer, Kirche I 319. Grisar, Geschichte Roms 456. Caspar, Papsttum II 61 ss. Rahner, Kirchenfreiheit 215 ss. Del mismo Kirche und Staat 254 ss, 262 ss. Comprobar Dvomik, Pope Gelasius III ss. Ullmann, Machtstellung 22 ss. Del mismo Gelasius 1,178 ss, 189 ss. Mirbt/Aland, Quellen núm. 462 s, pp. 222 ss. Voigt, Staat und Kirche 98 ss. Antón, Fürstenspiegel 130. Volz 9. Schieffer, Der Papst 304. Duchrow 328. Tódt 38. Grillmeier, Rezeption 344 ss

[74] Caspar, Papsttum 1152,73 ss. Comprobar Haendier, Abendiándische Kirche 90 s. Véase también la nota siguiente

amenazar y con el que todos ellos amenazan una y otra vez...[75]

3.13 EL PAPA GELASIO EN LUCHA CONTRA LA «PESTILENCIA» DE LOS CISMÁTICOS, «HERÉTICOS» Y PAGANOS

La constante lucha contra cismáticos y «herejes», reflejada a menudo en las aproximadamente sesenta epístolas o, en su caso, decretales de este papa y asimismo en sus seis tratados teológicos, cuatro, nada menos, contra los monofisitas, sólo estaban, naturalmente, «al servicio de Dios» y de nada más.

A los cismáticos «griegos», expresión cada vez más repetida, que marcaba bien las recíprocas distancias, les reprochaba Gelasio una y otra vez su obstinación y sus extravíos. Él sabía bien que «aquellos errores no se le perdonarían ni a los muertos». Con todo, nunca atacaba directamente el *Henotikon* —ni siquiera lo mencionaba— sino las consecuencias de política personal de él resultante. Lo que estaba primordialmente en juego no era la doctrina, sino siempre las personas, las sedes y el poder. Gelasio colmaba a estos «griegos» con acusaciones, reconvenciones, escarnio y mofa. Se finge admirado —gusta usar de las expresiones *«miramur», «valde miran sumus»* para iniciar sus cartas— lo cual entraña siempre en él algo peligroso. Constantinopla, la capital del Imperio —afirma Gelasio«no cuenta siquiera entre las (grandes) sedes». No tiene siquiera la posición metropolitana. Su sede patriarcal —que de hecho era la primera en todo Oriente y equiparada a la de Roma por el canon 28 de Calcedoniano tiene rango ni cabida entre las sedes, *«nullum nomen».* El patriarca no tiene en absoluto potestad pontificial para revisar sentencias de la «sede apostólica», única que decide acerca de la verdad, tan reprobablemente despreciada por Acacio y sus seguidores. En una palabra, «todos» los escritos del papa tenían el mismo objetivo: «Situar en la ilegalidad a los obispos orientales» (Ullmann).[76]

107

Gelasio provocó desde un principio al patriarca Eufemio de Constantinopla, y no se dignó siquiera comunicarle su toma de posesión. Éste, en cambio, le envió sus parabienes. (Acusado pocos años después de alta traición, Eufemio fue depuesto y desterrado.) Gelasio no pensó ni por un momento —su *responsum* es claro al respecto— en informar a un subordinado desde la altura de «la primera sede de la cristiandad». Llevando al extremo su propia arrogancia, reprocha a Eufemio el ser sumamente *«arrogans»,* le reprocha también prevaricación, debilidad; lo achanta con su habilidad dialéctica, con su corrosivo sarcasmo, con su altanería: «Os veis precipitados desde lo alto de la comunidad católica y apostólica en otra herética y condenada. Lo sabéis y no lo negáis [...] y nos invitáis a condescender *(condescenderé)* con Vos, desde nuestra altura a esa bajeza [...]». Y acaba con una velada amenaza: «Nos veremos, y tanto que nos veremos, hermano Eufemio ante aquel tribunal de Cristo que inspira temor y temblor» *(pavendum tribunal Chrísti).* Pues las amenazas con el juicio final, con «el juicio del Juez y Rey eterno» menudean

[75] Caspar, Papsttum II 61 ss, 73. Hofmann, Kampf dér Pápste II 52 ss, 65. Haller, Papsttum I 171 ss. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 12, 196. Haendier, Abendiándische Kirche 91

[76] JK 622 s; 664. Caspar, Papsttum II 46 ss, 60 s. Ullmann, Gelasius I 172 ss, 178 ss

en los textos de Gelasio.[77]

También se dirigió a menudo contra Acacio, contra el «crimen» del patriarca, contra la «pestilencia de Eutiques», contra el «eutiquianismo pestífero de Oriente», tildándolo simplemente de «maldad obstinada», de «vanas y malignas locuras», de «lamentable insidia», de «charlatanería». A este respecto, «eutiquianismo» significaba para él todo un revoltijo de «herejías», «todos los cómplices, partidarios y correligionarios de una iniquidad *(pravitas)* en su día condenada». Naturalmente, sus invectivas apuntaban también contra todos los disidentes de Occidente. Incluso el año 493, en el momento mismo en el que se libraban las batallas carniceras de Isonzo, de Verona, del Adda y en tomo a Ravena, e Italia se hallaba asolada por una guerra de cuatro año s, el papa escribe a los obispos italianos del Piceno, una zona del Adriático próxima a la actual Ancona que ¡la devastación de su tierra por los «bárbaros» le duele menos que su transigencia frente a las seducciones diabólicas de los «herejes»! Del mismo modo se revolvía contra la otra vez emergente agitación de los pelagianos en Dalmacia, en la que no veía otra cosa que una pestilente charca. Al obispo Séneca, por él excomulgado, lo motejó de «rana que se precipita ignorante en las aguas fecales del pantano pelagiano», de «cadáver indigno y mosca muerta». Expulsó de Roma a los maniqueos e hizo quemar sus libros ante la puerta de la basílica de Santa María (Mayor). Conducta, que el jesuita H. Grisar loa como muy similar «a la seguida por León "Magno"».[78]

Siguiendo la vieja tradición romana, Gelasio permaneció totalmente imperturbable ante las objeciones de los demás; se hizo sin más «el sordo» tratándolos con una actitud «completamente reprobatoria» (Caspar) y disculpándolas en cierta ocasión, con sarcasmo, como una «mezcolanza herética», incapaz «de distinguir lo verdadero de lo falso». La seguridad en su propia persona era tal ¡que no vacilaba en referir a sí mismo las sentencias de Cristo ni en compararse con éste![79] Pero hasta en el siglo XIX, Pío IX, proclamador de la infalibilidad papal —a quien por lo demás hasta algunos estudiosos católicos, y también algunos obispos y diplomáticos, tenían por tonto, por loco—, citó refiriéndolas a su persona las palabras de Cristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida [...]». El mismo papa, en todo caso, que se apuntó una curación milagrosa frustrada cuando, en 1870 conminó a un tullido con las palabras de «¡Levántate y anda!».[80]

108

Fue también Gelasio quien eliminó la última de las fiestas paganas, cuya celebración pública aún se toleraba, la fiesta de las lupercalias, una especie de carnaval, aunque más procaz, licenciosa y escandalosa, limitada a las mujeres. Era una de las fiestas más antiguas de la religión romana, la más antigua de la ciudad y dedicada al dios Luperkus, el Pan ahuyentador de los lobos. Introducida, según

---

[77] JK 620; 664; 669. Gelasius, brev, hist. Eutych. (Avellana 440 ss). Caspar, Papsttum n 44 ss, 56. Ullmann, Gelasius 1,164 ss, 245 s. Comprobar nota 78

[78] JK 625 (Avell. 98). Gelasius I. ep. 3; 11; 18 ad episc. Dardan. ep. 15 ad epp. Orient. de Acacio, ep. ad Faustum mag. Altaner 413 s. Altaner/Stuiber 462. Pfeilschifter 52. Hartmann, Geschichte Italiens 1175. Grisar, Geschichte Roms 455 s. Von Schubert, Geschichte I 83. Caspar, Papsttum II 76 s. Enssiin, Theoderich 104 ss. Dannenbauer, Entstehung I 357. Ullmann, Gelasius I 245 ss, 255 s. Grillmeier, Rezeption 333 ss. Comprobar también nota 77

[79] JK 612; 622; 665. Caspar, Papsttum II 50, 57

[80] La documentación de las fuentes relativas a Pío IX en Deschner, Heilsgeschichte 124, 542

opinión tradicional, a causa de la esterilidad femenina, tenía en todo caso una fuerza purificadera y conjuradora de desdichas. Se admite que *«un petít groupe de chrétiens dissídents»* (Pomares) parecía interesarse por ella. En realidad, tampoco la generalidad de los cristianos querían renunciar a esa fiesta, pero Gelasio inculcó a sus ovejitas que no era posible participar en el banquete del Señor y en el del diablo, ni beber de su cáliz y del del diablo. Predicaba también contra la magia pagana y contra las costumbres impías y prohibía las diversiones. De modo que la Iglesia convirtió la fiesta de purificación de las lupercalias en la Fiesta de la Candelaria o de la Purificación de María, que originalmente se conmemoraba el 14 y, más tarde, incluso en nuestros días, el 2 de febrero.[81]

Aunque el papa Gelasio proclamaba que la condena de Arrio incluía indefectiblemente la de todos los arríanos y de todo el que estuviera contaminado por esa peste, no quería plantar cara a los godos, los ocupantes y, de hecho, auténticos dueños del poder, como lo hacía con los «griegos»: algo tan notable que no está mal que lo hagamos constar nuevamente. Y, sin embargo, los «griegos» eran tan sólo «cismáticos», pero católicos. Los godos eran «herejes»... ¡y además bárbaros! Sus templos cristianos y su clero estaban ampliamente implantados. El papa los tenía enfrente por doquier ¡En la misma Roma había un obispo amano e iglesias amanas al lado mismo de la residencia papal! Pero Gelasio no hizo nada contra los godos, ni como cancelario ni como papa. Mientras que a los demás «herejes», a los paganos y a los cismáticos orientales los trataba haciendo gala de rudeza e infamia, con una pugnacidad y un denuedo nada usuales, dejó en paz a los godos, señores del poder. Es más, no sólo era capaz de usar para el rey «hereje» un tratamiento con el predicado del máximo funcionario del imperio, «Vuestra Magnificencia», sino que —algo que apenas tenía nada que ver con el ceremonial cortesano— le atribuía piadosos sentimientos cristianos. Era evidente que Gelasio, que por lo demás atacaba furiosamente a todos cuantos discrepaban de su fe, se dominaba *porque él mismo era aquí el dominado',* porque su confesión era minoritaria en Occidente. Los germanos arríanos regían, en efecto, casi en todo él. No sólo estaban en Italia sino en casi todos los países de alrededor: en el norte los burgundios, en el sur de Francia y en España, los visigodos. En África, los vándalos. Ante eso, el tronitonante, por no decir el bravucón, Gelasio se achicaba humildemente pues también para él regía el principio básico, clásico entre los católicos: cuando se es mayoría, contra la tolerancia; en otro caso, a favor de ella.[82]

3.14 UN PAPA PACIFISTA NO PUEDE GOZAR DE UN LARGO PONTIFICADO

El papa Anastasio II (496-498), bajo cuyo pontificado tuvo lugar la conversión de

[81] Plut. Quaest. Rom. 68. JK 627. LThK 2. A. VII 65 s, especialmente 67. Dtv Lex. Antike, Religión II 69. Kühner, Lexikon 31 s. Gregorovius I 123 s. Micheis, Kirsopp 35 ss. Ullmann, Gelasius I 252 ss. G. Pomares, Gélase I 1960, 144, cit. en Ullmann, Ibíd

[82] Gelas. ep. 26. Cassiod. var. 1, 26. Ritter, Arianismus 692 ss. Pfeilschifter 48. Enssiin, Theoderich 78 ss, especialmente 104 s. Gottiieb, Ost und West 23. Nelson 145 ss. Hofmann, Kampf der Pápste II 51 nota 128. Ullmann, Gelasius 1,218 ss. Pengo 43 ss. Comprobar también Deschner, Aphorismen 84

Clodoveo, rey de los francos, suceso que hizo historia, parecía más o menos empeñado en, como él decía, «traer la paz a los pueblos». Ya en su primera carta al emperador Anastasio se expresa así: «El corazón de Vuestra Clemente Majestad es el sagrario del bienestar público». Escribe, incluso, que a él, al emperador «¡le ha ordenado Dios, como vicario suyo que es sobre la Tierra [¡] ejercer la presidencia!». Parece evidente que este papa quería negociar con su soberano el final del Cisma. Y realmente sus esfuerzos en pro de una conciliación con la Roma oriental llegaron tan lejos que una parte del clero se apartó de su lado constituyendo un partido que lanzó contra él la sospecha de la «herejía». Hasta el autor del oficial *Líber pontificalis,* cuya publicación se inició entonces,

le acusa así: «Quería atraer en secreto a Acracio. No lo consiguió y murió por castigo divino» *(Voluit occulte revocare Acacium et non potuit; cui nutu divino percussus est).* Este juicio, recogido por el *Decretum Gratiani* y así mismo por la *Divina Commedia* de Dante, determinó la falsa imagen de este papa en la historia. Sin embargo, en 1982, el *Manual de la Historia de la Iglesia,* publicado con su correspondiente imprimatur, certifica en su favor que llevó a cabo «una política racional». Pero ya el 19 de noviembre de 498 se lo llevó de este mundo una muerte repentina, no pudiendo siquiera, como era usual, determinar la elección de su sucesor. Y a la sazón estalló de nuevo en Roma un pequeño cisma local. Una vez más luchaban entre sí dos papas, guerra civil que impidió durante años desarrollar cualquier política hacia Oriente. Lo que ahora estaba en juego era únicamente el poder en Roma, en «La sede apostólica»: una lucha sangrienta acompañada de todo un montón de falsificaciones fundamentales.[83]

109

3. 15 EL CISMA LAURENTINO CON SU ACOMPAÑAMIENTO DE LUCHAS CALLEJERAS Y DE BATALLAS EN LAS IGLESIAS

El 22 de noviembre se convirtió en papa el archipresbítero Lorenzo. Su elección por parte de una minoría se consiguió ostensiblemente gracias al dinero de soborno entregado por el presidente del senado Festo, un hombre del emperador; dinero venido de Constantinopla, pues, en agradecimiento a su elección. Lorenzo prometió firmar el *Henotikon.* El mismo día y también en San Pedro convertían asimismo en pontífice romano al diácono Símaco. Éste, que nació aún pagano en Cerdeña y no se bautizó sino más tarde, en Roma, tenía un carácter más vulnerable que Lorenzo y también sobornó por su parte, si bien mediante la suma bastante modesta y que, al parecer se embolsó Teodorico, de 400 *solidi* de oro. El obispo Lorenzo de Milán la había adelantado y el obispo Enodio de Pavía —un literato altamente apreciado en Oriente y en Occidente que en sus malos versos cantaba a Venus pero también al cristianismo primigenio y los Hechos de Pedro y Pablo (que debía además su encumbramiento a Lorenzo)— los avaló. Sus esfuerzos posteriores ante la corte

[83] Anastas. II ep. ad Anastas. imp. Lib. Pont. (Duchesne) 1, 258. Thiel I 616. LThK 2. A. I 493. Caspar, Papsttum II 82 ss, 130 ss. Seppelt/Schwaiger 48. Haller, Papsttum 1173 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,12 ss

papal para recuperarlos resultaron inútiles.[84]

La compra y venta de sedes obispales, la captación de votos mediente soborno —incluidas y muy especialmente las elecciones a papa—, la entrega del tesoro eclesiástico y de bienes inmuebles, todo ello no era ya nada infrecuente a finales del siglo V. Todo lo contrario: ya entonces, los obispados, en su mayoría, eran asignados no en base a los méritos sino a cambio de dinero, pues las sedes importantes recaían ya, generalmente, en los vastagos de la nobleza. Se daba frecuentemente el caso de que los compradores pagaban con posesiones de la diócesis que no les pertenecía aún, aunque el vendedor tenía ya la garantía de un documento de compra venta, de modo que el rey Alarico protestó enérgicamente en 532 por esta simonía ante el papa Juan II (el primero que cambió su nombre por llamarse Mercurio).[85]

La doble elección del año 498 dividió a Roma en dos partidos. Al cisma este-oeste vino a sumarse otro cisma, el romano o laurentino. Se produjeron luchas callejeras y batallas en las iglesias y poco después el mundo fue testigo de un extraño espectáculo: los dos papas dejaron la decisión en manos del Espíritu Santo, quien esta vez habló, incluso, por boca de un «hereje», el rey godo. Lorenzo era exponente de la fracción adicta al emperador y favorable, por lo tanto al *Henotikon.* Símaco era defensor del símbolo de Calcedonia y por ello mismo hostil al *Henotikon.* Teodorico estudió en Ravena el problema del Espíritu Santo y resolvió a favor de Símaco, ya que éste se metió en el bolsillo a la mayoría y él mismo, (Teodorico) el dinero de Símaco.[86]

El papa Símaco (498-514) no lo tuvo, por lo demás, muy fácil, ni siquiera tras su victoria. Cierto que en 499 pudo desplazar a su rival Lorenzo, por medio de amenazas y promesas, como obispo a Nocera, pero los partidos no desaparecieron y la contienda continuó tanto a nivel propagandístico como militar.

La oposición, la mayoría del senado, que, dirigida por el eximio Festo, se afanaba a toda costa por reconciliarse con Constantinopla, presentó al rey en 501 un largo registro de pecados de Símaco que iba desde la gula (se le comparaba con la de Esaú) y la dilapidación de bienes eclesiásticos hasta las relaciones deshonestas con algunas mujercillas *(mulierculae),* siendo la más conocida una panadera romana que llevaba el extraño mote de «conditaria». Teodorico suspendió a Su deteriorada Santidad y, por lo pronto, le impuso trasladarse a Rímini. Pero como también allí, mientras Símaco paseaba desprevenidamente de mañana por la playa, apareciesen las conocidas *mulierculae,* éste se sustrajo ahora a sus deseos y se les escapó de las manos huyendo a Roma como una exhalación y con un solo acompañante.[87]

---

[84] Ennod. ep. 77; 283; 300 (MG Auct. ant. VII 83, 223, 229). Anón. Vales. 12, 65. Dtv Lex. Antike, Philosophie 1140 s. Gregorovius 1124 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 140 ss, 187 ss. Grisar, Geschichte Roms 460 s. Schwartz, Schisma 230 ss. Caspar, Papsttum II 82 ss, 87 s. Haller, Papsttum I 153 s, 174 s, 178. Hofmann, Kampf der Pápste II 66 ss

[85] Kühner, Lexikon 34. Dresdner 37 mit. bez. aufClycerii imp. edict. c. ord. Simón. und Cassiod. var. 9, 15. Meier- WeIcker 63 s. Haller, Papsttum 1162, 178

[86] Gregorovius I 252. Hartmann, Geschichte Italiens I 143. Grisar, Geschichte Roms 460 ss. Giesecke, Ostgermanen 120. Seppelt/Schwaiger 49. Haller, Papsttum I 174 s. Hofmann, Kampf der Pápste II 70. Grillmeier, Rezeption 349 ss

[87] MG. Auct. ant. XII 402. Anón Vales. 65. Ennod. Libell. 29. Fragm. Laurentian. (ed. Duchesne) 44 s. Vita Symmachi (ed. Duchesne) 260. Hartmann, Geschichte Italiens 1144 s. Schwartz, Schisma 232. Caspar,

110

Privado de muchas iglesias y del palacio de Letrán, se mantuvo a salvo extramuros, en San Pedro, y allí inició la construcción de Episcopia, residencia obispal de la que paulatinamente fue surgiendo la posterior *re*sidencia papal, el Vaticano, lugar que ya era malfamado en la Antigüedad: *«infamibus vaticani locis»* (Tácito). Teodorico, sin embargo, que ya había designado entretanto al obispo de Altinum, Petrus, como visitador de la Iglesia, ordenó en 501 y de mutuo acuerdo con Símaco, que el caso de éste se tratase en un concilio panitálico en Roma. Con todo se atajó el intento de los acusadores de probar sus acusaciones mediante declaraciones de los esclavos del papa. El Santo Sínodo no permitió eso a los esclavos. Los tumultos aumentaron y la lucha se ampliaba continuamente. Finalmente, la mayoría de los sinodales se declaró incompetente y escribió así al rey: «Es asunto de su potestad soberana el velar por el restablecimiento de la Iglesia y por la pacificación de Roma y las provincias siguiendo los divinos consejos. Por ellos rogamos que, como pío soberano, vengáis en socorro de nuestra debilidad e impotencia, pues la simplicidad sacerdotal no puede medirse con la astucia del mundo y no podemos soportar por más tiempo los peligros que amenazan en Roma a nuestros cuerpos y a nuestras vidas. Permitidnos más bien volver a nuestras respectivas iglesias mediante un precepto vuestro que todos anhelamos vivamente».

Documento bien penoso. El «hereje» debía acudir en ayuda de los ortodoxos. Teodorico rehusó. Una parte de los padres conciliares emprendió viaje de vuelta y el apurado Símaco no quería ya negociar. En septiembre, abandonó su asilo de San Pedro y acompañado por el clero y por una turba popular se trasladó al lugar de las sesiones. Sus enemigos, temiendo con bastante razón un asalto, fueron a su encuentro. Nuevas batallas callejeras con heridos y muertos, muchos de ellos sacerdotes entre los que figuraba Gordiano, un parcial de Símaco y padre del futuro papa Agapito. Y como Símaco mismo estuvo al borde de la lapidación; como, según sus palabras, «él y su clero habían sido objeto de una degollina», se negó a compadecer todavía ante el concilio. Irritado Teodorico, ya que, como él decía, por todas parte imperaba la paz menos en Roma, permitió ahora, aunque a regañadientes, que el sínodo dictase una sentencia, aunque no hubiese investigación. Los sinodales, reducidos ya a 76 obispos de los 115 inicialmente presentes, pusieron ahora fin «por piadosa deferencia» a aquella desoladora comedia. En su cuarta sesión, denominada «sínodo de las palmas», declararon, el 23 de octubre de 501, que dejaban la sentencia en manos de Dios al no poder juzgar al papa Símaco a causa de su inmunidad. Le restablecieron en su cargo y abandonaron, casi como en una fuga, la ciudad «santa» pues la mayoría del clero local estaba, más bien, a favor de Lorenzo.[88]

De ahí que el cisma perdurase. La culpabilidad del papa se había hecho demasiado evidente: de modo indirecto, por culpa suya, a raíz de otro sínodo ulterior, el del año 502, pero también, y no en último término, a causa de un escrito apologético del

Papsttum II 88 ss. Enssiin, Theoderich 117 ss. Giesecke, Ostgermanen 120. Gontard 137. Haller, Papsttum 1175

[88] Tac. hist. 2, 93. Theoderich, Praecept. Regís III Acta 1, 419. JK 755. Acta Synod. a. 501 (ed. Mommsen) en: MG Auct. ant. XII 416 ss, especialmente 426. Gregoro '-ius I, 1, 148 s. Erbes 133. Hartmann, Geschichte Italiens I 145 ss. Grisar, Geschichte Roms 471 ss. Schwartz, Schisma 232 s. Caspar, Papsttum II 91 ss, 129. Giesecke, Ostgermanen 120 s. V. Schubert, Geschichte I 52 s. Enssiin, Theoderich 119 ss. Haller, Papsttum I 175 s. Gontard 137. Wes, 101. Haendier, Abendiándische Kirche 92

obispo Enodio de Pavía, que tan afecto se mostraba a Venus y a los dioses antiguos en sus escritos. Éste tenía probablemente miedo a causa de su fianza de 400 *solidi* de oro. Pues ni él mismo estaba dispuesto a avalar la inocencia del papa por más que, como poeta de pro, lo llamaba literalmente regente del celeste imperio. Reclamaba para él una alta dignidad ya por el mero hecho de su cargo y prevenía contra cualquier denigración de ese cargo por culpa de su titular [! 1, conminando a todos a barrer delante de su propia puerta. Atizada especialmente por Festo y los senadores, la guerra civil estalló ahora con toda su virulencia, tanto más cuanto que el antipapa Lorenzo, a quien por cierto Símaco había privado entretanto de su dignidad de obispo, retomó nuevamente a Roma, contando con la tolerancia de Teodorico, y dominaba casi plenamente la ciudad con casi todas sus basílicas titulares, unas dos docenas. Durante unos cuatro años residió, manteniendo una clara preponderancia, en el Laterano, mientras que Símaco debía conformarse con San Pedro, donde, como queda dicho, realizó las primeras obras del palacio vaticano. La anarquía imperó durante varios años con luchas libradas bajo los gritos de guerra de «¡Por Símaco!» y «¡Por Lorenzo!». Ambos partidos se turnaron en las demandas de protección al rey amano. El derecho de asilo de iglesias y monasterios fue ignorado y cada día y cada noche dejaban su correspondiente secuela de saqueos y muertes. Los sacerdotes eran abatidos a mazazos ante las mismas iglesias. Las monjas eran maltratadas, deshonradas. En una palabra, la discordia sangrienta se enseñoreó durante varios años de los católicos de Roma hasta que Teodorico, por razones políticas, intervino en favor del papa más débil y Lorenzo, por más que ni sus peores enemigos pudieran echarle personalmente en cara ninguna tacha, tuvo que abandonar el campo en 506. Sus parciales entre el clero tuvieron que condenarlo expresamente una vez pasados al bando de Símaco. Y también a Pedro, obispo de Altinum y visitador en 501, a quien Símaco había ya proscrito. Lorenzo, el antipapa grecófilo, fue víctima de un viraje antibizantino del rey y, en parte, del senado. Éste cerró filas con los godos, por orden de Teodorico, y comenzó a enfrentarse a la Roma de Oriente. Mientras que Símaco, en acción de gracias por su victoria, ornaba las iglesias, especialmente San Pedro, y fundaba otras nuevas, su adversario acabó su vida en una finca de su valedor Festo y, al parecer, bajo rigurosa ascesis. El cisma, sin embargo, perduró hasta la misma muerte de Símaco.[89]

111

3.16 LAS FALSIFICACIONES DE SÍMACO

Como quiera que la afirmación —hecha en el transcurso del proceso contra Símaco y suscrita por 76 obispos— de que el papa no podía ser juzgado por ningún hombre no tenía base histórica alguna, según admitió el mismo sínodo, el año 501 un partidario del papa falsificó todo este asunto profusa y descaradamente. Su intención básica era evidenciar la independencia del obispo de Roma respecto a cualquier

[89] Ennod. Libell. passim. Lib. Pont. Vita Symm. (ed. Duchesne) 260 s. Fragm. Laur. 45 s. Gregorovius I, 1 125 ss, 148 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 148 ss, 189. Grisar, Geschichte Roms 474 ss. Schwartz, Schisma, 233 ss. Caspar, Papsttum II 111 ss, 114, 117. Giesecke, Ostgermanen 120 s. Von Schubert, Geschichte I 53. Enssiin, Theoderich, 127 s. Seppelt/Schwaiger 49 s. Gontard 138. Haller, Papsttum I 153 s, 176 ss

tribunal, espiritual, o temporal, echando mano de casos del pasado totalmente fingidos.[90]

El bando papal compuso cartas, decretos, actas conciliares e informes históricos. En un estilo increíblemente primitivo —lo único, por así decir, auténtico en todo ello—, con un latín más propio de «bárbaros» que de romanos, lo cual ilustraba drásticamente la decadencia lingüística y educativa, se fabricaban, se inventaban casos precedentes para apoyar al papa Símaco contra su rival Lorenzo: las supuestas actas procesales de papas anteriores, las *Gesta Liberií papae,* las *Gesta de Xysti purgatione et Polichronii Jerosolymitani episcopi accusatione,* las actas de un Sínodo de Sinuessa, *Sinuessanae Synodi gesta de Marcellino,* datadas, supuestamente, en el año 303. Todos estos procesos no eran sino un infundio creado con vistas al escándalo en tomo a Símaco, inventándolos sin traba alguna y fingiendo verosimilitud hasta en detalles mínimos como el de la indicación de los nombres de ciertas localidades. A todos los procesos se les inventó un desenlace igual que el deseado en el proceso contra Símaco, incluyendo la declaración de que *«nadie ha juzgado nunca al papa porque la primera sede no es juzgada por nadie».* O bien: «No es justo emitir un veredicto contra el papa». O bien: «Nadie puede acusar a un obispo, pues el juez no puede ser juzgado». Y el final de una decretal pontificia falsificada desde el principio hasta el fin reza así: *«Nadie puede juzgar a la primera sede,* de la que todos desean tener un juicio bien aquilatado. Ni el emperador, ni la totalidad del clero, ni los reyes, ni el pueblo pueden juzgar a quien es juez supremo».[91]

Las *Gesta purgationis Xysti* son un remedo, puro infundio, del proceder de Símaco, del proceso de Símaco, simulado hasta en pelos y señales pero, por cierto, sin nexo alguno con el pasado. El papa es en ellas acusado por los nobles romanos, como Símaco lo fue por Festo y otros aristócratas de Roma. Al igual que pasó con Símaco, también aquí se le imputan relaciones deshonestas, en este caso con una monja. Y así como en el caso de Símaco debían intervenir los esclavos, en el remedo hay un esclavo que sirve de testigo. Pero un ex cónsul —jugando el papel del ex cónsul Festo, partidario de Símaco— pone fin al proceso: «*pues no está permitido emitir sentencia contra un papa*».[92]

112

Estas crasas falsificaciones, «imputables al bando de Símaco o, tal vez, al mismo Símaco» (Von Schubert) —para el jesuita Grisar tienen «un carácter totalmente privado»— poseen una relevancia que no se limita tan sólo a la historia del momento. De carácter supuestamente privado en su totalidad, jugaron más tarde un gran papel en el derecho canónico. Una vez reelaboradas, hallaron parcialmente cabida en el *Líber pontificalis* y, gracias a éste, gran difusión. Es más, la formulación del falsificador *«Prima sedes a nemine iudicatur»* se convirtió —ironía cínica de la historiaien la fórmula que denotaba el primado de jurisdicción papal! A raíz del proceso contra León III, en el año 800, se remitieron a ella. Y también Gregorio VII

---

[90] P. Coustant, Epist. Román, pont. 11721, Append. 38 ss. (Contiene las falsificaciones de Summ.). Speyer, Fälschung, literarische 264. Ders Die literarische Fälschung 198. Haendier, Abendiándische Kirche 92 s

[91] LThK 2 A. IX 1218 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 200 ss. Schnürer, Kirche I 319. Caspar, Papsttum II 107 ss. Enssiin, Theoderich 127. Speyer, Fälschung, literarische 298

[92] Caspar, Papsttum II 108. Enssiin, Theoderich 127

recurrió en 1076 a citas literales de aquellas falsificaciones[93]

Hay un factor notable en todas estas contiendas: la polémica publicística.

Pues fue precisamente el hecho de que se podían presentar graves acusaciones contra Símaco, sin que éste, evidentemente, pudiera justificarse satisfactoriamente; el hecho de que, como ya constaba, hubiese dilapidado bienes eclesiásticos y de que sus adversarios se mofaban en un libelo de los «obispos ancianos y decrépitos» con sus «pandillas de mujerzuelas» lo que llevó a declarar enfáticamente por vez primera: ¡el obispo de Roma no puede ser juzgado por nadie! Como hombre tendrá que expiar en el más allá, pero en la tierra es intangible y exento de cualquier expiación judicial. Y cuando apareció otro libelo «Contra el sínodo de la absolución desatinada», el diácono Enodio, un partidario de Símaco, reivindicaba en su escrito apologético en favor de los obispos de Roma nada menos que la inocencia y la santidad de estos últimos en cuanto bienes de herencia legados por san Pedro. Según la teoría de Enodio, preñada de consecuencias, Pedro había legado a sus sucesores «un tesoro de méritos, inagotable hasta la eternidad y equivalente a una inocencia hereditaria. Todo cuanto le fue entregado a aquél en premio a sus excelsas obras, les pertenece a ellos, iluminados por el mismo resplandor en su peregrinaje. Pues, ¿quién dudaría de que quien tiene tan alta dignidad es santo? Aunque le falten aquellas buenas obras que son fruto del propio mérito, le son suficientes aquellas realizadas por sus predecesores en la sede (de Pedro) [...]». Así pues, si un papa no puede presentar obras buenas propias (y creemos poder completar congruentemente: incluso en el caso de que sólo pueda presentar malas) ¡le bastan para salvarlo las realizadas por Pedro! ¡¿No raya eso en una ideología de desfachatez religiosa?! ¡¿Quién habló de rayar?!: en 1075 el papa Gregorio VII elevó la cosa hasta el culmen en su siniestro *Dictatus papae,* afirmando que un papa legítimamente consagrado ¡se salvará forzosamente en virtud de los méritos de san Pedro! Lo que también traslucía tras las especulaciones de Enodio, futuro obispo de Pavía, lo señala el obispo de Vienne, Avito, otro partidario de Símaco, con esta frase: «Todos sentimos temblar nuestro propio asiento si el asiento del supremo *(papa urbis)* vacila bajo el peso de una acusación».[94]

El *Líber pontificalis,* libro oficial de cada papa, ornado en la Edad Media por un intenso nimbo, debe su nacimiento a las luchas entre lorenzanos y simaquianos. Y también sus falsificaciones. Pues ambos bandos, aunque bajo perspectivas contrapuestas, iniciaron una colección de biografías de papas y prosiguieron con ello hasta el año 530 o, en su caso, hasta 555. Lo mismo que en las falsificaciones de Símaco, la forma literaria de la «celebérrima historia de los papas» (Seppeit) es notablemente primitiva y, comparada con el nivel cultural más elevado asequible en esta época, se caracteriza por el «desconocimiento de los mínimos elementos de la gramática y de la retórica enseñados en las escuelas» (Caspar). Cierto que a estos clérigos romanos «los animaba la fe en su Iglesia», pero eran «simples de espíritu»

[93] Lib. pont. (ed. Duchesne) II 7. Berthold. Ann. ad a. 1076 (MG SS V 282). LThK 2. A. IX 1218 s. Grisar, Geschichte Roms 718. Von Schubert, Geschichte 153. Caspar, Papsttum II 110. Anm. 3. Speyer, Die literarische Fálschung 298

[94] Avit. Vienn. ep. 34. Grisar, Geschichte Roms 474 ss. Caspar, Papsttum U 104. Gontard 137 s. Seppelt/Schwaiger 49. Haendier, Abendiándische Kirche 92 s

(Hartmann). Con todo, trabajaron *pro domo* sin el menor escrúpulo y mencionaron todos los papas, en serie ininterrumpida a partir de Pedro: por lo que respecta a las épocas más remotas era todo puro invento (véase vol. 2). Y haciendo recurso a la fórmula estereotipada *«hic martirio coronatur»* convirtieron desenfadadamente en mártires a los papas de los tres primeros siglos, lo cual constituye asimismo, en su casi totalidad, una falsificación (véase el último capítulo del vol. 2). Pero no solamente los primeros pontificados y casi todos los mártires son producto del embuste: como autor del libro de los papas se menciona, falsamente, al papa Dámaso (para todo el tiempo anterior a su pontificado) cosa que fue después creída por la Edad Media. Y como quiera que el preludio de toda la obra, la correspondencia introductoria entre Dámaso y san Jerónimo (una carta de cada uno de ellos) está íntegramente falsificada, el celebérrimo libro de los papas comienza con puras falsedades. Y el supuesto primado de los papas consiste, por su parte, en una pura argucia.[95]

113

3.17 ALINEAMIENTO DE LAS FUERZAS EN COMBATE: EL REINO GODO Y ROMA CONTRA BIZANCIO

Teodorico no estaba entretanto dispuesto a limitar su dominación a Italia y Dalmacia. Había ambicionado por sistema una federación de Estados germánicos y agrupado todas las fuerzas antibizantinas. Extendió su frontera defensiva hasta más allá del Adriático y en 504 ocupó Sirmio. Al año siguiente, la tensa situación política condujo incluso a un grave conflicto entre las tropas de Teodorico y las del emperador. El godo se había liado con el vecino príncipe de los gépidos. Mundo. Cuando el *Magister militum* de Iliria, Sabiniano, amenazó a éste con un fuerte ejército de diez mil *foederati* búlgaros, acudió en auxilio de los gépidos una hueste gótica proveniente de la recién conquistada provincia fronteriza de Panonia, hueste compuesta por 2.000 hombres de a pie y de 500 jinetes y capitaneada por Pitzia. En la llanura de Morava, el ejército imperial fue prácticamente aniquilado y los búlgaros que no cayeron al filo de la espada se ahogaron en el río. La tierra conquistada quedó incorporada al reino de Teodorico con el nombre de *Pannonia Sirmiensis.*[96]

Occidente se enfrentaba cada vez más abiertamente al emperador –a quien intranquilizaba por el costado oriental el peligro persa— y el soberano achacaba una buena parte de la culpa al papa. A causa de la grave querella eclesiástica de Roma, Símaco apenas había podido ocuparse de la teología y del cisma de Oriente durante un decenio. El año 506 consiguió definitivamente arrancar de sí una decisión y respondió a una inamistosa carta del emperador, cada vez más abiertamente promonofisita, con otra aún más ruda y arrogante, si cabe.

Dejando de lado todas las fiorituras propias de la cortesía oficial, se dirigió al

---

[95] Seppeit LThK 1. A. VI 551. Andressen/DenzIer 448 s. Hartmann, Geschichte, Italiens 1201 s. Grisar, Geschichte Roms 727 ss. Von Schubert, Geschichte I 54. Caspar, Papsttum II 315 ss. Krüger, Rechtsstellung 223. Brackmann, Gesammel**te** Aufsátze 383 ss

[96] Marcell. com. ad a. 505. Ennod. paneg. 12. lordan. Get. 48. Hartmann, Gegchichte Italiens 1151 ss. Caspar, Papsttum II, 115 ss. También p. 122 con el título de este apartado. Enssiin, Theoderich 132 ss

anciano monarca con frialdad casi hiriente, dándole secamente el tratamiento de *«imperator»,* reprochándole que creía únicamente en un Cristo que lo era sólo a medias, alardeando orgulloso de que «su honor era, de seguro, tan elevado, por no decir más elevado, como el de aquél» y amenazándole profusamente con el juicio de Dios. Acababa su carta con una acritud pareja con su autocomplacencia farisaica e hipocresía: «El compañero de la iniquidad no puede por menos de perseguir a quien está incontaminado de ella».[97]

Ello contribuyó a endurecer aún más las posiciones enfrentadas de Oriente y Occidente, tanto más cuanto que el papa tomó partido por Teodorico. Y el senado romano volvió a colaborar con los sacerdotes romanos, algo que causó indignación en Constantinopla. El emperador, que estigmatizó al papa como «maniqueo» habló en una dura misiva de una conjura del senado y la Iglesia romana contra el Imperio. Protegido ahora por el rey godo, el papa, empeñado a la sazón en una lucha encarnizada contra el clero de la Roma de Oriente, reaccionó con osadía, por no decir con desvergüenza. No sólo afirmaba que el emperador quería «incluirlo con atolondrada precipitación entre los herejes», sino que, devolviéndole la pelota de la forma más venenosa, lo tachaba de «protector de los maniqueos», sin recatarse de afirmar mentirosamente que en Oriente sólo eran oprimidos los católicos mientras se permitían todas las «herejías». «¿Crees —escribía Símaco a Anastasio— que por ser emperador no tienes que temer el juicio de Dios? ¿Piensas que como emperador puedes sustraerte al poder de Pedro, príncipe de los apóstoles? [...]. Compara, pues, la dignidad del emperador con la de quien preside la Iglesia. El uno vela meramente por los asuntos mundanos; el otro, en cambio, por los divinos.»[98]

114

La resuelta resistencia de Anastasio contra los católicos contribuyó más que nada a que los grupos fieles a la doctrina calcedoniana cerrasen filas y lo pusieran en aprietos cada vez más graves. El nuevo patriarca de la corte, Macedonio II (496-511) tuvo que suscribir también, ciertamente, el *Henotikon,* pero se bandeó de tal manera entre los frentes que los ortodoxos lo consideraron a veces como hereje. Finalmente, sin embargo, tomó posición decidida contra los monofisitas, se encaró abruptamente al soberano e intentó, presumiblemente, desencadenar una revuelta. La paciencia de Anastasio se agotó. Al igual que había hecho con Eufemio, su predecesor, depuso también a Macedonio y en la noche del 7 de agosto de 511 lo desterró a Euchaíta. El nuevo soberano de la Iglesia constantinopolitana, Timoteo (511-518), resultó más dócil para el emperador. Comoquiera que la sede alejandrina estaba ocupada por el patriarca Juan III Niciotas (505-516) y el monje Severo, colmado de favores por Anastasio vino a hacerse cargo, en 512, de la de Antioquía, resultó que los tres patriarcados más importantes de Oriente acabaron bajo el dominio de los monofisitas.

Los obispos y monjes atizaron entonces y de forma cada vez más abierta la rebelión contra el «emperador de herejes», especialmente en Asia Menor y en los Balcanes. Después de la deposición de Macedonio (511) el papa trajo a la memoria a los emperadores paganos perseguidores de cristianos. Exigió estar vigilantes en Oriente

---

[97] Symmach. apol. adv. Anast. imp. Von Schubert, Geschicte I 55. Rahner, Kirchenfreheit 221 ss. Hoffmann, Kampf der Pápste II 70 ss

[98] JK 761. Hartmann, Geschichte Italiens I 150 s. Caspar, Papsttum II 118 ss

y también fidelidad y disposición al martirio. Habló del «servicio militar divino» escribiendo así:

> *«Ahora es el momento en que la fe reclama a sus combatientes y convoca en su defensa a quienes recibieron los ardientes rayos de la gracia».*

Ya antes se habían producido levantamientos ocasionales contra Anastasio sin que «en la mayoría de los casos se pudiera constatar» una motivación política (Tinnefeid). Ya en el primer año de gobierno imperial registra Marcelino Comes «guerra civil entre los bizantinos. Reducida a cenizas la mayor parte de la ciudad y del circo». En el año 501, los tumultos giran en tomo a la fiesta pagana de Bryta. En 510, el soliviantado populacho de la capital expulsa de Santa Sofía, durante los oficios divinos, a los monjes del monofisita Severo. El emperador, que exige al respecto una explicación al patriarca macedonio, tiene que pensar en huir. En 512 está de nuevo en juego su política promonofisita. Se produce un auténtico levantamiento popular, que los monjes no fueron los últimos en atizar, en cuyo transcurso el emperador, tan sagaz como valiente, hubo de avanzar inerme a afrontar a las masas amotinadas. Se alzan gritos proclamando ya a un nuevo emperador y los monofisitas son asesinados por la multitud. Se emplean tropas contra ella y arden las casas de los altos funcionarios hasta que los disturbios son sofocados por medio de encarcelamientos y ejecuciones. Más o menos por esas horas, monjes monofisitas procedentes de la comarca circundante o venidos de más lejos —hasta de Siria II— penetran violentamente y en oleadas sucesivas en la ciudad, donde muchos hallan la muerte. Pero también la revuelta del año 514, relacionada con los éxitos del usurpador Vitaliano, tiene un trasfondo religioso, y hasta el benedictino Rhaban. Haacke concede que en todas estas agitaciones y levantamientos contra el emperador Anastasio el pueblo de Constantinopla «estaba hábilmente dirigido por los monjes y el alto clero».[99]

Los católicos tenían también de su lado a los parientes del emperador. La emperatriz Ariadna lamentaba profundamente su política eclesiástica. El sobrino Pompeyo se carteaba con el papa y era un católico ferviente. Lo eran asimismo su esposa Anastasia y su amiga Juliana Anicia, hija del emperador de Occidente y descendiente de Teodosio I, cuyo marido Areobindo, mariscal del ejército de Oriente, fue vitoreado como emperador en 512, a raíz de la peligrosa sublevación católica en Constantinopla. El derrocamiento de Anastasio no se produjo por muy poco. Ya se ve quién manejaba los hilos.[100]

115

El año 513 se subleva el militar Vitaliano y lleva el Imperio al borde de la catástrofe.

El vasallo godo de la provincia de Escitia, la actual Dobruja, que tenía el mando de los regimientos de *foederati,* aprovechó las querellas en el ámbito de la política eclesiástica e hizo suya la divisa de la «ortodoxia» calcedoniana. Ejerciendo de portavoz de la oposición clerical, exigió que los obispos expulsados fueran repuestos

---

[99] Euagr. h.e. 3, 32; 3, 44. Theod. lect. h.e. 2, 28. Zachar. Rhet. h.e. 7, 8. Coll. Avell. 104. Kirsch 639 s. Haacke, Politik 11 130 ss. Hoffmann, Kampf der Pápste n 73. Bacht, Die Rolle, II 283 s. Grillmeier/Bacht II 279. Tinnefeid 186 ss. Cita de la nota 569. Grillmeier, Rezeption 296

[100] Euagr. 4, 10. Macell. com. ad 512 (MG Auct. ant. 11, 97 s). Vict. Tonn. (MG Auct. ant. 11, 195). Coll. Avell. 163 s, 174, 179, 198. Haacke, Politik II 130 ss; Bacht, Die Rolle II 283. Dannenbauer, Entstehung I 317 s. Bury, History I 436 ss. Rubín 53. Maier, Verwandiung 160 s

en sus sedes y también un concilio con presencia del papa. Era el hombre de confianza de este último, pero estableció asimismo contactos con el rey ostrogodo. Su conducta, su modelo de ataque combinado, por tierra y por mar, contra el Imperio y también sus extorsiones dinerarias y su adiestramiento fatigoso de los soldados le convirtieron en el «gran maestro de hunos y eslavos» (Rubín).[101]

En el año 513 Vitaliano liquidó a dos altos oficiales que estorbaban sus planes y condujo a sus regimientos amotinados ante las puertas de Constantinopla tras reforzarlos con búlgaros dados al pillaje y con campesinos descontentos, partidarios, al parecer, de la doctrina de las dos naturalezas. Vitaliano exigió que el emperador desistiese de su política eclesiástica y Anastasio se vio en una situación extremadamente apurada. Hizo promesas que no mantuvo cuando Vitaliano se retiró ocho días después, perseguido por el sobrino del emperador, Hipacio. El enorme ejército de éste sufrió, sin embargo, una espantosa derrota junto a Odesos (Varna, a orillas del mar Negro), perdiendo presumiblemente 60.000 hombres. En la capital se produjeron tumultos entre los católicos. El año 514 Vitaliano —que había hecho prisionero al sobrino imperial en Odesos y (según una lectura algo insegura) lo había metido en una pocilga— apareció de nuevo ante los muros de Constantinopla. Esta vez le seguía una gran flota por el Bosforo. Cada uno de sus ataques iba acompañado de una nueva exigencia. Primero impuso su nombramiento como *Magíster militum.* Después exigió el abandono de la política eclesiástica, la reposición de los obispos destronados y desterrados y negociaciones con la sede romana. A fuerza de presiones arrancó al emperador la promesa, hecha bajo juramento, de convocar para el 1 de julio de 515 un concilio en Heraclea, en la provincia de Europa, concilio que debía ser presidido por el papa y llevar a término la unión de las Iglesias. «Roma», es decir el papa Hormisdas, el nuevo pontífice en el poder (514-523) «puso sus esperanzas en la mediación [!] de Vitaliano», escribe al respecto Haacke. Como rescate para liberar al sobrino imperial, Hipacio, Vitaliano extorsionó del emperador la inaudita suma de 5.000 libras de plata. (Hipacio, que simpatizaba con los católicos, peregrinó el año 516 en acción de gracias por su salvación de un aprieto extremo al Santo Sepulcro. A raíz de ello dispensó ricos donativos a las iglesias y monasterios de la ciudad y sus alrededores.) Las restantes negociaciones fracasaron a causa de las desorbitadas pretensiones del romano, que insistía en una profunda humillación del patriarca. De ahí el tercer ataque del «mediador» papal y por cierto «mientras se procedía a intercambiar las legaciones y en pleno desarrollo de las negociaciones» (Haacke). Vitaliano, cuyos contactos con Hormisdas reconoció éste mismo ante el emperador, manifestó claramente su intención de someter a este último a su voluntad y en 515 —en la época en que debía celebrarse el concilio y 40 obispos de las provincias balcánicas rompieron en verano con sus metropolitanos para dirigirse al papa— atacó Constantinopla por tierra y por mar, de modo que tanto el papa como el rey Teodorico contaban ya, a la vista de esta nueva «mediación», con la derrota del anciano emperador. Pero Vitaliano sufrió una seria derrota, infligida por Marino, un civil que, apoyado por Justino, el inmediato sucesor de Anastasio, usó nuevos medios de combate desde un velero rápido (una variante del «fuego griego», empleado aquí por vez primera). La victoria fue entusiásticamente celebrada por la cabeza dirigente

[101] Caspar, Papsttum II 130. Dannenbauer, Entstehung 1317 s. Rubin 50 ss, 69

de los monofisitas, el patriarca de Antioquía, Severo.[102]

Sólo la retirada, que tenía más de fuga, salvó a Vitaliano. Anastasio no pensaba ya en seguir, de momento, negociando con Roma. Prefirió enviar al destierro al patriarca ortodoxo de Jerusalén, Elias (494-516) en el verano del 516. Éste se negaba a hacer causa común con Severo. El emperador intentaba así —intento fallido, por lo demás imponer en esta ciudad el monofisismo. Ahora bien, en vistas de la fuerte presión de los monjes de su diócesis, el sucesor de Elias, Juan III (516-524) no se atrevió a incorporarse a la comunidad de Severo, de modo que fue a parar a la prisión de Cesárea. Tampoco después de su liberación prestó la esperada declaración de lealtad, sino que en Jerusalén y ante una fanática manifestación de 10.000 monjes, lanzó el anatema contra el favorito imperial, Severo, y contra su causa. Algo tanto más impresionante cuanto que Hipacio, el sobrino del emperador, estaba en aquel justo momento presente como peregrino y también se distanció de Severo. El Dux Palestinae, Anastasius, es decir, el representante del Estado, se dio a la fuga. Los católicos intentaron desde entonces obligar a los monofisitas a replegarse y asentar ellos pie en los territorios hasta ahora dominados por aquéllos. No pocos de esos intentos partían desde el oeste. [103]

116

Cuando en abril del año 517 el papa Hormisdas envió una legación al regente de la Roma de Oriente —en la que figuraba el obispo Enodio de Pavía— entregó a aquélla, aparte del correo oficial, diecinueve escritos secretos de propaganda *(contestationes),* material de agitación religiosa que sus monjes agentes difundieron con afán por Oriente. Hormisdas pretendía ni más ni menos que dirigir a la totalidad de la Iglesia. A través de un subdiácono hizo que todos los obispos del Balean se comprometiesen a «seguir íntegramente a la sede apostólica y a promulgar todos sus decretos». El propósito inconfundible del «Vicario de Cristo», a quien cubría las espaldas el rey godo Teodorico y que esperaba además un nuevo ataque del godo Vitaliano — dispuesto ya para el mismo— era el de subvertir el orden eclesiástico. Animaba a los prelados orientales adictos a Roma a «entrar impávidos en batalla» e incluso apelaba abiertamente a la población de la capital. El jesuita H. Rahner: «El papa Hormisdas entró en la historia como un gran vencedor y héroe de la paz». El anciano Anastasio no estaba dispuesto a entrar por ahí. Inmediatamente metió a los legados pontificios en un barco no muy apto para hacerse a la mar, ordenó al capitán que no atracase en ningún puerto y los envió a casa. El 11 de junio de 517 comunicó al papa, sin acritud pero resueltamente, la interrupción de las negociaciones. «Si ciertas personas —le escribía— que derivan de los mismos apóstoles su autoridad espiritual no quieren, en su desobediencia, cumplir con la pía doctrina de Cristo, que sufrió para redimir a todos, entonces ya no sabemos dónde podemos hallar el magisterio del Señor misericordioso y Dios grande [...]. Podemos sufrir que se nos

[102] Theof. 1, 165, 24. Chron. Pasch. 1, 611, 19. Malalas, 410, 9. Const. Porph. de caerimon. 426 ss. Coll. Avell. 116,7 s, 20. Marcell. (Auct. ant. 11, 97 s). Anastas. imp. ep. ad Hormisd. Coll. Avell. 109. Hormisda. ep. 9 ad Caesar Arel. J. W. 777: Thiel I 758 ss. Dtv Lex. Antike, Geschichte II 295. Hartmann, Geschichte Italiens I 210 ss. Schwartz, Schisma 249 ss. Enssiin, Theoderich 304 ss, 309 ss. Vasiliev, 109. Hofmann, Kampf der Pápste II 73 ss. Haacke, Politik II 134 ss. Dannenbauer I 317 s. Bury, Hisrory I 447 ss. Bacht, Die Rolle II 286. Rubin 50 ss, 69. Haller, Papsttum I 181 s. Brooks, The Eastem 485 s. Capizzi, Papa Ormisda 23 ss, especialmente 34 ss. Grillmeier, Rezeption 351 ss

[103] Haacke, Politik II 136 s. Bacht, Die Rolle II 285 ss. Grillmeier, Rezeption 297

ofenda y desprecie, pero no que se nos dicten órdenes» *(iniurari enim et anulan sustinere possumus, iuberi non possumus).*[104]

El emperador Anastasio se abstuvo de todo improperio, como comenta Caspar, «pero animado por el auténtico y vehemente sentimiento de hombre sinceramente piadoso y de soberano, ya al final de sus días, que desde hacía veinte años venía luchando por la unidad eclesiástica tanto en el interior de Oriente como con Occidente, salía al paso de la intransigencia papal, que, con su exigencia relativa a Acacio, imponía a la Iglesia imperial eternizar sus desgarramientos internos».[105]

Una masacre producida ese mismo año , en 517, en Oriente no resultó, por cierto, contraproducente para los deseos del papa.

La tragedia aconteció a raíz de una peregrinación de monjes católicos para ver a san Simeón estilita, en un manifestación multitudinaria al noroeste de Berea. Cuando estos monjes, reforzados continuamente por nuevos tropeles, atravesaban el obispado de Apamea fueron atacados a unos veinte kilómetros al sur de la ciudad. Trescientos cincuenta de ellos murieron allí mismo abatidos a golpes. Otros fueron acuchillados en una iglesia próxima en la que se habían refugiado. Instigadores de la tragedia, según la acusación de los monjes: el obispo Pedro de Apamea y el patriarca Severo de Antioquía. Los monjes protestaron ante el emperador y el papa. Su apelación, escribe el jesuita H. Bacht, «pudo llegar a Roma a finales de 517. Hormisdas, que captó en seguida esta buena [¡] oportunidad para entrar en contacto con Oriente, envió con fecha 10 de febrero su respuesta. La carta está llena de alabanzas y de aliento [...]».[106]

El emperador Anastasio murió, casi nonagenario, entre el 8 y el 9 de julio de 518, en una noche terriblemente tormentosa: «Golpeado por el rayo de Dios», como decía triunfante el *Líber pontificalis* basándose en los rumores que circulaban por Roma. Dejaba ciertamente un tesoro estatal gigantesco, pero no hijos ni sucesor. El 9 de julio, sin embargo, el comandante de un regimiento de guarnición en la corte, Justino, *Comes excubitorum,* ascendió de inmediato al trono.[107]

---

[104] Lib. Pont. (ed. Duchesne) 100 JK 792 (Coll. Avell. 130). Comprobar también JK 793 ss. (Avell. 131 ss). Hartmann, Geschichte Italiens I 213 s. Schwartz, Schisma 253 ss. Gaspar, Papsttum II 44 ss. Haller, Papsttum 181 ss. Rahner, Kirche und Staat 281. Wes 103 s. Capizzi, papa Ormisda 40 ss

[105] Caspar, Papsttum II 147

[106] Coll. Avell. 139 s. Bacht, Die Rolle II 288 s

[107] Euagr. h.e. 4, 1 ss. Caspar, Papsttum II 148 s. Komemann, Weltgeschichte II 407. Vasiliev 68 ss. Según el jesuíta Grisar, *Historia de Roma* 478, Justino conocía la necesidad y «el imperioso deseo del pueblo de unidad eclesiástica y no quería oponerse al mismo». Según Haacke, Anastasio murió en la noche del 9 al 10 de julio. Comprobar también las interesantes y totalmente plausibles especulaciones de Rubín acerca de la cuestión sucesoria: pp. 53 ss

CAPÍTULO 4 — JUSTINIANO (527-565): UN TEÓLOGO EN EL TRONO IMPERIAL

«La meta es, inequívocamente la de un solo *Imperio,* una sola *Iglesia, y, fuera de ella, ni salvación ni esperanza. Y* un solo *emperador cuya más noble preocupación es, justamente, la salud de esa Iglesia. En la consecución de esa meta, Justiniano es inasequible a la fatiga, persiguiendo hasta el último escondrijo y con obsesiva minuciosidad todo cuanto se le antoja falso [...].»*

MANUAL DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA[1]

«Nuestro ferviente anhelo fue siempre, y continúa siéndolo hoy, salvaguardar intactas la recta e impoluta fe y la firme consistencia de la Santa Iglesia de Dios, católica y apostólica. Esto lo hemos tenido siempre presente como la más urgente de nuestras tareas de gobierno.» «Y en aras de ese anhelo emprendimos, en verdad, grandes guerras contra Libia y Occidente, por la "recta fe" en Dios y por la libertad de los súbditos.»

EMPERADOR JUSTINIANO[2]

«A los unos los mató sin motivo. A los otros los dejó escapar de sus garras pero en lucha con la pobreza, haciéndolos más desdichados que los muertos, hasta el punto de que imploraban que la más miserable de las muertes pusiera fin a su situación. A otros les arrebató la vida juntamente con su hacienda. Y comoquiera que para él la disolución del Imperio por decisión personal era una simple bagatela, no es posible que hubiera emprendido la conquista de Libia e Italia por ningún otro motivo que no fuese el de pervertir también a los hombres de estos territorios juntamente con sus antiguos súbditos.»

PROCOPIO, HISTORIADOR BIZANTINO COETÁNEO DEL EMPERADOR[3]

«Las humeantes ruinas de Italia, la aniquilación de dos pueblos germanos, el empobrecimiento y las sensibles pérdidas que diezmaron la población aborigen del Imperio occidental, todo ello era más que indicado para abrir a todos los ojos acerca de las verdaderas causas de la política religiosa del Imperio de Oriente [...]. El clero católico tiene una buena dosis de responsabilidad por el estallido de las guerras de aniquilación de aquella época [...]. La influencia de la Iglesia llegaba hasta la última aldea.»

B.RUBIN[4]

«Y con ello dio comienzo la primera Edad de Oro de Constantinopla.»

CYRIL MANGO[5]

4.1 JUSTINO Y LA SUBVERSIÓN TOTAL: DE PORQUERO A EMPERADOR CATÓLICO (518-527)

Con Justino se inició, literalmente de la noche a la mañana, una nueva era en la política religiosa. Roma y la ortodoxia triunfan en ella.

Nacido en 450 en Taurisio/Bederiana (cerca de Naissus o bien de la actual Skopje),

[1] Handbuch der Kirchengesch. 11/2 19
[2] Liber. adv. Originem, Praefatio (MG 86,1,945). Mansi IX 488 und Nov. 78 c.4,1
[3] Prokop. hist. arcan. 6. Cit. por Rubin 210
[4] Rubin 73, 142
[5] Mango 84

el hijo de un campesino ilirio ascendió de porquero a general mientras su hermana Bigleniza siguió afanándose en Taurisio como una aldeana cabal. Justino, que había luchado en la guerra isauria, en la pérsica y contra Vitaliano, era un analfabeto terco y gruñón. Apenas sabía leer y menos aún escribir, ni siquiera su propio nombre. Pero tenía en cambio una astucia campesina, era callado, resuelto y católico integral. «No tenía cualificación ninguna para gobernar una provincia, por no hablar de un imperio» (Bury). Pero, «supone» el jesuita Grillmeier, ya antes de su elevación al trono era partidario del Concilio de Calcedonia.

Contando ya 67 año s, desde el comienzo de su reinado estuvo bajo la influencia decisiva de su sobrino y sucesor Justiniano, que contaba entonces 36 año s, y también bajo la del clero católico, particularmente los monjes. Era evidente que Justino y Justiniano tenían ya hace tiempo preparado el cambio de poder. Ya antes de la subversión del mismo mantenían contactos con el paladín de la fe, Vitaliano, y con el papa. Los auténticos pretendientes al trono, sobrinos del fenecido emperador, y jefes militares, Hipacio y Pompeyo —el último de ellos un católico en extremo ferviente— fueron puestos fuera de juego y todos los parientes del emperador en general — algo que ya estigmatizaron Procopio y Evagrio— fueron embaucados para apartarlos del poder.

119

Ya durante la noche en que moría Anastasio, Justino sobornó a cuantos había que sobornar para asegurar la sucesión en su favor, pese a que al día siguiente —¡qué farsa tan repugnante!— aparentaba resistirse de todas las maneras posibles a tomar sobre sí el peso de la corona. En ello pulverizó todo el dinero que había aceptado del gran chambelán Amancio para promocionar la candidatura de un sobrino de éste. De este modo, al día siguiente, 9 de julio de 518, y apenas elevado Justino al trono — con un tiempo realmente «imperial», después de la tormentosa noche anterior— se pudo enfatizar que aquél debía ante todo a Dios sus galas imperiales y exclamar una y otra vez: «*Emperador, tú eres digno de la Trinidad, digno del Imperio, digno de la ciudad*» y celebrar el domingo siguiente una pomposa misa en Hagia Sophia.[6]

Con todo, tampoco este ascenso al poder transcurrió sin tumultos ni sangre, por más que, como era evidente, estuviese conchabado y preparado con mucha antelación y fuesen muy pocos los que vislumbraran la tupida red de intrigas y conexiones en direcciones múltiples. Se produjeron feroces disturbios y se repitieron turbulentas escenas hasta en la misma Hagia Sophia. Emergieron varios candidatos al trono para desaparecer en breve como cometas apagados por el hirviente tumulto. Y cuando el senado, gracias al soborno, nombró a Justino, un grupo de opositores se precipitó contra él. Uno de ellos le partió el labio de un puñetazo, pero su gente desenvainó al momento las espadas, abatió a tajos a algunos de los atacantes y dispersó a los otros.[7]

En todo caso, el analfabeto católico, aunque fuese, ciertamente, con la

---

[6] Euagr. 4, 2. Prokop. hist. arcan. 6, 1 ss. bell. pers. I, 8, 3; 2, 15, 7. Const. Porph. de caerimon. 1, 93. Marcell. com. 519 (Chron. min. 2, 101). Pauly III 19, 21 s. Dtv Lex. Antike, Geschichte 11 171. Grisar, Geschichte Roms 690. Diehí 1. Caspar, Papsttum VII 148 s. Thiess 439 s. Vasiliev 43 ss, 66 ss, 85. Bacht, Die Rolle U 193 ss. Bury, History II 16 ss. Rubin 52 ss, 64 ss, 67 ss, 73, 125. Jones, Román Empire 1267. Grillmeier, Rezeption 359 s, 365

[7] Rubin 58, 68 con indicación de fuentes

imprescindible ayuda de la superior inteligencia de su sobrino, consiguió todos sus objetivos en un sólo día: su elección, su confirmación y su coronación.

A pesar del juramento prestado a raíz de su elección, comprometiéndose a no perseguir a ninguno de sus rivales y adversarios, Justino depuró la corte de elementos indeseados y, especialmente, de todo cuanto había servido de apoyo al «emperador de los herejes». Casi inmediatamente después de la solemne misa en Hagia Sophia y apenas diez días después del cambio de poder, la oposición, compuesta casi exclusivamente de eunucos y cubicularios fue desbancada: el cubiculario Misael fue desterrado. Igual suerte corrió el chambelán Ardabur. El chambelán Andrés Lausiacus fue decapitado y, por motivos de tanto más peso, el gran chambelán Amancio, cuyo dinero, destinado al soborno, había gastado Justino en su propio provecho. El pretendiente al trono, sobrino y hombre de paja manipulado por Amancio, que no podía ser él mismo emperador por su calidad de eunuco, fue lapidado y su cadáver arrojado al río. Las víctimas simpatizaban manifiestamente con los monofisitas, quienes los exaltaron por su parte como mártires. Pero ya antes de su liquidación se había entonado el *Benedictas* y el *Tres veces santo,* de modo que la Fiesta Calcedonia «celebró su estreno en la liturgia de Constantinopla» (Grillmeier, S'. J.). Ya al día siguiente del asesinato de los competidores, los nombres de los papas León I y los de los patriarcas de convicciones católicas, Eufemio y Macedonio, fueron incluidos en la oración eucarística. Y el mismo 7 de septiembre Justiniano, el sobrino imperial, pudo comunicar a Roma: «Lo más arduo de los problemas relativos a la fe ha sido resuelto con la ayuda de Dios [...]».[8]

Justino I comunicó ya ei 1 de agosto su elevación —«una muestra de la gracia de Dios»— a los patriarcas del Imperio y también al papa Hormisdas, anunciando a la «Santidad» que «si bien en contra de nuestra voluntad y en oposición a nuestros deseos, fuimos escogidos y confirmados como soberano, antes que nada, en virtud de la gracia de la indivisible Trinidad, y en segundo lugar por la elección, recaída en nuestro favor, de los muy distinguidos altos funcionarios de nuestro imperial palacio y también del honorabilísimo senado y del ejército, de acendrada fidelidad. Os rogamos ahora que tengáis a bien implorar al divino poder para fortalecer los comienzos de nuestro reinado. Creemos poder abrigar legítimamente esa esperanza y Vos la de ayudar a su cumplimiento». En su escrito de felicitación el papa subrayaba la intervención de la divina voluntad en la elección y mostraba su esperanza en una pronta unificación eclesiástica.[9]

Entre los factores que propiciaron la toma de poder por Justino figuran los siguientes: el ejército, a quien el veterano espadón impuso —¡a todos y cada uno de los soldados— el deber de aceptar el credo calcedoniano. El catolicismo, conocedor de las simpatías que Justino sentía por él. También la masa popular a quien imponía tanto por su origen de porquero como por su ortodoxia, pues la capital era mayoritariamente católica. Los sacerdotes lo ensalzaban loándolo como «el amado de Dios y el más cristiano de los emperadores». Y el sobrino Justiniano proclamó en

[8] Coll. Avell. 141, 147. Caspar, Papsttum II, 148 ss. Vasiliev 103 ss. Rubin 56, 60,68. Grillmeier, Rezeption 359 ss

[9] Avellana 141. Caspar, Papsttum II 149 s. Enssiin, Theoderich 305 s

520 que Justino fundamentaba su soberanía en «la santa religión».[10]

120

Una vez más, pues, recuperaba su vigencia la fórmula de Calcedonia. Pues Justino, el hombre determinante del nuevo gobierno, al menos ya en lo concerniente a la política eclesiástica

«comprendió que sólo un claro sí a Calcedonia ofrecía perspectivas para pacificar el reino» (Bacht, S. J.). Dicho de otro modo: la Iglesia católica había velado para mantener eterna discordia mientras se viese privada de su papel protagonista y «pacificación» significaba entonces, como lo muestra la historia y lo seguirá mostrando cada vez que se presente la ocasión, lo siguiente: opresión de las demás religiones. También el papa Hormisdas lo entendía así al escribir al emperador: «Ved como día tras día el delirio del viejo enemigo sigue causando tamaños estragos. Pese a que el problema ha sido resuelto por un juicio definitivo, la paz sufre demoras [...]». Pero el papa quería «retomar al amor», deseaba la paz, aquella paz, en todo caso, que ensalzaba ante el emperador con las seudopacifistas palabras de la Biblia: «¡Honor a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad!» Pues hombres de buena voluntad son siempre únicamente aquellos que quieren lo que Roma quiere. Escueta y atinadamente comenta Rubín en su brillante monografía sobre Justiniano: «Paz para los correligionarios, guerra y terror para quienes discrepan».[11]

4.2 LA PERSECUCIÓN DE LOS MONOFISITAS BAJO JUSTINO I

Justino y Justiniano habían conspirado ya con Roma antes de aquel vuelco político. Habían obtenido el poder con la ayuda de los católicos. Debían mostrarse agradecidos tanto más cuanto que el papa Hormisdas abrigaba deseos inequívocos: anatematización de Acacio juntamente con sus sucesores Eufemio y Macedonio, quienes, no obstante, «lo hicieron, ciertamente, lo mejor que pudieron» *(Manual de la Historia de la Iglesia)* y asimismo de sus protectores, los emperadores Zenón y Anastasio. También deseaba, y no en último lugar, la expresa adhesión a la Iglesia romana y la sumisión a sus decisiones, todo ello confirmado por su firma al pie del «formulario» que él les envió. Por el momento acabaron con la política religiosa de Anastasio y tomaron un rumbo opuesto. Ya en los comienzos de su gobierno, en 519 o 520, Justino exigió, mediante edicto, de todos los soldados romanos regulares la aceptación del símbolo de fe calcedoniano bajo amenaza de graves castigos. Y como estaba decidido a imponerla en todo el imperio, puso en marcha, especialmente en Siria y Palestina, una amplia persecución de «herejes»: arríanos monofisitas y demás disidentes. En todo ello, desde luego, jugaban también su papel motivos económicos (pues los nuevos señores también supieron colocar prontamente a sus parientes en influyentes posiciones civiles y militares). Sobre el clero, los legos e incluso los niños recayeron severos castigos.[12]

---

[10] Justinian. ep. 72, 3. Coll. Avell. 232. A. Enssiin, Gottkaiser 91. Vasiliev 76; Haacke, Politik II 148. Rubin 57 ss, 125. Tinnefeid 192

[11] JK 806 (Avell. 149). Caspar, Papsttum II 154. Bacht, Die Rolle II 289. Rubin 73 s

[12] Prokop. hist. arcan. 11, 16. Hormisda ep. 41 s. Coll. Avell. 141. RAC IV 575. Kirsch 642 s. Vasiliev

Aquellos prelados católicos, oficiales y funcionarios ilustres, que habían sido víctimas de las deportaciones, fueron inmediatamente reincorporados a sus puestos, mientras que 54 obispos del bando contrario fueron enviados al destierro a vuelta de correo, por así decir. Filoxeno, el metropolitano de Mabbug (Hierápolis) murió poco después en su destierro de Tracia. Apenas una semana después de la elevación de Justino al trono, a saber, el 15 de julio, el patriarca constantinopolitano, Juan II (518-520) —elegido todavía bajo Anastasio, de quien era adicto—, fue forzado a abjurar públicamente de su fe en santa Sofía, a reprobar el *Henotikon,* a reconocer el credo de Calcedonia y a condenar a la auténtica cabeza dirigente de los monofisitas, Severo de Antioquía, quien, por cierto, huyó más tarde, el 29 de septiembre a Egipto, siguiendo el camino de no pocos obispos correligionarios. Todo ello sucedió bajo la presión de masas vociferantes, fanáticamente azuzadas, y de los monjes «ortodoxos» encabezados por los superortodoxos *acoimetas* («los que no se acuestan»).

121

El patriarca consintió prontamente en ello, pero haciendo de tripas corazón (lo que le resultó más duro fue la condena de sus predecesores en la sede y la extinción de sus nombres en los dípticos, pero el papa insistió en ello una y otra vez). Pronto se creó una Fiesta de Calcedonia, institución que perduró en el calendario de Constantinopla. Inmediatamente después de la liquidación de los cubicularios —Justino promulgó una circular— apoyada en la petición forzada de un sínodo presidido por el patriarca de la corte —que convertía en punible toda herejía, particularmente el monofisismo, y conminaba a los gobernadores de provincia a adoptar las medidas pertinentes. «La consecuencia fue un terror devastador que golpeó ante todo a los monofisitas. Sólo en los países en los que la mayoría de los heterodoxos era absoluta se abstuvo el gobierno de apremiar al cumplimiento literal de sus exigencias. Dondequiera que los ortodoxos se sentían bastante fuertes, una oleada de violenta persecución se abatió sobre los monofisitas. Sus partidarios más fanáticos, particularmente los monjes, emigraron directamente al desierto y fundaron una serie de colonias de emigrantes fuera del alcance del control estatal» (Rubín). El hombre de confianza e hijo predilecto del papa, Vitaliano, exigió incluso la mutilación corporal del dirigente de los monofisitas, Severo. La «jerarquía severiana» fue oprimida y perseguida por doquier, sin que la Iglesia monofisita, forzada bruscamente a la ilegalidad y anatematizada como herética pudiera, pese a todo, ser erradicada. Y eso que algunos deseaban ver destruidos incluso los huesos de los «herejes» ya difuntos.[13] Pero no todos se sometieron.

En Egipto, centro de la oposición a lo largo de los cincuenta años siguientes, no hubo ninguna fuerza capaz, pese a las persecuciones y deposiciones de tantos obispos, de romper la resistencia monofisita. Y también en Siria enseñó ésta los dientes. Las agitaciones duraron allí muchos año s. Los prelados católicos elevados a aquellas sedes sólo pudieron, por regla general, desempeñar sus cargos con apoyo

213, 221 ss. Grillmeier, Rezeption 365. Rubin 68, 73. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,17. Tinnefeid 86 s

[13] Liberal. Brev. 23. Rusticus diac., C. Acephalos disput. PL 67, 1251 D. Prokop. hist. arcan. 10, 7. Malalas 410, 9. Theoph. 1, 165. Euagr. 4, 2. Sever. ant. ep. 1**,** 24. Altaner 416. Altaner/Stuiber 349 s. Kirsch 643. Caspar II 148 s. Vasiliev 135 ss, 226 ss. Haacke, Politik II 152. Bury, History II 20 s. Bacht, Die Rolle II 289 ss. Haller, Papsttum 1184. Rubin 68 ss. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 16 s. Grillmeier, Rezeption 360 ss

militar.

Si la víctima más prominente de los *pogroms* efectuados contra los monofisitas bajo Justino fue el patriarca Severo de Antioquía —quien organizó incansablemente la resistencia desde Egipto y se convirtió allí en santo de los jacobitas, los coptos (festividad el 8 de febrero)—, el más feroz de los perseguidores de monofisitas de aquella época fue el sucesor de Severo, Pablo II (519-521), llamado el judío, un antiguo posadero de Constantinopla. Pablo desencadenó una dura persecución en su archidiócesis en la que perdieron sus sedes unos cuarenta obispos partidarios de Severo. El nuevo patriarca expulsó a los monjes de sus conventos, a los estilitas de sus columnas. Arreó a los hombres a través de campos y montañas como si fueran animales; los expuso a la nieve y al frío; les privó de alimentos, de sus bienes. Les hizo desterrar, torturar y matar. Su furia se abatió sobre clérigos y seglares, sobre hombres y mujeres, incluso sobre niños. Finalmente, Justino tuvo que removerlos a causa de sus crímenes.[14]

Los monjes de Edesa, que se negaban a admitir las fórmulas calcedonianas fueron arrojados de sus conventos por el nuevo obispo Asclepio, quien acudió para ello a la violencia de las armas. Sucedía ello en pleno invierno, en Navidad, y pese a que muchos monjes eran ancianos o estaban enfermos. Sólo pudieron regresar tras un exilio de seis año s. Bajo Asclepio fueron desterrados, torturados de múltiples maneras o asesinados numerosos «herejes» más hasta que él mismo fue expulsado por la población en el invierno de 524 a 525.[15]

4.3 EL «LIBELLUS HORMISDAE»

El papa Hormisdas, padre del futuro papa Silverio, quería, desde luego, llegar aún más lejos: hasta la sumisión total. Algo que Roma desea cada vez que se ofrece la ocasión. Y sus ambiciones iban, por supuesto, mucho más allá de la supresión de las directrices eclesiásticas de un Zenón, de un Anastasio, más allá, en suma, del ámbito puramente religioso. Pues en el fondo, lo que está siempre en juego es el dinero, el prestigio y el poder. De modo que, también en esta ocasión, la sede romana aspiraba a la «ampliación de la influencia papal sobre la vida interna del Imperio oriental en general, sobre su política y sobre otros aspectos de la complicada maquinaria de gobierno» (Vasiliev).[16]

122

Hormisdas trasmitió sus exigencias y muchas cartas por medio de una legación en enero de 519: un presbítero y dos diáconos, de los que uno de ellos sería más tarde el papa Félix. El 25 de marzo, el senado en pleno y a su cabeza Justiniano y también el campeón de la fe Vitaliano, que ya llevaba tiempo reincorporado a su antiguo cargo (a los dos últimos los llamaba Hormisdas

«mis amados hijos»), los acogieron diez millas antes de llegar a Constantinopla.

---

[14] Euagr. 4, 4. Coll. Avell. 2, 41 s. LThK 1. A. IX 508 s, 2. A. IX 702 ss. Caspar, Papsttum II 149. Enssiin, Theoderich 308. Vasiliev 235 s. Haacke, Politik II 148. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 18. Brock 87 ss. Speigí 264 ss

[15] Vasiliev 236 s

[16] Ibíd. 211. Cit. en Haacke, Politik II 145

La legación fue recibida en la capital con teas ardientes y cánticos de alabanza y al emperador le fue entregada una carta que perfumaba con abundante incienso al matarife coronado. Hormisdas le ensalzaba como predestinado por Dios, como pacificador nato. No era el Imperio una gloria para él, sino él una gloria para el imperio. Hacía ya mucho tiempo que los pueblos esperaban anhelantes un Justino y su «dulce perfume» había llegado ya previamente a Roma, donde valían estas palabras:

«Yo ya te conocía antes de que te crease en el vientre de tu madre [.,.]».[17]

Realmente, el papa Hormisdas había tenido buen olfato. Así como Anatolio tuvo en su día que suscribir la carta pastoral de León bajo la presión de Marciano y Pulquería, Juan II de Constantinopla tuvo que sufrir ahora una humillación total. Por orden de Justino firmó el *Libellus Hormisdae* en su versión plena y literal. Acacio fue anatematizado públicamente. Los nombres de Zenón y de Anastasio fueron, incluso, borrados de los dípticos eclesiásticos. Aparte de ello el patriarca y el emperador reconocieron en un escrito que no tiene par en la historia, su respuesta a la carta del papa, el derecho de aquél a regir toda la Iglesia. ¡Y prestaron su asentimiento nada menos que 2.500 obispos! Una sumisión total, victoria de Roma, de las que hacen época. Claro que, como ya se encargaría de demostrar los decenios siguientes, fue una victoria más bien pírrica. Pues no son pocos los que ven el reinado de Justiniano, el emperador católico, como «una de las derrotas más vergonzosas del papado» (H. Rahner, S. J.). De momento, sin embargo, Hormisdas exultaba: *«Gloria in excelsis Deo* [...]».[18]

La unión entre Constantinopla y Roma, que condujo al restablecimiento de un gran Imperio católico-romano a la par que al total exterminio de dos pueblos germánicos, también había causado la mayor de las escisiones conocidas hasta entonces en Oriente.

Incluso durante la estancia de los legados papales (hasta el 9 de julio de 520) en Constantinopla se puso drásticamente de manifiesto cuan profundos eran aún allí los enfrentamientos, cuan firme era la adhesión de algunos obispos al *Henotikon,* cuán difícil les resultaba mandar póstumamente al diablo a sus predecesores, especialmente a Acacio.

La cuestión estaba relacionada con las firmas estampadas al pie del mencionado *Libellus,* las *«Regulaefidei Hormisdae»,* que presuponían el primado de Roma, el reconocimiento del Concilio de Calcedonia y de «todas las cartas» del papa León I. El metropolitano Doroteo de Tesalónica envió por ello, en 519, dos obispos con dinero de soborno a Constantinopla, que, en palabras del legado papal Juan, «hubieran podido fascinar no sólo a los hombres sino a los mismos ángeles». Y cuando el mismo obispo Juan vino personalmente a Tesalónica para conseguir la firma de Doroteo al pie del *Libellus* de su señor, el arzobispo no estaba dispuesto a ello, presentó objeciones y soliviantó finalmente a la feligresía cristiana para que cayese sobre Juan.

---

[17] Coll. Avell. 149; 160 ss, especialmente 167; 213; 223. Hartmann, Geschichte Italiens 1215 s. Caspar, Papsttum II 153 s. Enssiin, Theoderich 294, 307. Vasiliev 168 ss. Haller, Papsttum I 185. Rubin 72. Haacke, Politik U 144 ss. Grillmeier, Rezeption 365

[18] Coll. Avell. 159, 167. Comprobar también Coll. Avell. 160 ss, 168 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 216. Caspar, Papsttum II 157. Haller, Papsttum I 186. Rahner, Kirche und Staat 281 s

Dos servidores del prelado y su anfitrión pagaron con la muerte. El mismo legado resultó gravemente herido. Sólo la policía impidió que su martirio fuera completo. Cuando Hormisdas citó a Doroteo a Roma al objeto de «instruirle en la fe católica», éste no sólo no obedeció, sino que escribió a Su Santidad: «¿A qué perderse en largos discursos ya que Jesucristo, nuestro Dios y Señor, os lo puede revelar todo y daros satisfacción en todo [...]?». Pretendió hacer creer al romano que fue él quien protegió a su legado exponiendo gravemente su propia vida. Y el papa, que no pudo conseguir del emperador la deposición del arzobispo, tuvo que dar, apocado, marcha atrás y replicó finalmente que quien no reconocía su culpa debe tener presente que «se ha apartado del camino cristiano».[19]

123

En el fondo, Hormisdas, como todo papa inteligente hasta el siglo XX, no tenía nada en absoluto contra un poco de persecución: eso da nuevos alientos, despierta a los dormidos y les hace apretar filas en tomo a la cruz. «Hermanos míos, la persecución no es nada nuevo contra la Iglesia», escribió Hormisdas en el mismo comienzo de los contiendas en torno a la política eclesiástica de la dinastía justiniana. «Y sin embargo: precisamente cuando es humillada, se yergue y se enriquece con las pérdidas que se le hayan causado. Los creyentes lo saben por experiencia: con la muerte del cuerpo se gana la vida del alma. Caduca lo ínfimo y a cambio se obtiene lo eterno. La persecución pone a prueba [...]. Nuestro Señor fue el primero en subir a la cruz.»[20]

Tampoco la cúspide de los católicos pudo evitar el pago de cierto tributo de sangre a raíz del cambio de poder.

Poco después de iniciadas las tareas de gobierno, Justino, Justiniano y Vitaliano se habían garantizado seguridad mutua mediante santo juramento, prestado en la iglesia de Santa Eufemia de Calcedonia, el templo donde se había reunido el concilio del mismo nombre. Después comulgaron. El hombre de confianza del papa, Vitaliano, «nuestro celebérrimo hermano», como se decía en una carta de Justiniano a Hormisdas, había laborado mucho tiempo ha en pro de la unión con Roma y era, como campeón de la fe, mucho más popular que el mismo Justiniano y, por ello mismo, temido por éste. Vitaliano adquirió gran ascendiente y escaló las máximas dignidades. Pronto llegó a *Magister militum presentabais* y, en 520, a cónsul. Pero en junio de aquel mismo año , Justiniano, cuya política se centraba por entero en asegurar su sucesión, lo hizo asesinar, juntamente con otros oficiales, en el transcurso de una fiesta en palacio: posiblemente no a manos de la soldadesca, sino de monofisitas radicales.[21]

Este final de su «amado hijo», perpetrado por otro «hijo amado», no debió de preocupar gran cosa a Su Santidad y no protestó, por supuesto. En cambio, sí que apremió al emperador para que en la cuestión de la reconciliación «no retirase su mano antes de consumar la obra, ni aflojara en su propósito por causa de la resistencia de algunos». No era en modo alguno legítimo «ceder a la voluntad de los

---

[19] Coll. Avell. 186, 208 s, 225 ss. Caspar, Papsttum II 165 ss. Enssiin, Theoderich 308. Rubín 72. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 16 ss, 202. Grillmeier, Rezeption 365 ss

[20] Coll. Avell. 140 (CSEL 35, 572)

[21] Theoph. Chron. PG 408, 384 A. Zachar. Rhet. h.e. 8, 2. Caspar, Papsttum n 149. Vasiliev 108 ss, 121. Haacke, Politik II 143. Bacht, Die Rolle II 239, 291. Dannenbauer, Entstehung 1218 s. Rubin 69 s

súbditos cuando ésta fuese contraria a su salvación». Hasta el mismo Justino acabó quejándose pronto, el 9 de septiembre de 520, recordándole que uno de sus predecesores, Anastasio, había sido más tolerante.[22]

4.4 ROMA ABANDONA A RAVENA Y SE PASA AL BANDO BIZANTINO

El vuelco político efectuado por Justino determinó también, poco a poco y por razones tanto políticas como religiosas, un empeoramiento de las relaciones entre Bizancio y Ravena. La tendencia antigótica, encubierta mientras aún vivía Teodorico aunque éste la intuía perfectamente, sometió finalmente a este rey a un serio acoso y condujo, bajo sus desafortunados sucesores, a la reconquista de Italia por Justiniano.

Todo ello respondía a la naturaleza de las cosas y estaba ostensiblemente planeado desde un principio por más que, de momento, se hizo todo lo posible para embobar a los godos. De ahí que Justino no sólo adoptase al hijo y sucesor de Teodorico, Eutarieo, sino que lo convirtió en su colega consular para el año 519. Pero todos los hombres conspicuos del nuevo gobierno, Justino, Vitaliano y Justiniano, habían conspirado ya con el papa antes de la eversión política buscando claramente una alianza con él. Y «la paz eclesiástica de Justino conduce rectamente a la guerra de Justiniano contra los godos» (Rubín). Pues la «paz eclesiástica» no entrañaba, naturalmente, una paz real, sino una paz entre «los hombres de buena voluntad». A otros efectos, era una alianza militar entre Bizancio y Roma, que ahora cambiaba de bando.[23]

Justino, católico comprometido, había abandonado inmediatamente el *Henotikon,* eliminando así el obstáculo principal interpuesto entre los católicos de Italia y el emperador.

124

El papado, que hasta entonces había sido *nolens volens,* acomodaticio frente al «rey de herejes», de quien en todo caso continuó aprovechándose, se inclinó ahora fuertemente hacia Bizancio, cosa que también hizo el senado romano. Por su parte Teodorico comenzó a vigilar más de cerca a los católicos, pero ya era demasiado tarde. Si al principio existía un frente común entre el reino godo y Roma contra Bizancio, ahora se constituyó un nuevo frente, mucho más peligroso, con Roma y Bizancio contra los godos. Pues los contemporáneos de principios del siglo VI veían aún en el Imperio bizantino, cristiano y absolutista, el centro del mundo. En un principio, ciertamente, Justino condescendió con los «bárbaros» haciendo concesiones a los godos arríanos de Oriente y eximiéndolos de los *pogroms* generales contra los «herejes». Después, sin embargo, retiró esas concesiones y persiguió también a quienes hasta entonces había tolerado. Desde la transición del año 524 al 525 procedió con todo rigor contra los disidentes religiosos de entre los godos. Muchas iglesias amanas fueron cerradas, confiscadas o convertidas en católicas.

[22] Justin. ep. ad Hormisdam, Coll. Avell. 232. Comp. Coll. Avell. 238. Caspar, Papsttum II, 179. Haacke, Politik II 146. Grillmeier, Rezeption 366 s

[23] Rubin 73 s

También sus grandes posesiones fueron confiscadas en favor de los católicos. Los arríanos fueron excluidos de los cargos públicos y del ejército y muchos de ellos forzados a convertirse. Comenzaron las conversiones en masa, momento en que intervino Teodorico.[24] Para ello se sirvió, lamentablemente, del papa. Hormisdas no vivía ya. Había muerto el 6 de agosto de 523, siendo enterrado en San Pedro: su epitafio fue obra de su propio hijo, el futuro papa Silverio. Pero tampoco el sucesor inmediato, Juan I (523-526), de quien la historia sabe muy poco y sí, en cambio, mucho la leyenda, apenas sentía deseos de implorar una tolerancia en favor de los malditos «herejes» de Constantinopla como la que el mismo Teodorico dispensaba en Italia a los católicos; eso pese a que la atmósfera entre Roma y Ravena se había enfriado notablemente desde el año 519. Así pues, el papa Juan emprendió, estando ya enfermo, viaje a Constantinopla, donde residió desde noviembre de 525 hasta la pascua de 526. Fue objeto de un recibimiento y de celebraciones triunfales. Tras todo aquello estaba, naturalmente, el deseo de unidad religiosa y de unidad del imperio. Teodorico había cometido un error diplomático, apreciando probablemente de forma totalmente errónea al papa y al papado. Pero incluso sin ello, las cosas habrían ido, lo más seguro, en la misma dirección. El emperador cayó de rodillas ante el sacerdote «como si fuera el mismo san Pedro». El comunicado romano afirma incluso que el soberano «adoró al papa Juan» *(adoravit).* Éste realizó de inmediato un milagro devolviendo la vista a un ciego, pero, por lo demás, no consiguió gran cosa en favor del rey de los «herejes» y los «bárbaros». Su éxito como papa fue, en cambio, tremendo: el biógrafo papal pretende incluso que lo «obtuvo todo» del emperador. Justino devolvió ciertamente las iglesias confiscadas, pero rechazó el retomo al arrianismo de los convertidos a la fuerza, y es harto probable que en ello coincidiese con Juan. Cuando éste volvió enfermo y fatigado por el viaje a Ravena, muriendo de allí a poco, el 18 de mayo de 526, la leyenda católica tomó pie de este fin tan poco glorioso en la corte del rey «hereje» para transfigurarlo en martirio precedido de un horrible cautiverio. Senadores y pueblo se disputaron las reliquias ya en su lecho de muerte y durante su entierro tuvo lugar un nuevo milagro. En su epitafio, en la sala de la basílica de San Pedro, el «obispo del Señor» figura ya como víctima sacrificada por amor a Cristo. El *Líber pontificalis* lo llama «mártir», mientras que el «rey de herejes», según el biógrafo papal, «ardía en cólera y quena ahogar a toda Italia con su espada». ¡Qué metáfora tan acertada! (Más tarde, algunas leyendas cristianas demonizan a Teodorico. A finales de aquel siglo, en cambio, Gregorio I registra ya milagros realizados por Juan todavía en vida y el obispo Gregorio de Tours, que fabrica uno tras otro libros cuajados de milagros, nos comunica finalmente que el furioso perseguidor de católicos, aprisionó al papa y lo aherrojó: «Yo te quitaré la costumbre de seguir pronunciando maledicencias contra nuestra secta» y «en medio de muchas mortificaciones [...] el santo de Dios» entregó su espíritu.)[25]

[24] Caspar, Papsttum II 184 s. Schmidt, Bekehrung 335 s. Giesecke, Ostgermanen 127. Vasiliev 318 ss, especialmente 323 ss. Rubin 73 s. Maier, Verwandiung 170. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 18 s

[25] Greg. I. dial. 3, 2. Annal. Maximian. c. 91. Anón. Val. 2, 31. Schneege 23. Grisar, Geschichte Roms 481 ss. Caspar, Papsttum II 181 ss, 189 ss, 193 s. Schmidt, Bekehrung 335 s. Vasiliev 216 ss. Enssiin, Theoderich 323. Seppelt/Schwaiger 50 ss. Haller, Papsttum I 188 s. Dannenbauer, Entstehung I 320. Gontard 138 ss. Haacke, Politik II 146 s

¡Así escriben la historia los cristianos!

125

Al año siguiente, en 527, Justino promulgó una ley contra los «herejes», que arruinaba prácticamente la existencia civil de todos los no católicos. Pues «aquellos que no honran a Dios de manera recta deben también ser privados de los bienes humanos». Pero todo el que no pertenecía a la Iglesia católica debía ser considerado «herético». Objeto de mención expresa fueron los siguientes grupos: maniqueos, samaritanos, judíos y helenos, es decir, paganos.[26]

4.5 LAS CRUZADAS TEMPRANAS Y TODA ÍNDOLE DE HISTORIAS SACRAS ARÁBIGO-ETÍOPES

Una especie de cruzada llevó ya a Justino a Arabia del Sur, si bien era más bien el comercio y no la misión lo que allí estaba en juego. Ergo, ya entonces —para decirlo con Nietzsche— piratería de alto estilo. Eso es todo...

Una ofensiva de la Abisinia cristiana en Arabia del Sur acarreó una persecución de cristianos y destrucción de iglesias por parte del rey Yusuf (Dhu Nuwas), un fanático prosélito judío. Su antagonista 'Ella 'Asbeha, dominador de Abisinia y cristiano monofisita, llamado «el Rey Cristiano» había atacado a Yusuf en 522, pero llevó la peor parte en dos batallas. Yusuf

«limpió» entonces brutalmente su país de misioneros, comerciantes y espías cristianos, y a 300 soldados del ejército invasor cristiano, que se habían entregado voluntariamente, los hizo sacrificar faltando a su santo juramento por Adonai y la Tora. A otros tantos los hizo quemar vivos en la iglesia principal de Zhafar. El Negus 'Ella 'Asbeha limpió Abisinia de los agentes de Yusuf. Éste pidió ayuda al Gran Rey Persa. 'Ella 'Asbeha, que se dedicaba ante todo a ampliar afanosamente su flota, la solicitó del emperador Justino, quien le urgió atacar al «abominable y desalmado judío» por tierra y por mar. Detrás de este conflicto se ocultaban, ostensiblemente, intereses de política comercial. El propio cristianismo abisinio había surgido de las colonias comerciales. El emperador, católico estricto y duro perseguidor de los monofisitas, llegó a rogar, pese a ello, al patriarca alejandrino, el monofisita Timoteo, de quien dependía jurisdiccionalmente la iglesia etíope, que favoreciese amistosamente su misión diplomática ante el Negus, quien obtuvo las bendiciones del príncipe eclesiástico y un considerable número de barcos para el transporte de tropas del emperador.[27]

El Negus envió de momento, en el invierno de 524-525, un ejército de jinetes de la fe de hasta quince mil hombres, según se supone, hacia Arabia del Sur, ejército que desapareció como por encanto tras 22 días de marcha por un desierto sin agua. El grueso de las tropas avanzó hacia la costa poco después de Pentecostés y tras un misa solemne, dándose el caso de que en la travesía, el santo estilita Pantaleón, que vivió 45 años de pie, en vigilia y en oración, sobre una torre en el pico de una montaña (manifiestamente, para estar más cerca de Dios) profetizó la victoria y dispersó al

[26] Cod. lust. 1, 5,12. Haacke, Politik II 149

[27] Mart. Areth. 28 s. RAC 1579 s. Vasiliev 291 ss. Dannenbauer, Entstehung I, 324 s. Rubin 302 ss

Negus una bendición más. Al llegar a Arabia la flota invasora —la inmensa mayoría de los barcos, 60 la habían fletado comerciantes bizantinos, persas y abisinios— las tropas de asalto recibieron la comunión. Los monjes ayudaron remando durante el desembarco y como quiera que a los abisinios se les apareció ahora no sólo el arcángel San Gabriel, sino también Pantaleón el estilita, Yusuf resultó vencido, tanto más fácilmente, cuanto que, además, le traicionaron los suyos. Él y los comandantes que le permanecieron fieles murieron al filo de la espada cristiana. Después de ello, el Negus 'Ella se apoderó en Zhafard, la capital de la familia y los tesoros de Yusuf e hizo expoliar despiadadamente el país durante siete meses, mientras las iglesias surgían como las setas. La población fue sometida a tales vejaciones que se tatuaba cruces en el cuerpo con tal de escapar al terror del Negus. Arabia del Sur perdió su autonomía, estableciéndose en ella un gobierno cristiano. 'Ella 'Asbeha, por su parte, es hasta hoy santo de la Iglesia. Es más, va casi «a la cabeza en el interés del mundo Occidental por las experiencias salvíficas arábigo— etíopes» (Rubin).[28]

126

El judaismo, que, al igual que en otros muchos lugares, también estaba en Abisinia, más que probablemente, entre los precursores del cristianismo, no pudo ya mantenerse allí después del triunfo de éste. A mediados del siglo VII cristianos fanáticos forzaron a los judíos a emigrar.[29]

En otro intento de expansión por Oriente, el emperador Justino puso en práctica un método que se haría clásico con el tiempo hasta convertirse en una norma básica del arte cristiano de gobernar, norma que ha perdurado hasta la moderna época colonial: primero procedió como evangelizador, valiéndose del clero y del agua bautismal; después como diplomático y finalmente, más o menos en el último año de su reinado, enviando tropas. De este modo Bizancio creó en el Caucase, con sus importantes pasos de montaña, una zona tapón permanente y de gran valor estratégico, avanzando hasta la actual Georgia. Una vez más los intereses estratégicos confluían aquí con otros de índole comercial no menos importantes.[30]

Los georgianos estaban bajo soberanía persa, pero eran cristianos desde el siglo IV y tuvieron no pocos conflictos con los representantes de la religión del fuego mazdeísta. Finalmente, los cristianos rebeldes, dirigidos por su clero, llamaron en su ayuda al emperador Justino, cosa que habían concertado sin duda alguna con él. Justino envió primero un ejército de hunos con el *Magister militum* Pedro a su cabeza, quien debía luchar «con la máxima energía», pero éste no consiguió nada y fue revocado de su cargo en 526. Bien pronto, sin embargo, los jóvenes estrategas Belisario y Sitias se hicieron cargo de las operaciones en la frontera oriental, siendo apoyados por los sarracenos del príncipe árabe Tafar. Los combatientes cristianos se apoderaron por lo pronto de gran cantidad de botín y de esclavos. Después, no obstante, sufrieron dos serias derrotas en Thannuris y Melabas, provocadas, sobre todo, por el intrincado sistema de obstáculos, fosos-trampa y caballos de Frisa montado por los persas.[31]

Entretanto, Justino murió el 1 de agosto de 527 a la edad de 75 o 77 año s, al

[28] RAC 1579 s. Vasiliev 296 ss. Rubin 312 ss
[29] Rubin 302
[30] Ibíd. 75, 257 ss
[31] Ibíd. Vasiliev 269 ss

reabrírsele una herida de flecha en el pie, siguiéndole en la regencia su sobrino Justiniano, a quien primero apartó enérgicamente de sí el soberano enfermo, que no quería soltar aún el timón del Estado. Es probable, con todo, que Justiniano fuese desde el mismo comienzo el *spiritus rector* de la política de Justino.[32]

4.6 EL EMPERADOR JUSTINIANO, DOMINADOR DE LA IGLESIA

Justiniano I (527-565) hijo de campesinos macedonios como su tío, pero exquisitamente educado, tenía 45 años cuando inició su gobierno. Era un pícnico, de estatura media, carirredondo y con calvicie prematura. Probablemente un tipo dinámico, hombre lleno de contradicciones y enigmas, en aquel entonces, y en nuestros días, un semidiós o un satán, según el ángulo desde el cual se le mire. Se mezclaban en él la viveza de espíritu con una capacidad de trabajo casi excepcional y también con la desconfianza y la envidia. Era minucioso, enérgico, algo rabulístico y simulador; un intrigante sin escrúpulos. Comía poco y a veces ayunaba durante varios días. Todo lo quería hacer él mismo, como corresponde a un tipo humano obsesionado por la actividad; tan enamorado del detalle que sus actos rayaban con frecuencia en la pedantería. Dormía poco —el *«emperador insomne»*— y muchos días, según parece, sólo una hora: «El más vigilante de todos los emperadores». Debió de pasar muchas noches enteras discutiendo con obispos y hombres de gran santidad. «La noche —afirma Procopio, modelo de la historiografía bizantina en su *Historia Secreta*— se la pasa sentado, conversando sin vigilancia [...] y pretende desentrañar sutilmente y con la ayuda de ancianos sacerdotes los enigmas del cristianismo.» Gobernó el mundo sin abandonar apenas su palacio, desde su escritorio, por así decir. Con la ayuda de sus generales Belisario y Narsés forzó la reconquista y reconversión de Occidente al cristianismo. Tres cuartas partes de su reinado, que casi duró cuarenta año s, se ocuparon en guerras. A despecho de todo ello se sentía como representante de Dios sobre la Tierra y en consecuencia también como dirigente supremo de la Iglesia: como todos los emperadores bizantinos, tanto de la primera como de la última época imperial. El patriarca, en cambio, no era otra cosa que el obispo de la corte: como cualquier otro patriarca, como el papa. Calificaba a su firma de «divina», su propiedad y él mismo eran «sagrados» (los papas adoptarían pronto esa «sacralidad»). Todas las edificaciones de su palacio estaban santificadas: recordemos al respecto a Constantino I, el Salvador, el Redentor, que se autotitulaba «Nuestra Divinidad».

127

Si Justiniano da muestras de una incesante actividad en lo político, no es menor la que despliega en lo teológico hasta el punto de que bien podría afirmarse que había errado su profesión. Naturalemte sólo ante algunos puede pasar como un experto. Para otros es simplemente una especie de infeliz aficionado a la teología, un amateur. Aunque haya sido, casi hasta el final de sus días, un católico de firme adhesión a las doctrinas de Roma —no exento, sin embargo, de trayectorias oportunistas en zigzag se siente, no obstante, como legislador de la Iglesia, como su amo y señor. Es él quien fija las fechas de los sínodos, quien se reserva el derecho de convocatoria de

[32] Prokop. hist. arcan. 9, 54. Rubin. 76. Vasiliev 414. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,15

un concilio ecuménico y de sancionar los cánones conciliares equiparándolos a las leyes del Estado. Resuelve autocráticamente problemas de fe, promulga decretos relativos a la fe. Ocupa las sedes obispales según su arbitrio, algo que se venía haciendo, desde tiempo ha, en Oriente. Pero no sólo es legislador de la Iglesia, no sólo decreta «qué requisitos debe reunir la ordenación de obispos u otros miembros del clero», «qué vida deben llevar los monjes», etc., sino que también es autor de obras de teología y escribe, incluso, himnos sagrados. A medida que envejece tanto más intensa e inequívoca es su dedicación a la teología. Construye Hagia Sophia y gasta, presumiblemente, 320.000 libras de oro en ello. Bajo su gobierno, las iglesias y los monasterios surgen como las setas en todas las provincias. Su pasión constructora es, si cabe, aún mayor que la de Constantino I. Justiniano, cuyo afán es el restablecimiento del imperio, no sólo es el dominador de la *Catholica,* sino que es además reconocido como tal por el obispo romano, por la ciudad de Roma. A partir de Pelagio I (556-561), Occidente debe contar con la confirmación imperial de la elección de un nuevo papa antes de proceder a la consagración del mismo.[33]

4.7 JUSTINIANO EMULA LA HUMILDAD DE CRISTO Y «PONE EN ORDEN LAS GUERRAS Y LOS ASUNTOS RELIGIOSOS»

Política y religión van indisolublemente unidas en el imperio Justiniano, que se extiende desde el Golfo Pérsico hasta España. Junto a su actividad organizadora y a sus operaciones militares, este emperador, que se cree dotado de la sabiduría divina, mejor aún, inspirado por ella, consagra grandes esfuerzos a la política eclesiástica. ¡Pues la idea imperial bizantina no conoce en absoluto la separación de poderes entre el Estado y la Iglesia! El emperador es, propiamente, jefe y señor supremo de la Iglesia. Más que estar en ella, está sobre ella. Es él quien regula las cuestiones eclesiásticas, las relativas al culto y la teología, la lucha contra las «herejías», contra los paganos, al igual que lo hace con cualesquiera otros asuntos civiles o militares. «Cada misa solemne celebrada en Santa Sofía y en la que participe el emperador, tiene la impronta de una manifestación política. Como contrapartida, los actos de Estado en el sacro palacio apenas se distinguen de una misa solemne. La confusión entre las esferas mundana y espiritual es algo característico del Imperio bizantino» (Rubín). El soberano es en él responsable ante Cristo de la ortodoxia, de la Iglesia y del Reino de Cristo sobre la Tierra. Es la «auténtica encamación de este reino, el

[33] Primer testimonio: Vita Pelag. II (579-590), ed. Duchesne p. 309. Prokop. De aedific. passim. hist. arcan. 13, 28 ss. Cita en 13, 32. Cod. lust. 1, 3, 44; 1, 5, 18. Nov. 6 (a. 535); Nov. 133 (a. 539). Comprobar también Nov. 137 (a. 565). Pauly IV 1165 ss. Schuitze, Geschichte II 311. Stein, Justinian 376 ss. Caspar, Papsttum II 214, ss, 305, 325. Pirenne, Geburt 59 s. Komemann, Weltgeschichte II 436, 446 ss. Hertiing, Geschichte 110 s. Dolger, Kaiserurkunde 239, 246. Dannenbauer, Entstehung I 320 ss, II 1 ss. Maier, Verwandiung 171 ss, 181, 236. Del mismo, Byzanz 55, 63 ss. Haller, Papsttum 1191 s. Rubin 83 ss, 90 ss. Mango 104. Hunger, Byzantinische Geistesweit 89 s. Michel, Kaiserwahí 316. Bury, History I 23 ss. Ullmann, Machtstellung 47 ss, 52 ss. Geanakoplos 167, 181 ss. Diehí, Justinian 2 ss. Del mismo, Govemment 43. Bosi 114. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,21 ss, especialmente 23. Brown, Welten 188 s, 193

mediador entre Cristo y la humanidad», el «Vicario de Cristo» (Dólger).[34]

El comienzo del *Codex lustinianus* lo ocupan las leyes relativas a la política eclesiástica. Trece títulos hablan de la fe, de la Iglesia y de los obispos. Ya la primera ley contiene una profesión de fe en toda regla. La siguiente comienza así: «Como quiera que servimos incondicionalmente al Redentor y Señor del mundo, Jesucristo nuestro Dios verdadero, nos esforzamos por ello en emular, en la medida en que ello resulta posible al espíritu humano, su humildad y condescendencia». (Algo que suena de lo más curioso en la boca de uno de los mayores autócratas de todos los tiempos, aunque, desde luego, también sea al mismo tiempo uno de los mayores simuladores.) Treinta y cuatro de las leyes complementarias posteriores se refieren asimismo al derecho canónico.[35]

128

Ya la ley del 1 de marzo de 528, en los inicios de su reinado, contiene pasajes como este: «Toda nuestra solicitud tiene sus ojos puestos en las iglesias santísimas en honor de la Trinidad de esencia indivisa y sacrosanta, en la confianza de poder salvamos a nosotros mismos y al Estado gracias a ella». Y al patriarca le escribía también a la sazón: «Toda nuestra solicitud busca favorecer a las iglesias, gracias a las cuales mantenemos confiadamente nuestro Imperio y consolidamos la vida pública merced a la gracia de Dios, que ama a los hombres».[36]

En la introducción a la sexta ley complementaria del 16 de marzo de 535 el monarca escribe que los hombres deben a la suprema bondad del cielo dos excelsos dones de Dios: la potestad obispal y el poder imperial. Aquélla está al servicio de las cosas divinas; éste rige lo terrenal.

«Ambas emanan de un mismo y único origen y son la gloria de la vida humana. De ahí que nada esté tan profundamente arraigado en el corazón de los emperadores como el profundo respeto ante la potestad obispal ya que, en reciprocidad, los obispos están perpetuamente obligados a rezar por los emperadores.»[37]

La vieja canción: el trono y el altar, y en este caso, prácticamente fundidos, constituyen una misma cosa. Razón para que el soberano pueda, con la máxima convicción, poner la fe por encima de todo. De ahí que su edicto sobre la fe dirigido a la población de Constantinopla el 4 de abril de 544 asegure lo siguiente: «*Consideramos que el primer y supremo bien de todos los hombres es la recta profesión de la fe de Cristo, verdadera e incontaminada, para que pueda mostrar su vigor por doquier y para que todos los santísimos sacerdotes se unan en una misma convicción, reconozcan unánimemente la verdadera fe cristiana y se erradiquen todas las excusas inventadas por los heréticos*».[38]

Justiniano concedió fuerza legal a los cánones de los cuatro concilios «ecuménicos» (Ley complem. 131, 1). Pero la influencia cristiana se hace ver asimismo a menudo

---

[34] Dolger, Byzanz 10 ss. Haacke, Politik II 153. Caspar, Papsttum II 214 s. Rubín 141 s, Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 23 s. Acerca de la idea imperial bizantina comprobar también Alexander, The Strength 339 ss, especialmente 348 ss. Acerca de la santidad y similitud entre el emperador y Dios comprobar también Folz 7 s

[35] Caspar, Papsttum II 324. Rubin 129

[36] Cod. lust. 3,41 s

[37] Corpus Juris Civilis (16. 3. 535), ed. Kroll 1912, III 35 s

[38] JustNov. 132

incluso en ámbitos totalmente exteriores al de la legislación eclesiástica como cuando en medio del texto de los decretos más profanos, en una resolución, por ejemplo, para atajar los excesos en el juego de dados, se enfatiza de súbito que «él pone en orden las *guerras* y los asuntos religiosos». En otro que prohíbe la homosexualidad no se remite a los pertinentes pasajes de sus códigos, sino al Antiguo Testamento. (¡A muchos «corruptores de hombres» [Zonaras] los castigó con la amputación de sus órganos sexuales!)[39]

4.8 EXPRIMIR A LOS SEGLARES PARA PRIVILEGIAR A LOS OBISPOS

Como señor de la Iglesia imperial, Justiniano acrecentó aún más la influencia, ya muy considerable, de los obispos. Su inmunidad y sus derechos estamentales fueron objeto de considerable ampliación. Obtuvieron un *privilegium fori* casi total. El emperador los eximió de la obligación del juramento de testigo y también de la citación ante tribunales civiles o militares, de no ser que él mismo diese su autorización especial al respecto. En cambio amplió la jurisdicción obispal sobre el clero extendiéndola de los casos a resolver por derecho canónico a aquellos propios del derecho civil. El acrecentamiento del poder obispal abarcó a todos los aspectos de la administración. Hacían las veces de autoridad inspectora al servicio del soberano y particularmente en la administración fiscal, en la recaptación de impuestos, en el avituallamiento y en el tráfico. También recayó en ellos el control de las prisiones. Ya intervenían en la elección de todas las autoridades de sus respectivos municipios y obtuvieron funciones de arbitraje incluso frente al gobernador, en caso de prevaricación, supuesta o real, de este último o en caso de litigio en el que él mismo (el gobernador) se viese envuelto. Era deber suyo informar al gobierno acerca de cómo los gobernadores desempeñaban su cargo. En una palabra, el obispo se convirtió en la auténtica cabeza de una ciudad, adquiriendo una autoridad superior a la del gobernador estatal.

129

El emperador garantizaba por su parte la conservación del patrimonio obispal. Concedió además a la Iglesia el derecho a apropiarse de legados que el testador había destinado de forma indeterminada a fines religiosos. De estos legados debía beneficiarse el heredero sólo a corto plazo, tras el cual podía pasar en todo momento a poder de la Iglesia, prescribiendo ese derecho sólo después de un siglo. Las donaciones en favor de la Iglesia estaban exentas de impuestos. También gozaban de esa exención total las más de mil empresas económicas de la «Gran Iglesia» de Constantinopla. En cambio no estaba permitido usar bienes eclesiásticos de cualquier índole para fines profanos, si se exceptúa el rescate de prisioneros.[40]

Obviamente, el clero desplegaba una amplia propaganda en favor de un regente que tan inmensamente lo favorecía y, consecuentemente, se hacía también cómplice de todos los grandes crímenes de Estado. Directa o indirectamente apoyaba las tremendas guerras del emperador así como la tremenda explotación de sus súbditos

[39] Cod. lust. 3,43, 1. Zonar. 14, 7. RAC 111456 s. Rubín 128 s,

[40] Justin. Nov. 123, 5 ss. Von Schubert, Geschichte I 103. Schnürer, Kirche I 322 s. Caspar, Papsttum II 324 s. Voigt, Staat und Kirche 59 ss. Rubín 142. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 21s

y, no en último lugar, la padecida por los ricos.

Algo que también es sumamente significativo: la progresiva desautorización del pueblo en el seno mismo de la Iglesia. Si hasta entonces, al menos en la época preconstantiniana e incluso después, el pueblo participaba en la elección de los obispos, ahora esa participación quedó reducida a los principales de cada ciudad. Sólo el clero y los notables locales debían ahora determinar la elección obispal. De hecho, no obstante, el gobierno hacía valer siempre su opinión en la provisión de las sedes más importantes. Eso cuando no retiraba de inmediato a los candidatos no deseados o imponía los de su agrado, sobre todo en Constantinopla. Hasta la propia elección del papa requería la confirmación imperial. Los derechos de consagración eran considerables y en el caso de un patriarca nada menos que 20 libras de oro. Eso los legales, pues las tarifas cobradas ilegalmente eran considerablemente superiores.41

Justiniano, que favorecía en todo cuanto podía a los obispos, era a menudo indulgente con los ministros, generales y funcionarios corruptos y en general de buen trato para con los proceres. Simultáneamente esquilmaba a las masas, oprimía duramente al pueblo, apretaba implacablemente la presa del fisco, no sin la muy particular intervención, a lo que parece, de la emperatriz, con cuya ayuda arruinó asimismo a innumerables ricos.

En su *Historia Secreta,* perfumada por el escándalo y publicada póstumamente, Procopio, el más destacado representante de la literatura de la época, escribe así: «Justiniano aspiraba con insaciable codicia a apoderarse del patrimonio de los demás y a derramar su sangre. Después de despojar de sus bienes a las familias más ricas, puso sus ojos en otras personas para conseguir también su desdicha». Procopio nos narra acciones bandidescas de gran estilo, informa sobre las sucias tretas usadas contra comerciantes y navieros, sin silenciar «la mala pasada del emperador con la moneda fraccionaria. Antes, los cambistas daban *llOfoles* por un estatera, pero Justiniano ordenó que en el futuro sólo diesen *ISOfoles* por él y de este modo, por cada pieza de oro ganó una sexta parte».[41]

También el historiador bizantino Evagrio Escolástico, un abogado antioqueno que escribió una historia eclesiástica en seis libros que abarcaban la época comprendida entre los años 431 y 594, la fuente más importante para informarse sobre las controversias cristológicas y concebida, por cierto, desde un punto de vista estrictamente católico, nos informa así: «Justiniano estaba poseído por una codicia insaciable de dinero y era tan concupiscente de la propiedad ajena que vendió por dinero todo su reino a los funcionarios y recaudadores de impuestos y a todos cuantos querían, sin motivo alguno, poner ataduras a los hombres. Bajo pretextos fútiles despojó de todo su patrimonio no ya a muchas, sino a innumerables personas acaudaladas [...]. Usó el dinero sin remilgos, levantando por doquier muchas y suntuosas iglesias y otras pías edificaciones para el cuidado de niños y niñas, ancianos y ancianas, así como de los aquejados por diversas enfermedades».[42]

130

El historiador de la Iglesia Evagrio ilustra asimismo drásticamente un rasgo

[41] Nov. 123. Caspar, Papsttum II 305, 325, 518 s. Rubin 141 s. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 22 s

[42] Rubin 94 s. Wein 84 ss

repulsivo y característico de Constantino al que nos referíamos antes de pasada, rasgo por el que «sobrepasaba la mentalidad de las bestias»: la indulgencia criminal para con sus favoritos, en este caso el partido católico de los «azules» en el circo (adversarios de los «verdes», monofisitas). Ambos partidos eran organizaciones deportivas, pero también políticas —algo largamente ignorado— pues en cuanto exponentes y representantes del pueblo «jugaban un papel muy relevante en todas las grandes ciudades del imperio» (Ostrogorsky). Según Evagrio, un católico estricto, el emperador apoyaba de tal modo a los «azules», que «éstos asesinaban alevosamente a sus adversarios en medio de la ciudad y a plena luz del día y no sólo con conciencia de plena impunidad, sino también con la esperanza de ser obsequiados por ello. Ello hizo que muchos se convirtiesen en asesinos. Estaba asimismo en su mano el irrumpir impunemente en las casas para saquear los objetos de valor guardados en ellas y hasta el de vender a los dueños por dinero el simple derecho a salvar sus vidas. Y si algún funcionario trataba de poner freno a todo ello, sólo conseguía poner en juego su propia vida. Cuando un *comes Orientis* hizo ahorcar merecidamente a algunos rebeldes, fue ahorcado él mismo en medio de la ciudad y su cuerpo arrastrado por ella. Cuando el superior de la provincia de Cilicia condujo a cumplir su pena legal a dos asesinos nativos llamados Pablo y Faustino, que le habían atacado con ánimo de asesinarlo, él mismo acabó crucificado recibiendo así el castigo por su actitud concorde con la razón y la ley. De ahí que los seguidores del otro partido optaran por huir. Pero como quiera que nadie les daba cobijo y anduviesen errantes por doquier como criminales marcados por el estigma de la maldición, acechaban a los viajeros y perpetraban asaltos y asesinatos de modo que por todas partes amenazaban la muerte imprevista, el saqueo y otros delitos. Ocurría también ocasionalmente que la violencia de su ánimo mudaba bruscamente de signo y entregaba al rigor de la ley a todos aquellos a quienes había dado suelta en las ciudades para que delinquiesen como bárbaros. Todas las palabras son pocas y el tiempo demasiado escaso para describir adecuadamente la situación. Lo dicho hasta aquí basta para hacerse una idea de lo demás».[43]

Por su parte, el historiador Juan Zonaras, que escribió desde luego bastante más tarde, en el siglo XII, tras retirarse como monje a Glykeria (la actual Niandro), una de las islas que servían de residencia a los príncipes imperiales, después de haber sido comandante de la guardia personal del emperador y presidente de su cancillería, nos dice sobre Justiniano:

«Este emperador era muy accesible pero prestaba fácilmente oído a las calumnias y era duro y pronto para la venganza. No era parsimonioso con el dinero, sino que lo derrochaba, siendo implacable en el modo de procurárselo. En parte lo gastaba en edificaciones, en parte en satisfacer sus caprichos ocasionales. En parte lo dilapidó en guerras y en la lucha contra todos cuantos oponían resistencia a sus deseos».[44]

Justiniano mismo veía (aparentemente) de forma muy distinta todo esto haciendo,

---

[43] Rubín 229

[43a]. Euagr. 4, 30. LThK 1. A. III 876 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 220 s. Altaner/Stuiber 229. Komemann, Weltgeschichte II 414. Ostrogosrsky, Geschichte des byzant. Staates 55 s. Kosminski/Skaskin 59 ss. Rubin 115, 229. Diehí, Government 42

[44] Zonar. 14, 6. LThK 2. A. X 1402 s

cuando menos, votos solemnes «de pasar día y noche en continuos desvelos y cuidados para procurar a los súbditos todo cuanto redundase en su provecho y fuese agradable a Dios. NOS no asumimos estas preocupaciones inútilmente, sino que las ponemos mediante nuestro asiduo trabajo al servicio de objetivos que permitan a NUESTROS súbditos gozar de bienestar libres de todo temor mientras tomamos sobre NOS todos sus cuidados».[45]

Prescindiendo efectivamente de unos cuantos panegiristas más o menos ingenuos (tales como el poeta Paulo Silentario, Juan Lido, en quien no faltan, sin embargo, algunos tonos críticos que aluden precisamente a la política interior, y Agapito, diácono de Hagia Sophia y supuesto maestro de Justiniano), los historiadores nos pintan una y otra vez al emperador como a un déspota de despiadada rapacidad. Y ni la similitud de los reproches lanzados contra él, ni la, en algunos casos, insuficiente documentación, escribe B. Rubín, alteran para nada «el hecho de que en su mayor parte estaban justificados. Eso es algo que cabe destacar a despecho de todos los errores objetivos y de la distinta acentuación, dependiente del estamento y de la adscripción política o confesional de los críticos».[46]

131

El ministro de hacienda de Justino era el *Prafectus praetorio* Juan de Capadocia. Encumbrado a partir de un humildísimo estrato social, desempeñaba la ingrata tarea de estrujar, en provecho de su amo, todo cuanto resultaba estrujable. Aplicó, al parecer, torturas bestiales y mediante el sistema de prestaciones personales, exigidas por sus inspectores, arruinó provincias enteras. Era objeto de odios extremos, pero gozaba de gran favor ante el emperador, tanto más cuanto que éste necesitaba cantidades cada vez mayores de dinero, de modo que la política fiscal se hizo cada vez más importante y, apenas subido al trono, dobló los gravámenes para triplicarlos en seguida. Juan tenía, desde luego, una imaginación inagotable para inventar nuevos métodos de esquilmar. Aparte de ello resultaba ya como persona una verdadera provocación para el pueblo por sus bacanales de borrachera y lascivia, notorias en la ciudad, y también por sus apariciones en público, acompañado de todo su harén. Con todo, procuró —vano intento— limitar el poder de los grandes latifundistas.

Investigadores de la relevancia de un Ostrogorsky y de un Haller hablan positivamente de su ejecutoria administrativa, calificándolo de gran ministro, el adversario más importante de Teodora, la esposa de Justiniano, por culpa de la cual perdió Juan sus cargos en 543 y en cuyo nombre solía jurar el mismo soberano, una vez difunta, en ocasiones muy solemnes.[47]

4.9 TEODORA, AMANTE DE CRIADOS Y PATRIARCAS (?)... Y ESPOSA DEL EMPERADOR

Ella tenía, incuestionablemente, gran ascendiente sobre él. «No hacían nada el uno sin el otro», anota Procopio dos años después de la muerte de ella, afirmación más

[45] Nov. 8 praef. Rubin 93

[46] Pauly IV 567. Altaner/Stuiber 514. Rubin 168 ss, 233

1. [47] Ostrogorsky, Geschichte des byzant. Staates 61. Bury, History II 36 ss. Haller, Papsttum 1197. Diehí, Govemment 42. Tiess, 526 ss.

aplicable, en propiedad, a él que a ella. Teodora, una mujercita grácil, siempre elegante, delgada, pálida, de ojos grandes y negros, que miraban con vivacidad, era temperamental y no carente de ingenio. Poseía asimismo una enorme fuerza de voluntad y era, de seguro, aún más enérgica que su marido. Veinticinco años estuvo sentada junto a él y no tan sólo ocupando el trono, pues en realidad era una especie de viceemperador y corregente. En ocasiones regía, incluso, más que el propio Justiniano. De ahí que se permitiera escribir al rey de los persas: «El emperador no decide nunca nada sin consultarme previamente».[48]

Teodora era hija de un vigilante de osos del hipódromo. Según Procopio, cuando aún era una niña mantenía ya relaciones antinaturales y lascivas con los jóvenes hijos de proceres que venían a visitar el circo. Después prestó «servicios obscenos como paje» en una casa pública, llegando a entregarse, en una sola orgía, a más de cuarenta hombres. Según confesión propia, Procopio se vio efectivamente obligado a callar muchas cosas «por temor a los espías, a la venganza de los poderosos, a la más horrible de las penas de muerte», pero precisamente en su *Historia arcana* se muestra proclive a la denigración. Dicha historia rezuma, en verdad, odio incontenible contra Justiniano y Teodora a quienes él («y la mayoría de nosotros») tenía por auténticos engendros propios de una pesadilla, por la encamación de figuras infernales, por diablos en figura humana, ilustrándolo todo con profusión de anécdotas espeluznantes. Téngase, sin embargo, en cuenta que todo esto proviene de la pluma de un patriota declarado, completamente leal, en el fondo, a la causa del Imperio. Y por violenta que sea su retórica e inagotable su caudal de palabras; por violentos que sean los torrentes de enormes y, no pocas veces, increíbles improperios con los que fustiga la política de la cristianísima pareja imperial, su crítica sabe casi siempre poner el dedo en la llaga. Entre otras cosas nos informa de dos niños de Teodora y de los continuos abortos de quien, de ahí a poco, tanto predicaría el recato y la castidad. Venal, indigna y lasciva, así la denomina un moderno historiador, y también auténtico «producto cosmopolita, mezcla de grosera prostituta, payaso femenino y cabaretista» (Rubín). Todavía hoy, sus enigmáticos ojos, insondablemente oscuros, siguen mirándonos fijamente desde los mosaicos de Ravena.[49]

132

Teodora puso fin a su actividad como actriz de teatro, actividad que se agotaba por lo demás en la pantomima cómica o en los «cuadros vivos» —y que también desplegó presumiblemente en el teatro «de las cortesanas»— al casarse con el gobernador de las provincias africanas Hecébolo. Éste, sin embargo, la mandó pronto a paseo, algo que no redundó en su perjuicio, pues después de volver, parece, al vil arroyo, pronto limitó su trato, el íntimo, a personas de alta o de altísima posición. Entre ellas, probablemente, el patriarca monofisita de Alejandría, Timoteo III, su «padre espiritual», a quien recordó agradecida toda su vida y a continuación, tal vez, el patriarca Severo de Antioquía, a cuyas manos pasó desde las de Timoteo. Después se enamoró de ella Justiniano, quien la ennobleció y acabó casándose con aquel «tigre femenino», grácil, tenaz e impulsado por el instinto. Justiniano leía en sus ojos sus

[48] Komemann, Weltgeschichte II 452. Schubart, 118. Comprobar también 87 s. Bury, History II 27 s. Rubin 98 ss. Jones, Román Empire 1270

[49] Prokop. hist. arcan. 9, 19; 12, 28. Komemann, Weltgeschichte II 439, 446 s. Thiess 475 ss. Rubin 99 ss, 174,197 ss. Bury, History II 28 s, 421 ss. Diehí, Govemment 25. Acerca de la actitud religiosa de Procopio, comprobar Evans, Chistianity 81 ss

deseos y puso medio mundo a sus pies. Muy raras veces hubo en verdad, en la esfera del poder supremo, dos personas que estuviesen tan hechas la una para la otra. «El sistema del Estado se convirtió en combustible que alimentaba el fuego de aquel amor» (Procopio).[50]

Teodora compartía con Justino la pasión por la teología y la política religiosa. Sin embargo, en contraposición a él, adalid fanático, según todas las apariencias, del Concilio de Calcedonia, ella era, ya antes de su ascenso al trono, partidaria de los monofisitas. Ello era, tal vez, resultado de su antiguo amor al patriarca Timoteo, su «padre espiritual». En todo caso le valió mucho incienso de parte de los teólogos monofisitas, quienes falsearon incluso su origen haciéndola pasar por hija de un sacerdote monofisita. A raíz de su muerte celebraron su fama haciendo repicar las campanas de todas las iglesias. Es posible que ella creyera realmente –ya entre sus contemporáneos corrían al respecto los más diversos rumores— en lo que propugnaba. Desde sus mismos comienzos el cristianismo introdujo la discordia entre los más allegados separando, bajo la incitación implacable del clero a los hijos de sus padres, a la mujer de su marido. Puede ser, sin embargo, que Justiniano y Teodora se limitaran, como ya sospecharon el emperador Anastasio y los suyos, a representar una comedia ante el mundo, mofándose cínicamente de él tras haber acordado pérfidamente que el uno profesase en favor de las dos naturalezas del Señor y el otro en favor de una única naturaleza, es decir, en favor, cada uno de ellos, de una de las dos grandes comunidades cristianas al objeto de vincular a ambas a la casa imperial.[51]

Teodora llegó incluso a fundar monasterios de los que partían misioneros monofisitas y a sabiendas de todos, incluido su propio marido, dio cobijo en su palacio a muchos prelados de ese credo. El patriarca Antimos, a quien Justiniano elevó a la sede de Constantinopla en 535, en una de las fases monofisitas de su política, para darle la patada, al año siguiente por consideración al papa y también, ostensiblemente, con vistas a sus planes de guerra para Italia, sólo salió doce años después del palacio, cuando ya era cadáver.[52]

La hetaira, notoria en toda la ciudad, se convirtió súbitamente, una vez esposa del emperador, en un mujer casta y pía. Su mano era desprendida para con las iglesias y los monasterios. Propugnaba leyes matrimoniales, reglamentaba la vida nocturna e intentaba, incluso, reeducar a las prostitutas de Constantinopla en una «Casa de Penitencia», acogiendo allí a más de quinientas niñas y mujeres por las que pagaba a razón de 5 piezas de oro por cada una. La mayoría de ellas se arrojaron, parece, al mar llevadas de la pura desesperación. Comoquiera que fuese, en ella, el ascetismo y la frustación se tomaron en inhumanidad. Y así, mientras otrora gustaba usar del coito en beneficio de su vida, ahora se complacía en ordenar torturas como recreo de esa misma vida. Día a día acudía a la cámara de los tormentos para deleitarse

[50] Thiess 477, 482 ss. ve en las relaciones de los obispos con Teodora sólo «la obra transmutadora del alma». Rubín 98 ss, 104 ss. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 24. Prokop. cit. por Rubín

[51] Euagr. 4,10. Prokop. hist. are. 10,14. Holmes II 668 ss. Schubart 50. Komemann, Weltgeschichte II 451. Bury, History 11 31. Rubín 112, 116, 228 s. Jones, Román Empire 1270. Handbuch der Kirchengeschicte 11/2,16

[52] Caspar, Papsttum II 222 ss. Thiess 608 s, 678. Haller, Papsttum 1193 s. Rubin 113. Handbuch der Kircheng. IV2, 25 s, 49 s, 205

ávidamente en su contemplación. «Si no ejecutas mis órdenes —rezaba su máxima favorita—, te juro por el Eterno que haré que te arranquen la piel de la espalda a latigazos».[53]

Sin duda alguna Teodora, cuyo despotismo, amor y, sobre todo, odio rebasaban todo límite y a la que una fruición casi maníaca le impulsaba a imponer a sus enemigos el destierro, la prisión, la muerte y toda clase de oprobios y deshonras, era cien veces más temperamental que su coronado señor y también capaz de liquidar despiadadamente a los mismos favoritos de este último. Fue ella, según parece, la que dio también instrucciones para organizar una serie de procesos-farsa contra supuestos homosexuales de las clases altas. Pues, si hemos de creer a Procopio, el rostro de Justiniano no dejaba traslucir ira o indignación ni siquiera frente a quienes provocaban el más estridente de los escándalos, sino que «con suave mirada, con las cejas levemente caídas y en tono grave, ordenaba matar a millones de inocentes, destruir ciudades y requisar todas sus propiedades para las arcas del Estado. Con este carácter el hombre hubiese podido pasar ante todos como un manso cordero». Y no olvidemos que este hombre era el mismo cuya piedad se alababa acá y acullá, que llevaba el epíteto de «divino», cuya ley y palacio eran denominados *«sacer»* y *«sanctus».* El mismo era celebrado como el más pío de los príncipes *(piissimus).* Hombre capaz de escribir por su parte: «El emperador, cuya soberanía está basada en la santa religión, gobierna por la gracia de nuestro Señor en las cosas terrenales [...] habiendo obtenido su cetro por la bondad del Poder eterno».[54]

133

Apenas es posible imaginarse a Teodora combinando esa continencia de manso cordero con esos zarpazos de bestia más que carnicera. Pero, dejando eso aparte, hasta su muerte, acaecida en 548 a causa de un cáncer y cuando contaba 52 año s, fue tan maníaca de la pompa, tan codiciosa del poder y del dinero, tan sanguinaria y embustera, tan desaprensiva como el mismo Justiniano. Una parte de las fincas con que le obsequió el emperador estaba en Asia Menor o en Egipto y solía recorrerlas en sus viajes, al final de su vida, acompañada de un séquito de servidores en número de 4.000 personas, despilfarraba en un santiamén sumas desorbitadas. Ella misma provenía de la nada pero extremaba los gastos de representación. No había nada en lo que ella no interviniese con su opinión y con sus intrigas, ya fuese en la administración, en la diplomacia o en la Iglesia. Encumbraba a sus favoritos a posiciones clave y hacía y deshacía patriarcas, ministros y generales.[55]

Impuso también prescriptivamente el humillante saludo de la prosternación ante el soberano (la *Proskynese) y* vigilaba con ojos de argos un protocolo que obligaba a sufrir larguísimas esperas en las antecámaras incluso a los más altos cargos de la corte. Prodigaba la cárcel y el exilio a todos cuantos no eran de su agrado. Es más, convocaba tribunales especiales con tal de saciar antes su sed de venganza y engrosar aún más su gigantesco patrimonio. Procopio informa acerca de un senador próximo a Belisario, senador que acabó encadenado a un pesebre en un calabozo subterráneo: «Lo único que la faltaba para dar la imagen total de un asno era el relincho del animal». Y sobre el general Buzas, cuya actividad militar ha merecido hasta nuestros

[53] Komemann, Weltgeschichte II 447. Herter 83; 110. Rubin 111. Hyde 74 s

[54] Prokop. hist. arcan. 13, 1 s. Komemann, Weltgeschichte II 439. Rubin 99**,** 114 ss, 125,129 ss

[55] Komemann, Weltgeschichte II 450. Rubin 114 ss. Diehí, Govemment 25 ss. Brown, Welten 193

días juicios ampliamente favorables y que se pasó al parecer más de dos años encerrado en una cárcel sin luz del palacio, nos dice Procopio: «El hombre que venía diariamente a arrojarle la comida lo trataba como un animal a otro animal, como un mudo ante otro mudo». Teodora no era la última en sacar provecho de las confiscaciones, cada vez más numerosas, de patrimonios privados. En relación con ello había, al servicio de sus intereses, todo un estado mayor propio, con chivatos y agentes secretos, de modo que, tras su muerte, el emperador se limitó a hacerse cargo de este cuerpo de agentes aunque no supo usarlo con la misma alevosía.[56]

Como mujer a la que nada resultaba más ajeno que el estudio de actas, la erudita obsesión por el detalle y, a mayor abundancia, la ocupación en bagatelas, hallaba, al revés que Justiniano, tiempo suficiente para cuidar su físico. Al decir de Procopio, quien desde luego tenía una lengua especialmente venenosa para con ella, hacía todo cuanto podía y más para cuidar su cuerpo. Por las mañanas tomaba un baño desusadamente largo y se desayunaba con los más diversos manjares y bebidas, variedad igualmente amplia en cada comida. Después solía descansar de nuevo pese a que, por lo demás, dormía mucho tiempo. «Aunque la emperatriz se entregaba así a toda clase de excesos, creía, con todo, que podía gobernar el reino en las pocas horas que le quedaban.»[57]

134

4.10 LA REVUELTA NIKA

El más importantes de los papeles jugados por Teodora fue, seguramente, el que desempeñó a raíz de la violenta revuelta Nika *(nika,* es decir, victoria, era la consigna de los rebeldes), que estalló en 532.

La rebelión, nutrida del descontento popular, fue un último combate por la libertad. De ahí que hasta los dos partidos que se oponían en el circo, el de los «verdes» *(prasinoi)* y el de los «azules» *(venetoi),* el primero monofisita y el segundo ortodoxo, conjuntasen ahora sus esfuerzos. Se alzaron, incluso, voces proclamando otro «emperador», Hipacio, sobrino de Anastasio, aunque contra su voluntad. Habían tomado la iniciativa los verdes y los azules asintieron. Las cárceles fueron abiertas por la fuerza y los presos liberados. Numerosos palacios — en primer lugar la prefectura urbana y después el edificio del senado—, iglesias, monumentos y el barrio habitado por la aristocracia fueron incendiados. Constantinopla se convirtió en un desierto humeante día y noche. La misma corte imperial se vio amenazada por las llamas y ni la propia Hagia Sophia se vio libre de saqueos. La situación no parecía ya tener ninguna salida. Asediado en su residencia, Justiniano estaba ya decidido a abandonarlo todo, el trono y el reino, y a huir en barco por el Bósforo. Sólo Teodora lo retuvo pronunciando la célebre sentencia: «Por cuanto a mí respecta, me quedo. Amo la antigua máxima de que la púrpura es un buen sudario».

Belisario, tres regimientos de veteranos, que habían sido entretanto conducidos a la capital, y el comandante de la guardia de palacio, el eunuco Narsés, un favorito de

[56] Prokop. hist. arcan. 3, 10; 4, 10; 4, 25. Komemann, Weltgeschichte II 450. Rubin, 115ss,216s
[57] Prokop, hist. arcan. 10,11; 15, 1 ss

Teodora, restablecieron el «orden» tras cinco días de anarquía: según Procopio «más de treinta mil» hombres fueron atraídos astutamente hacia el circo donde, hora tras hora, fueron acuchillados indiscriminadamente como si fuesen un rebaño de ovejas. Según Juan Malaba, un cronista antioqueno helenizado (a quien se suele identificar con el posterior patriarca de Constantinopla Juan Escolástico), fueron treinta y cinco mil. Juan Lido, pío testigo y entusiasta del emperador, da satisfecho la cifra de cincuenta mil. Zacarías Rhetor, obispo de Mitilene (primero monofisita, después neocalcedonio), nada menos que la de ochenta mil. La masacre, más horrible aún que la fiesta sacrificial perpetrada por el católico Teodosio en el circo de Tesalónica y gloriosamente transfigurada por san Agustín, fue un crimen más imputable a Teodora que a Justiniano. Como quiera que sea: su cristianismo no impidió, ni al uno ni al otro, ahogar en un mar de sangre los disturbios. Rodaron cabezas de los de arriba y de los de abajo. Rodó la cabeza de Hipacio, a quien Justiniano quería conceder su perdón, y también la de su hermano Pompeyo. Dieciocho patricios fueron desterrados y todas sus posesiones confiscadas. Con todo, de aquellas ruinas se elevaron, tanto más bellas, las catedrales. Y como era de rigor, también Teodora, la genocida, se elevó a corregente oficial. Su nombre apareció en los documentos oficiales, sobre los portones de los cuarteles y... ¡en las tablas votivas de las iglesias! Y es así que hasta la actual Iglesia de Oriente la honra y venera agradecidamente en su memoria.[58]

Sólo le falta aún, ¡qué injusticia!, el honor de los altares.

4.11 EL EMPERADOR JUSTINIANO PERSIGUE A LOS CRISTIANOS DISIDENTES «PARA QUE PEREZCAN MÍSERAMENTE»

Con el apoyo de su episcopado, Justiniano apremiaba a la unidad en la fe —un Imperio, un emperador, una Iglesia— y, consecuentemente, a la aniquilación total de los no católicos. Procopio nos informa de que «de ahí a poco todo el Imperio romano bullía de sentencias sangrientas, delitos merecedores del destierro y persecuciones de fugitivos».[59]

Justiniano inauguró la tiranía, que aún compartía con Justino, con una brutal persecución de «herejes», procediendo primero contra las sectas menores: «Es justo —decretaron los dos potentados en 527— privar también de sus bienes materiales a quienes no veneran al Dios verdadero». La intolerancia religiosa traía de la mano a la civil. Mediante una ley de inusitada dureza declararon «que todos los herejes quedan privados de todos los beneficios terrenales para que mueran míseramente», enumerando una larga serie de privaciones y castigos en cumplimiento de su pío

[58] Prokop. bell. pers. I, 24. Maecell. com. 532 (Chron. min. 2, 103). Malalas 473 ss. Altaner 51, 204. Altaner/Stuiber 288, 234. Kraft, Kirchenváter Lex. 508. La identificación de Zacarfa Rhet. con el obispo de Mitilene no es segura. Capelle 418. Thiess, 532 ss. Komemann, Weltgeschichte II 416 s. Bury, History II 39 s. Kosminski/Skaskin 60. Rubin 111. Dannenbauer, Entstehung I 320 ss. Maier, Verwandiung 172 s, 186 s. Bosi 114. Kupisch I 135, 138. Jones, Román Empire I 271 s. Irmscher, Widerspiegelung 301 ss. Diehí, Justinian 8 s. Del mismo, Govemment 25. TínnefeId 83 s. Sobre las agrupaciones de «verdes» y «azules» véase la amplia exposición de Tinnefeid 181 ss. Sobre la rebelión Nika ibíd. 194 ss

[59] Prokop. hist. arcan. 11

propósito.[60]

135

Y bien pronto, la lucha contra los monofisitas, maniqueos, montañistas, arríanos y donatistas se fue ampliando gradualmente hasta que la intolerancia religiosa se convirtió en «una virtud pública» (Diehí).[61]

Al igual que su tío y predecesor, Justiniano prohibió a los herejes las reuniones, la celebración de oficios divinos, el nombramiento de sacerdotes, la posesión de iglesias, muchas de las cuales fueron destruidas bajo su égida. Les puso el veto para cualquier actividad docente, excluyéndolos asimismo de todos los cargos y dignidades y de la abogacía. A quienes copiaban sus escritos se les amenazaba, a partir de 538, con la amputación de una mano. Los «herejes» no podían legar su propiedad, sino a católicos y ellos mismos no podían ser herederos de nada. Algunas sectas no podían ejecutar ni un solo acto que tuviera fuerza legal. En cuanto a los restantes herejes «tampoco poseían apenas derechos frente a la justicia» *(Manual de la Historia de la Iglesia)*. Los reincidentes vivían bajo la amenaza de pérdida de los derechos civiles, de la confiscación de todos sus bienes. Si reincidían de nuevo se exponían a la pena de muerte, impuesta también sin contemplaciones. Finalmente, el emperador la impuso no sólo en caso de perjurio y hechicería, sino también en caso de sacrilegio y blasfemia, siendo así que la «herejía» era considerada simplemente como blasfemia y en consecuencia penada asimismo con la muerte. Todo esto respondía al «desarrollo interno de la Iglesia», era la «solución nada sacra de un problema religioso [...] cuyas repercusiones llegan hasta nuestros días» (Merkel).[62]

En la *Historia secreta* de Procopio (que no se publicó bajo Justiniano), puede leerse acerca de sus *pogroms* contra los herejes: «Bandas de agentes recorrieron de inmediato todo el país obligando a todo el que hallaban a renunciar a la fe heredada de sus mayores. Comoquiera que los campesinos considerasen aquello como algo ignominioso resolvieron unánimemente oponer resistencia a aquellos esbirros. Muchos herejes hallaron la muerte por la espada, no pocos llegaron, incluso, al suicidio —en su simplicidad creían que con ello realizaban una obra agradable a los ojos de Dios—, pero en su mayoría huyeron de sus solares. En Frigia, los montañistas se encerraron en sus iglesias, prendieron fuego a éstas y perecieron sin más en ellas. Todo el Imperio romano se llenó así de crímenes y temores [...]».[63]

¡Y a eso lo denominan Historia Sagrada!

La persecución a que Justiniano sometió a la mayor, con mucho, de las Iglesias «heréticas», la monofisita, fue aún más dura que la iniciada por Justino a partir de 519. La policía y la soldadesca les arrebataban sus oratorios, decenas de sus obispos fueron desterrados o acosados de un escondrijo a otro. Fueron expulsados monjes y monjas en cantidad innumerable contra los que se cometieron además abusos de toda índole. Las rebeliones populares producidas en Siria fueron cruelmente

---

[60] Corp. Jur. Civ. 1,5; 12, 5. Browe**,** Judengesetzgebung 139. Vasiliev 244 ss. Diehí, Govemment 43 s. Roby 108

[61] Diehí, Govemment 43 s

[62] Cod. lust. 1, 5, 18. Nov. 42, 1, 2. Merkel, Gotteslästerung 1201. Dannenbauer, Entstehung I 323 s. Nehisen 95. Diehí, Govemment 43 s. Roby 108. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 21

[63] Dtv Lex. Antike, Philosophie IV 32 s. Cit. según Dollinger 80 s

reprimidas y ello bajo el patriarca católico de Antioquía, Efrén (526-544), antiguo general y ejecutor de conversiones forzosas (el *Manual de la Historia de la Iglesia* lo denomina «ortodoxo militante»). El *Léxico de la Teología y de la Iglesia,* también católico, lo ensalza por su «actividad extraordinariamente benemérita durante los terremotos [...]». Al igual que Efrén en Siria procedía Pablo de Alejandría en Egipto, un antiguo abad pacomiano investido de la más alta dignidad como funcionario imperial y, simultáneamente, como patriarca. En virtud de su plenipotencia, Justiniano lo nombró príncipe de la Iglesia para derrocarlo y deponerlo de nuevo, el año 542, a causa de sus intrigas, extremadamente osadas, y de sus violencias: se le llegó a acusar de complicidad en el asesinato de un diácono.

En un sínodo celebrado en mayo/junio de 536 en la ciudad imperial se lanzó el anatema sobre los patriarcas Severo de Antioquía y Antimo de Constantinopla (535-536), decisión ratificada por el mismo Justiniano. Los seguidores de Severo fueron expulsados de la ciudad y él por su parte huyó nuevamente a Egipto. Todo lo cual aconteció, por supuesto, con gran satisfacción de Roma, pero en contra de sus intereses políticos fundamentales.[64]

136

Influido, sin embargo, por Teodora, Justiniano buscó a veces posibilidades de entendimiento, debido a lo cual, los esfuerzos de mediación se alternaban con fases de persecución. Ya en 531, el emperador desistió de los duros procedimientos contra los monofisitas apremiado por Teodora y, seguramente, en base a cálculos de su política estatal. Después de la revuelta Nika adoptó la fórmula denominada *«theopaschita»,* próxima a los monofisitas, «Uno de la Trinidad sufrió en la carne», como fórmula de conciliación. ¡Y el mismo papa Juan II la sancionó el 25 de marzo de 534! En 538, Teodora llevó a los monofisitas Teodosio y Antimo a las sedes patriarcales de Alejandría y Constantinopla, lo cual provocó, desde luego, la inmediata protesta del papa Agapito. Éste visitó al año siguiente la corte, a raíz de lo cual, Antimo tuvo que abdicar y sus partidarios más significados tuvieron que abandonar la ciudad. Justiniano recrudeció aún más la persecución contra los monofisitas: durante cierto espacio de tiempo sólo hubo tres obispos de este credo en todo el imperio. Es más, según fuentes monofisitas, los obispos ortodoxos llegaron incluso a quemar a los suyos en la hoguera o a torturarlos hasta la muerte. El problema siguió en todo caso sin resolver, pues Justiniano sólo podía ser emperador de una única Iglesia y durante la reconquista de Italia se vinculó cada vez más estrechamente a Roma, algo que estaba en la naturaleza de las cosas, pues tenía absoluta necesidad del papa y de los católicos italianos. Pero una vez reconquistada la católica Italia y el norte de África, también católico, es decir cuando el centro de gravedad político y militar se desplazó de nuevo a Oriente, el emperador Justiniano, poco antes de su muerte, se pasó ¡a los aftartodocetas, el ala más extrema de los monofisitas!![65]

El cisma monofisita adquirió una extensión de considerables proporciones, especialmente por obra del metropolitano Jacobo, muerto en 578, de cuyo nombre

[64] Cod. lust. Nov. 42. Liberal. Brev. 23. RAC IV 575. LThK 2. A. m 715. Dannenbauer, Entstehung 1321 ss. Haacke II 162 s. Handbuch der Kirchengesch. IV2 26 ss, 50. Grillmeier, Rezeption 370 ss

[65] Dannebauer, Entstehung I 324 s. Rubin 113. Maier, Verwandiung 192 s. Tinnefeid 329 ss

deriva el de «jacobitas», denominación que se dio posteriormente a los monofisitas de Siria occidental. Esta confesión creó sus baluartes, convirtiéndose en «Iglesia nacional» de Siria y de Egipto, si bien eso no las eximió de una persecución secular. Los duros *pogroms* recomienzan ya bajo Justino II (565-578) y en tierras griegas se dieron ocasionalmente conversiones forzosas de monofisitas al catolicismo, como pasó en Antioquía en 1072, donde el patriarca de los melquitas, de los «ortodoxos» o «imperiales», hizo destruir las iglesias de los monofisitas mandando aprisionar y torturar a sus sacerdotes.[66]

Entre las «herejías» que Justiniano catalogaba como especialmente perniciosas —por ejemplo los montañistas, los ofitas gnósticos (que concedían una importancia especial a la serpiente), borboritas (que practicaban la comunidad de mujeres y que, al parecer, ofrecían en sacrificio y degustaban el semen obtenido mediante masturbación y el flujo menstrual para redimir los gérmenes de la luz, las almas allí contenidas)— estaban también, entre otras muchas, los maniqueos. Al igual que los borboritas, también ellos intentaban impedir la propagación de la humanidad: en su caso mediante medidas anticonceptivas sistemáticamente difundidas.[67]

Siguiendo el ejemplo de muchos dirigentes eclesiásticos —el caso del papa León fue detalladamente expuesto en esta obra (véase cap. 2)— y de muchos emperadores cristianos, especialmente el de Valentiniano I, Valente y Teodosio I y II, también Justiniano persiguió sin contemplaciones a los maniqueos, incluso con dureza mayor que la de sus predecesores. Es cierto que en un principio discutió con ellos para refutarlos, pero ellos defendían sus doctrinas con «satánica obstinación» y muchos morían por ellas. De ahí que ya en el año 527, Justiniano amenazase a los «malditos» maniqueos con la deportación y la pena de muerte en todo el reino. Amenaza que se hacía también efectiva sobre cualquier maniqueo ya convertido que siguiera manteniendo contacto con sus antiguos correligionarios. Máxime sobre el que volviera a reasumir su fe anterior.[68]

137

Con todo, el emperador no pudo debilitar sensiblemente a la secta y menos aún aniquilarla. Es más, ni siquiera consiguió evitar su expansión. Se dio además el caso grotesco, casi increíble, de que Justiniano mismo nombró, el año 540, como máximo responsable de la hacienda del Imperio al cambista sirio Pedro Barsumas, protegido de Teodora, un hombre que, si hemos de creer a Procopio, confesaba abiertamente su posición dirigente entre los maniqueos y que, sin embargo, siguió ocupando altos cargos estatales incluso después de la muerte de Teodora.[69]

4.12 «UNA ESPECIE DE PROCEDIMIENTO INQUISITORIAL» PARA LOS PAGANOS

Justiniano prosiguió tenazmente la lucha contra el paganismo. Estigmatizado,

---

[66] Pierer XI 401. Maier, Verwandiung 238. Tinnefeid 330 ss

[67] Iren. adv. haer. 1, 29 s. Orig. contra Cels. 6, 24 ss. Epiphan. haer. 26; 38. Wetzer/WeIte II 101 s. LThK 1. A. II 472, VII 731 s, 2. A. VII 1178. Tinnefeid 334, 337

[68] Tinnefeid 333 ss, con indicaciones de todas las fuentes y otras adicionales

[69] Prokop. hist. arcan. 22, 25. Tinnefeid 337

desde hacía ya dos siglos, como *crimen publicum,* todavía no había muerto. Seguía vivo en comarcas apartadas o en zonas fronterizas, en el desierto sirio, en las montañas de Anatolia, en el oasis libio de Augila, en la isla nilótica de Philae. Su vitalidad era aún mayor entre los círculos cultos de la mejor sociedad constantinopolitana.

En un primer decreto antipagano —que aunque carente de fecha y sin indicación de procedencia es atribuido a Justiniano por la investigación más reciente— ordena que, aparte de aplicar las duras leyes antedichas, se realicen pesquisas para detectar la celebración de sus oficios divinos. Prohíbe también las donaciones y ejecuciones testamentarias en favor de pacanos. Otro decreto posterior, de inequívoca procedencia justinianea, ataca especialmente el servicio de ofrendas y sus *«non sánelas»* fiestas. Pero yendo más lejos que la legislación anterior, que ya intentaba resueltamente aniquilar el culto y la capacidad legal de las asociaciones paganas, Justiniano intenta, por así decir, resolver el problema de raíz: ordena el bautismo forzoso de todo pagano juntamente con su familia so pena de confiscación. Quienes se opongan pierden sus derechos civiles, todos sus bienes, muebles e inmuebles. A los profesores apegados a las antiguas creencias se les prohíbe enseñar, se les niega el sueldo estatal a la par que se les confisca su patrimonio. Ellos mismos han de ir al exilio. Por vez primera en la historia «se impuso a los paganos una especie de procedimiento inquisitorial» (Geffcken).[70]

Después de que otra ley imperial, en 529, prohibiese de nuevo a los paganos y a todos los no católicos el acceso a cualquier cargo o dignidad y asimismo el ejercicio de la enseñanza, el emperador abrió en el otoño de aquel mismo año numerosos procesos contra funcionarios renitentes en lo religioso. Y así, a través de persecuciones de dureza hasta entonces inusitada (ocasionalmente, más allá, incluso, de las fronteras del imperio) apremiaba ahora a la aniquilación total, material y espiritual, del paganismo. Es cierto que la mayor parte de las leyes antipaganas existían ya previamente, pero fue entonces cuando se inició una ejecución de las mismas de un rigor inmisericorde. «No soportamos contemplar este desorden sin hacer nada», dijo en 529, año en que también fue clausurada la Academia de Atenas, última de las grandes universidades paganas, a la que privaron de todos sus bienes. La enseñanza de la filosofía quedó prohibida para siempre. Los pensadores atenienses más notables y entre ellos Damascio, el escolarca de la academia, emigraron al Imperio persa. Según parece y contra lo que habitualmente se cree, regresaron de nuevo.

Los últimos santuarios antiguos de Egipto fueron clausurados o bien, como el famoso templo de Júpiter Ammón en el desierto libio, convertidos en iglesias cristianas. A todos los paganos se les privó allí del derecho a ejecutar cualquier acto con fuerza legal. Se les ordenó a todos, incluidos los lactantes, una conversión forzosa e inmediata. Es de notar que el hombre de confianza del emperador en cuestiones de política eclesiástica y también comisionado del mismo, el sirio Juan de Amida, futuro obispo de Éfeso y monofisita, amplió él sólo —de lo cual se vanagloriaba— el Reino de Dios en las provincias de Asia, Caria, Lidia y Frigia, del Asia Menor con 70.000 u

[70] Cod. lust. 1, 11, 9 s. Comprobar también 1, 5, 18. Geffcken, Der Ausgang 189, 243. Comprobar también 178 ss, 191 ss. Tinnefeid 278 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 20

80.000 cristianos más, amén de 96 iglesias y 12 monasterios: no sin coacciones ni sin sobornos, pues el emperador, se dice, pagó a tanto por cabeza. Se impuso la pena de muerte por ofrendar víctimas, por venerar imágenes paganas, también por recaer en el paganismo tras la conversión o porque, siendo ya uno cristiano, no cristianizaba su ámbito doméstico.[71]

138

Como quiera que el paganismo perduraba por más tiempo en Oriente, más culto, y máxime entre los círculos más educados, su persecución afectó en Constantinopla a muchos miembros de las clases sociales más altas, a filósofos, a altos funcionarios, a senadores, a médicos, etc. Se procedió contra ellos mediante la privación de cargos, confiscación de bienes, torturas y sentencias de muerte. Gramáticos, sofistas, abogados y doctores, todos fueron encarcelados, convertidos a la fuerza, flagelados y, en algunos casos, ejecutados. Las estatuas de los dioses y los libros paganos fueron quemados en público como en junio de 559 en el *kynegíon,* después que los «idólatras» fueran arrastrados por la ciudad. Todos los no bautizados y —como veremos pronto— también todos los cristianos disidentes respecto a la Iglesia católica perdieron sin más todos sus derechos y fueron cruelmente castigados por la más mínima actividad religiosa.[72]

4.13 PARA LOS JUDÍOS, «UN DESTINO DE IGNOMINIA»

Ocasionalmente, los sayones y obispos imperiales se ensañaron también contra los judíos, pese a que su religión era considerada, desde muchos años atrás, *religio licita.* Sin embargo, en su nueva versión del derecho romano, el *Codex lustinianus,* este emperador eliminó el principio básico del código civil de Teodosio, en el que basaba su licitud la religión judía. «*Doscientos años de dominación cristiana bastaron para poner al judaísmo fuera de la legalidad*» (Stemberg). El autócrata no hacía ya distinción entre judíos, de una parte, y paganos y «heréticos», de la otra, sino que siguiendo el procedimiento de que Teodosio se valió ocasionalmente, los midió por el mismo rasero, lo cual debió sonar horrísonamente a los oídos de los judíos.[73]

Una disposición complementaria imperial del año 537 se dirigía en estos términos al prefecto Juan de Capadocia: «S*u Eminencia nos ha informado recientemente de que entre los curiales hay judíos, samaritanos, montañistas u otras personas abominables cuya mente aún no se ha iluminado por nuestra verdadera e inmaculada fe, sino que viven en las tinieblas sin que sus almas perciban los verdaderos misterios. Y como quiera que Nos aborrecemos a los heréticos, creen, por esta razón, quedar exentos de los deberes curiales [...]*». El emperador, asombrado de que el prefecto no haya «despedazado» de inmediato a todos cuantos piensan así, decreta para todos ellos que permanezcan en la curia y presten sus servicios y pagos

---

[71] Cod. lust. 1, 5, 18. Agamias 2, 30. Funke, Gótterbiid 810. Von Schubert, Geschichte I 104 ss. Dannenbauer, Entstehung I 323. Voigt, Staat und Kirche 51 s. Maier, Verwandiung 191 s. Kawerau, Alte Kirche 105. Handbuch der Kirchengesch. n/2, 19 s. Tinnefeid 279 ss

[72] Schuitze, Geschichte II 291 s. Schnürer, Kirche I 318. Von Schubert, Geschichte I 105. Dannenbauer, Entstehung 323. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 20. Tinnefeld 281

[73]Stemberger/Prager VIII 3274

(Muñera), a la par que les niega la totalidad de los privilegios de los demás curiales. Todo lo contrario: en lo tocante a los honores «no deben gozar de ninguno en absoluto, sino que deben soportar un destino acorde con la situación ignominiosa en la que quieren dejar a sus almas».[74]

Justiniano oprimió a los judíos social y jurídicamente. Ya no podían adquirir objetos eclesiásticos de ningún tipo, ni bienes ni terrenos que pudieran servir para construir iglesias. Menos aún podían adquirir esclavos cristianos. Si lo hicieran, tendrían que manumitirlos y pagar una multa de 30 libras. Toda actividad que presupusiera la posesión de esclavos se les hacía así prácticamente imposible. Fue también este emperador el primero en declararlos inhábiles para declarar como testigos contra un católico. Sólo en el caso de que un católico pleitease contra un no católico podía el judío servir de testigo en favor del primero.[75]

Para África, donde se persiguió a los judíos con la misma dureza que a los donatistas, lo cual contribuyó también a que se produjeran repetidos levantamientos, el monarca promulgó una ley antijudía de rigor especial. Ordenó que las sinagogas no continuasen siendo tales, sino que fuesen transformadas en iglesias. Con ello se suprimió de raíz y por vez primera la protección garantizada por el Estado, prohibiendo en absoluto a los judíos la práctica de su culto.[76]

La «cristianización» de sinagogas —como ocurría con la de los templos paganos— estaba ya en boga desde años atrás. De ese modo una sinagoga de Edesa se convirtió en templo de San Esteban. Otra de Alejandría, en la iglesia de San Jorge, en 414. Otra de Constantinopla se convirtió, en 442, bajo Teodosio II, en iglesia de Santa María. Otra de Dafne, en 507, en iglesia de San Leoncio. Más tarde, el 598, el obispo Víctor transformó en iglesias las sinagogas de Palermo. Ya antes, Juan de Éfeso, que fue bajo Justiniano patriarca de Constantinopla, había transformado en iglesias siete sinagogas situadas en Asia, Caria, Lidia y Frigia. Sinagogas y templos paganos experimentaron en general visibles cambios antes de su uso por los cristianos. Pero también se dio el caso de incendiar o arrasar totalmente una sinagoga antes de que, como pasó en Apamea, se construyera encima una Iglesia.[77]

139

El regente llegó, incluso, a inmiscuirse en controversias puramente teológicas y en las prácticas usadas por los judíos en su culto. Impuso coactivamente el permiso para leer la Tora o el Pentateuco, es decir, los cinco libros de Moisés, en traducción latina o griega. Con este objeto promulgó el más largo de los decretos relativos a los judíos, la ley complementaria 146, en el año 553. Y no sólo hacía recomendaciones acerca de la lectura de la Biblia, sino que señaló también sus prescripciones al respecto. Así, por ejemplo, los judíos debían entresacar para sus lecturas aquellos pasajes bíblicos con supuestas alusiones a Cristo. En cambio les prohibió su propia exégesis, tal y como está plasmada en la Mishná. También los apremió a adoptar para su pascua las fechas cristianas.[78]

---

[74] Justin. Nov. 45. Tinnefeid 302

[75] Nov. 37, 8. C. 1, 5, 21. Browe, Judengesetzgebung 126 ss. Comprobar también Seyberlich 73 ss

[76] Cod. lust. 37, 8. Prokop. aedif. 6, 2. Dannenbauer, Entstehung I 324. Tinneféld 302 s. Diehí, Govemment 44

[77] Christianisierung II (der Monumente) RAC II 1234, donde se indican todas las fuentes

[78] Just. Nov. 146. Tinnefeid 303

La Iglesia hizo suyos los decretos antisemitas del emperador inculcando, por ejemplo, en numerosos sínodos que no se diese a ningún judío un cargo que lo convirtiese en superior de un cristiano. Incluso allá donde no aplicaba el código de Justiniano, recogió, directa o indirectamente, sus aspectos antijudíos derivando de ellos normas que estuvieron en vigor hasta la Modernidad. «En el fondo, casi todas las leyes antijudías posteriores, eclesiásticas o estatales, se remontan a él, limitándose a complementar su normativa en correspondencia con las particulares circunstancias del momento y el lugar. Muchos de estos decretos fueron adoptados por los Estados surgidos de las invasiones germánicas e inculcados por la Iglesia a través de sus papas y concilios» (Browe).[79]

4.14 JUSTÍNIANO EXTERMINA A LOS SAMARITANOS

Los samaritanos estaban emparentados racial y religiosamente con los judíos, pero mantuvieron tradicionalmente malas relaciones con aquéllos y fueron ya perseguidos bajo el emperador cristiano Galo (véase vol. 1) a raíz de las agitaciones judías. También bajo el emperador Zenón se produjo, el año 484, una revuelta de la secta. La comunidad elevó a rey a un tal Yustasas, supuesto jefe de bandoleros, y conquistó Cesárea y Nablus (la vieja Siquem), donde irrumpieron en la iglesia y cortaron los dedos al celebrante, el obispo Terebinto. El levantamiento fue aplastado mediante una operación militar. Yustasas resultó muerto y todas las posesiones de los samaritanos fueron confiscadas. En Nablus se estableció una fuerte guarnición y su famosa sinagoga fue convertida en un monasterio. A los samaritanos les fue prohibido el acceso a Garizim, su monte sagrado, y el santuario de su cima fue transformado en iglesia de advocación mariana (que los samaritanos reconquistaron, por cierto, bajo el emperador Anastasio para perderla nuevamente a causa de un contraataque cristiano).[80]

Tan frecuentes fricciones no cayeron en el olvido, pero fueron relativamente nimias comparadas con el levantamiento del año 529. Sus causas más profundas las ve la investigación cristiana más antigua radicadas «casi exclusivamente» en el «odio a los cristianos» propio de esta secta (Kautzsch). En realidad, como muestra una detallada investigación de Sabine Winkler, la situación era, más bien, «la inversa», siendo la causa de fondo el «fanatismo cristiano», asociado con el «intenso odio de la Iglesia».[81]

Los desórdenes venían precedidos de toda una serie de edictos, fuertemente represivos, de Justiniano, entre otros el *«De Haereticis et Manichaeis et Samaritis»,* en el que los «herejes» son duramente incriminados juntamente con los paganos, los judíos y los samaritanos y donde el emperador aduce todas las disposiciones antiheréticas de los soberanos cristianos anteriores a las que él añade otras nuevas.

---

[79] Syn. Clermont (535) c. 9; Syn. Macón (583) c. 13. Syn. Toledo (589) c. 14. Browe, Jugendgesetzgebung 130, 139

[80] Prokop. de aedif. 5, 7. Malalas, Excerpta de insid. Winkier 451, con indicaciones de fuentes adicionales. Tinnefeid 311

[81] Winkier 448

Los grupos mencionados no tienen derecho a ocupar cargos ni dignidades públicas, ni a sentarse en un tribunal que juzgue a cristianos o, menos aún, a obispos. No tienen derecho a excluir del testamento a hijos cristianos, quedando ese testamento sin validez, en caso de hacerlo. Tampoco podrán celebrar asambleas legales, ni sínodos, ni practicar bautizos, ni nombrar obispos, ni construir monasterios, abadías o asilos. Tampoco tendrán derecho a administrar fincas por sí mismos ni por medio de los encargados, ni tampoco a explotarlas, etc.

140

El auténtico motivo del levantamiento lo constituyó, ostensiblemente, un decreto de 529 que sólo afectaba a los samaritanos, es decir, a una exigua minoría en la que se quería que escarmentasen los demás. El gobierno católico ordenó a la sazón el arrasamiento de las sinagogas samaritanas y el castigo de todos cuantos osasen reconstruirlas. Declaraba incapacitados a los samaritanos para hacer donaciones o enajenar bienes, bajo pena de confiscación de su patrimonio. También los incapacitaba para testar. Sus herederos habrían de ser forzosamente católicos. Los obispos y los gobernantes tenían que velar por el cumplimiento de las medidas.[82]

Algún historiador sostiene que este último edicto *(Cod. lust.* I, 5, 17) no es sino el resultado del levantamiento. Según Procopio y Coricio, un sofista de Gaza del siglo VI, el edicto fue a todas luces su causa. La circunstancia que sirvió de ocasión inmediata para el conflicto fue, al parecer, «una costumbre extendida por el territorio de Palestina» consistente, según nos informa Malalas, en que la juventud cristiana apedreaba el sábado las casas y las sinagogas de los samaritanos.

«*El día del Sabbat, los jóvenes cristianos salían de leer el Evangelio en las iglesias y se aprestaba a entonar canciones de burla en las sinagogas de los samaritanos, arrojando también piedras contra sus casas. Pues éstos tenían la costumbre de retirarse en días así a sus casas aislándose de los demás*. Y en aquel tiempo (es decir, en los inicios del levantamiento previamente mencionado por Malalas), no pudieron sufrir el dejar el campo libre a los cristianos. Cuando, tras la lectura de los Santos Evangelios, la juventud cristiana entró en las sinagogas samaritanas y las apedreó, los samaritanos salieron en tropel, se revolvieron contra los intrusos y mataron a muchos con sus espadas. Muchos jóvenes corrieron a refugiarse en el altar de san Basilio, que se hallaba allí cerca y algunos de los samaritanos los persiguieron y los mataron frente al mismo.»[83]

La rebelión se propagó por toda Samaría, desde la capital, Escitópolis, en el este, hasta Cesárea, en la costa. Pero el auténtico foco del levantamiento era la altiplanicie samaritana, donde los oprimidos coronaron como rey a uno de los suyos, Julián, presumiblemente un colono. Las fuentes cristianas, consistentes en crónicas del mundo oficiales y en biografías de monjes, informan, claro está, unilateralmente, sin mencionar nunca el aspecto social de la cuestión, el decisivo. Motejan a Julián de «brigante», de «cabecilla de forajidos», de «capitán de bandoleros». El obispo de Nicio, una isla nilótica, señala así el aspecto religioso-nacional del levantamiento en su crónica universal, escrita en griego a finales del siglo VIl: «Un jefe de desahuciados reunió en tomo suyo a todos los samaritanos y desencadenó una gran guerra [...].

[82] Cod. lust. 1, 5, 12 ss; 1, 5, 17. Winkier 549 s

[83] Pauly I 1159 z. Cit. en Winkier 440. Comprobar allí mismo 451

Extravió a un gran número de hombres de su pueblo asegurando mendazmente que era el enviado de Dios para restablecer el reino de los samaritanos tal y como lo había hecho Roboán [...], quien reinó después de Salomón el Sabio, el hijo de David, y sedujo al pueblo de Israel induciéndolo a la idolatría [...]».[84]

La secta levantisca arrasó a fuego muchos pueblos en el entorno de Escitópolis, asoló ciudades y señoríos, demolió la iglesia de Nicópolis, incendió la de Belén, mató al obispo de Nablus, Mammonas, y también a muchos sacerdotes. Sus avanzadillas llegaron hasta Jerusalén, pues los contingentes de tropas más considerables estaban en las fronteras y en el cuartel general. Justiniano relevó al gobernador Baso, lo hizo decapitar y puso en marcha contingentes de tropas

fuertemente armadas bajo el mando del Dux Palestinae, Teodoro Simo (a quien secundaron —lo cual indica la virulencia de la rebelión— unidades de tribus árabes aliadas a Roma y dirigidas por el Filarca de Palestina). Teodoro obligó a replegarse hacia el centro a los rebeldes, bisónos y mal armados; los cercó, capturó a Julián y envió a Constantinopla su cabeza, corona incluida. Aparte de ello pasó a espada a 20.000 samaritanos (según Málalas) o a 10.000 (según Procopio). Otros 50.000, la mayoría colonos, huyeron hacia Persia y ofrecieron su ayuda en la guerra contra Bizancio así como la entrega de Palestina, juntamente con todos los tesoros de la «ciudad santa». Nada se sabe sobre el destino de estos refugiados, su asentamiento eventual ni su participación en las campañas contra la Roma de Oriente. Otros se ocultaron en escondrijos de la montaña Garizim o bien en las cuevas de la Traconítida (la meseta de lava llamada hoy el-Lega), que habían servido desde siempre de cobijo a los fugitivos. De allí los expulsó el Dux Ireneo de Antioquía, que sustituyó a Teodoro, con quien tampoco quedó contento Justiniano. Unos veinte mil niños y niñas samaritanos fueron a parar a Persia o la India vendidos como esclavos.[85]

141

Exterminados en su mayoría, los samaritanos desaparecen, casi, de la historia a partir de entonces.

¿La causa del levantamiento? Radica manifiestamente en su opresión por la cristiana Bizancio, que también perseguía a maniqueos, montañistas, judíos y asimismo, en determinadas fases, a monofisitas y a otros, pero que lo hacía de forma especialmente dura con una minoría extremadamente exigua como la constituida precisamente por los samaritanos. Avi-Yonah tiene seguramente razón al calificar el comportamiento de aquéllos en el siglo VI como «resultado de su desesperación». «La masa de este pueblo comprendió de repente que, a la vista de la expansión del cristianismo en Palestina y en el extranjero, no había ya esperanza alguna de mantener su antigua posición.»[86]

En el fondo la gran revuelta y la aún mayor degollina no tenían por objetivo esta o aquella religión, sino cosas más palpables. Pues no era casual que el grueso de los sublevados se recluíase de entre los estratos más bajos de Samaría, de entre los habitantes del campo, de entre los artesanos, los colonos y los esclavos; de entre

---

[84] Me baso aquí, como en lo que antecede y en lo que sigue, preferentemente a S. Winkier 440 ss. y 455 ss. Allí se indican fuentes. Comprobar también Altaner/Stuiber 235. Kraft, Kirchenváter Lexikon 310. Von Schubert, Geschichte I 106. Poppe 104 Rubín 280

[85] Ibíd

[86] Avi-Yonah 243. Cit. en Winkier 449

gentes que apenas si tenían algo que perder, salvo, claro está, su propia vida y que escogieron como caudillo a uno de los suyos. Ellos fueron el elemento motriz, mientras que las capas superiores reaccionaron muy diversamente. La más alta y menos numerosa, que seguramente tenía que competir con los latifundistas cristianos y tenía también mucho que perder, se convirtió a toda prisa –lo que es por demás significativo— al cristianismo. Al menos de puertas para afuera. De ahí que los sublevados ni siquiera contaran con el pleno apoyo de sus propios correligionarios. Para los pobres entre los pobres, los más explotados, lo que estaba primordialmente en juego no era la religión ni la revolución radical, sino tan sólo una modificación en el marco de lo ya existente. Algo que resultaba inadmisible para la clase esclavista entre los cristianos, clase que ponía su empeño en mantener económica e ideológicamente el *statu quo*.[87]

En cambio, en el caso de otro crimen de Justiniano, de índole muy distinta y mucho más grave, a saber, la conquista de Occidente, estaban en juego tanto la religión como la política, si es que ambas cosas se pueden separar en absoluto alguna vez desde un enfoque político universal. Pues si es cierto que la política no tiene a menudo nada que ver con la religión, ésta sí que tiene que ver siempre con la política. Bajo Justiniano, en todo caso, ambas iban inseparablemente unidas siendo manifiesto desde un primer comienzo que su objetivo era restablecer la unidad política y religiosa del Imperio universal de Roma. A este objeto emprendió dos grandes guerras —guerras de agresión— contra dos pueblos germánicos y cristianos, «herejes» desde luego, por lo que «estaban sumidos en plena barbarie y en una rudeza de animales» (el católico Schródl). De ahí que «el mayor anhelo de su corazón y de su pueblo fuese el quebrantar el poder del arrianismo» (el católico Hófler). Ese «anhelo» condujo al exterminio total de los vándalos, de los ostrogodos hasta borrarlos íntegramente de la faz del mundo.[88]

142

4.15 LOS VÁNDALOS, O «CONTRA AQUELLOS QUE SON OBJETO DE LA IRA DE DIOS»

Los vándalos, tribu germano-oriental ya mencionada por Tácito y Plinio el Viejo, parecen haber habitado originariamente Jutlandia del norte (hoy Vendsyssel) y la Bahía de Oslo (hoy Hallingdal). En los dos primeros siglos de nuestra era se escindieron en asdingos, que no se extinguieron hasta después de su asentamiento en África, y en silingos, cuya extinción fue mucho más temprana. Habitaban por entonces en la vecindad de godos y burgundios, entre el Bug y el Elba, en la Polonia central, en la Alemania del nordeste y en Silesia (término latino cuyo correspondiente eslavo es Sieza), nombre derivado de la tribu silinga. Esta última era ya un pueblo de jinetes y más tarde llevaban consigo sus caballos incluso en sus correrías de pillaje por mar. A mediados del siglo ni estaban asentados en el curso medio del Rin, mientras que los asdingos poblaban el alto Tisza. Durante varias generaciones éstos poblaron la actual depresión húngara, pero el año 406

[87] Winkier 452 ss

[88] Schródl en Wetzer/WeIte XI 538; Hófler ibíd. V 949

abandonaron Panonia huyendo probablemente ante la presión de los hunos y, conducidos por su rey Godigiselo, subieron a lo largo del Danubio hasta llegar a la actual Ratisbona. Después descendieron a lo largo del Meno, donde en duras batallas con los francos, aliados de los romanos, perdieron a unos veinte mil de los suyos, incluido el rey Godigiselo. Sólo la intervención de los alanos y de su rey Respendialo los salvó de su ruina. En la noche de san Silvestre del año 406, «convertidos ya en cristianos amaños» (Tüchie) y juntamente con los alanos, con los suevos, sus antiguos aliados, y con otros vándalos silingos, que se les unieron allí, cruzaron el Rin cerca de Maguncia. El río estaba helado (y desguarnecido de tropas a causa del peligro visigodo procedente de Italia septentrional). Saquearon Maguncia — algo que los cronistas describen con vivos colores— donde masacraron también a muchos habitantes que se habían refugiado en una iglesia. Asolaron Worms, Tréveris, Reims, Arras, Toumay, Narbona y otras ciudades y aldeas amuralladas. «Algunos sirvieron de pasto a los perros», se queja por su parte el obispo Orencio de Augusta en Aquitania: «El cortejo fúnebre de un mundo que se hunde». «En las aldeas y las casas, en el campo, en las calles y en todos los distritos, acá y acullá, imperaban la muerte, el dolor, la desolación, la derrota, el incendio y el luto. Toda la Galia humeaba como una hoguera». Y el obispo español Idacio veía la llegada de las cuatro plagas: guerra, hambre, peste y alimañas.[89]

Todas estas atrocidades que se le achacan a los vándalos en estas tremendas correrías a sangre y fuego, fueron cometidas más tarde y especialmente por los sarracenos. Cuando los vándalos arrasaron Maguncia y las Galias; cuando, según pretende una tradición más tardía, asesinaron a los obispos Desiderio de Langres y Antidio de Besancón, eran ya, conviene recalcarlo, cristianos. Lo eran, como mínimo los asdingos, ya «convertidos» en Hungría. Usaban la Biblia y la liturgia del apóstol de los visigodos Wulfila. Todo indica que ya en la batalla de Tolosa, en 422, usaron una sentencia bíblica como grito de guerra. En España, según testimonia Salviano, eran ya con seguridad cristianos *haeretici.* Y naturalmente, también ellos hacían remontar a Dios el origen de la potestad real. Al igual que todo el mundo cristiano, también ellos conocían la realeza divina: expresión de la estrecha unión entre el Estado y la Iglesia.[90]

Tres años permanecieron los vándalos en las Galias. Después, unidos a suevos y alanos y dirigidos por el rey Gunderico (407-428), hijo de Godigiselo, cruzaron los mal defendidos Pirineos en el otoño de 409 e irrumpieron en España (de ellos viene el nombre de Andalucía), donde pasaron dos decenios asolando, saqueando y

---

[89] Plin. hist. nat. 4, 14, 9. Aquí se menciona por vez primera a los vándalos: vandilii. Tacit. Germán, c. 2; 43. Orientius, Commonitorium 2, 179 ss. Hydatius Chron. a. 410 (Auct. ant. 11, 17 s). Greg. Tur. 2, 9; 2, 32. Hieron. ep. 123, 15, 2 ss. Salv. de gub. dei 7, 50. Zos. 5, 27; 5, 31 s, 6, 1 ss. Soz. 9,11 ss. Oros. 7, 38; 7,40 ss. Prokop. bell. vand. 1, 3, 1. Sid. Apoll. carm. 5, 399; 423. Junkuhn/Kuhn y otros RAGA I 123. Pauly II 840. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 285 s. Taddey, Lexikon 1258 s. Gautier, Geiserich 95 ss. Schmidt, Bekehrung 348 s. Schmidt, Wandalen. 1 ss, 15 ss, 164 s. Capelle 29 ss, 213 ss. Thompson, Settiement 65 ss. Tüchie I 25. Dannenbauer, Entstehung I 200. Bury, History 1185 ss. Diesner, Das Vandalenreich 17 ss. Maier, Verwandiung 126 s. Vogt, der Niedergang Roms 365 s. Von Müller, Geschichte unter unseren Füssen 117. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 28 s. Bosi 35. Löwe, Deutschiand 18. Claude, Herrschaftsnachfolge 333

[90] Schmidt, Bekehrung 351 s. Schmidt, Wandalen 18 s, 163, 184. Giesecke, Ostgermanen 167 ss. Capelle 39 s. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 28 s

matando. Allí se hicieron fuertes y libraron en parte batallas victoriosas contra godos, suevos y romanos, provocando también hambrunas y epidemias. Los silingos fueron entretanto exterminados de raíz en los años 416,417 y 418 por los godos de Walia.[91]

En Sevilla, el rey Gunderico atrajo contra sí el odio especial del clero católico. Confiscó los tesoros de la iglesia de san Vicente, muriendo bruscamente poco después: obra, sin duda, de la ira de Dios. Asumió entonces el poder su hermanastro Genserico (428-477), hijo bastardo del rey Godigiselo (a quien vio morir con sus propios ojos en la batalla contra los francos: crucificado, si damos crédito a Procopio).

143

Genserico, hijo de una esclava, tan capacitado y audaz como carente de escrúpulos, taimado hasta estar a la altura de la diplomacia romana, fue uno de los «grandes» políticos germanos de su tiempo. En mayo de 429 —hazaña sin parangón— transportó a 80.000 vándalos, incluidos mujeres, niños, ancianos y esclavos, de España a Marruecos a través del estrecho de Gibraltar. Puede que ya hubiese establecido en Marruecos una cabeza de puente, pero primero batió de forma aplastante a los suevos, que venían empujando a su retaguardia, y también a un ejército imperial. De este modo se aseguró, por si acaso, la retirada. Pero con tan sólo 16.000 guerreros, aunque valiéndose también de atrocidades no perpetradas hasta ahora por los germanos, conquistó como un huracán el norte de África, un país que nunca se perteneció a sí mismo y sí a los cartagineses, a los romanos, a los vándalos, a los bizantinos, a los árabes, a los turcos y a los franceses. País debilitado, ciertamente, por levantamientos de la población mora y también por conflictos religiosos, sociorrevolucionarios y políticos, pero poblado nada menos que por siete u ocho millones de habitantes. Con todo, en algo menos de un año y pese a la resistencia de las tropas imperiales, de la nobleza y del clero católico, Genserico ocupó más de mil kilómetros de costa. Para ello usó ocasionalmente —al menos así lo narra Víctor de Vita, obispo de la época vándala tardía— el recurso de apelotonar a la población vecina obligándola a ir en marcha de ataque contra las ciudades, protegiendo sus tropas con este escudo viviente o bien dejando que los cadáveres de aquellos infelices apestasen el contorno de las fortalezas: una táctica que también Gengis Khan parece haber usado más tarde. En la primavera de 430 batió al general imperial Bonifacio junto a Hippo Regius y puso cerco a la ciudad mientras Agustín moría en ella.[92]

El 11 de febrero de 435, los vándalos concluyeron una paz en Hippo Regius y pasaron a servir a Roma *comofoederati.* Dos años después, sin embargo, hubo ya

---

[91] Oros. 7, 40, 8 s; 7, 43, 13; 7, 43, 15. Hydat. Chron. 42; 60; 67 s. Soz. 9, 12 ex**.** Sidon. Apoll. carm. 2, 362 s. Stein, Vom römischen 398. Gautier 107 ss. Schmidt, Wandalen 21 ss. Ballesteros 35 s. Culican 191. Bury, History I 191 s. Rothenhüfer, Skiaverei 43

[92] Hydat. 89 s. Isid. Sev. hidt. vand. 73. Greg. Tur. 2,2 (con fuertes deformaciones propias de la leyenda). Vict. Vitens. pers. Vand. 1, 1; 2, 14 y otros. lord. Get. 33, 168; Í84. Prokop. bell. vand. 1, 3 bell. got. 3, 1. Sidon. Apoll. carm. 2, 358 s; 5, 57. Possid. Vita August. c. 28. Pauly II 717. Dtv Lex. Antike, Geschichte II 48 s. Delbrück, Krilegskunst II 300,312 s. Stein, Vom römischen 476 ss. Gautier 119 ss, 130 s, 149 ss, 186 ss. Schmidt, Wandalen, 27 ss, 96 ss. Schmidt, Bekehrung 350 ss. Giesecke, Ostgermanen 170. Capelle 42 ss. Löwe, Deutschiand 18. Maier, Verwandiung 127 s. Dannenbauer, Entstehung 1209 s. Diesner, Vandalenreich 49 ss. Bury, History 1244 ss. Claude, Herrschaftsnachfolge 333. Barker 409 s. Schmidt, The Sueves 305 s

conflictos con aquélla, de origen manifiestamente religioso. Presumiblemente, el clero católico agitaba contra el culto amano y se negaba a desocupar iglesias en favor de los «herejes». El rey Genserico envió al exilio a algunos obispos, entre ellos a Posidio de Calama, el biógrafo de Agustín (véase vol. 2).[93]

Por ese tiempo, los invasores iniciaron sus correrías por mar. Y cuando el 19 de octubre de 439 Cartago cayó en sus manos gracias a un asalto repentino en el que no tuvieron que dar ni un golpe de espada, Genserico, que desterró a todo el clero adversario tras apoderarse de su patrimonio, equipó valiéndose de los barcos atrapados en el puerto una gigantesca flota que dominó durante varias décadas el mar Mediterráneo. A partir de entonces y año tras año iniciaba sus incursiones de pillaje con cada primavera, rumbo a Sicilia, a Italia o a España. Más tarde incluso rumbo a Grecia. Como rey cristiano que era, también él sabía, evidentemente, engalanar con orlas religiosas sus piraterías. Estando una vez en Cartago, convertida ahora en su residencia, le preguntaron, izadas ya las velas de los barcos, qué rumbo había que tomar, a lo que respondió, según se dice: «*Contra quienes sean objeto de la ira de Dios*». Procopio: «De ese modo se abatió sin motivo alguno contra todos cuantos se topaba casualmente».

Ya el año 440 y por instigación de su obispo Máximo, los vándalos asolaron Sicilia con saqueos y *pogroms* anticatólicos (según los cronistas católicos más tardíos, también los arríanos de Sicilia mataron a muchos católicos). Pese a ello, la flota imperial que salió rumbo a la isla recibió orden de volver atrás ante el peligro inminente de ataques por parte de los hunos, y el emperador Valentiniano III y la corte bizantina se acomodaron a concluir una paz. Con ello, Genserico creó el primer Estado germánico independiente sobre suelo romano. Poseía sus provincias más ricas y fértiles: Mauritania, Tingitania, Zeugitania, Byzacena y *Numidia proconsularis.* Finalmente se hizo también dueño de Córcega y Cerdeña cuyos bosques hizo talar por trabajadores forzados para construir sus barcos. Hacia 455 añadió las Baleares, que ya había saqueado en 425. Dominó los mares desde Gibraltar a Constantinopla y ni siquiera prestaba reconocimiento nominal al emperador bizantino. Cierto que en prenda de la paz hubo de enviar a Italia a su hijo Hunerico.[94]

144

Pero tampoco las costas itálicas se vieron libres de los saqueos y asolaciones de los piratas cristianos, la única potencia marítima entre las tribus germánicas. Y hasta en la misma Roma aparecieron las naves vándalas después de arribar con pavorosa presteza, en junio de 455, a la desembocadura del Tíber. La ciudad fue sometida, a lo largo de 14 días, a un expolio preparado de forma extraordinariamente minuciosa y metódica, expolio mucho más riguroso que el efectuado por Alarico en 410 –desde los antiguos palacios imperiales hasta los templos, desde las preciosas estatuas griegas hasta las tejas de bronce— pero sin baños de sangre, incendios ni devastaciones. Eso sí, también se llevaron consigo a miles de ciudadanos romanos,

---

[93] Schmidt, Wandalen 64 ss

[94] Hydat. 115; 118 ss. Marcell. com. a. 439. Prosper. 1339; 1347. Vict. Vit. 1, 10; 1, 12 ss. Prokop. bell. vand. 1, 5, 18 ss. Sid. Apoll. carm. 2, 348 ss. Pauly II 717 ss. Stein, Vom römischen 483 s. Gautier 213 ss, 245 ss, 255 ss. Schmidt, Wandalen 66 ss. Sobre la flota vándala comprobar especialmente 166 s. Schmidt, Bekehrung 350. Capelle 66, 72 ss. Enssiin, Einbruch 112 s. Diesner, Untergang 55 s, 62. Lówe, Deutschiand 18

especialmente a jóvenes y miembros de las clases altas. Y con el corte de suministro de cereales por mar, pronto asoló a Italia una hambruna que condujo después al derrocamiento del nuevo emperador Avito.[95]

En los años cincuenta, los vándalos conquistaron los últimos territorios romanos norteafricanos. A raíz de la campaña del emperador Mayoriano, Genserico apresó la flota imperial romana mediante un audaz golpe de mano. Eran unos 300 barcos que debían transportar al gigantesco ejército, que ya se aproximaba, desde Cartagena a África a través del estrecho de Gibraltar. Y así, poco antes de que el emperador, llegado en mayo, acudiese a su flota, ésta había desaparecido ya. Incluso una guerra altamente peligrosa para Genserico como la que iniciaron conjuntamente contra él, en 468, la Roma de Oriente y la de Occidente partiendo simultáneamente desde Italia, Egipto y Constantinopla —desde cuyo puerto salió el grueso del ejército bajo el mando de Basilisco, cuñado del emperador León—, incluso esa guerra fracasó después que una gran parte de la flota bizantina cayese, nuevamente, víctima de un artero ataque del rey vándalo frente al actual cabo de Bon, en las proximidades de Cartago. El emperador Zenón reconoció, en 476, la integridad de las posesiones del reino vándalo (incluidas las islas) a cambio de concesiones insignificantes. Aquel mismo año se extinguió oficialmente el Imperio occidental, mientras que el oriental le sobrevivió aún unos mil año s, hasta 1453.[96]

4.16 EL AMANO GENSERICO PERSIGUE A LOS CATÓLICOS

Entre todos los Estados germánicos, el reino de los vándalos fue el único intolerante en lo religioso. Era enemigo acérrimo del catolicismo, aunque esa hostilidad tampoco se fundamentaba, en primera línea, en razones religiosas. Radicaba primordialmente en un punto, eso sí, el más sensible desde siempre para la católica dispensadora de salvación en exclusiva: el punto relativo a sus ingresos, a sus extensas propiedades. Las consabidas confiscaciones hicieron del clero católico un enemigo irreconciliable del rey. Y Genserico sabía mejor que ningún otro príncipe germano de su época capitalizar políticamente el cristianismo, aún reciente, de los vándalos convirtiendo su lucha contra Roma en lucha del arrianismo contra un catolicismo perseguidor de toda disidencia. Eso le valió el apoyo de arríanos y donatistas y también el de muchos que eran indiferentes frente a Roma o reacios a su dominación. Había no pocas convicciones antirromanas, no pocos tránsfugas y colaboracionistas en un Imperio que debía su dominación a su cruda inhumanidad. Y como quiera que Genserico expropió de inmediato y pese a su feroz resistencia a los latifundistas católicos sumiéndolos en la miseria o no dejándoles al parecer más alternativa que el exilio o la esclavitud, algo que no sucedió en ningún otro estado germánico, se atrajo las simpatías de numerosos esclavos y colonos. Tanto más

[95] Prokop. bell. vand. 1, 5, 4. Hydat. c. 162; 167. Prosper 1375. Vict. Tonnens. a. 455. Vict. Vit. 1, 24. Chron. min. 1, 304. Paúl. Diac. hist. Rom. 14, 16. Gautier 263 ss. Schmidt, Wandalen 78 ss. Capelle 78 ss. Bury, History 1325. Diesner, Untergang 61. Schmidt, The Sueves 308

[96] Prokop. bell. vand. 1, 6. Prisc. fr. 42. Nicephor. h.e. 15, 27. Hydat. 200; 247. Sidon. Apoll. carm. 5, 441 ss. Dtv Lex. Antike, Geschichte II 48 s, 273. Gautier 277 ss, 286 ss, 299 ss. Schmidt, Wandalen 85 s, 89 s. Capelle 83 ss. Bury, History I 320 ss. Diesner, Der Untergang 66. Barker 426

cuanto que fue destruyendo sistemáticamente los libros de registro de la propiedad de las autoridades fiscales romanas, es decir, de la totalidad del sistema hasta entonces vigente. «Los señores han sido expoliados y expulsados, dice en tono de lamento el obispo Sidonio Apolinar, yerno del emperador Avito. «El bárbaro mantiene a África ocupada, su furia ha desheredado a la nobleza del país.»[97]

145

Antes que nada fueron saqueadas las iglesias y los monasterios ricos, pues pasaban por ser «baluartes de la dominación romana» (Diesner). Se entiende que, en general, la población civil católica no ofreció resistencia en ninguna parte, permaneciendo indiferente o simpatizando con los invasores. Una parte se convirtió, incluso, al arrianismo. Eso a despecho de los ataques de Genserico, especialmente brutales contra clérigos y monjes, contra las monjas, que eran a menudo violadas. En todo ello jugaba un papel nada desdeñable el fanatismo religioso, la creencia de «estar cumpliendo una misión divina como adalid del arrianismo» (Schmidt). Naturalmente, Genserico hizo que las fincas confiscadas en provecho de los guerreros, exentas de impuestos, las *sortes vandalorum* fuesen nuevamente cultivadas por colonos.[98]

Ambas Iglesias estaban subordinadas al rey vándalo, pero para obtener la unidad religiosa de su reino quería procurarle al arrianismo el poder religioso en exclusiva. Para ello lo convirtió en Iglesia oficial del Estado a la vez que perjudicaba sistemáticamente a los católicos, que contaban con muchas sedes obispales. Esta Iglesia, que encarnaba propiamente la tradición romana se transformó por ello en cabeza e instigadora de la resistencia contra los conquistadores, racialmente ajenos y «herejes». Amano y adicto al rey eran para Genserico cosas tan idénticas como lo eran católico y hostil al rey. Ahora bien, el clero católico se valía manifiestamente de sus vínculos con el exterior para conspirar con potencias extranjeras aunque también en el plano literario hubiese una polémica antiarriana sostenida por obispos como Asclepio, Víctor de Cartena, Bocono de Castellumy otros. Los sermones mismos no sólo no soslayaban, sino que avivaban dicha polémica, lo cual provocó que el rey publicase un «decreto sobre el uso del pulpito». En cualquier caso fueron estos continuos enfrentamientos confesionales «los que estremecieron una y otra vez el reino y coadyuvaron finalmente a su exterminio» (Giesecke).[99]

Se inició así para los católicos una fase de tribulaciones y *pogroms* acerca de la cual hay una fuente de información primordial, pero muy unilateral, la *Historia persecutionis africanae provintiae,* del obispo Víctor Vitensis. Obrando de ese modo, el taimado Genserico, que se consideraba a sí mismo como investido por Dios para

---

[97] Possid. Vita August. 28. Vita Fulgent. 1. Prokop. bell. vand. 1, 5. August. serm. 344 s. Salvian. de gub. dei 7, 46; 7, 54; 7, 71. Vict. Vit. 1, 14; 3, 71. Leo I ep. 12, 8. Altaner/Stuiber 498. Kraft, Kirchenvater Lexikon 45 s. Stein, Vom rómischen 476 s. Von Schubert, Geschichte 129 s. Voigt, Staat und Kirche 187 ss. Gautier 196, 235 ss. Schmidt, Bekehrung, 353. Giesecke, Ostgermanen 170 s. Capelle 60 ss, 66 ss. Bury, History I 247, 259. Helbiing 24 f. Diesner, Der Untergang 47. Del mismo Kirche und Staat 131 ss, 138 s. Del mismo. Das Vandalenreich 31 ss, 46 ss. Vogt, Der Niedergang Roms 437. Maier, Verwandiung 199. Dannenbauer, Entstehung 1210 ss. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 29. Rothenhófer, Skiaverei 46 s

[98] Schmidt, Wandalen 61. Schmidt, Bekehrung 353. Diesner, Kirche und Staat 141. Handbuch der Kirchengesch. ü/2, 181 s

[99] Vict. Vit. 1, 14; 1, 17 ss; 1, 22; 1, 35 ss; 1,43 ss; 2, 39 entre otros. Prosper. Epit. Chron. 1327. Gennad. de vir. inl. 74, 78 s. Caspar, Papsttum II 2, s. Schmidt, Wandalen 184 s. Schmidt, Bekehrung 353 ss. Giesecke, Ostgermanen 172. Capelle 68 ss. Vogt, Der Niedergang Roms 443

ser cabeza de la Iglesia nacional amana, usaba prácticamente contra los católicos los mismos decretos «antiheréticos» de que se valían los emperadores católicos desde Teodosio. Pues la persecución de los católicos por parte de los vándalos «en nada se distingue de las persecuciones desencadenadas por Justiniano contra los no católicos» (Dannenbauer).[100]

Ocasionalmente, como ocurrió tras la ocupación de Cartago, el rey se apropió de todos los bienes, muebles e inmuebles, del clero adversario, Ordenó asimismo que todas sus iglesias fuesen clausuradas, entregadas al clero amano o usadas como cuarteles. Cuando los católicos forzaron la entrada de una de ellas para celebrar la Pascua, los amanos los acometieron al mando de Andwit, un sacerdote local. El obispo Víctor Vitensis nos informa al respecto: «Desenvainan sus armas y entran espada en mano en la casa de Dios. Otros se encaraman a los techos y lanzan sus flechas por las ventanas de la iglesia. En el preciso momento en que el pueblo escuchaba entre cánticos la palabra de Dios y un lector iniciaba el Aleluya, éste cayó muerto al suelo por una flecha que le atravesó el cuello. El libro se desprendió de sus manos. Y por cierto que también otros muchos perecieron atravesados por venablos y flechas en el mismo centro del pedestal del altar. Y de aquellos que no murieron entonces al filo de la espada, la mayoría sufrió después suplicios por orden del rey y murieron en ellos, especialmente los más ancianos ¡En otros lugares, en Tunusuda, por ejemplo, y también en Gales, Vicus Ammoniae, etc., en los que el pueblo de Dios estaba recibiendo los santos sacramentos, entraron en las iglesias con terrible furia, arrojaron el cuerpo y la sangre de Cristo sobre las losas y los pisotearon con sus sucios pies!».[101]

Al igual que hizo con algunos senadores y altos funcionarios, el rey deportó también en el transcurso de los años a algunos clérigos católicos, entre otros a los obispos de Cartago, Quodvultdeus (a instancias del cual creó san Agustín su catálogo de «herejías». *De Haeresibus,* con 88 de las mismas) y Posidio de Calama, biógrafo de san Agustín. A veces los mandaba al extranjero en barcos nada aptos para la navegación, y si los deportados morían, sus sedes solían quedar vacantes. Otras veces quedaban huérfanas las sedes obispales situadas en los centros del poder vándalo, una vez muertos sus titulares. Según Víctor Vitensis, el número de obispos de las provincias Zeugitania y Proconsularis se redujo bajo Genserico ¡de 164 a 3! Los demás fueron asesinados o expulsados.[102]

146

La *Cathedra Carthaginensis* estuvo vacante 15 año s, desde 439 hasta 454. Y cuando el obispo Deogratias tomó posesión de ella en octubre de aquel año , un hombre inteligente, exento de fanatismo, la convivencia con los no católicos se vio libre de fricciones. Muerto Deogratias, los católicos aprovecharon las dificultades de Genserico en la política exterior para conspirar abiertamente contra él, quien

---

[100] Altaner/Stuiber 448 s. Kraft, Kirchenvater Lexikon 504. Schmidt, Wandalen 97. Schmidt, Bekehrung 353. Dannenbauer, Entstehung I 387. Comprobar también 212 s

[101] Vict. Vit. 1,6; 1, 9; 1,41. Schmidt, Wandalen 185. Giesecke, Ostgermanen 174 s. Diesner, Vandalenreich 59. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 182

[102] Vict. Vit. 1, 28 s. Prosper. Epit. Chron. 1327, 1329. Kraft. Kirchenvater Lexikon 84. Caspar, Papsttum I 372. Schmidt, Bekehrung 355 s. Schmidt, Wandalen 73 ss, 93 ss, 171. Giesecke, Ostgermanen 171 ss. Capelle 70 s. Bury, History I 259. Diesner, Untergang 50, 182. Handbuch der Kirchengesch. 11/2 182

desterró a buen número de ellos, sospechosos de alta traición. La *Cathedra Carthaginensis* quedó de nuevo vacante. Todo indica, en términos generales, que el rey persiguió al clero católico mucho más en aras de la seguridad del Estado que por razones religiosas.[103]

En todo caso evitó crear mártires para no atizar el fervor religioso del adversario; pero mártires los hubo pese a todo, tanto a causa de la obstinación confesional como por razones políticas. Los vándalos amaños veían probablemente a los católicos romanos, muchas veces «a priori», como enemigos del Estado, óptica que los católicos, precisamente ellos, conocían por principio muy bien. Y al clero vándalo, lo mismo que al católico, no le gustaba desperdiciar ocasión de satisfacer sus sentimientos vengativos.[104]

A causa del continuo peligro de traición al Estado, Genserico exigía de sus funcionarios romanos en la corte que se convirtiesen al arrianismo. A los renitentes les caía encima, por lo pronto, la confiscación de su patrimonio, después el destierro, la tortura y, finalmente, la ejecución. A los cristianos exiliados entre los moros, que evangelizaban entre ellos y habían solicitado del obispo católico más próximo el envío de sacerdotes, el rey los hizo arrastrar hasta la muerte por caballos salvajes. El obispo de Vita, Pampiniano, murió, según parece, martirizado con chapas de hierro candente. El obispo Mansueto de Urusita fue quemado vivo. Genserico castigó asimismo con la muerte toda resistencia contra la prohibición de los oficios divinos católicos o la transgresión de la misma.[105]

Por justa que sea la indignación de los cronistas católicos contra Genserico, uno de ellos cuando menos, le concede algo digno de fama: el Padre de la Iglesia Salviano de Marsella alaba su lucha contra la «impureza». Pues este cristiano bien manchado de sangre era, ¡qué significativo!, tremendamente mojigato en lo sexual. Combinación harto frecuente, como es sabido. No sólo combatió contra la pederastia, sino también contra los burdeles, obligando, incluso, a casarse a todas las prostitutas. «El rey de los vándalos, que, llegado el caso, no se arredraba ante ninguna acción sangrienta, experimenta tal repugnancia ante la peste de la pública lascivia sexual, peste propia de las grandes urbes, y considera hasta tal punto perniciosa esta abominación para sus compatriotas que se ha propuesto erradicarla de cabo a rabo y todo indica que lo ha logrado mientras él viva. Caso único en su género, en toda la historia de Occidente, y auténtico timbre de gloria en el por lo demás dudoso palmares del rey vándalo.»[106]

La historia del Estado vándalo sólo nos ha sido legada, casi en exclusiva, por clérigos católicos — incluso los pocos testimonios históricos de carácter profano están fuertemente influidos por ellos— y es más que probable que esté deformada por su unilateralidad. Esto es así, evidentemente, por lo que respecta al obispo Posidio, amigo de Agustín, al obispo Víctor Vítense, quien escribió entre 485 y 489,

---

[103] Schmidt, Wandalen 93 s, 186

[104] Ibíd. 94 s. Giesecke, Ostgermanen 175. Diesner, Ostgermanen 52 s

[105] Según Ludwig, Massenmord 18, el 439 fueron asesinados bajo el poder de Genserico, presumiblemente, cientos de católicos, sobre todo patricios y sacerdotes. Schmidt, Bekehrung 353 ss. Giesecke, Ostgermanen 173. Diesner, Untergang 50. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2,182

[106] Salv. de gub. 7, 85 ss

probablemente en Constantinopla, su *Historia de las persecuciones en la provincia de África.* Los vándalos, en cuyo «vandalismo» en África del Norte, bajo Genserico, nadie cree ya, fueron cubiertos de calumnias por aquéllos: que arrancaban los niños de los pechos de las madres para estrellarlos contra el suelo; que convertían a sacerdotes y ricos en animales de carga azuzándolos hasta la muerte, etc. Calumnias debidas, manifiestamente, al solo «crimen capital de ser arríanos» (Gautier). «El obstinado arrianismo de los vándalos ha contribuido, al parecer, tanto o más que sus excesos y correrías de pillaje a que su mala fama haya perdurado tan tenazmente a lo largo de los siglos» (Finley).[107]

147

Hasta qué punto los autores católicos niegan, tergiversan o se inventan con frecuencia a su albedrío la realidad es algo que puede ilustrar un ejemplo.

Después que Genserico abandonase Roma, informa Pablo Diácono, un clérigo del siglo VIII nacido de una ilustre familia longobarda, arrasó, entre otras, la ciudad de Ñola y también de allí se llevó cautivas a buen número de personas. Paulino, entonces obispo de Ñola (quien al igual que su esposa, y por supuesto, al margen de toda comunidad conyugal, llevaba una vida estrictamente monacal: Altaner/Stuiber), pudo añadir al respecto fama inmortal a sus ya un tanto marchitos laureles poéticos: sacrificó todo su patrimonio al objeto de rescatar prisioneros. Es más, ofreció su propia y preciosa persona a cambio del hijo de una pobre viuda. Noble gesto, sin duda, pero como tantas veces ocurre, un infundio. Paulino, murió, y de ello hay constancia, en 431, casi un cuarto de siglo antes de que los vándalos tomasen Roma. Evidentemente, ni con la mejor de las voluntades, podía pues Genserico, como afirma Pablo Diácono, dejar libre sin rescate al obispo Paulino llevado de su admiración hacia él. En cambio, el otro conquistador de Roma, Alarico, sí que lo tuvo cierto tiempo prisionero cuando el año 410 asoló también la Campania. Claro que, también por razones evidentes, no podía saber aún nada de sus méritos ante Genserico.[108]

Pese a todas las exageraciones, falsificaciones incluso, de la historia por parte de la tradición católica, no puede abrigarse la menor duda de que el proceder de Genserico para con el clero católico fue muy duro y a veces sanguinario. Ese clero era, desde luego, no solamente un adversario enconado del arrianismo, sino que se convirtió, cada vez más, en enemigo del Estado. Con todo, los *pogroms* anticatólicos efectuados por los vándalos en África tuvieron grandes ventajas para el papa: ¡con harta frecuencia pasó así con la tribulación de los demás! Pues el clero africano, cuya relación con Roma fue a menudo muy tensa y a veces casi hostil (litigio por el bautizo de los herejes, conflicto pelagiano, asunto Apiario, asunto del obispo de Fussala), reconoció el primado del obispo de Roma ante la presión de los vándalos. Ahora esperaban de él intercesión y ayuda. Hasta el mismo Agustín había tenido, nótese bien, sus reservas frente a ese primado. Durante las persecuciones, sin embargo, «la Iglesia africana se apoyó totalmente en Roma» (Marschall).[109]

---

[107] Vict. Vitens. 1, 1 ss. Possid. 28. Altaner/Stuiber 488 s. Kraft, Kirchenvater Lexikon 504. Gautier 224 ss. Giesecke Ostgermanen 169. Helbiing 24 ss. Sobre cómo la nueva bibliografía refleja la realidad histórica de godos y vándalos, véase allí mismo pp. 53 ss. Capelle 110. Diesner, Kirche und Staat 127 ss. Del mismo Possidius 350ss.Finley218s

[108] Paúl. Diac. hist. Rom. 14, 17 s. Altaner/Stuiber 409. Tusculum Lexikon 194, Gautier 269

[109] Vict. Vit. 2,43. Caspar. Papsttum 1358 ss, 366 ss. Chapman 205 s. Schmidt, Wandalen 53 s,

4.17 HUNERICO Y EL CLERO AMANO DEDICADOS A LA EXPROPIACIÓN, LAS PROSCRIPCIONES Y LAS MASACRES

Genserico murió muy anciano a principios del año 477. Su hijo y sucesor fue Hunerico (477— 484), cuya esposa, Eudoquia, hija de Valentiniano III, a la que Genserico raptó de Roma en 455, huyó en 472 a Jerusalén, presumiblemente por aversión a la fe amana de su marido. Con todo, el comportamiento inicial de Hunerico frente a los católicos fue el de una pasable tolerancia. Ello dependió seguramente no tanto de la posibilidad de intervención del emperador como de la necesidad de consolidar su trono. En un principio el rey persiguió y quemó enfervorizadamente tan sólo a los maniqueos —lo que le granjeó el aplauso de los católicos— y a los propios parientes, cuyos derechos de sucesión temía. A unos cuantos los envió al exilio privados de recursos, entre ellos a su hermano Teodorico y a su sobrino Godagis, hijo de su hermano Genio. Sólo la muerte natural libró a ambos del asesinato. Receloso, hizo decapitar a la esposa, extremadamente culta, de su hermano Teodosio, y al hijo de ambos (también Genserico había hecho matar en su día a la viuda de su predecesor y hermanastro Gunderico). El patriarca lucundus, antes predicador palaciego de Teodorico y ahora cabeza suprema de la Iglesia vándala, fue quemado públicamente en una plaza de Cartago.[110]

148

Hunerico concedió nuevamente a los católicos practicar su culto. Es más, en 481 permitió que ocupasen (con el obispo Eugenio) la sede de Cartago. Como contrapartida exigió, desde luego, libertad para el arrianismo en el Imperio de Oriente. Antes que eso, los prelados católicos prefirieron, lo que ya es bien significativo, renunciar a las concesiones. Y cuando Hunerico advirtió que no había ya amenaza alguna de conquista del Norte de África por parte de Bizancio, dio un golpe de timón en la política religiosa, influido, y no poco, por las instigaciones del clero vándalo.[111]

Impulsado por la codicia, la sed de sangre y el delirio religioso inició una opresión sistemática de los católicos y una enconada persecución, sobre todo, de sus sacerdotes: confiscación de todos sus bienes (¡la suma de las multas impuestas era una fuente mayor de recursos que la de los ingresos obtenidos de los talleres del Estado!), destierro al desierto, cárcel, flagelaciones, horribles suplicios y cremaciones en vivo. Quien se negaba a hacerse amano, afirma Procopio, «era quemado o sufría cualquier otro tipo de muerte». Según san Isidoro, arzobispo de Sevilla (fallecido en 636) y uno de los «grandes maestros» de la Edad Media, que ejerció «enorme influencia en el desarrollo cultural» (Altaner/Stuiber), el malvado Hunerico «mandó cortar la lengua a quienes confesaban su fe, los cuales, pese a tal mutilación, pudieron seguir hablando bastante bien hasta el final de sus días». Al parecer quien más

187. Heiler, Altkirchiiche Autonomie 49. Marschall 161 ss, 197 ss, 204 ss

[110] Vict. Vit. 2, 1 s; 2, 13; 2, 15. Pauly II 406, 1249. Menzel I 157. Schmidt, Wandalen 96, 99 ss. Giesecke, Ostgermanen 176 s. Capelle 113. Dannenbauer, Entstehung I 387. Claude, Herrschaftsnachfolge 334 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2 183

[111] Vict. Vit. 2,1 ss. Schmidt, Bekehrung 357. Handbuch der Kircheng. II/2,183

instigaba al rey era el patriarca Curila. Trataba incesantemente de persuadirle —con sobrada razón— de que sin la erradicación del catolicismo no podría gozar de un reinado tranquilo y prolongado. Hunerico expulsó también a todos los funcionarios católicos y excluyó del servicio al Estado a la totalidad de los no amaños. Una vez más jugaban su papel en todo ello motivaciones de tipo político, aparte de la extravagancia religiosa. Tales eran, por ejemplo, el amotinamiento de la población católica contra las órdenes del rey y los contactos conspirativos del clero adversario con países «de ultramar». Motivaciones similares habían llevado en definitiva a Hunerico a perseguir también a sacerdotes amaños, quemando a algunos y arrojando a otros a las fieras. El año 483 envió a 4.966 católicos a tierra de moros, es decir al desierto, el peor de los destierros de aquel entonces, donde, se dice, acabaron miserablemente sus días.[112]

La campaña llegó a su culmen en el último año de gobierno de Hunerico.

El 1 de febrero de 484 convocó a todos los obispos católicos del reino, nada menos que 460, para sostener un diálogo religioso en la capital. Previamente mandó maltratar y desterrar a sus portavoces más destacados. Al obispo Laetus de Nepta lo mandó encarcelar y después quemar ya que, según nos cuenta Isidoro, «pese a los múltiples castigos no se prestó a mancharse con la herejía amana». Cuando se hizo patente que los prelados adversarios no se dejaban intimidar, los amaños hicieron fracasar el debate y culparon de ello a los católicos. A raíz de ello Hunerico mandó clausurar, el 7 de febrero, todas sus iglesias y el 24 del mismo mes impuso sin más una prohibición total del catolicismo. Todas las iglesias católicas, juntamente con su patrimonio, fueron expropiadas en provecho de los amaños. Cualquier acto de culto y reunión de católicos fueron objeto de interdicto. Todo católico que no se convirtiese al arrianismo (hasta el 1 de junio) perdía sus derechos civiles. Si era funcionario de la corte perdía esa dignidad y declarado infame. Llovieron las multas, la confiscación de bienes, las deportaciones y la quema de libros. Quienes ejecutaban negligentemente estas disposiciones se veían también afectados por la confiscación y la muerte. Hunerico «nombró» a una verdadera legión de auxiliares de verdugo *(tortores),* cuya misión consistía en martirizar del modo más brutal o, en su caso, matar a los católicos no conversos. Se conocen unos treinta tipos de tortura con sus correspondientes instrumentos. Muchos católicos, entre ellos 88 obispos, abjuraron de su fe.[113]

La ejecución de las leyes competía al clero amano, quien supervisaba la persecución imprimiéndole una gran ferocidad. Con arbitrario despotismo sobrepasaba a menudo, acentuando aún más sus rasgos sanguinarios, lo prescrito por el rey. Obispos y sacerdotes recorrían armados el país en aras de su gran obra de

---

[112] Vict. Vit. 2, 6 ss; 2, 26 ss; 3, 1 ss; 3, 19; 3, 27 ss. Greg. Tur. hist. Fr. 2, 3. Prokop. bell. vand. 1, 8. Isid. Geschichte der Wandalen 78. Wetzer/WeIte XI 546. Altaner/Stuiber 494. Grisar, Geschichte Roms 450. Vogr, Der Niedergang Roms 444 s. Von Schubert, Geschichte I 30. Voigt, Staat und Kirche 192 ss. Schmidt, Wandalen 101 s, 106 s, 181 s. Schmidt, Bekehrung 352 ss. Giesecke, Ostgermanen 177 s. Capelle 111. Maier, Verwandiung 200. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 188

[113] Vict. Vit. 1, 8; 2, 7; 2, 26 ss; 2, 33 ss; 2, 52 ss; 3, 2; 3, 10. Vict. Tonnens. a. 479. Vita Fulg. 9. Von Schubert. Geschichte I 29 ss. Schmidt, Bekehrung 358 ss. Schmidt, Wandalen 102 ss. Capelle 111 s. Thompson, The Conversión 27. Kawerau, Mittelalteriiche Kirche 29. Poppe 106. Kantzenbach, Kirche im Mittelalter 30. Doerries, Wort und Stunde U 93

conversión y no consideraban antisacramentales ni aún los forzados bautizos impuestos a personas amordazadas. De noche irrumpían, con la espada misionera en su mano, en las casas de los católicos poniéndolos ante la doble alternativa: segundo bautizo, riqueza y honores o castigos que iban desde la confiscación de sus bienes hasta la muerte, pasando por la deportación. Algunas mujeres católicas fueron, al parecer, crucificadas desnudas. A despecho de todo ello y siguiendo un prudente cálculo, los arríanos, como ya hicieron antaño, evitaron en lo posible los martirios.[114]

[149]

Al igual que en otros Estados cristianos, también era, desde luego, frecuente la pena de muerte, especialmente la decapitación agravada previamente con suplicios. Se practicaba asimismo la cremación, la sumersión hasta la muerte, el arrastramiento mediante caballos y el despedazamiento en vivo por fieras. Las torturas preferidas eran la flagelación, la mutilación de narices, orejas, manos y pies y la abrupción de lengua y ojos. La persecución de los católicos fue acompañada de torturas especialmente frecuentes, y los castigos aplicados procedían en su mayor parte del derecho romano.[115]

Todo aquello constituía un tremebundo y ya insinuado cinismo o, si se quiere, cierta actitud consecuente: durante aquella breve, ciertamente, pero asperísima persecución, en el reino vándalo se aplicaron cabalmente contra los propios católicos los más ásperos edictos bizantino— romanos de la época antidonatista. Pues hacía ya mucho tiempo que ellos, los católicos, habían tomado la delantera en todo esto.[116]

También ahora, desde luego, exageraron enormemente las proporciones de sus martirios, como hicieron cada vez que no les tocó perseguir sino ser perseguidos. El obispo Víctor Vitensis conjura una y otra vez una innumerable legión, pero el mismo no menciona más que a doce en total. Y ni siquiera esos doce acabaron dando testimonio con su sangre, «testimonio», por lo demás, que es el que menos fuerza demostrativa tiene entre todos los posibles, aunque sea, eso sí, el que alimenta el peor de los fanatismos. El informe de Procopio muestra ya un tinte legendario al aseverar, por ejemplo, de Hunerico que «a muchos les mandó cortar la lengua de raíz. Algunos de éstos vivían todavía en mi época en Constantinopla y podían, pese a todo, hablar con voz poderosa, pues ese martirio no les causó daño alguno. Dos de ellos, sin embargo, perdieron posteriormente la facultad del habla, después de cohabitar con prostitutas».[117]

Hunerico sucumbió tempranamente, en diciembre del año 484, víctima de una enfermedad. Los católicos acogieron jubilosos la noticia como cada vez que muere uno de sus adversarios. Y una vez más presentaron, naturalmente, ese final como un castigo divino. Si hemos de creer a Víctor de Vita, Hunerico murió devorado por gusanos. Según Víctor de Tonena feneció tras reventar y expulsar los intestinos, al igual que Arrio. Y Gregorio de Tours, que aborrecía todo lo perteneciente a los germanos, salvo si eran francos, exultaba así: «Como recompensa a tales ignominias

---

[114] Vict. Vit. 3,48 ss. Voigt, Staat und Kirche 192 ss. Schmidt, Bekehrung 358 ss. Schmidt, Wandalen 104 ss, 186. Doerries, Wort und Stunde II 95. Véase también nota 113

[115] Detallada indicación de fuentes en Schmidt, Wandalen 170 s

[116] Schmidt, Bekehrung 259. Giesecke, Ostgermanen 178. Thompson, The conversión 27. Maier, Verwandiung 200

[117] Vict. Vit. 3, 26; 5, 6. Prokop. bell. vand. 1, 8. Giesecke, Ostgermanen 183

Hunerico mismo fue poseído por el espíritu del mal y él, que por tanto tiempo había bebido la sangre de los santos, se desgarró con sus propios dientes...».[118]

¡Historiografía cristiana!

El radicalismo de Hunerico produjo, ciertamente, considerables éxitos, pero agravó el antagonismo vándalo-romano. Y mientras Guntamundo (484-496) fue paulatinamente poniendo fin a los *pogroms* y anulando parcialmente los decretos de destierro de modo que ya sólo continuaban la persecución grupos del clero amano que lo hacían por cuenta propia, el rey Trasamundo (496-523), su perspicaz hermano, que había tomado parte decisiva, incluso en su aspecto literario, en la lucha religiosa, favoreció nuevamente, aunque con circunspección, al arrianismo. Como quiera que los católicos, contraviniendo las órdenes del rey, habían establecido nuevos obispos en sus comunidades, Trasamundo decretó nuevos destierros. Es más, reinando él, «tan prominente por su belleza como por su carácter e inteligencia», se dieron, al parecer, casos en que los vándalos metieron sus caballos y animales de tiro en los templos de los católicos «perpetrando por lo demás atrocidades de todo género, maltratando y apaleando a los sacerdotes y usándolos para los trabajos más viles entre los realizados por esclavos» (Procopio). En términos generales, sin embargo, este cuñado del rey godo Teodorico trabajó menos con la violencia y más con calculada deferencia. Concedió honores, cargos y también ricas donaciones a los conversos llegando a agraciar a los criminales que se convertían. Y los desterrados a Sicilia, 60 en un principio, 120 después y algunos más al final, llevaban una vida pasable. Tenían contacto con el mundo exterior y cada año recibían ropa y dinero enviados por el papa Símaco.[119]

150

Pero su sobrino y sucesor Hilderico (523-530) aplicó después una política de signo contrario acarreando con ello la ruina de su pueblo.

Hilderico, nieto de Valentiniano III e hijo de Eudoquia, la hija del emperador, a quien los vándalos se llevaron cautiva tras saquear Roma en 455, había pasado la mayor parte de su vida en Bizancio, «unido por estrecha amistad a Justiniano» (Procopio). Era, al contrario que su padre, Hunerico, muy adepto de Roma y del emperador. Cierto que el agonizante Trasamundo le había hecho jurar que no toleraría la reorganización del catolicismo. Pero Hilderico —«¡para no vulnerar la santidad del juramento!» (san Isidoro de Sevilla)— llamó ya antes de ser elevado a rey a los obispos católicos desterrados para que retomasen a sus sedes, ordenó asimismo que fuesen reocupadas las sedes vacantes y devueltas las iglesias expropiadas. Es más, este enfermizo primogénito de Hunerico, que era ya por entonces bastante anciano, se rodeó de nobles de ascendencia románica e hizo todo lo posible para granjearse el favor de la Roma de Oriente y de los católicos.[120]

---

[118] Greg. Tur. 2, 3. Comprobar también Isidor., Geschichte der Wandalen 79. Schmidt, Wandalen 108. Fischer, Vólkerwánderung 211

[119] Isid. 81. Greg. Tur. 2, 2. Vita Fulgent. 41; 44 ss. Prokop. bell. vand. 1, 8. Vict. Tonn. ad a. 497. Schmidt, Bekehrung 360 s. Schmidt, Wandalen 108 ss. Giesecke, Ostgermanen 188 s. Capelle 113 s. Maier, Verwandiung 198. Handbuch der Kirchengesch. IV2,184 s

[120] Prokop. bell. vand. 1,9 s. Vit. Fulgent. 55 ss. Paúl Diac. 16, 7. Vict. om. Ad a. 523. Isidor. 82. Pauly II fl46 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 220 s. Schmidt, Bekehrung 361 s. Schmidt, Wandalen 117 s. Giesecke, Ostgermanen 196 s. Enssiin, Einbruch 130. Dannenbauer, Entstehung I 331 s. Handbuch der

Hilderico sacrificó incluso el pacto con Teodorico en aras de esa política que era, desde el primer momento, fuertemente procatólica y probizantina. Hasta tal punto que a Amalafrida, hermana de Teodorico y viuda de Trasamundo, que propugnaba enérgicamente salvaguardar el pacto con los godos, la hizo acusar de conspiración y asesinar juntamente con su séquito de 1.000 godos doríforos (su guardia personal) y su mesnada de 5.000 guerreros. La enemistad que desde entonces imperó entre los Estados germánicos contribuyó, de seguro, decisivamente a la ruina de ambos. Teodorico, a quien la noticia del destino de su hermana le llegó en los últimos meses de reinado, proyectó una campaña vindicativa contra Hilderico. Y como ahora había de contar con enfrentarse a las fuerzas navales conjuntas de bizantinos y vándalos construyó con toda celeridad una flota propia de mil dromones o naves rápidas. El 13 de junio del año 526 debía concentrarse en Ravena, pero él murió el 30 de agosto.[121]

Cuando, al año siguiente, el primo de Hilderico y jefe del ejército, Oamer, sufrió un grave revés frente a los moros, el viejo soberano, que nunca había combatido personalmente, fue a dar con sus huesos en la cárcel. Otro tanto le ocurrió a Oamer, que murió en ella tras haber sido cegado. El heredero con más derechos al trono, Gelimer, biznieto de Genserico, fue proclamado rey el 15 de junio de 530. Pero aquel golpe de Estado sirvió de pretexto a Justiniano, que se arrogó el papel de protector de Hilderico, para entrar en guerra. Y el catolicismo jugó un destacado papel en su campaña de exterminio y en la ruina del arrianismo y del pueblo vándalo.[122]

4.18 EL CLERO CATÓLICO A FAVOR DE «UNA ESPECIE DE CRUZADA» CONTRA LOS VÁNDALOS

No cabía esperar que los atribulados católicos sintieran simpatía por el estado de sus perseguidores, ni siquiera teniendo en cuenta su deber de someterse a la autoridad. Gelimer era en definitiva un usurpador. Aparte de ello a la Iglesia católica no le importaba gran cosa la autoridad cuando además de no serle propicia era débil. De ahí que bajo el reinado de Trasamundo los católicos sintieran no pocas simpatías incluso por el príncipe moro Cabaón, con el que probablemente conspiraron. Cuando menos, éste dispuso su lucha contra Trasamundo contando con el apoyo de sus súbditos católicos. Él mismo, Cabaón, cortejaba al clero católico, restauró las iglesias profanadas por Trasamundo y venció en su campaña: «la mayor parte» de

los vándalos murió en aquel entonces «a manos de sus perseguidores. Otros fueron hechos prisioneros y pocos fueron los que pudieron finalmente regresar a casa tras esta campaña» (Procopio).[123]

Kirchengesch. 11/2, 186. Bund 149

[121] Cassiod. var. 5, 16 ss, 9, 1. Prokop. bell. vand. 1, 9, 4. Comp. 1, 8. Hartmann, Geschichte Italiens 1135; 221. Schmidt, Wandalen 114,118 s. Schmidt, Bekehrung 356, 362. Giesecke, Ostgermanen 197. Capelle 115. Vasiliev 330 ss. Bund 153 s

[122] Prokop. bell. vand. 1, 9; 1, 17. Vict. Tonn. ad a. 531. Malalas 18. Schmidt, Bekehrung 362. Wandalen 119 ss, 131. Giesecke, Ostgermanen 197. Schubart 98. Kaegi, Arianism 25. Claude, Herrschaftsnachfólge 329 ss

[123] Prokop. bell. vand. 1, 8. Giesecke, Ostgermanen 195

151

Es innegable que la católica Roma quería ver exterminado al amanismo vándalo. Ya en el año del vuelco político en Bizancio, en 519, el papa Hormisdas preguntó al nuevo emperador qué pensaba hacer en favor de los católicos del reino vándalo. Pero hasta el buen católico Justino rehuyó la cuestión.[124]

Los deseos de cruzada del clero no entusiasmaban ni a los ministros ni a los militares, por no hablar de los funcionarios de la hacienda. El recuerdo de Genserico, terror de los mares, estaba aún demasiado vivo y también el del destino de Basilisco. Aparte de ello, las tropas acababan de regresar de la campaña contra Persia, si bien el emperador la había terminado cabalmente para poder combatir a los vándalos con todas sus fuerzas. El consejo de la corona, no obstante, estaba decididamente en contra. Escaseaba el dinero a causa del conflicto con Persia, la moral de las tropas era mala y la marina vándala infundía aún pavor. Todas ellas eran razones de peso que parecieron hacer mudar a Justiniano de parecer, aunque sentía imperiosos deseos de reconquistar África del Norte —su importancia económica y su poderío político seguían siendo considerables— tanto más cuanto que sentía un fuerte compromiso religioso.[125]

En ese momento se interpuso el clero católico, el vivo y el muerto, y Dios mismo. Pues éste, afirmaba un obispo de Oriente que intervenía presumiblemente como agente de sus hermanos norteafricanos, le había ordenado recriminar al emperador por sus vacilaciones y anunciar que la liberación de los católicos del yugo vándalo contaría con la ayuda del Altísimo. «Dios mismo le asistirá en ello constituyéndolo en señor de África» (Procopio). Y un prelado muerto, Laetus de Nepta que ascendió «súbitamente a los cielos con la corona de la victoria» obtenida por su martirio bajo Hunerico (san Isidoro), emergió de nuevo, se le apareció en sueños a Justiniano y le empujó también a la guerra. Aparte de ello, los sacerdotes agitaban a lo largo y lo ancho desde los pulpitos difundiendo elocuentemente las atrocidades, reales o imaginarias, de los «herejes».[126]

En una palabra, apenas si caben dudas de que una de las razones principales de Justiniano para iniciar la guerra fue «la liberación de los católicos» (Kaegi). El emperador libró esta guerra «fundamentalmente por razones confesionales» (Kawerau), como «una especie de cruzada» (Diehí), como una «guerra santa contra los arríanos» (Woodward). «El componente religioso fue lo decisivo para Justiniano [...], el factor detonante para una guerra [...] que acabó en el exterminio del pueblo vándalo» (Schmidt). «Al clero católico le corresponde buena parte de la responsabilidad por el desencadenamiento de las guerras de exterminio de la época [...]. La influencia de la Iglesia llegaba hasta la última aldea» (Rubín).[127]

¿Acaso este belicismo del clero (católico) es algo sorprendente o incluso increíble? ¿No hay razones plausibles para ello? ¿No hay ante todo un motivo que vendrá una y otra vez a nuestro encuentro a lo largo de los siglos? Es el motivo aducido en cierta

---

[124] Jaffé, Regesta 1, 8. Schmidt, Wandalen 115. Giesecke, Ostgermanen 196

[125] Prokop. bell. vand. 1, 10. Schmidt, Bekehrung 362. Schmidt, Wandalen 123 s. Capelle 121

[126] Prokop. bell. vand. 1, 10, 18 ss. Vict. Tonn. ad a. 534. Isid. Geschichte der Wandalen 79; 83. Gautier 348. Schmidt, Wandalen 124. Capelle 121. Schubart 99. Rubín 142. Kaegi, Arianism 25 s

[127] Woodward 89. Schmidt, Bekehrung 363. Kaegi, Arianism 23. Diehí cit. Por Kaegi. Kawerau, Mittelalteriiche Kirche 29. Rubín 142

ocasión por el papa Agapito (535-536) ante el emperador Justiniano al escribir estas palabras: «Doy infinitas gracias a nuestro Dios porque en Vos arde tan profundo celo por engrandecer el número de los católicos; pues allí donde nuestro Imperio extiende sus fronteras comienza también, y de forma inmediata, a crecer el reino eterno». Y justo por aquel tiempo se elevaban preces en la liturgia latina implorando de un solo aliento la aniquilación de los enemigos del Imperio y de la fe: *Hostes romani nominis et mímicos catholicae religionis expugna* [128]

Y precisamente por aquella época, Justiniano reverenciaba a Roma con una profunda inclinación: «Siempre pusimos nuestro empeño en salvaguardar la unidad de Vuestra Sede Apostólica y el rango de las iglesias. Pues en todo cuanto emprendemos nos cuidamos de que aumente el honor y la autoridad de Vuestra Sede». El papa Juan II (532-535) no podía menos de

estar encantado de que el soberano, llevado por su celo de creyente e «instruido por el derecho canónico, muestre ante la romana sede el debido respeto, someta todo a su criterio y reconduzca todo hacia la unidad con ella».[129]

152

4.19 «¡OS TRAEMOS LA PAZ Y LA LIBERTAD!»

En junio de 533 se hizo a la mar por orden del emperador una flota de 500 barcos de transporte y 92 navíos de guerra (dromones) que llevaban a bordo entre 15.000 y 20.000 combatientes. Formaban parte de ellos también hérulos y hunos. El patriarca de Constantinopla, Epifanio, había impetrado en el mismo puerto la bendición del cielo para una empresa tan grata a Dios. Bendijo él mismo a las tropas y pronunció los «rezos habituales» (Procopio) de estas despedidas. El general en jefe era Belisario, buen católico, buen soldado, «un cristiano caballeroso, en quien las enseñanzas de su Salvador habían penetrado no sólo en su cabeza, sino en su sangre» (Thiess). Dios sabe que eso debía de ser verdad tratándose de quien podía abatir a tajos de espada a 30.000 o 50.000 personas, cristianas, católicas incluso (como fue el caso de la «Rebelión Nika»), cual si fueran figuras de cera. ¡Y todo ello para que *un* hombre (bestia sería un eufemismo inapropiado) mantenga su corona! Gozaba de gran estima entre sus tropas carniceras y era el mejor estratega del siglo. Al igual que el emperador, era hijo de campesinos. Cuadro completo: a su lado su esposa Antonina, persona intrépida pero algo malfamada y amiga de la emperatriz, pues Antonina engañaba a su general, que le era fiel con apego casi de esclavo, con el hijo adoptivo de éste, Teodosio. Relación que la pía Teodora toleraba amistosamente. También iban a bordo el jefe del Estado Mayor de Belisario, el eunuco Salomón, severo, conocedor de su profesión y objeto de muchas antipatías, y el historiador Procopio, quien entre los años 524 y 540 acompañó a Belisario como secretario y persona de confianza en sus campañas persa, africana e italiana. Clásico de la narración histórica no sólo veía, en más de una ocasión, la mano de Dios tras las disposiciones

[128] Coll. Avell. 88 (CSEL 35, 335). Sacramentarium Leonianum. Vogelstein 68. Rahner, Kirche und Staat 284 s

[129] Coll. Avell. 84 (CSEL 35, 320; 35, 322)

estratégicas del jefe, sino que imaginaba que aquél se las soplaba al oído.[130]

Los bizantinos hallaron el apoyo, como mínimo indirecto, de los godos: su próxima vicuña. No habían olvidado éstos aún el asesinato de la hermana de Teodorico y de sus 6.000 custodios. Y Amalasunta, hija y sucesora de Teodorico, la primera mujer regente de un reino germánico, no sólo permitió manifiestamente a Belisario atracar en Sicilia, convirtiendo la isla en punto de partida de la expedición, sino que, según parece, reforzó sus tropas.[131]

La guerra, que ya en Constantinopla fue conceptuada como guerra de religión contra la «herejía vándala», tuvo no pocos aspectos de tal. En Cerdeña y en Trípoli se produjeron levantamientos populares, pues los católicos intentaban ahora sacudirse el yugo amano. En Salecta, la primera ciudad que Belisario tomó, dos días después de su desembarco (el 30 o el 31 de agosto de 533), fue antes que nadie el obispo quien mandó que le abrieran los portones. También el general buscó primero contacto con el clero católico si bien, por consideración a los aproximadamente mil arríanos del propio ejército, *foederati* en su mayoría, debía proceder con habilidad táctica. Las iglesias fueron tratadas con escrupuloso miramiento. Y en una proclama de Justiniano, ampliamente difundida, se afirmaba incluso que no se combatía a los vándalos, sino únicamente al «tirano» Gelimer. Naturalmente «en el nombre de Dios». «¡No libramos una guerra contra vosotros, sino únicamente contra Gelimer, vuestro cruel tirano, de quien os queremos liberar!

¡Pues os traemos la paz y la libertad!»[132]

Justiniano tuvo más suerte de la que cualquier otro que no fuera él mismo o los obispos se hubiera atrevido a esperar. Cierto que ya durante la travesía murieron unos quinientos soldados (culpable fue el prefecto Juan por escatimar los gastos) a causa del mal estado del pan, sin que el prefecto fuese castigado por el emperador, quien, en definitiva gobernaba gracias a sus exacciones. Y mientras que la poderosa expedición de 468 sufrió un deplorable fracaso, el pequeño ejército de Belisario conquistó África en una campaña relámpago, una de las mayores «proezas» militares desde mucho tiempo atrás. Las tropas desembarcaron a principios de septiembre de 533 a doscientos kilómetros al sur de Cartago, junto a Qábis. La temida flota vándala, dirigida por Zazo, el hermano del rey Gelimer, navegaba rumbo a Cerdeña y transportaba las mejores tropas al objeto de aplastar una rebelión en la isla. El rebelde Godas, que se puso a las órdenes del emperador, fue vencido y ejecutado. Otros contingentes vándalos operaban en el sur contra los moros. Pese a ello, Gelimer, que disponía de un ejército de clara superioridad numérica aunque con mucha menos experiencia de combate estuvo a punto de cercar y exterminar al enemigo el 13 de septiembre, en Decimón, a unos catorce kilómetros de Cartago, si

---

[130] Prokop. bell. vand. 1, 10, 1 ss; 1, 11, 1 ss; 1, 12, 1 ss; 1, 14, 3; 1, 18 s; 2, 7, 20. Pauly V 262. Delbrück, Kriegskunst II 300. Schmidt, Wandalen 125 s. Capelle 123. Thiess 629 ss, especialmente 632 s. Ostrogorsky, Gesch. des ostrómischen Staates 60. Kawerau, Mittelalteriiche Kirche 29. Rubin 142. Kaegi, Arianism 26 s. Bosi 115. Maier, Verwandiung 172, 178, 199. Diesner, Der Untergang 67. Kupisch I 133. Jones, Román Empire I 273. Teall 301 Montgomery 1141 s

[131] Schmidt, Bekehrung 363. Schmidt, Wandalen 124 s. Giesecke, Ostgermanen 129 ss. Capelle 126. Bury, History 11 129

[132] Prokop. bell. vand. 1, 16, 9 ss; 2, 14, 12. Schmidt, Bekehrung 363. Giesecke, Ostgermanen 198. Capelle 128 s, 543. Thiess 622. Diesner, Untergang 67. Kaegi, Arianism 28 ss

no lo hubiese impedido su indecisión, su aflicción a la vista de su hermano muerto.[133]
153

Los vándalos contaban con una victoria segura y habían preparado ya un banquete festivo en la fortaleza real de Cartago. Su plan de batalla: el hermano del rey, Ammatas, debía atacar a los bizantinos de frente, junto a Decimón, mientras un contingente de 2.000 hombres acaudillados por Gibamundo, lo haría por el flanco izquierdo, y el rey, con el grueso de las tropas, por la espalda. Belisario fue cogido por sorpresa y sólo se salvó de su ruina por la mala suerte de los vándalos. Ocurrió que Ammatas llegó con seis horas de anticipación, atacó con parte de su tropa a la vanguardia bizantina y fue abatido mientras el resto de su gente era diezmada en la fuga. Casi simultáneamente los 600 hunos de Belisario desbarataron las líneas de Gibamundo, gracias a una embestida por sorpresa, y los degollaron en su totalidad. Gelimer mismo, impulsado por la prisa y el fervor bélico, había sobrepasado sin ser visto el grueso de las tropas de Belisario y chocó ahora, contra lo previsto en su plan, con la cabeza del contingente principal de los bizantinos, un tanto disperso. Ante las oleadas de combatientes vándalos, muy superiores en número, esas tropas de cabeza huyeron hacia el puesto de Belisario, quien contuvo imperturbable su fuga y contraatacó enseguida.[134]

Procopio, que pasó aquel día en el entorno personal más inmediato a Belisario, escribe sobre aquella batalla tan decisiva que fue en el fondo la que precipitó la ruina de los vándalos: «Aquí me hallo ante un enigma. Me resulta incomprensible cómo Gelimer, que tenía ya la victoria en sus manos, la dejó escapar para entregársela por decisión propia al enemigo [...]. Pues si hubiera emprendido inmediatamente la persecución del ya maltrecho adversario, ni el mismo Belisario, en mi opinión, hubiera podido resistir y nuestra causa se habría perdido irremisiblemente. Tan tremenda parecía la superioridad de los vándalos y el espanto que infundieron a los romanos. Y si hubiese acudido rápidamente a Cartago hubiera aplastado sin esfuerzo a Juan y a sus guerreros [...]. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro; descendió a pie desde la colina y cuando vio el cadáver de su hermano prorrumpió en gritos de dolor y se dispuso a enterrarlo, desaprovechando así el instante decisivo, que se perdió para siempre.

»Belisario, en cambio, salió al encuentro de sus soldados en fuga, les gritó "¡Alto!" con voz estentórea, reorganizó sus filas y los increpó durísimamente. Cuando después oyó lo de la muerte de Ammatas, de la persecución de los vándalos por parte de Juan y se enteró de cuanto necesitaba saber acerca del terreno y de los enemigos, se lanzó al ataque contra Gelimer y los vándalos. Los bárbaros, por su parte, cuyas filas estaban ya desordenadas y no preveían un ataque, ni siquiera esperaron a los atacantes y huyeron a escape perdiendo a mucha gente. La carnicería duró hasta bien entrada la noche».[135]

Belisario entró en Cartago el 15 de septiembre. «Comimos los manjares de

---

[133] Prokop. bell. vand. 1,12 ss; 1,19; 2.4, 3; 2, 8; 2.11 ss; 3, 24. Dtv Lex. Antike, Geschichte II 49. Gautier 347 *ss.* Schmidt, Wandalen 127 ss. Giesecke, Ostgermanen 198. Bury, History II 128 ss. Capelle 129 ss. Dannenbauer, Entstehung I 332 s. Kaegi, Arianism 34. Diesner, Untergang 67 ss. Del mismo, Wandalenreich 100. Bund 154 s. Montgomery 1142 s

[134] Prokop. bell. vand. 1,18. Schmidt, Wandalen 131 ss. Bury, History n 132 ss.

[135] Prokop. bell. vand. 1, 19, 25 ss

Gelimer, y bebimos su vino, atendidos por su servidumbre. El banquete había sido preparado por él la víspera.

¡Ejemplo contundente de cómo el destino juega con los hombres y de cuán importante es la voluntad de éstos cuando aquél se le enfrenta!»[136]

A cuatro jomadas de Cartago el rey reunió a sus maltrechas tropas, recibió nada despreciables refuerzos de los moros y tropas de refresco de parte de Zazo, que regresó apresuradamente de Cerdeña. En cambio no obtuvo ningún apoyo militar de los godos quienes, ya antes de que llegase el legado de Gelimer, se enteraron de la derrota vándala por una nave mercante. Junto a Tricamaro, población no perfectamente localizada, pero situada a unos treinta kilómetros al oeste de Cartago, los vándalos libraron, en diciembre del año 533, una última y desesperada batalla. Al tercer ataque bizantino murió Zazo, el hermano de Gelimer, y los vándalos huyeron tras luchar como leones. Todos los fugitivos fueron abatidos uno tras otro hasta bien entrada la noche. Al final «no quedaban ya vándalos por capturar salvo los que habían implorado protección en los santuarios». Todo, escribe Procopio «fue puesto bellamente en orden [...]». Gelimer mismo se salvó con algunos compañeros de armas hallando cobijo entre moros amigos en las inaccesibles serranías, en los confines de Numidia, donde finalmente se rindió meses más tarde tras ser cercado. Los vencedores católicos, por su parte, no sólo se apoderaron en Tricamaro de los inmensos tesoros, acumulados mediante el pillaje practicado en todo el mediterráneo, sino también de los «cuerpos rozagantes y espléndidamente bellos» de las mujeres y muchachitas vándalas, que enloquecían su lascivia.[137]

154

«Pues los soldados romanos —informa el cronista y testigo ocular bizantino—, gente al borde de la indigencia, se vieron ahora en posesión de inmensos tesoros y de mujeres increíblemente bellas. Perdieron el dominio de sus sentidos y parecían insaciables en la satisfacción de sus apetitos: henchidos de la insospechada dicha, iban dando tumbos como borrachos como si cada cual no pensase ya en otra cosa que en poner a buen recaudo sus tesoros aprovechando el camino más próximo hacia Cartago. Toda formación de tropas se disolvió. De uno en uno o de dos en dos, según los impulsaba la esperanza de botín, lo registraban todo en derredor, en hoces, cuevas y otros lugares peligrosos. Ya no había miedo ante el enemigo ni recato ante Belisario. La codicia de botín los dominaba por completo, y esclavizados por ella no se ocupaban de nada más.»[138]

4.20 PARABIENES PAPALES POR LA «EXPANSIÓN DEL REINO DE DIOS», O «TODOS ELLOS SUMIDOS EN LA INDIGENCIA»

Después de la victoria, la mayoría de los hombres vándalos perdió la vida. Mujeres y niños fueron hechos esclavos. El rey fue llevado a Constantinopla y presentado en el verano de 534 en el hipódromo durante el triunfo allí celebrado. Despojado de la

[136] Ibíd.1,21

[137] Ibíd. 2,2 ss. Cartellieri 157. Schmidt, Wandalen 134 ss. Con todo detalle en Capelle 139 ss. Enssiin, Einbruch 131. Bury, History II 136 ss

[138] Prokop. bell. vand. 2,4

púrpura hubo de besar el polvo ante el trono imperial. Acabó sus días como vasallo en una gran propiedad de Galacia. Declinó la conversión al catolicismo, pese a todos los honores que la hacían más apetitosa. A sus compañeros de cautiverio los encuadraron en el ejército romano y fueron a parar en su mayoría a la frontera persa. Se formaron cinco regimientos, los llamados *Vandali Iustiniani.* Un regimiento, sin embargo, huyó de nuevo a África después de reducir a la tripulación de la nave que debía transportarlos desde la isla de Lesbos. En África asentaron los bizantinos grandes contingentes de tropas. Reforzaron los puertos y las ciudades con murallas y también levantaron numerosas fortalezas, dispersas tierra adentro.[139]

La Iglesia católica que elogió a Justiniano como liberador de un «cautiverio de cien año s» recuperó de inmediato todos sus bienes raíces y también su rango por encima de las restantes religiones, de forma que, de la noche a la mañana se convirtió de perseguida en nueva perseguidora. Pues, obviamente, el clero católico colaboró ahora con los nuevos amos exactamente igual que lo había hecho el amano con los antiguos. Otra vez se adoptaron duras medidas contra paganos, donatistas y judíos a quienes ahora se les expulsó por principio de las sinagogas. Pero el final del Estado vándalo significó ante todo el final de la fe vándala. Justiniano mismo, dispuesto ya a hacer la guerra a los ostrogodos, se inclinaba por una política religiosa moderada, pero el episcopado africano y el papa Agapito le hicieron mudar de parecer. Por decreto promulgado el 1 de agosto de 535 arrebató las iglesias a los arríanos, y prohibió sus oficios divinos, el nombramiento de obispos y sacerdotes. Además los excluyó de todos los cargos. También golpeó duramente a los no católicos restantes.[140]

Lo admite hasta el *Manual de la Historia de la Iglesia:* «*Las medidas adoptadas por el decreto en relación con los arríanos, donatistias, judíos y paganos eran sobremanera duras. Tuvieron que cerrar sus templos y suprimir todo acto de culto. Cualquier reunión quedó prohibida; ya era suficiente que pudieran continuar con vida. El papa felicitó al emperador por su celo en la expansión del Reino de Dios*».[141]

155

Pese a todas las degollinas, el arrianismo estaba aún lejos de su erradicación en África, tanto menos cuanto que pudo penetrar en las tropas de Belisario gracias a los godos arríanos. Pero también éstos, que se vieron engañados en la distribución de los lotes de tierra y sojuzgados, desde el punto de vista religioso, juntamente con los vándalos arríanos supervivientes, hubieron de morder el polvo tras duras y largas luchas. Las mujeres vándalas que se habían entretanto casado con ellos fueron deportadas. «De los vándalos que permanecieron en su patria —escribe Procopio— no quedó vestigio alguno de mi época. Al ser pocos, fueron aplastados por los bárbaros limítrofes o bien se mezclaron voluntariamente con ellos de modo que desapareció hasta su mismo nombre.» «De este modo —escribe triunfante el arzobispo Isidoro de Sevilla— fue exterminado, el año 534, el reino vándalo hasta el último retoño, reino que duró 113 años desde Gunderico hasta la caída de

---

[139] Prokop. bell. got. 3, 1, 6; bell. vand 2, 9 ss; bell. pers. 2, 21, 4. Schmidt, Wandalen 141 ss. Giesecke, Ostgermanen 199. Enssiin, Einbruch 131. Diesner, Untergang 69 ss. Maier, Verwandiung 231

[140] Just. Nov. 37. Schubart 102. Diesner, Untergang 70 s. Schmidt, Wandalen 145. Kaegi, Arianism 39 ss

[141] Handbuch der Kirchengesch. IV2 187

Gelimer.»[142]

Pero los tiempos que se enseñorearon de África, también en su aspecto político y religioso, fueron de todo menos de paz. La administración bizantina estaba en gran parte corrompida, la opresión fiscal era tal que la población año ró tristemente la liberalidad de los vándalos. Los colonos fueron mucho peor tratados que bajo el dominio de los «bárbaros». Las propias tropas amanas fueron preteridas. A otras se les pagó muy tardíamente. En una palabra: aumentó el descontento de amplios sectores sociales. Y a los motines y levantamientos interiores vinieron a sumarse los ataques del exterior.[143]

Ya el año 534 las unidades bizantinas dirigidas por el bastante capaz, pero brutal *Magister militum* Salomón, el sucesor de Belisario, se vieron envueltas en luchas contra varias tribus nómadas. Fueron destruidas unidades enteras de caballería. Cierto que al año siguiente Salomón hizo una degollina de, supuestamente, más de cincuenta mil bereberes que habían penetrado hasta la Tunicia central. Pero los años que siguieron conocieron no sólo nuevos ataques de los nómadas, sino también graves y repetidos motines de soldados. «Ese desdichado país —así concluye la *Guerra vándala* de Procopio— no hallaría nunca una calma duradera. Salomón cayó combatiendo contra los moros. Su sobrino y sucesor Sergio se granjeó un odio general y no puede hacerse fuerte allí. Justiniano envía a su propio sobrino Aerobindo para restablecer el orden, pero este príncipe no tiene en absoluto madera de guerrero. Muere víctima de una conjuración militar encabezada por un tal Gontaris, que se encumbra a una brutal dominación. A partir de ahí reina un violento caos: no importa qué oficial cree poder llegar a ser dueño de África. El asesinato alevoso, el arrasamiento y el saqueo están a la orden del día. Finalmente Gontaris, en tomo al cual se han agrupado los últimos vándalos, cae junto con éstos a manos del armenio Artabanes que obtiene de Justiniano el *Magisterium militare* para toda África. Su sucesor Juan apaga los últimos focos de la revuelta... De la población africana sobrevivieron muy pocos. Después de tantas tribulaciones gozaban por fin de paz. Pero ¡a qué precio! Todos ellos sumidos en la indigencia.»[144]

4.21 SOBRE LA «GRAN BATIDA CONTRA LOS GODOS» Y OTRAS CUESTIONES MARGINALES

El reino vándalo había perseguido largo tiempo y en ocasiones de forma atroz a los católicos, una de las razones, sin duda, que provocaron su exterminio. Sin embargo, los arríanos ostrogodos no eran energúmenos religiosos. Cierto que Teodorico se había encumbrado en Ravena de forma harto sanguinaria y rufianesca, pero después se esforzó siempre por mantener la paz en su política exterior. Pese a actuar con total independencia, reconocía la soberanía de la Roma oriental. Y en su política interior puso su empeño en reconciliar a romanos y germanos.

[142] Prokop. bell. vand. 1, 22; 2, 14 s; 2, 19, 3. Giesecke, Ostgermanen 133, 198. Diesner, Untergang 74 s. Kaegi, Arianism 42 ss

[143] Prokop. bell. vand. 2, 8,25. Thiess 626 s. Diesner, Untergang 72 ss

[144] Diesner, Untergang 74 s

Especialmente por lo que respecta a los católicos, el ostrogodo —el año 500 y a raíz de su única visita a Roma, fue recibido por el papa a la cabeza del clero— mostró una tolerancia más que notable. Bajo su reinado, los maniqueos fueron una y otra vez desterrados de Roma y los paganos que ofrecían sacrificios eran, incluso, castigados con la muerte. Los papas, en cambio, tenían plena libertad para relacionarse con los obispos de fuera de Italia. Ellos y su Iglesia gozaban de una autonomía como no se conocía ya desde hacía varias generaciones, superior a la gozada «bajo cualquier emperador ortodoxo» (Pfeilschifter). A despecho de todo eso los ostrogodos sufrieron un exterminio aún más cruel, si cabe. Su reino sólo perduró sesenta año s, desde 493 a 553, más de la mitad de los cuales bajo la égida de Teodorico.[145]

156

Mientras éste se mantuvo en la cima de su poder, la Roma de Oriente y la de Occidente, el emperador Anastasio, el papa y el senado mantuvieron también un buen entendimiento con él. Su apoyo a Roma era continuo. Entre otras cosas le asignó 200 libras de oro anuales para la conservación de sus muros. El papa Símaco recibía, incluso, dinero del tesoro privado del rey. Pero cuando, en los últimos años de éste, Justino y el papa llegaron a un mismo acuerdo y se inició la persecución de los arríanos en el Imperio oriental, se acentuó la tendencia antigoda entre los católicos de Italia. De ahí que en la tradición eclesiástica medieval la memoria de Teodorico sea únicamente la de un «hereje», tirano y demonio y ya para el papa Gregorio I y para Gregorio de Tours quedó sepultado en el abismo de los infiernos.[146]

El rey, que murió sin descendencia masculina, había decidido la sucesión en favor de su nieto Atalarico. Su madre Amalasunta (526-534) asumió la regencia contando Atalarico sólo ocho años de edad, a la par que ordenaba asesinar a tres godos de la alta nobleza, sospechosos de oponerse a ella. Pero cuando, fallecido el joven Atalarico (en octubre de 534), ella se casó con su primo y acérrimo enemigo Teodato (534-536), éste desterró a su esposa, prima y corregente, contraviniendo todos sus juramentos, ya en la primavera de 535, y confinándola en una pequeña isla en el lago de Bolsena, donde mandó estrangularla.[147]

Todo hace pensar que la mano de Teodora, llevada de celos femeninos y de la astucia, tuvo mucho que ver con aquel crimen sangriento. Justiniano tomó este asesinato como pretexto para erigirse ahora en vengador contra Teodato, como antes contra Gelimer. No vaciló un solo instante «en ordenar desenvainar la espada, que aún goteaba sangre vándala, para dirigirla, empuñada por el mismo general, contra los godos» (lordanes). O digámoslo con las palabras de Grisar, S. J.: se produjeron así «hazañas tan heroicas... como pocas veces en la historia militar».[148]

---

[145] Bühier 43 s. Schmidt, Bekehrung 326 s, 363 s, 338 s. Pfeilschifter ibíd. cit. Vogt, Der Niedergang Roms 497. Bullough, Italien 158

[146] Greg. I. dial. 4, 31. Greg. Tur. in gloria mart. c. 39. Schneege 25 ss. Grisar, Geschichte Roms 461 ss, 481 ss. Hartmann, Geschichte Italiens 1123 s, 177, 222 ss. Capelle 401 ss, especialmente 404 s. Jones, The Constitutional Position 128 ss. Bury, History II 152 ss

[147] lordan. Get. 58 s. Prokop. bell. got. 1,4. Hist. arcan. 16. Dtv Lex. Antike, Geschichte 1106. Pauly V 682. La noticia de que Theodahad pagó cincuenta mil *solidi* a los parientes de Amalasunta como penitencia por el asesinato de los reyes francos (Greg. Tur 3,31) es muy probablemente falsa. Davidsohn 146 s. Hartmann, Geschichte Italiens 1240 ss, 248 ss. Cartellieri I 57 s. Giesecke, Ostgermanen 131 s. Capelle 413 ss. Bury, History n 159 ss. Bullough, Italien 170. Jones, Román Empire 1274 s. Bund 177 s

[148] lordan. Get. 59 s. Grisar, Geschichte Roms 531. Hartmann, Geschichte Italiens 1151 s. Capelle 416.

Con 7.000 hombres, 200 jinetes hunos y 300 moros a los que más tarde se sumaron ciertamente refuerzos considerables, Belisario conquistó Italia en una guerra casi relámpago. Eso al principio, pues las intrigas de la corte le crearon después tantos contratiempos como los celos del mismo Justiniano. Ya a finales del año 435 cayó en sus manos Sicilia, casi sin combates, pues apenas había ocupantes godos. Catania, donde desembarcó, fue tomada sin esfuerzo alguno; después Siracusa y finalmente Palermo. También la invasión del sur de Italia constituyó un éxito. Avanzó hacia el norte sin hallar apenas resistencia pues «el alto clero había sido ganado para la causa bizantina» (Davidsohn). En Tuscia, las ciudades se le entregaron sin esperar siquiera el requerimiento. La única que se defendió enérgicamente fue Nápoles y fueron los judíos quienes destacaron en ello, temerosos del fanatismo católico. Sólo fue posible tomarla por sorpresa después que unos seiscientos sitiadores penetraron en ella arrastrándose por un acueducto. Se produjeron horribles carnicerías hasta en las mismas iglesias. Los bizantinos, que luchaban bajo el signo de la cruz, «abatían despiadadamente a golpes de espada —según el testimonio de Procopio— a todo el que se cruzaba en su camino, sin considerar siquiera la edad. Penetraban en las casas y se llevaban como esclavos a niños y mujeres. Lo saqueaban todo». Los hunos mataron incluso a muchos que se refugiaron en las iglesias. (Cuando Tótila reconquistó Ñapóles no solamente tuvo miramientos con la ciudad, sino incluso con las tropas bizantinas.)[149]

157

En aquellos días de la marcha hacia Roma ocupaba el solio pontificio Silverio (536-537), hijo del papa Hormisdas. El 20 de junio de 536 el rey godo Teodato lo había hecho obispo mediante coacciones y considerables sobornos. A saber, Silverio conspiraba con los godos «heréticos». Al igual que una parte de su clero tenía menos miedo de ellos que del cesaropapismo del emperador católico. Además estaban geográficamente más próximos y eran quienes tenían el poder. Y cuando en noviembre el turbio Teodato fue sustituido por el jefe militar Vitiges (éste ordenó la muerte de Teodato y para legalizar su regencia repudió a su mujer y tomó por esposa, forzando su voluntad, a Matasunta, nieta de Teodorico, a la que llevaba treinta año s), el papa Silverio («hombre santo y de firme carácter, según el católico Daniel-Rops) juró también ser fiel al nuevo rey... y envió enseguida mensajeros a Belisario para que acudiera a Roma. Después, en la noche del 10 de diciembre de 536, el santo Silverio, que debía su papado a los godos, abrió, a despecho de su juramento, la porta Asinaria a Belisario, que venía avanzando desde Napóles. La puerta estaba en el sur de la ciudad y muy cerca de la basílica laterana. Casi al mismo tiempo la pequeña guarnición goda huyó por la puerta Flaminia hacia el norte. Los romanos saludaron jubilosamente a los bizantinos como liberadores, como exterminadores de la «herejía» amana, abrigando además la esperanza de que se restablecería el Imperio romano.[150]

Rubín 114 ss

[149] Prokop. bell. got. 1, 5 ss; 1, 16; 3, 8, 1. Marcell. com. ad. a. 535 s. Davidsohn I 49. Hartmann, Geschichte Italiens 253 ss, 307 s. Capelle 420 ss. Thiess 642. Enssiin, Einbruch 131. Bury, History n 169 ss, 175 ss. Dannenbauer, Entstehung 1334

[150] Cassiod. var. 10, 32. Lib. Pont. Vita Silber. ed. Duchesne pp. 290 ss; ed. Mommsen pp. 144 ss. Prokop. bell. got. 1,11. Marcell. com. ad a. 536. Euagr. h.e. 4, 19. lordan. Get. 60. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 251, 304. Pauly V 682, 1307 s. Gregorovius I, 1, 171 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 254

Pero cuando en la primavera de 537 Vitiges cercó Roma con 150.000 hombres —se supone— mientras que Belisario sólo podía oponerle 5.000, la firmeza de carácter del santo papa pareció acomodarse a un nuevo cambio de poder recordando a todos que él era propiamente papa de los godos. Cuando menos incurrió en la sospecha de querer traicionar ahora a la cercada Roma entregándola a los godos. «Como se sospechaba —escribe Procopio— que Silverio, el sumo sacerdote de la ciudad, urdía una traición con los godos, Belisario lo envió inmediatamente a Grecia y nombró acto seguido a otro obispo con el nombre de Vigilio.»[151]

El regente de las escuelas. Marcos, y el pretoriano Julián habían presentado unas cartas falsas que Silverio envió a los godos. Y el diácono Vigilio, su sucesor como papa, atizó la sospecha contra su predecesor. Pues en realidad Vigilio, apocrisiario en Constantinopla, había querido ser ya papa en lugar de Silverio, tanto más cuanto que Bonifacio II (530-532) lo había designado ya en una ocasión como su sucesor, debiendo revocar la designación ante la impugnación de un sínodo. Después, Vigilio entró en Roma demasiado tarde, procedente de Bizancio, y halló ya ocupado lo que debía obtener según los planes de Teodora.[152]

La emperatriz había comprado al diácono por 700 piezas de oro (septem centenaria) para que, una vez papa, favoreciese a los monofisitas. «El trono obispal y el dinero eran sus dos amores», dice de él su colega Liberatus, diácono de Cartago que usa de buenas fuentes para su obra histórica (para hacerse una idea de la suma: con 200 piezas de oro se financiaba entonces la construcción de una gran iglesia). Después que Vigilio, fiel a su encargo, prometiese a Belisario una fracción, 200 piezas de la suma del soborno, el general llamó el 11 de marzo, por vez primera, al papa Silverio a comparecer ante él en el palacio imperial sobre el Pincio. «Entró solo en el palacio y no se le volvió a ver más», informa dramáticamente Liberatus dejando entrever que la caída de Silverio se basó en la acusación de alta traición por connivencia con los godos; algo que confirmaron asimismo otras fuentes como el continuador de Marcellinus Comes y Procopio, de forma que «el hecho resulta incontrovertible» (Hildebrand). «Contestad, papa Silverio —así se expresó el 21 de marzo Antonina en el palacio de Pincio, mientras se recostaba en una almohada a los pies de su esposo Belisario—, «¿qué os hemos hecho a Vos o a los romanos para que quieras entregamos a los godos?». Acto seguido, Belisario, que había garantizado a Silverio su seguridad personal, lo hizo recubrir de un hábito monacal, lo declaró depuesto y lo desterró a Patara, en Licia. Al día siguiente, el 22 de marzo, Vigilio era elegido papa y el domingo siguiente, el 29 de marzo, consagrado como tal.

Pero cuando Justiniano, desbaratando el plan de su esposa, reenvió a Roma a Silverio —el legado papal Pelagio, otro diácono sobornado por Teodora, intentó vanamente impedirlo por cuenta de

Vigilio— su sucesor en el solio, el papa Vigilio, lo capturó durante el camino e

---

s, 264 ss. Cartellieri I 58. Grisar, Geschichte Roms 502. Kraus, Münzen 136 s. Hildebrand 213 ss, 144 ss. Caspar, Papsttum 11229 ss. Giesecke, Osrgermanen 132. Thiess, 642 s. Bury, History n 177 ss. Daniel Rops, Frühmittelalter 225. Wemer, Bajuwaren 240. Jones, Román Empire 1276. Handbuch der Kirchenges IV2, 205. Bund 178 ss

[151] Hartmann, Geschichte Italiens I 383. Hildebrand 246. Caspar, Papsttum II 230 ss

[152] Hildebrand 244 ss. Véase también la nota siguiente

hizo que sus sayones lo condujeran a un nuevo exilio en la isla de Ponza. De ahí a pocas semanas, ya el 2 de diciembre del año 537, sucumbió a las insidias de sus carceleros, dos *Defensores vínculi* y un esclavo de Vigilio, los cuales le dejaron morir de hambre «víctima de los tiempos que corrían» (los católicos Seppelt/Schwaiger).[153]
[158]

El sufrido y desdichado, el santo Silverio, que poco antes de su muerte renunció, al parecer, a su papado en beneficio de su sucesor y asesino, fue pronto transfigurado por la leyenda. Su tumba fue objeto de peregrinaciones y en ella acaecieron, naturalmente, bastantes milagros. Se pidió su intercesión y de modo especial en aquellas situaciones de grave apuro, como aquellas de las que él mismo no pudo redimirse sino con su muerte. En Roma, donde otrora se vio abandonado por todo el clero que eligió a Vigilio como papa, si bien bajo la enorme presión de Belisario, se inició ahora su rehabilitación y su enaltecimiento como mártir. Tanto más fácil y gustosamente criticaron ahora a Vigilio, redactando incluso un escrito de agravios que le reprochaba la complicidad en la deposición de Silverio.[154]

El papa Vigilio, que aún habría de sufrir lo suyo bajo Justiniano, atestiguaba a éste de entrada —en la primera de las cartas que de él se han conservado— «no sólo sentido imperial, sino también sacerdotal» y lo ensalzaba entusiásticamente como «aquel que había sojuzgado a un sinnúmero de pueblos más con la fuerza de la fe que con la fuerza física de sus soldados». Eso en un momento en que éste libraba una horrible guerra de exterminio y no precisamente con devocionarios.[155]

Entretanto Vitiges llevaba ya, hasta marzo de 538, un año largo atacando a Roma con sus godos, con torres rodantes, con escalas de asalto, con arietes. Una y otra vez reiniciaba sus acometidas, y una y otra vez los jinetes hunos y los moros realizaban salidas peligrosas. Los alrededores de la ciudad, granjas, villas y suntuosas construcciones fueron totalmente arrasados. En Roma, las más bellas creaciones grecorromanas, obras maestras irreemplazables, fueron demolidas para matar con sus piedras a los asaltantes godos. A ello se sumaron los estragos del asfixiante calor, el hambre, las epidemias. Los senadores pagaban con oro repugnantes embutidos de carne de mulos muertos. Un ejército de socorro venido de Constantinopla reforzó a los asediados. Pero 2.000 jinetes del mismo, al mando del jefe Juan «el sanguinario» (epíteto de los cronistas), se ensañaron en Piceno contra las mujeres y los niños godos, cuyos maridos y padres estaban ante las murallas de Roma. Después de casi setenta asaltos rechazados, Vitiges se retiró en medio de terribles pérdidas causadas por Belisario que, con superioridad táctica y técnica, venía pisándole los talones y ocupó la práctica totalidad del país hasta la llanura del Po.[156]

---

[153] Lib Pont. Vita Silv. Liberal. Brev. c. 22. (PL 68, 963 ss, especialmente 1039 s). JK 909. Altaner/Stuiber 491. Hartmann, Geschichte Italiens I 383 s. Grisar, Geschichte Roms 502 ss. Hildebrand 213 ss, 223 ss, 232 ss, 243 ss. Caspar, Papsttum 11 231 ss. Poppe 110 s. Según Seppelt/Schwaiger, «Silverio fue llevado, bajo la custodia [!] de los comisionados de Vigilio, a la isla de Ponza» donde murió algunas semanas después «a causa de las privaciones sufridas durante el transporte [!] a su destierro» véase p. 54). Rahner, Kirche und Staat 288 s

[154] Hildebrand 247 ss

[155] JK 910 (Coll. Avell 92; CSEL 35, 348).

[156] Prokop. bell. got. 1, 17ss. Marcell. com. ad a. 537 s. Gregorovius I, 1, 172 ss, 183 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 268 ss, 277 s, 354. Grisar, Geschicte Roms 532 ss, 543 ss. Cartellieri 158 s. Capelle 425 ss. Thiess 643. Wemer, Bajuwaren 241. Teall 302. Bury, History 11180 ss, 191. Bullough, Italien 170

En el invierno de 538 a 539, cuando los bizantinos expulsaron a todos los godos de Emilia y Vitiges reparó los muros de Ravena, una dura hambruna asoló especialmente la parte norte de Italia central sucumbiendo millares y millares de personas. Procopio, testigo ocular, notifica la muerte de aproximadamente unas cincuenta mil personas tan sólo en el Piceno y de más aún en las comarcas del norte. «Qué aspecto tenían las personas y de qué modo morían es algo que quiero contar más en detalle por haberlo visto con mis propios ojos. Todos estaban flacos y pálidos, pues la carne (de sus cuerpos), según el viejo proverbio, se comía a sí misma por falta de nutrición, y la hiel, que a causa de su excesivo peso tenía ahora poder sobre todos los cuerpos, extendía sobre ellos una palidez verdosa.Y a medida que progresaba el mal los cuerpos humanos perdían todos sus humores de modo que su piel, totalmente reseca, se parecía al cuero, presentando la apariencia de estar firmemente sujeta a los huesos. Su color pálido se iba ennegreciendo de forma que parecían teas que hubieran ardido en demasía. Sus rostros tenían una expresión de horror, su mirada se asemejaba a la de los dementes que están contemplando algo espantoso... Algunos, totalmente dominados por el hambre, llegaron a cometer atrocidades contra los demás. En una aldehuela de Arimino, según parece, las dos únicas mujeres que quedaban en la zona devoraron a diecisiete hombres. Pues los forasteros que venían de paso solían pernoctar en las casas de aquéllas, quienes les asesinaban mientras dormían y se comían su carne... Impulsados por el hambre, muchos se arrojaban sobre la hierba e intentaban arrancarla poniéndose de rodillas. Pero en general estaban demasiado débiles, y cuando les faltaban totalmente las fuerzas caían sobre sus propias manos y sobre la hierba exhalando el último suspiro. Nadie los enterraba, pues nadie se interesaba ya por dar sepultura. No obstante lo cual, ni una sola ave acudía a los cuerpos, pese a que hay muchas especies que los devoran gustosos, y es que no había en ellos nada que picar. Pues, como ya se ha dicho, toda la carne estaba totalmente resecada por el hambre.»[157]

159

Por aquella misma época Milán atravesaba también una horrorosa penuria.

Dacio, el arzobispo de la ciudad —que según Procopio era, después de Roma, la primera de Occidente por sus dimensiones y número de habitantes y prosperidad— , acudió presuroso a Roma el tercer año de guerra, anunció a Belisario levantamientos antigodos en toda Liguria y la reconquista bizantina del territorio apremiándole para que ocupase Milán. Ocupación que se efectuó aunque supusiera, por cierto, quebrantar el armisticio concluido con Vitiges en abril de 535. Bien pronto, sin embargo, el sobrino de Vitiges, Uriah, cercó Milán con un fuerte ejército apoyado por 10.000 bergundios enviados por el rey de los francos Teodeberto. Este deseaba sobre todo sondear en su provecho la situación. De ahí a poco la hambruna asóla espantosamente la ciudad. Los habitantes comen perros, ratas, cadáveres humanos. A finales de marzo de 539 la guarnición romana capituló bajo el comandante Mundilas obteniendo una retirada en seguridad.

Por lo que respecta a la ciudad, escribe Procopio, «los godos no dejaron piedra sobre piedra. Mataron a todos los hombres, desde adolescentes a ancianos en número no inferior a trescientos mil. Convirtieron a las mujeres en esclavas y se las regalaron

[157] Prokop. bell. got. 2, 20, 15 ss. Hartmann, Geschichte Italiens 1278. Davidsohn 149 s. Werner, Bajuwaren 241

a los burgundios como premio a su alianza». J. B. Bury califica la masacre de Milán como una de las peores en la larga serie de atrocidades premeditadas en los anales de la humanidad: «*La trayectoria vital de Atila no registra una acción de guerra tan abominable*». También fueron destruidas todas las iglesias: las católicas a manos de los vándalos arríanos; las amanas a manos de los católicos burgundios. Una cooperación ecuménica realmente progresista: la denominan historia de redención... Las personalidades de la alta jerarquía social, entre ellos el prefecto Repáralo, hermano del papa, fueron despedazados para servir de alimento a los perros. El obispo Dacio, auténtico causante de aquel infierno, había puesto a tiempo pies en polvorosa.[158]

Apenas regresaron a su tierra los burgundios, bien cargados de botín, Teodoberto mismo cayó sobre Liguria, en la primavera de 539, al frente de un ejército.

Ya a comienzos del conflicto, Justiniano había convocado a los francos a la «gran batida contra los godos», como dice en pleno siglo XX el católico Daniel-Rops. Los merovingios Childeberto I, Clotario I y su sobrino Teodoberto prometieron en efecto su ayuda al emperador y aceptaron su dinero, pero también, simultáneamente, 2.000 libras de los godos. Y, a costa de ambas partes, se apoderaron asimismo de la Provence, segregada (formalmente) por Justiniano y fácticamente por Vitiges. A éste le envió Teodoberto un ejército de alamanos, en 537, y otro de burgundios, en 538, ayudándole en la reconquista del país, de Liguria y también de Italia septentrional, al norte del Po. Pero cuando le pareció que los godos se estaban haciendo demasiado fuertes cayó sobre ellos por la espalda, en la primavera de 539, con unos 100.000 francos que cruzaron los Alpes desde el sur de la Galia. Devastó con sus huestes Liguria y Emilia y al cruzar el Po, escribe Procopio, «despedazaron a cuantos niños y mujeres godos pudieron apresar, y en calidad de ofrenda echaron sus cadáveres al río como primicias de la guerra». Los guerreros godos huyeron como una exhalación hacia Ravena para toparse con las espadas romanas. No obstante, el hambre y las epidemias diezmaron de tal modo al ejército de Teodoberto que tuvo que abandonar Italia tras perder una buena parte del mismo.[159]

[160]

Sitiada por mar y tierra, Ravena cayó en mayo de 540 por obra de un traidor. Éste incendió por encargo de Belisario los graneros de la ciudad de modo que Vitiges tuvo que rendirse. Juntamente con Malasunta y Amalaberga, viuda del príncipe de los turingios (ella huyó en 535 al reino godo) y los hijos de ésta, se desplazó a Constantinopla llevando consigo todo el tesoro de la corona. Justiniano le otorgó allí, tras su abdicación, el rango de patricio. A muchos otros godos se les usó como tropas de choque en el frente persa al igual que se había hecho con lo que quedó de los vándalos. Como quiera que Uriah, el sobrino de Vitiges y destructor de Milán renunció a la corona en favor de Ildibaldo, éste se convirtió en rey. Mandó matar a Uriach, pero él mismo murió por mano asesina. También su sucesor, el rey de los

---

[158] Prokop. bell. got. 1, 12; 2, 7; 2, 10; 2, 21 s; 2, 39. El núm. de 300.000 está, seguramente, muy abultado. Hartmann, Geschichte Italiens I 280 ss. Cartellieri I 59. Capelle 440 s. Bury, History II 202 ss, 246. Wemer, Bajuwaren 241. Poppe 111 s

[159] Marcell. com. ad a. 539. Prokop. bell. got. 2, 25. Greg. Tur. 3, 32. Hartmann, Geschichte Italiens 1267, 283 ss. Capelle 420,441 s. Daniel-Rops, Frühmittelalter 246. Wemer, Bajuwaren 241. Holtzmann 10 s

rugieres, Erarico halló idéntico final tras unas negociaciones, que entrañaban alta traición, con Justiniano. Le suplantó el comandante de la guarnición de Treviso, el godo Tótila que había hecho de la muerte de Erarico condición previa para hacerse cargo del poder.[160]

La guerra parecía ahora hacerse interminable, tanto más cuanto que la Roma oriental había de atender también el frente persa.

Una y otra vez, prolongando una larga tradición romana y cristiana, Justiniano y Bizancio guerrearon contra los sasánidas. Desde el año 530 a 532, desde 539 hasta el año 562 y más tarde todavía en los intevalos entre 572 y 591 y entre 604 y 628. De darse la más mínima posibilidad, los persas cristianos apoyaban siempre a la Roma de Oriente. Fueron ellos, por ejemplo, quienes alentaron la revolución palaciega de 551 contra el Gran Rey Cosroes I (531-579), eso si no fueron sus autores directos. El Gran Rey, que liberó a los campesinos del yugo de la servidumbre, rompió violentamente con su primogénito Anoschad, que, al parecer, desplegaba bastante más actividad en el harén paterno que en las filas del ejército. Y así, cuando a raíz de una grave enfermedad se dio a Cosroes por muerto y estalló un levantamiento, los persas cristianos, con su *katholikos* Mar Aba al frente, se alinearon con Anoschad, a quien su madre, una de las esposas del rey, había ganado para el cristianismo. Pese a ello, la rebelión se vino abajo, aunque no sin convertir, ciertamente, el sur del país en un infierno de palacios humeantes, con torturas y asesinatos a la orden del día.[161]

La guerra con los persas prosiguió entretanto su curso y también la del oeste con los godos. Guerra que estos últimos nunca habían deseado: su deseo era que se les permitiese vivir en el país a cambio de prestar sus Servicios al emperador y ése seguía siendo su objetivo. Sus continuos y amistosos intentos de avenencia, mientras aún proseguía la masacre, así lo ponen de manifiesto. Por lo demás ello respondía a cierta tradición goda y a la última instrucción de Teodorico: honrar al rey, amar a los romanos y buscar la gracia del emperador inmediatamente después de la de Dios. Con todo, todas sus ofertas de paz, incluso de sumisión se estrellaron ante la actitud de Justiniano. Las atrocidades aumentaron, tanto por parte de los católicos bizantinos como por parte de los arríanos godos.[162]

Y la suerte, una vez más, se inclinó de parte de éstos, que conquistan de nuevo casi toda Italia, Cerdeña, Córcega y Sicilia incluidas, fundamentalmente gracias a su caballería. En varios años de lucha, Tótila (541-552), hombre de gran sagacidad y extraordinaria energía (Procopío), se apodera, partiendo de Pavía, de una fortaleza tras otra, de una ciudad tras otra. Cae Benevento, cae Napóles. La misma Roma, de la que se expulsa a todo el clero amano, y en la que reina nuevamente un hambre atroz, cae por dos veces en sus manos, en 546 y en 550. Derriba todos los muros de las plazas expugnadas para que ningún enemigo pueda encastillarse ya en ellas y sus

[160] Prokop. bell. got. 2, 29 s; 7, 2. Pauly II 342, V 1057. Gregorovius I, 1, 192. Hartmann, Geschichte Italiens I 285 ss, 300 s. Cartellieri I 60. Kraus, Münzen 174. Giesecke, Ostgermanen 134 s. Capelle 442 ss. Thiess 652. Enssiin, Einbruch 131. Bury, History II 205 ss, 209 ss, 226 ss. Bullough, Italien 170. Bund 182 ss

[161] Erben, Kriegsgeschichte 2. Rubín 351 s. Altheim/Stiehí 81 ss.

[162] Prokop. bell. got. 3, 21, 23. Caspar, Papsttum II 283 nota 5. Capelle 472, 476. Dannenbauer, Entstehurig I 336.

habitantes se vean para siempre libres de los suplicios del asedio. Los mismos romanos reconocen tras la caída de la ciudad en 546, que Tótila vivió entre ellos como un padre con sus hijos. Hasta los propios soldados bizantinos, a quienes se les había sustraído su paga, se pasan a él y en mayor número aún los campesinos arrendatarios, expulsados de sus tierras, y los esclavos famélicos. Todo ello le granjea el odio de los grandes terratenientes, el de la Iglesia católica que, al igual que hizo otrora en África con los vándalos, propala ahora espantosas historias sobre la

crueldad de los godos. La Iglesia hace causa común con los latifundistas tanto más resueltamente, cuanto que ella misma es el mayor de todos ellos. Nada de intervenir como abogada de los esclavos, como nos quisiera hacer creer una y otra vez. Es la compañera de armas de los esclavistas. ¡Los representa! De ahí que no deba sorprendemos en absoluto que el papa Vigilio se afane, a través de su representante y sucesor, Pelagio, por la entrega de los esclavos fugados, que luchan ahora en las filas godas. Cuando Pelagio vino a presentarle sus peticiones, Tótila le aseguró ciertamente un trato de máxima benevolencia, pero se negó a hablar de tres cosas: «De los sicilianos, de los muros de Roma y de los esclavos huidos». Rechazó de antemano cualquier negociación sobre su entrega pues los incorporó a sus filas bajo promesa de no entregarlos nunca más a sus amos. «Es difícil pensar qué otra cosa podría haber atraído a los esclavos a las tropas godas, sino es la anhelada libertad» (Rothenhófer).[163]

[161]

Es claro que la Iglesia católica de Italia, y en especial el alto clero —como el clero católico de África durante la guerra vándala—, no podía estar del lado de los «herejes» y «bárbaros». Y si esta afirmación vale ya para el papa «gótico» Silverio, el hijo de Hormisdas, «siguiendo el consejo del cual — dice el *Manual de la Historia de la Iglesia*— los romanos habían entregado sin lucha su ciudad al general bizantino Belisario», tanto más pertinente resulta referida al papa «bizantino» Vigilio, su asesino. Éste pasó la mayor parte de su pontificado en Constantinopla. Era una dócil criatura de la emperatriz, a la que debía su papado. Y al emperador le prestó sus servicios, durante la guerra gótica, como intermediario entre él y los francos, con quienes Justiniano entabló negociaciones para una alianza antigótica con ánimo de coger en una tenaza y aniquilar a Tótila (quien por su parte respetaba cabalmente las iglesias católicas y sus posesiones). El obispo de Arles, Aureliano, recibió de parte del papa Vigilio, el 22 de mayo de 545, la orden de pronunciar durante la misa oraciones por Justiniano, Teodora y Belisario. Su sucesor, Aureliano, se obligó el 23 de agosto de 546 a «preservar sin cesar y con celo obispal los lazos de purísima amistad entre los clementísimos soberanos (Justiniano I y Teodora) y el glorioso rey Childeberto». Es comprensible que se sepa poco sobre la trama de esas negociaciones. Caspar comenta así este punto: «Aquí podemos echar un vistazo en el juego diplomático de las negociaciones por una alianza entre Bizancio y el nuevo poder franco para tender la red en tomo al último rey godo favorecido por la fortuna, negociaciones en las que Belisario y el papa hicieron de intermediarios».[164]

En el año 548, el papa Vigilio adquirió incluso «una singular relevancia histórica»

---

[163] Prokop. bell. got. 3, 16,14 s; 3,16, 25. Rothenhofer, Skiaverei 110 ss.

[164] Prokop. bell. got. 3, 22, 8 ss. JK 913 (MG Epp. 3 p. 60, núm. 41). JK 918 (MG Epp. 3 p. 64 núm. 44). Caspar, Papsttum II 236 ss. Giesecke, Ostgermanen 136 s. Handbuch der Kircheng. 11/2 205.

(Giesecke).

Batido en Italia por Tótila, Belisario regresó a Constantinopla mientras el emperador casi desesperaba ya de la victoria. En ese momento, informa Procopio, «el arzobispo de Roma» juntamente con otros ilustres fugitivos de Italia, «conjuró al emperador para que arrancase una vez más su patria de las manos de los godos». Con toda energía instó una y otra vez al regente para que prosiguiese la guerra. Tras largas vacilaciones, Justiniano nombró nuevo general a su sobrino Germán de quien sentía envidioso recelo y, tras su repentina muerte, al eunuco armenio Narsés, en 552. Con un fuerte ejército reforzado por tropas germánicas de élite, Narsés acabó con el resto de los godos, cosa que logró tanto más fácilmente cuanto que estaba «bajo la especial protección de la virginal Madre de Dios», la cual vigilaba «todos sus actos» sirviéndole ni más ni menos que de «asesor estratégico» (Evagrio).[165]

De esa asistencia de la casta, de la dulcísima Madre de Dios se beneficiaron por lo demás otros muchos y grandes matarifes cristianos en el curso de la historia. El mismo emperador Justiniano atribuyó a María sus sangrientas victorias que borraron a vándalos y godos de la escena de la historia. Su sobrino Justino II la convirtió en su patrona en su guerra contra los persas. También un monstruo como Clodoveo adjudicaba sus brutales triunfos a María. Carlos Martel y Carlomagno, los reyes españoles, que libraron gigantescas batallas, el sanguinario Cortés, que sembró el Nuevo Mundo con millones de cadáveres, causando asimismo la desdicha de otros millones, y Tilly, que libró sus 32 batallas victoriosas «bajo el signo de nuestra amada Señora de Altotinga» hasta que en la trigésimo tercera sucumbió vencido por el «hereje» Gustavo Adolfo: todos ellos e innumerables otros eran tan fervientes adoradores de María como buenos perros sanguinarios (con perdón de los perros), al igual que Belisario (quien, al menos, no rezaba aún ningún rosario antes de la batalla como hacía por ejemplo, y no era desde luego el único, el noble caballero, el príncipe Eugenio, que siempre llevaba su rosario junto a la espada —¡ambas cosas se necesitan mutuamente!— y siempre que los soldados lo veían manosearlo por mucho rato y con especial recogimiento, decían: «Pronto tendremos una nueva batalla, el viejo está rezando mucho»).[166]

162

Como en el caso de los vándalos, la *Catholica* estaba también ahora contra los godos y al lado del emperador. Y al igual que lo espoleó en otro tiempo a la lucha contra los «herejes» norteafricanos, ahora lo apremiaba a proseguir la guerra contra los vándalos. Tótila, que parecía presagiar su destino, y que hizo repetidas ofertas de paz a Bizancio, se vio pronto atacado por todos los flancos. Primero pierde Sicilia, en 551, a manos del general Arlábanos. Después, la flota goda es destruida en Sinigaglia. Y en ese momento aparece en el norte el eunuco Narsés, tan versado en la milicia como en la diplomacia, rival de Belisario y favorito de Teodora, un hombre frío, dúctil como una serpiente. Otro hombre de pío talante que atribuye todas sus victorias a la oración —al menos así lo afirma elogiosa la clericalla de la posteridad— y que se convierte ahora, a sus 65 años y acaudillando, desde luego, un número apropiado de

[165] Euagr. 4, 25. Prokop. bell. got. 3, 33 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 324 ss. Giesecke, Ostgermanen 137 s. Capelle 457, 471. Poppe 116 s.

[166] Comprobar también Opus Diaboli (Ed. Yaide) en su cap. «Antes del asesinato invóquese el dulce nombre de María». Véase también del mismo *La política de los papas en el siglo XX* (Ed. Yaide).

matarifes, en «vencedor y exterminador de la totalidad del pueblo godo» a la par que en «beneficiario de una ingente riqueza en oro, plata y otros objetos valiosos» (Paulus Diaconus). El año 552, en una batalla decisiva junto a Busta Gallorum o en las proximidades de Taginae, Vía Flaminia, al norte de Spoleto, destruye por completo el ejército godo, apoyado también por 3.000 hérulos y 5.500 longobardos. Tótila resulta muerto en la huida y los vencedores exhiben su cabeza agitándola en la punta de una lanza. Y en octubre de 553 el último rey godo, Teya, cae también con el núcleo del ejército tras una lucha desesperada de sesenta días al pie del Vesubio. Y en 554, en Voltumo, junto a Capua, Narsés liquida en una sanguinaria batalla a otras huestes considerables de francos y alamanes que, acaudillados por el alamán Bucelin, querían a su manera sacar provecho de la debacle goda, conquistando Italia para él y para su hermano Lotario. Fueron acuchillados como el ganado. El resto debió de morir en las aguas del río. Se supone que sólo volvieron vivos cinco hombres de entre setenta mil. El castrado Narsés, recibido por el clero con cánticos de gloria en las gradas de San Pedro, se hincó de rodillas a rezar sobre la supuesta tumba de san Pedro y exhortó a su desenfrenada soldadesca a cultivar la piedad y el continuo ejercicio de las armas. Una última fortaleza goda resistió en los Apeninos hasta el año 555. En el norte no fue posible tomar Verona y Brescia hasta el año 562 (con ayuda merovingia). A partir de ahora en Ravena residiría un gobernador imperial, el exarca. También los ostrogodos desaparecerían de la historia.[167]

En la fase final de su exterminio, Justiniano aprovechó una querella dinástica en el reino visigodo para iniciar una nueva invasión con tropas acaudilladas por el patricio Liberio, militarmente inexperto y más que octogenario. En España, donde los poderosos y ricos obispos católicos admitían sólo a regañadientes su subordinación a los «herejes» arríanos, el noble Atanagildo se había levantado contra el rey Agila. Y al igual que en África e Italia los católicos saludaron ahora nuevamente la intervención del soberano católico, con lo cual dio comienzo una guerra entre Bizancio y los visigodos, guerra que duraría más de setenta año s. En todo caso, Justiniano no consiguió aquí un exterminio total, pero su débil contingente logró conquistar las Baleares y las principales ciudades portuarias y plazas fuertes en el sudeste del país.[168]

163

4.22 LA GRAN BENEFICIARÍA DE TODO AQUEL INFIERNO: LA IGLESIA ROMANA

[167] Agamias, hist. 1,6 ss; 2,2. Prokop. bell. got. 3,1 s; 3,13,1; 3,22,1 ss; 4, 32 ss. Paulus diac. hist. Langob. 2, 2 ss. lordan. Get. 59 s. Greg. Tur. 4, 9. Comp, 3, 32. Lib. Pont. (Duchesne) 1, 305. Pauly V 902 s. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 267. Gregorovius I, 1, 192 ss, 223 s. Grisar, Geschichte Roms 531. Hartmann, Geschichte Italiens I 302 ss, 328 ss, 339 ss. Schuitze, Geschichte II 123. Cartellieri 161 ss. Capelle 449 ss, 477 ss. Thiess 652 s. Komemann, eltgeschichte II 430 s, 437 s. Tüchie I 35 s. Dannenbauer, Entstehung 1336 ss. Büttner, Alpenpoliük 67 s. Haller, Papsttum I 200 s. Enssiin, Einbruch 132. Bury, History II 229 ss, 244 ss. Maier, Verwandiung 172, 231 s. Bullough, Italien 170 s. Poppe 114 ss. Coler II 11. Kosminski/Skaskin 63 s. Bosi 115. Rothenhofer, Skiaverei, 110 s. Bachrach435 ss. Keller, Spátantike 12. Kupisch I 135 s. Finley 225. Montgomery I 143. Información detallada acerca de las batallas de Busta Gallorum, de Taginae o del Vesubio en Delbrück II 367 ss, 380 ss.

[168] Prokop. bell. vand. 2, 5, 6 s. Isid. hist. got. 42. Komemann, Weltgeschichte ü 431 s. Dannenbauer, Entstehung II 23 s. Maier, Verwandiung 232, 245. Stroheker, Germanentum 209 ss, 239 s. Mango 103.

La guerra goda, con sus veinte años de duración convirtió a Italia en una ruina humeante, en un desierto. Según L. M. Hartmann, que sigue siendo probablemente el mejor conocedor alemán de aquella época, las heridas causadas por aquel conflicto al país fueron peores que las sufridas por Alemania en la guerra de los Treinta Años. El tributo de sangre se eleva presumiblemente a millones de víctimas. Comarcas enteras quedaron despobladas, casi todas las ciudades sufrieron uno o varios asedios y sus habitantes fueron en más de una ocasión asesinados en su totalidad. Muchas mujeres y niños fueron apresados como esclavos por los bizantinos y los hombres de ambos bandos murieron al filo de la espada como enemigos y «herejes». Roma, la ciudad millonaria, conquistada y devastada por cinco veces, asolada por la espada, el hambre y la peste, sólo contaba ya con 40.000 habitantes. Las grandes urbes de Milán y Nápoles quedaron despobladas.

De la mano de la despoblación, un empobrecimiento horroroso se extendió por todas partes, causado principalmente por la desertización de los campos pero también por el frecuente degollamiento de los rebaños. Los acueductos y las termas dañadas cayeron en total abandono. Muchas obras de arte y cultura de valor irrecuperable quedaron arruinadas. Por todas partes el mismo espectáculo de cadáveres y ruinas, de epidemias y hambrunas que causaban la muerte a cientos de miles. Tan sólo en la región de Piceno —escribe Procopio, quien enfatiza su calidad de testigo ocular—, murieron de hambre en un único año , en 539, unas cincuenta mil personas cuyos cuerpos estaban tan resecos que ni los mismos buitres se dignaron aproximarse a ellos.[169]

Se había cumplido, eso sí, la «buena esperanza» del emperador de que «Dios tenga a bien en su gracia concedemos que Nos recuperemos nuevamente cuanto los antiguos romanos poseyeron hasta las fronteras de ambos océanos y que perdieron por la desidia posterior». En el año 534 Justiniano pudo darse a sí mismo los ostentosos sobrenombres de «Vencedor de los vándalos, vencedor de los godos, etc.».[170]

Et caetera...

Hasta el jesuita Hartmann Grisar reconoce que «lo que los bizantinos establecieron en sustitución del régimen gótico no fue la libertad sino la imagen de la misma en negativo [...] equivalía a sojuzgar el libre desarrollo de la personalidad, a un sistema de servidumbre», mientras «que entre los godos la auténtica libertad tenía allí su propia patria».[171]

Los beneficiados fueron, como es usual tras las guerras (y por supuesto también en la paz), únicamente los ricos. La denominada *Sandio pragmática* del año 554 restableció el «antiguo orden», la «mitad occidental del imperio», bajo el mando superior del exarca de Ravena. Todas las medidas sociales de Tótila fueron derogadas, los derechos de los latifundistas parcialmente ampliados, incluso, y ellos

[169] Prokop. bell. got. 1, 14, 5; 2, 20, 15 ss. Gregorovius I, 1, 225 s. Hartmann, Geschichte Italiens 1353 s. Grisar, Geschichte Roms 586 ss. Caspar, Papsttum II 323. Thiess 643,667. Rubín 203. Bosi 116. Dollinger 104. Seidimayer 44.

[170] Cit. porJántere 171. Brown, Welten 194.

[171] Grisar, Geschichte Roms 588 s.

personalmente favorecidos en varios sentidos. El país, afectado aún por la devastación, fue esquilmado hasta lo último y el pueblo, sumido ya de por sí en una miseria lastimosa, fue forzado, con brutalidad inmisericorde, al pago de elevados impuestos. Todos los esclavos y colonos fugitivos apartados de las fincas fueron obligados a servir nuevamente a sus amos.[172]

Pero los mayores beneficios de aquel fiasco los obtuvo la Iglesia, como es habitual después de las guerras: incluso, y en mayor medida, en el siglo XX. («Se abrió paso la convicción — confesaba el cardenal Gasquet en el Congreso Católico de Liverpool, después de la segunda guerra mundial— de que la figura que quedó mejor parada en la guerra fue la del papa.»)[173]

La «herejía» amana fue erradicada de África. También desapareció Italia como reino independiente mientras que en aquel caos general iba creciendo como un inmenso parásito el «Estado de la Iglesia». Los antiguos privilegios de Roma fueron restablecidos y Justiniano acrecentó el poder y el prestigio del obispo romano. También en la parte antigua del Imperio privilegió su legislación eclesiástica —y cada vez de un modo más claro— a la Iglesia católica, y en especial al monacato. Y mientras se endurecen continuamente las medidas persecutorias contra los herejes, el papa gobierna un patriarcado cuyas fronteras se adentran profundamente en Oriente. Es más, obtiene una potestad municipal acrecentada, un amplio control sobre la administración y el funcionarado. Simultáneamente, los obispos obtienen el derecho de intervenir, junto a los notables *(primates)* y por delante de ellos, en la elección de los gobernadores provinciales, y el clero italiano en general se beneficia de todos los privilegios que obtuvo el oriental por medio de la Pragmática Sanción, que también pasó a ser vigente para Italia. Espléndidamente organizado, aquel clero estuvo, antes que cualquier persona privada, en situación de hacer valer sus intereses materiales. El papa obtuvo también, juntamente con el senado, la inspección sobre pesos, medidas y monedas. Y como quiera que los bienes de la Iglesia gozaban de mayor movilidad que los de cualquier persona secular y que no sólo pudo consolidar sino también aumentar sus posesiones, sobre todo mediante el expolio del considerable patrimonio de la Iglesia amana «se convirtió en un poder económico de primer rango y en la única institución de carácter público de marcha ascendente en aquella decadencia general de Italia» (Gaspar), convirtiéndose casi «en el único poder dinerario de Italia (Hartmann) y «el papa en el hombre más rico del país» (Haller).[174]

164

Pero la Iglesia occidental no sólo obtuvo provecho de los cambios de propiedad y del acrecentamiento de su patrimonio, algo que interesaba personalmente al emperador sino que, como ocurre después de cada gran guerra, los templos se abarrotaban de gente y sobre todo, en aquella época, los monasterios. (Como fue asimismo el caso tras la primera guerra mundial, época en que el clero alemán fundó

---

[172] Hartmann, Geschichte Italiens I 356 ss. Caspar, Papsttum II 667. Komemann, Weltgeschichte II 431. Dannenbauer, Entstehung I 335 s, 340.

[173] Ampliamente documentado por cuanto se refiere a la primera guerra mundial en mi obra *La política de los papas en el siglo XX* (Ed. Yaide) I 274 ss, cap. «El Vaticano como beneficiario de la guerra». Para la época posterior a la segunda guerra mundial, véase allí el vol. II pp. 277 ss, 288 ss, 297 ss.

[174] Sanct. pragm. c. 12. Gregorovius I, 1, 226. Hartmann, Geschichte Italiens I 367 ss, 374 ss. Grisar, Geschichte Roms 591 ss. Caspar, Papsttum II 323 ss, 667. Komemann, Weltgeschichte II 432 s. Seidimayer 63. Lorenz, Das vierte 93. Haller, Papsttum 1216.

de doce a trece monasterios como promedio mensual en los años que fueron del 1919 al 1930, con un aumento del número de sus miembros ¡de unos dos mil al año !) Pues el campesino arruinado, el colono hambriento, el funcionario urbano abrumado por los impuestos, todos acudían a ellos. «La Iglesia —escribe Gregorovius— era lo único que quedaba en pie, sola en medio de las ruinas del viejo Estado, única entidad con fuerza para sobrevivir y consciente de sus objetivos, pues a su alrededor todo era desierto.» La tendencia de la época, confirma también Hartmann, «apuntaba en todas partes al aumento del patrimonio sacerdotal [...]. La atmósfera de la época, la decadencia general y la horrible desgracia de aquella guerra de 20 años eran factores propicios a la fe, que barruntaba el próximo fin del mundo, que hacía ver los bienes materiales como insípidos y perecederos y exigía la meditación interior para salvar al menos el alma [...]. En correspondencia con esas propensiones la vida monacal alcanzó entonces y justamente en Italia un espléndido florecimiento [...]. Sólo que una vez más son los colonos quienes sostienen, con sus tributos y el pago de sus rentas, la vida del monasterio [...]. La mayor parte de las rentas derivadas de esa fertilidad sigue redundando, como siempre, no en su beneficio, sino en el de su señor territorial, el monasterio».[175]

La especialmente beneficiada por la guerra fue la iglesia de Ravena, cuyas rentas regulares se estimaban ya por entonces en unos doce mil *solidi* (piezas de oro). Sus posesiones territoriales, que llegaban hasta Sicilia, aumentaban continuamente mediante los donativos y la legación de herencias. Banqueros adinerados construyeron y equiparon muchas, llamémoslas así, casas de Dios. Pero sobre todo el obispo de Ravena se benefició especialmente de la apropiación de las iglesias y bienes arríanos cuyo número era particularmente crecido en los alrededores de la antigua capital goda.[176]

En una ley complementaria de su duodécimo año de gobierno, que afectaba al derecho privado (538/539), Justiniano escribía lo siguiente:

> *«Todo nuestro empeño consistió en hacer que en nuestro Estado imperen, se robustezcan, florezcan y aumenten las libertades y es ese anhelo que nos llevó a emprender guerras tan enormes contra Libia y Occidente en pro de la «recta fe» en Dios y por la libertad de los súbditos».*[177]

165

Pero si bien es cierto que el emperador no libró precisamente sus guerras, de más de veinte años de duración, «por la libertad de los súbditos», sí que lo hizo, y no en último lugar, por la «recta fe». En aras de ésta, como consta firmemente, había sacrificado y borrado de la Tierra a dos pueblos. Pues la *recuperatio imperii,* tan asombrosa para muchos contemporáneos y para el mismo Justiniano consistió fundamentalmente en la sangrienta reconquista de África septentrional e Italia en favor del catolicismo. El déspota se convirtió así en «campeón de la Iglesia romana», dando «en primera línea a Roma y al papa, cuanto él podía darles» (Rubin).[178]

A los súbditos, en cambio, el emperador no les dio nada nuevo. Pues quien quiera

---

[175] Gregorovius I 459 s. Hartmann, Geschichte Italiens 367 ss. Comprobar Deschner, «La política...» 1283.

[176] Solidus: véase p. ej. Pauly V 259 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 399 ss.

[177] CitaenRubin 165.

[178] Ibíd. 73, 86 ss, 92. Ullmann, Die Machtstellung 48.

que dé y con tal abundancia a Roma y al papa, tiene, precisamente, que quitárselo a otros. Y casi siempre, además, ha de oprimirlos. Pues precisamente esas largas guerras supuestamente emprendidas por la libertad de norteafricanos, hispanos y, en especial, italianos —juntamente con las guerras persas con sus más de setecientas fortalezas y centenares de iglesias de nueva construcción— devoraron ingentes sumas de dinero. Pero para financiar los ejércitos en Oriente y en Occidente hubo que arruinar las provincias orientales a fuerza de impuestos, y el pueblo, como encarece Procopio, fue exprimido de modo cada vez más implacable. El descontento aumentó paralelamente, tanto más cuanto que la administración era tan corrupta como la justicia, que los generales eran insolentes y la prevaricación y la violencia estaban a la orden del día. De ahí que en aquel Estado policial y sacralizado todos robaban, desde la policía a los ministros, y los sedicentes «cazadores de forajidos» causaban a veces más estragos que los mismos forajidos. Mientras que a los latifundistas, generales y príncipes de la Iglesia «ortodoxos» les iba espléndidamente, tan sólo en la capital se produjeron en el último decenio del gobierno de Justiniano media docena de levantamientos populares. Y el déspota católico, que también oprimía duramente a los colonos con sus leyes, ahogó en sangre todos los alzamientos revolucionarios del pueblo.[179]

El cronista de la época, Procopio, modelo de la historiografía bizantina acusa incesantemente en su *Historia secreta* al emperador de asesinato y robo en la persona de sus súbditos así como del más desconsiderado despilfarro del dinero extorsionado. Las acusaciones de Procopio culminan en el capítulo dieciocho, que presumiblemente se atiene en lo esencial a la verdad a despecho de algunas exageraciones, especialmente en lo tocante a las cifras o cuando usa hipérboles como esta: «Sería más fácil contar todos los granos de arena que las víctimas sacrificadas por este emperador [...]». A Libia, de tan dilatadas dimensiones, la sumió en tal ruina que incluso una larga caminata apenas si le depararía a uno la sorpresa de encontrarse con una persona. Y si allí había al principio 80.000 vándalos en armas, ¿quién podría estimar el número de las mujeres, niños y siervos? ¿Cómo podría alguien enumerar la multitud de todos los libios (romanos) que vivían antes en las ciudades o se dedicaban a la agricultura, la navegación o la pesca como yo mismo pude observar a lo largo y lo ancho con mis propios ojos? Y todavía era más numerosa la población númida, que pereció entera con mujeres y niños. Y finalmente la tierra albergaba muchos soldados romanos y sus acompañantes de Bizancio. De forma que quien indicase para África la cifra de cinco millones de muertos se quedaría algo corto respecto a la realidad. La causa de ello fue que Justiniano, una vez derrotados los vándalos, no se preocupó de consolidar el dominio sobre el país. No veló por asegurarse aquel botín mediante la lealtad de los súbditos. Lo que hizo más bien fue ordenar súbitamente, sin vacilar, el regreso de Belisario bajo la injusta acusación de tiranía, para hacer y deshacer a su capricho desde aquel mismo momento, expoliando así a toda Libia.

»Envió de inmediato a funcionarios del fisco *(censitores)* e impuso impuestos

[179] Komemann, Weltgeschichte II 432. Dannenbauer, Entstehung 113,1327 ss. Maier, Byzanz 73. Del mismo Verwandiung 181, 185 ss, 234 s. Rubín 94, 115, 203. Kosminski/Skaskin 59, 62. Wein 84 ss. Montgomery I 140 ss.

extremadamente inhumanos e inauditos. Confiscó las mejores fincas e impidió a los amaños dispensar sus sacramentos. Pagó las soldadas sólo con retrasos y por lo demás siempre trató abusivamente a sus tropas. Esa fue la raíz de los levantamientos que acarrearon finalmente grandes males. No podía persistir en lo ya conseguido. Su naturaleza le inclinaba cabalmente a revolverlo y agitarlo todo.

166

»Italia, tres veces más grande, como mínimo, que (¡la provincia de!) África, queda, en amplias regiones, aún más despoblada que ésta de forma que no resultará muy difícil adivinar el número de los que perecieron en aquélla. Las razones de todo cuanto acaeció en Italia las expuse ya anteriormente (en su historia de las campañas). Todo cuanto cometió de delictivo en África, volvió a repetirlo allí. Aparte, envió a los llamados *logothetes* (comisionados del ministerio fiscal) y revolvió y arruinó todo *in situ.* Antes de esa guerra el poder godo se extendía desde la Galia hasta las fronteras de la Dacia, donde está situada la ciudad de Sirmio. Los germanos (¡los francos!) se apoderaron de muchos territorios en la Galia y Venecia, cuando el ejército romano llegó a Italia. Sirmio y sus alrededores estaba ocupado por los gépidos, pero todo, dicho brevemente, está ahora despoblado. Pues a unos se los llevó la guerra por delante, los otros sucumbieron al hambre y la peste subsiguientes a la misma. Iliria y toda la Tracia, desde más o menos el mar Jónico hasta las proximidades de Bizancio, incluidas la Hélade y el Quersoneso, sufrían casi cada año , desde que Justiniano asumió el poder, las correrías de los hunos, los eslavones y los antes, cometiendo las peores atrocidades con los habitantes. Pues creo que cada correría costó la vida o la esclavitud a 200.000 romanos, de modo que todo el país parece un yermo de Escitia. Tales fueron, por tanto, las consecuencias de la guerra en África y en Europa. Pero durante todo este tiempo los sarracenos lanzaron continuamente sus embestidas contra los romanos del este, causando exterminios desde Egipto hasta la frontera persa, de forma que todas las comarcas quedaron despobladas en gran medida, y no creo que haya nadie que pueda dar respuesta si alguien pregunta por el número de personas que perecieron de esta manera. Los persas y Cosroes invadieron cuatro veces los restantes territorios romanos. Destruyeron las ciudades, y en cuanto a los hombres de que se apoderaron en ellas y en las comarcas, a unos los mataron y a otros se los llevaron cautivos de modo que los territorios que ellos asolaron quedaron cabalmente privados de sus habitantes. Desde que también irrumpen violentamente en la Colquida (¡Lazica!), estos mismos habitantes, lacicos y romanos, sufren igualmente exterminios. Pero tampoco los persas, sarracenos, hunos, las tribus o los otros bárbaros salieron incólumes del territorio romano. Sus ataques, y sobre todo los asedios y los numerosos choques armados les dejaron tan maltrechos que también ellos fueron a su perdición, de modo que no sólo los romanos, sino también la mayoría de los bárbaros obtuvieron el pago por el estigma asesino que afeaba a Justiniano. El propio Cosroes poseía mal carácter, pero como ya dije en los correspondientes libros (de la historia de las campañas), Justiniano le dio toda clase de motivos para sus guerras. Éste no recapacitó nunca para obrar en el momento oportuno, sino que actuó siempre inoportunamente. En la paz y en los tratados urdía siempre, de acuerdo con su aviesa índole, motivos de guerra contra sus vecinos. En la guerra, en cambio, flojeaba sin razón, y afrontaba cuanto era necesario con mucha negligencia, debido a su avaricia. En vez de ocuparse de ella escrutaba las nubes y se esforzaba afanoso por investigar la naturaleza de Dios. Como era un asesino alevoso,

no quería renunciar a las guerras, pero, por otra parte, no podía vencer a sus enemigos porque su mezquindad le impedía siempre emprender lo necesario. De ese modo, durante el tiempo de su gobierno el mundo se empapó hasta la saciedad de la sangre de casi todos los romanos y bárbaros.

»Para decirlo resumidamente: ésos fueron los eventos bélicos acaecidos por esa época y padecidos por doquier en tierras romanas. Pero si yo hiciese cuentas de los levantamientos producidos en Bizancio y todas las ciudades, se deduciría que, en mi opinión, los crímenes causados no serían menores a los de las guerras. Apenas hubo justicia ni castigo ecuánime de los delitos, pues estando el emperador fervientemente inclinado a uno de los partidos, el otro tampoco daba tregua. Ocurría más bien que los unos, por estar en inferioridad de condiciones y los otros, en virtud de su insolencia, propendían continuamente a la desesperación y la locura. Ora se acometían mutuamente en tropel, ora luchaban en pequeño número o se tendían, según las circunstancias, emboscadas individuales. A lo largo de treinta y dos años no concedieron ni un momento de calma, perpetraron alternativamente horribles sevicias y en general padecieron la muerte a manos de la autoridad que preside el *demos (praefectus urbi).*

[167]

Pero el castigo recaía por lo regular sobre los verdes. Aparte de todo ello, la persecución de los samaritanos y de los denominados heréticos colmó de crímenes el Imperio romano. Todo esto lo comento ahora de forma muy sumaria, porque ya lo traté recientemente por extenso».[180]

Cuando el tirano murió el pueblo no era libre y el Imperio estaba económicamente exhausto, al borde de la bancarrota.

Para el papado, en cambio, la era de Justiniano —aunque sólo fuese por la reconquista, por el exterminio de dos poderosos pueblos arríanos y la disolución del reino autónomo de Italia— mostró ser en extremo ventajosa en lo material y lo jurídico. Eso a despecho de que los mismos papas volvieron a hacerse más dependientes respecto de la esfera de influencia de los emperadores y vieron su poder tan reducido que algunos de ellos sufrieron peligrosas humillaciones. Como contrapartida, el papa sometió a los obispos orientales a la potestad del papa asegurando: «En todos los asuntos procuramos gustosos que todo redunde en el aumento del honor y la autoridad de Vuestra Sede». Pero Caspar comenta así: «Nunca hasta entonces habló un emperador en tono tan reverencial a la Iglesia romana y. sin embargo, nadie obró, simultáneamente, de forma tan autocrática».[181]

4.23 ALGUNAS COMEDIAS DE ENREDO ENTRE ESTE Y OESTE, O EL PAPA ASESINO VIGILIO

El papa bajo cuyo pontificado comenzó la guerra gótica fue Agapito I (535-536). Comisionado por los godos, Agapito, que pretendía no tener dinero para los costos del viaje, acudió en 536 a Bizancio, donde debía detener la ya iniciada guerra de

[180] Cita en Rubín 210 ss.

[181] Gregorovius 1,1, 228. Caspar, Papsttum II 217 s. Haller, Papsttum 1215 ss.

agresión. Pero no consiguió nada para los godos. Presumiblemente no quería conseguir nada: según Gregorovius «parece haber desempeñado su misión ejerciendo de enemigo de los godos». El *Líber pontificalis* informa: «Agapito viajó a Constantinopla y allí fue acogido con toda pompa. Enseguida entabló una polémica sobre la fe con el emperador y augusto Justiniano, pío entre los píos..., y con la ayuda de Dios se hizo evidente que el obispo de Constantinopla, Antimo, era un hereje». ¡Esa cuestión interesaría, en todo caso, al romano más que la paz con los godos! Consiguió asimismo que el patriarca monofisita Antimo fuera depuesto —acerca de ello hay un informe totalmente falsificado en el *Líber pontificalis*— y consagrar al nuevo y ortodoxo patriarca, Menas, el 13 de marzo de 536: «Su actuación allí constituyó todo un triunfo» (H. Rahner, S. J.). Visto desde la perspectiva goda: ¡una visita totalmente frustrada en lo político! En todo caso Agapito murió el 22 de abril de 536, en Constantinopla, de muerte repentina y envuelta en enigmas. El 17 de septiembre, su cadáver llegó a Roma en un ataúd de plomo totalmente cerrado y fue sepultado en San Pedro. Incluso un historiador tan reservado, en general, como E. Caspar se pregunta espontáneamente si la repentina muerte del papa acaeció en circunstancias normales. Pues si Teodora «hubiese querido eliminar al incómodo personaje, conocía de sobra medios y caminos para realizarlo con todo sigilo». Las mayores posibilidades para sucederle las tenía el encargado de negocios romano ante la corte de la emperatriz, Vigilio. Ya el año 532 estuvo a punto de subir a la codiciada silla. Y la emperatriz estaba muy interesada en ello. Con todo, tampoco esta vez le llegó su tumo pues se le adelantó el subdiácono Silverio (536-537), un hijo del papa Hormisdas.[182]

El emperador prohibió a Antimo, destronado «según la sentencia del papa santísimo», la permanencia en Bizancio y sus alrededores y también en otras ciudades grandes. Teodora, sin embargo, ocultó al derrocado hasta el final de su vida en las estancias secretas de su palacio y finalmente consiguió aupar a su candidato Vigilio a la sede romana, no sin superar previamente, y de modo escandaloso, algunas dificultades.

Vigilio (537-555), el asesino de su predecesor y tal vez involucrado también en la repentina muerte de Agapito, era papa mientras se desarrollaba la gran masacre contra los godos. Gracias a su gran versatilidad se mantuvo dieciocho años en la Santa Sede, para lo cual fue bastante menos remilgado en cuestiones de fe que en lo tocante a satisfacer los deseos de su soberano.

168

Esta servidumbre del clero persistía en Oriente desde Constantino, pues, ya él, el primer regente cristiano, era el señor del Imperio y de la Iglesia. Ya bajo su regencia, el Imperio y la *Catholica* laboraban en estrecha asociación o debían hacerlo así. La línea de «amistad hacia el Estado» seguida por el clero en el siglo V arranca de Constantino y continúa en sus sucesores hasta culminar en el auténtico «cesaropapismo». Los obispos ejecutaban siempre cuanto el emperador ordenaba. Dóciles como autómatas firmaron a centenares los decretos del emperador Basilisco (476), Zenón (482) y Justiniano (532), incluso en asuntos tocantes a la fe, por muy

[182] Lib. Pont. Vita Agapeti (PL 128, 551). Gregorovius I 168 s. Caspar, Papsttum II 210 ss, especialmente 221 ss. Seppel/Loffler 32. Rahner, Kirche und Staat 287 s.

contrario que ello fuese a la doctrina general de la Iglesia.

El clero italiano se refería así al oriental en el año 552: «Son griegos, los obispos tienen iglesias ricas y fastuosas y no resistirían ni dos meses, si el gobierno les cortase las prebendas. En prevención de ello obran siempre sin la menor vacilación, siguiendo en todo momento la voluntad del príncipe, se les exija lo que se les exija». Pero ocasionalmente también se sometía algún papa como, por ejemplo, Juan II quien, presionado por el emperador, condenó a los acoimetas, fieles a Roma, y reconoció la fórmula teopasquita, próxima al monofisitismo o el mismo papa Vigilio, quien, en el llamado «Edicto de los Tres Capítulos» condenó por deseo de Justiniano las doctrinas de los teólogos «ortodoxos» Teodoro de Mopsuestia (el profesor de Nestorio, a quien también atacó Cirilo), Teodoro de Ciro e Ibas de Edesa (ambos hostiles a Cirilo, pero rehabilitados en Calcedonia), para retractarse después de esa condena y volver, con todo, a condenarlos posteriormente.[183]

En todo caso Vigilio hizo primero profesión de su fe, si bien a costa de quebrantar sus promesas. En contra de lo que había asegurado no favoreció en modo alguno los propósitos monofisitas de Teodora. Más bien adoptó «desde un principio una actitud íntegramente digna frente a la corte imperial» (H. Rahmer, S. J.): si prescindimos del hecho de que también aceptó su dinero, nada menos que 700 piezas de oro. Pero además, posteriormente, se sometió al emperador en una contienda teológica ulterior, la llamada disputa de los Tres Capítulos, que convulsionó primero Oriente y después Occidente. Para atraerse a los monofisitas, predominantes en las regiones del sudeste del imperio, sin hacer dejación de los principios calcedonenses, el emperador había condenado, a título póstumo, de forma plenamente autocrática y sin consultar para nada a ningún sínodo, a través de un edicto (en realidad un tratado surgido hacia 544 y después perdido) a los tres teólogos y obispos del siglo V proclives al nestorianismo: Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibas de Edesa —este último apenas si era conocido— que habían muerto ya hacía mucho tiempo en paz con la Iglesia. Los obispos orientales, totalmente dependientes del emperador, aceptaron en general, aunque tras ciertas renuencias, la condena. Los occidentales, menos expuestos a aquella dependencia, no la aceptaron. El episcopado africano, por ejemplo, cerró filas contra el papa en esta cuestión de los tres capítulos; el italiano y el gálico se le opusieron, cuando menos en su mayoría.[184]

Ni corto ni perezoso, Justiniano —influido seguramente por Teodora decidió doblegar la opinión de los insumisos e hizo que se llevasen al papa por la fuerza a un barco que salió rumbo a Constantinopla. Ello sucedió el 22 de noviembre de 545 sorprendiendo al papa en la iglesia de Santa Cecilia, en medio de la misa y justamente cuando daba la comunión al pueblo *(munmera errogantem),* en pleno asalto de los godos a Roma, que cayó en diciembre. (Según el libro pontifical la augusta envió al archivero Antimos con una fuerte tropa y con esta orden: «Ten miramientos con él sólo si se halla en la basílica de San Pedro. Pero si encuentras a Vigilio en el Laterano,

[183] MGH Epp, 3, 439. Altaner/Stuiber, 286, 319 ss, 339 ss, 347 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 294, 480 s, 485. Voigt 53 ss. Dannenbauer, Entstehung II 1 s. Handbuch der Kircheng. 11/2, 25, 30 ss, 204.

[184] Liberat. Brev. 22 (PL 68, 1040 A). Dtv Lex. Antike, Religión II 25. Grisar, Geschichte Roms 505 ss. Caspar, Papsttum II 442 ss. Schwartz, Kirchenpolitik 73 ss. Komemann, Weltgeschichte II 434. Seppelt/Schwaiger 53 ss. Diesner, Untergang 71. Haacke, Politik II 166 s. Rahner, Kirche und Staat 290 s.

o en el *palatium o* en cualquier iglesia, te lo llevas a un barco y lo traes hasta aquí. En caso contrario te haré desollar vivo».) La pía comunidad romana acababa de recibir la bendición de Vigilio, pero a continuación, escribe incluso el libro pontifical, arrojó piedras, palos y ollas contra él a la vez que lo mandaba al diablo. «¡Llévate tu hambre, llévate tus muertes!

¡Causaste el mal a los romanos. Que halles el mal donde quiera que vayas!»[185]

169

Vigilio, que ya no volvió vivo a la ciudad, reposó, con el permiso imperial naturalmente, casi un año en la soleada Sicilia (Catania), donde la Iglesia tenía extensísimas posesiones, mientras Tótila tomaba, en 546, la ciudad, mandando demoler la mayor parte de sus muros, deportar a la población y llevarse como rehenes a los senadores, a quienes decapitó después. Vigilio no entró en Constantinopla, donde se le dispensó una triunfal acogida, hasta el 25 de enero de 547. El emperador y el papa se besaron las mejillas entre lágrimas que, de seguro, no eran sólo de alegría, pues poco antes se había recibido la dolorosa noticia de la caída de Roma. Después, el papa excomulgó virilmente a todos los firmantes del Edicto de los Tres Capítulos: el papa Gregorio «Magno» mencionaría posteriormente incluso una excomunión de la emperatriz, ¡algo entremadamente increíble! Y al año siguiente, el mismo Vigilio, en el llamado *Judicatum* del 11 de abril de 548, asintió a la condena de los Tres Capítulos. Más aún: forzó a prestar su firma incluso a los obispos latinos que estaban residiendo de paso en la capital (de Milán y de África).

¡Espléndida demostración del primado doctrinal del papa! En Occidente, particularmente en África, se levantó una ola de indignación. Pero también las personas de su entorno protestaron de tal modo que el papa depuso y excomulgó a algunos de los diáconos que le eran más próximos y entre ellos a su propio sobrino Rústico (que se refugió entre los acoimetas) antes de que un sínodo de obispos africanos le excomulgase a él mismo. Cuando casi todo Occidente elevó su grito unánime y el propio clero romano se rebeló contra él; cuando la Galia, la Italia Septentrional, Dalmacia e Iliria se lanzaron a la secesión, los últimos estertores del cisma por el asunto de los Tres Capítulos se prolongaron hasta finales del siglo VIl en Occidente, y especialmente en Italia: Vigilio, en otro arrebato viril, y apoyado en particular por el diácono Pelagio (éste, que sería su sucesor en el solio pontificio, había regresado a Constantinopla), se desdijo de su sentencia. El papa protestó ahora contra otro edicto impenal relativo a los Tres Capítulos (julio de 551) y amenazó a todos los signatarios con la excomunión, pero después que el emperador redujo a la obediencia al obstinado clero episcopal africano, con sobornos y destierros (al obispo Víctor de Tunnuna, en África, le impuso prisión claustral —eso después de años de destierro— en varios monasterios de la capital, donde escribió su aburrida *Crónica del Mundo)* y conquistó, finalmente, Italia. Vigilio, abrumado por las nuevas tribulaciones, creyó, con cierta razón, que su silla estaba nuevamente en peligro y volvió a mudar de opinión. Hizo todo cuanto exigió de él el cristianísimo emperador, que no se detenía ante nada. Ni ante promesas, fintas o perjurios; ni tampoco ante la violencia policial. El 8 de diciembre de 553, el papa reconoció su «error» en carta dirigida al patriarca de Constantinopla, Eutiquio (552-565), y reprobó los Tres

[185] Lib. Pont. (ed. Duchesne) 297 (PL. 128, 578). Caspar, Papsttum II 245 s. Komemann, Weltgeschichte II 434. Rahner, Kirche und Staat 291.

Capítulos juntamente con sus defensores. Ahora bien, Justiniano no se dio por contento con aquel escrito privado del papa. Exigió más, es decir, una condena detallada y pública. Y la obtuvo. En el II Constitutum del 32 de febrero del año 554, Vigilio volvió a condenar los Tres Capítulos. Con ello se aseguró el regreso a casa para la primavera siguiente. Sin embargo, la muerte le sorprendió en el mismo viaje, en Siracusa (Sicilia), a principios de 555 y sólo pudo pisar suelo romano cuando ya era cadáver: el primer papa, desde Pedro, que no fue canonizado.[186]

Vigilio mismo dio a conocer a todo el mundo, o mejor dicho, «al pueblo de Dios en todo el orbe» *(Universo populo Dei)* su calvario, «su martirio» en las garras del emperador católico, «su pía Majestad», como él escribe, en una encíclica redactada ex profeso el 5 de febrero de 552, «en el año 25 del Señor Justiniano, el augusto perpetuo». Su Santidad se desahoga aquí con abundantes gemidos acerca de «las vejaciones», sobre los «suplicios *(multa mala intolerabilia)* a los que Nos estuvimos continuamente expuestos», «cada vez más insoportables». «De nada sirvieron todas las protestas presentadas verbalmente o por escrito si no es para aumentar aún más nuestros sufrimientos día tras día». Y Vigilio describe en un momento dado el colmo de su miseria: «Dos días antes de la fiesta de Navidad pudimos observar personalmente y escuchar con nuestros propios oídos *(aurilius nostrís)* como se apostaban cuerpos de guardia en todos los portones del palacio —ésa era la mísera morada del firme confesor— [...], su desapacible griterío penetraba hasta la estancia donde reposábamos. Los oímos incluso aquella noche en la que huimos [...]. Sólo podemos apreciar la razón y la dimensión de aquel peligro máximo, que el temor nos hizo despreciar, considerando lo siguiente: tuvimos que escurrimos penosamente por la estrecha brecha de un muro que se hallaba justamente en construcción y nos estuvimos allí, como atenazados por los horribles dolores, en lo más oscuro de la noche. De ahí se desprende con claridad en qué miserable situación caímos sólo por amor a la Iglesia y cuál sería el cautiverio que nos obligó a la fuga en ese momento de máximo peligro».[187]

170

El papa mártir, que también era, de pasada, un papa asesino, pero que tuvo que escurrirse —«¡expresión del máximo peligro!»— por «la angosta brecha» de un muro y pasó la noche sin más envoltura que su oscuridad, manifiesta abiertamente su deseo de que «ni un solo creyente en Cristo permanezca en la ignorancia» de tal miseria. Ya al término de todas sus lamentaciones se inclina, como es habitual en él, con servil reverencia ante el emperador: «No hay nada que raye más alto en mi aprecio, ni los vínculos del amor y de la sangre, ni no importa qué bienes terrenales, que mi conciencia y mi buen nombre ante su pía majestad».[188]

El jesuita H. Rahner denomina este escrito «gran encíclica del 5 de febrero a todo el orbe católico» y afirma respecto a Vigilio: «Los sufrimientos del papado le

---

[186] Erstes Constitutum 14. 5. 553 (CSEL 35, 230 ss). Zweites Constitutum 23. 2. 554 (Mansi IX 457 ss.). JK 922, 924, 927. MGH, Epp. 3 438 ss. PL 69, 115 ss; 143, 225. Altaner/Stuiber 233. Kühner, Lexikon 36. Hartmann, Geschichte Italiens I 386 ss. Hildebrand 222, 231. Caspar, Papsttum II 246 ss, 262 ss. Komemann, Weltgeschichte II 434. Gontard 144. Diesner, Untergang 71. Poppe 116 ss. Seppelt/Schwaiger 55 s. Haacke, Politik II 166 ss. Rahner, Kirche und Staat 293 ss. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 33 ss, 305 ss. Bullough, Italien 171. De Vries, Petrusamt 55 s.

[187] Mansi, Coll. Conc. IX 50 ss. PL 69, 53 C ss.

[188] Ibíd.

permitieron liberar a su persona de toda la lamentable mezquindad de años anteriores [...]».[189]

Bajo el concepto de mezquindad se pueden subsumir, en el caso de Vigilio, unas cuantas cosas: desde la intriga de gran estilo hasta el asesinato —asesinato de un papa, adviértase—, pasando por la codicia, la venalidad y la apostasía. Y aunque no estuviese, quizás, involucrado de ninguna manera en la misteriosa muerte de Agapito I —la involucración no es en todo caso muy verosímil— la misma resulta tanto más clara por lo que afecta a la muerte de Silverio. Y del mismo modo que el apocrisiario Vigilio acudió presuroso a Roma, en el intervalo entre ambas defunciones, para convertirse en papa, en «Vicario de Cristo» siguiendo la resolución de la emperatriz Teodora, que tan afecta le era, ahora el apocrisiario Pelagio, una vez muerto Vigilio, acudía presuroso desde Constantinopla a Roma para convertirse también en papa, en «Vicario de Cristo», por encargo, esta vez, del emperador Justiniano, que le era, análogamente, muy afecto. En ambos casos un papa había muerto en Constantinopla o en el regreso desde Constantinopla. El sucesor murió asimismo en el camino de regreso de la capital del imperio. Cierto que Vigilio no había podido subir al solio ya en el primer intento y también es igualmente cierto que no feneció, como Agapito, en Constantinopla, sino sólo en el viaje de regreso, en Siracusa. Pero ¿no podría ser que se alteró, ¡qué menos!, el lugar del crimen para no dejar excesivamente clara la duplicidad de los hechos? En todo caso, Vigilio se esfumó tan sorpresivamente en Siracusa como otrora Agapito en Constantinopla. Y cuando Pelagio vino a Roma para ocupar la Santa Sede por el más alto encargo, es decir, por el imperio, buena parte del clero y de la nobleza lo consideraban corresponsable de la repentina muerte de Vigilio: tan corresponsable que tuvo que prestar juramento ante todo el pueblo con el Evangelio en la mano y la cruz de Cristo en su cabeza ¡y a su lado Narsés, el protector bizantino![190]

Después de todo ello, Pelagio redactó un escrito de defensa, pero no de su difunto predecesor, sino de los Tres Capítulos, escrito en el que hacía al papa Vigilio los más acerbos reproches, pues «su volubilidad y su venalidad estimuló a los enemigos del Concilio de Calcedonia a interminables escándalos y a abusar del piadoso celo de su imperial majestad»[191]

Lo que menos se inspiraba en el celo por la fe propio de su imperial majestad resultó ser lo más duradero —poniendo aparte las leyes contra los «herejes»—, a saber, la codificación del derecho romano, el *Codees lustinianus* (529), cuya influencia pervivió hasta bien entrada la Edad Moderna, y la todavía más importante colección de los Digestos (533), del *quaestor sacrí palatii,* hombre de confianza del emperador y ministro de Justicia, Triboniano. Al igual que ocurre con Constantino (véase vol. 1), también en relación con Justiniano suele celebrarse gustosamente su concepción más humana del derecho, cosa que se atribuye a la influencia del cristianismo. Aun así, si se suaviza la suerte del esclavo, se hace ante todo porque hacía ya mucho tiempo que no era él, sino el colono, quien jugaba un papel esencial en el proceso productivo, especialmente en la agricultura. Pero precisamente frente

[189] Rahner, Kirche und Staat 295 s.
[190] Kühner, Lexikon 36 s. Gregorovius I, 1, 229. Caspar, Papsttum n 286 ss.
[191] Pelagius, In defensione trium capitulorum 5.

a este último el derecho justinianeo se mostraba implacable. Por lo demás, ¿cómo puede ser humano un derecho que niega, sin más, cualquier protección jurídica a toda persona que siga otro credo?

171

El celo religioso de su imperial majestad se pagó —como suele ocurrir con el celo religioso de Estados e Iglesias— con miseria y con sangre: y siendo la ambición universalista de Justiniano apenas menor que la de la dinastía constantiniana, se pagó con tanta miseria y con tanta sangre como no se veían de hacía tiempo. Ese celo religioso se pagó al precio de un continuo estrujamiento, continuamente intensificado, de los súbditos, pues el frenesí constructor y las guerras del déspota, con una duración de decenios, devoraban sumas ingentes. El celo religioso se pagó asimismo con un constante conflicto religioso: los sufrimientos de los monofisitas, la persecución de los maniqueos, la opresión de los judíos, el exterminio de los samaritanos. Costó también el riguroso combate contra los paganos, a quienes Justiniano persiguió con un encono más intenso que el mostrado por todos los soberanos a partir de Teodosio y a cuyos restos exterminó prácticamente. El celo religioso costó asimismo la erradicación de los vándalos y de los godos. Y también costó muchas tropas propias.

La lucha de Justiniano en pro del catolicismo, más determinadas, presumiblemente, por sus ofensivas en Occidente que por sus convicciones, condujo también a las acciones separatistas de Egipto y de Siria, a la constitución de dos Iglesias nacionales «heréticas», la sirio-monofisita y la copta. Las grandes guerras de agresión en el África del Norte y en Italia, es decir, la triunfal recuperación de Occidente o de parte del mismo, todo ello se pagó con cuantiosas pérdidas en el este y en el norte. Con entrega de tributos, cada vez mayores, a los persas, cuyos ejércitos estragaban el indefenso Oriente. Pese a ello, éstos arrasaron a fuego Antioquía, quemada hasta sus fundamentos, y masacraron a su población o bien se la llevaron cautiva para esclavizarla. Eso en 540, en plena «paz eterna». Y no sólo eso: los persas penetraron hasta el mar y adquirieron una superioridad cada vez mayor y más manifiesta en el Asia Anterior.

Las violenta expansión en Occidente dejó también desguarnecida la frontera del Danubio. Continuas oleadas de pueblos extraños irrumpían por los Balcanes y muy especialmente los eslavos que lo hicieron ya desde los primeros años del gobierno de Justiniano. Estos se extendieron como una inundación por el Imperio y llegaron hasta el Adriático, hasta el golfo de Corinto, hasta el mar Egeo. Cierto que después retrocedieron como en un reflujo, pero acabaron ocupando hasta nuestros días los Balcanes, mientras que las oleadas de otros «bárbaros» fueron, de momento, transitorias.

Los mismos triunfos obtenidos por el emperador en el oeste gozaron, en parte, de corta duración. Su restablecimiento del Imperio fue una obra inacabada. Ya desde el año 568 los longobardos conquistaron extensas regiones de Italia. Las ganancias territoriales obtenidas en el sudeste de España se perdieron pocos decenios después en favor de los visigodos. Y, finalmente, la acometida de los árabes, del Islam, extinguió la obra justinianea, desde Egipto hasta España, pasando por todo el norte de África. Apenas si quedaron huellas de la misma.

Karlheinz Deschner

HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO

Volumen 4

La Iglesia antigua:
Falsificaciones y engaños

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

VOLUMEN IV

La Iglesia antigua: Falsificaciones y engaños

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de Anselmo Sanjuán

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums: Die Alte Kirche*

©1990, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1993, Ediciones Martínez Roca, S. A.
S. A. Gran Via, 774, 7.°, 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1630-1
Depósito legal B. 5821-1993
Fotocomposición: Pacmer, S.A.
Miquel Ángel, 70-72,08028 Barcelona
Impresión: Libergarf, S. A., Constitució, 19,08014 Barcelona
Encuademación: Reinbook, S. A.

4

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

NOTAS

Los títulos completos de las fuentes primarias de la Antigüedad, revistas científicas y obras de consulta más importantes, así como los de las fuentes secundarias, se encuentran en la Bibliografía publicada en el primer volumen de la obra *Historia criminal del cristianismo: Los orígenes, desde el paleocristianismo hasta el final de la era constantiniana* (Ediciones Martínez Roca, colección Enigmas del Cristianismo, Barcelona, 1990), y a ella debe remitirse el lector que desee una información más detallada. Los autores de los que sólo se ha consultado una obra figuran citados únicamente por su nombre en la nota; en los demás casos, se concreta la obra por medio de su sigla.

ÍNDICE

15 1. Falsificaciones cristianas en la Antigüedad

17 FALSIFICACIONES EN EL PAGANISMO PRECRISTIANO

18 El concepto de «propiedad intelectual» tiene miles de años

22 Las falsificaciones literarias entre los griegos

24 Las falsificaciones literarias entre los romanos

26 Motivos para la falsificación

27 Error y falsificación en los cultos primitivos

31 FALSIFICACIONES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO Y EN SU ENTORNO

32 Las biblias del mundo y algunas peculiaridades de la Biblia cristiana

35 «Semblanzas del mundo femenino bíblico»

36 «Sobre este barro, sobre este barro [...]»: Oposición al Antiguo Testamento en la Antigüedad y en la época moderna

38 Los cinco libros de Moisés, que Moisés no ha escrito

45 Otras falsificaciones en el Antiguo Testamento (y en su entorno)

51 La apocalíptica judía

54 Otras falsificaciones del judaísmo (diáspora)

56 «Cooperación» judeocristiana

59 FALSIFICACIONES EN EL NUEVO TESTAMENTO

60 El error de Jesús

62 Precursor de los falsificadores

63 Las «Sagradas Escrituras» se amontonan, o reflexión de cuatrocientos años sobre la tercera persona divina

67 Cómo acata la investigación al Espíritu Santo

70 Los cristianos falsificaron más conscientemente que los judíos y con mucha mayor frecuencia

72 ¿Por qué y cómo se falsificó?

76 Ni el Evangelio de Mateo, ni el Evangelio de Juan, ni la Revelación de Juan (Apocalipsis) proceden de los apóstoles a quienes la Iglesia los atribuye

81 En el Nuevo Testamento aparecen seis «epístolas de Pablo» falsificadas

85 Todas las «epístolas católicas» del Nuevo Testamento, siete en total, son falsificaciones

89 Ejemplos de interpolaciones en el Nuevo Testamento

93 FALSIFICACIONES EN LAS ÉPOCAS DEL NUEVO TESTAMENTOY DE LA IGLESIA ANTIGUA

94 Todas las partes falsificaban, en especial los clérigos

97 También en los círculos eclesiásticos se utilizaban de vez en cuando Evangelios «apócrifos»

99 Falsificaciones de los Evangelios bajo el nombre de Jesús
100 Evangelios u otros escritos falsificados bajo el nombre de un único apóstol
103 Falsificaciones en honor de la Santa Virgen .
105 Falsificaciones en nombre de todos los apóstoles
108 Hechos de los Apóstoles falsificados
110 Cartas fraudulentas y personas fraudulentas
111 Falsificaciones bajo el nombre de los Padres de la Iglesia
116 Un falsificador cristiano: «Durante siglos el maestro del mundo occidental [...]»
118 Falsificaciones para apoyar la historicidad de Jesús »
120 Falsificaciones para resaltar la autoridad cristiana frente a judíos y paganos
122 La mayoría de las actas de mártires están falsificadas, pero todas ellas se consideraron como documentos históricos totalmente válidos
131 Casi todas las listas de obispos para demostrar la tradición apostólica fueron falsificadas
138 Cómo intenta justificar la apologética las falsificaciones y; protocristianas
141 El fin justifica los medios: La mentira piadosa está permitida en el cristianismo desde el comienzo

147 2. El fraude de los milagros y las reliquias
149 EL FRAUDE DE LOS MILAGROS
150 La mayoría de los milagros de la Biblia son tan increíbles como la mayoría de los demás milagros
151 Jesús se sirve de todo tipo de prácticas
152 El arsenal de milagros evangélicos: Nada es original
154 El fraude de la «demostración de las profecías» cristiana
157 Milagros en los «apócrifos», o un atún ahumado que vuelve a la vida
160 Los mártires lo eclipsan todo
165 La «archimártir»
167 Monjes y obispos como taumaturgos
174 Visiones como enjambres de abejas
177 La leyenda, «el alimento espiritual del pueblo», o «grandes, desvergonzados, repugnantes, graves y solemnes embustes papistas»
180 Desde el «miraculum sigillum mendacii» hasta los apologistas católicos
185 EL ENGAÑO DE LAS RELIQUIAS
187 El culto cristiano a las reliquias se limita a proseguir el culto a los héroes de los griegos
190 Gradación jerárquica en el reino de las reliquias: desde las piezas capitales de los cadáveres de los santos a los pelos de la barba y el polvo
191 «Demanda» creciente de santos muertos, su descubrimiento y sus milagros
195 Desde las insignias imperiales hasta la grasa de oso o «Al principio está la piedad natural [...]»
197 «Reliquias de contacto» y esqueletos viajeros
199 Los restos de María o «toda la miseria de la humanidad
202 Rarezas y protestas

205 3. El embuste de las peregrinaciones
210 Peregrinar, una idea fija y a en la **época precristiana** Asclepio, el dios de las «manos suaves», y **Epidauro**, el Lourdes pagano
212 Serapis, Isis y la Virgen María
215 La peregrinación en el judaísmo precristiano
El comienzo de la peregrinación cristiana a **Jerusalén**: Desde el «descubrimiento de la cruz» hasta el sacrosanto culto del prepucio
220 La peregrina Eteria: su «modo ingenuo [...] y crédula sencillez [...] tienen algo extrañamente atractivo y seductor» (obispo August Bludau de Ermiand)
222 ¡Oh, maravilloso Jerusalén!
225 Otras atracciones para los peregrinos de Palestina
227 De la tumba de Abraham al estercolero de Job
228 Camino a la cumbre: De los «santos topo» a los «estilitas»
231 Más cerca, Dios mío, de ti
236 La peregrinación en pos de una santa que probablemente nunca existió
239 Gracias a las donaciones, los centros de peregrinaje cristianos se fueron enriqueciendo con rapidez

240 Peregrinación y milagro: Hacia el marketing de los «lugares milagrosos»
243 El Lourdes protocristiano
245 Los fraudulentos santos «Ciro» y «Juan»
247 La pareja de santos médicos Cosme y Damián: Cera de velas, aceite de lámparas y afrodisiaco . ., ...
.
249 Rarezas romanas

15

CAPITULO I. FALSIFICACIONES CRISTIANAS EN LA ANTIGÜEDAD

"Muchos textos sagrados aparecen hoy bajo nombre falso, no porque fueran redactados bajo éste sino porque más tarde se les atribuyó a sus titulares." (¡Aunque también se producía lo primero, y no pocas veces!) "Tal 'falsificación' de los hechos se da durante toda la Antigüedad, en especial en la fase israelita y judía previa al cristianismo, y se prolonga dentro de la Iglesia cristiana en la Antigüedad y en la Edad Media." **Arnold Meyer**[1739]

17

EN EL PAGANISMO PRECRISTIANO

A muchas personas, quizá la mayoría, les asusta admitir la mentira más burda en el campo para ellos "más sagrado". Les parece inconcebible que quienes dan testimonio ocular y auricular del Señor puedan no ser más que vulgares falsarios. Pero nunca se ha mentido y engañado con tanta frecuencia y tanta falta de escrúpulos como en el campo de la religión. Y es cabalmente en el cristianismo, el único verdadera y realmente salvífico, donde dar gato por liebre está a la orden del día, donde se crea una jungla casi infinita del engaño desde la Antigüedad y en la Edad Media en particular. Pero se sigue falsificando en el siglo XX, de manera masiva y oficial. Así, J. A. Farrer se pregunta casi desesperado: "Si se reflexiona sobre todo lo que ha surgido de este engaño sistemático, todas las luchas entre papas y soberanos terrenos, la destitución de reyes y emperadores, las excomuniones, las inquisiciones, las indulgencias, absoluciones, persecuciones y cremaciones, etc., y se considera que toda esta triste historia era el resultado inmediato de una serie de falsificaciones, de las que la *Donatio Constantini* y los *Falsos decretos* no fueron las primeras, aunque eso sí, las más importantes, se siente uno obligado a preguntar si ha sido más la mentira que la verdad lo que ha influido de manera permanente sobre la historia de la humanidad"[1740]

Desde luego que el embuste de más éxito, el que mayores estragos causa entre la mayoría de las almas, no es ciertamente un invento cristiano. Lo mismo que tampoco lo es, aunque guarde una estrecha relación con ello, la seudoepigrafía religiosa (un seudoepígrafe es un texto bajo nombre falso, un texto que no procede de quien, a tenor del título, el contenido o la transmisión, lo ha redactado). Ambos métodos, la falsificación y la seudoepigrafía, no fueron innovaciones cristianas, ni tampoco todo lo demás, salvo la guerra de religión. Falsificación literaria la hubo ya durante mucho tiempo antes entre los griegos y los romanos, la hubo desde la remota Antigüedad

[1739] Meyer, A. Pseudepigraphie 95,106.
[1740] Farrer 106.

hasta el helenismo, continuó durante la época de los emperadores, apareció en la India, entre los sacerdotes egipcios, con los reyes persas y, también, en el judaísmo.[1741]

Durante toda la Antigüedad fue habitual una práctica amplia y muy variable de la falsificación. Esto fue posible gracias a la gran credulidad de la época. Pero sería erróneo deducir de esa credulidad frente a la multitud de falsificaciones su "licitud". Como he podido constatar en no pocas ocasiones, ese gran número de falsificaciones es el resultado de la credulidad de su tiempo. Así, ya desde Herodoto, en el siglo V antes de Cristo, cuando comenzó en Atenas la divulgación de los escritos mediante las librerías (un activo comercio con copias a un precio relativamente bajo), se criticaron **las falsificaciones**, se elaboraron criterios para determinar la autenticidad y se llegó en los más diversos géneros literarios a ciertos métodos, a veces de extremada precisión, para desenmascararlas, redactándose falsos textos relativamente inofensivos. También **el plagio**, siempre que existiera la intención de impostura, fue juzgado con severidad por la estética antigua.[1742]

18

Naturalmente, no podemos transferir sin más a la Antigüedad nuestra conciencia crítica (y tan ética). Aunque en esa época no se juzgaba la falsificación como un delito moral de la misma gravedad que tiene hoy, tampoco se la consideró como algo natural ni fue aceptada. Bien es cierto también que el lector antiguo solía ser poco severo y carente de sentido crítico, que era **demasiado crédulo**, sin escrúpulos psicológicos y sociales, muy proclive a la literatura "esotérica" y por ese motivo fácil de llevar a engaño, de enredar; pero de estos consumidores los hay de sobra a finales de nuestro siglo XX. Con todo, los respectivos criterios filológicos no eran, en el fondo, radicalmente distintos. La Antigüedad conocía un análisis de autenticidad (en modo alguno sólo ocasional) y una sensibilidad alerta que a menudo deja constancia, así como también una honrada indignación ante las falsificaciones descubiertas. La seudoepigrafía ya se consideraba en aquel tiempo *"an ancient, though not honorable literary devise"* (Rist).[1743]

El concepto de "propiedad intelectual" tiene miles de años

El fenómeno de la falsificación — utilizado aquí por lo general en un sentido más o menos criminal, o sea, la que se hace con intención de mentir o engañar, unido a una imputación de culpa — presupone la idea de la propiedad intelectual, puesto que si ésta no existe no hay una verdadera falsificación.

Dado que la ausencia del concepto de "propiedad intelectual" beneficiaría a muchos cristianos creyentes a la vista de los incontables embustes cristianos, se ha discutido su existencia en la Antigüedad clásica y el período resultante de ella, e incluso lo han negado algunos como, por increíble que parezca, Gustav Mensching.

[1741] Reicke/Rost 1529 s. Haag 1425. A. Meyer, Besprechung 150. Speyer, Religiose Pseudepigraphie 88 ss, 234 ss, 246. ídem. Literarische Fálschung 13.

[1742] Torm 118 con remisión a E. Steittplinger, Das Plagiat in der griechischen Literatur 1912. Erbse 209 ss, especialmente 216 s. Brox, Faische Verfasserangaben 75s. Speyer, Literarische Fálschung 15.

[1743] Candiish 24. Brox, Problemstand 316 s, 322 ss. M. Rist cit. ibíd.

Escribe este autor: "Podría pensarse en anotar en la cuenta de las mentiras religiosas también los numerosos escritos que se conocen en la historia de la religión bajo nombres falsos. Lo mismo que, por ejemplo, bajo el gran nombre del filósofo griego Platón circulan muchos escritos que la ciencia ha considerado más tarde como apócrifos, se sabe que dentro del Nuevo Testamento hay escritos que no proceden del autor bajo cuyo nombre los seguimos encontrando hoy. Muchas epístolas, pongamos por caso, no son de Pablo, como por ejemplo la dirigida a los hebreos, las cartas pastorales a Timoteo y Tito o la Epístola a los Efesios. Sin embargo, esta forma de engaño premeditado no cae dentro de nuestro contexto, puesto que en aquel tiempo no se tenía el concepto de la propiedad literaria ni de la autenticidad de los textos. Existía más bien la tendencia a presentar los propios escritos bajo la gran autoridad de nombres conocidos, ocultando el propio, para conseguir así que las ideas de uno tuvieran más fuerza y difusión. Según los modos de ver actuales, esto sería un engaño literario".[1744]

19

¡Y no sólo según los actuales!

Si el concepto de "propiedad intelectual" no estaba muy inculcado en el antiguo Oriente o en Egipto, en los siglos vi y VII se conoce ya en Grecia, donde el autor de la *Ilíada* y la *Odisea* registró sus epopeyas, como se ha demostrado hoy. Bien es cierto que la Antigüedad no conoce ninguna reglamentación jurídica, ni ninguna codificación de esta figura. El derecho antiguo no protegía la propiedad intelectual como tal, sino el "derecho de propiedad sobre la obra", es decir, del manuscrito. Pero ya que tras una época de autorías anónimas y de transmisión de trabajos literarios en Grecia, durante los siglos vi y VII no sólo se procedió a dar el nombre de los autores (Hornero, Hesíodo), poetas, líricos e incluso de los pintores de ánforas y los escultores, sino que se critica también la falsificación del nombre del autor, de las fuentes o de una carta, el concepto de la propiedad intelectual, de la individualidad literaria, queda ya asegurado para esos primeros siglos y, más tarde, los cristianos y todo el entorno judío y pagano lo conocen desde un principio. También el libro de papiro, que se difunde por aquel tiempo, posibilita la edición de determinados textos con los nombres de los autores.[1745]

También los escritos de los filósofos jónicos en la Atenas del siglo V eran auténticos libros, contándose Sócrates, Platón y más tarde Aristóteles entre sus compradores, mostrando los autores una fuerte conciencia de autoría, una gran confianza en sí mismos, como por ejemplo Hecateo de Mileto al comenzar sus *Genealogías.* "Así habla Hecateo de Mileto: escribo lo siguiente, tal como a mi parecer se corresponde con la verdad, puesto que las numerosas afirmaciones de los helenos son en mi opinión ridículas".

El hecho de que ya en el siglo IV se controlaban las obras de los grandes autores, en particular cuando sobre ellas se cernía la amenaza de la tergiversación, nos lo demuestra el famoso "ejemplar estatal", en el que el estadista y orador Licurgo de Atenas hizo registrar alrededor del año 330 las obras de tres grandes autores de tragedias en una versión que desde esa fecha había de ser obligatoria en todas las

[1744] Mensching, Irrtum 73.

[1745] Erbse 216. Speyer, Literarische Fälschung 15. ídem. Fälschung, literarische237, 240, 242 s. ídem. Religiose Pseudepigraphie 199 s. Brox, Faische Verfasserangaben 68 ss.

representaciones. El escriba oficial leía a los actores el texto de sus papeles y ellos debían corregir en consonancia las copias de que disponían. "Todas estas medidas parecían necesarias, puesto que los ejemplares que se guardaban en los archivos y que los autores habían presentado previamente al solicitar la autorización para participar en los agones, tenían que renovarse. Pero era evidente que como sustitutivos no podían elegirse aquellos textos que la librería ponía a la venta, pues éstos estaban tergiversados con errores de lectura y a menudo también con intervenciones de los directores y los actores. No sabemos si Licurgo consiguió copias sin falsificar de los descendientes de los poetas, pero podemos suponer que hizo todo lo posible para encontrar la mejor solución en esta discutida cuestión" (Erbse).[1746]

20

Desde comienzos del helenismo, los textos de muchos autores son vigilados de manera realmente científica, algo que hace posible sobre todo la fundación de la gran Biblioteca Alejandrina bajo Tolomeo I soler (367-366 a 283-282), amigo de Alejandro Magno y a su vez autor de una historia de este último que goza hoy de gran prestigio. Alrededor del año 280 a. C. la Biblioteca, que no ahorraba dinero en la adquisición de ejemplares valiosos, poseía cerca de medio millón de rollos. La biblioteca de Serapeión, más pequeña, unos 40,000. Actuaron aquí muchos afamados directores. Se procuraba hacer una selección de buenos manuscritos y se intentaba conseguir un texto perfecto en el método, un texto auténtico, en especial de los clásicos.[1747]

También de manera individual los exigentes se esforzaban por conseguir una forma pura de su trabajo. Así, en el siglo II d. C., Galeno, cuyas obras se falsificaban y ofrecían bajo otros nombres y se distribuían en producciones apócrifas, redactó dos de sus propios escritos con el fin de hacer reconocibles sus libros y evitar su falsificación, o al menos confusiones. En el siglo III, el gran adversario de los cristianos Porfirio descubre falsificaciones en las literaturas pitagórica, gnóstica y bíblica. En resumen, se conocía bien el fenómeno de la falsificación y tanto griegos como romanos desarrollaron a este respecto una evidente aversión, elaboraron métodos diferenciados y prestaron una atención crítica.[1748]

Muchas falsificaciones no pueden ya desvelarse hoy (con seguridad), pero en muchas otras sigue siendo posible. Hay que basarse en motivos y tendencias extraliterarias y, por supuesto, en infinidad de otros motivos, en características externas e internas, otros testimonios y especialmente el estudio crítico del lenguaje, el estilo, la composición, las citas y las fuentes utilizadas. No dejan de tener también importancia los anacronismos y los *vaticinio ex eventu* (profecías a posteriori). En algunas falsificaciones hay también material auténtico. Y a la inversa. Mezclas de este tipo son frecuentes. Las colecciones epistolares falsificadas pueden contener piezas verdaderas o bien, lo que resulta mucho más frecuente, colecciones auténticas tienen cartas falsificadas total o parcialmente y naturalmente las verdaderas, pero que incluyen **interpolaciones**. Los falsarios avezados mezclan lo falso y lo auténtico.[1749]

[1746] Diog. Laert. 9,6. dtv-Lexikon, Geschichte 11365 s. Erbse 216 ss. Gudeman 48.
[1747] dtv-Lexikon, Geschichte III 108 s. Pearson 70 ss. Erbse 221 ss.
[1748] Brox, Faische Verfasserangaben 76 s.
[1749] Speyer, Fälschung, literarische 241.

No es falso todo lo que parece. Desde luego no todo es una falsificación, aunque a primera vista así lo parezca.

21 Existe desde luego un seudoanonimato legítimo e inofensivo, practicado a menudo (hasta nuestros días), como el de un autor joven y desconocido o uno ya famoso, que se presentan al público bajo otro nombre; el primero quizá por miedo a dar a conocer sus ideas, no conocidas todavía o incluso no admitidas, es decir, por temor a la crítica; el otro por divertirse. Por supuesto que no es una falsificación el que una primera figura elija libremente un seudónimo, algo bastante inusual en la Antigüedad, un nombre que no sea idéntico al de una personalidad conocida, como hicieron en ocasiones Jenofonte, Timoteo, Yámblico y otros. En todos ellos desempeña un cierto papel seguramente el deseo de mistificación, la vanidad y la presunción, las ganas de hacerse interesante, de hacerse el famoso anónimamente, de escudarse tras la máscara de esa fama e interpretar un papel por el placer de mentir y por amor a la mentira.[1750]

Muchas veces esos autores tampoco querían realmente dar gato por liebre, tan sólo deseaban tomar el pelo, engañar con falsas apariencias de un modo transitorio hasta dejar traslucir la verdad, que el lector quedara como tonto y que el embaucador, que en realidad no era tal, ni tampoco un mentiroso, pudiera divertirse por partida doble. Naturalmente, la coincidencia en los nombres de los autores o en los títulos de los libros podía dar lugar a equivocaciones. Sobre todo en cuanto a las citas, los errores se cometen con gran facilidad.[1751]

Lo mismo que una obra bajo seudónimo no es una falsificación, tampoco lo es una anónima. Sin embargo, lo será — como sucede con tantas vidas de santos o pasiones de mártires — si aparece falsamente como un documento auténtico, ó sea, si tiene intenciones extraliterarias.[1752]

Por el contrario, determinados métodos literarios, ciertos procedimientos dramáticos o irónicos son libres invenciones en el reino de la poesía, como las parodias o las utopías; todas las mistificaciones voluntarias realizadas por motivos artísticos no son falsificaciones sino una licencia literaria perfectamente legítima. Por ejemplo, cuando un autor escribe fábulas, o cuando pone en boca de una personalidad palabras o frases que nunca ha dicho ni nunca ha mantenido. O cuando aparece bajo la máscara de otro, algo de lo que hay infinidad de paradigmas bien conocidos; como en la época moderna las *Cartas provinciales* de Pascal, en las que fustiga la moral jesuita como un noble parisino. En todos los casos similares se trata sólo de ficciones literarias, sin la menor intención de engañar.[1753]

22 Sería ridículo considerar como falsificación toda carta aparecida bajo un nombre falso, aunque sea sólo porque infinidad de misivas o incluso discursos son el producto de meros ejercicios retóricos de estudiantes, por así decir, un entrenamiento literario sin ningún fin, un juego, productos que en la Antigüedad se consideraban documentos auténticos; y sobre varios de estos textos, como es el caso

[1750] Ibíd. 239. Torm 111, 122 s. Meyer, Pseudepigraphie 99. Syme 306 s.
[1751] Syme ibíd. Speyer, Fälschung, literarische 14.
[1752] Speyer, Fälschung, literarische 14.
[1753] Speyer ibíd. 13 s. Candiish 12 s, 24 s.

del de Salustio, los eruditos siguen discutiendo en la actualidad. También en la escuela de los filósofos, de los médicos, se transmitían a menudo los trabajos escolares tomándolos por obras de maestros, como muy bien sabemos en particular del caso de la escuela pitagórica.[1754]

Junto a todo esto y muchas otras cosas similares, en la Antigüedad también se falsificó sin ningún escrúpulo y a menudo del modo más opaco y refinado posible. Se practicaban los más diversos métodos del embuste así como los más variados medios de certificación, es decir, "criterios de autenticidad" falsificados, algo que sólo las investigaciones modernas han sacado a la luz. Ha resultado así evidente "que los autores antiguos (también los cristianos) se "permitían" el engaño mucho más de lo que se podría y se estaría dispuesto a imaginar según los criterios actuales. En concreto, por ejemplo, no puede preverse con antelación el grado de "refinamiento" que cabría esperar, ni pretender dar apoyo a tesis de autenticidad remitiéndose a las protestas de veracidad de un autor creíble y comprometido religiosamente" (Brox). No es suficiente: los hechos conducen aquí hasta la experiencia de que "cuanto más concreta es la forma en que aparece el dato, tanto más fraudulento es el contenido" (Jachmann). O como escribe Speyer: "Cuanto más precisos son los datos, tanto más falsos son".[1755]

Las falsificaciones literarias entre los griegos

Es cierto que los griegos apreciaban en grado sumo la verdad. Se ha afirmado que el período clásico de su literatura habría estado, de modo excepcional, libre de las falsificaciones literarias, que no ofrece ningún ejemplo auténtico de tales falsificaciones, argumentándolo con la observación de que "las falsificaciones literarias no pueden prosperar en una época de creatividad intelectual". Y a pesar de ello, también los literatos y los sacerdotes griegos falsificaron en proporciones inimaginables.[1756]

23

15 Speyer ibíd. 13 s. Candiish 12 s, 24 s.

16 Bousset 4 s. Speyer, Fálschung, literarische 238. Brox, Faische Verfasserangaben 50.

17 Brox ibíd. 60 s. Speyer, Liferarische Fálschung 82. Jachmann 86.

Uno de los primeros falsarios es el autor Onomakritos de Atenas, que vivió en el siglo VI antes de Cristo en la corte de los Pisistrátidas; órfico que gozó de gran estima, fue amigo y consejero del tirano Pisístrato, pero que con motivo de haber falsificado oráculos y haber interpolado los de Museo fue desterrado de la ciudad. También bajo el nombre de Orfeo, el famoso cantor mítico, al que se considera más

[1754] Bousset 4 s. Speyer, Fálschung, literarische 238. Brox, Faische Verfasserangaben 50.

[1755] Brox ibíd. 60 s. Speyer, Liferarische Fálschung 82. Jachmann 86.

[1756] Gudeman 47 ss.

antiguo que Hornero y Hesíodo, parece haberse dedicado a su arte. En cualquier caso, pronto circularon textos, editados como de Orfeo (y de Museo) y que sus seguidores consideraron como "escrituras sagradas" *[hieroi logoí],* en infinidad de variantes, resúmenes, suplementos y revisiones. En la época helenística, y especialmente en la imperial, se multiplicaron las producciones que pretendían proceder de personajes históricos de la época de las guerras troyanas o incluso de poetas órficos anteriores. Y aunque rebosaban de anacronismos evidentes, las referencias platónicas, estoicas, neoplatónicas o incluso bíblicas consiguieron en la Antigüedad ser consideradas en general como históricas, en particular las que procedían de los Padres de la Iglesia. Por el contrario, Aristóteles fue ya el primero, si bien de modo aislado, en mostrarse bastante escéptico al respecto, hasta el punto de que Cicerón escribiera: *"Orpheum poetam docet Aristóteles numquam fuiste".*[1757]

Bajo el nombre de Hipócrates de Cos (hacia 460-370 a. C.), el fundador de la medicina como ciencia e ideal absoluto del médico, se difundieron escrito tras escrito a lo largo de medio milenio. Sin embargo, de sus 130 presuntas obras (también estas cifras varían) los investigadores reconocen como auténticas apenas la mitad. Y también éstas sufrieron diversas alteraciones y deformaciones.[1758]

En la literatura filosófica hubo también muchas falsificaciones, entre ellas docenas de textos apócrifos de Platón e infinidad de Aristóteles. En cuanto a las cartas de Platón no se ha logrado todavía hoy el consenso entre los expertos. Se discute si la séptima, y quizá también la octava, son auténticas; la mayoría, sin embargo, son falsas con total seguridad. Un intercambio epistolar falsificado entre el pitagórico Arquitas y Platón da fe de autenticidad y recomienda escritos falsificados del pitagórico Ocelos. De este modo una falsificación ayudaba a otra.[1759]

24

Con frecuencia se le han imputado libros a Pitágoras, precisamente porque, lo mismo que Sócrates o Jesucristo, nunca los escribió. Y esto se sabía. Sin embargo, en vista de la multitud de autoridades magistrales en pugna y al objeto de ser competitivas, se suplía la total falta de textos auténticos del maestro con infinidad de falsificaciones. Con ello se demostraba que los filósofos griegos (posteriores) dependían de Pitágoras. Y lo mismo que entre los órficos, también entre los neopitagóricos, los hermetistas o los apocalípticos, se convierte en regla el empleo de la falsificación literaria con fines de conseguir una propaganda más eficaz; y muchas de estas falsificaciones son parecidas a las judías y las cristianas.[1760]

Muchos discursos tampoco eran auténticos.

Así, en la época de Augusto el retórico y crítico literario griego Cecilio de Cale Acte (Sicilia), que con Dionisio de Halicarnaso es considerado el fundador del

---

[1757] Platón rep. 2, 364 e. Aristot. de anima 1, 5,410b 27. Cic. nat. deor. 1,38,18 Pauly 111 1479, IV 304 s, 351 ss. dtv-Lexikon, Philosophie ffl 259 ss. F. Hauck 118. Krüger, Quaestiones 42 ss. Ziegler, Orpheus 239 ss. Meyer, Pseudepigraphie 98. Gudeman 44 ss. Brox, Faische Verfasserangaben 45.

[1758] Pauly II 1169. dtv-Lexikon, Philosophie 11 239. Tusculum Lexikon 125. Diller 271 ss. Gudeman 49. Brox, Faische Verfasserangaben 45.

[1759] dtv-Lexikon, Philosophie III 334. Syme 303 s. Gudeman 56 s. Meyer, Pseudepigraphie 97. Brox, Faische Verfasserangaben 46.

[1760] Gudeman 58 ss. Meyer, Pseudepigraphie 97, 99. ídem. Besprechung 150 s. Speyer, Fálschung, literarische 268.

aticismo literario, considera que no son auténticos 6 de los 71 discursos atribuidos a Demóstenes, 25 de los 60 de Antifonte (ejecutado en 404-403 a. C.) y 28 de las 60 de Isócrates (Dionisio 25). Asimismo, 25 de los 77 discursos de Hipérides (ejecutado en 322 a. C.), discípulo de Isócrates (según otros de Platón), y 192 de los 425 de Lisias se consideran falsos. Evidentemente, muchas de estas pláticas que circulaban bajo pabellón falso no se habían redactado al principio con intenciones de engañar. La mayoría eran ejercicios — muy hábiles — de estudiantes que debían escribir discursos ficticios en sus prácticas, que los griegos llamaban *melétai* y los romanos *suasoriae,* y que después los libreros de la Antigüedad, que no gozaban de excelente reputación, hicieron circular como auténticos. En cualquier caso, está comprobado que un número considerable de discursos apócrifos se ha atribuido intencionadamente a los grandes maestros.[1761]

El punto álgido, al menos numéricamente, lo alcanza la falsificación literaria de los griegos en la literatura epistolar. Alfred Gudeman encontró que "apenas había una personalidad famosa de la literatura o la historia griegas, desde Temístocles hasta Alejandro, a la que no se asignara una correspondencia más o menos extensa". R. Bentley demostró en 1697 y 1699 que 148 cartas de Fálaris, el tirano de Agrigento (570-544 a. C.), eran falsificaciones de la Antigüedad, aunque falsificaciones de tan alto nivel literario que Bentley (si bien exagerando un poco) comparó a las de Cicerón. También las cartas de Bruto, consideradas a menudo como auténticas, que como escritor era muy polifacético redactando tratados académicos, historias, discursos, etc., "deben considerarse como definitivamente descartadas" (Syme).[1762]

25

Las falsificaciones literarias entre los romanos

A tenor de la menor importancia de su literatura, la falsificación literaria desempeñó entre los romanos un papel de menor envergadura. Por supuesto que también la practicaron por diversos motivos, y en ocasiones se tomaron asimismo medidas en su contra.[1763]

En 181 a. C. se encontraron en Roma supuestos escritos de Numa Pompilio, el venerado legislador sacro y regente de la paz. Sujetó a los romanos al derecho y a las costumbres, fundó templos y altares e introdujo los sacrificios incruentos contra los rayos; se consideraba un gran elogio para un emperador compararle con él. Las falsificaciones descubiertas, de contenido pitagórico en unos casos y rituales en otros, propagaron probablemente la filosofía griega en Roma o una reforma religiosa según el modelo pitagórico. Livio relataba que los libros atribuidos a Numa fueron quemados inmediatamente después de haberse descubierto el engaño.[1764]

[1761] Pauly I 988 s. II 1275 ss. dtv-Lexikon, Philosophie I 132, 337 ss. II 268 m 110 s. Gudeman 71 ss. v. d. Mühl 1 ss.

[1762] Pauly I 957, IV 698 s. dtv-Lexikon, Geschichte I 186 s. Farrer 1 ss. Syme 304. Gudeman 60 ss. Torm 113. Brox, Faische Verfasserangaben 46 s.

[1763] Brox ibíd. 47.

[1764] Liv. 40, 29, 3 ss. Plin. nat. 13, 27. August civ. Dei 7, 34. Pauly IV 185 s. dtv-Lexikon, Geschichte III 18.

Un fraude famosísimo es la *Historia Augusta,* una colección de 30 biografías de aspirantes al trono y usurpadores romanos, desde Adriano (117138) a Numeriano (asesinado en 284 por su suegro, el prefecto pretoriano Apero).

La obra, que no se ha transmitido completa y de la que sólo un ejemplar (perdido) llegó hasta la Edad Media, procede de seis autores desconocidos de la época de Diocleciano y Constantino. En realidad, la *Historia Augusta,* de cuya inmensidad de actas sólo un documento es auténtico, es la obra de un único falsificador anónimo que la escribió alrededor del año 400. Este punto de vista ha ido imponiéndose poco a poco desde el sagaz análisis de H. Dessaus (1899), y puede considerarse hoy como totalmente seguro gracias a los trabajos de J. Straub y E. Hohi. El autor era pagano, y con el objeto evidente de no correr riesgos, creó anónimamente una especie de *"pamphlet against Christianity»* (A. Alföldi), una "apologética pagana de la historia", como comienza el título de un libro de Straub, "uno de los trabajos sucios más miserables que tenemos de la Antigüedad", según Mommsen. Y a pesar de ello, esta falsificación tanto tiempo discutida con acaloramiento tiene un autor ingenioso y constituye un testimonio valioso y fiable, y a pesar de la gran cantidad de documentos falsificados, sus milagros dispersos, sus anécdotas y curiosidades, sigue siendo "una de las fuentes más importantes e imprescindibles para el estudio del Imperio romano en los siglos II y III" (Straub).[1765]

26

De vez en cuando, en Roma se falsificaban también libros de sentencias morales, discursos políticos, inventivas, obras científicas; el manual *Dicta Catonis,* que como texto escolar alcanzó una gran difusión en la Edad Media, se unió al nombre del presunto autor Catón; se atribuyeron obras a Cicerón o a César, se redactó el presunto diario de un testigo de la guerra troyana, Diktis de Creta. Y cuando Galeno de Pérgamo (129-199), no sólo el mayor médico de la Antigüedad sino también uno de los mejores médicos de todos los tiempos a pesar de algunos errores y puntos débiles, así como autor de una enorme obra que durante casi un milenio y medio ha gozado de indiscutible autoridad, paseaba un día por el mercado de libros de Roma, encontró que se ofrecían obras falsas bajo su propio nombre.[1766]

Las falsificaciones no se descubren a veces hasta más tarde — si es que se descubren — o se demuestra después que lo son, como confirmaremos aquí en un caso, por su curiosidad y fama, que llega hasta nuestros días.

En el año 45 a. C. murió Tulia, la hija única de Cicerón. Éste, dos años antes de su asesinato, cayó en una profunda depresión y escribió la *Consolatio,* en la que, como él dice, fue el primero en consolarse a sí mismo. Salvo algunos fragmentos aislados no se ha conservado nada. Sin embargo, en 1583 la obra apareció impresa en Venecia, sin palabras explicativas, caracterizada con el brillo del lenguaje de Cicerón y la sabiduría de sus pensamientos. Sin embargo, algunos eruditos sospecharon enseguida; el primero de ellos fue, con una breve crítica, Antonio Riccobonus de Padua. El editor de la *Consolatio,* Francisco Vianelli, uno de los más destacados científicos de su tiempo, pidió al preceptor de Riccobonus, Cario Sigonio,

---

[1765] Pauly 11 1191 ss (aquí las citas de A. Alfoldi y Mommsen). J.Straub en: dtv Lexikon, Philosophie II 243 s. Dessau 337 ss. Syme 309 s. Hohl 132 ss.

[1766] Pauly II 1, 674 s. Tusculum Lexikon 101, dtv-Lexikon, Philosophie H 139.W. Bauer, Leben Jesu 471 s, 476 Notas 1. Syme 306. Henrici 75 ss. Brox, FaischeVerfasserangaben 47.

catedrático en Padua, Venecia y Bolonia, que diera su opinión. A pesar de la desconfianza inicial y a pesar de algunos planteamientos mal formulados, Sigonio desaprobó el rechazo a la obra en su conjunto. Preguntó que si Cicerón no la había escrito, ¿qué hombre de nuestro tiempo podría haberlo hecho? Tras una segunda crítica más extensa, Riccobonus respondió: Sigonio, y doscientos años después se le dio la razón.[1767]

Motivos para la falsificación

27

Los motivos para falsificar un escrito — sobre todo, pero en modo alguno exclusivamente, mediante la ficción de la autoría — eran numerosos y en consecuencia muy diversos; diversos como los métodos y los procedimientos técnicos. Con frecuencia el punto de partida fue la simple codicia, como en el caso de los precios pagados por los aficionados por pretendidos trabajos de autores antiguos renombrados. Así por ejemplo, la creación de las grandes bibliotecas en Alejandría y Pérgamo en los últimos siglos anteriores a la era cristiana dio lugar a una necesidad considerable de obras de los maestros. Y puesto que se valoraba mucho más a los clásicos que a los autores contemporáneos, no pocos se dejaron seducir por hacer pasar como auténticas sus imitaciones de escritos anteriores, consiguiendo con ello beneficios nada desdeñables.[1768]

Junto a las motivaciones económicas había también motivos jurídicos, políticos y patrióticos localistas.

Se falsificaba para defender cualquier reclamación de derechos pretendidos o reales. Se falsificaba en beneficio de una causa, un partido, un pueblo o, naturalmente, en beneficio propio: para comprometer a una ciudad, a un gobierno o a una personalidad destacada. Un ejemplo del siglo V antes de Cristo es un supuesto intercambio epistolar (en el fondo incluso histórico) entre Pausanias y Jerjes con la oferta del gobernante espartano de desposar a la hija del rey de los persas. A menudo hacía falta falsificar libros enteros sin la ayuda de un nombre de autor ficticio. Por interés personal o partidista, científico o seudocientífico, se podían introducir en determinadas obras intervenciones, recortes o "correcciones". También las traducciones podían manipularse a favor de una tendencia concreta. Por supuesto, para todo ello se preferían las obras de autoridades reconocidas. Así, Solón habría introducido un verso en la *Ilíada* para reforzar sus reivindicaciones de la isla de Salamis.[1769]

Además de razones pecuniarias, políticas o legales, había naturalmente también motivos privados para las falsificaciones, intrigas personales, rivalidades. Y por último, aunque no en menor grado, se falsificaba con intenciones apologéticas, para defender o propagar unas creencias o una religión.

[1767] Pauly I 1182. dtv-Lexikon, Philosophie 1310. Farrer 4 ss. .
[1768] Candiish 10 s. Brox, Faische Verfasserangaben 51 ss.
[1769] Thukyd 11. Syme 299 s. Speyer, Literarische Fálschung 12.

Error y falsificación en los cultos primitivos

En los inicios de una religión, al menos en las antiguas, no hay falsificaciones pero sí errores, como al comienzo del cristianismo: éste es el resultado más seguro de la moderna crítica histórica de la teología cristiana.

28 El hombre llegó quizá de un modo totalmente "natural", a través de la naturaleza y de su espíritu, a la creencia en Dios. En largos procesos de tanteos con la fantasía, en fases interminables de imaginación, de elucubración hipostática, sobre las idiosincrasias del miedo sobre todo, quizá también de la felicidad, llegó hasta la idea de los demonios, de los espíritus y de los dioses, desde honrar a los antepasados, pasando por el animismo y el totemismo, al politeísmo, henoteísmo, monoteísmo. *Originalmente* todo esto no tiene nada que ver con el engaño, sino en mayor grado con el miedo, la esperanza, la incertidumbre, los deseos. Las religiones se fundan esencialmente sólo en lo que mucho antes las precede, la cuestión de nuestro de dónde, hacia dónde, por qué. Y es justamente esto lo que las mantiene con vida. Pero en cuanto comienzan las respuestas, inconscientes o semiconscientes, las suposiciones, las afirmaciones, comienza también el mentir, el falsear, sobre todo por parte de aquellos que viven de ello y en virtud de ello dominan.[1770]

En la Antigüedad, la crítica, la desconfianza y la resistencia contra las falsificaciones la ejercen individuos aislados. La masa se entrega a lo milagroso y lo legendario, a las llamadas ciencias ocultas. La transmisión secreta. Pero a menudo, incluso las capas cultas son muy crédulas, deseosas de apariciones divinas, revelaciones, documentos antiquísimos, y Pausanias, el que tanto ha viajado, dice: "no es fácil convencer a la multitud de lo contrario de aquello en lo que ha estado creyendo"; lo que sigue siendo válido sin limitaciones, aunque las falsificaciones sean más raras y deban serlo por la fuerza, pero por otro lado lo suficientemente anacrónicas como para perdurar en las viejas religiones o revestirse de nuevas formas: espiritismo, teosofía, psicomorfismo, etc.[1771]

En ciertas regiones de Oriente y del área mediterránea estaba muy extendida la idea de que Dios era el revelador y autor de las leyes transmitidas por vía oral o escrita, que eran muy antiguas e incluso habían surgido independientemente de todo cálculo racional, engaño o mentira. En cualquier caso no puede decirse ya que fuera una falsificación todo lo que en la Antigüedad se consideraba como documento divino, como la palabra de Dios, ni tampoco un engaño de los sacerdotes aun cuando, visto desde la perspectiva actual, así lo parezca o sea.[1772]

En el antiguo Oriente los dioses se les aparecían a sus protegidos, hablaban y comían con ellos y su alocución en primera persona parecían realmente haberla vivido.

29 Conocemos multitud de ejemplos de Egipto, donde — según las creencias más antiguas — la fuerza Ka que actúa en todos los seres vivos, originalmente considerada como la potencia sexual del varón, alumbraba divinidades en el curso de la

[1770] Cf. al respecto mi amplio artículo: Warum ich Agnostiker bin 115 ss.
[1771] Pausanias citado según Trede 40. Meyer, Besprechung 151, Speyer, Fälschung, literarische 241.
[1772] Speyer, Religiose Pseudepigraphie 220 ss.

protohistoria (o concedía Ka a los dioses). A partir de estos dioses, surge de nuevo "dios" *(ntr),* ya en la época de los heracleopolitas; proceso al que también tiende la reforma de Amenofis IV (Akenatón 1364-1347 a. C; casado con Nefertiti), intentando hacer prevalecer el disco solar visible sobre los viejos "dioses" y eliminar a éstos.[1773]

En Egipto se creía en los "dioses escribientes", en dios como autor en sentido literal; idea que presupone tanto una cultura de la escritura como un resto de pensamiento mítico. Los sacerdotes dotados de sabiduría aparecían como encarnación del dios Thot, lo que decían y escribían se consideraba como obra suya, algo que pone claramente de manifiesto el nombre egipcio de "tintero de Thot" (aunque con una imagen equívoca). Y ciertamente tampoco tiene nada que ver con la mentira cuando en la literatura mortuoria de los egipcios — que más que ningún otro pueblo tomaron precauciones para una vida más allá de la vida (aunque también conocieron el escepticismo frente a la creencia en el más allá) — se equipara al muerto con la divinidad, por así decirlo se le aproxima a su fuerza oradora; cuando con la democratización iniciada a finales del Imperio Antiguo espera, lo mismo que el rey, convertirse en Osiris, el protector de los muertos, y de este modo garantizar su vida en el otro mundo. O cuando se dice: "soy Aton", "soy Ra". Esto no era más que, en virtud de la llamada fórmula de identificación, en virtud de una usurpación mágica del dios, el intento de los egipcios de conseguir "a la vista de la muerte y partiendo de su afán de eternidad, el mejor camino para la propia duración" (Morenz). Era al mismo tiempo un "arma para defenderse del golpe de los acontecimientos" (precepto para Meri-Ka-Ra). O más banal, pero no por ello menos cierto, era el esfuerzo conocido en tantas religiones de comprar el propio provecho mediante veneración a los dioses.[1774]

Sin embargo, también en Egipto pronto se dio la falsificación religiosa, alcanzando un gran impulso tras la muerte de Alejandro, con la penetración de las ideas orientales.

Se sobreentiende que es falsificación el engaño consciente y deseado, *dolos malus.* Sin una intención de engañar y sin objetivos extraliterarios no se produce una falsificación. Puesto que allí donde no hay *intención* de engañar existe quizá **el autoengaño, el delirio de inspiración o una auténtica conmoción religiosa**, pero no un engaño, **incluso aunque se engañe involuntariamente a otros.** La falsificación exige una desorientación consciente y sigue tendencias situadas más allá de la estética y la literatura. Como Wolfgang Speyer supone y a menudo muestra, hay además de la falsificación "algo así como una 'auténtica seudoepigrafía religiosa' ", que de vez en cuando él llama "seudoepigrafía mítica", que tiene tan poco que ver con la falsificación (quizá) como la correlativa invención poética, que (quizá) es más autoengaño que mentira.[1775]

30

[1773] dtv-Lexikon, Geschichte 1108. dtv-Lexikon, Religión I 67 ss, II 27.

[1774] dtv-Lexikon, Religión I 68 s. Reitzenstein, Poimandres 118 s. ídem. Hellenistische Theologie 180 ss, citado según Speyer, Religiose Pseudepigraphie 202,219, 225, 236. Duhm 1 ss. S. Schott 285 ss. Morenz, Ägyptischer Totenglaube 399ss. ídem. Ägyptische Religión 242 ss. W. Wolf, Ägypten 295 ss.

[1775] Liechtenhan 227. Speyer, Literarische Fálschung 13. ídem. Religiose Pseudepigraphie 234 ss, 246. Brox, Problemstand 318.

Cierto es también que la auténtica seudoepigrafía religiosa, mítica, como todo lo auténtico, puede imitarse y ser objeto de abusos. Lo mismo que desde hacía tiempo se escribía en nombre de los viejos maestros, también se hacía en nombre de la divinidad; "escribir en nombre propio era arrogancia y estaba en contra de los usos sagrados", y "especialmente los textos religiosos" encontraron "desde el principio y en medida creciente buena acogida y reconocimiento, aunque los filósofos hablaran de fábulas" (A. Meyer).[1776]

Como seudoepígrafes religiosos que bajo el nombre de dioses y figuras míticas se redactaron y circularon durante mucho tiempo, los investigadores citan los escritos de Quirón, Linos, Filomeno, Orfeo, Museo, Baquílides, Epiménides, Abaris, Aristeas, Timoites, las profetisas Femonoe, Vegoia y otras. Aparecían de forma indecorosa, por no decir cínica, nombres, autoridades y dioses, pero tal como dice en tono de burla el famoso retórico romano Quintiliano, **no es fácil refutar aquello que no ha existido.** Se crearon colecciones de oráculos, al reivindicar los oráculos una validez general, y se las atribuyó a famosos taumaturgos, lo mismo que más tarde, en el cristianismo, los tratados y colecciones de tratados de los apóstoles y de los santos.[1777]

Hacía ya mucho tiempo que en la era precristiana se falsificaban los oráculos por razones políticas, lo mismo que se hizo en la era cristiana, como el falso oráculo de Alejandro de Abonuteco (Inopolis), fundado alrededor de 150 d. C. y que duró hasta mediados del siglo III, del "profeta de las mentiras", como realmente podría llamarse a muchos, si no la mayoría, de los profetas; al parecer se utilizaron oráculos y signos milagrosos (se repite miles de veces *mutatis mutandis* en el cristianismo) para enardecer a los soldados, como hizo el famoso general tebano Epaminondas en la batalla de Leuctres (371), en la que aplicando el "orden de batalla oblicuo" inició una nueva era de la estrategia.

Y eso dejando a un lado que ya en el siglo V a. C. se acusara a Delfos, el más famoso de los oráculos griegos, de tomar partido político, que se pudieran sacar aquí a la luz casos de corrupción, sin que por ello se resintiera especialmente la reputación de Delfos, que es así como suceden las cosas en los asuntos sagrados.[1778]

Algunos críticos antiguos, como el cínico Oinomeo de Gadara, por ejemplo, consideraron a los oráculos en su conjunto como un engaño. También los paganos Sexto Empírico y Celso los criticaron, y Luciano los ridiculizó. Según los cristianos (la mayoría de ellos), que eliminaron los oráculos desde el siglo IV, en ellos hablaban los malos espíritus, de cuya existencia están (estaban), los cristianos, tan convencidos.[1779]

Pero por mucha inventiva que tuvieran los *Graecia mendax,* les superaron los

---

[1776] Meyer, Pseudepigraphie 97 ss.

[1777] dtv-Lexikon, Philosophie III 256. Pauly IV 726, V 1152 (sobre Phemonoe y Vegoia). Speyer, Religiose Pseudepigraphie 202 ss. Quintiliano según Syme 309.

[1778] Xenoph. Helen. 6,4, 7 Diod. 15, 53,4. Frontín strateg. 1,11,16. Pauly 1253, II 281, IV 323 ss. dtvLexikon, Religión 1204 s, II 134. H. Popp 32 s. Nock, Conver sión 93 ss. Speyer, Religiose Pseudepigraphie 202.

[1779] Lact. div. inst. 2,161. epit. 23, 7. dtv-Lexikon, Religión II 133 s. Speyer, Religiose Pseudepigraphie 234.

osados engaños de los judíos, lo mismo que a éstos después las falsificaciones de los cristianos, **que hacen palidecer a todas las anteriores.**

31

FALSIFICACIONES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO Y EN SU ENTORNO

"¡Sobre este barro, sobre este barro, gran Dios! ¡Si llevara mezcladas un par de pepitas de oro [...] Dios! ¡Dios! ¿En qué pueden basar los hombres una fe con la que puedan esperar ser felices eternamente?»

Gotthold Ephraim Lessing[1780]

"La osadía más atrevida y de mayores consecuencia de este tipo fue atribuir al espíritu y al dictado de Dios todos los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento, y con ello hacer recaer así un pesado veredicto tanto sobre los textos sagrados como sobre la relación de Dios hacia ellos y sobre el modo de su voluntad y de sus actos."

Arnold Meyer[1781]

"En las luchas de religión todos acusaron a todos de falsificación." "En comparación con las falsificaciones paganas, las judeocristianas destacan por su gran cantidad."

Wolfgang Speyer[1782]

32

Las biblias del mundo y algunas peculiaridades de la Biblia cristiana

El "libro de los libros" de los cristianos es la Biblia. La traducción alemana *Bibel* aparece por vez primera en el poema moral "El corredor" del maestro de escuela de Bambarg y forjador de versos, Hugo de Trimberg (nacido hacia 1230, fue asimismo autor de una colección de fabulillas homiléticas, de unos doscientos almanaques hagiográficos, etc.). El término acuñado por Hugo deriva del latín *biblia,* que tiene a su vez origen en el neutro plural *tá biblia* (los libros).[1783]

La Biblia es una escritura "sagrada" y textos, libros y escrituras sagradas forman, en la historia de las religiones, parte del oficio, del negocio, del cual depende estrechamente; y no sólo del monetario, sino también del político y, en última instancia, de cualquiera abrigado por el corazón humano.

Las biblias de la humanidad son, pues, numerosas: los tres *Vedas* de la antigua India, por ejemplo, los cinco *ching,* libros canónicos de la religión imperial china, el *Siddhanta* del jainismo, el *Típitakam* del budismo theravada, el *Dharma* del budismo mahayana indio, el *Tripitakam* del budismo tibetano, el *Tao-té-ching* de los monjes taoístas, el *Avesta* del mazdaísmo persa, el *Corán* en el Islam, el *Granth* de los sikh, el *Gima* del mandeísmo. Hubo gran cantidad de escrituras sagradas en los misterios helenísticos, a los que ya se hacía referencia en la época precristiana simplemente con la palabra "escritura", o con la fórmula "está escrito" o "como está escrito". En Egipto las escrituras sacras se remontan a las épocas más antiguas, citándose ya en el tercer milenio antes de Cristo un texto sagrado. *Palabras de Dios (mdw ntr).* ¿Y

[1780] G.E. Lessing, Die Erzielung des Menschengeschiechts §77.
[1781] Meyer, Pseudepigraphie 106.
[1782] Speyer, Fälschung, literarische 242, 251, 270;
[1783] Reicke/Rost 240 s. Kindermann/Dietrich 361. V, Wilpert 11624. O. Stegmüller 151.

no ha desenterrado la moderna investigación las escrituras sagradas de tantas antiguas religiones? Pero incluso para la época moderna todavía es válido lo de que: sigue siendo fecundo el seno del que salieron... Así, en el siglo XIX la campesina Nakayama Mikiko escribió el texto sagrado de la secta Tenrikyo fundada por ella misma, con 17 revelaciones *(0-fude-saki,* "de la punta del pincel") y "anotación de antiguas cosas" *(Go-Koki);* e incluso tras su muerte reveló al carpintero Iburi, su discípulo y sucesor, los "preceptos" *(Osashizu).*[1784]

Claro está que sabemos que la Biblia no es sólo un libro entre libros sino el libro de los libros. No es, por consiguiente, ningún libro que pueda equipararse a Platón o al Corán o a los viejos libros de la sabiduría india. No, la Biblia "está por encima de ellos; es única e irrepetible" (Alois Stiefvater). Dicho sea de paso: en la exclusividad insisten especialmente las religiones monoteístas (¡y *por eso* son precisamente, por así decirlo, *exclusivamente* intolerantes!). "Lo mismo que el mundo no puede existir sin viento, tampoco puede hacerlo sin Israel", afirma el Talmud. En el Corán se dice: "Tú nos has elegido de entre todos los pueblos [...] tú nos has elevado sobre todas las naciones [...]". Y también Lutero se jacta:

"Nosotros los cristianos somos más grandes y más que todas las criaturas [...]". En resumen, que la Biblia es algo especial, lo que entre otras cosas explica que la cristiandad no tuviera en sus primeros ciento cincuenta años ninguna "Sagrada Escritura" propia, y por ese motivo asimiló el libro sagrado de los judíos, el Antiguo Testamento, que según la fe católica precede "al Sol de Cristo" como "estrella matutina" (Nielen).[1785]

33

El nombre de Antiguo Testamento (griego *diathéke,* alianza) procede de Pablo, que en 2 Cor. 3, 14 habla de la Vieja Alianza. La sinagoga, que naturalmente no reconoce ningún Nuevo Testamento, tampoco habla del Antiguo sino de Tenach *(fnak),* una palabra artificial formada por las iniciales de *torah, nebi'im* y *ketubim:* ley, profetas y (restantes) escritos. Se trata de los escritos del Antiguo Testamento, que tal como los transmitieron los hebreos son hasta la fecha las Sagradas Escrituras de los judíos. Los judíos palestinos no establecieron el *textus receptas* definitivo hasta el Sínodo de Jabne (Jamnia), entre los años 90 y 100 d. C., que son 24 libros, igual número que las letras del alfabeto hebreo. (Fueron las biblias judías del siglo XV las primeras que procedieron a una división distinta y dieron lugar a 39 libros canónicos). En cualquier caso. Dios, al que remiten estas Sagradas Escrituras y del que proceden, necesitó más de un milenio para su recopilación y redacción definitiva; aunque no resulta un período tan largo si se tiene en cuenta que para él mil años son como un día.[1786]

Lo singular de la Biblia cristiana es que es que cada una de las distintas confesiones tiene también biblias distintas, que no coinciden en su conjunto y que lo *que* unos consideran sagrado a otros les parece sospechoso.

La Iglesia católica — que distingue entre escritos protocanónicos, es decir, que

---

[1784] Leipoldt/Morenz 11 s, 19 ss, 29 *'s,* 38 ss. Lanczkowski 11 ss, 109 ss. v. Glasenapp, Der Pfadpassim, especial. 7 ss. Ringgren/Ström 262 ss. Heiler, Erscheinungsformen 342 ss con multitud de referencias bibliográficas. Schneider, Geistesgescgichte I 315 ss.

[1785] Nielen 10. Stiefváter 16. Las restantes citas de Carden 88.

[1786] Reicke/Rost 66 ss. Haag 916 s. O. Stegmüller 152. Smend, Die Entstehung 3. A. 13 ss.

nunca se han discutido, y deuterocanónicos, cuya "inspiración" durante algún tiempo fue "puesta en duda" o se consideró incierta — posee un Antiguo Testamento mucho más amplio que el de los judíos, del que procede. Además del canon hebreo, recogió en sus Sagradas Escrituras otros títulos, en total (según el recuento del Tridentino en su sesión del 8 de abril de 1546, confirmado por el Vaticano I en 1879) 48 libros, es decir, además de los llamados deuterocanónicos: Tobías, Sabiduría, Eclesiástico, Baruch y cartas de Jeremías, Macabeos I y II, oración de Azarías, himno de los tres jóvenes en el homo, historia de Susana, historia de Bel y el dragón, Ester 10, 4-16, 24.

34

Por el contrario, el protestantismo, que otorga autoridad exclusivamente a los libros que aparecen en el canon hebreo, no considera como canónicos, como manifestados por Dios, los deuterocanónicos añadidos por el catolicismo, les concede escaso valor y los llama "apócrifos", o sea, que lo que los católicos llaman libros nunca tuvieron validez canónica. (Lutero, al delimitar lo que pertenecía al canon, se apoya en el "testimonio espiritual interior" o en el "parecer interno". El segundo libro de los Macabeos, por ejemplo, lo elimina porque le perturbaba el pasaje sobre el purgatorio, cuya existencia él negaba y que introdujo su contrincante Eck. Sobre ese mismo libro y también sobre el de Ester, opinaba que "tienen demasiados resabios judíos y paganos". No obstante, consideraba que los escritos deuterocanónicos eran "útiles y buenos para leer". De todas maneras no estaban inspirados por Dios; en cualquier caso menos que el "parecer interno" del reformador.) En el Sínodo de Jerusalén, la Iglesia griega tomó en 1672 la resolución de incluir entre la palabra divina otras cuatro obras que no aparecían en el canon normativo de Jabne — Sabiduría, Eclesiástico, Tobías, Judit—, con lo cual resultaba más exagerada que los protestantes pero no tanto como la Iglesia católica romana.[1787]

Mucho más amplio que el Antiguo Testamento era el canon del judaísmo helenista, la Septuaginta (abreviada: LXX, la traducción de los 70 hombres, véase la carta de Aristeo). Fue elaborada para los judíos de la diáspora en Alejandría por diversos traductores en el siglo III antes de Cristo, fue el libro de la revelación sagrado de los judíos de lengua griega, es la transcripción más antigua e importante del Antiguo Testamento al griego, la lengua universal de la época helenística, y como biblia oficial del judaísmo de la diáspora entró a formar parte de la sinagoga. La Septuaginta, sin embargo, recogió más escritos que el canon hebreo y más también de los que más tarde consideraron válidos los católicos. Con todo, las citas al Antiguo Testamento que aparecen en el Nuevo (con las alusiones 270 a 350) proceden en su mayoría de la Septuaginta y ésta constituyó para los Padres de la Iglesia, que la utilizaron con insistencia, el Antiguo Testamento, considerándola como las Sagradas Escrituras.[1788]

"Semblanzas del mundo femenino bíblico"

[1787] LThK 1.a ed. V 774 ss. Reicke/Rost 66 ss. Haag 915 ss. Cornfeld/Botterweck ü 310 ss, 419 ss. Lutero citado según Grisar, Luther II710, III 442. Stegmüller 152 s: Conc. Trid. Sess. 4 de script. can. Conc. Vat. I sess. 3.

[1788] Reicke/Rost 1773 s. Haag 918 ss, 1577 ss. SimmeVStáhlin 25 s. Stegmüller 153.

Entre las singularidades del Antiguo Testamento está la oposición más o menos fuerte que encontró desde siempre en el cristianismo, pues esta parte de la "palabra de Dios", que es la más amplia, no sólo rebosaba de una enorme crueldad guerrera sino que consagraba el engaño, la hipocresía, el asesinato a traición: por ejemplo las heroicidades de Pineas, que se introduce a hurtadillas en la tienda y atraviesa con una espada los genitales a una pareja de amantes; las acciones sanguinarias de Judit de Beíulia, que entra en el campamento de los asirios y mata alevosamente al general Holofernes; el golpe mortal de Jael, que atrae amistosamente a Sisera, al capitán fugitivo del rey de Chazor, que se encuentra agotado, y le asesina por la espalda.[1789]

35

Estos y otros actos similares cuentan con más de dos mil años. Y no sólo aparecen allí sino que se les justifica y se les ensalza a través de los tiempos. Todavía en el siglo XX el arzobispo cardenal de Munich y experto en el Antiguo Testamento, Michael Faulhaber, prior castrense del emperador, seguidor de Hitler y *post festum* luchador de la resistencia, elogia pomposamente "el acto de Judit", la acción de una mujer que, según dice él mismo, primero ha "mentido", después "ha tejido una red de mentiras conscientes" y finalmente "ha matado de modo alevoso a un durmiente". Sin embargo, "como guerrera del Altísimo, Judit se sentía depositaría de una misión divina [...]. La lucha por las murallas de Betulia era en última instancia una guerra de religión [...]".[1790]

Pero si hay en juego algo "sagrado", los jerarcas consideran siempre válida cualquier acción diabólica, con tal de que vaya también en interés de la Iglesia, es decir, del suyo propio. En consecuencia, Friedrich Hegel, vehemente detractor del cristianismo ("la raiz de toda discordia", "el virus variólico de la humanidad"), con su *Judith* (1840), que le hizo famoso, es descalificado por presentar sólo una "triste caricatura de la Judit bíblica". Otro poeta, en cambio, mereció un dictamen mucho más favorable por parte de ese mismo príncipe eclesiástico. Después de que Faulhaber recordara la proeza de Jahel con las palabras de la Biblia ("y tomó así una estaca y cogió un martillo y se le acercó silenciosamente, colocó la estaca en su sien y le golpeó con el martillo, atravesando el cerebro hasta el suelo"), dice no obstante que esto es "indigno, pérfido, hipocresía y asesinato". Pero la Biblia glorifica a esta mujer como "heroína nacional" a través del himno de la profetisa y juez Débora. Y así lo celebra durante dos milenios todo el orbe católico y también su autor más famoso, Calderón, "en uno de sus autos sacramentales [...] dio a la juez Débora las figuras alegóricas de la prudencia y la justicia y a Jahel las otras dos virtudes cardinales, la templanza y la fortaleza [...]. Jahel, que destroza la cabeza de los enemigos de la revelación se convierte en proyección de la Inmaculada, que según palabras de la Biblia latina aplasta la cabeza de la vieja serpiente. De ahí sus palabras mientras que destroza la cabeza de Sisara: "Muere, tirano, con estas armas que albergan un profundo secreto". Bajo las manos de Calderón, toda la historia de Débora se convierte en una pequeña doctrina mariana".[1791]

[1789] Ri. 5, 24 ss, 5, 27 ss. 4. Mos. 21, 1. Cf. al respecto Faulhaber, Charakterbilder 3, A. 1916, 6. A. 1935, 72. ídem. Judentum 44, 49.

[1790] Faulhaber, Charakterbilder 84 ss, especial. 87 s.

[1791] Ibíd. 72 ss, 84, 88 s. Eppeisheimer 1263 ss, II 86 ss. Ahiheim, Hebbel 300 ss, especial. 305.

36

¡Bonita expresión esa de la "pequeña doctrina mariana"! Al menos para quien sepa (pues la gran masa de los católicos no es la única en ignorarlo) que María no es sólo la Inmaculada, la casta, la reina, la dominadora triunfante de los impulsos, sino la sucesora en cabeza de Jano de su antigua predecesora, Istar, la Atenea virgen, la Artemisa virgen, también la gran diosa cristiana de la sangre y de la guerra; no sólo "nuestra amada Señora del Tilo", "del verde bosque" sino también del asesinato y de las masacres, desde comienzos de la Edad Media hasta la primera guerra mundial, donde Faulhaber publica el 1 de agosto de 1916, el "día de conmemoración de la madre de los Macabeos", en "edición de guerra", la tercera edición revisada de su *Charakterbilder der biblischen Frauenweit* (Semblanzas del mundo femenino bíblico) para "llevar al mundo femenino alemán en sangrientos y graves días a los ejemplos todavía vivos de sabiduría bíblica, a las fuentes que todavía emanan fuerza espiritual, a altares aún flameantes de consuelo supraterrenal". Pues las mujeres podrían "aprender mucha sabiduría de guerra" de estas mujeres bíblicas, "mucho sentido de valentía", "mucho espíritu de sacrificio". "Incluso en los días de guerra la palabra de Dios sigue siendo una luz en nuestro camino." Y en sexta edición, el cardenal Faulhaber presenta sus *Semblanzas,* antes de la época hitleriana, en 1935 y ensalza a Débora como "una heroína de ardiente patriotismo", "que hace renacer en su pueblo la libertad y una nueva vida nacional".[1792]

"Sobre este barro, sobre este barro [...]": Oposición al Antiguo Testamento en la Antigüedad y en la época moderna

Habría que hacer alusión a esto — *pars pro foto!—,* pues los *Faulhabers* son legión y con su demagogia criminal llevan su correspondiente parte de culpa en esta cruel historia. En el siglo II, cuando los cristianos no se ejercitaban todavía en la guerra como habrían de hacer de modo permanente poco más tarde, entre ellos había quizá más adversarios del Antiguo Testamento que defensores. Y ninguno de ellos vio más clara su incompatibilidad con la doctrina del Jesús bíblico que el "hereje" Marción, al menos ninguno sacó de ello consecuencias y con tal éxito. En sus *Antítesis* (perdidas) mostraba las contradicciones y elaboró el primer canon de escritos cristianos, basándose en el evangelio de Lucas, el de menor influencia hebrea, y en las cartas de Pablo.[1793]

Diecisiete, dieciocho siglos después, los teólogos entretejen coronas de alabanza hacia el proscrito, desde Harnack a Nigg; el teólogo Overbeck, amigo de Nietzsche (¡"el Dios del cristianismo es el Dios del Antiguo Testamento"!) hace constar que ha entendido correctamente este Testamento; para el teólogo católico Buonaiuti "es el

Wetzer/WeIte III 51, V 477 (aquí la gastada apología habitual).

[1792] Faulhaber, Charakterbilder 74. Para LThK 1.a ed. III 171 la canción de Débora es "una de las producciones más bellas de la poesía hebrea". Sobre María como diosa de la sangre y de la guerra, más extensamente en: Deschner, Das Kreuz 396 ss.

[1793] Altaner/Stuiber 106 s. Harnack, Marcion 68, 189 ss, 106 s, 242 ss. Knox 19 ss, 39 ss, 158 ss. Werner, Die Entstehung 130, Notas 91, 144 ss, especial. 160 Notas 58 ídem. Der Frühkatholizismus 353 s. Goodspeed, A History 153. Knopf, Einführung 160. Jirku 5 s. Lanczkowski 20 s. Nigg, Ketzer 70. Heiler, Urkirche 98. Exten-samente sobre Marcion: Deschner, Hahn 311 ss.

más denonado y perspicaz enemigo" de la "ortodoxia eclesiástica".[1794]

37 Precisamente han sido los círculos "herejes" los que han combatido el Antiguo Testamento. Muchos gnósticos cristianos lo condenan de manera global. Doscientos años después, también al apóstol visigodo Wulfíla, un arriano de sentimientos pacifistas, le escandalizaba el contraste entre Yahvé y Jesús. En su versión de la biblia al gótico, realizada alrededor del año 370 y que es el monumento literario alemán más antiguo, el obispo no tradujo los libros de historia del Antiguo Testamento.

Después del siglo de la Ilustración, arreciaron de nuevo las críticas.

El perspicaz Lessing, que considera también precarios los fundamentos históricos del cristianismo, exclama a la vista del viejo libro de los judíos: "¡Sobre este barro, sobre este barro, gran Dios! ¡Si llevara mezcladas un par de pepitas de oro [...] Dios! ¡Dios! ¿En qué pueden basar los nombres una fe con la que puedan confiar en ser felices eternamente?".[1795]

Con mayor apasionamiento flagela Percy Bysshe Shelley (1792-1822) "todo el desdén hacia la verdad y el menosprecio de las leyes morales elementales", la "inaudita blasfemia de afirmar que el Dios Todopoderoso había ordenado expresamente a Moisés atacar a un pueblo indefenso y debido a sus distintas creencias aniquilar por completo a todos los seres vivos, asesinar a sangre fría a todos los niños y a los hombres desarmados, degollar a los prisioneros, despedazar a las mujeres casadas y respetar sólo a las muchachas jóvenes para comercio carnal y violación".[1796]

Mark Twain (1835-1910) no podía por menos de comentar cáusticamente: "El Antiguo Testamento se ocupa esencialmente de sangre y sensualidad; el Nuevo de la salvación, de la redención. La redención mediante el fuego".[1797]

También los teólogos han rechazado el Antiguo Testamento como fundamento de vida y de doctrina, entre ellos algunos tan renombrados como Schierlermacher o Harnack, que se opuso vivamente a que este libro "se conservara como documento canónico en el protestantismo [...].

38 Hay que hacer tabla rasa y honrar a la verdad en el culto y la enseñanza, este es el acto de valentía que se exige hoy — ya casi demasiado tarde — al protestantismo". Pero de qué serviría: se seguiría engañando a las masas con el Nuevo Testamento y los dogmas.[1798]

Pero el *Wórterbuch christiicher Ethik* católico de la Herderbücherei sigue encontrando en 1975 "las raíces del *ethos* del Antiguo Testamento" en "la decisiva atención personal" de Yahvé "al mundo y al hombre", encuentra en el Antiguo Testamento "fundamentalmente ya la defensa de aquello que llamamos los derechos humanos. Detrás de su *humanum* está Yahvé con todo su peso divino" (Deissier).[1799]

[1794] Lampí, Overbeck, en: Deschner, Das Christentum I 357. Buonaiuti I 97. Cf. 102.
[1795] G.E Lessing, Die Erziehung des Menschengeschiechts §77. Kraus, H.-J., Geschichte 123 ss.
[1796] Borchardt, Shelley, en: DeschnerrDas Christentum 1205 s.
[1797] Ayck, Mark Twain ibíd. I 35. q
[1798] Harnack, Marcion 2.a ed. 1924,127, 222. Cita según Kraus, Geschichte 385 s.
[1799] Stoeckie 36 ss.

Los cinco libros de Moisés, que Moisés no ha escrito

El Antiguo Testamento es una selección bastante aleatoria y muy fragmentaria de lo que quedó de la transmisión. La propia Biblia cita los títulos de 19 obras que se han perdido, entre ellas *El libro de los buenos, El libro de las guerras de Yahvé,* el *Escrito del profeta Iddo.* Sin embargo, los investigadores creen que hubo muchos otros textos bíblicos de los que no nos ha quedado ni el título. ¿Han sido también santos, inspirados y divinos?[1800]

En cualquier caso quedó suficiente, más que suficiente.

Sobre todo de los llamados cinco libros de Moisés, presuntamente los más antiguos y venerables, o sea, la Torá, el Pentateuco (griego *pentáteuchos,* el libro "que contiene cinco", porque consta de cinco rollos), un calificativo aplicado alrededor del 200 d. C. por escritores gnósticos y cristianos. Hasta el siglo XVI se creía unánimemente que estos textos eran los más antiguos del Antiguo Testamento y que se contarían por tanto entre los primeros. Eso es algo que no puede ya ni plantearse. También el Génesis, el primer libro, se encuentra **sin motivo a la cabeza de esta colección.** Y aunque todavía en el siglo XIX renombrados bibliólogos creían poder reconstruir un "arquetipo" de la Biblia, un auténtico texto original, se ha abandonado ya esa opinión. O todavía peor, "es muy probable que nunca haya existido tal texto original" (Comfeld/Botterweck).[1801]

El Antiguo Testamento se transmitió (en su mayor parte) de manera anónima, pero el Pentateuco se atribuye a Moisés y las Iglesias cristianas proclamaron su autoría hasta el siglo XX. Mientras que los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob, los primeros padres israelitas, debieron de vivir entre los siglos XXi y XV a. C., o entre 2000 y 1700, **si es que vivieron,** Moisés — "todo un mariscal, pero en el fondo de su ser con una rica vida afectiva" (cardenal Faulhaber) — debió de hacerlo en el siglo XIV o XII a. C., si es que también vivió.[1802]

39

En cualquier caso, en ninguna parte fuera de la Biblia se "documenta" la existencia de estas venerables figuras (y otras más recientes). No hay ninguna prueba de su existencia. En ningún lugar han dejado huellas históricas; ni en piedra, bronce, rollos de papiro, ni tampoco en tablillas o cilindros de arcilla, y eso que son más recientes que, por ejemplo, muchos de los soberanos egipcios históricamente documentados en forma de las famosas sepulturas, los jeroglíficos o los textos cuneiformes, en suma, auténticas fes de vida. Por lo tanto, escribe Emest Garden, "o bien se ve uno tentado a negar la existencia de las grandes figuras de la Biblia o, en caso de desear admitir la historicidad, aun a falta de material demostrativo, supone que su vida y su tiempo transcurrieron del modo como lo describe la Biblia, cuya redacción última procede del material de cuentos y leyendas orientales que circularon durante muchas

---

[1800] Cornfeld/Botterweck II 310 s, 350;

[1801] Ibíd. II 350, 523. Stegmüller 153.

[1802] Sobre Faulhaber cf. también recientemente mi carta ficticia al cardenal Michael Faulhaber, en: R. Niemann (ed.), Verehrter Galileo, 1990.

generaciones".[1803]

Para el judaísmo, Moisés es la figura más importante del Antiguo Testamento; le cita 750 veces como legislador, el Nuevo Testamento lo hace 80 veces. Sucedió que poco a poco fueron manejándose todas las leyes como si Moisés las hubiera recibido en el Sinaí. De este modo adquirió para Israel una "importancia trascendental" (Brockington). Cada vez se le glorificó más. Se le consideraba como el autor inspirado del Pentateuco. Se le atribuía a él, el asesino (de un egipcio porque éste había golpeado a un hebreo), incluso una preexistencia. Se le convirtió en el precursor del Mesías y al Mesías en un segundo Moisés. Surgieron multitud de leyendas acerca de él, en el siglo I a. C. una novela de Moisés y también multitud de representaciones artísticas. Pero no se conoce la tumba de Moisés. Los profetas del Antiguo Testamento le citan cinco veces. ¡Ezequiel no le menciona jamás! Y no obstante, estos profetas evocan la época de Moisés, pero no a él. En sus proclamas ético-religiosas nunca se apoyan en él. Tampoco el papiro Salí 124 "tiene testimonio de ningún Moisés" (Cornelius). Tampoco la arqueología da ninguna señal de Moisés. Las inscripciones sirio-palestinas le citan en tan escasa medida como los textos cuneiformes o los textos jeroglíficos y hieráticos. Herodoto (siglo V a. C.) no sabe nada de Moisés. En suma, no hay ninguna prueba no israelita sobre Moisés, nuestra única fuente sobre su existencia es — como en el caso de Jesús — la Biblia.[1804]

40

Pero ya hubo algunos que en la Antigüedad y en la Edad Media dudaron de la unidad y la autoría de Moisés en el Pentateuco. Difícilmente se creía que el propio Moisés hubiera podido informar sobre su propia muerte, "una cuestión casi tan extraordinaria", se mofa Shelley, "como describir la creación del mundo". Se descubrieron también otros datos "postmosaicos" (I Mos. 12, 6, y 36, 31, entre otros). Con todo, una crítica profunda sólo procedía de los "herejes" cristianos. Sin embargo, ya la Iglesia primitiva no veía ninguna contradicción en el Antiguo Testamento ni a Jesús y los Apóstoles opuestos a él.[1805]

En la época moderna A. (Bodenstein von Karistadt fue uno de los primeros en los que se despertaron ciertas dudas al leer la Biblia (1520); algunas más se le plantearon al holandés A. Masius, un jurista católico (1574). Pero si éstos, y poco después los jesuitas B. Pereira y J. Bonfrére, sólo declararon como postmosaicos algunas citas y continuaron considerando a Moisés como autor de la totalidad, el filósofo inglés Thomas Hobbes declaró mosaicos algunos párrafos del Pentateuco, pero postmosaica la totalidad de la obra (Leviatán, 1651). Más allá fue algo más tarde, en 1655, el escritor reformado francés I. de Peyrére. Y en 1670, en su *Tractatus theologico-politicus,* Spinoza lo negó para la totalidad.[1806]

En el siglo XX, algunos estudiosos de la religión, entre ellos Eduard Meyer ("no es misión de la investigación histórica inventar novelas") y la escuela del erudito pragués Danek, han puesto en duda la existencia histórica del propio Moisés, pero sus adversarios han rechazado tal hipótesis.

[1803] Carden 28 ss, especialmente 32.

[1804] Haag 1172 ss. Reicke/Rost 1239 ss. Lexikon der Ikonographie **ni** 283 ss. Brockington 188 s. Smend, Das Mosebiid 23 ss. F. Cornelius en ZAW 78, 1966, 75 ss.

[1805] Reicke/Rost 1413. Bauer, Rechtgläubigkeit 1964, 201 ss. Borchardt, Shelley 203,

[1806] Aquí sigo a Reicke/Rost 1413 s. Cf. Haag 1347 ss.

Es curioso que incluso las cabezas más preclaras, los mayores escépticos, científicos bajo cuya denodada intervención se van desgranando las fuentes de material, que van haciendo una tras otra sustracciones críticas de la Biblia de modo que apenas queda espacio para la figura de Moisés, ni en primer plano ni en el fondo ni entre medio, incluso estos incorruptibles vuelven a presentar después como por arte de prestidigitación a Moisés en toda su grandeza, como la figura dominante de toda la historia israelita. Aunque todo alrededor suyo sea demasiado colorista o demasiado oscuro, el propio héroe no puede ser ficticio. Por mucho que la crítica a las fuentes haya recortado el valor histórico de estos libros, lo haya reducido, casi anulado, "queda un amplio campo (!) de lo posible [...]" (Jaspers). ¡No es de extrañar, entonces, que entre los conservadores Moisés goce de mayor importancia que en la Biblia![1807]

En resumidas cuentas: después de Auschwitz, la teología cristiana vuelve a congraciarse con los judíos. "Hoy de nuevo es posible una idea más positiva del antiguo Israel y de su religión." No obstante, Moisés sigue siendo "un problema" para los investigadores, "no hay ninguna luz que ilumine de pleno su figura" y las correspondientes tradiciones quedan "fuera de la capacidad de control histórico" *(Bibl.-Hist. Handwórterbuch).* Aunque estos eruditos se niegan con fuerza a "reducir a Moisés a una figura nebulosa, conocida sólo por las leyendas", deben admitir al mismo tiempo que "el propio Moisés queda desvaído". Escriben que "la unicidad del suceso del Sinaí no puede negarse" y añaden acto seguido "aunque la demostración histórica sea difícil". Encuentran en los "relatos sobre Moisés un considerable fondo histórico", y algunos párrafos más adelante afirman que este fondo "no puede demostrarse con hechos", que "no se puede testimoniar mediante hechos históricos" (Cornfeld/Botterweck).[1808]

41

Éste es el método que siguen los que no niegan sin más la evidencia misma, pero tampoco quieren que todo se desplome con estrépito. ¡Eso no!

Para M. A. Beek, por ejemplo, no hay duda de que los patriarcas son "figuras históricas". Si bien sólo los ve "sobre un fondo semioscuro", les considera "seres humanos de gran importancia". Él mismo admite: "Hasta la fecha no se ha logrado demostrar documentalmente la figura de Josué en la literatura egipcia". Añade que, fuera de la Biblia, no conoce "ni un único documento que contenga una referencia a Moisés clara e históricamente fiable". Y continúa que, volviendo a prescindir de la Biblia, "no se conoce ninguna fuente sobre la expulsión de Egipto". "La abundante literatura de los historiógrafos egipcios silencia con una preocupante obstinación sucesos que debieron impresionar profundamente a los egipcios, si el relato del Éxodo se basa en hechos."

Beek se sorprende también de que el Antiguo Testamento rechace "curiosamente todo dato que haría posible una fijación cronológica de la partida de Egipto. No vemos el nombre del faraón que Josué conoció, ni el del que oprimió a Israel. Esto resulta tanto más asombroso por cuanto que la Biblia conserva muchos otros

[1807] Jaspers 1215 citado por Smend, Das Mosebiid 63. Cf. al respecto ibíd. 26 s;

[1808] Reicke/Rost 1239 ss, especialmente 1241, 1413. Cornfeld/Botterweck IV1003 ss, espec. 1006. G. Holscher 86. OBwaId 132 ss, 479, 482 ss. Cf. también 173ss, espec. 182 (la propia autora no duda sobre la historicidad de Moisés [485]). Faulhaber, Charakterbilder 40. Lohfink 109 s. Smend, Das Mosebiid 20.

nombres egipcios de personas, lugares y cargos [...]. Todavía más sospechoso que la falta de puntos de referencia cronológicos en el AT es el hecho de que en ninguno de los textos egipcios conocidos se cita una catástrofe que afectara a un faraón y a su ejército mientras perseguían a los semitas en fuga. Puesto que los documentos históricos tienen abundantísimo material sobre la época en cuestión, sería de esperar al menos alguna alusión. No se puede despachar el silencio de los documentos egipcios con la observación de que los historiógrafos de la corte no suelen hablar de las derrotas, puesto que los sucesos descritos en la Biblia son demasiado decisivos como para que los historiadores egipcios hubieran podido pasarlos por alto". "Es realmente curioso — sigue diciendo este erudito — que no se conozca ninguna tumba de Moisés." Así, "la única prueba de la verdad histórica de Moisés" es para él (igual que para el *Moisés* de Elias Auerbach) "la mención de un biznieto en una época posterior".

42

Pero mala suerte también con la única "prueba" pues la cita decisiva (Re 18, 30) es "insegura y poco clara, porque en lugar de *Moisés* se podría leer también *Manasse".* Título "Moisés el Libertador".[1809]

"Y Moisés tenía ciento veinte años cuando murió", relata la Biblia, aunque sus ojos "no se habían debilitado y sus fuerzas no habían disminuido" y el propio Dios le enterró y "nadie sabe hasta la fecha cuál es su tumba".

Un fin bastante raro. Según Goethe, Moisés se suicidó y según Freud su propio pueblo le mató. Las disputas no eran raras, con todos, con unos concretos, con Aarón, con Miriam. Pero como siempre, el cierre del quinto y último libro recuerda significativamente "los actos de horror que Moisés cometió ante los ojos de todo Israel".[1810]

Todo personaje entra siempre en la historia gracias a las grandes hazañas terroríficas, y ello es así prescindiendo, incluso, de si vivió o no realmente.

Pero haya sido como sea en el caso de Moisés, acerca de su significado la investigación está dividida.

Lo único que hoy está claro, como ya lo vio Spinoza, es que los cinco libros de Moisés, que le atribuyen directamente la palabra infalible de Dios, no proceden de él; es el resultado coincidente de los investigadores. Naturalmente, sigue habiendo suficiente gente de la casta de Alois Stiefvater y suficientes trataditos del tipo de su *SchIag-Wórter-Buch für katholische Christen,* que siguen engañando (así lo pretenden) a la masa de creyentes haciéndoles creer sobre los cinco libros de Moisés, que "aunque no todos (!) han sido directamente (!) escritos por él, se deben a él". (Cuántos y cuáles ha escrito directamente no se atreven a decirlo Stiefvater y sus cómplices.) Lo que sigue estando cierto es que las leyes que se consideraron como escritas por la propia mano de Moisés o incluso que se atribuían al "dedo de Dios", son naturalmente igual de falsas. (Por otra parte, aunque el propio Dios escribe la ley en dos tablas de piedra — "preparadas por Dios y la escritura era la letra de Dios, grabada en las tablas"—. Moisés tuvo tan poco respeto de ellas que en su [santa] ira

[1809] Beek 22 ss. Cf. la visión general muy instructiva de Smend sobre la imagen de Moisés entre los investigadores. Das Mosebiid passim, espec. 26 ss,

[1810] 5. Mos. 34, 1 ss. Beek 28 s.

las destruyó contra el becerro de oro.)[1811] También está claro que a la escritura de estos cinco libros les precedió una transmisión oral de muchos siglos, con constantes cambios. Y después fueron los **redactores, los autores, los recopiladores bíblicos** quienes participaron a lo largo de muchas generaciones en la redacción de los escritos de "Moisés", lo que se refleja en los distintos estilos. Parece así una recopilación de materiales distintos, como por ejemplo todo el libro cuarto. Surgió de este modo una colección sumamente difusa, falta de sistemática, rebosante de motivos de leyendas ampliamente difundidas, de mitos etiológicos y folclorísticos, de contradicciones y duplicaciones (que por sí solas ya excluyen la redacción por parte de un único autor).

43

Se añaden a todo eso multitud de opiniones heterogéneas que han ido desarrollándose de un modo paulatino, incluso en las cuestiones más importantes. Así la idea de la resurrección surge muy poco a poco en el Antiguo Testamento, y en los libros Eclesiástico, Eclesiastés y Proverbios falta cualquier testimonio de unas creencias en la resurrección. Además, los escribas y recopiladores constantemente han **modificado, corregido, falseado**. Los textos adquirían cada vez nuevas ampliaciones secundarias. Y estos procesos se prolongaron durante épocas enteras. El Decálogo (los diez mandamientos), que Lutero consideraba la encarnación suprema del Antiguo Testamento, procede en su forma más antigua quizá de comienzos de la época de los reyes. Muchas partes del Pentateuco que debió de redactar el hombre que vivió — si es que vivió — en los siglos XIV ó XIII a. C., no menos de 60 capítulos del segundo, del tercero y del cuarto libros, no las produjeron o recopilaron sacerdotes judíos hasta el siglo V. Así, la redacción final de los libros adjudicados a Moisés — cito al jesuita Norbert Lohfink — "se produjo unos setecientos años después". Y la composición de todos los libros del Antiguo Testamento — cito al católico Otto Stegmüller — se prolongó "por un período de aproximadamente 1,200 años".[1812]

La investigación sobre el Antiguo Testamento hace mucho que ha alcanzado unas dimensiones enormes y no podemos contemplar aquí — ahorrando mucho al lector (y más a mí) — el laberinto de métodos e hipótesis: las antiguas hipótesis documentales del siglo XVIII, las hipótesis de los fragmentos, complementos, cristalización y, la más reciente, documental, la importante diferenciación de un primer elohista, un segundo elohista, un yahvista (H. Hupfeid, 1835), el método histórico formal (H. Gunkel, 1901), las diversas teorías sobre las fuentes, la teoría de dos, tres, cuatro fuentes, las fuentes escritas del "jahvista" (J), del "elohista" (E), del "escrito de los sacerdotes" (P), del "Deuteronomio" (D), del "escrito" combinado, no podemos perdernos en todas los hilos del relato, las tradiciones, la plétora de adiciones, complementos, inclusiones, anexos, proliferaciones, modificaciones en la

[1811] Stiefvater 91. Cf. también la nota siguiente.

[1812] 2. Mos. 31, 18; 32, 19. Cf. 2. Mos. 34, 27 s con 2. Mos. 24,12; 31,18; 32,15 s; 34, 1 etc. Cornfeld/Botterweck 1164 ss, espec. 167, II 428 ss, 475 ss, 514 ss, espec. 523 ss. Haag 460, 915. Reicke/Rost 1241. Bertholet 322. Delitzsch I 52 s. Holscher 86, 129. Meinhold 15. Menes 47 ss. GreBmann, Mose 7 ss. Jeremías, Das Alte Testament 400 ss. EiBfeId, Die Génesis 26 ss. OBwaId 132 ss, 479, 482 ss. Kuhl 53 ss. Mensching, Leben und Legende 24 s. Noth, Das zweite Buch Mose 4 ss, 15 s. ídem. Gesammelte Studien 13 s, 23 ss, 53 ss. Lohfink 37. Gelin 44 s. Hempel 128. O. H. Kühner 76 s. Speyer, Religiüse Pseudepigraphie 228 ss. H.-J. Kraus, Geschichte 61 s, 536 ss. Meyer, Pseudepigraphie 100. Smend, Die Entstehung 38 s. Nielsen 126 s. Cf. también Deschner, Hahn 31 s.

redacción, en el problema de las variantes, las versiones paralelas, las duplicaciones, en suma, la ingente ampliación "secundaria", la historia y la crítica de los textos. No podemos discutir los motivos para la ampliación del Pentateuco a un Hexateuco, Heptateuco o incluso Octateuco, o bien su limitación a un Tetrateuco, por muy interesante que esto sea dentro del contexto de nuestra temática.

44 Una simple visión somera de los comentarios críticos, como las explicaciones de Martín Noth a los libros mosaicos, mostrará al lector cómo casi desde todos lados se trata de **editores, redactores, recopiladores, de adiciones, ampliaciones, aportes posteriores, combinaciones, de distintos estadios de la incorporación, modificación,** etc., una pieza antigua, más antigua, una bastante reciente, como se llama a menudo de modo secundario, quizá secundario, probablemente secundario, seguramente secundario. La palabra secundario aparece aquí en todas las asociaciones imaginables, parece ser una palabra clave, e incluso yo quisiera afirmar aquí, sin haber realizado un análisis exacto de su frecuencia: probablemente no habrá ninguna otra palabra que aparezca con mayor asiduidad en todas estas investigaciones de Noth. Y su obra está ahí para muchos. Recientemente Hans-Joachim Kraus ha escrito *Geschichte der historíschkrítischen Erforschung des Alten Testaments.* Innovador y adelantado para el siglo XIX fue en especial W. M. L. de Wette (fallecido en 1849) que percibió los múltiples relatos y tradiciones de estos libros y consideró a "David", "Moisés", "Salomón", no como "autores" sino como símbolos nominales, como "nombres colectivos".[1813]

Debido al inmenso trabajo de eruditos en el curso del siglo XIX y de la resultante destrucción sistemática de la historia sagrada bíblica, el papa León XIII intentó entorpecer la libertad de la investigación mediante su encíclica *Providentissimus Deus* (1893). Se abrió una contraofensiva y bajo su sucesor Pío X, en un decreto. *De mosaica authentia Pentateuchi,* del 27 de junio de 1906, se consideró a Moisés como autor inspirado. Aunque el 16 de enero de 1948 el secretario de la comisión bíblica papal declaró en una respuesta oficial al cardenal Suhard, que las decisiones de la comisión "no se contradicen con un verdadero análisis científico posterior de estas cuestiones [...]", en el catolicismo romano "verdadero" significa *siempre:* en el sentido del *catolicismo romano.* Ha de entenderse en la misma línea la exhortación final: "Por eso invitamos a los eruditos católicos a estudiar estos problemas desde un punto de vista imparcial, a la luz de una crítica sana [...]". Y "desde un punto de vista imparcial" significa: desde un punto de vista parcial para los intereses *del papado.* Y con la "crítica sana" no se pretende decir otra cosa que una crítica *a favor de Roma.*[1814]

45 El **análisis histórico-científico** de los escritos del Antiguo Testamento no proporcionó ciertamente un veredicto seguro sobre cuándo surgieron los textos, si bien en algunas partes, como por ejemplo en la literatura profética, la seguridad acerca de su antigüedad es mayor que en otras, como la lírica religiosa, o cuando se trata de la edad de las leyes, en las que existe una menor certeza. Pero la investigación histórico-religiosa con respecto al Tetrateuco (Moisés 1-4) y la obra histórica

[1813] Haag 711,1237 s, 1345 ss. Reicke/Rost 1413 ss. Kraus, Geschichte 174 ss. Cf. también el extenso artículo de crítica bíblica en Cornfeld/Botterweck II 314 ss. Smend, Das Mosebiid 1 ss, espec. 7 ss. Noth, Das zweite Buch Mose 4 ss. ídem. Das dritte Buch Mose 2 ss. ídem. Das vierte Buch Mose 7 ss.

[1814] Haag 1349 ss. Kraus, Geschichte 293 s.

deuteronómica (Moisés 5, Josué, Jueces, libros de Samuel y de los Reyes) habla con toda razón de "obras épicas", "relatos mitológicos", "leyendas", "mitos" (Nielsen).[1815]

La confusión que reina lo demuestra, por aludir sólo a este aspecto, la abundancia de repeticiones: un doble relato de la creación, una doble genealogía de Adán, un doble diluvio universal (respecto al cual en una versión la crecida amaina después de 150 días, según otra, dura un año y diez días y según otra, después de llover cuarenta días a los que se suman otras tres semanas), en el que Noé — contaba entonces 600 años—, según el Génesis 7, 2, se llevó en el Arca siete parejas de animales puros y una de impuros y según el Génesis 6, 19, y 7, 16, fueron una pareja de animales puros e impuros; pero nos ocuparía mucho contar todas las contradicciones, inexactitudes, desviaciones con respecto a un libro inspirado por Dios, en el que hay un total de 250,000 variantes de texto. Además, los cinco libros de Moisés conocen un doble Decálogo, una legislación que se repite sobre los esclavos, el Passah, el empréstito, una doble sobre el Sabbat, dos veces se relata la entrada de Noé en el Arca, dos veces la expulsión de Hagar por Abraham, dos veces el milagro del maná y de las codornices, la elección de Moisés; tres veces se trata de los pecados contra el cuerpo y la vida, cinco veces del catálogo de fiestas, hay al menos cinco legislaciones sobre los décimos, etc.[1816]

Otras falsificaciones en el Antiguo Testamento (y en su entorno)

Sucede algo análogo a lo del Pentateuco con lo que las Sagradas Escrituras endosan a David y su hijo Salomón. Ambos debieron vivir, reinar y componer alrededor del año 1,000, pero sus presuntas obras son por lo general varios siglos más recientes.

La tradición judaica y cristiana de la Biblia atribuye al rey David todo el Salterio, el libro de los salmos, en total 150 salmos. Con toda probabilidad ni uno solo procede de él. Sin embargo, según la Biblia David los ha escrito.

Pero hay métodos para hacer la cuestión más comprensible. De este modo, una *Sachkunde zur Biblischen Geschichte,* y bajo el lema de "David como cantor", describe de manera relativamente prolija al "tañedor de arpa" de aquel tiempo. Esto implica la autoría real en igual medida que la afirmación de M. A. Beek de que la tradición, que introduce a David en la historia como poeta de salmos, tiene

[1815] Nielsen 64, 69 ss. Noth, Das dritte Buch Mose 6.

[1816] Sin embargo, sobre la legislación de Moisés, incluso para M. A. Beek toda teoría es mera especulación, toda vez que las tablas de la ley (Ex. 32, 15; Deut. 10, 4) "no se han encontrado, algo que no resulta desde luego imposible". En cualquier caso esto suena casi como una amenaza para los que son conscientes de las falsificaciones y de las grandes posibilidades de falsificación de los tiempos modernos. Pues incluso si prescindo de obra tan radical (aunque notable en muchos aspectos) *Die Faischung der Geschichte des Urchristentums* de Wilheim Kammeier (al parecer) muerto de hambre en 1959 en la RDA, tengo también en mente las grandes dudas de dos eruditos teólogos y cristianos, Hermann Raschke y Cari Schneider, un escepticismo entonces para mí incomprensible a la vista del sensacionalista mundo científico de los "hallazgos" tan electrizantes del mar Muerto en 1947 y en los años siguientes. Kammeier (revisión del texto por R. Bohiinger). V. p. ej. también Garden 28 ss, 43 ss.Beek 29. Haag 1346 s con muchas referenciasbibliográficas, lo mismo que Cornfeld/Botterweck 1282 ss.

"seguramente un fondo histórico", sobre todo si consideramos la aseveración de Beek pocas líneas antes, de "que fuera de la Biblia no conocemos ningún texto que arroje luz sobre el reinado de David o sólo que cite su nombre". ¡Lo que recuerda mucho al Moisés histórico de Beek! De David sabe: "David tocaba un instrumento de cuerda que podría denominarse más una, lira que un arpa. La ilustración de tal lira se encuentra en un recipiente fabricado alrededor del año 1000 a. C. [...]".[1817]

Pues bien, si alrededor del año 1000 había una lira, si hasta se la pudo representar, ¿por qué no pudo David tenerla, tocaría y — entre sus incursiones, degollamientos y acciones relativas al corte de los prepucios y a la calcinación en hornos — haber redactado el libro bíblico? ¡La conclusión parece casi obligada! Sobre todo porque David aparece realmente en el Antiguo Testamento como poeta y músico, en concreto en los dos libros de su contemporáneo, el profeta y juez Samuel, un testigo ocular y a al mismo tiempo auricular. De todos modos, como señala la investigación, los libros "de Samuel" aparecieron como muy pronto cien años, y como muy tarde cuatrocientos, después de la muerte de Samuel, lo mismo que muchos de los salmos de "David" no lo hicieron a menudo hasta a la época del segundo templo (después de 516 a. C.), más de medio milenio después de la muerte de David. Los salmos recopilados se fueron completando constantemente, redactando, falseando (todos los títulos, entre otros). La selección de recopilaciones puede haber durado hasta el siglo II a. C. No se excluye que todavía se hicieran incorporaciones en el siglo I después de Cristo.[1818]

Se pretende en cambio que aquella interpretación, radicalmente distinta, de los acordes celestiales de la corte real en torno al año 1000, la que dan tres mil años después — y no sin sólida base en el texto bíblico — algunos poetas alemanes como Rilke, colegas, pues, de David, no es otra cosa sino puro sexismo. Pues uno de estos poetas afirma sin ambages que fue el "trasero" de David, más que su música, lo que "alivió" al rey Saúl.[1819]

46

Lo mismo que de David, el "perro sanguinario", se hizo el "amable salmista", lo mismo de su hijo (engendrado por Betsabé, a cuyo marido hizo David matar) el "sabio rey Salomón", por lo que se ha vuelto famoso: el creador de cantos religiosos. Pero si alguna vez Salomón desarrolló actividad literaria es algo totalmente indemostrable. Lo que es seguro, por el contrario, es que mediante un golpe de estado, aliado con su madre, con el sacerdote Sadok, el profeta Natán y el general Benaías se apoderó del trono, que a una parte de sus adversarios los ejecutó, a otros los desterró, que exigió a sus súbditos impuestos muy altos y prestación forzada de trabajos, lo que condujo a una insatisfacción creciente y una decadencia general mientras que, según la Biblia, debía satisfacer a 700 esposas principales y 300 concubinas ("y sus mujeres extraviaron su corazón": I Reyes 2, 3), lo que en el mejor de los casos no permite deducir precisamente una gran producción *literaria.*[1820]

Pero las Sagradas Escrituras le adjudican tres libros: las *Predicaciones de Salomón,*

[1817] Gamm 75 s. Beek 59.

[1818] Cornfeld/Botterweck II 351 s, 414 s, V 1169 ss. Haag 1421 ss (a menudo sumamente optimista). Eppeisheimer I 39. Brockington 189. Kraus, Geschichte 546 ss. Wanke 108. Nielsen 93 s.

[1819] Cf. al respecto Deschner, An Kónig David, 80 ss.

[1820] Cornfeld/Botterweck II 416 ss, V 1303. Haag 1507 ss,

los *Juicios de Salomón,* la *Sabiduría de Salomón.* "Creo que en su mayor parte esto es un engaño premeditado y que también lo fue en su día" (S. B. Frost).[1821]

El libro *Predicaciones de Salomón o* Eclesiastés (en hebreo *Kohelet)* afirma expresamente, repetir "las palabras del predicador, del hijo de David, del rey de Jerusalén", y antes se consideró a Salomón en general como su autor. Sólo por eso, la obra tanto tiempo discutida entró a formar parte de la Biblia. Pero al auténtico autor no se le conoce, ni su nombre, ni cuándo vivió. Lo cierto es sólo que -como lo puso por primera vez en claro H. Grotius en 1644 Salomón no lo ha escrito, a quien lo pretende atribuir el primer verso. Por el lenguaje, el espíritu y las reticencias parece más bien una obra surgida en el siglo m a. C. de la filosofía estoica y epicúrea, de las influencias del entorno y la época helenista. Y no hay ningún otro libro de la Biblia que sea tan inconformista, tan fatalista, que evoque con tanta insistencia la vanidad de lo terreno: "vanidad de vanidades y todo es vanidad", riqueza, sabiduría, todo "bajo el Sol". Un libro que no cesa de lamentarse de la brevedad de la vida, sus desengaños, en el que el propio Dios se alza nebuloso en su trono en la lejanía. No resulta por lo tanto extraño que varias veces se le haya falseado, se le haya modificado, que su canonicidad no quedara afianzada de modo definitivo hasta el 96 d. C. Una impresionante falsificación judía en todo caso, el *Cantar de los cantares de los escépticos,* que no conoce ninguna resurrección y en cuyos últimos versos siempre me siento (inútilmente) aludido: "Y sobre todo, hijo mío, cuidado, pues en el hacer libros no hay final y mucho estudiar agota el cuerpo". Ergo: "Disfruta de la vida con tu mujer, a la que amas [...], pues con los muertos hacia los que vas no hay hacer ni pensar, ni conocimiento ni sabiduría". (Que nadie diga que en la Biblia no hay nada que valga la pena leer.)[1822]

47

Tras la redacción de los libros de los reyes. Salomón redactó también tres mil sentencias y mil cinco — según otras fuentes cinco mil — canciones: "[...] de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece del muro. Escribió también de los animales de la tierra, de las aves, de los gusanos y de los peces". Por eso, el libro de las *Proverbios* se le atribuyó durante mucho tiempo a Salomón. Los capítulos 1 a 9 se engloban hoy bajo el título de Sentencias de Salomón en la Biblia, y también los capítulos 25 a 29 se consideran "sentencias de Salomón". Pero en realidad, la estructura del libro delata diversos autores que lo han redactado en épocas diferentes, los capítulos 1 a 9 después del siglo V. En total, la aparición de las sentencias se extiende durante toda la época del Antiguo Testamento, pudiéndose haber producido la recopilación definitiva alrededor del 200 a. C.[1823]

También la *Sabiduría de Salomón,* no sólo admirada por los primeros cristianos, se consideró obra suya, sobre todo porque el autor se nombra expresamente Salomón y rey elegido del pueblo de Dios, y se consideró un libro profetice e inspirado.

[1821] Frost, Old Testament Apocalyptic 167. Cita según Brockington 190 Notas 3.

[1822] Pred. 1, 1; 1, 12; 9, 9 s; 12, 12. 1 Kón. 5, 12 s. 84. Pred. 1,1;1, 12; 2, 4 ss; 2, 15; 2, 21; 2, 24; 3, 12; 5, 17; 8,15; 9,9 s; 12,8; 12, 12.1. Kün. 5,12 s. Comfeld/Botterweck V 1155 ss, 1301 ss. Reicke/Rost 1483 s. Haag 1401 ss. Meyer, Pseudepigraphie 100 ss. Brock 97 ss. Brox, Faische Verfasserangaben 42. Bardy 164. Rienecker 1090. Forman, The Pessimism 336 ss. ídem. Kohelefs Use of Génesis 256 ss. Rainey 148 ss. Smend, Die Entstehung 218 s.

[1823] I. Kón 5, 13. Comfeld/Botterweck V 1301 ss. Haag 1625 ss. Skehan, The Seven Columnns 190 ss. ídem. A single Editor 115 ss. Smend, Die Entstehung 209 ss; aquí hay más bibliografía. Beek 68.

Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano, san Hipólito atestiguan su canonicidad, lo mismo que san Cipriano, que lo cita repetidas veces como Santa Escritura. La mayoría de los exégetas antiguos así lo creen. Y aunque un hombre como Jerónimo fue más crítico, siguió admitiendo la lectura oficial. A fin de cuentas, el libro sigue marcando la Biblia de la Iglesia papal.

Pero en realidad la *Sabiduría de Salomón* es (casi) un milenio más reciente que Salomón, la lengua original de la falsificación fue el griego clásico, el autor (muchos críticos admiten dos) vivió en Egipto, probablemente en la ciudad helenista de los sabios, Alejandría, y escribió su obra, que pone en labios de los (presuntamente) más sabios de los israelitas, en el siglo I antes o después de Cristo. La influencia de esta falsificación fue muy grande.[1824]

48

A Salomón se le añaden dos «apócrifos» más recientes. Uno los *Salmos de Salomón,* redescubiertos en el siglo XVIi. Aunque no se le menciona por su nombre en ninguno de los 18 salmos, se le atribuyen al famoso rey por cuestión de prestigio, para llamar la atención y conseguir la conservación de la obra, un punto de contacto con el salterio canónico atribuido a David, cuya forma también se imita (mal). Redactados por de pronto en hebreo, los salmos proceden de uno o varios judíos ortodoxos y con toda seguridad de mediados del siglo I a. C.

Las *Odas de Salomón,* una colección de 42 canciones, legadas en sirio (menos la oda 2), aunque escritas originalmente en griego, proceden de círculos cristianos del siglo u, sin que se haya averiguado el lugar donde se redactaron. Es evidente que para dar tintes de verosimilitud a su obra, el autor ha recurrido al *parallelismus membrorum* de la poesía hebrea. Curiosamente, esta falsificación es la colección de himnos cristianos más antigua que conocemos. “Las canciones, que finalizan siempre con “Aleluya”, sirven de exultante alabanza a Dios” (Nauck).[1825]

Además de los libros del Antiguo Testamento injustamente atribuidos a Moisés, David y Salomón, otras partes anteriores — Jueces, Reyes, Crónica, etc. — son también productos de época muy posterior y anónimos y se les ha recopilado de modo definitivo mucho después de los sucesos que relatan.

Al libro de Josué, que el Talmud, muchos Padres de la Iglesia y autores más recientes adscriben al propio Josué, muchos investigadores de la Biblia le niegan cualquier verosimilitud histórica. Pero incluso para quienes lo contemplan con benevolencia «debe utilizarse sólo con prudencia [...]» como fuente histórica (Hentschke). Con evidencia excesiva se compone de multitud de leyendas, mitos y transmisiones locales que se completan en distintas épocas, se ligan arbitrariamente y se relacionan con Josué, del que ya Calvino dedujo que no podía haber escrito el libro. La redacción definitiva procede del siglo VI a. **C.,** de la época del exilio en Babilonia (que según la Biblia duró unas veces 67, otras 73 y otras 49 años). De manera análoga, los libros de Salomón deben su aparición a una transmisión

---

[1824] Reicke/Rost 2156 s. Haag 1881 s. Cornfeld/Botterweck VI 1453 s. LThK 1.a ed. X 792 s. Candiish 14 ss con muchas referencias bibliográficas. Reese 391 ss. A. G. Wright 524 ss. Lietzmann, Geschichte 95 s.

[1825] W. Nauck en: Reicke/Rost 1328 s. Cf. 1520 s, 1523 ss. Haag 1509. LThK 1.a ed. I 543 s, VII 673 ss, VIII 544. Cornfeld/Botterweck II 422 ss. EiBfeldt, Einleitung 826 ss. Adam, Salomo-Oden 141 ss. 0'Dell 241 ss.

dispersa, a muy diversas tradiciones y círculos, a redactores o editores muy diversos, a épocas muy diversas.[1826]

49 Incluso gran parte de la literatura profética aparece, de modo consciente o por azar, bajo seudónimo, aunque otras partes procedan de los profetas bajo cuyos nombres surgen y que las visiones y audiciones, subjetivamente verdaderas, podrían haber sido "auténticas" (prescindiendo de la posterior elaboración literaria). Esto no se puede demostrar ni discutir con certeza. Pero muchas cosas, incluso en los libros proféticos que llevan con justicia el nombre de su autor, resultan difícilmente delimitables, se han alterado en períodos posteriores, o sea, que se han añadido pasajes, se ha modificado, se ha sacado de contexto, mucho se ha falseado, sin que se sepa generalmente cuándo y a quién.

Esto es válido en especial para el libro de Isaías, uno de los libros más largos y conocidos de la Biblia, del que ya Lulero señaló que no lo había producido Isaías ben Amos. El llamado gran Apocalipsis de Isaías (capítulos 24-27), una colección de profecías, canciones, himnos, se añadió relativamente después (su última forma la recibió en el siglo ffl o comienzos del II a. C.), evidentemente intentando imitar el estilo de Isaías. Y precisamente el capítulo 53, el más conocido y de mayores consecuencias, no procede, como todo lo otro de los capítulos 40-55, de Isaías, al que durante mucho tiempo se consideró como autor (hasta Eichhorn, 1783). Es más probable que lo escribiera un autor desconocido dos siglos después, procedente de la época del exilio de Babilonia, un hombre que probablemente apareció en las fiestas de las lamentaciones de los judíos desterrados, entre 546 y 538, llamado generalmente Deuteroisaías (segundo Isaías) y que en muchos aspectos es más importante que el propio Isaías.

Pero precisamente este texto añadido — en el que los cuestionadotes de la historicidad de Jesús (junto a la figura del "Justo" de la, igualmente falsificada *Sabiduría* de Salomón) ven ya embrionariamente todo el decorado de la figura del Jesús evangélico y del cristianismo — fue de forma amplia y unívoca el ejemplo para la pasión de Jesús. El capítulo 53 relata cómo el siervo de Dios, el "EbedYahveh", fue despreciado y martirizado y que para el perdón de los pecados vertió su sangre. El Nuevo Testamento contiene más de ciento cincuenta alusiones e indicaciones al respecto. Y muchos escritores paleocristianos citan el capítulo 53 completo o en extractos. También Lulero interpretó todavía como referida a Jesús esta "profecía", la pasión inmerecida del siervo de Dios en Isaías (¡pues realmente se había cumplido!). Y naturalmente, la comisión bíblica papal confirmó asimismo el 29 de junio de 1908 este punto de vista tradicional. Sin embargo, también (casi) todos los exégetas católicos admiten la datación babilónica. Y los últimos capítulos del Isaías (56 a 66) son de época mucho más reciente. Se habla de modo un tanto confuso (desde Duhn, 1892) de un *Tritoisaías* (tercer Isaías), que la investigación saluda con un irónico *vivat sequens;* es probable que estos capítulos procedan de varios autores posteriores al exilio. En cualquier caso, Is. 56, 2-8, y 66, 16-24, tampoco son de *Tritoisaías,* sino que se añadieron después. Hasta 180 a. C. no apareció el libro de

[1826] Jer. 29, 10. Zac. 1, 1; 1, 17. Haag 887 s con numerosas notas bibliográficas. R. Hentschke en: Reicke/Rost 895 s. Comfeld/Botterweck 11 470, U 813, V 1254 ss. Brockington 185. Noth, Das Buch Josua 7 ss. Alt, Josua 13 ss. Kraus, Geschichte 17, 455 ss. Rudolph, Der «Eiohist» 164 ss.

Isaías "esencialmente en su forma actual" *(Biblisch Historisches Handwórterbuch)*[1827]

Al profeta Isaías se le han asignado también algunos "apócrifos": el *Martirio de Isaías,* obra judía, probablemente del siglo I a. C. y retocado más tarde por los cristianos; la *Ascensión de Isaías,* probablemente del siglo II a. C., una obra falsificada por el lado cristiano con empaque judío, donde "Isaías" relata cómo viaja al séptimo cielo y ve todo el drama de Jesús; finalmente, la *Visión de Isaías,* una falsificación cristiana adicional al *Martirio de Isaías,* la falsificación judía.[1828]

No es muy diferente al libro de Isaías lo que sucede con el libro del profeta Zacarías, en el que se promulga en el año 521 "la voz del Señor". Este escrito, recogido asimismo en el Antiguo Testamento, contiene 14 capítulos. Pero sólo los ocho primeros son suyos. Todo el resto, del capítulo 9 al 14, fue añadido, como se deduce por muchos motivos; según diversos estudiosos de la Biblia se hizo durante las campañas de Alejandro Magno (336-323 a. C.).[1829]

Lo mismo que la obra de Isaías, el libro de Ezequiel, escrito casi todo en primera persona, une profecías de desgracias y bienaventuranzas, reprimendas y amenazas con himnos y augurios tentadores. Durante mucho tiempo se le consideró como escrito indiscutible del profeta judío más simbólico, del hombre que en el año 597 a. C. partió de Jerusalén con el rey Joaquín hacia el exilio en Babilonia. En efecto, hasta comienzos del siglo XX se veía en el libro de Ezequiel casi de manera general una obra del propio profeta y de verdadera autenticidad. Desde las investigaciones de crítica literaria de R. Kraetzschmars (1900) y más aún de J. Herrmann (1908, 1924), fue imponiéndose sin embargo la opinión de que este libro presuntamente unitario surgió por etapas y que una mano posterior lo reelaboró. Algunos investigadores, incluso, atribuyen a Ezequiel únicamente las partes poéticas, asignando al recopilador los textos en prosa. Según ello, este último habría pergeñado, al menos por lo que a extensión se refiere, el grueso de la obra, nada menos que cinco sextas partes. Según W. A. Irwin, del total de 1,273 versos sólo 251 proceden de Ezequiel y según G. Holscher, 170. Aunque otros autores aceptan la autenticidad del escrito, admiten varias redacciones y redactores, que intercalaron pasajes falsificados entre los tenidos por auténticos y manipularon asimismo el resto a discreción. Es significativo que la tradición judía no atribuya la obra al profeta Ezequiel, sino a los "hombres de la gran sinagoga".[1830]

50

De manera clara y completa se falsificó el libro de Daniel, lo que

---

[1827] Sobre las alusiones al siervo de Dios doliente y muerto ef. las numerosas alusiones de los sinópticos y Pablo; también por ej. Jh. 1, 29; 1, 36; 12, 38.1. Petr. 2, 21 ss. Barn. 5, 2.1. Clem. 16. Just. apol. 1, 50 s. Tryph. 13. Cornfeld/Botterweck III 751 ss. Haag 779 ss. Reicke/Rost 851 ss. LThK 1.a ed. V 616 ss. espec. 618 ss. Drews, Die Christusmythe 247 ss. Caspari 126. Wolff, Jesaja 53 passim. North 111 ss. Fohrer, Entstehung 113 ss. ídem. Jesaja 1148 ss. ídem. Zum Aufbau 170 ss. Brockington 185 ss con Notas 1. Smend, Die Entstehung 143 ss. Vielhauer, Einleitung 409 s.

[1828] Cornfeld/Botterweck II 423 s. Haag 780 s. Reicke/Rost 857. Altaner/Stuiber 119.

[1829] Sacharia 1,1: "El octavo mes del segundo año del rey David" =521 a. C.Cornfeld/Botterweck V 1236 ss. Brockington 187.

[1830] Haag 465. Cornfeld/Botterweck II 479 ss. Hertmann, Ezechielstudien. Torrey 291 ss. Irwin 54 ss. Rowley, The Book of Ezekiel 146 ss. Eichrodt 37 ss. Fohrer, Die Glossen 33 ss. Smend, Die Entstehung 164 ss.

sorprendentemente ya afirma Porfirio, el gran adversario de los cristianos. Aunque sus propios quince libros *Contra los cristianos* cayeron víctima de las órdenes de aniquilación del primer emperador cristiano, algo se ha conservado en extractos y citas, entre ellas las siguientes frases de Jerónimo en el prólogo de sus comentarios sobre Daniel: "Porfirio ha destinado contra el profeta Daniel el libro XII (de su obra); no quiere admitir que el libro ha sido redactado por Daniel, cuyo nombre aparece en el título, sino por alguien que vivió en la época de Antiochos Epiphanes (es decir, unos cuatrocientos años después) en Judea y mantiene que Daniel no predijo nada futuro, sino que simplemente relató algo del pasado. Lo que ha dicho hasta la época de Antiochos es la verdad; pero cuando ha considerado lo que se sale de allí, ha proporcionado datos falsos puesto que desconocería el futuro".[1831]

El libro de Daniel procedería del profeta Daniel, que al parecer vivió en el siglo VI a. C. en la corte real de Babilonia y cuya autoría también ha puesto en tela de juicio en época moderna Thomas Hobbes. La investigación crítica hace ya mucho tiempo que ha dejado de considerarlo. Pero en 1931, el *Lexikonfür Theologie und Kirche* católico escribe: "El núcleo de los distintos episodios puede llegar a épocas muy antiguas, incluso a la de Daniel [...]. La mayor parte de los exégetas católicos consideran esencialmente a Daniel como el autor del libro". En particular la forma en primera persona de las visiones de los capítulos 7-12 (y naturalmente su lugar en las Sagradas Escrituras) hizo creer durante mucho tiempo a la tradición cristiana en la autoría del libro de Daniel, sobre cuya vida y actos sólo saben por su propia obra. Es probable que fuera el último en llegar al canon del Antiguo Testamento y hay que defenderlo en consecuencia como auténtico. En realidad procede de las *Revelaciones* de la época del rey sirio Antioco IV Epifanio, probablemente del año de la revuelta de los Macabeos, el 164 a. C. Ergo el autor vivió mucho después de los acontecimientos que en la parte histórica de su libro describe en tercera persona (caps. 1-6). De este modo, el "profeta Daniel", que cuatro siglos antes es servidor del rey Nabucodonosor en "Babel" y que entiende de "historias y sueños de todo tipo", puede profetizar fácilmente; esto ya lo descubrió Porfirio. Por el contrario, en la época histórica del libro en la que presuntamente vivió y describe, el "profeta" mezcla de manera comprensible todo. Así, Baltasar, el organizador del famoso banquete, aunque era regente no fue "rey". Baltasar no fue hijo de Nabucodonosor sino de Nabonides, el último rey babilónico (555-539). Artajerjes no vino antes de Jerjes sino después de él.

51

"Darío, el Meda" no es en absoluto una figura histórica. En resumen, "Daniel" sabía más de visiones que del tiempo en que vivió. Falsificaciones especiales en la falsificación, por así decirlo, son algunas piezas muy conocidas (que los católicos llaman deuterocanónicas y los protestantes apócrifas) de la Septuaginta, como la historia de los tres muchachos en el horno, la de Susana, los relatos de Bel y el dragón. Todas estas falsificaciones especiales aparecen hoy en la Biblia católica.[1832]

[1831] Comentario de Jerónimo en Daniel, cita según HalbfaB, Porphyrios I 28.

[1832] Dan. 1, 17; Cornfeld/Botterweck I 87, II 405 ss. Haag 308 ss, 311 ss con muchas notas bibliográficas. LThK 1.a ed. III 144 ss. Th. Hobbes, Leviathan c. 33. Baumgartner 59 ss, 125 ss. Meyer, Pseudepigraphie 101. Noth, Gesammelte Studien 250 ss. Rowley, The Composition 272 ss. ídem. The Meaning 387 ss. Lohse, Die Offenbarung 2. Smend, Die Entstehung 222 ss. Kraus, Geschichte 63.

El libro de Daniel es el Apocalipsis más antiguo y entre todos los restantes el único que llega al Antiguo Testamento y que, por consiguiente, se vuelve canónico. En la Biblia católica aparece otra falsificación, el libro "deuterocanónico" de Baruc, con lo cual ponemos nuestra atención en un género literario especial, formado por falsificaciones evidentes, que después pasa de modo orgánico e íntegro al cristianismo.

La apocalíptica judía

La apocalíptica (del griego *apokálypsis)* desempeña un papel importante, una especie de papel de transición entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, en especial en la época que va del siglo III a. C. hasta el II d. C. En la apocalíptica se puede ver una especie de escatología judía, por así decirlo, una escatología no oficial, que se extiende a lo cósmico, al más allá, junto a la nacional oficial de los rabinos. A diferencia de ésta, la literatura apocalíptica era universalista; englobaba la Tierra, el cielo y el infierno. No obstante, sus seguidores llevaban más bien una existencia de conciliábulos (poco diferente a lo que sucede hoy con muchas sectas y sus relaciones con las Iglesias).

La investigación ve en estos escritos un "eslabón" entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y asigna la apocalíptica a un período intermedio entre ambos. Esto resulta tanto más lógico por cuanto que (precisamente) los apocalípticos — judíos cuyo origen exacto (esenios, fariseos) es difícil de establecer — son falsarios, gente que no escribe bajo su propio nombre sino con seudónimo; que atribuyen sus revelaciones de secretos divinos; de la época primigenia, de la última hora, del más allá, sus misteriosas manifestaciones del futuro, a sueños, estados de éxtasis (en ocasiones hasta el cielo como, entre otros, Enoc y también el apocalíptico cristiano Juan), a "visiones", mientras que los profetas se basan generalmente en "audiciones". Con frecuencia, los iluminados que han de iluminar vienen acompañados de un intermediario revelador, un ángel exégeta, un *ángelus interpres,* que les explica lo sucedido y, naturalmente, a nosotros.

52

Típico de las falsificaciones plagadas de oraciones es su concepto dualista del mundo, profundamente influenciada por ideas iraníes, su teoría de los dos eones, uno temporal y otro eterno. Típico es que los sucesos visionados del fin de los tiempos, los "dolores del Mesías", se describen como inminentes. Todo esto va desde horribles catástrofes humanas y cósmicas (las mujeres dejan de dar a luz, la tierra se vuelve estéril, las estrellas chocan) hasta el Juicio Final y un esplendor mesiánico pintado lleno de fantasía; se incluyen por supuesto los sufrimientos de los impíos, lo que proporcionaba un fuerte consuelo, unido a imperiosas advertencias de penitencia y conversión. La expectativa de la proximidad del final es igual de típica que la esperanza en el más allá y el determinismo, pues "Dios lo tiene todo previsto" (4 Esra 6), el comienzo y el fin. "Este mundo lo ha creado el Altísimo para muchos, pero el futuro sólo para unos pocos" (4 Esra 8, 1), una nueva demostración de su Suma Misericordia. Es asimismo característico de estos testamentarios intermedios que introduzcan en su obra, que está llena de misteriosas figuras (animales, nubes,

montañas) y un complicado simbolismo numérico, un corifeo religioso de tiempos anteriores, sugiriendo y dándoles forma de Adán, Enoc, Abraham, de Esra, Moisés, Isaías, Elías, Daniel; su escritura es oculta o conocida sólo por un grupo de elegidos, pero ahora Dios quiere que se propague.[1833]

Los impostores representan a menudo sus visiones de la historia como profecías, en forma futura. Naturalmente, escribiendo por lo general muchos siglos después de haber vivido quizá los "grandes" y poniendo en labios de ellos sus presagios, vaticinan todo con gran precisión. Sus lectores quedan maravillados y creen, predispuestos, todo lo que aquellos profetizaban para un lejano futuro sobre los horrores del final y su magnificencia. Esta *pía fraus,* esta "representación de la historia como *vaticinium ex evento"* (Vielhauer), tiene lejanos paralelismos veterotestamentarios en el mismo Pentateuco (Gen 49, Núm 23 y ss., Deut. 33) pero su auténtico modelo está, quizá, en la literatura oracular sibilina de la época helenístico-romana.[1834]

Además de la falsificación bíblica del libro de Daniel que ya hemos visto, está también el libro de Baruc, presuntamente escrito por Baruc ben Narija, el escriba, acompañante y amigo del profeta Jeremías. "Baruc", que aparece como mensajero de Dios y experimenta multitud de visiones, pretende haber redactado su propio libro en Babilonia, después de la destrucción de Jerusalén. También él dice saber y quiere decir mucho más que los profetas; y todavía en 1931 el católico *Lexikonfür Theologie und Kirche* no "veía motivo alguno para dudar de la autoría de Baruc". Hoy son muy pocos los que aseguran la autenticidad de esta obra del Antiguo Testamento (lo mismo que del "Daniel" falsificado) siendo como fue escrita medio milenio después de Baruc: la primera parte quizá en el siglo I a. C. (el momento más lejano), la segunda parte probablemente a mediados del siglo I d. C.[1835]

53

Amén del libro de Baruc hay otros escritos suyos falsificados, como por ejemplo su apocalipsis sirio, que se cuenta entre los seudoepígrafes del Antiguo Testamento, más o menos del siglo II d. C.; también un apocalipsis griego de Baruc válido para el más allá, conservado asimismo en versión eslava, que relata los viajes de Baruc por cinco (o dos) cielos — una falsificación originalmente judía, pero que vuelve a ser falsificada por manos cristianas y que se debió escribir como muy pronto sobre el año 130 d. C.—, por no citar toda una serie de otros libros producidos bajo el nombre de Baruc.[1836]

Asimismo, bajo el nombre de Moisés se falsean textos extrabíblicos; el *Apocalipsis de Moisés* milenio y medio después de la presunta época en que vivió por un autor judío bien informado. Y en la *Assumptío Moses,* utilizado en las cartas de Judas en el Nuevo Testamento, el héroe del título brilla como profeta sin par, augurando el futuro de Israel hasta la muerte del rey Herodes, augurio, eso sí,

---

[1833] Reicke/Rost 105 ss, espec. 107 s. Haag 8"3 s. Cornfeld/Botterweck I 85 ss. Lohse, Die Offenbarung 1 s. Vielhauer, Einleitung 407 ss.

[1834] Vielhaueribid.410s.

[1835] Haag 170, 325. Reicke/Rost 201 ss. Comfeld/Botterweck I 269. LThK 1.a ed. II 9. Vielhauer, Einleitung 418.

[1836] Cornfeld/Botterweck I 90 s. Reicke/Rost 202 s.

facilitado asimismo por el falsificador judío de ese siglo I d. C.[1837]

Otros apocalipsis judíos, sometidos a una fuerte manipulación cristiana, son: el apocalipsis de Elías, el de Sofonías, el libro apócrifo de Ezequiel, el testamento de Abraham, que relata su viaje de ida y vuelta al cielo, el apocalipsis de Abraham, en el que éste predice en visiones el futuro de su estirpe y de Israel (en realidad con el falsario mirando hacia atrás unos dos mil años después) y otros más.[1838]

Las falsificaciones surgieron casi siempre como una necesidad interna a partir del género apocalíptico, ampliamente utilizado por los cristianos; se hizo típico de ellos. ¿Qué era más lógico, más sencillo que encontrar precisamente las "obras" de autoridades antiguas o antiquísimas, las de los hombres de un pasado "mejor", las de los doce patriarcas así como las de Daniel y Enoc, cuya autenticidad ya ponía en tela de juicio Orígenes, las de Abraham, Moisés, Isaías y Esdras, en conjunto una lista de veinte nombres, ya que sus profecías, sus revelaciones, comenzaban a cumplirse?

54

Otras falsificaciones del judaísmo (diáspora)

No pocas de las falsificaciones literarias de los judíos se deben al esfuerzo de reincorporar una parte considerable de la filosofía griega al Pentateuco, que al parecer habían robado los griegos. Para demostrar esta atrevida imputación los judíos falsificaron por ejemplo himnos órficos; introdujeron en las obras de Hesíodo y de otros épicos paganos textos procedentes del Antiguo Testamento; ¡hicieron de Homero un estricto defensor de los preceptos del Sabbat! Abraham apareció como padre de la astronomía. Moisés se adelantó a Platón, y según Clemente Alejandrino incluso Milciades venció en la batalla de Maratón (490 a. C.) con estrategia cristiana: el arte militar de Moisés. San Justino, el principal apologista y gran enemigo de los judíos del siglo II, alardeaba: "Por tanto no sólo enseñamos lo que los demás, sino que todos los otros dicen lo nuestro", confesando con ello lo que combate, sólo que inviniendo la dependencia.[1839]

¿Qué tenían que ofrecer culturalmente los judíos frente a los griegos? ¿Qué grandes filósofos, literatos? ¿El Antiguo Testamento? También el mundo pagano respetaba textos sagrados, pero estimaba poco los libros bíblicos. Lo esencial de ellos procedía de otras religiones, los augurios de los profetas eran *ex eventu,* las historias de milagros disparatadas, las ceremonias ridículas; se odiaba el nacionalismo judío.[1840]

Es cierto que las escuelas de rabinos obligaban a la estricta exactitud en la transmisión. "Imputar a cualquier doctor de la ley una palabra que él no hubiera dicho sería sin más ni más un crimen" (Torm). Pero en la literatura judía de la misma

---

[1837] Haag 1178. LThK 1.a ed. 1537 s.

[1838] Cornfeld/Botterweck 191. Haag 14 s. LThK 1.a ed. 1537 ss.

[1839] Just. apol. 1, 60. Clem. Al. strom. 1,162,1 s. Orig. c. Cels. 5,54. RAC artículo Esra VI 599 ss. Bardy 164. Meyer, Pseudepigraphie 101 s. Brockington 188 ss. Bultmann, Ist die Apokalyptik die Mutter der christiichen Theologie? 476 ss, Gudeman 59 s. Syme 301. Torm 116 s. Brox, Faische Verfasserangaben 42 s.

[1840] RAC I 1950, 354 s.,

época proliferó de forma considerable el fenómeno de los seudónimos, la misión judía muy expansiva en tiempos de Jesús disponía de una enorme literatura propagandista, con falsificaciones sin escrúpulos, hay un "florecimiento de la seudoepigrafía judía" (Syme).[1841]

Precisamente durante la diáspora y a pesar del éxito de su proselitismo, los judíos debieron sentirse inferiores a los griegos, e intentaron subsanar esta carencia. Querían valorizar su judaísmo, su fe, la superioridad de su religión: demostrando su superioridad mediante escritos aparentemente antiguos, haciendo que los profetas judíos fueran mucho más antiguos que los filósofos paganos, como sus maestros. Sugiriendo ellos mismos mediante Aristóteles simpatías hacia el monoteísmo, mediante Sófocles y Eurípides, que atacaban el politeísmo. O atribuyendo a Hecateo de Abdera, un contemporáneo de Alejandro Magno, una obra glorificadora sobre Abraham. O haciendo pasar como del siglo I y del poeta Foclides de Mileto, que vivió en el siglo VI, un poema didáctico redactado en 230 hexámetros, una popular filosofía moral que une lo griego y lo judío, que une con la resurrección de la carne la continuación y deificación de las almas, esfuerzo de autoestima en un entorno superior, sutiles campañas propagandistas para el judaísmo helenista bajo máscara pagana. Y precisamente entre los cristianos estas falsificaciones tuvieron mucho más éxito que los apocalipsis seudoepigráficos y los libros de los patriarcas.[1842]

55 Dentro de este contexto se encuentra la famosa carta judeoalejandrina de Aristeas, escrita para reconocimiento y enaltecimiento del Pentateuco de la Septuaginta, de la ley judía y del judaísmo; al parecer en el siglo III a. C., aunque probablemente en el II, si es que no en el i. El funcionario de la corte Aristeo informa en ella, entre otras cosas, de la traducción del Pentateuco judío al griego a cargo de 72 hombres judíos (6 de cada tribu) en la isla de Faros, en 72 días, para la biblioteca real de Alejandría. El número de traductores redondeado de 72 a 70 dio nombre a la traducción más antigua e importante del Antiguo Testamento al griego (la Versión de los Setenta). Según la leyenda piadosa, cada uno de los traductores trabajó por separado pero cada uno produjo, palabra por palabra, el mismo texto, lo que creyeron todos los Padres de la Iglesia, incluyendo a Agustín.[1843]

Dentro de esta problemática se incluye el que los judíos se sirvieron de las sibilas paganas escribiendo, lo mismo que más tarde los cristianos, vaticinios, profecías, naturalmente bajo nombres no judíos y naturalmente vaticinia *ex eventu,* pura mentira.

Las sibilas (cuyos propios nombres eran sibilinos y no están explicados hasta la fecha) eran profetisas paganas, al parecer del siglo VII a. C. en el ámbito cultural griego, considerándose la más importante Eritrea; apenas menos conocida era la de Cumae, que alcanzaría una edad de mil años y que en los últimos tiempos

---

[1841] Torm 118 s, 123. Syme 301.

[1842] Pauly II 980 ss, IV 806 s. Bardy 165. Meyer, Pseudepigraphie 102. Speyer, Religióse Pseudepigraphie 102. ídem. Faischung, literarische 270.

[1843] Pauly 1555 s. dtv-Lexikon, Philosophie 1172. Haag 105 s. Comfeld/Botterweck II 422. Trede 114 con relación a August. civ. dei 18, 42; 15, 23. Lietzmann,mGeschichte I 94 s. Meecham 5 ss. Charlesworth 78 s. con una gran cantidad de otras notas bibliográficas. Howard, The Letter ofAristeas 337 ss. Murray 337 ss. Lewis 53 ss.

deambulaba por la gruta volcánica, sede de su oráculo, suspendida en el aire y emitiendo susurros. En cualquier caso, la literatura sibilina griega, un conjunto de cantos en hexámetros y de contenido fatídico, enlaza con estas profetisas divinamente inspiradas. El judaísmo de la diáspora reanudó este género literario en el siglo II a. C. y lo convirtió en un medio de misión, en su instrumento propagandístico. Se falsificaban en los textos paganos ataques al paganismo, sobre todo al politeísmo, y se enriquecía a sí mismo con augurios sobre Israel, sobre el pasado más reciente y el presente.[1844]

56 Los "Oráculos sibilinos", 14 libros de profecías de inspiración divina, cuyo origen se extiende desde el siglo II a. C. (tercer libro) a los siglos III y IV d. C. (libros 14), se referían también a estas profetisas divinas de la Antigüedad, a su autoridad sacralizada. Mediante un estilo arcaizante, una fingida sencillez homérica, mediante utilización de los oráculos paganos o apoyándose en autores paganos, conseguían el aspecto de autenticidad, la credibilidad de profecías verdaderas. Debido a la similitud de los vaticinios conminatorios sibilinos con los del Antiguo Testamento, fascinaron al judaísmo y los antiguos cristianos los consideraron también sin excepción como auténticos — aunque son en su totalidad falsificaciones en parte judías y en parte cristianas—, no un ardid literario, un recurso estilista, como en la cuarta égloga de Virgilio la transmisión de oráculos sibilinos a un niño romano o la profecía de Milton al final de *El paraíso perdido*.

Los libros 1 a 5 los falsificaron judíos helenistas, aunque es verdad que los cristianos los falsificaron aún más con sus numerosas introducciones. Los libros 6, 7 y 8 son puras falsificaciones cristianas de la segunda mitad del siglo II, entre otras con una cantata a Cristo y la crucifixión, muy celebrada. En los libros 11 a 14 es verdaderamente difícil saber quién falsificó más, si los judíos o los cristianos. Muchos guías de estos últimos han considerado como autoridades estos embustes y los han aplicado en consecuencia: Hermas, Justino, Atenágoras, Teófilo, Tertuliano, Clemente Alejandrino, Eusebio, pero especialmente Lactancio (que cita 30 veces el octavo libro). Pero incluso un Padre de la Iglesia como Agustín fomentó el respeto hacia tales documentos falsos, en los que las sibilas, el príncipe persa Histapes, protector y primer seguidor de Zaratrusta, éste mismo, el fundador, intercesor y redentor religioso, Hermes Trismegisto y Orfeo, se convirtieron en heraldos de Cristo; de rechazo también de su nacimiento virginal y de la Virgen Teotokos. En ocasiones se combatió con ellos a los mismos paganos.

La influencia de esta sibilítica judeocristiana fue grande y llega desde la Antigüedad hasta Dante, Calderón, Giotto, Miguel Ángel.[1845]

Desde el siglo II los apologistas cristianos adoptaron las sibilinas judías, sobre todo para luchar contra la Roma hostil a los cristianos. Y lo mismo que antaño los judíos se unieran a la sibilítica pagana, igual hicieron los cristianos con la judía. La asumieron, la elaboraron y la reinventaron.[1846]

[1844] Plut. de Pyth. or. 6, 397 A. Speyer, Religióse Pseudepigraphie 216. Vielhauer, Einleitung 422. Kurfess, Christiiche Sibyllinen 498 ss.

[1845] Pauly II 1075, 1297, V 158 ss. dtv-Lexikon, Philosophie IV 189 s. LThK 1.a ed. IX 525 ss. Altaner/Stuiber 119 ss. Candiish 17 s, 23, 32 ss. Speyer, Fálschung, literarische 258 s.

[1846] Vielhauer, Einleitung 422. Kurfess, Christiiche Sibylinen 500 s.

"Cooperación" judeocristiana

57 Desde los siglos II a. C. al II d. C. se copiaron a menudo los libros canónicos del Antiguo Testamento o simplemente se les falsificó y se les dio el nombre de un autor bíblico, como por ejemplo el tercer libro apócrifo seudohistórico de Esdras (llamado también "Esra griego"), el Libro de Enoc, lleno de mitos griegos y de la antigua Persia y citado también en el Nuevo Testamento, que se liga a Enoc, hijo de Caín y padre de Irad en la lista de cainitas del 1 Mois. 4, 17, e hijo de Jared y padre de Matusalén en la lista de setitas de 1 Mois. 5. Y aunque por los testimonios de las tumbas de Palestina sabemos que la vida media en aquella época no superaba los 50 años, la Biblia afirma (en este caso todavía con modestia) que "la edad completa de Enoc era de 365 años. Y porque caminaba con Dios, Dios le tomó consigo y no se le volvió a ver". La Escritura no dice dónde se le llevó. Por ese motivo lo mismo en círculos judíos que cristianos se le veneró como profeta celestial y santo y aparece en posteriores falsificaciones: en el *Libro del Jubileo* 4, 23 en el jardín del Edén, en la *Ascensión de Isaías* 9, 9, en el séptimo cielo y naturalmente en el Libro etiópico de Enoc (canonizado por la Iglesia etíope), así como en el Libro de Enoc eslavo, muy parecido, que se falsifica en los siglos i y II d. C. por el lado judío y después probablemente otra vez es "revisado en el espíritu cristiano" (A. van den Bom).[1847]

Surgieron así continuamente en esos siglos "apócrifos" judíos, considerados auténticos por muchos Padres de la Iglesia e incluso a veces santos. Y los cristianos falsearon y ampliaron numerosos "apócrifos" judíos del Antiguo Testamento, como en el caso citado del Libro de Enoc. Algunas de estas falsificaciones incluso se incorporaron al canon. Tal es el caso del cuarto libro de Esdras, escrito en el siglo I d. C. bajo el nombre de Esdras. O el tercer libro de los Macabeos, que no tienen nada que ver con los macabeos sino que se parece más bien a la, asimismo falsa, *Carta de Arísteo.* O los 18 salmos de Salomón. No obstante, muchos cristianos "veían en la falsificación el medio eficaz [...] para rebatir a los enemigos externos de la nueva confesión" (Speyer).[1848]

También el *Testamento de los doce patriarcas* es una de estas incontables mentiras y, además, un bonito ejemplo de una productiva "cooperación" judeocristiana a lo largo de siglos. Este *Testamento,* producido unos dos mil años después de la cuestionable vida de los patriarcas, pero como muy pronto a finales del siglo I d. C., consta, por así decirlo, como muy acertadamente señaló por primera vez F. Schnapp en 1884 en un profundo análisis crítico, en primer término de un texto básico judío. Otro judío falsificó en la falsificación muchas partes añadidas. Y esta doble falsificación la enriqueció un cristiano mediante las correspondientes introducciones cristianas. Es más, incluso cristianos postnicénicos le aportaron sus

---

[1847] Haag 711. Cornfeld/Botterweck I 88 ss, II 421 ss, V 1109. Altaner 46. Altaner/Stuiber 117 ss. Reicke/Rost 692 s. LThK 1.a ed. III 797 s, IV 961 s. A. van den Born en: Haag 711. Cf. también Deschner, Hahn 19 f.

[1848] Reicke/Rost 1529 s. Haag 436 s. Altaner 46. Altaner/Stuiber 117 ss. McColléy 21 ss. Lohse, Die Offenbarung 2. Vielhauer, Einleitung, 411. Baars 82 ss. Speyer, Literarische Fálschung 285. Charlesworth, The Oíd Testament Pseudoepigrapha 94 ss. Conclusions: 102.

falsificaciones.[1849]

58 El *Testamento de los doce patriarcas* consta de doce despedidas de los hijos de Jacob a sus descendientes, así como de vaticinios que dos mil años después pudieron predecirse bien. Pero del propio patriarca Jacob, que el primer libro de Moisés 27 llama "un hombre decente", se lee en I, 36, que con razón se llama Jacob, el pérfido, "pues me ha engañado dos veces. Se ha llevado a mi primogénito y, mira, ahora se lleva también mi bendición". Si un hombre tal, preferido por lo demás ya por Yahvé en el seno materno, compra por un plato de lentejas el derecho del primogénito y consigue de su padre ciego la bendición como tal, si por lo tanto el fundador de Israel ya en el primer libro de la Sagrada Escritura aparece como un hábil "embustero", ¿por qué no se podría seguir engañando en él, por ejemplo mediante falsificaciones literarias?[1850]

Cuando el novelista católico Stefan Andrés recontó con gran competencia la *Historia bíblica,* finalizó su epílogo, escrito en Roma en 1965, con la observación de que le gustaría que los lectores de su libro "leyeran las Santas Escrituras allí contenidas como una novela emocionante, o quizá incluso: un *román fleuve* con muchos autores [...]". Y con muchos falsarios, como veremos a continuación para el Nuevo Testamento.[1851]

[1849] LThK 1.a ed. 1539. Haag 1733 s. Charlesworth, The Oíd Testament Pseudoepigrapha 94 ss. Conclusions: 102. ídem. The pseudoepigrapha 211 ss. de Jong, Recent Studies 77 ss. ídem. Die Textüberlieferung 27 ss. ídem. Studies on the Testaments passim. J. Becker, Die Testamente passim. Vielhauer, Einleitung 411. Cf. también la nota anterior.

[1850] Cf.LThK 1.a ed. I 539, V 251 s.

[1851] Andrés 367

59

FALSIFICACIONES EN EL NUEVO TESTAMENTO

"[...] la ventaja que presenta el cristianismo frente a todos los acontecimientos históricos es la circunstancia de que estos escritores no responden solamente con sus propias experiencias y su reputación por la fidelidad y escrupulosidad de sus informaciones, sino que *dan en prenda todo lo que son y tienen* por haber dado testimonio de la verdad y solamente la verdad. Algo así no lo ha visto nunca el mundo [...]"

F. X. DIERINGER, TEÓLOGO CATÓLICO[1852]

"La moderna critica bíblica se ha preocupado, además, de que se haya analizado la Biblia con exactitud científica. Es un hecho indiscutible hoy que la Biblia es correcta en un 99 %."

Alois STIEFVATER, TEÓLOGO CATÓLICO[1853]
(con imprimátur eclesiástico)

"La Iglesia antigua está de moda. No sólo porque se ha vuelto a percibir que el agua mana más clara cerca del manantial [...]"

Frits VAN DER MEER, TEÓLOGO CATÓLICO[1854]

"Las falsificaciones comienzan en la época del Nuevo Testamento y nunca han cesado."

Carl SCHNEIDER, TEÓLOGO EVANGÉLICO[1855]

60

El error de Jesús

A comienzos del cristianismo apenas hay falsificaciones, suponiendo que Jesús de Nazaret sea histórico y no el mito de un dios transportado al ser humano. Sin embargo, se presupone aquí la historicidad, pues es —prescindiendo de algunas excepciones— la *communis opinio* del siglo XX: pero ninguna demostración. Tan gratuitas como desfachatadas son las cientos de tonterías apologéticas en circulación, como la del jesuita F. X. Brors (con imprimátur): "Pero ¿dónde se encuentra en algún sitio *una personalidad cuya existencia esté tan garantizada históricamente como la persona de Cristo"?* Podemos entonces mitificar también a un Cicerón, un César, incluso a Federico el Grande y a un Napoleón: más garantizada que la existencia de Cristo no es la suya".[1856]

Por el contrario, lo que está claro es que no hay ningún testimonio demostrativo de la existencia histórica de Cristo en la llamada literatura profana. Cada uno de estos testimonios no tiene más valor que el dato ocasional de la altura de Cristo de 189 cm y la de María de 186 cm. Todas las restantes fuentes extracristianas no dicen nada sobre Jesús: Suetonio y Plinio el Joven por parte romana, Filón y, especialmente importante, Justus de Tiberiades por la judía. O no les toman en consideración, como

[1852] Dieringer I 47.
[1853] Stiefvater 15 s.
[1854] Frits van der Meer 8.
[1855] Schneider, Geistesgeschichte II 20, Notas 1.
[1856] Brors Núm. 35. Dibelius, Jesús 12 ss.

los *Testimonia* de Tácito y Flavio Josefo, lo que admiten hoy incluso muchos teólogos católicos. Incluso un reputado católico como Romano Guardini sabía por qué escribía: "El Nuevo Testamento constituye la única fuente que informa sobre Jesús".[1857]

Por cuanto atañe al juicio que merecen Nuevo Testamento y su fiabilidad, la teología histórica crítica lo ha mostrado de una manera tan amplia como precisa, y con un resultado en gran medida negativo. Pero según los teólogos cristianos críticos los libros bíblicos "no están interesados en la historia" (M. Dibelius), "son sólo una colección de anécdotas" (M. Wemer), "deben utilizarse sólo con extrema cautela" (M. Goguel), están llenos de "leyendas religiosas" (Von Soden), "historias de devociones y entretenimiento" (C. Schneider), llenos de propaganda, apologismo, polémica, ideas tendenciosas. En resumen, aquí todo es la fe, la historia no es nada.[1858]

61

Esto es válido también, precisamente, para las fuentes que nos hablan casi de modo exclusivo de la vida y la doctrina del nazareno, los Evangelios. Todos los relatos de la vida de Jesús son, como escribió su mejor conocedor, Albert Schweizer, "construcciones hipotéticas". Y en consecuencia, también la moderna teología cristiana, toda aquella que se muestra crítica y no está aferrada al dogmatismo, pone en tela de juicio de modo general la credibilidad histórica de los Evangelios, llegando por unanimidad a la conclusión que de la vida de Jesús no se puede averiguar prácticamente nada, que también las noticias sobre su doctrina son secundarias, por lo que los Evangelios no reflejan en modo alguno la historia sino la fe: la teología común, la fantasía común de finales del siglo I.[1859]

Por tanto (!) en los comienzos del cristianismo no hay ni historia ni falsificación; pero como punto central, como su auténtico motivo: el error. Y este error se remonta nada menos que a Jesús.

Sabemos que el Jesús de la Biblia, especialmente el sinóptico, se encuentra plenamente dentro de la tradición judía. Es mucho más judío que cristiano; por lo demás, también a los miembros de la comunidad primitiva se les llamaba "hebreos"; sólo la investigación más reciente les llama "judeocristianos". Pero su vida apenas se diferencia de la de los restantes judíos. Consideraban también como preceptivas las Escrituras Sagradas judías y siguieron siendo miembros de la sinagoga durante muchas generaciones. Jesús propagaba una misión sólo entre judíos. Estaba fuertemente influenciado por la apocalíptica judía. Y ésta, en especial la tradición apocalíptico-enoquítica, influyó poderosamente sobre el cristianismo. No en vano Bultmann titula un estudio *Ist die Apokalyptik die Mutter der christiichen Theologie?* (¿Es la apocalíptica la madre de la teología cristiana?). En cualquier caso,

---

[1857] Pfister 509. Guardini 32. Cf. al respecto Deschner, Hahn, capítulo 1, Die Bestreitung der Geschichüichkeit Jesu. Una visión general apologista sobre "el problema del Jesús histórico" en O. Betz, Was wissen wir von Jesús 9 ss.

[1858] Dibelius, Botschaft I 298. Werner, Die Entstehung 65. Goguel 73. Sobre von Soden cf. Ackermann 396. Schneider, Geistesgeschichte I 29. Cf también Bultmann, Synoptische Tradition 396.

[1859] A. Schweitzer, Leben-Jesu-Forschung 555. Conzelmann, Die formgeschichtiiche Methode 61. Percy 20. Dibelius, Jesús 24. ídem. Formgeschichte 34 ss, 295. Bornkamm, Jesús 11 s. Buitmann, Jesús 11 s. ídem. Synoptische Tradition 1, 163, 176, 366 ss, 394 ss. Gronbech, Zeitwendel I 128. Grobel 65. Knopf, Einführung 239. Stauffer, Jesús 7. Grundmann, Die Geschichte 15. Ben-Chorin 7 ss.

el Nuevo Testamento está plagado de ideas apocalípticas. Delata en todos sus pasos esa influencia. "No puede haber duda de que fue un judaísmo apocalíptico en el que la fe cristiana adquirió su primera y básica forma" (Cornfeld/Botterweck).[1860]

Pero el germen de esta fe es el error de Jesús acerca del fin inminente del mundo. Esas creencias eran frecuentes. Tampoco significaban siempre que el mundo fuera a finalizar, sino quizá el comienzo de un nuevo período. Ideas similares se conocían en Irán, en Babilonia, Asiría, Egipto, y los judíos las tomaron del paganismo, las incorporaron en el Antiguo Testamento como la idea del Mesías. Jesús fue uno de los muchos profetas, anunció, como los Apocalipsis judíos, los esenios, Juan el Bautista, que su generación era la última; predicó que el tiempo presente se había acabado y que algunos de sus discípulos "no probarían la muerte, hasta ver llegar con fuerza el reino de Dios"; que no acabarían con la misión en Israel "hasta que llegue el Hijo del Hombre"; que el juicio final de Dios tendría lugar "en esta misma generación"; que no cesaría "hasta que no haya sucedido todo esto".[1861]

62

Aunque todo esto estuvo en la Biblia durante un milenio y medio, Hermann Samuel Reimarus, el orientalista hamburgués fallecido en 1768, fue el primero en reconocer el error de Jesús, publicando más tarde Lessing partes del amplio trabajo de este erudito, que ocupaba más de 1,400 páginas. Pero hasta comienzos del siglo XX el teólogo Johannes Weiss no mostró el descubrimiento de Reimarus, desarrollándolo el teólogo Albert Schweitzer. El reconocimiento del error fundamental de Jesús se considera el acto copernicano de la teología moderna y lo defienden de modo general sus representantes críticos de la historia y adogmáticos. Para el teólogo Bultmann no hace falta "decir que Jesús se equivocó en la espera del fin del mundo". Y según el teólogo Heiler "ningún investigador serio discute la firme convicción de Jesús en la rápida llegada del juicio final y del fin [...]".[1862]

Precursor de los falsificadores

Pero no sólo Jesús se equivocó sino también *toda la cristiandad,* ya que, como admite un garante nada sospechoso, el arzobispo de Friburgo Conrad Gróber (miembro promotor de las SS), "se contemplaba el regreso del Señor como inminente, tal como atestiguan no sólo diversos pasajes en las epístolas de san Pablo, san Pedro y Santiago y en el Apocalipsis, sino también la literatura de los Padres apostólicos y la vida proto-cristiana".[1863]

Marañatha ("Ven, Señor") era la rogativa de los primeros cristianos. Pero a medida que transcurría el tiempo sin que viniese el Señor, cuando las dudas, la resignación, las burlas, el ridículo y la discordia fueron en aumento, hubo que

---

[1860] Cornfeld/Botterweck I 85 ss espec. 87. Schoeps, Studien 63 s, 68 ss.

[1861] Me. 9, 1; 1, 15; 13, 30. Mt. 4, 17; 10, 7; 10, 23; 16, 28. Le 11, 51. Cornfeld/Botterweck II 393 s, 111 766 ss.

[1862] J. WeiB, Die Predigt Jesu vom Reiche Gottes 1892, 2.a ed. 1900. A. Schweitzer, Das Messianitätsund Leidensgeheimnis 1901. ídem. Von Reimarus zu Wrede 1906. ídem. Die Mystik des Apostéis Paulus 1930. Buitmann, Das Urchristentum 102. Heiler, Der Katholizismus 22.

[1863] C.Groberl 8.

suavizar paulatinamente el radicalismo de las afirmaciones de Jesús. Y finalmente, tras decenios, siglos, al no llegar el Señor sino la Iglesia, ésta convirtió lo que en Jesús era esperanza lejana, su idea del Reino de Dios en la idea de la Iglesia y a las más antiguas creencias cristianas ella las sustituyó por el Reino de los Cielos: una inversión total, en el fondo una gigantesca falsificación, desde luego, dentro del cristianismo dogmáticamente la mayor.[1864]

63

La creencia en la proximidad del fin condicionó de manera decisiva la aparición posterior de los escritos proto-cristianos: primero en la segunda mitad del siglo I y en el curso del II. Jesús y sus discípulos, **que no esperaban ningún más allá,** ningún estado de bienaventuranza trascendental, **sino la inmediata intervención de Dios desde el cielo y un cambio total de todas las cosas en la Tierra,** no tenían naturalmente ningún interés en apuntes, escritos o libros, para cuya redacción no estaban además capacitados.

Y cuando se comenzó a escribir, desde el principio fueron suavizándose las profecías de Jesús de un final del mundo tan cercano. Los cristianos no vivieron ese final y de este modo surgen después en toda su literatura antigua las cuestiones, se propaga el escepticismo, la indignación. "¿Dónde está, pues, su anunciada segunda venida?", se dice en la segunda epístola de Pedro. "Desde que murieron los padres, todo está como ha sido desde el comienzo de la creación." Y también en la primera epístola de Clemente surge la queja: "esto ya lo hemos oído también en los días de nuestros padres, y mira, hemos envejecido y nada de eso nos ha pasado".[1865]

Voces de ese estilo se levantan poco después de la muerte de Jesús. Y se multiplican en el curso de los siglos. Así reacciona ya el autor cristiano más antiguo, el apóstol de los pueblos Pablo. Si primero explicó a los corintos que el plazo "se había fijado corto" y el "mundo se dirige al ocaso", "no todos moriremos, pero todos nos transformaremos" más tarde **espiritualizó la fe en el tiempo final** que de año en año se hacía más sospechosa. Hizo asumir internamente a los fieles la gran renovación del mundo, el anhelado cambio de eones, mediante la muerte y la resurrección de Jesús. **En lugar de la predicación del reino de Dios,** en lugar de la promesa de que este reino pronto despuntaría en la Tierra, Pablo introduce ideas individualistas del más allá, la *vita aeterna.* ¡Ya no viene Cristo al mundo sino que el cristiano creyente va hacia él en el cielo! También los evangelistas que escriben más tarde suavizan las profecías de Jesús sobre el fin del mundo y hacen **correcciones en el sentido de un aplazamiento;** el que más lejos va es Lucas, sustituyendo la creencia en la esperanza próxima por una historia de salvación divina con estadios previos y escalones intermedios.[1866]

Las "Sagradas Escrituras" se amontonan, o reflexión de

[1864] Se muestra y documenta extensamente en: Deschner, Hahn 17 s.

[1865] 2. Petr. 3, 4. L Clem. 23, 3.

[1866] Cf 1. Cor. 7, 29 ss y 15, 51; 16,22 con I. Cor. 11, 29 ss; 15, 22 ss; 2. Cor. 5, 17; 6, 2. Buitmann, Geschichte und Eschatologie 44 s. Haenchen 87 ss, 114 s. Schweitzer, Die Mystik 93, 98 ss. Taubes 67 s. Conzelmann, Die Mitte derZeit 80 ss. Selby 21 ss. Wemer, Der protestantische Weg I 142 ss. Schoeps, Paulus 102 ss. Buonaiuti I 46 ss. Graesser 76 ss, 157 ss, 178 ss, 199 y otros.

CUATROCIENTOS AÑOS SOBRE LA TERCERA PERSONA DIVINA

Ningún evangelista tenía intención de escribir una especie de documento de revelación, un libro canónico. Ninguno se sentía inspirado, tampoco Pablo, y en realidad ninguno de los autores del Nuevo Testamento. Sólo el Apocalipsis, que con apuros llegó a formar parte de la Biblia, pretende que Dios ha dictado el texto a su autor. Pero el ortodoxo obispo Papías no consideraba en el año 140 a los Evangelios como "Sagradas Escrituras" y dio preferencia a la tradición oral. Incluso san Justino, el apologista más grande del siglo II ve en los Evangelios (que apenas cita, mientras que no cesa de mencionar el Antiguo Testamento) sólo "curiosidades".

El primero en hablar de una inspiración del Nuevo Testamento, que designa los Evangelios y las epístolas de Pablo como "santa palabra de Dios", es el obispo Teófilo de Antioquía a finales del siglo II, una lumbrera especial de la Iglesia, que explica que fuera el primero en mencionar la trinidad de la divinidad. Por otro lado, a pesar de la santidad y divinidad que él presupone a los Evangelios, escribió una "armonía de los Evangelios" pues aquellos le resultaban evidentemente demasiado inarmónicos.[1867]

Hasta la segunda mitad del siglo II no se admitió de modo paulatino la autoridad de los Evangelios, aunque durante mucho tiempo no en todos sitios. Todavía a finales de ese mismo siglo el Evangelio de Lucas se aceptaba con reticencias y el de Juan con una notable resistencia. ¿No resulta tampoco extraño que la protocristiandad no hablara de los Evangelios en plural, sino, en singular, del *Evangelios]* En cualquier caso, a lo largo de todo el siglo II "no se tuvo todavía un canon fijo de los Evangelios y la mayoría de éstos se consideraban realmente un problema" (Schneemelcher).[1868]

Esto lo demuestran con toda claridad dos famosas iniciativas de aquella época, que intentaron resolver el problema de la pluralidad de Evangelios con una reducción.

En primer lugar, está la difundida Biblia de Marción. Pues este "hereje", un importante dato en la historia de la Iglesia, redactó el primer Nuevo Testamento y fue el fundador de la crítica de sus textos, al redactar poco después del año 140 su "Sagrada Escritura". Con ello se distanciaba por completo del sanguinario Antiguo Testamento y recoge sólo el Evangelio de Lucas (sin la historia de la infancia, totalmente legendaria) y las epístolas de Pablo, aunque, significativamente, estas últimas sin las cartas pastorales falsificadas y la epístola a los hebreos, asimismo manipulada. Pero a las restantes epístolas las privó de las añadiduras "judaístas", y su acción fue el motivo decisivo para que la Iglesia católica iniciara o acelerara su recopilación del canon, comenzando así a constituirse como Iglesia.

64

La segunda iniciativa, en cierta medida comparable, fue el *Diatesarón* de Taciano. Este discípulo de san Justino, en Roma, resolvió el problema de la pluralidad de los Evangelios de un modo distinto, aunque también reduciéndolos. Redactó (como

---

[1867] Theophil ad Autol. 2, 15; 2, 22; 3, 13 s. Euseb h. e. 3, 39, 4. Jerón. ep. 121, 6,15. Altaner/Stuiber 75ss. Extensamente Deschner, Hahn145ss.

[1868] Altaner/Stuiber 77. Bauer, Rechtgläubigkeit 187 ss. Hennecke, Neutestamentliche Apokryphen 8 ss. Schneemelcher, introducción principal en Hennecke 11,43.

Teófilo) una armonía de los Evangelios, añadiendo libremente en el marco cronológico del cuarto Evangelio los tres relatos sinópticos, así como todo tipo de historias "apócrifas" (con lo que se sigue discutiendo sobre si creó la obra en Roma o en *Si*ria). De todos modos, tuvo gran éxito y la Iglesia siria lo utilizó como Sagrada Escritura hasta el siglo V.[1869]

Los cristianos del siglo I y en buena medida también los del siguiente no poseían, pues, ningún Nuevo Testamento. Como textos normativos sirvieron primero, hasta comienzos del siglo II, las epístolas de Pablo; los Evangelios no se citaron como "Escritura" en los servicios religiosos hasta mediados de este mismo siglo.[1870]

La auténtica Sagrada Escritura de los cristianos, no obstante, fue primero el libro sagrado de los judíos. Todavía el año 160, san Justino, en el tratado cristiano más amplio hasta esa fecha, se remitía casi de manera exclusiva al Antiguo Testamento y por cierto, en la mayoría de los casos, para calumniar a los judíos de forma tan atroz que a veces podría eclipsar a Hitler y a Streicherpor. El nombre de Nuevo Testamento (en griego *he kaine diatheke,* "la nueva alianza", traducido por primera vez por Tertuliano como Novum Testamentum) aparece en el año 192. No obstante, por esas fechas no estaban todavía bien fijados los límites de este Nuevo Testamento y los cristianos estuvieron discutiendo a ese respecto durante todo el siglo III y parte del IV, rechazando unos lo que otros reconocían. "Por doquier hay contrastes y contradicciones — escribe el teólogo Cari Schneider—. Los unos dicen: es válido "lo que se lee en todas las iglesias", los otros: "lo que procede de los apóstoles" y unos terceros distinguen entre contenido doctrinal simpático y no simpático."[1871]

Aunque alrededor del 200 hay en la Iglesia, como Sagrada Escritura, un Nuevo Testamento junto al Antiguo, siendo el núcleo central igual que en el anterior Nuevo Testamento del hereje Marción, el Evangelio y las epístolas de Pablo, todavía eran objeto de discusión los Hechos de los apóstoles, el Apocalipsis y las "epístolas católicas". En el Nuevo Testamento de san Ireneo, el teólogo más importante del siglo II, aparece el "pastor" de Hermas, que no pertenece al Nuevo Testamento, pero la epístola a los hebreos, que si pertenece, no está allí.[1872]

65

El escritor religioso Clemente Alejandrino (fallecido alrededor de 215), incluido en varias martirologías entre los santos del 4 de diciembre, apenas conoce una colección de libros del Nuevo Testamento medianamente delimitada. Comenta por igual escritos bíblicos y no bíblicos, como por ejemplo el *Apocalipsis de Pedro,* falsificado, o la epístola de Barnabás, que considera apostólica. A Hermas, el autor del "pastor", le acredita incluso "un órgano inspiradísimo de revelación divina", a la doctrina falsificada de los doce apóstoles la llama simplemente "la Escritura". Utiliza por igual los Evangelios egipcio o hebreo y los "canónicos", excepto los Hechos de los apóstoles "canónicos", lo mismo que las leyendas apostólicas de Lucas. Cree en revelaciones reales de las "sibilas" y no se recata en colocar unas palabras del

[1869] Schneemelcher ibíd. 11. Reicke/Rost 1304. Haag 923 s. Altaner/Stuiber 72, 106 s. Harnack, Marcion passim, espec. 246. Knopf, Einführung 160.

[1870] I. Clem. 47, 1 ss. Ign. Eph. 12, 2. Just. apol. 1, 67. Reicke/Rost 1304.

[1871] Euseb. e. 4,26,13 s. Reicke/Rost 1303. Schneider, Geistesgeschichte 1329s. Cftambiennotasl 31.132. Euseb.

[1872] Reicke/Rost 1304 s. Altaner/Stuiber 110 ss, espec. 113. Bardenhewer 1426s.

"teólogo" Orfeo junto a otras del Pentateuco. ¿Por qué no?, ¿acaso no eran tan auténticas unas como otras?[1873]

Pero incluso la propia Iglesia romana no incluye alrededor del año 200 en el Nuevo Testamento la epístola a los hebreos, ni la primera y la segunda epístolas de Pedro, ni la epístola de Santiago y la tercera de Juan. Y las oscilaciones en la valoración de los diferentes escritos son, como muestran los papiros hallados con textos del Nuevo Testamento, aún muy grandes durante el siglo III. Todavía en el siglo IV, el obispo Eusebio, historiador de la Iglesia, incluye entre los escritos que son objeto de discusión por parte de muchos: la epístola de Santiago, la de Judas, la segunda epístola de Pedro y "las llamadas" segunda y tercera epístolas de Juan. Entre los escritos apócrifos cuenta, "si se quiere", la Revelación de Juan. (Y casi hacia finales del siglo VII, en 692, el Concilio de Trullo aprobó en la Iglesia griega cánones con y sin el Apocalipsis de Juan.) Para la Iglesia norteafricana, alrededor del año 360 y según el canon Mommsenianus, *no* pertenecen a las Sagradas Escrituras la epístola a los hebreos, las epístolas de Santiago y Judas y, según otras tradiciones, la segunda de Pedro y las segunda y tercera de Juan. Por otro lado, prominentes Padres de la Iglesia incluyeron en su Nuevo Testamento toda una serie de Evangelios, Hechos de los apóstoles y epístolas que posteriormente la Iglesia condenó, y en Oriente, hasta el siglo IV gozaron de gran aprecio, o incluso fueron consideradas como Sagrada Escritura, entre otros. *Hermas, Apocalipsis de Pedro, Didache,* etc. Y hasta ya en el siglo V es posible encontrar en un códice escritos "apócrifos", o sea falsos, junto a otros "verdaderos".[1874]

66

Las llamadas epístolas católicas son las que necesitaron más tiempo para entrar en el Nuevo Testamento como el grupo de las siete epístolas, cuya extensión fue el primero en determinar de modo definitivo el Padre de la Iglesia san Atanasio, el "padre de la teología científica", a quien los investigadores culpan también de la falsificación de documentos, recogiendo los 27 escritos conocidos (entre ellos las 21 epístolas), y mintiendo sin el menor reparo al afirmar que los apóstoles y maestros de la época apostólica habían establecido ya el canon. Bajo la influencia de Agustín, Occidente siguió la resolución de Atanasio y delimitó en consecuencia de modo definitivo, casi a punto de comenzar el siglo V, el canon católico del Nuevo Testamento en los sínodos de Roma en 382, Hippo Regius en 393 y Cartago en 397 y 419.[1875]

El canon del Nuevo Testamento (utilizado en latín como sinónimo de "Biblia") se creó imitando el libro sagrado de los judíos. La palabra canon, que en el Nuevo Testamento aparece sólo en cuatro lugares, recibió en la Iglesia el significado de "norma, escala de valoración". Se consideraba canónico lo que se reconocía como parte de esta norma, y después del cierre definitivo del conjunto de la obra del Nuevo Testamento, la palabra "canónico" significó tanto como divino, infalible. El

[1873] Me ciño aquí a Bardenhhewer II 87 s. Allí todas las referencias bibliográficas. Cf. también ibíd. 42.

[1874] Iren. 4, 20, 2. Tert. de orat. 16. Euseb. h. e. 3, 25, 1 ss. Haag 922 ss, Reicke/Rost 1304 s. LThK 1.a ed. V 778 s. Streeter 439. Wíkenhauser, Einleitung 28, 31. Schneemelcher, Haupteinleitung 13 ss, 18 ss.

[1875] Afirmación de Athanasius en 39 carta. Haah 923 s. Reicke/Rost 1304 s. LThK 1.a ed. V 779. Más extensamente sobre la realización del Nuevo Testamentó: Deschner, Hahn 143 ss.

significado contrario lo recibió la palabra "apócrifo".[1876]

El canon de la Iglesia católica tuvo validez general hasta la Reforma. Lutero discutió entonces la canonicidad de la segunda epístola de Pedro ("que a veces desmerece un poco del espíritu apostólico"), de la de Santiago ("una epístola un poco de paja"; "directa contra san Pablo"), la epístola a los hebreos ("quizá una mezcla de madera, paja y heno") así como el Apocalipsis (ni "apostólico ni profético"; "mi espíritu no puede conformarse con el libro") y admito sólo lo que "Cristo impulsaba". Por el contrario, el Concilio de Trento, mediante el decreto de 8 de abril de 1546, volvía a aferrarse a todos los escritos del canon católico, ¡ya que Dios era su *auctor.* En realidad, su *auctor* fue el desarrollo, la elección durante siglos de estos escritos en las distintas provincias eclesiásticas según su uso más o menos frecuente en los servicios religiosos y la afirmación falsa de su origen apostólico.[1877]

67

Cómo acata la investigación al Espíritu Santo

El Nuevo Testamento es el libro más impreso y (quizá) más leído de la época moderna. Se le ha traducido a más lenguas que cualquier otro. Se le ha interpretado, dice el católico Schelkle, con una intensidad "que supera a todo.

¿No se habría agotado hace mucho tiempo cualquier otro libro con tan exhaustiva exégesis?". Es posible. Pues ¿qué otro libro, prescindiendo de los ancestros judíos, ofrece con algunas cosas buenas tantas contradicciones, leyendas, mitos, tanta transformación secundaria y trabajo de redacción, tantos paralelismos, como muestra la *Geschíchte der synoptischen Tradition* de Bultmann, con los cuentos de la literatura universal, comenzando por las viejas ficciones chinas, pasando por los cuentos de indios y de gitanos, los cuentos de los mares del sur hasta las leyendas germánicas, tantos despropósitos, insensateces, que todos se han tomado tan en serio, y que muchos aún se las siguen tomando así?[1878]

El Nuevo Testamento es, no sólo formalmente sino también en cuanto a su contenido, tan diverso, contradictorio, antinómico, que el concepto de una "teología del Nuevo Testamento" se convirtió hace mucho para la investigación en algo más que problemático. En cualquier caso, no hay ninguna doctrina unitaria del Nuevo Testamento, sino grandes desviaciones, incongruencias, discrepancias notables, incluso en lo que respecta al propio "testimonio de Cristo". Sólo el hecho de *que* se da fe del Señor confiere a la totalidad una unidad sumamente heterogénea. Pero ¡qué no se testimonia en la Tierra, al menos en las religiones![1879]

A la vista de este resultado, hablar de inspiración, infalibilidad, quita el habla incluso a quien lo toma a risa. Pero los santos padres han de ir a por todo, pues para eso se ha creado el todo y no ir a por ese todo sería peligroso, lo más peligroso, motivo por el que siempre, y esto tiene consecuencias, realmente funestas, fueron y

---

[1876] LThK 1.ed. V 778. Theologisches Wórterbuch III 979 ss. Jülicher 450 ss, 555. Hennecke, Neutestamentliche Apokryphen, ed. Schneemelcher I 1 ss.

[1877] Reicke/Rost 1304 s. Haag 924. LThK 1.a ed. V 779. Lulero citado según Grisar I 523 s, III 442 s, allí la bibliografía. Schneemelcher, Haupteinleitung 12 ss.

[1878] Bultmann, Synoptische Tradition passim. Schelkle 28.

[1879] Reicke/Rost 1308 s.

van a por todo.

En el Concilio de Florencia (bula *Cántate Domino* de 4 de febrero de 1442), en el Concilio de Trento (4.a sesión del 8 de abril de 1546) y en el Concilio Vaticano I (3.a sesión del 24 de abril de 1870), la Iglesia católica romana ha hecho de la doctrina de la inspiración de la Biblia, que como se sabe conlleva la infalibilidad, un dogma de fe. En este último cónclave decretó que "las Sagradas Escrituras, redactadas por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor". Por lo tanto los teólogos eclesiásticos niegan rotundamente las contradicciones o incluso la simple posibilidad de falsificaciones en la Biblia, llegando hasta el siglo XX, cuando los "progresistas" se entregan a otra táctica, en la que por ejemplo para el teólogo francés Michel Clévenot ¡"la increíble libertad con la que los evangelistas se atreven a contradecirse" demuestra precisamente la "peculiaridad" de Jesús! Pero la contradicción y la infalibilidad, la falsificación y la santidad, la ilegitimidad y la canonicidad, difícilmente armonizan entre sí por mucha catolicidad que se les añada. También la alta dignidad moral y religiosa atribuida a los autores bíblicos, su presunta conciencia de la verdad estricta, se compagina mal con todo eso. La "autoridad" de sus libros se basa y se basó precisamente en "que reproducen fielmente las profecías sobre Cristo de los profetas y el testimonio de Cristo de los apóstoles" (Von Campenhausen). De este modo es como los apologistas se defendieron y se defienden, por lo general con palabras elocuentes, contra las acusaciones de falsificación, máxime cuando va unido a ello una datación posterior de estos escritos, o sea cuando en la seudoepigrafía neotestamentaria no puede haber una apostolicidad, "el criterio central para la proximidad al origen".[1880]

68

Por supuesto que sigue habiendo suficientes eruditos que continúan defendiendo la seudoepigrafía, importante para los humanistas, los judíos, los cristianos y antaño *"determinative for the thoughts of Dante, Bunyan, and Milton"* (Charlesworth). Pero incluso una cabeza no exenta de crítica como Arnold Meyer, al final de su artículo sobre la "seudoepigrafía religiosa [...]", no precisamente favorable a las Iglesias, evita la palabra "falsificaciones" (que yo siempre prefiero a los decentes balbuceos de la ciencia "seria") y "prefiere hablar de una forma antigua de la fuerza creativa literaria, que se esfuerza en volver a dar la palabra a viejas figuras, de manera tan real y eficaz como sea posible, para que la verdad encuentre hoy lo mismo que ayer una voz digna y una defensa lograda".[1881]

En realidad, las falsificaciones de los cristianos (y de los judíos) deben juzgarse de una manera mucho más rigurosa que las de los paganos. Aunque éstos poseían ya libros sagrados, por ejemplo en el **orfismo o el hermetismo**, dichos libros no tenían el significado de una religión manifestada. Las revelaciones judías y cristianas, las doctrinas de los profetas y de Jesús, tenían un carácter **obligatorio, eran inviolables.** Con todo, los cristianos modificaron los escritos del Nuevo Testamento y también de los Padres de la Iglesia, de los cónclaves eclesiásticos, en efecto, falsificaron tratados totalmente nuevos en nombre de Jesús, de sus discípulos, de los Padres de

[1880] Brox, Faische Verfasserangaben 11 ss, 78. Schelkle 29. v. Campenhausen, Die Entstehung 380. Clévenot, Die Christen 132 s.

[1881] Meyer, Pseudepigraphie 110. Charlesworth, (The pséudepigrapha 25. Cf. ídem The Renaissance 107 ss.

la Iglesia, falsificaron actas conciliares completas.[1882]

69 En vista de la importancia del fenómeno de las falsificaciones en la historia de los comienzos del cristianismo sorprende en cierta medida — aunque quizá no — cómo la propia investigación ha respetado la hagiografía, cómo no ha tratado hasta épocas recientes este complejo de temas o incluso lo ha ignorado. Durante mucho tiempo se rodeó o pasó por alto su precario campo, hasta el punto que todavía hoy "hay que confesar una considerable incertidumbre sobre la historia de las falsificaciones" (Brox).[1883]

Resulta significativo que Norbert Brox (¡un teólogo católico!) llame todavía en 1973 y 1977 "incierta" a la investigación científica de la seudoepigrafía protocristiana. Hasta esa fecha Brox no conoce "ninguna reflexión metodológica consecuente para este fenómeno asentado en una amplia base". A la investigación en este campo la considera más bien "curiosamente poco comunicativa (o también inactiva)", en cualquier caso "ocupada poco y sin gran convencimiento en la seudoepigrafía como una forma de la literatura teológica del cristianismo".[1884]

Es cierto que por doquier surgieron miles de cuestiones, pero sorprende "lo rudimentarias, casuales e insuficientes que fueron las respuestas [...] lo extraordinariamente "por satisfecha" que se dio la investigación", cómo en todos los inventarios amplios y representativos "quedó rápidamente satisfecha con valoraciones improvisadas y juicios globales obtenidos de modo superficial". Para la filología clásica más antigua esto no constituyó "ningún tema serio". Y en lo que respecta al análisis de la literatura judeocristiana bajo este aspecto, existió naturalmente también "una gran discreción", hubo una "escasa motivación para tratar el problema de la falsificación posible o real en la literatura bíblica y protocristiana". Si se hizo o se hace, en este caso "hasta tiempos recientes la solución resulta muy poco complicada y con un claro objetivo [...] "demostrando" a pesar de todo la autenticidad de todos los escritos bíblicos y asentando la falsificación de repente a un nivel moral según escalas actuales, lo que para cualquier escritor comprometido religiosamente (y por tanto también para los hagiógrafos) debe considerarse como excluido de principio o en todo caso debe resultar a posteriori muy inferior a sus exigencias y niveles morales. También donde se quiere evitar, la apologética toma la pluma [...]". Este teólogo católico sigue diciendo: "Todos esos esfuerzos intentan salvarse de la calamidad de tener que atribuir a autores con probadas altas pretensiones éticas y religiosas un comportamiento dudoso en el que no se cree, y quieren delimitar de toda la masa de falsificaciones un área íntegra, motivada religiosamente y fuera de toda sospecha".[1885]

70

Los cristianos falsificaron más conscientemente que los judíos y con mucha mayor frecuencia

[1882] Speyer, Fälschung, literarische 251.

[1883] Brox, Faische Verfasserangaben 63, 111.

[1884] Brox. ibíd. ídem Problemstand 311.

[1885] Como Norbert Brox en su introducción a Pseudepigraphie 1 ss. Cf. también Meyer, Besprechung 150.

Hemos de tener presente en primer lugar un hecho relevante: de ningún Evangelio, de ningún escrito del Nuevo Testamento, y desde luego de ninguno bíblico, poseemos un original, por mucho que hasta el siglo de la Ilustración histórica se afirmara tener el original del Evangelio de Marcos, incluso por duplicado, uno en Venecia y el otro en Praga, y ambos originales en una lengua en la que ninguno de los evangelistas escribió, el latín. Pero faltan también las primeras copias. Sólo tenemos copias de copias de copias, y constantemente aparecen nuevas. (En 1967 se contaban más de 1,500 manuscritos del Antiguo Testamento griego y 5,236 del Nuevo, aunque con cierta frecuencia uno mismo ha sido registrado erróneamente varias veces. Muy pocos de ellos, además, contienen el Nuevo Testamento completo y la mayoría son relativamente recientes. Únicamente los papiros se remontan a tiempos más lejanos, algunos de ellos hasta los siglos II y III. No obstante, son muy fragmentarios; el más antiguo de todos está formado por unas pocas palabras: J. 18, 31-33, y 37-38.)[1886]

Puesto que en la Antigüedad los libros sólo se reproducían a mano, las falsificaciones eran más sencillas y al copiar podían hacerse en cualquier momento cambios en el texto, introducir párrafos, hacer supresiones o incluso completarlos. En los manuscritos del Nuevo Testamento surgieron de este modo, a veces sin querer y otras intencionadamente, errores, equivocaciones por falta de atención o desconocimiento y también falsificaciones conscientes; estas últimas sobre todo en los siglos i y II, cuando el Nuevo Testamento no poseía todavía una validez canónica y no existía el más mínimo reparo, como nos demuestran muchas otras falsificaciones, en modificar el texto. Los copistas, los redactores y los glosadores intervinieron constantemente, se suprimió a voluntad, se amplió, se reordenó, se acortó. Se uniformó, se pulió, se armonizó y parafraseó, cada vez fue mayor la confusión, la degeneración, "una jungla de versiones contrapuestas" (Lietzmann), un caos, que hoy nos imposibilita establecer en muchos lugares "con seguridad o al menos con probabilidad" cuál es el texto original (Knopf).[1887]

Si muchos cristianos difícilmente se conforman con estos hechos innegables, tanto más irrita a su "fe en el Nuevo Testamento", a sus sentimientos hacia la gran época del cristianismo primitivo, que los escritos del Nuevo Testamento, los libros de la Biblia "infalible", que las obras de la primitiva Iglesia, tratados teológicos, epístolas y sermones sean falsos, que lleven un nombre falso o falsificado. A esa imputación, ya sea por parte del autor o en el curso de su transmisión, se la llama seudoepigrafía.

71

Algunas obras cristianas falsificadas, sobre todo las de la época más antigua, pueden haberlo sido "de buena fe", "con buena intención" y por consiguiente, no son en sentido psicológico estricto un "engaño", un delito, sino que subjetivamente están justificados; pero objetivamente, su acción no deja de ser una falsificación, un engaño. Por supuesto, nadie duda que muchos datos de autoría incorrectos pueden haberse producido por accidentes casuales, confusiones, errores, por equivocaciones del copista o del editor. Y nadie podría o querría llamar falsificaciones a esas falsas

[1886] Haag 218 ss.

[1887] Ibíd. 227. Reicke/Rost 1307. Knopf, Einführung 22 s, 63. Lietzmann, Geschichte II 94. Bauer, Rechtgläubigkeit 163. Feine-Behm 23, 320, 334. Hirsch, Frühgeschichte passim, espec. 70 ss, 99 ss, 123 ss.

atribuciones; aunque afeen el rostro de escritos supuestamente infalibles, inspirados por Dios, rara vez salen a la luz.

De todos modos, el Antiguo Testamento queda mejor parado en comparación con el Nuevo y la literatura cristiana primitiva, puesto que los judíos de aquél, en especial los de épocas más antiguas, estaban mucho menos versados sobre la falsificación y todo lo que ello implica. Todas esas personas no tenían todavía la relación y el sentido de la realidad de los posteriores cristianos, que pensaban, si bien sólo *comparativamente,* de manera algo más racional, menos extasiados por el mito y con un punto de vista más histórico. Los seudoepígrafes de los antiguos judíos no surgieron todavía en un aura marcada por la lucha constante contra los "herejes", de mutuas sospechas, de corrosiva desconfianza. Por ese motivo no se les atacó, sino que más bien se les recibió con entusiasmo. Estas personas apenas estaban preparadas para las falsificaciones y mucho menos tenían en cuenta sus posibilidades. Los reproches de falsificación no se generalizaron durante mucho tiempo entre los judíos como lo serían más tarde entre los cristianos, cuando cada una de las numerosas "sectas" falsificaba para imponer sus teorías de fe frente a la "gran Iglesia" y ésta, por medio de contra falsificaciones se afirmaba, a veces incluso simplemente destruyendo los escritos contrarios. Pero donde hablar y oír de falsificaciones se convirtió en una constante, es difícil que alguien haya falsificado de buena fe. La redacción de una seudoepigrafía religiosa verdadera (!) es "bastante improbable" y es evidente que "en el ámbito cristiano ocupa un espacio esencialmente más reducido que en el judío o el pagano" (Speyer). Es decir: los cristianos falsificaron más, fueron los que más lo hicieron.[1888]

Sin duda, en la jungla de su seudoepigrafía no todo es falsificación premeditada, no todos los datos falsos de autoría lo son conscientemente y muchas cosas son simple error o equivocación. Con frecuencia, la igualdad de nombre de distintos autores (homonimia) provocó que se hicieran asignaciones falsas, a menudo también el contenido idéntico de diversos escritos. Muchas veces, un tratado que circulaba sin nombre (anonimía) — por descuido, olvido o pérdida del nombre — recibía uno conocido, algo que en realidad podía suceder de un modo más o menos casual y que entonces con excesiva frecuencia se convertía en manipulación (consciente), en una asignación falsa buscada, en un "abuso metódico" incluso falsificación.[1889]

72

Resulta significativa la intención consciente de engaño cuando, por ejemplo en época muy posterior a los tiempos apostólicos, un escrito cualquiera pretende una autoría apostólica. "La realización literaria del engaño se ha hecho con una exactitud tan desenvuelta y se ha mantenido "históricamente" sin tan pocos escrúpulos, que no es posible hacer una descripción distinta a la de que se trata de un abuso buscado de la buena fe de los lectores con ayuda de trucos literarios para conseguir un objetivo determinado con lo que se ha escrito." (Brox)[1890]

En innumerables casos se trata así de embaucos (conscientes), de mentiras, de engaños. Y precisamente allí donde se osa hablar "en nombre del Santo y Grande",

---

[1888] Bauer, Rechtgläubigkeit 163. Kober, Die Deposition 675. Meyer, Bespreehung 150 s. Speyer, Religióse Pseudepigraphie 247 ss, 259 ss. ídem Literarische Fálschung 85 s, 219 s, 260 ss, 310.

[1889] Brox, Faische Verfasserangaben 30 s, 49 s.

[1890] Ibid.

entonces "se falsifica mucho y con serias intenciones" (A. Meyer). Esto es válido en especial para la seudoepigrafía cristiana. Al menos en casi todos los incontables escritos apócrifos que van del siglo III hasta la Edad Media, "los datos falsos del autor no pueden explicarse por una vivencia religiosa ni por una ficción literaria. Se realizaron con plena consciencia para engañar" (Speyer).[1891]

Antes de que pasemos a contemplar los Evangelios desde esta perspectiva, teniéndolos en cuenta tanto a ellos como a la literatura protocristiana trataremos la cuestión de los motivos y métodos de los falsificadores.

¿Por qué y cómo se falsificó?

Bueno, para el por qué hay multitud de razones. Un motivo importante fue el aumento de autoridad, si bien a menudo sólo fue una circunstancia concomitante. Se intentaba conseguir respeto y difusión para un escrito haciéndolo pasar por el de un autor renombrado, o bien alterando su edad, o sea, datándolo en épocas anteriores para que formara parte del pasado evangélico. Así procedieron los "ortodoxos" y los "herejes", confundiendo el falsificador a sus lectores acerca del autor, el lugar y la copia. Pues al crecer las comunidades cristianas, según pasaba el tiempo iban surgiendo de modo natural nuevos problemas, situaciones e intereses a los que no podía dar una respuesta la antigua tradición literaria, la llamada época clásica, los primeros tiempos apostólicos. Pero ya que se necesitaba su beneplácito o al menos reflejar la continuidad legítima con los orígenes, se fabricaron en consecuencia escritos y "revelaciones", obras falsas que se databan en épocas anteriores, como "norma al principio", que evidenciaban una verdad segura. Se escribieron bajo el nombre de un famoso cristiano, se pretendía su autoría por Jesús, los apóstoles, sus discípulos o Padres de la Iglesia prominentes. De este modo no sólo se incrementaba el prestigio de la falsificación, sino que se garantizaba también su amplia difusión y se esperaba al mismo tiempo protegerla contra el desenmascaramiento.[1892]

73

Los católicos falsificaron para poder resolver "apostólicamente" en el sentido de Jesús y de sus apóstoles, o sea con autoridad, los nuevos problemas que surgían de la disciplina eclesiástica, del derecho de la Iglesia, de la liturgia, la moral, la teología. También falsificaron los "ortodoxos" para luchar mediante contra falsificaciones contra las falsificaciones de los "herejes", a menudo muy versadas y muy leídas por su correspondiente autoridad, como por ejemplo las de los gnósticos, los maniqueos, los priscilianistas, etc., como es el caso del *Kerygma Petrou,* las actas de Pablo, la *Epístola Apostolorum.* Esas contra falsificaciones avisan contra las falsificaciones "heréticas", como en la tercera Epístola a los Corintios. Insultan y maldicen a sus contrincantes falsificadores practicando exactamente lo mismo, a menudo incluso de modo más refinado, menos manifiesto. Y los "herejes" falsificaron sobre todo para conseguir imponer y para defender sus creencias divergentes del dogma de la

[1891] Meyer, Besprechung 150 s. Speyer, Religióse Pseudepigraphie 247 ss.
[1892] Speyer, Literarische Fálschung 221. Brox, Problemstand 328 ss.

Iglesia.[1893]

Se falsificó asimismo por razones de política de Iglesia y de patriotismo local, por ejemplo para demostrar la fundación "apostólica" de una sede episcopal, para fundar conventos, para garantizar o ampliar sus posesiones, para propagar a un santo. En especial desde el siglo IV se instituyeron las reliquias, se crearon falsas vidas de santos y monjes, documentos para conseguir ventajas legales y financieras.[1894]

Finalmente, se falsificó también para garantizar mediante una falsificación la "autenticidad" de otra. Se falsificó también para perjudicar a enemigos personales, para desacreditar a los rivales. Aunque más raras veces, se llegó también a defender a amigos mediante una falsificación, como muestran las pretendidas cartas del comes Bonifacio.[1895]

Pero sólo muy raras veces nos ha llegado el nombre de un falsificador, como el del católico Juan Malalas (retórico o escolástico), sobre el que no sabemos nada más. Debió ser en 565 patriarca de Constantinopla y luchar en Alejandría contra los monofisitas mediante falsificaciones, utilizando para ello el nombre del antipatriarca monofisita Teodosio de Jerusalén, el de Pedro de los íberos y el del obispo de Majuma (cerca de Gaza), asimismo monofisita. Zacarías Rhetor, un monofisita, informa al respecto en su historia de la Iglesia diciendo que Juan quería "ser del agrado" de la multitud, o sea de los diofisitas bajo el patriarca

Preterios, "hacerse un nombre, acumular oro y ser celebrado por esta fatua gloria [...]. Puesto que consideraba posible ser censurado por el contenido de sus libros, no los publicó bajo su propio nombre sino que atribuyó uno a Teodosio, obispo de Jerusalén, y otro a Pedro de los íberos, para que los fieles (es decir, los monofisitas) se confundieran con ellos y los aceptaran".[1896]

74

¿De qué métodos se valían los falsificadores?

El método más sencillo y también más frecuente de falsificación fue la utilización de un nombre falso aunque ilustre de un autor del pasado; esto sucedía en el mundo pagano de manera similar a como en el judío, pero en la época cristiana fue sistemático. Hacia finales de la Antigüedad y con posterioridad, una autoridad pretérita contaba por regla general más que una nueva, sobre todo cuando el autor falsificador — requisito habitual para sus acciones — se sentía inferior, no tenía un "nombre". Recurrir a un contemporáneo conocido era demasiado arriesgado y éste podía descubrir en cualquier momento la falsificación haciendo una declaración, reduciendo sus efectos. Aunque una obra con el nombre del autor falsificado no tiene por qué ser una falsificación en sí misma, el falseador es por lo general también el autor de la obra. Infinidad de libros "apócrifos", aun textos del Nuevo Testamento, surgieron con el propósito de engañar, son falsificaciones conscientes de un género literario de gran predicado durante la Antigüedad, chapucerías que pretenden proceder de la pluma de un autor totalmente distinto, de un hombre que no es

[1893] Hennecke, Neutestamentliche Apokryphen I 126 ss, 11 58 ss, 221 ss. Speyer, Literarische Fálschung 220. ídem. Fálschung, literarische 241 s, 254 s, 262, Brox, Faische Verfasserangaben 98 s, 105 ss.

[1894] Speyer, Literarische Fálschung 220. ídem, Pálschung, literarische 255.

[1895] Ibid.

[1896] Ibíd

idéntico a su autor, una personalidad que como más antigua es tachada de venerable y santa.[1897]

Con muchos de estos falsificadores los graves desatinos, las contradicciones y los anacronismos *prima facie* resultan sospechosos ya menudo son suficientes para declarar su falta de autenticidad, en especial cuando van acompañados de exagerados testimonios de autenticidad. Faltas de este tipo son, por ejemplo: previsiones demasiado llamativas, proyectos fechados con anterioridad, *vaticinio ex eventu,* plagio evidente de un autor posterior o un patrón literario que se repite incesantemente, clichés estilistas. Sin embargo, los falsificadores redomados emplean a menudo los trucos más osados, los detalles más sorprendentes, con objeto de simular autenticidad, inmediatez, la unicidad. Imitan de modo asombroso el estilo. Hacen las afirmaciones más enérgicas con aparente autoridad. Simulan datos biográficos y de situación, dan indicaciones precisas sobre el momento y el lugar, sucesos históricos hábilmente encajados en su tiempo. Cuidan también lo accesorio, los detalles, para generar la sensación de autenticidad, para hacer tanto más creíble la cuestión principal y por tanto más seguro el éxito de la falsificación. Entremezclan alusiones a circunstancias legendarias o históricas que sugieren una autenticidad sin cortapisas, la impresión de historicidad. Aportan nombres falsos pero hábilmente introducidos (en especial nombres raros, que sugieren credibilidad, o bien otros corrientes, que no despiertan sospechas). No sólo toman prestados grandes nombres de la historia, sino que inventan también los garantes adecuados.

75

Los falsificadores, al falsificar advierten, con tanta sangre fría como habilidad, contra los falsificadores. Avisan con maldiciones y amenazas.

Establecen criterios de autenticidad y de este modo hacen más factible su propia falsificación, recalcando su "autenticidad" en multitud de cartas mediante su firma. Así, el papa católico escribe a la emperatriz Helena:

"Saludo de paz envío yo, papa, con mi letra a tu creyente real alteza". Algunos falsificadores aseveran patéticos testimonios oculares y auriculares, algunos firman y sellan, algunos hacen al comienzo y al final de la falsificación juramentos sagrados de decir solamente la verdad, como el autor de una epístola dominical que se presenta como el apóstol Pedro. Otro falsario, Jerónimo, en su transcripción de un pretendido Evangelio de Mateo promete: "Traduciré el texto tal como está en el original hebreo, cuidadosamente, palabra por palabra". Otros cristianos, para aumentar la confianza en su falsificación no se recatan en acusar a otros de falsificación. Otros más intentan que sus embustes tengan mayor eficacia mediante amenazas. "Pobres de aquellos — advierte el falsificador católico de la *Epístola Apostolorum* — que falsifiquen esta mi palabra y mi mandamiento." Y el Apocalipsis seudoepigráfico de Esra amenaza: "Pero quien no crea en estos libros, arderá igual que Sodoma y Gomorra".[1898]

Entre los métodos de los falsificadores estaba también hacer más creíble la aparición repentina de presuntos escritos de antiguos autores mediante maravillosas historias de hallazgos o con el descubrimiento de copias o de traducciones de

[1897] Speyer ibíd. 14. Brox, Faische Verfasserangaben 52 s.

[1898] Seeck, Urkundenfáischungen 4. Vol. 399. Symen 299 ss, 305, 309. Schreiner 133. Speyer, Literarische Fálschung 47 ss, 58 ss, 92 s, 277 ss. ídem. Fálschung, literarische 239 s. ídem. Religióse Pseudepigraphie 201, 240. Brox, Problemstand 314 ídem, Faische Verfasserangaben 20 s, 51 ss, 57 ss.

originales en otros idiomas en tumbas, en bibliotecas famosas o en archivos, lo que explicaría su desconocimiento hasta entonces y el posterior descubrimiento de contenidos importantes. También las "revelaciones en sueños" condujeron al descubrimiento de falsificaciones o la invocación a "transmisión secreta". Los impostores gustaban de tener visiones de Cristo, María o los apóstoles y legitimizaban esas visiones mediante nuevos engaños.[1899]

En especial, los falsificadores de muchas de las vidas de santos utilizan la primera persona y recurren a los testigos oculares para fortalecer sus mentiras. Y no menos eficaces eran sobre todo los falsificadores de los libros de revelación cristianos, prometiendo a los lectores y propagadores de sus producciones el azul del cielo, pero amenazando a sus detractores. Los farsantes presentaban testigos jurados como fiadores de sus mentiras y para reforzar la confianza incluso decían algunas verdades en los aspectos accesorios. Y como en todos sitios, también aquí hay modos y métodos variables, otros procedimientos técnicos y temáticos, pero siempre formas recurrentes, por no decir características, si bien pocas cosas generales, típicas.[1900]

76

Lo anterior es válido sobre todo para la época posterior al Nuevo Testamento y en parte también para la anterior. Está claro que ya a los antiguos cristianos no les perturbaba mucho el problema, en particular el de la seudoepigrafía, y que en este punto (tampoco) fueron muy escrupulosos. A fin de cuentas, en el cristianismo, por la voluntad de Dios (y la exclamación de "¡por Dios!" nunca significa algo bueno) — la historia nos lo enseña—, todo está permitido. En la Antigüedad la mayoría de las falsificaciones se realizaron para apoyar la fe. (En la Edad Media se falsifica particularmente para asegurar o ampliar las posesiones y el poder. Ya en el siglo IX se falsifican documentos papales en todo Occidente, naturalmente por parte de los eclesiásticos.) El caso es que el porcentaje de los seudoepígrafes es muy grande en el protocristianismo, la práctica de la falsificación sin escrúpulos la ha habido siempre, incluso en los comienzos del cristianismo. "Desgraciadamente — confiesa el teólogo Von Campenhausen—, la veracidad en este sentido no es una de las virtudes cardinales de la Iglesia antigua."[1901]

Ni el Evangelio de Mateo, ni el Evangelio de Juan, ni la Revelación de Juan (Apocalipsis) proceden de los apóstoles a quienes la Iglesia los atribuye

Debido a la gran importancia de la "tradición apostólica" en el cristianismo de la gran Iglesia, la católica publicó todos los Evangelios como libros de los apóstoles o de sus discípulos, lo que fundamentó precisamente su prestigio. Pero no hay ninguna prueba de que Marcos y Lucas, cuyos nombres aparecen en un Evangelio cada uno, sean discípulos de los apóstoles, que Marcos sea idéntico al acompañante de Pedro y Lucas al compañero de Pablo. Los cuatro Evangelios se transmitieron

[1899] Speyer, Fälschung, literarische 239 s.

[1900] Ibíd

[1901] H. v. Campenhausen ThLZ 94, 1969, 43 citado según Brox, Faische Verfasserangaben 82. Cf. también Brox ibíd. 69. Herde 300 s.

anónimamente. El primer testimonio eclesiástico a favor de "Marcos", el más antiguo de los evangelistas, procede del obispo Papías, de Hierápolis, de mediados del siglo II. Pero en la actualidad son cada vez más los investigadores que critican el testimonio de Papías, lo llaman "históricamente sin valor" (Marxsen), y hasta él mismo admite que Marcos "nunca ha escuchado y acompañado al Señor". Incluso parece que Marcos fue un cristiano gentil; su violenta polémica antijudía así parece señalarlo. Y el que Lucas sea discípulo de Pablo es como mínimo dudoso, pues las típicas ideas de este último pasan en el Evangelio de Lucas a un segundo plano.[1902]

77 Por el contrario, lo cierto es que el apóstol Mateo, discípulo de Jesús, no es el autor del Evangelio de san Mateo (aparecido entre los años 70 y 90 como generalmente se supone). No sabemos todavía cómo consiguió la fama de ser un evangelista. Es evidente que el primer testimonio procede del historiador de la Iglesia Eusebio, que se basa a su vez en el obispo Papías, del que él mismo escribe que "intelectualmente debió ser bastante limitado". El título de "Evangelio de Mateo" procede de época posterior. Lo encontramos por primera vez con Clemente Alejandrino y Tertuliano, que murieron ambos a comienzos del siglo III. Si el apóstol Mateo, contemporáneo de Jesús, testigo aricular y ocular de sus obras, hubiera redactado el Evangelio que se le atribuye ¿hubiera tenido que apoyarse expresamente en Marcos? ¿Era tan desmemoriado? ¿Tenía tan poca inspiración?

Toda la investigación bíblica crítica considera que no hay motivo para que el nombre del apóstol Mateo aparezca sobre el Evangelio, puesto qué éste no se escribió en hebreo, como afirma la tradición de la Iglesia antigua, sino originalmente en griego. No se sabe de nadie que haya visto el original arameo, ni se conoce a nadie que lo haya traducido al griego, ni en los manuscritos ni en las citas se conserva el más mínimo resto de un texto original arameo. Wolfgang Speyer incluye con razón al Evangelio de Mateo entre "las falsificaciones bajo la máscara de revelaciones religiosas". K. Stendahl aventura que ni siquiera se trata de la obra de una única persona sino de una "escuela". Como quiera que sea y según parecer casi unánime de todos los investigadores no católicos de la Biblia, ese evangelio no se basa en testigos oculares.[1903]

Los teólogos católicos más recientes a menudo dan vueltas penosamente sobre estos hechos. "En caso de que (!) a nuestra versión griega del evangelio de Mateo le hubiese precedido una versión original en arameo [...]", escribe K. H. Sohelkíe. Claro, "en caso de que"... "en caso de que" — dice Hebbel — es la más germánica de las expresiones." (Y mi padre solía solventar toda condicional iniciada con "en caso de que" con un dicho muy gráfico que es mejor no citar aquí sino, a lo sumo, en las notas: un estímulo para que también el grueso de mis lectores rebusque entre éstas.) "Un Mateo original arameo debió escribirse varios decenios antes que el Mateo griego." Se ve que ni ellos mismos se lo creen. (Y escriben esto cuando ya no es

[1902] Papias en Euseb. h. e. 3, 39, 10. Cornfeld/Botterweck IV 930, 948. Aland, Noch einmal 121 ss insiste con razón en la escasa atención prestada al problema de los anónimos en la literatura protocristiana y cristiana antigua con respecto a los seudo anónimos. Cf. también nota 154.

[1903] Papias en Euseb. h. e. 3, 39, 13; 3, 39, 16. Iren. adv. haer. 3, 1, 1; ademas Euseb. h. e. 5, 8, 2. Haag 1112 s. Cornfeld/Botterweck III 762 ss, I 952 ss. Wirkenhauser, Einleitung 133. Speyer, Religióse Pseudepigraphie 245. Kümmel 73 ss, espec. 91 s. Abel 138 ss. Marxsen, Einleitung 149 ss, espec. 155 s. Kister Stendahl, The School of St. Matthew 2.a ed. 1968, citado según Marxsen ibíd.

posible de otra manera. Cuando en 1954 un *Enchiridium biblicum* publicó en segunda edición una colección de documentos eclesiásticos sobre cuestiones bíblicas, los teólogos católicos debieron dejar de creer en lo que cincuenta años antes se les exigía. Los secretarios de la comisión bíblica explicaron los decretos de entonces con las circunstancias que cincuenta años antes habían hecho defenderse contra una crítica racionalista exorbitante... Pero circunstancias las hay siempre, también jerarquías tiránicas y tantos oportunistas como arenas en el mar. No fue Lichtenberg el primero en saberlo pero sí en expresarlo con palabras más certeras, como casi siempre, que los demás: "Está claro que la religión cristiana es apoyada más por esas gentes que se ganan con ella el pan que por aquellos que están convencidos de su verdad".)[1904]

78 Es interesante el hecho de que los tres primeros Evangelios no se editaran como apostólicos, lo mismo que tampoco los Hechos de los Apóstoles, a cuyo autor igualmente no conocemos. Lo único que sabemos es que quien escribió estos Hechos de los Apóstoles no refleja en las sentencias, pensamientos ni sus palabras, sino que se los inventa, que simplemente pone en labios de sus "héroes" las frases que más convienen, por lo demás algo habitual en la antigua historiografía.

Pero estas invenciones no sólo constituyen una tercera parte de los Hechos de los Apóstoles sino que son también su contenido teológico más importante y, lo que resulta particularmente notable, de este autor procede más de la cuarta parte de todo el Nuevo Testamento. Pues tal como se supone de modo general, el autor del Evangelio de Lucas es idéntico al compañero de viaje y "amado médico" del apóstol Pablo. Pero ni el Evangelio de Lucas ni los Hechos de los Apóstoles resultan muy paulinos. Al contrario. Los investigadores no creen hoy que ninguna de estas dos obras haya sido escrita por un discípulo de Pablo, rechazándolo de manera generalizada.[1905]

Los Hechos de los Apóstoles y los tres Evangelios no fueron ortónimos (firmados con el nombre verdadero) ni seudónimos, sino trabajos anónimos, como muchas otras obras protocristianas, como por ejemplo la Epístola a los Hebreos del Nuevo Testamento. Ningún autor de los Evangelios canónicos cita su nombre, ni una sola vez menciona un garante, como con tanta frecuencia hacen los tratados cristianos posteriores. Fue la Iglesia la primera en atribuir todos estos escritos anónimos a determinados apóstoles y sus discípulos. Sin embargo, tales atribuciones son "falsificaciones", son un "engaño literario" (Heinrici). Arnold Meyer señala que "con certeza son "auténticamente" apostólicas sólo las cartas del apóstol Pablo, que no era un discípulo inmediato de Jesús". Pero también hace mucho que se sabe que no todas las que aparecen bajo su nombre proceden de él.[1906]

79 Desde finales del siglo II, desde Ireneo, aunque al principio no sin controversias,

---

[1904] "Si no hubiera habido perros, habría cogido la liebre", Schetíe 31 ss, 53 s. Lichtenberg 350.

[1905] Haenchen 95 ss. Jülicher 437 ss. Hommel 152 ss. Wellhausen, Kritische Analyse 35. Vielhauer, Zum "Paulinismus" 2 ss. Schweitzer, Die Mystik 6 ss. Norden, Agnostos Theos 1 ss. Cornfeld/Botterweck IV 929 ss.

[1906] Cornfeld/Botterweck IV 929 s, 948. Meyer, Pseudepigraphie 94, Torm 127 s, 141. Heinrici 74. Brox, Paische Verfasserangaben 25 s. Marxsen, Einleitung 139 ss, espec. 147 ss, 156 ss, 167 ss, espec. 172. Kümmel 53 ss, espec. 69 s. Además 73 ff, espec. 91 s, 116 ss, 141 ss.

la Iglesia atribuye sin motivo el cuarto Evangelio al apóstol Juan, algo que todos los investigadores críticos ponen en duda desde hace más de doscientos años y para lo que existen multitud de motivos de peso.

Aunque el autor de este cuarto Evangelio, que curiosamente no cita ningún nombre, afirma haberse apoyado en el pecho de Jesús y ser un testigo fiable, asegura y repite enfáticamente "que su testimonio es verdadero", que "ha visto [...] y que su testimonio es verdadero y que sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis [...]". Pero este Evangelio no apareció como muy pronto hasta alrededor del año 100, cuando hacía ya mucho que habían matado al apóstol Juan, hacia el año 44 o, probablemente, en 62. También el Padre de la Iglesia Ireneo, que fue el primero en afirmar la autoría del apóstol Juan, ha confundido intencionadamente a éste (del que más tarde dice que vivió en Éfeso), como corresponde a un santo cristiano, con un presbítero Juan de Éfeso. Y el autor de la segunda y la tercera epístolas de Juan, que igualmente se atribuyen al apóstol Juan, se proclama al comienzo "el presbítero". (Una confusión similar la hubo también entre el apóstol Felipe y el "diácono" Felipe.) Incluso el papa Dámaso I, en su índice canónico (382) no atribuye dos de las epístolas de Juan al apóstol Juan, sino a "otro Juan, el presbítero". Hasta el propio Padre de la Iglesia Jerónimo negaba que esas segunda y tercera epístolas fueran del apóstol. Cuando el obispo Ireneo asigna a finales del siglo II el Evangelio al apóstol Juan, haya confundido este nombre de manera intencionada o no, se engañó numerosas veces; afirma así que según los Evangelios y la tradición de Juan, Jesús estuvo enseñando sus doctrinas públicamente veinte años y que fue crucificado cuando contaba cincuenta, bajo el emperador Claudio. ¿Merece algún crédito un testigo tal, que también en otros aspectos poseía una "refinada falta a la verdad" (Eduard Schwartz) pero que enseñaba que: "por doquier la Iglesia predica con la verdad"?[1907]

Pero hay toda una serie de motivos internos, de la propia naturaleza del Evangelio, que contradicen una posible autoría de ese apóstol. Por ejemplo, él, el judío, habría redactado el escrito más antijudío de todo el Nuevo Testamento; este aspecto ya lo he tratado en otro lugar. Toda la investigación de la crítica histórica está de acuerdo en que "con toda seguridad" el autor de este Evangelio no fue ninguno de los doce apóstoles (Kümmel).[1908]

80

Los argumentos contra la autoría del apóstol Juan, el "Evangelista", son tan numerosos y contundentes que incluso los teólogos católicos manifiestan poco a poco sus dudas. Ellos, que oficialmente deben seguir defendiendo dicha autoría (que gustan de hablar de fallos de memoria, de recuerdos borrosos del apóstol anciano, de su "gloriosa y excelsa verdad"), se preguntan si el Evangelio de "Juan" — en el que en siglos posteriores se hicieron cambios y modificaciones — no sería quizá "configurado y redactado al final por sus discípulos partiendo de sus notas y bocetos" (algo que en realidad no se cita ni demuestra en ningún otro lugar). ¡Pero se sigue

[1907] J. 1, 14 s; 13, 23; 19, 35; 21, 24. 2. J. V 1; 3. J. V 1. Iren. adv. haer. 2, 22, 5; 3, 3, 4; 3, 5, 8. Euseb. h. e. 3, 25, 3. Hieron. vir. ill. 9, 18. Haag 869 ss. Cornfeld/Botterweck II 374, III 796 ss. K. T. Bretschneider, Probabilia de evangelii et epistolarum Joannis apostolu índole et origine, 1820. Bacon 127 ss. Bauer, Das Johannesevangelium 236. Eisler, Das Rätsel 323 ss. Windisch 144. Hirsch, Studien 140 ss. Leipoldt, Geschichte I 52. Meyer, Pseudepigraphie 90 ss. Torm 129 s. Schelkle 30. Teeple 279 ss. Parker35 ss. Gericke 807 ss. Williams 311 ss.

[1908] Kümmel 155 ss, espec. 162 ss y 200 ss. Cf. también la nota anterior y Deschner, Abermals 44 ss.

manteniendo la certeza solemne de su testimonio inmediato! Y precisamente éste "resulta difícilmente demostrable a partir del Evangelio" y por esa razón "hoy se renuncia" a la opinión de que el autor fuera testigo visual y auricular de la vida y la obra de Jesús *(BibelLexikon).*[1909]

También el Apocalipsis de Juan, cuyo autor se denomina repetidas veces Juan tanto al principio como al final, que aparece también como siervo de Dios, hermano de los cristianos, pero no como apóstol, fue escrito, según la doctrina de la Iglesia antigua, por el hijo de Zebedeo, el apóstol Juan, puesto que se necesitaba naturalmente una tradición "apostólica" para garantizar el prestigio canónico del libro. Pero no duró mucho dado que el Apocalipsis cristiano, que quedó en el último lugar del Nuevo Testamento, fue rechazado ya a finales del siglo II por los llamados alógeros, críticos de la Biblia que por lo demás no negaban ningún dogma.[1910]

Asimismo el obispo Dionisio de Alejandría (fallecido en 264-265), discípulo de Orígenes y apodado "el Grande", negó categóricamente que Juan fuese el autor del Apocalipsis. Lo hizo en el segundo de sus dos libros *Sobre las promesas* en su lucha contra el milenarismo del obispo Nepos de Arsinoe, Egipto, al que por otro lado valora "por su fe, su diligencia, su ocupación de las escrituras y sus numerosas canciones eclesiásticas".[1911]

Por desgracia, estos dos libros de Dionisio, lo mismo que todos los restantes suyos, no se han conservado hasta nuestros días. No obstante, el historiador de la Iglesia Eusebio ha transmitido una parte de ellos. El obispo Dionisio señala que ya los primitivos cristianos han "negado y rechazado por completo" la "Revelación de Juan". "Pusieron reparos a todos y cada uno de los capítulos y declararon que la obra carecía de sentido y unicidad y que el título era falso.

Afirmaron, en concreto, que no procedía de Juan y que no eran desde luego revelaciones pues aparecían rodeadas de multitud de cosas incomprensibles. El autor de esta obra no fue ninguno de los apóstoles, ningún santo y ningún miembro de la Iglesia, sino Cerinto, que quería dar un nombre creíble para su falsificación y también para la secta de su mismo nombre."

81

El obispo alejandrino no niega que el Apocalipsis haya sido redactado por un Juan, un "hombre santo e iluminado por Dios", pero pone en tela de juicio "que este Juan fuese el apóstol, el hijo de Zebedeo, el hermano de Santiago, del que procede el Evangelio según san Juan y la epístola católica". Llama la atención sobre el hecho de que el evangelista no cita en ninguna parte su nombre, "ni en el Evangelio ni en la epístola", y tampoco aparece el nombre de Juan en las llamadas segunda y tercera epístolas de Juan, sino que sin aludir nombre alguno se dice simplemente "el presbítero". Por el contrario, el autor del Apocalipsis pone su nombre al comienzo. Y no le parece suficiente con hacerlo una vez. Repite: "Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación y en el reino y en la indulgencia de Jesús, estuve en la isla que se llama Patmos, por el amor de la palabra de Dios y el testimonio de Jesús".

[1909] Haag 870 s. Schelkle 79 ss, 91 s. Cuanto más se lee a Schiekie, tanto más se juraría su escepticismo (y no sólo a este respecto). Meyer, Pseudepigraphie 90 ss.Lietzmann, Geschichte I 235 ss, espec. 246 ss. Ehrhard, ürkirche 98 ss defiende todavía con mayor fogosidad la autoría del apóstol Juan.

[1910] Apk. 1, 1; 1, 4; 1, 9; 22, 8. LThK 1.a ed. I 289. Lohse, Die Offenbarung 4.

[1911] Euseb. h. e. 7, 24, 1 ss. Áitaner/Stuiber 210 s.

Y al final habló de esta suerte: "Bienaventurado quien preserve las palabras de las profecías de este libro, y yo, Juan, que vi y escuché esto". Que fuera un Juan quien escribió estas palabras hay que creerlo, pues lo dice. Pero lo que no se sabe es qué Juan fue, pues no se llama a sí mismo, como aparece a menudo en el Evangelio, el discípulo al que amaba al Señor o como el que reposaba sobre su pecho, o como el hermano de Santiago, o como el que vio al Señor con sus propios ojos y le escuchó con sus propios oídos, si es que hubiera deseado ser reconocido con claridad. Pero no utiliza ninguno de esos nombres. Se llama sólo nuestro hermano y compañero y testigo de Jesús y uno que es espiritual pues vio y escuchó las revelaciones."[1912]

El Padre de la Iglesia Dionisio "el Grande" analiza con gran atención el pensamiento, el lenguaje y el estilo del Evangelio y la epístola de Juan y escribe: "Comparado con estos escritos, el Apocalipsis es totalmente distinto y de otro tipo. Falta cualquier unión y parentesco. Por así decirlo no coincide ni una sílaba. Tampoco la epístola — por no hablar del Evangelio — contiene alguna cita o pensamiento del Apocalipsis ni éste de aquélla".[1913]

El teólogo y obispo protestante Eduard Lohse comenta: "Dionisio de Alejandría ha observado muy certeramente que la Revelación de Juan y el cuarto Evangelio están tan alejados en cuanto a forma y contenido, que no pueden atribuirse a un mismo autor". Queda abierta la cuestión de si el autor del Apocalipsis quería sugerir con su nombre Juan ser discípulo y apóstol de Jesús. Él mismo no hace esa equiparación. Esto lo hizo la Iglesia para conferir autoridad apostólica y prestigio canónico a sus escritos. Y así comienza la falsificación, la falsificación de la Iglesia.[1914]

Por lo tanto, ninguno de los Evangelios fue escrito por uno de los "primeros apóstoles". Ni el Evangelio de Mateo procede del apóstol Mateo ni el de Juan del apóstol Juan, ni tampoco la Revelación de Juan se debe al apóstol. Pero si en el Antiguo Testamento hubo hombres que no se pararon en barras para hablar como si hablara Dios ¿por qué no habría de haber otros en el Nuevo Testamento capaces de poner todo lo imaginable en labios de Jesús y de sus discípulos que, junto al Antiguo Testamento y Jesús, eran la tercera autoridad para los cristianos?

En el Nuevo Testamento aparecen seis "epístolas de Pablo" falsificadas

82

De este modo varios escritos del Nuevo Testamento pasan por ser obras de los apóstoles. Aunque en algunos de ellos pueda dudarse de la intención de engañar, en otros es evidente y en otros más totalmente seguro; no obstante, y contra toda evidencia, se atestigua expresamente su autenticidad. La idea principal es calificar como "apostólico" todo lo que ya está hecho, y sobre todo lo que se está haciendo, y hacerlo vinculante como norma.[1915]

[1912] Euseb. h. e. 7, 25, 1 ss.
[1913] Ibíd. 7, 25, 17 ss.
[1914] Lohse, Die Offenbarung 5 ss.
[1915] Meyer, Pseudepigraphie 94. Brox. Faische Verfasserangaben 40.

Se falsificaron así en el Nuevo Testamento varias epístolas bajo el nombre del autor cristiano más antiguo. Pablo, quien confiesa abiertamente que sólo se trata de proclamar a Cristo, "con o sin segundas intenciones".

Totalmente falsas en el Corpus Paulinum son las dos epístolas "A Timoteo" y "A Tito", las llamadas cartas pastorales. Eran conocidas en la cristiandad desde mediados del siglo II y se acabaron incluyendo en el Nuevo Testamento entre las epístolas sin poner reparos... hasta comienzos del siglo XIX. Pero en 1804-1805, J. E. Chr. Schmidt puso en duda la autenticidad de la primera epístola a Timoteo, en 1807 Schierlermacher la rechazó por completo y en 1812, el erudito de Gotinga Eichhorn verificó la falsedad de las tres epístolas.

Desde entonces esta idea se ha ido imponiendo entre los investigadores protestantes y últimamente cada vez más entre los exégetas católicos, si bien hay todavía unos pocos autores conocidos que siguen defendiendo esa autenticidad, o al menos una autenticidad parcial (se habla de una hipótesis de fragmentos).[1916]

En las tres epístolas, que probablemente se redactaron en Asia Menor a comienzos del siglo II, el falsificador se llama a sí mismo desde un principio "Pablo, un apóstol de Jesucristo". Escribe en primera persona y se jacta de haber sido nombrado "predicador y apóstol — digo la verdad, no miento—, maestro de los paganos en la fe y la verdad". Arremete con dureza contra los "herejes", de los que a más de uno "entrega a Satán". Fustiga "los cuentos de viejas irreligiosos", "la hipocresía de los mentirosos", "los charlatanes y encantadores inútiles, en particular los de los judíos, a los que habría que cerrar la boca". Pero también calla a las mujeres: "a una mujer no le permito que adoctrine, tampoco que se eleve por encima del hombre, sino que ha de permanecer en silencio". Y lo mismo deben someterse los esclavos y "respetar a sus señores".[1917]

83

Estas tres falsificaciones, que significativamente faltan en las colecciones más antiguas de las epístolas de Pablo, ya las considera apócrifas Marción al hacer referencia a Pablo. Es muy probable que fueran redactadas precisamente para poder rebatir a Marción a través de Pablo, como ya sucedió en los siglos II y III con otras falsificaciones eclesiásticas. Y habla por sí solo el hecho de que estas falsas "epístolas de Pablo", muy posteriores a Pablo y por lo tanto desde el punto de vista teológico y de derecho canónico mucho más evolucionadas, gozaron pronto de gran popularidad en el catolicismo; que los más importantes escritores de la Iglesia las citaran con predilección y las utilizaran en contra de las epístolas paulinas verdaderas; que precisamente estas falsificaciones hicieran del casi hereje Pablo un hombre de la Iglesia católica. Con ellas, infinidad de veces los papas han condenado a sus "herejes" y han luchado para que se reconocieran sus dogmas.[1918]

En contra de la autenticidad de estas cartas pastorales hay razones históricas, pero aun más de tipo teológico y de lenguaje, razones que no sólo han ido aumentando con el tiempo sino que se han hecho más precisas. "Para los investigadores

[1916] Cornfeld/Botterweck II 368 ss. Haag 1319.

[1917] 1. Tim. 1,1; 1, 3; 1, 12 ss; 1,19 s; 2, 7; 2, 12; 3, 14 s; 4, 2; 4, 7; 6, 2. 2. Tim.1,1; 1, 11 s; 3, 11; 4, 9 ss. Tit. 1, 1; 1, 3; 1, 10 s. Cornfeld/Botterweck II 368 ss. Haag 1319.

[1918] Hieron. praef. comm. in ep ad Tit. Bauer, Rechtgläubigkeit 228 s. Heiler, Der Katholizismus 61 ss. Rist 39 ss, 50 ss. Knox 73 ss. Wemer, Die Entstehung 162 s, 209 s,

evangélicos — escribe Wolfgang Speyer, uno de los mejores conocedores actuales de las falsificaciones de la Antigüedad—, la seudoepigrafía de los dos escritos a Timoteo y de la epístola a Tito se considera probada." El teólogo Von Campenhausen habla de una "falsificación de extraordinaria altura moral" y se las atribuye a san Policarpo, el "anciano príncipe de Asia" (Eusebio). El teólogo católico Brox, asimismo un experto en este campo tan poco tratado por la investigación, dice de "la manipulación literaria que es perfecta", si bien "es reconocible como ficción", un "engaño realizado metódicamente, una presunción de autoridad consciente y realizada de manera artísticamente refinada", desde luego "la obra cumbre" de la falsificación dentro del Nuevo Testamento. Eruditos más conservadores en vista de la discrepancia con las epístolas paulinas (ciertamente) verdaderas, recurren a la "hipótesis del secretario", según la cual el autor habría sido el secretario de Pablo, que debió acompañarle durante mucho tiempo. ("Bien es cierto que la tradición no sabe nada de tal hombre": (*BibelLexikon.)* O bien aparece la "hipótesis de los fragmentos", el supuesto de que entre los textos falsos de Pablo se encuentran también piezas auténticas. Pero incluso para Schelke, las cartas pastorales "no sólo parecen ser distintas a las epístolas de Pablo sino también posteriores a ellas".[1919]

84

Tal como se supone a menudo y con razones de mucho peso, es muy probable que la segunda epístola a los tesalonicenses fuera "concebida premeditadamente como falsificación" (Lindemann) atribuyéndosela a Pablo.

La autenticidad de la segunda epístola a los tesalonicenses fue puesta en entredicho por primera vez en 1801 por J. E. Chr. Schmidt, imponiéndose definitivamente la tesis de la falsedad sobre todo gracias a W. Wrede en 1903. A comienzos de los años treinta, investigadores como A. Jülicher y E. Fascher opinaban que dejando establecida una autoría no paulina de la epístola "no hemos perdido mucho". *Nosotros* no, pero sí los fieles de la Biblia. ¿Pues qué les parece que durante dos milenios (no sólo esta) falsificación estuvo y está en sus "Sagradas Escrituras"? ¿Qué el falsificador, que sobre todo pretende disipar las dudas sobre la parusía, el que no se produjera el regreso del Señor, testifique al final de la epístola su autenticidad recalcando la firma de mano del propio Pablo? "Aquí mi saludo, el de Pablo, de mi propia mano. Esta es la señal de todas mis cartas: así lo escribo [...]" Cómo el falsificador, al que no conocemos, no vacila en prevenir contra las falsificaciones para eludir de este modo el problema de la autenticidad en su caso. Nadie debe desistir, "ni mediante una revelación en el Espíritu, ni por una palabra ni por una carta, como la enviada por nos, como si ya hubiera llegado el día del Señor. No permitáis que nadie os confunda, de ningún modo […]" Es totalmente consciente de su engaño. Pero no se confunda con éste: con una epístola de Pablo falsa quiere desautorizar una auténtica. Así, son "muy pocos" los que defienden hoy la autenticidad de la segunda epístola a los tesalonicenses (W. Marxsen).[1920]

[1919] Haag 1323. Campenhhausenn, Polykarp von Smyrna 8. Dibelius-Kümmel 10. Klausner, Von Jesús zu Paulus 235 ss. Knopf, Einführung 86 s. Barnikol 8. Meyer, E., Ursprung und Anfänge III 582. Jülicher 162 ss. Knox 73 ss. Goodspeed, An Introduction 327 ss. Speyer, Religióse Pseudepigraphie 249 s, 254 s. ídem. Literarische Fálschung 286. McRay 2 ss. Moule, The Problem 430 ss. Brox. Zu den personlirchen Notizen 272 ss, espec. el resumen 290 ss. Kümmel 323 ss. Cf. también 343 ss, 367 ss, espec. 371 ss, 378 ss. Binder 70 ss. Harrison 77 ss.

[1920] 2. Thess. 2, 1 ss; 3, 17. Cornfeld/Botterweck II 367 s. Lindemann 35 ss, espec. 46. Marxsen en:

También la mayoría de los investigadores consideran la epístola a los colosenses como "deuteropaulina", como "no paulina". Y con mucha probabilidad también se falsificó "conscientemente" la epístola a los efesios, estrechamente relacionada con la anterior y que desde un principio se consideró perteneciente a Pablo. Resulta significativo el hecho de que se encuentren aquí reminiscencias de todas las epístolas paulinas importantes, en especial de la destinada a los colosenses, de la que proceden casi literalmente formulaciones completas; el estilo es muy retórico y en realidad más que una epístola es una especie de "meditación sobre los grandes temas cristianos", un "discurso sobre los misterios o la sabiduría" (Schiier). Y en ninguna otra epístola de Pablo se utiliza la palabra "Iglesia" de manera tan exclusiva en el sentido católico.[1921]

85

La epístola a los hebreos, escrita quizá en el siglo I por un autor desconocido, se transmitió inicialmente de modo anónimo y ningún escrito antiguo la relacionó con Pablo. Ni siquiera contiene el nombre de éste, pero al final muestra "de modo intencionado la fórmula final de una epístola paulina" (Lietzmann). Sin embargo, hasta mediados del siglo IV no se la consideraba apostólica, paulina ni canónica, pero apareció en el Nuevo Testamento como una carta de "Pablo" y como tal se la tomó de manera generalizada hasta Lutero. Pero el reformador lo puso en tela de juicio, encontrando en ella paja y madera, "una epístola formada por numerosas piezas". En la actualidad, incluso por el lado católico, raras veces se atribuye a "Pablo" la epístola a los hebreos.

No obstante, desde el siglo II fue admitida por la tradición ortodoxa. Aparece en los libros litúrgicos y oficiales de la Iglesia católica como "Epístola del apóstol san Pablo a los hebreos". Igual aparece en la traducción latina del Nuevo Testamento (no así en el texto griego). En realidad no sabemos ni dónde ni quién la escribió, y todos los nombres que se han citado o puedan citarse sobre su autor no son más que especulaciones. Aunque la teología crítica considera auténticas otras epístolas de Pablo también contienen diversas falsificaciones, lo mismo que otros libros del Nuevo Testamento.[1922]

No menos de seis epístolas atribuidas a Pablo por propio testimonio son en realidad deuteropaulinas, o sea no pertenecientes a Pablo, pero a pesar de eso aparecen como tales en la Biblia. Si se añade la epístola a los hebreos serían siete.

Reicke/Rost 1970 s. Marxsen, Der zweite Thessalonikerbrief 107 ss. Schweitzer, Die Mystik 42 s. Kautsky 18. Jülicher 62 ss. Braun, Zur nachapostolischen Herkunft 152 ss. Trilling, passim.

[1921] Reicke/Rost 416 ss. Cornfeld/Botterweck II 364 ss (aquí la cita de Guthrie y Schiier). Van Rhyn 112 ss. Barnikol 7. Lietzmann, Geschichte I 226 s. Dibelius-Kümmel 10 s. Knopf, Einführung 73, 85 s. Kásemann, Leib und Leib Christi 138 ss. Goodspeed, The Meaning of Ephesians. ídem. An Introduction 222 ss. Kümmel 308 ss, espec. 314 ss. Schelkle considera que la epístola a los efesios, aunque no sea auténtica fue redactada «desde luego por un discípulo del apóstol»: 172 ss, espec. 174.V. también 178 ss, espec. 182, 185 ss.

[1922] Cornfeld/Botterweck II 356, 370 ss. Leipoldt, Geschichte I 219 ss. Jülicher 146 ss. Kuss 1 s. excluye una "autoría inmediata del apóstol Pablo" y añade: "esto debería ser hoy una convicción general". Cf. también Rienecker 570. Bruce, *To the Hebrews* 217 ss. ídem. Recent Contributions 260 ss. Marxsen, Einleitung 174 ss.

Todas las "epístolas católicas" del Nuevo Testamento, siete en total, son falsificaciones

Entre las llamadas epístolas católicas se cuentan la primera y la segunda de Pedro, la primera, segunda y tercera de Juan, la de Santiago y la de Judas. Todavía en el siglo IV, en la época del Padre de la Iglesia Eusebio, aunque se las leía en la mayoría de las iglesias, se consideraban auténticas de modo unánime sólo dos: la primera de Juan y la primera de Pedro. No es hasta finales del siglo IV cuando se consideran canónicas en Occidente todas las "epístolas católicas". La situación es ahora distinta y a todas ellas se las designa como "escritos anónimos o seudoepigráficos", por mucho que la Iglesia antigua las introdujera con el nombre de un autor (Baíz). Salvo en el caso de las epístolas de Juan, también la forma de todo el grupo es ficticia.[1923]

86

Bajo el nombre de Pedro, un cristiano ortodoxo falsificó también dos epístolas.

Esto es cierto con toda seguridad para el escrito más tardío del Nuevo Testamento, la segunda epístola de Pedro, algo que incluso los eruditos católicos no ponen ya en duda. Sin embargo, esta carta que, sospechosamente, es casi copia literal en muchos pasajes de la de Judas, gozó de poca confianza en la antigua Iglesia. Durante todo el siglo II ni se la cita. El primero en afirmar su indiscutibilidad fue Orígenes, pero todavía en el siglo IV, el obispo Eusebio, el historiador de la Iglesia, afirma que no es auténtica, y Dídimo el Ciego, un famoso erudito alejandrino entre cuyos discípulos se contaban Rufino y san Jerónimo, dice que está falsificada.

"Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo", así comienza el falsificador y afirma para legitimizarse como testigo ocular y auricular, haber "visto él mismo" la magnificencia de Jesús y también haber oído la llamada de Dios "desde el cielo" en su bautizo; no sólo advierte a los fieles que Dios les encuentre "sin mancha ni dignos de castigo", sino que arremete contra los "falsos profetas", los "falsos maestros", y aconseja capturarlos y matarlos "como animales irracionales".

La segunda epístola de Pedro, que se pretende tomar como el testamento del apóstol, se escribió bastante tiempo después de su muerte, quizá tres generaciones más tarde, y se le atribuyó con objeto de contrarrestar las dudas en la parusía. El escrito rebosa de polémica contra los "herejes" en todos sus sentidos, atacando especialmente a los blasfemadores "que pasan por la vida a su antojo y dicen: ¿dónde está su prometido regreso? Desde que murieron los padres, todo permanece tal como fue al comienzo de la creación". El osado falsificador, que pretende la misma autoridad apostólica que Pablo, simula desde el prescrito, desde los comienzos de la epístola hasta el final y de un modo consecuente y expreso, la ficción de Un origen petrino. Lo apoya en sus propios testimonios vistos y oídos, y apelando a "los profundos sentimientos de sus amados" reivindica para sí también la primera epístola de Pedro, a pesar de que las grandes diferencias entre ambas cartas excluyen la posibilidad de que procedan de un mismo autor.[1924]

87

[1923] Schrage/Baíz 1 ss.

[1924] 2. Pedr. 1, 1; 1, 16 ss; 2, 1 s; 2, 10; 2, 12; 2, 14; 2, 18; 3; 1; 3, 3 s; 3, 14. Haag 1368. Cornfeld/Botterweck II 378 ss. Áitaner/Stuiber 280 s. Sehrage, Der zwei-te Petrusbrief 118 ss. Talbert 137 ss

Pero es notorio que también está falsificada la primera epístola de Pedro, que en 1523 es para Lutero "uno de los libros más nobles del Nuevo Testamento y el auténtico Evangelio". Y es precisamente el evidente parentesco con las epístolas paulinas, confirmado por la exégesis moderna y que tanto entusiasmaba a Lutero, lo que ya de principio hace que resulte poco probable la autoría de Pedro. Más aún, el lugar donde se redacta es al parecer Roma, pues al final el autor saluda expresamente "desde Babilonia", un nombre secreto frecuente en la apocalíptica para la capital del Imperio, donde debió estar Pedro y sufrir martirio en el año 64. Sin embargo, el nombre de Babilonia para designar a Roma aparece con toda probabilidad a causa de la impresión provocada por la destrucción de Jerusalén, y esto sucedió en el año 70 d.C, es decir, varios años después de la muerte de Pedro. Resulta también sumamente extraño que el famoso índice canónico de la Iglesia romana, el canon Muratori (hacia el 200) no cite la epístola de Pedro, la carta de su presunto fundador. Pasaremos por alto otros criterios, también formales, que hacen cada vez menos probable un origen petrino.

Los conservadores mantienen que este escrito procede de alguno de los secretarios del apóstol; al final dice: "A través de Silvanus, hermano fiel — como creo — os he escrito unas pocas palabras [...]". Pero prescindiendo de que "a través de" también puede referirse al escriba que lo toma al dictado o simplemente al mensajero de la carta, la "hipótesis de los secretarios" fracasa sobre todo por el carácter fuertemente paulino de la teología de esta epístola, "un argumento de peso contra Pedro como autor" (Schrage). También de esta primera epístola de Pedro, cuya primera palabra "Pedro" lleva la coletilla de "un apóstol de Jesucristo", recientemente afirma Norbert Brox, en su libro *Faische Verfasserangaben,* que por su contenido, carácter y circunstancias históricas no muestra "ninguna relación con la figura del Pedro histórico [...] que nada en esta epístola hace creíble este nombre". Hoy se la considera "por completo [...] una seudoepigrafía" (Marxsen), "sin ninguna duda un escrito seudónimo" (Kümmel), en suma, una falsificación más del Nuevo Testamento, urdida, como se supone, entre los años 90 y 95, en la que el engañador no se recata en invocar a Cristo, exigir ser "santos en todo vuestro paso por la vida", "rechazar toda maldad y falsedad", no decir "mentiras", "exigir siempre leche espiritual pura".[1925]

88

Según la doctrina eclesiástica, tres cartas bíblicas proceden del apóstol Juan. Sin embargo, en ninguna de ellas quien lo escribe cita su nombre.

La primera epístola de Juan se cita como muy pronto hacia mediados del siglo II y ya entonces es objeto de críticas. El canon Muratori reseña, alrededor del año 200, sólo dos epístolas de Juan, la primera y una de las dos llamadas pequeñas epístolas. No es hasta comienzos del siglo III cuando Clemente Alejandrino da fe de las tres. Sin embargo, las segunda y la tercera no se consideraron canónicas en todos sitios

[1925] 1. Pedr. 1, 1; 1, 15; 2, 1 s; 3, 10; 5, 12. Cf. también 2, 12. Cornfeld/Botterweck II 377 s. Sehrage, Der erste Petrusbrief 59 ss. Hunzinger 66 ss. Buitmann, Bekenntnisund Liedfragmente 285 ss. Danker 93 ss. Moule, The Nature 1 ss. van Unnik 92 ss. Brox, Zur pseudepigraphischen Rahmung 78 ss. También para el católico Rudolf Schnackenburg, la primera epístola de Pedro es hoy "probablemente seudónima", señalando que: "se multiplican las voces por el lado católico de que este escrito es probablemente un seudónimo". Naturalmente, para Schnackenburg la segunda epístola de Pedro "corresponde ya al siglo II": Schnackenburg 33.

hasta bien entrado el siglo IV. "No se las reconoce unánimemente — escribe el obispo Éusebio—, se adscriben al evangelista o a otro Juan."[1926]

La primera epístola de Juan se parece tanto en su estilo, vocabulario e ideario al Evangelio de Juan que la mayoría de los investigadores de la Biblia atribuyen ambos escritos al mismo autor, como desde siempre es la tradición. Pero ya que este último no procede del apóstol Juan, tampoco la primera epístola de Juan podrá ser de él. Y puesto que la segunda epístola es por así decirlo una edición abreviada (13 versos) de la primera y de modo casi unánime se atribuyen ambas al mismo autor, tampoco esa segunda epístola puede ser del apóstol Juan. Y que escribiera la tercera es algo que ya la Iglesia antigua puso en tela de juicio y que, entre otros motivos, excluye la autodenominación de "presbítero". (Dicho sea de paso: mientras que la segunda combate a los "herejes", diciendo que no se les debe acoger en casa ni saludarles, en la tercera sostienen una controversia dos "altos dignatarios" eclesiásticos, el autor ataca a Diotrefes, que quiere "ser venerado": "habla con malas palabras en contra nuestra y no se da por ello por satisfecho, sino que se niega a admitir a los hermanos y lo prohíbe a quienes quieren hacerlo, expulsándolos de la comunidad". La religión del amor, ¡y ya en el Nuevo Testamento!)[1927]

Incluso los bibliólogos conservadores admiten hoy que el autor de las tres epístolas de Juan no es el apóstol como ha venido enseñando la Iglesia durante dos milenios, sino que fue uno de sus discípulos y que la "tradición juanística" lo transmitió. Acerca de la epístola principal, la primera, la que desde el principio no fue objeto de discusiones, Horst Baíz dice ahora: "Tal como no puede considerarse al apóstol Juan, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago, autor del Evangelio homónimo, tanto menos puede estar detrás de la primera epístola de Juan".[1928]

También se falsificó la carta presuntamente de Santiago. Lo mismo que la mayoría de las "epístolas católicas", sólo imita la forma epistolar; es un simple ropaje, ficción. Este texto (especialmente) difícil de fijar temporalmente contiene en proporción pocos rasgos cristianos. Va enriquecido con numerosos elementos de la filosofía cínica y estoica y con todavía muchos más de los libros de la sabiduría del Antiguo Testamento judío, por lo que muchos autores lo consideran un escrito judío ligeramente retocado. Aunque la epístola pretende haber sido escrita por Santiago, hermano del Señor, muchas e importantes razones excluyen esta excluyen esta posibilidad. Así por ejemplo, sólo dos veces cita el nombre de Jesucristo, su hermano divino. No pierde ni una sílaba de las leyes del ritual y el ceremonial judíos, pero, a diferencia de la mayoría de los autores de cartas bíblicas, utiliza al comienzo los formulismos epistolares griegos. Escribe en un griego desacostumbradamente bueno, en especial para un autor del Nuevo Testamento, sorprendiendo con su rico vocabulario y con sus múltiples formas literarias tales como paronomasia, *homoioteleuron,* etc. Esto y muchos otros datos ponen de manifiesto que esta epístola, que constantemente predica a los que apostrofa como "queridos hermanos", la "fe en Jesucristo, nuestro Señor en la Gloria", es una "versión más trabajada de

[1926] Euseb. h. e. 3, 25, 2 s; 3, 39, 17; 6, 14, 1; 6, 25, 10. Baíz, Die Johannesbriefe l50ss.

[1927] 2. J. 10 s. 3. J. 9 s. Cornfeld/Botterweck 374 ss. Kásemann, Ketzer und Zeuge 292 ss. Braun, Literatur-Analyse 210 ss. Bergmeier 93 ss. Buitmann, Die kirchliche Redaktion 381 ss.

[1928]

falsificación literaria" (Brox) que la primera epístola de Pedro.

89

Es curioso que la epístola de Santiago, canonizada en Occidente más tarde, esté ausente en el Canon Muratori, en Tertuliano, en Orígenes y que el obispo Eusebio informe sobre el poco reconocimiento de que goza y la puesta en duda de su canonicidad. También Lutero la tacha (debido a sus innegables contradicciones con el apóstol, con la *sola gratia* y *sola fide paulina)* de "curiosa epístola carente de todo orden y método" y prometió su bonete de doctor a quien pudiera "poner en consonancia" la epístola de Santiago (que postula "el autor de la palabra") con las cartas de Pablo. Lutero llega a amenazar con "arrojar al fuego aquella macana" y "expulsarla de la Biblia".[1929]

Por último, también la breve carta de Judas, la última de las epístolas del Nuevo Testamento, que en el primer verso pretende haber sido escrita por "Judas, esclavo de Jesucristo, el hermano de Santiago", se incluye dentro de las numerosas falsificaciones de las "Sagradas Escrituras", aunque queda excluido "que el dato corresponda a la realidad histórica". Esta epístola delata también "épocas claramente posteriores" (Marxsen).[1930]

Es un hecho "que ya en los primeros tiempos se hicieron falsificaciones bajo el nombre de los apóstoles" (Speyer); que en ellas se atestigua la autenticidad, que los "apóstoles" dan sus nombres y que se escriben en primera persona. Es asimismo un hecho "que de todos los escritos del Nuevo Testamento", como pone de relieve el teólogo Marxsen "sólo podemos dar con exactitud los nombre de dos autores: Pablo y Juan (el autor del Apocalipsis)". Y, finalmente, es también un hecho, y uno de los más dignos de atención, que *más de la mitad de todos los libros del Nuevo Testamento no son auténticos, es decir, han sido falsificados o aparecen bajo un nombre falso.*[1931]

Se mostrará *parspro toto* que, además, en el "Libro de los libros" hay toda una serie de falsificaciones en forma de adiciones.

Ejemplos de interpolaciones en el Nuevo Testamento

Los cristianos tenían gran apego a las interpolaciones. De manera constante han modificado, recortado y ampliado los escritos y para ello tenían los motivos más diversos. Se servían de esas interpolaciones, por ejemplo, para reforzar la historicidad de Jesús o para promover y afianzar determinadas ideas de fe. No todo el mundo era capaz de modificar una obra completa, pero sí que podía con facilidad falsear la de un oponente introduciendo o suprimiendo algo con fines de provecho propio. Se falsificaba asimismo para imponer opiniones impopulares que uno mismo no estaba en condiciones de lograr, pero que bajo el nombre de alguien famoso existían más posibilidades de conseguirlo; en la época del paganismo tolerante con la religión esto resultaba mucho menos necesario y por eso fue mucho más raro que bajo los

1929

1930

1931

soberanos y jerarcas cristianos, de espíritu perseguidor.[1932]

Cayeron en ello también autores importantes. Taciano revisó las epístolas de Pablo por razones estéticas y Marción lo hizo por motivos de contenido. Dionisio de Corinto en el siglo III y Jerónimo en el IV se quejan de las numerosas interpolaciones en los Evangelios. Pero san Jerónimo, patrón de las facultades católicas y que realizó "las falsificaciones y los engaños más vergonzosos" (C. Schneider), aceptó el encargo del papa asesino Dámaso de proceder a una revisión de las Biblias latinas, de las que no había ni dos que coincidieran en pasajes algo largos. El patrón de los eruditos modificó el texto en unos 3,500 lugares para su "legitimación" de los Evangelios. Y el Concilio de Trento declaró como auténtica en el siglo XVI esta "Vulgata", la de difusión general, aunque la Iglesia la hubiese rechazado durante varios siglos.[1933]

90

Bien, en este caso se trata, por así decirlo, de intervenciones de tipo "oficial", pero por lo general se producía de manera clandestina. Y una de las interpelaciones más famosas del Nuevo Testamento va unida al dogma de la trinidad que, prescindiendo de adiciones posteriores, la Biblia no proclama por muy buenos motivos.

El paganismo conocía cientos de trinidades, ya desde el siglo IV a. C. había una trinidad divina en la cúspide del mundo, todas las religiones helenistas tenían su divinidad trinitaria, estaban los dogmas de trinidad de Apis, de Serapis, de Dionisios, estaba la trinidad capitolina: Júpiter, Juno y Minerva, había un Hermes tres veces grande, el dios del universo tres veces único, que era "único y tres veces uno", etc. Pero en los primeros siglos no hubo una trinidad cristiana pues hasta bien entrado el siglo III no solía considerarse ni al mismo Jesús como Dios, y "apenas había nadie" que pensara en la personalidad del Espíritu Santo, como ironiza discretamente el teólogo Harnack. (Salvo, seamos justos, el valentiniano Teodoto: ¡un "hereje"! Fue el primer cristiano que, a finales del siglo II, llamó Trinidad al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, algo con lo que todavía ni soñaba la tradición cristiana.) Según escribe el teólogo Weinel "había más bien una masa revuelta de ideas sobre las figuras celestiales".[1934]

Así, incluso en el siglo IV las mayores lumbreras de la Iglesia tuvieron dificultades en demostrar la unidad, la dualidad y la trinidad de las personas divinas a partir de la Biblia. La dualidad, por ejemplo, la demostró el santo obispo y Padre de la Iglesia Basilio "el Grande" a partir de Gen. 1, 26: "Y Dios habló: hagamos un ser humano". Pues ¿qué artesano, se dice Basilio, habla consigo mismo? "¿Quién hablaba? ¿Y quién creó?", preguntaba "el Grande", visiblemente iluminado por el Espíritu Santo, al que ya había llegado entretanto la cristología divinizante católica. "¿No ves en ello la dualidad de las personas?" Y el hermano menor de este santo, el santo obispo Gregorio de Nyssa, "dotado de un gran don especulativo" (Altaner/Stuiber), demostró la trinidad de las personas divinas a partir del Salmo 36, 6: "Por la palabra del Señor se afianzaron los cielos y por el aliento de su boca toda su fuerza". Pues la palabra, según Gregorio, es el Hijo y el aliento el Espíritu Santo.[1935]

91

1932

1933

1934

1935

Pero seamos francos otra vez: las trinidades ya las había en su época también en el Nuevo Testamento, trinidades totalmente auténticas, a saber: Dios, Jesucristo, *ángel;* y con bastante frecuencia pues ya lo tenían los judíos. Repitámoslo: todo lo que en el cristianismo no era pagano, procede de los judíos. Otra trinidad más caracterizaba a las "Sagradas escrituras", en las Revelaciones de Juan: Dios Padre, los siete espíritus y Jesucristo. Pronto san Justino encuentra una tetralogía: Dios Padre, el Hijo, el ejército de los ángeles y el Espíritu Santo. Como se ha dicho, "una masa revuelta [...]". Pero poco a poco, la antigua doctrina — que hasta el siglo IV estuvo muy extendida incluso en los círculos eclesiásticos—, la cristología de los ángeles, cayó en descrédito, fue considerada herética y en su lugar se impuso el dogma verdadero, además para todas las Iglesias cristianas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.[1936]

Por fin se tenían las personas adecuadas todas juntas, pero desgraciadamente todavía no en la Biblia. Por consiguiente se la falsificó. Era además necesario pues allí estaban, y están, opiniones falsas, incluso de Jesús. Por ejemplo en el Logión de Mateo 10,5: "No os encaminéis hacia las naciones de los paganos y no pongáis tampoco vuestro pie en las ciudades de los samaritanos. Acudid más bien hacia las ovejas descamadas de la casa de Israel". ¡De la que nos hubiéramos librado, y también los judíos, si los cristianos hubieran seguido estas palabras de Jesús! Pero desde hacía mucho tiempo hacían lo contrario. En evidente contradicción con Mateo 10,5, el "resucitado" dice ahí mismo "Id y enseñad a todos los pueblos y bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo [...]". El primer pasaje, el mandato de la misión de Cristo, se considera verdadero precisamente porque los cristianos pronto van de misión a los paganos, lo contrario del (primer) mandato de Jesús. Y para justificar esto en la práctica, al final del Evangelio se introduce la orden de hacer misión en el mundo. Y, dicho sea de paso, esto contenía el fundamento bíblico, el *locus classicus,* para la trinidad. Sin embargo, prescindiendo de que en la predicación del mismo Jesús falta el más mínimo signo de una concepción trinitaria y de que ninguno de los apóstoles recibió el encargo de bautizar: ¿cómo Jesús, que exhorta a ir "sólo a las ovejas descarriadas de la casa de Israel" pero prohíbe expresamente "el camino a los pueblos paganos", cómo podría pedir este Jesús hacer misión por el mundo? Esta orden, que desde el racionalismo se pone cada vez más en tela de juicio, la consideran los teólogos críticos como una falsificación. Los círculos eclesiásticos la introdujeron para justificar a posteriori tanto la práctica de la misión entre los paganos como la costumbre del bautismo. Y para tener un testimonio bíblico importante para el dogma de la trinidad.[1937]

92

Precisamente por eso, en la primera epístola de Juan se produjo otra falsificación, mínima en apariencia pero de especial mala fama, el *Comma Johanneum.*

Lo que se modificó — la Santísima Trinidad puede saber quién, cuándo y dónde — fue el pasaje 1 J. 5, 7: "Son tres los que lo atestiguan: el Espíritu, el Agua y la Sangre, y los tres son uno", dejándolo como "Son tres los que lo atestiguan en el cielo, el Padre y la Palabra y el Espíritu Santo, y los tres son uno". El añadido falta en la práctica totalidad de los manuscritos griegos y en la práctica totalidad de las antiguas traducciones. Antes del siglo IV no lo utiliza ninguno de los Padres de la

1936

1937

Iglesia griegos ni lo citan, como ha puesto de relieve una cuidadosa verificación, Tertuliano, Cipriano, Jerónimo ni Agustín. La falsificación procede del norte de África o de España, donde aparece por vez primera alrededor de 380. El primero en ponerla en tela de juicio es R. Simón, en 1689. Los exégetas lo rechazan hoy casi con total unanimidad. No obstante, el 13 de enero de 1897, un decreto del Oficio romano proclama su autenticidad.[1938]

En el Evangelio de Juan hay numerosas interpolaciones, y no sin motivo.

Al principio, este Evangelio gozó de prestigio sólo en los círculos "herejes", donde también fue objeto de los primeros comentarios. Por el contrario, ninguno de los "Padres apostólicos" lo menciona. Los grupos "ortodoxos", en especial Roma, se oponían a este escrito muy conocido y apreciado en Asia Menor. De este modo, hacia mediados del siglo II, un redactor lo revisó e hizo apto para la Iglesia. Aunque evitó hacer supresiones, no escatimó en añadidos y unas veces los judíos aparecen como hijos del diablo y otras como origen de la bienaventuranza. El tercer capítulo asegura dos veces que Jesús bautizó y el cuarto afirma lo contrario. Y es que este Evangelio de Juan, muestra, en general, "las huellas de una larga historia de creación y redacción". Grandes añadidos eclesiásticos son la conocida historia de la mujer adúltera (J. 8: 1) y todo el capítulo 21. Es "sin ninguna duda un aporte posterior" (Cornfeld/Botterweck).[1939] Pues bien, junto a las falsificaciones en el Nuevo Testamento hay también fuera de él, y en mucha mayor cantidad, otras falsificaciones cristianas; falsificaciones que imitan más o menos las formas literarias de los escritos bíblicos: los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, el Apocalipsis, las epístolas. Se relacionan estructural y formalmente y en cuanto a su contenido con los géneros del Nuevo Testamento y en la Antigüedad son extraordinariamente frecuentes, por lo cual trataremos aquí las falsificaciones del Nuevo Testamento, las del período patrístico primitivo y la de la Iglesia antigua.

1938

1939

93

FALSIFICACIONES EN LAS ÉPOCAS DEL NUEVO TESTAMENTO Y DE LA IGLESIA ANTIGUA

"Se conoce gran cantidad de falsificaciones literarias de las épocas del Nuevo Testamento y de la Iglesia antigua. Una buena parte de ellas no pertenecen a la literatura herética, sino que pudieron originarse y ser aceptadas en el medio ortodoxo [...]."

Norbert Brox[1940]

"Los cristianos proscribieron las falsificaciones de sus adversarios y ellos mismos falsificaron." "Muchas falsificaciones han ejercido una influencia decisiva sobre el desarrollo de la dogmática eclesiástica, la política de la Iglesia, la historia y el arte." "Todos los falsificadores cristianos, en su mayoría clérigos, contaban con la ayuda de Dios."

W. SPEYER[1941]

"Después de que la falsificación lograra penetrar en la Iglesia, creció de modo desmesurado. La importancia de los intereses puestos en juego y la competencia de las distintas doctrinas e Iglesias dieron lugar, para una demanda insaciable, a una reserva ilimitada de documentos falsificados."

J. A. FARRER[1942]

94

Todas las partes falsificaban, en especial los clérigos

Después de que a comienzos del siglo V se reconociera oficialmente en Occidente el ámbito del Nuevo Testamento, la Iglesia distinguió de manera muy estricta entre literatura canónica y la no canónica. Todo lo que no se admitía como canónico, que no se podía o no se quería utilizar, se denominó "apócrifo" y se lo cambado con fuerza como "herético", en ocasiones ya con la hoguera; a pesar de que hacía mucho tiempo que era todo distinto, pues durante mucho tiempo no hubo ningún canon (bien delimitado). La mayoría de los teólogos antiguos consideraron muchos de los "apócrifos" como apostólicos, totalmente auténticos, verdaderos, para testimonios de fe, prefiriéndose algunos a los libros del Nuevo Testamento, aparte de que incluso la Iglesia, a su libre albedrío, reconocía libros "apócrifos", concretamente los del Antiguo Testamento. De esta suerte, una parte de la literatura "apócrifa" que más tarde sería condenada, estaba "al mismo nivel que las obras consideradas después canónicas" (Schneemelcher). Y máximo cuando todos los antiguos Evangelios, Hechos de los Apóstoles y Apocalipsis "apócrifos" que tanto abundaban, de los que incluso una parte se conservó, si bien por lo general sólo a trozos, en citas, en muchas regiones se les leía y respetaba con la misma naturalidad que en otras los escritos canónicos.[1943]

Recordemos que el cristianismo no era ninguna fuerza unitaria, que al principio

1940

1941

1942

1943

no había ninguna "ortodoxia" sino una gran diversidad de doctrinas y de profesiones de fe. Existían por lo tanto también multitud de Evangelios, Hechos de los Apóstoles y Apocalipsis acordes a las ideas de cada comunidad. En cuanto que pronto, realmente muy pronto, se pasó a luchar unos con otros cada vez con mayor ahínco, en cuanto que la llamada Gran Iglesia se fue haciendo más poderosa, condenó cada vez más a menudo a todos los cristianos que no estaban en sus filas, se enterraron sus escritos y se les declaró no auténticos, falsificados, "apócrifos" (del griego *apokryptein,* ocultar). Pero este lenguaje es relativamente reciente, no es habitual en los antiguos índices canónicos, no guarda desde luego relación alguna con la historia de los cánones, sino que se utiliza para luchar contra los herejes, como es el caso de Ireneo o de Tertuliano, el que sería más tarde hereje montañista, que utilizan "apócrifo" y "falso" como sinónimos.[1944]

En los círculos "heréticos", en los que la escritura secreta gozaba de gran estima y se la denominaba "oculta", esa voz tenía un significado notablemente positivo. Incluso Orígenes todavía valora positivamente la seudoepigrafía como apócrifos "eclesiásticos" frente a los libros secretos "heréticos". Sin embargo, para los Padres de la Iglesia en su lucha contra la "herejía" la palabra adquirió pronto una connotación negativa, desfavorable. "Apócrifo" fue sinónimo para ellos de infiltrado y falsificado, si bien el cristianismo tardó casi cuatrocientos años en expulsar de manera definitiva los "apócrifos" del canon. Lo que resulta difícil de comprender es que "apócrifo" como sustantivo y como adjetivo nunca tuvieron un sentido unitario sino múltiple y que esto ha seguido siendo así también literaria y teológicamente en la historia de la Iglesia.[1945]

Otro hecho que los apologistas desde siempre han estado discutiendo con muchas palabras pero pocas ideas: aunque entre los escritos del Nuevo Testamento y los "apócrifos" existen diferencias, son de poca importancia conceptual.[1946]

Por último: naturalmente, todos los "apócrifos" del Nuevo Testamento los escribieron, sin excepción, cristianos. Por lo tanto son tratados cristianos. Se enlazan en su forma y su fondo más o menos con los libros del Nuevo Testamento y todos ellos, ya sea de origen eclesiástico o sectario, son "completas falsificaciones" (Bardenhewer).[1947]

95

Pero lo más importante es que los "apócrifos" contribuyeron a la difusión del cristianismo lo mismo, **o incluso más**, que los escritos canónicos. Con todos ellos se hizo misión, se buscaron y se ganaron adeptos. Muchos "apócrifos" se tradujeron a numerosas lenguas y gozaron de una amplia difusión. Aparecieron en infinidad de revisiones, ampliaciones y resúmenes. Con frecuencia resulta difícil, si no imposible, saber si se trata de una falsificación eclesiástica o "herética" porque no se pueden delimitar fronteras, los restos que quedan son demasiado pequeños, las formas de transición, la simulación del lenguaje y las adulteraciones fueron demasiado frecuentes, esto es la norma, todo demasiado oscuro, por lo general impenetrablemente oscuro. Y por otra parte también la Iglesia con suma

1944

1945

1946

1947

complacencia y durante mucho tiempo, incluso en la Edad Media, se benefició de los "apócrifos". Y no sólo se dio el caso de que algunos círculos eclesiásticos antiguos se aplicaron a producir ellos mismos escritos apócrifos, sino que está demostrado que también la Iglesia muy pronto revisó y retocó "apócrifos heréticos"; "casi todo" lo que queda de éstos "no nos ha llegado en sus palabras originales sino en la versión católica" (Bardenhewer, católico), es decir, las falsificaciones de los "herejes" volvieron a falsificarse en el campo de la Iglesia. Y mientras que el texto original casi siempre desapareció por completo, una parte de estas "revisiones", de estos escritos falsificados por partida doble e incluso a menudo múltiple, se leyeron, se devoraron, durante toda la Edad Media, en especial los apocalipsis y la historia de Pílalos.[1948]

No se puede infravalorar la difusión y la eficacia de la literatura falsificada, un problema no explicado todavía lo suficiente. Su irradiación, su reconocimiento, debió de ser mucho mayor al ser considerable la ingenuidad precisamente entre las masas, aunque no sólo en ellas, donde existía sobre todo en el campo religioso una ávida predisposición hacia lo extraordinario, lo improbable y lo maravilloso, una enorme inclinación hacia lo oculto y misterioso; una credulidad que, *mutatis mutandis,* vuelve a extenderse para ventaja de los pescadores en río revuelto. Por ese motivo tampoco la Iglesia primitiva reaccionaba enojada ante las falsificaciones, y defendía su autenticidad aunque eso sí, siempre que le fueran de provecho y no contradijeran sus doctrinas: **los criterios decisivos para la tolerancia o la propaganda.** El contenido de un escrito significaba evidentemente mucho más que su autenticidad.[1949]

96

Por el contrario, las falsificaciones de los "herejes", sobre las que a menudo se fabrican contrafalsificaciones, se consideraban como un servicio del demonio, como una monstruosidad moral. Así como la Iglesia se mostraba indulgente ante los propios engaños pasándolos con frecuencia por alto, se enojaba y atacaba los del adversario. Desde luego, a menudo acusa con razón de engaño a los "herejes", en especial a los **gnósticos**. Por supuesto que también ha desenmascarado como falsarios a los **apolinaristas**; lo mismo que intentó quemar los tratados de los "herejes" que aparecían bajo el nombre de autores "ortodoxos". Pero los católicos falsificaban en igual medida. Y las falsificaciones de los cristianos de distintas creencias las contestaban no sólo mediante réplicas falsificadas, siendo un tipo de falsificación tan antiguo como el otro, sino que otra parte de sus embustes servía para la edificación moral, como en última instancia también la primera parte, que servía a la "fe". Existe una íntima dependencia mutua y no sólo en el pueblo. Pero una mentira totalmente nueva y muy eficaz de los cristianos fue distribuir falsificaciones bajo el nombre del contrario, para exagerar así su "herejía" y de este modo poder refutarla con mayor facilidad.[1950]

No debe olvidarse que la mayoría de los tramposos cristianos, de cualquiera de los lados, eran sacerdotes. En efecto, hasta los propios dirigentes de la Iglesia se echaban en cara unos a otros falsificaciones. Así, repetidas veces y con extraordinario aborrecimiento san Jerónimo acusa al escritor de la Iglesia Rufino — con el que

1948

1949

1950

mantiene una de las reyertas entre "Padres" más sucia — de engaño literario. Pero el obispo Juan de Jerusalén acusaba a san Jerónimo de falsificación. El santo Padre de la Iglesia Cirilo de Alejandría habría falsificado en sus ataques contra Nestorio citas de éste. El obispo Eustacio de Antioquía, un furibundo enemigo de los arríanos, acusaba al obispo Eusebio de Cesárea, el "padre de la historia de la Iglesia", de haber falsificado el credo de Nícea.[1951]

En resumen, todos los bandos falsificaban. Aunque según los católicos modernos sólo los cristianos no católicos tenían la "osadía" de presentar en número "extraordinariamente" grande "los frutos de su fantasía como revelaciones divinas" y reivindicarles un "origen apostólico" (Kober), en realidad todos falsificaban: no sólo **gnósticos, maniqueos, novacianos, macedonios, arríanos, luciferianos, donatistas, pelagianos, nestorianos, apolinaristas, monofisitas,** sino también — huelga decirlo — los católicos; en la lucha contra la gnosis, por ejemplo, redactaron asimismo Evangelios "falsos". El protonotario apostólico Otto Bardenhewer (fallecido en 1935) en su obra en cuatro volúmenes *Geschichte der altkirchiichen Literatur,* atribuye (probablemente con razón) la "mayoría" de los "apócrifos" del Nuevo Testamento a "doctrinas heréticas", pero también otro "gran grupo" a "manos ortodoxas". Repitámoslo pues: todas las partes falsificaban. ¡Y todos los que falsificaban eran cristianos! Y muchos de ellos eran cristianos que estaban dentro de la Iglesia. El historiador del derecho Friedrich Thudichum (fallecido en 1913), de Tübinga, recopiló "falsificaciones eclesiásticas" en tres extensos tomos y tenía en preparación un cuarto que no llegó a publicarse.[1952]

97

También en los círculos eclesiásticos se utilizaban de vez en cuando Evangelios "apócrifos"

Lo mismo que en tiempos del Nuevo Testamento se falsificó a conciencia, en especial indicando un nombre de autor falso, aunque también con todo tipo de intervenciones en textos auténticos o ya falsificados, en la época posterior se siguió falsificando. Desde luego que es posible, incluso probable, que muchos de los textos que la Iglesia condenó como "apócrifos" fueran más antiguos que el Nuevo Testamento. Y es seguro, si hemos de creer al Evangelio, que hubo también Evangelios más antiguos que los cuatro "canónicos". Así, en los primeros versos del Evangelio de Lucas se afirma que "ha habido ya muchos que han intentado informar de los hechos históricos que han tenido lugar entre nosotros".

Es evidente que una parte de los Evangelios "apócrifos" guardan un estrecho parentesco con los sinópticos, pero ya que muchos de ellos se conservan sólo de modo (muy) fragmentario resulta difícil afirmar si se remontan a la tradición presinóptica o a la sinóptica, o sea, si son más antiguos o más recientes que los Evangelios canónicos. Y precisamente en los Evangelios "apócrifos" más antiguos se mezclan la tradición oral y la escrita. En cualquier caso se ve que el pensador que lo

1951

1952

contempla desde un punto de vista histórico no puede considerarlo simplemente ateniéndose al esquema de "canónico" o "apócrifo", prescindiendo ya de que en todas partes se ha falsificado.[1953]

De los llamados Evangelios apócrifos se conocen cerca de cincuenta, si bien la mayoría de ellos se han transmitido de modo fragmentario y sólo en casos muy raros como un texto completo. De muchos de ellos, aparte del título, poco más se sabe. Éste es el caso del *Evangelio de Judas,* perdido por completo y que surgió quizá a mediados del siglo II y que utilizaban los cainitas, "gnósticos", que a consecuencia de su doctrina del Dios maligno del Antiguo Testamento debieron adorar a las figuras maléficas que allí aparecen, en especial a Caín y a la serpiente. Y decían que Judas fue el único apóstol que entendía a Jesús. Poco o nada sabemos del *Evangelio de la consumación o* el *Evangelio de Eva* que tenían los nicolaítas, una secta al parecer gnóstica libertina que desapareció a finales del siglo II, a los que los Padres de la Iglesia, en referencia a Ireneo, atribuían excesos sexuales, motivo por el que en la Edad Media se llamó nicolaítas a los adversarios del celibato.[1954]

98

Con todo, hubo épocas y lugares donde lo católico y lo gnóstico no estaban (todavía) estrictamente separados. También grupos eclesiásticos utilizaban los llamados Evangelios apócrifos en lugar de los canónicos. En especial los judeocristianos — Evangelio de los nazarenos, de los ebionitas, de los hebreos — perduraron mucho tiempo y se les seguía citando hasta en el siglo XIV.[1955]

El *Evangelio de los nazarenos* procede al parecer de la primera mitad del siglo II y fue, como muestran los fragmentos conservados, de tipo sinóptico, emparentado sobre todo con el Evangelio bíblico de Mateo, si bien no fue un "Protomateo", y frente al Evangelio de Mateo del Nuevo Testamento fue por lo general secundario, de "carácter epigónico" (Dibelius), pero por su contenido y modos "más judeocristiano que Mateo" (Waitz). De todos modos los judeocristianos sirios (nazarenos), de los que procede el Evangelio, no fueron "herejes" sino miembros de la "gran Iglesia" (Vielhauer).[1956]

Lo mismo que el *Evangelio de los nazarenos,* el de los ebionitas, probablemente de la misma época, está asimismo emparentado con el Evangelio de Mateo. Pero era de origen "herético". Los ebionitas negaban el nacimiento virginal de Jesús, motivo por el que en su Evangelio se elimina el antecedente histórico del de Mateo, donde el Espíritu Santo fecunda a la virgen María. Los ebionitas, los descendientes más inmediatos de la comunidad primitiva (!), eran contrarios al culto y vegetarianos.[1957]

En el *Evangelio de los ebionitas* Jesús habla muchas veces en primera persona. "Cuando iba por el lago Tiberíades elegí a Juan y a Santiago [...] y a ti, Mateo, que estabas sentado a la mesa de recaudador, te llamé y me seguiste [...]." Pero también los discípulos hablan en el plural de la primera persona y no hay duda que el relato pretende poner la falsificación bajo la autoridad de todos los apóstoles y resaltando

1953

1954

1955

1956

1957

a Mateo hacerle aparecer como autor.[1958]

También en el *Evangelio de los hebreos,* que se diferencia mucho de todos los Evangelios canónicos y de los restantes judeocristianos, el propio Jesús toma de vez en cuando la palabra. Lo mismo que en el de los ebionitas relata la elección de los apóstoles, cuenta aquí la historia de la tentación y del éxtasis, en la que el Espíritu Santo aparece como una figura femenina, auténticamente semítica: "Sin pérdida de tiempo mi madre, el Espíritu Santo, me sujetó por los cabellos y me arrastró lejos del gran monte Tabor". La entrega por Jesús del paño de lino al "siervo del sacerdote" (del sumo sacerdote) muestra cómo en los "apócrifos" había tendencia a dramatizar algo la resurrección del Señor con objeto de hacerla más creíble. ¿Y no resulta genuinamente cristiano el que esta falsificación califique de crimen gravísimo toda actividad falsificadora?[1959]

99

Falsificaciones de los Evangelios bajo el nombre de Jesús

Varios de los Evangelios ficticios circulan directa o indirectamente bajo el nombre de Jesús, como por ejemplo el *Pistis Sophia.*

Falsificado en Egipto en el siglo III, "registra" la colección de los tres primeros libros de charlas de Jesús con discípulos y discípulas en los doce años siguientes a su resurrección mientras que el cuarto, algo posterior e independiente de los anteriores, lo hace el día después. Jesús, llamado también Aberamentho, se comunica en primera persona. "Padre de toda la paternidad de los infinitos, préstame oídos por el amor de mis discípulos [...] para que crean en todas las palabras de tu verdad [...]." Y en otro pasaje: "Eximio Felipe, querido. Ven, siéntate y escribe [...] e inmediatamente Felipe se sentó y escribió". De este modo debió ser realmente un levantamiento de actas.[1960]

Lo mismo que el *Pistis Sophia,* otros Evangelios o escritos similares aparecen directa o indirectamente bajo el nombre de Jesús: el *Sophia Jesu Christi,* el *Diálogo del Redentor,* los dos *Libros de Jeü.* Jesús utiliza aquí también la primera persona al hablar, pronuncia en ocasiones discursos más largos y le interrumpen los apóstoles y también las "mujeres santas", las "vírgenes", María, María Magdalena, etc. En el *Diálogo del Redentor* se responden del mejor modo posible todas las preguntas de los deseosos de saber y todas las explicaciones de Jesús se introducen con la fórmula: "Y el Señor dijo" o "respondió". En los dos *Libros de Jeü* falsificados apela a los discípulos para que mantengan secretas sus revelaciones y que se las transmitan sólo a quienes lo merezcan. "No se lo brindéis al padre o la madre, ni al hermano, ni a la hermana, ni a los parientes, ni por comida o por bebida, ni por una mujer, ni por oro o plata, ni por nada en este mundo. Guardadlo y no se lo brindéis a nadie por el bien de todo este mundo."[1961]

100

El *Testamentum Domini nostri Jesu Christi* no aparece hasta el siglo V. En dos libros los apóstoles Juan, Pedro y Mateo — con firma y sello — explican las

1958

1959

1960

1961

instrucciones orales de su Señor, aunque este mismo las comunica cuando se trata por ejemplo de los tiempos del fin del mundo o sobre la composición de la presidencia de una Iglesia: "Nos dijo Jesús: porque habéis preguntado sobre una disposición eclesiástica, os transmito y os explico cómo debéis ordenar y emplear al cabeza de la Iglesia y cómo él debe preservar completa, correcta y auténtica la disposición que ha satisfecho a mi Padre, el que me ha enviado".[1962]

EVANGELIOS U OTROS ESCRITOS FALSIFICADOS BAJO EL NOMBRE DE UN ÚNICO APÓSTOL

Entre estas producciones se cuentan el *Evangelio según Matías,* el *Evangelio de Judas,* el *Evangelio de Tomás* o el *Libro de Tomás el Atleta, que lo ha escrito entero,* descubierto en Egipto después de la segunda guerra mundial y en el que el falsificador afirma también: "Las palabras secretas que el Redentor dijo a Judas Tomás y que yo, Mateo, he escrito, y que he oído mientras que ambos hablaban". Es una falsificación el *Evangelio de Felipe,* en el que consignan sus declaraciones un grupo de personas que se denominan "apóstoles hebreos"; hay también "tres" mujeres santas que caminan "constantemente con el Señor": "su madre María y su hermana [...] y Magdalena, que se llama su compañera *(koinonos)".*

Está asimismo falsificado el *Apocrifon de Juan,* tan antiguo como de gran éxito, procedente del siglo II. Se conservaron numerosos ejemplares y se utilizó en algunas comunidades gnósticas hasta el siglo VIII. Se tiene igualmente el *Apocrifon de Santiago,* que también procede del siglo II, que presenta las enseñanzas del Resucitado, con largas recomendaciones, avisos amenazantes, hasta la anunciación: "Aquí debo acabar [...] y ahora vuelvo a ascender [...]". Santiago y Pedro escucharon al parecer los himnos "que me esperan en los cielos. En efecto, hoy debo sentarme a la derecha del Padre [...]". Y los apóstoles aseguran haber "escuchado con nuestros oídos y visto con nuestros ojos el clamor de la guerra [...] el sonido de las trompetas [...] y un gran desconcierto", aunque también "himnos y oraciones de los ángeles. Y los ángeles y las majestades del cielo se alegraron".[1963]

Del *Evangelio de Pedro* no se conocía ni una cita hasta el descubrimiento de un fragmento en Akhmim (Alto Egipto) en 1886, Allí estaba (junto con fragmentos del *Apocalipsis de Pedro* y el *Libro de Enoc)* en la tumba de un monje cristiano de comienzos de la Edad Media.

También este Evangelio se ha falsificado claramente bajo el nombre de Pedro, suponiéndose que en Siria, a mediados del siglo II. Destripa a voluntad a todos los antecesores canónicos, imputa a los judíos y a Herodes toda la culpa en la muerte del Señor, exonera por completo a Pilatos, incluso le hace testigo de la divinidad de Jesús y, a diferencia de todos los relatos cristianos, describe una resurrección milagrosa a la luz pública, delante de los soldados paganos y de los jerarcas judíos. El autor insiste en ser testigo ocular, en el cortísimo fragmento habla dos veces en primera

1962

1963

persona y se llama: “Pero yo, Simón Pedro, y mi hermano Andrés tomamos nuestras redes y fuimos al mar”.[1964]

101 A un hombre tan importante como el príncipe de los apóstoles los cristianos le honraron con multitud de falsificaciones. Por ejemplo con el *Kerygma Petrou,* del que sólo se han conservado unos restos ínfimos, que combate tanto la adoración del Dios de los judíos como el politeísmo pagano. No obstante no está claro si quería ser obra del propio Pedro. Al menos así lo entendió Clemente Alejandro en las postrimerías del siglo II, aunque no albergó apenas dudas sobre la autenticidad del escrito y toma de él diversas citas.[1965]

En nombre *del princeps apostolorum* se falsificó también el llamado *Apocalipsis de Pedro;* junto a los de Pablo, Juan, Tomás, Esteban y María es uno de los Apocalipsis “apócrifos” más importantes. Surgido en la primera mitad del siglo II, desde 1910 se tiene completo este escrito seudopetrisía, divergiendo de manera muy notable el texto etíope del fragmento griego encontrado en 1886-1887 en la tumba del citado monje.

Seudo-Pedro se dirige también desde sus primeras palabras contra los muchos “seudoprofetas”, la “infinidad de doctrinas que predican la perversión [...]”. Y puesto que él naturalmente hace lo contrario, junto con los restantes discípulos pronto verá al Señor Jesucristo. Le piden que les “muestre a uno de nuestros justos hermanos que han abandonado el mundo”. Y el Señor les deja ver a dos de ellos en toda su gloria. “No podíamos —relatan los Doce— mirarles directamente pues de ellos partía un haz como el del Sol y brillante eran sus vestiduras, como nunca hombre alguno las había visto [...] sus cuerpos eran más blancos que la nieve y más rojos que una rosa.”

Pedro puede echar incluso un vistazo al cielo, muy breve, pero tiene el placer de poder disfrutar mucho más tiempo del infierno. En la “palma de la mano derecha de Pedro ilustra Jesús lo que sucederá el Día del Juicio Final [...] y cómo los malos serán aniquilados para toda la eternidad”, siempre una gran esperanza para muchos cristianos. El Salvador describe también muy gráficamente los futuros horrores (hasta en el infierno debe haber orden) según los tipos de pecadores: “algunos estaban allí colgados de la lengua. Eran los que hablaron mal de la justicia y bajo ellos ardía un fuego y les martirizaba. Y había allí un gran lago, lleno de lodos ardientes en los que se encontraban aquellas personas que violaron la justicia y había ángeles que les amenazaban y torturaban. Pero había allí también otros: mujeres, que estaban colgadas de los cabellos sobre esos lodos burbujeantes. Eran las que habían cometido adulterio. Y aquellos que se habían mezclado con ellas en la vergüenza del adulterio estaban colgados de los pies y tenían la cabeza metida en el lodo [...]”.

102 De este modo informativo la revelación continúa hasta el final del fragmento. El engaño gozó antaño de gran respeto, incluso en círculos eclesiásticos. El *Apocalipsis de Pedro* se difundió por las Iglesia de Oriente y de Occidente, Clemente Alejandrino lo aceptó e incluso comentó, Metodio lo consideró inspirado, en el Canon Muratori

1964

1965

estuvo al lado del Apocalipsis de Juan en el Nuevo Testamento e incluso quedó registrado en el canon de libros bíblicos y todavía en el siglo V se leía el Viernes Santo en las iglesias de Palestina. Continuó ejerciendo influencia en muchas obras cristianas hasta la Edad Media, entre otras en la *Divina Comedia* de Dante.[1966]

Lo mismo que se falsificó un *Apocalipsis de Pedro,* se falsificó asimismo, en las postrimerías del siglo IV, un *Apocalipsis de Pablo.* El fabricador de ésta conocía y aprovechó aquella otra falsificación anterior. La suya fue también interpolada en diversas ocasiones. En 2 Cor. 12, donde Pablo cuenta que "fue arrebatado al tercer cielo" el fantasioso autor añade "arrebatado en el Paraíso" en el que entra en varias ocasiones siendo saludado por numerosos personajes importantes. Ve a los niños de Belén asesinados por Herodes, ve y escucha también a David cantar aleluyas en un elevado altar. A lo largo de varios capítulos emprende asimismo una inspección del infierno y de sus diversas salas de tortura. Quien habló en la iglesia debe morderse la lengua. En ríos de fuego están los impíos, hombres y mujeres, según la gravedad de su pecado hundidos en la corriente de fuego hasta la rodilla, el ombligo o hasta la coronilla. En otra expían sus culpas incluso clérigos, lectores, diáconos, presbíteros, obispos. ¿Despertó compasión en "Pablo" la visión del clero? ¡Por su intercesión y el ruego de los ángeles, el buen Cristo concede a los condenados la liberación de todos los tormentos el domingo! Y finalmente. Pablo visita el Paraíso, donde antaño Adán y Eva pecaron...[1967]

Agustín condenó esta falsificación ya que "no es reconocida por la sensata (!) Iglesia y está llena de no sé que fábulas". ¡Pero cómo confía este mismo Agustín en las fábulas del Antiguo y del Nuevo Testamento! ¡Cómo cree en milagros, resurrección de muertos y en todo tipo de malos espíritus! Y el *Apocalipsis de Pablo* falsificado es, no obstante, buen católico. Según la hipótesis de Bardenhewer, tiene "como autor a un bienintencionado monje de un monasterio cercano a Jerusalén". Lo creyeron también muchos otros monjes, que lo aplaudieron, gozó de gran aprecio en la Edad Media y se hicieron de él numerosas revisiones y traducciones. Y en opinión de importantes investigadores, el autor de la *Divina Comedia* no sólo conoció la falsificación — que según una breve nota previa, o quizá una nota final, se descubrió en la época del emperador Teodosio, por indicación de un ángel, debajo de la antigua vivienda de Pablo en Tarso, en una cápsula de mármol—, sino que se remitió expresamente a ella (Inferno 2, 28).[1968]

103

Falsificaciones en honor de la Santa Virgen

En el campo de la Iglesia se falsificó también en honor de María. La madre de Dios, apenas tomada en consideración en la época primitiva, fue imponiéndose poco a poco desde finales de la Antigüedad a comienzos de la Edad Media. Aparecieron así Evangelios de María y otras ficciones marianas bajo los nombres del apóstol Santiago, de Mateo, del evangelista Juan, de Melito, discípulo de Juan, de Evodio,

1966

1967

1968

discípulo de Pedro, de José de Arimatea, etc. Se tienen también un sermón falsificado bajo el nombre de Cirilo de Alejandría, un Evangelio copto de los doce apóstoles y otros "apócrifos" de María, que aunque no ejercieron una gran influencia sobre la teología sí alcanzaron mayor importancia en la devoción popular y el arte. No obstante, estos documentos falsos apoyaron las afirmaciones dogmáticas, realizadas en especial en el siglo V, sobre María y su rango cada vez más histéricamente sobresaliente.[1969]

El *Protoevangelio de Santiago,* falsificado en el siglo II por el lado "ortodoxo", tiene como pretendido autor nada más y nada menos que a Santiago el Menor, hermano del Señor y Salvador y "obispo" de Jerusalén. Este autotestimonio es claro: "Pero yo, Santiago, que escribí este relato en Jerusalén, cuando se produjeron disturbios por la muerte de Heredes me retiré al desierto, hasta que los alborotos finalizaron en Jerusalén, alabando a Dios que me concedió la capacidad y la sabiduría para escribir este relato".

Lo que interesa sobre todo a estos embusteros es obtener un "relato verdadero" sobre la juventud de María, de la que no se sabía absolutamente nada, así como de propagar su permanente virginidad. Poco después de su nacimiento, el bebé desaparece en un santuario para hijas inmaculadas, a partir del cuarto año en el templo recibe su alimento de las manos de un ángel, a los doce años es entregada, por indicación del cielo, al cuidado de san José (un viudo que por seguridad ya es anciano) y a los dieciséis años queda embarazada por el Espíritu Santo. Tras el nacimiento del Salvador la comadrona constata el himen sin destruir de María. A una mujer llamada Salomé, que duda de la virginidad de María y examina su estado "colocando un dedo", se le cae de inmediato la mano, pero le vuelve a crecer con rapidez cuando, por indicación de un ángel, sostiene en sus brazos al niño celestial. El Padre de la Iglesia Clemente Alejandrino y Zeno de Verona propagaron el dogma de la eterna virginidad de María recurriendo a este "relato histórico".[1970]

104

Mientras que esta falsificación, a la que se incorporaron posteriormente de forma evidente varios capítulos, gozó en Oriente de gran aprecio traduciéndose al sirio, armenio, georgiano, copto y etíope y difundiéndose también ampliamente en círculos eclesiásticos, fue rechazada en Occidente. La "mariología" repleta de leyendas y milagros no sólo continuó influyendo en la iconografía y en la liturgia, sino también incluso en la historia del dogma *(virginitas in partu!),* desempeñando un cierto papel en los devocionarios y en las artes plásticas incluso del siglo XX.[1971]

El mito católico de María contribuyó en buena medida también a un *Evangelio de Mateo* falsificado con un intercambio epistolar (¡destinado a servir de testimonio!) de los obispos Cromado y Heliodoro, una correspondencia que fue asimismo falsificada, y a un escrito igualmente falso. *De nativitate Sanctae Maríae,* con una carta de Jerónimo falsificada, un embuste de Pascasio Radbertus, abad de Corbie a mediados del siglo IX y santo de la Iglesia católica. (Se sintió unido "de manera especial" al convento de Soisson, cuya abadesa Theodora tenía una hija natural,

1969

1970

1971

Imma, que más tarde fue también allí abadesa.)[1972]

Damas piadosas, ¡cómo no! También bajo el nombre de algunas santas mujeres circularon evangelios como el *Evangelio de María, La* Genna *de María o Las preguntas de María,* a las que el Señor responde ostensiblemente con prácticas obscenas. En cualquier caso, según el arzobispo y experto perseguidor de "herejes" Epifanio, Jesús hace también la siguiente revelación a Santa María: la llevó consigo hasta la montaña, donde rezó. Después extrajo de su propio costado una mujer y comenzó a unirse carnalmente con ella. De ese modo, tomando su propio semen, le mostró cómo "hay que obrar para que vivamos". María, evidentemente sorprendida, desconcertada, cayó al suelo; pero el Señor la incorporó nuevamente (como siempre) hasta ponerla de pie y le habló así: "¿Por qué has dudado, mujer de poca fe?".[1973]

La investigación erudita tiene la impresión de que tales "preguntas" "pertenecían al tipo habitual de los Evangelios gnósticos", por así decirlo a revelaciones especiales, que el Salvador hacía a creyentes elegidos, aunque se supone también que la "interiocutora del Salvador" no sería la madre del Señor "como en otras obras del mismo género" sino María Magdalena (Puech).[1974]

105

Falsificaciones en nombre de todos los apóstoles

Varios Evangelios falsificados o documentos análogos se atribuyen a la totalidad de los apóstoles. Pero se trata de escritos de los que sabemos poco y lo poco conocido es incierto y objeto de polémica. Entre ellos se tienen el *Evangelio de los Doce,* la *Memoria Apostolorum, El Evangelio (maniqueo) de los doce apóstoles. El Evangelio de los setenta,* así como algunos otros *Evangelios de los doce apóstoles,* que son especiales falsificaciones tardías.[1975]

Un *apocrifon* raro es la *Epístola Apostolorum,* de cuya existencia no se sabía nada hasta 1895, cuando Gari Schmidt la descubrió (en una versión copta).

Los once apóstoles anunciaron en esta obra chapucera, manifiestamente católica, sus conversaciones sobre diversos temas con Jesús después de su resurrección y sobre todo sobre ella. Lo mismo que otras falsificaciones cristianas, como la segunda epístola de Pedro, el escrito insiste en el testimonio ocular, pero no se redactó hasta el siglo II (según Harnack entre los años 150 y 180). "(Nosotros) Juan y Tomás y Pedro y Andrés y Santiago y Felipe y Bartolomé y Mateo y Natanael y Judas y Caifás, hemos escrito (= escribir) a las Iglesias de Oriente y Occidente, hacia el norte y el sur, relatando y anunciando esto de nuestro Señor Jesucristo, tal como nosotros + escribimos + y le hemos *escuchado y* le hemos *tocado* después de que hubiera resucitado de entre los muertos y como él nos ha revelado Grande, Sorprendente, Real". ¡Entre los once apóstoles (¿a quién se le ocurrió?) no sólo estaba Pedro sino también Caifás! Y al final de la charla un cierre digno es la ascensión de Jesús al

1972

1973

1974

1975

cielo.[1976]

106

La *Didaché o Doctrina de los doce apóstoles,* que causó impacto internacional en 1883 cuando se la descubrió en la biblioteca constantinopolitana del patriarca griego de Jerusalén, se publicó como la doctrina del Señor a través de los doce apóstoles dirigida a los gentiles, aunque procede del siglo II, cuando ya no vivía ninguno de los "apóstoles originales". Y esta falsificación trajo tras sí otras más o al menos ejerció sobre ellas una fuerte influencia, como la *Didaskali* siria o apostólica, "Doctrina católica de los doce apóstoles y santos discípulos de nuestro Salvador". La obra, publicada en 1854 por Lagarde en lengua siria, es un régimen eclesiástico del siglo III y pretende, a despecho de ello, haber sido elaborado ya en el concilio apostólico de Jerusalén. "Ya que toda la Iglesia estaba en peligro de caer en la herejía, nos reunimos los doce apóstoles en Jerusalén y deliberamos sobre lo que sucedía, y todos de acuerdo decidimos escribir esta Didaskalia católica para el fortalecimiento de todos vosotros."[1977]

Esto no lo cree hoy ni el lado católico, en el que un experto en literatura protocristiana como Otto Bardenhewer no es evidentemente consciente de la ironía que supone cuando escribe que esta falsificación (la "reunión celebrada bajo la máscara de los apóstoles") es "el intento más antiguo que conocemos de un *corpus iuris canonici",* entendiéndose por tal la recopilación de las principales fuentes del derecho eclesiástico de la Edad Media.[1978]

Constantemente, al principio, al final y durante toda esta chapuza (que entre muchas otras cosas contiene una cronología totalmente nueva de la Pasión), el impostor, un obispo católico, recuerda que aquí hablan personalmente los apóstoles; la ficción de la autoría apostólica se "mantiene constantemente" (Strecker). Partes de la Pasión y de los hechos de los apóstoles se relatan en primera persona del singular y del plural. Algunos, Mateo, Pedro y Santiago, destacan de los demás. Incluso se describe la aparición del propio escrito diciéndose que "entre nosotros, nos distribuimos las doce doceavas partes del mundo y nos dirigimos a los pueblos, para predicar la Palabra en todo el mundo [...]". Lo mismo que muchas otras falsificaciones, también la *Didaskalia apostólica* se apoya en una serie de falsificaciones, en la *Didaché,* el *Evangelio de Pedro,* los *Hechos de Pablo.*[1979]

A comienzos del siglo IV se escribió, probablemente en Egipto, un presunto "régimen eclesiástico apostólico" *(Cánones apostolorum ecclesaístíci),* conocido desde 1843. Los apóstoles hablan de modo sucesivo y dan sus instrucciones bajo el viejo título de: *Cánones eclesiásticos de los santos apóstoles.*

107

Las *Constituciones apostólicas,* el régimen eclesiástico más extenso de la Antigüedad y que consta de ocho volúmenes, con ordenanzas sobre etiqueta, derecho y liturgia, fue redactado alrededor del año 400 en Siria o Constantinopla. Los seis primeros libros se presentan como cartas de los apóstoles. Estos hablan en primera persona del singular o del plural y toda la obra parece haber sido redactada o

1976

1977

1978

1979

difundida por el presunto obispo romano Clemente, "mediante nuestro colega Clemente", que la leyenda cristiana convirtió en cónsul y miembro de la familia imperial flavia. Entre muchas otras cosas, el libro séptimo da incluso una lista de los obispos consagrados por los apóstoles. El octavo libro contiene la misa completa más antigua y no olvida los diezmos. Con toda frialdad, el falsificador miente por boca del Pseudo-Clemente: "Por eso (porque había "herejes") nosotros: Pedro y Andrés, Santiago y Juan [...], Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo, Santiago y [...] Tadeo y Simón, el Cananeo y Matías [...] y Pablo nos hemos reunido y hemos escrito esta doctrina católica para vuestro fortalecimiento". En efecto, el mentiroso publica todas sus mentiras como si fueran un escrito del Nuevo Testamento. Y a los 85 "cánones apostólicos" que aparecen en el último capítulo del último libro, el Concilio de Constantinopla (Quinisextum) celebrado en 692 le otorga fuerza legal: "El santo sínodo decide que los 85 cánones que nos han sido transmitidos bajo el nombre del santo y venerable apóstol [...1 deberán mantener sin cambios su validez en el futuro" (c. 2).

La mentira tuvo éxito durante más de un milenio, se consideró como obra del apóstol y de Clemente de Roma que lo escribió por encargo suyo. El redactor, el Pseudo-Clemente, un amaño, previene expresamente contra las falsificaciones de los "herejes" bajo el nombre de un apóstol. "Pues sabemos que los que estaban en compañía de Simón y Cleobio hicieron libros envenenados bajo el nombre de Jesús y de sus discípulos." Mientras el propio falsificador falsifica, critica las falsificaciones de los demás, esparciendo su veneno, avisando del veneno de los "herejes". Recomienda el bautismo de los niños (sin el cual, en dos generaciones las Iglesias se habrían convertido hoy en minúsculas sectas). Exige cuarenta días de ayuno antes de Pascua y prohíbe totalmente la lectura de literatura pagana. Además, propaga la semana de cinco días. "Yo, Pedro, y yo, Pablo, ordenamos que los cinco días no libres se trabaje y que el Sabbat y el día del Señor se tengan libres."[1980]

Igualmente falsos son los cánones de un sínodo apostólico de Antioquía, que nunca se convocó. (Los cánones 2, 4 y 5 atacan a los judíos.) Y lo mismo que al principio se falsifican colecciones de cánones bajo el nombre de los apóstoles, más tarde se hace otro tanto bajo el de Padres de la Iglesia prominentes, como es el caso del canon del Pseudo-Atanasio, el Pseudo-Basilio y otros.[1981]

Aunque algunos de estos regímenes eclesiásticos constan en gran parte de "material" antiguo verdadero, los falsificadores han hecho hablar en ellos personalmente a Jesús y sus discípulos. Han falsificado igualmente el adorno, los acompañamientos, "leyendas de origen" completas, incluso capítulos enteros de la parte principal. Y después de todo, el "material" antiguo verdadero no es ni con mucho el más antiguo como se da por probado con los supuestos discursos de Jesús y los apóstoles. ¿Y hay algo de material válido incluso en el caso más antiguo, en el canónico?[1982]

También termina en falsificación el denominado credo apostólico, llamado desde el siglo IV *Symbolum Apostolorum.*

1980

1981

1982

108

Lo mismo que con los cánones "apostólicos" atribuidos desde hacía mucho tiempo a los apóstoles, de la profesión de fe de la Iglesia se hizo un texto de los apóstoles. Pero no sólo no lo redactaron ellos sino que tampoco refleja sus convicciones de fe. Su texto original surgió muy probablemente entre los años 150 y 175 en Roma, aunque era de curso común todavía en el siglo III. Pero la Iglesia afirmaba que su credo lo habían redactado los apóstoles y lo propagó desde el siglo II. San Ambrosio, por ejemplo, manifiesta doscientos años después: "Los santos apóstoles se reunieron en un lugar e hicieron un breve extracto de la doctrina, para que comprendiéramos en pocas palabras el fruto de toda la fe". El santo apóstol, que creía en la inminencia del fin del mundo, no pensaba en absoluto en una "historia de la Iglesia" y el texto que se le atribuye sobre el credo "apostólico" no quedó firmemente establecido de modo definitivo hasta la Edad Media.[1983]

Hechos de los Apóstoles falsificados

Junto a Evangelios "apócrifos" a menudo muy heterogéneos, textos de tipo evangélico, Apocalipsis, liturgias "apostólicas", etc., hay también una serie considerable de historias falsas sobre los hechos de los apóstoles, que entre otras cosas "completan" partes pendientes del Nuevo Testamento.[1984]

Los Hechos de los Apóstoles de los siglos II y III procedentes de muy distintas áreas y con tendencias muy diversas, se han transmitido por lo general, como los restantes "apócrifos", sólo de un modo fragmentario y más tarde se han copiado y vuelto a falsificar. Pese a todas las diferencias que se dan entre las distintas versiones, muchas de ellas consideran — algo que vale la pena tener en cuenta — que la ascética sexual constituye el auténtico mensaje cristiano, lo que sin duda se remonta a Pablo. (Por tanto se tiene aquí "material" antiguo, muy antiguo.) Muchas historias de los apóstoles contienen, no obstante, y de modo simultáneo, elementos católicos y "heréticos" (gnósticos), pues entonces todo esto no estaba todavía delimitado con tanta claridad y la frontera era fluida.

Pero el fin principal de estas falsificaciones es la edificación moral, en especial la del pueblo, la de las capas amplias. Los actos de los apóstoles "apócrifos", que la moderna apologética relega siempre al rango de lecturas de entretenimiento, no sólo era una literatura popular, probablemente la más importante, sino que los cristianos continuaron considerándolos y valorándolos hasta comienzos de la Edad Media como auténticas fuentes de la historia, tal como han demostrado las investigaciones más recientes. La mayoría de los lectores de la Antigüedad y de la Edad Media consideraban como una descripción de la historia incluso las novelas históricas.[1985]

109

En los comienzos de la literatura de los apóstoles se tienen los Hechos de Juan, redactados en el estilo de las novelas de milagrería paganas. Aparecieron hacia el 150

1983

1984

1985

en Asia Menor, el historiador de la Iglesia Eusebio los condenó, junto con otros escritos, como "totalmente erróneos y contrarios a la religión", también Agustín los rechazó y el Concilio Ecuménico de 787 los declaró dignos "de ser arrojados al fuego". Después desaparecieron como una unidad completa, pero al mismo tiempo se hizo misión con ellos. Sufrieron una revisión eclesiástica y encontraron "[…] traducciones una amplia difusión" (Opitz).[1986]

También los *Hechos de Pedro,* falsificados probablemente a finales del siglo II, aparecen en multitud de revisiones y lenguas; pretendían completar la historia canónica de los apóstoles. Llamado por el Señor, Pedro se apresura aquí a ir a Roma y se opone en el foro a Simón Mago — al que se presenta, ni que decir tiene, como una buena pieza — y a sus artes mágicas, haciendo él una buena pieza, se entiende, haciendo él a su vez los milagros más increíbles, venciendo también al adversario en varias competiciones y derrotándolo al final de modo definitivo. A punto ya de ascender al cielo, se precipita por las oraciones de Pedro, se rompe una pierna por tres sitios y poco después muere su mal espíritu. Pero también los días de Pedro están contados, pues después de haber predicado la castidad con tanto virtuosismo que muchas romanas evitan las relaciones matrimoniales y el prefecto Agripa pierde de una vez a cuatro de sus concubinas, éste le crucifica por "ateísmo". La falsificación es de origen "herético" pero evidentemente fue revisada por manos católicas para adecuarla a la Iglesia.[1987]

Por el contrario, los *Hechos de Pablo,* falsificados asimismo a finales del siglo II, son desde un primer momento de origen católico, la obra de un religioso suspendido pero no expulsado; un hombre que ha utilizado y copiado los *Hechos de Pedro* (aunque algunos investigadores suponen que fue al revés). Tanto san Hipólito como Orígenes conocieron los Hechos de Pablo y no los rechazaron. También al obispo Eusebio le parecieron mucho mejores que los *Hechos de Pedro* gnósticos, considerándolos incluso como antilegómenos, es decir, escritos incuestionables del Nuevo Testamento. Y Otto Bardenhewer reconoce todavía en el siglo XX, en la producción de este primitivo falsificador católico, "en cualquier caso una prueba brillante de su talento como escritor".[1988]

El *Sermón de Pedro* fue falsificado por un católico y el *Sermón de Pablo* por un hereje. Los *Hechos de Pedro y de Pablo* (que no deben confundirse con los homónimos Hechos de Pedro y Hechos de Pablo) fueron falsificados por un católico, los *Hechos de Andrés* los falsificaron gnósticos. Una falsificación católica son los *Hechos de Felipe,* una "hereje" los *Hechos de Mateo.*[1989]

Entre todos los Evangelios "apócrifos". Hechos de los Apóstoles y Apocalipsis, J. S. Candiish encontró pocas cosas moralmente buenas, y sí mucho de infantil, absurdo y nocivo. Sería inútil "buscar entre ellos un ejemplo de libro seudónimo con un elevado carácter moral". Más bien no son más que "un piadoso engaño [...] que se utilizó porque se creía que servía a la religión [...]".[1990] Sin embargo, la Iglesia

1986

1987

1988

1989

1990

antigua poco a poco fue publicando cada vez más material "apostólico". Todo lo que era importante para ella se atribuyó sin reparos a los apóstoles.

110 Se hacía como si Jesús hubiera informado detalladamente a los apóstoles, entre los que como muy tarde desde el 120 se contaba también Pablo, acerca del futuro de la Iglesia y hubiera ordenado a los discípulos con perspicacia adivinatoria lo más increíble, algo que produjo grotescos **anacronismos históricos**. Pero precisamente los más grandes de entre los Padres de la Iglesia se incorporaron a esta *pía fraus,* lo mismo Agustín que el papa León I, o incluso el, desde un punto de vista social, tan respetable Basilio, y por supuesto, en casi todos los casos sin el más mínimo rastro de verificación. De ahí que no sólo el credo cristiano proceda de los apóstoles y que ellos hayan fundado las Iglesias más importantes del mundo, sino que también se les atribuyen las horas de rezo de los monjes, la postura en la oración, la señal de la cruz, la unción con los óleos, el bautizo de los niños, la bendición del agua bautismal, las fiestas del bautizo de Pascua y de Pentecostés, las fiestas litúrgicas, la consagración de los obispos en viernes, la costumbre de permitir a los sacerdotes sólo una mujer, el ayuno de témporas, etc.[1991]

Cartas fraudulentas y personas fraudulentas

La literatura "apócrifa" de los cristianos copió el género epistolar del Nuevo Testamento, aunque ya éste consistía en su mayor parte en falsificaciones. Y lo mismo que allí se falsificaron diversas cartas bajo el nombre de Pablo, al final del siglo II se falsificó en el círculo de Marción una epístola a los laodiceos (que se ha perdido). Quizá como contrafalsificación a la epístola marcionista de Pablo, más o menos verdadera, en cuanto compuesta a base de palabras sueltas y frases del apóstol, se encontró otra carta a los laodiceos por el lado "ortodoxo", que se mantuvo en muchos escritos bíblicos (en un lenguaje espantoso) desde el siglo VI al xv. El falsificador apela a los laodiceos para que hagan todo "lo que es adecuado, verdadero, correcto, justo". Los marcionitas continuaron falsificando bajo el nombre de Pablo una carta a los alejandrinos. Y alrededor del año 180, un sacerdote católico de Asia Menor fabricó una tercera epístola a los corintios, en la que avisa que: "Pues mi Señor Jesucristo vendrá rápidamente, ya que es rechazado por aquellos que falsifican sus palabras", sin duda un recurso habitual de los falsificadores. Así, en la falsa *Epístola Apostolorum* Jesús amenaza: "Pero ¡ay de quienes falsifican estas mis palabras y mis mandamientos!".

La tercera epístola a los corintios pertenece a los *Hechos de Pablo* falsos que el sacerdote de Asia Menor redactó "por amor a Pablo". Descubierto, el mentiroso fue separado de la Iglesia, pero el intercambio epistolar fingido entre los corintios y "Pablo" apareció en las ediciones sirias del Nuevo testamento hasta finales del siglo IV (y durante varios siglos más en las versiones armenias); nada menos que el Padre de la Iglesia Efrén la comentó alrededor del año 360 como canónica, equiparable a los restantes escritos paulinos. Los *Hechos de Pablo* falsificados "fueron eliminados

1991

de los usos eclesiásticos con suma lentitud" (Kraft).[1992]

111

Los cristianos tuvieron cada vez menos reparos en hacerse pasar por apóstoles de Jesús. Y si no escribían bajo el nombre de los apóstoles — que en muchos de los Hechos de los Apóstoles, en los escritos de Pilatos, predican el cristianismo delante de los más altos dignatarios y en las cortes imperiales—, aparecían preferentemente como sus discípulos o alumnos. Así, un Leuco, y un Prócoro se convirtieron en discípulos de Juan, un Evodio de Antioquía y un Marcelo en discípulos de Pedro, un Euripos en discípulo del Bautista, etc. También los católicos Graton Lino, Clemente y Melitón falsificaron en siglos posteriores los Hechos de los Apóstoles bajo el nombre de sus discípulos. A otras figuras de la época cristiana más antigua y sobre cuyos trabajos literarios nada se sabe, se les atribuyeron falsificaciones que aún se conservan. Hechos de los Apóstoles y otros escritos: Nicodemo, Gamaliel, José de Arimatea, un Lucio, Carino, Rodón, Zenas, Policrates. Además, durante la Antigüedad los cristianos sustituyeron los tratados perdidos o sólo anunciados por engaños literarios. Falsificaron personajes completos, bajo cuyo nombre produjeron todo tipo de obras. Así, en la literatura patrística se han encontrado: Eusebio de Alejandría, el obispo Agatónico de Tarso, el obispo Ambrosio de Calcedonia así como diversos obispos que debieron escribir cartas a Pedro Fullo, patriarca de Antioquía.[1993]

Pero también se falsificaba a discreción bajo el nombre de personas conocidas de la historia de la Iglesia.

Falsificaciones bajo el nombre de los Padres de la Iglesia

A partir del siglo III, los llamados ortodoxos y los llamados herejes falsifican bajo el nombre de renombrados autores de la Iglesia. Cuanto más conocidos son, tanto más se abusa de su autoridad. Precisamente el número de falsificaciones realizadas bajo su nombre es indicativo de su prestigio.

De Clemente Romano, al parecer el tercer sucesor de Pedro, a quien este último ordenó supuestamente para la sede romana, hay un único escrito auténtico; todos los seudoclementinos se falsificaron con el propósito de que se les tomara por verdaderos; "toda una biblioteca" (Bardy). Entre ellos la llamada segunda epístola clementina, "el sermón cristiano más antiguo que conservamos", como se pone de relieve en *Patrologie* de Altaner; "un discurso exhortatorio para mejorar las formas a la vista de la proximidad del fin de las cosas", como escribe Kraft sobre la falsificación. Además: veinte homilías falsificadas, (numerosos) presuntos sermones de Pedro en los que Jesús, según la tendencia judeocristiana, dice: "no está permitido curar a los gentiles, que parecen perros [...]"; diez libros falsificados de Recognitiones sobre los viajes que al parecer hizo Clemente con san Pedro; dos epístolas seudoclementinas *Ad virgines,* por así decirlo un libro de conducta cristiano para vírgenes y ascetas y según el cual, por razones de honestidad, Jesús prohibió tocar a

1992

1993

María: falsificaciones evidentes, que aparecieron casi todas en los siglos III y IV.

112 El falsificador cristiano, que escribe en la época de la esclavitud, la peor forma de explotación, se encuentra al parecer muy satisfecho con el orden social imperante. Todos los ricos que aparecen son la bondad en persona, el emperador es alabado en tono máximo. Por supuesto, se condena el politeísmo, pero se recomienda la conservación de muchas costumbres paganas, como la del baño después del coito. Mientras que para unos Clemente de Roma (el auténtico) fue un liberto o hijo de un liberto, según otras falsificaciones procede "de una familia de senadores y es de la estirpe de los césares" (Hennecke). No se sabe nada de él y lo que podría saberse sería sólo cierto a medias. Pero fue muy famoso.[1994]

Del obispo Ignacio de Antioquía, fallecido a comienzos del siglo II, nos han llegado siete cartas, cuya autenticidad se pone en tela de juicio con motivos bien fundados. En cualquier caso, a finales del siglo IV las cartas (auténticas) fueron revisadas y completadas con fragmentos tendenciosos. Y de nuevo este falsificador cita y desvalija otra falsificación, las *Constituciones apostólicas.* El mismo embaucador, un católico, falsificó seis cartas. Mezcló con suma habilidad las del Pseudo-Ignacio entre las verdaderas y las editó todas juntas, comenzando con dos falsificaciones y siguiendo "en la proporción 2:2:2:3:2:2" (Brox). Otras cuatro falsificaciones latinas, en las que María es el punto central, se incorporan en la Edad Media — también una carta a la Virgen María y su respuesta—, y estas falsificaciones "se consideraron en general como auténticas" (Altaner/Stuiber).[1995] Durante siglos se falsificó también bajo el nombre de san Justino, el apologista más importante y gran antisemita del siglo II. Poseemos de él tres escritos auténticos, aunque incompletos, probablemente mutilados, y nueve falsificados, redactados estos últimos en los siglos IV y v. Las tres apologías falsas, cuyos títulos se respaldan en la obra de Justino verdadera, pero que se ha perdido, surgieron quizá todavía en el siglo III: un "exhorto", un "sermón" (ambos dirigidos a los paganos, a los que sermonean porque sólo ofrecen algo verdadero cuando lo toman de Moisés o de los profetas, los únicos maestros fiables de la verdad), así como *De monarchía* (sobre la unidad de Dios). Esta última falsificación pretende demostrar la verdad del monoteísmo con citas de literatos griegos, falsificándose también en parte dichas citas.[1996]

113 Bajo el nombre de Tertuliano, nacido alrededor de 150 en Cartago y más tarde "hereje", se falsificó el tratado *De exsecrandis gentium díis,* que ataca las indignas ideas de los paganos sobre Dios; además, en cinco libros escritos en un mal latín, el *Carmen adversas Marcionitas,* del siglo IV; así como una recopilación de 32 "herejías" bajo el título de *Adversus omnes haereses,* una falsificación que tiene por autor al papa Ceferino (199-217) o a uno de sus clérigos.[1997]

Se compusieron docenas de escritos bajo el nombre de san Cipriano de Cartago, tratados, cartas, poemas, oraciones y también un libro, *Contra los judíos.* Muchas de las falsificaciones proceden con seguridad o mucha probabilidad de obispos católicos

1994

1995

1996

1997

de África, tal como *Ad Novatianum, De singularitate clericorum, Epístola ad Turasium, Adversus aleatores.* Por otro lado, 150 años después de la muerte de Cipriano, por parte católica se declararon falsificaciones todas sus cartas (verdaderas) sobre el bautismo de los gentiles, ya que no se correspondían con la doctrina católica.[1998]

Los seguidores de Pelagio, después de que se le declarara hereje, distribuyeron sus escritos bajo el nombre de "ortodoxos" tales como Jerónimo, el papa Sixto, Atanasio, Agustín, Sulpicio, Severo, Paulino de Ñola. El llamado Praedestinatus, un pelagiano desconocido — quizá el monje Arnobio (el menor) o el obispo Juliano de Ecíanum—, intentó proteger su falsificación apareciendo bajo el aspecto de ortodoxo como defensor de Agustín, aunque lo que en realidad quería era atacar sistemáticamente su doctrina de la predestinación y de la gracia.[1999]

Cuanto mayor autoridad tenía un santo, con tanta mayor predilección los cristianos falsificaban bajo su nombre. Sin embargo, aun siendo tan grande la masa de estas falsificaciones, los nombres de los falsificadores se conocen por lo general tan poco como lo eran probablemente entre sus contemporáneos.

114

Con una gigantesca cantidad de escritos se honró al santo Padre de la Iglesia Atanasio, él mismo un gran falsificador ante el Señor. Luciferanos, apolinaristas y nestorianos lo mismo revisaron y modificaron libros auténticos de Atanasio que le atribuyeron otros ajenos. Y algunos de éstos se volvieron incluso más conocidos que los verdaderos. La *Historia imaginis Berytensis,* falsa y de intenso carácter antisemita, se leyó por ejemplo en el segundo niceno (787) y en la Edad Media se la reprodujo más veces que cualquiera de los títulos verdaderos.

Ya que el "padre de la ortodoxia" era una roca de la ortodoxia nicena, se le atribuían a él de modo preferente libros sobre los temas de la trinidad o de la cristología, toda una invasión de escritos dogmáticos. Bajo su *pretatio in symbolum,* dos *Dialogi contra Macedonianos,* cinco *Dialogi de sancta trinitate.* De todos sus resúmenes de la fe católica, en el mejor de los casos dos son auténticos. Seis sermones seudoatanasianos tienen como autor al metropolitano Basilio de Seleucia (fallecido hacia 468), de los 41 sermones ofrecidos bajo el nombre de Migne, algunos son falsos. Sin embargo, rara vez es posible nombrar a los falsificadores. Los llamados maurinos, la rama francesa de los benedictinos, fundada en 1618 y confirmada papalmente en 1621, cuyo monasterio central era Saint-Germain-des-Prés, en París, declararon dudosos o falsos todos los sermones manuscritos de Atanasio.[2000]

También el famoso *Symbolum Athanasianum,* que alcanzó gran prestigio y entró a formar parte de la liturgia, resultó ser falso como se reconoció en el siglo XVIi, sin que hasta la fecha se conozca al verdadero autor. Lo que es bastante seguro es que este *Symbolum Athanasianum* (llamado también *Cuicunque* por su comienzo) surgió hacia finales del siglo V en el sur de las Galias.[2001]

1998

1999

2000

2001

Un amigo de Atanasio, el obispo Apollinaris de Laodicea (fallecido hacia 390), que fue declarado hereje, "una personalidad sobresaliente, un hombre de espíritu y ciencia, conocedor de primer rango de la escritura" (Bardenhewer), falsificó con notable éxito toda una serie de libros, que san Cirilo utilizó como documentos verdaderos. El obispo Apollinaris escribió bajo los nombres de Atanasio, Gregorio Taumaturgo y del papa Julio I. También sus discípulos falsificaron bajo el nombre de Atanasio, lo mismo que los obispos Julio y Félix de Roma, que falsificaron una carta del obispo Dionisio de Alejandría al obispo Pablo de Samosata, otros documentos y una carta dirigida a Atanasio, así como un intercambio epistolar completo entre el Padre de la Iglesia Basilio y Apollinaris y un credo, que fue editado como símbolo de los sínodos de Antioquía (268) o de Nícea y que consta en las actas del Concilio de Éfeso.[2002]

115

Los monofisitas, que recogieron muchas falsificaciones apolinaristas en sus florilegios, falsificaron ellos mismos con harta frecuencia como por ejemplo las epístolas con el nombre de Simeón Estilita, una correspondencia entre Pedro Mongo y Acacius acerca del *henoticón*, otra entre Teodoreto de Ciro y Nestorio. Falsificaron (en árabe y en etíope) extractos de las cartas de Ignacio de Antioquía. Combatieron a los nestorianos con escritos falsos, e incluso entre ellos mismos. Interpolaron asimismo numerosos tratados católicos.[2003]

Bajo el nombre del Padre de la Iglesia Ambrosio hay igualmente numerosos escritos falsos, como por ejemplo una traducción al latín, *Hegesippus sive de bello judaico* (también se les atribuyeron traducciones a Sexto Julio Africano, Eusebio y Jerónimo), la *Lex Dei sive Mosaicarum et Romanarum legum collatio,* que es importante para la historia del derecho al haber intentado encontrar una dependencia del derecho romano con respecto al Antiguo Testamento, una serie de obras en verso falsificadas bajo su nombre, *Tituli* e himnos. El famoso aleluya ambrosiano *Te Deum laudamus* tampoco se debe a Ambrosio. Bajo su nombre se ha falsificado también un comentario a la decimotercera epístola de Pablo, aparecido en Roma bajo el papa Dámaso (366-384) y que desde Erasmo recibe el nombre de *Ambrosiaster* (Pseudo-Ambrosio), sin que, como sucede tan a menudo, se haya podido resolver la cuestión de su autoría; en cualquier caso, se trata de un "trabajo excelente" (Altaner/Stuiber), pero ciertamente no de Ambrosio. Una carta también falsificada de éste contiene la asimismo falsa pasión de los mártires Gervasio y Protasio, cuyas piernas descubrió el propio Ambrosio de una manera tan inspirada que muchos investigadores (coincidiendo con la corte imperial cristiana de aquel tiempo) hablan de "mentira piadosa" y "engaño de gran alcance", no el único que se permite el Padre de la Iglesia.[2004]

Una enorme cantidad de escritos ficticios se atribuyeron a san Jerónimo. Sólo en la colección de sus 150 cartas hay varias docenas que no son verdaderas. Está igualmente falsificada una correspondencia entre Jerónimo y el papa Dámaso I, que de manera significativa introduce el *Líber Pontificalis,* el libro oficial del papa, que a su vez está tan repleto de falsificaciones que hasta más o menos las postrimerías del

2002

2003

2004

siglo V y a comienzos del vi carece prácticamente de valor para nosotros. El Pseudos-Isidoro ofrece otro intercambio epistolar falso entre el papa asesino y el Padre de la Iglesia. Las frecuentes falsificaciones no hacen más que señalar "lo grande que era el prestigio de que disfrutaba como autor ortodoxo de tratados eruditos" (Krafí).

Pero este santo (lo mismo que Ambrosio o Atanasio) era a su vez, también él, un falsificador. Al patrón de los eruditos le debemos toda una biografía falsificada, la *Vita sancti Pauli monachi,* que describe la vida realmente maravillosa del que al parecer fue el primer monje cristiano, Pablo de Tebas, el precursor de san Antonio. Este "protoeremita" literalmente fabuloso, que según Jerónimo vivió en una cueva durante noventa años sin ver a ningún ser humano, aunque todos los días un cuervo iba a llevarle medio pan, hasta que finalmente dos leones cavaron su tumba, fue puesto ya en tela de juicio en vida de su creador. Pero por parte católica esta historia inventada sigue contándose entre los "escritos históricos" (Altaner/Stuiber) del santo; lo mismo que su *Vita sancti Hilarionis* y su *Vita Malchi,* biografías de monjes también muy legendarias y en las que abundan los milagros increíbles.[2005]

116

Los cristianos falsificaron infinidad de escritos bajo el nombre de Agustín y no sólo acerca del tema de la gracia, especialmente cercano. No se daban por satisfechos con un escrito (auténtico) de Agustín *Contra los judíos,* sino que se redactaron otros dos, falsos, bajo su nombre: *Sérmo cmtra Judaeos, Paganos et Arianos de symbolo* y la *Alteratio Ecclesiae et Synagogae.* Una obra ascética asimismo atribuida a Agustín, *Soliloquia,* procede probablemente del siglo XIII, pero se la leyó con mucha frecuencia y todavía en la actualidad se la sigue editando, por lo general junto a otros dos libros de fundación que se atribuyen a Agustín, *Meditationes* y *Manuale.* El *Sermo de Rusticiano subdiacono a Donatistis rebaptizato et in diaconum ordinato* es incluso una manifiesta falsificación moderna. Sin que se hubiera descubierto todavía el manuscrito, fue editado por primera vez por Jerónimo Vignier (fallecido en 1661), un "oratoriano conocido como falsificador de documentos" (Bardenhewer), es decir, miembro de un oratorio fundado en Roma en 1575 por san Felipe Neri, una comunidad análoga a un convento pero que englobaba sacerdotes y laicos. Pero todavía en 1842, A. B. Cailiau presentó en París 164 sermones no editados de Agustín, de los que apenas hay uno que sea verdadero. Y de manera idéntica o muy similar sucede con el (presunto) sermón de Agustín *S. Augustini sermones ex codicibus vaticanis,* que diez años después, en 1852, editó en Roma el cardenal A. Mai. De los más de seiscientos sermones que existen bajo el nombre de Agustín, más de cien han sido falsificados.[2006]

Un falsificador cristiano: «Durante siglos ei maestro del mundo occidental [...]»

La cristiandad debe falsificaciones especialmente famosas a un sirio, que alrededor del año 500 redactó cuatro grandes tratados y diez cartas, por lo general breves, con

2005

2006

un éxito radical y duradero como «nunca volvió» (Bardy) a conseguir ningún otro falsificador literario.

Este cristiano se da a conocer como el consejero del Areópago, Dionisio, llamado después Dionisio Areopagita, convertido por Pablo en Atenas, motivo por el que dirige sus escritos a los apóstoles y sus discípulos, ofrece detalles reiteradamente que acaban por confundir al lector haciéndole creer que tiene ante sí la obra de un contemporáneo de los apóstoles. Pretende haber sido testigo del eclipse de Sol que se produjo al morir Jesús y de haber estado, junto con Pedro y Santiago, en el entierro de la Virgen Santa María. Pero en realidad, sus mentiras no aparecieron como muy pronto hasta finales del siglo V, si no son ya los comienzos del VI.[2007]

117 El martirologio romano -«recopilado de fuentes fidedignas, verificado [...]»señala al falsificador embebido en la gracia de Dios, cuya onomástica se celebra el 9 de octubre, como santo y mártir. Él, que vivió casi medio milenio después de Pablo, fue «bautizado por el santo apóstol Pablo» según se dice allí, fue consagrado como primer obispo de Atenas, después, en Roma, «el santo papa romano Clemente le envió a que predicara el Evangelio a Francia, y de este modo llegó a París, donde administró fielmente durante algunos años el cargo que se le había encomendado y finalmente, bajo el protector Fescennin, tras crueles tormentos completó el martirio junto con sus compañeros, siendo decapitado».[2008] El falsificador Dionisio, que también se había inventado la figura de su maestro Hierotheus, fue registrado oficialmente como obispo de Atenas y de París. En no poca medida debido a eso, el glorioso Corpus Areopagiticus -una mezcla de filosofía antigua y cristianismo, aunque llegando hasta la políticatras un rechazo inicial por parte de los católicos influyó durante más de un milenio sobre Occidente de un modo nada desdeñable. El engañador se convirtió «durante siglos en el maestro del mundo occidental» explicando a sus (presuntos) pensadores que «el cristianismo no tenía por qué ser ya "bárbaro" y que en su singularidad brindaba al espíritu cultivado revelaciones inimaginables» (Roques). A comienzos del siglo VI, el arzobispo Andrés de Cesárea cita los libros «del bienaventurado gran Dionisio». Un siglo más tarde, san Máximo los hace objeto de sus elogios y defiende su autenticidad. En el siglo IX conquistan el Occidente creyente, sobre todo a consecuencia de su traducción al latín por Juan Escoto (Eríugena) y por el abad Hilduino de St. Denis (814-840), indudablemente predestinado para ello pues él mismo había redactado toda una serie de documentos falsos, tales como la Conscriptio de Vispio, una carta de Aristarco a Onesiforo e himnos de Venancio Fortunato y de Eugenius Toletanus y que también enriqueció las cartas falsificadas del Areopagita mediante su propia falsificación, la *Epistula ad Apollophanium.*

Pero el montaje del Pseudo-Dionisio fue estudiado como la Biblia por los más famosos teólogos tales como Maximus Confesor, Hugo de San Víctor, Alberto Magno y Tomás de Aquino, que lo comentaron y lo consideraron una obra del Espíritu Santo. Adquirió una «autoridad casi canónica» (Bihimeyer). Tomás escribió un comentario propio al «Nombre de Dios» *(De divinis nominibus)* y en sus restantes obras recogió cerca de 1.700 citas de esta falsificación. La universidad de París

2007

2008

conmemoró en el siglo xm al falsificador -que curiosamente es el único autor de Oriente que seguía vivo en Occidentecomo el apóstol de Francia y el gran maestro de la Cristiandad. La autenticidad de sus escritos, cuestionada por primera vez por el humanista Lorenzo Valla (fallecido en 1457) y más tarde por Erasmo (1504), todavía se defendió en el siglo XIX e incluso en el XX, aunque ya mucho antes, poco después de la aparición de este gigantesco engaño, el obispo Hiparlo de Éfeso, temporalmente hombre de confianza del emperador Justiniano, discutiera esa autenticidad: «Si ninguno de los escritores antiguos los menciona (los escritos), no sé cómo podéis demostrar ahora que pertenecen a Dionisio».

118

Quién fue este san Pseudo-Dionisio es una cuestión que sigue hoy pendiente: posiblemente un «hereje», un monofisita. Cualquiera de los dos patriarcas de Antioquía, Pedro Fullo (fallecido en 488) o Severo de Antioquía (512-518), al que al menos también los defensores del Calcedonense demostraron varias falsificaciones. No podría sorprender que al amplio engaño del Pseudo-Dionisio se incorporaran falsificaciones deuterodionisias, sobre todo al comienzo de la Edad Media, ni sorprendería tampoco que, a la postre, la «leyenda» del martirio de san Dionisio, o más bien de su descripción, un producto parisino, se convirtiera en el motivo ampliamente difundido de la leyenda de los portadores de la cabeza. Según ella, los mártires y los santos llevarían su noble cabeza en la mano: Luciano lleva la cabeza que le han cortado, Jonio de Chartres, Lucano de Chartres, Nicasio de Rúan, Máximo y Venerando de Evreux, Claro, el eremita de Normandía, la virgen Saturnina de Artois, san Crisolio, al que partieron en dos la cabeza durante el martirio, esparciéndose el cerebro por la zona, y que recogiéndolo todo, lleva el cráneo y su contenido desde ürelenghem hasta Comines. Fusciano y Victórico transportan sus cabezas durante varias millas. El muchacho decapitado Justo de Auxerre lleva su cráneo mientras que el tronco, para espanto de sus perseguidores, se pone a rezar. Los santos Frontasio, Severino, Severiano, Silano de Périgueux, Pápulo de Tolosa, Marcelo de Le Puy (Anitium), obispos y arzobispos, vírgenes y príncipes desde el sur al norte llevan su cabeza, el príncipe danubiano Severo, el merovingio Adalbaldo, el arzobispo León de Rúan, el apóstol de Prusia Adalberto, el hijo de rey Pingar Comwail, la hija del rey Ositha en el norte... No, no acaban los mártires cristianos portadores de cabezas, y todo tan auténtico como «Dionisio Areopagita».[2009]

En el siglo VII hubo en Alejandría un completo taller de falsificadores cristianos. Bajo la dirección del prefecto de Egipto, Severiano, catorce escribas falsificaron aquí en sentido monofisita escritos de los Padres de la Iglesia, especialmente de Cirilo de Alejandría.[2010]

Dado que en la historia más antigua del cristianismo apenas había nada que se sostuviese en pie o que tuviese base y su historicidad era, y sigue siendo, más que incierta y carente de un mínimo fundamento, algunas falsificaciones tenían también como propósito la de crear esa fundamentación histórica.

Falsificaciones para apoyar la historicidad de Jesús

2009

2010

Los cristianos falsificaron una serie de escritos para disponer de mejores testimonios para la — hasta ahora sin demostrar pero tampoco refutada — historicidad de Jesús, para su vida y su resurrección, pues en la llamada literatura profana no se decía nada al respecto.[2011]

119

Se crearon así documentos falsos de escritores no cristianos sobre la vida de Jesús, en los que por ejemplo no sólo se interpolaban las *Antigüedades judías* del judío Josefo, el llamado *Testimonium Flavianum,* sino que incluso se hacía a Josefo autor de libros cristianos enteros. Objetivos análogos perseguían los escritos cristianos de Pílatos, en tanto que las historias paganas sobre él, a las que los cristianos opusieron contrafalsificaciones, se convirtieron a comienzos del siglo IV en un instrumento de propaganda de los gentiles contra los cristianos, que incluso se utilizaba en la escuela.[2012]

Apareció una carta falsificada de Pilatos al emperador Tiberio, una falsificación que dio pie a otras más con una intención ya claramente apologética. Sobre todo, mediante el falso Pilatos se consiguió un renombrado testigo pagano para la, en palabras del historiador de la Iglesia Eusebio, "maravillosa resurrección y ascensión a los cielos de nuestro Salvador". No pasó tampoco desapercibido el nacimiento de la virgen. En el tratamiento benigno de los romanos no faltaron tampoco los ataques antisemitas. "Así, la palabra salvadora iluminó, de una vez y con la obra del cielo, como un rayo de sol todo el mundo" (Eusebio).[2013]

Existe toda una serie de otros "escritos de Pilatos" que surgen a lo largo de varios siglos. Muestran unos rasgos cada vez más "legendarios", con una tendencia más proclive a los romanos y hostil a los judíos. En uno de ellos Nicodemo dice de Pilatos: "Es el abogado de Jesús", y el procónsul lo confirma. Se falsificó una correspondencia entre un Teodoro y Pilatos, una "carta de Pilatos a Claudio", en la que Pilatos habla del nacimiento de la virgen, cuenta los numerosos milagros de Jesús y acusa a los sumos sacerdotes: "y acumulando mentira sobre mentira declaran que es un nigromante y que se opone a sus leyes". Pilatos menciona la muerte y resurrección de Jesús y finaliza: "Pero esto se lo he presentado a tu majestad para que otros no mientan y supongas que has de creer en las habladurías falsas de los judíos". Al mentir uno mismo, como tan a menudo, se echan en cara a los demás las mentiras. Se falsificó un intercambio epistolar de Pilatos con Herodes, hasta con Augusto, que hacía ya dos décadas que había muerto cuando crucificaron a Jesús. Se falsificó también un *Evangelio de Gamaliel,* en el que Pilatos testifica la resurrección de Jesús. Y los cristianos de aquel tiempo (entre ellos un Gregorio de Tours) consideraron "en general tales [...] escritos como fuentes históricas" (Speyer). La *Paradosis* de Pilatos hace del procurador casi un mártir cristiano. Las Iglesias copta y etíope le veneran como un santo. Por el contrario en *Cura sanitatis Tiberii,* en el que este emperador figura como un cristiano creyente, en la *Mors Pilati,* debe pagar por su culpa en la crucifixión.[2014]

2011

2012

2013

2014

120

Una correspondencia falsificada en el siglo VI entre el (tres veces separado y desterrado) obispo Cirilo de Jerusalén (348-386) y el papa Julio de Roma debía determinar la fecha del nacimiento y el bautizo de Jesús. Sin embargo, con ello no se pretendía hacer aceptable la historicidad de Jesús, sino que lo fuera para Oriente, en especial Palestina, la nueva fecha occidental de su nacimiento. De igual modo, cristianos ortodoxos elaboraron falsificaciones en el curso de la disputa por el cálculo de la fiesta de la Pascua.[2015]

Falsificaciones para resaltar la autoridad cristiana frente a judíos y paganos

Los cristianos facilitaron a menudo su lucha contra los judíos por medio de falsificaciones, restaron fuerza a sus reproches mediante engaños literarios con el fin de hacer brillar más su fe y, en última instancia, para dar un testimonio tanto más claro de Jesús como Mesías prometido y también como hijo de una virgen.

Esto se hizo al principio con la inclusión de numerosos párrafos falsos, viniéndoles especialmente a propósito a los cristianos los seudoepígrafes judíos. Interpolaron así las profecías sibilinas, el cuarto libro del Esra, el Apocalipsis más difundido en la Antigüedad, el martirio de Isaías, el Baruch griego, los Apocalipsis de Abraham, Elías, Sofonías, los Paralipómenos de Jeremías, la vida de los profetas, los testamentos de Adán, Abraham, Isaac, de Ezequías, de Salomón, de los doce patriarcas, etc. Los cristianos falsificaron sentencias de los profetas y con su ayuda intentaron convertir a los judíos hasta la Edad Media. Pero también falsificaron escritos completos bajo los nombres de personas del Antiguo Testamento, como la ascensión a los cielos de Isaías, el Apocalipsis de Zacarías, distintos Apocalipsis de Daniel, los Apocalipsis del Esra, el quinto y el sexto libros del Esra, en los que no solamente habla en primera persona Esra sino también Dios, el Señor, falsificaciones de las que incluso pasajes como el 5 Esra 2, 42-48, entraron íntegramente en el siglo III a formar parte de la liturgia oficial católica romana.

Los cristianos falsificaron a menudo para reforzar documentalmente la virginidad de María, que ponían en tela de juicio los judíos y los judeocristianos "herejes" (que naturalmente llamaban a José el padre biológico de Jesús), como por ejemplo en los oráculos sibilinos cristianos, en el *Protoevangelio de Santiago* o, en la época del emperador Justiniano, en el escrito *El sacerdocio de Cristo,* un diálogo judeocristiano. En este escrito, Jesús debe ingresar en el colegio sacerdotal en sustitución de un sacerdote judío fallecido. Se tienen así datos personales precisos de su madre y se escriben en el códice del templo. Los cristianos falsificaron las obras de los escritores profanos judíos tales como Filón y Josefo. Con cierta frecuencia interpolaron también los mismos escritos durante varios siglos. La investigación de los últimos decenios ha descuidado el esclarecimiento en este campo y no existe ninguna historia de la "literatura interpolativa".[2016]

2015

2016

En los siglos III y IV se falsificó también toda una correspondencia entre el apóstol Pablo y el estoico Séneca (4 a. C.-65 d. C.).

121

Redactado en un horrible latín, esta chapucería fue un escrito propagandístico que pretendía recomendar las epístolas de Pablo a los ilustrados de Roma, que las menospreciaron a causa de su estilo. Esta correspondencia increíblemente primitiva, ocho cartas de "Séneca" y seis de "Pablo" (siendo Erasmo de Roterdam el primer erudito que lo declaró como falsificación), debería haber afianzado la autoridad de Pablo, pues muchos de sus pensamientos coincidían tanto con la filosofía estoica de la época imperial, que Tertuliano pudo afirmar: *"Séneca saepe noster"*. La falsificación tergiversa la relación de dependencia, enalteciendo Séneca al apóstol ("Salve, mi querido Pablo [...]") como portavoz del cielo, como un "hombre al que Dios ama de todos modos", incluso certificándole que "el Espíritu Santo está en ti", mientras que Pablo sólo de modo ocasional y en tono de superioridad anima al filósofo a continuar en sus esfuerzos. Las falsificaciones eran, como atestigua san Jerónimo, él mismo un gran falsificador ante el Señor, *"a plurímis leguntur"*. Y no sólo él mismo las tomó por auténticas, y después también Agustín, sino que basándose en este engaño Jerónimo incluyó entre los santos cristianos al pagano Séneca. El Padre de la Iglesia escribe: "L. Annaeus Séneca de Córdoba [...] llevó una vida muy sobria. No le habría incluido en el registro de los santos si no me hubieran impulsado a ello las cartas, leídas por tantos, de Pablo a Séneca y de Séneca a Pablo".[2017]

El intercambio epistolar falsificado, que se conserva en una cantidad inhabitual de manuscritos, se mantuvo durante la Edad Media e influyó sobre Pedro de Cluny, Pedro Abelardo e incluso Petrarca.[2018]

Muchas veces, los cristianos no encontraban sólo cartas y correspondencias sino también discusiones públicas completas, como por ejemplo los llamados diálogos de religión en la corte de los sasánidas.

El autor indica que su obra son las actas de un debate sobre Cristo y el cristianismo mantenido en Persia, las anotaciones de un testigo ocular y auricular. Frente al fondo resplandeciente de la corte y el momento álgido del poder sasánido, y bajo la presidencia de honor de un sasánida, los representantes de la Iglesia templan — naturalmente con éxito en toda línea — sus armas contra griegos, "herejes" cristianos, los magos persas y los judíos. En ocasiones se ataca también a los samaritanos, los budistas y al estado romano; a los que menos y de manera más liberal a los hebreos helenizados, por así decir a los precursores del cristianismo, y con máxima saña a los judíos.

El falsificador es católico. Elogia toda la divinidad y humanidad de Jesús, la magnificencia de María, el triunfo de los obispos cristianos frente a los magos persas con todo tipo de milagros, mediante la curación de leprosos, la resurrección de un muerto y un azor de barro que cobra vida. A nadie sorprenden los anacronismos históricos, las fuentes fingidas, las apariciones del rey persa Arrinatus, al que intentó seguir el rastro sin éxito el bolandista G. Henschen en el siglo XVIi, un rey de fábula

2017

2018

(figurando también en otros lugares) bajo el cual tiene lugar la charla de religión, que certifica los milagros cristianos y cierra las conversaciones con un diploma. Prudentemente no todo es inventado, hay dispersos también datos históricos. Pero el autor permanece anónimo. Calla sobre sí mismo y sobre la época, y desvalija con todo descaro los escritos de Felipe de Side, desconocido para la mayoría, del siglo V o VI.[2019]

122

La marea de falsificación guarda una estrecha relación con las antiguas persecuciones de los cristianos: cuanto menos mártires auténticos, más falsos.

La mayoría de las actas de mártires están falsificadas, pero todas ellas se consideraron como documentos históricos totalmente válidos.

Los cristianos falsificaron primero, a partir del siglo II, los edictos de tolerancia del emperador: como por ejemplo el de Antonino Pío (hacia 180), o un escrito de Marco Aurelio al Senado en el que el emperador atestigua la salvación de las tropas romanas de la sed gracias a los cristianos. Falsificaron también una epístola del procónsul Tiberiano a Trajano con la presunta orden imperial de finalizar la sangrienta persecución; se falsifica un edicto de Nerva que revoca las duras medidas de Domiciano contra el apóstol Juan. En efecto, el propio Domiciano, informa el historiador de la Iglesia Eusebio (apoyándose en el cristiano oriental Hegesipo, el autor de los cinco libros de *Recuerdos,* el propio Domiciano, después de haber encarcelado a "los parientes del Señor" como sucesores de David, los puso en libertad y ordenó "cesar la persecución de la Iglesia".[2020]

Si los cristianos comenzaron falsificando documentos para que el emperador les exonerara, cuando habían pasado las persecuciones y ellos mismos, lo que es peor, comenzaron a perseguir a los paganos, acabaron falsificando documentos para inculpar a los soberanos paganos; falsificaron en serie, por un lado un gran número de edictos y cartas anticristianos de los soberanos y cónsules (especialmente a finales del siglo III), supuestos documentos que se encuentran en su mayor parte entre las actas de martirios no históricas, y por otro lado infinidad de martirios. Los cristianos que aparecen como testigos de falsas pasiones y biografías son incontables.[2021]

Ya la primera de las presuntas persecuciones bajo Nerón, que hicieron de este emperador durante dos milenios un monstruo sin igual para los cristianos, no fue una persecución contra los cristianos sino un proceso por incendio provocado. Incluso los historiadores Tácito y Suetonio, hostiles a Nerón, juzgaron el proceso de justo y razonable; "no se puso en discusión la cristiandad", escribe el teólogo evangélico Cari Schneider. Y también la historia del cristianismo del teólogo católico Michel Clévenot establece "que ni Nerón, ni la policía ni los romanos debieron saber que se trataba de cristianos. Se movían todavía demasiado en la oscuridad y su

2019

2020

2021

número era todavía demasiado pequeño como para que sus ejecuciones hubieran constituido un motivo de interés público […]".[2022]

Pero puesto que la lógica de los teólogos católicos rara vez es brillante, Clévenot finaliza su capítulo sobre el incendio de Roma en julio del año 64, no sin haber registrado primero la "sorprendentemente" buena memoria del emperador Nerón entre los romanos: entre los cristianos se le sigue considerando un loco sanguinario. Y esto sería "quizá (!) la mejor demostración de que los cristianos fueron realmente las víctimas de la horrible masacre de julio del año 64".[2023]

123

Resulta significativo que los motivos religiosos no desempeñaran en el proceso ningún papel, o a lo sumo uno muy accesorio. Significativamente, Nerón se limitó a los cristianos de Roma. Aunque más tarde se falsificaron las actas para localizar mártires en otros lugares de Italia y en las Galias, según el teólogo católico Ehrhard: "Todas estas actas de martirio carecen de valor histórico".[2024]

La tolerancia de los romanos en cuestiones religiosas era por lo general grande. La tenían frente a los judíos, garantizando su libertad de culto, e incluso después de las guerras sostenidas con ellos no les obligaron a adorar los dioses del estado y les liberaron de las ofrendas obligatorias a los emperadores. Hasta comienzos del siglo III, el odio contra los cristianos, que se consideraban exclusivos, que con toda humildad (!) se creían especiales, como "Dios de Israel", "pueblo elegido", "pueblo santo", que se sentían la "parte dorada", procedía sobre todo del pueblo. Durante mucho tiempo los emperadores se imaginaron demasiado fuertes frente a esta oscura secta como para intervenir seriamente. "Evitaban siempre que era posible" los procesos contra cristianos (Eduard Schwartz). Durante doscientos años no les sometieron a ninguna "persecución". El emperador Cómodo tenía una favorita cristiana. En Nicomedia, la principal iglesia cristiana estaba enfrente de la residencia de Diocleciano. También su preceptor de retórica, el Padre de la Iglesia Lactancio, permaneció a salvo en las proximidades del soberano durante las persecuciones más duras contra los cristianos. Lactancio no hubo de presentarse ante los tribunales ni fue a la cárcel. Casi todo el mundo conocía a los cristianos, pero no gustaban mancharse las manos persiguiéndoles. Cuando era necesario porque el pueblo pagano estaba furioso, los funcionarios hacían todo lo posible para volver a liberar a los encarcelados. Los cristianos sólo tenían que renunciar a su fe — y lo hacían masivamente, era la regla general — y nadie les volvía a molestar. Durante la persecución más intensa, la de Diocleciano, el estado únicamente exigía el cumplimiento de la ofrenda de sacrificios que la ley imponía a todos los ciudadanos. Sólo se castigaba el incumplimiento, pero en ningún caso la práctica de la religión cristiana. Incluso durante la persecución de Diocleciano, las iglesias pudieron disponer de sus bienes.[2025]

Hasta el emperador Decio, en el año 250, no puede hablarse de una persecución general y planificada de los cristianos. En aquella época murió el primer obispo romano víctima de una persecución, Fabiano, y murió en prisión; no pesaba sobre él

2022

2023

2024

2025

ninguna condena a muerte. Pero hasta esa fecha, la Iglesia antigua señalaba ya como "mártires" a once de los diecisiete obispos romanos, ¡aunque ninguno de ellos había sido mártir! Durante doscientos años había residido lado a lado con los emperadores. Y a pesar de eso, por parte católica se sigue todavía mintiendo — con imprimátur eclesiástico (y dedicatoria: "A la amada madre de Dios") — a mediados del siglo XX: "La mayoría de los papas de aquel tiempo murieron como mártires" (Rüger).

124

El "papa" Cornelio, que falleció en paz el 253 en Civitavecchia, aparece como decapitado en las actas de los mártires. Igualmente están falsificadas las que hacen al obispo romano Esteban I (254-257) víctima de las persecuciones de Valeriano. El papa san Eutiquiano (275-283) incluso enterró "con sus propias manos" a 342 mártires, antes de seguirles él mismo. La apostasía de varios papas a comienzos del siglo IV intentó taparse asimismo falsificando los documentos. El *Líber Pontificalis,* la lista oficial del papado, señala que el obispo romano Marcelino (296-304), que había hecho sacrificios a los dioses y había entregado los libros "sagrados", pronto se arrepintió y murió martirizado, una completa falsificación. En el martirologio romano, un papa tras otro van ciñéndose la corona del martirio, casi todo puro engaño. (Curiosamente, hasta finales del siglo III no se inicia en Roma el culto a los mártires.)[2026]

Pero precisamente los obispos — cuyo martirio se consideraba naturalmente "algo especial" frente al de los cristianos corrientes, elevándolo hasta el más allá— muy raras veces fueron mártires. Huyeron en masa, a veces de un país a otro, hasta los límites del Imperio romano, naturalmente por mandato de Dios y sin olvidar enviar desde lugar seguro cartas de apoyo a los fieles de menor grado encarcelados. ¡En la antigua Iglesia esto era tan conocido que incluso en numerosos relatos de mártires *falsificados* hay pocos obispos que figuren como mártires! (El patriarca de Alejandría, Dionisio, tenía tanta prisa cuando estalló un pogromo local que huyó a lomos de una caballería desprovista de silla; con razón lleva el apodo de "el Grande".)[2027]

Pero la práctica totalidad de los "santos" de los primeros siglos fueron declarados con posterioridad "mártires", "incluso aunque hubieran muerto en paz. Cualquiera digno de veneración de la época de Constantino tenía que ser mártir" (Kötting). Por eso, "muy pocas" de las *Acta Martyrum* son "verdaderas o se basan en material documental verdadero" (Syme). Y sobre todo a partir del siglo IV los cristianos católicos tenían actas y relatos de mártires que les parecían falsificados por los "herejes", por lo cual los "purificaron" mediante contra falsificaciones. Aunque admitían los milagros de los apóstoles que se relataban, no querían considerar válidas las "doctrinas falsas" que les acompañaban. De este modo, falsificadores ortodoxos como el Pseudo-Melitón, el PseudoJerónimo, el Pseudo-Abdías y otros, proporcionaron contrafalsificaciones.[2028]

Las "actas de mártires" cristianas no retrocedían ante ninguna exageración, ninguna falta a la verdad, ninguna cursilería.

Puesto que la Iglesia no hizo uso alguno del martirio de la mujer del apóstol y

2026

2027

2028

primer papa, san Pedro, que transmitió un Padre de la Iglesia, se considera como primera mártir a santa Tecla, aunque se dice que escapó del martirio por un milagro.
125

Pero la martirología católica está estrictamente documentada con el martirio de Policarpo, conociéndose incluso la hora de su muerte, algo casi único en la literatura protocristiana. Sin embargo, se desconoce la fecha; no se sabe tampoco si fue bajo Marco Aurelio o con Antonino Pío. En este testimonio ocular de la muerte de un mártir cristiano, el texto más antiguo, un texto en el que sin embargo se falsifica al comienzo, al final y por en medio, en el que hay revisiones e interpolaciones, un añadido preeusebiano y otro posteusebiano y un anexo falso, el santo obispo conoce con antelación el tipo de su muerte. Al entrar en el estadio le anima una voz procedente del cielo: "¡Mantente firme, Policarpo!". No se quema en la hoguera, a la que "especialmente los judíos" arrojan leña, todas las llamas arden en vano. El verdugo debe entonces rematarle, apagando su sangre el fuego y saliendo de la herida una paloma, que asciende al cielo... Estas actas "surgieron poco a poco y de modo fragmentario" (Kraft). Todavía en el siglo XX en el *Lexikonfür Theologie und Kirche* católico este relato brilla como "el testimonio más valioso para la adoración católica de los santos y las reliquias". Aún hoy se sigue venerando al valiente mártir que, por lo demás, como corresponde a un obispo, con anterioridad había huido varias veces y había cambiado de escondrijo: las Iglesias bizantina y siria lo festejan el 23 de febrero, los melquitas el 25 y los católicos el 26 de enero, y sigue actuando como "patrón contra el dolor de oídos".[2029]

Echemos sólo un vistazo, a modo de ejemplo, a las *Actas de los mártires persas.*

Los cristianos se dirigen en masa hacia su ejecución "cantando los salmos de David". Sonríen mientras que el verdugo levanta la espada. Se les arrancan todos los dientes y se les muelen todos los huesos. Se compran a propósito nuevos látigos para hacerles papilla. Se les golpea hasta que son *sólo* una tumefacción. Se les rompen las articulaciones, se les desuella desde la cabeza a los pies, se les corta lentamente desde la mitad de la nuca hasta el cráneo, se les cortan la nariz y las orejas, se les clavan agujas ardientes en los ojos, se les lapida, se les corta con una sierra, se les deja morir de hambre hasta que la piel se les cae de los huesos. Una vez se hace que 16 elefantes pisen a los héroes... Pero sea lo que sea, soportan casi todo durante un tiempo sorprendentemente largo y con buen ánimo, por así decirlo, con alegría. Despedazados, siendo sólo sangre y carne desmenuzada, lanzan los discursos más edificantes. Gritan de alegría: "Mi corazón se alegra en el Señor y mi alma se regocija en su bienaventuranza". O bien reconocen: "Este sufrimiento es sólo alivio".[2030]

Mar Jacobo, el despedazado, después de que le han arrancado los diez dedos de las manos y tres de los pies, sonriendo hace profundas comparaciones: "Tercer dedo del pie, sigue tú también a tus compañeros y no te preocupes. Pues lo mismo que el trigo que cae a la tierra y en primavera hace crecer a sus compañeros, también tú te reunirás en un instante con tus compañeros el día de la resurrección". ¿No está esto bien dicho? Pero después de caer el quinto dedo del pie, clama venganza: "Oh Dios, dirige mi castigo y haz caer mi venganza sobre el pueblo despiadado".[2031]

2029

2030

2031

126

Pero a menudo estos santos se vuelven groseros e insultan a sus impíos torturadores o jueces según todas las reglas de la religión del amor; les auguran "rechinar de dientes para la eternidad", les insultan llamándoles "impuros, sucios, lamedores de sangre", "cuervos impúdicos, que se posan sobre cadáveres", "una serpiente de encantador sedienta de morder", "verdes" de odio "como una mala víbora", un lascivo que busca "mujeres en el dormitorio", un "perro impuro". El santo Aitilláhá apostrofa a su verdugo: "Realmente eres un animal irracional". Y san José no piensa precisamente en amar a su enemigo, en ofrecerle la otra mejilla, o no, muy acertadamente se dice: "José se llenó la boca de saliva y de pronto le escupió en toda la cara y dijo: 'Tú, impuro y manchado, no te avergüenzas [...]' ".[2032]

Después de que a Mar Jacobo le hubieran cortado uno o a uno todos los dedos de las manos y de los pies, acompañado cada vez por una sentencia noble o venenosa contra "los lobos carniceros", sigue firme en la fe y dispuesto a la tortura. "¿Por qué ganduleáis? — pregunta impaciente—. Que no perdonen vuestros ojos. Pues mi corazón se regocija en el Señor y mi alma se eleva hacia él, que ama a los mortificados." Así, tras los diez dedos de las manos y de los pies, los ayudantes del verdugo cortan de manera sistemática y con rechinar de dientes nuevos miembros, y con cada uno de los que cae, el santo varón hace comentarios con una sentencia piadosa. Tras perder el pie derecho dice: " 'Cada miembro que me cortáis será un sacrificio al rey de los cielos.' Le cortan el pie izquierdo y dijo: 'Escúchame, oh Señor, pues Tú eres bueno y grande es Tu bondad para todos los que Te llaman'. Le cortan la mano derecha y grita: 'La gracia de Dios fue grande conmigo; libera mi alma del profundo reino de los muertos'. Le cortan la mano izquierda y dijo: 'Mira, hiciste milagros con los muertos'. Se acercaron y le cortaron el brazo derecho y él volvió a hablar: 'Quiero alabar al Señor en mi vida y cantar himnos de alabanza a mi Dios mientras yo exista. Que le agrade mi alabanza; quiero alegrarme en el Señor' ".

Los perversos paganos le cortan el brazo izquierdo, arrancan la pierna derecha de la rodilla... y finalmente "el glorioso" queda reducido a "cabeza, tórax y abdomen"; entonces reflexiona brevemente sobre la situación y abre "de nuevo la boca" para contar a Dios en un breve discurso — ya es osadía en estado tan reducido — todo lo que al final ha perdido por Él: "Señor, Dios, misericordioso y compasivo. Te ruego, escucha mi oración y atiende mis súplicas. Aquí estoy sin mis miembros; estoy aquí por la mitad y permanezco callado. Nada tengo, Señor, no tengo dedos para implorarte; ni los perseguidores me han dejado manos para extenderlas hacia Ti. Los pies me los han cortado; las rodillas me las han arrancado; los brazos se han desprendido; las piernas están cortadas. Aquí estoy ante Ti como una casa destruida, de la que sólo queda una corona de tejas. Te suplico. Señor, Dios [...]", etc.

127

Y por la noche los cristianos robaron el cadáver, o mejor dicho, "recogieron los veintiocho miembros cortados" y el resto y entonces cayó fuego del cielo, "lamió la sangre de la paja [...] hasta que los miembros del santo enrojecieron y se pusieron como una rosa madura".[2033]

¡Actas de mártires!

2032

2033

Siguiendo estas muestras pudieron morir tantos héroes cristianos como se quiera.

Comparemos el martirio de Mar Jacobo en Persia con el de san Arcadio en el norte de África (recogido también en el martirologio romano), al que todavía hoy honra la Iglesia católica el 12 de enero.[2034]

Lo mismo que san Jacobo, san Arcadio es héroe y cristiano desde la coronilla a la planta de los pies, o sea, literalmente inquebrantable. Confrontado finalmente con los instrumentos de tormento por el cónsul rabioso, sólo se mofa: "¿Ordenas que tengo que desnudarme?". Y la sentencia de cortarle lentamente un miembro tras otro la escucha con "ánimo alegre". "Ahora se precipitan sobre él los verdugos y le cortan las articulaciones de los dedos, de los brazos y de los hombros, y desmenuzan los dedos de los pies, los pies y las piernas. El mártir ofrecía voluntariamente un miembro tras otro [...] nadando en su sangre rezaba en voz alta:

'¡Señor, Dios mío! Todos estos miembros me los has dado, todos te los ofrezco [...]' ", etc. Y todos los presentes nadan en lágrimas lo mismo que hace el santo en sangre. Incluso los verdugos maldicen el día en que nacieron. Sólo el perverso cónsul pagano permanece impertérrito. "Cuando al santo confesor le habían cortado todos los miembros menores, ordenó arrancar también del cuerpo todos los mayores con hachas romas, de modo que no quedó más que el tronco. El santo Arcadio, todavía vivo (!) ofreció a Dios sus miembros desperdigados y gritó: "¡Felices miembros!", tras lo cual — como se ha dicho, "nada más que con el tronco" — siguió un ardiente sermón religioso a los paganos...

El editor de la gigantesca obra católica citada, que en el prólogo asegura que sólo desea "ofrecer hechos fundados en lugar (!) de las llamadas leyendas", "sólo hechos verdaderos y probados históricamente", ofrece en esta obra infinidad de historias espeluznantes.[2035]

Ya partir de tan horribles ramplonerías, todavía en el siglo XX — con múltiple autorización de la superioridad — el gobierno de las almas católico extrae la *"doctrina"* con las palabras de san Arcadio: "¡Morir por Él es vivir! ¡Sufrir por Él es la mayor alegría! Soporta, ¡oh Cristo!, las penalidades y adversidades de esta vida y no dejes que nada te desvíe del servicio a Dios. El cielo bien vale por todo".[2036]

128

Volvamos brevemente a las *Actas de los mártires persas.*

Para quien no le sea suficiente maravilla ni el martirio de Mar Jacobo: suceden además grandes cosas naturales o sobrenaturales. A un cristiano que debe y quiere matar a otro cristiano, la "fuerza de Dios" le levanta por dos veces y casi le arroja al suelo; tres horas queda como muerto. Al santo Narsé no le pudieron cortar la cabeza, perseverante, ni con dieciocho espadas; después lo hizo un cuchillo. Y allí donde estos héroes mueren, ya que deben morir, "a menudo por la noche [...] ejércitos de ángeles ascienden y descienden [...]". Y en efecto, no hay duda, incluso unos pastores paganos vieron que "tres noches estuvieron flotando por encima del lugar de la muerte ejércitos de ángeles y alababan a Dios".[2037]

2034

2035

2036

2037

¡Actas de mártires!

Sólo queda por decir que no se trata de leyendas piadosas, sino de actas, de relatos históricos; que además estos documentos recalcan expresamente los "apuntes correctos"; que escriben: "La historia exacta de aquellos que fueron antes que nosotros la hemos anotado de labios de ancianos y solventes obispos y sacerdotes amantes de la verdad. Éstos lo vieron con sus propios ojos y vivieron en sus días".[2038]

Resulta evidente que los cristianos daban testimonio de su fe con su sangre en grupos cada vez mayores, que en tales cantidades y de modo tan heroico morían que los verdugos acababan agotados de las matanzas. En una ocasión mueren con su obispo dieciséis, en otra ciento veintiocho mártires; después ciento once hombres y nueve mujeres, después doscientos setenta y cinco, después ocho mil novecientos cuarenta, después ya no se les puede ni contar puesto que "su número es superior a varios miles".[2039]

En realidad hubo muchos menos mártires cristianos de lo que se quiso hacer creer al mundo en el curso de los siglos. Algunos de los verdaderos desaparecieron sin dejar rastro, se arrojaron sus cenizas a los ríos o se dispersaron por el viento. Había amplias regiones en las que los mártires eran escasos o nulos, y al comenzarse a poner reliquias en los altares se organizaron peregrinaciones a lugares lejanos y se llevaron a cabo penosos traslados, si es que realmente se hicieron. Los restos de mártires conocidos alcanzaron una elevada cotización, pero es que la demanda era desmesurada, demanda de trozos de muchos mártires, también grandes cantidades, trozos de mártires, se conocieran o no sus nombres.

129

Gozaron de especial predilección los mártires en grupo: los 18 de Zaragoza, los 40 de Sebaste, todos los "siervos de armas", los 70 compañeros del monje santo Atanasio, a los que se ahogó en un río, los 99 ejecutados con san Nicón en Cesárea/Palestina, los 128 que murieron con el santo obispo Sadoth bajo el rey persa Sapur; las cerca de dos docenas de obispos y 250 clérigos que alcanzaron el martirio asimismo en Persia, los 200 hombres y 70 mujeres que sufrieron heroico martirio bajo Diocleciano en la isla de Palmaria, los 300 suicidas que se inventó Prudencio (el autor cristiano más admirado y leído en la Edad Media), que al parecer, para no ser sacrificados bajo Valeriano, se arrojaron a una fosa de cal viva, los — más historias de falsedad — 1,525 santos mártires de Umbría, la legión tebana, no menos de 6,600 hombres que al parecer fueron martirizados en Suiza (probablemente ellos solos más que todos los mártires cristianos que hubo en toda la Antigüedad), los miles de mártires que el emperador Diocleciano hizo quemar vivos en una iglesia porque se negaban a la "ofrenda a los ídolos", calculados "los días santos de Navidad" y en los "oficios divinos [...]" (martirologio romano), además de los 10,000 cristianos crucificados en el monte Ararat o los 24,000 compañeros católicos de san Pappo, que bajo Licinio murieron por Cristo en Antioquía en cinco días sobre una única roca. Después dejan de mencionarse hasta las cifras, hablándose de "innumerables" mártires, se señala de modo estereotipado la muerte "de muchos santos mártires" o se hace gala de que "casi todo el rebaño" siguió a su obispo hacia la muerte, o se

2038

2039

relata “el sufrimiento de *muchas mujeres santas,* que [...] por amor a la fe cristiana fueron martirizadas del modo más cruel y muertas” (martirologio romano o “Registro de todos los cristianos coronados con la santidad y la muerte en martirio, cuya vida, actos y muerte heroica la Iglesia católica romana ha recopilado de las fuentes más seguras y que registra y conserva para su eterna memoria conmemorativa. Con resúmenes añadidos de los momentos culminantes de sus vidas, motivo de su conversión, sus actos y su dolorosa muerte”). Es comprensible que muy a menudo la reliquias se designaran con la fórmula: «cuyo nombre Dios conoce”.[2040]

Aunque la cifra de mártires cristianos en los tres primeros siglos pudo calcularse en 1,500 (una cifra ciertamente problemática), aunque de los presuntos 250 mártires griegos en 250 años sólo 20 tienen evidencia histórica, aunque sólo se conserva noticia escrita de un par de docenas de mártires y aunque el mayor teólogo de la época preconstantínica, Orígenes, que en tantos aspectos infunde respeto, dice que el número de mártires cristianos es “pequeño y fácil de contar”, en 1959, el teólogo católico Stockmeier sigue escribiendo: “Durante tres siglos se les persiguió hasta la muerte [...]”; igualmente a mediados del siglo XX escribe el jesuita Hertiing: “Es forzoso suponer un número de seis cifras”. ¿Es realmente forzoso? ¿Por qué? Él mismo lo dice: “El historiador que analiza críticamente las fuentes y quiere relatar las cosas como han sido, corre constantemente el peligro de herir piadosos sentimientos. Si es que no llega al resultado que fueron millones de mártires [...]”.[2041]

130

Pero la Iglesia no sólo ha exagerado criminalmente el número de mártires, sino también su descripción. Todavía a mediados del siglo XX el católico Johannes Schuck se jacta (con doble imprimátur), como si continuara la historia de la Iglesia de Eusebio del siglo IV: “¡Fue una lucha! Por un lado las bestias del circo, la fogata que quema los miembros palpitantes, la tortura, la cruz y todos los tormentos que parecían salir del infierno como una sucia alcantarilla; por el otro lado la fuerza inquebrantable con la que los cristianos hacían frente a todo el mundo, indefensos y a pesar de ellos con una ayuda contra la que cualquier tormenta se deshacía, aunque llevara una furia incontenible, seres humanos con un pie todavía en la Tierra oscura pero con el corazón ya bajo los primeros resplandores de la eternidad [...]”.[2042]

El propio Schuck se regocija de que las persecuciones tan crueles contra los cristianos “por contradictorio que parezca, produjeron un gran beneficio al reino de Dios”, que “la Iglesia sólo ganó”, “hasta el cielo” y “también ampliamente en el mundo”. Si bien “la sangre de sus mártires” privó “a la Iglesia de sus almas más valiosas”, éstos, que eran los mejores, “pasaron al redil del Señor por la fe y el ánimo de sacrificio, el amor y la hidalguía de los cristianos [...]”.[2043]

Y con una marea de falsificaciones.

Falsificaciones de este tipo las hubo también en otro campo bien distinto, aunque interdependiente, el de la política eclesiástica. Lo mismo que para acrecentar la fe se crearon actas de mártires falsas, para aumentar el poder clerical se hicieron catálogos

2040

2041

2042

2043

falsos de obispos. Es decir, poco a poco se atribuyó un origen apostólico a todas las sedes episcopales.

131

Casi todas las listas de obispos para demostrar la tradición apostólica fueron falsificadas

Apoyar las pretensiones directivas con ficciones históricas era naturalmente una vieja cuestión. Un ejemplo antiguo: el historiador griego y médico de cabecera del rey de los persas Artajerjes II (404-358 a. C.), Ctesias. En sus 23 libros *Persika* — muy utilizados como fuente principal para la historia de Oriente, también, como se ha podido demostrar, por Isócrates, Platón y Aristóteles — falsificó a partir de los archivos persas toda una dinastía de su soberano a través del imperio de los medos anexionado en 550 a. C.[2044]

Se conocían sucesiones y cadenas de tradiciones en las escuelas filosóficas, entre los platónicos, los estoicos, los peripatéticos, se conocían en las religiones egipcia, romana y griega, que a menudo se remontaban a un mismo dios, se las conocía desde hacía mucho tiempo, mucho antes que en casi todos los países cristianos la afirmación de la sucesión ininterrumpida en el cargo de los obispos desde el día de los apóstoles, la pretendida sucesión apostólica, condujera a grandes maniobras de engaños. Pues precisamente por alejarse cada vez más dogmáticamente de los orígenes, se buscaba conservar la apariencia de *semper ídem,* se engañaba por doquier con falsificaciones drásticas de una tradición apostólica, que prácticamente nunca existió.

La doctrina de la *successio apostólica* en aquellas antiguas sedes episcopales fracasaba simplemente porque en muchas regiones, siempre que es posible determinarlo, al comienzo de la cristiandad no había ningún cristianismo "ortodoxo". En gran parte del Viejo Mundo, en el centro y el este de Asia Menor, en Edesa, Alejandría, Egipto, Siria, en el judeocristianismo fiel a las leyes los primeros grupos cristianos no son ortodoxos, sino "heterodoxos". Claro que allí no constituían una situación sectaria, no eran una minoría "hereje", sino el cristianismo "ortodoxo" preexistente.[2045]

Sin embargo, por la ficción de la transmisión apostólica, para poder legitimizar en todos sitios el obispado mediante una sucesión ininterrumpida, se falsificó, sobre todo en las sedes episcopales más famosas de la Iglesia antigua. Casi todo es simple arbitrariedad, se ha inventado a posteriori y se ha construido con evidentes manipulaciones. Y naturalmente, la mayoría de los "herejes" se sirvieron de otras falsificaciones, como los artemonitas, los arríanos, los gnósticos como Basílides, Valentino o el Ptolomeo valentiniano. Los gnósticos incluso se remitieron a la transmisión antes que la futura Iglesia católica, que creó sus primeros conceptos de la tradición para combatir a la más antigua de las "herejes", ¡asumiendo precisamente

2044

2045

el procedimiento justificativo gnóstico![2046]

132

Por lo que respecta a Roma, la falsificación de la serie de obispos de la ciudad — hasta el año 235 todos los nombres son inciertos y para los primeros decenios producto de la pura arbitrariedad — se hizo en relación con la aparición del papado (lo mismo que con la falsificación de Simaquiano). Y puesto que con el recuerdo de Pedro y con la falsa lista de obispos basada en él Roma obtuvo unas ventajas colosales, Bizancio se opuso a la falsificación romana, pero bastante tarde, ya en el siglo ix. Un falsificador se presentó entonces como un editor que vivió en el siglo VI, Procopio, y encontró los índices de un literato del siglo IV, Doroteo de Tiros. El embaucador intentó demostrar que el patriarcado de Bizancio era fundación del apóstol Andrés. Ya que no podía derivar las reivindicaciones de un apóstol, hizo llegar a Andrés en un viaje hasta Bizancio y allí nombrar como primer obispo a un cierto Stachys; un engaño muy burdo que fingía todas las listas de apóstoles y de sus discípulos así como los nombres de los obispos, con objeto de reivindicar la misma categoría que Roma, para poder afirmar que Andrés fue el primer obispo de Constantinopla y que también murió allí.[2047]

La Iglesia cristiana de Alejandría pretendía haber sido fundada por Marcos, el presunto discípulo y acompañante de Pedro. Pero la lista de obispos alejandrinos, que cita diez desde Marcos hasta finales del siglo II, es una invención evidente del escritor de la Iglesia Julio Africano, un cristiano que en su *Bordados* (Kestoi) muy probablemente falsificó también a Homero con toda desfachatez. En el siglo IV Eusebio adoptó la lista alejandrina, si no es que él mismo la hizo. En cualquier caso "falta toda tradición acompañante", tenemos "un desconocimiento casi completo de la historia del cristianismo en Alejandría y Egipto [...] hasta el año 180" (Harnack); aunque los diez primeros nombres de esta lista de obispos después de Marco "carecen de importancia para nosotros. Y difícilmente la han tenido alguna vez" (W. Bauer). Marcos debe haber fundado la comunidad cristiana de Alejandría. Pero a pesar de los incontables textos en papiros procedentes de los siglos i y II, no se encontraron rastros de cristianos en aquella ciudad. El primer obispo de Alejandría confirmado históricamente fue Demetrio (189-231) y habiendo tan pocos cristianos "ortodoxos" en su tiempo en Egipto, fue el único obispo en todo el país, aunque después nombró a otros tres.[2048]

La Iglesia de Corinto y Antioquía pretendía proceder de Pedro; también aquí se le consideró el primer obispo. Pero todo lo que se relata con posterioridad a la fundación de la comunidad en la época apostólica "se basa en gran parte, si no en su totalidad, en invenciones" (Haller). También los nombres de los obispos de Antioquía hasta mediados del siglo II los sacó del aire el Padre de la Iglesia Julio Africano a comienzos del siglo III. Y cuando debido a la mayor antigüedad de la fundación "apostólica" de Antioquía, el patriarca Petrus Fullo pretendió dominar Chipre, el arzobispo Artemio contraatacó afirmando que acababa de encontrar a tiempo las piernas de san Bernabé debajo de un algarrobo y que: ¡Sobre su pecho estaba el Evangelio de Mateo y una inscripción autógrafa de Bernabé! "Gracias a este

2046

2047

2048

subterfugio, los chipriotas consiguieron que su metrópolis fuera independiente y dejara de depender de Antioquía" (Theodoros Anagnostes). En cambio, hubo también otro falsificador que pretendió que el obispado de Tamasos fuera la sede episcopal más antigua de Chipre.[2049]

133

El obispo Juvenal de Jerusalén intentó en el año 431 durante el Concilio de Éfeso, y mediante documentos falsificados — que aunque fue descubierto no dejó de tener un cierto éxito—, hacer valer sus reclamaciones sobre Palestina, Fenicia y Arabia frente al patriarca Máximo de Antioquía, que por su parte falsificó a su favor las actas del Concilio de Calcedonia.[2050]

Todo quería y debía ser "apostólico". Los armenios pretendieron un origen apostólico a través de los apóstoles Tadeo y Bartolomeo, incluso la fundación por el propio Cristo.[2051]

Un sospechoso intercambio epistolar, que debió ser falsificado alrededor de 300, entre el Toparchen (príncipe) Abgar Ukkama de Edesa (se refiere a Abgar V, 9-46 d. C.) y Jesús, con su propia firma y sello (!), no pretendía otra cosa que datar en la época apostólica la fundación de la Iglesia de Edesa.[2052]

El "padre de la historia de la Iglesia", el obispo Eusebio de Cesárea, nos ha conservado esta curiosa correspondencia que "se ha conservado hasta nuestros días en los archivos de Edesa [...] entre los documentos oficiales que allí se encuentran". En efecto, el famoso historiador pretende haber sacado él mismo del archivo estatal de Edesa este epistolario y de haberlo traducido literalmente del sirio. "Abgar Ukkama, el príncipe, envía su saludo a Jesús, el buen Salvador, que ha aparecido en Jerusalén. He tenido noticias tuyas y de tus curaciones y he sabido que éstas las has hecho sin medicamentos ni hierbas. Tal como se cuenta, has hecho ver a los ciegos, andar a los impedidos, sanar a los leprosos, expulsas los malos espíritus y demonios, curas a quien desde mucho tiempo llevan sufriendo enfermedades y despiertas a los muertos. Por todas estas noticias me dije: o eres Dios y obras estos milagros porque has bajado del cielo, o porque lo haces, eres el hijo de Dios. Por eso te dirijo esta carta con el ruego de que me atiendas y me cures de mis males. También he oído que los judíos murmuran contra ti y te quieren hacer mal. Yo tengo una ciudad muy pequeña y digna que es suficiente para nosotros dos."[2053]

Jesús acoge favorablemente la carta. Contesta y envía su respuesta a través de Ananías, el correo del príncipe. "Eres bienaventurado porque crees en mí, sin haberme visto. Se ha escrito que aquellos que me han visto no creen en mí, y que los que no me han visto creen y vivirán. Con respecto a tu invitación escrita para ir a verte, has de saber que es necesario que primero cumpla todo aquello para lo que he sido enviado a la Tierra y después, cuando esté cumplido, regrese a quien me ha enviado. Después de la ascensión a los cielos te enviaré a uno de mis discípulos para que te cure de tus males y os conceda a ti y a los tuyos la vida."[2054] En efecto, relata

2049

2050

2051

2052

2053

2054

Eusebio, tras la ascensión llega el apóstol Tadeo y cura al príncipe, que creía tanto en el Señor que "estaría dispuesto a aniquilar a los judíos que le habían crucificado", a no ser porque el dominio de los romanos se lo impedía. Naturalmente, Tadeo curó también "a muchos otros ciudadanos [...], realizó grandes milagros y predicó la palabra de Dios [...]".[2055]

134 Todo el "caso Tadeo", intercambio epistolar y relato final de los milagros, apareció evidentemente en tiempos de Eusebio y es probable que proceda del círculo del obispo Kúné de Edesa, que con ello quería poner límite a los fuertes círculos "heréticos" y también fijar un nexo de unión con el apóstol, con objeto de conseguir autoridad apostólica para su Iglesia. La crónica de Edesa cita a Kúné como primer obispo de Edesa (fallecido en 313) y no es improbable que el propio Kúné haya puesto en manos de Eusebio las "actas". En cualquier caso, gracias a esta ficción, ya en el siglo IV Edesa era un famoso centro de peregrinaje. Durante mucho tiempo la obra conseguida como por arte de magia brilló sobre las puertas de la ciudad como el paladio, como si fuera una divinidad protectora. Sin embargo, en época de Eusebio, que fue el primero en poner sobre la mesa la misteriosa correspondencia, la población de Edesa no sabía nada al respecto.[2056]

También a favor de Edesa se falsificaron las *Acta Thaddaei,* en las que el resucitado come y bebe durante "muchos" días con los doce apóstoles, y la *Doctrina Addai* siria (de finales del siglo IV a comienzos del v), con objeto de garantizar una fundación apostólica para la ciudad de manos del apóstol Tadeo, o por Addeo, uno de los 70 o 72 discípulos. Pero en realidad, y aunque muchas veces se haya afirmado lo contrario, alrededor del año 200 no se detecta todavía en Edesa ningún cristianismo con una organización eclesiástica. En la crónica de Edesa, la serie de sus obispos no se inicia hasta el siglo IV.[2057]

En las actas de Tadeo, que constantemente se "revisaron", se relata, entre otras cosas, cómo en Edesa se construyen iglesias, se consagran sacerdotes y se destruyen "altares de ídolos". También, a petición escrita de Abgar, el emperador Tiberio ejecuta a algunos dirigentes judíos como castigo por la crucifixión de Jesús. Se puede leer aquí asimismo la historia del hallazgo de la santa cruz, pero no por santa Helena, la madre de Constantino, que es la versión general, sino por Protonice, la mujer del emperador Claudio. Una "versión" mucho más reciente, quizá para eliminar esta contradicción, hace que la cruz la encuentren Protonice y Helena.[2058]

La maravillosa carta de Cristo quedó eclipsada, casi olvidada, por una imagen de Cristo que surgió de manera milagrosa, también en Edesa. Durante el asedio de la ciudad en 544 por los persas, en el momento de máximo peligro la salvó "la imagen hecha por Dios, que no habían fabricado manos humanas, sino Cristo, que Dios envío a Abgar, puesto que éste deseaba ardientemente verle" (Evagrio); y los enemigos, dirigidos por Khosrev, cercanos ya de la victoria, se retiraron sin gloria.[2059]

135 Las imágenes de dioses procedentes del más allá las había desde hacía mucho

2055

2056

2057

2058

2059

tiempo entre los griegos, como el Paladión de Troya, la imagen de Palas Atenea que se consideraba Diipetes, creada por Zeus. La creencia en tales Diipetes estaba muy extendida. En Roma se conocía, por ejemplo, la historia del escudo, el ancile, caído del cielo gracias a las plegarias de Numa, y hasta que no desaparecieron las imágenes de los dioses no se desarraigó la creencia en las imágenes procedentes del cielo.[2060]

Pero también las "cartas del cielo" proliferaron en el mundo precristiano, siendo muy llamativas las coincidencias existentes entre las cristianas y las paganas, que por parte de las primeras eran órdenes de Dios para santificar los domingos, mantener la celebración del rosario, fundar un convento, etc. Desde el siglo IV o V se divulgaron manuscritos griegos, latinos, sirios, etíopes y árabes de una carta de Jesucristo caída del cielo. Una versión griega que asevera solemnemente que la carta no la ha escrito mano humana sino la mano invisible del Padre, maldice a todo charlatán y enemigo del Espíritu Santo *(pneumatomachos)* que lo ponga en duda. El fin último de la falsificación era fortalecer la creencia en la resurrección de Jesús y explicar la autorización del juramento, la necesidad del domingo y la abstinencia de carne (el día de Venus [los viernes], según una versión latina, sólo verduras y aceite: son mensajes del más allá). ¡Y el Señor también ordena, bajo terribles amenazas de castigo, pagar los diezmos a los obispos![2061]

Más tarde, las "cartas del cielo" caen cada vez con mayor frecuencia. En la Edad Media se las utiliza con fines de falsificación y los místicos las emplean para documentar sus encuentros con Jesús. Alcanzaron un gran futuro como medio protector contra el fuego y la guerra, hasta el punto de seguir teniendo importancia durante los conflictos del siglo XIX.[2062]

Volvamos ahora a la entrada en boga generalizada de la adulteración de la tradición apostólica. Desde el siglo V se falsifica en muchas ciudades; episcopales de España, Italia, Dalmacia, los países del Danubio y Galia, hasta Bretaña, para demostrar la fundación apostólica de la correspondiente sede; algo muy importante por motivos de prioridad.[2063]

La lucha entre los obispados de Aquilea y Rávena y de Aquilea y Grado por los derechos metropolitanos estuvo acompañada de falsificaciones políticas y eclesiásticas.

136

Por medio de la leyenda de Marcos o de Hermagoras, el obispado de Aquilea pretende un origen apostólico y el título de patriarca, lo que conduce a un prolongado cisma con Roma. Aquilea intenta hacer prevalecer sus pretensiones directivas frente a los obispos de Rávena recurriendo a una falsificación, pero en Rávena se falsifica también, y el arzobispo Mauro (642-671) consigue la autonomía de Rávena en la disputa con Roma mediante un falso privilegio atribuido a Valentiniano III y la pasión, asimismo falsificada, del presunto discípulo de Pedro, Apolinario. De igual modo, en la disputa por los derechos de la administración metropolitana entre los obispados de Aquilea y Grado se producen falsificaciones. Y también mediante falsificaciones se hace a Bernabé fundador del obispado de Milán y a Domnio,

2060

2061

2062

2063

discípulo de Pedro, fundador del obispado de Salona, en Dalmacia.[2064]

A comienzos del siglo V el obispo Patroclo de Arles pretende la primatura de Galia, mediante unos datos que desde el punto de vista histórico son relativamente inofensivos.

Patroclo (412-426), un Padre de la Iglesia sin duda tan taimado como ansioso de poder, fue el beneficiario de un cambio de gobierno en Galia, que provocó el destierro de su predecesor, el obispo Heros de Arles, y le colocó a él en la sede episcopal de la rica y floreciente ciudad. Puesto que Tréveris se encontraba amenazada, Arles, la "Roma gala", se convirtió en la prefectura de las Galias, una especie de segunda capital de Occidente, y Patroclo en metropolitano, siguiendo una vía bien tortuosa pero no inhabitual.

Por medio de Patroclo, Zósimo había ascendido en Roma al papado y cuatro días después le nombró metropolitano con autoridad sobre las tres provincias galas, Viennensis y Narbonensis I y II (los actuales Provenza y Delfinado). Los obispos de Marsella, Narbona y Vienne protestaron y en la lucha que se desencadenó, Patroclo se remitió a la fundación apostólica de su sede por san Trófimo. Una interpelación posterior del episcopado galo al papa León I, en el año 449, declara expresamente que san Trófimo de Arles es discípulo del propio san Pedro. Pero eso no se produjo hasta que no llegó Patroclo. Había descubierto a Trófimo, al que hasta entonces nadie conocía, hasta el punto de que en el siglo IX su nombre no aparecía en el catálogo de obispos de Arles. Y lo mismo que aquí Patroclo y Arles, otros obispados intentaron por espacio de muchos siglos asegurar sus reivindicaciones de derechos metropolitanos y de primacía mediante falsificaciones, que primero eran hagiográficas, las llamadas leyendas, y más tarde documentos falsificados de origen apostólico.[2065]

Lo mismo que casi todas las diócesis, tampoco las renanas poseían una "apostolicidad" o una tradición. Por eso se las falsificó durante los tres primeros siglos recurriendo a biografías inventadas, y siempre con éxito. Metz se remitió a Clemente, Tréveris reivindicaba para sí los discípulos de Pedro, Valerio, Eucario y Materno, Maguncia a Crescente, discípulo de Pablo. También se falsificó la lista de obispos de Spira, junto con todas las actas del concilio que se celebró en Colonia en el año 346 contra el arrianismo. Pero en realidad, estas actas aparecieron 400 años después en Tréveris, que intentaba por todo los medios impedir que Colonia fuera sede metropolitana.[2066]

137

Todas estas trampas que se iniciaron en la Antigüedad, continuaron durante varios siglos en la Edad Media y sin conocer fronteras, produciéndose lo mismo en Renania que en Austria, España, Italia, Dalmacia, Francia o Inglaterra. El engaño literario se vuelve habitual primero sólo en las grandes sedes arzobispales, los viejos patriarcas, pero después, poco a poco, se extiende a los obispados más pequeños e incluso a los monasterios; "en todos los países del orbe cristiano", "se ven por doquier embaucadores trabajando, que fabrican sus documentos por ansias de poder

2064

2065

2066

político en la Iglesia" (Speyer), por todos sitios "se falsificaba sin inhibirse por los principios de la tradición" (C. Schneider).[2067]

¡Todavía en pleno siglo XX un teólogo católico — con imprimátur eclesiástico — miente "por el pueblo cristiano"!: "Allí donde hay una sede episcopal puedo demostrar que su primer obispo fue un apóstol o el discípulo de un apóstol, o bien un sucesor directo del apóstol ha recibido la bendición y la misión de su cargo".[2068]

En el curso de la turbulencias dogmáticas de los siglos V, vi y VII surgieron infinidad de falsificaciones.[2069]

Las disputas cristológicas condujeron al engaño por todos los lados y por todos los medios.

En el siglo IV se comenzó falsificando los propios escritos, auténticos pero ya no a la altura de los tiempos, es decir, de la evolución de la doctrina, interpolándose los "Padres" del siglo II. Los llamados ortodoxos y los llamados herejes inventaron durante las interminables disputas también las actas de los concilios. Y a partir del siglo V se puso cada vez más en boga, por la "verdadera" fe, introducir citas falsas en los florilegios. Sólo en las disputas con motivo del famoso Concilio de Calcedonia (451), los ortodoxos y los monofisitas hicieron infinidad de falsificaciones, algo que ya se sabía en la Antigüedad. El abad Anastasio Sinaíta, un apasionado luchador contra los "herejes", en particular contra los monofisitas y los judíos, testifica un florilegio al papa León que él mismo falsifica en nombre de Flaviano. En la lucha contra los monofisitas se fabricaron ocho cartas de personalidades, por lo general ficticias, dirigidas a Petras Fullo. Juan Rhetor, patriarca de Constantinopla (fallecido en 577), editó textos bajo los nombres de Petrus Iberus y Teodosio de Jerusalén.[2070]

Las disputas con el clero de las órdenes aparecidas en el siglo IV, las luchas entre los monasterios y los obispados, produjeron también nuevos engaños, y dieron lugar en la Edad Media sobre todo a infinitas manipulaciones de documentos. E igualmente a partir del siglo IV, se favoreció la aparición del culto a los santos mediante numerosas falsificaciones de culto litúrgico y patriotismo local. Varias localidades de Egipto pretendieron ser el lugar de huida de la sagrada familia, algo que los monasterios de aquellos lugares demostraban mediante historias inventadas, o dicho más suavemente: con leyendas tendenciosas. Se relataron también diversas versiones del *Transitus Maríae,* la muerte y llegada de María al cielo, falsificadas probablemente en provecho de Jerusalén. A favor de los intereses de Lydda se falsificó un relato del que debía ser autor José de Arimatea, pero que en realidad apareció seiscientos años después. "La tradición de finales de la Antigüedad a través de la vida de los santos sirios, en especial de los grandes monjes santos de los siglos IV y V, está llena de invenciones, que sirvieron para el ensalzamiento de algunos monasterios" (Speyer).[2071]

138

Lo mismo que se crearon vidas de santos ficticias, tradiciones apostólicas ficticias,

2067

2068

2069

2070

2071

cartas del cielo ficticias o martirios ficticios, igualmente y como analogía a los usos paganos de la época precristiana, se crearon infinidad de milagros y reliquias, como se muestra en el capítulo siguiente.

Pero primero contemplaremos las falsificaciones protocristianas a la luz de la moderna apologética, así como la tolerancia del engaño "piadoso" en el cristianismo hasta la actualidad.

CÓMO INTENTA JUSTIFICAR LA APOLOGÉTICA LAS FALSIFICACIONES PROTOCRISTIANAS

La Iglesia no cesó de bagatelizar, disculpar o suavizar la jungla protocristiana de falsificaciones, siempre que llegaban a su conocimiento. Su literatura está rebosante de trivializaciones, explicaciones equívocas, mentiras.

Hasta épocas recientes se afirmaba a menudo que la conciencia de propiedad intelectual en el ámbito judeohelenista estuvo "subdesarrollada frente al mundo grecorromano" (Hengel). En realidad fue más bien al contrario y el concepto de la propiedad intelectual literaria experimentó una "cierta agudización" (Speyer) a finales de la era helenista entre judíos y cristianos.[2072]

Hasta hace poco tiempo era casi una moda entre los teólogos tildar la falsificación casi de costumbre habitual de la Antigüedad, de algo poco más o menos que cotidiano y por lo tanto moralmente inofensivo. A la seudoepigrafía protocristiana tan extendida, en especial, se la consideró como un sector de un género literario, que por supuesto en la Antigüedad era correcta y psicológicamente posible. Los defensores de la Iglesia ponen constantemente de relieve que la seudonimidad durante los primeros siglos cristianos no fue sólo una forma literaria, sino que también los lectores lo consideraban como tal.[2073]

¡Sobre todo los escritos "divinos" no se podían, o se querían, imaginar como surgidos mediante engaño, libros que pretendían una autoridad canónica, carácter de inspiración! Para salvar al menos el Nuevo Testamento, August Bludau, obispo de Ermiand, echó un cable, en su *Schriftfáischungen der Hretiker* (Falsificaciones escritas de los herejes) incluso a los herejes, y esto aunque ellos ya habían acusado por ese motivo a los Padres de la Iglesia en varias ocasiones. Pero prescindiendo de Marción, para el obispo Bludau "las falsificaciones intencionadas que nos presentan los herejes no terminan más que en pequeñeces", sus "presuntas falsificaciones [...] no pueden hacer tambalear en lo más mínimo nuestra confianza en la tradición del texto bíblico".[2074]

Si no obstante se demostraba una falsa autoría, se disculpaba el nombre falso del autor con la explicación de que en los escritos antiguos se consideraba un uso literario reconocido lo que hoy se considera fraudulento, que era un medio auxiliar corriente. Se puede prestar crédito a estas invenciones pues esos autores no han

2072

2073

2074

tenido intenciones deshonestas, no hay nada escandaloso, sino que se considera su acción como un recurso válido.[2075]

139

Pero ¿se puede falsificar realmente de buena fe donde no sólo se ha falsificado tanto sino que también tan a menudo se ha criticado y maldecido lo falsificado? "Herejes" y ortodoxos se echaban mutuamente en cara todo tipo de engaños, lo que constituye la mejor prueba de que éstos también en el lado cristiano, y precisamente aquí, están muy mal vistos, al menos de cara al exterior, pero que al mismo tiempo se encuentran en boga. Los cristianos combatían con falsificaciones lo mismo a gentiles que a judíos con objeto de invalidar sus objeciones y propagar la propia fe. Criticaron también la autenticidad de la literatura judía. Las constantes acusaciones de falsificación y el nada raro recurso a la crítica de la autenticidad, demuestran que la conciencia de las personas de entonces estaba desde luego muy agudizada hacia el fenómeno de la falsificación, del plagio, de la seudoepigrafía. En opinión de Norbert Brox, sin embargo, hasta los falsificadores eran conscientes de la ilicitud de sus acciones, pues para acusar a las primeras falsificaciones ellos mismos falsificaban.[2076]

Es perfectamente comprensible que se haya divagado con prudencia intentando demostrar la afirmación de que en la Antigüedad falsificar era un uso literario reconocido, un recurso tolerado. Pero ya como muy tarde a principios del siglo XIX se vislumbraron con bastante claridad las circunstancias. Pues en realidad, la calidad de seudónimo, por frecuente que fuera, constituía siempre lo inhabitual, nunca lo corriente, siempre la excepción, nunca la regla, incluso en la literatura "sacra", prescindiendo de las falsificaciones de los apocalípticos. Y si en los restantes escritos religiosos no predominaron los seudónimos no fue, como algunos pueden creer, porque las personas religiosas tuvieran una particular aversión hacia el engaño, puesto que, en definitiva, éste tampoco predominó en la literatura no religiosa o antirreligiosa. Pero si en la religiosa fue más frecuente de lo normal se debe precisamente a que aquí el fin justifica los medios y la conciencia de la alta misión, el engaño, de modo que, presumiblemente, se creía servir a la "verdad" con las falsificaciones.[2077]

Pero tampoco en los primeros tiempos del cristianismo, cuando los seudónimos eran frecuentes, se les consideraba justificados. A pesar de toda la credulidad, a veces se planteaba al menos la cuestión precisa sobre la autoría y se desaprobaban de manera decisiva los seudónimos demostrados. Así por ejemplo, al presbítero de Asia Menor que falsificó los *Acta Pauli* se le privó de su cargo, y no por "herejía" como se ha afirmado algunas veces; "no la hay por ningún lado" (C. Schmidt). Y la comunidad cristiana "no pudo poner mejor de manifiesto su rechazo a esas falsificaciones literarias que de ese modo", pone de relieve el erudito de Copenhague Frederik Torm, que escribe: "Los escritores religiosos con seudónimo deben de haber sido también conscientes en los momentos serenos (!) de su vida, de que sus contemporáneos no considerarán su proceder como la utilización de una forma literaria y que, por lo tanto, lo juzgarán como moralmente condenable".[2078]

140

2075

2076

2077

2078

No es raro que se intente mitigar los embustes cristianos dando por probado que los propios falsificadores no se habrían tomado sus actos tan en serio, y que en realidad no pretendían el éxito de sus maniobras de engaño. Sí debieron calcular que sus lectores les comprenderían, aunque el descubrimiento de toda falsificación rompía las intenciones del falsificador.[2079]

En especial con la literatura apocalíptica, falsificada en su conjunto y de modo particular, la apologética, e incluso la investigación, aduce motivos que exoneran a aquellos que publicaron sus revelaciones bajo los nombres de Enoc, Moisés, Elías, Esra, Baruc, Daniel y otros. Se les adjudica un "marco" totalmente distinto, una presunta peculiaridad judeocristiana del pensamiento, motivos religiosos "auténticos" y por eso moralmente "legítimos", se supone la misma "situación psicológica", una inspiración y experiencia visionaria similar a la de los "portadores de la revelación" originales. Quizá esto pueda ser más o menos cierto, puede ser más o menos plausible de un caso a otro, pero es sólo una suposición, carece realmente de capacidad probatoria y no constituye además ninguna diferencia fundamental con respecto a la falsificación de autores no apocalípticos. Por otro lado, los Apocalipsis, como otros libros, se falsifican también por motivos muy "corrientes", para autorizar, para atestiguar de un modo especial.[2080]

Lo cierto e importante es, sin embargo, que precisamente en los círculos cristianos — y de modo nada casual — era notable el abotargamiento de la sensibilidad crítica y una cierta "manga ancha" en la tolerancia de las falsificaciones. Es asimismo cierto e importante que para la aceptación o el rechazo de los textos no decidía en modo alguno el criterio de la autenticidad literaria, que para nosotros es evidente, sino el contenido con respecto a la norma de "verdad" eclesiástica, es decir, ¡con respecto a la norma de lo que se podía o quería utilizar y de lo que no! En lugar de la autenticidad literaria, lo que interesaba a la Iglesia emergente era la concordancia de una afirmación con la doctrina católica. Ni la cuestión de la autoría, ni la autenticidad eran los criterios para la incorporación al canon del Nuevo Testamento, sino la supuesta apostolicidad, es decir, la verdad: la utilidad para la propia práctica y el propio dogma. Se convirtió en la "autoridad apostólica"..., ¡sin apóstol! El origen real era secundario, la cuestión de la autenticidad no era decisiva. Atribuyéndose un nombre falso, los Evangelios, las cartas y otros tratados podían hacerse parecer auténticos, es decir "apostólicos". Y así se hizo.[2081]

Pero no fue suficiente con eso.

Hubo muchos cristianos que no se limitaron a practicar el engaño sino que lo autorizaron de manera expresa, ¡hubo algunos entre los más importantes que incluso lo alabaron! El dicho criminal de "el fin justifica los medios" rara vez ha desempeñado un papel peor que en la historia de la Iglesia cristiana.[2082]

141

El fin justifica los medios: La mentira piadosa está permitida en el

2079

2080

2081

2082

CRISTIANISMO DESDE EL COMIENZO

Ciertamente, esto tenía tan poco de novedoso como el resto. La opinión de que el fin justifica los medios, de que la ficción y la mentira están permitidos al servicio de la religión, de lo más sagrado, de la defensa de la fe, que se trata de "mentiras de emergencia" o, en el caso de las contrafalsificaciones, de una especie de "defensa de emergencia", la teoría de que para su propio bien había que engañar a la masa "como a los niños o los enfermos mentales", fue ya moneda de uso corriente en tiempos precristianos, en especial entre los pitagóricos y los platónicos.[2083]

Platón, que condenó con severidad la mentira, permitió sin embargo en ciertos casos la inducción a error, la mentira contra enemigos y amigos como "medio útil", "irreprochable y provechosa". A pesar de los reparos que en principio tiene en contra de esto, permite que los doctos, los elegidos por así decirlo, embauquen a las personas para su provecho, para protegerles contra las fatalidades o para servir a una ciudad. Platón admite asimismo como justificación del engaño los motivos privados y los políticos. De manera similar, el erudito judío Filón de Alejandría — que sobrevivió a Jesús alrededor de veinte años, pero que en sus cerca de cincuenta escritos no le cita a él ni a Pablo — aconseja la mentira para provecho del individuo o de la patria.[2084]

Los cristianos podían remitirse a estos puntos de vista o a otros similares y muchos así lo hicieron. El hecho de una tradición patrística de este tipo es incuestionable. Si no se trata de la mayoría de los dirigentes de la Iglesia, sí que constituyen, como mínimo, un considerable grupo con opiniones profusamente implantadas en el cristianismo.[2085]

Lo mismo que más tarde se aprueba prácticamente la guerra de religión, la explotación y los actos de violencia, así fue al principio con el engaño, que por mucho que se le llame "piadoso" no por eso es mejor.

142

Una larga serie de antiguos Padres de la Iglesia defendió con elocuencia la falsificación, la mentira, al menos la "mentira necesaria" con un objetivo "bueno" o "piadoso", entre otros Clemente de Alejandría, Hilario de Poitiers, Didimos el Ciego, Sineio, Casiano, Teodoreto de Kyros, Procopio de Gaza, Martín de Braga, Juan Klimakos, Germanos de Constantinopla. Nietzsche sabía muy bien de qué hablaba al escribir: "El cristiano, esa *ultima ratio* del engaño, es el judío redivivo, más aún, *triplemente* redivivo".[2086]

El autor más antiguo del Nuevo Testamento, san Pablo, está bajo sospecha de haber reforzado la "verdad" cristiana mediante engaños y afirma: "Pero si a causa de mi mentira la veracidad de Dios ha puesto tanto más de relieve su glorificación, ¿por qué seré juzgado como pecador?".[2087]

Para Clemente de Alejandría (fallecido antes de 215), la mentira y el engaño están

2083

2084

2085

2086

2087

permitidos bajo ciertas circunstancias, como puede ser en un contexto estratégico o de salvación de las almas, de historia de la bienaventuranza. Según Clemente, el cristiano perfecto, el "verdadero gnóstico", también mentirá, pero entonces ya no es una mentira ni un engaño. Para este Padre de la Iglesia los embusteros "realmente no son los que transigen por la salvación, ni tampoco los que yerran en un detalle, sino aquellos que en las cuestiones decisivas incurren en el error".[2088]

En consecuencia, los cristianos de la Antigüedad fueron especialmente generosos en la tolerancia de las falsificaciones o de las falsas imputaciones. Por ejemplo, aunque Orígenes no consideraba paulina la epístola de los hebreos, justificaba esta imputación a Pablo porque creía posible atribuirle su contenido. "Con toda franqueza" admite "que las ideas proceden del apóstol, aunque la expresión y el estilo pertenecen a un hombre que tenía en su memoria las palabras del apóstol y copió las enseñanzas del maestro. Por lo tanto, si una comunidad declara que esta epístola es paulina, se puede admitir [...] quién realmente la ha escrito, eso sólo lo sabrá Dios".[2089]

Orígenes, el mayor teólogo cristiano de los tres primeros siglos, si bien restringe mucho el mentir, al mismo tiempo no sólo permite el discurso de doble sentido, no sólo las "palabras enigmáticas" *(aenigmata),* sino también, y de un modo muy decisivo, el engaño, "la necesidad de una mentira" *(necessitas mentiendí)* como "condimento y medicamento" *(condimentum atque medicamen).* Incluso Dios puede mentir, según Orígenes, y desarrolla entonces éste una teoría completa de la "mentira económica" o "pedagógica" basada en el plan divino de la salvación. Ser engañado por Dios es, según Orígenes, precisamente la felicidad del ser humano.[2090]

Hay también otros importantes teólogos, obispos y santos que asumen la idea del engaño de Dios, como hacen por ejemplo Gregorio de Nisa o el Padre de la Iglesia Gregorio Nacianceno, aun cuando lo critique.[2091]

Asimismo, el Padre de la Iglesia Juan Crisóstomo defiende enérgicamente la necesidad de la mentira con fines de salvación de las almas. No siempre debe condenarse un ardid astuto; sólo su intención le hace bueno o malo. Un truco realizado a su debido tiempo y con intenciones correctas tiene "como consecuencia un gran beneficio" y tales tácticas no sólo son provechosas para quienes "las aplican, sino también para los propios engañados [...]". Como tantos otros, también Crisóstomo remite al tópico platónico de la mentira del médico, el engaño de los enfermos por parte de los médicos. Inmoral e insidioso en caso contrario, se convierte así en medicina, la "máscara del engaño" bajo ciertas circunstancias legítimo. Los crasos engaños del Antiguo Testamento, el patrono de los predicadores ("Predicar me hace sanar") los transforma triunfante en virtudes. "¡Oh, hermosa mentira!", exclama a la vista del embuste bíblico de la ramera Rahab; y todavía hoy se le ensalza como "el principal educador moral de su pueblo, también para siglos posteriores [...]. Sólo Dios sabe cuánto bien para innumerables almas ha manado

2088

2089

2090

2091

desde entonces, y puede seguir manando, inagotable".[2092]

143 Los Padres de la Iglesia aprovecharon, recopilaron y volvieron a utilizar multitud de otros engaños del Antiguo Testamento para alejar cualquier reparo de los cristianos — en determinado sentido — contra el embuste y la doblez: el disimulo de David delante de Achis, el rey de Gath; los trucos de Judith frente a Holofernes; el embuste de Jacob para conseguir la bendición de Isaac; el engaño de las comadronas israelitas en Egipto al faraón; el degollamiento de todos los sacerdotes de Baal mediante una "útil treta" *(utilis simulatio:* Jerónimo, Padre de la Iglesia). Y este mismo santo y patrón de los eruditos, que defiende la inspiración y la infalibilidad absoluta de la Biblia, alabó la *"simulatio"* también en el Nuevo Testamento, la simulación de Pedro en Antioquía o la de Pablo, que "simuló de todo y ante todos para salvar cuando menos a algunos". ¡Y todavía pudo criticar a Orígenes por sus ideas acerca del engaño legítimo![2093]

Según Juan Casiano, al que Juan Crisóstomo ordenó diácono en Constantinopla antes de que alcanzara una gran influencia sobre la expansión del monacato occidental, un cristiano incluso está obligado a mentir cuando se daña a sí mismo en sus intereses morales al ayudar a otros. Bajo determinadas condiciones, la mentira, que en sí es un veneno mortal, resulta beneficiosa e imprescindible como los medicamentos, *"sine dubio subeunda est nobis nec essitas mentiendi".* Es sintomático que el engaño y la mentira no aparecen en la doctrina de los ocho pecados de Casiano, su censura de los ocho pecados capitales (intemperancia, impureza, avaricia, ira, tristeza, hastío, ambición, soberbia).[2094]

Con tales máximas de los dirigentes de la Iglesia y de las sectas, la buena conciencia de los cristianos embaucadores, mentirosos e hipócritas quedaba arropada por todos lados. Makarios de Antioquía (hacia 650-681) justifica su falsificación con la frase: "He actuado así para poder imponer mis propósitos". Por la misma época, el Padre de la Iglesia Anastasio Sinaíta, abad en el Sinaí, en su indigno proceder contra los monofisitas se apoya en Pablo, 2 Cor. 12, 16: "Pero hábil como soy, os he cogido con astucia".[2095]

Norbert Brox, que subraya la idea tan extendida según la cual en el cristianismo se autoriza expresamente, e incluso en ocasiones hasta se hacen obligatorios la astucia, los trucos y el engaño por amor a la "verdad" y su intercesión más eficaz, exceptúa de esta tradición patrística a la mayoría de los Padres de la Iglesia y cuenta entre sus adversarios más radicales a Agustín.[2096]

144 Pero justamente Agustín, que ya en su época pagana mintió mucho según propia confesión, ¿siendo cristiano ya no mintió ni engañó más? Un año antes de su conversión, contando 33, pronunció un encendido panegírico dedicado al emperador Valentiniano II; ¡el soberano contaba entonces 14 años! Agustín no titubea en "mentir mucho para conseguir el aplauso de aquellos que sabían que yo mentía", recurriendo a todo el brillo de su retórica, algo que no le impidió más tarde "censurar

2092

2093

2094

2095

2096

toda la adulación altisonante y la oficiosidad rastrera" en el entorno del emperador. Pero también para el obispo Agustín, una mentira de la Biblia, la de Jacob en el Antiguo Testamento, "no es mentira, sino misterio". Agustín autoriza expresamente las invenciones piadosas a favor de la Iglesia. Puesto que "en cualquiera de sus sentidos, nuestra ficción *(fictio)* no es ya una mentira, sino expresión de la verdad".[2097]

Por consiguiente, un cristiano no debía tener mala conciencia, podía mentir y falsificar sin escrúpulos si tenía "buenas" intenciones. También el católico Brox testifica a sus "padres": "El curso de ideas patrísticas muestra una ingeniosidad y flexibilidad en algunas de las series de argumentos justificativos, que reflejan un terreno del pensamiento de la Iglesia antigua que — digámoslo otra vez—, aunque no fue tolerado y hollado por todos (!), nos ha llegado, de todos modos, en la respetable amplitud de la tradición. Y documenta precisamente la peculiar mentalidad según la cual una falsificación es y se llama falsificación y una mentira mentira, pero que a pesar de ello, mediante el carácter de la conveniencia, de la utilidad o del provecho se pudo clasificar como positiva".[2098]

El Padre de la Iglesia Tomás de Aquino se apoya en el también Padre de la Iglesia Agustín, puesto que según él "el mayor servicio" es llevar "a alguien del error a la verdad" y permite también generosamente ficciones que se refieran a una *"res significata",* una "verdad sagrada"; o sea, que por el catolicismo se puede mentir y engañar.[2099]

Más tarde no se puso en modo alguno coto a este tipo de mentiras, sino que se amplió cada vez más. En especial los teólogos más sobresalientes de la orden católica más sobresaliente, los jesuitas, han desarrollado un auténtico virtuosismo en la enseñanza del engaño y han dado multitud de ejemplos. Así, en su obra *Crisis theologica,* aparecida en 1710, el jesuita Cárdenas señala que no hay mentira si alguien que ha matado a un francés *(hominem nationen gallum)* manifiesta que "él no ha matado ningún gallo *(gallum),* tomando la misma palabra en el significado de 'gallo' ". De igual modo, tampoco es una mentira el juego de palabras al decir de una persona presente que no se encuentra aquí (en alemán: *er ist nicht hier)* si lo que se quiere decir es que no come aquí (en alemán: *er isst nicht hier).* Tampoco comete perjurio quien jura tener 20 jarros de aceite si tiene más; puesto que "con ello no niega que tenga más y al mismo tiempo dice la verdad, pues sí que tiene 20 jarros", etc.[2100]

Dostoyevski se burlaba de la moral y la práctica jesuíticas: "El jesuita miente y está convencido de que mentir por un buen fin es bueno y útil. Encomian que actúe según sus convicciones, es decir: miente y esto es malo, pero ya que miente por convicción, es bueno. Por lo tanto, mentir es bueno por un lado y malo por el otro. ¡Maravilloso!".[2101]

145

A la vista de tales conceptos de verdad y moral, el jesuita Lehmkuhl, cuya

2097

2098

2099

2100

2101

Theologia moraüs estaba muy difundida por los seminarios europeos todavía a finales del siglo XIX y comienzos del XX, manifiesta que para "un sacerdote o religioso piadosos ser señalados de mentirosos" es un pecado mortal. Pero por otro lado, Lehmkuhl escribe igualmente: "¿Quién tomaría por una grave difamación decir que se considera capaz a un ateo de cometer disimuladamente cualquier crimen *(quaelibet crimina)*!"[2102]

Naturalmente, lo que defendían las primeras autoridades de la Iglesia en la Antigüedad, en la Edad Media o en los siglos XVIII y XIX, sigue siendo válido hoy. Los teólogos solamente lo parafrasean con mayor cuidado. Uno de los principales moralistas de la actualidad, Bernhard Háring, denomina lo que Juan Crisóstomo llama mentira y Agustín (y de manera análoga Tomás de Aquino) ficción, "lenguaje eufemístico" (la reserva intelectual), y ante "quien pregunta con indiscreción" aconseja no "dar ninguna respuesta". Aunque también se les puede "mantener con un rechazo o desviarles mediante otra pregunta". Y finalmente, cuando todo falla, el "discípulo de Cristo" puede recurrir también a un "lenguaje eufemístico" como salida de urgencia "en el mundo maligno" (!), aunque desde luego no "debido a cualquier pequeñez". (Pero ya que las cosas de la fe, de la Iglesia, no son nunca pequeñeces, entonces puede hablarse siempre de modo "eufemístico".)[2103]

Aquí por el contrario, constantemente se habla claro, demasiado claro para los oídos eclesiásticos y fervientes cristianos, y lo mismo en los capítulos siguientes.

2102

2103

147

CAPITULO 2. EL FRAUDE DE LOS MILAGROS Y LAS RELIQUIAS

"Sin milagros no sería yo cristiano." «Sin el milagro no habría habido pecado, si no se hubiera creído en Jesucristo."

BLAISE PASCAL[1]

"¿Por qué los milagros de Jesucristo son verdad y son mentira los de Esculapio, Apolonio de Tiana y Mahoma?"

DENIS DIDEROT[2]

"Que la doctrina es divina me lo demuestran los milagros; pero que éstos son divinos y no obra del demonio lo he de ver por la doctrina."

DAVID FRIEDRICH STRAÜSS[3]

"Las noticias de milagros no son milagros."

GOTTHOLD EPHRAIM LESSING[4]

"Cuanto más contradice un milagro la razón, tanto más se corresponde al concepto de milagro."

PIERRE BAYLE[5]

"Un auténtico milagro, dondequiera que se produjese, sería un mentís que la naturaleza se daría a sí misma."

ARTHUR SCHOPENHAUER[6]

"Tampoco es necesario un *grado de formación superior* para la constatación de un milagro: los ojos bien abiertos y el sentido común son totalmente suficientes."

BRUNSMANN, TEÓLOGO CATÓLICO[7]

149

EL FRAUDE DE LOS MILAGROS

En su *Theologie des Wunder,* el jesuita L. Monden escribe lo siguiente: "El hecho del 'gran milagro' en la Iglesia católica debe mantenerse incontestable para el investigador imparcial [...]. Frente a un número tan considerable de milagros, basados siempre en testigos dignos de confianza y en percepciones objetivas, que se producen bajo las más diversas circunstancias de lugar, de tiempo y de cultura [...] queda excluida cualquier duda sincera sobre la realidad del suceso".[8]

1
2
3
4
5
6
7
8

Por si no fuera suficiente el ridículo, Monden incluso se permite la mentira: “La presencia repetida, imprevisible pero regular del “gran milagro” en la Iglesia católica contrasta tanto más con su ausencia en otras confesiones cristianas y en las religiones no cristianas”.[9]

Milagro, no significa aquí naturalmente: las “siete maravillas del mundo”, los “milagros de la técnica”, el “milagro del Mame”, “del Vístula”, el “milagro de Dünkirchen”, el milagro del “20 de julio de 1944”. Tampoco quiere decirse el golpe de suerte que, según Bertrand Russell, concedió Dios a los devotos predicadores Toplady y Borrow. Toplady había sido trasladado de una casa parroquial a otra, una semana después la casa que había habitado se quemó con gran perjuicio para el nuevo párroco. “Toplady se lo agradeció a Dios; lo que no se sabe es lo que hizo el nuevo párroco.” Borrow, el otro hombre de Dios, cruzó sin daños un puerto de montaña acechado por bandidos. Los siguientes viajeros que cruzaron el paso fueron desvalijados y una parte de ellos asesinados; “cuando Borrow se enteró, se lo agradeció a Dios lo mismo que Toplady”.[10]

Lo que aquí quiere decirse son los llamados milagros sobrenaturales, los milagros en contra de las leyes de la naturaleza (o que se desvían de ellas), expresado escolásticamente: milagro *supra, contra, praeter naturam.* Se quiere decir el milagro religioso en el crepúsculo de la concepción mágica del mundo, que envuelve a la humanidad primitiva y también al cristianismo, cuya fe no es ni siquiera una superstición sui generis, como se demostrará en este mismo capítulo.[11]

150

La mayoría de los milagros de la Biblia son tan increíbles como la mayoría de los demás milagros

Los milagros no los hay sólo en el cristianismo. La historia de las religiones está llena de ellos. Pero ya que todos los Padres de la Iglesia atribuyen a los milagros católicos poder demostrativo para la credibilidad de la causa propia, y otro tanto los teólogos (católicos) medievales y posmedievales con rarísimas excepciones, apenas pueden admitirse los milagros no cristianos, todos los no católicos. Se les suele descalificar sin más ni más como embustes, satánicos, demasiado fantásticos para ser creíbles, y se ignora lo no menos fantástico que son los milagros de las propias “fuentes de revelación”, como por ejemplo el Antiguo Testamento.

Pero ¡qué milagro realiza Elías! Resucita al hijo de una viuda. Con ayuda de su capa se dividen las aguas del Jordán. Y cuando muere, brilla en su ascensión.

¡Casi nada! ¡Y primero Moisés! “El Señor habló a Moisés: ¿Qué es esto que tienes en la mano? Y él respondió: una vara. Y el Señor habló: ¡Arrójala al suelo! Y él la arrojó y se convirtió en serpiente de la que Moisés salió huyendo. Y el Señor habló: ¡Extiende tu mano y tómala por la cola! Y él extendió su mano y la tomó: y se volvió a transformar en vara. Para que te crean, habló, que se te ha aparecido el Señor [...].

9

10

11

Y de nuevo habló el Señor: Hunde tu mano en tu pecho. Y él hundió su mano en su pecho y cuando volvió a sacarla estaba blanca como la nieve. Y habló: ¡Hunde de nuevo tu mano en tu pecho! Y él la hundió y volvió a sacarla y estaba como el resto de su carne." ¿Hay algo más fantástico? Están: las plagas de Egipto, el maná en el desierto, el fuego que cae del cielo para el holocausto en el Monte Carmelo, la burra que salva a Balaam, la salvación de Judas Macabeo por cinco jinetes celestiales, el cruce del mar Rojo, el cruce del Jordán; y en Gibeón incluso el sol se queda quieto en el cielo durante todo un día. ¡Sí, y si esto no es fantasía! ¡Una cámara de los horrores híbrida, la "Sagrada Escritura"! [12]

El Antiguo Testamento, lo mismo que después el Nuevo, enseña que los milagros crecen en el curso del tiempo; las tradiciones más recientes incrementan el milagro. En el caso del grandioso "milagro del mar", la tradición **J** no dice nada del cruce del mar por parte de los israelitas. Los perseguidores egipcios simplemente se ahogan. Pero en la tradición **P** se dividen las masas de agua y se disponen a ambos lados como un muro.[13]

¿Y no son también fantásticos en el Nuevo Testamento (donde los milagros se llaman *dynamis, érgon, semeíon, thaüma, thaumasion, teros)* muchos de los hechos de Jesús? ¿El milagro del vino en Cana? ¿El apaciguamiento de la tormenta? ¿El andar sobre las aguas? ¿La grandiosa producción de pan? ¿O las tres resurrecciones de muertos, en las que el pobre Lázaro ya despide olor a putrefacción? O incluso un milagro aparentemente tan insignificante, que se relata casi de paso, como el del impuesto del templo pescado del mar por falta de monedas: "y recoge el primer pez que salga y cuando le abras la boca, encontrarás una moneda [...]". ¿No es esto fantástico? Por no hablar de la cima de todo el asunto: la propia resurrección.[14]

151

Pero incluso entonces fue tan poco convincente como hoy. En cualquier caso, los judíos permanecieron "incrédulos", como si no hubiera pasado nada, por lo que Diderot afirma irónico: "Hay que hacer valer este "milagro", la incredulidad de los judíos, y no el milagro de la resurrección". (Y Goethe: "Está abierta la tumba. ¡Qué milagro, el Señor ha resucitado! ¡Quién se lo cree! Pícaros, os lo habéis llevado".)[15]

Jesús se sirve de todo tipo de prácticas

Los evangelistas relatan que Jesús realiza 38 milagros, de los que curiosamente 19, la mitad, los describe un único autor: dos Marcos, dos Mateo, ocho Lucas y siete Juan. Pero estos milagros, "como *hechos históricos* garantizados por los cuatro Evangelios" (Zwettier), demuestran a los católicos la dignidad divina de Jesús. Y puesto que se deben a Dios no son magia ni engaño, como todos los demás, sino que son auténticos, mientras que los otros son falsos.[16]

Para poner de relieve la originalidad de Jesús, la teología católica le ha resaltado

12

13

14

15

16

desde siempre por encima de los restantes sabios, adivinos, mistagogos, taumaturgos, que pululaban por todo el Imperio romano, que predicaban y hacían milagros como él, se le destacaba de todos los autores de milagros, de los arcaicos como Orfeo, Abaris, Aristeo de Prokoneso, Hermotimo, Epiménides o Eukio, o de los posteriores tales como Pitágoras, Empédocles, Apolonio de Tiana, Plotino, Yámblico de Caléis, Sosipatra, Proclo, Asclepiodoto de Alejandría, Herisco, etc. Así, en el famoso "catecismo holandés" se lee: "Sólo es necesario comparar la actitud de Jesús con los muchos magos, milagreros y seguidores de las ciencias ocultas para quedar impresionados por la sencillez, pureza y reverente dignidad de su actitud".[17]

Pero ¿no se comporta Jesús a veces también como otros curanderos antiguos?

¿No se sirve de prácticas comunes? ¿No utiliza la palabra mágica *Hephata* (¡ábrete!)? ¿No toca la lengua y los oídos de un sordomudo con sus dedos y los humedece con saliva? ¿No forma una masa de saliva y tierra y se la coloca a un ciego? ¿No escupe en los ojos? Pero esto, nos enseña el teólogo Gnilka, no provoca la curación. Sólo indica "que el milagro se debe al poder de Jesús". ¿No se sabía entonces esto, realizaba Jesús milagros sin tales métodos? ¿Por qué los realizaba entonces? ¿Y no señalaría lo análogo de otros autores de milagros que también el milagro se debía a su poder?[18]

En abierta contradicción con numerosos pasajes bíblicos, muchos Padres de la Iglesia, Justino, Ireneo, Amobio, Eusebio, recalcan que Jesús, sólo mediante una simple orden, sólo mediante su palabra hizo milagros. También en las falsificaciones se insiste a ese respecto, como en la carta que presuntamente escribió el príncipe Abgar Ukkama de Edesa "al buen Salvador que ha aparecido en Jerusalén". De igual manera cura el apóstol Tadeo, según otra falsificación, aparecida en Edesa, "sin medicinas ni hierbas". En efecto, el historiador de la Iglesia Eusebio hace gala de que curaba "todas las enfermedades".[19]

Los milagros crecen con la transmisión, se les acrecienta y multiplica.

152

El arsenal de milagros evangélicos: Nada es original

Es posible seguir perfectamente la fabricación de milagros en el Nuevo Testamento. Pues es obvio que los evangelistas más recientes mejoran en muchos aspectos y de modo casi sistemático al más antiguo, Marcos, realzando la imagen de Jesús a la par que van también encumbrando a los apóstoles y liberándolos gradualmente de sus debilidades —"Todos los defectos que aún presentan en Marcos, se eliminan": Wagenmann, teólogo—, las ediciones aumentadas y corregidas de Marcos, Mateo y Lucas amplifican la transmisión de los milagros, relatando en lugar de una curación dos. O en lugar de la curación de "muchos", hablan de "todos". O de la "multiplicación de los panes" hacen una cantidad doble. O dramatizan la resurrección de los muertos, introduciendo hechos totalmente nuevos con respecto

17

18

19

a Marcos. Lo mismo que Juan, el cuarto evangelista, añade otros cuatro grandes milagros que no citan ninguno de sus antecesores: primero la conversión del vino en Caná, donde su Cristo produce seiscientos o setecientos litros, y al final, coronándolo todo, la resurrección de Lázaro, que ya está descomponiéndose, "ya huele".[20]

En tiempos de Jesús los milagros eran corrientes, casi cotidianos. Según el teólogo Trede, se vivía "pensando y creyendo en un mundo milagroso, como el pez en el agua". Sin ninguna duda todos los milagros se hacen y se consideran posibles. Tampoco se dudaba de los milagros del adversario, pero se atribuían al diablo. Proliferaron asimismo infinidad de augurios. Incluso buena parte de las clases superiores carecían de todo sentido crítico, lo mismo que las masas. Esto parece ser igual en todas las épocas. Lo que Thomas Münzer escribió durante la Reforma: "El pueblo cree ahora con la misma facilidad con que el cerdo se orina en el agua" fue válido cuando surgieron los milagros evangélicos, y sigue siendo hoy casi tan válido en lo que respecta a la masa creyente.[21]

El "catecismo holandés" vuelve a afirmar que los milagros de Jesús tienen "un carácter tan propio y original que hay que decir que sólo es posible una explicación: realmente ha hecho milagros". Pero esto no es original, aunque no todo han de ser embustes. Algunos milagros del Nuevo Testamento —que por lo general, aunque no estereotipado, sigue el esquema clásico del relato: exposición, preparación, plazo, técnica, comprobación, etc.— se pueden explicar como curaciones de enfermedades psicogénicas, como curaciones de naturalezas neurasténicas, histéricas o esquizofrénicas, esto es evidente.[22]

Pero por lo demás estos milagros son, sin excepción, plagios. La investigación de la historia de la religión ha demostrado hace mucho tiempo que todos los milagros que se atribuyen a Jesús en los Evangelios proceden de la época precristiana. Curaciones maravillosas de sordos, ciegos, inválidos, expulsión de los demonios, caminar sobre el agua, apaciguamiento de tormentas, multiplicación milagrosa de los alimentos, transformación del agua en vino, resurrección de muertos, descenso a los infiernos y ascensión a los cielos, todo esto y más era bien conocido. Todos han sido milagros estándar de las religiones no cristianas y en los Evangelios se transfirieron a Jesús, adornándolos con motivos de la época. Los paralelismos más llamativos —todos fabricados evidentemente siguiendo la receta de Ovidio: "Relato el milagro, el milagro sucedió"— se dan con Buda, Pitágoras, Heracles, Asclepios, Dionisos por citar sólo unos pocos. Aunque hay también material del Antiguo Testamento que influyó sobre la producción evangélica de milagros.[23]

153

Un paralelismo particularmente notable al caminar de Jesús sobre el lago lo tenemos en Buda. También el apaciguamiento de las tormentas se cuenta entre los milagros típicos. Se les conocía de la religión de Asclepio. Igualmente corrientes eran las historias de las multiplicaciones milagrosas de los alimentos, tanto en el paganismo como en el judaísmo; la leyenda evangélica es curiosamente similar a un

20

21

22

23

antiguo relato de una multiplicación milagrosa de los panes en la India. Incluso la resurrección de los muertos no era infrecuente, hasta existían formas especiales para ello, y en Babilonia había muchos dioses que se llamaban "revividor de muertos". Asclepios, del que Jesús adoptó también los títulos de "médico", "señor" y "salvador", revivió a seis muertos, siendo los detalles los mismos que con los muertos que resucitaron con Jesús. Los viajes al infierno y al cielo eran también muy conocidos, lo mismo que las divinidades que morían, para resucitar tres días después. Las variaciones de los Evangelios entre el tercero y el cuarto días (¡después de tres días!) tienen su origen en que la resurrección de Osiris tiene lugar el tercer día y la de Attis el cuarto después de su muerte. "Este milagro —dice Orígenes de la resurrección de Jesús— no aporta nada nuevo a los paganos y no les puede resultar chocante"[24] por el Padre, anunciados por ángeles, nacidos en un pesebre de una virgen y perseguidos cuando estaban en la cuna. Se llaman Resucitador, Señores de los Señores, Rey de Reyes, Salvador, Redentor, Bienhechor, Hijo de Dios, el buen Pastor. Descuellan a los doce años, comienzan a enseñar a los treinta, el demonio les tienta, tienen un discípulo preferido, un traidor, sanan a los enfermos, hacen ver a los ciegos, oír a los sordos, ponerse rectos a los tullidos, no sólo curan el cuerpo sino también el alma. Varios siglos antes hacen un milagro del vino, como el de Cana. Anuncian: "Quien tiene oídos para escuchar, cree". Pero su apostolado no es una exhibición. Se les martiriza, se les flagela, mueren, algunos en la cruz, también con un criminal, mientras que el otro criminal se libra, una mujer enjuga la sangre del corazón del dios, que mana de la herida causada por una lanza. Al morir dicen: "Está consumado", "Toma mi espíritu, te ruego, hacia las estrellas [...]. Mira, mi padre me llama y abre el cielo"; su muerte tiene muchas veces incluso el carácter de expiación. Vencen, salvan a las pobres almas del infierno, viajan al cielo, por señalar *sólo algunas de las cosas* que la Biblia repite, estando lleno de contradicciones el mayor de los milagros, aunque no sólo él, la resurrección.[25]

Desde el punto de vista de la historia de las religiones, ¿qué hay de original en la "vida de Jesús"? Nada. Es mucho si queda la historicidad. Y si no, *no por eso* se hunde el mundo. Los milagros pertenecen, en cualquier caso, a la imagen de Cristo. Sin ellos, el Señor sería "una sombra sin sangre". Negar y rechazar sus milagros, recalca el católico I. Klug, *"significa negar y rechazar al mismo Jesucristo"*. "¡Cristo un embustero! ¡Un embustero!", exclama retóricamente. "Él, el Puro, el Santo, al que incluso sus enemigos mortales no se atreven a culpar de ningún pecado..., ¡un embustero! ¡Un impostor, que pudo caminar con la majestad de un rey!" Bien, en realidad esto no quiere decir mucho si tenemos en cuenta cuántas falsas majestades tuvieron porte de reyes: ¡Y cuántas auténticas no! ¿Y quién imputa entonces a Jesús el engaño? Incluso para Alfred Rosenberg, tan injuriado por la Iglesia, Jesús fue "la gran personalidad". Pero los autores de los Evangelios, de los restantes tratados protocristianos y del Nuevo Testamento, ¡eso es harina de otro costal![26]

154

La Iglesia considera que la demostración de la divinidad de Jesús no sólo la proporcionan los milagros, sino también el hipotético cumplimiento de las profecías

24

25

26

del Antiguo Testamento. Pero ¿cómo andan las cosas al respecto?

El fraude de la "demostración de las profecías" cristianas

Lo mismo que los milagros, tampoco las profecías constituían nada nuevo sino más bien un viejo conocido desde la Antigüedad. Con Augusto había ya tantos libros de profecías, que el emperador hizo quemar dos mil que no estaban debidamente autorizados. Las profecías las transmitieron Buda, Pitágoras, Sócrates, las defendieron los estoicos, los neopitagóricos, los neoplatónicos, y hombres como Plinio el Viejo o Cicerón, que no creían en los milagros. Los paganos las valoraban mucho más que a los milagros.[27]

Con los milagros no se podía impresionar al mundo judío ni al grecorromano. Lo milagroso abundaba, era normal, casi cotidiano, la creencia en los milagros casi infinita. También los adversarios de los cristianos creyeron en sus milagros, aunque dando por probado que sucedieron con ayuda de los demonios. Los hechos de Jesús los consideraban los judíos como magia y los atribuían al diablo. Por ese motivo, los cristianos necesitaban un criterio que por así decirlo apoyara sus milagros, los legitimizara, y **este criterio fue la demostración de las profecías**, el interés principal de sus interpretaciones escritas. Sólo en relación con ellas los milagros adquirían un peso especial. La demostración de las profecías, como demuestran los tratados del Pseudo-Bernabé, Justino, Ireneo, Orígenes y otros, tenía más valor que los milagros, si bien hay también escritores cristianos antiguos tales como Melito de Sardes, Hipólito, Novaciano, Victorino de Pettau y el propio Orígenes, para los que los milagros del Señor son la mejor demostración de su divinidad.[28]

Así es como vuelve a considerarse hoy, puesto que desde el desenmascaramiento de la demostración de las profecías se ha preferido insistir sobre los milagros. Aunque el catolicismo sigue viendo en los milagros *y* la profecía la divinidad de Jesús, en especial el primero es ahora teológicamente signo de la revelación y motivo de su credibilidad. La teología católica hace recaer sobre el milagro "especial peso como criterio objetivo" (Fríes).[29]

Pablo, el autor cristiano más antiguo, utiliza ya la muletilla "según las Escrituras" (1 Cor. 15, 3). Para Pablo, la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús, la obra completa de la redención, el Evangelio, están documentados en el Antiguo Testamento. También el Evangelio más antiguo, el de Marcos — y todavía más y con mayor frecuencia, el de Mateo—, muestra insistentemente cómo se puede deducir de los libros sagrados de los judíos todos los detalles de la vida de Jesús, cómo todo puede verse predicho. Los cristianos investigaron sistemáticamente estos escritos, han completado todos los huecos en la tradición de la vida de Jesús con ayuda del Antiguo Testamento y mucho de lo que allí había lo han referido a él. Clemente Alejandrino afirma: "Pero nosotros consultamos los libros de los profetas que se encuentran en nuestro poder, que en parte mediante parábolas, en parte con

27

28

29

adivinanzas, en parte de modo seguro y expreso citan a Jesucristo, y encontramos su venida y la muerte y la cruz y todos los restantes tormentos que le hicieron los judíos, y la resurrección y descubrimos esto, llegamos a la fe en Dios a través de lo que sobre él se ha escrito [...]. Pues hemos descubierto que Dios realmente lo ha dispuesto, y no decimos nada sin escritura".[30]

155 Pero no sólo en los Evangelios, no sólo en el Nuevo Testamento, sino que más allá amplían los cristianos la demostración de las profecías, como en la carta de Bernabé, que reconoce en los 318 siervos de Abraham la muerte en la cruz de Jesús, hasta Gregorio I Magno, que interpreta los siete hijos de Job como los doce apóstoles. En particular con Justino, el defensor del cristianismo más importante de su tiempo, la demostración a partir de los milagros pasa a un completo segundo término, sobre todo porque las profecías supuestamente cumplidas con Cristo son las que sin duda mejor legitiman las reivindicaciones cristianas al Antiguo Testamento.

Pero cuando no se encontraban sentencias "convincentes" de los profetas, se las falsificaba en las tan apreciadas "revisiones" de los textos judíos. Fue necesario sobre todo en el caso del nacimiento de Jesús a partir de una virgen. Así, en los *Hechos de Pedro* falsificados aparecen las presuntas palabras de un profeta: "En los últimos tiempos nacerá un niño del Espíritu Santo; su madre no conoció varón, ni hay varón alguno que afirme ser su padre" y "No ha nacido de la matriz de una mujer, sino que ha descendido de un lugar celeste". Harnack llama a estas profecías "burdas falsificaciones cristianas". No se las encuentra en ningún lugar del Antiguo Testamento, ni tampoco en las sentencias que posteriormente se atribuyeron, por ejemplo, a Salomón o a Ezequiel.[31]

Los milagros de Jesús tenían por sí solos, como se ha dicho, poco poder demostrativo. Apenas se les discutió, pero se les atribuyó a los poderes mágicos del galileo. Eran cosas harto conocidas en multitud de taumaturgos. Sólo cuando se unen a las profecías, esos milagros de Jesús adquieren importancia. Nada menos que san Ireneo los basó en ellas. La Iglesia antigua gustaba de ver confirmada la autenticidad de los milagros mediante los vaticinios. Así lo habían predicho, por tanto fueron verdad. De este modo, las presuntas profecías se convirtieron en el medio principal del apostolado cristiano y sirvieron, según atestigua Orígenes, "como la demostración más importante" de la verdad de su doctrina. Citaba "miles de pasajes" en los que los profetas hablan de Cristo. Y realmente, en el Nuevo Testamento hay cerca de doscientas cincuenta citas del Antiguo y más de novecientas alusiones indirectas. *Pues los evangelistas habían tomado de allí muchos hechos hipotéticos de la vida de Jesús y los habían incorporado conscientemente a su historia; todo el mundo podía leerla con facilidad, percibiéndola como "cumplimiento".*[32]

156 Pero ¿por qué hicieron estos cristianos que Jesús muriera "según la Escritura"? Porque sólo de este modo pueden disimular el fracaso de sus obras, sólo así podían contrarrestar la burla del mundo sobre el Mesías crucificado. Jesús tenía que morir según la "Escritura", estaba previsto. Y el mundo tenía que saberlo, tenía que

30

31

32

convencerse. Ergo, se puso en circulación en citas, en alusiones indirectas, todo lo ignominioso, la traición, la huida de los discípulos, el escándalo de la pasión, la muerte en la cruz como cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. La cobarde conducta de los discípulos se prevé en Zacarías 13, 7; el soborno ("treinta monedas de plata") para la traición de Judas según Zacarías 11, 12; la restitución de este dinero según Zacarías 11, 13; la compra del campo del alfarero según Jeremías 32, 6; la palabra de Jesús ante el gran consejo acerca de que estará sentado a la diestra del poder y de su aparición sobre las nubes, según Daniel 7, 13, y el salmo 110, 1; sus palabras "Tengo sed" según el salmo 22, 16; su empapamiento con vinagre según el salmo 69, 22; su grito del abandono de Dios según el salmo 22, 2; el eclipse de Sol — al menos en Pascua (Luna llena) astronómicamente imposible — según Amos 8, 9, etc.[33]

Resultó difícil demostrar en particular la "profecía" de la crucifixión en el Antiguo Testamento, aunque allí diga: "Pues quien cuelga en la madera, está maldito por Dios" (5 Mos. 21, 23). Y este "vaticinio" era muy importante. Con ello, los primeros cristianos cayeron en las combinaciones más absurdas, como ya he mostrado en otro lugar. Pero el principal ejemplo para la historia de la pasión evangélica la proporcionó, junto a los testimonios de los salmos 22 y 69, sobre todo el falso capítulo 53 de Isaías.[34]

El elemento grotesco de estas "profecías" es que los profetas lo escribieron varios siglos antes, pero no en futuro sino en pasado. Por lo tanto todo esto ya había sucedido, un fenómeno realmente maravilloso. Y las predicciones relativas a la pasión de Cristo las desenmascaró ya Celso como inventadas a posteriori. Marcos, el evangelista más antiguo, cuando varias décadas después de la presunta crucifixión de Jesús escribió su Evangelio, pudo profetizar su muerte con todo género de detalles. En resumen, con el teólogo Hirsch "La fuerza demostrativa de las profecías es ya un asunto zanjado para todos nosotros. Sabemos que es nula".[35]

Naturalmente que, dejando a un lado las excepciones, esto lo sabemos también de los milagros, con lo que nos dedicaremos a los llamados apócrifos.

157

Milagros en los "apócrifos", o un atún ahumado que vuelve a la vida

Lo mismo que en los tiempos antiguos los "apócrifos" acompañan como un desarrollo paralelo a los géneros narrativos del Nuevo Testamento, completándolos, otro tanto sucede con los milagros que allí se relatan.[36]

Continuando con las historias canónicas aparecen listas completas de milagros, sin que falte la aseveración de que Jesús ha hecho muchos más milagros. La tendencia va en aumento, hacia lo superlativo. También continúa la tendencia desde el "curó a muchos" del evangelista más antiguo, Marcos, hasta el "curó a todos" de Mateo, más

33

34

35

36

reciente. Y si en la historia de los apóstoles Jesús "ha hecho el bien y ha curado a todos a los que había vencido el diablo", el Pseudo-Clemente dice que Jesús cura "todas las enfermedades". Pero el máximo insuperable lo ofrecen las actas de Juan: "Sus grandiosos y maravillosos hechos deben quedar de momento silenciados, ya que son inexpresables y quizá no se puedan contar ni escuchar nunca".[37]

Muchos de los primeros milagros eran demasiado simples para los hombres de tiempos posteriores. Por tanto los adornaron, ampliaron y enriquecieron.

Así, en el bautismo de Jesús, donde originalmente, de todos modos, los cielos se abrieron, apareció una paloma del Espíritu Santo y resonó la voz de Dios, ahora tiene lugar también un fenómeno luminoso, el Jordán se retira, lanza hacia lo alto sus aguas y hasta las estrellas claman al Señor y asisten los ángeles. Un escrito protocristiano relata: "Y sobre el Jordán se depositaron (extendieron) nubes blancas y aparecieron muchos ejércitos de espíritus, que cantaban glorias en el aire, y el Jordán detuvo su curso, parándose sus aguas y desde allí se extendió un aroma de olores agradables".[38]

Y lo mismo que el bautismo de Jesús es maravilloso, naturalmente también lo es el final.

158

En el *Evangelio de Bartolomé,* éste ve durante la crucifixión a los ángeles alzarse del cielo y adorar al Señor. No es suficiente, y el discípulo puede oír hasta en los infiernos. "Cuando sobrevinieron las tinieblas miré y vi que habías desaparecido de la cruz; sólo escuché tu voz en el infierno, y cómo allí de pronto se elevó un violento lamento y rechinar de dientes [...]." Siempre la música más hermosa para los oídos cristianos.[39]

La fantasía creyente se despliega sobre todo en los extraordinariamente numerosos Evangelios de la infancia. La época del nacimiento, de la adolescencia y de la juventud de Jesús no la estudian Marcos y Juan y apenas un poco Mateo y Lucas, aunque de manera muy milagrosa y con paralelismos sobre todo en las literaturas india, egipcia y persa. Pero esta incorporación de leyendas ajenas aumenta enormemente en las historias de la juventud más tardías. Todo lo que antes se sabía acerca de niños dioses y niños prodigio, se transfería ahora a Jesús.

Esta exuberante creación de leyendas continuó incluso durante toda la Edad Media. En efecto, todos estos escritos condenados oficialmente por la Iglesia ejercieron, a través de Prudencio, la monja Rosvita y muchos otros hasta el Renacimiento, una influencia sobre la literatura y el arte superior a la de la Biblia. Incluso los papas sacaron de ellos diversos motivos, como León III, que en el siglo IX hizo representar en la iglesia de San Pablo de Roma toda la historia de Joaquín y Ana. Aunque en el siglo XVI, bajo Pío V, se eliminó del breviario romano el oficio de san Joaquín, el padre de santa María, conocido sólo mediante un "apócrifo", y se anuló el texto de su representación en el templo, ambas cosas se restauraron después. Cuando la Iglesia ha criticado y rechazado los "apócrifos legendarios" no lo ha hecho debido a sus historias de milagros, por muy increíbles que nos parezcan,

37

38

39

sino debido a consideraciones morales o dogmáticas, debido a ciertas tendencias ascéticas o docéticas. La fe concreta en los milagros "la preservaron y cultivaron incluso los hombres de la Iglesia más preclaros" (Lucio).[40]

159 El *Evangelio de Tomás* relata una serie de curiosos hechos de Jesús, desde los cinco a los doce años. El divino niño hace milagros mediante sus pañales, el agua con la que se lava, su sudor. Con una única palabra hace que un arroyo sucio se limpie, crea aves de barro y luego hace que vuelen, un compañero de juegos malo se marchita como un árbol y otro muere porque topó con su espalda. Sin embargo, el joven maestro también se muestra bondadoso con los hombres y hace resucitar a varios muertos.[41]

Lo mismo que el Señor, también sus apóstoles, discípulos y muchos otros cristianos brillan en los "apócrifos".

También esto lo suscitó el Nuevo Testamento. Pablo hacía "prodigios y milagros". Y en el Evangelio de Marcos se dice: "Marcharon y predicaron que había que hacer penitencia. Expulsaron también muchos espíritus, ungieron con aceite a muchos enfermos y les curaron". Los Hechos de los Apóstoles relatan asimismo: "muchos prodigios y milagros en el pueblo a través de la manos de los apóstoles". Narra incluso milagros de los discípulos por medio de sus delantales, sus sudarios o sus sombras.[42]

Los apologistas recalcan siempre la ausencia de exageraciones en los milagros del Nuevo Testamento. Pero todos los milagros, exceptuando las curaciones milagrosas que no son milagros, se basan en la exageración, ya sea "apócrifa" o con bendición "canónica". ¿Y si los milagros hechos con la sombra no son exageraciones sino creíbles, por qué otros han de ser exageraciones e increíbles?

¿Como cuando el apóstol Pedro hace hablar a un perro? ¿O cuando un camello pasa varias veces por el ojo de una aguja, cuando un atún ahumado que cuelga de una ventana vuelve a la vida y nada otra vez en el agua? Al fin y al cabo a Dios nada le es imposible. Y si puede detener el curso de un río o parar el Sol, también podrá revivir a un simple pez ahumado. ¿O es que eso atenta contra su "gusto"? Pero ¿cómo saben esto los teólogos? Sea como fuere: con estas historias se evangelizó, el cristianismo se propagó. Los Padres de la Iglesia más conocidos aparecían como testigos en esos textos y la mayoría de los antiguos teólogos los consideraban totalmente verdaderos. Recordemos de nuevo que incluso con este género de pacotilla — ¡y no sólo con éste! — se propagó el cristianismo, que incluso con él se amplió y afianzó su barbarie moral y física; se le toleró, se le fomentó y con él se llenaron bibliotecas enteras, no, ¡las sigue llenando![43]

160

Los mártires lo eclipsan todo

40

41

42

43

Los milagros más audaces los hicieron en la Iglesia preconstantiniana los mártires. Aunque la mayoría de las actas están falsificadas, se consideraron en su totalidad como valiosos documentos históricos. El paso a las puras leyendas y novelas de mártires, en el que triunfa "la ausencia total de sentido histórico" (Lucio), fue casi natural, por maravilloso que fuera. Suenan voces en el cielo, surgen palomas de la sangre de los mártires, animales salvajes que mueren por la oración de los piadosos héroes o que rompen sus cadenas. Imágenes de ídolos o templos enteros que se derrumban. San Lorenzo, casi asado en la parrilla, filosofa resignadamente sobre la Roma pagana y cristiana. Medio carbonizados, otros cantan alegremente encendidos discursos evangelizadores. El mártir Romano, cuya festividad sigue celebrando la Iglesia el 9 de agosto, ataca en 260 versos al paganismo y después de que le han cortado la lengua, declama todavía otros 100. Para el antiguo catedrático de teología en Bonn, Franz Joseph Peíers, existe — con imprimátur — "la completa confirmación", a través de "dos testigos oculares y auriculares", de que el rey de los vándalos Heinrich — evidentemente, Hunerico"en el año 483 hizo que a los católicos de Tipasa, en el norte de África, les cortaran la mano derecha y la lengua porque no querían reconocer al obispo arriano. Gracias a un milagro pudieron seguir hablando".[44]

San Ponciano, martirizado bajo el emperador Antonino, anda descalzo sobre carbones ardientes sin sufrir daño, inútilmente se le tortura, inútilmente se le arroja a los leones, inútilmente se le vierte plomo incandescente por encima. Lo que no se entiende es cómo una espada le mata. A menudo se plantea la cuestión de por qué los héroes sobreviven a las peores torturas y después mueren por un banal golpe de espada o por simple estrangulamiento, como les sucedió al obispo san Eleuterio de Iliria y a su madre Antia bajo el emperador Adriano.

Aunque algunos alcanzan la palma del martirio en un río, en una fuente o en el mar, a veces con pesadas piedras al cuello o en un saco con serpientes y perros; aunque mediante la muerte por hambre, "coronados" en el patíbulo, empalados, crucificados, con las piernas rotas o asados lentamente, "nacen" para el cielo; aunque, ahogados en pez ardiente, quemados como una antorcha viviente o en el horno, despedazados por animales salvajes, lapidados, cortados con una sierra o, como Quiricio, un niño de tres años, estrellados contra los escalones del tribunal, alcanzan "la corona de la vida eterna"..., con mucho, la mayoría mueren simplemente decapitados. La decapitación surte efecto casi siempre. Pero queda pendiente la pregunta: ¿por qué los perversos paganos prueban con los cristianos modos de muerte tan inútiles y por qué éstos sobreviven a los más refinados y crueles martirios, pero prácticamente nunca a la primitiva decapitación?[45]

161

Milagro sobre milagro de todos modos.

Los héroes cristianos, por más que estén dispuestos a la muerte para recibir el premio, el más grande, el reino de los cielos, a menudo tardan mucho en morir, no sólo se salvan del fuego corriente, como Apolonio, Filemón e infinidad de otros más,

44

45

sino que incluso sobreviven al horno, sin recibir daño, se entiende, como por ejemplo san Neófito. (¿Por qué no, si en las "Sagradas Escrituras" Daniel y sus compañeros sobreviven sin daños a un horno incandescente, calentado "siete veces más" de lo normal? Si los "apócrifos" exageran, también la Biblia.) El monje san Benito soporta incólume el procedimiento del horno durante toda una noche. Y san Luciliano, un antiguo "sacerdote de los ídolos", se libra de la chimenea ardiente junto con cuatro niños, si bien porque rompió a llover. A la mayoría de estos mártires les maltratan primero a muerte, aunque a menudo sin resultado. Siempre aparecen ángeles — hay muchos — que ayudando a los mártires parecen haber encontrado una misión en la vida. Al sacerdote san Félix incluso un ángel le libera una noche. (¿Por qué no, si en el Nuevo Testamento un ángel les abre por la noche a los apóstoles la puerta de la prisión? Si los "apócrifos" exageran, también la Biblia.) A san Eustaquio le sujeta un ángel por un pie y después una paloma le lleva al cielo "a la gloria de la alegría eterna". Con Esteban, el abad maltratado, al menos en su muerte están presentes los "santos ángeles"; nada menos que el papa Gregorio I Magno es testigo, y también "otros más lo vieron". ¡Quién lo duda! El carcelero san Aproniano no vio ángeles, no todos pueden verlos, pero cuando sacaba a san Sisinio de la prisión escuchó una vez procedente del cielo: "Venid, benditos de mi Padre [...]", etc., tras lo cual cree y muere por el Señor. Éste mismo sufre por así decirlo la muerte del confesor, uno de los martirios más increíbles, ocurrido en Siria, el martirio *"de una imagen de nuestro Salvador",* que los judíos crucifican y que vertió tanta sangre que las Iglesias de Oriente y de Occidente recibieron de ella una cantidad abundante.[46]

Y naturalmente, todas las tentaciones se estrellan contra los héroes cristianos. Ninguno traiciona su fe. Sea lo que sea lo que se les ofrece nada les hace titubear, ninguna ventaja, regalos, honores. En vano un juez ofreció a su propia hija en matrimonio. En vano hasta un emperador promete a una cristiana casarse con ella, en vano la promete compartir el poder y erigir columnas honoríficas en todo el Imperio...[47]

Los Padres de la Iglesia antiguos más conocidos participaron descaradamente en las repugnantes exageraciones de estas leyendas de héroes. Todo el octavo libro de la historia de la Iglesia de Eusebio está lleno de ellas. En una página se relata la inimaginable maldad de los "servidores del demonio" ultrajadores de los cristianos, en la otra de las proezas de los "verdaderamente maravillosos luchadores", se habla de todo esto, "fuego, espada, clavado, animales salvajes, profundidades del mar, corte de miembros, hierros candentes, sacar y arrancar los ojos, mutilaciones en todo el cuerpo [...]". El obispo Eusebio encadena las mentiras de "innumerables" víctimas "junto a niños pequeños", con todo tipo de detalles increíbles: "Y cuando las bestias se disponían a saltar sobre ellos, se desviaban, como empujadas por una fuerza divina, repitiéndose esto constantemente [...]". "En efecto, daban gritos de júbilo y cantaban canciones de alabanza y agradecimiento al Dios del Universo hasta su último aliento", "imposible expresar en palabras el número y la talla de los mártires de Dios". Al comienzo reconoce que "supera nuestras fuerzas" describir "de manera

46

47

digna" todo esto. Y bien verdad que es.[48]

162 Dicho sea de paso, Eusebio no sufrió una muerte heroica. En efecto, sus adversarios cristianos le echaban en cara que había prometido ser sacrificado en la persecución, o al menos sufrir; quizá una calumnia. Pero el gran ensalzador de los mártires, cuando se sintió en peligro desapareció e incluso sobrevivió incólume a la gran persecución de los cristianos por Diocleciano. Tantas decenas de miles de mártires como ha alabado e inventado y él, el "padre de la historia de la Iglesia", no se cuenta entre ellos. ¿Y por qué tenía que serlo? Ni un sólo obispo de Palestina sufrió la muerte en martirio.[49]

Según el Padre de la Iglesia Efrén, el furioso antisemita, según el Padre de la Iglesia Gregorio Nacianceno y según muchos otros, los mártires no experimentaron ningún sufrimiento. Según los Padres de la Iglesia Basilio y Agustín, la tortura les proporcionaba placer. El Padre de la Iglesia Crisóstomo escribe que caminaban sobre carbones incandescentes como si fueran rosas y se arrojaban al fuego como si fuera un baño refrescante. Prudencio, el mayor de los poetas protocristianos de Occidente, admirado más que ningún otro en la Edad Media, describe el martirio de un niño apenas destetado, que soportó sonriente los latigazos que destrozaban su cuerpecillo. ¡Por supuesto, no es la única víctima casi lactante de la fábula glorificadora católica! De santa Inés, poco mayor, escribe el Padre de la Iglesia Ambrosio, el inspirado descubridor de tantos mártires: "¿Ofrecía acaso el cuerpo delicado de la niña espacio para una herida mortal?". Para Ambrosio como para todos sus semejantes ningún milagro le resultaba suficientemente milagroso. "Incluso una burra habló porque Dios quería." Por otro lado, todo esto queda eclipsado por el martirio de san Jorge, un milagro tan absurdo, tan desatinado, que tanto los hombres de la Iglesia de Oriente como los de la de Occidente lo han suavizado en "revisiones" para hacerlo más creíble.[50]

Los santos no lo serían si después de muertos no realizan milagros. Así, el árbol infructífero en el que murió Papas tras crueles tormentos, da fruto. La cabeza del monje Anastasio que, junto con su venerable efigie, se envía desde Persia a Roma, expulsa los malos espíritus y cura las enfermedades simplemente con mirarla. También los jirones de la ropa de san Abraham provocan milagrosas salvaciones, lo mismo la manta rota sobre la que estaba Martín de Tours. Del cuerpo de san Teodoro, un maravilloso exorcista, mana aceite que sana a los de salud enfermiza. El agua de la fuente en la que san Isidoro fue gloriosamente "coronado" cura a los enfermos, al menos "con frecuencia". Aunque son incontables los que, como la virgen Inés, "incluso en la tumba resplandecen con múltiples acciones de gracia".[51]

163 También brillan las mujeres, sobre todo vírgenes, naturalmente, y llama la atención la frecuencia con la que los cronistas de los cristianos relatan que los perversos paganos les cortan los pechos a las vírgenes católicas: a la santa virgen Ágata, a la santa virgen Macra, a la santa virgen Febronia, a la santa virgen Engracia, a la santa mártir Helconida, a la santa Caliopa, etc. De la santa virgen Anastasia la

48

49

50

51

Mayor el martirologio romano relata de manera gráfica: “En la persecución de Valeriano, bajo el protector Probus, Anastasia fue atada con cuerdas y cintas, atormentada con latigazos en la espalda, fuego y golpes y, al perseverar firme en la fe en Cristo, le cortaron los pechos, le arrancaron las uñas, le rompieron los dientes, le cortaron las manos y los pies y al final le separaron la cabeza del tronco, y así corrió a reunirse con su divino esposo”. Un final impresionante, a decir verdad. Bajo Constancio el “hereje Macedonio”, o sea, un cristiano, hace cortar sistemáticamente los pechos a las “mujeres creyentes” y quemarlas después con hierros incandescentes. Y aunque los pechos no vuelven a crecer, como es frecuente, suceden sin embargo otras cosas notables gracias a estas damas.

La santa virgen Inés es arrojada al fuego, pero gracias a sus oraciones éste se apaga. La santa virgen Juliana rechaza al prefecto Evilasio como marido y sobrevive tanto a las llamas del fuego como a un baño en agua hirviendo. También santa Erotis supera, “inflamada del amor a Cristo”, los rescoldos. Igualmente, las vírgenes santa Ágape y santa Quionia, martirizadas bajo Diocleciano, sobreviven al fuego. La santa virgen Engracia sobrevive a pesar de que le han cortado los pechos y arrancado el hígado, por no mencionar otros tormentos. También santa Helconida, que bajo el emperador Gordiano fue sometida a múltiples suplicios, sobrevive a la amputación del pecho, a ser arrojada al fuego y a los animales salvajes, hasta que finalmente muere bajo la espada. A la santa virgen Cristina, casi despedazada, la salva un ángel de un lago, permanece “ilesa” cinco días en un horno ardiendo, sobrevive también a serpientes venenosas y al corte de la lengua, después de lo cual finaliza “el curso de su glorioso martirio” (martirologio romano).[52]

En la persecución contra los cristianos en las Gallas, en el año 177, bajo Aurelio — que según el historiador de la Iglesia Eusebio costó “decenas de miles de mártires”, mientras que en el *Lexikonfür Theologie und Kirche* sólo quedan ocho, — “los santos mártires tuvieron que soportar suplicios que son superiores a cualquier descripción” (Eusebio).[53]

164

Destaca en especial por su fuerza santa Blandina (festividad el 2 de junio), una delicada sirviente. Torturada desde la mañana a la noche, no se debilita, pero sí el tropel de sus torturadores. Con todo el cuerpo destrozado, es arrojada a las fieras, azotada, asada y esto de tal manera que al freírse sus miembros, “estaban rodeados de un vapor de grasa”. Después de que la vuelven a azotar, arrojar a las fieras y asar, “abandona finalmente esta vida”.[54]

El historiador de la Iglesia católico Michel Clévenot aunque pone de relieve que según las leyes vigentes en la época de Trajano “no se “persiguió” a los cristianos”, sino que simplemente se detuvo a los acusados (para él, con razón, una nueva prueba “si es que hiciera falta alguna más, de que las autoridades romanas no eran en modo alguno enemigas de los cristianos”), habla no obstante de la «matanza de Lyon” y canta un largo himno a santa Blandina. “Tú, Blandina, hermosa, pobre pequeña, adornada con diplomas y honores por cultos magistrados, humanistas, lanzada como pasto de la estúpida crueldad de una masa desenfrenada, eres el símbolo de todas las

52

53

54

víctimas de esta espantosa razón de estado [...]. No te preocupaste por tu cuerpo, Blandina, y no te compadeciste de tu alma. Te entregaste entera, en cuerpo y alma, a este Jesús [...]."[55]

De manera casi más grandiosa que la santa se comportó el diácono Sanktus, al que torturaron con ella. Después de que practicaran en él todo tipo de suplicios, oprimieron las partes más delicadas y sensibles de su cuerpo con placas de hierro incandescentes, de modo que se convirtió en una única herida, totalmente destrozado, quemado, lleno de úlceras, enconamientos, sangre; dos días después se le volvió a torturar, se le desgarró de nuevo, pero de la manera más milagrosa todo volvió a curarse. Lozano, sano y fuerte se puso delante del suplicio. "¿Quiénes fueron los grandes en la Iglesia? Exclusivamente los mártires" (Van der Meer, católico).[56]

A Sanktus, Blandina y sus compañeros se les quemó y, según el testimonio del obispo san Gregorio de Tours, se arrojaron sus cenizas al Ródano, donde de manera milagrosa — ya puede decirse — volvieron a encontrarse y se enterraron en Lyon. El cristiano más famoso del lugar, san Ireneo, a comienzos de la persecución todavía en la ciudad, rápidamente tuvo que emprender camino a Roma en un viaje oficial, pero más tarde se convirtió en mártir..., sobre el papel.[57]

165

La "archimártír"

Se considera que la primera mártir de todas, la "archimártir", es santa Tecla, aunque gracias a un milagro parece que salió indemne de los terribles suplicios, como demuestran unas *Actas de Pablo y Tecla* falsificadas por un católico y extendidas por todo el orbe cristiano, aunque se pregunta hoy uno si hay algún creyente que lo crea. No obstante, los más grandes Padres de la Iglesia como Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo, Agustín y otros lo han relatado y la glorificaron.

Nació en Iconio, siendo la bella hija de un "sacerdote de los ídolos", Dios abrió su corazón gracias al sermón de san Pablo sobre la abstinencia. La enardeció hacia la honestidad por lo que rechazó a su prometido Thamyris, escapándose vestida de hombre con el santo apóstol. Llevada de nuevo a su casa, el novio y todos los parientes adoradores de ídolos intentaron recuperar a la esposa de Dios cristiana, inútilmente. Pablo es flagelado y expulsado, y Tecla es denunciada como cristiana por su novio y su propia madre y es arrojada totalmente desnuda a rugientes leopardos, leones y tigres. Sin embargo, las bestias se tumbaron a sus pies como corderos y la lamieron dulcemente. "Un encantamiento tan maravilloso está por encima de la virginidad — relata el Padre de la Iglesia Ambrosio, dejando correr su imaginación—, mostrando incluso los leones su admiración: aunque estuvieran hambrientos no despertaba en ellos el deseo de devorarla; aunque se les excitara, las fieras no la destrozaban; aunque se les aguijoneara no se despertaba su furia; aunque habituados, la costumbre no les hace dudar; aunque fieros, la naturaleza no tenía ya

55

56

57

violencia en ellos. Fueron maestros de la piedad rindiendo tributo a la santa y maestros de la castidad pues sólo tocaron los pies a la virgen, con la mirada dirigida al suelo, pudorosa, para que nada masculino, aunque fuera animal, viera a la virgen desnuda." ¡Oh, dios, dios, dios!

La esposa de Dios va a parar en Roma a la hoguera. Pero en medio de las llamas permanece incólume. Es arrojada a una fosa llena de serpientes, pero antes de que las horribles víboras puedan lamer a Tecla, un rayo del cielo, literalmente despejado las mata. También se libra después de todas las asechanzas de Satanás. Bajo el grito de "En nombre de Jesucristo recibo en el último día el bautismo", se arroja a un estanque lleno de focas. Pero tampoco es el final. Otro rayo mata a las focas y de modo milagroso se libera de dos toros salvajes a los que la habían atado. El novio muere y ella acompaña a san Pablo en varios viajes apostólicos, reúne a su alrededor a otras vírgenes piadosas y predica hasta avanzada edad. Y si no ha muerto, sigue viviendo hoy.

Quien no lo crea: la mayoría de los Padres de la Iglesia, entre ellos san Crisóstomo y san Agustín, agasajan a Tecla como mártir por las muchas penalidades a las que fue sometida y alaban su pureza virginal; la catedral de Milán, donde se la venera como patrona, posee también reliquias suyas, al menos las tenía hasta el siglo XIX, y la santa Iglesia católica sigue celebrando la festividad de santa Tecla el 23 de septiembre.[58]

Todavía a comienzos del siglo XX, un teólogo católico (con imprimátur), en una *Historia de la Iglesia para la escuela y el hogar,* considera auténtico este martirio y todos los milagros con los que Dios protegió a su servidora. Y también la "investigación" católica encuentra aquí "puntos de verdad histórica". Lo mismo Otto Bardenhewer, antiguo doctor en teología y filosofía, protonotario apostólico y catedrático de teología de la universidad de Munich, que pone de manifiesto: "Los abundantes testimonios de la literatura eclesiástica tardía acerca de Tecla no pueden atribuirse de manera global a las actas. Más problemático es el valor histórico del retrato del apóstol. Al comienzo se describe a Pablo como 'un hombre de pequeña estatura, calvo, de tibias curvadas, diestro en sus movimientos *(euektikós),* lleno de encanto; otras veces aparece como un hombre que tuviera el aspecto de un ángel' ".[59]

166

La acción pastoral católica ha aportado al asunto esta *"jaculatoria":* "¡Te rogamos. Dios todopoderoso! Concédenos que celebremos la memoria de tu virgen y mártir santa Tecla, que en su festividad de todos los años estemos cada vez más predispuestos para el auténtico gozo celestial y más animados a imitar su heroica fe. Amén". Además: "Con aprobación del reverendísimo episcopado de Augsburgo y con la autorización de la superioridad", o sea, de la orden de los capuchinos. El lema de este tesoro de la casa (con "Doctrina y oración para cada día del año"):

"¡Toma y lee! "¿Quién puede expresarlo con dignidad y no pensar qué estímulo poderoso para gloria de la vida del Santísimo Dios y sus virtudes de piadosos ánimos, que las contemplan, las crean? Con ello se fortalecerá la fe, se alimentará el temor a Dios, se generará el desdén por el mundo (¡), se despertará el anhelo de las cosas

58

59

superterrenales." San Pascasio.[60]

La noble forma católica que todo esto puede adoptar lo ponen claramente de relieve Ludwig Donin y su obra *Leben und Thaten der Heiligen Gottes oder: Der Triumph des wahren Glaubens in alien Jahrhunderten* (Vida y hechos de los santos de Dios o: El triunfo de la fe verdadera en todos los siglos), "Con datos de las más excelentes fuentes históricas y aplicación práctica según los hombres espirituales más acreditados" y "Con autorización del reverendísimo episcopado de Viena". Pero muestra la siguiente *"aplicación"* de la vida de santa Tecla: "Nuestros convecinos, nuestros padres, nuestros amigos son a menudo nuestros enemigos más crueles. El amor carnal y desordenado (!) que sienten hacia nosotros, causa más mal que el odio del diablo. Se oponen a las buenas intenciones que tenemos de entregarnos a Dios; y sus lisonjas tienen con frecuencia más poder para apartarnos del bien o llevarnos al mal que las amenazas y los suplicios de los tiranos". Mencionemos a este respecto unas palabras, prohibidas, de san Cipriano: *"La infidelidad ajena nos ha arruinado, nuestros padres son asesinos".* Este odio a los amigos, al prójimo, incluso a los propios padres, que se oponen a los fines de la Iglesia, lo enseña el cristianismo desde hace casi dos mil años *y por sí solo* ha causado quizá más infelicidad que todas las hogueras.[61]

Tras la extinción de los mártires, al menos por lo que atañe al lado católico, fueron especialmente los monjes, pero también buen número de obispos, quienes comenzaron a asumir un papel milagroso.

167

Monjes y obispos como taumaturgos

En la época postconstantiniana, la creencia en los milagros resurgió con fuerza en la Iglesia y, sin ninguna duda, lo que ésta antes condenaba en los paganos lo cultivaba ahora ella misma e "intentaba superarlo mediante la afirmación enérgica de un mayor y más contundente éxito" (Speigí). Todo el mundo, laicos, clérigos e incluso emperadores creían en los siglos IV y V sin cortapisas en el milagro, incluso en los más extraños. No se percibe ni la más mínima crítica, se piensa sin independencia, de manera estéril, decae cualquier fuerza intelectual. Aunque los mártires pierden ahora su posición de excepcionalidad, pues ya no los hay, constantemente se presenta a los creyentes nuevos "ejemplos": monjes, ascetas, eremitas, los "atletas del exilio", los "luchadores de Cristo", a los que se veneraba de manera más desenvuelta que a los mártires, considerándose a algunos de ellos, como a un cierto Pafnutius, "más un ángel que un ser humano" (Rufino). Aunque su existencia sea realmente bastante milagrosa, a mayor abundamiento hacen milagros. "Pues todavía hoy — afirma alrededor de 420 el obispo Paladio, autor de la *Historia Lausiaca,* una colección de historias de monjes citada en muchas ocasiones — despiertan a los muertos y andan sobre las aguas como Pedro [...]." A continuación una demostración real: el sollozante eremita Bessarion, pasea relajadamente sobre las aguas del Nilo y resucita a los muertos, aunque por error, porque creyó que eran enfermos; las

60

61

lágrimas de sus ojos —le han engañado, ¡de lo contrario su modestia le habría prohibido el milagro![62]

El interés de los cristianos volvió a concentrarse en el milagro y lo idealizaron, haciendo de las existencias celestiales santos; un santo no lo es sin milagros; al menos esto es lo que pide la imagen popular. También oficialmente, desde hace un milenio el requisito para una canonización son al menos dos o tres milagros autentificados por el papa. Sin embargo, en la Antigüedad, una "biografía" de santos era inimaginable sin milagros. Éstos son su "característica determinante" (Puzicha). En la literatura corriente de estas biografías se "estilizan, detallan o inventan" (Schreiner) los rasgos históricos individuales de los santos. Los fabricantes de leyendas cristianos transfieren sin vacilar los milagros de un santo a otro, aunque cuando nunca los hubiera "testimoniado", pues en realidad son tan sagrados unos como cualquier otro.[63]

168

Los historiadores de monjes cristianos son tan de fiar como los fabricantes de mártires cristianos. El hecho de que juren solemnemente escribir sólo la verdad, que nada es inventado y que todo lo han visto ellos mismos, lo han oído o al menos lo han tomado de testigos oculares o auriculares, es por regla general "pura ficción" (Lucius). Igualmente falsos suelen ser los viajes que ellos o sus garantes han hecho para visitar a muchos eremitas del desierto. La mayoría de estos relatos proceden de cualquier libro o de su fantasía y eran costumbre literaria, pues ya la habían practicado con profusión los paganos.[64]

La existencia apartada de los monjes era como hecha a propósito para la creencia en los milagros. En especial con el monacato egipcio del siglo IV, la manía cristiana por los milagros y los demonios se vuelve extravagante y se difunde por doquier. Los bandidos son hechizados en el mismo lugar, se resucita a los muertos, los demonios gritan y se retuercen delante de una reliquia. Ángeles en persona traen a los ascetas su dieta mínima, los héroes cristianos atraviesan el Nilo a pie o sobre el dorso de un cocodrilo. Es más, a requerimiento suyo, el sol vuelve a detener su curso durante varias horas.[65]

Estos humildes monjes milagreros fueron venerados casi como dioses, como ángeles del cielo. Los visitantes se aproximaban llenos de temor, se postraban ante ellos en el suelo y se abrazaban a sus rodillas. Se buscaba su consejo en cuestiones de fe, se les concedía de buena gana un poder tiránico, incluso los emperadores se sentían felices de poder sentarles a su mesa. A algunos se les levantaron iglesias mientras estaban en vida, por lo general un costoso intento de soborno pues se pretendía guardar el cuerpo del santo como reliquia, ya que se creía que las fuerzas milagrosas del vivo se continuaban en los huesos muertos.[66] Un aroma excelente para estos muertos era casi obligatorio. En cuanto que murieron los santos Simeón y Juan de Eleemos, los cadáveres desprendieron un delicioso perfume. ¡Y durante su traslado de Chipre a Siria, el cadáver de san Hilarión desprendía el mismo aroma que

62

63

64

65

66

si estuviera untado de pomadas![67]

Al parecer el primer monje cristiano, san Pablo Eremita (festividad 15 de enero), el "protoeremita", se alimentaba de manera similar al profeta Elías: durante sesenta años Dios hizo que todos los días un cuervo le sirviera (medio) pan. Pero al visitar a san Antonio, el cuervo lleva dos panes. Y cuando Antonio, camino de regreso "ve" la muerte de Pablo, da la vuelta y no sabe cómo enterrar al dormido (de 113 años), pero vienen dos rugientes leones y le excavan una fosa. Este santo vivió 97 años "solo en el desierto" (martirologio romano), si es que vivió, cosa bastante improbable. Hasta un papa, Benedicto XIV (1740-1758) manifestó que la inscripción en el martirologio romano no demuestra en modo alguno la santidad, ¡ni necesariamente la existencia de una determinada persona![68]

169

En su vida plagada de lucha contra los demonios y visiones del diablo, los animales salvajes obedecían a san Antonio lo mismo que sucede hoy con los domadores en el circo. Cura a enfermos, entre ellos a una virgen cuyas secreciones de los ojos, la nariz y los oídos se convierten en gusanos cuando tocan el suelo. Ve dirigirse derecha al cielo el alma de otro monje, Ammun, el fundador de una colonia monacal al sureste de Alejandría y que era asimismo un gran taumaturgo (y desde el mismo día de su boda convivió casto y puro con su mujer durante dieciocho años).[69]

El ermitaño Zósimo perdió uno de sus animales de carga a manos de "un león. Zósimo puso la carga sobre el león, que con amistoso servilismo y lamiéndole las manos, evidentemente le estaba esperando y continuó con él el viaje a Cesárea. Este asunto se incluye como un hecho cierto en una historia de la Iglesia de comienzos del siglo XX (con imprimátur). El monje Eugenio de los Egipcios sobrevivió —otra vez— al fuego de un horno y ayudó a su amigo el obispo Jacobo de Nisibis, un famoso taumaturgo venerado como el "Moisés de Mesopotamia", en la búsqueda de una preciosa reliquia, una placa del arca de Noé, desenterrada con la ayuda de un ángel. San Macario cura a un dragón, que agradecido a su salvador se arrodilla, se inclina y le besa las rodillas, mientras que otro dragón, al que cura san Simeón, ¡adora durante dos horas el monasterio de su benefactor![70]

Estos antiguos monjes pueden hacer sencillamente de todo. Con agua bendita o aceite curan animales enfermos y maridos "hechizados". Sanan las peores formas de locura, entre ellas la de esas mujeres que comían treinta pollos de una vez. El agua bendita detiene, como si fuera una muralla, una plaga de langosta. Los bandidos caen al suelo a un gesto de los ascetas, resucitan a los muertos. Si falta bebida la consiguen rezando o transforman el agua marina en agua dulce. Todos los días, o los domingos, reciben exquisito pan directamente del más allá. Algunos obtienen de allí los fines de semana también el cuerpo y la sangre del Señor, entre ellos san Onofrio. Y cuando se extravían, manos que parten del cielo les indican el camino. Conocido por sus milagros es el monje Benjamín, aunque él mismo sufre una hidropesía tan grave que al final hay que romper la jamba de la puerta de su celda para poder sacar su cadáver. El Padre de la Iglesia Jerónimo describe con todo tipo de detalles la feliz expulsión

67

68

69

70

de un demonio de un camello. El obispo Paladio, un amigo de san Crisóstomo, relata en su *Historia Lausiaca* (que, a pesar de todo, según afirmó el católico Kraft en 1966, "está muy cerca de la historia verdadera") la transformación en yegua de una mujer.[71]

170 Los más importantes Padres de la Iglesia se enfrentan a esta demencia con la misma falta de sentido crítico que las masas cristianas. Al menos así lo hacen. Defienden los más inauditos desatinos. En efecto, llaman a los monjes ángeles con forma humana, hijos verdaderos de la luz, héroes de la virtud. Atanasio, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, coinciden por completo. Quien no cree en estos milagros de monjes es para los Padres de la Iglesia un pervertido, que no cree en los Evangelios y que no cree tampoco en los grandes milagros del Antiguo Testamento. Es la misma gracia la que actúa sobre todos, lo cual concuerda. A los que dudan les tachan de "herejes", paganos o judíos.[72]

Aun cuando los investigadores (cristianos) tienden ahora a no despachar ya los milagros — ¿cuáles? — como pura invención, como un engaño, si parten de que los hagiógrafos contemplan los milagros como realidad, ¡difícilmente han sido realidad! Y la mayoría de estas piezas que nos quieren hacer creer los piadosos maestros de las fábulas, ni ellos mismos se las creen.[73]

Después de los mártires y de los ascetas, también los obispos fueron objeto de veneración por parte de los fieles. Al menos a algunos de ellos se les consideraba los representantes de la lucha contra el mal, sobre todo contra la "herejía" (el arrianismo), con lo cual se dio paso a nuevos tiempos de persecución. Los obispos católicos fueron encarcelados, desterrados y a veces ejecutados. Por lo tanto, se vio en los dirigentes de la Iglesia —y ciertamente no sin su propia intervención— a los nuevos confesores, ejemplarización de las virtudes cristianas, y los respetaron como a los ascetas, que también los había entre ellos. Precisamente los obispos ascetas, los "ángeles de carne y hueso", expulsaban al diablo, curaban a los enfermos e incluso obraban multitud de milagros naturales. A los obispos Barses de Edesa, Epifanio de Salamis y Acacio de Beroa se les atribuyeron milagros. El obispo Porfirio de Gaza hizo llover con sus oraciones y apaciguó una tormenta. El obispo Donato de Euroea mató a un dragón escupiéndole.[74]

171 Fausto de Bizancio relata un enorme milagro del "obispo prior" *(Katholikos)* san Nerses. Exiliado por el emperador amaño Valente a una isla desierta y sin agua, junto con 72 obispos y sacerdotes, la muerte por hambre les amenaza. Pero el hombre de Dios sabe buscar ayuda. Tras un prolijo sermón en el que relata muchos milagros del Antiguo Testamento, recuerda los beneficios y el poder del Señor y finalmente ordena arrodillarse para ser dignos del amor de Cristo, y entonces "surgió en el mar una violenta tormenta y comenzó a lanzar sobre la isla muchos peces, que se amontonaron en el suelo, lo mismo que mucha leña. Cuando los desterrados seleccionaron y agruparon la madera pensaron que necesitarían fuego con el que poder quemarla. De pronto la leña prendió de modo espontáneo produciendo fuego [...]. Cuando todos hubieron comido y estaban saciados y tuvieron necesidad de agua

71

72

73

74

para beber, san Nerses se levantó e hizo un hueco en la arena de la isla, y surgió allí una fuente de agradable agua dulce, y allí bebieron todos los que estaban en la isla".

Esto continuó repitiéndose. De nuevo cada vez el mar arrojaba a los desterrados "los alimentos regalados por el Señor", y san Nerses, que sólo comía un poco los domingos, "les fortificó durante los nueve años que estuvieron en la isla".[75]

Tampoco el representante del *katholikos,* el santo obispo Chad de Bagravand, se quedó a la zaga de su señor. Realizó, según escribe Fausto, "muchos grandes milagros. Cuando atendía a los pobres, vaciaba todas las vasijas de vino recién llenas y distribuía entre ellos todas las reservas de la despensa; cuando regresaba, encontraba las vasijas y las despensas llenas, como por orden de Dios; todos los días hacía lo mismo y socorría a los pobres y siempre las encontraba llenas. Tales prodigios se producían gracias a aquel hombre; se le admiró, fue famoso y se le veneró en toda Armenia. Peregrinaba por todos sitios, preparó e instruyó a las iglesias de todos los lugares de Armenia, lo mismo que su maestro Nerses. Un día llegaron unos ladrones y robaron los bueyes de la iglesia del obispo san Chad, llevándoselos. Pero al cabo de un día los ojos de los ladrones se cegaron. Andaron entonces perdidos sin rumbo hasta llegar a la puerta de san Chad. Éste salió al exterior, les vio y alabó al Señor por ser guía de sus fieles. El obispo Chad oró y curó los ojos de los ladrones; les ordenó lavarse, les dio comida y les confortó. Después les bendijo, les dio los bueyes que habían robado y les dejó seguir su camino".[76]

172

¡Ah, los buenos Padres de la Iglesia! ¡Justo así les conocemos por la historia! (En la Edad Media, según el derecho alemánico, había que restituir veintisiete veces la cantidad de los bienes de la Iglesia hurtados.) Pero con tal de tutelar a las personas, cualquier desatino era justo, tanto en Oriente como en Occidente.

Martín de Tours, "santo" desde su más temprana juventud [...]" (Goosen), nombrado exorcista por el obispo Hilario de Poitiers, obra un milagro tras otro a finales del siglo IV; incluso la emperatriz le alcanzaba el agua "y le servía a la mesa como una sirvienta" (Walterscheid). Detuvo mediante una simple señal de la cruz un abeto muy venerado por los paganos que ya estaba cayendo y lo apartó hacia otro lado, donde cayó "destructivamente". En Tréveris, el santo curó a un cocinero "poseído" y a una joven paralítica dándoles a beber aceite. También curaba mediante un simple toque, e incluso su nombre poseía ya a menudo fuerza milagrosa. En Vienne curó a Paulino de Nora de una enfermedad ocular. Una vez liberó a una vaca de un mal espíritu. El animal se arrodilló entonces y besó los pies del santo. Otra vez petrificó a una procesión completa, creyendo que era una "procesión de ídolos", hasta que dándose cuenta de su error les devolvió el movimiento. Cuando un día reanimaba a un catecúmeno de un ataque de catalepsia, se habla de una resurrección. Y después de volver a la vida a un ahorcado, se hace famoso. Despierta a tres personas de la muerte, pero "no era un charlatán" (Clévenot). No dejó ni una sola línea, sólo milagros. Si se le suprimieran, sería lo mismo que suprimir "de Mozart la música" (Mohr, católico).[77]

75

76

77

Un gran taumaturgo de Occidente es san Benito, a la altura de los más virtuosos milagreros que figuran en el A. T., casi equiparable a Jesús. Lo mismo que Moisés, Benito hace surgir agua de una roca para sus hermanos. Como el profeta Elías, realiza un milagro del aceite durante una hambruna. No obstante, el santo no es precisamente muy apreciado. Cuando sus monjes le quieren matar echando veneno en el vino, descubre la bebida ponzoñosa, lo mismo que sucede con el pan envenenado que le regala el sacerdote Florestino. De un clérigo "poseído" expulsa un demonio y hace resucitar a dos personas. Pero el más ambicioso es un milagro que recuerda a los evangélicos. Pues lo mismo que Jesús hace que Pedro ande sobre las aguas, Benito hace que su discípulo san Mauro camine "con los pies secos sobre el agua" (martirologio romano). "¡Oh, qué milagro, no visto desde Pedro, el apóstol!", exclama el Padre de la Iglesia y papa Gregorio I Magno, que transmite todas estas cosas maravillosas y añade nuevos milagros, la facultad de Benito del conocimiento a distancia, de la adivinanza. Así, entre otras cosas. Benito profetiza el ascenso y la muerte del rey Totila (fallecido en 552); algo que Gregorio Magno (fallecido en 604) puede dejar libremente que Benito adivine, el viejo embuste.[78]

173

Puesto que en el cristianismo —que castiga para toda la eternidad por una breve vida terrenal—, al menos en la práctica, la pena desempeña un papel mucho más importante que la "redención", los milagros de castigo alcanzaron pronto una gran popularidad, si bien a este respecto el paganismo ya se había adelantado (entre otras cosas con sus *"mala manus").* Incluso María, la caritativa Virgen, hizo toda una serie de castigos milagrosos. Ciega a los ladrones, niega a una "hereje" el acceso a la iglesia del Santo Sepulcro hasta que la mala se convierte. O a un actor que en la escena —a pesar de habérsele presentado varias veces en sueños advirtiéndole y amenazándole— no deja de molestarla, le corta las manos y los pies tocándoselos con el dedo.[79]

También los apóstoles brillan en el Nuevo Testamento con milagros punitivos. Elymas, por ejemplo, fue víctima del amor apostólico al prójimo; era un hombre que se desvió "del recto camino del Señor", un "falso profeta", "un judío", "hijo del diablo, lleno de astucia y malicia, enemigo de toda justicia", y Pablo, "lleno del Espíritu Santo", le dejó ciego. Y Pedro envía al infierno, junto a su esposa Safira, al pobre Ananías porque no ha dado todo su dinero.[80]

Al no huir ante él unas muchachas que se estaban lavando en una fuente ni bajarse las vestiduras que tenían arremangadas, Jacobo de Nisibis las maldijo e hizo que se convirtieran en viejas. No menos impresionantes son los castigos que impone san Apolonio. En la época del emperador "apóstata" Juliano, deja inmóviles a toda una reunión de paganos que celebraban un servicio religioso, "de modo que después de que hubieran sufrido bajo el calor insoportable, fueron quemados por los rayos del sol [...]". Este milagro con los malditos paganos —que por otro lado, como después los cristianos, llevaban sus "ídolos" en procesión por los campos "para pedir lluvia al cielo" (Rufino)— tuvo seguramente un gran valor simbólico y sirvió de predicción nada menos que de una alegórica matanza de los ortodoxos. Se parecía, escribe

78

79

80

Jacques Lacarriére "demasiado a lo que más tarde se convirtió en realidad histórica para no ser simple y llanamente la expresión literaria de un deseo cristiano inconsciente". ¡Y quién sabe si eran inconscientes! Desde luego que no en el autor de la vida de san Pacomio. Cuando los adversarios querían impedir una de sus obras, apareció "de pronto un ángel del Señor y los quemó a todos".[81]

No siempre se destruyen "sólo" personas. En muchas historias de milagros se aniquilan y se hacen desaparecer sobre todo estatuas de dioses. Santo Tomás ordena a un demonio que hay en una imagen de dioses que la destruya en nombre de Jesucristo; "y se fundió como la cera". Con sus oraciones, Juan destruye en el templo de Artemisa de Éfeso más de siete figuras de dioses. Ante las plegarias de san Teodoro, obispo de Pafos, Dios accede y se derrumban las imágenes de los ídolos. En otra leyenda, una estatua de Juliano es destruida por un rayo o el ídolo de Afrodita en Gaza al paso de la cruz por el templo.[82]

San Maurilio, obispo de Angers (fallecido en 417), mediante un milagro punitivo —fuego del cielo— destruye un templo entero. Libera a un esclavo matando con sus oraciones al traficante. Pero después le resucita; después de todo no siempre había que castigar, aunque fuera de modo tan maravilloso. Pero un niño enfermo al que lleva su madre muere porque Maurilio está diciendo misa y no puede interrumpirse el santo oficio. Se siente entonces culpable y toma la determinación de vivir en penitencia. En secreto viaja en barco hasta Inglaterra. Cuando está en alta mar, se le caen a las profundidades las llaves del tesoro de reliquias de su ciudad. Promete no regresar sin ellas. Mientras vive allí como jardinero, le siguen mensajeros de su obispado. Durante la travesía salta un enorme pez a bordo y en su vientre encuentran las llaves perdidas del obispo. Le hallan en Inglaterra y entonces él vuelve, hace que durante la misa exhumen al niño muerto y en un instante le resucita. El santo obispo obra algunos otros milagros de este estilo. Todavía durante su entierro sana una enferma postrada en cama desde hace muchos años y dos ciegos vuelven a ver gracias a su intercesión.[83]

174

Desde el siglo V la literatura de santos prolifera en todo el orbe cristiano. Sólo el obispo san Gregorio de Tours informa, un siglo después, de más de doscientos milagros: más de cuarenta curaciones de paralíticos, más de treinta de ciegos, así como curaciones de poseídos y también varias resurrecciones. Bien educados y libres de prejuicios, tal como se era, se escribían incluso cartas a los santos y se colocaban, junto con una hoja para la respuesta, sobre sus tumbas o en un altar y al cabo de poco tiempo, oh milagro, se encontraba una nota del santo en caracteres terrenos. Con los ángeles se alterna con frecuencia. Las visiones, sobre todo las nocturnas, eran casi habituales.[84]

Visiones como enjambres de abejas

81

82

83

84

La autenticidad de las visiones las considera garantizadas el catolicismo a través de las visiones del Antiguo y del Nuevo Testamento. Además, en cuanto a visiones, revelaciones y contemplaciones en el cristianismo, y hasta los tiempos modernos, no ha faltado de nada, ¡por todos lados! Por mucho que se hostilizaran unos contra otros, a menudo destrozándose, para el cielo era justo y se repartía entre todos. Pero naturalmente, las visiones del adversario no podían ser auténticas visiones. "Cuando afirman algo nuevo — dice Tertuliano de los valentinianos—, llaman a su impertinencia una revelación y a su ocurrencia una gratificación." Ésta era, en efecto, la táctica de todos los cristianos.[85]

Pablo tiene sus famosas visiones, según ejemplos precisos de la historia de la religión, con paralelismos en Homero, Sófocles y Virgilio, pero sobre todo con similitudes sorprendentes con *Las Bacantes* de Eurípides y en la leyenda de Heliodoro del Antiguo Testamento. A una conocida profetisa montañista se le aparece Cristo, adornado con ropajes brillantes y en forma de mujer, y deposita en ella "la sabiduría". Al valentiniano Marco se le presenta, asimismo con forma femenina, la suprema tetralogía surgiendo de lugares invisibles e innombrables y le revela, algo que no ha mostrado antes a dioses ni a hombres, su propio ser y el origen del universo.[86]

175

En especial a los ascetas, las visiones les venían como abejas de un enjambre. La demente mortificación con la que maltrataban el espíritu y el cuerpo, el ayuno permanente, la vigilia, el delirio visionario estimulado por la desnutrición, todo ello en medio de una soledad a veces terrible, les hace ya de entrada proclives a las "apariciones". Cuanto más auto-tormentos y luchas con los demonios, tantas más alucinaciones, visiones y audiciones y menos sentido para el resto del mundo.

San Antonio, tan asceta que ni se lava ni se baña tiene tal contacto permanente con las fuerzas supraterrenales y subterráneas, que percibe las famosas "voces de arriba" como nosotros la radio, sin irritación, pues está "habituado a que le hablen de este modo". Y a las audiciones se añaden visiones. Una vez, todo tipo de gentuza infame por el aire pone en peligro su propia ascensión al cielo. Otra vez ve cómo un terrible demonio que llega hasta las nubes intenta detener a otras almas (aladas) que ascienden; pero el diablo no puede "vencer a los que no le han escuchado". Mucho de la famosa y sospechosa vida de Antonio, de la pluma del santo falsificador Atanasio — "una pieza de la literatura universal" (Staats), "uno de los libros más influyentes de todos los tiempos" (Momigliano), probablemente el cuento de santos con mayor éxito—, reaparece en otras vidas de santos, también visionarios. Igual que por ejemplo Antonio ve ascender al cielo el alma del monje Amun cuando éste muere, lo mismo el abad san Benito ve el alma de su hermana al morir, que asciende al cielo en forma de una paloma. Aquella mamarrachada literaria del patriarca de Alejandría se convirtió en *el* best seller cristiano del siglo IV y embruteció a la humanidad como ninguna otra hasta la fecha.[87]

También Pacomio, el fundador de los cenobios monacales, ve la ascensión a los cielos de un justo y el viaje al infierno de un pecador, cuya alma (negra) arrastran

85

86

87

dos ángeles inmisericordes con ayuda de un gancho que fijan a su boca, subiéndole después sobre un "corcel negro". Aunque así de realista y dictatorial este fundador de ocho monasterios para hombres y dos para mujeres, creador asimismo de una escuela de reglas monacales, era también una "figura aquilina, que con sus alas espirituales volaba hacia lo más alto", un hombre "que hablaba con los ángeles", una "experiencia estremecedora" (Nigg). Por doquier le provocan Satanás y sus acólitos. Aúllan a su alrededor como perros, escucha las conversaciones de los malos espíritus, ve en alucinaciones también a una hija de Belcebú, una maravillosa mujer, y se le revelan el cielo y el infierno con todos sus detalles magníficos y terribles cada uno de ellos. En resumen, todo lo que hay alrededor de Pacomio está lleno de diablos y demonios, el aire, el desierto, e incluso la punta de los dedos de los poseídos, pero sobre todo, naturalmente, su propia cabeza cristiana. Puesto que mientras que el celebrado fundador de monasterios organiza sabiamente y manda con dureza, al mismo tiempo le hierve el cráneo, al menos así parece, de "metafísica" y de visiones de ángeles y de demonios.[88]

176

También aparecen de vez en cuando los papas. Así, el papa san Félix III (483-492) se aparecería a su nieta santa Tarsila; al menos es lo que cuenta el papa san Gregorio I Magno, biznieto de san Félix y a su vez, como es fácil de entender, un gran taumaturgo. Y era también cotidiano que los mártires se mostraran a los peregrinos en sus tumbas. Agustín —en directa contradicción con un sínodo de la Iglesia norteafricana— está convencido de la autenticidad de estos eventos y expone por escrito de manera muy amplia sus posibilidades y tipos.[89]

María se aparece infinidad de veces, aunque por lo general en épocas posteriores, cuando los católicos comenzaron a descubrirla por así decirlo. En el Nuevo Testamento sólo muy raras veces se la menciona, y siempre sin una participación especial. Su culto no está reconocido todavía de modo oficial en el siglo IV y es más costumbre adorar a mártires y ascetas que a ella. Todavía en el siglo V, en los tiempos de Agustín, se desconocen las fiestas marianas en África. Mientras que en todo el Imperio hay cientos de iglesias dedicadas a los Santos, no hay todavía ni una sola a María.

Con todo, María se presenta ya a Gregorio Taumaturgo, fallecido en 270, aunque no es hasta finales del siglo IV cuando lo relata san Gregorio de Nisa, uno de sus cuatro biógrafos. Una noche, mientras medita en difíciles problemas de fe, aparece ante él un anciano: el evangelista Juan. Tranquiliza a Gregorio y señala hacia la otra esquina: allí está santa María, una mujer de majestad sobrehumana. Informa a Gregorio y le explica todo perfectamente. "Después de una conversación franca y clara —relata el Padre de la Iglesia Gregorio de Nisa cien años después— desapareció."

Gregorio Taumaturgo era obispo de Neocesarea, donde, cuando se hizo cargo de la sede, sólo había 17 cristianos y cuando murió, sólo 17 paganos; es decir, hizo una ciudad cristiana de una pagana y seguramente con ayuda de sus milagros, de donde recibió el sobrenombre. Los milagros favorecen la evangelización. En una esquina el

88

89

evangelista, en otra la santa Virgen, entre ellos el taumaturgo, ¿qué puede salir mal?

Además, siempre que hay problemas hay también visiones marianas, que aunque, según un moderno teólogo, se caracterizan "porque en su mayoría se sustraen a los requisitos de un análisis crítico, el hecho que les da fe es que" —y esto lo recalca, para manifestar todo su cinismo— "producen lo que anuncian".[90]

También a san Martín, además del diablo y de todo tipo de espíritus malignos, se le persona María repetidas veces. Martín trató igualmente con otras personalidades celestiales, con Pablo, Pedro, Inés, Tecla. Su biógrafo señala a este respecto que a muchos les puede parecer increíble. "Pero Cristo es mi testigo de que no miento." Y el abad Schenute, un gran bandido y asesino ante el Señor, tuvo encuentros con David y Jeremías, con Elías y Elisa, con Juan el Bautista y con Cristo.[91]

177 Con ello, por supuesto, nos hallamos más que inmersos en el ámbito de lo legendario —aunque, en el fondo, eso pasa ya con el Antiguo Testamento y también con el Nuevo, especialmente con los evangelios— pero hay, no obstante, razones más que suficientes para la existencia de otro género especial de leyenda, de embuste con halo de santidad, de poesía devocional y, sobre todo, de hagiografías, de vidas de santos.

La leyenda, "el alimento espiritual del pueblo", o "grandes, desvergonzados, repugnantes, graves y solemnes embustes papistas"

En lugar de los "apócrifos" cada vez más endiablados y arrinconados, aparecieron en la Iglesia antigua devocionarios populares, textos recreativos muy apreciados y leyendas puras, y aparecieron novelas triviales, una literatura aparentemente observada a distancia por el clero, pero en su conjunto secretamente favorecida, cada vez más increíble pero al mismo tiempo gozando de gran credibilidad, que "adquirió una gran importancia histórica", que se convirtió efectivamente en "el alimento espiritual del pueblo" (Bardenhewer, católico).[92]

Etimológicamente la palabra procede de *legenda* ("lo que ha de leerse"). En principio es aquello que ha de leerse al pueblo en los servicios religiosos del Lectionarum o del Epistolarium. Más tarde se entienden bajo ese término todos los relatos sobre la vida de los santos católicos. En el siglo VI se cristianizó todo el sistema antiguo de leyendas y el santo se convirtió en su nuevo portador. Desde comienzos de la Edad Media son lectura obligada para los clérigos textos de las historias de los santos que corresponden al día, y estas historias de santos se convierte en *"legenda".* Aunque también se habla de la *"vita"* o, en el caso de los mártires, de la "paío".[93]

El poco honroso final del papa Juan I bajo el rey Teodorico resulta visiblemente glorificado por la leyenda católica. Cuando se precipitan sobre el lecho de muerte del

90

91

92

93

papa los senadores y el pueblo para obtener sus reliquias y romper sus vestiduras, se produce una curación milagrosa. Durante el entierro tiene lugar un nuevo milagro. Después crecen los milagros, como relata el papa Gregorio I a finales del siglo, milagros que Juan realiza ya en vida, como durante su viaje a Constantinopla, donde también devuelve la vista a un ciego. "La creencia en los testimonios de milagros de personas vivas y otras recién fallecidas [...] surgió ahora en una época de una nueva espiritualidad naciente, que se aleja cada vez más del brillo intelectual de la Antigüedad, con fuerza y a la luz pública" (Gaspar).[94]

Según se anota en el diccionario de la Iglesia católica de Wetzer/WeItes, los relatos de la vida de los santos cristianos presentan en el siglo II "los hechos más curiosos", poco a poco van haciéndose más extensos, legendarios, llenos de embustes. Su misión principal, que según la citada obra incluyen "una presentación noble y real de los grandes caracteres de los santos" y "consecuencias rectas", era "despertar en el pueblo los sentimientos y sensaciones más nobles y santos y ponerle así ante los ojos de la manera más variada el poder y la grandeza del cristianismo en los distintos santos". Y el *Lexikonfür Theologie und Kirche,* más reciente; confiesa: "La tendencia de las leyendas de la época protocristiana y durante toda la Edad Media es la fundación religiosa [...]. A finales de la Edad Media la leyenda gozaba de gran predilección y era un medio poderoso de la educación religiosa del pueblo, reconocido hoy de manera general en su importancia para la historia de la Iglesia, de la cultura y del arte y para la investigación lingüística, mientras que el enciclopedismo la despreciaba como 'engaño de curas' " (A. Zimmermann), en lo que tenía toda la razón.[95]

178

Mediante estos relatos inventados, pero presentados como historia, se influyó sobre las masas, probablemente más que con todos los restantes "bienes de la fe". "A partir de la leyenda los santos entraron a formar parte de la vida afectiva del pueblo" (Schauerte, católico). Las leyendas fueron un "factor educativo" muy importante (Günter) y en el catolicismo lo han seguido siendo hasta la época moderna, e incluso en muchas regiones hasta la actualidad. En el resto de la cristiandad tuvieron validez hasta la Reforma; hasta que Lutero habló del "embuste" y en 1562 el predicador de la corte del Palatinado Jerónimo Rauscher plasmó sobre el papel una antología de título mucho más agresivo: "Cien grandes, desvergonzados, repugnantes, graves y solemnes embustes papistas seleccionados".[96]

Muchas de estas falsificaciones recuerdan en su modo de representación a las novelas paganas. No obstante el juicio habitual es indiscutible, o mejor, el pretexto frecuente, por no decir la mentira estándar de los apologistas católicos, de que la literatura novelística cristiana no quería ofrecer historia, que los creyentes consideraban tales producciones como literatura piadosa. Pero estos libros no querían ser una invención artística, ni deseaban servir de entretenimiento sino de instrucción, de propaganda y de misión, eran una literatura teológica tendenciosa. Y lo mismo que los judíos, los cristianos consideraron históricamente verdaderas tales ficciones, pues durante toda la Antigüedad apenas se distinguió entre novela

94

95

96

histórica e historia. No obstante, todos los autores de la Iglesia han considerado tales textos "como testimonios históricos y basándose en su contenido los han juzgado como auténticos — cuando concuerdan con la doctrina — o como falsos en caso contrario" (Speyer).[97] Las leyendas, pues, eran todo menos inofensivas. Estas glorificaciones e inventos falsos e impertinentes eran propaganda católica, escritos con la intención de que se les creyera. Eran un medio de fortalecimiento y conversión, "testimonios de fe". Y se les creyó, en ningún caso se les tomó por una mentira "piadosa". ¡Entonces habrían fallado en su objetivo! No, a lo largo de los siglos, durante toda la Antigüedad, toda la Edad Media y más tarde también, con las leyendas se hizo historia, no sólo una historia de la fe sino también una historia política, algo que siempre ha estado interrelacionado, con las leyendas se hizo historia en no menor medida que con la espada. Y tanto más por cuanto que, gracias a la educación católica, la Edad Media "no distinguía entre leyenda e historia" (Günter). Un jesuita moderno escribe que las "leyendas son creídas y actúan decisivamente (!) para incrementar la fuerza de atracción y la confianza". "Muchos aceptaban sin inconvenientes (!) como verdadero cualquier (!) relato que leían en las obras de escritores célebres" (Beisel). Si esto valía para las personas formadas ¿qué sucedía entonces con la gran masa de cristianos analfabetos? ¡Se les podía engañar con todo, y así se hizo![98]

179

Pero al contrario de lo que suele creerse, las leyendas, durante siglos, hasta finales de la Edad Media, no surgieron del pueblo sino que fue el clero el que las creó para el pueblo, aparecieron en especial en los monasterios y en las sedes episcopales, allí donde mejor provecho se las podía sacar. Pues, si prescindimos de esas historietas de milagros, nada había con lo que aleccionar o impresionar a la masa de los creyentes, de no ser con las cámaras de tortura o con la hoguera. Que se falsificara por puro afán de lucro o que "de buena fe", para mayor honor del Señor o de un santo, se redactara todo tipo de *"miracula"* y *"virtudes",* de hecho da igual para sus consecuencias y es de lo que aquí se trata. El embuste de los milagros en las leyendas de los santos, que comienza en el cristianismo con el Nuevo Testamento aunque ya se daba en el Antiguo, ha debido proporcionar a la Iglesia más oro y poder que todas las incontables falsificaciones que se hicieron *sólo* por codicia. La creencia en la autoridad "superó todos los arranques críticos" (Günter).[99]

El mayor de los evangelistas previene ya contra los falsos profetas, que "hacen prodigios y milagros para confundir como sea posible a los elegidos". Más tarde, arríanos y católicos se acusarían mutuamente de fraude en los milagros. También en los exorcismos los adversarios en el Señor se acusaban de engaño. Conforme a la práctica habitual de sacerdotes y magos, también el cristianismo en el siglo II, y más aún en el III, comenzó realmente con la falsificación de los milagros, alcanzando unas enormes proporciones en la Edad Media y llegando hasta la época moderna, tanto en los círculos gnósticos como en la Iglesia católica. Entre los tipos del "mago" y del "sacerdote" hay toda una serie de puntos comunes.[100]

97

98

99

100

Debemos una alusión muy significativa a san Epifanio, arzobispo de Salamis, en Chipre, un Padre de la Iglesia de gran celo pero, sin que nadie lo discuta, de escaso intelecto. Epifanio relata que "en muchos lugares" se repite el milagro de las bodas de Cana, la conversión del agua en vino, "hasta el día de hoy [...] para testimonio de los incrédulos", como demostraban "en muchos lugares las fuentes y los ríos" en el aniversario de esa boda. Se entiende de por sí que Epifanio debió beber vino de una de esas fuentes, lo mismo que su comunidad (de otra). Sin embargo, ese aniversario tiene lugar en la liturgia protocristiana el 6 de enero, la misma fecha de una festividad de Dionisos, que medio milenio antes que Jesucristo realizó la milagrosa conversión del agua en vino, como atestigua Eurípides (hacia 480-406), evidenciando que los sacerdotes cristianos continuaron con el engaño de los de Dionisos, entre otras cosas, ocupando los restos del templo de este último.[101]

180

Es evidente que incluso los santos más famosos del catolicismo participaron de estas prácticas de timadores, sobre todo cuando comenzó una cierta desaparición paulatina de los milagros.

San Ambrosio resucitó al hijo de un distinguido florentino y llevó a cabo una serie de maravillosos descubrimientos de osamentas de santos mártires, siniestras obras de arte pero en el fondo muy significativas. Los arríanos le acusaron de escenificar las curaciones de poseídos.[102]

Agustín opina que los milagros, si bien ya no tanto como antes, todavía siguen siendo frecuentes; en cuanto a los de los paganos, los realiza, naturalmente, el diablo. Agustín anima a los obispos vecinos a prestar atención a todos los fenómenos milagrosos, escribirlos y aprovecharlos apologéticamente y con fines misioneros. Él mismo así lo hace, y creó un "índice de milagros" *(Libellus Miraculorum),* que sólo entre los años 424 y 426 documentó setenta prodigios; hoy no lo hay ni en Lourdes. El último capítulo de su obra principal, *De civitate Deí,* alardea también de veinticinco milagros edificantes, en parte presenciados por él mismo, cuya escala oscila entre una curación de hemorroides y una resurrección. Sólo los huesos de san Esteban, hallados por un milagro — una revelación en sueños al sacerdote Luciano—, hicieron resucitar en Hipona a cinco muertos, que fueron trasladados solemnemente a la parroquia de Agustín.[103]

Desde el "miraculum sigillum mendacii" hasta los apologistas católicos

En el primer milenio, muchos santos "fueron canonizados simplemente por acuerdo general del pueblo" (Naegle). Pero la falta de sentido crítico aumentó tanto en el curso del tiempo que los papas se reservaron el derecho de nombrar santos. Esto no significa desde luego que actuaran con sentido crítico. Esperar aquí una autocrítica sería el sumo de lo grotesco en un área en que todo es grotesco. Por

101

102

103

ejemplo, el hecho de que todavía, o incluso de nuevo hoy, autores de valía (como Canetti o Ciqran) sólo con respetuoso temor puedan pronunciar la palabra "santo", aunque detrás casi siempre se oculte lo peor; y cuanto más brillante la aureola alrededor de lo criminal, tanto más terrible es. Si se considera la influencia destructiva de todas estas "vidas de santos" sobre la educación de la sociedad humana en provecho (¡no sólo!) de los jerarcas romanos, no suena simplemente a sarcasmo la afirmación del papa Pío XI —¡el promotor decisivo del fascismo en todas sus variantes! — en una circular del 31 de diciembre de 1929 sobre la educación cristiana de la juventud: "Los santos han alcanzado en grado sumo la meta de la educación cristiana y han ennoblecido y agraciado con ello a la comunidad humana con todo tipo de bienes. Los santos han sido, son y seguirán siendo los máximos benefactores y los ejemplos más perfectos de sociedad humana, para todas las, clases y profesiones, para todas las situaciones y edades".[104]

181

Tras haber considerado en los párrafos anteriores de una manera extensa el *miraculum sigillum mendacii,* como gustaba de decir Schopenhauer, es de confiar que no habrá nadie que espere que tratemos ahora el *mirum quoad nos,* el *mirum in se,* el milagro absoluto y relativo, el milagro sustancial *(quoad substantiam)* y el modal *(quoad modum),* el sobrenatural *(supra naturam),* el contranatural *(contra naturaní),* el extranatural *(praeter naturam),* el cosmológico, antropológico, histórico, el natural y el espiritual, el intelectual y moral, etc. Tendríamos que estar más locos que aquellos que hace casi dos mil años, o simplemente hace doscientos años, se los creyeron o que quizá siguen creyéndolos. (Creo que hay muchas cosas posibles que ni se imagina nuestra ciencia escolar, pero en lo que no creo es en la imbecilidad convencida.) Increíble que todavía un Ludwig Feuerbach se haya tomado tan en serio el milagro como tal y lo haya desarticulado. Louis Büchner se sorprendía al respecto y le parecía "extraordinario cómo una cabeza tan clara e inteligente [...] consideraba necesaria tanta dialéctica para refutar los milagros cristianos".[105]

¡Como si la crítica a los milagros no hubiera hecho nada! Spinoza, por caso, que según una frase famosa afirmaba que la demostración de una religión mediante milagros no significa más que "querer aclarar una cosa oscura mediante otra más oscura". Bayie, que considera que la esencia del milagro radica en la fe en el milagro, muy acertadamente define: "Cuanto más se opone un milagro a la razón, tanto mejor satisface el concepto de milagro". Lessing, para el que las verdades históricas casuales no pueden ser nunca la demostración de necesarias verdades de la razón, escribió que "una cosa son los milagros que puedo ver con mis propios ojos y que tengo ocasión de verificar, y otra cosa distinta son los milagros de los que sólo sé históricamente que otros debieron ver y verificar. Los relatos de milagros no son milagros".[106]

Naturalmente, hay que incluir aquí también a Voltaire y Hume. En los siglos XIX y XX incluso los teólogos (evangélicos) renuncian al milagro. Fue la "convicción más plena" de Schleiermacher la de que "todo en la totalidad de las relaciones de la naturaleza está totalmente condicionado y fundamentado". Fue también la

104

105

106

convicción de Harnack la de que "no puede haber ningún milagro que rompa el equilibrio de la naturaleza". "Todo milagro —escribe Harnack— permanece históricamente pleno de dudas, y la suma de las incertidumbres no conduce nunca a la certeza." También para el teólogo Bultmann un milagro era una exigencia incumplible para la persona pues es imposible imaginárselo como suceso *contra naturam.*[107]

182

Pero ¿no ha aniquilado la física cuántica esta argumentación? ¿No son desde entonces totalmente distintas las leyes de la naturaleza? ¿Desde que Werner Heisenberg no las explicara como una imagen de la naturaleza sino como una imagen de nuestra relación con la naturaleza? ¿Desde que su "refutación definitiva del principio de causalidad" en la física cuántica no considerara ya (como la mecánica clásica) a las leyes naturales como leyes deterministas, sino como leyes estadísticas? ¡Ah, qué ocasión para los apologistas de aprovechar teológicamente el indeterminismo de la mecánica cuántica! ¡Y qué equivocación! La macrofísica no refuta la teoría clásica sino que la confirma. El protestante Sigurd Daecke, incluso Pascual Jordán, al que se remitían todos los teólogos que querían salvar el milagro, admite "que en el dominio visible todos los sucesos están sometidos a las leyes de la naturaleza, y por leyes puramente estadísticas en el ámbito subatómico no intentan postular la posibilidad del milagro".[108]

Por lo demás, yo no afirmo en absoluto, pues soy muy circunspecto con las afirmaciones que no se puedan demostrar irreprochablemente: los milagros son imposibles. Pero también digo con el teólogo Renán que: "Hasta ahora no se ha constatado ningún milagro". Al menos no hay ni un solo milagro testimoniado de manera absolutamente segura, que no sea impugnable bajo ningún sentido. Testificado por suficientes personas, suficientemente críticas y suficientemente honradas.[109]

¿Para qué el milagro?

En sus *Respuestas a las objeciones contra la religión,* Monseigneur von Segur escribe que Dios hace milagros precisamente "para demostrar que Él es el Señor del mundo". Pero ¿por qué no hace entonces milagros mucho mayores, incuestionables, convincentes para todos en lugar de los que sólo satisfacen a sus seguidores, en lugar de milagros tan pequeños o en épocas pretéritas tan grandes que escapan a todo control? ¿O los necesitan las religiones y sus sacerdotes?

¿Serían sus dogmas lo suficientemente convincentes, requerirían todavía milagros? ¿Por qué es la fe tan poco convincente en sí misma que Dios elige estos rodeos? ¿Por qué habría "de demostrar [...] la divinidad de la religión a partir de hechos empíricos, insuficientes" (Schelling)? ¿No podría haber creado religiones más claras y evidentes, no podría haber convencido él, el Todopoderoso, de manera más sencilla a los hombres? El barón Von Holbach escribe que sólo tenía que querer que estuvieran convencidos y lo estarían. Sólo necesitaba, y necesita, "mostrarles cosas claras, patentes y demostrativas y quedarán convencidos por la evidencia; para ello

107

108

109

no necesita de milagros ni de traductores".[110]

183 Pero tales ataques no les preocupan a los católicos. Allí donde la lógica no concuerda, donde no cuadran las cuentas, sacan la "impenetrabilidad de Dios" y replican con el reproche del "racionalismo" (rara vez sin el calificativo de "banal"), mientras que en ellos todo es "profundo" y "verdadero". De este modo tampoco les perturba la pregunta de Diderot de por qué los milagros de Jesús son verdad y no los de Esculapio, de Apolonio de Tiana o de Mahoma. Su respuesta es simple: los milagros de Jesús son verdaderos porque son sus milagros y en ellos se basa la Iglesia católica. Los milagros de los demás no son verdaderos porque son de los otros y el catolicismo no los puede utilizar. Con su "reconocimientos" desvalorarían los propios. Por lo tanto se distingue entre "milagro" y "milagro aparente", siendo los primeros los auténticos, los del propio bando, y los segundos, o falsos milagros, son siempre los de los otros. No hay milagros fuera del cristianismo, y aquí, únicamente dentro de la Iglesia cristiana católica. Sólo sus milagros son verdaderos, son "milagros de Dios a diferencia de los milagros falsos y mentirosos como acciones extraordinarias de Satanás y de sus portavoces" (véase Schmid). Estos "milagros aparentes" no son "hechos *históricos", o* si lo son, únicamente *"embustes"* y "resultados *naturales"* (Specht/Bauer). Esto rige en general también para los milagros de los "herejes" cristianos. En efecto, con la "herejía" se produce tanto menos un "milagro real" "cuanto más se está alejado de la verdad" (Fassbinder).[111]

¿Podemos deducir, siguiendo esta lógica, que cuanto menos se aleja una "herejía" de la verdad tanto más existe un "milagro real"?

Como siempre, el teólogo católico Zwettier considera los milagros de Buda o de Krishna "con tanto adorno fantasioso que ya desde un principio no pueden tener credibilidad"; y no obstante, millones de budistas y de hindúes creen en ellos lo mismo que los cristianos en la Biblia. Aunque el católico Brunsmann admite que la personalidad de Buda es "inmaculada en el aspecto moral", sus milagros le parecen (también a él) "en gran parte tan fantásticos que nos recuerdan los cuentos de *Las mil y una noches".* Que "no son más que creaciones de la fantasía humana es algo que no necesita de ninguna demostración". En el caso de los milagros de Esculapio y de Sarapis "no podemos albergar duda alguna de que están relacionados con los poderes satánicos". Gran parte de los milagros de Apolonio de Tiana pertenecen "necesariamente al reino de la fábula". Por el contrario, algunas cosas le parecen "corresponder a la verdad", como los exorcismos, la repentina eliminación de la peste en Éfeso, etc. Con todo, también este hombre obró "sus "milagros" en alianza con los demonios", que el católico ve confirmado por el hecho de que Apolonio "considera como su misión en la vida *promover el culto de los dioses* paganos". Por lo que respecta a la extraordinaria frecuencia de los milagros "herejes" está claro que "ni uno solo de estos "milagros" señala una causa divina". Allí donde Brunsmann no ve *"sugestión",* como en el jansenismo, "hay que suponer influencias diabólicas".[112]

184 Por consiguiente, cuando los milagros de los no católicos no son milagros

110

111

112

aparentes, lo son del diablo. Es algo que ya sabían los antiguos teólogos. Según san Justino, sus adversarios hacían milagros con ayuda de espíritus malignos. Conforme a Ireneo, los enemigos de los cristianos experimentaban de manera ultrajante, invocaban a los ángeles, utilizaban sortilegios y conjuros. Simplemente querían atraer a su lado a los hombres, algo por completo distinto de lo que fue y es entre los católicos. Igualmente, para Agustín — que anota todos los informes de prodigios y los lee a sus ovejas — los milagros fuera de la Iglesia católica, sobre todo los de los paganos, son sólo prácticas depravadas, sucias purgaciones, engaño, todo es "un artificio de demonios embaucadores", mientras que los propios "suceden a través de los ángeles o por mediación de la fuerza divina" y no hay que hacer caso de "quienes discuten que el Dios invisible hace milagros visibles".[113]

Tampoco puede renunciarse hoy a los milagros, por increíbles que puedan parecer incluso a amplios círculos; no sólo porque se les ha aseverado desde siempre, sino porque en el catolicismo son la demostración del Dios (por motivos comprensibles) invisible y la revelación divina, y la revelación divina y el Dios invisible son la demostración de la autenticidad de los milagros. Dicho con otras palabras: que los milagros de Jesús son verdaderos y auténticos lo demuestra su narración en la Biblia y la divinidad de la Biblia queda demostrada por esos milagros. No hay nada que añadir. Salvo un último, decisivo e infalible criterio: el "fin". Todo milagro verdadero (a diferencia de los diabólicos) sirve para *"un buen fin determinado"*. Así lo afirma el católico Brunsmann con triple imprimátur eclesiástico. Y el buen fin determinado es siempre el mismo: el provecho de la Iglesia católica. Si le sirve, la cuestión va bien, en caso contrario, no.[114]

185

EL ENGAÑO DE LAS RELIQUIAS

"Espero haber aclarado con lo anterior que la esencia general del culto a las reliquias cristiano y del de la Antigüedad es la misma."

FRIEDRICH PFISTER[115]

"Debido sobre todo a las cruzadas, Tierra Santa y el Oriente cristiano fueron descubiertos para Occidente como una cámara de los tesoros de reliquias.

LEXIKON FÜR THEOLOGIE UND KIRCHE[116]

"Es evidente que en la adquisición de estos tesoros sucedieron cosas que caen dentro del campo de lo criminal. No fueron raros la venta y el robo de las reliquias."

BERNHARD KÓTTING[117]

113

114

115

116

117

186

Lo mismo qué no hay nada nuevo en el cristianismo, tampoco lo es el culto a las reliquias, que se considera como una parte del culto de los mártires y santos a sus "restos" (latín: *reliquiae),* y que desempeña un importante papel en la vida de la fe cristiana durante dos milenios.

Ya había reliquias de dioses y de héroes. Los "primitivos" guardaban restos de personas especialmente fuertes, de parientes, jefes, guerreros, enemigos, como por ejemplo los cráneos en la caza de cabezas. O bien se llevaban esos restos como amuletos. La adoración de las reliquias se basa en la creencia de que en los héroes, profetas, redentores y santos actúa una fuerza especial que se mantiene activa después de la muerte.[118]

El culto a las reliquias está extendido en algunas de las grandes religiones precristianas.

En el hinduismo sólo algunas sectas tienen reliquias, como sucede con los radhasvamis, que guardan la osamenta de antiguos gurús, o los kabispanthis, que conservan las zapatillas de su maestro. En el jainismo y en el budismo, por el contrario, este culto experimenta un gran desarrollo. De los santos budistas se veneran los restos corporales *(sharirikd)* y los objetos de uso *(paribhogika).* Las cenizas de Buda se distribuyeron entre sus seguidores, lo mismo que se haría después con muchos de los santos cristianos, y en numerosas localidades de la India se mostraron sus dientes, cabellos, la vara y el colador, así como reliquias de sus discípulos. Todavía hoy se conserva en Kandy, Ceilán, un diente de Buda (de 5 cm de largo), y en la pagoda Shve-Dagon de Rangún (Birmania) poseen ocho pelos de Gotama y el legado de su antecesor mítico. (Varias mezquitas conservan en botellas de vidrio pelos de la barba de Mahoma.) En el budismo chino se guardan huesos santos juntos a una gran cantidad de otras cosas, hasta diminutas partículas de cadáveres.[119]

El judaísmo no conoce el culto a las reliquias. ¿Cómo, si no, podría haberse desarrollado en un pueblo que en sus Sagradas Escrituras, 4 Mos. (Num.) 19, 11, afirma: "Quien toque a persona muerta, será impuro durante siete días"? En efecto, el que no se purifique al tercero y al séptimo días, quien haga "impura la casa del SEÑOR", "deberá ser arrancado de Israel". Eso no es obstáculo para que la teología católica, lo mismo que muchos otros cristianos, encuentre también en el Antiguo Testamento ese culto a las reliquias, como en el pasaje: "Enterraron los restos de José, que los hijos de Israel habían traído de Egipto [...]". O: "Sus restos [los de los justos] reverdecerán en su localidad".[120]

La magia cristiana de las reliquias tiene tan poco que ver con el judaísmo como con Jesús y sus apóstoles. Por el contrario, existen llamativas coincidencias con el culto pagano.

187

118

119

120

El culto cristiano a las reliquias se limita a proseguir el culto a los héroes de los griegos

Los héroes eran para los griegos campeones de la época primigenia, los vencedores en las batallas, en las competiciones, eran príncipes, reyes, en su mayoría figuras míticas, pero a los que de modo casi general se consideraba hombres reales. Se les atribuía la fundación de los templos y de las ciudades, de todas las construcciones importantes; las familias nobles entroncaban en ellos sus árboles genealógicos; Homero los ensalzó y por doquier se creía poseer sus reliquias. Puesto que se conocían las tumbas de los dioses, de Zeus, Urano, Dioniso, Apolo, etc., se conocían y veneraban naturalmente también toda una serie de monumentos de héroes, tumbas rodeadas de leyenda, fuentes, árboles, rocas, cuevas, que los guías mostraban a los visitantes.[121]

Pero había también héroes entre las personas históricas. Al fin y al cabo hacía tiempo que se había divinizado a muchos seres humanos: por ejemplo Filipo, el padre de Alejandro Magno, o Hefaistion, el amigo de la juventud de este último; desde hacía mucho se practicaba la veneración divina, al mismo Alejandro, a Demetrios, a Poliórcetes y más tarde también a los emperadores romanos. De este modo, el antiguo culto a los héroes veneró en Gela, en Sicilia, al poeta Esquilo, en Egesta al olímpico Filipos, a los tiranos sicilianos Gelon en Siracusa, Hieron en Catana y Theron en Akragas. A Dion, de Siracusa, se le divinizó en vida cuando entró triunfante tras libertar su ciudad natal.[122]

Las reliquias de los héroes solían guardarse en la tumba, que a menudo era el único lugar sagrado, contándose éstos por centenares. Lo mismo que harían más tarde los cristianos con sus santos, los griegos enterraron los restos de sus héroes en lugares destacados, como por ejemplo el centro de una ciudad, aunque normalmente no se enterraban allí los muertos por motivos de salubridad. Y aunque esto tampoco estaba permitido en los santuarios, los héroes fueron una excepción y muchos templos contaban con tumbas de héroes, la mayoría de figuras míticas pero asimismo algunas históricas.[123]

Sin embargo, el culto a las reliquias corporales en la Antigüedad pagana fue casi siempre un culto a los sepulcros y sólo de modo excepcional se conservaron restos mortales de héroes en un relicario, fuera de la tumba, como por ejemplo en Creta en el caso de Europa. Las osamentas de Pélope en Olimpia y de Tántalo en Argos reposaban en un cofre de bronce. Los fragmentos de reliquia se guardaban por lo general en la tumba. Lo mismo que el culto a los héroes, el culto cristiano a las reliquias estuvo destinado al principio a los sepulcros. Los cristianos enterraban en un sepulcro a los mártires del siglo I y allí se les adoraba. Sin tumbas de mártires no había ningún culto. Como en el caso de los paganos, entre los cristianos el depósito de las reliquias fue primero el féretro. Se encontraba en la tumba o bien situado de modo visible en la cueva, donde lo mismo que con los héroes paganos se les podía ver y tocar. Incluso la siguiente fase en este culto a las reliquias, la elevación del

121

122

123

féretro y su exposición a la misma altura que el altar, existió también en Thera. Igualmente sucedía con el traslado de las reliquias en procesión, siendo un caso singular él culto a Europa, que en Creta se veneraba como Helotis. El adorno externo de las tumbas de los mártires se parecía también a los héroes de la época tardía.[124]

188

El traslado de reliquias, sobre todo de las míticas, estaba muy extendido entre los griegos, aunque hubo también casos históricos, como el de Alejandro Magno, cuyo cadáver embalsamado, colocado en el interior de un sarcófago de oro y recubierto de una alfombra púrpura con oro entretejido, estuvo casi dos años en Babilonia antes de que fuera llevado a Siria, en el año 321, en un carruaje tirado por 64 mulas y con un gran séquito y fuera enterrado primero en Ménfis y después en Alejandría.[125]

Lo mismo que por diversos motivos se llevaban las reliquias de los santos de un lugar a otro, como medio protector y remedio tanto en la vida como en la muerte, y muchas veces también como ayuda en la guerra, los traslados de reliquias entre los paganos solían hacerse con un fin determinado, por lo general después de consultar al oráculo de Delfos: tras llevar el esqueleto de Orestes a Esparta, ésta volvió a dominar en la guerra. De manera similar, en su lucha contra los "bárbaros" los atenienses se ayudaron del omóplato de Pélope. Y lo mismo que sucedía muchas veces entre los cristianos, los traslados de los griegos solían hacerse en secreto, con artimañas o con violencia. Igual que en las leyendas los santos se oponen a veces a su traslado, también los héroes se resisten a veces al cambio de lugar.[126]

A los héroes, lo mismo que a los santos, no se les homenajeaba de forma altruista, pero la ayuda que se esperaba de ellos no dependía de la veneración a que se sometía la tumba. Había, desde luego, infinidad de héroes sin reliquias pues eran libres y podían actuar por doquier, podían hacerlo allí donde se solicitaba su ayuda y se hacía el sacrificio. Se imploraba su apoyo sobre todo en la lucha y en la guerra. Pero su eficacia iba más allá de estos campos y ayudaban también contra la peste y el hambre, como Héctor, Hesiodo o el omóplato de Pélope. Había asimismo tumbas de héroes que eran un lugar permanente de curaciones o vaticinios, como la de Macaón en Gerenia, así como héroes a los que se acudía en ciertas ocasiones y con determinados fines, a los que iban por ejemplo los enamorados o los esclavos liberados; el Teseion de Atenas era considerado asilo para los fugitivos. Como se sabe, tales especificaciones existen también hoy en el catolicismo. Por último, en las tumbas de los héroes se producían asimismo milagros y apariciones; en efecto, la actividad de aquéllos era "tan diversa" como la de los santos *cristianos* (Pfister). Y otro tanto allí como aquí: cuanto mejor los resultados tanto mayor el círculo de los adoradores.[127]

189

Como demuestran multitud de tumbas, las festividades de los héroes se celebraban todos los años con himnos y discursos en prosa, igual que a los santos se les celebra en sus festividades con cantos y sermones; las procesiones eran allí tan frecuentes como con éstos. En el culto a los héroes y a los santos se han acuñado muchas veces sus imágenes en las monedas, si bien con los segundos no se inició la costumbre hasta la Edad Media. Y lo mismo que los cristianos recibían a menudo el

124

125

126

127

mismo nombre que los santos, en especial desde finales del siglo III, para los paganos los héroes eran determinantes a la hora de elegir un nombre.[128]

En ocasiones, los objetos que utilizaron los héroes emanan una fuerza especial y se la puede transmitir. Pero en general es el mismo héroe el que actúa mediante milagros, mientras que según la fe cristiana también lo hacen las reliquias, que transmiten su propia fuerza. Esto es válido también para los fragmentos de reliquias. San Basilio enseña que aquel que toca los restos de un mártir participa con su fuerza en la santificación.[129]

De todos modos, las reliquias antiguas no se dividieron ni se disgregaron en fracciones. Tampoco se hicieron reliquias artificiales, una idea impensable para los griegos. Ni se hizo un comercio con ellas, actividad que los cristianos iniciaron en el siglo IV. Salvo unas pocas excepciones, los paganos adoraban los restos mortales en el sepulcro. Hubieran considerado una falta de piedad perturbar la tranquilidad de los muertos. Aunque en el antiguo Egipto se dividieron los restos del dios Osiris y se distribuyeron por todo el país, sólo fue en el mito. La única excepción histórica en la época precristiana fue la dispersión de los despojos mortales de Menandro, uno de los soberanos helenísticos de la India, un budista, pero no afectó al esqueleto sino a las cenizas.[130]

190

Gradación jerárquica en el reino de las reliquias: desde las piezas capitales de los cadáveres de los santos a los pelos de la barba y el polvo

El catolicismo ve como fundamento bíblico del culto a las reliquias la milagrosa partición de las aguas del Jordán gracias al manto de Elíseo o la resurrección provocada por los huesos de ese mismo Elíseo, que también aparece en el Antiguo Testamento. “Y cuando tocó los restos de Elíseo, volvió a la vida y se puso en pie.” Hay remisiones también a Mat 9: 20, y a los Hechos de los Apóstoles 5: 15, y 19: 12, pero en todos los casos no dejan de ser razones aparentes. En ninguna parte Jesús dice: guardad reliquias, adorarlas, partirlas, trasladarlas y revenderlas, construid altares sobre ellas y decid misa. Esto serían palabras claras que justificarían el proceso, pero no hay nada, lo mismo que faltan palabras en tantos aspectos. Si las ropas de Jesús, los sudarios y las vendas de Pablo muestran una acción curativa, esto no es ni de lejos lo que llegaría a ser en la Iglesia.[131]

El primer testimonio del naciente culto cristiano a las reliquias es el tantas veces falsificado relato del martirio de Policarpo, comenzando ese culto en la tumba del mártir. Hasta ella conducen las huellas más antiguas, “como en el culto de los héroes a la tumba del héroe” (Pfister). Desde mediados del siglo III, el sepulcro de los mártires no es sólo lugar del nuevo viejo culto sino que se vuelve por sí mismo objeto

128

129

130

131

de culto y se convierte, antes del entonces todavía prohibido culto a las imágenes cristiano, en el punto de cristalización de la veneración a los santos. A éstos se les invoca en la tumba, se busca su intercesión, se cree obtener su ayuda y se les manifiesta el agradecimiento mediante exvotos. Sobre estas tumbas de los más venerados se construyen iglesias, con lo que se crean así los puntos de partida para las futuras peregrinaciones.[132]

Los cristianos creían que la fuerza que actuaba en el santo vivo seguía haciéndolo en su cuerpo muerto. Si la ropa del apóstol Pablo obraba milagros, se supuso lo mismo para el cuerpo de los santos. Su fuerza se transmitía a quien tocaba estas reliquias. Y era en virtud de esa fuerza especial *(chárís),* pensaban, en virtud de su *"dynamis"* sobrenatural por lo que las reliquias obraban milagros, que expulsaban a los demonios de los paganos; motivo por el que las reliquias se han utilizado también en los exorcismos, se han llevado en las procesiones o se han depositado en los altares.[133]

191

Lo mismo que en el catolicismo todo está jerarquizado, que el papa es más que el obispo, que éste es más que el párroco, que a su vez es más que el laico, lo mismo las reliquias, por santas que sean, tienen un valor diferente y las piezas capitales *(Reliquiae insignes),* el cadáver completo, la cabeza, el brazo y la pierna se consideran más que las *Reliquiae non insignes,* entre las que se distinguen las *"notabiles"* (notables) como la mano y el pie, y las *"exiguae"* (menores) como dedos o dientes. Además de estas llamadas reliquias primarias están las secundarias, que se dividen en reliquias materiales tales como ropas, herramientas de martirio, etc., y reliquias de contacto, que son objetos que han tocado el cadáver del santo o sus restos.[134]

Después del propio santo, el objeto primario, aquellos otros de contacto que ha tocado en vida son los de máximo valor y entre éstos, a su vez, los principales son las herramientas del martirio. (San Lorenzo fue decapitado. Para los cristianos posteriores esto resultaba demasiado simple. Alrededor del 400 se afirmó que le habían asado en una parrilla y naturalmente pronto se tuvo la herramienta de este martirio y se la veneró como reliquia; que dicho sea de paso no fue la única parrilla adorada.) Después de los instrumentos de tortura venía la indumentaria de las personas santas, como por ejemplo la de María. (En Bizancio dos iglesias se disputaban el primer puesto en cuanto a las ropas de María que poseían.) Pero entre las reliquias de segunda categoría se contaban también objetos santificados por un contacto a posteriori, objetos procedentes de las proximidades de las tumbas de los santos: flores, polvo, que se consumía, aceite de la tumbas, de las lámparas que allí ardían, u objetos con los que se había tocado el sepulcro, paños, devocionarios. Se consideraba y se considera en sentido más amplio reliquia todo lo que presuntamente estuvo en las proximidades de Jesús y de este modo se santificó, el pesebre, la cruz, la corona de espinas, los clavos, sus ropas, etc.[135]

También la sana conciencia popular sabía distinguir con sutileza. Un trozo de cadáver contaba naturalmente más que un diente o los pelos de la barba. No

132

133

134

135

obstante, estos últimos estaban a un nivel superior a las ropas u otras cosas con las que el venerado hubiera estado en contacto. También se clasificaban los taumaturgos y a los mayores se les construían iglesias o sepulcros más grandes, a los menores más pequeños y a los primeros se les conmemoraba naturalmente con mayores festividades.[136]

"Demanda" creciente de santos muertos," su descubrimiento y sus milagros

192

Con la creciente adoración de los mártires y sus reliquias se necesitaban naturalmente más cadáveres de mártires, pero los sepulcros de los de los siglos i y II habían desaparecido por completo y de los posteriores con frecuencia se desconocía el lugar de enterramiento. Por lo tanto había que buscarlos y trasladarlos hasta allí donde se les quería. Hay testimonios de tales traslados en el cristianismo desde el siglo IV. Presuponen por lo general el hallazgo *(inventio)* y el levantamiento *(elevatio) y* finalizan con la deposición *(depositio).*[137]

El primer traslado del cadáver (entero) de un mártir se produjo en el año 354 en Antioquía, cuando se llevó a san Babilas a Dafne para aniquilar allí el culto a Apolo. Más tarde, el desacreditado Cirilo transportó desde Alejandría hasta Menuthis a los mártires Kyros y Juan, para destruir allí el culto a Isis. En el caso de san Esteban, cuya tumba —el hallazgo más famoso en este campo— apareció en 415 en Kafargamala, se descubrieron incluso las piedras con las que fue lapidado y naturalmente se las veneró lo mismo que reliquias, pues habían estado en contacto con el mártir, algo totalmente consecuente pues por tonto que sea sigue un método.[138]

En los relatos de traslados desempeñan un papel muy importante los milagros que se producen con el descubrimiento y el levantamiento del santo, durante el propio traslado y poco después de la llegada. Para que la Iglesia reconociera las reliquias una exigencia era la demostración de milagros y visiones. Allí donde está la tumba de un mártir se producen milagros, se curan enfermos y se expulsan demonios. Y desde la segunda mitad del siglo IV se descubrieron una tras otra las tumbas de mártires desconocidos hasta esa fecha. Los cadáveres y los huesos de las ascetas gozaban también de gran aprecio. En cuanto que fallecía un monje muy venerado, multitud de personas se apresuraban para hacerse con su cadáver. Hubo algunos que intentaron escapar a este destino y rogaron que se les enterrara en un lugar desconocido. Cuando se logró llevar a la ciudad finalmente al monje Jacobo desmayado —por su causa casi se produjo una lucha entre los campesinos y los habitantes de la ciudad—, al recuperar la conciencia no querían devolverle. En la muerte de san Simeón hubo que llamar incluso a los soldados para que protegieran su cadáver. Y tras el asesinato de algunos monjes en el año 395 a manos de bandidos árabes, dos ciudades entablaron una batalla formal por quedarse con sus cadáveres;

136

137

138

no es el único caso de este tipo.[139]

El robo de reliquias era para los interesados casi cuestión de honor. De este modo se sustrajeron los cadáveres, entre otros, de san Hilarión, san Martín de Tours y san Macario. Los restos de san Juan Crisóstomo fueron robados en Constantinopla, junto con los de otros santos, durante la cruzada del año 1204 y se les "trasladó" a la basílica del Vaticano, en Roma.[140]

192

Los cristianos no ahorraban esfuerzos, víctimas y engaños para obtener reliquias. Durante las persecuciones hubo algunos que al parecer, además de los cadáveres santos, quisieron hacerse con las manos de sus perseguidores, para tener "comunidad" con las "santas carnes". También durante las persecuciones, muchos cristianos que habían apostatado de su fe buscaban restos de mártires para compensar su debilidad. Y cuando ya no había más mártires se buscaban sus tumbas, se les husmeaba con infalible olfato y se les desenterraba. Esto lo hicieron incluso famosos príncipes de la Iglesia como san Ambrosio, al que "cierto sentimiento ardiente" señalizaba los restos de mártires. En el Anno Domini 386 se convirtió en el descubridor de unos mártires totalmente desconocidos hasta entonces, las "santas víctimas" como él gustaba de llamarles, "víctimas triunfantes", los santos "Gervasio" y "Protasio"— el primer levantamiento conocido de mártires "encontrados"—, que escenificó mediante la curación de un ciego, hecho que despertó bastante escepticismo incluso entre sus partidarios. Encontró (inventó) además a los santos "Agrícola" y "Vitalio", "Nazario" y "Celso", y afirmó que "aunque sus cenizas fueron dispersadas por todo el mundo *(seminetur),* permanece completa toda su fuerza". Sin embargo, la corte imperial cristiana consideró que estas actividades de Ambrosio eran una intriga. [141]

El mismo año, 386, en que Ambrosio sacó por arte de magia en Milán a los dos mártires "Gervasio" y "Protasio", un edicto prohibió la fabricación y partición de reliquias. El Padre de la Iglesia, que en el momento culminante de su lucha contra la corte había celebrado sus conquistas como "defensores" y "soldados", como *"patroni",* y que había elogiado su poderosa protección *(praesidia, patrocinio),* no se inmutó ni lo más mínimo por el edicto. Magnánimamente envió pequeños trozos de "Gervasio" y de "Protasio" a todo el mundo, pero sobre todo a Galia. Pequeñas porciones de los mártires viajaron a Tours, Vienne y Rúan, donde el santo obispo Víctricio (festividad el 7 de agosto) — un antiguo soldado que escapó del servicio militar "mediante un milagro confirmado" *(Lexikon für* y *Theologie und Kirche)* y que desde entonces actuó como infatigable misionero hasta Bretaña — contrajo grandes méritos consiguiendo todas las reliquias posibles. Victricio utilizaba ya una colección obtenida especialmente en Italia cuya eficacia propagaba sin descanso, por muy pequeñas que fueran las porciones: "No debemos quejarnos de la pequeñez de las reliquias [...]. Los santos no sufren daño alguno porque se dividan sus restos. En cada trozo se oculta la misma fuerza que en el total". El jesuita E. de Moreau le ensalza como una "figura de granito", sobresaliente "entre los más nobles de su

139

140

141

época".[142]

193

Pero no a todos les salió todo bien e incluso un patrono tan experimentado y escaldado como san Martín tuvo que interrumpir un culto a los mártires recién iniciado porque al que la comunidad creyente honraba y adoraba era un antiguo salteador de caminos.[143]

Al igual que Ambrosio, los restantes Padres de la Iglesia también participaron en el culto a las reliquias: Basilio, Gregorio Nacianceno, Crisóstomo, Jerónimo, Agustín. Confirman milagros sin un titubeo. Según Ambrosio "a muchos les curó la sombra *(umbra quadam)* de los santos cuerpos". "Un poco de polvo ha reunido a una enorme multitud del pueblo. Las cenizas están ocultas, las obras son públicas" (Agustín). "No sólo los cuerpos de los santos están llenos de gracia espiritual sino también sus sepulcros" (Crisóstomo).[144]

Por ejemplo con aceite. Muchas reliquias desprenden un aceite maravilloso. Juan de Damasco, que prestó "a la Iglesia grandes servicios [...] como erudito, escritor y predicador" (Altaner/Stuiber) y al que el Concilio de Nícea (787) tanto enalteció, tranquilizó a aquellos que dudaban del santo aceite: "Como fuente de curación Jesucristo nos dio las reliquias de los santos, que de modo muy diverso emanan buenas obras y que desprenden aceites perfumados. ¡Y que nadie lo dude! Pues si de una dura roca del desierto manó agua [...], ¿por qué ha de ser increíble que de las reliquias de los mártires salgan aceites perfumados?".[145]

Así una idiotez apoya otra.

La hipotética tumba del Apóstol Andrés en Patras, tan venerada y donde al parecer sufrió el martirio de la cruz, desde la que durante dos días estuvo pronunciando sus más edificantes sermones, desde la que proclamó la "doctrina de la cruz" para eterna perdición de los infieles ("se lee como un evangelio": el capuchino Maschek), desprendía aceite y maná. (Andrés ascendió pues también se le invoca como patrón de Rusia, Escocia y Grecia, como protector de la orden del Toisón de Oro, como protector de los carniceros, entre otros, para el mal rojo y los calambres, y como intermediario en cuestiones amorosas.)[146]

194

El emanador de aceites más famoso fue san Demetrio — quizá histórico—, cuyo culto continúa el Kabir pagano. La (presunta) tumba de Demetrio en Tesalónica, donde se convirtió en celebradísimo patrón de la ciudad, hizo bullir el aceite por la fuerza del muerto, aunque también el contacto con sus reliquias provocaba el hervor, y lo mismo que en otros sitios el aceite llegó a manos de los hombres adecuados, por ejemplo en las de san Martín de Tours. Su amigo Sulpicio Severo escribe: "El sacerdote Arpagio testimonia haber visto cómo el aceite aumentaba bajo la bendición de Martín, hasta verterse por el borde del recipiente repleto". Naturalmente, este mismo efecto se conseguía con la consagración del "aceite del leño de la santa cruz", cuyos fragmentos peregrinaron por todo el mundo (ortodoxo). El peregrino de

142

143

144

145

146

Piacenza relata: "Durante la adoración de la cruz en el atrio de la iglesia sepulcral se pone aceite para consagrar en las ampollas, que están medio llenas. En el momento en que el leño toca la abertura de la ampolla, el aceite comienza a borbotar y si no se la cierra, todo el aceite se vierte fuera».[147]

En el siglo IV fue adquiriendo carta de naturaleza la costumbre de cobijar bajo el altar (algo habitual desde hacía mucho tiempo en el paganismo) los restos de los mártires. Se colocaban por debajo de la placa o en una depresión de la misma, el *"sepulcrum",* convirtiéndose el altar en la tumba de los santos. Por mucho mal gusto que tenga esta cuestión, aunque se haya habituado uno, hay que considerar también, de modo adicional, que muchos de los huesos, probablemente la mayoría, sobre los que se celebraba la ofrenda eucarística, la santa misa, no pertenecían a aquellos a los que se atribuían; surgió una "fuerte demanda" *(Lexikon für Ikonographie)* de cadáveres santos o de sus fragmentos, las "necesidades" eran literalmente gigantescas. Y lo mismo el problema. Y la pasión coleccionista también. Había entusiastas aficionados a los restos de cadáveres cristianos. Poco a poco todas las iglesias querían tener sus propias reliquias de mártires y finalizando el siglo VI casi todas ellas las tenían.[148]

195

Desde las insignias imperiales hasta la grasa de oso, o "Al principio está la piedad natural [...]"

Las reliquias no sólo se necesitaban para la "gloria de los altares". Los cadáveres santos protegían también contra todo tipo de diabluras y defendían contra infinidad de males. Por eso, los gobernantes, las comunas y los particulares deseaban tenerlos.

Los emperadores cristianos tenían un gran interés en el asunto. Constancio, el hijo de Constantino, hizo trasladar en el año 357 hasta la capital del Imperio romano de Oriente tres santos, o mejor dicho, sus huesos completos, pertenecientes al parecer a los santos Andrés, Lucas y Timoteo. Eudoxia Atenea, la esposa de Teodosio II, el ejecutor "de todos los preceptos del cristianismo", llevó a Constantinopla en el año 438, de regreso de una peregrinación a Jerusalén, las reliquias de san Esteban y las cadenas de san Pedro. Después de que el rey Segismundo de Borgoña hubiera "consumido" las reliquias obtenidas en su viaje a Roma, envió a su diácono Julián al papa Símaco (498-514) — tristemente célebre por sus luchas callejeras, sus batallas eclesiásticas y las falsificaciones que llevan su nombre — para obtener otras nuevas. También el rey Gildeberto fue favorecido varias veces con tesoros de reliquias por parte del papa Pelagio I (556-561), al que se consideraba cómplice en la muerte de su antecesor, el papa Vigilio. Y cuando el emperador Justiniano quiso levantar en Constantinopla una iglesia en honor del santo apóstol, pidió al papa Hormisdas las correspondientes reliquias pues merecía "recibir también las mismas reliquias que todo el mundo poseía". Deseaba *"sanctuaria beatorum Petri et Pauli",* algo de las cadenas del santo apóstol y "si fuera posible", algunos trozos de la parrilla de san

147

148

Lorenzo.[149]

Los gobernantes estaban con frecuencia presentes a la llegada de las reliquias, aumentando este interés todavía más en los siglos posteriores. Las reliquias pertenecían al tesoro nacional y fueron un símbolo de ejercicio del poder "oficial" hasta la Alta Edad Media. El delirio piadoso (o la hipocresía) de los gobernantes, sus ansias de poder, llegó al punto de dotar de reliquias a las iglesias sepulcrales de los reyes, a ligar a ellas las insignias imperiales y a crear "santos del Imperio", *patroni* peculiares de los reyes. Las reliquias desempeñaron también un papel en la conclusión de los tratados, se hicieron juramentos en su presencia y sobre todo se las llevó en la guerra. El rey Enrique I (919-936) no retrocedía ante una campaña con tal de robar una de las diversas "lanzas sagradas".[150]

196

Precisamente durante la invasión de los bárbaros, cuando se iba reduciendo el poder del Imperio y se hundió el de Occidente, cuando las ciudades quedaron a merced de sí mismas, las comunas buscaron protectores religiosos. En cierto sentido, también aquí saltaron a la brecha los cadáveres santos, los cuerpos y los huesos de los mártires y todo tipo de piezas, en especial en las ciudades más amenazadas. Los grandes santos de peregrinaje, los apóstoles y los mártires en Roma, san Félix en Ñola o san Vicente en Zaragoza actuaron asimismo como patrones de las ciudades, igual que Sergio en Rusafa, Teodoro en Ucaita, Tomás en Edesa, Demetrio en Tesalónica o el obispo Jacobo en Nisibis, el "protector y general" (Teodoreto).[151]

En casos de guerra o de pestes, eran siempre de gran ayuda los cadáveres santos, los esqueletos santos y las reliquias santas. Los ciudadanos de Reims recorrieron la ciudad en solemne procesión durante una epidemia del año 543, llevando una losa de la tumba de san Remigio.[152]

Pero no sólo los príncipes y las ciudades estaban contagiados por la costumbre, sino que también la mayoría de los cristianos. Había infinidad de personas que guardaban en su hogar los restos de mártires (o lo que consideraban como tales), pero sobre todo cenizas y "reliquias de sangre", o sea paños empapados en sangre, en Egipto a veces hasta cadáveres enteros, que llevaban sus reliquias a todos lados o que las utilizaban de vez en cuando. De ese modo creían poder alejar de sí toda clase de infortunios y atraer en beneficio propio aquella "fuerza" *(dynamis),* la intercesión para el más allá. (Hasta el siglo XIII la posesión privada de reliquias estaba permitida sin ningún control por parte de la Iglesia.)[153]

Uno de los primeros ejemplos documentados de esta creencia lo proporciona la rica viuda cartaginense Lucila, a comienzos del siglo IV. Antes de comulgar besaba siempre huesos de mártires *(ossa)* aunque no se supiera a ciencia cierta si eran tales. El rey Chilperico buscaba protegerse de un modo distinto. Cuando entró en París en 583 hizo llevar primero los restos de numerosos santos con objeto de frustrar un anatema. Los huesos de los mártires no se limitaban a servir en esta vida sino que también eran útiles en la otra. Otra superstición o creencia cristiana —que vienen a

149

150

151

152

153

ser lo mismo— era llevarse reliquias a la tumba "para contrarrestar así las tinieblas de los infiernos" (obispo Máximo de Turín). Kótting, experto en peregrinajes y reliquias, considera que tal "florecimiento" lleva un fondo religioso auténtico "de la sana adoración cristiana a las reliquias". Aunque todo a su alrededor esté podrido, los apologistas ven siempre útil el "fondo".[154]

A finales del siglo IV llegó a Oriente la piadosa costumbre de exhumar y trocear estos cadáveres para multiplicar y distribuir las fuerzas milagrosas de los mártires. Aunque los emperadores paganos y cristianos habían garantizado por ley la inviolabilidad de las tumbas y habían reforzado las medidas para hacerlo realidad, la Iglesia cristiana no desistió por ello. El Padre de la Iglesia Teodoreto, el primer teólogo del culto cristiano a las reliquias, escribía que el más pequeño trozo de una reliquia tenía el mismo efecto que ésta completa. ¡Cuerpo dividido, gracias indivisas! Comenzó así un brioso negocio, trueque y venta, se regateaba con reliquias auténticas y, más a menudo, con falsas, y en ocasiones circulaban como restos de mártires santos también dientes de topo, huesos de ratón o grasa de oso. Al final las transacciones adquirieron tal envergadura que el emperador Teodosio promulgó en 386 una ley contra la venta a cualquier precio y el comercio de las reliquias. Con todo, éste continuó floreciendo, sobre todo porque no sólo se dividían los cadáveres *(reliquiae de corpore)* sino otros restos y vestigios santos como las herramientas del martirio, la presunta cruz de Jesús, cadenas, parrillas, ropa, ya que en ellos, como enseñaba el papa Gregorio I Magno, había la misma "fuerza". El negocio prosperó así desde el siglo IV hasta la Reforma "puesto que una reliquia milagrosa rendía mucho" (Schiesinger), culminando las ventas en el siglo ix, y más todavía en los siglos XII y XIII, con las cruzadas, el saqueo de Constantinopla, y cuando el clero intentó eliminar a los costosos intermediarios cuando más rentable era el asunto. Pero la adoración de las reliquias es "una sencilla necesidad humana de respeto ante la persona de los seres santos". "Al principio está la piedad natural frente a los restos [...]" *(Lexikonfür Theologie und Kirche)* [155]

197

"Reliquias de contacto" y esqueletos viajeros

Dividiendo las reliquias se podían satisfacer muchos deseos de los cristianos y activar su vida religiosa, pues aunque se hubiera recibido una porción ínfima de cualquiera de ellas, el individuo particular o la iglesia por ansias de renombre, o por lo que fuera, hablaban de tener al santo. Y puesto que se pensaba en sentido cuantitativo y varios santos proporcionaban mayor protección que uno solo y se creía que con la suma de porciones, aunque fueran mínimas, se obtenía una mayor gracia, se intentaba poseer muchas. De este modo surgieron colecciones enteras de reliquias.[156]

La división de las reliquias se practicó sin límites sobre todo en el Oriente cristiano. Se serraba, cortaba y partía todo lo que podía dividirse, reducirse o multiplicarse de los santos. En Occidente, hasta los siglos VII y VIII se actuó con

154

155

156

mayor reserva, aunque sin abstenerse por completo como se creyó durante mucho tiempo todavía en el siglo XX. Aunque una rigurosa ley romana garantizaba la inviolabilidad de las tumbas, es evidente que con frecuencia se la infringió. Se dividieron también reliquias corporales ya divididas o fácilmente divisibles tales como sangre, cenizas, dientes, pelo, etc., así como los cadáveres ya divididos que se importaban de Oriente. Según Gregorio de Tours, en el equipaje de un peregrino de Jerusalén se encontró un resto de Juan Bautista, que tres obispos galos quisieron trinchar una vez más.[157]

En Tours se conocían también muchos traslados. Igualmente, en el norte de Italia se hicieron particiones bajo la batuta del genial descubridor e inventor de mártires Ambrosio. En particular las reliquias de sangre de los mártires "Gervasio" y "Protasio" que él había descubierto invadieron Occidente. El obispo Victricio de Rúan, amigo de Ambrosio, se dedicó a adquirir afanosamente restos de mártires orientales y del norte de Italia. Y también en el norte de África los monjes vendían esqueletos de mártires verdaderos y falsos.[158]

Pero por muchas divisiones y ventas de partículas cada vez menores, las reservas no eran suficientes, sobre todo porque al parecer Roma no practicó durante mucho tiempo tales particiones, aunque no tuviera inconveniente en adquirir a los griegos reliquias divididas. A la hora de dar salida a sus propios santos, sobre todo aquellos considerados "principales", los papas eran bastante mezquinos, pero en cambio tanto más generosos con las reliquias que de modo baratísimo lograron fabricar gracias a un truco. Crearon la categoría de las reliquias de contacto, en virtud de la cual cualquier objeto que estuviera en contacto con una reliquia, sobre todo con la tumba de los santos, como por ejemplo la de Pedro (o más tarde en Tours con la de Martín), se convertía asimismo en reliquia cuando la fuerza sobrenatural de la "auténtica" pasaba a la ahora ya "auténtica". Simplemente se colocaban junto al cuerpo de los santos paños dentro de cajas de madera, marfil o metales nobles, afirmándose que tendrían el mismo efecto que las restantes reliquias, lo que sin duda sucedía. Esto lo corroboraron de manera expresa los grandes teólogos del catolicismo de los siglos IV y V, los Padres de la Iglesia Hilario, Basilio, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, Agustín y otros. Muchas cosas, por no decir todas, podían ser reliquia, no sólo una diminuta partícula del cadáver de un santo sino también, por ejemplo, una esponja con la que se hubiera recogido sangre del mártir o un trozo de tela que hubiera estado en contacto con reliquias, pues la fuerza de las "auténticas" habría pasado de este modo a las nuevas, una idea fija en todo el orbe cristiano ya en el siglo IV.[159]

198

Mediante las reliquias de contacto, que distribuyó por todo Occidente, Roma afianzó también su influencia en la política eclesiástica. Con gran generosidad los papas enviaban en todas direcciones sus dádivas, que no le costaban nada y que bajo muchos nombres entraron a formar parte de la "historia de la religiosidad": *brandea, palliola, sanctuaria, memoriae, benedictiones, eulogiae, patrocinio.* El papa Gregorio I (590-604), llamado Magno, dirigió una próspera venta de reliquias. Entre ellas

157

158

159

había curiosidades tales como crucifijos (enviados a reyes) con astillas de la cruz de Jesús o con pelos de Juan Bautista, que de modo milagroso deja dos cabezas. Este papa envío también llaves para colgar contra la magia, con limaduras de las cadenas del príncipe de los apóstoles. En Roma ya no se retrocedía ante las tumbas. El papa Bonifacio IV (608-615) hizo que trasladaran a la ciudad numerosos esqueletos, sobre todo a la iglesia Santa María ad Martyres, consagrada a la virgen María y a todos los mártires, en la que había transformado el Panteón, el "santuario de todos los dioses". Desde Paulo I (757-767) se enviaron al reino de los francos muchos "cuerpos de santos" (más tarde sólo porciones pequeñas); este papa solicitó en repetidas ocasiones ayuda a Pipino contra los lombardos y Bizancio, por lo tanto siempre podían darse algunos cadáveres, de quien fuese.[160]

La mayoría de los esqueletos, huesos y huesecillos tuvieron una existencia mucho más movida y famosa que en vida.

Las reliquias de san Vicente de Zaragoza, el archimártir español y patrono de Portugal, constituyen por sí mismas toda una historia, sea o no histórica su legendaria muerte. Parece ser que hasta el siglo VI todos sus restos descansaron en Valencia, pero medio milenio después allí no queda nada. En el año 542 SaintGermain-des-Prés, en París, recibió la estola y la dalmática del santo, la abadía benedictina de Castres en 864 huesos dé las extremidades, Le Mans la cabeza, la iglesia de san Lorenzo en Colonia igualmente la cabeza (ya la de Orfeo se encontraba según una tradición en Lesbos y según otra en Esmirna), Bari recibe la "reliquia del brazo" del héroe cristiano, huesos de las extremidades la iglesia de san Vicente de los benedictinos en Metz, otro tanto también Bresiau, donde en el siglo XI Vicente ascendió a patrono del capítulo catedralicio y segundo santo del obispado, el cuerpo fue para Algarve, Portugal, el cuerpo asimismo para Lisboa, reliquias también en Zaragoza (855), Coríona y la catedral de Lausanne (hasta 1529). Finalmente, la cabeza robada en Colonia fue a parar en 1463 a la catedral de Berna, donde san Vicente se convierte en patrono de la ciudad y su imagen aparece en las monedas y los escudos.[161]

Con la pintoresca historia de la "madre de Dios", sobre todo de sus reliquias, podría escribirse un capítulo completo o incluso todo un libro.

199

Los restos de María o "toda la miseria de la humanidad [...]"

No es necesario decir que de María no se poseía nada, ni lo más mínimo. Los habitantes de Nazaret no habían observado en ella nada de particular. En todo el Nuevo Testamento se la cita sólo muy raras veces y sin una veneración especial. Incluso los Padres de la Iglesia del siglo III le reprochan vanidad, orgullo, falta de fe en Cristo y muchas otras cosas. También los guías oficiales de la Iglesia manifestaron al principio una cierta cautela frente al culto mariano o al menos intentaron mantenerlo dentro de los límites del culto a los santos. Mientras que desde el siglo IV a éstos se les veneraba nombrándoles en las oraciones litúrgicas durante el

160

161

servicio religioso, María quedó fuera de esa práctica hasta el siglo V. Apenas un siglo antes se la valoraba menos que al menor de los mártires. Hasta finales del siglo IV no se construye en Roma la primera iglesia dedicada a María, mientras que hoy la ciudad cuenta con más de ochenta. En aquella época tampoco se conocía en ningún sitio una peregrinación mariana. Por espacio de al menos cuatro siglos el cristianismo prescindió de ella. Sólo a partir del siglo V se conmemoraron festividades de María. Pero incluso así, en tiempos de Agustín no hay todavía ninguna fiesta mariana. Sólo a partir del Concilio de Éfeso, cuando el Padre de la Iglesia Cirilo logra imponer con enormes sobornos el dogma de la maternidad divina de María, rivalizan entre sí los obispos, los emperadores y quien se lo podía permitir para construir iglesias dedicadas a ella.[162]

200

No se sabía nada acerca del aspecto de María, según testifica Agustín, pero en su peregrinaje a Jerusalén, la emperatriz Eudoxia logra un feliz hallazgo. Alrededor del año 435 descubrió una imagen de María ¡pintada además por el apóstol Lucas! En los siglos vi y VII, sus retratos se fabricaban casi "en serie" y en el siglo VIII llegaron las imágenes de la madre de Dios no realizadas por mano humana, los aquiropoitos. Las imágenes más habituales de María adornaban en el siglo VI las casas de la mayoría de los cristianos orientales así como las celdas monacales, donde casi se la adoraba. Se las veneraba más que a las imágenes de todos los otros santos, como a las reliquias, motivo por el que probablemente no existía todavía un próspero comercio con sus reliquias: su imagen era un sustitutivo suficiente. Acabó siendo el objeto más frecuente del arte cristiano. A comienzos ya del siglo VII (610) aparecía en los navíos de guerra del emperador Heraclio, y en el curso de los siglos María, "reina de mayo", ha seguido siendo la gran diosa de la guerra y de la sangre, que vive sus mayores triunfos en Occidente, hasta la segunda guerra mundial.[163]

Desde finales de los siglos V y vi se generaliza, sobre todo en Palestina, movilizar con sus reliquias la fe y el negocio. De pronto se halló la piedra con la que la virgen tropezó cuando viajaba a Belén. Alrededor del año 530 y según testifica un peregrino, esta piedra sirvió de altar en la iglesia sepulcral de Jerusalén. Sin embargo, algunas décadas más tarde otro peregrino volvió a encontrarla en su emplazamiento original; en esta ocasión manaba de ella una deliciosa agua de manantial.

Sin embargo, en el siglo VI hay relativamente pocos restos del guardarropa mariano. Alrededor del año 570 los peregrinos procedentes de Occidente veneran en Diocesárea un jarro y una cestilla de María, en Nazaret piezas de ropa que producen milagros y en Jerusalén se mostraba su cinturón y su diadema. Parece que sobre todo el primero gozó de gran aprecio y más tarde se le cantó en himnos y sermones. (Hay reliquias del cinturón en Limburg, Aquisgrán, Chartres y en Prato, cerca de Florencia. En Toscana una reliquia de este cinturón es muy apreciada y en Oriente se celebra una festividad en su honor el 31 de agosto.) Las iglesias y los particulares se disputan ahora la posesión de tales reliquias de María. Constantinopla es la que mayor cantidad consigue: los sudarios con los que se envolvió su cadáver y el vestido que llevó durante el embarazo. En honor del vestido y del cinturón se organizan fiestas en Constantinopla y se lleva el vestido en procesiones rogativas y además con gran

162

163

éxito, pues en los siglos VIII y ix protege a la ciudad contra sus enemigos en la guerra y contra los terremotos. Hay ahora reliquias de estos vestidos en Aquisgrán (del "tesoro de las reliquias" carolingio), en Chartres (como regalo de Carlos el Calvo), en Sens, en Roma, en Limburg, etc.[164]

201

Finalmente, todo lo imaginable de la santa madre de Dios se distribuye por el mundo.

Durante la Edad Media se venera en Gaming algo de "la roca sobre la que cayó la leche de santa María", algo de "sus cabellos, de su camisa, de sus zapatos", etc. La iglesia palatina de Wittenberg posee en 1509 "5 partículas de la leche de la Virgen, 4 partículas de los cabellos de María, tres partículas de la camisa de María", etc. Téngase en cuenta que en ese año Wittenberg poseía 5,005 reliquias, la mayoría de ellas del príncipe elector Federico el Sabio (!), importadas de "Tierra Santa"; hasta 1522 los príncipes tuvieron empleado un comprador propio en Venecia. No obstante, en medio del siglo del Racionalismo histórico, los jesuitas que hasta la fecha siguen activos en Munich celebraban "una novena por el peine de santa María", afirmando que la adoración de los cabellos de María protegía contra las balas: "Como si pendiera un saco de lana sobre ti, estará en medio de la lluvia de balas [...]". Y también enaltecían la historia de María en una poesía de la que tendremos suficiente con la primera estrofa[165]:

> *Dios, que todos los cabellos cuenta,*
> *éstos ha escogido en ella,*
> *para mí son estos pocos*
> *más valiosos que todas las perlas.*

Este breve repaso de sólo un minúsculo aspecto pone de relieve el embrutecimiento de la Cristiandad por espacio de dos milenios. Desde el punto de vista histórico —¡y aquí no consideramos ningún otro!—, el culto mariano brinda una visión sobre la que uno como Arthur Drews se lamenta: "Enfoca toda la miseria de la humanidad. Es una historia de la superstición más infantil, de las más descaradas falsificaciones, tergiversaciones, interpretaciones, fantasías e intrigas, de lamentos humanos y necesidad, entretejida de astucia jesuítica y deseos de poder religioso, un espectáculo que hace a un tiempo llorar y reír: la auténtica divina comedia I...]".[166]

202

Rarezas y protestas

Entre las reliquias hay sin duda más que de sobra en cuanto a aspectos grotescos y curiosos. Pero rarezas todavía mayores son quizá las plumas y los huevos del Espíritu Santo del venerable arzobispado de Maguncia. O las reliquias del asno de la palma, en las que insistía Verona. (En la piadosa Edad Media hubo incluso varias fiestas del asno, como el *festum asinorum* de Rúan, que se consideraba el asno de

164

165

166

Balaam, el animal que hablaba en el Antiguo Testamento, mientras que la fiesta del asno de Beauvais se celebraba en recuerdo de la huida a Egipto.)[167]

Podían ser reliquias incluso edificios. Como en Roma una vivienda en la que según parece estuvo viviendo y predicando durante dos años el apóstol Pablo; la sala se mostraba todavía en el siglo XX. Pero sin duda, la más desacreditada reliquia de este tipo es la Casa Santa de Loreto, el presunto hogar de María en Nazaret, visitada antaño por innumerables peregrinos. Sin embargo, cuando se perdió en 1291 el último bastión en Palestina, los ángeles llevaron la "santa casa" a Italia; primero hasta las cercanías de Fiume y más tarde a Loreto, donde sigue siendo en el siglo XX un centro de peregrinaje.[168]

El culto a las reliquias se difundió mucho gracias al uso de las filacterias, que no era otra cosa que la continuación de los amuletos tan utilizados en el paganismo, consistentes por lo general en objetos de todo tipo colgados del cuello, que debían transmitir en especial fuerzas sobrenaturales y proteger a sus portadores contra el mal. Aunque la Iglesia prohibió los amuletos, bendijo las filacterias y pronto la demanda de éstas por parte de los cristianos alcanzó "cotas desmesuradas" (Kótting).[169]

203

Pero el asunto fue tan abominable que también dentro de la Iglesia se levantaron protestas contra los "adoradores de cenizas y servidores de ídolos" *(cinerarios et idolatras).* Esto se produjo con mayor vehemencia a comienzos del siglo V de la mano del sacerdote galo Vigilancio, al que también apoyaban obispos de su patria pero al que el Padre de la Iglesia Jerónimo, por motivos evidentemente personales, atacó con sus tristemente célebres infamias, desacreditándole. No obstante, también durante la Edad Media surgieron opositores a este espantoso culto, como por ejemplo el arzobispo Agobardo de Lyon (fallecido en 840) o, todavía más, su contemporáneo el obispo Claudio de Turín, que afirmaba que era mejor dejar las reliquias en la tumba, en la tierra, donde correspondían, e insultaba a los obispos contrarios llamándoles "una reunión de asnos"; se opuso también a las peregrinaciones a la presunta tumba de Pedro, e hizo retirar de las iglesias de su diócesis todas las imágenes, incluso la cruz. A pesar de una condena, Claudio de Turín se mantuvo en el cargo episcopal hasta su muerte. Aunque sólo con la llegada de la Reforma hubo una condena rigurosa de la adoración a las reliquias.[170]

Sin embargo, el Concilio de Trento volvió a recomendar esta antigua costumbre cristiana, declarando que "había que reprobar totalmente como ya había condenado antes la Iglesia y volvía a hacerlo ahora" a todos aquellos que afirmaban que las reliquias de los santos se adoraban inútilmente, que se acudía en vano a sus tumbas *(memoriae)* y que con ellas no se conseguía ninguna ayuda.[171]

El culto cristiano a las reliquias guarda una relación de dependencia inseparable con el culto a los mártires y los santos, y casi en igual medida con el peregrinaje, pues para llegar hasta el cuerpo de los mártires y de los santos (a los que a menudo,

167

168

169

170

171

además de todo tipo de milagros, se les atribuía la incorruptibilidad y la emanación de los más deliciosos aromas) los príncipes, los obispos y sus enviados emprendían grandes viajes. Pero también los simples creyentes deseaban llevarse a su casa las reliquias o eulogias ("recuerdos de peregrino") que tenían todos los centros de peregrinaje antiguos. Y en aquel tiempo apenas se hacían distinciones entre reliquias y eulogias. La superstición (o creencia) de que el santo ayudaba más que en ningún otro sitio allí donde estaba enterrado, o al menos donde se encontraba una parte de él, cabeza, mano, pie, dedo o cualquier hueso, estimuló también las peregrinaciones. A esto se añadió, finalmente, la creencia (o superstición) de que la fuerza sobrenatural de los santos vivos se extendía a sus restos y que se la obtenía o podía obtenerse incluso mediante un mero contacto.[172]

172

209

CAPÍTULO 3. EL EMBUSTE DE LAS PEREGRINACIONES

"¿Qué podía ser más natural que satisfacer aquel anhelo de ver dejando que los peregrinos viesen con sus propios ojos corporales lo que el ojo de la fe sólo les permitía imaginarse en la silenciosa contemplación?"

BERNHARD KÓTTING[1]

"Y puesto que la santa "topomanía" no conocía límites, los monjes le enseñaron [a la famosa peregrina Eteria] la tumba de Moisés, el palacio de Melquíades y la sepultura de Job. Sólo faltó que le dejaran tocar el cráneo de Adán, ver el garrote de Caín o probar el vino de Noé!"

J. STEINMANN[2]

210

Peregrinar, una idea fija ya en la época precristiana

En la mayoría de las religiones y en la época precristiana eran ya habituales las peregrinaciones, es decir, los viajes a los llamados centros santos por motivos religiosos, de fe, de fundación, de penitencia, de oración o de agradecimiento. La peregrinación con muchas curaciones milagrosas, exvotos y un largo etcétera existía ya entre los paganos y los judíos, y entre los árabes en la era preislámica. En todo el ámbito cultural grecorromano y fuera de él las peregrinaciones estaban en todo su esplendor en la época de "Cristo", cuando los cristianos todavía ni pensaban en ello. Y lo mismo que entre los paganos, el deseo de curación desempeñó entre los cristianos un papel principal, como demuestran los numerosos relatos de milagros de los primeros siglos.

La peregrinación guardaba una estrecha relación con la idea de que la divinidad se manifiesta en determinados lugares con preferencia a otros, en los puntos de reunión de fuerzas "sobrenaturales", de las *"numinosis",* en una imagen de culto milagrosa, una reliquia u otro lugar importante desde el punto de vista de la historia religiosa, conocido por las obras de un fundador de la religión, de un héroe, de un santo. Desempeñaba también un papel importante la creencia de que a la divinidad se la adora mejor aquí y allá, de que aquí o allá el solicitante conseguía mejor audiencia para la concesión de bienes urgentes o espirituales, que allí se liberaba mejor de las penas materiales o morales..., ideas fijas, que contradicen la creencia en la omnipresencia de un Dios (todopoderoso).[3]

Los devotos acudían también en procesión; por ejemplo entre los judíos, pero lo mismo en la época árabe antigua, como más tarde en el Islam. En los lugares de peregrinación las procesiones eran también frecuentes entre los judíos con ocasión

1

2

3

de la fiesta de los Tabernáculos, aunque eran mucho más habituales en el paganismo, con estatuas de dioses y otros símbolos del culto, motivo por el que los cristianos las rechazaron durante varios siglos como *"pompa diaboli",* procesiones del diablo, y expresión de idolatría. Después también ellos tuvieron procesiones, pero con símbolos "verdaderos" y ahora, en lugar de dioses, santos.[4] El paganismo, el judaísmo y los celtas conocieron las romerías. En ellas acudían las gentes de todos sitios, como más tarde entre los cristianos, cuyos lugares de peregrinaje tienen como mínimo una vez al año un día de fiesta mayor. Los paganos y los judíos conocieron también las peregrinaciones de devoción, las que se realizaban con objeto de cumplir un voto. La religión de Jesús apenas dejaba espacio para ello, lo mismo que para el juramento; y la palabra para éste incluía el voto. Sin embargo, los cristianos, lo mismo que los judíos del Antiguo Testamento, hacían a menudo votos y en esta práctica apenas se diferenciaban de los judíos o los paganos. "Los motivos para los votos eran los mismos [...]. Tampoco se produjo un cambio en cuanto al contenido del voto [...]. Sólo se modificó el destinatario del voto: Cristo [...], la Trinidad [...] y sobre todo los mártires y otros santos" *(Reallexikon für Antike und Christentuni).* Infinidad de cristianos hicieron votos pero, como se sabe por una antigua fuente, "para muchos la voluntad del voto duraba sólo mientras que les dolía la cabeza". Paulino, obispo de Ñola, advierte que a los santos no les agrada el incumplimiento de las promesas, una constante en casi todos los santuarios tanto paganos como cristianos. Y lo mismo que aquéllos cumplen el voto mediante el ofrecimiento de una víctima, también fue así entre los cristianos.[5]

Los exvotos existieron en las culturas más antiguas, tanto entre los pueblos primitivos como entre los civilizados. Hubo lugares de peregrinaje de los celtas y de los germanos lo mismo que en Italia, Grecia, Mesopotamia o Egipto. En Coloma los paganos ofrecían miembros de madera como dones de consagración. En el sur de Italia se encontraron en un santuario de Hera situado en la desembocadura del Silaro muchos exvotos del Kurotrofos con el niño. El templo de Asclepios de Epidauro, Atenas y otros lugares estaba lleno de tablas votivas.[6]

211

Los *dona votiva, donaría,* hicieron ricos a los templos. Al templo de los judíos en Jerusalén le hicieron donaciones incluso los monarcas paganos como Augusto, Agripa o Claudio. Mediante exvotos se multiplicaron los tesoros de los templos desde Mesopotamia hasta Roma. Aristófanes llamaba al santuario de Artemisa en Éfeso la "casa toda de oro". Se hacían donaciones de todo tipo: costosos ropajes, telas, oro, plata, figuras de dioses, botines de guerra, rebaños de ganado, pero sobre todo reproducciones de miembros curados e incluso se cedieron templos enteros. Estos *donaría* podían ser simplemente regalos o bien reposiciones, rogativas o agradecimientos, donaciones por la ayuda esperada o recibida. Todo esto lo siguieron practicando los cristianos, sólo que en lugar de por los auxiliadores paganos y los dioses lo hacían por los santos y Dios. "Lo que cambia son casi solamente los nombres" (Weinreich). Dicho católicamente: "El cristianismo se mantuvo desde el

4

5

6

principio fiel a estas formas de veneración y confianza en Dios [...]" (prelado Sauer).[7]

La incubación, el dormir en lugares sagrados para tener sueños divinos, anunciaciones y visiones, procede también del paganismo. Ligada inicialmente a las revelaciones de las divinidades ctónicas, se expandió en especial por el ámbito de la cultura griega. Precedidos a menudo de determinados preparativos y renunciando a ciertos alimentos, incluso absteniéndose de las relaciones sexuales, hombres y mujeres yacían separados en una sala de culto y esperaban la aparición del dios en su propia o en otra forma. Esperaban revelaciones en sueños, oráculos que después solían tener que interpretar los sacerdotes. Esperaban también curaciones, motivo por el que la incubación la practicaban sobre todo los enfermos, en especial en los templos de los héroes y dioses curativos, quizás en los santuarios de Asclepio, o Esculapio, desde Egipto a Grecia y Roma; más tarde en los de las divinidades egipcias de la época helenista Isis y Sarapis, con las que encontraban remedio muchos de los que los médicos desahuciaban. Sin embargo, estos recintos de incubación, como después los cristianos, eran también hospitales.[8]

En el cristianismo, en lugar de a los dioses se invocaba (en Grecia se practica al parecer todavía en el siglo XX) a los santos: Tecla, Miguel, Terapón, Quiros y Juan, Cosme y Damián; pero no sólo pidiendo ayuda para el cuerpo sino también para el alma, lo que hace diferente a la incubación cristiana de los recintos de incubación y hospitales paganos. En realidad, claro que también en el paganismo se buscaba ayuda para el alma. Si algunos Padres de la Iglesia (Eusebio, Crisóstomo, Jerónimo, Cirilo de Alejandría, entre otros) combatieron la incubación cristiana como superstición es un hecho poco claro y conflictivo; naturalmente que la pagana sí que la condenaban. En las termas de Elías, en el Jordán, se permitía por la noche la entrada a los enfermos a través de una puerta trasera. El emperador Justiniano, encontrándose gravemente enfermo, solicitó la ayuda de los santos Cosme y Damián sin ningún secreto, sino que amplió y decoró su iglesia. El obispo Basilio de Seleucia informa sin ceremonias y de modo aprobatorio sobre la incubación de los cristianos, y de forma mucho más extensa Sofronio, patriarca de Jerusalén en el siglo VII.[9]

El budismo tenía en un principio cuatro lugares sagrados de los que Buda profetizó que se peregrinaría hasta ellos y que quien muriera al hacerlo volvería a nacer en el cielo: Lumbini (Nepal), donde Buda nació, Bodhgaya, donde fue iluminado, Sarnath, donde comenzó a predicar, y Kushinagara, donde pasó al nirvana. Posteriormente se añadieron muchos otros santuarios como Koyasan, en Japón, y Kandy en Ceilán, donde se veneraba un diente de Buda. También en el hinduismo (principal santuario en Benarés) hubo y hay numerosas ciudades sagradas y los Sadhu peregrinan de un santuario a otro. Y en el lamaísmo (posterior al cristianismo), el budismo tibetano, con Lhasa como centro de culto y peregrinaje, el pueblo acude en tropel —¡uno de cada cuatro habitantes es religioso de profesión!— a los monasterios, los centros de la vida religiosa y económica, tributa homenaje a las reliquias, compra amuletos e imágenes de dioses, y hace girar los molinetes de la oración. Se peregrina en el sintoísmo, en la religión nacional japonesa *(kami no*

7

8

9

michi), que conocía un clero hereditario y también muy deseoso de hacer negocio, en el que determinadas familias consideraban los ingresos del templo como ganancias familiares. Hubo peregrinaciones entre los confucianos, entre los antiguos egipcios y asimismo en la antigua Grecia.[10]

Asclepios, el dios de las "manos suaves", y Epidauro, el Lourdes pagano

En la religión egeo-cretense era habitual la adoración similar al peregrinaje de "relicarios" campesinos, santuarios de montaña y grutas sagradas, en parte todavía lugares de peregrinación en la fe popular de la Grecia actual. Más o menos a finales del siglo V comenzó Asclepios su marcha triunfal. Eclipsó a todas las restantes divinidades curativas, no sólo de la época clásica sino de toda la Antigüedad. Fue el dios de la medicina más importante y casi el único reconocido de modo general, un auxiliador benévolo, desprendido y amado, un salvador que inicialmente fue quizá un héroe curativo en el que se personificó a un famoso médico de Tesalia. Píndaro, alrededor del año 475 a. C., veía en Asclepios un mortal convertido en héroe, y el mundo antiguo le veneró como a un dios que se hizo hombre, le veneraba precisamente como el dios más humano, el dios de las "manos suaves", el dios "que con su benévola mano lleva la curación".[11]

Se le divinizó como taumaturgo que curó a paralíticos, sordos y ciegos, que incluso hizo nacer cabello, apaciguó tormentas y resucitó a muertos, que hizo sanar a los enfermos, pero que también alivió los quebrantos del alma. Muchos de los milagros de Asclepios, el salvador en todos los apuros de la vida, que también curaba por imposición de sus manos, el que fue llamado "médico", el "auténtico médico", "señor" sobre los poderes de la enfermedad, "salvador", pasaron a Jesús en la Biblia, y no pocas veces con todo lujo de detalles. Asclepios, el hijo de un dios, no sólo es condenado a muerte como pena sino que también asciende al cielo. En resumen, la vida y los motivos literarios de la biografía de ambas divinidades son muy parecidas y en concreto, las curaciones milagrosas de Asclepios coinciden en sus detalles "de manera notable con las curaciones milagrosas de Jesús" (Croon).[12]

212

Los cristianos no pudieron negarlo, pues era demasiado conocido. Justino escribe al respecto: "Cuando decimos que Cristo ha curado inválidos, paralíticos y enfermos de nacimiento y ha resucitado a muertos, parece que contamos cosas parecidas a las que se relatan de Asclepios". Pero precisamente las analogías provocaron en los Padres de la Iglesia duros ataques. Y naturalmente no podía faltar la afirmación de que Asclepios fue un peligroso demonio y que Cristo le superaba con creces.[13]

Los santuarios de Asclepios se extendieron por toda la región mediterránea. Los investigadores han constatado la existencia dé más de doscientos dedicados a este dios, siendo todos ellos centros de peregrinación. Entre los mayores se tienen Cos,

10

11

12

13

Pérgamo, Atenas, Trikka, Leven, Aigai y Roma. Infinidad de personas buscaron aquí curación y ayuda en los siglos de la "época de transición". En el de Atenas apenas faltaba un miembro del cuerpo entre los exvotos de agradecimiento, lo mismo que más tarde en muchos de los centros de peregrinaje católicos. Colgaban allí, fabricados en los más diversos materiales, cuellos, orejas, ojos, dientes, manos, pies, pechos, etc. Numerosos relieves sagrados atenienses del siglo V antes de Cristo muestran también la suave y auxiliadora mano de Asclepios. De múltiples maneras creció la confianza en este dios y la fama del santuario.[14]

El centro de peregrinación más famoso, al que le surgieron multitud de competidores dentro del mismo culto, fue Epidauro, una especie de Lourdes de la Antigüedad: situado románticamente en el noreste del Peloponesio, a nueve kilómetros al suroeste de la ciudad homónima, en una amplia cañada rica en manantiales y accesible desde Atenas en una travesía por mar de seis horas. El culto se inició en el siglo VIl antes de Cristo y transmitido probablemente desde Trilla, en Tesalia, hasta Epidauro, donde comenzó a florecer en el siglo V. Hizo que Epidauro fuera conocida en todo el mundo y atrajo desde lejos a peregrinos de todos los niveles sociales, principalmente con fines curativos mediante oráculos y curas de agua: tuertos, ciegos, mudos, paralíticos, tuberculosos, heridos. También a las personas que habían perdido cosas importantes y especialmente mujeres que querían tener hijos. (También se preguntaba a otros templos de Asclepios en tales casos, como Delfos, y más tarde los cristianos peregrinaron a las iglesias por el mismo motivo.) No se sabe si existía una reglamentación de tasas. Sin embargo, se sabía "aprovechar psicológicamente" la generosidad *(Reallexikon für Antike und Christentuní).* Algunos acudían a Epidauro simplemente para rezar allí. Además del santuario principal, artísticamente importante, había templos de otras divinidades, sobre todo de Artemisa, Temis, Afrodita; había tantos altares de diversos dioses que hubo que numerarlos, como en Olimpia. Y naturalmente surgieron grandes edificios para albergar a los peregrinos.

Muchos permanecían allí semanas o meses, algunos incluso años, de lo que se beneficiaban sobre todo los sacerdotes. Recogían las ofrendas y de los que se curaban recibían también dinero, metales preciosos y en ocasiones hasta estatuas de oro completas. Se encargaban de que aquellos que rehusaban mostrar a la divinidad el debido agradecimiento aparezcan en el recuento de los milagros como aquejados de nuevas enfermedades. Hacían relatos sobre los enfermos que habían sanado gracias a Asclepios cuando regresaban o ya en su hogar. Y es notorio que los sacerdotes difundían la creencia de que con el tamaño de la donación aumentaba la probabilidad de curación. Al final de la Antigüedad, en los santuarios de Asclepios había quizá hasta una especie de balneario con tarifas fijas; como sucede de modo general en muchos lugares de peregrinaje, los médicos y los sacerdotes de Asclepios eran los mismos.[15]

213

Por razones propagandísticas, en el siglo IV a. C. se escribieron sobre estelas cuadradas, una parte de las cuales se ha conservado, las curaciones milagrosas realizadas en Epidauro durante el siglo IV, en el momento de su primer período de

14

15

esplendor, y que no se diferencian en nada de los relatos correspondientes de los lugares de peregrinación cristianos. Sobre la base de estas y otras inscripciones halladas en Epidauro y por fuentes de origen literario, entre los años 300 y 200 a. C. existe constancia de 80 actos milagrosos. En realidad deben haber sido muchos más. También se justificaba la no atención a los ruegos de los peregrinos. Los lugares de peregrinación cristianos se enfrentaron al mismo problema y a menudo afirmaron que la causa eran los pecados del visitante.[16]

No puede establecerse cuál era el horario de los servicios religiosos en Epidauro. Prescindiendo del hecho de que en el paganismo era habitual poder rezar a distintas divinidades, muchas cosas recuerdan a los posteriores ritos y ceremonias cristianos: el gran uso de la luz y de las lámparas, el empleo de incienso, especialmente los himnos a las distintas horas, las procesiones solemnes en honor de Apolo, de Asclepios, y las donaciones, de no menor importancia. En los siglos III y IV después de Cristo no disminuye inicialmente la frecuencia de las dedicaciones y hasta aumenta el número de peregrinos y también se incrementan las consagraciones. El centro de Epidauro sobrepasa incluso a cultos tan famosos como los de Eleusis y Delfos.[17]

Epidauro, muy rica ya en el siglo IV a. C., fue saqueada en el siglo I por Sila, después por piratas y resultó totalmente destruida alrededor del año 400 d. C. Los cristianos la evitaron durante mucho tiempo. Varios siglos después comenzó a florecer allí el culto de dos santos que de modo nada casual recuerdan a Asclepios y sus obras y que adoptaron las antiguas formas. En una época desconocida se levantó allí una basílica de cinco naves, que acabó convirtiéndose en una fortaleza.[18]

Serapis, Isis y la Virgen María

Lo que fue Asclepios en el ámbito de la cultura griega, lo fue Serapis en Egipto. A mediados del siglo II d. C. había allí 42 templos dedicados al dios egipcio más popular junto a Isis. Sus santuarios de Alejandría y Kanapos recibían numerosos visitantes y a la adoración al dios se unió la avanzada ciencia médica, a la que el cristianismo tuvo poco aprecio o incluso combatió. Lo mismo que Asclepios, Serapis es considerado un auxiliador universal, un dios panteísta. Hay también un dogma trinitario de Serapis: Isis, Serapis, Horus. Junto con otros dioses y con personalidades históricas como los Seléucidas en Siria y los Ptolomeos en Egipto, Serapis porta el titulo sagrado de "salvador", como más tarde el Jesús bíblico. Se acude también a la "mesa del Señor Serapis" como más tarde a la "mesa del Señor". Serapis tenía monjes y vale la pena citar el hecho de que Paconio, el fundador del primer monasterio cristiano, había sido antes monje de Serapis. En la época helenista se podía fusionar a Serapis con Asclepios, aunque su culto iba igualmente unido al de Isis. Había templos suyos en Corinto, Esparta, Petra, Kopai, tres (desde el 220 a. C.) en la isla de Délos, varios en Roma. Y con la interpretación de los sueños, la lectura de los oráculos, etc., sus

16

17

18

santuarios tuvieron el mismo movimiento de peregrinos que los de Asclepios.[19]

214 Un importante centro de peregrinación en la Antigüedad fue Éfeso, la capital de la provincia de Asia y sede principal de la diosa madre pagana. Aquí, donde se mezclaban la religiosidad de Asia Menor con la piedad griega, culminó el culto a Artemisa, se fundió la Artemisa Efesia dotada por Zeus de virginidad eterna con Isis, la más famosa de las diosas egipcias.

La religión de Isis conocía la revelación, las escrituras sagradas, una organización de su Iglesia con divisiones jerárquicas y tantos milagros que los artistas se enriquecieron representándolos. Las fiestas de Isis se transformaron en el culto mariano, de aparición relativamente tardía. (El *navigium Isidis* se celebra en las costas del sur de Francia hasta la fecha en honor de María.) Pero Isis, como divinidad curativa y donadora de oráculos fue lisonjeada en la isla de Filae, en el Nilo, con romerías, procesiones y ofrendas hasta el siglo VI. d. C. Mucho antes que a María de Nazaret, se rindió tributo a **la virgen divina Isis con el hijo de Dios**, la Madonna pagana, a la que acudían en especial muchachas y mujeres, con letanías, ofrendas, ayunos, ejercicios, se la ensalzó como madre, protectora de la vida, señora de la naturaleza, auxiliadora en las penas del parto, como benefactora "de la que viene todo lo bueno", como "amada señora", "madre amantísima", "reina de los cielos", "reina de los mares", "salvadora", "inmaculada", *"sancta regina", "mater doloroso",* como "madre de la hierba y de las flores". Y no es casual que después de largas luchas dogmáticas, en el Concilio de Éfeso del año 431 Isis tuviera que ceder finalmente su título de "madre de Dios" *(mwt ntr)* que ya llevaba en el antiguo Egipto, a la madre de Jesús, que ocupó entonces su puesto.[20]

Lo mismo que en todos los lugares de peregrinación y santuarios del mundo precristiano, también en Éfeso tuvieron lugar "milagros y prodigios". Se han encontrado exvotos, cerca de 800, en las proximidades del altar, con representaciones de todos los miembros humanos, muestras de agradecimiento por todo tipo de «atenciones». Había incluso un instituto bancario en el templo — el mayor banco de la provincia—, y también una fábrica local que producía exvotos y recuerdos para vender a los peregrinos. Había todo un ejército de empleados del templo, no sólo comerciantes, los vendedores de talismanes y amuletos, sino también servidores para los sacrificios, vigilantes, músicos, cantantes del coro, magos, adivinos y naturalmente el clero, los sumos sacerdotes con sus acólitos, las "abejas". Y lo mismo que hoy las numerosas grutas de Lourdes en el mundo católico no reducen la atracción de Lourdes, tampoco debilitaron la de Éfeso las numerosas filiales que surgieron por doquier de esta diosa. Sus santuarios llegaron por occidente hasta Marsella y según Pausanias se la adoraba en toda la Tierra.[21]

215

La peregrinación en el judaísmo precristiano

19

20

21

También en el antiguo Israel floreció la peregrinación.

Centros de peregrinaje muy apreciados eran Silo, Betel, Guilgal, Berseba. Se rezaba y se hacían donaciones, se ofrecía harina, vino y ganado vacuno. A menudo se celebraban banquetes y se llegaba al embriagamiento (como todavía hoy en numerosas romerías católicas, si bien no exactamente en las iglesias sino al lado). Lo mismo que con frecuencia en los santuarios fenicios y sirios, hubo de vez en cuando una prostitución de culto. "Id a Betel a prevaricar, a Guilgal a multiplicar vuestras prevaricaciones", dice Amós encolerizado por el celo y advierte así: "¡No visitéis Betel, no peregrinéis a Guilgal! Y no acudáis a Berseba". (Por cierto que algunas biblias traducían así el pasaje 2, 7 de Amos: "El varón acude al *copioso banquete* con su propio padre", donde debiera decir, y dice usualmente, "a la misma muchacha" o "a la misma sierva".)[22]

El principal centro de peregrinaje era, evidentemente, el santuario principal, Jerusalén, donde se conglomeraba el poder clerical judío.

La peregrinación a Jerusalén fue obligatoria durante mucho tiempo para los israelitas varones a partir de los 13 años, mientras que para las mujeres era optativa. (Más tarde también el Islam creó el deber de la peregrinación a la Meca, la más famosa y con una estricta ritualización, mientras que es voluntario acudir a Medina a visitar la tumba de Mahoma.) Si vivían lejos, los israelitas debían acudir una vez al año con motivo del Passa, la Pascua, mientras que si residían cerca debían hacerlo también en Pentecostés, en la fiesta de los Tabernáculos y el día de las Expiaciones. Los sacerdotes no reconocían ninguno de los otros templos de Yahvé que había fuera de Jerusalén. El filósofo judeohelenista Filón de Alejandría escribe que sólo puede haber un santuario, "ya que sólo hay un Dios. Hay también quienes quieren hacer sacrificios en casa, pero Aquél no lo permite y les pide que emprendan el camino desde los confines del mundo y acudan a este santuario". En casi todos los sitios la religión llega a su apogeo, también en los negocios.[23]

Durante semanas se hacían preparativos en Palestina antes de que llegara la masa principal de peregrinos, se acondicionaban los puentes y se abrían las fuentes. Muy pronto se construyeron calles y plazas en Jerusalén. Y si bien no acudirían durante el Passa en tiempos de Nerón los 2,700,000 judíos que aseveraba Flavio José exagerando hasta el límite, puede muy bien calcularse que para una población en aquella época de 55,000 personas llegarían más del doble de peregrinos. Procedían de todas las provincias del Imperio romano de Oriente y nadie podía aparecer con las manos vacías. La religión ocupaba también el punto central y cada día acudían varios miles por agua y por tierra procedentes de todos los puntos cardinales, como relata Filón, para alcanzar "en la piedad y la adoración a Dios un reposo indispensable"; y el alto clero cobraba: de las donaciones obligatorias, de muchas ofrendas, de tasas de licencia para el montaje de tiendas y de otras fuentes. Tenía bancos y atrajo sobre sí a los bandidos, incluyendo a los gobernadores romanos. No es fortuito que se eligieran los días de peregrinación para la ejecución de los criminales.[24]

22

23

24

216

El comienzo de la peregrinación cristiana a Jerusalén: Desde el "descubrimiento de la cruz" hasta el sacrosanto culto del prepucio

Durante dos o tres siglos a los cristianos no se les ocurrió peregrinar. Al fin y al cabo, Jesús no había dicho: ¡Acudid a Jerusalén cuando yo esté muerto!

¡Contemplad el guardarropa de mi santa madre! ¡Peregrinad hasta su leche, hasta las plumas del Espíritu Santo! El Jesús de la Biblia, y el de la historia crítica de la teología, había enseñado una cosa muy distinta.

Todavía en el siglo II nadie se preocupaba de los lugares de las historias bíblicas. Sólo a comienzos del siguiente siglo se buscaron, si bien de modo aislado, sin que hubiera un peregrinaje regular. Igualmente, los primeros que desde fuera de Palestina peregrinaron a los lugares de los "prodigios" del Antiguo Testamento y aquellos otros donde "se desarrollaron" los principales acontecimientos de la vida de Jesús *(Lexikonflir Theologie und Kirche)* fueron exclusivamente sacerdotes y obispos, y además, procedentes de Asia Menor y Egipto. Auténticos peregrinos de Palestina "no los hay hasta el siglo IV" (Altaner/Stuiber). Y durante todo el siglo IV prevaleció también la peregrinación a Palestina.[25]

Por lo demás, se desarrolló "en total analogía con las peregrinaciones paganas precristianas hacia las tumbas de los héroes y con las de los judíos a los Weli de los patriarcas, profetas y reyes". Según añade Kótting, decir que se desarrollaron «de modo totalmente independiente» a partir de ideas pertenecientes ya al Nuevo Testamento no es más que charlatanería apologética, pues las historietas de enfermos que en los Hechos de los Apóstoles se curan por la sombra de Pedro o con el sudario de Pablo eran en principio tan poco novedosas como la peregrinación.[26]

Los motivos pueden haber sido varios. Pero con seguridad predominó la «necesidad» religiosa, especialmente el deseo de ver los «santos lugares», convencerse obteniendo, por así decir, pruebas de la verdad de la Biblia, de la fidelidad de la transmisión y fortalecer la fe.

217

La primera cita comprobable es la oración de un peregrino a Palestina en los lugares de los «santos sucesos», registrada por el historiador de la Iglesia Eusebio. Relata que el obispo Alejandro de Capadocia «por indicación divina [...] viajó a Jerusalén para rezar aquí». Esto sucedió alrededor del año 212. Una década después Alejandro se convirtió en obispo de Jerusalén, actuó como protector del «hereje» Orígenes y murió en 250 como mártir.[27]

La auténtica corriente de peregrinos se inicia en el siglo IV, cuando la política religiosa de Constantino allanó el camino para ello. Con anterioridad, sólo hay verificación de sacerdotes y obispos que fueran peregrinos en Jerusalén. Ahora llegan

25

26

27

también los laicos, sobre todo de Occidente, de los que faltan testimonios en la época preconstantiniana. La mayoría de los manuales de historia de la Iglesia hacen coincidir con Constantino el inicio del peregrinaje a Jerusalén. A partir de entonces, la ciudad actuó "por todos los siglos como un imán sobre los corazones cristianos" (Mader).[28]

Se trata ahora de descubrir el mayor número posible de "reliquias de Cristo": herramientas de martirio, ropas y "todo tipo de reliquias de objetos de Cristo" *(Lexikon der Ikonographie).* La veneración de la corona de espinas comenzó en el siglo V, la de la lanza en el VI. En 614 la punta de esa lanza es llevada a Constantinopla y en el siglo x le sigue la vara y a finales del siglo XV, con el papa Inocencio VIII, llega a San Pedro de Roma. Los santos clavos se encuentran todavía en el tesoro catedralicio de Tréveris. Allí se expone desde 1100 la Santa Túnica. ¡Pero hasta el siglo XV sigue habiendo nuevos descubrimientos de "reliquias de Cristo"! Y a comienzos del siglo XX el mundo dispone ya de más de diez mil escritos sobre las tradiciones cristianas localizadas en Palestina.[29]

El auténtico movimiento peregrinatorio, aunque no iniciado, fue impulsado sobre todo por santa Helena.

La intrigante sin escrúpulos que vivió durante mucho tiempo con el padre de Constantino, primero en concubinato y después en bigamia, es convertida en un ángel puro por los modernos católicos, en una "cristiana de gracia y fe" (Hümmeler), "muy modesta y sencilla, incansable en la asistencia a los servicios religiosos, siempre dispuesta a ayudar a cualquiera en apuros" (Schamoni), siempre activa con los presos, los desterrados y los condenados a las minas. Y así se la sigue festejando hoy todos los años, todavía hoy se la invoca para descubrir a los ladrones y contra el rayo. (Enterrada en Roma —anticipemos brevemente algunos acontecimientos— llega a Constantinopla mientras que su lujoso ataúd de pórfiro arriba después, ostensiblemente vacío, al Museo Vaticano. Su cabeza se venera primero en la abadía benedictina de Hautvillers [Altum Villare] y después en la catedral de Tréveris. Y a través de todos sus restos, auténticos o no, los eruditos bolandistas garantizan milagro tras milagro llenando doce hojas y dividiéndolos en doce clases, llegando hasta la inaudita salvación del conde Astaldus, que podía haberse roto la nuca en Otinus al caerse del caballo, pero que no se la rompió tras gritar la rogativa "¡Santa Helena, socórreme!".)

218

Junto con san Macario, parece ser que Helena consiguió encontrar la cruz de Jesús (con los clavos) sobre el monte del Calvario, una de las innumerables mentiras tan grandes como puños del catolicismo, motivo por el que se la considera una leyenda. *¡Hasta bien entrado el siglo XIX las obras estándar católicas consideraban auténtica la cuestión!* Pero todavía en el siglo XX puede suceder que en un mismo libro el "hallazgo o el descubrimiento de la cruz" se presente como un hecho real y como una leyenda al mismo tiempo.[30]

La santa (festividad 18 de agosto) encontró la cruz cuando peregrinaba en el año

28

29

30

326 hasta los "Santos Lugares". Y el también santo Macario I (festividad 10 de marzo), obispo de Jerusalén, testificó "el hallazgo o descubrimiento de la cruz". En efecto, tras una revelación de Dios, Helena encontró las tres cruces en el Gólgota y pudo verificar cuál era la auténtica resucitando a un muerto. Macario tocó en vano con dos de las cruces el cadáver de la viuda cristiana Libania, pero en contacto con la tercera "adquirió vida y alabó con alegría al Señor" (Donin). Otro obispo local, no en vano también honrado con el máximo título católico, el Padre de la Iglesia Cirilo de Jerusalén (348-386; festividad 18 de marzo), atestiguó igualmente la verdadera cruz que sin embargo, a diferencia de la leyenda, hizo salir a la (turbia) luz de la historia mediante otro santo descubrimiento, el del Santo Sepulcro. Y pronto los escritores, Padres y Doctores de la Iglesia se ocuparon del extraordinario hallazgo: Sócrates, Rufino, san Ambrosio, el obispo Paulino de Ñola. Y estas innumerables reliquias de la cruz, fruto de un desatino totalmente logrado, "han desempeñado un gran papel en la historia de la Iglesia" (Bertholet).[31]

Según Cirilo de Jerusalén, alrededor de 350 el mundo estaba lleno ya de partículas de la cruz. Como rasgo de especial veneración se enviaban astillas, más o menos grandes, a innumerables iglesias y particulares. Las numerosas iglesias de la Santa Cruz de todos los países, a las que todavía hoy se suele ir en peregrinaje, arrancan de una partícula de "auténtica" falsa cruz. Algunos devotos llevaban colgados del cuello diminutos fragmentos, como santa Macrina. Se enviaron trozos de la cruz a Constantinopla, a Roma, a León I, Sulpicio Severo, a la reina santa Radegunda de Poitiers, donde todavía se venera el fragmento después de que en el siglo VI su amigo (espiritual) Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, hubiera compuesto el famoso himno *Vexilla regís prodeunt* (avanzan los regios estandartes), utilizado en el breviario romano. El papa Gregorio I envió trozos de la cruz a la reina lombarda Teodelinda y al rey godo Recaredo. Y los trozos viajaron con infinidad de peregrinos hasta los lugares más remotos del mundo cristiano.[32]

Con este famoso reparto de filacterias, de "recuerdos de peregrinos", se dio un primer paso hacia la auténtica partición de las reliquias, el despiezamiento de los cadáveres de mártires, si bien ese proceso, el de división de la cruz, no permite prever todavía el desmenuzamiento de los muertos.

Aunque como ya se ha dicho, muy pronto hubo en todo el mundo—y mucho más después— reliquias de la cruz, ¡ésta no se redujo de tamaño! Los fragmentos que todavía circulan en la actualidad no se pretenden ya que sean auténticos, pero se afirma que han estado en contacto con la verdadera cruz y que, por consiguiente, están igualmente llenos de fuerzas sobrenaturales. El "hallazgo de la cruz" fue, desde luego, un hito histórico de primer orden; no sólo porque dio un impulso imprevisible a la peregrinación a Palestina, sino porque también de lo contrario no tendríamos nada tangible de aquel que ascendió hasta la diestra del Padre. Fue mucho después cuando la cristiandad tuvo acceso a una parte de la sangre que vertió (en la pasión) y a su prepucio en varias ciudades italianas, francesas, belgas y alemanas, de modo que surgió un verdadero culto con solemnes cargos en honor del Santo Prepucio e

31

32

incluso vicarios prepuciales especiales.[33]

219

Echemos de nuevo —y no sólo por curiosidad— otro vistazo hacia delante, puesto que con todos estos santos prepucios de Jesús se hizo una enorme propaganda, se hizo misión, se reforzó la fe, se aumentó el poder... y el capital.

Un famoso prepucio del Señor estuvo desde 1112 ó 1114 en Amberes. Llegó allí con todo género de pompas y festividades precisamente cuando florecía la "herejía" de Tanquelmo, un rigorista cristiano matado a golpes por un sacerdote probablemente en 1115. Conservado con acierto en la "iglesia de Santa María", el prepucio pronto obró un milagro y el obispo de Cambray vio cómo caían de él tres gotas de sangre. De este modo adquirió un gran prestigio. Se le destinó una lujosa capilla, un artístico altar de mármol en la catedral y fue llevado en solemne procesión.

Y a pesar de que al parecer desapareció en 1566 con la iconoclastia, todavía se le veneraba a finales del siglo XVIII.[34]

Pero este prepucio de Cristo de Amberes pronto tuvo una fuerte competencia con el de Roma y casi resultó desacreditado cuando nada menos que santa Brígida (muerta en Roma en 1373), la santa nacional de Suecia, garantizó la autenticidad de este segundo, tomando como testigo a la propia santa madre de Dios. En la medida en que esto favoreció el peregrinaje a Roma redujo el de Amberes, donde el clero explicó entonces que aunque no poseían todo el prepucio sí tenían "un trozo considerable" *(notandam portiunculam).* La peregrinación hacia Amberes volvió a activarse, sobre todo después de que los canónigos de Nuestra Señora (y del Santísimo Prepucio de Jesús) "demostraron" su autenticidad mediante un largo memorando, procedente en parte de la tradición de antiguos documentos y en parte debido también el "milagro de la sangre" que observó el obispo de Cambray, así como con otros milagros más.[35]

En 1426 se fundó en Amberes una hermandad "del santo prepucio de nuestro amado Señor Jesucristo en la iglesia de Nuestra Señora de Amberes". Pertenecían a ella 24 prominentes sacerdotes y laicos, y el papa Eugenio IV (ese Santo Padre que, disfrazado y bajo una lluvia de piedras, tuvo que huir de Roma y al que en 1438 el Concilio General de Basilea declaró destituido) concedió a los miembros de la Hermandad del Santo Prepucio una rica indulgencia e importantes privilegios, sin manifestarse por lo demás acerca de la autenticidad del prepucio de Amberes. Los papas no eran tan tontos. También otorgaron indulgencias al Santo Prepucio de Roma: Sixto V en 1585, Urbano VIII en 1640, Inocencio X en 1647, Alejandro VII en 1661, Benedicto XII en 1724, y tampoco estos papas han garantizado la autenticidad de la pieza de Roma. Pero los fieles podían obtener de ello ricas bendiciones. Y también los papas.[36]

Lo mismo que con el "descubrimiento de la cruz" en Jerusalén. Ello dio pie a que el emperador Constantino hiciera construir allí iglesias. A la propia Helena se le atribuyó un templo sobre Getsemaní, fundado por ella cuando peregrinaba con 79

33

34

35

36

años. En cualquier caso, se levantaban ahora en la ciudad y en Palestina lujosos templos cristianos. Además de obispos y sacerdotes, poco a poco fueron acudiendo también monjes y laicos. Y pronto se supo cómo satisfacer mejor sus necesidades de consuelo y fortalecimiento de su fe, y de una forma muy amplia. Se tuvo en cuenta incluso el creciente interés hacia los acontecimientos "desconocidos" en la vida del Nazareno. Los "objetos de recuerdo" de su vida "se multiplicaron hasta el desenfreno" (Kütting) en los dos siglos siguientes. Y con la tradición del Antiguo Testamento se actuó de un modo no muy distinto, toda vez que éste afectaba por igual a cristianos y judíos.[37]

220

Es cierto que la santa cruz, la "auténtica", que había que proteger contra el ansia de adoración de los fieles —al parecer, cuando la besaba, un peregrino arrancó una astilla de un mordisco—, era el centro de la liturgia y del interés general durante el siglo IV; es cierto que se produjeron aquí curaciones milagrosas, como en los templos de Asclepios y otros dioses paganos y que se sanó en especial a los poseídos (según san Jerónimo, en ningún lugar temblaban tanto los demonios, ya que se encontraban ante el tribunal de Cristo). Pero también se sabía mostrar a los peregrinos procedentes de todas direcciones, de Mesopotamia, Siria, Egipto, de Tebas, todos los tesoros posibles, multitud de monumentos del Antiguo Testamento y de tradiciones evangélicas locales.[38]

Acompañemos ahora en su peregrinación por "Tierra Santa" a algunas de las peregrinas más famosas de la Antigüedad cristiana.

La peregrina Eteria: su "modo ingenuo [...] y crédula sencillez [...] tienen algo extrañamente atractivo y seductor" (obispo August Bludau de Ermiand)

Poco se sabe acerca de ella. Incluso su nombre es objeto de controversias entre los eruditos. Es probable que fuera pariente del Praefectus praetorio Orientis, el galo Flavio Rufino, en ocasiones casi todopoderoso, un enérgico cristiano al tiempo que un monstruo repugnante, que de hecho reinaba en el Imperio de Oriente en el año 395, cuando Eteria peregrinó a Palestina. Por lo tanto el clero la lisonjeó y bendijo y hasta los anacoretas más alejados se apresuraron a acudir a su presencia, aunque Eteria era como mucho priora de un convento, si es que no una simple monja, que durante su ausencia de casi cuatro años fue relatando de manera conveniente a las hermanas su viaje.[39]

El diario, redactado de modo sencillo pero gráfico a su regreso a Constantinopla, no fue descubierto hasta 1884 y está incompleto. Además del título faltan el comienzo y el epílogo, así como algunas hojas intermedias. No se dice en la parte conservada cuándo fue escrita esta extensa epístola a las monjas de su convento occidental, ni a dónde. La mayoría de los autores suponen como fecha de redacción

37

38

39

el final del siglo IV y como patria de la peregrina el sur de

Francia o el norte de España. En cualquier caso, su gran viaje a Oriente hacia la península del Sinaí, Egipto, Palestina, Mesopotamia y Asia Menor no lo emprendió por motivos de estudio ni por placer, sino por devoción, *"gratia religiosa",* como dice el obispo de Edesa, y esto siempre alegra a los obispos, ya sean de la Antigüedad o del siglo XX. Para ellos los fieles no son nunca lo suficientemente crédulos. Así, el obispo de Ermiand, August Bludau, en su libro sobre Eteria elogia "el modo ingenuo con el que está redactado este relato del viaje, el candor y la crédula sencillez que de él emanan, que tienen algo extrañamente atractivo y seductor".[40]

Nuestra *Deo vota* es desde luego conocedora de la Biblia y deseosa de saber, pero no conoce el escepticismo. La duda sobre la autenticidad o identidad de lo que la mostraban debió considerarla como pecado, o como una criptoblasfemia. De todos modos, se permite un cauteloso "se dice", que suena más piadoso que prevenido. Y la máxima restricción que se concede podría ser la cautelosa frase de "como decía al menos el santo obispo". Imperturbable, quería ver el lugar de cada una de las leyendas bíblicas, "sin poner nunca en apuros a los monjes del lugar. La época antigua se alegraba sin turbarse de las cosas que encontraba", opina el obispo Bludau de Ermiand.[41]

221

Pero si esta mujer de alto rango y en modo alguno carente de formación aceptaba prácticamente todo lo que le mostraban los obispos, sacerdotes y monjes que la guiaban, ¡con cuánta credulidad debieron admirarlo y venerarlo después las masas de peregrinos!

Eteria ve el monte sobre el que Moisés rezaba mientras Josué vencía a los amalecitas. Ve la piedra contra la que rompe Moisés las primeras tablas de la ley y en el Sinaí la gruta en la que por segunda vez recibe del propio Dios las tablas. Ve el espino ardiente donde estaba Moisés y se percata de que "todavía hoy se cubre de verde y echa brotes". Piadosos monjes que conocen cada uno de los lugares citados en la Biblia le muestran dónde se fundió el becerro de oro, dónde Moisés vio los instintos sacrílegos de los hijos de Israel, el lugar donde él ordenó a los levitas matar a los idólatras, dónde se quemó el becerro de oro y llovió maná. Afirma el obispo August Bludau: "La piadosa peregrina se muestra satisfecha en su interior por lo que se le enseña, y sólo raras veces se abre en su relato una ligera duda".[42]

En la ciudad de Ramses el venerable y santo obispo le presenta dos grandes estatuas de Moisés y Aarón, construidas por los israelitas en su honor, y un sicómoro apreciado por los patriarcas, que todavía se llama *"dendros alethiae"* (árbol de la verdad) y cuyas ramas ayudan contra la indisposición. En Livias ve los cimientos del campamento en el que Moisés se lamentó durante treinta días, también los lugares donde escribió el Deuteronomio y donde bendijo a su pueblo por última vez antes de su muerte. Se la llevó igualmente hasta una fuente de deliciosa agua de la que daba de beber a los hijos de Israel en el desierto. En el monte Nebo, los monjes y el obispo de Segor le enseñaron el lugar donde los ángeles enterraron a Moisés, a pesar

40

41

42

de que en la Biblia se dice que "nadie conoce su tumba" (Det. 34, 6).[43]

222 Sin embargo, la columna de sal en que se convirtió la pobre mujer de Lot en el mar Muerto y a la que acudían la mayoría de los peregrinos a Palestina, ya no podía verse, "y por eso no os puedo engañar sobre este asunto", admite Eteria a sus hermanas, a pesar de las palabras, como pone de relieve, de las "Sagradas Escrituras". Sin embargo, según dice al menos el obispo de Sengor, la mujer de Lot convertida en sal podía verse todavía hasta hace pocos años. Según Clemente de Roma, san Justino y san Ireneo aún estaba en su época, y August Bludau, obispo de Ermiand, remite en una nota a pie de página al trabajo científico de M. Abel "in Rev.[44] bibl. 1910, 217-233" acerca de "los traslados y transformaciones que sufre la "mujer de Lot" a lo largo del tiempo". Y aunque a finales del siglo IV ya brillaba por su ausencia, según la guía (520-530) del archidiácono, Teodosio, vuelve a aparecer en el siglo VI, aumentando con luna creciente y reduciéndose con la menguante. También un peregrino de Piacenza atestigua su existencia alrededor de 570; según oye decir, no ha disminuido de tamaño a pesar de que la han lamido los animales. ¡Milagro tras milagro![45]

Convencida por los monjes, Eteria visita el sepulcro de Job en Hauran, un "fatigoso viaje de ocho jornadas *(per octo mensiones},* si es que puede hablarse de cansancio cuando se ve cumplido un deseo". Por el camino ve la ciudad del rey Melquíades, el río donde actuaba Juan el Bautista y el valle donde los cuervos alimentaban a Elías en la época del rey Akab. Finalmente y lo mismo que hace en los lugares especialmente santos, solicita al obispo en la tumba de Job recibir la comunión y también su bendición. Desde luego, en la mayoría de estos santos lugares hay iglesias, hombres santos, se reza, en ocasiones se bendice, a menudo se canta un salmo o se dice un sermón y siempre se lee el correspondiente pasaje de la Biblia, por así decirlo, la auténtica demostración. La piadosa virgen nunca habla de "cosas profanas" con sus santos acompañantes, sino que mantiene siempre una "conversación piadosa".

¡Oh, maravilloso Jerusalén!

Naturalmente, Eteria también vio Jerusalén, donde ya había encontrado cosas sorprendentes otro visitante occidental de Palestina muy considerado por la investigación, el llamado peregrino de Burdeos, en el Anno Domini 333. Por ejemplo, en Sión — que según la tradición israelita es el ombligo del mundo—, en medio de las ruinas del palacio de Caifás la columna donde azotaron a Jesús. Un hallazgo realmente increíble, incluso aunque Jerusalén no hubiera sido arrasada totalmente dos veces: una por Tito, en el año 70, en la que el templo se convirtió en un montón de ruinas y en toda la colina oriental "no quedó ni una huella de construcción" (Cornfeld/Botterweck); y una segunda vez por Adriano, en 135 durante la guerra contra Bar-Kochba. Según relata Eteria, es comprensible que se adorara de modo

43

44

45

especial esa columna. Sobre todo porque sobre ella se vieron las huellas, como impresas en cera, de las manos del Señor que la rodeaban y también impresiones de la barbilla, la nariz e incluso los ojos, de todo su rostro. No resulta por tanto sorprendente que se llevara al cuello una pequeña reproducción de esta columna como amuleto para protegerse de todos los males.[46]

223

La iglesia de Sión se convirtió en el curso del tiempo en un auténtico arsenal de reliquias. En los siglos V y VI se hallaron allí la corona de espinas de Jesús, la lanza con la que le atravesaron el costado, el cáliz en el que bebieron los apóstoles tras su ascensión a los cielos e incluso las piedras con las que el maligno pueblo había matado a san Esteban, incluyendo la gran piedra sobre la que él estaba. Pronto poseía la iglesia de Sión tantos tesoros que apenas podía enumerarlos otro apreciado visitante de Jerusalén, el peregrino (anónimo) de Piacenza (alrededor del año 570). Este cristiano relata que los médicos preparaban en los xenodoquios de la ciudad la comida con el rocío que caía por la noche sobre la iglesia de Sión, la del Santo Sepulcro y otros templos cristianos. Es comprensible que ante tantas cosas increíbles el hombre tuviera que coger fuerzas y, lo mismo que otros peregrinos, bebiera en la iglesia de Sión del cráneo de una mártir Teodata.[47]

El peregrino de Burdeos vio también la casa del sumo sacerdote Caifás; la azotea del templo donde el diablo habló a Jesús: "Si eres el hijo de Dios, tírate [...]"; la palmera del monte de los Olivos que proporcionó las ramas para su entrada en Jerusalén. (Más tarde, según sabemos, en Verona se guardaban las reliquias del asno, cuyos excrementos, eso no lo sabemos, debieron de pertenecer al monasterio de Gráfrath, cerca de Colonia.) El peregrino vio la piedra donde Judas traicionó al Señor, aunque doscientos años después, alrededor de 530, la piedra se modificó, lo mismo que la columna de la flagelación, pues ahora estaban allí marcados los hombros de Jesús como si hubiera sido sobre cera blanda.

¡El hombre de Burdeos incluso llegó a ver la piedra angular que habían rechazado los constructores! Y en el monte de los Olivos el lugar donde inició Cristo la ascensión al cielo. (Tanto en el paganismo como en el judaísmo, los viajes al cielo eran historias conocidas. San Justino, que a menudo señala que mucho de lo que el cristianismo posee y enseña también lo poseía y enseñaba el paganismo, dedica un capítulo a enumerar los hijos de dioses que subieron al cielo. Hermes, Asclepios, Dioniso, los hijos de Leda, los Dioscuros, Perseo, hijo de Danae, Belerofonte, de origen humano, etc., y no olvida añadir "que tales cosas se escribieron para utilidad y devoción de la juventud adolescente [...]".) El peregrino de Burdeos vio el lugar de la ascensión a los cielos de Cristo en el monte de los Olivos. ¡Más tarde se mostraba este lugar en el monte Tabor, en Galilea! Perfectamente consecuente, pues también en el Nuevo Testamento se señala, según los Hechos de los Apóstoles, que Jesús se eleva al cielo desde el monte de los Olivos, y según el Evangelio de Lucas en las proximidades de Betania. (Lo mismo que la propia ascensión, que según Lucas se produce el mismo día de su resurrección, la noche del domingo de Pascua, pero que en los Hechos de los Apóstoles tiene lugar cuarenta días después.)[48]

46

47

48

224

A todas estas maravillas hay que añadir también que el Transfigurado dejó las huellas de sus pies divinos, "según la fiable tradición". Esto se conocía ya en la religión de Heracles y de Dioniso. Jerónimo, que fue el que más animó la fiebre peregrinatoria en la mente de sus lectores del lejano Occidente, Jerónimo, honrado con el máximo título de su Iglesia y como patrono de sus facultades de teología, y al mismo tiempo uno de los santos difamadores menos escrupuloso, falsificador de documentos, ladrón eclesiástico, intrigante, denunciante, Jerónimo asegura que todavía: en su tiempo, en el siglo V, se podían ver estas huellas de Jesús. Y Beda el Venerable, un historiador y naturalista tan desapasionado "que sus obras sobre estas ciencias siguen siendo hoy objeto de admiración" (Salvator Maschek, capuchino), atestigua la existencia de estas huellas de Cristo todavía en el siglo VIII. (No en balde Beda se convirtió en el "maestro de la Edad Media" y, según el arzobispo de Canterbury, con motivo del decimosegundo centenario del santo, en 1934, nos sigue mostrando "la unión entre fe y ciencia", como demuestra el testimonio de Beda sobre las huellas de los pies.) Desde luego un milagro impresionante teniendo en cuenta que cada peregrino de Jerusalén se llevaba algo de la tierra que el Señor había tocado por última vez antes de su regreso.

Con las huellas de los pies sucedió lo mismo que con las partículas de la cruz.[49]

El suelo de "Tierra Santa" gozaba de gran aprecio, como atestigua una crónica de Agustín. ¡El señor Hesperio de Hipona había recibido algo de tierra de la tumba de Cristo y la tenía en su dormitorio para ahuyentar el mal! Después, no obstante, un dormitorio no le pareció (a él o seguramente a su obispo) un lugar suficientemente venerable, de modo que, con la autorización del mitrado, aquella tierra fue inhumada y sobre aquel suelo se edificó una capilla. Pronto se llevaron los cristianos tanta tierra de Jerusalén que se llegó a la conclusión que el monte de los Olivos se iría reduciendo paulatinamente. En realidad lo que se reducía era otra cosa, pero en eso no pensaban los cristianos.[50]

No sólo había éste sino muchos otros lugares de peregrinaje y su número crecía constantemente. Los fieles piadosos buscaban "fijar la localización exacta" de todos los episodios bíblicos en Palestina y su entorno "aunque no hubiera ninguna tradición antigua, y la fantasía del pueblo creyente lo aceptaba complaciente" (Kótting). Dicho de otra forma: lo mismo que en la "Ciudad Santa", también en "Tierra Santa" se falsificaba, y cuanto más mejor. Naturalmente, mucho menos por la "fantasía del pueblo" que por la del clero. Los obispos, los sacerdotes y los monjes eran los que solían guiar — y capitanear— las peregrinaciones; lo último de manera constante.[51]

225

Otras atracciones para los peregrinos de Palestina

Un gran monumento era Belén, el lugar de nacimiento del Señor, y lo más valioso

49

50

51

de allí el pesebre. Mucho antes que Jesús ya habían estado en uno otros bebés divinos. A Zeus o Hermes, por ejemplo, se les representa en pañales en un pesebre. También Dioniso, dios preferido del mundo antiguo y que recuerda al ídolo cristiano en multitud de rasgos sorprendentes, estuvo primero en una cesta sagrada *(liknon).* El pesebre del Pobre Hijo de Dios fue enriqueciéndose con oro y plata procedentes de las donaciones de los peregrinos. Al cabo de medio milenio, en el siglo VI, también se podían contemplar en Belén los restos de los niños inocentes a los que Herodes había hecho matar, así como otra pieza de exposición, la mesa a la que se sentó la santa Madre de Dios con los Tres Reyes de Oriente; en 1164 las reliquias llegan a la catedral de Colonia, al monasterio de Ottobeuren; en 1238-1239 a Aquisgrán...[52]

Por lo visto, ni el peregrino de Burdeos ni Eteria visitaron Nazaret. Apenas se conocían allí monumentos. Pero alrededor del año 570, el peregrino de Piacenza vio en Nazaret hasta los maderos de la sinagoga que sirvieron de asiento a Jesús, incluso su abecedario. Y de la presunta vivienda de María se hizo una iglesia, que albergaba toda una serie de ropas milagrosas de la Esposa de Jesucristo.[53]

El Jordán, donde bautizaba Juan Bautista, fue pronto objeto de visitas por sus aguas "curativas". El agua de este tipo desempeñó un papel muy importante en muchos lugares de peregrinaje, sobre todo en el de san Menas de donde se la llevaba a todo el mundo desde incontables fuentes, siempre que fueran cristianas. También de Seleucia y Éfeso se sacaba el líquido milagroso, lo mismo que de Tesalónica, de Ñola, de Tours. Y en Palestina no, sólo en el Jordán había agua "milagrosa". Se acudía a numerosos estanques de Jerusalén o a las termas de Elías, en el lago Genezaret, a una fuente en; Emmaus, donde Jesús se lavó los pies, a una fuente de Belén en la que Mana bebió durante la huida a Egipto..., y absolutamente todo se pagaba.

En el Jordán se celebraba la festividad de la Epifanía, el aniversario del bautizo del Señor, día en que se producían muchos milagros. El punto del lecho del río donde esto tuvo lugar se señalizaba perfectamente con una cruz de madera. El emperador Anastasio hizo levantar allí una iglesia. Por supuesto, también había varios albergues para peregrinos. El cuerpo del Bautista, asesinado por Herodes, se veneraba en Sebaste, en Samaría, y su cabeza en Edesa; aunque también se afirmaba tenerla en Damasco y en Ascalon y una parte en Amiens. Se conocen de él cerca de 60 dedos. No se tardó en atestiguar multitud de milagros. San Jerónimo, el mayor erudito de la Iglesia de la Antigüedad, relata ampliamente el tumulto que escenificaban los malos espíritus en la tumba del Bautista a no querer salir de los poseídos.[54]

Para expulsar a los demonios, es decir, para tratar a los enfermos mentales a los que antes se creía poseídos por los malos espíritus, había centros de peregrinaje especiales; sobre todo la tumba del Bautista en Sebaste, el Gólgota y los centros de Eucaita, Ñola y Tours, aunque los epilépticos, los enfermos nerviosos y los enfermos mentales buscaban también ayuda en otros lugares. Está confirmado que desde el siglo III, en el cristianismo el agua bendita no se utilizaba sólo para socorrer a los enfermos sino también para ahuyentar a los malos espíritus.[55]

52

53

54

55

Por supuesto que además de a María y al Bautista, en Palestina se adoraba también a otros santos y se fomentaba su culto, entre otros a Jorge, Pelagia, Isicio, Víctor, Hilarión, Santiago, Simón, Menas, Julián, Tecla, Cosme, Damián, los 40 mártires. Pero dado que de los primeros mártires por regla general no se tenían reliquias cuando éstas se pusieron de moda, fue necesario "volver a encontrarlas" (Kötting). Al ser sólo unos pocos los que podían conseguirlas, ya fueran verdaderas o falsas, se hicieron recuerdos para las masas, las llamadas *eulogias* o *hagiasmata*, que las hubo en todos los centros de peregrinaje de la Antigüedad.[56]

No había límites para la fantasía. Por ejemplo, se enrollaba un cordel alrededor de la "columna de la flagelación" y después se lo llevaba como "filacteria" — una palabra más distinguida que "amuleto"—, o sea, como colgante contra la brujería y para atraer la buena suerte. Estos medios protectores y ahuyentadores del mal los hubo en el cristianismo como gotas en el mar. Lo mismo que los paganos se llevaban a casa reproducciones de los templos e imágenes de los dioses, de Éfeso una copia de Efesia, de la peregrinación a Delfos una figurilla de Apolo (también Sila y Plutarco las llevaban), de los centros de peregrinaje sirios figuras de plomo de Atargatis o cenizas del altar de los sacrificios de Lebena, y utilizaban todo esto y más como medio protector, como filacterio contra el mal cuando se estaba de viaje y en casa, lo mismo hicieron los cristianos. Se recogía algo de agua del Jordán (lo mismo que más tarde los árabes se llevaban agua de la fuente de Zamzam, en la Meca), se introducían paños en el río para emplearlos después como sudarios pues al parecer les sentaban muy bien a los cadáveres. Del monte Sinaí se llevaban a casa "rocío del cielo" o "maná", y de Cesárea incluso astillas de la presunta cama de Cornelio.[57]

El que estos "recuerdos de peregrinos" se entendieran de modo aparentemente distinto en el paganismo, que la Iglesia desligara sus nuevos "medios de bendición" de las prácticas de magia, haciendo que el cristiano no esperara obtener ayuda de la misma imagen, como el pagano, no de los dioses sino de la divinidad, de Dios, no es, desde luego, una diferencia tan revolucionaria como se nos quiere hacer creer, aparte de que tampoco en el paganismo estas imágenes se identificaban con los dioses, sino que se consideraban en un sentido simbólico.

Junto a las atracciones del Nuevo Testamento — no se han mencionado desde luego todas las que desempeñaron un papel importante — hubo también, naturalmente, multitud de piezas y lugares de recuerdo procedentes de la época judía precristiana. Las peregrinaciones cristianas siguieron al principio con mayor ahínco la tradición del Antiguo Testamento. Y como mínimo hasta comienzos del siglo IV fue mucho mayor que la del Nuevo Testamento.[58]

227

De la tumba de Abraham al estercolero de Job

El peregrino de Burdeos visita en 333 muchas más tradiciones locales judías del

56

57

58

Antiguo Testamento que del Nuevo Testamento y vuelve a ver literalmente lo más increíble. De pronto se descubrieron cerca de Belén "el lugar de nacimiento de nuestro Señor Jesucristo", las tumbas de Ezequiel, David, Salomón y otros, encima de cada una de las cuales aparecía su nombre en "caracteres hebreos". Incluso se mostraba, en Hebrón, la tumba de Abraham, cuya época, si es que vivió, se remonta a finales del tercer milenio antes de Cristo. (El Nuevo Testamento calcula desde Abraham hasta Jesús 42 generaciones para Mateo y 56 para Lucas. Los dos árboles genealógicos de Jesús desde José — ¡que al parecer no fue su padre! — hasta David, que cubren un milenio, ¡tienen dos nombres en común!) Según la Biblia, Abraham, del que desciende todo Israel desde el punto de vista "teológico", murió a la "buena edad" de "ciento setenta y cinco años". Sin embargo, el testimonio de las tumbas palestinas señala que en tiempos de "Abraham" la duración de la vida no solía superar los cincuenta años. Y por supuesto que de la tumba de Abraham, si es que la hubo y que atestiguaron Padres de la Iglesia tales como Basilio, Ambrosio y Jerónimo, se sabía en 333 tan poco como de las de Isaac, Jacob, Sara, Rebeca y Lea, que también pudo contemplar nuestro peregrino.[59]

El hombre de Burdeos visitó también el famoso terebinto de Betsor bajo el cual el patriarca Abraham había hablado con los ángeles y había comido, que era ya en la época precristiana un lugar de peregrinación famoso. El emperador Constantino no omitió esfuerzos en adornar con una basílica este lugar venerable, lo mismo que muchos otros. Allí acudían judíos, paganos y cristianos, se rezaba a Dios o se invocaba a los ángeles, se ofrendaba vino, incienso, bueyes, ovejas, carneros, gallinas. "Cada peregrino lleva lo que más ama (!) y que ha estado cuidando durante todo el año, para entregarlo como ofrenda votiva por él y los suyos [...]" (Sozomenos).[60]

El peregrino de Burdeos admiró en Bethar el lugar donde Jacob había luchado con el ángel, en Sichar los plátanos plantados por Jacob, en Sichem la tumba de José, en Betania "el sepulcro de Lázaro, donde fue enterrado y donde resucitó". En Jericó contempló con asombro "el sicómoro de Zaqueo", al que este rico publicano judío se subió para ver a Jesús, En Jericó, atrajo al galo una fuente que primero volvía estériles a las mujeres, pero que desde que el profeta Elías había echado sal provocaba una gran fertilidad. Nuestro peregrino pudo visitar en Cesárea una fuente con las mismas virtudes. Se le enseñó también el lugar donde David luchó contra Goliat, la colina desde donde Elías viajó al cielo y muchas otras cosas maravillosas.[61]

Una especial fuerza de atracción sobre los cristianos la ejercía el estercolero de Job. Según afirma el Padre de la Iglesia Juan Crisóstomo, era "un peregrinaje que se movía desde los confines del mundo hasta Arabia, porque el estiércol de Job [...] aumenta la sabiduría y exhorta a la virtud de la paciencia". La tumba de Job la vio el peregrino de Burdeos en Belén, la peregrina Eteria la vio en Carneas, en el este de Jordania.[62]

Finalmente, en Jerusalén se mostraba el palacio de Salomón con una estancia en la que antaño el rey escribía la "Sabiduría". El altar del templo salomónico llevaba

59

60

61

62

todavía los restos de sangre del asesinado Zacarías y las huellas de los soldados asesinos como si hubieran quedado marcadas en cera. Se visitaban también las numerosas fuentes milagrosas, de las que había una que descansaba cada siete días, en el día del Señor. Por doquier había caños por donde recoger el agua milagrosa.[63]

San Jerónimo, cuando se retiró alrededor de 395 a Jerusalén, tenía todavía suficiente fuerza de fe, sagacidad, cinismo o lo que se quiera, como para escribir al obispo Paulino, procedente de Burdeos: "¡No creas que falta algo a tu fe sólo porque no has visitado todavía Jerusalén!".[64]

Poco a poco el peregrinaje fue extendiéndose por todo el mundo. En Siria alcanzó, con la peregrinación en pos de personajes vivos, una antigua dimensión totalmente nueva.

228

Camino a la cumbre: De los "santos topo" a los "estilitas"

La peregrinación hasta personas todavía vivas se hizo imitando costumbres paganas. Por todo el Imperio romano atrajeron a las masas los poseídos de "Dios", los predicadores y los taumaturgos, les atrajeron sabios, visionarios, los proclamadores de la salvación, los mistagogos y los inspirados. Y estos *divi* vivientes, agraciados, que se creían llenos del espíritu y de la fuerza de Dios, a los que se consideraba enviados de Dios, pusieron en movimiento a multitudes enteras. En la época del helenismo, del sincretismo religioso, las masas populares gustaban de los dioses "próximos", de los auxiliadores "más cercanos", y acudían a visitarles y admirarles; los *divi* ocuparon, por así decirlo, el puesto de los filósofos y escritores de la era clásica.[65]

Entre los más famosos de estos paganos se cuenta un contemporáneo de Jesús, Apolonio de Tiana, cuya vida relatada por Filostrato muestra numerosos y sorprendentes paralelismos con la imagen bíblica de Jesús, hasta el punto que a veces se lee como un evangelio. Y un representante todavía más dudoso si cabe de esta cofradía divina es el Peregrino Proteo, un cínico, que hacia el año 167 d. de C., en un acto espectacular, se autoincineró en Olimpia ante multitud de curiosos, y que con anterioridad, cuando permanecía en prisión, había declarado profesar la fe cristiana, según Luciano, simplemente para obtener ricas ofrendas.[66]

Según los apologistas, existe una gran diferencia entre la peregrinación hasta paganos vivos y hasta cristianos vivos, una gran diferencia entre esa peregrinación pagana y la cristiana. Aunque se admite la notable similitud, incluso igualdad de las formas, el auxiliador pagano actuaba por sí mismo, mientras que el cristiano lo hacía a través de Dios, aquél una fuente, éste un instrumento; una ayuda es práctica teúrgica sometida a influencias mágicas, la otra auténtica y verdaderamente religiosa, el propio Cristo es la fuente, lo mismo que el héroe pagano: sin embargo, Cristo "es

63

64

65

66

aquí una excepción, no se le puede comparar con otros" (Kótting).[67]

Esto ya lo sabemos y los sofismas y las mentiras clericales de esta índole, las diferenciaciones seudoeruditas, que en el fondo no son nada más que burdos engaños predicados desde hace siglos, podemos dejarlos correr. En cualquier caso se trata, por un lado, de la necesidad de ayuda, de satisfacer la curiosidad y de creer en los milagros, y por el otro de la famosa excentricidad de los feriantes y los intentos de capitalizar la miseria y el embrutecimiento; resumiendo, se trata siempre de la penuria humana, del ansia de milagros y de negocio.

229

Vimos ya qué gran poder de atracción tenían los ascetas. A muchos no les apetecía en absoluto ser objetos de la curiosidad piadosa. Se ocultaban en cuanto que veían a un bípedo, lo mismo que hacen los animales salvajes en su guarida, desaparecían en la tierra como si fueran topos, de modo que se les vino a llamar también los "santos topo". Muchos huían "ante el olor del hombre". Además, muchas de las mortificaciones no eran adecuadas para mostrarlas al público, como las practicadas por ciertos autorrecluidos o, verbigracia, por los *boskoi* (los "pasturantes").

Pero había otros ascetas a los que les gustaba la "publicidad" y que se rodeaban de un numeroso grupo de discípulos; san Apolonio, según atestigua el historiador de la Iglesia Rufino, con más de quinientos. Otros parecían más bien exhibicionistas extremados. Cubrían sus "impudicias" con el cabello largo, con pobladas barbas, con hojas o simplemente recogiendo con rapidez las piernas. Sin embargo, su heroísmo, su autosacrificio heroico lo hacían por sacro egoísmo, para conseguir el reino de los cielos, y mostraban sin escrúpulos sus mortificaciones y todo tipo de locura imaginable. Se representó entonces en estos desiertos "un teatro sin parangón, un teatro en el que cada uno da la impresión de desempeñar un papel eterno lleno de ardor y con escrupulosa precisión", y todo esto de tal modo que sería muy difícil, si no imposible, "diferenciar entre los locos auténticos y los simulados, distinguir a los santos verdaderos de los falsos [...]" (Lacarriére).[68]

Toda esta locura cristiana en los desiertos de Egipto, Arabia y Siria despertó la curiosidad de los creyentes. Surgió una "segunda Tierra Santa" (Raymond Ruyer), comunidades cuasi comunistas y excéntricos de todo tipo, y comenzó hasta allí la peregrinación, sobre todo porque para muchos la tierra de los faraones era sólo una pequeña excursión en su peregrinaje a "Tierra Santa". Desde la segunda mitad del siglo IV son incontables los que por los más diversos motivos visitan a los anacoretas más famosos y los más importantes centros monacales, los monasterios en Pispir, Kolzim, Arsinoe, Oxirrincos, Afroditópolis, Babilonia, Menfis, etc. Acudían las llamadas gentes sencillas y "gentes de mundo", nobles, dignatarios del Imperio, damas acaudaladas como Paula, la rica amiga de Jerónimo. La peregrina Eteria se contaba entre ellos y a veces figuras ilustres de la historia de la Iglesia en Oriente y Occidente, Paladio, Juan, Casiano o Rufino de Aquilea. Por supuesto, los grandes albergues anejos a los monasterios cuidaban de una estancia más prolongada de los peregrinos.[69]

239

67

68

69

Entre los diversos géneros de la locura ascética y de la mortificación teatral estaban los llamados "estáticos". Y este género, que surgía en medio de todo el mundo, atrajo hacia sí la atención, atrajo a los peregrinos y los mirones que contemplaban admirados a aquellos valerosos que se mantenían de pie sin moverse, como columnas, durante horas o días enteros, en cualquier tiempo, bajo un sol ardiente o lloviendo a cántaros, con los brazos cruzados o elevados hacia el Padre divino, en silencio, rezando, cantando. San Jacobo, más tarde obispo de Nisibis y maestro del santo antisemita Efrén, tenía "sólo el cielo como cubierta" y entraba en tan profunda "éxtasis" que una vez quedó totalmente enterrado en la nieve sin que al parecer se enterara. Los griegos siguen celebrando hoy su festividad el 13 de enero o el 31 de octubre, los católicos el 15 de julio, los sirios el 12 de mayo, los maronitas y los coptos el 13 de enero, los armenios el 15 de diciembre. Un colega del celebrado anacoreta, Juan de Sardes, mientras duerme por la noche se mantiene de pie por medio de una cuerda que hace pasar por debajo de sus brazos. Sobre san Dómino, también "estático" de profesión y "expuesto a los ojos de todo el mundo", relata el Padre de la Iglesia Teodoreto que "nunca habla sin derramar lágrimas, pues lo sé por experiencia, ya que a menudo tomaba mi mano y la llevaba hasta sus ojos y la humedecía hasta dejarla totalmente mojada".[70]

Pero incluso a estos locos eclipsa un tipo de mortificación y exhibicionismo que lo continuó a un nivel todavía más elevado, que constituye por así decirlo la máxima cumbre de estos esforzados anacoretas, la práctica de los estilitas (de *stylos,* columna).

231

Más cerca, Dios mío, de Tí...

Los estilitas — que dieron pie a un notable movimiento peregrinatorio que no finalizó con su muerte, sino que floreció en el lugar de su capricho tan ambicioso como demencial y precisamente por eso tan espectacular — permanecían sobre columnas de piedra o madera, naturalmente sólo para alejarse de la tierra, de los seres humanos. No es casual que este punto álgido del absurdo cristiano, al menos exteriormente, comenzara en Siria, donde los paganos ya creían que un ser humano podía hablar tanto mejor con los dioses cuanto más alto estuviera.[71]

En consecuencia, el movimiento de los estilitas cristianos tenía un antecesor en el culto de la diosa siria Atargatis, que ofrecía también otros curiosos paralelismos con el cristianismo. Los sacerdotes sirios gozaban de la divinidad sobre todo comiendo pescado, pues era sagrado para la diosa-pez Atargatis, de la que había un templo en Kamion, al oeste del lago Genezaret. El culto a Atargatis y la veneración del pez eran, pues, algo muy próximo al cristianismo primitivo. No es casual tampoco que el pez, símbolo de misterios paganos muy difundidos se convirtiera en el símbolo del misterio más sagrado de la cristiandad, la eucaristía —ahora el "verdadero misterio del pez", el "pez puro"—, adoptándose por primera vez el pez como símbolo de culto a través de los cristianos de Siria y la voz griega de pez, *ichthys,* formó un

70

71

anagrama del nombre "Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador".[72]

Luciano de Samosata (hacia 120-180 d. C.), el gran blasfemador sirio, el Voltaire del siglo II que luchó contra las prácticas de culto, la mitología y la superstición, relata un rito muy celebrado en su época en Siria en honor de la diosa Atargatis. En su obra *De dea Syria* narra una costumbre en la que dos veces al año un celebrante debe trepar hasta un falo de piedra de cincuenta y dos metros que hay delante del templo y ha de permanecer allí arriba durante una semana. Los peregrinos dejaban al pie del falo monedas de cobre, plata y oro. Según escribe Luciano, la multitud "cree que este hombre habla con los dioses desde el lugar elevado donde está, que les pide fertilidad para toda Siria y que los dioses escuchan su oración desde más cerca". De modo casi literalmente idéntico caracterizan más tarde los Padres de la Iglesia Teodoreto de Ciro y Evagrio Escolástico el ascetismo del estilita cristiano Simeón.[73]

Simón Estilita el Viejo, nacido alrededor de 390 en Nicópolis, comienza su carrera igual que muchos grandes cristianos, como pastor. Durante un decenio hace expiación en el monasterio de Teleda de manera tan exagerada que los monjes no le pueden aguantar y piden que se vaya. Durante cinco días canta en una fuente seca "la alabanza de Dios". Después, hacia 412, se deja emparedar al norte de Antioquía durante la cuaresma un total de 28 veces, sin tomar ningún alimento. Más tarde cuelga encadenado de una roca y contempla "con los ojos de la fe y del espíritu las cosas que hay arriba en el cielo"; una actividad tan útil que las multitudes abandonaban su casa y peregrinaban hasta Simeón, lo que resultaba no menos útil. Incluso hubo al parecer paganos que le hicieron regalos. Los fieles querían tocarle, tener jirones de su ropa, obtener un pelo de su pellón. Por lo tanto, para elevarse "espiritualmente", para estar más cerca del cielo, trepó a su columna y se convirtió en el fundador del movimiento estilita (cristiano).[74]

Simeón se acerca al Todopoderoso primero un metro, después cinco, seis, once, aunque las tradiciones varían de una a otra, como con todo. Al final está a veinte o veinticinco metros de altura, casi durante treinta años, "pues el anhelo que tenía de elevarse al cielo hizo que cada vez se alejara más de la tierra". Con ello queda expuesto a cualquier tormenta y al sol (más tarde, algunos estilitas construyen una cabaña, un techo, sobre su columna). El santo apenas sabía escribir, pero locuaz sí que era como para predicar dos veces al día a los peregrinos y para insultarles llamándoles "perros", pues disputaban entre ellos por su culpa. En las fiestas mayores permanecía toda la noche con los brazos alzados hacia Dios, según otras fuentes también las restantes noches "sin cerrar ni una sola vez los párpados". Permanecía erguido o se inclinaba hasta los dedos de los pies para rezar "pues ya que sólo come una vez a la semana, su vientre es tan liso que no le cuesta ningún trabajo inclinarse". El obispo Teodoreto relata también que estas "adoraciones" de Simeón eran tan abundantes que muchos las contaban. Uno de sus acompañantes contó en un día hasta 1,244 "adoraciones" pero, agotado, dejó de contar.[75]

El célebre personaje consideró incluso la posibilidad de pasarse toda su vida

72

73

74

75

apoyado en una única pierna. “Al candelero del orbe cristiano” (Cirilo de Escitópolis) se le quedaron rígidos los miembros, llenos de heridas y úlceras que pronto se descomponen. Un invierno, así afirma al menos su discípulo Antonio, autor de una vida fantástica del maestro, sus muslos se pudrieron tanto “que salieron multitud de gusanos, que caían desde su cuerpo a sus pies, de sus pies a la columna y de la columna al suelo, donde un joven llamado Antonio, que le servía y ha visto y escrito todo esto, por orden suya los recogió y se los devolvió arriba, donde Simeón los puso sobre sus heridas y dijo: “Comed lo que Dios os ha dado”.”[76]

¡Que luego digan que el cristianismo no es amigo de los animales!

Aunque ágil como una ardilla, a Simeón se le consideró mártir. En efecto, vivo superó a los santos muertos, para muchos contemporáneos era casi más importante que Pedro y Pablo, en su opinión sobrepasaba en el ayuno a Moisés, Elías e incluso a Jesús. Simeón no curaba con los fragmentos de su ropa ni con su saliva, su simple oración hacía milagros. Se arrancaban pelos de su pellón, se recogían lentejas de su comida y tierra del lugar donde vivía. Al final todo estaba empaquetado y listo para usar, eulogias, alimento natural, aceite curativo, polvo bendito, ”polvo milagroso”; al principio con una cruz, después con un retrato de Simón y al final con figuritas completas suyas.[77]

El polvo era un ”medio de bendición totalmente natural”, nada más barato, nada más próximo; valioso ”como piedras preciosas”: particularmente curativo en las enfermedades gastrointestinales. Se le llevaba en pequeñas cápsulas, no se le utilizaba sólo como medicamento, sino también como filacteria y era muy solicitado, más que en ningún otro lugar en Tours; aunque también en Eucatia o incluso en el lugar donde estaba Simeón, donde los peregrinos, aunque no iniciaron una nueva era de la medicina, ”sí una nueva era de las peregrinaciones y de la piedad popular” (Kótting). Más tarde se recogía también polvo de la columna que por ese motivo en la Edad Media, una pérdida para el mundo cultural, quedó totalmente deshecha.[78]

233

De este modo floreció la única religión verdadera. Multitud de cristianos acudieron allí procedentes de todos los puntos cardinales. Llegaban también muchas mujeres porque Dios no les había dado descendencia. Otras peregrinaban a san Menas o a Menuthis o, como la reina de los partos Sira, a san Sergio en Rusafa. En tales circunstancias las paganas preferían Delfos y el templo de Asclepios. En el caso de Simeón las mujeres estaban en desventaja, como casi siempre y en todos sitios a lo largo de la historia del cristianismo. A las mujeres les estaba prohibido el acceso al entorno inmediato del santo. Tenían que permanecer fuera del ”Mandra” y sólo a través de intermediarios podían presentar sus deseos. Parece que Simeón negó la entrada en su cerca a su propia madre y que por motivos ascéticos no la vio en toda su vida; *tota mulier sexus* (la mujer es únicamente sexo), una vieja filosofía cristiana. Según afirma Evagrio Escolástico, también tras la muerte del santo les estuvo prohibido a las mujeres entrar en la iglesia de peregrinación.[79]

No obstante, el sexo femenino acudía lo mismo que el masculino. El obispo

76

77

78

79

Teodoreto, paisano de Simeón y al que una vez casi aplasta la multitud de los admiradores de éste, vio un "océano humano" a los pies de la columna. No sólo procedían de todo Oriente, alardea Teodoreto, judíos, armenios, etíopes, no, sino también del extremo de Occidente: hispanos, galos, británicos, incluso en "la gran Roma" había colocadas en la entrada de todos los talleres pequeñas imágenes de Simeón "para ahuyentar al mal y como medio protector".[80]

Se peregrinaba hasta él de forma individual o en grupo para obtener su bendición y su consejo, pero sobre todo para liberarse de todo tipo de achaques. Su oración estaba muy solicitada en especial en épocas de grandes sequías y los sirios acudían en procesión. Hasta venían paganos y se convertían, destruían "ante la gran luminaria las imágenes de ídolos que veneraban" y renunciaban a "los libertinajes de Afrodita" (Teodoreto). Tribus enteras recibieron a la vez "el santo bautismo" y los más precavidos prometieron "el santo bautismo" mediante contrato escrito en caso de que se resolviera su problema por las oraciones de Simeón. "Llegaban los lascivos y se corregían, las prostitutas ingresaban en conventos, los árabes, que todavía no conocían el pan, servían a Dios" (Syr. Vita). Puesto que incluso los peregrinos corrientes arrojaban su óbolo en el cesto que colgaba permanentemente de la columna, qué deben haber donado los enviados de los reyes que al parecer acudían allí a menudo y no sólo a fin de solicitar la bendición para su soberano, sino incluso para recibir instrucciones de gobierno.[81]

Desde que existe la peregrinación cristiana, los círculos eclesiásticos ejercieron y ejercen influencia sobre los acontecimientos mundiales hasta la actualidad; el ejemplo más conocido del siglo XX: Fátima y su militante agitación anticomunista y antisoviética. En la Antigüedad, los potentados solicitaban con más frecuencia consejo en los centros de peregrinación o a los anacoretas. El emperador Teodosio I consultó al ermitaño egipcio Juan antes de sus campañas contra Máximo en 388 y Eugenio en 394, un golpe auténticamente demoledor para el paganismo. Los príncipes de los francos Chilperico y Meroveo se dirigieron a la tumba de san Martín en Tours. (¡El diácono de Chilperico colocó una precaria solicitud del rey en forma de una carta sobre la tumba, junto con una hoja en blanco para su respuesta! Pero en este caso el cielo guardó silencio.)[82]

234

Sin embargo, en el caso de Simeón el propio peregrinaje tenía motivos políticos, algo por lo demás nada raro. Así se infiere del relato de un cabecilla beduino, que escribe: "se harán cristianos, se unirán a los romanos y se rebelarán. Al que vaya allí le cortaré la cabeza y a toda su familia". Pero por la noche, "en una aparición" — y más de una vez estas apariciones tenían como base una persona física bien real, salvo que fuesen, como solía suceder, puro invento y engaño—, el cabecilla recibe una amenaza de muerte y entonces autoriza: "Quien quiera acudir al señor Simeón para recibir allí el bautismo y hacerse cristiano, puede hacerlo sin miedo ni temor. Si no estuviera yo sometido al rey de los persas, también viajaría hasta allí y me haría cristiano".[83]

80

81

82

83

En resumen, el efecto del santo era extraordinario, y en consecuencia también el tinglado de la peregrinación. Los discípulos de Simeón, al parecer más de doscientos y posteriormente todavía más, obtuvieron unas celdas que fue el comienzo de lo que sería el monasterio. Ya existía la iglesia cuando aún vivía, también un baptisterio, así como albergues; algunos peregrinos permanecían allí ocho o incluso catorce días. Y cuando Simeón murió en 459, a la edad de setenta años — seiscientos soldados procedentes de Antioquía tuvieron que proteger su cadáver contra sarracenos y fieles ansiosos de conseguir reliquias—, su columna siguió atrayendo a las masas durante siglos. Mientras que a su cadáver, que el emperador Leo, para disgusto de los antioquenos, llevó hasta la capital, acudía poca gente, a la columna lo hacían masivamente y se la consideraba la reliquia más preciosa, construyéndose a su alrededor poco a poco todo un complejo de edificios, cosa poco habitual incluso para los lugares de peregrinación. En particular en las fechas de aniversario se peregrinaba hasta allí desde todas direcciones y desde los puntos más lejanos, celebrándose estas fiestas ”con un ardor religioso rayano en el éxtasis [...]. La dirección de la iglesia sabía alimentar en abundancia la fantasía creyente de los peregrinos mediante hábiles piezas de arte, de modo que el recuerdo del gran santo permaneció vivo en el pueblo” (Kótting). Alrededor de 560, Evagrio Escolástico vio todavía la cabeza de Simeón en Antioquía, salvo algunos dientes robados por adoradores.[84]

235

Este movimiento estilita de varios decenios fue lo suficientemente demencial como para encontrar sucesores a lo largo de muchos siglos de historia cristiana de los santos. El santo monje Daniel, discípulo de Simeón, permaneció desde 460 unos treinta y tres años encaramado en su columna en Anaplus. A pesar de su resistencia el patriarca Genadio le consagró sacerdote e incluso le visitaron el emperador León I y la emperatriz Eudoxia, además de, naturalmente, multitud de peregrinos y hasta ”herejes” (La tradición afirma que debido a su ”extraordinaria desecación”, sus heces eran ”como las de las cabras”.) La iglesia vecina se encargaba de ingresar en caja los ricos presentes de los que allí acudían. Tito, un oficial del palacio imperial que había abandonado el ejército, levitó allí sin más ayuda que la de una cuerda que pasaba por sus axilas. En el siglo VI, un antiguo prefecto de Constantinopla estuvo viviendo durante cuarenta y ocho años en una columna en Edesa. En el siglo VII, san Simeón el Joven ”todavía tan joven que los dientes de leche se le cayeron arriba” trepó a su columna. A los treinta y un años fue consagrado sacerdote y obró tantos milagros que de nuevo la cristiandad se arremolinó a su alrededor para ver al ”nuevo Simeón”, y la colina en la que se encontraba su última y más alta columna se llamaba simplemente ”monte de los milagros”. No menos famoso fue san Alipio, que pasó en total ”67 años en una columna”, ”la mayor parte del tiempo de pie, en sus últimos años yacente” *(Lexikonfür Theologie und Kirche);* es uno de los ascetas de Oriente que con mayor frecuencia se representa en iconos, frescos y miniaturas bizantinas. Pero todos estos **desequilibrados cristianos** tuvieron una enorme clientela y las masas del pueblo les asediaron. Por supuesto, la peregrinación continuaba después de su muerte.[85]

A pesar de los inconvenientes, parece que la vida al aire libre les sentó bien a los

84

85

estilitas. Aun teniendo que celebrar su ideal ascético, tan admirado y santo, por espacio de treinta, cincuenta o más años en sus columnas, no pudieron llegar muy temprano a Dios y por lo general debieron esperar bastante. Simeón el Viejo alcanzó los setenta años, Daniel ochenta y cuatro, Alipio noventa y nueve, Lucas, un estilita del siglo IX, cien. Todos estos santos solían tener una muerte natural, por así decirlo, si no les abatía un rayo, inescrutabilidad de Dios, como le sucedió a un estilita de Mesopotamia que estaba en su columna de yeso, o le mataban los bandidos como a san Niceto. Por otro lado, en cuestión tan extraordinaria apenas puede sorprender cualquier otra peculiaridad. Como por ejemplo el relato de Juan Moschus, un monje oriental fallecido en Roma en 619, que describe una disputa religiosa entre un estilita católico y otro monofisita que eran, por así decirlo, vecinos y que desde sus columnas se lanzaban insultos. O esa extraña reunión de cien estilitas que había en Getsemaní, en Palestina, como todo un bosque de columnas alrededor de un superior.[86]

236

La peregrinación en pos de una santa que probablemente nunca existió

Asia Menor tuvo una gran importancia en la historia de las peregrinaciones, siendo aquí los centros de peregrinaje mucho más numerosos que en ningún otro lugar. Había allí multitud de lugares "santos" de relevancia más local, como la iglesia del mártir Polieuctes en Melitene. En Sinope, en el mar Negro, san Focas se convirtió en patrón de los marinos. En Cesárea, en Capadocia, se veneraba al santo mártir Mamas; más todavía a los famosos 40 santos mártires que tenían santuarios por otros sitios, en especial en Asia Menor, y cuyas reliquias eran recuerdos de peregrino muy buscados.[87]

A todos estos lugares les superaba con creces Seleucia de Calleadnos, destino de las peregrinaciones más antiguas conocidas. De modo curioso era una mujer santa la que atraía aquí a los peregrinos, influyendo en ello seguramente la predilección de los habitantes de Asia Menor por las divinidades femeninas. (En Calcedonia florecía el santuario de Eufemia, que debía su fama a dos milagros principales: al indescriptible aroma dulce que desprendía la tumba de la mártir, al principio sólo por la noche pero más tarde de manera ininterrumpida. Y a una esponja que, según las revelaciones sobre sus sueños hechos por la santa al obispo o a otros hombres dignos, se llenaba de sangre al tocarla con las reliquias santas, en presencia del emperador, de las autoridades, del pueblo, que siempre prorrumpía en gritos de júbilo, sobre todo después de que fluyera tanta sangre que no sólo hubo suficiente para todos los presentes sino que pudo hacerse una especie de venta por correo a todo el mundo.)[88]

El centro del culto en Seleucia era santa Tecla, considerada como la primera mártir, la "protomártir", aunque salvada por un milagro, expiró "en hermoso sueño".

86

87

88

También así se puede ser mártir. Los católicos siguen celebrando su festividad el 23 de septiembre, los orientales el 24 y los coptos el 19 de julio. En "época antiquísima" (Holzhey) había en Roma una iglesia de Santa Tecla en el Vaticano, y asimismo otros santuarios dedicados a ella. Se la veneraba en Lyon y en Tarragona, más tarde en la iglesia catedralicia de Augsburgo, cerca de allí, a la altura de Welden, en un lujoso santuario, y también Munich poseía una capilla de Santa Tecla. En el siglo de Hume, Voltaire y Kant se extendieron desde España varias hermandades de santa Tecla, entre otras en Viena, Praga, Munich, Ratisbona, Maguncia, Paderbom, aquí incluso confirmada por el papa en 1757 como "archihermandad". Un "pan de santa Tecla" especial en recuerdo del que todos los días servía un ángel a la santa, proporcionaba protección y curación, y se consumía en España, Austria y Alemania, en especial en la piadosa región de Paderbom.[89]

237 No obstante, sobre Tecla, la presunta discípula de san Pablo, sólo se tienen "noticias fiables" en "ocasionales e indeterminadas (!) alusiones de los Padres de la Iglesia" (Wetzer/WeIte), y desde luego no históricas. Tuvo su origen en las Actas de Tecla, una parte de las Acta Pauli et Theclae, aquella historia puramente novelesca que falsificara un sacerdote católico de Asia Menor alrededor del año 180, que después fue trasladado y suspendido. Tertuliano, más tarde un "hereje", y el Padre de la Iglesia Jerónimo, que era un falsificador, un santo difamador sin conciencia, juzgaron de modo demoledor la obra del monje. Lo mismo el famoso Decretum Gelasianum, atribuido al papa Gelasio I, un documento supuestamente promulgado por el sínodo romano en 494 y en el que se condena las actas de Pablo y Tecla, pero es a su vez una falsificación.[90]

En Seleucia, donde comenzó a florecer el culto a Tecla, la santa tuvo que luchar contra dos competidores. Estableció un "frente de lucha", como se dice en la obra muy prolija pero sin ningún valor histórico *De vita et miraculis Theclae,* del arzobispo Basilio de Seleucia, "frente al demonio Sarpedon, que habita en una grieta de la tierra junto al mar y que mediante un oráculo hace que muchos pierdan la fe, y lo mismo contra la diosa Atenas, que tiene su santuario en lo alto de la ciudad". Cuando la peregrina Eteria apareció en Seleucia, toda la novela de Tecla, la falsificación del presbítero católico, estaba expuesta en el lugar de su martirio como certificación de la autenticidad del lugar de peregrinaje. Eteria leyó estas "Actas de Tecla y agradeció a Cristo nuestro Dios, que me ha concedido sin tener méritos el que se cumplan todos mis deseos".[91]

A finales del siglo II, la novela de Asia Menor se conoce hasta en Cartago y se la considera verdadera, como tantas otras cosas en el cristianismo, y durante siglos proporciona buenos dividendos. El culto se extiende cada vez más. En el siglo IV, Tecla es en Oriente en todos sitios casi tan popular como María. Se produce entonces una auténtica actividad peregrinatoria. El centro se encontraba fuera de la ciudad, sobre una meseta, donde Eteria no encontró "en la iglesia de los Santos [...] nada más que innumerables celdas de hombres y mujeres", "santos ermitaños o apotactitas". La presencia de estos servidores y servidoras del culto en un santuario

89

90

91

continuaba evidentemente una costumbre de la religión pagana, como era habitual en Asia Menor.

238

Sin embargo, alrededor del año 500, cuando culminó la actividad alrededor de Tecla en Seleucia, había allí un "distrito santo" *(témenos)* lleno de iglesias y edificios anexos, también con albergues para los peregrinos, y lo mismo que en todos los centros de peregrinaje, a menudo complejos de monasterios, en el desierto de salitre, en Palestina, Siria, Alejandría, más tarde también en Occidente, sobre todo en Galia. Todos estos lugares disponían de alojamientos para los peregrinos, hospicios, financiados por los emperadores, por otras personalidades relevantes y por cristianos acaudalados, lo que requería unas inversiones elevadas, sobre todo porque los albergues en el desierto parecían más castillos para protegerse contra los bandidos y sarracenos, y porque las reglas monacales de la Iglesia antigua no sólo obligaban a atender a los *"peregríni"* sino también a los *"pauperes",* y los xenodoquios de los monasterios eran asimismo albergues para pobres y enfermos. En Seleucia se levantó en relativamente poco tiempo por tres veces una basílica cada vez mayor (de la última, la iglesia de la época de apogeo, quedan hoy sólo unas pocas ruinas). Había entonces un total de cinco iglesias, multitud de viviendas para sacerdotes y otros servidores y una sala de incubación, donde los peregrinos dormían para recibir en sueños el consejo o la curación de los santos.[92]

El culto a Tecla en Seleucia prosperó más por cuanto desde un principio le favoreció su privilegiada situación en las comunicaciones, el cruce de cuatro caminos. Cada vez acudían de las cercanías y de lejanos lugares más soldados, campesinos, eruditos y funcionarios, sobre todo durante la festividad de Tecla,

que se celebraba durante varios días. Había diversión, se bebía, se bailaba y las doncellas no tenían segura su virginidad **ni** en las proximidades inmediatas del santuario; y sólo el cielo sabe cuántas esperaban precisamente eso. También los obispos disfrutaban del baño de multitudes y si el alboroto era excesivamente molesto en la iglesia principal, se podía ir al "bosque de mirtos", la "paz" de la gruta de Tecla, donde "también Tecla gustaba de permanecer", hasta que los sollozos y alaridos de los fieles les expulsaban de allí.[93]

No se conocía la tumba de "Tecla"; perfectamente comprensible. Tampoco había reliquias al principio, aunque después se encontraron de todo tipo, como la punta atascada de su traje, que quedó cuando desapareció en la grieta de la tierra. Por supuesto, los peregrinos podían adquirir "eulogias" y es probable que también agua milagrosa. Había asimismo aceite de lámpara milagroso. La iglesia incluso vendía jabón. Muchos peregrinos llevaban animales como ofrenda desde las orillas del mar Negro hasta Egipto: grullas, gansos, palomas, faisanes, cerdos. Muchas veces Tecla obraba a través de ellos un milagro, cosa nada rara entre los dioses paganos; por ejemplo Sarapis cuando Lenaios rezaba con fervor por su caballo que se había quedado ciego de manera súbita "lo mismo que por un hermano o un hijo". Naturalmente, hubo muchos regalos valiosos. Las iglesias nadaban en oro y tesoros, y no sólo las de Tecla.[94]

92

93

94

239

Gracias a las donaciones, los centros de peregrinaje cristianos se fueron enriqueciendo con rapidez

Surgieron templos cristianos enteros. Por ejemplo, la iglesia de san Juan de Rávena gracias a Gala Placidia por haberse salvado de un naufragio. El interior de estos edificios sacros recibió igualmente numerosas donaciones. Muchas veces un único peregrino equipaba una parte de la iglesia. Y sobre todo, en los lugares centrales de peregrinación como la tumba de san Félix en Ñola, el santuario de Menas en Egipto, el santuario de Focas en Sinope, etc., se acumulaban casi sin fin los ricos exvotos. *"Ornamenta infinita",* escribe el anónimo de Piacenza sobre las donaciones de los peregrinos en el Gólgota. La escala habitual va desde copias de miembros en plata u oro hasta ganado, dinero y tierras, pasando por costosos cortinajes, candelabros, cruces de todo tipo, pieles, tapices, coronas de oro (por ejemplo de los reyes visigodos), alfombras y seda del rey de los persas. La costumbre se mantuvo "a lo largo de los siglos" (prelado Sauer). Lo que lógicamente no duró en general fueron las piezas valiosas, mientras que las carentes de valor estelas, tablas y columnillas votivas, las inscripciones y los cientos de ampollas para aceite y agua todavía perduran hoy, lo que demuestra tanto la estupidez de los creyentes como la astucia del clero. Las donaciones se podían enajenar; aunque en el siglo XX simplemente con la autorización de la Santa Sede.[95]

Seguramente que los peregrinos no hacían donaciones sólo como agradecimiento sino también porque esperaban ayuda. Sin embargo, los teólogos sólo mencionaban los exvotos de agradecimiento; se pagaban mejor. Los que habían sanado llevaban imágenes de pies, manos y ojos, figuras de casi todas las partes del cuerpo, a veces de madera, aunque otras de oro. Con ocasión de una enfermedad del príncipe heredero de Galicia, el padre entregó el equivalente en oro y plata del peso de su hijo enfermo a la tumba de san Martín. Esos sacrificios sustitutivos eran frecuentes en la Edad Media. Menos gasto tuvo el ex cónsul Ciro; para agradecer la curación de su hija simplemente grabó una inscripción en la columna del estilita Daniel.[96]

Era habitual llevar a los centros de peregrinaje animales como ofrenda, de nuevo un paralelismo exacto con los centros de peregrinación paganos. Y lo mismo que en éstos era frecuente el parque de animales también en los cristianos, sobre todo en Oriente, donde constantemente se restituían los animales sacrificados. Parece ser que a Tecla le gustaban las aves: gansos, cisnes, grullas, faisanes, palomas, etc. En Egipto se preferían cerdos. Al parecer, alrededor de Menas había todo un rebaño, que a veces atraía a ladrones (necesitados).[97]

Aunque el parque de animales era una especialidad de los centros de peregrinación orientales, también en Occidente se regalaba a las iglesias ovejas, terneras, cerdos, caballos. Y mientras que hoy en los templos cristianos suele haber

95

96

97

una pegatina en la entrada con la imagen de un perro que anuncia: No podemos entrar..., antaño se llevaban los animales (que además permanecían en la iglesia) al altar y se les bendecía. Hasta llegar allí se consideraba un sacrilegio hurtarlos, como "robo al templo", "robo a Dios". Otros animales — egún el viejo punto de vista cristiano cosas, carentes de alma— se sacrificaban, se servían a la mesa con ocasión de los ágapes de peregrinos y el resto se daba a los pobres, en recuerdo del mandamiento de amar al prójimo como a sí mismo.[98]

240

Seleucia tenía abundancia de animales pero estaba también llena de oro y otros tesoros de los peregrinos ricos, por lo que isaurios y bandidos asolaban constantemente el santuario, que parecía casi una fortificación. Aunque la propia Tecla custodiaba sus tesoros y los peticionarios volvían a reponer las propiedades robadas, se creó una pequeña fortaleza y una guardia del templo que estaba al mando del obispo. No obstante, en caso de peligro de ataque se guardaba en la ciudad lo más valioso, y a veces se dejaba que los ciudadanos protegieran los bienes de la Iglesia; como en el fondo casi siempre, la Iglesia tenía la correspondiente autoridad de mando. Si se recuperaba el botín de los bandidos, se restituía bajo himnos solemnes.[99]

El caso de Tecla demuestra el modo en que el obispo local propaga un culto. Según el jesuita Beissel "para que una peregrinación se mantenga en flor, había que estimular y dar confianza al pueblo mediante resultados visibles, con milagros y respuestas a las oraciones".[100]

Peregrinación y milagro: Hacia el *mercadeo* de los "lugares milagrosos"

El metropolitano de Seleucia, el arzobispo Basilio, era sin ninguna duda el hombre adecuado para despertar confianza. En la disputa eutiquiana apareció en el año 448 como adversario católico de Eutiques, un monofisita extremo. Un año después, en el "latrocinio" de Éfeso, rápidamente se pasa al bando de los "herejes" victoriosos dirigidos por Dióscoro y se convierte en monofisita. Pero dos años más tarde, en el Concilio de Calcedonia, vuelve a cambiar de bando, pasándose a los que ahora se alzan con la victoria y vuelve a ser católico, sólo para continuar siendo obispo.[101]

La credibilidad de este hombre queda igualmente reflejada en sus dos libros *Sobre la vida y los milagros de santa Tecla:* nuevas mentiras que completan la novela de Tecla, que la continúan y que se convierten en fuente principal del culto. Basilio tenía naturalmente el máximo interés en promocionar a la "santa" de su sede episcopal. Escribe: "Desde su santuario envía ayuda contra cualquier padecimiento y contra todas las enfermedades que requieren curación y por las que se ruega, de modo que el lugar se ha convertido en un centro sagrado y lugar de asilo para todo el país. Su iglesia nunca está vacía de peregrinos, que acuden procedentes de todas partes, unos

98

99

100

101

por la eminencia del lugar y para rezar y para llevar sus ofrendas, y otros para obtener curación y ayuda contra las enfermedades, las aflicciones y los demonios".[102]

241 El arzobispo Basilio no se ve en condiciones de recopilar todos los milagros producidos por mediación de Tecla, informando sobre 31 de ellos. Una parte los habían transmitido con anterioridad hombres y mujeres amantes de la verdad, y otra parte tienen lugar en su tiempo. También él los ha vivido, le liberaron de un intenso dolor de oídos; el sofista Aretarco se curó de su enfermedad renal; un hombre adúltero volvió con su mujer. La honesta Calixta, a la que desfigura la pócima de una prostituta —más tarde lo hace la "bruja"—, recibe mediante Tecla gracia y belleza y de esta manera también recupera a su marido adúltero. La "santa" cura, incluso ayuda a los judíos, hace desaparecer una epidemia de los animales. Cuando una grave enfermedad ocular flagela a la región y los médicos se ven impotentes, las gentes acuden en masa, llorando y jubilosas, al agua de "Tecla" y en tres o cuatro días todos, todos están sanos, menos unos pocos "incrédulos", "pecadores", que ahora se quedan completamente ciegos.[103]

Si se trata de su peregrinación, Tecla no duda en hacer un milagro punitivo, incluso dentro de sus propias filas, como contra aquel príncipe de la Iglesia que prohibió acudir allí a los miembros de su diócesis. Cuando el obispo de Tarso, Mariano, tuvo que ajustar las cuentas al obispo Dexiano de Seleucia, prohibió sin más ni más la peregrinación a santa Tecla, a la que se acudía desde Tarso en procesiones de varios días. Esto no podía tolerarlo "santa Tecla". Una noche —un hombre llamado Castor lo vio— persiguió furiosa a Mariano por toda la ciudad y pocos días después el obispo encontró la muerte.[104]

Como entre los paganos, también entre los cristianos el milagro desempeñaba un papel principal. Por lo tanto, para aumentar el atractivo de un centro de peregrinaje, había que hacer una promoción intensa, sobre todo con curaciones. En muchos libros de milagros ocupan gran parte, con Cosme y Damián, Ciro y Juan y con Artemio casi la totalidad. Otras colecciones de estos libros sobre milagros, que de un modo formal son casi copia exacta de los análogos paganos, incluyen los hechos de los santos Tecla, Terapon, Teodoro, Menas y Demetrio en Oriente o colecciones de los milagros de los santos Esteban, Julián o Martín en Occidente. Para un período de varios siglos, que es lo que abarcan estas obras, ofrecen relativamente pocos milagros, pero esa pequeña selección se repite innumerables veces. En algunos de estos libros, como los de Tecla, Ciro, Juan y Esteban se citan con datos "exactos" las personas curadas.[105]

242 Otra tarea era la preparación psicológica de los peregrinos, su predisposición espiritual a la potencial curación. Para reforzar su confianza era necesario leerles primero esos milagros. Al igual que en los santuarios paganos, había entre la masa de los creyentes, de los confiados, suficientes escépticos y su opinión tenía seguramente mayor peso, más fuerza de convicción, que la creencia de los restantes en los milagros. Estos libros relatan de vez en cuando, exactamente lo mismo que las inscripciones paganas en Epidauros, historias de no creyentes que cambian de

102

103

104

105

opinión al ser testigos de una curación.[106]

De todos modos, la inmensa mayoría volvían sin haberse curado, sin consuelo, lo mismo que sucede hoy en los centros de peregrinaje, lo que daña a la fe tanto como al negocio. Y aunque se hacía y se hace mucho más eco de los pocos que se curan que de los muchos sin curar, las colecciones de milagros no pueden ignorar este aspecto. Por lo tanto, a todos aquellos cuyos ruegos no son atendidos se les tacha de pecadores y ya que todos los seres humanos son "pecadores", no se podía fallar el tiro.[107]

Otro truco no menos burdo consistía en que se consolaba a los peregrinos diciéndoles que muchos no se curaban hasta que no volvían a su casa. De esta manera se intentaba retener a los candidatos inseguros. Por último, los libros de milagros no dejan de insistir en que los peregrinos no sólo obtienen la curación del cuerpo sino también del alma. Pero un procedimiento de este tipo no lo podían ver en el peregrino alguien ajeno o un extraño. De este modo infinidad de ellos podían considerarse curados sin estarlo.[108]

Conocidos Padres de la Iglesia han participado en la transmisión de las curaciones milagrosas en los centros de peregrinaje. Así, hacia mediados del siglo V, Sozomeno relata las obras milagrosas del arcángel Miguel en Anaplus. Paulino de Ñola ensalza en poesías los milagros producidos en su ciudad episcopal. Y san Agustín intentó incluso hacer un registro formal de los milagros y en consecuencia encargó los *"libelli".*[109]

243

No podemos ver todos los lugares de peregrinaje gratificantes que hubo, pero sí los tres o cuatro más milagrosos.

El Lourdes protocristiano

Uno de los lugares de peregrinación más famosos de la Antigüedad, un "Lourdes protocristiano", se encontraba en Egipto, al borde del desierto libio: el santuario de san Menas. Muchos diccionarios guardan silencio al respecto. Incluso el *Lexikon für Theologie und Kirche* católico constata la "ausencia de noticias históricas" sobre Menas, aunque hay un "exuberante rosario de leyendas" pero "sin valor histórico". El cuerpo de este extraño santo (festividad en casi todos los martirologios el 11 de noviembre) encontró reposo eterno en el mismo lugar de su martirio, según una versión y según otros cuentos en su patria.[110]

San Menas, con cuya historicidad se está en la misma situación que con la de santa Tecla, fue el santo nacional más popular de Egipto, alcanzando incluso "fama europea" (Andresen). También ascendió cuando los católicos, súbitamente militaristas, eliminaron de su calendario de santos los objetores al servicio militar

106

107

108

109

110

cristiano sustituyéndolos por "divinidades guerreras" (Cristo, María, Víctor, Jorge, Martín de Tours, etc.) y que se hicieron cargo exactamente de la misma función que los dioses soldado paganos. Y ya en los siglos IV y V todo el orbe cristiano rinde tributo al misterioso santo del desierto. Pronto hay iglesias de san Menas no sólo en Alejandría, el antiguo Cairo, en Tura, Taha, Kus, Luxor y Assuan, sino también en Palestina, Constantinopla, el norte de África, Salona, Roma (donde el papa Gregorio I predica en la iglesia de san Menas situada en la carretera a Ostia), en Arles, en el Rin, en el Mosela y otros muchos lugares. La aureola de leyendas egipcias genera nuevas aureolas de leyendas extraegipcias. Menas se convierte sobre todo en patrón protector de los comerciantes, se le invoca como "auxiliador en casos de graves dificultades", para "recuperar objetos perdidos" (Sauer), se convierte en salvador para peligro de muerte, vengador del perjurio, para lo que en Roma también está san Pancracio. Menas realiza milagro tras milagro, en seres humanos y, con sorprendente frecuencia, en animales; protege la castidad de las peregrinas, salva a los peregrinos de morir de sed, resucita a muertos, aunque casi siempre se trata de milagros ya conocidos de las historias paganas de prodigios. En resumen, siguiendo un antiguo texto etíope: "Y todo el pueblo, que sufría las más diversas enfermedades, acudió a la tumba del Abba Minas y sanaron por el poder de Dios y mediante la intercesión de san Minas".[111]

244

En el desierto de Auladali, entre Alejandría y el valle de salitre, surgió en un oasis antaño rico en agua toda una ciudad de Menas con iglesias, monasterios (abarcaban cerca de 40,000 m2), necrópolis y naturalmente albergues para acoger a los cristianos procedentes de todos los países. Día y noche ardían las lámparas de los fieles ante la tumba del santo. "Y cuando alguien recoge aceite de una de estas lámparas — afirma el texto copto del Menasvita—, y frota con él a una persona enferma, ésta se cura del mal que la aquejaba." El aceite era muy apreciado en aquellos primeros siglos como "eulogia de peregrinos"; el aceite de las lámparas y la cera de las velas que ardían en la tumba del mártir eran considerados por todo el Occidente y Oriente cristianos como lo mejor de lo mejor de la "medicina pastoral". Los santos lo prescribían en "instrucciones en sueños" con más frecuencia que ningún otro "medicamento", y muchos creyentes llevaban consigo de modo permanente esos aceites y ceras como un profiláctico.[112]

Pero en el "Lourdes protocristiano" se valoraba todavía más el agua, aunque esta veneración era ya muy grande en el antiguo Egipto. (También se peregrinaba a la santa fuente del monasterio de El Muharrakah, en el sur de Egipto, que al parecer bendijo el propio "Salvador".) Una fuente milagrosa regaba en la ciudad de Menas las celdas de baño del interior de una basílica de tres naves. Y por supuesto, prosperó allí toda una industria de las devociones. Había numerosos hornos de alfarero que (en tres tamaños distintos) producían las "ampollas de Menas" de doble asa, que solían llevar grabado el presunto retrato del santo entre dos camellos; y para los peregrinos de Sudán, ¡con rasgos de negro! Las ampollas, que muestran a Menas también como un negro, todavía existen. (En otros lugares, por ejemplo en Italia, toda una industria cristiana producía ampollas con la imagen de santa María, de

111

112

Pedro, de Andrés, de Tecla.) Estas ampollas, lo mismo que las figuras de Menas talladas en marfil y otros «objetos sagrados», se colocaban sobre la tumba del héroe, con lo cual protegían contra la desgracia y los males. El "agua curativa" se enviaba a todo el mundo — en la costa dálmata, en Salona-Spalato (Spiit), se suponía que había un depósito de eulogias, en Colonia se encontraban ampollas de Menas—, lo que reportaba dinero, ricas donaciones, costosos exvotos, por no hablar del lujoso equipamiento de las iglesias. Además, puesto que la voluntariedad de dejarse sangrar el bolsillo tenía sus límites, se impusieron unas tasas fijas a favor de los centros de gracia. Las excavaciones hechas en los residuos de las matanzas de los monasterios han sacado a la luz una cantidad enorme de cráneos de cerdo, por lo que se supone que el santuario poseía también muchos de estos animales, a quienes "Menas" debía proteger de los peregrinos rapaces.[113]

245

El "Lourdes protocristiano" era tan rico que el emperador Zenón, un antiguo cabecilla de ladrones isaurio, muy odiado por el pueblo pero que como potentado era un diligente peregrino a Menas, convirtió el centro de peregrinaje en una guarnición de 1,200 hombres para protegerlo de los ladrones. Sus sucesores construyeron en el siglo VI, a lo largo de las carreteras que atravesaban el desierto, hospicios, centros de compra, depósitos de equipaje, lugares de descanso, puntos de agua, y todo ello para mayor comodidad de los cristianos en peregrinaje... y para riqueza del santuario. En esa época alcanzó su máximo apogeo. En el siglo VIII fue objeto de varios saqueos por parte de los musulmanes; después, sólo les beduinos pasaban allí el invierno, y al final, todo quedó cubierto por las arenas del desierto...[114]

Los fraudulentos santos "Ciro" y "Juan"

Otro gran centro de peregrinaciones egipcio fue Menuthis, aunque desde el siglo V. Estaba situado cerca de la capital Alejandría y era un suburbio de Kanobos, antiguamente ya centro de peregrinaje pagano, "el reverendísimo templo de Serapis, que también hacía curaciones; al menos así lo creen los hombres más ilustres y duermen allí en incubación, en beneficio propio y ajeno. Algunos apuntan las curaciones, otros la utilidad del oráculo" (Estrabón). Todo esto es muy parecido a los centros de peregrinación cristianos. También a la mala fama de Kanobos, al desenfreno de los peregrinos, al juego y al baile día y noche, se adhirieron más tarde algunos impulsos peregrinadores cristianos.[115]

El Serapeo de Kanobos fue víctima, en el siglo IV, de la fiebre destructiva de templos del patriarca Teófilo. Hizo que lo destruyeran por completo, transformó en una iglesia el templo de Isis de Menuíhis, venerado desde hacía mucho tiempo, y lo consagró a los evangelistas. Era preciso que aquí y allá desapareciesen sin más antiguas y poderosas religiones. A los desalmados clérigos, sin embargo, ese proceso no les parecía suficientemente rápido. Los intelectuales a menudo todavía eran seguidores del neoplatonismo y amplios grupos del pueblo de la tan amada

113

114

115

(especialmente por las mujeres) diosa Isis, cuyo retrato de cabellos casi grises se convirtió en María. El sucesor del rabioso Teófilo, el Padre de la Iglesia Cirilo, el ejecutor de la primera gran "solución final" y verdadero asesino de la mundialmente conocida filósofa Hipatía, decidió por lo tanto aniquilar de manera definitiva la adoración a Isis.[116]

Para ello se valió del burdo pero eficaz método del engaño de su colega milanos Ambrosio. Lo mismo que éste, encontrándose en una situación de política religiosa difícil, desenterró en una iglesia a los mártires "Gervasio" y "Protasio", incorruptos y con la tierra todavía roja por la sangre de los héroes, que eran totalmente desconocidos en el mundo hasta entonces, para multiplicar así el fervor religioso de sus ovejas, Cirilo sacó ahora en la iglesia de San Marcos de Alejandría los esqueletos de dos supuestos mártires, del monje "Ciro" y del soldado "Juan", y los llevó a la iglesia de los Evangelistas de Menuthis, en el santuario robado, el lugar de peregrinaje de la diosa Isis Medica. Lo mismo que a los "mártires" descubiertos por Ambrosio sólo los conocemos a través de él, otro tanto sucede con los de Cirilo. E igual que Ambrosio ensalzó en solemnes sermones a sus dos "mártires", así lo hizo naturalmente su colega Cirilo. Sus homilías son la única fuente informativa sobre los santos "Ciro" y "Juan"; todas las biografías posteriores, es decir, las leyendas, las mentiras, se basan en ellas. Es lo mismo que con Ambrosio. Y lo mismo que éste tuvo éxito, también Cirilo.[117]

Ahora bien, así como antaño no se había prestado crédito — ni siquiera por parte de los cristianos — al fraude del milanos, tampoco faltaron ahora quienes no se lo prestaron a Cirilo. Incluso su posterior hermano en el cargo, Sofronio, desde 634 patriarca de Jerusalén y siempre un defensor de la "verdadera" fe, encuentra débiles las "pruebas" de Cirilo y poco convincentes sus garantías. Pero después, "Ciro" y "Juan" curaron al propio Sofronio de una enfermedad ocular; evidentemente no era ningún caso grave: una dilatación de pupila que le sobrevino en Alejandría; se dirigió a la cercana Menuthis y sanó al cabo de unos pocos días, escribiendo entonces un panegírico sobre "Ciro" y "Juan", una *"laudatio Sanctorum".* Pero no siendo suficiente, recopiló la mayor colección de milagros y con 70 prodigios superó en mucho al número de *lámala* (curaciones) de Epidauro: 35 alejandrinos curados milagrosamente, 15 egipcios curados milagrosamente y 20 curados milagrosamente que procedían de otros países; "todos los pueblos acuden [...]". La descripción en detalle: aburrida, amanerada, cada caso siguiendo el mismo esquema retórico. Admite que algunos de sus milagros los podrían haber hecho los médicos; otros los construye él mismo fabulosamente a partir de los exvotos; algunos parecen simplemente robados de otras colecciones; en unos milagros fue "testigo" o le informó un "testigo".[118]

246

Pero el archibellaco y arzobispo Cirilo, tras su descubrimiento de ambos "mártires" había declarado que desempeñaban ahora el papel de los "demonios" paganos; había que acercarse a ellos con "la misma confianza". Se expulsó a Isis pero su culto continuó en secreto. Sin embargo, las criaturas cirílicas entraron en boga,

116

117

118

aunque "Juan" quedó eclipsado por "Ciro", mucho más popular y al que finalmente, lo mismo que a "Juan", Cirilo dio curso como médico celeste, como auténtico médico; tanto que en la capital egipcia se mostraba su "consulta", se hacía burla de los que buscaban ayuda en (otros) médicos y a los propios discípulos de Esculapio se les insultaba como "medicuchos". Evidentemente, el santuario consideraba a los médicos como competidores.

Dentro y fuera del país, el engendro de Cirilo se convirtió en el compasivo "Abba Kyros", y se le veneró hasta en el Peloponeso, en Epidauro, donde se hizo cargo de las funciones de Asclepios, las continuó y, lo mismo que el dios pagano, obró milagros. En Roma se le dedicó una iglesia desde el siglo VII u VIII y su nombre perdura hoy en la toponimia como Aboukir. De la antigua empresa pagana, Menuthis se transformó en una floreciente empresa cristiana que, según Sofronio, atrajo a los peregrinos de todo el mundo: "romanos, galos y cilicios, asiáticos, insulanos y fenicios, habitantes de Constantinopla, bitinios y etíopes, tracios, medas, sirios, gentes de Elam [...]".[119]

La invasión árabe parece que no le sentó bien a la iglesia (de la que había un camino directo hasta el mar), ni tampoco a los huesos de "Ciro" y "Juan". Y de este lugar de peregrinaje, antaño resplandeciente en mármol, no queda hoy ni una piedra. Ha desaparecido de la superficie de la Tierra.[120]

247

La pareja de santos médicos Cosme y Damián: Cera de velas, aceite de lámparas y afrodisíaco

Seguramente que de no menos importancia que Menuthis, que la ciudad de Menas, que el santuario de Tecla, tuvo en la Reina del Bósforo el culto de los dos médicos santos Cosme y Damián, de los que el martirologio romano, "comprobado y recogido de fuentes seguras [...]", relata para el 27 de septiembre: "A Egea: el natalicio de los santos mártires y hermanos Cosme y Damián, que en la persecución de Diocleciano tras muchas penas, tras la cárcel, tras ser torturados con agua y fuego, tras crucifixión, lapidación y ser saeteados, que superaron con la ayuda divina, fueron finalmente decapitados".[121]

Las reliquias de los dos héroes mártires se veneran todavía hoy en la iglesia de San Miguel de Munich. Y con razón, pues ejercieron de modo gratuito su arte médico. "No tratamos de granjearnos los bienes terrenos, pues somos cristianos", dijeron en el arrogante estilo de estas gentes al juez pagano, sobre el papel. (Y el capuchino suizo Maschek conoce hoy también "gracias a Dios todavía muchos [...] humanos representantes de la medicina" que al menos a los pacientes necesitados les dispensan "total o parcialmente la factura". Pero estos médicos temerosos de Dios son "desgraciadamente bastante raros". Por eso: "¡Reza por los médicos,

119

120

121

especialmente por tu médico de cabecera!".)[122]

La tradición cristiana informa de tres parejas de hermanos (dos murieron como mártires) y los griegos celebran también tres fiestas distintas de estos santos, aunque históricamente resulta bastante discutible, una: Cosme y Damián. Los dos superaron, en el mismo lugar, a los santuarios y el culto de los dos Dioscuros paganos Castor y Pólux, auxiliadores y salvadores, y son sus productos cristianos. "Castor y Pólux se transforman en Cosme y Damián" (Dassmann). Son pocas las iglesias que se levantan en algún lugar de la Tierra donde no haya habido antes un templo pagano. Los santos médicos — su tumba se encontraba en el centro de peregrinación, y otra en Ferman, cerca de Ciro — naturalmente vencieron, atrajeron desde lejos a los peregrinos y curaron. El medicamento más frecuente: cera de velas y aceite de lámparas. Incluso los judíos se bautizaban con ello. Por la noche aparecían los santos médicos y hacían su ronda; por lo general con su propio aspecto, como se les veía en las imágenes de las paredes, aunque en ocasiones bajo la forma de clérigos o de servidores de los baños. En cualquiera de estas personificaciones hablaban con los enfermos, se informaban y dictaban sus disposiciones: y junto a la iglesia había una farmacia y un hospital.[123]

248

El culto de Cosme y Damián pronto se extendió por los Balcanes y hacia Rusia. En las ciudades alemanas de la Hansa se les festejó hasta la Reforma. En Bremen, en el siglo x, el arzobispo Adaldago adquirió, sin ocultas intenciones políticas, reliquias de Roma "gracias a lo cual este obispado ahora y siempre triunfará"; en el siglo XIV emanaban "el más dulce aroma", se les ofrecían joyas, oro y plata. Parece que los alemanes fueron de los más devotos hacia ambos santos; había cerca de trescientos centros de culto, desde Aquisgrán a Bamberg y desde el lago de Constanza a Flensburg. Incluso en la época moderna se les festeja, sobre todo en Sicilia, donde a finales del siglo XIX son "*piú populare dei santi messínesi",* los santos más populares de Mesina. En Sferracavallo, Palermo y Taonnina sigue habiendo procesiones en honor de la santa pareja de médicos, siguen cubriéndose las figuras de culto con billetes de banco, se les sigue llevando en procesión danzante, el *"Bailo dei Santi",* en el que se hacen girar las imágenes, y todavía se sigue entonando, aunque ahora algo menos fuerte, el grito de *"Viva, viva S. Cosimu".*[124]

Cosme y Damián, especialmente amparados por los jesuitas, desempeñan un importante papel en el arte, en las imágenes devotas y en el teatro religioso hasta la época barroca. Obtuvieron el patronazgo sobre gremios y hermandades. Se peregrinaba a sus manantiales santos y a otras reliquias. Floreció el comercio con todo tipo de exvotos, incluso con figuras de cera en forma de falo. En Isernia, provincia de Campobasso (Molise), predominaban los exvotos fálleos llamados "dedos grandes", que los comerciantes llevaban en cestos gritando: "San Cosme y san Damián". No había ningún precio fijo para estos príapos de cera. Cuanto más se pagaba, se decía, tanto más eficaces eran. Las mujeres besaban estos exvotos antes de pagar las misas y letanías. Había también aceite de Cosme para aumentar la potencia sexual. Se frotaban las partes del cuerpo enfermas en el altar mayor y el

122

123

124

párroco exclamaba: "Que se liberen de toda enfermedad por intercesión de san Cosme".[125]

Todos estos diversos santos, Tecla, Menas, Ciro y Juan, Cosme y Damián, tienen al menos dos cosas en común: fueron el centro de una actividad peregrinadora de gran éxito, y probablemente ninguno de ellos ha existido.

Para finalizar el capítulo, dediquémonos brevemente a Occidente, donde Roma se convirtió en el principal centro de peregrinación.

249

Rarezas romanas

Desde el siglo VI, con el gran aumento de la influencia bizantina fueron acudiendo a Roma cada vez más peregrinos procedentes de Oriente, que tantos gloriosos santuarios tenía, y aún más en el siglo VII, cuando casi todos los papas eran griegos o sirios. En Occidente, la peregrinación a Roma había comenzado ya hacía tiempo, en especial procedente del norte de Italia y de las islas Británicas, pero la mayoría procedían de las Galias, que en los siglos V y VI fueron el auténtico hinterland peregrinatorio de Roma.[126]

La principal atracción eran, evidentemente, los presuntos sepulcros de Pedro y Pablo, aunque sorprendentemente, hasta el siglo III no se conoce nadie que peregrinara por ellos. Apenas se discute la muerte de Pablo en Roma, sobre la que los Hechos de los Apóstoles guardan silencio, pero está rodeada de leyendas. Las pruebas proceden de más tarde y la decapitación de Pablo no se puede demostrar con seguridad. Tampoco se conoce con certeza el año de su muerte, quizá entre el 64 y el 68. Y desde luego que no se sabe cuál es su tumba. Primero se veneraba en la catacumba de S. Sebastiano, pero a finales del siglo IV se hacía en otro lugar y se levantó allí la basílica S. Paolo fuori la mura. Las reliquias de Pablo son ficticias pero están en San Pedro, y su cabeza, que también lo es, está en el palacio de Letrán. En realidad, el polvo de Pablo, si es que está en Roma, "se encuentra en algún lugar bajo tierra junto con el polvo de los campesinos y los cesares" (Bradford).[127]

250

Si Pedro estuvo aquí alguna vez o murió es algo que no puede demostrarse de ninguna manera. El presunto descubrimiento de su tumba no es más que un cuento. No obstante, las reliquias y las tumbas de los apóstoles fueron el centro de interés. Sobre ellas se alzaron las suntuosas basílicas de San Pedro y San Pablo. Briticus, el expulsado sucesor de san Martín, peregrinó a la Ciudad Eterna. San Gregorio de Tours envió en 590 a su diácono Agiulfo a la tumba de Pedro, junto a Martín, el héroe nacional y después patrón más popular de los francos.

Hubo también otras celebridades que peregrinaron en la Antigüedad a Roma: el poeta español Prudencio en 402-403. Un siglo después, el obispo Fulgencio de Ruspe, un antiguo recaudador de impuestos que se había convertido en decidido luchador contra el arrianismo y el semipelagianismo, hizo escala allí en todos los

125

126

127

lugares de los "mártires", como era la tradición de los peregrinos. Sidonio Apolinar, yerno del emperador Avilo, de palabra fácil pero corto de mente, que desde 469 fue de mala gana obispo de Arvema (Clermont-Ferrand), acudió dos veces a Roma. Paulino, obispo de Ñola, peregrinó todos los años. Y eso que en la misma Ñola se había desarrollado un culto bien célebre en torno a la tumba de su patrono, San Félix (cantado por 14 poemas de Paulino), a donde acudían también peregrinos.[128]

Pero no sólo obispos y santos peregrinaron a la Ciudad Eterna sino también príncipes, reyes y emperadores. Teodosio I quizá con certeza su hija Gala Placidia y su hijo Valentiniano III. En las islas británicas, Ceadwall, Ina y otros dejaron la corona y viajaron a Roma. Incluso se construyeron iglesias de San Pedro en el propio país para que todos los que no podían ir a Roma visitaran aquí a san Pedro, como se indica en 656 en el documento de fundación de la catedral de Peterborough.[129]

La fiesta común de Pedro y Pablo atraía auténticas masas de peregrinos y, según sabemos por Agustín, se procedía de modo bastante relajado, organizándose todos los días en la basílica de San Pedro banquetes y bacanales. Pero además de los príncipes de los apóstoles, la *"corona sanctorum martyrum"* brindaba muchos otros atractivos sobre mártires y santos.[130]

Con gran prodigalidad se celebraba también el aniversario de san Hipólito (13 agosto), algo bastante grotesco si recordamos con cuánta saña, veneno y bilis este obispo romano combatió antaño a otro obispo romano, san Calixto. Pero en los siglos IV y V, las procesiones en la festividad de Hipólito atraían a gentes de todos los lugares, patricios y plebeyos de Roma, pícenos, etruscos, samnitas, fieles de Capua, Ñola. Y de manera similar a como con Hipólito, se agasajaba también a otros santos romanos como, curiosamente, a su contrincante el papa Calixto, a Ponciano, Pancracio, Inés, Sebastián o Lorenzo, que fue el más conocido.[131]

251

Tantos más cristianos peregrinaban a Roma cuanto más se fanfarroneaba allí, aunque algo más tarde que en Oriente, de tener más tumbas de mártires que en ningún otro lugar del mundo; y se acostumbraba a "visitar todos los lugares de mártires". A menudo había indicaciones: aquí yace el cuerpo del mártir *(ubi martyr in corpore requiescit).* Así se dice por ejemplo de santa Tecla, aunque no hubo tal santa romana. Se tenía una gran manga ancha a este respecto. "Es evidente que algunos mártires se 'hicieron'." (Kótting). Uno que siguió especialmente el rastro de "muchos cuerpos de santos" y que les rindió tributo con locuciones horriblemente malas, en las que se apoyaba constantemente en Virgilio, fue el papa asesino Dámaso. Y precisamente sus lirismos constituyeron "la base de la importante implantación de las peregrinaciones a las tumbas de los mártires" (Clévenot, católico).[132]

En el siglo VI los peregrinos visitaban en Roma más de sesenta tumbas de mártires reales o supuestas. Lo sabemos por un catálogo que se confeccionó cuando la reina de los lombardos Teodelinda, una princesa bávara católica, solicitó reliquias

128

129

130

131

132

al papa Gregorio I. Su enviado recibió ampollas, botellas de metal de Palestina, con aceite de las lámparas que ardían ante las tumbas de los mártires. Cada una de las botellitas (inicialmente destinadas para tierra y aceite de "Tierra Santa", por ejemplo para "aceite de la madera de la vida") fue etiquetada y en el catálogo se reseñaron 65 tumbas, de cada una de las cuales se habían recogido algunas gotas del valioso aceite. No obstante, no se consignaron ni mucho menos todas las tumbas de mártires veneradas por los romanos.[133]

Lo mismo que sobre san Pedro y san Pablo, sobre muchos mártires y santos se elevaron iglesias inmensamente ricas, y no sólo literalmente: la iglesia del Salvador en el palacio de Letrán, la basílica en honor de la Santa Cruz en el palacio sesoriano. San Sebastián, San Lorenzo, Santa Inés, la majestuosa iglesia de Santa María sobre el Esquilmo, la basílica de los Mártires Juan y Pablo sobre Celio, etc. También santos "ajenos" acabaron teniendo iglesia, como san Esteban, pero sobre todo los taumaturgos Cosme y Damián, a los que ya el papa Símaco había construido un oratorio en S. Maria ad praesepe y a los que poco después Félix IV (526-530) consagró una basílica en el foro romano, situada sobre dos antiguos templos paganos. Muchos peregrinos dejaban aquí exvotos. Y no eran pocas las basílicas que mostraban las más extrañas rarezas. Así, por ejemplo, Santa María con el pesebre de Jesús, San Pedro de Vinculis con las cadenas de Pedro, muy veneradas. Había limaduras de esta última y reproducciones de las llaves de la presunta tumba del "portador de las llaves". Se las llevaban los devotos, aunque también el papa las enviaba, se hacían a veces de metales preciosos y se colgaban del cuello. Estaban también las llaves del Confessio Pauli y las de Lorenzo. De la parrilla de este último podían adquirirse igualmente las limaduras. Se obtenían también imitaciones del presunto clavo de la cruz de Cristo, que se guardaba en Santa Croce. Por supuesto que los peregrinos de Roma podían contar con aceite de las lámparas de las tumbas de los mártires.[134]

252

Para ello daban todo lo que podían llevar, a menudo toda su fortuna, y vivían después como clérigos de las iglesias de peregrinaje o de otras. Otros regalaban enormes fincas o fijaban una entrega anual de determinados productos, como por ejemplo vino, o cera. Las personas que no tenían nada, en compensación cuidaban a los enfermos; en Menuthis, los que sanaban se obligaban normalmente a hacerlo. Por supuesto que una parte, si no la mayor, de estos lugares de peregrinaje había sido fundada por dinastías de soberanos y por otros "notables" aunque ellos mismos no hubieran estado allí como peregrinos. Pero también esas donaciones procedían de los bienes de todos, del trabajo del pueblo, eran su dinero, exprimido mediante impuestos, opresión, violencia, *y todo arrojado por un delirio.*

Y claro está, que para beneficio de los príncipes y de los sacerdotes, Constantino I, Justino y Belisario donaron enormes sumas. Una buena parte del libro oficial del papado, el *Líber Pontificalis,* parece "un índice de regalos y donaciones que se hicieron a los más diversos santuarios de Roma. Extendían certificados de los objetos de oro, de piedras preciosas, tapices de seda y otras telas que recogían en los santuarios de los mártires protocristianos [...]. Roma se convirtió en el siglo IV en la

133

134

ciudad más rica en iglesias y en suntuosidad eclesiástica de toda la cristiandad" (Kótting). Alrededor del año 400 había allí 25 iglesias titulares. Y la pompa de la Roma cristiana era tan grande que el obispo Fulgencio de Ruspe, que peregrinó aquí alrededor del año 500, sacó un paralelismo con el reino de los cielos: "¡Qué sublime ha de ser la Jerusalén celestial, si la Roma terrena brilla con tal esplendor!",[135]

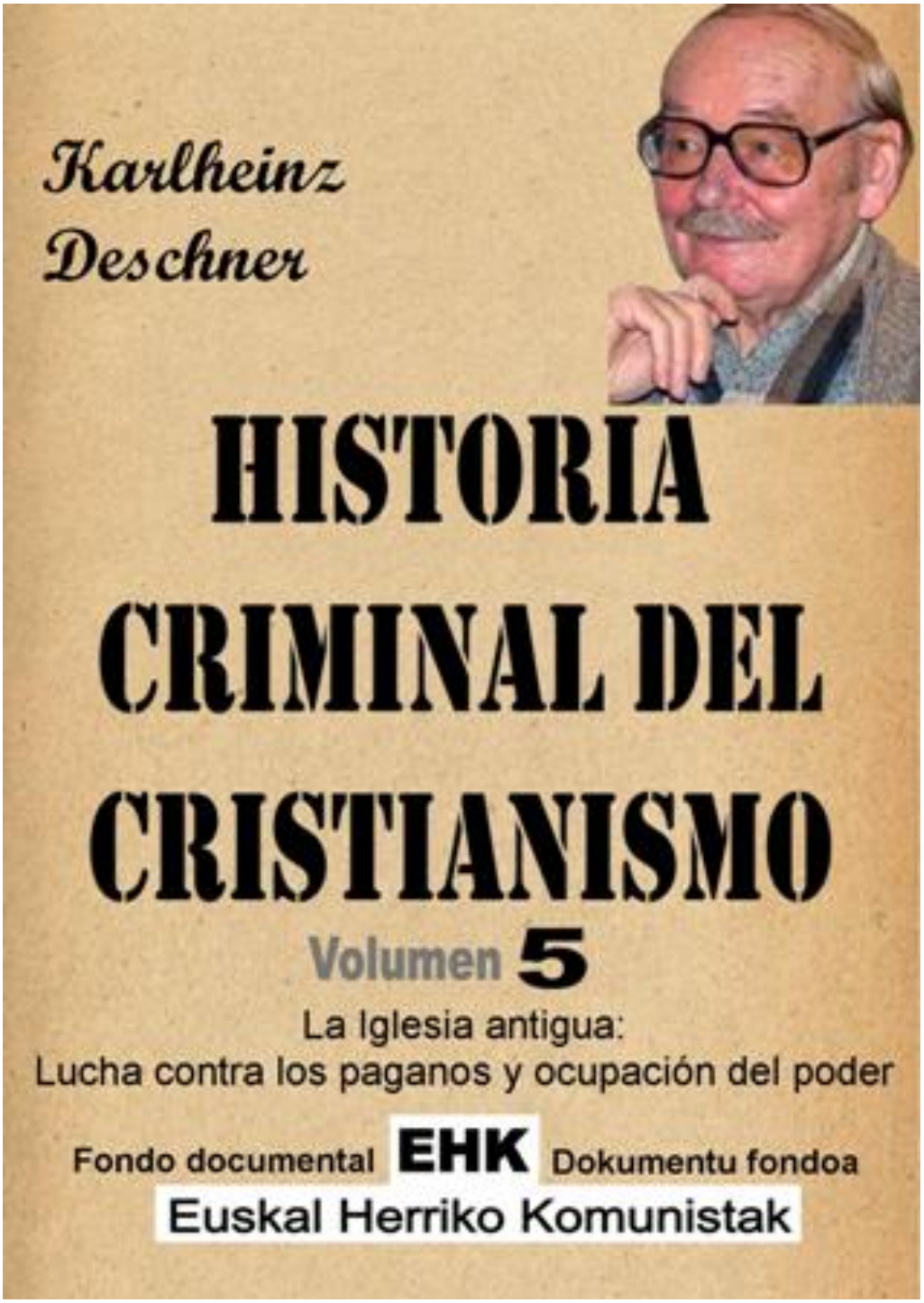
¿Hablamos de días lejanos?

En el año del Señor 1989, casi un millón de peregrinos acudieron a la "santa capilla" del centro de peregrinaciones bávaro de Altötting.[136]

Sin embargo, las bases de este gigantesco embrutecimiento del mundo (cristiano) se sentaron en la Antigüedad; de manera amplia, como muestran los capítulos vistos hasta aquí y deberá documentar en detalle el próximo volumen.

135

136


Karlheinz
Deschner
HISTORIA
CRIMINAL DEL
CRISTIANISMO
Volumen 5
La Iglesia antigua:
Lucha contra los paganos y ocupación del poder
Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

VOLUMEN V

La Iglesia antigua:
Lucha contra los paganos
y ocupación del poder

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de Anselmo Sanjuán

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la

distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums: Die Alte Kirche*

© 1990, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1993, Ediciones Martínez Roca, S. A.
S. A. Gran Via, 774, 7.°, 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1750-2
Depósito legal B. 162.69-1993
Fotocomposición: Pacmer, S.A.
Miquel Ángel, 70-72,08028 Barcelona
Impresión: Libergarf, S. A., Constitució,
19,08014 Barcelona

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz
Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

11

ÍNDICE

Capítulo I. EMBRUTECIMIENTO

LA RUINA DE LA CULTURA ANTIGUA

La educación entre los griegos, los romanos y los judíos

El cristianismo —ya desde los tiempos de Jesús enseña a odiar todo cuanto no esté al servicio de Dios

El cristianismo intentó desde un principio-y sigue intentándolo en nuestros días dominar a los niños a través , de sus padres

El cristianismo más antiguo es hostil a la educación

Hambre, suciedad y lágrimas: El gran ideal cristiano sustentado durante muchos siglos

La hostilidad frente a la cultura de los primeros escritores greco-cristianos

La hostilidad frente a la cultura en los escritores latinos, paleocristianos

El teatro: «El templo del diablo»

En vez de teatro, el gran teatro de la Iglesia y censura n '*eclesiástica hasta el siglo XX*

Todo cuanto de la cultura pagana anterior podía resultarle útil fue ensalzado como «religión cristiana» y plagiado por el cristianismo

«...Despreciando las Sagradas Escrituras de Dios, se ocupaban de la geometría»

«...El eco de su nombre y el fruto de su espíritu». Las pruebas de san Ambrosio en pro de una casta viudez: El ejemplo de la tórtola; en pro del nacimiento virginal de la madre de Dios: El ejemplo de los buitres; en pro de la inmortalidad: El ejemplo del ave fénix y otras muchas brillantes ocurrencias.

Del arte exe gótico de san Agustín; sobre lo que creía y lo que no creía. Cómo todo cuanto una persona necesita saber está contenido en la Biblia

El mundo se entenebrece cada vez más

IRRUMPE LA OBSESIÓN CRISTIANA POR LOS ESPÍRITUS

La creencia en espíritus en la época precristiana y en ámbitos ajenos al cristianismo

Jesús «expulsó muchos demonios...»

El exorcismo constituyó una de las piezas clave del antiguo cristianismo .....

Los «espíritus malignos» según la creencia y el dictamen de los Padres de la Iglesia

Los demonios y los monjes

También Agustín enseñó toda clase de bobadas sobre los «espíritus malignos» y se convirtió en el «teólogo de la locura de las brujas»

Encantamientos cristianos en prevención de los «espíritus malignos»

Capítulo II. EXPLOTACIÓN

LA PRÉDICA ECLESIÁSTICA

La situación político-financiera antes de Constantino

Pareceres acerca de la riqueza y la pobreza en la antigüedad precristiana

La tendencia hostil a la riqueza en el cristianismo primitivo

La tendencia favorable a la propiedad en el cristianismo antiguo y el comienzo de la táctica sinuosa

Un banquero protocristiano convertido en papa. Mirada de soslayo a la doctrina social de los papas en el siglo XX

Yo gano dinero a manos llenas; mi mujer practica la caridad [...]. De Clemente Romano a Gregorio Niseno

Los «revolucionarios» salvan a los ricos. Los Doctores de la 1glesia Gregorio de Nacianzo y Ambrosio de Milán

113 *El semisocialista Doctor de la Igleisa Juan Crisóstomo y su discípulo Teodoreto*
117 *El Doctor de la Iglesia Agustín aboga por la «fatigosa pobreza»*
123 LA PRAXIS DE LA IGLESIA
124 *Dinero para todos los mensajeros del Evangelio y en particular para los obispos*
127 *La Iglesia de los pobres comienza a ser rica*
131 *Los monjes se convierten en la primera fuerza económica de la Iglesia «bajo el pretexto» de compartirlo todo con los pobres, en realidad, al objeto de convertir a todos en pobres»*
137 *Métodos para obtener dinero espiritualmente*
142 *Algunos métodos eclesiásticos de obtener y gastar dinero legítimamente*
146 *Desde la época de Constantino, son los ricos quienes rigen la «Iglesia de los pobres»*
148 *La simonía*
150 *El nepotismo*
152 *La caza subrepticia de herencias*
157 MANTENIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN DE LA ESCLAVITUD
158 *La esclavitud antes del cristianismo*
162 *Pablo, el Nuevo Testamento, la Patrística y la Iglesia abogan por el mantenimiento de la esclavitud*
167 *Subterfugios apologéticos y mentiras acerca de la cuestión de la esclavitud*
175 *La génesis del colonato: Una nueva forma de esclavitud*
177 *El nacimiento del Estado despótico cristiano: Corrupción, explotación y supresión gradual de las libertades*

189 Capítulo III, ANIQUILACIÓN
191 LA DESTRUCCIÓN DE LIBROS POR PARTE DE LOS CRISTIANOS EN LA ANTIGÜEDAD
192 *Destrucción de libros en épocas precristianas*
193 *Cristianos que destruyen literatura cristiana*
199 *La aniquilación del paganismo*
201 *El Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo arruina los templos.*
205 *San Porfirio predica el Evangelio «con suma mansedumbre y paciencia [...]»*
207 *Conducta de Teófilo de Alejandría en relación con los templos y tesoros paganos. Su actitud para con los sentimientos religiosos de los seguidores de la antigua fe .*
212 *Iglesia y Estado actúan violentamente contra los fieles de la antigua religión pagana*
216 *La «cristianización» del expolio y la expulsión de los «espíritus malignos»*
218 *El impulso al exterminio provenía de la Iglesia*
224 *Una ola de terror inunda los países*
OBSERVACIÓN FINAL

15

CAPITULO 1. EMBRUTECIMIENTO

«¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el letrado? ¿Dónde el disputador de las cosas de este mundo? ¿No ha hecho Dios necedad la sabiduría de este mundo?»

(ICo.1,20)

«La charlatanería la inicia entre vosotros el *maestro de escuela* y como habéis dividido la ciencia en partes, os habéis alejado de la única verdadera.»

TACIAN0[1]

«Después de Jesucristo es ya ociosa toda investigación. Si creemos, ya no exigimos nada que vaya más allá de nuestra fe.»

TERTULIANO[2]

«Si deseas leer narraciones históricas, ahí tienes el LIBRO DE LOS REYES.
Si, por el contrario, quieres leer a los sabios y filósofos, tienes a los profetas [...]. Y si anhelas los himnos, tienes también los salmos de David.»

CONSTITUCIÓN APOSTÓLICA (SIGLO III)[3]

«La religión es, por consiguiente, el núcleo central de todo el proceso educativo y debe impregnar todas las medidas educativas.»

LÉXICO PARA LA VIDA CATÓLICA (1952)[4]

16

LA RUINA DE LA CULTURA ANTIGUA

«El ideal clásico de la educación griega tenía por base una profunda comprensión global del hombre, en la profunda valoración de éste y en su meta.» «Nada oímos, sin embargo, acerca de fundación de escuelas elementales, y no digamos ya de escuelas de gramática,
por parte de los cristianos.»

HANS VON SCHUBERT[5]

«Toda la educación queda subordinada a la cristianización.»

BALLAUF[6]

«Para toda la situación educativa del mundo antiguo en el siglo V siguió siendo característico el hecho de la ausencia de toda investigación científica con el claro objetivo de obtener un determinado progreso.»

J. VOGT[7]

«Pero este desprecio de la razón y de la ciencia que se enseñoreó del

[1] Tat. or ad Fr. 26, 5.
[2] Tert. de praescr. haer. 7, 14. de anima c. 2. Citado seg. Dannenbauer 1111.
[3] Ibíd.1114.
[4] Rauch (Compil.) 253.
[5] H. v. Schubert, Bildung u. Erziehung in frühchristíicher Zeít, pag. 90 ss.
[6] Ballauffl316.
[7] Vogt, Der Niedergang 403.

> poder se distanció cada vez más de la cultura del mundo antiguo conduciendo a la superstición y la incultura. Al final de este camino se erguía la amenaza de la recaída en la barbarie.»
>
> HEINRICH DANNENBAUER[8]

18

La educación entre los griegos, los romanos y los judíos

En la época helenística, la educación y la cultura alcanzaron un alto nivel bajo la influencia de los griegos. Éstos, en cuyas escuelas la juventud, ya desde el siglo V antes de Cristo, trababa conocimiento con aquellos autores que unían en sí la fuerza poética y la utilidad pedagógica, fueron quienes introdujeron en la historia el concepto de cultura así como el de una ocupación libre y sistemática del espíritu, legándoselos a Europa con su impronta decisiva. Ya antes de la creación de centros de enseñanza permanentes, los sofistas, aquellos «maestros de la sabiduría» de los siglos V y IV, se convirtieron en portadores de la ilustración antigua. Su aspiración era la de una educación polifacética, la de un saber lo más amplio y variado posible, pero bien ordenado, puesto al servicio del sostén de la vida y, especialmente, de la «virtud» política *(arete),* aspiración que les llevó a revolucionar la pedagogía.[9]

Sócrates, que se debatió críticamente con los sofistas y especialmente con su subjetivismo, enseñando por su parte el método de la continua interrogación, el «método socrático», trató, con sus artes de partero espiritual (la mayéutica), de conducir a los hombres a un pensamiento propio, emancipado, y a la toma de decisiones éticas propias. Desenmascaró lo especulativamente gratuito, el saber aparente, los denominados órdenes de lo objetivo, la costumbre, el estado, la religión, siendo el primero que fundamentó el ámbito de lo moral, no en aquellos órdenes, sino en la mayoría de edad del individuo, en la autoconciencia, en el *«Daimonion»,* lo que acabó acarreándole la pena de muerte.[10]

También Isócrates, en las antípodas de Platón, ejerció una fuerte influencia en la educación antigua. Él intentó, adicionalmente, fomentar la prevalencia del hombre en la vida práctica y política, intentando unir una amplia erudición con la pulcritud sintáctica y la claridad de pensamiento, adquirida gracias al cultivo de las matemáticas. Sus ideas acerca de la educación y la cultura han dejado una fuerte impronta en la pedagogía y la actividad formad va posteriores a la Antigüedad.[11]

19

En la época helenística, los niños quedaban en general al cuidado de la madre o de un aya hasta la edad de siete años. Después se les confiaba a un prolongado proceso de enseñanza escolar. Ese proceso abarcaba la lectura, la escritura, el cálculo y la introducción en la obra de los clásicos, pero también comprendía el canto, la música y ejercicios gimnásticos y militares. Todo culminaba con la formación retórica, el adiestramiento imprescindible en el uso de la palabra y del pensamiento. A ello se sumaba después la filosofía, concebida a menudo como contraste. No existía aún

---

[8] Dannenbauer 1178.
[9] Bomenkamp 505. Fuchs, H. Bildung 346. Rabbow 161 ss. Marrou 75 ss. Gigon 70.
[10] Blomenkamp 505. Fuchs, H. Bildung 347 con refer. a Xen. mem. 4, 7. Dtv Lexik. 17, 108. Rabbow 109 ss.
[11] Blomenkamp 506 ss. Fuchs, H. Bildung 347.

propiamente un estudio especializado, salvo el de la medicina y, posteriormente, el de la jurisprudencia. La instrucción de las muchachas era algo infrecuente. Las referencias a valores éticos eran continuas y en general se pretendía transformar al hombre íntegro —incluidas sus potencialidades físicas y psíquicas, su sensibilidad ética y estética— en una personalidad lo más perfecta posible sin que hubiese, con todo, «una instrucción propiamente religiosa» (Blomenkamp).[12]

En la antigua Roma el niño quedaba de inmediato bajo la égida de la madre, altamente respetada. Después era el padre el encargado de su educación. Más o menos a los dieciséis años, el romano recibía una especie de instrucción política general *(tirociniumforÍ).* Con vistas a su futuro empleo al servicio del Estado, su educación se orientaba de pleno a la vida práctica; su adiestramiento físico tenía carácter premilitar y el psíquico se limitaba a conocimientos de uso concreto, de jurisprudencia, por ejemplo. Bajo la influencia griega, las escuelas latinas se fueron asemejando gradualmente a las helenísticas tanto por lo que respecta a su estructura como en lo tocante a las materias y los métodos. Gracias a los profundos cambios en la estratificación social en la época del imperio tardío, se generalizaron, fomentadas por los emperadores, las escuelas elementales casi hasta los últimos confines del imperio, no faltando las de gramática en ninguna ciudad medianamente importante. Todo parece indicar que las muchachas asistían a las elementales y las chicas de buena familia incluso a las de gramática. El estoico Musonio (30-108, aproximadamente) exigía para las muchachas, como ya lo indican incluso los títulos de algunos de sus libros —*Que también las mujeres han de filosofar. Sobre si se ha de dar a las hijas la misma educación que a los hijos—,* una escolarización semejante a la de los chicos y valoraba por igual a ambos sexos.[13]

El sistema educativo grecorromano, considerado como un todo, tenía por objeto el desarrollo de todas las capacidades humanas. Los emperadores favorecieron la difusión de escuelas superiores. El programa educativo era lo más amplio posible y la cultura constituía un poder realmente determinante en la Antigüedad tardía. Por parte de toda la sedicente buena sociedad en torno al Mediterráneo era objeto de una veneración poco menos que religiosa y aparte de ir íntimamente unida al paganismo estaba firmemente orientada al más acá, pues si bien integraba también a la divinidad no se regía por ésta sino por disposiciones humanas.[14]

20

Muy distinto era el ideal sustentado por el judaísmo, que unió estrechamente educación y religión.

En el Antiguo Testamento el mismo Dios entra una y otra vez en escena como padre y educador y raras veces educa sin castigo disciplinar. De ahí que el Antiguo Testamento hebreo traduzca habitualmente el concepto de educación con el término *jisser o* con el sustantivo *musar,* que en primer término significan punición, y adicionalmente pueden significar disciplina y formación. El castigo físico está al servicio de la educación y ésta —buena muestra del amor paterno— desemboca a menudo en el castigo físico. El hombre es concebido en el pecado, nace en la culpa y es malo desde su adolescencia. «Quien flaquea con la vara, odia a su hijo.» Hay que castigarlo desoyendo sus lamentos. Los golpes y la disciplina son siempre prueba de

[12] Blomenkamp 507 ss. Con toda clase de detalles y documentación, Marrou 141 ss.
[13] Blomenkamp 510 ss. Dtv Lexik. Philosophie m 216 s. Fuchs, H. Bildung 348 s.
[14] Blomenkamp 515. Wolf, P. Vom Schulwesen 24 ss. Marrou 321 ss. y en otros pasajes.

sabiduría.[15]

En consecuencia también el judaísmo rabínico vinculaba estrechamente educación y religión y también él consideraba a Dios educador y castigador. Con cinco años, según el tratado Aboth, 5, 24, es ya necesario aplicarse al estudio de las Escrituras; con diez al de la Mischna y con quince al del Talmud. (La instrucción de las muchachas carecía para ellos de todo valor. Éstas no debían asistir a ninguna escuela pública y en la época talmúdica era usual que se casasen con trece años escasos.) La asistencia a la escuela no era propiamente obligatoria, pero las escuelas eran a menudo anejas a las sinagogas y los textos sagrados constituían la base de toda la enseñanza. Ya la lectura se enseñaba al hilo de textos bíblicos. (También según el programa de enseñanza del Doctor de la Iglesia san Jerónimo había que aprender a leer silabeando los nombres de los apóstoles, de los profetas y del árbol genealógico de Cristo.) La sabiduría mundana no hallaba allí cabida. En cuanto que trasmisor de la divina sabiduría, el maestro gozaba, sin embargo, de mayor estima que entre griegos y romanos. ¡El profundo respeto ante él debía igualar al que se sentía por el cielo![16]

Muchos aspectos de esta educación judía nos recuerdan la educación del primer cristianismo, pero en ésta dejó también su impronta la helenística.

El cristianismo —ya desde los tiempos de Jesús— enseña a odiar todo cuanto no esté al servicio de Dios

El Evangelio fue originariamente un mensaje apocalíptico, escatológico, una predicación del inminente fin del mundo. La fe de Jesús y de sus discípulos era, a este respecto, firme como una roca, por lo que cualquier cuestión pedagógica carecía de toda relevancia para ellos. No mostraban el más mínimo interés por la educación o la cultura. La ciencia y la filosofía, así como el arte, no les preocupaban en absoluto. Hubo que esperar nada menos que tres siglos para contar con un arte cristiano. Las disposiciones eclesiásticas, incluso las promulgadas en épocas posteriores, miden con el mismo rasero a los artistas, a los comediantes, a los dueños de burdeles y a otros tipos de esa misma laya. Pronto se dará el caso de que el «lenguaje de pescadores» (sobre todo, según parece, el de las biblias latinas) provoque la mofa a lo largo de todos los siglos, si bien los cristianos lo defiendan ostensiblemente —eso pese a que también y cabalmente Jerónimo y Agustín confiesen en más de una ocasión cuánto horror les causa el extraño, desmañado y a menudo falso estilo de la Biblia—. ¡A Agustín le sonaba incluso como un cuento de viejas! (En el siglo IV algunos textos bíblicos fueron vertidos a hexámetros virgilianos, sin que ello los hiciera más sufribles.) *«Homines sine litteris et idiotae»,* así califican los sacerdotes judíos a los apóstoles de Jesús en la versión latina de la Biblia.[17]

21

Como no sobrevino el Reino de Dios sobre la Tierra, la Iglesia lo sustituyó por el

[15] V. Blomenkamp 516 con abund. docum.

[16] Ibíd.518ss.

[17] Act. Apost. 4, 13. Fuchs, H. Bildung 350 ss con abund. indic. de fuentes. V. Soden, Christentum u. Kultur 8 ss. Campenhausen, Tradition u. Leben 216 ss, en esp. 219. Dannenbauer I, 114. Con más detalle, Deschner, Hahn 292 ss.

Reino de los Cielos hacia el que los creyentes tuvieron que orientar su vida entera, entiéndase: según los planes de la Iglesia; entiéndase, exclusivamente en provecho de la Iglesia; entiéndase, exclusivamente en interés del alto clero. Pues cuando quiera y dondequiera que este clero hable de Iglesia, de Cristo, de Dios y de la eternidad, lo hace única y exclusivamente en su provecho. Pretextando abogar por la salud del alma del creyente, piensa solamente en su propia salud. Y aunque podría ser que en sus primeros comienzos no identificase siempre ambas cosas, en todo caso sabía que todo ello le resultaba provechoso.

En el cristianismo, el desarrollo de las capacidades psíquicas no constituía un fin por sí mismo, cual era el caso en la pedagogía del mundo helenístico, sino sólo un medio para la educación religiosa, para la supuesta asimilación a Dios. Sin duda que también la educación cristiana debía, naturalmente, preparar para la profesión, para la vida laboral, pero lo decisivo era la meta final, la preparación para el más allá. Es sólo a partir de ella como la restante educación adquiría su sentido. Todas las virtudes de las que el cristianismo hacía especial propaganda, o sea, la humildad, la fe, la esperanza, la caridad e incluso aquellos valores que tan pródigamente tomó prestados de la ética no cristiana no fueron particularmente apreciados *per se,* sino más bien en cuanto conducentes a aquella meta final. Cristo, Dios, la eterna bienaventuranza, la creencia de que el cristiano «gozará de una dicha inacabable» en el más allá (Atenágoras), constituían el centro de esta domesticación educativa.[18]

En el Nuevo Testamento no es ya la pedagogía humana, a la que apenas si se aborda, lo que está en juego, sino la pedagogía de la redención divina, algo que, si prescindimos de ciertos asomos en la *Stoa,* apenas halla paralelo en el ámbito cultural grecorromano. Ocurre más bien que entre la concepción pedagógica cristiana, kyriocéntrica o cristocéntrica, y la *Paideia* helena, de carácter antropocéntrico, se dan algunas contradicciones de base. También el Nuevo Testamento, como era el caso en el Antiguo, sitúa en un primer plano la idea del rigor disciplinario. «Vivimos como sujetos a disciplina, aunque no como afligidos hasta la muerte», escribe Pablo. Y la primera carta a Timoteo, una falsificación que usurpa su nombre, alude a dos «herejes». Himeneo y Alejandro, «a quienes entregué a Satanás para que con el rigor de la disciplina, aprendan a no blasfemar». «Pues también nuestro Dios —como dice la carta a los Hebreos en alusión a Deut. 4, 24— «es un fuego devorador» (siete versículos más adelante, Deut. 4, puede leerse: «Pues Yahveh, tu Dios, es Dios misericordioso»: a gusto del interés momentáneo).[19]

22

Los Padres de la Iglesia prosiguen con esa tendencia. En la obra de Ireneo, creador de una primera teología propiamente pedagógica, en las de Clemente de Alejandría, Orígenes, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Nisa, se discute a menudo la idea de una pedagogía divina y Dios se convierte en el educador propiamente dicho. *Ergo* toda educación debe, a su vez, ocuparse en primera y última línea de Dios y éste debe ser su cometido. De ahí que Orígenes enseñe que «nosotros desdeñamos todo cuanto es camal, transitorio y aparente y debemos hacer lo posible [...] para acceder a la vida con Dios y con los amigos de Dios». De ahí que Juan Crisóstomo exija de los padres que eduquen «paladines de Cristo» y exija la temprana y persistente lectura de la

[18] Athenag. Resurr. 25. Blomenkamp 520 ss con indicac. de fuentes del Nuevo Testamento y de la Patrística.
[19] II Co. 6, 9.1. Tim. 1, 20. Hebr. 12, 19. Blomenkamp 521 ss, espec. 524.

Biblia. De ahí que Jerónimo, que en cierta ocasión llama a una niña pequeña recluta y combatiente de Dios, escriba que «no queremos dividimos por igual entre Cristo y el mundo. En vez de hacemos partícipes de bienes viles y perecederos, hemos de serlo de la dicha eterna». Y tal es su enfoque pedagógico más importante: «Conozcamos en la tierra aquellas cosas cuyo conocimiento perdure para nosotros en el cielo». «Toda la educación queda supeditada a la cristianización» (Ballauf). Tampoco el Doctor de la Iglesia Basilio considera «un bien auténtico el que únicamente aporta un goce terrenal». Aquello que fomente la «consecución de otra vida», eso es «lo único que, a nuestro entender, debemos amar y pretender con todas nuestras fuerzas. Todo aquello, en cambio, que no esté orientado a esa meta, debemos desecharlo como carente de valor».[20]

Tales principios educativos que reputan como quimérico —o en caso de no ser quimérico— como «carente de valor» *todo* cuanto no se relacione con una supuesta vida tras la muerte, hallan su fundamento en la Biblia y hasta en el mismo Jesús: «Si alguien viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas e incluso a su propia vida, ése no puede ser mi discípulo» (!). Considérese cuántas desgracias vienen sembrando ya *esas solas* palabras desde hace dos mil años. Son algo inconcebiblemente funesto.

23

Al igual que en el Antiguo y Nuevo Testamento, la idea del castigo correctivo sigue jugando una y otra vez un papel importante en los Padres de la Iglesia y continuaría jugándolo en la educación cristiana a lo largo de dos mil años. Las consecuencias son bien conocidas.

Clemente de Alejandría subraya incansablemente la importancia pedagógica del castigo: es un instrumento educativo del Dios amoroso destinado a tener continuidad incluso en la otra vida. A este respecto. Clemente diseña toda una escala de divinos correctivos comenzando con la aprobación bondadosa y acabando con el fuego. También Orígenes valora a cada paso el castigo como recurso pedagógico, como auténtica obra de caridad. El pecador está por ello en deuda con la bondad de Dios, quien desea de ese modo salvar al hombre. Para el mismo Juan Crisóstomo los castigos de Dios no son otra cosa que medicinas. «¡Anotadlo: 08 quiero enseñar una sabiduría auténtica! ¿Por qué nos lamentamos por quienes sufren el correctivo y no por los pecadores? [...]. Pues lo que las medicinas, lo que el cauterizar y cortar son para el médico, eso es lo que los correctivos representan para Dios».[21]

El Doctor de la Iglesia Agustín, un consumado cínico —por no decir sádico— estima provechosa para los padres la misma muerte de sus hijos:

un saludable correctivo. «¿Por qué no habría de suceder algo así? —pregunta el buen pastor—. Cuando ya ha pasado, ya no afecta a los hijos y a los padres les puede servir de provecho al ser mejorados por los reveses humanos y resolver vivir más justamente.» Hay en esas palabras algo que recuerda la justificación agustiniana de la guerra: «Que yo sepa, nadie murió en ellas que no hubiese tenido que morir más tarde o más temprano». O bien: «¿Qué se puede objetar contra la guerra? ¿Acaso que en ella mueren personas que, no obstante, han de morir algún día?». «En los escritos

[20] Orig. contra Cels. 3, 56. Orig. Coment. a los Salm. 1, 3. J. Crisost. en Ephes. hom. 21. Tim. 9, 2 in glor. 85 ss. Hieron. Ep. 107, 4, 9. Basil. Exhort. a los jov. I. Blomenkamp 521 ss, con indic. de fuentes y de bibliograf. Heilmann, Texte I 267. Ballauffl316.

[21] J. Crisost. Serm. sobre el terrem. 3. Ballauff278.

sobre la educación infantil —escribe P. Blomenkamp refiriéndose particularmente a los Doctores de la Iglesia Jerónimo, Juan Crisóstomo y Agustín— la educación divina es presentada como modelo a los ojos de los padres».[22]

El cristianismo intentó desde un principio —y sigue intentándolo en nuestros días— dominar a los niños a través de sus padres

Ya el Antiguo Testamento enseñaba así: «Vosotros, niños, sed en todo obedientes a vuestros padres, pues eso es lo que place a Dios». Y los padres deben educar a sus hijos en «la disciplina y en la exhortación del Señor». Son incontables los escritos que han seguido al pie de la letra esa divisa hasta nuestros días, situando en el centro mismo de la educación paterna la salvación del alma del niño, es decir, el interés de la Iglesia, o sea, del clero. A eso se ha subordinado todo lo demás. De acuerdo con ello la propia vida de los padres ha de ser modélica debiendo éstos vigilar cuidadosamente con quién tienen trato sus hijos y elegir el personal de servicio adecuado. Para ello han de aplicar criterios exigentes. ¡Esa vigilancia es, efectivamente, perfecta, sin fisuras! Si los padres incurren en una transgresión nociva para esa egolatría clerical se verán amenazados por los más severos castigos al cometer un delito peor que el infanticidio, pues en tal caso son ellos quienes envían a sus hijos al fuego del infierno.[23]

[24]

La misión decisiva corresponde al padre, instancia suprema en la familia. Según Agustín, aquél debe investirse en el hogar de una función sacerdotal, o, más aún, cuasi episcopal. Y Juan Crisóstomo soflama así al *pater familias:* «Tú eres el profesor de toda la familia. Dios envía a tu mujer y a tus hijos a tu escuela». ¡Pues es el caso que la mujer debe, según la «Sagrada Escritura», someterse en todo al hombre! Ella no debe ni tutelarlo, ni dominarlo; no debe impartir lecciones y sí callar hasta en la misma iglesia. «Debe mantener un callado recato, pues Adán fue creado primero y sólo después Eva. Y no fue Adán quien se dejó seducir, sino la mujer...»[24]

La postergación de la mujer fue continua y ello ya en la Iglesia primigenia. Tertuliano la tilda de «trampa del infierno». Se le niega que esté hecha a imagen de Dios: *«Mulier non estfacta ad imaginem Dei»* (Agustín). Una frase apócrifa de Pedro dice así: «Las mujeres no son dignas de la vida». Y en 585, durante el Sínodo de Macón, un obispo desempeña un brillante papel con su explicación de que las mujeres no son seres humanos *(mulierem hominem vocitari non posse).* Todo ello conduciría más tarde a la hoguera.[25]

Con todo, «la mujer puede ser salvada por el hecho de dar la vida a los niños», a condición de que se muestre constante en la fe, la caridad y la santidad. La mujer aparece desde un principio justificada como máquina paridora, una situación que

---

[22] Blomenkamp 525.

[23] Efes. 6, 4. Col. 3,21. Blomenkamp 528 ss con indicac. de fuentes.

[24] Efes. 5, 24.1 Tim. 2, 11 ss. August. in Johan. tr. 51, 13. J. Crisost. vid. el. 9.

[25] Tert. cult. fem. 1, 1. c. 5. s. Virg. vel. 7 s; 11; 17. coron. 14. Zschamak 16, Bartsch 50. Dannenbauer I 161 ss. Más ampliamente en Deschner, *Historia sexual del cristianismo,* cap. 18 (Ed. Yaide).

perdura hasta Lutero (e incluso hasta épocas mucho más recientes), quien con el cinismo propio del curángano alecciona de este modo: «Entréganos al niño y esfuérzate en ello al máximo; si ello te cuesta la vida, vete sin más y considérate feliz, pues mueres en verdad por una obra honrosa y en la obediencia a Dios». O bien: «Aunque se fatiguen y acaben muriendo a fuerza de embarazos, eso no importa. Que mueran de embarazos, pues para eso están aquí».[26]

De ahí que la esterilidad equivalga a una horrible privación y que el aborto se castigue con el máximo rigor. Cuando, no obstante, se elevan loas en pro de la virginidad, algo bastante común, entonces se elevan también lamentos a causa de la penosa carga representada por la educación de los niños. Una vez más la consabida doblez. Doblez también en la medida en que, por una parte, los niños deben a sus padres una obediencia tan grande y un respeto tan profundo que sólo ceden ante los debidos a Dios, mientras que, por la otra, aquel deber cesa brusca e íntegramente apenas su cumplimiento redunde en desventaja de la Iglesia. En tal caso todo ha de subordinarse a las exigencias de ésta, que ella siempre declara exigencias de Dios, y ello incluso en el caso de que esa subordinación entrañe desventajas para el niño. Apenas, pues, los niños apremien con su deseo de servir a la Iglesia —lo cual sucede de ordinario porque la Iglesia les apremia a ello—; apenas quieran o deban hacerse sacerdotes, monjes o monjas y los padres los contradigan, repentinamente, el deseo y la voluntad de estos últimos no cuentan ya para nada y su autoridad queda desestimada con inconcebible desconsideración.[27]

25

A la vista de tales máximas educativas —que en el fondo (¡y a veces *expressis verbis\)* enseñan a despreciar, a odiar el mundo y a considerar como realmente necesaria tan sólo la «pedagogía de la salvación», el seguimiento de Cristo—, toda la filosofía, la ciencia y el arte de la Antigüedad tenían que resultar sospechosos ya de antemano cuando no un engendro del diablo.

El cristianismo más antiguo es hostil a la educación

Esa actitud tenía y sigue teniendo su fundamento en la Biblia. El mismo Jesús había suprimido el aura del ideal del sabio. Por lo demás el Nuevo Testamento previene por su parte contra la sabiduría de este mundo, la filosofía: 1 Co. 1, 19 ss, 3, 19, Col, 2, 8, afirmando que en Cristo residen «todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Col. 2, 3). Y si bien es cierto que el evangelio —que no había sido predicado por mor de los sabios y avisados— fue, en gran medida, entreverado de filosofía por parte, sobre todo, de Justino, Clemente de Alejandría y Orígenes, que lo racionalizaron e intelectualizaron con un acervo de ideas extracristianas, no lo es menos que hasta el siglo III los adversarios de la filosofía —entre ellos Ignacio, Policarpo, Taciano, Teófilo y Hermas—fueron en el cristianismo más numerosos que sus preconizadores produciéndose un sinfín de ataques contra las «charlatanerías de

[26] I Tim. 2, 15. Cita de Lutero en Ronner, 109. Grisar II 492.

[27] Clem. Al. Strom. 2, 139, 5. Tert. Uxor. 1, 5; Exhort. cast. 12. Ambros. virg. 125. Hieron. adv. Helv. 20. Blomenkamp 526 s con más indicac. de fuentes.

los necios filósofos», su «mendaz fatuidad», sus «absurdos y desvaríos».[28]

A este respecto se remitían gustosos a Pablo, a quien, supuestamente, sé le enfrentaron epicúreos y estoicos en Atenas y que en numerosas ocasiones había prevenido contra las falsas prédicas de ciertos maestros extraviados, deseosos de unificar la filosofía pagana y el cristianismo, además de enseñar que «escrito está: "Coge a los sabios en sus propias redes" (Job, 5, 13) y "conoce Dios los pensamientos de los hombres, cuan vanos son (Sal, 94, 11)» «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el letrado? ¿Dónde el disputador de las cosas de este mundo? ¿No ha hecho Dios necedad la sabiduría de este mundo?» «Plugo a Dios salvar a los creyentes por la sabiduría de la predicación» O bien: «Mirad que nadie os engañe con filosofías falaces y vanas, fundadas en tradiciones humanas».[29]

26

Esta hostilidad paleocristiana contra la educación basada en la autoridad del Cristo, de los sinópticos y de Pablo iba muy de la mano de distintos factores de índole religiosa, religioso-política y socioeconómica.

Por una parte la primigenia creencia cristiana en el fin de los tiempos —aunque sus efectos se fuesen debilitando con el paso del tiempo— era incompatible con la cultura y con el mundo en general. Quien aguarda la irrupción del fin, quien no es de este mundo, no se preocupa por la filosofía, la ciencia o la literatura. Cristo no las propaga o las menciona ni con una sola palabra. Es claro que para él «sólo una cosa es necesaria». De ahí que cuando alguien alaba ante él la magnificencia del templo de Jerusalén se limite a opinar que no quedará piedra sobre piedra del mismo: probablemente su única manifestación acerca del arte. Arte que apenas jugaba ningún papel en su entorno cultural, en virtud del freno que suponía la prohibición mosaica: «No te harás imágenes talladas, ni figuración alguna...».[30]

Aquella hostilidad del cristianismo primitivo derivaba asimismo del estrecho entrelazamiento de todo el mundo cultural de la antigüedad con la religión pagana frente a la cual mantenía el cristianismo —y también frente a cualquier otra religión— una actitud de extrañeza y animadversión como resultado de su híbrida pretensión de validez absoluta, de su exclusivismo (veterotestamentario), de su intolerancia. Revestidos de una arrogancia inaudita, los cristianos se denominaban a sí mismos la «parte áurea», el «Israel de Dios», el «género elegido», el «pueblo santo» y *«tertium genus hominum»,* mientras denostaba a los paganos como impíos, como rebosantes de envidia, de mentira, de odio, de espíritu sanguinario, decretando que todo su mundo estaba maduro para la aniquilación «a sangre y fuego».[31]

Aquella hostilidad está asimismo relacionada con la composición social de las comunidades cristianas, que se reclutaban casi exclusivamente a partir de los estratos sociales más bajos. Se considera, incluso por parte católica, que numerosos testimonios evidencian que, «durante los primeros siglos (!), la inmensa mayoría de los cristianos pertenecía, tanto en Oriente como en Occidente, a los estratos populares más bajos y sólo en contados casos gozaban de una educación superior»

---

[28] Comp. Hamack, Mission u. Ausbreitung 1246 s. Extensamente en Deschner, Hahn 293 ss, 302 ss.

[29] I Co. 1, 19. Col. 3, 8. Comp. tb. Col. 2, 18; 2, 23. Hechos 17, 18. Luegs II**,** 258 ss.

[30] Ex. 20, 4; Deut. 5, 8. Me 13, 1 s. Mt 6, 33; 24, 1 s. Le 10, 31 ss. 21, 5. Lortz I 8. Daniel Rops, Umweit Jesu 285 ss. Con más amplit. en Deschner, Hahn 292 ss.

[31] Comp. entre otros a Jn. 12, 31; Hechos 17, 15; 18, 3; Tit. 3, 3; Petr. 1, 14; 1, 18; 2, 1; 4, 3; Gal. 6, 16; Heb. 11, 9; 11, 13; 13, 14. Ign. Trall. 3, 2. Herm. vis. 3, 7. 2; 4, 3, 2. 2 Clem. 5, 1; 5, 5; 6, 3 s. Diog. 6, 8. Bam. 5, 7; 13, 6. Arist. apol. 16. Just. Tryph. 119. Ps. Cypr. de pasha computus c. 17.

(Bardenhewer). No es ciertamente casual que un Clemente de Alejandría tenga que ponerse en guardia contra los creyentes que afirman que la filosofía es cosa del demonio, ni que los cristianos antiguos se vean tan a menudo expuestos al reproche de «ser los tontos» *(stulti).* El mismo Tertuliano reconoce sin ambages que los *idiotae* están siempre en mayoría entre los cristianos. La hostilidad cultural de la nueva religión figura siempre entre las principales objeciones de los polemistas paganos. La apología «Ad paganos» rechaza no menos de treinta veces la denominación de *stulti* aplicada a los cristianos.[32]

27

Celso, el gran adversario de los cristianos de la segunda parte del siglo II acierta, como tantas otras veces, en lo esencial cuando cataloga como «simple» la nueva doctrina y cuando escribe que los cristianos «huyen a toda prisa de las personas cultas, pues éstas no son accesibles al engaño, pero tratan de atraerse a los ignaros»: ¡actitud y conducta que siguen por cierto en vigor entre las sectas cristianas de nuestro tiempo! «Esos son los principios que sustentan —prosigue Celso—: "Que no se nos aproxime ningún hombre culto, ningún sabio ni ningún sensato. Ésas no son personas recomendables a nuestros ojos. Pero si alguien es ignorante, obtuso, inculto y simple, ¡venga intrépido a nuestras filas! En la medida en que consideran a gentes tales como dignas de su Dios, ponen de manifiesto que sólo quieren y pueden persuadir a las personas sujetas a tutela, a los viles y obtusos, así como a los esclavos, a las mujercillas y a los niños.»[33]

Con vehemencia superior incluso a la del clero secular despreciaban los monjes la ciencia viendo en ella, con toda razón, una antagonista de la fe. Con la misma consecuencia fomentaban, por lo tanto, la ignorancia como premisa de una vida virtuosa. No era ésta la menor de las causas de que los cultos viesen a los monjes, especialmente idolatrados por las masas, como el peor obstáculo para su conversión al cristianismo. Causa también de que no sólo los paganos cultos, sino también los seglares cristianos aborreciesen de los ascetas y de que un prócer perdiese todo decoro social si abrazaba los hábitos.[34]

Hambre, suciedad y lágrimas: El gran ideal cristiano sustentado durante muchos siglos

Ya a finales del siglo IV y tan sólo en las regiones desérticas de Egipto vivían, al parecer, 24.000 ascetas. ¿Vivían? Semejaban animales con figura humana. Estaban metidos en lugares subterráneos, «como muertos en su tumba», moraban en chozas de ramaje, en oquedades sin otra abertura que un agujero para reptar hasta ellas, «tan estrechas que no podían ni estirar las piernas» (Paladio). Se acuclillaban como trogloditas en grandes rocas, en empinados taludes, en grutas, en celdas minúsculas, enjaulas, en cubiles de fieras y en troncos de árboles secos, o bien se apostaban sobre

[32] Tert. adv. Prax. 3. Bardenhewer I 74 ss, espec. 76. Hamack, Mission u. Ausbreitung 1389, nota 2. Ballauf 287. Dannenbauer 1110 s, 122.

[33] Cita en Ahiheim, Celsus 20. Clévenot, Die Christen 78.

[34] V. Boehn 40 s. Struve, T., 542. Hauck, A., I 54. Stemberg 158.

columnas. En una palabra, vivían como animales salvajes pues ya san Antonio, el primer monje cristiano de quien se tiene noticia, había ordenado «llevar una vida de animal», mandato que también el tantas veces alabado Benito de Nursia adoptó en su regla. Y según la divisa de los antiguos ascetas, «el auténtico ayuno consiste en el hambre permanente» y «cuanto más opulento es el cuerpo, más exigua el alma; y viceversa», se limitaban a entresacar con los dedos un grano de cebada del estiércol de camello permaneciendo, por lo demás, días e incluso semanas enteras en total abstinencia.[35]

28

San Sisino, de quien sabemos a través de los escritos de Teodoreto, vivió tres años en una tumba, «sin sentarse, sin tenderse o dar un solo paso». San Marón vegetó once años en un árbol hueco, salpicado en su interior con enormes espinas. Éstas debían impedirle cualquier tipo de movimiento, al igual que lo hacían unos complicados colgantes de piedras de su frente. Santa Maraña y santa Cira llevaban sobre sí tal cantidad de cadenas que sólo podían avanzar doblándose bajo el peso. «Así —afirma Teodoreto— vivieron cuarenta y dos años.» San Acépsimo, famoso en todo Oriente, llevaba tal carga de hierros que cuando salía de su gruta para beber, debía caminar a cuatro patas. San Eusebio vivió durante tres años en un estanque seco y arrastraba habitualmente «el peso de veinte libras de cadenas de hierro; les añadió primero las cincuenta que llevaba el divino Agapito y después las ochenta que arrastraba el gran Marciano [...]».[36]

«Desde que me adentré en el desierto —confiesa el monje Evagrio Póntico, muerto a finales del siglo IV— no comí ni lechugas ni otras verduras, ni fruta ni uvas, ni carne. Jamás tomé un baño.» Hambre, suciedad y lágrimas constituían entonces, al igual que durante muchos siglos posteriores, un alto ideal cristiano. Un tal Onofre (Onuphrius, en griego) dice de sí mismo: «Se cumplen ya siete años desde que estoy en este desierto y duermo en las montañas a la manera de las fieras. Como *lolium* y hojas de los árboles. No he visto nunca a una persona». Pablo de Tamueh atraviesa el desierto con un rebaño de búfalos: «Vivo como ellos; como la hierba del campo [...]. En invierno me acuesto junto a los búfalos, que me calientan con el aliento de sus bocas. En verano se apiñan y me dan sombra». Cuando menos era una compañía que inspiraba confianza. San Sisoe se ejercitó toda su vida «en el amor al santo desprecio» (Paladio). También santa Isidora, metida en el primer monasterio femenino, junto a Tabennisi, conocía un único deseo: «El de ser continuamente despreciada». Pasó su vida cubierta de harapos y descalza en la cocina del monasterio alimentándose «de las migas de pan que recogía del suelo con una esponja y del agua de fregar las ollas». Juan Egipciano vivió cincuenta años en una choza y, al igual que los pájaros, sólo se alimentaba de agua y granos. Juan el Exiguo regó, a instancias de un anciano, un palo seco plantado en medio del desierto durante dos años, debiendo buscar el agua de un manantial a dos kilómetros del lugar. Según Paladio, el palo rebrotó realmente. Todavía hoy puede verse en el mismo lugar, en Wadi Natrum, una iglesia dedicada a Juan el Exiguo y junto a ella un árbol —naturalmente el que brotó de aquel palo seco— llamado Chadgered el Taa, ¡Árbol de la Obediencia! Pues el monje, dice Juan

[35] Atan. Vita Ant. c. 19. Pall. Hist. Laus. c. 38. Bened. reg. c. 7: aquí, desde luego, sólo en relación con la obediencia maquinal de los crist. Heussi, Der Ursprung des Mónchtums 221 ss. Nigg, Geheimnis der Mónche 55. Lacarriére 132 s y en ot. pasajes. V. tb. Deschner, *Historia sexual del cristianismo,* Ed. Yaide 80 ss.

[36] Lacarriére 175 ss y espec. 178 ss.

Climaco en el siglo VII, debe «ser un animal obediente dotado de razón», formulación que merece todavía ser clasificada de clásica por el miembro de una orden en el siglo XX (Hilpisch). El eremita ambulante Besarión no penetró nunca en un lugar habitado y recorría el desierto lloriqueando día y noche. Y no es que llorase por sí mismo o por el mundo, nos dice Paladio, posteriormente obispo de Helenópolis (Bitinia) y monje de Egipto a finales del siglo IV; nada de eso, Besarión «lloraba por el pecado original y por la culpa de nuestros primeros padres».[37]

29 Camino distinto para evitar el «mundo» y ganar el Reino de los Cielos era el emprendido por los «pasturantes» de Siria y otras regiones. «Recorren sin meta fija los desiertos en compañía de los animales salvajes, como si ellos mismos fuesen animales.» Así los glorifica el Doctor de la Iglesia Efrén, el gran antisemita, denominado Cítara del Espíritu Santo. «Pacen —añade— entre animales salvajes como los ciervos.» Y en el siglo VI un estricto católico como Evagrio Escolástico, cuestor imperial y prefecto imperial, escribe en su Historia de la Iglesia acerca de hombres y mujeres casi desnudos que se conforman con «pacer como los animales. Incluso su porte externo tiene mucho de animal, pues apenas ven a una persona huyen y si se les persigue se escapan con increíble velocidad y se ocultan en lugares inaccesibles». En aquella «edad dorada» de los pasturantes parecía lo más natural del mundo pasar una vida cristiana comiendo hierba a cuatro patas. Apa Sofronías pació en su época durante setenta años a orillas del mar Muerto y completamente desnudo. El pacer se convirtió, en puridad, en una pía profesión o, mejor dicho, en una vocación. Juan Mosco, que fue por entonces monje en Egipto, Siria y Palestina, regiones donde los *boskoi,* los comedores de hierba, vegetaban por doquier, menciona en su obra principal, el *Pratum spirituale (Prado espiritual)* a un anacoreta que hizo ante él esta presentación: «Yo soy Pedro, el que pace a orillas del Jordán». Este tipo de ascética se difundió hasta Etiopía, donde en la comarca de Chimezana, los eremitas dejaron tan pelado todo el terreno que no quedó nada para los animales, por lo que los campesinos los persiguieron hasta que se metieron en sus grutas, donde perecieron de hambre.[38]

De seguro que no hay que tomar siempre por moneda de ley todo cuanto los cronistas cristianos nos brindan a este y a otros respectos. Algunos de estos santos ni tan siquiera han existido. Algunos de estos relatos u otros de análoga índole son «meramente antiguas novelas egipcias adaptadas a las nuevas ideas» (Amelineau). Otros, pese a su propensión a la hipérbole, son conmovedores. Macario el Joven, por ejemplo, mata cierto día un tábano y como castigo se hace picar por los otros: durante seis meses se echa en el suelo, del que no se movería, en un yermo «en el que hay tábanos grandes como avispas, con aguijones que taladran hasta la piel de los jabalíes. Su cuerpo queda en tal estado que cuando vuelve a su celda todos lo toman por leproso y sólo reconocen al santo por su voz».[39]

30 Sea cual sea el grado de veracidad de estas historias, de ellas trasciende con toda claridad todo cuanto influía, extraviaba y entontecía a los cristianos de aquella época y a los de varios siglos subsiguientes, el sublime «ideal» por el que debían y tenían

[37] Pall. Hist. Laus. c. 38. Johan. Clim. scal. par. 24. Altaner/Stuiber 238. Hilpisch passim. Lacarriére 114 s, 120, 123, 144.
[38] Altaner/Stuiber 241 s. Kraft 309 s. Lacarriére 121, 181 ss.
[39] Lacarriére 133 s. R. Amelvinau cit. allí mismo.

que regirse. Pues aquellos orates eran idolatrados, celebrados, consultados y ellos y sus iguales pasaban por santos. Siendo así, ¡¿qué podían significar para ellos el arte, la ciencia y la cultura?!

Buena parte de los más célebres ascetas egipcios eran analfabetos como lo era, sin ir más lejos, el más famoso de entre ellos, el fundador genuino del monacato cristiano, Antonio, que, se supone, nació en Roma en el seno de una familia acomodada. Incluso siendo ya «un muchacho bien crecido» se negó a aprender a leer y escribir y no por pereza, sino por motivos exclusivamente religiosos. Pues —comentario del jesuita Hertiing en pleno siglo XX— «¿para qué toda esa educación mundana, cuando se es cristiano? Lo necesario para la vida se oye ya en la iglesia. Con eso hay bastante».[40]

De ahí que Antonio deambulase de un escondrijo para otro a lo largo del desierto líbico, atrayendo a otros anacoretas, atrayendo a demonios y ángeles[41], teniendo visiones completas de mujeres lascivas, granjeándose más y más la fama de la santidad, de héroe ideal (cristiano). Hacia el final de su larga vida su estatura crece literalmente, con tantos milagros y visiones, hasta adentrarse en el cielo.

En relación con todo esto, la *Vita Antonii* de aquel antiguo falsario que era Atanasio ejerció una influencia más que nefasta. Escrita en griego hacia el 360 y tempranamente traducida al latín, se convirtió en un éxito publicístico, más aún, en paradigma de la hagiografía griega y latina. Y es bien posible que, como ensalza Hertiing, esta fábula de Antonio haya constituido «uno de esos libros que deciden el destino de la humanidad», ya que, según la opinión de Hartnack, «ninguna otra obra escrita ha tenido mayor efecto entontecedor sobre Egipto, Asia Occidental y Europa» que ese deleznable producto surgido de la pluma de san Atanasio «el Grande», «quizá el libro más fatídico de cuantos se hayan escrito jamás». Esa obra es «la máxima responsable de qué demonios, milagrerías y toda clase de trasgos hallasen su acomodo en la Iglesia» *(Léxico de conceptos para la Antigüedad y el cristianismo)*

La misma mayoría de los dirigentes eclesiásticos carecía en absoluto de nivel intelectual. Hasta el más prominente persecutor de «herejes» de la Iglesia antigua, el obispo de Lyon Ireneo, se lamenta, y no sin razón, hacia el año 190 «por su torpeza en la escritura». El Padre de la Iglesia Hipólito constata poco después la ignorancia del papa Ceferino. Apenas otro siglo después, un documento eclesiástico testimonia que en el Sínodo de Antioquía (324-325), la mayoría de los obispos no son expertos «ni siquiera en las cuestiones relativas a la fe». Y todavía más tarde, al de Calcedonia (451), asisten cuarenta obispos que no saben ni leer ni escribir.[42]

31

A lo largo de los siglos, la mayoría de los autores del cristianismo primitivo rechazan resueltamente la cultura pagana, la filosofía, la poesía, el arte. Frente a todo ello mantenían una actitud de profunda desconfianza, de declarada hostilidad, actitud determinada tanto por el resentimiento propio de espíritus vulgares como por el odio antihelénico de los cristianos más o menos cultos.

---

[40] Vita Ant. c. 1. Lecky II 93. Hertiing, Antonius 15 s. Dannenbauer I 154.

[41] RAC 19501864. Hamack, Das Leben CYprians 81. List, 46 ss esp 49. Sobre la dudosa edad: Vólter 10 s. Nigg, Geheimnis der Mónche 51, cree seriamente que «haría falta la presencia de un nuevo Antonio». Clévenot, Die Christen 178 ss.

[42] Iren. adv. Haer. 1, 31. Hippol. ref. omn. haer. 9, 11. Hamack, Mission u. Ausbreitung 175. Von Boehn 33. Lietzmann. Geschichte III 102.

La hostilidad frente a la cultura de los primeros escritores grecocristianos

Ya mostramos más arriba cuan decididamente, con qué expresiones resueltamente groseras, despotricaba Taciano, el «filósofo de los bárbaros», el autoproclamado Heraldo de la Verdad, hacia el año 172 contra todo cuanto tenía rango y renombre en la cultura grecorromana y hasta qué punto vilipendiaba de la manera más ordinaria la filosofía, la poesía, la retórica y la escuela.[43]

El escritor Hermias (la datación de su vida oscila entre el 200 y el 600) inserta en el inicio mismo de su *Escarnio de los filósofos no cristianos* las palabras de Pablo «Dilectos, la sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios» sin permitir que prevalezca otra verdad que la del Evangelio. De manera más bien burda que ingeniosa, ignorante de cualquier sentido profundo y en extremo superficial, Hermias califica la filosofía de algo «carente de fundamento y de utilidad», de «pura especulación aventurera, de absurda, quimérica y abstrusa o de todo ello al mismo tiempo», pese a que sólo conoce a sus víctimas a través de meras lecturas de compendios. Es, por lo demás, el caso de la mayoría de los autores cristianos.[44]

Ignacio de Antioquía, un fanático adversario de los cristianos de orientación diversa a la suya («bestias con figura humana») y primero en brindamos el término «católico», repudia la casi totalidad de la enseñanza escolar y cualquier contacto con la literatura pagana, a la que él apostrofa como «ignorancia», «necedad», siendo sus representantes «más bien abogados de la muerte que de la verdad». Y mientras afirma que «ha llegado el fin de los tiempos», «nada de cuanto aquí es visible es bueno» y pregunta con sarcasmo «¿Dónde está la jactancia de aquellos a quienes se denomina sabios?», se permite afirmar que el cristianismo ha superado todo ello y ha «erradicado la ignorancia»: «una de las grandes cumbres de la literatura paleocristiana» (Bardenhewer).[45]

32

Hacia 180, el obispo Teófilo de Antioquía decreta en sus tres libros A *Autólico* que toda la filosofía y el arte, la mitología y la historiografía de los griegos son despreciables, contradictorias e inmorales. Es más, rechaza por principio todo saber mundano y se remite al respecto al Antiguo Testamento, a varones, como él dice encomiástico, «carentes de ciencia, pastores y gente inculta». Por cierto que Teófilo, que no se convirtió en cristiano y en obispo sino cuando ya era adulto y cuya prosa es alada y rica en imágenes, si bien algo fugaz, imprecisa y a menudo poco original, debía su formación al paganismo. Ese paganismo cuyos representantes, desde luego, «han planteado y siguen planteando falsamente las cuestiones cuando, en vez de hablar de Dios, lo hacen de cosas vanas e inútiles», autores que, no poseyendo «un

---

[43] Comp. tb.Ballauff 284 ss.

[44] I Co. 3,19. Hermias 1,2,10. LThK I. A IV 993. Altaner/Stuiber 78. Bardenhewer 1325 ss. Krause. Die Stellung 73.

[45] Ignat. Ant. ad Phil. 6,2; ad Magn. 1,2;ad Smyr. 5,1; ad TraÜ. 4.2; Ad Efes. 11,1; 17 ss; ad Rom. 3; 6, 1; 7, 1 s. Bardenhewer 1131 ss, esp. 134. Krause, Die Stellung 61 s.

ápice de la verdad» están todos ellos poseídos por espíritus malignos. Se evidencia, pues, que «todos los demás están en el error y que sólo los cristianos poseemos la verdad, habiendo sido adoctrinados por el Espíritu Santo, que habló por medio de los profetas y lo anunció todo de antemano».[46]

Aparte de Taciano, Ignacio y Teófilo de Antioquía, también Policarpo y la *Didaché* repudian radicalmente la literatura antigua. La *Didaché,* el Pastor de Hermas, la Carta de Bamabás y las Cartas a Diogneto ni la mencionan. La *Didascalia* siria (título completo: *Doctrina católica de los doce apóstoles y santos discípulos de nuestro Redentor),* falsificada por un obispo el siglo III, pudiera resumir adecuadamente la opinión de todos los adversarios cristianos de la cultura griega cuando escribe: «Aléjate de todos los escritos de los paganos, pues qué tienes tú que ver con palabras y leyes ajenas ni con profecías falsas capaces, incluso, de apartar a los jóvenes de la fe? ¿Qué es lo que echas de menos en la palabra de Dios, que te lanzas a devorar esas historias de paganos?».[47]

Sólo el Padre de la Iglesia Ireneo y el «hereje» Orígenes, entre los cristianos que escriben en griego durante los primeros siglos, prestan un reconocimiento casi pleno a todas las ramas del saber. Con todo, Ireneo desaprueba la casi totalidad de la filosofía griega, a la que no concede un solo conocimiento verdadero. Y Orígenes, que precisamente hace amplísimo uso de la misma (algo que ya advirtió Porfirio, que lo tenía en buena estima), rechaza la sofística y la retórica como inservibles. Todos los escritores grecocristianos coinciden, sin embargo, en un punto: todos sitúan el Nuevo Testamento muy por encima de toda la literatura de la Antigüedad.[48]

La hostilidad frente a la cultura en los escritores latinos paleocristianos

El hecho de que también autores eclesiásticos imbuidos de filosofía descalifiquen u odien a esta última es algo que se pone de manifiesto en Minucio Félix y en Tertuliano, dentro de la Patrística latina.

33

Minucio, un abogado romano, que «se elevó desde la profunda tiniebla a la luz de la verdad y de la sabiduría» cuando ya era bastante mayor, entronca de pleno, por lo que respecta a su diálogo *Octavius,* escrito probablemente hacia el año 200, tanto conceptual como estilísticamente, con la cultura grecorromana y especialmente con Platón, Cicerón, Séneca y Virgilio. No obstante, aborrece de la mayor parte, si no de toda ella, y en especial de todo cuanto tiende al escepticismo. Sócrates es para él «el ático loco», la filosofía en sí misma «locura supersticiosa», enemiga de la «verdadera religión». Los filósofos son seductores, adúlteros, tiranos. Los poetas. Hornero incluido, extravían cabalmente a la juventud «con mentiras de mera seducción», mientras que la fuerza de los cristianos «no estriba en las palabras, sino en su conducta», de forma que ellos han «alcanzado eso [...] que aquellos buscaban con

[46] Theof. ad Autol. 2, 2; 2, 8; 2, 12; 2, 15; 2; 33; 3,1 ss; 3, 16 s; 3, 29. Bardenhewer I 302 ss. Krause, Die Stellung 70 ss. Ballauff 287.

[47] Syr. Didasc. c. 2. Altaner/Stuciber 84 s. Krause, Die Stellung (resumen) 87.

[48] Krause ibíd. 73 s, 86 ss. Campenhausen, Patrística Griega 46. Schneider, Geistesgeschichte 1295 s.

todas sus fuerzas y nunca hallaron».[49]

También Tertuliano, auténtico padre del cristianismo occidental, llamado fundador del catolicismo a causa de su enorme influencia sobre teólogos conspicuos como Cipriano, Jerónimo, Agustín y de su significación para la dogmática y la teología moral católicas, para la doctrina trinitaria, la cristología y la doctrina del pecado y la gracia, del bautismo y la penitencia, también él trata sin contemplaciones, a la baqueta, a la cultura pagana. Y por cierto que él, que desprecia a los *simplices et idiotae* en las propias filas, usa como pocos la ciencia antigua, especialmente y de un modo casi servil, la *Stoa.* Algo que no le impide juzgar que cuando esa cultura se aproxima a la verdad, ello se debe a la casualidad o al plagio. Actitud desfachatada por la que los cristianos sentían auténtica predilección. Tertuliano, en efecto, remonta a ¡Moisés! la totalidad de la ciencia griega. «Lo que es más antiguo debe ser asimismo germen. De ahí proceden algunas cosas que tenéis en común con nosotros o, mejor dicho, casi todo lo que tenemos unos y otros [...]. Personas ambiciosas de gloria falsificaron todo aquello que ya hallaron realizado para hacerlo pasar como propiedad suya.» Una vez más, como es usual en ello, ponen la verdad cabeza abajo.[50]

¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén, la Academia con la Iglesia?, pregunta Tertuliano, remitiéndose al respecto a Salomón, que enseñó a buscar al Señor desde la simplicidad del propio corazón. Si un cristiano cree, no desea ya nada que vaya más allá de esa fe. «Pues esto es lo primero que creemos: de ahí que no haya nada más que hayamos de creer allende nuestra fe.» A Platón, cuya importancia para el cristianismo antiguo apenas es posible ponderar, lo denomina «especiero con el que condimentan todos los herejes». A las cuestiones fisiconaturales las estigmatiza como impías. Remitiéndose expresamente a Jesús y a Pablo desaprueba rotundamente la ciencia y el arte: enseñanzas humanas, de espíritus malignos, puro cosquilleo para los oídos, rechazadas por el Señor y calificadas por él de locura. «Nosotros, en cambio, que leemos de corrido las Sagradas Escrituras, estamos en posesión de la historia universal desde el mismo comienzo del mundo.» La típica modestia cristiana.[51]

34

A comienzos del siglo IV, Arnobio de Sica —recién convertido gracias a una visión nocturna *(somniis)* de adversario en adepto del cristianismo— acomete al paganismo con un escrito polémico que abarca siete libros: el *Adversus gentes.* Ello sucedió a instancias de su obispo, de forma brusca, también, desde luego, con cierta premura y precipitación, ya que su obra debía mostrar al escéptico metropolitano la sinceridad de su conversión. Por supuesto que Amobio conoce mal ese cristianismo en cuya defensa escribe. Apenas cita el Nuevo Testamento y menciona con mucha mayor frecuencia a Júpiter que a Cristo. Y en términos generales debe a ese paganismo, al que ahora ataca, su, ciertamente, algo burda formación. Antes que a nadie a Platón, citado profusamente, y más aún a la *Stoa.*[52]

Amobio condena no sólo todos los mitos sobre los dioses, sino también la poesía mitológica. Con la misma resolución rechaza la pantomima y las representaciones

---

[49] Min. Fel. Dial. Oct. 1, 4 s; 14, 2; 23, 1 ss; 38, 5.

[50] Tert. Apol. 19; 42. Prescr. Haer. 7. Anima 2. También Taciano había declarado que los textos bíblicos eran más antiguos que todas las sentencias de los griegos. Ballauff 285. Morgan, The Importance 366. Rolifs, Tertullian. Loofs, Dogmengeschiche 166. Heiler, Altkirchiiche Autonomie 11. Dannenbauer 1118.

[51] Tert. pall. 2; prescr. haer. 7; 14. Anima 1, spect. 17; 29. apol. 46. Krause, Die Stellung 101, 108. Ballauff 288. Dannenbauer 1111, 119, 364.

[52] RAC 19501 709 dd. Bardenhewer II 517 ss.

dramáticas y musicales vinculadas a los misterios. Condena todas las construcciones conceptuales de la religión pagana y el arte donde éstas se plasman. Es más, considera como carentes de valor todas las profesiones mundanas, cualquier actividad humana en absoluto. No debe por ello sorprender que este cristiano de nueva hornada tenga en menos, por respeto a las Sagradas Escrituras, la casi totalidad de la ciencia, la retórica, la gramática, la filosofía, la jurisprudencia y la medicina.[53]

La literatura paleocristiana latina cierra filas de modo más unánime que la griega frente a la cultura pagana. La poesía dramática resulta plenamente descalificada por motivos religiosos y morales; la épica otro tanto, en la mayoría de los casos. También la retórica, a la que habitualmente suele considerar nociva. La filosofía por sí misma no puede proporcionar ningún conocimiento auténticamente verdadero. De modo que, también para estos autores, el cristianismo constituye la única seguridad, la verdad plena.[54]

De manera prácticamente unánime (con escasísimas excepciones, tales como las de Victorino de Pettau y Mario Victorino), denigraron los Padres de la Iglesia los espectáculos: ello constituyó un componente importante en su polémica antipagana. Los espectáculos reflejaban realmente para ellos toda la iniquidad del paganismo.[55]

El teatro: «El templo del diablo»

Los *spectacula,* entre los que hay que contar las representaciones teatrales propiamente dichas *(ludí scaenici),* pero también, al menos en la época imperial, las luchas en el anfiteatro *(muñera),* las carreras de carros *{ludí circenses)* e incluso el *agón,* los certámenes de lucha, gozaban de gran estima a mediados del siglo IV y tenían lugar durante más de la mitad de los días de la semana. Tampoco los cristianos, ni siquiera los clérigos, se los querían perder. «Es una diversión —replica hacia el año 500 en Siria (conocida por el rigor de su ascética y su moral) un amonestado al obispo que lo amonesta— y no paganismo [...]. La representación resulta de mi agrado; con ello no causo daño a la verdad. Yo también estoy bautizado como tú».[56]

55

El Padre de la Iglesia Salviano de Marsella, quien en el siglo V califica de crimen la visita a los espectáculos por parte de los cristianos y pretende asimismo saber que Dios odia esas diversiones, nos informa de que cuando una festividad eclesiástica coincidía con los juegos, la mayor parte de los espectadores estaban sentados en el teatro. Es más, algunos abandonaban la nave de la iglesia si se enteraban de que simultáneamente se estaban celebrando representaciones en el teatro. Y Agustín, que reprocha a los actores no tener otro afán que el del aplauso y el dinero, expresó en cierta ocasión el deseo de que se le prestase a él, que no obtenía honorario alguno por sus sermones, la misma atención. (Que el obispo de Hipona se queje asimismo de que ocasionalmente se «preste más atención a los actores a causa de su superflua

[53] Amob. adv. nat. 2, 5 ss; 2, 38 ss; 3,28; 3, 32 ss; 4, 33 ss; 7, 32 ss y en otro lug.
[54] Comp. el resumen corresp. de Krause en Die Stellung y tb. en Ballauff 288 ss. Weissengruber, Monastische Profanbildung, passim.
[55] Comp. introduc. de Weismann, Kirche u. Schauspiele y p. 197 s.
[56] Ibíd. y en 104 s. Cramer 105 s.

diversión» que a «las legiones» es algo que no debiera extrañar tratándose del apologeta de la «guerra justa», de la «guerra santa» y de ciertas guerras de agresión.)[57]

Los *suaviludii* (aficionados a los espectáculos) usaban toda clase de argumentos para defender la asistencia al teatro y sus censores trataban de refutarlos. A la indicación, por ejemplo, de que en la Sagrada Escritura no figuraba ninguna prohibición expresa, replica Tertuliano —con él se inicia la polémica contra los espectáculos y en él culmina rápidamente el apasionamiento de la misma durante la época preconstantiniana— con el salmo I, 1 «Evita las reuniones de los impíos». Y a la objeción de que Dios mismo ve esas exhibiciones sin que ello lo mancille de forma alguna, rearguye que el obrar de Dios y el del hombre no tienen nada en común. Dios mira también de forma muy diferente a como lo hacen los hombres, no por prurito de diversión, sino como juez: los teólogos siempre estuvieron bien informados, sobre todo respecto de Dios. No parece en cambio muy desencaminada la sospecha de Tertuliano en el sentido de que los cristianos aficionados al teatro no buscaban tanto la clarificación del problema como la justificación de su afán de diversión *(voluptas)* mediante un adecuado barniz teológico. En todo caso, la asistencia a los espectáculos, respecto a la cual los estamentos más elevados gozaban, como es habitual, de ciertos privilegios, no disminuyó, sino que más bien aumentó entre los cristianos, si bien los Padres de la Iglesia presentan a menudo las cosas como si el público del teatro se compusiera primordialmente de paganos o a lo sumo de judíos y maniqueos. Tal es aún el parecer de Agustín.[58]

36

La lucha eclesiástica contra los *spectacula* se dirigía también desde' luego contra las carreras de carros y contra las, justamente, execradas carnicerías en los anfiteatros, es decir contra las luchas de gladiadores y el hostigamiento feroz de los animales: el cual, por lo demás y pese a la prohibición imperial de 469, estuvo «a la orden del día» en época cristiana hasta bien entrado el siglo VI *(Léxico de conceptos para la antigüedad y el cristianismo)* ¡al igual que lo es aún hoy el horroroso acoso mortal al; toro en la católica España! Con todo, lo que los Padres de la Iglesia atacaban preferentemente era la asistencia al teatro, las representaciones escénicas y a todo su personal, «vuestras pantomimas, actores, histriones y toda esa licenciosa canalla» (Amobio). El teatro pasaba por ser un dominio del diablo, de los malos espíritus, y los «padres» lo fustigaron casi siempre dedicándole atributos como «inmoral» *(turpis),* obsceno *(obscoenus),* «repulsivo» *(foedus)* y otros muchos apostrofes similares: ataques dictados por la mojigatería y al servicio, sobre todo, de una vasta represión sexual. Era, en cambio, «muy infrecuente» el caso de que se atacase al teatro a causa de su —todavía entonces vigente— significado cúltico, de su entrelazamiento con las costumbres pagano-rreligiosas, de la veneración a los dioses, de la que tomó en verdad su origen. En ese sentido lo hicieron propiamente tan sólo Ireneo, Tertuliano y el obispo sirio Jacobo; de Sarug (451-452), quien afirma que «Satán intenta restaurar el paganismo por medio de la comedia». Todos los demás demonizan el teatro por motivos de índole casi exclusivamente moral. Los puritanos se atrincheraban frenéticamente en contra sólo para preservar lo más sagrado, la

[57] Salv. gub. 6, 34; 6, 37 s. August. serm. 9,5. Civ. Dei 3, 19, 34 ss. Comp. introd. de Weismann, Kirche u. Schauspiele y 104 s, 157, 164 s.

[58] Tert. spect. 3, 3 ss; 20, 1 ss. Comp. tb. 2,1; 3, 1; 8, 10. Amob. adv. nat. 6, 35. August. serm. 88, 16, 17; 9, 3. Weismann, Kirche u. Schauspiele 70 ss, 199. Jürgens 191 ss.

castidad de su grey «a la que, ciertamente, debiera haber expulsado, conturbada, el propio pudor herido» (Agustín).[59]

La filípica de Taciano *Oratio ad Grecos,* auténtica invectiva contra la cultura griega, nos da una idea de la venenosa bilis que gastaban aquellos paladines de la antidramaturgia del cristianismo primitivo. El actor figura en ella como «rufián fanfarrón y disoluto sin freno, que tan pronto mira con ojos centelleantes como se mueve agitando las manos, delirante bajo su máscara de arcilla; que lo mismo asume el papel de Afrodita que, acto seguido, el de Apolo [...]. Compendio vivo de la superstición, un falsificador del heroísmo, representante de historias sangrientas, intérprete del adulterio, muestrario de la locura, maestro de jóvenes disolutos, modelo de jueces injustos. ¡Y semejante pillo es aplaudido por todos [...]; ¡no hay extravagancia que no hayáis urdido y representado! En tono gangoso se declaman indecencias; se ejecutan movimientos con gestos obscenos y vuestras muchachas y muchachos contemplan a gentes que enseñan en la escena el arte de cometer adulterio. ¡Qué espléndidos esos auditorios vuestros donde se pone en evidencia todo cuanto de vergonzoso sucede por las noches y donde los espectadores se regocijan con impúdicas declamaciones».[60]

37

El mimo y, quizá aún en mayor medida, el pantomimo, que había iniciado su marcha triunfal por los escenarios desde la época de Augusto, fueron objeto especial de violentos vituperios pero también de una defensa no menos apasionada: la de Luciano, por ejemplo, en el siglo II y la de Libanio, en el IV, quien, por cierto, también refutó punto por punto la crítica del famoso orador (pagano) del siglo II, Aelio Arístides. Desde la perspectiva de los Padres de la Iglesia, no obstante, las bellaquerías del mimo y del pantomimo, sus movimientos melindrosos y afeminados minaban la moral, el *ethos,* el carácter. Y así como la danza escénica, la refinada exhibición de deshonrosas escenas de amor y la intervención de los moradores del Olimpo —tan supuestamente perversa que, según Jacobo de Sarug, en una casa no se les toleraría ni como esclavos ni como siervas— exasperaban al clero, no menos lo encrespaba la tragedia con temas como el parricidio o el incesto. Era moralmente preferible relegarla al olvido como un «horror de la vieja época» *(horror antiquus)* (Cipriano).[61]

Muchos piadosos «Padres» veían cómo los vicios penetraban en el corazón de los espectadores a través de sus ojos y oídos como si éstos fuesen ventanas abiertas (símil muy al uso entre ellos). Según san Ambrosio *(introibit mors)* «la muerte penetrará por la ventana de tus ojos» y el mismo coro escénico es «letal». Para Jerónimo, también la música teatral amenaza la moral. Es más, la misma mención crítica de las representaciones era pecaminosa, decía Salviano. Hasta las mujeres casadas, sabe bien Agustín, «se llevan a casa nuevos saberes» aprendidos de todo aquel

«lascivo trajín». Cipriano y Novaciano abrigan en cambio la sospecha de que lo que excita justamente a los adeptos del teatro es el reconocer en la escena lo que ya ellos practicaron en casa. Según Lactancio y Firmicus Matemus, en las piezas mitológicas,

---

[59] Amob. adv. nat. 6, 35. August. civ. dei 2, 4. Cod. Just. 3, 12, 11. RAC 19501 594. Van der Nat 749 ss. Kraft 293. Altaner/Stuiber 349. Cramer 104 s. Otr. indic. (te fuentes en Weismann, K. u. Schauspiele 72, nota 15. Comp. tb. 197.
[60] Tat. orat. ad Grec. 22, 1 ss.
[61] Luciano, De Salt. Liban, orat. 64. Cypr. Donat. 8. Indicac. prolija de fuentes en Weismann, K. u. Schausp. 72 ss, 197. Comp. Mesk 59 ss. Cramer 104.

son los mismos dioses quienes actúan de maestros de la iniquidad. En suma, el teatro informa —como repiten muchos de ellos a partir de Tertuliano y usando a menudo casi sus mismas palabras— óptimamente sobre toda impudicia. Enseña como una escuela y es natural que se imite lo que con tal maestría se vio ejecutar previamente.[62]

Hubo también paganos famosos que atacaban la *voluptas oculorum* tal como el ya mencionado Aelio Arístides. Platón y Quintiliano aludieron ya a las perniciosas repercusiones de la música (escénica) y Tácito, Plutarco y, en mucha mayor medida, Ju venal se quejaron de los peligros a los que la comedia exponía, sobre todo, a las doncellas y mujeres. Nada más natural que los Padres de la Iglesia previniesen con especial ahínco a los niños y a las mujeres. Insistían una y otra vez en que más de una mujer había entrado pura en el teatro y salió de allí pervertida y que no era posible aprender en él a ser casta. Y fue justamente en interés de su represión antinatural de la sexualidad, represión puesta íntegramente al servicio de su poder, como la Iglesia hizo todo lo posible para reducir el entusiasmo de los *suaviludii* y alejarlos de aquel arte diabólico. Su intervención ante la corte imperial no surtió desde luego efecto alguno. Esta no quiso arriesgarse, en aras de esa causa, a provocar indignación y rebeliones. Hubo que esperar a Teodosio I para que, en 392, quedasen prohibidas las carreras de carros, prohibición que en 399 se hizo extensiva a todos los espectáculos durante los domingos, pero con éxito tan escaso, evidentemente, que el año 401 el Sínodo de Cartago solicitó que, cuando menos, se repromulgasen y recrudeciesen las medidas ya adoptadas.[63]

38

La Iglesia en cuanto tal, que, lo más tardar desde Clemente de Alejandría y Tertuliano, consideró la asistencia a los espectáculos incompatible con el cristianismo, la acabó prohibiendo estrictamente para sacerdotes y seglares en el III y IV Concilio de Cartago, amenazando a los transgresores con la excomunión. El obispo de Roma, Eusebio, no permitía la actuación de comediantes ni siquiera en los banquetes de homenaje. El matrimonio entre un sacerdote y una actriz incapacitaba, según las «Constituciones apostólicas», para ejercer cualquier cargo eclesiástico. En el siglo IV, el Concilio de Elvira, en España, prohíbe el matrimonio entre los cristianos, sin excepción, y los actores de teatro: también el matrimonio entre cristianos y judíos (a estos últimos los difama en cuatro cánones). El I Concilio de Arles deniega a los aurigas y a todo el personal del teatro el permiso para comulgar mientras estén celebrándose espectáculos. El VII Concilio de Cartago prohíbe en 419 a todos los actores presentar denuncias contra clérigos. Por descontado que tampoco la profesión de actor (a causa de la discrepancia, supuestamente mentirosa, entre la persona y su papel) era compatible con el cristianismo, tan supuestamente devoto de la verdad. Si un actor, una «flauta de Satán» (Jacobo de Sarug), quería convertirse al cristianismo, las antiguas constituciones eclesiásticas y los concilios exigían en general el abandono de su profesión.[64]

---

[62] August. Civ. Dei 2, 26. Otras abund. indicación de fuentes o docum. en Weismann, K. u. Schausp. 94 ss, 197.

[63] Cod. Theod. 2, 8, 20; 2, 8, 23. Document. abundante e indic. de fuentes ibíd. Comp. tab. Geffcken, Der Ausgang 179 ss. Cramer 104 ss.

[64] Clem. Al. Strom. 7, 36, 3. Tert. pud. 7, 15; spect. 24, 3. Syn. Elvira c. 62.1 Syn. Arelat. c. 4 f. 2. Syn. Carth. c. 63. 3. Syn. Carñth. c 11. 4. Syn. Carth. c 88.7. Syn. Carth. c2. Apost. Const. 8, 47; 8, 32. Abund. indic. de fuentes en Weismann, K. u. Schausp. 69 ss, 104 ss. V. tb. Cramer 104. Kühner, Lexik. 21.

En vez de teatro, el gran teatro de la Iglesia y censura eclesiástica hasta el siglo XX

Como quiera que ni advertencias, ni amenazas, ni reprensiones, ni prohibiciones ni cortapisas surtieran el deseado efecto, los Padres procedieron ya bien pronto y por muchos siglos a caracterizar las representaciones de la Iglesia, los *spectacula christiana, spectacula christianorum,* como mucho más dignos de ver, como «eternamente sacros» y siendo, por añadidura, gratuitos (Tertuliano).[65]

39

En vez de las representaciones teatrales paganas, la *Ecciesia diaboli,* Tertuliano ensalza la reconciliación con Dios, la remisión de los pecados como la mejor diversión *(yoluptas).* A quien asiste a los espectáculos por mor de la cultura, lo remite a la literatura eclesiástica. Jacobo de Sarug confronta «los falsos gestos del teatro» con «el discurso fiable de la Iglesia». Las mentirosas historias de la escena, relativas a dioses inexistentes, las confronta con Moisés, que «es único en su esencia». El obispo Jacobo intenta eclipsar la danza de los pantomimos comparándola con el caminar del Lázaro resucitado; el coro escénico, con los cánticos de David y de la Iglesia; el teatro en general, con la Iglesia (comparación, esta última, que encierra una gran verdad, si prescindimos de la diferencia de nivel).[66]

El obispo primado de África, de quien Augusto era amigo y admirador, compara todos los espectáculos de paganos con un teatro representado en el ámbito eclesiástico. Sin tan siquiera pestañear remite a los aficionados a los espectáculos circenses al número mucho más arriesgado que hubo de desplegar Elias cuando ascendió a los cielos en su carro de fuego (eso después de organizar una degollina al abatir, entre otros, a 450 nada agresivos sacerdotes de Baal). El que se regocijara con la imitación pantomímica de Júpiter —ese jayán licencioso capaz de casarse hasta con su hermana— haría mejor en alegrarse con Cristo, el verdadero Dios, que exigía castidad, o con Mana, a un tiempo madre y virgen.[67]

También Agustín tiraba de la misma cuerda. «¡No creáis que el Señor nos ha dejado sin espectáculos!», decía. Cierto que desde su más temprana juventud Agustín se sintió atraído por las «infames» representaciones, por los «desvergonzados juegos», sobre todo en Cartago. Visitó los *muñera* en el anfiteatro y mostró un interés ostensible por la caza de liebres y, presumiblemente, también por las peleas de gallos. Es más, él mismo escribió una obra de teatro. Una vez obispo vio los *fundamenta virtutum* en peligro y aborrecía de los espectáculos, tanto más cuanto que el teatro de Hippo Regius, con una cabida de hasta 6.000 espectadores estaba apenas a 400 metros de su basílica y en caso de coincidir ambos espectáculos, el dado en aquél y el ofrecido en ésta, el templo se quedaba vacío:

Eso pese a que los espectáculos paganos dañaban la moralidad mientras que los de Dios proporcionaban buen provecho y la salvación.[68] De ahí que Agustín cargue

---

[65] Tert. spect. 29, 3.
[66] Ibíd. 25, 5; 29. Cramer 105.
[67] Quodvultdeus symb. 1, 3 ss. Bardenhewer IV 522.
[68] August. Tract. John. 7, 6. Civ. Dei 2, 4, 14. Ep. 138, 14. De Ordine 25 f. En. Ps. 50, 1; 80, 23. Serm. 9, 13. Lib. arb. 2, 166. Weismann, Kirche u. Schauspiel 123 ss, 173, 201 s. Allí se hallan indicadas otras muchas fuentes.

las mejores tintas sobre los espectáculos cristianos al compararlos con los paganos. En vez de entusiasmarse con el auriga del circo, hay que dirigir los ojos hacia Dios, quien, como buen auriga, frena, por así decir, los vicios humanos. En vez de admirar al volatinero, hay que poner los ojos en Pedro caminando sobre las aguas. También la historia de la redención en sentido estricto ofrece espectáculos: la derrota del león satán por la sangre de Cristo, verbigracia, o la liberación de los cristianos del poder del mal. En una palabra: en vez del teatro y la poesía, Agustín aconseja estudiar la Biblia. Ya puede uno imaginarse cuan eficaces eran estas mentecatas apelaciones.[69]

40 El más grande de entre los Padres de la Iglesia denostaba como pocos los espectáculos paganos aunque sea el único entre ellos que también se manifiesta positivamente acerca de ellos. En ocasiones vierte verdaderas cataratas de repulsivos reproches contra los *espectáculo* de los adversarios, esa «ciénaga», esa «peste corruptora de los cuerpos», esa «quimera del espíritu», ese «trastorno de toda probidad y decoro». En un pasaje único de la *Ciudad de Dios* reprende ásperamente la celebración de una ceremonia festiva, por parte de Cicerón, para aplacar a los dioses: «Esta ceremonia de aplacamiento de tales deidades, deshonestísima, impurísima, impudentísima, a cuyos actores la loable índole de la virtud romana removió de su tribu, reconoció por torpes y declaró infames; este aplacamiento, digo, de semejantes divinidades, digno de vergüenza, de aversión y de detestación para la religión verdadera; estas fábulas repugnantes y vituperables, estos actos ignominiosos de los dioses, malvada y torpemente cometidos y más malvada y torpemente aún representados, aprendíalos con sus propios ojos y oídos la entera ciudad».[70]

No obstante, el mismo Agustín, que con artes de prestidigitador también presentaba a los cristianos la eternidad como un maravilloso espectáculo, no adopta nunca el tono de un Tertuliano, ese aire farolero y triunfal, rezumante de repulsivo veneno con el que éste, en el capítulo final de su escrito *Sobre los espectáculos,* ve radicalmente eclipsados todos los *spectacula* de los paganos por el *spectaculum* del Juicio Final, por el teatro apocalíptico universal de los cristianos. Los actores trágicos y los pantomimos representarán el más calamitoso de los papeles en esa última y no deseada actuación y sus lamentos harán exultar a los cristianos, les resarcirá con creces de todas las miserias, privaciones y humillaciones de la vida pasada. «¡Qué espectáculo para nosotros —exulta Tertuliano—será la próxima venida del Señor, en el que habrán de creer después, que será objeto de elevación y triunfo! [...]. ¡Qué amplio espectáculo será el que allí se despliegue! ¿Qué cosas suscitarán mi admiración, mis risas? ¿Cuál será el lugar de mi alegría, de mi regocijo? ¡¿Qué será poder ver allí a tantos y tan poderosos reyes, de quienes se dijo que habían sido admitidos en el cielo, suspirar en lo más profundo de las tinieblas y justamente acompañados por Júpiter y sus testigos?! ¡Cuántos procuradores, perseguidores del nombre del Señor se consumirán en llamas más horribles que aquellas con las que hacían atroz escarnio de los cristianos! ¡Cómo arderán, además, aquellos sabios filósofos en compañía de sus discípulos a quienes persuadieron de que Dios no se ocupa de nada, a quienes enseñaron que no tenemos alma o que ésta ya no retomará

[69] August. En. Ps. 39, 9; 96, 10. Tract. John. 7» 6. De vera relig. 51, 100. De música 1, 4, 7; 1, 6, 11. Weismann, Kirche u. Schausp. 174. F. G. Maier, August. 31 ss.

[70] August. Civ. Dei 1, 32, ww; 2,27,16 ss. Weismann, Kirche u. Schausp. 198.

en absoluto al cuerpo o en todo caso no a su cuerpo anterior! ¡Sí, cómo arderán con sus propios alumnos y avergonzados a la vista de éstos! ¡¿Qué será ver también a los poetas comparecer y temblar, contra toda previsión, ante el tribunal de Cristo y no ante el de Radamantis o de Minos?! Y los actores trágicos merecerán entonces que les prestemos atentamente oídos, a saber, para escuchar los lamentos por un infortunio que será el suyo propio. Será digno contemplar a los comediantes aún más debilitados y reblandecidos por el fuego [...]. Contemplar cosas así y regodearse en ellas es algo que ni pretores, ni cónsules ni cuestores, ni tampoco los sacerdotes de la idolatría te podrán brindar por amplia que sea su liberalidad. Y, no obstante, todas estas cosas las tenemos presentes en nuestro espíritu y, en cierta medida, nosotros las contemplamos ya gracias a la fe».[71]

41

Hoy en día los ataques contra los espectáculos son anacrónicos en alto grado, ¡pero no obsoletos!

Una censura oficial la hay ya desde finales de la Edad Media. En Alemania la primera institución de ese carácter fue la fundada en 1486 por el obispo de Maguncia, Bertoldo de Henneberg. También los estatutos de la censura oficial fueron implantados a instancias de la Iglesia católica. Y todavía León XIII, papa que murió ya en este siglo XX, declaró en su Constitución *Officiorum ac minorum* «estrictamente prohibidos» aquellos libros que «traten, narren o enseñen sistemáticamente cuestiones lúbricas o indecentes». Es verdad que este vicario autoriza la lectura de los clásicos, «que no están, ciertamente, libres de toda impudicia» (!) «a la vista de la elegancia y pureza de su lenguaje, pero sólo a aquellas personas cuyo cargo o docencia hagan exigible esa excepción». A los jóvenes únicamente les deben ser accesibles «ediciones cuidadosamente expurgadas» y «sólo deben ser educados en base a las mismas».[72]

Incluso en la REA fue una institución de la Iglesia católica la que sugirió y preparó la *Ley sobre la difusión de escritos perniciosos para la juventud:* la consecuencia fue la incoación de varios miles de procesos, incluso contra obras de relevancia estética.[73]

Tampoco-el teatro moderno es, sin más, tabú. ¡Como si estuviéramos aún en la Antigüedad! En 1903 el Tribunal Supremo Administrativo de Prusia no vaciló, a la hora de prohibir *María Magdalena,* escrita por el alemán y posterior Premio Nobel, Paúl Heyse, ni en calificar los instintos eróticos como «los más bajos y reprobables instintos humanos». Y según ciertos moralistas católicos de renombre, en caso de representación de piezas «indecorosas» peca más o menos gravemente (eso «con certeza») casi todo el que coopere de un modo u otro a ello, y peca, en general, gravemente quien las escribe, representa, financia y aplaude. También quien pudiendo prohibirlas no lo hace. Hasta los mismos albañiles que hubiesen edificado el teatro y las mujeres de la limpieza que lo barrían se veían incriminados a principios del siglo XX. Y por supuesto, en el momento de inaugurar cinematógrafos «es preciso hacer cuanto sea posible para que ello sea iniciativa de un cristiano consciente de su responsabilidad». Cine, radio y televisión deben ser «cristianizados». Los propietarios de cinemas que permiten la proyección de películas «inmorales» pecan y también quienes alquilan esos locales. Es más, «incurre en pecado» quien use

[71] Tert.Spect.30.
[72] Ott, Christiiche Aspeóte 187 ss.
[73] Ibíd. 189 ss. Sobre la cuestión básica V. Lawrence 17 ss.

«indiscriminadamente» de la radio y de la televisión (Háring).[74]

¿No fue justamente bajo el pontificado de Juan Pablo II cuando dio justamente comienzo una cruzada contra las películas más liberales? ¿No fue ésta atizada por el propio Santo Padre? ¿No ha sido bajo su pontificado cuando ciertos abogados secuestraron cintas de cine pomo?[75]

TODO CUANTO DE LA CULTURA PAGANA ANTERIOR PODÍA RESULTARLE ÚTIL FUE ENSALZADO COMO «RELIGIÓN CRISTIANA» Y PLAGIADO POR EL CRISTIANISMO

Así como los cristianos escasean entre los intelectuales —pues, en términos generales, cuanto más sabe una persona, menos cree; menos aún en las religiones; y menos que en ninguna en el cristianismo— también el siglo IV sucedía aún que la nueva religión cosechaba sus éxitos más menguados entre los cultos y los aristócratas. Los seguidores de la vieja fe entre estos estratos sociales siguieron reputando, en su gran mayoría, al cristianismo como una fe para carboneros, como religión de la gente de poco fuste, totalmente incompatible con la ciencia antigua. Pero la Iglesia necesitaba justamente de los cultos. De ahí que también en ese punto revisase a fondo su pensamiento y comenzase a abrirse a quienes hasta entonces había puesto en cuarentena o incluso combatido. Y como la nueva religión constituía un buen punto de partida para hacer carrera —también carrera mundana—, los proceres y los cultos se sintieron ahora impulsados a la conversión. Pronto llegó el momento en que las sedes obispales fueron cubiertas casi exclusivamente por personas de las capas superiores. Al filo del siglo V, el paganismo entra en una lenta agonía. Los representantes del ámbito cultural cristiano acabaron por ser claramente superiores a los paganos que aún quedaban, si prescindimos del más significado de los historiadores en lengua latina, Amiano Marcelino. Ello sucedió, naturalmente, valiéndose de los medios de la cultura antigua, que, cuando menos parcialmente y con bastante desgana, fue legada a la Edad Media.[76]

Ese desarrollo de las cosas está ciertamente en contraposición con las enseñanzas básicas del Nuevo Testamento, de un Evangelio que no fue anunciado para los sabios ni los doctos. Por otro lado, sin embargo, hacía ya tiempo que el cristianismo había dado ya un paso decisivo para salir del mundo judío de Jesús y los apóstoles. El mismo Pablo era ya ciudadano romano e hijo de una ciudad helenística y el propio judaísmo estaba ya helenizado desde hacía siglos, de modo que el cristianismo fue absorbiendo más y más la sabia del mundo helenístico-romano convirtiéndose en un hermafrodita típico. Se debatía con y se impregnaba de esa cultura en la que, al igual que Pablo, habían nacido la mayoría de los cristianos; en la que crecieron, cuya lengua hablaban y a cuyas escuelas asistían.[77]

43

Hasta el siglo VI no tuvo la nueva religión una escuela propia. Cierto que los

---

[74] Marcuse, Obszon 212. Háring, Gesetz Christi II 456, 470, III 316.

[75] V. la duodécima edic., corregida y actualizada de mi *Historia sexual del cristianismo* (Ed. Yaide, Zaragoza 1993), pag. 432 y ss y mi artíc. en el nro 46 del 10. Nov. de 1988 en la Rev. *Stern,* pese a que fue gravem. mutilado.

[76] Dannenbauer I 122 ss, 140 ss. Vogt, Der Niedergang 275. Jones, The backgroung 19 ss, 26 ss.

[77] Fontaine 5 ss.

cristianos odiaban la escuela pagana, pero no crearon una propia ni hicieron ningún intento al respecto: les faltaban todos los requisitos, los mismos fundamentos para ello, y también les resultaba imposible competir con los clásicos. Había una máxima ampliamente difundida, propugnada tanto por Tertuliano como por el papa León I: los cristianos debían ciertamente apropiarse el saber mundano, pero no enseñarlo nunca. La *Statuta Ecciesiae Antiqua* únicamente permitía a los seglares la docencia pública con una autorización especial y bajo control eclesiástico. Pero ni siquiera un rigorista como Tertuliano, que prohibía a los cristianos toda docencia en escuelas paganas, se atrevió a prohibir a los niños la asistencia a la escuela. Y bajo el imperio transformado ya en cristiano los planes de enseñanza y los contenidos escolares siguieron siendo los mismos.[78]

Todo ello no podía por menos de tener consecuencias. Para ganarse el mundo, era forzoso tentarlo con sus propios tesoros. Para vencer había que contar con su ayuda y no oponerse a ella. Inconsciente y también conscientemente, el cristianismo fue vinculado a la cultura contemporánea, al espíritu de la ciencia griega. Durante los siglos n y m quedó embebido de la misma y aquel movimiento fundamentalmente escatológico en sus inicios se transformó en un sistema de especulación filosófica.

Y ello, gracias a personas como Justino, para quien sólo la filosofía conduce a Dios, sólo los filósofos son santos y para él todo aquel que viva o haya vivido «según la razón», incluso aunque su vida haya transcurrido muchos siglos antes de Cristo y haya, incluso, pasado por «ateo», es un cristiano. Tal fue el caso de un Sócrates, de un Heráclito y de otros semejantes a ellos. Tal proceso fue fomentado asimismo y en mucha mayor medida por Clemente de Alejandría, quien trasvasó la filosofía pagana al cristianismo de forma incansable y con inequívoca intención. Así hizo de éste una filosofía de la religión según la cual ya antes de Cristo sólo a la filosofía le fue dado redimir a ciertos hombres, educar a los griegos camino de Cristo, hasta tal punto que un cristiano carente de formación griega no puede comprender a Dios. Clemente, a quien Roma no reconoce como santo, fue el primero que, con su método, «hizo del cristianismo una doctrina capaz de conquistar el mundo antiguo» (Dannmenbauer). Análogo es el caso del «hereje» Orígenes, quien asimismo vertió a raudales la cultura pagana en el paganismo, valiéndose de ésta para formular su concepto de Dios, su cosmología, su pedagogía, su doctrina del logos y la virtud, su antropología y su filosofía de la libertad. Un cristiano perfecto sólo podía serlo, opinaba, el heleno cultivado. Es más, en su obra *Stromateis,* que abarcaba diez volúmenes y se perdió (quizá no por casualidad), demostraba, según el obispo Eusebio, «todas las tesis de nuestra religión a partir de Platón, Aristóteles, Numenio y Lucio Comuto. El cristianismo, "vastago del judaísmo tardío", experimentó una "total transformación" gracias a Clemente y Orígenes» (Jaeger).[79]

44

Esta tremenda adaptación, que, de hecho, constituyó también un factor para el triunfo del cristianismo, culmina en Agustín, quien, al igual que Clemente, volvió conscientemente a poner el saber de la antigüedad, en cuanto ello era posible, al servicio del cristianismo. Lo hizo de forma en verdad casi programática en su escrito *De doctrina christiana,* donde, con el cinismo que le era propio y la arrogancia que

[78] Statuta Ecci. Ant. c. 38. Dannenbauer 1113 ss. Illmer, 8, 59.

[79] Just. Tryph. 2, 1; Apol. 1, 46; 1, 10. Clem. Al. Strom. 1, 5, 28, 3 s. 1, 4, 27, 3 ss; 4, 22, 136, 3 ss. Jaeger 28. Tratado ampliam. en Deschner, Der Hahn. 302 ss

no le era menos propia, pero solía revestir de humildad, aventura la osada frase de que: «Lo que ahora se designa como religión cristiana existía ya entre los antiguos y no falto nunca desde los comienzos del género humano hasta la venida carnal de Cristo, a partir de la cual esa verdadera religión, que ya existía previamente, comenzó a llamarse cristiana».[80]

Con todo, ese trasvase de la cultura antigua fue, en Occidente, bastante más lento que el Oriente, donde, verbigracia, Basilio enseña en su *Discurso a los jóvenes* «a sacar provecho de los libros de los griegos» (aunque sea nuevamente la castidad lo que él aprecie más que nada en aquellos:

«Nosotros, oh jóvenes, no apreciamos en nada esta vida humana»; «quien no quiera hundirse en los placeres sensuales como en una ciénaga, ése debe despreciar todo el cuerpo», tiene que «disciplinar y domeñar el cuerpo como los ataques de un animal salvaje [...]». (El consabido tema favorito.) En Occidente los teólogos parecen tener casi siempre mala conciencia —si es que los teólogos pueden tener algo así— respecto al saber científico. A lo largo de todo el siglo III la Iglesia occidental sigue pensando sobre esta cuestión como Tertuliano. Después, el saber y la cultura fueron tolerados como una especie de mal necesario, convirtiéndolos en instrumento de la Teología: *ancilla theologiae.*[81]

«... Despreciando las Sagradas Escrituras de Dios, se ocupaban de la geometría»

Hasta la geometría se les antojaba oprobiosa a los cristianos. Todavía a principios del siglo IV se negaban a hacer obispo a Nemesio de Emesa porque se dedicaba al estudio de las matemáticas.[82]

La geometría y otras ocupaciones científicas se reputaban poco menos que como actividades impías. El historiador de la Iglesia Eusebio atacaba así a los «herejes»: «Despreciando las Sagradas Escrituras de Dios se ocupaban con la geometría; pues son hombres terrenales, hablan terrenalmente y no conocen a Aquel que viene de lo alto. Estudian afanosamente la geometría de Euclides. Admiran a Aristóteles y a Teofrasto. Algunos de ellos rinden incluso auténtico culto a Galeno. ¿Necesito acaso hacer notar expresamente que quienes necesitan de la ciencia de los infieles para demostrar su herejía y adulteran la candidez infantil de las divinas Escrituras con las argucias de los impíos nada tienen que ver con la fe? Y así, con toda desvergüenza, echaron mano de las divinas Escrituras y pretendieron después haberlas mejorado».[83]

45

Las ciencias naturales fueron objeto de particular condena por parte de la teología cristiana. Las repercusiones de esa condena han perdurado por mucho tiempo e incluso llevó a algunos investigadores a la hoguera. En la enseñanza escolar usual en Occidente las ciencias naturales (y la historia, lo que resulta bien elocuente) no hallaron cabida hasta muy entrada la Edad Moderna. En las mismas universidades no

[80] August. retr. 1, 13,3.
[81] Dannenbauer 1121, 145. Basil. Homil. 22, 1; 22, 7.
[82] Socrat. h. e. 2, 9.
[83] Euseb. h. e. 5, 28, 14 ss.

se impusieron como «disciplinas» independientes sino a partir del siglo XVIII. Ya en los últimos tiempos de la Edad Antigua, sin embargo, la medicina experimentó una fuerte decadencia en todos los pueblos —salvo quizá en Mesopotamia— mientras que la predilección por lo oculto se hacía no menos evidente. El patriarca Severo de Antioquía, por ejemplo, y asimismo el armenio Eznik de Kolb insisten en la existencia de demonios en el hombre y rechazan todo intento de explicación naturalista por parte de los médicos.[84]

Ya el apologeta Taciano, discípulo de Justino, reprueba la medicina y la hace derivar de los «espíritus malignos». «A saber, los demonios apartan con su astucia a los hombres de la veneración de Dios persuadiéndolos de que pongan su confianza en las hierbas y raíces.» Estas palabras rezuman aquella profunda aversión, tan propia de los antiguos cristianos, por la naturaleza, «el más acá», «lo terrenal». «¿Por qué la gente deposita su confianza en los poderes de la materia y no confía en Dios? ¿Por qué no acudes al más poderoso de los señores y prefieres curarte por medio de hierbas, como el perro; de serpientes, como el ciervo; de cangrejos de río, como el cerdo; de monos, como el león? ¿Por qué divinizas lo terrenal?» De ese modo la medicina en su totalidad se reducía a obra diabólica, obra de los «espíritus malignos». «La farmacología y todo cuanto con ella se relaciona, proviene del mismo taller de embustes.» Análoga es la opinión de Tertuliano, que hacía mofa de doctores e investigadores de la naturaleza, y esa actitud prosiguió su marcha errabunda y asoladora a través del Medioevo e incluso hasta más tarde.[85]

Es natural que un Taciano no tenga ninguna estima por la ciencia en su conjunto. «¿Cómo creer a una persona que afirma que el sol es una masa incandescente y la luna, un cuerpo como la Tierra? Todo esto no son más que hipótesis discutibles y no hechos demostrados [...]. ¿Qué utilidad pueden reportar [...] las investigaciones sobre las proporciones de la Tierra, sobre las posiciones de las estrellas, sobre el curso del sol?

¡Ninguna! Pues con semejante actividad científica sólo cuadra un tipo de persona que constituye en ley su opinión subjetiva.» Las explicaciones puramente científicas no cuentan ya. Aquellas personas que, en el siglo IV, buscaban una explicación geofísica de los terremotos (¡en vez de considerarlos causados únicamente por la ira de Dios!) eran inscritos en la lista de «herejes» por el obispo de Brescia.[86]

46

Como quiera que el criterio supremo para la recepción de las teorías científico-naturales era el de su grado de compatibilidad con la Biblia, la ciencia no sólo se estancó p'pr entonces, sino que se llegó a desechar el mismo saber acumulado desde tiempos inmemoriales. El prestigio de la ciencia menguó en la misma medida en que ascendía el de la Biblia.[87]

La teoría de la rotación de la Tierra y de su forma esférica se remonta a los pitagóricos del siglo V a. de C., Ecfanto de Siracusa e Hicetas de Siracusa. Eratóstenes de Cirene, el escritor más polifacético del helenismo, trataba ya como cuestiones seguras la de la rotación de nuestro planeta y la de su forma esférica. Otro tanto pensaban Arquímedes y otros sabios. También Aristóteles sabía de ella, y el

---

[84] RAC 1976 IX 787. Dannenbauer I 97.
[85] Tat. Or. ad Gr. 27, 7 ss, 18, 1 ss. Dannenbauer I118.
[86] Tat. Or. ad Gr. 27, 7 ss. Dannenbauer 1147.
[87] Jürss393.

historiador y geógrafo Estrabón. Tal era también la opinión de Séneca y Plutarco. La Iglesia cristiana renunció a ese conocimiento en favor del relato mosaico de la creación y del texto bíblico predicando que la Tierra era un disco rodeado por los mares. Los estudiantes europeos no volvieron a saber de su figura esférica hasta un milenio después, en la Alta Edad Media, ¡a través de las universidades árabes de España! Y sólo a finales del Medioevo se reasumió esa teoría.[88]

Lactancio difama la ciencia natural calificándola de puro sinsentido. El Doctor de la Iglesia Ambrosio la reprueba radicalmente como ataque a la majestad de Dios. A él no le interesa lo más mínimo la cuestión de la naturaleza o la posición de la Tierra. Eso es algo sin relevancia alguna para el futuro. «Baste saber que el texto de la Sagrada Escritura contiene esta observación: "Él suspendió la Tierra en la nada"». De ahí a poco Ambrosio solventa una cuestión semejante con la respuesta: «A este respecto resulta suficiente lo que el Señor manifestó a su servidor Job, puesto que habló a través de una nube...». Este Doctor de la Iglesia sostuvo en cambio la teoría de que había al menos tres cielos, ya que David mencionó al «cielo de los cielos» y Pablo asegura «haber sido transportado hasta el tercer cielo».[89]

La noción que tiene san Ambrosio de la filosofía natural se ilustra con la sentida afirmación de que «el evangelio según san Juan contiene toda la filosofía natural», que justifica diciendo que «nadie como él, me atrevo a afirmar, ha contemplado la majestad de Dios con tan elevada sabiduría para revelárnosla con tan original lenguaje». No por acaso juzga inútil la filosofía el mismo san Ambrosio, pues que sirvió para que cayeran en el error los arríanos. Y sin embargo, él mismo sufrió, y no poco, la influencia neoplatónica, hasta el punto de no tener reparo en copiar extensas parrafadas de Plotino, el principal representante de esa escuela. Y su regla cristiana para los sacerdotes. *De oficiis ministrorum,* no sólo toma de Cicerón el título, sino también la forma, la estructura, todo en realidad, incluso la secuencia de la exposición y la postura fundamental, aunque revestida con un barniz de cristianismo. Sucede que no era capaz de establecer por sí mismo una regla, lo que le obligó a tomar en préstamo la del autor pagano y ello a tal punto, que se ha podido decir con ironía que Cicerón, gracias a san Ambrosio, llegó a ser casi un Padre de la Iglesia. Al mismo tiempo, no se priva de juicios negativos sobre los dialécticos, cuya ciencia mundana suele negar en bloque.

47

Puede ser instructiva esta explicación de los hábitos intelectuales del hombre que, al fin y al cabo, desde el siglo VIII pasa por ser, junto con Jerónimo, Agustín y el papa Gregorio I, de los más grandes Padres de la Iglesia, al menos en Occidente. De quien dice todavía en el siglo XX un teólogo católico que «su extensa *actividad literaria»,* más que la político-eclesiástica, «ha dado lustre a su nombre y merece conservarse para provecho de la posteridad admirada y agradecida» (Niederhuber)[90]

A este famoso vamos a seguir, pues, hasta el terreno que mejor domina, y para dilucidar su arte, tomaremos la que se considera su obra maestra, de manera que nadie pueda reprocharnos una elección tendenciosa.

---

[88] Dtv Lexik. Philosph. II 30 s, 236. Holzhey. Das Bild 177 ss. Prause 34 ss.

[89] 2 Co. 12, 2. Ps. 148, 4. Ambros, Exam. 1, 6; 2, 2; 3, 2.

[90] Ambros. hex. 1, 6, 24; 2, 1, 3; 2, 2, 7; 6, 2, 7 s; Off. I 26, 122. De Abran. 2, 11,8. Fid. ad Grat. 1, 5, 42. Coment. a Lucas. Proemio 2 s. RAC 1950 I 366. Barden- hewer III 503. Niederhuber XXI. Mesot 103. Dannenbauer I 131, 136 s.

«… EL ECO DE SU NOMBRE Y EL FRUTO DE SU ESPÍRITU.»
Las pruebas de san Ambrosio en pro de una casta viudez: El ejemplo de la tórtola; en pro del nacimiento virginal de la madre de Dios: El ejemplo de los buitres; en pro de la inmortalidad: El ejemplo del ave fénix y otras muchas brillantes ocurrencias

Ya en la Antigüedad había cristianos a quienes la exégesis alegórica les parecía bastante boba, irremediablemente subjetiva y en los teólogos de esa especie veían al tipo de persona que da a las palabras tantas vueltas que extraían de ellas lo que ellas debían dar, lo que se quería que diesen. Los exégetas, por su parte, pensaban unánimemente que toda interpretación literal del texto era puramente superficial; que ceñirse a las palabras sólo a veces aportaba algún sentido y en general no el auténtico. Este se hallaba más en lo profundo, había sido misteriosamente cifrado por Dios y sólo ellos podían ponerlo al descubierto mediante la interpretación alegórica. También Ambrosio era de esa opinión. También a él le resultaba imprescindible la suposición de un sentido más elevado en la Escritura de modo que a veces distingue dos tipos de tal sentido, *Uñera* y *sensus altior;* a veces, incluso tres sentidos: *sensus naturalis, sensus mysticus* et *sensus moralis.* Pero vayamos a lo concreto.

48

El paraíso, por ejemplo, cuyo carácter «histórico», naturalmente, no se cuestiona, es una imagen del alma y sus cuatro ríos representan las cuatro virtudes cardinales. El arca hace de símbolo del cuerpo humano y cada una de sus partes se corresponde con otra del cuerpo. Los animales del arca son los apetitos. En *De Isaac et anima,* la boda de Isaac y Rebeca simboliza la unión entre Cristo y el alma humana. En su *De patriarchis,* Simeón representa a los escribas y Leví a los sumos sacerdotes del tiempo de Cristo. En virtud de esas exégesis alegórico-místicas, de esas interpretaciones y reinterpretaciones tipológicas, Ambrosio no sólo fue capaz de desvelar toda una serie de «predicciones mesiánicas», sino también de fascinar a una cabeza como la de Agustín. A partir de ahora, esa otra gran lumbrera, la más brillante de la Iglesia, no tuvo ya «que padecer leyendo los escritos del Antiguo Testamento, la ley y los profetas, con ojos que me los hacían parecer absurdos…». Nada de eso: ahora, una vez que Ambrosio había puesto al descubierto los profundos secretos que se ocultaban tras la inofensiva envoltura, Agustín ya no necesitaba despreciar la religión de su madre como un cuento de viejas; podía, pertrechado con las iluminaciones ambrosianas, considerar superadas las críticas maniqueas al Antiguo Testamento y él mismo, Agustín, descubría paulatinamente ese sentido más alto, oculto por doquier. «A menudo —nos dice— escuché con alegría cómo Ambrosio decía al pueblo: "La letra mata, el espíritu vivifica", cómo él, en aquellos pasajes en que el texto literal parecía enseñar algo torcido, retiraba el velo místico y dejaba patente su sentido espiritual». (En relación con lo cual Ambrosio, con toda naturalidad y siguiendo a los anteriores Padres de la Iglesia, llamaba a los judíos veterotestamentarios «los nuestros» o incluso «nuestros mayores», *maiores nostri.)*[91]

[91] August. Conf. 6, 4, 5 s. Altaner/Stuiber 412 ss. Bardenhewer III 527. Kellner 31 ss. Dannenbauer 1129, 132 ss.

Cómo vivifica el espíritu, cómo airea éste el velo místico, es algo que queremos examinar ahora basándonos en ejemplos del ámbito científico natural, por llamarlo así, extraídos de su *Hexaemeron librí sex,* una obra que consta de nueve sermones, pronunciados en seis días sucesivos, acerca de «la obra de los seis días», la narración mosaica de la creación. Como quiera que el obispo de Milán los escribió ya muy entrado en años, como *senex y* pocos años antes de su muerte, prometen ser especialmente abundantes en arte y sabiduría simbólicos, tanto más cuanto que la teología católica más reciente la califica de «obra maestra también desde el punto de vista literario, plena de espléndidas descripciones de la naturaleza» (Altaner/Stuiber), «quizá la obra más bella de Ambrosio» (Moreschini).[92]

Así por ejemplo el sublime exégeta convierte al pichón de tórtola —que en otro tiempo fue la víctima propiciatoria ofrecida al Señor, según la ley del Señor y a raíz de la circuncisión de ese mismo Señor— en símbolo de la castidad del estamento de las viudas. Ambrosio es un especialista en eso, pues en una obra. *Sobre las viudas,* dedicada expresamente a la cuestión, mostró hasta qué punto el estado de viudez es preferible a las segundas nupcias. Por lo demás el santo, autor de numerosos tratados ascético-morales, obtuvo especial reconocimiento en el ámbito de los teólogos del ramo.

49

Pero volvamos al pichón de tórtola, al sacrificio por la circuncisión. Ambrosio escribe: «A saber, ése es el auténtico sacrificio de Cristo: la castidad corporal y la gracia espiritual. La castidad se refiere a la tórtola, la gracia al pichón». Y después de aleccionamos acerca de que «la tórtola, una vez viuda por pérdida del macho, alberga en sí una profunda aversión contra todo lo que signifique apareamiento», ya que «decepcionada y defraudada en este primer amor, amor breve en el goce y amargo en el resultado, más pródigo en dolor, por la pérdida del amado, que en amorosas delicias», este consumado intérprete entra en la moraleja de la historia: «De forma que renuncia a nuevos vínculos y no vulnera las leyes de la caridad ni de los lazos que la unieron a su amado esposo: sólo a él le guarda ella su amor, sólo para él preserva el nombre de esposa. Aprended, mujeres, cuan sublime es el estado de viudez, cuya loa se anuncia ya en el mundo de las aves».[93]

¡La tórtola fiel más allá de la muerte del esposo! Sí, Ambrosio sintió especial debilidad por la ilustración de las mujeres, a las que dedicó, particularmente a las vírgenes, obra tras obra, desvalidas y postergadas como ellas estaban y siguen estando. Pues, opina el santo Doctor de la Iglesia, «la mujer debe velar su cabeza porque ella no es imagen de Dios». Para ello se remitía a Pablo. El apóstol de las gentes y la tórtola. ¿Quién —pregunta Ambrosio— dio esas leyes a la tórtola? No el hombre. «Pues ningún hombre se hubiese atrevido a ello después de que ni el mismo Pablo se atrevió a elevar a precepto legal la observancia de la viudez.» El apóstol expresa ante las mujeres como mero deseo lo que en las tórtolas es uso permanente. Pero si el mismo Pablo no impuso la observancia de la viudez a las mujeres, ¿quién podría habérsela impuesto entonces a las tórtolas? Sólo Dios, naturalmente. «Dios, pues, imprimió en las tórtolas ese instinto y les dio esa fuerza de la continencia, pues sólo Él puede dar al respecto una ley universal y vinculante. La tórtola no se inflama

Chadwick, Orígenes 152.

[92] Ambros. exam. 4, 5, 20. Altaner/Stuiber 381. Kellner 77 ss. Moreschini 118.

[93] Ambros. Exam. 5, 19.

ante la florida juventud, no se deja seducir por una ocasión tentadora. No sabe lo que es vulnerar su primera fidelidad, pues sabe guardar la castidad prometida a raíz del primer vínculo que le cupo en suerte.»[94]

¡Un Doctor de la Iglesia!

«Bellas descripciones de la naturaleza y sabrosos relatos de la vida de los animales —escribe O. Bardenhewer en su obra estándar, todo un doctor en teología y filosofía, en otro tiempo protonotario apostólico y profesor de la universidad de Munich, haciendo los honores al *Hexaemeron—.* Los animales son presentados como ejemplo ante el hombre. El notable tono campechano de la homilía del autor se acredita espléndidamente. Es más, «el eco de su nombre y el fruto de su espíritu...».[95]

50

¡Vemos de pasada en cuánta estima tiene la Iglesia católica al animal! Y toda vez que Ambrosio ha hablado justamente de la «virtud», de la «viudez de las aves», resulta obligado que quiera, ya en el capítulo siguiente, «hablar de la virginidad, que, como se nos asegura, se da incluso en algunas aves. La podemos observar verbigracia en los buitres», los cuales, ciertamente «no se entregan a ninguna relación sexual», cuya concepción «no requiere apareamiento», «cuya generación no necesita del macho», causa, seguramente, de que aquéllos «alcancen una vida tan larga en años que sus días se prolonguen más allá del siglo y no es fácil que les sorprenda la muerte en edad temprana». Y en este punto, el eximio príncipe de la Iglesia presenta ufano su triunfo: todos estos buitres nacidos sin padre (y varias otras aves) testimonian nada menos que la posibilidad y credibilidad del alumbramiento virginal de María.

Más aún, Ambrosio exclama ante la cristiandad y ante un mundo lleno de incrédulos: «¿Qué dicen a ello los burlones, que tanto gustan de hacer mofa de nuestros misterios apenas oyen que parió una virgen; que tienen por imposible el que haya alumbrado una doncella de pudor no maculado por la cohabitación con varón? ¿Se tendrá por imposible en el caso de la Madre de Dios lo que no se cuestiona cuando se trata de los buitres? Pare un ave sin necesidad de macho y nadie lo niega y porque Mana dio a luz estando prometida, se pone en entredicho su castidad

¿Cómo no advertir que el Señor nos previene cabalmente, a través de innumerables analogías de la vida de la naturaleza, con las que ilustra la decencia de su encamación y da fe de su autenticidad?».[96]

El *Hexaemeron,* «esa interesante y significativa obra» (Bardenhewer), «la obra literaria maestra de san Ambrosio» (Niederhuber), exhibe de esa manera biológica y teológicamente provechosa todo un zoo, incluidas las aves nocturnas, el murciélago y el ruiseñor, símbolo de la alabanza a Dios y del anhelo de la gloria celeste. Toda una gama que va desde la fotófoba lechuza, símbolo de la maligna sabiduría terrenal, alejada de Dios (en el antiguo Egipto era un animal objeto de sagrada veneración), hasta «el canto del gallo, con su significado físico, moral y salvífico». Pues el quiquiriquí no sólo espanta a los ladrones, sino que también despierta al lucero matutino. Y lo que es más importante: «Su canto estremece el sentimiento de piedad que se eleva prestamente buscando ejercitarse en la lectura [de la Escritura]». De ahí que Ambrosio concluya así el quinto libro de su obra maestra: «Así pues, después de acompañar a las aves en sus alegres trinos y de cantar conjuntamente con el gallo,

---

[94] Ibíd. Comp. con Bartsch 50.

[95] Bardenhewer III 509.

[96] Ambros. Exam. 5, 20.

¡cantemos ahora los misterios del Señor! ¡Las águilas, rejuvenecidas por la expurgación de sus pecados, deben darse cita junto al cuerpo de Jesús! La gran ballena nos ha traído en verdad a tierra el auténtico cuerpo de Jonás (Cristo)...».[97]

51

¡Dios todopoderoso!

En otro de los alardes geniales de esa misma obra, este corifeo eclesiástico, objeto de loas superlativas, se sirve de la metamorfosis del gusano de seda, de los cambios de color del camaleón y la liebre, y del fénix resurgido como símbolos y pruebas en favor de la resurrección de Cristo.

Sobre el fénix, que según él alcanza en Arabia «una edad de hasta 500 años», Ambrosio nos informa así: «Cuando siente aproximarse el final de sus días se prepara un sarcófago de incienso, mirra y otras plantas aromáticas, en el que entra y muere una vez consumado el tiempo de su vida». El ave ambrosiana no anduvo desacertada al escoger la mirra como símbolo de la resurrección. También del incienso cabía esperar ímpetu. Y nebulosidad. En cualquier caso llevaba ya mucho tiempo humeando en los templos budistas e hindúes, en los de Grecia y Roma, en el culto cananeo a Baal, en el templo a Yahvéh de Jerusalén. Eso antes de que el cristianismo lo condenase como «pasto de los demonios» (Tertuliano) y volviera, también él, a introducirlo en la turificación, de los altares, de las imágenes de santos, en otras ceremonias de consagración y en el culto sacramental de latría, en la liturgia de la misa... y eso ya en el *Ordo Romanus* más antiguo...[98]

El ave fénix disfruta, pues, de un sarcófago mitológico. Y ahora resurgirá de su «carne putrefacta», como bien sabe Ambrosio, en forma de un «gusanillo» al que «le crecen alas en el término de un plazo bien fijado» hasta que, finalmente, nos hallamos de nuevo ante la misma ave de antaño, contenta como unas pascuas o, digamos, como un fénix: igual que lo estaremos nosotros en la resurrección. «¡Bien puede esta ave, que, sin ejemplo previo y desconocedora del asunto, dispone para sí los símbolos de la resurrección, instruir cuando menos en la fe en esa resurrección mediante el ejemplo que ella misma nos da! Pues las aves existen por mor del hombre y no el hombre por mor de los pájaros. Sírvanos también de símbolo de cómo el hacedor y creador del mundo de las aves no permite que sus santos incurran en sempiterna ruina, siendo así que no permitió tal ruina ni siquiera en el caso de esa ave, sino que dispuso su resurgimiento a partir de su propia semilla para que perdure de por siempre. (O bien), ¿quién le anuncia el día de su muerte para que se prepare el sarcófago, lo llene de plantas aromáticas y lo ocupe para morir de modo que el agradable aroma absorba el hedor del cadáver? ¡Oh hombre, entra tú también en tu sarcófago! ¡Despréndete del hombre viejo y de su conducta y vístete del nuevo!» Así exclama Ambrosio, con palabras de Pablo, que también entró en su sarcófago como «un fénix bueno» y lo «impregnó con el aroma del martirio».[99]

El obispo de Milán autor de casi dos docenas de tratados exegéticos sobre el Antiguo Testamento (mientras que en lo referente al Nuevo únicamente aplicó su virtuosismo al evangelio de Lucas) gusta de equiparar la filosofía y la sofística, siguiendo la peor parte, por supuesto. Cuanto no le cuadra lo atribuye a la «pérfida capciosidad de la sofística». A menudo echa en el mismo saco la sabiduría de este

[97] Ambros. Ibíd. 5, 24. RAC 1966 VI 890 ss. Bardenhewer III 508 ss. Niederhuber I 3. Heiler, Erscheinungsfórmen 89.
[98] Ambros. Exam. 5, 23. Niederhuber 224. Heiler, Erscheinungsfórmen 208 ss.
[99] Ambros. Ibíd. Bardenhewer III 526.

mundo, el pueblo judío y los «herejes», gentes, todas ellas, que «se regodean en la vanilocuencia, desdeñan la sencillez de la doctrina de la verdadera fe y exhuman tesoros inútiles», pero «no traen salvación al pueblo, pues sólo Cristo puede borrar los pecados del pueblo...».

52

Lo que semejante cabeza entiende por saber, ciencia e ignorancia, lo que él opina de la ciencia (natural) de su época, resulta meridiano. Son cosas que carecen de interés para él. La ciencia, la sabiduría, la verdad, todo ello no es para él otra cosa que la Biblia, el amoroso padre celeste, el más allá. Hasta Bardenhewer lo concede. «Da inmediatamente de lado a toda cuestión que no revista importancia para la vida eterna.» Y el mismo Ambrosio compara a los doctos con la lechuza cuyas grandes pupilas azules no percibirían las sobras espectrales de la tiniebla. «Los sabios del mundo —escriben— o ven. No miran a la luz; caminan entre tinieblas» y finalmente caen, «al extraviarse, a pesar del día de Cristo y de la luz de la Iglesia, que los iluminan desde muy cerca, en las tinieblas de la eterna ceguera. No ven nada, pero peroran con jactancia».[100]

Pero ¿no son cabalmente los teólogos, los Padres de la Iglesia los que peroran jactanciosamente? ¿No son ellos cabalmente los que saben acerca de Dios cosas literalmente increíbles? ¿No son cabalmente ellos quienes resuelven hasta los más arduos problemas bíblicos con su arte exegética, con sus a menudo esperpénticas especulaciones y montajes sobre letras, nombres y números? Y en ello, una vez más, tampoco son siquiera originales. Se limitan a seguir una tradición usual en las escuelas paganas desde el siglo VI a. de C., la interpretación alegórica de Hornero. La carta de Bamabás, verbigracia, a la que Clemente y Orígenes incluyen en las Sagradas Escrituras, ¿no haya acaso profetizada la muerte de Jesús (que no resulta fácil de demostrar a partir del Antiguo Testamento) en la circuncisión de los 318 siervos de Abraham por el hecho de que ese número contiene los signos numéricos griegos I H T (I = 10,H=8,T= 300), siendo así que la I significa Jesús y la T la cruz?[101]

¿Y no nos ilumina también a ese nivel el más insigne de los Doctores de la Iglesia? Pues también Agustín prefería, especialmente en sus sermones —tan sólo los auténticos llegan a medio millar—, el sentido alegórico. Fue únicamente eso lo que le permitió salir airoso frente a la polémica de los maniqueos contra el Antiguo Testamento. Y cuando el año 393-394 intentó una exégesis del Génesis según el sentido literal interrumpió significativamente su libro *(De Genesi ad litteram imperfectus líber)* apenas interpretado el primer capítulo. (Una dilatada explicación. *De Genesi ad litteram,* iniciada en 401 examina únicamente los tres primeros capítulos.)[102]

53

Del arte exegótico de san Agustín; sobre lo que creía y lo que no creía. Cómo todo cuanto una persona necesita saber está contenido

[100] Ambros. Exam. 5, 24. Bardenhewer III 509 s.

[101] Bam. 9, 8 s. Comp. con 12, 2. Sobre ello Deiter. 33, 17. Comp. tb. Hebr. 9, 13 ss, 9, 18 ss. Tert. adv. Marc. 3, 18. Goodsped, A History 34. Dannenbauer 1134 s. Informac. más detall, sobre estas artes exegéticas en Deschner, Hahn 114 ss.

[102] Altaner/Stuiber 430.

EN LA BIBLIA

A la hora de la interpretación alegórica, Agustín procede tal y como solía y suele ser habitual entre los teólogos de la Iglesia. Según ello la luna es el símbolo de la Iglesia, que refleja la luz de Dios; el viento símbolo del Espíritu Santo y el número 11 símbolo del «pecado», puesto que sobrepasa el 10, símbolo, naturalmente, de los diez mandamientos. Aplicando ese método, Agustín distingue lo siguiente en la parábola del hijo pródigo: a Dios, en el padre; a los judíos, en el hijo mayor; a los paganos, en el menor; la inmortalidad, en el vestido con que se envuelve a quien retomó al hogar; a Cristo (cebado por los pecados del hombre) en el ternero cebado que se sacrifica, etc. El meollo de la parábola parece haberse escapado a su vista. Cómo Agustín solventa, por lo demás, las más insólitas proclamaciones bíblicas es algo que puede ilustrar un ejemplo de sus 124 *Tractatus in Joannis evangelium,* «especialmente valiosos» para Altaner/Stuiber. También el sermón 122 de ese libro, que aduciremos a continuación, lo escribió y predicó tardíamente, no antes del año 418, con gran experiencia de la vida.

Así pues, Agustín leyó en el Evangelio de Juan, 21, 11, que Pedro trajo a tierra «ciento cincuenta y tres grandes peces» por cuenta de la pesca milagrosa en el lago de Tiberíades. Ese número tan exacto dio que pensar a Agustín. Pero así como había desentrañado otros misterios de índole muy diversa, desentrañó el de los 153 peces. ¡Éstos simbolizaban, claro está, a todos los elegidos! He aquí su contundente prueba: 10 es el número de los mandamientos y representa la ley; 7 es el número de los dones del espíritu y representa al Espíritu Santo. Añádase a ello la gracia del Espíritu Santo: eso hace 10 + 7 = 17. Ahora basta sumar todos los números que van desde el O al 17 y ¿qué se obtiene?: ¡el número 153! Algo que asombra al experto y admira al lego, pero que era, es y seguirá siendo un cálculo cabal. Y Agustín, el grandioso intérprete de la Sagrada Escritura, predicó una y otra vez sobre esta pesca milagrosa, sobre esta, digamos, doble pesca milagrosa y sobre el sentido, por él desentrañado, de los 153 peces. ¡Qué sensación de triunfo debió de sentir y qué escalofrío de auténtica veneración por esa sabiduría debieron de sentir los miembros de su grey a sus espaldas![103]

Todo ello son aspavientos, dicho sea de paso, por un evangelio que no sólo no fue escrito por el apóstol Juan, sino que, rechazado en su tiempo por los círculos ortodoxos, fue reelaborado a mediados del siglo II por un redactor de la Iglesia, quien, entre otras cosas, le añadió todo el capítulo 21, justamente el capítulo en el que nadan «nuestros 153» peces.[104]

54

Los logros intelectuales de Agustín —que son de naturaleza teológica, lo cual, *rebus sic stantibus,* habla especialmente en contra suya— fueron sobrevalorados desde siempre. Si se exceptúan ciertas observaciones psicológicas, siempre escribió bajo inspiración ajena, y se limitó a «convertir en una vivencia personal lo que captaba al meditar sobre los pensamientos de otros» (H. Holl). «Nunca en su vida tuvo valor para pensar de forma autónoma.» O algo aún peor: un historiador tan esclarecedor y

[103] August. Tract. in Evang. loh. 122, 8. Altaner/Stuiber 429 ss. Eggerrsdorfer 166 ss. Dannenbauer 1133. Crombie 17.
[104] Una enumeración incompleta de los estudiosos que lo consideran espurio se halla en Feine-Behm, 118 ss. Comp. tb. Goguel 74. Ya las palabras que concluyen el capítulo 20 muestran que el evangelio acababa con ellas.

digno de ser leído como H. Dannenbauer se ve tentado de aplicar a Agustín la vieja sentencia con que Goethe se refería a Lavater: «La verdad rigurosamente estricta no fue cosa suya. Se mintió a sí mismo y a los demás».[105]

Agustín sentía auténtica adicción por la autoridad. Siempre tuvo que buscar cobijo bajo algo, adherirse a algo, a los maniqueos, al escepticismo académico, al neoplatonismo y, finalmente, al cristianismo. A este respecto, sólo creía en la Biblia en virtud de la autoridad de la Iglesia (la cual basaba su autoridad en la Biblia). La autoridad de la Biblia es a su vez garantía, piensa Agustín, de la verdad. Lo que aquélla afirma es verdad, es completamente infalible. «Es más, la Escritura aparece a ve+ ees como criterio del saber profano. De las narraciones históricas, únicamente debemos creer cuanto no contradiga las afirmaciones de la Escritura».[106]

Ya en la época de Agustín había menguado tanto el caudal del saber como la calidad de la educación. Con todo, cierta formación clásica contaba aún hasta el punto de que con ella era posible hacer carrera en el imperio romano y acceder a las altas e incluso a las supremas dignidades. Ésa era la ambición de Agustín, y Símaco, el prefecto pagano de Roma, lo alentó y le procuró un puesto de profesor de retórica en Milán. Su debilitada salud, sin embargo, impuso la renuncia a sus ambiciones. Probablemente ello está (también) en relación con el hecho de que Agustín, cuya formación se inició demasiado tarde y concluyó demasiado pronto, sintió «siempre cierto desdén por la ciencia pura» y comenzó a despreciar la educación de entonces «como algo condenado a muerte» (Capelle).[107]

El obispo de Hipona no tenía la menor noción del hebreo. También su conocimiento del griego era endeble. A duras penas podía traducir textos griegos. Él, un *rhetor* y durante varios años profesor de varias escuelas superiores, llegaba apenas a leer la Biblia griega. A los clásicos, incluidos Platón y Plotino en la medida en que los conocía, y a la Patrística Griega, los leía en versión latina. Y es probable que la mayoría de sus citas fuesen de segunda mano. Sólo muy pocas provienen de fuentes directas: Livio, Floro, Eutropio, quizá Josefo, pero sobre todo Marco Terencio Varrón, el gran erudito de la antigua Roma, cuyas *Antiquitates rerum humanarum et divinarum* constituyen su única fuente de información respecto a las divinidades paganas.[108]

55

La formación científico-natural de Agustín era muy débil. Cierto que no creía necesario admitir la existencia de pigmeos, de cinocéfalos ni de gentes que se protegían del sol bajo sus pies planos: *creciere non est necesse.* Creía firmemente, eso sí, que el diamante sólo se podía partir con la sangre de un macho cabrío y que el viento de Capadocia preñaba a las yeguas. También creía firmemente en el purgatorio. Es más, fue él el teólogo que sacó a colación esa idea prestándole así entidad dogmática. Creía también firmemente en el infierno, siendo él mismo quien nos lo pinta como fuego realmente físico y quien enseña que la intensidad del calor se rige por la gravedad de los pecados. En cambio, no cree en absoluto que la Tierra sea

---

[105] Dannenbauer I 141 s, 371. Comp, coa 147. K. Holl, Gesammeltó Aufsátze 3, 94, cit. en Dannenbauer I 371.

[106] August. Ep. 82. c. Faust. 11, 5. De Doctrina 1, 37,41. Civ. Dei 21,6. Dannenb. 1141 s., 147. Lorenz, Wissenschaftslehre 221.

[107] Altaner/Stuiber 413. Capelle RAC I 1950, 982. Dannenb. 193.

[108] RAC 11950, 989. Pauly V 1131 ss. Dtv Lexik. Philosophie IV 325 ss. Tusculum Lexik. 267. Altaner/Stuiber 429. Dannenbauer 195, 97.

esférica *(nulla ratione credendum est)* aunque ello hubiese sido demostrado hacía siglos.[109]

Las ciencias naturales, según Agustín, son opinión antes que ciencia. La investigación del mundo es a lo sumo investigación de un mundo de apariencias. Eso vale tanto para el teatro como para la ciencia natural o la magia. Afán de espectáculos, curiosidad, eso es todo. «A causa de esa morbosa apetencia, en el teatro se representan piezas efectistas. Partiendo de ahí, uno va más allá con el afán de desentrañar los misterios de la naturaleza exterior a nosotros, el conocimiento de las cuales de nada sirve y no es otra cosa que curiosidad humana.» La *curiositas* dirigida a lo puramente terrenal y no hacia Dios es perversa y peligrosa, una *fornicatio animae,* una fornicación espiritual, una comunidad con los demonios. De ahí que no sólo rechace las artes mágicas, sino que considera asimismo superfluas la medicina y la agricultura. La esencia pura de Dios, enseña como buen neoplatónico, es algo más próximo a nuestro espíritu que todo lo corpóreo.[110]

Agustín, que se inspira sobremanera en Platón y que durante cierto tiempo creyó que, prescindiendo de algunos términos, platonismo y cristianismo vienen a ser lo mismo, asumió particularmente el neoplatonismo, «una prepedéutica hacia Cristo», por así decir. Filosofía y teología se compenetran sin cesar en la obra del obispo —especialmente a partir del 400si bien lo contempla todo desde la perspectiva cristiana, la *vera religio* ya que el hombre, según la doctrina agustiniana de la iluminación no puede, en puridad, conocer, si no es iluminado por la gracia y la luz de Dios. El saber y la cultura profanos no tienen por ello ningún valor por sí mismos. Sólo adquieren valor al servicio de la fe y no tienen otra finalidad que el de conducir a la santidad, a una comprensión más profunda de la Biblia. Tampoco la filosofía que, ya en su ancianidad, se le antojaba «charlatanería sutil» *(garrulae argtiae)* tiene para él otro valor que el de mera ayuda para interpretar la «revelación». Todo se convierte así en recurso, en instrumento para la comprensión de la Escritura. En otro caso la ciencia, cualquier ciencia, es alejamiento de Dios.[111]

56

Todo, en Agustín, gira en el fondo en torno a Dios, a la Iglesia. Es significativo que su escrito *De doctrina Christiana,* objeto de lecturas e interpretaciones continuamente renovadas, sea simultáneamente fundamento de la educación cristiana y guía de predicadores. El obispo, que también escribe en ella acerca de la utilidad de las ciencias (profanas) y tamiza toda la cultura antigua —en la medida en que la conoce— condena todo aquello que no resulte útil al pensamiento católico y particularmente al estudio de la Biblia. La curiosidad, el afán de saber siempre creó suspicacias en el cristianismo. Ya Tertuliano la había combatido con crudeza y Agustín, un representante aún más encarnizado de ese fatal despropósito, ataca casi por sistema esa curiosidad, ese anhelo de saber, toda inclinación hacia metas puramente humanas. Lo cual conduce en él, con toda consecuencia, a la anatematización de la ciencia, del conocimiento sensorial: instrumentos que

---

109 August. Civ. Dei 21, 9, 2; 21, 16. Holl, Augustins innere Entwickiung 106 s. Dannenbauer I 98 s. Weissengruber, Monastische Profanbildung 12 ss.

110 August. ord. 2, 9, 27. Enchir. 9, 3. De Trinit. 11, 1, 1. De Gen. ad litt. 5, 16, 34. Conf. 10, 35. Otros testim. en Van der Nat, Apol. u. patr. Váter, RAC IX 1976, 745. Dannenbauer II 71 s. Lorenz, Wissenschaftslehre 51, 245 s.

111 August. Enarr. in Ps. 118, 29, 1. Conf. 3, 4, 7. Ep. 101, 2. Capelle, RAC I 1950, 983 s. Dannenbauer I 143 s. Lorenz, Wissenschaftslehre 51, 245 ss. Weissengruber, Monastische Profanbildung 14 s. Maxsein 232 ss. H. Maier, August 87 ss, espec. 92 ss.

atenazan, obstáculos para la fe. «¡Los ignorantes se levantan y arrebatan para sí el reino de los cielos!» De ahí que, ardiendo en el celo religioso, considerase mucho más fiable, en caso de enfermedad, invocar a los santos que aplicar cualquier remedio medicinal y, consecuente una vez más, recomendaba curar la migraña mediante la imposición de los evangelios. Su grey, sin embargo, usaba también como medicamento una papilla hecha de pan eucarístico.[112]

Siguiendo la tónica que no sólo es típica en él, sino en general en toda esa corriente del cristianismo relativamente amiga de la cultura, Agustín toma en cambio de los paganos, sus «poseedores ilegítimos», todo cuanto le puede resultar útil, que es muchísimo. Es necesario, dice, desposeerlos de sus tesoros al igual que hicieron los judíos en su éxodo cuando se llevaron consigo el oro y la plata de los egipcios. Así despoja a toda la cultura pagana de su propio valor. La expropia, por así decir, para poner «en el marco de la cosmovisión y la cultura cristianas, sin alterarlo apenas» todo cuanto de aquélla podía aprovechar a su causa. La cultura antigua aparece ahora como «preámbulo del cristianismo», pasa como acervo de «bienes terrenales a usufructo de los cristianos una vez que la filosofía —ya definitivamente cristianizada— hubo sometido a su férula todo el saber profano» (H. Maier).[113]

Agustín —y ello es bien ilustrativo— desarrolló ideas sobre la enseñanza que, casi como una cuestión de principio, marcaron la pauta ¡a lo largo de un milenio! El arte apenas juega un papel en ellas, como sigue pasando en la escuela actual. La pintura, la música y la escultura son superfluas. La teoría musical importa, en el mejor de los casos, cuando resulte útil para la comprensión de la Escritura. El mismo juicio le merecen la medicina, la arquitectura y la agricultura, salvo que se las haya de ejercer profesionalmente. Este obispo veía en la Iglesia la Schola Christi y todas las ciencias fuera de ella le eran sospechosas. Uno puede, ciertamente, ocuparse en ellas, pero sólo tras riguroso examen de esa opción y de sus límites. Lo decisivo es siempre si resulta o no fructífero para la religión.

57

Pues en el fondo todo cuanto una persona necesita saber está en la Biblia y lo que no está allí es nocivo.[114]

El mundo se entenebrece cada vez más

La cultura era altamente estimada en los siglos IV y v. Era uno de los legados de la Antigüedad y gozaba de una «veneración casi religiosa» (Dannenbauer). Todavía en el año 360 una ley del emperador Constancio podía declarar que el cultivarse era la virtud suprema. Y realmente muchas familias nobles de aquella época, galas y romanas, se consagraban a ella y particularmente en el seno de los proceres senatoriales. Pero eran ya simples custodios de la cultura, a la que no enriquecían. Y también había por doquier círculos y fuerzas sociales de índole muy distinta; incluso

[112] August. Civ. Dei 22, 8. Tract, in loh. 7, 12. Classen 159. Kawerau, Geschichte der alten Kirche 201. Hoeveis 291 ss.
[113] August. De Doctr. Crist. 2, 41. Kraft 94 s. Altaner/Stuiber 430. Bardenhewer IV 480 s. Opeit, Materialien 64 ss. H. Maier, Augustin 96 ss.
[114] August. De Doctr. Crist. 2, 1 ss. Serm. 177, 2. Dannenbauer 1144 s. Comp. allí mismo el muy significativo programa educativo de Jerónimo, p. 161.

en las más altas posiciones. El rey cristiano Teodorico el Grande portaba ciertamente la espada lo suficientemente bien como para atravesar con ella a parientes como Recitaquio o a rivales como Odoacro, pero ya no era capaz de escribir ni el propio nombre sobre los documentos: ni lo eran tampoco la mayoría de los príncipes cristianos hasta la época de los Staufer. Teodorico escribía las cuatro letras LEGI («lo leí») por medio de un molde áureo expresamente forjado para él. La instrucción de los niños godos estaba prácticamente prohibida por él, pues, como parece haber dicho, quien tembló ante los varazos del maestro nunca sabría despreciar los tajos y acometidas de la espada en la batalla.[115]

En la Galia, al parecer, donde el sistema escolar floreció desde comienzos del siglo III hasta las postrimerías del IV, las escuelas públicas van desapareciendo en el transcurso del siglo siguiente por más que aquí y allá, en Lyon, Vienne, Burdeos y Clermont hubiese aún escuelas de gramática y retórica aparte, naturalmente, de las privadas. Pero todas las enseñanzas, al menos las literarias, servían exclusivamente para el acopio de material para sermones y tratados, para ocuparse con la Biblia y para la consolidación de la fe. La indagación científica era ya cosa del pasado; ya no se contaba con ella ni se la deseaba. El conocimiento del griego, que desde hacía siglos era el requisito —también en Occidente— de toda auténtica cultura, se convirtió en una rareza. Hasta los mismos clásicos romanos, tales como Horacio, Ovidio y Cátulo se leían y citaban cada vez menos.[116]

Pero también en Oriente se hizo patente la decadencia. Para Epifanio, obispo de Salamis, la misma filosofía en cuanto tal era sospechosa de «herejía». Su debate con la Antigüedad se limitó a la «pura negación» (Altaner/Stuiber). Pero también el Doctor de la Iglesia Cirilo de Alejandría, supuestamente, «un tipo de intelectual eminentemente cerebral» (Jouassard), se formó ostensible y primordialmente con la Biblia y debió de rechazar la filosofía. Es más, se ha opinado que deseaba vetar su enseñanza en Alejandría. En general y ya en el siglo IV, la profesión de maestro apenas si resulta atractiva en Oriente. Libanio, el paladín de la cultura helenística, el más famoso profesor de retórica del siglo, se queja de la aversión suscitada por esa profesión. «Ellos ven —dice refiriéndose a sus alumnos— que esta causa es despreciada y tirada por los suelos; que no aporta ya fama, poder o riqueza y sí una penosa servidumbre bajo muchos señores, los padres, las madres, los pedagogos, los mismos alumnos, que ponen las cosas del revés y creen que es el profesor quien los necesita a ellos... Cuando ven todo esto evitan esta depreciada profesión como un barco los escollos.»[117]

58

En la época de Agustín apenas hay ya escuelas de filosofía en Occidente. La filosofía está mal vista, es cosa del demonio, padre original de toda «herejía», y causa espanto a los piadosos. Incluso en un centro de cultura tan importante como Burdeos hace ya tiempo que no se enseña filosofía. E incluso en Oriente, la mayor y más importante de las universidades del Imperio Romano, la de Constantinopla, fundada en 425, sólo tiene una cátedra de filosofía entre un total de 31.[118]

---

[115] Hartmann, Geschichte Italiens I 181. Vogt, Der Niedergang 285. Dannenbauer I 92 ss.

[116] 116 Denk 88, 93. Buchner, Die Provence 83. Vogt, Der Niedergang 404, 527. Dannenbauer I, 93 ss. Wolf, P. Vom Schulwesen 53 ss.Haarhoff, passim, espec. 39 ss.

[117] Jouassard 501 ss. Altaner/Stuiber 316. Liban, citado en Wolf, P. Vom Schulw. 88. Comp. 29.

[118] Dannenbauer I 96, 111.

El conocimiento de un saber existente desde hacía mucho tiempo se perdió en casi todos los ámbitos. El horizonte espiritual se fue haciendo más y más estrecho. La cultura antigua languidecía desde las Galias hasta África, mientras que en Italia desaparecía prácticamente. El interés por la ciencia natural se esfumó. Sólo quedaron restos de un saber elemental y una predilección convencional por fenómenos de la naturaleza abstrusos, curiosos o considerados como tales. También la jurisprudencia, al menos en Occidente, sufre «estragos», una «pasmosa demolición» (Wieacker). En vez de filosofar se citan lugares comunes, en vez de historia se leen anécdotas. No interesan ya ni la historia más antigua, ni la posterior, ni la más reciente. El obispo Paulino de Ñola, muerto en 431 y sucesor de Pablo de Ñola, no leyó nunca a un historiador: actitud bien típica del momento. Caen en el olvido épocas enteras, verbigracia, la época de los emperadores romanos. El único historiador de renombre en las postrimerías del siglo IV es Amiano Marcelino, un pagano. Se desiste de leer las bellas letras. Resulta peligrosa a fuer de mundana. Sínodos enteros prohíben a los obispos la lectura de libros paganos. En suma: cesa la investigación científica; no se experimenta; se piensa cada vez con menos autonomía:

la crítica se paraliza; el saber mengua; la razón se desprecia. «El claro espíritu crítico de los científicos griegos parece haber expirado del todo» (Dannenbauer). En cambio, en todos los ámbitos «profanos», en la biología, en la zoología, en la geografía, al igual que en la religión, se creen cosas cada vez más absurdas; cuanto más disparatadas, tanto mejor. Triunfan la ciega obediencia a la autoridad y la mística fantástica. El poder de los santos cura más que el arte de los médicos, dice hacia el año 500 un sacerdote italiano. Unas décadas después ningún médico pudo sanar al obispo Gregorio de Tours, un hombre con la mente llena de supersticiones, pero sí, milagrosamente, un trago de agua con algo de polvo tomado de la tumba de san Martín.[119]

59

La educación de los seglares, que todavía persiste en el siglo VI, se extiende prácticamente durante siglos. Sólo los clérigos sabrán aún leer y con frecuencia más que suficientemente mal. Hasta un historiador como Gregorio de Tours (muerto en 594) nos sirve de escandaloso ejemplo. Su estilo es bárbaro. Abunda en gravísimos deslices gramaticales, con usos defectuosos de las preposiciones —cosa que él mismo sabe y confiesa— con empleo del acusativo en lugar del ablativo y viceversa. Confunde a menudo los géneros, usa nombres femeninos por masculinos, masculinos por femeninos, masculinos por neutros. Hasta los reyes fueron durante un largo período analfabetos. En el siglo VII la cultura estaba prácticamente postrada. Desde África hasta las Galias, la única lectura eran leyendas de santos y novelas monacales. La única base de la instrucción en las escuelas eran los salmos. Sólo en España, donde al menos había algunos obispos semiletrados, hallamos un saber mínimo en el clero, limitado, desde luego, al conocimiento de la Biblia y de las leyes canónicas. Pues ocurre que en la medida en que la cultura profana languidece —caduca, de hecho— en los inicios de la Edad Media, la eclesiástica se hace más estrecha, unilateral y rígida. Los prejuicios contra aquélla aumentan. Su rechazo es cada vez más decidido y pasa por impropia del estado sacerdotal. El auténtico manual de instrucción del clero son los salmos y son particularmente los monjes quienes

[119] Vogt, Der Niedergang 402 ss. Dannenbauer 196 ss, 147, 178. Wieacker 78 ss. Randers-Pehrson 272 ss.

desarrollan una decidida aversión contra la cultura, especialmente contra la filosofía. Todo ello es superfluo, nocivo, necia sabihondez.[120]

Para la admisión en un monasterio benedictino del siglo VI no cuenta para nada el hecho de si se sabe o no se sabe leer y escribir. Si se leía algo, había de ser la Biblia, la *lectio divina.* «En ninguna parte hallamos mencionada otra finalidad de la lectura» (Weissengruber). Lo decisivo para ingresar en el monasterio era que el novicio comprendiera unas reglas monacales machaconamente inculcadas. No había enseñanza para novicios y si algo se aprendía era como autodidacta. La *lectio,* como se llamaba a semejante *studium,* no era tanto un proceso de enseñanza y aprendizaje como un ejercicio ascético-religioso. «En la mayoría de los casos a la *lectio* se le asignaba el papel de mera oración», era un «acto sacral» (Illmer). Y durante la «clase», los niños —algunos de los cuales venían ya con cinco años o directamente de la cuna al monasterio— estaban allí metidos entre otros monjes, analfabetos adultos, algunos casi ancianos. Situación que se denominaba *schola sancta.*[121]

Como quiera que casi todo el mundo se entontecía gradualmente, aumentaba también la creencia en toda clase de bobadas, verbigracia, en toda una caterva de espíritus malignos.

[120] Denk 197 s. Dannenbauer II 59, 68 ss, 79 ss. Weissengruber, Weitliche Bildung 13 ss. Illmer 15o ss.

[121] Para Agustín la «Schola Christi» era la iglesia; para Casiano, el monasterio. August. 177, 2. Cassian, Collationes 3, 1 ss. Denk, 196. Weissengruber, Weitliche Bildung 15 ss. Illmer, 11 ss, 27 ss.

61

IRRUMPE LA OBSESIÓN CRISTIANA POR LOS ESPÍRITUS

«A través de todo el Nuevo Testamento se presupone [...] firmemente la existencia y actividad de los espíritus. Siguen operantes las prácticas de la antigua magia.»

E. SCHWEIZER, TEÓLOGO[1]

«En la época de Cristo floreció la práctica de conjurar a los demonios. Tanto los adeptos de la piedad helenística como los rabinos judíos conjuraban a los demonios y otro tanto hacían Jesús y los apóstoles. La virtud exorcizadora de los demonios constituye uno de los rasgos históricos mejor documentados en Cristo.»

F. HEILER, TEÓLOGO[2]

«La cruz es el terror de los demonios [...]. Se espantan apenas ven esta señal.»

CIRILO DE JERUSALÉN, DOCTOR DE LA IGLESIA[3]

«Presto desaparecen si uno se protege con la fe y la señal de la cruz.»

ANTONIO, PROTOMONJE[4]

«Y así, tanto la literatura patrística como la hagiografía están llenas de ejemplos de una fe palpable en los demonios, en una jerarquía infernal que perdurará en igualdad de derechos con
la jerarquía de los coros angélicos hasta el día del Juicio Final.»

B. RUBÍN[5]

«El cristiano no puede dudar de la *existencia de espíritus malignos* pues 1) ¿a *Sagrada Escritura nos ofrece las pruebas más firmes y convincentes de aquélla* [...]; 2) *el mismo Jesús expulsaba a los demonios* [...]; 3) *Jesús concedió a los apóstoles ese mismo poder.»*

S. LUEGS en 1928, TEÓLOGO CATÓLICO[6]

«No es posible dejar de lado el mal sin perturbar el ensamblaje de todo el conjunto [...]. El demonio existe».

J. RATZINGER, CARDENAL[7]

62

La creencia en espíritus en la época precristiana y en ámbitos ajenos al cristianismo

[1] Schweizer, Geister 698.
[2] Heiler Erscheinungsfórmen 315.
[3] Kyrill. Jerus. Myst. Cat. 13, 3. 36.
[4] Athan. Vita Antón. 23.
[5] Rubín 126.
[6] LuegsI509s.
[7] Ratzinger, cit. en la Frankf. Rundsch. 24. Abril 1978, Nro 85.

Los espíritus —sean los de los muertos, los de los ancestros, los domésticos, los de la naturaleza, el bosque o las alimañas— encaman poderes de vivencias humanas. Hicieron su aparición ya mucho antes del cristianismo, individualmente o en tropel, con o sin sustrato sensible. Por su número eran legión. Si no obtenían sacrificios, vagaban sin reposo causando enfermedades, epidemias, locuras y muertes. También terremotos e inundaciones. En la Edad Media cristiana amenazarían asimismo la potencia, la cohabitación sexual, el embarazo.[8]

Ya entre los súmenos se expulsaba a los demonios con la ayuda de máscaras animales. La religión védica sabía de clases enteras de demonios: antropoformes, zooformes, deformes, es decir, raksas, yatu, pisak. Especialmente fértil en demonios era la demonología egipcia. Presuponía la existencia de demonios en el más acá, en el más allá y, en su caso, en el submundo y hacía obrar a los demonios en un marco dualista, bajo el aura de lo extraordinario, lo milagroso, lo peligroso, bien a favor, bien en contra de los hombres.[9]

A menudo estos espíritus eran dioses demonizados con todo su séquito. Tales los 42 jueces compañeros de Osiris, cuyos nombres hablan por sí mismos: «triturador de huesos», «chupasangres», «devorador de entrañas», «devorador de cadáveres». Este último tenía cabeza de cocodrilo, trasero de hipopótamo y torso de leona estando al acecho, fauces abiertas, de muertos juzgados con excesiva benevolencia. Algún que otro demonio se transformó al correr de los tiempos y de ser un dios bueno se hizo malo. El ejemplo más siniestro fue el de Seth, el asesino de Osiris. Perdió su templo y acabó siendo el símbolo del mal por antonomasia. El enano Bes siguió más bien un desarrollo opuesto y de ser mero protector de las mujeres en el puerperio ascendió a protector universal convirtiéndose en uno de los dioses benefactores de culto más difundido en la Antigüedad.[10]

63

Más tarde, Egipto, que pasaba por ser el país de la magia por excelencia, fue cuna de una demonología sincrética que perduró hasta bien entrado el cristianismo, de recepción y asimilación más intensas que las habidas en otros países, de creencias judías, griegas, gnósticas y coptas relativas a los espíritus. Figura entre estos Abraxas, de pies de reptil, cabeza de gallo, cubierto de un caparazón, el más conocido de los demonios de esta era sincrética. En los amuletos aparece asimismo con frecuencia la serpiente Khnoubis, de cabeza de león. Pero son sobre todo los espíritus de los muertos los que se concentraban en Egipto. Una oración típica en texto grecoegipcio va dirigida a un numen de carácter difuso cuyo nombre se compone de cincuenta letras: «Guárdame de todo demonio del aire, de la tierra, de debajo de la tierra, de todo ángel y de toda visión engañosa, de toda aparición y fantasma, de todo tropiezo demoníaco».[11]

En Mesopotamia, Siria y Asia Menor el demonio femenino Dimma (o Lamastu) ponía enfermas a las parturientas y a los lactantes y también devoraba a hombres y doncellas con huesos y sangre. Encumbrada sin más a diosa maligna, era representada de la forma más cruel: con cabeza de león o de águila, dientes de perro,

---

[8] Bertholet 195. Heiler, Erscheinungsfórmen 476 s.
[9] Oidenberg 264 ss. Colpe 555 ss. Eisler, Orphisch-dionysische Mysteriengedanken 322
[10] Colpe, 556 s coa abund. indic. de fuentes y de bibliograf. r Heiler, Erscheinungsformen 226.
[11] Colpe 615 ss.2

cuerpo de asno y patas con garras. Un cerdo y un perro maman de sus pechos, lavados con sangre. La tríada demoníaca surgida de la furia de las tempestades, Lilú, Lilitu y Ardat Lili, corruptoras del nacimiento, del placer del amor y de la noche de bodas, es probablemente la encarnación del fracaso sexual desde la perspectiva masculina y femenina, como el íncubo y el súcubo.[12]

El monoteísmo israelita combatió ciertamente la creencia en los espíritus, pero ésta se extendió después de la época de los reyes y especialmente en las tendencias más piadosas del jahvehísmo. El mismo Yahvéh adoptó rasgos demoníacos. La naturaleza en general fue demonizada. Los astros, el mar, el huracán, el desierto (poblado entre otros por gran profusión de demonios caprinos), todo lugar yermo, algunas horas del día, como los ardientes mediodías; también los avestruces, las lechuzas, todos los animales peligrosos, las mismas enfermedades, todo ello fue sentido como demoníaco o vinculado a demonios, lo cual estimulaba la creencia en espíritus. Los demonios tenían también su morada bajo el umbral de la puerta y a algunos de estos engendros, los Sedím, les fueron ofrecidos sacrificios; incluso sacrificios humanos.[13]

Los querubines y serafines eran entidades semidemoníacas. Sobre aquéllos, serpientes aladas, cabalgaba la deidad. Éstos rodean el trono de Yahvéh. También la frontera entre los ángeles punitivos, los «emisarios de la muerte», los «ángeles de la peste», los «ángeles crueles» y los espíritus malignos es difusa.[14]

El judaísmo primitivo y el helenístico veía el origen de los malos espíritus en la denominada caída de los ángeles. Los ángeles rebeldes, juntamente con su cabecilla, fueron precipitados a los espacios aéreos y paulatinamente, el supremo de entre los espíritus malignos, el ángel de las tinieblas, fue apareciendo como encamación de todos los poderes hostiles a Dios y al hombre. Cargó con la responsabilidad de la caída de Adán y Eva y se convirtió en el tentador por antonomasia. Pero en su papel de Satán, el primordial, permitió sobre todo que la divinidad se desprendiera de sus rasgos negativos. El diablo, figura que condensaba en sí conceptualmente a todos los poderes y espíritus malignos, penetró en el judaísmo procedente de Persia, cuyas religiones antiguas habían desarrollado especialmente la creencia en los demonios: Belial, Belcebú (el «Dios de las moscas» o «Dios del estiércol»), pero llamado generalmente Satán: originalmente uno de los «hijos de Yahvéh», de sus herederos.[15]

64 Entre los rabinos había exorcistas de profesión que iban de aldea en aldea expulsando demonios. Y aunque Dios había dispuesto verdaderas legiones de ángeles protectores para los buenos, tan poderosos, incluso, que por causa suya «caían mil demonios de un lado y otros tantos del otro» y uno podía llevar textos bíblicos como protección contra los malos espíritus, sobre todo el salmo 99: «No es menester que temas los espantos de la noche [...]», muchos israelitas, incluidos los muy piadosos, llevaban adicionalmente amuletos. A causa de la inmensa eficacia del maligno, estaba permitido salir, sábados inclusive, con un huevo de langosta, un diente de zorro y un

[12] Ibíd. 565 s. Heiler, Erscheinungsformen 478.

[13] Maier, J. Geister 579 ss, con profusa indic. de fuentes y de bibliograf. Heiler, Erscheinungsformen 84. Sobre la «literatura intertestamentaria» y su fuerte influencia sobre el cristianismo, V., p. ej., Stockmeier, Glaube u. Kultur 160 s.

[14] Maier, J. Geister 580 s.

[15] RAC IX 630 ss. Heiler, Erscheinungsformen 477 s.

clavo de horca.[16]

Los rabinos del judaísmo talmúdico, que reputaba a Dios como creador de los demonios (creados según Gen. R. 7, 7 como cuarto género de los seres vivos durante el crepúsculo del sexto día), creían casi sin excepciones en la existencia de éstos. Sobre ellos imperaban —como sobre otras cuestiones— las más diversas ideas. Rabi Johanam sabía de 300 clases de demonios. Y los que protegían el templo eran miríadas. Poblaban sobre todo las regiones aéreas. (Todavía hoy, según la mentalidad de los habitantes de la moderna Palestina, el aire está tan cuajado de demonios que una aguja caída del cielo tendría indefectiblemente que tocarlos.) Los demonios intentan encaramarse hasta el divino sitial para acechar el futuro mirando la cortina de su trono. También penetran en los congresos de los estudiosos, deambulan por campos y casas y se sienten especialmente atraídos por las inmundicias. De ahí que sientan predilección por los cementerios, los retretes, los restos de comida, desagües y charcos. También, desde luego, por determinados árboles, especialmente las palmeras.[17]

Estos demonios carecen de pelo, de sombra, de cuerpo. Dejan no obstante huellas en forma de patas de gallina y se les puede matar, dejando entonces restos de sangre. Llevan una máscara que se quitan frente al pecador. Actúan especialmente miércoles y sábados y sobre todo de noche. Después del canto del gallo pierden, no obstante, su poder. Por supuesto que en su mayoría son malignos. Simulan figuras humanas y voces celestes, suscitan «sueños quiméricos», causan enfermedades múltiples, daños en los alumbramientos, temblores de rodillas en los doctos, enfermedades en los pies y también desgaste en los vestidos. Pueden penetrar en personas y animales y tomar posesión de ellos.[18]

65

Era forzoso protegerse contra tal legión de demonios, tanto más si se era débil o enfermo. Aunque los rabinos prohibiesen curarse con «citas de la Escritura» más de un piadoso no podía por menos de aplicar, por ejemplo, el versículo 26 del capítulo 15 del Éxodo en la parte del cuerpo dolorida: «No te afligiré con ninguna de las enfermedades con que he afligido a los egipcios, pues yo soy el Señor, tu médico». El Talmud ofrece un sinnúmero de recetas contra todos los males posibles. «Contra la fiebre terciana, toma siete puntas de siete palmas datileras, siete cenizas de siete hornos diferentes; no olvides siete pelos de siete perros diferentes y cuélgate todo ello, atado con un cordel blanco, delante del pecho: ¡eso es infalible!».[19]

La defensa frente a los espíritus malignos requería el exacto conocimiento de su número y nombres y también el de su conjuro. Se han conservado muchas fórmulas de conjuro; también citas de versículos bíblicos. La invocación de Dios, la observación de sus mandamientos y la oración asidua también constituían una protección; y no la última. Ahora bien, los demonios podían ser puestos al servicio de los hombres, ser interrogados sobre el futuro para lo cual eran invocados y se les ofrecían sacrificios de animales, de forajidos y exvotos de metal fundido. El interés mágico centrado en ellos era considerable y muy difundido.[20]

---

16 Daniel Rops, Umweit Jesu 301 ss.
17 Maier, J. Geister 672 ss. V. tamb. RAC IX 772.
18 Maier, Ibíd.
19 Daniel-Rops, Umweit Jesu 314 ss.
20 Maier, J. Geister 674 s.

La obsesión espiritista de los antiguos apologetas cristianos y Padres de la Iglesia procedía de distintas fuentes: del sincretismo religioso propio de la época; de concepciones filosóficas y populares y de nociones del judaísmo tardío. Con todo, esas creencias tenían su base más firme en la Sagrada Escritura.[21]

JESÚS «EXPULSÓ MUCHOS DEMONIOS… »

Es cierto que el cristianismo eliminó más de una superstición pagana, combatiendo desde un principio adivinación y hechicería. Al mismo tiempo, sin embargo, ofreció una buena dosis de nigromancia propia.

No cedamos ahora a la tentación de hablar de cuestiones como la de la deificación de un hombre, del descubrimiento muy posterior del Espíritu Santo (como última de las tres divinas personas, que son sin embargo una sola deidad), de la virginidad de María *(ante partum, in partu, post partum),* de su asunción en vida a los cielos y de otras misteriosas cuestiones, aunque sería harto difícil hacer creíble que cosas semejantes han fomentado la indagación científica, el pensamiento autónomo y la emancipación espiritual del hombre. Lo mismo podría afirmarse de alguna que otra mutación de birlibirloque como la transformación de las obleas en carne o de la sangre en vino, aunque todo ello sucedapor razones evidentes— de manera invisible. El que desde tiempos inmemoriales se dé pábulo a esos encantamientos mediante la afirmación de que cosas análogas, cuando suceden en otras religiones, no son sino la negación del dios verdadero, oficios demoníacos y entrega a Satán, no contribuye precisamente a hacerlos más convincentes.[22]

66

Por no hablar del hecho de que incluso algunos demonios paganos también volvieron a hallar acomodo en el cristianismo. Tal fue el caso de Acéfalo, una figura acéfala de las creencias populares griegas que reaparece en la literatura mágica del sincretismo religioso como dios poderoso de la revelación y encama también al Osiris descabezado. Es ostensible que también reaparece en los acéfalos cristianos, reaparecidos que retornan tras morir decapitados. Acéfalo jugaba sobre todo un gran papel en relación con los mártires de la decapitación. Entre los numerosos vestigios paganos integrados en las creencias cristianas acerca de espíritus está también Poncio Pilato como «demonio de los jueves», por citar algunos ejemplos de entre otros muchos similares.[23]

A través de todo el Nuevo Testamento «se presupone firmemente la existencia y la actividad de los espíritus. Siguen operantes las prácticas de la antigua magia» (E. Schweizer). Es más, toda «la obra salvífica de Cristo» va estrechamente unida a la rebelión de los demonios, a la liberación de los hombres de las garras de aquéllos: todo ello constituye un pensamiento verdaderamente central en la teoría patrística de la redención, expuesta a menudo de forma altamente dramática. Hasta los niños de padres cristianos están inicialmente en poder de los «espíritus malignos», que

---

[21] VanderNat718.

[22] Comp. verbigr. Tert. De Idol. 9 Lact. Div. Inst. 2, 15. Chrysost. Hom. 21 ad Popul. Antoioch. Con todo detalle, Deschner, Hahn 37 ss, 252 ss, 283 ss, 360 ss, 382 ss. Del mismo, Der gefáischte Glaube passim.

[23] RAC IX 624 s. 775, 778.

deben ser expulsados antes del bautizo: el *daemon adsistens, daemon adsidens, daemon adsiduus.* En este punto estaban, digamos, al corriente de las cosas más increíbles.[24]

En virtud de su acusada tendencia dualista, el Nuevo Testamento distingue espíritus buenos y malos, espíritus paganos y aquellos enviados por Dios. Los demonios, que entre los griegoscontrariamente a lo que creían los judíos— eran criaturas semidivinas, están subordinados al diablo, mientras que el Espíritu Santo de Dios habla por boca de Jesús. Los sinópticos hablan con relativa frecuencia de exorcismos, espíritus impuros y demonios, designaciones que usan como intercambiables.[25]

Según algunos escritos del Nuevo Testamento Dios «precipitó en el Tártaro» a los demonios, a los ángeles caídos «los entregó a las prisiones tenebrosas reservándolos para el juicio» (2. Pe. 2, 4), tal como hizo con Sodoma y Gomorra a causa de su fornicación «contra natura [...] sufren la pena del fuego perdurable» (Jud. 6). En otros pasajes del Nuevo Testamento, sin embargo, se afirma en contradicción con todo ello que los demonios siguen activos en la Tierra hasta el día del juicio, como «espíritus malos de los aires» e incluso merecen la denominación de «señores del mundo» (Efe. 6, 12).[26]

67

Los evangelios no sólo atribuyen a los demonios la posesión diabólica, sino, de forma ocasional, también la enfermedad. (El «espíritu de la enfermedad» es, según Jesús, el mismo «Satán»). Los malos espíritus pueden, incluso, participar del saber sobrenatural, saber de su futuro destino; pueden morar en una persona, pero también ser expulsados de ella. Si no es Dios quien ocupa después esa morada, el espíritu volverá con otros siete espíritus malignos. Es Jesús mismo quien enseña que un «espíritu impuro» desea volver a la «morada» que abandonó. «Cuando entra en ella, la halla vacía, barrida y en buen orden. Al momento va y lleva consigo otros siete espíritus peores, incluso, que él mismo y entran y se aposentan en ella [...]».[27]

El Jesús de la Biblia se toma muy en serio la expulsión de los malos espíritus, lo que ya no resulta muy grato a los oídos de los apologetas. Pero el texto es relativamente abundante en conjuraciones de espíritus, exorcismos, que no son, en principio, sino órdenes dirigidas a los demonios para que *«salgan de personas y cosas o no les sean adversas»* (Luegs).[28]

En la sinagoga de Cafamaúm Jesús expulsa a un «espíritu impuro» de un hombre: «¡Cállate y sal de él!». El poseso se retuerce espasmódicamente y finalmente el «espíritu impuro» sale «dando un fuerte grito». El pueblo se asombra: «¡También manda a los espíritus impuros y éstos le obedecen!». No es de admirar que aquella misma tarde «le llevaran a todos los enfermos y endemoniados». Marcos relata que «echó muchos demonios y a éstos no les permitía hablar». Poco después cuenta Marcos que Jesús recorrió «toda Galilea y echaba a los demonios». También curó a la

---

[24] Min. Fel. 26, 9. Tert. Apol. 23, 1 An 1, 4 f; 28, 5; 41, 1. Optat. Mil. 4, 6. August. C. luí. 2, 1, 3. Kallis, Geister 710. Van der Nat 750 s. Schweizer, Geister 698.

[25] I Tim 4, 1 que equip. los espír. extrav. a los demonios. Tamb. el Apocal. 16, 13 se equiparan los «tres esp. impur.» a los «espir. del diablo», a los «demonios». Marc. 1, 23 s; 1, 34; 5, 2 ss; 3, 11. 15. 22. 30; 6, 7. 13; 7, 25 s. Mat. 8, 16. 31. Lúe. 4, 35 s; 4,41; 7, 21; 8, 2; 8, 29 ss.

[26] Aparte de los pasajes mención. V. tb. Mat.25, 41; 8, 29.1 Co. 6, 3. Van derNat 728.

[27] Marc. 1, 24. Mat. 12,43 ss; 8, 29. Lúe. 13,11.16. Schweizer, Geister 693 ss.

[28] Marc. 3, 22; 9, 16; Mat. 12, 22; 17, 14 ss; Lúe. 9, 38; 11, 15. Luegs 1155 ss. Cita en 157.

hija de una mujer cananea «horriblemente atormentada por un espíritu maligno» y a numerosas mujeres de su entorno personal, a Juana, a Susana y a «muchas otras». De María Magdalena había expulsado hasta siete demonios.[29]

Jesús cura a los endemoniados, a los lunáticos y a los epilépticos. A veces expulsa los «malos espíritus» tan sólo mediante «la palabra», a veces por medio del «dedo de Dios». A veces se retiran calladamente, pero es más frecuente que «den gritos» y no olvidan lanzar éste: «Tú eres el Hijo de Dios». Cuando en cierta ocasión libera a un poseso mudo de un «espíritu maligno» y el pasmo de la gente es tan enorme como en similares ocasiones, los fariseos opinan que «expulsa a los espíritus en alianza con el príncipe de los malos espíritus». Jesús, ciertamente, afirma expulsarlos «con el espíritu de Dios».[30]

La muestra más brillante de este arte supremo de conjurar a los diablos la constituye a buen seguro la curación de dos endemoniados en el país de los gadarenos (que, probablemente, quiere decir «gerguesenos»). Aquéllos, literalmente, pobres diablos, «salieron de los sepulcros y eran sobremanera furiosos» estando poseídos por toda una «legión» de espíritus malignos (una legión romana tenía entonces unos 6.000 hombres).

68

Pero Jesús expulsó a los espíritus malignos «hacia una numerosa piara de cerdos», que pacía lejos de allí, a raíz de lo cual aquélla se lanzó por un precipicio al mar y se ahogó. Nada menos que «unos 2.000 animales», según Marcos. Los animales no significaban nada ya desde los comienzos del cristianismo y la misma pesca milagrosa muestra diferencias crasas respecto a la más antigua de los pitagóricos. De ahí que este milagro evangélico no me parezca a mí tan «gracioso» como a Percy Bysshe Shelley, quien no obstante, comenta sarcástico: «Se trataba de una cofradía de cerdos hipocondríacos y magnánimos, muy distintos de todos aquellos de quienes tenemos tradiciones fehacientes».[31]

Jesús confirió a sus discípulos el mismo poder. Y a raíz de su «vocación» les concedió «poder sobre los espíritus impuros, de modo que tenían virtud [...] para expulsarlos». Y también con ocasión del discurso de la «misión» de los doce les ordena así: «Expulsad a los espíritus malignos [...]». Éstos fracasan en algunos intentos y se preguntan mutuamente con irritación: «¿Por qué *nosotros* no hemos podido expulsar este espíritu?»; pero en general aciertan: «¡Señor, hasta los espíritus malignos se nos sometían en virtud de tu nombre!». Y a partir de ahí se alejan «dando grandes gritos»: incluso a través de los pañuelos y el ceñidor de Pablo.[32]

El exorcismo constituyó una de las piezas clave del antiguo cristianismo

Fue nada menos que Atanasio, en el siglo IV, quien, haciendo un recuento de los componentes esenciales del cristianismo, menciona, y en un destacado segundo

[29] Marc. 1, 23 ss; 1, 32 ss; 16, 9, Mat. 8, 16; 15, 22 ss. Lúe. 4, 33 ss; 8, 16; 15. Lúe. 4, 33 ss; 8, 2 s.
[30] Mat. 9, 32 ss; 12,22; 17,14. Lúe. 4,41; ll,14ss.
[31] Mac. 5, 1 ss. Mat. 8, 28 ss. Lúe. 8, 28 ss. Lúe. 8, 26 ss. Borchardt, Schelley 206;
[32] Marc. 3, 13 ss; 6, 7; 16, 17. Mat. 10, 1 ss. Lúe. 9,1; 10, 17. Hechos 5, 15 s; 8,7; 19,11 ss. Efes.2,2.

lugar, la potestad sobre los demonios. En su época, en efecto, el mundo se concebía todo él como atribulado por las más variadas especies de fantasmas, como si éstos pululasen por tierra y aire, de modo que el temor ante ellos era tremebundo y muy difundido. El cristianismo participaba de esas creencias y las supo aprovechar. Cuando Jesús y sus discípulos aparecen en el escenario, lo hacen también, como mínimo, en calidad de conjuradores de demonios. Sus sucesores afirman asimismo poder expulsar a los demonios y entre todos los charlatanes religiosos cultivadores del arte de alejarlos son ellos los que se granjean mayor fama. De ahí que la Iglesia no se descuidase, a la vista de sus éxitos en la lucha contra los «espíritus malignos», en crear prontamente una dignidad especial que aún persiste, la del exorcista.[33]

(Bien entrada la segunda mitad del siglo XX se practican consiguientemente expulsiones de demonios cuyo efecto es, ocasionalmente, no la expulsión del diablo, sino de la vida: tal fue el caso de Anneliese Michel, una estudiante de veintitrés años que sufría de epilepsia, pero que en 1976, a raíz del «exorcismo de Klingenberg», en la Baja Franconia, sucumbió víctima del arte de dos sacerdotes comisionados para ello por el obispo de Würzburg, J. Stangí, con la condición de «mantener al respecto la más rigurosa discreción».

69

El encargado del dictamen, el experto jesuita A. Rodewick, «uno de los más conspicuos representantes de la creencia en demonios dentro de la Iglesia católica» *[Frankfurter Rundschau]* declaró entonces —¡en 1976!— no sólo que él mismo se había topado con «muchos espíritus malignos», sino que «entre nosotros hay muchas brujas y brujos que mantienen una alianza con el diablo y que son instigados por aquél para causar daños». Esta imbecilidad criminal tiene ampliamente cubiertas las espaldas por parte de la jerarquía y, entre otras cosas, gracias a una declaración del papa Pablo VI pronunciada en el curso de la audiencia general del 15 de noviembre de 1972: «Todos estamos sujetos a una tenebrosa dominación, la de Satán, príncipe de este mundo y enemigo número uno». Por lo demás, por esos mismos años, murió en Tarento [Italia] otra mujer en el curso de una «expulsión del diablo». Cosas así —¡y otras muchas!— no son únicamente propias del cristianismo antiguo, sino incluso del próximo milenio.)[34]

Ya en el cristianismo inicial, todas las comunidades numerosas tenían sus exorcistas (tan sólo la de Roma tenía 52 en la época de Novato). Actuaban éstos con tal frenesí que hasta los paganos y los judíos comenzaron tempranamente a intercalar el nombre de Jesús en sus lacónicos conjuros. Justino, Tertuliano de quien oímos que los cristianos también «soplan» los demonios—, Minucio Félix, Cipriano y otros Padres de la Iglesia se jactaban a sus anchas gracias a tales expulsiones.[35]

Los «espíritus malignos» según la creencia y el dictamen de los Padres de la Iglesia

[33] Dannenbauer I 55 ss. Heiler, Erscheinungsformen 316. Comp. tb. nota 156.

[34] Frank. Rundschau 28 febr. 1973, 13 y 20 sept. 1976, 27 febr. 1978. Süd-deutsche Zeitung 25 julio 1976. Südkurier 13 abril 1978.

[35] Euseb. h. e. 6, 43, 11. Ampliam. Hamack, Mission u. Ausbreitung I 108 ss, con indic, de fuentes. Lecky I 332.

San Justino no se cansa de referirse a las innumerables ignominias de aquellos espantosos fantoches. Así, por ejemplo, los mitos de los poetas habrían sido concebidos a inspiración suya «para adormecer y seducir al género humano». También la lucha de los paganos contra los cristianos se efectúa bajo el signo de la alianza de aquéllos con los «demonios malignos», «como si sus autoridades estuvieran cabalmente poseídas por éstos». También los «herejes» están todos ellos endemoniados y es la ayuda de los demonios la que les permite operar «obras de magia», prodigios, como los de cierto samaritano llamado Simón, en Roma, o los del samaritano Menandro en Antioquía. También el «hereje» Marción halló sus seguidores «entre todas las naciones gracias a los demonios». «Muchos han creído en él como si estuviese en posesión exclusiva de la verdad», sin ser, no obstante, otra cosa que «ovejas arrebatadas por el lobo, botín de doctrinas impías y de los demonios».[36]

70

Era (y es) muy frecuente, casi habitual, en el cristianismo el demonizar al adversario teológico o político.

Ya el Nuevo Testamento increpa a los «herejes» tildándolos de «hijos de la maldición», «hijos del diablo». Poco después el Padre de la Iglesia Ignacio de Antioquía califica los oficios divinos de los «herejes» de «oficios diabólicos» e Ireneo, otro Padre de la Iglesia, inicia la demonización del «hereje» en cuanto persona mientras san Cipriano ve al diablo desplegar una especial actividad entre los «herejes». Y cuando san Antonio se traslada a Alejandría, a ruegos de los obispos, al objeto de refutar a los arríanos, aquél los condena declarando que «ésta es la última herejía y precursora del anticristo» (Atanasio, *Vita Antonii).* La gran Iglesia vituperó desde siempre a sus adversarios, tildándolos de «primogénitos de Satán», «voceros del diablo», y demonizó también las doctrinas de los cristianos discrepantes.

Ya en el siglo II y en el curso de la lucha contra el montañismo (cuya predicación no se oponía a la doctrina eclesiástica aunque sí a su moral, por laxa) se intentó en Frigia ajustarle las cuentas a la profetisa Priscila mediante el exorcismo. «Tan cierto como que hay un Dios en el cielo es que el bienaventurado Sotas de Ancialo quiso expulsar al espíritu de Priscila. Los hipócritas, sin embargo, no lo permitieron.»[37]

Por consejo del papa Inocencio I, los montañistas fueron equiparados a los criminales el año 407; sus bienes expoliados y sus testamentos declarados nulos. Todavía en el siglo VI, Justiniano prosiguió la lucha, con mayor aspereza aún, contra sus restos. Encerrados en sus iglesias, algunos de ellos ardieron vivos junto con éstas. El confidente clerical del emperador, Juan de Amida, obispo de Éfeso, fanático evangelizador de paganos y expoliador de sinagogas, se ufanaba hacia 550 de haber reencontrado y destrozado los restos de los profetas montañistas.

No obstante lo cual, todavía en el siglo IX, Iglesia y Estado proceden unidos contra ciertos «frigios».[38]

Hasta en 1988 habla el teólogo católico M. Clévenot del montañismo como si fuese una peste, aunque, concede, éste no quiso en modo alguno provocar un cisma. Por todas partes ve intoxicación y contagio en acción, habla de una «plaga nacional» y

---

[36] Just. I Apol. 26. Comp. ibíd. 56 y 58. 2 Apol. 1.

[37] Amanas. Vita Antón, c. 69. Euseb. h. e. 5, 19, 3. RAC IX 786 s. Bauer, Rechtgläubigkeit 1934, 138 s. Vogt, Cipriano 9 ss. Sobre montañismo comp. Deschner, Hahn 322 ss.

[38] Comp. Clévenot, Die Christen 68.

opina que una vez decretada la excomunión por parte de la Iglesia, «sólo restaba tratar a los condenados como se merecían: como enemigos peligrosos, como enfermos de una peste contagiosa a quienes había que perseguir y exterminar». ¡Tal es el tono de un «progresista» católico en el umbral del tercer milenio![39]

Naturalmente, los «ortodoxos» son superiores a todos esos servidores del diablo. Pues aquéllos, asegura Justino, tienen éxito hasta en casos sumamente difíciles, en los que fracasan los exorcistas paganos o judíos. Sucede, en efecto, que muchos cristianos «han curado invocando el nombre de Cristo, el crucificado bajo Poncio Pilato, a toda una multitud de posesos por todo el orbe y en vuestra capital, a quienes no pudieron curar los demás conjuradores, encantadores o ensalmadores [...]».[40]

71

Mayor aún es la jactancia con la que Tertuliano se manifiesta hacia el año 200: «Llévese a un poseso ante el juez y por orden de cualquier cristiano el espíritu se dará a conocer [...] como demonio, aunque ante otros se presente falsamente como un dios. Si no confiesa de inmediato que es un demonio, por no atreverse a engañar a ningún cristiano, derramará al punto la sangre de éste, el más descarado de los cristianos».[41]

El más grande de los teólogos de los primeros tres siglos. Orígenes, sostiene el parecer de que sobre los espíritus malignos hay que «juzgar con madura reflexión» y sabe, incluso, que algunos son más fáciles de expulsar si se les habla en la lengua egipcia, otros en la persa, etc. (¡saber es poder!).[42]

No todo el mundo, desde luego, se dejaba embaucar así. Ya desde mediados del siglo II los conjuradores cristianos de demonios se granjearon la fama de prestidigitadores o de nigromantes. El hecho de que cada secta cristiana negase rotundamente que las demás poseyeran el sublime arte del exorcismo y de que todas se imputasen mutuamente engaño y embaucamiento no puede, ciertamente, haber contribuido a fomentar la confianza por doquier. Según Ireneo, los exorcistas de los «herejes» obran «para perder y seducir mediante embustes mágicos y toda clase de engaños, más en detrimento que en ventaja de aquellos que les creen». El santo pudo, en cambio, convencerse de que los católicos podían incluso ¡resucitar a los muertos![43]

La historia entera del cristianismo abunda en apariciones malignas. En cada persona, en cada animal podía ocultarse un demonio. A Jorge el Chipriota se le apareció en el campo un espíritu maligno en forma de liebre y le provocó una enfermedad en los pies. También el hecho de que los cristianos se preocupasen ya muy tempranamente por el emplazamiento de sus tumbas dependía esencialmente de «su temor a la proximidad de los demonios en los cementerios paganos» (Schneemelcher). Los doctos ortodoxos estudiaron con renovado afán y gran detenimiento los «espíritus malignos» acumulando así conocimiento tras conocimiento, si bien muchas cosas, como ocurre a menudo en la ciencia, eran controvertidas y sujetas a diversos pareceres, incluso, más de una vez, entre los mismos «Padres».[44]

---

[39] Ibíd. 65.
[40] Just. Apol. 2, 6. Dial. 85.
[41] Tert. Apol. 23 s.
[42] Orig. C. Cels. 4, 65. Comp. tb. Synesios cit. en Tinnefeid, Di® FriiNayzantin. Geselischaft 233
[43] Hamack, Mission u. Ausbreitung 1116 s, 126. Graus, Volk 40.
[44] Sophron. Laúd. Cyr. et Joh. (PG 87, 3, 3627 s). Schneemelcher, Der diakon. Dienst 93.

Originalmente el cristianismo distinguió entre los ángeles del diablo, los denominados ángeles caídos, y los demonios. Después ambos géneros fueron revestidos de las mismas propiedades, lo que condujo paulatinamente a su homologación. Puesto que según el cristianismo todo procede de Dios, también el *princeps daemonum* y sus servidores, los «espíritus malignos», proceden, naturalmente, de Dios. En virtud de su libre albedrío, se separaron, sin embargo, de Él. Según algunos, a causa de su soberbia y rebeldía; según otros, por su vinculación con mujeres terrenales. Se «rebajaron a relacionarse camalmente con mujeres y engendraron niños, los denominados demonios», escribe Justino, quien, al igual que otros apologetas de la Antigüedad, distingue tres clases de diablos: Satán, que sedujo a Eva, los ángeles malos, reos de comercio camal con mujeres, y sus hijos, los demonios o *daemones terreni,* como los denomina Lactancio. A veces hallamos las mismas doctrinas en mutua contradicción: en un caso, caída a causa de la soberbia; en otro, a causa de la lujuria. Eso incluso en un mismo autor patrístico, como acontece con Atenágoras y Ambrosio.

72

Según algunos aquella caída se produjo después del pecado original del hombre. Según otros, que acabaron imponiéndose, antes de aquél. En cualquier caso, el diablo y los ángeles caídos, una vez proscritos del cielo, tienen que establecer su morada en la Tierra, donde, imitando al Espíritu de Dios antes de la creación del mundo, gustan de ponerse sobre las aguas. Pero prefieren, sobre todo, ocultarse en el aire, es decir, en las zonas aéreas bajas, como corresponde a su naturaleza. Todavía a lo largo de la Edad Media se creía en un purgatorio poblado de demonios y suspendido en el aire. No obstante, explica Orígenes, toda persona está también rodeada de innumerables demonios.[45]

La primera creencia paleocristiana, según la cual los espíritus malignos tienen un cuerposobre cuya naturaleza había también versiones discrepantes— y se alimentan de los sacrificios ofrecidos por los hombres a los dioses, degustando con fruición el humo grasicnto y la sangre, fue desechada posteriormente. Se trajo a la memoria su origen angélico y se les declaró incorpóreos. Todos ellos «carecen de carne y poseen un organismo como hecho de humo y de niebla», sabía el sirio Taciano, quien afirma, no obstante, la posibilidad de verlos, aunque únicamente por parte de quien goce de la protección del «Espíritu de Dios». En general, sin embargo, se les denomina invisibles. Cierto que no gozan de la ubicuidad del Dios Padre, pero se les concibe como alados y en giro vertiginoso por encima del mundo, a velocidades superlativas.[46]

Si los espíritus malignos moraban o no en las estatuas de los dioses, eso era también objeto de controversia. Algunos estudiosos del cristianismo inicial así lo aseguran. Otros lo cuestionan. El apologeta Atenágoras niega resueltamente que los demonios puedan profetizar y curar y declara ambas cosas como puro embuste, pero muchos autores, desde Tertuliano hasta Agustín, enseñan lo contrario. Según ellos, también los demonios hacen milagros aunque de menos entidad que los cristianos. Sus predicciones son asimismo oscuras y equívocas, sin que puedan compararse a las infalibles de los cristianos. Y mientras que una minoría de los Padres de la Iglesia,

---

[45] Just. Apol. 2, 4 (5); 10; 12; 26; 58. Athenag. leg. 23 ss. Clem. Al. Strom. 5, 10,2. Tert. Apol. 22; Bapt. 5; Anima 3. Lact. Div. Inst. 2,14. Firm. Mat. Err. 13,14; 26, Lea III 431. Hansen, Zauberwahn 22 ss. BKV 1913, Vol. 12, pag. 89 nota 1. Zwetsloot 40 ss.

[46] Tert. An. 39; 57, 4. August. Div. Daem. 3, 7. Van der Nat 727 ss, 734 ss eon abund. indic. de fuentes.

siguiendo la doctrina origenista de la *apokatastasis,* concede a los demonios la posibilidad de la penitencia y, subsiguientemente, la de la redención, la mayoría considera falsa esta creencia. Según ellos, la desolada existencia de los demonios es definitiva y su perdón algo imposible como en el caso del hombre, una vez ha muerto.[47]

73

Moren o no esos espectros en las estatuas de los dioses, gustan de cobijarse en los templos, donde se agitan furiosos, frenéticos y de donde no huyen hasta que no se invoque al Salvador. Sobre todo al mediodíahay expresamente para ello un «demonio del mediodía»— y por la noche se complacen molestando a los transeúntes. Como hora favorita de los demonios se considera siempre la medianoche y en general las horas sin luz. Estos corruptores atacan con predilección a los hombres por la espalda, penetran en ellos y se posesionan de ellos. Antes de la redención toda la humanidad estaba endemoniada: como lo siguen estando los judíos. Y como su jefe es el diablo, el «padre de la mentira» (Jn. 8, 44), todos ellos son mentirosos empedernidos, taimados por demás, falsos, malvados, llenos de embustes y astucias. Son virtuosos en el arte de la seducción, simulan siempre algo distinto de lo que realmente se proponen. Son instigadores al pecado, iniciadores en muchos vicios, incitadores y promotores de la idolatría. Ellos son los artífices de las adivinaciones y prodigios de los dioses, de las «herejías», de las persecuciones contra los cristianos. Son los antagonistas de los ángeles de la guardia. Son causantes de enfermedades, pedriscos, malas cosechas, vendavales, sequías y hambrunas.[168]

En principio, el poder de los «espíritus malignos» ha sido ya quebrantado y naturalmente restringido por la obra salutífera de Jesús; tanto más cuanto que los cristianos, como súbditos de Dios, son más fuertes que ellos. Con todo, el Padre de la Iglesia Juan Damasceno canta victoria antes de tiempo cuando escribe hacia mediados del siglo VIII: «Ahora ha cesado ya el culto a los demonios; la creación ha sido santificada mediante la sangre divina, los altares y los templos de los idólatras han sido demolidos». Pues la lucha continúa. Incluso después de la muerte, los cristianos sólo acceden al paraíso atravesando las legiones de los «espíritus malignos», lo cual conduce a una guerra entre éstos y los ángeles.[48]

La Iglesia tomó muy en serio esa locura de los demonios. Según las Constituciones Apostólicas, los posesos no podían ser clérigos. Sólo después de la expulsión del demonio se les abría nuevamente esa posibilidad; Más tarde, cuando ya había suficientes sacerdotes, se adoptó un enfoque más rígido. De ahí que una recensión del *Líber de ecciesiastícis dogmatíbus* de Genadio, proveniente de los comienzos del siglo VI, prohibiese estrictamente la ordenación sacerdotal de todo aquel que «hubiese incurrido alguna vez en estado de demencia o hubiese sido hostigado por el diablo». Algo parecido decretó el 11 de marzo de 494 el papa Gelasio I. También los sínodos de Orange (441) y de Orleans (538) ordenan alejar de la dignidad sacerdotal a los clérigos epilépticos. Quien tuviese trato con los demonios no podía aspirar al cargo de sacerdote ni tomar posesión del mismo. «Esa concepción de los antiguos mantiene también su'vigencia en la Iglesia» *(Léxico de conceptos para la Antigüedad*

[47] Orig. C. Cels. 7, 35; 8,30; Mart. 45. Lact. mst. 2,14,14. Basil. In Jes. 97. Gr&gor. de Nyssa Paup. 1. Kallis, Geister 701 ss con abund. indic. de fuentes y de bibliograf; Van der Nat 720 ss, 730 ss, 746 ss. Tamb. allí indic. de fuentes. RAC IX 774 ss, 781 ss.

[48] John. Dámaso, fid. orth. 4, 4 (PG 94, 1108 C). Comp. con Just. Apol. 2, 5 (6). Kallis, Geister, 706 ss.

y el crjstianismo)[49]

74

Los demonios y los monjes

Objeto predilecto de los ataques de los «espíritus malignos» lo constituyen los monjes. Por otra parte, sin embargo, los monjes arrojan el guante de desafío a los servidores de Satán. Ya el simple hecho de adentrarse lo más lejos posible en el desierto, que según creencias populares es sede de los demonios, equivale a una declaración de guerra. Los diablos del desierto atacan a esos piadosos con pensamientos pecaminosos, pasiones y toda clase de tentaciones. Se aparecen en figura humana, ofrecen opíparos alimentos, incitan a los ascetas a volver a la civilización. Los monjes, a su vez, combaten a los malignos con ayunos y oraciones, teniendo estas últimas un efecto casi cauterizador sobre aquéllos. Por supuesto que sin el soporte de los ángeles custodios todos los actos de fuerza de los «atletas de Cristo» serían vanos.[50]

La canalla infernal gusta especialmente de aproximarse a monjes y enclaustrados en figura de mujer, a veces horrible, pero otras de aspecto muy atractivo y seductor. En la *Vita* del papa Onofre, un copto, el demonio se aparece como en figura de monja y lleva una lasciva vida amorosa con el eremita. Se creía firmemente que estos «espíritus», al igual que los dioses, podían relacionarse sexualmente con los humanos, idea delirante que jugó un papel devastador en el tema de la brujería occidental.[51]

Por lo demás, los demonios raramente se presentan como son, a saber, feos y negros, con ojos centelleantes. Continuamente insuflan, eso sí, pensamientos malvados, pecaminosos, en la mente de los ascetas, a los que, de una u otra manera, acosan, asedian, atribulan y atormentan de continuo. En la tristemente famosa *Vita Antonii* de Atanasio, quien ostensiblemente creía firmemente en la existencia de estos espectros, el héroe del libro vence una y otra vez en los terribles combates librados con la estirpe infernal. También libera a algunos hombres de esta última, cura a una muchacha endemoniada y a otras doncellas. Los «perros» de Satán, que asumen figuras muy diversas y especialmente la de alimañas que atacan a Antonio, son concebidos como criaturas enteramente reales. En más de un aspecto son superiores a las personas. Penetran por puertas cerradas, son más rápidos que los monjes viajeros, que las crecidas de las aguas del Nilo. Al ser más rápidos, también son capaces de hacer predicciones.[52]

Naturalmente Satán tienta también a Antonio «en figura de una mujer», que se le insinúa en distintas posturas. ¡En vano! El santo piensa fijamente en Cristo y el infierno... y resiste. El maligno enemigo lo apalea hasta dejarlo inconsciente junto a una tumba, pero Antonio —que, según conjetura el profesor de medicina Steingiesser, era epiléptico— canta salmos y supera también ésta y otras aflicciones, como luchas contra el demonio y las visiones diabólicas. El mismo Agustín ensalza

---

[49] Const. apost. 8,47,79. Syn. Orange (441) c. 15 (16). Syn. Orí. (538) c. 24 s. RAC IX 781.
[50] RAC IX 784 ss
[51] Ibíd. 781 ss.
[52] Athan. Vita Antón, c. 8 ss, c. 28. Lucius 350 ss con abund. documentac. Dorries, Die Vita Antón. 171. Schneemelcher, Das Kreuz Christi 381 ss.

como «gran hombre» al eterno luchador contra los espíritus y exulta al ver que en la Iglesia del Señor «han sucedido cosas tan incontrovertiblemente milagrosas». Es más, ¡confiesa que también debe su conversión a la aparición de Antonio y al entusiasmo que por él reina![53]

75

También Agustín enseñó toda clase de bobadas sobre los «espíritus malignos» y se convirtió en el «teólogo de la locura de las brujas

Según Agustín, uno de los ángeles, el príncipe de entre ellos, incurrió en pecado, se convirtió en demonio y arrastró a otros en su caída. ¿Cuándo? La Escritura calla al respecto. Agustín sabe, sin embargo, que los «espíritus malignos» nada sabían acerca de su caída antes de que ésta se produjese. Y en cuanto a su comercio sexual con las hijas de los hombres, dice Agustín, sería vergonzoso negarlo considerando cuántos cristianos dignos de confianza lo aseguran. La culpa de aquella apostasía colectiva residía desde luego en la voluntad falsa y perversa de los caídos, sin que él nos indique, ni mucho menos, cuál fue la razón de la misma;

Sólo al final de su vida afirma Agustín que la parte mejor de los ángeles permaneció fiel en virtud de un acto de la divina gracia. ¿Por qué ese acto de gracia no alcanzó a los demás? Agustín no se devanó los sesos sobre ese punto. Las cosas fueron así. Son así, ¡y basta![54]

Según el obispo de Hipona, los demonios se hacen pasar por dioses, se aposentan en las imágenes de los dioses y reciben los sacrificios. Son, sobre todo, peligrosos porque dominan sobre «muchos, que no son dignos de participar en la verdadera religión, como sobre vasallos y prisioneros y saben presentarse convincentemente como dioses ante la mayoría de ellos por medio de señales embaucadoras, bien sean hechos, bien adivinaciones». Agustín concede, incluso, que las estatuas de los dioses pueden hablar, como es el caso de la diosa Fortuna, algo explicable, según él, por la «astucia y perfidia» de los «malignos demonios».[55]

Pero aunque se hagan pasar por dioses, dice Agustín, asumen en realidad una «posición intermedia entre los dioses y los hombres», «condicionados en ese sentido por su cuerpo aéreo», «por su morada situada en lo alto», «su morada residente en un elemento más elevado», en una palabra, «en el aire». No hay, pues, razón para venerarlos. No veneramos á los pájaros ergo tampoco «a los demonios, más vaporosos aún». Agustín sabe que éstos no están constituidos, de seguro, por carne humana *(caro),* sino que tienen más bien un cuerpo sobremanera sutil, similar al aire, si bien «no especialmente valioso». Ello resulta de una degradación, ya que los espíritus, antes de su caída, se ornaban con un cuerpo de resplandeciente éter. Por otra parte, Agustín no desecha el imaginárselos también completamente incorpóreos, lo que ciertamente contradice su idea de que debían tener forzosamente cuerpo, puesto que, según Mat. 25,41 «el fuego eterno» está expresamente «dispuesto para el diablo y sus ángeles». Estos, en efecto, son ciertamente «racionales», pero «por ello mismo (!)

---

[53] August. Conf. 8, 6, 14 s; 8, 12, 29.

[54] August. Civ. Dei 11, 11 ss; 12,1 s; 15, 23. Gen. ad litt. 3,10, 14 s; 11,2,4 s; 11, 16, 21; 11, 19, 26; 11, 26, 33.En.inPs. 103. c. luí. 3, 26, 63.

[55] Civ. Dei 2,4; 2, 24; 2, 29; 4, 1; 4, 19; 7, 33; 8, 22. C. Faust. 22,17. Ep. 102, 18 s. En. in Ps. 113; 135, 3. Funke 802.

desdichados» y seguramente «por toda la eternidad», y ello tan sólo «para que su desdicha no pueda tener fin». Y así, aunque, según él, sólo Dios conoce los secretos pensamientos de los hombres, en otro pasaje afirma asimismo que los demonios, en virtud de su larga vida, tienen conocimientos mucho más amplios que los hombres, cuyos pensamientos conocen también.[56]

76

Para las frecuentes contradicciones del gran santo en relación con los «espíritus malignos» se ha dado la explicación de que la Biblia, a la que se remite de continuo, «se muestra al respecto extraordinariamente parca» (Van der Nat), pero de ello no se sigue concluyentemente que Agustín haya de entrar en contradicción consigo mismo. Éste niega, afirma, declara finalmente que el problema no tiene tanta importancia, pero opina que «el espíritu no deja de extraer cierto provecho ejercitándose en cuestiones de esta índole [...]». Donosa afirmación a la vista de una especulación tan fantasmagórica.[57]

En un capitulillo de su obra principal, que dedica expresamente a la cuestión, Agustín expone que es absurdo reverenciar a los viciosos demonios y contar con su intercesión. En otro afirma que éstos son amantes de las artes mágicas. Agustín es capaz de llenar decenas de páginas con absurda seudoerudición acerca de la naturaleza de estos demonios. El santo Doctor de la Iglesia sabe que son espíritus que se regodean en el mal ajeno, privados en absoluto de espíritu de justicia, henchidos de soberbia, pálidos de envidia, trapaceros en el engaño, etc. Con todo, en otro lugar aventura la afirmación de que el cáncer de pecho de una cristiana de Cartago fue sanado simplemente haciendo la señal de la cruz.[58]

El más grande de los Padres de la Iglesia creía en innumerables absurdos de esta índole, apoyaba y defendía además tales creencias. Es más, él fue el autor de un escrito explícito de *Arte adivinatoria de los demonios,* criaturas peligrosas, como él bien sabe: dotados de una sobresaliente capacidad perceptiva, de enorme velocidad —más rápidos que los pájaros— pero, sobre todo, de una «experiencia longeva». Agustín no sólo pretende haber visto un demonio con sus propios ojos, sino que estaba asimismo convencido de la existencia de faunos al acecho de las mujeres. Creía en la posibilidad de consultar a los espíritus solicitando su consejo, de concluir pactos con el diablo y de mantener relaciones sexuales con él. Fue sobre todo la autoridad de Agustín la que mantuvo viva durante siglos esa creencia en los demonios y en el diablo y él mismo se convirtió, gracias a ello, en el «teólogo de la locura de las brujas». Apenas es posible evaluar exageradamente la importancia de Agustín. Su doctrina no es sólo la *«filosofía de la Iglesia católica»,* sino que él mismo fue el «auténtico maestro de la Edad Media» (Windelband/Heimsoeth) y aún siguió contaminando las cabezas cristianas de la Edad Moderna.[59]

77

---

[56] August. Civ. Dei 8, 15 ss; 9, 7; 9, 20; 21, 10; 15, 23. Enchir. 15, 59. Ep. 238, 2, 15. Div. Daem. 3, 7; 4, 8. Gen. ad litt. 3, 10, 14 s; 2, 17, 37. Comp. tb 243, 5 (PL 38, 1145) con ep 9, 2 s (CSEL 34, 1, 20 s). Van der Nat 730 ss.

[57] VanderNat718. Comp. tb. la nota anterior.

[58] August. Civ. Dei 8, 14 ss; 8, 17 s; 8, 22; 9, 2 s; 9, 7 ss; 22, 8. Dólger, F.J. Beitrage (1964) 7.

[59] August. Ep. 55, 20. Civ. Dei 7, 33 ss; 8, 12 ss; 15, 23; 22, 8. Trede 177 s. Wahrmund, Inquisition 7. Kawerau, Geschichte d. alten Kirche 197. Windelband 221 s. Hasta el catól. Stockmeier ve en los escritos de Agust. una prueba de «cómo el Cristian, primitivo vivía inmerso en el mundo demonizado de su época», Glaube u. Kultur 165 s.

ENCANTAMIENTOS CRISTIANOS EN PREVENCIÓN DE LOS «ESPÍRITUS MALIGNOS»

Puesto que toda creencia en el diablo, toda demonología, conduce indefectiblemente a la magia, el cristiano se protege de toda aparición infernal mediante bendiciones eclesiásticas, mediante encantamientos, por así decir, más o menos oficiales, pero también mediante amuletos y todo un repertorio de recursos de la magia pagana, la cual «conoció, enriquecida con elementos cristianos, un nuevo florecimiento» *(Léxico de conceptos para la Antigüedad y el cristianismo)*[60]

La cruz era, desde luego, el sortilegio más importante contra los «espíritus malignos».

La imagen de la cruz era algo que ya existía mucho antes del cristianismo. La cruz era un símbolo muy difundido del sol, del cielo y del viento, ya en la prehistoria. Ninguna representación de la cruz cristiana, en cambio, está documentada con seguridad antes del siglo III. Seguro es que, desde época muy antigua, la cruz servía de signo protector en algunos sarcófagos judíos y que, en términos generales, en la Palestina judía se conocía la cruz como protección contra el mal.[61]

Según la creencia, muy difundida, de los Padres de la Iglesia, la cruz era un arma de gran efectividad en la mano de los cristianos. Con ella se ahuyentaba a los demonios. El tramo vertical servía de apoyo, mientras que el horizontal hacía justamente de estaca en ese uso especial contra los «espíritus malignos». Las mujeres y las doncellas alejaban a galanes y amantes importunos mediante la señal de la cruz. Actuaba asimismo como medio para combatir la posesión demoníaca. También el distintivo monacal, el cíngulo, se lleva formando una cruz en prevención de los demonios, pese a lo cual está expuesto a ataques especiales. San Antonio recomendaba la señal de la cruz contra los asedios nocturnos del demonio. Cirilo de Jerusalén la denomina derechamente «espantadiablos» y afirma: «Se espantan apenas ven este signo», a la par que aconseja: «Haz esa señal al comer, al beber, cuando te sientes y cuando te acuestes, cuando te levantes, cuando hables, cuando te marches. Para decirlo en una palabra: cuando hagas cualquier cosa». Juan Crisóstomo recomienda a los cristianos portar una cruz en vez de los usuales amuletos antiguos, pues aquélla abre las puertas cerradas, las del cielo y las del infierno, destruye los venenos mortales, sana las mordeduras de los animales salvajes, corta los «tendones del diablo». La señal de la cruz se llegó a grabar, incluso, en conjuros mágicos como «señal viva de nuestro Señor» para protegerse de los espíritus infernales.[62]

78

Al nombre mismo de Cristo se le atribuía ya un poder que expulsaba los demonios. Ahuyentaba a los compinches de Satán de los cuerpos y las almas. El carácter impreso por el bautismo protegía de forma duradera contra los «espíritus malignos», a los que, en los misterios órficos, se trataba de alejar mediante pieles y máscaras de animales. Y toda la preparación para el bautismo cristiano —un catecumenato que duraba cuarenta días en algunas comunidades y tres años en otras— no era en absoluto otra cosa que un cotidiano conjuro contra los demonios aplicando sal bendecida,

---

[60] RAC IX 787.

[61] Reicke/Rost 1003 s.

[62] Tert. De Coron. mil 3. Ad Uxor 2, 5. Athanas. C. Gent. 1 (PG 25, 5 A). Theodor. h. e. 3, 3. 4 In Ps. 22, 4; 109 2 (PG 80, 1028 B, 1769 B/C). lohn. Chris. In Matth. Hom. 54, 4. Kallis, Geister 713. Dólger, Beitrage (1963) 10 ss, 30 ss, ibíd. (1964) 8 s.

persignaciones y soplos de aire. Esos soplos jugaban un amplio papel en la hechicería. Ya el mago babilónico quemaba serpientes mediante el soplo. De ahí que a la señal de la cruz, como ceremonia preliminar de las bendiciones y las preces, le fuese inherente el soplo contra el diablo. También la esputación de saliva tenía la virtud de alejar a los demonios y era por ello usual en el rito bautismal del cristianismo primitivo. En el romano, el sacerdote toca al catecúmeno con saliva. (También los santos mártires gustaban de escupir sobre las imágenes de los dioses, esos demonios malignos. Ello era no sólo expresión de mofa, repulsa y desprecio, sino también un gesto exorcista de protección contra los espíritus.) El bautismo cristiano se recibía —y así ha sido en Occidente hasta el siglo XIII (¡en Oriente hasta hoy mismo!)— completamente desnudo, debiendo las mujeres dejar su pelo suelto no fuese que algo «extraño», un demonio eventualmente oculto en él, echase a perder el agua del «renacimiento». Todavía hoy el catolicismo lanza toda una serie de conjuros en el caso del bautismo de adultos y sus sacerdotes siguen conjurando a los «espíritus malignos», tanto en la bendición dominical del agua como en la consagración de los

«santos óleos» en Jueves Santo. Y el «gran exorcismo» se sigue practicando con especial solemnidad en el caso de los «endemoniados».[63]

En el ritual del bautismo de la Iglesia Ortodoxa Griega, el sacerdote pronuncia estas palabras: «A ti, diablo, te reprende el Señor que vino al mundo [...]. Es Él mismo quien te ordena por boca nuestra: espántate, sal y aléjate de esta criatura. No vuelvas más a ella, no te ocultes en ella, no te topes con ella, no obres sobre ella, ni de día, ni por las mañanas, ni al mediodía; regresa más bien a tu Tártaro hasta el gran día del juicio que te está preparado. Ten espanto de Dios [...], ante quien tiemblan el cielo y la tierra y todo cuanto en ello habita. Sal fuera y aléjate de este recién signado atleta de Cristo, nuestro Dios [...]. Sal fuera y aléjate de esta criatura con todo tu poder y todos tus ángeles [...]».[64]

79

Según una antigua superstición, también la fumigación ahuyenta los «espíritus malignos». La fumigación es por ello usual en Nueva Guinea, en Babilonia, en Persia, en Egipto (patria y centro por antonomasia de la fumigación espantademonios). También Roma fumigaba y en el sur de Alemania, con motivo de la festividad de los Reyes Magos (el 6 de enero) se siguen «purificando con humo» las casas católicas con un artificio de fumigar especialmente bendecido para el caso. Se sabía que los demonios gozan de un olfato especialmente sensible, de ahí que se les hostigara con malos olores. Pero como se barruntaba que se sentirían bien justamente entre malos olores, se usaron también los buenos contra ellos, creyendo que también con ello se les podría ahuyentar: con ello y también, claro está, con buenas acciones, las cuales exhalan un olor grato al olfato de Dios, al igual que el incienso.[65]

También el óleo de los santos protegía eficazmente de los «espíritus malignos» y como lugar para practicar la expulsión de los demonios se escogían con especial predilección las iglesias, en la proximidad de las reliquias. También el bronce y el hierro resultaban peligrosos para los malignos (temerosos de los productos de culturas más recientes) y asimismo el fuego, los ajos y las cebollas. Estas últimas eran

---

[63] Hippol. K. O. 46, 2. El bautismo en desnudo lo exige aún Kyr. de Jerus. Cat. 20, 2. RAC IX 783, 786, 789. Heiler, Erscheinungsf. 317.

[64] Heiler, Ibíd. 316 s.

[65] Ibíd. 178 con otras indicac. de fuentes. V. tb. RAC IX 782 s.

ya sagradas para los egipcios y pasaban por ser un expediente especialmente aquilatado por la experiencia. Muy efectiva a la hora de combatir a los infiernos era la abstención de la carne de cerdo, pues en Oriente y en más de un lugar de Grecia, el cerdo era considerado animal demoníaco. El repique de campanas tenía asimismo importancia profiláctica: como el resonar de los tambores entre los «primitivos» de la jungla. La secta de monjes mesopotámicos denominados «orantes» («mesialianos» en sirio y «euquitas» en griego) conjuraba al demonio mediante la danza, el chasquido de los dedos y el esputo con intención profiláctica.[66]

Había, en suma, mil posibilidades y, lamentablemente, también mil urgencias para mantener en jaque a la legión de los «espíritus malignos». Había, en cambio, una única razón para el amplio embrutecimiento de los cristianos mediante todo esos métodos discutidos en los últimos cuatro capítulos, es decir, a través de las falsificaciones, las patrañas sobre los milagros y las reliquias, la superchería de las peregrinaciones y los ataques contra la ciencia antigua. Esa razón única era y sigue siendo la de la sujeción de las masas con el propósito de explotarlas.

[66] Báchtold/Stáubli III 868 ss, V938 ss. Bertholet 45. RAC IX. ss. Die Kirchen

CAPÍTULO 2. EXPLOTACIÓN

«¿Qué es lo que el cristianismo ha enseñado al mundo? "Ametrallaos los unos a los otros. Proteged las sacas de dinero de los ricos. Oprimid a los pobres; quitadles la vida en mi nombre si se vuelven excesivamente poderosos [...]. ¡La Iglesia debe amontonar tesoros a costa del sufrimiento de sus hijos! ¡Debe bendecir los cañones y las granadas, levantar una fortaleza tras otra, ir a la caza de puestos, meterse en política, regodearse en la corrupción
y agitar mi pasión como un látigo!»

EMIL BELZNER

LA PRÉDICA ECLESIÁSTICA

«Así como el que avanza por un camino se siente tanto mejor cuanto más ligero es su hatillo, en el camino de la vida haya tanta más felicidad quien alivia su peso mediante la pobreza y no suspira bajo el lastre de la riqueza.»

MINUCIO FÉLIX, ESCRITOR ECLESIÁSTICO[1]

«¿Por qué te apoca, pues, el hecho de no tener corcel con bridas de oro? Ahí tienes, sin más, el sol, que en su rápida carrera refulge para ti con su luz, como una antorcha a lo largo del día. No tienes oro ni plata fulgentes, pero tienes la luna, que te ilumina con su luz de mil reflejos.
No montas en carruajes dorados, pero tienes en tus pies un vehículo propio, congénito [...]. No vives bajo un techo dorado, pero tienes el cielo, que resplandece con la inefable belleza de sus astros.»

BASILIO, DOCTOR DE LA IGLESIA[2]

«¿Ves ahí el cielo, cuan hermoso, cuan inmenso es y cuan alta su curva bóveda? Pues el rico no disfruta un ápice más que tú de tal magnificencia [...]. Es más [...], nosotros, los pobres, disfrutamos de ella aún más que los ricos. Estos, sumidos a menudo en borracheras, se limitan a alternar entre el banquete y el sueno y apenas si se percatan de todo ello [...]. De ahí que tanto en los baños como en muchos otros lugares podamos ver que al rico lo consumen el dispendio, la ansiedad y el afán, mientras que el pobre, libre de todo cuidado, goza por pocos óbolos del fruto de todo aquello [...]. Pero los manjares que aquél degusta, me dirás, son sin embargo más exquisitos. Con todo, esa prerrogativa es más bien nimia y veremos, por lo demás, que también a este respecto estás tú en ventaja [...]. La única ventaja del rico consiste en debilitar más el cuerpo y almacenar más materias para las enfermedades... ¡No te lamentes, pues, por la pobreza, madre de la salud!»

J. CRISÓSTOMO, DOCTOR DE LA IGLESIA[3]

[1] Min.Fel.Octav.36.
[2] Cit. en Heinemann, Texte III 379.
[3] Joh. Chrys. Hom. ad 2 Kor. 12, 5 s.

La situación político-financiera antes de Constantino

Originalmente, ningún pueblo indogermánico conocía la propiedad privada del suelo o del subsuelo. Éstos pertenecían a la comunidad cuando se efectuaron los asentamientos y mediante sorteo pasó a ser propiedad de las estirpes (gentes), de familias particulares cuya propiedad, al menos por lo que respecta al terreno de la casa de labranza, fue pronto reconocida tanto entre los griegos como entre los germanos y, seguramente, también entre los romanos.[4]

En la península itálica, más concretamente en las regiones costeras de la Toscana y en la época paleoetrusca, entre 700 y 650 a. de C., el desarrollo material alcanzó un notable auge. Creció la riqueza, y con ello el poder de algunas familias particulares, de modo que ya en la Roma arcaica y a partir de la capa social de campesinos pequeños y medios, se fue destacando (mediante una evolución cuyos factores no están aún bien determinados) una capa superior de grandes terratenientes nobles. Sus posibilidades financieras, ya muy superiores, les permitieron ir ampliando ininterrumpidamente sus posesiones, sobre todo cuando se enseñorearon por la fuerza de las tierras estatales, el *ager publicus,* que subsistía hasta entonces junto a la propiedad privada, el *ager privatus,* y provenía en su mayor parte del botín de las guerras. Estas tierras ocupaban en el siglo III un sexto, aproximadamente, de la península itálica. Aunque esa acumulación de la propiedad no siguiera en modo alguno una trayectoria lineal y admitiera numerosas excepciones, con todo, mostró ser la tendencia dominante. Cada crisis, fuese familiar o política, y, sobre todo, cada guerra enriquecía aún más a una élite dominante: ello fue así tanto de resultas de la devastadora guerra civil desde Sila hasta Augusto, que duró varias décadas, como a raíz de la guerra contra Aníbal, guerra que asoló amplias regiones del sur de Italia y afectó especialmente al estrato social del pequeño campesinado, pilar fundamental del ejército romano.[5]

Fue justamente el conflicto contra Aníbal el que creó una situación completamente nueva. Al igual que, ya en el siglo IV a. de C., las continuas guerras favorecieron en Grecia la formación de latifundios, mientras agobiaban y arruinaban al campesinado libre, que había conocido hasta entonces un auténtico esplendor, ahora, en Roma, la clase media campesina, financieramente débil, resultó prácticamente aniquilada por los impuestos de guerra y las devastaciones. El campesino romano feneció en el campo de batalla o bien se empobreció o endeudó a menudo a causa del absentismo forzado por la guerra. El estamento nobiliario, en cambio, que era habitualmente el acreedor de los depauperados campesinos, se cobraba con las granjas de éstos, compraba nuevas tierras, tras enriquecerse aún más por cuenta de la guerra, y pudo explotarlas ahorrando muchos costos gracias a la mano de obra barata y las legiones de esclavos de guerra que iban llegando a Roma en oleadas sucesivas.[6]

[4] Wielingll76, 1180.
[5] Ibíd. 1180 ss. Brockmeyer 70.ss, 86 ss. Finley 118 s.
[6] Wieling 1178, 1182 s. Brockmeyer 88 ss.

Durante los siglos I y II d. de C. la economía agraria basada en el latifundio fue adquiriendo proporciones todavía mayores. Un número cada vez más restringido de terratenientes disponía de una extensión de tierras en continuo aumento, explotadas como pastizales para el ganado o como plantaciones de vino y de aceite (lo que provocó la reducción del cultivo de cereales y la ruina del campesinado). Fueron, sin embargo, los mismos emperadores quienes, a partir de Claudio y Nerón, se convirtieron en los mayores latifundistas y ello gracias a las confiscaciones, las donaciones y las roturaciones de nuevas tierras. Fue desde luego en la misma Italia donde la gran propiedad conoció un crecimiento más rápido y ello se debió a toda una serie de factores, en cuya discusión no entramos aquí —uno de ellos estribaba en que, a partir de Trajano, un senador debía invertir como mínimo la tercera parte, posteriormente, la cuarta parte, de su patrimonio en bienes inmuebles sitos en la península—, pero también en las provincias creció sin cesar la gran propiedad y especialmente en África, donde lo hizo vertiginosamente, hasta alcanzar proporciones casi inverosímiles. En el siglo i de la era cristiana, Plinio el Viejo, nos informa en su enciclopédica *Naturalis historia* (abarcaba dos mil libros) de que la mitad del suelo total de las provincias africanas pertenecía a seis grandes terratenientes.

Una representación muy gráfica de la extensión de estos latifundios nos la presenta, de forma retórica pero sustancialmente verídica. Séneca, él mismo un acaudaladísimo ministro de Nerón, cuando se dirige a otro de sus homólogos «con una seria advertencia»: «Y dado que ningún particular quiere oír nada de ello, digámoslo, pues, públicamente. ¿Dónde queréis trazar la linde de vuestras posesiones? El distrito que antes abarcaba todo un municipio se le antoja ahora estrecho al señor terrateniente. ¿Hasta dónde queréis ampliar vuestras tierras de cultivo, puesto que el ámbito de una provincia entera os parece demasiado angosto para una única finca? Hay ríos afamados cuyo cauce transcurre por una única propiedad y corrientes caudalosas, de las que separan naciones enteras, que pertenecen a un solo dueño desde su fuente hasta su desembocadura. No estaréis contentos hasta que vuestras posesiones fundarías no abracen a los mares, mientras vuestros administradores no imperen también más allá de los mares Adriático, Jónico y Egeo, mientras las islas y las patrias de los celebrados héroes mitológicos no figuren como si tal cosa entre vuestros dominios y lo que antes fue un reino se convierta ahora en una finca».[7]

86

El crecimiento de los latifundios conllevaba, obviamente, el del patrimonio dinerario: no en vano fueron los romanos quienes hicieron mayor aprecio del dinero en la Antigüedad y quienes elevaron a Pecunia al rango de una diosa. Y los bienes pecuniarios aumentaron, naturalmente, de modo muy análogo a como lo habían hecho las fincas: mediante el botín de guerra, indemnizaciones de guerra, créditos, proscripciones y confiscaciones. En suma: las posibilidades del «lucro político» eran entonces casi ilimitadas. Con el denominado cambio de era, ya antes del mismo y, sobre todo, después del mismo, «el dinero afluía a Roma en cantidades tales, que ninguna época de la historia grecorromana había conocido algo así; y esa afluencia

[7] Plin. Nat. Hist. 18, 35. Sen. Ep. 89, 20. Dtv Lexik. Philosoph. III 342 s, IV 183 ss. Wieling 1182. Clausing 236 ss. Lübtow 324 ss. Mommsen VH 357 s. Tinnefeíd, Die frühbyzant. Geselisch. 19 f.

iba en continuo aumento» (Finley). Y si bien es verdad que una parte quedaba en poder del erario público, la parte mayor —ése era el quid de los negocios, debidos en no pequeña medida a la guerra— iba a parar a manos privadas. Y cuanto más nobles, es decir, cuanto más grandes y más poderosas eran estas manos, más obtenían: algo que ya entonces, como en cualquier otra época, «ennoblecía» aún más, fuesen tierras o fuese dinero —el cual tiene la ventaja adicional de que nunca huele mal— lo que cayese en el propio bolsillo.[8]

Sila, por ejemplo, «padre y salvador» de Roma y uno de sus innumerables gángsteres políticos de alto vuelo, rapiñaba dinero por todos los medios posibles: mediante herencias, matrimonios —verbigracia, a través del matrimonio con su cuarta mujer (de la poderosa estirpe de los Mételos), Cecilia Métela, de la cual se hizo divorciar mientras ella sufría bajo una enfermedad mortal. Sila ganó dinero mediante la expoliación de las provincias, y de modo especial gracias a sus lucrativos negocios en el norte de África. Pero no fueron menores los beneficios obtenidos mediante las confiscaciones y proscripciones (que Livio, Veleyo, Plinio y Séneca condenaron una y otra vez), medidas que sirvieron para desterrar y expropiara 40 senadores, 1.600 caballeros y un total de 4.700 ciudadanos romanos y sirvieron de fundamento a otras de las grandes fortunas de la época. Algo semejante ocurrió, desde luego, después de que Antonio fuese vencido por Augusto, ese hombre al que, ya desde sus mismos comienzos, el cristianismo reputó como gobernante ideal por antonomasia, como instrumento de la divina providencia y a quien acabó por glorificar mediante una «teología de Augusto». Eso después de que los paganos, por su parte, lo hubiesen considerado ya como mesías, redentor, salvador y rescatador de la humanidad, luz del mundo e hijo de Dios: conceptos y títulos, todos ellos, que jugaron un papel nada desdeñable en la configuración de la imagen neotestamentaria de Cristo.[9]

87

Marco Craso pasaba por ser el hombre más rico de la época cesárea, con un patrimonio evaluado en unos 170 millones de sestercios. Con todo, las generaciones siguientes —opina Mommsen— miraban hacia atrás para ver esa época como afligida por la pobreza. El patrimonio de Séneca, ministro e íntimo consejero de Nerón, lo cifraban sus enemigos en 300 millones de sestercios (en los que, aparte de un componente considerable en intereses usurarios, habría que incluir también en cualquier caso una participación en los bienes confiscados al cuñado de Nerón, Británico, envenenado antes de su catorceavo cumpleaños por instigación de la madre imperial, Agripina). Al jefe de gabinete del emperador Claudio, el liberto Narciso (envenenado en 54 d. de C. y elevado al rango de dios) se le atribuía una fortuna de 400 millones de sestercios. Plinio el Joven, nacido poco después del año 65 —año en que Séneca se quitó la vida por orden de Nerón—, tenía unos ingresos anuales de unos dos millones de sestercios (correspondientes a un valor de un millón de días de trabajo, habida cuenta que en la primera época imperial un trabajador asalariado ganaba en Roma dos sestercios diarios). Con ello Plinio no pertenecía al grupo de los senadores más pobres, pero tampoco al de los más ricos. Todavía a principios del siglo V, las primeras casas senatoriales de Roma obtenían una renta anual que

[8] Bogaert 899. H. Schneider, Wirtschaft, 93 ss. Finley 56 s.

[9] Liv. Per. 88. Vell. 2, 28. Plin. Nat. Hist. 7, 137. Sen. Clem. 1, 12, 2. Orig. C. Cels. 2, 30. Euseb. Dem. Ev. 3, 32. Oros. Hist. 6, 20 ss. Pauly I 744 ss, III 1265, V. 416 ss. Dtv Lex, Geschichte 1164 ss, espec. 167; III 229 s. Finley 57. Sobre la teolog. agustin. V. tb. Deschner, Der Hahn.

presuponía un capital de por lo menos 4.000 millones de sestercios del valor de los de antaño. Su lujo estaba en consonancia con ello. No solamente era de oro la vajilla en que comían y bebían, sino que también lo eran los bacines en que defecaban.[10]

Claro es que cuanto, más se enriquecía aquel exiguo grupo, más se empobrecía la masa, como debió de pasar siempre, salvo diferencias mínimas, en cualquiera de las épocas conocidas de la historia. Y aunque las razones de ello fuesen de muy diversa índole, todas ellas guardaban entre sí una relación más bien estrecha que lejana.

Por lo pronto, el ejército romano, siempre en continuo crecimiento» engullía sumas cada vez más cuantiosas.

Michael Grant, uno de los más conspicuos historiadores de la Antigüedad del área anglosajona, nos ofrece un cálculo según el cual el sueldo anual de un legionario romano en la época de Augusto tenía un monto de unas 225 monedas de plata (denarios). Bajo Domiciano (asesinado el 96 d. de C.) ese sueldo era de 300 monedas. Un siglo más tarde, bajo Septimio Severo, era de 500. El hijo de este último, Caracalla (liquidado el año 217 y al que se atribuye la sentencia «nadie, salvo yo mismo, debe tener dinero y yo lo tengo que tener para dárselo a los soldados», propia del apodo por el que se le conocía: el «emperador de los soldados»), mimó al ejército y mejoró su soldada en un 50 %. Ahora bien, como durante esos dos siglos el costo de la vida subió, como mínimo, lo que la soldada de los legionarios y probablemente bastante más, la tropa, a consecuencia de la incesante inflación, apenas si ganaba más que antes y en muchos casos bastante menos.[11]

88

Para obtener más dinero los emperadores bajaban de continuo la ley de las monedas. El contenido metálico del denario acuñado bajo Trajano correspondía al 85 % de su valor nominal; el del acuñado bajo Marco Aurelio todavía al 75 % y el de la época de Septimio Severo (194-195) sólo al 60 %. Las minas de oro estaban agotadas o situadas en territorios poco seguros. Las monedas de oro estaban en manos de acaparadores de monedas. El sistema monetario basado en la plata se desplomó y los precios, tan sólo del año 258 al 275, subieron en muchas regiones del imperio —si no en la casi totalidad— probablemente un 1.000 por %. Pese a ello, ya antes del año 300 se inició una nueva espiral inflacionista con subidas máximas de precios.

Fracasaron además dos enérgicos intentos de frenar el alza arrolladora de los precios, intentos propiciados por él, en varios aspectos, interesante emperador Diocleciano. En primer lugar hizo acuñar dinero de valor estable en tres metales, oro, plata y bronce plateado, a la par que —iniciativa inusual— adoptó una medida deflacionaria, rebajando el valor nominal de las monedas a la mitad. Más inaudita aún fue su segunda tentativa: mediante un edicto promulgado en 301-302, fijó precios máximos para todas las mercancías y trabajos en todo el Imperio Romano, prohibiendo bajo pena de muerte su incumplimiento. (Los fragmentos que se conservan indican precios máximos para 900 productos, desde los alimentos hasta el vestido; 41 tarifas máximas para los distintos transportes y los salarios para 113 trabajos distintos.) Este edicto, chocante anticipación de la moderna política de precios y rentas, es «el documento más valioso de toda la historia de la economía de la Antigüedad» y decreta «oficialmente el final de una época del librecambio de

[10] Plin. 13, 92. Tac. Ann. 13, 42. Dio. 60, 34; 61, 10. Dtv Lexik. Philosoph. III 343 ss, IV 183 ss. Dtv Lexik. Geschichte I 233 s. Pauly I 948 d. Hom 924. DunkanJones 177 ss. Finley 56 ss. Pekáry 132 s. Mommsen Vil 352, 375.

[11] Dio. 77, 10, 4. Dtv Lexik. Geschichte I 208 s, 282 s. Grant, Das Rómische Reich 53.

mercancías y de toda actividad económica absolutamente libre de trabas y ello con tal perfección que han sido necesarios mil seiscientos años para volver a vivir algo así» (Grant).[12]

A despecho de ello, todo fracasó. Ni fue posible imponer el cumplimiento de aquellas disposiciones, ni tampoco controlar el consumo. Y aunque Diocleciano hubiese fijado ya en 50.000 denarios el precio de una libra de oro, esa cuantía experimentó un alza rampante hasta llegar a 300.000 denarios un cuarto de siglo más tarde, bajo el primer emperador cristiano. Los diversos intentos de apoyar una moneda en continuo declive y de mantener estables el nivel de precios y el conjunto de salarios en modo alguno apuntaban en primera línea al pueblo, sino más bien al ejército, la columna del poder. Pues como quiera que la elevación de las soldadas apenas podía mantener el ritmo con la devaluación del dinero, se había introducido, ya tiempo atrás, la costumbre de engrosar aquéllas con donativos. Primero mediante participación en el botín de guerra; después mediante donaciones dinerarias o gratificaciones extraordinarias, coincidiendo, sobre todo, estas últimas con las ascensiones al trono, con fechas del año o con otras ocasiones festivas. A diferencia de los otros donativos, estas gratificaciones se pagaban en moneda de oro de ley. En suma: la fidelidad del soldado *(fides militum, fides exercituum),* tan gustosamente ensalzada, tan ornada de loas religiosas y patrióticas, debía ser continuamente comprada por los soberanos en moneda contante y sonante. De lo contrario podría costarles el trono y la vida.[13]

89

Caracalla, el «emperador de los soldados», que realizó dispendios militares especialmente cuantiosos, impuso asimismo tributos aún más elevados. Elevó al doble dos de los impuestos ya existentes, el impuesto sobre las herencias, respecto al cual abolió cualquier tipo. de dispensas, así como el impuesto por la manumisión de esclavos. Aparte de ello, elevó enormemente los ingresos fiscales mediante un nuevo edicto, la Constitutio Antoniniana (212-213), por el que concedió los derechos de ciudadanía a todos los habitantes del imperio (con muy pocas excepciones, tales como la de los esclavos, libertos con antecedentes penales y antiguos enemigos del país). Hasta entonces esos derechos estaban reservados a los itálicos y a una privilegiada minoría de las provincias. A partir de ahora, los nuevos ciudadanos tenían que pagar asimismo el impuesto sobre la herencia y el exigido por la manumisión de esclavos y por cierto, como era ya usual para todos, según la tarifa redoblada. Por si todo ello no fuera bastante, el nuevo emperador estableció un impuesto completamente nuevo sobre las rentas, el «canon por la corona», que recaudó en repetidas ocasiones para celebrar con él supuestas victorias.[14]

De este modo, el ejército pasó al primer plano político. Se convirtió en el factor determinante del Estado y devoró de continuo —también los contemporáneos sabemos algo de esto— gigantescas sumas. De algún sitio tenían que salir y salieron, naturalmente, de allí de donde el arte de gobernar las supo extraer siempre y las extrae ahora.

Caracalla, Septimio Severo y Maximino I (235-238) procedieron también a confiscar. Marco Aurelio, a vender propiedades del Estado. Pese a todo ello la

---

[12] Ibíd. 56 ss.
[13] Ibíd. 58 ss.
[14] Dio. 78, 9, 2; 78, 9, 4. Grant, Das Römische Reich 60, 100.

devaluación prosiguió su inflexible marcha y los precios galoparon a tal ritmo que el ejército estaba siempre sub-remunerado. Tampoco las entregas en especie —distribución de vituallas, uniformes y armas— alivió gran cosa la situación, puesto que todo ello (durante el siglo n) se deducía de la soldada. A partir de ahora, sin embargo, Septimio Severo (siguiendo el consejo que él mismo dio a sus hijos: «Permaneced unidos, enriqueced a los soldados y despreciad todo lo demás») y sus sucesores procedieron a elevar sistemáticamente los tributos en especie, llamados posteriormente *annona militaris* y a distribuirlos además gratuitamente. Ello resultaba tanto más gravoso cuanto que aquellas entregas en especie sobrepasaron bien pronto y en medida considerable los desembolsos en dinero y se convirtieron así en la parte esencial de la manutención de las tropas, en la base esencial del aprovisionamiento del ejército y en el impuesto, con mucho, más importante del imperio.[15]

90 Ya antaño, en situaciones de emergencia, las entregas en especie que la población civil hacía en favor del ejército se realizaban sin que fuese resarcida por ello. Por regla general, sin embargo, e incluso a lo largo del siglo II, el gobierno había pagado por ellas, si bien nunca de acuerdo con su verdadero valor. Ahora bien, en el siglo III se hizo usual no ofrecer compensación alguna por ellas. Y así, mientras una gigantesca organización, sistemáticamente ampliada con nuevos cuarteles generales en las ciudades, con bases de apoyo, con una policía especial y policía militar, con soplones y publícanos, se cuidaba activamente de las entregas comunes en especie —los ricos podían pagarlas en oro o incluso conseguir exención de las mismas—, la población de las ciudades y la del campo veía cómo la atribulaban con fuertes requisas y cómo se llevaban sus vacas, temeros, cabras, heno y vino. Las contribuciones eran tanto peores cuanto que, a menudo, eran arbitrarias, distintas de lugar a lugar y nunca, en absoluto, evaluables de antemano. Así fue al menos hasta Diocleciano, quien estableció una recaudación de impuestos que, como mínimo, estaba regulada, e introdujo —por vez primera en la historia— un plan presupuestario fijo y un sistema de impuestos radicalmente nuevo. Ni que decir tiene, por lo demás, que la tropa incordiaba a la población y que también requisaba por su propia cuenta.[16]

Las quejas de los ciudadanos, las cartas petitorias, se hacían cada vez más apremiantes. Hay quien manifiesta en ellas que está al límite de su paciencia, que se sustraerá a todos los pagos y prestaciones por medio de la huida. Algunos egipcios escriben así: «Resulta difícil, incluso si se nos trata con justicia, cumplir plenamente con nuestras obligaciones». Los frigios confiesan a Filipo el Árabe, que llegó al trono imperial mediante el asesinato de su antecesor, Gordiano III: «Se nos martiriza y extorsiona del modo más cruel por parte de aquellos que tienen el deber de proteger al pueblo, es decir, por oficiales y soldados, por dignatarios que ocupan cargos municipales, y por los propios funcionarios, tus subordinados». La tribulación padecida por la inmensa mayoría se expresa íntegramente en esta breve pregunta a un oráculo: «¿Se me embargará? ¿Me convertiré en mendigo? ¿Debo huir? ¿Llegará mi huida a algún término?».[17]

---

[15] Dio. 76, 15. Das Rómische Reich 60 ss.

[16] Grant Ibíd. 61 ss, 67 ss. Finley 27.

[17] Dtv Lexik. Geschichte II 63, III 74 s. Grant, Das Rómische Reich 68 ss con indic. de las fuentes.

Pareceres acerca de la riqueza y la pobreza en la antigüedad precristiana

La actitud ante la riqueza era en general unánime en la antigüedad precristiana. Se consideraba una suerte y gozaba de gran estima, pues daba independencia, permitiendo el ocio y toda clase de lujos. Ese parecer constituía la regla y así continuó siéndolo. La pobreza, en cambio, se reputaba como desgracia, como sigue siendo aún el caso en la actualidad. A juicio de Aristóteles —que ya había elaborado una teoría avanzada sobre el dinero— el concepto de «hombre libre» implica que «no se viva baje las restricciones impuestas por otro».[18]

91

En la antigua Grecia, el dinero y el afán de ganancia constituían los resortes principales de la economía y la política. El aristócrata homérico, ciertamente, consideraba aún vil el comercio, pero entre los siglos VIII y VI se desarrolló un importante comercio ultramarino y desde el v, circulaban ya por casi toda Grecia las monedas, inventadas en el siglo VII en Lidia, una zona de Asia Menor, rica en oro y patria de Creso. Ello permitió la ampliación del comercio y el aumento de la riqueza. Todo se hizo venal, si se contaba con dinero y éste se hizo imprescindible para todo. A finales del siglo V, los negocios de los cambistas desembocaron en bancos. Éstos, los reyes del helenismo y los templos se convirtieron en los principales prestamistas de modo que, desde la introducción de la moneda en Grecia, el negocio crediticio experimentó un gran auge. Ocasionalmente, los poetas griegos acentúan la importancia del dinero y Aristófanes lo califica de máximo poder sobre la tierra; Hesiodo, de alma y sangre para los mortales, por lo que, según Sófocles, es lo más codiciado entre los hombres.[19]

Con todo, los escritores romanos hablan con mucho mayor énfasis del dinero. Éste procura diversiones, escribe Cicerón; da una sensación de seguridad, dice Petronio; con él se compran hasta los dioses, opina Propercio. Júpiter mismo, dice Ovidio, ha mostrado el poder del oro cuando penetró en Danae en forma de lluvia de oro. Y también el conjunto del pueblo —como, por lo demás, ocurre también hoy— consideraba el dinero como el mayor de los bienes.[20]

Si la riqueza era tenida por suerte, la pobreza tenía, forzosamente, que ser tenida por lo contrario. No obstante, y a diferencia de lo que pasa hoy, todo trabajo realizado por el simple hecho de obtener un salario era ya de por sí afrentoso. Quien trabajaba por dinero se rebajaba al nivel del esclavo. Ese juicio ciceroniano era típico para toda la aristocracia romana. En un pasaje famoso del *De Officiis* Cicerón reprueba —y está, según asegura, de acuerdo con la opinión general— en gran medida el trabajo manual y el comercio, este último, en todo caso, «en la medida en que sea vil»; si es rico y variado y distribuye entre muchos «sin fraude», no «debe ser enteramente criticado». Con todo se desaprueba no sólo la profesión de aduaneros portuarios y de los usureros, sino también la «actividad de todos cuantos trabajan por un salario, de

[18] Arist. Rhetor. 1367 a 32. RAC I. Art. Armut I 698. Finley 31 s.
[19] Herod. 1, 94. Art. Hander RAC XIII 1986, 519 ss y Art. Geid (Geldwirtschaft) RAC IX 1976, 817 ss con abund. indic. de fuentes. Dtv Lexik. XI 311.
[20] Cicer. Pin 2, 56. Prp. 4, 1, 8. Comp. con August. Civ. Dei 4, 21; 7, 12. RAC IX 839 ss.

aquellos a los que se paga no por su arte sino por su fuerza de trabajo, pues en éstos su propio salario es título de servidumbre». Semejantes profesiones son indignas de un hombre libre. Son oficios viles y también son considerados tales los «del comercio de los que compran a otros para volver a vender, pues no pueden obtener ningún lucro sin mentir mucho... Además es bajo todo oficio mecánico pues un espíritu libre no puede prosperar en un taller». Claro que Si el comercio arroja buenos beneficios y éstos se invierten en tierras, entonces es ya algo admisible.[21]

92

Cierto que en la Antigüedad había también otros pareceres acerca de la riqueza y la pobreza, pero a título excepcional.

Algunos escritores griegos hicieron constar ocasionalmente que a veces los ricos eran mala gente y los buenos, pobres; que una gran riqueza difícilmente podía haber sido adquirida por medios justos y que el oro, como decía Sófocles, destruye las ciudades y la conciencia. Safo consideraba que sólo en manos de personas de carácter noble y racional podía ser buena la riqueza. Y esas personas, según Píndaro y Teócrito, la usan para el bien, en ayuda de los amigos y los poetas.[22]

La doctrina atribuida a Pitágoras, que vivió en el siglo VI a. de C., de que los amigos han de tener todo en común, la interpretaron posteriormente sus biógrafos como renuncia a la propiedad privada en una comunidad que lo comparte todo. Anaxágoras renunció a su patrimonio para profundizar en el estudio de la naturaleza. Demócrito no tenía estima por el dinero, pero lo gastaba en viajes de investigación. Sócrates, que vivía con la mayor sencillez para aproximarse a la condición divina, mostró con el ejemplo de toda su vida que todos los bienes externos, riqueza, belleza, fuerza y fama le eran indiferentes: todos los socráticos coincidían con él al respecto. También Platón consideraba nocivos el comercio, el dinero y la especulación dineraria. Su sociedad ideal no debe conocer ni la riqueza ni la pobreza y sólo una cantidad mínima de monedas de oro y plata:

los mayores peligros para la moral ciudadana. De ahí que para el Estado diseñado en *Las Leyes* prevea un país de carácter agrario, a unos 80 estadios de la costa, pues el mar sólo inspira en los hombres el afán de comerciar y obtener ganancias.[23]

Entre los cínicos el dinero no valía nada. Veían en él el destructor del orden natural y social. Su juicio acerca del mismo era totalmente negativo y, en clara contraposición a la opinión dominante, declaraban que la pobreza propiciaba más la rectitud que la riqueza.

Antístenes, el fundador de la escuela cínica, cuya doctrina se califica a menudo de filosofía del proletariado ateniense, propaga el ideal de la autarquía. Recomienda la total expropiación de bienes fúndanos y de todo patrimonio y aconseja darse por contento con lo absolutamente necesario para satisfacer las necesidades más urgentes. Crates de Tebas (h. 360h. 280 a. de C.), el discípulo más importante del cínico Diógenes, donó toda su hacienda, arrojó al mar su dinero en metálico y vivió, al parecer, querido por todos, sin echar absolutamente nada en falta. Rechazaba las normas convencionales y cualquier sujeción al Estado (es muy probable que la palabra cosmopolita tenga su origen en él). A su hijo lo educó en ese mismo espíritu.

---

[21] Cic. De Offic. 1, 42; 1, 150 s. RAC XIII 562. Siber 151 ss.

[22] Todas esas fuentes y otras en RAC IX 824 ss.

[23] Xen. Memor. 1, 2, 1. Plat. Phaedr. 3; Symp. 174 A. 269 B. Diog. Laert. 2, 3-; 9, 35 s. Jambl. 69, 32. RAC 1706 s; RAC IX 825. Drexhage 561.

Hijo que tuvo, por cierto, de la rica doncella Hiparquía, quien se casó con él tras confesar, él, que no poseía otra cosa que lo que llevaba puesto.[24]

93 Zenón de Citio, el fundador de la escuela estoica, quien al principio había seguido a Crates, proclamaba como meta auténtica la de «una vida según la naturaleza»; exigía sin más la abolición del dinero para su estado de una sociedad universal y creía poder prescindir de templos, tribunales y gimnasios. Con todo, la *Stoa* tenía una visión más serena de la riqueza y del dinero que la escuela cínica y no extrajo consecuencia práctica alguna de sus teorías acerca de la renuncia a la propiedad y la comunidad de bienes. El estoico Crisipo hizo ya un intento de justificar la propiedad y declaró que, en sí, ésta no era ni buena ni mala. Y Epicteto, que prevenía ciertamente contra la codicia, califica como auténtico don de Dios la posesión de mucho dinero y aconseja el adquirirla sin más, si ello no conlleva la pérdida de la autoestima, la generosidad y la fidelidad.[25]

En la Sagrada Escritura de los judíos, los profetas, los primeros socialistas de la historia, como suele decirse, protestaron reiteradamente contra el estrujamiento de los pobres. En los libros más recientes del Antiguo Testamento abundan más aún las expresiones de hostilidad contra el dinero. Probablemente porque la expansión de la economía dineraria contribuyó a intensificar la sed de posesiones. Esa tendencia se acentúa todavía más en los escritos apócrifos del judaísmo, pues el dinero, madre de todas las maldades, conduce, según ellos, a la idolatría, al infierno. A los injustamente enriquecidos se les amenaza con la aniquilación y la condenación.[26]

También la orden judía de los esenios descalificó por cuestión de principio la propiedad privada. Ésta era entregada al conjunto de los miembros al ingresar en su seno y se vivía en comunidad de bienes. «De ahí que —escribe Josero— no haya entre ellos ni pobreza ruin ni riqueza en demasía, sino que todos disponen como hermanos del patrimonio común constituido con las posesiones de los distintos miembros de la secta.» Los esenios despreciaban la riqueza, no conocían el comercio, no compraban ni vendían nada entre ellos y no acumulaban oro ni plata. La economía dineraria era rechazada de plano, ya que el dinero seduce conduciendo a la codicia y al pecado. Entre todos los hombres, constata Filón, son casi los únicos en vivir sin dinero ni posesiones. Pero también los terapeutas, hombres y mujeres judíos que se dedicaban al estudio del Antiguo Testamento en el retiro del campo, entregaban a amigos o parientes su patrimonio cuando ingresaban en la comunidad.[27]

94 Esas opiniones e ideales, por fragmentaria y asistemática que haya sido la presentación que de ellas hemos hecho, muestran sin embargo que ya en la época precristiana se daba y desarrollaba lo que volvió a repetirse más tarde, en una trayectoria que va desde la bienaventuranza de los pobres hasta el capitalismo de altos vuelos de la posterior Iglesia cristiana. Las ideas centrales de los Padres de la Iglesia acerca de la propiedad personal: que el hombre no es propietario, sino mero administrador de este mundo terrenal; que el dinero es donación de Dios y en sí

[24] Xen. Symp. 4, 34 ss. Diog. Laert. 6, 85 ss. Phillostr. Apoll. 13, 2. Orig. C. Cels. 2, 41. Dtv Lexik. Philosoph. III 14 RAC 1700, 706. Stritzky 1198.
[25] Sen. Brev. V. 25, 1. Cic. Fin. 3, 20, 67. Epict. Diss. I, 2, 37. Enchir. 24, 3. Dtv Lexik. Philosophie IV 370 ss. RAC IX 827. Stritzky 1198 s.
[26] RAC IX 813 s. Poehimann II 465 ss. Jirku 19. Taubes 66 s. con abund. indic. de fuentes.
[27] Joseph. B. J. 2, 8, 3. DSD 1, 11 s; 3, 2; 4, 2; 5, 2; 6, 20. RAC I 707. RAC IX 814 s. Braun, Radikalismus 73 ss.

mismo ni bueno ni malo; que es sólo el uso el que lo convierte en *materia virtutis o bien materia mali;* que la codicia es causa de muchos males; que hay que distinguir entre falsa y auténtica riqueza, todo ello se halla ya en la antigüedad pagana. Son ideas defendidas, entre otros, por Eurípides, Diógenes de Sínope, Lucrecio, Virgilio, Horacio, Epicteto, Plutarco y otros.[28]

El ideal de la comunidad de bienes reaparece, ciertamente, en los escritos de algunos Padres de la Iglesia, pero nunca fue llevado a la práctica en el cristianismo, ni siquiera, lo más seguro, en la comunidad primitiva. La idea se halla ya en Platón y su realización en los esenios. De ahí que algunos obispos exigieran donar cuando menos una parte de las propiedades, sea la mitad, un tercio, una quinta parte. Pero incluso esa propuesta se aplicó tan sólo en contadísimos casos. El pagano Luciano de Samosata, figura perteneciente a la segunda sofística, burlón, escéptico y escritor de alto rango, había abogado por una expropiación del diez por ciento. Según Luciano, los ricos deberían pagar las deudas de sus amigos pobres y, en general, ayudar a los menesterosos. Así podrían gozar en paz de su riqueza; en caso contrario provocarían únicamente la revolución, la redistribución de la riqueza.

Todas esas corrientes, tan semejantes y tan diversas entre sí, vinieron, pues, a confluir en el cristianismo y se ensamblaron en un abigarrado cosmos de disonancias, ambivalencias, desencuentros y ambigüedades. Se unieron entre sí tendencias y estructuras en grotesca oposición mutua, dando así origen a aquella ideología paradójica en la que, como dice

M. I. Finley, «el agresivo afán de ganancia se compaginaba con una inclinación hacia el ascetismo y la pía pobreza, con sentimientos de inquietud e incluso de culpa».[29]

Pero en el cristianismo antiguo no sólo nos topamos con un estridente abismo entre la teoría y la praxis, sino también con actitudes mentales disparatadas, groseramente discrepantes entre sí, respecto a la riqueza y la pobreza, actitudes presentes en las homilías de los escritores neotestamentarios y asimismo en la patrística y la jerarquía pre y posconstantinianas. Todo ese cristianismo no es sino un único y tremendo equívoco que, sin embargo, se convirtió paulatinamente, al menos por lo que respecta al aspecto práctico, en algo pavorosamente inequívoco.

Pronto sonó para la Iglesia cristiana la hora en que no hubiese ningún fin que no justificase el uso y el abuso del dinero: pues ya en el Nuevo Testamento se lo emplea para todo lo posible, para fines económicos, religiosos, sociales y criminales; como patrimonio, medio de pago, préstamo, empréstito, salario, capital empresarial y depósito bancario. Como dinero tributario, como pago de rescate, para ofrendar, para sobornar a Judas, a los guardias de la tumba, etc.[30]

95

La tendencia hostil a la riqueza en el cristianismo primitivo

Lo que el Jesús, supuestamente histórico, pueda haber predicado —si es que

[28] Bogaert 899 con amplia indic. de fuentes.
[29] Dtv Lexik. Philosph. III 96 s. RAC IX 829 s. Finley 34 s.
[30] Bogaert 843 ss.

predicó algo— y cuántas de las sentencias bíblicas acerca de los ricos y de los pobres provienen de él mismo, es algo que ni sabemos, ni podemos conjeturar con cierto margen de seguridad.

Lo que sí sabemos es que los discursos anticapitalistas de los sinópticos, los del Jesús de Lucas en especial, están inmersos en la tradición de la literatura profética y esenia. Sabemos que ese Jesús bíblico vive en la más completa pobreza; que no tiene ni donde reposar su cabeza; que se presenta como desposeído entre los desposeídos, como amigo de los marginados, de los desheredados, de los pecadores. Juzga de la riqueza de forma diametralmente opuesta a la del judaísmo oficial de su época. No la ensalza nunca ni en ningún lugar. Al contrario. Son reiteradas sus invectivas contra el *«mammón* injusto», contra la «riqueza engañosa». El evangelio de Lucas pone en sus labios una lamentación múltiple acerca de los ricos. Y en el *Magníficat se* profetiza una época en la que Dios «derriba a los potentados de sus tronos y ensalza a los humildes. Llena de bienes a los hambrientos y a los ricos los despide con las manos vacías», Jesús exige renunciar a toda propiedad: «Vended vuestras posesiones y dadlas a los pobres». «Ninguno de entre vosotros puede ser mi discípulo si no renuncia a cuanto posee.» Llama loco a quien se jacta de sus tesoros; es más fácil, predica, que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico al reino de los cielos.[31]

Todo ello es inequívoco. Pese a ello los teólogos de hoy en día —en dependencia de su actitud doctrinal, de su carácter, o falta de carácter— lo interpretan de modo más o menos radical; habitualmente de la manera más laxa posible.

Sin embargo, y ya desde un principio, había círculos cristianos que rechazaban el derecho a la propiedad remitiéndose para ello a la predicación de Jesús. No es casual que en la comunidad primitiva, aquella sobre la que su doctrina acerca del dinero y la propiedad y su forma de convivir con sus discípulos debía tener las repercusiones más directas, se practicase una especie de comunismo religioso, denominado también «comunismo del amor», una especie de comunidad de bienes. Presumiblemente no todos lo entregaban todo; muchos, posiblemente, sólo una parte de sus bienes. Había, en todo caso, una caja común y cada cual recibía según sus necesidades. A la vista del inminente fin de los tiempos, la preocupación por la propiedad se había convertido de por sí en algo inesencial. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* idealiza, de seguro, las cosas aunque sólo sea por no quedar atrás respecto a las comunas, más antiguas, de griegos y judíos: «La muchedumbre de los que habían creído tenía un corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común [...]. No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban al pie de los apóstoles y a cada uno se le repartía según su necesidad».[32]

96

Por lo demás abundan en el Nuevo Testamento otros elementos socialrevolucionarios de índole muy diversa y se exige la más radical renuncia a las necesidades con palabras como estas: «Si tenemos el vestido y el alimento, bástenos con eso. Pues quienes quieren ser ricos caen en los lazos de la tentación, dan en

[31] Mare. 10,25. Mat. 5,3; 8,20; 19.24. Lúe. 1,52 s; 6,24; 9,58; 12,33; 14,33; 16, 9; 11, 19 ss. Bogaert 844 con indic. de otras fuentes. Heussi, Der Ursprung des Mónchtums 17 s. Fuchs, E, Christentum passim. Con más amplitud: Deschner, Hanh 410 ss.

[32] Hechos Apost. 4, 32 ss. Comp. tb. 2, 42 ss. Stritzky 1199 s. Bogaert 844. Plóchi I 94. Wikenhauser, Die Apostelgeschichte 68. Hengel 41. Comp. tb. Deschner, Hahn 412 ss.

placeres insensatos y nocivos, que abisman a los hombres en la perversidad y condenación. El dinero es, en verdad, la raíz de todos los males». O bien se lanza este clamor: «¿Acaso no son justamente los ricos quienes os tratan violentamente y quienes os llevan ante los tribunales?» La carta de Santiago les amenaza furibundamente con el juicio final. «Vuestra riqueza está podrida; vuestros vestidos consumidos por la polilla; vuestro oro y vuestra plata, comidos del orín y el orín será testigo contra vosotros y roerá vuestras carnes como fuego [...]. Habéis vivido en delicias sobre la tierra y, entregados a los placeres, habéis engordado para el día de la matanza» La historia entera, opina Selín, «apenas si conoce un arrebato más feroz» que esta «exultación, plena de odio, de la carta de Santiago, exultación por la segura ruina de los potentados en el próximo día de la matanza».[33]

En todo caso ningún otro factor contribuyó como éste a asegurar el éxito de la misión cristiana: el *pathos* social del evangelio, que la Iglesia traicionaría después para siempre. El grueso de las comunidades, su estrato básico, vivía en la indigencia, y hasta finales del siglo ll se componía de pobres, esclavos en su mayoría, permanentemente atenazados por las tribulaciones, la penuria, las levas forzosas y las revueltas militares. También por las guerras civiles y las incursiones de los bárbaros; por hambrunas, pestilencia, proscripciones y saqueos. Muchísimos de entre ellos se vieron desheredados, desarraigados, llevados al borde de la ruina o a la ruina misma. Se convirtieron en colonos, en vagabundos y no pocas veces en salteadores *(latrones),* de quienes informan frecuentemente las fuentes de los siglos u y ni. Tal fue el sustrato en el que germinó la semilla cristiana, la buena nueva de la paz, del amor al prójimo, del *«mammón* injusto», del rechazo de la riqueza; de los potentados a quienes debían derribar de su trono; de los pobres a quienes debían ensalzar.

97

Pero también las sentencias de los apologetas surtían efecto. Pues estos cristianos no tuvieron el menor reparo en negar, quizá con la mayor sinceridad, hasta lo más obvio; de hacer pasar sus sermones por una práctica efectiva, y de afirmar, por ejemplo, que «[...] si antes estimábamos el dinero contante y la propiedad por encima de todo, ahora lo ponemos todo al servicio de la comunidad y hacemos partícipes a todos los necesitados» (Justino). O de jactarse así: «Somos también hermanos por la comunidad de bienes, mientras que entre vosotros estos últimos son los que desgarran los lazos de la fraternidad. Todo lo tenemos en común salvo las mujeres: lo único que vosotros tenéis en común» (Tertuliano). Capaces también de declarar que si entre ellos hay un pobre «y ellos no tienen nada sobrante, entonces ayunan dos y hasta tres días para que el necesitado pueda cubrir su necesidad de alimento» (Arístides). Justamente eso, ¿verdad?, eso es lo que hoy observamos entre los cristianos: por eso nadie sufre ni muere de hambre sobre la Tierra. La masa de los pobres, de los oprimidos, anhelaba un mundo nuevo y mejor en el que el rico se tostaría en las llamas y el pobre gozaría de placeres paradisíacos, justamente lo que prometía el cristianismo. Éste creció en medio de un mundo de creciente depauperación y extrajo ventajas de ello: y de forma perpetua y generalizada ha extraído y sigue extrayendo ventajas de la miseria. «Allá donde el mundo se desangra por mil heridas, allá suena la hora de la Iglesia católica» (cardenal Faulhaber).[34]

---

[33] Hechos Apost. 3,17.1 Tim. 6, 66 ss. Sant. 2,1 ss; 4,1 ss; 5, 1 ss. Hom 918 s. Hamack, Mission u. Ausbretung II 560 ss. Salin 26.

[34] Bam. 19, 5; Herm. Sim. 1, 6; 1, 8; Vis. 3, 6, 7. Arist. Apol. 15, 9. Just. ApoL 1, 14. Bas. Ep. 65. Weinel, Die Stellung des

Sólo los círculos heréticos y los estigmatizados como tal, si dejamos aparte los monjes, hicieron realmente un deber de la carencia de bienes.

Los ebionitas, «los pobres», sucesores de la comunidad original, hacían remontar su pobreza práctica a los apóstoles. Los gnósticos Carpócrates y su hijo Epifanes, difamados por san Ireneo como mensajeros del diablo, exigían la comunidad de bienes. También los apotácticos, los apostólicos de los siglos u y m, que querían seguir en todo las huellas de los apóstoles y se expandieron ampliamente por Asia Menor durante el siglo IV, reprobaban íntegramente la propiedad. (A quienes abjuraban durante las persecuciones, no volvían ya a readmitirlos.) Según los encratitas, el dinero era algo superfluo y sólo conducía al vicio y la contaminación pecaminosa. Quien lo tenía, debía repartirlo entre los pobres. Maniqueos y pelagianos juzgaban asimismo negativamente el dinero. También Tertuliano, posteriormente un «hereje», se presenta como mucho más hostil al dinero que los Padres de la Iglesia «ortodoxos» y por cierto por razones puramente religiosas. Su rigor es mayor que el del evangelista Lucas.

«Su principio es el del desprecio del dinero, la *comtemtio pecuniae»* (Bogaert). En cambio, mientras que en África y en el siglo III el mismo san Cipriano sigue aun llamando pecado a la riqueza, al igual que Tertuliano, allí mismo, pero ya en el siglo IV, obispos como Optato de Mileve o Agustín son ya declaradamente conservadores, archirreaccionarios, en lo social.[35]

98

Incluso en los albores del siglo V hallamos aún voces cristianas que elevan clamores apasionados lamentando la injusticia social, entre otras el escrito *De divitiis,* de procedencia italiana, cuyas fogosas proclamas de signo social-comunista están religiosamente motivadas por los mandamientos y la vida de Jesús, el ejemplo de la comunidad primitiva y las doctrinas de los Padres de la Iglesia. Allí se ataca con vehemencia a la clase de los propietarios y se reprueba la riqueza. La desigualdad dominante por doquier se considera resultado de la injusticia humana y no de la voluntad divina, que desearía la igualdad incluso en la posesión de los bienes terrenales.[36]

Ahora bien, todo ello son (en el mejor de los casos) ensueños desiderativos, teoría, pura imaginación literaria, en última instancia, frente al que se yergue una realidad enteramente distinta y también, y no es lo último a tener en cuenta, una predicación cristiana de carácter enteramente opuesto. Pues mientras los unos, de buena o mala fe, con o sin segundas intenciones, sembraban la esperanza entre las masas, atrayendo y tutelando a los explotados, otras o, con harta frecuencia, las mismas personas, se entendían también con los explotadores. De ahí que en un mismo dignatario eclesiástico —y toda precaución será poca a ese respecto— hallemos los pareceres más diversos, más opuestos entre sí, de los que, según interese en cada caso, se puede sacar el provecho deseado. En efecto, no pocos «Padres» abogaban sin más por el *«omnia ómnibus communia»* (todo es común para todos), pero sólo muy

Urchristentums 14. Kautsky 345. Dannenbauer I 57. Kupisch, Kirchengeschichte I 27. Büttner/Wemer 18 ss. Sobre Faulhaber, comp. mi carta ficticia An M. Kardenal Faulhaber, 127 ss, esp. 132.

[35] Iren. Adv. Haer. 1, 25, 3; 1, 26, 2; 5, 1, 3. Orig. C. Cels. 1, 65; 2.1. Clem. AL Strom. 3, 7, 2. Tert. ad Uxor. 2, 8; De Cult. fem. 2, 9; Pat. 7; Adv. Marc. 4, 15, 13. Cypr. De Op. et eleemos. 13. Epiphan. Haer. 30, 17, 2; 61, 1, 1. August. De haer. 7. Bogaert 855 s, 899. Stritzky 1204. RAC I 707 s. LThK 1, A 571, III 516.

[36] De Div. 8, 1 ss; 10, 2; 17, 3; 19, 1 ss y en otr. pasaj.

de vez en cuando, inconsecuentemente y sólo cuando la ocasión les parecía oportuno. Si resultaba útil predicar lo contrario, lo predicaban también sin más. Practicaban el engaño con las consabidas fintas, con la doble moral de que tanto gustaban:

¡la que siempre han practicado desde entonces! A la vez que criticaban a los círculos de los poderosos y abrían en principio la perspectiva de una reconfiguración del orden social, glorificaban en cambio, sin consideración alguna a la vista de una miseria generalizada, la propiedad y apoyaban el sistema económico capitalista, sistema que ellos mismos adoptaron y con el que prosperaron hasta hoy. Ésta es la situación real aunque la enmascaren gustosamente. Eso si no la tergiversan en su totalidad como cuando afirman: «También la Iglesia, en cuanto corporación, tomó contacto con la riqueza. Las cargas que tenía que soportar eran cada vez más pesadas y tuvo que procurarse fuentes de ingresos» (Rapp).

Pero no es que la Iglesia tuviese que hacerse rica a causa de sus crecientes cargas, sino que al hacerse más rica, al aumentar su aparato administrativo, sus pretensiones y sus ansias de poder; al actuar simultáneamente como si fuese la «Iglesia de los pobres» —lo que le resultaba forzoso para conducir y mantener bajo sí a las masas— se fingía caritativa, evangélica, tenía que fingirlo así, y por cierto en tanta mayor medida cuanto menos lo era en realidad: al igual que hoy exhibe su compromiso social, evangélico, su *«caritas»* aunque (¡y precisamente porque!) ello le reporta gigantescas ganancias. Las auténticas prestaciones caritativas, que realmente se daban acá o allá en la Iglesia antigua, fueron posibles gracias a su prosperidad económica y no, desde luego, a la inversa. Toda esa palabrería acerca de las siempre crecientes cargas que justificarían su riqueza se desmonta ante el hecho de que en la Iglesia antigua, *tal y como suena* ¡un solo obispo obtenía tanto como la totalidad de sus pobres!, ¡un solo obispo tenía tantos ingresos como todos los clérigos de su diócesis! *Nota bene:* dentro de la más completa legalidad, pues gracias a la ilegalidad la situación de algunos metropolitanos era todavía mucho más favorable.[37]

99 Hacía ya mucho tiempo que esta Iglesia había traicionado el milenarismo, una especie de utopía social consistente en la vehemente espera de una felicidad puramente terrenal, una concepción de la fe que ejerció una enorme fuerza sugestiva, y no sólo sobre las masas, sino también sobre algunos obispos y Padres de la Iglesia en el cristianismo primitivo. Una utopía que favoreció la actividad misionera de un modo que apenas si cabe exagerar. Hacía mucho tiempo que esa Iglesia, ya rica y poderosa, había difamado ese milenarismo: como concepto judaico, camal, como «opinión particular», «malentendido», «extraviado y quimérico» hasta el punto de que llegó a falsificar la literatura milenarista para, finalmente, hacerla desaparecer casi por completo. Hacía ya mucho tiempo que «profetas», «inspirados» y sacerdotes hambrientos de poder tenían interés en la conversión de los pudientes. Hacía ya mucho tiempo que muchos autores cristianos se habían acomodado a la nueva situación, si no es que, al igual que Pablo, tendían ya a ella desde el principio. Pues en el mismo Nuevo Testamento hay ya presente una tendencia diametralmente opuesta y manifestaciones favorables al dinero y a la propiedad. En él leemos acerca de la preferencia por los creyentes ricos respecto a los pobres en los oficios divinos y de comunidades que se ufanan así: «Soy rico, sí, me he hecho rico y no me falta de

[37] Rapp 1756. Graus, Volk 282 s. espec. 304 s.

nada». Leemos de discordias, disputas, enfrentamientos. «Matáis —se dice— y envidiáis sin que, no obstante, se cumplan vuestros deseos [...].»[38]

La tendencia favorable a la propiedad en el cristianismo antiguo y el comienzo de la táctica sinuosa

Un ejemplo instructivo lo constituye Pablo, en las antípodas, una vez más, del Jesús de los sinópticos, y también, asimismo, introductor de doctrinas completamente nuevas, de la teoría de la redención, de la del pecado original, de la predestinación. Con Pablo da comienzo la ascética en el cristianismo y también el menosprecio de la mujer, la difamación del matrimonio y una praxis radicalmente distinta en la predicación, la babeante intolerancia.[39]

100

Este Pablo piensa ya de distinta manera acerca de la pobreza y la riqueza. Propaga, sí, el mandamiento del amor al prójimo y equipara la codicia de dinero a la idolatría, pero no hallamos ya en él ninguna de las duras invectivas de Jesús contra la riqueza. Pablo valora positivamente la riqueza en cuanto tal y no quiere que el amor fraterno de los cristianos se exagere hasta el extremo de que el donante pase él mismo estrecheces.

«Pues lo que para otros es un alivio no debe resultaros a vosotros una carga.» Eso suena ya *radicalmente distinto* al tono en que habla Jesús. Y mientras éste señala a los pájaros que van por el cielo, que ni siembran ni cosechan y sin embargo viven, los textos paulinos enseñan a «buscar el honor en el hecho de que llevéis una vida tranquila, atendáis a vuestros propios negocios y os ganéis vuestro pan con el trabajo de vuestras manos». Se ordena expresamente: «¡Quien no quiera trabajar, que no coma!». Y mientras que Jesús manda a sus discípulos proclamar el evangelio sin dinero en el cinto y, según Marcos, únicamente les permite un bastón de viaje y unas sandalias —según Mateo y Lucas les prohíbe también el bastón y el calzado—. Pablo permite a los mensajeros del evangelio la aceptación de dinero, es más, él mismo, se afana por recogerlo, si bien no siempre en interés propio.

Resulta, con todo, chocante la frecuencia con que Pablo se refiere a este punto. «Pero quien reciba instrucción en la palabra de Dios ha de permitir que su maestro participe en todos los bienes.» «¿Acaso no tenemos derecho a exigir la bebida y la comida?» «Pues está escrito en la Ley Mosaica: "¡Al buey que trilla no debes ponerle bozal!"» «Si hemos sembrado lo espiritual entre vosotros, ¿es acaso extraño que cosechemos lo terrenal de entre vosotros?» ¡A *eso* sí que se ha atenido fielmente el clero cristiano! *Eso* es algo que no ha manipulado ni tergiversado, ni tampoco suavizado, como hizo con los mandamientos radicales de Jesús. Y tampoco de sus comunidades nos informa Pablo que tengan los bienes en común, sino más bien que «se muerden y devoran entre sí» y que deben guardarse de «que se traguen unos a otros». Ésa es cabalmente la praxis dominante entre los cristianos, la que conocemos desde hace dos mil años. Sí, también es eso lo habitual fuera del cristianismo, ¡pero

[38] Bogaert 846. Reitzenstein, Historia Monachorum 165 ss. Más ampliam. en Deschner, Hanhn 416 ss.
[39] Con toda amplit. ibíd. 168 ss, espec. 181 ss, 191 ss.

aquí nos ocupamos del cristianismo![40]

Que la comunidad primitiva no se andaba con bromas en cuestiones de dinero nos lo muestra el siniestro «milagro punitivo» de Pedro. Cuando un tal Ananías vende unas tierras pero, de acuerdo con su mujer Safira, no entrega la totalidad del importe a Pedro, sino que retiene para sí una parte, el príncipe de los apóstoles proclama: «No me has mentido a mí, sino a Dios». Palabras desorbitadas, reflejo de la superlativa megalomanía de estos pequeños cofrades. Palabras preñadas de consecuencias tan significantes como devastadoras: Ananías es abatido a los pies de Pedro, exhala el último suspiro y su cadáver es retirado de inmediato. Después de tres horas llega Safira, a quien Pedro castiga asimismo con la muerte: «Mira, los pies de los que han sepultado a tu marido están ya a la puerta y ésos te llevarán a ti. Cayó al instante a sus pies y expiró». Ése es el «espíritu» que hizo escuela en el cristianismo. El *interés propio,* el del círculo conducido por ellos —que, conviene reiterarlo incansablemente, es declarado siempre como interés *de Dios—,* pasa por encima de todo lo demás, por encima de cadáveres y más cadáveres y además de un modo más hipócrita que el aplicado por cualquier otro interés de este mundo. (El magisterio eclesiástico ha ratificado expresamente el derecho del Estado a pronunciar sentencias de muerte y —pese a las objeciones planteadas una y otra vez— nunca revisó ese parecer.)[41]

101 También la conocida disputa en el seno de la comunidad primitiva —entre los «helenistas» y los «hebreos»— afectaba ya al ámbito económico, aunque estuviesen en juego muchas cosas más. Los «helenistas» se sentían en todo caso preteridos en la distribución del sustento diario (en especie o en efectivo) y protestaron ante los apóstoles.[42]

También en lo social comenzó bien pronto el cristianismo a comportarse como todo el mundo. Al no llegar el esperado Reino de Dios sobre la Tierra hubieron de conformarse con el reino vigente. Es cierto que el cristianismo más antiguo, y la esperanza escatológica no era al respecto la causa menos influyente, inculcó un fuerte odio contra el Estado. De ahí que el Nuevo Testamento lo denomine la «gran prostituta» y «monstruo de la tierra». «Por todas partes hallamos en él una negación radical» (teólogo Weinel) y todo cuanto el Estado hace está «al servicio de Satán» (teólogo Knopf). Pero a pesar de que las tendencias hostiles al Estado perdurarían aún por mucho tiempo, ya Pablo —y él es, recordémoslo una vez más, el más antiguo, sin discusión, de los autores cristianos— mudo de parecer al respecto, obligado, él también, por la incomparecencia del Señor.

Ya en Pablo da comienzo, en contraposición a la actitud de Jesús —para quien los Estados pertenecen a la *Civitas Diaboli,* al ámbito del poder diabólico y los hombres de Estado, a los atropelladores de pueblos—, el reconocimiento, la glorificación del Estado. Y si Jesús había proclamado: «Sabed que quienes dominan sobre las naciones, las sojuzgan y que los poderosos las atropellan», Pablo, en cambio, declara que la autoridad estatal —que, si hemos de creer a la tradición cristiana, acabaría acortándole a él mismo el cuerpo del cuello para arriba— «está ordenada por Dios» y caracteriza a los gobiernos como la quintaesencia de lo justo y lo razonable: el

---

[40] I Cor. 9, 4ss; II Cor. 8, 12 ss. Rom. 13, 8; Gal. 5, 14; *6,6.* Efes. 5, 5. Col. 3, 5. Greeven 108. Preisker 103, 174.

[41] Hechos Apost. 5, 1 ss. Art. Todesstrafe en LThK 2 A. X 1965, 229 s.

[42] Hechos Apost. 6, 1 ss. Inform. detall, sobre la escis. en la común, primit. en Deschner, Hahn 152 ss.

fundamento de una sangrienta colaboración ya bimilenaria.[43]

102 La temprana tendencia favorable al Estado, sin embargo, se fue imponiendo en el cristianismo y acabó siendo vencedora. Ya los antiguos apologetas entonaron todos esa misma canción. Arístides de Atenas ensalzaba sin descanso la dignidad del hombre cristiano ante los emperadores. Ese hombre «no cometía adulterio ni actos deshonestos», encarecía, «no presta falso testimonio ni prevarica con el dinero dejado en depósito; no codicia lo que no es suyo [...]. Las esposas cristianas, oh emperador, son puras como doncellas y sus hijas, de buenas costumbres. Sus maridos se abstienen de todo negocio ilícito y de toda deshonra [...]». (Naturalmente «en espera de la recompensa que les aguarda en el otro mundo [...]».) Esos cristianos se arrastran ante los emperadores —emperadores paganos, ¡adviértase bien!— a los que difamarían con la mayor vileza en el siglo IV. Ahora, sin embargo, besaban todavía servilmente su nobilísimo culo. El «orbe entero», afirma en el año 177 Atenágoras en su *Apología «se* beneficia de la acción bienhechora» de su majestad imperial. A esa acción, certifica, le acompaña «la sabia moderación», «el amor a los hombres» en «todas las cosas», también «el talento y la cultura» y solicita con la mayor de las devociones que la imperial cabeza asienta a sus ruegos. «¿Pues cuáles de vuestros súbditos merecen antes que nosotros que prestéis oídos a sus ruegos, *ya que somos nosotros quienes rezamos por vuestra dominación* para que el gobierno pase en justa sucesión hereditaria de padres a hijos y vuestro imperio crezca y prospere hasta que todo el mundo se os someta? Y en ello estriba también nuestro interés, para que nuestra vida transcurra tranquila e imperturbada, pudiendo así cumplir de buen grado con todo lo dispuesto».[44]

Y al igual que se adaptaron tempranamente al Estado como tal, los cristianos se adaptaron también a la restante vida profesional y económica una vez que la esperada implantación del Reino de Dios sobre la Tierra se evidenció como un fiasco.

Un banquero protocristiano convertido en papa. Mirada de soslayo a la doctrina social de los papas en el siglo XX

Ya en el siglo i, y más aún en el u, se producen regateos, contiendas y litigios entre cristianos. Todo ello constituye una forma de conducta y de autoafirmación estrictamente prohibida por Cristo. Hacia el año 200, los cristianos se ocupan por doquier en oficios manuales y en el comercio y la mayoría de los Padres de la Iglesia reconocen la necesidad de este último (aunque se lo prohíban a menudo a los clérigos). Tertuliano, cuyo juicio respecto de la riqueza es aún más riguroso que el de Lucas y que condena en buena medida el comercio como raíz de todos los males, subraya cómo los cristianos toman parte en la vida comercial y despliegan su actividad en todos sus géneros. Los ve chalanear en el foro, y en el mercado; trabajar

[43] Lúe. 4, 5; 13, 1 ss. Mat. 20, 25. Apocal. 17, 1; 17, 5 y en otr. lug. Rom. 13, 1 ss. Weinel, Die Stellung des Urchristentums 24 f, 33. Knopf, Das nachapostolische Zeitalter 105 s, 112. Bousset, Kyrios Christos 246. Stauffer, Gott u. Kaiser 14 s. Voigt 2 ss. Fuchs H.,Der geistige Widerstand 21 ss. Rissi 96 ss. Feine-Behm 274, 286. Con detalle: Deschner, Hahn 499 ss.

[44] Arist. Apol. 15. Athenag. Leg. 2; 37.

en talleres y tiendas. Intervienen incluso en el comercio de ultramar. Hasta el fundador de la más antigua de las iglesias y creador del primer Nuevo Testamento, el posterior «hereje» Marción, un cristiano difícil de sobrestimar en más de un sentido, era un acaudalado naviero de Sínope, en la orilla sur del mar Negro. Ya en el año 139, al incorporarse a la comunidad de Roma, hace entrega a la misma de 200.000 sestercios. Después de cinco años rompería sin embargo con ella y recuperaría su dinero: ya tenían más que suficiente.[45]

103 También el negocio bancario, ya en la transición del siglo II al m, fue ejercido por los cristianos. Conocemos nominalmente a dos banqueros cristianos de esa época. Uno era Teodoto el Cambista. El otro era un banquero especialmente afectado por el perfume de los escándalos en la *piscina pública* y que —quizá por ello mismo— se encaramó hasta el solio pontificio: san Calixto. También el papa actual Juan Pablo II, a quien de seguro le tocará ser santo en su día, se vio —envuelto a través del presidente de la banca vaticana, el arzobispo Marcinkus, perseguido durante meses por la policía italiana— en los peores escándalos financieros, juntamente con personajes tales como, verbigracia, los banqueros de la mafia, Roberto Caivi, posteriormente asesinado, y el ex alumno de los jesuitas Michele Sindona. En verdad, que no fue él el único entre los «Santos Padres» del siglo XX. Pío XII murió en 1958 dejando un patrimonio privada de 80 millones de marcos en oro y divisas. Ya en el siglo m, y especialmente en el IV, hallamos comerciantes cristianos que se hicieron de oro, fabricantes, navieros, poseedores de gigantescos latifundios. En Alejandría, Antioquía, Constantinopla, Éfeso, Corico, Corinto, Cartago y Roma hay ya cambistas y banqueros cristianos. En la capital, los *collectarii* fundaron finalmente una corporación que compraba y vendía monedas de oro *(solidí)* en el mercado libre y especulaban con el negocio crediticio.[46]

Así pues, por lo que respecta a su composición social, la «Iglesia de los Santos» no tenía un aspecto muy diferente al de la sociedad romana de la Antigüedad tardía, dividida en dos grupos: primero, en el poco numeroso de los ricos, que poseían casi todo y llevaban una vida de placeres tan desenfrenada como irreflexiva, entregada a un lujo inimaginable gracias al uso de la moneda áurea. Segundo, en la masa de los que no tenían nada o casi nada, que vegetaban en medio de un sordo fatalismo;

que vivían, más bien mal que bien, del trabajo de sus manos, pagaban con dinero inflacionario, de cobre o de plata, y eran despreciados por los señores. Cierta clase media, muy abigarrada, apenas si jugaba un papel social. Hacía ya mucho tiempo que había desaparecido el pequeño campesinado libre. Los grandes terratenientes, y más tarde la misma Iglesia, poseían ellos solos la casi totalidad de la tierra y gozaban de inmunidad fiscal. Los impuestos los pagaban los estratos sociales medios e inferiores.[47]

104 Los dirigentes eclesiásticos se veían así enfrentados a una situación precaria. La gran masa de los cristianos era pobre o, a lo sumo, contaba con escasísimos bienes. Paulatinamente, sin embargo, se fueron aproximando personas pertenecientes a

[45] Tert. Apol. 42. Prescr. 30, 1 f. Adv. Marc. 4, 4, 3. Drexhage 568 ss. Schilling, Reichtung 53 ss. Staats, Deposita Pietatis 8. Inform. amplia sob. Marción en Deschner, Hanhn 311 ss.

[46] Hipoll. Ref. 7, 36,1. Herm. Vis. 3,6,5 ss; 3,9,6; Sim. 1,1; 2,5; 4,5; 8,9,1 ss; 9, 30, 4. Hipoll. Ref. 7, 36, 1. Euseb. H. e. 5, 28, 9. Bogaert 874 ss.

[47] Plin. Nat. Hist. 18, 7. Bogaert 865 s. Schilling, Soziallehre 197 ss. Warmington 64 ss. Bosi, Europa 23 ss.

capas poseedoras de bienes, acomodadas o ricas, a las que irritaba, y no poco, el *pathos* pauperístico, la equiparación usual de cristiano y pobre. Y era preciso, ante todo, no incomodar a los ricos. Los Padres de la Iglesia y los dirigentes de ésta tenían que ser deferentes con ellos sin agraviar y menos aún perder el grueso de sus seguidores.

De ahí que, por una parte, no eran pocos los autores cristianos que fustigaban estrictamente el horrible abismo que separaba a ricos y pobres. Es más, cuando, ya en el siglo IV, el contraste social en el seno de las comunidades cristianas se hizo gradualmente evidente y por añadidura —en virtud de la rápida mundanización de la Iglesia— también la discrepancia entre lo que ésta predicaba y lo que practicaba, las acusaciones de algunos de sus dirigentes se hicieron, si cabe, aún más acres. Un cristiano tan noble como el Doctor de la Iglesia San Basilio aboga, incluso, de vez en cuando por la comunidad de bienes voluntaria y califica de ladrones y de salteadores a aquellos cristianos que todavía osan llamar propiedad suya a cualquier cosa. Más aún, a todo el que, por egoísmo, no ayuda a un menesteroso lo equipara a un asesino. Es precisamente ese mandamiento del amor al prójimo el que demuestra, según Basilio, que el rico sí que carece aún totalmente de amor auténtico. Pues si bien cada cual «debe recibir únicamente un poco para el sostén de su vida, es, simultáneamente, deber de todos repartir su patrimonio y entregarlo a los pobres. Quien, pues, ama al prójimo como a sí mismo no poseerá nada más que lo que posee el prójimo». Y el obispo Basilio podía permitirse hablar así, pues en época de hambre, según se dice, vendió todo lo que poseía y con el producto obtenido alimentó gratuitamente a los pobres. También el Doctor de la Iglesia Gregorio de Nacianzo vituperaba las grandes diferencias sociales en el seno de las comunidades cristianas viendo cómo los ricos nadaban en el lujo y banqueteaban opíparamente mientras los pobres carecían a menudo de lo más necesario; cómo aquéllos moraban en suntuosos palacios mientras éstos no tenían ni techo sobre sus cabezas; cómo los primeros cubrían sus cuerpos con ropas preciosas mientras los segundos iban en harapos. Y tampoco él se limitó a la crítica verbal. También él, si bien no antes de hacer testamento, legó todo su patrimonio a la Iglesia y a los pobres.[48]

Con todo, y a la vista de tales actos de generosa donación por parte de algunos santos católicos, se impone guardar cierta prudencia. Es fácil, a este respecto, dejarse deslumbrar por determinadas leyendas que, desde mucho tiempo ha, se convirtieron en «historia» por, digámoslo así, disposición oficial. Así por ejemplo, san Cipriano habría donado todo su patrimonio a los «pobres», o a la Iglesia en su caso, en el momento de bautizarse. Después, sin embargo —así nos lo cuenta su biógrafo Poncio—, recuperaría sus «huertos» por disposición de la gracia divina. Las gigantescas posesiones en latifundios —éste es el caso más famoso dentro del género— que los santos obispos Basilio y Gregorio de Nisa legaron a la Iglesia quedaron de hecho «vitaliciamente en sus manos como patrimonio privado» (Staats). El siniestro demoledor de templos, el obispo Porfirio de Gaza, regaló todo su patrimonio a los pobres a raíz de su conversión. Así nos lo asegura una fuente de comienzos del siglo V, pero al final de su vida disponía nuevamente de un patrimonio

[48] Comp. sobre todo Basil. Hom. 6 (P.G. 31, 277 ss). Aparte Basil. 5 Hom. 7; 7 Hom. 7; 8. Hom. 8. Gregor. Naz. Or. 14, 16. In Div. 1. Stritzky 1201. Gruszka 665.

más que considerable.[49]

105

Los ejemplos en pro de un compromiso social muy fuerte, cuando menos en el plano verbal, podrían llenar una biblioteca. Es de presumir que tales prédicas respondían también a menudo a sentimientos sinceros, al menos las de aquellos pocos que donaron total o parcialmente su propio patrimonio. Estos actos magnánimos eran al mismo tiempo las más eficaces señales dirigidas a los ricos para que ellos mismos se entregasen a la beneficencia, lo que usualmente equivalía a respaldar la actividad caritativa de la Iglesia. Ese respaldo, a su vez, suponía, de un modo u otro, que la primera beneficiada era ella misma a la par que constituía una excelente jugada para mantener en jaque a los pobres. Con ello, ciertamente, apenas se mitigaban las tensiones sociales, pero, con todo, se impedía a los cristianos pobres que cambiaran su mísero destino por medio de la violencia. Como mínimo se impedía si a todo ello se le sumaba un adoctrinamiento incesante que inculcaba sin parar el deber del vasallaje, la obediencia, la paciencia, la humildad, la abnegación, la infinita recompensa a obtener en el cielo o la conminación con los tormentos del infierno, etc.

El problema se conocía desde mucho tiempo ha. Ya los antiguos tratadistas griegos del Estado, el mismo Platón y también Aristóteles, subrayaban que la pobreza suscita descontento y afán de revertir el orden establecido, fomenta la agitación. Aún más extendida estaba la opinión de que la pobreza era el subsuelo de todos los males. Pero lo que menos necesitaba la Iglesia era una revolución y otro tanto cabe decir del Estado con el que aquélla colaboraba del modo más estrecho desde el siglo IV. La situación se hizo tanto más peligrosa cuanto que en la era posconstantiniana no era una revuelta de esclavos lo que amenazaba a los grupos dominantes sino más bien una revuelta de las masas populares explotadas del modo más inicuo. De ahí que la Iglesia —caritativamente— perpetuase íntegro el viejo orden fingiendo dispensar algo nuevo y, sobre todo, mucho mejor, lo único auténticamente de verdad, lo único beatificante. Y así como desde Constantino —y hasta el presente— apoyaba las guerras del Estado, hacía otro tanto —y lo sigue haciendo— con la explotación. En esa misma medida se fue ahondando, aún más, el abismo entre poseedores y desposeídos. Tanto más cuanto que «la mayoría de los ricos, y entre ellos algunos dignatarios de la Iglesia, adoraban el oro y la plata como al Baal pagano» (Gruszka).[50]

Ésta era, expuesta en cuatro pinceladas, la situación en la que desembocó el cristianismo y a la que realmente se atenía a la par que aparentemente defendía los intereses de los ricos *y también* los de los pobres, siendo así que objetivamente sólo lo hacía con los primeros. Algo tanto más fatal cuanto que no sólo se daba crudamente de bofetadas con la predicación de Jesús, con su descalificación básica tanto del capitalismo extremo como del mismo bienestar material, aturdidor del alma, sino que además fingía querer mejorar la suerte de los pobres y solidarizarse con ellos.

106

Si, situándonos brevemente en la perspectiva de nuestra época, contemplamos, por ejemplo, la política social de los papas en las postrimerías del siglo XIX y en el XX —los papas no escribieron en tiempos anteriores encíclica social alguna: ¡lo

[49] Aquí sigo muy de cerca a Staata, Deposita Pietatis 11 nota 59.
[50] Plat. Rep. 422 a. Arist. Polit. 1265 b 12. RAC I 699. Gruszka 661, 665.

hicieron sólo a partir de Marx!— los veremos seguir en ello, todos sin excepción, las antiquísimas huellas de la tradición eclesiástica: todas sus encíclicas hallan su punto culminante en la bagatelización de las desavenencias entre los que tienen y los que nada tienen. De ahí que todos ellos, al igual que León XIII —conde Pecci antes de papa—, partan «de un orden de cosas dado e inmutable de una vez para siempre», «según el cual es imposible en última instancia, en la sociedad civil, una nivelación entre la cúspide y la base, entre ricos y pobres». Todos están convencidos, como Pío XII, el gran cómplice de los fascistas y multimillonario en la esfera privada, «que siempre hubo ricos y pobres y que ello será siempre así [...]». Pío XII, como ya hiciera León XIII, veía en ello una especie de armonía natural. Patronos y obreros, pensaba el gran capitalista papal, eran «colaboradores de una única empresa. Comen, casi se podría decir (!) a la misma mesa [...]. Unos y otros obtienen su propio provecho». Y no tiene nada de casual que el actual «vicario de Cristo», Juan Pablo II, se remita a las no muy sociales manifestaciones de sus predecesores. Ni lo es que hable con tal desparpajo delante de los obreros acerca de «la dignidad del trabajo», de la «nobleza del trabajo»;

que les recuerde que también el Hijo de Dios «nació pobre», que «vivió entre los pobres». Que, ¡por amor de Dios!, no reputen «la riqueza como la quintaesencia de la felicidad», sino que reconozcan más bien que «los pobres a los ojos de Dios» son también los «ricos». De ahí que en el miserable barrio de Vidigal en Rio de Janeiro pusiera sordina al clamor de los humillados por partida doble y que no olvidase recordarles que «todos somos hermanos [...]».[51]

Esta desvergonzada manera de echar arena a los ojos tiene ya una tradición de 1.900 años justos. Justamente por ello y en correspondencia con su lamentable significado merece que la tratemos y documentemos con algo más de detalle.

107

Yo gano dinero a manos llenas; mi mujer practica la caridad [...]. De Clemente Romano a Gregorio Niseno

Ahí tenemos, sin ir más lejos, hacia finales del siglo i, la sedicente carta de Clemente Romano, que aboga ya sin paliativos en pro de la desigualdad social imperante: «Que el fuerte vele por el débil y que el débil se preocupe por el fuerte; que el rico apoye al pobre, pero que el pobre dé gracias a Dios de que éste haya dado al rico lo necesario para remediar su penuria». Con razón se ha visto ya en tal expresión la eficacia del «mecanismo de la explotación». Y está en consonancia con ello el que Clemente ordene también a las mujeres «que amen a sus esposos de recta manera» y que «se mantengan en los límites de la sumisión». Como lo está también el que incluya a las autoridades paganas en la extensa oración con que concluye la epístola.[52]

Hacia mediados del siglo II la sedicente segunda carta de Clemente exhorta, ciertamente, a no ser codicioso, sino a dar limosnas que borren los pecados. Con

[51] Con toda amplitud y documentac. Deschner, Hanhn 425 ss. Comp. tb. del mismo Opus Diaboli 226 ss (Ed. Yaide, Zaragoza).

[52] 52 I Clem. 38, 2. Kraft 140 s. Clévenot, Von Jerusal. nach Rom 171 ss

todo, esta homilía, la más antigua en absoluto de las conservadas del cristianismo, explica a su manera el hecho irritante —ya lo era en el Antiguo Testamento— de que los malvados sean a veces ricos y los hijos de Dios, pobres: los buenos obtienen su recompensa en el cielo. Si ya la obtuvieran aquí, la veneración de Dios degeneraría en negocio cuyo objetivo no sería la piedad sino el lucro. ¡Pues y qué es todo este asunto sino un negocio, el mayor de todos, en busca de lucro![53]

La *Didaché* o «Doctrina de los doce apóstoles» ordena, en verdad, «compartir todo» con el hermano, no tener nada por propio y, lo que es más, amar al prójimo más que a la propia alma. Pero, por cierto, exige también lo siguiente: «¡Deja que la limosna sude en tus manos hasta que no sepas bien a quién se la das!». Y es acabalmente ese modo de pensar el que nos topamos nuevamente en los Doctores de la Iglesia San Agustín y el papa Gregorio **I,** quienes lo citan como pasaje bíblico, muy repetido hasta bien entrada la Edad Media.[54]

El apologeta Arístides de Atenas entona ciertamente una larga loa a la virtud de los cristianos ante el emperador Antonino Pío (138-161) y su antecesor Adriano. Pero también entona ya un himno al imperio, al «orden estatal común a todos» y en la más antigua de las apologías que conservamos del cristianismo asegura al regente, a la vista de las desorbitantes diferencias entre ricos y pobres, que «de esa manera, la situación vigente, tanto por lo que respecta a los pobres como a los ricos, es naturalmente beneficiosa y útil y no hay otro modo de vivir»: «Un testimonio realmente conmovedor del cristianismo antiguo [...] todavía débil y desmañado y con todo de seguro instinto para el futuro» (canónigo de la colegiata real Kaspar Julius).[55]

108

Todo ello trae a la mente otra apología que san Justino, hacia el año 150, dirigió probablemente al mismo emperador, a quien promete la «alegre obediencia» de los cristianos. A éstos los recomienda como los más firmes pilares del trono debido a su temor a los castigos eternos: «En todo el orbe no podréis contar con mejores colaboradores y aliados para el mantenimiento del orden vigente que nosotros [...]». «Procuramos adelantarnos a los demás en el pago de tasas e impuestos a vuestros funcionarios [...].»[56]

También Taciano, su discípulo, continúa en la misma línea: «El emperador ordena pagar los impuestos: estoy dispuesto a pagarlos; el señor exige servirle y obedecerle: yo conozco los deberes del súbdito». Y este cristiano sabe meridianamente lo que conviene al esclavo: «Si soy esclavo, soportaré mi servidumbre». Taciano domina ya el arte de apaciguar a los pobres como si hubiera sido obispo de Roma. La riqueza no es en absoluto tan ventajosa, escribe. Y cuando el rico se sacia, siempre quedan en último término algunas migajas para el pobre. Más aún, mientras que el rico siente las mayores necesidades, no siempre fáciles de contentar, el pobre obtiene fácilmente lo poco que él necesita.[57]

Este diáfano argumento resurge a lo largo de dos mil años de «literatura social» cristiana. Aparece verbigracia en san Cipriano, decapitado el año 258. Por supuesto

---

[53] II Clem. 20, 1, 4. Bogaert 853. Kraft 141.

[54] Did. 1, 5 s; 2, 7;4, 8. Bogaert 852. Kneller 779 ss.

[55] 55 RAC I 625 ss. Dtv Lexik. Geschichte I 125. Bardenhewer I 187 ss, espec. 194 ss. Arist. Apol. 15 ss, cit. en Clévenot, Die Christen 43. K. Julius en BKV 1913, Vol. 12, 23.

[56] Just. Apol. 1,11 s; 1,17. BKV 1913, Vol. 12; 5.

[57] I Cor. 7, 21. Tat. Or. adv. Graecos 4, 2; 11, 3. Seipel 60.

que Cipriano, como todos los de su laya, aboga enérgicamente por la caridad, califica de peligrosos los bienes terrenales y tiene como ideal la comunidad de bienes de la comunidad primigenia de Jerusalén. Siendo él mismo muy acaudalado vendió su patrimonio, aunque no en su totalidad, en beneficio de los pobres. Pero, ¡oh Dios!, ¡cuántas preocupaciones —expone el santo obispo y antiguo maestro de retórica— acarrea la riqueza, cuántos horrores de los que el pobre no tiene ni idea! A lo largo de toda su vida, en medio de sus francachelas y placeres el rico lleva el miedo pegado como una lapa, le atormenta el temor de que un salteador pueda expoliar sus bienes, de que un asesino esté a su acecho, de que la envidia, la calumnia o cualquier otra circunstancia lo agobien con procesos legales.[58]

Como un gran progresista en esta cuestión de la riqueza y la pobreza se nos presenta el Padre de la Iglesia Clemente de Alejandría, muerto entre el 211 y el 215, inspirado sin duda por la atmósfera de aquella ciudad comercial fundada por Alejandro Magno, el emporio más importante del imperio romano por su situación entre el Este y el Oeste. De entre sus aproximadamente 800.000 habitantes casi una décima parte estaba constituida por ricos señores del comercio y grandes terratenientes, quienes aparte de extensos latifundios poseían asimismo de diez a veinte casas. Otra décima parte eran pobres y el resto, pequeña burguesía en su casi totalidad.[59]

De ahí que algunas de las palabras de Jesús, y muy especialmente, la del joven rico aspirante a discípulo, pusieran en aprietos a los acaudalados cristianos alejandrinos. Por ello mismo, Clemente modifica el evangelio al gusto de esta sociedad objeto de sus cortejos y muestra en una homilía redactada hacia ei 200, *Quis dives salvetur* («Qué rico puede salvarse»), que Jesús tampoco cierra las puertas del paraíso al capitalista, tan importante para la Iglesia.[60]

109

«Ve y vende cuanto tienes [...]» ordena —en vano— el Señor a aquel joven del evangelio y Clemente pregunta: «¿Qué significa esto? Él no le ordena, como algunos interpretan superficialmente, que deseche los bienes que posee renunciando a esa posesión, sino que aleje de su alma los pensamientos posesivos, el amor pasional por aquellos, el anhelo irreprimible de ellos, la desazón enfermiza por ellos, espinas de la vida terrenal que ahogan la semilla de la vida eterna».

El teólogo e historiador de la Iglesia francés M. Clévenot presenta a un negociante alejandrino, comerciante de importación y exportación, escuchando las frases de Clemente —un ufano sexagenario— y haciendo este comentario: «Eso es justamente [...] lo que yo siempre pensé. El evangelio no condena la riqueza; lo importante es no apegarse a ella [...]. Yo gano dinero a manos llenas, mi mujer practica la caridad y así ambos nos ganamos el paraíso [...]».[61]

Clemente defiende la riqueza privada con energía. La riqueza en sí misma no es censurable; sólo la codicia. La riqueza, el bienestar son más bien una buena cosa, tanto más cuanto que el rico puede ser compasivo.

¡No es el rico quien por ello queda excluido del reino de los cielos sino el pecador

---

[58] Cypr. ad Donat. 12. Bogaert 856. Sepel 60.

[59] Joh. Chrys. in Mat. Hom. 63, 4. RAC 1461 ss.

[60] Clem. Al. Quis div. salv. passim.

[61] Ibíd. 41, 1. LThK 1. A. VI 34. Ritter, Christentum u. Eigentum 1 ss, pero bast. apologético, «más católico» que el comentario del católico Clévenot, Die Christen 99 ss. Staats, Deposita Pietatis 23 ss.

que no se convierte! Clemente no omite reconvenir a los pobres que se alzan contra los ricos; no omite calificar de «rico» al apóstol Mateo ni enseñar que la humanidad ni tan siquiera podría existir si nadie poseyera nada.[62]

Todo parece pues indicar que Clemente «ha entregado a los ricos una coartada teológica en pro de su bienestar», una «teoría de la limosna» (Hausschild). Y ciertamente, lo que a la larga quedó en el terreno de los hechos, aunque no sólo en el caso de Clemente, sino en general, era la simple limosna.[63]

Desde luego que esto lo había ya entre los griegos, pero éstos no lo consideraron virtud. Y por parte romana ha llegado a nosotros esta sentencia de Herodes Ático, un amigo del emperador Adriano: «El dinero de los ricos ha de servir a la dicha de los pobres». En el cristianismo, sin embargo, la caridad raras veces, o nunca, estuvo motivada socialmente. El motivo era casi siempre religioso. No se daba para eliminar los males de la sociedad, para elevar el nivel de vida, para fomentar el arte, la ciencia o la cultura, sino para lograr la propia salvación del alma. ¡Uno se hacía el regalo a sí mismo! El dinero, enseña Cirilo, que durante casi cuarenta años —de 348 a 386— fue obispo de Jerusalén, abre una puerta al cielo si con él se practica la caridad. Lo decisivo, y los Padres de la Iglesia no se cansaban de recalcarlo, era esto: dar para obtener la dicha. No aquí, sino en el cielo. Era el egoísmo (religioso). Dicho más finamente, a la manera teológica: era la justificación por las obras. «Quien da a un pobre, presta al Señor y obtiene su lucro», sentencia de san Basilio y plenamente representativa de la actitud de la patrística. «Todas las acciones fueron contempladas desde este punto de vista» (Bogaert).[64]

110

Y es eso justamente lo que hace tan repulsiva toda esa actitud pretenciosa de la caridad cristiana. Por lo general no se basa en nada sino en el principio *do ut des,* en el dogma (en el fondo ya veterotestamentario) de la recompensa, en la moral del premio y el castigo, totalmente banal, primitiva, pero muy efectiva entre las masas, moral que ya Marción repudió con toda vehemencia. Pero, con toda energía e insistencia, el cristianismo conjura, justamente, una y otra vez esa fuerza salutífera de la limosna, el *¡pro salute animad!* Una y otra vez, y especialmente la Iglesia paleocatólica (más o menos de 150 a 312), propaga la buena obra, la «labor caritativa», la beneficencia, como sacrificio que extingue el pecado. Los poseedores de bienes sólo tienen que dispensar una parte, una pequeña parte, de los mismos para ser recompensados por Dios.[65]

Algunos como Gregorio de Nisa, el hermano menor del Doctor de la Iglesia Basilio, anunciaban la divina recompensa ya para este mundo, lo cual tendría un atractivo no menor, sino más bien superior. Gregorio sabía ciertamente que los pobres, los *Lazan,* los predilectos de Dios, yacían a millares ante las puertas de los ricos, acostumbrados a un lujo sibarítico. De ahí que él recomiende los donativos, la beneficencia; y contra la codicia, el ayuno. Ahora bien, este santo nos informa también de que su abuelo perdió bajo Diocleciano su vida y todo su patrimonio, a despecho de lo cual la «fe»

---

[62] Clem. Al. Quis div. salv. 3 ss; 11 ss; 16, 3; 17, 1; 27, 1. Strom. 3, 6; 4, 21, 1; 6, 99, 5; Paid. 2, 10, 2; 2, 33, 3; 3, 12. Comp. tb. Paid. 2, 122, 3; 3, 7, 38; 2, 12, 120; 3,57,1.

[63] Hausschild 37 ss.

[64] Kyr. Jerus. Catech. 8. 6 s. Hom. in paralyt. 11. Bogaert 881, 900 s. RAC I 304 ss. Healy 138 ss. Boikestein, Wohitátigkeit 200 ss, 231 ss. Clévenot, Die Christen 37.

[65] BoIkestein/Schwer 306 s. Gruszka 366. Schneemelcher, Der diakonische Dienst 88, 90. Comp. Deschner, Hahn 318 con indic. de fuentes y bibliograf.

hizo prosperar de tal modo la hacienda de sus herederos que ninguno de sus antepasados había llegado a tal riqueza. Hay más: aunque esa hacienda fuese dividida en nueve lotes entre sendos hijos, la bendición de Dios hizo aumentar cada lote hasta el punto de que todos los hijos llegaron a tener un patrimonio superior al de los padres.[66]

A lo largo del siglo III, y más aún durante el IV, se impuso de forma cada vez más inequívoca el afán de seguir, por una parte, conduciendo de forma paternalista a la masa de los pobres —que a lo largo de los tiempos ha constituido el grueso de la cristiandad— y, por la otra, de no espantar a los ricos. Ahí radica también una de las razones para explicar el radicalismo ético de Jesús como una directriz dada para los «perfectos», los ascetas, los monjes, lo cual no debía preocupar a los ricos: no, el cielo abre sus puertas a todos, si tienen fe, si son «buenos» cristianos.[67]

111

Los «revolucionarios» salvan a los ricos. Los Doctores de la Iglesia Gregorio de Nacianzo y Ambrosio de Milán

Gregorio de Nacianzo, hijo de un obispo, censura ciertamente la ganancia injusta, fustiga a quienes especulan con el trigo o a los mercaderes que usan dos pesos o dos medidas. Reprueba que se atesore el dinero por amor al dinero y que el corazón se apegue a él. Él sabe por otra parte, sin embargo, que Dios bendice a los píos con abundancia de bienes. Siendo él mismo muy acaudalado, Gregorio ve en la riqueza un don de Dios. La riqueza permite al hombre la independencia material y la ayuda a los necesitados. Desde luego, este santo acomodado no exige ninguna cuota determinada para distribuir entre los pobres en merma del propio matrimonio. Es más, ni siquiera muestra gran insistencia en la distribución de limosnas. «Al menesteroso, dale sólo un poco —dice interpretando el evangelio a su manera—, pues ello no será poco para quien padece la necesidad.» En determinados casos, ya basta con la «buena voluntad». Además, quien está acostumbrado a la desgracia —otra ventaja y, nada desdeñable, de los pobres— no necesita tanta ayuda como aquel que ya fue pudiente y después cayó en la penuria. De ahí que Gregorio exhorte a hacer diferencias en la caridad y a tratar mejor a los que, debido a una desgracia, a un naufragio, a un asalto o a la inmisericordia de los usureros, pasaron bruscamente de la riqueza a la pobreza. Éstos necesitan más misericordia y más ayuda que los demás pobres. Quien desde su misma cuna está habituado a la miseria, la soporta mejor que el rico que pierde súbitamente su riqueza. De ahí que éste deba tener más prerrogativas. A los pobres, desde luego, les promete el obispo Gregorio «los lugares supremos en el reino de los cielos y no cargos en esta ciudad pequeña e insignificante».[68]

¡Oh sí, el cielo, la gran dicha de los pobres! En la tierra, en cambio, las cosas son, sin más, como son y Gregorio es también suficientemente realista como para no

[66] Greg. Nyssa, Vita s. Macrinae 191 ss. Bogaert 884 s.
[67] Comp. Schilling, Reichtum 79.
[68] Greg. Naz. Or. 14, 16; 14, 18 s; 14, 22 s; 14, 27 s; 16, 18 s; 19, 11; 26, 6; 43. 34 y otr. pasaj. De paup. amore c. 6. Bogaert 884.

hacerse ilusiones. «Aunque todos tenemos la misma piel, a unos les está dado mandar; a los otros, ser mandados. A los unos les es dado fijar los impuestos; a los otros, el pagarlos. Los primeros quedan impunes si cometen una injusticia. A los otros sólo les queda el recurso de hacer lo posible para sufrir lo mínimo».[69]

También el colega de Gregorio, Ambrosio, obispo de Milán y Doctor de la Iglesia, es suficientemente desapasionado como para ver las cosas como son, es decir para practicar la política social de los de su esfera. Aboga virilmente, eso sí, en favor de los pobres, pero cuida de no indisponerse con los ricos de cuya parte está aunque sea tan sólo por su alcurnia y posición. Ambrosio ha sido, sin la menor duda, uno de los más consumados maniobreros que la Iglesia y el mundo hayan visto jamás.

112

Por una parte, el popular obispo ataca duramente, en ocasiones, la riqueza y el dinero. Es más, niega resueltamente que la propiedad privada esté basada en la naturaleza. Ésta «ha producido los alimentos [...]. Todo ello lo ha entregado gratuitamente a todos en común para que tú no te arrogues la propiedad de nada en particular» *(hace communia dedil ne tibí aüqua velut propia vindicares).* Toda propiedad privada es antinatural y se basa en la arrogancia y la codicia. Según el designio de Dios, la humanidad debería vivir en comunidad de bienes y poseer la tierra en común.

«La naturaleza creó el derecho de la propiedad común, la usurpación hizo de ello el derecho a la propiedad privada.» Según este «comprometido abogado de los pobres y de los oprimidos» (Wacht), la comunidad de bienes responde a las intenciones del creador y la propiedad privada incompatible con la ley divina y contraria a la naturaleza. «No es tu propiedad lo que repartes entre los pobres; te limitas a devolverles lo que es suyo. Pues tú has arrebatado para tu particular usufructo lo que fue confiado a todos para beneficio de todos. La tierra pertenece a todos y no a los ricos.»

Todo ello suena muy radical, casi revolucionario. Ahora bien, este santo, descendiente de una de las más nobles familias romanas —su padre había sido gobernante de Las Galias—, mantenía él mismo estrechas relaciones con los emperadores y durante ciertas épocas despachaba casi cotidianamente con ellos o les servía a menudo de guía. De ahí que no deseara en realidad la comunidad de bienes. Se limitaba a exigir la caridad y valoraba de forma básicamente positiva la propiedad inmueble. Y la riqueza no sería en modo alguno despreciable en sí misma, ni mala en absoluto sino, antes bien, un don de Dios, un viático para la vida eterna, si se hace buen uso de ella y se ayuda a los pobres.

Huelga decir que Ambrosio no desea la lucha contra los ricos, sino sólo limosnas. «Quien se acrisola en la riqueza —enseña—, es en verdad perfecto y digno de la fama.» En el nombre del Señor el pobre vale ciertamente tanto como el rico, el débil tanto como el poderoso; el jornalero no es, en principio, diferente del latifundista, pues también éste es un

«jornalero de Cristo» (frase que podemos leer nuevamente, casi idéntica, en Pío XII, gran capitalista en su ámbito privado). Ni la miseria ni la escasez deben afligir a los pobres. «¡Que nadie se queje de su penuria, de que tuviera que abandonar su casa con la bolsa vacía! La golondrina es todavía más pobre, que no posee ni un ochavo y

[69] Greg. Naz. Or. 19, 13.

está sobrecargada de trabajo [...].» Otro de los famosos símiles ambrosianos, tomados del mundo de los animales. Pues así como el ave fénix sirve de prueba de la inmortalidad, el buitre lo es de la virginidad de María y la tórtola de la auténtica fidelidad en la viudez, la golondrina por su parte es más pobre que el más pobre y, sin embargo, construye su casa. ¡Sin poseer un ochavo!

El Doctor de la Iglesia presupone como lo más natural del mundo el orden social basado en la propiedad privada, aceptando el *statu quo* económico que explica como resultado del pecado original: las personas de su laya no pierden nunca el aplomo. ¡Tanto más justa resulta así la propiedad de la Iglesia, pues ella está al servicio del prójimo y todo lo da a los pobres! Ambrosio afirma con la mayor seriedad del mundo que lo único que ella posee en exclusiva es la fe: *«Nihil ecciesia sibi nisifidem possidet* [...]».[70]

113

El semisocialista Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo y su discípulo Teodoreto

El mismo Juan Crisóstomo, dotado de una gran sensibilidad social, practica en el fondo el mismo juego marrullero de sus colegas: como ocurre con más de uno de esos, hoy tan admirados, obispos latinoamericanos.

Por una parte, este santo es un pastor que ve en la comunidad de bienes la forma adecuada y natural para la vida humana y en la propiedad de los ricos el patrimonio perteneciente a los pobres. Según él, no es posible adquirir ni mantener la riqueza sin cometer injusticia y en ocasiones predica una especie de evangelio comunista, enseñando que «se posean todas las cosas de forma comunitaria». Escribe que «no es posible hacerse rico sin cometer injusticia, ni tampoco continuar siéndolo con honor», de forma que a veces se le ha calificado de «comunista» o de «socialista». Sabe taxativamente, o predica al menos, que la codicia es un impulso contra natura, una peste que se ha apoderado de todos en mayor o menor medida, que ha desgarrado y esclavizado al mundo, que convierte a los hombres en «insensatos», en «irracionales», en «cínicos y perrunos o peores que los perros» (¡como si justamente los perros hubieran de ser malvados!); «ella los convierte de perros en demonios». A menudo ve en el patrimonio el resultado de la injusticia, conseguido gracias a negocios comerciales y financieros repletos de trampas o mediante el soborno de los jueces: «Quienes dictan el derecho son jueces tan sólo de nombre, en realidad son ladrones y asesinos». Las fortunas resultarían con frecuencia del copo fraudulento de herencias, de los intereses usurarios, de la especulación en tiempos de hambre. El afán de dinero y posesiones provoca litigios, robos, asesinatos, guerras. Por ello aconseja no tener miramientos con el dinero, entregarlo a los hermanos o compartirlo al menos con los menesterosos, dándoles la mitad o un tercio como rescate de su alma. A saber, la caridad extingue los pecados y es así que los pobres, al llevarse el

[70] Ambros. Exam. 5, 2; 5, 27. Expos. in Ps. 118; espec. 118, 8, 22. Sermo. 8, 2; De Nab 1, 1; 3, 11; 7, 36; 13, 55; 16, 67. De Off. Min. 1, 28, 132; 1, 11, 39; 2, 25, 128. Comm. in Lúe, 7, 124. De Tobia 24, 92. Ep. 1, 2, 11; 18, 16. RAC I 705. Sommeriad 1117. Schnürer I 32 s. Dudden, The Life U 549. Wacht 28, 54, 62 .

dinero que se les da, se llevan también los pecados de quien se lo da.[71]

114 Como regla general, desde luego, este príncipe de la Iglesia no exige a los ricos la entrega de su capital. Nunca dio por suprimido el derecho a la propiedad privada, ni vio en la riqueza como tal una injusticia, sino sólo en caso de uso injusto de la misma. Con ello se limita a proseguir las consabidas tácticas y doctrinas vigentes hasta hoy en día. Intentó aliviar la suerte de los pobres por medio de la misericordia y no suprimiendo la injusticia. Trató de hallar la «justa palabra cristiana», válida para ambas partes; para los explotadores y para los explotados: los unos debían moderarse en sus goces, desistir de su arrogancia, de su desmedido desprecio hacia los pobres y hacia el trabajo físico. En contrapartida, los otros debían sudar la gota gorda alegremente y con voluntad tanto más firme, ¡en favor, claro está, de sus hermanos ricos! «No te veas a ti mismo como servidor de un hombre, sino de Dios, obligado por tanto a hacer los honores al cristianismo. Entonces hallarás más fácil el acomodarte a todo: a obedecer a tu amo y a soportar sus caprichos y arrebatos repentinos. Considera que no es a él a quien haces un favor, sino que estás cumpliendo un mandato divino: así podrás sobrellevarlo todo con facilidad [...]. Un sirviente tan bueno y bien dispuesto lo querrá Dios para sí y lo recompensará con las fulgentes coronas del cielo.»[72]

Este máximo representante del catolicismo oriental sabe también cantar, con sospechosa insistencia, loas al destino de esclavos y siervos, propio de las masas, pese a que en numerosas ocasiones haga de él una descripción de compasiva elocuencia. El trabajo físico continuo, escribió, resulta muy beneficioso para la salud. Además de ello vigoriza el cuerpo y el trabajo hace a las mujeres pobres más atractivas que las ricas. También las bellezas naturales, el esplendor del sol y de las estrellas, las disfruta el pobre más intensamente que el rico, cuya vida se disipa entre la borrachera y el sueño. «Y si atendemos al aire, hallaremos que el pobre lo disfruta más puro y abundante.» «Podemos ver a menudo —asevera el famoso eclesiástico— cómo un millonario alaba la felicidad de quien está en el taller y se procura el sustento con el trabajo de sus manos.» Y no es sólo eso. El Dios amoroso, enseña Crisóstomo, ha dispuesto en su filantropía «que el placer no sea obtenido por medio del oro y la plata, sino sólo mediante penas, tribulaciones y penurias [...]». Es cierto, sí, que los ricos duermen .en mullidos cojines y en lujosas camas, pero «a menudo permanecen insomnes durante toda una noche en sus cojines y no consiguen obtener un placer como el del sueño, por mucho que se las ingenien. El pobre, en cambio, tiene sus miembros fatigados cuando pone fin a su dura jornada y apenas se ha tendido, se apodera de él un sueño pleno, dulce y profundo obteniendo con él una nada pequeña recompensa a sus honrados esfuerzos».

Y no es sólo el caso del sueño. En el fondo, pasa otro tanto con la comida, con la bebida y con todo lo demás. Los ricos, ciertamente, se dan a las francachelas y se ceban día tras día. «Y sin embargo, también eso puede darse en la mesa de los pobres. Es más, podemos ver cómo éstos gozan incluso de mayor placer que todos los ricos juntos.» Pues lo decisivo no es la naturaleza de los manjares, sino el estado de ánimo

---

[71] Joh. Chrys. Hom. in Mat. 35. 3; 60, 7; 61, 2; 64, 4; 74, 5; 83, 2; 88, 3. Hom. in Ep. I ad Tim. 12, 3 s; Hom. in Hebr. 10, 4. Hom. in Joh. 82, 4. Bogaert 887 ss. Póhimann II 476 s, 488 ss. Bury I 139. Graus, Volk 282 s. Yo mismo hago un juicio todavía excesiv. posit. del mismo en Hahn. 415 s.

[72] Joh. Crys. Hom. ad Tit. 4,4. Heilmann, Texte III 514.

de los comensales. He ahí otra gran ventaja de los pobres. Más todavía: «Un gran bien no radica en la posesión de tesoros, sino en el temor de Dios y en la piedad [...]. Hay mucho dinero en depósito y sin embargo nos resulta tan útil para eludir los males que pesan sobre nosotros como pueda serlo el estiércol [...]»: si no nos pertenece a nosotros, ¡justa observación! En cambio, exclama este príncipe de la Iglesia experto en asuntos sociales, «mira el caso de alguien que sea justo y tenga plena confianza en Dios, incluso aunque fuese el más pobre de los hombres: ello le basta para poner término a su presente infortunio. Le es suficiente que extienda sus manos al cielo y clame a Dios para que el nubarrón pase de largo».

115

¡Qué fácil, qué maravilloso es todo! El Doctor de la Iglesia Crisóstomo, el «Apóstol de la gran ciudad», el primer «inspirador de la conciencia social», conoce tantas y tan grandes ventajas de la clase explotada que puede preguntarse a sí mismo: «Toda vez que el pobre duerme, come y bebe con mayor placer, ¿qué valor puede tener todavía la riqueza?». De hecho la quintaesencia de su evangelio social se desprende de estas palabras:

«En aquellas cosas más importantes el pobre y el rico están, por lo demás, bien equiparados: ambos participan de igual manera del agua y del aire; de toda la naturaleza. Ambos tienen en sí la misma posibilidad de alcanzar la eterna bienaventuranza».[73]

¡Y no sólo eso! Al igual que muchos Padres de la Iglesia, Juan Crisóstomo motivó y dignificó en su día los trabajos corporales, trabajos que, a la vista de la entera situación social desde Platón y Aristóteles hasta Cicerón y Virgilio, gozaban, con razón, de poca estima, pasaban por ser algo vil, una ignominia frente al ideal aristócrata del ocio. Hizo propaganda del trabajo como medio de autoeducarse y de llevar una vida virtuosa, de forma que exigió de las masas cristianas un celo aún mayor en sus labores y mayor rendimiento. Y ello en un doble sentido: en apoyo de los incapacitados para trabajar... ¡y del clero! «De ahí que Pablo no se limite simplemente a mandar que se trabaje, sino que exige hacerlo con ahínco, al objeto de poder ayudar también a nuestros semejantes con la remuneración obtenida.» ¿Acaso no fue la misma razón la que llevó al Doctor de la Iglesia Basilio a escribir que «puesto que hay que comer cada día, menester es que se trabaje también cada día»? Esta nueva transfiguración del trabajo, la sublimación religiosa de su sentido, su carácter de obligación ética —algo que el protestantismo cultivaría con mayor celo aún (Lutero acuñaría al respecto el estúpido símil de que «el hombre nació para trabajar, así como el pájaro nació para volar»—, esa idea, que todavía en el presente sigue dominando el mundo laboral, acerca del alto valor moral del trabajo, beneficiaba sobre todo a los patronos, a los dueños, al alto clero y a la nobleza —posteriormente a la burguesía— mientras que las masas continuaron en la indigencia a lo largo de toda la Edad Media y hasta bien entrada la Moderna. En buena medida, hasta nuestros días.[74]

A despecho de todas las gangas de los pobres, también ellos se veían ocasionalmente asolados por la desdicha y las penalidades, algo que no se le podía ocultar tampoco al santo Doctor de la Iglesia. Pero ello, explica raudo, lo hay en todas

---

[73] Joh. Chrys. Hom. ad pop. Ant. 19, 1; 2, 8. De Anna. Serm. 5 Hom. in 2 Cor. 12, 5. Hom. in Gen. 50, 1. Heilmann, Texte III 372 s. Holzapfel 80 ss, espec. 89 s;

[74] Joh. Chrys. Hom. in Jh. 44, 1. Seipel 124. Eberie 41 ss (con gran detalle). Fichtenau, Askese u. Laster 66. Prinz, Frühes Mónchtum 532. Fetscher 46.

partes. «La aflicción es algo común para todos nosotros —escribe—. Nadie en absoluto está libre de la aflicción y la miseria: unos llevan una cruz más pequeña. Otros, más grande. No nos apoquemos, pues, y no creamos que somos los únicos en sufrir infortunios [...]; el género humano es de índole descontentadiza, melancólica, siempre a la brega con su suerte.»[75]

Teodoreto, obispo, desde el año 423, de la pequeña ciudad de Ciro, junto a Antioquía, sigue exactamente los mismos pasos de su maestro y paisano Crisóstomo. Es más, en la medida en que eleva, aún más, las exigencias a la clase trabajadora y apenas critica a los encumbrados, va más allá del Crisóstomo y representa —también desde la moderna perspectiva eclesiástica— «el punto culminante de la valoración paleocristiana del trabajo» (Holzapfel).

El trabajo corporal, la prestación de servidumbre, hallan en Teodoreto una fundamentación fuertemente metafísica y, en cuanto entendido como resultado del designio divino, se transforma en ideal cristiano, meritorio ante Cristo: «Por consideración con Él, reputan como una dicha su triste situación, y la penosa jomada cotidiana, como el más agradable de los sueños». Así se expresa Teodoreto respecto de los pobres, los campesinos, los artesanos, los obreros. Su miseria la explica él como «consecuencia del pecado original». Su auténtica dicha, el auténtico salario de su «virtud», consiste en una entrega al trabajo que vaya más allá del simple desempeño de su obligación. De ahí que alabe a aquellos «que cumplen con íntimo celo las obligaciones derivadas de su sujeción laboral, que no necesitan de la coacción, sino que cumplen su deber por inclinación y se anticipan a lo que les obliga hacia su señor».[76]

Ya se ve cuál es la novedad decisiva por lo que respecta al trabajo: hay que aceptarlo, no como antes, a regañadientes, sino *gustosamente:* en aras del Señor... ¡y de los señores! Tanto más gustosamente cuanto que los señores lo tienen peor que «la clase de los servidores». «Ten presente que muchos señores han de trabajar tanto como sus siervos, o más aún que éstos, si tenemos en cuenta sus preocupaciones [...]. El trabajo es algo común a siervos y señores, pero no las preocupaciones. Si pues los siervos y los señores trabajan, pero estos últimos se ven encima de ello agobiados por las preocupaciones, ¿cómo no contarlos entre los más desdichados?»[77]

También el obispo Teodoreto considera la riqueza y la pobreza elementos integrantes de la armonía del orden cósmico querido por Dios. Éste lo ha predispuesto así sabiamente. Teodoreto defiende todo esto con la máxima energía: que haya ricos, un cierto lujo y, necesariamente, también pobreza. «¿Por qué aceptáis de mal grado que no todos hayáis llegado a ser un Creso, un Midas o un Darío?», pregunta el obispo como si la alternativa fuese ésta: Creso o mendigo; todo o nada. «¿Cómo podrían todos ser ricos? [...]. ¿Quién aceptaría gustoso el papel de servidor si él gozara de tanta opulencia como los demás? [...]. ¿Quién aguantaría en las canteras y suministraría sillares, quién dispondría éstos en un conjunto sólido y bello para construir edificios, si no es porque la pobreza lo apremia y lo induce al trabajo?». La música, argumenta Teodoreto, requiere muchos tonos y sólo de la composición con muchos colores puede resultar un cuadro. También las formas geométricas

[75] Joh. Chrys. Hom. in 2 Tim. 1, 2 s.
[76] Theod. De Provid. 8 s. Ep. 23. Holzapfel 103 ss, esp. 106.
[77] Theod. De Provid. 7.

muestran una desbordante variedad. Y así como hay diferencias en la música, la pintura y la geometría, es forzoso que las haya asimismo en la sociedad humana. «Quien todo lo gobierna ha atribuido, con razón, al uno, la pobreza; al otro, la riqueza [...]. Admira a quien todo lo ha dispuesto tan sabiamente y concedido a unos la riqueza y a otros habilidades manuales.» Y por lo que respecta a los bienes básicos más importantes —agua, aire: ¡recordemos a Crisóstomo!— el pobre y el rico están, sin más, equiparados: «Una vez más —la loa viene de mediados del siglo XX— nos hallamos ante un obispo de gran formato».[78]

Y con todo, el máximo formato y, por supuesto, también la máxima influencia corren, también en este ámbito, a cargo de Agustín.

El Doctor de la Iglesia Agustín aboga por la «fatigosa pobreza»

Para Agustín, cuyo pensamiento está hasta tal punto dominado por la idea de Dios que su filosofía no es, en el fondo, sino pura teología, Dios se sitúa en el mismísimo centro y por ende también su propio yo. Pues fue sólo en aras de ese yo, de ese híbrido egocentrismo, que espera la recompensa eterna y teme el castigo eterno, por lo que se ocupó perpetua y apremiantemente de Dios.

Un espíritu tan extremadamente teocéntrico y egocéntrico no podía, ya de antemano, ser una persona de auténtica sensibilidad ética y social. Al revés que otros Padres de la Iglesia Agustín hace una defensa explícita de las diferencias sociales del orden vigente. Las contempla como algo necesario, provechoso, incluso si tuvieran su origen en la violencia y la guerra u originen, a su vez, nuevas contiendas, guerras, asesinatos y pecados. Según ello, es también forzoso que haya propiedad: privada, del Estado y, no la menos importante, de la Iglesia. El dinero y los bienes son, según Agustín, dones de Dios, que es quien ha distribuido la riqueza. Pero no es el bienestar social lo que hace feliz a un pueblo: feliz es el pueblo que tiene a Dios por señor.[79]

118

Pero el señor resulta ser siempre no el señor de la Biblia, el Señor, sino los señores en persona. Es así como Agustín desvirtúa la Sagrada Escritura haciendo uso de aquella grandiosa cortina de humo que desde mucho tiempo ha estado en boga entre los teólogos. El sermón de la montaña significa meramente que se ha de dar de lo que a uno le sobra, si la necesidad acuciante así lo impone. La expresión «el injusto *mammón», (mammón iníquitatis),* expresa que el dinero no ha de constituir el único sentido de la vida. La orden dada al joven aspirante a discípulo para que lo venda todo no ha de ser entendida como norma universal, sino como algo personal, únicamente referida a este caso particular. El conocido símil del camello que puede entrar más fácilmente por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos no imposibilita a los ricos el acceso al paraíso. Sólo insinúa las dificultades. También el comercio, aprobado, ciertamente, por todos los «padres», aunque a menudo con ciertas restricciones se beneficia de un generoso reconocimiento por parte de Agustín. Hay mercaderes que son tan buenos *(boni negotiatores)* como puedan serlo los buenos

[78] Theod. Graec. aff. cur. 6. De Provid. 6. Holzapfel 100 ss.

[79] August. De Ord. 2, 25. Civ. Dei 15, 22. Ep. 155, 2, 8. Enarr. in Ps. 131, 5. Troeltsch, Augustin 143. Schnürer 175 s. Dittrich II 230. Holl, Augustins innere Entwickl. 86 ss. Zumkeller 136.

artesanos y campesinos. El margen de ganancia sería el legítimo sustento del comerciante y el fraude o el perjurio no serían inherentes a esa profesión. (El Padre de la Iglesia Salviano de Marsella ve las cosas de modo muy distinto: según él la vida de todos los negociantes no es otra cosa que fraude y perjurio.)[80]

Para Agustín, resueltamente situado de parte de las clases poseedoras y dominantes, la miseria económica no constituye una desgracia y lo decisivo no es la riqueza material, sino la interior, la bendición de Dios. El rico Abraham y el pobre Lázaro eran ambos «ricos» a los ojos de Dios.[81]

Los bienes inmuebles de la Iglesia, que ésta presentaba como una gran carga, se justificaban como «propiedad de los pobres», como legítima posesión en virtud del derecho imperial, de forma que también aquélla, como cualquier otro propietario, podía hacer valer sus derechos. Para el obispo de Hipona, la riqueza, bien sea lícitamente adquirida, bien heredada, está plenamente legitimada y no es, como para otros Padres de la Iglesia, ni *usurpatio* ni *praesumptio,* una vez reconocida por el Estado. El dinero pueden poseerlo tanto los buenos como los malvados y en cuanto tal no hace que una persona sea buena o mala, feliz o desdichada. No es el dinero lo censurable, sino la codicia *{non facúltales sed cupiditates).* Agustín combatió a los maniqueos, para quienes el dinero mismo era ya malo, y atacó a los pelagianos, para quienes un rico sólo podía alcanzar la bienaventuranza si renunciaba a sus posesiones. Justamente a Pelagio, lo sometió Agustín a un hostigamiento prolongado e intenso, aunque aquí pesaban también, ciertamente, las razones dogmáticas. Ambos, sin embargo, llegaron a intimar —algo que no debió de ser puramente casual— con una familia, la de santa Melania y su marido Piniano, que era probablemente la más rica del Imperio Romano. (La venta de los latifundios de estos multimillonarios, latifundios dispersos por todas las regiones del imperio, ocupó trece años, de 404 a 417.) Y por lo que respecta a Agustín, hizo la corte a muchos superricos, mientras que para Pelagio los ricos apenas sí podían llegar a ser cristianos dado que, según Lucas 18, 25, las puertas del cielo les estaban cerradas.[82]

119

A Agustín le agrada enfatizar que los ricos deben cultivar sentimientos de humanidad, administrar su riqueza pensando también en los necesitados. Deben ser compasivos y ayudar a los pobres. ¡Pero sin excederse! Más bien con circunspección, con sensatez y de acuerdo con las circunstancias. Ya es suficiente con mitigar parcialmente la más dura de las penurias. Es natural que los ricos deban vivir de acuerdo con su *status* y puedan retener más de lo que necesitan para vivir con tal de que no se olviden completamente de los pobres. Sírvete tú mismo de lo superfluo, aconseja Agustín a los ricos, y da parvamente a los pobres. Es más, los casos en que resulta legítimo rechazar la petición de ayuda de los pobres son incontables. Y ese rechazo es incluso obligado si aquélla vulnera un «bien superior». (¡Bien de quién!) Interesante a este respecto es su consejo al diácono Heraclio para que no distribuya su patrimonio, sino que compre una finca y ceda su propiedad a la Iglesia.[83]

---

[80] August. Serm. 50, 4, 6; 113, 4 ss. Ep. 157, 4, 26 ss. Enarr. in Ps. 62, 14; 51, 14 s y en otr. pasaj. Salv. Gub. 3, 50. Drexhage 572 s. Linhardt 213.

[81] August. in Ps. 51, 14 s. Sermo. 61, 9, 10. Stritzky 1203. Troeltsch, Augustin 146. Diesner, Studien zur Geselischaftslehre 23 ss, 92 ss.

[82] August. In Jh. Tract. 6, 25. Ep. 185, 9, 36. Otras indic. de fuentes en Bogaert 893,896. V. tb.870.

[83] August. De Doctr. Christ. 1, 28, 29, Serm. 61, 11. 3; 61, 11, 12; Civ. Dei 19, 16; De Op. Monach. 30, 38. Bogaert 895 ss. Stritzky 1202. Schilling, Soziallehre217.

La riqueza, un bien indiscutible en opinión de Agustín, no causa indefectiblemente la felicidad, ¡oh no! El santo conoce en cambio pobres que son felices. Hacia el año 400 se refiere con estas palabras a los jornaleros, esclavos y otros «humildes oficios»: «Ellos se criaron en circunstancias duras y por ello mismo tanto más felices». El santo se muestra incansable a la hora de mostrar a los pobres cuan feliz es su situación, de refrenarlos, de calmarlos, de educarlos como súbditos dóciles, como siervos, como objetos útiles para la explotación. Incansable es también para prevenirlos contra la codicia, contra el afán por hacerse ricos: algo horrible. Pues dejando aparte el hecho de que todo pertenece a Dios, la situación del rico no es precisamente halagüeña, ya que las posesiones no aportan paz, ¡qué va! El pobre duerme mucho más tranquilo que el rico, atormentado por los cuidados. Es cabalmente el hambriento el que saca gusto al manjar más sencillo: un sabor del que el rico no tiene ni idea.

«No desprecies a los ricos compasivos, a los ricos humildes —exclama Agustín—, pues si el rico es humilde, cuánto más lo ha de ser el pobre.»[84]

De hecho, para esto último siempre se adoptaron las pertinentes medidas, pues los pobres comparten, sí, el cielo con los ricos, pero no la tierra. En ella deben contentarse con lo que tienen, según Agustín. Están prácticamente condenados a permanecer «bajo el yugo, eternamente inmutable, del estamento inferior». Deben vivir en pos del ideal de la «fatigosa pobreza» *(laboriosa paupertas).* Deben permanecer pobres y trabajar mucho: ¡uno de sus «consejos básicos» a los pobres! (Diesner).[85]

Ni que decir tiene que Agustín aprecia el trabajo. Tanto más cuanto que fue el cristianismo el que enseñó su valor positivo e inculcó continua y machaconamente su carácter de obligación, de deber de la conciencia moral. Lo hizo sobre todo, claro está, cara a los estratos más pobres, en los cuales elogia Agustín la *laboriosa paupertas,* que nunca incurre en pecado y sí sirve, en cambio, de «corrección de los pecadores» *(coercitio peccatorum), de* medio para la perfección y, en último término, para obtener la consiguiente bienaventuranza. Pero por abundantes que sean las ocasiones que se le brindan al pobre para expiar los pecados y ganarse con ello el cielo, Agustín expone profusamente que los maestros espirituales, los sacerdotes, están eximidos de la prestación de trabajos corporales.

¡«Con toda razón»! También lo están los hombres de los estamentos superiores, quienes habitualmente ingresan en los monasterios con su dinero y su hacienda. El estamento más bajo y en general, los estratos sociales inferiores de la sociedad humana, tienen que trabajar. En ese contexto, el Doctor de la Iglesia exalta con espléndidas palabras el trabajo, especialmente el del campo, el más urgentemente necesario en su época y, por lo demás, aquel al que Adán se dedicó en el paraíso. Por supuesto que cualquier trabajo, hasta el más ínfimo, conduce a Dios si se realiza con recta conciencia. Y llegados ahí se esfuma todo antagonismo de clase, toda diferencia entre trabajo servil y trabajo libre. «Así, el pensamiento teocéntrico de Agustín eleva el trabajo a la esfera de lo sobrenatural», comenta entusiasta la obra del teólogo católico Holzapfel, galardonada por la Universidad de Würzburg y provista del

[84] August. Lib. Arb. 1, 15, 32,110. Ser. 14, 3,4; 14,4,6; 14, 5, 7; 48, 8; 50,4; 50, 7; 61, 2 s; 61, 10; 61, 11, 12; 85, 6, 7; Discipl. 10; Ep. 50, 3, 5; 50, 5, 7; 153, 26; 155 3 9 Enarr. in Ps. 48; 51, 14; 62, 14; 147, 13; De Opere Monach. 25.

[85] August. Serm. 14, 3,4; 85, 5, 6; 85, 6, 7; 14,4,6. Ep. 104, 3; 157,23. Conf. 7, 6. Diesner, Studien z. Geselischaftslehre 33.

Imprimatur eclesiástico, cuyo prólogo comienza con estas palabras: «Asistimos a la aurora de una nueva era. Un nuevo *ethos* vital brota de nuestra generación. Todo cuanto había de hueco y putrefacto en la época transcurrida, se desmorona». ¡1941![86]

Agustín sabe también cómo el trabajador aliviaría su dura suerte, pues bien puede, en efecto, «entonar cánticos espirituales y endulzar por sí mismo sus fatigas con una divina canción, al modo de los remeros». (Quizá se acordaba aquí el santo del amigo de su juventud. Licencio, quien en su lujosa finca de Casiciaco, donde vivieron juntos, cantaba salmos hasta en el tocador: pero las ocupaciones son muy diferentes en uno y otro caso.)

A esa edificante posibilidad de endulzarse el trabajo duro por medio del canto aluden también, por supuesto, otros «Padres», verbigracia Pedro Crisólogo, muerto hacia el año 450, hombre que gozó de gran celebridad y llegó a arzobispo de Ravena: «Quienes han de someterse a trabajos pesados intentan consolarse evadiéndose con el canto». O bien el Doctor de la Iglesia Jerónimo, quien afirma desde Jerusalén: «Dondequiera que mires verás al agricultor que dirige el arado y canta al mismo tiempo su aleluya. El segador, de cuya frente chorrea el sudor, alivia su trabajo acompañándolo con salmos. El viticultor, que poda las vides con el podón, entona uno de los cánticos de David». Agustín trae también a colación a Jesús, que llamó ligeros a su yugo y su carga, y agrega por su parte que el amor que el Espíritu Santo derrama en los corazones surte además el efecto de que «se ame lo ordenado de modo que nada resulta ya duro o pesado si se inclina pura y servicialmente la cerviz bajo ese yugo».[87]

121

De ese modo, Agustín contempla la totalidad de la vida económica desde un enfoque «ético-religioso», mostrando «una visión particularmente clara del aspecto social y una extraordinaria (!) comprensión del mismo», palabras elogiosas pronunciadas por el teólogo Schilling en el siglo XX. Y siglo tras siglo la Iglesia viene repitiendo y realizando aquellas ideas suyas.[88]

El santo se fue endureciendo a lo largo de su vida. La renuncia al amor terrenal, del que tanto disfrutó antaño, suscitó de cierto alguna que otra compensación. En todo caso, el santo abogó por una autoridad implacable y también por una «educación a través de los infortunios del destino» *(per molestias eruditio) o* bien por otros reveses: «Si, pues, un miembro de la casa perturba la paz del hogar con su desobediencia, debe ser corregido mediante reprimendas, por medio de golpes o por cualquier otro castigo justo y permitido, a tenor de lo que autorizen la ley y la costumbre, y por cierto en beneficio suyo, para que se someta de nuevo a la paz de la que se había desviado». Todos deben, sin más, someterse a la Iglesia, a la «madre de los cristianos», algo que también desearían los sacerdotes de hoy en día: «Eres tú (la Iglesia) la que educas e instruyes [...] guiándote no sólo por la edad del cuerpo, sino también del espíritu. Tú haces que las mujeres se sometan a sus maridos en casta y fiel obediencia. Tú otorgas a los hombres autoridad sobre sus mujeres. Tú sometes a

[86] August. Ep. 104, 1, 3; Civ. Dei 18,49; De Opere Monach. 21,24 s. Holzapfel 7. Prinz, Frühes Mónchtum 532. Ampliamente y con toda clase de fuentes documentadas acerca de la valorac. del trabajo entre los cristianos en Eberie 6 ss.

[87] August. De Opere Monach. 17, 20; De Ordine 1, 8. Petr. Chrys. Serm. 10, Hieron. Ep. ad Arm. et Paúl 4 f, 46, 12. Kraft, 419. Holzapfel 137. Clévenot, Der Triumph 117.

[88] Schilling, Soziallehre 242 s. Del mismo, Reichtum 26.

los niños a sus padres bajo el signo de una docilidad completa [...]. Tú enseñas al esclavo que se sujete a su señor y no tanto forzado por la necesidad de su situación como por la deliciosa naturaleza del deber [...]. Tú enseñas a los reyes a velar por sus pueblos y exhortas a los pueblos a someterse a sus reyes».[89]

Todo el mundo tiene que someterse; todos sufrir, según el más grande de los doctores católicos, quien incluso en su polémica contra el joven obispo Julián de Eclano, el único adversario que podía en cierto modo medirse con él, se enardeció hasta el punto de asegurar: «La fe católica es de tal naturaleza que afirma la justicia de Dios, pese a todos los sufrimientos y suplicios padecidos por los niños de corta edad [...]».[90]

[89] August. Civ. Dei. 19, 16. De Ecci. Cathol. 1, 30 (63).
[90] August. Op. Imp. 1,22.

123

LA PRAXIS DE LA IGLESIA

«No hay nadie entre nosotros que no aspire en todo momento a poseer más de lo que ya tenía [...]. Las cosas han llegado así tan lejos
que los graneros de unos pocos están llenos de cereales mientras los estómagos de la inmensa mayoría permanecen vacíos.»

ZENÓN, PADRE DE LA IGLESIA Y OBISPO DE VERONA[1]

«También en la Iglesia desempeñó el dinero un importante papel [...]. Con la riqueza, no obstante, entraron también en la Iglesia la perdición y la codicia [...]. Con la riqueza, la codicia penetró también en los monasterios.»

R. BOGAERT[2]

«Caduca, y tiempo ha extinguida, está aquella fuerza espléndida, superadora y beatificante de todas las cosas, propia de la edad prístina de tu pueblo, oh Iglesia [...]. Su lugar han venido a ocuparlo la codicia, la concupiscencia y la rapacidad [...], el odio y la crueldad, el despilfarro, la desvergüenza y la iniquidad [...]. A medida que crecía el poderío, menguaba la integridad.»[3]

«Y algunos contemporáneos serios y de sólido juicio afirmaban sin disimulo que muchos obispos y sacerdotes estaban tan contaminados por los males de la época, por el ansia de poder, la codicia, la venalidad y la indiferencia ante lo justo y lo injusto como los mismos dignatarios del Estado.»

HEINRICH DANNENBAUER[4]

«Ardemos literalmente en la codicia y mientras lanzamos improperios contra el dinero, llenamos con él nuestras tinajas y nunca nos saciamos de él.»

JERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA[5]

«A ello responde el que no haya hasta hoy una exposición completa de la historia económica de la Iglesia antigua, pese a la abundancia
de fuentes disponibles al respecto.»

REINHART STAATS (1979)[6]

124

[1] Zeno cit. en Fichtenau, Askese u. Laster 95.
[2] Bogaert 867 ss.
[3] Salv.adecci. 1. 1.
[4] Dannenbauer I 243.
[5] Hieron.Ep.l23.
[6] Staats, Deposita Pietatis 4, nota 6.

Dinero para todos los mensajeros del Evangelio y en particular pana los obispos

A despecho del ideal evangélico de la pobreza, las comunidades cristianas dispusieron bien pronto de un patrimonio propio proveniente de muy distintas fuentes. Los escritores eclesiásticos no gastaron muchas palabras al respecto, pero el dinero desempeñó un importante papel desde un principio. Cierto que no hubo un impuesto eclesiástico durante los primeros siglos, pero desde el comienzo mismo del cristianismo se exhortó a los fieles a que hicieran donaciones voluntarias y a este respecto tomaron como ejemplo el impuesto del templo entre los judíos. La misma Comunidad original en Jerusalén disponía de un «tesoro eclesiástico» (Plóchi) compuesto por los donativos voluntarios de sus miembros. A los centavos de los pobres vinieron a sumarse paulatinamente los donativos de los ricos, especialmente en el momento de su conversión.[7]

Sabemos por Tertuliano que cada cristiano pagaba una especie de cuota a «una especie de caja», cuota voluntaria, por supuesto, y no como si «la religión fuese algo asequible por dinero. Cada cual aporta un modesto óbolo un día determinado del mes o cuando quiera, si es que quiere en absoluto o si es que puede siquiera». Tertuliano lo llama «una especie de préstamo *(deposita)* de la piedad» e Ireneo viene a usar una perífrasis análoga, según la cual el donante dispone con ello de un depósito en el cielo que arroja allí nuevos intereses: un negocio lucrativo.[8]

Ya desde los mismos comienzos, el patrimonio de las comunidades se componía de dinero en efectivo, de otros bienes muebles y también de inmuebles. A medida que se fue formando un patrimonio, se procedió a invertir el mismo, especialmente mediante la gradual adquisición de fincas, de las que se tiene constancia ya «en los primeros comienzos» (Wieling), bien procediesen entonces de donaciones o de legados. Primero compraron algunos emplazamientos para tumbas, después fincas rústicas y casas de alquiler. Con los réditos obtenidos se hicieron nuevas compras.[9]

Durante los dos primeros siglos, los sacerdotes vivieron de las limosnas de sus seguidores: entregas voluntarias en especie o en dinero. Ellos mismos les requirieron enfáticamente en este sentido.

125

Pablo, en estricta oposición a Jesús, exigió ya dinero para los mensajeros del evangelio.

En la *Didaché* se exige ya, a comienzos del siglo II, la entrega regular del diezmo. Los cristianos deben además entregar «las primicias del lagar y de la trilla, de los novillos y de las ovejas» a los profetas, la crítica contra los cuales ¡constituye un pecado contra el Espíritu Santo! «Pero si no tenéis profetas, dadlo a los pobres.» En primer lugar, pues, los profetas, los señores. Otro tanto vale decir del pan, del vino, del aceite. Y eso no es todo: «De las monedas de plata, del vestido y de cualquier clase de propiedad toma a tu arbitrio la primera porción y entrégala como está prescrito».[10]

A los sacerdotes, exige el obispo Cipriano, se les debe librar de cualquier cuidado material. También ajuicio de su contemporáneo Orígenes, el teólogo más descollante

---

[7] Plochi 95. Sommerlad I 301. Seipel 84.
[8] Tert. Apologet. 39, 5 ss. Iren. Adv. Haer. 4,18, 6.
[9] Wieling 1192 s. Plóchi 94 s.
[10] Bogaert 867. Staats, Deposita Pietatis 5 s.

del cristianismo primitivo, deben los seglares sufragar el mantenimiento del clero. El obispo y Padre de la Iglesia Teodoro de Mopsuestia, muerto en 428, cuya «gran comprensión del orden social y la vida profesional acorde con la divina vocación» sigue ensalzando en el siglo XX el galardonado teólogo Holzapfel, enseña con énfasis: «Los santos, los doctores de la Iglesia, están libres del cuidado de ganarse el sustento. Con tanta mayor razón (!) deben ser exhortados los demás fieles para que se ocupen de ello». Y el Doctor de la Iglesia Agustín subraya, por supuesto, que Pablo permite «no sólo que los buenos fieles se cuiden del sustento de los santos, sino que los exhorta a ello por ser ésta una obra muy salutífera». Los seglares han de «cuidarse» siempre e incesantemente de que el clero esté libre de cuidados...[11]

Los obispos se convirtieron, ya en el siglo II, en receptores de todos los ingresos eclesiásticos. Poco a poco se habían ido encumbrando convirtiendo en sus subordinados, o desplazándolos, a apóstoles, profetas y doctores, la figuras determinantes en un principio.[12]

Ya bajo el obispo Ignacio de Antioquía, el cargo de obispo se convierte en la quintaesencia de la comunidad y el obispo en receptor de las divinas revelaciones, en imagen de Dios. «Es evidente —enseña Ignacio— que debemos contemplar al obispo como si fuese el mismo Señor.» Incansablemente se lo remacha así a su grey. Incansable es también en su reivindicación de todo el poder para enseñar y disponer, de la sumisión incondicional de clérigos y seglares. Y también insiste incansable y taxativamente en que sin obispo no hay ni comunidad cristiana, ni buena conciencia ni sacramento válido. Sólo lo que el obispo aprueba es grato a Dios. «Sin el obispo no debéis emprender absolutamente nada —predica el obispo Ignacio—. Quien honra al obispo, es honrado por Dios; quien hace algo sin contar con el obispo, sirve al diablo.»[13]

126

Cierto que de las afirmaciones de Ignacio tenemos sólo constancia por escrito —de modo que no se descartan falsificaciones—, pero paulatinamente se fueron convirtiendo en realidad y el obispo no sólo fue receptor de las revelaciones celestes, sino también de bienes y valores terrenales. En efecto, una vez reunidos en su persona todos los cargos —al acabar el siglo II—no sólo adquirió una potestad omnímoda sobre su clero, al que podía investir o deponer a su arbitrio por estarle estrictamente subordinado *(ad nutum episcopí),* sino también sobre la administración del patrimonio de la Iglesia. Todas las donaciones iban a parar a él, personalmente, o a través de sus diáconos, mientras que —una regulación bien cómoda— «él sólo tiene que rendir cuentas a Dios».[14]

El obispo podía manejar rumbosamente no sólo los donativos, sino también el patrimonio eclesiástico restante, mientras que sus comisionados, los sacerdotes y diáconos, eran responsables ante él y dependían completamente de él, tanto en el plano espiritual como en el económico. Cierto que él debía procurarles el sustento y concederles un *stipendium,* pero la cuantía la fijaba él a discreción. Podía

[11] I Cor. 9, 4 ss. Gal. 6, 6. Cypr. Ep. 66. Orig. in Num. Hom. 11, 1. Theod. Mops. in Ep. ad Ephes. August. De Op. Monach. 16, 17. Preisker, Das Ethos 103,174.

[12] Sobre el origen de las dignidades eclesiásticas, inform. detall, en Deschner, Hahn 223 ss.

[13] Comp. Ign. Ephes. 6, 1. Trall. 3, 1. Smym. 8, 1 s; 9, 1. Magn. 7, 1. Philad. 7, 2 y en otr. pasaj.

[14] Schwer, Armenpflege 695.

«establecerla a su arbitrio» (Nylander).[15]

Bien a menudo, el sustento pagado por el obispo debió de ser menos que regular. En todo caso, los clérigos ejercían al principio otras profesiones para sobrevivir cuando menos. Todavía en la época posconstantiniana, desde el siglo IV al vn, se les ve hacer de orfebres y plateros, de escultores, panaderos, fabricantes de arcos, tejedores, remendones, acondicionadores del lino, elaboradores y vendedores de bebidas, etc. Ya el emperador Constancio concedió la franquicia fiscal a los clérigos que practicaban el comercio para asegurarse el sustento. También sus mujeres, hijos y servidores quedaban exentos de impuestos. Con todo, Valentiniano III tuvo que proceder legalmente, en 447, contra clérigos que expoliaban tumbas para robar piedras. (Mientras que a ellos se les amenaza con la deposición y el confinamiento, a los seglares se les aplica la pena de muerte por ese mismo delito.)[16]

En la *Didascalia* de comienzos del siglo m, los obispos hacen las veces de «administradores de Dios» y reciben las «primicias, diezmos, obsequios de consagración y regalos» como «ofrendas». Con plena responsabilidad, se entiende, y obligados a ello por una frase de la Sagrada Escritura: «¡Sed buenos cambistas!», frase que ni siquiera figura en aquélla, aunque sí, por cierto, entre los *Agrapha,* las sentencias de Jesús no trasmitidas por el Nuevo Testamento. Es interesante al respecto que la cuantía del donativo recae bajo el secreto de la disciplina arcana, puesta al servicio de Dios: «[...] quien habla de ello, no obedece a Dios y es un traidor de la Iglesia».[17]

127

La Iglesia de los pobres comienza a ser rica

Una de las más tempranas promotoras de la riqueza eclesiástica fue, en la transición del siglo i al u, la princesa flavia Domitila, después santa, pariente del emperador Domiciano, quien la desterró a causa de su fe a la isla Pandataria. Como legado o donativo entregó a los cristianos de Roma una finca sita en la Via Ardeatina, el *coemeterium* cristiano más antiguo y el más grande de la comunidad romana, designado por el nombre de la donante.[18]

La Iglesia poseía terrenos ya mucho antes de la época constantiniana. En cuanto que *religio illicita* (corporación ilícita), no tenía de hecho autorización alguna para la adquisición de bienes inmuebles. Ahora bien, como quiera que las persecuciones contra los cristianos fueron mucho más inocuas de lo que se le ha pretendido inculcar al mundo entero durante casi dos milenios, la Iglesia de Roma, por ejemplo, poseía bienes raíces aunque legalmente no pudiera adquirirlos y los poseía con la tolerancia e incluso con la protección del Estado pagano. Incluso las catacumbas, o justamente ellas, símbolo de la persecución para toda la posteridad hasta nuestros días, lo demuestran. De hecho «la mera existencia de aquellas y la de su ampliación a lo largo de los siglos n y m es en verdad un testimonio de la generosa tolerancia de que gozó

[15] Nylander 23, Plóchi 95 s.
[16] Cod. Theod. 16, 2, 8. Nov. Valent. III 23. Drexhage 547, 550. Plóchi 96.
[17] Didask. 9 s; 15; 18. Staats, Deposita Pietatis 7.
[18] LthK 1. A. III 399. Caspar 140.

el cristianismo, prohibido por ley, de parte de las autoridades» (Gaspar). Ya a mediados del siglo IV hay en las inmediaciones de Roma dieciséis cementerios cristianos.[19]

Quien tiene bienes raíces, tiene también dinero. En todo caso, era patente que la Iglesia disponía en Roma, ya a comienzos del siglo II, «de gigantescas sumas de dinero en efectivo» (Staats). Y cien años más tarde el obispo disfrutaba allí de un poder económico y social que no se puede subestimar. La Iglesia de la ciudad de Roma dispone ya en el siglo III de un patrimonio en dinero *(pecuniae ecciesiaticae),* proveniente de las cuotas voluntarias, de las donaciones y también de los rendimientos de sus fincas. Posee casas, cementerios y otros bienes inmuebles y a mediados de ese siglo no sólo puede costearse un obispo, sino también 46 presbíteros, 7 diáconos, 7 subdiáconos, 42 acólitos y 52 exorcistas, lectores y custodios, aparte de ayudar a 1.500 viudas y menesterosos, «a todos los cuales», escribe entre orgulloso y modesto el obispo Comelio, «mariscal de Dios» y «patrón del ganado de cuernos», «alimenta la gracia y la bondad del Señor».[20]

Tampoco la comunidad de Cartago conoció apenas la pobreza pues, a la vez que subvencionaba talleres artesanales cristianos, era capaz de reunir de un golpe una suma de 100.000 sestercios para rescatar a unos cristianos cautivos de unos bandidos munidas.[21]

128

La riqueza de la Iglesia del siglo III era algo que las autoridades conocían ya muy bien. Eso las llenaba de envidia y constituía una tentación a la injerencia abusiva. Así por ejemplo, la persecución contra los cristianos bajo el emperador Valeriano (253-260) fue primordialmente motivada por el afán de llenar las arcas estatales con la confiscación del dinero cristiano. Es muy significativo que la operación no partiese del emperador, sino de su ministro de finanzas, Macriano, pues el catastrófico hundimiento monetario de aquella época «le parecía al ministro razón más que suficiente para justificar cualquier medio de obtener ingresos» (Andresen). El segundo edicto del verano de 285, por los días en que también fue decapitado Cipriano de Cartago, decretaba expresamente la confiscación del patrimonio eclesiástico controlado por el obispo, del patrimonio de los cristianos revestidos de altas funciones estatales y del de las matronas cristianas acaudaladas.[22]

También san Lorenzo, administrador de la Iglesia romana y uno de sus más famosos mártires (patrón de los bibliotecarios, de los bomberos, de los pasteleros, de los cocineros y eficaz auxiliador en caso de peligro de incendio, fiebre y lumbago), parece haber sido condenado a muerte bajo el emperador Valeriano por parte del prefecto de la ciudad a causa de su negativa a entregar al Estado los dineros y tesoros eclesiásticos.[23]

Es cierto que estos recursos sirvieron también para ayudar a muchos semejantes, y no sólo clérigos. (Alejandría, a la cabeza en la atención a los indigentes, aumentó el número de asistencias a los pobres de 500 a 600 en el año 418.) Que en la antigua

---

[19] Wieling 1193. Caspar i 40 s.
[20] Euseb. H. e. 6, 43, 11. Plochi 95. Güizow, Kallist 102 ss. Staats, Deposita Pietatis 8.
[21] Cypr. Ep. 41; 62, 3. Staats, Deposita Pietatis 8.
[22] Dtv Lexik. Geschichte III 283. Frend, Martyrdom 433 s. Staats, Depos. 8. Andresen, Die Kirchen 288, cita en Staats ibíd.
[23] Bogaert 851 s. LThK 1 A VI 413 s.

Iglesia había una beneficencia en favor de los pobres; que en ella se ejercía la caridad es algo que nadie negó nunca. Son incontables los teólogos que han dedicado a ello sus tratados: pero ni a uno solo de entre ellos se le ocurrió escribir una historia económica (crítica) de la Iglesia antigua, ¡de una institución que sin embargo supervisó el desarrollo económico durante la friolera de un milenio! El hecho, aducido en toda ocasión oportuna, de mencionar como primeros beneficiarios del dinero eclesiástico a los «pobres», las «viudas» y los

«huérfanos» se convirtió en un manoseado tópico que quedaba muy bien, debiéndose, con todo, puntualizar que al grupo especial de las «viudas» eclesiásticas, especialmente privilegiadas, también pertenecían a veces muchachas jóvenes, y que estas viudas, que debían ser «sumisas al Señor», son denominadas con extraña frecuencia «altar de Dios».[24]

Por supuesto que la caridad y la filantropía no se iniciaron justamente con el cristianismo. «También los griegos y romanos conocieron la filantropía» (Hamack). Y por supuesto, uno sólo puede permitirse una caridad medianamente eficaz si se es también bastante acomodado. Algunas comunidades cristianas lo fueron al beneficiarse desde bien pronto de ubérrimas donaciones. Y así, con el dinero, con los bienes en especie obtenidos de otras personas o procedentes de la propia prosperidad económica, se estaba en situación de ayudar también algo a otras personas.[25]

129

En ese sentido, la mencionada caridad muestra a menudo rasgos de inconfundible egoísmo y deja ver un trasfondo de razones dogmáticas, político-religiosas. Se daba porque ello reportaba beneficios: el viejo principio de *do ut des.* De ahí que la comunidad romana, que bien pronto conocería un gran florecimiento material, ayudase ampliamente a otras comunidades. Ese tono se percibe claramente en el escrito del obispo Dionisio de Alejandría a su colega Esteban de Roma tras la recepción de un donativo en dinero: «¡Has de saber, hermano, que todas las Iglesias de Oriente y las de regiones aún más remotas, que se habían separado en otro tiempo, han vuelto a la unidad! Por doquier reina un mismo sentir entre los obispos y se alegran sobremanera por el advenimiento, totalmente inesperado, de esta paz [...]. Toda Siria y Arabia, *adonde siempre enviáis ayudas y acabáis de hacerlo ahora,* Mesopotamia, el Ponto y Bitinia, en suma, todas exultan en universal concordia y fraternidad y glorifican a Dios». «La ayuda económica —comenta Staats—, fortaleció el sentido comunitario en la Iglesia.»[26]

Comúnmente, los obispos emplearon el dinero que fluía a sus manos para aumentar su poder personal. Frecuentemente lo usaron, como hoy en día, para hacer antes que nada política eclesiástica. Cuando bajo el obispado de Cipriano de Cartago los dineros comunitarios cayeron en manos de sus adversarios novacianos, las instrucciones de Cipriano relativas a la distribución del dinero no fueron ya seguidas, de forma que todo el que anhelaba un auxilio económico tenía que romper con la comunidad eclesiástica obediente a aquél.[27]

Por frecuentes que fuesen las críticas contra el manejo del dinero por parte de los obispos, el acuerdo adoptado en 341 por el concilio de Antioquía a raíz de los

[24] Polyk. 4, 3. Dempf, Geistesgeschichte 116. Staats, Deposita 6 s, 27.
[25] Hamack, Mission und Ausbreitung 1127. Cit. en Staats, Depos. 5 s.
[26] Euseb. H. e. 7, 5,1 s. Comp. 4, 23, 10. Staats, Deposita 6.
[27] Staats, Deposita 13 con refer.aCypr.Ep. 41-43.

numerosos abusos, acuerdo que sometía a control la gestión obispal del dinero, no fue aplicado. Antes bien, los obispos siguieron disponiendo del patrimonio eclesiástico a su entero arbitrio.

En el siglo in se comenzaron a distribuir los ingresos de los obispados según un esquema determinado.

Había al respecto diversos sistemas. El más usual, exigido a partir de Simplicio (468-483) por todos los papas, reservaba una cuarta parte de los ingresos para el obispo y otro tanto para el clero restante. Otro cuarto se destinaba al mantenimiento del templo *(fabrica)* y el último a los pobres.

¡El obispo obtenía así una cantidad igual que la de todo su clero o la de todos sus pobres a su cargo![28]

Esta distribución cuatripartita fue decretada en 494 por un concilio romano y ¡era aún norma en el siglo XVII! La disposición valía en un principio tan sólo para Roma y (de ahí a poco) para las diócesis inmediatamente subordinadas a ella. Hasta el siglo VII no adquirió una validez más amplia, aunque tampoco entonces universal. Ocurría más bien que en zonas muy amplias se prescribía un sistema tripartito por el que ¡el obispo obtenía, él solo, un tercio completo![29]

130

La Iglesia acrecentó en gran medida su riqueza en el siglo IV, gracias, sobre todo, a las donaciones y las herencias bajo los primeros emperadores cristianos.

A comienzos de 313 Constantino y Licinio dispusieron que se le devolvieran a la Iglesia los bienes confiscados y garantizaron a todos la libertad de culto «para que todas las deidades del cielo sean propicias al Imperio».

Con el edicto de tolerancia de Milán todas las diócesis se convirtieron en corporaciones titulares de patrimonio. A partir de ahí pudieron adquirir bienes raíces, una pequeña parte de los cuales dieron en arrendamiento reservándose la mayor parte para explotarlos directamente en beneficio propio, a través de colonos y esclavos. En 321 obtuvieron además el derecho de heredar (algo que los templos paganos sólo habían obtenido por privilegio muy excepcional), medida que repercutió tanto más favorablemente en las arcas de la Iglesia cuanto que se hizo muy usual el convertirla en heredera parcial. El Estado cristiano fomentó aún más ese desarrollo al dar validez a las donaciones informales en favor de la Iglesia y promulgó repetidas normas que prohibían la venta o empeño de sus bienes. En el caso, no obstante, de que se llegasen a enajenar bienes raíces de la Iglesia, ésta no sólo podía exigir su devolución, sino que también podía retener el precio de venta. También se veía favorecida cuando confería a alguien el *usus fructus* de una propiedad. Ese usufructo sólo era posible si su beneficiario testaba en favor de la Iglesia dejándole una propiedad que arrojase beneficios equivalentes a los de aquél. Es más, caducado el plazo del usufructo, la Iglesia volvía a recuperar sus derechos sobre la finca traspasada ¡y podía retener la propiedad con que la resarcieron! La anulación del derecho de propiedad en virtud de una usucapión (de *usucapió,* es decir, la posesión de buena fe o su correspondiente usufructo prolongado por parte de otras personas) fue hecha muy difícil. Mientras que el plazo habitual de la usucapión era de diez o de veinte años, el que afectaba a la Iglesia abarcaba al principio cien y posteriormente nada menos que cuarenta.[30]

---

[28] Bogaert869.

[29] Kuujo 168 s. Reinhardt 149. V. sobre ello nota 22.

[30] Cod. Theod. 16, 2,4. Cod. Just. 1, 2, 14, 1; 1, 2,14,9; 1,2,23,2. Nov. Just. 7, 4; 111, 1. Wieling 1193 s. Caspar 1131 ss.

Además de ello, la Iglesia obtuvo lo que antes afluía a los templos paganos. Es más, los bienes de éstos, de los que se apropió al igual que de los de las Iglesias «heréticas», se convirtieron en la base de su propia riqueza. La transformación de los lugares de culto paganos en iglesias adquirió cada vez mayores proporciones, lo cual no tuvo únicamente consecuencias jurídico-patrimoniales, sino también misionales. Pues los fieles de la antigua fe, una vez convertidos sus templos en lugar de culto cristianos, fueron menos reacios a la nueva doctrina y ganados para ella. Según Sozomenos, Constantino otorgó también a la Iglesia los ingresos obtenidos a partir de solares urbanos. Y adicionalmente a las ingentes donaciones y apropiaciones, obtuvo, ya de los primeros emperadores cristianos, subsidios en especie para el mantenimiento de sus vírgenes, de sus viudas y del clero.[31]

131

Todas estas prerrogativas hicieron que las posesiones eclesiásticas «se acrecentasen fuertemente ya en el siglo IV» (Wieling) y la Iglesia se convirtió en una «gran latifundista con abundantes ingresos dinerarios» (Bogaert). A partir de ahí obtuvo el señorío terrateniente con sus consiguientes privilegios como la jurisdicción sobre sus colonos. Quedó eximida de los tributos urbanos, de todos los impuestos y rendimientos que tan agobiantes resultaban. Solamente había de satisfacer el consabido impuesto fundarlo.[32]

Y si las iglesias obispales adquirieron una riqueza fuera de lo común, no fue menor la acumulada por los monasterios, que asumieron un papel especial e incluso más importante.

Los monjes se convierten en la primera fuerza económica de la Iglesia «bajo el pretexto de compartirlo todo con los pobres, en realidad, al objeto de convertir a todos en pobres»

Cierto es que, en un principio, el movimiento monacal surgió como una especie de protesta mística contra la jerarquía clerical. De ahí que los eremitas y ascetas, que vivían totalmente de espaldas al mundo, no tuviesen intereses económicos ni sociales. En sus círculos predominaba la opinión de no dejar a la Iglesia el dinero heredado, «pues allí lo convierten en un desayuno». Sin embargo, cuando la «libertad» de los eremiterios, de la existencia monacal en el aislamiento o en las colonias de eremitas (que sólo se pervivió como «ideal» hasta bien entrada la Edad Media) dejó paso a la *koinos bios,* a la existencia en común y la Iglesia pudo integrar y someter a su vasallaje al conjunto de los monasterios, la forma futura de la vida monacal, pronto se dio el caso de que la situación en el interior de estos últimos en nada mejoraba a la de extramuros.[33]

Cierto que el monacato de la antigüedad desplegó una considerable actividad en el cuidado de enfermos, ancianos, huérfanos, prisioneros de guerra y población reclusa, pero todo ello fue mero fenómeno concomitante que, por añadidura, se

Dannebauer 163 s.

[31] Soz. 1, 8, 10. Bogaert 867 s. Gregorovoius I 169. Dopsch, Wirtschafti. u. soz. Grundiagen II 206 s.

[32] Wieling 1194. Bogaert 868.

[33] Bogaert 872 s. Heussi, Der Ursprung des Mónchtums 182, Nota I. Más detalladam. en Deschner, Hahn 329 ss.

volatilizó gradualmente.[34]

Los monasterios, en cambio, fomentaron la indigencia general, es más: se aprovecharon de ella en su mismo surgimiento. Sabemos de labios de Doctores de la Iglesia como Juan Crisóstomo y Agustín que los monjes eran mayoritariamente esclavos, libertos, jornaleros del campo, antiguos soldados, «apeados» de la vida burguesa, gente procedente de las capas sociales más bajas, más depauperadas. Y cuando, en los siglos IV y V, anuyó a los monasterios, en legión cada vez más numerosa, eran muy pocos los que allí acudían «voluntariamente», y raras veces por motivos religiosos o ascéticos. Les empujaba hacia ellos la depauperación creciente, la carga social cada vez más agobiante, el incesante aumento de la presión fiscal del imperio. «Nada se sabía allí de los odiosos manejos de los recaudadores de impuestos», anuncia ya la *Vita* de san Antonio, el «más antiguo» de los monjes cristianos, de quien se supone habría renunciado fácilmente en Egipto a su rica herencia precisamente por la «poco halagüeña situación fiscal». En suma, no eran los cuidados por la existencia del alma, sino los de la del cuerpo, la cruda necesidad económica la que solía empujar hacia el monasterio *(claustrum)* a los explotados.

132

«Era en primer lugar esta razón y en la mayoría de los casos sólo ella —subraya un moderno y experto teólogo—, la que hacía recomendable el monacato a los campesinos coptos.»[35]

Los monjes más antiguos, los eremitas, no trabajaban y sentían más bien desprecio que aprecio por el trabajo. A fin de cuentas, el trabajo no era un mandato del Señor. La tradición no conoce ni una sola palabra suya acerca del trabajo. Para Jesús, para quien «sólo una cosa es necesaria», que anuncia la irrupción del reino de Dios sobre la Tierra, que enseña a no inquietarse por el mañana y a no preguntarse «¿qué comeremos, qué beberemos y con qué nos vestiremos? Ésas son cosas por las que se afanan los paganos». Para ese Jesús y su mensaje escatológico las profesiones no significan nada. El trabajo no tiene en sí mismo un valor ético y Charles Péguy va, como tantas otras veces, descaminado al escribir esa frase tan agradable a los oídos de los empresarios: «Jesús creó para nosotros el modelo más acabado de la obediencia y la sumisión filiales y, por cierto, al mismo tiempo que nos daba el más perfecto ejemplo de trabajo corporal y de paciencia».[36]

Esas palabras habrían cuadrado más bien para Pablo. Es verdad que tampoco él tiene en principio el más mínimo interés en asuntos terrenales, pero cuando el esperado fin de todas las cosas no se produjo, ni tampoco la venida del Señor, el «más radical de los pragmáticos» entre «los maestros de la religiosidad» (Buonaiuti) se orienta, a la hora de enumerar las obligaciones inherentes a su *status,* por la ética pagana (orientada a su vez hacia el más acá). También los primeros cristianos se integran ya en el orden laboral dominante y vinculan el sustento al trabajo. Y los Padres de la Iglesia valoran con creciente estima el trabajo y de modo muy especial el corporal, hasta el punto de enseñar así: cada cual, sea cual sea su trabajo, es grato a Dios (Clemente de Alejandría); cada cual debería estar contento con cualquier

---

[34] Informac. más detall, sobre la actividad social de los monjes en Savramis 24 ss.

[35] Athanas. Vita Ant. 44. Chrysost. hom. 11 en I Ep. ad Tim. August. De opere monach. c. 22. Kober, Die körperliche Züchtigung 395. Leipoldt, Shenute 70. Heussi, Der Ursprung 114 ss. V. en cambio la imag. idílica que da Nigg en Geheimnis der Monche 48 y en 30.

[36] Mat. 6, 25 ss, 6, 31 ss. Lúe. 12, 22 ss, 10, 39 s. RAC I 588. Troeltsch, Soziallehren 145. Péguy 102 s.

trabajo (Teodoreto); los laboriosos son los mejores filósofos (Juan Crisóstomo). «Los duros trabajos manuales son pasos hacia la vida eterna», anuncia el Doctor de la Iglesia Efrén (muerto en 373) y demuestra así a los esclavistas la utilidad del cristianismo. «El sufrido... es irreprochable en el trabajo.» «Quien no siente en sí el temor de Dios procede con desidia.» Agustín declara que la dureza del trabajo es un medio de perfeccionarse a sí mismo. De esa manera se justifican como buenas y queridas por Dios hasta las peores formas de la existencia: la horrorosa existencia de los prisioneros forzados a trabajar en las minas, el miserable destino de los esclavos y todo tipo de trabajo de servidumbre que redunde en beneficio de los dominadores.[37]

133

Los Padres de la Iglesia recomiendan de modo especial y reiterado a cristianos y monjes el trabajo en el campo y ello hasta la Edad Media: de ese trabajo provenía entonces el mayor capital de la Iglesia. Fue únicamente la transformación de la vida económica de Occidente lo que modificó la valoración del trabajo agrario por parte de la Iglesia. T. de Aquino, filósofo oficial de la Iglesia, denomina ya a los campesinos.como «clasesubordinada» y cataloga a los jornaleros de «gente vulgar y sucia». Y es que ahora, la artesanía cobra una importancia cada vez mayor, *ergo* la Iglesia eleva y fomenta considerablemente su prestigio.[38]

Todo ello, por supuesto, nada tiene que ver con el Jesús bíblico, que nunca promulgó un mandamiento referido al trabajo, ni predicó que uno reventara trabajando, y sí invocaba a los pájaros del cielo que no siembran ni cosechan... A tono con ello, los monjes más antiguos decían así:

«Nuestras manos no conocerán el trabajo [...]». «Si Dios quiere que viva, Él sabrá cómo alimentarme [...].» Poco a poco, sin embargo, fueron deponiendo esa actitud y el trabajo se legitimó: como ejercicio ascético, como garantía de la propia independencia, como medio de ayudar a los demás. Finalmente el trabajo acabó por ser entendido como obligación y como expresión de la voluntad divina. «Entre la noche y el alba he tejido veinte brazas de cuerda —manifiesta por entonces un monje—, algo que ciertamente no necesito. Pero para que Dios no se me muestre airado y me haga este reproche: "¿Por qué tú, que puedes trabajar, no has trabajado?", me esfuerzo y pongo en ello todo mi empeño.»[39]

Cuando en el primer tercio del siglo IV Pacomio construyó el primer monasterio cristiano al norte de Tebas del Nilo y poco después otro monasterio de monjas para su hermana, él —que de ahí a poco sería denominado «hombre de Dios» y «santo»—, pensó bien poco en cosas como la oración, la ascética, la mística o los milagros, por más que los hubiese construido en cumplimiento de la orden que un ángel le transmitió por escrito. Aquel antiguo soldado pensaba más bien en una obediencia estricta, en la organización y el trabajo. Pues mientras que Max Weber pensaba aún que hubo que esperar a la regla de san Benito para que, en contraposición al monacato oriental, e «incluso contra la casi totalidad de las reglas monacales de todo el mundo», se implantase la «ascética del trabajo», es un hecho que ya Pacomio, a tenor de esa «regla angélica», que se nos ha conservado en cinco idiomas, situaba el trabajo manual

---

[37] Comp. Ep. ad Rom. 1, 29 ss; I Co. 5, 10 ss; II Co. 6, 6 s. Gal. 5, 19 ss; Efes. 4,2 s; 5, 22 s. Col. 3, 5 s; 3, 18 ss. Otras indic. de mentes en Schwer, Beruf 148 s, 154 s. También Buonaiuti 148. Holzapfel 150 s.

[38] Troeltsch, Soziallehren I 316, Nota 137 y pag. 344. V. tb. 327, nota 145. Eberle47 ss.

[39] Con más detalles, Dórries, Wort u. Stunde 1277 ss.

en el centro de la vida monacal y convirtió sus monasterios en cásas-taller.[40]

134 Este copto, que inculcaba a su gente que la vida cenobítica rayaba muy por encima de la eremítica, y regentaba sus monasterios despóticamente en cuanto «abad general», redujo a un mínimo la ascética, rechazó los ayunos desmedidos y acentuó tanto más el cumplimiento de los deberes profesionales. La oración, al menos la comunitaria, desempeñaba un papel mucho menos importante que el trabajo en los talleres, en los campos o en la tala de árboles en la montaña. Sus monasterios tenían incluso lonjas propias para monjes que negociaban, compraban y vendían. Había en ellos herreros, sastres, carpinteros, bataneros, camelleros, criadores de cerdos, carniceros, etc. Los beneficios obtenidos eran ya considerables y también los excedentes. Es incluso probable que una parte de las sumas de soborno usadas por san Cirilo en el concilio de Éfeso proviniese de estos monasterios. Ya Teodoro de Ferme observó ante al abad Juan que en otro tiempo, en la Escitía, el trabajo manual era una ocupación marginal y el trabajo del alma era la cuestión primordial, mientras que ahora se habían invertido los términos.[41]

Originalmente, según la perspectiva cristiana, el valor esencial del trabajo radicaba en la prevención de las pasiones, de los peligros del ocio y, especialmente, de la sexualidad. El trabajo era un medio de curación ascético ya que, como decía Evagrio Póntico, «apagaba la ardiente concupiscencia». Más tarde se le siguió, desde luego, atribuyendo esa función pero fue en ese punto donde el antiguo ascetismo, alejado del mundo, se transformó en ascetismo acaparador. La práctica económica venció a la teoría ascética, el carácter jerárquico, a la mística: un proceso que ya se había impuesto en buena medida en el restante cristianismo.[42]

San Benito decretó que el ocio, cultivado por las capas superiores del paganismo, era un enemigo del alma y valoró de forma enteramente positiva el trabajo. La famosa regla benedictina muestra cómo la actividad productiva desplaza gradualmente a la oración: el tiempo de los ejercicios espirituales depende de las labores del campo. La regla prevé de cinco a ocho horas de trabajo para el monje, quien, no obstante, sólo excepcionalmente desempeña los duros trabajos de la cosecha: la creciente riqueza permite disponer de un número también creciente de siervos.[43]

Mientras que las normas de san Benito relativas al ayuno son bastante suaves, ordena insistentemente que impere una estricta obediencia frente á los superiores y prohíbe, bajo la amenaza de duras disciplinas en caso de contravención, la más mínima propiedad personal. Los abades deben perseguir concienzudamente, registrando las celdas de los monjes, cualquier tipo de propiedad que hubieran podido ocultar. El Doctor de la Iglesia Basilio amenaza a todo monje que posea algo privado con excluirlo de la comunión. Varios sínodos hicieron valer el mismo punto de vista.

135 También san Agustín juzga necesario que todo monje renuncie en absoluto a cualquier hacienda personal en favor de la comunidad. Y no sólo a la propiedad actual, sino a todo lo que en el futuro pueda recibir como regalo de personas ajenas. ¡Todo debéis tenerlo en común! Sólo a los superiores les permite Agustín disponer a su

---

[40] Vita Pachomii c. 5; c, 7. Zóckier 201 s. Fichtenau, Askese und Laster 66. Ranke Heinemann 14. Nigg, Geheimnis d. Monche 68. Bacht 215.

[41] Theod. Pherme 10. Schiwietz 1176 ss, 187, 206 s. Grützmacher, Pachomius 48 s, 135. Domes, Wort u. St.I 297 ss.

[42] Euagr. Pont. C. Pract. ad Anat. 6. Holzapfel 192 ss. Pz, Frühes Mónchtum 533.

[43] Reg. Bened. c. 50. Prinz, Frühes Mónchtum 533 ss. Grünwaid 125 ss.

albedrío sobre los bienes comunes. Con todo desea que frente a los otrora ricos y ahora empobrecidos se guarde, también en el monasterio, una consideración especial. «Pero aquellos que nunca poseyeron nada en el mundo —se dice ya en el primer capítulo de su regla—, no deben buscar en el monasterio lo que no podían tener ni siquiera fuera de él.»[44]

Ni siquiera en los monasterios cristianos reinó jamás la igualdad, sino más bien una jerarquía exactamente graduada. Ya fue ése el caso en los primeros monasterios de Pacomio, a quien, como «abad general», le estaban sometidos los abades. Estos a su vez mandaban sobre los priores de las distintas casas. Pero las diferencias de rango se daban incluso entre los mismos monjes y ello se advertía, entre otras cosas, en la disposición de los asientos. Es más, cuando a mediados del siglo IV Santa Paula de Roma fundó tres monasterios para mujeres en Belén, en uno de ellos sólo acogía a proletarias, en otro únicamente mujeres de clase media y el tercero lo reservó para consagradas nobles. Sólo para rezar se agrupaban todas aquellas monjas. Por lo demás vivían estrictamente separadas por estamentos. Durante la Edad Media, muchos monasterios sólo estaban habitados por nobles que llevaban una vida de parásitos atendidos por siervos y esclavos.[45]

Aunque la propiedad privada les estuviera vedada a los monjes particulares, los monasterios podían hacerse cada vez más ricos como de hecho aconteció, gracias, sobre todo, a los patrimonios legados por seglares ricos cuando entraban en la orden. Algunos les dejaban en herencia todas sus posesiones. Ya un contemporáneo de Pacomio, el rico Petronio, que había edificado sobre sus tierras un monasterio que él dirigía como abad, hizo cesión de la propiedad del mismo en favor de Pacomio y consiguió que, a instancias suyas, su padre y su hermano se hicieran también monjes, de modo que también los bienes de éstos pasaron a manos de aquél. Otros seglares ricos hacían grandes donativos, denominados *Psychica,* a los monasterios al objeto de salvar su alma. Al padre monje Pambo, un discípulo de Antonio, le regaló en Nitria 300 libras de plata la piadosa Melania de Roma.[46]

Agustín, que se queja ocasionalmente a causa de los monjes vagabundos, que venden supuestas reliquias a domicilio y llevan una vida de gandules, pone ciertamente sus miras en el bienestar de los monasterios, pero, al parecer, no tan lleno de confianza hacia ellos. Antaño, en los círculos ascéticos más antiguos se había recomendado no entregar a la Iglesia el dinero heredado, pues aquélla lo gastaba en desayunos. Ahora los círculos obispales parecían conjeturar algo semejante por parte de los monjes. En todo caso, Agustín impartió una vez este consejo: «El dinero que entregáis ahora a los monasterios se gastará muy deprisa. Si, no obstante, queréis aseguraros un inolvidable sufragio para el cielo y la tierra, comprad una casa a cada monasterio e invertid en ella algunos ingresos».[47]

136

Los monjes no querían, sin embargo, tener que esperar a semejantes donativos. Las cartas y tratados que se nos han conservado bajo el nombre de Nilo de Ancira, provenientes de principios del siglo V, testimonian de una amplia actividad

---

[44] August. Reg. I. Reg. Bened. c. 1 s; 5, 7 (Obediencia); c. 33; 55 (Propiedad). Zóckier 360 s, 264 ss. Zumkeller 136 ss. Balthasar, Ordensregein 123. Savramis 59.

[45] Wilpert, J., 42 ss. Schiwietz I 176 s, 206. Grützmacher, Pachomius 135.

[46] Rufin. H. e. 2, 4. Hist. Laus. c. 10. Grützmacher, Pachomius 191 s. Savramis 46 ss.

[47] Citado por Andresen, Frühes Mónchtum I, 43. Dannenbauer I 166.

mendicante de los monjes, quienes buscaban de paso personas que les pagasen su sustento, las cuales, al igual que el tribuno Sosipater, se convertían así en «animales de carga de los monjes». En consecuencia, los monasterios se engrandecieron, sus posesiones se hicieron más dilatadas, sus rebaños cada vez más gigantescos. Los monjes se apropiaron incluso de latifundios privados, especialmente de tierras de los antiguos templos, «con la afirmación de que eran santos para ese fulano (se. Cristo), de forma que muchos se vieron privados de la heredad paterna con un falso pretexto» (Libanio). En ocasiones, los latifundios de los monasterios eran más extensos que no importa qué propiedad privada.[48]

En todo caso los cenobios se convirtieron rápidamente en la fuerza económica más importante de la Iglesia, tanto más cuanto que también desempeñaban un considerable papel en el comercio de la antigüedad tardía. Sulpicio Severo testimonia que el comercio era algo usual entre la mayoría de los monjes. Tanto en los monasterios como en los eremiterios se fabricaban de continuo los más diversos productos tales como esteras, cribas, recipientes, mechas, velas, textiles, cuerdas, cestos, etc. Se practicaban todos los oficios. El monasterio de Panópolis, habitado en la primera mitad de siglo IV por 300 monjes, daba trabajo a siete herreros, doce camelleros, quince sastres, quince bataneros y cuarenta albañiles. Para el tráfico de mercancías se empleaban camellos y barcos. Ya el monacato inicial carecía de cualquier escrúpulo ante el comercio, al que tanto vituperaban algunos Padres. Las almas gratas a Dios podían hallarse en todas partes, declaraban: «Entre bandidos, actores, campesinos, comerciantes y personas casadas». Y en la temprana Edad Media (desde el siglo IX) los monasterios intervenían también en negocios dinerarios.[49]

El historiador bizantino Zósimo, un pagano —fuente principal, junto a Amiano, para la historia del siglo IV—, opinaba en el tardío siglo V sobre los monjes que «llenaban las ciudades y las aldeas con rebaños enteros de hombres célibes» y que eran inútiles tanto para la guerra como para cualquier otro servicio al Estado. Que desde su aparición proliferaban sin parar y «se apoderaban de una gran parte de las tierras bajo pretexto de compartirlo todo con los pobres; en realidad, al objeto de convertir a todos en pobres».[50]

137 Sin embargo, cuanto más crecía la riqueza de los monjes, más creció su codicia de dinero, algo, desde luego, que también se podía afirmar de gran parte del clero y ya desde mucho tiempo ha.

Métodos para obtener dinero espiritualmente

Ya en las primeras décadas del siglo II oímos de diáconos que malversan el dinero de viudas y huérfanos; de dignatarios como el príncipe Valente de Philippi que, evidentemente, amaban más al desfalco que al Señor. El autor eclesiástico Apolonio escribe acerca de Montano, un vehemente profeta de finales del siglo II que en un

[48] Liban. Orat. 30, 11. Oidenberg, Budha 326 s. Savramis 59 ss. Mensching, Soziologie 129. Tinnefeid, Die Frühbyzant. Geseischaft 23. Kosminski/Skaskin 11.
[49] Alie Belege RAC XIII 552 ss, 574. Bogaert 874.
[50] Zosim. 4, 23. LThK I. A. X 1095.

principio no pasaba por herético ni cismático: «Es él quien ha establecido recaudadores de impuestos, quien supo aceptar regalos con el título de ofrendas y quien pagó un sueldo a quienes predicaban su doctrina al objeto de que esa prédica ganara en fuerza gracias a las buenas comilonas». En Roma y bajo la potestad del «papa» Ceferino (199-217) el confesor Natalio se hizo consagrar obispo de los monarquianos por un estipendio mensual fijo de al parecer 150 denarios. Es significativo que aquí aparezca, se supone que por vez primera, un prelado dotado de sueldo fijo. Eusebio habla de «la codicia que pierde a la mayoría (!)» de los «herejes».[51]

A mediados del siglo III, el obispo Cipriano acusa al novaciano Nicostrato de «haber malversado los fondos eclesiásticos como un ladrón de templos y haber negado la existencia de sumas depositadas para socorrer a viudas y huérfanos». También el obispo romano Comelio acusa a Nicostrato de «muchos crímenes», pues no sólo «ha cometido engaño y robo contra su señora terrenal, cuyos negocios gestionaba, sino que además —lo cual le será computado para su castigo eterno— ha sustraído una considerable suma de dinero depositado en favor de la Iglesia». En realidad, Nicostrato, que al igual que Natalio era un «confesor», torturado por confesar a Cristo, no se había embolsado en su provecho las sumas denunciadas. Lo que el novaciano quería es escapar, huyendo a África, de las garras de los «herejes» católicos mientras duraba el cisma romano que enfrentaba a los obispos Comelio y Novaciano. Si hubiera retirado el dinero en favor de los católicos, sus obispos hubiesen juzgado el asunto bajo muy distinta luz.[52]

La situación en los círculos «de la gran Iglesia» no era muy otra. Muchos clérigos tenían tal afán de hacer negocios que los sínodos celebrados a partir del siglo III hubieron de prohibirles expresamente y cada vez con mayor frecuencia el préstamo de dinero y el cobro de intereses. Menudearon las denuncias sobre los manejos financieros, ávidos de ganancia, de los obispos. Los graves excesos de parte del episcopado se hicieron patentes. Muchos obispos viven entre pompas y lujos; obran como comerciantes, peor aún: como usureros.[53]

138

El futuro papa Calixto (217-222) fundó en Roma, antes de su brillante carrera, un banco cristiano, desfalcó un *Depositum* —«delito no sólo común, sino también muy cristiano» (Staats)— y continuó de banquero incluso después de su quiebra. Y es que la laxitud de este papa parece haber dado provechosos resultados: los emperadores le son benignos, las autoridades complacientes; los cristianos se hacen más ricos que antes y los bienes y el peculio aumentan al mismo ritmo que el número de sacerdotes en Roma.[54]

En ese mismo siglo, algunos «papas» de Alejandría descuellan como excelentes banqueros y por cierto sólo como tales: tal es el caso del arzobispo Máximo (264-282), que regenta un banco de depósitos, en el que ponen sus ganancias cristianos egipcios que comercian en trigo con Roma. Los'negocios los auspicia el «papa» Máximo en persona. Al frente del banco está su jefe de finanzas, Theonas, quien sería el siguiente «papa» alejandrino desde el año 282 hasta el 300. Tenemos una indicación

---

[51] Herm. Sim. 9, 26. Polyk. ad Phil. c. 11. Euseb. H. e. 5, 18, 2; 5, 28, 10 s. Bauer, Rechtglaubigkeit 126 ss. Andresen, Die Kirchen 210. Sobre Montanus y el montañismo, Deschner, Hahn 322 s.

[52] Cypr. Ep. 50; 52. Staats, Deposita 10.

[53] Orig. in Mat. 16, 21 s. Burckhardt 119. Andresen, Die Kirchen 304 s. Staats, Deposita 10.

[54] Comp. tb. Hist. Crimin. III. Clévenot, Die Christen 111 s, esp. 116 s. Staats, Deposita 20 s.

de las transacciones del arzobispo Máximo gracias a un papiro egipcio escrito por aquel entonces en Roma, la más antigua, quizá, entre las cartas cristianas originales.[55]

Sobre la renombrada sede obispal antioquena se sentaba entonces Pablo de Samosata, quien conjuntaba su dignidad espiritual con otra civil, muy lucrativa, la de procurador. Por supuesto que este príncipe eclesiástico, muy popular en Antioquía, que habría permitido a las mujeres incluso el canto en la iglesia y se permitía a sí mismo la compañía, en sus viajes oficiales, de «dos lozanas y bien proporcionadas muchachas», estaba expuesto a toda clase de sospechas y soplonerías. Hasta que, finalmente, fue declarado hereje y convertido en víctima de su principal enemigo, Domno, hijo del difunto obispo Demetriano. Domno consiguió después encaramarse de un salto a la anhelada sede, que Pablo dejó vacante.[56]

En la época de las persecuciones contra los cristianos hubo muchos clérigos regentando grandes talleres al servicio de los emperadores paganos. Tal fue el caso del presbítero antioqueno Doroteo. El obispo Eusebio lo ensalza como conocedor del hebreo, «de refinada educación y familiarizado con las ciencias griegas», pero también «celosamente ocupado en las cosas divinas». El soberano distinguió a Doroteo con la gerencia de la fábrica imperial de púrpuras de Tiro. Eusebio añade: «En la iglesia le oíamos explicar con acierto las Escrituras». ¡Y tanto, un fabricante clerical como exégeta![57]

Entre esos magnates de la industria al servicio del Estado pagano no escaseaban los obispos. El santo mártir Cipriano habla de «muchísimos» obispos gerentes de ese tipo y la investigación moderna supone que en tiempos de Cipriano y tan sólo en África un número «de obispos más próximo a cincuenta que a cinco» desempeñaban paralelamente tales actividades como empresarios que, según el mismo Cipriano, controlaban mucho dinero, adquirieron rapazmente fincas e incrementaron su rendimiento cobrando un múltiplo de los acostumbrados intereses. Cipriano escribe: «Cada cual pensaba exclusivamente en la ampliación de su patrimonio [...]; era inútil buscar el abnegado temor de Dios entre los sacerdotes [...]. Eran muchos los obispos que [...] descuidaban su divina dignidad [...], abandonaban su sede, dejaban en la estacada a sus comunidades, viajaban por provincias remotas y practicaban en los mercados sus lucrativos negocios. Mientras que sus hermanos se consumían en las comunidades, ellos querían tener dinero hasta la opulencia, se apoderaban de fincas con taimados engaños y acrecentaban su capital con intereses de usura».[58]

139

En la época siguiente estos manejos desbordaron toda mesura. Ya en el siglo IV, cuando el clero estaba ya tan embrutecido en amplias zonas que hubo que prohibirle expresamente que cubrieran de escarnio y mofa a los mudos, los ciegos, los paralíticos y los cojos —las personas a quienes Cristo curaba— el amor fraterno clerical llegaba a tales cotas que los clérigos de rango más alto privaban de sus sueldos a los subalternos —que a menudo sufrían de penuria— para gastárselos ellos mismos.[59]

---

[55] Staats, Ibíd. 10.

[56] Euseb. H. e. 7,30,14. Kraft 411. Schnürer 16. Clévenot, Doe Christen 157 ss. Comp. tb. Deschner, *Historia sexual del cristianismo,* 94, Ed. Yalde, Zaragoza.

[57] Euseb. H. e. 7, 30, 14.

[58] Cypr. BKV 34,1918,96 s. Cit. en Clévenot, Die Christen 150. Klauser 140 ss. Staats, Deposita 10.

[59] Can. apost. c. 57; 59. Comp. tb. en el s. V a Salv. Gub. Dei 5, 56. Kober, Deposition 689 ss. Stemberg 196.

Muchos sacerdotes y obispos pensaban únicamente en sí mismos, desarrollaban un floreciente comercio, amaban los lucrativos negocios de préstamo y usura, ¡y eso pese a que todos los Padres de la Iglesia los hubieran prohibido estrictamente! ¡Y también muchos textos bíblicos! Pues ya el Antiguo Testamento exhorta en muchos pasajes —como lo hicieron por lo demás Platón y Aristóteles— a no «obrar como usurero», a «no exigir interés». «No debes exigir interés usurario de tu hermano, ni por el dinero, ni por los alimentos; ningún tipo de usura, sea cual sea el bien prestado [...].» El Doctor de la Iglesia Ambrosio escribió todo un libro, *De Tobía,* contra la usura (a la que él, al igual que otros príncipes de la Iglesia, denomina robo) y el interés. También él remite para ello al Antiguo Testamento: «Cristo no ha venido para abolir esa ley, sino para cumplirla. Por lo tanto, la prohibición del cobro de interés sigue vigente». Incluso teólogos marcadamente conservadores en lo social, tales como Clemente de Alejandría y hasta el mismo Agustín, se manifiestan en el mismo sentido. El último censura severamente el cobro de intereses como inmoral, como inhumano, como arte maligna, como codicia vergonzosa, como explotación inmisericorde de los pobres. En una palabra, los Padres de la Iglesia vetaron el cobro de intereses a todos los cristianos sin excepción. A este respecto no hacían la menor distinción entre clérigos y seglares. ¡Y no sólo reprueban los intereses usurarios, sino *toda clase* de intereses![60]

140

Pronto se dio el caso, sin embargo, de que la usura de los cristianos superase a la de los paganos. En efecto. Éstos exigían habitualmente un doce por ciento en los últimos tiempos de la República romana, mientras que Crisóstomo se queja ya de aquellos acreedores que, no contentos con el usual doce por ciento, extorsionaban con un cincuenta por ciento. Y a pesar de las vehementes y reiteradas prohibiciones, los extorsionadores contaban entre sus filas a no pocos clérigos. Es más, hasta el siglo XII, éstos constituían un importante grupo en el círculo de prestamistas. «Todas las clases y formas de la usura —encarece el teólogo católico Kober refiriéndose al clero medieval— florecieron del modo más próspero.» Como quiera, sin embargo, que persistía la prohibición eclesiástica de cobrar intereses, había que disimular el negocio. O bien el deudor reconocía una suma superior a la obtenida, o bien se cobraban de antemano los intereses. También se los disimulaba como multa por retraso en la devolución. «Ello no impedía que los papas confiasen la recaudación y administración de su dinero a los financieros que se servían de tales prácticas» (Pirenne).[61]

Una y otra vez, los antiguos concilios amenazaron las distintas prácticas económicas del clero con severos castigos, pero todo ello, ostensiblemente, era en vano.

En España, donde la Iglesia posee grandes riquezas ya en el siglo IV, el Concilio de Elvira (hacia el 300) prestó por cierto atención preferente a un tema especial de la teología moral, la sexualidad, a la que se dedicaron 31 cánones. Con todo, algunos cánones afectan también al ámbito económico. Por ejemplo, a los préstamos con interés (que algunos clérigos practicaban valiéndose de los bienes de la Iglesia

[60] Éxodo 22, 25. Levit. 25, 35 ss. Deut. 23, 19 s. Comp. Ezeq. 18, 8. Plat. De Leg. 5, 742. Arist. Pol. 1, 3. Conc. Nic. c. 17. Hil. Tract. in Ps. 14,15. Greg. Naz. Or. 16, 18. Lact. Inst. 6, 18. Ambros. De Nab. 4, 15. August. En. in Ps. 128, 6; En. in Ps. 36. Serm. 3, 6. Schilling, Reichtum 91 s, 115, 137. Seipel 167 ss.

[61] Chrysost. Hom. 61 in Mat. Kober Deposition 705. Eban 139 s. Pirenne, Socialu. Wirtschaftsgeschichte 137.

confiados a su custodia). O al comercio internacional al por mayor. El concilio prohíbe, ciertamente, a los diáconos, sacerdotes y obispos abandonar sus sedes por razones de «negocios comerciales» *(negotiandi causa),* pero se muestra generoso al respecto: dentro de su provincia están legitimados para hacer tales negocios ¡e incluso fuera de ella por persona interpuesta!

También las «ofrendas» *(oblata)* de los seglares desempeñaron un papel en Elvira, quedando prohibidas sin más en los bautizos. En la comunión fueron permitidas tan sólo a los que participaban realmente en ella. Es, no obstante, interesante que el «derecho de estola», el pago por servicios de culto siga floreciendo hoy en día en el ámbito de la Iglesia católica. De la práctica de la «ofrenda» en la comunión, aunque ni siquiera se participe en ella, derivó más tarde el «estipendio de la misa», que también sigue existiendo. En relación con lo cual hay que evitar, por supuesto, cualquier apariencia de negocio o comercio, ateniéndose a tasas localmente fijadas y permitiendo, eso sí, honorarios más elevados a quien los entregue voluntariamente. También se permite, incluso, pagar con dinero misas a otros sacerdotes «de confianza», aunque sean de otra diócesis, salvo si son orientales. Hasta 1935, los estipendios manuales, aquellos que el sacerdote percibe, por así decir, en mano (aparte están los «estipendios» impropiamente denominados manuales) y los *stípendia fundata* estaban además, en Alemania, libres de impuestos.[62]

141

El gran Concilio de Nicea (325) constata que «muchos clérigos, llevados de su codicia y afanes usureros, olvidan las divinas palabras: "El, que no da a usura sus dineros" (Salmo 14, 5) y exigen un interés usurario del uno por ciento (mensual)». El concilio menciona asimismo que los sacerdotes no limitan sus negocios a la percepción de intereses legítimos, sino que exigen vez y media lo prestado y que se sirven, en general, de toda clase de artimañas para obtener «ganancias vergonzosas». El sínodo de Agde (506) habla de sacerdotes que se alejan semanas enteras de sus iglesias y que incluso en las grandes festividades de Navidad, Pascuas y Pentecostés, prefieren ir a la caza de las ganancias mundanas *(secularibus lucris)* en vez de oficiar sus misas.[63]

Muchos sínodos celebrados entre los siglos IV y VII hubieron, pues, de ocuparse repetidamente de las transacciones comerciales del clero, sin que llegaran a una regulación unitaria. A veces se amenazó con la excomunión a los clérigos que participaban en negocios. Otros sínodos, sin embargo, prohibían únicamente la ganancia usuraria o el abandono de la propia provincia eclesiástica por razones mercantiles. La excomunión, desde luego, era obligada para quien vendiese a cristianos como esclavos a judíos o a paganos.[64]

Con la creciente riqueza de los monasterios, los mismos monjes buscaron codiciosamente el dinero, algo que alcanzó proporciones monstruosas en la Edad Media.

Más de un monje, se queja san Jerónimo, se ha hecho de oro desenvolviendo sus manejos entre mujeres ricas. Otros negociaban con pingües beneficios. El cargo de

---

[62] Syn. Elvira c. 19 f; 28; 48. Bogaert 852 LThK 1 A. VII 131. Plóchi 95. Blazques 653 s. Clévenot, Die Christen 170 ss.

[63] Conc. Nic. (325) c. 17. Comp. Syn. de Elvira (306) c. 20. Syn. Arles (314). c 12. Syn. Laodic. c. 4. Syn. Carth. (397) c.l6. Syn. Arles (443) 14. Syn. Agde (506) c. 64; c. 69. Comp. tb. Sulp. Sev. Chron. 1, 23. Kober, Die Deposition 610. Schmitz, Die Bussbücher u. die Bussdisziplin 292 ss. Hellinger 90 s.

[64] Drexhage 548 s con abund. indic. de fuentes.

monje predicador en las ciudades debió de ser, en especial, una auténtica mina. Al igual que ocurriría después con frecuencia en la Edad Media, ya en la Antigua se hallaban, con ocasión de la muerte de más de un monje, dineros atesorados a lo largo de la vida. También Jacobo de Sarug, el obispo de Batnai, muerto en 521, opina que la fiebre del oro había contagiado por igual a seglares y a sacerdotes causando la perdición de eremitas y cenobios. Cuando los monjes destruyen las estatuas de los dioses, confiesa, recogen cuidadosamente el oro y lo ocultan en una bolsa cosida a su cinturón. Nilo Sinaíta, prior de un monasterio en Ancira, y el papa Gregorio I nos relatan también cómo muchos monjes están poseídos por el amor al dinero. También el abad Casiano de Marsella, uno de los autores más importantes de Las Galias en el siglo V, podía contar muchas cosas de ese asunto. Ya es bien significativo que todo el capítulo VII de su obra *«De institutis coenobiorum»* esté dedicado a la *Philargyria,* al amor al oro.[65]

Los sacerdotes tenían a su disposición toda una serie de métodos para enriquecerse privada u oficialmente. De su codicia hay abundantes testimonios.

142

Sulpicio Severo nos informa hacia el 400 de un clérigo que criaba caballos, compraba esclavos extranjeros y bellas muchachas. Otro, llamado Amancio, adquirió, con el dinero de un préstamo, importantes partidas de mercancías de unos barcos atracados en Marsella y las vendió a precio más alto en su patria. El obispo Cautino de Clermont, en cambio, se pilló, al parecer, los dedos negociando con un judío. El obispo Desiderato de Verdun (535-554) agenció al comercio urbano 7.000 *solidi* cobrando los intereses legales. Comerciantes de siniestra fama fueron los obispos Félix de Nantes y Badegisilo de Mans. La sede obispal de París estuvo ocupada por un comerciante sirio. Bajo el papa Gelasio I, muchos sacerdotes se vieron envueltos en turbios negocios en la ciudad de Piceno.[66]

Teodorico el Grande (473-526) censura al obispo Antonio de Pola por arrogarse ilegalmente la propiedad de una finca. También reprende por un caso análogo al obispo Pedro. El obispo Jenaro de Salona intenta engañar a un comerciante en grasas regateándole el precio del aceite para la «luz eterna». El sacerdote Lorenzo se enriquece profanando cadáveres. En Oriente, el Concilio denominado «Latrocinio de Éfeso», del año 449, acusa al obispo Ibas de Edessa de haber robado objetos áureos de la iglesia;

de haber fundido 200 libras de plata de los vasos de culto y también de haber retenido para sí una parte del dinero reunido por su comunidad para el rescate de prisioneros. En el Concilio de Calcedonia, el emperador Marciano informa de clérigos que arriendan fincas o las administran por cuenta de otros llevados de su avidez de dinero.[67]

Pero por variadas e inagotables que fuesen las fuentes de financiación privada del clero, el dinero ganado por la Iglesia de forma, digamos, legal prepondera con mucho sobre el resto. Ello es algo que se puede mostrar ejemplarmente a raíz de lo que pasaba en las tres diócesis más poderosas y famosas de la Antigüedad: Alejandría, Constantinopla y Roma.

---

[65] August. Serm. 355, 6. Hieron. Ep. 22, 33. Nil. Sin. Ep. 2, 101. Joh. Cass. De Inst. Coen. 7, 2; 7, 6; 7, 9 s. Gregor. I Ep. 1, 40; 12, 6. Kraft, 387 s. Bogaert, 873 s, 890. Bardenhewer IV 558 ss. Dannebauer I 165 s.

[66] Greg. Tur. Hist. Franc. 3, 34. Todo document. en RAC XIII 551 s, 556. Bogaert 877.

[67] Greg. Tur. Hist. Franc. 4,12; 5, 5. ACÓ 2,1,353. Bogaert 872. Giesecke 122 s.

Algunos métodos eclesiásticos de obtener y gastar dinero legítimamente

Por lo que respecta a Egipto, donde el patriarca de Alejandría participa, ya en el siglo III, en las transacciones de un comerciante de ultramar, se puede documentar a partir de comienzos del siglo IV que la Iglesia poseía una flota mercantil propia. Con ayuda de ella, el patriarcado desarrolla el comercio con Palestina, con Sicilia, con las costas adriáticas y con la sede obispal de Roma. Y por cierto que la Iglesia y casi toda la Patrística habían prohibido el comercio estrictamente y mucho tiempo atrás.

¡Valgan los ejemplos de Ambrosio o de Jerónimo, quien escribió que había que rehuir como la peste al clérigo que practicase el comercio! A finales del siglo VI, la iglesia alejandrina posee ya 13 barcos de navegación por alta mar, de los que al menos el más grande de entre ellos (pero quizá también los otros) navega hasta Inglaterra. El patriarcado, que poseía entonces 8.000 libras de oro, construyó estos barcos en astilleros propios y obtuvo la madera de fincas de la Iglesia italiana. Pero también las iglesias territoriales de Egipto poseían barcos y talleres que dejaban en alquiler.[68]

143

Tan sólo por lo que respecta a la Iglesia de Constantinopla se puede documentar para aquel entonces la existencia de 1.100 locales comerciales establecidos en suelo de su propiedad. Y a esa riqueza contribuyó como mínimo uno de sus patriarcas, quien a causa de sus sentencias de bellas resonancias, algunas, y no las más apagadas, sociales, por no decir socialistas e incluso comunistas, fue denominado «Pico de Oro». Que Crisóstomo tenía además una mano de oro, capaz de apalearlo con la máxima diligencia, mientras su gran compromiso social le empujaba a condenar discurso tras discurso la sed de aquel metal, es algo que se desprende de su modo de obrar. Pues como todo auténtico príncipe de la Iglesia no sólo se preocupaba de la salvación de las ovejas de su grey, sino también, y con particular esmero, de sus herencias y especialmente de las de las viudas ricas. Y cuanto más ricas eran, mayor era, lógicamente, su esmero. De ahí que el santo patriarca cuyos escritos representan el punto culminante de la literatura patrística despreciativa —sobre el papel— del dinero —para él no era otra cosa sino fango— no sólo realizase negocios inmobiliarios muy lucrativos, sino que además consagró sus personalísimos esfuerzos a la situación de la viuda de un armador y senador, una tal Tecla.[69]

Especialmente apetecible, sin embargo, hallaba aquel santo «comunista» el dinero y el oro de una tal Olimpia.

El padre de esta joven señora era un *Comes palatii,* un alto funcionario imperial. Su tía era la esposa del rey de Armenia. Su padre, que la convirtió en viuda a los veintiún años, era el prefecto de Constantinopla. Su herencia sumaba la friolera de 250.000 piezas de oro, por no hablar de la plata, así como de innumerables fincas rústicas y urbanas. El mismo emperador Teodosio intervino como competidor de la Iglesia proponiendo a Olimpia el matrimonio con uno de sus parientes. Con todo, las

---

[68] Ambros. Off. I, 185. Hieron. Ep. 52, 5, 3. Bogaert 868. RAC XIII 549 s,570 ss. Schinzinger 50.

[69] Joh. Chrisost. in Mat. Hom. 39, 3 (P.G. 57, 437 C). Hom 921. Tinnefeld, Die frühbyzantin. Geselischaft 22. Clévenot, Der Triumph 96.

muchachas de aquel tiempo (y también las de todos los tiempos posteriores) sabían a través de la madre Iglesia que la virginidad valía más que todo matrimonio y que el matrimonio en segundas nupcias valía todavía mucho menos. De ahí que Olimpia diera calabazas al emperador y la Iglesia abrigase fundadas esperanzas.[70]

Ahora bien, la pesca de los discípulos de Pedro no tuvo un éxito rápido ni completo. El emperador se avinagró y puso las posesiones de Olimpia bajo administración estatal forzosa. También sometió a vigilancia los contactos entre aquélla y el obispo de Constantinopla, Nectario (381-397), un hombre a quien él había aupado antaño hasta la sede patriarcal aunque no estaba ni bautizado. Nectario, jurista de formación, un verdadero zorro y bien curtido, amante del lujo y venerado todavía como santo en Oriente, consagró cuatro años más tarde y en un santiamén a Olimpia, que disponía otra vez de su riqueza, como diaconisa. Cierto que ello, por lo que respecta a las viudas de menos de sesenta años, estaba prohibido por una ley estatal, pero a pesar de ello Nectario obtuvo así un derecho preferencial sobre el codiciado patrimonio. Olimpia comenzó inmediatamente a desparramar su dinero entre el clero y la Iglesia de Dios y cuando Nectario murió, en 397, su sucesor, Crisóstomo, que tanto y tan insistentemente abominaba de la riqueza, pudo atrapar todavía un resto suculento.[71]

144

Contamos con la siguiente lista de las donaciones que Olimpia «hizo a la excelsa iglesia de Constantinopla por mediación del santísimo patriarca Juan»:

- 10.000 libras de oro.
- 10.000 libras de plata.
- La totalidad de los denominados inmuebles de Olimpia, entre los que figuran el edificio de un juzgado, unos baños públicos y una panadería.
- La totalidad de los inmuebles sitos en la cercanía de los baños públicos de Constanza.
- La totalidad de los denominados «inmuebles de Evandro».
- Todas las fincas rústicas situadas en tomo a la ciudad.
- Las fincas de Tracia, Galacia, Capadocia, Bitinia...[72]

No hemos de admiramos de que Olimpia se convirtiera en santa de la Iglesia de Oriente y de la de Roma. ¡Quien regala de ese modo —a la Iglesia, se entiende— ha de ser santo a la fuerza! Cuando su amigo, el santo Doctor de la Iglesia, cayó en desgracia ante la corte y fue deportado hasta las estribaciones del Cáucaso, donde murió, su joven amiga no le sobrevivió mucho tiempo. Con todo, antes de ello recibió, con ánimo totalmente postrado, turbada y deshaciéndose en lágrimas a causa de la separación, nada menos que diecisiete cartas del patriarca, una de las cuales dice así: «Bien puedes ver cuan terrible es la lucha exigida para soportar pacientemente la separación del amigo, cuan doloroso y amargo es [...]. A quienes se aman no les basta estar unidos en el espíritu, pues ello no les es suficiente como consuelo, sino que exigen también la proximidad corporal. Y cuando han de abstenerse de ésta, su

[70] Clévenot ibíd. 93. Tinnefeid, Die frühbyz. Geselischaft 21.
[71] Cod. Theod. 16, 2, 27. Clévenot, Der Triumph 93 ss.
[72] Clévenot, Der Triumph 96.

felicidad sufre un detrimento nada pequeño...».[73]

Ni que decir tiene que un obispado como el de Roma no podía ser pobre. Ya rico en la época preconstantiniana, la Iglesia urbana de Roma conoció un enorme auge material bajo el primero de los emperadores cristianos: ¡fustigado por Dante como «semilla de perdición», causante de la alegría del «primer Padre rico»!

145

Ya en 312, con ocasión de su primera estancia en Roma, regaló Constantino a su obispo la *Domusfaustae,* el palacio laterano, futura residencia papal. Además de ello, le regaló una iglesia obispal, junto al laterano, cuyas tierras se extendían, más allá de Roma y sus cercanías, abarcando fincas situadas en el sur de Italia y en Sicilia. Donó asimismo una fastuosa basílica bajo la advocación de Pedro, a la que pertenecían tierras en Antioquía, Alejandría, Egipto y la provincia del Eufrates. Esta Iglesia obtuvo también tierras hasta en Tarso y en otras ciudades sirias. Hasta finales del siglo IV, el número de iglesias titulares romanas derivadas de fundaciones piadosas se elevó a 25. Tan sólo las propiedades fundarías traspasadas por Constantino a su favor permitían a la Iglesia romana disponer de unos ingresos anuales de más de 400 libras de oro. En cualquier caso, enajenó bien pronto, según toda probabilidad, sus propiedades orientales, que apenas podía explotar o administrar. ¡De las ganancias obtenidas se hicieron tres tercios destinados a la Iglesia, el clero y el papa![74]

Estas mismas iglesias eran extremadamente costosas y se tragaban sumas ingentes. Algunos sacerdotes romanos, enemigos del papa Dámaso, protestaron airadamente en un escrito de súplica al emperador Teodosio I contra «unas basílicas cuajadas de oro, revestidas de lujoso mármol, asentadas sobre pomposas columnas». Contra semejante derroche del patrimonio —una constante a lo largo de los siglos y que se toma a repetir también, y muy especialmente, a finales del siglo XX, mientras mueren de hambre millones de criaturas «hechas a imagen de Dios»— se protesta contadísimas veces. Permítaseme citar una excepción: la de Gottfried Arnold, cuya *Historia imparcial de la Iglesia y de los herejes* (la única fuente a la que acudió Goethe para informarse acerca de la historia del cristianismo), una historia de la Iglesia como apenas se ha escrito otra en el espacio de cada siglo, constata: «Al igual que pasó con la construcción del templo de Jerusalén.-los grandes dispendios y la pompa desplegada son más bien muestra de una miserable decadencia y del despilfarro del cristianismo y no de un auténtico espíritu cristiano como el que debiera haber reinado a imitación de los antiguos cristianos [...]. Así obró él [Constantino] y con su derroche dio un mal ejemplo que influyó en gran manera sobre el clero, cuya amistad se granjeó de ese modo [...]. Verdad es que muchos de ellos guardan nostalgia de ese tiempo en el que todas las iglesias mostraban tanta magnificencia y ostentación. Sólo los más sensatos sienten pesar ante ello». Justiniano (527-575) construyó en la ciudad de su corte Santa Sofía, empleando para ello cinco años y diez mil obreros e inviniendo una suma que Hans v. Schubert (¡a principios del siglo XX!) cifraba en 361 millones de marcos del Reich.[75] (¡Puestos de trabajo! ¡Al precio que sea!, para constmir cañones o iglesias. ¡Ambas cosas se compaginan perfectamente! Véase el caso de Justiniano...)

---

[73] Ibíd. 99 s.

[74] Theodor. Lector H. E. 2, 55. Bogaert 868. Dopsch, Wirtschafti. u. Soziale Grundiagen II 206. Caspar I 124 ss, 131, II 326. Andresen, Die Kirchen 602.

[75] H. v. Schubert, 1102. Caspar 127. Arnold, cit. en Staats, Deposita 27 f, con indic. de fuentes.

146

Pero había otras muchas iglesias con grandes posesiones en tierras y, no pocas veces, con dinero. Mencionemos, por dar algunos ejemplos de Occidente, a los obispos Eterio de Lisieux, Egidio de Reims y Leoncio de Burdeos.[76]

Desde la época de Constantino, son los ricos quienes rigen la «Iglesia de los pobres»

Para granjearse el favor del emperador cristiano y de la Iglesia, los miembros de la clase acaudalada se convierten en número cada vez mayor al cristianismo, de lo cual extrae la Iglesia gran provecho. «Imposible es enumerar las donaciones, instituciones caritativas, hospitales, objetos de culto, altares y capillas [...]» (el católico Clévenot).[77]

Ya entonces, la mayoría de los obispos provenían de familias de gran fortuna y ello no es de admirar, pues gracias a Constantino una sede obispal había ganado mucho en atractivo. Ahora se tributaba un extraordinario respeto a los obispos, quienes, como los sacerdotes en general, fueron distinguidos con privilegios cada vez más numerosos, obteniendo el derecho de herencia y prerrogativas judiciales. Aparte de que todas las cuestiones relativas a la fe y la Iglesia quedaron bajo su exclusiva jurisdicción, podían hacer de jueces en los procesos civiles, siendo sus veredictos tan inapelables como los de los prefectos del pretorio. Constantino los declaró exentos —a ellos y a todo el clero, hasta los simples cilleros— de las molestias de los cargos públicos. Algunos obispos tenían posiciones de confianza en la corte y todos podían exigir en cualquier momento acceso a los calabozos y servirse del correo imperial, del que hicieron a veces uso tan amplio, ya en el siglo IV, que la población refunfuñaba al respecto.[78]

En la transición del siglo IV al v, muchos obispos se convirtieron, gracias a sus posesiones, a su peculio y al aparato organizativo de la Iglesia, en la cabeza política de su ciudad. El afán de ingresar en las filas de aquel clero privilegiado se hacía cada vez más fuerte. En el año 439, una ley complementaria del emperador Valentiniano III constata que el «número de ciudadanos laboralmente activos disminuye por doquier, lo cual perjudica al bien común; el número de clérigos, por el contrario, desborda todo límite». Para entonces casi todos los obispos provenían de los estratos superiores. Entre los cincuenta y cuatro obispos de Las Gallas, en el siglo V, había sólo tres que no pertenecían a la nobleza. Pero como dos de ellos, Martín y Marcelo, pertenecían aún a la generación episcopal del siglo IV, en el V únicamente Babiano era plebeyo. En esa provincia se hace ya frecuente el heredar la sede, como pasaba con los cargos públicos.[79]

147

Es obvio que personas así, acostumbradas por su origen a llevar una vida feudal, lo seguían haciendo una vez obispos. Sinesio de Cirene, príncipe eclesiástico, a su pesar, desde 410, se jacta ante sus diocesanos de su antigua ascendencia noble

---

[76] Greg. Tur. Hist. Franc. 4, 26; 6, 36; 7, 40; 10,19. Bogaert 868 s.
[77] Clévenot, Der Triumph 66.
[78] Cod. Theod. 1, 27, 1 s; 16, 2, 7. RAC III 339. Caspar I 134 s, 156. Dannenbauer I 64. Voelkl, Kaiser Konstantin 93. Klauser, Bischófe 162 ss. Chrisos. 119 ss. Langenfeid 166 s.
[79] Treucker 26 ss. Maier, Die Verwandiung 212. Noethlichs, Zur Einflussnahme 153.

mientras que el gobernador Andrónico «no puede indicar el nombre de su abuelo o, según se dice, ni siquiera el de su padre, pues de Andrónico se conjetura lo siguiente: es un hombre que ha saltado desde el mercado del atún hasta el carro de gobernador».[80]

Ya en el siglo IV, cuando los obispos comienzan a titularse entre sí «Tu santidad», «Tu beatífica persona», y todos ellos quieren ser venerados con el ósculo en la mano y la genuflexión —¡a los demás les predican modestia!— la mayoría de los obispos dispone de un cierto patrimonio y lleva, al menos por lo que respecta a las grandes ciudades, una vida principesca y desde luego esa mayoría, dotada de sustanciosos privilegios estamentales, ocupa en general espléndidas posiciones. Se dejan dominar por la ambición, el lujo y la vanidad. Jerónimo, que escribe así de las personas de su estamento: «Todos sus cuidados se centran en sus ropas, en ir bien perfumados y en que sus pies no se hinchen bajo una piel blanca», nos informa de que en su acción pastoral prefieren asistir a mujeres, codiciosos de los abundantes donativos y del sonido de la recompensa en metálico, y de que los banquetes dados por muchos prelados eclipsan a los de los gobernadores de provincias.[81]

También los textos del historiador Amiano Marcelino dan fama, a finales del siglo IV, de la riqueza y de la vida feudal de los obispos romanos y explican a partir de ahí las enconadas luchas por esa sede. «Les va muy bien porque se enriquecen gracias a las donaciones de las damas principales. Van en carrozas, llevan ropas escogidas. Ofrecen comidas tan copiosas que sus banquetes pueden emular a los de los reyes». «Conviérteme en obispo de Roma y me hago cristiano al momento», dice con sarcasmo el prefecto Pretéxtalo a la vista de los ingresos de Dámaso (366-384), a quien se cuenta entre los papas más notables de su siglo. Fue él quien consolidó la doctrina de la Trinidad y el primado de Roma, pero también quien realizó los más turbios negocios financieros y vivió en un lujo proverbial. Gracias a su familiaridad con ricas cristianas, este «halagador de oídos femeninos» obtuvo tal provecho que en 370 el emperador promulgó un rescripto que le concernía y en el que se prohibía la caza de herencias por parte del clero. Pero gente como él, reo de varios asesinatos, o como el obispo Ambrosio de Milán, se comportaban como los «soberanos de Occidente» (el católico Clévenot).[82]

Ya entonces, según escribe un Padre de la Iglesia, el pueblo veía incluso en la más humilde de las sedes obispales una «rica prebenda». De ahí que los obispados, ya desde la Antigüedad y tanto en Oriente como en Occidente, se obtuvieran frecuentemente haciendo «presentes». «Los escritores eclesiásticos se quejan reiteradamente sobre el empleo del oro para sobornar» *(Léxico conceptual para la Antigüedad y el cristianismo):* ¡eso sí, sobre todo, del lado de los «herejes»! Pero también algunos Doctores de la Iglesia como Basilio y Juan Crisóstomo testimonian de obispos católicos que compraron el cargo. A veces es una amiga rica la que lo chalanea para ellos. Atanasio les reprocha a los arríanos que enajenen sus sedes vendiéndolas a precios máximos. Algo análogo dice Ambrosio de su contrincante amano, el antiobispo Mercurino Ausencio. El metropolitano de Éfeso, que malbarató

[80] Prinz, Die bischófliche Stadtherrschaft 8 ss, 12 ss. Reinhard 149. Held 132. Gassmann 64, 67 ss. Synes.Ep.57.

[81] Basil (an Euseb. v. Samosata a.373) Ep. 41; 49. Hieron. Ep. 33. Lecky II 123. Burckhardt 306. Caspar 1259. Leipoldt, Von Epidauros bis Lourdes 201. Comp. Deschner, Hahn 236 ss.

[82] Cod. Theod. 16,2,20. Ammian. 27,3,14. Hieron. Contra Joh. Hieros. c. 7.Stein, Vom Römischen 330. Caspar 1196 s. Hartke 422. Andresen, Die Kirchen 403. Clévenot, Der Triumph 45, 63 s. Comp. tb. Vol. I de La Hist. Criminal 11 ss.

tierras de la Iglesia en provecho de su bolsillo privado e hizo fundir toda clase de piezas valiosas procedentes de los templos para embellecer su baño, vendió hacia el 400 sede tras sede al mejor postor.[83]

148 Ello nos lleva a un concepto que aflora una y otra vez en la historia jurídica de la Iglesia a lo largo de toda la Edad Media y que reviste considerable importancia.

La simonía

Según las más antiguas definiciones canónicas, se entiende por simonía la adquisición de una dignidad eclesiástica, de un cargo obispal, sacerdotal o diaconal, es decir de la consagración como clérigo, por medio de dinero o valores pignorables. Sin embargo, también se entiende bajo ese término la compra o venta sacrílegas de las denominadas gracias, de los dones y bienes espirituales *(spirítualid)* a cambio de ventajas «temporales» *(temporalia),* la adquisición de sacramentos y objetos sacramentales. Los estipendios por misas, derechos de estola, tasas y obligaciones pueden, en cambio, ser embolsados legítimamente para lo cual se remiten al Nuevo Testamento (Mat. 10, 12; Lúe. 10, 7; I Cor. 9, 13, etc.). Antiguos intentos de prohibir donaciones por administrar los sacramentos acabaron, significativamente, en fracaso. Las iglesias llegan, incluso, a exigir por ello sumas que rebasan lo legal y también por lugares para sepultura.[84]

Como primer convicto de simonía se consideraba en el siglo IV a Simón el Mago, quien, en la *Historia de los Apóstoles,* quiso comprar de éstos el poder del Espíritu Santo. Ya en el siglo III, fue puesto, por así decir, al frente de todos los «herejes». Desde entonces existe asimismo la simonía, desconocida, al parecer, en los dos primeros siglos: evidentemente, los cargos sacerdotales no eran aún suficientemente rentables para ser comprados. A mediados del siglo III, en cambio, cuando la sede episcopal comenzó a ser atractiva financieramente, se da ya la simonía y ésta, tras el reconocimiento del cristianismo como religión del Estado, con el consiguiente incremento lucrativo de las dignidades eclesiásticas, se extiende cada vez más y de forma imparable. Las prohibiciones, iniciadas a comienzos del siglo IV y profusamente reiteradas después, resultaron totalmente vanas.[85]

149 Ya en el siglo IV, se dieron casos de obispos que exigieron tasas por la consagración de Iglesias, por el envío de hostias y por consagrar el aceite. También hubo sacerdotes que administraron sacramentos, casaron y enterraron previo pago en metálico. Al filo del siglo IV, apenas se podía ser cristiano sin pagar. Se hizo habitual que los recién bautizados depositaran dinero en la vasija bautismal. Naturalmente, la corruptela aumentó exuberante de siglo en siglo y a mayor abundancia entre las altas esferas. Durante el dominio godo en Italia, cada vez que

---

[83] Syn. Sard. c. 2. Greg. Naz. Or. 12, 3; 18, 35. Basil. Ep. 53. Athan. Apol. Ad Const. Inp. 28. Ambros. Serm. c. Auxent. RAC XI 924. Baur, Der heilige Johannes Chrysost. II 121. Hauck A.I 77. Achelis 182. Weitzel 9 s.

[84] Greg. Ep. 4, 24; 8, 3; 8, 35; 13, 22. Wetzer/Welte X 165 s. LThK I A. IX 582. Dudden 1400 s. Meier-Welcker 68. Zimmermann, Papstabsetzungen 174.

[85] Bogaert 855. Meier-Welcker 63 s. Weitzel 7 s, 11 ss.

había elección de papa, todo, hasta los vasos sagrados, se ponía en venta.[86]

Las primeras prohibiciones y medidas punitivas contra la simonía las hallamos, a comienzos del siglo IV, en el Concilio de Elvira y poco después en los *Cánones Apostólicos.* En ese momento, las ordenaciones sacerdotales así como la distribución de cargos eclesiásticos a cambio de dinero se hicieron algo tan escandaloso que muchas asambleas eclesiásticas tomaron medidas contra ello: el Concilio de Calcedonia (451), el de Constantinopla (459), los de Roma (499, 501 y 502), los de Orleans (533, 549), el de Tours (567). Contra la venta de las sedes obispales hubo también intervenciones imperiales: de León I y Antemio, el año 469, y de Glicerio, el 473, en Ravena. En esos momentos, la venta clerical de cargos hacía tales estragos que el emperador Glicerio hubo de constatar que la mayor parte de los obispados se adquiría no por méritos, sino por dinero. Las intervenciones estatales y eclesiásticas contra las prácticas simoníacas se hicieron cada vez más frecuentes. Justiniano, que amenazó con severos castigos la compra de la elección o la consagración de obispos, amplió la prohibición de la simonía a todo el clero. Pese a todo, la venta sacerdotal de cargos fue en continuo aumento a lo largo del siglo VI y especialmente en Occidente, donde, por ejemplo, en los obispados de Franconia se hizo algo habitual. Cuando en 591 murió el obispo Ragnemond de París y su hermano, el sacerdote Faramod, presentó sus aspiraciones a la sede vacante, el comerciante sirio Eusebio ascendió al trono obispal «después de repartir muchos regalos». Por cierto que tampoco fueron casos aislados los de conversiones logradas mediante el pago de dinero.[87]

A partir de mediados del siglo VI la simonía toma la denominación de *simoniaca haeresis y* pasó a ser considerada como la peor de todas las «herejías». Es cierto que la Iglesia ha intentado erradicarla una y otra vez, pero todo ha sido en vano. Nunca lo consiguió hasta la Edad Moderna. Ocurrió más bien que ciertas formas de simonía se convirtieron en «usos muy arraigados» en la Alta Edad Media (Meier/ Weicker).[88]

150

El nepotismo

El nepotismo sigue desempeñando un decisivo papel en el siglo XX, al menos en el papado. Al contrario que la simonía, este vicio se remonta hasta la primerísima época. Es más, aquí nos topamos con una auténtica tradición apostólica, pues el favoritismo respecto a los parientes comenzó ya en la propia familia de Jesús. Pues aunque Jacobo, el hermano de Jesús, no era apóstol ni siquiera seguidor de su hermano en vida de éste, asumió la dirección de la comunidad después de la ida de Pedro. Cuando Jacobo murió, aquélla fue dirigida por su primo. Simón bar Kiopas. Más tarde, la «sede obispal» de Jerusalén fue ocupada por otros miembros de la familia de Jesús. De ahí que el teólogo Stauffer hable sin rodeos de un «califato de

[86] Syn Elvira (306) c. 48. Dresdner 37. Meier-Welcker 64.
[87] Ambros. Off 2, 23, 117 s. Greg. Tur. Hist. Fr. 3, 2; 4, 35; 10, 26. Bogaert 871 con indicac. de muchas fuentes. Meier-Welcker 63 s. Thiele, Studien 114 ss. Lautermann 32.
[88] Meier-Welcker 62, 64.

Jacobo».[89]

A finales del siglo II conocemos ya otras sedes obispales hereditarias. Policrates de Éfeso es el octavo obispo de su familia. A raíz de un litigio eclesiástico con Roma, invocó solemnemente el nombre de sus parientes y antecesores. «A saber, siete de mis parientes fueron obispos y yo soy el octavo.» A finales del siglo IV la iglesia de Capadocia estaba bien copada, según todas las apariencias, por las manos de unas pocas familias. San Gregorio de Nacianzo era hijo de un obispo del mismo nombre y también su primo, Anfiloquio, era obispo. San Basilio y san Gregorio de Nisa eran ambos hermanos y obispos. En Alejandría, a finales del siglo IV, san Atanasio fue sucedido en la sede patriarcal por su hermano Pedro y a principios del siglo V el patriarca Teófilo fue sucedido por su sobrino san Cirilo y éste, a su vez, por su sobrino Dióscoro. La sede patriarcal de Antioquía estaba entonces ocupada por el arzobispo Juan, de quien sería sucesor su sobrino Domno. En Roma, ya en el siglo VI, el papa Silverio fue hijo del papa Hormisdas y el Doctor de la Iglesia Gregorio I el Magno descendía de una familia que ya había dado dos «vicarios de Cristo».[90]

Una inscripción de Nami, del siglo V, nos informa así: «Aquí yace el obispo Pancracio, hijo del obispo Pancracio, hermano del obispo Hércules» *(hic quiescit Pancratius episcopus, filius Pancrati episcopi, frater Herculi episcopi).*[91]

Entre los obispos galos del siglo V, todos y cada uno —las excepciones son mínimas— miembros de la nobleza del país, muchos están emparentados entre sí: los obispos Ruricio I y Ruricio II de Limoges con el obispo Eufrasio de Clermont. El obispo Hesiquio de Vienne es padre del obispo Avito de Vienne y del obispo Apolinar de Valence. El miembro de la alta nobleza y obispo, Sidonio Apolinar de Clermont, es padre del obispo Apolinar de Clermont. El obispo Euquerio de Lyon (obispo allí desde 434), también perteneciente a la alta nobleza, es padre del obispo Veranus de Vence (obispo allí desde 442) y padre del obispo Salonio de Ginebra (obispo desde 439). El obispo Remigio de Reims (investido a los veintidós años pese a que un obispo debía contar con cuarenta o cuarenta y cinco años) es hermano del obispo Principio de Soissons, cuyo sucesor, Lupo, es sobrino de ambos. Los hermanos Petronio y Marcelo se suceden en el obispado de Die. Los tres obispos de Tours, Eustaquio, Volusiano y Perpetuo, descienden de la misma familia senatorial y se suceden, uno tras otro, en la misma sede apostólica.[92]

151

A la cuestión de «Cuándo encontramos parientes en el entorno de cada papa como auxiliares y beneficiarios de su poder», Wolfgang Reinhard respondió en 1975 así de lacónico en la *Revista de Historia de la Iglesia (Zeitschríft für Kirchengeschichte):* «¡Desde siempre!». Y los apologetas lo justifican, todavía en el siglo XIX, con la indicación de que entre los discípulos especialmente entrañables para Jesús se hallaban sus propios parientes.[93]

El dominio episcopal por parte de determinadas familias, dominio que todavía florece en la Edad Moderna y que sólo con una gran dosis de imaginación lo podemos concebir como resultado de una especial vocación para lo sobrenatural, muestra

---

[89] E. Stauffer, cit. en Comfeld/Botterweck II 397.
[90] Euseb. H. E. 5, 24, 6. Aquí sigo a Reinhard 147 f.
[91] Diehí 197 (Nro 1030).
[92] Greg. Tur Hist. Fr. 3, 2; 10, 31. Heinzelmann, Bischofsherrschaft 233 s. Gassmann 50 ss, 143.
[93] Reinhard 145 s.

mejor que un largo discurso cuan atractiva era la carrera sacerdotal para la alta sociedad y cómo ganó en atractivo siglo tras siglo.

Esa circunstancia entraña ventajas y desventajas para la Iglesia. Por una parte, la riqueza privada de muchos de estos clérigos acrecienta aún más la de la Iglesia, en parte por decisión personal, en parte por imposición jurídica. Por otra parte, esa riqueza se ve amenazada justamente por ese nepotismo que dura ya dos mil años.

En un principio, la praxis general determinaba que los dignatarios clericales, sacerdotales y monacales, hubiesen de legar su patrimonio a la Iglesia si no tenían familiares próximos, lo cual era tanto más determinante cuanto que justamente los obispos solían provenir de familias ricas. Pero allá donde el clero no acordaba voluntariamente convertir a la Iglesia en su heredera, ésta intervenía rápidamente de forma coactiva. Ahí radica desde el primer momento su interés «en una reconfiguración de todo el derecho relativo a las herencias y en especial a la disolución de los antiguos lazos jurídico-familiares».[94]

Ya en la época más temprana de la Iglesia intentó ésta proteger las posesiones eclesiásticas de despilfarres en favor de los parientes. Desde aproximadamente la mitad del siglo II, todo cuanto el sacerdote obtuviese después de ser ordenado debía pertenecer a la Iglesia, salvo la herencia paterna. Ahora bien, mientras que todos los clérigos que hubiesen sido ordenados sin patrimonio pero hubiesen adquirido después fincas en nombre propio tenían que escriturarlas a nombre de la Iglesia, los obispos estaban legitimados para disponer testamentariamente del patrimonio privado, tanto si fue adquirido antes, como si lo fue después de asumir su cargo. En cambio, si un obispo alienaba bienes de la Iglesia por vía de herencia, su sucesor tenía que exigir su devolución o exigir una indemnización. La prohibición de traspasar bienes eclesiásticos en favor de los parientes del obispo, promulgada entre otros por el X Concilio de Toledo (656) y el II Concilio de Nicea (787), entró a formar parte del derecho canónico.[95]

152

Vale la pena observar que la introducción del celibato como prescripción obligatoria está en dependencia, como subraya W. Reinhard en su investigación acerca del nepotismo, «y de forma bien documentada con el temor a perder patrimonio eclesiástico». El celibato de sacerdotes y obispos sirve, y no en último término, para evitar difíciles cuestiones hereditarias, como se reconoce de forma franca y frecuente. De ahí que un papa como Pelagio I (556-561) sólo ordenase como obispo a un padre de familia bajo la expresa condición de que redactase una lista detallada y completa de su patrimonio y de que no dejase en herencia a sus hijos nada que sobrepasase lo allí consignado.[96]

La cuestión de si los eclesiásticos podían enajenar patrimonio eclesiástico o rentas provenientes del mismo fue repetidamente sometida a discusión. El IV Concilio de Cartago (398) prohibió que los obispos realizaran venta alguna sin la anuencia de sus clérigos o que éstos la hicieran sin permiso de su obispo. En casos especiales, sin embargo, los obispos estaban autorizados para desprenderse de edificios, aparatos, vasos o esclavos eclesiásticos. En cualquier caso, la prohibición de enajenar

---

[94] Dopsch. Wirtschaftiiche u. soziale Grundiagen 1152 ss.

[95] Apost. Can. c 26; 39 s. Syn. Ancyra (314) c. 14. 3. Syn. Karth. (397) c. 49. 4. Syn. Karth. (419) c. 32. Syn. Agde (506) c. 54. Plóchi 97. Jones, The later román Empire II 895. Reinhard 149.

[96] Pelag. I Ep. 33. Comp. tb. MGH Const. 1 1893, 70 ss. Kraft 49. Reinhard 149. Clévenot, Die Christen 117.

patrimonio eclesiástico —que siguiendo el modelo romano era considerado propiedad de la deidad— se fue imponiendo desde comienzos del siglo V y en 470 fue elevada por los emperadores orientales a principio jurídico.[97]

Pero si la Iglesia era codiciosa del patrimonio de su clero, más lo era aún del de su grey. Apenas podemos caer en exageración si consideramos que la caza subrepticia de herencias ha sido uno de los empeños más importantes, y con seguridad uno de los más rentables de todos los tiempos, en el marco de la acción pastoral eclesiástica.

La caza subrepticia de herencias

Desde que Constantino concedió a la Iglesia la capacidad de heredar —fuente permanente de riqueza para ella— muchos cristianos, deseosos de salvar su alma, testaron parcial o totalmente a su favor, legándole tierras o peculio en efectivo. Fueron, con todo, escasísimos los casos en que ello sucedió únicamente a impulsos propios. Pues la Iglesia inculcó incesantemente a sus hijos e hijas que le donasen a ella una parte o la totalidad de su hacienda y peculio en aras de la salvación de su alma. El derecho canónico y la praxis eclesiástica no cejaron en sus esfuerzos por facilitar e incrementar las donaciones en favor del clero. Se hizo costumbre que, en caso de no tener hijos, los matrimonios convirtieran a la Iglesia en heredera y le hiciesen además toda clase de presentes al objeto de alcanzar el reino de los cielos. Tanto en la Roma occidental como en la oriental, la legislación favoreció el traspaso testamentario de propiedades inmuebles en favor de las entidades eclesiásticas. Y los Padres advirtieron enérgicamente que la salvación del alma no se veía en modo alguno favorecida cuando el dinero y las posesiones eran legados a los familiares.[98]

153

Una de las captaciones de herencia más espectaculares la realizaron aquellos pescadores de almas a través de la joven Melania, que apenas contaba veinte años de edad, y de su marido Piniano. Ambos constituían, quizá, la familia más rica de todo el Imperio Romano, siendo multimillonarios que deseaban vivir según la sentencia de Cristo: «Vende cuanto tienes [...]». La Iglesia no tuvo más que catequizar y... alargar su mano. Los contemporáneos califican de «incalculable» *(anarithmeton)* el patrimonio de aquellos dos fugitivos del mundo. Por toda Italia, en España, en las Galias, en África, en Bretaña, prácticamente en todas las provincias, tenían dominios agrarios con decenas de miles de esclavos. Sólo 8.000 aceptaron, supuestamente, su manumisión cuando comenzó la venta de tan inmensas propiedades, a raíz de la cual ingentes sumas de dinero fueron a parar a iglesias, monasterios y asociaciones piadosas.[99]

Cuando, huyendo de Alarico, Melania, su madre Albina y su marido Piniano van a parar a Hipona, la sede obispal de Agustín, el año 410, se producen, en palabras de Clévenot, «discusiones de lo más ruin» entre miembros del alto clero. «Se los arrebatan, literalmente, unos a otros de las manos. Rivalidades, conflictos, altercados:

---

[97] Todas las fuentes en RAC XIII 549 Dopsch, WirtschftL u. soziale Grundiagen 11206.

[98] Cod. Theod. 16, 2, 4. Lecky U 107 s. Sommerlad I 304 s. Dopsch, Wirtschafti. u. soziale Grundiagen II 206. Caspar I 131. Andresen, Die Kirchen 602. Tinnefeld, Die frühbyz. Geselischaft 21.

[99] Vogt, Der Niedergang. Clévenot, Der Triumph 140.

cada uno de ellos quiere hacerse con una parte del pastel [...].» Por su parte, el autor de la *Vida de Santa Melania* escribe así: «Alarico llegó entonces a los latifundios que los bienaventurados acababan de vender y todos alabaron así al Señor de todas las cosas: ¡Felices aquellos que, sin esperar la llegada de los bárbaros, vendieron todos sus bienes!». Felices también, sin embargo, todos aquellos a quienes el cambio de poder no les deparó ninguna pérdida. Y entre ellos figuraba la Iglesia católica. Se dio el caso, incluso, de que muchos títulos de propiedad fueron entonces a parar a sus manos, ¡y entre ellos los de Melania! (Un tercio de su patrimonio hubiese bastado para pagar las soldadas de todo el ejército de Alarico durante tres años.)[100]

Mucho mayor, no obstante, son las ganancias obtenidas de la masa de los fieles, esquilmados sin contemplaciones a lo largo de siglos en aras de la salvación de su alma, «explotados por el clero», en relación con lo cual «éste usa especialmente la debilidad de la mujer para obtener legados en favor de la Iglesia y en detrimento de los familiares» (Dopsch).[101]

Quedó ya repetidamente documentado, con textos provenientes de las distintas épocas, de qué forma tan odiosa, tan indeciblemente desdeñosa para el hombre, menospreció la Iglesia a la familia (a la que habitualmente, y por supuesto sólo pensando también en su propia ventaja, glorifica en tonos desusados); cómo, cuando su interés así lo exige, separa unos de otros y del modo más brutal a los más estrechamente unidos por el afecto. Por amor a Dios, suele decir, aunque, en realidad, se trata del amor al dinero. (Es el código penal el que impide aquí proceder a especificaciones todavía más inequívocas.)

154

Cuando se trata de dinero, los santos más celebrados, los más afamados Padres y Doctores de la Iglesia no vacilan un segundo en crear la discordia entre padres e hijos, exigiendo a aquellos que deshereden total o parcialmente a éstos en beneficio de la Iglesia.

San Cipriano no acepta al respecto ni el cuidado de una numerosa prole. «Transfiere a las manos de Dios los tesoros que guardas para tus herederos. Será Él quien haga de tutor para ellos.» San Jerónimo exige de los sacerdotes que no dejen a sus hijos las posesiones que hayan acumulado, sino que las leguen todas ellas a los pobres y a la Iglesia. Los no sacerdotes, cuando tengan hijos, también deben nombrar a Cristo coheredero. Ensalza a la viuda Paula, quien, tras la muerte de su marido, abandonó a sus hijos «sin derramar una lágrima», aunque éstos le pedían encarecidamente que se quedase con ellos. Hijos a los que no dejó ni una pieza de oro de su riqueza, pero sí una buena carga de deudas. Incluso Salviano, quien con tanta vehemencia describe en el siglo V la miseria de las masas, reprocha a los creyentes por no imitar ya a los primeros cristianos, que dejaban su patrimonio a la Iglesia. Y si durante toda su vida retenían para sí sus bienes, al menos debían acordarse en su lecho de muerte de que la Iglesia era la única y legítima propietaria de todo cuanto poseían.

«Quien deja su patrimonio a sus hijos en vez de a la Iglesia obra contra la voluntad de Dios y contra su propio interés. Al velar por el bienestar terrenal de sus hijos, descuida su propio bienestar en el cielo».[102]

---

[100] Clévenot ibíd. 109 ss, 142.

[101] Dpsch, Wirt. u. soz. Grundiagen 11 206 s.

[102] Cypr. De Op. et Eleem. c. 18 f. Hieron. in Hes. 14,46,16. Salv. adv. avarit. 3, 277. De Gub. Dei 1, 1 ss, 1, 23 ss. August.

En su homilía A *los pobres,* san Basilio denomina los cuidados previsores en favor de los hijos puro pretexto de los codiciosos. Además de ello, la riqueza heredada raras veces trae suerte. Y para los casados vale igualmente lo que dice el evangelio: vende todo lo que posees. Y por fin: ¿quién puede «salir fiador de la voluntad del hijo en el sentido de hacer buen uso de los bienes heredados? [...]. Ten, pues, buen cuidado no sea que con la riqueza atesorada con mil fatigas des a los demás materia de pecado, con lo que te verías doblemente castigado: por una parte, por la injusticia que tú mismo cometes; después, por todo aquello a lo que tú das ocasión que cometan los demás. ¿No es tu alma algo más entrañable para ti que cualquier hijo?, ¿que cualquier otra cosa? ¡Puesto que ella es lo más entrañable para ti, dale también la mejor herencia, dale un generoso sustento para su vida y reparte el resto entre tus hijos! Pues también se da el caso de que muchos hijos que no heredaron nada de sus padres se construyeron ellos mismos casas. Pero ¿quién se apiadará de tu alma si tú mismo la descuidas?».[103]

155

El clero no anduvo nunca remiso en pintar cuantas veces fuera necesario los horrores de la hora de la muerte, del Juicio Final y del infierno hasta que las asustadas ovejas de su grey se mostrasen dispuestas a comprarse el cielo con lo que poseían en la Tierra. Fue en su lecho de muerte donde más de un padre imploró a sus hijos para que no retuviesen para sí nada de su patrimonio.[104]

En el siglo IV, las mismas leyes de los emperadores cristianos dan testimonio de la miseria que se abatió sobre incontables familias a causa de las numerosas donaciones hechas en favor de la Iglesia. Ya Valentiniano I (364-365) procedió por ello a adoptar severas medidas contra la captación subrepticia de herencias por parte del clero. En 370 prohibió a sacerdotes y monjes visitar las casas de las viudas y los huérfanos y declaró nulas todas las donaciones y todos los legados de viudas u otras mujeres víctimas de la extorsión a la que los sacerdotes las sometían bajo pretextos religiosos. El asunto debió de tomar entonces tales proporciones que el decreto amenazaba con la confiscación de las disposiciones testamentarias en favor de los sacerdotes, salvo que fuesen herederos legítimos en virtud de su parentesco. Apenas dos décadas después, una ley de Teodosio pone nuevamente coto a la caza clerical de herencias, ley que, sin embargo, fue derogada con sorprendente celeridad.[105]

En la mayoría de los casos, los emperadores no fueron capaces de imponerse frente a los hábitos financieros de la Iglesia. Una ley promulgada por Teodosio en 390 y que confinaba otra vez al desierto a los monjes que vagabundeaban y mendigaban por las ciudades hubo de ser semiderogada apenas dos años después. El decreto del 21 de junio de 390, con el que Teodosio vetaba la caza subrepticia de herencias de viudas y huérfanos por parte de sacerdotes y monjes y el enclaustramiento de mujeres jóvenes y subsiguiente expolio financiero de sus hijos por parte del clero, hubo de ser derogado apenas dos meses después, el 23 de agosto del mismo año, ante la protesta de san Ambrosio. La misma suerte corrieron otras leyes, tanto en Oriente como en

---

Serm. 86, 11. Joh. Chrysost. Hom. Rom. 8, 9. Lecky II 107. Bogaert 894. Sommerlad I 304 Schuitze, August. u. der Seelteil 187 ss. Schäfer, Rómer u. Germanen 21.

[103] Basil Hom. 6 (PG 31, 237 ss).

[104] Lecky II 107. Sommerlad I 304 s.

[105] Cod. Theod. 16, 2 20; 16, 2, 27 s. Hieron. Ep. 52, 6. Sommerlad I 311. Dopsch, Wirt. u. soz. Grundiagen II 207. Hemegger 362. Diesner, Kirche u. Staat 40. Lippold, Theodosius 37.

Occidente. Las disposiciones imperiales contra la explotación eclesiástica fueron abolidas por ellos mismos o por sus sucesores.[106]

En definitiva, tanto en el Estado como en la Iglesia acabó imperando la misma corrupción. Ambos esquilmaban al pueblo al unísono. Y también iban de la mano por lo que respecta al mantenimiento de la esclavitud.

[106] Cod. Theod. 16, 3, 1; 16, 2, 20. Hieron. 52, 6; 60, 11. Dannenbauer I 166 s, 240 s.

157

MANTENIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN DE LA ESCLAVITUD

«No estéis tristes. Todos somos hermanos en Cristo.»
RATERIO, OBISPO DE VERONA, A LOS ESCLAVOS, HACIA EL AÑO 935[1]

«El cristianismo rompió con el espíritu de la antigua esclavitud. Ello parecía, en verdad, imposible [...]. El esclavo era mantenido como si fuera un animal y no era tratado como hombre. El cristianismo devolvió su dignidad a ese amplísimo sector del género humano.»
OBISPO WILHELM EMMANUEL, BARÓN VON KETTELER[2]

«Por lo que respecta al cristianismo, ni siquiera después
de la conversión de Constantino y de la rápida integración de la Iglesia en el sistema de gobierno del Imperio, existe el más mínimo indicio de una legislación que tuviera como meta la renuncia, aunque fuese paulatina, a la esclavitud. Todo lo contrario: fue Justiniano, el más cristiano de todos los emperadores y cuya codificación del derecho romano en el siglo VI incluía la más vasta compilación de leyes relativas a la esclavitud que jamás se haya reunido, quien echó en Europa las bases jurídicas más completas para esa esclavitud, bases llevadas al Nuevo Mundo un milenio después.»
M. I. FINLEY[3]

«La Iglesia, comprometida ciertamente en favor del pueblo pobre, no se preocupó sin embargo lo más mínimo por el derecho ciudadano de aquellos a quienes prestaba de un modo u otro su apoyo. Es más, ni siquiera se preocupó por el principio mismo de los derechos de ciudadanía, es decir, por la libertad personal de todos los ciudadanos, ya que, según su doctrina, todos los hombres debían sentirse como esclavos, y no sólo ante Dios, sino también ante aquel que representaba a Dios en la Tierra. De ese modo, el cristianismo contribuyó ideológicamente, en las postrimerías de la Antigüedad, a transformar la situación jurídica de los ciudadanos de a pie, de quienes carecían de la ciudadanía y de los esclavos en cierta "esclavitud generalizada". Baldío fue el esfuerzo del emperador Juliano por frenar esa evolución y devolver a los ciudadanos romanos el sentimiento de la libertad, sentimiento del que se vieron privados por el poder despótico del Estado romano tardío y por la Iglesia, que los educaba en el temor de Dios.»
JOSEF CESKA[4]

159

La esclavitud antes del cristianismo

La implantación de la esclavitud pudiera, en principio, considerarse un progreso, ya que, al contrario que en tiempos anteriores, los prisioneros de guerra no eran ya aniquilados —ni, caso frecuente, devorados—, sino que eran, cabalmente, empleados al servicio del vencedor. Pero dejando eso aparte, la esclavitud se convirtió, fuera de toda duda, en la peor forma de explotación entre las hasta ahora conocidas, en la maldición del mundo antiguo y en una tragedia sin igual para muchos, si no para la mayoría, de los que cayeron en ella. Mientras que en muchas zonas era totalmente

[1] Rather v. Verona, cit en Pfaff-Giesberg 52.
[2] KettelerlOl.
[3] Finley 102.
[4] Cescal79.

desconocida, pongamos por ejemplo Australia, algunas islas de los mares del Sur, muchas tribus indias, los esquimales, los bosquimanos y los hotentotes, la esclavitud adquirió especial auge entre los pueblos cultos. «La cultura antigua es una cultura esclavista» (M. Weber).[5]

Se desconoce el número de esclavos que había en Grecia o en Italia. Las estimaciones muestran amplias diferencias. En la época más floreciente de Atenas, la población ática se habría compuesto de 67.000 ciudadanos libres, 40.000 metecos y 200.000 esclavos. Pero las conjeturas de los modernos estudiosos acerca de la población no libre de la Atenas clásica varían entre 20.000 y 400.000. Los esclavos de toda la Hélade (de la península griega, las islas griegas y Macedonia) se cifran en aproximadamente un millón —frente a unos tres millones de habitantes— durante la época del Peloponeso. En Roma y durante la época de César, los esclavos constituían al parecer tres cuartas partes, como mínimo, de los ciudadanos residentes en la ciudad. Y en el conjunto de Italia, supuesta una población de unos siete millones y medio, los esclavos señan, quizá, unos tres millones.[6]

En Grecia la esclavitud no solía ser particularmente dura. En el caso de que un esclavo fuese objeto de malos tratos, podía denunciar a su señor igual que un ciudadano libre. Si éste lo mataba, debía someterse a una penitencia religiosa o ir temporalmente al destierro. Si lo mataba un extraño, el castigo para el autor era el mismo que si lo hubiera hecho con una persona libre. Era frecuente que los esclavos domésticos, las ayas, los pedagogos y los médicos de cabecera tuvieran buena relación con sus amos.

159

El esclavo ateniense podía reunir un patrimonio propio, casarse legalmente y ser enterrado junto a la tumba de su señor. Podía ser manumitido por éste o comprarse su libertad. La manumisión por un acto de gracia del señor era ya una práctica muy extendida en la Grecia precristiana. La conseguida autorrescatándose por dinero está ya documentada en el siglo IV a. de C., si bien es probable que esta práctica fuese en Grecia tan antigua como la misma esclavitud. Se nos ha trasmitido un buen número de documentos de manumisión. Ahora bien, la manumisión no hacía del manumitido un ciudadano griego. Además, el esclavo, al menos en la Atenas clásica, podía ser vendido, donado y dejado en herencia. No tenía derecho legal a la propiedad y los hijos tenidos por un matrimonio de esclavos eran también esclavos. Cuan grande y pérfida podía ser la brutalidad frente a los esclavos lo muestra la suerte de los 2.000 hilólas a quienes los espartanos habían prometido su manumisión a causa de sus méritos militares. Éstos los llevaron realmente al templo como para dejarlos en libertad, pero, según nos cuenta Diodoro, después mataron a cada uno de ellos en su casa.[7]

En la época grecorromana no solamente se esclavizaba a los prisioneros de guerra, sino también a campesinos a quienes se expulsaba de su tierra y de su casa. En los grandes mercados del comercio de esclavos, en Tañáis del Ponto, por ejemplo, en Délos o en Puteoli no era infrecuente la venta de hasta 10.000 esclavos al día, negocio

---

[5] Ingram 3. Weber,Gesammelte Aufsátze 293. Pfaff-Giesberg 21 ss. Glasenapp, Glaube u. Ritus 141 s.

[6] Pfaff-Giesberg 39,42 s. Finley 76 s. Brockmeyer. Antike Skiaverei 114 s, 181.

[7] Thukydides 4, 80. Diod. 12, 67. Lechier 8 ss. Ingram 17 s. Pfaff-Giesberg 38 ss. Vogt, Wege zur Menschiichkeit 71 s. Radie 324. Audring 107. Oliva 113. Con más detalle y actualizado en Brockmeyer, Antike Skiaverei 77 ss, 98 ss, 111 ss, 134 ss.

que se asemejaba al del mercado de ganado. Las rebeliones de esclavos se sucedían ininterrumpidamente. Algunas duraron años y se extendieron sucesivamente entre 140 y 70 y puede que abarcasen incluso el período entre 199 y 62 a. de C. En ellas intervinieron asimismo muchísimas personas libres, pero desposeídas de bienes. Todas las rebeliones fueron, sin embargo, ahogadas en sangre. Después de la rebelión del año 104, Lucio Calpumio hizo crucificar a todo esclavo que caía en sus manos.[8]

En la época helenística uno sólo se convertía irrecusablemente en esclavo legal cuando era alumbrado por una esclava o era prisionero de guerra. La conversión voluntaria en esclavo, en cambio, o la esclavización por impago de deudas, tan difundida en los comienzos de la República Romana, no podían fundamentar legítimamente la esclavitud. El esclavo podía además, con el permiso de su señor, adquirir patrimonio y contraer matrimonio legal con persona esclava o libre. Era, desde luego, parte de la propiedad y tratado como tal. Se le podía alquilar, empeñar, vender. A finales de la República y a comienzos de la época imperial, la situación de las personas no libres era especialmente mala. En su condición de trabajadores de las plantaciones estaban acuartelados y vivían como *instrumentum vocale* (herramientas hablantes) o *instrumenü genus vocale* (Varrón) en el establo de esclavos, junto al de los animales. «Puros instrumentos de trabajo [...] que sólo se distinguían del ganado por su voz» (Brockmeyer). El esclavo acuartelado no tenía familia ni propiedad y su trabajo estaba militarmente regulado. Como porteros podían ser encadenados cual perros o se les hacía trabajar penosamente sujetos a ligaduras. Se les podía vender como gladiadores para el acoso de animales, convertirlos incluso en pasto de aquellos o matarlos para entretenimiento de los huéspedes. Augusto, a quien el cristianismo tanto glorificó, hizo crucificar a un esclavo porque había matado y comido su perdiz favorita. Un esclavo carecía de todos los derechos. *«Servile capul nullum ius habet»* (Julius Paulus, jurista romano).[9]

160

Sea como sea, durante los primeros siglos del Imperio Romano el mundo de los esclavos experimentó cierta transmutación. Los peores abusos fueron eliminados, los cuarteles de esclavos fueron suprimidos y la situación jurídica de éstos mejoró gradualmente, si bien no (sólo) por razones humanitarias. En lugar de la pura «motivación lucrativa» de un Catón, que consideraba económico hacer trabajar a los esclavos en condiciones de máxima dureza hasta que murieran exhaustos y sustituirlos después (aunque los costos de adquisición no eran bajos) por otros nuevos, se dio la preferencia a un «sistema remunerativo». El relativo bienestar del esclavo y cierta satisfacción anímica creaban al parecer la perspectiva de beneficios aún mayores. En todo caso, las personas no libres obtuvieron paulatinamente la protección jurídica para su vida y su propiedad y pudieron fundar familias, entre otras y nada livianas razones, insistimos, para hacerse con nuevas reservas de esclavos. Pues, por una parte, éstas faltaban una vez acabadas las guerras de conquista que «de hecho habían tomado ya el carácter de cacerías de esclavos» (M. Weber): se estima que entre la segunda y tercera guerra púnica, es decir entre 200 y 150 a. de C. habían sido transportados violentamente a Roma unos 250.000 esclavos. Por otra parte, el comercio de esclavos mostró ser enormemente lucrativo. Por lo demás, la Iglesia

[8] Brandes 58 s. Pfaff-Giesberg 42 ss. Steinbach, Der Geschichtiiche Weg 11 s. Brockmeyer, Antike Skiaverei 172 ss.
[9] Varro, Res. Rust. 1, 17, 1. Paulus 5, 3, 1. Dtv-Lex. Philos. III 290 ss. Lecky 1271. Weber, Gesammelte Aufs. 297 s. Finley 65. Wolff, Hellenistisches Privatrecht 72. Brockmeyer, Antike Skiaverei, 9, 150 ss.

fomentó el matrimonio entre esclavos, el cual lo sustrajo, ya en el siglo II, al poder de los amos.[10]

La literatura de esta época rezuma escrúpulos respecto a la esclavitud, sin pensar desde luego en su supresión. Un número relativamente grande de médicos, escultores, profesores e incluso unos cuantos escritores esclavos elevaron la reputación de éstos y aminoraron las tremendas diferencias estamentales. No pocos esclavos tenían una formación especializada y era incluso impensable prescindir de ellos en el servicio de bibliotecas o en el sistema financiero. En la economía municipal había esclavos que ocupaban puestos directivos. Antiguos esclavos podían incluso llegar a ser miembros de la más alta sociedad. Incluso algunos caballeros y senadores tenían esclavos entre sus antepasados. La tortura de esclavos era algo muy inusual y la ley ponía límites bien definidos. El emperador Claudio decretó que aquellos que matasen a sus esclavos, en vez de abandonarlos, fuesen castigados como asesinos.

161

Bajo el poder de Nerón, que, se presupone, prohibió emplear esclavos en las luchas de toros, había un juez especial encargado de instruir todas sus quejas y de castigar a los amos crueles. (Sin embargo, cuando por aquel entonces un esclavo asesinó al prefecto de la ciudad, Pedanio Secundo, todos los esclavos domésticos de éste, unos 400, fueron ejecutados con el permiso expreso del gobierno.) El humanitario emperador Antonino Pío concedió a los esclavos injustamente tratados el derecho a presentar quejas, pero fue especialmente el estoico Marco Aurelio quien mejoró la suerte de los esclavos. Muchos de ellos podían comprarse la libertad con sus ahorros, a veces al cabo de pocos años, y adquirir después un patrimonio por medio del comercio, las manufacturas o incluso concediendo préstamos. Otros muchos obtuvieron la libertad a iniciativa de sus señores, en especial a la muerte de éstos, costumbre tan difundida en la misma época de Augusto que éste decretó que nadie podía manumitir testamentariamente más de cien esclavos.[11]

También los germanos tenían derecho a disponer irrestrictamente de sus esclavos, ocupados en las labores domésticas. Aquéllos carecían absolutamente de derechos, eran cosas que podían ser vendidas o eliminadas. «Es poco frecuente que se golpee o castigue a un esclavo con el calabozo o el trabajo forzoso. Más frecuente es, sin embargo, que se le abata a golpes», escribe Tácito. Entre los germanos, los siervos de la gleba eran más numerosos aún que los esclavos.[12]

En Israel, del que se cuestionó a veces que hubiese conocido la esclavitud, el esclavo era durante la época bíblica y según la ley un componente del patrimonio. Se le podía tratar como objeto de compraventa o de trueque. «El esclavo no tiene nombre, familia ni descendencia. Era una pieza desamparada del orden económico-social (Comfeld/Botterweck).[13]

Fue especialmente bajo el poder de David, tan ensalzado por la Patrística, y de

---

[10] Weber, Gesamm. Aufs. 299 s. Steinbach, Der geschichtiiche Weg 11. Güizoww, Christentum u. Skiaverei 101 s, 134. Una inform. detalla, sobre el tratamiento dado a los escla. según el der. romano en caso de delitos (en la época arcaica, en el periodo clásico y en los siglos postclásicos) en Nehisen 68 ss. Die Stellung der Skiaven im offentl. Strafrecht 86 ss. Brockmeyer Antike Skiaverei 159 ss, 164, 178 ss.

[11] Tac. Ann. 13, 27. Séneca Ep. 47; Benef. 3, 17 ss. Lecky I 212 ss, 272 ss. Pfaff-Giesberg 45 ss. Finley 84 ss. Gíilzow, Christent. u. Skiaver. 46 ss, con detall. indic. de fuentes. Steinbach, Der geschichtl Weg 12 s. Sobre la posic. del esclavo en el der. romano: Benóhr 123 ss. Wacke, Kannete das Edikt 111 ss. Del mismo, Zur Lehre vom pactum tacitum 240 ss. Brockmeyer, Antike Skiaverei 182 ss.

[12] Tacit. Gemí. 25 Lindauer 121.

[13] Comefeld/Botterweck V 1292.

Salomón cuando el número de esclavos del Estado experimentó un aumento extraordinario en Israel. Con el último se convirtieron en una parte considerable del patrimonio y sirvieron al rey en sus construcciones, en sus minas, en su industria del metal y como bienes de exportación. Se les denominaba simplemente «esclavos de Salomón» y perduraron como una clase especial de esclavos durante toda la época de los reyes «hasta el día de hoy» (I Re. 9, 21).[14]

El Antiguo Testamento señala muchos casos en que está permitida la esclavización de personas. Permite suprimir la libertad personal de los prisioneros de guerra y la historia de Israel presenta varios ejemplos de ello. Permite también esclavizar a los ladrones que no están en situación de restituir lo robado ni de pagar la multa. Los padres que no puedan satisfacer sus deudas o alimentar a sus hijos podían asimismo vender a éstos, habiendo al respecto una forma de venta absoluta y otra condicional.

162

Si un esclavo israelita era manumitido, su mujer y sus hijos seguían, no obstante, siendo esclavos de por vida. Finalmente, el Antiguo Testamento conoce también la esclavización por voluntad propia. A ella se sometían muchas veces los deudores morosos que, tras haber vendido ya a sus hijos, se vendían después a sí mismos. El tiempo de su esclavitud estaba en todo caso limitado a seis años, pues era norma habitual que todo esclavo israelita fuese manumitido después de ese tiempo sin que hubiese de mediar pago alguno. El esclavo extranjero, en cambio, debía serlo de por vida. Es por ello presumible que la mayoría de los esclavos de los hogares judíos fuesen de origen no israelita.[15]

La Biblia permite el maltrato de esclavos por parte de sus amos. Ahora bien, si un golpe arranca a un esclavo un diente o un ojo, el esclavo debía ser manumitido. Si el esclavo moría en el acto, el señor debía ser castigado, pero si vivía uno o dos días más, aquél escapaba al castigo, «pues es dinero suyo».[16]

Los esenios prohibían severísimamente todo tipo de esclavitud. La *Stoa* enseñaba al menos la ilicitud de la esclavitud hereditaria. El Islam, anticipémoslo brevemente, supuso una notable humanización de aquélla. El musulmán no podía aprovecharse en demasía del vigor del esclavo y debía concederle suficiente reposo y recuperación de fuerzas. El esclavo obtuvo entonces el derecho a exigir atención sanitaria. Podía en todo momento dar los pasos para obtener su rescate tras del cual ya no podía ser vendido de nuevo. La remisión de una parte de la suma del rescate, al objeto de acelerar la obtención de la libertad del esclavizado, era reputada como obra de caridad especialmente buena. «Si uno de tus esclavos desea la carta de libertad —dice El Corán—, extiéndesela si conoces su bondad y dale una parte de la riqueza que Dios te ha prestado.»[17]

La Iglesia cristiana, por su parte, propugnó enérgicamente el mantenimiento de la esclavitud e incluso su consolidación. Es más, fue ella la que convirtió en virtud la servil sumisión de las personas no libres.

---

[14] Ibíd. 1296.

[15] Toda la document. al respecto Ibíd. 1292 ss. Comp. tb. Brockmeyer, Ant. Sklav. 193.

[16] Todas las fuentes en Comfeld/Botterweck V 1293,1296.

[17] Lecky II 54 ss. Ingram 150. Pfaff-Giesberg 28.

Pablo, el Nuevo Testamento, la Patrística y la Iglesia abogan por el mantenimiento de la esclavitud

Jesús no se manifiesta en la Biblia acerca de la esclavitud. En Palestina, donde (según la Ley Mosaica) regía la prohibición de tratar con crueldad a los esclavos, éstos se beneficiaban asimismo del descanso sabático, eran a veces manumitidos en las grandes festividades y tratados en general de modo más soportable por los judíos, de modo que el problema no era seguramente tan acuciante entre ellos.[18]

163

San Pablo, en cambio, en cuyas comunidades no faltaban de seguro esclavos, defiende ya la esclavitud. Más aún, de él se ha dicho con razón que es el más consecuente de los adversarios de la emancipación. En efecto, Pablo exhorta expresamente a las personas no libres a ser obedientes a sus amos. «¿Fuiste llamado a la servidumbre? No te dé cuidado y, aun pudiendo hacerte libre, aprovéchate más bien de tu servidumbre.» Pues «lo que en verdad importaba», como acentúa el teólogo G. V. Lechler a finales del siglo XIX, «es que el mensaje de Cristo» (al que en la frase anterior se alude «como suave lluvia sobre una vega reseca»), «no fuese mal entendido, que la redención de la esclavitud impuesta por el pecado y la culpa no fuese entendida como una especie de carta de libertad universal y que un esclavo [...] no se alzara por encima de sus señores» (!).[19]

¡Eso no, por favor! Pues la Iglesia y justamente ella formaba parte de esos señores. De ahí que sus servidores teológicos siempre cuidaran celosamente de que no se malentendiera la «doctrina de la libertad cristiana»: ni por parte de los esclavos; ni por parte de los campesinos de la Antigüedad o la Edad Media; ni por parte de todos los pobres diablos oprimidos en cualquier época... De ahí que enseñasen que la «doctrina de la libertad cristiana» no se podía traspasar a la ligera y se refiere también «al aspecto social de la relación entre amo y esclavo». ¡Eso no, por favor! Enseñaron, verbigracia, el teólogo Lappas en su Tesis Doctoral ante la «Eximia Facultad de Teología Católica de Viena», cómo había que entender rectamente la cuestión de la «libertad cristiana»: a saber, como libertad interior, ¡interior! «Pablo ancló en la interioridad la clave para la solución de la cuestión de la esclavitud y sus esfuerzos no fueron en verdad vanos. Cómo brillaría más de un ojo esclavo cuando supo de ese mundo maravilloso en el que se invitaba a entrar hasta al más humilde».[20]

Esfuerzos que no fueron vanos en verdad. Eso es cierto, por desgracia. Lo del brillo de los ojos del esclavo, en cambio, pura literatura, abyección teológica o estupidez. ¿Cómo podían haber brillado los ojos de quienes sufrían un suplicio cotidiano y vitalicio, cuyo mayor anhelo, naturalmente, era el de la libertad *externa,* toda vez que en lugar de ésta se le ofrecían un mero truco de clerizonte?

En plena concordancia con Pablo, todo el Nuevo Testamento aboga por el mantenimiento de la esclavitud. Vosotros, esclavos, anunciad la palabra de Dios, sed obedientes a vuestros señores corporales, con temor y temblor, con la sinceridad de vuestro corazón, como si se tratara de Cristo.» «Desempeñad vuestras obligaciones servicialmente, como si se tratara del Señor.» «Exhorta a los esclavos a obedecer en

---

[18] Éxodo 21. 2. Deuter. 15, 12 ss. Greeven 45 ss. Schaub 22 ss. Pfaff-Giesberg 50.

[19] ICor. 7, 21. Lechier, 2 Parte 1 ss. Steinmann 44 ss. Schuiz, Gott ist keinSklavenhalter 139.

[20] Lappas94.

todo a su señor y a vivir según la complacencia de éste, a no contradecir, a no malversar, sino a mostrar más bien plena y auténtica fidelidad.» También en el caso de que los amos no sean cristianos deben los esclavos respetarlos ¡para no dejar en entredicho al cristianismo! También para atraer hacia él a los no creyentes. Y eso no es todo: el Libro de los Libros, la «Buena Nueva», exige la obediencia incluso frente a los amos de carácter duro y el paciente sufrimiento de sus golpes. Todo ello presentando a aquellos míseros el ejemplo del Jesús sufriente. ¡Es más, la Sagrada Escritura ordena a los esclavos cristianos servir con tanto mayor celo a sus señores cuando éstos sean cristianos! Y consuela a los esclavos y a buen seguro también a sus mujeres y niños, juntamente con toda la parentela restante, a la que el señor deshereda en provecho propio cuando muere su propio esclavo, con esta promesa: «Ya sabéis vosotros que recibiréis del Señor (el celeste) la recompensa de su herencia». ¡Eso sí que gustaba a los esclavistas![21]

164

Se ha calculado que la *Epístola a los Colosenses,* una falsificación bajo el nombre de Pablo, pero parte integrante del Nuevo Testamento, gasta 18 palabras en exhortar a los amos para que traten bien a sus esclavos y 56, en cambio, en exhortar a éstos a la obediencia frente a aquéllos. En la dirigida a los Efesios, otra falsificación bajo su nombre, esta relación es de 28 a 39. En otros tres pasajes sólo hallamos exhortaciones dirigidas a esclavos y criados.

También los escritos cristianos extracanónicos del siglo II se opusieron enérgicamente a los movimientos de emancipación de los esclavos. Los portavoces cristianos les niegan el rescate con fondos de la caja común y exigen ¡«que no se pavoneen, sino que, en honor de Dios, pongan tanto más celo en las tareas propias de su servidumbre»! A sus señores deben ¡«estarle sujetos en el temor y el respeto, como si fuesen la imagen de Dios»! A los insumisos les intimidan con la amenaza de que en su día «se morderán convulsamente la lengua y serán atormentados con el fuego eterno». Esta advertencia a los esclavos, nos asegura el teólogo Lechler, «es muy atinada. Responde plenamente a la fe y es, a la par, completamente adecuada al interés práctico del cristianismo y de la Iglesia, de acuerdo con su posición en el mundo antiguo». ¡Y tanto!, pues los esclavistas cristianos representaban ante sus esclavos al «Señor de los cielos».[22]

Las comunidades cristianas cuidaban no sólo de que sus esclavos fueran obedientes y dóciles incluso para con los amos paganos, sino que las ordenanzas eclesiásticas de Hipólito establecían como condición para que un esclavo «fuese admitido en el cristianismo» la presentación de un certificado de buena conducta sobre su comportamiento en un hogar pagano. Y hacia 340, el Sínodo de Gangra (en lucha contra la herejía de Eustaquio) decreta excomulgar y anatematizar a todo el que, «bajo pretexto de la piedad», enseñe a un esclavo a despreciar a su señor, a no servirle dócilmente y «con todo respeto» o a sustraerse a sus obligaciones: ¡decreto éste que pasó también a formar parte del *Corpus Juris Canonici* (vigente en la Iglesia católica hasta 1918)![23]

Naturalmente, también los Padres de la Iglesia se convirtieron en portavoces de la

---

[21] Efes. 6, 5 ss. Tit. 2, 9 s. Tim. 6, 2 s. I Pedro 2, 18 ss. Col. 3, 23 s. Thudichum III 281. Glasenapp, Glaube u. Ritus 142. Dibelius, Botschaft I 322 s. Güizow, Christent. u. Skiaverei 57 ss, 64 ss.

[22] Ign. Polyc. 4, 3. Did. 4, 11. Apk Petrus 11. Lechier, 2 Teil 8 s. Henecke, Neutestamentliche Apokryphen 136, 314.

[23] Syn. Gangra c. 3. Hefele I 781. Gíilzow 118. Grant, Christen ais Bürger 107. Graus, Volk 308.

clase dominante.

Para Tertuliano, la esclavitud es algo connatural al orden del mundo.

165

Los esclavos en cuanto tales son hostiles «por naturaleza», acechan y espían a través de la hendiduras de paredes y puertas las reuniones de sus propietarios. Es más. Tertuliano compara a los esclavos con los malos espíritus. El anatematizado Orígenes saluda ciertamente el precepto del Antiguo Testamento que manda conceder la libertad a los esclavos después de seis años, pero no recomienda a los cristianos que lo imiten. San Gregorio de Nisa predica, sí, sobre la manumisión de esclavos durante la Pascua, pero entiende bajo esa palabra la liberación del pecado y no de la esclavitud. Según el obispo Teodoro de Mopsuestia, la esclavitud no es un obstáculo para llevar una vida virtuosa y él mismo atribuye a designios divinos las diferencias sociales. San Jerónimo considera a los esclavos gente charlatana, derrochona, calumniadora de cristianos. En sus textos aparecen casi como sus explotadores. A lo largo de dos siglos escribe frases como éstas: «Se creen que lo que no se les da, se les quita; piensan únicamente en su salario y no en tus ingresos». «Para nada tienen en cuenta cuánto tienes tú y sí, únicamente, cuánto obtienen ellos.» E Isidoro, el santo arzobispo de Sevilla, el «último de los Padres de la Iglesia», sigue abogando como todos los de su laya por el mantenimiento de la esclavitud, tanto más cuanto que ésta es necesaria para refrenar mediante el «terror» las malas inclinaciones de algunos hombres.[24]

También en opinión de Ambrosio, el Doctor de la Iglesia, es la esclavitud una institución perfectamente compatible con la sociedad cristiana, en la que todo está jerárquicamente organizado y la mujer, por ejemplo, ocupa una posición claramente inferior al hombre. (Este gran santo no se cansa de exponer la «inferioridad» del sexo femenino, ni de insistir en la necesidad del dominio del hombre y de la subordinación de la mujer; él como *perfectior,* ella como *inferior.* Pero este príncipe de la Iglesia no quiere ser injusto y sabe también elogiar la fortaleza de la mujer, cuyas «seducciones» hacen caer incluso a los hombres más eximios. Y por más que la mujer carezca de valores, ella es «fuerte en el vicio» y daña después la «valiosa alma del varón».)[25]

Apenas podemos abrigar dudas sobre lo que semejante persona puede pensar acerca de los esclavos. Ante Dios, por supuesto, amo y esclavo son iguales y uno y otro poseen un alma; es más, en el plano puramente espiritual, Ambrosio valora de tal modo el estado de privación de derechos que «muchos esclavos aparecen como los amos de sus amos» (K. P. Schneider). Pese a ello, nos habla de la «bajeza» de la «existencia como esclavo», de la «oprobiosa esclavitud» y no anda remiso en conceptuarla de vergonzosa y vituperarla a cada paso, ni tampoco en tachar globalmente a los esclavos de infieles, cobardes, arteros, de moralmente inferiores, semejantes a la escoria. Con todo, si se soporta dócilmente, la esclavitud no es una carga y sí muy útil para la sociedad, en una palabra: es un bien, un don de Dios. Y es que donde lo que está en juego es el poder, no cabe exigir lógica alguna. «Hay que creer y no es lícito discutir» *(Credere tibí iussum est, non discutere permissum:*

[24] Theod. Mps. in Ep. ad Phil. Ambros. parad. 14, 72; comp. tb. Ep. 62, 112. Epperiein 124 ss. Grant, Christen ais Bürger 105 s.

[25] Ambros. De Abrah. 1, 84. Apolog. David altera 12. De Virgin. 17. Schneider K. P., Christi. Liebesgebot 82 ss: una investig. instructiva y digna de ser leída.

Ambrosio).[26]

166

Ni que decir tiene que también para Juan Crisóstomo la fe está por encima de todo. La fe y el reino de los cielos. De ahí que nuestro «Doctor de la Iglesia socialista» remita a los esclavos al más allá. Sobre la Tierra, nada les cabe esperar. Es cierto que Dios creó a los hombres como nacidos para la libertad y no para la esclavitud. La esclavitud, no obstante, surgió como consecuencia del pecado y existirá, consiguientemente, mientras pequemos. (Y no es Crisóstomo el único: también otros Padres de la Iglesia enseñan que la esclavitud perdurará hasta el final de los tiempos, «hasta que la iniquidad cese y se declare vano todo dominio, todo poder del hombre y Dios esté todo Él en todo».) Ahora bien, sólo la esclavitud bajo el pecado causa daño, no, en cambio, la física. Tampoco el vapuleo de los esclavos. El santo «comunista» está contra toda «clemencia inoportuna». También se opone, como antaño Pablo, a toda subversión. Con gran elocuencia propaga sin ambages el mantenimiento de la miseria: «Si erradicas la pobreza —alecciona a los hombres—, aniquilas con ello todo el orden de la vida. Destruyes la vida misma. No habría ya ni marineros, ni pilotos, ni campesinos, ni albañiles, ni tejedores, ni remendones, ni carpinteros, ni artesanos del cobre, ni enjaezadores, ni molineros. Ni éstos ni otros oficios podrían subsistir [...]. Si todos fuesen ricos, todos vivirían en la ociosidad —¡como los ricos, se echa de ver!—. Y así todo se destruiría y se arruinaría.»

Por otra parte, claro está, también Crisóstomo afirma lo habitual: que «esclavo» y «libre» son meros nombres. La cosa misma ha dejado ya de existir. ¡El bautizo ha hecho ya de todos los que antes vivían como esclavos y prisioneros hombres libres y ciudadanos de la Iglesia! Es muy significativo que ese Doctor de la Iglesia incluya en la esclavitud, entendida en sentido lato, la servidumbre de la mujer bajo el hombre, culpa de Eva: por haber tratado con la serpiente a espaldas de Adán. De ahí que el hombre deba dominar sobre la mujer y que «ésta deba someterse a su dominio» y reconocer «con alegría su derecho a dominarla». «Pues también al caballo le resulta útil contar con un freno [...]».[27]

Agustín defiende la esclavitud del modo más resuelto. En su época, cada casa señorial tenía todavía esclavos y las más ricas solían tener centenares. El precio comercial del esclavo era a veces inferior al de un caballo. (En la Edad Media cristiana, el precio de los esclavos rurales se redujo en ocasiones a menos de un tercio y a comienzos de la Edad Moderna, en el Nuevo Mundo católico, se llegaron a pagar 800 indios por un único caballo: una prueba adicional, por cierto, de la alta estima que el catolicismo guarda para con los animales.)[28]

La esclavitud, según Agustín, concuerda con la justicia. Es consecuencia del pecado, un componente consustancial con el sistema de propiedad y fundamentado en la desigualdad natural de los hombres. (En opinión del obispo de Hipona, tan dado a los gestos de humildad, ni siquiera en el cielo existe la igualdad, pues también allí —¿cómo se habría enterado?— «hay, sin duda alguna, grados» y «un bienaventurado tendrá preferencia respecto a otro»: ¡su sed de gloria se extiende hasta la eternidad!)

---

[26] Ambros. Ep. 2,23; 2,31; 5,20,5,23. De Off. 3,22. De Fide 1,78. Schneider K. P., Christi. Liebesgebot 93 ss.

[27] Greg. de Nisa, In Ecci. Hom. 4 Joah. Chrysost. Hom. 22 in Ep. ad Ephes. Comp. De Lázaro Hom. 6, 7 s. Tb. Hom. 4 in Ep. ad Tit. August, De Civ. Dei 19,15. Lechier, 2, Teil 19 s. Baur, Der Heilige J. Chrysost. 1318. Schilling, Soziallehre 239. Dempf, Geistesgeschichte 115. Cesca 177. Grant, Christen ais Biirger 109.

[28] Van der Meer, Augustinus 171 s. Comp. tb. Deschner, Opus Diaboli 57 ss;y 207 ss y 221.

Por todas partes jerarquía. Por todas partes grados. Por todas partes difamación. La subordinación del esclavo, al igual que la subordinación al hombre por parte de la mujer, es para Agustín puro designio divino. «Sirve a imagen mía; ya antes de ti yo también serví al injusto.» Con toda energía se opone Agustín a que el orden vigente sea alterado con violencia y a que el cristianismo fomente la emancipación de los esclavos.

167

«Cristo no hizo hombres libres de los esclavos, sino esclavos buenos de los esclavos malos.» La fuga, la resistencia y, con mayor razón, cualquier acto de venganza de los esclavos merecen la más enérgica condena por parte de Agustín, quien desea ver a tales *pessimi servi* en manos de la policía o de la justicia. Exige celosamente de los esclavos una obediencia y una fidelidad humildes. No deben rebelarse arbitrariamente contra su esclavización; deben servir de corazón y con buena voluntad a sus señores. No bajo la presión de constricciones jurídicas, sino por pura alegría en el cumplimiento de sus obligaciones, «no por temor insidioso, sino en amorosa fidelidad» y ello hasta que Dios «esté todo Él en todo», es decir *ad calendas graecas* (hasta la semana que no tenga viernes). A los amos les permite, en cambio, el Doctor de la Iglesia castigar con palabras o golpes a los esclavos, pero, eso sí, ¡en el espíritu del amor cristiano! Y es que Agustín es muy capaz, incluso, de consolar por una parte a los esclavos haciéndoles ver cómo su suerte responde al designio divino, y hacer ver a los amos, por la otra, cuan grandes son los beneficios materiales que para ellos se deducen de la domesticación eclesiástica de los esclavos. Hay más: a los esclavos cristianos que, remitiéndose al Antiguo Testamento —a este respecto más progresista que el Nuevo Testamento—, solicitan su manumisión tras seis años de servicios, les responde con una brusca negativa.[29]

Como quiera que la Iglesia no hizo nada para suprimir la esclavitud y sí cuanto pudo para mantenerla, los teólogos no se cansan de escudarse en subterfugios. Eso cuando no osan, acordándose de que la mejor defensa es un ataque, negar la realidad misma de los hechos.

SUBTERFUGIOS APOLOGÉTICOS Y MENTIRAS ACERCA DE LA CUESTIÓN DE LA ESCLAVITUD

El argumento principal de los bellacos clericales en este contexto es el siguiente: el cristianismo deparó a los esclavos la equiparación *religiosa,* su nuevo y decisivo logro humano.

168

Se asegura, por ejemplo, que la declaración de Pablo: «Aquí no hay ya judío ni griego, no hay ya siervo ni libre, no hay ya varón ni mujer; pues todos sois *una sola cosa* en Cristo Jesús» (frase que con distintas variantes emerge acá y allá en sus escritos), elevó con gran sabiduría la cuestión de la esclavitud a un nivel superior, superándola con ideas cristianas y minando por dentro toda la institución de la

[29] August. Serm. 211, 5; 356, 3, 7; En. in Ps. 124, 7. Qu. in Hept. 2, 72. De Civ. Dei 19, 14 ss. Gen. ad Litt. 11, 37, 50. De morib. Ecci. 63 s. Ep. 29, 12; 105, 3 ss; 108, 14; 133, 2 ; 185, 15. Ver. Reí. 87. RAC I 589. Heilmann, Texte IV 563. Lechier, 2 Teil 23 s. Schilling, Soziallehre 237. Schnürer I 65. Troeltsch, Soziallehren I 133, 145. Diesner, Studien zur Geselischaftslehre 41 ss. Del mismo, Kirche u. Staat 48. Widmann 84. Baus/Ewig 421.

esclavitud. Se afirma que «fue justamente el codearse de amos y esclavos en los oficios divinos del cristianismo lo que redundó grandemente en beneficio de la situación social de los esclavos». (¡Algo así como los beneficios que obtienen los pobres al codearse con los ricos en los «oficios cristianos» de *hoy\)* Un jesuita que propala sin ambages la «verdad» de que el evangelio «abolió la esclavitud» fundamenta su aserto remitiéndose a Jesús, quien «infundió un dulce amor en amos y esclavos haciendo de ellos seres muy próximos». Otro de estos fulleros declara que el cristianismo «llevó gradualmente a los esclavos a un estatus social que no difería gran cosa del de un obrero libre o un criado actuales». Uno de los teólogos moralistas más conspicuos del presente nos cuenta que los señores no veían en los esclavos sino a «hermanos y hermanas por amor a Cristo. El esclavista pagano se convirtió en un padre para sus servidores. Juntamente con su obligación acrecentada (!) de prestarle obediencia y respeto, los esclavos asumieron también el amor a su señor como hermano suyo en Cristo (I Tim. 6, 2). Con ello quedaba resuelta, en el fondo, la cuestión social».

¡Resuelta para los señores cristianos! ¡Y para los teólogos cristianos! ¡Y nada menos que durante más de milenio y medio![30]

En realidad la equiparación religiosa de los esclavos era tan poco novedosa como otros aspectos del cristianismo. Ni en la religión de Dionisio ni en la *Stoa* se hacía el menor hincapié en las diferencias de raza, nación, estamento o sexo. En ellas no se hacía acepción de señores o esclavos, de pobres o ricos, sino que se tenía en pie de igualdad a viejos y jóvenes, a hombres y mujeres e incluso a esclavos, considerando que todos los hombres eran hermanos e hijos de Dios dotados de los mismos derechos. Que libres y esclavos celebrasen conjuntamente los misterios era algo perfectamente normal en la época imperial. Y entre los judíos, los esclavos estaban cuando menos equiparados a los niños y las mujeres en el plano religioso.[31]

La humanización en el trato a los esclavos, atribuida después al cristianismo, no era de hecho sino un eco tardío de los filósofos paganos Platón, Aristóteles, Zenón de Citio, Epicúreo, etc., quienes mucho tiempo atrás habían recomendado ya con gran énfasis mostrarse benévolos y afables con los carentes de libertad. También de Séneca, quien escribió en cierta ocasión: «Maltratamos a los esclavos como si no fueran seres humanos sino bestias de carga. El esclavo tiene también derechos humanos, es digno de la amistad de los hombres libres, pues nadie es procer por naturaleza y los conceptos de caballero romano, liberto y esclavo no son sino nombres vacíos, acuñados por la ambición o la injusticia». Todas esas diferencias no eran vistas por la *Stoa* —al revés que en la Iglesia cristiana— como derivadas del designio divino, sino, atinadamente, como resultado de un desarrollo surgido de la violencia.[32]

169

En el cristianismo, en cambio, los esclavos gozaron de los mismos derechos —y ello tan sólo en el plano religioso— únicamente en la Iglesia primitiva. ¡Después, un

[30] Franko II 213. Steinmann, Skiavenlos 50. Baur, Der heil. Chrysost. I 319. Lechier II Parte passim. Meinerts 209 s. Háring, Gesetz Christi III 136.

[31] Sen. Ben. 320, 1; Ep. 44; 47; 95; De Ira 2, 31. Epict. 1, 13, 5; 3, 22, 96; 4, 1, 127. Schaub 12 ss. Greeven 6 ss, 28 ss. Millamowitz-Moellendorf II 60 ss, esp. 67 y 72. Leipoldt, Dionysos 53 ss. Del mismo, Der soziale Gedanke 120. Del mismo, Die Frau54s.Gulzow46s.49s.

[32] Sen. de Clem. 1, 18,2. De Benef. 3, 18, 2; 3, 20, 1; 3,28. Ep. 31, 11; 47,44; De vit. Beat. 24, 3; De Ira 2, 31. Epict. 1, 13, 5; 3. 22, 96; 4, 1, 127. LECKY i 273 s. Schaub 12 ss. Schilling, Soziallehre 235. Greeven 6 ss, 28 ss. Grant, Die Christen ais Bürger 107.

esclavo ya no podía ser sacerdote! La primera prohibición a este respecto la promulgó, presumiblemente, el papa Esteban I en el año 257. Más tarde, León I el Grande criticó la ordenación de sacerdotes «que no vengan recomendados por un linaje idóneo». «Personas —observa con riguroso celo este papa y Doctor de la Iglesia— que no pudieron obtener la libertad de parte de sus señores acaban ocupando el alto puesto del sacerdocio como si un vil esclavo *(servilis vilitas)* fuera digno de tal honor».[33]

Los apologetas se pavonean a menudo mencionando el hecho de que algunos cristianos concedieron ocasionalmente la libertad a miles de esclavos. Dejemos aparte que se trata de excepciones sin el menor peso (habitualmente se menciona un único caso) y subrayemos esto: los cristianos no estaban en lo más mínimo moralmente obligados a manumitir a los esclavos. Y no sólo eso: «No hay por lo que respecta a esta época el menor indicio de una tendencia general hacia la liberación de los esclavos». Peor aún: «Nunca se instó a ningún amo a obrar en ese sentido [...]» (Gíilzow). Resulta «casi imposible decir que los cristianos más conspicuos de finales del siglo IV animasen a los propietarios de esclavos a la manumisión gratuita. Ésta parece haber sido mucho más rara que en los dos primeros siglos de la Roma imperial» (Grant). O peor aún: «La cría de esclavos en las plantaciones parece aumentar considerablemente en esa época respecto a las anteriores».[34]

Todo lo anterior es tanto más fatal, vergonzoso y significativo cuanto que la manumisión era, desde siglos atrás, un hecho habitual en la Antigüedad.

Ya en la antigua Grecia se acudía con frecuencia a la manumisión. También en Roma, donde probablemente desde el siglo IV a. de C. la *manumisión* de un esclavo era grabada con un impuesto del 5 % de su valor, pese a lo cual el número de manumisiones no dejó de crecer. Hasta el año 209 a. de C. los ingresos basados en ese impuesto aumentaron a casi 4.000 libras de oro. Y si hasta la segunda guerra púnica se puede hacer una estimación aproximada de 1.350 esclavos manumitidos al año, en la primera mitad del siglo i a. de C. ese promedio asciende a 16.000. En el siglo i de la era cristiana la manumisión por parte de los paganos era tan frecuente que el Estado tuvo que intervenir contra ello. Los señores paganos manumitían a veces de forma masiva o decidían testamentariamente esas manumisiones y de hecho es de los cristianos de quienes se oye más raramente que manumitan.[35]

170

Hubo, sí, manumisiones de esclavos de la Iglesia, pero, por ejemplo, el IV Concilio de Toledo permite a los obispos la manumisión sólo en caso de que indemnicen por ella a la Iglesia de su propio peculio. En caso contrario el sucesor de un obispo podría anularla sin más (Can. 67). Además de ello, todo obispo que liberase a un esclavo sin atender al derecho de protección de la Iglesia ¡tenía que compensar a ésta con dos esclavos sustitutorios! (Can. 68). Finalmente, y en eso sí que fue novedosa, la Iglesia hizo imposible la manumisión de sus esclavos: eran inalienables en cuanto que «bienes eclesiásticos».[36]

Y todavía hay más: la Iglesia de Cristo, la proclamadora del amor al prójimo, de la Buena Nueva, se cuidó de que el número de esclavos aumentase de nuevo. De ahí

---

[33] Leo I, Ep. 4. Jonkers 229, caso de que la carta de Esteban, que él usa como auténtica, no sea falsa. Hartke 422. Hellinger 120.

[34] Vogt, Der Niedergang 382. Güizow 101 ss, esp. 104 s. Grant, Die Christen als Bürger 107.

[35] Gulzow 104. Kantzenbach, Christentum in der Geselisch. 68. Brockmeyer 157 s.

[36] Hamack, Reden u. Aufsátze II 40 ss. Troeltsch 142. K. Müller, Kirchengeschichte I 566.

que en 655 el IX Concilio de Toledo en su lucha —según propia confesión, estéril— contra la lujuria de los clérigos declarase que: «Quien pues, desde el rango de obispo al de subdiácono, engendre hijos en execrable matrimonio, sea con mujer libre o con esclava, debe ser canónicamente castigado. Los niños nacidos de esta mácula no sólo no podrán recoger la herencia de sus padres, sino que pertenecerán de por vida como esclavos a la iglesia a la que sus padres, que los engendraron ignominiosamente, hubiesen estado adscritos» (Can. 10).

El mismo san Martín, patrón de Francia y de la cría de gansos, quien, como es de dominio público, siendo todavía soldado, regaló la mitad de su capote (¿por qué no el capote entero?) a un mendigo desnudo ante las puertas de Amiens, una vez llegado a obispo (¡algo que consiguió entre otras cosas gracias a sus resurrecciones de muertos!) mantuvo bajo sí a 20.000 esclavos, ¡lo cual ya no es de dominio público! ¡La leyenda sí que la conoce todo el mundo! (Por cierto que otra leyenda, según la cual un ganso, el «ganso de san Martín», habría delatado el escondrijo del santo donde éste se ocultó —gesto muy propio de una persona vinculada a círculos tan poco ambiciosos— para sustraerse a la elección como obispo, dio pie para el pago de un tributo de esa especie el Día de San Martín).[37]

Todas las afirmaciones de los apologetas sobre la mejora de la suerte de los esclavos en la época cristiana son falsas. Lo cierto es más bien lo contrario.

Si bien es cierto que en los primeros siglos se produjeron ligeros cambios en favor de los esclavos, cambios determinados ante todo por la doctrina estoica de la igualdad de todos los hombres y que hallaron su reflejo en la legislación social del imperio, especialmente en la de Adriano, en el siglo IV se impuso una tendencia de signo opuesto. La confirmación legal de la esclavitud se acentuó después de que el Estado se hiciera cristiano.

171

Mientras que antaño la relación sexual entre una mujer libre y un es clavo conllevaba la esclavización de aquélla, la ley promulgada por el primer emperador cristiano el 29 de mayo de 326 determinaba con efectos inmediatos que la mujer fuese decapitada y que el esclavo fuese quemado vivo. Las disposiciones contra los esclavos fugitivos fueron endurecidas en 319 y 326 y en 332 se declaró lícito atormentar a los esclavos en el curso del proceso. Mientras que un decreto de Trajano prohibía taxativamente que los niños abandonados fuesen esclavizados bajo una u otra circunstancia, otro promulgado en 331 por Constantino, el santo, decretaba su esclavitud a perpetuidad. En Oriente esta ley mantuvo una vigencia de dos siglos, hasta 529. En el Occidente cristiano, perduró, al parecer, ¡hasta la abolición de la esclavitud! Ocasionalmente el clero animó, incluso, a las mujeres a depositar delante de las iglesias a los niños nacidos en secreto a los cuales criaba después para convertirlos, más que probablemente, en esclavos de la Iglesia.[38]

Las mismas leyes canónicas confirman ese deterioro legal de los esclavos en la era cristiana.

Si, por ejemplo, la Iglesia no había puesto antaño el menor reparo para que los esclavos comparecieran ante los tribunales como acusadores o testigos, ahora el Sínodo de Cartago (419) les negaba expresamente ese derecho y en lo sucesivo se

---

[37] Keller, Reclamsiexikon 368 ss. Lecky II 51. Von Schubert II 541.

[38] Cod. Theod. 9, 9, 1. Cod. Just. 6, 1, 6. Lecky II 22 ss, 51. Voelkl, Kaiser Konstantin 150 s, 197. Comp. además la bibliogr. señalada en el volumen 1.

atuvieron estrictamente a esa prohibición. El Estado cristiano llegó a imponer a los señores el deber de la conversión de sus esclavos, aunque para ello hubiesen de valerse también del látigo. El derecho de asilo fue asimismo limitado en perjuicio de los esclavos. Si un esclavo se refugiaba en una iglesia, el sacerdote debía denunciar el hecho en un plazo máximo de dos días. Si el amo prometía perdón, la Iglesia tenía la obligación de entregárselo. Tampoco la implantación de la jurisdicción obispal modificó lo más mínimo la posición jurídica de los esclavos. Otro tanto cabe decir de la *manumissio in ecciesia,* el privilegio, ya concedido por Constantino, de que la manumisión pudiera efectuarse en el templo. Ello no aumentó siquiera las oportunidades de manumisión, pues ésta ya estaba en manos de los esclavistas hacía ya mucho tiempo.[39]

En su pormenorizada investigación acerca de la *Política de cristianización y la legislación sobre la esclavitud de los emperadores romanos desde Constantino hasta Teodosio II,* H. Langenfeid ha examinado en detalle las leyes de los soberanos cristianos relativas a los esclavos, llegando a la conclusión de que normas como las del asilo «no constituían en último término nada esencial para los servidores de Dios y que debiéramos por ello considerarla como un valor manipulable en el caso de una negociación con las instancias estatales. No debemos admiramos por consiguiente de que Teodosio II, apenas transcurrido un año después de conceder y garantizar a la Iglesia el derecho de asilo y de protección a todas las personas sin excepción, negase ese derecho frente a los esclavos. Como quiera que esa medida, como ya se expuso, no pudo ponerse en vigor sin la aprobación del clero, ello confirma la conclusión de que el clero no pensaba en modo alguno en defender intransigentemente, en pro de un ideal humanitario, los intereses de los esclavos frente al Estado. Al revés:

la Iglesia estaba dispuesta a hacer concesiones de toda índole y sin el menor escrúpulo [...]. Se compagina con esa tendencia el hecho de que las leyes de los emperadores cristianos para promover la causa de la Iglesia y someter a sus enemigos, en la medida en que conciernen a la cuestión aquí planteada, dejasen prácticamente intocada la situación jurídica de los esclavos [...]. Constatemos además que la cristianización de la legislación no impulsó hacia adelante el proceso de humanización del derecho relativo a los esclavos, proceso puesto en marcha por los emperadores de los siglos II y III».[40]

172

Eso sí, subterfugios, sermones eufemísticos y jactanciosos, tratados y libros, todo ello abundaba como las arenas del mar. Verbalmente asistían, desde luego, a los pobres, a los paupérrimos: y también en la actualidad se siguen ocupando de ellos por medio, digamos, de las «encíclicas sociales» de los papas, dirigiendo palabras muy serias a los ricos, que no perturban a éstos, pero simulan ante los pobres, los tutelados, que cuentan con la protección de la Iglesia. Ésta quería que el amor y la bondad determinasen el trato con los esclavos y junto a ello también algún que otro latigazo. De ahí que hasta el Doctor de la Iglesia Crisóstomo, tan comprometido «socialmente», nos informe así en su diálogo con una cristiana propietaria de esclavos: «Pero, se objeta, ¿acaso ya no es ya legítimo el azotar a una esclava?». «Por supuesto —replica el predicador—, pero no sin cesar (!) ni con desmesura, ni tampoco por un

---

[39] Lechier, 2 Teil 26. Schaub 49. Troeltsch 19, 133 s, 141. K. Müller, Kirchengesch. 565 s. Diesner, Stdien z. Geselischatslehre 87. Langenfeid 24 ss, 31 ss.

[40] Langenfeld211.

mero error en sus tareas, sino tan sólo cuando *cometa un pecado en perjuicio de su propia alma». O* sea, ¡no cuando transgreda los preceptos de su ama, sino los de su Iglesia![41]

El clero estimaba sus propias instrucciones como algo situado por encima de todo lo demás. Poco contaban frente a ellos la felicidad o la mera existencia humana. O la vida de un esclavo, por ejemplo. El Sínodo de Elvira permitía que una mujer que hubiese matado a latigazos a su esclava volviese a tomar la comunión después de siete o, en su caso, cinco años de penitencia, «según que la hubiese matado premeditada o fortuitamente». Ese mismo sínodo, en cambio, negaba la comunión de por vida, incluso a la hora de la muerte, a las celestinas, a las mujeres que abandonasen a su marido y se tornaran a casar, a los padres que casasen a sus hijas con sacerdotes paganos; incluso a los cristianos que pecasen repetidas veces contra la «castidad» o que hubiesen denunciado a un obispo o a un sacerdote sin posibilidad de aportar pruebas. ¡Todo ello era para la Iglesia mucho peor que el asesinato de un esclavo![42]

173

De ahí que la era cristiana apenas significó una debilitación de la esclavitud. Todavía se produjeron cacerías de esclavos, por decirlo así, hasta en las más altas esferas. Siguiendo los pasos de sus antecesores paganos, los emperadores cristianos del siglo IV transportaron grandes cantidades de prisioneros de guerra germánicos hacia el interior del imperio, los vendieron a personas privadas o los asentaron como colonos, sujetos, por supuesto, a servidumbre, de modo que sólo podían ser vendidos, heredados o regalados juntamente con la tierra. Todavía a finales del siglo IV, algunos oficiales de la frontera ponían tal celo en el comercio de esclavos que de ello se derivaban perjuicios para la defensa del imperio.[43]

También los mercados de esclavos, en los que éstos se exponían a la vista y se pujaba por personas como si fuesen animales, perduraron bajo el cristianismo. La Iglesia permitía expresamente visitar los mercados para comprar esclavos. Los mismos padres podían poner en venta a sus hijos, y aunque es cierto que el emperador Teodosio prohibió un acto así en 391, fue autorizada de nuevo por la fuerza de las circunstancias. Quien no fuera esclavo él mismo, podía convertirse en esclavista. Sólo los cristianos pobres carecían de esclavos. En los demás hogares vivían, según el patrimonio y la posición, tres, diez o incluso treinta esclavos. Hasta en la misma iglesia, los creyentes ricos aparecían rodeados de sus esclavos. Había algunos que poseían millares de ellos: según Crisóstomo, un contingente de entre 1.000 y 2.000 esclavos era completamente normal en los dominios de Antioquía. Eran seres humanos que a menudo valían menos que los animales a los ojos de sus amos y podían ser objeto de golpes, tormentos, mutilaciones. Podían ser encadenados y matados. Ninguna ley estatal se preocupaba por ello. También para los cristianos constituía la esclavitud un componente natural del «orden» humano. Que no era forzoso pensar así lo demuestra Gregorio de Nisa, según el cual no era lícito poseer esclavos; opinión, desde luego, totalmente singular.[44]

Los castigos seguían siendo duros. «A los esclavos se les puede golpear como si

---

[41] Joh. Chysost. Hom. 15, 3 s. In Ephes.; Según Baur, Der heil. Joh. Chrysost. 1318.
[42] Syn. Elvira c. 5; 7 ss; 12; 75.
[43] Ammian. 31, 4 ss. Dannenbauer I 188. Thomson, The Visigoths 39 ss.
[44] Const. Apost. 2, 57. Baur, Der heil. J. Chrysost. 316 ss. Alfaric 311 s. Lippold. Theodosius ss. Gulzow 101 ss.

fuesen piedras», decía una sentencia citada por Libanio. No eran infrecuentes por entonces castigos de 30 o de 50 golpes. Las mujeres ricas ataban a las esclavas a su cama y las hacían azotar. También se podía meter a los esclavos en calabozos privados, hacerles mover la piedra del molino o marcarlos en la frente. En la época de Alarico II (484507), la *Lex Visigotorum* ordenaba que todos los esclavos que se hallasen en las cercanías, en caso de que fuese asesinado su señor, fuesen torturados y bastaba que hubiesen podido coadyuvar, del modo que fuese, al asesinato para ser ejecutados. Perduraba así la situación de hacía siglos. Si esta ley fue o no aplicada entre los visigodos es algo que no ha podido, desde luego, ser documentado.[45]

174

La Iglesia, en todo caso, respetaba plenamente el derecho de propiedad de los señores y asumía con creciente resolución las pretensiones de la clase de los propietarios cuanto más rica se hacía ella misma y más le urgía emplear esclavos. De ahí que, siglo tras siglo, impidiese la mejora de la situación legal de éstos y que no sólo no luchase contra la esclavitud, sino que la consolidase. Hasta el campo ortodoxo constata «un empeoramiento de la situación de los esclavos con respecto a la época preconstantiniana» (Schaub), coincidiendo así con la opinión unánime de la investigación crítica. Para la Iglesia antigua, la esclavitud era una institución imprescindible, útil por demás y tan natural como el Estado o la familia. El número de esclavos no disminuyó en el siglo V ni en la temprana época merovingia, sino que más bien aumentó. Su suerte no mejoró; empeoró. Se considera verosímil que en el Occidente cristiano hubiese más esclavos que bajo los emperadores paganos en Roma. Hasta los monasterios tenían esclavos, tanto para las tareas del monasterio, como para el servicio personal de los monjes. Y cada vez que en algún lugar de este Occidente cristiano desaparecía la esclavitud, ello dependía de la situación política y económica general, pero nunca de una prohibición eclesiástica. Se dio más bien el caso, como subraya el afamado teólogo Ernst Troeltsch, de que «a finales de la Edad Media la esclavitud cobró nuevo auge y la Iglesia no sólo participaba en la posesión de esclavos, sino que imponía derechamente la esclavitud como castigo en las más variadas circunstancias».[46]

A despecho de la evidencia de estos o de otros hechos incriminatorios para la Iglesia (véanse páginas siguientes) no falta, con todo, una obra clásica católica, de varios volúmenes, que se atreva a hacer, en 1979, estas afirmaciones: «Pero al mismo tiempo, ninguna institución ni grupo social del mundo abogó de forma tan decidida y tan amplia como la Iglesia por aliviar la suerte de los esclavos». ¿Qué tiene por ello de sorprendente que también el papa Juan Pablo II, en ese mismo año de 1979 y desde Sudamérica, donde antaño cincuenta o más millones de indios y negros fueron inmolados bajo el poder católico, a veces en el curso de masacres que posiblemente no tienen parangón en la historia de la humanidad, pudiera declarar ante la faz del mundo: la Iglesia católica desarrolló aquí «el primer derecho internacional», se comprometió «en favor de la justicia» y «de los derechos humanos», «dando inicio a una obra espléndida» y trayendo aquí «la era de la salvación»? De personas así no cabe esperar que se atemoricen jamás ante las más monstruosas desvergüenzas ni

[45] Lib. or. 25, 1: Lex Romana Visig. 3, 7, 1 ss. Nehisen 103. Tinnefeid, Die frühb. Geselischaft 144.

[46] Lecky II 54 ss. Stemberg 165. Schaub 49. Hamack, Mission u. Ausbre. 192 ss. Del mismo Reden u. Aufsátze 47. Troeltsch 119, 132 ss, 356 Nota 160. Weinel, Biblische Theologie 493. Müller, K, Kirchengesch. I 565. Nehisen 55 ss. Hauck 165. Heussi, Compendium 121. Graus, Die Gewait 72 ss. Alfaric 311 s. Kosminski/Skaskin 10 ss.

mentiras históricas.[47]

Esta Iglesia aportó obras espléndidas, la era misma de la salvación, ya en la Antigüedad, en la que no sólo prolongó la esclavitud tradicional, sino que también asumió y fomentó con todas sus fuerzas la nueva esclavitud naciente, el colonato, a la par que se convertía en la fuerza ideológica dominante en el primer Estado despótico cristianizado de la historia.

175

La génesis del colonato: Una nueva forma de esclavitud

La nueva sociedad cristiana surgida en el siglo IV se distingue marcadamente de aquella otra más abierta, más socialmente diferenciada, de talante liberal-capitalista, propia de la época imperial. Pues esta última, de la que surgiría después la cristiana, presentaba ciertamente la jerarquía tradicional de senadores, caballeros y plebe, pero era, simultáneamente, de mayor movilidad social. El acceso de un estamento a otro no estaba tan rigurosamente interceptado como fue después el caso en los comienzos de la era cristiana. Permitía una fluctuación considerablemente mayor en el interior del entramado social; un intercambio personal considerable entre las profesiones y las clases, el encumbramiento mediante el dinero, las posesiones, el servicio al imperio. Lo que surgió después fue una sociedad de jerarquización mucho más rígida, con una severa formación profesional hereditaria y con una separación impermeable entre los estamentos.[48]

Todo ello se manifiesta con particular claridad en la formación del colonato, que, en un proceso que abarcó todo un siglo, acabó sustituyendo a la esclavitud rural, cada vez menos rentable, pese a su empleo masivo en los grandes latifundios, frente a las granjas pequeñas y medianas. El colonato resultaba más productivo en tal situación.

La palabra colono en un sentido lato significa pequeño campesino. En el sentido aquí presupuesto, el determinado por la moderna investigación, designa al pequeño aparcero, que, a través de entregas en especie y de prestación personales de laboreo o de acarreo, fue cayendo paulatinamente en una dependencia económica cada vez mayor respecto a los grandes propietarios y acabó por quedar sujeto a la gleba. La tendencia a sujetar a los pequeños campesinos a la gleba, especialmente en las fincas propiedad del emperador, fue despuntando ya desde Vespasiano, si bien no en forma de coacción legal, sino mediante la concesión de privilegios. En los siglos ni y IV, sin embargo, cuando las grandes campañas victoriosas y las consiguientes importaciones masivas de esclavos se hicieron más raras y, por otra parte, la situación económica exigía cada vez más el establecimiento de colonos, el nuevo sistema de producción fue tomando cuerpo hasta convertirse en la forma dominante de explotar la tierra en la época tardía del gran imperio y en los primeros tiempos del imperio bizantino.[49]

En un principio, los colonos eran, en el plano legal, reputados como personas libres, pero en la época cristiana se fueron asimilando gradualmente a los esclavos en

---

[47] Baus/Ewig 421. Deschner, Un papa retoma al lugar del crimen, en Opus Diaboli (Ed. Yaide, Zaragoza).

[48] Maier, Die Verwandiung 87 s;92 s, *97 s.*

[49] Schulz-Falkenthal 193. Held, Einige Probleme 143 ss. Herrmann/Sellnow 25. Tinnefeid, Die frühbyzant. Geselischaft 45 ss. K. P. Johne 219. Comp. tb. con la nota siguiente.

lo legal, a la par que se les iba degradando, también en lo social, al estatus de aquéllos.
176

Una ley de Constantino del año 332 distingue todavía netamente entre esclavos y colonos, pero ya este emperador, el primero entre los cristianos, ordenó aherrojar a los colonos fugitivos *{coloni adscrpticií)* e incluso a los que planeaban su fuga —justo lo que se hacía con los esclavos— y obligarles a prestar su trabajo. Teodosio I volvió a recurrir a esa ley. El denomina *ingenui* (libres por nacimiento) a los colonos, pero también dice de ellos que son siervos de la tierra a la que pertenecen por nacimiento *(servi* [...] *terrae ipsius cui nati sunt).* Ya bajo Constantino, no obstante, perdió el colono el derecho de cambiar de lugar de residencia. No era ciertamente el esclavo de su señor, por decirlo así, pero sí de la tierra donde había nacido. Ya no podía ir adonde le apeteciera, pues no podía abandonar ya nunca la tierra de cuyo cultivo se había hecho cargo. Si se convertía en fugitivo de la misma podía ser perseguido y retomado con violencia. El colono era semilibre y vendido o arrendado con su familia y con la tierra. Estaba privado de algunos derechos, pues la más mínima transgresión por su parte podía ser castigada físicamente. A quien denunciara a un mendigo, libre por nacimiento, se le adjudicaba este último como colono, en el supuesto de que tuviera la suficiente fuerza física.[50]

Pero mientras que, hasta finales del siglo IV, el colono gozaba de plenos derechos procesales frente a no importa qué persona, incluido el propio señor, los hijos de Teodosio, los emperadores católicos Arcadio y Hpnorio, limitaron en 396 por ley esos derechos a un solo punto: la denuncia por cobro de intereses excesivos. Justiniano, cristiano entre los cristianos, dio un paso más en la dirección señalada por sus antecesores, paso expresado en su famosa formulación: «¿Qué diferencia puede advertirse ya entre los esclavos y los colonos adscripticios, puesto que ambos están sujetos al poder de su señor y éste puede manumitir al primero con su hacienda *(peculium),* pero también puede expulsar al segundo de su jurisdicción en compama de su lote de tierra?». El mismo Justiniano extiende en 530 la transmisión hereditaria del estatus de colonato a los niños habidos entre un hombre libre y una mujer perteneciente a aquel estamento y, como conclusión, procuró sujetar a la gleba a los hijos habidos entre un colono y una mujer libre.[51]

Todo ese desarrollo tendía a arrebatarles la libertad de movimiento. Los pequeños campesinos se fueron cargando de deudas y fueron víctimas de usureros y chupasangres. En una palabra, se hicieron dependientes de ellos y se convirtieron en colonos suyos. El número de colonos constituía probablemente, ya a finales del siglo IV, un múltiplo de los campesinos aún libres. El destino de aquéllos, gradualmente capitidisminuidos en sus derechos, era más duro que el de los auténticos esclavos, pues su explotación se «endureció aún más» (Schulz-FaIkenthal) y «a menudo se veían agobiados por tributos adicionales y por el aumento de las prestaciones de trabajo» (Held). De ahí que muchos esclavos renunciaran a su «liberación». Los colonos fueron cayendo así en una «situación semejante a la de los esclavos» (Wieling) y a los grandes terratenientes, un colono les costaba menos que un esclavo, pues a éste lo tenían que alimentar y vestir.[52]

---

[50] Cod. Theod. 5, 17, 1. Schnürer I 18. Warmington 66. Jones, Slavery 198. Engelmann, Zur Bewegung 375. Tinnefeid, Die frühbyz. Geselischaft 46, 49. Maier, Die Verwandiung 93.

[51] Cod. Just. 11, 48, 21; 11, 50, 2. Nov. 162. Tinnefeid, Die frühb. Gesellschaft 46 ss.

[52] Salv. De gub. Dei 5, 8. Wieling 1189. Engelmann/Büttner 371 s. Büttner/ Wemer 13 ss. Kosminski/Skaskin 6. Lippoíd,

177

¿Qué hizo la Iglesia, que era en verdad nexo de unión (y atadura) entre los señores propietarios de la tierra y el colonato, a la vista de aquel proceso de endurecimiento y esclavización sociales? ¿Intervino activamente? ¿Intentó impedirlo? Todo lo contrario: ese proceso cuadraba con sus intereses, con su propia posición, en continuo ascenso, de poder eco^ nómico y político. Al margen de eso, hay testimonios explícitos de que también en las fincas de la Iglesia trabajaban colonos. De aquí que ella «contribuyera decisivamente a que la nueva sociedad reconociera por doquier la idea de la prestación obligada de servicios, con lo cual fomentó, indirecta pero considerablemente, la cimentación de las relaciones vigentes de autoridad y dependencia. Se convirtió en un pilar del sistema de coacción estatal» (E G. Maier).[53]

El nacimiento del Estado despótico cristiano: Corrupción, explotación y supresión gradual de las libertades

La formación de nuevas capas sociales viene a coincidir justamente con la consolidación de los estamentos a lo largo del siglo IV. La sociedad se va haciendo después más inmóvil y el estatus radicado en el nacimiento se convierte en el factor decisivo para la pertenencia a uno u otro grupo social. La adscripción a un oficio determinado llegó, finalmente, a ser obligatoria. El hijo de un funcionario de la administración tenía que ser a su vez funcionario de la administración y el hijo de un carnicero, carnicero. Se intentó, incluso, asegurar el mantenimiento de los contingentes del ejército haciendo hereditaria la profesión de soldado. Es más, el emperador Constancio quiso que la misma profesión de sacerdote se convirtiera en hereditaria, de lo cual desistió más tarde.

La rigidez de este sistema cristiano de coacción debiera quedar ilustrada por este decreto: «Decretamos que los hijos de panaderos que no tengan aún capacidad jurídica queden libres de la obligación de cocer pan hasta cumplir los veinte años. Es necesario, no obstante, que en su lugar se dé empleo a otros panaderos, corriendo ello por cuenta de todo el gremio. Una vez cumplidos los veinte años, los hijos de los panaderos están obligados a asumir las obligaciones laborales de sus padres, pese a lo cual, sus sustitutos deberán seguir siendo panaderos». La fuga de estas corporaciones coactivas fue perseguida con medidas punitivas y la reincorporación forzosa por parte del Estado. El cumplimiento de las obligaciones heredadas podía, incluso, ser forzada judicialmente. Y si bien es cierto que aquella vinculación forzosa y brutal a una profesión, fuertemente consolidada ya a mediados del siglo IV, fue quebrantada, legal o ilegalmente y permitía ocasionalmente un cambio de profesión, con todo, era ya, en virtud del hermetismo de las fronteras entre clase y clase, un preanuncio de la rígida sociedad estamental de la cristiana Edad Media.[54]

178

Pero donde imperan, por una parte, la carencia de libertad y la miseria, tienen que imperar, por la otra, una explotación y una corrupción tanto mayores.

Theodosius 61 ss, 66.

[53] Maier, Die Verwandiung 97. Tinnefeid, Die f. Geselischaft 52.

[54] Maier, Die Verwandiung 91 ss.

De ahí que por entonces creciesen aún más las imponentes posesiones agrarias de los emperadores cristianos. Bajo Constantino o Constancio II, las propiedades de los templos se convirtieron en *res privata* del soberano, en propiedad de la corona, aun cuando buena parte de las rentas extraídas de ellas fueran a parar al fisco. Valentiniano y Valente ampliaron la *res privata* mediante la confiscación de terrenos urbanos y de la totalidad de sus rentas, lo cual acarreó la penuria financiera de muchos municipios. También Zenón acrecentó la propiedad imperial mediante nuevas confiscaciones. El emperador Anastasio, en cambio, un experto en finanzas —mal visto por la Iglesia y particularmente por los papas— intentó emplear preferentemente las rentas de las fincas propias en proyectos públicos y no en la corte imperial. Justiniano, sin embargo, tan ensalzado por el clero, volvió a favorecer intensamente la propiedad imperial, acentuó su potestad para disponer del fisco y del patrimonio privado y convirtió a Sicilia, y puede que también a Dalmacia, en dominios imperiales privados.[55]

La administración romana, antaño barata y eficaz, se hizo cada vez más cara y peor. El historiador más importante del siglo IV, Amiano Marcelino, cuyo objetivo explícito es el de la objetividad y la verdad, deduce meridianamente de las actas de la época que Constantino comenzó a abrir las fauces de los más altos funcionarios y que Constancio los cebó con la sustancia de las provincias.[56]

Ya Constantino, desde luego, aplicó atolondradamente una política económica de despilfarro. Tan sólo las fastuosas iglesias con las que embelleció la nueva capital y también Roma y Palestina se tragaron sumas ingentes de dinero. Para la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, por ejemplo, hizo costosos presentes para su consagración: de oro, de plata y de piedras preciosas. El techo fue asimismo recubierto de oro por orden imperial. También lo fue el techo de la iglesia de los Apóstoles en Constantinopla, cuyos exteriores fulgían con ornamentos áureos; relieves de bronce y de oro orlaban por el exterior el tejado. En Roma había siete iglesias constantinianas. Y como a todo ello se añadía una lujosa vida cortesana y un afán general de ostentación, por no hablar de las horrendas sumas destinadas al armamento, la carga fiscal, a la que nos referiremos en breve, hubo de aumentar. Y eso no fue todo: al final de su gobierno se deterioró también el valor de la moneda.[57]

179

Con Constantino dio comienzo una emisión masiva de dinero, obtenido por medio de varios impuestos nuevos y, desde el año 331, a través de la confiscación de los tesoros y del oro de los templos. Ello determinó que el oro desplazase al bronce como patrón monetario, incluso para las transacciones de poco valor, con el consiguiente y considerable aumento de la circulación monetaria.

El *solidus* de oro creado hacia 309 (1/72 libras de oro; una libra de oro = 72 *solidi;* una libra de plata = 5 *solidi)* permaneció inalterablemente en vigor en Bizancio hasta el siglo xi. Ha sido denominado el «dólar de la Edad Media» y determinó una extraordinaria estabilidad en los salarios más altos. El hombre de a pie, por así decir, ni veía, ni, menos aún, tocaba esta moneda a lo largo de su vida. Él seguía usando la moneda inflacionaria, el *denarius communis,* también llamado *fallís,* el dinero de

[55] Tinnefeid, Die frühb. Geselischaft 19 ss.

[56] Dannenbauer I 235.

[57] Euseb. V. C. 1, 42, 2; 2, 45; 3, 45; 4, 45 ss. Aurel Vict. Epit. 41. Zos. 2, 38. Zon. 13, 4. Otras indic. de fuentes en Hom 926. Seeck, Geschichte I 50. Stein, Vom Römischen 168. Grant, Die Christen ais Bürger 169 s.

bronce ya muy devaluado y que seguía devaluándose a ritmo vertiginoso. Así por ejemplo, en el año 324 el *solidus* valía en Egipto 45.000 denarios. A la muerte de Constantino (337) valía ya 270.000. En el año 361 valía ya 4.600.000. Los artesanos urbanos y rurales, y también los campesinos, «se vieron por ello sumidos, juntamente con sus hijos, en una miseria cada vez más atroz bajo el gobierno de Constantino». Las diferencias sociales se «acentuaron todavía más» (Vogt).[58]

Hasta el católico Clévenot lo reconoció recientemente: «En el siglo IV se ahondó el abismo que separaba a ricos y pobres». El campo católico, sin embargo, suele enjuiciar de modo muy distinto esta época y en palabras de un teólogo alemán, centrado especialmente en el aspecto social, ensalza, la «época de paz ascendente» y escribe que «la nueva época avanzó también considerablemente por lo que respecta a su conciencia social» (Voelkl).[59]

Esos avances los ilustra de inmediato la política monetaria seguida por los sucesores inmediatos de Constantino. Los hijos de éste, en efecto —«su declaración de fe cristiana respondía a su más íntima convicción» (Baus/Ewig)—, declararon invalidada, por medio de una ley monetaria, la moneda de cobre blanco, de amplia circulación, medida que supuso arrebatar de golpe a la gran masa los pocos ahorros que tenía en esos ochavos, los únicos a los que podía a lo sumo aspirar con grandes esfuerzos y que solía, incluso, enterrar en situaciones de peligro. «Ese gran robo perpetrado contra el patrimonio de toda la población del imperio» (Seeck) se atribuye preferentemente a Constancio, a quien tanto agradaba resaltar sus ademanes religiosos. Era el favorito del clero católico, pero se hizo odioso, prescindiendo de esta inflación, por el chalaneo en la concesión de los grandes cargos, por las subidas de impuestos y por las medidas de dura disciplina en el ejército, de modo que de ahí a poco perdió su trono y su vida.[60]

180

La rápida desvalorización del dinero conllevaba lógicamente el alza de los precios y la subida de los impuestos, proceso que se remontaba ciertamente a tiempos muy anteriores. Con todo, la imposición fiscal no era especialmente agobiante en la temprana época imperial. No se dieron aún en ella ni el abandono masivo de tierras, ni rebeliones. Hubo que esperar hasta el hijo de Marco Aurelio, Cómodo (180-192) —quien por cierto fue tolerante para con los cristianos y fue asesinado con la ayuda de Marcia, una concubina cristiana muy respetada en la corte—, para que estallase, en las Galias, la primera revuelta. Después los levantamientos se fueron sucediendo en las provincias occidentales hasta bien entrado el siglo V, aunque sólo conozcamos pocos detalles de las mismas porque los cronistas del imperio tardío suelen pasarlas por alto. No es nada desdeñable el hecho de que, según un crítico contemporáneo, los impuestos, a partir de la toma de posesión de Constantino, se doblasen en una generación.[61]

Aquella economía coercitiva por sus medidas dirigistas y fiscales intensificó progresivamente la explotación a través de impuestos de capitación, impuestos por actividades productivas y toda una gama de tributos y prestaciones obligatorias cada vez más gravosas *(muñera),* especialmente en favor del ejército cristiano. Y

---

[58] Bogaert 859 s. Vogt, Der Niedergang 198 s. Mazzarino 48. Clévenot, Der Triunph 57.
[59] Voelkl, Kaiser Konstantin 211 s. Clévenot, Der Triunph 31.
[60] Julián, Or. 2, 57. Vict. Epit. 41, 22. Zosim 2, 42, 2. Seeck, Geschichte IY 87 ss. Baus/Ewig 35.
[61] Themist. Orat. 8, 115. Dtv-Lexik. Geschichte 1242 s. Mickwitz 18 ss. Finleyl02s.

semejantes cargas se distribuían de manera especialmente injusta, ya que los funcionarios del fisco las hacían recaer sobre todo sobre masas ya exhaustas, las de las clases media y baja.

El impuesto principal en el tardío imperio romano era el impuesto fundario (que gravaba el *fundus o* finca), pero también había otros muchos impuestos de índole distinta y, adicionalmente, impuestos indirectos sobre el volumen de ventas y aduanas. Junto a todo ello, el gobierno imponía toda una retahíla de prestaciones personales y de tributos en especie, los *muñera,* entregas obligatorias al ejército, alojamiento de las tropas y de los funcionarios de paso, trabajos forzados para la construcción de edificios públicos, fortificaciones, mejora de vías de comunicación etcétera.

Los emperadores cristianos recaudaban los impuestos sin el menor miramiento, de modo tan implacable como lo hicieron en su tiempo los emperadores paganos. El católico Valentiniano I (364-375), quien, según Amiano, castigaba brutalmente las transgresiones de los pobres mientras concedía carta blanca a los grandes señores en la comisión de sus fechorías, quiso, incluso, ejecutar a los tributarios insolventes. Bajo su poder, un senador cristiano de la familia de los Aníceros —de la que provendría el futuro papa y Doctor de la Iglesia Gregorio I— agobió al máximo Iliria con sus exacciones y forzó además a aquellas provincias esquilmadas a enviar solemnes escritos de agradecimiento a la corte. Ocasionalmente, las autoridades intervinieron contra los abusos de sus propios funcionarios, siguiendo en ello la sabia máxima de Tiberio: «Al rebaño propio hay que esquilarlo, pero no desollarlo».[62]

181

Por ley, todos estaban obligados a los *muñera.* De hecho, sin embargo, los ricos, altos funcionarios, la nobleza del imperio, los grandes terratenientes, el clero y otros cuantos grupos sociales más quedaban exentos. Es cierto que el *Codex Theodosianus* estipula explícitamente: «Todo cuanto, en lo referente a prestaciones por Nos decretadas, se exija a quienquiera que sea como obligación general, deberá ser satisfecho por todos sin distinción de méritos o de persona». A renglón seguido, no obstante, se mencionan las excepciones de «esta regla general: los altos funcionarios de la corte y los miembros del Consistorio Imperial, así como las Iglesias [...], que quedarán todos ellos exentos de la prestación de servicios viles».[63]

Es cierto que la aristocracia senatorial y los más ricos entre los grandes terratenientes debían pagar aún un impuesto particular. Pero justamente esos círculos conocían procedimientos más que suficientes para defraudar al fisco. De ahí que Juliano el Apóstata no promulgase ninguna amnistía fiscal, ya que «eran únicamente los ricos los que sacaban provecho de ella». Aparte de ello el impuesto particular de la aristocracia del imperio era exiguo y fue suprimido por completo en 450. Los estratos sociales pobres, asaeteados por recaudadores implacables, jueces injustos y violencias de toda índole, contemplaban en ocasiones, en el siglo V, la paz como una desdicha peor aún que la guerra, pues los crecientes gastos militares acarreaban un crecimiento continuo de las exigencias en entregas y prestaciones personales. Y en todo aquel tiempo, los grandes terratenientes no pagaban en absoluto otros impuestos sino los que les apetecía y en la cuantía y momento que les

[62] Maier, Die Verwandiung 77 ss.
[63] Cod. Theod. 16, 1 s. Ammian 27, 7, 8; 30, 8, 8; 31, 6, 6. Zosim 4, 16, 4. Suet. Tib. 32. Dannenbauer I 33 s, 236, 248 s.

apetecía.[64]

En la segunda mitad del siglo IV, quizá hacia 360, un pagano anónimo escribió *De rebus bellicis,* un interesante estudio que no sólo se ocupaba de problemas militares, sino también económicos y administrativos, y por cierto «de modo muy perspicaz, al menos en algunas de sus partes» (Mazzarino). El escrito de «un hombre con propuestas», se conservaba en la catedral de Espira, de donde desapareció, pero se cuenta con una copia del mismo. Este pagano anónimo que dirigió su memorándum a un soberano también anónimo, probablemente a Constancio II, hijo de Constantino, abriga la esperanza de que el regente perdonará su atrevimiento por difundir propuestas «en nombre de la libertad en la indagación de la verdad» *(propter philosophiae libértate!).* En primer lugar discute la necesidad de reducir el gasto público. Después remonta «los comienzos de la dilapidación y las exacciones» nada menos que al emperador Constantino.

182

En un capítulo especialmente dedicado a la «Corrupción de los funcionarios» reprocha a los procuradores de provincia que explotan a los tributarios, además de robar al Estado, y escribe así: «Estos hombres piensan, dando muestras de carencia del juicio valorativo exigible a su edad, que han sido enviados a las provincias para hacer allí negocios. Con ello causan daños tanto mayores, cuanto que las injusticias toman comienzo precisamente en aquellas personas de las cuales cabría esperar el remedio [...]. ¿No dejaron a menudo que expirase el plazo del cobro de los impuestos con tal de obtener una ganancia explotadora? ¿Qué aviso judicial, por demora en el pago, fue emitido que no les reportase a ellos ventaja? El enrolamiento de reclutas, la compra de caballos y de trigo e incluso las sumas destinadas para fortificar las ciudades, todo ello les sirvió con maravillosa regularidad de fuente de enriquecimiento propio, rayano, por sus proporciones, en un auténtico saqueo oficial. Si fueran hombres intachables, penetrados hasta lo más íntimo del espíritu de la inmortalidad, los que rigiesen las provincias, entonces no habría ya espacio para el fraude y el imperio se revigorizaría mediante ese enriquecimiento moral».[65]

Como conclusión, el atrevido autor apela al soberano para que «elimine el desbarajuste de las leyes» y con ello «los eternos litigios» que de ello resultan, pues una jurisprudencia clara puede distinguir lo que es «lícito y ajustado a derecho para cada cual». El católico Clévenot observa respecto a este escrito: «En el momento mismo en que los emperadores ocupan buena parte de su tiempo en solventar controversias teológicas, este pagano clarividente y antidogmático confía en la razón, la filosofía y la ciencia, tratando de estimular la investigación. Sensible para con la desesperación de los oprimidos, no vacila en llamar por su nombre a los opresores».[66]

Todo ese Estado coercitivo cristiano era tiránico y corrupto en alto grado. Si es cierto que la simonía comenzó justamente en ese siglo IV a causar estragos entre el clero, que veía su poder bruscamente acrecentado, también lo es que el comercio lucrativo por los altos cargos estatales cobró gran auge bajo Constantino y sus hijos cristianos. Juliano el Apóstata tomó medidas contra él. Sin embargo, bajo Teodosio I, gobernaciones de provincias enteras fueron vendidas al mejor postor. Y esa

---

[64] Ammian. 16, 5, 15. Comp. Salv. De gub. Dei 4, 30 s, 5, 35. Priskos, Fragm, Hist. Gr. 4, 86 s. Cod. Just. 12, 2, 2. Dannenbauer I 247 s. Kosminski/Skaskin 54. Maier, Die Verwandiung 147.

[65] Mazzarino 48 ss. Clévenot, Der Triumph 56 ss.

[66] Clévenot, Ibíd. 61.

situación perduró bajo el poder de sus hijos y durante todo el siglo V. En la corte del piadoso Teodosio II, todo acabó, en último término, por ser venal. Y todo era regido de manera draconiana. «Los funcionarios, y no sólo los urbanos sino también los de las comunidades rurales y de las aldeas, son puros tiranos» (Salviano). Y tan duros, sobornables y corruptos como los funcionarios eran también los altos oficiales, que gustaban de reducir los suministros de las tropas y los vendían por cuenta propia. Sólo unos cuantos oficiales germánicos como Argobasto, Bauto y Estilicón constituían una excepción. La policía secreta, infiltrada en todas las autoridades —en ocasiones fueron empleados hasta 10.000 agentes— extorsionaban a todo el mundo.[67]

183

Los funcionarios más siniestros eran los esbirros del fisco, que robaban en todas las direcciones, al Estado y a los sufridos tributarios. Ya desde el momento mismo de la fijación impositiva procedían con todos los medios coercitivos a su alcance, desfalcando, trabajando con facturas y recibos falsos, con la cárcel, con la tortura (para obtener posibles objetos valiosos escondidos) e incluso con el asesinato. Y su actuación empeoraba con el tiempo.[68]

Los cronistas paganos y cristianos del siglo IV describen cómo el pueblo, congregado en las plazas del mercado, era forzado al pago de impuestos más elevados mediante la tortura o las declaraciones de los hijos en contra de sus padres, y cómo esos hijos tenían que ser condenados a la esclavitud o la prostitución por causa de la información fiscal. Así por ejemplo, una mujer que se refugió en la clandestinidad para escabullirse de los esbirros del procurador y de la curia de su ciudad declara esto en Egipto, al filo del siglo V: «Después de que mi marido fuese azotado y encarcelado repetidas veces y de dos años a esta parte, a causa de una deuda fiscal, y de que mis tres amados hijos fuesen vendidos, llevo una vida fugitiva, vagabundeando de ciudad en ciudad. Ahora voy por el desierto sin rumbo fijo y he sido atrapada varias veces y continuamente azotada. En este momento llevo tres días sin comer a través del desierto». Y el Padre de la Iglesia Salviano escribe: «A los pobres se les priva de lo más necesario, las viudas sollozan, los huérfanos son pisoteados. De ahí que muchos de ellos, incluidos los de noble alcurnia y los que son libres, huyan hacia el enemigo para no ser víctimas de las persecuciones del poder público ni asesinados por él. De ahí que busquen entre los bárbaros la humanidad romana, ya que no pueden sufrir la bárbara inhumanidad de los romanos [...]. Prefieren ser libres bajo la apariencia de la servidumbre a llevar una vida de esclavos bajo la apariencia de la libertad».[69]

Para sustraerse a la corrupción de la burocracia, a las torturas y a los castigos impuestos por ocultar impuestos, muchos, a veces aldeas enteras, entregaban, mitad libremente, mitad forzados, sus posesiones a los grandes terratenientes, de quienes las volvían a obtener, ahora «más protegidas», en condición de arrendatarios. De este modo el *rusticas, vicanus o agrícola* se degradaba hasta convertirse en colono. A finales del siglo IV, los mendigos abarrotaban de tal modo las calles de Roma que hubo que llevarlos a la fuerza a los latifundios, en calidad de colonos o de esclavos. Y cuanto más ricas eran las ciudades, mayor era la miseria. Por aquel tiempo, Libanio

[67] Ammian 15. 13, 4; 20, 5, 7; 30, 4, 21. Zos. 4, 27 ss; 5, 1 ;5, 46. Eunap. fr. 87. Salv. De gub. Dei 5, 4, 15 ss. Dannenbauer I 235 s.

[68] Dannenbauer I 239, 245.

[69] Hist. Mon. 16, 5 ss. Salv. De gub. Dei 5, 5, 21. Maier, Die Verwandiung 79.

hacía esta observación en Antioquía: «Ayer por la noche alguien lanzó un fuerte suspiro de dolor al contar los mendigos: los que allí había y los que ya no podían estarse de pie, ni siquiera sentados, los mutilados, más podridos, a menudo, que muchos muertos. Dijo que era digno de compasión tener que soportar aquel frío con tales harapos. Algunos llevan tan sólo una saya. Otros muestran la desnudez de sus partes pudendas, de sus hombros, de los brazos y los pies [...]». Los asilos de pobres y las limosnas apenas sirven de hoja de parra, de manidas excusas (cristianas). Muchos pobres, a los que aún quedan suficientes fuerzas, se convierten en salteadores de caminos. Para prevenirla, el gobierno prohíbe a toda la población de Italia la propiedad y uso de caballos, salvo a aquellas personas de alta posición.[70]

184

Como quiera que las antiguas clases medias, la burguesía sustentadora de la cultura antigua, se fueron diezmando a causa de las cargas fiscales, las extorsiones, las tributaciones forzosas y las confiscaciones, su creciente pobreza les hizo perder su independencia y desaparecieron en el siglo V, de modo que la sociedad acabó estando constituida en lo esencial por dos grupos extremadamente diferentes: de un lado estaban los *potentes o séniores,* es decir, los poderosos, los «respetables», especialmente la clase de los beneficiados por privilegios fiscales, la de los nobles terratenientes, cada vez más influyentes y con mayores latifundios esparcidos por África, las Galias y el Asia Menor. Del otro, los *humiliores o tenuiores,* el amplio estrato social de los plebeyos, los débiles, los oprimidos: la masa maltratada, acosada por los esbirros del fisco, mortificada por los administradores de los latifundios y domesticada por los sacerdotes, masa que, en medio de su apatía, de su frustración y de su agotamiento, aún tenía tiempo, pese a algún que otro mago de protesta verbal, para rezar y acudir ocasionalmente a la iglesia. Vivía en una servidumbre continuada e impuesta contra su voluntad, «en un sistema de pura coacción, de mando y obediencia» (F. G. Maier).[71]

Fue justamente esa masa la que resultó esquilmada sin contemplaciones por el Estado cristiano, que la llevó a la ruina en las postrimerías de la Antigüedad. En todo el imperio, y de modo aún más acusado en Occidente, los latifundios de los grandes terratenientes se expandieron a lo largo de los siglos IV y V a costa de los pequeños campesinos libres. Cuanto más menguaba el número de los pequeños campesinos, más extensas se hacían las posesiones en las diversas provincias del imperio, aunque éste se mantuviese y sostuviese siempre gracias a una población, el grueso de la cual vivía en estado de semiservidumbre en los campos. Mucha gente se veía sujeta a préstamos del 50 %. Otros tenían que entregar a menudo la mitad de lo cosechado al Estado, debiendo además transportar las cargas haciendo largos recorridos hasta los graneros estatales. Las mujeres morían miserablemente con sus lactantes en esos transportes sin que ni siquiera se les diese sepultura.[72]

Toda aquella camarilla feudal dependía del campesino. Él era el garante de su riqueza, de su lujo y de casi todo lo demás. Vivía a su costa, pero apenas le dejaba vivir a él. El campesino se veía cada vez más apremiado, más incondicionalmente «atado a la gleba». Se transformó en *glebae adscriptus,* en colono, en siervo, en esclavo del suelo, *servus terrae.* Ya

---

[70] Lib. or. 7, 1. Dannenbauer I 257. Maier, Die Verwandiung 82, 90. Tinnefeíd, Die frühb. Geselischaft 140 s.

[71] Dannenbauer I 267. Maier, Die Verwandiung 87 ss, 96 .

[72] Schnürer 117. Kosminski/Skaskin 54. Maier, Die Verwandiung 80, 85 ss. Clévenot, Der Triumph 26 s.

184

no podía abandonar su lugar de trabajo, tenía que ser vendido con él, y tras él, su descendencia seguía la misma suerte. Sólo podía tomar esposa de entre las mujeres pertenecientes al mismo distrito de su colonato. En caso de fuga, era perseguido como un esclavo rebelde y severamente castigado. Aquí se aplicaba la sentencia paulina: «Que cada cual permanezca en el estado [...]». *Aquí perduraba la vieja sujeción y surgía una nueva.*[73]

El más que probable aumento de la esclavitud resulta precisamente de la degradación del pequeño campesino a esclavo. Por todas partes, desde las Galias a África, pasando por Italia y España, imperan ostensiblemente las mismas y desoladas circunstancias sociales y económicas. Incapaces de pagar sus impuestos, los pequeños propietarios acaban por ser dependientes de los grandes, los *patroni,* que a menudo son personalmente idénticos con los *curiales,* que, finalmente, engullen las pequeñas fincas como agentes embargadores. Las familias caen en total depauperación y son esclavizadas en compañía de sus hijos.[74]

Desde el reinado de Constantino los campesinos huyen por doquier de la tierra: en Palestina y en Egipto; tanto en África como en Italia. Por doquier las mismas calamidades fiscales, las mismas prestaciones sociales, las mismas vejaciones. Hasta el mismo correo imperial, con desmesuradas ínfulas legales y del que hacían uso nada pequeño los obispos con su incesante ir de acá para allá, le quita al campesino los bueyes desunciéndolos del mismo arado. De ahí que bajo el emperador Constancio, por ejemplo, innumerables granjas se convirtieran en eriales en las provincias Ilirias. Y como los grandes latifundistas sacaban partido, a lo largo del siglo IV, del ruinoso derecho fiscal —que halló su continuación en la «inmunidad» medieval— podían subyugar totalmente a los pequeños campesinos agobiados por las deudas. Éstos se convierten en víctimas del bárbaro sistema y pierden su tierra aunque la sigan cultivando sin gozar ya de seguridad alguna. Ya no son otra cosa que arrendatarios «revocables», a los que, según una ley de 365, se les puede echar después de veinticinco años de arrendamiento. «La ruina de la población campesina se hizo aún más aguda en esa época» *(Léxico conceptual para la Antigüedad y el cristianismo)*,[75]

La aristocracia agraria, en cambio, incrementa sin cesar su riqueza. Sus arcas están repletas de oro. El número de sus dominios, fértiles y dilatados, aumenta aún más en África, Sicilia, Italia y las Galias (donde, no obstante, hay también extensas zonas en barbecho por falta de personal). Esos dominios están además —privilegio de que originalmente sólo gozaban los imperiales— libres de muchas cargas y deberes. Es más, mientras el Estado se empobrece a cada paso, estas fincas gigantescas, cultivadas a veces por millares de esclavos, colonos y campesinos semilibres, de cuyos tributos se aprovechan, se transforman gradualmente en «nuevas unidades económicas y administrativas» (Imbert/Legohérel), en dominios autárquicos. Todo va cayendo bajo la «protección» de los grandes, todo cae, vendido, en sus manos; hasta la propia piel y los huesos. Los dominios se tragan aldeas y mercados rurales

[73] Cod. Theod. 13, 10, 3. Cod. Just. 11, 50, 2; 11, 52, 1. Dannenbauer I, 38.
[74] Salv. De Gub. Dei 4, 21; 5, 23; 6, 67. Stemberg 51 s, 76, 165. Schilling, Soziallehre 197 ss. Hauck I 65 s.
[75] Wieling (RAC) 1187. Cod. Theod. 5, 17, 1 s; 11, 1, 7; 11, 24, 6; 11, 28.13; 8, 5, 1. Cod. Just. 7, 39, 2. Ammian. 19, 11, 3. Dannenbauer I 255 s. Clévenot, Der Triumph 31.

enteros, situados en su entorno, Van consumiendo la sustancia de las ciudades y se aprovechan con repulsiva codicia de cada situación de penuria. Donde no se acepta de grado, se recurre a la fuerza: el mismo aire que se respira, decide ya, como en la Edad Media, sobre la libertad o la servidumbre.

186

Van surgiendo así centros de soberanía privada provistos no sólo de obreros y artesanos de toda especie, toneleros, carpinteros, tejeros, con molinos y mercados propios, sino también con jurisdicción propia, con cárceles, iglesias y sacerdotes propios e incluso, como es el caso en África y España, con obispos, bien católicos, bien donatistas. La residencia agraria queda protegida a partir de entonces con un foso y una torre y la finca *(villa)* se convierte en aldea *(village).* El señor organiza su pequeña tropa de defensa con sus siervos, se las entiende con los salteadores, y poco a poco van surgiendo el castillo medieval, el señor y el caballero feudales.[76]

En el siglo V, en la época de Salviano (quien vivió en Marsella hasta más o menos 480 como sacerdote, con ideas sociales radicales y como único autor de aquel tiempo que reconoció el hundimiento definitivo del Imperio Romano de Occidente), muchos romanos, algunos de noble alcurnia, huyen a tierra de «bárbaros» esperando hallar entre ellos más humanidad. Y Salviano describe también cargando quizá, las tintas, pero objetivo en lo esencial, la horrible situación de los pobres, aún no esclavizados, cuyo «único deseo» no es otro que el de «poder vivir entre bárbaros» y huir para siempre de la dominación romana. No pudiendo, naturalmente, llevarse consigo su pequeña hacienda, sus cabañas y sus campos, permanecen allí y «se entregan como prisioneros a la merced de los potentados», quienes se apropian de casi todos sus bienes. Y como han de seguir pagando impuesto de capitación y fundario, la desesperación les lleva a entregar la hacienda entera a sus explotadores. Van como colonos a los latifundios de los señores y al perder su hacienda, pierden también su libertad, pues los ricos convierten a «sus colonos y protegidos, antes libres o semilibres, en esclavos».[77]

Ahora bien, durante esos siglos IV y V los grandes terratenientes se enriquecieron también gradualmente en las tierras germánicas a la par que se acrecentaba la masa de los *humiliores.* También entre los longobardos, los francos, los godos y los burgundos había señores de la tierra que la explotaban, al igual que sus antecesores romanos, con colonos tributarios suyos y dependientes de ellos. Y el cristianismo, naturalmente, tampoco trajo allí ni reforma ni revolución social alguna. Las cosas siguen como antes, con señores y con siervos, con libres y con esclavos. Al igual que en el Imperio Romano, sigue habiendo siervos de la gleba, nominalmente libres, pero sin ninguna libertad de hecho, ni la de escoger profesión, ni la de matrimonio, pudiendo más bien ser dejados en herencia, como donación o como objeto de intercambio.[78]

187

De ahí que también allí, al igual que en otras partes del Imperio Romano, y de modo especial en los territorios fronterizos, se produjeran rebeliones. En África se desencadenó la rebelión campesina de los circunceliones, de carácter religioso-

---

[76] August. Litt. Petil. 2, 247. Wieling 1187 s. Dannenbauer I 205, 259 ss, 266 s. J. Imbert/H. Legohérel, Histoire Économique des orig. a 1789, 1970, 105. CU. Eo Clévenot, Der Triumph 27. Maier, Die Verwandiung 146.

[77] Salv. De Gub. Dei 5, 8 s. Comp. *S,* 21 ss. Schnürer 118. Schafer, Romer u. Germanen 75. Maier, Die Verwandiung 135.

[78] Dannenbauer II 33 s, 40 s.

revolucionario. En Noricum Ripense, en Panonia y en Tracia, la de los Escamaros; en España y en las Galias, la de los bagaudas, todas ellas puras acciones defensivas para hacer frente tanto a los nuevos señores, los invasores germánicos, como a los antiguos. Fueron especialmente los sectores sociales campesinos los que se rebelaron repetidamente en la primera mitad del siglo V y en las revueltas de los años 408 a 411 y de 435 a 437 echando mano de las armas y liberándose de sus opresores. Los bagaudas contaron con el apoyo de casi todos los que, en el sentido más alto, estaban esclavizados. Dondequiera que se impusieron, anularon las leyes y el derecho romano, debilitaron decisivamente las formas de organización basadas en la dominación señorial y ampliaron los derechos campesinos para la utilización del suelo. Los señores de la tierra, se dice en un poema de Rutilio Numantino, se convirtieron en siervos de sus siervos. Durante estas rebeliones de los desheredados, la Iglesia católica, sin embargo, tomó resueltamente partido por los explotadores, por los esclavistas y predicó humildad y obediencia a los colonos. Sólo tras una serie de reñidas batallas consiguieron los romanos aplastar el movimiento en las Galias. Los bagaudas de Híspanla fueron aniquilados por un ejército visigodo. Y es que ya en la Antigüedad se optó por aniquilar prácticamente a todos aquellos a quienes no se conseguía explotar, o convertir, ya se tratara, lo hemos visto, del cristianismo amano o de la sinagoga judía; o bien de donatistas, samaritanos, vándalos o godos. O del mismo paganismo.[79]

Ya en el primer volumen pudimos seguir atentamente la sangrienta persecución del paganismo en el Antiguo Testamento; después los ataques antipaganos lanzados por los cristianos en el Nuevo Testamento, en la época preconstantiniana. También asistimos a la primitiva difamación del cosmos, de la religión, de la cultura, a la calumnia contra los emperadores fieles a la antigua religión, a su descripción por parte de la Patrística, que los denigraba hasta convertirlos en monstruos. También examinamos la continuación de la polémica literaria, el tratamiento insultante dado a los tres primeros siglos por parte de la tendencia opresora iniciada con Constantino, la confiscación y demolición de estatuas, el arrasamiento de templos aislados: eso después de que ya san Gregorio el Iluminador, el apóstol de Armenia, hubiese dado allí ejemplo destruyendo los templos paganos con la ayuda de las tropas.[80]

188

En el volumen anterior había ya constantes resonancias de la destrucción *fáctica* del paganismo, pero ésta no fue tratada en detalle ni en su contexto, como exige inexcusablemente la importancia de este trágico acontecimiento y tanto más cuanto que la historia cristiana, y a mayor abundancia la clerical, tiende más bien a ignorarla. De la pretensión totalitaria de esta religión, de la sed de poder de sus señores, tanto seculares como espirituales, expresada de manera cada vez más abierta y más cínica, apenas si cabía, en verdad, esperar otra cosa que no fuese la aniquilación.

[79] Rutil. Namat. 1, 2, 15 s. Zosim. 6, 5, 2. Salv. De Gub. Dei 5, 22 s. Maier, Die Verwandiung 148. Kosminski/Skaskin 33 ss, 44 s. Günther, Volksbewegungen 169 ss. Kopstein, Zur Rolle der Agrarbevólkerung 190 ss.
[80] Euseb. V. C. 3, 26; 3, 51 s. RAC I 6, II 1228 s, 1231.

189

CAPÍTULO 3. ANIQUILACIÓN

«Sólo a su mansedumbre debe la Iglesia, que el Señor fundó con su sangre, su difusión. En ello imita al divino benefactor [...].»

San Ambrosio[1]

«La Iglesia subrayó siempre el respeto que sentía ante los valores del mundo pagano.»

J. DANIÉLOU, TEÓLOGO CATÓLICO[2]

«Así, por el mar y por la tierra, fueron destruidos los templos de los demonios.»

TEODORETO, PADRE DE LA IGLESIA[3]

«El total desamparo jurídico del paganismo o de sus templos, en su caso, se pone aquí particularmente en evidencia. Allá donde los cristianos eran, numéricamente, suficientemente fuertes, raras veces esperaron a solicitar el permiso imperial para la destrucción; allá donde se veían enfrentados a un poder que les era netamente
superior, hallaron medios y recursos para movilizar el poder del Estado con el mismo propósito.»

VÍCTOR SCHULTZE[4]

«Desde Mesopotamia hasta el norte de África, la ola de violencia religiosa inundó ciudades y campos.»

PETER BROWN[5]

«Los obispos dirigían la lucha, las bandas de monjes negros libraban esa lucha en primera línea.»

H. LLETZMANn[6]

«[...] Los monjes cristianos, con Shenute o Macario de Thu a su cabeza, saquean los templos paganos, les prenden fuego, despedazan sus ídolos y en ocasiones aprovechan incluso la oportunidad para masacrar
al personal de servicio de aquéllos»

JACQUES LACARRIERE[7]

«La alianza entre el sable y el hisopo conlleva siempre (!) intolerancia y persecución de los disidentes.»

M. CLÉVENOT, TEÓLOGO CATÓLICO[8]

191

[1] Ambros. Über die Busse 1,1 s (Heilmann. Texte II 346).
[2] Daniélou 10.
[3] Theodor. H. E. 5, 23.
[4] Schuitze, Geschichte II 356 s.
[5] Brown,Welten 133.
[6] Lietzmann, Geschichte IV 82.
[7] Lacarriere 124.
[8] Clévenot, Die Christen 136.

LA DESTRUCCIÓN DE LIBROS POR PARTE DE LOS CRISTIANOS EN LA ANTIGÜEDAD

> «Los escritos apócrifos, sin embargo, que bajo el nombre de los apóstoles contienen un abigarrado vivero de desvaríos, no sólo deben ser prohibidos, sino retirados de la circulación y arrojados al fuego.»
>
> PAPA LEÓN I EL MAGNO, DOCTOR DE LA IGLESIA[9]

> «Nadie debe copiar (se. este libro); y no sólo eso: sostenemos más bien que es merecedor del fuego.»
>
> CONCILIO DE NICEA (787)[10]

> «Desde el siglo IV hasta la Edad Moderna, ardieron hogueras alimentadas por los escritos de los herejes [...]. El gobierno de Constantino representa el principio de ese desarrollo [...]. Para J. Crisóstomo, la literatura pagana está ya casi olvidada y desaparecida; sólo en casos muy aislados se hallan tales escritos en posesión de los cristianos [...]. Hay que esperar a la Edad Media para hallar las primeras declaraciones expresas reconociendo que la mojigatería condujo en la Antigüedad cristiana a la supresión total de los libros paganos.»
>
> WOLFGANG SPEYER[11]

DESTRUCCIÓN DE LIBROS EN ÉPOCAS PRECRISTIANAS

Ya en la época precristiana, los libros fueron mirados con recelo, prohibidos o destruidos. Se les retiró de circulación mediante su ocultamiento (en épocas impregnadas de ideas mágico-religiosas), o destrozando las tablillas de arcilla o piedra, o quemando rollos de papiro y códices de pergamino, o bien arrojando los escritos a los ríos o al mar.[12]

También los griegos y, más aún, los romanos retiraron y destruyeron libros y escritos de poetas, astrólogos y magos. Destruyeron ocasionalmente bibliotecas enteras, rollos de la Thora y actas sobre impuestos, oráculos y rituales de cultos secretos. Expulsaron y encarcelaron a profesores de retórica y a filósofos. Persiguieron a escritores e historiadores comprometidos. En el transcurso de su lucha contra los judíos, el rey seiéucida, Antioco IV Epifanes, mandó matar a cualquiera de ellos que fuera sorprendido con un ejemplar de su libro sagrado en las manos. Bajo Domiciano fue liquidado el historiador griego Hermógenes de Tarso. A quienes copiaban sus obras se les crucificaba. Y ellos no fueron los únicos autores cuya pluma los convirtió en víctimas de este déspota, más bien dado a las letras, pero patológicamente desconfiado. Siendo emperador Adriano, en la ciudad de Bether, los romanos envolvieron a todos los niños que copiaban la Thora en los rollos de ésta y los quemaron vivos.[13]

Algunos emperadores intervinieron también contra los cristianos quemando sus

---

[9] Leo I, Ep. 15, 5 (PL 54, 688 A).
[10] Conc. Nic. (787) 5 Sesión (Mansi 13, 176 A).
[11] Speyer, Büchervemichtung en: JbAC 1970, 139,142.
[12] Speyer, Bücherv. (1981) 4, 25 s, 30 ss, 36 ss.
[13] Sulp. Sever. Chron. 2,19,18. Opt. Mil. 7,1. Inform. amplia en Speyer, Büchervemichtung (JbAC 1970)139.

libros. Eso fue más bien tarde, pero en algunos casos dio pie a algunos martirios, ya que algunos cristianos, los de Numidia en especial, se negaron a entregar lo que era para ellos más sagrado, las biblias, los textos litúrgicos u obras semejantes. Otros muchos, sin embargo, no vacilaban en traicionar su fe como *traditores codicum* para salvar su pellejo, entre ellos, según parece a tenor de las afirmaciones hechas por los donatistas, los obispos católicos Félix de Abthungi y Mensurio de Cartago, el archidiácono de éste, Ceciliano e, incuestionablemente, el obispo romano Marcelino, acompañado, al parecer, por sus tres presbíteros y sucesores, los papas Marcelo I, Milciades y Silvestre I. También, desde luego, el obispo donatista Silvano cuando era aún diácono.[14]

193

La destrucción de los libros no respondía siempre a una acción intencionada. También desaparecieron a causa de las guerras, de las catástrofes naturales o como consecuencia de un cambio en el espíritu de la época (como, presumiblemente, pasó cuando la escritura ática fue sustituida por el alfabeto jónico en 403-402 a. de C.). También fue ése el caso cuando el latín fue desplazando al griego en Occidente a lo largo del siglo II d. de C.; o por la simple razón de que ciertos escritos, como pasó especialmente con muchas obras paganas durante la época cristiana de los siglos IV y v, no fueron ya copiados, si bien ello tiene ya componentes de una represión consciente.[15]

Los emperadores paganos, sin embargo, raras veces hicieron extensivo el castigo impuesto por un libro condenado a sus lectores o a sus confeccionadores. Hubo que esperar a la dominación cristiana para que ello se hiciera habitual. Además, aquéllos sólo aplicaban castigos seculares. La Iglesia, en cambio, no se conformaba con la destrucción de escritos adversos a ella. Respondía también con la excomunión y la maldición del autor y a veces también con la de los lectores y los productores materiales de la obra. Y no fueron el Estado y la Iglesia los únicos en tomar parte en la destrucción de la literatura religiosa indeseada. También lo hicieron los propios creyentes. En todo caso, la quema de libros «heréticos» se vino sucediendo hasta bien entrado el siglo XVIII.[16]

Cristianos que destruyen literatura cristiana

Mientras la Iglesia carecía de poder se conformó, a lo largo de los tres primeros siglos, con un debate, digamos cultural, y con la maldición de sus adversarios, algo que desde un principio, desde la misma redacción del Nuevo Testamento, adoptó formas de gran aspereza. Desde su reconocimiento y protección por parte de Constantino, se valió también del poder del Estado, para atacar todo cuanto se le oponía. Primero dirigió sus golpes contra los inicuos, los insensatos, aniquilando sus arsenales literarios. Para ello se valía generalmente del fuego, arrogándose así el papel de custodio autoritativo de la «tradición». Seguro es, sí, que muchas cosas se perdieron sin más en el transcurso de los años, pero ya entonces sabemos de quemas

[14] August. c. Litt. Petil. 2, 23, 53; 2, 92,202. c. Cresc. 3, 29, 33. Comp.tb. Pot. Mil. 1, 13 s. Speyer, Büchervemichtung (JbAC 1970) 139.
[15] Comp. Speyer, Büchervem. 15 ss, 22 ss.
[16] Ibíd. 160 ss.

sistemáticas de libros. Y es evidente que muchas cosas fueron destruidas sin que de ello nos haya llegado noticia alguna. Las cartas de Orígenes, por ejemplo, estaban originalmente contenidas en cuatro diversas compilaciones, y ya en una sola de ellas había más de cien: de todo ello no queda más que dos cartas. De ahí que desde el siglo IV «hasta la Edad Media haya una línea que conduce derechamente a la Inquisición y al tribunal condenatorio de herejes con la quema pública de los escritos heréticos, en nombre del emperador o del rey cristianos» (Speyer). Todo parece indicar, sin embargo, que la persecución antigua afectaba únicamente a los escritos que atentaban contra la fe y no» como en la Edad Media, a la literatura «obscena».[17]

194

El método de la quema de libros fue practicado por todos y contra todos durante la Antigüedad cristiana. Los heréticos instigaron a la quema de los escritos de la gran Iglesia y ésta puso un cuidado todavía mayor en la quema de los libros de sus adversarios, especialmente de los de las diversas tendencias «heréticas». La leyes estatales que disponían la quema de libros afectaban habitualmente a «herejes» expresamente mencionados. Los decretos de la Iglesia, en cambio, revestían a menudo un carácter general: *«The books ofthe heretics and their book cases (recépteteles) search out in every place, and wherever you can, either bríng (them) to us or burn (them) infire».* La quema de escritos «heréticos» está ya documentada en el siglo VII. Entre los escritores eclesiásticos cuyas obras fueron ocasionalmente censuradas, confiscadas o aniquiladas a instancias de la gran Iglesia, W. Speyer menciona a los siguientes: Taciano, Orígenes juntamente con sus discípulos, el presbítero Luciano de Antioquía, Diodoro de Tarso, Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro, Tertuliano, Novaciano y Rufino.[18]

Ya en 320, el obispo Macedonio de Mopsuestia arrojó al fuego los libros de Paulino de Adana, un mago que fue posteriormente obispo cristiano, a quien más tarde se excomulgó de nuevo acusado de desenfreno moral. De ahí a poco, Constantino hizo quemar en Nicea (325) todos los escritos inculpatorios de los conciliares, para que no quedaran ni vestigios de sus disputas: vano esfuerzo amoroso. Los conciliares mismos rompieron en trozos la confesión de fe arriana que les fue presentada en aquella famosa asamblea. Pocos años después, en 333, el emperador ordenó que todos los escritos de Arrio fuesen quemados. También éste, si hemos de creer a Eusebio, dio pie para que se interviniera legalmente contra los escritos marcionitas. En todo caso, la obras de Marción, el «hereje» más combatido durante el siglo II y uno de los cristianos de carácter más noble, fueron tan completamente destruidas por la Iglesia posterior que no ha llegado hasta nosotros ni una sola línea que podamos atribuir con seguridad a su pluma. Desde el punto de vista de las fuentes, Marción constituye «un auténtico espacio vacío» (Beyschiag). También la obra de sus discípulos fue objeto de completa destrucción.[19]

Teodosio I rompió en pedazos las confesiones de fe de obispos arrianos, macedonios y de otras tendencias. El papa Juan IV (640-642) condenó un escrito expuesto al público en Constantinopla y dirigido contra el Concilio de Calcedonia (449) e hizo valer su influencia ante el emperador para que lo rompiera en pedazos. En las postrimerías del siglo IV, el eunuco Eutropio ordenó quemar en la Roma de Oriente los libros de Eunomio, el obispo de Cizico y jefe de fila de los jóvenes arríanos. Él mismo fue expulsado de la ciudad y desterrado. La posesión de sus escritos, según el edicto imperial, conllevaba la

[17] Altaner/Stuiber 205. Bauer, Rechtgläubigkeit 157 ss, 163, 172 ss. Speyer, Fálschung, literarische 240. Del mismo, Büchervem. 120 ss, 139 s.

[18] Speyer, Büchervem. 142 s, 158 ss.

[19] Euseb. V C. 3,66. Rufin. H. E. 10,2. Sozom. H. E. 1,17,4 s; 1,21,4. Theod. H. E. 1.7, 15. Socr. H. E. 1, 9. Speyer, Büchervem. 131. Beyschiag 69 s.

pena de muerte. Sólo dos de ellos se han conservado íntegros.[20]

195

También Arcadio, el gran perseguidor de «herejes» y de paganos, amenazó en 398 con la pena de muerte a todo el que poseyera escritos montañistas. Durante los siglos IV y V fueron quemadas en Egipto muchas obras de Orígenes. Teodoreto de Ciro hizo confiscar —y presumiblemente destruir— en el territorio de su diócesis, a principios del siglo V, más de doscientos ejemplares del *Diatessaron* de Taciano.[21]

Los «padres» del Concilio de Éfeso (431) solicitaron de los emperadores Teodosio II y Valentiniano que ordenaran la quema de las obras de Nestorio dondequiera se las encontrase. Después de que éste fuese depuesto de su sede, dos decretos imperiales promulgados en el otoño de 435 ordenaban confiscar todos sus bienes en favor de la Iglesia, destruir todos sus escritos y aplicar a sus partidarios la apelación difamatoria de «simonianos» (en referencia al «hereje» Simón el Mago).[22]

Diversos obispos católicos tales como Rábulas de Edesa, un voluble oportunista que se pasó rápidamente al partido de los vencedores tras el Concilio de Efeso (431), o Acacio de Melitene, urgieron la quema de las obras de Teodoro de Mopsuestia, quien antaño había sido seguramente el maestro de Nestorio. El obispo Rábulas lanzó el anatema contra todos los que no entregaran los libros de Teodoro.[23]

En el año 448, Teodosio II decretó que fueran arrojados al fuego todos los escritos contrarios a los concilios de Nicea y de Éfeso u opuestos a Cirilo de Alejandría. A quienes obrasen en contra, se les aplicarían los más severos castigos. Fueron varios los edictos que ordenaban la quema de escritos nestorianos. Es más, el piadoso emperador llegó a ordenar la quema de los escritos del Padre de la Iglesia Teodoreto de Ciro. A quien ocultase esos escritos o los de Nestorio, se le embargaban todos sus bienes y se le imponía destierro perpetuo. En su lucha dirigida en especial contra los monofisitas y los eutiquianos, los emperadores católicos Valentiniano III y Marciano dispusieron la quema legal de todos los escritos anticalcedonios e infligieron destierro perpetuo a quien los guardase o difundiese. Con todo, anularon, ya en 452, las disposiciones relativas a Teodoreto.[24]

Ya unos años antes, el Doctor de la Iglesia y papa. León I, que atizó con celo verdaderamente inquisitorial la persecución de los maniqueos, no sólo dispuso que se acosase a éstos como si fuesen animales, sino que ordenó asimismo que sus escritos fueran recogidos y públicamente quemados. Este «gran» papa mandó también arrojar al fuego los tratados apócrifos, especialmente estimados por los priscilianistas, esa «secta abominable». A finales de ese siglo, Gelasio I, que combatía con gran profusión de palabras la «iniquidad», «tentación», «pestilencia», etc., de todos los disidentes, persiguió también a los maniqueos, los expulsó de Roma y quemó sus libros ante las puertas de la basílica de Santa María Maggiore. También sus sucesores, el papa Símaco —cuyo pontificado quedó marcado por la violencia de la guerra civil, el nuevo *pogrom* antimaniqueo y un florecimiento sin apenas parangón de la falsificación de escritos— y el papa Hormisdas, quien atizó especialmente la guerra de religión en Oriente, hicieron quemar la literatura maniquea ante la basílica del Laterán.[25]

---

[20] Philostorg. H. E. 11, 5. Cod. Theod. 16, 5, 34. Altaner/Stuiber 310. Kraft 197. Otras inform. en Speyer, Bücherv. 38 s.

[21] Cod. Theod. 16, 5, 34. J. de Ghellinck supone su destrucción: Patristique et Moyen Age 2, 358. Speyer, Bücherv. (JbAC) supone que sólo fueron apartados

[22] ACÓ 1,1, 3, 5.

[23] ACÓ 1,4, 86. Speyer, Büchervem. (JbAC) 146

[24] ACÓ 1, 1, 4, 66; 2, 3, 348, 14 s. Cod. Just. 1, 1, 3; 1, 5, 8, 9. Speyer, Büchervem. (JbAC) 145.

[25] Lib. Pont. 1,255; 1,270 s (Duchesne). Leo I. Ep. ad Turrib. 15 (PL 54,688). Caspar II 120. Vollmann 133 s. Speyer,

196

Cuando alrededor de 490 se descubrió de improviso en Berytos una asociación estudiantil en plena sesión de magia dirigida por un armenio, un tesalonicense, un sirio y un egipcio y en el curso de la cual debía, por cierto, ser quemado en el circo y al filo de la medianoche el esclavo negro del egipcio, numerosos «libros de magia» fueron incautados y quemados. Incluso Leoncio, profesor de la escuela de derecho de Berytos y elogiosamente mencionado por el emperador Justiniano en su introducción a las *Digestas,* fue inculpado a raíz de aquello. Después fue el mismo Justiniano quien dispuso, sin embargo, que todos los escritos de ese tipo fueran quemados y que se aplicase el correspondiente castigo a quien transgrediese la orden. Y cuando los obispos católicos de Oriente intentaron hacer valer el ascendiente que el papa Agapito tenía sobre el emperador para obtener de éste la quema de las obras del patriarca Severo de Antioquía, Justiniano acabó por dar una orden en ese sentido. En las postrimerías del siglo VI, el rey católico de los visigodos ordenó quemar en Toledo todos los escritos arríanos *(«Omnes libros Arríanos»)*.[26]

Sólo raramente tenían los «herejes» ocasión de proceder del mismo modo con los escritos de la gran Iglesia. En general debían conformarse con realizarlo en sueños. La leyenda de la quema de los escritos del papa Gregorio es una buena muestra de ello. También lo es la espúrea «profecía» monofisita de Pisencio de Qift, según la cual llegaría un día en que un rey romano quemaría todos los escritos del Concilio de Calcedonia, tras lo cual, todo el que conservase, reprodujese, leyese o creyese lo más mínimo de aquéllos y se negase a quemarlo, sería quemado él mismo:

sueño desiderativo, cristiano, de una minoría perseguida. Los arríanos sí que destruyeron ocasionalmente libros, tanto de los católicos como de las otras «herejías». Así, por ejemplo, el vándalo Hunerico no se limitó a matar católicos, en ocasiones por su propia mano y tras someterlos a torturas atroces, o a arrojarlos a las fieras o quemarlos vivos, sino que también quemó sus libros.[27]

Ya el influjo de Paulo, a raíz de sus habilidades milagrosas y exorcistas, condujo en Éfeso a que muchos magos *(goetes)* y encantadores quemaran sus propios libros por un valor total estimado en «cincuenta mil monedas de plata», suma casi increíble, lo cual hace, quizá, increíble ese mismo evento. ¡Pero ahí está escrito! «Tan poderosamente crecía y se robustecía la palabra del Señor», escribe ufana la Biblia.[28]

197

Así creció en todo caso la palabra del Señor una vez que el Estado se hizo oficialmente cristiano pues ello ofrecía a la Iglesia la posibilidad de entroncar con la legislación pagana para luchar contra los libros mágicos y astrológicos. No mucho después de 320, cuando el obispo Macedonio de Mopsuestia mandó arrojar al fuego los libros del ex mago y ahora obispo excomulgado Paulino, el historiador de la Iglesia Eusebio expresó el deseo de ver destruidos todos los escritos paganos de contenido mitológico.

Constantino ordenó asimismo quemar los 15 libros de la obra *Contra los cristianos* escritos por Porfirio, el más agudo de los adversarios del cristianismo en la época preconstantiniana: «La primera prohibición estatal de libros decretada en favor

---

Büchervem. (JbAC 1970) 144 s.

[26] Cod. Just'. 1,5,16,3. Nov. Just. 42,1,2. ACÓ 3,121,25 s. Fredegar Chron. 4, 8. Pauly III 573. RAC IX 789 s. Kaden 63 ss. Speyer, Büchervem. (JbAC) 1970) 144 ss.

[27] Vict. Vit. hist. pers. Vand. 3,10. Speyer. Bücherv. (JbAC 1970) 147.

[28] Hechos, 19, 18 ss. Speyer, Büchervem. (JbAC 197) 148 s.

de la Iglesia» (Hamack). Y sus sucesores, Teodosio II y Valentiniano III, condenaron nuevamente a la hoguera, en 448, aquella obra polémica de Porfirio. Eso después de que Eusebio de Cesárea hubiera escrito 25 libros contra ella y el Doctor de la Iglesia Cirilo nada menos que 30.[29]

Hacia finales del siglo IV, siendo emperador Valente, tuvo lugar una gran quema de libros, acompañada de muchas ejecuciones. Aquel regente cristiano dio rienda suelta a su furor por espacio de casi dos años, comportándose como «una fiera salvaje», torturando, estrangulando, quemando viva a la gente, decapitando. Los innumerables registros permitieron dar con las huellas de muchos libros que fueron destruidos, especialmente del ámbito del derecho y de las artes liberales. Bibliotecas enteras fueron a parar al fuego en Oriente —donde, en Siria, hasta los mismos obispos practicaban la «nigromancia»— por incluir «libros de magia». A veces los eliminaron sus mismos propietarios bajo el efecto del pánico.[30]

Con ocasión de los asaltos a los templos, los cristianos destrozaban, con especial frecuencia en Oriente, no sólo las imágenes de los dioses sino también los libros litúrgicos y los de oráculos. El emperador católico Joviano (363-364) hizo arrasar a fuego en Antioquía la biblioteca allí instalada por su predecesor Juliano el Apóstata. A raíz del asalto al Serapeo en 391, en cuyo transcurso el siniestro patriarca Teófilo destrozó él mismo, hacha en mano, la colosal estatua de Serapis labrada por el gran artista ateniense Bryaxis, la biblioteca fue consumida por las llamas. Después de que la biblioteca del Museo de Alejandría, que contaba ya con 700.000 rollos, se consumiese víctima de un incendio casual durante la guerra de asedio por parte de César (48-47 a. de C.), la fama de Alejandría como ciudad poseedora de los más numerosos y preciados tesoros bibliográficos sólo perduró gracias a la biblioteca del Serapeo, ya que la supuesta intención de Antonio de regalar a Cleopatra, como compensación por la pérdida de la biblioteca del museo, toda la biblioteca de Pérgamo, con 200.000 rollos, no parece que llegara a realizarse. La quema de bibliotecas con ocasión del asalto a los templos era efectivamente algo frecuente, especialmente en Oriente. Volvió a suceder, una vez más bajo la responsabilidad de Teófilo, a raíz de la destrucción de un santuario egipcio en Canopo y de la del *marneion* de Gaza, en 402.[31]

198

A comienzos del siglo V, Estilicón hizo quemar en Occidente —con gran consternación por parte de la aristocracia romana fiel a la religión de sus mayores— los libros de la sibila pagana, de la madre inmortal del mundo, como dijo quejándose Rutilio Namatiano, un procer galo que ocupaba altos cargos en la corte occidental y a quien la secta cristiana le parecía peor que el veneno de Circe. En las últimas décadas del siglo V, se quemaron en Beirut los *libelli* hallados allí —«éstos eran una abominación a los ojos de Dios» (Zacarías Rhetor)— ante la iglesia de Santa María. El escritor eclesiástico Zacarías, que entonces estudiaba derecho en Beirut, desempeñó un papel de protagonista en esta acción apoyada por el obispo y por las autoridades estatales. Y en el año 562, el emperador Justiniano, quien hizo perseguir a filósofos, rectores, juristas y médicos paganos, dispuso la quema de imágenes y

[29] ACÓ 1, 1, 4, 66 Cod. Just. 1,1,3. Hamack, Porfirius 31.

[30] Amm. Marc. 29, 2, 4. Barb 116 s. Speyer, Büchervem. (JbAC 1970) 141.

[31] Sen. De tranq. an. 9, 5. Dio Cass. 42, 38, 2. Plut. Ant. 58 s. Suet. Dom. 20. Socrat. H. E. 5, 16. Sozom. H. E. 7, 15. Marc. Diac. Vit. Porphir. 71. Oros. Hist. 6, 15, 32. Joh. Ant. fragm. 181. RAC II 239 s.

libros paganos en el *kynegion* de Constantinopla, donde liquidaban a los criminales (en 553 este déspota prohibió el Talmud).[32]

Según parece, ya al filo de la Edad Media, el papa Gregorio I el Grande, un enemigo fanático de todo lo pagano, quemó libros de astrología en Roma. Y esta celebridad, la única, junto a León I, en reunir en su persona la doble distinción de papay Doctor de la Iglesia, convicta en su desprecio para con la cultura antigua, a la que opone entre continuas glorificaciones las Sagradas Escrituras, parece haber sido la que destruyó los libros que faltan en la obra de Tito Livio. No es ni siquiera inverosímil que fuese él quien ordenara derruir la biblioteca imperial sobre el Palatino. En todo caso, el escolástico inglés Juan de Salisbury, obispo de Chartres, asevera que el papa Gregorio destruyó intencionadamente manuscritos de autores clásicos de las bibliotecas romanas.[33]

Todo indica que muchos paganos convertidos al cristianismo demostraban haber mudado realmente de convicciones quemando sus libros a la vista de todos, fuesen estudios astrológicos, tratados *matematici,* escritos con invocación de los dioses paganos, con nombres de demonios, libros de magia, etc. También en algunas narraciones hagiográficas, tanto falsas como auténticas, figura ese lugar común de la quema de libros como símbolo, por así decir, de una historia de conversión.[34]

No siempre era obligado el paso a la hoguera. Ya en la primera mitad del siglo m, Orígenes, muy afín en este aspecto al papa Gregorio, «desistió de enseñar la gramática considerándola carente de valor y contraria a la ciencia sagrada y, calculando fría y sabiamente, vendió todas las obras de los antiguos autores con las cuales se había ocupado hasta entonces al objeto de no necesitar ayuda ajena para el sustento de su vida» (Eusebio).[35]

199

Apenas queda nada de la crítica científica del cristianismo por parte de los paganos. De ello se ocuparon el emperador y la Iglesia. Desapare-[1] cieron, incluso, muchas respuestas cristianas a la misma. Probablemente porque en sus páginas había aún demasiado veneno pagano.[36]

Pero fue al paganismo como tal al que le llegó entonces la hora de su desaparición bajo el Imperio romano.

La aniquilación del paganismo

El último emperador pagano de la Antigüedad, el gran Juliano, favoreció ciertamente de forma sistemática a los paganos, pero simultáneamente toleró expresamente a los cristianos: «Es, por los dioses, voluntad mía que no se mate a los

---

[32] Zach. Rhet. Vit. Sev. Marc. Diac. Vit. Porph. 71. Rut. Nam. 2, 51 ss. Altaner/Stuiber 228. Tusculum Lexikon 229. Cameron 220 s. Speyer, Büchervem. 132 s. Del mismo Büchervemicht. (JbAC 1970) 141 s.

[33] John. Salisbury, Policr. 2, 26; 8, 19. Gregorovius (Dtv) I, 1 271 ss, 275 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II, 1. H. 94 s. Von Schubert I 198. Caspar II 344 s. Dannenbauer II 52 s, 73 ss. Sandys 444 s. Rand 249. Gontard 152. Speyer, Büchervem. (JbAC 1970) 141s.

[34] Greg. Naz. Or. 24, 12. August. En. in Ps. 61, 23. Cod. Theod. 9,16, 12. Cod. Just. 1, 4, 10. Speyer, Büchervem. (JbAC) 149.

[35] Euseb. H. E. 6, 3, 8 s.

[36] Comp. Speyer, Büchervem. 134 s.

galileos, que no se les golpee injustamente ni sufran cualquier otro tipo de injusticia. Declaro, no obstante, que los adoradores de los dioses habrán de tener clara preferencia frente a ellos. Pues la locura de los galileos estuvo a punto de derribarlo todo, mientras que la veneración de los dioses nos salvó a todos. De ahí que hayamos de honrar a los dioses y las personas y comunidades que los veneran».[37]

Tras la muerte de Juliano, a quien se sentía unido por la fe y la amistad, el orador Libanio se queja hondamente conmovido por el triunfo del cristianismo y por sus bárbaros ataques contra la antigua religión. «¡Ay! ¡Qué gran dolor se apoderó no sólo de la tierra de los aqueos, sino de todo el imperio [...]. Ya desaparecieron los honores de que participaban los buenos; la amistad de los inicuos y desenfrenados goza de gran prestigio. Las leyes, represoras del mal, han sido ya derogadas o están a punto de serlo. Las que permanecen apenas si son cumplidas en la práctica.» Conturbado y lleno de amargura, se dirige así a sus correligionarios: «Esa fe, que fue hasta ahora objeto de burla y que libró contra vosotros una lucha tan acérrima e incansable, ha mostrado ser la más fuerte. Ha extinguido el fuego sagrado, apagado la alegría de los sacrificios, ha ordenado abatir salvajemente (a sus adversarios) y derribar los altares. Ha cerrado con llave santuarios y templos, eso si no los ha arrasado o convertido en burdeles tras declararlos impíos. Ha derogado cualquier actividad con vuestra fe y colocado un sarcófago en el lote de tierra que os corresponde [...]».[38]

En ese asalto final al paganismo, los emperadores cristianos fueron en su mayoría y durante más tiempo menos agresivos que la Iglesia cristiana.

Bajo Joviano (363-364), el primer sucesor de Juliano, el paganismo no parece haber sufrido mayores perjuicios salvo la clausura y arrasamiento de algunos templos. También los sucesores de Joviano, Valentiniano I y Valente, durante cuyo gobierno aparece por vez primera el término *pagani* referido a los fieles del antiguo politeísmo, mantuvieron una actitud de relativa tolerancia frente a éstos. El católico Valentiniano con sobrada razón, pues su interés se centraba en el ejército y la conducción de la guerra y necesitaba la paz interior, por lo cual trató de evitar conflictos religiosos. Todavía cubrió los altos puestos del gobierno de forma casi paritaria, incluso con ligero predominio de los creyentes en los dioses, pues la adscripción religiosa de sus funcionarios dirigentes respondía habitualmente a las mayorías que se daban en cada caso en el seno de la población. Bajo Valente, sin embargo, un amano de la tendencia hornea, los altos funcionarios cristianos constituían ya una mayoría frente a los paganos. Con todo combatió a los católicos valiéndose, incluso, de la ayuda de los paganos. Por razones, desde luego, puramente oportunistas.[39]

200

Aunque el emperador Graciano, por continuar la política religiosa, más bien liberal, de su padre Valentiniano I, había prometido tolerancia a casi todas las confesiones del imperio mediante un edicto promulgado en 378, en la práctica siguió bien pronto una conducta opuesta a ello, pues estaba fuertemente influido por el obispo de Milán, Ambrosio. Bajo Valentiniano II, hermano de Graciano, las cosas dieron en verdad cierto vuelco y la relación entre altos funcionarios cristianos y paganos pasó nuevamente a ser equilibrada y los jefes del ejército Bauto y Arbogasto, dos politeístas, desempeñaron un papel decisivo en la corte. En la misma Roma, otros

[37] Jul. Ep. 49. Weis 157. Haehiing, Die Religionszugehórigkeit 537 ss.

[38] Liban. Or. 17.

[39] Haehiing, Die Religionszugehórigkeit 555 ss, 560, 567 s. Comp. tb. con la el Vol. II de la Hist. Crimin.

dos paganos de gran prestigio. Pretéxtate y Símaco, ejercieron los cargos de prefecto pretorio y urbano respectivamente.[40]

Paulatinamente, sin embargo, Valentiniano, como antaño su hermano, cayó bajo la desastrosa influencia del obispo residente de Milán, Ambrosio. Algo parecido a lo que ocurriría después con Teodosio I. Ambrosio vivía de acuerdo con su lema: «Pues los "dioses de los paganos no son sino demonios", como dice la Sagrada Escritura. Así pues, todo el que sea soldado de este Dios verdadero no ha de dar pruebas de tolerancia (!) y de condescendencia (!), sino de celo por la fe y la religión». Y efectivamente, el poderoso Teodosio gobernó durante los últimos años de su mandato, al menos por lo que respecta a la política religiosa, atendiéndose estrictamente a los deseos de Ambrosio. Primero se prohibieron definitivamente, a principios de 391, los ritos paganos. Después se clausuraron los templos y santuarios de Serapis en Alejandría, que pronto serían destruidos. En 393 fueron prohibidos los juegos olímpicos. Los emperadores infantiles del siglo V fueron muñecos en las manos de la Iglesia. De ahí que también la corte se comprometiera de forma cada vez más intensa en la lucha contra el paganismo, lucha que la Iglesia ya había atizado vehementemente en el siglo IV y que condujo gradualmente al exterminio sistemático de la vieja fe.[41]

Los obispos más conocidos tomaron parte en este exterminio, recrudecido especialmente tras el Concilio de Constantinopla (381), siendo Roma y Oriente, sobre todo Egipto, los campos áe batalla más señalados de la contienda entre paganos y cristianos.[42]

201

El Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo arruina los templos

A pesar de sus ásperos debates con su hermano en Cristo, Teófilo, patriarca de Alejandría, debates que acabarían por aplastarlo, y a pesar de sus fanáticos ataques contra los judíos, dignos del publicista nazi Julius Streicher, Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, tenía aún tiempo suficiente para toda clase de ataques, verbales y físicos, contra los paganos. Es más, «no perdía nunca de vista» (así lo confirma la obra, de más de mil páginas. *Reformadores de la Iglesia* con imprimatur de 1970) «la meta de destruir las costumbres paganas».[43]

Los paganos son ante todo para Crisóstomo crápulas. «Se entregan á la fornicación y al adulterio.» Un pagano «es un hombre encenagado qué se ensucia más con todos los cuerpos femeninos que lo harían los cerdos con el fango». Hay más: los paganos se pirraban por «los extravíos y las aberraciones». Se inflamaban por «el amor contra natura». Y ésa era una «guerra desdichada», una guerra que violentaba, incluso, la ley natural más «¡que cualquier otra guerra!». «Los corruptores de niños —afirma el santo obisposon peores que los asesinos; pues es mejor morir que ser corrompido de ese modo [...]. No, no, no hay nada que pudiera ser peor [...].» Habría que

[40] Haehiing, Die Religionszug. 576 ss.
[41] Ambros. Ep. 17, 1 s. Clévenot, DerTriumph 88 ss.
[42] Tinnefeid, Die frühb. Geselischaft 282.
[43] Hamman221.

«lapidarlos». Y con todo, dice Crisóstomo con soma, «el sabihondo pueblo de Atenas y su gran Solón no reputaron como desvergüenza esta costumbre, sino como distinción, demasiado elevada para el estamento de los esclavos y sólo conveniente para los libres. Y se hallan otros muchos libros de los sabios de este mundo infectados por esta misma enfermedad».[44]

Es obvio qué puede pensar un espíritu así acerca de la filosofía pagana: doctrinas de gentes hinchadas que se abisman en «necias sutilidades», que dan confianza «a las tinieblas de su razón», cuya sabiduría no es otra cosa que «locura», «vana apariencia», «extravío», «tan carente de todo valor», dice él echando pestes, «como el discurso delirante de una vieja borracha». Los filósofos paganos están al servicio del estómago y son cobardes que ofrecen más fábulas que ciencia. No merecen nuestra admiración, sino que «habría que aborrecerlos y odiarlos justamente por haberse convertido en locos».[45]

Todo ello, ajuicio del patrón de los predicadores, proviene del diablo. Fue «doctrina enseñada por los demonios», es «algo próximo a los animales irracionales». Siguiendo los pasos de los Padres de la Iglesia de los siglos n y m, Crisóstomo combate contra cualquier santificación de los animales. Son frecuentes sus referencias al respecto. «Algunos de estos maestros de la sabiduría han llevado al cielo incluso a toros, escorpiones, dragones y a toda clase de bichos. El demonio se esforzó por todas partes en degradar a los hombres hasta la imagen de los reptiles.» El Doctor de la Iglesia hace mofa del «antiguo Egipto» (¡al cual acude en peregrinación el mundo moderno!), «que luchaba contra Dios a quien atacaba furioso, que veneraba a los gatos, que sentía miedo ante las cebollas, su terror». En suma, el patriarca no conoce nada tan «ridículo como esa sabiduría mundana», estando la «fuente del mal», acentúa siguiendo a Pablo, radicada en «la impiedad», en «las doctrinas religiosas de los paganos», que se arruinan «más fácilmente que lo que cuesta destruir una tela de araña».[46]

202

Este gran príncipe de la Iglesia echó una mano en esa tarea. Arruinó definitivamente el famoso culto de Artemisa en Éfeso, lo que no impidió que posteriormente esta diosa tan venerada en la ciudad, agraciada por Zeus con el don de la perpetua virginidad, esa «intercesora», «salvadora», objeto de especial adoración en el mes de mayo, se fundiese con la imagen de María. Y no fue aquélla la única destrucción por cuenta de Crisóstomo. Él, que instó al sacerdote Constantino a ser fiel a la señalada misión de erradicar el paganismo, es responsable del arrasamiento de otros muchos templos politeístas fenicios, para lo cual se valió ante todo de monjes especialmente reclutados para ello. «Cuando se percató —informa Teodoreto— de que Fenicia seguía manteniendo su entusiasmo por los misterios demoníacos, reunió en tomo suyo a muchos ascetas que se consumían en el divino celo, los pertrechó con las disposiciones legales de los emperadores y los envió contra los templos de los ídolos [...]. De esta forma mandó arrasar aquellos templos, morada de los demonios, que habían sido respetados hasta entonces».[47]

---

[44] Joh. Chrysost. Hom. 12 in Ep,hes. Hom 3,13. Hom. 1, Coment. a la Ep. a los Rom. 5 Hom. 1 ss.

[45] Joh. Chrysost. Com. in Mat. 8 Hom 5. Comm in Ep. ad Rom. 3 Hom 6. 4 Hom. 2 f Hom 17, 2; 19, 1. Baur, Der heil. Johannes Chrysost. 1272.

[46] Joh. Chrysost. Com. in Mat. 1,4 s; 8, 5. Com. in Ep. ad Rom. 4, 3; 5, 2; 6, 2., Comp. con los ataques a la filos, pag. de J. Crisost. en Hom. 17, 2; 19, 1 ad Pop. Ant. Hom. 21, 3 in Ephes.; Hom. 3, 3 De Lázaro; Hom. 28, 2 in Johan.; Hom. 35, 4 in I Cor. y otros más.

[47] Joh. Chrysost. Ep. 221. Theodor. H. E. 5, 30. RAC 1468,476. Schuitze, Geschichte I 318, 353 ss, II 226, 326. Geffcken,

Para esa obra contó con la ayuda de más de un obispo.

SAN PORFIRIO PREDICA EL EVANGELIO «CON SUMA MANSEDUMBRE Y PACIENCIA [...]»

El pastor supremo de Gaza, Porfirio, había llevado una vida de penitente, plena de renuncias, a lo largo de un decenio. Primero en el desierto escítico de Egipto y después en Palestina. Eso hasta que los cristianos de Gaza solicitaron un pastor «capaz de hacer frente, de palabra y obra, a los adoradores de ídolos», en palabras de Marcos Diácono, el biógrafo de Porfirio. Este ascendió a la sede obispal de Gaza en 395,[48]

203

Hasta entonces, la ciudad seguía siendo, con la tolerancia del emperador católico, un baluarte del paganismo, pues los ciudadanos paganos de la rica Gaza pagaban sustanciosos impuestos. Cuando Porfirio tomó posesión halló en Gaza ocho templos, entre ellos el famoso templo del *Mamas* («Señor»), tal vez construido por Adriano, en el que había un oráculo muy consultado. «La contraposición entre Cristo y *Mamas* dominaba la entera existencia de la ciudad» (Geffcken). Entre paganos y partidarios del obispo se producían frecuentes broncas: pese a que no había más que 280 cristianos. No obstante, el año 395 imploró de Dios la lluvia justó antes de que lloviese y gracias a ello se convirtieron 78 varones, 35 mujeres, 9 niños y 5 niñas. A lo largo del año se sumaron otros 35 conversos rezagados. Pese a ello, los cristianos de Gaza no llegaban aún a 500 y hasta en 398 no hubo nuevas conversiones, lluvias milagrosas ni nada parecido. Ese año, sin embargo, Porfirio consiguió del emperador Arcadio que siete de los ocho templos paganos fuesen clausurados por Hilario, cierto subalterno del *magister ojficiorum,* y salvar además a una dama prominente en su lecho de parturienta: la madre, juntamente con el lactante, y otras 68 almas se convirtieron a la religión dispensadora, en exclusiva, de la bienaventuranza. Pero todo ello era poco ante tantos aspavientos. La clausura del *Marneion,* santuario principal del *Mamas,* fue impedida mediante el soborno de Hilario. Pese a que el santo hizo valer sus buenos oficios en la corte para fomentar la causa del Reino de Dios en Gaza y que, a su regreso, una estatua de Afrodita se rompió tras caer de su pedestal, determinando que otros 32 hombres y 7 mujeres se convirtieran a la verdadera fe, la tasa de conversiones seguía siendo desalentadora (si bien es cierto que bastantes paganos ricos, barruntando lo peor, comenzaron a abandonar la ciudad).[49]

Así pues, san Porfirio (cuya portentosa mansedumbre destaca el historiador católico Donin) viajó en la primavera de 401 a Constantinopla en compañía de su metropolitano, el arzobispo de Cesárea. Allí se dirigieron a san Juan Crisóstomo, nada menos, y le expusieron la necesidad de arrasar los «templos de la idolatría» en Gaza, algo que el patriarca escuchó con «alegría y unción». En sus sermones

Der Ausgang 102. Schneider, Gesitesgeschichte I 239.

[48] Marc. Diac. Vita Porphir. c. 12. Bardenhewer IV 308. Althaus 224.

[49] Marc. Diac. Vit. Porphir. 26 s. LThK 1. A. VIII 378. RAC II 1230. Bardenhewer IV 309. Schuitze, Geschichte I 354 ss. Geffcken, Der Ausgang 192 s. Baur, Der Heilige Joh. Chrysost. II 145 ss. Althaus 224 ss. Grant, Christen ais Bürger 20 s.

aconsejaba ciertamente el amor y la clemencia: «Podrás hacer milagros, resucitar a los muertos, lo que tú quieras: nada admirará más a los paganos que si te ven obrar con mansedumbre y con clemencia [...]. No hay nada que haga tan propicios los corazones como el amor. Ese mismo tono nos es conocido hasta la saciedad en otros santos; en Agustín, por ejemplo, quien, sin embargo, predica también la venganza, la persecución y la tortura, todo a su conveniencia. A la hora de la verdad, no obstante, el Crisóstomo, juntamente con san Porfirio y a través del pío chambelán Amyntas, obtuvo la aquiescencia de la severa emperatriz Eudoxia para aquella obra de destrucción. Ella ejercía una influencia determinante sobre la política interior, incluida la eclesiástica. Crisóstomo obtuvo además su oro. Pero aunque éste se repartió de inmediato y en el mismo palacio, las consideraciones fiscales, los altos impuestos de Gaza y sus considerables donativos al fisco demoraron la decisión del emperador. Finalmente, sin embargo, el texto de la petición se depositó en el regazo inocente del príncipe recién bautizado y a partir de ahí sí que pudo san Porfirio arrasar nada menos que ocho edificaciones idólatras sitas dentro y fuera del recinto de Gaza.
204

Ello sucedió con ayuda del ejército y de los cristianos allí residentes. En diez días fueron demolidos siete templos, destruidos sus ídolos y confiscados sus tesoros. Sólo se resistió tenazmente el *Marneion,* especialmente protegidos por sus sacerdotes. Con todo, también acabó víctima del fuego y en su lugar fue erigida una iglesia, la Eudoxiana: construida asimismo con el oro de la emperatriz, la cual donó también mil piezas de oro y algunas cosas más al arzobispo Juan de Cesárea, aparte de distribuir cien piezas de oro en concepto de dietas de viaje a cada miembro de la delegación. San Porfirio hizo además destruir muchas imágenes de ídolos en casas privadas y organizó una redada de «libros de magia», arrojados después al fuego. Es más, el pío obispo no vaciló en hacer tabla rasa con los templos de los alrededores, puede, incluso, que sin poseer poderes imperiales para ello. El católico Bardenhewer ve en todo ello, expuesto en la *Vita Porphyrii* de Marcos Diácono, «el despliegue de un cuadro impresionante de la última fase de la lucha entre cristianismo y paganismo». Sólo nos cabe añadir: «No hay nada que haga tan propicios los corazones como el amor».[50]

El *Léxico de Teología y de la Iglesia* ensalza todavía en el siglo XX el

«ardiente celo» de san Porfirio «en la expansión del cristianismo [...]. Obtuvo de la corte, solicitándolo dos veces (en 401, personalmente), que el emperador enviara a Gaza tropas que destruyeron todos los templos paganos allí existentes». También la lucha de Porfirio contra el maniqueísmo le merece al léxico el calificativo de «eficaz». Y ocasionalmente, el obispo, que en otro caso no sería santo, realizó algún que otro milagro como el conseguido en aquella maniquea a la que mató haciendo la señal de la cruz. Y siguió predicando el evangelio «con suma mansedumbre y tolerancia [...]»(Donin).[51]

Al igual que Porfirio y que el Doctor de la Iglesia Crisóstomo, también, su furibundo colega y antagonista Teófilo, patriarca de Alejandría, contrajo abundantes

[50] Marcell. Comes a. 402. Chon. Pasch. a. 402. Joh. Chrysost. Hom. I Cor. 33, 5. Marc. Diac. Vita Porph. 37 ss, 75. Pauly II 407. RAC II 1229 s. Funke, Gotterbild 309 s. Donin I 560 ss. Bardenhewer IV 308. Schuitze, Geschichte I 355 s. Güidenpenning 137 s. Geffcken, Der Ausgang 193. Baur, Der heil. Johannes Chrysost. U 148 ss. Althaus 225 s. Holum 54 ss.

[51] LThK 1. A. VIII 377. Donin 1560 ss.

méritos en las luchas contra los paganos.

Conducta de Teófilo de Alejandría en relación con los templos y tesoros paganos. Su actitud para con los sentimientos religiosos de los seguidores de la antigua fe

En 391, este príncipe eclesiástico ordenó saquear, contando ostensiblemente para ello con ayuda militar, el poderoso templo dedicado a Serapis, demolido posteriormente hasta los cimientos. El templo dedicado al genio de la ciudad fue convertido en una taberna. Otros santuarios paganos, verbigracia el de Dionisos, fueron convertidos en iglesias.

205

Los partidarios de la antigua religión defendieron el Serapeo a mano armada. El historiador neoplatónico Eunapio de Sardes comenta irónicamente la «heroica lucha» de la soldadesca cristiana: «No se llevaron el pavimento del templo a causa del peso de las piedras [...]. Todo lo derribaron con ciega violencia aquellos esforzados héroes y sus manos se extendieron, pero no buscando sangre, sino dinero. Informaron orgullosos que habían vencido a los dioses y hacían gala del expolio del templo y de su impiedad personal como de algo digno de elogio». Eunapio concluye amargamente que el templo sirvió después como morada a los monjes, pues «toda persona que llevase un hábito negro poseía un poder tiránico hasta el punto de poder portarse insolentemente a la luz pública: tal era la virtud que mostraba la mejora del género humano».[52]

El *Serapeion* era un templo increíblemente rico, suntuoso, con cuya magnificencia sólo se podía comparar el capitolio romano. Su biblioteca, más que notable, desapareció también sin dejar huellas. De ahí que tras aquel acto de violencia cristiana se produjeran feroces luchas callejeras en las que los mismos rotores, y especialmente los filósofos, blandieron la espada, y el lexicógrafo y sacerdote de Zeus, Heladio, más tarde profesor en Constantinopla, abatió a nueve cristianos con su propia mano. Eso afirma al menos su oyente e historiador cristiano Sócrates. Como quiera que hubiera más muertos por parte cristiana y que ambas partes contaban con innumerables heridos, el emperador mandó destruir todos los templos de la ciudad. También fue «saneado» un templo de Mitra. Con todo: «La responsabilidad principal fue cosa de Teófilo y no del emperador» (Tinnefeid).

Hasta la famosa estatua colosal de Serapis, creación del gran escultor ateniense Briaxys, y admirada desde hacía siete siglos, estatua cuya proximidad acarreaba, se decía, la muerte, fue abatida, hacha en mano, por el obispo en persona, dándose el caso de que de la madera podrida de su núcleo saliesen ratones. «El dios de Egipto servía de morada a los ratones», escribe sarcástico Teodoreto. Y san Jerónimo se mofa así: «El Serapis egipcio se convirtió en cristiano». La divinidad aletargada *(senex veternosus)* fue quemado pieza a pieza delante de los sacerdotes paganos. Su cabeza, en cambio, fue paseada por toda la ciudad como la de un enemigo vencido. Y Teófilo no se limitó a liberar al mundo de la «locura de la idolatría», sino que también

[52] Eunap. Vit. 6, 11, 2 ss. Dtv-Lex. Philos. II 108 s. Ver sobre ello Tinnefeid, Die friihb. Geselischaft 284 s.

desenmascaró «ante los embaucados las tretas de los sacerdotes embaucadores» (Teodoreto). Pues éstos hacían los ídolos huecos, los fijaban a los muros y por pasadizos desconocidos accedían al interior de las estatuas y después, una vez ocultos, podían pronunciar oráculos o emitir órdenes, según su conveniencia. (De las tretas de los clérigos embaucadores, de la maravillosa mecánica de las imágenes de santos los católicos nos podrían dar lecciones en la pía Edad Media. E incluso la Moderna.) Las estatuas de los dioses y otros objetos valiosos de los templos fueron, a partir de ahí, rundidos y los metales nobles los regaló el emperador a la iglesia alejandrina. Naturalmente, Teófilo se sintió arrebatado por su triunfo: también hizo arrasar los afamados santuarios de la vecina ciudad de Canopo, próspera y comercial. Y tras los templos alejandrinos, todos los de Egipto vieron su ruina a manos de los cristianos, triste tarea en la que destacó especialmente el celo de los monjes.[53]

206

La profanación de los objetos de culto paganos comenzó ya bajo Constantino y continuó después con redoblado esfuerzo.

De todas las estatuas de dioses destinadas a la fundición, por ejemplo, el obispo Teófilo dejó indemne, justamente, la de un mono que expuso al público para mostrar qué cosas adoraban los paganos. Pero cuando, a guisa de mofa, hizo llevar en procesión imágenes obscenas, o que él se imaginaba tales, estatuillas fálicas o los *phalloi* de las imágenes de los dioses, estallaron desórdenes sangrientos. Los cristianos, especialmente obispos y santos, nunca anduvieron remisos en hacer mofa de los santuarios de los demás. A raíz de la destrucción de ídolos ocultos en Menuthis por parte de Teófilo, el populacho cristiano rugía así: «Las estatuas necesitan un maestro de gimnasia, pues no tienen articulaciones». En otras partes, las estatuas eran despojadas de sus mantos de oro y plata «entre grandes risotadas», cuenta Jacobo de Sarug, obispo de Batnai, junto a Edesa, quien veía en la destrucción de los ídolos el signo distintivo de toda misión cristiana, desde la más antigua, bajo Pedro, Pablo y Tomás, hasta su época; desde Roma hasta la India.[54]

En realidad, los tiempos habían cambiado mucho en Alejandría respecto al siglo n, en el que, según un autor contemporáneo, «las religiones eran tan numerosas como los negocios» y la gente obediente a la moda cambiaba de dioses «como en otras partes de médico». Entonces los cristianos parecían adaptarse muy bien y sus elucubraciones, dispensadoras exclusivas de la bienaventuranza, no les parecían algo tan absoluto. Así lo vio al menos el emperador Adriano —hombre de talante notablemente abierto respecto a las religiones—, quien visitó hacia 130 Alejandría y era un buen conocedor de Egipto. «Aquí se viven hechos tales —escribe a su cuñado Serviano— como el que unos obispos que se denominan cristianos celebren cultos en honor de Serapis. No hay ningún sacerdote samaritano, judío o cristiano que no sea simultáneamente matemático, arúspice o *aliptes* (masajista). El mismo patriarca, cuando viene a Egipto, reza a Cristo y a Serapis, para hacer justicia a todos [...]».[55]

---

[53] Socrat. H. E. 5, 12; 5, 16; 6, 2. Sozom. H. E. 7, 15. Liban. Or. 30, 8 ss. Theodor. 5, 21 s. Hieron. Ep. 107, 2. Rufín. 2, 22 ss. Funke, Gotterbiid 795, 810 s. Dtv Lex Kunst I 172. Kraft 464 s. Schuitze, Geschichte I 261 ss. Seeck, Geschichte V 233. Geffcken, Der Ausgang 157 s, 192. Rauschen, Jahrbücher 301 ss, 534 ss, desplaza la destruc, del Serapeion al año 389. Stein, Vom römischen 323. Haller, I 106. Chadwick, Die Kirche 194. Haehiing, Die Religioszugehórigk. 208. Tinnefeid, Die frühbyz. Geselischaft 284 s. Andresen, Die Kirchen 499. Lcarriére 45, 151. Noethlichs, Heidenverfolgung 1162.

[54] Ver sobre todo Sozom. H. E. 7, 15. Socrat. H. E. 11, 29. La demás fuentes en Funke, Gotterbiid 813, 815, 820.

[55] Seg. Lacarriére 48 s.

Que la destrucción del paganismo —o la lucha contra los «herejes»— era mucho más una cuestión de poder que de convicciones religiosas es algo que el mismo Teófilo dejó bien claro. Su magnanimidad podía llegar hasta el límite de nombrar, en 410, obispo de Ptolemais, en la Cirenaica, a Sinesio de Cirene, de cuya boda había sido él mismo celebrante, un vividor, espadón y místico neoplatónico, todo en uno, ¡eso pese a su paganismo, que él mismo reconocía francamente (y al que continuó guardando plena fidelidad)![56]

207

Iglesia y Estado actúan violentamente contra los fieles de la antigua religión pagana

Muchos sacerdotes hicieron grandes méritos ante su religión, expendedora exclusiva de la bienaventuranza, a la hora de erradicar el paganismo, que tan semejante le era en más de un aspecto. A juicio de Padres de la Iglesia tan insignes como Eusebio o Agustín, en todos los ataques de los cristianos contra los paganos, sin excepción, no hay que ver otra cosa que acciones legitimadas por el Estado. La verdad, en no pocos casos, fue justamente la contraria. Y en otros muchos, las órdenes de las autoridades se obtuvieron a instancias de los círculos clericales, algo que puede documentarse abundantemente.[57]

El patriarca Georgios de Alejandría, por ejemplo, que también «purificó» un templo de Mitra que le fue regalado por Constantino, obtuvo del mismo emperador el permiso de saquear las estatuas y las ofrendas a los dioses en Alejandría. También cierto Partenio —el vástago de un sacerdote—, que con dieciocho años se inició con tanto éxito en la realización de milagros, dejó su oficio de pescador y pudo llegar a coadjutor del obispo de su patria y finalmente a obispo de Lámpsaco, solicitó en los años cincuenta del siglo IV una orden especial del emperador para destruir los templos. Partenio, que ya en la época de Constantino hizo fanáticos esfuerzos para erradicar el paganismo, llegó a santo de la Iglesia Ortodoxa Griega.[58]

También el diácono Cirilo demolió, imperando Constantino, «muchas estatuas de ídolos» (Teodoreto), en Heliópolis de Líbano. Bajo el hijo de Constantino, Constancio, cuando ya la persecución contra los paganos se hizo notablemente virulenta, el obispo Marcos brilló en Aretusa por su celo en la destrucción de los templos y en Cizico, el obispo Eleusio. Algo semejante sucedió en Daphne, donde los cristianos quemaron la estatua de Apolo y acertaron después a dar una explicación milagrosa del hecho:

una descarga eléctrica o el vuelo de una chispa. En Cesárea de Capadocia destrozaron los templos de Apolo y de Júpiter y asimismo el santuario de Tyche. Reinando Juliano, cuando, como se queja Libanio, templos, altares y estatuas de los dioses yacían por los suelos y muchos sacerdotes habían sido expulsados, los cristianos Macedonio, Teodalo y Taciano irrumpieron de noche en el templo de Meros

[56] Tinnefeid, Die frühbyz. Geselischaft 287. Del mismo, Synesios 139. Sobre estancia de Synesio en Alhenas, Frantz 190.
[57] Noethlichs, Heidenverfolgung 1178.
[58] Socrat. H. E. 3, 2 s. Soz. H. E. 5, 7. LThK 1. A. VII 990. RAC I 746. Noethlichs, Heidenverfolgung 1156.

(Frigia) y demolieron las estatuas recién restauradas y repuestas. Todos estos actos de barbarie respondían «a medidas de arbitraria violencia por parte de la Iglesia» (Noethlichs).[59]

208

El santo obispo Marcelo de Apamea (junto al Orontes) no quería «sufrir por más tiempo la tiranía del demonio». Debía, o mejor, tenía que arruinar el templo de Zeus, una edificación grande y rica, y para ello obtuvo la protección de dos mil soldados del prefecto imperial. De ahí que el prelado sacrificase hasta su siesta y se trabajase a fondo aquel templo de colosales proporciones aplicándole toda clase de remedios sagrados como la señal de la cruz y el agua bendita: ésta habría después avivado el fuego como si fuese aceite. Después logró el derribo de las columnas (preventivamente socavadas) y la salida aparatosa de un mal espíritu. «El estrépito resonó en toda la ciudad, pues fue muy grande y atrajo a todos hacia el espectáculo. Cuando supieron finalmente de la huida del demonio enemigo, elevaron sus voces alabando a Dios, creador de todas las cosas. Del mismo modo destruyó aquel santo obispo los restantes templos de los idólatras. Podría contar otras muchas cosas asombrosas de aquel hombre. Así, por ejemplo, escribió cartas a los santos mártires de los cuales obtuvo respuestas por escrito» y «finalmente, él mismo ganó la corona del martirio. Con todo, omitimos la narración de otros hechos [...]» (Teodoreto).[60]

La haremos nosotros. A saber, después de demoler los templos de Apamea, san Marcelo, padre, por cierto, de varios hijos, prosiguió su obra salutífera en las zonas vecinas. Cierta vez, sin embargo, hizo arrasar un gran templo en las proximidades de Aulón. Para ello se puso personalmente al frente de una banda de gladiadores y soldados, pero, aquejado de dolor en un pie, se retiró algo de ellos y vino a dar en las manos de unos paganos que se lo llevaron de allí a la fuerza y lo quemaron vivo. Eso le permitió escalar a los altares de las Iglesias griega y romana.[61]

Otro feroz antagonista de cuanto no era católico fue el ascético obispo monacal Rábulas de Edesa (412-436)

No siempre había sido tan ortodoxo. Hijo de un «sacerdote idólatra» y convertido al cristianismo hacia el 400, vivió como monje e incluso, durante cierto tiempo, como anacoreta en una caverna. Eso después de separarse de mujer e hijos, quienes también eligieron, al parecer, la vida monacal. Convertido en obispo de Edesa hacia 412, durante el Concilio de Éfeso (431) Rábulas formó en las filas de los antioquenos, que habían apoyado al «hereje» Nestorio y depuesto a san Cirilo. Tras el triunfo de éste, no obstante. Rábulas cambió rápidamente de bando y se convirtió de inmediato en «pilar y fundamento de la verdad», en un tránsfuga fanático, en amigo y hombre de confianza de Cirilo, con quien combatió al nestorianismo. De ahí que uno de sus sacerdotes, sucesor suyo en la sede, Ibas de Edesa, lo motejase de «Tirano de Edesa».

209

El obispo Rábulas mandó destruir, tan sólo en su ciudad, cuatro templos, atacando además todo cuanto no se sujetaba a la ortodoxia. Verbigracia, él, «la personalidad más descollante de la teología de Edesa» (Kirsten), convirtió en cristianos a miles de judíos. Convirtió, supuestamente —así consta en la *Vida de Rábulas—,* a los «insensatos maniqueos». Usó «sin reparos medidas de cruda violencia en la lucha

[59] Todo ello documentado en Noethlichs, Heidenverfolgung 1178 s. Comp. tb; 1157.
[60] Theod. H. E. 5, 22. Sozom. H. E. 7, 15.
[61] Sozom. Sozom. 7, 15. LThK 1. A. VI 870 s. Rauschen 315. Noethlichs, Heidenverfolgung 1184.

antiherética», si bien ya antes de él «habían sido despobladas y arrasadas a fondo» aldeas enteras en la comarca de Edesa y en el Asia Menor (W. Bauer). Rábulas sanaba «con el esmero de un gran médico», dice su *Vita,* obra de otro paladín y compañero suyo, «el putrefacto absceso de la herejía marcionita». Derribó la casa de reuniones y las capillas de los bardesanitas —pues antaño «este maldito Bar Daisan, valiéndose de artimañas y de la dulzura de sus cantos, había sabido atraerse a todos los notables de la ciudad»—, apoderándose de todas sus posesiones. Devastó asimismo la iglesia de los arríanos y aniquiló las sectas de los audianos, borboritas y saduceos, amén de destruir todos los escritos enemigos. «Concede la paz a todo el mundo», imploraba en su himno a María, si bien la autenticidad de este último es más que dudosa. Auténtica de verdad es, en cambio, la *Vida de Rábulas,* que plasma sus actos de forma hagiográfica, silenciando, eso sí, su papel en el partido hostil a Cirilo y su cambio de bando, y haciendo, en cambio, que ya antes del concilio, pronuncie un sermón en Constantinopía para refutar «el viejo error de nuevo judío», es decir, Nestorio, cuando éste aún ocupaba aquella sede patriarcal.[62]

En todo caso, cuando Rábulas trató de destruir las imágenes litúrgicas de Baalbek, donde los paganos constituían aún una clara mayoría, los politeístas, se dice, casi lo matan a golpes. Lo mismo le ocurrió a Eusebio, posteriormente obispo de Tella.

Es justamente con los monjes, o con los ascetas provenientes del estado monacal, con quienes nos topamos a cada paso en esa encarnizada lucha contra el paganismo. Sus delirantes mortificaciones intensificaban, a buen seguro, su agresividad.

El monje Barsuma acrecentó hacia 421 los méritos de su peregrinación a Jerusalén destruyendo durante el camino, él y otros 40 correligionarios, no sólo templos paganos, sino también algunas sinagogas judías. El anacoreta Talaleo, en cambio, muy arraigado en aquella localidad, se acuclilló «bajo la carga de sus pecados» y por espacio de más de una década en un diminuto cubículo que él mismo se había construido junto a un enorme y antiguo «templo idólatra». Con tan maravillosa vida convirtió a muchos paganos, con ayuda de los cuales pudo derruir después aquel monumento del escándalo.[63]

Los ayunos, palizas, saqueos, devastaciones y asesinatos del santo abad Shenute de Atripe (fallecido en 466) constituyen una muestra típica de las atrocidades del antiguo monacato sobre la que ya hicimos una exposición detallada.

210

Aproximadamente durante los últimos años de la vida de Shenute y muy en el estilo de su modo de evangelizar y cristianizar, el *apa* Macario de Thu emprendió con sus monjes una «expedición» contra un templo del Alto Egipto en el que los griegos veneraban todavía al dios Kothos.

¡Para ello robaban niños cristianos, los estrangulaban ante el altar, les sacaban las entrañas, usaban las tripas como cuerdas de sus cítaras y tocaban con ellas en honor de los dioses! El resto de los cadáveres infantiles era carbonizado, tras lo cual usaban las cenizas para la búsqueda de tesoros. Para ello volvían a tocar sus cítaras, haciendo vibrar los intestinos infantiles hasta que aparecían las «riquezas». El *apa* Macario creía quizá en estas fábulas de horrorosos infundios, de forma que encendió un gran fuego al cual arrojó

---

62 Kraft, 445. RAC 11115 s. Kirsten, Edessea RAC IV 574. Heilmann, Texte Ü 247. Schiewitz III 355 ss. Bardenhewer IV 388 ss. Stein, Vom römischen 459. Bauer, Rechtgläubigkeit 30 ss.

63 SchiwietzII314,340.

todos los «ídolos»; y con ellos al sacerdote Hornero.[64]

En Occidente, san Benito aniquiló un antiquísimo santuario de Apolo situado en Monte Casino, muy venerado por el pueblo. Benito destrozó a golpes la imagen del dios, destruyó el altar y quemó los bosquecillos sagrados. Así anuló los «demoníacos oficios» y el templo mismo quedó convertido en iglesia.[65]

Con bastante anterioridad, a finales del siglo IV, hubo otro monje, no menos célebre, que también causó estragos contra los fieles de la antigua religión. Se trata del santo Obispo Martín y sus hechos constituyen lo que se denomina «evangelización de las tierras galas». Apenas hubo lugares santos paganos donde Martín no destrozase imágenes de los dioses y altares o arrasase a fuego los templos. En situaciones difíciles acudió a la superchería de la magia e hizo intervenir a soldados que se hacían pasar por ángeles. Sobre las mismas ruinas de los lugares sagrados más modestos, consagrados a los dioses del agua, de los árboles y de las colinas, se alzaron después templos cristianos. Por cierto que este santo bárbaro desplegó tal actividad que se le siguen adjudicando en solitario todas las destrucciones de templos, habiendo hoy cientos de parroquias francesas que se enorgullecen de su padrinazgo e incontables lugares donde uno tropieza con un «Saint Martín»...[66]

También los funcionarios imperiales apoyaron reiteradamente las atrocidades cristianas.

Viviendo aún Constantino, el prefecto pretorio Rufino destruyó un templo de Hennes en Antioquía. Entre los años 376-377, el prefecto urbano de Roma, Graco, arrasó un mitreo y se granjeó con ello el aplauso especial de san Jerónimo. En 399, los *comités* Gaudencio y Jovio devastaron, para profunda satisfacción de san Agustín, los templos y las estatuas de los dioses en Cartago y las provincias africanas.[67]

«Gran fama», al menos según el obispo español Idacio, obtuvo su paisano, el prefecto pretorio Materno Cinegio, a quien el emperador Teodosio I se había traído consigo a Oriente. Como *praefectus pretorio Orientis* tuvo que velar por la ejecución de todas las leyes supremas relativas a la religión desde el año 384 al 388. La furia, ampliamente activa, de este hombre, acompañada siempre de gran despliegue militar, contó con el refuerzo adicional de su esposa Acancia, ciegamente entregada a ciertos círculos monacales. De ahí que las «espléndidas obras» de Cinegio llegasen hasta Siria y Egipto, destruyendo por doquier los ídolos de los *pagani* e incluso un templo de Edesa que el emperador había puesto bajo su protección, sin que éste le pidiera por cierto cuentas de ello. Todo lo contrario. Cuando Cinegio murió, en 388, Teodosio le concedió los más altos honores haciéndolo sepultar en la iglesia de los Apóstoles, lugar de enterramiento de la familia imperial.[68]

211

El Estado cristiano colaboró, por supuesto, estrechamente con la Iglesia cristiana. Algunos déspotas eran menos dependientes de ella. Otros lo eran más, figurando entre los últimos Graciano y Valentiniano II. Algunos estaban, incluso, totalmente en las

---

[64] Lacarriére 160 s.

[65] Puzicha284ss.esp.299s.

[66] Clévenot, Der Triumph 79 s.

[67] Noethlichs, Heidenverfolgung 1154, 1179.

[68] Theodor. H. E. 5, 21 s. Zosim. 4, 37. Rufín. H. E. 11, 22 s. Hyd. Chron. 18. Lib. Or. 30, 8 ss; 30, 44 ss. Del mismo. Pro templis 46. Cod. Theod. 16, 10, 9. Pauly III, 398 s. Gams II a. Abti. 125. Rauschen 228 s, 286 s. Schuitze, Geschichte I 259 s. Geffcken, Der Ausgang 156 s. Seeck, V, 218. Stein, Vom rómischen 318. Dudden II 404. Lietzmann, Geschichte IV 77. Enssiin, Die Religiospolitik 57. Chadwick, Die Kirche 194. Stroheker, Germanentum 65. Matthews, A Pious Supporter 438 ss. Del mismo, Westem Aristocracies 107 s. Haehiing, Die Religioszugehórigk. 72 s. Tinnefeld, Die frühbyz. Geselischaft 273 s, 282 s. Noethlichs, Die Gesetzgeberischen Massnahmen 171. Holum 19.

manos de aquélla, como era el caso de los emperadores-niños de confesión católica. Con todo, hasta un emperador más autónomo como Teodosio apenas dejó transcurrir un año de su gobierno sin promulgar un edicto contra los paganos o los «herejes». En términos generales, la legislación dirigida a combatir a los disidentes, pese a todas sus fluctuaciones, se fue haciendo más áspera desde Constantino hasta Juliano. Los soberanos tenían por supuesto gran interés en la unificación religiosa del imperio, pero no lo tenían en absoluto en que ello provocase tumultos, violencia brutal o terror. Al contrario. Por regla general los emperadores procuraban alcanzar aquel objetivo sin causar exasperación, por más que en repetidas ocasiones adoptaran medidas muy duras. Indudablemente, las destrucciones de ídolos, la clausura y arrasamiento de templos eran efectuadas a menudo por altos funcionarios de los magnates cristianos, pero también hay un hecho sobre el que cabría meditar y es que en todas las leyes imperiales conservadas hasta Teodosio I no hay ni una sola que ordene la destrucción de un templo. El clero y el pueblo, no obstante, procedieron a actos de destrucción, especialmente en el Oriente, sin contar con autorización para ello. Ya bajo Constancio II hubo que proteger los templos contra los desmanes cristianos. Y mientras que en 399 se ordena legalmente su destrucción en Siria, ese mismo año, en Occidente, vuelven a ponerse bajo protección estatal. Todavía el año 423, una ley del emperador Honorio prohibía, so pena de grandes castigos, cualquier acción violenta contra la persona y la hacienda de los paganos que vivieran pacíficamente, al objeto de atajar ataques arbitrarios por parte de cristianos fanáticos. Análogamente, Teodosio II, totalmente adicto al clero, prohibió en el Oriente los ataques de los cristianos fanáticos contra paganos y judíos pacíficos, ordenando que todo perjuicio que se causase injustamente a un pagano debía serle resarcido con el triple o el cuádruplo de su valor. Además, muchos procuradores de provincias seguían simpatizando en su fuero interno con la antigua fe.[69]

212 Muchos emperadores y estadistas cristianos ayudaron además a la preservación de estatuas de dioses y de algunos templos transformándolos en «museos» estatales. Y aunque la erección de figuras de culto paganas en Roma y Constantinopla, gobernando aún Constantino, pudiera entenderse como medidas de profanación o bien de protección (probablemente como ambas cosas), su hijo Constancio parece «haber dejado en general intactas, por razones histérico-artísticas, las imágenes de los dioses» (Funke). Cuando menos decretó así en múltiples ocasiones: *«Volumus* [...] *ornamenta servan».* Hasta Teodosio, cristiano entre los cristianos, mandó reabrir el ya clausurado templo de Osrhoene, para no sustraer sus bellos ídolos a la vista del público. También otras estatuas de dioses gozaron de su protección después de ser limpiadas como obras de arte. La estatua de la Victoria fue erigida nuevamente por Estilicen, aunque tampoco en este caso como objeto de culto. Hasta en el mismo siglo V se conservaron las estatuas de los dioses como ornamento de las ciudades e incluso se restauraron aquellas afectadas por la guerra. El mismo emperador Justiniano llevó a Constantinopla la imagen de Atenea *Promachos,* donde pudo contemplarse hasta 1203.[70]

Por lo demás, ni la misma Iglesia quería verlo todo destruido, y obrando así pensaba ante todo en su interés. Allá donde no lo hacía todo trizas —conducta

[69] Theod. H. E. 3, 7; 5, 23. Cod. Theod. 16, 10. 3; 16, 10, 15 s; 16, 10, 24. RAC U 1230. Güidenpenning 399. Schuitze, Geschichte II 324 s. Geffcken. Der Ausgang 178 ss. Kóttings, Religiosfreiheit 30. Northlichs, Heidenverfolgung 1161, 1166.

[70] Cod. Theod. 16, 10, 15. Abundancia de fuentes en Funke, Gotterbiid 815 s. Comp. tb. Kotting, Religionsfreiheit 30.

generalmente seguida frente a los ídolos— confiscaba o, de un plumazo, convertía los antiguos santuarios en cristianos.

La «cristianización» del expolio y la expulsión de los «espíritus malignos»

Tan sólo por lo que respecta a Egipto, se conocen 23 «cristianizaciones», por usar ese eufemismo artificioso. Respecto a Siria y Palestina, 32. Naturalmente los señoríos del templo eran también expoliados, pues las ciudades sagradas paganas eran a menudo muy ricas. Tenían ingresos procedentes del capital fundacional, de las tasas, de los impuestos locales y, naturalmente, de los donativos. El dinero fluía desde las más diversas fuentes y los sacerdotes mendicantes de diversos cultos orientales eran famosos por su mano seductora. Aquellas ciudades tenían también tierras de cultivo con 3.000 y hasta con 6.000 arrendatarios. Pero ya el edificio mismo del templo era sumamente útil y valía la pena hacerse con él. En Adra (Ezra), entre Bostra y Damasco, la inscripción de la iglesia de cúpula, datada probablemente en el año 515, dice así: «El albergue de los demonios se convirtió en casa de Dios». En Roma, donde la transformación de templos paganos en iglesias no se puede documentar para antes del siglo VI, el papa Félix IV (526-530) reconvirtió el *templum* Sacrae Urbis y el *templum* Romuli en una iglesia bajo la advocación de los santos Cosme y Damián.

213

Su ejemplo cundió, de forma que, a comienzos del siglo VII, el papa Bonifacio IV, verbigracia, transformó con la aquiescencia del sanguinario mastín imperial. Focas, el Pantheon en la iglesia de Santa María ad Mártires sin efectuar ninguna reforma: máximo ejemplo de cristianización de edificios en Roma. Los templos de Cumas y Fondi se tomaron iglesias. En Cassinum, san Benito erigió una iglesia de San Martín en el templo de Apolo y sobre el altar de ese mismo dios edificó la iglesia de San Juan. Está documentada la transformación en iglesias de los templos paganos de Agrigento, Segesta, Himera, Tauromeniom y Siracusa. En Sicilia y ya en el siglo IV, se les arrebató a los paganos sus enterramientos y la necrópolis romano-pagana se convirtió en cementerio cristiano. Los objetos de culto paganos desaparecieron. También en las Galias, en las tierras alpinas, en el Tirol y en Wallis se transformaron los templos en iglesias o sirvieron de fundamento a las mismas. En Grecia, sobre cuyo solar de la cultura clásica la cristianización hizo progresos más lentos, fueron convertidos en iglesias, entre otros muchos, los templos de Apolo en Delfos, el de Olimpia y el Partenón de Atenas. También el Theseion (templo de Hefaistos) y el Erectheion de Atenas, cuyos exteriores no fueron modificados. Cuando el Partenón, que tenía tres naves, se transformó en una iglesia de tres naves y coro alto, se respetaron ampliamente sus interiores. El Askiepeion y el templo de Illiso atenienses se tomaron asimismo iglesias. En África y por la época de san Agustín, el obispo de Cartago, Aurelio, primado norteafricano, aprovechó la solemnísima Fiesta de Pascua para asentar su cathedra en el templo, ya clausurado, de la Dea Celestis, que posteriormente sería demolido pese a ello. Pero también en otros lugares de África se transformaron los templos paganos en iglesias: en Henschir Chima, en Madaura, en Maktar, en Sabratha, en Thuburbo, etc. En Nacianzo, la Iglesia de San Gregorio,

el Doctor de la Iglesia, había sido antes templo pagano. En Éfeso se acondicionó una iglesia en el llamado Serapeion. El Alejandría, el templo de Dionisos se convirtió en iglesia y el templo del genio de la ciudad, en una hospedería. En Constantinopla, el emperador Teodosio convirtió el templo de Helios en un edificio de viviendas, el de Artemisa en una casa de juego y el de Afrodita en cochera. Para mayor escarnio mandó construir en tomo de esta última viviendas para prostitutas pobres.[71]

El expolio, la «cristianización» de templos, más frecuente en Grecia y en Occidente que en Oriente, solía iniciarse ¡con ritos de exorcismo, con una expulsión de los espíritus!, pues los más insignes de entre los Doctores de la Iglesia creían en los espíritus con tanta firmeza como los adeptos de la antigua fe. Después de la expulsión de los demonios se procedía a derribar y destrozar los *eidola,* el altar y la imagen venerada. A menudo se emplazaba allí una iglesia. ¡También el arrasamiento a fuego equivalía a un exorcismo, puesto que el fuego, cosa sabida, ahuyenta los malos espíritus!

214

Después de la combustión, el lugar era purificado y los muros o los cimientos eran empleados para construir la iglesia. O bien, para profanarlos especialmente, como pavimento del patio. Así se procedió en Áfaca, Burkush, QaFat Qalota y en Baalbek. También el santo obispo de Gaza, Porfirio, ordenó después de la destrucción del Mameion de la ciudad, que las piedras del Adyton, que se consideraban sagradas, sirvieran de pavimento del camino hacia el nuevo templo. Eso como manifestación especial del triunfo sobre el paganismo, «para que no solamente las pisen los hombres, sino también las mujeres, los cerdos y otros animales», expresión que nos recuerda de pasada en qué lugar tan destacado colocan los santos católicos a las mujeres. ¡Caso nada excepcional!: también en burdeles fueron convertidos algunos templos. En caso de conservar los muros, se destruían todos los ornamentos figurativos: esculturas, relieves, pinturas eran arrasados, revocados y recubiertos de pintura. Después se añadía una decoración con símbolos cristianos.[72]

Al igual que pasó con muchos templos, numerosas imágenes de dioses se salvaron de la devastación porque los cristianos las aplicaron a nuevos usos, especialmente para embellecer los palacios y plazas de Constantinopla. Por lo demás, los cristianos emplearon también otros muchos materiales de los santuarios para construir o equipar sus iglesias y monasterios. En Egipto, por ejemplo, se siguieron usando estatuas de dioses y amuletos grabando en ellos signos cristianos. Parece evidente, verbigracia, que una estatua de Asclepio, la más famosa sin duda de entre las deidades terapéuticas de la Antigüedad —muchos de cuyos rasgos más chocantes fueron traspasados a Jesús—, se convirtió en una imagen de Cristo. Una cabeza de Afrodita, en Atenas, en una imagen de María. Una Cibeles de Constantinopla, de la que se apartaron los leones y a la que se le modificaron los brazos, se transformó en una orante. En Eleusis, los cristianos adoraron una imagen de Demeter, que bendecía las cosechas, hasta el siglo XIX cuando, en medio del dolor general, se transportó a

[71] Greg. Naz. Epigr. 30. Soz. H. E. 7, 15. Greg. I. Dial. 2, 8. Kühner, Lexikon 40. RAC 1177 s, II 1230 ss, IV 64. Schuitze, Geschichte 11171, 248, 253, 282. Geffcken, Der Ausgang 101. Deichmann, Frühchristiiche Kirchen 105 ss. Dempf, Geistesgeschichte 135 s. Frantz 187 ss, espec. 194 ss, 201 ss con abund. indicac. de fuentes y bibliografía. Chadwick, Die Kirchen 194. Fintey 214 s. Kotting, Religiosfreiheit 31. Grant. Die Christen ais Bürger 152 s.

[72] Euseb. V. C. 3, 26. Theodor. H. E. 5, 22. Marc. Diac. Vita Porphir. 66; 76. RAC II 1230 ss, IV 64. Weber, W, Das rómische Kaiserreich 271.

Inglaterra. En Mateleone (Italia), los católicos invocan a una antigua estatua de Venus bajo el nombre de santa Venere, especialmente para sanar enfermedades propias de la mujer.[73]

No sólo los templos, también edificios profanos del paganismo fueron usados por los cristianos como lugares sacros, aunque ello fuese un caso más raro. Así por ejemplo, en dos salas del anfiteatro de Salona se instalaron oratorios. En esas mutaciones de función pesaban también generalmente las razones económicas y es por ello explicable que fuesen más frecuentes en las comarcas pobres y que apenas se procediese a modificaciones arquitectónicas.[74]

Pero no eran ésos los únicos métodos de cristianizar.

215

En la isla de Filé, cerca de la primera catarata del Nilo, había un templo de Isis, lugar a donde acudían peregrinos desde remotas tierras. Aquel culto floreció durante mucho tiempo, algo excepcional en la época cristiana. Duró hasta que Narsés encarceló a sus sacerdotes y envió los ídolos a Bizancio. A raíz de la subsiguiente usurpación del santuario, toda la imaginería egipcia fue recubierta de fango del Nilo —procedimiento que está por lo demás bien documentado por la arqueología—, se dio una mano de pintura blanca a la costra y sobre ésta se pintaron después motivos cristianos. Así se explica que en una antigua *Celia* de Tebas los cuernos de vaca de la diosa Hathor, la Venus egipcia, despuntasen por encima del halo de santidad del apóstol Pedro. Fue especialmente en el Alto Egipto donde se recubrieron a menudo de pintura las representaciones paganas de los templos: «La tierra de los egipcios está plena de santas y venerables iglesias» (patriarca Cirilo).[75]

Otro método muy distinto de cristianizar fue el mostrado por el monje Abraames, quien no constituye, sin embargo, un caso excepcional. Vestido de mercader, estableció su residencia en una aldea pagana del Líbano, donde predicó finalmente el cristianismo. Cierto que la gente se opuso en un principio violentamente, pero el misionero supo aprovechar con tal sagacidad una calamidad tributaria que le construyeron una iglesia y lo querían tener por sacerdote. Tres años estuvo trabajando en aquella viña del Señor. Después fue a tender sus lazos en otro lugar.[76]

Por supuesto que ese método no constituía la regla. Era inequívocamente la Iglesia la que empujaba a la confrontación directa y dura con el paganismo y a su exterminio. Era ella la que se impacientaba viendo las vacilaciones ocasionales del Estado, el cual solía alternar las fases de moderación con otras en que atendía prestamente los deseos de aquélla para proceder con toda dureza. Era la Iglesia la que se quejaba por boca de sus obispos y a través de sus sínodos de la laxitud de los funcionarios estatales, que reputaba la perduración del culto a los dioses como perduración de la blasfemia y su erradicación como un deber sagrado. Y por más que circunstancialmente procurase liquidar al competidor religioso con los medios pacíficos de la misión, sus armas más frecuentes, especialmente en las zonas rurales, fueron las de la lucha y la violencia, la oposición encarnizada a las «casas de los demonios», a las «imágenes de los demonios». De ahí que no fueran raras las refriegas

[73] Zosim. 2, 31. Jacob Sarug. Hom. 101, 296 ss. RAC II 323, 1230; III 12 ss. Funke 775. Leipoldt/Grundmann III 50. Riemschneider 81 ss.
[74] Deichmann, Christianisierung **11** 1235 ss. Dyggve 19 ss.
[75] RAC I 136 Schuitze, Geschichte II 230, 232.
[76] Theod. Hist. reí. 17. Schuitze, Geschichte I 318 s.

sangrientas y que en su transcurso la muchedumbre cristiana «se dejara dirigir por monjes y sacerdotes» (Schuitze).[77]

El impulso al exterminio provenía de la Iglesia

Sólo algunas voces clericales aisladas parecen haber desaprobado la lucha violenta contra el paganismo. El canon 60 del Sínodo de Elvira, por ejemplo, negaba la condición de mártir a todo el que fuese abatido mientras destrozaba las estatuas de los dioses.

216

También el obispo Teodoreto censura el ataque de un cristiano fanático contra un templo zoroástrico, pero sólo porque la destrucción era «inoportuna», ¡porque aquélla «dio pie a una terrible oleada de violencia salvaje contra los discípulos de la verdadera fe»! En ningún caso puede hablarse aquí o en otras partes de verdadera tolerancia. Por supuesto tampoco en el caso de Teodoreto, a quien J. C. Fredouille certifica, eso en 1981, «una nueva actitud para con los paganos»: ¡la amistad! Pero si es cierto que Teodoreto tacha a los judíos de «asesinos de Dios» y que fustiga la «malignidad de los herejes», la «impía doctrina de los arríanos», su «pócima impía», sus «armas diabólicas», su «enfermedad mental», su «lepra» etc., no lo es menos que también arremete —sobre todo en su *Historia de la Iglesia,* pero asimismo en su *Curación de las enfermedades paganas,* ensalzada como una de las más bellas apologías— una y otra vez contra los «amigos» paganos, incapaces del conocimiento e incultos *{apaideutos),* inferiores, también, a los cristianos en lo moral, meros teorizadores acerca de la virtud, pero no practicantes de la misma, como en el caso de los cristianos. Ataca a sus «supuestos dioses», a los que la «luz ascendente» del cristianismo «confina a las tinieblas como si fuesen quimeras nocturnas». Fustiga sus «ídolos», sus «turbios misterios», rezumantes de extravíos y de inmoralidad, como, verbigracia, los de Heliópolis, «donde halla acogida toda idolatría, donde los oficios diabólicos están preñados de camal concupiscencia, donde se ocultan horripilantes cubiles de animales salvajes». Él jalea a los cristianos asaltantes de templos: al «magnífico Marcelo», obispo de Apamea, quien «según la prescripción del santo apóstol (¡Pablo!) ardía en el celo del espíritu». O al obispo Teófilo de Alejandría, que liberó la ciudad del «desvarío de la idolatría» y «arrasó hasta los cimientos los templos de los ídolos». O a Juan Crisóstomo, la «poderosa luz del orbe», pues éste «destruyó hasta sus cimientos los templos hasta entonces respetados» en Fenicia.[78]

Un contemporáneo de Teodoreto, el obispo Máximo de Turín, dio una muestra igualmente palpable de lo que es el amor cristiano a los enemigos. Cuando los cristianos Alejandro, Martiro y Sisinio, que ejercían de misioneros en la comarca de Trento, intervinieron cierta vez contra unas ceremonias del *Lustrum,* una procesión campestre pagana, y fueron abatidos a golpes por los exasperados fieles y quemados

[77] Schuitze, Geschichte II 324 s.

[78] Syn. Elvira c. 60. Theodor. H. E. 2, 22; 3, 6; 4, 21 s; 5,7; 5,22 s; 5, 28; 5, 30; 5, 41. Comp. Orígenes, Contra Celso 8, 38. Funke, 812. Fredouille 888, quien considera que la «curación de las enfermedades paganas» cuenta entre las «más bellas apologías» de Teodoreto. Algo similar pensaban ya Altaner 296 s, y Bigelmair 228 s. Kotting, Die Stellung des Konfessors 13. Tinnefeid, Die frühbyzant. Geselischaft 288.

sobre las vigas de una iglesia expresamente destrozada para ello, el obispo Máximo exhortó a su grey a imitar a los santos mártires y retirar los «ídolos» de todos los alrededores. Pues no es lícito, predicaba, «que vosotros, que lleváis a Cristo en vuestro corazón, tengáis al Anticristo en vuestras casas, ni que vuestros convecinos veneren al demonio en sus capillas *(fanis),* mientras vosotros adoráis a Dios en la Iglesia».

217

Un pagano adorador de los dioses es para este obispo (cuyos sermones son «breves y enjundiosos» y lo acreditan como «auténtico predicador popular»: Altaner) un loco *(dianaticus) o* un «desentrañador de signos *(aruspex),* pues una divinidad que fulmina con la locura suele tener un sacerdote loco». Los corazones católicos, en cambio, «se acendran cuando nuestra conciencia, antaño maculada, no sigue ya presa en la suciedad del demonio». ¡Y cuan perversa es la idolatría!: «Mancha a aquellos que la practican; mancha a los asistentes; mancha a los espectadores. Penetra en aquellos que ofician, en los consabedores de la misma, en quienes se callan frente a ella. A saber, cuando el campesino hace su sacrificio, el amo de la finca *(domnedius)* queda manchado. No puede por menos de mancharse cuando ingiere una comida hecha de lo que ha plantado el campesino sacrílego, pues brotó de la tierra ensangrentada y fue guardada en el granero profanado *(tetrum horreum):* donde habita el demonio, todo está manchado, todo es siniestro [...]. Allá donde la iniquidad tiene su morada no hay nada que esté libre de iniquidad [...]». Etcétera.[79]

«Muestra paradigmática de la propaganda de horrorosos infundios contra los paganos», así califica Tinnefeid una obra chapucera amañada por Zacarías Rhetor (Scholastikos), metropolitano de Mitilene, quien primero fue monofisita, después neocalcedonio y finalmente, en Constantinopla, uno de los conciliares que condenaron en 536 a su amigo y antiguo correligionario, al patriarca Severo de Antioquía. Por medio de una vara de mago, supuestamente descubierta por él, el autor obispal muestra cómo el paganismo vive de la magia y del engaño, cómo se dan instrucciones para extraviar a ciudades enteras con ayuda del demonio, cómo se enseña a que el pueblo se subleve y cómo se aguijonea a los padres contra sus hijos y nietos o cómo se dan directrices para practicar el robo, el adulterio, la violación y otros crímenes. En suma, pura propaganda de agitación contra el paganismo, que aparece como reo de un complot criminal contra la sociedad y debe, naturalmente, ser combatido como corresponde.[80]

El mundo cristiano procedió a destruir el paganismo con todos los medios posibles, con las leyes, con la violencia, con el escarnio, con artimañas, con intervenciones directas o indirectas ante los emperadores y las autoridades, con decretos conciliares, con reglamentaciones canónicas de toda índole, con una retahila de prohibiciones estatales y eclesiásticas, con castigos, etc. Y ya antes, incluso, de que estuviera realmente destruido se aclama jubilosamente su ocaso; se anuncia, se trabaja en aras del mismo; se exige y se vitorea por él mismo.[81]

---

[79] Maxim. Tur. Ser. 76; 96 s. Ahora bien, bajo el nombre de Máximo de Turín nos han llegado muchos sermones que proceden de Máximo, el obispo de los godos (unos 40), aunque eso no significa nada para lo aquí tratado. Altaner 407. Kraft 372. F. J. Dólger, Antike.

[80] Seg. Tinnefeid, Die frühbyzant. Geselischaft. Tb. Pauly V 1445 s. Altaner 204.Altaner/Stuiber228.Winckelmannl82.

[81] Consúltese aparte de las fuentes, textos y bibliografía hasta aquí indicada en Noethlichs, Heidenverfolgung 1176 ss.

Los más conocidos Doctores de la Iglesia son unánimes al respecto. Los ídolos han caído, los altares han sido derribados, los demonios han huido, exulta ya san Basilio y ve, certera metáfora, cómo los pueblos han caído en la red apostólica. Crisóstomo se jacta de que en Egipto —que para los cristianos fue desde siempre el país de la «idolatría» por antonomasia— «la tiranía del demonio ha sido totalmente aniquilada».
218

También Cirilo de Alejandría ve ahora este país «lleno de santas y venerables iglesias: hay altares por doquier, rebaños de monjes, enjambres de vírgenes, una gozosa aceptación personal de los sacrificios ascéticos [...]». Hasta en Roma, baluarte de la antigua fe, anuncia Jerónimo, sufre «el paganismo de aridez», y dice sarcástico: «Aquellos que eran los dioses del mundo han buscado ahora un escondrijo en los tejados, junto a las lechuzas y los búhos». Y Agustín, para quien la antigua fe no es otra cosa que adulterio y lenocinio, celebra el ocaso de los dioses como cumplimiento de una vieja profecía veterotestamentaria, ensalza las órdenes estatales para la erradicación de aquélla, la destrucción de los cultos enemigos, hace mofa de ellos y ordena él mismo la demolición de templos, de bosquecillos sagrados, de imágenes, la aniquilación de todos sus oficios divinos.[82]

UNA OLA DE TERROR INUNDA LOS PAÍSES

En amplias zonas del Este y del Oeste se destruyen obras de arte irremplazables, se destrozan imágenes de dioses y altares, se incendian árboles sagrados, se queman y arrasan templos. Los monjes son quienes ocupan habitualmente los campos y los obispos conquistan las ciudades. En Asia Menor, el paganismo desaparece prácticamente ya en el siglo IV. Siria, donde se desata furioso un terror implacable, se ve cubierta de ruinas de templos. En Egipto tenemos testimonio de muchas luchas libradas todavía en el siglo V. «Los dioses y los ídolos egipcios caen en medio de sangrientas masacres —escribe J. Lacarriére—, Cada revuelta da siempre lugar al mismo "escenario" con las mismas atrocidades, con los mismos tumultos de masas, con los mismos griteríos plenos de odio y el mismo trasfondo de ídolos despedazados y hechos trizas, arrastrados por las calles, Con templos incendiados, con paganos perseguidos hasta el interior de los santuarios.» Del lado de los vencidos se tiene la sensación de la proximidad del fin del mundo. «Si todavía vivimos —escribe uno de ellos—, entonces es que la misma vida ha muerto.»[83]

En Capadocia, que se vanagloria de ser «una provincia santa y por todos conocida a causa de su piedad», san Gregorio de Nacianzo sólo conoce templos «en ruinas o en continua merma». En toda la Hélade, en el Peloponeso, los antiguos santuarios, las admiradas obras de arte se convierten en cascote y cenizas a manos de los cristianos: Eleusis, cuyos sacerdotes fueron todos asesinados. Esparta, Corinto y Olimpia son devastadas como sedes de la idolatría. Delfos, saqueada ya por Constantino, es clausurada por Teodosio. ¡Las obras de Teopompo, de Anaxandridas y de otros acerca de los tesoros robados en Delfos se perdieron! En Corfú se demolió un templo

[82] Basil. Or. 30 s. Joh. Chrysost. In Mat. Hom. 8, 4. c. Jud. et Gent. 1; In Ps. 109 Expos. 5. Hieron. Ep. 107, 2. Advers. Jovin. 2, 38; Zosim. 5, 38. Kyrill. Alex. In Isai. 45, 14 s. August. Fid. et Op. 12, 18, Civ. Dei 5, 25. Ep. 93, 3; 93, 26.
[83] Lacarriére 147 ss. Tinnefeid, Die frühb. Geselischaft 289 s. Brown, Welten133.

helenístico y se grabó una inscripción en la que el emperador Joviano, que nunca pisó la isla, se gloría como destructor del templo y constructor de una iglesia cristiana. En correspondencia con ello, el número de sedes obispales en Grecia experimenta un crecimiento galopante desde principios del siglo IV, en que había entre 10 y 15, hasta llegar a casi 50 a mediados del siglo V.[84]

219

Pese a todo, el paganismo perduró aún por mucho tiempo, especialmente en círculos griegos, debido a lo cual el término «helenos» equivalía entre los coptos al de «paganos». También en el siglo V viven y se mantienen creativos *pagani* insignes. El primero de ellos Proclo, influyente cabeza rectora de la academia platónica, un filósofo fuertemente impregnado de sentido religioso, del que sin embargo se perdieron muchas cosas: entre ellas su escrito contra los paganos. Nonnos de Panópolis, el más destacado de los escritores épicos griegos de la Antigüedad tardía, escribió por entonces las *Dionysiaka,* la historia del dios Dionisos, último gran poema pagano. Ya muy mayor escribió, siendo ya seguramente cristiano, la *Metabolé* (de gran debilidad métrica y estilística), una paráfrasis en hexámetros del evangelio de san Juan. Aún siguen trabajando historiadores paganos: Eunapio de Sardes, enemigo resuelto del cristianismo e idolatrador del emperador Juliano, Olimpodoro de Tebas (Egipto), que prosigue más o menos la obra del anterior con 22 libros sobre el imperio de Occidente. O bien Zósimo, adversario de los cristianos, que produjo su obra en la transición al siglo VI, y de quien nos ha quedado una *nea Historia,* una historia de los emperadores romanos en seis libros.[85]

Todas las instituciones paganas fueron, no obstante, paulatinamente desmanteladas. La biblioteca de Antioquía, en la que predominaba, a buen seguro, la literatura anticristiana y había sido instalada por Juliano, fue quemada ya bajo el sucesor de éste. Gobernando aún Juliano, fue entregado a las llamas el templo Daphne en esa misma ciudad. Los Juegos Olímpicos tuvieron lugar por última vez en 394. «¿Pues qué es el certamen olímpico sino la fiesta del diablo que hace escarnio de la cruz?» (el Doctor de la Iglesia Basilio). Cuando el prefecto urbano Leoncio (434435) intenta celebrar unos Juegos Olímpicos en Calcedona, el proyecto fue truncado por la encarnizada resistencia del monje Hipacio, que veía en ello la reanimación de la idolatría. Todas las festividades paganas fueron prohibidas, siendo la de las Lupercalias la que perduró por más tiempo, hasta ser prohibida por el papa Gelasio I. La universidad de Atenas —*«the only stable institution ofthe time»* (Frantz)— fue clausurada en 529 (no es verdad que persistiese después de ello, como suponen algunos investigadores) y se decretó la confiscación de su patrimonio fundacional. Con todo, numerosos profesores, escritores y funcionarios griegos permanecieron imperturbablemente fieles al paganismo hasta finales del siglo VI.[86]

A lo que los adeptos a la antigua fe ya no podían aspirar —eso quedaba ya muy

---

[84] Euseb. V. C. 3, 1; 3, 54. Liban. Or. 7, 10; 18, 23; 17, 7; Pro templis 2. Jul. Imper. Or. 7, 228 b. Ammian 22, 4, 3; 29, 1, 2. Greg. Naz. Laúd. frat. Basil. Or. 43. Socrat. H. E. 1, 3. Sozom. H. E. 7, 15. Theod. H. E. 3, 7, 3; 3, 7, 6; 5, 21,5 ss. Zosim. 4, 13. Hieron. Ep. 107 ad Laet. Dtv-Lexik. Religión I 205, II 84. Kraft 158. Keller, Reclarnslexikon 369. Menzel I 94. Schuitze, Geschichte 1271 s, II 171 s. Geffcken, Der Ausgang 108, 142. Hyde, Paganism 62. Schneider, Die Christen 322 s. Del mismo, Geistesgeschichte II 300. Vogt, Der Niedergang 244. Chadwick, Die Kirche 195. Baus/Ewig 203.

[85] Pauly II 427 s, IV 454 s, 289 s, 1160 ss. V 1562 ss. Dtv-Lixik. Philosophie U 108 s, III 244 s, 250, IV 31 s, 379. Tusculum Lexikon 184 ss, 281. RAC I 137. Tinnefé1d, Die frühb. Geselischaft 287. Sobre la relac. entre paganismo y Cristian, en Atenas, ver Frantz 187 ss, 194 ss.

[86] Basil. Or. 27. Kühner, Lexik. 32. RAC I 209 s, 467. Schuitze, Geschichte I 447 s, II 319. Dannenbauer 190. Hemegger 347. Brown, Welten 116. Frantz 191. Haehiing, Die Religionszugehorigkeit 131.

lejos— era a hacer carrera. Incluso su vida religiosa se vio crecientemente constreñida y, desde la transición del siglo IV al v, casi imposibilitada. Desalojada de los *templa* de las ciudades, su religiosidad se desplegaba a lo sumo en los/ana, en los santuarios y capillas paganas del agro. ¡A aquellos fieles se les denominaba por ello *fanaticü* (Los términos «fanatismo», «fanático», el poseído por Dios, el que enloquece por Dios, provienen, como es sabido, de la esfera religiosa.) Commodian, un cristiano seglar de vida ascética y poeta de poca monta que quería atraer a los paganos a Cristo a través de su arte, menciona una vez en su *De simulacris eorum* (se. *deorum dearumque)* el «exiguo número y la pobreza, que les fuerza a la mendicidad, de los sacerdotes idólatras». Lamentablemente los historiadores no saben ni de dónde era nativo Commodian, si de Gaza, África del Norte, Roma o las Galias, ni tampoco si vivió en el siglo m, IV o V.[87]

220

Ya en el paso del siglo IV al v, el paganismo se arrastra exhausto, desheredado, castigado, perseguido. En aquellos días «crepusculares para el paganismo» (Kaegi) éste sólo reacciona esporádicamente, a escondidas, de manera, valga la expresión, lúdica: en las fichas de juego. Algunas de éstas, de las que András Alfoldi afirma que «apenas es posible imaginarse nada más ruin e insignificante», muestran las deidades Serapis, Isis, Júpiter y, sobre todo, a Juliano, cuyos días se añoraban. Propaganda anticristiana en la mesa de juego, apenas catalogable como delito. Con todo, ello indujo a los cristianos a producir fichas ortodoxas. Confeccionadas de una calidad muy superior por grabadores profesionales, esas fichas muestran a los emperadores cristianos Honorio o Arcadio o bien un pez con el cristograma constantiniano.[88]

Sólo quedaron algunas islas de paganismo desperdigadas aquí y allá: finalizando el siglo V, los creyentes de Isis en Menuthis, por ejemplo, que posiblemente se mantuvieron únicamente porque «los cristianos estaban allí en tal inferioridad numérica y era tal la debilidad de su fe», escribe un cronista, «que tomaban dinero de los paganos y a cambio no les estorbaban en sus sacrificios».[89]

A comienzos del siglo VI, el obispo Jacobo de Sarug, que pasó la mayor parte de su vida cerca de Edesa, describe la situación cultural y religiosa: «Los templos de los dioses están abandonados y en sus palacios anidan los erizos [...]; sus adoradores están expuestos al desprecio. Las reuniones se dispersan y no hay persona que visite sus fiestas. En las cimas de los montes se erigen iglesias en lugar de los templos de los dioses de la fortuna; sobre las colinas se levantan casas de Dios en lugar de los santuarios de los dioses; sobre las solitarias alturas habitan eremitas». Y leyendo este texto, casi nos parece estar viendo, literalmente, los últimos estertores del paganismo: «Mientras Satán erige de nuevo la imagen de un dios, otra cae rodando al suelo. Mientras aquél acude presuroso a alzar a un dios de su caída, oye el estruendo causado por el derrumbamiento de un templo».[90]

221

La lucha antipagana llegó a su cénit con el emperador Justiniano. Al acoso de los

---

[87] Commod. Instruct. 1,17. Kluge/Gótze, Etymologisches Wórterb. 189. LThK 1. A. III 18. Altaner 363 s. Kraft 144 s. Güidenpenning 399. Thraede 90 ss. Aland, Über den Glaubenwechsel 42. Jonkers. Die Konzile 49 ss. Kotting, Religionsfreiheit 31. V. tb. la nota anterior.

[88] Alfoldi, Heiden u. Christen 19 ss. V. sobre ello las 16 monedas de la tabela 7. Kaegi, cit. en Tinnefeid, Die frühbyz. Geselischaft 287

[89] Lacarriérel51s.DannenbauerI405.

[90] Cramer90ss.

enojosos impedimentos legales, a la quema de libros paganos, a la destrucción de templos, a la confiscación de patrimonios, a la expulsión y encarcelamiento de sacerdotes, vinieron a sumarse las ejecuciones. En realidad la primera majestad cristiana, Constantino, había dado ya ejemplo para ello al segar la vida del filósofo Sopatros. También el gramático Pamprepio, expulsado bajo el poder de Zenón, fue ejecutado posteriormente, siendo ése el inicio de una persecución de filósofos paganos. Y bajo Zenón, el filósofo Hierocles fue azotado, a causa de su conducta anticristiana, hasta hacerle salpicar sangre. Ahora, bajo Justiniano fueron ejecutados varios reos de «helenismo»: el ex refrendario Macedonio, el cuestor Tomás, un tal Pagesio con sus hijos. El también inculpado ex prefecto Asclepiodoto se anticipó a su condena tomando veneno; lo mismo hizo de ahí a poco cierto Focas, a quien el emperador hizo enterrar vilmente, como «si fuese un asno». A raíz de ello, muchos paganos se convirtieron en Constantinopla a la única religión verdadera.[91]

También el obispo monofisita Juan de Éfeso, que tenía a gala denominarse a sí mismo «maestro de los paganos» y «triturador de ídolos», organizó, con «la ayuda de Dios» y bajo el poder de Justiano, expediciones a las más remotas comarcas del *Asia Minor*. Con sus cómplices, monjes fanáticos sobre todo, demolió numerosos templos, taló árboles sagrados, quemó unos 2.000 escritos paganos, liberó supuestamente a 70.000 (u 80.000) paganos «del error de la idolatría» y construyó en total 99 iglesias y 12 monasterios. Cuando en la ciudad de Darío, situada en una altiplanicie de la comarca de Tralles, arrasó hasta sus fundamentos un «enorme y famoso templo de la idolatría», construyendo sobre sus ruinas un «imponente monasterio», entró en conflicto con el obispo local, que veía vulnerados sus derechos en la diócesis.[92]

Veinte años después de que, en el verano de 559, varios paganos detenidos fuesen conducidos a través de las calles de Constantinopla y sus libros e imágenes fuesen quemados en el *kynegion,* el año 579 se produjo una masacre de paganos en Heliópolis (Baalbek), provocada por una orden de Tiberio II (578-582). De las declaraciones de algunos, obtenidas mediante la tortura, se desprendía la existencia de centros paganos en diversas ciudades orientales, especialmente la de una comunidad de culto secreto en Antioquía: la última noticia que se tiene de una comunidad religiosa pagana en esta ciudad. Perseguido por los esbirros imperiales, el sumo sacerdote de Antioquía, Rufino, se quitó la vida. Un tal Anatolio y otros paganos fueron llevados a Constantinopla ante el juez. Pero como quedasen libres y circulase el rumor de que los jueces habían sido sobornados, el pueblo se rebeló gritando: «¡Que se exhumen los cadáveres de los jueces! ¡Que se exhumen los cadáveres de los paganos! ¡Que se glorifique la fe cristiana!».

222

El populacho no se detuvo ni ante el fuego ni ante el asesinato. Agarró a dos paganos, un hombre y una mujer, los arrastró hasta el mar, los puso en un botecillo y los quemó juntos. Después tuvo lugar una revisión del proceso y se produjeron nuevas detenciones en Asia Menor y en Siria, inducidas en parte por motivos políticos o de otra índole, por las querellas, verbigracia, en la alta sociedad bizantina. Las cárceles de la capital se abarrotaron. Los paganos condenados, muchos de ellos

---

91 Todas las indic. de fuentes en Noethlichs, Heidenverfolgung 1155, 1168, 1170 s. Ver tb. Rochow, Die Heidenprozesse 120 ss.

92 RAC I 747. Noethlichs, Heidenverfolgung 1170 s. Altaner 191. Kraft 307. Holl, Die Missionsmethode 10.

senadores, fueron ejecutados, arrojados a los animales salvajes y después calcinados. Con todo, los procesos se fueron dilatando hasta el gobierno del emperador Mauricio, debido al gran número de acusados, al ansia vindicativa de los cristianos, siempre deseosos de dar con el rastro de más paganos y de entregarlos a «su justo castigo». Y cuando Mauricio, en las postrimerías del siglo VI, persiguió a los monofisitas en Edesa y clausuró el monasterio de los «orientales», de los que fueron asesinados 400, el obispo de Carrhae seguía dando caza a los paganos, entre ellos a Akyndinos, el hombre más distinguido de la ciudad.[93]

En el Imperio Bizantino hubo en el siglo VII, e incluso más tarde, pequeños círculos de fieles de la antigua religión, dispersos generalmente por regiones muy apartadas y sin ejercer la menor influencia. Sólo entre las tribus eslavas de los Balcanes estaban aún difundidos los cultos precristianos, pues éstas sólo cayeron —parcialmente— bajo la soberanía bizantina a finales de ese siglo. Todavía en los años 691-692, el Concilio Trullano, bajo la presidencia de Justiniano II, adoptó medidas —poco eficaces—para combatir el paganismo, exigiendo la erradicación de los últimos reductos de la locura «helenística», de las costumbres y fiestas paganas, de los juramentos, etc., y ello con tal intensidad que hemos de concluir que el costumbrismo pagano había experimentado un reflorecimiento en el siglo VII. La fiesta de la Brumalias, prohibida también por el *Trullanum,* se celebró en el Imperio Bizantino hasta la Alta Edad Media.[94]

Las sedicentes costumbres paganas estaban aún ampliamente difundidas en el siglo VII y ostensiblemente entre todas las capas sociales, tanto entre la población urbana como en la rural. «Hasta en el seno del clero había no pocas personas que cultivaban esas costumbres» (Rochow). Algunas de ellas adquirieron carta de naturaleza en el folclore balcánico. Los concilios de los siglos vi y vil prohíben reiteradamente la magia y los augurios; condenan a los encantadores, adivinos y toda clase de «idolatría». Es más, apenas hay nada que escape a la solemne condena de la Iglesia, desde los bailes públicos hasta el que las mujeres lleven ropa masculina, algo vetado ya en el siglo IV —y censurado todavía en el siglo XIV—. En las Galias, hasta muy entrado el siglo VI, y en las islas Frisonas hasta el VIII, sigue habiendo cultos a favor de Júpiter, Mercurio, Diana y Venus. Hay testimonios de la existencia de imágenes del politeísmo en Palmos, alrededor del 1100, y en Creta incluso hacia el 1465. Ídolos que pronunciaban oráculos fueron venerados en Occidente hasta la Alta Edad Media.[95]

223

A los suecos sólo se les pudo «convertir» por esa época, y en cuanto a los pueblos bálticos hubo que esperar hasta el siglo xv. Después de ello, el paganismo quedó prácticamente liquidado en Occidente. Pues frente a toda veneración *(worship)* no cristiana de Dios, la actitud que perduró en la Iglesia fue *«one ofwar, and war ofthe bitter end»* (Dewick).[96]

---

[93] Evagrio, H. E. 5, 18. Joh. Ephes. H. E. 3, 3; 27 ss. RAC I 468, IV 576. Schuitze, Geschichte II 292 ss. Tinneféld, Die frühb. Geselischaft 281 f, 292. Rochow, Zu «heidnischen» Braüchen 489 s.

[94] Trull. Can. 61 s, 71, 94. RAC U 646 ss. Crawford 365 ss. Rochow, Zu «heidnischen» Braüchen 483 ss. V. tb. acerca de ello Winkelmann/Kópstein/Ditten/Rochow 227 ss.

[95] Conc. Orleans (511) c. 30. Conc. Braga (572) c. 14 y otros Funke 823. Frédouille 890. Comp. RAC I 828 ss, III 1249 s, VII 764 ss. Rochow, Zu «heidnischen» Braüchen, passim, esp. 488, 493 .

[96] Noethlichs, Heidenverfolgung 1150. Dewick 113 s. Que también los doctos son ciegos incluso para la lectura de sus propios libros lo demuestra Víctor Schuitze, hombre de grandes méritos por otra parte, quien en su obra ya clásica

Pero al igual que pasó con el paganismo, también llegará el día en que el cristianismo vegete hasta su extinción.

subraya en la pág. 319 que «la Iglesia como tal, a través de sus órganos, es decir, los sínodos, se protegió sin duda a sí misma y a su ámbito, pero nunca dio instrucciones tendentes a la destrucción violenta del paganismo», para informar, líneas más adelante, de cómo el sínodo de Cartago (401) requirió al poder temporal para que suprimiese «en toda África» los templos y capillas aún existentes. Es más, en la página anterior y exactamente a la altura de las líneas citadas anteriormente leemos que el Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo «no tuvo ningún reparo en ordenar la destrucción violenta de los templos paganos». De ese modo la Iglesia en cuanto tal permanece inmaculada y el historiador también: él obtiene el grado de Doctor (de la Universidad de Dorpart). Y con todo, es él mismo quien habla de las luchas aniquiladoras sostenidas por la Iglesia y se contradice a sí mismo, verbigracia, respecto a la época de Agustín: «Justamente entonces dio comienzo en África una lucha aniquiladora de la Iglesia contra los templos que aún subsistían. El gobierno no estaba de acuerdo con ello [...]» (pág. 350 y en otras muchas).

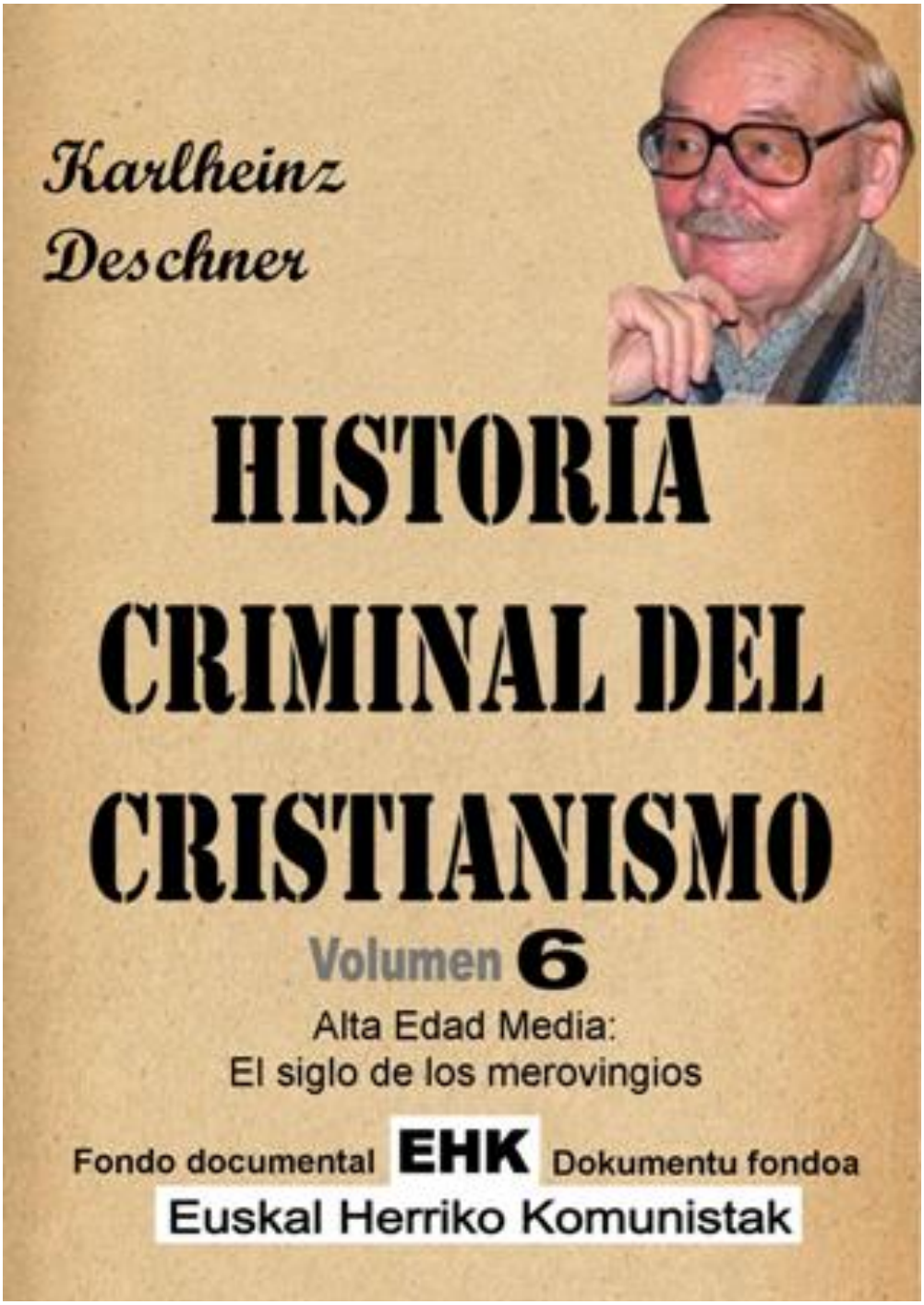
OBSERVACIÓN FINAL

Raras veces en las recensiones, pero sí con frecuencia en las discusiones, algunos cristianos (según mi experiencia son a menudo aquellos que —por si acaso— ni siquiera me han leído) me objetan que por muchos crímenes eclesiásticos que recopile («¡Usted escribe novelas criminales!», me espetó un eclesiástico en la Emisora Freies Berlín) ello no hace tambalear para nada su fe cristiana. Ahora bien, en todos estos volúmenes, yo no solamente presento el aspecto ético del cristianismo, sino, de vez en cuando, también el dogmático. Y en ese punto, el pío argumento resulta inocuo. Ya el capítulo más largo del volumen 4, el primero de ellos, reduce al absurdo, históricamente, todo argumento que se remita a la fe cristiana.[1]

Es cierto: para los «creyentes» no son los problemas históricos, filosóficos y éticos lo decisivo, ni lo es la verdad o, por usar un término más modesto, la verosimilitud. Lo decisivo es su propio problema. Ellos

«creen»; no podrían vivir sin su fe. Eso pese a que si fuesen indostánicos, por ejemplo, tendrían probablemente una fe totalmente distinta. Y de ser africanos, a su vez, otra diversa. Aspecto éste que relativiza de antemano toda fe. Mi vida me indica que se puede vivir perfectamente sin una «fe». Y millares de adhesiones que me han llegado por escrito, a menudo estremecedoras, testimonian que también otras personas pueden, tras renunciar a su fe cristiana, vivir mucho mejor que antes y con mucha mayor libertad: es más, sólo entonces comienzan a vivir y apenas más «inmoralmente» que los cristianos.

[1] Para quien esto no sea suficiente: Mi extensa obra *Abermals kráhte der Hahn* discute histórica y sistemáticamente la fundamental problemática de la fe (y también la falta de originalidad de la ética cristiana). Mi libro *Der gefáischte Glaube* se dedica en exclusiva a ambas cuestiones. Han sido millares las personas que me escribieron para comunicarme que ambas obras les han aportado más libertad de espíritu. Yo —ésa es mi cotidiana pena— apenas pude responder dando las gracias. Tengan a bien considerar este trabajo como una respuesta agradecida.


Karlheinz
Deschner
HISTORIA
CRIMINAL DEL
CRISTIANISMO
Volumen 6
Alta Edad Media:
El siglo de los merovingios
Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

TOMO VI

Alta Edad Media: El siglo de los merovingios

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo
Ediciones Martínez Roca, S. A.
Traducción de Claudio Gancho

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright»,

bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original; *Kriminalgeschichte des Christentums: Frühmittelalter*
© 1994, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1994, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Enríe Granados, 84, 08008
Barcelona ISBN 84-270-1919-X
Depósito legal B. 26.520-1994
Fotocomposición de Fort, S. A., Rosellón, 33, 08029 Barcelona
Impreso por Libergraf, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz
Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

ÍNDICE

15 Visión panorámica
18 *De súbditos convencidos a convencidos señores*

27 1. La cristianización de los germanos
29 *Difusión del cristianismo en Occidente*
30 *Métodos y motivos de conversión,*
32 *Jesucristo pasa a ser el espadón germánico, o sobre «el dominio de la vida»*
35 *Subterfugios apologéticos.*
37 *La tara del pasado*
39 *«Destrucción demostrativa...»*

45 2. Clodoveo, fundador del gran imperio franco
47 *El encumbramiento de los merovingios*
49 *Ascensión relampagueante de un bandido estatal*
51 *Un gran baño de sangre y la primera fecha de la historia de la Iglesia alemana.*
53 *El rey Clodoveo y dos «santos de Dios»*
57 *La guerra de Clodoveo contra los burgundios (500): «la felicidad del reino» y un santo traidor a la patria.*
60 *Los visigodos*
62 *La guerra contra los visigodos*
67 *¿Hemos de liberarnos de una valoración moralista de la historia?*

71 3. Los hijos de Clodoveo
73 *División del reino y rebelión de los señores de Auvernia*
75 *La guerra de los burgundios de 523-524, reclamada por una santa contra un santo y asesino*
78 *«Antes muertos que tonsurados...» Una santa da orden de asesinar a sus nietos*
79 *La aniquilación del reino de Turingia y la eliminación de su casa real*
81 *Otras guerras contra godos y burgundios.*
84 *Teudeberto I, «magnus», «religiosus», «christianus princeps» y «una especie de cumbre»*
86 *Reyes y papas asesinos*

91 4. La invasión de los longobardos
94 *La invasión*
97 *Colaboración y celo por las conversiones*

101 5. Los últimos merovingios
103 *Los nietos de Clodoveo.*
105 *«... Dignas de una Mesalina y una Agripina»*
107 *Chilperico I: Expediciones militares y cantos espirituales*
110 *Los prelados y la alta nobleza se disputan el poder*
112 *La revuelta de Gundowaido y los obispos desertores*
114 *El rey Guntram prueba su santidad*
116 *Afanes belicosos de los papas*

119 6. La conversión de los visigodos al catolicismo
121 *La fundación del reino visigótico en España…*

La conversión al catolicismo de los suevos
El amano Leovigildo y la oposición católica
Un rebelde y traidor se convierte en santo
«... Inflamado del fuego de la fe», o «Nunca me haré católico»

7. El papa Gregorio I (590-604)
La huida del mundo y el afán de hacer carrera
La disputa de los títulos con el «Ayunador», o el «afán de la propia celebridad»
En «el polvo de las ocupaciones terrenas»
El hombre de la doble moral
«Pensar distinto de la mayoría... casi un crimen merecedor de la muerte»
¿Justo y comprensivo con los judíos?
Negocios antes del fin del mundo, o de «la propiedad de los pobres»
Uso y abuso de esclavos como ganado, o «la diversidad de los estados»
A veces con el emperador y a veces contra él
El Santo Padre recomienda los ataques por la espalda, la tomade rehenes y el pillaje
El papa Gregorio celebra a un asesino del emperador.
La propaganda papal empieza en Inglaterra.
Despreciador de la cultura y profeta de la destrucción del mundo
Bueyes, asnos y el comentario de Gregorio al Libro de Job
Hasta los mayores disparates del Grande apuntan «hacia adelante».
Reliquias, o mentiras como casas

8. Brunichilde, Clotario II y Dagoberto I, o «la cristianización de la idea de rey»
El papa Gregorio I galantea con «un animal político salvaje»
Ocaso de Brunichilde y primera cumbre en la cristianización de la idea de rey
El santo de Metz reo de alta traición…
«Miedo y terror» y la plegaria permanente bajo Dagoberto I
Misión y matanza

9. La Iglesia en el período merovingio.
Una especie de santa úlcera cancerosa.
Ignorante, criminal en gran escala y buen católico…
Dos *representantes famosos*
Aduladores serviles y fervorosos del poder, o «ellos son los personajes que actúan»
El trono y el altar
¿«... Los intereses más bien materiales de la Iglesia del reino merovingio»?
«... Un nivel bajo», «... un nivel bárbaro»
Pequeña revista a los hombres de Dios
Rebelión en los monasterios de monjas
«... Y se encaminaron a Marsella», o sin judíos el cristiano goza de salud

Notas
Bibliografía

VISIÓN PANORÁMICA

> «Desde hacía largo tiempo Cristo ya había echado una mirada a los pueblos germánicos... Una nueva primavera alumbró en el cielo de la Iglesia.»
>
> LEO RÜGER, TEÓLOGO CATÓLICO[1]

> «Tampoco la *Edad Media* católica fue un período de "tinieblas", sino de gozo y de afirmación vital... Entresacamos de una multitud de datos: el lunes festivo, las fiestas escolares e infantiles, el teatro episcopal, la fiesta de san Gregorio, la marcha de los zahoríes, la muerte del invierno, los días de carnaval, el prendimiento de los maestros, el canto de la Salve, el borrico del Domingo de Ramos, el tonto de Pentecostés [...]. No incurrimos en exageración alguna, si calificamos el principio de vinculación por medio de la Iglesia católica durante la Edad Media como uno de los regalos y favores más grandes de la historia universal.»
>
> HANS ROST, CATÓLICO[2]

> «La vida de la cristiandad medieval está impregnada, y hasta saturada por completo, en sus relaciones por unas concepciones religiosas. No hay cosa ni actuación alguna que no se ponga constantemente en relación con Cristo y con la fe. Todo se construye sobre una concepción religiosa de la realidad, y nos encontramos ante un desarrollo increíble de la fe interior.»
>
> JOHAN HU1ZINGA[3]

17

Las divisiones en épocas históricas no están fijadas de antemano. No se decretaron en un lugar «superior», para que después las cumpliese la humanidad. Ocurre más bien que la historia del hombre es un caos inaudito de historias, y posteriormente intenta poner un cierto orden en el curso zigzagueante de los acontecimientos y en la desconcertante diversidad de tendencias reduciéndolo todo a esquemas perfectamente claros. Introduce estructuras y cesuras, y así aparece el conjunto como expresión de unas fuerzas que actúan con coherencia, y de ese modo todo se presenta como si así hubiera tenido que ser y no pudiera haber sido de otro modo, cual si por ejemplo el imperio romano occidental sólo se hubiese dado para que Europa pudiera heredarlo. Una visión que favorece nuestro gusto por la periodización, y que sin duda también puede fomentarlo. En realidad toda esa delimitación y ordenamiento temporal, todos esos supuestos puntos fijos, datos orientativos y líneas de evolución no son más que el resultado de ciertos —o, por mejor decir, muy inciertos— puntos de vista, de precarias tentativas de orientación, son puras construcciones, a las que la gente se ha acomodado, bien dándoles unos contenidos «superiores» o sin tales contenidos.

La «alta Edad Media», época que comprende aproximadamente desde el siglo VI al X, es un período de cambios y transformaciones violentas; pero es también un tiempo de componendas o, para decirlo en forma más elegante, de asimilación, de continuidad, un período de decadencia y transición, de vieja herencia y de un nuevo comienzo: en él se dan la constitución de Occidente, de Europa, de Alemania, el entrelazamiento de tradiciones antiguas, cristianas y germánicas, la separación de Bizancio, de la Iglesia oriental, y la llegada del islam. Y no deja de ser importante: es una época en la cual política y religión son inseparables.

También cambian la alianzas de los papas con los estados. Pero, como siempre

---

[1] Rüger 311 s.

[2] Rost, Frohiichkeit 92. Id., Die Katholische Kirche 70, 171.

[3] Huizinga 210. En forma similar Ullmann, Kurze Geschichte des Papstums 80 s, entre otros muchos.

que giran y cambian de dirección en el curso del tiempo, Roma busca de continuo agarrarse al poder más fuerte: Bizancio, los ostrogodos, los longobardos, los francos, y de ellos se aprovecha. Hay quien tiene, sin embargo, una visión distinta por completo. Johannes Scherr, un crítico alemán de la cultura y de la literatura del siglo XIX, a quien todavía hoy vale la pena leer, llega a escribir: «Siempre que el Estado entra en un cambalache del *"do ut des"* [una política de concesiones recíprocas], será la parte perdedora».[4]

18 Cualquiera sea el valor que se otorgue a cualquiera de ambas interpretaciones, la alta Edad Media es una época, que en mayor o menor grado avanza empujada por un delirio homicida. Por ello suena grotesco el que Ferdinand Gregorovius —por otra parte, tan meritorio— celebre «ya unas configuraciones nuevas de la vida nacional»: «Italia se renovó con los longobardos, Galia con los francos, España con los visigodos, Bretaña con los sajones». Lo que no impide el que veinticuatro páginas antes califique al gobierno longobardo como «una de las épocas más terribles de la historia de Italia». Así pues, la renovación por el terror; pero por un terror que no acaba nunca, por una historia continua de crueldades, una historia persistente de homicidios y asesinatos, de guerra, opresión y explotación *hasta el día de hoy*.[5]

De súbditos convencidos a convencidos señores

Al principio los obispos romanos reconocieron la supremacía del imperio bizantino en forma espontánea, plenamente libre e incondicional. Esto es algo que puede decirse incluso de Gregorio I Magno («el Grande», fallecido en 604). Bizancio era una potencia mundial, que abarcaba regiones fundamentales de Asia y de Europa, y cuya influencia se extendía desde Persia al Atlántico. Y la administración eclesiástica, desde siempre fuertemente apoyada en la estructura política del imperio universal, se orientaba por la misma. El denominado cesaropapismo, que hizo su aparición con el primer emperador cristiano, afectó tanto a la Iglesia oriental como a la occidental. Los monarcas, cuya autoridad se tenía por derivada de Dios, durante la época de las invasiones de los pueblos del norte, daban órdenes a todos los patriarcas y obispos. Y todos tenían que obedecer, incluido naturalmente el obispo de Roma. Como cualquier otro prelado estaba sujeto al emperador. No hubo resistencia alguna o protesta por parte de ningún papa o patriarca contra la injerencia del poder civil en los asuntos eclesiásticos. Los emperadores ejercieron esa intromisión «sin diferencia alguna en Oriente y en Occidente, y ninguna de ambas secciones de la Iglesia parece que encontró nada malo en el cesaropapismo» (Alivisatos). La vieja palabrería apologética de los papas, hablando de la «cautividad bizantina», se demuestra así como un manifiesto «sin sentido». Los papas fueron «súbditos convencidos y no esclavos del imperio romano» (Richards).[6]

---

[4] HEG I 15 ss, 23 ss, 46 s. Scherr cit. según Londe 254. Com. por ejemplo Kashdan 108 ss. Banniard 13 s, 18 ss.

[5] Gregorovius L 1 246, 271.

[6] LMA III 1227 ss. Jántete 158 s. Heer, Kreuzzüge 13. Alivisatos 15. Richards 76. Angenendt, Frühmittelalter 238. Comp. 243, 270.

Pero en 476 el fracaso del imperio occidental afianzó al papado, el cual experimentó un gran aumento de poder y una ampliación de su campo de influencia. Y, en su conjunto, también siguió ese camino el episcopado.

19 Cierto que en los comienzos el final de la hegemonía romana, el derrumbamiento de la nobleza senatorial y el desmantelamiento de la administración se les aparecieron a los círculos clericales como una verdadera catástrofe, toda vez que habían colaborado estrechamente con aquel Estado, y gracias a ello habían ido ganando cada vez mayor influencia. Pero la ruina del imperio no arrastró en ningún caso tras de sí la del catolicismo romano. Bien al contrario: al igual que éste casi siempre y en todas partes sabe sacar provecho de los descalabros y catástrofes, también lo hizo en su tiempo.

En Roma se hundieron los templos, se derrumbó el palacio imperial, en los teatros y en las termas gigantescas se amontonaron las ruinas y creció la maleza y la yedra. Y los sacerdotes se aprovecharon. Las antiguas sillas de los baños se convirtieron en cátedras episcopales, las suntuosas bañeras de alabastro y pórfido pasaron a ser pilas bautismales y dudosas urnas de mártires. Se arrancaron los revestimientos marmóreos de las paredes, los preciosos suelos de mosaico, las bellas columnas y las piedras de las villas antiguas para enriquecer los templos cristianos. Los templos paganos se convirtieron en iglesias cristianas y la Roma de los Césares en una ciudad clerical, en la cual prevaleció lo religioso (o lo que se tenía por tal); y en la cual todas las fiestas civiles desaparecieron en favor de las festividades eclesiásticas, y en ocasiones la creencia en el inminente fin del mundo se generalizó hasta tal punto y tales proporciones adquirió el asalto a los privilegios de los sacerdotes, que el emperador Mauricio prohibió en 592 el ingreso de soldados en los monasterios y de los funcionarios civiles en el estado clerical.

Y como en lo pequeño, así también en lo grande. El poder civil de los papas —que fue la base del futuro Estado pontificio o de la Iglesia— brotó formalmente de unas ruinas: de los escombros del imperio romano de Occidente, gracias a la impotencia de Bizancio y a una ambición curial de dominio siempre creciente. Ya en el siglo V los obispos de Roma, supuestos sucesores de Jesús, el cual no quiso reino alguno de este mundo ni que sus discípulos llevasen dinero en la bolsa, eran los mayores terratenientes del imperio romano. Y el desmoronamiento de aquel imperio no hizo sino acelerar la ascensión de los obispos de Roma, heredando por entero la decadente estructura imperial.[7]

Bajo los merovingios, en los primeros tiempos del imperio bizantino, los obispos ganan poder e influencia también en los asuntos «mundanos» o civiles, en todo el ámbito comunal. Controlan los trabajos y los oficios estatales, las fortificaciones urbanas, el suministro de las tropas; más aún, intervienen en el nombramiento de los gobernadores de provincias.

20 Toda la desgracia y decadencia la transforman los obispos romanos en prosperidad suya, cada fracaso lo convierten en ventaja personal, ya se trate de un desastre del reino del César o del reino de Dios. Y hasta de la desdicha de la invasión longobarda saben hacer fortuna. Primero se distancian de Bizancio con ayuda de las

[7] Me 6,8 s; Mt 10.10; Le 9,3; 10,4. Gregorovius I y 239 s, 260 ss, 267. Seidimayer 48. Graus, Volk 434. Deschner, Abermals 239 s.

espadas longobardas —y Bizancio estaba debilitada por la múltiple presión de los «bárbaros»—; más tarde acabarán con los longobardos gracias a los francos... siempre del lado de los salteadores, con una estrategia parasitaria, como el mundo jamás había conocido.

Sus pretensiones de primado frente a sus iguales los otros patriarcas, y especialmente frente a los de Bizancio, las venían sosteniendo los papas desde hacía largo tiempo con múltiples astucias y falseamientos. Y ya en el siglo vn, al menos como cabezas supremas de la Iglesia de Occidente y como gobernadores de las *partes romanas,* fueron ya *de fació* relativamente independientes; *de jure* lo serían también en el siglo VIII, aunque a través de una pura transgresión jurídica. Cierto que todavía hasta 787 fechan sus cartas por los años de reinado de los emperadores bizantinos; pero ya bajo Gregorio II (715-731) el gobernador bizantino fue expulsado de Roma con motivo de la «revolución romana», como fue expulsado el ejército bizantino de Benevento y de Spoleto, con ayuda por supuesto de las tropas longobardas. Después que los longobardos habían contribuido a un poder excesivo de los papas, éstos se valieron de los francos para aniquilarlos. A partir de entonces colaboraron y prosperaron con los emperadores francos. Y cuando se sintieron lo bastante fuertes, quisieron ser también los señores del imperio.

Hasta el año 753 el papa romano es un súbdito devoto (en mayor o menor grado) de Constantinopla. Pero pronto en Roma se deja de contar el tiempo por los años del emperador, se dejan de acuñar monedas imperiales, se eliminan de las iglesias las imágenes imperiales y se deja de mencionar el nombre del emperador en el servicio litúrgico. El papa se alla, por el contrario, con el rey germánico en contra de quienes habían sido hasta entonces sus soberanos. Y al rey germánico confiere el papa los privilegios imperiales, entre los que no faltan algunos nuevos por completo, y hasta le ofrece la corona imperial. Es una política, que beneficia sobre todo al papa pues casi le convierte en el «padre de la familia gobernante».[8]

La coronación imperial de Carlos el año 800 en Roma por parte del papa León III fue un hecho antijurídico, una provocación al emperador bizantino, hasta entonces única cabeza suprema legal del mundo cristiano, y en Constantinopla sólo pudo interpretarse como una rebelión. De hecho el giro de los papas hacia los francos provocó la ruptura definitiva con Bizancio.

20

Y aunque en 812 el emperador Miguel I reconoce a Carlos «el Grande» como *imperator* de Occidente y como soberano parigual, en el fondo Bizancio siempre consideró el imperio occidental como una usurpación. En la coronación de Lotario, en 823, el papa le entregó la espada para la defensa y protección de la Iglesia: y paso a paso Roma puso bajo su influencia a los reyes romano-germánicos. Efectivamente, tras la caída de los monarcas romano-occidentales se introdujeron simbiosis nuevas con los nuevos gobernantes, con Teodorico, Clodoveo, Pipino, Carlos. Pero también los futuros grandes imperios germánicos de Alfredo (871-899), de Otón I (936- 973) y de Olaf el Santo (1015-1028), que promovió la expansión del cristianismo con métodos bárbaros, sólo pudieron asentarse sobre una base cristiana, por no hablar

[8] Kühner, Lexikon 48 ss. Haller, Dia Karolinger und das Papsttum 38 ss, espec. 62. Heer, Kreuzzige 13, 60. Schramm 1255 ss, espec. 220, 254. Maier, Mittelmeerweit 341 s. Angenendt; Das geistliche Bündnis 54.

del imperio germánico medieval.[9]

Ese Sacro Imperio Romano ciertamente que apenas tuvo algo de romano y absolutamente nada de sacro y santo, a no ser que (con toda razón) como Helvétius, Nietzsche y otros se vea en lo sacro el compendio de lo criminal. Comoquiera que sea, mediante la liquidación de los logros relativos de arríanos y paganos y con la obtención de un Estado propio el papado consiguió el agrandamiento constante tanto de su poder como de sus posesiones.[10]

Sobre todo a comienzos de la Edad Media el encadenamiento de Estado e Iglesia fue muy estrecho. El derecho civil y el canónico no sólo tenían la misma base, sino que los deseos y exigencias clericales también encontraron expresión en leyes civiles. Los decretos de los *«concilla mixta»* tenían vigencia para el Estado y para la Iglesia por igual.

También los obispos procedían de la aristocracia y con ella se relacionaban, como hermanos, sobrinos e hijos de la nobleza cívica. Y con ella compartían los mismos intereses políticos y económicos. Consecuentemente a lo largo de la Edad Media también se vieron arrastrados a la lucha de los grandes, combatieron con los reyes contra el emperador y con el emperador contra el papa, y con un papa contra el otro durante 171 años. Combatieron con los clérigos diocesanos contra los monjes y también contra sus colegas, dándoles batalla en el campo, en las calles y en las iglesias, con el puñal y con el veneno y de todos los modos imaginables. La alta traición y la rebelión fueron para el clero —según el teólogo católico Kober— «un fenómeno completamente habitual».[11]

Frente a los Estados y las denominadas autoridades la gran Iglesia cristiana no tuvo en la práctica otro principio que éste: pacta siempre con el poder más provechoso. En todos sus contactos estatales sólo se dejó guiar por su única ventaja (en su lenguaje: por «Dios», ¡el conocimiento más importante en la historia de la Iglesia!). El oportunismo fue siempre el principio supremo. Únicamente cuando esa Iglesia alcanzaba lo que quería, estaba también dispuesta a dar algo, y naturalmente que lo menos posible, aunque prometiera mucho. «Aniquila tú conmigo a los herejes, y yo aniquilaré contigo a los persas», invitaba el patriarca Nestorio al emperador, en su discurso de toma de posesión en 428 (sin imaginar que bien pronto él mismo sería condenado como «hereje»).

22

Eran débiles, se doblegaban como juncos azotados por el viento. Cuando el patriarca Poppo de Aquileya tomó posesión de Grado y de su sede patriarcal, habría sido posible el comienzo de la incorporación de Venecia al imperio germánico, y el papa Juan XIX enseguida estuvo de acuerdo. Mas cuando Poppo hubo de huir ese mismo año regresando el patriarca legítimo, dicho papa Juan también le dio su bendición. Tres años después —Conrado II se dirigió a Roma para la coronación imperial— de nuevo Juan condenó al patriarca veneciano accediendo a los deseos germánicos y devolvió Grado a la jurisdicción de Aquileya. Y tras el fracaso de las ambiciones alemanas, Benedicto IX, sucesor de Juan, de nuevo devolvió la

[9] Stonner, Nationale Erziehung 105. Maier, Mittelmeerweit 349 s. Heer, Kreuzzüge 14, 60.
[10] Nietzsche II 1125,1152, 1190,1217; III 580, 784, etc. Mack, Helvetius 1121.
[11] Kober, Die Deposition 701. Schnürer, Kirche und Kultur I 147. Sprandel, Über das Problem 117 ss. Deschner, Opus Diaboli 18 s.

independencia a la ciudad de Grado.[12]

Y con la mira puesta en el propio poder, también los emperadores y príncipes católicos combatidos mantuvieron estrechamente unidos Iglesia y Estado, pese a las tensiones, conflictos y enfrentamientos de todo tipo, desde finales de la Edad Antigua hasta el tiempo de la reforma protestante. A lo largo de más de un milenio no cabe separar la historia de ambas instituciones. Más aún: «En el epicentro de todos los intereses, ya fuesen de orden espiritual o político, estuvo la Iglesia; a ella pertenecieron la acción y la omisión, la política y el poder legislativo, todas las fuerzas motrices del mundo estuvieron a su servicio y de ella derivaban sus prerrogativas. La cultura y la historia de la Edad Media se confunden con la Iglesia».[13]

Mas con su poderosa protección material, su fuerza organizativa y la participación en la vida jurídica y político-estatal, su influencia creció de continuo. La Iglesia católica pre-constantiniana prohibió a los clérigos con todo rigor que aceptasen cargos públicos; pero ya a finales de la antigüedad se le confiaron a un obispo de Galia ciertas opciones militares, como la construcción de una fortaleza. Y lo que se perdía en el sur a manos de los árabes, los «infieles», se compensaba con la expansión del cristianismo hacia el norte.

Bajo los merovingios el cristianismo llegó a ser el poder ideológico decisorio. Casi se dieron dinastías formales de obispos, hasta el punto de que Chilperico de Soissons pronunció la famosa frase: «Nadie gobierna más que los obispos; ésa es nuestra gloria».

23

También entre los ostrogodos arríanos asumió el episcopado funciones estatales. En la Inglaterra de comienzos de la Edad Media los prelados eclesiásticos son miembros de las dietas, estadistas y mariscales de campo. A una con el regente definen el derecho, son sus primeros consejeros; ellos eligen a los reyes, los derriban y los aupan. También en Italia actuaron obispos y abades, junto a los condes, como funcionarios de la administración y, a una con los grandes de la aristocracia civil, ejercieron de legisladores. Es evidente que desde mediados del siglo VI hasta finales del vil la vida pública estuvo allí totalmente marcada y dominada por la Iglesia.[14]

También más tarde, si proyectamos la mirada más allá del período de tiempo al que nos estamos refiriendo, la Iglesia sobrevivió a sus aliados y superó todos los derrumbamientos. Se hundía una potencia, y ya estaba ella alzándose con la siguiente; o al menos se mantenía preparada para ello. Cierto que no era más que un Estado junto a otros estados, pero su «metafísica» se adelantaba a todos. Y mientras pretextaba siempre lo religioso, las visiones espirituales, la predicación espiritual, mientras que proclamaba a todo el mundo «lo superior», aspiraba al dominio político del mundo.

Relativamente temprano papas y obispos habían ya intentado convertir al Estado en su alguacil, sometiéndoselo para encaramarse ellos mismos. Algunos padres de la Iglesia, como Ambrosio o Juan Crisóstomo, así lo dan a entender claramente; pero es el papa Gelasio I (492-496) el que sólo unas generaciones después proclama con la

---

[12] Haller II 181.

[13] Boehm 16. Lohsa 143 ss.

[14] Sin. Elv. c. 56, Greg. Tur. 6,46. Kober, Die Deposition 695. Voigt, Staat 174 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche im Frühmittelalter I 151, 153, 283 ss, 345, II 475. Seidimeyer 47. Gaus, Volk 438. Zóllner, Geschichte der Franken 183.

mayor arrogancia su «doctrina de los dos poderes», que tanta relevancia iba a tener en la historia universal. Poco después el poder real tendrá que someter «piadosamente la cerviz» a la sagrada «autoridad» de los obispos.

Agustín, sin embargo, no conoce todavía la doctrina de una subordinación del Estado. En una época en que la Iglesia vivía en armonía con él, pudo el santo asegurar —sabe el cielo cuántas veces— que la fe cristiana reforzaba la lealtad de los ciudadanos al Estado y que creaba súbditos obedientes y bien dispuestos. Para ello era totalmente indiferente quién fuese el gobernante. «¿Qué importa el gobierno bajo el que vive el hombre, que de todos modos ha de morir? ¡Lo único que importa es que los gobernantes no lo induzcan a la impiedad y la injusticia!» Cierto que si faltaba la «justicia» —y eso significa aquí la Iglesia, el obispo—, para Agustín los gobiernos apenas eran otra cosa que «grandes bandas de salteadores».[15]

Pero en la Edad Media la ambición de dominio del clero creció a la par que su poder. La miseria de las masas no lo movió ni de lejos como el propio egoísmo.

Los sínodos francos de principios del siglo IX se preocupan mucho menos de la necesidad general que de la inviolabilidad de los bienes de la Iglesia y de la liberación de los prelados de cualquier opresión civil. Así, en junio de 829, cuando las masas populares sufrían terribles penalidades desde hacía años, el sínodo de París declara: «Y el emperador Constantino —según contaban, apoyándose en el relato de Rufino— habría manifestado a los obispos en el Concilio de Nicea: "Dios os ha constituido sacerdotes y os ha otorgado el poder hasta de juzgarnos, y por ello seremos juzgados por vosotros con justicia, mas vosotros no podéis ser juzgados por los hombres, pues vosotros, el don que Dios os ha otorgado, sois de Dios, y los hombres no deben juzgar a los dioses"».[16]

24

Mas los «dioses» empezaron entonces a comprender la doctrina gelasiana de los dos poderes y a tomarse en serio lo que antes sólo contaba con un respaldo teórico. Para Nicolás I (858-867), que llevó el papado «a la altura soberbia de una posición en el mundo, que dejó muy por detrás a todos los otros poderes» (Sappeit), resultaba evidente que el poder espiritual prevalecía sobre el poder profano y le correspondía una «suprema autoridad de dirección». De lo cual derivaba a su vez un deber de obediencia por parte de los príncipes, que poco a poco fue ganando terreno, no sólo frente a los preceptos en el ámbito eclesiástico, sino también en los conflictos fronterizos y en todas las cuestiones de la ley moral cristiana. En la práctica eso significó que, siempre que el clero viese lesionados sus intereses, el Estado podía y debía doblegarse (como ocurre todavía hoy en muchos casos, por ejemplo en el aborto o en lo que se llama perturbación de la paz religiosa).[17]

Pero si al principio el papado defendió la doctrina de los dos poderes o autoridades, la *auctoritas sacra pontificum* y la *regalis potestas,* que se completaban mutuamente, al socaire de la misma se introdujo después la doctrina de las «dos espadas» *(dúo gladii).* Estando a la misma, y según la afirmación romana, Cristo habría otorgado al papado las dos espadas, el poder espiritual y civil; en una palabra, le habría otorgado

[15] August. ep. 151,14. Civ. dei 4,4; 5,17; 19,14; 19,16. Voigt Staat 97 s. Freund 17 s. Haller, Epochen 42 ss. Engel/Holtz 11, 217 ss.

[16] Sin. París a. 819 3,8. Al respecto Sommerlad II 185 ss. Bosi, Die Grundiagen der modernen Geselischaft 148.

[17] Seppeit II 241 ss.

la hegemonía. Pues cuando los pontífices romanos se hicieron con el poder y fueron soberanos de un Estado, ya no tuvieron necesidad de una fuerte monarquía germánica hereditaria, como tampoco necesitaron de la unidad monárquica de Italia, a la que por lo mismo combatieron con todos los medios a su alcance, incluso con la fuerza de las armas, hasta la segunda mitad del siglo XIX.[18]

Objetivo del papado fue entonces el dominio político del mundo bajo consignas espirituales (y a este respecto todavía hoy no existe en general duda alguna). Mientras ejercía una tutela espiritual sobre las masas y mientras — con una actitud típica de toda la Edad Media cristiana— refería la vida toda a un futuro reino de Dios, a la obtención de la felicidad eterna, no dejaba de perseguir en forma cada vez más rigurosa unos intereses puramente materiales, se emancipaba definitivamente del imperio occidental y en una lucha secular hacía morder el polvo a los Hohenstaufen para convertirse en soberano de todos y de todo. Un verdadero parásito, que tras haber bebido la sangre de los demás, tras haberse encaramado a lo alto con mentiras y falsedades y tras haber ido sonsacando cada vez más derechos y competencias, los despojó y hasta empuñó las armas, y con discursos celestiales continuó preocupándose de su poder terreno en forma extremadamente brutal.

25

En teoría llegó a ser fundamental para las relaciones con el Estado la doctrina paulina de la institución divina de la autoridad y del deber de una sumisión general. La obediencia que ahí se predica, la docilidad absoluta de los súbditos, contrasta abiertamente con el odio contra el Estado tan difundido entre los primeros cristianos, pero ha continuado siendo determinante hasta nuestros días. De ese modo la Iglesia se gana a los respectivos gobernantes, con los que ha de colaborar para mantenerse a sí misma en el poder.[19]

Con Gregorio VII (autor del *Dictatus papae),* que en 1076 inicia la lucha contra el emperador, que reivindica derechos sobre Córcega y Cerdeña, sobre el reino normando de Italia meridional, sobre Francia, Hungría, Dalmacia, Dinamarca y Rusia, se perciben ya ciertas resonancias de una teoría, según la cual al papa le compete todo el poder, incluido el derecho a disponer de los Estados. Gregorio y sus sucesores reclaman al menos una *«potestas indirecta in temporalice* que la bula «Unam sanctam» (1302) de Bonifacio VIII eleva a una *«potestas directa in temporalia»,* en la cual insiste todavía el Concilio de Letrán de 1517, y de la que sólo en 1885 se distanciará oficialmente León XIII.

Según Gregorio VII y sus sucesores de la baja Edad Media, y siempre en conexión con el pensamiento de Agustín, el poder imperial tiene su origen en el diablo. Es un poder «carnal», como en general todo principado mundano, y está en posesión de «pecadores». Pero el poder diabólico puede convertirse en bendición mediante el poder perdonador, sanante y salvífico del papado, mediante la subordinación al Sacerdote/Rey. Más aún, la fundación de cada nuevo Estado en este mundo tiranizado por el diablo sólo se legitima mediante el reconocimiento papal. El papa aparece ahí como el único sostén de la verdad y de la justicia, como el señor y juez soberano del mundo. Todo debe prestar obediencia al sucesor de Pedro. Así escribía dicho papa: «Quien está separado de Pedro no puede obtener victoria alguna en la lucha ni

[18] Levison, Die mittelalterliche Lehre 14 ss. Plóchi II, 31 s.

[19] Rom. 13, 1 ss. Ampliamente Deschner, Abermals 499 ss. Comp. asimismo Voigt, Staat 82.

felicidad alguna en el mundo, pues con rigor duro como el acero destruye y hace añicos cuanto le sale al paso. Nadie ni nada escapa a su poder».[20]

Desde esa posición eminente del papa saca Bernardo de Claraval la consecuencia siguiente: «La plenitud del poder sobre las iglesias del orbe le ha sido conferida a la sede apostólica mediante unas prerrogativas singulares. De ahí que quien se opone a esa autoridad se resiste a las órdenes de Dios». Cierto que a otros escritores cristianos de la época los soliviantaba ¡que el papa prefiriese ser emperador! También adopta por entonces el sistema feudal, factor jurídico-político determinante de aquel tiempo. Como supremo señor feudal adjudica reinos y principados. Y así como Gregorio VII había querido recompensar a Guillermo el Conquistador con Inglaterra, así más tarde Adriano IV asignó Irlanda a Enrique II, aunque ni uno ni otro consintieran en ello.

Todavía en el siglo XX figura en la basílica de San Pedro una estatua de Pío XII, el gran interlocutor del fascismo, como *«rector mundi»,* como caudillo del mundo.[21]

[20] Kühner, Lexikon 118. Eichmann, Acht und Bann 38 s. Grupp III 151. Todt 38. Plóchi II 31. Heer, Kreuzzüge 103 s. Gontard 224. Herrmann, Kirchenfürsten 63 ss.

[21] Bern. Ciar. ep. 131, Cit. en Knotzinger 523. Leehr, Die Konstantinische Schenkung 61. Schnürer, Kirche und Kultur III 61. Heer, Kreuzüge 17 s. Mynarek, Denkverbot 11,

26

CAPÍTULO 1. LA CRISTIANIZACIÓN DE LOS GERMANOS

«La introducción del cristianismo entre los germanos fue el don más precioso del cielo... El cristianismo ha ennoblecido las buenas dotes naturales de nuestros antepasados y consagró la misión histórica del pueblo alemán en Occidente...»

CARTA PASTORAL DEL EPISCOPADO ALEMÁN,
7 DE JUNIO DE 1934[1]

«En este sentido también anhelaban formalmente un cambio y una conversión *[...]*. Cuando se consiguió hacerles llegar correctamente la figura de Cristo, el mensaje cristiano debió de sonar en sus oídos como la epopeya más excelsa que jamás habían escuchado.»

ANTÓN STONNAR, 1934[2] (con imprimátur eclesiástico)

29

Difusión del cristianismo en Occidente

A finales de la Antigüedad y durante los siglos sucesivos el cristianismo conquistó el mundo germánico. Por obra de ejércitos y mercaderes se había extendido más allá del norte de la Galia hasta el Rin. En las antiguas provincias renanas hubo comunidades cristianas probablemente ya desde finales del siglo ni; desde la época constantiniana se levantaron iglesias en Bonn, Xanten, Colonia y, especialmente, en Tréveris, residencia oficial del César desde 293.[3]

Materno, obispo de Colonia, intervino en el sínodo de Letrán de 313, y un obispo de Tréveris, Agroecio, participó en el sínodo de Arles del año 314. Pero, tras la muerte de Severino (nacido en 397), obispo de Colonia, durante más de 150 años no conocemos el nombre de ningún obispo en dicha ciudad. El obispo residencial de Maguncia, Sidonio, es el prelado del que tenemos un testimonio histórico seguro, y no aparece hasta el siglo VI. Sólo en los siglos v-vi se encuentran también en el Concilio de París de 614 (¿o de 615?) 35 prelados (de los 79 reunidos) con nombres alemanes, y entre ellos los de Estrasburgo, Espira y Worms. Las inscripciones cristianas más antiguas (únicamente sobre losas sepulcrales) se remontan al siglo V y en su mayoría proceden del cementerio de la Albankirche de Maguncia, desaparecido en la guerra de los Treinta Años.[4]

---

[1] Stasiewski 1712. Comp. con la actitud de la Iglesia católica, y especialmente de los obispos alemanes en los primeros años del Reich hitleriano: Deschner, Die Politik der Papste I 412 ss, 450 ss, espec. 459 ss.

[2] Stonner, Germanentum und Christentum 33,92. En el prólogo remite a las directrices del Ministerio del Interior del Reich y «atento al presente» quiere educar a «la juventud confiada a todos los alemanes y a todos los cristianos». Comp. asimismo 73.

[3] Euseb. H.E. 10,5. Sozom. H.E. 2,6. Optat. Mil. contra Parm. Donat. 1,23 s. RAC VIII Gallia I 894. Vogt, Der Niedergang Roms 425. Dopsch II 196, 201. Ewig, Trier 29. Haendier, Die abendiandische Kirche 124.

[4] RAC VIII Gallia 921. Stamer 12 ss. 24. Behn 101 ss. Neuss/Oediger 31 ss, espec. 36 ss. Oediger, Bistum

Pero a finales del siglo IV el cristianismo era ya la religión dominante en algunas zonas renanas, porque «las leyes de Teodosio, Graciano y Valentiniano II imponían la entrada» en el mismo.[5]

Ya antes la Iglesia católica había alcanzado una dimensión considerable en la Galia. Hacia 250 había ya iglesias episcopales en Lyon, Vienne, Arles, Toulouse, Narbona y Autun, cuyo prelado Simplicio destruyó allí en el siglo IV una estatua de Cibeles (localmente denominada Bereconthia), que fue arrastrada en una procesión por la campaña.

30

En el Concilio de Arles (314) se reunieron 16 representantes de obispados galos. Es interesante observar que por aquella época el cuadro de distribución de las comunidades cristianas coincide aproximadamente con las «zonas de mayor fuerza económica» (Beisel). En la segunda mitad del siglo IV las sedes episcopales dan la impresión de que «brotan casi por todas partes» (Demougeot). La *Notitia Galliarum,* una especie de registro provincial de Galia y Germania relaciona entre 390 y 413 no menos de 17 sedes metropolitanas con 95 diócesis subordinadas. Por lo demás, muchas de ellas volvieron a desaparecer a lo largo del siglo v. Numerosos obispados quedaron vacantes con los prelados huidos o desterrados y en ocasiones hundiéndose con su ciudad, como ocurrió entre los helvecios con la sede de Nyon, arrasada por los alemanes. (De todos modos en tiempo de Clodoveo había 9 sedes metropolitanas con aproximadamente 120 obispados.)[6]

Pero estallaron las disensiones entre el episcopado, y eso favoreció la intromisión de los papas.[7]

En las postrimerías del siglo V empezó la evangelización de los francos; a finales del vi la de los anglosajones y los longobardos; en el siglo IX se acometió la cristianización del norte de Europa y, acabando el milenio, la de los checos, polacos y húngaros. Y, como el cristianismo no era ya una religión despreciada cual lo había sido en la época pre-constantiniana, sino la religión oficial de un imperio, los papas ya no atraparon en su red a algunos individuos sino a pueblos enteros, a la vez que en otras partes también aniquilaban pueblos enteros «no dejando verde ni seco», como alardea el padre de la Iglesia, Isidoro; tal ocurrió, por ejemplo, con los ostrogodos o con los vándalos, de los que el monje marsellés Próspero Tiro proporcionó a la Edad Media un cuadro todavía vigente, y que a menudo fueron objeto de una «propaganda cruel» (Diesner).[8]

MÉTODOS Y MOTIVOS DE CONVERSIÓN

Kóln 75. Alfoldi 99 s. Ewig, Das Bistum Kóln 205. Beisel, Studien 129 s. Haendier, Die abendiandische Kirche 125.

[5] Stamer 13. Con reservas: Haendier, Die abendiandische Kirche 125 s. con muchas otras referencias bibliográficas.

[6] Greg. Tur. Glor. conf. 76. RAC VIII Gallia I 897 ss, 921 ss. (Demougeot). HEG 81. Schneider, Das Frankenreich 84. Beisel, Studien 129. Haendier, Die abend-lándische Kirche 127.

[7] RAC VIH Gallia I 905. Extensamente: Beisel, Studien 136 ss. Comp. también 147 ss.

[8] Isid. Sev. H.G. 84, LMA IV 1343. Altaner/Stuibert 232, 450. Diesner, Das Vandalenreich 12 ss.

La cristianización de los pueblos germánicos —designados en las fuentes como *nationes, gentes, populi, civitates,* etc.— no sólo se dio en épocas muy diversas sino que también de formas muy diferentes.

Pero en la misión germánica confluyeron dos actividades cristianas típicas: la predicación y la destrucción. Pero en la época merovingia no fue la prédica el instrumento primordial de misión. «Hubo un método más elocuente para demostrar a los paganos la impotencia de sus dioses y el poder supremo del Dios cristiano: la destrucción de los santuarios gentiles. La predicación misionera solía introducir o aclarar tales destrucciones, pasando por alto a un segundo lugar, en contraste con la antigua forma de misión cristiana» (Blanke). Y Jürgen Misch escribe:

«Ya los primeros misioneros pasaron por alto sin escrúpulo muchas cosas, que realmente pertenecen a la sustancia de la doctrina de Jesús. Con vistas a la admisión nominal se cambiaron, omitieron y falsearon muchas otras cosas. Eso indica con toda claridad que allí no se trataba tanto de la difusión de una nueva doctrina salvífica para la salvación de las almas que creyeran cuanto de unos intereses de poder muy reales, que se aprovechaban de los mismos... El reino de Dios sobre la tierra era de naturaleza material y mundana por entero, y su establecimiento se impulsó por todos los medios, realmente por todos los medios».[9]

31

Por supuesto que no sólo se destruyó; con frecuencia se llegó «simplemente» a las denominadas cristianizaciones; es decir, se transformaban los templos gentiles en iglesias cristianas expulsando los malos espíritus mediante unos ritos de exorcismo y consagrando de nuevo los edificios. Se transformó e incorporó cuanto parecía útil, destruyendo todo lo demás, como obra infame del diablo.

Un motivo importante en la conversión de los paganos, y también en la tutoría de los ya convertidos, fue sin duda alguna la constante infiltración de escrúpulos y temores, en una actitud alarmista que sembró el miedo durante siglos. El miedo, en efecto, fue «el estado característico del hombre corriente en la Edad Media...: miedo a la peste, miedo a la invasión de ejércitos extranjeros, miedo al recaudador de impuestos, miedo a la brujería y a la magia y, sobre todo, mie4o a lo desconocido» (Richards). Los sacerdotes de muchas religiones vivieron y viven del miedo de aquellos a quienes dirigen, también y en especial los sacerdotes cristianos.[10]

Es bien significativo el que san Cesáreo de Arles (fallecido en 542), un arzobispo absolutamente fiel a Roma (especialista en la «cura de almas de la región», debiendo muy especialmente su fama a la predicación de cada día), en casi todas sus intervenciones propagandísticas, que suman más de doscientas, aterra con «el juicio final». Cualquiera que sea la ocasión de sus efusiones homiléticas, casi nunca deja de evocar con insistencia el «tribunal de Cristo», el «juez eterno», su «sentencia dura e irrevocable», etc.[11]

Las conversiones de los germanos paganos al cristianismo se debieron con frecuencia a motivos puramente materiales, actuando ya las «razones de prestigio», sobre todo cuando se entraba bajo la tutela de vecinos cristianos. Gentiles ilustres

---

[9] Blanke 55. Frank, Kirchengeschichte 14. Misch 90. Schulze, Vom Reich der Franken 77. Beisel, Studien 130. Padberg 16 s.

[10] Richards 25. Sobre el «fenómeno del miedo» comp. por ejemplo Mynarek, Mystik und Vernunft 262 ss, espec. «Die Heilsangst» 277 ss.

[11] Wetzer/WeIte II 246 ss. LTHK II' 177 s. Kraft 122. Kolb, Himmiisches 286.

podían ser ahuyentados «como perros» de los banquetes de sus cortes principescas, debido a que se prohibía a los cristianos sentarse con paganos a la misma mesa. Es sintomático el que también entre bávaros, turingios y sajones fuese la nobleza la primera que de inmediato se postró ante la cruz.

También el afán de lucro desempeñó su papel, como lo ilustra elocuentemente la anécdota de aquel normando que en compañía de otros cincuenta acudió para pascua a la corte del emperador Luis, para hacerse bautizar. Mas, como faltasen muchas vestiduras bautismales, se cosieron a toda prisa unos vestidos sustitutorios, por lo que irritado un viejo neófito le gritó al emperador: «Veinte veces ya me han bañado aquí poniéndome las vestiduras mejores, pero un saco como éste no es el que conviene a un guerrero sino a un porquerizo *[subulcos}.* Y si no me avergonzase de mi desnudez después de haber sido despojado de mis vestidos, y sin haber endosado los proporcionados por ti, te dejaría tu vestidura y a tu Cristo».[12]

32

Desde hace largo tiempo sabemos que muchas de las cosas —no todas— que se cuentan a la gente sobre los «germanos» son falsas. El germano no era tan probo, tan sincero, leal y honrado, tan justo y desinteresado, como lo viene presentando desde hace tanto tiempo la imagen tradicional y que en Alemania precisamente se ha convertido en la versión oficial. O sólo lo fue en un estadio temprano de su evolución. Los valores tradicionales de la leyenda heroica germana, de la ideología política, así como la ilusión del «noble pueblo» de los alemanes, de sus rasgos sublimes de honradez y lealtad, es algo que suena a cliché *kitsch.* La imagen del «libro de lectura de los germanos» es falsa y, sobre todo, responde a una inspiración antitética, ya que en buena parte es una «contrafigura del romano». Y tanto más peligroso cuanto que —entre otras cosas— a finales del siglo XIX, y a través de la identificación entre vieja cultura alemana y vieja cultura nórdica, habitual desde el romanticismo, cobró una explosividad política «de cara a las relaciones del "indo-germano" con el "semita"» (Von Sea). El «indo-germano» se convierte así en una especie de germano revivido, y con ello en el polo opuesto del judío, como el germano lo fue del romano en los viejos tiempos... Cual si la humanidad, o una gran parte de la misma, encajase en la fórmula de Werner Sombart, un berlinés especialista en economía nacional, que figura en su escrito combativo *Handler una Helden* (Mercaderes y héroes, 1915).

«Imbuido de militarismo», como él mismo alardea, a Sombart se le aprecia entonces «la guerra en sí como algo sagrado, como lo más sagrado sobre la tierra». Y en forma muy similar pensaban, escribían y predicaban innumerables curas campesinos y de los otros, coetáneos suyos (tanto del bando de Alemania como de sus adversarios).[13]

En esa imagen tradicional de los germanos hay, sin embargo, una cosa cierta —entre otras—: su predilección por la disputa, la lucha y la guerra. Tan cierto, que los propagandistas del cristianismo empezaron aquí.

---

[12] Notker, Gesta Karoli, 2,19. Stern/Bartmuss 60. Graus, Volk 155 s.

[13] Para el concepto de «germanos» ver por ej. LMA IV 1338 ss. HEG 95 ss. See, *passim,* espec. 9 ss, 68 s, 102 ss. Sombart, Händier und Helden, 1915, cit. según See, ibíd. 69. Dóbler 8,91 ss. 125 ss.

JESUCRISTO PASA A SER EL ESPADÓN GERMÁNICO, O SOBRE «EL DOMINIO DE LA VIDA»

La idea de poder llegó a ser un motivo esencial de conversión. Así pues, cuanto había de eficaz en lo poderoso y mágico, en los amuletos, los oráculos y las palabras de encantamiento de los cultos paganos fue superado por la fuerza y la magia todopoderosa de la fe cristiana, y especialmente con el culto de los santos y de las reliquias. Pero donde se muestra con mayor seguridad la fuerza sobrenatural de la fuente es con la potencia del ídolo cristiano en la guerra, y dentro de la guerra en la batalla.

33

«Cristo se muestra *aquí como* el auxiliador, por lo que está en el ámbito vital más propio de los germanos; y desde allí se convierte ya en *el* salvador» (Schmidt).[14]

Por lo demás, con su aceptación por los germanos el cristianismo también se nacionalizó y germanizó desde el principio. Y no sólo en los poemas épicos aparecía Cristo a los ojos germanos como una especie de rey popular y cantonal. Los francos se consideraban de inmediato como su cortejo especial, su pueblo elegido y preferido. Los guerreros se agrupaban a su alrededor, igual que se agrupaban alrededor de los príncipes. También el santo es sentido ahora como heraldo de Cristo y de Dios; la idea germana de seguimiento afecta también a su relación con Dios. En una palabra, los conceptos cristianos tradicionales se llenan «de un contenido totalmente nuevo: el contenido germánico, aristocrático y guerrero» (Zwolfer). «De la religión de la paciencia y el sufrimiento, de la huida y negación del mundo los germanos medievales hicieron una religión belicosa; y del Varón de dolores un rey de los ejércitos germánico, que con sus héroes recorre y conquista las tierras y a quien hay que servir mediante la lucha. El cristiano germano combate por su Señor Cristo, como combate por el señor terreno al que sigue; hasta el monje en su celda se siente miembro de la *militia Christi»* (Dannenbauer).[15]

Y naturalmente el clero supo hacer que los germanos se sintieran orgullosos de haberse convertido a la cruz romana. En el prólogo a la Lex Sálica, el derecho hereditario más antiguo de los francos, se exalta así el hecho de la conversión:

Ínclito pueblo de los francos, por Dios mismo creado, valiente con las armas, firme en la alianza de paz, profundo en el consejo, de gran nobleza corporal, de pureza incontaminada y de complexión superior, audaz, pronto y fogoso, se convierte a la fe católica, libre de herejía...[16]

34

En efecto, de acuerdo con la doctrina cristiana todos los pueblos han sido creados por Dios; pero la adulación siempre es mayor allí donde más se necesita. De ese modo los francos aparecen aquí ocupando el lugar del pueblo elegido de la Biblia, del pueblo de Israel. Y en un prólogo más reciente a la mentada Lex Sálica también figura Cristo como el legítimo soberano de la *gens Francorum.* Aparece «personalmente al frente

---

[14] Schmidt, Germanische Glaube 52. Richards 29 s. Angenendt, Frühmittelalter 184. Para el aspecto hagiográfico ver entre otros Gurjewitsch 40 ss, 87 ss. También Butzen, Die Merowinger ostiich des mittieren Rheins 18. Padberg 76. Comp. 129.

[15] Kindier, Literaturlexikon III 1605 s. Zwolfler 1 ss con gran abundancia de pasajes de las fuentes. Stonner, Germanentum 65 ss. El libro del que se cita (según Stonner) apareció entre los años 822 y 840, y su autor fue probablemente un eclesiástico. Dannenbauer, Grundiagen 41.

[16] Lex Sal. prol. 1.

de los francos». Ama a quienes son muy superiores a la antigua potencia mundial, «el pueblo elegido de una alianza nueva». «Ellos han vencido a los romanos y han quebrantado el yugo romano.»[17]

Entre los francos, que fueron los primeros en tributar una veneración especial a san Jorge, el debelador del dragón, y más tarde al ex espadón Martín de Tours, el papel principal lo jugaba el ejército, y en él la tropa de a pie, que por lo general combatía en forma de cuña. Al principio los jinetes eran escasos, pues los caballos se utilizaban normalmente como animales de carga (sólo en 626, bajo Clodoveo II, se llevó a cabo el primer ataque de la caballería franca contra los sajones). El núcleo de las huestes combatientes muy dispersas lo formaban los que a veces se denominan *«robustiores»,* los más fuertes, los «combatientes de selección». Como arma nacional se demostró la más eficaz el hacha arrojadiza, llamada «Francisca», que también se empleaba en la lucha cuerpo a cuerpo. Un acreditado instrumento de pacificación, y utilizado a menudo, fue la espada franca, el arma de los caudillos: era la *spatha,* una espada larga de doble filo. El arma del hombre «común» era el *scramasax,* un arma corta y de un solo filo, que a finales de la época carolingia se difundió también del norte de Europa hasta Oriente. La daga la hendían preferentemente aquellos combatientes cristianos en la axila. Tampoco la lanza y el venablo debieron de escasear, en tanto que se emplearon poco el arco y las flechas.[18]

¿Sorprende la enumeración del arsenal de combate y de la muerte? Y sin embargo ¿no descansan ahí los fundamentos de la «cultura» cristiana occidental? ¿No descansan en *«the most efficient military machine in Europe»* (en la máquina militar más eficaz de Europa)? (Mckitte-rick). O, como dice en el epílogo un «historiador de la guerra»: «¡Qué impresionante e iluminador aparece todo, cuando la historiografía se atreve a irrumpir en la vida!».[19]

Sin duda alguna que muchos príncipes germanos se convirtieron por motivos meramente políticos. Adoraban en Cristo al «Dios fuerte», y en especial al capitán superior, al que otorgaba la victoria. Así, el franco Clodoveo, así Edwin de Northumbria y los vikingos, todos los cuales se hicieron bautizar después de haber emitido un voto y haber llevado a cabo una matanza. Y así como el viejo Odín fue tenido por «dios y señor de la victoria» y a Wotan (nombre de Odín en el sur) se le consideraba un dios guerrero, así también se ve ahora a Cristo. Ocupa el lugar de los antiguos dioses de la batalla, se le politiza y mitifica, presentándolo «casi como un dios nacional» (Heinsius). Y para cada rey cristiano será desde ahora cuestión de honor el combatir «a los bárbaros, quienes por su misma condición de paganos están fuera del orden del mundo».[20]

35

Los francos, educados en el fanatismo creyente, consideraron como su deber y derecho el «combatir por Cristo» (Zollner). Y todavía en los siglos VII-vin los

---

[17] HKG III/l 23. Schulze, Vom Reich der Franken 32 s. Ver asimismo Deschner, Abermals 517.

[18] Arma defensiva era el escudo —el arnés al parecer era más raro— y también el yelmo: Zóllner, Geschichte der Franken 160 ss. Ver igualmente 152 ss, 157 ss. Sobre el armamento de los francos también: Bachrach, Procopius 435 ss; Bodmer 109 ver 120 ss, 127 s; Behn 77, ,105. Montgomery 1160 s.

[19] Bodmer 137. McKitterick, The Frankish Kingdoms 61. Comp. también Prinz. Grundiagen 84 s.

[20] Greg. Tur. 2,30. Beda, H.E. 2,9. Heinsius, Mütter der Kirche 15. Haller 1275. Schmidt, Germanischer Glaube 51 ss. Baerke 46 ss. Dóbler 97. Bohner, Grabmaler 655 s. Angenendt, Frühmittelalter 172 apunta certeramente el dato de que el cristianismo primitivo ignoró todo motivo de «auxiliador en la victoria».

cristianos francos se hacían enterrar con sus armas, de acuerdo por entero con la vieja creencia pagana de la supervivencia después de la muerte. En una lápida sepulcral (encontrada en el cementerio franco de Niederdollendorf, cerca de Bonn) aparece incluso Cristo resucitado sosteniendo en su mano derecha la lanza, el signo germánico de soberanía, en vez del báculo de la cruz.[21]

Se comprende que el Antiguo Testamento, tan sanguinario a menudo, sintonizara con los hombres de la Edad Media mejor que el Nuevo Testamento en parte pacifista; y se comprende que se exaltase a los reyes veterotestamentarios proponiéndolos como modelos de los príncipes francos, a quienes gustaba compararse con ellos. Para el historiador Ewig ello constituye un nuevo estadio «en la cristianización de la idea de rey».

SUBTERFUGIOS APOLOGÉTICOS

Por doquier se extendió patéticamente el absurdo de la conducción providencial de la historia. Después de las epidemias y otras catástrofes, pero especialmente tras las batallas victoriosas, se proclamaba abiertamente esa idea. Cada éxito en la guerra se atribuía a la fe ortodoxa y a la ayuda de Dios.

Tras la matanza de Frigidus (394), que el pío Teodosio, favorecido por un viento huracanado, obtuvo contra Eugenio, que había vuelto a abrazar el paganismo, el desenlace de la lucha y el «milagro de Bora» se interpretaron en todas partes como signos de la superioridad cristiana, como un «juicio de Dios». Hasta Claudio Claudiano, el «pagano pertinaz» (Orosio) y a quien se honró todavía en vida con una estatua en el Foro Trajano como el último poeta relevante de la Roma antigua, escribió después de la mentada batalla:

«Tú eres el César amado de Dios por encima de todo..., tú por quien hasta el éter combate y cuyas banderas agitan poderosamente los vientos». Y otro pagano eminente, Nicómaco Flaviano, *praefectus praetorio, se* suicidaba por las mismas fechas.[22]

Entre los carolingios las victorias decisivas se atribuían frecuentemente a la asistencia de san Pedro. «Pero ahora estate tranquilo», declara Pipino al legado pontificio Sergio en la batalla contra los bávaros,

«pues por la intervención de san Pedro, príncipe de los apóstoles, por el decreto divino... Baviera y los bávaros pertenecen a la soberanía de los francos». Incluso logros menores, como la conquista de una fortaleza y hasta el hallazgo de una fuente (en la guerra contra los sajones, en 772), se presentan como grandes milagros divinos.[23]

36

Mas cuando la desgracia se abatía sobre el pueblo —¡y ocurría tan a menudo!—, los sacerdotes jamás se turbaban. Entonces la desgracia, la catástrofe, era un castigo

[21] Zöllner, Die politische Stellung 67 ss. Oediger, Das Bistum Köln 72 con otras indicaciones bibliográficas. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 139.

[22] Oros., Hist. advers. pág. 7, 35, 21. Comp. August., Civ. dei 5, 26. Tusculum Lexikon 69. dtv-Lexikon der Antike, Philosophie 1316 s. Wilpert, Lexikon der Welt-literatur I, 280 s. Maier, Mittelmeerweit 114.

[23] Ann. Mett. prior, a. 743, 772, 776. Ver asimismo numerosas otras citas de fuentes en Zwölfer 115 ss, espec. nota 255.

de Dios por la poca fe y por el desbordamiento de los vicios. Con esta teología se ha venido engañando hasta hoy a través de las vicisitudes de toda índole.

«Nuestros crímenes provocan las derrotas del ejército romano», lamentaba en 396 el padre de la Iglesia, san Jerónimo, durante la primera gran acometida germánica. «Ay de nosotros, que hemos puesto a Dios en contra de nosotros, de manera que ahora se sirve de la furia de los bárbaros para desencadenar su cólera contra nosotros.» En forma análoga se interpreta la conquista de Roma el 410; así lo hace en su tiempo el sacerdote hispano Orosio, para quien el causante fue «el pueblo pecador», «debiéndose más a la cólera de Dios que a la fuerza del enemigo». Y todavía en el siglo XX florece esa mentira mojigata, y tras haber perdido la primera guerra mundial se escribe en Alemania: «¿Dónde ha estado el fallo? En la vitalidad y carácter consecuente de nuestra convicción de fe» (¡exaltada, sin embargo, con entusiasmo durante cuatro años!). E inmediatamente después de la derrota en la segunda guerra mundial el jesuita alemán Max Pribilla declara en el devocionario jesuítico que el nazismo es la ruina total de «la incapacidad caracterológica» de los alemanes; antes, y por supuesto en la misma revista, había exaltado la «revolución alemana» de Hitler en un tono que recordaba a Goeb-bels.[24]

De nuevo Agustín, un hombre versado —que escribió no menos de 22 libros contra los paganos, que atribuían la caída de Roma y el abandono de los dioses al fracaso del dios cristiano—, reflexiona cautamente que el desenlace de una guerra no prueba por sí mismo su justicia. Los planes de Dios son misteriosos y están ocultos a todos. En este sentido se recurría gustosamente a ciertos textos apropiados de los Salmos y de otros libros bíblicos, tan pronto como los designios de Dios se antojaban progentiles, absurdos e injustos. Pero siempre y sin riesgo se podía profetizar la victoria final de Cristo y se exalta ese triunfo último con títulos gloriosos, que le repugnaban y que en su mayoría había ignorado la Iglesia antigua: «Soberano de los cielos», «Señor de la gloria», «Dios Rey», «el Dios todopoderoso», el «Emperador triunfador y glorioso», «Héroe victorioso», etc.[25]

37

La tara del pasado

De norma ordinaria los germanos no se convirtieron individualmente, sino más bien en forma cooperativa y tribal. Y eso porque, a diferencia de los griegos y los romanos cultos, los «bárbaros» accedían de modo rápido y fácil a la tutoría de la Iglesia, sin la hondura cultural e histórico-religiosa con la que los presentan los relatos de sus «convertidores» cristianos.

La misma palabra *«barbarus»* tenía un sentido marcadamente despectivo. En el cristianismo se venía utilizando tradicionalmente en una acepción negativa como contrapuesta a *«christianus»,* hasta que los pueblos germánicos se convirtieron al catolicismo y aparecieron los musulmanes como los nuevos «bárbaros» —¡bereberes, berberiscos!—. Y es que lo no católico, necesariamente tiene que ser del diablo.

[24] Hieron. ep. 60,17. Oros. 7,39. Todt 27 ss. Mollat 31. Deschner, Die Politik der Papste I 236 ss, espec. 270 s con referencias de fuentes y bibliografía.

[25] Schmidt, Germanischer Glaube 57 s. Cram 7. Todt 27 ss.

No obstante lo cual, *«barharus»* puede servir como autodesignación de los germanos, cuyo paganismo por lo demás persiste en parte bastante tiempo, aunque aparentemente lo hubieran abandonado con tanta facilidad.[26]

Los papas enviaban sus legados a los príncipes, pues teniéndolos a ellos —sus mujeres eran ya a menudo católicas—, más pronto o más tarde se tendría también al pueblo. La religión era un hecho político, como lo sigue siendo hoy aunque en circunstancias totalmente distintas, y con persuasiones, promesas y amenazas los grandes arrastraban tras de sí a sus partidarios. En todo caso la convicción creyente no la decidía el evangelio, sino el decreto real, el matrimonio principesco, la conquista o el pacto. En su mayor parte la gente pasaba «con pie rápido de una religión a la otra» (Beetke).[27]

También en una escala menor se iniciaba la «conversión» por los hacendados, por los terratenientes. Pues de ordinario los propagandistas del cristianismo empezaban por ganarse a los grandes agricultores y en sus posesiones establecían un punto de apoyo, dejando tras de sí una pequeña iglesia y unos discípulos, para pasar al señor inmediato.

De un modo no excesivamente laborioso se sometió a muchísimos «bárbaros», que pronto veneraban respetuosamente a todos los sacerdotes y monjes «santos», hondamente impresionados por exorcismos, ceremonias y milagros. Con fe acogían unos misterios y unos dogmas tan extraños y con devoción medrosa se ponían al servicio de aquel prepotente chamanismo meridional, animados al parecer sólo por el deseo de hacer rica y poderosa la Iglesia, para salvación de la propia alma, por horror al fuego del infierno y por anhelo del paraíso.[28]

La «evangelización» se operó de forma desigual, fuera de las ciudades a ritmo más lento, pues aunque los francos paganos habitualmente no opusieron una gran resistencia, de cuando en cuando, y especialmente en el campo, se entregaban obstinadamente a la destrucción de sus ídolos. En el campo religioso el hombre se muestra especialmente conservador. Y así como todavía hoy los campesinos, los habitantes de los pueblos se mantienen con mayor firmeza en el cristianismo, así también a finales de la Antigüedad ya comienzos de la Edad Media fueron los campesinos los que más tiempo persistieron en el paganismo, mientras que los habitantes de las ciudades, que hoy en su mayoría ya no son cristianos, a menudo fueron ya entonces predominantemente cristianos. Ahora bien, los germanos eran campesinos aldeanos, en su gran mayoría, y en Austria los paganos francos y alemanes eran más numerosos que los cristianos autóctonos.

38

El cristianismo era una religión urbana y desde que se convirtió en una religión estatal fue también —lo que no deja de ser bastante grotesco, si se piensa en su origen revolucionario— la religión de los círculos feudales y dirigentes, que en ella buscaron sobre todo su propio provecho. Durante largo tiempo los campesinos persistieron en sus creencias tradicionales, en sus divinidades, y sobre todo en su tríada gálica: el culto de Júpiter, de Mercurio y de Apolo. E incluso después de haberse «convertido»

---

[26] RGAK 1976 II 49 s. LMA 11434 ss. Rückert, Die Christianisierung 6,16 ss.

[27] Baetke 1943, 143 ss. 1962, 7 ss. Frank, Kirchengeschichte 23 s. Angenendt, Taufe und Politik 159. Id., Frühmittelalter 173.

[28] Schubert, Zur Germanisierung des Christentums 392 s. Id., Geschichte der christiichen Kirche 1150. Baetke 25 s. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 138. Reuter, Germany 42.

volvían una y otra vez a la veneración —sin duda mucho más bella y coherente— de los árboles, las piedras y las fuentes.

Durante siglos los sínodos fustigaron los usos paganos, desde el Concilio de Valence (374) hasta bien entrado el siglo IX. Sólo entre el sínodo de Orleans (511) y el de París (829) los cánones de al menos 19 asambleas episcopales lanzaron pestes contra las creencias y las prácticas del paganismo campesino, que conservaba la tradición con tenacidad mucho mayor que la nobleza acomodaticia.

Los germanos eran de una piedad natural, por decirlo así, no camuflada ni impuesta, sino idéntica a su manera de ser. Tenían una religión natural de rasgos claramente panteísticos, marcada por la adoración de los dioses del bosque, del monte, las fuentes, los ríos y el mar, por la veneración del Sol, de la luz, del agua, de los árboles y los manantiales; en el fondo, como hoy precisamente ha podido saberse, mil veces más coherente que la fe cristiana en los espíritus, a cuyos dictados una civilización tecnocrática e hipertrófica ha llevado la naturaleza casi a la ruina.

El *Lexikon für Theologie und Kirche* culpa a la «religión de los germanos», entre otras cosas, de su creencia en el destino y en especial la creencia «en demonios y fantasmas» (aunque nunca de forma más extensa y extravagante que en el cristianismo primitivo). Pero no es así; esa creencia germánica en demonios y fantasmas fue la que acabó desempeñando «un gran rol, a menudo torturante y opresivo» ¡y qué justamente se convirtió en «fuente de la posterior brujería»! El cristianismo es inocente: simplemente hubo de eliminar las secuelas de la «fuente» y orillar la tara del pasado por decirlo de alguna manera, hubo de cazar, torturar y quemar a las brujas malas...

39

«Destrucción demostrativa...»

Durante el período merovingio a menudo pasaron a un primer plano en la evangelización ciertos «problemas de poder del Dios de los cristianos»: de una parte, los «milagros»; de la otra, la destrucción de los lugares de culto paganos. Las imágenes de los dioses —mediante una aniquilación impune— fácilmente se demostraron como obra impotente del hombre, mientras que el «espiritual» Dios cristiano reinaba intocable sobre las nubes del cielo. Además, los francos paganos eran por lo general tolerantes y no contaban con una casta sacerdotal en tanto que se enfrentaban a una organización eclesiástica fanática, que no retrocedía ante los bautismos forzosos, si bien es verdad que al menos en los comienzos se daba por contenta con una condenación formal de las creencias viejas y con una confesión de labios de la nueva fe. Certeramente califica R. W. Southern la Europa medieval como una sociedad coactiva, en la que cada persona triunfaba por el bautismo.[29]

Mas eso no fue todo; pronto se empezó también con la demolición de los templos y los altares paganos.

---

[29] LThK IV 432. RAC VIH Gallia 1913 ss. LMA IV 1339. Hanlein, Die Bekeh-rung I 84. A. Hauck 7. A. 1952 1116. Schmidt, Germanischer Glaube 41 ss. Stamer, Kirchengeschichte 22 ss. Schubert, Zur Germanisierung des Christentums 392 s. Id., Geschichte der christiichen Kirche I 150. Graus, Volk 154 ss., 162 ss. Fleckenstein, Grundlagen 41. Zóllner, Geschichte der Franken 177. Southern, 18. HKG II/l. Gur-jewitsch 97 s. Bemmann 53 s.

Así, ya hacia 336 los cristianos de Tré veris arrasaron el recinto sagrado de Altbachtal, probablemente por iniciativa del obispo del lugar, san Máximo, y de san Atanasio (que por entonces vivía en Tréveris). No menos de 50 capillas con dioses nórdicos, un teatro para representaciones cúlticas y un santuario de Mitra fueron arrasados hasta los cimientos. En Bonn fueron destruidos algunos altares consagrados de las matronas aufinianas. En Karden las amplias instalaciones, que comprendían el templo principal de Marte, fueron reducidas a escombros hacia el 400. Se destruyó un gran templo en el nacimiento del Sena y otro en Orleans (al que se pegó fuego por orden de la reina Radegunda, una santa católica), y ya a finales del siglo ni el Mithraeum o templo consagrado a Mitra en Mackwiller. Y cuanto más poderoso se hacía el cristianismo, mayor fue la violencia: «la destrucción demostrativa de lugares de culto paganos se ha convertido en un rasgo frecuente de la historia de las conversiones» (Schieffer).[30]

San Galo, tío de san Gregorio de Tours y más tarde obispo de Cler-mont- Ferrand, siendo sacerdote y «compañero» de Teuderico I, el hijo mayor de Clodoveo, redujo a cenizas en Colonia un templo pagano con todos los «ídolos», y sólo con gran dificultad pudo el rey salvarlo de la furia de los campesinos. «Miembros de madre y exvotos por curaciones y para los banquetes en el santuario, que tanto irritaron a Galo, existían también en las iglesias martiriales» (Oediger). Tal vez se irritó también en buena medida por eso. Pero en el canto coral «hechizaba a cuantos le escuchaban» y, ya de obispo, «resplandeció con todas las virtudes de un verdadero pontífice», incluido el «don de los milagros» (su fiesta es el 1 de julio).[31]

40

Hacia 550 el diácono Wulfilaich indujo a los *«rustid in territorio Tre- vericae urbis»* (los campesinos de la ciudad de Tréveris) a la demolición de una estatua imponente de Diana (originariamente sin duda de Ar-duinna, la diosa celta), «a la que el pueblo supersticioso adoraba idolátricamente». Como él era demasiado débil, lo hicieron por él los campesinos, después de que «sin cesar» hubiese debilitado la voluntad de la gente sencilla. «Pues las otras imágenes, que eran más pequeñas, ya él personalmente las había hecho añicos.» Sin duda, también allí ocurrieron milagros.[32]

Algunos de los santos cristianos conocidos en la lucha contra el paganismo se convirtieron en incendiarios y salteadores.

En el Tirol trabajó san Vigilio, obispo de Trento, «con celo fervoroso en la difusión del cristianismo» (Sparber), hasta que un día destruyó en Rendenatal un ídolo muy venerado, que se alzaba sobre una roca escarpada, una estatua de Saturno. Unos 400 campesinos irritados, «paganos, obstinados y feroces», lo apedrearon. En Italia le están dedicadas muchas docenas de iglesias.

En Monte Cassino también san Benito (fallecido en 543), el «padre del monaquisino occidental», y cuya severidad provocó varios intentos de asesinato contra él por parte de sus primeros monjes y del sacerdote Florentino, se cebó contra el antiguo templo de Apolo, el último templo de ese dios que recuerda la historia. Benito todavía encontró allí paganos, taló sus bosques sagrados y destruyó el ídolo y el altar; pero todavía en 1964 el papa Pablo VI lo nombró patrón de Europa.[33]

---

[30] LThK VIII[1] 605. Stamer 14. Egger 410. Schieffer, Winfrid-Bonifatius 147s.

[31] Greg. Tur-, Vitae patrum 6, 2. RAC XII 1983, 900. Vogel II 3 s. Oediger, Das Bistum Kóln 70.

[32] Greg. Tur. 8,15 s.

[33] Greg. I Dial. 2,8; 2,19. Wetzer/WeIte XI 691 s. LThK X' 610. dtv-Lexikon der Antike, Philosophie I 239.

En la región de Bregenz un irlandés, llamado san Columbano el Joven (fallecido en 615), con la ayuda de sus monjes extirpó por completo la idolatría, mientras que de forma directa o indirecta enriquecía el mundo con cerca de un centenar de monasterios en el siglo VII.

Poco después Columbano marchó a la Galia, donde «la vida cristiana casi había desaparecido y sólo se mantenía la confesión» (Joñas von Bobbio), y allí fundó la propaganda católica *(«mission»)* en el interior del continente. El asceta severo, que exigía la «mortificación» *(mortifi-catio)* y cuya *Regula monachorum* imponía castigos draconianos por las «faltas» más ligeras, fue al mismo tiempo un importante personaje político. Mimado por los merovingios y perseguido por Brunichilde («una segunda Jezabel») así como por «Teuderico el perro», y en disputa también con obispos borgoflones, pasó huyendo de un lugar a otro en su *«peregrinatio pro Dei amare» o «pro Christo»,* obrando milagros de curación y de castigo, siempre en lucha contra la «superstición de los paganos» («Destruid a sus hijos») y sus templos, a los que había que «pegar fuego». Pese a lo cual, todavía en el siglo XX el *Lexikon für Theologie und Kirche* magnifica su «celo fervoroso». Tras la eliminación de Teudeberto II por Teuderico en 712, Columbano escapó de los merovingios católicos a Italia, buscando la protección del rey longobardo Agilulfo, que era arriano. Pero continúa prestando su ayuda contra las inundaciones y las enfermedades mentales y se le tiene por patrón de Irlanda. La institución misionera Society of St. Columban, fundada en Dublín en 1916, ha desarrollado su actividad sobre todo en China. Y en la propia Irlanda es evidente que todavía hoy continúa dejándose sentir el «celo fervoroso» de Columbano.

41

Uno de sus discípulos, san Galo, le asistió en su labor misionera y, expulsado de Borgoña, en las regiones ribereñas de los lagos de Zurich y de Constanza derribó templos, quemó bosques sagrados y, en una palabra, emprendió la caza de ídolos, para abrir por Jesucristo «el camino del reino de los cielos» a la generación pagana «hundida en la inmundicia». Por su parte se mantuvo firme en sus criterios en constantes enfrentamientos con Columbano —entre santos andaba el juego—, de quien se separó. Y mucho tiempo después de que su tumba fuese repetidamente violada y de haberse operado en ella numerosos milagros, el violador de templos ascendió a la categoría de «santo nacional», a la vez que patrón de St. Gallen y de los enfermos de fiebre, así como santo protector de gansos y gallinas.[34]

Particularísima fortuna espiritual tuvo Amando, oriundo de Aquitania, formado

---

LMA 11867. Donin, II 251 s. Zóckier 357. Hániein 63 s. Schuitzc, II 184,197. Gregorovius 11 242. Sparber, Kirchengeschichte Tirols 8, 33 s. El autor teólogo utiliza la expresión gráfica «por celo ardiente» dos veces seguidas. Graus, Volk 185. Sobre la pasión de mando de Benito y su insistencia en el sometimiento estricto hasta la muerte, ver Felten, 201 ss., 236 ss. Comp. también 198 s

[34] Joñas de Susa (Bobbio), Vista Colum. c. 4s.; 10; 18 ss.; 23 ss. Vita Galli 5 ss. Wetzer/WeIte II 696 ss. LThK IV 278. III' 1 s. Fichtinger 230. LMA III 65 ss. Grupp 1360. Stonner, Heilige der deutschen Frühzeit 115 ss-, 27 ss. Buchner, Germanentum 160 s. Tüchie I 54 ss. Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 248 ss. Mayer, Geschichte des Bistums Chur 1 68 s. Walterscheid, Deutsche Heilige 45 ss. Büttner, Frühmittelalterliches Christentum 15. Id., Geschichte des Elsass 37 ss. Blan-ke 34 ss., 49 ss., 64 ss. Helbiing 5 ss. Hümmeler 487 s. Frank, Die Kiosterbischófe 25. W. Müller, Der Anteil der Iren 338 s. Schäferdiek, Columbans Wirken 171 ss., espec. 196 ss. Daniel-Rops 296. Berschin 257 ss. Bosi, Europa im Mittelalter 78. Ewig, Die Merowinger 111 s., 123 ss. Sleinbach, Das Frankenreich 25 s. Schneider, R., Das Frankenreich 85. Prinz, Entwickiung 237 s. Id-, Askese und Kultur 38 s. Id., Die Rolle der Iren 203. Wood 63 ss.

en el monasterio de Oye (en La Rochelle) y más tarde obispo misionero, apóstol de los belgas y hombre de confianza del papa Martín I. En una peregrinación a Roma se le apareció san Pedro en persona. Pero, aun con la ayuda celeste, no siempre le fueron bien las cosas. Como en los alrededores de Gante, su epicentro propagandístico, despreciasen su buena nueva, obtuvo un decreto real imponiendo el bautismo por la fuerza; caso único según parece en la historia misionera del período merovingio. También parece que se convirtieron «voluntariamente» los viejos creyentes por la acción de sus milagros (entre los cuales la resurrección de un ejecutado) aunque para Amando —como para muchos otros monjes de la mentalidad de Lueuil— no era tan importante el bautismo de los paganos como el afianzamiento del cristianismo según las orientaciones de Roma.

En la Galia septentrional misionaron también el monje infatigable Joñas de Bobbio, ayudante de Amando, y los santos Vadasto, Audo-mar, Ursmar, Lupus o Eligió, obispo de Noyon. Entre los numerosos milagros de este último la cristiandad celebró especialmente su «Operación caballo». Eligió cortó la pata a un jamelgo recalcitrante, al que tenía que herrar, le fijó cómodamente la herradura sobre el yunque y después volvió a colocarle la zanca al animal. Y naturalmente se ganó, entre otras cosas, el patronazgo de los herradores. Y en su honor se celebra todavía hoy junto al lago de Constanza la «Eulogiusritt» con la bendición de los caballos.[35]

42 Uno de los combatientes más feroces contra el paganismo en el Occidente europeo fue Martín de Tours (fallecido en 397). Pese a la obstinada resistencia que en ocasiones le opusieron los campesinos, con ayuda de sus secuaces que formaban la horda monacal, arrasó los templos, derribó las piedras de los druidas y taló encinas sagradas, defendidas a menudo con saña.

«Pisoteó los altares y los ídolos», según Sulpicio Severo. Y, ello no obstante, el santo era «un hombre de admirable mansedumbre y paciencia; de sus ojos irradiaban una serenidad apacible y una paz imperturbable...» (Walterscheid, con imprimátur).

El paladín de la fe contaba sin duda con los mejores requisitos para la aniquilación del paganismo. Había coronado una carrera de valentón en el ejército romano (siendo Juliano emperador) y había iniciado su trayectoria cristiana como expulsador de demonios. Es significativo que creyese ver al diablo en figura de Júpiter, de Mercurio e incluso de Venus y Minerva, teniendo por lo demás la firme convicción de que Satán se escondía en los «ídolos».

Debido a sus «resurrecciones de muertos» Martín llegó a obispo, convirtiéndose después en el santo de los reyes merovingios y de los emperadores carolingios, para acabar siendo el santo patrón de los franceses. Todavía hoy son 425 los pueblos de Francia que llevan su nombre. El nombre de un incendiario, de un ladrón, que con los pedestales de los paganos arruinó lo más santo y arrasó todos los templos, pasó a ser el «símbolo de la iglesia imperial franca» y, más aún, «parte integrante de la cultura imperial de los francos» (Bosi).

Su fama internacional se la debió al rey asesino Clodoveo, que sentía una enorme veneración por Martín; por su causa mató a palos a un soldado propio, que había cogido algo de heno en los campos del hombre de Dios: «¿Dónde quedan nuestras

---

[35] Wetzer/WeIte 1194. Keller, Redaras Lexikon 31,167 ss. LMA I 510. Vogel II 112, 527 ss. Daniel-Rops 296. Ewig, Die Merowinger 137 s., 150. Werner M., Der Lütticher Raum 231 ss. Fontal 266 s.

perspectivas de victoria, si ofendemos al santo Martín?». En sus expediciones militares los príncipes merovingios llevaban la legendaria capa de este hombre como una reliquia sagrada. Sobre ella se formulaban los juramentos y se pactaban las alianzas. El lugar en que se conservaba se llamó Capella (diminutivo de *capa),* y el responsable clerical de la misma *capellanus.* Tal es el origen de las palabras «capilla» y «capellán», que con pequeñas variantes han entrado en todas las lenguas modernas... Y, como quiera que en todos los lugares en los que había arrasado los centros de culto paganos, de inmediato hacía construir sobre las ruinas edificios cristianos, y entre ellos el primer monasterio galo (Ligugé), todavía hoy es considerado como «el precursor del monaquismo occidental» (Viller Rahner).[36]

43

Las destrucciones de templos gentiles las certifican muchas fuentes eclesiásticas, como las *Vidas* del arzobispo de Lyon, Landberto, de los osbispos Gaugerico de Cambrai, Eligió de Noyon, Lupus de Sens, Hug-berto de Tongern y Lovaina o del abad y obispo misionero Amando.[37]

Los monasterios se levantaron preferentemente sobre las ruinas de templos paganos arrasados. Así surgieron, por ejemplo, San Bavón en Gante, San Medardo en Cambrai, el monasterio de Wulfilaico en Epo-sium o Fleury- sur-Loire, que ocupó el lugar de un antiguo santuario druida de los galos. El Martyrium de San Vicente de Agen, levantado ya en el siglo IV, se alzó evidentemente sobre un *fanum* pagano. En Colonia, donde tal vez predicó el cristianismo Ireneo de Lyon, se ha encontrado bajo la iglesia de Santa Úrsula una amplia necrópolis pagana.[38]

Aunque en Occidente se cerraron sin más muchos templos y muchos altares simplemente fueron retirados, entre francos, sajones y frisones la Iglesia quemó o destruyó por entero los santuarios paganos, convirtió los lugares de sacrificio en cañadas de ganado y taló árboles sagrados; y todo ello pese a que sobre todo en el

---

[36] Cuando en el período de Suelo y Raza (Blut und Boden) Johannes Walterscheid publicó con el Imprimatur eclesiástico «Heilige deutsche Heimat», en un recorrido por el año eclesiástico no se le podía ver naturalmente como bueno a san Martín, que había destruido cuanto los campesinos de su tiempo continuaban venerando altamente, como templos, altares e ídolos. Consecuentemente el católico W. simplemente observa que en el país «todavía dominaba el paganismo» y que templos, altares y columnas de los antiguos dioses surgían «todavía por doquier» y «aún se celebraban procesiones públicas con estatuas de dioses». Sigue inmediatamente la frase que cela groseramente las acciones infames del santo: «Entonces se convirtió Martín en el apóstol del pueblo común, de los campesinos y pastores que habitaban en la tierra llana». Pero ruinas e incendios por doquier se encuentran voladamente en la frase escrita poco antes de que «también la lengua de fuego del apostolado vino sobre él». Al morir Martín —según relata Gregorio de Tours—, en la lejana Colonia el anciano obispo Severino escuchó el canto de los ángeles, que llevaban al cielo el alma de Martín. (El historiador Mathias Zender habla aquí de la única noticia se- mihistórica de la vida de san Severino, de quien continúan conociéndose más de 170 lugares de culto.) Greg. Tur. 1,39. Sulp. Sev. Vita Mart. 12 ss. Dial. 2,8. Comp. asimismo Dial. 1,4; Vita b. Maurilii 2. LThK VI' 984 ss. dtv-Lexikon der Antike, Religión II 84. RAC VIII 1972 Gallia I 914 s. Schuitze, I 271 s. II 104 s. Zwólfer 68 s. Schnürer, Kirche und Kult I 208. Walterscheid, Deutsche Heilige 13 ss. Id., Heilige deutsche Heimat II 265. Viller/Rahner 179. Zender, Die Verehrung 257 s. Deichmann 105 ss. Levison, Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 28 s. Schneider, C., Geistesges-chichte II 300. Ewig, Der Martinskult 11 ss. Graus, Volk 154 s. Prinz, Klerus und Grieg 39. Id., Entwickiung 223 ss. Bosi, Europa im Mittelalter 43, 79 s. Weigel 86.

[37] Greg. Vita patr. 6,2. Baudoniv, Vita Radeg. 2,2. Vita Gaug. 13. Vita Eligii 2,8. Vita Lupi Senon. 11. Vita Landiberti 10. Vita Hugberti 3. Vita Amandi 13. Según Zóllner, Geschichte der Franken 176 S. Asimismo RAC VIII 1972, Gallia I 914.

[38] RAC VIII 1972, 894, 916. Prinz, Entwickiung 255.

período merovingio el verdadero mártir de la fe fue «ciertamente un valor raro» (Graus). Pero cuanto más avanzaban las conversiones, tanto menor era el miramiento con que el clero lo arrasaba todo..., aunque el vicario capitular Konrad Al-germissen pretenda hacernos creer que sólo «en casos muy contados» se llegó a la «adaptación forzosa»; y, naturalmente nunca «con métodos violentos por parte de Roma o de la Iglesia, sino por parte de príncipes germánicos». (Sin embargo, el mentiroso tenía «ante los ojos la palabra "verdad" como norma... de todas mis explicaciones», y además ya en el prólogo —¡en 1934!— exaltaba el Estado nazi y su gobierno; y se entiende que todo ello con imprimátur eclesiástico.)

Estado e Iglesia promovieron al alimón la difusión de la nueva fe y la aniquilación de las creencias antiguas. Así el rey Childeberto I en una constitución del año 554 —«de acuerdo, sin duda, con los obispos» (A. Hauck)— ordenaba: «Los ídolos paganos de los campos y las imágenes dedicadas a los demonios deben ser retirados de inmediato, y nadie puede impedir a los obispos el que los destruyan».

En el siglo siguiente el papa Bonifacio V (619-625) propagó el cristianismo por Inglaterra y escribía a Edwin, rey de los anglos, en estos términos: «Deberíais destruir a los que hasta ahora habéis tenido por dioses, estando hechos de material terreno, con todo celo hay que destrozarlos y hacerlos añicos». Y así, poco tiempo después, en 627, Coifi, arcipreste convertido de Northumbria, rompió una lanza en su propio templo.[39]

El Concilium Germanicum, el primer concilio convocado en 742-743 en el territorio germánico del imperio franco, disponía asimismo que «el pueblo de dios no fomente ninguna cosa pagana, sino que rechace y aborrezca toda inmundicia de los gentiles, ya se trate de ofrendas a los muertos o adivinación, de amuletos o signos de protección, de conjuros o sacrificios conjuradores, que gentes necias ofrecen junto a las iglesias y a la manera pagana, invocando a los santos mártires y confesores, con lo que provocan la cólera de dios y de los santos, para acabar alrededor de los fuegos sacrílegos, que ellos llaman *"neid fyr"».*[40]

Cualquier otra creencia resulta abominable, o insoportable pura y simplemente, para los defensores de la fe «verdadera», de la única fe verdadera y beatificante. Y así el ejercicio de los cultos paganos estuvo legalmente penado con graves castigos: proscripción más o menos larga o de por vida, privación de derecho o de sepultura sagrada, confiscación de bienes o, tratándose de pobres, reducción a la esclavitud. Fueron objeto de severas prohibiciones el comer «de los manjares ofrecidos a los ídolos», los banquetes, cantos y bailes paganos, así como la conservación de estatuas de dioses, que incluso las subterráneas sirvieron como material de construcción para capillas cristianas.[41]

A fines del siglo VIII el *Indiculus superstitionum paganorum,* con destino a los «convertidores de los paganos» de la Gemianía occidental, enumera treinta prácticas,

---

[39] Beda, H. E. 2,13. Kühner, Lexikon 41. Hanlein I 71. Algermissen XI ss., 229. Beisel, Studien 130. Graus, cf. nota 41.

[40] Concil. Germanicum can. 5.

[41] Greg. Tur. Vita patrum 6,2; Baudonivia, Vita Radegundis 2,2; Vita Lupi episc. Sen. c. 13; Vita Hugberti episc. Traiect. c. 10; Vita Eligii episc. Noviomag. 2,8. 1. Sin. Orí (511) c. 30,2. Sin. Orí. (533) c. 12; 20,4. Sin. Orí. (541) 15 s. Sin. Elusa (Eauze/511) c. 3 Sin. Tours (567) c. 22. Keller, Reclams Lexikon 209 s. Schuitze, II 113 ss. Weinhold, Die deutschen Frauen I 71 s. Schmitz 319. Hanlein II 9. Graus, Volk 156 ss., 184 s.

condenadas con antelación por los concilios galos: magia, conjuro de tempestades, adivinación, determinados banquetes, bailes, ritos del culto fúnebre, sacrificios y *fana* para los genios de los árboles, piedras y fuentes, fiestas y sacrificios, sobre todo los ofrecidos en honor de Júpiter (Donar) y de Mercurio (Odín).[42]

Pero los supuestos políticos y militares para todas esas medidas misioneras se establecieron entre los francos bajo su primer gran caudillo, que fue Clodoveo I.

[42] RAC VIII Gallia I 917.

46

CAPÍTULO 2. CLODOVEO, FUNDADOR DEL GRAN IMPERIO FRANCO

«... Una de las figuras más descollantes de la historia universal.»
WILHELM VON GIESEBRECHT, HISTORIADOR[1]

«Y es seguro que él se supo cristiano, y cristiano católico, cosa que se manifiesta una y otra vez en las distintas actuaciones de su reinado.»
KURT ALAND, TEÓLOGO[2]

«Asociado a la gran unidad viva, que es la familia de la Iglesia católica, sin haber pasado por un período confuso de incultura arriana, ese pueblo fuerte e inteligente [de los francos] asimiló un alimento espiritual constante que lo capacitó para la grandeza.»
HARTMANN GRISAR, SJ[3]

47

El encumbramiento de los mcrovingios

El solar originario de los francos, cuyo nombre se asoció a comienzos de la Edad Media con los conceptos de «valiente», «audaz» y «atrevido», estuvo en el Bajo Rin. Su pueblo, que careció de una dirección unitaria, surgió probablemente de la coalición de numerosas tribus pequeñas a lo largo de los siglos I y II cristianos, entre los ríos Weser y Rin. Se les menciona por vez primera apenas superada la primera mitad del siglo ni, cuando sostuvieron luchas encarnizadas contra los romanos que se prolongarían a lo largo de los siglos IV y v. Los francos asentados en la orilla derecha del río abrieron brecha entonces en la línea romana de defensa del Rin, que probablemente algunos ya habían superado antes infiltrándose en la región limítrofe. Avanzaron sobre Xanten, que la población romana había evacuado hacia 450, habiéndola ocupado después la pequeña tribu franca de los chatuarios. Penetraron después en el territorio entre el Rin y el Mosela; tomaron Maguncia y Colonia, ciudad ésta que al ocuparla definitivamente hacia 460 convirtieron en el centro de un Estado franco independiente, la Francia Rinensis, inmediato a la orilla izquierda del gran río. Poco a poco se anexionaron el territorio del Mosela hasta el Maas. Durante la primera mitad del siglo V conquistaron cuatro veces la ciudad de Tréveris y otras tantas la recuperaron los romanos, hasta que en 480 pasó a ser definitivamente de los francos. El número de sus habitantes, de unos 60.000 en el siglo IV, descendió a unos pocos millares en el siglo VI.

Los invasores fundaron en Bélgica y Francia septentrional pequeños principados francos, sometido cada uno de ellos a un *regulus o* reyezuelo. Ya hacia 480 toda la región renana entre Nimega y Maguncia, el territorio del Maas en torno a Maastricht, así como el valle del Mosela desde Toul a Coblenza, pertenecían a la Francia Rinensis.

---

[1] Introducción W. v. Giesebrecht en: Gregor von Tours, Fránkische Geschichte I 9.
[2] Aland, Kirchengeschichtiiche Entwürfe 30.
[3] Grisar, Rom 87.

Los romanos permitieron el asentamiento a los francos con la condición de que les prestasen como *«foederati»* (aliados) ciertos servicios militares y llegaron a ser sus compañeros de armas más leales de todos los germanos, aunque por lo general se desgarraron entre feroces contiendas tribales.

48

Pero al final fueron los merovingios los que pujaron por toda la Galia romana.[4]

A finales del siglo V los ríos Somme y Loira enmarcaban aproximadamente la parte del territorio que todavía controlaban los romanos, rodeados casi por completo de pueblos germánicos. Los territorios más extensos los ocupaban visigodos y burgundios en el sur y el sureste, los alemanes estaban asentados en el este y los francos en el norte, aproximadamente entre el Rin y el Somme. Pero así como los germanos estrangulaban a los romanos, así también los francos se asfixiaban mutuamente en pequeñas tribus gobernadas por reyezuelos y con un poder muy limitado tanto territorial como políticamente. Eran, sin embargo, unas tribus organizadas democráticamente, de una forma «militar-democrática», y sus caudillos dependieron siempre considerablemente de la voluntad de todo el pueblo libre. La «totalidad de *\osfranci»,* de los hombres de armas libres, elegía al rey y lo deponía cuando ya no se ajustaba a sus deseos.[5]

Uno de aquellos primeros reyezuelos, de los que algo sabemos, fue Clodio (hacia 425-hacia 455), el caudillo de los salfrancos que avanzaron a sus órdenes desde Toxandria. Hacia 425 se apoderó de la ciudad romana de Cambrai en el curso superior del Shelde; aproximadamente en 435 sufrió una grave derrota a manos de Aecio, general en jefe del ejército romano y en la práctica supremo gobernador de la Galia, cerca de Arras. Pero el año 455 ocupó el territorio hasta el Somme. Clodio es el primer merovingio del que se conservan testimonios fiables. A su linaje pudo pertenecer Merovech, sin duda un pariente coetáneo y antepasado y tronco de la dinastía que lleva su nombre, que desde el siglo IV fue una de las «familias principescas» más destacadas de los francos. Y pronto los salios, de gran agresividad (a diferencia, por ejemplo, de los reyes francos renanos que gobernaban en Colonia, los jefes de la Francia Rinensis, de las provincias de Maguncia y del Mosela, merovingios en sentido agnático o de descendencia por línea masculina), dominarán durante dos siglos en la Galia.[6]

Merovech, el héroe epónimo, que según la tradición legendaria fue criado en la playa por un monstruo marino, mitad hombre mitad toro (la cabeza de toro desempeña un papel importante en el simbolismo de los merovingios), fue padre de Childerico I, un príncipe franco que gobernó en Tournai. Todavía bajo el mando supremo de los comandantes galorromanos —Egidio, el conde Paulo, Siagrio, hijo de Egidio— con residencia en Soissons combatió contra visigodos, sajones y alanos (¿o alamanes?); pero en su larga lucha contra los germanos como aliado de Roma, Childerico acabó forjando su propio poder. Cierto que sirvió con lealtad; pero al

---

[4] Salv., de gub. dei 6,13. Behn 79. Vogt, Der Niedergang 510. A.v. Müller, Geschichte unter unsren Füssen 118. Lasko 211. Maier, Mittelmeerweit 126. Dannen-bauer, Grundiagen 103. Zóllner, Geschichte der Franken 25 ss. Steinbach, Das Frankenreich 5 s. 10. Dóbler 113 ss. Bleiber, Das Frankenreich 42 ss.

[5] Bleiber, ibíd. 44 s. Para el concepto de rey y realeza en general comp. por ejemplo Antón LMA V 1298 ss., espec. 1300 s.

[6] Greg. Tur. 2, 9. LMA II 1861 s., 1863, HEG I 253. HKG II 2, 114 s. L. Schmidt, Aus den Anfángen 306 ss. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 13 ss., 38. Bleiber, Das Frankenreich 36.

haberse hecho más poderoso a la sombra de los militares galorromanos, parece que empeoraron sus relaciones con Siagrio (469-486), el *«rex romanorum»* (Gregorio de Tours). Por el contrario, Childerico, que probablemente acabó al mando de la llamada *«Bélgica secunda»* —una provincia todavía formalmente romana, aunque gobernada de hecho por pequeños príncipes salfrancos—, mantuvo buenas relaciones con la iglesia gala, con la cual contactaron tempranamente los francos del Rin y del Somme. Pues, aunque no era cristiano y, según el obispo Gregorio, era tan rijoso con las hijas de sus francos que por algún tiempo hubo de huir a Turingia, concedió ya algunas inmunidades a iglesias y clérigos y mantuvo buenas relaciones con el episcopado belga, especialmente con el metropolitano de Reims.

49

Childerico murió en 482. Casi mil doscientos años después, en 1653, un médico de Amberes descubrió su tumba en Tournai, dotada de tales riquezas y suntuosidad que superaba con mucho las más de 40.000 tumbas del período merovingio, sacadas a la luz por los arqueólogos. El rey de Tournai, que apareció envuelto en un vestido de brocado ricamente recamado, con su caballo, insignias, armas y muchas monedas de oro y plata, había sido inhumado en su residencia. En 1831 desaparecieron (también) en buena parte esos tesoros funerarios, debido a un robo con fractura en la galería de arte imperial de París. *Sic transit gloria mundi.*

Ascensión relampagueante de un bandido estatal

A la muerte de Childerico en 482 le sucedió Clodoveo I (466-511), de dieciséis años y que según parece era hijo único; un potentado franco renano, al lado de otros personajillos similares, como Ragnacar de Cambrai o Chararico, cuya zona de poder no se conoce mejor. El padre de Clodoveo había puesto en marcha muchas cosas, que el hijo continuó y completó de algún modo. Pues la «ascensión relampagueante» (Ewig) de este príncipe campesino, taimado y sin escrúpulos, con quien arranca también la «prehistoria del germanismo» (Löwe), no ha dejado de ser glorificada desde aproximadamente milenio y medio. Pero desde una perspectiva ética (y en cierta modo también cristiana), desde el punto de vista de los «derechos humanos» (y de los deberes cristianos, ya entonces vigentes, como el no robar y el no matar), la carrera de Clodoveo no fue otra cosa que la ascensión fulgurante de un gángster, de un bandido estatal y eminente (para no comprometer con su proximidad a los rufianes de menor monta).

Aliado con diferentes tribus hermanas, Clodoveo amplió el territorio sálico alrededor de Tournai, que era insignificante y se reducía a una pequeña parte de la Galia septentrional en la *Bélgica secunda,* mediante el expolio continuado, asesinatos y guerras, cada vez más extendidos sobre las regiones de la provincia romana a la orilla izquierda del Rin.

50

Tales ataques llegaron primero hasta el Sena, luego hasta el Loira y finalmente hasta el Garona, con lo que los galorromanos cayeron bajo el dominio de los francos. Ya entonces eso se llamó «tener al franco por amigo, y no por vecino».[7]

[7] Greg. Tur. 2,9 ss. Fredeg. 3,11 s. LMA II 1817 ss., 1863 s. HEG 253 s. Hauck 198 ss. Menzel I 80. Vogt,

Un pueblo tan belicoso, sobre el que flotaba además la fama de desleal, resultó atractivo para el clero cristiano desde el comienzo. Los arríanos, y más aún los católicos, buscaron de ganarse a su caudillo. De hecho todos los príncipes notables de aquella época en occidente eran arríanos o paganos. Así pues, apenas Clodoveo fue nombrado rey de Tournai, a él se dirigió el metropolitano de Reims, san Remigio; varón de «ciencia eminente» y resucitador de un muerto, según el elogio del obispo Gregorio que destaca simultáneamente ambos rasgos. Pero la diócesis de Remigio ocupaba el centro del territorio de Siagrio, al que después apresó Clodoveo, con ayuda según parece de los obispos católicos de la región. Y ya entonces Remigio se sintió llamado a imponer eminencias grises «al señor rey Clodoveo, famoso y eminente por sus méritos», «consejeros que fomentasen su prestigio».

«Muéstrate lleno de devoción a los obispos *(sacerdotes)* y sigue siempre su consejo», le escribe al príncipe aún antes de que se hiciera cristiano. «Si te entiendes con ellos, tu territorio prosperará.»[8]

Por los años 486-487 desencadenó Clodoveo las hostilidades contra Siagrio, formalmente el último representante allí del imperio romano, aunque de hecho ya independiente. Todavía en tiempos del padre de éste, que lo fue Egidio, el general en jefe del ejército, el propio padre de Clodoveo había combatido a sajones y visigodos; pero evidentemente también se había alzado ya en armas contra el mismo Egidio, exactamente igual que ahora lo hacía Clodoveo contra el hijo de aquél. El momento era propicio al haber muerto poco antes de la invasión franca el poderoso rey visigodo Eurico, el más temido por los salfrancos de toda Galia. Su muerte debió de alentar no poco a Clodoveo. Y, aliado con su primo, el reyezuelo Ragnacar de Cambrai, aniquiló en la batalla de Soissons los últimos restos del poder romano en tierras galas. Mientras el franco, «víctima todavía de la superstición pagana» (Gregorio), lo devastaba todo, permitiendo el saqueo de numerosas iglesias, Siagrio se refugió en Toulouse, la capital visigótica. Pero Clodoveo amenazó con la guerra al sucesor de Eurico un tanto debilitado; por lo que el tal Alarico II entregó al fugitivo, a quien el vencedor mató «secretamente», mientras que reforzaba su propia soldadesca con los restos del enemigo derrotado y convertía Soissons, hasta entonces sede principal de Siagrio, en su nueva residencia.

Terminaba con ello una historia de quinientos años. Todo el territorio hasta el Sena había sido depredado y el depredador, el *rex franco-ruin,* una vez afianzado su poder, iba a continuar su acción de rapiña.

51

«Posteriormente superó a muchos reyes y obtuvo numerosas victorias», proclama entusiasmado el obispo Gregorio, justo después de haber narrado ampliamente un asesinato absolutamente personal del rey.[9]

Der Niedergang 510. Dannenbauer, Grundiagen 103 s. Stern/Bartmuss 61. Stroheker, Der senatorische Adel 141. Lówe, Detschland 35,40. Zóllner, Geschichte der Franken 167. Falco 53 ss., espec. 58 y 67. Lasko 200,202,211 ss. Lautermann 866. Steinbach, Das Frankenreich 8. Bund 236 ss. Grahn-Hoek, Die fránkische Oberschicht 134 ss. Ewig, Die Merowinger 16 s., 20,78. Schneider, Kónigswahl 66 ss. Bleiber, Das Frankenreich 44 ss., 48 s. Ver asimismo la nota siguiente.

[8] Greg. Tur. 2, 31. Avit. ep. 46. Behn 79 s. Koeniger 218. Zóllner, Geschichte der Franken 44 ss. Daniel-Rops 234. Aland. Kirchengeschichtiiche Entwürfe 29 s. Bleiber, Das Frankenreich 50.

[9] Greg. Tur. 2, 27. dtv-Lexikon der Antike, Geschichte III 233. LMA II 1863. Hauck I 98 ss. Bóhner, Grabmáler 653. Lowe, Detschland 40. Stem/Bartmuss 61 s. Züllner, Geschichte der Franken 48. Steinbach, Das Frankenreich 8 s. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 20 s. Pfister, Gaul. Narrativa of Events

Un gran baño de sangre y la primera fecha de la historia de la Iglesia alemana

Pronto pasó Clodoveo de Soissons a París, que se convirtió en la ciudad más importante y, al menos desde el siglo VII, en el verdadero epicentro del reino franco, y en la que también están enterrados casi todos los reyes merovingios. Hacia el año 493, cuando ya Clodoveo había avanzado desde er Sena hasta el Loira convirtiéndose en soberano de toda la Galia septentrional y en vecino directo de los visigodos (los cuales dominaban, junto con los burgundios, la Galia meridional), llegó a ser indiscutiblemente el primero de todos los príncipes francos, y el que mayor interés despertó entre los católicos, a la vez que éstos despertaron el suyo. Desposó entonces a la ¿oven princesa burgundia, Clotilde, hija del señor territorial Chilperico II y sobrina del rey Gundobad, la cual a diferencia de sus hermanos era católica y fue venerada como santa.[10]

Probablemente esa boda la habían ya arreglado dos santos: san Avi-to y san Remigio. Dado que la táctica católica era ganarse con las consortes a los príncipes germanos y a su pueblo, muy bien pudo ocurrir que Clotilde, «la reina creyente», desde el mismo día de su boda «importunase al rey» —como dice el cronista— para que abrazase la fe ortodoxa y abandonase «los ídolos, que nada pueden aprovechar ni a sí mismos ni a los demás», y hasta puede que se burlase de Júpiter como de un «perro cochino», que había acosado a su hermana. Pero Clodoveo no cambió de opinión «en un ápice». Su estirpe simplemente no estaba todavía dispuesta para la conversión, «hasta que finalmente entró en guerra con los alemanes». Gregorio escribe «finalmente», porque su Estado casi siempre se fortaleció con las catástrofes de los demás. Sólo en medio de un «enorme baño de sangre», en el que los salios y los franco-rrenanos aliados degollaron a los alemanes paganos, cuando ya su ejército retrocedía y estaba casi aniquilado, lo visitó «la gracia decisiva» y «con lágrimas» formuló esta invocación: «Jesucristo, tú, de quien dice Clotilde que eres el Hijo de Dios vivo...», y apenas la había pronunciado, cuando los alemanes volvieron la espalda y empezaron a huir.[11]

Esto es pura leyenda. O, mejor, una historia de la Iglesia católica, que recuerda las mentiras de los padres de la Iglesia tras la victoria de Constantino sobre su colega de imperio Majencio. Pero está claro que la conversión de Clodoveo se relaciona con la guerra de los alemanes, con la que extendió su Estado depredador por el curso medio y superior del Rin, sometiendo probablemente ya a su control el territorio renano oriental.

52

110.

[10] Greg. 2,28 s.. Fredeg. 3,17 ss. Lib. hist. franc. c. 11 ss. LMA II 1948. Stern/Bartmuss 61. Zatschek 24. Zóllner, Geschichte der Franken 51, 53 ss. Bleiber, Das Frankenreich 50 ss. Steinbach, Das Frankenreich 10 s.

[11] Greg. Tur. 2,28 ss. Hauck 1106. Rückert, Culturgeschichte 1314 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirehe I 93. Stratmann IV 63 s. Schnürer, Kirche und Kultur I 35. Daniel- Rops 238. Portner 20 ss. Bosi, Europa im Mittelalter 64.

Los alamanes (o suevos), a los que se nombra por vez primera en 213, habían emigrado de la región del Elba y probablemente a fines del siglo u se habían hecho fuertes en la región del Main mediante diversas incorporaciones de emigrantes y soldados germano-occidentales. Su nombre de «alamanes» significaría lo que todavía hoy puede entender cualquiera que sepa algo de alemán: todos varones *(alie Manner)*. Los alamanes, que presionaban sobre el Rin y la línea de fortificaciones de la frontera del imperio romano, irrumpieron el año 406, acompañados en parte por vándalos y alanos, dispersándose por Galia e Hispania. La mayoría de ellos había conquistado Aisacia y una buena parte de la Suiza actual, así como el territorio entre Iller y Lech.[12]

Cuando desde allí intentaron avanzar hacia el noroeste, chocaron con los francos, y en particular con los francorrenanos, que dominaban la región del Mosela. Éstos se habían aliado ya hacia 475 con los burgun-dios frente a los alamanes, sin que se impusieran claramente hacia 490 en una batalla cerca de Colonia, donde cayó herido en una rodilla el reyezuelo local Sigiberto. Motivo suficiente para que Clodoveo atacase: hacia 496-497 moría en el campo de batalla de Toibiacum (no localizado con precisión, aunque probablemente en Aisacia) el rey alamán de nombre desconocido hasta hoy. Clodoveo avanzó sobre la Alemania de la orilla derecha del Rin y aniquiló a buena parte de sus moradores todavía paganos.

Cierto que una década después, hacia 506, volvieron a levantarse; pero de nuevo sufrieron una derrota sangrienta, probablemente en las cercanías de Estrasburgo, muriendo otra vez en la batalla el rey alamán. Perseguidos por los francos, huyeron hacia el sur hasta las regiones prealpinas: la Raetia prima (provincia de Coira) y la Raetia secunda (provincia de Augsburgo), territorios bajo la influencia del rey ostrogodo Teodorico, que contuvo a su cuñado Clodoveo y que asentó a los fugitivos en Retia, Panonia y el norte de Italia. Pero en Aisacia, en la parte meridional del Hessen renano, en el Palatinado y en las cuencas del Main y del Neckar los alamanes fueron víctimas de la prepotencia directa de Clodoveo. Y desde allí los francos se extendieron más tarde hacia el este hasta el Saale, el Main superior y casi hasta la Selva de Baviera.[13]

No se sabe con certeza cuándo se hizo bautizar Clodoveo. Santa Clotilde llamó oportunamente «y en secreto» al santo obispo Remigio, el cual ya había contactado con Clodoveo, cuando todavía los arríanos intentaban ofuscar el «espíritu fuerte» del rey. Y ahora, según escribe san Gregorio, la santa consorte procuraba por medio de san Remigio «infundir la palabra de salvación en el corazón del rey», su esposo.

53

Y, como el juego andaba entre tantos santos, al final ocurrió una especie de milagro, según era frecuente: «Todo el pueblo clamó a la vez...: Abandonamos los

---

[12] Cass. Dio. 78,13. Agath. 1,6. RGAK I123. HEG 1227 s. LMA 1263 ss. Tüchie 120 ss. Werner, Zu den alamannischen Burgen 439 ss. Peschel 259 ss., espec. 306 ss, Butzen, Die Merowinger ostiich des mittieren Rheins 27. H Keller, Spátantike und Frühmittelalter 1 ss. Demandt 276. Beisel, Studien 80 s. Incluso HKG 11/2 («Cristo dio a los francos la victoria») recuerda la «maravillosa aparición de Cristo al emperador» Constantino, antes de su victoria en el Puente Milvio (105).

[13] Greg. Tur. 2,30. RGAK 1973 I²140. s. LMA I 264. III 1852 s. HEG I 228 s. Tüchie I 34. Biittner, Geschichte des Elsass 31 s. Lowe, Deutsehiand 42. Züllner, Geschichte der Franken 56. Werner, Zu den alamannischen Burgen 453. Butzen, Die Merowinger ostiich des mittieren Rheins 27. Ewig, Die Merowinger 24 s., 55 s. Portner 22 s. Bleiber, Das Frankenreich 55 s. Una parte de los investigadores pone en 506 la guerra contra los alamanes y también el bautismo de Clodoveo, o bien en el 507-508. Los defensores de ambos puntos de vista le mencionan en Zóllner, Geschichte der Franken 57 s.

dioses mortales, rey clemente, y estamos dispuestos a seguir al Dios inmortal, que Remigio predica». Y junto con sus hermanas Lantechilde (una arriana, que ahora reconoce o al menos «confiesa que el Hijo y el Espíritu Santo son de la misma naturaleza que el Padre») y Albofledis, que se hizo monja, y en unión de unos 3.000 francos, probablemente guerreros, el rey Clodoveo se hizo bautizar en Reims con gran pompa y con la asistencia de numerosos obispos. Según unos, corría el *annus* 496-497, según otros el 498-499; mientras que según algunos investigadores, que ponen en el 506 la guerra contra los alamanes, habría que pensar en los años 506-508. «Es la primera fecha de la historia de la Iglesia alemana» (Kawerau). Curiosamente el hecho enlaza con un gran baño de sangre y constituye uno de los acontecimientos más importantes de comienzos de la Edad Media. El destino de los francos de Europa quedó fijado no tanto porque Clodoveo se hiciera cristiano, cuanto porque se hizo cristiano romano-católico; a través del imperio de Cariomagno ello condujo a una estrecha vinculación con el papado y al «Imperio sacro romano de la nación alemana».[14]

El rey Clodoveo y dos «santos de Dios»

El bautismo de Clodoveo constituyó una fiesta grandiosa. Calles e iglesias resplandecían con su ornamentación. La iglesia bautismal se llenó de una «fragancia celestial», hasta el punto de que los asistentes se creyeron trasladados «a los gratos perfumes del paraíso». Refiere Gregorio de Tours que el rey «avanzó hasta el baño bautismal como un nuevo Constantino —¡y la comparación es terriblemente certera!— para purificarse en el agua limpia de la vieja lepra y de las sucias manchas, que tenía desde antiguo». Y Remigio, «el santo de Dios», le habló «con palabra elocuente: "Sicambrio, dobla mansamente tu cerviz, y adora lo que quemaste, y quema lo que adoraste *(adora quod incendisü, incende quod adorasli)"».*

¿Quién era ese santo, que con tanta arrogancia incitaba a la persecución, como lo hizo también en su tiempo su colega Avito?

Remigio, como la mayor parte de los prelados de entonces (y no sólo de entonces), era de «ilustre» alcurnia, y ya a los 22 años promovido a obispo de Reims. Su hermano mayor, Principio, fue asimismo obispo (de Soissons) y también fue santo. (Sus reliquias serían quemadas por los calvinistas en 1567.) Remigio, el apóstol de los francos, predicó el catolicismo a paganos y arríanos con celo fervoroso, desarrolló

[14] Greg. Tur. 2,31. Fredeg. 3,21 eleva los 3.000 a 6.000. RGAK IV 1981,478 ss., I 129. La controversia de la datación entre los investigadores antiguos puede verse en Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 202 ss. Comp. asimismo Aland, Kirchengeschichtiiche Entwürfe 27 s. Haendler, Geschichte des Frühmittelalters 21 supone el bautismo de Clodoveo en el 498. Lo mismo afirman Maier, Mittehneerweit 214, y Vogt, Der Niedergang 512, entre otros. F. Oppenheimer, Francish Themes 17 ss. pone el bautismo en el año 508. Igualmente R. Weiss: bautismo de Clodoveo en 508 en Reims, remitiéndose sobre todo a los resultados de Steinen. Ver además Ka-werau, Geschichte der alten Kirche 38. Hauck I 109 ss. Hartmann, Geschichte Ita-liens I 155. Bóhner, Grabmáler 655. Zóllner, Geschichte der Franken 60 ss., 187. Prinz, Die bischofliche Stadtherrschaft 13. Cartellieri I 46 s. Fleckenstein, Grundia-gen und Beginn 41. Stamer 21. Schulze, Vom Reich der Franken 27. Bleiber, Das Frankenreich 53 s. Fleckenstein, Das grossfrankische Reich 272 s.

claramente una «guerra radical» (Schuitze), en la que —según un concilio de Lyon— «destrozó por doquier los altares de los ídolos y difundió vigorosamente la fe verdadera con muchos signos y milagros».[15]

54

Según Gregorio de Tours, el obispo Remigio bautizó a Clodoveo en Reims la noche de Navidad del 496. Una paloma habría llevado una ampolla con el óleo de la unción, falsedad que aparece sólo tres siglos y medio después en tiempos del tristemente famoso Hinkmar, obispo de Reims, quien en 852 pretendió haber encontrado el cuerpo todavía incorrupto de Remigio. Pero la ampolla milagrosa del óleo de la unción estuvo guardada en la abadía de San Remigio de Reims «bajo muchos cerrojos», y hasta el siglo XVIII se empleó en la coronación de los reyes de Francia. Fue ocasión de otro milagro: jamás se agotó el óleo, como tampoco el fraude en esa religión.

Las falsedades se dieron en serie. Falsa es también la carta del papa Hormisdas nombrando a Remigio vicario apostólico para Galia. Y falsa es igualmente la supuesta carta de felicitación del papa Anastasio II (496-498) a Clodoveo por su bautismo. El pontífice romano no mostró interés especial por Occidente, y menos aún por un príncipe campesino de los francos. Se empeñó más bien en poner fin al cisma acaciano de Oriente; su esfuerzo por la reconciliación fue tal —Dante vio la sepultura de este papa en el Infierno, en el «círculo de los herejes»—, que a su muerte se alzó un antipapa y estallaron las luchas callejeras y los asesinatos en las iglesias. Pero el papa Anastasio había ignorado el acontecimiento más importante de su pontificado, la decisión que se dio en el norte y que iba a marcar la historia universal: el comienzo de la victoria católica sobre el arrianismo y la victoria cristiana por el paganismo germánico. Esto molestó más tarde al Abbé Jéróme Vignier, un oratoriano ilustre del siglo xvn, además de falsificador, de manera que en nombre del papa Anastasio (con un poco de retraso) felicita a Clodoveo.[16]

Es auténtica por el contrario una carta de felicitación y buenos deseos — por desgracia sin fechar— de san Avito, el poderoso metropolitano de Vienne (hacia 490-518), que envió a Clodoveo con motivo de su bautismo y en la cual le decía: «¡Vuestra fe es nuestra victoria!».

Avito, miembro «de la nobleza» como Remigio e incluso emparentado con el emperador, era hijo de su predecesor el arzobispo Isiquio de Vienne y hermano del obispo Apolinar de Valence. En el seno de la familia se conservaron perfectamente cargos tan notables e influyentes. Como se conservó la santidad. El obispo Remigio y su hermano Principio fueron santos; como lo fueron el obispo Avito y su hermano Apolinar. Y, como Remigio, también Avito fue un fanático (su fiesta se celebra el 5 de febrero). Con sus «cartas maravillosas —canta entusiasmado san Gregorio de Tours— destrozó por completo la herejía», tanto la eutiquiana como la pelagiana, pero sobre todo el arrianismo.

55

La sede metropolitana de Vienne se convirtió, junto con Lyon, en la «avanzadilla más importante de la Iglesia católica en el reino amano de los

---

[15] Greg. Tur. 2,31. Wetzer/WeIta, IX 204. LThK VIII[1] 477, 817 s. Vogel II 348 ss. Shultze, II 107. Angenendt. Frühmittelalter 170 s.

[16] Greg. Tur. 2,31. Dante, Inferno 11,9. Wetzer/WeIte IX 204. LThK VIII[1]817 s. Vogel II 349. Seppell I 250 ss. Speyer 302, 309.

burgundios» (Zotz). Y con su santo hermano, el obispo Apolinar (su fiesta es el 5 de octubre), trabajó Avito incansablemente por la conversión de aquel reino al catolicismo. El prelado exaltaba el bautismo del rey Clodoveo para afianzar el éxito de la guerra. De manera parecida pensaban y escribían más tarde otros pastores eclesiásticos, como el obispo Nicecio de Tréveris, igualmente santo (su fiesta se celebra el 1 de octubre). San Avito recomendaba la guerra: lanzar «la semilla de la fe entre las tribus que habitan lejos», lanzarla «con franqueza y sin miedo»; ¡«la delicada vestidura bautismal potenciará la fuerza de las armas duras»! Hoy se nos querría convencer sin duda de que la de Avito habría sido una misión pacífica. Una «misión armada» habría sido «inoportuna» a sus ojos, como lo habría sido una guerra «antiarriana contra los herejes». Pero lo cierto es que el arzobispo Avito con tales extremos ensalzó al rey de los francos —«fama inmortal dejáis para las generaciones futuras»—, que los burgundios, cuya catolización fue «su mérito principal», sospecharían de su lealtad.[17]

Por descontado que el Clodoveo católico hizo que también se convirtieran los suyos, paganos o arrianos, de manera que toda la casa de los francos acabó siendo católica. En adelante se dio por lo mismo una estrecha «alianza entre monarquía y episcopado» (Fleckenstein). Los príncipes de la Iglesia ocupan el puesto de honor en el entorno de Clodoveo y ejercen sobre él la máxima influencia, especialmente Avito y Remigio.

Y naturalmente el clero es recompensado generosamente con el botín de guerra del merovingio. Premia con largueza y esplendidez a los prelados mediante fundaciones y donaciones de tierra. Hasta en la guerra procura respetar al máximo posible las posesiones y los edificios eclesiásticos. Con lo cual la agitación católica sobrepasa toda medida. Hasta se identificó el destino del rey con el destino del catolicismo, y la miseria y pobreza de la Iglesia católica sugirió a Clodoveo una lucha a muerte contra el arrianismo. «Se sintió entonces instrumento elegido de Dios y se abandonó de lleno a su pasión de conquista» (Cartellieri).

Desde entonces «monarquía e iglesia actuaron de consuno para la ulterior difusión del cristianismo» (Schultze). Por una parte, el reino franco fue el principal apoyo del catolicismo; por otra, Clodoveo se aseguró la asistencia del clero galorromano en su conquista de Galia. Con ello el clero protegía a su vez sus inmensas riquezas de los ataques de los arríanos y de los estratos más humildes de la población. Y, si tenemos en cuenta que por entonces romanos y no romanos eran menos extraños unos para otros que los arríanos y los católicos, comprenderemos el empeño con que la Galia católica, y en especial sus sacerdotes, se volvieron al único rey católico de los germanos. Los católicos, dice Gregorio de Tours, deseaban con el máximo anhelo la soberanía franca.[18]

56

Es evidente que en la conversión de Clodoveo los motivos políticos dieron el

[17] Avit. ep. 46. Wetzer/WeIte I 566, IX 204. LThK I' 547, 874 VIII' 817 s. VII' 541 s. LMA 11307 s. (Zotz) II 1865. Górres 33 ss. Fischer, Die Vólkerwanderung 221. Bóhner, Grabmáler 655. Stroheker, Der senatorische Adel 154. Zóllner, Geschichte der Franken 58 s., 63. Comp. 179, Pfister, Gaul. Narrative of Events 112. Staubach 27 s., 43. Angenendt, Kaiserherrschaft und Konigstaufe 2 ss. Id., Frühmittelalter 171 s.

[18] Hartmann, Geschichte Italiens 1155. Kosminski/Skaskin 72. Wein 88. Fleckenstein, Die Hofkapelle 6. Pfister, Gaul. Narrative of Events iii s. Altamira 159 s. Fontal 9 ss.

impulso decisivo, en el caso bastante improbable de que el rey tuviera otros. Pero los apologistas afirmaron lo contrario durante siglos. Ya Nicecio, obispo de Tréveris y «ornato del episcopado franco», presentaba a Clodosvinta, nieta de Clodoveo, hacia 565, la conversión del rey como respuesta al conocimiento de la «verdad», de la «rectitud de la doctrina católica». Y todavía en 1934 el teólogo católico Algermissen afirmaba que «no habían sido la violencia ni los "asesinatos a golpe de espada", sino el convencimiento religioso el que había movido a un héroe germánico tan audaz y prudente como Clodoveo a rechazar su error pagano y abrazar libremente la doctrina del Crucificado».[19]

Desde la investigación que hoy poseemos bien cabe defender que en realidad la conversión de Clodoveo fue un hecho político, como lo había sido antes la de Constantino. A diferencia de los otros pueblos germanos, el rey y los suyos aceptaron el catolicismo, porque éste proporcionaba de antemano una vinculación entre el conquistador y los galo-romanos sometidos o que habían de someterse; vinculación que no se daba en el resto de los reinos germanos. Clodoveo, simpatizante desde muy pronto de la Iglesia, se hizo católico para someter a las tribus germánicas arrianas y ganarse más fácilmente con su fuerte mayoría de romanos católicos la Galia contigua»

Con ayuda, pues, de la Iglesia católica del país creó el reino de los francos, que desde el comienzo constó de dos mitades: una germánica y galorromana la otra. En el norte, en su lugar de asentamiento originario, en Brabante, Flandes, en el curso inferior del Rin y del Mosela, moraba la masa de los conquistadores, de los francos (sálicos); por lo demás, tras sus conquistas, su reino que había asumido la herencia de Roma y de su administración se extendió al sur del Loira sobre la Galia preponderantemente romana. (Se estima hoy que el porcentaje de la población franca entre el Rin y el Loira debió de ser del diez por ciento, población total de Galia.) Pero la influencia de la Iglesia sobre la población galo-romana era grande, y el catolicismo era el cristianismo mejor organizado y el más brutal. Eso lo aprovechó Clodoveo, como en tiempos lo había aprovechado Constantino. Y, naturalmente, nunca pudo olvidar que al sur existían todavía fuertes estados arríanos: en Hispania los visigodos, dueños aún de Narbonne; en Italia los ostrogodos, que invadieron Provenza.[20] Y, finalmente, allí continuaban los burgundios arríanos.

57

La guerra de Clodoveo contra los burgundios (500): «la felicidad del reino» y un santo traidor a la patria

[19] Nicet. MG Ep. III 122. LMA II 1865. Algermissen 186.

[20] Hauck 19521" 104,111. Stamer 20 s. Haller, Entstehung 303 s. Stem/Sartmuss 62. Steinbach, Das Frankenreich 20 s. Ballesteros 37. Bosi, Europa im Mittelalter 66. Brown 161. Angenendt, Frühmittelalter 170. Las breves citas de Aland, Über den Glaubenswechsel 48 ss., que niegan el motivo político en la conversión de Clodoveo, no convencen. Según Aland, Clodoveo se habría hecho *arriano* por motivaciones políticas. Pero, ya católico, ¿no podría haber combatido los estados arríanos en forma mucho más convincente? Aland critica el que proyectemos *«nuestros* criterios» a épocas pasadas; pero ¿acaso no les aplica él sus criterios *religiosos* ^ No presenta pruebas en pro de su afirmación de que Clodoveo, como Constantino y Federico el Sabio, «fue vencido internamente por la nueva fe», sino que aquí «prefiere romper...». Comp. asimismo Aland, Kirchengeschichtiiche Entwürfe 30 s.

Se discute si los burgundios, un pueblo germánico oriental, procedían de Bornholm, que todavía en el siglo XIII llevaba su nombre: Bur-gundarholm (en danés: Borghundarholm, ampliación a su vez del antiguo Borgund, «país montañoso»), o si la isla y patria originaria les resultó demasiado pequeña sirviéndoles únicamente como trampolín para saltar desde Escandinavia a la tierra firme del sur.[21]

Ya en época precristiana los burgundios emigraron a Centroeuropa, instalándose en la región entre el Oder y el Weichsel, empujados por los godos y los rugieres; hacia el año 200 se establecieron en la Baja Lusacia y en el siglo ni se asentaron en el valle del Main superior y medio y en el bosque de Oden. Arrastrados por la oleada de pueblos del año 406, formada por alanos, suevos y vándalos de las tierras del Main, se asentaron sin continuar ya la marcha con tales tribus, cual confederados de los romanos, entre Maguncia y Worms (Borbetomagus). En 413 aparece su rey Gundahar (Gunther) como rey confederado. En 435 irrumpen en la Galia, y dos años después los hunos desbordan cuanto quedaba al este del Rin. Y lo que entonces no desapareció del reino burgundio de Worms —las supuestas 20.000 personas, que constituyen el trasfondo histórico de la Canción del Nibelungo— se estableció en la condición de confederados de Roma, que se enfrentaron a los alamanes en la Sa-paudia (Saboya) fijándose sobre todo en torno al lago de Ginebra, desde donde avanzaron por el sur hasta el valle del Ródano, mientras que por el norte casi alcanzaban el Sena superior.[22]

Desde mediado el siglo V el territorio burgundio aumentó rápidamente y acabó por abarcar desde el curso alto del Loira hasta el Rin y desde Provenza hasta Langras por el norte. Desde aproximadamente el 461, bajo el rey Gundiok (Gundowech), la capital fue Lyon. En 463 dicho rey fue *magister militium per Gallias o* general en jefe romano, como después su hermano menor Chilperico, que evidentemente primero con él y tras la muerte de Gundiok (470) ya solo estuvo al frente de los burgundios. Aproximadamente una década después gobernaban cuatro hijos de Gundiok: Gundobad como señor principal *(princeps)* en Lyon, Godegisel en Ginebra, Chilperico II, padre de santa Clotilde, y Godomar probablemente en Valence y Vienne.[23]

Los burgundios conocieron por vez primera el cristianismo hacia finales del siglo IV a través de los visigodos que remontaban el Danubio. En su versión arriana tal vez lo llevaron ya hasta el Rin. Que entonces eran ya cristianos «de alguna forma» (Schmidt) se infiere de la Canción del Nibelungo; pero progresivamente fueron abrazando el catolicismo. Ya en 463 el rey Gundiok, aunque arriano, es tratado como *«filius noster»* (hijo nuestro) por el papa Hilario —el antiguo diácono del «sínodo de salteadores» de Éfeso escribía ya de papa dirigiéndose casi exclusivamente a unos destinatarios occidentales—. Y Gundobad (480-516), hijo de Gundiok, tras una serie

[21] Taddey 180. Schmidt, Die Ostgermanen 129. Behn 61. K. D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 404 ss. Schwarz, Goten 181 ss. Bohnsack 105.

[22] Oros. 7,38,3. Chron. Gall. ad a. 436; 443. Sobre los burgundios en general: Wenskus, Die Burgunder HEG 1230 ss. K. F. Wemer, Burgund, en LMA II 1062 ss. J. Richard, Burgunder, LMA II 1092 s. Bühier 49. Lowe, Detschland 20. Behn 61, 69. Stroheker, Germanentum 246 ss., 257 ss. Schmidt, Die Ostgermanen 131. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 404 ss. Dannenbauer I 208, 308. Dopsch 1961 I² 217 s. Conrad I 83. Bleiber, Das Prankenreich 41.

[23] Greg. Tur. 2,28. LThK lil[i] 644. LMA I 1092 ss., 1824 s. IV 1530 s., 1792. Schmidt, Die Ostgermanen 169. Peyer 98. Conrad I 83. Beck, Bemerkungen 446. Bleiber, Das Frankenreich 41

de guerras contra sus tres hermanos que murieron en ellas (a Chilperico lo hizo asesinar con toda su familia, a excepción de dos hijas, una santa futura y una futura monja), quedando como único soberano cayó bajo la influencia cada vez más fuerte de la Iglesia católica, y especialmente de la de san Avito, aunque sin dar el último paso.[24]

58 El fugaz reino de los burgundios —que según la investigación actual constaba de «5.000 guerreros y 25.000 almas» (Beck)— quedaba al sureste de los francos, en el territorio del Jura entre el Ródano, el Saona y los Alpes. Cuando Clodoveo lo atacó por sorpresa el año 500, no lo movieron tanto los deseos de venganza de santa Clotilde cuanto la enorme importancia comercial de la cuenca del Ródano y los pasos alpinos de la alta Burgundia. Pero la Iglesia católica, a la que el rey obedecía, parece haber montado aquella guerra, tanto la iglesia de los francos como la de los burgundios. Se difundió, según palabras de san Gregorio, «por todas aquellas regiones la fama del terrible poder de los francos, y todos anhelaban con toda su alma estar bajo su gobierno».

El mismo Gundobad acusó a los obispos católicos de Burgundia, que entonces eran 25, con Avito de Vienne a su cabeza, de haber traicionado al propio rey, aunque su doctrina de la autoridad lo prohibía y Gundobad se mostraba muy benevolente con los católicos. Instigado por Clodoveo, también Godegisel, hermano de Gundobad, virrey de Ginebra y tío solícito de Clotilde esposa de Clodoveo, se pasó a los francos, a los que permitió el pago de un tributo anual y la entrega de unos territorios que no se precisan con exactitud.

«Clodoveo oyó gustoso tales cosas...» Y gracias a esa traición los confederados derrotaron en la batalla del Ouche, junto a Castrum Divionense (Dijón), a Gundobad, que gravemente herido pudo refugiarse en la fortificada Avenio (Avignon), frente a cuyas murallas fracasó Clodoveo. Arrasó los campos, taló los olivares, arrancó los viñedos y quemó las cosechas, mientras Godegisel entraba triunfador en Vienne.

Pero tras la retirada de los francos, y con ayuda de los visigodos a las órdenes de Alarico II, de nuevo Gundobad volvió a hacerse con el poder. Cercó a su hermano en Vienne y con sus propias manos lo degolló en una iglesia arriana en la que había buscado refugio, en compañía de un obispo arriano. A sus partidarios los torturó hasta hacerles morir. Y como para entonces había ya pasado a mejor vida otro hermano de Gundobad, que era Childerico, padre de santa Clotilde (según una discutible tradición franca asimismo por la mano asesina de Gundobad, que también habría eliminado a la esposa de aquél) y el tal Gundobad se había convertido en el señor único el año 501, san Avito —que a lo largo de su vida había intentado que Burgundia fuese católica— pudo escribir: «Fue una suerte para el reino que disminuyese el número de personas reales, quedando sólo en el mundo lo que bastaba para el gobierno. Se restableció allí lo que era favorable a la verdad católica».

59 En Ginebra, efectivamente, el puesto de Godegisel lo ocupó entonces Sigismundo, hijo de Gundobad, a quien Avito convirtió al catolicismo entre los años 496-499. Y el santo príncipe de la Iglesia hasta veía justificado el asesinato de los hermanos del

[24] Socrat. H' E. 7,30. Oros., Advers. pág. 7,32. Greg. Tur. 2,28. Wetzer/WeIte II 216 s. LMA IV 1530 s., 1791 s. Giesecke 141. Vogt, Der Niedergang 429. Dannenbauer I 308. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 404 ss. Schmidt, Die Ostgermanen 137. Zóllner, Die polit. St. 110.

rey, entre los que Godegisel era especialmente bienquisto de los católicos y que incluso había fundado en Lyon un monasterio de monjas, pues ya sólo vivían Sigismundo, futuro santo y futuro asesino, y el asesino Gundobad, que ya no impidió en forma eficaz la victoria del catolicismo.[25]

Pero el arzobispo Avito no ceja. Y aunque, por una parte, a partir de los «signos de las tribulaciones» crea ver «casi inminente el fin del mundo» — como más tarde le ocurrirá de manera muy parecida al papa Gregorio «el Grande»—, no deja por otro lado de ocuparse de la política diaria, cosa en la que tampoco se diferenciará el mentado papa Gregorio. En sus cartas y conversaciones Avito ataca de continuo al fratricida, que ya simpatizaba con distintos prelados católicos, como Esteban de Lyon, Sidonio, Apolinar y san Epifanio de Pavía, También en el entorno inmediato del rey figuraban ya algunos católicos. Más aún, al igual que lo hicieron Chilperico y Chilperico II (este último con Caratene, madre de Clotilde), se había casado con una princesa católica. Mas pese a que Avito aprovechaba cualquier ocasión para conducir a Gundobad a la «verdadera fe» y por acabar «con el error arriano», el rey persistió «en su necedad hasta el fin de su vida» (Gregorio de Tours), pese a que gustaba de leer la Biblia y era un hombre de mentalidad enfermiza. «¿Acaso no reconozco la ley de Dios?», le objetaba al celoso católico que le apremiaba de continuo. «Mas, porque no quiero tres dioses, decir que no reconozco la ley divina. En la Sagrada Escritura sólo he leído la existencia de un Dios.» Ni siquiera tuvo éxito un milagro bien montado: la noche de Pascua «un rayo incendió el palacio real... Pero el santo obispo... impetró con lágrimas y sollozos la misericordia de Dios... y el torrente de sus lágrimas apagó el incendio».[26]

La situación duró pocos años, pues siguió la guerra contra los visigodos, con mucho el pueblo primero y más prestigioso de todos los pueblos germánicos, y en la Galia también el más poderoso al principio y por ello desde largo tiempo atrás el objetivo principal de los ataques de Clodoveo, su verdadera meta.

60

Los visigodos

La tribu germano-oriental de los visigodos se había separado muy pronto, todavía durante su asentamiento junto al Dniéper, de la tribu de los ostrogodos. Éstos acabaron siendo aniquilados por el emperador católico Justiniano I, no sin la asistencia enérgica del papa y de la «Virgen Madre de Dios» con funciones de «asesora estratégica». Los visigodos se habían hecho arrianos junto al Danubio y durante décadas llevaron a cabo sus incursiones hostiles contra las provincias imperiales del norte de Grecia, de Iliria y de Italia. A la muerte de su rey Alarico I, que fue enterrado

[25] Avit., ep. 5. Marius Avent. a. 500. Greg. Tur. 2,23; 2,28; 2,32 s. Wetzer/WeIte, III 603. LThK IX' 549. LMA II 1093,1865 s. IV 1530 s. HEG 1233 s. Rückert, Culturgeschichte I 318 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 93. Hartmann, Geschichte Italiens 1 155 s. Giesecke 142, 162. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 408 s., 413 s. Fischer, Die Vólkerwanderung 222. Büttner, Der Alpenraum 63. Enssiin, Theoderich 132 s. Zóllner, Die polit. Stell. 85. Bosi, Europa im Mittelalter 66. Menzel 1150. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 24, Beck, Bemerkungen 447 s., 451. Bund 164.

[26] Greg. Tur. 2,34. Wetzer/WeIte 216 s. Kraft 101. Menzel 1150. K. D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 411 ss. Giesecke 142 s., 159 s. Fischer, Die Vólkerwanderung 117.

en 410 en Cosenza (Busento), y a las órdenes de su cuñado y sucesor Ataúlfo en 412 avanzaron hasta Galia y en 415, hostigados por un ejército romano, cruzaron los Pirineos y cayeron sobre Hispania. En el verano el rey sucumbía en Barcelona, víctima del puñal asesino de un católico de su séquito. Los hijos del primer matrimonio de Ataúlfo fueron víctimas asimismo de su sucesor católico Sigerico, antes de que éste sucumbiera también al cabo de una semana. Y el sucesor de éste, Walia (415-418) empezó por eliminar a todos los visigodos en los que sospechaba ambiciones al trono. Por encargo imperial diezmó en una serie de luchas prolongadas a vándalos, suevos y alanos, que habían irrumpido en España el año 409. Una parte de los vándalos, los silingos, y los alanos fueron allí exterminados casi por completo. Después los visigodos, retirándose de Hispania se asentaron con bastante independencia en la Galia suroccidental, con Toulouse como sede regia.[27]

También entre los visigodos hubo cristianos celosos, como el rey Teo- dorico II (435-466), que a diario oía misa al amanecer y que asesinó también a su hermano mayor Torismundo en 453, y que en la historia violenta de los reyes godos «fue el primero y único capaz de un fratricidio por pura ambición de poder» (Giesecke). Teodorico combatió sobre todo a los suevos, los cuales desde hacía medio siglo se habían asentado en las montañas de Portugal actual y desde hacía poco se habían convertido al catolicismo. Parece ser que las luchas fueron devastadoras, y en octubre del 456 Teodorico derrotó al rey suevo Requier, católico y cuñado suyo. Fue ejecutado en diciembre, se eliminó por completo el catolicismo y a lo largo de más de cien años el pueblo suevo se mantuvo arriano.

Pero, al igual que Teodorico II en la lucha por el trono había asesinado a su hermano Torismundo, también él cayó en 466, víctima de su hermano Eurico, el verdadero fundador del reino visigodo, que persistió mucho más que los otros reinos visigodos, hasta que en 711-713 sucumbió a manos de los invasores árabes.[28]

Entre los visigodos surgieron de continuo las querellas con los romanos, numéricamente muy superiores, y no tanto por grandes cesiones de territorio, ni por desprecio étnico de los «bárbaros» germánicos, cuanto por motivos religiosos. Es verdad que, en principio, los reyes godos reconocieron en líneas generales la libertad de fe, mostrándose a menudo extremadamente pacientes tanto con el catolicismo como con las sectas heréticas. Pero se las tuvieron que haber con una Iglesia radicalmente intolerante, agresiva y poseída de un fanatismo de converso, con maquinaciones y traiciones constantes incluso del clero católico, que siempre estaba dispuesto a colaborar con los enemigos de los arríanos.[29]

61

Eurico (466-484) fue el príncipe más importante de su pueblo y acabó siendo el rey germano más poderoso de su tiempo. Extendió el reino visigótico por el norte hasta el Loira, mientras que por el sureste llegó hasta los territorios de la

[27] Olymp. fr. 26 (FHG IV 63). Prosper Tiro ad a. 415. Oros., 7,43. Kleine Pauly, V 1121 s. dtv-Lexikon I 235. Stein, Vom rómischen 404. Cartellieri I 23 ss. Schmidt, Westgermanen 207 s. Dannenbauer 1204,209,306. Capelle 250 ss. Enssiin, Einbruch 109 s. Culican, 191. Lowe, Detschland 19 s. Claude, Geschichte der Westgoten 20. Id-, Adel, Kirche 30 s.

[28] Apoll. Sidon. ep. 1,2; 7,12; Jord. Get. 44. Kleine Pauly IV 1350 V 684. Giesec-ke 91 ss. Schmidt, Die Westgermanen I 208 ss. Lowe. Detschland 20. Stroheker, Eurich 4 ss. Claude, Geschichte der Westgoten 31 s., 51 s. Id., Adel, Kirche 37. Bund 551 ss. Bleiber, Das Frankenreich 41.

[29] K. D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 300.

desembocadura del Ródano. Pero Eurico fue también un arriano convencido y, según parece, enemigo tan resuelto de los católicos, que hasta le molestaba pronunciar la palabra «católico». En cualquier caso, sacerdotes arríanos formaban su círculo más íntimo y pertenecían a su mesa redonda.

Sedes parroquiales o episcopales católicas, vacantes por muerte de sus titulares, las dejaba el rey sin cubrir largo tiempo, con lo que así desguarnecidas acababan perdiendo su fuerza y prestigio. Sidonio Apolinar, prelado de Clermont se lamentaba: «Pueden verse —¡y es para llorar!— rebaños de vacas que no sólo sestean en los atrios semiabiertos, sino que pacen la hierba que crece vigorosa junto a los altares cubiertos de verdín». Personalmente Sidonio pudo regresar a su sede tras un breve destierro (sede que por lo demás continuó en la familia, pues luego volvió a ocuparla su hijo Apolinar). Y es que de hecho Eurico combatió a los católicos con mesura, y hasta mantuvo buenas relaciones con varios obispos.[30]

El rey tenía su residencia en Toulouse. Desde allí presionaban sus generales, tanto hacia el norte como hacia España, combatiendo a bretones, francos, burgundios, contra las tropas romanas del conde Paulo y contra las imperiales de Italia, al igual que contra los suevos. En Galia, y en dura lucha contra la nobleza y los prelados católicos, desplazaron las fronteras hasta el Loira, el Saona y el Ródano y, desde 477, hasta Pro-venza. En muchos lugares los obispos católicos participaron activamente en la resistencia. El obispo Sidonio, por ejemplo, en el ataque contra Auvergne resistió con su cuñado Ecdicio y durante años defendió Clermont.

No fueron menos duras las batallas con las que los godos conquistaron España, asediando muchas ciudades a lo largo de años. En el tratado de paz de 475 el emperador romano Nepote reconocía al rey Eurico como señor soberano de los territorios de la Península Ibérica que había conquistado.[31]

Y, sin embargo, en el gran reino de Toulouse (418-507), cuyas relaciones diplomáticas en tiempo de Eurico alcanzaron hasta los sasánidas persas, los visigodos no representaban más que el dos por ciento de la población. Por ello no pudieron resistir la presión constante que desde el norte ejercían los merovingios: Clodoveo ambicionaba el acceso a las costas mediterráneas.

62

La guerra contra los visigodos

Alarico II (484-507), hijo de Eurico y esposo de la segunda hija de Teodorico, Tiudigota, parece que no presagió nada bueno. En efecto, y lo cuenta Gregorio de Tours, cuando vio «que el rey Clodoveo combatía sin cesar a los pueblos y los sometía, le envió unos emisarios para decirle:

"Si mi hermano se digna, el deseo de mi corazón sería que nos viésemos, si Dios quiere"». Ambos monarcas se encontraron hacia 502 en una isla del Loira, cerca de

---

[30] Ennod. Vita Epiph. 7. Apoll. Sidon. ep. 6,12; 7,6. Wetzer/WeIte I 355 s. Kleine Pauly II 439, V 176. LMA IV 104 s. Capelle 304 s. Claude, Geschichte der Westgoten 48 s. Haendier, Die abendiandische Kirche 105.
[31] Apoll. Sidon. ep. 7,6 s. Jord. Get. 47. Giesecke 96. Stroheker, Germanentum 167. Vogt, Der Niedergang 473. Schnürer, Die Anfánge 98. Dannenbauer, Die Grundiegung I 306 s. Enssiin, Der Einbruch 117 s. Daniel-Rops 255. Maier, Mittel-meerweit 208 ss. Langgartner 108. Prinz, Die bischófliche Stadtherrschaft 9. Claude, Geschichte der Westgoten 32 s.

Amboise —a lo que parece en la frontera entre los dos reinos —, donde «hablaron, comieron y bebieron juntos, se prometieron amistad y después se separaron en paz».[32]

Pero Alarico II era arriano. Y si bien es verdad que los reyes visigodos arríanos hicieron convocar sínodos católicos, fundar monasterios y construir y reparar iglesias, y aunque el propio Alarico tenía ministros católicos y favorecía a obispos católicos, no es menos cierto que desde hacía tiempo a los católicos, y especialmente a los obispos, les resultaba muy doloroso ser súbditos de un rey de fe diferente, de un «príncipe impío» *(nefarius princeps):* «ya entonces muchos deseaban de todo corazón en todos los territorios galos tener a los francos por sus señores» (Gregorio de Tours).

El episcopado católico de Galia, formado en su mayoría por miembros de la nobleza senatorial romana, se orientó de inmediato hacia Clodoveo, el único rey germano que era católico, y sobre todo cuando ya por carta explicó a los obispos que la Iglesia no debía temer daño alguno de la guerra entre francos y visigodos.[33]

Desde mucho tiempo atrás diversos prelados regían ciudades también políticamente, gobernaban territorios enteros, organizaban su defensa y negociaban con el enemigo. De ello hay testimonios para el año 451 en lo que respecta, por ejemplo, al obispo Amiano de Orleans y a Lupus de Troyes. Y naturalmente mucho antes de que estallase la guerra en 507 algunos obispos de los territorios visigóticos simpatizaban ya con los francos y se pasaron «ya antes del ataque franco al bando de los nuevos señores, asegurándoles desde muy pronto el apoyo del país» (Bleiber).

63

El obispo Volusiano de Tours, miembro de la nobleza senatorial gala, probablemente facilitó a Clodoveo la conquista de la ciudad. Cuando en 496 regresó Alarico, el obispo fue encontrado culpable de traición al país y fue desterrado, «siendo llevado de inmediato a España como un preso» (Gregorio de Tours). También su sucesor Verus hubo de partir al exilio por conspirar con los francos, poco antes de la batalla decisiva entre Clodoveo y Alarico. Otro tanto ocurrió con Cesáreo de Arles, de quien el antiguo *Kirchen Lexikon* católico, de Wetzer/WeIte asegura: «Llevó una vida santa». ¡Eso, eso! El obispo Cesáreo fue acusado tres veces de relaciones de alta traición con el enemigo del país, y de conformidad con ello tres veces fue desterrado o encerrado. La primera vez, hacia 505, marchó a Burdeos; la segunda, fueron las inculpaciones «de judíos y de arríanos» (Wetzer/WeIte) las que lo pusieron entre rejas; y la tercera y última —«y ciertamente que tampoco esta vez sin motivo» (Schmidt)—, en 513, fue enviado a Ravenna con escolta militar; allí sólo gracias a la intervención sobre todo del obispo Ennodio de Pavía pudo eludir el castigo. Quinciano, pastor de la iglesia de Rodez, incurrió en la misma sospecha (¡aunque debía su episcopado al rey Ala-rico!) y huyó «de noche» al reino franco. En Arvern (Clermont) el «hombre de Dios» recibió de inmediato «casas, campos y viñedos» del obispo Eufrasio, pues «como dijo él, el patrimonio de la nuestra iglesia es bastante grande...».[34]

---

[32] Greg. Tur. 2,35. RGAK I 129. dtv-Lexikon der Antike, Geschichte 2,25. Enssiin, Einbruch 125. Maier, Mittelmeerweit 209. Claude, Geschichte der Westgoten 33 s. Büttner, Die Alpenpolitik 63.

[33] Greg. Tur. 2,36. Hartmann, Geschichte Italiens I 158 s. Bodmer 38. K.D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 308. Stroheker, Germanentum 167 s. Giesecke 98. Dannebauer I 311. Thompson, The conversión 5 ss. Langgartnar 108 s. Marschall 94 ss.

[34] Greg. Tur. 2,26; 2,36. Vita patr. 4,1. Wetzer/WeIte II 246 ss. Kleine Pauly II 276 s. HEG 1255. Giesecke,

Cierto que todavía en el sínodo de Agde (506), presidido por Cesáreo de Arles (que «llevó una vida santa»), los pastores de almas católicos refrendaron su lealtad al rey Alarico II, como confirman las actas conciliares, «orando al Señor arrodillados en tierra por su gobierno, una larga vida y por el pueblo». Pero el mismo Galactorio, obispo de Béarn, que así había orado en Agde por el rey Alarico y que había firmado la declaración jurada de fidelidad, se puso de inmediato al frente de una banda armada en abierto apoyo al ejército de Clodoveo. Mas fue apresado antes de la batalla decisiva siendo ejecutado, ¡pero la Iglesia lo veneró como santo «mártir»![35]

La indisimulada simpatía de los obispos de su inmediata víctima militar por supuesto que le vino muy bien a Clodoveo. El año 507 concertó una alianza con los burgundios y poco después hacía esta declaración:

«Me molesta muchísimo que esos arríanos sigan siendo dueños de una parte tan hermosa de la Galia. Vayamos con la ayuda de Dios y conquistemos la tierra». Y en la primavera, quebrantando la paz concertada en 502, declaró la guerra a los visigodos, que no estaban preparados para tal contingencia. Tuvo el apoyo de los francorrenanos, capitaneados por Cloerico, hijo del rey Sigiberto de Colonia, «el Tullido», así como de los burgundios, que sin embargo tal vez sólo se le unieron después de la batalla decisiva. Hasta los bizantinos católicos fueron partidarios del rey católico de los francos. La presencia amenazadora de una flota de 100 barcos en Italia meridional, donde los imperiales saquearon las costas de Apulia y de Calabria, impidió el auxilio oportuno de Teodorico, rey arriano de los ostrogodos.[36]

64

Hubo una serie de matanzas horribles «al amparo de los santos Martín e Hilario», los dos «paladines contra el arrianismo», los dos «maestros del episcopado galo» y «patronos de Francia» (Ewig). Pues Clodoveo, que puso a las iglesias y al clero bajo su especial protección, no dejó de dar a la guerra —que llevó a cabo para saciar su apetito de rapiña y de poder mucho más que por motivos religiosos— el carácter de una lucha santa, de una guerra de fe para la liberación de la jerarquía católica tan miserablemente oprimida. Y ésta, naturalmente, lo recibió con los brazos abiertos abriéndole las puertas de muchas ciudades, cuando ella misma no empuñaba las armas, como hizo el obispo Apolinar, hijo y sucesor de Sidonio Apolinar. De la misma manera que ya por los años 471 y 474 había organizado el padre como obispo de Clermont contra los visigodos, así ahora el hijo, también obispo, condujo a sus diocesanos a la batalla, en la que «pereció gran muchedumbre del pueblo de Arvern», como refiere orgullosamente san Gregorio, «y entre ellos cayeron los senadores más ilustres».[37]

Del lado católico se le niega a esa guerra con gusto y hasta con pasión el carácter

---

Die Ostgermanen 98 ss. Schmidt, Die Ostgermanen 347. K. D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 308. Enssiin, Theoderich 293. Al-tamira 159 s. Thompson, The conversión 5 s. Bleiber, Das Frankenreich 57. Zollner. Geschichte der Franken 117.

[35] Conc. Agath. Praev. Wetzer/WeIte II 247. Giesecke 100. Stroheker, Germanentum 167 s. Steinbach, Das Frankenreich 12. Claude, Geschichte der Westgoten 45. Haendier, Die abendiandische Kirche 105.

[36] Greg. Tur. 2,37. HKG 11/2, 107: «Como un toque de fanfarrias resuena la proclamación» de Clodoveo. Hartmann, Geschichte Italiens 1159 ss. Cartellieri 150. Steinbach, Das Frankenreich 11. Dannebauer, Grundiegung I 311. Zollner, Geschichte der Franken 65. Ewig, Zum christiichen Konigsgedanken 19. Id., Die Merowinger 25. Lasko 212. Claude, Geschichte der Westgoten 35. Pfister, Gaul. Narrative of Events 113 s. Bleiber, Das Frankenreich 56 ss.

[37] Greg. Tur. 2,37. LMA II 2154. HEG I 258, Acerca de Ewig comp. notas 36 y 400.

de una guerra religiosa. «En 496 Clodoveo había vencido a los alamanes, y en 507 derrotó a los visigodos arríanos», escribe el vicario capitular Algermissen. Y después de citar una larga serie de guerras de rapiña de los francos, que se prolongaron hasta el siglo IX, continúa: «En todas esas correrías se trataba de correrías de conquista política, que en todos los tiempos habían sido connaturales entre los pueblos, y no se trataba de guerras de religión. Que se llegó al "asesinato militar" no es necesario ni mencionarlo». Y de paso síguese con claridad; «Pero ese derramamiento de sangre no se dio contra ninguna religión, ni antigua ni nueva; la difusión del cristianismo no se debió a los guerreros francos, que no alimentaban ningún afán misionero...».[38]

Clodoveo tal vez no. Pero al menos los obispos se sirvieron de sus paladines y de muchos, muchos otros cristianos y, directa o indirectamente, acosaron a los príncipes.

¿Y cómo presenta el asunto el obispo Gregorio? Según él, el merovingio ordenó que en la región de Tours, «por devoción a san Martín», nadie debía tomar nada, ni forrajes ni agua. Y como, pese a todo, uno de sus espadones cogió algo de heno, el rey «le golpeó con la espada aun antes de que la palabra saliera de sus labios, y dijo: "¿Cómo podemos vencer, si irritamos a san Martín?"». Y quien había sido asesino más de una vez «espera entonces un signo de victoria en aquel santo templo» de Tours, y que obtiene prontamente. Continuó orando durante la noche junto al río Vienne, y a la mañana siguiente «una cierva de admirable grandeza le mostró por orden de Dios» un vado hacia sus carniceros. Sobre Poitiers brilló un resplandor de fuego, que salía de la iglesia de San Hilario, por lo que el rey «con menos miramientos aún, guiado por la luz del santo confesor Hilario, reprimió las bandas heréticas, contra las que frecuentemente combatió a favor de la fe». De nuevo nadie debe aquí «saquear» ni «robar». Y ocurren también otros milagros, «muchos otros milagros». Y, finalmente, se presenta en plena acción el amor católico al prójimo, al enemigo, y se llega al «asesinato a espada»...[39]

65

La incursión guerrera —«una guerra de religión» (Fontal), proclamada como tal también por otros (Ewig)— le costó pronto la vida al rey Alarico II, ya en la primera batalla junto a la actual ciudad de Vouillé (a 17 km al noroeste de Poitiers), en pleno reino visigótico; la vida, a tenor de lo que dice Gregorio, se la quitó Clodoveo por su propia mano. Y todo discurrió en una tan increíble oleada de incendios, robos y asesinatos, que algún tiempo después se atribuyó todo ello a los paganos que había en el ejército franco.

«Pero se supo que la soldadesca de los merovingios fue responsable a menudo de desenfrenos en el propio país no menos que en el país conquistado: campos, casas e iglesias fueron desolados, saqueados y quemados, siendo asesinados clérigos y laicos junto al mismo altar.»[40]

Los francos penetraron profundamente en el reino visigótico hasta el mismo

---

[38] Algermissen 187.

[39] Greg. Tur. 2, 37.

[40] Prokop, Bell. Goth. 1,12,33 ss. Chron. Gall. a. 511. Greg. Tur. 2,37. Fredeg. 3,24. RGAK I 129. HEG 1 258. Rückert, Culturgeschichte 1 324 ss. Hauck 1 170 s. Dannenbauer, Grundiegung I 311. Altamira 160. Zollner, Geschichte der Franken 65. Claude, Geschichte der Westgoten 35. Enssiin, Theoderich 142 s. Ewig, Die Me-rowinger und das Frankenreich 25 s. Bleiber, Das Frankenreich 56 s. Fontal 10.

Garona. Tomaron Burdeos, donde Clodoveo pasó el invierno, y en la primavera del 508, junto con los burgundios que poco antes habían entrado en guerra, conquistaron la capital visigótica de Toulouse. Su botín fue aquí todo el tesoro real, el *«thesaurus Alarici»* (Fredegar), pues lo había creado un siglo antes Alarico I con la conquista de Roma, Un salteador que despoja a otro, un juego de la gran política, que viene repitiéndose hasta hoy. Y sin duda que entonces un tesoro real era tan importante para los príncipes germánicos como el dominio sobre un pueblo, pues sólo recompensaban a sus huestes mediante algún tesoro;

y en consecuencia sólo así podían gobernar. Clodoveo mandó pegar fuego a Toulouse y después conquistó Angouléme de un modo absolutamente milagroso, pues «el Señor le mostró allí tal gracia, que las murallas se derrumbaron por sí solas cuando las contemplaba». Es la forma católica de escribir la historia de la Iglesia.

Después Clodoveo volvió a separarse de los burgundios y marchó hacia el norte, aunque no dejó de entregar en Tours a san Martín, su «auxiliar en la victoria», una gran parte del botín. O, para decirlo en forma más fina y con palabras de Gregorio: «Dedicó muchas ofrendas a la iglesia santa de San Martín», pues como dice Fredegar «con su ayuda había evidentemente llevado a cabo todo aquello». En Tours obtuvo además el nombramiento de cónsul honorario a través de una embajada del emperador bizantino Anastasios, un «hereje» malo por ser un decidido monofisita. Pero el arte del Estado estuvo y está siempre por encima de la religión, como estuvo y está sobre la religión también y precisamente la política religiosa. La dignidad de cónsul honorario era una distinción de un inequívoco trasfondo político, pero se le otorgaba al adversario más vehemente de su tiempo, tanto entre los visigodos como entre los ostrogodos. Y en la iglesia de San Martín exhibió Clodoveo su categoría cuasi imperial endosando una *vestís regia,* un vestido de púrpura, al tiempo que una diadema, enviada asimismo por el emperador, ceñía la cabeza criminal y podía desde entonces llamarse Augustus, «igual que un emperador».[41]

66

Pero entonces intervino el ostrogodo Teudorico en favor del pueblo hermano visigodo. Su comandante Ibba frenó en 508 a francos y burgundios. Arles fue liberada, se reconquistó Narbonne en 509 y, según lordanes, pudieron caer 30.000 trancos. Los burgundios perdieron casi todas las conquistas que habían hecho a costa de los visigodos, y éstos, que perdieron Aquitania, se quedaron únicamente con Septimania (también llamada Gotia), la costa mediterránea al suroeste de la desembocadura del Ródano con Narbonne, la residencia real. Una generación después su Estado se desplazaba, con Barcelona como residencia regia, principalmente hacia España, cuya parte meridional invadieron los moros a comienzos del siglo VIII. Los ostrogodos, por el contrario, habían adquirido considerables territorios. Y sobre todo los francos, cuyo reino se extendía en 511 desde el Rin hasta Provenza, aunque su depredación de Galia septentrional nunca se legalizó mediante tratados. Pero la auténtica vencedora fue la Iglesia católica. Ya en el curso de la guerra había hecho Clodoveo repetidas y espléndidas donaciones al monasterio de San Martín de Tours, protegiendo enérgicamente todo su entorno de robos y saqueos. Y, acabada la guerra, el clero católico, que exaltaba jubiloso los triunfos depredadores de Clodoveo como

[41] Greg. Tur. 2,37. Fredeg. 3,24. HEG I 258. Beisel, Studien zu den fränkisch-romischen Beziehungen 92 s. Ver además la nota siguiente.

una liberación del «dominio herético» de décadas, recibió el agradecimiento del rey. Poco antes de su muerte, en 511, convocó a los obispos en Orleans para el primer sínodo del reino franco. Dicho sínodo ordenó la confiscación de las iglesias arrianas y su dedicación al culto católico. También entregó el rey las tierras de los «herejes» a las iglesias católicas o les permitió al menos el usufructo. Eximió también al clero católico de algunos gravámenes estatales y le aseguró su especial protección.

A cambio controló sin duda a los prelados francos, de manera parecida a como lo había hecho ya el emperador Constantino con la Iglesia de su tiempo. En un escrito de los padres sinodales, que figura al comienzo de las actas, éstos se dirigían «a su Señor Clodoveo, hijo de la Iglesia católica y rey glorioso», hablaban del «consentimiento del rey y señor» y solicitaban el «refrendo de las decisiones episcopales por la autoridad superior».[42]

67

¿HEMOS DE LIBERARNOS DE UNA VALORACIÓN MORALISTA DE LA HISTORIA?

Después que Clodoveo hubiese ganado la guerra contra los visigodos con ayuda de los fran-correnanos, entre 509 y 511, los últimos años de su vida, consiguió con artilugios la dignidad real sobre los mismos, si es que ya no lo había logrado hacia 490. En cualquier caso, forzó la fusión de las tribus fran-correnanas con los francos salios.

Primero instigó a Cloderico, hijo del rey Sigiberto de Colonia, para que se deshiciera de su padre. «Mira, tu padre ha envejecido y renquea con una pierna lisiada...». Sigiberto «el Tullido», antiguo conmilitón de Clodoveo, cojeaba desde la batalla de Toibiacum contra los alamanes, en la que había sido herido. A manos de un asesino a sueldo el príncipe eliminó a su padre en el hayedo del bosque de Boconia; a través de una delegación, Clodoveo felicitó al parricida y a través de la misma, le machacó el cráneo. El historiador alemán Ewig califica todo ello con expresión elegante, demasiado elegante diríamos, de «diplomacia de intrigas». Tras el doble acto, Clodoveo marchó a Colonia, ciudad residencial de Sigiberto, proclamó solemnemente su inocencia en ambos crímenes y, jubilosamente acogido por el pueblo, se adueñó de la Francia Rinensis, del «reino y de los tesoros de Sigiberto» (Gregorio).[43]

Después el triunfador cayó sobre los reyezuelos salios, con los que estaba

---

[42] Prokop. Bell. Goth. 1,12. Jord. Get. 58. Isid. Hist. Got. 36 ss. Casiod. Variae 4,17. Chron. Caesar August. (MG Auct. ant. XI 222 s.) Greg. Tur. 2,37.1. Conc. Orí. (511) c. 5. 7; 10. Hauck I 130. Bodmer 102. Hartmann, Geschichte Italiens 159 ss. Caspar II 6. Schmidt, Die Ostgermanen 155. Enssiin, Theoderich 138 ss. 151. Id., Einbruch 127. Steinbach, Das Frankenreich lis. Neuss/Oediger, Das Bistum Koln 110. Dannenbauer II 22 s. Ewig, Zum christiichen Konigsgedanken 19. Zollner, Geschichte der Franken 66,171. Claude, Geschichte der Westgoten 36,54 s. Thompson, The Goths 7 ss. Bund 553 s. Falco 53 ss., espec. 58 y 67. Bleiber, Das Frankenreich 56 s. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 25 ss. Pontal 11, 31.

[43] Greg. Tur. 2,40. Bodmer 106 s. Fischer, Die Volkerwanderung 235. Pfister, Gaul. Narrative of Events 116. Antón, Fürstenspiegel 49. Schneider, Kónigswahí 70 s. Grahn-Hoek, Die frankische Oberschicht 143 ss. Steinbach, Das Frankenreich 12. Zollner, Geschichte der Franken 70. Borst 229 ss. Ewig, Die Merowinger 30. Bleiber, Das Frankenreich 58 s.

emparentado. Tal sucedió, por ejemplo, con el rey de los tongrios, Cherarico, que en tiempos no había combatido contra Siagrio. «Con ardides», Clodoveo se apoderó de él y de su hijo; los encerró después en un monasterio, hizo que les cortaran el pelo (la tonsura era signo de la pérdida de la dignidad real), obligó a Cherarico a ordenarse sacerdote y a su hijo de diácono, y tras hacerlos decapitar se adueñó de sus tesoros y reino (ver lo dicho antes).

A otro pariente, el rey Regnacar de Cambrai, primo carnal suyo, lo venció Clodoveo después de haberse ganado a su séquito *(«laudes»* puede significar tanto a todos los súbditos en general como a los «servidores» más allegados del rey) con gran cantidad de oro, que luego resultó ser falso. Después de la batalla se mofó de Regnacar, a quien condujeron a su presencia encadenado y que en 486 le había ayudado en la guerra contra Siagrio: «¿Por qué has humillado nuestra sangre hasta ese punto y te has dejado poner en cadenas? ¡Estarías mejor muerto!», y le partió la cabeza de un hachazo. También habían apresado a Richar, hermano del rey: «Si hubieras ayudado a tu hermano, nosotros no le habríamos hecho prisionero», le increpó Clodoveo y lo mató de otro golpe. Ahora bien, «los reyes nombrados eran consanguíneos cercanos de Clodoveo» (Gregorio de Tours). También al hermano de ellos, Rignomer, lo hizo liquidar en las proximidades de Le Mans. «Clodoveo afianzó así su posición en todo el territorio franco», para decirlo de nuevo con palabras del historiador Ewig, que compendia así la situación existente.[44]

68

Víctimas del afianzamiento de esa posición de Clodoveo «en todo el territorio franco» fueron, según parece, varias docenas de príncipes cantonales francos. El tirano los hizo asesinar, se apoderó de sus tierras y riquezas, sin que dejase de lamentar que estaba totalmente solo. «"¡Ay de mí, que me encuentro ahora como un forastero entre extraños y ninguno de mis parientes podría prestarme ayuda, si la calamidad se abatiese sobre mí!" Pero esto no lo decía porque estuviera pesaroso por la muerte de los mismos, sino por astucia, por si tal vez vivía todavía alguno al que pudiera matar.» Tal es el comentario de san Gregorio, para quien Clodoveo era un «nuevo Constantino», para quien Clodoveo encarnaba sin más «su ideal de gobernante» (Bodmer) y a quien con frecuencia se le aparecía «casi como un santo» (Fischer). Sin pudor alguno escribe a su vez el famoso obispo: «Pero día tras día Dios fue abatiendo ante él a sus enemigos y aumentó su reino, porque caminaba con recto corazón en su presencia y obró lo que era grato a sus ojos divinos». Lo cual, según muestra el contexto, se aplica también a los asesinatos de parientes por parte de Clodoveo. Todo santo en extremo ¡y en extremo criminal![45]

Tal fue, pues, el *primus rex francorum* (Lex Sálica), el rey que gobernó siguiendo al pie de la letra las palabras de san Remigio en su bautismo: Adora lo que quemaste y quema lo que adoraste. Tal fue el rey católico, que ya no toleró vestigio alguno

---

[44] Greg. Tur. 2,41 s. Crítica a Gregorio: Zollner, Geschichte der Franken 70 ss. LMA V 1919. Menzel I 151. Hauck I 111. Schneider, Kónigswahí 71. Sprigade, Abschneiden 145 s. Id., Die Einweisung 15 s. Graus, Über die germanische Treue 105 ss. Bosi, Europa im Mittelalter 64 s. Ewig, Die frankische Reichsbildung 259 s. Bleiber, Das Frankenreich 59. Borst, 232 s. Bund 241 ss., 245 ss. Pfister, Gaul. Narrative of Events 115. Falco 68.

[45] Greg. Tur. 2,42. Bodmer 106 s. Fischer, Die Volkerwanderung 235. Para Daniel-Rops el que Clodoveo se quitase de en medio a los parientes incómodos «no es más que una fábula inventada por el pueblo», mientras que el escritor católico se reclama a unos innominados «historiadores fiables»: 317.

pagano, aunque mandó casi como un tirano absoluto y a pique estuvo de reventar de brutalidad y rapacidad hipertróficas, mostrándose cauto y cobarde frente a los más fuertes y aplastando inmisericorde a los más débiles; el rey que no retrocedió ante ninguna alevosía y crueldad, que hizo todas sus guerras en nombre del Dios cristiano y católico; el rey que, con un poder soberano como pocos y a la vez como buen católico, combinó guerra, asesinatos y piedad religiosa, que «inició con toda premeditación su reinado cristiano el 25 de diciembre», que con su botín construyó iglesias por doquier, las dotó espléndidamente y en ellas oró, que fue un gran devoto de san Martín, que llevó a cabo sus «guerras de los herejes» contra los arríanos de Galia «bajo el signo de una intensa veneración a san Pedro» (K. Hauck), y a quien los obispos en el Concilio Nacional de Orleans (511) exaltaron como «un alma realmente sacerdotal» (Daniel-Rops).

Ése fue Clodoveo. Un hombre que, al escuchar la pasión de Jesús, parece que dijo que de haber estado allí él con sus francos, no se habría cometido tal injusticia contra el Señor; con lo cual ya entonces se mostró, en palabras del viejo cronista, como «un auténtico cristiano» *(chris-tianum se verum esse adfirmat:* Fredegar). Y como dice también el teólogo actual Aland: «Y es seguro, y una y otra vez lo manifiesta en las distintas actuaciones de su reinado, que se sentía cristiano, y ciertamente que cristiano católico». En una palabra, ese hombre que se abrió camino «con el hacha» hasta encaramarse al gobierno absoluto de los francos —como dice gráficamente Angenendt— no fue ya simplemente un rey militar, sino que gracias precisamente a su alianza con la Iglesia católica llegó a ser el «representante de Dios sobre la tierra» (Wolf). Un hombre que, finalmente, encontró en compañía de su esposa santa Clotilde su último lugar de reposo en la iglesia parisiense de los Apóstoles, que después se llamó Sainte-Geneviéve, al morir el año 511, recién cumplidos los cuarenta años: un gran criminal, taimado y sin miramientos, que se afianzó en el trono y, según el historiador Bosi, «un bárbaro, que se civilizó y cultivó...». Pero ¿cuándo, dónde, cómo?[46]

69

El teólogo Aland califica a Clodoveo de afín a Constantino y eufemísticamente dice que ambos fueron hombres de poder, soberanos violentos y cree que justificadamente: «Tiempos tan rudos sólo podían controlarlos varones de esa índole». Pero ¿son los tiempos rudos los que forjan hombres rudos? ¿O no es más bien a la inversa? Unos y otros están íntimamente unidos. Y ya san Agustín había corregido la estúpida acusación de los tiempos: «Nosotros somos los tiempos; cuales somos nosotros, así son los tiempos».

Aland quiere dejar pendiente la cuestión de si Constantino y Clodoveo fueron cristianos. «Porque tanto los hijos de Constantino como de Teodosio fueron gobernantes, de cuya confesión cristiana no puede haber la menor duda, y sin embargo cometieron hechos de sangre perfectamente equiparables. Si queremos entenderlos hemos de liberarnos de semejante valoración moral de la historia. Pues,

---

[46] Fredeg. 3,21. Sin. Orí. (511) Praef. y c. 4. Rückert, Culturgcschichte I 328 ss. Schubert, Gescichte der christiichen Kirche I 93. Steinbach, Das Frankenreich 13. Bosi, Europa im Mittelalter 64. Pórtner 17 ss. Zollner, Geschichte der Franken 44, 182 ss. Prinz, Die Entwickiung 226, nota 9. Ewig, Der Marlinskult 17 s. G. Wolf exalta sí, como es habitual, la «razón de Estado» de Clodoveo y su «grandeza histórica», pero habla del «grado muy dudoso de religiosidad personal» y «¡ni rastro de una moral cristiana!»: Chiodwig 27, 29, 31 s., 35. Angenendt, Frümittelalter 191.

en definitiva, ¿quién de nosotros, cuyo pueblo tiene tras de sí una historia de 1.500 años bajo el signo del cristianismo, puede decir de sí mismo que es cristiano? Lutero habla del cristianismo, que siempre está haciéndose y que nunca está terminado.»[47]

Los cronistas merovingios glorifican a Clodoveo principalmente por dos motivos: por su bautismo y por sus muchas guerras. Se hizo católico derribando y depredando todo cuanto a su alrededor pudo destrozar o depredar. Y así, de un insignificante principado territorial creó un poderoso *imperium* germano-católico, selló en Francia la alianza entre el trono y el altar y a todas luces se convirtió en el instrumento elegido del Dios que día tras día abatía a sus enemigos delante de él, «porque ante Dios caminaba con recto corazón obrando cuanto era agradable a sus ojos», según el elogio entusiasta del santo obispo Gregorio.[48]

Mientras se contempla de ese modo la historia, mientras se siga al margen de su valoración «moral» y mientras la gran mayoría de los historiadores continúa arrastrándose ante tales bestias hipertróficas de la historia universal con respeto, reverencia y admiración, o al menos con gran comprensión y siempre con una consideración profunda, mientras no se quiera, pueda o deba «moralizar» sino simplemente «entender» —mover el agua a los poderosos, para decirlo con toda franqueza—, la historia continuará discurriendo como discurre.

[47] Aland, Kirchengeschichtiichen Entwürfe 31.

[48] Greg. Tur. 2,40. Zollner, Geschichte der Franken 73. Wolf, Chiodwig 35. El historiador Ewig escribe, entre otras cosas, en HEG 259 s.: «En sus últimos años de gobierno Clodoveo llevó a cabo el redondeamiento territorial de su reino..., sacó a los francos de su mundo pequeño y angosto... estableció *una síntesis germano-romana de nuevo cuño.* La impetuosa fuerza expansiva de los francos recibió nuevos impulsos con la aceptación de la fe católica...».

71

CAPÍTULO 3. LOS HIJOS DE CLODOVEO

«También los sucesores del primer gran rey tranco protegieron a la Iglesia y el culto: se desarrolló el monacato..., se combatió con creciente energía los restos del paganismo... Las obligaciones de la monarquía, que según la antigua doctrina cristiana eran asegurar la paz interna, el premio de los buenos y el castigo de los malos, se convirtieron en elementos constitutivos de una ética de los gobernantes en constante progreso...»

H. H. ANTÓN[1]

«Fue una generación *ambiciosa y dinámica* la que construyó ese mundo nuevo, una generación capaz de entusiasmarse a la vez que consciente del deber y que no quedó presa en el indigno materialismo, en el que se había hundido el mundo romano.»

FRANZ ZACH, CATÓLICO[2]

73

División del reino y rebelión de los señores de Auvernia

El reino de Clodoveo se dividió casi *aequa lance,* casi a partes iguales, pasando en principio a sus cuatro hijos: todos «reyes de los francos» por igual; todos herederos con los mismos derechos, según la norma germana de sucesión; todos católicos y todos —excepción hecha de Teudorico I, el mayor, que Clodoveo tuvo hacia 485 con una concubina, que por lo demás no desempeñó ningún papel, pues era la sangre real del padre la que decidía— con una santa por madre. Y todos llevaron también una vida llena de crueldades espantosas, de guerras y campañas militares. En la acreditada tradición del padre ampliaron sistemáticamente el reino y conquistaron Turingia (531), Burgundia (533-534) y Provenza (537). A las mencionadas anexiones se sumaron numerosas correrías en busca de botín, en un tiempo extraordinariamente revuelto, en una de las épocas más tenebrosas y sangrientas de la historia, rebosante de desórdenes y brutalidad, fratricidios, guerras entre hermanos y traiciones, en una carrera desatada «por el poder y la riqueza» (Buchner), en un «insensato afán de botín y de matanzas» (Schulze).[3] Pero hasta los historiadores críticos se postran (agradecidos) de rodillas ante la «fundación del reino» de los merovingios, ante el puente que tendieron «entre la Antigüedad y la Edad Media», ante su contribución al triunfo «del cristianismo católico», a la alianza «entre trono y altar»... ¡Como si todo ello no hubiese hecho mucho más truculenta la historia!

Las fronteras de las cuatro particiones del reino no constan con suficiente precisión.

---

[1] Antón, Fürstenspiegel 49.

[2] Zach, ChristIich-Germanisches Kulturideal 83.

[3] Buchner, Germanentum 147. Schuitze, Vom Reich der Franken 76 s. Comp. la nota siguiente.

La que mejor conocemos es la herencia de Teudorico I (511-533). El presunto Hugdietrich de la saga recibió la parte del león con la capital, Reims; un territorio en el que quedaba rudimentariamente inserta lo que más tarde sería Austria con su población proponderantemente germánica: todo el este, desde Burgundia hasta Renania, y tal vez ya incluso hasta la región de Fritziar y Kassel, así como grandes territorios que habían pertenecido a los alamanes, cual era el caso de la Aquitania oriental. Pero cada uno de los hijos obtuvo una parte de las tierras aquitanas al sur del Loira, de las que el padre se había adueñado; tres de ellas eran exclaves.

74

Clorario 1 (511-561), el menor de los hijos de Clodoveo, y tal vez sin haber cumplido todavía los doce años, la edad sálica para alcanzar la mayoría, obtuvo principalmente el territorio de los francos salios con las ciudades reales de Tournai y Cambrai. Comprendía por lo mismo el antiguo territorio franco entre la costa del Canal de la Mancha, el Somme y la Selva carbonífera, aproximadamente con las mismas fronteras que tenía antes de las incursiones depredatorias de su progenitor. Como sede del gobierno Clorario eligió Soissons, en el extremo meridional. La Francia meridional y occidental correspondió a Clodomer y a Childeberto respectivamente.

Clodomer (511-524) tenía alrededor de quince años al morir su padre y gobernó como rey de Aquitania occidental, el territorio más al norte del Loira medio, en Orleans. Y Childeberto I (511-558) controló las tierras costeras desde el Somme hasta Bretaña; residió en París, la capital indiscutible.[4]

Poco es lo que se sabe sobre el primer período de gobierno de estos cuatro reyes. Desde el comienzo existió entre ellos una rivalidad, favorecida por la estrecha proximidad de las cuatro residencias reales —Reims, Soissons, París, Orleans— en el corazón mismo del reino. Y curiosamente, lo que no deja de parecer bastante grotesco, simbolizaban su «unidad ideal».[5]

Con una sublevación en Auvernia, probablemente hacia 520, intentó Childeberto hacerse con el territorio de Teuderico, quien todavía operaba en Turingia, pero que después aplastó la rebelión y devastó Auvernia, incluida la diócesis de san Quintiniano, obispo de Clermont. Llevó «la desolación y la ruina por doquier», incendió burgos, profanó templos católicos cometiendo en ellos «muchas maldades», como el asesinato del sacerdote Próculo, al que mató «de manera infame sobre el altar de la iglesia». Mientras tanto Childeberto atacó a los visigodos y una parte de sus rapiñas —entre las que hay que mencionar «60 cálices, 15 patenas, 20 receptáculos de evangeliarios, todos de oro puro y adornados con piedras preciosas»— la donó «a las iglesias y templos de los santos» (Gregorio de Tours). Y aunque después firmó la paz con su hermanastro mayor Teuderico (asesino de parientes como su padre, aunque de calibre menor), éste, pese al juramento y a la entrega de rehenes, pronto fue batido de nuevo y «muchos hijos de senadores fueron reducidos a esclavitud»

[4] Greg. Tur. 3,1. Fredeg. 3,29. LMA II 1815 s., 1869 s. Las partes del reino que correspondieron a los hijos de Clodoveo sólo se señalaron en su extensión principal sin precisar los detalles. Holtzmann, Sachsen und Anhait 98. Zatschek 12. Steinbach, Frankenreich 15, 32 s. Bullough, Kari der Grosse 26. Schneider, Kónigswahí 73 s. Löwe, Detschland 49. Zóllner, Geschichte der Franken 76 ss. Butzen 27. Schuitze, Das Frankenreich der Merowinger 76 s. Ewig, Die Merowinger 31 s. Bleiber, Das Frankenreich 77 ss.

[5] Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 31 s. Bleiber, Das Frankenreich 78 s.

(Fredegar).[6]

75

La guerra de los burgundios de 523-524, reclamada por una santa contra un santo y asesino

Poco después de la rebelión de Auvernia los reyes francos católicos arremetieron contra el reino católico de Burgundia.

Gobernaba allí todavía Sigismundo (516-523), hijo del rey burgun-dio Gundobad. Desde 501 era Sigismundo virrey en Ginebra. Y lo que el celoso Avito no había conseguido con el padre lo obtuvo con el hijo. Hacia el año 500 se convirtió Sigismundo del arrianismo al catolicismo. Y su mentor anunció en tono triunfal la noticia desde Vienne a Roma. Y ahora el obispo Avito apenas pudo aguardar la muerte del antiguo rey «hereje», con el que sin embargo había mantenido contactos intensos, apenas pudo aguardar la eliminación de la «peste arriana» y la soberanía absoluta del convertido Sigismundo, que a sus ojos apareció como el abanderado de los cristianos y su rostro como el paraíso.[7]

Sigismundo introdujo después el catolicismo en toda Borgoña. Y asimismo se convirtió con gran alegría de Avito el hijo mayor de Sigismundo, habido en un primer matrimonio, el príncipe amano Sigerico, nieto del rey ostrogodo Teodorico (516-517). Pero el paso de Sigerico pudo deberse más bien a motivos políticos. Provocó la sospecha de su santo padre, quien en 522 lo hizo ahogar por intermedio de dos servidores mientras dormía, cuando contaba alrededor de veintiocho años. Pues Sigismundo, «aquel modelo de piedad, se dejó arrastrar entretanto a terribles actos de violencia y a diversos crímenes», según el historiador católico Daniel-Rops. Pero, en definitiva, Sigismundo no es sólo «el asesino más monstruoso de niños» —en expresión del obispo Gregorio—, sino también un santo (su fiesta el 1 de mayo). Así tras el asesinato de su primogénito corrió al monasterio de San Maurice (St. Moritz de Wallis), ayunó, rezó y fundó un coro permanente en recuerdo de su víctima.[8]

Y es que durante largo tiempo Avito controló cómodamente al regente. Y con toda su pasión se adhirió éste al catolicismo. Su primer acto de gobierno fue ya la convocatoria de un sínodo de Epaon el año 517, el cual tomó duras decisiones contra los arríanos. Y ya antes de hacerse con el gobierno tuvo Sigismundo correspondencia epistolar con el papa. Fue el primer rey germano que peregrinó a Roma. Allí apenas pudo obtener suficientes reliquias de Símaco (un santo padre de matanzas en las calles y en las iglesias y de grandes falsificaciones). El papa era para Sigismundo el señor de la Iglesia. Y al emperador Anastasios I de Bizancio le escribe: «Mi pueblo es

---

[6] Greg. Tur. 3,9 s.; 3,12 s.; 3,16; 3,23. Vita patrum 4,3; 12,2. Fredeg. 3,36 s.; 3,39. Zóllner, Geschichte der Franken 79 s. Otros ponen la sublevación de los auvemios una década más tarde. Grahn-Hoek, Die frankische Oberschicht 167 ss. Toiksdorf 53 s.

[7] Avit. Vienne ep. 8 (MG Auct. Ant. VI 2, p. 40). Caspar II 126. Giesecke 160 ss. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 415. Fischer, Die Vólkerwanderung 223 s. Daniel-Rops 253 s. Ewig, Die Merowinger 33 s.

[8] Marius, Avent. chron. a. 512. Greg. Tur. 3,4. Fredeg. 3,33. Wetzer/WeIta III 603. LThK Dí[1] 549. Keller, Reclams Lexikon 457 s. Menzel I 155. Giesecke 162 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 415. Bodmer 32. Zóllner, Konig Siges-mund 1 ss. Graus, Volk 396 ss. Daniel-Rops 253. Bund 164 s.

vuestro; me alegra más serviros que gobernar sobre mi pueblo».[9]

Las ovejas coronadas son una verdadera bendición para los pastores, aunque Roma no registrase entonces el bautismo del burgundio, como no había registrado antes el de Clodoveo. Pero el arzobispo Avito exalta las fundaciones de iglesias de Sigismundo y sus enérgicos ataques contra el arrianismo en Ginebra. Colma al rey de títulos adula-torios y llama al mozo «padre de los pueblos católicos», inspira sus cartas y hasta se las redacta, como las enviadas a la corte imperial de Bizancio.

76

Después que Avito hubo conseguido, con ayuda ciertamente de Sigismundo, la conversión de los burgundios al catolicismo, el gran objetivo de su vida que por sí solo nunca habría alcanzado, enseguida se enfrentó significativamente al infeliz que había hecho su trabajo... Como el «típico representante de la jerarquía católica, atenta únicamente a la consecución de sus intereses egoístas; una naturaleza ambiciosa de poder, intrigante y sin corazón, llena de perfidia, falsedad e ingratitud hacia la casa gobernante, a la que tanto debía» (Hauck).

Ya en el Concilio Nacional de Burgundia (517) —el cual se celebró bajo la presidencia de Avito, con el propósito primordial de combatir el arrianismo y asegurar las posesiones de la Iglesia, prohibiendo por ejemplo la manumisión de los esclavos del clero, etc., y que en cierto modo marcó de cara a los de fuera el comienzo de la catolización de los burgundios— ignoró el príncipe de la Iglesia por completo al rey. Las muestras sinodales de agradecimiento y adhesión al gobernante del país eran algo absolutamente habitual, y en el caso de Sigismundo su ayuda decisiva en la erradicación del arrianismo exigía abiertamente la gratitud y el reconocimiento. Pero Avito y los obispos, que en el concilio anatematizaron las Iglesias arrianas y amenazaron con la excomunión de un año a los clérigos que se sentasen a la mesa con arríanos o con castigos corporales (si los clérigos eran jóvenes), pasaron por alto al rey. Más aún, emitieron un decreto incompatible contra un episcopado que se estaba haciendo prepotente.[10]

Y estalló otra lucha asimismo entre hermanos de fe. En 523 Childeberto, Clotario y Clodomer irrumpieron contra los burgundios, católicos contra católicos, aguijoneados por santa Clotilde, para vengar a sus progenitores, liquidados en las luchas por el poder en Burgundia: «Pensad por lo mismo, os lo ruego, llenos de cólera en la injusticia que he padecido y vengad con toda resolución la muerte de mi padre y de mi madre». Así hablaba una santa, que también según Frede-gar incitaba «constantemente» a la venganza. «Por eso marcharon aquéllos contra Burgundia...» Únicamente el rey Teuderico, que Clodoveo había tenido con una concubina y que estaba casado con Suavegotho, hija de Sigismundo, no se sumó a la expedición. Pero los hijos de los santos golpearon sin piedad contra el burgundio, que fue traicionado por sus súbditos y junto con su familia, su mujer y dos hijos fue ahogado en un pozo, cerca de Orleans, por orden de Clodomer «para no tener ningún enemigo a las espaldas». Era una variante de los métodos de su católico padre y «una cumbre única

---

[9] Avit. Vienne ep. 8; 29. Wetzer/WeIte III 603. LThK lil[i] 915. LMA I 1980, 1307; III 2041 s. Caspar II 127. Giesecke 161. Blanke 25. Loening 1567 ss. Fontal 264.

[10] Sin. Epaon can. 2. Wetzer/WeIte III 603 s. LThK III[2] 915. HGK 11/2 200. Hauck, cit. en Giesecke 166 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 414. Fischer, Die Vólkerwanderung 224. Beck, Bemerkungen 449.

en el período de gobierno de Clodomer» (Ebling).[11]

77

Pero Sigismundo, el asesino de su propio hijo, se abre paso como santo de la Iglesia católica, cuya liturgia osciló durante largo tiempo ¡entre la plegaria *a* Sigismundo o *por* Sigismundo! En cualquier caso se acabó agradeciéndole la conversión de los burgundios al catolicismo. Pronto empezó su culto en el monasterio de St. Moritz por él fundado. Los enfermos de fiebres mandaban celebrar misas en honor de Sigismundo (que auxiliaba contra el paludismo y las tercianas). En el siglo VII figura también como santo en el denominado *Martyrologium Hiero-nymianum.* A finales de la Edad Media será uno de los santos patronos de Bohemia y hasta llegará a ser un santo de moda. El arzobispo de Praga declaró la festividad de Sigismundo fiesta de la archidiócesis. Su estatua aparece sobre altares franceses y alemanes así como en la catedral de Friburgo; hay iglesias dedicadas a Sigismundo y una hermandad que lleva su nombre. Se solicitaban sus reliquias, que al principio descansaron en St. Moritz. La cabeza fue llevada a la iglesia de St. Sigismund de Alsacia, aunque un fragmento de la misma se encuentra en Plozk del Vístula; en el siglo XIV se depositó una parte del cuerpo en la catedral de San Vito de Praga, y otra fue llevada por las mismas fechas a Freising, que acabó por convertirse en el centro de su veneración en Alemania.[12]

Ya en 524 cambió «la suerte de la guerra». Godomar, hermano y sucesor de Segismundo, rechazó la violencia que se ejercía sobre su país. Ganó la batalla de Véseronce (cerca de Vienne), en la que cayó Clodomer de Orleans, víctima de una estratagema de los burgundios. Como vecino de los mismos estaba empeñado al máximo en su sometimiento. Herido de un lanzazo, se le reconoció por la cabellera; le cortaron la cabeza y la fijaron en un palo. Los miembros de la casa real merovingia se distinguían, en efecto, de todos los otros miembros de la tribu por el cabello largo, que tenía un cierto carácter fetichista: su tonsura o su simple recorte simbolizaba la pérdida de la dignidad.

Algo parecido ocurría con la tonsura clerical. La incorporación al estado sacerdotal o monástico descalificaba irrevocablemente, según la legislación canónica para cualquier cargo civil. De ahí que la tonsura —que las fuentes indican mediante expresiones como *«in (ad) clericum tonsurare (tondere)», «clericum faceré (efficere)», «clericum fieri iubere»,* etc.— fuese a comienzos de la Edad Media un recurso frecuente para la eliminación incruenta de los adversarios políticos, al tiempo que fomentaba la carrera y el estado clerical.[13]

78

[11] Greg. Tur. 2,28; 3,6. Fredeg. 3,33. Wetzer/WeIte II 491. LMA II 1862 (Ebling), HEG I 234. Ver asimismo la nota siguiente.

[12] Greg. Tur. 3,5 s. Liber in gloria martyrum, c. 74 (aquí Gregorio otorga ya al asesino Sigismundo la santidad con ciertas limitaciones). Marius de Avenches ad. a. 523. La Passio Sancti Sigismundi regis, de origen franco (SS rer. Merov. II 324) tergiversa por completo los hechos históricos y atribuye a los burgundios el asesinato de Sigismundo. LThK IX^2 738 s. Keller, Reclams Lexikon 457 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 417 s. Enssiin, Einbruch 128. Löwe, Detschland 49 s. Zöllner, Kónig Sigesmund 1 ss. Id., Geschichte der Franken 79 s. Graus, Volk 396 ss. Id., Die Entwickiung der Legenden 187 ss. Ewig, Die Merowinger 33 s. Bleiber, Das Frankenreich 80. Bund 165 s.

[13] Greg. Tur. 3,6. Fredeg. 3,34 s. Ver asimismo la nota siguiente.

«Antes muertos que tonsurados…» Una santa da orden de asesinar a sus nietos

A la muerte de Clodomer sus tres hermanos, «guerreros ante todo y simples cabecillas de bandas» (Fontal), se repartieron su herencia, ignorando todos los derechos de los tres hijos menores del rey difunto y sin permitir tampoco ningún régimen de gobierno tutelar de la madre.

El piadoso Childeberto obtuvo, a lo que parece, la parte del león. Era un verdadero padre de la nación, que promovía las instituciones eclesiásticas, gustaba del trato con los obispos, otorgándoles bienes inmuebles, botín de guerra y grandes sumas de dinero, a la vez que estaba en constante comunicación con la «Santa Sede». Y como Childeberto y Clotario, que había desposado a Guntheuca, la viuda de Clodomer, temían ciertamente que se hiciesen valer los derechos hereditarios de Teuderico y de Gunthar, hijos menores de edad de Clodomer, no dudó Childeberto —presentado a su vez como sabio, manso y bondadoso— en alentar su asesinato, del que Clotario «se alegró mucho». A fin de cuentas ambos soberanos tenían por madre a una santa, a santa Clotilde, y a fin de cuentas siendo ya princesa católica había impuesto el bautismo a los hijos habidos con Clodoveo, los «había educado con amor» y ciertamente que les había dado una buena educación católica. Y como Clotilde se ocupaba también de la educación de los hijos menores del difunto Clodomer, los reyezuelos Childeberto y Clotario, que se habían apoderado de sus sobrinos, preguntaron a Clotilde si deseaba que sus nietos «continuasen viviendo con el pelo cortado [cual monjes] o si tenían que matarlos a los dos». Y «la figura ideal del anhelo de santidad femenino», la *apostóla francorum,* que sentía por los dos niños «un singular afecto» *(único amore:* Fredegar), respondió: «Antes muertos que tonsurados, si no van a llegar a reinar».

Es evidente que, aun para una santa, un monje no era nada, mientras que el poder lo era todo.[14]

La poderosa banda de aquella familia católica trabajó ejemplarmente unida. Con el consentimiento explícito de la santa, que por pura venganza ya había atizado la guerra contra los burgundios, puso Clotario el cuchillo al cuello primero a uno y después al otro de los hijos de su hermano, que gritaban de angustia. «Después que hubieron acabado también con los criados y educadores de los muchachos», Clotario montó su caballo «y se marchó de allí». Gregorio continúa su crónica: «Pero la reina puso a los niños en unas angarillas, les siguió entre cantos ininterrumpidos del coro y con tristeza indescriptible hasta la iglesia de San Pedro y allí los enterró uno al lado del otro. Tenía uno diez años y siete el menor... La reina Clotilde llevó una tal vida, que fue venerada por todo el mundo..., su conducta fue siempre de suma pureza y

[14] Venant. Fortunat. Carm. 2,10. Greg. Tur. 3,18. Sobre la temprana formación de leyendas y ornamentación de su Vita ya en Gregorio, ver Zóllner, Geschichte der Franken 55 s. Ver también 74. Fredeg. 3,34 s. LMA II 1815 s., 1862, 1869, 1948 IV 1792. Ewig, HEG I 261 no dedica una sola palabra a la participación decisiva de santa Clotilde. Donin III 344 ss. Menzel 1148,155. Rückert, Culturgeschichte II 417. Hauck '1952 I 116, 128. Dill 159. Finke 140 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 417 s. Lowe, Detschland 49 s. Sprigade, Abschneiden 142 ss. Id., Die Einweisung 16 ss., 44. Steinbach, Das Frankenreich 14 s. Funkenstein 12. Zóllner, Geschichte der Franken 80 ss. Irsigler 103 s. Ewig, Zum christíichen Konigsgedanken 19. Id., Die Merowinger 34 s. Grahn-Hoek, Die frankische Oberschicht 159 ss. Bleiber, Das Frankenreich 80. Fontal 18.

honestidad: otorgó bienes a iglesias, monasterios a todos los lugares santos, proporcionándoles de buen grado y con complacencia cuanto necesitaban...»

79

Un tercer hijo de Clodomer, el más pequeño, de nombre Clodovaldo, se salvó de la carnicería y entró en el clero, después de haberse trasquilado él mismo según se dice. «Renunció al reino terreno y se dedicó al Señor», escribe hermosamente Gregorio. Y Fredegar agrega: «Y llevó una vida digna; el Señor se digna hacer milagros en su tumba». Clo-dovaldo (o Clodevaldo) fue el fundador del monasterio de Saint-Cloud de París, que lleva su nombre, y murió hacia el año 560.[15]

Un historiador católico (Von Sales Doye) asegura, sin embargo, que «lo que más atormentó» a santa Clotilde «fueron los asesinatos de sus hijos, porque se reprochaba el haber contribuido a los mismos por una especie de precipitación». ¡Qué maravilla de sensibilidad! Y el viejo *Kirchen-Lexikon* de Wetzer/WeIte sabe que la santa se encontraba «en un estado tal, que ni siquiera sabía lo que decía». Ni siquiera se habría intentado «hacerla entrar en reflexión y esperar un poco»; más aún, el mensajero habría informado «falsamente» que ella estaba de acuerdo con el hecho sangriento de sus hijos.

Más tarde también se mostró bondadosa la santa, que había instigado a la guerra y al asesinato. No sólo ayudó y ayuda contra «la *fiebre* maligna, porque ella murió de la fiebre en Tours» —como se dice con lógica que hace vacilar—, sino que en un lenguaje todavía más cínico se asegura que auxilia también «contra las *enfermedades infantiles,* porque acogió y cuidó amorosamente a los tres huérfanos, los niños de su hijo Clodomiro [Clodomer]» (Von Sales Doye). Los dos tíos se repartieron, probablemente en la primavera de 532, la herencia obtenida de forma bastante sangrienta: Childeberto, el inspirador de todo, recibió la parte del león, y Clotario, el verdadero tío-asesino, el ejecutor, obtuvo Tours y Poitiers, con los santuarios de los santos patronos de Francia, Martín e Hilario, junto con el tesoro.[16]

Teuderico I, yerno del rey de Burgundia, no había combatido contra éste. Gobernando en Reims sobre la parte oriental del reino franco sentía sobre todo el tirón de Germania, y muy en especial el de la vecina Turingia. Y repetidas veces intentó su conquista.

La aniquilación del reino de Turingia y la eliminación de su casa real

El nombre de los turingios aparece por vez primera hacia el año 400 en una obra veterinaria, escrita por un veterinario del ejército romano. Habiéndose formado de la fusión de distintos grupos de Alemania central y de otras tribus germánicas del Elba, pronto constituyeron el pueblo incomparablemente más fuerte entre los ríos Elba y Rin. Fue allí la única monarquía hereditaria, fundada a finales del siglo V por el rey Bisin, a la vez que fue uno de los pocos reinos germánicos fuera de la esfera de influencia romana. Turingia, cuyo período de esplendor empezó entonces, se extendía desde el curso medio del Elba, el Ohre, el Hartz y el Main superior hasta la cuenca

[15] Greg. Tur. 3,18. Fredeg. 3,38. Comp. también la nota siguiente.
[16] Wetzer/WeIte II 492. Sales Doyé, Heilige I 210. Ewig, Die Merowinger 35.

del Danubio en Ratisbona (hacia 480 fue saqueada Passau) y desde el Tauber hasta el bosque de Bohemia. Weimar fue probablemente la residencia real. Cuando el rey Bisin murió antes de 510, su reino se lo repartieron sus hijos Hermenefredo (casado con Amelaberga, sobrina del rey ostrogodo Teodorico), Baderico y Bertacar. Y desde 510 Turingia formó parte del pacto militar visigodo, del sistema de alianzas antifranco de Teodorico, que sin embargo se deshizo rápidamente después de su muerte en 526.

80

Teuderico I, obsesionado desde hacía largo tiempo por afanes ex- pansionistas, ya después de 515 y estimulado probablemente por las luchas internas por el poder, había realizado un asalto contra el poderoso país, pero fracasó en el empeño. Un segundo asalto sólo lo intentó algunos años después de la muerte de Teodorico (529), sucumbiendo en la batalla el reyezuelo Bertacar. Sus hijos, entre los que se contaba Rade-gunda, fueron deportados en 531 a Francia, cuando Teuderico cayó de nuevo sobre Turingia, junto con su hijo Teudeberto, su hermano Clotario (contra el que todavía en Turingia Teuderico llevó a cabo un intento de asesinato fallido) y muy probablemente con los sajones, que desde las costas del mar del Norte presionaban hacia el sur. (Las fuentes de inspiración cristiana sobre el reino merovingio silencian por lo demás una participación sajona, probablemente para no tener que admitir que sólo se había vencido con ayuda de una tribu no franca e incluso pagana.)

En la matanza de 531 cayeron tantos turingios «que el lecho del río quedó cubierto por tal masa de cadáveres que los francos pudieron pasar hasta la otra orilla por encima de los mismos como por un puente» (Gregorio de Tours). Los invasores saquearon y asolaron Turingia por completo, tomando por asalto y pegando fuego a la fortaleza real, sobre cuya ubicación precisa sólo caben suposiciones. Hermenefredo, que a su vez y en parte con ayuda de los francos ya había eliminado de forma sangrienta a los parientes más cercanos en la lucha por el poder, fue hecho tributario; en 534 fue sacado de unos lugares inaccesibles, bajo palabra de honor de que se le respetaría la vida y hacienda, y llevado a Zülpich en la región de Eifel. Allí lo colmó de regalos Teuderico y en el curso de una conversación con éste fue precipitado desde la muralla de la ciudad. Desde entonces la mayor parte de Turingia perteneció al asesino. Clotario obtuvo la parte del botín y los sajones la Turingia septentrional contra el pago de un tributo. Muchos turingios huyeron, escapando unos hacia la esfera de intereses ostrogodos y otros hacia los longobardos en Moravia. Ostrogodos y longobardos, unos y otros aliados de Turingia, la habían abandonado a su suerte.[17]

81

Únicamente la bella princesa Radegunda sobrevivió a la exterminada casa real de Turingia. Como hija de Bertacar, tempranamente eliminado, había vivido en la corte de su tío Hermenefredo, hasta que Clotario la arrastró a su palacio de Athias en Saint-Quentin. Cerca habría estado de estallar una guerra entre ambos príncipes francos por la joven hija del rey, sobre todo porque la posesión de la misma legalizaba las

[17] Greg. Tur. 3,4; 3,7 s. Fredeg. 3,32. HEG I 262. Menzel I 154. Hauck I 348. Heinsius 16 ss. Schmidt, Die spate Volkerwanderungszeit 175. Schmidt, Die West-germanen 46. Buchner, Germanentum 137. Behn 72 s. Löwe, Detschland 50. Dan-nenbauer II 28. Patze/SchIesinger 1322 ss. Zóllner, Geschichte der Franken 82 s., 86. Lautermann 904. Steinbach, Das Frankenreich 14 s. Ewig, Die frankischen Teilun-gen 668 s. Grahn-Hoek, Die frankische Oberschicht 170 ss. Butzen 27 ss. Bleiber, Das Frankenreich 34, 37, 81, 83 s. Haendier, Die abendiándische Kirche 39.

pretensiones al reino de Turingia. Teuderico dio un golpe contra Clotario, casado seis veces (sin contar las concubinas que tuvo), quien dejó huir después, si es que no la empujó él mismo, a Radegunda a un monasterio, después de haber asesinado a un hermano de la muchacha, tal vez temiendo la venganza de sangre.

Extramuros de Poitiers fundó Radegunda el monasterio de la Santa Cruz. Y allí debió de vivir como una asceta, recordando siempre su patria y sus difuntos, para decirlo en palabras de Venancio Fortunato, su secretario y «amigo del alma», unos veinte años más joven que ella, que después sería obispo de Poitiers y mimado (incluso por ella) cual ilustre poeta improvisado de la grandeza franca y que una y otra vez exalta la *«dulcedo»,* la afabilidad de Radegunda: «Yo los vi reducir a las mujeres a la esclavitud, las manos atadas, los cabellos sueltos y los pies pasando sobre la sangre del marido o sobre el cadáver del hermano. Todas lloraban, y yo lloraba por todas... Cuando el viento susurra, escucho con atención por si aparece la sombra de alguno de los míos. Un mundo me separa de aquellos a los que quise. ¿Dónde están? Pregunto al viento, pregunto a las nubes que pasan, desearía que un pájaro me trajese noticias».

Radegunda fue venerada como santa e invocada como auxiliadora contra la sarna, la fiebre infantil y las úlceras; y, según la fe de muchos habitantes de Poitiers, donde también se venera como santo a su amigo episcopal, sólo a la santa Radegunda se debió el que en 1870-1871 no padecieran la ocupación alemana.[18]

OTRAS GUERRAS CONTRA GODOS Y BURGUNDIOS

De primeras no se vieron molestados los visigodos, que recuperaron una parte del territorio, que les había sido arrebatado por Clodoveo. El temor al rey de los ostrogodos, Teodorico, frenó el afán de rapiña de los francos. Mas parece que muchos prelados católicos de nuevo conspiraron con los francos en los territorios visigóticos reconquistados. El obispo Quintiano hubo de huir de Rodez. «Pues nos dijo que, por su amor a nosotros, había sido expulsado de su ciudad», declara Teuderico, que en 516 hizo a Quintiano obispo de Clermont y mandó entregarle «todos los bienes de la iglesia».[19]

82

A la muerte de Teuderico (526) llegaron las primeras acciones contra los visigodos. Y aunque no hubo en general graves conflictos confesionales entre arríanos y católicos, el motivo según parece fue de índole religiosa. Clotilde, hija de Clodoveo y hermana de los reyes francos, se había casado con el rey visigodo Amalarico (507-531), hijo de Alarico II, que supuestamente maltrataba a los católicos en razón de sus creencias. El obispo Gregorio afirma: «A menudo, cuando ella acudía al santo

[18] Greg. Tur. 3,7 s. Venant. Fortunat. Carm. 9, 14 (indicación de otras fuentes en Scheibeireiter, Kónigstóchter 24 ss.). Wetzer/WeIte IV 117 s. LMA II 1869 s. Menzel 1154 s. Weinhold II 15. Heinsius 27 ss. Herrmann, Thüringische Kirchenge-schichte I 10 ss. Dill 131, 282. Schmidt, Die spáte Volkerwanderungszeit 175 s. Neuus/Oediger 114. Portmann 29 ss. Pórtner 30. Zóllner, Geschichte der Franken 83, 107 s. Schneider, Kónigswahí 76. Ewig, Studien zur merowingischen Dynastie 38 ss., espec. 43. Bleiber, Das Frankenreich 84. Butzen 29.

[19] Greg. Tur. 2,36; 3,2. Zóllner, Geschichte der Franken 83 s.

templo, hacía que le lanzasen basuras y excrementos y acabó golpeándose con tal crueldad, que con el velo manchado de sangre corrió a refugiarse junto a su hermano». En 531 Childeberto invadió Sep-timania, acompañado entre otros por quien luego iba a ser obispo de Burdeos, Leoncio; derrotó al rey Amalarico en Narbonne y amplió las fronteras de su enclave aquitano hasta los Pirineos. Amalarico huyó a Barcelona; pero en el otoño allí lo mató el franco Besso, cuando pretendía marchar a Italia.

También Teuderico y Clotario entraron en la guerra contra los visigodos (532), que naturalmente no fue más que pura guerra de pillaje, como lo fueron las incursiones francas contra Italia. En 541 Childeberto y Clotario cruzaron por vez primera los Pirineos, arrasaron Pamplona y el valle del Ebro; pero fracasaron frente a Zaragoza, pues los sitiados «vestidos con sacos de penitencia y entonando cantos marcharon en procesión a lo largo de los muros de la ciudad con la túnica del santo mártir Vicente» (Gregorio).

«Caesaraugusta (Zaragoza) fue liberada por las oraciones y los ayunos» (Fredegar).[20]

Entretanto, y al poco de convertirse los burgundios al catolicismo, también se había decidido el destino de su reino. En efecto, en 532, un año después de la sangrienta derrota de Turingia, de nuevo Childeberto y Clotario habían irrumpido en Burgundia, mientras que Teuderico, el rey de Reims, operaba en Turingia y moría a finales de 533. Con ello desaparecía de la escena, después de Clodomer, el segundo retoño de Clodoveo. Los dos hermanos del difunto maquinaron de inmediato la eliminación de su hijo y sucesor, de su sobrino Teudeberto I (533-548) que gobernaba en Reims, y la anexión de su parte del reino. Teudeberto, sin embargo, que ya tenía treinta años y contaba con amplia experiencia guerrera, se afianzó en su puesto y pronto irrumpió con toda energía apuntando sobre todo al este. Mas también sus incursiones, verdaderas algaradas de los años 532 y 533, contra la Galia suroccidental, hasta Narbonne y la Provenza ostrogoda, constituyeron «un éxito completo» (Ewig).

En las últimas batallas es probable que Teudeberto acuchillase incluso a los burgundios. El rey de éstos, Godomar, que desaparece sin dejar rastro en la noche de la historia, fue vencido definitivamente al catolicismo franco.[21]

83

Clotario y Childeberto, los dos hijos de Clodoveo todavía vivos, no habían podido eliminar a su sobrino ni depredar su reino; más aún, ni siquiera habían podido excluirlo del reparto de la Burgundia derrotada. Por todo ello Childeberto, que no tenía hijos, se fue granjeando la amistad de Teudeberto, cada vez más poderoso. «Yo querría tratarte como a un hijo», le manifestó mientras lo colmaba de favores y acababa por adoptarle como heredero. Y apenas se hubieron asociado los dos reyes católicos, emprendieron una campaña contra Clotario, hermano y tío respectivamente de ambos. Lo derrotaron por completo y ya al día siguiente quisieron

[20] Prokop. Bell. Goth. 1,13. Chron. Caesar-August. a. 531; comp. a 541. Greg. Tur. 3,10; 3,21; 3,29. Gloria conf. 81. Fredeg. 3,30; cf. 41. LMA I 505. HEG I 262. Pirenne, Geburt 187. Claude, Geschichte der Westgoten 64. Steinbach, Das Frankenreich 14. Zóllner, Geschichte der Franken 83 ss. Ewig, Die frankischen Teilun-gen 669, 674 s. Id., Die Merowinger 35. Pontal. 18.

[21] Prokop. Bell. Goth. 1,13, Greg. Tur. 3,11; 3,23. LMA II 1062 s. IV 1792. Giesecke 167. Blanke 25. Steinbach, Das Frankenreich 14. Büttner, Die Alpenpolitik 64. Lówe, Detschland 150. Drack/Schib 134 ss. Bleiber, Das Frankenreich 86. Ewig, Die frankischen Teilungen 670. Id., Die Merowinger 36.

matarlo. Escapó de la banda familiar que se le acercaba, refugiándose en la Forét de la Brotonne, cerca de Rouen; «opuso allí grandes obstáculos con la maleza», aunque confió «únicamente en la gracia de Dios». Y también Clotilde, la reina santa, se postró ante la tumba de san Martín y «veló toda la noche».

Y así, según cuenta Gregorio, una vez más se hizo patente la intervención milagrosa de aquel santo: una terrible tormenta de «rayos, truenos y pedrisco» debilitó la fuerza combativa del enemigo, mientras que en el lado de Clotario no cayó «ni una sola gota», ni hubo «rastro alguno» de la tormenta. En realidad fue una grave crisis de política exterior, la inicial matanza de godos por parte de Justiniano, la que puso fin a la guerra fratricida que acababa de estallar. Y los espadones francos ventearon entonces nuevas posibilidades de botín en Italia, nuevas posibilidades de correrías depredadoras.[22]

Ambos bandos, bizantinos y godos, deseaban como aliados a los francos, guerreros acreditados. El emperador Justiniano les recordó su común fe católica y la «herejía» arriana de sus enemigos «y envió sumas de dinero, prometiendo darles mucho más, cuando entrasen en acción». Los francos, por su parte, prometieron «con gran disposición de ánimo su alianza» (Procopio), pero establecieron un pacto con los godos «heréticos», pues Witigis les entregó Provenza, que pasó a manos de Childeberto, así como Coira *(Curia Rhaetorum),* que se cobró Teudeberto, quien ya por 536 gobernaba desde el Gran San Bernardo la región prealpina hasta bien al este. En consecuencia los francos tenían ahora acceso tanto al mar Mediterráneo como a Italia. Consiguieron además el protectorado sobre territorios alamanes. Y, finalmente, los godos pagaron otras 2.000 libras de oro a los príncipes francos, que garantizaron contingentes auxiliadores no francos.[23]

Es evidente que los francos no pensaban de forma alguna prestar ayuda al pueblo hermano germánico. Childeberto, interesado exclusivamente en objetivos galos de rapiña, y Clotario de Saissons, que había partido hacia el sur simplemente para obtener nuevas tierras, no intervinieron en la lucha. De ello se preocupó también la Iglesia, que por lo demás no perseguía especialmente la paz. Sin embargo, el papa Vigilio, asesino de su predecesor comprado por Bizancio por 700 monedas de oro, había encargado —mediante un escrito de 23 de agosto de 546— al obispo provenzal Aureliano de Arles que salvaguardase la paz entre Childeberto y Justiniano.[24]

84

TEUDEBERTO I, «MAGNUS», «RELIGÍOSUS», «CHRISTIANUS PRINCEPS» Y «UNA ESPECIE DE CUMBRE»

Si los godos avanzaron, como bajo Witigis, cuando en 537 pusieron cerco a Roma y atacaron a los bizantinos en Dalmacia, los francos enviaron tropas auxiliares hacia Venecia, que saquearon ferozmente. Mas cuando Witigis en 538 se encontró en apuros, se le enviaron diez mil burgundios para que sitiasen Milán. Y al año siguiente

[22] Greg. Tur. 3,24; 3,28. Zóllner, Geschichte der Franken 86 s. Ewig, Die Merowinger 36 s.
[23] Prokop. Bell. Goth. 1,5; 1,13. Agathias 1, 6 ss. Buchner, Germanentum 137. Büttner, Die Alpenpolitik 64 s. Egger 401 s. Heuberger, Rátien 136 ss. Zóllner, Geschichte der Franken 88 s. Ewig, Die Merowinger 37.
[24] LMA 11242. Zóllner, Geschichte der Franken 89 ss. Ewig, Die Merowinger 37. Heinzelmann, Bischofsherrschaft in Gallien 130 ss.

el propio Teudeberto irrumpió en Italia con un ejército de al parecer 100.000 hombres. Primero se adueñó de Retia, todavía ostrogoda, por la importancia de sus desfiladeros alpinos. Y, después que los godos le facilitaron el paso del Po, batió sucesivamente a godos y bizantinos, con no poca sorpresa de unos y otros. Tomó Genova asaltándola, devastó la Emilia con saqueos salvajes aterrorizando a todo el país, avanzó casi hasta Venecia y sólo el hambre y la peste, que pudieron matar a un tercio de sus hombres, le obligaron a retirarse. Pero detrás dejó guarniciones, restableció más tarde la coalición con godos y bizantinos, hacia 545 envió nuevos ejércitos contra Venecia, rehusó su ayuda al rey Totila al derrumbarse el poder de los godos y murió en 547-548, antes de la ofensiva final de los bizantinos.[25]

En Italia septentrional Teudeberto no tuvo más que un interés: el no permitir que ganase ninguno de los partidos contendientes, para poder sacar el mayor provecho posible: De ahí que atacase tan pronto a unos como a otros, y en ocasiones a unos y a otros a la vez. Agregó a su territorio Retía, Baviera e Innernoricum (Carintia), y en una carta a Justiniano alardeaba de que la ampliación de su reino representaba a la vez la difusión de la fe católica. De hecho también los obispos de Saben, Teurnia y Agunt en el valle del Puster fueron instituidos por arzobispos francos.[26]

Teudeberto fue el primer franco que se autotituló Augustus y que se sentía sucesor de los cesares romanos y gustaba de adoptar actitudes imperiales hasta acuñar con su imagen monedas de oro que podrían calificarse de ilegales, mandó celebrar juegos circenses en Arles a la manera de los emperadores, y hasta debió de pensar en la conquista de

Constantinopla, acariciando la esperanza de hacerse con la dignidad imperial y con el dominio del mundo mediante una incursión contra Bizancio, planeada conjuntamente con gépidos y longobardos. Un hombre así tenía que estar naturalmente en buenas relaciones con la Iglesia y en ella se apoyó a sabiendas para su política de dominio universal. Envió sus obispos a los concilios nacionales, convocó su propio concilio en Clermont (538) y hasta mantuvo relaciones con la sede romana: en 538 se informó sobre la «disciplina penitencial» por el papa Vigilio (537-555), asesino de su predecesor Silverio, hijo de un papa, y tal vez implicado asimismo en la muerte de Agapito I, predecesor de Silverio.

85

Nada tiene de extraño que Teudeberto, depredador y saqueador a gran escala, que emprendió una campaña contra su tío y combatió a godos y bizantinos, fuese celebrado por obispos católicos como un gobernante adornado de todas las virtudes de gobierno dándole el sobrenombre de *«magnus»,* mientras que san Aureliano, obispo de Arles le califica de *«religiosas»* y *«christianus princeps».* «Gobernó su reino con justicia, honró a los obispos, hizo donaciones a las iglesias, ayudó a los pobres y a muchos hizo grandes favores con un corazón piadoso y afable», escribe san Gregorio.

De hecho el rey Teudeberto fue un benefactor de la Iglesia, a la que «eximió

---

[25] Mar. de Avenches, Chron. ad a. 538. Prokop. Bell. Goth. 1,12; 2,21 s.; 2,28. Cass. Var. 12,7. Caspar II 237. Büttner, Die Alpenpolitik 65. Lóhlein 29 ss. Zóllner, Geschichte der Franken 89 ss. Bleiber, Das Frankenreich 87. Ewig, Die Merowinger 37.

[26] dtv-Lexikon der Antike, Geschichte III 258. Büttner, Die Alpenpolitik 65 s. Löwe, Detschland 51. Steinbach, Das Frankenreich 14 s., 26. Ewig, Die frankischen Teilungen 671 ss. Zóllner, Geschichte der Franken 89 ss.

de obligaciones fiscales y... favoreció de forma premeditada» (Zóllner), mientras que a sus súbditos francos no hizo más que sangrarlos con impuestos a la manera romana. Bien significativo es el hecho de que su ministro de finanzas, Partenio (nieto del obispo Ruricio de Limoges, asesino de su mujer y de su amante), a la muerte de Teudeberto y no obstante la protección episcopal, fue sacado en Tréveris de una iglesia, escupido, golpeado y apedreado por el pueblo enfurecido. Por otra parte, vuelve a sentirse el elogio de Gregorio, obispo y cronista: «Todos los tributos que las iglesias de Auvernia habían aportado al tesoro estatal, se los devolvió». (Una hermana del rey fue la fundadora de Saint-Pierre-le Vif en Sens.)

También la historiografía posterior se ha inclinado ante el triunfador a lo largo de los siglos. Todavía en los umbrales del siglo XX hay un historiador, que entona este elogio: «¡Una personalidad imponente este Teudeberto! Acuciado por un deseo salvaje de placer y por un orgullo indomable; desleal y sin escrúpulos en la elección de los medios, en un grado tal que hasta en aquella época apasionada sobrepasó con mucho la pauta de lo habitual; audaz y desmesurado en sus planes y objetivos..., Teudeberto se nos aparece como el vértice deslumbrante del linaje de sangre caliente pero bien dotado de los merovingios. En una ascensión continuada... llegó a coronar una especie de cumbre» (Schultze).[27]

86

Reyes y papas asesinos

Más criminal aún e incluso más devoto de la Iglesia se mostró el clan familiar, que sobrevivió a Teudeberto.

Clotario I también guerreó casi de continuo durante los últimos años de su vida, sin que ese dato incomodase para nada y ni siquiera llamase la atención de quienes predicaban la paz y el amor al prójimo y al enemigo. El rey —el más débil sin duda de los príncipes francos hasta que tras la muerte de Teudeberto I (558) se adueñó de todo el reino— había criticado sin embargo las crecientes riquezas eclesiásticas, pero de acuerdo con la constitución de su hermano, del año 554, también intentó arrancar de raíz cuanto quedaba de paganismo. Cierto que en una campaña invernal (555) contra los sajones llevó la peor parte; mas ya al año siguiente se impuso a la asociación de sajones y turingios y hasta envió tropas contra los ostrogodos de Italia. En 557 guerreó de nuevo contra los sajones, según parece a regañadientes, pero «fue batido con tan enorme derramamiento de sangre, y con una multitud de bajas tan grande por ambos bandos, que nadie puede calcular ni evaluar» (Gregorio). En cambio venció a daneses y eutenios.

Finalmente se vio enzarzado en una guerra en toda forma con su propio hijo Cram, el virrey de Aquitania. Con éste, en efecto, urdió un complot su tío Childeberto I, un rey piadoso y sin hijos, juramentándose ambos contra el padre y hermano respectivamente. Y mientras los sajones, llamados por Childeberto, asolaban en 557

[27] Greg. Tur. 3,25; 3,36. dtv-Lexikon der Antike, Geschichte III 258. También Ploetz celebra a Teudeberto I cual «consumador del reino de Clodoveo» 65. Schuitze II ss. Löwe, Deutschland 51. Zóllner, Geschichte der Franken 94 s., 188. Antón, Pürstenspiegel 50. Bleiber, Das Frankenreich 87. Ewig, Die Merowinger 40.

la Renania hasta la región de Deutz, Cram ponía cerco aunque sin éxito a las ciudades de Clermont y Dijon, conquistaba las de Chalon-sur-Saóne y Tours, mientras su tío Childeberto pasaba a sangre y fuego la Champagne hasta Reims, que también asoló. Pero moría en París el 23 de diciembre de 558, siendo enterrado solemnemente en la iglesia de San Vicente, que después se llamó Saint-Germain-des-Prés.[28]

La muerte de Childeberto libró a su hermano Clotario de una situación apurada. Se apoderó de su reino y tesoros, desterró a la mujer de aquél y a sus dos hijas y se impuso sobre todo el reino como dueño exclusivo, aunque por poco tiempo, hasta 561. Cram, el único hijo que Clotario había tenido con su segunda mujer Cusinna (los otros hijos del rey, casado con cinco mujeres, eran todos descendientes de Ingunda o Aragunda), pronto se reconcilió con él. Pero en 560, luego de una nueva rebelión, fue derrotado por el padre en Bretaña, que lo hizo prisionero y que por orden suya fue quemado con su mujer y sus hijas en una cabana, después de haberlo estrangulado con un sudario (de la misma manera había asesinado san Sigismundo a su hijo).[29]

Un año después mona también Clotario y con él el último de los cuatro hijos de Clodoveo, todos los cuales —como su padre— habían vivido para la rapiña, el asesinato y la guerra. Por doquier habían ido a la búsqueda de reliquias de mártires, se habían cuidado de sus traslados y habían promovido la veneración de los santos. Fundaron muchos monasterios y los dotaron con generosidad. Otorgaron grandes propiedades inmuebles al clero y le hicieron donaciones. Los viejos anales abundan en sus alabanzas.[30]

87

Naturalmente los obispos hicieron cuanto estuvo en su mano por vivir a costa de ellos. En su mayoría fueron siempre pusilánimes y palaciegos. Pero algunos supieron ganarse a tiempo a los señores. Por ejemplo, cuando Clotario reclamó de todas las iglesias un tercio de sus ingresos, y «todos los obispos» lo suscribieron, aunque bien a su disgusto, sólo uno se negó a hacerlo: san Injurioso (¡vaya nombre para un obispo!). «Si vas a quitar a Dios lo que es suyo, pronto te quitará él tu reino», le dijo a Clotario. E inmediatamente el rey orgulloso se postró ante la cruz, no reclamó más dinero, sino que temiendo más bien la venganza de san Martín, otorgó muchos dones al irritado Injurioso, suplicó su perdón y asistencia y devolvió todo, si hemos de creer a san Gregorio de Tours.[31]

A Clotario I, en cuyo territorio la Iglesia estaba mal organizada y era víctima de una especial relajación, tal vez no le importó para nada el cristianismo. De todos modos también él se hizo cristiano y fiel católico, que llevó a cabo una guerra tras otra y que hizo asesinar a sus parientes más cercanos, incluyendo niños pequeños, doncellas y hasta su propio hijo, mientras se arruinaba personalmente con incontables concubinatos y con al menos seis matrimonios, «y no siempre sucesivos»

---

[28] Mar. de Avenches, Chron. ad a. 555 s. Greg. Tur. 4,10; 4,14; 4,16 s. Agathias II 14. Vita Droctovei c. 15. LMA II 1869 s. Schuitze II 124 s. Stamer 25. Löwe, Deltschland 53. Büttner, Die Alpenpolitik 68. Zóllner, Geschichte der Franken 102 s. Grahn- Hoek, Die frankische Oberschicht 185 ss. Bund 255 s. Toiskdorf 55.

[29] Greg. Tur. 4,19 ss. Mar. de Avcnches Chron. ad a. 560. Wetzer/WeIte VII 7 s. Keller, Reclams Lexikon 376. Schuitze II 124 s. Mühibacher I 39. Bodmer 32. Goertz, Mitteirheinische Regesten 19. Zóllner, Geschichte der Franken 103 s. Lasko 213. Ewig, Die frankischen Teilungen 674 s. Lear/Treason 200 s. Tolsdorf 56 s. Bund 256.

[30] Asimismo Ewig, Studien zur merowingischen Dynastic 43, al igual que las tres notas siguientes

[31] Greg. Tur. 4,2.

(Schul-tze). Pese a lo cual el autor eclesiástico del siglo VII compara a dicho rey con un sacerdote colmándolo de alabanzas. Y es que, efectivamente, se preocupó del traslado de los restos de mártires, promovió la veneración de Medardo, el santo patrono de la casa real, apoyó la fundación de iglesias y monasterios, y tan obediente fue al clero, que escuchando la protesta eclesiástica se separó de Waldarada, su mujer longobarda (¡pues era pariente cercana de su primera y de su segunda mujer!), y se la dio en matrimonio al duque bávaro Garibald. (Pero el obispo Gregorio no critica la poligamia del rey con Ingunda y con su hermana Aragunda.)[32]

Childeberto I mostró un fervor creyente y una devoción al clero muy especiales. El usurpador e incestuoso erigió a la Santa Cruz y al proto-mártir español Vicente de Zaragoza —cuyo martirio se adornó con grandes alardes propagandísticos— una basílica en París, que más tarde sería la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Peregrinó a la celda de san Eusicio, en cuyo honor levantó asimismo una iglesia. Hizo donaciones de tierras y grandes sumas de dinero, incluyendo el botín de sus guerras, e iglesias y monasterios católicos, en los que mandaba orar por la salvación de su alma y la prosperidad del reino franco. Así distribuyó entre las iglesias francas docenas de cálices y numerosas patenas y evangeliarios, todos de oro y piedras preciosas, y todos material que había robado en su guerra hispana. Childeberto hizo de Orleans la capital eclesiástica de su reino. Allí se reunieron cuatro sínodos nacionales (en los años 533, 538, 541 y 549), Todos los reyes francos enviaron sus obispos a los mismos (excepción hecha del celebrado en 538). En 552 convocó Childeberto otro concilio nacional en París. Promulgó un decreto contra el paganismo, vivo todavía sobre todo en la Francia septentrional y oriental. Persiguió duramente a quienquiera que erigiese ídolos en los campos e impidiese su destrucción por parte de los sacerdotes. Prohibió incluso los banquetes, cantos y bailes paganos, aunque sin exigir ciertamente la conversión por la fuerza.

88

Las relaciones de Childeberto con la corte imperial se desarrollaron desde 540 generalmente a través de la Iglesia. Y naturalmente este príncipe mereció que el obispo Venancio Fortunato lo cantase en sus versos cual «clemente», «bueno y justo con todos», cual «rey y sacerdote» comparándolo con el Melquisédec del Antiguo Testamento, en conexión permanente con Roma. El constante instigador de saqueos y asesinatos se hizo llevar desde allí por el subdiácono Homobonus reliquias de mártires. Vigilio, el papa asesino, que había solicitado la intervención de Totila en favor de la Iglesia, calificó a Childeberto, el 22 de mayo de 546, de «nuestro hijo más glorioso» y alabó su «voluntad cristiana y grata a Dios» (23 de agosto de 546).[33]

Pero el papa Pelagio I (556-561), sucesor de Vigilio y como él criatura de la corte bizantina (todavía sus sucesores sólo pudieron ser elegidos con el visto bueno del emperador), al ponerse en tela de juicio su ortodoxia, hubo de humillarse hasta el ridículo ¡y en febrero de 557 hubo de presentar a Childeberto una extensa confesión de fe! Y el 13 de abril se informaba al papa de si tal confesión de fe había satisfecho al rey, al obispo de Arles y a sus *coepiscopoi* (compañeros en el episcopado).

---

[32] Greg. Tur. 4,3; 4,19; 9,39 ss. Schuitze II 125. Bodmer 31. Zóllner, Geschichte der Franken 188. Antón, Fürstenspiegel 52. Ewig, Die frankischen Teilungen 674 s. Id., Bisturn Kóln 214.

[33] RAC II 122. Fichtinger 382 s. Hauck 1 130, 229 s. Zóllner. Geschichte der Franken 104 s., 178, 186 ss. Antón, Fürstenspiegel 52. Ewig, Die altesten Mainzer 122. Id., Die frankischen Teilungen 672 s. Id., Die Merowinger und das Imperium 17.

La ortodoxia del santo padre no tan sólo resultó sospechosa en Francia, porque como representante de Vigilio también Pelagio había colaborado lealmente en las maniobras y titubeos del papa a propósito de la llamada

«Disputa de los tres capítulos», primero protestando denodadamente, después asintiendo y hasta quizá eliminando al papa. Al menos encontró la frialdad y el rechazo por parte de la nobleza, el clero y el pueblo, pues le precedía la fama de haber estado implicado en la muerte de su antecesor, como éste lo había estado a su vez en la de su predecesor y quizá de sus dos predecesores. Sólo después de que Pelagio se hubiese «purificado» mediante un juramento solemne sobre los evangelios y la santa cruz, estuvieron dispuestos dos obispos y un sacerdote para consagrarle papa.[34]

89

Naturalmente que Pelagio, dogmáticamente sospechoso, continuó combatiendo con furor la herejía. Ya en 557 los maniqueos de Ravenna fueron conducidos extramuros de la ciudad y lapidados. Y como el papa impulsó al general Narsés a la caza de herejes —no sin antes tranquilizarse sus escrúpulos con la seguridad de que el castigo del mal no era la persecución ¡sino caridad!—, también exigió al rey Childeberto I para que procediera contra los cismáticos reclamando una decidida y violenta intervención estatal.[35]

El papa Pelagio murió en 561, el mismo año en que lo hizo Clotario I, el último hijo de Clodoveo.

En esa misma década, y a una con los francos y los visigodos, empezó a ejercer un papel de importancia cada vez mayor otro pueblo germánico: el de los longobardos.

[34] Lib. poní. Vita Pelagii I. Hartmann, Geschichte Italiens I 394 ss. Caspar II 288. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 122. Seppelt/Schwaiger 56 s. Maier, Mittelmeerweit 246. Ewig, Die Merowinger und das Imperium 16 s.

[35] Dóllinger 53. Lea I 242. Voigt. Staat 260.

91

CAPÍTULO 4. LA INVASIÓN DE LOS LONGOBARDOS

> «Pronto el pueblo feroz de los longobardos se arrancó de su lugar de residencia como se saca una espada de la vaina, cayendo sobre nuestra cerviz, y el pueblo que vivía en nuestra tierra como una cosecha apretada fue segado y se agostó.»
>
> GREGORIO I, PAPA[1]

93

Los longobardos (los hombres de *longa,* «larga», *barba,* según la interpretación tradicional del nombre) pertenecían a los germanos del este más que a los occidentales. Eran un pueblo demográficamente pequeño y probablemente procedían de Escandinavia, tal vez de Gotlandia. Se hicieron sedentarios hacia la época que se señala como el paso de la Edad Antigua a la Edad Media, y emparentando así con los sajones, en el bajo Elba, donde permaneció de forma constante parte de su pueblo y donde todavía en el siglo XX nombres como Bardengau y Bardowiek los recuerdan.

Durante siglos apenas si se menciona a los longobardos en la historia. Comprobada su presencia a la manera de estratos geológicos, los emigrantes siguieron primero el curso del Elba para extenderse desde el siglo IV, y durante doscientos años, por Bohemia, Moravia y una parte de la Baja Austria actual, la «Rugilandia», que ocuparon hacia 488, tras la retirada de los rugios (otro pueblo germánico, oriundo asimismo de Escandinavia y que dejó allí el nombre de su isla, Rugen). A través de Hungría avanzaron hacia el sur, creando en la cuenca del Danubio un reino que se extendía hasta Belgrado.

Tropas auxiliares longobardas habían apoyado las guerras de Justiniano contra los persas, así como en 552 a las órdenes de Narsés, en la batalla decisiva contra los ostrogodos. Desengañado de Bizancio, su caudillo Alboín se alió con los avaros, en unión con los cuales aniquiló en otra batalla decisiva (567) el reino de los gépidos, otro pueblo germánico oriental. Fue tal la carnicería por ambas partes —se habló de 60.000 muertos— «que de tan numerosa multitud apenas sobrevivió un mensajero que anunciase la destrucción» (Paulo el Diácono).

Alboín tomó por mujer a Rosamunda, hija de Kunimundo, el derrotado rey gépido. Los gépidos ya no continuaron su asentamiento entre longobardos y avaros, que irrumpieron de inmediato. Y en la primavera de 568 —según cuenta un cronista burgundio contemporáneo— «todo el ejército longobardo, tras haber pegado fuego a su asentamiento, abandonó Panonia, seguido de las mujeres y el resto de la población». Bajo la presión de la expansión avara y atraídos por el sur, a las órdenes de su jefe Alboín irrumpieron por Emona (Laibach) y los desfiladeros de los Alpes Julios adentrándose en el norte de Italia por lo general desprotegido. Era el mismo camino, que en tiempos ya habían recorrido Alarico y Teodorico.

94

Fue el último gran avance de la invasión de los pueblos nórdicos, una expresión

[1] Gregorio I, dial. 3,38.

que casi suena inocua pero tras la cual se esconden robos, asesinatos en masa, hambres y hambrunas, la venta de varones, mujeres y niños en los mercados de esclavos, «cual ganado de bajo precio» —en expresión de un testigo ocular—, que se prolongaron durante un siglo. Y dos siglos después los propios longobardos serían a su vez borrados y pulverizados por lo que se denomina simplemente la historia, y que apenas es otra cosa que el afán desatado de poder y asesinato que alienta en el hombre.

Con los longobardos, que en conjunto tal vez pudieron formar un pueblo de 130.000 almas, llegaron otros grupos tribales, poblaciones de Panonia, Norikum, los Balcanes, numerosos sajones, restos de gépidos, turingios, suevos y sármatas eslavos. Y así como los longobardos estuvieron abiertos a la integración de otras gentes, también lo estuvieron a la tolerancia religiosa. Convertidos al cristianismo en buena parte desde aproximadamente el año 500, la mayoría de la población la constituían los arríanos. Pero entre ellos había también católicos —Alboín estuvo casado en primeras nupcias con Clodosinda, hija de Clotario I— y había sobre todo paganos, que en modo alguno fueron combatidos y que durante largo tiempo continuaron con sus sacrificos y banquetes sacrificiales, sin que al parecer el cambio de creencias de los distintos reyes jugase ningún papel.[2]

La invasión

Instalándose en Italia como una delgada capa dominante en ciudades y burgos, los longobardos fundaron el último reino germánico en lo que había sido suelo del antiguo *imperium romanum.* Sólo una década antes, y a lo largo de una cruzada que había durado veinte años, los ostrogodos arríanos casi habían sido exterminados en una guerra cruel, convirtiendo el país en una ruina humeante y en un desierto. Fue la obra común del emperador y del papa, siendo éste el principal beneficiado. Pero los longobardos, a quienes la destrucción de los ostrogodos había dejado el camino expedito, no llegaron como *foederati* sino cual conquistadores brutales a la región sometida al imperio romano de Oriente, armados con lanzas tan monstruosas que, como escribe todavía impresionado Montgomery, vizconde del Alamsin, «se podía levantar al adversario atravesado, cuando todavía se retorcía de dolor en la punta de la lanza». Cuanto los bizantinos, depredadores de la peor ralea, habían robado a los ostrogodos, les volvían a robar pieza por pieza los longobardos, dejando una vez más la tierra quemada, las ciudades despobladas y arruinados los monasterios y las iglesias que los cristianos habían levantado sobre las ruinas de los templos paganos.

[2] Procop. Bel!. Goth. 2,14,8. Paulo Diác. Hist. Lang. 1,9; 1,22 s.; 1,27; 2,7 ss. Greg. Tur. 4,3; 4,41. LMA V 1688 ss. HEG I 222 ss. dtv-Lexikon der Antike, Geschichte II 240. Hartmann, Geschichte Italiens II 1 ss., 18 ss., 34 ss., 56 ss. Schnürer, Kirche und Kultur I 169. Cartellieri I 69. Giesecke 199 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 387 ss. Behn 54 s., 70. Maier, Kirchengeshichte I 36. Gontard 154. Conrad 86. Haller, Entstehung der germanisch-romanischen Weit 293. Löwe, Deutschland 34. Daniel-Rops 276 ss. Dannenbauer, Die Grundiegung II 13 ss., 18. Kupisch 1139. Herrmann, Slawisch- germanische Beziehungen 26 s. (con numerosas citas de fuentes). Bosi, Europa im Mittelalter 53 s. Maier, Byzanz 72. Fróhlich 1 ss. Resumen 21. Bullough, Italicn 171 s. Misch 50, 53 ss., 59 ss., 64 ss., 73 ss., 79 ss., 81 ss. Schmidinger 372 s.

Casi sin esfuerzo cayó Italia en manos del rey Alboín. Estaba exhausta por la larga guerra de los godos y dividida por la Disputa de los tres capítulos. La peste dominante y el hambre hicieron el resto. Pero es evidente que a quienes más tomó por sorpresa el ataque fue a los bizantinos. Justino II, sobrino de Justiniano, no reaccionó (enloqueció en 574). Un ejército de mercenarios enviado al año siguiente fue exterminado. Y los emperadores siguientes reprimieron una serie de crisis en Oriente y en los Balcanes.

Los longobardos empezaron por conquistar varias ciudades venecianas y lombardas al norte del Po. En septiembre de 569 se establecieron en Milán, que se les rindió sin lucha armada. No hubo disturbios ni violencias, reclamando simplemente los impuestos habituales. Hasta 571 conquistaron el valle del Po y avanzaron con nuevas molestias para el país y la gente hacia Umbría y Toscana. Sólo en 572, y tras un asedio de tres años, se adueñaron de Pavía, por la que se combatió con denuedo convirtiéndola en su capital. Sus gobernantes residieron en el palacio real de los ostrogodos.

El victorioso Alboín fue envenenado aquel mismo verano por su escudero Helmiquio, influido por Rosamunda, esposa del rey y su supuesta amante. Al padre de ésta, Kunimundo, príncipe de los gépidos, lo había eliminado en combate el longobardo. Y en la muerte por envenenamiento tal vez jugó su papel el oro de los bizantinos. El asesino y la reina huyeron con el tesoro real al amparo de aquéllos a Ravenna, donde a su vez parece que fueron envenenados.

Sólo dos años después también fue eliminado Klef, sucesor de Alboín (y como él probablemente también arriano), quien por su parte había liquidado a una serie de romanos prominentes. Diez años estuvieron entonces los longobardos sin rey. Según parece 36 duques (según las ciudades ya cobradas) ejercieron la tutoría sobre el hijo menor de Klef, el pequeño Authari, que en 584 fue proclamado rey y probablemente eliminado después. Los longobardos demostraron gran habilidad en ese terreno: ya en 512 había sido asesinado el rey Tato, y en 551 corrió la misma suerte el rey Hildiques.[3]

Ante la incursión de los nuevos depredadores, los antiguos se retiraron a la línea Padua-Mantua, con vistas a proteger Ravenna, residencia de su gobernador. Por ello apenas si los invasores encontraron resistencia. Avanzaron desde el norte hacia la región de Suburbicaria fundando hacia 570 los poderosos ducados de Spoleto y Benevento y haciendo incursiones de castigo que llegaron hasta Calabria. Hacia 605 habían conquistado la mayor parte de Italia. Únicamente el ducado de Roma y los enclaves costeros de Venecia, Ravenna, Nápoles, Reggio, Tarento y otros. Comunicados entre sí tan sólo por vía marítima, continuaban sometidos al emperador de oriente, Y de primeras también Sicilia, Cerdeña y Córcega se vieron libres de los longobardos, que nada sabían de navegación. Pero tras su «conquista del país» no cesaron las luchas realizando incursiones sobre los territorios que

[3] Marius. Avent. Chron. ad a. 572, 573. Juan Biclar ad a. 573. Prokop. Bell. Goth. 4,27. Paulo Diác. Hist. Lang. 2,14; 2,27 ss.; 2,31; 3,16. Greg. Tur. 4,41. LMA I 1907, III 1382, V 1692. Hartmann, Geschichte Italiens II 1 ss., 34 ss. Cartellieri 169 s. Kornemann 454 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 390 s. Schnürer, Kirche und Kultur 1169. Büttner, Die Alpenpolitik 71. Bullough, Italien 172. Schneider, Kónigswahí 14 ss., 22 ss. Montgomery I 134. Zóllner, Die politísche Stellung 133 ss. Misch 64 ss., 88 ss., 98 ss., 101 ss. Bund 195 ss. Ewig, Die Merowingerzeit 55. Richards, Gregor 18 ss. Schmidinger 373 ss.

continuaban siendo bizantinos. Junto a la caza tal vez sus preferencias estaban en el robo, el botín y las incursiones depredadoras.

96

En su ofensiva ocasionalmente colgaron a algunos monjes, degollaron a algunos sacerdotes y saquearon algunas iglesias, siempre según el obispo Gregorio de Tours y según el papa Gregorio I, quien afirma que en una matanza habían sido «eliminados 400 prisioneros, 40 campesinos en una segunda y un grupo de monjes Valerianos en una tercera». Pero en el fondo es muy poco lo que sabemos a ciencia cierta sobre dicha invasión. Un tercio del suelo fue expropiado, arrebatándoselo sobre todo a los odiados grandes terratenientes. Probablemente muchos de ellos fueron muertos o reducidos a la condición de semilibres económicamente dependientes y sujetos a tributación. Con lo cual los bienes cambiaron de dueño persistiendo el estado de servidumbre. Muchas personas fueron hechas prisioneras, reducidas a esclavitud, vendidas a mercaderes de esclavos francos y muchas fueron expulsadas. También se rebelaron los que estaban oprimidos de antes, pequeños artesanos autóctonos y campesinos, que denunciaron y ejercieron la justicia de linchamiento contra quienes les habían chupado la sangre. Fueron miles los que perdieron de la noche a la mañana cuanto poseían.

Por lo demás, los ricos frecuentemente se habían retirado, no pocas veces más allá de los Alpes, y entre ellos se contaron también los obispos más conocidos, que confiaban en la huida más que en los señores. Paulino, patriarca de Aquileya, huyó con todos sus tesoros a la isla de Grado; Honorato, arzobispo de Milán, asimismo con sus caudales y la mayor parte de su clérigos, se refugió en la ciudad fortificada de Genova; el obispo Fabio de Firmum escapó con el tesoro de la iglesia a la ciudad de Ancona, y Festo, obispo de Capua, buscó el amparo del papa, muriendo al poco tiempo.

También los monjes de Monte Cassino huyeron a Roma, y los clérigos de Venafrum a Nápoles habiendo vendido los cálices y objetos sagrados de su iglesia a un judío; otros huyeron prefiriendo vivir en el exilio de forma decorosa. Sicilia era el refugio más seguro y allí desembarcaron especialmente grandes muchedumbres de sacerdotes y allí se vendieron a bajo precio muchos objetos sagrados. Desaparecieron obispados enteros de la Iglesia católica —42 al menos—, aunque no a causa de la persecución, sino por la pérdida de sus bienes, por hambres y epidemias.[4]

97

Colaboración y celo por las conversiones

El papa Gregorio I (590-604) hace esta descripción: «Pronto el pueblo feroz de los longobardos se arrancó de su lugar de residencia como se saca una espada de la vaina, cayendo sobre nuestra cerviz, y el pueblo que vivía en nuestra tierra como una cosecha apretada fue segado y se agostó. Las ciudades se despoblaron, las plazas fuertes fueron destruidas, las iglesias incendiadas, los monasterios de hombres y mujeres

[4] Gregorio I. dial. 1,4: 3,8; 3,27 s.; 4,22. ep. 1,66; 4,15. Greg. Tur. 4,41. Paulo Diác. H.L. 2,10; 2,25; 2,32. Hartmann. Geschichte Italiens II 1 ss., 41 s. Brechter, Monte Cassino 109 ss. Schnürer, Kirche und Kultur 1169. J. Funk, Allgemeine Ein-leitung 13. Dannenbauer, Die Entstehung II 14 ss., 18. Misch, Die Langobarden 64 ss., 87 ss. Richards, Gregor 16 ss., 104 ss., 176 s., 183. Altendorf, Gregor 189.

arrasados; se abandonaron los campos, y nadie se ocupa de ellos; las tierras llanas están baldías y desoladas pues ya no viven en ellas sus dueños, amontonándose los animales salvajes allí donde antes habitaba el pueblo».[5]

Ahora bien, eso podría llevar más agua a los molinos de la propaganda gregoriana y del sentimiento de ruina —o presunción de tal sentimiento— de la que debe de haber correspondido a la realidad de las cosas. En efecto, no fue tanto «el pueblo, el segado y agostado», cuanto los dueños de las tierras, los grandes terratenientes. Ni fueron todos los que huyeron, ni siquiera todos los sacerdotes. En Treviso el obispo Félix salió al encuentro del rey Alboín y le entregó el lugar; cosa que sólo redundó en su provecho.

Hubo casos diferentes. El obispo Catego de Amiternum sólo huyó a Roma después de conquistada su ciudad de residencia. Pero regresó, probablemente colaboró con los bizantinos, se vio implicado en una conjuración y acabó siendo ejecutado por orden del duque longobardo Umbolo. Y, sin embargo, también hubo contactos más amables con los enemigos del imperio, aunque no ciertamente para el santo padre, quien por «numerosos informes» tuvo que saber que los clérigos convivían con mujeres «extranjeras», longobardas sin duda.[6]

Mas por mucho que Gregorio I se lamentase de los longobardos, por muy «salvajes» que fuesen para él, por «terribles y abominables» herejes que fuesen, e incluso paganos que adoraban a dioses animales, no quiso aniquilarlos. De haberlo querido —según sus propias afirmaciones— «aquella nación no tendría hoy ni rey ni duques o condes, y habrían sido entregados a una ruina inevitable». ¿Fue sólo el temor a Dios de Gregorio, su cristianismo, lo que le alejó del genocidio, según escribe al emperador? En cualquier caso sus predecesores habían sostenido innumerables guerras, y algunos incluso habían alentado la aniquilación de vándalos y godos. Ni el propio Gregorio fue melindroso, cuando se trataba de verter sangre.[7]

98

Pero no hay duda de que no quería aniquilar sino «convertir» a los longobardos, porque esto sólo ventajas podría proporcionarle. Desempeñó por ello un papel ambiguo, y hasta su biógrafo Jeffrey Richards, que casi siempre toma partido en favor suyo, admite: «Su implicación cada vez mayor en todos los campos de este problema contribuyó notablemente al incremento del poder civil y de la influencia del papado».[8]

Poco a poco se establecieron acuerdos, por obra sobre todo —como habitualmente ocurre en los desbordamientos— de los círculos clericales. Someterse y entrar por el aro es algo que les es propio: lo habían demostrado precisamente con los godos y los bizantinos y lo demostrarían a lo largo de los siglos, bastante más allá de lo que afirmaba el primado alemán, el príncipe y arzobispo de Bresiau, cardenal Bertram, quien en 1933 justificaba el giro evidente del alto clero con frases tan descaradas como éstas: «Una vez más se ha demostrado que nuestra Iglesia no está atada a ningún sistema político, a ninguna forma de gobierno profano, a ninguna formación partidista. La Iglesia tiene metas más altas...». Ciertamente que sí, y su meta suprema es el oportunismo de una forma u otra; su meta suprema es sobrevivir, alcanzar el

[5] Gregorio I dial. 3,38.
[6] Gregorio I ep. 13,38 s. Misch 93.
[7] Gregorio I ep. 3-4.
[8] Richards 188.

poder y aumentarlo como hizo precisamente entonces. «Pues muchos obispos se apresuraron a entenderse con los longobardos, consiguiendo mantener la sucesión regular y la continuidad en el ministerio episcopal en muchas diócesis del norte de Italia» (Richards).[9]

Los longobardos dejaron a los católicos sus catedrales, incluso en la ciudad residencial de Pavía, a cuyos habitantes no se les tocó un pelo después de un asedio de tres años; también en otras ciudades confirmaron sus posesiones a la Iglesia católica y hasta hicieron donaciones nada baladíes a los prelados hostiles. El rey Alboín envió al obispo Félix de Treviso un salvoconducto en favor de «todos los bienes de su iglesia» (Paulo el Diácono). Sin embargo, los católicos reaccionaron a veces como los monjes de Bobbio, quienes naturalmente aceptaron las pruebas de simpatía de los reyes arríanos, pero ni siquiera respondían al saludo de los «herejes». Y mientras que los longobardos no se preocuparon mínimamente por una conversión de los católicos, no ocurrió lo mismo a la inversa.

Cuando Alboín, el más famoso príncipe longobardo, desposó a la princesa franca Clodosvinta, que era católica, inmediatamente se dirigió a ella Nicecio de Tréveris: «Me admiro de que Alboín no piense ni se preocupe del reino de Dios y de la salvación de su alma, sino que honra y se siente satisfecho con quienes llevan su alma al infierno en vez de conducirle por el camino de la salvación... Señora, yo os conjuro por ello con el temor al día del juicio final, a que leáis esta carta con discernimiento y la comentéis con él a menudo y de forma inteligente». El santo obispo no deja de convencer a la reina para que importune a su marido con cuestiones dogmáticas. Condena para ello con todas sus fuerzas el arrianismo y, aun siendo un varón «de grandes gestas maravillosas» (Gregorio de Tours), esgrime los «milagros» de los santos católicos en pro de la ortodoxia de su fe, así como la bendición que el catolicismo supuso para Clodoveo. «Y vos sabéis, en efecto, todo lo que después de su bautismo llevó a cabo contra los herejes Alarico y el rey Gundobad; ni tampoco ignoráis cuántos dones de la gracia de Dios pudieron obtener él y sus hijos en este mundo... Vigilad, vigilad, pues tenéis un Dios clemente. Yo os ruego que obréis de tal modo que fortalezcáis el pueblo de los longobardos contra sus enemigos y nosotros podremos alegrarnos por la salvación del alma de vuestro esposo y de la de vos misma.»[10]

99

Nicecio no tuvo éxito. Y así, cuando en 584 una parte de los duques nombró rey al hijo de Klef, Authari, también él era arriano, ya el catolicismo avanzaba por doquier. Y, finalmente, los longobardos se hicieron católicos como los francos, entre los cuales tras la muerte de Clota-rio I (561), último hijo de Clodoveo, se abría la época de los nietos y los biznietos.[11]

[9] dtv-Lexikon II 115. Richards 19. La cita de Bertram en Deschner, Die Politik der Pápste I 456.
[10] Paulo Diác. Hist. Lang. 2,12. Greg. Tur. 10,29. LThK VIP 941 s. Funk, Allgemeine Einleitung 13. Giesecke 200 ss. Dannenbauer II 18 s. Misch 93, 97 s. Altendorf 189.
[11] Paulo Diác. Hist. Lang 3,16. Giesecke 201 ss.

101

CAPÍTULO 5. LOS ÚLTIMOS MEROVINGIOS

«... junto a los mismos altares de las iglesias se mató a los sacerdotes del Señor con sus ayudantes. Después de que todos hubieran sido abatidos, hasta que no quedó varón alguno, prendieron fuego a la ciudad entera con las iglesias y demás edificios, no dejando más que el suelo desnudo.»

GREGORIO DE TOURS, OBISPO[1]

«Nadie gobierna más que los obispos, nuestra gloria ya no existe...»

CHILPERICO I, REY[2]

103

Mientras que la diferencia entre francos y galorromanos desaparecía poco a poco, aunque no la diferente legislación, las fronteras exteriores del reino merovingio permanecieron tal cual, y eso hasta el final del período merovingio. Cierto que hubo complicaciones políticas, como no faltaron tampoco algunos ataques de los avaros contra Turingia y de los visigodos contra Francia meridional, así como algunas algaradas francas e incursiones de rapiña más allá de las fronteras. Pero el objetivo principal no fue ya la expansión hacia fuera, ni la ampliación del conjunto del reino, ni el sometimiento y la explotación de vecinos extraños y lejanos. Fueron los reyes, una vez más cuatro, y sus numerosos sucesores los que pretendieron agrandar sus posesiones y territorios a costa de los territorios de los demás, y de manera casi ininterrumpida perjudicarles y debilitarlos de ese modo. En una palabra, cada uno buscaba la supremacía.

Ello hizo que a finales del siglo VI y comienzos del vil casi todos los príncipes merovingios muriesen de muerte precoz y violenta, que las brutalidades y atropellos a gran escala se dieran de continuo en el reino. que estallasen incesantemente guerras civiles y de pillaje, que se redujeran a cenizas muchos lugares, quedasen asoladas zonas enteras y se cometiesen innumerables saqueos, mutilaciones y asesinatos, a los que se sumaron pestes y hambres. Los campesinos se ocultaban en los bosques y robaban por su propia cuenta. En medio de aquel desenfreno y atolladero todos los medios eran buenos para los combatientes, si contaban con alguna perspectiva de éxito.[3]

LOS NIETOS DE CLODOVEO

A la muerte de Clotario I, el reino franco se dividió entre cuatro gobernantes, y a

[1] Greg. Tur. 7,38. Comp. también 4,47; 6.29; 7,35, etc.

[2] Ibíd. 6,46.

[3] LThK IV 750. HGK 11/2 133. Ewig, Das Merowingische Frankenreich 399 s. Id., Die Merowinger 41. Bleiber, Das Frankenreich 122 s., 127. Pontal 116 s.

la temprana desaparición del mayor de sus hijos fueron tres los soberanos, y dos a la muerte del hijo segundo.

De primeras, en 561 —al igual que medio siglo antes tras la muerte de Clodoveo I—, fueron cuatro los herederos que se repartieron el reino. Por edad, de mayor a menor, tales herederos fueron los hijos de Clotario I.

104

Chariberto I de París, que murió ya a finales de 567, después de haber repudiado a su mujer, la reina Ingoberga, haberse unido con las dos hermanas Meroflede y Marcovefa, una monja, y haberse casado por cuarta vez con Teodechilde, hija de un pastor de ovejas.

Guntram de Orleans (561-592), que gobernó alternativamente el territorio franco-burgundio del reino desde Chalon-sur-Saóne y desde Orleans. Fue él quien emitió el primer decreto medieval sobre la santificación del domingo (588). También ordenó en ocasiones —hasta el punto de que «se le habría podido tener por un obispo del Señor» (Gregorio)— rogativas, ayunos (exclusivamente a pan y agua) y vigilias y se mostró muy generoso con la Iglesia en general y según parece se mortificaba personalmente, aunque sin despedir a sus queridas. Guntram despidió a su concubina Veneranda para desposar a Marcatrude, hija de un tal Magnacar, pero a la que a su vez repudió por haber envenenado al hijo de Veneranda. Tomó después a una criada de Magnacar, Austrichilde, a cuyos dos hijos hizo asesinar por el «honor» de su esposa y cuyos bienes incorporó al «tesoro real». Y a ella, a Austrichilde, el príncipe piadoso, que rebosaba «fuerza admirable» y «bondad de corazón» (Gregorio), y que ya en vida fue tenido por un santo, le prometió la ejecución de los médicos que no habían podido curarla. Y cumplió lo prometido. ¡Más tarde fue venerado como santo!, cuya fiesta es el 28 de marzo.

La escena política la controlaron Sigiberto I de Reims (561-575), soberano del reino franco oriental, y el menor Chilperico I de Soissons (561- 584), hermanastro de los otros tres, cuyas mujeres, Brunichilde y Gaisvinta, hermanas procedentes de la casa regia visigótica, se pasaron al catolicismo al casarse con él.[4]

Cuando Chariberto I, nieto mayor de Clodoveo y rey de París, murió en 567, su territorio, que comprendía casi toda la mitad occidental de Galia, fue objeto de reparto. En vez de la división cuatripartita se hizo una nueva del reino franco, que esencialmente constaba de Austria, Neustria —una y otra «Francia» en sentido amplio— y Burgundia. (En el período longobardo también la parte oriental del norte de Italia se llamó «Austria», y la occidental «Neustria».)

Auster, Austria (tierra oriental) llamada generalmente Austrasia y regida por Sigiberto, constaba de las cuencas del Maas y del Rin, así como de algunos otros territorios más hacia el este, con una mayor participación germánica. La residencia fue primero Reims para pasar luego a Metz. Neustria (Niwister, Nuevo Territorio Occidental) comprendía la parte occidental y era el núcleo político del reino merovigio, que los francos habían conquistado desde el siglo v, y por tanto buena parte del antiguo territorio soberano de Siagrio ^ que se extendía desde el Loira al Sena y hasta Flandes. Esa «Francia» en sentido restringido, con una población

[4] Greg. Tur. 4,25 ss.; 4,30; 5,17; 9,21. LMA IV 1794. Schuitze II 128, 140, 494. Giesecke 103. Bodmer 31. Löwe. Detschland 64. Steinbach, Das Prankenreich 22, 33. Zatschek 13 s. Ewig, Die frankischen Teilungen 676 ss. Bleiber, Das Frankenreich 122.

preponderantemente romana y con las capitales de Soissons y más tarde París, correspondió a Chilperico I; los propios neustrios gustaban de llamarse *«franci»* y a su tierra «Francia». La nueva Burgundia se había ampliado notablemente respecto de la antigua, siendo Chalon-sur-Saóne la residencia real preferida de Guntram. Pero también se repartieron Aquitania y Provenza.

105

El desmembramiento de la herencia de Chariberto tuvo como consecuencia toda una serie de guerras civiles por la supremacía. Los sangrientos conflictos entre los hermanos no acabaron hasta la muerte de Sigiberto, que a su vez capitaneó multitudes paganas: «la ferocidad de los pueblos» de la ribera derecha del Rin contra la buena tierra católica de Neustria. Desde 562, cuando los primeros enfrentamientos con los avaros en las cercanías del Elba tuvieron atado a Sigiberto, el rey Chilperico, el más joven y tal vez el más acomodaticio de los hermanos que residía en Soissons, llevó a cabo una serie de incursiones contra Austria e intentó adueñarse de Reims, Tours y Poitiers, «arrasándolo y destruyéndolo todo por completo» (Gregorio de Tours). Entretanto Sigiberto, promotor de la devoción a san Medardo, patrón del obispado de Soissons y de París, saqueó e incendió la mayor parte de las aldeas de la región parisiense y encarceló a sus habitantes; también intentó, aunque inútilmente, adueñarse de la capital provenzal de Arles, que pertenecía a su hermano Guntram. Pero el obispo diocesano Sabaudo, un digno pastor del Señor, engañó al ejército de Sigiberto, y lo recondujo con ardides ante las puertas de la ciudad, de modo «que se vio atacado por la espalda por las espadas de los enemigos y de frente por las paredes de los ciudadanos...» (Gregorio de Tours).[5]

La lucha entre los hermanos Chilperico y Sigiberto se agravó aún más por una tragedia familiar, que halló eco en la leyenda de los nibelungos.

«... Dignas de una Mesalina y una Agripina»

Hacia 566 Sigiberto de Reims casó con Brunichilde, hija del rey visigodo Atanagildo, poco más o menos un año después de que Chilperico de Soissons hubiera desposado a Gaisvinta, hermana mayor de aquélla. Pero Chilperico, que antes había repudiado a su mujer Audovera y que «tenía ya muchas mujeres», por intermedio de una de sus criaturas hizo ahogar poco después de la boda a Gaisvinta, que sentía nostalgia de su tierra y que siendo arriana se acababa de convertir «a la Iglesia ortodoxa». Y, tras «llorar sólo unos días a la difunta» (Gregorio), desposó a su antigua querida Fredegunde. Ello provocó una terrible enemistad entre las dos reinas, «mujeres dignas de una Mesalina y una Agripina» (Mühlbacher) y una guerra de Venganza sin escrúpulos entre los reyes de Reims y de Soissons.[6]

106

[5] Greg. Tur. 4,22 ss.; 4,30; 4,49 s. Taddey 72,197,370,854. Para la problemática civitas-ciudad en la E.M. ver LMA II 2113 s. Schuitze II 128,142. Mühibacher I 38. Dill 170 s. Bodmer 29. Zatschek 14 s. Büttner, Die Alpenpolitik 69. Löwe, Deut-schiand 64, 66 s. Schneider, Kónigswahí 87 ss. Steinbach, Das Frankenreich 33, 35 s. Más ampliamente Zóllner, Die politische Stellung 57 ss. Ewig, Das Bistum Koln 214. Id., Die frankischen Teilungen 676 ss. Id., Die Merowinger 42 s. Id., Die Merowingerzeit 54 s. Bleiber, Das Frankenreich 122 ss.

[6] Greg. Tur. 4,27 s. LMA IV 1100. Mühibacher I 40.

Especialmente Fredegunde, procedente de una familia de siervos («ex *familia ínfima»)* encaramada a reina y, a lo que parece, dueña por entero de la voluntad del rey, resulta un magnífico ejemplar de la época. Durante largos años fue la amiga íntima del obispo Egidio de Reims, uno de los políticos más activos de Austria, y en ocasiones, protegida también del obispo Regnemond de París, a la vez que experta en asesinatos de gentes de alto rango; una cristiana para la cual casi estuvo a la orden del día la liquidación de reyes, y una de las furias más diabólicas de la historia universal, que triunfó simplemente con la extorsión, la tortura, el puñal y el veneno.

De común acuerdo con el rey Chilperico, hizo asesinar sucesivamente a varias docenas de adversarios influyentes. Sin escrúpulos y más bien con profunda satisfacción caminó sobre cadáveres. Hizo encarcelar a sus víctimas, azotarlas y someterlas a lenta tortura, a la vez que naturalmente se apoderaba de sus tesoros. Las hacía ahorcar, quemar o envenenar. A un sacerdote, que vacilaba en cumplir su orden de asesinato, le hizo cortar las manos y los pies. Hizo ejecutar al obispo Pretéxtate, así como a su propio hijastro Clodovec y a la madre de éste, Audovera. Parece que también intervino en el asesinato del rey Sigiberto, a quien los asesinos contratados por ella hundieron «por los dos costados un cuchillo imponente, un *scramasax»,* que además «estaba impregnado de veneno» (Gregorio). Eso ocurría el año 575 en la corte real de Vitry. Puede que incluso fuera la causante de la muerte de Chilperico, su marido.

Únicamente el rey le impidió que eliminase a su propio hijo Sansón inmediatamente después de darlo a luz, aunque el niño murió con apenas dos años. En Toumay dirimió toda una serie de contiendas entre familias liquidando a sus cabezas. Por su propia mano llevó a cabo un fracasado intento de asesinato contra su hija Rigunte, envió a un clérigo asesino contra Brunichilde y a otros dos curas con puñales envenenados contra Brunichilde y Childeberto. En cierta ocasión llegaron incluso simultáneamente doce criaturas de Fredegunde a la corte real católica, en la cual «por vergüenza de los hombres» tanto a clérigos como a laicos se les cortaban manos, narices y orejas.

Muchos se mataban por miedo a las torturas. «Algunos murieron en el tormento.» El rey Guntram escapó a los «emisarios» de Fredegunde, la cual así y todo, cuando huyó con sus tesoros a París, gozó de la protección del obispo Regnemond. Toda una genuina actitud cristiana. Gregorio de Tours describe ampliamente los crímenes de aquella *«inimica Dei atque hominum»* (enemiga de Dios y de los hombres), que acabó como viuda en el territorio neustrio del reino, cada vez con mayor influencia y luchando con todos los medios hasta su muerte por el reconocimiento de su hijo menor Clotario.[7]

107

Chilperico I: Expediciones militares y cantos espirituales

En las luchas cada vez más importantes entre Chilperico, que buscaba sobre todo un acceso directo a sus enclaves aquitánicos, y Sigiberto, que ambicionaba una

[7] Greg. Tur. 4,28; 4,51; 5,18; 5,22; 5,39; 7,7; 7,20; 8,29; 8,44; 9,34; 10,18. Fredeg. 3,84. LMA IV 885. Taddey 370. Heinsius 15.

porción mayor de la herencia real neustria, éste empezó aliándose con Guntram, que remaba sobre Burgundia primero "en Órleans y después en Chalon-sur-Saóne, donde construyó la iglesia de San Marcelo. Guntram fue especialmente devoto de la Iglesia y, una vez más, por sus numerosas donaciones al clero y la convocatoria de sínodos también fue declarado santo (su fiesta, el 28 de marzo). El piadoso príncipe, tan cruel como cobarde, se mostró como un patrón nada fiable, rompiendo repetidas veces la palabra dada y combatiendo en ocasiones contra uno de sus hermanos y en ocasiones contra el otro. Así, en 573 entró en guerra con Sigiberto por la Provenza, aliándose entonces Guntram (que también opinaba contra los longobardos y que entregó a la Iglesia franco-burgundia las regiones alpinas conquistadas) con Chilperico de Soissons combatiendo de nuevo a Sigiberto de Reims. A sangre y fuego recorrió Teudeberto, hijo de Chilperico, la región de Tours, Limoges, Cahors y demás ciudades, «asolándolas y destruyéndolas, pegó fuego a las iglesias, se apoderó de los vasos sagrados, mató a los clérigos, arrasó los monasterios de hombres, violó a las mujeres y todo lo destruyó. Hubo entonces más gritos y lamentos en las iglesias que en tiempos de la persecución de Diocleciano» (Gregorio de Tours).

A mediados de la década de los setenta emprendió otra expedición militar de destrucción contra el reino de Sigiberto, penetrando hasta Reims, y Sigiberto con el apoyo de tribus paganas del este del Rin marchó contra Neustria. Ocupó París e hizo retroceder a su hermano hasta Tournay. Pero allí, poco antes de la victoria y casi en el momento de su triunfo —los guerreros de Chilperico ya se habían pasado a su bando—, Sigiberto sucumbía a una tentativa de asesinato por parte de dos servidores de Chilperico y Fredegunde, armados con puñales envenenados *(quos vulgo scramasaxos vocant,* vulgarmente llamados scramasax). Ocurrió en Vitry (Artois) en el invierno de 575 y a sus cuarenta años de edad. «Gritó entonces fuertemente, se derrumbó y poco después emitía un último suspiro» (Gregorio de Tours). Chilperico echó mano a Brunichilde, viuda de Sigiberto, y la encerró en un monasterio de Rouen, mientras que a su hija la tuvo presa en Meaux.[8]

108

La eliminación del regente de Reims supuso la anhelada convulsión para los asesinos, que amontonaron triunfos sobre triunfos. Chilperico en medio de aquella confusión y tumulto se anexionó los territorios controvertidos, gobernando desde París dos países: el heredado y el de su hermano Chariberto. Toda la mitad occidental del reino de los francos le estuvo sometida. El rey, que sólo pensaba en su concubina, en el poder y el dinero, trapicheó con las sedes episcopales dándoselas a quienes más ofrecían y aumentó brutalmente los impuestos. Ello provocó un levantamiento en Limoges, que él por supuesto aplastó con la mayor dureza. En su desprecio por la vida humana se asemejó ciertamente «a un César Borgia o a cualquier otro déspota italiano del período renacentista» (Cartellieri).

Un hombre así fue también adicto al cristianismo, luchó denodadamente por la conversión de los judíos y hasta fue autor de un tratado teológico sobre la Santísima

---

[8] Greg. Tur. 4,28; 4,45 ss.; 4,51; 5,1. Fredeg. 3,70 ss. LThK IV^2 1279. Taddey, Lexikon 474. Ullstein Weltgeschichte II 13. Schuitze II 143,151, 162 s. Menzel 1180 ss. Lea III 462. Cartellieri I 73, 84. Bodmer 29, 50. Dill 174 s. Berr 14. Ludwig 19. Zatschek 15 s. Folz, Zur Frage 322 s. Maier, Mittelmeerweit 242 s. Pórtner 26 s. Büttner, Die Alpenpolitik 69 ss. Steinbach, Das Frankenreich 33. Leutermann 866, 870. Ewig, Die frankischen Teilungen 679 ss. Id., Die Merowinger 43 s. Bleiber, Das Frankenreich 126 ss. Bund 261. Fontal 119.

Trinidad, así como de canciones espirituales. Lo que no impide que quisiera rechazar el dogma trinitario como un antropomorfismo absurdo con esta explicación: «El Padre y el Hijo son el mismo, como también el Espíritu Santo es uno con el Padre y el Hijo». Ni impide tampoco el que pueda ser exagerada la frase que le atribuye Gregorio: «Nadie gobierna más que los obispos, nuestro orgullo ha muerto...», si es que la pronunció alguna vez. Ni impidió, finalmente, que también en sus guerras contra Sigiberto redujese a cenizas los templos cristianos, saquease y destruyese los monasterios y permitiese la violación de las monjas. Así y todo, la Iglesia gozó de libertad en todos los asuntos religiosos. Se pusieron los cimientos para las sucesiones canónicas de los obispos, como en Tours. En los juicios el obispo compartía la presidencia con el conde. Los funcionarios del Estado en general y los mismos reyes estaban en principio sujetos al dictamen moral de los obispos y a su corrección espiritual.[9]

Apenas pudo escapar al destino del apuñalado Sigiberto, su padre, el niño de cinco años Childeberto II (575-596), al que salvó el duque Gundowaido poniéndolo a seguro en Austria. Allí los grandes lo proclamaron rey, gobernando en su nombre el mayordomo Gogo. Pero, evidentemente, tras dos intentos de asesinato quizá con veneno, el sucesor en el trono quedó ya casi moribundo con apenas veintiséis años de edad. Hasta que finalmente fue un instrumento del rey Guntram, que lo adoptó por hijo y heredero como al mayor de la dinastía, tras la muerte de sus propios hijos, e instrumento continuó siendo también en manos de su madre Brunichilde.

Ésta desposó en Rouen a Merovec, hijo del primer matrimonio de Chilperico con Audovera. El obispo Pretéxtate, metropolitano de Rouen, casó en contra del derecho canónico a Merovec su ahijado con la tía del mismo y de acuerdo con él, según parece, «llevó a cabo una verdadera intentona de destronamiento, si es que no planeó un asesinato» (Bund).

109

En la sesión segunda del Concilio de París (577) el rey Chilperico también inculpó al obispo Pretéxtalo de haberle robado joyas valiosas y 5.000 sólidos en oro. Comoquiera que fuese, en la sesión tercera el príncipe de la Iglesia (que poco después fue azotado, desterrado a una isla y el 585 asesinado en una iglesia), postrándose a los pies del rey confesó haber atentado contra su vida.

Mas antes de que los conjurados pudieran aprovechar políticamente su complot, Merovec a instigación sin duda de su madrastra Fredegunde fue excluido de la sucesión; en 576 fue encarcelado, tonsurado y degradado a la condición de presbítero. Cierto que de camino al monasterio de Anisóla (San Calais) lo liberó su compañero de armas Gaileno, pero en 577-578 en una nueva huida, y estando rodeado de enemigos, rogó a Gaileno que lo matase. Y así lo hizo sin titubeos su compañero, por lo cual le cortaron después manos, pies, nariz y orejas torturándolo hasta morir. Los principales instigadores del golpe debieron de ser Egidio, obispo de Reims (que consagró obispo a san Gregorio), y el duque Guntram Boso (un criminal intrigante en cuya eliminación tanto se comprometió después el obispo Angerico de Verdun). Y asimismo fue víctima de Fredegunde un hermano menor de Merovec.[10]

---

[9] Greg. Tur. 4,47; 5,44. Schuitze II 148 ss. Berr 14. Cartellieri I 73 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1 151 ss., espec. 153. Zatschek 17. Maier, Mittelmeerweit 242 s. Dannenbauer II 62. Steinbach, Das Frankenreich 22.

[10] Greg. Tur. 5,1; 5,14; 5,18s.; 8,31; 9,8; 9,10; 9,14; 9,23; 10,19. Fredeg. 3,74; 3,78. LMA II 1816 IV 1794 s.

En 577 Brunichilde pudo escapar de la prisión de Chilperico y huir a la parte oriental del reino, al territorio en que reinaba su hijo Childeberto II, al que indujo a una alianza con Guntram. Pero en 581 el vastago de Brunichilde cayó víctima de un motín en Reims, donde el metropolitano Egidio —un obispo implicado en numerosas intrigas, conjuraciones y crímenes de alta traición— se hizo con el gobierno al frente de algunos grandes señores. Y como Chilperico se puso en marcha sin más y era el hombre fuerte, el príncipe de la Iglesia con los corregentes se acercó a los triunfadores; el propio obispo Egidio presidió la legación. Y al mismo tiempo los oposicionistas de Reims se enemistaban con el rey Guntram, cuya herencia de Chariberto en Aquita-nia conquistó Desiderio, comandante en jefe de Chilperico (581), de manera que Chilperico se hizo entonces con todo el reino de su hermano, muerto en 567.

Mas cuando el rey se dispoma a adueñarse también del territorio de Guntram con ayuda de los tránsfugas de Reims y estableciendo una alianza formal con la regencia de Austrasia para destruir los ejércitos de Guntram, de nuevo cambió el curso de los acontecimientos en dicho territorio a causa de una sublevación del minor populus contra la alianza, aunque esta vez en favor de Brunichilde, que sin duda estaba detrás, y Chilperico hubo de frenar sus pasos. A comienzos del año 484 Guntram devolvió a su nieto a Marsella. Y ese mismo año Chilperico fue asesinado de varias cuchilladas en su palacio de Chelles, cerca de París, una noche a su regreso de una cacería. «Terminaba así una vida llena de crueldades con la muerte que le correspondía» (Fredegar). Y que recuerda mucho la de Sigiberto, su propia víctima. También Chilperico dejaba un hijo menor: Clotario II, que todavía no había cumplido un año. Para él intentó afianzar el gobierno su madre Fredegunde.[11]

110

Los prelados y la alta nobleza se disputan el poder

Chilperico, que para Gregorio de Tours fue el «Nerón y Herodes de su tiempo», fue posiblemente la víctima de los círculos conspiradores de la nobleza de todos sus territorios, y tal vez también de su esposa Fredegunde. Primero le había engañado, en efecto, haciéndole creer que el hijo de ella, Clotario, era un vastago merovingio y asegurarle después, con el apoyo de más de 300 juramentados, civiles y eclesiásticos, y entre éstos tres obispos, la paternidad de Chilperico. Y tras la muerte de los dos hermanos a manos asesinas la lucha se agudizó entre las mujeres de ambos, pese a que (¿o precisamente por ello?) entretanto habían desaparecido del escenario político tantos personajes siniestros.[12]

Dill 124,134,184. Cartellieri I 73. Zatschek 16 s. Sprigade, Die Einweisung 21s. Schneider, Kónigswahí 94 ss. Steinbach, Das Frankenreich 33. Graus, Über die sogenannte germanische Treue 105. Ewig, Die fránkischen Teilun-gen 681. Id., Die Merowingerzeit 54. Id., Studien zur merowingischen Dynastie 19. Id., Die Merowinger 44. Granhn/Hoek, Die fránkische Oberschicht 264 s., 265 ss. Bund 270 ss. Fontal 118 s. Bleiber, Das Frankenreich 128.

[11] Greg. Tur. 6,46; 7,33; 10,19. Fredeg. 3,93. Ullstein, Weltgeschichte II 13. Schuitze II 148. Zatschek 16 ss. Steinbach, Das Prankenreich 33 s. Ewig, Die fránkischen Teilungen 682s., 714. Id., Die Merowingerzeit 54. Id., Die Merowinger 45 s. Grahn-Hoek, Die fránkische Oberschicht 220 ss. Bleiber, Das Frankenreich 128 s. Bund 270 ss.

[12] Greg. Tur. 6,46. Fredeg. 3,93. Menzel 1182. Ewig, Die Merowinger 47.

Así los hijos de Chilperico, habidos de su primer matrimonio con Audovera, habían ya abandonado este mundo. Teudeberto había caído en la guerra de 575 y su cadáver fue saqueado en el mismo campo de batalla. Merovec encontró la muerte en la cacería de Fredegunde. Clodoveo, el último hijastro de ésta fue a parar a una finca apestada. Logró sobrevivir, pero fue acusado de hechicería, encarcelado y estrangulado alevosamente en 580. Horribles torturas padecieron su querida, la madre de ésta y Audovera, la madre de Clodovec, mientras que su propia hermana Besina desaparecía en el monasterio de Poitiers. Libre de sus enemigos más peligrosos, pudo entonces Fredegunde entrar en el juego político con su hijo Clotario, preparando varios intentos de asesinato contra el rey Guntram, contra Childeberto y Brunichilde, e irritada por los fallidos atentados redujo al silencio a los frustrados asesinos. Pero la cabeza dirigente de la conspiración contra la casa soberana de los francos orientales fue el obispo Egidio de Reims, cuyo tesoro rebosaba de oro y plata. Una noche estalló la rebelión. El «pueblo inferior» *(minar populas)* se levantó contra él y contra los duques del rey, por cuanto «vendían su reino y entregaban sus ciudades a la soberanía de otro». Se intentó echar mano al pastor supremo y a los nobles; pero Egidio huyó dejando atrás a todos sus acompañantes, «y tan grande era su miedo que, habiendo perdido una bota del pie, ni siquiera tuvo tiempo de volver a calzársela».

Se recurrió al soborno («dos mil piezas de oro y muchos objetos preciosos»), la alta traición y la maquinación de una guerra civil y fratricida, sobre todo por parte del abad Epifanio, «que siendo conocedor de todos sus planes secretos», hizo confesar al obispo Egidio, tras haberlo negado constantemente, que «como traidor a la majestad merecía la muerte», «pues yo siempre he actuado contra la voluntad del rey y de su madre y por mi consejo se han llevado a cabo guerras frecuentes que desolaron muchas regiones de Galia» (Gregorio). En 590 fue depuesto por el Concilio de Metz y condenado a muerte, mas por intervención de los prelados profundamente entristecidos Childeberto lo desterró a Estrasburgo. Y al abad Epifanio se le relevó de su cargo.[13]

111

Si en la muerte de Sigiberto sus dignatarios, capitaneados por el obispo Egidio, se pasaron al bando de Chilperico, en la muerte de éste fueron muchos los nobles que se pusieron al servicio de Childeberto, hijo de Sigiberto.

Nacido en Pascua, bautizado en Pentecostés y consagrado rey en Navidad, Childeberto II (575-596) apareció en la corte merovingia como una especie de «promesa de la beatificante proximidad divina» (Kari Hauck). (De ello se aprovechó, entre otros, especialmente el obispo Agerico de Verdun, padrino de Childeberto. Cierto que no había podido expulsar «el espíritu impuro» de una muchacha, mas parece que impresionó de tal modo al joven rey con un milagro —una multiplicación del vino—, que éste le hizo grandes donaciones.) Por otra parte, la viuda de Chilperico, a la que entonces abandonaron muchos hombres prominentes, buscó refugio con su hijo de cuatro meses en el obispo Regnemond de París. Y allí se presentó en seguida el rey de Burgundia, a quien ella había llamado en su ayuda en el otoño de 584, que era el único hijo superviviente de los cuatro de Clotario. También

[13] Greg. Tur. 4,50; 5.39; 6,31; 10,19. Schuitze II 145s., 151 s., 155 s., 160 ss. Bod-mer 34, 200. Bund, Thronsturz 269 ss.

san Guntram prometió su protección a Fredegunde, pero pronto desplazó a su hijo de la *«cathedra regni»* quedándose con la mayor parte de la herencia de Chariberto.[14]

Con un estado de cosas cada vez más desolado en los distintos reinos, las continuadas incursiones de guerra y pillaje de los reyes luchando por la propia supremacía, la dinastía merovingia se estaba debilitando, mientras que se fortalecía la clase de los grandes terratenientes feudales, y muy especialmente la clase superior, la alta aristocracia. Ésta ya no se sentía dependiente de la monarquía, sino más bien frenada por ella, siendo los reyes los que necesitaban cada vez más de la alta nobleza sometiéndose a ella poco a poco.

Al igual que entre los gobernantes también entre los grandes señores hubo enfrentamientos armados, ocupaciones de condados y obispados, así como apropiaciones por la fuerza de bienes inmuebles y de braceros casi a diario. Y como las propiedades rurales estaban muy dispersas, hallándose muchas veces en varios reinos, podían pasar ya a un rey ya a otro. Fueron sobre todo las familias dirigentes las que aprovecharon la anarquía cada vez mayor para ampliar sus posesiones y potenciar su fuerza de combate pasando gradualmente al primer plano, hasta que con las continuas luchas por el poder acabaron por dar jaque a los reyes debilitados.[15]

112

La revuelta de Gundowaido y los obispos desertores

Con la muerte de Chilperico rápidamente se hundió todo su régimen. La dirección pasó provisionalmente en 584 al reino de Burgundia. Pero el rey Guntram entró en competencia con el pretendiente Gundowaido en la Galia meridional, que afirmaba ser hijo de Clotario I, quizá de algún matrimonio oculto del rey. Como quiera que fuese tanto Clotario como su hijo Sigiberto le habían cortado su larga cabellera. Ahora, sin embargo, los traidores austrios lo pusieron de nuevo en primer plano.

De su exilio en Colonia Gundowaido, que evidentemente seguía aferrado a su opinión, había huido (antes de 568) a refugiarse junto a Narsés en Italia, y más tarde a Constantinopla. Allí le «invitó» en 581 una embajada, presidida por el duque Guntram Boso, un rebelde intrigante, que regresase a Galia. Abundantemente pertrechado por el emperador Tiberios I, Gundowaido desembarcó en septiembre de 582 en Marsella. Cierto que, sórdidamente traicionado por Guntram Boso, hubo de refugiarse primero en una isla provenzal, ganándose después muchos seguidores especialmente en el sur y oeste del reino; pero en todo ello ya se echó de ver la creciente influencia de la alta nobleza, que iba a determinar el curso de la historia.

La revuelta de Gundowaido fue bien acogida por muchos. Se le unieron príncipes y condes tanto de Neustria como de Burgundia y de Austria. Entre éstos cabe mencionar a Desiderio, duque de Toulouse, y al duque de Bladst, dos grandes de Chilperico I; a Eunio Mummolo, un duque del rey Guntram y su mejor comandante en jefe; a Guntram Boso, duque de Childeberto II; y a Waddo, mayordomo de la hija del rey Rigunthe. También fueron muchos los prelados que se pasaron de campo.

Inmediatamente después de desembarcar Gundowaido en Marsella lo recibió con

[14] Greg. Tur. 7,4 ss.; 7,44; 9,8. LMA II 1816. Steinbach, Das Frankenreich 34. Ewig, Die fränkischen Teilungen 714. Id., Die Merowinger 47.

[15] Bleiber, Das Frankenreich 126 ss., 136 ss.

los brazos abiertos el obispo del lugar Teodoro, acogiéndolo «con la máxima benevolencia» y poniendo a su disposición una mesnada de caballeros. Los obispos Nicasio de Angouléme y Antidio de Agen se pasaron asimismo a Gundowaldo. Se le unió también un tal obispo Epifanio (de diócesis desconocida), por lo que Guntram lo puso en prisión, donde «tras muchos sufrimientos murió». Cada vez fueron más los magnates que engrosaban las filas de Gundowaido. Hizo grandes donaciones y pronto se adueñó de casi toda Aquitania. El obispo Sagitario de Gap se contó entre sus confidentes más allegados. Igualmente el obispo Bertram de Burdeos, que — de nuevo según el testimonio de Gregorio de Tours— «estuvo unido al rey con estrecha amistad», pese a ser pariente (por parte de madre) del rey Guntram, por lo que éste le echó en cara que hubiese introducido en la propia parentela la peste extranjera *(pestem extraneam)*.

113

También mantuvo el obispo Bertram de Burdeos una estrecha amistad con la reina Fredegunde; parece ser que el príncipe de la Iglesia la consoló mucho. Él y el obispo Paladio de Saintes se echaron en cara en la mesa real, y para satisfacción de muchos, sus lascivias, adulterios y perjurios.

Y también el obispo de Saintes, «que ya había engañado frecuentemente al rey», mediante un triple perjurio, así como el abad de Cahors, a quien Guntram haría después azotar y encarcelar, apoyaron al rebelde. En el este muy probablemente el obispo Egidio de Reims se pasó a su vez a los conjurados. Según Fredegar, en Burgundia lo hicieron sobre todo el obispo Siagrio de Autum y el obispo Flavio de Chalon-sur-Saóne.[16]

En diciembre de 584 se proclamó rey al pretendiente en Brives-la- Gaillarde (Limousin) mediante la elevación sobre el escudo. Pero a comienzos del año siguiente hubo una nueva aproximación entre Guntram y Childeberto II, que a sus quince años había alcanzado la mayoría de edad. El mayor de la dinastía merovingia renovó el nombramiento de Childelberto como heredero suyo, movilizó un ejército y penetró hasta el País Vasco. En el extremo meridional de Aquitania, en St-Bertrand-de-Cominges (Lugdunum Convenarum), ya en la región prepire-naica, Gundowaido fue sitiado por sus secuaces, a cuyo frente figuraban el duque Eunio Mummolo y el obispo Sagitario, traidores una vez más, y en un intento de evasión fue asesinado alevosamente. Cariatto, el portaespada de Guntram, que —según cuenta Fredegar— «había fomentado todo este asunto, obtuvo como recompensa la sede episcopal de Ginebra». El cadáver de Gundowaldo fue profanado y dejado insepulto.

Los traidores, «los hombres más prominentes de la ciudad», arramblaron con todos los tesoros, incluidos «los vasos sagrados de las iglesias», y después mandaron abrir las puertas. El ejército de Guntram irrumpió en la ciudad y degolló «a todo el pueblo»; «a los sacerdotes del Señor con sus acólitos los mataron al pie de los altares de las iglesias. Después de que todos hubiesen sido aniquilados sin que quedase ningún varón, pegaron fuego a la ciudad con las iglesias y demás edificios hasta no dejar piedra sobre piedra».

La acción de san Guntram (su fiesta el 28 de marzo), que sin embargo mantuvo

[16] Greg. Tur. 5,49; 6,24; 7,28; 7,30 s.: 7,36; 8,2; 8,7. Fredeg. 3,89. LMA IV 1989. 1792. Ewig, Die Merowinger 45,47. Bleiber, Das Frankenreich 129 s. Scheibeireiter, Der Bischof 226. Comp. asimismo la nota siguiente.

las mejores relaciones con los obispos, la elogia Gregorio de Tours como «bondadosa y siempre inclinada a la compasión», y a él se le exalta como «rey y sacerdote». De hecho Guntram pudo actuar sin misericordia contra los grandes rebeldes o contrarios, haciéndolos degollar o lapidar sin previa investigación. Se adueñó entonces de una gran parte de Aquitania y juzgó con dureza a los señores civiles que se habían apartado de su obediencia, mientras que curiosamente se mostró clemente con los prelados asimismo desertores. Al comandante en jefe Eunio Mummolo y al obispo Sagitario les mandó matar.[17]

114

El rey Guntram prueba su santidad

Aquellos príncipes católicos en la lucha no retrocedían ni siquiera ante la destrucción de las iglesias, como testifica a menudo precisamente el obispo Gregorio. Los duques del rey Childerico, Desiderio y Bladst (este último «hasta copulaba con frecuencia» en el atrio de la iglesia de San Hilario de Poitiers), devastaron en 583 el territorio de la ciudad episcopal de Bourges, que supuestamente lanzó al combate a 15.000 hombres, «en un terrible baño de sangre, en el que cayeron por ambos bandos más de siete mil. Con el resto del ejército los duques penetraron en la ciudad, arrasándolo y destrozándolo todo y provocando tal devastación como jamás se había oído desde tiempos inmemoriales: no se perdonó ni casa ni viña ni árbol alguno, siendo todo incendiado, destruido y aniquilado. Se adueñaron de los vasos sagrados de las iglesias y pegaron fuego a los mismos templos».

En 585 las tropas de san Guntram atacaron la iglesia de San Vicente de Agen, «rebosante de tesoros de toda índole, que pertenecían a los habitantes de la ciudad, pues habían esperado que unos cristianos no dañarían la iglesia de un mártir tan grande. Aun así, se habían cerrado cuidadosamente las puertas. Mas al irrumpir el ejército y no poder abrir las puertas del templo, le pegaron fuego sin tardanza y después de haber destrozado las puertas, se apoderaron de todos los tesoros y vasos que allí se encontraban, llevándose consigo los utensilios sagrados del templo». Y en la ciudad conquistada de Cominges la misma soldadesca católica degolló a los sacerdotes con sus servidores al pie de los altares de las iglesias incendiándolas después. Incluso en el territorio de Guntram, en las regiones de las cuencas del Saona y del Ródano, las iglesias fueron saqueadas y los sacerdotes asesinados.[18]

Y, como queda dicho, Guntram era un santo. Un santo del que Gregorio escribe en una ocasión: «hablaba continuamente de Dios y de la edificación de iglesias», pero que al mismo tiempo cumplió el último deseo de su esposa la reina Austrichilde: matar a espada a los médicos que no habían podido curarla. Hallándose in extremis,

---

[17] Greg. Tur. 6,36; 7,10; 7,27 ss.; 7,34 ss.; 7,38; 8,2; 9,21. Fredeg. 3,89. LThK IV 750. LMA III 84, IV 1792,1794s. Schuitze II 135,154 s., 161. Bodmer 15 s., 50 s. Dill 195 ss. Büttner, Die Alpenpolitik 73 s. Sprigade, Die Einweisung 19 s. Id., Absch-neiden 147 s. Antón, Fürstenspiegel 53. Zollner, Die politische Stellung 113. Steinbach, Das Frankenreich 34. Ewig, Die fränkischen Teilungen 683 ss-, 703 ss. Id., Die Merowinger und das Imperium 33 ss. Id., Zum christiichen Konigsgedanken 19. Id., Die Merowinger 47 s. Bund 277 ss. Grahn-Hoek, Die fränkische Oberschicht 232 ss.

[18] Greg. Tur. 5,49; 6,31; 7,10; 7,35; 7,38. Schuitze II 147. Berr 15.

«en las últimas», demandó «con un sollozo profundo a su compañero, junto al lecho de muerte», el juramento de que su muerte «no quedaría impune»; y ese piadoso juramento cristiano «lo cumplió puntualmente el bravo rey Guntram», dice el no menos bravo Daniel-Rops que ve ese crimen escalofriante «sazonado con un cierto humor negro». Según Fredegar, los médicos fueron antes sometidos por orden del rey a «diversas torturas» *(diversispoenis).* San Gutram hizo ejecutar asimismo a los hijos de Magnacar, un noble franco, pasando naturalmente todos sus bienes «al tesoro real»; y todo ello sólo por haber difamado a la reina, que también en el propio Gregorio aparece como una «mujer desvergonzada» y con un «alma desvergonzada».[19]

115

Tras la eliminación de Gundowaido los nobles rebeldes de Austria y Neustria continuaron la lucha contra Guntram, contra Brunichilde y contra Childeberto, que ya había alcanzado la mayoría de edad y que había escogido como residencia principal la ciudad de Metz junto al Mosela, en vez de Reims. Varios intentos por asesinar a Guntram y a la reina fracasaron. Y tras el nacimiento de Teudeberto y Teuderico, hijos de Childeberto, los años 586 y 587, los conjurados austrios planearon también la eliminación de Childeberto y la supresión de sus retoños. Entre los revolucionarios a las órdenes del duque Rauching de Champagne se contaba una vez más el obispo Egidio de Reims. Pero Guntram, que debía ser depuesto, se olió el asunto, avisó a Childeberto, que los eliminó. Llamó a Rauching e inmediatamente después de la audiencia, al abandonar la sala, dos porteros le rompieron las piernas.

«Inmediatamente los que ya estaban apostados y dispuestos se lanzaron sobre él con sus espadas y le machacaron la cabeza de forma que apareció toda la masa encefálica.» Los tesoros de Rauching, que según parece superaban a los del rey, se los apropió éste.[20]

El clan real, Childeberto II, su mujer Faileuba, su madre Brunichilde y su tío Guntram se encontraron en la frontera de los dos países, en el castillo de Andelot, y el 28 de noviembre de 587 firmaron un pacto de sucesión recíproca, que reforzaba la solidaridad entre las casas soberanas francoburgunda y austria y regulaba diversas contiendas territoriales así como el problema de la sucesión: el tío o nieto superviviente gobernaría en el reino del otro y lo mismo harían sus sucesores.[21]

El acuerdo de Andelot tuvo sobre todo consecuencias de política interna. Pero Guntram acabó triunfando también en todos los enredos de política exterior, especialmente con los longobardos y los visigodos, con los que estaba implicado desde hacía tiempo.

Así, ya entre 569 y 575 el santo, que sabía defenderse, había rechazado una y otra vez a las tropas longobardas que irrumpían por los pasos de los Alpes occidentales. Con aquellas correrías, no especialmente preparadas, contra Provenza y Burgundia meridional arrasaron y pasaron a sangre y fuego cuanto pudieron encontrar a su paso. Repetidas veces fueron casi aniquiladas por obra sobre todo de Eunio Mommolo, generalísimo de Guntram, como ocurrió en medio de los bosques de Em-brun por un ejército franco, en el cual también combatieron los obispos de Embrun y de Gap personalmente y del que «muchos fueron muertos». En otra ocasión Mummolo,

---

[19] Greg. Tur. 4,25; 5,17; 5,35; 9,20. Fredeg. 3,82. Daniel-Rops 317.

[20] Greg. Tur. 9,9; 10,19. Ver también la nota siguiente.

[21] Greg. Tur. 9,11; 9,20. Ewig, Die Merowinger 48,50. Bleiber, Das Frankenreich 132.

según san Gregorio, llevó a cabo una matanza en Provenza acuchillando «a muchos miles, sin que cesase el derramamiento de sangre hasta el anochecer, hasta que la noche puso fin a la mortandad». También combatieron los francos en el sur, no sin las correspondientes ampliaciones del territorio, anexionando Guntram a su reino la región limítrofe del norte de Italia, así como dos obispados de la iglesia franca: el ya existente de Aosta y el de nueva fundación de Saint-Jean-de-Maurienne. Algo más tarde seguiría el obispado de Wallis.[22]

116

Afanes belicosos de los papas

Por aquella época reinaba en Roma Pelagio II (579-590), que más tarde murió de peste. Había sido elegido papa mientras los longobardos asediaban la ciudad. Y así se apresuró a pedir auxilio, tanto al emperador Tiberios II (578-582) como al rey Guntram. Los invasores arríanos no sólo combatían al imperio romano, sino también la Iglesia y la jerarquía romanas, asociadas con él (y no tanto la fe católica desde hacía ya mucho tiempo). Y perseguían la unificación de Italia con Roma como capital. Eso lo había conseguido el papa con su influencia, pues de otro modo no habría sido más que el primado de una iglesia territorial. Y así se llegó al primer afán belicoso papal dirigido a los francos. Lo cual iba a crear escuela...

Pelagio envía entonces unas reliquias al obispo franco Aunacar de Auxerre, al tiempo que solicita apremiantemente la intervención de los reyes francos en favor de Roma. Se irrita contra los «idólatras» longobardos y escribe que sería justo y conveniente «que vosotros, otros miembros de la Iglesia católica, unidos en un cuerpo bajo la dirección de una cabeza, os apresuraseis con todas vuestras fuerzas en ayuda de nuestra paz y tranquilidad por causa de la unidad del Espíritu Santo. Pues no consideramos inútil *(ptiosum)* sino admirablemente dispuesto por la providencia divina el que vuestros reyes sean iguales al *imperium romanum* en la confesión de la recta fe; y que así surgiesen auxiliares cercanos a esta ciudad y a toda Italia. Cuidad, pues, querido hermano, de que vuestro amor no se muestre tibio cuando Dios ha dado el poder a vuestros reyes para ayudamos...». Y al final insiste de nuevo: «Os exhortamos, pues, a que liberéis los santuarios de los Apóstoles, cuya fuerza buscáis, de la contaminación de los paganos, en la medida y prontitud que está en vuestras manos, y solicitéis apremiantemente a vuestros reyes a que rompan lo más pronto posible con la amistad y alianza del perverso enemigo, los longobardos, con decisiones saludables, a fin de que cuando llegue el tiempo de la venganza, que de la misericordia de Dios esperamos cercano, no sean hallados como sus cómplices».[23]

117

Pero ni las misivas ni las reliquias enviadas surtieron efecto. Las luchas en que estaban implicadas las fuerzas dentro del propio territorio impidieron la intervención

[22] Mar. Avent. Chron. ad a. 569; 574. Greg. Tur. 4,42. Fredeg. 3,68. Schuitze II 129 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 56 ss. Holtzmann, Italienpolitik 17 s., 21 s. Büttner, Die Alpenpolitik 79 ss. Lohiein 53 ss.

[23] JK 1048 (MG Epist. III 448 n.° 9). Migne 72, 705. Comp. asimismo la carta II de Pelagio a Aunachar del 586: JK 1057 (MG Epist. III 449 n.° 10). Migne 72, 744. LThK VIII[1] 66. Fichtinger 312. Kelly 79. Hartmann, Geschichte Italiens II 167.

de los francos.

Ni fue únicamente con los longobardos, «esa nación impía» —como escribió a su sucesor Gregorio en 584, en Constantinopla—, aunque los longobardos eran cristianos desde mucho tiempo atrás, con los que Pelagio tuvo que ver. También pidió la ayuda del Estado contra el obispo de *Forum* Sempreonii (Fossombrone). Primero quiso encerrar en un monasterio al obispo recalcitrante, después hubo de conducirlo por la fuerza a Roma el *magister militum* Juan. También los obispos de Vene-cia y de Istria se enfrentaron al papa. Pertinazmente se mantuvieron en las concepciones cismáticas, que habían sostenido desde los tiempos del papa asesino Vigilio y de la disputa de los Tres Capítulos. Y así quiso también Pelagio arrastrar hasta Roma o ante la presencia del emperador a los poderosos arzobispos de Milán y de Aquileya, los prelados más poderosos del norte, que evitaban el trato con él; y con ese fin requirió la ayuda de Narsés y de otros generales. Pero los esfuerzos papales, a una con varias misivas de Gregorio, el futuro papa que justificó extensamente la condena de los Tres Capítulos, no tuvieron éxito. A pesar de las repetidas «medidas policiales», que «dieron firmeza... a las exhortaciones papales» *(Lexikon fiir Theologie),* el cisma del norte de Italia se mantuvo, incluso más allá del pontificado de su famoso sucesor.[24]

En 584 Pelagio II llamó de nuevo a los francos. Y ahora estalló la guerra, debido especialmente a que el emperador oriental Maurikios (582-602), recién coronado, renovó con los francos una alianza que iba contra los longobardos. El bizantino, a quien Pelagio solicitó asimismo ayuda militar, pagó al rey Childeberto II el hijo sin escrúpulos de Sigi-berto, que no se detenía ante ningún pacto, la considerable suma de 50.000 sólidos de oro, para que expulsase a los longobardos. Estalló entonces una guerra de siete años (584- 591), aunque con algunas treguas.

De primeras el rey invadió Italia (584), los longobardos se comprometieron a pagarle un tributo anual de 12.000 sólidos, a Childeberto. Después el emperador Maurikios quiso recuperar su dinero; pero «ni siquiera obtuvo respuesta» (Paulo el Diácono), y menos aún el dinero. Así que en 585 hubo otra incursión. Mas como Childeberto tenía sus proyectos contra los visigodos, rápidamente se reconcilió con los longobardos; más aún, prometió su hermana Clodosvinda a su rey Authari, que le recompensó largamente. Pero, cuando al año siguiente (586) se convirtió al catolicismo el rey de los visigodos Recaredo —con lo que la política austria «alcanzaba la meta de sus deseos» (Büttner)—, Childeberto cambió una vez más sus planes, evidentemente por motivos religiosos. Y ahora prometió su hermana Clodosvinda —que todavía no se había desposado con Authari, el rey longobardo y amano— al católico Recaredo, a la vez que enviaba embajadores a Bizancio para anunciar la continuación de la guerra con los longobardos.[25]

118

También procuró Childeberto movilizar a su tío Guntram contra los longobardos. Cierto que éste se negó, perp a pesar de ello Childeberto y Brunichilde armaron un cuerpo expedicionario, al tiempo que enviaban las cartas correspondientes al

[24] Wetzer/WeIte VIII 264. LThK VIII' 66. LMA III 1382. Denzinger, Enchiri-dion Symbolorum 113 ss. NUM. 246 s. Kelly 79. Hartmann, Geschichte Italiens 1397 ss. SeppeltII 13.

[25] Greg. Tur. 6.42; 8,18; 9,25. Fredeg. 3,92. Paulo Diác. Hist. Lang. 3,17; 3,22; 3,28 ss. Juan Biclar. a. 584. LMA II 1816. Schuitze II 131 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 61 ss. Kornemann II 455 s. Holtzmann, Italienpolitik 22 ss. Büttner, Die Alpenpolilik 76 s. Id., Frühmittelalterhches Christentum 126.

emperador y también, significativamente, a los obispos de Constantinopla y de Melitene así como al *apokrisiar* de la sede pontificia en Constantinopla. Otra misiva al arzobispo de Milán le rogaba que informase al exarca de Ravenna de la inminente campaña militar, a fin de que a su vez se preparase contra los Idngobardos. Estos querían ciertamente evitar el conflicto y enviaron una embajada con regalos a Childeberto en estos términos: «Haya paz entre nosotros: no nos destruyas y te estaremos sujetos y te pagaremos un determinado tributo». Pero los francos marcharon contra ellos, y en 588, sufrieron tal derrota «que no se recuerda una semejante desde los tiempos antiguos», según Gregorio de Tours.[26]

Pero pronto irrumpieron de nuevo en Italia con un gran reclutamiento de tropas a las órdenes de veinte duques; devastaron y asesinaron por doquier, como más tarde los caballeros cruzados, empezando ya por su propio territorio, «hasta el punto de que podría pensarse que guerreaban contra su propia tierra» (Gregorio). En Italia, por el contrario, en alianza con el exarca de Ravenna, sólo tuvieron éxitos parciales, aunque su irrupción no quedó ya limitada a una algarada de saqueo, sino que fue una guerra entre dos frentes perfectamente definidos. Mediante un amplio movimiento de tenaza intentaron acabar con los longobardos y reconquistar los territorios que en tiempos había ocupado Teudeberto I. Cierto que en múltiples combates obtuvieron las zonas de tierra abiertas o no fortificadas de Italia septentrional así como numerosos burgos haciendo numerosos prisioneros; pero fracasaron en la mayor parte de las ciudades fortificadas y especialmente en Pavía, sufrieron además disentería y hambre, por lo que minados por las enfermedades y privaciones hubieron de volverse atrás. De todos modos en 591 Childeberto impuso a los longobardos un nuevo tributo anual de 12.000 chelines de oro. Lo pagaron casi treinta años, hasta que Clota-rio II lo canceló en 617-618 con el pago único del monto correspondiente a tres años.[27]

El acontecimiento eclesiástico-político más destacado en los once años del pontificado de Pelagio fue la conversión en España de los visigodos arríanos al catolicismo bajo Recadero. Y mientras los ostrogodos, el pueblo hermano germánico oriental, era borrado de la historia por los gobernantes católicos, los visigodos convertidos al catolicismo se destruían a su vez más y más.

[26] Greg. Tur. 9,11; 9,20; 9,25; 9,29. Paulo Diác. Hist. Lang, 3,22; 3,29. Schuitze II 131. Hartmann, Geschichte Italiens II 69 ss. Büttner, Frühmittelalterliches Christentum 126.

[27] Greg. Tur. 9,29; 10,3; Paulo Diác. Hist. Lang. 3,31. Fredeg. 4,45. Schuitze II 131 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 72 ss. Holtzmann, Italienpolitik 25 ss. Büttner, Die Alpenpolitik 77 ss. Id., Frühmittelalterliches Christentum 126 ss. Ewig, Die Merowinger 49. Misch 116.

118

CAPÍTULO 6. LA CONVERSIÓN DE LOS VISIGODOS AL CATOLICISMO

> «Ningún otro país del mundo occidental experimentó una transformación tan profunda y duradera por parte del cristianismo como España.
>
> WILLIAM CULICAN[1]

> «En el período católico el clero hispanorromano alcanzó una influencia decisiva... La cultura superior del alto clero toledano y el carácter moderado de los gobernantes, que se esforzaron celosamente por adecuarse a las decisiones de los concilios de Toledo, fueron las causas naturales de esta forma práctica de gobierno...»
>
> ANTONIO BALLESTEROS Y BERET-I-A[2]

121

La fundación del reino visigótico en España

Tras la derrota de Poitiers (507) a manos de Clodoveo, el gran reino tolosano se derrumbó por completo y los visigodos, expulsados casi por entero de Francia meridional, se concentraron en España, donde habían conquistado una provincia tras otra. Desde 473 eran dueños de toda la península, con excepción del pequeño reino suevo del noroeste y de los territorios vascos del golfo de Vizcaya. Su nueva capital fue Toledo, que suplantó a Toulouse.

Pese a que los visigodos eran cristianos desde largo tiempo atrás, habían adoptado —según Gregorio de Tours— «la abominable costumbre de asesinar al rey que no les agradaba y poner el que les venía en gusto». De hecho el regicidio hizo estragos, mientras que los homicidios y asesinatos «estaban a la orden del día» (Claude). Del total de 37 reyes visigodos, 17 fueron asesinados o depuestos. Al extinguirse la dinastía de Eurico fueron pasados a cuchillo, uno tras otro, en la plaza mayor, en palacio, durante un banquete, Amalarico (531), Teudis (548) y Teudegi-sel (549).

Mas la Iglesia católica contó como la única comunidad creyente ortodoxa y también religiosamente pudo desarrollarse con toda libertad. «Aunque era un hereje —escribe Isidoro, obispo de Sevilla del rey Teudis—, salvaguardó la paz de la Iglesia y hasta otorgó permiso a los obispos católicos... para que ordenasen en libertad y a su criterio lo que era necesario para la disciplina eclesiástica.» Con excepción de Eurico aquellos reyes arríanos fueron tolerantes, y lo fue también Agila, sucesor de Teudegisel.[3] Pero contra aquél se rebeló en 551, apoyado principalmente por los

---

[1] Culican 189.

[2] Ballesteros 56.

[3] Chron. Caesar Aug. a. 531. Jord. Get. 58. Greg. Tur. 3,30. Fredeg. 3,42. lsd. Sev. Hist. Got. 40 ss. LMA I 206 s. IV 1573. HEG I 236 s. Buchner, Germanentum 154. Stroheker, Germanentum 97, 168, 209. Maier, Mittelmeerweit 209. Dannen-bauer II 22 s. Conrad 80. Schäferdick, Die Kirche in den Reichen der Westgoten 22 s. Thompson, The Goths 12 ss., 18 ss. Claude, Geschichte der Westgoten 57 s. Id., Adel, Kirche 48 s., 56 ss., 63. Bund 554 ss. Mas también respecto de Eurico escribe Gert Haendier: «No se puede

católicos romanos del sur, el noble godo Atanagildo. Y como no pudiera imponerse en la guerra civil contra el rey, llamó en su ayuda a las tropas del emperador católico Justiniano, «a las que después pese a todos sus esfuerzos no pudo ya alejar de su reino, y hasta el día de hoy continúan las luchas contra ellas», escribe el obispo Isidoro.

122

Ya en el verano de 552 desembarcó un cuerpo expedicionario a las órdenes del patricio Liberio. En breve ocupó toda la parte suroriental de la península ibérica: Málaga, Cartagena, Córdoba... En 554, y en compañía de Atanagildo, infligió cerca de Sevilla una grave derrota al rey Agila, a quien sus partidarios acabaron asesinando en Emérita (Mérida) en la primavera de 555, para pasarse a Atanagildo (555-567), el primer antirrey legítimo en la historia visigótica. Poco antes de morir Atanagildo, que había combatido repetidas veces contra los bizantinos, sus pasados asociados, muerte que ocurrió en Toledo en junio de 567 —siendo el primer rey visigodo desde Eurico que moría en cama—, casó a sus dos hijas Brunichilde y Gaisvinta con los merovingios católicos Sigiberto de Reims y Chilperico de Soissons, para mantener la paz con los francos.[4]

Liuva I, sucesor de Atanagildo, elegido rey a finales de 567 por los nobles godos en la Narbonne septimana, nombró ya al año siguiente a su hermano Leovigildo (568-586) como su sucesor y correinante, quedando a su muerte como único gobernante (572). Pero ya al año siguiente nombró corregentes a sus hijos Hermenegildo y Recaredo.[5]

La refundación del reino visigótico la consiguió el arriano Leovigildo, no sin la correspondiente brutalidad. En esto bien podemos creer a los cronistas católicos. «Asesinó a los más notables y poderosos o les privó de todos sus bienes, despreciándolos y enviándolos al destierro», escribe el obispo Isidoro. Y Gregorio de Tours afirma: «Leovigildo mató a todos aquellos que estaban acostumbrados a eliminar reyes, sin dejar varón alguno».[6]

El gobernante cristiano prolongó la guerra año tras año. En 570-571 expulsó a los romanos de Oriente, las tropas de ocupación bizantinas en el sureste de la península. En 572 tomó Córdoba. Después eliminó una tras otra a todas las tribus sofocando cualquier autonomía regional. En 574 sometió Cantabria, en 581 conquistó los territorios vascos y en 585 aniquiló el reino de los suevos.[7]

La conversión al catolicismo de los suevos

hablar de una propaganda visigótica en favor de la confesión del homoúsios (igualdad de naturaleza entre Padre e Hijo)». Die abendiándische Kirche 105. Comp. también 108.

[4] Greg. Tur. 4,8; 4,27. Fredeg. 3,47 s. Isid. Hist. Got. 46 s. LMA I 206; 1159 V 1950. Stroheker, Germanentum 135 s,. 209 ss. Buchner, Germanentum 155. Thompson, The Goths 17 s., 324. Claude, Geschichte der Westgoten 58 s. Id., Adel, Kirche 49 s. Bund 557 s. Altamira 163 s.

[5] Greg. Tur. 4,38; Juan Biclar. ad a. 568 s.; 573. Fredeg. 3,63. Isid. Hist. Got. 49; 54. Stroheker, Germanentum 136 s. Buchner, Germanentum 136 s. Thompson, The Goths 18 s., 59. Claude, Adel, Kirche 55, 59 s., 66.

[6] Greg. Tur. 4,38. Isid. Hist. Got. 51.

[7] Isid. Hist. Got. 49; 54. LMA V 1903.

Los suevos, que inicialmente habitaban en el territorio del Havel y del Spree y a los que César menciona por vez primera, llegaron el año 409, al mando de su rey Hermerico, a España con los alanos y los vándalos. Allí crearon en el norte y noroeste de la península su propio reino, con la provincia romana de Gallaecia (Galicia) como centro. Sólo hacia 450, en el reinado de Requier, se convirtieron al catolicismo, y en siglo y medio —período del que sabemos muy poco— cambiaron cuatro veces de confesión, haciéndose arríanos, otra vez católicos y otra vez arríanos, hasta que al disolverse entre los visigodos pasaron definitivamente al catolicismo el año 589.[8]

123

El frecuente cambio de fe demuestra la poca importancia que la confesión creyente tenía para los suevos. Cuando paganos no persiguieron al cristianismo, y de arríanos tampoco persiguieron a los católicos. Y de católicos, en cambio, guerrearon como los gentiles o los arríanos. Su primer rey católico, Requier (448-456), casó con una princesa arriana, una hija de Teodorico I, y llevó a cabo más guerras y *razzias* que su padre pagano.

Saqueó y asoló el País Vasco, la región de Zaragoza, la provincia Carthaginensis y, de manera especial y repetidas veces quebrantando un tratado de paz, la provincia Tarraconensis, donde hizo gran cantidad de prisioneros. Finalmente fue batido por completo y ejecutado por el visigodo Teodorico II, al que repetidas veces había recurrido.[9]

El año 457 los visigodos mataron también al gobernador de los suevos, Agivulfo, que ellos mismos habían nombrado, por haber intentado independizarse. Su antagonista el rey suevo Maldra, un fratricida, fue asesinado entre 458 y 460, probablemente por su sobrino Frumari, a quien a su vez intentó eliminar aunque sin éxito Remismundo, hijo de Maldra.[10]

Un cristianismo estimulante, como en todas partes. Y también entre los visigodos, entre los que Leovigildo también oprimió a los campesinos desollados y rebeldes, asolando por doquier, conquistándolos e incorporándolos a su dominio.

El arriano Leovigildo y la oposición católica

Pero Leovigildo, el último rey arriano de los visigodos, reforzó ciertamente el poder de la corona. Mejoró el sistema monetario, y revisó las leyes completando deficiencias y eliminando aspectos superfluos. Fue el primer príncipe germano que fundó ciudades, a la más importante de las cuales la llamó Reccápolis, del nombre de su hijo Recaredo (en el curso superior del Tajo). Durante su reinado de dieciocho años volvió a unificar el reino visigodo, que estaba resquebrajándose. Incluso san

[8] Hydat. Chron. min. 2,25. Isid. Hist. Got. 85 ss. HEG I 243. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 29. Schmidt, L., Die Westgermanen 128, 192. Schmidt, K.D., Die Bekehrung der Ostgermanen 373 ss. Thompson, Christianity and the Northern Barbarians 71. Id., The End of Román Spain 18 ss. (supone que los suevos eran los mismos que los quados). Sprigade, Die Einweisung 46. Maier, Mittelmeerweit 126 s. Kawerau, Geschichte der mittelalterlichen Kirche 29.

[9] Isid. Hist. Got. 87. Schmidt, K.D., Die Bekehrung der Ostgermanen 374 ss. Schmidt, L., Die Westgermanen 208 s., 227 ss. Ballesteros 39 s. Voigt, Staat 147. Claude, Geschichte der Westgoten 124. Bund 159 s. Schäferdiek, Die Kirche in den Reichen der Westgoten 82 ss., 108 s., 112 ss,

[10] Isid. Hist. Got. 88 ss. Claude, Geschichte der Westgoten 124. Bund 161.

Isidoro de Sevilla, que achaca los éxitos de Leovigildo al favor del destino y a la valentía de su ejército, admite que los godos, reducidos hasta entonces en España a un pequeño rincón, llegaron a ocupar la mayor parte del territorio. «Sólo el error de la herejía oscureció la fama de su bravura.»[11]

Ése era naturalmente el punto decisivo: «el pernicioso veneno de esa doctrina», la «peste mortal de la'herejía». «Lleno de la furia de la infidelidad arriana persiguió a los católicos y desterró a la mayor parte de los obispos. Privó a las iglesias de sus ingresos y privilegios y mediante métodos de terror empujó a muchos a que se pasasen a la pestilencia arriana y a muchos más se los ganó sin persecución alguna con oro y regalos.

124

Además de otras depravaciones heréticas osó incluso rebautizar a los católicos, y no sólo a laicos sino también a miembros del estado sacerdotal, como a Vicente de Cesaraugusta, al que hizo de un obispo un apóstata, precipitándolo como si dijéramos del cielo al infierno.»[12]

En realidad, y frente al catolicismo radicalmente intolerante, pues ya se había afianzado en el reino visigótico, Leovigildo llevó a cabo una política probada de distensión. Durante su reinado se fundaron muchos monasterios y se edificaron muchas iglesias. Personalmente el rey dotó de bienes raíces al abad Nanctus y a sus monjes, llegados de África. Más aún, transigió teológicamente con los católicos mediante ciertas concesiones en la doctrina trinitaria.

No fue sólo eso. Oró en las iglesias católicas y en las tumbas de sus mártires. «A todas luces había que lograr... un equilibrio pacífico» (Haendler). Y aunque tales intentos de mediación fracasaron evidentemente, también pudo reaccionar violentamente y privar a las iglesias católicas de ingresos y bienes en favor de las arrianas. Sólo se volvió contra el clero, no contra los católicos en general. Y la pena más severa documentada no fue, por ejemplo, la ejecución, como afirma Gregorio de Tours, sino el destierro. Incluso durante los años de la rebelión de los católicos, entre 580 y 585, la *religio romana* sí sufrió daños notables, mas no decisivos.[13]

Leovigildo, que tenía dos hijos de su primer matrimonio, casó a Hermenegildo (579) con la joven princesa franca Ingunde, hija del rey Sigiberto I de Metz y de Brunichilde. Cuando ésta y su hermana Gaisvintha de la casa real visigótica casaron con los reyes francos Sigiberto I y Chilperico I, ambas abandonaron el arrianismo y se hicieron católicas. Y ahora se esperaba, naturalmente, que la católica Ingunde abrazase la fe arriana. Mas apenas la muchacha, que tenía entonces doce años, cruzó la frontera visigótica a comienzos de 579, ya le salió al encuentro Fronimio, que era obispo del Agde septimano y la exhortó «a no dejarse inficionar jamás por el veneno de la fe herética».[14]

Tampoco en la corte de Toledo dejaron los católicos de importunar en tal sentido

---

[11] Isid. Hist. Got. 49 ss. Thompson, The Goths 49 ss.

[12] Isid. Hist. Got. 50; 90.

[13] Greg. Tur. 6,18; 6,43; in glor. confess. 12. Juan Biclar. ad a. 570 ss., 580, 584, 585. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 174 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 309,377. Schmidt, L., Die Westgermanen 214 ss. Buchner, Germanentum 155. Stroheker, Germanentum 147 ss., 169 ss., 178 ss., 230. Claude, Geschich-te der Westgoten 66 s. Sprigade, Die Einweisung 46 ss. Altamira 165 ss. Thompson, The Goths 60 ss., 87. Bund 162 s. Haendier, Die abendiándische Kirche 108.

[14] Greg. Tur. 4,27 s.; 5,38; 9,24. Fredeg. 3, 82 s. Thompson, The Goths 18, 64 s. Altamira 168.

a la recién casada. Como en tantas otras ocasiones también entonces las diferencias confesionales pusieron en peligro (y dividieron) el reino visigótico. La madre de Hermenegildo era hija del comandante de la provincia Carthaginensis, en el sur de la península, provincia bizantina y celosamente católica. Sus tíos eran los tres obispos católicos Leandro, Fulgencio e Isidoro de Sevilla. La segunda mujer de Leovigildo, Gosvintha, viuda de su predecesor Atanagildo, era en cambio una fervorosa arriana y buscó de inmediato la conversión de Ingunde al arrianismo; primero en forma muy amistosa, después «con manos y pies», en expresión de Gregorio. La coceó hasta hacerla sangrar y de noche la hizo arrojar a un vivero. El propio Leovigildo terció en el asunto y separó a las contendientes, alejando a la joven pareja a Sevilla, donde residió el semigodo Hermenegildo cual gobernador de su padre.[15]

125

UN REBELDE Y TRAIDOR SE CONVIERTE EN SANTO

En Sevilla el monje y más tarde obispo del lugar y arzobispo Leandro, hermano de la madre de Hermenegildo, se valió de la católica princesa franca, que entró así en el círculo mágico de toda una familia santa (de ascendencia hispano-bizantina). San Leandro era hermano y predecesor en el cargo de san Isidoro, arzobispo de Sevilla, y hermano asimismo del obispo de Astigi (Écija) Fulgencio, a la vez que hermano de santa Florentina. ¡Cómo no habría de florecer el catolicismo!

San Leandro consiguió de inmediato dos hechos: la conversión de Hermenegildo al catolicismo ya en 579, y la rebelión de éste contra su propio padre en 580. Antes desde luego el primer santo español de linaje real se había asegurado la colaboración de los reinos vecinos enemistados: la Bizancio católica, a la que entregó los territorios conquistados por su padre en Andalucía con Córdoba a la cabeza; y la colaboración del rey franco católico, y del rey suevo Miro, católico también.

Sólo después de que esta «persona joven y heroica» (Grisar SJ) hubiese abusado hasta ese punto de la confianza de su padre, y después de tenerlo cercado por tres partes, se proclamó rey en Sevilla y atrajo a su bando numerosas otras ciudades y castillos y en el invierno de 579-580 abrió las hostilidades contra un Leovigildo sorprendido por completo. Mas, pese a la grave situación inicial, éste supo dividir diplomáticamente a sus enemigos. Después de haber combatido en 581 en el norte a los vascos, tal vez aliados también de Hermenegildo, provocó después la deserción de los bizantinos mediante la fuerte suma de 30.000 sólidos, y en 583 puso cerco a Sevilla.[16]

El santo arzobispo Leandro, desterrado evidentemente por Leovigildo por haber

---

[15] Greg. Tur. 5,38; Fredeg. 3,83. Juan Biclar. ad a. 579. Giesecke, Die Ostgermanen 105 s. Stroheker, Germanentum 152, 166. Daniel-Rops 257, 261 s. Thompson, The Conversión 11. Id., The Goths 64 s. Altamira 168.

[16] Greg. Tur. 5,38; 6,18; 6,40; 6,43; in glor. confess. 12. Juan Biclar. ad a. 574,581 ss. Fredeg. 3, 87. Isid. Hist. Got. 49. LMA V 1776. Grisar, Rom 692. Schmidt, Die Westgermanen I 215 s. Schmidt Die Bekehrung der Ostgermanen 308 ss., 378. Giesecke, Die Ostgermanen 106 s. Stroheker, Germanentum 152 s., 173,182 ss., 218 s. Daniel-Rops 257. Culican 192 s. Thompson, The Goths 65 s., 68 ss. Claude, Ge-schichte der Westgoten 68. Bund 559 ss. Altamira 169s.

incitado a la rebelión, se apresuró a marchar a Constantinopla, adonde los bizantinos enviaron también a Ingunde y al hijo pequeño de ésta Atanagildo. Ella murió durante el viaje, y Atanagildo a los pocos años, según parece, en Constantinopla. Pero el arzobispo Leandro, que allí trabó amistad con quien luego sería el papa Gregorio I, procuró ganarse al emperador Tiberios para que interviniese militarmente en favor de Hermenegildo; mas no tuvo suerte, pues no había tropas para España.[17]

A comienzos de 584 estalló la sublevación en Sevilla. El rey suevo Miro, que acudía al levantamiento del cerco, que ya antes había combatido contra Leovigildo y que en 574 había establecido con los francos una alianza antigótica, fue cercado por Leovigildo en su camino a Sevilla y reducido a vasallaje. En 585 el territorio suevo se anexionaba al reino visigótico.

126

Hermenegildo había abandonado Sevilla antes de su caída y buscado refugio en Córdoba entre los bizantinos. Pero éstos dejaron a su aliado en la estacada. Lo dejaron libre a cambio de una fuerte suma de dinero y los territorios ocupados desde 579 volvieron a separarse. Hermenegildo, desterrado a Valencia y luego a Tarragona, fue muerto en esta última ciudad en 585, tras varios intentos fracasados de reconciliación por parte de Leovigildo. Su hermano Recaredo había jurado que no le ocurriría nada malo.

El motivo no está claro, y tampoco sabemos si el propio Leovigildo tomó personalmente parte en el asunto; en cualquier caso fue una «pasión», «digna de los mártires antiguos» (Daniel-Rops). «Loco de furor —afirma este historiador católico—, Leovigildo acabó dando la orden y el duque Sisberto decapitó a Hermenegildo en la cárcel. Era la víspera de Pascua de 585, un hermoso día para morir mártir.» Y evidentemente ni siquiera él adivina la ironía de sus palabras: «El Sábado de gloria del año 585 fue la alborada sangrienta del catolicismo en España».[18]

Ya papa, Gregorio I deja morir a Hermenegildo por su tenaz resistencia a hacerse arriano y por haberse negado a recibir en Pascua la comunión de manos de un obispo arriano. Del hijo desleal y rebelde, el «rey Hermenegildo», hizo un mártir católico y la víctima inocente del fanatismo arriano. Y cuanto más lejos van quedando los acontecimientos, los hechos, más limpia resplandece la aureola de santo en torno a la cabeza del traidor, hasta que en 1586 Sixto V, «el papa de hierro», lo canonizó.

Sin embargo, ni Recaredo, a quien su padre envió al calabozo y quien poco después se hizo católico, encontró excusa alguna para su hermano. Pues «¿qué motivo justo podía existir para empuñar las armas contra el padre?».

Incluso para los obispos católicos Juan de Biclaro, Gregorio de Tours e Isidoro de Sevilla no pasa de ser Hermenegildo el rebelde derrotado por una guerra civil sangrienta. Los tres le califican de «insurrecto». El obispo Juan, que en tiempos había sido desterrado por Leovigildo, registra pese a ello año tras año con satisfacción no disimulada las derrotas del hijo desleal. Y también el obispo Gregorio, que sobrevivió un decenio a Hermenegildo, no ve con la mayor parte de los autores antiguos,

---

[17] Greg. Tur. 6,43. Fredeg. 3,87. Gregorio I, Praev. Moral in lob (PL 75, 510 s.). Paulo Diác. Hist. Lang. 3, 21, RAC XII 933. Kraft 342. LMA V 1776. Hartmann, Geschichte Italiens II 175. Caspar II 356. Stroheker, Germanentum 177, 185. Thompson, The Conversión 14. Id., The Goths 65 s. Reydellet 49.

[18] Keller, Reclams Lexikon 250 s. (deformado por la leyenda). Giesecke 108 s. Stroheker, Germanentum 184 s. Schneider, Konigswahí 221 s. Daniel-Rops 258. Claude, Geschichte der Westgoten 68. Thompson, The Goths 72s. Bund 560 s.

incluidos los católicos, en el príncipe pérfido, al que en ocasiones incluso llama «miserable» *(miser)* y al que condena resueltamente, no ve digo a un santo. O lo es únicamente, a la luz de la famosa expresión de Helvetius, sobre los mil criminales que fueron declarados santos.[19]

Los parientes católicos de Ingunde en el reino franco, a quienes por lo demás probablemente no les inquietaba un poco más de sangre vertida, se irritaron esta vez y no poco. Y el rey Guntram, el santo, inició una guerra de destrucción, que se cebó especialmente en los territorios adyacentes a Nimes y Narbonne. A lo que parece por la ejecución de Hermenegildo, que un buen cristiano y católico tenía que vengar naturalmente. Lo que en realidad quería Guntram era conquistar la Septimania (actual Languedoc), que pertenecía a los visigodos. También participó en dicha guerra Childeberto II, hijo de Brunichilde y hermano de Ingunde, mientras que Fredegunde establecía relaciones con Leovigildo.

127

Tras cuidadosos preparativos el año 585 un ejército burgundio penetró a sangre y fuego en la región del Ródano, al tiempo que otro aquitánico lo hacía contra la Septimania. Además una flota desembarcó en Gallaecia (Galicia).

Pero la armada de Guntram fue aniquilada por completo y el ejército invasor sufrió un grave revés en Carcassone. Según Gregorio fueron alrededor de 5.000 los francos que perecieron y más de 2.000 los que fueron hechos prisioneros. Ambas formaciones francas las rechazaron de nuevo los visigodos bajo Recaredo a territorio franco, donde como de costumbre llevaron a cabo innumerables crueldades y saqueos, especialmente en Provenza, que más tarde, de regreso, también devastó y asoló Recaredo, el hijo de Leovigildo.[20]

Tras sus iniciales tentativas de compromiso entre ambas confesiones se comprende que ahora Leovigildo desarrollase una política marcadamente anticatólica, para la que se sirvió también de la Iglesia arriana que controlaba, decidiendo incluso en las cuestiones de fe como instancia suprema. También intentó inducir de nuevo al arrianismo a los suevos, que había incorporado a su reino. Que personalmente en 586, víctima de una grave enfermedad, hubiese abrazado el catolicismo en su lecho de muerte en su capital, según divulgaron poco después algunos círculos católicos, es una de las frecuentes mentiras de este tipo.

En la tradición eclesiástica el último gobernante arriano de los godos y uno de sus monarcas más importantes aparece casi siempre como una encamación del Anticristo y como «imbuido de la locura de la impiedad arriana», como escribe Isidoro de Sevilla, un cuñado del rey. «A muchas gentes las empujó por la fuerza en brazos de la peste arriana; pero a la mayoría los privó de su salvación sin persecución alguna mediante las trampas del oro y de los regalos.» Todavía en el siglo XX el jesuita Grisar fustiga a Leovigildo como un

«padre deshumanizado» y teje esta fábula:

---

[19] Greg. Tur. 5,38; 6,43; 8,28; 9,16. Juan Biclar. ad a. 579, 585. Gregorio I dial. 3, 1. Isid. Hist. Got. 49. LThK IX[1] 612 s. y 2. A IX 811 s. Keller, Reclams Lexikon 250 s. Fichtinger 352 ss. Kühner, Lexikon 213 ss. Giesecke 107,109. Stroheker, Germanentum 185 s., 219 s. Altamira 168 s. Graus, Volk 396. Claude, Geschichte der Westgoten 68. Thompson, The Goths 91, 94. Bund 561 s.

[20] Greg. Tur. 8,28; 9,31. Juan Biclar. ad. a. 585. Isid. Hist. Got. 54. Schuitze II 134. Stroheker, Germanentum 187 s. Büttner, Die Alpenpolitik 74. Thompson, The Conversión 24. Id., The Goths 75, 92 ss. Ewig, Die frankischen Teilungen 686. Id.. Die Merowingerzeit 56. Id., Die Merowinger 94.

«Como en los tiempos de los primeros mártires, a los que el español Prudencio había cantado tan egregiamente, de nuevo se llenaron entonces las cárceles públicas; muchos fueron azotados y murieron en los tormentos». En realidad, sin embargo, «no puede hablarse de una persecución... en el peor de los casos hubo destierros» (Claude).[21]

«... Inflamado del fuego de la fe», o «Nunca me haré católico»

No había transcurrido aún un año de la muerte de Leovigildo, cuando su hijo Recaredo (586-601), medio godo como Hermenegildo, se convirtió al catolicismo, y ciertamente que lo de menos por motivos religiosos. Más bien quiso tener como aliada a la Iglesia más fuerte con vistas a su política interior y exterior; a la unidad estable del Estado, que su padre había creado, quiso darle además una unidad religiosa estable.

Y, naturalmente, el Recaredo católico fue distinto por completo, «un varón piadoso y totalmente distinto de su padre», según asegura el obispo Isidoro. El rey Recaredo fue «un hombre de paz y de fe». «Pues en seguida de comenzar su reinado abrazó la fe católica y dispuso que todo el pueblo godo se sacudiese la epidemia de la inveterada herejía... Declaró abiertamente que las tres personas en Dios eran una sola cosa, que el Hijo había sido engendrado *"consubstantialiter"* por el Padre...» ¡Oh, el «hombre de la paz», «de la fe», «el piadoso príncipe»! San Isidoro sabe además que «era manso y humilde y de una gran bondad de corazón. Tan generoso era y tan manso..., que a menudo condonaba al pueblo los impuestos vencidos». «A muchos otorgó bienes y los elevó de categoría y dignidad. Distribuía su dinero entre los pobres y sus tesoros entre los necesitados...» Sí, todo en pro del bien general, y por supuesto en pro sobre todo del clero. Porque, como era de esperar, devolvió a la Iglesia lo que le pertenecía: «los bienes eclesiásticos, que la criminal avaricia de su padre había entregado al fisco...». Pero, en otro orden de cosas no dio nada y retuvo cuanto el viejo gobernante había quitado y depredado, cuanto «su padre había conquistado lo retuvo en su reino...».

No basta con tan nobles acciones: «También llevó a cabo guerras gloriosas contra pueblos enemigos, y su fe le dio fuerza para ello»; una fuerza tal que «el hombre de la paz» en una ocasión hizo «degollar a millares de enemigos en el campo de batalla», millares de francos y por lo mismo católicos.

¡Efectivamente, la fuerza «de la fe»! «Asimismo empuñó a menudo la espada contra los ataques de los romanos —católicos por supuesto— y contra las incursiones de los vascos. Y así no sólo hizo la guerra, sino que como los corredores en el estadio pareció educar a su pueblo mediante el ejercicio para dar la respuesta adecuada...»[22]

¿No es ésa una fe soberana?, ¿una religión soberana?, ¿y una manera grandiosa de escribir la historia de la Iglesia? El desbordamiento de un obispo, de un santo y de un doctor de la Iglesia; una mezcla única de desvergüenza, contradicción e hipocresía.

---

[21] Greg. Tur. 8,46, comp. asimismo 4,38. Isid. Hist. Got. 50. Grisar, Rom 691. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 176. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 310,378. Giesecke 103 s.. 110. Stroheker, Germanentum 140 s. Claude, Geschichte der Westgoten 70 s. Id., Adel, Kirche 72. Thompson, The Goths 91. Id., The Conversión 24 s.

[22] Isid. Hist. Got. 52 ss. Comp. también Orlandis/Ramos-Lisson 96 ss.

Todo en una sola palabra: ¡católico!

El arrianismo quebró entonces en todo el reino, aunque no sin enconadas resistencias y sublevaciones de obispos y condes, especialmente en Septimania y en el antiguo territorio suevo.

129

Cierto que una parte del episcopado arriano se pasó de inmediato a Recaredo. Pero el pueblo, cuya conversión reclamaba asimismo el rey, se mostró vacilante. Y en Narbonne hubo una grave revuelta bajo el obispo arriano Athaloc y los dos ricos condes Granista y Wildigern, en cuya ayuda acudieron incluso los francos, aunque naturalmente y según la vieja costumbre sólo para «pescar en aguas revueltas» (Dannenbauer); aunque esta vez inútilmente. Al cabecilla de otra conjura, el conde Segga, aliado del obispo arriano de Mérida, Sunna, lo envió Recaredo al destierro el año 588 habiéndole cortado antes ambas manos.[23]

A comienzos de 589 la sublevación se recrudeció hasta en la capital. Gosvintha, la viuda de Leovigildo, y Uldida, el obispo arriano de Toledo, que a toda prisa se habían hecho católicos, volvieron al arrianismo. Uldida, como muchos otros obispos arríanos, fue desterrado; y la anciana reina viuda «murió» poco después, probablemente de muerte no natural. Una conspiración al año siguiente, que había de poner al general Argimundo en el puesto de Recaredo, terminó con una ejecución, mientras que al tal Argimundo, azotado, tonsurado y mutilado se le arrastraba por Toledo de la cola de un asno.[24]

Finalmente, los godos que —como escribe el obispo Isidoro— tan sedientos habían bebido y tan largamente habían retenido el «pernicioso veneno de la herejía», «pensaron en la salvación de su alma, se liberaron de la creencia errónea tan profundamente arraigada y por la gracia de Cristo llegaron a la única fe beatificante, que es la fe católica». ¡Aleluya![25]

En el Concilio III de Toledo, celebrado en mayo de 589, y a cuya digna preparación precedió un ayuno de tres días, ordenado por el rey, una parte de los arríanos se pasó al campo del vencedor. El rey declaró el catolicismo religión oficial del Estado y empezó por desarraigar el arrianismo en forma rápida y completa: destruyendo su organización eclesial, excluyendo a los arrianos de todos los cargos públicos y quemando sus libros sagrados. No sin motivo pudo declarar Recaredo:

«También yo estoy abrasado por el fuego de la fe, como veis por mis actos...». Pero el historiador madrileño Antonio Ballesteros y Beretta afirma: «Con la conversión del rey Recaredo tuvieron fin las persecuciones, y para la Iglesia española empezó uno de sus períodos más brillantes». En realidad, Recaredo y los obispos persiguieron a los arríanos tan a fondo, que después de su reinado ya no se oye nada de los arríanos en España.[26]

Y los obispos, cuya cabeza no fue otro que Leandro de Sevilla, «alma de aquella

---

[23] Greg. Tur. 9,31. Juan Biclar. ad a. 588 s. Giesecke 111 s. Dannenbauer II 25 s. Thompson, The Goths 94, 102 s. Id., The Conversión 24 ss. Bund 563. Claude, Geschichte der Westgoten 72. Orlandis/Ramos-Lisson 100.

[24] Juan Biclar. ad a. 589 s. Giesecke, Die Ostgermanen 12. Thompson, The Goths 103. Id., The Conversión 26. Bund 563 ss. Claude, Geschichte der Westgoten 72. Orlandis/Ramos- Lisson 100.

[25] Isid. Hist. Got. 7 s.

[26] HEG 1439. Ballesteros, Historia de España 55. Giesecke 113. Buchner, Germanentum 155. Thompson, The Goths 104. Extensamente sobre el concilio: Orlandis/Ramos-Lisson 101 ss.

asamblea» (Ballesteros) y que en el concilio habló *«de triumpho ecciesiae ob conversionem Gothorum»* (del triunfo de la Iglesia por la conversión de los godos), se vieron naturalmente alentados por Recaredo, que se veía a sí mismo como un «rey apóstol». Ellos le reconocieron su «servicio apostólico», su «ministerio apostólico» y, con espíritu verdaderamente católico, lo celebraron como «nuevo Constantino» y como «el rey más santo», considerándolo igual al emperador y «lleno del Espíritu divino».

130

El arrianismo fue condenado en el concilio, al que asistió una pequeña parte de prelados heréticos, cuatro visigodos y cuatro suevos, junto con otros sacerdotes y los nobles visigodos convertidos al catolicismo. También el judaísmo se vio expuesto a graves presiones, se reforzó la esclavitud en favor de las posesiones de la Iglesia y se echaron los cimientos de una iglesia estatal en España, que abrazaba a casi todos los súbditos. El rey visigodo, consagrado en adelante por el arzobispo de Toledo, era tenido por «el ungido del Señor». Y tras la tolerancia del gobierno arriano en España, e) catolicismo iba a llenar de terror y crueldad el siglo siguiente.[27]

Pero el metropolitano de Sevilla, san Leandro, sin duda el político eclesiástico más influyente de la época en España, facilitó las relaciones entre rey y papa. Con suma reverencia le escribía el convertido hispánico, sólo tres años después de la elección de Gregorio I. Y éste se sintió lleno de reconocimientos por los «servicios» del rey, como todos los papas continuaron sus altos cómplices en la cercana península ibérica, hasta el mismo Pío XII y el general Franco. Gregorio I envió reliquias preciosas, le pareció que las propias empresas de conversión casi desaparecían frente a los logros grandiosos de Recaredo y lo exaltó en estos términos: «No puedo expresar con palabras, hijo excelentísimo, mi gran gozo por la obra que llevas a cabo y por la vida que llevas». Con las obligadas reliquias llegaron a la corte real española las no menos obligadas enseñanzas y las adecuadas instrucciones de gobierno. Y Recaredo, que envió al papa un cáliz precioso para la iglesia de San Pedro, cultivó los contactos, entre otras buenas razones por su conflicto con los bizantinos.[28]

«Fue muy amante de la paz, y si hizo algunas guerras, fue casi exclusivamente para que su pueblo no olvidase el manejo de las armas», escribe un moderno historiador católico de Recaredo, que evidentemente sólo llevó a cabo sus numerosas guerras (contra francos, burgundios, bizantinos, vascos) como una especie de deporte de entrenamiento para su pueblo. Y un coetáneo del rey, san Isidoro de Sevilla, lo vio a su vez como «lumbrera del siglo», y exalta a Recaredo, que no sólo hizo tonsurar, azotar, mutilar y matar a sus enemigos sino que también enseñó a su pueblo las artes homicidas, asegurándose así «los godos su libertad más por la lucha que mediante negociaciones pacíficas... En las artes bélicas son muy expertos, y no sólo combaten con lanzas de choque, sino que lo hacen también a caballo con lanzas arrojadizas. Por otra parte, no tan sólo son duchos en la lucha a caballo, también saben combatir a

---

[27] Sin. III Tol. (589) c. 3; 5 s.; 14 (De iudaeis). Para los scrvi ecciesiae ver también Sin. IV Tol. (633) c. 67. Kraft 342 s. Hartmann, Geschichte Italiens I1175. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 175 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 308 ss. Ballesteros 40 s- Maier, Mittelmeerweit 245, 303. Thompson, The Barbarian Kingdoms 24 ss. Id., The Goths 88, 94 ss., 101. Id., The Conversión 34. Claude, Geschichte der Westgoten 72 s. Id., Adel, Kirche 77 ss. Ewig, Zum christiichen Konigsgedanken 26. Schaferdiek, Die Kirche in den Reichen der Westgoten 205 ss., 212. Orlandis/Ramos- Lisson 107 ss., 116 s.

[28] Greg. e.p. 9. Hartmann, Geschichte Italiens II 175 s. Seppeit II 27 s.

pie... Gustan mucho de ejercitarse en el lanzamiento de la jabalina y en el simulacro de combate, organizando a diario juegos guerreros. El único ejercicio bélico que todavía les faltaba era la guerra naval. Pero después de que el príncipe Sisebuto fuera llamado al trono por gracia del cielo, por los esfuerzos de éste llegaron a ser tan hábiles en el arte de la guerra, que se prepararon para la guerra tanto en tierra como en el agua, y hasta los soldados romanos les sirvieron sometidos, al igual que les fueron obedientes otros muchos pueblos y España entera [...]. Todos los pueblos de Europa temblaban ante ellos...».[29]

131

Exactamente eso es el catolicismo —¡proclamado aquí por un santo y por un doctor de la Iglesia!—, tal cual se ha dejado sentir, o mejor se ha desbocado, en dos milenios de la historia universal: de una parte, el Sermón de la Montaña, el amor a los enemigos, la paz, la alegría; de otra, las lanzas de choque, el combate a pie, la lucha a caballo, la guerra naval... ¡Y que todos los pueblos tiemblen!

Al mismo tiempo que a una con los obispos acabó Recaredo con el arrianismo en España, también convirtió la Iglesia en instrumento de opresión, como nunca antes había ocurrido en la historia de los godos. Desapareció toda oposición cristiana, a los arríanos se les prohibió todo cargo público, todos los bienes eclesiásticos arríanos pasaron a los obispados católicos y al clero convertido se le impuso el celibato.

También se llegó a las conversiones por la fuerza. Una parte del episcopado arriano, como el obispo Uldida o el obstinado prelado de Mérida, Sunna, encontró la muerte en el destierro. *«Catholicus nunquam ero»,* parece que contestó Sunna a las exigencias de conversión por parte de Recaredo.

«Nunca me haré católico, sino que en el culto en el que he vivido quiero vivir también en el futuro ¡y moriré gustoso por la fe en la que me he mantenido desde mi juventud!»

Fueron muchos, sin embargo, los obispos arríanos que abrazaron el catolicismo, como en tiempos de Leovigildo muchos clérigos católicos, como el obispo Vicente de Cesaraugusta, se habían pasado a la Iglesia nacional arriana. Entonces empezó la alianza del Estado con la Iglesia católica, empezó lo que el obispo Juan de Biclaro llama la *«renova*rio», la actitud del *«christianissimus imperator».* Según la vieja tradición católica, Recaredo mandó quemar de inmediato en Toledo, en la plaza pública y sin dejar una, todas las Biblias y escritos doctrinales arríanos. «Ni siquiera un texto gótico quedó en España» (Thompson).[30]

Pero eso no era más que el espíritu de la época, y por entero según la voluntad del santo padre.

---

[29] Isid. Hist. Got. 68 ss. Gams U 2. Abt. 47. Maier, Mittelmeerweit 306. Claude, Geschichte der Westgoten 74. Reydellet 48 ve en la obra de Isidoro un «esfuerzo por la renovación intelectual y moral».

[30] Juan Biclar. ad a. 580,590. Isid. Hist. Got. 50, Vitae patrum Emerit. 5,11. Sin. Toledo (589) c. 5; 9. Sin. Zarag. (592) c. 2. Gregorio I dial. 3, 31. Fredeg. 4, 8, Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 175. Id., Zur Germanisierung des Chris-tentums 392. Voigt, Staat 148. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 308 ss. Giesecke 111,116. Stroheker, Germanentum 177 s., 233. Thompson, The Goths 102 ss. Id., The Conversión 27 ss. Altamira 172. Claude, Adel, Kirche 90 s.

CAPÍTULO 7. EL PAPA GREGORIO I (590-604)

«En su *Líber Regulae Pastoralis* había expuesto Gregorio el ideal de un pastor de almas. No es decir demasiado que en todo su ministerio realizó personalmente ese ideal.»

FRANZ XA VER SAPPELT, HISTORIADOR CATÓLICO DE LOS PAPAS[1]

«Justo y amoroso fue Gregorio, tanto con los pobres y los económicamente débiles, como con los *esclavos,* los *heréticos* y los *judíos.»*

F. M. STRATMANN, TEÓLOGO CATÓLICO[2]

«La historia de la Iglesia no ha producido muchos personajes, que hayan llevado con el mismo derecho el sobrenombre de Grande.»

HEINRICH KRAFT[3]

«Los campos principales de su actividad fueron el judaísmo, el paganismo y el cisma. Los tres grupos los afrontó Gregorio, aplicando violencia, predicación o soborno, y en ocasiones las tres cosas a la vez.»

JEFFREY RICHARDS[4]

«... Y a través de la nube de incienso de una veneración devota irradió su imagen con el dorado resplandor de la aureola de santo en un engrandecimiento sobrenatural-., sin haber sido un gran gobernante ni una gran personalidad [...]. Sin duda Gregorio fue un papa religioso, aunque religioso sólo en el sentido de su tiempo. Lo que significa una concepción externa del cristianismo, repulsiva para nuestro sentimiento, como lo prueban suficientemente las reglas de conducta que quiso aplicar a la conversión de judíos y paganos. Ni fue lo peor el que aconsejase proceder contra los recalcitrantes con azotes, torturas y cárcel, sino que con un cinismo ingenuo recomendó incluso el agravamiento de los impuestos como un medio de conversión: a los que se convirtiesen había que aliviarles las gabelas establecidas, y a los renuentes había que ablandarlos con la presión tributaria.»

JOHANNES HALLER[5]

«La expresión de su rostro era amable; tenía unas bellas manos, con dedos largos y ahuesados, muy adecuados para la escritura.»

JUAN EL DIÁCONO[6]

«Gregorio carecía de formación filosófica y teológica. [...]. Se descubre aquí con una desnudez cruel la profunda postración que el derrumbamiento de Italia supuso para la vida del espíritu. La pobreza de espíritu, la falta de ideas propias y la pérdida del gusto triunfan aquí como pocas veces.»

HEINRICH DANNENBAUER[7]

---

[1] Seppelt 11 33.
[2] Stratmann IV 85.
[3] Kraft 244.
[4] Richards 235.
[5] Haller I 217, 223
[6] Juan Diácono, Vita Greg. 4, 84.
[7] Dannenbauer II 75 s.

135

La huida del mundo y el afán de hacer carrera

De los más de 260 papas únicamente León I y san Gregorio I (590-604) son los pontífices que, además del título de doctores de la Iglesia, llevan el apelativo de «Grande» (Magno), que Gregorio, según Haller, no mereció, pues ya Mommsen le llama con razón hombre grande muy pequeño. Pero al menos procedía del «gran mundo». El primer monje que llegó a la supuesta silla de Pedro era del linaje senatorial de los Anicios; es decir, de la alta y rica nobleza romana; *de senatoribus primis,* dice Gregorio de Tours (todos los escritores eclesiásticos hacen hincapié en el origen «noble» y/o rico de sus héroes). Incluso en su aspecto puramente externo fue el «milagro de su tiempo»; pues siendo un hombre de estatura media, ojos pequeños y amarillentos, una discreta nariz aquilina y cuatro ricitos míseros y un cráneo poderoso casi calvo, era de hecho un milagro en sí mismo, y no sólo para su tiempo. Y bien, aquella cabeza verdaderamente extraordinaria se multiplicó y, cual reliquia santa, pudo estar a la vez en muchas ciudades: Constanza, por ejemplo, poseía la cabeza de Gregorio, como la poseían también Praga, Lisboa, Sens...

Hacia 573 Gregorio era *praefectus urbis,* el cargo civil más alto de Roma. Adornado de piedras preciosas y flanqueado de una guardia personal armada, residía en un palacio suntuoso. Porque, aunque «impulsado ya por el anhelo del cielo» —según confiesa en el prólogo a sus *M-ralia—,* se interesaba por las bellas apariencias, por su «nivel de vida externo» y sin excesivo disgusto servía «al mundo terreno».[8]

La familia era acaudalada con posesiones en Roma y sus alrededores, y especialmente en Sicilia. Tenía relaciones hasta en Constantino-pía, y también según parece era de una religiosidad intensa. Riquezas y religión no se excluyen en modo alguno. Bien al contrario: a quien Dios ama le hace rico; y naturalmente —a pesar de los camellos y de los ojos de aguja— justo así llega al cielo. La poderosa estirpe de Gregorio ya había dado al mundo dos papas: Agapito I y Félix III, a quien él mismo llama su antepasado *(atavus).* Y la Iglesia canonizó asimismo a su madre Silvia y a sus dos tías, las monjas Tersila y Emiliana.

136

La extraordinaria multitud de santos procede desde el siglo IV de familias ricas o nobles o al menos llegaban a obispos. La santidad anida en las ramas altas, y allí incuba también sus huevos de basilisco. Las vidas de los santos destacan mucho esa prosapia. Pero la tía más joven de Gregorio, Gordiana, asimismo monja, escapó a ese destino elegido por ella misma y para oprobio del sobrino contrajo matrimonio con alguien que no estaba a la altura de su clase: con su mayordomo.[9]

Gregorio, por su parte, que veía el fin próximo y casi inminente del mundo, que incluso veía la Iglesia como un «viejo barco», botín desesperanzado del furioso oleaje, pronto entonó sus fúnebres ditirambos.

«Los azotes de la justicia celeste no tienen fin», llegó a escribir, aunque el fin lo

---

[8] Grog. Tur. 10,1. Gregor. I Moral, pref. Joh. Diac. Vita Greg. 4,84. Haller I 217. de Rosa, 397. Ver también nota siguiente.

[9] Gregor. I dial. 4,16; in Ev. 38,15 (PL 76, 129A) RCA XII 930s. Kühner, Lexikon 31. Kelly 80. LMA IV 1663 s. Gregorovius, 11 252. Hartmann, Geschichte Italiens II 92 ss. Funk, Allgemeine Einleitung 15 s. Maier, Mittelmeerweit 338 s. Gon-tard 151, Daniel-Rops 282. Fines 108. Schramm, Kaiser, Konige I 86 s. Misch 121. Richards 34 s. Angenendt, Frühmittelalter 238 s.

esperaba. Hubo terremotos y hambres, pestilencias, signos en el cielo, espadas de fuego rojas por la sangre de los hombres. Los campos fueron devastados, arrasados los castillos y las ciudades destruidas. La propia Roma era un montón de ruinas, despoblada y desaparecidos su pompa y los placeres desbocados. Pero la cólera de Dios amenazaba y se cernía «su juicio inminente con plagas terribles». En efecto, Gregorio encontraba el mundo «viejo y sombrío, que se acercaba a su muerte cercana como empujado por un mar de calamidades». Mas quien ama a Dios «tiene que alegrarse del fin del mundo...».[10]

Ya entre su elección y consagración el 3 de septiembre de 590 Gregorio, que por su debilidad yacía casi siempre en cama, había llamado a combatir la peste bubónica procedente de Egipto, y a la que había sucumbido incluso su predecesor Pelagio II el 8 de febrero de 590. Por supuesto que Gregorio declaró la peste cual castigo de Dios, como venganza por los pecados de los longobardos, de los paganos, de los «herejes», y reclamó su conversión «a la verdadera y recta fe católica», exigiendo arrepentimiento, penitencia, oraciones y cantos de Salmos durante tres días, «mientras todavía es tiempo de lágrimas». También puso en marcha entre las ruinas de la ciudad destruida una espectacular procesión de siete vueltas —con ella hace comenzar Gregorovius «la Edad Media de Roma»—, con lastimeros cantos corales, con invocaciones tediosas a todos los mártires posibles, incluidos los que nunca habían existido, como los santos Gervasio y Protasio inventados en la sangrienta comedia del doctor de la Iglesia, san Ambrosio de Milán. El éxito fue también apoteósico. Pero un testigo ocular contó a san Gregorio de Tours, que entonces «en el espacio de una hora, mientras el pueblo elevaba sus voces en oración al Señor, ochenta hombres se desplomaban y caían muertos». De todos modos, en Constantinopla por designio inescrutable de Dios entre los años 542 y 544 la peste había arrebatado a 300.000 personas.[11]

137

En medio de tan sombríos sentimientos, visiones y realidades de decadencia mundana (no sólo cundía la peste, también los templos antiguos eran arrasados e incluso los graneros pontificios y las iglesias), Gregorio, a quien se le ha llamado «el último romano» y «el primer papa medieval», se abría sorprendentemente carrera sabiendo bien lo que quería. Igual que muchos santos padres, ascendió según parece de la más pura modestia y el desprecio monástico del mundo al puesto cimero de la Iglesia. De hecho, sin embargo, en aquel Estado, como prefecto bizantino de Roma, no tenía posibilidades de ascenso, de haberse interesado «menos por el seguimiento de Cristo que por el de los Césares romanos» (Misen). O, como decía ya Gregorovius; «La meta suprema, que hacía guiños al descendiente de los Anicios, únicamente podía ser el trono de obispo».

En consecuencia Gregorio, uno de los hombres más acaudalados de Roma, utilizó su hacienda en la fundación de seis *«monasterio»* en sus posesiones de Italia y Sicilia. Su propio palacio del Caelius (el lujoso Monte Celio) lo transformó hacia 575 en un «monasterio de San Andrés» (más tarde desaparecido sin dejar huella), para retirarse del mundo y servir al Señor de todo corazón; y escapó —como él «equivocado

[10] Gregor. I ep. 3,29; 11,37; Hom. in Ev. 1,1. Ver asimismo ep. 3,61; 4,44; 11,37 etc. Gregorovius I 1 254 ss.
[11] Greg. Tur. 10,1. Paulo Diác. Hist. Lang. 3,24. RAC XII 934 s. Gregorovius 11 254 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 97. Giesecke 204. Seppeit II 13 s. Richards 22. 90.

ciertamente» suponía— «despojado y desnudo al naufragio de esta vida». Allí ayunó e hizo largas vigilias el varón que, en medio de las catástrofes de inundaciones y pestes, en la sombría manía penitencial aguardaba el inminente fin del mundo (aunque ensalza «el magnífico descanso» de que «gozaba» en el monasterio), según parece hasta caer en el desfallecimiento y sufrir calambres de estómago o — según informa un diácono franco, que estuvo presente en la elección del papa — «con el estómago tan debilitado que apenas podía ponerse en pie». Gregorio se mortificó «hasta sufrir de corazón» y tener graves dolencias, que él, por ejemplo, «aceptaba para librar al emperador Trajano del purgatorio» (Keller).

En 579 aquel hombre nada ambicioso fue elegido uno de los siete diáconos de Roma (altos administradores, a cuyo cargo estaban las siete regiones eclesiásticas en que se dividía la ciudad) y el mismo año era nombrado *apokrisiar* romano (encargado de negocios) en la corte imperial de Constantinopla; un cargo que el emperador Justiniano fue el primero en institucionalizar con notables facultades, equiparable a los nuncios papales de la Edad Media. En Bizancio, donde Gregorio actuó entre los años 579 y 585 (no sin la compañía constante de sus más leales del monasterio de San Andrés), hubo de empezar por ganarse el favor del emperador Tiberios II y (desde 582) el del emperador Maurikios y por conseguir el objetivo supremo de la legación: la ayuda militar y el dinero a la mayor brevedad posible para combatir a los longobardos.

Habiendo visto el papa Pelagio, como escribió Gregorio, «en qué tribulación caeríamos, siendo entregados a la destrucción, si Dios no tocaba el corazón del piadosísimo emperador para compadecerse de sus siervos», clamó por la ayuda militar contra «el pueblo más impío», según la expresión del propio Pelagio. ¡Porque quien combate contra el papa es siempre un impío!

138

De ahí que el *apokrisiar* contactase también con los generales Nar-sés y Prisco, y entabló amistad —cosa habitual entre los sacerdotes— con las mujeres más influyentes, con la emperatriz Constantina, la princesa Teoktista y la hermana de Maurikios y alcanzó el punto culminante de su brillante actuación cuando sacó de pila al hijo mayor del César (cosa que merece atención especial).

En 590 ascendió al trono pontificio, no obstante sus achaques y, naturalmente, en contra de su voluntad. Eso no sólo era algo que por entonces pertenecía al buen gusto, formaba parte de la etiqueta y hasta el siglo XX ha sido parte de la hipocresía clerical. En su tiempo, sin embargo, eran tan apetecidos hasta los cargos eclesiásticos más humildes, que el emperador Maurikios prohibió en 592 (¿o en 593?) el que los soldados entrasen en monasterio y que los funcionarios civiles abrazasen el estado clerical. Y Gregorio sabía muy bien que «alguien que se despoja de la vestimenta mundana para ocupar inmediatamente un cargo eclesiástico, solamente cambia de lugar, pero no abandona el mundo».

¿Pensaba tal vez en sí mismo? ¡Oh, no! Él incluso lo había rehuido como en tiempos el doctor de la Iglesia Ambrosio y había rogado insistentemente al emperador Maurikios por carta que no lo elevase «a semejante honor y poder». Pero la carta, por suerte o desgracia, fue interceptada y destruida por Palatino, hermano de Gregorio, y sustituida por otra, que de inmediato obtuvo el asentimiento imperial. De ese modo —y la observación es de Haller— precisamente el «hermano de Gregorio, que era subprefecto de la ciudad, tuvo una participación esencial» en

aquella elección del papa.

Pero Gregorio hace amables reproches al patriarca de Constantino-pía por no haber impedido su elección y la carga consiguiente, se declara frente a él hombre indigno y enfermo; pero pronto arremete enérgicamente contra el patriarca.[12]

La disputa de los títulos con el «Ayunador», o el «afán de la propia celebridad»

Es cierto que al principio Gregorio estimó al patriarca Juan IV de Constantinopla, ampliamente admirado por su ascesis y llamado el «Ayunador» (582-595); y llegó incluso a trabar amistad con él. De *apokrisiar* había llegado a conocerlo y apreciarlo, como «un hombre muy modesto y querido por todos», según él mismo decía, «el cual se ocupaba de limosnas, buenas obras, oraciones y ayunos». En todo ello pudo

139

Gregorio estar en todo de acuerdo. Otra cosa era al tratarse de títulos y derechos, de privilegios o prerrogativas supuestas o reales; a propósito, por ejemplo, del título de «patriarca ecuménico», que Juan llevaba desde el año 588, pero que en Oriente era habitual desde hacía aproximadamente un siglo.

Semejante agresión a la «humildad del ministerio episcopal», semejante «apetencia de dominio» del patriarca bizantino no podía aceptarla el verdadero *episcopus universalis.* Es verdad que sus predecesores, los obispos romanos, se habían apropiado dolosamente del primado papal a través de los siglos, por ambición de poder y por puro afán de dominio, habiéndose prolongado la disputa hasta la Edad Moderna, pero desde el emperador Justiniano se le reconoció legalmente a la sede romana el primado de fe y el primer puesto.

Ya su predecesor Pelagio había protestado contra la «necia y presuntuosa» designación del patriarca. A Gregorio le pareció realmente «mezquina» la disputa sobre el título; pero afirmó que contra la arrogancia del patriarca no defendía su causa sino la causa de Dios. También se denominó humildemente a sí mismo, según una expresión agustiniana, que después se mantuvo en los documentos pontificios, *servus servorum Dei,* aunque escribió: «Yo soy siervo de todos los obispos, en tanto que viven episcopalmente. Mas quien por afán de la propia celebridad y contra la ordenación de los padres levanta su cerviz, humillará ante mí su cerviz, así lo espero de Dios, por sí mismo y no por la espada». «Combatió con humildad por el dominio universal de la Iglesia y en la Iglesia» —según la fórmula de Moritz Hartmann—, al igual que su rival, el patriarca asceta Juan el «Ayunador».

Gustosos discutieron. Gustosamente había discutido también Gregorio. Y en humildad.

Ya en una discusión fanática entre clérigos (582) con Eutiquio, antecesor de Juan, que enseñaba que en la «resurrección» los cuerpos serían inmateriales, Gregorio lo había refutado y había conseguido que el emperador mandase quemar el libro del patriarca. (Los dos gallos de pelea quedaron después tan agotados, que Gregorio enfermó gravemente y Eutiquio murió.) Y la discusión por los títulos continuó

[12] Gregor. I ep. 1,4: 3,61; 5,53 a. Praef. Dial. 3,33. Greg. Tur. 10,1. Juan Diác. Vita Greg. 1,39 s. Paulo Diác., Vita Greg. 10. RCA XII 932 ss. LMA I 758 s. IV 1663. Keller, Reclams Lexikon 234. Kelly 79 s. Gregorovius 11 248 ss., 253 ss., 285. Hartmann, Geschichte Italiens II 94 ss., 180 ss. Caspar II 343. Haller I 217 s. Seppeit II 7 ss. Seppeit Schwaiger 58 s. Gontard 151 ss. Altendorf 186. Misch 120 ss. Schramm, Kaiser, Konige I 86 s. Richards 47 ss. Fines 108 s.

todavía bajo el sucesor de Juan agrandando el alejamiento entre ambas iglesias y las distancias entre Bizancio y Occidente. Al año de la muerte de Gregorio ya le reprochaba nada menos que su sucesor, el papa Sabiniano, que «prefería su propia fama».[13]

Esto se podría atestar ciertamente contra muchos papas, que en apariencia fueron de lo más humilde, como Gelasio I (492-496). Como Gregorio no se sentía digno, tampoco Gelasio dejó de proclamar la convicción de su plena indignidad. Y al igual que Gregorio se llamaba «siervo de los siervos de Dios», así también Gelasio protestaba solemnemente ser «el más pequeño de todos los hombres» *(sum omnium hominum minimus); y,* ello no obstante, defendió como ningún otro papa antes que él su rango y primacía, y no sólo frente a todos los otros sacerdotes, sino que también —en su denominada doctrina de los dos poderes— frente al César, que habría de «doblegar piadoso su cerviz» delante de él.

140

¡Oh, qué género de humildes!

Ciertamente que el patriarca Juan IV afrontó sosegado el asunto, según parece. O no reaccionó de momento o escribió a Gregorio en un tono tan extremadamente amistoso y comprensivo que aquél no dejó de apercibirse de ello. Pero ocasionalmente continuó reclamando aquel título «pernicioso» y «orgulloso», aquella «palabra pestilencial», contra la que tronaba Gregorio. Y el título volvía a aparecer de continuo en las actas de la Iglesia de Constantinopla; lo que irritaba especialmente al papa. Y así tocó todos los registros; escribía una y otra vez produciéndose en amenazas imprecisas; ordenó a su *apokrísiar* (quien evidentemente en la disputa del título de marcas tenía una actitud distinta de la de Gregorio) que se abstuviese de la comunión eclesial con Juan; le recriminó haber informado con falsedad a su sucesor el papa Sabiniano, y al emperador, quien por carta presionó a Gregorio a la moderación y la paz, pero éste proclamó patéticamente que no temía a nada ni a nadie «fuera del Dios omnipresente».

El papa se enardecía cada vez más. Se dirigió al patriarca Eulogio de Alejandría, quien sin embargo no entendió la cólera del romano, como tampoco la entendió el patriarca Anastasio de Antioquía, a quien también había importunado y quien le advirtió contra el orgullo y la envidia, de modo que a Gregorio le pareció su carta «punzante como una abeja». También el general Narsés procuró tranquilizarlo. Pero Gregorio amenazó, condenó y se explayó en insultos. Puso en la picota a Juan, que en el fondo estaba dispuesto a hacer las paces y lo denostó como imitador de Lucifer y cual precursor del Anticristo. Con acentos apocalípticos conjuró el desencadenamiento de la peste y de la espada: «Un pueblo se alza contra otro pueblo y el orbe entero se estremece». Ciudades enteras las veía el papa desaparecer de la superficie terráquea y una vez más veía cumplirse la profecía del tiempo final. Y todo por un título que ya se utilizaba desde hacía cien años, y todo por ser él un hombre ambicioso de honor y dominio, porque ambicionaba la precedencia, el primado, que veía amenazado. Y todo innecesariamente, lo que aún pone más de relieve la ironía del asunto.

---

[13] Gregor. I Reg. 5,37 ss; 5,44 s.; 7,5; 7,30 s.; 8,29 etc. Mor. 3,43,60. Paulo Diác. Vita Greg. 9. Juan Diác. Vita Greg. 1, 28 ss. LThK IIP 118. RAC XII 937. Kelly 79. Hartmann, Geschichte Italiens II 160 ss., 180 ss. Gaspar II 215 s., 264. Seppeit II 10, 22 ss. Seppelt/Schwaiger 62. Gontard 155, 162. Maier, Mittelmeerweit 338 ss. Richards 56. Ver asimismo la nota siguiente.

Con tal ocasión instruyó magníficamente al patriarca sobre la humildad. Lo acusó de «vanidad» y «necedad», reprochándole la dura cerviz del orgullo y la perturbación de la paz del mundo entero. Solicitó del emperador que prohibiese el «maldito título» y obligase al patriarca «mediante las órdenes de mi piadosísimo señor», atándolo «con las cadenas de la autoridad imperial». Y como el emperador no viera motivo suficiente para la rabieta de Gregorio, como tampoco lo habían visto los patriarcas, el papa recurrió aún a la emperatriz. Hizo patente a las dos autoridades que, pese a todo, «no se trataba de su causa sino de la causa de Dios», de la Iglesia entera, los venerables sínodos, el Señor Jesucristo; les declaró que el patriarca había pecado «contra el espíritu del evangelio, contra el santo apóstol Pedro, contra todas las iglesias...», etcétera.

141

La disputa del título, sostenida casi exclusivamente por parte del papa Gregorio, se prolongó hasta después de muerto el patriarca Juan. El sucesor de éste, san Kiriakós, de quien el propio Gregorio había certificado reiteradamente la moderación, el buen corazón y una conducta intachable, no se sintió obligado a prescindir del título en cuestión. Por lo que el papa continuó la lucha hasta su muerte. Y como los patriarcas retuvieron el título de «patriarca ecuménico», los obispos romanos se resignaron y acabaron aceptando dicho título igualmente.[14]

Todo ello nada tenía que ver con la arrogancia personal, la vanidad y el orgullo. El orgullo era algo totalmente ajeno al primer monje papa, la humildad le era innata por su origen.

En julio de 592 escribía a Pedro, rector (administrador) de Sicilia: «Me has enviado un jamelgo lastimoso y cinco hermosos asnos: el jamelgo no lo puedo cabalgar, porque da lástima; y los hermosos asnos no puedo montarlos, justo porque son asnos». Bueno, pues el Jesús bíblico pudo cabalgar un asno, cosa que Su Santidad parece haber olvidado. Tenía que ser ya un bello corcel. Hoy se viaja en un Mercedes 600, especialmente preparado. O se viaja en el Jumbo con alcoba especial. Pero ¿qué tienen que ver con el Galileo?[15]

Desde Gregorio I, el humilde siervo de los siervos, hasta el siglo XX es bien sabido que los papas se hicieron besar el pie. Las peculiaridades las regulaban los libros de ceremonias. Pero, como sabemos también, el que se besaba realmente no era su pie, sino el pie de Dios. Por ello todos los emperadores, incluido Carlos V, ejecutaron también regularmente ese feo rito en el pórtico de la iglesia de San Pedro.[16]

En «el polvo de las ocupaciones terrenas»

Se comprende que la conciencia personal de Gregorio estuviera marcada por el origen, la carrera y el estado del personaje. Siempre se hizo respetar tanto por el clero como por los laicos. En lenguaje moderno podría decirse que fue un *Law-and-order-Typ,* una persona de orden, un ex prefecto de policía, un juez de lo criminal, que insistía fuertemente en la obediencia y la disciplina, sobre todo por parte de monjes

[14] Todas las citas al respecto y las posteriores en Richards 224 ss. Ver asimismo Kelly 82. Haller I 224 ss.
[15] Gregorio I ep. 2,38.
[16] Richards 129.

y monjas, interesándose especialmente por su moralidad —o inmoralidad, respectivamente— así como por la observancia de su voto de pobreza.[17]

142

A sus clérigos y funcionarios solía llamarles Gregorio, cuya influencia fue decisiva en la administración municipal romana, «soldados de Pedro» y también «soldados de la Iglesia romana» *(milites beati Petri, milites Ecclesiae romanae).* El primer monje, elevado al trono pontificio, administró Letrán casi a la manera de un monasterio, poblándolo en todo caso con monjes, que eligió para los altos cargos. Pero personalmente él, que adoptó la humilde muletilla monacal de «siervo de los siervos de Dios» —la cual pasó después de su muerte a ser un título oficial de los papas—, quiso naturalmente ser «el primer servidor en la Iglesia de Dios» (Altendorf).

Nunca utilizó Gregorio el nombre de san Pedro sin la apostilla «príncipe de los apóstoles».

Prohibió terminantemente a los súbditos *(subditi)* que osasen emitir un juicio sobre la vida de los prelados o superiores *(praepositi).* Aun en el caso de que éstos fuesen indignos y mereciesen con justicia ser censurados, no se les debía hacer reproches. Más bien había que abrazar voluntariamente el yugo de la reverencia. «Pues si faltamos contra quienes han sido puestos frente a nosotros y por encima de nosotros, atentamos contra el orden de quien los ha colocado por encima de nosotros.» Y quien soporta a un mal gobernante no debería vituperar a aquel a quien soporta. Con ello se da algo por añadidura. Aunque es más fácil decirlo que hacerlo.

Gregorio además lo proscribe con el propósito alevoso de que en modo alguno quiere que gobernantes y prelados sean objeto de crítica o reproche, y menos aún que puedan ser depuestos por parte de los súbditos. Y ello, porque el estar sometido al poder de malos gobernantes proporciona esa gloria que el hombre «merece sin duda, por lo cual debe reprocharse la propia maldad más que la injusticia del gobernante».

Los súbditos deben abstenerse de cualquier crítica, incluso a los malos superiores. Un mal gobernante no es más que el castigo de Dios a las personas malas, y quien murmura contra la autoridad superior ofende a quien la ha conferido. Con lo cual se recoge simplemente una idea paulina y su desarrollo agustiniano, sólo que con mayor énfasis.[18]

Que para el papa, conservador y machamartillo por carácter —y por oficio —, legalista y preocupado y orgulloso de la autoridad, la obediencia jugase un papel importante, es algo que cae por su peso. Insistentemente la predica a todos los subordinados, ganándose así —como sus predecesores y sucesores — las simpatías del Estado, de los emperadores, de reyes y reinas, de los gobernantes, los altos jefes militares, la nobleza y toda la casta dominante, con la que se trató habitualmente tanto en Bizancio como en Bretaña, en África, en el reino franco. Y cuya benevolencia necesitaba, puesto que —para decirlo con sus propias palabras— estaba «externamente elevado, pero humillado internamente», ya que estaba cubierto «con el polvo de las ocupaciones terrenas».[19]

143

---

[17] Gregorio I ep. 1,38 ss.; 2,29; 3,3; 5,4: 5,55; 7,32; 10,9; 13,31; 14,16 etc.

[18] Gregorio I Reg. pastor. 3,4. Moral. 25,34 ss. Gregorovius 11 283. Caspar II 409, 468 s. Haller I 221. Seppelt/Schwaiger 61. Voigt, Staat 83. Daniel-Rops 282. Ullmann, Die Machtstellung 58 ss. Buchner, Germanentum 151. Richards 257 ss. Altendorf 188.

[19] Gregorio I ep. 1,5. Dial. Praef.

El hombre de la doble moral

A esa humillación interna de quien se halla cubierto del polvo de las ocupaciones terrenas pertenece también sin duda alguna el hecho de que Gregorio ampliase de continuo su poder y multiplicase sus necesidades.

En las elecciones de los obispos, por ejemplo, tenían que decidir pueblo, clero y nobleza. Por motivos canónicos el papa sólo podía interponer un veto, o nombrar y consagrar un candidato, si los electores no se ponían de acuerdo. Pero de hecho su personal participación, nueva por completo, en la elección y consagración de los candidatos la presentó de vez en cuando simplemente como una costumbre antigua. En realidad intervino de todas las maneras posibles en tales procesos, sin hacer ascos a ninguna medida de influencia, ni siquiera a la intervención de algún jefe militar, como el duque Arsicino, gobernador de la Pentépolis.[20]

También en Dalmacia procuró Gregorio hacer valer su autoridad.

Los prelados de la región ya se habían opuesto a su predecesor. Bajo el arzobispo Nalalis de Salona y el administrador *(rector)* romano anterior, el obispo Maleo, parece ser que se dilapidaron bienes eclesiásticos y se cometieron abusos de toda índole. Sólo tras repetidos requerimientos se había presentado Maleo ante el tribunal de Roma a finales de 593 o a comienzos de 594; pero murió de repente la noche después de haber sido condenado. Se dijo, y no sólo en la corte de Constantinopla, que Gregorio había hecho envenenar al obispo, y el papa tuvo mucho trabajo en rechazar la sospecha.

Poco después de someterse murió también el arzobispo Natalis de Salona, famoso por sus opíparos banquetes y *bon vivant* muy popular entre los poderosos. Sus comilonas «con fines benéficos» parece ser que las justificaba recurriendo a textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Gregorio, que le había amenazado con retirarle el palio y hasta con la excomunión, estaba dispuesto a reconocer como sucesor de Natalis a cualquiera, con tal que no fuera un tal Máximo, que después ocupó precisamente la sede episcopal, respaldado por un fuerte sentimiento antipapal del pueblo, por los obispos y por el emperador, que impuso el

reconocimento de Máximo. Gregorio excomulgó al arzobispo, al que reprochaba soborno en la elección, empleo de la fuerza e infracciones del celibato. Tampoco hizo caso el arzobispo Máximo de los repetidos requerimientos durante los años 595 y 596 para que se presentase a juicio en Roma. Debió de recordarse bien del repentino final del obispo Maleo. Sólo en Ravenna, donde pudo sentirse más seguro, hizo Máximo penitencia pública en julio de 599, postrado tres horas en una calle y gritando: «He pecado contra Dios y contra el bienaventurado Gregorio»; y, aunque en contra de la voluntad explícita de Gregorio, continuó siendo el obispo de Salona. Tras siete años de lucha, el papa estaba vencido casi por completo.[21]

---

[20] Ver Richards aspee, cap. 9 y 10. Comp. también Haller I 221.

[21] Hartmann, Geschichte Italiens II 176 ss. Ahí y en Richards 84,141,208 ss se encuentran todas las

144

Echando una ojeada a muchos obispos del entorno inmediato de Gregorio —para no hablar del episcopado galo—, las típicas descripciones del obispo ideal en su *Regula Pastoralis* se leen casi como la sátira más despiadada; aunque en el fondo sin muchas diferencias con tantos partidos evangélicos respecto del cristianismo y la historia de la Iglesia. Así, exige Gregorio un obispo «que, muerto a todas las pasiones carnales, lleve siempre una vida espiritual; que desprecie el bienestar humano y no tema ninguna necesidad; que aspire sólo a las cosas espirituales..., que no ceda a la tentación de desear los bienes ajenos, sino que haga grandes donaciones de los propios...». Etcétera. Reclama Gregorio que el obispo sea compasivo y se alegre de la felicidad de los otros, que no se enrede en asuntos tortuosos y que en todo lo que haga dé buen ejemplo.[22]

El propio Gregorio estuvo muy lejos de todo eso, aunque desde el bando católico se afirme casi siempre lo contrario, y Seppelt, historiador de los papas, lo presente abiertamente como «el modelo ideal de un pastor de almas», y ello incluso «en toda su actividad ministerial».[23]

Donde tuvo poder, Gregorio lo ejerció sin miramientos, muy ufano de su justicia frente a los subordinados. El archidiácono Lorenzo, que por su causa fue preterido en la sucesión papal y que no pudo ocultar su decepción, perdió su cargo. Un año después Gregorio lo quemaba en una ceremonia solemne y en presencia de todo el clero «por su orgullo y otros crímenes».[24]

Mucho más significativo es aún el suceso siguiente. El monje Justo, médico del monasterio de San Andrés, que cuidaba al papa cada vez más enfermo, confesó a un hermano antes de morir, a su compañero Copioso, haber ocultado tres monedas de oro. Cuando Gregorio lo supo, prohibió rigurosamente que nadie tratase a Justo, que nadie del monasterio lo visitase en su lecho de muerte ni le prestase ayuda. Y después de su muerte su cadáver debía ser arrojado con las tres monedas a un estercolero, al tiempo que la asamblea gritaba: «¡Al infierno contigo y tu dinero!». Cuando Justo oyó contárselo a Copioso, murió de tristeza.

145

Con tal severidad entendía Gregorio el voto monacal, entre otras cosas. Aunque personalmente, según parece, todo lo que no había dado a sus monasterios lo vendió, repartiendo el dinero entre los pobres, ya de monje era tan acaudalado que en 587 pudo hacer otra donación al monasterio de San Andrés (al que con expresión de propietario llamaba «mi monasterio»). Más aún, trece años al menos después de hacerse monje benedictino, todavía poseía muchos bienes rústicos.[25]

Sin duda que el papa fue también un hombre de compromisos, de transigencias y de doble moral. Por duro que se mostró siempre con los monjes y monjas exclaustrados obligándolos a volver al monasterio, tratándose de nobles pudo hacer excepciones.

Cuando Venancio, patricio de Siracusa y probablemente amigo de Gregorio, abandonó su monasterio menospreciando el precepto eclesiástico, se llevó a su casa

---

referencias de las fuentes. Caspar II 431 ss.

[22] Gregorio I Reg. Past. 1,10.

[23] Seppeit II 33.

[24] Gregorio I ep. 2, 1

[25] Richards 41 ss con indicación de otras fuentes.

a la bella y dominante Itálica, que le hizo padre de dos niñas, convirtiéndose además en el epicentro de un círculo de literatos antimonacales, Gregorio no le impuso el retorno al monasterio. Tan sólo intentó con mucho esfuerzo convencerle para que lo hiciera voluntariamente, aunque en vano; más aún, socorrió a las criaturas nacidas de aquel matrimonio anticanónico, demostrando una vez más —como dice Jeffrey Richards, su biógrafo moderno y las más de las veces benevolente— «que en la imagen del mundo de Gregorio había una ley para los ricos y otra para los pobres».[26]

Como en Cerdeña un obispo antes de la liturgia del domingo hubiese roturado el campo de un campesino y hubiese desplazado los mojones de las lindes, Gregorio castigó simplemente al colaborador, y con bastante clemencia.

Y más generoso se mostró aún con el arzobispo Januario de Calaris, que hizo de Cerdeña una «capital de la desgracia». Los laicos saquearon allí los bienes de las iglesias, los sacerdotes los bienes de los monasterios, los arrendatarios huyeron de los latifundios de la Madre Iglesia, el paganismo tomó las riendas, y se cobraron todos los arbitrios posibles en beneficio de los clérigos. Hubo evidentemente muchas monjas que vagaban de un sitio para otro, hubo casos de violencia en el clero, de usura, homosexualidad y autocastración. El archidiácono se adueñaba de las mujeres ajenas y el arzobispo, aunque «anciano y achacoso» —como dice Gregorio—, se apoderaba con violencia y contra derecho de los bienes ajenos. Ya casi al comienzo del pontificado de Gregorio el montón de quejas *(tanta moles quaerimoniarum)* contra el príncipe de la Iglesia de Calaris era incalculable, llegando cada vez nuevas noticias de incidentes. Pero diez años después Gregorio no había acabado con él, permaneciendo en su cargo hasta el final e incluso sobreviviendo al papa.[27]

Y es que, en efecto, tratándose de católicos ricos o de obispos que eran merecedores de castigo, el papa podía ser generoso en extremo.

146

No obstante la enorme cantidad de prelados levantiscos y criminales, en todo su período de gobierno únicamente depuso a seis; entre ellos se contó el obispo Demetrio de Nápoles, *doctor perversus,* tal vez «hereje» y merecedor de la muerte por sus delitos y crímenes. Por lo demás, también los diocesanos de ese obispado importante de Campania fueron siempre tan respondones en tiempo de Gregorio, que se decía que habían combatido entre sí una guerra más larga que contra los longobardos.[28]

Y un último ejemplo sobre la doble moral de Gregorio. Cuando el obispo Andrés de Tárenlo, que también maltrataba a sus clérigos y mantenía mujeres, apaleó tan bárbaramente a una pobre mujer que vivía de la caridad eclesiástica que murió poco después, el papa prohibió simplemente al tal obispo que celebrase la misa durante dos meses —tal vez con satisfacción del propio obispo—. Por el contrario, Gregorio hizo encerrar en las cárceles de los monasterios «a todos los pecadores carnales», de modo que a un investigador moderno (Grupp) «le recuerdan a los antiguos esclavistas», llegando a tales amontonamientos en aquellas casas monásticas de represión de «los pecadores», que según el monje Juan Clímaco —un coetáneo de Gregorio, algo más joven que él— «apenas se podía dar un paso».[29]

---

[26] Haller I 224. Richards 263.

[27] Richards 122 ss., 147 ss., 169 ss. con todas las referencias a las fuentes. Ver asimismo Gontard 155 s.

[28] Gregorio I ep. 1,14; 2,5; Caspar II 414. Richards 170 s.

[29] Gregorio I ep. 3,45. Kober, Die korperliche Züchtigung 48, Grupp I 298. La obsesión por la castidad y el

«Pensar distinto de la mayoría… casi un crimen merecedor de la muerte»

Pronto este papa, como la mayor parte de sus predecesores y sobre todo de los que le siguieron, intervino duramente contra quienes pensaban de distinta forma, contra todos los no católicos. Su gran objetivo fue la *propagatio fidei,* la extensión planificada del poder papal, casi a cualquier precio.

Por ese motivo se interfirió en los asuntos de Inglaterra y en el reino franco-merovingio, a cuyos reyes en vano procuró ganárselos para una reforma eclesiástica. Recomendó como medios coercitivos la tortura y la cárcel, y ocasionalmente también la transformación pacífica de los lugares de culto paganos o las costumbres gentiles, «a fin de que la gente concurriera así con toda confianza a los lugares habituales», siempre de conformidad con las circunstancias. También aconsejó, en ocasiones, prometer a los convertidos una rebaja de los impuestos y «convertir» a los obstinados con impuestos más elevados. A los sardos, que todavía persistían en su paganismo, debía su obispo cristianizarlos por la fuerza ¡cual si fuesen esclavos!

Mas no sólo propagó Gregorio la conversión de los paganos en Cerdeña, Sicilia, Córcega y otros lugares, sino que también combatió incansablemente la «herejía». Intervino asimismo con gran celo en la guerra contra los herejes dentro del cristianismo y en la guerra misionera para la expansión de la fe hacia fuera, también llamada gustosamente «defensa de la Iglesia romana» o «la cura pastoral del papa».[30]

147

Ni siquiera los que simplemente estaban fuera o discrepaban podían estar tranquilos. «Pensar de distinta manera que la mayoría, llevar una forma de vida diferente de la que llevaba la gente en general, significó cada vez más un cuestionamiento directo de las doctrinas y prácticas del común de la gente, constituyendo ya casi un crimen merecedor de la muerte» (Herrmann).[31]

El propio cisma istrio de los Tres Capítulos no tenía nada que ver a los ojos del papa con la verdadera fe, con la religión auténtica. Para él tales católicos eran pura y simplemente hombres obstinados, rebeldes y querellantes sin más. Se tambaleaban «en la ceguera de su ignorancia», pensando únicamente en vivir a su antojo y placer contra la disciplina eclesiástica. «No entienden ni lo que defienden ni lo que siguen.» Así que el papa romano envió tropas a Grado con todas las facultades imaginables. Mas pronto prefirió el emperador la denominada paz religiosa y rehusó el apoyo de Gregorio contra el arzobispo Severo de Aquileya, a quien el santo padre quería atraer a Roma. A regañadientes se plegó. Pero tan pronto como hubo muerto Maurikios y Fokas ocupó su lugar de forma bastante cruenta, el papa aprovechó el cambio de

---

rigorismo del celibato sería un capítulo realmente interesante. Sus fallos (en todos los sentidos) son incontables. Ver al respecto, por ejemplo, Ranke-Heinemann, Eunuchen 110 s., 128,144,147: «El placer nunca puede darse sin pecado», etc

[30] Beda H.E. 1, 27. LMA IV 1663 s. Haller I 267 s., 223. Voigt, Staat 260, 296. Seppeit II 25. Maier, Mittelmeerweit 338 s. Gontard 156. Misch 69. Herrmann, Ket-zer in Detschland 66. Richards 9. Padberg 22 s. Ullmann, que valora a Gregorio, destaca sin embargo como objetivo de su empresa misionera, el de «acercar la pretensión papal del primado a su realización»: Kurze Geschichte des Papstums 51.

[31] Herrmann, Ketzer in Detschland 66.

situación. Escribió al exarca Esmaragdos, que en el ínterin se había recuperado de su locura, y al que Fokas había restablecido en Ravenna; durante su primer período ministerial éste ya había conducido por la fuerza hasta dicha ciudad (588) al arzobispo Severo con tres de sus obispos, reteniéndolos allí durante un año y obligándole a renunciar a su cargo. En la carta decía Gregorio: «Nos esperamos que el celo que Vos demostrasteis en este asunto se haya desplegado en todo su ardor y estéis preparado para castigar y expulsar a los enemigos de Dios...».[32]

Gregorio fue sin duda un papa de múltiples recursos, y lo que no conseguía por la fuerza lo obtenía con dinero. Así, a los cismáticos is-trios, que habían vuelto a la Iglesia romana, los envió a Sicilia con una pensión papal. Tal hizo, por ejemplo, con Félix el Diácono y con un cierto religioso llamado Juan.

«Porque Nos sabemos ser agradecidos —según escribía una vez el hombre generoso al duque Arigis con el ruego de que aportase braceros y bueyes para un transporte de maderas— y prestamos contraservicios a los hijos que nos demuestran una disposición amistosa.» Quien regresa vuelve al redil, y quien es útil y se muestra sumiso es bueno. Gregorio fue un propagandista convencido de la virtud de la humildad. Y humilde, por supuesto, lo es únicamente quien está donde está el papa y le obedece con la mayor sumisión.

Por el contrario, en el sentir de Gregorio un «hereje» en manera alguna podía ser humilde. La «herejía» era a priori lo contrario, era división de corazones, la ruina de las almas, un servicio a Baal y al diablo; era una apostasía, rebelión y orgullo. «Pues el lugar de los herejes es el mismo orgullo..., el lugar de los impíos es el orgullo, como a la inversa la humildad es el lugar del bueno.»[33]

La tolerancia frente a los «herejes» fue impensable desde los comienzos, desde la época neotestamentaria. Los «herejes» fueron combatidos ya en la Iglesia primitiva como «anticristos», cual «primogénitos de Satanás», «animales en forma humana», «bestias», «diablos», «reses de matadero para el infierno», etc. Todo ello era, efectivamente, tradición vieja y aceptada en aquella Iglesia, que un digno predecesor de Gregorio, el papa Gelasio I (492- 496), había resumido en esta frase: «La tolerancia frente a los herejes es más perniciosa que las destrucciones más terribles de las provincias por los bárbaros».[34]

En África, donde tras la aniquilación total de los vándalos arríanos prevalecía de nuevo la casa imperial católica, al papa le molestaban los maniqueos, algunos restos de arríanos y en buena medida también los donatistas. Pues, una vez más, como en tiempos de Agustín, el donatismo era el paladín de los empobrecidos. Mas pronto forzó Gregorio la represión de los «herejes». En una carta al prefecto africano Pantaleón Anno (593), se muestra sumamente sorprendido de que el Estado no proceda enérgicamente contra los sectarios. Más tarde protestó también enviando a tres obispos como delegados a Constantinopla, incluso ante el emperador Maurikios, por la violación de las leyes imperiales en África. Y exigió asimismo una intervención vigorosa, que evidentemente tuvo éxito, aunque el episcopado católico de África no

[32] Gregorio I ep. 8,4; 1,60; 2,45; 13,36. LThK VII' 5 s. Ver también Speigí, Aqui-leja zwischen Ost und West 37 ss.

[33] Gregorio I ep. 4,14; 6,35. Moral. 3,43. Reg. past. 24. Paulo Diác. Hist. Lang. 4, 19. Padberg 23 s.

[34] Además de Deschner, Historia criminal del cristianismo I cap. 3. Comp. asimismo, espec. a propósito de Gelasio I en el t. II.

se dejó manejar demasiado por el papa Gregorio I. Pero lo cierto es que en la segunda mitad de su pontificado ya no se habla de los donatistas para nada.[35]

El «gran» papa odiaba cuanto no fuese católico; de otro modo no habría sido «grande». No sólo lo arrancaba de cuajo, también lo difamaba. Así, en Roma dos casas arrianas de oración, dos iglesias cerradas de un pueblo que ya no existía, las abrió y convirtió en iglesias católicas: una en honor de san Severino en la Vía Merulana, y otra en honor de santa Ágata dei Goti en la Subura, que durante casi un siglo había sido el centro eclesial de los godos que vivían en Roma. Luego de borradas las últimas huellas de la «herejía» y consumada la consagración del templo —el informe es del «gran» papa—, el diablo, al que no se le vio pero al que se pudo sentir claramente, habría salido corriendo entre las piernas de los fieles. Y a lo largo de tres noches estuvo lanzando gruñidos horribles en el entramado del techo, hasta que por fin descendió sobre el altar una nube de olor agradable...[36]

149

Para Gregorio los paganos no tenían ni derechos divinos ni humanos. Y revolviéndolo todo —como ha venido haciéndose en sus círculos hasta el día de hoy— ¡presentó a los paganos como perseguidores de los católicos! Cierto que no abogó sin más por la violencia, por los azotes, torturas y cárceles a cualquier precio para los gentiles, que según él «viven como animales salvajes». Nada de eso; magnánimo y bondadoso como era, alentó con toda cordialidad a terminar con los arrendatarios paganos de las tierras eclesiásticas mediante imposiciones económicas. Al campesino obcecado y cabeza dura que se negaba en redondo «a volver al Señor Dios» había que «cargarle con tantos impuestos, que ese castigo lo empuje a entrar a la mayor rapidez posible en el recto camino».[37]

Y si nada de ello aprovechaba, y aun con la más insoportable presión tributaria alguien se resistía a entrar en «el camino recto», el santo padre se mostraba algo más duro. Ordenaba entonces una prisión rigorosa y, tratándose de esclavos, hasta la tortura, que ya Agustín, el predicador de la *«mansuetudo catholica»,* de la mansedumbre eclesial, permitía. Y no sólo la permitía con los esclavos sino también con todos los cismáticos (donatistas). El hábil pensador númida retuerce los vocablos y llama *emendatio* a la tortura ¡cual si se tratase de una especie de cura y preparación bautismal, de una bagatela comparada con el infierno!

Gregorio, obligado de mil maneras al venerable modelo, cristianizó pues los tristes restos del paganismo sardo a la luz del doctor Agustín. El año 599 exhortaba por carta «con el mayor fervor» al arzobispo Januario de Calaris, metropolitano de Cerdeña, «a la vigilancia pastoral frente a los idólatras». Recomendaba primero la conversión mediante «una exhortación convincente» (y no sin evocar «el juicio divino»), para escribir a continuación con toda claridad: «Mas si Vos encontráis que no están dispuestos a cambiar su forma de vida, deseamos que los apreséis con todo celo. Si son esclavos, castigadlos con azotes y tormentos procurando su corrección. Mas si son personas libres, deben ser conducidas al arrepentimiento mediante una prisión severa, como conviene, a fin de que quienes desprecian escuchar las palabras de redención, que los salvan del peligro de la muerte, en todo caso puedan ser

[35] Gregorio I ep. 5,3. Moral. 8,1 s.; 16,6. HKG II 2, 318. Hartmann, Geschichte Italiens II 163. Caspar, II 442 ss. Diesner, Der Untergang 76 s.

[36] Gregorio I dial. 3,30. RAC XII 936. Gregorovius 11 275. Caspar II 74.

[37] Gregorio I ep. 4,26; 4,29.

devueltos por los tormentos corporales a la fe sana deseada». En una segunda misiva exhorta al obispo «con mayor apremio» aún y le recomienda encarecidamente que vigile sobre los «herejes», debiendo inflamarlos en «celo ardiente», azotando a los esclavos y encarcelando a los que son libres.[38]

A través de los tormentos corporales se consigue una sana mentalidad católica.

Por lo demás, el papa se procuró esclavos de Cerdeña. Parece ser que había allí material especialmente útil y aprovechable; así que envió a la isla a su notario Bonifacio, quien no dejó de solicitar epistolarmente la colaboración amistosa del *defensor* imperial y con el fin asimismo de obtener buenos ejemplares.[39]

150

Por entonces todavía existían paganos en muchas regiones, que no sólo en Cerdeña, donde el propio arzobispo Januario los toleraba entre sus arrendatarios. Había paganos en Córcega, en Sicilia, en Campania, y no digamos en Galia e incluso en Gran Bretaña. Y por doquier impulsó Gregorio su desaparición; para ello no sólo puso en marcha a su clero: también a la nobleza, los terratenientes y, naturalmente, también el brazo civil. Por doquier hubo de golpear éste en unión del brazo eclesiástico. Así, en 593 ordenó al pretor de Sicilia que prestase toda su ayuda al obispo de Tyndaris en su labor de aniquilación de los paganos. Y cuando en 598 ordenó a Agnelo de Terracina que buscase a los adoradores de los árboles y los castigase de suerte que no pasase el paganismo a otros, requirió asimismo la asistencia de Mauro, el comandante militar del lugar. Y por supuesto que todo ello ocurrió —para decirlo con palabras de Juan el Diácono— «mediante la aplicación de la legítima autoridad».[40]

También al exarca del norte de África, Gennadio, lo elogia repetidas veces Gregorio por sus muchas guerras contra los paganos, siguiendo una vez más tranquilamente las huellas de san Agustín. (Uno de los monasterios gregorianos en Sicilia se llamó «Monasterio de los Pretorianos».) En cambio no tuvo el papa la menor comprensión para la práctica liberal del gobernador *(praeses)* de Cerdeña, que también actuaba desde una evidente y angustiosa necesidad financiera, como era la de procurarse apremiantemente su *suffragium,* y según el uso habitual hubo de extorsionar al pueblo para obtener el dinero, que le costaba la consecución del puesto. Pero a Gregorio debieron de erizársele hasta los últimos pelos, cuando en 595 informó a la emperatriz Constantina que el gobernador no sólo se había dejado comprar la autorización de los sacrificios a los ídolos, sino que había obtenido un impuesto sacrificial hasta de los paganos bautizados.

El papa Gregorio aceptó y hasta sancionó abiertamente la guerra de religión, la guerra ofensiva, para someter a los gentiles. En flagrante contraste con Jesús, autorizó la espada y la lucha como instrumentos misioneros. Primero la guerra, después el cristianismo. Primero había que someter por la fuerza sin más y después procurar en forma más o menos suave la conversión. Una norma que el historiador católico Friedrich Heer define como «la política cristiana de conquista y expansión hasta las vísperas de la primera guerra mundial». A este respecto Gregorio trabajaba —como vemos en una carta suya al emperador— con la vieja idea ambrosiana de que «la paz

[38] Gregorio I dial. 3,27 s. ep. 4,26; 9,65; 9,204. Schuitze I 425 s. Richards 242.
[39] Schuitze II 191.
[40] Richards 242 ss. con todas las citas transcritas y otras más.

de la *res publica* depende de la paz de la Iglesia universal». Consecuentemente mantuvo sus comandantes militares y hasta su propia soldadesca, que repetidas veces se impuso victoriosa.

Todo ello parecía caer por su propio peso; en apariencia era el resultado más natural del mundo. «De la ausencia del poder imperial se derivaron para el papado unos cometidos políticos de defensa y administración de Roma»; y así los papas «sin quererlo propiamente, poco a poco se convirtieron en los señores indiscutibles de la capital» (Richards). También a los ojos del historiador católico de los papas lodo esto discurrió «de un modo absolutamente natural»; «como por sí mismo» el papa Gregorio fue «el baluarte y caudillo», el «cónsul de Dios», que tomó en sus manos «de una manera autónoma la historia de Italia, la historia de "su país"». Gregorio protestó contra la proyectada reducción de las fuerzas de ocupación de Roma y procuró reforzar la guarnición. Más aún, el sucesor del Hijo del hombre pobre no se avergonzó de enviar personalmente tropas de refuerzo, exhortarlas al cumplimiento de sus deberes, darles instrucciones pormenorizadas y transmitirles naturalmente informes sobre el enemigo. Destacó a un tribuno a Nápoles y el *dux* Leoncio al castillo de Nepe, exigiendo siempre obediencia a sus órdenes. ¿Acaso no hablaba por su propia boca «el Señor»? ¿Aquel pobre predicador ambulante y pacifista que fue Jesús de Nazaret?[41]

¿JUSTO Y COMPRENSIVO CON LOS JUDÍOS?

Hasta el día de hoy se viene considerando al papa Gregorio I como el gran protector de los judíos, que ya entonces se encontraban por todo el imperio, desde África hasta Hispania y Galia, sobre todo como mercaderes aunque también como campesinos. «Los judíos encontraron en Gregorio un fiador de sus derechos, que durante siglos tuvieron garantizados por parte de los papas» (Kühner). Para el teólogo católico Stratmann el papa Gregorio fue en efecto no tan sólo justo, sino también «comprensivo» con los judíos.[42]

Cierto que Gregorio no quería «que los judíos fuesen sometidos contra su voluntad ni atormentados»; y el acento debería cargar sobre «contra su voluntad». Y cierto también que Gregorio otorgó a los judíos —y de nuevo son palabras suyas— la «libertad de acción, garantizada por la ley romana». Pero esa ley tenía muchas y graves desventajas para los judíos. Desventajas que se vieron agravadas. No podían construir nuevas sinagogas. No podían convertir al judaísmo a los no judíos ni casarse con no judíos. No podían heredar nada, ni ocupar cargo alguno, ya fuese militar o civil. No podían tampoco tener esclavos cristianos ni traficar con los mismos, cosa que por supuesto estaba permitida a los cristianos. Todo esto lo encontraba perfectamente justo el «gran» Gregorio, que en modo alguno consideraba al judaísmo como una

[41] Gregorio I ep. 2,38; 5,38. Dial. Praef. LMA IV 1664 (Richards). Gregorovius I 1 267. Seppeit II 18 ss. Caspar II 343, 354. Fischer, Der niedere Klerus 43 s. (con amplia presencia de fuentes). Comp. 74 s. Erben 53. Kühner, Gezeiten 1162. Id., Die Kreuzzüge, Studio Bern 14.10.1970. Patze, Der Frieden 419. Daniel-Rops 476. Richards 92, 97. Herrmann, Kirchenfürsten 47 atribuye también la expresión «guerra santa» a Gregorio.

[42] Kühner, Lexikon 38 s. Stratmann IV 85.

religión, sino más bien como una «superstición» *(superstitio)*[43]

En contra de los esclavos cristianos el papa no tenía nada, absolutamente nada. Antes bien, él mismo los tenía a montones. Pero le irritaba el que los esclavos cristianos estuviesen al servicio de los judíos. Encontraba «pernicioso y abominable por completo para cristianos el que sirvieran como esclavos en casas judías». Y exigía proceder judicialmente de inmediato y con rigor contra los judíos que hubieran convertido a esclavos cristianos a su religión. Y, naturalmente, tales esclavos tenían que ser manumitidos. Lo mismo ocurría con esclavos judíos o paganos al servicio de casas judías, que quisieran convertirse al cristianismo, en el caso de que dichos esclavos no hubiesen sido vendidos a cristianos dentro del último trimestre.[44]

152

Cierto también que el papa Gregorio ofreció incluso a los judíos ciertas ventajas económicas. Llegó hasta el soborno para que se dejasen bautizar. Su ofrecimiento iba desde las vestiduras bautismales gratis hasta la concesión de una renta. Uno de cada tres judíos de los que se convertían al catolicismo en Roma sólo debía pagar dos tercios de su alquiler. Esto no dejaba de ser un asunto importante para un avezado especialista en las finanzas y la administración (y apóstol del fin calamitoso del mundo). También a los católicos les facilitó mediante una renta su conversión del cisma de los Tres Capítulos. Puede que el dinero atrajese a los judíos más que Cristo, pero el santo padre se ganaba a sus hijos y a los hijos de sus hijos y así sucesivamente, por lo que escribió: «Cualquier rebaja del alquiler por causa de Cristo no ha de considerarse como una pérdida». Consecuentemente también rebajó a los judíos convertidos las gabelas en la transmisión de herencias.

Pero aparte esa «ayuda al desarrollo» papal, Gregorio fue uno de los precursores de la política antijudía en Occidente. Cierto que rechazó tajantemente cualquier persecución contra los judíos, se opuso a la conversión por la fuerza de los mismos en Italia meridional y a la ocupación de una sinagoga por los católicos en Cerdeña. Aun así consideró un propósito loable el bautismo forzoso y propagó expresamente la «conversión» de los judíos. También les prohibió severamente la construcción y aun la simple ampliación de sinagogas; les prohibió cualquier actividad misionera y, en no menos de una decena de cartas, el que mantuvieran esclavos cristianos. A su enviado especial en Cerdeña, el notario Juan, le ordenó que cesase de devolver los esclavos huidos a sus dueños judíos. Y desde luego Gregorio impidió a los judíos la mínima influencia en la vida pública de los cristianos.[45]

Según una frase de este papa, ningún cristiano debía ser esclavo y ni siquiera criado de los judíos, que habían rechazado y matado a Cristo. También ordenó en cierta ocasión (591) a un judío, que «en virtud de una ley» devolviese los cálices, candelabros y palios que había comprado. Y llevó a mal el que un obispo hubiese comprado una piel a unos mercaderes judíos. Personalmente parece que nunca habló con ellos y les obligó a que expusieran sus mercancías fuera del *«porticus»,* a fin de evitar hasta la apariencia de tráfico. Finalmente, sabemos que el pretendido protector de los judíos alabó especialmente al rey español Recaredo, por haber resistido a todas las tentativas

[43] Gregorio I ep. 2,6. Richards 235 s.
[44] Gregorio I ep. 3,37; 6,10; 7,21; 9,213.
[45] Gregorio I ep. 1,10; 1,45; 2,7; 2,38; 4,31; 6,33; 6,45; 7,24; 8,21; 8,23; 8,25; 9,38; 9,109 s.; 9,195. Wiegand 236 s. Schopen 32 s. Gontard 153. Richards 123.

de que los judíos retirasen una ley antijudía promulgada por él.[46]
153

NEGOCIOS ANTES DEL FIN DEL MUNDO, O DE «LA PROPIEDAD DE *LOS* POBRES»

El mismo hombre que profetizó el fin calamitoso del mundo y el inminente juicio divino llevó a cabo una política de bienes eclesiásticos tan intensa como si ese juicio divino no hubiera de llegar jamás.

El papa dispuso de una serie de patrimonios bien organizados, unos quince al comienzo de su pontificado, y de un territorio de muchos cientos de kilómetros cuadrados, llamado patrimonio de san Pedro. Eso quería decir que, propiamente, todo ello no pertenecía al papa, al clero o a la Iglesia, sino que pertenecía en realidad al bienaventurado príncipe de los Apóstoles. Y esa propiedad de Pedro se extendía desde el norte de África, donde para gran alegría de Gregorio los territorios casi despoblados estaban trabajados por prisioneros de guerra (la «mano de obra» más barata), pasando por Italia, el territorio urbano de Roma *(«patrimonium urbanum»),* hasta Córcega, Cerdeña, Dalmacia, Istria y la Provenza; una propiedad de enorme extensión y desde luego la mayor de Italia. Buena parte de la misma procedía de fundaciones imperiales. Tal vez el último y gigantesco incremento se debió a las fincas de la Iglesia arriana, que fue objeto de expolio tras la destrucción del reino ostrogodo. Y mientras la propiedad privada mermaba cada vez más, las riquezas de la Iglesia iban siempre en aumento.

En Sicilia, el granero de Roma desde antiguo, el patrimonio de «san Pedro» era tan grande, que Gregorio lo dividió en dos centros administrativos (rectorados): Palermo y Siracusa, con unos 400 arrendatarios en total *(conductores).* Y personalmente estaba informado de que desde hacía años

«muchas gentes sufrían violencias e injusticias por parte de los administradores de los bienes eclesiásticos romanos», a las que se había despojado arrebatándoles los esclavos.

En la explotación de los territorios el papa contó con el apoyo de algunos de sus allegados más íntimos así como de los rectores de distintos patrimonios (obligados con juramento ante la supuesta tumba de Pedro, cubierta por él con 100 libras de oro). Aun así, Gregorio se ocupó de ciertas (punto menos que) bagatelas. Y él, que pese a sus múltiples alifafes continuaba interviniendo —y haciendo que los diáconos de Catania llevaran sandalias *(compagi)* porque era lo único permitido a los diáconos romanos—, no obstante sus numerosas represiones, sus lúgubres prédicas penitenciales y su corrosiva expectación de la destrucción del mundo, aún encontró tiempo, sorprendentemente mucho tiempo, para ocuparse de los campos, las yeguas de vientre, los bueyes viejos, las vacas inservibles y los esclavos, que en lo posible tenían que ser naturalmente miembros bautizados de la santa Iglesia; en todo lo cual los métodos del santo padre no parecen haber sido demasiado escrupulosos. El motivo principal era aumentar los ingresos antes del inminente juicio final y que el jefe pudiera presentar al jefe un perfecto estado de cuentas. Se ha escrito que su

[46] Gregorio I ep. 1,87; 9,213. Browe 128,138,145. Caspar II 492. Incluso Ange-nendt ignora recientemente la fundamental actitud antijudía de Gregorio: Frühmit-telalter 241.

consigna fue: «Prestigio, eficacia y disciplina». Eso podría ser hoy el credo de cualquier estudioso estadounidense del marketing.[47]

154

Cierto que el siniestro predicador del fin del mundo procuró impedir con toda nobleza que «la bolsa de la Iglesia se emporcase con ganancias deshonrosas»; pero al mismo tiempo hizo todo lo posible por incrementar la producción y las ganancias. Y aunque no fue el único papa en esto, fue tan lejos que en la Galia, por ejemplo, las rentas de los arrendamientos las cobraba en moneda acuñada *in situ,* con un valor que se apartaba del oficial, de manera que al cambio no sufriera minusvalía alguna.[48]

Los bienes raíces papales proporcionaron continuamente a Gregorio grandes cantidades de mercancías y dinero, convirtiendo a la Iglesia católica en la primera potencia económica de Italia; sobre todo porque incluso en tal estado de cosas no dejaron de sumarse aportaciones nada despreciables con legados y donaciones en favor del santo padre y de los obispos personalmente. De acuerdo con el *quadripartitum,* una tradición antiquísima que dividía los bienes eclesiásticos en cuatro partes, el papa como cualquier otro obispo ingresaba en su peculio personal una cuarta parte de todas las entradas. Algunos prelados llegaban incluso a quedarse con un tercio de los ingresos, o aceptaban la tradicional división cuatripartita para los repartos ya realizados, reservándose en exclusiva todos los ingresos nuevos. Cierto que tal práctica, frecuente por ejemplo entre los obispos de Sicilia, la prohibió Gregorio; pero así y todo: «Es bien significativo que, al mismo tiempo que quebraba en Roma el último banquero, un terrateniente italiano asignase una fuerte suma de dinero, a través del papa, para su pago en Sicilia a favor de la iglesia local, mientras que dicha suma se la abonaba en Roma al diácono *dispensator»* (Hartmann).[49]

Sin duda que Gregorio se empleó, como muy pocos papas, en favor de ios aparceros y los campesinos, a la vez que intentaba controlar las peores injusticias. Mas, como lo demuestra la correspondencia papal, aquellos bienes eclesiásticos eran un pantano único de explotación, cohecho, opresión y fraude.

Los miserables campesinos, o mejor los esclavos de la gleba, a los que ya se esquilmaba con los impuestos sobre el suelo *(burdatio)* que se recaudaban tres veces al año, además de con los arrendamientos y las

154

entregas a la Santa Iglesia Católica, se veían oprimidos por añadidura con los más diversos métodos y recursos de los esbirros eclesiásticos: mediante la recaudación de nuevas cantidades; por ejemplo, unos arbitrios altísimos a cambio de la licencia matrimonial y unas medidas de grano alteradas y falseadas. Sólo en el caso de que los *rectores* hubieran dejado pasar el período adecuado para la navegación, eran ellos los que por voluntad del papa habían de hacer frente a las pérdidas. La intervención de Gregorio en diversos casos conocidos no resultaba por desgracia fácil de entender; pero sin duda alguna elevaba la capacidad de rendimiento de los bienes pontificios, redundando por lo mismo en su propio interés, en el interés de un «terrateniente justo y sin embargo hábil», según elogio de Richards, quien también ha de admitir

[47] Gregorio I ep. 1,39 a; 1,73; 8,27. Lib. Pont. Vita Greg. 313. RCA XII 935 s. HKG II 2 208. Gregorovius 11 265 ss. Seppeit 15 ss. Gontard 158. Richards 101,118, 133 ss., 144. Altendorf 186 ss., 194.

[48] Gregorovius 11 265. Haller I 220. Richards 134 s.

[49] Hertmann, Geschichte Italiens II 149.

que «persistían pese a todo muchos de los viejos abusos».[50]

155 Probablemente casi todos.

Gregorio se autodenominó «tesorero de los pobres», calificando las inmensas riquezas pontificias como «la propiedad de los pobres». Una «de sus expresiones más hermosas», canta el *Manual de Historia de la Iglesia.* Pero con todo ello casi seguro que no se trataba más que de dar limosna, aun cuando ciertamente que en ocasiones Gregorio se preocupaba de forma muy personal de los indigentes y de otros «necesitados». Cierto que de ello debía ocuparse el subdiácono Antemio, por ejemplo. Pero «sólo lo hizo en algunos casos», como le reprocha el papa en 591, quien revela que además había olvidado los casos más importantes. Y así le ordena Gregorio a renglón seguido: «Mas yo quiero que a la señora Pateria, mi tía, le asignes apenas recibido este encargo para el mantenimiento de su servidumbre 40 ducados y 400 fanegas de trigo; a la señora Palatina, viuda de Urbico, 20 ducados y 300 fanegas de trigo; y a la señora Viviana, viuda de Félix, asimismo 20 ducados y 300 fanegas de trigo. Los 80 ducados se han de cargar en cuenta».[51]

De todos modos la tía del santo padre recibe más trigo que cada una de las otras dos viudas, a la vez que el doble de dinero que las otras dos juntas (aunque eso sí para pagar a sus criados ¡y mantener los puestos de trabajo!). Pero he aquí lo que dice el mentado *Manual de Historia de la Iglesia:* «La solicitud por un resto de tranquilidad y orden y hasta por el pan diario de los pobres ocupó a menudo toda la atención del obispo romano». Para agregar a continuación —y ahora de forma realmente creíble— que «ni siquiera en los tiempos más difíciles fue Gregorio únicamente cuidador de pobres...». Lástima que por buenos motivos —que más bien habría que decir malos— no sepamos lo que en el curso de toda su historia de victoria y salvación expendió el clero en favor de los pobres y lo que se reservó para sí.[52]

156

Uso y abuso de esclavos como ganado, o «la diversidad de los estados»

Por el propio Gregorio sabemos que numerosos obispos ni se cuidaban de los oprimidos ni de los pobres. Lo afirma él en general de los obispos de Campania. Mas ¿fue personalmente él un señor benigno? Con ocasión del nombramiento del *defensor romanus* como *rector* escribía a los *coloni* de Siracusa: «Os recomiendo, pues, que obedezcáis de buen ánimo sus órdenes, que él considera adecuadas para el fomento de los intereses de la Iglesia. Nos le hemos autorizado para que castigue severamente a quienquiera que se atreva a ser desobediente o rebelde. También le hemos dado instrucciones para que reanude las pesquisas sobre todos los esclavos que pertenecen a la Iglesia pero que han escapado y para que recupere con toda prudencia, energía y prontitud los terrenos que alguien ocupe de forma ilegítima».[53]

---

[50] Richards 144 ss. con los textos de la fuentes.

[51] Gregorio I ep. 1,39; 13,19; 13,23; 13,31. HKG II 2 208, 318. Gregorovius 11 265 ss. Seppeit II 15 ss. Richards 102 s.

[52] HKG II 2 318.

[53] Gregorio I ep. 9,30.

Para el cultivo de sus tierras es natural que Gregorio necesitase ejércitos enteros de esclavos, de colonos atados al suelo. «Fueron escasos los campesinos eclesiales libres» (Gontard). Cae por su peso que el papa no se enfrentó a la esclavitud. ¿De dónde sino el administrador de la propiedad de los pobres habría podido obtener el dinero para subvenir a sus necesidades? Para no hablar del mantenimiento de «puestos de trabajo», que ya en su tiempo era la preocupación de cualquier empresario. Gregorio recuerda ciertamente a los señores —pues su Iglesia tendrá que hacer justicia simultáneamente a ricos y pobres, lo que tal vez sea el mayor de todos sus milagros— que los esclavos son personas y que han sido criados iguales por naturaleza a sus amos. Pero aunque los hombres hayan sido creados iguales, absolutamente iguales, sin duda que las circunstancias han variado por completo. Luego sería necesario, según el propio Gregorio, amonestar a los esclavos «para que en todo tiempo consideren la bajeza de su estado» y que «ofenden a Dios, cuando con su comportamiento presuntuoso contravienen el orden establecido por él». Los esclavos, enseña el santo padre, tienen que «considerarse como siervos de los señores», y los señores como «consiervos entre los siervos». Hermosa expresión.

¿No es esto una religión provechosa? Por naturaleza, enseña Gregorio, «todos los hombres son iguales»; pero una «misteriosa disposición» sitúa «a unos por debajo de otros», crea la «diversidad de los estados», y desde luego como «una secuela del pecado». Conclusión: «Puesto que cada hombre no camina de la misma manera por la vida, uno tiene que dominar sobre otros». Conclusión: Dios y la Iglesia —¡que en la práctica siempre se identifica con el alto clero!— estaban por el mantenimiento de la esclavitud. Y desde Gran Bretaña hasta Italia, pasando por la Galia, hubo en su tiempo un comercio constante de esclavos cristianos.

157

La Iglesia romana necesitaba esclavos, y los necesitaban los monasterios —el propio Gregorio alentaba en 595, a través del rector galo Cándido, la compra de muchachos esclavos ánglicos para los monasterios romanos—. Todos compraban usando y abusando de los esclavos cual si de ganado se tratase. E incluso a un enemigo, como lo era Agilulfo, rey de los longobardos, podía asegurarle el papa que el trabajo de tales forzados sería beneficioso para ambas partes (una vez más qué mentalidad tan moderna, que sobrepasa todas las fronteras). Si los más desgraciados escapaban a su miseria, cosa que ocurría con bastante frecuencia, el santo padre presionaba naturalmente para que fueran devueltos a sus dueños. Persiguió al esclavo huido de un monasterio romano lo mismo que al panadero escapado de su propio hermano. Pero también entonces el papa se mostró magnánimo y en vez de castigar el crimen de los *coloni* con la privación de sus posesiones quiso verlos castigados con el apaleamiento devolviendo «debidamente los esclavos a sus amigos» (Richards).[54]

Gregorio, que insistentemente proclamaba el inminente fin del mundo, y que con la lucha por la fe, convirtió esa predicación en la «idea rectora» de su pontificado, aún tuvo tiempo de hacer grandes negocios. Y convirtió a san Pedro en un personaje cada vez más rico. Incrementó considerablemente los beneficios de su hacienda y echó los cimientos para el decisivo y victorioso dominio territorial del papado. Con sus latifundios sicilianos abasteció de grano a Roma, pagó a las tropas imperiales de las

[54] Gregorio I ep. 9,42. Haller I 220. Gontard 159. Angenendt, Frühmittelalter 219. Orlandis/Ramos-Lisson 216 s., 220. Richards 65 s., 116,135, 246 con el resto de las fuentes.

partes romanas, se preocupó del avituallamiento y la defensa y en tiempos de crisis hasta mandó la guarnición romana. De ese modo el «cajero del emperador», el «tesorero de los pobres» —como él se llama a sí mismo—, el «cónsul de Dios» —como le exalta su inscripción sepulcral—, puso en marcha la evolución hacia el Estado de la Iglesia, con una secuencia difícilmente imaginable de fallos, guerras y engaños.[55]

Pero ya entonces el papado era una potencia (muy) mundana, y merece ya atención el comportamiento de Gregorio frente a Bizancio.

A VECES CON EL EMPERADOR Y A VECES CONTRA ÉL

Durante los asaltos de la invasión de los pueblos nórdicos Roma se había refugiado bajo la protección de los emperadores orientales; pero bajo el poderoso godo Teoderico en ocasiones también actuó violentamente contra Bizancio. Incluso, durante la guerra de los godos hizo a veces causa común con los «herejes», a quienes muchos temían menos que al «cesaropapismo». A su vez. bajo los reyes godos los paladines de la fe católica no tocaron las Iglesias arrianas, mientras que sí demolieron ya las sinagogas de los judíos.

158

Tras la aniquilación de los ostrogodos y el sometimiento de Italia al gobernador bizantino, el comandante en jefe de las tropas (pronto denominado «exarca») con Ravenna como la nueva residencia, en Roma se empezó por bailar al son de la flauta (y de la férula) de los señores de Oriente. Los «libertadores» bizantinos recabaron en Italia las mismas sumas de dinero que antes había impuesto el rey godo. Además saquearon y se enriquecieron por su cuenta. Sólo cuando, a la muerte de Justiniano (565), el emperador oriental sufrió nuevos recortes de poder y sobre todo pérdidas territoriales, se preparó en Occidente otro cambio de frente: la colaboración con los germanos, que lejos de «asentarse en consideraciones pastorales», como dice el mentado *Manual de Historia de la Iglesia,* obedeció a motivos políticos, como pronto se echará de ver con claridad siempre mayor.

Saltaba a los ojos, en efecto, el desgaste y agotamiento de Bizancio. Por el este amenazaban los persas. En Italia los longobardos separaban Roma de Ravenna. En los Balcanes empezaba el avance de eslavos, serbios y croatas; en España se alzaba el reino visigodo. A todo ello se añadían los intentos autonomistas incluso dentro de la federación imperial, por obra de los exarcados de Ravenna y de Cartago, o debidos a grandes grupos marginales, como podían ser nestorianos, mono-fisitas y coptos. También se desmoronaban las estructuras sociales y económicas. En una palabra, el imperio de Oriente no era ya lo que había sido; y así, con Gregorio I el papado empieza a distanciarse de Bizancio.[56]

El santo padre actuaba unas veces a una con el Estado, y otras en contra del mismo. Si en el empeño por someter a su férula a los obispos de Iliria se sirvió del brazo civil, en un empeño similar contra los arzobispados recalcitrantes del norte de Italia, de Ravenna, Aquileya y Milán, actuó contra el imperio. Los obispos de la

[55] LMA IV 1663. Gregorovius 11 267. Seppeit II 15 ss.
[56] LMA II 1243 ss. HKG II 2 207 s. Gregorovius 11 267. Herde 1. Richards 15.

diócesis de Aquileya solicitaron entonces ayuda del emperador Maurikios contra el papa, pues temían perder la independencia que habían obtenido desde la disputa de los Tres Capítulos. (Aproximadamente cien años después estallaría el cisma.)[57]

Ahora bien, las tácticas de Gregorio no apuntaban ciertamente en la dirección de Maurikios (582-602) y su reorganización de Italia. Desde aproximadamente el 584 el emperador gobernó allí a través de su representante en Ravenna. El primer *patricias et exarchus (Italiae),* conocido con certeza, fue Esmaragdos, un general hábil, pero alienado durante mucho tiempo y al que los romanos sustituyeron (589). Los exarcas, supremos gobernadores civiles y militares del exarcado, sólo controlaron tras la invasión longobarda los territorios costeros bizantinos, que además de Ravenna y la Pentápolis incluían las islas venecianas, la región próxima a Genova, Roma, Ñapóles y Amaifi, denominada *Ducatus* (por el título de *dux,* caudillo, que llevaba el supremo gobernador militar).

159

Pero mientras Maurikios pretendía reconquistar Italia, mientras sus planes iban incluso más allá del programa de reconquista de Justiniano I, y mientras en el misal romano continuaba la oración «para que Dios someta todos los pueblos bárbaros al emperador», Gregorio se aproximaba a los nuevos gobernantes y, de manera provisional, se asoció con los longobardos; pero al mismo tiempo pretendía ser leal al emperador, con el que tuvo varios choques, y proclamaba su doctrina de la autoridad pontificia, a la que todos debían someterse y no sólo el emperador. Precisamente cuando en 595 marchaban sus primeros misioneros hacia el oeste, declaraba también que los francos en razón de su ortodoxia estaban por encima de las demás naciones y (con la vista puesta en el rey Childeberto II, a quien había enviado la llave de la confesión de san Pedro) razonaba: «Así como la dignidad real supera a la de cualquier otro hombre, así el reino franco está por encima de todos los otros pueblos».[58]

En Italia, donde se expandían los longobardos, el poder del emperador era escaso. Y cuanto más mermaba, más crecía el del papa. En Roma daba órdenes a los funcionarios supremos del emperador, y eso tanto en el plano civil como en el político y el militar; al menos ejercía una especie de derecho de supervisión sobre las funciones administrativas de aquéllos, y le correspondía el recurso al emperador. Podemos así considerar a Gregorio como el fundador del poder temporal del papado. Sin existir todavía un Estado de la Iglesia había ya una especie de Estado, o al menos un importante factor de poder. Los obispos de Gregorio elegían, a una con los grandes terratenientes, a los gobernadores provinciales y definían sus competencias, especialmente la potestad judicial. El papa tenía además influencia sobre el comercio y controlaba, en unión del senado, las medidas y pesas. Y a él le pertenecían —siendo esto tal vez lo que más incrementó su poder— enormes extensiones territoriales, grandes fincas agrarias por toda Italia y fuera de ella.[59]

Pese a todo, Gregorio seguía siendo, como sus predecesores, el súbdito del emperador, que era su superior. La persona y el gobierno imperiales se consideraban

---

[57] Maier, Mittelmeerweit 339. Reindel, Grundiegung 107.

[58] Paulo Diác. Hist. Lang. 3,18; 3,26. Der Kleine Pauly 3,1096. LMA IV 151 ss. HKG II 2 207. Hartmann, Geschichte Italiens II 106 ss. Caspar II 474 ss. Dannen-bauer II 21. Dawson 192, 195. Seppelt/Schwaiger 60. Richards 21 s. Ullmann, Die Machtstellung 57 s.

[59] Gregorovius 11 260 ss. Jenal 113. Ver asimismo la nota siguiente.

sagrados. El monarca de Bizancio combatía también las «herejías», promulgaba edictos eclesiásticos y convocaba los concilios. En una carta de junio de 595 llama Gregorio al soberano su «piadosísimo señor», mientras que se autoconfiesa «pecador indigno» y «hombre pecador». Prestó «obediencia» a las «serenísimas órdenes» de Maurikios, con quien de *apokrisiar* mantuvo en general buenas relaciones (y con la emperatriz incluso cordiales), para regocijarse también después de su muerte y mostrarse «obediente» al asesino.

160

También como papa mantuvo Gregorio conciencia de su subordinación, sobre todo cuando la Iglesia de Roma no era independiente y el emperador continuaba siendo su señor. En la elección del candidato a ocupar la sede romana el emperador tenía el derecho de confirmación, y sólo podían sentarse en la misma los clérigos gratos a Bizancio. Y así, tras la elección de cada nuevo papa, el clero y el pueblo de Roma tenían que solicitar, y «solicitar con lágrimas», que el soberano «escuchase propicio el llanto de sus esclavos y mediante su mandamiento hiciera realidad cumplida los deseos de los solicitantes en el asunto de la ordenación del elegido». También en otras sedes episcopales importantes de Italia reivindicaba en ocasiones el emperador ese derecho. Y papa y clero tenían que obedecer.

Incluso tratándose de asuntos puramente eclesiásticos, y siendo Gregorio de opinión totalmente distinta, podía éste mostrarse dispuesto a contraer ciertos compromisos o a obedecer sin más: tal sucedió con la orden de que no se molestase a los católicos cismáticos, que mantenían los Tres Capítulos. Y cuando el emperador quiso deponer al arzobispo Juan de Prima Justiniana, metropolitano de Dacia y delegado apostólico —que probablemente estaba loco—, es verdad que el papa, como de costumbre, hizo algunas objeciones; pero sin volver a oponerse a la decisión suprema. Si al príncipe le correspondía mandar lo que quisiera, «nuestro piadosísimo señor tiene la potestad para hacer lo que sea de su agrado». Si la actuación imperial era conforme al derecho canónico, el papa gustaba de refrendarla; pero en caso contrario «nos sometemos a ella, en la medida en que podemos hacerlo sin cometer pecado».[60]

Cierto que la autoconciencia de Gregorio se abre paso de cuando en cuando, y en una ocasión por ejemplo habla de «mi tierra» refiriéndose a Italia. También alude al hecho de que la Sagrada Escritura llama «a los sacerdotes a veces dioses y a veces ángeles». Más aún, en su carta más airada recuerda ufano el ejemplo del emperador Constantino, quien según parece quemó un escrito de acusación contra algunos obispos con estas palabras:

«Vosotros sois dioses e instituidos por Dios. Id y resolved entre vosotros vuestros asuntos, pues no es decente que nosotros convoquemos ante nuestro tribunal a los dioses».

En líneas generales Gregorio maniobró con habilidad frente a su señor, y en caso de conflicto nunca le atacó directamente a él o al Estado, sino «al mundo pecador». Y, naturalmente, por eso mismo no discute jamás la autoridad suprema de soberano, por eso sólo apoyándose en Bizancio podía afirmarse frente a los longobardos. Y así navega entre el este y el oeste, siempre atento a su mayor provecho. Mientras da la

[60] Gregorio I ep. 5,37; 11,29. RAC XII 936 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 185 ss. Caspar II 479 ss. Richards 231 s.

impresión de servir lealmente al soberano, y se presenta como súbdito fiel del emperador de Oriente, puede en ocasiones arreglarse con los enemigos del imperio, puede declarar que los funcionarios del emperador son peores que los longobardos y puede lamentar la «maldad» de los bizantinos, «sus extorsiones y astucia redomada» que «hunden» el país, y puede incluso saludar la caída del emperador como una liberación.[61]

161

El Santo Padre recomienda los ataques por la espalda, la toma de rehenes y el pillaje

Entre el exarca de Ravenna y el papa no hubo buenas relaciones. Italia, y muy especialmente el caos territorial de su parte media, era un foco de pequeñas guerras casi continuas. Por ello quería el exarca proteger el corredor de tierra entre Ravenna y Roma, y el propio papa pretendía proteger Roma; mas ya no había tropas suficientes para ello. La guarnición romana, considerablemente mermada por la peste y sin recibir su soldada, estaba al borde de un amotinamiento. Gregorio asumió entonces el mando. Se puso al frente de la ciudad interviniendo de forma determinante en todas las acciones militares, desde el nombramiento de los oficiales hasta las operaciones de los generales o la negociación de las condiciones de armisticio. Cuidó de que nadie eludiese el servicio de las armas so pretexto del servicio a la Iglesia. Más aún, reclutó gente en los monasterios para que custodiasen los muros de la ciudad, aunque evitó poner soldados en los monasterios de monjas. Proyectó incluso instalaciones militares para Campania, Córcega y Cerdeña. Se preocupó de reforzar los puntos débiles de los enclaves imperiales con tropas de refuerzo y fortificaciones. Nombró un comandante para Nápoles y para Nepe, a cuya población amenazó (con acentos bíblicos):

«Quien se oponga a sus justas órdenes será considerado como rebelde contra Nos, y quien le obedezca a Nos obedece».

El papa Gregorio procuró también actuar en coordinación con los tres generales, que protegían la frontera del ducado: Velox, Vitaliano y al duque Maurisio de Perusa. (Éste se pasó más tarde al bando del longobardo Airulfo, y así pudo continuar gobernando en su nombre la ciudad de Perusa. En la contraofensiva del exarca volvió de nuevo al servicio del emperador. ¡Había comprendido la esencia de la política! Cierto que, tras la reconquista de Perusa en 593 por el rey longobardo Agilulfo el duque Maurisio ya no pudo poner a prueba su capacidad maniobrera, y perdió la cabeza.)

También el papa Gregorio, cuya ascensión al trono pontificio coincidió con el cambio de rey entre los longobardos, se manejó con éstos según el estado de cosas. Lo que ciertamente no era fácil, por el mero hecho de que hubo de actuar con tres grupos religiosos. Ante todo el máximo problema de la «herejía» de los arrianos, que era la fe del rey; después, los restos de paganismo, centrados a lo que parece principalmente en el ducado de Benevento, donde ya no había diócesis católicas; y,

[61] Hartmann, Geschichte Italiens II 181, Caspar II 479 ss. Seppeit II 21. Haller I 226. Richards 93.

finalmente, los cismáticos, pues los longobardos católicos apoyaban al bando de los Tres Capítulos, como casi todos los obispos de Lombardía, con los que por lo mismo Gregorio estuvo siempre en pie de guerra.[62]

162

Frente a los longobardos, que vagan por los escritos de Gregorio como saqueadores, incendiarios y asesinos, desarrolló una doble estrategia rica en variaciones. Mediante la guerra y la misión intentó someter a los enemigos del país en cuyos territorios la Iglesia había perdido todos sus ingresos, actuando unas veces contra ellos y otras de común acuerdo.

Cuando en 591 aguardaba un ataque de Ariulfo de Spoleto, un pagano, sobre Roma o Ravenna, el papa Gregorio no predicó el amor cristiano a los enemigos. Más bien anunció al *magister militum* (comandante en jefe) Velox un refuerzo desde Roma y animó a los tres generales a que atacasen por la espalda al duque. He aquí lo que escribía a Velox a fines de septiembre de 591: «Cuando tengáis noticias de hacia dónde avanza Ariulfo, si contra aquí o contra Ravenna, como hombres valientes tenéis que caer sobre su espalda...». Detuvo en efecto los ataques de Ariulfo; pero al año siguiente se repitió la situación, y entonces (julio de 592) ordenó de nuevo Gregorio un ataque por la retaguardia, precisamente el 29, día del mártir Pedro. El papa «grande», el santo y doctor de la Iglesia, aconsejó además incursiones de saqueo sobre el territorio del duque así como la toma de rehenes. Los militares debían mirar por su honor; pero sin omitir nada —y en ello insistió repetidas veces— «que consideréis ventajoso para el imperio», «que representa una ventaja para el Estado». Notificaba además la última posición del ejército longobardo y ordenaba expresamente saquear las posiciones enemigas.[63]

Gregorio también promovió sin duda acuerdos con los longobardos y en ocasiones se asoció efectivamente con ellos, cuando llegaron a ser militarmente más fuertes y se convirtieron en los verdaderos señores del país, reportando únicamente bienes con los esclavos muertos y huidos.

Tras el armisticio concluyó también por su propia cuenta un tratado de paz, en su provecho ciertamente, aunque a costa de Ravenna y del imperio. Pero un doble asedio de Roma en dos años bastó para hacerle ver la conveniencia de una pausa de respiro con vistas a la mejora de las estructuras del mando militar y del armamento, pues si le dolían las 500 libras en oro, pagadas por la retirada del ejército enemigo, más debieron de dolerle las fuertes mermas del negocio por los años de guerra. Así pudo decirle al rey longobardo una vez establecida la paz: «De no haberla firmado, lo que no quiso Dios, no habría habido más que un derramamiento de sangre de los pobres campesinos, cuyo trabajo redunda en beneficio de nosotros dos, para vergüenza y ruina de ambas partes».

163

Queda sin aclarar si le preocupaba más la sangre de los campesinos o el provecho que redundaba de su trabajo. En todo caso negoció en ocasiones tanto con el duque Ariulfo como con el rey Agilulfo, a la vez que contactaba con los funcionarios

---

[62] Paulo Diác. Hist. Lang. 4,8. Kelly 21. LMA IV 151 ss. Richards 198. Jenal 113, 125 s. Hurten 38. Ver asimismo la nota siguiente.

[63] Gregorio I ep. 1,3; 2,7; 2,32. Dial. 3,28. Paulo Diác. Hist. Lang. 4, 8. Hart-mann, Geschichte Italiens II 102 s., 131 s., 168. Caspar II 471 s. Erben 71. Sep-pelt/Schwaiger 59. Zollner, Die politische Stellung 136. Ampliamente Richards 93, 188 ss, a quien aquí sigo en parte. Ver allí otras referencias de fuentes.

imperiales y con el propio emperador, quien por lo demás reaccionó de forma muy desabrida, condenó enérgicamente la conducta de Gregorio y le tildó de ingenuo. Más aún, en Ravenna, donde residía el exarca Romanos, se desató una dura campaña de carteles contra el papa, hasta tal extremo que éste condenó a sus autores. Sólo cuando en 596-597 murió repentinamente Romanos, sucedíendole Galicino, amigo de Gregorio, pudo tras consultar al papa reanudar y concluir las negociaciones de paz con Agilulfo. Tanto el rey como el exarca firmaron a los dos años, pero al papa, que albergaba muchas sospechas y que examinaba una vez más su delicada situación, se negó a suscribir personalmente el documento, aunque permitió que otros lo hicieran en su nombre.[64]

Gregorio incluso tuvo éxito con la reina católica (cismática) Theudelinde, viuda del rey Authari y una de las no escasas damas sensibles a la influencia de la Iglesia, desposadas con príncipes paganos.

El hombre de confianza del papa cerca de aquella princesa bávara, con la que pronto Gregorio estableció una correspondencia intensa, fue el diácono ortodoxo Constancio de Milán, además del monje Secundo, el influyente consejero de la reina. En la primavera de 593, y probablemente no sin ayuda romana, fue nombrado obispo de Milán. Gregorio, sabedor de que Theudelinde «estaba pronta y dispuesta a toda obra buena» (Paulo el Diácono), inició ese mismo año la correspondencia con ella. Su primera carta ella ni siquiera la recibió, pues Constancio, incauto todavía, se la devolvió al papa, quien la retocó. También le envió en unas ampollas aceite sacado de las lámparas de las tumbas de los mártires romanos, una astilla de la cruz de Cristo, sangre del Salvador en gran cantidad, así como cuatro de sus obras rebosantes de milagros, con regalos también al final para los hijos del rey. En 603 Theudelinde hizo bautizar a su hijo Adaload, como ya antes había hecho bautizar en el rito católico a su hija Gundiperga. Padrino del heredero del trono fue Secundo, «el siervo de Cristo» (Pablo el Diácono).[65]

Sin Theudelinde dirigida por el papa no se habría llevado a cabo el bautismo del príncipe heredero, como tampoco muchas obras de piedad malvada. «Por medio de dicha reina la Iglesia del Señor obtuvo muchos favores», escribe Paulo el Diácono. Y, finalmente, también el rey Agilulfo — que hacia 595 hizo ejecutar a los duques levantiscos de Verona.

164

Bérgamo y Pavía— se aproximó al catolicismo o al menos toleró los esfuerzos misioneros de su esposa y de sus consejeros, lo cual preparó la conversión progresiva de los longobardos. Las posesiones de la Iglesia, expropiadas al tiempo de la conquista del país, le fueron devueltas y hasta incrementadas por donaciones regias; tal sucedió por ejemplo con la aldea de Bobbio más cuatro millas en los alrededores, que transfirió a san Columbano, y edificó un monasterio, un futuro centro de lucha contra el arrianismo y el paganismo.[66]

---

[64] Gregorio I ep. 4,2; 5,36; 7,42; 7,19: 9,44; 9,66 s. Paulo Diác. Hist. Lang. 4,12. LMA I 208 s. HEG I 379 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 105 ss. Gaspar 476 ss. Gontard 154. Seppelt/Schwaiger 60 s.

[65] Gregorio I ep. 14,12. Paulo Diác. Hist. Lang. 4,5; 4,25; 4,27. LMA I 208 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 68 s., 167 ss. Schnürer, Kirche und Kultur I 169 s. Gaspar II 477, 491. Seppeit II 26 s. Stonner, Germanentum und Christentum 41. Giesecke 204 s. Behn 71. Dollinger 84 s. Misch 126.

[66] Paulo Diác. Hist. Lang. 4,6; 4,27; 4,41. LAM I 208 s. Giesecke 204 s. Behn 71. Holtsmann, Italienpolitik 30. Richards 199.

El «dios» romano se mostró en toda su mezquindad mojigata a propósito de una rebelión en Bizancio.

El papa Gregorio celebra a un asesino del emperador

Cuando el año 602 las tropas del imperio oriental tuvieron que volver a sus cuarteles de invierno para una campaña en los Balcanes, al otro lado del Danubio y por motivos de escasez y penuria, estalló un motín dirigido por el capitán Fokas. Conquistó la capital, destronó a Maurikios y el 23 de noviembre, en compañía de su esposa Leoncia, fue coronado emperador por el patriarca (602-610). Casi inmediatamente después Fokas hizo asesinar a los cuatro hijos menores del emperador, que habían buscado la supuesta protección de una iglesia; los hizo ejecutar en presencia del padre, quien cada vez que el cuchillo del asesino vibraba sobre la cabeza de un muchacho parece ser que exclamó: «¡Oh Dios, tú eres justo y justos son tus juicios!». Después fue degollado el propio Maurikios. Y poco después también lo fue su hijo mayor y corregente, Teodosio, el apadrinado en el bautismo por el papa.

Para vengar aquel hecho de sangre el sha Cosroes II, último gran rey sasánida (que más tarde fue asimismo liquidado) y aliado de Maurikios, hizo ahorcar en 604 a varios miles de legionarios prisioneros en Dará y Odessa. Fokas, por su parte, eliminó también al resto de la familia imperial, que eran la emperatriz Constantina, encerrada en un monasterio de monjas, y sus hijas. Además, el «caudillo llamado por Dios» —en expresión del historiador católico Kari Baus (1982)— hizo asesinar entre 602 y 610 a algunos centenares de parientes, senadores y partidarios del soberano alevosamente asesinado.[67]

Demasiado débil para independizarse políticamente, el papa hubo de buscar continuamente en Constantinopla protección y apoyo, no obstante sus aproximaciones rebeldes a los longobardos. Pero así como no le molestaba abrazar temporalmente el partido del enemigo imperial, y por otra parte estar a buenas con un emperador, que tras una campaña contra los avaros prefirió dejar degollar a 12.000 soldados propios que habían sido hechos prisioneros en vez de rescatarlos, así tampoco titubeó ahora el papa Gregorio de hacer en seguida causa común con el asesino de toda la casa imperial.[68]

165

Fokas, en efecto, el usurpador del trono y asesino del emperador, de la emperatriz, de los príncipes y de las princesas, cuyos ocho años de gobierno anárquico constituyen una de «las época más sangrientas» (F. G. Maier) y uno de «los gobiernos más catastróficos en toda la historia del imperio» (Richards), aquel monstruo del siglo fue celebrado en Roma. Con «júbilo» reaccionó el papa a la noticia de la muerte de Maurikios, ¡al que, sin embargo, y a cuya familia había enviado cartas tan

[67] LThk VIII' 250. LMA II 1894 s. HKG 11 2 207. HEG I 308. Lecky, Sittenge-schichte II 216 s. Cartellieri 178. Gaspar, Geschichte des Papsttums II 487 s. Ludwig, Massenmord 19. Baynes, The successors 282. Maier, Mittelmeerweit 247. Richards, Gregor 232 s.

[68] Fredeg. 4,23 RAC IV 576. Gregorovius II 23.33. Donin IT 162. Stratmann IV 107. Gaspar II 364. Maier, Mittelmeerweit 246.

amistosas y cordiales! Y cuando el 25 de abril de 603 llegaron a Roma los retratos de las nuevas majestades, se salió al encuentro de las «Laurata» —coronadas de laurel— solemnemente y con hachas encendidas. Clero y nobleza aclamaron en la ceremonia de homenaje, celebrada en la iglesia de San Cesáreo: «¡Escucha, Cristo! ¡Larga vida a Fokas el Augusto y a Leoncia la Augusta!». Y el papa Gregorio hizo colocar los retratos de la eminentísima pareja de gangsters en el palacio de Letrán, en el oratorio del mártir san Cesario, al tiempo que escribía a la venerable esposa del usurpador del trono, solicitando insistentemente su protección para defensa de la fe cristiana.[69]

Pero el propio cazador de cabezas imperiales le aseguraba por carta al papa y doctor de la Iglesia, en mayo de 603, que «el Espíritu Santo habita en vuestro corazón» y le deseaba que «todo el pueblo del Estado, que hasta ahora tan turbado estuvo, pueda alegrarse gracias a vuestras buenas obras». «Gloria a Dios en las alturas, que —según está escrito— cambia los tiempos y transfiere los imperios», canta jubiloso Gregorio el Grande. «En el designio inescrutable del Dios omnipotente difieren los destinos de la vida humana. A veces, cuando han de ser castigados los pecados de muchos, es exaltado uno, cuya dureza ha de doblegar las cervices de los súbditos bajo el yugo de la tribulación, como largamente lo hemos probado en nuestra experiencia. Pero a veces el Dios misericordioso decide visitar con su consuelo los muchos corazones atribulados y exalta a un hombre a la cima del gobierno y a través de su sentido de comprensión difunde la gracia de su gozo en todos los corazones. De ese júbilo entusiasta esperamos consolarnos en breve, quienes nos alegramos de que vuestra majestad haya alcanzado la cumbre del imperio. El cielo se alegra y la tierra se regocija...», etc.

¿No es magnífico? Desde luego muy adecuado de un papa santo y «grande» y de un doctor de la Iglesia, que escribe desde la fosa asesina de su corazón cobarde pero ambicioso de poder. Al mismo emperador, a cuyo hijo había asesinado Fokas, que en tiempos —en el período culminante de su época de nuncio apostólico— había exaltado Gregorio radiante de júbilo por su bautismo, a ese emperador lo difama ahora frente a su asesino como un castigo por el pecado de muchos, como un opresor brutal. Y al asesino de dicho emperador, al asesino de toda su familia, lo exalta como el emisario del Dios misericordioso, del Dios que otorga el consuelo y la gracia a todos los corazones, como a la majestad piadosa.

¡Demonio, qué vergüenza de papa!

166

Y ya en julio de 603 escribe Gregorio a la pareja de usurpadores en Constantinopla: «Pedro ha de ser el guardián de vuestro imperio, vuestro protector sobre la tierra y vuestro intercesor en el cielo, a fin de que retiréis las cargas pesadas y traigáis alegría a los súbditos de vuestro reino».[70]

En 608 se le levantó incluso en el Foro Romano una estatua monumento al portador de alegría. Y mientras las otras estatuas y columnas de alrededor desaparecían sin dejar rastro, el monumento en honor de aquel monstruo —¡oh bello símbolo!— ha permanecido casi dos milenios, como la última columna cesarista de la historia. Y no tiene nada de extraño, pues esa misma historia recibió el

[69] Hartmann, Geschichte Italiens II 117. Gregorovius I 1 268 s. Haller I 219. Gaspar II 488. Gontad 155. Maier, Millelmeerweit 247. Id., Byzanz 76. Richards 56. 233. Deér, Die Vorrechte 55 ss.

[70] Gregorio I cp. 13,32 ss. Ver 13,42. Hartmann, Geschichte Italiens II 117 s. Caspar II 488 ss. Stratmann IV 108 s.

monstruo imperial —hecho que entre los historiadores católicos apenas se menciona— del papa Bonifacio IV, un benedictino venerado como santo (su fiesta el 25 de mayo).

Pero Fokas no sólo había eliminado a un emperador con toda su familia, un emperador al que las cosas no le habían ido demasiado bien en Roma pese al padrinazgo de Gregorio; el bandido estatal coronado también otorgó al papa Bonifacio el Panteón de Roma, el suntuoso templo pagano que, como su mismo nombre indica, estaba dedicado a todos los dioses. En mayo de 609 lo transformó solemnemente el pontífice en una iglesia cristiana, en honor de María y de todos los mártires (Sancta Maria ad Martyres), dotándolo con muchas reliquias martiriales. Sangre sobre sangre, por decirlo de algún modo, y una mano lava la otra «para las innumerables obras de caridad...». Y dado que el Panteón había estado antes al servicio de todos los dioses, en la dedicación de la iglesia el papa Bonifacio introdujo la fiesta de Todos los Santos. Eso es lo que se llama Tradición.[71]

Ha sido en especial a los historiadores de la Iglesia a los que el comportamiento de Gregorio supuestamente ha sorprendido y desconcertado. Pero en realidad no hizo más que lo que siempre hacía, diríase que necesariamente (que significa siempre con un sentido de provecho, y que a su vez fue la acomodación en toda regla a los más poderosos). O como dice el historiador católico Stratmann (con una retórica habitual en casos como éste):

«El papa contemplaba la situación desde una atalaya muy alta». Y su elogio resulta tanto más comprensible cuanto que el emperador Maurikios, con quien al principio estuvo Gregorio de acuerdo como lo estuvo más tarde con su asesino, acabó frenando la influencia papal y alentó al patriarca de Constantinopla para que adoptase el título de «obispo universal».

167

Cuando murió el *apokrisiar* de Gregorio en Constantinopla, éste no le nombró sucesor, interrumpiendo las relaciones diplomáticas con el emperador y el patriarca. Sólo cuando el legítimo soberano fue eliminado por Fokas, el usurpador del trono, envió de nuevo Gregorio un nuncio a la corte bizantina. Fokas, en efecto, se mostró desde el comienzo marcadamente pro-romano. Y mientras que en Oriente, donde desataba una persecución sangrienta contra monofísitas y judíos, era cada vez más odiado; mientras que su política eclesial rígidamente ortodoxa provocaba luchas callejeras en Constantinopla y situaciones parecidas a guerras civiles en las provincias orientales, hasta el punto de que acabó siendo literalmente desgarrado y ensartado en una pica, en Roma se le respetaba y quería cada vez más. Y en 607, en un edicto dirigido a Bonifacio III, segundo sucesor de Gregorio, reconocía a «la Iglesia apostólica de san Pedro como cabeza de todas las iglesias» *(capul omnium ecclesiarum).*[72]

Eso fue lo decisivo. Pudo entonces el papa y doctor de la Iglesia hacer la vista gorda, como siempre que se trataba de su provecho. Así, por ejemplo, en la misión

---

[71] LThK II² 591 ss. Der Kleine Pauly IV 802 s. LMA II 413. HEG I 308. Fich-tinger 74. Kiihner, Lexikon 40. Gregorovius I 1 270. Hartmann, Geschichte Italiens II 118. Seppeit II 41. Ostrogorsky 69 s. Kühner, Das Imperium 67. Para Schieffer HEG 1112 gracias a la columna Fokas Roma conserva hasta hoy «al menos un reflejo de su categoría como ciudad imperial» (!).

[72] Fredeg. 4,63. Lecky II 217. Hartmann, Geschichte Italiens I1185. Stratmann IV 111. Ostrogorsky 69 s. Daniel-Rops 396. Maier, Mittelmeerweit 247.

en la que tuvo especialísimo empeño y en la cual «con su actividad arrancó el pueblo anglo del poder de Satanás convirtiéndolo a la fe de Cristo», cuando «incorporó a la única Iglesia de Cristo a nuestro pueblo, que estaba todavía prisionero en la esclavitud de la idolatría», como escribía el doctor de la Iglesia Beda el Venerable en su *Historia eclesiastica gentis Anglorum,* terminada en 731.[73]

La propaganda papal empieza en Inglaterra

Los comienzos del cristianismo en Gran Bretaña continúan siendo oscuros. Probablemente llegó a las islas durante el siglo n a través de mercaderes y soldados, grupos profesionales que el cristianismo primitivo (más bien) había despreciado. Pero también más tarde los primeros cristianos del Norte habían sido evidentemente mercaderes escandinavos. El año 314 hay testimonio de tres obispos británicos, que participaron en el sínodo de Arles.[74]

El dominio romano sobre Bretaña, establecido el 43 d.C. por el emperador Claudio con cuatro legiones (apenas 40.000 hombres), había terminado hacia el 400. El año 383 Teodosio abandonó la muralla de Adriano, y a comienzos del siglo V los romanos, a las órdenes de Estilicón y de Constancio III, retiraron definitivamente sus guarniciones. Frente a los ataques de pictos y escotos, los britanos llamaron en su ayuda a las tribus germánicas de jutos y sajones, y más tarde también a los anglos, las cuales crearon una serie de reinos regionales que se combatieron mutuamente. Tales fueron los de Kent, Sussex, Essex y Wessex, así como los posteriores de Mercia, Northumbria y Middiesex, alzándose con la supremacía ya uno ya otro. Pero el período entre 450 y 600, denominado *«Dark Ages»,* continúa siendo la época menos conocida de la historia inglesa.[75]

168

En tiempos de Gregorio la provincia de Bretaña del antiguo dominio romano estaba formada por los reinos romano-británicos en el oeste y por los reinos paganos de los anglosajones, que se habían establecido en el resto del territorio insular. En agosto de 598 escribía Gregorio al obispo Eulogio de Alejandría que el pueblo de los anglos habitaba «en un rincón exterior del mundo» y que «veneraba todavía el árbol y la piedra...» —con una veneración que no carecía de belleza y sentido.

Hacia finales del siglo VI el rey Etelberto de Kent desposó a la princesa merovingia y católica Berta, biznieta de Clodoveo, sobrina de Brunichilde e hija del rey franco Chariberto de París. En su séquito figuraba el obispo Liuthard, que debía de celebrar la liturgia cristiana, aunque Etelberto, seguía siendo pagano. Mas al convertirse en el rey más poderoso de Inglaterra y ser reconocido como soberano *(bretwaida),* Gregorio se apresuró a enviar (595- 596) al prior de su monasterio de San Andrés, Agustín, con unos 40 monjes, como emisarios a los «bárbaros» con instrucciones y recomendaciones minuciosas y oportunas para los gobernantes francos, la reina Brunichilde y sus nietos Teudeberto y Teuderico. Pero ciertas dificultades en la Galia

[73] Beda, H. E. 2,1. LThK II' 82 s y 2.A. 93 s.

[74] Orig. hom. 4,1 in Ez. Tert. adv. Jud. 7. Sozom. 2,6. Vogt, Der Niedergang 534. Delius 17. Lohaus 144 s.

[75] LMA III 1924 ss. HEG I 283 s., 51 ss., 467 ss con numerosas referencias de fuentes. Buchner, Germanentum 156 s. Schmidt-Liebich, Daten 10 ss. Colling-wood/Myres 291 ss.

y ciertos rumores terroríficos sobre la barbarie britana, llegados hasta Aix, hicieron que Agustín regresase a Roma. Gregorio lo promovió a la dignidad de abad y a sus monjes les prometió «la gloria del premio eterno» y lo envió de nuevo con una carta de recomendación. Agustín y sus compañeros desembarcaron por fin en la isla de Thanet, en la costa oriental de Kent.

Agustín, que por indicación papal había sido ordenado obispo durante el viaje, de inmediato anunció a Etelberto «la buena nueva», a saber: la de que

«todos cuantos le obedecen tendrán una alegría eterna en el cielo y un reino sin fin con el Dios vivo y verdadero; siendo ésa la pura verdad...». El rey, por lo demás, y no obstante la princesa católica de París con la que estaba casado, permaneció escéptico a las primeras de cambio: «Ciertamente son hermosas las palabras y promesas, que traéis; pero al ser nuevas y sin ninguna garantía, no puedo adherirme sin más a las mismas y dar de mano a cuanto he tenido por santo durante tanto tiempo con todo el pueblo anglo...».[76]

Por desgracia Etelberto permitió a los monjes romanos que desarrollasen su propaganda en el reino. Y como las simples prédicas y las promesas vacías no surtían efecto, tras «la proclama de las palabras celestiales —según celebra el papa Gregorio en su introducción al libro de Job— llegó la manifestación de los milagros iluminadores» con su fuerza poderosa; y, como dice Beda, que ya llevaba siete años en el monasterio, «la dulzura de su doctrina celestial la completó el anuncio de signos celestes». Agustín, que pronto fue arzobispo de Canterbury, se jacta sin rodeos ante el papa de haber sido agraciado, a una con sus monjes, con hechos milagrosos casi como los bienaventurados apóstoles. Y Gregorio lo confirma generoso desde lejos, aunque advirtiendo que no caigan en la arrogancia porque «las almas de los anglos son atraídas a la gracia interior mediante milagros externos». Una lástima que no tengamos en vídeo todo el arte de birlibirloque de aquellos milagros externos. Probablemente nada habría sido más iluminador...

169

Entraban, pues, ahora al dominio clerical romano, las fábulas de la Trinidad y de Pedro, etc., sustituyendo al culto de Odín y a los druidas. En Pentecostés de 597, o más probablemente de 601 —si es que ocurrió—, el rey se hizo bautizar con muchos anglos; y el obispo franco Liuthard, sin duda el precursor decisivo, fue marginado ahora por los romanos, que ya no le necesitaban. No hay testimonios seguros de la «conversión» de Etelberto; pero sí fue ciertamente el fundador de tres iglesias episcopales en Kent y Essex: las de Canterbury, Rochester y Londres, que ya existían en 604 al morir Agustín. Y con sus leyes predominantemente civiles el rey protegió también las posesiones eclesiásticas. Pero a su muerte en 616 (o 618) —y esto sí consta con certeza— su hijo y sucesor Eadbald todavía era pagano, y probablemente también lo era su segunda mujer.

El año 602 llegaron ya refuerzos de Roma: «los hicieron necesarios... los bellos resultados» obtenidos, piensa el historiador católico Seppelt. El abad Mellitus, que dos años después era ya obispo de Londres, acudió con sus tropas vestidas de ropas

[76] Beda, H.E. 1.23 ss. Greg. Tur. 4,26: 9,26; Gregorio I ep. 8,30. LMA 11229 s. III 1926 ss. Gregorovius 11 244. Hartmann, Geschichte Italiens II 172 s. Seppeit II 30 ss. Cartellieri I 79. Haller I 267. Gontard 156. Buchner, Germanentum 157. Daniel-Rops 291. Lohaus 5 ss., 11 ss., 145. Seppelt/Schwaiger 62. Bosi, Europa im Mittelalter 166. Schieffer, Winfrid- Bonifazius 65. Borst 35 ss. Prinz, Zurn frankischen und irischen Anteil 317 s.

monacales, llevando toda clase de ornamentos, vasos sagrados, reliquias y varias cartas papales, entre las cuales un escrito de salutación que no retrocedía ante las mayores exageraciones para la pareja real de Kent, a la que el supremo pastor de Roma comparaba con el emperador Constantino y con santa Helena. La noticia de la conversión llegó hasta Constantinopla. Ni faltó tampoco la exhortación a destruir el paganismo y a proseguir la obra de conversión entre las advertencias y evocaciones del terror del juicio final. «Por ello, mi hijo más preclaro —escribía Gregorio al rey—, guardad cuidadosamente la gracia que habéis recibido de Dios y apresuraos a difundir la fe entre el pueblo que os está sometido. Incrementad aún más vuestro noble celo por la conversión; suprimid la idolatría, destruid sus templos y altares, fortaleced las virtudes de vuestros súbditos mediante una elevada conducta moral, exhortándolos e infundiéndoles temor, atrayéndolos, castigándolos y dándoles un ejemplo de buenas obras; para que en el cielo recibáis la recompensa de Aquél, cuyo nombre y conocimiento habéis extendido sobre la tierra. Pues Aquél, cuyo honor buscáis y defendéis entre los pueblos hará también todavía más glorioso vuestro nombre glorioso para la posteridad.»[77]

170

Así escribía el predicador de la humildad. Mas cuando la ocasión lo requería —y ésa fue siempre su norma suprema de conducta—, sabía Gregorio actuar con una mayor cautela y adoptar un tono en apariencia más conciliador, que en ocasiones hasta puede parecer cómico. Y, por ejemplo, a su «hijo queridísimo», el abad Mellitus, caudillo de la nueva tropa de propagandistas, puede decirle «lo que ha resuelto tras larga reflexión sobre la situación de los anglos. No hay que destruir los templos paganos de ese pueblos, sino únicamente los ídolos que hay en los mismos; después hay que asperjar esos templos con agua bendita, erigir altares y depositar reliquias; porque si tales templos están bien construidos, perfectamente pueden transformarse de una morada de los demonios en casas del Dios verdadero, por manera que si el mismo pueblo no ve destruidos sus templos, deponga de corazón su error, reconozca al verdadero Dios y ore y acuda a los lugares habituales según su vieja costumbre. Y como están habituados a sacrificar muchos toros en honor de los demonios, también eso ha de transformarse en una especie de fiesta: el día de la consagración o en los días natalicios de los santos mártires, cuyos restos reposan allí, pueden construir cabanas de ramas alrededor de las iglesias surgidas de aquellos templos y celebrar una fiesta eclesiástica. Entonces ya no sacrificarán los toros al demonio, sino que matarán los animales para honrar a Dios con su festín».[78]

Una vez más: ¿No es ésta una religión magnífica? Si los templos están «bien construidos», no hay por qué demoler la obra del diablo; nada de eso, pueden entonces servir cual obra de Dios. Únicamente hay que destruir los «ídolos»: fuera con los viejos ídolos, y que entren exclusivamente los nuevos. Y los muchos toros tranquilamente pueden seguir cayendo a degüello, sin interrupción... como si esta religión no hubiera tenido jamás nada contra el degüello, tanto de animales como de

[77] Gregorio I ep. 9,43; 11,37; 11,39. Beda, H. E. 1,26; 1,31; 2,1. RAC XII 938. LThk II' 82 s. VII² 261, LMA 1187. Hartmann, Geschichte Italiens II 173 s. Caspar II 507 ss. Seppelt II 32. Hanlein 149 s. Schieffer, Winfrid-Bonifazius 294. Gontard 156. Haller 1267. Lohaus 11 ss. Borst 37 s. Prinz. Zum frankischen und irischen Anteil 318 ss. Muchos hijos de reyes cristianos continuaron sin bautizarse a fin de poder gobernar tras alguna eventual victoria del partido pagano. Comp. por ejemplo Angcnendt. Frühmittclaitcr 231.

[78] Gregorio I ep. 11,56. Beda, H.E. 1,30.

hombres y ¡no más sacrificios sangrientos! Únicamente no hay que continuar haciendo sacrificios en honor del «diablo». Pero en honor de «Dios» se ha continuado vertiendo hasta hoy más sangre que por todos los «ídolos» y «diablos» juntos.

Y a los templos antiguos se sumaron por supuesto otros nuevos. Cuando Agustín levantó un monasterio en las proximidades de la ciudad real de Canterbury (cuyo primer abad Pedro por inescrutable designio de Dios murió en el mar durante un viaje como legado pontificio), insistió tanto junto a Etelberto, que éste acabó por «construir (adosada al monasterio) una iglesia nueva desde los cimientos en honor de los apóstoles Pedro y Pablo y la dotó de donaciones generosas» (Beda). Todo para mayor gloria de Dios. Y un poco también de sus servidores, por cuanto el arzobispo Agustín había pensado en la iglesia para su modesta sepultura y la de sus sucesores. Y para los reyes de Kent. Incluso en la muerte se quería estar juntos, por humildad, claro.[79]

171

Despreciador de la cultura y profeta de la destrucción del mundo

La investigación moderna atribuye a este papa unos estudios regulares y una instrucción muy sólida, «una formación cultural y moral en grado eminente» (RAC XII 1983). Faltan, sin embargo, datos precisos sobre la cultura científica de Gregorio. En aquella bendita época cristiana no existió de hecho. «La crítica y el juicio se apagan —escribía a mediados del siglo XIX Ferdinand Gregorovius—. Ya no nos llegan noticias de escuelas de retórica, de dialéctica y jurisprudencia en Roma.» En vez de eso descubre que se ha hecho «más sitio que nunca al entusiasmo místico y al culto material». Y en época mucho más reciente también Jeffrey Richards comprueba: «La formación filosófica y científica había desaparecido hacía ya mucho tiempo». Probablemente Gregorio sólo había estudiado derecho romano, habiendo alcanzado también un último resto de formación clásica.[80]

Pero recientemente muchos propenden a presentar a esta lumbrera de la Iglesia con el esplendor con que ya lo hizo Juan el Diácono, quien a finales del siglo IX escribió por encargo papal una *Vita Greogorii Magni* en cuatro libros y en un estilo pomposamente panegirista, presentando a Gregorio como maestro de gramática, retórica y dialéctica y a Roma bajo su égida como un «templo de la sabiduría, sustentado en las siete artes».[81]

Sus escritos, sin embargo, apenas si están marcados por la cultura antigua, que él rechaza expresamente. Sorprendentemente faltan las citas de los clásicos. Las formas mundanas «engañan», dice Gregorio, sólo manejan palabras hueras y maquilladas, fachadas magníficas sin ningún contenido real; en mayor o menor grado eso ocurre con frecuencia. Comoquiera que sea, por entonces apenas había alguien en Roma que supiese griego. Y los biógrafos papales del *Líber Pontificalis* muestran lo mal que se escribía el latín. También el lenguaje personal de Gregorio anuncia la decadencia de la latinidad. Su estilo resulta a menudo fatigoso, monótono y vulgar y las tautologías

[79] Beda, H. E. 1,33.
[80] RAC XII 930 s. Gregorovius I 1 279. Hurten 16 ss.
[81] LMA V 569. Gragorovius I 1 271 ss. Richards 35 s.

se amontonan. Apenas le preocupan la sintaxis y la gramática y hasta alardea —siendo éste un tópico monacal— de despreciar las reglas gramaticales, a las que no está atado el Espíritu Santo. Abiertamente se ufana de ello, pues sería indigno por completo «someter las palabras del oráculo divino a las reglas de Donato» *(ut verba caelestis oraculi restringamm sub regulis Donad).*

172

Para Gregorio la única filosofía relevante está en la Biblia, *«his su-preme authority»* (Evans). Y toda la sabiduría del mundo, «la ciencia, la belleza de la literatura, las artes liberales», son cosas todas que en el fondo sólo sirven para la inteligencia «de la misma Escritura»; es decir, para una vida de arrepentimiento y penitencia constante. Mas todo aquello que no aprovecha directamente a la religión lo rechaza Gregorio, lo elimina por completo, sin una formación ni teológica ni filosófica.

No se excluye que el papa, uno de los cuatro «grandes» padres de la Iglesia latina y patrón de las personas cultas, mandase quemar la biblioteca imperial del Palatino (donde continuaron residiendo los emperadores occidentales, sus herederos germánicos y los gobernantes bizantinos) así como la del Capitolio. En cualquier caso el escolástico inglés Juan de Salisbury, obispo de Chartres, afirma que el papa había hecho destruir en las bibliotecas romanas manuscritos de autores clásicos.[82]

En el marco de su tiempo Gregorio no fue grande; quizá un pequeño gran monje fanático. Fervorosamente contribuyó a propagar la ascesis y la huida del mundo. Y, a lo que parece, sufrió personalmente como consecuencia de su ayuno riguroso una afección crónica del estómago hasta el final. Luego se le sumó el mal de gota, del que se lamenta a menudo. Ocasionalmente padeció dificultades respiratorias y desvanecimientos. Según Pedro de Rosa fue también «un mártir de la podagra», que el cronista del lado oscuro del papado —¡cual si hubiera otro esencial y absolutamente luminoso!— atribuye al vino, que el gran asceta se hacía llevar desde Alejandría. Otro historiador moderno de los papas piensa, sin embargo, que «lo que el cuerpo perdía lo ganaba el espíritu» (Gontard), en abierto contraste con la opinión general de *mens sana in corpore sano.* Pero con el cuerpo devaluado degeneró también el espíritu a lo largo de todo un milenio cristiano, especialmente en comparación con el clasicismo de griegos y romanos.

Gregorio expresa a menudo con fuerza el desprecio a esa formación. Y como romano rechazaba especialmente la cultura griega. En todos los años que pasó en Constantinopla como representante oficial del papa nunca estudió griego, como tampoco lo había hecho su predecesor, el ex *apokrisiar y* papa asesino Vigilio. Gregorio no aprendió ni a leer ni a escribir griego, y hay indicios de que consideraba como inferior esa lengua. Se opuso además frontalmente a una sabiduría mundana, y de manera especial a que los clérigos se ocupasen en las «artes liberales». Hacia el año 600 sermoneó duramente en una carta al obispo galo Desiderio de Vienne, porque enseñaba gramática y literatura clásicas. Lleno de vergüenza, disgusto y «gran repugnancia», le atribuye una «grave iniquidad», una ocupación blasfema a todas luces, cual si la misma boca no «pudiera cantar las alabanzas de Júpiter y las alabanzas

[82] Gregorio I ep. 5.53; 11,34. Moral. 10,29; 18,46; 18,74. Juan de Salisbury, Poli-craticus 2,26. Der Kleine Pauly IV 424. Hartmann, Geschichte Italiens II 94 s. Buchner, Germanentum 151. Haller I 218 s. Dannenbauer II 73 ss. Sandys 444 s. Alten-dorf 189, 192. Evans, the thougt of Gregory the Great 8.

de Cristo».[83]

173

Y ¿cómo podía pensar y juzgar de otra manera, cómo podía estimar la cultura, alguien que estaba obsesionado con el inminente fin del mundo? Incluso Jeffrey Richards, que no deja de elogiar a Gregorio, escribe que ése fue un factor «que dominó todos los aspectos de su pensamiento en cuestiones sociales, políticas, teológicas y eclesiásticas». Las catástrofes de inundaciones y pestes, la caída del imperio y de Roma, la invasión de los longobardos con sus secuelas de ciudades asoladas, burgos desaparecidos, iglesias destruidas y tierras esquilmadas, a las que se sumó la propia miseria de un enfermo casi permanente que había de guardar largos períodos de cama, todo ello reforzó su creencia en el inminente fin del mundo, que la Biblia y los antiguos padres de la Iglesia habían a menudo profetizado como inmediato y que el obispo Hipólito de Roma había vaticinado para el año 500.

Casi se percibe la fiebre del tiempo final de Jesús, los apóstoles y todos los primeros cristianos, que en conjunto y separadamente se equivocaron, sin que ello perjudicase al cristianismo. Que el papa Gregorio fuera personalmente de esa opinión cabe dudarlo más bien. Pese a lo cual declara una y otra vez que el mundo está viejo y caduco, que corre ya al encuentro de la muerte, que nosotros vemos ya «como todo lo del mundo se hunde» y «que el fin del mundo presente ya está cerca». «Mirad por ello el día del justo juez que llega con corazones vigilantes y prevenid su terror con la penitencia. Lavad con lágrimas todas las manchas de los pecados. Aplacad la cólera, que amenaza con un castigo eterno...» Sobre todo en sus sermones, describe «con un lenguaje estremecedor» la catástrofe que no se dio (Fischer).[84]

Quienquiera que lea los escritos de Gregorio —quien todavía los lea— sin padecer la ceguera eclesiástica será del mismo parecer que Johannes Haller:

«Ignorantes y supersticiosos, sin espíritu y sin gusto nos hacen sentir de una manera penosa en qué estado de postración había caído la cultura de Roma desde el tiempo de las guerras de Justiniano... Incluso su escrito relativamente mejor, la *Regula Pastoralis,* en el fondo no es más que una colección de lugares comunes».[85]

Bueyes, asnos y el comentario de Gregorio al Libro de Job

Las obras del papa Gregorio —«un testimonio elocuente de sus elevadas facultades y de la fuerza divina que poseía», según el historiador católico Seppelt— rebosan en realidad de falta de ingenio, ignorancia, superstición, banalidad y absurdos. En ello están de acuerdo autores tan diferentes como Mommsen, Harnack, Caspar, Haller o Dannenbauer. El santo pesimista, que tan acongojado lamenta la miseria de su

[83] León I ep. 3,63; 7,29; 11,55. Kühner, Lexikon 35 s. Gregorovius 11 279. Funk, Gregor 22. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1198. Caspar II 344 ss. Seppeit II 9. Dannenbauer II 52 s. Gontard 152. Richards, Gregor 52 ss., 59 ss. Altendorf 186 d. de Rosa 397. Recientemente también Scheibeireiter se sorprende por ejemplo del «rechazo abierto y provocativo de las antiguas bases educativas»; Der Bischof 66.

[84] Gregorio I, dial. 4,41 ss. Fischer, Volkerwanderung 109. Richards 60 s., 89 con éstas y otras referencias de fuentes.

[85] Haller I 218. Angenendt ha explicado últimamente, aunque de forma muy escueta, «la caída más bien brusca del antiguo nivel de formación intelectual y teológica», en Frühmittelalter 240. Ver asimismo Herrmann, Kirchenfürsten 47.

tiempo, de la que a su vez se alegra, por cuanto una y otra vez anuncia el fin del mundo, no retrocede ante ninguna necedad de la exposición teológica. No sólo nos enseña que la larga cabellera del obispo delata sus preocupaciones externas mientras que la tonsura simboliza su mentalidad interiorizada, sino que ve también demostrada la naturaleza divino-humana de Jesús en el hecho de que éste oyera al pasar al ciego que le llamaba y que lo curase deteniéndose ¡porque el ser del hombre es movimiento, mientras que Dios permanece eternamente igual![86]

174

Gregorio, que en sus 35 libros de *Moralia in Job* proclama que hay una triple manera de exponer la Sagrada Escritura, ya en el libro IV no se preocupa más del sentido histórico, y a partir del libro V su exposición es exclusivamente alegórico-moral, aun a sabiendas de que todo sentido desaparece, si se ignora el sentido histórico.[87]

Pero eso facilitaba notablemente el procedimiento. Y así sus recursos alegorizantes apenas conocen fronteras, en la línea ciertamente de lo que ya habían hecho Ambrosio o Agustín. Pese a lo cual todavía hoy una cierta ciencia se inclina profundamente ante Gregorio, al «exegeta de sentido exquisito», que «revela plenamente su maestría en los *Moralia in Job» (Reallexikon für Antike und Chrístentum).* Escrita «para consuelo» propio y de los demás, empezada ya en Constantinopla y concluida hacia 595 en Roma, la obra monumental del papa proporciona «un testimonio elocuente de su profundo conocimiento del hombre y de su ilustrada sabiduría vital» (Altaner/Stuiber).

Job, por ejemplo, es ahí la figura del redentor, y su mujer naturalmente es un tipo de vida carnal. Sus siete hijos son unas veces, en sentido moral, los siete dones de gracia del Espíritu Santo, y otras en sentido alegórico con un vaticinio de los doce apóstoles, pues si 7 son *3+4,12 es* también el resultado de 3 x 4. En la Biblia los bueyes son unas veces los necios, otras los buenos y en ocasiones son los judíos; los asnos representan a los paganos, mientras que las ovejas y los camellos simbolizan a los judíos y a los paganos convertidos. Mas debajo del camello podría entenderse también a Cristo o el pueblo de los samaritanos. La langosta representa la resurrección de Cristo: «Pues, como la langosta, mediante el salto de su repentina resurrección escapó de las manos de sus perseguidores». El caballo descrito en Job 39,19 ss («No puede contenerse, cuando suena el clarín; a cada toque de trompeta grita: ¡Hi!») simboliza a la vez cinco cosas, y entre ellas a un piadoso predicador, cuya prédica brota de su interior como el relincho del pecho del corcel.[88]

Nada tiene por tanto de extraño que, ya a mediados del siglo VII, el obispo Taio de Zaragoza peregrinase piadosamente a Roma con el fin de copiar para su instrucción y la de todos los españoles la parte de los famosos escritos de Gregorio, que todavía le faltaba. Y nada tiene de extraño que tales escritos hiciesen furor tanto en Oriente como en Occidente. Ni que precisamente la exposición alegórica de la Biblia por parte de Gregorio ejerciera «una influencia profunda» sobre los monjes y la teología moral de la Edad Media (Baus). Y evidentemente aún después, por cuanto esos disparates seudopiadosos continúan interesando. Así, Kari Baus, ex profesor

[86] Seppelt II 35. Haller I 218 s. Comp. Die peinlichen Ausflüchte en RAC XII 940 s.
[87] Gregorio I, Moral. 21,3. In Ezech. 1 ss. Hofmann, Die geistige Auslegung 12.
[88] Gregorio I**,** Moral. PL 75,509 ss., 76,1 ss. Altaner/Stuiber 468 ss. RAC XII 943. Altendorf 187.

católico de historia de la Iglesia en Bonn, reprocha a un gran historiador, como es Johannes Haller, una «falta de comprensión de las cualidades religiosas y morales de Gregorio», a la vez que exalta con el mismo entusiasmo al «pueblo creyente de Italia y posteriormente de los demás países de Europa occidental», que habrían «percibido con instinto seguro la grandeza del corazón del papa» y «voluntariamente se habrían dejado marcar durante siglos por el mundo religioso de Gregorio».

175

Pobres idiotas... bastante caro lo han pagado.[89]

Los triunfos de lo abstruso, por no decir de la necedad, en no menos de 35 libros, que el propio autor calificó de *libri morales* y que en la Edad Media, a la que sirvieron de compendio de moral, se llamaron *«Magna Moralia»,* con incesantes resúmenes, compilaciones, comentarios y enorme difusión. Y esa creación de Gregorio, la más antigua y vasta, fundamentó su fama como expositor de la Escritura *(«deifluus»,* irradiador de Dios), como teólogo moral: el producto de una cabeza, que los contemporáneos y la posteridad pusieron por encima de Agustín y que exaltaron como incomparable, cuyas obras en copias o en epítomes y resúmenes inundaron todas las bibliotecas medievales ¡y durante siglos ofuscaron a Occidente! Con razón comenta Dannenbauer que Job no había sufrido tanto de Satán como de su expositor Gregorio, quien no habría percibido lo más mínimo de la fuerza lingüística y de la belleza de la grandiosa obra bíblica. «Ciertamente que en toda la literatura universal jamás una gran obra poética fue tan cruelmente maltratada.»[90]

El famoso libro papal, que como todo lo escrito por Gregorio carecía de cualquier originalidad, compendiaba según se dijo, lo que ya habían formulado los tres «grandes padres» latinos, que fueron Tertuliano, Ambrosio y Agustín, a la vez que transmitía a la Edad Media la exégesis antigua de los corifeos católicos. Y sin duda que esa labor grandiosa merece consideración. Nació, sin embargo, «en un estado de enfermedad», como confiesa su propio autor: «Porque cuando el cuerpo se debilita por la enfermedad y el espíritu asimismo está abatido, nuestros esfuerzos por expresarnos son igualmente débiles». ¿Débiles? Resulta una palabra débil y sin fuerza para tanta debilidad. Y el autor defiende —¿cabe decirlo de otro modo?— lo así expresado diciendo que aun así «todo fue inspirado directamente por el Espíritu Santo». Mas si el papa estuvo casi permanentemente enfermo y a menudo, según propia confesión, «atormentado por un dolor continuo y fuerte» y puesto que tales confesiones se amontonan en sus cartas, de modo que durante la segunda mitad de su ministerio raras veces abandonaba el lecho, y puesto que su martirio fue creciendo según se dilataba su pontificado, quiere decirse que su debilidad espiritual fue aumentando, si ello era posible y si hemos de dar fe a su propia declaración. Y quizá todo ello en colaboración constante con el Espíritu Santo...[91]

176

---

[89] Taionis, ep. ad Eugen. Tolet. praef. ad Quiric. Barcinon. ep. según Hartmann, Geschichte Italiens II 157 s. HKG 2 209 s. (Baus). Richards 9. Sobre la alta valoración de Gregorio el Grande en la Edad Media ver Hurten, Gregor der Grossc 16 ss. Todavía en el siglo vm en Letrán el «nivel intelectual es... casi exclusivamente de tipo eclesiástico». Banniard, Europa 123; pero en su obra principal encuentra siempre a Gregorio «a un alto nivel»; más aún, habla de su «maestría literaria», ibíd. 151 ss.

[90] Gregorio I ep. 5,53a. LMA IV 1664 s. Funk, Gregor 43. Seppeit, Geschichte des Papsttums II 36 s. Dannenbauer II 76 ss.

[91] Gregorio I ep. 5,53a; 11,227. Richards 52 ss. con citas de numerosas fuentes. Ver también p. 269.

HASTA LOS MAYORES DISPARATES DEL GRANDE APUNTAN «HACIA ADELANTE»...

Las cosas, lejos de mejorar, más bien empeoran con los cuatro libros de *Dialogi de vita et miraculis patrum italicorum,* publicados hacia 593-594. En ellos Pedro, diácono de Gregorio, es sólo un interlocutor ficticio para justificar la forma de un exudado, que hasta le mereció el sobrenombre de «Diálogos». El lenguaje papal se aproxima aquí aún más al latín vulgar; lo que para el prelado Josef Funk no es sino una prueba de «lo cerca que Gregorio estaba del pueblo». En forma amplia, y con el brío que le es propio, demuestra que también en su tiempo florecen los milagros, la profecía, la visión y que, pese a las apariencias, «el Señor Dios continúa actuando»; y que no es sólo el Oriente el que resplandece con los milagros de ascetas y monjes, sino también su propia patria, como se lo aseguran personas fiables, sacerdotes, obispos y abades dignos de crédito. Y personalmente pretende haber vivido media docena de milagros, «signos del cielo», «dones del Espíritu Santo», signos de «defensa» y protección.

No deja de extrañar, sin embargo, que de todos los santos agraciados casi ninguno sea conocido, fuera de Paulino de Ñola y de Benito de Nursia, el ídolo monacal de Gregorio, a quien sólo conocemos por los informes del papa (quien a su vez únicamente los obtuvo de oídas). Aun así. Benito juega un «papel de estrella» a lo largo del libro segundo. A cualquiera le extraña que esos santos —12 en el libro I y 37 en el III— carezcan de relieve, y no por casualidad, mientras que los milagros a menudo resultan piezas de notable vigor. ¿Y a quién le sorprende que K. Suso Frank atribuya recientemente y de forma agresiva al papa y doctor de la Iglesia «una medida colmada de fuerza creativa», y que piense: «El historiador encuentra ahí mucho y bueno acerca del narrador, pero cosas poco seguras y fiables en lo narrado»?[92]

La obra imponente y grandiosa *Diálogos sobre la vida y milagros de los padres itálicos* pronto se hizo extraordinariamente popular con la ayuda de Dios y de la Iglesia, ejerciendo «la más amplia influencia» en la posteridad (H.-J. Vogt). Contribuyó a través de la reina longobarda Theudelinde a la conversión al catolicismo de su pueblo. Fue traducida al árabe, al anglosajón, al islandés antiguo, al francés antiguo, al italiano y el papa Zacarías (741- 752), un griego que se caracterizó sobre todo por la «prudencia» y que no se la dejó arrebatar, la tradujo también al griego. Se encontraba en todas las bibliotecas y amplió notablemente el horizonte espiritual de los religiosos. Lo «leyeron todos los monjes cultos»; más aún, con sus ideas sobre el más allá, que crearon escuela, y sobre todo con sus numerosos trucos milagreros, dio origen «a un nuevo tipo de pedagogía religiosa» (Gerwing).

177

No fue eso sólo: los *Diálogos* de Gregorio apuntaban «hacia delante»; representaron (junto con sus *Homilías,* una especie de precursoras de los *Diálogos* y en forma similar desconcertantemente simples) «el resultado de algunas de las horas más oscuras de Roma» —como se ha escrito con magnífica y no buscada ironía—, «la nueva forma del saber» para la Edad Media, «la nueva cultura... de verdades más bien simples: el sufrimiento, lo religioso, el bien...» (Richards).[93]

---

[92] Comp. espec. Greg. dial. prol. 8; 1,7; 3,33; 3,35; 4,55, Maral. 17,31. Hom. in Ezech. 3,23. Altaner/Stuiber 469. Funk, Gregor XIII ss. Richards 260, 265, 267s. Frank, Benedikt 35 ss. Altendorf 193.

[93] Paulo Diác. Hist. Lang. 4,5. Kühner, Lexikon 49. HKG II 2 321 (Vogt). LMA IV 1665 (M. Gerwing). Gregorovius 11 276. Funk Gregor XVII. Richards 262,267 s.

Nada falta ahí de craso, crudo y supersticioso, que recibe el nombre de *virtudes:* curaciones de ciegos, resurrecciones de muertos, expulsiones de espíritus impuros, multiplicaciones milagrosas de vino y aceite, apariciones de María y de Pedro, apariciones de demonios de toda índole. De especial preferencia gozan en general los milagros punitivos. El crear miedo fue (y es) la gran especialidad de los párrocos.

Ni es casual que el cuarto y último libro «para edificación de muchos» (Gregorio) gire drásticamente en torno a la muerte, a las denominadas postrimerías, el premio y el castigo en el más alia: *extra mundum, extra carnem.* Durante la peste del año 590 asegura Gregorio que en Roma «se podía ver con los ojos corporales cómo desde el cielo se disparaban las flechas, que parecían atravesar a las personas». Un muchacho, que por la nostalgia de su casa y el deseo de ver a sus padres, se fugó del monasterio simplemente por una noche, murió al mismo día de su regreso. Pero al enterrarlo, la tierra se negó a recibir «a tan desvergonzado criminal» y repetidas veces lo expulsó, hasta que san Benito puso el sacramento en el pecho del muchacho.[94] Los criminales eran naturalmente a quienes ya de niños se encerraba de por vida en el monasterio, exclusivamente por la ambición eclesiástica de poder y provecho.

El papa Gregorio «el Grande» consigna toda una serie de resurrecciones de muertos, llevadas a cabo por el sacerdote Severo, san Benito, un monje de Monte Argentarlo, el obispo Fortunato de Todi, famoso conjurador de los espíritus, que también devolvió inmediatamente la vista a un ciego con la simple señal de la cruz. Por otra parte un obispo arriano fue castigado con la ceguera. Y entre los longobardos circula un demonio, al que unos monjes sacaron arrastrando de una iglesia.

Gregorio nos transmite una multiplicación del vino por obra del obispo Bonifacio de Ferentino, que con unos racimos llenó barriles enteros hasta rebosar. Y el prior Nonnoso del monasterio de Monte Soracte, en Etruria, con sólo su plegaria movió una piedra, que «cincuenta parejas de bueyes» no habían conseguido desplazar. Informa Gregorio que Mauro, un discípulo de san Benito, caminó sobre el agua —«¡Oh milagro inaudito desde los tiempos del apóstol Pedro!»—; que un «hermano hortelano» amaestró a una serpiente, la cual atajó a un ladrón; que un cuervo se llevó el pan que estaba envenenado («¡En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo toma este pan y llévalo a un lugar donde ningún hombre pueda encontrarlo! Y entonces el cuervo abrió el pico...»). ¡Gregorio el Grande! Una monja olvida «bendecir con la señal de la cruz» un cogollo de lechuga antes de comérselo, y así engulle a Satán, que gruñe por su boca: «Pero ¿qué es lo que he hecho?, ¿qué es lo que he hecho? Yo estaba sentado tranquilamente en el cogollo de la lechuga, y vino ella y me mordió...». Mala mujer. Pero, ¡bendito sea Dios!, un santo expulsa de ella a Satanás. ¡Gregorio el Grande!

178

Pero hay también diablos altruistas y serviciales; diablos que incluso, y precisamente, prestan sus servicios al clero y obedecen a su palabra. «¡Ven aquí, diablo, y quítame el zapato!», ordena un sacerdote como quien no quiere la cosa a su servidor, y el diablo le sirve personalmente con prontitud. Ah, y Gregorio conocía al diablo en muchas de sus formas: como serpiente, cual mirlo, un joven negro y un

[94] Gregorio I Dial. 1,2 ss., 1,7; 1,9 s.; 1,12; 2,5; 2,7 s.; 2,11; 2,24; 2,29; 2,32; 3,17; 3,20; 3,29; 3,38. Lecky II 108 s. Daniel-Rops, Kirche im Frühmittelalter 284. Richards, Gregor 26,30. Frank, Benedikt 36 s. Altendorf 193. Scheibeireiter, Der Bi-schof 254, nota 74.

monstruo asqueroso. Sólo como papa no lo conocía. En efecto, se imponía cautela e ilustración.

Según Gregorio, el santo obispo Bonifacio hacía un milagro tras otro. Como en cierta ocasión necesitase apremiantemente doce monedas de oro, rezó a santa María, y de inmediato encontró en su bolsillo lo que necesitaba: en los pliegues de su túnica aparecieron «de repente doce monedas de oro, que brillaban cual si acabasen de salir del fuego». San Bonifacio obsequia con un vaso de vino, cuyo contenido no se agota, aunque se bebe constantemente del mismo. O el milagro de las orugas, el del trigo... No, Gregorio «no puede pasarlos en silencio». En efecto, viendo san Bonifacio «cómo todas las verduras se agostaban, se dirigió a las orugas y les dijo: "Os conjuro en nombre del Señor y Dios nuestro, Jesucristo, que salgáis de aquí y no destruyáis esas verduras". Inmediatamente obedecieron todas a las palabras del varón de Dios, de manera que no quedó ni una sola en el huerto».[95]

Ya de joven obraba milagros Bonifacio. Como el granero de la madre, que representaba el alimento de todo un año, hubiese quedado casi vacío por su generosidad, el «muchacho de Dios, Bonifacio», lo volvió a llenar en seguida por medio de su oración, colmándolo además «como nunca antes lo había estado». Y como un zorro fuese robando las gallinas de su madre una tras otra, el muchacho de Dios, Bonifacio, corrió a la iglesia y dijo en alto: «"¿Te agrada, Señor, que yo no reciba para comer nada de lo que mi madre cría? Pues, mira cómo las gallinas que ella cría las devora el zorro". Se alzó después de la oración y abandonó la iglesia.

179

Tan pronto como el zorro volvió, dejó caer la gallina que llevaba en el hocico, y cayó muerto al suelo ante los ojos del muchacho».[96]

Así son castigados el malo y el mal. Pero a este doctor de la Iglesia, «el Grande», ni siquiera todos esos disparates groseros —que generaciones enteras de cristianos han creído, *y naturalmente también tuvieron que creer*— lo excluyeron de los honores supremos de una Iglesia, en la cual la gente se acostumbra al sinsentido. Desde pequeño para toda la vida...

Desde siempre gozaron de preferencia los milagros de castigo. A veces cae muerto un zorro, a veces un juglar. ¡Lo importante es que se vea el poder de los sacerdotes!

Como el santo obispo Bonifacio estuviera comiendo un día con un noble, y todavía no hubiese abierto la boca para la alabanza de Dios, ni hubiera podido hacer alarde ninguno, «para reconfortarme», llega un poblé juglar «con su mono y tocando el tambor», que le irrita. ¡Inaudito! El hombre le robaba el espectáculo. Entonces el santo, irritado, profetizó repetidas veces la muerte del amigo del tumulto. Y ya cuando se retiraba, una piedra caída del tejado golpeó al individuo en cuestión. Y para que todo el mundo entienda la moraleja escribe Gregorio: «En este caso, Pedro, se impone la consideración de que a los varones santos hay que prestarles una muy grande reverencia, pues son el templo de Dios. Y si a un santo se le provoca la ira, ¿a quién otro se irritará sino a quien habita en ese templo? Por ello es tanto más de temer la cólera de los justos, pues en sus corazones, como sabemos, está presente Aquél, a quien nada puede impedir que tome venganza, si quiere».[97]

---

[95] Gregorio I Dial. 1,9.
[96] Ibíd.
[97] Ibíd.

Venganza, la criatura preferida de la religión del amor.

Según Johannes Haller estas crasas piezas milagreras pudieron (¡y debieron!) «actuar cual modelo y pauta para la posteridad... como freno y contención». Recientemente incluso, habida cuenta de todo cuanto hay de milagroso y monstruoso en los cuatro libros papales, el autor del artículo correspondiente en el *Reallexikon für Antike und Christentum,* que constituye un panegírico casi redondo de Gregorio, escribe: «Queda la cuestión de si tal concepción de lo divino y del milagro no responde a la necesidad de descender al nivel de los fieles y de las exigencias de la fe popular...». Pues los eruditos cristianos ni siquiera creen que lo creyera él, el santo patrón de los doctos. El eclesiástico más creyente no puede creer (y no sólo hoy) que el «gran» papa hubiera sido tan crédulo. ¿Y así mintió a propósito de la aparición del diablo? Cabe decirlo de manera más fina: sólo existía de acuerdo con la sentencia «Me da compasión el pueblo»; el pueblo del que necesitaba el clero. Ahí estaba toda la «necesidad».[98]

Y Karl Baus, para quien la «grandeza de Gregorio» está precisamente «en su vasta acción pastoral», no dice una sola palabra sobre los *Diálogos* tan «pastorales» en el capítulo del *Manual católico de historia de la Iglesia* en cuatro tomos. Por el contrario, su discípulo H. J. Vogt, historiador de la Iglesia en Tubinga, admite que los santos de Gregorio —como se dice en forma un tanto irónica— eran «héroes apenas conocidos»; por lo cual «los *Diálogos* en tanto que fuente histórica han de utilizarse con mucha cautela». Esto suena naturalmente mejor (aunque no lo es) que no el afirmar que cuanto se da ahí es una solemne mentira. Y, sin embargo, Vogt abre el capítulo de Gregorio con una frase grandiosamente cómica a propósito de su grandeza; «Gregorio el Grande, último de los cuatro grandes doctores de la Iglesia latina, vivió en una época que ni exigía... ni permitía grandes realizaciones...». *Á la bonne heure!* Bien dicho, realmente.[99]

180

Quien sería el guía de los siglos venideros también enriquece la topografía del infierno. Sus entradas, declara él, son montes que vomitan fuego. Y como en Sicilia los cráteres se hacían cada vez mayores, declaró una vez más el inminente fin del mundo: debido a la aglomeración de los condenados se requerían accesos cada vez más amplios al infierno. Quien allí entra no regresa nunca. Pero Gregorio sabía que determinados difuntos eran librados del purgatorio después de 30 misas; tal ocurrió con un monje, que había quebrantado el voto de pobreza. Pero también sabía Gregorio que no todos se libran del limbo, y que incluso los niños que mueren sin bautismo arden en el fuego eterno. Los papas *están* bien informados. Y Gregorio, cuya doctrina del purgatorio es el fundamento teológico «para el culto de las misas de las ánimas» (misas gregorianas) (Fichtinger), proporcionó sus informaciones sobre el infierno y el diablo —seguramente que de primera mano— a la Edad Media, y luego a la Edad Moderna, estimulando a poetas y artistas, para no hablar del pueblo...[100]

Como la época presente, según insiste el papa de continuo, «se acerca a su fin»,

---

[98] RAC XII 948. Gregorovius I 1 276. Haller I 218 s.

[99] HKG II 2 207 ss. (Baus) Ibíd. 317 s. (Vogt). Hurten 16 ss. dice sin rebozo alguno que «sus obras principales... apenas resultan ya soportables».

[100] Gregorio I**,** dial. 4,30; 4,55; Moral. 9,32. Keller, Reclams Lexikon 236. Fich-tinger 142. Lecky, II i 79 s. Beissel, Die Verehrung der Heiligen 322. Dudden II 437.

también se impone sin más la consideración del infierno. Y, lo primero,

¿dónde se encuentra? Gregorio no se arriesga a decidirlo sin más. Pero, a partir de las palabras del Salmo, «Has rescatado mi alma del infierno inferior», concluye tajante: «que el infierno superior está sobre la tierra, y el inferior por debajo de ella». En lo del infierno superior seguramente que está en lo cierto. Por lo que al inferior se refiere, para Gregorio es seguro —y lo refrenda también con la palabra bíblica de Mt 25,45— que quien entra en el infierno ha de arder eternamente. (Los progresistas modernos, que ahora se apresuran para apagar el fuego del infierno —porque se les antoja increíble—, tienen en contra no sólo al gran papa y doctor de la Iglesia, sino también al propio Jesús y a incontables otros corifeos de la Iglesia.) Para Gregorio la eternidad de las penas del infierno «es verdadera con toda certeza y seguridad», y sin embargo —¡no debería ser un párroco, y menos de esa índole!— enseña que «el tormento de su fuego es para algo bueno».

¿Para algo bueno?

181

A nosotros nos resulta difícil imaginarlo. Unos tormentos infernales eternos... ¿Para qué pueden ser buenos? Nosotros desde luego no los necesitamos. Pero, cuando se es papa y santo y doctor de la Iglesia y «el Grande», se sabe todo eso. Bueno para los justos, para todos los angelitos encantadores del cielo, a quienes ha de recompensar y edificar la contemplación de la miseria de los reprobos (cual si estuvieran *vis-á-vis* del paraíso), y a quienes esa vista pueda endulzar para siempre su felicidad eterna... «En efecto, los justos conocen en Dios la alegría, de la que han sido hechos partícipes, y ven en aquéllos los tormentos a los que han escapado; con ello pueden reconocer tanto mejor su eterno deber de gratitud a la generosidad divina, el ver cómo aquéllos son castigados eternamente...»[101]

¿No es ésta una religión magnífica, la religión del amor?

RELIQUIAS, O MENTIRAS COMO CASAS

Gregorio defendió asimismo la creencia más abstrusa en las reliquias, y su influencia se deja sentir hasta hoy.

Había reliquias en abundancia, sin limitación alguna. Porque el papa hizo el camino de la «multiplicación», poniendo en circulación por ejemplo paños pasados por los restos de los apóstoles y así consagrados. O sacando limaduras de las supuestas cadenas de san Pedro y enviándolas a todo el mundo como *«benedictiones sancti Petri»,* y por supuesto a los grandes mandatarios, y sobre todo a los príncipes y soberanos. Colocadas sobre el enfermo o llevada sobre el cuerpo, al cuello por ejemplo, las reliquias obraban milagros. El papa realizó trueques con el patriarca de Alejandría. Y así, a cambio de algunas *«benedictiones»* de Pedro obtuvo otras de Marcos, discípulo de Pedro. En 599 envió al rey español Recaredo un trozo de la (supuesta) cadena que Pedro había llevado al cuello, una cruz con supuesta madera de la cruz de Cristo ¡y hasta un mechón de los cabellos de Juan Bautista! El rey franco Childeberto recibió la llave de san Pedro con partículas de las cadenas del apóstol.

[101] Gregorio I dial. 4,41 ss.

También la reina Brunichilde recibió algunas reliquias del príncipe de los apóstoles. El patricio galo Dinamio obtuvo además a través de Gregorio fragmentos de la parrilla del (legendario) san Lorenzo, quemado lentamente hasta morir. Más aún, el papa llegó a enviar restos de los alimentos del Bautista, así como dos camisas y cuatro pañuelos *«ex benedictione S. Petri»*[102]

¡Eran las piezas fuertes del Grande!

Pero hubo realmente muchísimas reliquias. Y verdaderas preciosidades. Por encargo de los obispos, o por propia cuenta y riesgo, se organizaban campañas de excavaciones de tumbas con tesoros y huesos, vendiendo luego el menudeo de sus hallazgos más que dudosos. Gregorio importó personalmente de Oriente un brazo del evangelista Lucas y otro del apóstol san Andrés, dos verdaderas rarezas. Y la supuesta túnica del evangelista Juan, asimismo adquirida por él, continúa obrando todavía los milagros más hermosos al cabo de los siglos y, al sacudirla delante de Letrán, trae la lluvia o el sol según las necesidades. Exactamente igual que su vieja antecesora, la *lapis manalis,* la piedra de la lluvia de las supersticiones romanas, que en sus procesiones por la Via Appia, realizadas durante siglos, ya había obrado el mismo milagro.[103]

182

Alentada evidentemente por la magnanimidad de Gregorio, la emperatriz Constantina, esposa del emperador Maurikios, quiso tener de inmediato la cabeza de san Pablo o al menos «algún otro miembro de su cuerpo». Era ciertamente pedir demasiado; pero Gregorio tenía siempre a mano recursos y milagros. Aunque fuese un crimen penado con la muerte, enseñó a la excelsa señora a tocar los cuerpos sagrados, aunque sólo para verlos. Personalmente había observado a un encargado que, en la tumba de san Pablo, tocaba unos huesos, los cuales ni siquiera eran del apóstol *(esto* se cree en seguida), y que había muerto miserablemente. Y el papa Palagio I o II —prosigue aterrorizando el experto en manejar maravillosos castigos divinos— había en tiempos mandado abrir la tumba de san Lorenzo, asado hasta morir, y algunos monjes y asistentes que contemplaron el sagrado cadáver habían muerto al cabo de diez días. Pero el papa se ofrece a enviar a la emperatriz algunas limaduras de las cadenas de san Pedro, si ella así lo desea. Las limaduras son frecuentes, sin que las cadenas disminuyan para nada.[104]

Son mentiras como casas.

Aunque en el cristianismo ya había florecido el mal gusto y todo tipo de absurdos, el papa Gregorio superó con sus historietas muchas de las cosas que ya habían ocurrido. En sus libros pululan las historias de diablos y de ángeles y las groserías de toda índole: demonios que combaten grotescamente con espíritus celestes, un oso que guarda ovejas, una monja que devora a un diablo; en la muerte de otra, de santa Rómula, el año 590 en un monasterio romano, asegura Gregorio que cantan los ángeles, «voces masculinas y femeninas acordadas en coros arrebatadores»; una tercera es biseccionada y quemada una mitad, por haber sido demasiado habladora. Todo parece revestir una gran seriedad y, como queda dicho, muchas generaciones

---

[102] Gregorio I ep. 3,33; 4,30; 7,27; 9,228. Keller, Reclams Lexikon 328. RAC III 869 s. Gams II 2. Abt. 31. Beissel, Die Verehrung der Heiligen I 72. Gregorovius 11 273 s. Beringer II 231 s. Schnürer, Kirche und Kultur 1258. Buchner, Germanentum 151. Haller I 223. Andresen 513.

[103] Gregorovius I 1 274.

[104] Gregorio I ep. 30,3; 4,30. Gregorovius I 1 273. Gaspar II 397. Fichtenau, Zum Reliquienwasen 84 s.

lo creyeron tomándolo por moneda de buena ley.

Pero lo mejor de todo es que, a pesar de tantas cosas milagrosas, de tantas reliquias milagreras que Gregorio enviaba de continuo y que despachaban especialmente sus diplomáticos, confirmando en cierto modo la sensación de que en Roma se fabricaban masivamente, a él nada le aprovechó en sus dolores de estómago, su podagra, gota y las nuevas dolencias que padeció de continuo, hasta el punto de que hubo de guardar cama casi durante dos años (598-599). Según propia confesión «sufría dolores continuos y torturas sin interrupción». Al patriarca de Alejandría le decía en una carta: «Mis dolores no quieren disminuir ni tampoco matarme». Y en las cartas de recomendación que acompañaban sus envíos de reliquias exaltaba su virtualidad fabulosa para curar enfermedades... Incluso él, que no había podido ayudarse a sí mismo, tras su muerte dolorosa, obró numerosos milagros.[105]

183

Ahora bien, este papa, que compara a los sacerdotes con dioses y ángeles, que prohíbe a los súbditos hasta criticar las órdenes injustas, que enseña la obediencia a la autoridad aunque personalmente no obedeciese al emperador, que puso los cimientos para la construcción del Estado de la Iglesia con una cadena interminable de guerras de saqueo y conquista, que colaboró con los perros más sanguinarios de su tiempo, con Fokas y Brunichilde, que canonizó la guerra religiosa y ofensiva, que recomendaba los ataques por la retaguardia, la toma de rehenes, los azotes, la tortura y la cárcel y elevar los impuestos para forzar a la conversión; este papa que fomentó el antisemitismo y reprimió la literatura y las ciencias, y cuyas obras erizan los pelos con abundantes sinsentidos y todo tipo de mal gusto en milagros y reliquias ese hombre fue declarado santo de la Iglesia romana y recibió el sobrenombre de «el Grande» o «Magno», siendo el único papa que lo llevó en la Edad Media y en la Moderna, a la vez que el título de «doctor de la Iglesia» —título raro ya desde el siglo VIII (León I sólo lo es desde el siglo XVIII)—. Para Bernardo de Claraval, asimismo doctor de la Iglesia (a quien Schiller calificó de «infame»), Gregorio fue el modelo ejemplar de la combinación lograda de los deberes civiles y eclesiásticos del gobernante, y desde luego llegó a ser el autor eclesiástico más citado por los teólogos, canonistas y ensayistas, siendo además uno de los escritores más leídos de la Edad Media, ejemplo de innumerables cristianos y una figura ideal del papado.

Todavía recientemente P. E. Schramm atestigua la «grandeza» de Gregorio, incluso en «el terreno eclesiástico», por haber sido una «boca — bastante mala— que supo hablar el lenguaje del medio milenio siguiente». Y asimismo los historiadores católicos de la Iglesia del siglo XX celebran al papa Gregorio como a uno «de los pastores más importantes entre los papas» (Baus), como «una de las figuras más notables y limpias sobre la silla de Pedro» (Seppelt/Schwaiger) y desde hace mucho lo ven ocupando un «sitio entre los grandes del reino de los cielos» (Stratmann). Harnack, por el contrario, sin duda más sabio que todos los mentados y ciertamente más honesto, llama con justicia a Gregorio *«pater superstitionum»,* el padre de la superstición (medieval).[106]

---

[105] Gregorio I, dial. 1,4; 3,15; 4,51. Donin I 582 IV 293. Beringer II 231 s. Wil-pert 17. Hartmann, Geschichte Italiens II 193. Gontard 160. Von den Steinen 245. Fichtenau, Zum Reliquienwesen 84. Misch 126. Dannenbauer II 78 s.

[106] Bern. Clarav. de consideat. 1,9. Kraft 244. Stratmann IV 125. Caspar II 513. Dirtrich, Geschichte der Ethik II 235. Seppeit II 38 ss. Seppelt/Schwaiger 59, 62 s. Gontard 161. Schramm, Kaiser, Konige I 89.

También el *Reallexikon für Antike und Christentum,* al final de una amplia valoración de Gregorio I, lo ve como «un punto de enlace de la transición cultural y espiritual, como un filtro y a la vez creador de unos valores, que lleva a cabo una nueva actitud espiritual y señala el camino hacia la misma, que ahora es definitivamente cristiana...»[107] —haciéndolo bastante mal.

184

Gregorio I a menudo no pudo intervenir eficazmente contra los obispos recalcitrantes o incluso perdió la batalla. En el curso de los acontecimientos de España y la conversión al catolicismo de los visigodos no tuvo influencia alguna. Entre los merovíngios, con los que quiso establecer un diálogo mediante todas las concesiones posibles y las advertencias imaginables, fracasó por completo, sin conseguir la reforma de la iglesia franca ni el sínodo que tanto deseaba. La iglesia imperial merovingia se hizo aún más independiente de lo que ya era. Incluso frente a los longobardos apenas obtuvo éxitos duraderos. Y hasta su mayor timbre de honor, la conversión de Inglaterra al catolicismo, pronto se agostó acabando por malograrse, aunque esto sólo después de su muerte. Sus sucesores hubieron de empezar de nuevo y levantaron lo que falsamente se le atribuye a él.[108]

El canto gregoriano, «esa joya de la Iglesia» (Daniel-Rops), conocido al menos de nombre por muchos que nada saben de Gregorio, en modo alguno procede de él, aunque disguste a ciertos cristianos sentimentales. En realidad son pocos e insignificantes los cambios litúrgicos que él introdujo. Aun así, a lo largo de la Edad Media el Sacramentario gregoriano, el Misal, el Antifonario gregoriano, el Misal cantado y el canto gregoriano pasaron por ser obras de Gregorio, quien habría reordenado, corregido y ampliado los cantos tradicionales de la Iglesia. La investigación reciente es unánime en denegarle tales méritos; las pruebas son fehacientes. Tampoco fue él el poeta hímnico, al que se le atribuía todo tipo de composiciones valiosas, si prescindimos de las efusiones líricas contra los grandes criminales como Fokas y otros.[109]

Al morir Gregorio I el 12 de marzo de 604 el mundo estaba cubierto a sus ojos de las tinieblas más espesas. Estaba enfermo, en sus últimos años ya no podía caminar yaciendo casi siempre en el lecho, acosado y agotado por los dolores. Los longobardos, a los que no había domado, amenazaban Roma, cuya población víctima de una hambruna maldecía al papa; más aún, habría quemado sus libros y no se habría guardado de ser discípula de Pedro. Pero

«el mundo —según comenta ingenioso Paulo el Diácono— tenía que padecer hambre y sed, ¡pues tras la partida de un tan gran maestro, en los corazones de los hombres dominaba la sequía y la falta de alimento espiritual!». Como se ve, también Paulo había aprendido del Grande. Y mientras en el Norte se veneró a Gregorio después de su muerte, en la propia Roma fue casi olvidado durante siglos; una consecuencia probable del triunfo del clero diocesano sobre su gobierno monacal.[110]

¿Honra a Europa el que a este papa, ambicioso, intolerante y pobre de espíritu se

---

[107] RAC XII 950.

[108] Comp. Haller 1 221 ss.

[109] LMA IV 1664,1688. Seppeit II 34. Daniel-Rops 284. Gontard 160. Richards 125 ss. Ullmann, Kurze Geschichte des Papsttums 48.

[110] Paulo Diác. Hist. Lang. 4,29. Richards 265 s. Kally 82.

le haya podido llamar «padre de Europa»?[111]

[111] Ullmann, Kurze Geschichte des Papsttums 50.

185

CAPÍTULO 8. BRUNICHILDE, CLOTARIO II Y DAGOBERTO I, O «LA CRISTIANIZACIÓN DE LA IDEA DE REY»

«... un animal político salvaje».

J. RICHARDS REFIRIÉNDOSE A BRUNICHILDE.[1]

«Precisamente bajo este soberano —como puede demostrarse de forma clara— la cristianización de la idea de rey alcanzó una de sus primeras cumbres.»

H. H. ANTÓN CON REFERENCIA A CLOTARIO II.[2]

«... Dios amable sobre toda medida... lo escuchaba él sobre todo en el consejo de san Arnulfo, obispo de la ciudad de Metz... lo oía además en las advertencias de su mayordomo Pipino y de Kuniberto, obispo de Colonia.»

FREDEGAR ALUDIENDO A DAGOBERTO I.[3]

«Llenó de miedo y terror todos los reinos de su entorno.»

LÍBER HISTORIAE FRANCORUM.[4]

187

EL PAPA GREGORIO I GALANTEA CON «UN ANIMAL POLÍTICO SALVAJE»

Corriendo el año 592 había muerto en el reino franco el más anciano de los reyes merovingios, Guntram, tras una serie de amenazas y atentados. Y había muerto sin dejar descendencia. Pero tras la muerte de sus propios hijos había adoptado a su nieto mayor, todavía menor de edad, Childeberto II (575-596) dejándole parte de su reino. De forma que éste gobernó dos reinos parciales: Austrasia y Francoburgundia. Childeberto, que en el último período de su vida sometió en el oeste a los bretones rebeldes y en el este a los vamos levantiscos —un pueblo turingio entre los nos Saale y Elba—, pronto cayó de lleno bajo la influencia de su madre.

La poderosa Brunichilde, la figura más descollante del reino franco, había impuesto en 575 el dominio de su hijo de cinco años en Austrasia y había resuelto la subsiguiente lucha por el poder con los nobles austrios del bando de Guntram en su favor y en favor de la realeza. Esto encontró su expresión en el tratado de Andelot, que frenó las divisiones dinásticas internas y recortó la influencia de la aristocracia. Asimismo tras la muerte temprana de su hijo Childeberto (596) —víctima probablemente, como su mujer, del veneno—, gobernó Brunichilde en nombre de los hijos de aquél, con diez y nueve años respectivamente, sus nietos Teuderico II de Burgundia y Teudeberto II de Austrasia, jugando un importante papel político cada vez mayor.

---

[1] Richards 220.
[2] Antón Fürstenspiegel 51.
[3] Fredeg. 4,58.
[4] Lib. Hist. Franc. 42.

En el lado opuesto, en Neustria, donde Clotario II (584-629) con sólo tres meses de edad había sucedido a su padre Chilperico, fue su madre Fredegunde la que, lo más tarde al comienzo de los años noventa, alcanzó una influencia decisiva. La honda enemistad entre ambas reinas se desfogó sin traba alguna a la muerte de Guntram, estando todas las probabilidades a favor de Brunichilde y de Childeberto II. Mantuvieron en sus manos casi todo el reino franco, con la excepción de las pequeñas franjas costeras del noroeste de París. Cierto que en un asalto rápido conquistó Fredegunde París y otras ciudades occidentales; pero murió en 596 o al año siguiente.[5]

188

Naturalmente que muchos obispos, y entre ellos Sigimundo de Maguncia y su sucesor Leudegasio, se pusieron del lado de la cada vez más poderosa Brunichilde, personalmente afecta a la Iglesia, devota de san Martín y promotora de su culto, a la vez que fundadora de muchas casas religiosas y benefactora del clero católico. También Gregorio I le hizo la corte. Y su abundante correspondencia con la reina de mala reputación y sin escrúpulos está marcada por la adulación más viscosa, que el papa practicaba también con el imperial perro sanguinario de Fokas. Todo habla en favor de que el papa conocía perfectamente los métodos de aquella «mujer terrible» (Nitzsch): una soberana ambiciosa, que bastante a menudo caminó sobre cadáveres, «un animal político salvaje, dispuesta a todo con tal de mantener el poder» (Richards).

Pese a todo, el santo padre ignora en sus cartas por completo la espantosa discordia familiar de Brunichilde. La ve a ella, a su hijo, su reino y todos los otros reinos ganados para la recta fe «cual lámparas esplendorosas que brillan e iluminan en medio de las tinieblas nocturnas de la incredulidad». Le agradece repetidas veces el apoyo que ha prestado a sus misioneros ingleses en su viaje de paso por el reino franco. Exalta su «amor al príncipe de los apóstoles, Pedro, de quien sois devota de todo corazón, como yo sé». Y le solicita, a menudo en vano, su ayuda contra simoníacos, grupos cismáticos y cultos paganos. Gregorio exhorta a Bumichilde a que impida por la fuerza la adoración de árboles sagrados y otras idolatrías y le recomienda el empleo de flagelaciones, torturas y cárcel para obtener la conversión de los paganos rebeldes. (Pero cuando Juan el Ayunador de Constantinopla hizo condenar y castigar con varas a un monje ortodoxo por «herejía», Gregorio intervino enérgicamente el año 595-596 en favor del flagelado.)

Y por supuesto que el papa envió también reliquias a la reina. Más aún, al igual que a petición de Childeberto, el hijo de ella, había nombrado vicario apostólico al obispo de Arles, así también confirió el palio —aunque fuese a regañadientes— al favorito y consejero de la reina, Syagrio de Autun, y sin que se conociera ninguna tradición al respecto ni ningún caso precedente, y sin que ni siquiera el propio prelado hubiera considerado necesario solicitarlo personalmente del papa; incluso aunque el obispo estaba bajo sospecha de apoyar a los cismáticos y hasta de haber enviado a Roma a un cismático como su representante. (Syagrio fue asimismo declarado santo: su fiesta el 27 de agosto.)

---

[5] Greg. Tur. 9,4; Fredeg. 4,7; 4,14 ss, 4,18. Paulo Diác. Hist. Lang. 4,11. Joñas, Vita Columb. 1,28. LMA 1595, II 761,1816,1870 s. IV 1794 s. Schuitze II 162. Carte-llieri I 84 s. Zatschek 20 s. Löwe, Detschland 67. Lasko 214. Steinbach, Das Fran-kenreich 34 s. Ewig, Die frankischen Teilungen 687, 689, 691, 706 s. Id., Die Me-rowingerzeit 56. Id., Die Merowinger 50 s. Id., Studien zur Merowingischen Dynastie 24. Bund 283 s.

Por añadidura Autun no era sede metropolitana. El metropolitano de Syagrio. y por tanto superior a él, era el obispo de Lugdunum. Así cuando solicitó el palio del papa, Gregorio rechazó la demanda por no existir ningún caso precedente en tal sentido. Evidentemente sólo quería otorgar el tal palio a protegidos especiales de la corona. En efecto, cuando Childeberto lo demandó en 595 para el arzobispo Virgilio de Arles, el papa satisfizo de inmediato el deseo real. Por el contrario, no pensó en distinguir con ese honor al culto obispo Desiderio de Vienne, que asimismo deseaba el palio. Cierto que Desiderio pertenecía al ala reformista de la Iglesia franca, cosa que debía atraerle la simpatía del papa; pero justo por ello no gozaba del aprecio de la corte. Desiderio era *persona non grata* a la reina, la cual lo hizo deponer de su cargo el año 602-603 por el concilio de Chalon-sur-Saóne aduciendo como causa su lascivia, lo hizo desterrar al monasterio de una isla y, a su regreso el 23 de mayo de 607, le hizo apedrear.

189

El papa Gregorio tomó también bajo su especial protección el monasterio de San Martín, fundado en Autun por Brunichilde y por el obispo Syagrio (en 1099 sus monjes envenenaron al abad Hugo). La piadosa reina fundó también un *xenodochium* u hospital para forasteros (que después se transformó en una abadía femenina). El monasterio de monjas St-Jean-le-Grand de Autun se debe asimismo a la reina Brunichilde, a la cual el *Lexikon für Theologie und Kirche* le atribuye en general «arbitrariedad y prepotencia frente a la Iglesia» (con vistas a rebajar la alta traición de Pipino y del santo obispo Arnulfo de Metz).[6]

Gregorio I escribió a la poderosa reina, que supuestamente mandaba en la Iglesia, cerca de una docena de cartas, en un tono por lo general de adulación almibarada, que también empleaba con la casa imperial, tanto con la víctima (posterior) como con el asesino.

Todavía con cierta contención empezaba la primera epístola papal:

«El carácter de Vuestra Excelencia, digno de alabanza y grato a Dios, se echa de ver tanto en vuestro gobierno como en la educación de vuestro hijo». Pero pronto subía de tono. Y, mientras el «canto gregoriano» nada tiene que ver de hecho con Gregorio, aquí podía cantar con tonos cada vez más elevados: «Cuan grandes son los dones que Dios os ha otorgado y con qué clemencia la gracia del cielo hincha vuestro corazón, no sólo lo certifican vuestros muchos otros méritos, sino que se reconocen especialmente en el hecho de que gobernáis los toscos corazones de los pueblos paganos con el arte de una cauta prudencia y por cuanto, lo que aún es más meritorio, la potestad regia se acompaña con el adorno de la sabiduría». Y es que en definitiva Brunichilde no sólo era poderosa sino también útil a la Iglesia. Le hizo numerosas donaciones y construyó abadías, por lo que el papa hasta solicitó su apoyo con vistas a la reforma de la Iglesia franca y la protección de los bienes eclesiásticos.

Mas tan pronto como el poder de Brunichilde empezó a perder terreno, también cambió el tono de Gregorio. «Cuidad de vuestra alma, cuidad de vuestros nietos a los que deseáis un gobierno próspero, cuidad de las provincias y pensad en la corrección

[6] Gregorio I ep. 5,59 ss; 6,55; 8,4. Fredeg. 4,24; 4,32. Joñas, Vita Columb. 1,27. LThK II[1] 588 IX' 919 y 2 A II 727, IX 1201. LMA I 1276 III 727. Schuitze II 171. Hartmann, Geschichte Italiens 171, 174. Seppeit II 28 s. Caspar II 496 s. Nietzsch, Geschichte des Deutschen Volkes 164. Haller 1222. Ewig, Die ältesten Mainzer 121. Id., Der Martinskult 12 s., 18. Richards 220 s. McCulloh 145 ss.

del criminal antes de que el Creador extienda su mano para el castigo...»[7]
190

Ocaso de Brunichilde y primera cumbre en la cristianización de la idea de rey

A la muerte de Childeberto II le sucedieron en el gobierno sus dos hijos:- Teudeberto II (595-612) en Austria, y Teuderico II (595-613) en Burgundia. En realidad quien gobernó de primeras fue Brunichilde, haciéndolo en nombre de sus nietos todavía menores de edad, y que sólo poco a poco empezaron a intervenir en las luchas con la casa real de Neustria, luego de haber alcanzado la mayoría. Pero entonces se sublevó la alta aristocracia austria, que se unió con Clotario II de Neustria, y Brunichilde, que ya estaba cerca de conseguir la hegemonía sobre Galia, fue expulsada en 599 de la corte de Metz —por un grupo de su propia nobleza, que ya antes había conspirado con Neustria—, huyendo a refugiarse junto a Teuderico II, su nieto preferido.

En Burgundia, de la que pronto llegó a ser la verdadera soberana, continuó la lucha contra Clotario y, para tomar venganza de sus enemigos austrios, instigó a Teuderico contra su hermano Teudeberto de Austria, que según ella repetía de continuo no era hijo de un rey sino de un hortelano. Todavía el año 600 ambos hermanos habían infligido en común una grave derrota en el Mame a Clotario II, que por entonces sólo tenía dieciséis años, habían saqueado su reino reduciéndolo de nuevo a una estrecha franja costera en torno a Rouen, Beauvais y Amiens. Y todavía en 602 conjuntamente habían combatido a los vascos y «con la ayuda de Dios» los habían sometido a tributo.

Pero después se combatieron mutuamente de forma encarnizada y sangrienta. Y Teuderico, cuyo padrino de bautismo había sido el obispo Verano de Cavaillon, varón muy milagrero (que con la simple señal de la cruz «sanaba de inmediato por la gracia de Dios»), triunfó dos veces en 602 sobre Teudeberto por obra de su mayordomo Warnachar: una en mayo cerca de Toul, y luego en una segunda batalla junto a Zülpich. a la cual le había incitado especialmente Leudegasio, obispo de Maguncia: «Termina lo que has empezado; este asunto tienes que llevarlo hasta el final con toda energía», le decía al rey «el santo y apostólico señor Leudegasio». Y «bajo la guía de Dios» dio remate al asunto.

Cuenta Fredegar que «desde tiempos inmemoriales jamás los francos ni otros pueblos habían imciado una lucha tan encarnizada. Fue tal la mortandad entre ambos ejércitos que, donde ambos bandos empezaron la batalla, los cadáveres de los muertos no tenían sitio donde poder yacer, sino que los muertos estaban tan apretados entre los otros cuerpos, que se mantenían erguidos cual si viviesen. Pero Teuderico, con la ayuda de Dios, venció una vez más a Teudeberto; y los vasallos de Teudeberto en su huida de Zülpich a Colonia fueron pasados a cuchillo cubriendo a trechos el suelo. Ese mismo día llegó Teuderico a Colonia y allí se adueñó de todos los tesoros de Teudeberto». En Colonia, donde entraron los francoburgundios, Teuderico hizo tonsurar a su hermano para cortarle después la cabeza y aniquilar a

[7] Gregorio I ep. 6,5; 11,46; 11,49. Caspar II 500. Ewig, die Merowingerzeit 56. Fontal 119.

su familia por completo. «Incluso a un hijo suyo muy pequeño lo agarró de un pie por orden de Teuderico uno de su séquito y lo golpeó contra una roca, hasta que el cerebro se le salió de la cabeza...», refiere Fredegar.

191

Era el final de una de las innumerables guerras fratricidas puramente católicas.

El vencedor intentó entonces hacerse con el dominio de toda la Ga-lia y avanzó de inmediato sobre Neustria. Mas cuando estaba en la cumbre del triunfo murió, todavía en sus años mozos, de forma inesperada; era el año 613. También sus hijos fueron asesinados por Clotario II de Neustria, hijo de Fredegunde y de Chilperico. Pero no lo fue el apadrinado Merovec, a quien Clotario encerró en un monasterio, pero «al que continuó amando con el mismo cariño con que lo había sacado de la sagrada pila del bautismo» (Fredegar).[8]

A la muerte de Teuderico en Metz inmediatamente hizo Brunichilde que fuera proclamado rey de Austrasia y Burgundia el hijo mayor de aquél y biznieto suyo, Sigiberto II, que rondaba los diez años. Pero los grandes de Austrasia la traicionaron. Capitaneados por los antepasados gloriosos de los carolingios, los dos traidores que fueron el mayordomo Pipino y Arnulfo, el futuro santo y obispo de Metz, los nobles se pasaron al bando de Clotario II. Y tras la alta traición de la aristocracia austria también la reina fue abandonada por los señores feudales de Burgundia a las órdenes del mayordomo Warnachar. Lo habían decidido de antemano, «y desde luego tanto los obispos como el resto de los grandes señores laicos —según informa el cronista coetáneo, que señala además el objetivo de la piadosa Frondra— resolvieron no dejar escapar ni a un solo hijo de Teuderico, sino matarlos a todos y después aniquilar a Brunichilde y. promover la soberanía de Clotario...».

Con todo ello se sellaba la ruina de la reina, la exclusión y hasta la eliminación de la rama austroburgundia de la dinastía merovingia, a la vez que el triunfo de la nobleza sobre la corona.

El ejército de Brunichilde desertó en Chalons sin haber ofrecido resistencia. Ella huyó al Jura e intentó escabullirse en el interior de Burgundia; pero en Orbe, junto al lago de Neuchatel, fue hecha prisionera por el mayordomo francoburgundio y entregada a su sobrino. Clotario, tan temeroso de Dios como cruel y con una mentalidad totalmente eclesial, y al que como primer rey franco se le comparó con David, cuya «piedad» exalta Fredegar, fue un gobernante, que otorgó al clero nuevos derechos y abundantes donaciones, le garantizó la libertad de las elecciones episcopales, le eximió de todas las gabelas de los bienes eclesiásticos, fue «clemente y lleno de bondad para con todos». Este hijo menor de su enemiga mortal Fredegunde la sometió a tortura durante tres días (613), cuando ya Brunichilde era casi septuagenaria; hizo después que la soldadesca la pasease sobre un camello y, finalmente, la hizo atar de su cabellera, de un brazo y de un pie «a la cola del corcel más salvaje» y arrastrarla hasta morir, hasta «que se le desprendieron los miembros uno tras otro» (Fredegar). Sus huesos fueron quemados. Y también fue eliminada su descendencia hasta sus biznietos, con la excepción única del príncipe Merovec, ahijado de Clotario.

192

[8] Greg. Tur. 8,31; 9,4. Fredeg. 4,19; 4,27; 4,29; 4,42. Joñas, Vita Columb. 28 s. Ewig, Studien zur merowingischen Dynastie 16, 24. Id-, Das merowingische Fran-kenreich 400 s., 410. Id., Die Merowinger 50 ss., 122. Fontal 172 s. Bleiber, Das Fran-kenreich 138s. Comp. asimismo la nota siguiente.

Pero un investigador moderno escribe: «Fue precisamente bajo este gobernante, cuando —según puede demostrarse de forma clara— la cristianización de la idea de rey alcanzó una primera cima» (Antón). Y el monje Joñas de Bobbio exclama triunfal en su *Vita Kolumbani:* «Cuando todo el linaje de Teuderico fue exterminado, Clotario gobernó solo sobre los tres reinos y se cumplió por entero el vaticinio de Columbano.» (Joñas pudo hacer vaticinar fácilmente, pues escribía cual si todo se «hubiese cumplido» desde hacía mucho tiempo; era ya el viejo recurso de la Biblia: los *vaticinio ex eventu.)*

El patrón especial del rey —como después lo sería de Dagoberto, su hijo, san Dionisio— lo fue su tesorero Desiderio, que luego sería obispo de Cahors; también lo fueron los posteriores obispos Pablo, Audoin de Rouen, Eligió de Noyon y Sulpicio de Bourges, que antes habían ocupado cargos en la corte real. Clotario II puso su residencia en París, capital de todo el reino, siendo entonces reconocido por todo el reino franco. Por lo demás, hubo de pagar tanto al clero como a la nobleza el apoyo que le habían prestado y recompensar a los señores austrios mediante el *Edictum Chiotarii* el nombramiento de su hijo Dagoberto como virrey en Austrasia. Con ello quedaba robustecida la alta aristocracia.

Pero el papa Gregorio había calculado mal. No fueron Brunichilde ni la rama austria las que salieron victoriosas de aquel cúmulo de atrocidades: el vencedor fue el neustrio Clotario II, a quien Gregorio sólo había hecho llegar una única carta de las 854 suyas que se han conservado. El año 614 el rey convocó un sínodo nacional en París, que marcó el comienzo de la Iglesia nacional franca, independiente de Roma a lo largo de un siglo.[9]

Sin duda que los príncipes de la Iglesia franca se vieron envueltos en la política del reino más que el papa Gregorio. Tal sucedió con el ya mentado Leudegasio, obispo de Maguncia; con el obispo Leudemundo de Sitten o con san Arnulfo de Metz.

193

El santo de Metz reo de alta traición

Ya al poco de hacerse con el poder Clotario II había habido en Burgundia una conjuración, en la cual había jugado un papel importante un pastor de la Iglesia.

En el conflicto en torno a la reina Brunichilde habían sido eliminados varios personajes relevantes del *regnum Burgundiae,* como el mayordomo Protadio (604) y su enemigo el patricio Wulfo. Clotario II nombró duque al *herpo* del «cantón transjurásico», en el oeste de la Suiza actual; se trataba de un francoburgundio que se había pasado a su bando desde el comienzo. Pero fue también asesinado por orden

[9] Fredeg. 4,20 s.; 4,24 ss.; 4,38; 4,40 ss. Joñas, Vita Columb. 28. Lib. Hist. Franc. 40. Vita Marri appendix. Keller, Reclams Lexikon 317 s. Taddey 197. Altaner/Stui-ber 467. LMA V 624. Schuitze, II 165 s., 168 s. Mühibacher I 40. Cartellieri I 85 s. Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 119. Zwólfer 70. Delius, Geschichte der irischen Kirche 107. Zatschek 20 ss. Löwe, Detschland 67 s. Büttner, Geschichte des Elsass 37 ss. Haller, Entstehung 305 s. Steinbach,.Das Frankenreich 35 ss. Pórtner 27. Maier, Mittelmeerweit 243 s. Doppelfeid 627. Schiesinger, zur poli-tischen Geschichte 26 s. Antón, Fürstenspiegel 51. Ewig, Zum christiichen Kónigs-gedanken 19,21 s. Id., Die frankischen Teilungen 708. Id., Das Merowingische Frankenreich 400 s. Id., Die Merowingerzeit 56s. Id., Die Merowinger 51 s., 117. Angenendt, Taufe und Politik 161. Bund 287 ss. Bleiber, Das Frankenreich 139 s. Sobre los vaticinios *ex eventu* en la Biblia ver Deschner, Abermals, cap. 16, p. 114 ss.

del patricio Aletheo, asimismo desertor en 613, y del obispo Leudemundo de Sitten. Éste corrió a la corte, que por entonces se encontraba en Marlenheim cerca de Estrasburgo y notificó a la reina Berthetrude que su esposo moriría y que Aletheo, un (pretendido) vástago real burgundio, sustituiría en el reino y en el lecho al rey eliminado. El obispo de Sitten aconsejó a Berthetrude que enviase a la ciudad y se apoderase en cuanto pudiera del tesoro estatal. Clotario, que tuvo noticia de la conspiración, marchó a sangre y fuego contra los levantiscos e hizo ejecutar a Aletheo, aunque perdonó la vida al obispo Leudemundo, que se había refugiado en el monasterio de Luxeuil.[10]

Mucho más implicado en la gran política se vio el traidor Arnulfo, el fundador de la casa carolingia.

Este vástago de un linaje asentado entre Metz y Verdun, hijo de «padres distinguidos y muy acaudalados», como da por cierto su *Vita,* había entrado ya de muchacho en la corte del rey austrio Teudeberto II (595-612) y más tarde como *domesticas* —cargo que por entonces mediaba entre los *comités* (condes) y los *duces* (duques)— llegando a mandar sobre una serie de cantones fiscales, sobre seis realengos.

Gracias a ello había ayudado, junto con Pipino el Viejo y una oposición de la nobleza austria, al neustrio Clotario II a hacerse también con el dominio sobre Austrasia y Burgundia; había llamado al enemigo del país contra la propia casa real, con lo que éste había penetrado en 613 hasta Andernach. Y gracias a ello ya al año siguiente el traidor Arnulfo fue nombrado obispo de Metz, pastor supremo de la capital del país, a cuyos reyes traicionó. Naturalmente que el futuro obispo santo —como señala su biógrafo, un monje coetáneo— aceptó sólo «con lágrimas y a la fuerza, porque así agradaba a Dios». Y mientras presidió el obispado obtuvo asimismo —y desde luego también una vez más «contra su propia voluntad»— «el puesto de mayordomo de la corte y la dirección del palacio real». (El otro traidor, aludido aquí por vez primera, el amigo Pipino el Viejo, acabó siendo mayordomo en la corte de Dagoberto I.) Y para que no cayese sombra alguna sobre el rebelde,

193

pronto se santificó cuanto le rodeaba: su mujer, la noble santa Ita; las hijas, santa Gertrude y santa Begga; la hermana, santa Amalberga, «y algunos otros parientes colaterales» (Mühlbacher); unas y otros venerados hasta hoy, al menos en Bélgica.

Según parece, la conciencia atormentaba al desleal Arnulfo por sus infamias, que marcan un hito en la historia, y en alguna ocasión planeó su entrada en un monasterio. Prefirió, sin embargo, ocupar la sede episcopal de Metz (614) y en 623, tras el nombramiento de Dagoberto I, hijo de Clotario, como virrey de Austrasia, asumió con Pipino el gobierno de regencia.

El alevoso cambio de frente del «muy bienaventurado señor obispo» Arnulfo *(beatissimo vero Arnulfo pontífice:* Fredegar) se lo había hecho pagar. Y, por decirlo de alguna manera, Arnulfo alterna entonces las funciones militares con las pastorales. Militarmente actuó, por ejemplo, en Turingia en 624 y en el aplastamiento de la rebelión del maniobrero Crodoaldo, cuya «cabeza fijó en la puerta de su alcoba»

[10] Fredeg. 4,26 ss.; 4,43 s. Haller, Entstehung 305-s. Boehm, Geschichte Bur-gunds 80 ss. Zarschek 22. Zollner, Die politische Stellung 113 s. Ewig, die Merowinger 119. Bleiber, Das Frankenreich 145 s. Bund 294 ss;

(Fredegar). «¿Quién podría describir su valor en la guerra, su arte en la conducción de las tropas? A menudo superó en la lucha a los escuadrones de pueblos enemigos», comenta con entusiasmo la *Vita Arnulfi* (redactada por varios testigos presenciales). También como padre conciliar defendió el obispo Arnulfo la buena nueva cristiana en los sínodos de Reims (626) y de Clichy (627), antes de retirarse efectivamente en 629 a una vida sedentaria en el territorio de los Vosgos, cerca del monasterio de Remire-mont.

Ya a finales del siglo VIII empieza su veneración litúrgica y se menciona por vez primera la fiesta de san Arnulfo. Uno de sus hijos, Clodulfo, fue asimismo venerado como santo y nombrado tercer sucesor de su padre en la sede episcopal de Metz (que ocupó 42 años), siendo por lo demás persona tan insignificante que Paulo el Diácono, el cronista más antiguo de la iglesia de Metz, no sabe destacar otra cosa en él sino que fue hijo de su padre, «un vástago de noble tronco». El otro hijo de san Arnulfo y de su esposa Doda (por supuesto asimismo «hija de una noble casa», que después entró en el monasterio de Tréveris), llamado Ansegisel (Adalgisel), caído más tarde en el curso de las luchas nobiliarias, desposó a Begga, la hija mayor de Pipino el Viejo. De su matrimonio nació Pipino el Medio.[11]

También en Burgundia se dejó sentir más tarde y con gran fuerza la ambición de poder de los obispos. Así lo prueban las actuaciones de pastores como Leodegar de Autun, Genesio de Lyon, Savarich de Auxerre y su sucesor Hainmar. Éste parece que hasta se adueñó de todo el ducado de Burgundia y que colaboró con el levantisco duque Eudo de Aquitania. Por orden de Carlos Martell el obispo Hainmar acabó siendo hecho prisionero y asesinado en un intento de fuga.[12]

195

El año 622-623 Clotario y su hijo Dagoberto hicieron de nuevo la guerra contra los sajones con gran contingente de fuerzas, comportándose bárbaramente contra su caudillo. «El rey devastó todo el territorio sajón, exterminó a su población y no dejó con vida a nadie que fuese más alto que su espada, la llamada Spada. El rey lo estableció como ejemplo en aquella región...» *(Líber historiaefrancorum).* Clotario murió en 629 y fue enterrado en la iglesia de San Vicente en París.[13]

«Miedo y terror» y la plegaria permanente bajo Dagoberto I

El joven Dagoberto gobernaba en Austria como virrey ya desde 623, guiado y aconsejado por Pipino y por el obispo Arnulfo de Metz. A la muerte del rey su padre en 629, Dagoberto se impuso como soberano único, trasladó la sede de gobierno de Metz a París, ciudad que convirtió definitivamente en el centro de la soberanía real franca y siendo el último merovingio que gobernó sobre todo el reinado franco (629-638/639).

---

[11] Fredeg. 4,40; 4,52. Paulo Diác. Gesta episc. mStt., en MG script. II 260 ss. Vita Arn. c.2 ss, cit. c.2, c.4, c.7. RGAK I 436, LThK I[1] 700. Taddey 46, 223. LMA i 678,1018 s., III 429. Mühibacher I 37 ss. Stamer 31. Oexie, Die Karolinger 250 ss., 361. Hiawitschka, Die Vorfahren Karts des Grossen 50 ss.

[12] Zollner, Die politische Stellung 116 s.

[13] Lib. Hist. Franc. c. 41. Fredeg. 4,56. Ewig en HEG U 408 habla «de la *reordenación del reino»* introducida por él.

A su hermano menor, Chariberto II, capaz ya de reinar y que asimismo aspiraba a la herencia paterna, rápidamente lo redujo Dagoberto a un rincón en el suroeste. Allí pudo gobernar como virrey sobre Aquitania y en 631 someter a los vascos rebeldes. Por los años 629-630 el rey liquidó en Burgundia a los partidarios de Chariberto, incluidos su tío y mentor Brodulfo así como otros adversarios de su propia soberanía. Al resto, y «a todos los obispos» los sometió. Y cuando el propio Chariberto murió uno o dos años después y, con sorprendente rapidez, le siguió en la muerte su hijo pequeño Chilperico, «se dijo que había sido muerto por instigación de Dagoberto», comenta Fredegar. Y Dagoberto volvió a adueñarse de la separada Aquitania y de los tesoros de Chariberto.[14]

El señor soberano hizo virrey de Austria a su hijo de dos años Sigiberto III, con residencia en Metz. La regencia del niño la ejercieron el obispo Kuniberto y el duque Adalgisel, yerno de Pipino, que tuvieron un amplio campo de acción. Especialmente el obispo Kuniberto, que ocupó la sede de Colonia hacia 626 y que murió después de 648, en tanto que educador tanto de Dagoberto como de Sigiberto III fue uno de los prelados austrios más influyentes.[15]

Entretanto el rey iba reforzando su reino. En el sur derrotó a los vascos, en las regiones del norte avanzó contra los frisones y extendió sus dominios más allá del Mosa y del Waal. Allí apoyó a los sacerdotes cristianos mediante un edicto que obligaba a bautizarse. Allí trabajó especialmente el monje y obispo Amando, que fundó dos monasterios en el territorio de Gante y otro en Tournai, Saint-Amand. También el obispo Kuniberto «actuó» por encargo de Dagoberto como misionero frisón en la protección del castillo de Utrecht así como en las zonas fronterizas del nordeste del reino, en el curso superior del Lippe y del Ruhr; regiones que después jugaron un papel importante en la matanza sajona de Carlos.[16]

196

Al haber adquirido un poder enorme, Dagoberto I fue celebrado y exaltado por el clero, aunque había despedido a su mujer y tenía simultáneamente, además de numerosas concubinas (cuya mención «sería demasiado larga», dice Fredegar), tres mujeres: Nanthilde, que era una antigua criada, Wulfgunde y Berchilde. Sin embargo, los círculos clericales ensalzaban al libertino, expoliador de sus vasallos, con acentos bíblicos cual soberano justo. Favoreció así a muchos obispados, especialmente el de Augsburgo donde regularmente se rezaba por él, y los de Constanza, Basilea, Estrasburgo y Espira. Hacia 637 fundó la diócesis de Téruanne (Boulogne) y dotó de generosos privilegios a los monasterios, entre los que prefirió, como ya su padre Clotario, las casas de misioneros irlandeses cual centros de educación para los retoños de la nobleza. El rey contribuyó con bienes del erario público a la fundación de las abadías de Solignac y Rebais y asimismo hizo erigir el monasterio de Emo, junto al Escalda, en terrenos reales. Promocionó resueltamente la abadía de St.-Denis, que más tarde sería panteón famoso de los soberanos francos y franceses, a la que dotó de extensas posesiones, muchas de ellas fruto de confiscaciones de las tierras de los «rebeldes» eliminados por él, otorgándole asimismo parte de los

[14] Fredeg. 4,53; 4,57 s. Mühibacher 142. Ewig, Die Merowinger 126 s., 140. Bleiber, Das Frankenreich 148, 152.

[15] Fredeg. 4,56; 4,67; 4,75. LMA 1104. Mühibacher 142. Ewig, Die Merowinger 131. Bleiber, Das Frankenreich 156.

[16] LMA I 510. Ewig, Die Merowinger 131. Bleiber, Das Frankenreich 152 ss.

ingresos aduaneros del puerto mediterráneo de Marsella: «tan grandes tesoros y tantas *villae y* posesiones en diversos lugares, que en la mayoría de la gente provocó una gran admiración» (Fredegar). Y, siguiendo el ejemplo del rey Sigismundo en St. Moritz y del rey Guntram en St-Marcel de Chalón, también Dagoberto introdujo en la basílica de París (en parte «dotada abundantemente por él» con oro, plata y piedras preciosas) la *«laus perennis»,* la adoración perpetua. El rey fomentó asimismo el culto de san Dionisio. Mantuvo además a su alrededor un círculo de varones con intereses religiosos, en el que figuraba un santo, san Eligió, entonces orfebre y monedero y más tarde obispo de Tours.

Misión y matanza

Bajo Dagoberto I, entre cuyos consejeros principales se contaban Arnulfo, obispo de Metz, y el obispo de Colonia Kuniberto, se combatió cada vez más contra el paganismo de la ribera izquierda del Rin y fueron bautizados a la fuerza todos los judíos del reino. (También en el este se llevaron a cabo diversos ataques antijudíos y la expulsión de los judíos de Jerusalén.) Y asimismo con un edicto que imponía el bautismo abrió Dagoberto la misión de los frisones, a la que se había obligado formalmente el obispo Kuniberto. Y al igual que el rey guerreó en el sur, el oeste y el norte y del mismo modo que combatió a vascos, bretones, sajones y frisones, también invadió el primer reino eslavo, el gran reino del mercader franco Samo, que se extendía desde el Erzgebirbe o los Montes Metálicos hasta los Alpes orientales. En 631 quiso Dagoberto aplastarlo con ayuda de los longobardos y mediante un ataque en tenaza por el oeste y por el sur. Pero su ejército acabó sufriendo una catástrofe en Wogastisburg (Kaachen junto al Eger) después de una batalla que duró tres días. Los serbios entre el Saale y el Elba, que ya estaban bajo la soberanía franca, se unieron después a Samo, el cual gobernó durante 35 años. Por lo demás, las tierras del Meno y el ducado de Turingia continuaron siendo, como lo habían sido antes, regiones especialmente militarizadas, líneas de vanguardia francas contra avaros y eslavos.

197

Tal vez estuvo relacionado con el descalabro de Wogastisburg un espantoso baño de sangre del piadoso Dagoberto (con gran probabilidad) el año 631-632, cuando miles de búlgaros habían huido de los avaros a territorio de Baviera. Al norte de la actual Linz el rey hizo asesinar «en *una* noche» a quienes con sus mujeres y niños buscaban su protección, violando las leyes de la hospitalidad y para liberarse así de inmigrantes indeseados (y sobre todo de sus dirigentes).

La única fuente, que narra el genocidio de los búlgaros, se encuentra en Fredegar (4,72): «Tras su derrota fueron expulsados de Panonia los búlgaros, 9.000 hombres con mujeres y niños, que se volvieron a Dagoberto rogándole los acogiese en tierras francas para un asentamiento duradero. Dagoberto dio orden a los bávaros de que los acogiesen durante el invierno, mientras él se asesoraba con los francos sobre lo que se haría después. Cuando se hubieron distribuido entre las distintas casas de los bávaros, ordenó a éstos Dagoberto —tras haber tomado consejo de los francos— que cada uno de ellos matase una determinada noche a los búlgaros con las mujeres y niños que tuviera en su casa. Y los bávaros lo llevaron a cabo de inmediato». Y de

las 9.000 personas sólo escaparon a la matanza 700 (que huyeron a través de la Marca de Windisch al ducado de Walluc).[17]

El motivo principal de aquella inaudita carnicería fue probablemente «la aniquilación de la clase dirigente búlgara» (Stórmer). En principio aquello nada tuvo que ver con la «misión»; pero sí con una *Ostpolitik,* una política oriental, que a su vez sí tenía mucho que ver con una «misión». «Misión, catolización y cura de almas aparecen en el siglo VI-VII en íntima conexión con el rey franco, con el duque delegado de Baviera y la aristocracia franca del oeste y del este», escribe Kari Bosi a renglón seguido de narrar la gran matanza para añadir después: «No es casual el nombre del último gran rey merovingio Dagoberto I, que llevó a cabo una vigorosa *Ostpolitik,* fuertemente destacada en la Lex Baiuarium... Se sabe de la estrecha colaboración entre Dagoberto y san Amando...».

198

Más aún, se sabe que el *«rex torrens»* fue tenido por santo al igual que otros asesinos de poblaciones enteras, como Carlomagno o como Carlos «el Grande». Y, finalmente, se sabe que san Amando reprochó al rey Dagoberto

—«cosa que ningún otro obispo se atrevió a hacer»— *«capitana crimina»* crímenes gravísimos; aunque tales *crimina,* que un santo echó en cara a otro santo, se referían menos a la vida sexual del soberano que a su actuación violenta.[18]

Pero eso fue una excepción. Pues nada impidió a los viejos cronistas el que comparasen a Dagoberto, el gran degollador, el iniciador de la matanza búlgara y hombre sin escrúpulos en general, con Salomón, el *«rex pacificas»* por antonomasia, ni el que lo exaltasen como «benefactor de las iglesias» *(ecciesiarum largitor),* como «vigorosísimo padre nutricio de los francos» *(fortissimus enutritor francorum),* que procuró la paz a todo el reino y que se ganó el respeto de los pueblos vecinos; lo que tampoco impide que leamos:

«Llenó de miedo y terror todos los reinos de su entorno» *(Líber historiae francorum).* No obstante lo cual, o precisamente por ello, el «grande» y «poderoso» rey merovingio, el amigo de los monjes, Dagoberto, que murió tras breve enfermedad el 19 de enero de 638-639, continúe viviendo todavía hoy, y especialmente en Francia, como «el buen rey», como el *«bon roi* Dagobert».[19]

A la muerte del rey, y de acuerdo con lo ordenado por él, el reino franco se dividió entre sus dos hijos: Austrasia correspondió a Sigiber-to III y Neustria y Burgundia a Clodoveo II, que sólo contaba cuatro años, gobernando como regente la reina madre Nanthilde, aunque no sola. Como ambos sucesores al trono eran menores de edad,

---

[17] Fredeg. 4,53; 4,58 ss.; 4,65; 4,68; 4,72; 4,74 ss. Lib. Hist. Franc. 42. LMA III 429 s. V 790. HKG II 2 117 ss. Hauch I 301. Schuitze II 179 ss. Cartellieri I 106 s. Schnürer, Kirche und Kultur 1243 s. Zwólfer 70. Levison, Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 148 ss. Büttner, Die Alpenpolitik 86. Stamer 31. Lówe, Detschland 72. Bosi, Bayerische Geschichte 28. Id., Der «Adeisheiliger» 170. Id., Europa im Mittelalter 79. Maier, Mittelmeerweit 309. Lasko 214. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedanken 19,21. Id., Die Merowingerzeit 58 s. Id., Der Martinskult 18. Id., Die Merowinger 127 s. Ludwig 20. Lautermann 867. Donnert 301. Labuda 241 ss. Flaskamp, Die frühe Friesen- und Sachsenmission 185 s. Antón, Fürstenspiegel 49. Stór-mer, Früher Adel 204. Steinbach, Das Frankenreich 25, 38. Vernadsky 264 s, 304. Schiesinger, Zur politischen Geschichte 39. Kunstmann 9 ss., 17 ss., 24 ss. Reindel, Grundiegung 115 ss. Maycr-Sickendick 145 s. Angenendt, Frühmittelalter 188.

[18] Zender, Die Verehrung des hl. Kari 100. Bosl. Der «Adeisheilege» 170,174 s. Stormer I 204. Ewig, Die Merowinger 140.

[19] Lib. Hist. Franc. 42 s. LMA III 430. Ewig, die Merowinger 139.

el poder real lo ejerció en cada territorio un mayordomo noble: Grimoaldo en Austrasia, Erchinoaldo en Neustria y Flaochad en Burgundia.[20]

El mayordomo *(maior domus,* maestro de palacio), un viejo cargo presente en casi todas las tribus germanas, fue al comienzo un funcionario palaciego como muchos otros. Pero a finales del siglo VI pasó de ser administrador de la casa real a administrador de la economía del Estado, aunque sólo entre los francos. Tomó el mando de las tropas palatinas, las «antrustiones», la guardia real, así como la superintendencia de los crondomanos, y pronto se convirtió en el cargo más prestigioso y poderoso de la corte. Pasó a ser también el educador del príncipe y el general en jefe de las fuerzas, una especie de regente, que gobernaba durante la minoría del rey o en el gobierno débil del mismo. Mediaba entre éste, al que apenas era inferior en poder táctico, y la alta aristocracia de la respectiva porción del reino, bajo cuya influencia ya había caído hacia el 600, como su representante frente al rey, actuando unas veces en favor de los intereses de unos o de otros y sobre todo en favor de los propios.

199

Ya en la lucha de aniquilación de Fredegunde y de Brunichilde el mayordomo había participado de forma determinante. Y a fines del siglo VII, cuando ya se le dio el título de «virrey» y de «príncipe de los francos, cuando ya las partes del reino se habían convertido definitivamente en reinos parciales, los mayordomos luchaban ya como verdaderos regentes por la soberanía suprema. Por el contrario, los reyes merovingios fueron cada vez más figuras decorativas, muñecos del trono. Rara vez alcanzaron los treinta años de vida. Vagaban en el lujo y la crápula por cualquiera de sus grandes fincas, encarnando la figura del *«roifainéant»,* del rey holgazán, aunque conservando ciertamente la legitimidad.[21]

Antes de seguir bajo los últimos movimientos agónicos de esta dinastía la llegada y triunfo de los carolingios, echaremos una ojeada de conjunto a la Iglesia cristiana, y especialmente al alto clero de la época. Podrá ser muy instructiva.

[20] Fredeg. 4,79 s. Ewig, Studien zur merowingischen Dynastie 50, nota 194.

[21] Mühibacher I 41, dtv-Lexikon 8, 213. LMA IV 1974 s. Haller, Entstehung 306. Maier, Mittelmeerweit 322 s. Lasko 214. Daniel-Rops 482. Ewig, Die Merowinger und das Imperium 51 ss. Schneider, Das Frankenreich 16. Butzen 35 s. Bleibcr. Das Frankenreich 140 s., 157. Schuitze, Vom Reich der Franker 82.

201

CAPÍTULO 9. LA IGLESIA EN EL PERÍODO MEROVINGIO

«El reino franco *de los merovingios... fue una época bañada en sangre y asesinatos, llena de las tragedias más espantosas, a la vez que repleta de celo creyente y de santidad.»*

FRANZ ZACH, CATÓLICO[1]

«Nadie en la historia volvió a fundar tantos monasterios...»

P. LASKO[2]

«... un periodo sangriento de la Iglesia franca».

A. HUACK[3]

«Por doquier reinó la violencia desnuda [...]; el espectáculo renovado de continuo de crímenes casi incalificables.»

DANIEL-R.OPS, CATÓLICO[4]

203

En el período merovingio Galia era ya fundamentalmente cristiana, y se cristianizó cada vez más.

Cierto que su inscripción más antigua, cristiana con toda seguridad, sólo procede del año 334 y de Lyon; pero hoy se ha perdido. Y cierto que por entonces los cristianos todavía representaban una minoría, incluso en las ciudades, en las que residían los emperadores cristianos, y naturalmente sus colaboradores cristianos asimismo.

Comoquiera que sea, la difusión del cristianismo en las Galias ya había hecho evidentemente rápidos progresos a finales del siglo ni, y según parece ya hacia 250 había allí obispos: en Toulouse san Saturnino, en Arles Marciano, en París san Dionisio, y en Narbonne, donde algunas décadas después hay testimonios de un cementerio cristiano, un tal Pablo. Y en cualquier caso tales obispos, al igual que los de Tours, Clermont y Limoges, no eran en modo alguno delegados de Roma. La pretendida misión romana es sin duda una falsedad del siglo V o del VI, una tentativa del papado por afianzar su autoridad. Y, naturalmente, semejante falsedad tenía también que asegurar el origen apostólico de dichos obispados galos. El mismo motivo se encuentra también en España.[5]

Pero en el siglo IV pululan ya en las Galias las sedes episcopales. También en los territorios belga-germánicos hay cada vez más obispados: en Orleans, Verdun, Amiens, Estrasburgo, Espira, Worms, Basilea, Besancon, Chalon- sur-Saóne... Para

[1] Zach84.
[2] Lasko 215.
[3] Hauck, comp. nota 13.
[4] Daniel-Rops, comp. nota 11.
[5] Todas las referencias de las fuentes en E. Demougeot Gallia 1 RAC VIII 894 ss., 905 ss.

no hablar de otros más antiguos, como eran los de Tréveris, Metz y Colonia, todos los cuales —al igual que los de Tongern y Maguncia— afirmaban con falsedad ser fundaciones de discípulos de los apóstoles. A finales del siglo v, cuando Galia se convirtió en el «epicentro» de la historia de Occidente, allí ejercían su ministerio unos 115 obispos, casi exclusivamente en ciudades. Y al acabar el siglo VI ocupaban el país galo 11 sedes metropolitanas con 128 diócesis: la de Aries tenía 24 obispados. Burdeos 17, Bourges 9, Lyon 10, Narbonne 7, Reims 12, Rouen 9, Sens 7, Tours 8, Tréveris 9 y Vienne 5.[6]

203

UNA ESPECIE DE SANTA ÚLCERA CANCEROSA

Esa época, en la cual se abre la historia alemana y europea como una úlcera cancerosa, en la cual el cristianismo infecta el mundo germánico y se forja el predominio de la nobleza franca y surge desde el siglo VII la típica sociedad medieval de realeza, iglesia y nobleza, fue una época que se caracterizó, como pocas antes lo habían hecho, por pasiones desenfrenadas y atrocidades sangrientas, traiciones y crímenes sin cuento.

Intrigas palaciegas, querellas dinásticas, traiciones incesantes, la eliminación sin escrúpulos de reyes y príncipes (la edad media de vida de los merovingios fue de 24,5 años) así como las campañas bestiales de eliminación de familias enteras fueron realidades tan cotidianas como las borracheras y las epidemias, las hambrunas y los saqueos. La historia de Galia en el período merovingio constituye una crónica singular de la barbarie. La administración, el comercio y la agricultura, todo se derrumbó en mayor o menor medida, triunfando plenamente el crimen.

Y, sin embargo, hay historiadores, que juzgan: «... por doquier no tan sólo una vida política enormemente animada, sino también un impulso consciente de avance de las diferentes fuerzas del Estado; pocas veces una casa reinante ha producido una serie ininterrumpida de talentos como la merovingia» (Schuitze). Primero, guerras por todas partes, con cuyos saqueos se forjó un reino poderoso (y violento); más tarde, entre 561 y 613, una guerra civil casi incesante, por la que ese reino volvió a descomponerse, y unas atrocidades continuadas, incluso bajo los *«rois fainéants».*[7]

En teoría los merovingios reinaron de acuerdo con la voluntad del «pueblo»; en la práctica, y ya desde Clodoveo, fueron soberanos absolutistas. Desapareció la asamblea popular en sentido político, la potestad judicial pasó al rey, el cual adquirió cada vez más derechos, y especialmente el de la no responsabilidad jurídico-penal. ¿No pudieron aquellos gobernantes hacer siempre lo que quisieron? «Pero, intrépido como era —y son palabras de Gregorio de Tours describiendo a un rey merovingio, palabras que en el fondo habría podido decir de cualquiera de ellos—, subió a su caballo, galopó hasta ellos y los tranquilizó con buenas palabras; pero después hizo apedrear a muchos de ellos.»

Además, la Iglesia contribuyó notablemente al incremento del poder real. Cierto

[6] Ibíd. 897 ss., 913. Hauck 952 I 5 s. Gottiieb 26. R. Schneider, Das Frankenreich 84.

[7] Schuitze II 228. Daniel-Rops 307. Ewig, Studien zur merowingischen Dynastie 51 nota 200. Maier, Mittelmeerweit 308. Prinz. Adel und Christentum 5 ss. Id., Frühes Mónchtum 144. Richards 219. Pirenne, Mohamed und Kari der Grosse 36.

que entre tales gobernantes faltaron casi por completo los santos. Únicamente algunas reinas alcanzaron la santidad. Pero aún hubo más: Clotario I, por ejemplo, tuvo cinco *«reginae»;* Chariberto I, cuatro; y lo mismo Dagoberto I, y sin que se diera una poligamia «en sentido estricto», cual pretende un tanto optimista Ewig. Pese a lo cual la Iglesia exigió obediencia a quienes obtenían su autoridad «de Dios» y agregó a la potestad política del rey «la dignidad regia entendida en un sentido religioso y moral» (Tolksdorf); «los obispos precisamente partían del supuesto de que el poder del rey era ilimitado» (A. Hauck).[8]

205

Difícilmente hubo jamás en Europa un período más anárquico que estos primeros siglos de la Edad Media. Y, sin embargo, el clero no pensó en prohibir que se interviniera. A los prelados no les incitaba demasiado el deseo del martirio. Y la misma Iglesia llegó a disfrutar de todos los saqueos y rapiñas. Sus bienes raíces, que ya habían aumentado en el siglo IV, se incrementaron entonces en forma desmesurada. Ya en el siglo VI sus riquezas crecieron «hasta el infinito» (Dopsch). «Durante el período merovingio jamás estalló una rebelión memorable de la autoridad eclesiástica, simplemente porque la Iglesia no estaba en oposición al poder civil, sino que colaboraba estrechamente con él» (Bodmer). En efecto, los obispos francos participaron en las luchas por el poder entre reyes y grandes, «aunque con armas materiales y no espirituales» (Bund), llegando hasta «la usurpación de facto... de instrumentos de poder estatales y militares» (Prinz).[9]

En realidad el alto clero y la nobleza primera son claramente las fuerzas impulsoras de aquella inmensa confusión- En medio del *imperium* establecen poderes semiindependientes haciendo que aquél se tambalee ora hacia un lado ora hacia el otro en crisis permanentes, que desembocaron en el caos.

Al igual que el poder de los reyes, también el de la nobleza se cimentó ya durante el período merovingio no tan sólo en la política y la economía, sino también en un «carisma de concepción religiosa, que los subordinados le reconocieron». Esto condujo incluso a un nuevo ideal de santo noble, y por ende también a una «justificación del orden de los señores constituidos» (Bosi).[10]

Ocho reyes sajones renunciaron a su corona e ingresaron en algún monasterio. Jamás hubo tantos santos, tal vez con la excepción de la época martirial con sus escuadrones de supuestos testigos de sangre. Sólo en el siglo VII se han contado no menos de ochocientos. Más aún, «ese siglo merovingio, tan decisivo para el desarrollo de Occidente», encontró «una expresión espiritual adecuada a la época en las vidas de santos», habiendo experimentado la hagiografía «un incremento indudable».

Los santos gozaron de un elevado prestigio. Edificaron grandes monasterios con iglesias pomposas. Lo mismo que sus biógrafos mantuvieron una inequívoca actitud positiva frente a la monarquía y la nobleza, siendo en su mayoría oriundos de familias aristocráticas. Hasta casi se podría tener la impresión de que «la nobleza era la antesala de la santidad», y podría hablarse de la «autosantificación» de la sociedad nobiliaria merovingia (Prinz). A la Iglesia eso le resultó tan beneficioso como la casta

---

[8] Greg. Tur. 4,49. Hauck ^952 1141. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedankcn 19 ss. Id., Studien zur merowingischen Dynastie 43. Toiksdorf 82 ss., 25.

[9] Dopsch II 206, 252. Bodmer 39, 68, 78, 80. Bosl, Der «Adeisheilige» 177. Weigel 86. Bund 348. Prinz, Herrschaftsformen der Kirche 2 ss.

[10] Bosl, Leitbilder und Wertvorstellungen 10.

de los señores. Su afán de dominio político-carismático, deteriorado por la apostasía de la vieja fe, lo afianzó con los recursos de la fe nueva, dando a tal afán una legitimación cristiana. Pero al mismo tiempo la época, y especialmente el siglo VII, se caracteriza por un «florecimiento» de la hagiografía y del gusto por lo milagrero; lo cual equivale «a la mayor falsificación de la historicidad», desembocando consecuentemente en «el estado de postración de la historiografía occidental». Todo sumado, aquello «fue el resultado de una barbarización, después de que la corriente antigua se hubiera secado» (Scheibelreiter).

206

IGNORANTE, CRIMINAL EN GRAN ESCALA Y BUEN CATÓLICO

Cierto que esa época, una época de gentes ignorantes, supersticiosas, falaces y sangrientas como la que más, no podemos enjuiciarla con nuestros modernos, ¡oh y tan éticos!, módulos modernos, no debemos actuar anacrónicamente contra la historia. Mas ¿podemos y aun debemos medir esa época, una época totalmente cristiana, con unos criterios cristianos? ¿Con ciertos criterios bíblicos, como los preceptos del Sermón de la Montaña o los mandamientos del Decálogo? Y justamente por mirarla así ¿no deberíamos reconocerla por sus frutos?

También al autor católico Daniel-Rops le produce esa época un sentimiento predominante de «horror», por «el espectáculo repetido de continuo de crímenes francamente incalificables». «Por doquier impera una violencia descarada y dispuesta a estallar en cualquier momento. Nada la detiene: ni los lazos familiares, ni los preceptos de la decencia más elemental y ni siquiera la fe cristiana.» ¿Ni siquiera? ¿Es que no permitió que todo aquello continuase? ¿No le otorgó ella la que podríamos llamar la consagración suprema, la sanción? ¿No se oraba por los gobernantes, los generales, los degolladores? ¿No se rezaba antes de las guerras, durante las mismas y después de las mismas? ¿Acaso no se participaba en las guerras y saqueos o no se le hacían continuas donaciones a la Iglesia con el botín de la guerra o del pillaje? ¿No se engordaban los poderosos con la miseria de las masas?

En opinión del propio Daniel-Rops hubo toda una serie de reyes santos que se hundieron en ese mundo de horror. Más aún, se ve obligado a «hacer la comprobación todavía peor» de que también los principios fundamentales del derecho entonces vigente, la base de la moral colectiva, «reflejan el mismo espíritu. Tal barbarización del derecho es en cierto sentido todavía más inquietante que las actuaciones criminales de las personas particulares; la Europa cristiana necesitó más tiempo para liberarse de la misma». ¿Para liberarse? La Europa cristiana no dejó de adoptar muchas de aquellas prácticas criminales, intensificándolas a menudo y bendiciéndolas. Así, se mantuvo la práctica jurídica romana de la tortura, al igual que la práctica germánica de las pruebas de inocencia, del juicio de Dios, del duelo sancionado jurídicamente. Rechazadas al principio de manera vehemente por el clero, todas esas barbaridades acabaron imponiéndose: «fueron tenidas por justas, si se las consagraba acompañándolas de oraciones; los obispos se declararon en favor de las mismas».[11]

[11] Bosl, Der «Adeisheilige» 186. Daniel-Rops 317 s. Comp. 314. Boussard 18. Scheibeireiter, Die

207

Así pues, no es que se abogase por determinados usos crueles, sino más bien por todo aquel sistema sangriento. La Iglesia se alineó sin reservas del lado de los canallas y los carniceros. Y mientras los actos violentos de los reyes son cada vez más desenfrenados, la cadena de la venganza de sangre no termina nunca, se multiplican los asesinatos de parientes precisamente entre los grandes, el hijo católico mata al padre católico, el hermano al hermano que es católico como él, y el tío católico al sobrino católico; y mientras los robos de los reyes merovingios, los enemigos aniquilados que eran príncipes germanos, y el botín arrebatado de oro, joyas y armas ya casi no podían ocultarse bajo la bóveda subterránea del palacio de Brannaceum (Braine), el episcopado veía en aquellos criminales católicos coronados a los representantes legítimos de la autoridad estatal, a los representantes de Dios sobre la Tierra, entrando entonces en la liturgia eclesiástica la oración por los mismos, al tiempo que todos los obispos de la Galia «afirmaban sin reservas» la situación política (Vollmann).

Dado que la Iglesia se puso desde el comienzo del lado de los potentados merovingios como su aliada, pudo desarrollarse como no lo hacía desde largo tiempo atrás. Su influencia fue cada vez mayor y tanto el clero secular como el monástico llegaron a ser increíblemente ricos. Y en buena medida las catástrofes casi permanentes y el terror que casi nunca cesaba y toda la miseria ambiental favorecieron también considerablemente la aparición de las donaciones a la Iglesia. «Como la gente esperaba de las mismas protección y ayuda, y se veía amenazada de continuo por saqueos, incendios, asesinatos y violencia, se volvió a la Iglesia y a sus santos» (Bleiber). Y eso lo pagaba naturalmente el fiel creyente. Máxime cuando se sumaban las peores catástrofes naturales, supuestos actos punitivos y justos de Dios. Y las guerras. También se entendían las guerras como justos actos de venganza del Señor. Pero la guerra fue una realidad cotidiana y se consideró sin más como una fuente de enriquecimiento, como un hecho con el que se asociaba como algo natural la idea de un botín abundante.

La Iglesia no pensó en oponerse. Su trigo aumentaba. Sólo entre 475 y los comienzos del siglo VI se multiplicó por diez el número de monasterios galos; pero en la primera mitad del siglo siguiente se construyeron allí más abadías que jamás antes o después. Y con la vista puesta en la mitad del siglo VII un investigador moderno habla incluso de «un estado episcopal y monacal» (Sprandel). El episcopado, que fue una «gran potencia», no sólo económica sino también política (Dopsch), desempeñó en el reino un papel casi tan determinante como el que ejerció la monarquía soberana absoluta en la Iglesia. Ambas estuvieron estrechamente unidas y trabadas, pues también el gobernante tenía que mostrarse *«devotissimus» de* la Iglesia y —al menos en el período carolingio— se le consideró «como un clérigo» (Brunner).[12]

208

Toda esa época, cruel en extremo y extraordinariamente fraudulenta, fue a la vez muy «pía». Se generalizó la asistencia a la misa dominical: «al repique de las campanas

---

Verfáischung der Wirkiichkeit 299 ss. Angenendt, Frühmittelalter 232. Ver asimismo la nota siguiente.

[12] RAC VIII, Gallia I 920. RAC XII 902 ss. (Vollmann). Dopsch, reimpresión ^Wl II 253. Heinsius 14. Lasko 215. 287. Sprandel, Der merowingische Adel 49. Bosl, Der «Adeisheilige» 177. Bleiber, Das Frankenreich 135 s. Schulze, Vom Reich der Franken 80.

se aglomeraban en las iglesias» (Pfister). Y casi otro tanto se generalizó la comunión eucarística. Se cultivó celosamente el canto eclesiástico. Casi todo el mundo acudía a las procesiones. Las festividades católicas se celebraban como grandes fiestas populares. Se rezaba antes de empezar a comer y no se bebía ni un vaso de agua sin haberle hecho antes la señal de la cruz. Y no se oraba sólo a Dios, se invocaba continuamente a todos los santos imaginables. Se construyeron numerosas iglesias con columnas de mármol y paredes revestidas asimismo de mármoles, con vidrieras de colores y muchas pinturas; los ricos hasta tenían sus capillas domésticas. Los reyes trataban con santos, como lo hizo en 525-526 Teuderico I con san Galo en Colonia (el cual pegó allí fuego a un templo, «porque precisamente ninguno de los necios paganos se dejaba ver»; después de lo cual el incendiario se refugió en el palacio real). Childeberto I visitó a san Eusicio. Las reinas, como Radegunda por ejemplo, lavaban los pies a los obispos. A menudo las prédicas se hacían en lengua vernácula. Hubo predicadores famosos, como los prelados Cesáreo de Arles, Germano de París y Remigio de Reims. El metropolitano Nicecio de Tréveris parece que predicaba a diario y que en ocasiones hasta se presentaba como «obispo nacional» del reino de Reims, aunque era bastante ignorante en teología dogmática. Un escrito suyo a Justiniano lo proclama con penosa claridad; lo que no impidió a Nicecio presentar al teólogo del trono imperial como un «hereje» primitivo, ni gritarle —desde lejos— que *«tota Italia, integra África, Híspania vel Gallia coniuncta»* maldecían su nombre. La superstición más crasa era pan común. Se acumulaban reliquias de Roma y de Jerusalén, y se peregrinaba a las supuestas tumbas de los apóstoles para obtener la salud.

En una palabra, se estaba profundamente convencido «de la realidad y del poder del Dios vivo» (Heinsius). Abundaba «una fe vigorosa y fresca en Dios y su providencia; se trataba con lo divino, no como una abstracción o una idea, sino como una fuerza muy real. Esa convicción prevaleció entre todos, compartiéndola eclesiásticos y laicos sin distinción». Se consideró la primera mitad del siglo VII abiertamente como «un período floreciente de la Iglesia franca» (Hauck), a la que se vio «profundamente arraigada en el pueblo de los francos» (Schieffer), y a los obispos y los sínodos episcopales «aplicados al trabajo» (Boudriot).[13]

Dos representantes famosos

Cuando leemos la *Historia de los francos,* tan amorfa como detallada, de Gregorio de Tours, que es la fuente principal de esa época, nos sorprende que la misma cabeza en la que rondaba tan grotesca creencia en los milagros y en el diablo y que no parece tener otra preocupación que la de no mencionar alguno de sus oscuros milagros y signos —para él hechos incuestionables, *«gesta praesentia»*— y no conservarlos para

[13] Greg. Vita patrum 6,2. RAC VIII Gallia I 910 ss. Lecky, Sittengeschichte II 192 ss. Ampliamente Hauck 1176 ss., 191, 204 ss., 387. Comp. también U952 I 299. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 153. Marcuse, Die sexuelle Frage 39. Heinsius 13 s., 20. Zwólfcr 66. Pfister, Gaul. Institutions 145. Ewig, Der Martinskult 18. Schieffer, Winfrid-Bonifazius 57. Steinbach, Das Frankenreich 22. Boudriot I. Prinz, Heiligenkult 532. Id., Askese und Kultur 77 ss. Antón, Trier im frühen Mitte-lalter 136 s. Meyer- Sichendick 156.

la eternidad, nos sorprende, repito, que esa misma cabeza relate con el tono más realista y a menudo con una indiferencia casi amoral los horrores de la época sin admirar ni las muestras de conciencia decadente ni los héroes más criminales de la época.

Y es que así como dicho obispo no escribe una historia nacional o del pueblo, sino un tipo curioso de historia hagiográfica de la salvación, en la cual todo discurre exclusivamente según el designio de Dios y por permisión suya, bajo la intervención imperturbable de los santos, así tampoco juega papel alguno el «pueblo» franco, por mucho que valore la nueva forma de gobierno de los francos, la incontenible fuerza social y militar de sus dirigentes católicos, al menos de aquellos cuya *strenuitas* y *virilitas* aprovecharon a la Iglesia. Así no siente el menor escrúpulo ni conoce los conflictos entre lealtades, estando sin reserva en favor de la política brutal de los príncipes; es decir, en favor de sus crímenes, y sobre todo en la medida en que representaban la ventaja de la Iglesia católica. Lo cual significa, pese a todo, un estar a medio camino entre asegurar a la Iglesia una situación estable y al alto clero unas riquezas en constante aumento; personalmente pertenecía a ese clero. (Alguien ha observado que el ministerio episcopal, supuestamente tan agotador, dejó a Gregorio tiempo suficiente para escribir sus extensas obras.)[14] Sin duda que en la mente del santo no encajan por entero las guerras civiles y fratricidas, pues naturalmente le afectaban a él y a su Iglesia. Pero las guerras exteriores, las guerras encaminadas al engrandecimiento del reino exclusivamente cristiano, a la aniquilación de los «herejes» y especialmente los arríanos (cuatro veces cuenta la patraña de los padres de la Iglesia, según la cual Arrio reventó en el retrete), a la extinción de los paganos y demás infieles, nunca podían ser lo bastante terribles. Así, al comienzo del libro quinto de su *Historia de los francos* confiesa sin rebozo: «Ojalá también vosotros, ¡oh reyes!, combatierais aquellas batallas, que tanto sudor costaron a vuestros predecesores, de modo que los pueblos llenos de pavor por vuestra concordia hubieran de inclinarse ante vuestro poder. Recordad lo que hizo Clodoveo, con quien empezaron vuestras victorias: mató a los reyes, que eran sus enemigos, derrotó a los pueblos hostiles, puso bajo su poder a los nativos y además os dejó un gobierno sin divisiones ni debilidades».

210

Combatir batallas, matar reyes enemigos, subyugar a los pueblos hostiles y a los propios, a todo ello llama un famoso santo católico, después de más de medio milenio de cristianismo. Porque «los triunfos de los francos son también éxitos de Gregorio» (Haendler).

Incluso cuando se trata de un asesinato por motivos sexuales, actúa Gregorio como un «progresista» moderno. Sin pestañear cuenta el caso de la exuberante Deoteria. Estando su marido de viaje a Béziers, mandó a decir al rey Teudeberto: «Nadie puede resistírsete, amadísimo señor. Sabemos que eres nuestro dueño. Ven, pues, y haz lo que sea agradable a tus ojos». Y Teudeberto se acercó al castillo, hizo su concubina, su mujer, a Deoteria; y el obispo Gregorio llama a la dama católica (que después empezó a temer la rivalidad de su propia hija y la hizo matar en Verdun) «una mujer

[14] RAC XII 895 ss., espec. 902 ss. (Vollmann). LMA IV 1679ss. (H.H. Antón). Thürlemann 90. Boussard 18. Angenendt, Frümittelalter 182 s., 192. Gutjewitsch 39 ss. Banniard, Europa 200 s. exalta también a Gregorio, aunque con limitaciones, como «Tácito de los merovingios» 154 ss. Gregorio exagera también en favor de los francos sin escrúpulo, por no decir que miente: cf. Beisel, Studien 287 s., nota 419.

hábil e inteligente». Tan hábil e inteligente como el propio Teudeberto. Pues —como proclama el mismo Gregorio— «gobernó su reino con justicia, honró a los obispos e hizo donaciones a las iglesias»; y «todos los impuestos, que hasta entonces habían revertido al tesoro real de las iglesias de Auvernia, se los condonó de gracia». Es decir, que Gregorio hace la vista gorda con la bien conocida doble moral católica.[15]

Otro famoso príncipe de la Iglesia, Gaius Sollius Modestus Apollinaris Sidonius, oriundo de la alta aristocracia galorromana, y obispo tan elocuente de palabra como pobre de ideas de la *«urbs»* Arvern (la actual Clermont- Ferrand), que vivía en una lujosa villa de su finca Aduati-cum, hasta exaltó el espíritu belicoso que ya alentaba en los niños francos. Sidonius escribió también cantos de alabanza, una «pompa fraseológica» (Bardenhewer), por los que fue nombrado conde de Auvergne y prefecto de Roma con el título de *Patricius:* en 456 a su suegro el emperador Avito, y tras su caída, en 458 a su rival victorioso el emperador Mayoriano, y más tarde al emperador Antemio. Acabó glorificando incluso al rey visigodo Eurico, al que durante años había combatido. Un típico representante de su profesión oportunista.[16]

Aduladores serviles y fervorosos del poder, o «ellos son los personajes que actúan»

211

Aunque se ha discutido largamente sobre las prelacías, está claro que entonces, como en el futuro, la religión nada tenía que ver habitualmente con la llegada al ministerio episcopal. La misma teología —una vez orillado el problema del semipelagianismo— apenas si preocupaba a los señores eclesiásticos, que se interesaban mucho más por el lado económico y político de la prebenda. El cargo eclesiástico resultaba atractivo para las familias dirigentes a causa de su influencia. Desde el siglo IV los obispos ejercieron también funciones de derecho público y a finales de la Antigüedad se convirtieron en «señores de la *civitas»,* con lo que las fundaciones de monasterios, cada vez más frecuentes en sus ciudades, incrementaron aún más su poder. Baste citar al respecto en el siglo VI fundaciones tan importantes — favorecidas por la monarquía, aunque no instituidas por ella— como Saint- Pierre de Arles, Saint-Andochius de Autun, Saint-Marcel en Chalon-sur- Saóne, Sainte-Croix de Poitiers, Saint-Médard en Soissons, Saint-Germain- des-Prés en París, Saint-Germain de Auxerre, Saint-Pierre-le-Vif en Sens, el monasterio de Ingytrudis en Tours, etc. En el reino merovingio los obispos tenían desde hacía mucho tiempo una posición independiente en gran medida, que sólo bajo Pipino el Medio y Carlos Martell cambió personal y jurídicamente.

Si todavía en el siglo V y a comienzos del VI las familias senatoriales autóctonas se hicieron con las sinecuras episcopales, más tarde y con ayuda de sus gobernantes fueron cada vez más los grandes germano-romanos quienes se pusieron en marcha.

---

[15] Greg. Tur. 3,22; 3,25 s. Angenedt, Frühmittelalter 183, 190 s. Hendier, Die abendiandischc Kirche im Zeitalter der Volkerwanderung 131.

[16] Sidon, carm. 2; 5; 7. MG AA. epp. VIII/9 135 ss.. 187 ss., 202 ss. Der Kleinc Pauly V 176. LThK IX' 535 s. Tusculum Lexikon 239: Bardenhewer IV 652 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 171 s. Portner 36. Gautier 237, 273 s. Zóll-ner, Geschichte der Franken 164.

El ministerio episcopal constituyó para ellos «la coronación de una carrera... al servicio del rey» (Ewig). Muchos fueron «aduladores» *(adolatores)* repugnantes; una expresión que san Gregorio emplea repetidas veces, no sin agregar: «me duele tener que decir esto de los obispos». En las postrimerías del reino merovingio aparecen los máximos principados eclesiásticos. El negocio monetario, la simonía en todas sus formas, cunde por doquier y corrompe el episcopado, en la medida en que aún puede corromperse. «Todos los decretos, las prohibiciones todas de los concilios, que debían remediar el mal, quedaron sin efecto» (Fontal). Se prohíbe y —la doble moral— no se presta atención alguna. Y así durante siglos. Un sínodo tras otro intervienen sin eficacia alguna. Hasta los obispos simoníacos suscriben sin vacilar las prohibiciones de la simonía.[17]

Incesantemente se fue apoderando el alto clero de todas las facultades posibles. Se aprovechó, por ejemplo, de la liberación del servicio militar, que tan inflexiblemente imponía a los otros. Otro tanto ocurrió con la liberación de impuestos y arbitrios, que naturalmente gravaban a los demás. Por lo menos hasta el siglo V los obispos estuvieron exentos de la entrega anual de grano *(annona)* y de la contribución territorial rústica, correspondiente a todas las posesiones de la Iglesia, así como de los *munera sórdida* (trabajos sucios) y de los *extraordinaria* (prestaciones especiales). Lucharon por la emancipación de otras obligaciones públicas y por la obtención de nuevos derechos, como el derecho de asilo para sus iglesias, del que tanto se abusó.

212

Adquirieron, asimismo la jurisdicción (eclesiástica), el *privilegium fori*. Y cada vez ampliaron más su autoridad jurídica. Tuvieron la jurisdicción casi ilimitada sobre sus clérigos, y en ciertos casos hasta sobre los seglares, en tanto que personalmente sólo podían ser condenados por una asamblea episcopal. Y los jueces, que sin su autorización se pronunciaban sobre derecho canónigo, fueron excomulgados.

Dispusieron con plena autonomía de la administración de los bienes eclesiásticos. Se quedaban con la mayor parte de las donaciones de los príncipes. Cierto que la mitad de las ofrendas iba para el clero; pero los prelados retuvieron por entero los bienes raíces mucho más importantes. También podían volver a retirar a un clérigo desobediente lo que personalmente le habían entregado. Para cualquier cosa necesitaba el clero del permiso del obispo.[18]

Éste dominaba también en los monasterios. Era él quien decidía sobre los legados

---

[17] Greg. Tur, 5,18. Sin. Orange 529. Kadziela 30. Maier, Mittelmeerweit 220, 316 s. Boussard 13 ss. Ewig, Die lateinische Kirche 112. Cit. según Prinz, Die Rolle der Iren beim Aufbau der merowingischen Kiosterkultur 206 s. Prinz, Früher Mónchtum 121 ss., 152 ss. Id., Askese und Kultur 32 ss. Id., Herrschaftsformen der Kirche 16. Haendier, Die abendiándische Kirche 103. Ver asimismo 50 ss. Fontal 20, 41, 67 ss. Fink 60 s. Heinzelmann, Bischof und Herrschaft 37 ss. Kaiser, Kónigtum und Bischofsherrschaft 94 ss. Mekitterich, The frankish kingdoms 42 s. Orlandi/Ra-mos-Lisson 238. Angenendt, Frühmiltelalter 264. Scheibeireiter, Der Bischof 16 ss., escribe asimismo que el concepto de *nobilis* domina las vidas de los obispos merovingios y que no se dio realmente una ascendencia «común» en ningún obispo merovingio. P. 24, 30. Id., Der frühfránkische Episkopat 134 ss. «De hecho parece que apenas fue posible una carrera eclesiástica para los de origen humilde.» (136) Ver asimismo Banniard 78 s.

[18] Sin. Orí. (511) c. 14; 15. Sin. Orí. (538) c. 20. Sin. Orí. (541) c.7; 26; 33. Muchos otros cánones importantes en Fontal 247 s. Ver asimismo Demougeot RAC VIII 902 s. Kaiser, Bischofsherrschaft 67 ss. Id., Kónigtum und Bischofsherrschaft 94 ss. Angenendt, Frühmittelalter 178. Sobre la «potestad coercitiva del obispo» ver también Heinzelmann, Bischof und Herrschaft 65 s.

a los mismos, sometía a los abades en cuestiones de nombramiento y penales y tenía una autoridad casi ilimitada sobre los monjes. Por lo demás, éstos no guardaban sus votos de castidad, como tampoco los guardaban los sacerdotes seculares. Muchos abandonaban el monasterio y se casaban; también disponían de su peculio privado. Conviene no olvidar nunca la caracterización que hace H. W. Goetz: «El monacato medieval fue en cierto modo la vida de los señores en su modulación religiosa. Ahí radica un motivo esencial de su éxito [...]; muchos monasterios se convirtieron poco a poco en simples monasterios de nobles».[19]

Pero la influencia de los obispos fue tanto mayor cuanto que las creaciones germánicas de reinos de los siglos V y vi no tocaron para nada las posesiones de la Iglesia. Más aún, éstas crecieron con las extensas donaciones de los reyes en los siglos vi y vil así como por otras muchas transmisiones de bienes (con las correspondientes cuadrillas de braceros que dependían de las mismas); y crecieron con la compra y las disposiciones testamentarias de propietarios particulares. De ese modo la Iglesia pasó a ser en un breve período de tiempo «la mayor terrateniente después del rey» (Stern/Bartmuss). Y como, por otra parte, la nobleza senatorial galorromana ya no subió en el servicio del Estado germánico, el episcopado significó para ella «la única posibilidad de ejercer funciones rectoras (también de orden político)... De esa posibilidad hizo amplio uso la clase alta senatorial» (Vollmann). En la *Historia de los francos* de Gregorio de Tours los obispos aparecen en primera línea, «son los personajes que actúan» (Dopsch), son funcionarios políticos, sin «una determinada actitud interna» (Scheibeireiter). Y, según parece, sólo llegaba a obispo quien había pagado algo a cambio. Así

escribe el papa Gregorio I: «Según me han informado algunos, en Galia o en Germanía nadie podía llegar a la consagración [episcopal] sin haber pagado algo».[20]

El trono y el altar

Cierto que el poder y las riquezas cada vez mayores de la Iglesia provocaron ciertas tensiones y desavenencias. Pero monarquía y episcopado vieron que dependían uno del otro y trabajaron conjuntamente. La estructura jerárquica de la iglesia nacional franca sostuvo el sistema político, y éste a su vez la favoreció. Era el viejo negocio del *Do ut des.* Se impuso «un entrelazamiento apretado de Estado e Iglesia» (Aubin). Fueron precisamente las familias más poderosas del reino merovingio —las estirpes de los Waldebertos, los Burgundofarones, los Eticones, los Crodoinos, los Arnulfingios y los Pipínidos— las que reforzaron sus viejos privilegios mediante el cristianismo y hasta por obra de los santos que salieron de sus filas, los «santos

[19] Comp. por ejemplo Sin. Epaon (517) c.l9. Sin. Orí. (541) c. 11. HGK II 2, 112. Fontal 31,41 s. Angenendt, Frühmittelalter 178. Goetz, Leben im Mittelalter 65 s., 92. Ver también 113 s.

[20] Gregorio I ep. 5,50. RAC XII 897 s., 902 (B.K. Vollmann). Dopsch '1961 11 253. Stern/Bartmuss 60. Bleiber, Das Frankenreich 135 s. Fink 63 s. Nonn, Eine frán-kische Adeissippe 186 ss. Orlandis/Ramos-Lisson 238. Sobre la escasa confianza de Gregorio I en el clero secular ver, por ejemplo, Scheibeireiter, Der Bischof 112. Kaiser, Konigtung und Bischofsherrschaft 83 s. Naturalmente que los bienes raíces de la Iglesia bizantina también habían ido en aumento constante ya desde el siglo IV; ver Winkelmann, Die ostiichen Kirchen 137

domésticos». También los monasterios propios de la alta nobleza merovingia y el culto fervoroso de las reliquias y de los milagros que en ellos se practicaba fueron instrumentos de poder altamente mundanos, nuevas y sutiles formas de opresión con que se impuso el afán de protagonismo, y «en un sentido mucho más amplio de cuanto lo habían sido hasta entonces, fueron "baluartes de política y dominio"» (Prinz).

Mientras que era casi habitual cualquier tipo de rudeza y violencia contra los débiles, los indefensos y los pobres —que formaban la gran masa del pueblo casi en su totalidad—, los obispos fueron proestatales y amigos de los reyes, incluso cuando se trataba de personajes brutales. Por la otra parte, también los reyes, a menudo déspotas y los peores, cultivaron una política marcadamente proeclesiástica, protegieron activamente a misioneros y monasterios, se sometieron (ellos y sus funcionarios) en principio a la norma moral de los obispos que gozaban de tan alta estima y cuyo rescate de sangre *(Wergeld)* o multa expiatoria por un homicidio era, según la ley sálica, tres veces superior a la de un funcionario real y nueve veces más alta que la de un hombre libre.

Por descontado que aquellos príncipes reconocían también la autoridad eclesiástica del papa, quien a su vez difícilmente podía imponer sus decisiones contra la voluntad real. Los merovingios tuvieron con frecuencia eclesiásticos en la administración de su corte y otorgaban las sedes episcopales como sinecuras a combatientes beneméritos. Agasajaban a los prelados con enormes posesiones y privilegios a algunos de ellos, pero a casi todos los trataban con gran veneración.

214

No pocos intervinieron directamente en los negocios del Estado, como Gregorio de Tours, hombre de gran prestigio bajo Childeberto II (desde 585), que también se movió libremente en otras casas gobernantes y en cuya familia el episcopado casi se hizo hereditario. Ya su bisabuelo por línea materna, Gregorio de Langres —quien le dio el nombre—, había sido obispo. Su tío por línea paterna fue Galo, obispo de Clermont; Nicecio, obispo de Lyon, era tío abuelo suyo por parte de madre; y Eufronio, obispo de Tours, fue su primo y antecesor en dicha sede. El propio Gregorio refiere que todos los obispos de Tours, hasta cinco, estaban emparentados con su familia, que como dice repetidas veces era una familia senatorial, y que con la modestia y humildad propia de sus círculos asegura que era la primera.

Otros —aunque no de forma tan total como en la vecina Hispania— se mezclaron en la política con talante arbitrario. Muchos hasta alcanzaron en ella la «corona del martirio». Y, sin embargo, los dos mártires más ilustres de la iglesia franca. Pretéxtalo y Desiderio, no derramaron su sangre a manos de los paganos o de los «herejes», sino «principalmente por culpa de otros dos obispos, miembros de la misma Iglesia» (Rückert).[21]

---

[21] Greg. Tur. 5,49. Vita patrum 8. Ver asimismo la introducción de M. Gebauer. en Gregor von Tours, Fránkische Geschichte 115. LMA IV 1679 s. (Antón) Rückert, Culturgeschichte II 342 ss., 510 s. Hauck ^952 1127 s. 136. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1151 ss. Stern/Bartmuss 60. Maier, Mittelmeerweit 215 s. Strohe-ker, Senatorischer Adel 72 ss. Id., Germanentum 195. Zóllner, Geschichte der Franken 129, 132, 183 ss., 188. Lautermann 32. Claude, Die Bestellung 18 ss. Prinz, Entwickiung 238 ss. Id., Heiligenkult 538 ss. Id., Adel und Christentum 3 ss. Id., Herrschaftsformen der Kirche 6 s., 17 s. Sprandel, Der merowingischer Adel 49. Graus, Volk 338 ss. Id., Die Gewait bei den Anfángen 71. Bund 340. Aubin, Stufen 61 ss., aspee. 74 ss. Fleckenstein, Grudlagen und Beginn 41 ss. Kaiser, Konigtum und Bischofsherrschaft 85 ss. Angenendt, Frühmittelalter 263 s. Ver 299. Antón, Trier im frühen Mittelalter

En la Galia merovingia con más de cien obispados hubo de dos a tres mil prelados. De aproximadamente un millar conocemos sus nombres, y en su gran mayoría pertenecieron a la nobleza del país. De 27 inscripciones de tumbas episcopales, que se han conservado en la Galia de los siglos IV, V y VI, 24 de ellas señalan el origen nobiliario de los difuntos, por otras dos se deja suponer, y sólo un único epitafio del siglo IV, el del obispo Concordio de Arles, apenas permite su encuadre social.

Casi todos procedían de la nobleza, y con frecuencia pertenecían a familias pudientes. Poseían grandes fincas con termas, salones lujosos y bibliotecas. No sólo vivían con gran lujo, sino que ejercían todo tipo de política de poder,

«y ello no obstante, fueron venerados como santos por sus coetáneos» (Borst). Habiendo ascendido en los campos jurídicos, económico y social, también en ocasiones actuaron como potentados mundanos y dirigieron sus propias ciudades y hasta principados enteros. Por ejemplo, en la Aquitania septentrional, las de Poitiers, Bourges y Clermont; en Burgundia, las de Orleans, Châlons, Auxerre, etc. Los obispos más poderosos tenían posesiones especialmente extensas ocupando una posición casi feudal. Algunos hasta mantuvieron relaciones personales con el emperador de Bizancio. Fueron protegidos y dominados por reyes merovingios, convertidos en padrinos de bautizo de los príncipes. No tan sólo aceptaron su violencia sino que la apoyaron, sancionando complacientes sus guerras y crueldades. Para la mayoría de ellos los reyes contaban más que las prescripciones eclesiásticas, de las .que en caso de conflicto no tenían consideración alguna. Y naturalmente los reyes se procuraban prelados fiables y obedientes. De los 32 pastores reunidos en el sínodo de Orleans (511) ninguno se opuso a la exigencia del soberano de someter el ingreso en el clero a un permiso real.[22]

215

Se llegó así a la formación de una Iglesia nacional dirigida por el rey. El monarca tenía la autoridad sinodal; él convocaba los sínodos, tomaba parte en los mismos y, al menos Clodoveo, hasta fijaba el orden del día. Y no fueron pocos precisamente los sínodos que se celebraron. Así, en la Galia entre el sínodo de Agde (506) y el de Auxerre (695) se celebraron más de cincuenta asambleas eclesiásticas. El concilio V de Orleans (549) autorizó expresamente la intervención de los reyes en asuntos del episcopado, especialmente en la elección. En la asamblea del concilio de París, del 18 de octubre de 614 (615), Clotario II, que desde 613 era el único soberano del reino, refrendó las ordenanzas de los 79 padres conciliares y agregó al canon 1 este apéndice: «Quien ha sido elegido canónicamente para obispo necesita de la aceptación por el rey». Lo cual aseguró, al menos por algún tiempo, un nombramiento de los obispos libre de tratos simoníacos, de lo que la Iglesia por sí sola no había sido capaz.[23]

Los prelados fueron nombrados frecuentemene en razón de sus riquezas y origen,

---

155 s.

[22] Hauck I 127, 137 ss., 144 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 260. Bodmer 39 s. Pfister, Gaul, Institutions 141 ss. Maier, Mittelmeerweit 217, 220, 225. Fleckenstein, Grundiagen und Beginn 42. Prinz, Die bischófliehe Stadtsherr-schaft 3 ss. Ewig, Die Merowingerzeit 61. Graus, Volk 207 s., 343. Haendier, Geschichte des Frühmittelalters 24. Zóllner, Geschichte der Franken 182 s. Claude, Die Bestellung 4. Borst 502. Pontal 19 s., 75. Schneider, Das Frankenreich 84. Beisel, Studien 145.

[23] Schuitze II 502 ss. Maier, Mittelmeerweit 220. Zóllner, Geschichte der Franken 183 s. Ewig, Die fránkischen Teilungen 703. Beisel, Studien 166 ss.

en razón de sus cualidades de caudillos (mundanos). Y ya desde Clodoveo intervinieron los merovingios en su elección, o bien indirectamente como en el nombramiento de los obispos de Sens, París y Auxerre. O bien de manera directa. Así por orden del rey Clodomer fue nombrado obispo de Tours Ommatius, que era hijo de un obispo. Poco después la reina Crodichilde puso también en la ambicionada sede a Teodoro y a Próculo. En Clermont un edicto real nombró pastor de la diócesis primero a san Galo, tío de san Gregorio, y más tarde a Cautino, reo «de todos los crímenes» por lo que el clero se dividió y fue nombrado antiobispo el sacerdote Catón. El rey Clotario I nombró a Dómnolo, abad de Saint-Laurent de París, para obispo de Le Mans, quien pese a todo —según comenta entusiasmado Gregorio— «alcanzó la cima de la santidad más excelsa» y «devolvió a un tullido la capacidad de andar y a un ciego la vista». (A sí mismo por lo demás no pudo curarse y murió de ictericia y víctima de terribles dolores de piedra.)[24]

Los candidatos episcopales a menudo no perdonaban esfuerzo alguno por conseguir la meta y adolecían de falta de carácter. Intrigaban junto a los reyes y manipulaban al clero y al pueblo, comprando y extorsionando votos. Por lo mismo falseaban en ocasiones los documentos y adquirían la dignidad episcopal mediante compra. Asimismo fue corriente hacer carrera en la Iglesia mediante compras y sobornos. Los concilios, aun lamentándolo, fueron incapaces de poner remedio. Obtenido el episcopado, pronto se recuperaba el coste de las inversiones.[25]

215

¿«… Los intereses más bien materiales de la Iglesia del reino merovingio»?

La insistencia, grosera pero muy provechosa, del clero en que el fiel cristiano podía asegurarse un puesto en el cielo mediante la protección de los santos impulsó sin cesar a los reyes y a otras personas pudientes a hacer donaciones y legados. Mas con el enriquecimiento cada vez mayor de unos y el empobrecimiento de otros la corona no sólo sufrió pérdidas por gigantescas renuncias territoriales sino también sectores de la nobleza, que no pocas veces se empobreció notablemente, sobre todo cuando se sumaban privilegios de inmunidad de todo tipo. En una palabra: «Los documentos merovingios permiten conocer el cambio profundo en las relaciones de bienes raíces» (Sprandel).

Así, por ejemplo, Bertram, que fue obispo de Le Mans desde 586, disponía de fincas —según prueba su testamento treinta años más tarde— en París, de donde procedía, en Le Mans, entorno inmediato y extenso de su sede episcopal, y también en Aquitania y en Burgundia: campos, pastos, bosques, viñedos y numerosas aldeas; fruto —además de las donaciones reales y privadas— de la notable cantidad de dinero que había invertido en la compra de fincas. Y así dejó en herencia a su obispado 35 fincas y cuatro *villae* a sus parientes carnales. Tanto los soberanos merovingios como los primeros de la dinastía carolingia «respetaron en la medida de lo posible los bienes

[24] Greg. Tur. 3,17; 4, 5 ss.; 4,11; 6,9. Sin. Orí. (549) c. 10. Stamer 24 s. Scheibel-reiter, Der Bischof in merowingischer Zeit 149 ss.

[25] Ver por ejemplo Sin. Orí. (533) c. 3; 4; 7. Sin. Clermont (535) c. 2. Sin. Orí. (541) c. 3.

de la Iglesia». Los reyes, que precisamente entonces hacían espléndidas donaciones a las iglesias, en sus viajes apenas si recibían hospitalidad de éstas, viviendo «casi exclusivamente de sus propios bienes» (Brühl).

Mas los jerarcas eclesiásticos nunca obtuvieron ni tantas ni tan generosas dotaciones. Con lo cual a la Iglesia «afluía dinero de continuo, nadie se dirigía a la misma con exigencias de pago y nunca se vio forzada, como los reyes, a distribuir sus posesiones entre un tropel de herederos...» (Lasko). Tan pronto como tenía algo lo defendía con todos los medios.[26]

En los decretos sinodales del período merovingio pocas cosas merecen mayor atención que la protección de los bienes eclesiásticos, que una y otra vez son declarados inalienables. Quien los retiene o se los procura contra derecho incurre en la excomunión. Quien los acapara sufrirá la expulsión permanente de la Iglesia. Todas las donaciones en favor de la Iglesia eran irrevocables. El derecho de prescripción nadie puede aplicarlo en perjuicio de la misma, pero ella sí puede utilizarlo en provecho propio. Más aún, prevalece la Iglesia sobre los legítimos herederos, que no acceden a que se le otorgue su herencia. Para decirlo brevemente: nada vigiló la Iglesia con tanto celo como sus bienes raíces cada vez más vastos y sus demás riquezas.[27]

217

El concilio IV de Orleans (541) declaró sagradas e irrevocables las donaciones, otorgadas por escrito o con un apretón de manos, por estar destinadas a la Iglesia o a sus miembros. No hay prescripción alguna para los bienes eclesiásticos, aun después de una enajenación verificada largo tiempo atrás. El concilio de Tours (567) amenaza con la excomunión, la expulsión definitiva de la Iglesia, a quienquiera que en la guerra civil saquee o se adueñe de los bienes eclesiásticos sin devolverlos. El sínodo de Macón (581-583) excomulgó a la monja Agnes, que enajenó tierras a unos grandes para obtener su protección, excomulgando también a tales grandes. Ingenuamente escribe Odette Fontal: «Esta sorprendente solicitud por la preservación de los bienes eclesiásticos podría imponer la conclusión de unos intereses preferentemente materiales de la Iglesia del reino merovingio», ¡mientras que ésta al hacerlo sólo se aseguraba contra un mundo de lobos![28]

Y a las tierras de la Iglesia en constante aumento —que representaban una enorme fuente de ingresos y, para decirlo una vez más, inalienable— se sumaron otras ventajas financieras. Tales fueron, por ejemplo, las ofrendas, la elevación de los impuestos, el diezmo, que se inventó en el siglo V como una especie de limosna hasta que a finales del vi se convirtió de una obligación moral a un deber jurídico, con las correspondientes sanciones para los transgresores. Quien se negaba a pagarlo era excomulgado. Un escrito, redactado poco después del concilio de Tours (567) y firmado por el metropolitano del lugar y por tres de sus obispos, reclamaba de los fieles el pago del diezmo, y no tan sólo de bienes sino también de esclavos. Es la primera vez que se habla del diezmo en un texto merovingio. El sínodo de Macón

---

[26] Brühl, Vodrum 25, ver 16 s. Sprandel, Grundbesitz und Verfassungsverhält-nisse 45 s. Lasko 215. Prinz, Die bischófliehe Stadtherrschaft Is. Id., Die Rolle der Iren 206 s. Id., Askese und Kultur 30 ss. Pontal 85. Bleiber, Das Frankenreich 137.

[27] Pontal 89 s.

[28] Sin. Orí. (511) c. 23; 538 c. 13; 541 c. 14; 18 s.; c. 13; 16. París (561/562) c. 1 s. Tours (567) c. 25 s. IV Sin Toledo (638) c. 15. Pereis, Die kirchiichen Zehnten 14 ss., 22. Ponlal 89 s., 130, 250 ss. Orlandis/Ramos-Lisson 113,158,183 etc.

amenazaba con la excomunión contra quien transgrediera la recta aplicación del diezmo. En 779, ya con Carlos «el Grande», se convirtió en un impuesto obligatorio.

Por lo demás, las donaciones de bienes no recaían sobre la Iglesia universal, sino sobre ciertas instituciones, como diócesis o abadías. Y naturalmente también las donaciones de tierras que afluían a los monasterios «se organizaban como prósperas explotaciones esclavistas» (Angenendt). Sólo el monasterio de Sankt Gallen disponía a finales del período carolingio de casi 2.000 censatarios. Las donaciones a las catedrales las compartía el obispo con sus sacerdotes, y de las que se hacían a las iglesias parroquiales recibía «sólo un tercio»; pero los viñedos o tierras eran en exclusiva para él, lo mismo que los esclavos.[29]

Se ha supuesto que en el reino merovingio hubo más esclavos que en el siglo IV. Los burgundios, por ejemplo, sólo consiguieron un gran contingente de esclavos mucho después de haberse convertido al cristianismo, gracias sobre todo a sus incursiones guerreras contra Italia, a la cesión de bienes raíces romanos y la esclavitud como castigo en el servicio doméstico y en el cultivo de la tierra. En cierto sentido es verdad que la Iglesia se preocupó de los esclavos: por ejemplo, en lo relativo a su descanso dominical, por motivos tanto pastorales como egoístas. O bien dando asilo a un esclavo, asilo que por lo demás tenía que abandonar, incluso por la fuerza si era necesario, bajo la simple promesa de su dueño de que no lo mataría ni le inferiría malos tratos. La Iglesia tampoco le protegía, si él se negaba a dar satisfacción o huía. Y los esclavos cristianos de un judío podía retenerlos el obispo; sólo bajo la garantía correspondiente del judío tenía que devolvérselos.

218

Tampoco en el derecho de propiedad del dueño introdujo cambio alguno una Iglesia que disponía de montones de esclavos, como «un elemento básico de su propiedad» (Orlandis-Ramos-Lisson). Sus enormes territorios sólo podían ser rentables con grandes cuadrillas de esclavos. Y un esclavo de norma general nacía ya esclavo, al menos en el período carolingio. Jurídicamente sólo contaba como un objeto móvil; podía ser vendido, incluso separándolo de su mujer. Ni siquiera mediante la consagración sacerdotal se emancipaba un esclavo. Tampoco por el matrimonio. Y todo hijo de esclavo seguía siéndolo, aunque sólo lo hubiera sido uno de los progenitores. Y se llegó también a una nueva forma de esclavitud, de privación de libertad, como pena jurídica por falsificación de moneda, traición, rapto o adulterio. Más aún: la denominada *obnoxiatio* hacía posible la esclavización de un pobre por voluntad de Dios; lo que naturalmente significa en favor de la Iglesia, a la que pasaba a pertenecer. («Por voluntad de Dios» nunca ha significado nada bueno.) Mas si los esclavos se liberaban y rescataban ellos mismos, quedaban sujetos a un tributo eclesial. Incluso los esclavos, a los que el obispo manumitía, tenían que continuar al servicio de la Iglesia. O el propio obispo tenía que entregar a la Iglesia de su peculio particular, de forma que con tal donativo compensase con creces la pérdida originada por la manumisión. Los abades no podían en absoluto dejar libres a los esclavos donados al monasterio. Así, los padres sinodales de Epaon (517) consideraban injusto que los monjes realizasen el trabajo diario del campo mientras

[29] Sin. Tours 567. Sin. Macón (585) c. 5. Pereis 14 ss. Lasko 215. Angenendt, Frühmittelalter 219. Goetz, Leben in Mittelalter 83. Pontal 250 s. con los textos probatorios. Ver asimismo la nota anterior.

los esclavos se entregaban a la molicie.[30]

Aplauso merece el historiador Bosi al recordar «a todos» el dato de «que la historia de las clases inferiores y de la esclavitud o servidumbre de la gleba es para más del 98 % de nuestras gentes su propia historia y la de su familia», puesto que «casi el 99 % de los alemanes y europeos actuales descienden de siervos de la gleba».[31]

La palabra de Chilperico I, tantas veces citada y transmitida por Gregorio de Tours, presenta en forma exagerada pero drástica la situación: «He aquí que nuestro tesoro se ha empobrecido; he aquí que nuestras riquezas han pasado a las iglesias *(ecce divitiae nostrae ad ecclesias sunt translatae).* Únicamente los obispos gobiernan; nuestro poder ha pasado». Se comprende que el rey —como Gregorio sigue contando— anulase una y otra vez los testamentos en favor de la Iglesia, que renegase incesantemente de los obispos del Señor y que nada le divirtiese tanto como las burlas contra los mismos dentro del círculo de sus íntimos. Se comprende también que el obispo Gregorio llame al rey *«Nero nostri temporis et Herodis»* (¡pero ni Nerón ni menos aún Herodes eran monstruos que la Iglesia hubiera hecho!). Y se comprende que Gregorio trate al rey de bebedor y escriba de él que «su dios era su vientre». Y, sin embargo, precisamente ese soberano tan denigrado por nuestro santo no sólo redactó diversos escritos, ni sólo inventó, cual admirador de la cultura romana, algunas letras nuevas en el alfabeto latino, sino que también mostró una predilección por las cuestiones teológicas.[32]

219

Eso no lo tenía con toda seguridad la mayor parte del clero coetáneo (y no sólo el de entonces). Ni mostró tampoco interés alguno por otros problemas culturales o religiosos. Ya al comienzo de su *Historia de los francos* declara Gregorio que en la Galia la ciencia estaba «arruinada por completo», «ha sucumbido entre nosotros». Una carta del papa Agatón y de los padres sinodales, enviada el año 680 al emperador de Bizancio, no ve a ningún obispo que esté a la altura de la ciencia profana. Más bien vivían entre luchas continuas, habiendo desaparecido el antiguo patrimonio de la Iglesia. Ya algunas décadas antes el monje Jonas de Bobbio advertía que en la Galia «la virtud de la religión casi había desaparecido por la negligencia de los obispos», y no sólo por los enemigos externos de la Iglesia.[33]

«… UN NIVEL BAJO», «… UN NIVEL BÁRBARO»

[30] Sin. Epaon (517) c. 8. Sin. Orí. (511) c. 1 ss.; 538 c. 14; 541 c. 9; 24. 549 c. 6; 22. Sin. Macón (585) c. 1. Sin Auxerre después del 585 c. 16. Edict. Chiothari 614 c. 15. Sin. Toledo (633) c. 67. Nehisen 260 ss. Schmidt, Die Ostgermanen 176. Beck, Be-merkungen 447. Dhondt 31. Prinz, Askese und Kultur 68 ss. Pontal 252 ss. Orlandis/Ramos-Lisson 216, quien, además de los esclavos, habla también de los «manumitidos de la Iglesia». Pero ver ibíd. sobre cómo ocurrieron las cosas. Comp. asimismo 230. Para la afirmación bíblica de la actitud esclavista, ver recientemente Buggle 185 ss.

[31] BosI, Die Unfreiheit 4. Según HEG la legislación cristiana a propósito de los esclavos «ya desde Constantino se esforzó… por mitigar al menos las penas más duras»; 85. Sobre la situación real, ver Historia criminal del cristianismo I.

[32] Greg. Tur. 5,44; 6,46. Para la caracterización de Chilperico, ver entre otros, R. Wenskus, Chilperich 1 en RCA IV 1981, 460 ss. Bleiber, Das Frankenreich 138. Kaiser, Konigtum und Bischofsherrschaft 83 s.

[33] Davidsohn 167. Ver asimismo Stonner, Heilige der Deutschen Frühzeit 15 ss.

Éstos son los juicios de dos eruditos modernos —Karl Baus y Josef Fleckenstein— sobre el clero y la Iglesia católica en el período merovingio, pues el perfil medio de los obispos no era para nada mejor que el de la nobleza. Y precisamente desde el episcopado se difundieron la violencia y la corrupción a través de todo el estado clerical. En aquella Iglesia prevalecía «un nivel bárbaro» (Fleckenstein).[34]

Los obispos, que desde hacía largo tiempo ya no procedían de la clase media de la sociedad —Clotario II (584-629) impuso como norma que se eligieran entre los miembros de la alta nobleza—, oprimían a una con el resto de la clase dominante al pueblo. A veces gobernaban en su entorno cual verdaderos déspotas. Apenas si fornicaban y bebían menos que los laicos. Sentados a la mesa del rey, referían sus perjurios y adulterios; del obispo Bertram de Burdeos hasta se sospechaba que había tenido que ver algo con la reina Fredegunde. A menudo designaban ellos mismos a sus sucesores. Las fuentes informan constantemente de las normativas y ajustes pertinentes. Gustosos dejaban en herencia sus obispos padres a obispos hijos: Tréveris de manos de Liutwin a las de su hijo Milo; Maguncia, de las de Gerold a las de su vástago Gewilib; Lüttich, de las de Hubert —que más tarde incluso fue venerado como santo— a las de su hijo Floriberto.

220

Otros adquirían la sede episcopal mediante falsificación de documentos o contra el pago de una cantidad de dinero; como hizo el obispo Eusebio de París, un comerciante sirio, que superó así al hermano de su predecesor, el obispo Regnemond de París. Y a la muerte de Cautino en Arvem (Clermont) escribió Gregorio de Tours: «Muchísimos hacían grandes esfuerzos por obtener el episcopado, gastando mucho dinero y prometiendo mucho más». También en la corte trabajaban muchos con sobornos y cohechos, como el obispo Egidio de Reims. A menudo las elecciones se convertían en luchas partidistas y hasta en actos de violencia. Más aún, ocurrió que alguna ciudad llegó a tener dos obispos a la vez. Así, en Digne el obispo Agapito y el obispo Bobo se repartieron los bienes eclesiásticos, antes de que un sínodo los depusiera a entrambos.

Algo parecido ocurría en los monasterios, que además representaron desde el siglo V importantes puntos de apoyo en el ámbito urbano para el gobierno episcopal de las ciudades, toda vez que a partir del siglo VI se multiplicaron notablemente y desde el siglo VII pertenecieron a los máximos terratenientes del país, llegando a ser con frecuencia más ricos que las mismas catedrales de los obispos. A finales del siglo VII, cuando en todo el reino hubo más de cuatrocientos monasterios, ¡tales monasterios y las iglesias poseían un tercio de la Galia! Aun así, muchos obispos y abades abandonaban sus puestos para regresar a la vida «civil». Otros continuaban y vivían como clérigos o monjes como cualquier laico. Y no faltaban quienes tenían que buscar refugio en sus colegas, como el obispo Teodoro de Coira, que en razón de sus diferencias con su metropolitano milanos en 599 imploró la protección del obispo Syagrio de Autun.[35]

---

[34] Hauck I 201 s., 355 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 166. Marcuse, Die sexuelle Frage 39. Fleckenstein, Grudiagen und Beginn 42. Pontal 250. También el teólogo (nazi) Lortz califica la situación de esa Iglesia «preferentemente de gran alarma»: Bonifatius 13.

[35] Greg. Tur. 4,35,5,47 ss.; 6,39; 8,22; 9,14; 10,26. Menzel 1152. Rückert, Cultur-geschichte II 457 s., 517. Hauck I 136, 201 ss., 355 ss., 364. Marcuse, Die sexuelle Frage 39. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1166. Bodmer 49. Neuss/Oe-diger 112,120. Dawson 196. Aubin, Die Umwandiung 107. Schieffer,

Pero no pocas veces los prelados mantenían con sus propios sacerdotes una especie de guerra permanente, y así muchos obispos y archidiáconos se hacían la guerra a muerte. Los pastores odiaban con frecuencia por los motivos más insignificantes sin medida alguna «hasta el punto de que parecía una ley de la naturaleza el que cada obispo fuese el enemigo y perseguidor nato de su clero» (Rückert).

Por lo mismo los sacerdotes intrigaban y conspiraban contra sus prelados. Se les oponían frecuentemente, formando de continuo gremios y tramando conspiraciones, para las que en ocasiones hasta reclamaban la ayuda de los laicos.

Sucedió que un solo eclesiástico o toda una pandilla caía sobre un obispo en su palacio y lo encarcelaba o expulsaba. Hubo tentativas de asesinato y asesinatos efectivos y en los monasterios se dieron amotinamientos. En Rebais el abad Filiberto hubo de abandonar el monasterio y en Der el abad Berchar fue asesinado por un monje. El obispo Aprunculus de Langres sólo pudo escapar a la muerte huyendo de noche y saltando por las murallas de la ciudad. Al obispo Warachárius lo envenenaron sus clérigos.

221

En Lisieux el archidiácono y un sacerdote conspiraron contra el obispo Eterio; pero fracasó el complot asesino así como un panfleto con el que intentaron difamarlo.

A las órdenes del eclesiástico Próculo, del abad Anastasio y del gobernador de Provenza, el clero de Marsella atacó al obispo del lugar, Teodoro, a quien se escarneció y maltrató. Repetidas veces los sacerdotes forzaron todos los edificios eclesiásticos, saquearon las despensas y se llevaron parte de los tesoros de las iglesias. Pero aún fue peor lo que el prelado hubo de sufrir de manos reales: «Mas no cesó la venganza de Dios, que siempre suele salvar a sus servidores de la venganza de los perros rapaces». O, como escribe Gregorio después de otro caso de escándalo: «Pues Dios toma venganza de sus servidores, que esperan en Él». La venganza, la criatura preferida de la religión del amor.

Al arzobispo Pretéxtate de Rouen lo degolló, significativamente el Domingo de Pascua de 586, mientras celebraba la misa en el altar mayor de su catedral, un esclavo de Fredegunda. Ninguno de los numerosos clérigos que estaban a su alrededor pudo ayudarle. Como orante piadosa, la misma reina pudo deleitarse con el espectáculo del obispo moribundo. Había pagado por ello 100 guldes de oro, y otros 50 el obispo Melantius y otros tantos el archidiácono de Rouen, sin más precedentes. Más tarde el asesino fue entregado por la reina Fredegunda y el sobrino del arzobispo lo mató, mientras que Fredegunda quedaba sin castigo: a los pequeños se les cuelga...[36]

Continuas fueron asimismo las disputas entre clero y nobleza. Así los servidores del obispo Prisco de Lyon y del duque Leudegisel se entregaron a luchas sangrientas. En Javols los *comités se* enfurecieron contra el clero y el obispo Partenio, a quien el conde Palladio también le reprochó la «repugnante lascivia con sus queridas». Syagrio, hijo del obispo Desiderato de Verdun, irrumpió con sus

---

Winfrid-Boni-fazius 130,133. Lasko 215. Graus, Volk 115. Steinbach, Das Frankenreich 23. Eggen-berger 305. Prinz, Askese und Kultur 30. Pontal 233, 244, 252. Scheibeireiter, Der Bischof 132 ss., 150 s.

[36] Grog. Tur 2,23; 4,36; 5,36; 6,11; 6,36; 8,12; 8,22; 8,31. Ver también 5,49 s.; 6,22; 8,41, etc. Vita Filib. 4 s. Vita Berechar. 29. Hauch I 170, 313. Rückert, Culturges-chichte H 467 s., 510, 514, 517. Berr 18 ss. Grupp I 341, Graus, Volk 115. Scheibel-reiter, Der Bischof 142 s.

espadones en la alcoba de su enemigo Sirivaid y lo remató. En Angouléme hubo enfrenta-mientos entre el ordinario del lugar, Heraclio, y el conde Nanthin. Como sobrino del asesinado obispo Marachar de Angouléme, Nanthin reclamó parte de los bienes eclesiásticos, mató a varios laicos y a un sacerdote y saqueó y destrozó sus casas. En las postrimerías del siglo VII Germano, abad del monasterio de Münstergranfelden, Alsacia, cayó sobre las huestes del duque Eticho (padre de santa Odilia), y hasta fue venerado como santo.[37]

222

Los atracos a clérigos fueron ya entonces frecuentes, debidos en buena medida al deseo de apoderarse de sus preciosos ornamentos y de los vasos sagrados (que generalmente llevaban consigo). Y a menudo los «monjes misioneros» fueron muertos por campesinos y cazadores, que se tomaban la justicia por su mano durante los trabajos que se llevaban a cabo en el terreno antes de la fundación de un monasterio; curiosamente con mayor frecuencia que en la «evangelizaron» propiamente dicha.

También se violó de continuo el derecho de asilo y hasta se asesinó en las iglesias, pues eran especialmente apropiadas para la persecución armada de príncipes que, por ejemplo, se preparaban para la batalla. De creer a los cronistas, sólo el rey Guntram habría sido liquidado tres veces en el camino de la iglesia. Y naturalmente se combatía también en las «casas de Dios», como dos familias emparentadas y de gran prestigio a los ojos de Chilperico, que se combatieron «hasta delante del altar». «Muchos fueron heridos a espada, la santa iglesia quedó salpicada de sangre y sus puertas acribilladas a golpes de lanzas y espadas» (Gregorio de Tours).[38]

En la elección de obispo no pocas veces ocurría lo que pasaba en las elecciones de Roma: que fácilmente se llegaba «a la dureza recíproca». En Clermont-Ferrand y en Uzés se conseguía mediante sobornos. En Rhodez desaparecieron con el mismo motivo casi todos los vasos «sagrados» de la iglesia y la mayor parte de sus riquezas. En Langres, al tiempo de la ocupación de la sede episcopal, fue apuñalado el diácono Pedro, hermano de san Gregorio, en plena calle porque el tal Pedro —según afirmaba Félix, obispo de Nantes— «por el deseo del episcopado había matado a su obispo».[39]

Aunque los concilios condenaron regularmente el que los clérigos llevasen armas, fue un uso que mantuvieron. Con ellas iban de caza y acudían a la batalla..., un tanto diferentes de su Señor Jesús. A veces mataban hombres con su propia mano, como hicieron los obispos Salonio y Sagitario. Hacia 720 marchó el obispo Savarico de Auxerre bien armado sobre Lyon para apoderarse de Burgundia; pero según parece cayó fulminado por «un rayo» del cielo. Repetidas veces también algunos eclesiásticos se dejaron contratar como asesinos a sueldo, para eliminar por ejemplo al rey Chüdeberto o a la reina Brunichilde. Eterio, obispo de Lisieux, habría sido rematado por los hachazos de un sacerdote, instigado por el archidiácono del obispo eliminado.[40]

---

[37] Greg. Tur, 3,55; 4,39; 5,36; 8,20. MG Ser. Merov. V 37 ss. Keller, Redaros Kexikon 228, 400. Walterscheid, Heilige Deutsche Heimat 1183. Bodmer 60 ss.

[38] Greg. Tur. 5, 32. Hauck I 171. Bodmer 62 s., 89 s. Meyer-Sickendick 160. Incluso el saqueo de tumbas estuvo ampliamente extendido durante el siglo vil en el reino merovingio. Wemer, Fernhandel 586.

[39] Greg. Tur. 2,13; 6,7; 6,38; 5,5. Bodmer 65.

[40] Greg. Tur. 4,42; 6,36; 7,20; 8,29. Mühibacher I 64. Bodmer 65 s. Scheibel-reiter, Der Bischof 261. Kaiser,

Gregorio calla sobre el asesino o los asesinos de uno de sus predecesores. Por medio de una bebida emponzoñada, que aquél tomó en 529, «precisamente cuando alumbraba para el pueblo la noche santísima del nacimiento del Señor» (¿sólo para el pueblo?), murió en el lugar el obispo Francilio de Tours, un prelado de familia senatorial, sumamente rico, casado y sin hijos. Por el veneno oculto en una cabeza de pescado falleció en 576 el obispo Marachar de Angouléme a instigación de su sucesor, el obispo Frontonio. También habían participado en el asesinato algunos sacerdotes de la iglesia local. Y ya un año después le sorprendía a Frontonio

«el juicio de Dios» (Gregorio de Tours).[41]

223

En marzo de 630 los diocesanos de Cahors se quitaron de en medio al obispo Rústico, sin que sepamos nada de una intervención de la Iglesia contra los asesinos. Impune quedó asimismo la muerte del obispo Teodardo de Maastricht, probablemente en 671-672, por unos salteadores de iglesias, habiéndole abandonado sus acompañantes en un bosque cerca de Espira. También el sucesor de Teodardo, el obispo Lamberto de Maastricht, terminó probablemente asesinado (705), después de que él hubiera hecho degollar a dos de sus enemigos, los hermanos Galo y Riold. El obispo Gaudino de Soissons, acusado públicamente de usura por los ciudadanos, fue arrojado a una cisterna de la aldea de Herlinum, en la que pereció ahogado. Tras la deposición del obispo Herchenefreda, el rey Dagoberto I mandó castigar a los culpables, desterrando a unos, reduciendo a otros a esclavitud, mutilando a otros y a otros matándolos.[42]

Pasaremos ahora revista a algunos otros representantes de aquel clero que, incluso según el mentado *Manual católico de historia de la Iglesia,* «por doquier, y sobre todo en el reino franco, había descendido a un nivel muy bajo». Ahí lo encontramos ya en la Antigüedad; pero siguió hundiéndose...[43]

Pequeña revista a los hombres de Dios

El obispo Chramlin de Embrun se había procurado la sede episcopal mediante la falsificación de un documento. El obispo Agilberto de París y el obispo Reolus de Reims emitieron sus juramentos sobre unos relicarios vacíos para engañar al duque austrio Martín, quien por dar fe a los prelados «fue asesinado con todos los suyos». A Contumeliosus, obispo de Riez, el concilio de Marsella (533) le reprochó *«multa turpia et inhonesta»;* adulterio, según parece, la denominada inmoralidad, así como la apropiación de bienes eclesiásticos robados, que había añadido a su propiedad privada.

También el obispo Badegisel de Le Mans (581-586) acumuló un patrimonio con estafas y robos, despojando incluso a sus hermanos. Manejaba los procesos con la misma habilidad que la espada y apacentó a sus ovejas con mano férrea. Naturalmente tuvo una mujer y, naturalmente, ella era «peor aún» empujándolo con «sus

Bischofsherrschaft 59.

[41] Greg. Tur. 3,17.; 5,36. Ver 10,31.

[42] Vita Desiderii Cadurca c. 8. Acta Theodardi auct. anonymo c. 8. ss. Berr 24 ss.

[43] HKG II 2 209.

abominables consejos a cometer infamias». Magnatrude, la noble mujer episcopal, se procuraba placer cortando a los varones el pene con la piel abdominal y quemando las vergüenzas femeninas con hierros candentes. «Hizo muchas otras cosas abominables, pero es preferible callarlas», dice Gregorio.[44]

224

El alcoholismo —según certifica el cronista— era tan frecuente entre el clero como entre los seglares. También san Gildas, el primer historiador de los britanos, lo señala. Y san Bonifacio, el antiguo arzobispo Cudberht de Canterbury, hace presente «que en vuestras parroquias el vicio de la borrachera se ha generalizado hasta convertirse en una costumbre». De muchos obispos refiere Bonifacio que no sólo se emborrachan ellos, sino que «obligaban a otros a emborracharse ofreciéndoles vasos muy grandes».

Los obispos Salonio y Sagitario pasaban las noches en francachelas y borracheras hasta la madrugada, «cuando los clérigos ya decían en la iglesia la misa primera». El obispo Eonio de Vannes es verdad que también celebró una vez en París una misa; pero estaba tan borracho, que «con un grito agudo y entre resoplidos» cayó al suelo y hubo de ser retirado del altar. Se embriagaba con frecuencia hasta tal punto «que no podía dar un paso». Gunther de Tours, un antiguo abad, ya de obispo «casi se idiotizó» por el alcoholismo. El pastor Droctigisil de Soissons era tan impúdico, que literalmente perdió la razón. El diácono Teodulfo, amigo del obispo Audovech de Langres, murió de una borrachera.

Cautino, arzobispo de Clermont, que despojaba de sus propiedades a todo el que podía, incluso con el empleo de la violencia, se embriagaba a diario y habitualmente era llevado por cuatro compañeros de orgía. No leía libros profanos ni religiosos, que probablemente no entendía para nada; actuó con judíos, lo que muchos tomaron muy a mal, y se metió a fondo en negocios de usura. A un clérigo suyo, cuyo dinero ambicionaba, lo hizo deponer en una tumba, junto a un cadáver ya en estado de putrefacción, con el fin de hacerle entrar en razón. Al final Cautino sucumbió —«el día de la pasión de nuestro Señor»— a la peste, de la que siempre había estado huyendo. Algo más tarde, bajo Carlos Martell, el obispo Milo de Tréveris se contaba también entre los bebedores empedernidos.[45]

De peor calaña fueron aún los hermanos Salomo de Embrun y Sagitario de Gap.

Ambos habían sido en tiempo pupilos virtuosos de san Nicetio de Lyon, a su vez tío abuelo de san Gregorio, sobrino y sucesor del santo sacerdote.

¡Santos por doquier! Y la noble pareja de prelados se desbordó furiosamente «con robos, derramamiento de sangre, asesinatos, adulterios y otros crímenes como enloquecidos» (Gregorio de Tours). Pero sólo cuando cayeron sobre su colega Víctor de Trois-Châteaux, en el Delfinado, justo durante su banquete de aniversario, moliéndolo a palos y saqueándole a la vez que degollaban a sus criados, los depuso un sínodo de Lyon (567-570) como «culpables por completo». Pero el rey Guntram, el santo, aprobó su apelación a Roma —el único caso conocido de tal procedimiento

---

[44] Contin. Fredeg. 3. Sobre Reolus ver Flodoard, Hist, Rem. ecci. 2,10. Greg. Tur. 6,9; 7,15, 8,39. Hauck I 363. Rückert, Culturgeschichte II 500 s. Hentig I 389. Prinz, Klerus und Krieg 47 s. Heinzelmann, Bischof und Herrschaft 61. Kaiser, Konigtum und Bischofsherrschaft 91. Pontal 58 ss.

[45] Greg. Tur. 4,7; 4,12; 4,31; 5,20; 5,40; 9,37; 10,14. Ver asimismo 8,34. Bonif. ep. 78. LThK IV^2 893 s. Rückert, Culturgeschichte II 499 s. Petri, Der Rhein 596. Ewig, Trier im Merowingerreich 141 ss. Deschner, Das Kreuz 183. Meyer-Sickendick 151. Heinzelmann, Bischof und Herrschaft 61

en la Galia merovingia del siglo VI—. Y el santo padre Juan III los repuso en sus cargos y dignidades, encomendándolos a la protección de Guntram. De nuevo golpearon a sus diocesanos «con palos hasta hacerles sangrar» y en abierta batalla campal mataron a gente con su propia mano, hasta que su intromisión en la vida íntima del piadoso rey los puso (separados a mucha distancia) tras los muros monacales. Pero la intercesión probablemente de algunos eclesiásticos amigos también esta vez volvió a liberarlos. De nuevo ocuparon sus sillas episcopales, sólo para (tras algunos ayunos, oraciones y cantos de Salmos) llevar una conducta más desbocada y violenta. Aun así, un tribunal eclesiástico no quiso deponerlos. Pero el rey, alimentando una sospecha de alta traición, los encerró de nuevo en un monasterio, apareciendo al final entre los salteadores de caminos.[46]

225

A lo largo de la Edad Media los monasterios no fueron con frecuencia un lugar de paz o de enterramiento en vida (y, de serlo, en el peor sentido). Y hasta los historiadores simpatizantes con la Iglesia califican la discordia en los mismos como «un fenómeno generalizado», incluso en los «monasterios de mujeres». Muchas esposas de Cristo pegaban a otras, pegaban a las hermanas legas, a los hermanos legos e incluso a los clérigos, aunque en ocasiones también éstos devolvían los golpes. Y los recluidos de ambos sexos rara vez vivían de forma muy ascética. Y quizá menos aún aquellas monjas que los reyes cristianos y católicos habían engendrado en sus concubinas para aumentar el reino de Dios.[47]

Rebelión en los monasterios de monjas

En Sainte-Croix de Poitiers, en el monasterio de santa Radegunda, la santa más tierna y más pura de su tiempo, el año 589-590, se rebelaron «seducidas por el diablo» dos princesas, como reconocen por escrito diez obispos. Chrodechilde, hija del rey Chariberto, y Basina, hija del rey Chilperico (y de Audovera), se sublevaron contra la abadesa Leu-bovera. Con cerca de 40 *puellae,* en su mayoría probablemente de la clase social alta, y sin duda metidas en el monasterio más que ingresadas por propia decisión personal, escaparon de la santa casa; y lo que podríamos llamar un duro resto clerical se atrincheró extramuros de Poitiers en la iglesia de Saint-Hilaire con todo tipo de caballeros: ladrones, según se dice, envenenadores, asesinos...

Durante semanas reinó el terror en la ciudad con atracos y asaltos; el monasterio fue objeto de pillaje y a las monjas que habían quedado se las apaleó en los mismos oratorios. En la tumba de santa Radegunda, en la iglesia catedral y en las calles corrió la sangre a diario. Aunque varios prelados, entre los cuales el metropolitano Gundegisel de Burdeos así como sus obispos sufragáneos y algunos clérigos, se arriesgaron a entrar en la iglesia de San Hilario, la casa de la gran libertad, para examinar por orden del rey los puntos de discordia, la multitud cayó «sobre ellos con tal violencia tirando a los obispos contra el suelo, que apenas pudieron volver a

[46] Greg. Tur, 4,42; 5,20, Ver 7,39. LThK VIP 541. Rückert, Culturgeschichte II 502 ss. Bodmer 65. Ewig, Die Merowinger und das Imperium 32 s. Richards 70. Pon-tal 142 s. Scheibeireiter, Der Bischof 253, nota 73.

[47] Grupp II 305. s. III 344.

levantarse; también los diáconos y demás eclesiásticos salieron corriendo de la iglesia salpicados de sangre y con las cabezas malheridas». La abadesa Leubovera fue agredida en el monasterio y arrancada de un arca, que contenía partículas de la cruz (naturalmente «auténticas»), a la que se había abrazado, fue arrastrada por las calles y custodiada en la iglesia de San Hilario.

226 Nada tiene de extraño (o más bien lo tenga una cosa) que en aquel año — como refiere san Gregorio— ocurrieran muchas señales (en realidad, casi como cada año), como lluvias violentas, tormentas de granizo, desbordamientos pavorosos de ríos, árboles que florecieron en otoño... «En noviembre se vieron rosas...» Signos y más signos, ¡oh, la degeneración del mundo!

Sólo de forma violenta, con nuevos derramamientos de sangre, pudo el *comes* Maceo, el conde de la ciudad de Poitiers, someter por fin a los rebeldes. Se azotó a muchos, cristianamente se les cortaron el pelo, las manos, y a algunos también las orejas y la nariz... «y volvió la tranquilidad» (Gregorio). A las dos princesas las devolvió el concilio de Metz (590) a Poitiers y, por intervención del rey Childeberto II, se les levantó la excomunión, pronunciada poco antes, aquel mismo año, contra ellas. Basina marchó de nuevo al monasterio de la Santa Cruz; la intransigente y obstinada Chrodechilde recibió una «villa» en (o cerca de) la ciudad, regalo del rey Childeberto.

Habitualmente no se procedió así con las monjas levantiscas. En los monasterios precisamente abundaban los castigos draconianos, a menudo por «transgresiones» ridículas. Los obispos, sin embargo, fueron (y son) en toda regla una chusma cobarde. Y allí —en atinada expresión de Georg Scheibelreiter— «no hicieron buena figura». Y así las consagradas a Dios procedentes de la casa real salieron sorprendentemente bien libradas, a pesar de sus *«maiora crimina»* (gravísimos crímenes). Más aún, no sabemos de ningún tipo de castigo, o simplemente de alguna penitencia. Tanto más extraño cuanto que la rebelión de las monjas de Poitiers fue una historia sangrienta y lo que se le imputa a la abadesa aparece en parte como carente de fundamento o en parte como algo insignificante, como *«causae leviores»* (cuestiones de poca monta). Y lo serían, si dejamos de lado que los hombres utilizaban el baño de las monjas, que en ocasiones se celebraban comilonas (que, por lo demás, no lo eran, pues sólo se comía «pan consagrado» y lo comían «personas creyentes y de sentimientos cristianos»); y si dejamos de lado que muchas monjas sólo quedaron embarazadas a consecuencia de «los disturbios»; o si prescindimos de que la sobrina de la abadesa habitaba en el monasterio sin ser religiosa.[48]

227 ¿Nos extraña? La Regla de san Cesáreo, obispo de Arles y fundador de un monasterio femenino, permitía que las niñas de seis años pudieran pasar a ser vírgenes sagradas, «consagradas a Dios». Y la Regla de san Benito cuidaba de que muchachos de la misma edad se enterrasen para siempre tras los muros del monasterio con vistas a asegurar la renovación del monacato.[49]

Los gobernantes oprimieron y explotaron a todos. Pero muy probablemente los

[48] Greg. Tur. 6,34; espec. 9,39 ss.; 10,15 s.; 10, 20. Rückert, Culturgeschichte II 522. Neuss/Oediger 116 s. Bodmer 66. Ewig, Frühmittelalterliche Studien 48 s. Pon-tal 149 ss. Scheibeireiter, Konigstochter 1 ss., 27 ss. Angenendt, Frühmittelalter 178 s. Ennen, Frauen im Mittelalter 53 ss.

[49] Caesar de Arles, Stat. sanct. virg. c. 5. Benito, Reg. 59, 1.

más despreciados fueron los judíos; y de manera especial por el clero cristiano, que con su humildad característica hizo tema de concilios incluso la diferencia de categoría entre los cristianos, entre clérigos y «laicos». Así Macón decretó (585) la primacía indiscutible del sacerdote sobre el seglar, que no sólo había de saludarle sino también apearse del caballo, si aquél iba a pie.[50]

¡Y no digamos los judíos!

«... Y se encaminaron a Marsella», o sin judíos el cristiano goza de salud

La hostilidad cristiana contra los judíos arranca del Nuevo Testamento, especialmente de Pablo y del denominado Evangelio de Juan. Y la mayor parte de los padres y doctores de la Iglesia antigua, incluidos los más prominentes, contribuyó a la transmisión de esa hostilidad agravándola a menudo enormemente.

Siguiendo las huellas de muchos predecesores católicos también el doctor de la Iglesia, Isidoro de Sevilla, lanzó a la luz pública un escrito *Contra Judaeos.* Y también san Julián, arzobispo de Toledo, que personalmente era de ascendencia judía, escribió en 686 una obra de tendencia antijudía. Mientras que el concilio XII de Toledo (681) decretaba no menos de 28 leyes contrarias a los judíos, el concilio XVI (693) las refrendaba perjudicándolos sobre todo en el aspecto económico. Pero el concilio XVII (694) declaraba esclavos a todos los judíos por sus maquinaciones contra el Estado y sus ofensas a la cruz de Cristo; sus bienes fueron confiscados y se les retiró a los hijos que habían cumplido los siete años.

En el reino merovingio la Iglesia prohibió cualquier unión entre sus fieles y los judíos, que se habían establecido sobre todo en las ciudades comerciales de la Galia. Los católicos no podían casarse con gentes judías y ni siquiera comer con ellas. Ningún judío podía sentarse en presencia de un sacerdote sin su permiso. Se amenazaba con penas graves a los judíos que intentasen convertir a sus esclavos cristianos. Y en el caso de que se convirtieran al judaísmo, su manumisión se declaraba invalidada. Y desde el concilio de Macón (581-583) ya no se les permitió a los judíos que tuvieran esclavos cristianos.[51]

228

En el siglo VI los concilios prohibieron a los judíos todos los cargos públicos en el reino merovingio, incluidos los militares. En el siglo VII pudieron continuar en sus cargos, si se abrazaban a la cruz; es decir, si se hacían bautizar. Por tanto, contaban únicamente los motivos religiosos, o los que se entendían como tales.[52]

La persistente hostilidad de la Iglesia católica contra los judíos dio naturalmente sus frutos.

Así, por ejemplo, san Avito de Vienne —a quien todavía en el siglo XX el *Lexikon für Theologie und Kirche* exalta cual «columna de la Iglesia en el reino burgundio»—

---

[50] Sin. Macón (585) c. 15.

[51] Sin. Epaon (517) ca. 15. Sin. Orí. (533) c. 19. 538 c. 14. 541 c. 31. Clermont (535) c. 6, Macón 581/583 c. 14; 15; 16. Sin. Toledo (694) c. 8. Altener/Stuiber 495 s. Orlandis/Ramos-Lisson 250 s., 254 ss., 306 ss., 320. Ver Deschner. Abermals 453 s.

[52] Sin. Clermont (535) c. 9. Sin. París (614) c. 17. Ver asimismo Edictum Chio-thari.

no sólo trabajó «incansablemente en la extirpación de la herejía» sino también en la del judaismo, aunque ciertamente no se dice. Pues «con mucha frecuencia» —según refiere san Gregorio de Tours— exhortaba Avito a los perversos judíos a que se convirtieran. Las cosas habían llegado tan lejos, que una vez, justo durante una procesión «el día santo en que el Señor, tras haber obrado la redención de la humanidad, subió gloriosamente al cielo, cuando el obispo marchaba entre cantos del coro desde la catedral a una iglesia, toda la muchedumbre que le seguía se precipitó sobre la escuela judía y la destruyó hasta los cimientos, asolándola por completo».

¿Un acto de terror? ¡Oh, no!. Al día siguiente el santo tan tolerante enviaba ya un mensaje a los judíos: «No deseo obligaros por la fuerza a convertiros al Hijo de Dios». No, él, «que había sido puesto como pastor de las ovejas del Señor», tenía simplemente la obligación como su Señor, de «conducir también a las otras ovejas, que no eran de su redil, para que no hubiera más que un solo pastor y un solo rebaño. Por lo mismo, si queréis creer como yo —de eso se trata en toda su historia desgraciada: ¡o creerlo todo como ellos o irse al diablo!—, tenéis que formar un solo rebaño y yo seré vuestro pastor; de lo contrario, abandonad este lugar». Realmente un mensaje claro y sublime, a la vez que cristiano y católico por los cuatro costados. Y así quisieron creer unos, y se dejaron convertir de esa manera «mansa». Pero otros, «que habían rechazado el bautismo, salieron de la ciudad y se encaminaron a Marsella».

Así de simple: y se encaminaron a Marsella... Por lo demás, Gregorio sólo declara que «nuestro Dios nunca se cansa de glorificar a sus sacerdotes...».[53]

También la orientación de san Gregorio es —¡naturalmente!— antijudía por completo; lo que a menudo se trasluce, como cuando estigmatiza la «cólera» y la «maldad» de los judíos, su «sentimiento, que se cebó con la sangre de los profetas» y que después deseó en justa lógica matar «injustamente al Justo». Incluso san Martín, que sin embargo obraba milagro tras milagro, es impotente, y hay que llamar a un médico judío; como en el caso de Leunast, archidiácono de Bourges, que estaba ciego, recuperó milagrosamente la vista y de nuevo la perdió también milagrosamente: «porque habría quedado curado si, tras la acción milagrosa de Dios, no se hubiera llamado al judío».[54]

229

El piadoso rey Guntram, que trata a los judíos de «perversos y desleales» y

«siempre de corazón pérfido», y que se negó a permitir la reconstrucción de la sinagoga que poco antes habían destruido los cristianos, cuenta con toda la simpatía del obispo Gregorio: «j0h tú, rey glorioso y sumamente sabio!».[55]

[53] Greg. Tur. 5,11. Wetzer/WeIte I 566. LThK I' 874.
[54] Greg. Tur. 1,20; 5,6. Ver también 6,5.
[55] Greg. Tur. 8,1.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias, revistas científicas y obras de consulta que se citan con más frecuencia en las notas

Adam von Bremen, Gesta Hamm: Gesta Hammaburgensis ecdesiae pontificum. Agathias: Agathias (Scholastikos) de Myrina (Aiolis).
AHVN: Annalen des Historischen Vereins für den Niederrhein, Koln 1855 ss. Alkuin, Vita Willibr.: Vita Willibrordi (MG Script. rer. Merov. 7,81 ss.).
Annal. Am.: Annales Sancti Amandi. Ann. luvav.: Annales luvavenses maximi. Ann. Lauresh.: Annales Laureshamenses. Ann. Lauriss.: Annales Laurissenses.
Ann. Maxim.: Annales Maximiniani.
Ann. Mettens.: Annales Mettenses priores. Ann. Mosell.: Annales Mosellani.
Ann. Naz.: Annales Nazariani. Ann. Pet.: Annales Petaviani.
Ann. Quedl.: Annales Quedlinburgenses. Ann. reg. Franc.:
Annales regni Francorum (Reichsannalen).
Apoll. Sid.: Apollinaris Sidonius (v. también Sidonius Apollinaris). August. civ. dei:
Augustinus, de civitate Dei. Avit. Vienn.: Avitus de Vienne.

Baudon.: Baudonivia, Vita Radegundis (MG Script. rer. Merov. 2,377 ss.).
Beda h.e.: Beda Venerabilis, Historia ecclesiastica gentis Anglorum.
Bernh. Clairv.: Bernardo de Clairvaux. De consideratione libri V (PL 182,727 ss.). Bened. Reg.: Regula Benedicti.
Bonif. ep.: Bonifatius, Briefe.

Caes. Arles: Caesarius de Arles, Statuta sanctarum virginum. Cass. Dio: Cassius Dio.
Cass. var.: Flavius Magnus Aurelius Cassiodorus, Variae. Chron. Sal.: Chronicon Salernitanum.
Cod. Carol.: Codex Carolinus.
Contin. Fredeg.: Fredegarii Continuationes,

DAM: Deutsches Arehiv für Geschichte des Mittelalters, 1937 ss. DZG: Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft.

Einh.: Einhard, Vita Karoli.
Ennod.: Magnus Félix Ennodius, Vita S. Epiphanii. Euseb. h.e.: Eusebio de Cesárea, Historia Eclesiástica.

Flodoardo de Reims, Flodoardi historia Remensis ecdesiae. FMSt; Frühmittelalterhche Studien, Berlín 1967 ss.
Fredeg.: Chronicarum quae dicuntur Fredegarii libri quattu. Greg. I. Papst Gregor I. hom.: Homilías.

Greg. I. reg. pastor.: Liber regulae pastoralis (4 tomos).
Greg. I. Dial.: Dialogi de vita et miraculis patrum Italicorum (4 tomos).
Greg. 1. Moral.: Moralia in Job.
Greg. Tur.: Gregor von Tours, Historiarum libri X (Hist. Francorum). Greg. Tur.: Miraculorum libri VIH.
Greg. Tur. virt.: De virtutibus. Greg. Tur. vit. patr.: De vita patrum.
Greg. Tur. glor. conf.: In gloria confesorum.

HEG: Handbuch der Europaischen Geschichte, hg. von Theodor Schiefier, I 1992. HJb: Historisches Jahrbuch.
HKG: Handbuch der Kirchengeschichte, hg. von Hubert Jedin, Bde. II u. III 1973/82. HZ: Historische Zeitschrift.

Isid. hist. got.: Isidoro de Sevilla, Historia de los godos, vándalos y suevos.

JbAC: Jahrbuch für Antike und Christen-tum. Jer.: Jeremías.
Jes.: Isaías.
JK: Regesta Pontificum Romanorum ab condita ecciesia ad annum post Christus natum MCXCVIII von Ph. Jaffé u. a., 1885 ss.
Jonas Vit. Columb.: Jonas von Bobbio, Vita Columbani.
Jonas Vit. Ved.: Vita s. Vedasti.
Jord. get.: Jordanes, de origine actibusque Getarum (Gotengeschichte).

Liber Pont.: Líber Pontificalis, 2 vols., ed. Duchesne 1886 ss., '1955 vol. 3 ed. C. Vogel, 1957.
LMA: Lexikon des Mittelalters, 1980 ss. LThK: Lexikon für Theologie und Kirche.

Mansi, Conc. Coll.: J. D. Mansi, Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio. Nachdruck und Fortsetzung ed. v. Petit/Martin, 1899 ss.
MG: Monumenta Germaniae Histórica.
MIOG: Mitteilungen des Instituís für Ósterreichische Geschichtsforschung, 1880 ss. Notk. Gest. Kar.: Notkeri Gesta Karoli (Taten Karis).

Olymp. frg.: Olympiodoros, 22 vols. Optat.: Optatus von Milewe.
Oros. hist.: Orosius, Historiae advers. paganos libri VII.

Paúl. Diac. Hist. Lang.: Paulus Diakonus, Historia Langobardorum. PG: Patrologiae cursus completus... series graeca.
PL: Patrologiae cursus completus... series latina.
Prokop. bell. got.: Procopio de Cesárea, Guerra contra los godos. Gothenkrieg. Prosper, Chron.: Tiro Próspero, Crónica (PL 61, 535 ss.).

QFIAB: Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken, Zeitschr. des Preussischen bzw. Deutschen Historischen Instituts in Rom, 1898 ss.

RAC: Reallexikon für Antike und Christentum, 1950 ss.
RGAK: Reallexikon der germanischen Altertumskunde, 1911 ss. Saec.: Saeculum, Jahrbuch für Universalgeschichte.

Salv. de gub.: Salvianus de Massilia, de gubernatione dei. Sid. Apoll.: v. también Apollinaris Sidonius.
Socr. h.e.: Sócrates, Kirchengeschichte.
Sulp. Sev.: Sulpicio Severo dial. Diálogorum libri dúo. Sulp. Sev. Vit. Mart.: Vita S. Martini.
Syn.: Sínodo.
SZG: Schweizer Zeitschrift für Geschichte.

ZBKG: Zeitschrift für bayerische Kirchengeschichte, 1926 ss. ZBLG: Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte, 1928 ss. ZGW: Zeitschrift für Geschichtswissenschaft.
ZKG: Zeitschrift für Kirchengeschichte.
ZSRG: Zeitschrift der Savignystiftung für Rechtsgeschichte.

Karlheinz Deschner

HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO

Volumen 7

Alta Edad Media:
El auge de la dinsatía carolingia

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

TOMO VII

Alta Edad Media: El auge de la dinastía carolingia

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo
Ediciones Martínez Roca, S. A.
Traducción de Claudio Gancho

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums: Frühmittelalter*
©1994, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg

© 1995, Ediciones Martínez Roca, S. A. Enrié Granados, 84, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-1920-3
Depósito legal B. 287-1995
Fotocomposición de Pacmer, S. A., Miquel Ángel, 70-72,08028 Barcelona
Impreso por Libergraf, S. L., Constitució, 19,08014 Barcelona
Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

ÍNDICE

CAPITULO 1. LA ASCENSIÓN DE LOS CAROLINGIOS

Preparativos sangrientos bajo el obispo Kuniberto, Grimoaldo, hijo de Pipino el Viejo, y san Sigiberto

... y muchas obras piadosas

Santa Balthilde mata a nueve obispos

Ebroín y Leodegar, anticristo y seguidor de Cristo

Pipino II, «el que siempre arremetía de inmediato contra sus enemigos...»

Misión armada entre los frisonos

Carlos Martell « con mucho derramamiento de sangre» y «con la ayuda de Dios»

La irrupción del islam

CAPITULO 2. SAN BONIFACIO, «APÓSTOL DE LOS ALEMANES» Y DE ROMA

Liberación de «toda inmundicia» en las gentes de Hesse, Turingia y Sajonia y algún derramamiento de sangre

Corceles que relinchan, monjas santas y un «negocio tan lucrativo»

Aparece el «rincón beato»

El comienzo del fin de los agilolfingios, o Baviera queda prendida en la red romana

«Continúa la lucha, hijo queridísimo...»

La guerra sangrienta por Baviera y los subterfugios papales

CAPITULO 3. INSURRECCIÓN DEL PAPADO Y LUCHA ICONOCLASTA

La Iglesia condena a un papa

Roma se rebela contra Bizancio

Quemas de libros y batallas. La conversión de los longobardos al catolicismo

Empieza la disputa de las imágenes

Fracasa una revolución papal

CAPITULO 4. LA FORMACIÓN DEL ESTADO DE LA IGLESIA MEDIANTE GUERRAS Y PILLAJE

Las negociaciones papales entre Bizancio, longobardos y francos

El elocuente Zacarías engatusa a los longobardos

La matanza de suabios por Carlomán y el obispado de Constanza

Pipino III: «un buen cristiano» y «un gran soldado

El «hecho más trascendente de la Edad Media»

Flagrante violación jurídica y separación de Bizancio

El culto y la baza de san Pedro

El usurpador del trono, ungido por el papa y rey «por la gracia de Dios», lleva a cabo dos guerras en favor del papa

CAPITULO 5. LA «DONACIÓN CONSTANTINIANA»

La Edad Media católica, un Eldorado de falsificación clerical

Algunos ejemplos de falsificaciones eclesiásticas sobre actas conciliares, reliquias y vidas de santos

Ejemplos de falsificaciones episcopales sobre todo por motivos de política de poder y posesiones

Origen y alcance de la «Donación constantiniana»

107 El descubrimiento de la falsificación

110 CAPITULO 6. CARLOS I, LLAMADO EL GRANDE O CARLOMAGNO, Y LOS PAPAS
112 Excesos criminales en la corte pontificia con el cambio de poder en el reino franco
116 El papa Esteban III impulsa otra guerra contra los longobardos
120 Soberanía exclusiva y antijurídica de Carlos y el comienzo de la guerra pro papa
125 La avaricia de Adriano y el expolio del reino longobardo por Carlos
131 Lo suficiente no basta
133 «... enviad en seguida un cuerpo de ejército», solicita el papa Adriano contra Benevento
136 Un martirio (falso) y una coronación imperial (casi auténtica)

141 CAPITULO 7. CARLOMAGNO Y SUS GUERRAS
142 1. LA «MISIÓN» SANGRIENTA DE LOS SAJONES
143 Saquear y cristianizar, «una baza de la política gubernamental franca»
146 El comienzo de la cultura carolingia entre «los más paganos», o «las banderas cristianas entran en Sajonia»
149 Una misión según «las líneas de choque militares...»
150 Descalabro en España, o «aquí empiezan las cruzadas»
152 El carnicero de los sajones, «un par de ceros de más» y «la tranquilidad serena de un alma grande...»
156 «Como entonces hubiese paz por doquier...»
158 Últimas sublevaciones, guerra de aniquilación y «la serena altura del báculo»
160 Las leyes sangrientas de Carlos
162 2. EL EXPOLIO Y EXTINCIÓN DE LOS AVAROS
162 (791-803)
163 El breve proceso de Carlos con Tassilo
166 Evidentemente una guerra santa
171 Una vez más la Iglesia beneficiaria de la guerra
172 3. EMPIZA LA OFENSIVA SISTEMÁTICA CONTRA LOS ESLAVOS
175 De acuerdo con el crimen, de acuerdo con la santidad
183 NOTAS

6

CAPITULO 1. LA ASCENSIÓN DE LOS CAROLINGIOS

«... con la ayuda de Cristo, Rey de reyes y Señor de señores...»

FREDEGARII CONTINUATIONES[1]

«Pronto atacaron los francos con barcos y dardos, los acribillaron en las aguas y los mataron. Así acabaron triunfando los francos sobre sus enemigos y conquistaron mucho botín de guerra al haber hecho muchos prisioneros; y con su caudillo victorioso los francos asolaron la tierra de los godos. Las famosísimas ciudades de Nímes, Agde y Béziers las hizo arrasar con los muros de las casas y de la ciudad, les pegó fuego y las incendió; también destruyó los arrabales y fortificaciones de aquel territorio. Cuando él, que en todas sus decisiones era guiado por Cristo, en quien exclusivamente está el bien de la victoria, hubo vencido al ejército de sus enemigos, regresó sano y salvo a su territorio...»

FREDEGARI CONTINUATIONES[2]

«La profesión de los carolingios fue la guerra. No aprendieron otra cosa, para ninguna otra cosa fueron educados, y mediante ninguna otra cosa pudieron acreditarse.»

WOLFGANG BRAUNFFELS [3]

7

En el curso del siglo VII los tres territorios del reino, Austrasia, Neustria y Burgundia, fueron independizándose cada vez más. Una señal de ese desarrollo fue la aparición de los tres nombres de territorios, característicos de los siglo s VII y VIII. Cada porción del reino tuvo leyes propias y la nobleza forzó al rey a que no nombrase funcionarios superiores de las otras partes del reino.[4]

En algunos momentos hasta pareció inminente su disolución en anarquías nobiliarias. Ninguno de los numerosos gobernantes alcanzó la edad madura del varón. Pero en los enfrentamientos asesinos entre los reinos parciales, los mayordomos y la nobleza, fue la mayordomía austrasia la que se encaramó siempre más y más. Y mientras el cargo de mayordomo no se hizo hereditario ni en Neustria ni en Burgundia, esa tendencia fue imponiéndose poco a poco en la región oriental.

Preparativos sangrientos bajo el obispo Kuniberto, Grimoaldo, hijo de Pipino el Viejo, y san Sigiberto

Desde el 622 Pipino tuvo realmente el poder de Austrasia. Cierto que cuando Dagoberto I se convirtió en el único soberano y en el 631 trasladó su residencia de Metz fue degradado a la condición de educador del hijo del rey, siendo instituido rey

[1] Cont.Fredeg. 15.
[2] Ibíd. 20.
[3] Braunfeis, Kari der Grosse (1991) 32.
[4] Lasko 214. Ewig, Die fränkischen Teilungen 693.

de Austrasia Sigiberto III, que entonces tenía tres años y que también fue santo de la Iglesia católica. Pero el, verdadero regente lo fue ya, a una con el duque Ansegisel, hijo de san Arnulfo, obispo de Metz, Kuniberto, obispo de Colonia (623— 663). Siendo archidiácono de la iglesia de Tréveris, Kuniberto fue elegido obispo «por el Espíritu Santo, el sínodo y el mandato del rey», y naturalmente contra su voluntad. Y como muchos otros colegas suyos, se convirtió en un *«political saint»* (Wallace-Hadrill), ejerciendo una gran influencia en el tardío reino merovingio. Hizo la guerra contra los vendos. Recibió de Dagoberto en propiedad el conquistado castillo Trajectum (Utrecht) con el encargo de convertir desde allí a los frisones. Y cuando Dagoberto murió en el 639, el obispo Kuniberto promovió el ascenso de los carolingios.

En efecto, bajo Sigiberto III pronto volvió a ser Pipino el mayordomo austrasio. Y el obispo Kuniberto, criado entre Tréveris y Metz, donde Pipino tenía sus fincas y al que conocía por lo mismo desde tiempos antiguos, estableció con él un «pacto de amistad eterna». Al tratar con habilidad y «dulzura» a todos los «leudes» ambos se aseguraron su lealtad duradera. Ambos participaron en el reparto del tesoro real y ambos gobernaron conjuntamente. Y a la muerte de Pipino (640), su hijo Grimoaldo I (el Viejo), cual protegido del obispo Kuniberto y apoyado en su enorme poder material y sobre todo político, se convirtió en el mayordomo de Austrasia. Desde allí fue el primero en intentar el destronamiento de la dinastía merovingia en favor de su propia descendencia, convirtiendo poco a poco en hereditario el cargo de mayordomo. Por lo demás eso sólo ocurrió en la parte oriental del reino, donde ya en el siglo VII se le llama al mayordomo «príncipe de los francos» y «virrey».[5]

8

Cierto que el traspaso de poder de padre a hijo no se realizó de manera totalmente incruenta. Dos fueron sobre todo los grupos coetáneos rivales.

Al frente de los pipínidas se encontraba Grimoaldo, hijo de Pipino, asociado entre otros con el obispo Kuniberto, con los hijos de Amulfo de Metz, el duque Bobo de Auvergne y el duque alemán Leuthari. El otro grupo lo capitaneaba un cierto Otón, a cuyo padre, el doméstico Uro, ya Dagoberto I había nombrado preceptor de su hijo Sigiberto III. Otón, tutor del rey menor de edad, pretendía la sucesión en el cargo de mayordomo en perjuicio de Grimoaldo, hijo de Pipino. Del lado de Otón estaban el duque de Turingia Radulfo y el palaciego Fara, cuyo padre, Crodoaldo, había caído en desgracia de Dagoberto «por instigación» del santo obispo Amulfo de Metz y de Pipino, y en el 625 había sido asesinado en Tréveris por orden real. Para vengar al padre se asoció Fara con Radulfo, duque de Turingia. San Sigiberto (venerado después cual «señor de la tempestad», cuyas reliquias se conservan en Nancy y cuya fiesta se celebra el 1 efe febrero), hijo de Dagoberto, lo batió hacia el 640 en «una batalla feroz», probablemente entre Maguncia y Vogeisberg, en la que murió Fara; pero el perseguido Radulfo pudo contabilizar la batalla como una victoria en Turingia, junto al río Unstrut. «Se dice que allí perecieron a espada muchos miles de hombres» (Fredegar). A instigación de Grimoaldo, amigo íntimo del obispo Kuniberto (*in amicitiam constríngens),* Otón fue asesinado hacia el 642-643 por Leuthari, duque

[5] Fredeg. 4, 85. LThK IX' 548, Mühibacher I 41 s. Ewig, Die Merovinger 163 Bleiber, Das Frankenreich 161. Ebling 54 s. Wallace-Hadrill cit. según Müller, Bis-chof Kunibert von Koln 167 ss., 179, 184 ss. Schulze, Vom reich der Franken 82. Comp. también la nota siguiente.

alemán. Ahora ya nada se interponía a la mayordomía de Grimoaldo, que dominó en Austrasia durante aproximadamente 14 años.

El rey Sigiberto, de primeras sin hijos y bajo la tutela de Grimoaldo, hubo de adoptar al hijo de éste, que recibió el nombre dinástico merovingio de Childeberto (III), y llenó un período de gobierno —aproximadamente entre el 660 y el 662— envuelto en una oscuridad profunda. Después, sin embargo, Sigiberto tuvo un hijo, que fue Dagoberto II. Y cuando el santo rey (que se negó a obedecer al papa Martín I, también santo, en la lucha contra el monoteletismo, y prohibió asimismo a los obispos convocar sínodos sin el consentimiento real) enfermó de muerte en enero del 656, Grimoaldo y el obispo Didón de Poitiers se reunieron en el monasterio de Nivelles, perteneciente a la familia pipínida, y dispusieron las cosas para el caso de muerte.[6]

9

El rey Sigiberto, que murió el 1 de febrero del 656 con sólo 27 años, cierto que había confiado a su hijo menor de edad a la tutela de Grimoaldo. Pero el ambicioso mayordomo de Austrasia llevó entonces a término el que se conoce como su golpe de Estado, siendo aquélla la primera intentona por poner a los pipínidas sobre el trono real de los francos. Por medio del obispo Didón hizo tonsurar para monje al príncipe merovingio Dagoberto II, todavía menor de edad, con el fin de asegurar la corona a su hijo Childeberto (III). De acuerdo con lo estipulado, el obispo Didón se llevó en principio consigo a Poitiers al legítimo heredero del trono Dagoberto, y en el 660-661 lo encerró en un monasterio de Irlanda con la intención de librarse de él para siempre.

Pero el intento fracasó, tanto por la fuerte oposición austrasia como, sobre todo, por la resistencia de los francos neustrios, que querían convertir en soberano único a su propio rey Clotario III, todavía menor de edad. Y así se le tendió una trampa a Grimoaldo, que fue entregado a la dinastía neustria y encerrado en una cárcel de París. Allí acabó en el patíbulo hacia el 662, al tener que exiliarse Dagoberto II. También su hijo adoptivo, Childeberto, terminó probablemente con él, y muriendo en cualquier caso. En su lugar fue elegido rey de Austrasia Childerico II (662-675), hermano menor de Clotario III y benjamín de la reina Bal— thilde, que por entonces era sólo un niño de siete años.

Después de tres generaciones, ya en el 662 se había extinguido la rama masculina de los pipínidas. Habían producido un rey y dos mayordomos. Entonces vivían aún dos hermanas de Grimoaldo: la abadesa Gertrudis de Nivelles y Begga, desposada desde aproximadamente el 635 con Ansegisel, hijo segundo de san Amulfo de Metz. La herencia pipínida entre la Selva Carbonífera y el Mosa pasó a los amulfíngios moselenses, cuyos territorios se extendían por los alrededores de Metz, Verdun, Tongem y probablemente también Tréveris. El hijo de Ansegisel y de Begga, llamado Pipino por su abuelo materno (Pipino II el Medio), y sus descendientes dispusieron así de las enormes posesiones de amulfíngios y pipínidas, las fincas familiares en las tierras del Mosa y del Mosela, como un potencial de dominio que marcó una época histórica.[7]

---

[6] Fredeg. 4, 86 ss. LThK IX' 548. LMA IV 284, 1717. Kühner, Lexikon 42 s. Mühibacher I 43. Ewig, Die Merowinger 143, 145 s. Friese 164 ss. Bleiber, Das Frankenreich 160 s. Ver también la nota siguiente.

[7] Lib. Hist Franc. 43. Vita Wilfr. c.28; 33. Vita Gertrudis c. 6. Sigeberti Chronica a. 656. LThK IX' 548. LMA IV 1717. Zwolfer 79 s., 82 ss. Neuss/Oediger 76 ss., 127 s., 130. Büttner, Aus den Anfängen 164. Löwe, Deutschiand 73,75s. Maier Mittelmeerweit 323. Lasko 214. Sprigade, Die Einweisung 23 ss. Id.,

10

… Y MUCHAS OBRAS PIADOSAS

El acontecer político de esos años yace en una densa nebulosa. La segunda mitad del siglo VII figura entre las «épocas más tenebrosas» de la historia medieval. Primero, porque al finalizar la crónica de Fredegar en el 643 las fuentes coetáneas callan casi por completo. Segundo, porque los hijos de reyes merovingios, menores de edad en su casi totalidad, se convirtieron cada vez más enjugúete de los grandes partidos del reino, y especialmente de amulfingios y pipínidas.

Destaca de manera particular la política eclesiástica de Grimoaldo y de su círculo. Quien acabaría siendo decapitado mantuvo estrechos contactos con los personajes religiosos más destacados de su tiempo. Fue amigo de los obispos Desiderio de Cahors y Didón de Poitiers. Hacia el 646-648 consiguió el rey Sigiberto la fundación de los monasterios de Stablo (Stavelot) y de Malmédy en las diócesis de Maastricht y de Colonia, en las estribaciones nororientales de las Ardenas, para los que Sigiberto puso a su disposición un territorio boscoso de doce leguas.

Santa Iduberga (Itta), madre de Grimoaldo, fue la fundadora de una abadía doméstica pipínida, el monasterio femenino de Nivelles, el más antiguo de los Países Bajos. Y ambos, madre e hijo, fundaron también (651) la abadía de Fosses, al oeste de Namur, para aquellos monjes irlandeses a los que el mayordomo Erchinoaldo y su abad Foillan habían expulsado de Neustroburgundia. Parte de ellos agrandaron el «monasterio familiar» y «materno» de Nivelles, «un lugar de disciplina en medio de un pueblo indisciplinado» (Hümmeler), convirtiéndolo también en uno de los monasterios dobles (para hombres y mujeres) más tristemente célebres desde la antigüedad cristiana.

Fue nombrada primera abadesa la hija de santa Iduberga, la también santa Gertrudis (= la muy amable) de Nivelles, hermana menor de Grimoaldo. Sólo quería ser «sierva y esposa de Jesucristo» y consagrar por entero «su virginidad al Rey celestial» (Hümmeler); una esposa de Dios, aunque también con estrechas relaciones con los monjes irlandeses, y especialmente con el abad Foillan, asimismo santo. Éste, que poco después de su expulsión había hallado acogida por parte de santa Iduberga y de santa Gertrudis y que «continuó manteniendo contacto con el "monasterio madre"» (Van Uytfanghe), fue asesinado en el bosque de Seneffe (655), cuando regresaba de Nivelles, siendo arrojado en el desaguadero de una pocilga. Pero con la pompa de una gran procesión regresó a Nivelles, extendiéndose después su culto de «mártir» desde Valonia a Renania.[8]

Ahora bien, santa Gertrudis, que ya a los doce años había hecho voto de castidad

---

Abschneiden 152. Según Fischer, Der Hansmeier 66ss., la renuncia de Dagoberto fue voluntaria. Lo contrario, y con razón, piensa Sprigade, Abschneiden 151ss. Prinz, Entwicklung 239 s., 250 s. Ewig, Die Merowingerzeit 59ss. Id., Noch einmal zum «Staatsstreich» Grimoalds 454 ss. Id., Die Merowinger 145 ss., 156 s., 163 s. Schulze, Das Reich der Franken 83 s. Steinbach, Das Frankenreich 39. Braunfeis, Kari der Grosse 125. Schneider, Das Frankenreich 17 s. Bleiber, Das Frankenreich 161ss. Bund 297 ss. Butzen 40s. Meyer-Sickendick 163

[8] LMA IV 604 s., 1356 (van Uytfanghe). Mühibacher I 43. Hümmeler 139 s. Prinz, Frühes Mónchtum 185 ss., 278 s., 359. Wemer, Zur Verwandtschaft 1 ss.

perpetua, fue «consumida por su ascesis». Ya a los treinta años se retiró, entregando el agotador cargo de abadesa a Wulfetrude, hija única de Grimoaldo y sobrina suya, para que todo quedase en la familia. Sólo sobrevivió tres años más «en oración y penitencia» (Van Uytfanghe). Y durante la celebración de la santa misa siguió al santo mártir Foillan al paraíso. Su culto, sin embargo, se extendió rápidamente de Brabante hasta Alemania y Polonia. Más aún, se convirtió en una de las comunidades de santos más conocidas de la Edad Media.

11

Consecuentemente Gertrudis se convirtió primero en la patrona de los caminantes (que «beben en la despedida el "amor de Gertrudis"») y después en la santa protectora de la buena muerte («¡Que santa Gertrudis te prepare aposento!»). Y desde el siglo XV se invocó su protección contra ratas y ratones. En la iconografía aparece con hábito de abadesa o con vestimenta principesca que incluye corona o sombrero de princesa, aunque con ratones a su alrededor, que trepan por su báculo de abadesa o se posan en su seno. ¡Todo un símbolo de impureza y maldad! Los ratones, en efecto, la «perturbaban en su meditación piadosa».[9]

Toda una maraña de enredos y de propaganda clerical. Pero el hecho es que el monasterio familiar de los pipínidas, como muchos otros monasterios, redundó en beneficio del poder doméstico de la familia, chocando en consecuencia —y desde luego por motivos políticos— con la enconada resistencia de la aristocracia neustria.[10]

Santa Balthilde mata a nueve obispos

El fracasado intento de Grimoaldo por derribar el trono hizo que los pipínidas quedasen fuera de juego durante dos décadas en la política por el poder. Fueron Neustria y Burgundia las que entonces se pusieron en marcha, y no tanto la casa real cuanto la alta nobleza de tales territorios.

Balthilde había llegado a la corte neustroburgundia por mediación del mayordomo Erchinoaid como una esclava anglosajona. Hacia el 648 la desposó Clodoveo II (639-657), quien adquirió así «una perla preciosa a bajo precio» *(Vita sanctae Balthildis),* Desde el comienzo luchó por todos los medios por frenar el continuado debilitamiento de la realeza. Por el contrario su marido, al que dio tres hijos —dotarlo, Teuderico y Childerico—, continuó sin ninguna influencia efectiva. Murió el 657, con sólo 23 años, como un auténtico libertino y, a lo que parece, loco en los últimos años. Y como al poco tiempo desapareciere también el mayordomo Erchinoald, fue Balthilde sin duda la que procuró que no le sucediera en el cargo de la mayordomía neustria su hijo Leudesio sino Ebroín, un rico hacendado del Soissonnais, que de hecho se hizo también con el mayordomato de Burgundia, convirtiéndose sin duda en el hombre del día.

12

Y como Ebroín no procedía de la alta aristocracia, esperaba la antigua esclava que podría manejarlo más a su antojo. Y, al menos de primeras, pudo, con su ayuda y con

[9] LMA IV 604 s., 1356 (van Uytfanghe). Keller, Reclams Lexikon 228 s. Fich-tinger 140 s. Hümmeler 139 s. Schneider, Das Franchenreich 17.
[10] LMA IV 1356.

el apoyo de los obispos Crodeberto de París, Eligió de Noyon y Audoin de Rouen, llevar a cabo una política centralista. Impidió una división del reino entre sus propios hijos y de hecho gobernó la parte neustroburgundia exclusivamente en nombre de Clotario III, y tras la caída de los pipínidas y del mayordomo Grimoaldo de Austrasia, aseguró allí la sucesión (662) de su hijo menor Childerico II.

En Burgundia, y entre los años 660 y 663, Balthilde hizo ejecutar al arzobispo Aunemundo de Lyon y a su hermano Dalfino, el *«praefectus»* de la ciudad, por cuanto el metropolitano había evidentemente movilizado a la alta aristocracia burgundia contra la casa real neustria. La acusación contra él no fue sólo de alta traición sino de traición a la patria, pues que en secreto había solicitado la intervención en el país de un poder extranjero *(extranea gens).* El pasaje de la fuente deja sin aclarar si el metropolitano fue ejecutado en Chalón o si fue asesinado en secreto. De todos modos el sacerdote y monje anglosajón Aeddi Stephanus (Eddins) informa a comienzos del siglo VIII que la nueva Jezabel (que aun así subió a los altares de la Iglesia católica, celebrándose su fiesta el 26 de enero o el 3 de febrero) había quitado la vida a no menos de nueve obispos; y, al parecer, también por motivos políticos, por su oposición a la dinastía neustria y a la realeza merovingia en general.

Tal vez el número sea exagerado, aunque sin incluir ciertamente a los sacerdotes y diáconos; pero adecuado a su vez justamente a los muchos obispos feudalizados con un enorme poder, que a menudo sobrepasaba con mucho los derechos de dominio de los duques y condes y que amenazaba cada vez más la base y aun la existencia misma del trono. En cualquier caso el anticlericalismo desapareció de la reina. Mantuvo estrechas relaciones con diversos prelados (Audoin de Rouen y Crodeberto de París figuraron entre sus consejeros), favoreció especialmente a muchos de los ya por entonces numerosísimos monasterios de Neustria con donaciones generosas de tierras y dinero y con donativos de oro y plata, a la vez que fundó varios. Entre ellos la magnífica abadía para hombres de Corbie (diócesis de Amiens) o el monasterio femenino de Cala, en Chelles-sur-Mame (diócesis de París), en el que hubo de entrar como monja con ocasión de su caída, hacia el 665, y en el que murió (680). La *Vita Balthildis* la exalta como regente vigorosa a la vez que como cristiana. Y acabó siendo venerada como santa.[11]

13

Ebroín y Leodegar, anticristo y seguidor de Cristo

La traición eclesiástica estigmatizó a Ebroín como una bestia, como escoria de la humanidad y como el anticristo. Cierto que una fuente le califica de «varón por lo demás de altas prendas, aunque de mano demasiado rápida en la ejecución de obispos». Pero en principio tampoco Ebroín fue hostil a la Iglesia; más bien fue el fundador de una abadía doméstica, el monasterio de Santa María de Soissons (hacia el 667), y también fue amigo de por vida del santo obispo Audoin de Rouen, quien, como consejero de los reyes de París, fue por lo demás el último que aún se opuso eficazmente a la ascensión de los pipínidas.

[11] Lib, Hist. Franc. 44. Cont. Fredeg. Is. Vita Balth. 2; 10. LThK II' 35 s. LMA I 1391 s. III 1531 s. Mayr—Harting 139 ss. Bleiher, Das Frankenreich 158 ss. Ewig, Die Merowinger 149, 153 ss.

Ebroín también mantuvo evidentemente buenas relaciones con san Eligió, obispo de Noyon-Tournai, de quien fue amigo íntimo al igual que del obispo Audoin. Pero el mayordomo era más bien de origen humilde y por lo mismo no estaba obligado por vínculos familiares a guardar consideración alguna con los círculos nobiliarios, que no sin razón le tenían por un advenedizo y nuevo rico. Frenó la influencia de los mismos a la vez que aminoraba la de los merovingios; pero fomentó sin miramiento alguno los intereses de la corona y la reunificación del reino franco bajo la capitanía neustria. Entró así en conflicto con las pretensiones crecientes de poder por parte de la nobleza, tanto civil como, especialmente, eclesiástica, de Neustria y Burgundia. La acaudillaba Leodegar (Leudegarius) de Autun, muy favorecido en tiempos por el propio Ebroín, y que era descendiente de la alta aristocracia francoburgundia, hermano de Gairenus (Warin), conde de París, y sobrino del obispo austrasio Didón de Poitiers.[12]

Gracias al tío Didón llegó Leodegar a la dignidad de archidiácono de Poitiers, y probablemente fue también después abad de Saint-Mai-xent en la misma ciudad. Y cuando en Autun combatieron durante dos años las dos fracciones de la nobleza regional por hacerse con la silla del obispado y uno de los candidatos murió y el otro fue desterrado, fue Leodegar quien hacia el 662, y gracias al favor de la reina Balthilde, ocupó la ambicionada sede, convirtiéndose en uno de los políticos más importantes en la Galia del siglo VII. Y aunque personalmente llevaba una vida de lujo y fausto, reprimió por la fuerza y el terror a los bandos hostiles y tributó culto especial a las reliquias de san Sinforiano, mártir y patrono de la ciudad, sin sospechar que también él acabaría siendo un santo mártir.[13]

La ambición de poder de Leodegar pronto le enfrentó con el no menos ambicioso Ebroín, a cuyos esfuerzos de centralización se opuso con energía, aunque las hostilidades las abrió ciertamente el obispo, cosa que se repitió según parece en las diversas fases de la lucha, siendo las luchas «de mayor envergadura en el reino merovingio» (Büttner). Y mientras que Ebroín se sentía el defensor de la corona frente a los grandes de la nobleza, oponiéndose también especialmente a los separatistas bur— gundios, el obispo Leodegar se convertía en portavoz de la oposición, en exponente del partido nobiliario, opuesto a cualquier gobierno unitario.
[14]

La temprana e inesperada muerte de Clotario III, el rey neustrio, en la primavera del 673 afectó profundamente a Ebroín y provocó un cambio total. Dejando de lado a los grandes, el mayordomo sentó en el trono de Neustroburgundia al hermano menor del rey, Teuderico III, hijo segundo de Balthilde, que estaba internado en Saint-Denis. Por el contrario, los nobles del círculo del obispo Leodegar proclamaron a Childe-rico II, hermano menor de Teuderico, que desde el 663 ya gobernaba en Austrasia y que obtuvo un rápido reconocimiento.

Ebroín y su rey no pudieron resistir a la nobleza y al episcopado en el verano del

---

[12] Síntesis de las fuentes sobre Ebroino en la introducción de B. Krusch a las Passiones Leudegarii, SS rer. mer. V 249 ss. Pass. Leud. II c. 1. Vita Elig. c. 56. LMA I 1196 s., 1392. II 1818, III 1531 ss., 1829 s. Ewig, Die Merowingerzeit 60. Id., Die Merowinger 152 ss., 160. Fischcr, Der Hausmeier Ebroin 7 s., 76 ss.,109 ss., 174 ss. Zollner, Die poliüsche Stellung 115 s., 214 s. Steinbach, Das Frankenreich 39. Bleiber, Das Franken— reich 158, 163. Schulze, Vom Reich der Franken 84.

[13] Pass. Leud. I c. Is. II c. 3. Lma V 1883. Hauck I 357s. Fischer, Der Hausmeier Ebroin 105 ss. Prinz, Askese und Kultur 83 s. Borst 502 s. Ewig, Die Merowinger 160. Pontal 197 ss.

673. El mayordomo, tonsurado como un monje, fue a parar al lejano monasterio de Luxeuil en los Vosgos, mientras que Teuderico III entró, también tonsurado, en Saint-Denis. Ocupó el trono Childerico II de Austrasia y Leodegar entró en el círculo de los más allegados al rey. Y como éste —según escribe un monje anónimo de Saint-Symphorien de Augustodunum (Autun) en la *Vita* de su héroe, redactada antes del 693— reconociera «que el santo Leodegar sobrepujaba a todos con la luz de su sabiduría, lo tuvo siempre junto a sí en su palacio y lo convirtió en su mayordomo», y «todo el mundo» se felicitó «de tener a Leodegar por mayordomo».

En realidad Leodegar nunca fue mayordomo, sino un consejero íntimo de Childerico, un *«rector palatii»,* y como tal, pronto desempeñó un papel dominante hasta romper los nervios de la corte, sobre todo cuando criticó el matrimonio del rey con su prima Bilichilde. Para decirlo con el lenguaje de su biógrafo, fue el «enemigo antiguo y malvado, el que sembró la cizaña de la discordia» entre el rey y el obispo; por lo que «el odio del diablo», «la envidia del maligno», se alzó contra el santo de Dios, y el soberano «buscó una ocasión para matar a Leodegar». Animoso partió entonces el héroe episcopal «a palacio la mañana del Viernes Santo y se ofreció personalmente como víctima el día de la muerte de Cristo; el rey quiso atravesarlo con su propia espada...». Entonces, sin embargo, el santo Leodegar «prefirió escapar, a fin de que su asesinato no profanase la fiesta de la Resurrección del Señor, pues sin duda nadie creerá que temiese la muerte de los mártires». El hecho fue que el santo obispo fue depuesto en la Pascua del 675 y, «a propuesta de nobles y obispos» —como admite la *Vita—,* fue desterrado al monasterio de Luxeuil con su enemigo Ebroín, donde supuestamente, y sin apenas reticencias, hasta tal punto llegaron a ser un solo corazón y una sola alma que el abad los separó por algún tiempo.[14]

[15]

«Pero el juicio y castigo divino contra Childerico no se hizo esperar», anota con satisfacción el anónimo de Autun. El rey Childerico II, en efecto, que a los veinte años de edad se vengó de algunos cómplices del obispo haciendo ejecutar al conde Héctor de Marsella y mandando azotar al noble franco Bodilo, fue asesinado por éste, que era partidario de Leodegar, y por algunos otros conjurados a finales del verano del 675, durante una cacería en el bosque de Lognes, en la *silva Lauconis;* asimismo fueron asesinados su hijo Dagoberto, que apenas contaba cinco años, y su esposa embarazada Bilichilde, «cosa que resulta doloroso contar», como se dice en las *Gestas de los Francos.* Y entonces los prisioneros del monasterio salieron sedientos de venganza, «cual serpientes venenosas, a las que el primer sol de primavera despierta de su letargo invernal» *(Passio Leude garii).*[15]

Leodegar y Ebroín llegaron de Luxeuil; pero pronto volvieron a separarse. Teuderico llegó de Saint-Denis y Dagoberto II de Irlanda. Un partido quiso constituirle rey en Austrasia. Y un cometa anunció en el cielo asesinatos y tumultos. Realmente pronto desencadenó un caos en derredor. Contiendas, traiciones y asesinatos estuvieron a la orden del día, con tal desorden y confusión que —como

[14] Hauck I 357 ss. Büttner, Geschichte des Elsass 69. Lowe. Deutschiand 76 s. Maier, Mittelmeerweit 324. Ewig, Die Merowinger 160 s.. 165. Id., Die Merowingerzeit 60. Sprigade, Die Einweisung 32 s. Fischer, Der Hausmeier Ebroin 108 ss., 119 ss., 142 ss., 178 s. Zollner, Die politische Stellung 215. Borst 503. Ebling 131 s. Bleiber, Das Frankenreich 163 s. Steinbach, Das Frankenreich 39.

[15] Cont. Fredeg. 2. Lib. Hist. Franc. 45. Pass. Leud. 7. Ver también la nota siguiente.

escribe el monje de Augustodunum— «se creyó que iba a aparecer el Anticristo». Y como tantas otras veces, la turbulencia afectó especialmente a los cristianos.

No fue Ebroín el mayordomo, sino que fue designado para el cargo Leudesio, hijo de Erchinoald. Pero con ayuda de los austrasios Ebroín atacó a los neustroburgundios, con un golpe de mano ocupó el palacio real de Nogent, se apoderó del tesoro regio en Baizieux y alcanzó al rey en la desembocadura del Somme. El mayordomo Leudesio fue liquidado en favor del mayordomo Ebroín. Y sus partidarios, entre los que figuraban el duque Waimar de Champagne (que después fue obispo y terminó colgado), el obispo Bobo de Valence y Desiderato (Diddo), obispo de Chalón, que estaba al frente de un ejército, se volvieron en el 676 a Burgundia contra Leodegar.

Después de «haber combatido valientemente por ambas partes hasta el anochecer» en las cercanías de Autun, el santo se entregó. Impávido y «fortalecido con el banquete del Señor», avanzó —según cuenta el monje biógrafo— «hasta el campamento enemigo, sacrificándose por sus conciudadanos». Y allí lo recibieron los diablos (igualmente católicos y, en parte, hasta episcopales) «como los lobos a un cordero inocente». Pero no profirió ni un grito de dolor «cuando le arrancaron los ojos de las órbitas, sino que entonó salmos en alabanza de Dios». Y, ya ciego y cruelmente mutilado de labios y lengua, permaneció casi dos años en el monasterio de monjas de Fécamp (diócesis de Rouen), y recuperó milagrosamente el habla: «pues por la acción de Dios volvieron a crecer de forma totalmente milagrosa sus labios y lengua, y yo mismo vi cómo las palabras fluían de su boca...».

16

Despojado de su «dignidad» en el 678 por un sínodo de obispos, y condenado a muerte por el tribunal supremo, Leodegar fue decapitado por orden de Ebroín como cómplice del asesinato del rey en un bosque de Artois. Pero inmediatamente después de su muerte fue considerado como un mártir y, tras la liquidación de Ebroín, venerado como santo, fue declarado patrón de Luzem y naturalmente de Autun, en la saga de los héroes eclesiásticos se le llama «apóstol celoso de la paz», «modelo de sacerdote», «adornado de todas las virtudes cristianas». «La leyenda hace discurrir ahora una serie de milagros, para los que el obispo regente ni siquiera tuvo tiempo. No obstante todas sus riquezas y bienes raíces, Leodegar no fundó ningún monasterio... Incluso su solicitud por los pobres sólo dispuso de amplios recursos, cuando los tesoros almacenados no pudieron ya utilizarse políticamente» (Borst).

Realmente, sólo cuando Leodegar «estuvo de nuevo en su ciudad de Augustodunum para apacentar su rebaño», cuando amenazado y encerrado, con las puertas atrancadas y los bastiones reforzados, pero ya sin ninguna posibilidad de escapar, sólo entonces se negó obstinadamente a salir de allí con sus tesoros, como lo celebra nuestro monje, «sino que repartió toda su hacienda entre los pobres». Todo un auténtico caballero de Cristo. Y al final los fieles suplicaban: «Ruega por nosotros, san Leodegar, bienaventurado confesor de Cristo, para que pongamos nuestra esperanza únicamente en la cruz de nuestro Señor...».[16]

---

[16] Lib. Hist. Franc. 45. Cont. Fredeg. 1 s. Pass. Leud. I c. 15 ss., 29, 31 ss. LMA III 1532 V 1883. Vogel II 351 ss. Hauck I 359 ss. Sprigade, Abschneiden 153 s. Id., Die Einweisung 37 s. Maier, Mittelmeerweit 324. Ewig, Die Merowingerzeil 60 s. Id., Die fränkischen Teilungen 213 ss. Id., Die Merowinger 165ss. Wallace-Hadrill, The Long-Haired Kings 236 s. Schneider, Konigswahí 165 s. Steinbach, Das Frankenreich 40. Borst 503 s. Schulze, Das Reich Der Franken 84 s. Para Fischer, Der Hausmeier Ebroin 136 ss. el obispo Leodegar

Pero al historiador Ewig le ha salido una verdadera obra científica haciendo de Leodegar un seguidor de Cristo, sobre la base exclusiva de una carta, la última que escribió.

Encarcelado, mutilado, sin ojos, sin lengua, Leodegar escribió a su madre, después de la ejecución de su hermano y antes de la suya propia, unas frases inesperadamente piadosas y profundamente cristianas, como la de que toda tristeza se convierte en alegría «no para odiar, sino para amar». Y ésta otra: «Ninguna virtud es superior al amor de los enemigos, por el que nos hacemos hijos de Dios...». Sentencias como ésta difícilmente pudieron pasársele al obispo por la cabeza, y no digamos ya por la lengua, ni siquiera en las prédicas del domingo. Incluso entre su «passio» asegura explícitamente que está contento de la ruina de sus enemigos. Pero a partir del canto de cisne, que brota del miedo a la muerte, Ewig reconoce a Leodegar «en su tiempo y a su manera en el seguimiento de Cristo»; «a la velocidad del rayo» ve iluminada la época oscura y advierte contra «el enjuiciamiento exclusivo de los siglo s merovingios por las acciones de sangre, de las que están llenas las crónicas».
17

Naturalmente se trata de excepciones. (Yo prefiero —¡aquí y siempre historiográficamente!— la regla.) Sagrada, la madre del santo entró en un monasterio. El hermano de Leodegar, el conde de París, fue condenado ya antes a la lapidación por (e1presunto) autor del asesinato de Childerico II. Algunos obispos tuvieron que exiliarse. Otros, como Generio, metropolitano de Lyon, combatieron incluso con tropas contra el prelado, para acabar aceptando el *fait accompli* por Ebroín. Y no faltaron, sobre todo en Neustria, quienes simpatizaron con el vencedor. Por lo demás, los asesinatos no cesaron, siendo ésta «una de las cumbres de la historia franca en el siglo VII» (Fischer).[17]

Pipino II, «el que siempre arremetía de inmediato contra sus enemigos...»

La llamada del último merovingio austrasio, Dagoberto II, el año 676 por el mayordomo Wulfóald de un encierro de casi veinte años en un monasterio irlandés, fue sin duda alguna un golpe para Pipino II el Medio. Porque evidentemente quería convertirse a cualquier precio en mayordomo de Austrasia, como ya lo habían sido su abuelo Pipino y su tío Grimoaldo. Tampoco tuvo que aguardar mucho. Ya en la Navidad del 679, el 23 de diciembre, uno de los hijos del rey Dagoberto mató a su padre en una cacería en Stenay, en las Ardenas, cerca de Verdun, «por perfidia de los duques y con el asentimiento de los obispos» *(per dolum ducum et consensu episcoporum: Vita Wilfridi).* Nobleza y episcopado destruyeron San Pedro de Stablo y Malmédy, patrón y protector de Dagoberto. También el mayordomo Wulfóald desapareció con el rey.

---

fue ciertamente el «verdadero cabecilla de la conspiración», pero probablemente nada tuvo que ver con los asesinatos. Scheibeireiter. Die Verfáischung der Wirkiichkeit 310 ss. Id-, Der Bischof 227, comprueba en general «una participación creciente de los obispos en acciones militares durante el siglo vii».

[17] LMA III 1532. Ewig, Die Merowinger 167 ss. Para el género de la «passio», ver Scheibeireiter, Die Verfáischung der Wirkiichkeit 307 ss., espec. 309. Ver asimismo la nota siguiente.

Pero ¿quién pudo estar más interesado en ello que Ebroín y que Pipino?

En Austrasia, tras la eliminación de Dagoberto y el simultáneo final de Wulfoad, el *dux* Pipino se convirtió indudablemente en el hombre más poderoso. Desde el siglo XIV se le apellida «de Heristal» (aunque Heristal, cerca de Lüttich, aparece ya en un documento del 722, como un territorio de la corona, nunca como una propiedad privada de los carolingios). Fuertemente exaltado por leyendas posteriores, el nieto de Pipino I, el Viejo, y del obispo Amulfo de Metz, Pipino II, el Medio, es el antepasado tanto de Carlos Martell como de Carlos «el Grande» e inicia realmente la historia de los carolingios, que ahora se adueñan cada vez con mayor audacia de la herencia de los merovingios.

18

En tanto que *Dux austrasiorum,* caudillo de los austrios, del reino oriental, Pipino se encuentra ahora, junto a su pariente el duque Martín —que era a su vez *dux* de Champagne—, en uno de los bandos que libran la batalla final por la soberanía franca. En el otro bando están Ebroín, al que se ha unido Reolus, obispo de Reims, así como los obispos depuestos por iniciativa de Leodegar, como eran Desiderato (denominado Did-do) de Chalonsur-Saóne y Bobo de Valence. En una «batalla sangrienta» del 680 en el Bosque del Hayedo (Bois-du-Fays), al este de Laon, «en el cual murió mucha gente de ambos bandos», venció Ebroín, que impuso el reconocimiento de Teuderico III también en Austrasia. Mientras que Pipino pudo escapar, Martín fue hecho prisionero —después que el obispo Reolus le hubiese asegurado con falso juramento, al jurar «sobre un relicario vacío», una partida libre; por lo demás, Ebroín ya había utilizado el recurso con éxito— y «ejecutado con todas sus gentes» *(Fredegarii Continuationes).*

Parecía que Neustria había conseguido el mando. Tras una lucha de,18 años el mayordomo Ebroín era de hecho el único soberano en Neustria y Burgundia, aunque sin pretender el trono. Pero la tentativa de imponerse también en Austrasia la pagó con la vida el mismo año de su victoria. Poco después de su regreso de la guerra, a finales de abril o comienzos de mayo, Ermenfred, un alto funcionario de la corte neustria, le partió la cabeza, justo cuando Ebroín «un domingo, antes de alborear el día, se disponía para ir a la misa primera...». Pero Ermenfred se refugió junto a Pipino, que tal vez también le había inducido al asesinato y que en cualquier caso obtuvo del mismo el máximo beneficio. El acto sangriento lo recompensó aceptando al asesino en el consejo real. Pipino se había impuesto en la lucha por la hegemonía contra los mayordomos neustrios que habían gobernado durante décadas. Y ello se debió principalmente a que una parte de la nobleza neustria volvió a pasarse ahora al mayordomo austrasio.[18]

El sucesor de Ebroín en la mayordomía neustria, Waratto, sí buscó la paz con Pipino. Pero Pipino llevó a cabo una serie de «guerras civiles *(bella civilia)* y numerosas luchas». Y Berchar, sucesor y yerno de Waratto, que debió la dignidad a su suegra Ansfled, pasó de nuevo a la oposición contra el arnulfingio, cuyo frente de conjurados reforzaron aún más los desertores llegados de todas partes, incluidos los

[18] Lib. Hist. Franc. 45ss. Cont. Fredeg. 3 s. Pass. Leud. I c. 20, 25 s-, 37. LMA III 430, 1531 ss. Vita Wilfr. c. 33. Mühibacher 1 37. 44 s. Buchner, Germanentum 163. Zwolfer 74. Ebling 142 s. Wallace-Hadrill, The Long-Haired Kings 238 s. Ewig, Die Merowingerzeit 61. Id-, Die Merowinger 171 s., 184 ss. Maier, Die Mittelmeerweit 324. Fischer, Der Hausmeier Ebroin 141, 148 s., 158 ss. Steinbach, Das Frankenreich 40. Bund 317 s. Meyer-Sickendick 157 s.

desertores episcopales, como el metropolitano Reolus, que ahora estipuló una amistad juramentada con Pipino. El obispo y los suyos se pusieron a disposición del mayordomo Geisein «y lo azuzaron contra Berchar y los demás francos» *(Fredegarii Continuationes).*

Pipino se puso de nuevo al frente de los rebeldes y en el 687 avanzó con la nobleza austrasia desde la Selva Carbonífera. Dice Pablo el Diácono que era «un hombre de extraordinaria audacia, siempre dispuesto a caer de inmediato contra sus enemigos y derrotarlos». En la batalla de Tertry, junto al Somme, que la tradición carolingia magnifica como un acontecimiento decisivo, Pipino venció al ejército de Teuderico III y de su mayordomo Berchar. Inmediatamente después se asoció con Ansfled, viuda de Waratto, y ésta al poco tiempo hizo asesinar a su yerno Berchar. Sucesor de la víctima en el puesto de mayordomo neustrio fue Pipino, que con ello obtuvo también la dirección en Neustria, donde —según cuentan los viejos anales— recibió al rey «con sus tesoros y la casa real», cual si se tratase de una «pieza de inventario». De hecho los reyes hasta mediados del siglo VIII no fueron más que figurantes, simples muñecos del trono, que gobernaban de un modo puramente nominal.

[19]

Pipino dejó en Neustria como su representante al merovingio Teuderico y, en tanto se volvía a Austrasia, le proporcionó gente suya, mayordomos que le eran personalmente adictos, como fueron primero Norberto y más tarde su hijo Grimoaldo. A su hijo mayor Drogo lo elevó a duque de Champagne y se casó con Anstrud, hija de Ansfled —la «noble y fuerte matrona», *matrona nobilis et strenua*— y viuda de Berchar, a quien su madre había hecho asesinar en beneficio de Pipino. Ocurría así todo lo mejor. La herencia de los merovingios *defacto* estaba casi conquistada y la familia de los pipínidas iniciaba su ascensión de nobleza provinciana a dueña de Europa.[19]

Pipino residió menos en Metz que en Colonia, donde probablemente su mujer Plectudis, hija de Hugoberto de Maastricht que luego sería obispo, fundó el monasterio de Santa María del Capitolio. Y también Pipino, sobrino de la primera abadesa (Gertrudis) del gran monasterio de Nivelles en Brabante, estaba ya especialmente vinculado a la Iglesia, siendo fundador y promotor de varios monasterios, tenía especial devoción a san Pedro a quien eligió como su particular patrón y protector, y entre sus coetáneos gozó de prestigio por su singular piedad y por su ayuda a la difusión de la fe. Y es que las conexiones entre guerra y clero, entre baño de sangre y baño del bautismo, entre asesinato masivo y misión han sido cada vez más estrechas.

Así lo demuestran también los modos con que Pipino atacó a los frisones al mando de su rey Radbod, que se mantenía firme en su vieja fe.[20]

---

[19] Lib. Hist. Franc. 47. Cont. Fredeg. 4s. Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 37. Taddey 292, 943 s. LMA I 1931 III 1404. Mühibacher I 45, 47. Haller, Entstehung der ger-manisch-romanischen Weit 306. Ewig. Die Merowinger 172, 185 s. Bleiher, Das Frankenreich 165. Schulze, Vom Reich der Franken 84 s.

[20] Cont. Fredeg. 5. Codex. Carol. ep. 1; 33. Taddey 943 s. Mühibacher I 45 s. Zwolfer 82 ss. Maier, Mittelmeerweit 250, 323 ss. Pfíster, Gaul. Narrative of Everits 127. Stern/Bartmuss 65. Lasko 214. Hauck, Ein Utrechter 734. Prinz, Entwickiung 240 s., 248. Tellenbach, Europa 395 s. Steinbach, Das Frankenreich 40 s. Bleiber, Das Frankenreich 165. Ewig, Das Merowingerreich 61.

MISIÓN ARMADA ENTRE LOS FRISÓNOS

Junto a los sajones (y los bretones) fueron los frisones, los que opusieron la más encarnizada resistencia a los francos. Para someterlos necesitaron los soldados cristianos y los misioneros todo un siglo .

Los frisones eran un pueblo de campesinos, pescadores y mercaderes, que no abandonaron su asentamiento tribal junto al mar del Norte, en los territorios costeros entre el Ems y el Weser, ni siquiera durante las migraciones de los pueblos nórdicos. Tal vez ya a mediados del siglo VI los frisones fueron sometidos (en parte) al dominio de Clotario I. Lo que sí es seguro es que en el 630 el rey Dagoberto entregó al obispo de Colonia el castillo de Utrecht con el encargo de convertir a los frisones. Durante las querellas sangrientas bajo los sucesores de Dagoberto hubo un florecimiento de Frisia, de su potencial y economía, y algunos predicadores extranjeros reanudaron las tentativas de conversión, aunque resultaron inútiles. Y evidentemente tampoco ya fue feliz el obispo Wilfrido de York, un adelantado de la observancia romana. Repetidas veces impulsado por sus hermanos en el ministerio, los arzobispos Teodoro y Brithwaid de Canterbury, consultó a Roma y en el invierno del 678-679 trabajó en Frisia, donde lo acogió de forma hospitalaria el príncipe Aidgisel, padre del rey Radbod.[21]

[20]

Pero el éxito sólo llegó con las armas, algunos años después de que Wilfrido realizase su trabajo de extranjero. En efecto, entre los años 689 y 695 Pipino combatió a los frisones en estrecha alianza con la Iglesia. Ocupó Frisia occidental, donde él y la nobleza franca transfirieron a la Iglesia parte de los territorios conquistados. Finalmente los espadones y otros mensajeros de la buena nueva obtuvieron el éxito anhelado.

«Cuando cesó el estruendo de las armas y Radbod fue rechazado por Pipino —según escribe Camil Wampach— los francos buscadores de posesiones inundaron aquellas regiones. La tierra invitaba a la inmigración...» Esto no suena mal. Y el antiguo profesor de Bonn continúa diciendo satisfecho que muchos «grandes terratenientes» se convirtieron entonces «en benefactores...». Ciertamente que no de los frisones; «en benefactores de Willibrord... Comprobamos que el apóstol encontró acceso a los grandes círculos».[22]

También esto vuelve a sonar bien... para el «apóstol de los frisones». El northumbrio Willibrord, un discípulo de Wilfrido de York, apareció ya al año de la batalla de Pipino con otros doce propagandistas, se puso de inmediato bajo la protección del soberano franco y predicó de acuerdo con él, infiriendo a diario incontables pérdidas al diablo con las correspondientes ganancias para la fe cristiana (Beda). Es significativo al respecto el que fuese la nobleza la que primero abrazó el cristianismo.

El santo Willibrord, «oblato» ya desde niño con seis años, fue adoctrinado por los

---

[21] Vita Wilf. (MG SS rer. Merov. 6, 120). Ver también Beda h. e. 5, 19. LThK X' 886. Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 268 ss., 315 s. Schmidt, Die Westgermanen 71, 76 s., 83. Más extensamente Alberts 634 ss. Asimismo Zóll-ner, Die politische Stellung 178 ss. Bleiber, Fränkisch-karolingische Kioster 127. Pe-tri, Der Rhein 603. Schieffer, Winfrid-Bonifatius 96. Dobler 117 s.

[22] Wampach, Das Apostóla! 247 ss. Hoy se formula en forma «sensible», hábil y «científica», cuando se alude por ejemplo a «conquista de la tierra», «desplazamientos de propiedades», etc. Comp. por ej. HEG I 136.

monjes escoceses de Ripon, cerca de York. Y con la autorización papal y la asistencia de la alta nobleza austrasia difundió la doctrina cristiana entre los ignorantes. Para ello le sirvieron de cabezas de puente primero Amberes y más tarde el monasterio de Echternach. Su protectora especial fue la abadesa Irmina de Oeren en Tréveris, probablemente madre de Plektrud, la mujer de Pipino. El año 697-698 Irmina hizo donación de Echternach a Willibrord. Algo antes, en su segundo viaje a Roma, el papa Sergio I le nombró arzobispo, a instancias de Pipino que soñaba con una entera provincia eclesiástica frisona en tomo de Utrecht. Y el propio Pipino destinó su fortaleza de Traiectum (Utrecht) para sede de Willibrord, «porque la difusión del cristianismo entre los germanos fortalecía su influencia política en la frontera del reino» (Buchner). «Dominio franco y misión cristiana se apoyaron mutuamente» (Levison). «El interés político y el eclesiástico fueron de la mano en el nuevo territorio misional» (Zwolfer). Todo esto es algo probado e indiscutible desde hace mucho tiempo. Primero la espada de la nobleza, luego la locuacidad del clero y, finalmente, la sangría general.

21

A la muerte de Pipino (714) el duque pagano de los frisones, Radbod, que se autodenominaba rey, rechazó a los francos. Reconquistó los territorios al oeste del Altrhein; y con el dominio franco también se hundió la Iglesia cristiana. Sólo después de muerto Radbod (719) irrumpieron de nuevo los francos en Frisia occidental. «La tierra invitaba a la inmigración...» Carlos Martell, que apoyó el ministerio de Willibrord con magníficas donaciones y beneficios fiscales, a lo que se fue «acomodando» el resto más o menos esclavizado, marchó tres veces contra los frisones y en dos guerras contra el duque Bobo (733 y 734) se apoderó de toda la Frisia central, mientras que la Frisia oriental, a una con los sajones, sólo pudo someterla Carlos «el Grande».[23]

Pero Camill Wampach (que también fue director del archivo público de Luxemburgo) puede informar, «tras los prometedores comienzos de la fe cristiana» en Frisia, de los templos que se alzaron en tiempos de Willibrord, las iglesias bautismales, las solemnes ceremonias religiosas, etc. También los francos que en «aquellas regiones fronterizas... montaban la guardia en puestos marginales y de enorme responsabilidad y que en sus extensas posesiones, en sus amplias mansiones señoriales del interior y en sus *casatae* erigieron el *oratorium* y las primeras basílicas en honor de la Madre de Dios y de los príncipes de los apóstoles, en las que podían reunirse con sus columnas más o menos grandes de fieles para el servicio divino...».[24]

Extensas posesiones, amplias mansiones señoriales del interior y columnas de fieles... ¿no constituyen un cristianismo glorioso?

Y la gloria continuó después.

---

[23] Beda h. e. 5, 9 ss. Lib. Pont. Vita Sergii 16. Vita Willibr. c. 9 s. Cont. Fredeg. 17. LThK X² 1166. Neuss/Oediger 136s. Zwolfer 81 ss. Levison, England49 ss., 53 ss. Id., Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 268 ss., 304 ss., 314 ss. Wampach, Das Apostolat 244 ss. Büttner, Mission und Kirchenorganisation 462. Buchner, Germanentum 163. Lowe, Deutschiand 82 s., 108 s. Stern/Bartmuss 71, 73, 76. Schieffer, Winrried-Bonifatius 96 ss., 134 s. Bleiber, Fränkisch-karolingische Kioster 127 s.,130 s. Frilze, Zur Entslehungsgeschichte 140 ss., 145 s. Tellenbach, Europa 407. Alberts 647. Hauck, Ein Utrechter 734 s. Prinz, Die Entwickiung 241. Steinbach, Das Frankenreich 41, 43,46 s. Flaskamp, Die Prühe Friesen-und Sachsenmission 185 ss., 194.

[24] Wampach, Das Apostolat 249,252.

Carlos Martell «… con mucho derramamiento de sangre» y «con la ayuda de Dios»

Drogo, el hijo mayor de Pipino, murió ya en el 708 víctima de una fiebre. Y el hijo menor, Grimoaldo (II), mayordomo en Neustria y verdadero sucesor de Pipino, cuando se dirigía a visitar a su padre gravemente enfermo en el palacio de Jupille de Lüttich, en abril del 714 y en la basílica luttense del mártir Lamberto fue abatido por el frisen Rant-gar. Y como el propio mayordomo Pipino mona a los pocos meses, el 16 de diciembre del 714, la hegemonía de los carolingios en el reino franco peligraba ciertamente.

22

Poco antes de su muerte Pipino había destinado a mayordomo a Teudoaldo, retoño extramatrimonial de Grimoaldo, que entonces tenía seis años; pero había excluido de la sucesión a su propio hijo de unos trece años (nacido de su concubinato con la bella Chalpaida), Carlos, conocido por el sobrenombre de «el Martillo» (Tudes, Tudites, Martellus), que sólo aparece ya en el siglo IX y que simboliza la destrucción de sus enemigos. Plektrud, viuda de Pipino, que gobernaba como tutora bajo el reinado nominal de Dagoberto III, encarceló en Colonia a su yerno Carlos Martell. Pero «con la ayuda de Dios» éste huyó en el verano del 715 y combatió contra sus antagonistas neustrios, el mayordomo Raganfred y el rey Chilperico II (716-721), quien de clérigo se llamó Daniel. Por supuesto se trataba de dos católicos, que poco antes habían pactado una alianza con los frisones y sajones paganos y habían avanzado victoriosos sobre Colonia, residencia de la viuda Plektrud, «y juntos devastaron aquellos territorios» *(Fredegarii Continuationes).*[25]

Pero entonces se puso en marcha Carlos «y hubo un gran derramamiento de sangre por ambas partes», como anota el mismo cronista. Carlos batió a los neustrios el 716 en las Ardenas, al sur de Lüttich, y en el 717 en Vinchy, al sur de Cambray. Persiguió a los fugitivos hasta París, regresó cargado de un botín abundante y obligó a Plektrud a que le entregase Colonia a la vez que su tesoro regio. Así empezó a hacerse con el tesoro de Austrasia, aunque con Clotario IV (717-719) dio al país un rey —aunque dependiendo por completo de él—, que en la práctica fue un rey antagonista del neustrio Chilperico.

El año 718 Carlos Martell asoló Sajonia hasta el Weser y ese mismo año o el siguiente derrotó en Soissons a un destacamento neustrio aquitánico a las órdenes del mayordomo Raganfred y del duque Eudo. Mas pronto llevó a cabo nuevas campañas contra los sajones combatiéndolos hasta el 738, y ya entonces pudo imponer la obligación de un tributo y la entrega de rehenes a «aquellos paganos incorregibles». Literalmente éstas son las palabras de nuestra fuente: «… el valeroso Carlos irrumpió con el ejército franco, acampó de acuerdo con un plan inteligente allí donde desemboca el Lippe, junto a la corriente del Rin, devastó la mayor parte de aquella franja de terreno con abundante derramamiento de sangre, hizo tributaria a parte de aquel pueblo salvaje, tomó muchos rehenes del mismo y con la ayuda

[25] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 42. Lib. Hist. Franc. 50 ss. Cont. Fredeg. 6 ss. LMA II 1825 s., 1872 III 1404 IV 1717 s. Para los matrimonios de Pipino II ver Ko-necny 47 s., 50.

de Dios regresó victorioso a casa».

23

Entretanto todavía marchó otras dos veces contra Baviera: primero el 730 contra los suabios, que definitivamente fueron sometidos; y al año siguiente llevó a cabo dos guerras contra Aquitania, que incendió en buena parte.

Tras largas luchas y graves reveses Carlos obtuvo el reconocimiento de mayordomo de todo el reino franco. A la muerte de Clotario IV, el 719, el duque Eudo, al que de nuevo toleró, le entregó al efímero y umbrátil rey Chilperico II junto con el tesoro regio, y lo reconoció como *rex* de Neustria. Chilperico vivió un año más. Después puso sobre el trono al rey Teuderico IV (720-737), del que no habla ninguna fuente, ni siquiera de su muerte, que conocemos de casualidad. Y desde el 737 gobernó personalmente Carlos sin la mediación de ningún merovingio y como auténtico fundador del reino carolingio.

Carlos Martell había afianzado su poder mediante incursiones continuadas. Año tras año marchaba de campaña, no sólo para asegurar sus fronteras sino también para ampliarlas sometiendo y esclavizando gentes. No avanzó únicamente contra los neustrios; combatió también por doquier contra los alamanes, sobre los que obtuvo en el 725 y en el 730 victorias enormemente sangrientas, a la vez que hacía que el obispo Pirmin misionase a favor de su propia hegemonía. Llevó a cabo varias guerras contra «la salvaje nación marítima de los frisones» («una de las realizaciones principales de su vida»: Braunfeis), y dos campañas, el 733 y el 737, acabando incluso con una «audaz excursión marítima» y «con el adecuado número de naves» avanzó con su flota por el Zuider-zee; devastó por completo el país, mató al duque, el «taimado consejero» de los frisones, destruyendo y quemando los santuarios paganos... con el buen arte cristiano de difundir la buena nueva del evangelio y, de paso, también un poco el propio poder. Combatió a los sajones, a quienes envió a Bonifacio con una carta de recomendación. Marchó contra los turingios y los bávaros, sobre Burgundia y sobre Provenza y arremetió contra la *«gens pérfida»* de los sarracenos, de los árabes en el 732.[26]

La irrupción del islam

La expansión del islam a partir de Persia, sin que Bizancio valorase todo su alcance, fue el acontecimiento más importante del siglo VII, y hasta un singularísimo fenómeno histórico. Desde la invasión de los pueblos germánicos nada ha determinado en tan gran medida la historia europea. Y mientras que las secuelas de las tempranas oleadas de los hunos y de las posteriores de los mongoles fueron fugaces en Europa, las consecuencias de la pleamar árabe persisten hasta el día de hoy.

24

«Todavía hoy los seguidores de la nueva religión continúan asentados casi en todos los lugares a los que llegaron victoriosos bajo los primeros califas. Su fulminante expansión, comparada con el lento avance del cristianismo, es un

[26] Lib. Hist. Franc. 52s. Cont. Fredeg. 10 ss. LMA II 1825 s., 1872 IV 1717 V 954 ss. Mühibacher I 51 s., 54. Lowe, Deutschiand 111 ss.

verdadero milagro» (Pirenne).[27]

De una parte, el islam (que en el lenguaje del Corán significa sumisión, entrega a la voluntad divina) era estrictamente monoteísta. Condenaba como politeísmo el dogma cristiano de la Trinidad, ampliamente difundido en Arabia y por ello precisamente combatido. (Aunque Ma-homa personalmente había admitido por algún tiempo tres diosas, a manera de intercesoras angélicas ante Alá, de repente las volvió a rechazar cual compromiso peligroso.) Por otra parte, el islam surgió de elementos del judaismo y del cristianismo; con este último presentaba estrechos vínculos, aunque con rasgos propios (entre otros la permisión al varón de tener cuatro mujeres e innumerables concubinas). Al igual que el cristianismo proclama el islam el inminente y terrible juicio final (cuyo momento, al no llegar, se fue desplazando cada vez para más lejos, exactamente igual que había ocurrido entre los cristianos). En la nueva y vieja religión se admitía también el fuego del infierno, los umbrosos jardines del paraíso y el deber de la fe, la penitencia y la oración.

El islamismo, que pretendía reestablecer la religión originaria, la «religión de Abraham», no veía en Moisés y en Jesús unos profetas falsos, sino profetas auténticos que no habían conocido toda la verdad o cuyas enseñanzas habían sido falseadas por sus discípulos. Es curioso que al principio se tuviera la nueva fe sólo como una «herejía» del cristianismo oriental; ni deja de serlo el que los escolásticos vacilen todavía en designar a los musulmanes como «herejes o paganos».[28]

Mohammed ibn Abdallah había nacido probablemente hacia el 570 en La Meca, y hacia el 610 fue llamado en el monte Hira por visiones y voces del más allá. Pero únicamente su matrimonio con Kadisha, rica viuda de un mercader y ya de cierta edad, cuyo camellero era Mahoma, le dio la independencia económica para su profetismo, sus crisis nerviosas, sus alucinaciones auditivas y visuales y sus revelaciones místicas. Y a la muerte de Kadisha disfrutó de las delicias de un harén bien surtido..., añadiendo lo sensual a lo suprasensible.

A pesar de los vigorosos acentos patrióticos y locales, los comienzos fueron penosos. En general fueron esclavos y pobres los que se adhirieron a Mahoma; lo que recuerda a los primeros seguidores de Jesús de Nazaret. Dentro de su propia familia incluso su tío Abu Talib, que se había portado con él como un leal padre adoptivo, rechazó la nueva fe hasta su muerte. Y así, Dios acabó permitiendo a su profeta que combatiese a los infieles incluso con las armas. Y el misionero se transformó en señor de la guerra. (Tampoco en esto hubo diferencias con los cristianos desde el siglo IV; sólo que entre éstos se añadía una hipocresía infinitamente mayor, ya que se hacía lo contrario de lo que se enseñaba.) Mahoma misionó al menos con una violencia *ilustrada,* al principio sólo con algunos saqueos, escaso derramamiento de sangre, una especie de guerrilla contra la patria incrédula. Según un rumor, que se le atribuía: «El mantenimiento de mi comunidad descansa sobre los cascos de sus corceles y sobre las puntas de sus lanzas, mientras no cultiven el campo; cuando empiecen a hacerlo, serán como los demás hombres».

25

El 622 —año primero de la era mahometana— el profeta huyó de La Meca

[27] Pirenne, Geburt des Abendiandes. Cit. según Kornemann. Weltgeschichte II 462 ss.

[28] LMA V 680. HKG II 2, 89. Ploetz 68. Erben 10. Daniel-Rops 415 ss. Kornemann U 468. Dawson 146 s. Maier, Mittelmeerweit 263 ss. Gauss 278. Gabrieli 337 ss.

incrédula a Medina. Y cuando con trescientos soldados asaltó una caravana procedente de su ciudad natal, asalto en el que combatieron de su parte escuadrones angélicos, consiguió sus primeros laureles militares. Esto le afianzó en su manera de actuar, como lo hizo aquel acto de fe en Medina, donde el 627 decapitó a centenares de judíos e hizo vender a sus mujeres y niños como esclavos... ¡Qué ejemplo tan estimulante para el mundo cristiano! El 630 se apoderó de nuevo de La Meca y la «convirtió», con lo que su victoria en Arabia quedó decidida. Murió el 632 reposando la cabeza en el regazo de su esposa favorita, y cuando preparaba nuevas campañas, para las que siempre contó con nuevas revelaciones divinas. «El paraíso está a la sombra de las espadas», enseñaba él.[29]

El año 633 empezó el gran asalto. A las órdenes del primer paladín de Mahoma, su suegro Abu Bekr (632-634), que se convirtió en califa *(khalifa* =sucesor*),* conquistó el territorio que se extiende entre el Jordán y el Eufrates. Y no era más que el preludio. Bajo el califa Ornar (634-644), el verdadero fundador del imperio islámico, continuó una carrera de victorias sorprendentemente rápidas, sobre todo a costa del cristianismo, de cuyos países necesitaban los grandes mercaderes islámicos para su mercado. A Ornar se le atribuye: «Nuestro cometido es devorar a los cristianos y el cometido de nuestros hijos devorar a sus descendientes, hasta que no quede uno». Pero incluso el *Manual de historia de la Iglesia,* católico, deja traslucir repetidas veces la relativa tolerancia de los árabes en sus conquistas: «Había que pagar iguales impuestos y la vida de la Iglesia no se vio profundamente perturbada... en principio iglesias y monasterios gozaban de una libertad relativa».

Damasco fue conquistada el 635 tras un asedio de seis meses; en el 636 cayó Siria, el 638 Jerusalén y Antioquía, el 639 Egipto y el 642, tras la batalla de Nihawad, quedó sometida Persia. Su último rey, Yazdgard (Jezdegerd) III, sin recursos y sin tropas, huyó de provincia en provincia hasta que el año 652 fue asesinado en el territorio de Merw. El año 644 también el califa Ornar murió en Medina en manos de un esclavo persa; pero en unos pocos años el imperio bizantino, la conquista de Heraclio, la obra de su vida, se había reducido a un tercio apenas, derrumbándose ante sus ojos.

26

Othmann (646-656), sucesor de Ornar, fue igualmente asesinado; pero antes había conquistado Tripolitania y Cirenaica (647), Chipre (649) y Rodas (654), donde el famoso Coloso fue vendido como metal viejo a un comerciante judío. Incluso la flota de la Roma oriental fue destrozada en la costa de Licia y la propia Constantinopla estuvo en peligro. El emperador Constante II (641-668) abandonó ya la ciudad y durante sus últimos años (663-668) gobernó desde Italia.

Pero frente a la Bizancio cristiana y frente a su flota —la mejor en el mundo mediterráneo y en toda Europa durante los siglo s VIII-XI— los árabes retrocedieron. Los años 668, 672 y 677 los detuvo la marina de Bizancio formada por naves mejor construidas y mejor armadas, sobre todo con el «fuego griego», inventado por Callínikos de Baalbek: era una mezcla secreta formada probablemente con nafta, betún, pez, azufre, resina, aceite y cal viva, que se catapultaba desde proa y seguía ardiendo en el agua hasta alcanzar el objetivo. Durante décadas decidió las batallas

[29] LMA I 835. HEG I 324 ss. Ploetz 68. Kornemann II 467 ss. Cartellieri 193 ss. Daniel-Rops 410 ss. Cahen I 14 ss. Gabrieli 335 ss. Bevan 404 ss. Antes 38 s. Con numerosas referencias al Corán. Wagner, Der Einbruch des Islamy 324 ss.

marítimas, siendo el antecedente directo de la pólvora. Y aunque durante cinco años (674-678) los árabes arreciaron sus ataques por mar y por tierra contra la Roma oriental, siempre fueron rechazados. El 678, tras una doble victoria de los bizantinos en tierra y en el mar, el califa Moawijah hubo de firmar una paz nada ventajosa.

Cierto que en el resto del mundo la carrera victoriosa de los árabes no cesaba. A las órdenes de Abdul Melik (685-705) y de su hijo Welid I (705-715) conquistaron el Turquestán, el Caucaso y el Norte de África donde «convirtieron» a los bereberes. En el 681 alcanzaron la costa atlántica de Marruecos y en el 697 conquistaron Cartago. Para el 698 se habían adueñado definitivamente de todas las fortificaciones norteafricanas, y desde Túnez, la nueva capital, la flota de los ocupantes controlaba el Mediterráneo occidental. Ya antes de acabar el siglo VII los árabes poseían el mayor imperio territorial de la historia del mundo, más extenso que el imperio de Roma o el imperio de Alejandro. Su imperium acabó extendiéndose desde el mar de Aral hasta el Nilo y desde el golfo de Vizcaya hasta China. En el período de una generación la Iglesia había perdido dos tercios de sus fieles a manos del islam. Y casi todas las conquistas islámicas, excepción hecha de los territorios de España y de parte de los Balcanes, se han mantenido islámicas hasta el día de hoy.[30]

A la península ibérica llegaron las primeras tropas, un grupo de unos 400 hombres, en julio del 710. Y el año siguiente llegó el ejército invasor de 7.000 soldados, pronto reforzado con otros 5.000. Penetraron por Gibraltar (así llamado por el nombre del subcomandante árabe Tariq ibn-Ziyad). Ese mismo año los invasores aniquilaron en la batalla de Jerez de la Frontera (Cádiz) al ejército de los visigodos hispanos. Hacia el 715 habían ocupado todas las ciudades importantes del país y en el 720, tras cruzar los Pirineos, conquistaron Narbonne. Incluso se dijo que habían avanzado hasta Tours para saquear el tesoro eclesiástico, almacenado en la tumba de san Martín.

27

Allí se enfrentó a los «infieles» Carlos Martell con el «ejército» convocado de todo el reino, saqueadores contra saqueadores. Antes de la batalla al norte de Poitiers, con una victoria «después a menudo magnificada» (Nonn), estuvieron acechándose siete días, antes de que los árabes, derrotados el 17 de octubre del 732, se retirasen a España. El relato de Pablo el Diácono, que en parte exagera a todas luces y en parte se queda corto, indica que las bajas propias fueron sólo 1.500 mientras que no fueron menos de 375.000 los sarracenos que mordieron el polvo, y entre ellos el comandante en jefe y lugarteniente del califa en España Abd-ar-Rachman; y todo «con la asistencia de Cristo» *(Fredegarii continuationes).* «Se combatía por la hegemonía mundial del islam y de la cultura cristiano-germana» (Mühibacher); «el Occidente cristiano salvado de la inundación de los bárbaros mahometanos» (Aerssen). En una palabra, una «victoria creativa» (Daniel-Rops), y una victoria que permitió a la vez «un reflorecimiento del culto de Hilario» (Ewig).

---

[30] LMA I 835 ss. HEG I 330 ss., 337 ss. HGK II 2, 91 s. Kornemann II 467 ss., 482 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 226 s. Stadtmüller 102 s.. 105 s. Maier, Mittelmeerweit 259 ss., 268 ss., 282, 348. Montgomery I 147, 150. Bertaux 53. Dawson 148 ss. Eickhoff 143 s. Hunger 11. Gabrieli 357 ss., 364 ss., 374 ss. Cahen I 21ss., 32 ss. Daniel-Rops 418 ss., 433 ss. Mango 106 ss. Oates 38. Angenendt, Frühmittelalter 233. Wagner, Der Einbruch des Islam 330 ss., 337 ss. Meyer-Sickendick 190. Mazal, Das Byzantinische Reich 354. Sobre los motivos de la expansión árabe ver, por ejemplo, W.M. Watt 15 ss. Por lo que respecta al fracaso del cristianismo en África, G. Haendier, Die abendiándische Kirche, insiste con razón en que en Occidente «se participó poco en la decadencia de esa Iglesia, tan importante en la Antigüedad» (123).

Carlos Martell continuó su lucha contra los árabes en los años 735, 736, 737 y 739, penetrando repetidas veces en Aquitania, «la tierra de los godos», y en Provenza, la provincia romana *Narbonensis.* Tras la toma de Avignon al asalto hizo matar a los defensores. Destruyó Nímes con su antiguo anfiteatro y asoló las ciudades de Agde y Béziers. «Mandó arrasar las ciudades más famosas... con sus casas y las murallas urbanas, les pegó fuego y las redujo a cenizas; destruyó asimismo los arrabales y fortificaciones de aquel territorio. Cuando hubo vencido al ejército de sus enemigos, él que en todas sus decisiones era guiado por Cristo, en quien únicamente está el don de la victoria, regresó sano y salvo a su región, la tierra de los francos y sede de su gobierno.[31] ¿Quién hablaba de bárbaros mahometanos y de cultura cristiano-germánica?

Después de cada campaña militar Carlos regresaba, como lo hacía ya su padre Pipino, de (in)feliz memoria, «con los tesoros», «con muchos tesoros», «con grandes tesoros», «con un gran botín», «con abundante botín de guerra», «con un botín inaudito y numerosos prisioneros», etc. **Y,** naturalmente, una y otra vez «con la asistencia de Cristo», «con la ayuda de Dios». Y, naturalmente, tras la campaña asesina (y antes de emprender la inmediata), también «en paz». Las *Continuationes* de las crónicas del mentado Fredegar informan tras una campaña de pillaje en el sur, coronada con todo éxito, en estos términos: «Victorioso y en paz regresó de nuevo con la asistencia de Cristo, Rey de reyes y Señor de señores. Amén».[32]

28

Incluso contra su propia familia se desató la cólera de Carlos Martell, excepción hecha por su gran santón. En el 723 eliminó a Arnulfo y a Godofredo, hijos de Drogo, el primogénito de Pipino, porque evidentemente constituían un obstáculo para su ambición de poder. Por el contrario, colmó de prebendas al hermano de los mismos Hugo, arzobispo de Rouen, obispo de París y de Bayeux, abad de St-Wandrille y Jumié-ges, quien vivía satisfecho en su opulencia y no representaba ningún peligro (para Carlos).[33]

El primer «carolingio» gobernó en la práctica sobre todo el reino, moviéndose entre los reyes fantoches merovingios. Las fuentes le llaman *dux* y *princeps,* y los papas le dieron ocasionalmente los títulos de *patricias* y *sobregulus,* mientras que por su parte se proclamaba con toda precisión *«maior domus».* Pero como «el varón prudente», «el varón esforzado», «el perfecto combatiente», «el gran guerrero», «el excelente guerrero», «el comandante triunfador», financió muchas de sus matanzas también con bienes eclesiásticos —cosa que los investigadores modernos han calificado a menudo falsamente como secularización— continúa viviendo como un saqueador de la Iglesia entregado al diablo. En realidad Carlos Martell lo fue todo menos hostil a la Iglesia o al clero, como lo demuestra su exaltación por parte de propagandistas tan prominentes del cristianismo como Pirmin, Willibrord o Bonifacio, a quienes

[31] Cont. Fredeg. 13, 20. Pablo Diác. Hist. Lang. 6, 46. Taddey, Lexikon 974. LMA V 954 s. (Nonn). Mühibacher I 33 ss., 48, 57 ss. Aersen 103. Cartellieri I 132. Ewig, Der Martinskult 25. Daniel-Rops 487. Buchner, Germanentum 164. Pirenne, Geburt des Abendiandes 204. Lasko 214. Maier, Mittelmeerweit 326. Steinbach, Das Frankenreich 45. Schieffer, Winfried-Bonifatius 27. Braunfeis, Kari der Grosse I 25 ss., 32. Hiawitschka, Die Vorfahren 63. Watt 12.

[32] Cont. Fredeg. 10 ss., 15, 18 ss.

[33] Mühibacher I 53. Angenendt, Frühmittelalter 263.

nosotros nos adherimos.[34]

[34] Cont. Fredeg. 14, 18, 20. LMA V 955.

29

CAPITULO 2. SAN BONIFACIO, «APÓSTOL DE LOS ALEMANES» Y DE ROMA

«The Greatest Englishman.»

TITULO DE UNA ANTOLOGÍA DE TIMOTHY REUTER[1]

«Era una persona dedicada por completo, casi podría decirse que tierna, no una personalidad tempestuosa o una fuerza de la naturaleza. Un varón de un idealismo totalmente puro y elevado.»

WILHELM NEUSS[2]

«Además cualquier historiador —incluido un ateo— debería reconocer que... Bonifacio nos abrió la puerta de par en par, que por él la frontera de Europa se desplazó hacia el este. Lo mismo cabe decir de las guerras de Carlos contra los sajones.»

K. KÓNIG/K. WITTE[3]

«Bonifacio... que ha influido en la historia de Europa más profundamente que cualquier otro inglés después de él... no sólo un misionero, sino un hombre de Estado y un genio de la administración, y sobre todo un servidor del orden romano.»

CHRISTOPHER DAWSON[4]

«La gloria de la Edad Media descansa en una buena parte sobre su trabajo...»

JOSEPH LORTZ, TEOÓLOGO CATÓLICO[5]

30

Hacia el 680, probablemente a la edad de siete años, el niño anglosajón Wynfreth (Winfrid), más tarde llamado Bonifatius en Roma, fue entregado por su padre al monasterio como *puer oblatas.* «Pero en el monasterio el muchacho, que había sido confiado al mismo sin consultar su voluntad, creció hasta convertirse en un varón de voluntad propia», escribe hoy el erudito alemán Schramm. ¡Precisamente en el monasterio!

¿Un varón de voluntad propia? ¡Cual si Bonifacio no hubiera sido de por vida un esclavo servicial de Roma!

«Día y noche cultivó los estudios científicos para procurarse la felicidad eterna», según afirma el sacerdote Willibaid en la *Vita* ampulosa que escribió de su héroe monacal en Maguncia a finales del siglo VIII. Y en la primavera del 716 viajó con toda su ciencia a Frisia, donde pudo predicar sin impedimento. Mas cuando cesó el poder militar franco y le faltó el apoyo político, ya no obtuvo éxito alguno y de nuevo abandonó «la tierra estéril de los frisones..., la costa mísera, privada del rocío de la

[1] Reuter (edil), The Greatest Englishman.
[2] Neuss 37.
[3] Kónig/Witte 18
[4] Dawson211.
[5] Lortz, Bonifatius 11. Sobre las confesiones nazis de Lortz, típicamente adaptadas pero en parte extáticas, comp. Deschner Mit Gott und den Faschisten 125 s.

fertilidad celeste» *(Vita Bonifatii).*[6]

Pronto, sin embargo, emprendió Bonifacio una nueva *peregrinatio* propagandística, pero ahora con una «autorización misionera» de Roma. El papa Gregorio II (715-731) le encargaba el 15 de mayo del 719

«ejercer el servicio al reino de Dios... en todos los pueblos prisioneros en el error de la incredulidad». Tenía que examinar —de nuevo según el lenguaje poético del biógrafo Willibald— «si los campos no cultivados de sus corazones tenían que ser labrados por el arado del evangelio». Y Bonifacio lo hizo «con una gran abundancia de reliquias» y «en forma parecida a la abeja prudente, que a su manera pasa volando sobre los campos, revolotea con el suave zumbido de sus alas alrededor de las plantas olorosas y con el aguijón probador liba donde se oculta la dulzura meliflua del néctar».[7]

Liberación de «toda inmundicia» en las gentes de Hesse, Turingia y Sajonia y algún derramamiento de sangre

31

Así pues, por deseo explícito del papa buscaba en Hesse y en Turingia la dulzura meliflua del néctar «el más grande de los ingleses». Los habitantes de Hesse eran todavía en gran parte paganos, mientras que los turingios —entre quienes los conquistadores francos construyeron las primeras iglesias en sus castillos feudales— se habían vuelto parcialmente al paganismo por las incursiones sajonas y las reacciones paganas. En cualquier caso Bonifacio volvió a fracasar rápidamente aquí, a pesar de su doctrina dulce como la miel, debido en parte a los obispos y sacerdotes cristianos y en parte a la falta de apoyo militar.

Todavía en el 719 partió de Turingia y marchó —«lleno de enorme alegría» por la muerte del duque frisón Radbod *(Vita Bonifatii)* — a Frisia hasta el 721; allí se puso a las órdenes del anciano misionero Willi-brord, «oblato» por lo demás como él; es decir, violentado ya espiritualmente desde niño.

Con el respaldo de la alta nobleza franca y de la fuerza de las armas francas desde el 690 Willibrord había difundido sus conocimientos entre los frisones occidentales sometidos por Pipino II y, por breve tiempo y sin éxito, entre daneses y sajones. Con evidente escasa vocación de mártir huyó de Radbod y sólo regresó a su muerte. Únicamente las victoriosas campañas de Carlos Martell el 718 y el 720 (repetidas en los años 722 y 724) contra los sajones hicieron posible el comienzo de su cristianización, su liberación de los «demonios», del «error» y del «engaño diabólico» (a *diabólica fraude:* Gregorio II). Con la invocación de la Santísima Trinidad destruyó Willibrord los «ídolos», profanó y redujo a ruinas los santuarios de los frisones, mató sus animales sagrados y obró milagros sorprendentes. Para decirlo brevemente: fue en conexión con los militares Pipino y Carlos Martell como escardó «la cizaña de la incredulidad» y se esforzó por «renovar mediante el bautismo a aquel

[6] Willib. Vita Bonif. c.l ss., 4. LThK X^2 1166. LMA II 417 s. Herrmann, Thü-ringische Kirchengeschichte I 16 s. Wertellieri I 146. Schieffer, Winfried-Bonifatius 103 ss. Schramm, Der heilige Bonifaz 15. Fines 41. Sobre Inglaterra y Bonifacio, comp, Barlow, The English Background 11 ss. Haendier, Bonifatius 69. Ver asimismo la tabla cronológica en Rau, Briefe des Bonifatius 3 ss., 452 s.

[7] Bonif. ep. 12. Willib. Vita Bonif. c. 5. Kühner, Lexikon 48. LMA II 418 IV 1667-HKGm 1 13.

pueblo que acababa de ser sometido por la fuerza de las armas» y «por difundir sin tardanza toda la luz del evangelio» (Alcuino).

El año 721 Bonifacio se separó de Willibrord por motivos que ignoramos. Había rechazado ser consagrado obispo por Willibrord y regresó al territorio de Hesse-Turingia, donde fundó un pequeño monasterio junto al Amoneburg.

Antes de Bonifacio se encuentran huellas del cristianismo en las regiones central y septentrional de Hesse, y curiosamente sólo en grandes instalaciones fortificadas o en sus inmediaciones. Así también en el año 721 Amoneburg, la fortaleza franca, construida en alto y al este de Marburgo, fue la primera base misionera de Bonifacio, como ya antes, en el 716, el castillo de Hammelburg, sobre el Saale, debió de servir de base a Willibrord para la misión de Turingia. Otras fundaciones monacales, que siempre eran a la vez puntos de apoyo políticos y que difundieron la influencia franca por Turingia, fueron los monasterios de Fritziar en Hesse, cerca de la poderosa fortaleza de Büraburg, de Ohrdurf en Goma y, sobre todo, el de Fulda en la «Buchonia» o el Hayedo. Carlomán le dotó de todas las tierras reales en un perímetro de cuatro leguas; lo que influyó en que también los grandes terratenientes entregasen sus posesiones colindantes a los monjes (que pronto fueron 400).

32

Los lugares fortificados de los francos se convirtieron asimismo en sedes episcopales. Würzburg *(castellum Wirzaburg);* Büraburg en Fritziar *(oppidum Büraburg),* una de las mayores fortalezas alemanas a comienzos de la Edad Media, en la cual estableció Bonifacio (741) el obispado de Hesse; y —más tarde, al abandonarla de nuevo como demasiado peligrosa— el de Erfurt *(locus Erphesfurí),* que ya antes era una fortaleza campesina pagana.

Tras los primeros éxitos Gregorio II mandó llamar de nuevo a Bonifacio y el 30 de noviembre del 722 lo consagró obispo misionero (sin una sede fija). Quedaba así enteramente vinculado a Roma por juramento, y no solamente hubo de prometer solemne obediencia a los papas «en todo», sino también «evitar cualquier comunión con los obispos, que vivieran contra las antiguas disposiciones de los santos padres». Obtuvo también una carta de recomendación para Carlos Martell, que había salido victorioso de importantes batallas.

Evidentemente el papa reconocía a quien según el derecho público no era soberano legitimado, y así evitó hablar de competencia jurídica, pero solicitaba su apoyo. Es probable que también sea falsa esa carta dirigida al «duque» Carlos, al *«Domino glorioso filio Karolo duci».* Como quiera que sea, el mayordomo, que deseaba una Iglesia episcopal fuerte en apoyo del poder del Estado, acogió explícitamente bajo su tutela a Bonifacio (723), «de manera que nadie pudiera hacer nada desventajoso o perjudicial contra él, sino que en todo tiempo podrá morar tranquilo y salvo bajo nuestra protección y amparo». Por otra parte, fueron de provecho para Bonifacio las campañas de Carlos así como sus donaciones a la iglesia de Utrecht y al monasterio de Echtemach, que pronto se convirtieron en la base gigantesca de una propaganda católica, que se extendía hasta el Mosa, el Escalda y las bocas del Rin.

Gregorio II había dado (722) también al «apóstol de los alemanes» un encargo misionero para los sajones. Cierto que el 718 habían sido expulsados del curso bajo del Rin y derrotados por Carlos, pero continuaron casi en su totalidad fieles a sus antiguas creencias. Eran una de aquellas tribus germanas al este del Rin, que según el papa vagaban «como animales salvajes» y en cuyas «falsas divinidades» veía

naturalmente «demonios» *(demones).*

33

A la «conversión» planificada de los sajones con bautizos masivos sólo se llegó tras la campaña de Carlos del 738; larga y cuidadosamente preparada, se llevó a cabo en estrecha colaboración con el clero. Gregorio III (731-741), que en una ocasión llama «hijo querido» de san Pedro al caudillo franco que casi año tras año hacía la guerra, lo declara personalmente en una carta del 29 de octubre del 739, dirigida a Bonifacio: «Nos has dado conocimiento de los pueblos de Germania, a los que Dios ha librado del poder de los paganos, al haber reunido en el seno de la santa madre Iglesia a cientos de miles de almas por tu esfuerzo y el del príncipe franco Carlos *(tuo conamine et Caroli principis Francoruni)».* El número es ciertamente exagerado. Pero los sajones fueron «liberados del poder de los paganos» únicamente por la expedición militar de Carlos Martell (738), «con un espantoso derramamiento de sangre» *(Fredegarii Continuationes).* Y en conexión con ello llegaron los bautizos masivos de los sajones. Su conversión al cristianismo se realizó «en estrecho contacto con la organización político-militar» (Steinbach). Probablemente hasta se trata aquí del «intento a gran escala de una misión sajona anterior al período de Carlomagno» (Schieffer).

Cierto que Carlos Martell no era muy religioso; pero por motivos políticos estuvo «sumamente interesado» (Buchner) en la difusión del cristianismo por el este. Y no existe duda alguna de que Bonifacio «se lo debió todo a las armas victoriosas y a la protección personal de Carlos Martell» (Zwölfer). Tendríamos aquí «una magnífica combinación de apuntalamiento interno y de medidas de protección militar por parte del Estado y una organización poderosa por parte de la iglesia franca» (Wand).[8]

Ya en los años 718, 720,722 y 724 había combatido Carlos a los sajones, como ya queda dicho. Repetidas veces aplastó sublevaciones de frisones y sajones; y sólo de esos sangrientos actos de violencia dependió la «conversión» o, como dice Bonifacio, la liberación de «toda inmundicia de los paganos». Gregorio III atribuyó el éxito misionero tanto a Carlos Martell como a Bonifacio. Y éste confiesa personalmente al obispo inglés Daniel de Winchester: «sin la protección del príncipe de los francos *(sine patrocinio principis francorum)* yo no hubiera podido ni guiar al pueblo de la Iglesia ni defender a los sacerdotes y eclesiásticos, a los monjes y servidoras de Dios, ni sin su *mandato* y su temor habría podido eliminar los usos paganos y los horrores de la idolatría en Germania». No es casual que el 745-746 Bonifacio, «siervo de los siervos de Dios», enviase al rey Aethelbaid de Mercien, además de un azor y dos halcones,

---

[8] Bonif. ep. 12; 16; 20 (Sobre la posible no-autenticidad de esta carta comp. Rau ZKG 1964, 337 s.); ep. 21; 22; 26; 50; 109. Willib. Vita Bonif. c. 5. Cont. Fredeg. 19. Annal. s. Amandi ad a. 718. Annal. Mosellani ad a. 718. Alcuino, Vita Willibr. 10, 13 s. LTK m' 522 s. X' 919 s. LMA V 1664 s. Taddey, Lexikon 1310. HEG 1 534 s. HKG III 1 12 ss. «Él (B.) encontró apoyo en los comandantes del cártel franco de Amonsburg». Mühibacher I 55 s. Levison, England 74 s. Hermann, Türingische Kirchengeschichte I 1, 9. 19 ss. Buchner, Germanentum 168. Caspar II 696 ss. Haller I 290. Löwe, Deutschiand 216. Zwolfer 86. Schieffer, Winfried-Bonifatius 27, 114 ss., 139 ss. Lortz, Bonifatius 29. Seppelt/Schwaiger 79. Wemer, Iren und Angelsachsen 239 ss., espec. 284 ss. Sobre las múltiples tensiones con Willibrord ibíd. 290 s. Schiesinger, Zur politischen Geschichte 44. Dawson 211. Pedberg 31 s., 60 ss. Steinbach, Das Frankenreich 43. Wand, Die Büraburg 208. Haendier, Bonifatius 71, 73. Burzen, Die Merowinger Óstiich des mittieren Rheins 53 ss., 64 ss. Lindner 130. Braunfeis, Kari der Grosse. En autotestimonios I 25. Millot 160 ss. Angenendt, Frühmittelalter 268 ss. llama a Willibrord «misionero en el curso de la conquista franca» y escribe del santo arzobispo que había entregado «a los carolingios y a la propia parentela su monasterio de Echernach provisto de lujo notable».

«dos escudos y dos lanzas».[9]

34

CORCELES QUE RELINCHAN, MONJAS SANTAS Y UN «NEGOCIO TAN LUCRATIVO»

El santo agasaja por lo demás a su majestad, aunque ese rey (no es el único regente cristiano) por impulso diabólico fornica por doquier, y «lo que todavía es peor... lo hace sobre todo con monjas santas y vírgenes consagradas a Dios en los monasterios». El rey Osred de Northum-bria fue víctima de la misma pasión, y asimismo la saciaba con vírgenes y monjas consagradas a Dios —¡que sin duda debían de tener algo especial!—. Por otra parte, Bonifacio sabe que «también en las celdas de los monasterios actúa la impureza» y ve incluso a las «santas monjas» y a sus «hijos concebidos en la maldad... a los que a menudo matan en una gran parte... ["¡Proteged la vida germinal!"] llenando a rebosar el infierno de pobres almas».

Y como las monjas, que como es bien sabido iniciaron la prostitución ambulante en Europa, también otras hermanas cristianas, incluso en sus peregrinaciones a Roma, «se pierden por completo en una gran parte», según escribe el apóstol Bonifacio al obispo Cudberht. Pues «hay muy pocas ciudades en Lombardía, en Francia o en Galia, en las que no hay una adúltera o una ramera de la tribu de los anglos. Lo cual constituye un escándalo y una vergüenza para toda vuestra Iglesia». El santo sufre además porque «el pueblo de los anglos» no toma mujeres en legítimo matrimonio, sino que «contra toda ordenanza divina» y «a la manera de los caballos que relinchan o de los asnos que rebuznan todo lo mancha y confunde vergonzosamente con el libertinaje y el adulterio». Pero, como observa en cierta ocasión Bonifacio, con la prostitución y el desenfrenado placer de los sentidos, «al final ni se es fuerte en la guerra profana (*in bello saeculari fortem)* ni constante en la fe».[10]

El clero cristiano, en efecto, proclamaba que la fe «recta» se demostraba una y otra vez como condición indispensable para el éxito con las armas y para la gloria militar. Mientras que con la lascivia y herejía no se podía conseguir nada en ese orden de cosas. He aquí lo que escribe el papa Zacarías a finales del octubre del 745 a todos los obispos, abades, duques, condes y, en general, «a todos los temerosos de Dios que habitan en Galia y en las provincias de los francos»: «Hasta hoy, y como consecuencia de vuestros pecados, habéis tenido sacerdotes falsos y prisioneros del error, por lo que también todos los pueblos paganos han sido superiores a vosotros en la lucha...». Pero sólo si los francos tienen «sacerdotes castos», proclama el papa, y sólo si son «obedientes en todo» al hermano Bonifacio, sólo así «ningún pueblo aguantará frente a vosotros, sino que todos los pueblos paganos se derrumbarán ante vuestra presencia y vosotros seréis vencedores». Y además promete generosamente «la vida eterna».[11]

35

Y de nuevo los anglos rijosos, pues, para ser justos, no todo era allí contrario «a

[9] Bonif. ep. 63; 69.
[10] Ibíd. 73 s., 78. Comp. Angenendt, Die irische Peregrinatio 76 s. Padberg, «Die Prostitution ais Endstation der peregrinatio»: Wyfreth-Bonifatius 110.
[11] Bonif.ep.61.

todo ordenamiento divino», ni todo se hacía a la manera de los caballos que relinchan y de los asnos que rebuznan. Pues, en sordina —no lo olvidemos— hubo también en Britannia otras voces diferentes, por completo y por completo cristianas.

Pura y casta por completo suena por las mismas fechas la carta de una discípula de Bonifacio, la piadosa virgen Egburg, evidentemente sufre por la separación, y quizá incluso bajo los efectos de la abstinencia —ciertamente que no en mal sentido—. Como quiera que sea, Egburg prefiere al «amable» Bonifacio *(mi amande),* como confiesa abiertamente y con un sentimiento perfectamente cristiano, «a casi todas las personas del sexo masculino con un amor cordial». Por ello lamenta tanto más el haber saboreado «el vínculo de tu amor únicamente a través del hombre interior». Un motivo de queja, ciertamente. Pero «ese regusto persiste dulce como la miel». Ella desde luego sólo quiere «abrazar siempre tu cuello con los brazos de una hermana»; mas por otra parte le dice: «Créeme, y Dios es mi testigo, que te abrazo con el mayor amor» *(summo complector amare).* Ni basta eso: «Ningún navegante, al que arroja la tempestad, suspira tanto por el puerto, ningún campo reseco anhela tanto la lluvia... como yo querría gozar de vuestra presencia». Y, sin embargo, oh desgracia, «según está escrito: el amor a un hombre provoca dolor». Y así ella, la más pobre y culpable, siempre «en la desesperación... bajo la presión de mis pecados y bajo la carga de numerosos delitos... postrada a los pies de tu grandeza y suplicando desde lo más hondo del corazón, te escribo desde los confines de la Tierra, oh bienaventurado Señor...».[12]

El *beatissimus dominus* se ocupó más de cerca de otras mujeres de «la tribu de los anglos». A su pariente Leoba, toda una generación más joven que él, la nombró abadesa en la sede del arzobispado; a Tecla, pariente de Leoba, la hizo abadesa de Vitzingen y Ochsenfurt del Main. Y todo ciertamente por la gran causa, la misión de toda Alemania, por aquel a quien Gregorio III llamó «el apóstol de los alemanes» (en realidad: de Roma) y a quien en un nuevo viaje a la capital católica (732) nombró arzobispo; todo por «el negocio tan ventajoso» *(talis commercii lucro),* como se dice explícitamente en tal contexto. De ahí que el papa, con toda la Iglesia, victorease al apóstol.

Naturalmente que «el negocio» no significa la «pizca de plata y oro» *(argenti et auri tantillum),* que Bonifacio donó ocasionalmente al santo padre, sino la conversión del «paganismo y la heterodoxia al conocimiento de la fe verdadera». Desde Hesse a Frisia destruyó por doquier, «más en conquistador que en convertidor» o misionero, los lugares de culto paganos, y sobre sus ruinas, con sus mismas piedras y maderas, levantó iglesias cristianas. Demolió los ídolos de Stuffo, Reto, Bil, la diosa Astarot, etc. Derribó sus altares, abatió los árboles sagrados del bosque de Hesse, probablemente allí donde, por estar bajo la protección directa de la fortaleza franca de Büraburg, no corría ningún peligro personal, como las encinas de Donar en Geismar, el santuario tribal, erigiendo con su madera una capilla a san Pedro, «su primera señal de victoria» (Haller). Pero Bonifacio hubo de presenciar también cómo en Turingia volvían a ser destruidas no menos de treinta iglesias y capillas.[13]

---

[12] Ibíd. 13

[13] Bonif. ep. 50. LMA II 939. Donin III 366 s. Grupp I 397. Haller I 286., 290. Neuss, Kirche des Mittelalters 35. Levison, England 72 s. Gontard 166. Flas-kamp, Der Bonifatiusbrief 381. Schieffer, Winfried-Bonifatius 148. Dawson 211. Padberg ve actuar a Bonifacio con la predicación y con la «misión operativa»,

36 El apóstol en Roma no combatió, sin embargo, únicamente el paganismo, sino al menos en la misma medida, y probablemente aún más, el cristianismo, que no era obediente a Roma, como entre los bávaros y los alamanes. Esa fue la fase segunda y más breve, aunque más importante, de su actividad.[14]

APARECE EL «RINCÓN BEATO»

Casi no existen fuentes fiables sobre los orígenes históricos de la tribu bávara, sobre su procedencia, el momento de constitución tribal, de la fusión *baibarí, baiovarii* y *baioarii,* así como sus primitivas circunstancias religiosas. A diferencia de godos, longobardos y francos, los bávaros en principio no pueden presentar ningún historiador. Sólo aproximadamente 250 años después de su «conquista de la tierra» hay testimonios escritos de su reino específico. En efecto, sus inscripciones más antiguas son de mediados del siglo VI.

Tampoco consta de dónde procedían los bávaros. Tal vez un núcleo determinante llegó de Bohemia, como indica su nombre: los hombres de la tierra de Baia, la «gente de Bojohaim». Es denominación confirmada desde aproximadamente el 550, cuando los primeros inmigrantes de Bohemia se asentaron sobre todo en la que después sería la capital del reino: Regensburg o Ratisbona. Pero tal vez los baiovarii eran celtas, un pueblo mestizo de celtas, romanos y germanos. Tal vez descendían de los marcomanos, los alamanes y los suevos. Todos ellos, y otros más —turingios, hermundurus, hunos— pueden haber quedado absorbidos en ellos, incluso los romanos alpinos —como hoy está de moda decir— que se asentaron en Retía y Noricum. Como quiera que fuese, la tribu bávara sólo se formó al tiempo de la ocupación (pacífica, se supone) del país a comienzos del siglo VI, al este de los alamanes, entre Enns y Lech, y entre el Danubio y los Alpes. Y dos siglo s después el país ya estaba lleno a rebosar de monasterios, se había convertido en el «rincón beato» que hoy sigue siendo. Probablemente los bávaros fueron ya sometidos por el rey Teudeberto 1 (533-548) a la soberanía franca.

37 Y así como en el plano etnogenético nos remitimos a supuestos y combinaciones, también es poco lo que se sabe acerca de religión originaria de bayuvaros. Ya en la época romana puede haber penetrado el cristianismo en la que luego se llamaría *térra Bavariae* por mediación de mercaderes y soldados. Pero si ya entonces hubo una organización eclesiástica (lo que parece probable), desapareció por completo con la retirada de los soldados romanos y de las autoridades estatales, con la única excepción de Coira (Chur). La Iglesia cristiana, rigurosamente pacifista durante siglo s, pudo crecer frente al Estado; pero después sólo pudo sobrevivir con el Estado, en estrecha conexión con el aparato «civil», con la fuerza.

Es significativo que también aquí fuesen los poderosos los primeros en pasarse al cristianismo. El linaje ducal fue católico desde el principio. Y, como era habitual, fue también aquí la nobleza, la que por motivos políticos, es decir, por afán de poder y

a través de la destrucción efectiva de los lugares de culto paganos: Wynfreth-Bonifatius 72. Comp. 74.

[14] Levison, England 78. Id., Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 259 s.

de prestigio, abrazó la religión cristiana. El pueblo, todavía mayoritariamente pagano en le siglo VI, se convirtió al cristianismo (en masa) sólo en el curso del siglo VII.

Pero tal vez ya antes algunos monjes irlandeses y predicadores de Bizancio habían «convertido» a parte de los bávaros. Y tal vez al principio algunos se hicieron arríanos; en pro de lo cual hay multitud de referencias, aunque no faltan quienes lo niegan porque se prefiere ver a los antiguos bayuvaros como paganos antes que como «herejes». Seguro que entre ellos hubo cismáticos (debido a la disputa de los Tres Capítulos), como lo demuestra el ejemplo de la reina Teudelinde.

El comienzo del fin de los agilolfingios, o Baviera queda prendida en la red romana

Ya en la época más antigua los bávaros estuvieron dominados por los agilolfingios. La procedencia de dicha tribu es tan insegura como el comienzo y su forma de gobierno. Lo único seguro —y el dato es significativo— es su final: el 788. Repetidas veces está certificada su ascendencia franca; pero también se ha tomado en consideración la hipótesis de unos antepasados burgundios y longobardos, con los que mantuvieron estrechas relaciones. La *Lex Baiuvarium,* redactada a comienzos del siglo VIII, y que trata primero los asuntos del clero, luego los del duque y finalmente los del pueblo, dice: «Pero el duque, que está al frente del pueblo, fue siempre del linaje de los agilolfingios y siempre deberá serio».

El primer duque bávaro de la familia de los agilolfingios, del que hablan los documentos, fue Garibaid I (hacia 550-590). Procuró afianzarse frente a los francos mediante lazos políticos y de parentesco con los longobardos. Y si bien hubo de casarse forzosamente con la princesa longobarda Waldarada, entregó una hija al duque longobardo Ewin de Trento y, en el 589, otra, Teudelinde, al rey longobardo Authari, después de haber fracasado en un intento de avenencia con los francos. Pero éstos, que en los años setenta y ochenta habían hecho la guerra a los longobardos, tras una campaña poco afortunada contra los mismos hacia el 590, firmaron la paz al año siguiente y en el 592 entronizaron a Tassilo I en Baviera.[15]

38

De nuevo prevalecían las tendencias profrancas. Pero las noticias de Baviera se diluyen, y entre aproximadamente los años 630 y 680 también las fuentes francas callan por completo acerca de la tribu. Poco a poco fue separándose cada vez más del reino franco, como lo hicieron otros pueblos que no querían vivir bajo yugo franco: sajones, turingios, alamanes o los vascos, que en tiempos emigraron a Aquitania. Pero en Baviera Pipino el Medio volvió a ejercer una mayor influencia sobre la misión cristiana, que acabó desarraigando por completo el viejo paganismo. Y cuando hacia el 716 el conde Theodo pretendió una iglesia bávara independiente, terminó por intervenir Carlos Martell. El año 725, ya bajo Grimoaldo, hijo de Theodo, arrasó el país, reunió un gran botín y se llevó a la mujer de Grimoaldo, la duquesa Pilitrud, y a su sobrina Swanahilt, la cual sería luego madre de su hijo Grifo. Al muchacho lo

[15] Greg. Tur. 10, 3. Paulo Diác. Hist. Lang. 3, 10; 3, 30. Lex Baiw. 3, 1. Taddey 15,414. LMA I 1699 IV 1116 V 1928. Spindier, Handbuch I 136 ss., con abundantes referencias bibliográficas.

encarceló en el 741 y a su madre Swanahilt la encerró en el monasterio de Chelles.

Y ya en el 728 el franco llevó a cabo una nueva campaña contra los irritados bávaros. Grimoaldo, que por entonces residía en Freising, tal vez fue víctima de un amotinamiento, y en cualquier caso fue brutalmente asesinado por unos «enemigos». Pero a finales de los años treinta, mientras Carlos combatía a los árabes en el sur de Francia, el duque Odilo, establecido por él mismo, pudo de nuevo independizarse bastante del dominio extranjero. Pero desde las guerras de Carlos con los bávaros el nuevo obispado de Eichstátt se convirtió en un bastión eclesiástico del poder franco.[16]

Bonifacio había hecho escala por primera vez en Baviera el año 719; pero «trabajó» allí por más tiempo en el 736 y quizá varias veces también en los dos años siguientes, especialmente contra un Eremwulf, de quien no tenemos más noticias, pero del que sabemos que era un cismático, hundido en la «obcecación herética». Naturalmente fue condenado y expulsado y el pueblo se vio libre del «perverso error idolátrico».

39

Durante su tercera y última estancia en Roma (738) Bonifacio recibió la orden de reorganizar la Iglesia en Baviera (y en el territorio alamán). Gregorio III apeló —prometiendo una vez más el «ciento por uno» y «la vida eterna»— a todos los obispos francos que le eran bienquistos, a todos los sacerdotes venerables y a los abades temerosos de Dios: «Asignadle auxiliares de vuestro redil *{ex vestro ovile),* con una imagen muy de su gusto. También su sucesor el papa Zacarías habla de «nuestra comunión en un redil». Y ciertamente que la metáfora es atinada.[17]

Por lo demás, dos décadas antes Baviera debió de convertirse ya en una Iglesia nacional en completa dependencia de Roma y, por supuesto, en una potencia protectora papal más allá de los Alpes. Pues ya el duque Theodo había acudido a Roma, en su condición de «el primero de su tribu» y «con el deseo de orar» *(Líber Pontificalis).* A Roma se peregrinaba siempre para orar. Y naturalmente sacó fruto. Así, ya el 15 de mayo del 716 Gregorio II impartió una instrucción para la erección de obispados y ordenó la creación de una iglesia nacional bávara en armonía con los príncipes bávaros. Cada uno buscaba su provecho: el duque el alejamiento de su territorio de la influencia franca, y el papa una Iglesia, en la que únicamente él marcase la pauta, por lo cual los sacerdotes bávaros tenían que ser también examinados de su «ortodoxia», que significaba su sumisión y acato a Roma.[18]

Mas por entonces los deseos papales es evidente que contaron poco o nada. Y así bajo Gregorio III (731-741) se hizo un nuevo intento, que prosperó con Bonifacio. Una vez más se planificó la erección de una provincia eclesiástica bávara de acuerdo con el duque bávaro, pero no con el mayordomo franco. Odilo se preocupaba, naturalmente de su autonomía, que apuntaba (indirectamente) contra Carlos Martell. Él no «había promovido en modo alguno» una organización del episcopado para el reino franco (Reindel). De ahí que la incorporación del ducado suabio, del territorio atamán, a la reforma bonifaciana no se llevase a cabo, como Roma

---

[16] RGAK I 609. LMA IV 1718. Spindier, Handbuch I 151 s., 154. Mühibacher I Cartellieri 1122, II 694. Brackmann 78. Tüchie 179. Stern/Bartmuss 73 ss. Lowe, Deutschiand 117. Zoll- ner, Die politische Stellung 152. Steinbach, Das Frankenreich Pirenne, Die Geburt 204. Prinz, Grundiagen 83 s. Reindel, Grundiegung und Anfánge 118 ss. Konecny 52, 58. Freilinger 690.

[17] Bonif. ep. 41 s.; 82. Willib. Vita Bonif. c. 6. Spindier, Handbuch I'194, 229. Herrmann, Thüringische Kirchengeschichte I 20. Schieffer, Winfried-Bonifatius 173 ss. Rau, Briefe des Bonifatius 4 s.

[18] Lib. Pont. Greg. II c. 4. LMA IV 1666 s. Mühibacher I 54. Reindel, Grundiegung I 226 s.

pretendía. La influencia del Estado franco ya era allí demasiado grande.[19]

Tras su tercer viaje a Roma Bonifacio dividió (739) Baviera en cuatro obispados, de acuerdo con el plan de organización romano del 716 y en connivencia con el duque Odilo y con Gregorio III. Para ello se apoyó significativamente en los centros de poder ya existentes: Ratisbona, Saizburgo, Freising y Passau. Únicamente en esta última sede dejó al obispo Vivilo, consagrado por el papa; pero expulsó a los restantes obispos, «destructores de las iglesias y corruptores del pueblo» *(Vita Boni-fatií),* nombrando a otros tres: Gaubaid para Ratisbona, Juan para Saizburgo y Erembert para la ciudad de Freising.[20]

40

«Continúa la lucha, hijo queridísimo…»

Baviera, donde Bonifacio reformó (739) la iglesia con ayuda del duque Odilo, después de que evidentemente se habían enfriado sus relaciones con Carlos Martell, ya había sido cristianizada mucho antes, aunque no romanizada. Pues allí hasta los territorios austrios, después de Moavia, «había peregrinado por Cristo» *(peregrinare pro Christo)* principalmente durante los siglo s vil y vili la Iglesia predicadora por boca de monjes irlandeses y escotos. Ni con ayuda de la espada hubo allí conversiones y bautismos en masa. Ni fue la sede episcopal el verdadero epicentro, sino más bien el monasterio, que había despreciado a la jerarquía organizada provocando a menudo conflictos.

Ni siquiera las ordenanzas canónicas de la *Lex Baiuvariorum,* redactadas muy probablemente por monjes del monasterio de Niederalreich (743) a instancias del mayordomo Pipino, reflejan huella alguna de influencia romana. E incluso entonces las sedes episcopales de Baviera oriental, Saizburgo y Passau, continuaron siendo ocupadas por dos ex monjes irlandeses, pese a la hostilidad de Roma. El obispo Virgilio de Saizburgo (767-784), un confidente de Pipino, en cuya corte permaneció durante algún tiempo, se burla en una cosmografía de los bonifacianos. Durante 22 años dirigió su diócesis el abad sacerdote del monasterio de San Pedro, antes de hacerse consagrar obispo.

Así, el cristianismo romano y el misionero eiroescocés, «el primer "Movimiento de Los-von-Rom"» (¡lejos de Roma!) (Behn), «chocaron entonces violentamente» en Baviera (Schieffer). Pero allí y en Turingia Bonifacio, a instancias de Gregorio II, eliminó en la medida que le fue posible aquel viejo cristianismo, que se había desarrollado sin violencia. Procuró sustraer las comunidades a los sucesores de estos eclesiásticos y someterlas sin miramientos y con ayuda del poder estatal al yugo pontificio. Él mismo informa: «Yo tengo, en efecto, las luchas mayores con sacerdotes falsos y con hipócritas *(hypocritas),* que resisten a Dios y que se arruinan a sí mismos, que seducen al pueblo con muchos escándalos y errores de toda índole…». Tan pronto como llegó a la corte en demanda de ayuda Bonifacio lamentó repetidas veces que no podía evitar el trato con los «falsos sacerdotes y los hipócritas».

Pero el legado papal combatió también y especialmente al clero franco, que había

[19] Mühibacher 1 56 s. Barton 223 ss. Reindel, Grundiegung I 226 ss.

[20] Bonif. ep. 45. Willib. Vita Bonif. c. 7. LMA II 418. Spindier, Handbuch I 229. Mühibacher I 57. Heuwoeser, Geschichte I 100 ss., 108, 115.

preservado su autonomía frente a Roma y cuyo reformador había evitado, cuando no combatido. En consecuencia hacia el 738 Gregorio III recomendaba vivamente a los obispos de Baviera y Suabia la obediencia a su hombre, a la vez que insistía: «Debéis detener, impedir y aniquilar las costumbres y doctrinas paganas de los britanos que deambulan por todas partes o de sacerdotes falsos y heréticos y todas sus depravaciones». Y el 22 de junio del 744 escribía el papa Zacarías a Bonifacio sobre ciertos eclesiásticos, «falsos cristianos», «servidores y precursores del Anticristo»: «Has hecho bien condenándolos según la norma eclesiástica *(ecciesiasticam regulam)* y metiéndolos en la cárcel *(damnavit et in custodiam misit)».* Y el propio Zacarías, que no deja de tronar contra «los servidores del diablo, y no servidores de Cristo», contra «los falsarios, vagabundos, adúlteros, asesinos, libertinos y pederastas», así como contra «los sacerdotes falsos, apóstatas, asesinos y deshonestos», vuelve a escribir a Bonifacio el 31 de octubre del 745 con el típico lenguaje mojigato: «tu santa fraternidad atienda incesantemente a la oración... y tras la preparación de las azadas espirituales y la escarda de la cizaña la retire para quemarla».[21]

41

Bonifacio, que chocó con la «resistencia enconada» de muchos hombres libres (Epperlein), que en sus modales extemos era rudo, no tenía miramientos y andaba siempre con una gran comitiva, era frente a Roma tan servicial como allí podían desear y más papista que el papa. Nunca preguntó el porqué; simplemente había que obedecer, según le habían inculcado. El que fue de hecho «el heredero de la Iglesia romana en Inglaterra» (Lortz). Y aunque iba de bajada servía hacia arriba y continuaba dejándose «adoctrinar» con gran escrupulosidad en las cosas de la fe, en las que observaba un enorme formalismo. Era a lo que estaba habituado desde pequeño.[22]

El «apóstol de los alemanes» estaba tan poco seguro de su fe y tan imbuido estuvo de por vida de su tendencia al pecado, que de continuo enviaba a Roma auténticos cuestionarios, «cual si nos arrodillásemos a vuestros pies», para recibir respuesta a las supremas cuestiones de conciencia y naturalmente también para que «convictos y vencidos sucumban los lobos salvajes *(lupi rapaces)».* Por ejemplo pregunta Bonifacio, «el combatiente en la carrera del espíritu» *(Vita Bonifatii),* qué ha de hacerse con los animales sospechosos de rabia. Y pregunta:

¿Es lícito comer la carne de los sacrificios sobre la que se ha trazado la señal de la cruz? ¿Cuántas cruces hay que hacer en la misa? ¿Se permiten varios cálices o sólo uno? ¿Se pueden comer grajillas, cornejas y cigüeñas? La carne de caballo salvaje o de caballo domesticado ¿puede comerse? ¿Qué hacer con el tocino? ¿Está permitido a

---

[21] Bonif. ep. 44; 57; 60 s.; 80. Willib. Vita Bonif. c. 7. dtv-Lexikon II 224. Mühibacher I 56 s. Bauerreiss 47 s. Caspar II 706. Wissig 5 ss., 25 ss. Levison, Aus rhinischer und fránkischer Frühzeit 258. Grupp I 397. Lowe, Deutschiand 53 ss., 67 ss., 123. Züepfel 30. Tomek 71. Delius 125 ss.. 133 s. Maier, Mittelmeerweit 344 s. Stern/Bartmuss 83. Lowe, Ein literarischer Widersacher *passim,* espec. 85 ss. Schieffer, Winfried-Bonifatius 181 ss., 245 ss. Finster-wailder, Wegw und Ziele 203 ss., 210 ss. Levison, England 78 ss., 88 s. Behn 102. Buchner, Germanentum 168. Preidel I 120 ss. Haller I 286. Leutermann 45. Fleckenstein, Grundiegung 64 ss. Wolfram, Der Zeitpunkt der Bischofsweihe 297 ss. Reindel, Grundiegung 165 ss. Ament, Me-rowingische Grabhügel 93. Kahí, Zur Rolle der Iren 375 ss., espec. 395 ss. Sobre los obispos monásticos *passim.* Para los obispos monásticos y los itinerantes en Baviera ibíd. 148 ss. Que la cristianización de la sociedad irlandesa no fue tan completa y que en la tradición hubo mucha apologética en juego lo ha demostrado recientemente M. Richter: Die Kelten im Mittelalter 285 s., 294.

[22] Lortz, Bonifatius 27. Epperlein, Kari der Grosse 14.

las monjas lavarse los pies unas a otras? Etc., etc.

El 4 de noviembre del 751 le respondió el papa Zacarías: «Empiezas preguntando por las aves, cornejas, grajillas y cigüeñas. Los cristianos suelen abstenerse por completo de las mismas. Y con mayor cautela aún hay que guardarse de comer castores, liebres y caballos salvajes». Acerca del tocino no cocido, el santo padre aconseja que «sólo después de la fiesta de Pascua». Y lo que es más: Bonifacio ni siquiera sabía las cosas «necesarias» para el bautismo. (De todos modos, según el papa Zacarías sería válido, incluso si lo confiere un sacerdote que por ignorancia, y como ya había sucedido, emplea la fórmula «Yo te bautizo en el nombre de *patria et filia et spiritus sancti»).* Y como un irlandés dijese al «apóstol de los alemanes» que el bautismo era inútil, éste pregunta por qué. Le preocupa incluso el diezmo de la Iglesia; pero Zacarías le instruye para que «no se preocupe» y cobre «un solidus de cada palacio». Y como ni tan siquiera supiese si los vendos —para él «el linaje humano más odioso e insignificante»— habían de pagar tributo. Roma le respondió con desabrimiento. Lo cual se comprende perfectamente, pues como pagadores de tributos saben «que esa tierra tiene un señor».[23]

42

Gregorio II, que el 22 de noviembre del 726 calmaba el afán de preguntas de su apóstol, le hace saber «la posición en nuestra Iglesia». Un ejemplo: si los padres ya en edad temprana han depositado a sus hijos o hijas «dentro de los muros del monasterio» *(ínter septa monasterii),* en ningún caso podrán éstos más tarde salirse y casarse. «Lo prohibimos terminantemente, porque es pecado aflojar las riendas del placer a unos niños, que fueron consagrados a Dios por sus progenitores.»

Qué barbarie late en esa respuesta. O detrás de esta otra: «También has formulado la pregunta de si, cuando una enfermedad contagiosa o una mortandad invade una iglesia o un monasterio, quienes todavía no han sido afectados pueden huir de aquel lugar para evitar el peligro. Eso parece totalmente necio, pues nadie puede escapar a la mano de Dios».

¿Tributario de su tiempo? ¡Pero cuántas tragedias han desencadenado siglo tras siglo esos tributos a su época! ¡Cuántos destinos arruinados para siempre! Pero el papa no insiste de forma explícita, sino más bien:

«No es que por nuestra cuenta establezcamos *(non quasi ex nobis)* cómo debes comportarte, sino que lo impone aquel que abre la boca del mudo y hace elocuentes las lenguas de los infantes...».[24]

¿También esto es un tributo a la época? Efectivamente, lo es.

Y también la Primera y la Segunda Guerra Mundial, las cámaras de gas, las bombas atómicas sobre el Japón, las matanzas de Vietnam y otras proezas de nuestro siglo orgulloso siempre podrán calificarse, si así se quiere, como tributos de la época. Como todas las brutalidades que se darán en adelante. *Ad infinitum. ¡Todo está ligado a la época respectiva!* No es casualidad por tanto que tal retórica, tan gustosamente trabajada porque históricamente todo lo hace «comprensible» y todo «disculpable» moralmente, forma parte del vocabulario preferido de los adaptadores programados o de los mentecatos (con frecuencia de unos y otros) y de los trucos apologistas

[23] Bonif. ep. 28; 50 s.; 68; 73; 80; 87. Willib. Vita Bonif. c. 5. Hámiein II 84. Buchner, Germanentum 170 s. Gontard 166. Haller I 288 s. Schieffer, Winfried-Bonifatius 152 ss. Schram, Der heilige Bonifaz 25 s., 32 s. Padberg 148 s.

[24] Bonif. ep. 26.

definitivamente amontonados en los muladares. Esa retórica tiene no siempre, pero con bastante frecuencia en la práctica cotidiana, una función de minimización, descarga y embellecimiento.

Teólogos e historiadores gracias a toda esa «vinculación a la época» no tienen necesidad de llamar crímenes y criminales a los crímenes y a los criminales de la Iglesia y del Estado.

43 Los eclesiásticos (aunque no ellos solos) de las tribus alemanas fueron en su tiempo como lo serían, con pequeñas limitaciones, muchos siglo s después: frecuentemente brutales, ignorantes y simuladores. Bonifacio encontró en el reino franco clérigos y obispos, que «esclavos de la lascivia cometían crímenes peores que los laicos»; «que no se abstenían de la impureza y de los matrimonios prohibidos y que no tenían sus manos limpias de sangre humana»; clérigos y obispos «que desde su juventud vivieron siempre en adulterio, siempre en impureza y en toda suciedad»; y encontró también «algunos obispos, que... eran borrachos y camorristas o cazadores y gentes, que combatían armados en el ejército y derramaban sangre humana, ya fuera de paganos o de cristianos».

El obispo Gewilip de Maguncia perpetró con su propia mano una venganza de sangre contra el asesino sajón de su padre durante la entrevista que mantuvo con él en una isla del Weser. Hubo también los que servían a dos bandos, asistían a la liturgia cristiana y a la vez ofrecían sacrificios a Wotán; «comían de los toros y machos cabríos sacrificados a los dioses paganos», lo que en modo alguno podía hacer daño ni a Cristo ni a Wotán. Se lamenta Bonifacio de los seudo— sacerdotes, que son más numerosos que los católicos, y son herejes y falsos profetas, orgullosos y arrogantes, supuestos obispos y sacerdotes, aunque ningún obispo católico los ha ordenado. Eran apóstatas e impíos en sumo grado. Asegura que engañaban al pueblo y de vuelta de Roma se reclamaban al papa; vagabundos de la peor calaña, adúlteros, asesinos, hipócritas libertinos y sacrilegos. Eran alcohólicos y pendencieros, esclavos tonsurados, huidos de su Señor, servidores del diablo, que se transforman en servidores de Cristo y que viven a su capricho...[25]

Los sínodos habían cesado por completo desde el 695. «Las sedes episcopales — escribe Bonifacio— en su mayor parte están en manos de laicos codiciosos y de clérigos deshonestos». Y no sin motivo exhortaba Zacarías el 1 de abril del 743 a los prelados de Büraburg, Würzburg y (tal vez) Erfurt —los tres obispados que Bonifacio pudo instituir sólo con ayuda del mayordomo Carlomán—: «No debéis osar penetrar uno en la diócesis de otro o quitaros vuestras iglesias». En Reims el obispo destruyó las casas de sus propios eclesiásticos y las malvendió. En otras ciudades ocurrió algo parecido. Los prelados resolvían por las bravas las querellas con el clero diocesano, al que oprimían duramente por los motivos mas banales. Los obispos, por ejemplo, litigaban a menudo con sus canónigos y robaban sus viviendas, palacios y prebendas, mientras que los canónigos se levantaban contra los obispos.

44 A su vez otros pastores atacaban a los monasterios, para someterlos, sobre todo en el aspecto económico. Así, Maldegario de Laon, aunque en vano, intentó que se le

[25] Bonif. ep. 50 s.; 57; 60; 63 s.; 80 etc. Comp. asimismo Grupp I 399. «En todo el Occidente, con la excepción tal vez de España, se adoleció de falta de clérigos con formación teológica», Scheibeireiter, Der Bischof 89. Sobre el escaso nivel espiritual de los obispos: 108 s.

sometiese obediente un monasterio de monjas. Y así incluso los discípulos preferidos de Bonifacio contendieron durante años entre sí: se trataba del obispo de Maguncia y del abad de Sturmi de Fulda; en el 763 éste fue desterrado por tres años, siendo rehabilitado después. Por el contrario, el abad Otmar de St. Gallen en disputa con el obispo Sidonio de Konstanz, fue llevado preso a Stein, un islote del Rin, donde pereció. Más tarde Adriano I (772-795) informa de Jas luchas incesantes de los prelados lombardos por los límites de sus obispados.

Y el mismo papa litigó con el arzobispo León de Ravenna por toda una serie de ciudades de la llanura del Po y de las costas adriáticas. Y más tarde aún, hacia el año 800, el patriarca Paulino de Aquileya lamentaba que los obispos malbaratasen los bienes eclesiásticos en guerras y en lujo, que fuesen «rapaces y belicosos», y que «instigasen e incitasen a otros a derramar sangre y cometer muchos crímenes».[26]

A un cierto Aldeberto de origen humilde y oriundo de Neustria, que enseñaba la inutilidad de las confesiones, las peregrinaciones a Roma y las dedicaciones de templos a los apóstoles y los mártires, lo hizo condenar Bonifacio en el sínodo de Soissons (744), mandando quemar sus cruces y capillitas *(oratoriola)* en fuentes y campos. Y ello porque los milagros, por los que la gente corría tras él, los «realizaba de una manera dolosa» *(false fiebant)* y —como aseguró el papa Zacarías en el sínodo de Roma (745)— porque «se había quedado... completamente loco». También el obispo itinerante irlandés. Clemente, enemigo del celibato y padre de familia, fue condenado en su tiempo y, al igual que Aldeberto, fue depuesto y encarcelado «de acuerdo con los príncipes de los francos». Y, naturalmente, el papa Zacarías veía con razón a «los obispos falsos y apóstatas» como servidores de Satán, los condenó como precursores del Anticristo, los desposeyó de su ministerio y desenmascaró su «doctrina como impía en extremo». «Todo ello lo tenemos por abominable y perverso.» Sin demasiado éxito se solicitó la intervención del Estado, cuando los tales escapaban de la cárcel del monasterio. (Según una tradición posterior, en su huida de Fulda Aldeberto habría sido asesinado por un porquerizo.) «Continúa la lucha, amadísimo hijo, pórtate virilmente y permanece vigilante en el servicio de Cristo...», escribía el papa.[27]

Así las cosas, todos los papas se mostraron bien dispuestos con Bonifacio, y no sin buenos motivos. Había reorganizado, en efecto, según el modelo romano la iglesia nacional franca, que era casi autónoma por completo; Roma acentuó allí su influencia, preparó la alianza entre papado y reino franco, que tanta importancia tendría para toda Europa y que habría de conducir a la creación del poder político de los papas, a la «gloria de la Edad Media» (Lortz). Todo ello apenas sería imaginable sin «los arquitectos de Occidente» (Semmler).[28]

45

La guerra sangrienta por Baviera y los subterfugios papales

[26] Bonif. ep. 50; 52. LTK VI² 1213 IX² 1127. Hauck I 351, 363 II 54 ss. Dresd-ner 132, 136 ss. Schubert, Geschichte der chrislichen Kirche I 310. Pirenne, Gburt 244 s. Haller I 329. Prinz, Klerus und Krieg 89. Kawerau, Geschichte der mittelalter-lichen Kirche 37. Hartmann, Die Synoden der Karolingerzeit 47 ss.

[27] Bonif. ep. 57; 60. Sin. Soissons c. 7. Sin. Roma (745) MG epist. select. I. Ampliamente sobre Adelberto (y Clemente): Gurjewitsch 108 ss.

[28] Bonif. ep. 60. LMA II 420 (Semmies). Lortz, Bonifatius 11. Seppelt/schwai-ger 82. Haller II 285 ss.

En la corte romana, donde tenía amigos muy poderosos, se tuvieron en cuenta todos los deseos de Bonifacio, se le colmó de honores y no se quiso poner a nadie a su lado ni nombrarle un segundo legado o un sucesor durante su vida, aunque personalmente lo solicitó: «Todo lo has hecho del mejor modo y según las ordenanzas eclesiásticas *(omnia optime et canonicé)»,* le escribía Zacarías en tono elogioso.

El papa tenía sin duda especiales motivos para halagar a Bonifacio. pero éste se le opuso inesperadamente cuando, a la muerte de Carlos Martell, los duques de Aquitania, Suabia y Baviera se alzaron el 743 contra los hijos de Carlos: Carlomán y Pipi no. Cierto que la ayuda militar y económica franca había hecho posible la obra misional de Bonifacio. Pero mediante la alianza con el fervoroso romano Odilo, cabeza de la liga antifranca, quena el papa separar Baviera del reino así como mantener la iglesia nacional bávara independiente de la iglesia franca teniéndola directamente sujeta a Roma. Y, como daba por perdida la causa franca, se pasó en seguida al bando supuestamente más fuerte, envió un (segundo) legado personal y apoyó vigorosamente el separatismo bávaro en contra de los dos mayordomos.

Mas Carlomán y Pipino derrotaron el 743 a los aquitanios, asolaron por completo todo el territorio de los alamanes hacia el Danubio y durante quince días se asentaron frente a los bávaros en el Lech. Antes de la batalla el legado pontificio en nombre de san Pedro urgió a Pipino la retirada y la renuncia a la hegemonía. Todo inútil. Y a pesar de que los bávaros habían recibido el refuerzo de tropas alamanas, sajonas y eslavas, Odilo (a quien poco antes Pipino había desposado con su hermana Hiltrud) fue derrotado en un ataque franco por los flancos y por la retaguardia —sin duda un asalto alevoso y nocturno sobre el ejército bávaro que dormía— teniendo que retirarse hasta el Inn. «El duque Odilo apenas pudo escapar con unos pocos en una vergonzosa huida al otro lado del río Inn» *(Annales Mettenses priores).*

El papa viró entonces rápidamente hacia el otro bando, sin omitir nada para calmar al irritado Bonifacio: su legado lo había expuesto todo de una manera falseada, afirmaba él, y ahora autorizaba a Bonifacio a «reformar en nuestro nombre todo el país galo», y no sólo Baviera. Y, dando pruebas «de una extraña magnanimidad», más aún, mostrando «el más tierno amor» a sus enemigos (Donin), en el 745 ordenaba a los obispos, duques y condes francos que se reuniesen anualmente en un sínodo, «para que en el caso de que surgiera algo *adverso* fuera amputado de raíz *(radicitus amputaretur)».*

46

Junto con el legado papal Sergio, también Gawibald, primer obispo de Ratisbona que era del bando de Odilo, fue conducido como prisionero de Pipino, quien finalmente puso en las sedes episcopales de Salz-burgo y Passau a dos hombres de su confianza: los monjes eiroescotos Virgilio y Sidonio. Esto ocurrió naturalmente contra los deseos de Bonifacio y el papa Zacarías en un escrito de mayo del 748 amenazaba a los dos monjes ilustrados con una citación a Roma, ¡porque habían defendido la opinión «herética» de la forma esférica de la Tierra! Porque enseñaban «que hay otro mundo y otros hombres bajo la Tierra y también un Sol y una Luna...». Dos años antes el papa todavía los había calificado a ambos como «varones piadosos» *(viri religiosi).* Pero ahora convocaba un concilio contra la «doctrina perversa y pecaminosa» de Virgilio... «y expúlsalo de la Iglesia después de haberle despojado de su dignidad sacerdotal». Y con palabras de la Biblia sobre un hecho ocurrido mil años

antes, les llama insensatos, necios e impíos; aunque tiende de nuevo a la clemencia y se muestra indulgente: «Quien tiene escasa inteligencia piensa naderías». Y consuela, casi disculpa y apremia a Bonifacio:

«Exhorta, conjura, rebate...», pues tal vez puedan salir «del error y entrar en el camino de la verdad».[29]

¿No resulta difícil dejar de escribir una sátira?

Ya en el 749, seis años después de la aniquilación del ejército bávaro, irrumpía de nuevo Pipino con un gran contingente de fuerzas en el territorio comprendido entre los ríos Lech, Danubio e Inn. Los bávaros huyeron entonces, temiendo tal vez deportaciones o matanzas: «llenos de miedo cruzaron el Inn». Tras los baños de sangre del 743 en el Lech y del 746 en Canstatt pronto arriaron bandera y Pipino regresó «al reino franco bajo la protección de Cristo, felizmente y con un gran triunfo», según comentan las *Continuationes* de Fredegar.

Para entonces Odilo había muerto y Pipino nombró duque de Baviera al hijo del mismo Tassilo III (749-788), que tenía ocho años y que fue el último agilolfingio. El año 757, al alcanzar la mayoría de edad con 16 años, hubo de hacer el juramento de vasallaje a Pipino y a sus hijos en Compiégne y sobre las reliquias en concreto de varios santos francos afamados. Pero el 763, cuando la ocasión le pareció favorable para obtener su independencia, Tassilo se alejó por motivo de enfermedad, y sin aguardar permiso, del ejército de Pipino, que sufría las consecuencias de la pérdida de las cosechas y de la hambruna. Encontró protección en el rey longobardo Desiderio (cuya hija, Luitperga, desposó), mas no en el papa Paulo. Tras la experiencia sangrienta del 743, aquel «alambicado plan de aniquilación» (Stormer) de los francos respecto de los bávaros, éste se mantuvo con el inequívocamente más fuerte.[30]

47

Bonifacio, sin embargo fue perdiendo de continuo influencia en Baviera, y no sólo allí. Cada vez se fue acentuando más la oposición clerical, entre la que se encontraban «personalidades relevantes», y algunas sedes episcopales se le resistieron. Ni en Sens ni en Reims pudo establecer arzobispos. Personalmente le habría gustado ser arzobispo de Colonia. Pero los prelados francos, y especialmente renanos, que repetidas veces transmitían sus obispados de tíos a sobrinos, y hasta de padres a hijos, se opusieron a tal nombramiento, y «siempre que pudieron crearon dificultades» al santo y a sus discípulos (Falck). Entre Bonifacio y la mayoría del episcopado austrio se inició «una hostilidad abierta» (Butzen). Destacó en el grupo opositor el obispo de Maguncia, Gewilip, de noble linaje, depuesto más tarde por Carlomán, que en una incursión militar (probablemente el año 744) ejerció por su propia mano la venganza de sangre. También figuró en el grupo Milo, amigo íntimo de Carlos Martell y oriundo asimismo de la alta nobleza, que fue a la vez obispo de Tréveris y de Reims y que evidentemente repartió con generosidad los bienes de la Iglesia entre sus hijos y que hacia el 757 pereció en una cacería del jabalí. Y, a lo que

---

[29] Bonif. ep. 58; 68; 80. Cont. Fredeg. 25 s, Ann. Mettens. prior, a. 743. Taddey 882. LMA II 419. Donin II 197 s. Cartellieri I 145. Schubert, Geschichte der christii-chen Kirche 308 s. Caspar II 705, 710 s. Haller I 290 s., 297. Beern/Bartmuss 73, 78. Wissig 115. Braunfeis, Kart der Grosse in Selbstzeugnissen 49 s.

[30] Ann. reg. Franc. a. 757; 763. Cont. Fredeg. 32, Löwe, Deutschiand 131 s. Id., Die karolingische Reichsgl-ündung 46 s. Wolfram, Das Fürstentum 161 s. Krawinkel 48 ss. Rosenstock 33 ss. Mitteis 65 ss. Stórmer I 171 ss. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstbezeugnissen 49 ss. Reindel, Gmndiegung 127. Epperlein, Kari der Grosse 46.

parece, también se contaba entre los opositores Hildegar, obispo de Colonia, que murió en la guerra contra los sajones, pero que en el 753 quiso incorporar Utrecht a su diócesis, cosa que Bonifacio le impidió.[31]

Cuando éste, a la caída de uno de sus mayores adversarios, Gewilip de Maguncia (745), fue nombrado obispo de dicha ciudad, su dignidad personal de arzobispo no se asoció a la sede, con lo cual la influencia de Maguncia sobre el Rin medio se vio recortada, probablemente desde Tréveris. Tampoco había conseguido el legado pontificio la completa subordinación de la iglesia franca al papado, como él ambicionaba. Sólo 13 de los obispos de Neustria y Austrasia, especialmente serviciales a Roma, asistieron el año 747 a una asamblea eclesiástica que él había abierto. Ningún príncipe se dejó ver por allí. Bonifacio, que a menudo se lamenta de «los falsos sacerdotes» y de «los falsos hermanos», se vio marginado a la periferia del reino incluso por los carolingios que durante algún tiempo le fueron afectos, por cuanto los papas se ganaron con engaños el corazón de los gobernantes. Y así, «impulsado por amargos desencantos» (Tellenbach), se retiró de la política «grande» y de nuevo actuó como misionero. «Por doquier trabajos, por doquier disgustos; luchas por fuera, miedo por dentro», se lamentaba una vez el enfermo a su amiga la abadesa Eadburg de Thanet. «La hostilidad de los falsos hermanos es peor que la malicia de los paganos infieles.»[32]

48

El 5 de junio del 754, y tras 25 años de ministerio, Bonifacio junto con Eoban, su obispo coral de Utrecht, y 50 compañeros fue muerto por los frisones de Dokkum sobre el Doorn, defendido encarnizadamente por sus «hombres», en la lucha de «armas contra armas» *(Vita Bonifatii).* Cual corresponde a los cristianos. Inútilmente sostuvo sobre su cabeza «el libro sagrado de los evangelios» contra el golpe mortal. Y de una manera genuinamente cristiana, en «la tierra de los infieles» irrumpieron «inmediatamente los guerreros veloces de la futura venganza..., huéspedes bien mantenidos pero insatisfechos» *(sospites sed indevoti hospites),* como dice ingeniosamente el sacerdote Willibaid de Maguncia, infiriendo «una derrota aniquiladora a los paganos que se les enfrentaron». Los frisones huyeron, «fueron abatidos en una enorme matanza, y volviendo la espalda perdieron bienes, hacienda y herederos con la vida. Pero los cristianos regresaron a casa con el botín de mujeres, niños, siervos y siervas de los idólatras» *(Vita Bonifatii).*

¿No es ésa una religión gozosa y pía? Sobre todo cuando los frisones supervivientes del botín, las mujeres y los niños esclavizados, y aterrados incluso ahora por los asesinos, los depredadores, «y por el castigo divino», abrazaron la fe de aquel a quien habían matado. Hasta el día de hoy persisten rastros de ello en Fulda.[33]

---

[31] Bonif. ep. 64; 87: 109. Ann. SS. Amandi ad a. 718. Ann. Müsellani ad a. 718. LMA U 418. HKG III 117 s. HEG I 538. Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 78. Büttner, Frühmittelalterliches Christentum 34. Petri, Der Rhein 596. Herrmann, Thüringische Kirchengeschichte 1 21. Falck, Mainz 26. Mckitterick, The Frankish kingdoms 53 s. Schieffer, Winfried-Bonifatius 225 s. Lowe, Deutschiand 116. Tellenbach, Das Frankenreich 51 s., 58 s. Hauck, Fin Utrechter 736. Haendier, Die lateinische Kirche 53 s. Id., Bonifatius 72, 76. Angenendt, Frühmittelalter 272 s. Butzen, Die Merowinger Óstiich des mittieren Rheins 68 ss. Antón, Trier im frühen Mittelalter 160 ss. Rau, Briefe des Bonifatius 7. Padberg 89.

[32] Bonif. ep. 60; 66. LMA II 419. Heg I 539. Schieffer, Winfried-Bonifatius 226 ss., 235 ss. Buchner, Germanentum 170 s. Tellenbach, Europa 412 s. Hartmann, Die Spuren der Karolingerzeit 59 s.

[33] Willib. Vita Bonif. c. 8 s. Ann. reg. Franc. 754. Hanlein II 96. Schieffer, Winfried-Bonifatius 271 ss. Fines 43 s. Stem/Bartmuss 88. Dórries II 22. Haller I 295. Hauck, Ein Utrechter 736. Steinbach, Das Frankenreich

Naturalmente que esto no es más que media verdad. La verdad entera la cuenta el sacerdote Willibald al final del capítulo VIII de su *Vita* (el capítulo IX y último es «un añadido posterior»: Rau). Pues entonces se desbordaron allí «donde había sido depositado el sagrado cadáver... los favores divinos abundantemente, y todos cuantos acudían allí, afectados por las más diversas enfermedades, encontraban por intercesión del santo varón la salud del cuerpo y del alma. De modo que algunos, cuyo cuerpo estaba ya casi muerto por completo, que casi estaban ya exánimes y parecían emitir el último suspiro, recuperaron la salud de antes; otros, cuyos ojos estaban cubiertos por la ceguera, recuperaron la vista, y otros que, presos en los lazos del diablo, tenían el espíritu turbado y habían perdido la razón, obtuvieron la primitiva frescura de espíritu...».

Y todo ello gracias «al campeón en la carrera del espíritu». Y, como es de suponer —y según concluye la obra de Willibaid, en tanto que auténtica—, «por el Señor, a quien corresponde la gloria y el honor por eternidad de eternidades. Amén».[34]

Por desgracia tampoco hemos acabado con el cristianismo. Todo lo contrario, cada vez se desarrolla con mayor magnificencia.

Mientras Bonifacio se comprometía por los papas, los papas se comprometían por ellos mismos. Y para ellos los más importantes factores de poder continuaban siendo ante todo los bizantinos y los longobardos.

59. En HEG Schieffer hace caer al cómplice clerical de los saqueadores víctima de «un asesinato por rapiña» (p. 544).

[34] Willib. Vita Bonif. c. 8. Asimismo Rau, Briefe des Bonifatius 453.

50

CAPITULO 3. INSURRECCIÓN DEL PAPADO Y LUCHA ICONOCLASTA

«Se armó contra el César como contra un enemigo.»

LÍBER PONTIFICALIS[1]

«Con la gracia de Dios recorrimos el camino hasta las regiones más lejanas de poniente.»

GREGORIO II, PAPA[2]

«... pese a la moderación extema la cabeza de la revolución italiana.»

L.M. HARTMAMM [3]

51

En el curso del siglo VII la casa papal se desarrolló cada vez más hasta convertirse en un Estado cortesano, en el que tampoco faltaron los dignatarios civiles.

Cierto que apenas hay informes tradicionales sobre los sucesores inmediatos de Gregorio I, cuales fueron Sabiniano, Bonifacio III y IV, Deodato y Bonifacio V. Sin embargo, no pasaron por el escenario tan «silenciosos como los reyes fantasmas de *Macbeth»* (Mann); ni siquiera Sabiniano, que sucedió inmediatamente (604-606) a Gregorio. Pues, como en una de las grandes hambres nada raras en Roma se congregase el pueblo miserable ante el palacio papal clamando «¡Padre apostólico, no nos dejes perecer!», el papa lo rechazó violentamente. Era un hombre duro y previsor, y rechazó toda prestación de auxilio. Más tarde vendió su grano a precios abusivos, reclamando 13 y a veces hasta 30 sólidos por fanega de trigo. Las reservas eclesiásticas se convirtieron en un negocio lucrativo. Hasta tal punto que, después de su muerte, hubo de ser trasladado a toda prisa y ocultamente desde la ciudad hasta San Pedro, porque los diocesanos amotinados querían adueñarse de su cadáver. Y el papa Bonifacio IV (609-615), «la más bella cabeza de las iglesias de Europa» (Columbano de Bobbio), hizo erigir en el Foro romano a uno de los mayores monstruos y no sólo del siglo VII, una columna con una estatua dorada «por los innumerables beneficios de su piedad».[4]

Una década después subía a la *«cathedra Petri»* un hombre, un santo padre, que influyó profundamente hasta la Edad Moderna y casi hasta la época actual (o que al menos dio que hablar de sí) y frente al cual la infalibilidad en cuestiones de fe, la *definitio ex cathedra,* tan machaconamente reclamada por el papado, aparece exactamente como la farsa que es.

---

[1] Comp. nota 36.
[2] Ibíd.
[3] Ibíd.
[4] JW 1, 220 ss. LP 1, 315 s. Kühner, Lexikon 40. Gaspar II 518, 629. Mann cit. ibíd. 517. Seppeit II 41 s. Seppelt/Schwaiger 63. Gontard 162.

La Iglesia condena a un papa

En casi todo Honorio I (623-638), discípulo de Gregorio I y como él de familia noble, habría encajado perfectamente en la galería de sus colegas.

52

Honorio promovió el paso de los longobardos al catolicismo tomando posición contra el amano Arioaid y en favor del católico Adaoald. Quiso que el exarca Isacio arrastrase hasta Roma a los prelados cismáticos para su castigo. Expulsó al obispo Fortunato de Aquileya-Grado. Bajo supresión papal Irlanda del sur aceptó el calendario romano de Pascua. Al rey inglés Eadwin de Northumbria, que en el 627 abrazó el cristianismo, le recomendó fervorosamente que leyera los escritos de Gregorio I. Y, como discípulo legítimo de Gregorio «el Grande», Honorio alentó al episcopado hispánico para que intensificase la lucha contra los judíos. Para ello comparaba (confundiendo un texto de Isaías 56,10 con otro de Ezequiel) a los obispos con «los perros mudos que no saben ladrar», y lamentaba que sólo él impulsase la corrección de los santones de Baal. «Su maestro Gregorio el Grande fue su modelo en la conducción de su pontificado», comenta elogioso el historiador de los papas Seppelt.[5]

Honorio I fue también un gran constructor. Para ello gastó mucha plata y saqueó con toda desenvoltura suntuosos palacios paganos. Así y todo, aún almacenó bastante capital en el palacio de Letrán. Y aunque en el 640 el exarca, y después de la muerte del papa, se incautó de una parte para pagar a sus tropas y llenar la caja de la intendencia imperial, los papas siguientes aún dispusieron de abundantes recursos pecuniarios.[6]

Diríase que cuanto más tanto mejor.

Pero el denso y larguísimo final de este pontificado estuvo condicionado por una disputa teológica, que coincidió con el período de gobierno de Heraclio (610-641), sucesor de Fokas.

Este hijo del exarca de África había aparecido a las puertas de Constantinopla como nuevo usurpador del trono con el estandarte de la madre de Dios y había abatido a Fokas de forma tan sangrienta como éste se había encaramado al trono. Más tarde, el 5 de octubre del 610, recibió la corona de manos del patriarca de la ciudad. Fue una fecha importante, porque con las reformas de este soberano empieza el imperio medieval griego.

Heraclio, denominado a menudo «el primer cruzado», emprendió (significativamente el domingo de Pascua) el 622 una guerra de seis años contra los persas, que el año 614 habían conquistado Jerusalén, destruido el Santo Sepulcro y robado la Santa Cruz, y que en el 617 se encontraban ya en el Bosforo, frente a la capital. Heraclio llevó, pues, a cabo una auténtica cruzada. El patriarca Sergio se lo había pedido y también le financió entregándole todos los tesoros de la Iglesia. La empresa estuvo manifiestamente bendecida por Dios. «Por doquier ardieron los santos lugares de los mazdeos» (Daniel-Rops), y entre ellos el templo del fuego de

[5] Gaspar II 671. Seppeit II 44 ss. Seppelt/Schwaiger 64. Haller I 272. Orlan-dis/Ramos-Lisson 186ss.

[6] Gaspar II 526 ss.

Ganzak y el lugar de nacimiento de Zoroastro. El 628 Heraclio firmó la paz con los persas, después de que Cosroes II, condenado a muerte por su propio hijo Kavadh Sheroe (Siróes), hubiera visto morir ante sus propios ojos a algunos de sus hijos (febrero del 628). «Fue un triunfo maravillosamente hermoso del imperio romano oriental, que salvaguardó la antigua tradición romana y a la vez cristiana» (Cartellieri). Cierto que inmediatamente después los árabes se desbordaban por el Asia Menor.[7]

53 Pero antes había vencido el «primer cruzado». El 21 de marzo del 630 fue enarbolada de nuevo en Jerusalén con gran regocijo la sagrada cruz del Redentor descubierta por los persas —«como demuestra la documentación» (Mango)— y que había sido sustituida por otra. Procuró después el emperador, mediante un acuerdo religioso, reconducir hasta la Iglesia imperial a los cristianos monofisitas, que entre tanto habían perseguido a los obispos católicos sustituyéndolos por defensores del monofisismo. Y tuvo bastante éxito gracias a una fórmula de unión, propuesta por el patriarca de la capital, Sergio (probablemente hijo a su vez de padres monofisitas). De acuerdo con la misma el Dios-hombre, que constaba de dos naturalezas (ése era el dogma estatal u oficial), no había tenido una doble manera de obrar sino simplemente *una,* una energía di vino-humana (monoenergismo).[8]

Ahora ciertamente que no tienen por qué inquietamos tales sofismas, montados sobre un entramado sin base, pero que sin duda fueron desgarrando internamente y de continuo el imperio oriental. También en Siria y en Egipto, e incluso por parte del papa, se montó con habilidad religioso-política una especie de puente hacia el monofisismo, que inicialmente tuvo éxito. En efecto, Honorio I se alzó contra la oposición ortodoxa, capitaneada principalmente por el monje y posterior patriarca de Jerusalén, Sofronio, y declaró: «Nosotros confesamos *una* voluntad de nuestro Señor Jesucristo...». La consecuencia fue el edicto de fe de la *Ekthesis* (638), redactado por Sergio, emitido por el emperador, personalmente muy interesado en las cuestiones teológicas, y proclamado en la iglesia de Hagía Sophía. En vez de la *única* manera de obrar *(monergeia)* aparecía ahora la doctrina de la *única* volutad en Cristo, más complaciente aún con los monofisitas y que buscaba principalmente la paz con ellos. Era el comienzo de la disputa monoteletista, de la última batalla dogmática entre Oriente y Occidente y de la cuestión de Honorio, que se prolongó hasta el siglo XIX.[9]

Es verdad que las primeras dos asambleas eclesiásticas, celebradas en Constantinopla (638 y 639), habían autorizado la *Ekthesis* cual conforme con la predicación apostólica, y que la Iglesia romana también la había aceptado, suscrito y difundido. Pero posteriormente los sucesores de Honorio, que aspiraban a una mayor independencia eclesial y política frente a Bizancio e incluso la ruptura, volvieron a rechazar la doctrina monoteletista.

54 En el sexto concilio ecuménico de Constantinopla (680-681) —en el que el patriarca Makarios de Antioquía trabajó con documentos falsificados, según

[7] Cartellieri I 90 ss. Daniel-Rops 395, 399 ss. Foss 727.

[8] Hartmann, Geschichte Italiens U 199 s., 203, 214 ss. Korneman II 457 ss. Buchner, Germanentum 152. Seppelt/Schwaiger 64 ss. Schwaiger, Honoriusfrage 86 s. Baynes 287 ss. Palanque 36 s. Mango 106. Beck, Das Byzantinische Jahrtau-send 182 s. Diesner, Der Untergang 77. Sobre el monoteletismo se extiende, entre otros, Winkelmann, Die ostiichen Kirchen 62 ss.

[9] LThK fff[2] 791 s. Kraft, Kirchenvaterlexicon 261. Kelly 85. Hartmann, Geschichte Italiens II 217 s. Cartellieri I 108. Seppelt/Schwaiger 65 s. Schwaiger, Honoriusfrage 85 ss. Coler 11 17.

confesaron sus falsificadores, un monje y un erudito— la Iglesia condenó el 28 de marzo del 681 en toda forma al papa Honorio I como monoteleta, junto con otros cuatro patriarcas de Constantinopla, descalificados cual «herejes» monoteletistas: Sergio y sus sucesores Pirro I, Paulo y Pedro. El escrito papal, emitido formalmente *ex cathedra,* fue quemado solemnemente. Con «satisfacción patente» (Palan-que) declaraba el concilio «que también Honorio, que había sido papa de la Roma antigua, debe incurrir en el anatema, por cuanto en sus cartas a Sergio hemos encontrado que siguió en todo la opinión del mismo y refrendó sus doctrinas impías».[10]

Ya antes de Honorio hubo «representantes de Cristo» tildados de «herejía», como los papas modalistas Víctor I**,** Ceferino y Calixto, todos los cuales defendieron en forma más o menos clara el modalismo. Pero el papa Honorio, discípulo del papa y doctor de la Iglesia, Gregorio «el Grande», fue condenado oficialmente como «hereje» por la Iglesia romano-católica. Y desde luego no sólo en el sexto concilio ecuménico de Constantinopla (680-681).

Pues desde entonces una larga serie de santos padres, probablemente a lo largo de trescientos cincuenta años, en su ascensión al trono condenó en una confesión de fe solemne al papa Honorio I a «las llamas de la herejía»: una desautorización personal, sobre la que se continuó discutiendo en tiempos del jansenismo y del galicanismo e incluso en el concilio Vaticano I (1870) al proclamar el dogma de la infalibilidad pontificia. Dicha «infalibilidad» parte del supuesto de que, en virtud de la promesa divina a Pedro, príncipe de los apóstoles, ninguno de sus sucesores erraría jamás en la fe... Pero ya León II (682-683) vio la Iglesia «manchada por una traición no-santa» de Honorio y accedió a la condena de su predecesor por parte del sexto concilio ecuménico. Y la confirmó en una carta al emperador así como en dos misivas a los obispos de España. Y durante siglo s nadie intentó eximir o exculpar al papa Honorio. ¡Cierto que en la Edad Moderna el historiador oficial de la Iglesia católica, el cardenal César Baronio (fallecido en 1607), negó rotundamente la condena del papa![11]

Durante el reinado de Honorio murió el profeta Mahoma (632). Y mientras en Occidente se gangrenaba la disputa del monoteletismo, en Oriente el islam se disponía a la conquista del mundo. Desde el 635 tremolaba sobre Damasco la bandera verde del Profeta; desde el 638 lo hacía sobre Jerusalén y desde el 639 sobre la ciudad de Edessa, sede principal de la teología cristiano-siria. Toda Siria había sido ya conquistada, ocupada la Mesopotamia bizantina y Egipto era atacado.

55

Pero en Roma, tras la muerte de Honorio, el Espíritu Santo necesitó casi dos años antes de decidirse por su sucesor Severino (640). Y todavía antes de la entronización

---

[10] Mansi 11, 195 ss., 207 ss. Kelly, Lexicón 85. HKG 11/2, 37 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 259 ss. Seppeit II 51 ss. Gaspar II 602 ss. Comp. 532 s. Buchner, Germanentum 153. Haller I 246. Palanque 38. Seppelt/Schwaiger 69. Schwaiger, Honoriusfrage 91 ss., espec. 94 s.

[11] Ps. Tartull. adv, hom. haer. 8. Migne, PL 96., 399ss. Hipp. ref. 9, 11, 1. Comp. también 9, 12. Kühner, Lexikon 45. Kelly 85. LMA V 18 ss. Ver también Kriminalgeschichte II 95. Hamack. Sitzungsber. der Preuss. Akad. der Wissensch. phil. hist. Kl. 1923 51 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 260 s. Seppeit II 46 ss. Gaspar II 608. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 239. Buchner, Germanentum 253. Haller I 247 ss. Seppelt/Schwaiger 69. En 1977 el teólogo católico Schwaiger hablaba del «hecho histórico incontrovertible de que toda la cristiandad del siglo VII, representada en el concilio ecuménico como suprema autoridad reconocida en cuestiones de fe, condenó como herético a un papa en una cuestión cristológica importante, que también los legados papales y el papa León II... habían reconocido explícitamente, que un papa se había equivocado en una cuestión de fe esencial»: Honoriusfrage 96.

las tropas romanas asaltaban el palacio de Letrán defendido durante tres días por el papa. El exarca Isacio se apresuró entonces desde Ravenna, se incautó del tesoro eclesiástico, pagó con él al ejército, envió la mayor parte del dinero al emperador y expulsó de la ciudad a los eclesiásticos más influyentes.[12]

ROMA SE REBELA CONTRA BIZANCIO

Como al imperio le costaba mantenerse a flote, el islam avanzaba incontenible y las revoluciones palatinas y los motines sacudían Constantinopla, en Roma se pensó en abandonar el barco que amenazaba con irse a pique. Como quiera que fuese, el nuevo papa Juan IV (640-642) no continuó el camino de Honorio, sino el de su adversario: el biteleta Sofronio de Jerusalén. Cierto que éste había muerto en el 638, un año después de la conquista de la Ciudad Santa por los árabes; pero tenía todavía un combatiente: el obispo Esteban de Dor, obligado por un juramento sobre el Góigota a llamar a «los santos» de Roma contra el monoteletismo y a continuar la lucha.

En Roma las súplicas encendidas del obispo cayeron en tierra fecunda. Juan IV, consagrado claramente de un modo independiente y sin la confirmación de Bizancio, se alzó contra el emperador. El papa anatematizó la *Ekthesis* y exigió su abolición. Pero defendió a Honorio con la mentira de que su escrito —inequívocamente auténtico— habría sido falseado por los traductores griegos. Lo cual resulta tanto más insolente si se piensa que el abad Juan, que había escrito las cartas de Honorio, redactó también entonces la misiva del papa Juan.

Pero el nuevo *pontifex maximus* Teodoro I (642-649), retoño de un obispo palestino (del mismo nombre), no sólo atacó sin consideración alguna el monoteletismo, sino también la misma casa imperial. Más aún, estalló una rebelión en toda regla, en la cual religión y política colaboraron de una manera refinada aunque inútil.[13]

En la misma jugó un papel decisivo el monje Máximo, «el Confesor» *(Maximus Confessor).* Habiendo empezado como secretario privado del emperador Heraclio, fue abad del monasterio de Skutari y seguidor fanático de Sofronio. Desde hacía algún tiempo trabajaba en África donde el exarca Gregorio (probablemente emparentado con la casa imperial) preparaba una insurrección contra Bizancio, y evidentemente en connivencia con el papa. Pero en África apareció también el patriarca Pirro I de Constantinopla, depuesto por el nuevo emperador Constante II (641-668), nieto de Heraclio. Y en julio del 645 Máximo organizó en Cartago, donde gobernaba el exarca Gregorio y donde se encontraba poco antes la sublevación contra Constante, una discusión religiosa por el destronado Pirro, implicado en la caída de la emperatriz viuda Martina y en otros asuntos políticos. Al final del espectáculo, que bien podría calificarse de comedia grotesca, el hasta entonces monoteleta y ex patriarca se declaró vencido, y en compañía de Máximo marchó a Roma abjurando solemnemente de su

[12] Lib. Pont. Vita Sever. 1, 348. Kühner, Lexikon 41 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 212 ss. Seppeit II 53 s. Gontard 163. Haller I 231. Coler II 17 s.

[13] Kelly 87 s. Hartmann, Geschichte ítaliens II 218 ss. Haller I 231 ss.

confesión monoteletista en presencia del papa Teodoro y del clero romano. A una consigna de Roma Gregorio se levantó en Cartago y tomó el título de emperador. Simultáneamente en todo el territorio que controlaba, y a instancias de Máximo sin duda, se celebraron sínodos contra el monoteletismo.

56 Un cierto abad Tomás cuenta que fue enviado como legado papal al sublevado exarca africano para darle ánimos y para anunciarle que el abad Máximo había visto en el cielo de las tierras occidentales y orientales un coro angélico y que en el oeste las voces de los ángeles cantaban poderosas: *«¡César* Gregorio, vencerás!». Todo el Occidente se rebeló política y eclesiásticamente contra el Oriente, donde el nuevo emperador hubo de restablecer en su cargo al depuesto patriarca mientras que el papa tenía que confirmar a quien tan sorprendentemente se había convertido.[14]

La insurrección a gran escala fracasó pronto, porque el antiemperador y abogado de la ortodoxia Gregorio ya en el 647 sucumbía frente a los árabes, que llegaban en oleadas desde Egipto. Cuando el ex patriarca Pirro vio perdida la partida, que había urdido con Máximo y con Roma, nuevamente cambió de frente. Rápidamente revocó en Ravenna delante del exarca su confesión romana y regresó a Constantinopla, volviendo a la impiedad como el perro vuelve al vómito, según el pontifical romano. Pero el emperador, aconsejado por el patriarca Paulo, prohibió en el 648 mediante un edicto denominado *Typos,* y bajo la amenaza de penas severas (pérdida del cargo, castigo corporal, destierro), cualquier discusión sobre la existencia de una o dos voluntades en Cristo.

También el *Typos* representaba una tentativa de cambio de actitud y de mediación. Pero los «santos» de Roma no accedieron ahora por primera vez. El papa Teodoro anunció la deposición del patriarca de Constantinopla, Paulo. En respuesta éste prohibió al legado papal el servicio divino en su palacio, mando destruir la capilla y mandó arrestar, azotar y expulsar a los protestantes. Pero en Roma aparecieron muchos africanos, en especial muchos monjes fugitivos de Oriente, que atizaron el descontento cada vez mayor. Y al morir Teodoro I, una década después de la muerte de Honorio, en lugar de un papa «hereje» hasta se tuvo a un papa «mártir».[15]

57 Martín I (649-653), antiguo nuncio de Teodoro en la corte imperial, continuó la lucha contra Bizancio con toda virulencia. Habiendo sido consagrado sin la aquiescencia del emperador —lo que ya constituía por sí solo un acto de rebelión—, ya en el 649 hizo que un gran sínodo reunido en Letrán, en el cual actuó de acusador Esteban de Dor y donde la mayoría de los occidentales apenas si pudieron entender la complicada retórica teológica, y en el que faltó por completo el partido contrario, condenase la *Ekthesis,* junto con el *«Typos* aún más impío», como «herejía». De acuerdo con lo cual el papa afirmaba que Cristo había carecido de personalidad y de propiedades naturales. Para mayor seguridad también fueron condenados todos los «herejes», desde Arrio hasta el patriarca cortesano Sergio y consorte. Las relaciones entre Bizancio y el papa se interrumpieron formalmente, y ambos bandos se armaron

[14] Mansi 10, 710 ss.; 11, 3 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 220 ss. Seppeit II 57 s. Haller 1234 s., con referencias de las fuentes p. 392 s.

[15] Kelly 88. Hartmann, Geschichte Italiens II 221, 223 s. Seppeit II 57 s. Palanque 38. Haller I 235, con referencias de las fuentes p. 392 s. Ullmann, Kurze Geschichte des Papsttums 54.

para la lucha.[16]

El exarca Olympios, encargado de imponer por la fuerza la aceptación del *«Typos»* y de burlar al papa, se entendió con éste, pues le pareció que un cambio de frente le ofrecía mejores perspectivas. A una con el papa se rebeló contra el emperador y, con ayuda de la milicia itálica, pudo durante aproximadamente tres años desempeñar el papel de usurpador, sobre todo porque también en Sicilia tuvo autoridad sobre la milicia romana, que ya desde los tiempos de Gregorio estaba en estrecha dependencia del papado. Ambos rebeldes habían hecho sus cálculos sin contar con el destino y el emperador. Olympios sucumbió en Sicilia víctima de una epidemia mientras combatía contra los árabes. Y Martín I fue víctima de su traición.

El nuevo exarca Teodoro Kalliopa que ya antes había ocupado el cargo, volvió en junio del 653 con un ejército a Roma y se apoderó de su vasallo, el cual a los ojos de Bizancio no era papa, ya que había sido consagrado sin el consentimiento imperial. El asustado Martín, que buscando protección había montado su lecho sobre el altar de la basílica de San Juan de Letrán, fue hecho prisionero. Y no por motivos de fe, como objetó el exarca al clero romano. El papa fue conducido secretamente al puerto de noche; desde allí aguas abajo del Tíber lo condujeron en una pequeña barca a Porto, para llevarlo después a Miseno, puerto de reunión de la flota, y tras un viaje marítimo de tres meses a Constantinopla.

Luego de otro trimestre de aislamiento total, el 20 de diciembre se tomó declaración al acusado. Y como Martín, a la vieja manera mojigata, pretendiese recurrir a cuestiones de fe, el juez le cortó la palabra diciéndole: «No nos expongas nada sobre la fe, ahora se te interroga por alta traición». El papa intentó justificar su complicidad en la sublevación de Olympios alegando que no pudo hacer nada frente al exarca.
58

Pero negó categóricamente cualquier conexión con los sarracenos. Fue condenado a muerte; pero la intercesión del patriarca Paulo II, su adversario que estaba gravemente enfermo, obtuvo el indulto de la pena de muerte en el último instante. Y, pasados otros tres meses en la cárcel, fue desterrado al Quersoneso en el mar Negro, adonde arribó a mediados de mayo del 654 para morir a mediados de septiembre del 655. Tanto la Iglesia romana como la griega lo veneran como mártir hasta el día de hoy, aunque sólo tuvo el fin de un reo de alta traición. Fue el primer papa que quiso seriamente separar Italia eclesiástica y políticamente del imperio.[17]

Posteriormente la Iglesia falseó todo el proceso, pero en los últimos tiempos del papa no se preocupó por él lo más mínimo, especialmente en Roma; de lo cual hay amargo testimonio del propio Martín. En obediencia pusilánime a la autoridad estatal, ya el 10 de agosto del 654 se le eligió sucesor en el romano Eugenio I (654-657); por un período por tanto en el que aún vivía Martín. Pero ya se había puesto a Félix II en el sitio de Liberio. Pasmado de todo esto, Martín I lamentaba que la Iglesia romana ni tan siquiera le hubiese provisto de alimentos y todavía en septiembre del 655, poco antes de morir, escribía: «Yo estaba asombrado, y lo sigo estando todavía,

---

[16] Lib. Pont. Vita Mart. 4 ss. Mansi 10, 863. Kelly 88. Hartmann, Geschichte Italiens II 224 s. Haller I 235 ss. Palanque 38.

[17] Lib. Pont. Vita Mart. 1, 336 ss. (Duchesne) 181 ss. (Mommsen) 2079 ss. (Jaf-fé). Kelly 89. HKG II 2 41 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 229 ss. Cartellieri I 109. Caspar II 564 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 237 ss. Seppeit 11 62 s. Seppelt/Schwaiger 67 s. Haller I 238 ss. Gontard 163. Maier, Mittelmeerweit 341. Ullmann, Kurze Geschichte des Papsttums 54 s.

de la indiferencia y falta de compasión de todos aquellos que en tiempos me escuchaban, y de mis amigos y allegados, que hasta tal punto se han olvidado de mí en la desgracia...».

Pero una década después esa misma Iglesia denostaba el proceso de alta traición contra Martín como «maquinaciones de falsas calumnias» y a sus adversarios como «enemigos de la verdad y del mismo Dios». Los primeros devotos iniciaron ya las peregrinaciones a su tumba, se entusiasmaron con los «numerosos prodigios» del «gran mártir de la verdad» y tomaban como reliquias un fragmento de su sudario y una sandalia papal. Setenta años después afirmaba Gregorio II: «Nuestro predecesor Martín ocupó la silla exhortando a la paz; por ello lo depuso... el malvado Constante».[18]

Como reo de alta traición acabó también el abad Máximo, fanático agitador de la ortodoxia y verdadero instigador de todo, y en quien ciertamente es muy difícil distinguir los motivos religiosos de los políticos. Al ser el teólogo bizantino más importante del siglo VII y tener mucho más prestigio que el papa, se hicieron todos los esfuerzos por mover al anciano a que cediera, al menos en el plano religioso; pero en vano. Murió mutilado en el Cáucaso (662) y por supuesto tenido por santo y mártir: la justicia cristiana le cortó la mano derecha y la lengua. Conviene recordar también que Máximo Confesor fue también el responsable de que uno de los mayores falsarios teológicos, el Pseudo-

Dionisio, fuese considerado «durante siglo s el maestro de la teología occidental» y con sus falsificaciones adquiriese el «derecho de ciudadanía en la Iglesia» *(Lexikon für Theologie und Kirche).*[19]

59

Pero tras la fracasada rebelión el papado fue víctima de la violencia del emperador. Ya en el verano del 654 se puso a Eugenio I (654-657) como antipapa de Martín I y se transigió con el Oriente de momento incluso en la controvertida cuestión de las «voluntades» de Cristo, el imperial «Typos» del 648. Más acomodaticio se mostró aún Vitaliano I (657-672), que no osó oponer la menor resistencia, ni siquiera teológica. Y cuando Constante II, que en Oriente perdió extensos territorios a manos del islam, intentó de nuevo afianzarse en Occidente y se presentó en Roma —siendo aquélla la última visita de un emperador bizantino—, el papa Vitaliano recibió al «verdugo de Martín» con los máximos honores y con repetidas fiestas eclesiásticas. El 5 de julio del 663 quien había permitido que su predecesor muriese miserablemente en el exilio salió con clero y pueblo solemnemente hasta seis millas de Roma al encuentro del soberano, acompañándole después, a él y a todo su ejército, con cirios encendidos hasta San Pedro. Constante regaló al templo una sabanilla de altar y oró también en las basílicas de San Pablo y de Santa Ma-ria Maggiore. Recorrió una iglesia tras otra, mandó después arrancar todos los bronces de los edificios públicos de Roma, incluidas las láminas metálicas de Santa Maria ad Martyres, y enviarlos a Constantinopla. De manera parecida el emperador cristiano lo devastó todo en Sicilia, donde asestó a los papas un golpe gravísimo al reconocer la autocefalía del arzobispado de Ravenna y determinar explícitamente que los prelados locales no

[18] JE 2081. Kelly 89 alude entre otras cosas al hecho de que Martín es el último papa de la Iglesia venerado como mártir. Caspar II 571 ss. Seppeit II 64. Seppelt/Schwaiger 68.

[19] LThK VII" 22. En la 2ª edic. VII 208 ss. ya no se habla de ello. Kraft 370. Al-taner/Stuiber 521 ss. HKG II 2, 41 s. Hartmann, Geschichte Italiens 11 222, 231 s. Haacke 95. Haller I 240. Daniel-Rops 460.

estaban sometidos al patriarca de Roma. Por lo demás, el 668 Constante fue asesinado en el baño de su residencia de Siracusa por un tesorero, que no era más que el hombre de paja de un gran complot; y el sucesor obtuvo «la aprobación de la clerecía» (Finley).

Sin embargo, también en Sicilia acabó Roma llevando las de perder. «En la segunda mitad del siglo VII la Iglesia siciliana en todos los puntos en que contaba realmente se orientó hacia el este... Tan completo fue el triunfo de Oriente en Sicilia, que incluso la minoría culta y políticamente influyente abandonó la lengua latina y volvió al griego» (Finley).[20]

Y aunque los papas, recordando la suerte de Martín, actuaron de primeras con mucha cautela, apostando incluso Vitaliano por Constantino IV, hijo del asesinado Constante II y amenazado por un emperador rival (el armenio Mezezios), en realidad se alejaron cada vez con mayor resolución de aquella hegemonía legal. La tentación era demasiado fuerte y el momento demasiado favorable. Los bizantinos perdían provincias inmensas a manos islámicas; y tampoco en el oeste, donde los francos avanzaban cada vez más hacia el primer plano, habían obtenido ningún éxito contra los visigodos y longobardos.[21]

60

Quemas de libros y batallas. La conversión de los longobardos al catolicismo

El pueblo germánico septentrional de los longobardos, poco a poco siempre más romanizado, desde su irrupción en el 568 se asentó en el norte de Italia y en algunas regiones de Italia central. Sólo en el sur y en Sicilia, epicentro de las grandes propiedades papales, no tuvo influencia alguna. Mas los bizantinos querían mantener su propia hegemonía al menos en las franjas costeras y en el sur. Entre tanto los padres santos pactaban unas veces con Bizancio y otras con los longobardos consiguiendo de forma lenta pero segura cada vez más poder. Extraordinarios fueron los éxitos iniciales de los longobardos con las victorias sobre los bizantinos en Calore y en Forino, así como con sus avances, a las órdenes de Romualdo, duque de Benevento, hasta Tarento y Brindisi (668).[22]

Con la catolización creciente de los longobardos en el curso del siglo VII la Iglesia romana consiguió un peso cada vez mayor entre ellos. Llegó a enmarcarlos entre los germanos católicos para acabar sepultándolos. Pero antes de que, al dictado del clero, se regulasen jurídicamente gran cantidad de cuestiones eclesiásticas (desde el matrimonio a las vírgenes consagradas a Dios, desde el marco legal de la lucha contra los «herejes» hasta la liquidación del arrianismo y la supresión de raíz de todos los restos del paganismo), las cuestiones eclesiásticas no tuvieron en realidad ningún alcance en la legislación de los reyes arríanos de los longobardos. De los 388 capítulos

[20] Lib. Pont. 1, 339; 1, 343. Hartmann, Geschichte Italiens II 249 ss. Kornemann U 484. Cartellieri I 109 s. Caspar II 574. Seppeit II 65 s. Haacke 95. Haller I 241. Mango 108. Gontard 164. Kühner, Gezeiten 151. Finley 221 s., 228 s.

[21] Lib.Pont. Vita Vital. 4.

[22] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 1. Hartmann, Geschichte Italiens II 238 ss. Maier, Mittelmeerweit 327 ss., 333 s. Dannenbauer II 20 s.

del *Edictum Rothari* (643), primera colección de derecho longobardo a la vez que el logro más importante de la jurisprudencia germánica, sólo dos se refieren directamente a la Iglesia.[23]

Con Ariperto I (653-661), duque de Asti, la corriente católica de Teudelinde recuperó la primacía. Como primer representante masculino de la dinastía «bávara», que derivaba de ella, parece que el rey Ariperto, su sobrino, prefirió obispos católicos en oposición a sus predecesores arríanos y hostiles a Roma, y quizá hasta combatió el arrianismo. Como quiera que fuese, bajo él se convirtió en su residencia de Pavía Anastasio, el último obispo amano. Y Perctarit, hijo de Ariperto, fue proclamado rey (671) por los longobardos, siendo un amigo declarado del papa y también filobizantino, el cual «llevó a cabo una política intensa de catolización de acuerdo con la Iglesia romana» (Tabacco). Por ello, a la muerte de Perctarit (688), el duque Alahis de Trento, sostenido por todos los grupos de la oposición, por los últimos restos de los arríanos y los cismáticos de los «Tres Capítulos», se alzó contra Cunincpert, hijo de Perctarit. Cierto que Alahis había jurado lealtad a ambos reyes en nombre del belicoso arcángel Miguel, santo patrón de los longobardos, pero entonces obligó a huir a Cunincpert, que desde el 680 gobernaba con su padre y que también había demostrado su catolicidad imponiendo por la fuerza la conversión a los judíos.

61

Transitoriamente Alahis ejerció de rey en Pavía, aunque se hizo odioso al clero católico al que vejaba, por lo que Cunincpert, amigo de sacerdotes y de Roma y cuya hija era abadesa, pudo regresar a la residencia. A las orillas del Adda, en la llanura de Corónate, pronto se enfrentaron los ejércitos de ambos príncipes, siendo aquélla a la vez una batalla de la ortodoxia contra el cisma. Hubo «un increíble derramamiento de sangre». Pero «con la asistencia del Señor» (Paulo el Diácono) venció el ortodoxo Cunincpert (y allí levantó un monasterio en honor de san Gregorio Mártir). Alahis pereció. El enemigo huyó a la desbandada sucumbiendo a espada ahogado en el río. Y después de que Ansfrit, continuador de los planes rebeldes de Alahis, fue hecho prisionero en Verona y desterrado tras haberle sacado los ojos, a la unificación política del reino longobardo siguió también la eclesial. Ahora bien, el objetivo más importante de Cunincpert era «la completa catolización de los longobardos» (Jarnut). Los obispos cismáticos se doblegaron ante el papa Sergio, quien mandó quemar solemnemente sus escritos «heréticos» y prometió al rey el perdón de sus pecados en recompensa por la victoria sangrienta obtenida. Terminaba así el cisma de los «Tres Capítulos», que había durado ciento cincuenta años.[24]

Tampoco en el futuro titubearon jamás los longobardos en avanzar sobre territorio romano, ni por otra parte titubearon los papas en colaborar hasta con los peores de ellos. Por ejemplo, con Ariperto II (701-712), un usurpador, que en las convulsiones del trono a la muerte de Cunincpert hizo eliminar en el baño a su hijo menor de edad,

---

[23] Mar. Avench. ad a. 573. LMA III 1574 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 244 ss. Schníirer, Kirche und Kultur I 169. Caspar II 581. Schmidt, Die Bakehrung 387 ss. Voigt, Staat 201 s., 227 s. Schmid Zur Ablósung der Langobardenherrschaft 8. Maier, Mittelmeerweit 329. Njeussychin 339 ss., 352 ss.

[24] Paulo Diác. Hist. Lang. 4, 48; 4, 51; 5, 25; 5, 35 ss.; 6, 3; 6, 17. Lib. Pont. Vita Sergii 15. Vita s. Barbadi ep. Benev. c. 5 ss. Keller, Reclams Lexikon 379 ss. LMA I 933, 1129. III 372 (J. Jamut) V 1695 s. (G. Tabacco). Hartmann, Geschichte Italiens II 244 s., 266 ss.; 2 H. 25. Schnürer, Kirche und Kultur I 171. Cartellieri I 108. Giesecke 206. Buchner, Germanentum 156. Maier, Mittelmeerweit 329 s. Misch 130. Schmidinger 383 ss.

Liutperto, a la familia de su tutor Ansprando, que luego sería rey de los longobardos, el cual se refugió en la corte ducal de Baviera. El tal Ariperto mandó mutilar horriblemente a Sigiprando, hijo de Ansprando, sacándole los ojos, y mandó cortar la nariz y las orejas a Teodorada, mujer de Ansprando, así como a su hija Aurona, hermana del que más tarde sería rey Liutprando, quien asimismo se refugió junto a su padre en Baviera. Ni fue bastante con eso: a todos los consanguíneos de Ansprando los castigó el rey Ariperto II «de múltiples modos», sin que Paulo el Diácono los precise. Sabemos, sin embargo, que Ariperto hizo tonsurar cabeza y barba a un rival, el duque Rothrit de Bérgamo, los desterró a Turín y allí lo hizo asesinar.[25]

62

Al santo padre la alianza con el criminal que se sentaba en el trono le reportó la devolución de las posesiones papales en la costa ligur. El rey Ariperto libró el documento de donación «en letras de oro» y lo envió a Roma. Pero cuando el duque bávaro Teutperto, cediendo a las presiones de Ansprando, irrumpió en Italia con un ejército poderoso, se enfrentaron en una batalla, «en la cual murió mucha gente por ambos bandos», y cuando el rey Ariperto intentaba refugiarse entre los francos, se ahogó al cruzar un río, cargado como iba de oro, «y fue sepultado en la Iglesia de Nuestro Señor y Salvador...». Paulo el Diácono concluye el relato sobre el múltiple asesino con estas palabras: «Fue un varón piadoso».[26]

A la muerte de Ariperto ocupó por corto tiempo el trono el regresado Ansprando. Le sucedió su hijo Liutprando, con quien alcanzó su culminación el poderío de los longobardos. Todavía en el lecho de muerte recibió el padre la noticia de su exaltación. Pero aunque el nuevo rey fue un católico devoto y un gran benefactor de la Iglesia, el papado lo combatió hasta el final, como combatió a Bizancio, todavía con mayor vehemencia y menor miramiento, porque quería gobernar Italia.[27]

Con la revolución romana se entrelazó una gran tragedia teológico— política, sobre todo del Oriente, que hizo historia bajo la designación de «disputa de las imágenes» (725-843), que se inició por entonces y alcanzó proporciones enormes.

Empieza la disputa de las imágenes

Si estamos bien informados sobre el siglo VI de la historia bizantina, gracias especialmente a las descripciones detalladas del historiador Procopio, los siglo s vn y VIII permanecen en una gran oscuridad. Únicamente las crónicas de dos teólogos, los dos defensores de las imágenes y los dos muertos en el destierro: la del patriarca de Constantinopla Ni-céforo y, algo más amplia, la de Teófanes Confesor, que proyectan escasa luz sobre aquel período violento, dentro del cual las postrimerías del siglo VII y los comienzos del VIII se consideran como una de las épocas más tenebrosas de la historia bizantina.

El emperador Justiniano II (685-695, 705-711), que tanto se esforzó por derivar el poder imperial de la voluntad de Dios, hizo ejecutar a muchos miles de familias

[25] Paulo Diác. Hist. Lang. &, 19 ss., 6, 27 s. LMA I 691, 933. Caspar. Pippin und die rómische Kirche 58 s. Maier, Mittelmeerweit 331.
[26] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 35.
[27] Comp. cap. 13 nota 3.

eslavas, deportadas por él. El 695 fue expulsado del trono y, con la nariz cortada, desterrado a Crimea. Los gobernantes siguientes se sucedieron con gran rapidez y durante dos décadas triunfó la anarquía total. Además irrumpieron en el imperio los búlgaros, nómadas de los territorios del Volga y en el 711 avanzaron a las órdenes de Chan Terwel hasta las inmediaciones de Constantinopla. En el 717 reaparecieron los árabes y asediaron la capital, aunque León III (717-741) el Isaurio pudo rechazarlos. Pero precisamente este salvador de Bizancio, tan exaltado por la cristiandad hasta hoy, fue también el autor de una cruenta querella cristiana, que sacudió el mundo bizantino durante más de un siglo y con mayor violencia que cualquier otra disputa religiosa, contribuyendo además de manera nada insignificante al alejamiento entre la Roma del este y la del oeste.[28]

63 Según estimación general el conflicto empezó el 726, cuando un terremoto desolador en el Egeo meridional se interpretó como un «juicio de Dios» a causa de la nueva «idolatría» que había penetrado en la Iglesia: el culto de las imágenes. El emperador León III ordenó la retirada de todas las representaciones de santos, mártires y ángeles; y en el 730 ordenó su destrucción, sin excluir las imágenes de Cristo y de María. El iconoclasmo o iconoclastia, que no sólo prendió en el clero sino también en las masas populares, aunque ha sido frecuente objeto de estudio se ha explicado quizá de forma más contradictoria que cualquier otro fenómeno de la historia bizantina. Lo cierto es que sacudió el imperio hasta límites difícilmente imaginables. Mucho más que una mera disputa teológica o que un movimiento de reforma religiosa, representó también un enfrentamiento entre poder civil y eclesiástico y redujo el Estado a un montón de ruinas; y ello en tiempo de una cierta recuperación política dentro y fuera de las fronteras y cuando ya habían terminado las controversias cristológicas.[29]

Por lo demás, el punto de arranque de la disputa de las imágenes fue un problema puramente teológico-dogmático.

Ya la primitiva religión indoeuropea carecía de imágenes, entendiendo por tal las religiones védica, zaratustriana, romana antigua y germánica antigua. Y lo fue también, y especialmente, la religión judía. El Antiguo Testamento prohibía ya de forma tajante todo culto de las imágenes. Y tampoco el cristianismo primitivo conoció ninguna representación figurativa de Dios. Bien al contrario. Así como el judaismo antiguo condena expresamente la forja de representaciones y así como los Profetas se burlan de «quienes hacen un dios y adoran un ídolo», «la obra de sus manos», «los que echan besos a los temeros», así también los primeros padres de la Iglesia combatieron larga y tenazmente el culto de las imágenes, que tanto auge conocería después. Todavía en el siglo IV son contrarios a las reproducciones gráficas teólogos como Eusebio o el arzobispo Epifanio de Salamina, mientras que el concilio de Elvira prohibe la reproducción y adoración de imágenes. Por el contrario, fueron unos «herejes», los gnósticos, quienes iniciaron el cambio y quienes evidentemente introdujeron en el cristianismo la imagen de Cristo y su veneración.[30]

---

[28] LThK VII' 568 s. X' 79. LMA V 823. Mango, Erbe 106, 108. Maier, Byzanz 91 s. Vemadsky, Das frühe Slawentum 266. Mazal, Das Byzantinische Reich 352 ss.

[29] LThK IP 461 s. LMA II 150 s. Daniel-Rops 449. Mango 108. Haller I 258. Maier, Mittelmeerweit 351 ss. Id., Byzanz 92 s.

[30] Éxodo 20, 3 ss.; Levítico 26, 1. 5; Deuteronomio 4, 23 ss.; 27, 15. Is 2, 8; 44, 10; Jer 1, 16; 10, 3 ss.; Os

64 El uso se propaga por Oriente desde el siglo IV, y en el siglo VI se encuentra allí tan extendido como hoy; y no sólo se veneran las imágenes de Cristo, también lo son las de María, de los santos y de los ángeles. Son principalmente los monjes los que fomentan tal práctica, teniendo para ello motivos materiales muy concretos: la iconolatría era una parte de su negocio (por ejemplo, las peregrinaciones que aportaban dinero a las «imágenes de gracia» o milagrosas). Y los teólogos favorables a las mismas (iconodulos) lo justificaban todo ello, por cuanto según su interpretación no era la imagen muerta la que se veneraba, sino al Dios vivo y —como decía Nicéforo— «la visión conduce a la fe». Por el contrario, los destructores de las imágenes (iconoclastas) intentaban dar renovada vigencia a las prescripciones cristianas, incuestionablemente más antiguas.

Pero el pueblo veneraba los iconos en sí como portadores de salud y milagrosos. El icono venía a ser el contenido y síntesis de su fe. Aparecía grabado en los muebles, en los vestidos y en las arracadas. Gracias al cielo o al arte sacerdotal los iconos empezaron a hablar, a sangrar, a defenderse cuando eran atacados. Más aún, acabó habiendo iconos que representaban una auténtica novedad, ya que «no estaban hechos por mano de hombre» *(acheiropoiétai),* y otros que hasta ocupaban el puesto del padrino en el bautismo. Así el pueblo creyente exaltó cada vez más las imágenes identificándolas con el santo que representaban. Besaba las estatuas, las representaciones y les encendía cirios y lámparas. Los enfermos tomaban en ocasiones partículas coloreadas y rascadas de las mismas para obtener la salud. Se las incensaba y los fieles se arrodillaban ante ellas; en una palabra, el pueblo trataba tales objetos exactamente igual que los paganos a sus «ídolos».

Y como una especie de idolatría interpretaron justamente todo eso los adversarios de la iconolatría, los iconoclastas. Procedían de la casa imperial, del ejército y especialmente de ciertas regiones sometidas al influjo del islam contrario a las imágenes, como eran en concreto los territorios del Asia Menor. Habitaban también en esas tierras fronterizas del este del imperio, en las que sobre todo los paulicianos —admiradores exaltados del apóstol Pablo— combatían la adoración de la cruz y de las imágenes, las ceremonias y los sacramentos. Eran cristianos «heréticos», que aparecieron por vez primera en Armenia a mediados del siglo VII y que a lo largo de más de dos siglo s representaron un poder extraordinariamente activo en la frontera oriental bizantina.[31]

65 De todos modos no deja de ser curioso, a la vez que proyecta una cierta luz sobre toda la controversia, el que los emperadores y círculos del ejército, que constituían los enemigos más encarnizados del culto a las imágenes, hubieran sido antes sus promotores especiales. Los gobernantes de los siglo s vi y vil, aprovechando el delirio de las masas por las imágenes, se habían servido del mismo para sus fines políticos y especialmente militares. Las imágenes fueron conducidas a innumerables batallas y ciudades enteras fueron puestas bajo su protección, convirtiéndolas en defensoras de

13, 2. Syn. Elvira c. 36. LMA II 151 s. V 371 ss. Heiler, Erscheinungsformen 111 ss. Kitzinger, The Cult 83 ss.

[31] LThK VIH[2] 205 s. Hartmann, Geschichte Italiens U 90 ss. Cartellieri I 125 s. Koch 89. Gaspar U 650. Daniel-Rops 447 ss. Maier, Mittelmeerweit 351 ss. Mango 108 s. Kühner, Gezeiten I 156. Seppelt/Schwaiger 76. Dawson 175. Alexander 6 ss. Acerca de las causas de la controversia de las imágenes y de sus consecuencias sociales y económicas: Savramis 71 ss.

fortalezas. Pero con demasiada frecuencia habían fracasado en esa función a medida que una ciudad tras otra iban cayendo en manos de los «infieles». Lo que sin duda nos acerca a la causa directa de la iconoclastia. En efecto, si las imágenes hubieran realizado los milagros que de ellas se esperaban, muy probablemente no se habría llegado jamás a su destrucción. «Pero los iconos no habían aportado lo que de ellos se prometía la gente...» (Mango).[32]

La revuelta había partido sobre todo del episcopado oriental. El partido iconoclasta tuvo sus representantes principales en los obispos minorasiáticos Constantino de Nakoleia, el metropolitano Tomás de Klaudioupolis y Teodoro de Éfeso. El partido iconoclasta tuvo también las primeras víctimas mortales: varios de los soldados enviados a retirar las imágenes fueron asesinados en un levantamiento popular. Los iconodulos, los veneradores de las imágenes, se encontraban en casi todos los rincones del imperio. En Oriente se contaron entre los mismos el nonagenario patriarca Germanos de Constantinopla (715-730) y el metropolitano Juan de Symnada, así como los monjes. En Occidente la gran masa defendía el culto de las imágenes, y sobre todo lo defendió ya desde el comienzo el papado, que reclamaba ciertamente mayor autonomía y hasta la dirección política. No fue casual que la soberanía bizantina sucumbiese de manera notable en Italia central.

Por lo demás, durante mucho tiempo se sobrevaloró la importancia de la disputa de las imágenes para Roma. La corte imperial pronto renunció a las acciones iconoclastas en Italia. Aunque el monarca Constantino V (741-776), vehemente enemigo de las imágenes, y que se declaraba verdadero amigo de Cristo y adorador no de su imagen sino de su cruz, redactó personalmente algunos escritos polémicos y creó una teología propia especialmente contra la representación de Cristo, que para él era expresión de nestorianismo o de monofisismo, es decir, de la separación o de la mezcla de «las dos naturalezas» en Cristo. Y el concilio de Constantinopla (757) rechazó tajantemente el culto de las imágenes como obra de Satán y como idolatría.[33]

Fracasa una revolución papal

66

La masa del clero sabía naturalmente que su poder descansaba sobre todo en la magia de la causa, en la bella apariencia, en el encanto exterior y sensible del servicio divino; por lo cual hubo de mantenerse al lado del pueblo, que veneraba las imágenes sagradas. Incluso se le había enseñado casi a venerar la fuerza milagrosa de los ídolos, y con la retirada de los mismos se había privado de la base a su costumbre y a su piedad. Por ello, cuando después de un edicto del califa Jezid (que el 723 había ordenado la retirada de las imágenes de todos los templos cristianos del imperio árabe) también el enérgico emperador León III el Isaurio —que pasaba por simpatizante de los sarracenos, *sarakenophrón*— mandaba en un edicto formal (726), y con el asentimiento de un concilio, retirar de las iglesias todas las imágenes de mártires o de ángeles y ponerlas bajo llave (en el 730 un edicto posterior imponía su

[32] Mango 109.

[33] Greg. II ep. 2. Kraft 240. LMA II 150 s. V 1376. HKG ffl 1 33. Hauck II 276. Gaspar II 647. Dannenbauer, Die Grundiagen der mittelalterlichen Weit 52 s., 68 ss. Seppelt/Schwaiger 56 s. Dawson 175. Buchner, Germanentum 154. Daniel-Rops 448,450. Heiler, Erscheinungsformen 114. Michel 7.

destrucción), estallaron manifestaciones de fanatismo en el este y el oeste: cristianos contra cristianos, como de costumbre a lo largo de los siglo s.[34]

Provincias enteras se llenaron de restos de imágenes cursis y de obras de arte insustituibles. Los veneradores de las imágenes fueron perseguidos y la multitud iconoclasta se amotinó. El papa Gregorio II (715-731) prohibió al emperador —con un lenguaje increíblemente agresivo, como el que en tiempos había osado Símmaco bajo protección ostrogoda— que interviniese en cuestiones de fe y tuvo de su lado a toda Italia, especialmente a los obispos. Las amenazas del monarca de que «enviaría a Roma para encerrar la imagen de san Pedro y conducir atado al papa Gregorio, como había hecho Constantino [Constante II] con Martín [I]», le resbalaron, y hasta bromeó: «Aunque te pavonees y nos amenaces, no tenemos necesidad de luchar contigo. El papa se alejará tres leguas de Roma al territorio de Campania, y ¡buen provecho!, a cazar vientos». «Todo Occidente —afirmaba el papa— ha puesto su mirada en nuestra humilde persona, y aunque no seamos dignos de ello tenemos una gran confianza en nosotros y en aquel cuya imagen quieres aniquilar y desaparecer, la del santo príncipe de los apóstoles, Pedro, al que todos los reinos de Occidente veneran como a un dios [!] sobre la tierra. Si osases intentarlo, verías que las gentes de Occidente están dispuestas a dar la razón a las del este.»[35]

La irritación de Gregorio no obedecía exclusivamente a motivos teológicos, sino que respondía también a razones materiales muy concretas.

El emperador León III había defendido con éxito Constantinopla por tierra y mar (717-718) contra los árabes en una de las matanzas más decisivas de la historia universal. Y así el Asia Menor, que fue librándose del dominio islámico durante una serie de campañas anuales, permaneció bizantina y cristiana durante casi siete siglo s. Para equilibrar sus finanzas después de la guerra contra los árabes hubo de imponer nuevos impuestos; esto afectó sobre todo a la Iglesia romana, que con sus extensas propiedades territoriales era el primer poder económico de Italia. Y así como antes las rebajas impositivas habían determinado la afección devota al Estado, así ahora la medida produjo el efecto contrario. Los obispos italianos, los mayores contribuyentes del país, acaudillaron la resistencia contra el pago y lo impidieron. Y al mismo tiempo combatieron naturalmente la política iconoclasta del emperador. No fue eso sólo: el rechazo de los impuestos, que ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento permitían, se trocó ahora en una obra piadosa y poco a poco se falseó hasta identificarlo con la resistencia a la política iconoclasta del monarca, que a la entrada de su palacio hizo sustituir una imagen de Cristo por una cruz.

67

Pero el papa Gregorio II fue el verdadero caudillo de Italia en la sublevación contra su señor, fue «la cabeza de la revolución italiana» (Hartmann). Entonces ya no contó el «Estad sometidos a la autoridad»; lo que contó realmente fue el «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres». Y —¡en la práctica!— Dios está siempre donde está el papa. Y el papa no sólo alentó al patriarca de Constantinopla, san

---

[34] LMA V 1890. Hartmann, Geschichte Italiens II 91 ss. Gaspar II 651, 655. Stadtmüller, Geschichte Südosteuropas 108 s. Heiler, Erscheinungsforman 114. Seppelt/Schwaiger 76. Maier, Byzanz 93 ss. Hunger 215. Previté-Orton 245 ss.

[35] Gaspar II 654 ss., 660 s. Seppelt/Schwaiger 77. Maier, Byzanz 99 ss. W. Ull-mann habla de «la increíble grosería» de la correspondencia epistolar del papa con el emperador «con desprecio de todas las reglas y expresiones de cortesía»: Kurze Geschichte des Papsttums 65.

Germanos, a la lucha contra el emperador, sino que hizo una llamada a todo el mundo, con lo que estalló por doquier la guerra civil. Más aún, Gregorio amenazó con una desvinculación de Bizancio: «Con la gracia de Dios emprendemos el camino hacia las regiones más lejanas de Occidente».

El papa se opuso abiertamente al edicto imperial. Prohibió pagar tributos al soberano y se puso así al frente de la sublevación. Hasta el oficioso *Líber Pontificalis* escribe: «Se armó contra el emperador como contra un enemigo». El cartulario Juan, antipapa, y el subdiácono Juan Lurion fueron asesinados por los romanos, y al dux Basilios se le encerró en un monasterio; todo lo cual fueron ataques evidentes contra el gobierno. Consecuentemente el exarca Paulo recibió la orden de deponer a Gregorio de su silla pontificia. Mas cuando acudieron las milicias de Ravenna, el papa se les opuso con una liga de soldados italianos y de longobardos. En Venecia, Ravenna y Roma se expulsó a los gobernadores y funcionarios imperiales, y en Benevento y Spoleto, a las tropas bizantinas. El exarca Paulo fue eliminado por manos asesinas. También fueron eliminados sus generales. El dux Exhileratus y su hijo Adrián —este último excomulgado desde hacía años por el papa a causa de un matrimonio irregular— fueron apresados y muertos por la milicia romana. Al dux romano Petrus le sacaron los ojos por haber escrito al emperador «en contra del papa». La sublevación triunfó por todas partes: Su Santidad y los longobardos se alzaron en común rebelión contra el emperador. Hasta el *Líber Pontificalis* asegura «que toda Italia se alzó contra la maldad del *basileus* y decidió elegir a otro y mandarlo a Constantinopla». Y, efectivamente, en Grecia llamó al antiemperador Cosme, que se presentó con una flota frente a Constantinopla; pero ésta fue derrotada en la batalla naval del 18 de abril del 727 y Cosme fue colgado.[36]

68

Todavía en el 729 se vio Gregorio como epicentro de la sublevación y «a todo Occidente» con los ojos puestos en él. «Los pueblos de Occidente están prontos —escribe al emperador—. Nos derivamos nuestro poder y autoridad del príncipe de los apóstoles, Pedro, y podríamos, si lo quisiéramos, constituir un tribunal contra ti; pero tú mismo has pronunciado ya la sentencia contra ti y contra tus consejeros: tú y ellos habéis sido condenados por igual.»

Pero el emperador acabó dominando la rebelión. En el 730, cuando sustituyó al anciano patriarca constantinopolitano Germanos —que equivocadamente no encontraba la veneración de las imágenes ni contraria al Antiguo Testamento ni al Nuevo— por Anastasio (si es que Germanos no se retiró por propia iniciativa), la revolución fracasó también en Italia. Y también entonces Gregorio se había pasado oportunamente al campamento imperial. Cuando los revolucionarios italianos nombraron en Italia, al igual que los griegos habían hecho en Grecia, a un cierto Tiberius Petasius para emperador, el papa —a quien un César en Roma, donde él era el jefe supremo, no podía agradarle para nada— exhortó al pueblo a que «no se dejase llevar por el amor y la lealtad al imperio romano» y hasta puso en manos del exarca

[36] Ex 22, 28; Me 12, 14; Mt 17, 24 ss.; Le 20, 22 s.; Rom 13, 5 ss. Vita Greg. II c. 16 ss. Lib. Poní. (Duchesne) 404. Según Kelly 102 Gregorio acaudilló «la airada resistencia de toda Italia», pero «no vaciló en su lealtad». Ploetz 67 s. LThK IV² 754. LMA V 1890. Hartmann, Geschichte Italiens II 89 ss., 94 ss. Luegs II 478 s. Haller I 253, 257 s. Dannenbauer, Grundiagen 52 s. Stadtmüller 107 s. Maier, Mittelmeerweit 281, 300 s., 341. Pirenne, Geburt 218. Gickel 311 ss. Daniel-Rops 450, 478. Maier, Byzanz 95 s. Bosi, Europa im Mittelalter 121 s. Tellenbach, Europa 426.

la milicia romana para combatir al nuevo antiemperador. En la Tuscia romana Petasius fue muerto, y su cabeza fue enviada a Constantinopla.[37]

En la controversia de las imágenes, sin embargo, tanto Gregorio II como sus sucesores permanecieron inflexibles. Mediante un sínodo, celebrado en Roma en noviembre del 731, Gregorio III (731-741) lanzó la excomunión contra la retirada, destrucción y profanación de las imágenes sagradas. Pero sus legados, enviados a Constantinopla con escritos exhortatorios fueron ya apresados en Sicilia por el estratega imperial Sergio, encarcelados durante meses y devueltos a Roma. Simultáneamente el emperador preparó un poderoso contragolpe, que afectó a la base material del papado y cambió la geografía política.

Después de que una flota enviada contra Italia padeciese naufragio, el monarca se vengó de otra manera. No tan sólo gravó al máximo la presión tributaria, sino que además separó la provincia eclesiástica de Iliria junto con toda Italia meridional y Sicilia de Roma, sometiendo todos aquellos territorios a la jurisdicción del patriarca de Constantinopla; un paso que Bizancio defendió tenazmente, y que cada nuevo papa intentó bloquear. El emperador arrebató asimismo al papa todos sus patrimonios en Italia meridional, con lo que únicamente Sicilia representó una pérdida de 350 libras de oro.[38]

69

La disputa de las imágenes se prolongó durante todo el período de gobierno de León y se agudizó aún más bajo su hijo y sucesor Constantino V (741-776), llamado Ikonokiastés, el destructor de imágenes (y también Koprónymos, por haber ensuciado el agua en su bautismo, y Caba-llinus por que le gustaba el olor de la boñiga de caballo). Cierto que cuando en el 742 se alzó un usurpador iconodulo, su cuñado Artabas-dos, mantuvo Roma del lado del emperador iconoclasta y mandó sacar los ojos al vencido y a sus hijos, y el papa Zacarías legó una generosa donación de tierras. Constantino, que participó activamente en la inveterada discusión y que mostraba un interés notable por las cuestiones teológicas, mandó prohibir la invocación de los santos y de María así como retirar o destruir de las iglesias todas las imágenes de los santos.

Dicho emperador persiguió especialmente a los monjes, defensores tanto más fanáticos del culto a las imágenes cuanto que tenían un monopolio económico para la fabricación de iconos. Los monasterios fueron expropiados y cerrados, tranformándolos en cuarteles y en instalaciones para baños, o fueron destruidos por completo, como ocurrió con los monasterios de Kallistratos, Dios, Maximinos, etc. Sus moradores tuvieron que elegir entre deponer los hábitos y tomar mujer o ser cegados y desterrados. En Éfeso se obligó a monjas y monjes a casarse y a otros se les ejecutó (con el respaldo de un concilio celebrado en Constantinopla el 754). Los soldados descuartizaron a los megerios y transformaron los *martyría* en un hipódromo. No menos de 338 obispos firmaron el 754, reunidos en el sínodo de

[37] Lib. Pont. Vita Greg. II c. 23. Kraft 240. LThK IV² 754. LMA IV 1344 s., 5, 1890. Hartmann, Geschichte Italiens II 99. Gaspar II 660 ss. Daniel-Rops 450. Pirenne, Geburt des Abendiandes 219 s. Seppelt/Schwaiger 77. Ullmann, Die Machtste-llung 69 ss.

[38] Lib. Pont. Vita Greg. III c. 2. Kelly 102 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 110 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 249. Gaspar II 664 ss. Pirenne, Geburt des Abendiandes 219 s. Haller I 261 s. Maier, Mittelmeerweit 341 s. Seppelt/Schwaiger 79 s. Jedin, Kleine Konziliengeschichte 34. Hussey 131. Grotz, Erbe 22. Hartmann, Die Synoden der Karolingerzeit 40 s.

Hieria, los edictos iconoclásticos de León III. Y 50.000 monjes, proscritos por el emperador, huyeron a Roma. Y todo esto mientras los búlgaros iniciaban su gran asalto al imperio.[39]

La lucha «a sangre y fuego» culminó en la década de los sesenta.

El abad Stephanos de Monte Auxentio, caudillo de la oposición iconodula, fue linchado en las calles de Constantinopla, en noviembre del 765. Sólo en agosto del 766 se ejecutó a 16 altos funcionarios y oficiales, partidarios del culto a las imágenes. Al año siguiente rodaba también en el palenque la cabeza del patriarca Constantino. El emperador ya antes le había mandado azotar; después, el 6 de octubre, le hizo objeto de reprensión pública delante de todo el pueblo congregado en el gran templo. «Después de cada capítulo —escribe Teófanes, que luego fue abad-el secretario particular golpeaba en el rostro al seudopatriarca, mientras el patriarca Niketas asistía al espectáculo sentado en su silla.» Al día siguiente Constantino, rasurado a rape y con un vestido irrisorio sin mangas, fue paseado por las calles montado en un asno hasta el hipódromo, donde fue insultado y escupido por todo el pueblo cristiano.

70

El asno lo llevaba por el ronzal su sobrino Constantino, al que se le había cortado la nariz. «Cuando llegó frente a los partidos del circo, descendieron de sus asientos, le escupieron y le arrojaron inmundicias. En la parada delante de la tribuna imperial, lo arrojaron de la cabalgadura y le pisaron en la nuca.» A finales de mes el hombre renegó de su creencia, y tras exigirle esa reparación, se le decapitó. Su cadáver fue arrastrado por las calles hasta el desolladero de los ajusticiados y su cabeza colgó de las orejas durante tres días para escarmiento público.[40]

¿No es esto un cristianismo amable?

Cierto que eso ocurría en Bizancio. Mas ¿cómo estaban las cosas en Roma?

[39] LMA I 1057; V 1376. Ostrogorsky 140 s. Michel, Die Kaisermacht 3. Dannenbauer, Grundiagen 53. Wein 90. Pirenne, Geburt des Abendiandes 222, Kühner, Gezeiten I 154 s. Ahiheim 174. Bosi, Europa im Mittelalter 122. Daniel-Rops 451 s.

[40] Wein 90. Ostrogorsky 140 s. Daniel-Rops 452. Jedin, Kleine Konziliengeschichte 34. Bosi, Europa im Mittelalter 122.

71

CAPITULO 4. LA FORMACIÓN DEL ESTADO DE LA IGLESIA MEDIANTE GUERRAS Y PILLAJE

«Pero estad atentos, hijos míos, ¡esforzaos fervorosamente por tomar parte en lo que Nos deseamos! Pues ya sabéis que quien está en la otra parte será excluido de la vida eterna.»
ESTEBAN II PAPA[1]

«La lucha por Cristo y la Iglesia se les asigna a los francos como su vocación histórica.»
JUAN HALLER[2]

72

Las negociaciones papales entre Bizancio, longobardos y francos

Mientras en Bizancio hacía estragos la disputa de las imágenes, y sus repercusiones sacudían la Italia bizantina, el rey Liutprando procuraba aprovechar la ocasión para extender el reino longobardo por toda Italia, y muy especialmente por Emilia y Romagna. Fue anexionándose sistemáticamente territorio bizantino, conquistó un castillo tras otro y afianzó también su autoridad en los ducados de Spoleto y Benevento. En una palabra incrementó continuamente su poder político dentro y fuera de sus fronteras. Y cuando en el 732 (o el 733) Liutprando conquistó por vez primera Ravenna —que llevaba casi doscientos años en manos bizantinas— y el exarca huyó a las lagunas venecianas, el aliado le resultó demasiado peligroso al papado.

En principio el obispo de Roma apenas tenía motivo para sentirse a disgusto con Liutprando. En tiempos el rey incluso había hecho a Gregorio II libre donación del ducado conquistado. Y también restituyó el castillo de Sutri, que dominaba el camino de Ravenna y que el papa anhelaba ardientemente (y lo hizo en forma de documento otorgado en favor de los apóstoles Pedro y Pablo). ¡Todo por respeto al príncipe de los apóstoles! Pues Liutprando era una persona piadosa, un fiel católico amigo de los sacerdotes y un promotor declarado de la Iglesia. Erigió en su propio palacio una capilla doméstica y fue el primer rey longobardo que se procuró capellanes particulares. Instituyó eclesiásticos «que celebrasen a diario el servicio divino para él» (Paulo el Diácono). Uno de sus parientes fue obispo de Pavía. Con el clero se mostró generoso. Fundó monasterios, construyó muchas iglesias que decoró y practicó el culto supersticioso de las reliquias. Un prólogo a sus leyes se abre con una cita bíblica. Y en otro prólogo posterior se presenta expresamente como defensor de la fe romano-católica. Gregorio II combatió la vuelta de las monjas a la vida civil, y Liutprando le apoyó con una ley pertinente.

[1] Ver nota 20.
[2] Ver nota 21.

Combatió el papa los matrimonios entre cuñados y Liutprando acudió en su ayuda con una prohibición estatal.

Y aunque en la rebelión contra el emperador se encontraba también el rey del lado de Roma, el nuevo papa Gregorio III (731-741) lo delató a la Venecia ascendente. Y es que Gregorio no sólo temía el poder de Liutprando, sino que ambicionaba también la Romagna. Por ello, y no obstante el pacto firmado con Liutprando, mandó al metropolitano de la Venecia imperial, Antonio de Grado, que asistiese al exarca huido a las lagunas, a fin de que Ravenna «volviese a la antigua alianza de la sagrada *res publica y* de la sumisión imperial». (Hacia el 735, después de que los longobardos hubieran ocupado la ciudad durante aproximadamente tres años, los venecianos la reconquistaron con un golpe de mano desde el mar.) Pero en una carta al dogo denostaba el papa a los longobardos, sus fieles aliados y veneradores de las imágenes como él, como un pueblo «infame», mientras que al emperador y a su hijo Constantino Coprónimo les llamaba «sus señores e hijos»... antes de que sus sucesores les traicionasen también a ellos.[3]

73

Porque también Bizancio se le antojaba al papa demasiado peligrosa.

Y así, después de haber alentado a la flota veneciana a la reconquista de Ravenna para el exarca, en el 738 se alió con el duque traidor Transamundo de Spoleto y con el rebelde Godescalco, que se había apoderado de Benevento. Y como (probablemente) ya Gregorio n, también Gregorio ni azuzó a los duques longobardos contra su rey. Personalmente hizo reconstruir una gran parte de las murallas de Roma y fortificó Civitavecchia.

Transamundo II había depuesto el 724 por la fuerza a su padre Farvaldo, imponiéndole la tonsura y la entrada en el estado clerical. Cuando Liutprando avanzó contra él (738-739), pegó fuego a la Pentápolis y asoló Spoleto, Transamundo se refugió junto al papa, el cual puso a su disposición el ejército romano contra Liutprando. Éste irrumpió a su vez en el ducado romano saqueándolo y conquistando sus castillos de la frontera septentrional. Y la guerra estalló por doquier, tanto en el territorio romano como en las tierras de Ravenna. Cierto que provisionalmente Transamundo (en diciembre del 740) conquistó su capital y mató al nuevo duque Hilderico, instituido por Liutprando. Pero el papa, que también se sirvió de sus obispos en el reino longobardo contra su soberano, receló del poder del rey y apeló al príncipe franco Carlos Martell, que estaba lejos pero era fuerte.[4]

El mayordomo franco, que desde el 720 controlaba indiscutiblemente todo el reino y guerreaba casi sin pausa —incorporando también en buena medida a la Iglesia y sirviéndose de los monasterios como cabezas de puente y punto de apoyo (Schwarzach, Gengenbach, Schuttem, la abadía de Reichenau)— veía indisolublemente unidas la expansión de su autoridad y la difusión del cristianismo. Para decirlo brevemente, Carlos se había convertido en el hombre más poderoso de Europa, y tan habituado estaba a la guerra y la conquista que, como advierten

[3] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 58. LMA V 708 s., 2041. Gregorovius I 2 347 s. Cartellieri I 128. Hartmann, Geschichte Italiens II 96 s., 126 ss. (con indicación de fuentes). Gaspar II 662, 727 ss. Maier, Mittelmeerweit 337, 342.

[4] Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 44. Gregorovius I 2 244 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 137 ss. Cartellieri I 134 s. Caspar II 729 s. Sickel 316. Pirenne, Geburt des Abendiandes 220. Haller I 262 s. Sprigade, Die Eiweisung 52 ss. Brühl, Chronologie und Urkunden 19 ss.

expresámente las fuentes coetáneas, apenas hubo un año sin guerras (concretamente el año 740). Y aquel varón apareció precisamente como el verdadero patrón y protector del representante de Cristo.[5]

74 Así que Gregorio III intentó repetidas veces, los años 739 y 740, instigar a Carlos Martell contra Liutprando, aunque ambos eran amigos personales.

El papa soñaba con desenganchar Roma del imperio bizantino y ofreció a Carlos la colación del consulado romano así como el rango de patricio. Una embajada y dos misivas envió Gregorio, «el hijo amoroso de san Pedro», al «ilustrísimo señor Carlos», conjurándole todavía poco antes de su muerte (741) «por el Dios vivo y verdadero y por las santísimas llaves de la tumba de san Pedro» en estos términos: «Vivimos angustiados en la tribulación máxima y día y noche fluyen las lágrimas de nuestros ojos, pues tenemos que ver cómo la santa Iglesia de Dios a diario y en todas partes es abandonada por los hijos en quienes había puesto su esperanza...». Conjuraba a Carlos Martell, que con su mujer y sus hijos pertenecía a la fraternidad orante del monasterio de Reichenau dedicado a san Pedro, para que no cerrase los oídos a la súplica papal, a fin de que el príncipe de los apóstoles, el portero del cielo, no le cerrase a él el reino de los cielos. También envió el santo padre al *«princeps» de* los francos «grandes e inestimables regalos, como nunca antes se habían oído ni visto» *(Fredegarii Continuationes).* Y naturalmente el papa no descuidó enviar a Carlos Martell algo de chatarra, supuestamente partículas de las cadenas de san Pedro y las llaves de la tumba del apóstol, para sugerirle diplomáticamente la terrible servidumbre en que se encontraba frente a longobardos y griegos. En ningún sitio se habla de cualesquiera otras contraprestaciones del papa; simplemente de las «mentiras» de los longobardos y de la protección de la Iglesia romana y de sus propiedades, «únicamente ésta se destaca de continuo» (Mühibacher).

Pero Gregorio III, que persistió en el empeño hasta su muerte —«En ninguna época», comenta adulador un cronista franco, «se oyó ni vio algo semejante»—, apeló inútilmente al «virrey» Carlos. Éste, que era poco devoto de la Iglesia, que estaba emparentado genealógicamente con los longobardos, que estaba aliado y era amigo de Liutprando, que el 737 adoptó a su hijo Pipino y que al año siguiente, y a instancias de Carlos Martell, intervino «sin vacilaciones y con todo el ejército de los longobardos» contra los sarracenos de Provenza venciéndolos, permaneció sordo por completo a la primera llamada de ayuda papal y murió antes de que eventualmente pudiera llegarle una segunda.

Entre los antepasados de los carolingios Carlos es el único al que condenan los autores eclesiásticos posteriores, lanzándolo al infierno por toda la eternidad a causa de la sistemática reducción del patrimonio eclesiástico a él debida —*precaria verba regís*—. En vida suya todo ello se interpretaba de modo completamente distinto, aunque hiciera decapitar a uno de sus parientes eclesiásücos, el abad Wido de St. Vaast y St. Wandrille, quien según la crónica monástica, gustaba más de la caza y la guerra que del servicio divino. Aunque naturalmente no le hizo degollar por eso, sino por una conjura contra Carlos. Pues, lo que sabemos con toda seguridad es que estuvo lejos de ser un enemigo empecinado de la Iglesia. Se conocen ocho donaciones de

[5] Lecky II 219. Mühibacher 159. Löwe, Deutschiand 115. Nonn, Das Bild Kari Martells 70.

bienes, que le hizo personalmente.[6]

75

El elocuente Zacarías engatusa a los longobardos

Un mes después de Carlos Martell, en diciembre del 741, también moría Gregorio III, que fue el último obispo romano que se había hecho confirmar por el emperador de Bizancio. Su sucesor fue Zacarías (741-752). Y como las repetidas campañas de su predecesor incitando a Carlos Martell a la guerra contra los longobardos habían fracasado, el papa Zacarías, aquel hombre «de extraña bondad de corazón» —que en realidad era un talento refinado con gran poder de convicción— se protegió del rey longobardo que de nuevo se acercaba dando un giro a la política de su predecesor y aliándose con él.

Esto le resultó tanto más fácil cuanto que Liutprando —para citar el final de la *Historia de los longobardos,* de Paulo el Diácono— «cada día confiaba en la oración más que en las armas». Si poco antes la Iglesia había estipulado una alianza con el duque Transamundo, un rebelde, contra el rey longobardo, ahora abandonó a Transamundo y lo combatió al alimón con quien hasta entonces había sido su enemigo. Transamundo no tuvo posibilidad alguna. Atacado por ambos frentes, se sometió desapareciendo con tonsura y cogulla en un monasterio.

Pero el papa Zacarías acudió en romería (742) con toda la pompa pontifical al campamento del rey Liutprando en Temi para recoger los frutos de su traición. Y tras un recibimiento deslumbrante y la plegaria en común convenció (bien preparado como estaba cual excelente conocedor de los *Diálogos* de Gregorio I, rebosantes de crasa superstición y de milagros grandiosos) al rey crédulo y ahora doblegado ya un tanto por la edad con mayor éxito de cuanto lo hiciera en su tiempo Gregorio II. Y así Zacarías obtuvo ahora no ya un castillo sino cuatro a la vez (Horta, Ameria, Polimartium y Bleda), que se le otorgaron documentalmente junto con los vecinos de la capilla del Salvador, de la iglesia de San Pedro de Terni; ¡una propiedad que pertenecía legítimamente al emperador griego! Más aún, el rey hizo al santo padre una serie de concesiones, incluidas las de índole territorial, con la devolución de tierras papales y de otras ciudades con todos los prisioneros. Cada bocado que Liutprando tomó en la mesa papal —ironiza Ferdinand Gregorovius— le costó un pedazo de tierra. Pero el viejo rey se levantó del banquete y dijo con aire galante que no recordaba haber comido tan opíparamente jamás.[7]

76

Mas cuando al año siguiente (742) atacó el exarcado y hasta preparó el asalto de

---

[6] Lib. Pont. Vita Greg. ffl c. 14. Cod. Cari. 1 s. Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 53 s. Cont. Fredeg. c. 22. Chron. Moissiacense (MG SS I 292 s.) Ann. Metí. (MG SS I 326 s.). Kelly 103. Gregorovius I 2, 353 ss. Mühibacher I 59 ss. Hauck 1470. Holtz-mann, Italienpolitik 35 s. Caspar II 730. Hartmann, Geschichte Italiens II 136 s., 167 ss. Lowe, Bonifatius 112 s. Id., Deutschiand 118. Id., Geschitsschreibung 23. Buchner, Germanentum 170. Schieffer, Winfried-Bonifatius 239. Haller I 263 ss., 296 s. Gontard 167. Seppelt/Schwaiger 30. Lautermann 54. Steinbach, Das Franken-reich 45, 48. Ampliamente Hiawitschka, Kari Martell 74 ss.

[7] Ann. reg. Franc. 741. Lib. Pont. Vita Zachar. 5 ss. Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 57 s. Kelly 103. LMA V 2041. Gregorovius 12 356 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 140 ss., 170 s. Cartellieri 1136 s. Seppelt/Schwaiger 81. Holtzmann, Italienpolitik 35.

Ravenna, y cuando el exarca Eutiquio junto con el arzobispo de la ciudad demandó ayuda al papa, éste no sólo envió una embajada a Pavía, sino que de nuevo acudió presuroso al rey altamente sorprendido. Y después de celebrar dos misas —una la víspera de la festividad del apóstol extramuros de la ciudad, en la basílica de San Pedro «de cielo dorado», y otra al día siguiente en la residencia real y en presencia del rey—, al tercer día presionó en palacio conjurando de nuevo a Liutprando para que abandonase el exarcado. Y por fin, aunque tras larga resistencia, el rey cedió a las presiones del papa, quien en el curso de aquel mismo año había reconocido al emperador bizantino cual legítimo soberano, y le devolvió las conquistas realizadas. El emperador por su parte, a instancia papal y evidentemente por los servicios prestados, donó al santo padre los dos grandes dominios de Nympha y Norma en el Lacio. «La soberanía del papa resultó muy provechosa a la Iglesia», comenta el católico Clemens Siemers.[8]

Liutprando murió a comienzos del año 744, después de 32 años de gobierno. Y cuando Ratchis, el nuevo rey longobardo (744-749), que antes había sido duque de Friuli y celoso conmilitón de Liutprando, no obstante su política hostil se vio forzado a invadir la Pentápolis en el 749, el papa acudió de inmediato a su campamento. Y allí el hombre de palabra elocuente conferenció como antes lo hiciera con Liutprando. A los pocos días ya había engatusado tan magistralmente a Ratchis, que éste en agosto del 749 depuso la corona, peregrinó con su mujer y su hijo a San Pedro de Roma y en seguida vistió los hábitos monacales para pasar el resto de su vida en Monte Cassino. Su esposa Tasia y su hija Rotrudis desaparecieron en el cercano monasterio de monjas de Plumbariola...

Sin duda que bajo esta famosa exposición del cronista papal podría ocultarse la posibilidad de que al rey se le hubiese depuesto y encerrado en el monasterio con mayor o menor violencia, cosa que han supuesto, entre otros. Ludo Moritz Hartmann y Johannes Haller, así como el historiador de Oxford y clérigo de alto rango, John Kelly, quien acusa además al papa de soborno. Y en tal caso ¿no resulta tanto más verosímil que Ratchis, después de que su hermano Aistulfo perdiera la vida en una cacería el otoño del 756, abandonara Monte Cassino y volviera a asumir el gobierno en Pavía?[9]

77

La matanza de suabios por Carlomán y el obispado de Constanza

También en Monte Cassino había hecho escala poco tiempo antes el franco Carlomán...

Antes de su muerte, ocurrida el 21 de octubre del 741, Carlos Mar-tell había dividido la potestad de gobierno entre sus hijos Carlomán, Pi-pino III (el Joven, el Corto) y Grifo. El mayor, Carlomán obtuvo Aus-trasia, Turingia y Suabia; Pipino el

[8] Lib. Pont. Vita Zachar 12 ss. Paulo Diác. Hist. Lang. 6, 58 s. Kelly 104. Sie-mers 137. Gregorovius 12 357 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 144 ss. Schieffer, Winfried-Bonifatius 188 ss.

[9] Lib. Pont. Vita Zachar. 23. Krüger Kónigskonversionen 213, nota 224. Kelly 104. Gregorovius I 2 360. Hartmann, Geschichte Italiens II 146 ss. Cartellieri I 150. Haller 1301. Krüger, Kónigskonversionen 171 s., 212 ss.

menor, los territorios de Neustria, Burgundia y la Provenza, mientras que Baviera y Aquitania (el territorio entre la costa atlántica, el Loira y los Pirineos quedaban sujetas a la jurisdicción común de ambos. Su hermanastro Grifo, hijo de la segunda mujer de Carlos, la princesa bávara Swanahilt, no fue reconocido como heredero con los mismos derechos; sus hermanastros lo apresaron y encerraron en una fortaleza de las Ardenas, mientras que su madre Swanahilt fue recluida en el monasterio de Chelles cerca de París.

Ya al año del cambio de gobierno se crearon obispados en Hesse y en Turingia (planeados por Bonifacio desde el 732), y en los años 743 y 744 se celebraron tres grandes sínodos en Austrasia y Neustria, en los cuales se decretó la total eliminación de la «herejía» y del paganismo. Carlomán y Pipino —ambos educados en monasterios, Carlomán probablemente en el de Echternach por Willibrord, y Pipino en el de Saint-Denis— llevaron la guerra a todos los rincones. Ambos fueron —como dice el papa Zacarías de sus «hijos ilustrísimos» (744)— «compañeros y auxiliares» de Bonifacio; más aún, ambos estuvieron «bajo la inspiración de Dios» *(inspiratione divina).* Así, el santo padre pudo garantizar a los dos grandes carniceros también «una recompensa abundante... en el cielo», pues «bendito es el hombre por quien se bendice a Dios».

Carlomán, el bendecidor de Dios, irrumpió el 743 —un año en el que transfirió 26 iglesias regias al recién fundado obispado de Würzburg-en Ostfalia meridional, y en Engern, siguiendo siempre la cruz a la espadar misioneros, predicadores, bautizos en masa. Aquel mismo año se consiguió el sometimiento definitivo de Suabia. En la misma constituyó una importantísima «cabeza de puente» el obispado de Estrasburgo con sus monasterios en el camino de Kinzig, que a través de la Selva Negra conducía hasta el territorio suabio. Una última rebelión de Cannstatt la ahogó bárbaramente en un baño de sangre Carlomán (746), venerado más tarde como santo en el monasterio de Fulda, entre otros: las tropas francas asesinaron probablemente —los datos de las fuentes resultan al respecto muy escasos y hasta contradictorios— a miles de alamanes (¡cristianos en su gran mayoría!) que presenciaban el desfile de las tropas. Al menos una parte de la nobleza alamana, si es que no su casi totalidad, fue eliminada, probablemente en la cota de Altenburg. Y en vez de la aristocracia nativa entraron los condados francos, sucumbiendo en gran parte a la confiscación las posesiones de la nobleza alamana.

[78]

No faltan ciertamente historiadores para quienes el baño de sangre de Cannstatt no pasa de ser un «rumor». Eso quiere decir que a la nobleza del país «se le pidieron cuentas»; lo cual suena mucho mejor. Más aún, que todo el asunto pertenece «al campo de la leyenda locuaz» (Büttner).

La gran beneficiada de esa «leyenda» fue sin duda la Iglesia, y más en concreto el obispado de Constanza —«punto de partida de la penetración cristiana y franca en Alamania» (Tellenbach)—. Constanza, cuyo obispo tenía que asegurar el dominio de los francos, recibió a cambio enormes posesiones, hasta convertirse en la diócesis mayor alemana de la Edad Media, extendiéndose desde Berna hasta Ludwigsburg y desde el valle del Walser hasta Breisach: el año 1435 comprendía 45.000 kilómetros cuadrados, con 1.760 parroquias. También los monasterios de St. Gallen y Reichenau se enriquecieron con los bienes incautados de los vencidos y asesinados y «muy pronto se contaron entre los máximos terratenientes de Alamania» (Novy).

En el otoño del 747 Carlomán, «aquel santo varón» (abate Regino de Priim), sorprendentemente y a cuanto parece por propia voluntad, se retiró, aunque todavía en agosto de aquel mismo año «hizo todo lo posible por asegurar su posición y la de su hijo» (Bund). Tal vez atormentado por los remordimientos de conciencia por la matanza suabia, «se consagró a san Pedro» *(Vita Zachariae).* «Voluntariamente abandonó su reino y encomendó sus hijos a su hermano.» Todo esto suena muy cristiano. Tonsurado por el papa como monje, Carlomán desaparece en el monasterio del monte So-racte a las puertas de Roma. El 750 marchó a Monte Cassino, en territorio longobardo; un paso cuya motivación religiosa a menudo se ha puesto en duda (quizá con razón).

«Desnudo siguió a Cristo» (Regino de Prüm).[10] Como también Ratchis. *E tutu quanti...*

PIPINO III: «UN BUEN CRISTIANO» Y «UN GRAN SOLDADO

También Pipino el Joven (741-768), que residió por lo general en los palacios de Quierzy, Attigny, Verberie y Compiégne y a quien ya en el 747 el papa Zacarías había dado el título de *«christianissimus»,* fue «un buen cristiano» (Daniel-Rops), «inspirado enteramente del espíritu cristiano» (Büttner). No sólo el culto de san Martín inició bajo Pipino su marcha triunfal por la ribera derecha del Rin, también la capilla se convirtió entonces en la «institución central más importante del reino» (Ewig), y en general la Iglesia por él protegida y apoyada.

79

Pero a Drogo, el sobrino, que debía gobernar con autonomía sobre Austrasia, no le tuvo Pipino consideración alguna. Lo arrinconó brutalmente y emprendió una guerra tras otra: «un gran soldado que en su vida no perdió ni una sola campaña contra alamanes, sajones, longobar-dos y aquitanios» (Braunfeis). ¡Únicamente en cuatro años de su reinado (749, 750, 759 y 764) no guerreó!

En el 742 llevó a cabo una campaña, al alimón con Carlomán, contra el duque alamán Teudobaldo; en el 743 contra los bávaros, y en el 744 de nuevo contra el mentado Teudobaldo. El año 752 conquistó Septimania, la franja costera con el *Hinterland* inmediato entre los Pirineos orientales y Nímes. A finales de la época se adueñó de Narbonne, pasó a cuchillo a la guarnición sarracena y expulsó a los musulmanes, aunque sus tropas «probablemente contribuyeron a saquear aquel territorio, antes rico, no menos que los infieles invasores» (Bullough). En su lucha contra los sajones llegó el 753 hasta el Weser, en una campaña en la que pereció el 8

[10] Ann. reg. Franc. 743 s., 746. Cont. Fredeg. c. 23; 29 s. Einhard, Vita Karoli II 4. Ann. Mett. 741. Ann. Petav. ad a. 746. RGAK I 142. Hauck 1471 II 3. Cartellieri 144 ss. Meyer J., Kirchengeschichte Niedersachsen 16. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 306. Tüchie I 81 ss. Büttner, Geschichte des Elsass 107 s., 119 s. Id., Frühmittelalterliches Christentum 37. Lowe, Deutschiand 121 ss. Ludwig 20. Caspar II 722 s. Buchner, Germanentum 129 s. Bosi, Bayerische Geschichte 31, 57. Haller I 297. Krüger, Kónigskonversion- en 183 ss. Wallace-hadrill, The Fourth Book 100 s. Stem/Bartmuss 78 s. Pirenne, Geburt des Abendiandes 206 s. Behn 80. Zender, Verehrung 100. Steinbach, Frankenreich 49 s., 54. Schieffer, Winfried-Bonifatius 191 s. Novy, Anfánge 16 s. Tellenbach, Europa 403 s. Borst 526 ss. Züllner, Politis-che Stellung 144 ss. Ewig, Martinskult 24. Bund 363 ss. Schiesinger, Zur politischen Geschichte 52. Holtzmann, Italienpolitik. 27.

de agosto Hildegar, obispo de Colonia. En el 758 penetró en el territorio de Münster y se hizo prometer de los westfalianos, a los que había infligido una grave derrota, lealtad, un tributo anual de 300 caballos y la libre circulación de los misioneros cristianos.

En ocho campañas, llevadas a cabo entre el 760 y el 768, sometió Aquitania, donde en tiempos, y todavía en compañía de Carlomán, había incendiado los arrabales de Bourges y había destruido Loches. Ahora destruyó los castillos y arruinó el país. Prendió fuego a Bourbon— 1'Archambault lo mismo que a Clermont, incendiando también innumerables aldeas. Le acompañaba el hijo mayor de Pipino, Carlos («el Grande», Carlomagno): ¡toda una escuela de vida! El franco saqueó y destruyó sistemáticamente año tras año toda la región de punta a cabo. Y a lo largo de generaciones pudieron rastrearse los efectos desoladores de aquellas guerras.

Sólo con el asesinato alevoso de Waifar, el último duque de Aquitania, perseguido incansablemente y peor que cualquier animal, primero de lugar en lugar y después de bosque en bosque, a primeros de junio del 768, en el bosque de la Double (en Périgueux), perdía Aquitania momentáneamente su autonomía. Surgió la sospecha de que Waifar, al que perseguían escuadrones enteros de Pipino, a instancias de éste había sido eliminado; cosa que hoy se acepta «sin discusión» (De Bayac). También Romistán, tío de Waifar, fue colgado en juicio sumarísimo, mientras que la madre y las hermanas del duque eran encarceladas. De ese modo se apoderó Pipino de todo el territorio desde el Loira a los Pirineos, echando las bases del que sería el reino franco. «La posteridad ha calificado la conquista de Aquitania como la mayor proeza de Pipino» (Mühlbacher). ¡Magnífico![11] Y el *Handbuchfür Europaische Geschichte* en varios tomos hasta le atribuye ¡un «reino pacificado dentro y fuera ya desde el 749»[11]

80

Desde fuera se esperaba que Grifo se habría resignado y estaría de acuerdo, por lo que san Bonifacio a finales del 741 no dejó de conjurar a «vuestra beatitud, por Dios Padre omnipotente, y por Jesucristo su hijo y por el Espíritu Santo, por la santa Trinidad», etc., «para que ayudéis a los clérigos y sacerdotes en Turingia... contra la maldad de los paganos *(paganorum malitiam)»,* «si Dios te otorga el poder». Pero Dios no lo quiso. Carlomán, que más tarde fue venerado como santo en distintos lugares, había hecho encarcelar en Neufcháteau, cerca de las Ardenas, a su hermanastro Grifo, teniéndolo seis años entre rejas; pero después dando pruebas de verdadero amor al prójimo le dejó libre. El noble Pipino le contentó con algunos condados. Grifo se refugió de primeras entre los sajones, sometidos por Pipino en el 748, dándose de nuevo los bautizos en masa. Más tarde Grifo hizo sonar el tambor de la rebelión en Baviera, patria de su madre Swanahilt; pero Pipino la aplastó en el 749. Y después de haber establecido contacto con Waifar de Aquitania sin ningún resultado. Grifo huyó el 753 a refugiarse entre los longobar-dos, siendo eliminado en los Alpes, cerca de Maurienne, por las guardias fronterizas francas, sucumbiendo

[11] Ann. reg. Franc. 742,753, 758,760 ss. Cont. Fredeg. c. 25, 52. Capit. Aquitan. ad a. 768. LMA I 830. HEG 1539-Mühlbacher I 112 ss. Cartellieri, Weltgeschichte I 144, 171. Hartmann, Geschichte des Eslass 11. Neus/Oediger 135. Daniel-Rops 489. Schieffer, Winfried-Bonifatius 250 s. Lasko 218. Zatscheck 46. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedanken 50. Id., Der Martinskult 24. Brühl, Fodrum 18. Müller-Mer-tens, Kari der Grosse 112. Bachrach, Military Organisation 9 ss. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 29, 32. Bullough, Kari der Grosse 36 s. de Bayac 27, 38 ss., 386. Steinbach, Das Frankenreich 58.

también dos condes francos.[12]

El «hecho más trascendente de la Edad Media»

Puesto que los dos hermanos de Pipino se habían hecho tan inofensivos, el soberano de todos los francos quiso ceñir la corona. Pero le cerraban el camino tanto el derecho de nacimiento como el último rey merovingio Childerico III, el privilegio de la sangre real y de la ascendencia divina. El mayordomo carolingio necesitaba una justificación a los ojos de sus súbditos romano-católicos para derribarle y ocupar el trono. ¿Y dónde habría podido encontrarla mejor que en Roma, en el «portador de la suprema autoridad moral»? (Seppelt/Schwaiger).

Los «portadores de la suprema autoridad moral» siempre fueron muy sensibles a las victorias y a los vencedores. Curiosamente, en sus cartas a los soberanos francos se encuentran, desde Esteban II, junto a las seguridades del «por la gracia de Dios» *(«a Deo institutus»),* que entonces empieza, y de su inspiración divina *(«a Deo inspiratus»),* las exaltaciones verbales de sus triunfos militares hasta el superlativo más monstruoso: de *victor* (vencedor) *victoríosissimus* y, algo más tarde, *invictissimus;* más aún, el papa Adriano I lo deja todo en la sombra con la monstruosidad lingüística por él acuñada: *triumphatorissimus...* ¡Servil adulador![13]

81

Así, el 751 Pipino envió a Burchard, obispo de Würzburg, un anglosajón, y al abad Pulrad de Saint-Denis, uno de los políticos francos más destacados, para que preguntasen a san Zacarías «qué cabía pensar en el reino franco de los reyes que no tenían ningún poder regio: si eso era bueno o no *(si benefuisset an non)».* Con ello demostraba Pipino «su sagacidad política» (Braunfeis). Y también el papa. Inmediatamente captó la situación y declaró que «era mejor que llevase el nombre de rey aquel que tuviera el poder *(qui potestatem haberet), y* no quien no tenía poder»... Fue el «hecho más trascendente de la Edad Media» (Gaspar).

El papa reconocía como rey al usurpador que había quebrantado el juramento y que era el primero en autodesignarse certeramente como tal rey «por la gracia de Dios». Y en virtud de esa instrucción Pipino ya a finales de aquel mismo año fue elegido rey en una asamblea nacional «según la costumbre de los francos» *(secundum moremfrancoruni).* Una fuente algo posterior habla de una «autorización» y hasta de «un mandato del papa Zacarías». Después éste le hizo ungir solemnemente —según la coetánea Crónica carolingia por obispos francos, y según los Anales regios del tiempo de Carlos «el Grande» por el arzobispo Bonifacio-como primer rey franco. Es decir, que lo legitimó mediante un acto eclesiástico de consagración, que ciertamente no lo convertía en un clérigo, pero sí que lo elevaba por encima de los laicos.

En cambio de Chilperico III, el soberano legítimo, al que Pipino (y Carlomán) había establecido como rey el 743, después de que Carlos Martell hubiese gobernado

---

[12] Ann. reg. Franc. 747 s. Cont. Fredeg. c. 35. Ann. Mett. 741; 747; 748; 749. Ann. mett. prior. 751. Ann. reg. Franc. 747;748. Bonif. ep. 48. Mühibacher, Geschichte Italiens II 178. Cartellieri I 148, 156. Schieffer, Winfried-Bonifatius 251 s., 130 ss. Lowe, Deutschiand 124. Steinbach, Das Frankenreich 54. Reindel, Grundie-gung 126. de Bayac 31 ss.

[13] Seppelt/Schwaiger 82. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedanken 50 s. Flec-kenstein, Rex Canonicus 60 ss.

durante años sin rey, para poner un dique a las sublevaciones que estallaban por doquier, se dijo entonces «que había sido nombrado rey con falsía» *(Anuales regni Francorum* y *Chronicon Laurissense).* Y, tonsurado, desapareció en un monasterio como monje; según varias fuentes, en el monasterio de Sithiu (Saint-Bertin). A su hijo Teuderico, el último rey merovingio, también se le tonsuró al año siguiente y se le encerró en el monasterio de Sainte-Wandrille.

Más tarde se exageró la debilidad de los merovingios hasta la estupidez y la demencia para hacer más comprensible su eliminación. «En virtud de la autoridad de san Pedro te ordeno que tonsures a éste y lo mandes al monasterio» *(tonde hunc et destina in monasterium),* le hace decir al papa una fuente algo posterior *(Erchanberti breviarium).* Es una frase espúrea; pero el papel de árbitro de los papas, que ahí se inicia, se convirtió en el modelo de consecuencias calamitosas para la historia de Europa. Pues la instrucción papal para elevar a Pipino a la categoría de rey, muy pronto se interpretó como un «mandato», y a menudo sirvió de base para el derecho de los papas a disponer de las coronas reales.[14]

82

Aquella exaltación fue en muchos aspectos singular: ni en el reino franco se había hecho intervenir jamás a un papa con funciones de arbitro en asuntos estatales, ni jamás un rey de estirpe real había sido sustituido por un hombre de linaje no regio, ni jamás se había hecho consagrar a un rey por la Iglesia. Acerca de esa concepción estatal del período carolingio escribe Theodor Mayer: «Está claro lo que ocurrió en el período real de Pipino y de Carlos. Es la concepción de la realeza como un oficio, que no deriva de la descendencia divina del linaje regio ni de una realeza militar, sino que fue instituido por Dios y el papa lo confiere».[15]

Fue a más tardar en la época carolingia, cuando a la realeza se le dio un fundamento teocrático y el soberano se convirtió en «rey por la gracia de Dios» *(rex Dei gratia),* que es una fórmia de legitimación más que de devoción, cualquiera sea la designación con que se conozca. «La revivida idea de "por la gracia de Dios" había elevado y santificado la dignidad real desde la unción de Pipino» (Tellenbach). Y desde los hijos de Pipino, que fueron Carlomán y Carlos «el Grande», todos los reyes medievales llevaron el título de *«gratia Dei rex (Francorum)»,* rey por la gracia de Dios.

Con ello al rey se le separaba tajantemente del pueblo, a cuya elección debía

---

[14] Ann. reg. Franc. ad a. 747 s. Cont. Fredeg. c. 117. Einhard, Vita Karoli 3. Chro-nic. Lauriss. 3,12. Gesta patrum Fontanell. 10,4. Según Ann. re. Franc. ad a. 750. Cod. C 3, Vita Caroli 1, 3 Cod. A 5, Gesta patrum Fontanell. X 4 Childerico entró en el monasterio de Sithiu (S. Bertín); según Ann. Lobiens. ad a. 750 (MG Script. 13, 228) en el monasterio Meddus de Soissons. Según Notker, Gesta Karoli I 10, a Childerico III en su deposición se le arrancó el cuero cabelludo: «deposito et decalvato ignavissimo Francorum rege Hilderico». LMA V 1009. Ver asimismo Caspar, cit. por Büttner, Aus den Mühibacher Anfängen I 80 s., 165. Comp. 157. Buchner, Germanentum 171. Sprigade, Die Einweisung 40 ss. Löwe, Deutschiand 124 s. Haller 1299. Bosi, Frühformen 68. Stem/Bartmuss 88 ss. Fleckenstein, Grundiagen 75 s. Seppelt/Schwaiger 82 s. Steinbach, Das Frankenreich 54 s. Schmidt, Zur Ablósung der Largobardenherrschaft 7. Eichmann, Die Kaiserkrünug I 81. Affeldt, Untersuchungen 100 ss. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 29, 32. Bund 367 ss., 378. Jarnut, Wer hat Pippin 751 zum Kónig gesalbt? 45 ss. Los intentos, repetidos hasta hoy, por hacer derivar por línea consanguínea a los carolingios de los merovingios no se sostienen: Hia-witschka, Merowingerbiut bei den Karolingem? 66 ss., 75 ss., 90 ss. Acerca de Fuirad de Saint-Denis, un abad notablemente ávido de posesiones, como entonces era habitual, comp. asimismo Angendt, Frümittelalter 287 s. Los eruditos siguen discutiendo todavía quién ungió a Pipino como rey: pero lo único indiscutible es el hecho en sí.

[15] Mayer, T., Staatsauffassung in der Karolingerzeit 470. Reinhardt, Untersuchungen 6 s.

originariamente su posición privilegiada, y se le ponía cerca de Dios. Lo cual significa que, puesto que «Dios», bien entendido y en una visión política, no es más que un símbolo para el alto clero y su necesidad de poder, en la medida en que se separa al rey del pueblo, se le vincula a la jerarquía sacerdotal y se le pone a su servicio. Al rey se le convirtió en órgano de la misma, en un partícipe de su ministerio, en su criatura, en una *«persona ecclesiastica».* Dios significó *de facto* la Iglesia, que poco a poco hacía sentir su poder cada vez más, que incluso había adjudicado el oficio de rey, y que cuanto más se acentuaba el carácter teocrático de la realeza tanto mayor era su influencia. Pero su colaboración con el rey condujo a un debilitamiento cada vez más marcado del pueblo y hasta su impotencia total. Porque ya no era el pueblo el que había de controlar al rey, sino el alto clero. Conscientemente se alejó al rey del pueblo, presentándolo como «majestas» muy por encima del pueblo llano. El pueblo dejó de ser sujeto de derechos; ya no tuvo más que deberes, absolutamente sometido al soberano, que ya no tenía responsabilidad alguna frente al mismo. Eso es lo que pretendían en cualquier caso los modelos elaborados por la jerarquía eclesiástica, aunque sólo se impusieron en el curso de las décadas y de los siglo s siguientes.[16]

83

He aquí lo que escribe el historiador de Cambridge Walter Ullmann sobre esta idea de soberanía en los *ordines* medievales de la coronación, que siglo tras siglo ha marcado nuestra historia: «Que la separación del rey del pueblo, es decir, del laicado, sólo podía ser bien recibida por el (alto) clero, se puede entender fácilmente. Mediante el giro realizado por parte del rey hacia la idea teocrática se le brindaba por vez primera a la jerarquía la posibilidad de intervenir en la esfera de la corona... El alejamiento del rey respecto del pueblo y su incorporación al servicio eclesiástico se acentuó al máximo mediante la prometida corregencia del rey con Cristo en el cielo. La incorporación del rey al servicio eclesiástico tuvo como consecuencia el que ni en el plano jurídico ni en ningún otro estuviera ligado al pueblo; por el contrario, el pueblo no sólo le estaba confiado —de ahí también la equiparación del pueblo con un menor de edad—, sino que, como pretendía hacer patente la coronación, no tenía derecho alguno a participar en el gobierno real y menos aún —lo que fue la verdadera piedra de toque— oponerse de una manera legítima al rey o de alzarse contra él... Está claro que de ello se derivaban grandes ventajas para el rey: quedaba libre de cualquier vinculación al pueblo, y en este sentido también era soberano de hecho. El reverso, por lo demás, fue la vinculación pretendida al menos teóricamente del rey a la jerarquía, la cual le había constituido efectivamente como rey».[17]

El desarrollo ahí trazado se inicia ahora a más tardar.

Flagrante violación jurídica y separación de Bizancio

En Italia los longobardos, a los que con tono tan lastimero había introducido el papado, acabaron tomándose el desquite por medio de su rey Aistulfo (749-756), hermano de Ratchis. Forzado, continuó los ataques de Liutprando. Primero se

[16] Tellenbach, Europa 415. Fleckenstein, Grundiagen und Beginn 76 ss.
[17] Ibíd. 78 ss.

adueñó de Comacchio en la desembocadura del Po y después de Ferrara, y ya en el segundo año de reinado (751) conquistó casi sin lucha Ravenna. Ocupó todo el exarcado, a excepción de Venecia e Istria, y con ello todas las posesiones bizantinas en el norte y el centro de Italia. Amenazó incluso y ambicionó resueltamente la misma Roma, cuando allí precisamente el papa Zacarías era suplantado por Esteban II, después de que otro hubiera muerto a su vez repentinamente tres días antes de su entronización. (Digamos de paso que es uno de aquellos «papas» en razón de los cuales resulta imposible saber cuántos ha habido en realidad. Aquel Esteban [II] no figuró nunca como papa hasta el siglo XV, pero luego poco a poco se le presentó como tal papa Esteban II hasta el siglo XX, hasta 1960; desde entonces han vuelto a eliminarlo todas las ediciones *del Annuario Pontificio* oficial.)[18]

83 El «legítimo» papa Esteban II —o III respectivamente— (752-757) era un teólogo tan versado, que podía citar como paulina una palabra del Antiguo Testamento o aducir supuestos pasajes del Nuevo Testamento que ni siquiera figuran en la Biblia; por lo demás, fue «un defensor extraordinariamente valeroso de su redil», según canta su biografía. En realidad tuvo suerte como político. Primero solicitó inútilmente en contra de Aistulfo la ayuda de su soberano el emperador Constantino V, que estaba retenido por los árabes. Y recurrió al propio Aistulfo al retrasarse el ejército bizantino, enviándole a su hermano Paulo con ricos presentes. Una segunda embajada papal, formada por los abades de Monte Cassino y de San Vincenzo in Voltumo, tampoco tuvo éxito. En vano exigió Esteban la devolución de «las ovejas perdidas del Señor» y de «las propiedades de su legítimo dueño». Evidentemente no pudo repetir una vez más las maniobras del papa Zacarías, de feliz recordación, frente a Liutprando y Ratchis; en cualquier caso, no con los longobardos, próximos ya a su objetivo de conquistar Italia.[19]

La situación era grave. En Oriente se intensificaba más que nunca la lucha de las imágenes. En Occidente Aistulfo, que acababa de adueñarse de la importante fortaleza de Ceccano, en el camino de Nápoles, presionaba por el avasallamiento. Y evidentemente estaba decidido a terminar con la soberanía romana. Intensificó el servicio militar y la vigilancia de fronteras, a la vez que amenazaba con la confiscación de bienes e] tráfico con los romanos sin licencia real.

El papa, con dotes demagógicas muy superiores a sus conocimientos teológicos, supo influir fuertemente en las masas romanas: descalzo, la cabeza cubierta de ceniza y llevando sobre sus encorvadas espaldas la imagen de Cristo «no hecha por mano de hombre», organizó una procesión de rogativas como poniéndolo todo en las manos de Dios. En realidad volvía a montar un doble juego. Mientras sus legados a Constantino-pía suplicaban la ayuda del emperador para librar a Italia «del asalto del hijo de la injusticia», y mientras Aistulfo rugía «como un león», envió secretamente a un peregrino en demanda del auxilio de Pipino. Y éste, que como «ungido del Señor» (papa) procuraba complacerle por todos los medios, envió también de inmediato a Roma al obispo Chrodegang de Metz, con enorme prestigio en la corte de Carlos

[18] Chron, Salernit. MG SS 3, 471. Kühner, Lexikon 50. LMA I 246 s. Hart-mann, Geschichte Italiens II 149 s., 176. Cartellieri I 150 s. Löwe, Deutschiand 128. Haller I 301. Maier, Mittelmeerweit 348. Bullough, Italien 174.

[19] Hauck 11 16. Hartmann. Geschichte Italiens 11 176 ss. Cartellieri I 152 s. Löwe, Deutschiand 128. Seppelt/Schwaiger 83. Ullmann, Die Machtstellung 83.

Martell y «cabeza del episcopado franco» (Oexle). Desde la capital católica el papa lo reenvió a toda prisa con dos misivas: una para Pipino con la exhortación «cumple la palabra del Señor», prometiéndole a cambio «el ciento por uno y la vida eterna»; y una segunda «a los ilustres varones, hijos nuestros, los príncipes *(duces)* todos del pueblo de los francos», en la que les prometía lo mismo. (¡Y qué otra cosa habría podido prometer!) Al mismo tiempo se reclamaba sin cesar al «protector Pedro», al «príncipe de los apóstoles», «al que tiene las llaves del cielo» y, naturalmente, «al trono del Juez eterno». «Pero prestad atención, hijos míos, ¡y esforzaos fervorosamente por tomar parte en lo que Nos deseamos! Pues ya sabéis que quienquiera que está de la otra parte será excluido de la vida eterna.»[20]

84

Cierto que las fuentes sobre todos estos sucesos son —como suele ocurrir a menudo en la Edad Media— escasas, confusas y tendenciosas. Pero estaba claro lo que el papa deseaba: ¡Guerra! «Ahora bien, Jesucristo era el Dios nacional de los francos» (Burr). Lo cual significaba a su vez: «La lucha por Cristo y la Iglesia se les asigna a los francos como su vocación histórica» (Haller). Mas, como de primeras los francos no reaccionaron como el papa esperaba, a finales del otoño del 753 el obispo de Roma se puso en camino entre los lamentos de los romanos. Acompañado de mensajeros francos y de un enviado del emperador, recorrió el territorio longobardo y en la audiencia de Pavía rompió a llorar. Pero ni las lágrimas ni los ricos presentes cambiaron la voluntad del rey.

Con hábito de penitente cruzó los Alpes en pleno invierno, siendo el primer papa que pisaba suelo franco. A primeros de enero del 754 se encontró con Pipino en el palacio real de Ponthion, en Châlons-sur-Mame. A su entrada el santo padre cantó himnos y salmos. Según la *Vita Stephani* del *Pontifical,* que presenta al rey Pipino en adoración ante el recién llegado «cum magna humilitate terrae protratus», Pipino, su mujer, sus hijos y los grandes dignatarios se postraron rostro en tierra ante el sumo sacerdote que entró en el palacio cabalgando. El rey debió de prestarle los honores de vasallaje; pero de eso nada sabe la fuente franca (los denominados *Anales antiguos de Metz).* Según la misma ocurrió más bien que, al día siguiente, el papa con toda su comitiva se postró en saco y ceniza ante Pipino y con lágrimas, y por los méritos de los santos apóstoles Pedro y Pablo, le suplicó que los salvase a él y a los romanos de manos de los longobardos *(ut se et populum romanum de manu langobardorum et superbi regís Heistulfi servitio liberare!).*

Esta exposición difícilmente puede ser inventada; descansa más bien, como puede comprobarse con otras fuentes, «en informaciones a todas luces fiables. También la postración papal tiene todos los visos de histórica, pues algunas cartas posteriores del papa aluden repetidamente a la misma» (Fritze). «Y no quiso levantarse —refiere el cronista franco— hasta que el rey, sus hijos y los ilustres de los francos le dieron las manos y lo alzaron del suelo como señal de la futura ayuda y liberación» *(Annales Mettenses priores).*

85

---

[20] Lib. Pont. Vita Steph. II C. 9 s., 15 ss. Cod. Carol. 4 s. LMA II 1948 s. (O.G. Oexle). Hartmann, Geschichte Italiens II 150 s., 178 s. Cartellieri I 152 ss. Haller I 302 s. Schieffer, Winfried-Bonifatius 260 s. Steinbach, Das Frankenreich 55 s. Kos-minski/Skaskin I 85. K.A. Fink señala la fraseología con curiosas resonancias bíblico-religiosas con que los papas designan a sus subditos y territorios cual «rebaño especial de san Pedro» y a su Estado como «pueblo propiedad de la Iglesia de Dios y del bienaventurado Pedro» (peculiaris populus s. Dei ecciesiae et b. Petri): Papsttum und Kirche 15 s.

Una y otra vez habló el papa del «Estado del bienaventurado Pedro y de la santa Iglesia de Dios». ¡Pues ya el emperador Constantino debía de haber donado a los obispos de Roma la mayor parte de Italia! Pipino, que en el 751 había sido entronizado con el asentimiento de Zacarías, juró salvaguardar el «interés de san Pedro en el imperio romano», mientras que el papa, asumiendo los derechos del emperador, nombró en respuesta a Pipino y sus hijos patricios de los romanos. Ahora bien, el título *«patricius romanorum»,* que hasta el 751 había llevado el exarca de Ravenna, significaba una flagrante violación jurídica y la separación efectiva de Bizancio.[21]

En la asamblea nacional de Quierzy (Carisiacum), en abril del 754, llegó la famosa «donación de Pipino» y con ella la fundación del Estado más superfluo del mundo: el Estado de la Iglesia. Como una cuña iba a dividir Italia separando el norte del sur y condicionando una historia milenaria de incesantes miserias, querellas y guerras (hasta 1870), imposturas y derramamientos de sangre. Pipino hizo al papa increíbles promesas territoriales, garantizándole, es decir, a san Pedro, nada menos que la mayor parte de Italia como obsequio: el exarcado de Ravenna con Istria y Venecia, los ducados de Spoleto y Benevento, la isla de Córcega y todo el territorio meridional del reino longobardo. ¡ Y con ello le otorgaba a la Iglesia lo que ni a ella ni a Pipino había pertenecido jamás, sino que era más bien propiedad legítima del emperador! Desde luego que no hay documentos ni actas sobre el acontecimiento, excepción hecha del *Líber Pontificalis.*[22]

El culto y la baza de san Pedro

¿Qué motivo tuvo Pipino para tan monstruosa donación? En no menos de 50 cartas de los papas a los carolingios, desde Carlos Martell hasta Carlos «el Grande», no hay ni una sola palabra que se refiera a un provecho político real, una adquisición de poder, una ventaja efectiva de los francos. Y es que no hubo nada de eso. Sí hubo en cambio una astucia grosera e insolente, frente a los sentimientos primitivos de los francos, para manejar incesantemente el prestigio legendario del apóstol Pedro, supuestamente enterrado en Roma, con el que se hicieron magníficas promesas y se metió miedo a príncipes, reyes y emperadores supersticiosos, engañándoles de continuo con el patrocinio de aquel Pedro, portero del cielo, con la recompensa «en el más allá» o ya aquí sobre la tierra, y por supuesto amenazándoles también con

[21] Lib. Pont. Vita Steph. II c. 18 ss. Ann. reg. Franc. 753 s. Cont. Fredeg. c. 36 s. Ann. Mett. prior, ad a. 753. HKG III 1, 26. Cartellieri I 157 s. Mühibacher I 77 ss., espec. 85 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 179 ss. Gontard 168. Schieffer, Winfried-Bonifatius 261 s. Haller I 304 ss., 315. Id., Abhandkmgen 7. Stem/Bartmuss 89 s. Tellenbach, Europa 413. Seppelt/Schwaiger 83 ss. Maier, Mittelmeerweit 338. Bullough, Kari der Grosse 31 s. Burr. The Carlovingian Revolution 5576. Reinhardt, Untersuchungen 13 ss. Ullmann, Die Machtstellung 84 s. Kantzenbach, Geschichte der christiichen Kirche im Mittelalter 60. Haendier, Die lateinische Kirche 62. Bosi, Europa im Mittelalter 96 atribuye toda la ceremonia al papa Zacarías, muerto dos años antes.

[22] Lib. Pont. Vita Hadriani 41 ss. Vita Steph. II 29. El Fragmentum Fantuzzia-iium lo consideran casi todos los historiadores como una falsificación posterior. Mirbt/AhIand, Quellen 6. A. Nr. 508 p. 260. Mühibacher I 89 s. Castellieri 1158 ss. He-ller I 306 s. Id., Abhandiungen 8. Seppelt/Schwaiger 84. Brackmann 397 ss., 418 ss. Fritze, Papst und Frankenkónig 9 ss., 15. Sohramm, Kaiser, Kónige 1 149 ss. espec. 170 ss., 176 ss. Haendier, Die lateinische Kirche 63 s.

castigos eternos. La vieja máscara seudometafísica, tan extendida todavía hoy.

Inmediatamente detrás del papa, por así decirlo, estaba san Pedro, que aquí fue la verdadera parte contratante y cuyo culto Roma había organizado sistemáticamente, especialmente entre los germanos. Para comienzos del siglo VIII Pedro se había convertido en el santo más importante para los anglosajones y los francos (docenas de documentos merovingios, que se han conservado, están dirigidos a monasterios dedicados a san Pedro, aproximadamente 30 desde los tiempos de Dagoberto I). Los germanos acabaron venerando a san Pedro como fiador del poder tanto en éste como en el otro mundo, como el gran protector y guerrero y el portero que tenía las llaves del cielo. Aún desde los territorios más alejados peregrinaron sus mismos reyes hasta la supuesta tumba del apóstol, y muchos depositaron en ella su corona y sus riquezas para vestir la cogulla monacal.

86

Apenas hubo nada que reforzase tanto el poder, si es que no lo fundamentó, del papado a comienzos de la Edad Media y de sus representantes terrenos como el culto y baza de san Pedro. Y, sin embargo, de Pedro no se sabe ni cuándo ni dónde murió ni dónde está enterrado; y todo cuando se refiere a su estancia en Roma no es otra cosa que «leyendas y fábulas» (Kawerau).[23]

Ya en las primeras misivas a Carlos Martell se dice: «Nos confiamos en que sois un hijo cariñoso del santo príncipe de los apóstoles, Pedro, y de Nos y que por reverencia a él obedecerás nuestras instrucciones». «No cierres tus oídos a mi requerimiento, y el príncipe de los apóstoles no te cerrará el reino de los cielos.» «Yo te conjuro por el Dios vivo y verdadero y por las llaves santísimas de la tumba de san Pedro, que te enviamos como obsequio, a que no prefieras la amistad de los reyes longobardos al amor del príncipe de los apóstoles.» «Nos te exhortamos delante de Dios y de su juicio terrible.» «Nos tememos que se te compute como pecado.» Y asimismo se incita a los nobles francos a la guerra «por vuestra madre, la Iglesia» o bien «con el perdón de vuestros pecados por parte del príncipe de los apóstoles y con el ciento por uno y la vida eterna de manos de Dios», o bien en caso de omisión les aterra con «el día de juicio futuro», con la rendición de cuentas «ante el tribunal del juez eterno»... Una táctica permanente de la zanahoria y el palo tan descarada como eficaz.[24]

Todavía el papa Paulo I, sucesor de Esteban II, le recuerda una vez a Pipino: «A través de vuestro escrito nos habéis hecho saber que ninguna persuasión, ninguna lisonja y ninguna promesa podrá apartaros del amor y de la promesa solemne, que tenéis hecha al príncipe de los apóstoles, Pedro, y a su representante, nuestro predecesor y hermano de feliz recordación, el señor papa Esteban». Más aún, le ensalza por sus guerras contra los lombardos: «Todo provecho terreno lo has despreciado como estiércol que se pisotea, teniendo a pecho el agradar a san Pedro y obedecer sus mandatos con todas tus fuerzas».[25]

87

En resumen, no fueron motivos mínimamente políticos sino clericales y mojigatos los que hicieron de Pipino un servidor del papa. Pues, por muy impávido que aparezca como guerrero, *in puncto* «metafísica» fue literalmente un laico patético, un fiel que

[23] Zwölfer 64 ss., 75,79, 152 ss. Buchner, Germanentum 159. Haller 1298, 315. Id., Abhandiungen 12 ss. Bosi, Europa im Mittelalter 96 s. Kawerau, Geschichte der alten Kirche 37.

[24] Haller, Abhandiungen 12 ss., espec. 16 s.

[25] Cod. Carol. 36 s.

obedecía con toda simplicidad al «oráculo romano» (Zwölfer), para quien el «amor a san Pedro» fue pauta de conducta y cuyo servicio a san Pedro «se fundaba exclusivamente en motivos religiosos» (Ullmann). Un hombre ingenuo y de mentalidad crasa, como dice Haller, a quien el papa Esteban II, que le conocía por el trato cotidiano, podía prometer y amenazar: «¡No me dejes en la estacada y tampoco tú serás rechazado del reino de los cielos ni separado por la fuerza de tu dulcísima esposa!».[26]

El usurpador del trono, ungido por el papa y rey «por la gracia de Dios», lleva a cabo dos guerras en favor del papa

El 28 de julio del 754 Esteban II ungía por segunda vez solemnemente en la iglesia de Saint-Denis, y en nombre de la Santísima Trinidad, al mayordomo Pipino, a quien desde siempre llamaba «compadre», y a sus dos hijos Carlos y Carlomán como reyes de los francos «por la gracia de Dios» *(Dei grafía),* para afianzar así la legitimidad del usurpador del trono.

Posiblemente el papa no ungió a la esposa de Pipino, tal vez sólo la «bendijo» *(benedixit),* mientras que también posteriormente fueron ungidas las reinas consortes. Pero Pipino, hacía hincapié Esteban, habría sido ungido por Dios mismo (o por san Pedro). «El Señor os ha ungido reyes a través de mi pequenez y por mediación de san Pedro, a fin de que por vuestro medio sea exaltada su santa Iglesia y el príncipe de los apóstoles obtenga su derecho», escribía al año siguiente a Pipino y sus hijos.

Por una parte, la unción demostraba ciertamente la legalidad del soberano; por otra, sin embargo, lo constituía en «servidor de la Iglesia» (Funkenstein); significaba una «consagración al servicio de la Iglesia romana» (Sickel). «Mayor y más digno que el ungido es quien lo unge», diría más tarde Inocencio III. Bajo amenaza de excomunión prohibió el papa a los francos que jamás eligieran reyes de otro linaje, obligándoles a que nunca proclamasen a un rey que no perteneciese a la familia destinada a la suprema dignidad, «la cual ha sido confirmada por intercesión de los apóstoles y consagrada por mediación de su representante el papa».

Pipino a su vez juró, tras esa «confirmación divina» de su gobierno, respetar las leyes, impedir el robo y la injusticia y proteger y aumentar los bienes de la Iglesia. Esto último derivaba precisamente en saqueo e injusticia; sobre todo porque Pipino impuso como ley estatal el pago de los diezmos a la Iglesia y hasta reclamó como préstamo eclesial un doble diezmo *(nona et decima).* Todo el mundo debe dar, quiéralo o no *(aut vellet aut nollet),* escribía Pipino al obispo de Maguncia.

88

De nuevo realmente un «negocio provechoso».

Por lo demás, todas aquellas conversaciones, juramentos y promesas, bien enmarcadas en el cuchicheo celestial del papa, no significaban otra cosa que guerra contra los longobardos. Pero desde hacía más de cien años, desde los tiempos del

[26] Zwölfer 122 ss. con numerosas citas de las fuentes. Haller, Abhandiungen 24. Ullmann, Die Machtstellung 100. Barraclough, The Medieval Papacy 47.

merovingio Childeberto II, ningún rey franco había combatido a los longobardos. Como únicos vecinos no se les podía reprochar ningún tipo de acción hostil. También los francos eran sus amigos desde hacía mucho. Veían en ellos a unos parientes tribales y los consideraban compañeros de armas en la lucha contra los árabes. De ahí que los nobles francos se opusieran a las exigencias del papa casi hasta la rebelión y una parte hasta amenazase con abandonar al rey.

Incluso el hermano de Pipino, el depuesto mayordomo Carlomán, a instancias de Aistulfo y en interés de sus propios hijos acudió desde Monte Cassino para impedir la guerra o —como dice expresamente el biógrafo papal— «para socavar la causa de la santa Iglesia de Dios». Carlomán impresionó fuertemente a los francos; pero el papa le impuso un castigo disciplinario y lo encerró en un monasterio de Vienne sobre el Ródano. Se «habría quedado» en Vienne, como dice elegantemente el analista real. Y allí, en la cárcel monacal, murió poco después Carlomán (cuando Pipino ya estaba de camino hacia Italia). Y mientras a sus acompañantes, monjes de Monte Cassino se les tuvo presos durante años, también a sus hijos (de los que sólo se conoce el nombre de Drogo) se les tonsuró y encerró en el monasterio; el cadáver de Carlomán ni siquiera recibió sepultura en su tierra natal, sino que por orden de Pipino fue trasladado a Monte Cassino. Sólo unos años antes el santo papa Zacarías había tendido al usurpador su mano piadosa para eliminar a los legítimos merovingios, y ahora el santo papa Esteban II tendía la suya para la exclusión definitiva de unos verdaderos parientes de Pipino. Con tal fin aportó todo tipo de asistencia eclesiástica.[27]

La promesa fundamental e histórica de Pipino comprometiéndose a hacer la guerra la obtuvo el papa ya en el verano del 753. «Lo especialmente desconcertante del plan era que por deseo del santo padre tenían que guerrear cristianos contra cristianos, por lo cual el representante en la tierra del príncipe de los apóstoles les aseguraba a los nobles francos que Pedro y Dios mismo les otorgarían el perdón de los pecados, la recompensa terrena del ciento por uno y la vida eterna» (K. Hauck).[28]

89

Así que en el verano del 754 Pipino, sólo por amor a san Pedro y por la recompensa divina —como él mismo declaró expresamente— avanzó con su ejército, en medio del cual se encontraba el papa, a través de Mont Ceñís, no sin haber celebrado inmediatamente antes un solemne oficio religioso en Saint-Jean-de-Maurienne, última ciudad en suelo franco. También entregó Pipino al papa el dinero que Aistulfo le había ofrecido a título de compensación. Pronto encerró al ejército longobardo en una especie de tenaza, presionándole por la vanguardia y la retaguardia hasta infringirle una grave derrota. De ese modo los francos, como escribía Esteban II inmediatamente después de la guerra, «superaron a todos los otros pueblos en el servicio de san Pedro». El propio Aistulfo a duras penas logró escapar a la muerte y

[27] Lib. Pont. Steph. 11 c. 27 ss. Ann. reg. Franc. 754 s. Einhard, Vita Caroli 6. Cont. Fredeg. 119 s. Cod. Carol. 7. Paulo Diác. Hist. Lang. 5,2. Ann. Mosell. ad 753; Ann. Laurenh. ad a. 753. MG 1 42 Nr. 17. Sickel, Die Vertráge 335. Cit. según Ullmann, Die Machtstellung 103. Hartmann, Geschichte Italiens II 182 ss. Mühibacheri 81 ss., 90 ss. Kornemann, II 495. Zwólfer 133 s. Lówe, Deutschiand 123, 128. Schieffer, Winfried-Bonifatius 262 s. Sprigade, Die Einweisung 57 ss. Konecny 62. Haller I 307 s. Id., Abhandiungen 13. Gontard 168. Stem/Bartmuss 90 s. Tellenbach, Europa 413. Ul- mann, Die Machtstellung 85, 103 ss. 112. Tangí 1 ss. Funkenstein 6 ss.; 11 ss. Steinbach, Das Frankenreich 56 ss.

[28] Hauck, Von einer spátantiken RandKultur 76.

con el resto de su ejército se refugió en Pavía. El ejército franco saqueó y devastó los alrededores, hasta que los atacados por sorpresa firmaron la paz bajo duras condiciones y con el pago anual de un tributo de 5.000 sólidos. Mientras tanto el papa, que recibió aquello a lo que Pipino se había comprometido en Ponthion, pero que no recibió lo que había prometido en Quierzy, continuó empujando a la guerra, de la que los francos estaban ya hartos por completo.

En efecto, apenas de vuelta en casa, Aistulfo rompió la paz que se le había impuesto. Y mientras asolaba el país, robaba grandes cantidades de reliquias de las iglesias y sepulturas, cercaba Roma por completo con varios ejércitos desencadenando asalto tras asalto durante tres meses contra la ciudad, cuya defensa dirigía el abad franco Wamshar vistiendo la coraza, el papa organizó procesiones de rogativas llevando personalmente en una la cruz del redentor de la basílica de Letrán, a la que iba fijado el tratado de paz que el rey longobardo había roto. Incesantes resonaron entonces en los oídos de Pipino los gritos de ayuda de los romanos; el santo padre pedía y conjuraba recurriendo a todos los registros de su arte clerical y retórico, sin escatimar exageraciones de todo tipo. Más aún, en caso de desobediencia amenazaba a Pipino y a sus hijos con la excomunión y con una especie de anticipo del juicio final.[29]

En varias cartas al rey, a los príncipes eclesiásticos y civiles del reino franco, al ejército y a todo el pueblo, «sus hijos adoptivos», Esteban II describía con abundancia de palabras la miseria de san Pedro, las viñas arrancadas, los niños degollados, las monjas ultrajadas, y afirmaba que el deshonor inferido a la Iglesia no había lengua humana que pudiera contarlo y hasta las piedras podrían llorar.

En un latín horroroso, salpicado de frases bíblicas y de predicados en el peor estilo cancilleresco bizantino (desde «la mirada y rostro dulces como la miel» a «vuestra gracia meliflua» y «chorreante de Dios», (*deifluo),* lamentaba, exhortaba y advertía por Dios Nuestro Señor, la Virgen María, san Pedro naturalmente, por todos los ejércitos celestiales, mártires y confesores, a realizar por una parte la buena obra y hacer «justicia» a san Pedro y, por otra, a pensar en la salud del alma. «De todo deberás dar cuenta con todos tus funcionarios ante el tribunal de Dios.» «Tendréis que dar cuenta a Dios y a san Pedro el día del juicio terrible.» «Sabed que el príncipe de los apóstoles tiene vuestra donación como un pagaré.» «Si obedecéis prontamente, recibiréis una recompensa grande...» «Pero si, lo que yo no creo, vaciláis..., sabed que yo, en nombre de la santa Trinidad y en virtud del ministerio de gracia apostólico... os excluyo del reino de Dios y de la vida eterna.»[30]

90

Por último, y con el máximo afecto, también el apóstol Pedro escribió personalmente una carta a los francos. Y naturalmente tan mala y ampulosa. Y también, ya se entiende, el portero del cielo protestaba, exhortaba y mandaba, también él brindaba la posesión del paraíso, como lo hacía «la siempre Virgen María, madre de Dios», todos los «tronos y dominaciones y el ejército todo de la milicia celeste», también los mártires y confesores; y por supuesto exactamente igual que

[29] Cod. Carol. 6. Ann. reg. Franc. 755. Cont. Fredeg. 10, 37 s-, 45. Vita Steph. II 37. Ann. Mett. ad a. 754. Hartmann, Geschichte Italiens II 185, 189 ss. Mühibacher I 94 ss. Cartellieri I 163 ss. Zwölfer 133 ss. Gontard 168. Haller I 309 ss. Holtzmann, Italienpolitik 38 s. Steinbach, Das Frankenreich 57. Bund 386 s. Burr, The Carlovingian Revolution 589 s.

[30] Cod. Carol. 3. Mühibacher I 93. Seppelt/Schwaiger 85. Haller I 309 ss.

escribía el propio papa.

Pero no, ahí hablaba personalmente el apóstol en favor de la «santa Iglesia, para que os apresuréis a rescatarla y redimirla de manos de los perseguidores longobardos, a fin de que ni mi cuerpo [¡faltaría más!], que sufrió por el Señor Jesucristo, ni la tumba en que reposa por orden de Dios, sean profanados por ellos, ni que el pueblo que me pertenece sea destrozado y asesinado por esos longobardos...». Y naturalmente también san Pedro amenazaba con «el creador terrible de todas las cosas». Y, naturalmente también, encandilaba «con el premio eterno y la morada sin fin del paraíso». Pero había que darse prisa, mucha prisa. «Apresuraos, apresuraos, os exhorto y ruego por el Dios omnipotente, apresuraos...»

Así que los embaucados francos en el 756 emprendieron una segunda guerra con el objetivo de conquistar la Italia central para el papa. Pipino volvió a cruzar una vez más Mont Cenis, y de nuevo exclusivamente por amor a san Pedro, a quien los viejos soldados francos solían ya invocar antes de sus batallas, y por el perdón de los pecados. Y una vez más cayó como una tormenta sobre los longobardos descendiendo de los elevados desfiladeros que conducían a Italia, los sitió en Pavía y allí les impuso unas condiciones de paz más gravosas. Aistulfo pasó a ser tributario de Pipino; es decir, vasallo franco. Los francos volvieron entonces, entusiasmados por «la abundancia de tesoros y regalos». Y ya al año siguiente pudo el santo padre comunicar al rey franco la muerte del «tirano», «del seguidor del diablo, del devorador de sangre cristiana, del destructor de la Iglesia», que había sido «traspasado por la puñalada de Dios y precipitado en el abismo del infierno».[31]

91

Pero el papa temía, y no sin razón, a Bizancio. Y así informó que 300 naves habían partido de Constantinopla y que su destino eran probablemente Roma y el reino franco. Mas no apareció flota alguna. Ni sobrevino ataque alguno por la nueva campaña de rapiña que la Iglesia había llevado a cabo en el Adriático, para la que el papa ya se había procurado ayuda, pues «la maldad impía de los griegos heréticos sólo maquina la destrucción de la Iglesia católica y aniquilar la recta fe y la tradición de los padres».

El papa, sin embargo, tenía más motivos para el júbilo que para el miedo. Ahora era señor no sólo de la ciudad de Roma, lo era también del exarcado y de la Pentápolis. 22 ciudades y burgos al norte y al este de los Apeninos le proporcionaban grano. Y con el ducado de Roma formaron el «patrimonio de san Pedro», el Estado medieval de la Iglesia. B izando habría podido esperar, y de hecho esperó, que Pipino le entregase ese territorio. Pero en vez de eso su plenipotenciario, el abad Fuirad de Saint-Denis, fue de lugar en lugar tomando como rehenes a la crema de la sociedad y puso las llaves de las puertas de las ciudades a los pies de san Pedro. Pipino había donado mediante documento todo aquel territorio a san Pedro y a su representante como posesión eterna y había rechazado las protestas del emperador griego con la declaración de que lo hacía no por un hombre, sino por amor a san Pedro y para la salvación de su alma.[32]

---

[31] Lib. pont. Vita Steph. II 43 ss. Cod. Carol. 11. Ann. reg. Franc. 756. Cont. Fredeg. 121. Gregorovius I 2 372 s. Mühibacher I 96 ss. Cartellieri I 166 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 194 ss. Zwölfer 153. Haller I 311 s. Bullough, Kari der Grosse 32. Foakes-Jackson 699 s.

[32] Mühibacher I 98 s. Löwe, Deutschiand 129. Bullough, Kari der Grosse 32. Faikenhausen, Untersuchungen 3. Haller 1312. Löwe, Deutschiand 129. Gontard 168 s. Seppelt/Schwaiger 85.

Todavía en el siglo VIII el clero agradecido llamaba a Pipino con los títulos de «David», «Salomón» y «nuevo Moisés». Y el papa Paulo I exaltaba a los francos como «pueblo santo». La curia tenía ahora su propio estado, el Estado de la Iglesia. Mas, como el obispo romano, también poco a poco quiso cada obispo y hasta cada abad su «estado sacerdotal». Y al igual que los papas adquirieron el suyo mediante la guerra y el engaño, y a lo largo de un milenio con la guerra y el engaño procuraron conservarlo y aumentarlo, así también los demás servidores de Cristo mantuvieron a través de los tiempos querellas y discusiones, exhibiendo a ejemplo de Roma incontables documentos de donación, no menos falsos y amañados que la denominada Donación de Constantino.[33]

Y, dado que los francos habían forjado el Estado de la Iglesia exclusivamente con el conjunto de saqueos, realizados en dos grandes guerras por «san Pedro», no quiso Roma dejar el asunto tranquilo y con visos tan poco cristianos. Y así se dispuso (o ya estaba dispuesta) a cometer una estafa mayor aún que la estafa sangrienta cometida: la nueva creación territorial, impuesta por la espada de los francos y por un doble golpe de mano, la convirtió en un título jurídico antiquísimo en apariencia.

[33] Gregorovius I 2 374 ss. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedanken 51.

93

CAPITULO 5. LA «DONACIÓN CONSTANTINIANA»

«... la falsificación, a la que no va anejo nada "criminal".»

KANTZENBACH, TEÓLOGO[1]

«El documento fue preparado sin duda en círculos romanos, con ocasión tal vez del viaje de Esteban II al reino franco, o quizá en el propio reino franco, con el fin de ganarse al rey Pipino para las esperadas donaciones de tierra en Italia.»

SEPPELT/SCHWAIGER,
HISTORIADORES CATÓLICOS DEL PAPADO[2]

«Bajo el inescrutable designio de Dios, sin injusticia ni violencia, sin ardides ni engaños, surgió para la cabeza de la Iglesia una propiedad mundana independiente: el fundamento material y la seguridad externa de su soberanía espiritual sobre el mundo.» Esta afirmación inaudita, que constituye una bofetada insolente a todos los hechos, tiene por autor a uno de los mayores enemigos del catolicismo romano y del papado: el jesuita Graf Hoensbroech, aunque eso sí en su época católica. Hoy ningún servidor del papa se manifiesta en esos términos.[3]

94

Falsificar ha sido siempre patrimonio especial de los sacerdotes, de todos los sacerdotes sin duda, pero muy particularmente de los romano— católicos. PíoXI, uno de los promotores más eficaces de Mussolini, Hitler y Franco, en su encíclica sobre la educación cristiana de la juventud llama ciertamente a la Iglesia «columna y fundamento de la verdad». Pero eso, como de costumbre es poner la verdad patas arriba, pues ha de ocultar precisamente que la Iglesia papal, la Iglesia cristiana en general, es una columna y fundamento de la mentira, y sin duda una de las más fuertes.[4]

La Edad Media católica, un Eldorado de falsificación clerical

Según queda ya ampliamente expuesto en esta obra, en el cristianismo se ha falsificado siempre, ya desde sus mismos comienzos, desde el Nuevo Testamento (como ya antes había ocurrido en el Antiguo). Y así como la Antigüedad cristiana superó en falseamientos a la época pagana, así también la Edad Media cristiana superó también a la Antigüedad cristiana. Por lo general no se falseó casualmente en aquella época, tenida por especialmente católica, por especialmente creyente, y que en cualquier caso estuvo de ordinario dominada por el clero; en la Edad Media, «cuya característica la constituyen las numerosas falsificaciones y su eficacia». «En ninguna

[1] Kantzenbach, Geschichte der christiichen Kirche im Mittelalter 62.
[2] Seppelt/Schwaiger 86.
[3] Hoensbroech, Der Kirchenstaat.
[4] Archiv. für kath. Kirchenre cht 1930, 491.

otra época de la historia europea habrían jugado las falsificaciones un papel más importante» (Fuhrmann). Estando a lo que aseguran los investigadores modernos, tales falsificaciones son «incontables». Son «legión» especialmente los documentos, las vidas de santos y los relatos milagrosos falseados, habiendo elevado «aquella sociedad típicamente cristiana el taller de falsificaciones a instancia ordinaria de la Iglesia y del derecho» (Schreiner).[5]

La piadosa Edad Media fue un Eldorado de falsarios de tal envergadura, que no sólo cabe afirmar que los documentos, anales y crónicas espúreos y falsos son tan numerosos como los auténticos, sino que –como declara el medievalista Robert López— todos esos documentos se consideran falsos hasta tanto no se demuestre su autenticidad *(We regard them guilty until provea innocent...* Los consideramos culpables en tanto no se demuestre su inocencia).

95

Sobre cuándo culminó ese arte supremo del falseamiento, podemos dejarlo de lado. Para el alemán Wolfgang Speyer, especialista en filología antigua y buen conocedor de la materia, «en el Oriente griego, y durante los siglo s VI-VIII, el falseamiento pasó a ser la auténtica vocación del teólogo». Wilhelm Levison sostuvo que «el período de esplendor de las falsificaciones» fue el siglo IX, y Drógereit el XII, mientras que para Marc Bloch todo el período comprendido entre los siglo s VIII y XII aparece como especialmente fecundo en la «epidemia masiva» del negocio falsificador.[6]

Se falsificó desde la costa atlántica francesa hasta el Oriente bizantino y desde Inglaterra a Italia. Entre los documentos merovingios (de los que todavía no hay edición crítica) se calcula que hay un porcentaje del 50 por ciento de falsificaciones. Y de los textos documentales conservados de comienzos de la Edad Media en general «se llega a un 50 por ciento y más de falseamientos y deformaciones» (Herde). Y aunque, como el propio Herde observa, difícilmente puede postularse hoy un concepto de verdad distinto del concepto de verdad de la Edad Media, «también en la Edad Media existió una diferencia fundamental entre genuino y verdadero y entre espúreo y falso». Y esa diferencia se superó precisamente con falsificaciones de toda índole, «por causa de la "verdad superior"» (Gawlik). Y hasta la alta Edad Media las falsificaciones en Occidente fueron casi en exclusiva clericales. Pues, así como el matar fue uno de los cometidos principales de la nobleza cristiana, así el falsificar se convirtió en uno de los deberes de estado del clero cristiano; lo que no es tanto una «aporía», como se ha dicho blandamente, cuanto una consecuencia: donde *todo lo esencial* se asienta sobre mentira y engaño, sólo la mentira y el engaño pueden ayudar.[7]

En la Edad Media clero y falsificación fueron de la mano. «Es cierto que los falsificadores nunca fueron laicos», escribe Bosl. Y T. F. Touts declara abiertamente:

---

[5] Schreiner, Zum Wahrheitsverständnis 131. Cit. También a V. Saxer, H. Silvestre. etc. Speyer 200 s. Fuhrmann, Die Macht der Fálschung I.

[6] Levison, Die Politik in Jenseitsvisionen 236. Drógereit, Die Verdener Griin-dungsfáischung 64. Frenzel 713. Speyer 309. Para Bloch comp.ᵗ Fuhrmann, Die Macht der Fálschung II. Ver también Deschner, Kriminalgeschichte I 25 s.

[7] P. Herde y A. Gawlik, Fálschungen, en LMA IV 246 ss. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 79 ve ahí una «aporía». Kehr 11 ss., 44 ss., 139. Speyer 302. Comp. asimismo Fuhrmann, Die Macht de Flaschung I. Ver también la ironía en Southern 92 s. Así como los trabajos recientes sobre falsificaciones en la Edad Media de P. Landau 11 ss. W. Hartmann, Faischungsverdacht 111 ss. H. Schneider, Ademar von Chabanes 129 ss.

«It was almost the duty ofthe clerical class toforge» (Forjar falsedades fue casi el deber de la clase clerical); la obligación de una multitud de mentirosos, que ciertamente ha considerado en presencia de los propios expertos la mentira de los demás como un sacrilegio descarado, un tipo especial de hipocresía de esos ladrones clericales, que ya en la Antigüedad pudieron hacer de la falsedad y la hipocresía, especialmente a partir de las maniobras embaucadoras del Antiguo Testamento, nada menos que una virtud, una función histórico-salvífica. (Más contradictorios aún son sus defensores modernos, tan comprensivos ellos.)

96

La mentira piadosa, la ambigüedad, el disimulo se permitieron en el cristianismo ya desde sus mismos comienzos, precisamente porque ahí el fin santifica los medios, porque las mentiras y los engaños por la salvación del alma, por la historia de la salvación y del triunfo dejaban de ser mentiras y engaños, sino que eran un mérito. Bastaba con que la *«pia fraus»* (el fraude piadoso) se hiciera *«cum pietate»* (con sentimiento religioso), sólo por la Iglesia, la santa fe, por Dios; bastaba con que se realizase *«instinctu Spiritus Sancti» o «per inspiratíonem Dei»* (por inspiración del Espíritu Santo o de Dios), y todo estaba bien. Así el falseamiento, según Orígenes, no pasa de ser una mentira «económica», una mentira «piadosa». O, como dice el arzobispo Juan Crisóstomo, santo doctor de la Iglesia, una «astucia noble», una «mentira conveniente». Y, como enseña también san Agustín, «no es mentira sino *mysterium»,* no es *«fictio»* sino *«figura»* (expresión) de la verdad. Sobre las mentiras de los patriarcas veterotestamentarios desarrollarían después los moralistas y los glosadores de comienzos de la Edad Media toda una «rica casuística» (Schreiner).[8]

Por lo demás, un negocio tan del gusto del clero ni siquiera resultaba especialmente arriesgado. «Con una falsificación no se incurría en gran peligro; normalmente tal falsificación no se conocía» (Drögereit).

A eso mismo se debió el que no falsificasen cualesquiera subalternos del «fundamento de la verdad» (que es como decir que no se hacía por encargo), sino que lo hacían los abades y prelados más ilustres: por ejemplo, Hilduin, abad de Saint-Denis (814-840) y de otros monasterios, capellán mayor del emperador Luis el Piadoso y canciller del emperador Lotario I, a la vez que designado arzobispo de Colonia. O el arzobispo Hinkmar de Reims (845-882), quien entre otras hazañas mediante una carta inventada del papa Hor-misdas a su predecesor Remigio de Reims, le confería la suprema potestad eclesiástica en el reino de Clodoveo, el vicariato papal. O como el obispo Pelegrino de Pasau (971-991) que, además de falsificar personalmente, hizo que un notario de la cancillería del emperador Otón 11 inventase unas leyendas provechosas de Quirino y Maximiliano y, con vistas a incrementar su poder y promover su carrera personal, le hizo presentar en Roma toda una serie de documentos falsos y especialmente documentos falsos relativos al palio y atribuidos a los papas Symmaco, Eugenio II, León VII, Agapito II y Benedicto VI. O bien el papa Calixto II (1119-1124), quien con autoridad apostólica refrendó las falsificaciones que poco antes había fabricado como arzobispo de Vienne: «... pues el Espíritu Santo "huye de la mentira y del mentiroso", como se dice en un documento del papa Adriano

[8] Comp. además del apañado «El fin santifica los medios» en Deschner, Krimi-nalgeschichte III 181 ss. Schreiner, Zum Wahrheitsverstandnis 167. Bosi, Frühfor-men 418 s. T.F. Touts, Mediaeval Porgers and Forgeries 1918-1920, cit. según Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 76 ss-, 85.

III (a. 885)...». Y la Iglesia es la «columna y fundamento de la verdad» (PíoXI).[9]
97

ALGUNOS EJEMPLOS DE FALSIFICACIONES ECLESIÁSTICAS SOBRE ACTAS CONCILIARES, RELIQUIAS Y VIDAS DE SANTOS

Innumerables clérigos y monjes se procuraron en la Edad Media, mediante falsificaciones de la Iglesia, ventajas religiosas, políticas, económicas y jurídicas; en una palabra, obtuvieron crédito, prestigio y dinero. Con verdadera pasión se dieron a falsificar en todos los campos importantes de la vida religiosa y eclesiástica.[10]

Ya desde el siglo IV se falsificaron textos y hasta actas enteras de los concilios, y todo por la verdadera fe; como ya en la Biblia se había falseado la Trinidad, «la proposición dogmática más sorprendente» (Thomas Mann).

Durante el sexto concilio ecuménico de Constantinopla (680-681) el patriarca Makarios de Antioquía intentó demostrar contra Roma la doctrina de la única voluntad en Cristo, el llamado monoteletismo —una herejía que también refrendó ciertamente el papa Honorio I— sirviéndose de textos de sínodos anteriores y de los padres de la Iglesia. Trabajó, en efecto, con textos mutilados, sacados de contexto o groseramente inventados; por los que hubo de pasar el resto de su vida haciendo penitencia en un monasterio romano.[11]

Por la misma época Atanasio Sinaíta, abad y padre de la Iglesia, combatía apasionadamente a los monofisitas. Combatió especialmente las falsificaciones de aquellos catorce calígrafos que, a las órdenes del prefecto Severiano y reunidos en un verdadero taller de falsificación, llevaron a cabo con una orientación monofisita. Pero el padre de la Iglesia Anastasio, un auténtico santo de la Iglesia católica (su fiesta el 21 de abril), se sirvió contra ellos de los mismos métodos y falsificó a su vez sin ningún tipo de escrúpulos. Ni le bastó eso: calificó de ejemplar su actuación, exigió a quienes combatían la herejía que imitasen su método y se reclamó a la palabra de Pablo: «Con astucia os he apresado».[12]

Con el culto de los santos cada vez más bastardeado empezó un verdadero florecimiento de las patrañas hagiográficas, de los fraudes patriótico-locales, litúrgicos y cúlticos y de las falsificaciones de reliquias, por ejemplo. Hubo tantísimas partículas «auténticas» de la cruz, que muy bien habría podido fabricarse una docena o más de la «verdadera» cruz de Jesús. Hubo asimismo más de una docena de prepucios auténticos del Señor, que fueron venerados por una verdadera «cofradía del santo prepucio», con capellanes especiales, procesiones festivas y altos funcionarios en honor de la santa reliquia.

Sólo con vistas a demostrar la donación de ciertas reliquias (junto con algunos

---

[9] LThK VI² 1142. LMA V 20. Hauck III 170 ss., espec. 180 ss. Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 23. Drogereit, Die Verdener Gründungsfals-chung 64. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 168 s., 87, 89 ss. (con la cita de Ha-driano) y 89 ss. Speyer 303. Fichtenau, Zu den Ukrundenfáischungen 157 ss. Erkens 195 ss. Con razón polemiza Hermann, Kirchenfürsten 51 s. contra la exoneración de los falsificadores medievales tan practicada.

[10] Comp. por ejemplo Levison, Aus rheinischer uns fränkischer Frühzeit 23.

[11] Haller I 245 ss. Speyer 309. Thomas Mann cit. según Fuhrmann, Die Macht der Fálschung IV.

[12] LThK I² 492. Schreiner, Zum Wahrheitsverstandnis 167 s.

otros «derechos») falsificó el obispo Benno de Osnabrück (1068-1088) un documento de Carlos «el Grande», fechado el 19 de diciembre del 803. Y en Ratisbona, a su vez, se falsificó por obra de uno de «los escritores más interesantes del siglo XI» *(Lexicón für Theologie und Kirche),* por Otioh de St. Emmeram (quien mediante falsificaciones también intentaba sustraer su monasterio a la influencia del obispo local), todo un relato de traslación, la *Translatio Dionysii,* afirmando que allí se conservaban las reliquias de Dionisio Areopagita, por su parte uno de los falsarios con mayor fortuna del cristianismo y su «maestro durante siglo s».[13]

98 En la Edad Media hubo también, falsas «cartas del diablo» y «cartas del cielo»; y, según las necesidades, con las cartas celestiales se reclamaba la paz o se promovía una cruzada, la santificación del domingo, la fundación de un monasterio, el rezo del rosario o la fe en la resurrección de Jesús.

Se propagó sobre todo un montón de cuentos milagrosos, visiones del más allá y leyendas de santos. Y es que un santo sin *Vita* estaba en clara desventaja para competir con otros santos de una ciudad, una iglesia o un monasterio. De ahí que se necesitase también para tales santos una *Vita y* se imponía el falsearlas sin más. Por ejemplo, las proezas de santa Genoveva, patrona de París (por cuyas oraciones había retrocedido Atila como se había retirado una pareja de dragones del Sena; una santa que obraba a montones milagros estupendos, que salvaba de la peste y de la guerra y que curaba las enfermedades de los ojos y las viruelas locas), se agrandaron en su conjunto y cada una de ellas hasta convertirlas en solemnes mentiras, como las once mil (!) compañeras de santa Úrsula asesinadas por los hunos. «El baño de sangre ocurrió a la llegada de las naves y de la manera más cruel. Al final sólo quedó Úrsula. El propio príncipe de los hunos la deseó y disparó su flecha a la que se negaba obstinadamente.» Pero su «fama y reliquias se difundieron antes del siglo X, como consta documentalmente» (Keller).[14]

Falsa por completo es, por ejemplo, la supuesta *passio* o martirio del abad Vicente de León. Bajo el rey suebo Rechila, que era amano, habría padecido martirio por su fe católica, el 11 de marzo del 630. Pero Rechila no era amano sino pagano y además reinó casi doscientos años antes, entre el 441 y el 448. Y asimismo es falsa la *passio* de Ranimirs, supuesto sucesor de Vicente, que habría padecido martirio con otros doce monjes.[15]

Y en el curso de los siglo s X y XI se falseó toda una serie de *Vidas* de santos, que pertenecen al círculo de los «falsos carolingios». De una parte se convirtió posteriormente en santos a algunos de los carolingios más conocidos y, de otra, dicha familia se incrementó con santos absolutamente inventados. A ese círculo de falsificación pertenecen, entre otras la *Vita Ermelindis,* la *Vita Berlindis* y el relato hagiográfico de Gúdula, siendo los falsificadores —como de costumbre—

[13] LThK VII² 1298 s. Tangel, Forschungen zu den Karolinger Diplomen 264 ss. Kraus, Die Translatio, passim. Speyer 303. Para la cantidad e importancia de las reliquias, ver por ejemplo Southem 30 s.: «eran objeto de un intenso comercio», ibíd. Comp. asimismo Deschner, Das Kreuz 118 ss. y espec. 120 s., con indicaciones bibliográficas. También Ed.. Kriminalgeschichte III 241 ss.

[14] Keller, Reclams Lexikon 492 ss. Fichtinger 138 ss. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 171 s., 99 ss. Speyer 228.

[15] Scheferdick, Die Kirche in den Reichen der Westgotten 116 s.

eclesiásticos o monjes.[16]

99 La investigación «piadosa» (y hasta la menos piadosa) suele distinguir entre los productos de una «credulidad irreflexiva en los milagros», que carece de fundamento histórico y es totalmente inventada, pero inventada «de buena fe», y las falsificaciones propiamente dichas, a ciencia y conciencia. Pero incluso el número de las que forman este grupo en la Edad Media «es incalculable», es una verdadera «legión» (Fuhrmann).[17]

EJEMPLOS DE FALSIFICACIONES EPISCOPALES SOBRE TODO POR MOTIVOS DE POLÍTICA DE PODER Y POSESIONES

Y casi incalculables son también las falsificaciones en las sedes episcopales por motivos de política eclesiástica; es decir, en la lucha por el poder de unos obispados contra otros. Mediante la fabricación de diplomas falsos o la interpolación de los documentos originales se pretendía imponerse a las pretensiones rivales por lo que hacía a la categoría o extensión de las distintas diócesis.

Como en todos los rincones de la Iglesia cristiana, también y sobre todo en Roma se falsificaron las listas de obispos para asegurar la «Tradición apostólica». Para la «investigación» católica así surgió la «posterior proliferación salvaje»: Neuss/Oediger.) Muy pronto se consiguieron así, de manera fraudulenta, las listas episcopales de Colonia, Tongem y Tré veris. El obispado de Metz remontaba falsamente su fundación apostólica hasta Clemente; el obispado de Maguncia enlazaba fraudulentamente con Crescente, un discípulo del apóstol Pablo; el de Salona, por la misma vía, con Domnio, discípulo de Pedro; y Milán, con Bernabé, etc. etc.[18]

Y hubo falsificaciones en la rivalidad entre los obispados hispanos de Toledo y Oviedo, o entre Barcelona y Mérida; y las hubo entre las sedes episcopales galas de Limoges y Périgueux.[19]

El año 731 se inventó en Inglaterra una supuesta y famosa carta de respuesta del papa Gregorio I al obispo Agustín de Canterbury, y a través de Notheim que posteriormente fue arzobispo de Canterbury. Según la misma el papa Gregorio confería al obispo Agustín el derecho de ordenar en exclusiva a los obispos. Lo constituía también por encima de los obispos que en el futuro serían consagrados en Bretaña, a la vez que le sometía los obispos galos, y en concreto el de Arles.[20]

100 La controversia de siglo s entre las dos sedes rivales de Arles y Vienne disputándose el primado en Galia condujo a extensas falsificaciones de documentos y numerosas cartas espúreas de los papas a finales del siglo XI. Quien falsificó tales cartas, atribuyendo unas a Pío I (¿muerto el 155?) y otros pontífices hasta Pascual II

---

[16] Wattenbach-Holtzmann, Geschichtsquellen I 122 s.

[17] Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 171 ss. Comp. recientemente F. J. He-yen 403 ss., espec. 414 s.

[18] Neuss/Oediger 40 s., 113 s.

[19] Speyer 302 con amplia bibliografía.

[20] Respons. b. Gre. ad August. episc. in Beda h. e. 1, 27. La comenta Müller, Zur Frage nach der Echtheit 94 ss. Ritzer II 123.

(muerto el 1118), fue evidentemente el arzobispo Guido de Vienne, miembro de la alta nobleza y posteriormente papa con el nombre de Calixto II (1119-1124). Ello dio origen más tarde a una de las más ruidosas *«bella diplomática»* (guerras diplomáticas) de la historia de la investigación. (El mismo papa falsificador, dicho sea de paso, fue también el que por medio de un sínodo, celebrado en Toulouse el 8 de julio de 1119, hizo incorporar el poder civil por vez primera para la persecución de los «herejes», y concretamente de los petrobrusianos.)[21]

Aproximadamente por las mismas fechas se continuaba falsificando también en el arzobispado de Canterbury, donde ya a comienzos del siglo VIII había hecho su aparición el arzobispo Notheim con una carta papal falsificada. En una disputa, que se prolongaba ya muchas décadas, el arzobispado intentaba ahora imponer sus pretensiones de primado contra el arzobispado de York mediante una serie de documentos pontificios amañados, cartas falsas, privilegios y una resolución falseada del sínodo celebrado en Roma el 679. Los documentos atribuidos a la llamada Santa Sede fueron rechazados por ésta en 1123; pero ya el 1127 el arzobispo Guillermo de Corbeil fue elevado a la categoría de vicario y legado papal para Inglaterra y Escocia. Y desde el siglo xui los arzobispos de Canterbury fueron los *legati nati* de Roma. Había alcanzado la primacía sobre York.[22]

En Alemania el obispado de Würzburg, en su enfrentamiento con el arzobispado de Maguncia, extendió desde los tiempos del emperador Otón III (983-1002) su jurisdicción espiritual sobre los monasterios de Amorbach, Neustadt, Homburg, Schiüchtem y Murrhardt. Así, Bemward, obispo de Würzburg (que más tarde murió como casamentero de Otón en la isla de Eubea), adquirió el año 993 varias abadías, que supuestamente se le habían arrebatado, «gracias principalmente a unos documentos falsificados» (Hotz), y desde luego bajo los nombres de Pipino y de Carlos «el Grande», y a fin de que en ellos «pudiera practicarse la *vita monástica* [la forma de vida monacal]...» (O. Meyer).[23]

Es falso un documento, supuestamente extendido por el último carolingio Luis IV el Niño, el 27 de junio del 907 en St. Florian; documento que asigna al obispo Burkhard de Passau toda la diócesis de Ótting, presentando el falsificador no tan sólo la diócesis sino todo el lugar de (Alt-)Ötting cual propiedad personal del obispo.[24]

101

En el norte de Alemania el obispado de Merseburg era inusualmente pequeño, aun comparado con los territorios insignificantes de las diócesis de Meissen y Naumburg. Así que los prelados del lugar pusieron remedio al hecho. El obispo Thietmar de Walbeck (1009-1018), el historiador, se atribuyó mediante la falsificación de un documento real el bosque regio «entre el Saale y el Mulde»; para ello fechó el documento (del año 1017) el 30 de julio del 977. «Su amor a la verdad es indudable» *(Lexikonfür Theologie und Kirche).* Y el obispo merseburgués Ek-kehard de Rabil (1216-1240) intentó someter a vasallaje las ciudades de Leipzig y Naunhof mediante dos falsificaciones, elaboradas los años 1021 y 1022 bajo el nombre del rey Enrique II. También bajo el obispo Ekkehard se falsificó un documento de vasallaje,

---

[21] LThK² 884. LMA II 1 397. Caspar 1452. Speyer 302.

[22] LMA II 1451. Speyer 302.

[23] Hotz 11. Memmerle 183. Meyer, In der Hannonie 218 s. El autor destaca en las expresiones «falseó», «falsificaciones», en las patas de ganso (aquí de asno) el aspecto cobarde más que el elegante.

[24] Heuwieser, Geschichte I 308 ss.

emitido a nombre del margrave Dietrich, muerto en 1221, la tutela de cuyo heredero de cinco años se procuró por todos los medios su tío el landgrave Luis de Turin-gia. Con esta nueva falsificación, redactada muy probablemente en 1221 (y fechada en 1210) suscitó comprensiblemente algunas dudas en el landgrave. Por lo cual aquél le excomulgó junto con sus consejeros y lanzó un entredicho contra todo el territorio, exigiendo además la considerable suma de 800 marcos de plata.[25]

Falsificada fue el acta de fundación del obispado de Bremen (en el año 788) con vistas sobre todo a la obtención de diezmos. Dicha falsificación, que el emperador Maximiliano refrendó en 1512, afirma asimismo que Carlos «el Grande» había otorgado a la Iglesia de Bremen 70 yugadas (fincas rurales). El falsificado documento fundacional del obispado de Bremen —y «Bremen lo había falsificado desde hacía siglo s para conseguir o retener algún derecho» (Drógereit)— sirvió a su vez como modelo a la similar acta de fundación asimismo falsificada del obispado de Verden —que presenta tanto la constitución como la extensión exacta del obispado— cual prueba testimonial en las discusiones de límites con los obispados de Líineburg y de Bremen.[26]

Pero también el falsificado documento fundacional del obispado de Bremen tuvo evidentemente un modelo: el acta fundacional, asimismo falsificada en el siglo X, del obispado de Halberstadt, cuyos contenido y lenguaje coinciden en gran parte con la falsificación de Bremen. El obispo Bernhard de Halberstadt (923-968) luchó a su vez con éxito contra la fundación de un arzobispado en Magdeburg, cuyo arzobispo Giselher (981-1004) reaccionó por su parte contra la constitución del arzobispado de Gnesen con un documento falsificado a nombre del papa JuanXIII, y según el cual el año 968 al arzobispo Adalberto de Magdeburg supuestamente se le habría conferido el primado sobre todos los obispos y arzobispos de Germanía.[27]

También la lucha de siglo s, llevada a cabo con todos los medios, entre los arzobispados de Colonia y Hamburgo produjo muchas falsificaciones.

102

Así, por ejemplo, se falsificaron dos documentos a nombre de los papas Gregorio IV y Nicolás I en favor de Hamburgo, y más concretamente las partes relativas al palio de esos denominados documentos fundacionales de Hamburgo. La estafa perseguía demostrar que no tan sólo el primer obispo y arzobispo de la ciudad, Ansgar, había obtenido los años 831 y 832 el derecho a llevar el palio, sino que lo habían adquirido también sus sucesores para siempre. Se falsificó además un documento de Agapito II en favor de Hamburgo. También aquí se trataba de un pasaje interpolado sobre el otorgamiento del palio y su extensión a sus sucesores. Doblemente se falsificó un documento del papa Juan XV en favor de Hamburgo, siendo el fin y motivo de tal falseamiento la obtención del palio. Se forjó además fraudulentamente un documento fundacional de Luis el Piadoso también a favor de la ciudad hanseática así como un documento papal de Gregorio IV.[28]

En su mayor parte esos documentos fueron probablemente falsificados por uno de los obispos medievales más famosos del norte: el arzobispo

---

[25] LThK X' 106 s. Taddey, Lexikon 1195. Schiesinger, Kirchengeschichte Sach-sens I 82 II 148 ss.

[26] LMA V 154 ss. Kuujo 236 ss. Drogereit, Die Verdener Gründungsfáischung 1,64.

[27] LMA IV 1468, 1870. Kuujo 236 ss.

[28] Schubert, Geschichte der christiichen Kirche ü 505 ss. Schmeidler, Ham-burg-Bremen 128 ss., 151 ss., 159 ss., 165 ss., 191 ss., 206 ss., 244 ss.

Adalberto de Hamburgo-Bremen (1043-1072). El emperador Enrique III, uno de los soberanos alemanes más poderosos de la Edad Media, hasta le ofreció la dignidad papal (si es que así puede llamarse) tras la destitución de tres papas en el sínodo de Sutri. Pero Adalberto no quiso ser papa. Pero «el gran hombre de Dios» —a quien en su ordenación en Aquisgrán le habían impuesto las manos doce obispos— con ayuda de los documentalistas imperiales que le eran afectos deformó casi sistemáticamente los documentos de emperadores y papas anteriores adaptándolos a sus pretensiones personales. Nada tiene de extraño —según confesaba él abiertamente— que estuviera «en condiciones de no perdonar a nadie, ni aun a mí mismo, ni a mis hermanos, ni el dinero, ni a la misma Iglesia, con tal de liberar finalmente mi obispado del yugo y hacerlo igual a los otros».[29]

Todo esto no son más que breves indicaciones, que podrían centuplicarse, de falsificaciones por obra sobre todo de las curias episcopales, sin incluir la cantidad asimismo increíble de falsificaciones debidas a los monasterios.

Por ejemplo, los privilegios de los papas a los monasterios en el reino merovingio son «en su casi totalidad falsificaciones posteriores» (Levison). Y se comprende que también los religiosos falsificasen por los motivos más diversos, siendo uno de los principales el de escapar a la influencia de los obispos. En Ratisbona, por citar un caso, los monjes del monasterio de St. Emmeram (al principio pertenecientes en su mayoría a la alta nobleza) se pelearon a lo largo de la alta Edad Media con los obispos del lugar y desde el siglo XI alXIII produjeron documentos falsos hasta acabar consiguiendo incluso la exención imperial para depender directamente de la Santa Sede.

103

Tal vez fue incluso más frecuente el que un monasterio falsease los documentos en contra de otro. Así, en Turingia a mediados del siglo XII, y bajo Ernesto, abad del monasterio de Reinhardsbrunn, se fabricaron documentos falsos para asegurarse los límites jurisdiccionales contra un cercano monasterio cistercense.

Se llegó al fraude no tan sólo en favor de la propia casa, sino que se aceptaron encargos en favor de muchos otros. Así, en el monasterio de Reichenau, donde a comienzos del siglo XII un monje, con autorización del noble abad Udalrico de Dapfen, falsificó sistemáticamente documentos antiguos *pro domo,* en favor de dicho monasterio, por supuesto; pero lo hizo asimismo en favor de los monasterios de Kempten, Lindau, Stein am Rhein, Einsiedein, Ottobeuren o el monasterio de monjes de Buchau, sobre todo de cara a limitar las obligaciones palatinas y militares y para asegurarse la libre elección del abad.[30]

Ese mismo siglo actuaba un falsificador tristemente célebre, Pedro el Diácono, como bibliotecario y archivero en el famoso monasterio de Monte Cassino, cuyas propiedades aseguró y aumentó mediante fraudes continuos. No sólo impuso con falsedades todo el fondo documental casinense, sino que produjo «originales» enteros, falsificó otras obras y hasta se inventó autores falsos de diversos escritos hagiográficos e históricos. En Monte Cassino se fabricaron asimismo diplomas falsos de gobernantes y documentos papales falseados.

---

[29] Adam von Bremen 3, 2; 3, 5. LMA 197 s. Meyer, Kirchengeschichte Nieder-sachsens 35. Comp. asimismo la nota anterior.

[30] Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 257. Weller 207. Schulte, Der Adel 97 s., 212, 216 ss. Patze, Politische Geschichte 12.

Algo muy similar ocurrió en Fulda. Aproximadamente por la misma época creó allí el monje Eberhard el cartulario en dos tomos de su monasterio, que contiene todo el material documental hasta mediado el siglo XII, con documentos papales, inmunidades, títulos de propiedad y anotaciones de ingresos, muchas veces interpolados y en parte totalmente espúreos. El aplicado copista benedictino falsificó con tal apasionamiento ese *Codex Eberhardi,* que Engelbert Mühibacher pudo decir que en él «la falsificación de documentos se convirtió en una manía». Sin duda que, por cuanto a falsedades se refiere, en el venerable monasterio de Fulda existía una tradición antigua. Allí trescientos años antes los monjes Rodolfo y Meginhard falsificaron —con distinto éxito— privilegios de diezmo bajo los nombres de Pipino III, Carlomagno y el papa Zacarías, a fin de arrebatar al arzobispo de Maguncia el diezmo sobre sus propiedades.[31]

Así pues, todos los mencionados obispos, abades, sacerdotes y laicos católicos, y mil más, falsificaron. ¿Y por qué no hacerlo, si toda esa religión —para repetirlo una vez más— se fundamentó desde los comienzos *en todo lo esencial* sobre la más solemne mentira? ¿Por qué no, si especialmente el papado a comienzos de la Edad Media había dado ejemplo, literalmente insuperable, a todos los sucesores con la mayor falsificación de todos los tiempos?

104

ORIGEN Y ALCANCE DE LA «DONACIÓN CONSTANTÍNIANA»

Si hay algo cierto es que la denominada Donación constantiniana, arranque triunfal en cierto modo de las incontables falsificaciones de los tiempos venideros, surgió a comienzo de la década de los cincuenta del siglo VIII en la cancillería papal de Esteban II, y probablemente antes de su partida hacia el reino franco. Según Walter Ullmann y otros eruditos, «todo habla en favor... de que la cancillería papal fue el lugar de nacimiento de la falsificación». Y es que se necesitaba un título jurídico para la esperada propiedad territorial. Así, en la asamblea nacional de Quierzy consiguió evidentemente el papa mediante tal chapuza eliminar todas las reservas de Pipino. Esteban II presentó un documento, por el cual aparecía san Pedro como señor y dueño legítimo de Italia y el papa como sujeto de rango imperial; más aún, como «emperador de Occidente» (Brackmann). Y en seguida lanzó a los francos a la guerra contra los longobardos.[32]

Antecedente del *Constitutum Constantini o Prívilegium Sanctae Romanae Ecciesiae* —como se denominó el asunto habitualmente en la Edad Media— fue la *Legenda sancti Silvestri,* la Leyenda de san Silvestre, nacida asimismo en Roma a

[31] LThK III² 628: VIII² 360 s. Mühibacher I 121. Hoffmann, Chronik und Ur-kunde 188 ss. Kaminski, Das Siplom Herzog Romwaids II; 16 ss. Speyer 303. Pitz, Erschieichung und Anfechtung 100 ss. Hemnann, Kirchenfürsten 52 pone también el monasterio de St. Maximin de Tréveris «entre los grandes centros de falsificación» durante los siglo s X, XI y XII.

[32] Kominski/Skaskin 86. Schramm, Kaiser, Konige II 306 ss. Brack-mann 68 s., 262. Kühner, Tabus 52. Lauter- mann 62. Kawerau, Geschichte der mitte-lalterlichen Kirche 88. Haller I 316 s. Ullmann, Die Machtstellung 114 ss. Kupisch I 87. Fuhrmann, Die Konstantinische Schenkung 65 s. Id., Einfluss und Verbreitung 166. Steinbach, Das Frankenreich 57. Barraclogh, The Medieval Papacy 40. Folz, The Con-cept of Empire 10 s. Fuhrmann, Konstantinische Schenkung und Abendiándisches Kaisertum 63 ss.

finales del siglo V. Se trataba de un cuento de santos, muy leído sobre todo en Roma, en Inglaterra y en el reino franco. Sirviéndose de ese género literario el cristianismo gustó siempre de suplantar y falsear los hechos históricos. Ya a comienzos del siglo VI la fábula encontró aplicación en las denominadas falsificaciones de Symmaco.

Según la leyenda divulgada por doquier en diversas redacciones y difundida en centenares de manuscritos, el emperador Constantino había sido perseguidor de los cristianos, en castigo de lo cual había contraído la lepra. Pero el papa Silvestre sanó al emperador y le bautizó en Letrán. De hecho, sin embargo, es bien sabido que Constantino no persiguió a los cristianos, sino que les favoreció inmensamente. Jamás contrajo la lepra y no fue bautizado por Silvestre sino por Eusebio de Nicomedia, un arriano, y sólo en su lecho de muerte el año 337, mientras que el papa Silvestre había muerto el 335. (La Iglesia celebra su festividad el 31 de diciembre, cual si al finalizar cada año quisiera recordar lo que debe a san Silvestre.)[33]

105

Así las cosas, el documento, por medio del cual el papado obtuvo astutamente el Estado de la Iglesia y fundamentó legalmente su soberanía civil, invierte por completo la situación real: el emperador romano, al que hasta entonces se había sometido el cristianismo, queda ahora constitucionalmente sujeto al papado. El fraude se presenta como un decreto de Constantino I en favor del papa Silvestre, con la fecha, la firma de su puño y letra y la advertencia del soberano de que personalmente lo firmó junto a la tumba de san Pedro. Como agradecimiento por su milagrosa curación de la lepra otorga él al papa y a sus sucesores todo un continente.

Realmente un emperador grande y nada mezquino.

Solemnemente confirma al obispo romano el primado sobre todos los sacerdotes, sobre los patriarcas de Antioquía, Alejandría, Jerusalén y Constantinopla y sobre todo el orbe terrestre. Con el fin de eliminar cualquier duda acerca de su categoría otorga al papa todos los distintivos de la dignidad imperial y le concede el rango de emperador. El papa debe ser la cabeza suprema de todas las Iglesias y el pontífice supremo de todos los sacerdotes del mundo; más aún, Constantino le regala a él y a sus sucesores el palacio imperial de Letrán, la ciudad de Roma, así como las ciudades y provincias todas de Italia y del entero Occidente *(omnes Italiae seu occidentalium regionum provintias, loca et civitates).*

Personalmente el emperador quiso —concluye el extensísimo documento— trasladar su reino y su poder a las «regiones orientales». Pues, «allí donde se ha erigido un reino soberano y se ha fundado la capital de la cristiandad, no es conveniente que el emperador terreno ejerza su poder». Y se dice que será proscrito por él quienquiera que sea lo bastante atrevido como para cambiar su disposición. Se ponía así la piedra angular para la lucha secular entre emperadores y papas.[34]

De primeras es cierto que Roma utilizó su inaudita posición de privilegio sólo de una manera muy discreta (el primer papa que se reclama a la misma parece haber sido Adriano I en su correspondencia con Carlos «el Grande»). Se dedica un recuerdo

[33] LMA V 1385 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 320 s. Heer, Kreuzzüge 17.

[34] LMA V 1385. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1321. Laehr 3 ss. Haller I 316. Kawerau, Geschichte der mittelalterlichen Kirche 88. Ullmann, Die Machtstellung 128, 462, Williams 448 ss. Hay 340, Prause, Niemand 86 s. Haendier, Die lateinische Kirche 64 s. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 166. La historia del texto del Constitutum Constantini en Fuhrmann, Konstantinische Schenkung und abendiándisches Kaisertum 63 ss.

al primer emperador cristiano y a su benevolencia ejemplar; pero jamás se utiliza el *Constitutum Constantini* como documento jurídico propiamente dicho. Evidentemente los padres de la Iglesia lo reconocían también como una falsificación. «Cabe suponer que los papas fueron conscientes de la ilegitimidad de las pretensiones presentadas en el C. C. Sólo así puede explicarse que una y otra vez se aluda con rodeos al asunto sin nombrarlo por su verdadero nombre» (Schlesinger).

Sólo a mediados del siglo IX, cuando la falsificación gozaba ya de un cierto prestigio, se la valoró como jurídicamente vinculante y se llegó a otra gran falsificación eclesiástica: la Decretales seudoisidorianas y numerosos otros libros de derecho canónico. La inaudita política territorial del papado, que sometía poco a poco principados y reinos enteros, tenía su base jurídica en esa subrepción; más aún, en ella descansa el «Estado de la Iglesia», que todavía hoy existe.[35]

106

Prescindiendo de algunas excepciones, durante trescientos años el documento no se utilizó, yaciendo en los archivos del clero. (El texto más antiguo que poseemos está en los manuscritos de las Decretales seudoisidorianas, aparecidas hacia el 850.) Al cabo de que muchas generaciones se hubiesen habituado a la idea de una «donación» gigantesca y que el fraude hubiera alcanzado una gran autoridad, empezó también a jugar un papel importante; los papas insistieron en el mismo hasta finales de la Edad Media y, amparándose en el engaño, a quienquiera que atentase a la propiedad curial o favoreciese de cualquier modo tal atentado. ¡Y fue especialmente el llamado papado de la reforma el que se reclamó al fraude! Sus escritos citan largos pasajes del mismo. León IX (1053) apoya explícitamente en tal donación el primado papal; fuerte con la donación, el papa hace una devolución y el *donare* lo convierte en un *reddere.* Por decirlo de alguna manera: el emperador había devuelto a Dios lo que de él había recibido. De ese modo el papa León IX evitaba cualquier viso de dependencia de la Iglesia del favor imperial.

La «Donación constantiniana» alcanzó toda su importancia con el papa Gregorio VII, con quien pasó a ser elemento integrante y admitido por todos del derecho canónico. Y en la guerra contra Enrique IV, quien nunca había respetado las ambiciones papales derivadas de una injusticia crasa, Gregorio exigió tanto en la elección del primer rey antagonista Rodolfo de Suabia (1077) como en la del segundo, Hermann de Salm (1081), un juramento que incluía el reconocimiento del fraude clerical.[36]

El papa Urbano II (1088-1099), beatificado en 1881, iniciador de la primera cruzada con las matanzas masivas en Jerusalén, declaró en virtud de la «Donación constantiniana» tanto Córcega como las islas Lípari propiedad de la Sede romana. Fueron también muchos los escritos clericales que naturalmente aprovecharon la tal «Donación» en favor de las pretensiones eclesiásticas, llegando tan lejos en este campo que según un escolástico de comienzos del siglo XII, Honorio de Augustodu-num, el papa Silvestre había recibido también de Constantino la promesa y seguridad de que ningún emperador gobernaría en el imperio romano sin un asentimiento papal.

---

[35] Levison, Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit 397 s. Laehr 6 ss. Kawerau, Geschichte der mittelalterlichen Kirche 89. Schiesinger, Beobachtungen zur Geschichte 273, 416 s. Hiawitschka, Vom Frankenreich 67 s.

[36] LMA V 1385 s. HEG I 545. Laehr 20 ss. Heiler, Altkirchiiche Autonomie 239. Fried, Der Regalienbegriff 507 s. Angenendt, Frühmittelalter 286.

Con lo cual hasta el emperador venía a convertirse en un donatario a la vez que en un vasallo del papa, y el imperio en un feudo papal. Una conclusión que los juristas pontificios sacaron de la donación ficticia. Y fueron papas como Inocencio III o Gregorio IX los que derivaron de la misma sus exigencias territoriales. A este respecto Gregorio IX (1227-1241) afirmó incluso que Constantino había declarado conveniente que el papa no sólo gobernase en todo el orbe sobre las almas sino también sobre todos los hombres y cosas, por lo que no debía darse ningún imperio independiente sino que el verdadero emperador lo era el papa.[37]

107 La «Donación constantiniana» se esgrimió principalmente y con enorme efecto contra el imperio de los Salios y los Staufer. Para la Iglesia romana ocupó el primer lugar entre todos los privilegios imperiales en la Edad Media. Todavía en el siglo XV continuaba vigente tal falsificación, cuyos efectos nunca podrán sobreestimarse, y en general se consideraba auténtico un documento sin el cual Roma quizá no habría alcanzado nunca su poder e importancia posteriores. Y así, para amplios círculos no sólo fue el verdadero fundamento jurídico de la Iglesia en la última gran batalla del papado medieval contra el imperio, contra Luis de Baviera (1314-1347), sino que un siglo después Sigismundo, en 1433, hubo de jurar como futuro emperador respecto a la «Donación constantiniana».[38]

De todos modos hubo algunas cabezas prudentes, que no se dejaron engañar.

El descubrimiento de la falsificación

No es posible demostrar si ya Carlomán tuvo por falso el *Constitutum Constantini;* son muchos los indicios en favor de esta hipótesis todavía muy reciente. Fue el emperador Otón III (983-1002) quien, en un acto infrecuente por completo frente al papa Silvestre II (999-1003), declaró nula y sin efecto la «Donación constantiniana», que Dante todavía tuvo por auténtica. En un famoso diploma, redactado por León de Vercelli, su sucesor en política italiana, «Otón, siervo de los apóstoles y por voluntad de Dios salvador *imperator augustas* de los romanos», otorgaba al papa, y respectivamente a «san Pedro», los ocho condados de la Pentápolis para su administración; pero lo hacía por propia generosidad y «sin tener en cuenta documentos falsos y escritos deformados». Otón III califica expresamente la «Donación constantiniana» cual documento inventado y falso *(documenta... inventa).* Todas las pretensiones basadas en la misma las rechazaba el emperador como ilegales, y todos los territorios de los papas los consideraba subrepticios. Ni fue casualidad el que trasladase su presidencia a la misma Roma. Así pues, Otón III estuvo perfectamente informado sobre el gigantesco fraude de la Iglesia católica. Estaba convencido de que el papa no tenía derecho alguno a las posesiones territoriales.

108 En el documento extraordinario del año 1001 empieza por hacer esta confesión a

---

[37] LThK V² 477 s. Kühner, Lexikon 88. LMA V 122; 1386. Laehr 26 ss., 37 ss., espec. 48s., 61, 89s. Holtzmann, Der Kaiser ais Marschall des Papstes 27. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 167.

[38] Laehr 135 s. Kluke 148. Haller I 317. Lautermann 62. Southem 97. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung I 67.

su ex preceptor Gerberto de Reims, ahora papa con el nombre de Silvestre II: «Proclamamos a Roma cabeza del mundo». Para agregar en seguida que durante largo tiempo el esplendor de la Iglesia romana había sido oscurecido por la ligereza e ignorancia de los papas.

«Pues no sólo vendieron lo que quedaba fuera de la ciudad y lo enajenaron con una administración muy mala a la sede de san Pedro, sino que además —y sólo podemos decirlo con profunda tristeza— han malvendido por dinero a todo el mundo las posesiones en esta nuestra ciudad regia, simplemente para poder llevar una vida disipada y sin freno, robaron a san Pedro, a san Pablo y hasta los altares, y en vez de preocuparse por su reconstrucción sólo provocaron una confusión mayor aún. Torcieron las leyes pontificias y humillaron a la Iglesia romana, y algunos papas fueron tan lejos que hasta pretendieron la mayor parte de nuestro imperio. No preguntaban por lo que habían perdido por su propia culpa, ni se preocuparon por cuanto habían dilapidado en su locura, sino que habiendo dispersado a todos los vientos por propia culpa sus posesiones, descargaron su culpa sobre nuestro imperio y pretendieron la propiedad ajena, a saber, nuestra propiedad y la de nuestro imperio. Son mentiras inventadas por ellos *(ab illis ipsis inventa),* y entre ellos el diácono Juan, por sobrenombre Dedocortado, redactó un documento con letras de oro y fingió una larga mentira bajo el nombre de Constantino el Grande *(sub titulo magni Constantini longi mendacii témpora finxit).»*

Finalmente habla Otón de otras falsificaciones de la Iglesia, según las cuales Carlos II el Calvo, emperador romano y rey del reino franco occidental (francés), habría entregado al papa el 876 una posesión imperial, y otro «Carlos mejor», refiriéndose a Carlos III el Gordo, emperador romano y rey del reino franco oriental (alemán), lo habría echado de la misma. «Mentira es asimismo que un cierto Carlos haya otorgado a san Pedro nuestro imperio. Pero nosotros replicamos que el tal Carlos en modo alguno estaba en condiciones de otorgar según derecho ninguna cosa, puesto que fue expulsado por obra de un Carlos mejor, despojado del reino, depuesto y aniquilado. Había dado, por consiguiente, lo que no le pertenecía, y lo había dado de la única manera que podía hacerlo: como un hombre que habiendo adquirido injustamente un bien, no puede esperar conservarlo por mucho tiempo. Nosotros despreciamos todos esos documentos falsos y los escritos desfigurados.»[39]

En el siglo XII también los seguidores de Amoldo de Brescia reconocieron el fraude. Uno de sus discípulos, un romano llamado Wezel, explicaba por carta a Federico Barbarroja, inmediatamente después de su elección como rey romano (1152), que toda la «Donación constantiniana» era pura fábula y mentira, tan conocida entre el pueblo romano que hasta los jornaleros y las mujeres podían hablar del tema con las personas más eruditas. En el siglo XIII dudó también de su autenticidad un soberano tan extraordinario como el emperador Federico II. Y, cuando al alborear la Edad Moderna, el supremo pastor y fornicador Alejandro VI (1492-1503) solicitaba de Venecia, en virtud de la «Donación constantiniana» la entrega de

[39] MG DO III 818 s. LMA V 1386. Wattenbach-Holtzmann, Geschichtsquellen 111, 323. Hartmann, Geschichte Italiens IV 135 s. Laehr 20 ss. Holtzmann, Der Kaiser ais Marschall des Papstes 26. Seidimayer 93. Hay 340. Lautermann 205 s. Schie-singer, Beobactungen zur Geschichte 273. Ullmann, Die Machtstellung 354 s. Fuhrmann, Konstantinische Schenkung und adendiándisches Kaisertum 128 s. Fleckenstein/BuIst 106.

las islas adriáticas a la Santa Sede, el embajador veneciano ironizó con que Su Santidad adujese el documento del *Constitutum Constantini* y anotó después al dorso la observación de que el Adriático pertenecía a los venecianos.

109

Por entonces se quemaba todavía a las personas, que desconfiaban de tal documento; como le sucedió a un tal Juan Dránsdorf tras un interrogatorio celebrado en Heidelberg en 1425. Y todavía hoy algunos eruditos tratan todo el complejo de falsificaciones y fraudes de la Edad Media bajo la expresión biensonante de «Piedad del pasado», califican a los falsarios de «personas ilustres, conocidas por su escrupulosidad» y hasta los criminales de la «Donación constantiniana» continúan figurando cual «falsificadores honorables» (Aries).[40]

Todavía el concilio de Florencia (1439) no había permitido que aflorase duda alguna sobre tal «Donación». Y aunque, ya al año siguiente, el humanista Laurenzio Valla, secretario papal y canónigo de Letrán, había descubierto definitivamente con un escrito, que publicó Ulrico de Hutten en 1519, la historiografía romano-católica sólo reconoció la falsificación en el siglo XIX. Sin embargo, la curia pontificia ha venido reclamando insistentemente hasta casi nuestros días los privilegios allí contenidos.[41]

En el siglo VIII de todos modos los papas no gobernaron ciertamente aquel Estado de la Iglesia como soberanos independientes. Ni en tiempos de Pipino III ni durante el reinado de su hijo Carlos. Más aún, algunos ni siquiera fueron señores de su propia casa, el palacio de Letrán, como se echó de ver justamente y de forma dramática a comienzos del reinado de Carlos I.

[40] Holtzmann, Der Kaiser ais Marschall des Papstes 36 s. Runciman 22. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung I 135 s. Hemnann, Kirchenfürsten 51. Aries 19.

[41] Haller 1316 s. Kluke 148. Fink 18. Casi al mismo tiempo que Valla reconocieron también la falsificación como tal el cardenal Nicolás de Cusa y Reinaldo Pecock.

110

CAPITULO 6. CARLOS I, LLAMADO EL GRANDE O CARLOMAGNO, Y LOS PAPAS

«... su cabello era cano y hermoso, su rostro radiante y alegre; su aspecto fue siempre imponente y digno... su salud siempre magnífica.» «La religión cristiana, en la que fue instruido desde joven, la cultivó siempre con gran santidad y piedad (sanctissime et cum magna pietate coluit)... Visitaba asiduamente el templo, mañana y tarde, también en horas nocturnas y durante la misa.»

EINHARD (EGINARDO)[1]

«Los interlocutores más importantes de Carlos durante toda su vida fueron los papas. El eje de la política carolingia, en torno al cual giraba todo, fueron las relaciones con la Santa Sede.» «Es curioso que mientras Carlos vivió pudiera evitarse cualquier conflicto con la sede papal- Ciertamente que Carlos nunca se ganó la confianza de la población italiana. Allí continuó siendo... un enemigo.»

WOLFGANG BRAUNFELS[2]

«El Estado de los merovingios había sido predominantemente profano, el imperio carolingio, en cambio, fue una teocracia...»

CHRISTOPHER DAWSON[3]

«La imagen de la teocracia carolingia armonizó de manera impresionante con la idea carolingia de paz y con la concepción del imperio como un corpus christianum.»

EUGEN EWICK[4]

«Sonó entonces la hora del varón de la Providencia.»
«Todavía con Carlos el Grande las armas vencedoras de los francos fueron las precursoras de la doctrina católica.» «Mantener a sus súbditos en armonía y establecer entre los hombres la concordia pacis... fueron los objetivos ideales de aquel poderoso monarca, bajo cuyo reinado apenas pasó algún año sin guerra. Pero esos ideales responden plenamente a una concepción cristiana de su oficio.» «La capacidad de entusiasmar a las masas, no controlada por la inteligencia, que supieron utilizar un Augusto, un Constantino, un Napoleón —¿y tendremos que agregar: un Hitler?—, ardió para Carlos en llamas luminosas.»

DANIEL-ROPS[5]

112

EXCESOS CRIMINALES EN LA CORTE PONTIFICIA CON EL CAMBIO DE PODER EN EL REINO FRANCO

El papa Esteban II, que en el momento decisivo se había otorgado generosamente la «Donación constantiniana», murió el 26 de abril del 757. Y a su muerte dejaba un

[1] Einhard, Vita Karoli 22; 26.
[2] Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 39.
[3] Dawson214
[4] Ewig, Zum christhchen Konigsgedanken 73.
[5] Daniel-Rops 247, 493, 498, 506.

territorio notablemente mayor, que por el momento quedó sin embargo en su familia. Paulo I (757-767), en efecto, el sucesor de Esteban, era también su hermano menor, y el segundo papa Orsini que ocupaba el palacio de Letrán. Procuró continuar la política de su predecesor y de nuevo empujó a Pipino — al que también llamaba «compadre» por haber sido el padrino de su hija Gisla *(spiritualis compater)* — contra los longobardos.

Al rey Aistulfo, que no tenía hijos y que había muerto por un desgraciado accidente de caza, le había sucedido en el ínterin el duque de Tos-cana, Desiderio (757-774). El papa personalmente lo había procurado en connivencia con el abad franco Fuirad, pues entre todos los pretendientes Desiderio le pareció el más fácil de manejar. Un error. El nuevo rey no quería que su reino se viese comprimido y ahogado entre los francos y el Estado de la Iglesia. Temiendo una conspiración del papa con dos de sus vasallos, los duques de Spoleto y de Benevento, Desiderio puso en movimiento su ejército y marchó a través del territorio romano devastándolo a sangre y fuego.

Paulo I solicitó apoyo de Pipino. Para ello no escatimó adulaciones. En una serie de cartas lo exaltaba como «nuevo Moisés», «nuevo David», «salvador de la santa Iglesia» y, aún más, cual «fundamento y cabeza de todos los cristianos», y a los francos como «Israel nuevo» y «pueblo santo». Protestaba que él y los romanos deseaban mantener la amistad con Pipino hasta la última gota de su sangre. Una y otra vez recordaba al rey sus promesas y le conjuraba a que no dejase incompleta su obra. Las cartas de lamentación y los gritos de socorro se sucedían sin interrupción. Quien se autodenominaba «mediador entre Dios y los hombres» rogaba apremiantemente a Pipino en un escrito público que transigiera con el rey longobardo y que devolviera «al ilustre hijo Desiderio» los rehenes que éste reclamaba, mientras que en un segundo escrito secreto conjuraba a Pipino a que resistiese al longobardo y a retener los rehenes en cuestión. La habitual moral doble de los santos pontífices.
113

La cosa estaba clara: el papa Paulo, a quien su biógrafo oficioso atribuye de continuo una propensión a la clemencia, deseaba una guerra permanente contra los longobardos. Pero Pipino estaba atado a otros compromisos, como los sajones y las numerosas campañas contra Aquitania, a cuyo duque Waifar perseguía. Y a la vez intentaba estorbar un acuerdo longobardo-bizantino.[6]

Apenas Paulo I había cerrado los ojos el 28 de junio del 767, abandonado prácticamente de todos sus allegados, cuando estalló en Roma como tantas otras veces una violenta revuelta. Ya al día siguiente Toto, duque de Nepi y cabeza de una poderosa familia, irrumpía en Roma con sus mesnadas de colonos armados y hacía elegir sucesor de Paulo a su hermano Constantino, que era laico. La fundación del Estado de la Iglesia, la reforzada posición de poder del papado, hizo que éste resultase cada vez más interesante para la nobleza.

Constantino se apoderó de Letrán, recibió las órdenes clericales pertinentes y a los seis días era papa. En la basílica de San Pedro fue consagrado solemnemente por los obispos de Palestrina, Albano y Porto. Sin duda que tales carreras relámpago eran anticanónicas, pero se dieron antes y después y hasta se podía llegar a santo

[6] Lib. Pont. Vita Pauli 1 ss. LMA III 724 s. Gregorovius 1 2 378 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 209 ss. Seppeit II 137 ss. Ewig, Zum christiichen Konigsgedanken 46 s. de Bayac 72 ss. Jarnut, Geschichte der Langobarden 116 ss.

y doctor de la Iglesia, como Ambrosio, quien a los ocho días de su bautismo era obispo, cuando ni siquiera tenía los conocimientos del cristianismo de un seglar culto. Tarasio, secretario particular de la emperatriz Irene, fue elevado por ella en el 784 desde simple laico a patriarca de Constantinopla, y asimismo fue venerado como santo. La misma rápida metamorfosis experimentó en el 806 Nicéforo por obra del emperador del mismo nombre, y asimismo es hoy venerado como santo. También el patriarca Focio, sobrino o sobrino nieto de Tarasio, recorrió en el espacio de cinco días todos los grados desde el estado de seglar al de patriarca. Y en el siglo X León VIII, un papa al que se le considera un canonista, pasó en veinticuatro horas de seglar a papa.[7]

Constantino II (767-768), aunque elegido de forma anticanónica, ocupó el desprestigiado trono durante trece meses sin especiales dificultades, llevó adelante los negocios, ordenó clérigos y hasta presidió un sínodo. Pero después sucumbió a una conjura de personajes influyentes, entre los que se encontraba principalmente su canciller y preboste Cristóforo, cabeza de los funcionarios papales y su hijo el capellán Sergio. Puestos por el papa bajo arresto domiciliario, en la Pascua del 768 ambos prefirieron trasladarse a un monasterio de Spoleto, al de San Salvador de Rieti. Se comprometieron a permanecer allí mediante juramento; pero huyeron a refugiarse junto al rey longobardo.

114

Con permiso del mismo reunieron refuerzos en Rieti, y a finales de julio del 768 tales fuerzas marcharon sobre Roma a las órdenes del sacerdote Waldiperto. Allí se les abrió una de las puertas de la ciudad iniciando una serie de sangrientas batallas callejeras; pero un traidor, una criatura de Cristóforo, el archivero eclesiástico Gratiosus, apuñaló por la espalda al duque Toto. El papa Constantino huyó de una iglesia a otra, hasta que con su séquito más próximo fue apresado y encarcelado. Entonces Waldiperto, el hombre de Desiderio, sacó con toda celeridad del monasterio de San Vito, en el Esquilinio, al sacerdote Felipe con estas palabras: *«Philippus papa;* san Pedro ha elegido papa a Felipe». Como candidato del rey longobardo, hubo de sostener la política de éste. También lo reconocieron algunos sectores de la nobleza y del clero. Mas cuando Cristóforo logró afianzarse algo más tarde no admitió ningún «representante» propuesto por Desiderio. Se volvió al bando franco y repentinamente impuso la abdicación y retirada al monasterio del papa Felipe, que ya banqueteaba, asentando en la silla pontificia a su propio hombre: Esteban, amigo de los francos.[8]

Esteban III (768-772), hechura de Cristóforo, fue consagrado ya el 8 de agosto. E inmediatamente empezaron los feroces actos de venganza a las órdenes de un siciliano tan sin conciencia como taimado, largamente curtido en el servicio de la curia y decidido partidario de Paulo I.

---

[7] Lib. Pont. Vita Steph. III 1 ss. Mansi 12,716 ss. MG Conc. II/l 83 ss. Einhard, Ann. reg. Franc. ad a. 767. LThK VII' 568 s. VIII[2] 884 s.IX[2] 1298 s. Kühner, Lexi-kon 71. Gregorovius I 2 385 ss. Hauck II 69. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche II 424. Seppeit ü 146 s., 360. Seppelt/Schwaiger 87 s. Haller, Das Papsttum I 321 s. Zimmennann, Papstabsetzungen 13 ss. Comp. Asimismo los ejemplos de carreras episcopales relámpago y anticanónicas en Scheibeireiter, Der Bischof 123 ss. También Deschner, Abennals 236 s.

[88] Lib. Pont. Vita Steph. III c. 5 ss. Gregorovius 12 387 s. Seppeit, Geschichte des Papsttums II 147 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 231 ss. Seppelt/Schwaiger 88. Haller I 321 s. de Bayac 76. Ampliamente en H. Zimmermann, Papstabsetzungen 13 ss., espec. 16 s. Fuhrmann/Martí 10. Hartmann, Die Synoden der Karolingerzeit 83.

A cardenales y obispos se les arrancaron ojos y lengua. A Constantino depuesto y descubierto casualmente se le arrastró por las calles de Roma en una procesión ignominiosa, se le encerró en una cárcel monástica y allí se le torturó a las órdenes del archivero eclesiástico Gratiosus, asesino también del duque Toto (y más tarde también él duque). No menos sangrienta fue la persecución de sus partidarios más allegados a los que se mutiló y cegó. Al obispo Teodoro, que apoyó al papa Constantino hasta el final, se le arrancaron los ojos y la lengua, lo encerraron en el monasterio de Clivus Scauri y allí sucumbió al poco tiempo entre horribles dolores. También a Passivus, hermano de Toto, lo encarcelaron en el monasterio de San Silvestre, siendo incautadas todas sus propiedades. Asimismo al sacerdote Waldiperto, el agente de los longobardos que había puesto sobre el trono pontificio a Felipe, se le hizo un proceso corto. Cierto que buscó asilo en un lugar sagrado, en la iglesia de Santa María Maggiore; pero fue arrancado de allí con la imagen de la Madonna a la que estaba abrazado y lo arrojaron a un calabozo de Letrán, donde murió mutilado.

En la Pascua del 769 se celebró un sínodo en Letrán; además de 24 obispos italianos, a él acudieron por primera vez 13 obispos francos. Esto subrayaba, como dijo Su Santidad en el discurso de apertura, el carácter ecuménico de la causa. Constantino, ya ciego, fue conducido e interrogado los días 12 y 13 de abril en la basílica. En la primera sesión confesó tener más pecados que arena había en el mar. Se postró en el polvo, pero declaró que el pueblo le había hecho papa por la fuerza al no estar satisfecho con el duro régimen de Paulo. Al día siguiente, en la sesión segunda, cambió de táctica. Recordó casos precedentes de consagraciones episcopales de no eclesiásticos y hasta de hombres casados. Hábilmente se refirió al ejemplo de dos de los príncipes eclesiásticos italianos más famosos: Sergio de Ravenna y Esteban de Nápoles, a quienes se había elegido siendo seglares. Sergio se encontraba entre los padres sinodales. (Y Miguel, sucesor de Sergio, fue a su vez elevado directamente del laicado a obispo, y como tal residió más de un año en Ravenna.)

115

En la Roma santa no gustaban las verdades (¡porque ya se tenía «la verdad»!). Así que los padres congregados se lanzaron furiosos sobre Constantino, abofetearon al papa al que habían destituido y lo arrojaron de la iglesia. Quemaron las actas de su pontificado, incluidas las de su elección, que el propio Esteban había firmado. Pero el papa entonó entonces un kyrie eleison y todos se postraron en tierra y se confesaron pecadores, por haber mantenido comunión con el reprobado Constantino. Condenado éste a una penitencia de por vida, vegetó probablemente hasta el fin de sus días en una cárcel monacal. Una y otra vez se echa de ver que los cristianos son de corazón compasivo; no a todos los enemigos se les elimina de inmediato. También aquí se vive y se deja vivir. Seppeit, que es católico, lo ignora. Y habla de un «embrutecimiento», de un «desenfreno criminal» incluso entre ciertos círculos eclesiásticos; «no se elevaron sobre el nivel de los bárbaros; y lo peor es que tales crímenes no fueron un caso singular de aberración, sino que vinieron a ser como una especie de anticipo de las feroces y devastadoras luchas partidistas, que con tanta frecuencia se repetirían en los siglo s siguientes dentro de las murallas de Roma».[9]

[9] Lib. Pont. Vita Steph. III. c. 5 ss. Kühner, Lexicón 52. Hartmann, Geschchte Italiens II 236 ss. Cartellieri I 175 s. Seppeit II 149 ss. Seppelt/Schwaiger 88. Haller I 321 s. Kühner, Das Imperium 87. Ferrari 281 ss. Zim-

En el sínodo de Letrán del 769 fue excluida, al menos en teoría, la población laica de la elección papal. Por el contrario, en los primeros siglo s había sido toda la comunidad, incluida la de Roma, la que elegía a los obispos. Y hasta mediado el siglo ni cualquier laico podía ser elegido obispo: bastaba con que fuese honrado, hospitalario, veraz, complaciente, no aficionado al dinero, buen esposo y buen padre de familia. Realmente demasiado bueno. Y en Occidente todavía hasta el siglo VI fue fundamentalmente la comunidad entera la que elegía su obispo. Entonces, sin embargo, el derecho de la elección activa quedó circunscrito al clero romano y el pueblo quedó excluido. Éste sólo conservó el derecho de aclamación con el que suscribía el decreto de elección.

116

La política de Esteban III se concentró, por lo demás, en impedir cualquier entendimiento entre francos y longobardos, poniéndose alternativamente del lado de un bando o del otro. Primero denostó al rey longobardo Desiderio, al que después exaltó. Cambió «de opinión y de compañeros de alianza según las necesidades» (Kühner, católico). Ante los jóvenes soberanos francos Carlos y Carlomán, hijos de Pipino, se quejó de Desiderio, escribiendo primero a ambos hermanos conjuntamente y después por separado. Más aún, acabaría llevando a cabo negociaciones secretas con Carlomán contra la política de Carlos.[10]

El papa Esteban III impulsa otra guerra contra los longobardos

A la muerte de Pipino, en septiembre del 768, Carlos había obtenido la mayor parte de la herencia septentrional, que se extendía desde el oeste de Aquitania hasta Frisia y Turingia; Carlomán, diez años menor y que probablemente andaba por los 16, recibió la parte meridional, que era mayor y comprendía las regiones de Alamania, Aisacia, Burgundia, la Provenza, Septimania y la otra mitad de Aquitania. La frontera corría así de suroeste a noroeste cruzando todo el reino, teniendo parte ambos herederos en los territorios centrales francos de Austrasia y Neustria, en el este germánico y en el oeste romano. De todos modos la participación mayor de Carlos abrazaba formalmente la de su hermano.

Ambos hermanos habían sido ya ungidos (754) en Saint-Denis por el papa Esteban II y habían sido nombrados patricios de los romanos. Pero en su solemne ascensión al trono el 9 de octubre del 768, el día del primer obispo de París, san Dionisio, uno de los santos nacionales franceses y de los 14 remediadores, de nuevo fueron ungidos como reyes por los obispos: Carlos en Noyon y Carlomán en Soissons.[11]

Pronto surgieron las diferencias entre los herederos del reino, tan pronto como Carlomán no participó en el sometimiento (769) de Aquitania, que le había correspondido en una mitad, en la primera guerra de Carlos «con la asistencia de Dios»

---

mermann, Papstabsetzungen 17 ss.. 30 ss. Haretmann, Die Synoden 83 ss. Fuhrmann/Martí 11.

[10] I. Tim. 3, 1 ss. MG Conc. II/l 79; 86 ss. Kühner, Lexikon 52. Seppeit 11 151 ss. Seppelt/Schwaiger, Das Imperium 87. Schneider, Geistesgeschichte II 246. Zimmermann, Papstabsetzungen 24. Ullmann, Die Machtstellungen 469. Lotter, De-signation 148. Ver asimismo la nota precedente.

[11] Einhard, Vita Karoli 3, Ann. reg. Franc. ad a. 754; 768. LMA V 956; 996. LThK III² 408. HEG I 549. Mühibacher I 124 s. Brühl, Fodrum 56. de Bayac, Kari 43 s. Fleckenstein (1990) 21 s.

(Anales reales). Según Einhard (o Eginardo), Carlos soportó «con gran paciencia» y ante la admiración general aquella «desatención y celotipia» de su hermano.

Pero en Roma las crecientes desavenencias de los dos príncipes francos inquietaron a Esteban III, que había subido al trono pontificio gracias sobre todo a los curiales profrancos y muy especialmente al poderoso Cristóforo. La inquietud se convirtió en turbación profunda al tener noticias el papa de un plan matrimonial entre las casas reales de trancos y longobardos. Pues los francos, que hasta las guerras de Pipi-no en favor del papa habían mantenido larga amistad con los longobardos, tenían que continuar siendo enemigos de sus vecinos en Italia según los cálculos de los papas romanos. Mas la preocupación del papa fue tanto mayor cuanto que los longobardos ya estaban asociados también con Baviera mediante un matrimonio de Liutperga, hija de Desiderio, con el duque Tassilo, y Desiderio pidió además para su hijo Adel-chis la mano de Gisla, hermana de Carlos (y que, por lo demás, pronto acabó monja).

117

Ahora bien, ni siquiera Pipino, un hombre temeroso de Dios, había querido llevar el título de *«defensor ecclesiae»,* contentándose con ayudar al papa «caso por caso» (Deér). Y, en efecto, en sus últimos años, tras las batallas combatidas en Italia por el afán romano de poder, había evitado cualquier conflicto con los longobardos. Ningún grito de reclamación o de guerra por parte del papa pudo ya moverlo a intervenir. Tras su muerte, también la reina madre Bertrada desarrolló una política programática de paz, procurando unas buenas relaciones tanto con los longobardos como con los bávaros y su duque Tassilo. Con el fuerte apoyo de los nobles francos impulsó —«por la causa de la paz» *(Anuales regni Francorum)*— el matrimonio del joven heredero real Carlos con una de las hijas del rey longobardo Desiderio. (Se ignora su nombre, aunque a consecuencia de un error de interpretación de las fuentes a menudo se la llama Desiderata; otros historiadores le dan el nombre de Ermengarde o Bertrade.)

Tal situación inquietó enormemente a Esteban III y a su hombre el preboste Cristóforo. El papa recordó a los dos príncipes francos sus promesas y las de su padre, de «salir fiadores con todo vuestro poder y en todo tiempo de los derechos de san Pedro». De nuevo les conjuraba «por el día del juicio final, y el mismo san Pedro os exhorta por ellas [las promesas hechas] a procurar incesantemente el derecho de la santa Iglesia». Pero les recordaba sobre todo a los jóvenes soberanos su compromiso solemne de tener siempre los mismos amigos y los mismos enemigos que el papa; lo cual excluía cualquier vinculación con un pueblo criminal, «que no deja de atacar a la Iglesia de Dios y de devastar las provincias romanas».

Y como el rey Desiderio no devolvía los bienes reclamados por Esteban, éste hizo todo lo posible por impedir las uniones planeadas y la paz y reconciliación entre ambos pueblos. En una larga epístola desbordante de rencor recordaba los juramentos de los reyes cuando eran niños, declaraba el pretendido matrimonio como una sugestión diabólica, lo denigraba como un «concubinato» y lo prohibía solemnemente invocando a Dios y con la autoridad de san Pedro. Calificaba de locura sin más que el famoso pueblo de los francos, más ilustre que cualquier otro, y su noble y gloriosa casa real fueran a contaminarse mediante el hermanamiento con el pueblo desleal, cruel y apestoso de los longobardos, «el cual ni siquiera se cuenta entre el número de los pueblos *(quae in numero gentium nequáquam computatur)* y de cuya nación procede el linaje de los leprosos *(leprosorum genus).*

118

Las fuentes curiales, el *Líber Pontificales* y las famosas cartas del *Codex Carolinus* (99 en total según el único manuscrito que hoy se conoce, sin datar y compuesto casi exclusivamente con los escritos papales a los carolingios entre los años 739 y 791) desacreditan de continuo a los longobardos. Y, sin embargo, por entonces eran culturalmente superiores a los romanos con un arte muy significativo (aunque fuese con ayuda de artistas bizantinos). También en el campo religioso quienes, por desgracia, ya se habían hecho católicos se mostraron sumamente activos con la fundación de iglesias, hospitales y monasterios. «Una ola de fundaciones eclesiásticas recorrió todo el país... Nosotros ni siquiera... podemos enumerarlas, pues son muchísimas» (K. Schmid). Pero el papa pregunta a Carlos si quiere convertirse en el antepasado de unos leprosos y conjura a los príncipes francos por el cielo y el infierno a que no se desposen con ninguna hija de Desiderio, sino que contribuyan a la devolución a la Iglesia romana de los bienes que le son propios.

El santo padre no se cansa de presionar a los jóvenes soberanos francos: «Vosotros sois dos por voluntad y designio de Dios... Realmente no os está permitido... No debéis... Reflexionad también... Recordad asimismo... Tampoco olvidéis... Recordad además... Pensad más bien...», etc. El franco tenía que ser amigo de los amigos del papa y el enemigo de sus enemigos. Luego no era posible establecer alianza alguna con el «pueblo perjuro de los longobardos», el cual «desde siempre había sido enemigo de la Iglesia de Dios». El eminentísimo romano lanza estos truenos retóricos *como finís operis;* «Por eso os conjura por mi medio el príncipe de los apóstoles, san Pedro, a quien el Señor entregó las llaves del reino de los cielos y la potestad de atar y desatar en el cielo y en la tierra, y asimismo os conjuramos nosotros con todos los obispos, sacerdotes, abades, monjes y todo el clero, todos los grandes y ricos y el pueblo todo de este país, por el Dios vivo y verdadero, por el día terrible del juicio final, por todos los misterios divinos y el santo cuerpo del apóstol Pedro, para que ninguno de vosotros se despose con la hija del rey Desiderio. Tampoco deis por mujer al hijo de Desiderio a vuestra hermana Gilsa, noble y amada de Dios. No repudiéis tampoco a vuestras mujeres, reflexionad más bien sobre cuanto habéis prometido a san Pedro. Alzaos poderosamente sobre nuestros enemigos, los longobardos, y obligadles a devolver las propiedades de la Iglesia de Dios y del Estado romano».

119

Está más que claro lo que el santo padre quería: Guerra, guerra y guerra. Y para dar a su escrito una mayor eficacia lo depositó sobre la pretendida tumba de san Pedro, celebró sobre ella la cena del Señor, afirmó solemnemente que enviaba la misiva con lágrimas y remataba con este encantamiento —*finís coronal opus:* «Si alguien osase algo contra el contenido de esta nuestra exhortación, debe saber que... queda atado con las cadenas del anatema, excluido del reino de Dios y condenado con el diablo y toda su horrible pompa infernal y todos los impíos a arder en el fuego eterno».[12]

---

[12] Cod. Caro1. 45; 47. Einhard, Vita Karoli 3; 5 s., 18. Ann. reg. Franc. ad a. 769. LMA II 2202. III 725. Gregorovius I 2 393 s. Hauck II 74 s. Mühibacher I 125 ss. Cartellieri I 179 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 251 ss. Eichinann, Das Exkom-munikationsprivileg 164. Haller I 323 s. Id., Abhandiungen 29 s. Voigt, Staat 436. Wühr, Das abendiándische Bildungswesen 35. Konecny 61 ss. Classen, Kari 545 s. Seppelt/Schwaiger 89. Schmid, Zur Ablosung der Langobardenherrschaft 7 ss. Bütt-ner, Geschichte des Elsass 126. Haendier, Die lateinische Kirche 69. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnisse.n-22.. Id., Kari (1991) 31. de Bayac 76 ss. Fuhrmann/ Martí 12.

Es la primera amenaza de anatema contra un rey franco. De todos modos Carlos desposó a la princesa longobarda. En la Navidad del 770 la tomó por esposa en Maguncia. Presumiblemente por motivos tanto personales como políticos volvió a repudiarla un año después, por lo cual se procuró la enemistad a muerte de Desiderio, padre de la mujer, mientras que el papa no protestó para nada (¡destacando así la tan proclamada indisolubilidad del matrimonio!). Esteban, que en su epístola también recordaba la naturaleza inferior de las mujeres en general, a Eva pecadora y la pérdida del paraíso, insistía también en el hecho de que ambos reyes ya estaban legítimamente casados. Esto sólo era cierto de Carlomán, pero falso de Carlos. Su unión con Himiltrud, que ya le había dado un hijo, Pipino, no era un matrimonio legítimo. Tampoco el enlace siguiente con la nieta del duque alamán Gotfried, Hildegard, una muchacha suabia con 13 años recién cumplidos —a la cual san Carlos le hizo un hijo casi cada año de los diez que convivieron, habiendo muerto ella después—, respondía a las normas canónicas, sin que a cuanto sabemos hubiese protestado jamás la Iglesia.

Eso difícilmente podían impedirlo los papas. ¡Pero la pérdida de sus bienes! Esteban se imaginaba abandonado de los francos. Y casi mientras todavía intrigaba y clamaba contra los longobardos denostándolos suciamente, empezó ya a establecer contacto con ellos. Si les había difamado con todos los horrores negándoles cualquier humanidad, y si a su rey siempre le había calificado de «el más perverso», ahora se puso rápidamente de su parte.

A Su Santidad la oscilación constante le resultó tanto más fácil cuanto que en la propia corte pontificia había un partido longobardo, a cuyo frente estaban el chambelán Paulo Afiarta (comprado con «dádivas» por Desiderio) y el duque Juan, hermano del propio Esteban. Por el contrario los caudillos de la facción franca fueron sacrificados a la nueva política. El pontífice romano no vaciló en denunciar ante el rey longobardo a Cristóforo, el archicapellán de su Iglesia, y a su hijo el capellán Sergio, a quienes debía incluso la corona papal, y simplemente porque ahora le estorbaban. De acuerdo con el conde franco Dodo, un emisario de Carlomán, aún intentaron un golpe de mano con la detención de Afiarta, y quizá hasta un atentado contra el papa. Irrumpieron en el palacio de Letrán, pero Afiarta escapó y el papa huyó a refugiarse junto al rey longobardo, que había acudido en peregrinación a Roma para orar en el sepulcro del apóstol, aunque con la precaución de llevarse su ejército, ya que quería naturalmente liquidar la facción francófila de la curia romana.

120

Los secuaces de Afíarta arrastraron a Cristóforo con su hijo hasta las murallas de la ciudad, fijaron sus víctimas a unos palos y ante una multitud enardecida y atronadora les sacaron los ojos y les cortaron la lengua. Cristóforo murió a los tres días en el monasterio de Santa Ágata, Sergio, el hijo, asimismo cegado desapareció primero en el monasterio de Clivus Scauri y después en un calabozo de Letrán, hasta que finalmente el ciego, con la colaboración de altos funcionarios eclesiásticos y del hermano del papa Esteban, fue azotado y estrangulado enterrándolo todavía semivivo.

Pero el mismo papa, que tanto había gustado de dar a Desiderio el calificativo de «perversísimo», lo exalta ahora ante la reina Bertrada y el rey Carlos como su salvador, que le ha librado de los ataques desalmados de Cristóforo y del complot con el conde Dodo y sus insinuaciones diabólicas. El mismo papa, que sólo unos meses antes había

llamado a los longobardos raza apestosa, de la que procedía la lepra, escribía ahora a Bertrada y a Carlos «que con ayuda de nuestro hijo Desiderio, rey de los longobardos, que precisamente se encuentra junto a Nos para cumplir con sus deberes para con san Pedro». Y unas líneas después insiste:

«Creednos, sin la ayuda de nuestro ilustre hijo, el rey Desiderio, Nos y todo nuestro clero y todos nuestros fieles habríamos encontrado la muerte». Para concluir brevemente: «Con nuestro hijo ilustre y protegido de Dios, el rey Desiderio, hemos establecido una paz firme, por cuanto él ha reconocido plenamente todos los derechos de san Pedro; lo que también os comunicarán vuestros enviados».

Por lo demás, el rey longobardo pronto dejó a Esteban III en la estacada, por lo que el papa volvió a romper laSTelacíones con él. Y entonces ocurrió un cambio total y repentino de la situación política.[13]

Soberanía exclusiva y antijurídica de Carlos y el comienzo de la guerra pro papa

Poco antes de morir el papa Esteban a finales de enero del 772 había muerto Carlomán (tras haber hecho grandes donaciones a iglesias y monasterios, y especialmente a la catedral de Reims y a la abadía de Saint-Denis) el 4 de diciembre del 771, junto a los bellos bosques de Laon donde le gustaba cazar. Sólo tenía veinte años. Tal desgracia impidió probablemente una guerra fratricida que ya se perfilaba. Carlos, que por entonces frisaba probablemente los 30, se convirtió en soberano de todo el reino franco. Con una flagrante violación de la ley, toda vez que postergó el derecho hereditario de los dos hijos de Carlomán, ambos todavía niños, y con una acción rápida de saqueo se adueñó del reino de su hermano.

121

Se trataba en definitiva de una tradición cristiana secular, tanto en el este como en el oeste. Y además se daba en la familia, toda vez que de manera muy parecida ya Carlos Martell, abuelo de Carlos —además (¿y también?) bastardo— había excluido a los herederos directos. Y Pipino, padre de Carlos, ¿no había tonsurado en el 754 a los hijos de su hermano, el depuesto Carlomán, encerrándolos en un monasterio y enterrando en él para siempre su derecho de herencia? Los fundadores de Europa. Los grandes modelos europeos. ¡Los ideales de Europa!

Carlos corrió hacia Corbény (un palacio carolingio en la antigua vía romana entre Laon y Reims), distante sólo unos kilómetros del lugar en que había muerto su hermano, y convocó a sus nobles. Acudieron en su mayoría, sin que faltasen ni obispos ni abades, y refrendaron el golpe de estado de Carlos. Los anales del reino mencionan, entre quienes se sometieron ante todo, «al obispo Wilhar de Sedunum (Sitien im Wallis), al sacerdote Folrad y a muchos otros eclesiásticos». Y como la violencia precede al derecho —también y precisamente entre el alto clero—, pronto la gran violencia fue preludio de grandes ventajas. El violador del derecho, Carlos, se

[13] Lib. Pont. Vita Steph. III c. 28 ss. Ibíd. Vita Hadr. c. 10 ss. Enhard, Vita Karoli 18. Cod. Caro1. 48. Hauck II 76 s. Gregorovius I 2 390 ss-, 396. Mühibacher I 128 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 253 ss. Büttner, Geschichte des Elsass 127. Classen, Kari 546 s. Seppelt/Schwaiger 89 s. Haller I 324 s. de Bayac 79 ss. Fleckenstein, Kari (1990) 23. Braunfeis (1991) 38 s.

convirtió en sucesor del reino de su hermano, que —según ya se dijo con un eufemismo jurídico— le correspondía «por derecho de expansión». Fue proclamado y ungido. Pero incluso más tarde sus documentos evitan cautelarmente hasta mencionar el nombre de Carlomán. Su viuda Gerberga huyó con sus hijos al palacio del rey longo-bardo Desiderio.

Sobre la infancia y juventud de Carlos casi no sabemos nada, extrañamente. Hasta se discute el año de su nacimiento. A menudo —y de acuerdo con los anales supuestamente más fiables— se señala como tal fecha el 2 de abril del 742. El nuevo *Lexicón des Mittelalters* (todavía inconcluso) da, sin embargo —de conformidad con otras fuentes pretendidamente de segunda categoría— «el 2 de abril del 747». El día concreto procede de un antiguo calendario del monasterio de Lorsch.

Durante mucho tiempo se consideró también a Carlos como hijo nacido fuera de matrimonio; se creyó que había nacido antes de que se casasen sus padres: Pipino y Bertrada, hija del conde Cariberto de Laon; una relación que sólo años más tarde se convertiría en verdadero matrimonio. Esto podría explicar, entre otras cosas, por qué no se entendió con su hermano Carlomán, nacido ciertamente dentro del matrimonio. También se explicaría perfectamente bien la sorprendente discreción de su biógrafo Einhard, quien en su *Vita Karoli Magni* escribe: «Yo considero absurdo hablar del nacimiento, infancia y juventud de Carlos, ya que hasta ahora nunca se ha hablado de ello y hoy ya no vive nadie que pudiera informar al respecto».

122

Cierto que Einhard escribió su famoso libro quince o veinte años después de la muerte de Carlos; pero veinte años antes de esa fecha vivía ya en el palacio del rey por entonces cincuentón. Pronto entró a formar parte de su círculo familiar más íntimo, sentándose a su mesa y convirtiéndose en su confidente; por lo cual resulta totalmente inverosímil que no hubiese oído nada sobre la infancia y juventud de su héroe y que ni siquiera hubiese conocido la fecha de su nacimiento. Y sobre todo cuando el propio Einhard dice que Carlos hablaba casi de continuo, que se le podría considerar un «parlanchín». También Paulo el Diácono cuenta que a Carlos le gustaba hablar de sus antepasados. Pero los *Anales* del reino sólo lo mencionan por su nombre una única vez antes de iniciar su gobierno (con la unción de Esteban II en Saint-Denis). Por lo demás, no es sólo en tiempos recientes cuando se afirma que ya existía una unión de Pipino y Bertrada al tiempo de nacer su hijo mayor. Como quiera que sea, eso encaja mejor con la imagen del «padre de Europa», para no hablar de su santidad, de la que en su tiempo los papas ciertamente nada dejaron vislumbrar.[14]

El sucesor de Esteban fue Adriano I (772-795), que reinó más tiempo que ninguno de los papas que le precedieron.

Adriano, perteneciente a la nobleza romana, era ya el tercer papa de la casa Colonna, y a su vez un decidido favorecedor de sus parientes, que ocuparon los cargos más importantes del Estado. Su tío Teodato era sochantre de la Iglesia y llevaba el título de cónsul y dux. Su sobrino Pascual llegó a ser asimismo durante su gobierno preboste *(primicerius:* algo así como el jefe de gobierno actual). Otro sobrino,

[14] Einhard, Vita Karoli 4; 25. Ann. reg. Franc. ad a. 771. MGH Antiquit. Poet. lat. I 483 ss. Taddey 624. LMA I 2038. III 222; 1737 V 956. Mühibacher I 119 ss., 136 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 35 ss., 47. de Bayac 82 ss., 386. Braunfeis, Kari (1991) 22, 117. Fleckenstein. Kari (1990) 23 s. Riché, Die Karolin-ger 114. El HEG I 549 (Schieffer) no dedica una sola palabra a la ilegalidad de la anexión: «inmediatamente Carlos tomó posesión del reino de su hermano...».

Teodoro, alcanzó también gran influencia en Roma.

En política exterior Adriano rompió con la actitud prolongobarda que al final venía manteniendo su predecesor. Pronto montó un frente contra Desiderio, que se negaba a devolver a la Iglesia romana algunas ciudades y territorios, fruto de las guerras de rapiña de Pipino. Por orden papal tan pronto como Paulo Afiarta, partidario de los longobardos, regresaba de la corte de los mismos, fue apresado por el arzobispo León de Ravenna, quien le hizo torturar y ejecutar.[15]

La eliminación de los cabecillas de la facción prolongobarda de la curia provocó de nuevo las amenazas y ataques del rey longobardo contra el Estado de la Iglesia, con los obligados incendios, saqueos y asesinatos. Y así llegaron de nuevo los gritos de socorro del papa, en nada diferentes de los de su predecesor Esteban II, que en tiempos había llamado a Italia a Pipino, padre de Carlos. Y así como en su tiempo el papa Esteban insistió en la guerra, así lo hizo también entonces el papa Ha-driano. Abiertamente le recordó a Carlos el ejemplo de Pipino. Repetidas veces le exhortó y presionó para que interviniera «contra Desiderio y los longobardos en el servicio de Dios, en favor de los derechos de san Pedro y para consuelo de la Iglesia», y para «completar la redención de la santa Iglesia de Dios». De ese modo preparó el camino a la intervención de Carlos en Italia, quien después marcharía cinco veces hacia el sur, anticipando las numerosas campañas italianas, que en el futuro llevarían a cabo los emperadores germánicos.

123

Por lo demás, Adriano, que probablemente era un diplomático más hábil que Carlos y que intentaba sacar lo que *rebus síc stantibus* podía sacarse, sólo vio tres veces personalmente al rey franco (quien prometía gustoso, pero que una y otra vez retrasaba sus viajes a Roma). Entonces, cuando Desiderio se convirtió también en defensor de los derechos de la viuda Gerberga, que había recurrido a él, y de los hijos de Carlomán menores de edad, a los que su «gran» tío había arrebatado su herencia, la mitad del reino franco, éste tras larga deliberación con sus nobles invadió con (otra) guerra el reino longobardo, que junto al franco era el único reino germánico todavía existente. Era el año 773. «En el mundo no había sitio para los dos» (Cartellieri).

¿Por qué no?

Einhard dice a este respecto: «A ruegos del obispo Adriano de Roma emprendió [Carlos] la guerra contra los longobardos. Era una guerra que ya su padre Pipino había acometido a instancias del papa Esteban, y no sin grandes dificultades, pues algunos nobles francos, con quienes habitualmente tomaba consejo, se pronunciaron tan resueltamente contra su propósito, que incluso llegaron a declarar abiertamente que abandonarían al rey y se volverían a sus casas».

Tampoco esta vez tenían los francos muchos deseos de sacar las castañas del fuego al santo padre. También esta vez se inclinaban por la paz. Pero el rey dio la orden tajante de marcha. Su ex suegro le resultaba odioso, y peligroso sin más, desde que se hacía protector de los huérfanos carolingios y no sólo defendía el derecho hereditario de los hijos de Gerberga, sino que incluso había intentado inducir al papa para que ungiera reyes a los hijos de Carlomán. No fue casual que Carlos empezase

[15] Lib. Pont. Vita Hadr. 1 ss. Vita Karoli c. 3. Ann. Lobienses a. 771. LMA IV 1821. Mühibacher I 133 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 259 s. Seppeit II 158 ss. Seppelt/Schwaiger 90. Stern/Bartmuss 92 s., 21. Aubin, Die Umwandiung 122. Epperlein, Kari 17 s. Bullough, Kari 45. Haller I 325. Fuhrmann/Martí 14 ss. Steinbach, Das Frankenreich 59 s. Fleckenstein, Kari (1990) 25. Braunfeis, Kari (1991) 80.

por apoderarse en Italia de la familia de su hermano, haciéndola así inofensiva. El papa, cuyas tropas alistadas por todas partes no podían ni de lejos hacer frente al poderío militar de sus enemigos, ardía de impaciencia por la intervención de Carlos. Mas como éste no deseaba aparecer ante los ojos del mundo como el tío malo que realmente era, ni como urdidor de una guerra contra los longobardos católicos, hizo algunas ofertas de mediación a su hermano de fe y ex suegro; con la esperanza cierta de que las rechazase, como así ocurrió.

124

Y todavía durante el curso de las negociaciones ya Carlos había establecido conexiones secretas con la oposición longobarda. Una buena parte del clero de allí le era especialmente afecto; en ese bando se encontraba un enemigo particular de Desiderio, el abad fundador Anselmo de Nonantola (que antes había sido duque de Friul), que también pudo haber facilitado la victoria de Carlos. Y naturalmente el franco inició los preparativos de la guerra, cuando todavía aguardaba el fracaso de las negociaciones de paz. Su soldadesca apostada en Ginebra, y en la que figuraban obispos, abades y los clérigos de la capilla palatina, era extraordinariamente numerosa y estaba perfectamente armada. Después de haber dividido las tropas en dos contingentes, una columna del ejército avanzó hacia Italia a las órdenes de su tío Bemhard, hermanastro ilegítimo de Pipino III, cruzando el Gran San Bernardo, el «Monte Júpiter»; mientras que la fuerza principal lo hacía por Mont Cenis, al mando personal de Carlos.

Si ya resultaba difícil cruzar los Alpes con incontables carros y miles de caballos, parecía casi imposible tomar los pasos que los longobardos habían cerrado y cruzar los desfiladeros, «las Puertas de Italia». Murallas, obras de fortificación y torres cerraban las gargantas de los valles entre monte y monte. Encajonados entre murallones abruptos quedaron inmovilizados los francos, con su caballería menos capaz de maniobrar todavía que sus tropas de a pie. Carlos, acurrucado y malhumorado en su tienda, celebraba un consejo de guerra tras otro con sus militares, parlamentaba con los longobardos y suavizaba cada vez más sus exigencias; pero en vano. Entonces un diácono hábil, enviado por el arzobispo León de Ravenna condujo una *scara francisca* (la guardia de corps, una unidad especial notablemente aumentada, a las órdenes según parece de Carlos, una llamada tropa de élite y la única armada de modo permanente) por una cima elevada, que no estaba defendida: la que siglo s después, persistiendo todavía las ruinas de tales fortificaciones, se llamaría «Vereda de los francos». Sorprendidos los longobardos al ver repentinamente a los francos en su retaguardia, se creyeron cercados y abandonaron a la desbandada sus posiciones. Fue un ardid, que Carlos utilizó con frecuencia en la guerra contra los sajones, contra Tassilo de Baviera y contra los avaros. Seppeit habla de un «arte estratégico superior».[16]

El agresor conquistó primero Turín y después su ejército, cruzando la llanura del Po «como una inmensa marea de hielos flotantes» (Stór-mer), cayó sobre Pavía. Carlos se reunió con el otro cuerpo de ejército y a finales de septiembre puso cerco a la ciudad residencial longobarda, fuertemente fortificada y bien provista de soldados,

[16] Ann. reg. Franc. a. 773. Einhard, Vita Karoli 3; 6. LMA IV 1821. Mühiba-cher I 134 ss. Seppeit II 161 ss. Brühl, Fodrum 397. Stórmer 1 175 s. Epperiein, Kari 20 ss. de Bayac 104 s. Fleckenstein, Kari (1990) 25. Braunfeis, Kari (1991) 36 ss. Ver asimismo la nota siguiente.

armas y víveres.

125 Carlos se dispuso a un largo asedio, hizo traer a sus hijos de la lejana patria y también a su esposa Hildegard, que tenía catorce años. Y cuando oyó que Adalgis, hijo de Desiderio, se había refugiado con la viuda y los hijos de Carlomán en Verona, entonces la ciudad de Italia más fortificada sin duda, partió en seguida hacia allí con una pequeña tropa.

Ya fuese debido a una traición o mediante una rendición regular, lo cierto es que Verona capituló pronto. Los parientes, Gerberga con sus hijos, pasaron a disposición de Carlos; pero las fuentes callan sobre su destino. En el mejor de los casos —como ya veinte años antes los queridos parientes de su padre Pipino— terminaron tonsurados en monasterios. Y en cualquier caso desaparecieron de la historia y con ellos se difuminaron las últimas pretensiones hereditarias a casi la mitad del reino franco. Una buena tradición de familia entre los francos. Adalgis escapó en el último momento hacia el Épiro y, tras una estancia intermedia en Salemo, al año siguiente huyó a Bizancio, cuando Carlos se presentaba en Roma.[17]

La avaricia de Adriano y el expolio del reino longobardo por Carlos

Pasó el invierno. Y mientras en el norte las ciudades longobardas iban cayendo una tras otra, el papa obstinadamente y en secreto procuraba adueñarse de las poblaciones longobardas de Italia central, pasando a sus manos un lugar tras otro. Sin embargo, estuvo especialmente interesado en el ducado de Spoleto donde precisamente había puesto como príncipe a Hildebrando, quien después se separó de él reconociendo como su soberano a Carlos; éste a su vez ya no devolvió Spoleto al papa. Pero de inmediato el Estado de la Iglesia experimentó una ampliación considerable.

En Pavía hacía ya mucho que habían terminado con todos los animales domésticos cazando ahora gorriones y ratas. Mas, pese a la hambruna feroz, pese a las epidemias y a las numerosas víctimas mortales, la ciudad continuaba sin caer. Así que antes de la Pascua Carlos dirigió sus pasos a Roma para orar en la (pretendida) tumba del príncipe de los apóstoles o, como se dice en los llamados Anales de Einhard: «para cumplir allí con su devoción». Es una expresión que los Anales reales repiten cada vez que Carlos viajaba a Roma, para cumplir allí sobre todo con su devoción.

Y allí tuvo una recepción triunfal el Domingo de Ramos, 2 de abril del 774. Ya a treinta leguas de Roma acudieron a saludar al franco los comandantes del ejército papal. Cerca de la ciudad estaban los niños de las escuelas con palmas y ramos de olivo. Hasta cruces —lo que habitualmente sólo se acostumbraba con los supremos soberanos— envió el atento anfitrión a su huésped. Éste por su parte se acercó al santo padre delante de San Pedro, en cuyo edificio se hospedaba por entonces con sus consejeros; Carlos subió de rodillas las escaleras besando cada uno de los peldaños, como hacía todo el mundo. Ya arriba el pontífice agradecido lo abrazó, rodeado de cardenales y dignatarios, mientras los sacerdotes cantaban: «¡Bendito el

[17] Ann. reg. Franc. 773 s. Einhard, Vita Karoli 3; 6. LMA III 725. Mühibacher I 134 ss. Seppeit II 163. Stórmer I 175 s. Epperiein, Kari 20 ss. de Bayac 104 s. Fleckenstein, Kari (1990) 25.

que viene en nombre del Señor!». Dándose la mano acudieron a la (supuesta) tumba del apóstol Pedro y se arrodillaron reverentes.

126

Domingo y lunes se celebraron solemnes oficios religiosos, y sin duda que los banquetes y las comidas de trabajo no fueron menos impresionantes. (Carlos, que era un bebedor muy moderado, arremetió a fondo con los manjares, como era su costumbre, necesitando una liebre entera con cuatro o cinco entremeses para quedarse satisfecho.) Pero ahora, por deseo papal, se cantaron también las laudes regias y aclamaciones al papa, al rey y al ejército franco. «¡Cristo, óyenos!» cantó con una voz potente quien luego sería santo y a quien el papa Adriano honraba de continuo con el calificativo de «el Grande», sobrenombre con el que pasó a la historia («Carlomagno»),

El miércoles santo, 6 de abril, el anfitrión abordó —en la iglesia de San Pedro— el asunto capital, que condicionaría todo su largo pontificado.

Apremiado por el papa insaciable a cumplir entonces las promesas, que en tiempos su padre y él mismo con su hermano Carlomán habían hecho al bienaventurado Esteban en el reino franco, Carlos renovó la «donación pipiniana» del año 754. Mandó a su canciller (notario) Hiterio que redactase un documento igual al de la tan controvertida donación de Quierzy («con el contenido preciso de aquella donación»). Es decir, que otorgaba a san Pedro «aproximadamente tres cuartas partes de Italia» (Kelly). El tal documento lo suscribieron él y sus grandes, primero sobre el altar del apóstol y después sobre su pretendida tumba, la *Confessio beati Petri;* diríase que poniendo la propia mano sobre el cadáver (ausente) de san Pedro, «en firme seguridad y memoria eterna de su nombre y del reino de los francos».

Sólo el cielo sabe lo que pudo pensar al respecto su soberano. En cualquier caso Carlos ya no se comportó como su padre Pipino. Supo distinguir entre el príncipe de los apóstoles y el papa y, aunque se mostró generoso en sus promesas, ciertamente que se quedó muy lejos de cuanto el santo padre habría querido. Y es que, como casi todos los santos padres, no podía darse por satisfecho con aquella guerra.

De las 55 cartas que se conservan de Adriano 1,45 están dirigidas a Carlomagno y se refieren casi exclusivamente a las posesiones papales, al miedo de perderías y al afán de incrementarlas; todo desvelado, desnudo y nauseabundo. («Mi reino no es de este mundo».) Quería grandes zonas de Italia. No se contentaba sólo con Tuscia, Spoleto y Córcega. Con «una audacia hasta entonces inaudita» (Ullman) pretendía territorios, que nunca pertenecieron a los longobardos sino que eran bizantinos, como Venecia e Istria. ¡Hasta amenazó al emperador con la excomunión por los territorios no devueltos!

127

Adriano, a quien incluso un concilio celebrado en París, en el 825, calificó de «falta de juicio, supersticioso, insensato, indecente y vituperable», se reclamaba ya a la «Donación constantiniana», por cuanto exhortaba a Carlos a imitar con celo el ejemplo del gran soberano, que bajo el papa Silvestre tan generoso se había mostrado con la Iglesia. «Los documentos sobre ese acuerdo se conservan en nuestros archivos de Letrán», declaró a Carlos. Pero cuando éste solicitó echar un vistazo y quiso ver la testificación de las donaciones, el papa rehusó presentar el original.[18]

---

[18] Ann. reg. Franc. a. 774. Cod. Caro1. 60. Kühner, Lexikon 54. Kelly 111. HEG 1549 s. Incluso el HKG III 1 167 consigna: «Carlos no llegó a Roma sólo para rezar». Seppeit II 163 ss. Mühibacher I 138. Cartellieri I

En vez de eso Adriano —«un maestro en el arte de pordiosear» (H. von Schubert)— envió reclamación tras reclamación, envió emisarios y exigió todo «cuanto en el curso de los tiempos emperadores, patricios y otras gentes temerosas de Dios [habían otorgado] al apóstol Pedro...», etc. «Créenos, grande y cristianísimo rey, hijo bueno e ilustrísimo, y ten plena confianza en que el Dios omnipotente te otorgará sin cesar salud y victoria incomensurable, en la medida en que con celo fiel y conforme con tu promesa [te mantengas] en el amor al príncipe de los apóstoles...», etc., etc.

Durante largo tiempo, y confiando en el biógrafo de Adriano, los historiadores creyeron que Carlos a su vez había ampliado notablemente la donación de su padre y que le había asignado la mayor parte de Italia, aunque por desgracia con la exclusión del reino longobardo del norte. «Hoy esa opinión ha sido abandonada» (De Bayac). Pero más tarde hasta circuló la fábula de que Carlos había cedido en Roma a san Pedro una parte de Sajonia, así como de la provincia de Westfalia convertida ya al cristianismo, a lo que el papa Gregorio VII se reclamaba como un hecho universalmente aceptado.[19]

Tras la conquista de Pavía, encarnizadamente defendida y rendida por hambre a comienzos de junio del 774, Carlos que ahora se autotitu-ló «rey de los francos y longobardos y patricio de los romanos», se ciñó la corona de hierro y anexionó el reino longobardo al reino franco. No hubo ni elección ni coronación propiamente dicha. Todo ocurrió obedeciendo a su propia fuerza, gracias al «derecho» del más fuerte. El reino longobardo continuó existiendo, el único que desapareció fue su rey entrando Carlos en su puesto. En la historia de Europa ello supuso la primera «unión personal» (Fleckenstein).

128

El depredador ocupó el palacio de su ex suegro, se adueñó del increíble tesoro de los reyes longobardos y lo repartió generosamente entre sus combatientes. Personalmente sólo retuvo la parte septentrional del reino. Ravenna y Roma se las entregó al papa mostrándose también en eso como un verdadero déspota.

Desiderio, último rey de los longobardos, pasó con su mujer y su hija, ex mujer de Carlos, a una prisión franca, desapareciendo después en un monasterio (probablemente en Corbie), donde todavía sobrevivió algún tiempo. Como quiera que fuese, desapareció para siempre.

El reino longobardo fue borrado del mapa. Sólo uno de sus ducados persistió con una autonomía relativa hasta el 1050: el ducado de Benevento, el más meridional y de mayor extensión. A comienzos del siglo VIII, su época de máximo esplendor, comprendía en el sur de la península algunos territorios de Calabria hasta Cosenza y zonas de Apulia hasta Tárente y Brindis!, alcanzando provisionalmente por el norte hasta Chieti. El territorio era extenso y fértil con un comercio bien desarrollado. Internamente sus duques tuvieron casi tanto poder como los reyes longobardos en su reino, y en política exterior casi fueron autónomos. En dependencia llevadera de los francos al comienzo, después hubieron de pagarles tributos cada vez más pesados.

---

186. Heiler, Der Katholizismus 297. Id., Altkirchiiche Autonomie 236. Daniel-Rops 495, 501. Caspar, Das Papsttum unter fränkischer Herrschaft 158. Haller I 327 ss. II 33. Ullmann, DieMachtstellung 140 ss., 190. Epperiein, Kari 65. Bullough, Kari 49. Seppelt/Schwaiger 90. Beumann, Das Paderborner Epos 376 ss. Fritze, Papst und Frankenkonig 49 ss. de Bayac 106 ss. Riché, Die Karolinger 126 s. Angenendt, Frühmittelalter 292 s.

[19] Mühibacher I 140. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 348 s. Haller I 328 s. De Bayac 389.

Tras la depredación de Longobardía por Carlos, tras la eliminación de su rey y la expulsión de su hijo en Italia, el duque Arichis II de Benevento continuó en cierto modo el reino de Pavía. Fue un príncipe especialmente interesado por las artes, al que Desiderio llamó a su lado en el 758 y con cuya hija Adelperga, sensata y culta como él, se casó. Tomó entonces el título de *princeps* y se hizo coronar.

Los beneventinos odiaban a los francos y a ningún precio querían caer bajo su férula, como ya les había ocurrido a sus vecinos del ducado de Spoleto. Cuando Carlos atacó de nuevo a Sajonia, Arichis urdió un complot dirigido contra el rey y contra el papa y con el apoyo de Adalgis, el hijo de Desiderio huido a Bizancio. Con la ayuda de las tropas griegas tenía que ponerse al frente de una sublevación, que también apoyaban los duques Hrodgaud de Friul, Hildebrando de Spoleto y Reginbaldo de Chiusi. Pero antes de que la conspiración pudiese estallar en marzo del 776 los conspiradores fueron traicionados y el papa Adriano alertó a Carlos sobre el inminente ataque «por mar y por tierra», para lo que empleó recursos retóricos muy similares a los que veinte años antes había utilizado el papa Esteban con Pipino. «Por lo que os conjuro por Dios vivo y el príncipe de los apóstoles para que acudáis sin tardanza en nuestra ayuda a fin de que no perezcamos.»
129

Carlos, que acababa de regresar de una victoria aniquiladora sobre los sajones, acudió presuroso a una guerra inmediata aunque corta, pese a lo desfavorable de la estación, pues era pleno invierno del nuevo año 776. Con una tropa escogida cruzó los Alpes cubiertos de nieve, aplastó la sublevación que sólo había estallado en Friul y «sometió toda Italia a su soberanía», como dice lacónicamente Einhard. El longobardo Hrodgaud, cabecilla de los rebeldes, a quien el propio Carlos había constituido duque de Friul, cayó en el campo de batalla. Y Carlos castigó duramente a los conjurados. Muchos fueron desterrados siéndoles confiscadas sus posesiones, y se tomaron más rehenes que antes. En las ciudades levantiscas el vencedor estableció guarniciones y sustituyó a todos los *duces* longobardos por condes francos *(et disposuit omnesper Francos: Annales regni Francorum).* Los longobardos colaboracionistas continuaron en sus cargos como condes, pero a su muerte también fueron sustituidos por nobles francos.

La rapiña de un segundo país (después de Aquitania), con el que ahora el reino franco llegaba hasta el Adriático, hizo posible al depredador ganarse a la nobleza feudal franca mediante distribuciones de tierras, ambicionadas especialmente por terratenientes medios (tierras que incluían campesinos libres reducidos a esclavitud). Carlos trasladó a muchos francos y alamanes al sur, donde camparon por sus respetos (incluso en puestos subordinados). Y desde entonces dominó en Italia una clase nobiliaria totalmente franca.

Todavía en el período postcarolingio, entre, los años 888 y 962, de los cerca de 96 condes y margraves de Italia septentrional está documentalmente probado que 74 procedían de familias del norte de los Alpes, y de casi todos los otros puede suponerse lo mismo con gran probabilidad. Dentro de las fronteras originarias del reino esto no hubiera sido posible sin acometidas violentas a los bienes raíces de la Iglesia. Así que, cual compensación por los bienes de la Iglesia incorporados, Carlos hubo de concederle el derecho de un doble diezmo (la *nona* y la *decima).* Ahora bien, fueron numerosos los pequeños terratenientes y colonos que se vieron mejorados en Italia, sobre todo en los lugares más importantes en el orden político-militar, donde los

vasallos, como *«cusíodes francorum»,* asumieron funciones de ocupación en nombre del rey, para mezclarse después con avaros, griegos y otros pueblos.[20]

También a la Longobardía envió Carlos obispos y abades. Más aún, fue la Iglesia nacional franca la que obtuvo especiales beneficios de la guerra victoriosa.

Las principales sedes episcopales pronto estuvieron ocupadas por francos, bávaros y alamanes: Pavía, Spoleto, Verona, Vicenza, Vercelli, Milán, etc. Las manipulaciones fueron tales, que hasta el papa Adriano temió ser suplantado por algún franco. Sin ningún motivo. Según parece, todo el territorio bajo la suprema autoridad papal, el futuro Estado de la Iglesia, fue «respetado y evitado con escrupulosa exactitud» d-íla-witschka) en el asentamiento de los vasallos.[21]

130

Fuertemente favorecidos se vieron asimismo los monasterios francos. Así, inmediatamente después del derrumbamiento de la soberanía franca Carlos otorgó al monasterio de Saint-Martin de Tours la isla de Sirmione en el lago Garda y toda la Val Camonica a la vez que otras posesiones en Pavía. Saint-Denis obtuvo el valle de Veitlin, la abadía de Saint-Maurice d'Augaune y fincas en Tuscia. Con tales donaciones el agresor buscaba sobre todo asegurarse los pasos alpinos. De ese modo Saint-Martin controlaba ahora el enlace con los sistemas de pasos de los Alpes grisones y de los Alpes orientales. Y Saint-Denis todos los pasos grisones. Los monasterios de Fulda, St. Emmeram (Ratisbona), St. Gallen y Reichenau obtuvieron más tarde posesiones en Italia y las hicieron administrar por sus monjes. (Tras la pérdida de esas posesiones italianas intentaron los monasterios todavía por largo tiempo mantener sus pretensiones con la falsificación de numerosos documentos.)[22]

El monarca dotó también a ciertos monasterios italianos poniéndolos así al servicio de sus intereses económicos y sobre todo militares. Sorprende a este respecto el que no beneficiase a ninguna de las casas sitas en el interior del país y que «por el contrario, todos los monasterios a los que hizo donaciones ocupasen puntos de singular importancia estratégica, ya fuese en las fronteras del reino o en grandes vías de comunicación» (Fischer). Así, privilegió al monasterio de San Dalmazzo en Pedona, que aseguraba los pasos de Colle di Finestre y Col de Larche, conducentes al reino franco, a la vez que el camino hacia la costa ligur por el Col di Tenda. Al monasterio de Bobbio le otorgó Carlos, ya a los pocos días de la conquista del reino longobardo, todo el territorio entre el monasterio y el mar junto con Montelongo, porque e1 monasterio controlaba la vía de Piacenza a Genova y la de Pavía hacia Tuscia. Y motivos parecidos se dieron en las donaciones a los monasterios de San Pietro in

---

[20] Einhard, Vita Karoli 6. Ann. reg. Franc. a. 774. Cod. Caro1. 50, 59. Lib. Pont. Vita Hadr. c. 5 ss., 29 ss. LMA 1 829 s-, 930 s., III 190 ss., 774 s. Mühibacher 1133 ss., 142 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 261 ss. Cartellieri I 183 ss. Hauck II 81. Brühl, Fodrum 392 ss. Fischer, Konigtum 171. Schmid, Zur Ablosung 3 s., 12, 19 ss. Foa-kes-Jackson 701 s. Epperiein, Kari 19 ss. Haller 126 ss. Steinbach, Das Frankenreich 60. Schramm, Kaiser, Konige 135. Bullough, Kari 49. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 39. Id-, Kari (1991) 39. De Bayac 101 ss., 186 s. Prinz, Grundiagen und Anfánge 94. Hiawitschka, Franken, Alemannen 33 ss., 39 ss., 74,96 s. Fleckenstein, Kari (1990) 26 ss. Deér, Zum Patrizius-Romanorum-Titel 271 s.

[21] Todos los textos de las fuentes citados en Hiawitschka, Franken, Alemannen 32, 38, 44. Ver asimismo Epperiein, Kari 24.

[22] Todas las citas en Hiawitschka, Franken, Alemannen 30 s., 66. Comp. también Epperiein, Kari 24. Schmid, Zur Ablosung 30 ss. Fischer, Konigtum 7 s., 173 ss. Fleckenstein, Kari (1990) 28 s.

Brugnato, Montamiata al suroeste de Chiusi, San Anti-mo, Farfa, etc.[23]

Hasta una hambruna, que se cernió sobre Italia en el 776, la aprovechó la Iglesia. Mucha gente, en efecto, malvendió sus bienes y hasta los regaló convirtiéndose con sus mujeres e hijos en siervos de la gleba. Todo ello lo declaraba nulo una capitular de Carlos, el 20 de febrero del 776, ¡exceptuadas las ventas y donaciones hechas a las iglesias! Sobre las mismas debía decidir el tribunal real junto con los obispos y condes. En la misma, sin embargo, el rey terminaba reprochando a los obispos de Italia su avaricia.[24]

131

Lo suficiente no basta

El insaciable afán de posesiones de Adriano I, cuyo reino no tenía que ser de este mundo, tiene algo de salvaje. De continuo ruega, pordiosea y exhorta (a menudo en guerra contra la gramática). Entreteje los deseos de victoria para las guerras de Carlos y multiplica los cumplidos con una escritura que «chorrea néctar». No deja (desde el 781) de llamar a Carlos

«compadre». Pero son pocas las cartas de Adriano, en las que no insista sobre lo específico, lo único que importa y apremia: las posesiones.

Una y otra vez vuelve el papa a lo mismo con una insistencia realmente penosa. Más aún, no se avergüenza de recordar al rey la Donación constantiniana, «al piadoso emperador Constantino el Grande de feliz recordación, por cuya generosidad la santa Iglesia de Dios, católica, apostólica y romana fue exaltada y glorificada». Y como (supuestamente) entonces, así querría el santo padre que volviesen a ser las cosas; así también ahora, bajo Carlos, ojalá que «la santa Iglesia de Dios, a saber, la del bienaventurado apóstol Pedro, floreciese, jubilase y eternamente fuese exaltada más y más, a fin de que todos los pueblos a los que llegue la noticia puedan exclamar: Oh Señor, guarda al rey y escúchanos el día en que clamamos a ti; pues he aquí que en estos tiempos ha surgido un nuevo Constantino, un único emperador divino de todos los cristianos...». El papado «se ha atenido gustosamente en todas las épocas a lo escrito, aunque esté falsificado como la tal Donación constantiniana, que también pertenece a la cultura carolingia» (Braunfels).[25]

El santo padre quiere matrimonios en Tuscia, Spoleto, Benevento, en la Sabina y en Córcega. Querría ver a Carlos, como ya su predecesor Esteban quiso ver a Pipino, padre de Carlos, para engatusarlo con su lenguaje grandilocuente y poder incitarlo a dos guerras. El soberano franco ya había notificado su (segunda) visita a Roma para la Pascua del 778. «Como la tierra suspira por el agua, así estábamos nosotros a la espera de vuestra alteza meliflua», murmuraba el papa desilusionado. Las campañas bélicas condujeron a su alteza meliflua hasta España y Sajonia. Así que el papa sólo pudo continuar presionando para que «accediese con el fin de recuperar Terracina y a la vez conquistar Cajeta, Nápoles y nuestro territorio de la región napolitana».

Sólo en la Pascua del 781 pudo Adriano recibir en Roma al soberano franco con su mujer y sus hijos; pero ni de lejos pudo cubrir gastos. Cierto que se confirmó la

[23] Fischer, Konigtum 176 ss.
[24] MG Capit. 1 Ni- 88. Schmid, Zur Ablosung 22 s. Fischer, Konigtum 79.
[25] Mühibacher 1149 s. Seppeit II 170 s. Braunfels. Kari (1991) 80.

posesión del ducado romano, del exarcado de Ravenna y de la Pentápolis, al tiempo que se le otorgaba la Sabina. Pero el ducado de Spoleto, que al tiempo de la invasión de Carlos la Iglesia romana se había sometido por propia cuenta, hubo de devolverlo Adriano, no obstante su insistencia en que el rey se lo había otorgado personalmente a san Pedro. Los plenipotenciarios francos ejercieron allí sus cargos sin consideración al papa. Y también quedó en buena medida insatisfecho su deseo de apoderarse de Tuscia, pues Carlos quiso mandar sobre el antiguo reino longobardo, aunque sólo fuese como soberano supremo.

132

El gobierno directo se lo había asignado a su hijo de cuatro años, Pipino; y Adriano, que le había bautizado y asumido el puesto de padrino, hubo también de ungirle como rey, así como a su hermano menor Luis, que alguna vez habría de gobernar Aquitania. Con ello se mantuvieron tanto la soberanía de Carlos como la unidad del reino. Cierto que el joven Pipino tuvo que vincularse por entero al país y a sus gentes, a lo que también contribuyeron las acciones del obispo romano (bautismo, padrinazgo, unción); pero sólo pudo ser una especie de virrey, un corregente, un «participante en el reino», como se dirá en el 806. Entre tanto se establecieron unas regencias tutelares para cada uno de los *«reges»,* como se les llamó a Pipino y a Luis.

Con ello no pensaba Carlos en desmembrar Italia en favor del papa; ni pensaba en hacer efectiva su promesa de donación del 774. Le benefició el haberla ignorado, aún estando garantizada de forma tan santa, como les ocurre siempre a los santos. Tampoco se tuvieron en cuenta por entonces los deseos territoriales de Adriano en Italia meridional, pues Carlos no quiso indisponerse con el duque Arichis de Benevento, yerno de Desiderio, tras el cual se encontraba B izando.[26]

Así pues, aunque en su tiempo se llegó a toda una serie de donaciones, ratificaciones, tributos e impuestos en favor del papa, también quedaron sin satisfacer muchas de sus ambiciones territoriales; y Carlos —que en cierta ocasión hasta hizo detener a un emisario pontificio «por algunas palabras intolerables»— evidentemente no se tomó el trabajo de darles satisfacción cumplida. Decidió por encima de la cabeza del papa, dispuso sobre territorios, que había prometido al papa o que ya le pertenecían de hecho, sin preocuparse lo más mínimo. Especialmente a partir de la desaparición del reino longobardo el obispo romano quedó inerme por completo frente a Carlos, se convirtió en su subdito y Roma en una ciudad franca, por cuyo soberano Carlos se rezaba en el servicio divino, como probablemente ya se hiciera por Pipino (¡y se hizo más tarde por muchas autoridades prepotentes y queridas por Dios... hasta Hitler!).

Incluso un anciano eclesiástico, rival de Roma, como fue León de Ravenna, estuvo respaldado por Carlos, cuando al igual que el papa no pudo resarcirse convenientemente. En efecto, cuando tras su conquista de Pavía el rey regresó de inmediato para poder combatir sobre todo a los sajones, el arzobispo arrebató al santo padre una tras otra las ciudades de Romagna y de Emilia: Faenza, Forli, Cesena, Comac-chio. Ferrara, Imola, Bolonia... Expulsó a los funcionarios de Adriano por la fuerza de las armas o los hizo prisioneros, con el propósito evidente de crear un

[26] Ann. reg. Franc. 781. Cod. Caro1. 64. Mühibacher I 145 s., 150 s. Seppeit 11 171 s. Caspar, Das Papsttum unter fränkischer Herrschaft 45 ss. Prinz, Grundiagen und Anfánge 94. Fleckenstein, Kari (1990) 29 s. Braunfeis, Kari (1991) 39, 42, 80 s.

Estado eclesiástico ravennatense a costa del romano. Y como el propio papa, también se reclamó a una «donación» de Carlos, a quien tan útil acabó siendo en la guerra contra los longobardos. Rechazó todas las protestas, ataques e inculpaciones de Hadria-no, defendió su causa personalmente ante el rey, que evidentemente le apoyó, y con gran disgusto del papa conservó hasta su muerte los territorios anexionados.

133

Y si un obispo de Ravenna podía comportarse así con el papa, quiere decirse que el casi omnipotente soberano franco podía hacerlo mucho más. Se permitió de hecho intervenir no sólo en cuestiones territoriales sino incluso en las que atañían a la vida interna de la Iglesia, en la administración y la jurisprudencia. Y el papa Adriano hubo de aceptarlo y replicar después en voz baja: «En todo ello hemos actuado de acuerdo con nuestra exigencia real». O repetir: «A ese respecto hemos cumplido vuestras recomendaciones con buena voluntad, según estamos habituados a hacerlo».[27]

Pero la ambición impertérrita del papa por incrementar el Estado de la Iglesia se mantuvo siempre; cosa que él, naturalmente, veía de modo bien distinto. Sólo unos años antes de morir escribía al rey Carlos: «mas no debéis creer que os comunico estas cosas porque estoy codicioso de las ciudades otorgadas por Vos a san Pedro, sino que se debe simplemente a la solicitud por la seguridad de la santa Iglesia romana».[28]

«… enviad en seguida un cuerpo de ejército», solicita el papa Adriano contra Benevento

En el caso de Benevento, que para él era desde siempre como una espina en el ojo, para Adriano sólo se trataba de una cuestión de seguridad. Una y otra vez incita contra su príncipe. «En su odio contra los longobardos el papa no dejó de atizar los ánimos por todos los medios» (Hartmann). Con lo cual no sólo intentaba empujar a Carlos con maquinaciones y mentiras a una guerra contra Benevento, cuyo duque Arichis proclamó abiertamente su voluntad de paz, sino que reclamaba incluso una guerra ofensiva contra el imperio griego, afirmando que disponía de informaciones seguras sobre un complot de Anchis con Bizancio.

Carlos, que en el invierno del 786 cruzó con un ejército los Alpes, siendo su tercera visita a Roma, en enero se encontraba ya en la «ciudad eterna», donde el papa lo recibió con toda la pompa. Allí también Romualdo, hijo de Arichis le presentó entre espléndidos regalos el ofrecimiento de su padre de «cumplir en todo la voluntad del rey», si éste no marchaba «contra Benevento» *(Annales regni Francorum)*. Pero el papa quería la guerra. Quería la ocupación y sometimiento de Benevento para eliminar un peligroso enemigo y poder satisfacer las propias ambiciones de dominio. Más tarde el papa diría que era «una obra para exaltación de la santa Iglesia romana».

134

Carlos apresó a Romualdo y avanzó sobre Capua, mientras Arichis cambiaba su

---

[27] Cod. Caro1. 86; 94. Annal. Lauriss. a. 786 s. Annal. Maxim. a. 787. Hauck II 84 ss., 89 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 278 ss., 285 ss., 301 ss. Mühibacher I 150. Dresdner 132. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 348 s. Seppeit II 168 s., 174. Seppelt/Schwaiger 91 ss. Riché, Die Karolinger 128. Haendier, Die lateinische Kirche 71. Enfáticamente en p. 73: «el papa Adriano... siempre estuvo en dependencia de Carlos...».

[28] Cod. Caro1. 90.

residencia por la poderosa fortaleza marítima de Salerno, donde en el peor de los casos aún le quedaba la posibilidad de huir por mar. A través de otra embajada ofreció al monarca franco enviarle rehenes, entre los cuales figuraba, además de Romualdo, también su hijo menor Grimoaldo, que se encontraba con él en Salemo. Einhard habla también de «una gran suma de dinero».

Carlos cedió esta vez. Prestó oídos a sus súplicas y «se abstuvo de la guerra también por motivos de temor de Dios...». ¿De temor de Dios?

¡Como si alguna vez tal temor le hubiera apartado de algo! Con la ayuda de Dios arremetía más bien de continuo. ¡Casi cada año! Pero —de nuevo según una fuente franca— supuestamente tuvo «más en cuenta procurar el bienestar del pueblo que doblegar la obstinación del duque». En realidad Salemo era una ciudad difícil de conquistar, y más si no se contaba con una flota. Y una sublevación en Italia meridional, una guerra con Bizancio, podían resultar tanto más fatales para Carlos cuanto que en el norte se perfilaba una guerra contra los avaros. **Y,** finalmente, tampoco «los obispados y monasterios tenían que ser devastados».

Motivo suficiente para no «guerrear» por una vez. Así pues, Carlos tomó como rehenes a Grimoaldo con doce nobles longobardos y devolvió a Romualdo a su padre, quien a una con sus subditos hubo de emitir el juramento de fidelidad, reconocer la soberanía franca y pagar un tributo anual de 7.000 sólidos de oro.[29]

Condiciones duras. Carlos podía estar contento. Volvió a Roma «para cumplir con su devoción en los lugares santos» (Einhard). Con gran regocijo debió de celebrar allí la santa festividad de Pascua. Por el contrario, el santo padre estaba menos satisfecho, aunque el rey franco cumplió en buena medida sus pretensiones. Le «donó» un gran número de ciudades, entre ellas las meridionales de Arpiño, Aquino y Capua. También se incrementó el patrimonio papal en la región en tomo a Salemo. Y en el norte otorgó Carlos al papa «una ampliación notable del Estado de la Iglesia» entregándole muchas ciudades de la Tuscia longobarda, como Soana, Viterbo y Orvieto. «Un éxito considerable», lo considera Seppeit, historiador católico de los papas.

135

Pero Adriano no quedó contento. Ni siquiera se tranquilizó, cuando en julio y agosto del 787 murieron el duque Arichis y su hijo mayor Romualdo. Los beneventinos suplicaron la liberación de Grimoaldo, que era el heredero del trono más directo y que continuaba como rehén en el reino franco, a la vez que la devolución de las ciudades otorgadas al.papa, amenazando en caso contrario con denegar su obediencia. Pero el santo padre volvió a presionar a Carlos: «Haced lo que vuestra sabiduría considere bueno; pero en el caso de que los beneventinos no cumplan vuestras órdenes, como han prometido, enviad en seguida un cuerpo de ejército contra ellos. También hemos convenido ya con vuestros enviados que, si para el día primero de mayo los beneventinos no cumplen vuestra voluntad, avance de inmediato sobre ello vuestro ejército preparado en la frontera; más tarde no sería conveniente por el calor del verano».

El papa solicitaba la marcha de un ejército franco sobre Benevento a más tardar el

[29] Ann. reg. Franc. ad a. 786 s. Einhard, Vita Karoli 10. Mühibacher I 151 ss. Seppeit U 172 s. De Bayac 187 ss. Fleckenstein, Kari (1990) 31. Atinadamente escribe H. Enzensberger, Unteritalien p. 788: «El verdadero enemigo de Arichis fue el papa Adriano I».

1 de mayo del 788. Carlos no accedió a ello, aunque tal vez sólo como consecuencia de la situación al norte de los Alpes. Sólo excepcionalmente envió legados especiales a Benevento, y más tarde, cuando Adalgis temiendo una invasión del ducado se encontraba ya en Calabria, permitió a Grimoaldo que asumiese el poder en Benevento a cambio del reconocimiento de su suprema soberanía y de otras obligaciones. A este respecto el papa ya había advertido al rey: «Por lo que se refiere a Grimoaldo, hijo de Anchis, os rogamos muy encarecidamente que no creáis a nadie más que a Nos; podéis estar seguros de que Italia no estará tranquila, si permitís que Grimoaldo vaya a Benevento». Entretanto un ejército bizantino había desembarcado en Calabria. Mas, por orden de Carlos, Grimoaldo en unión con el duque Hildebrando de Spo-leto atacó a los bizantinos y los derrotó por completo.

A la larga tuvo razón Adriano al pensar que Grimoaldo no soportaría los duros dictados de Carlos. Desposó a una sobrina del emperador bizantino y rompió con los francos. Obedeciendo órdenes Pipino devastó el 791 el territorio italiano del «rebelde». Y dos años después emprendió Pipino, apoyado esta vez por tropas aquitanias a las órdenes de su hermano Luis, una segunda incursión de castigo contra Benevento, aunque sin lograr nada decisivo. Una epidemia de hambre le obligó y un edicto suyo hasta impuso ¡comer carne en tiempo de ayuno!, como recuerda aterrado el analista de Lorsch. Y en el 801 fracasó un nuevo ataque por una peste que diezmó el ejército de Pipino.[30]

La política del papa no sólo apuntaba naturalmente contra Benevento sino también contra Bizancio, cuyos soberanos habían mandado en Roma siglo tras siglo antes de que los papas los despidiesen con ayuda de longobardos y francos y pudieran burlarse de la autoridad que Dios les había conferido.

136

Tal vez ya desde el 774, pero con seguridad desde la segunda visita de Carlos a Roma en el 781, Adriano dejó de contar los años del gobierno papal por los años del emperador, como había dispuesto el emperador Justiniano I, sino por los años de pontificado. El papa denegó al soberano bizantino la prerrogativa de fechar los documentos papales según los años de gobierno de aquél, reclamándola para sí. Evidentemente no pensaba otorgar de ninguna manera ese privilegio al rey de los francos y los longobardos, al patricio de los romanos, y ni siquiera compartirlo con él. Demostraba así más bien que «ya no estaba dispuesto a reconocer ninguna autoridad superior fuera de Dios» (Menzer). Y Adriano sustituyó también en sus denarios de plata el nombre e imagen del emperador por su nombre e imagen propios. Con lo cual pasaba al papa «tal vez el más esencial de todos los derechos imperiales», presentándose ahora el papa *«quasi imperator»,* como un emperador (Deér).[31]

Adriano I murió en la Navidad del 795. Su sucesor fue elegido ya al día siguiente, y a lo que parece por unanimidad.

---

[30] Einhard, Vita Karoli 10. Cod. Carol. 79 ss. Annal. Guelferb ad a. 790 s. An-nal. Lauresham. ad a. 793. Mühibacher I 153 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 306 ss., 315 s. Seppeit II 173. Gaspar, Das Papsttum unter fränkischer Herrschaft 69 ss. De Bayac 190 ss. Deér, Zum Patrizius-Romanonim-Titel 241 nota 8; 272.
[31] JE 2395 (22.4.772). JE 2435 (1.12.781). JE 2437 (1.11.782). Just. Nov. 47 c. 1. LMA IV 1821. Deér, Die Vorrechte 34 ss., 38, 108 s. Id., Zum Patrizius-Romano-rum-Titel 288 ss., 306 s. Ullmann, Die Machtstellung 144.

Un martirio (falso) y una coronación imperial (casi auténtica)

León III (795-816), nativo de Roma, de naturaleza débil y, según se decía, de origen más bien humilde, se apresuró a garantizar su lealtad a Carlos. Con el anuncio de su elección le envió la llave de la supuesta tumba de san Pedro; lo que no tenía ningún significado político, mientras que el envío del estandarte de la ciudad, junto con el juramento de lealtad de los romanos, constituía un claro signo de sumisión del Estado de la Iglesia al soberano franco. Éste, por su parte, envió a Roma a su capellán palatino Angilberto, abad de Saint-Riquier (que en concubinato con Berma, hija de Carlos, había tenido dos hijos), con esta instrucción: «Exhorto apremiantemente al papa a un comportamiento honorable y sobre todo a la observancia de las sagradas ordenanzas eclesiásticas... Y con todo empeño le encargó la supresión de la herejía simoníaca, que en muchos lugares mancha el cuerpo de la santa Iglesia, y que a menudo hemos lamentado los dos, como te recordarás».

Carlos tenía motivos, evidentemente, para exhortar al papa «a un comportamiento honorable». Pero más duro aún debió de resultarle al papa tener que leer en una misiva, enviada por las mismas fechas, cómo el rey franco compartía la autoridad en el mundo occidental y cómo se consideraba el señor y soberano y que a él sólo le confiaba los rezos.

«Nuestra causa es con la ayuda de Dios defender por doquier con las armas la santa Iglesia de Dios contra el ataque de los paganos y la devastación de los infieles, y afianzar dentro y fuera la fe católica. Vuestra causa. Santo Padre, es la de sostener nuestra fuerza armada con las manos alzadas a Dios como Moisés, a fin de que por vuestras oraciones y con la gracia de Dios el pueblo cristiano obtenga en todas partes y siempre la victoria sobre los enemigos de su nombre y que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en todo el mundo.»[32]

137

León III reconoció desde el comienzo la soberanía suprema de Carlos sobre el Estado de la Iglesia. Ya antes Carlos había intervenido en cuestiones internas de la Iglesia, prohibiendo a los clérigos minucias más o menos insignificantes, como la visita a las tabernas, la cría de perros y azores, los juegos de prestidigitación, y a las monjas que escribieran

«poemas amorosos». Hasta se había ocupado del uso de zapatos en el servicio divino y del empleo de sabanillas para cubrir los altares. Y, naturalmente, reglamentó sobre todo los asuntos más importantes de la Iglesia en su reino, mientras que el papa obedecía como siempre. En el sínodo de Frankfurt (794) Carlos decidió, asesorado por su teólogo palatino, hasta en cuestiones de fe en contra del papa. A instancias del rey elevó León la sede de Salzburgo a la categoría de arzobispado (798), convocó un sínodo en Roma y organizó la Iglesia en los territorios arrebatados a los avaros. Y, como subdito del emperador, fechó también sus monedas según los años de su reinado.

De por vida permaneció el papa sometido. Tanto más cuanto que el «representante» desconsiderado y ambicioso se enfrentaba en Roma a una fuerte oposición clerical, en la que figuraban altos dignatarios de la corte y parientes de su

[32] MG Epp IV 135 s. Nr. 92. 136 ss. Nr. 93. LMA 1634 s. V 1877. Gregorovius I 2 444 s. Mühibacher I 263 s. De Bayac 244, 253 ss. Braunfeis, Kari (1991) 71, 81.

difunto predecesor. Dado que con las posesiones temporales de los papas aumentó también su nepotismo, casi todos los cambios ministeriales condujeron a la formación de nuevos partidos y al deseo exarcebado de la nobleza por hacerse con las riquezas y el poder de la Iglesia.

Y así ocurrió también entonces. Bajo el caudillaje de dos parientes de Adriano I, el preboste Pascual y el capellán Campulus, las tensiones que se agitaban desde comienzos del pontificado de León estallaron en un motín. Y en la denominada procesión de las Cruces Negras el día de san Marcos, 25 de abril del 799, los secuaces del papa desaparecido parece que intentaron cegar y matar al sucesor. Al menos según los *Anales* reales, mientras cabalgaba desde Letrán a la iglesia de San Lorenzo, «le pincharon los ojos y le mutilaron la lengua» *(ac lingua de-truncaverunt).* También Einhard lo refiere de modo muy parecido. Pero no debió de ser tan grave, pues poco después hablaba Carlos de «la admirable salud del papa». Aunque circuló también la versión de su curación milagrosa, de la recuperación de la vista y del habla. Y evidentemente el santo padre se había cuidado de difundir personalmente la fábula por la corte de Carlos. Por otra parte, mientras sus enemigos negaban haberle cegado y mutilado en modo alguno, los enemigos de los enemigos pretendían verlo como un milagro no pequeño: ¡san Pedro había hecho fracasar por completo el atentado![33]

138

Según parece, mientras su séquito huía León III fue tirado del caballo, golpeado en el rostro y arrastrado hasta una iglesia, ante cuyo altar volvieron a maltratarle dejándole en el suelo. Más tarde «el instigador de aquel acto», un verdadero samaritano, lo encerró en el monasterio del santo mártir Erasmo (cuyo abad estaba en connivencia con los conjurados) «para que allí le curasen» *(Anmales regni Francorum).* Como los dos partidos, formados ambos por buenos católicos, continuasen combatiéndose, el camarero Albino trasladó al santo padre durante la noche saltando los muros del monasterio, conduciéndolo hasta Spoleto el duque de Winigis, que había acudido presuroso. León alcanzó la corte de Carlos, siendo éste el primer viaje de un papa a través de los Alpes al reino franco desde los días de Esteban II.

Debió de ser una verdadera marcha triunfal acudiendo todo el pueblo a ver a quien apenas podían creer curado y a besar sus pies. En Paderborn la multitud se postró en tierra delante de él. El papa entonó un *«Gloria in excelsis»,* y Carlos y el papa, el *«rex pater Europae»* y el *«Summus Leo pastor in orbe»* —según cantaba un poema panegirístico surgido entonces—, «Karolus Magnus et Leo papa» se abrazaron entre lágrimas. (Solemne servicio litúrgico y banquete con abundancia de patos salvajes en platos de plata y Falerno en copas de oro. En 1963 se excavaron restos del trono, en el que Carlos se había sentado.) Con asombro mira el rey —según la descripción poética— los ojos pinchados, que brillan de nuevo y escucha hablar de nuevo la lengua mutilada, y a las puertas de la iglesia los clérigos cantan las maravillas de Dios en coros alternos.

Pronto, sin embargo, comparecieron también los representantes del partido hostil del papa, los «hijos perversos del diablo», como los califica el historiador papal. Y con

[33] Ann. reg. Franc. ad a. 797. MG Epp. 4 Nr. 178. Einhard, Vita Karoli 28. Küh-ner, Lexikon 54. Kelly 113. LMA 1877. Mühibacher I 265 ss., 271 s. Cartellieri I 215. Neumann, Das Pademorner Epos 310 ss., 348. Wein 94. Braunfeis, Kart (1991) 81. Prinz, Grundiagen und Anfánge 94. De Bayac 263 s.

toda precisión acusaron a León de cohecho, perjurio y adulterio. En modo alguno se trataba de acusaciones infundadas, como creyeron no sólo algunos círculos francos (el arzobispo de Saizburgo lamentaba en cartas privadas los crímenes papales) y como confirmaron las investigaciones llevadas a cabo en Roma. A prio-ri Carlos había tenido sus dudas acerca de la aptitud de León para papa. Pero se quiso mantener a toda costa la autoridad del santo padre. El teólogo anglosajón Alcuino, director de la escuela palatina carolingia y abad de media docena de monasterios, se preguntaba qué pastor de la Iglesia quedaría incólume «si se deponía a quien era la cabeza de las Iglesias de Cristo». Un relato del arzobispo Amo, hombre ciertamente de fe firme y muy devoto del papado, que llegó de Roma con pruebas de la vida desenfrenada del papa, lo quemó Alcuino «por miedo al escándalo que podía suscitar».

139

Pero «siguiendo el ejemplo de sus predecesores» León se purificó, el 23 de diciembre del 800, en Roma y en presencia de Carlos, a cuyo tribunal se sometió, «de los crímenes que se le imputaban, invocando con juramento a la santa Trinidad» *(Annales regni Francorum)*. Sostuvo el evangelio sobre su cabeza e invocó a Dios, «delante de cuyo tribunal todos hemos de comparecer», como testigo de su inocencia. También insistió repetidas veces en la voluntariedad de su juramento —«pero esto lo hago por mi propia y libre voluntad, para alejar cualquier sospecha»—, aunque de hecho se vio forzado a tomar tal decisión. Tras de lo cual sus enemigos fueron condenados a muerte cual reos de lesa majestad, pero después fueron indultados y desterrados al reino franco, pudiendo regresar a Roma con el papa siguiente. (Al poco de morir Carlos este mismo papa llevó a cabo, luego de descubrir otro complot contra él, un proceso de alta traición en su propio palacio y «condenó a muerte sin piedad a centenares de personas» [Kelly]; fue declarado santo, como conviene también a un asesino papal de escritorio; de todos modos su fiesta, que se celebraba el 12 de junio, con el tiempo fue suprimida.)[34]

Dos días después de su juramento de purificación, en las navidades del 800, León III coronó a Carlos durante la misa, formando parte la ceremonia de coronación del servicio divino (Benz). Evidentemente quería el papa apartar la atención de su justificación penosa y asegurarse a sí mismo una posición especial frente a los demás metropolitanos con una mayor autonomía. En cualquier caso representó la fundación del imperio medieval en Occidente. Mientras los congregados proclamaban Augusto a Carlos, León le rindió homenaje con una genuflexión; aunque hemos de decir que fue la primera y la última genuflexión de un papa ante un emperador occidental.

Según parece Carlos se sintió desagradablemente sorprendido, ya que a todas luces aquello apareció en Constantinopla como un golpe de Estado. Según Einhard, aseguró que jamás habría entrado en la iglesia aquel día, de haber sabido las intenciones del papa. En el mejor de los casos esto constituye un claro intento por

[34] Ann. reg. Franc. 799 ss. Lib. Pont. Vita León. ffl c. 11 ss., 21 ss. MG Epp. V 63 s. MG Poetae I, 366 ss. Annal. Lauresham ad a. 800. Annal. s. Amandi (MG SS I 14). LThK VI² 947. Kelly 114. Simson, Jahrbücher II 224 ss. HEG I 580 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 337 ss. Cartellien I 215 ss. Mühibacher I 271 ss. Hauck II 95. Stem/Bartmuss 110. Gontard 170 ss. Seppelt/Schwaiger 93 ss. Ferrari 119 ss., 305 ss. Zimmermann, Papstabsetzungen 27 ss. Beumann, Die Kaiserfrage 299 ss. Haller II 218 ss. Epperlein, Kari 67 ss. Beumann, Das Paderbomer-Epos 309 ss. Id., Der Kaiserfrage 299 ss. Classen, Kari 59. De Bayac 263 ss. Braunfeis, Kari (1991) 81. Hartmann, Die Synoden 122 s. Haendier, Die lateinische Kirche 74 s. Hemnann, Kirchenfürsten 53.

pintar las cosas de color de rosa, y es más bien una falsedad, como si a Carlos le hubiera podido molestar deber algo a un papa, y más a un papa como aquél. Como quiera que sea, poco después hizo regalos a León con un peso aproximado de setenta y cinco kilos de oro. De todos modos ya nunca volvió a Roma y —una vez más según Einhard— soportó «la celotipia de los emperadores orientales con admirable serenidad».

140

Desde hace tiempo, sin embargo, se pone justamente en duda, y hasta se rechaza abiertamente, la interpretación del acto de coronación como una maniobra de sorpresa por parte del papa. Sin duda que hubo negociaciones previas a la coronación, como testifican los *Anales* de Lorsch. Y sin duda también que León tuvo buenos (o mejor diríamos malos) motivos para actuar como lo hizo. «Con la exaltación de su protector el papa puede haber perseguido su rehabilitación personal; con la creación de un emperador puede haber visto una mayor seguridad para sí mismo, y con la coronación por su propia mano puede haber querido borrar la humillación de su juramento purificatorio. Y sin duda tras su gesto se escondía la falsificación aneja al nombre de Constantino, que entregó al papa el dominio de Roma y de Occidente, dominio que ahora León transfería al rey franco» (Aubin). El papa se había arrogado un derecho, que habría de tener una influencia nefasta, aunque como dice Ranke, fuese «en principio una extraña pretensión de distribuir coronas».

En la Navidad del 804 León visitó a Carlos durante algunas semanas en Quierzy y Aquisgrán y se jugó «la falseada Donación constantinia— na... como la última carta política con Carlomagno» (Ohnsorge). Y al año siguiente estalló la guerra con Bizancio, en la cual se combatió por Dalmacia y Venecia, que se conquistaron, se perdieron y volvieron a reconquistarse. En la paz de Aquisgrán del 812 Carlos devolvió, sin embargo, sus conquistas a cambio de su reconocimiento como emperador y la concesión del tratamiento de hermano. Renunció a Venecia, la costa dálmata e Italia meridional, sólo cuando Miguel I (811-813) le reconoció como emperador.[35]

Toda su vida la pasó Carlos guerreando. Y nada hizo con mayor gusto.

[35] Vita León. ni c. 23. Einhard, Vita Karoli 28. Ann. reg. Franc. ad a. 801; 804 ss. Annal. Lauresham ad a. 801. Hartmann, Geschichte Italiens U 348 ss. Kelly 113 s. Ploetz 71 s. Kornemann II 498. Eichmann, Die Kaiserkronung 123 ss. Haller ü 20 ss. Gontard 172 s. Seppelt/Schwaiger 95 s. Hay 338 s. Tellenbach, Europa 431 ss. Benz, «Cun ab oratione surgeret» 341 s., 347 ss. Steinbach, Das Frankenreich 65 s. Classen, Romanum gubemans Imperium 20 s. Epperlein, Kari 69. Brackmann 41 ss. Müller-Mer-tens 56 s. Schramm, Kaiser, Konige I 255 ss. Beumann, Nomen imperatoris 182 ss. Braunfeis, Kari (1991) 86 s. Aubin, Die Umwandiung 142 s. Haendier, Die lateinische Kirche 75 s. Fleckenstein, Karolingerzeit 709. Ranke según: Borst, Ranke und Kari der Grosse 461. Erdmann, Forschungen zur politischen Ideenweit 16 ss., espec. 79 ss., 87 ss. Prinz, Grundiagen und Anfánge 99 ss. Fines 53 s. Ohnsorge, Ost-Rom und der Westen 5 ss., no duda «del descontento de Carlos por la investidura imperial». Ver 10 ss.

141

CAPITULO 7. CARLOMAGNO Y SUS GUERRAS

«Tengo al franco por amigo, mas no por vecino.»

PROVERBIO GRIEGO[1]

«De todas las guerras que Carlos hizo la primera fue la aquitánica... Después de acabada aquella guerra... Carlos se dejó inducir por los ruegos y súplicas de Adriano, obispo de Roma, y declaró la guerra a los longobardos... Después reemprendió la guerra contra los sajones... ininterrumpida durante treinta y tres años... y con todo el poderío bélico de que disponía irrumpió en España... Carlos venció también a los bretones... y amenazó a los beneventinos con un ataque, si no querían sometérsele... Entonces estalló de repente la guerra bávara... Tan pronto como fueron aplastadas aquellas sublevaciones, se declaró la guerra a los eslavos..., la guerra más grande sin duda de cuantas hizo Carlos..., y tan valioso fue el botín que se hizo en las batallas, que bien puede decirse, que los francos arrebataron legítimamente a los hunos lo que éstos habían arrebatado antes ilegítimamente a otros pueblos... Su última campaña la emprendió Carlos contra los germánicos del norte; se les llama también daneses... piratas del mar en sus orígenes. Estas fueron, pues, las guerras, que hizo el poderoso rey Carlos..., planificó con gran prudencia y llevó a cabo con gran éxito. Agrandó el reino franco, que ya había recibido grande y fuerte de su padre Pipino, ampliándolo casi el doble... Carlos... se demostró con ello... como un gran gobernante, habiéndose ocupado largamente en tales planes.»

EiNHARD[2]

«.Su objetivo fue el de ganar el mundo para Dios y para Cristo en la medida en que le fue posible, aprovechando el ímpetu germánico.»

SCHOFFEL , JESUÍTA[3]

142

1. LA «MISIÓN» SANGRIENTA DE LOS SAJONES (772-804)

Los sajones, cuyo nombre (sin duda una forma abreviada de *Sahsnótas)* significa compañeros o gentes de la espada, aparecen mencionados por vez primera en los escritos del matemático, astrónomo y geógrafo Claudio Ptolomeo, que vivió en el siglo n. Su valentía la temieron ya los romanos, y Tácito exaltó su sentido de la justicia. «Sin avaricia y sin desmesura, tranquilos y aislados, no provocan ninguna guerra, ni causan devastaciones con campañas de saqueo y botín.» Sus incursiones armadas las realizaban por mar y por tierra: las primeras en troncos de árboles ahuecados, en los que cabían alrededor de tres docenas de hombres.

Llegando tal vez de Escandinavia, prefirieron asentarse en zonas costeras. Durante largo tiempo se quedaron en la zona septentrional francesa, que se llamó *sinus saxonicus* (golfo sajón), y en Flandes, ocupando también los territorios de Lüneburg tras la retirada de los longobardos. A mediados del siglo V una buena parte pasó a

[1] Einhard, Vita Karoli 16.
[2] Ibíd. 5 ss.
[3] Schóffel, Kirchengeschichte Hamburgs 14.

Inglaterra, pero la mayoría continuó asentada en el continente, donde su reino se extendió por todo lo que hoy es la Alemania noroccidental, exceptuados los territorios frisones.[4]

De todas las comarcas alemanas únicamente las sajonas, de las que conocemos más de un centenar por sus nombres, continuaron siempre en las mismas manos. Menos expuestas a las influencias romanas, también conservaron su identidad nacional mejor que los pueblos que vivían más al sur. Y aquellos sajones paganos tuvieron «las mejores leyes», según reconoce hasta el abad de Fulda, Rodolfo. «Y se esfuerzan por muchas cosas de provecho y de conformidad con la ley natural persiguen cosas honrosas con honestidad de costumbres.»[5]

Su nombre no comprende una tribu única, sino más bien una asociación de tribus (sobre lo que discuten los investigadores), a cuya formación contribuyeron, además de los sajones, los chaucos, los angrivarios, los cheruscos, los longobardos, los turingios y los semnones. Más tarde se incorporaron también los engerios, los westfalios y ostrofalios así como los sajones del Elba. Los francos, empero, los consideraron como miembros de un solo pueblo y por lo general les llamaron *«saxones»* sin más distinción. Tras su conquista de Turingia, emprendida al alimón con los francos, el 531, se quedaron con la parte oriental, que aún lleva su nombre.

143

Es probable que en sus orígenes también los sajones tuviesen reyezuelos; pero entre ellos no se desarrolló un reino o un ducado propiamente dicho. Su sociedad la formaban cuatro clases: nobles *(nobiles),* libres (li*berí),* latos *(liti)* y esclavos *(servi),* siendo ya los «latos» los ligados al suelo, los siervos de la gleba. Las clases inferiores se defendieron contra la cristianización y dominio de los francos, en tanto que la nobleza procuró salvaguardar sus intereses apoyándose en el enemigo del Estado.[6]

También en otros lugares fue la clase acaudalada la que primero se pasó al cristianismo. Mientras que, por ejemplo, la nobleza de Civitas Treverorum, del obispado de Tréveris, se convirtió a finales del siglo IV, los arrendatarios, los siervos y los braceros se mantuvieron por más tiempo y con mayor obstinación en las viejas creencias «convirtiéndose» sólo mediado el siglo V. Algo parecido ocurrió en la región de Trento, donde los *coloni* vivían como gentiles, cuando ya los señores terratenientes se habían hecho cristianos. Y también entre los eslavos sus príncipes precedieron probablemente a sus tribus en el bautismo. «Así discurrieron las cosas en todas partes con la labor misional dirigida oficialmente, no constituyendo nada especial el que la misión franca se desarrollase "de arriba abajo". Una construcción "democrática", que hubiese empezado desde abajo, por los estratos populares socialmente insignificantes, habría sido imposible, pues hubiera aparecido sin más como una demagogia y la nobleza la habría rechazado» (Flaskamp). Difícilmente

---

[4] Problem. geogr. 2,11,7. Plin. hist. nat. 16,76. Tacit. Germ. 35. Schmidt, Die Westgermanen 37 ss., 60s. Behn 74 s. I 30 s. Stern/Bartmuss 94 s. Züllner, Die poli-tische Stellung 170. Njeussychin, Die Entstehung 231.

[5] Greg. Tur. 4,10. Fredeg. 4,74. Marius Avent. Chron. a. 555 s. HEG 197,283 s. Hauck II 328. Petri, Der Rhein 594. Demm 64. Wemeburg 15 s. Aubin, Die Umwandiung 123. Hauck, Ein Utrechter 735. Zóllner, Die politische Stellung 170. Cram 158.

[6] Taddey 1050. HEG I 147 ss. «sobre el ordenamiento en general de las clases germanas» y 552 s. Schmidt, Die Westgermanen 62 s., 69. Behn 73 s. Jordán 530. Zóllner, Die politische Stellung 171. Haendier, Die lateinische Kirche im Zeilalter der Karolinger 102. Novy, Die Anfánge 41 ss.

puede considerarse casual el que en el cambio completo de la situación durante los primeros siglo s cristianos por doquier fuese la clase dominante la que se prometió las mayores ventajas de la religión del amor.[7]

SAQUEAR Y CRISTIANIZAR, «UNA BAZA DE LA POLÍTICA GUBERNAMENTAL FRANCA»

Si en la aniquilación del reino de Turingia, en el 531, los francos habían combatido aún en unión con los sajones, ya en el 555-556 Clotario I llevó a cabo dos campañas contra ellos. En la primera sucumbió sensiblemente, pero en la siguiente les impuso un tributo. Hacia el 629, durante una campaña devastadora, Clotario II hizo matar a todos los sajones que levantaban más que su espada. Pero cuando en el 632-633 a las órdenes de Samo ayudaron a Dagoberto I contra un ejército vendo, y aunque contribuyeron poco a la campaña, el rey renunció al tributo de 500 vacas que venían pagando durante más de cien años. Con ello fueron totalmente independientes. Pero cuando en el 715 irrumpieron en el territorio del Ruhr inferior, Carlos Martell emprendió una serie de guerras devastadoras sobre ellos, obligándoles a pagar tributo y tomándoles rehenes.

144

Como entre los frisones, tampoco entre los sajones, considerados como «los más paganos» *(paganissimí),* consiguieron ningún éxito los ataques por sí solos. Todos aquellos avances más allá del reino franco «comportaban algo de irremediablemente temerario» (Schieffer). Y, como entre los frisones, también en el sometimiento de los sajones pronto colaboró el clero en estrecha unión con los conquistadores. Ambos se ayudaron mutuamente. Primero se saqueaba a espada el país, después se afianzaba el dominio común mediante la ideología cristiana y la organización eclesiástica, los conquistados y «convertidos» se adaptaban y eran explotados económicamente.

Los reyes y los nobles francos no tuvieron colaboradores más devotos que los clérigos, y éstos no encontraron promotor más solícito que el feudalismo franco. La victoria militar llevó consigo la inmediata cristianización. A donde la espada franca no llegó, como a los daneses por ejemplo, tampoco se dio misión alguna. De ahí que, al igual que entre los frisones, también entre los sajones su lucha por la libertad se trocó de inmediato en una lucha contra el cristianismo, que aparecía a sus ojos como símbolo de la esclavitud y del dominio extranjero. De ahí también que tanto frisones como sajones odiasen particularmente al clero, destruyesen las iglesias en cualquier sublevación, expulsasen a los misioneros y no pocas veces matasen a obispos y sacerdotes, resultándoles sospechoso a priori cualquier predicador cristiano que se presentase. Casi siempre estaba, en efecto, al servicio de un poder hostil que imponía el yugo, que actuaba como su introductor y estabilizador... El contraste no podía ser mayor respecto de la labor misionera de la Iglesia antigua, cuando se intentaba ganar a los individuos y lentamente a una comunidad tras otra.

Ahora se quería «convertir» de una vez al mayor número posible de gente, a toda una tribu, al pueblo entero. De antemano se buscaba un éxito masivo, como después

[7] Flaskamp, Die frühe Friessen-und Sachsenmission 194. Fleckenstein, Grund-langen 162.

ocurriría siempre durante la Edad Media. Así, en el curso del siglo VIII se intentó cada vez más abrir camino al cristianismo a cualquier precio y bautizar por la fuerza a los vencidos. «Esta conexión de guerra y cristianismo anuncia la nueva forma de colaboración entre Iglesia y Estado» (Steinbach), que por lo demás también suele llamarse «protección de fronteras» y «contramedidas» (Schlesinger).

Ahora la cristianización pisaba los talones a la campaña de sometimiento, sólo con el innegable objetivo de vincular más fuertemente a los sometidos al reino... «Una baza de *la política gubernamental franca,* la cual respondía al convencimiento de que la doctrina evangélica de la obediencia obligatoria era capaz de doblegar la rebeldía obstinada más aún que el poder de la espada» (Naegle).[8]

145

Entre los sajones, entre quienes los campesinos esclavos eran extraordinariamente numerosos, las clases populares inferiores opusieron en parte una resistencia violenta a la expansión franca y a la conversión forzosa. Para ellos conducía a una especie de esclavitud. La nobleza sajona, por el contrario, cuyo dominio se veía amenazado por libres y latos en una lucha de clases que se agudizaba cada vez más, se mostró mucho más accesible a la nueva religión, que de hecho era precisamente feudal, y más dispuesta a los acuerdos. En parte era ya cristiana y había entroncado con los francos. (La situación era al menos muy similar en Turingia.) La nobleza sajona favoreció muy pronto la acción misionera para asegurarse el dominio sobre las clases inferiores y afianzar la propia posición; una conducta característica a lo largo de la guerra. En el 782 y en el 898 esa misma nobleza entregó abiertamente a los francos a sus campesinos menos de fiar. Y también hizo de inmediato numerosas donaciones a la Iglesia. En cambio las clases inferiores *(plebeium vulgus)* rechazaban el cristianismo todavía en la segunda mitad del siglo IX.[9]

El pueblo mantenía los sacrificios y usos paganos y odiaba a los párrocos cristianos. Únicamente la espada de Carlos consiguió el objetivo. Aplastamientos y sublevaciones se sucedían sin interrupción, provocando campaña tras campaña. Fue necesaria una guerra de más de treinta años, que devastó el país de continuo, diezmó la población y pronto asumió el carácter de una guerra de religión, para difundir un poco más por el mundo la buena nueva y el reino de Dios; para conducir a los sajones «al único Dios verdadero, para convencerles de que había algo superior a la lucha y la victoria, a la muerte en el campo de batalla y a los placeres en el Valhala» (Bertram).

Habría sido la guerra más sangrienta y larga de cuantas llevaron a cabo los francos, según escribe Einhard, el confidente de Carlos, en su *Vita Caroli Magni,* primera hagiografía de un gobernante de la Edad Media. Y esa «predicación con lengua de hierro» —según una expresión del siglo IX— con la que se convirtió el país de Sajonia pasó a ser una especie de modelo de toda la práctica misionera cristiana en la Edad

---

[8] Cont. Fredeg. 13; 27, 35. Ann. reg. Franc. a. 744; 747; 753; 758. Ann. Metí. a. 748; 753; 758. Naegle I 36. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 338. Schmidt, Die Westgermanen 53 ss. Holl 125. Bucher, Germanentum 162. Sante 204 ss. Löwe, Deutschiand 143. Schieffer, Winfried-Bonifatius 273.

[9] Epperlein, Herrschaft und Volk 53. Bleider, Fránkisc-Karolingische Klóster 128 ss. Ann. reg. Franc. a. 743 s., 747. Transí, s. Liborii c. 7. Vita Lebuini antiqua c. 6. Hauck II 332 s. Bertram 17. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 335. Ahiheim 162. Dannenbauer, Grunlagen 147 ss. Stem/Bartmuss 96 ss. Drógereit, Die schriftiichen Quellen 466 s. Zóllner, Die politische Stellung 172 s. Steinbach, Das Frankenreich 49 s. Patze/SchIesinger I 341. Schiesinger, Zur politischen Geschichte 47 s. Id., Die Franken im Gebiet 1 ss. Kominski/Skaskin 90. Schulze, Die Entwickiung 32. Epperlein, Herrschaft und Volk 54 s. Id., Kari 32. Graus, Volk 159. Los dos últimos autores ofrecen amplias referencias a las fuentes y a la bibliografía en general.

Media. Y hemos de pensar que sólo existen relatos francos sobre las guerras sajonas. Y pronto los cronistas clericales falsearon la misión a sangre y fuego hasta hacerla pasar por una obra de conversión serena y pacífica por completo.[10]

146

El comienzo de la cultura carolingia entre «los más paganos», o «las banderas cristianas entran en Sajonia»

Los ejércitos de Carlos —que en las campañas de mayor envergadura estaban formados por apenas 3.000 jinetes y entre 6.000 y 10.000 soldados de a pie— raras veces sobrepasaban los 5.000 o 6.000 guerreros. A diferencia de lo que ocurría todavía en tiempos de su abuelo Carlos Martell, el núcleo del ejército lo constituía la caballería pesada. Los jinetes iban armados con cota de malla, yelmo, escudo y espinilleras, con lanza y hacha de guerra (con un valor aproximado de 18 o 20 bueyes). Y todo ello por Jesucristo. Las compañías de a pie, todavía numerosas, combatían con maza y arco. (Sólo desde el 866, bajo Carlos el Calvo, estuvo obligado al servicio militar cada franco que poseyera un caballo, por lo que la infantería dejó de jugar un papel importante en el ejército.) Por lo demás, en las guerras carolingias no se pagaban soldadas: se repartía el botín del saqueo.[11]

La carnicería cristiana («misión a espada»), con la que Carlos continuó las guerras sajonas de su padre, empezó el 772. El «rey apacible», como repetidas veces le llaman los anales reales coetáneos, conquistó entonces la fortaleza fronteriza de Eresburg (la actual Obermarsberg, junto al Diemel), un punto de partida importante de sus operaciones militares durante la primera mitad de las guerras sajonas. Y destruyó (probablemente allí) la Irminsul, el santuario nacional sajón, consistente en un tronco de árbol, extraordinariamente grande, que los sajones veneraban como «la columna que sostiene el Universo» en un bosquecillo sagrado al aire libre. Más tarde Carlos confió al abad Sturmi de Fulda el mando de la fortaleza de Eresburg, reconquistada una y otra vez, perdida, destruida y de nuevo reconstruida.

Mas también otros obispos y abades le prestaron a Carlos servicios militares. Estaban obligados además, como los condes, a mantener un campamento; obligación que incumbía incluso a las abadesas. También acompañaban ya entonces cuadrillas de clérigos al ejército franco, con el fin de que, según refiere el biógrafo de Sturmi, «mediante la sagrada instrucción en la fe sometiesen el pueblo, atado desde el comienzo del mundo con las cadenas de los demonios, al yugo suave y ligero de Cristo». Exactamente desde aquel año utilizó Carlos un sello con la inscripción: «Cristo protege a Carlos, el rey de los francos».

Después de que los cristianos saqueasen por completo el lugar de culto,

---

[10] Einhard, Vita Karoli c. 7. Transí, s. Liborii c. 5. Mulbacher I 159 s. Bertram 17. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 334. Hauck II 351. Wiede-mann 11. Brandi 6 s. Epperlein, Herrschaft und Volk 55. Zóllner, Die politische Stellung 172 s. Fleckenstein, Karolingerzeit 707.

[11] HEG I 155 (bibliografía en nota 18) y 560. Montgomery 1 163, 168. Braun-feís, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 34 ss. Ampliamente: Riché, Die Karolinger 117 ss. Muchos investigadores «calcularon» hasta cien mil guerreros, ibíd. Ange-nendt. Frühmittelalter 326 habla de unos 2.000 vasallos directos y de cerca de 30.000 indirectos, «éstos últimos de la Iglesia en su mayor parte».

incendiasen el bosquecillo sagrado y destruyesen la columna, se retiraron con las ofrendas sagradas allí amontonadas y con abundantes tesoros de oro y plata, «el apacible rey Carlos se llevó el oro y la plata, que allí encontró», relatan escuetamente los *Anales* reales. Y al poco tiempo sobre el santuario gentil saqueado y destruido se construyó una iglesia «bajo el patrocinio de Pedro» (Karpf), el portero del cielo, desplazando al dios sajón Irmin (idéntico probablemente al dios germánico Saxnoth/Tiwas). ¡Qué progreso![12]

147

En los años siguientes «el rey apacible» combatió sobre todo en Italia; a través del emisario Pedro (así se llamaba realmente el enviado) el papa Adriano le había invitado a que «por amor a Dios y en favor del derecho de san Pedro y de la Iglesia le ayudase contra el rey Desiderio...» *(Annales regni Francorum).* Pero ya en el 774, apenas de vuelta del expolio del reino longobardo, el buen rey Carlos envió cuatro cuerpos de ejército contra los malvados sajones: tres de ellos «salieron vencedores con la ayuda de Dios», como informa una vez más el analista real, mientras que el cuerpo contingente volvió sin ni siquiera haber combatido, pero «con un gran botín y sin pérdidas» al dulce hogar.

Y después el propio Carlos introdujo de algún modo «las banderas cristianas en Sajonia» (Groszmann), con lo que ante sus «ojos la guerra se configuraba cada vez más claramente como la guerra de la fe», según reconocía en 1899 el canónigo AdolfBertram.[13]

Preocupado por el curso ulterior de la guerra el propio Carlos había consultado mediante correos a un experto si había algún signo de que Marte hubiese acelerado su carrera y hubiese alcanzado ya la constelación de Cáncer. Conquistó Sigibur en el Ruhr y cruzó el Weser, «siendo muchos los sajones que allí fueron degollados», avanzando hacia Ostfalia, con ánimo de «no abandonar hasta que los sajones vencidos se hubiesen sometido a la religión cristiana o hubieran sido exterminados por completo». Era el programa de una guerra de 33 años «con una motivación cada vez más religiosa» (Haendier). Efectivamente, en su planificación representaba algo totalmente nuevo en la historia de la Iglesia: «una guerra misionera directa, que no es preparación de una obra misional, sino que es por sí misma un instrumento misionero» (H.-D. Kahl).

Corría precisamente la década, en que la oración de un sacramentarlo (un misal) llamaba abiertamente a los francos el pueblo elegido. Ya en su tiempo las guerras de Carlos contra los sajones se consideraron como guerras contra los paganos, y por lo mismo fueron también tenidas como justas. «Levántate tú, varón escogido por Dios, y defiende a la Esposa de Dios, de tu Señor», le incitaba el anglosajón Alcuino, uno de sus asesores más íntimos. Y el monje Widukind de Corbey escribía más tarde: «Y cuando vio cómo su noble pueblo vecino, los sajones, estaba preso en la vana herejía,

---

[12] Ann. reg. Franc. a. 772. LMA ni 2129 d. V 663 (Karpf). Mühibacher 1163 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 136. Kaminsky, Studien zur Reichabtei Corvey 19 ss. Beumann, Die Hagiographie «bewaitigt» 151. Dóbler 104. Prinz, Herrschafts-formen der Kirche 19. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen Riché, Die Karolinger 134. Bemmann 84 s., 88, 120. Kahí escribe a propósito del «botín extraordinariamente rico... que el sentimiento piadoso había depositado allí: ¿Quién puede escapar al mismo cuando de algún modo se da a lo ancho del imperio?» Kari der Grosse und die Sachsen 57.

[13] Ann. reg. Franc. a. 773 s. Groszmann, Klóster Fulda 344. Bertram 18. Las demás citas de Bertram en: Deschner, Die Politik der Pápste II 202.

se esforzó por todos los medios para conducirlo al verdadero camino de la salvación».
148

Por todos los medios. Por lo que se refiere al año 765 los *Anales* reales lo aclaran en forma lapidaria: «Después de haber hecho rehenes, haberse adueñado de abundante botín y haber provocado tres veces un baño de sangre entre los sajones, regresó a Francia el mentado rey Carlos con la ayuda de Dios *(auxiliante Domino)».*

El botín, los baños de sangre y la ayuda de Dios son cosas que vuelven de continuo, y de continuo el buen Dios está del lado del más fuerte. En el 776: «Pero la fuerza de Dios superó justamente la de ellos... y toda la multitud de ellos, que presas del pánico se habían dado a la fuga uno tras otro matándose mutuamente... sucumbieron a los golpes recíprocos, y así fueron sorprendidos por el castigo de Dios. Y cuan grande fue el poder de Dios para salvación de los cristianos nadie puede decirlo». En el 778: «Allí se inició una batalla, que tuvo muy buen fin: con la ayuda de Dios quedaron vencedores los francos y allí fue degollada una gran multitud de sajones...». En el 779: «... con la ayuda de Dios...», etc. Y entre los regulares asesinatos en masa de los veranos unas veces en esta hacienda palatina y otras en aquella ciudad donde celebraba «el denominado rey apacible» las Navidades...

Se combatía contra los paganos, y eso lo justificaba todo. Cuadrillas de clérigos acompañaban al degollador. Ocurrían milagros de toda índole. Y tras cada campaña se regresaba con abundante botín. En el principado de Lippe hubo bautizos en masa, sobre todo de nobles: llegaron los sajones con mujeres y niños en una multitud incontable *(Inumerabilis multitudo)* y se hicieron bautizar y dejaron tantos rehenes cuantos el mentado rey les exigió».

Y en la brillante asamblea nacional, celebrada en Paderbom en el 777 se agolparon de nuevo y abjuraron solemnemente «de Donar, de Wotan y de Saxnot y de todos los espíritus malignos, compañeros suyos» y prometieron fe y lealtad «a Dios Padre omnipotente, a Cristo Hijo de Dios y al Espíritu Santo». En efecto, éste pasó a ser un principio firme: primero el campo de batalla, y después el campo de misión. Así, en el método misionero del rey franco, practicado siempre desde entonces, entraba primero el bautismo y después la instrucción. Una secuencia a la que todavía hoy se atiene por el peor de los motivos la Iglesia (que en su época primera difundió la práctica contraria del bautismo de adultos, confiriendo el bautismo sólo *después* de haber impartido la instrucción pertinente).
149

UNA MISIÓN SEGÚN «LAS LÍNEAS DE CHOQUE MILITARES...»

Así que ahora los sajones no sólo tenían que responder de su subordinación «con toda su libertad y sus propiedades», sino que el territorio del que fueron despojados se dividió en seguida, y en presencia de numerosos obispos, entre los obispados de Colonia, Maguncia, Würzburg, Lüttich y Utrecht, así como entre los monasterios de Fulda y Amorbach y en diócesis de misión, según la respectiva situación geográfica, quedando firmemente incorporado al reino franco. Todavía en vida de Carlos se constituyeron los obispados de Münster, Osnabrüch y Bremen, verdadero «centro neurálgico» de la propaganda cristiana entre los sajones. Con ello la división de los obispados misionales correspondió desde el 777 «a las líneas de choque militares de

los francos del Rin inferior y del Main» (Lowe).

Pronto llevó Carlos misioneros de todas partes al territorio conquistado: misioneros de Frisia y anglosajones, misioneros de Maguncia, Reims, Châlons-sur-Mame. De todas partes afluían los propagandistas clericales de ciudades episcopales y de monasterios —que ya en la antigüedad eran «castillos feudales»— (Schuitze), pero que a comienzos de la Edad Media ya tenían funciones que más tarde, cuando la política medieval fue en buena parte una política de burgos, correspondieron a los burgos propiamente dichos. Desde Colonia, Lüttich, Utrecht, Würzburg, desde Echtemach, Corbie, Visbeck, Amorbach, Fulda, Hersfeid acudieron los portadores de la buena nueva hacia el país pagano contiguo. Y es que en todas partes a la espada le seguía «la misión en conexión inseparable» (Petri), entrelazándose el acontecimiento salvífico «ahora indisolublemente con la conquista militar del territorio extranjero como una obra común de la Iglesia y del Estado feudal» (Donnert). Guerra anexionista y política misionera y la espada y la cruz, los militares y el clero, todo ello formaba ahora de hecho una unidad inseparable, trabajando codo con codo por decirlo de alguna manera. Lo que arrebataba la espada tenía que preservarlo la predicación. «La misión había tenido unos comienzos prometedores» (Beumann).[14]

El espinazo militar de las guerras de Carlos, «verdaderos baños de sangre» (Grierson) fueron (según el modelo romano) las fortalezas fronterizas difícilmente expugnables, construidas sobre montes y a la orilla de los ríos. Por ello nada tiene de sorprendente que las primeras fundaciones episcopales fijas estuviesen en las puertas de entrada y salida de la fortaleza del Weser: Paderbom, donde Carlos más tarde, a su regreso de Sajonia oriental, se detuvo una y otra vez con sus tropas, donde construyó un palacio real y, ya en el 777, una «iglesia de admirable grandeza» *(Annales Laureshamenses),* la iglesia de San Salvador; y Osnabrück y Minden, así como los dos monasterios más antiguos del primer período franco en Sajonia: Corvey y Herfbrd. «Bajo Carlomag-no se fundaron nuevos monasterios casi exclusivamente como puntos de apoyo en el país pagano recién sometido» (Fichtenau).

150

También se habían erigido ya los obispados de Würzburg, Erfurt y Büraburg (en Fritziar), precisamente allí donde pocos años después Carlomán y Pipino llevaron a cabo sus campañas contra los sajones (743, 744 y 748). Junto a los centros misioneros

---

[14] Ann. reg. Franc. a. 775 s. Vita Wigberti c. 13. Widukind 1,15. Schuitze 1298 s. Mühibacher I 163 ss. Hauck II 328 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 335. Löwe, Deutschiand 143. Jordán 533. Büttner, Mission und Kirchenorganisation 468. Con tal misión se asociaron también «muchas veces los bautizos masivos»: Bemmann 75. Id., Die politische und kirchiiche Erfassung 29, 43. Petri, Der Rhein 604 s. Ahiheim 161 ss. Stem/Bartmuss 98 s. Dollinger, Schwarzbuch 118 s. Brandi 8, 14 s. Steinbach, Das Frankenreich 61. Tellen- bach, Europa 429. Donnert 309. Novy, Die Anfánge 21 s. Kahí, Kari der Grosse und die Sachsen 65. Steinbach, Das Frankenreich 62. Ebner 56 , 70. Comp. también Backes 15 ss. Haendier, Die lateinische Kirche 99 s. Beumann, Das Paderbomer Epos 314. Epperlein, Kari 33 ss., 46, 92, 95. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 43 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 45. Muchos historiadores, probablemente en su gran mayoría, están plenamente de acuerdo sobre la matanza sajona de Carlos. Para H.-D. Kahl «no son muchas las guerras del pasado de los alemanes, que por sus efectos, su irradiación y, consecuentemente, por su importancia histórica» se acercan a tales guerras sajonas. Kari der Grosse und die Sachsen 51 ss. E insistentemente lamenta también una tan «radical imposición de la fe» como la que «tal vez no se había dado en ninguna otra circunstancia de la historia universal». Y agrega: «La semilla de un Ambrosio y de un Agustín dio frutos en la política sajona de Carlos, por los que sin embargo bien podría saberse cómo la habrían juzgado personalmente esos padres de la Iglesia». ¡Pero eso realmente no constituye ningún problema! Por otra parte, Kahí se distancia claramente de Carlas, comp. p. 99.

de Sajonia, también jugó un papel especial el monasterio de Fulda. Ni fue tampoco pequeño el de Maguncia, que pronto se convirtió en arzobispado (hacia 780), al que pronto se le subordinaron los obispados de Paderbom, Halberstadt, Hildesheim y Verden, de modo que la provincia eclesiástica de Maguncia fue hasta su desmembramiento en 1802 la de mayor extensión de toda la cristiandad de Occidente, mientras que las nuevas fundaciones westfalianas de Münster, Osnabrück y Ninden fueron anexionadas al obispado de Colonia.

Se comprende sin dificultad que se confiscasen allí propiedades raíces cada vez más extensas en favor de la Iglesia y que las protegieran los burgos. Carlos dotó generosamente a muchos monasterios y los sostuvo en su lucha contra sus siervos. Por ello los sajones no sólo debieron de ver en cada misionero franco un espía o un valedor de la soberanía extranjera, sino que «en cada asentamiento cristiano [vieron] un punto de apoyo para los agresores ejércitos francos» (Hauk). Cada guerra contra los cristianos fue también para los sajones una especie de guerra religiosa: una lucha en pro del paganismo y de la libertad política a la vez. Eso fue precisamente lo que intensificó de continuo la resistencia sajona; por eso precisamente se destruían una y otra vez las iglesias y se expulsaba o se mataba a los eclesiásticos.[15]

Y así como el rey Carlos ya en los primeros años del conflicto sajón había enviado repetidas expediciones militares contra los longobardos, así el año 788 hizo también una famosa «excursión» contra los moros del norte de España, una expedición armada, que por lo demás discurrió de modo un poco diferente de como la había planeado.

Descalabro en España, o «aquí empiezan las cruzadas»

En España rivalizaban distintos grupos árabes de poder. El hombre fuerte era el último omeya Abd al-Rahman ben Muaya. El 750 al hacerse con el poder en Damasco los abasidas —los descendientes del tío del profeta Mahoma, que asesinaron sistemáticamente a los omeyas-huyó a España, donde el 756 se hizo con el poder convirtiéndose en emir de Córdoba. No dejó de combatirle, sin embargo una oposición simpatizante de los abasidas, y entre sus adversarios más peligrosos figuraba Suleimán Ibn al-Arabi, gobernador de Barcelona y de Gerona. Sublevado desde hacía ya tiempo y bajo la grave amenaza de su enemigo, Suleimán había acudido en compañía de otros opositores destacados el 777 a la dieta de Paderbom para pedir ayuda al rey franco. Siempre dispuesto y ganoso de intervenir, Carlos no vaciló y emprendió una abierta guerra de conquista contra el emir omeya, con la que pretendía dilatar la frontera de su reino hasta el Ebro, objetivo que mantuvo aun después de la derrota.

151

Únicamente le impulsaban motivos políticos. Poseía sin duda un ejército curtido en las batallas, pero que sólo podía mantener su alto nivel operativo con la lucha constante. Las campañas aportaban además botín, y casi nada era más necesario. «De

[15] Annal. Lauresham a. 799. Montgomery I 164. Grierson, Der grosse Konig 290. Brandi 22. Stern/Bartmuss 99 s. Jordán 533. Löwe, Dutschiand 143. Bleiber, Fránkisch-karolingische Kioster 129, con la cita de Hauck. Comp. asimismo Hauck, Die fránkisch-deutsche Monarchie 423. Patze/Scnlessinger I 341 s. Falck, Mainz 28 s., 35. Epperlein, Kari 92 s. Fichtenau, Der karolingische Imperium 197.

cuando en cuando los grandes tenían que recibir su premio para mantenerlos bien dispuestos, y sólo mediante la generosidad podían ganarse nuevos vasallos» (De Bayac). Desde su comienzo el Estado carolingio fue un Estado depredador, y continuó siéndolo incluso con una tendencia creciente. Precisamente bajo Carlos «el Grande» no se vivió más que de rapiña... y de la ayuda de Dios.

Ahora bien, al otro lado de los Pirineos, en el noroeste montañoso de la península ibérica, en Asturias y Galicia, quedaba todavía un pequeño territorio en manos cristianas. Pero los cristianos disfrutaban entonces la libertad religiosa y de un trato amable por parte de «los infieles». Y hay que decir en general que «en España los árabes siempre practicaron una tolerancia mayor de la que ellos recibieron más tarde por parte de los cristianos» (Mühibacher). Sólo cronistas cristianos posteriores presentaron a sus compañeros de fe gimiendo «en España bajo el yugo de los sarracenos» y a Carlos «acudiendo en ayuda de la Iglesia perseguida». En realidad el piadoso soberano nunca llevó ayuda al reino cristiano de Asturias, fundado en tiempos por los visigodos. Más bien empezó atacando a una ciudad cristiana, y su última experiencia hispana, ya de regreso, fue el escarmiento sangriento que le infligieron los vascos cristianos.[16]

Con un ejército extraordinariamente fuerte —según los informadores, el mayor de cuantos jamás había reunido— marchó a comienzos del invierno del 777 y cruzó los Pirineos «con la asistencia de Dios», según escribía el 840 un biógrafo de Luis el Piadoso. «Pues el sentimiento del rey... no quería ser ni menor que Pompeyo ni más indolente que Aníbal, quienes con gran esfuerzo y daño para sí mismos y para los suyos supieron superar en tiempos las dificultades de aquella región.» Cierto que, según Einhard, Carlos conquistó todas las ciudades y burgos a los que puso cerco; mas no pudo avanzar más allá de Zaragoza. El valí o gobernador al-Husaín le cerró allí las puertas, y a lo que parece Carlos emprendió la retirada a los pocos días, sin que se sepa hasta hoy qué le decidió a interrumpir dolorosamente «la expedición militar sin duda más grande de su vida» (Braunfeis).

152

De retirada destruyó la ciudad vasca de Pamplona. Y, cuando en agosto del 778, su ejército armado hasta los dientes y formando una fila casi interminable volvía a pasar por los estrechos desfiladeros de los densos bosques pirenaicos, los vascos guiados por los hijos de Suleiman —que liberaron allí a su padre— cayeron sobre la retaguardia de Carlos, empujaron a los soldados cogidos totalmente por sorpresa y presas del pánico hasta el valle, «abatiéndolos hasta el último hombre en la carnicería que siguió» (Einhard). Era el 15 de agosto, y tal vez en Roncesvalles, lugar en que la leyenda sitúa la batalla.

Allí perecieron muchos de los francos más ilustres, y entre ellos el trinchante del rey Ekkehard —cuya inscripción funeraria es la única que da la fecha del 15 de agosto—, el comandante de la guardia palatina, el conde Anselmo, y el gobernador de Bretaña, margrave Hruotland (Roldan), al que en el siglo XII cantaron y exaltaron la antigua epopeya nacional francesa, conocida como *Chanson de Roland,* y la alemana *Ruo-lantesliet* (Canción de Roland) del clérigo ratisbonense Konrad, cuyo héroe se alza todavía hoy en piedra delante del suntuoso ayuntamiento de Bremen. Einhard se lamenta: «Hasta hoy no ha podido vengarse el desgraciado suceso, pues el

[16] Ann. reg. Franc. a. 777 s. Einhard, Vita Karoli 9. Mühibacher 1205 ss. Kalck-hoff45 ss. de Bayac 129 ss.

enemigo después de cometer el hecho se dispersó de tal modo, que no hay indicio alguno de dónde pueda encontrarse». Y los *Anales* del reino consignan: «Esta pérdida se extendió como una nube sobre el corazón de rey ocultando una gran parte de los éxitos en España». Ranke, en cambio, hace esta observación: «Puede decirse que aquí empezaron las cruzadas».[17]

El *intermezzo* hispánico de Carlos había fracasado. Incluso lo que había ganado pronto volvió a perderlo y todos cuantos habían colaborado con el enemigo, fuesen cristianos o sarracenos, se pasaron al omeya. De ahí que el rey intentase con mayor ahínco desquitarse con los sajones.

El carnicero de los sajones, «un par de ceros de más» y «la tranquilidad serena de un alma grande...»

Mientras Carlos realizaba sus conquistas en el norte de España y volvía a perderlas —la única derrota sufrida por un ejército franco bajo su mando personal—, Widukind, un noble westfaliano que había regresado de la emigración danesa (y al que se nombra por primera vez en el 777, cuando no asistió a la dieta de Paderborn), avanzó con sus sajones por el sur hasta Fulda y por el oeste hasta Coblenza y Deutz. Castillos feudales e iglesias fueron destruidos y las aldeas incendiadas y aniquiladas, en una algarada que evidentemente no perseguía tanto el botín como la venganza.

153

En el 779 Carlos avanzó hasta el Weser, y en el 780 hasta el Elba. De nuevo se bautizó no sólo a los sajones orientales, sino incluso a los wendos de la otra orilla del Elba y a «gentes del norte». De nuevo hubo promesas de lealtad y se tomaron nuevos rehenes. En una asamblea nacional de Lippspringe el soberano intentó «de manera explícita promover [la difusión del cristianismo en Sajonia] y acelerar así el desarrollo de unas relaciones feudales» (Epperlein). Los sacerdotes cristianos difundieron entre los burgos ocupados la nueva «ilustración»: «portaban cruces y cantaban canciones piadosas; soldados fuertemente armados con todo tipo de armas eran sus acompañantes, que con sus gestos decididos aceleraban la cristianización» (De Bayac).

El territorio expoliado continuó distribuyéndose a obispos y abades, se crearon diócesis misioneras, se construyeron iglesias y hasta los monasterios menores, como los de Hersfeit, Amorbach, Neustadt del Main..., fueron incorporados por Carlos a la conversión de los paganos. Y sobre todos, naturalmente, el de Fulda, cuyo abad Sturmi mantuvo hasta poco antes de morir el mando eclesiástico y militar sobre la fortaleza sajona de Erasburg. En el noroeste realizaba la propaganda el obispo Alberico de Utrecht, que en Frisia occidental acabó con los restos del paganismo. Por encargo suyo y respaldados por el poder militar de Carlos, los monjes de Alberico destrozaron las estatuas de los dioses y saquearon los santuarios paganos y cuanto

[17] Ann. reg. Franc. a. 778. Einhard, Vita Karoli 9. dtv-Lexikon 15, 218 s. Mühl-bacher I 207 ss. Epperlein, Kari 28 ss. Ranke según Borst: Ranke 460. Bullough, Kari 57 s. Braunfeis, Kari der Grosse mit Selbstzeugnissen 40 ss. Bjorkam 674 s. Kalckhoff46 s. De Bayac 131 ss.

hallaron de valioso. El monarca entregó una parte de los tesoros de los templos al obispo para fines eclesiásticos. También el anglosajón san Wilehad, que ya antes había adoctrinado a los frisones, aunque sin demasiado éxito, organizó a partir de 780 por encargo de Carlos la parte septentrional de la Sajonia sometida. De modo similar, y llamado asimismo por Carlos, trabajó en la Frisia central san Liudger.

Pero cuando los frisones orientales y evidentemente también grandes grupos de población de Frisia central se sublevaron a una con los sajones, destruyeron las iglesias y se volvieron a sus antiguas creencias, los predicadores cristianos abandonaron el país a toda prisa. El inglés Wilehad, que poco después fue consagrado obispo para la misión sajona y primer prelado de Bremen, huyó a Roma, dedicándose después —según Echternach— «durante dos años al estudio y a la oración» *(Lexikon für Theologie und Kirche).* San Liudger, más tarde obispo de Münster, se refugió en Roma y en Monte Cassino. Sin la protección de las armas francas no pudieron mantenerse los pregoneros de la buena nueva. Pero apenas los ocupantes volvieron a adueñarse del campo, también los señores eclesiásticos regresaron con sus espadas al frente propagandístico. Wilehad ocupó su sede en Bremen y san Liudger se estableció, por orden de Carlos, al este del Lauwers. Allí, con el respaldo del poder real, destruyó los santuarios paganos *(fana),* avanzó hasta las islas y con el apoyo de los soldados francos devastó los lugares de sacrificio del dios frisen Fósete en Helgoland.

154

Por lo demás, muchos eclesiásticos debieron de volver sólo a regañadientes entre los sajones rebeldes. Y cuando éstos, junto con los vendos, se alzaron de nuevo al mando de Widukind, su furia se cebó sobre todo en el clero y el cristianismo, pegando fuego a buena parte de las iglesias, mientras los sacerdotes huían. Un ejército franco fue eliminado en Süntel, «muriendo a espada casi hasta el último hombre», según relatan los *Anales,* que agregan: «La pérdida de los francos fue mayor aún de lo que podrían indicar las cifras». En la matanza perecieron también dos docenas de nobles y proceres. Pero antes de que Carlos hiciese acto de presencia ya la nobleza sajona y algunas tropas francas habían aplastado la rebelión. Los «nobles» sajones entregaron a los levantiscos. Y entonces Carlos intensificó la guerra expansionista y misionera hasta la famosa degollación de Verden, junto al Aller... celebrando después, como de costumbre, la Navidad y la Pascua, el nacimiento y la resurrección del Señor.[18]

Todavía en el siglo xx se ha intentado en ocasiones por «profesionales» del campo católico y del protestante negar en redondo la orgía de crueldad y barbarie. Devocionarios episcopales y algunos «teólogos especializados» trabajaron al respecto hombro con hombro, especialmente durante el período nazi.

El portavoz eclesiástico del obispado de Osnabrück hablaba en 1935 de «la fábula del "juicio de sangre de Verden"». De manera parecida también el profesor de Historia de la Iglesia de la Universidad de Munich, el protestante Kari Bauer, aseguraba en 1936 que el verbo *decollare* (cortar el cuello), que figura en las fuentes, era un error

[18] Ann. reg. Franc. a. 778 ss. LThK VI' 681 s. X' 917 s. LMA V 2038. HKG IIÜ1 73, Hauck II 324, 338 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 334 ss. Caitellieri I 194 s. Mühibacher I 170 ss. Lowe, Deutschiand 142. Brandi 14 s. Coler 28 s. Bleiber, Fránkisch-karolingische Kioster 133 s. Zollner, Die politische Stellung 188 s. Schuitze, Die Besiediung der Aitmark 146 s. Epperlein, Kari 135 ss. Stein-bach, Das Frankenreich 60 s. Fines 52. De Bayac 143 ss. Riché, Die Karolinger 134 s. Kahí, Kari der Grosse und die Sachsen 54 s.

ortográfico en vez del originario *delocare o desolare* (desterrar); consecuentemente 4.500 sajones sólo habrían sido expulsados del lugar. Hay que decir, sin embargo, primero, que dicho verbo u otro parecido no lo usan las diversas fuentes; y, segundo, que cuatro anuarios de la época hablan de la «matanza» *(decollare/decollatio)* de los sajones. Tales son los *Anales* reales, los *annales Amandi,* los *Annales Fuldenses* y finalmente, en la primera mitad del siglo IX, también *los Annales Sithienses.* Y los cronistas todos de los lugares más diversos habrían cometido de una forma altamente misteriosa la misma «errata».[19]

155

Y de una «errata» bien distinta se trataba si, como ya antes sospechó un investigador, el autor de la fuentes «como consecuencia de una falsa lectura del original hubiese quitado un par de ceros» (H. Ullmann). Por el contrario, Donaid Bullough observa atinadamente: «Pero no creer al rey capaz de semejante acción equivalía a hacerle más virtuoso que casi todos los reyes cristianos de la Edad Media. Y es que el acuchillamiento de un enemigo vencido en el campo de batalla era entonces algo habitual, a no ser que se esperase un mayor provecho con los esclavos y el dinero del rescate. Y se olvida también fácilmente una cosa: que la mayor parte de los rehenes, que el rey se llevaba año tras año, regularmente eran matados, tan pronto como volvían a levantarse contra el rey aquellos cuya obediencia garantizaban los rehenes.[20]

De hecho, un día de finales de otoño del 782, allí estaban 4.500 sajones, apretados como animales en el matadero y rodeados por sus propios «nobles», que los habían entregado, y por los paladines del gran Carlos, «el faro piloto de Europa», como le llama un manuscrito de St. Gallen de los siglo s ix-x. Por sentencia suya fueron degollados y arrojados al Aller, que los arrastró hasta el Weser y luego al mar... «Eran 4.500 y eso es lo que ocurrió» *(quod ita et factum est),* según consigna lacónicamente el analista real (para decir casi al tiempo: «Y celebró la Navidad...»). Justo allí donde el futuro «santo» pronto hizo levantar una iglesia (no una capilla expiatoria, sino más bien una capilla triunfal) y donde hoy se alza la catedral de Verden. Literalmente sobre ríos de sangre como, en sentido figurado, muchos de los templos cristianos.

Hay que imaginárselo: 4.500 personas decapitadas... y después la canonización del asesino. Tampoco Frantisek Graus, a menudo un «rayo de lucidez» en medio de su

---

[19] Ann. reg. Franc. 782. Bauer, K., Die Quellcn für das sogen. Blutbad von Ver-den 109 ss. Ullmann, Zur Hinrichtung der Sachsen 1889 (según Ahiheim 164). Comp. por ejemplo la penosa apología de Dórries, Germanische Religión 293, 298, etc. De modo parecido ya en el siglo xix Donin I 261. Y recientemente de nuevo el JEG I, donde Schieffer rebaja de continuo las guerras sajonas y cuenta entre los «datos fantásticos» también la «cifra absurda de 4.500», como los que se encuentran «ya desde el Antiguo Testamento»; p. 553 ss., y nota 21. Ver asimismo las exculpaciones en HKG III/1 74. También Büttner, Frümittelalterliches Christentum, afirma que «el número de 4.500 asesinados es muy exagerado», aunque desde luego sin aportar pruebas. Y en su aportación a la obra grande y fundamental, por supuesto, de nuestro tiempo sobre Carlos, sólo indica a este propósito que «fue una intervención dura del rey franco, quien en el tribunal de castigo de Verden aplicó todo el peso del derecho de guerra». Büttner, Mission und Kirchenorganisation des Frankenreiches 469. Nada más. De la referencia al *derecho* de guerra hasta podría deducirse algo justo en la carnicería. Por el contrario, ampliamente y con un sentido crítico: Kiocke, Um das Blutbad von Verden 151 ss., espec. 189 ss. Rundnagel, DerTag von Verden 205 ss., espec. también 238 s. Schmitt, W., Das Gericht zu Verden 243 ss., para quien de todos modos el número de víctimas puede haber sido «notablemente menor». Bibliografía amplia y moderna en H.-D. Kahí, Kari der Grosse 104, nota 2. Ver asimismo K. F. Werner, Das NS-Ges-chichtsbiid 74 ss.

[20] Bullough, Kari 80. Para el concepto de «rehén» comp. por ejemplo Dobler 121 s.

corporación generalmente tan tenebrosa, encuentra «disculpa alguna» para el asesino, «ni siquiera "histórica" a la distancia de siglo s, y los asesinatos en masa son un fenómeno, que nunca puede estigmatizarse suficientemente...».

El pretendido privilegio fundacional de Carlos del 786 en favor del obispado de Verden es sin duda una falsificación, llevada a cabo entre 1155 y 1157 por encargo del obispo de Verden Hermann y en su cancillería. Ciertamente que también tiene mucho que ver con la santidad de Carlos el gran número de documentos falsificados con su nombre y por los que las iglesias se atribuían determinados privilegios. Pero auténticos o no, «es cierto que eliminó 4.500 sajones», escribe Ranke para agregar después: «pero más tarde destaca en él la tranquilidad serena de un alma grande».[21]

156

«Como entonces hubiese paz por doquier...»

Por lo demás, el gran crimen del soberano cristiano, celebrado por la Iglesia como «apóstol del pueblo sajón», marró por completo su objetivo, al menos por el momento. No desapareció, en efecto, la resistencia de «los más paganos» contra el cristianismo y la soberanía franca, sino que más bien se enardeció. De nuevo estalló la rebelión en todo el país. De nuevo compareció Widukind al frente arrastrando también a los fri-sones en su levantamiento. Y de nuevo todos ofrecieron sacrificios a los dioses entre el Lawers y el Fli. Se persiguió, rechazó y eliminó todo lo que era franco y cristiano.

Carlos corrió hacia Sajonia, abandonando la tumba todavía reciente de su joven y segunda esposa, la bienaventurada Hildegard, muerta el 30 de abril del 783 en Diedenhofen. Su desaparición debió de afectarle sin duda, a diferencia de la muerte de los 4.500 sajones. (Aun así aquel mismo año le dio una sucesora, que una vez más era casi una niña.) Y por Sajonia avanzó de nuevo con mucho derramamiento de sangre y «con la ayuda de Dios». «Con la ayuda de Dios quedaron vencedores los francos, cayendo allí un número muy grande de sajones, de modo que sólo unos pocos se salvaron con la huida. Y desde allí llegó victorioso a Paderborn el gloriosísimo rey. Y allí reunió su ejército. Y continuó su marcha hasta el Haase, cuando los sajones volvieron a unirse. Allí se dio otra batalla cayendo no pocos sajones y quedando vencedores los francos con la ayuda de Dios.»

Esos *Anales* reales, que acabamos de citar, correspondientes al año 783, se refieren a las dos únicas grandes batallas campales de toda la guerra, cerca de la actual Detmold y sobre el Haase, en el mismo corazón de la fortaleza del Weser. Sólo «unos pocos de la enorme multitud pudieron escapar», comentan los cronistas acerca de la

---

[21] Ann. reg. Franc. a. 782. Hauck II 348. Cartellieri, Weltgeschichte 1 198 s. Bertram 19. Rundnagel, Der Tag von Verden 237. Zender, Die Verehrung des heiligen Kari 102 s. Steinbach, Das Frankenreich 61. Rpperlein, Kari 40. Braunfels. Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 45 s. De Bayac 147. Ranke según Borst, Ranke und Kari der Grosse 462. Graus, Die Einheit der Geschichte 639. G. Wolf no pretende justificar «moralmente» al «carnicero de Sajonia», pero explica su «dureza» desde la «razón de Estado» y desde su «conciencia misionera». Kari 112. Ver asimismo Ange-nendt, Frühmittelalter 29 s. K. Bemman escribe que hoy la cuestión está «resuelta para el mundo de especialistas», sin que haya «ningún motivo razonable y objetivo que hable en contra de la veracidad de las fuentes» (86 s.). Deschner, Die Politik der Paps-te II 236 ss.

derrota sajona en Detmold, siendo «muchos miles» los caídos. Y según otra fuente antigua, también en el Haase una «innumerable multitud de sajones» cubrió el campo de batalla, «de nuevo muchos millares más que antes». De nuevo venció Carlos «con el auxilio divino», regresó entre los francos y «celebró la Navidad...». Y entretanto también muchos millares fueron reducidos a esclavitud.

Al año siguiente (784) el monarca asoló Sajonia, y especialmente Ostrofalia, mientras que su hijo siguiendo ya escrupulosamente sus huellas devastó Westfalia, y también él con la ayuda de Dios, ya se entiende. «Con la ayuda de Dios quedó vencedor Carlos, el hijo del gran rey Carlos, con los francos, después de que hubieran muerto muchos sajones. Por designio divino regresó incólume hasta su padre en la ciudad de Worms.»

157

El invierno del 784-785 lo pasó Carlos con la jovencísima Fastrada, que había desposado el año anterior, con sus hijos e hijas en el Eresburg. Y sólo entonces se derrumbó la resistencia de los sajones poco a poco. Y mientras celebraba la resurrección del Señor, de nuevo envió a una soldadesca y él personalmente emprendió «una campaña» de devastación, saqueo y limpieza de caminos, incendiando bosques enteros, destruyendo cosechas, cegando fuentes, asesinando campesinos, tomando fortalezas y pueblos fortificados... «pues para su obra el orden es condición esencial» (Daniel-Rops).[22]

En el 785 pareció casi extinguida la capacidad de resistencia del pueblo sajón tan duramente castigado, pareció someterse por fin «al yugo suave y ligero de Cristo», como desde hacía largo tiempo había deseado el biógrafo del abad Sturmi, aquel fanático misionero de los sajones, que predicaba la lucha contra los paganos y reclamaba la destrucción de los templos de sus dioses y la tala de sus antiguos bosques sagrados para levantar sobre los mismos iglesias.

Widukind, que todavía invicto se había retirado al norte de Albingia, tras unas negociaciones con plenipotenciarios de Carlos hacia las Navidades del 785 acudió al palacio de Attigny en el Aisne, se hizo bautizar, fue obsequiado espléndidamente por el rey que actuó de padrino y desapareció para el resto de sus días en sus posesiones, quedando fuera de la historia. En cambio sus reliquias se conservaron en iglesias levantadas por él según las leyendas y su bisnieto Wichert fue ya promovido a obispo de Verden (murió el 908). Carlos había comunicado su victoria al papa, quien le había enviado sus felicitaciones y a finales de junio del 786 ordenó un triduo de acción de gracias a toda la cristiandad de Occidente, hasta más allá de los mares, doquiera hubiese cristianos.[23]

Por lo demás, la guerra continuó.

Aquel mismo año envió Carlos un ejército a Bretaña con el fin de someter a los bretones convertidos en pecheros y que, comprensiblemente, no se resignaron a ser explotados. Y así, ya desde Pipino III y durante los reinados de Carlos y de Luis el Piadoso, fueron necesarias repetidas incursiones militares, a las que renovadamente

---

[22] Ann. reg. Franc. a. 783 ss. LThK V 32 s. Sales Doye. Heilige 517. Hauck 322, 349. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 336. Kiocke 188 s. Ahiheim 164. Hampe 70. Brandi 17. Dollinger, Schwarzbuch 120 s. Epperlein, Kari 40. Kaickhoff 81. Steinbach, Das Frankenreich 61. De Bayac 148 s.

[23] Cod. Caro). 76. Hauck II 349, 365. Cartellieri I 199. Neuss/Oediger 147, 152. Alheim 162, 164. Hampe 71. Epperlein, Kari 41 s. Riché, Die Karolinger 135 s. Hauck, k., Die Aushreitung des Glaubens 158 ss. Althoff, Der Sachsenherzog 251 ss. Angenendt, Taufe und Politik 159.

seguían nuevas sublevaciones. Y todavía en el 786 hubo que aplastar en Turingia «una gran conjura» (Einhard), cuyo cabecilla fue un cierto conde Har-drard, y en la que el noble Carlos actuó con energía, a instancias según parece de su tercera esposa Fastrada, una mujer brutal, haciendo matar, desterrar y —un castigo raro en el reino franco— cegar.[24]

«Como entonces hubiese paz por doquier —informan los *Anales* reales sobre dicho año—, Carlos decidió marchar a Roma para adueñarse de aquella parte de Italia, que ahora se llama Benevento, pues consideró conveniente someterse el resto del remo..., cuya mayor parte de la Lombardía tenía ya en su poder». Y es que «el Grande» no soportaba vivir sin guerra. ¿Y es que acaso habría sido «el Grande» sin sus guerras?

158

Últimas sublevaciones, guerra de aniquilación y «la serena altura del báculo»

Mientras el rey actuaba en el sur, los rumores continuaban en el norte. Cierto que en conexión con el anuncio del bautismo de Widukind se proclamó *«Tota Saxonia subiugata est»,* ha quedado sometida toda Sajonia; pero, a pesar de toda la sangre, o quizá precisamente por ello, «no había paz». Como no había paz en Frisia, donde en el este estallaron nuevos tumultos durante los años noventa, con nuevas destrucciones de iglesias y nuevas expulsiones de misioneros. También Liudger intentó escapar una vez más. Tan pronto como avanzaron los paganos huyó, y después de la persecución volvió —según una vieja práctica que se remontaba a los comienzos del cristianismo— y prosiguió con celo apostólico la «obra de conversión»: borró con furor fanático los últimos restos paganos, derribó los templos de los ídolos, devolvió la vista a los ciegos y, en una palabra, «enjugó las lágrimas por doquier», «estableció una paz reparadora», y hasta fue declarado santo.[25]

Alentada por la guerra de los avaros, también en Sajonia-estalló una sublevación. Esta se limitó, por lo demás, al territorio del nordeste hasta entonces menos afectado, a los albingios septentrionales, sajones originarios, que habitaban en el Elba inferior y en el Holstein, así como a la ancha masa del pueblo con un fuerte retraimiento de la nobleza.

«Como el perro que vuelve a su vómito» (II Carta de Pedro 2, 22) —comentan los *Anales* de Lorsch—, «así volvieron al paganismo del que antes habían abjurado, abandonaron de nuevo el cristianismo y se aliaron con los pueblos paganos del entorno. Pero también enviaron emisarios a los avaros, y osaron rebelarse primero contra Dios y después contra el rey y contra los cristianos...». También Pipino, el hijo mayor de Carlos aunque habido fuera de matrimonio, un joven hermoso aunque jorobado, se rebeló entonces. Mientras sus compañeros fueron ejecutados unos y azotados y desterrados otros, Pipino tonsurado como un monje fue encerrado en el monasterio de Prüm, en el que murió tras un encarcelamiento de casi veinte años (811).

---

[24] Ann. reg. Franc. a. 786. Einhard, Vita Karoli 20. LMA II 616 s. Cartellieri I 200. Dhondt 73. Kaickhoff 99.
[25] Keller, Reclams Lexicón 338 s. Donin II 294 ss. Bleiber, Fránkish-Karolin-gische Kioster 133 s.

Sin embargo, la guerra contra los sajones, que duró más de diez años, no afectó propiamente a la soberanía extranjera de los francos, y ni siquiera al cristianismo como tal. Más bien apuntó sobre todo contra sus representantes e instituciones, contra la Iglesia, sus rigurosos ataques a la propiedad privada, su brutal recaudación de los diezmos; de lo cual ya se quejaba Alcuino, el consejero anglosajón de Carlos, que veían en los misioneros a depredadores *(praedones)* más que predicadores *(praedicatores).* «Que los diezmos habían destruido la lealtad y la fe» parece haber sido un dicho proverbial entre los francos. Los albingios del norte combatieron entonces a la Iglesia con la misma dureza que ésta había mostrado. En todas partes fueron destruidos los nuevos templos, fueron expulsados los eclesiásticos y no pocas veces fueron asesinados los sajones cristianos siendo saqueadas sus posesiones. En resumen, toda la organización eclesiástica al norte del Elba fue erradicada por completo.

159

La sublevación creció hasta convertirse en una guerra de aniquilación de más de diez años, alcanzando una crueldad extrema por ambos bandos. La contraofensiva, que sólo se reanudó en el otoño del 794 y en la que Carlos llevó consigo una serie de reliquias, consistió en simples incursiones de destrucción. Varias veces llegó incluso a utilizar eslavos paganos, como los wilzos y los obroditas, cuyo rey Witzin fue atacado y muerto por los sajones en la travesía del Elba. Carlos saqueó, destruyó y asoló cuanto encontraba, recurriendo principalmente a los incendios y asesinando a miles de personas. Tras una victoria en Kiel parece que 4.000 cadáveres sajones cubrieron el campo de batalla. Y año tras año hizo grandes cantidades de rehenes, tomando uno de cada tres varones —«tantos como quiso», según dice el cronista—, a la mayor parte de los cuales «regularmente mató» (Bullough). Hasta el 799 el «apóstol de los sajones», «el que predicó el evangelio con lengua de bronce» (Ber-tram), marchó anualmente contra ellos. En el 802 volvió a enviar otro ejército, mientras él pasaba todo el verano en las Ardenas dedicado a los placeres de la caza. En el 804 volvió todavía personalmente al campo de batalla, donde los sajones sucumbieron definitivamente a su poderío.[26]

Para hacer imposible cualquier levantamiento acabó ordenando deportaciones masivas con espantosos trasplantes de población en gran escala, como los que ya habían practicado los cristianos bizantinos. «Sacó de allí a tal cantidad de rehenes, como jamás se había visto ni en sus días ni en los días de su padre ni jamás en los días de los reyes francos», comenta un cronista. El hombre que, ya en el 794, en el sínodo de Frankfurt, se presentó abiertamente como «cabeza de la Iglesia occidental», a lo largo de los años 795-799 y 804 hizo que su soldadesca asentase a millares de sajones con sus mujeres y niños, con un total de unas diez mil familias, sobre el antiguo suelo franco, a ambas orillas del Rin, en Galia y en Gemianía, como pecheros de nobles eclesiásticos y civiles. (Todavía hoy recuerdan el suceso algunos topónimos en suelo franco como Sachsenfahrt, Sachsenmühie...) A muchos de los deportados,

[26] Einhard, Vita Karoli 20. Alkuin ep. 174; 184. Ann. *reg.* Franc. a. 794 ss.; 802, 804. Annal. Lauresham a. 792; 795. Annal. Guelferbytani a. 792. Annal. Mosellani a. 791. Müibacher I 189 ss.; 248 s. Hauch II 364 s. Bertram 18. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 337 s. Cartellieri 1206. Schoffel, Hamburg 137. Meyer, Kir-chengeschichte 18. Winter-Günther 12 ss; 19, 23 s. Hampe 71. Lowe, Deutschiand 141. Dawson 218. Stern/Bartmuss 103, 261, nota 62. Epperlein, Kari 42 s. Kaickhoff 99, 101 s. Bullough, Kari 60. Hellmann, Die politish-KirchIiche Grundiegung 861 s.

sin embargo, se les recluyó en campamentos estrechamente vigilados debiendo pasar allí el resto de su vida. Una fuente habla incluso de un «exterminio total». Y no pocas sajonas, que ciertamente todavía no habían sido purificadas de toda la inmundicia pagana por el sagrado baño del bautismo, fueron enviadas en el curso de la guerra a Verdun, el gran emporio de esclavos.

160

Con todo lo cual en el norte llegaron a cambiar por completo las relaciones de propiedad y posesión. Pues también el territorio robado en el Elba volvió a repartirlo Carlos entre obispos, sacerdotes y sus vasallos laicos. Y a lo largo del siglo IX se fundaron en Sajonia numerosos monasterios a expensas de nobles particulares.[27]

De ese modo, mediante una guerra de treinta y tres años, Carlos había convencido a «los más paganos» de la idea «de que todavía hay algo superior a la lucha y a la victoria, superior a la muerte en el campo de batalla», como nos asegura el cardenal Bertram, el alentador de dos guerras mundiales y asistente de Hitler; Carlos había «plantado la cruz victoriosa y benéfica en el suelo virgen del país sajón». Y, finalmente, lo más importante: «la serena altura del báculo actuó benéfica y mediadora junto al poder del cetro y de la espada reales».[28]

Las leyes sangrientas de Carlos

Durante su lucha el rey dictó leyes draconianas; evidentemente siempre que pudo creer que había sometido definitivamente a los sajones y que podía conducirlos al «orden». Destacan a este respecto la *Capitulatio departibus Saxoniae* (782) y el *Capitulare Saxonicum* (797). Y como se forzaron las conversiones al cristianismo con los bautizos masivos, mientras que el pueblo sajón persistía secretamente en su paganismo y abominaba del clero, Carlos impuso un cambio completo de educación ideológica sobre la base de la erradicación total de las creencias antiguas y de sus ritos y mediante el bautismo forzoso de todos lo sajones. De las catorce disposiciones de la *Capitulatio,* que llevan aneja la pena de muerte, diez se refieren exclusivamente a crímenes contra el cristianismo. Previamente había requerido el consejo del papa orientándose además a todas luces por el método misional de los monjes de Fulda para la extirpación del paganismo, que empezó con los bautizos masivos y sin contemplaciones y con la destrucción total de sus santuarios.

Con un estereotipado *«morte moriatur»* (muera sin remisión) se amenaza a cuanto los heraldos de la buena nueva querían borrar: el saqueo y destrucción de iglesias, la incineración de los difuntos, el rechazo del bautismo,'la evitación secreta del mismo, la burla del cristianismo, el menoscabo de las propiedades eclesiásticas, la ofrenda de sacrificios paganos, la práctica de usos gentiles, etc.

161

---

[27] Einhard, Vita Karoli 7. Ann. reg. Franc. a. 797; 804. Annal. Lauresham a. 794; 796; 799. Annal. Mosellani a. 794. Annal. Mettens. prior, a 804. Chron. Moissiacen-se 804. HEG 1554 «Schieffer». Hauck II 366 s. Schubert. Geschichte der christiichen Kirche 1 338. Cartellieri I 226 s. Beissel II 1. Grupp 11 5 s. Alheim 164 s. Hampe 71. Löwe, Deutschiand 142. Brandi 6 s. Schoffel I 8. Stern/Bartmuss 103. Kóhier, Die Ottonische Reichskirche 154. Epperlein, Kari 43. Braunfels, Kari der Grosse in Selb- stzeugnissen 47. Extensamente: Winter-Günther 24 ss., 32 ss., 59 ss.. 78, 85 ss.

[28] Bertram 17,21.

Y éste era su tenor:

«3. Si alguien irrumpe violentamente en una iglesia y roba o hurta algo en ella, o pega fuego a la iglesia, muera sin remisión.

4. Si alguien por desprecio al cristianismo no guarda el ayuno sagrado de cuarenta días y come carne, muera sin remisión...

7. Si alguien, según costumbre pagana, hace destruir el cuerpo de una persona difunta mediante el fuego y reduce sus miembros a ceniza, muera sin remisión.

8. Si alguien en el futuro dentro del pueblo sajón pretende ocultarse sin haberse bautizado y deja de acercarse al bautismo, porque quiere seguir siendo pagano, muera sin remisión...

10. Si alguien de acuerdo con los paganos maquina algo contra los cristianos y busca mantener la hostilidad contra los cristianos, muera sin remisión. Y si alguien asiente a ese mismo crimen contra el rey y contra el pueblo cristiano, muera sin remisión.»

¡Hasta la transgresión del precepto del ayuno conllevaba la pena de muerte! (personalmente Carlos era reacio al ayuno y alegaba que su cuerpo no podía soportarlo).

Se ordenaba el bautismo durante el primer año de vida, la asistencia a la iglesia todos los domingos y días festivos, la emisión del juramento en las iglesias y hasta la observancia de las leyes canónicas sobre el matrimonio. Como criticaba ya Alcuino, se imponían «severas penitencias por las faltas más leves». (Pero en la corte de Carlos se practicaba la promiscuidad durante los banquetes, a los que también asistían las hijas del rey, y en los que en ocasiones también algunos eclesiásticos «caían en la tentación».)

Dado que al pueblo sajón, convertido a la fuerza, poco o nada le importaba el cristianismo, hubo que continuar obligándole por la fuerza al sostenimiento de la Iglesia. Todo el mundo, nobles, libres y latos, tenía que dar a la Iglesia el diezmo de las cosechas de sus campos y de todas sus ganacias. Además cada iglesia debía obtener dos yugadas, es decir, dos fincas rurales, así como un criado y una criada por cada 125 habitantes, con lo que la masa de los sajones fue explotada como jamás antes lo había sido.[29]

Ante las crueles leyes sajonas el cristiano Johannes von Walter se pregunta, ingenuamente al parecer: «¿Actuó Carlos aquí en el sentido de los defensores de la Iglesia? Difícilmente cabe suponer que su actuación encontrase amplio asentimiento». ¡Cuánta falsedad y mentira en dos líneas! Aun así se cuestiona en el volumen *Die Nation vor Gott. Zur Botschaft der Kirche im Dritten Reich.* Y se cuestiona en 1934. Y, sin embargo, Carlos había llevado a cabo esas matanzas (y otras) de los sajones durante décadas con el estrecho apoyo de la Iglesia, y naturalmente también por entero en favor de los intereses de ésta. «Lo decisivo para la Iglesia fue la lucha, que Carlos emprendió abiertamente en favor del cristianismo en Sajonia y en España. Mediante la guerra contra los paganos su actividad respondía

[29] Capit. de part. Sax. MG Font. rea. Germ. 37 ss. Capt. Sax. Ibíd. 45 ss. LMAII 1481, 1483. Hauck II 350 ss, Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 336 ss. Schnürer, Kirche und Kultur I 395 s. Meyer, Kirchengeschichte 18 s. Voigt, Staat 332. Drógereit, Die Schriftiichen Quellen 457 s. Stem/Bartmuss 100 ss. Epperlein, Kari 37 s., 134. Id., Herrschaft und Volk 54. Braunfels, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 45. Riché, Die Karolinger 135. Hartmann, Die Synoden 101 s.

a la concepción eclesiástica del *imperium* cristiano...» (Zóllner).[30]

162 Nada resulta más evidente. Y Einhard, cuyas informaciones sobre Carlos adquieren especial relevancia, observa en cierta ocasión que la lucha, que se prolongó tantos años, sólo terminó con la condición de que los sajones abjurasen de su «culto demoníaco» *{daemonum cuitu),* que aceptasen la fe cristiana y los santos sacramentos y formasen un solo pueblo con los francos. El objetivo de la guerra de Carlos difícilmente puede enunciarse de forma más clara y convincente: destrucción del paganismo, expansión del cristianismo y anexión.

En el *Handbuch der Kirchengeschichte* (católico) las guerras sajonas figuran bajo el epígrafe «El redondeamiento del gran reino franco».[31] Ciertamente que así es posible titularlo sin rastro alguno de barbarie y de sangre. ¡Sencillo y limpio! «El redondeamiento» *(Abrundung)* suena suave, casi elegante. Tiene algo de caprichoso y hasta de artístico. Cual si se tratase de una obra de arte, de una obra de arte estatal. Y con vistas a un gran reino ¿no se permite todo sin más? ¿Al menos mientras «sale bien»?

2. EL EXPOLIO Y EXTINCIÓN DE LOS AVAROS (791-803)

Al tiempo que Carlos sometía por la fuerza a sajones y frisones destruyó también el reino de los avaros, fundado hacia el 570 en Hungría al haberse convertido en su vecino contiguo con la eliminación del duque bávaro.

163

El breve proceso de Carlos con Tassilo

Baviera se había formado y desarrollado política, jurídica y socialmente bajo la dirección de los agilolfingios, que allí todo lo dominaban. Sólo con las dos campañas de Carlos Martell entró el país, aunque tal vez todavía no bajo la soberanía de los francos, sí en cierta dependencia de los mismos; dependencia que se agravó notablemente tras la grave derrota del ejército bávaro el año 743. El papado, que entonces había traicionado vergonzosamente al duque Odilo, dejó en la estacada a su hijo Tassilo apenas Carlos lo derrotó.

Y, sin embargo, Tassilo III (748-788), el último agilolfingio, cuyo gobierno estuvo desde el comienzo a la sombra de la soberanía de su tío, el mayordomo Pipino, era devoto del clero como muy pocos príncipes, sobre todo «a causa del amor eterno y del horror espantoso, para salir de la charca del diablo y merecer el salón del cielo». Favoreció al clero por todos los medios. Protegió a los sacerdotes mediante un

[30] Einhard, Vita Karoli c. 7. J. von Walter 301 s. Zollner, Die politische Stellung 229 se remite en este punto a H. Hirsch, Der mittelalteriiche Kaisergedanke in den li-turgischen Gebeten, y L. Biehi. Das Liturgische Gebet für Kaiser und Reich (1937). I-os investigadores modernos, como por ejemplo Braunfels, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 43, a menudo lo exaltan: «Con sus guerras sajonas Carlos creó Alemania».

[31] HKGIII/1 71.

elevado rescate de sangre, que era exorbitante para los obispos. Fomentó la misión de los anglosajones y de Bonifacio. Trasladó cuerpos de mártires: el de Valentín a Passau (746) y el de Corbiniano a Freising (765). Cubrió Baviera de iglesias y de residencias monásticas, dotándolas con mayor prodigalidad que cualquier otro de sus predecesores. Fundó probablemente los monasterios de Mattsee, Münchsmünster, Pfaffenmüns-ter y Wessobrunn; y con seguridad en el 769 el monasterio de Inichen en el valle del Puster, «para conducir al linaje incrédulo de los eslavos por el sendero de la verdad», y en el 777 el monasterio de Kremsmünster en el cantón de Traun, con unos planos grandiosos, como avanzadilla a la vez que punto de apoyo de la misión eslava y como garantía de su gobierno sobre los paganos. Como tantas otras veces, también aquí se entrelazan indisolublemente motivos misionales, políticos y económicos.

En general Tassilo extendió el dominio bávaro siempre hacia el sur y el este, donde las fundaciones monásticas representaron ciertamente una labor preparatoria importante, aunque el papel decisivo lo jugó una guerra. En efecto, el año 772 el duque, los obispos y la nobleza de Baviera fueron convocados por una tal *«Clemens peregrinas»* a una «cruzada contra los paganos de Garántanla, un país que comprendía principalmente la actual Carintia así como algunas regiones de la Estiria alta y central. Allí gobernaban príncipes eslavos, hasta que en el 828 los condes alemanes ocuparon sus puestos. «Dios concede a los bávaros la victoria sobre sus enemigos, como antiguamente lo hiciste con Gedeón;

Dios, da valor a Tassilo, como se lo diste a Sansón; Dios, asísteles, como asististe a David, que venció a Goliat. Dios...» Tassilo capitaneó la cruzada, invadió Carintia, privó a los carantanios de su independencia política y así abrió en la región *«el comienzo de la soberanía alemana hasta la época contemporánea»* (Waldmüller). *«Esta victoria de Tassilo III sobre los eslavos determinó durante más de un milenio la soberanía de los alemanes sobre los eslavos y situó a la vez. Alemania y la misión cristiana en el mismo frente»* (Klebel).[32]

164

Todavía a comienzos de los años setenta Tassilo hizo que el papa Adriano I bautizase y ungiese a su hijo Theodo. Y su ducado poseyó incluso «una autoridad cuasi regia, a la que sólo le faltaba el *nomen regium»* (Schiesinger). Pero en el 781, y con ocasión de su visita a Roma, Carlos convino con Adriano para actuar en común contra Tassilo. Ese mismo año se presentaron al duque dos emisarios del rey así como dos obispos comisionados por el papa y le obligaron a renovar el juramento de vasallaje, que en tiempos había hecho Pipino. Tassilo transigió de primeras, se resistió después, pero acabó renovándolo y en el 787 solicitó la mediación del papa. Pero éste no sólo lo rechazó de manera tajante, sino que además amenazó a Tassilo y sus

[32] Arnal. luvav. Maximi a: 772. Vita Corb. c. 39; 41. HEG 1 556. Hauck II 376 ss., 418 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 339. Waldmüller 122 s. Holter 43 ss. Zimmermann, Der Gunzwitigau 39 ss. Sparber, Zur áltesten Geschichte 54 ss. Bosi, Geschichte Bayerns I 45 s. Id., Die Gründung Innichens 451 ss., 467 ss. Lówe, Deutschiand 145. Huter 450 ss. Id., Die karoling. Reichsgründung 27 ss. comentando a Lowe. Klebel, Siediungsgeschichte 42 ss. (cerrada por Klebel). Kanzen-bach, Geschichte der Christiichen Kirche im Mittelalter 80. Reindal, Grundiegung 142, 155 ss., 207 ss., 223. Id., Die Bistumsorganisation 277 ss. Id., Herzog Amulf 220. Stórmer, Früher Adel I 214. Oettinger 90. Stern/Bartmuss 104 s. Maier, Kirchengeschichte von Kárnten II 6. Lechner, Studien zur Besitz- und Kirchengeschich-te 195 ss. Wolfram, Das Fürstentum 165 ss. Zollner, Derbayerische Adel 362 ss. Prinz, Entwickiung 355 ss. Lechner, Der «pagus Grunzwiti» 302 ss. Korosek, Die slawis-che Ansiediung 103 ss., espec. 105.

«cómplices» con el anatema, en el caso de que no obedeciese en todo a Carlos. Más aún, declaró que una eventual guerra ofensiva de los francos contra él sería una «guerra justa». «Si el duque no se mueve por mis palabras a cumplir con su deber, Carlos el Grande y su ejército quedarán exentos de todo pecado y de la responsabilidad de los incendios, muertes y cualquier acción nociva, que se dé en perjuicio de Tassilo y de sus cómplices.» A Carlos, por contra, le prometió la absolución de cualquier mal posible que ocasionase a los bávaros. Y cuando en el 787 éste avanzó con tres ejércitos en una acción concéntrica sobre Baviera, no encontró ninguna resistencia seria. Los nobles bávaros, «y en particular los obispos» (Heuwieser), estuvieron como es de suponer con el más fuerte. Tassilo hubo de rendirse sin lucha, renovar su juramento de fidelidad, y recibió su ducado en feudo.[33]

Pero ya al año siguiente Tassilo fue citado a la dieta de Ingelheim, donde Carlos lo hizo detener y desarmar de inmediato. Después mandó detener en Baviera a la mujer y los hijos de Tassilo con la servidumbre haciéndolos conducir a su presencia. Sólo después le inculparon en la asamblea nacional «miembros de un partido antitassilista, capitaneado por el episcopado bávaro» (Sprigade), gentes que habían llegado a Ingelheim formando parte de su séquito: el crimen era una supuesta alianza con los avaros. Y se le abrió formalmente un proceso. En cualquier caso, no por delito de alta traición, que evidentemente no se podía probar, sino por su «deserción» *(haris liz)* el 763 a Aquitania, ¡cometida 25 años atrás!

Muchos son los puntos oscuros acerca de dicha asamblea, «como sobre la desaparición de los duques hedenos en la Franconia del Main y de los duques alamanes después del 740» (Bosi). Carlos, supuestamente «llevado de la compasión, por el amor de Dios y porque era su consanguíneo» —según el analista oficial—, cambió la sentencia de muerte en la de prisión monástica, que equivalía a la de cadena perpetua, apareciendo así a los ojos de sus coetáneos como un padre de la patria bondadoso y temeroso de Dios. De hecho sólo actuó obsesionado por el poder y con evidente dureza; todo da la sensación de «una escena hábilmente preparada, de una representación tramada desde el comienzo» (Epperlein).

165

El 6 de julio Tassilo fue tonsurado en Sankt Goar como monje, siendo enviado después al monasterio de Jumiéges en Rouen. Pero tras seis años de prisión, probablemente en Lorsch, en el 794 Carlos lo hizo conducir a Frankfurt, a una asamblea nacional y eclesiástica, y en una farsa repugnante le hizo pedir perdón por todo el mal que le había hecho a él, Carlos, y a los francos y le hizo renunciar por escrito al ducado de Baviera y a sus posesiones personales en favor de sus hijos e hijas. (El tesoro ducal naturalmente ya lo había él confiscado en el 788 en su propio beneficio.) El *rex piissimus,* cuya misericordia exaltan explícitamente en esta ocasión los *Annales Laureshamenses,* quiso pues aniquilar no tan sólo a Tassilo sino la dinastía entera. Pero Carlos le perdonó también entonces, le aseguró su clemencia y —según rezan las crónicas— lo acogió «de nuevo en su amor, pues estaba seguro del futuro por la misericordia de Dios».

A la misericordia de Carlos hubo de renunciar el duque. Para acabar apoderándose de su tierra el rey no sólo había hecho encerrar tras los muros monásticos a Tassilo

[33] Ann. reg. Franc. 781. Heuwieser, Geschichte I 127. Wolfram, Das Fürstentum 169 ss. Schiesinger 130 s. Haendier, Die lateinische Kirche 70 s. Ver asimismo la nota siguiente.

sino también a su esposa Liutperga, hija del rey longobardo Desiderio, y a sus hijos e hijas; a Rotrud en Soissons y a Gotani en Chelles, aquí bajo la custodia de la propia hermana de Carlos. Al lujo mayor de Tassilo, llamado Theodo, lo condujeron a St. Maximin de Tréveris, sin que sepamos la cárcel monacal de su segundo hijo Theopert.

Tassilo murió en el monasterio de Laurisham (Lorsch) sobre el Rin, ignorándose cuándo. También el rey Desiderio acabó en la cárcel de un monasterio recluido por Carlos. Y allí terminó probablemente asimismo Hunaid, padre del duque Waifar de Aqukania, quien después de 25 años de enclausTramiento, todavía en el 768 se había dejado arrastrar a una sublevación. Baviera pasó a ser una provincia franca, regida primero por un «gobernador» y después por virreyes. Y la Iglesia bávara, lo más importante de Tassilo, su instrumento de gobierno por él perfectamente equipado, se pasó a Carlos.[34]

Con la deposición de Tassilo II y su encarcelamiento en Ingelheim el 788 Baviera fue, como decimos, una provincia del reino franco y el reino de los avaros se convirtió en vecino directo de los francos.

166

Evidentemente una guerra santa

Bajo la presión de los pueblos turcos los avaros habían emigrado hacia el oeste. Era un pueblo perteneciente a la etnia de los hunos, probablemente protomongólico, un pueblo de jinetes que vivía en las estepas del Asia central. En la segunda mitad del siglo VI ocuparon la llanura del Tisza y todo el territorio del Danubio medio durante más de doscientos años. Hacia el 550 aparecieron también en la franja oriental de Germania y en la década siguiente, cuando empezaron a crear un gran reino entre los Alpes orientales y el mar Negro, gobernado enérgicamente por Khagán Baián, fueron combatidos por el merovingio Si-giberto I. Cierto que en el 561 los venció en el Elba medio, pero cinco años después hubo de obtener la paz mediante el pago de un tributo.

Con amplios contingentes de tropas auxiliares eslavas continuaron atacando los Balcanes. Los germanos y sármatas que habitaban la región del Danubio se mezclaron en parte con ellos. En el 506, aliándose con los longobardos, aniquilaron a la tribu germánica oriental de los gépidos. Y, cuando en el 568 los longobardos avanzaron

[34] Einhard, Vita Karoli c. 11. Conc. Francof. (794) c. 3. Ann. reg. Franc. 763,781, 787 s. Annal. Lauresham a: 787 s.; 794. Annal. Mosell. a. 787 (con falsa toponimia). Annal. Nazar. a. 788. Annal. Petav. a. 788. Annal. Admunt. 772. HEG I 563. Mühl-bacher I 240 ss., 251. Cartellieri I 202 ss. Grupp II 6. Hartmann, Geschichte Italiens II 305 s. Lowe, Deutschiand 145 s. Faussner 362 ss. Sprigate, Die Einweising 60 ss. Stern/Bartmuss 105 s. Zollner, Die politische Stellung 154 ss. Aubin, Die Verwand-lung 127. Tomek, Kirchengeschichte Óstereichs 77. Uffelmann, Das Regnum 32 ss. Barraclough, Die mittelalterliche Grundiagen 6. Mitteis, Lehrecht 68 s. Krawinkel 57. Reindel, Bayern und Karolingerreich 224 s. Id., Grundiegung 131 ss. Id., Herzog Amulf 215 ss., 246. Bund 388 ss. Graus, Herrschaft und Treue 17. Steinbach, Das Frankenreich 63. Fleckenstein, Grundiagen 117 s. Bosi, Bayerische Geschichte 59, Epperlein, Kari 47 s. Reindel, Die politische Entwickiung 250 s. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 37, 49, 52 ss. Althoff, Der Sachsenherzog 271. Sin embargo apenas 20 páginas antes A., y refiriéndose a Desiderio, Tassilo y el carolingio Pipino, había hablado de «las condiciones denigrantes de la prisión claustral», ibíd. 255. Sobre el «abuso» de los monasterios como prisiones ver asimismo Goetz, Leben im Mittelalter 87.

hacia Italia, avaros y eslavos invadieron las regiones abandonadas de Panonia-No-ria, pasando así a ser los vecinos orientales de Baviera. Pero su avance apuntaba preferentemente hacia el sur, y sobre todo a Constantinopla, cuyos aliados habían sido en tiempos. En el 626 la cercaron del lado europeo junto con eslavos, gépidos, búlgaros y otras tropas auxiliares, mientras que los persas la cerraban por la parte asiática. La pequeña flota eslava fue aniquilada y el ejército de tierra fracasó frente a las murallas inexpugnables. Cuando el hambre y las epidemias forzaron a los avaros a la retirada, al tiempo que también los persas cesaban en su empeño, el prestigio de Khagán se resintió entre sus subditos y sus aliados siendo suplantada su soberanía por los pueblos eslavos auxiliares en los Súdeles eslavos, en Bulgaria y Dalmacia. Cierto que los avaros se rehicieron de nuevo hacia el 750 y que dominaron a los eslavos de su órbita de poder mediante nueve campamentos rodeados por una muralla en forma de anillo, los llamados «anillos avaros». Eran puntos de apoyo, en los que se almacenaban alimentos, botines de guerra y tesoros incalculables, y donde se supone el centro del poder avaro al este de la selva vienesa. Pero entonces avanzó Carlos sobre ellos dándoles el golpe mortal.[35]

167

Después de haberse apoderado de Baviera, a partir del 788 —en los documentos bávaros se contaron los años «desde que el rey Carlos conquistó Baviera»— se comprometió aún más al servicio de la conversión de avaros y eslavos, la guerra y la predicación continuaron sobre todo en el sureste. Los *Annales regni Francorum* aducen cual motivo principal de la apertura de hostilidades la aversión al cristianismo de los avaros, el crimen supuestamente enorme e intolerable «que los avaros habían cometido contra la santa Iglesia y contra el pueblo cristiano, porque a través de los emisarios no se había podido obtener ninguna satisfacción...». En realidad lo que quena el rey, un conquistador notorio, era la expansión, quería evidentemente las tierras entre el Enns y el Danubio como una «Marca panonia».

En el 788 los avaros avanzaron con dos ejércitos hacia Baviera e Italia para salvar a Tassilo; pero llegaron demasiado tarde y en todas partes fueron rechazados. Cayeron a millares en los campos de batalla o en su huida perecieron en el Danubio. Y en el 791, al tiempo que tropas italianas al mando del duque de Istria irrumpían por el suroeste sobre el reino avaro, Carlos avanzó hacia Hungría con otros dos grandes cuerpos de ejército. Devastó el país a lo largo y ancho hasta el Raab, no sin haberlo preparado todo convenientemente con la Iglesia.

La aventura había empezado «con la ayuda de Dios», como siempre. Y, cuando el 5 de septiembre las tropas alcanzaron el Enns, que era la frontera con los avaros, se hizo un alto con tres días de rogativas, en las que «todos caminaron descalzos», como escribía Carlos a su esposa Fastrada. A ello se sumaron numerosos servicios religiosos. Cada obispo y cada sacerdote hubo de contribuir con tres misas y cada canónigo y cada monje con tres recitaciones del Salterio para «conjurar el azote de la guerra» (Ahlheim), que de hecho empezaba a extenderse por amplios territorios. La

[35] Greg. Tur. 4, 23; 4, 29. Meyers Taschen-Lexikon 1193; VI 130. LMA 11283 ss. II 915. Erben Stadtmüller 93 s., 100, 130 s. Klebel Langobarden, Bajuwaren, Slawen 101 ss. Id., Siediungsgeschichte 29, 46. Dannenbauer II 9 s. Vemadsky 262 ss., 303 s. Herrmann, Slawisch-germanische Beziehungen 21 ss. Numerosos textos ibíd. 33 ss. Donnert 295. Reindel, Grundiegung 101, 121, 147, 152, 171. Zollner, Die politische Stellung 193. Ewig, Die Merowinger 55. Schiesinger, Zur politische Geschichte 22 pone la guerra contra los avaros en el 562 o en el 563. Hellmann, Neue Kráfte in Osteuropa 357 ss.

situación alentó además a un ayuno general; pero cualquiera pudo ya eximirse del mismo adquiriendo con dinero la «licencia» para beber vino o comer carne. Con todo ello se solicitaba fervorosamente —como escribe el analista oficial— el «auxilio de Dios para la salvación del ejército y la ayuda de nuestro Señor Jesucristo para la victoria y la venganza contra los avaros». Sobre ellos descargó en seguida «un terror enviado por el Señor», pues «Cristo conducía a su pueblo»; y también el cristianísimo rey, habría que añadir: acompañado por su preboste, Angilram, obispo de Metz, que allí murió; el obispo Sindpert de Ratisbona, que corrió igual suerte, los obispos Arno de Saizburgo y Arno de Freising con muchos otros clérigos. En resumen, todos se aplicaron a la obra piadosa: «se llevó a cabo una labor increíble, que hizo germinar la semilla del cristianismo en los surcos que la espada de Carlomagno había abierto» (Daniel-Rops).[36]

168

Mas como los avaros no presentaban ninguna batalla campal y como el terreno cubierto de bosque y pantanos impedía cualquier ofensiva, habiéndose desatado además una epidemia en el ejército, que se llevó a algunos hombres pero sobre todo a nueve décimas partes de los caballos y miles de animales, resultó imposible cualquier persecución ulterior; por lo cual hubo que interrumpir el primer ataque sin haber logrado nada. Así y todo, se obtuvo un primer éxito parcial y Carlos —que evidentemente llevaba a cabo «una guerra santa, al final de la cual sólo podía estar el triunfo completo y la conversión del enemigo» (Kalckhoff)— consiguió sacar de su empresa sacra un inmenso botín así como una gran multitud de prisioneros.

Mas no cedió. Al año siguiente (792) mandó construir con barcas un pontón flotante para hacer más fácil la travesía del Danubio. Y en el 793 ordenó unir el Main con el Danubio mediante una «gran zanja», la «zanja de Carlos»; que era como enlazar el centro del reino franco con el sureste. Es la única tentativa conocida en Occidente a comienzos de la Edad Media (por motivos evidentemente estratégicos) de construcción de un canal; tentativa que por lo demás fracasó a causa de la continuas lluvias y por dificultades técnicas.[37]

En el 795 tropas francas a las órdenes de Pipino, hijo de Carlos y virrey de Italia, y del margrave Erich de Friul, atacaron de nuevo a los avaros en Hungría meridional. Ello provocó entre éstos una sublevación y el asesinato de sus príncipes. Se conquistó el «anillo» o campamento *(kürijän)* principal del interior del país; la fortaleza real avara fue saqueada, obteniéndose con una cantidad ingente de oro y plata, amontonada allí durante siglo s; joyas y armas fueron robadas y enviadas a Carlos en

---

[36] Ann. reg. Franc. a. 788; 791. Annal. Laresham a. 791. Annal. qu. dic. Einh. 791. El relato de la guerra de Carlos en Kastrada: MG Epist. IV 528. HEG I 557. Hauck II 419 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 314 ss. Simson, Jahrbücher des Fränkischen Reiches II 20 ss. Mühibacher I 246 s. Cartellieri I 205. Naegle I 39 s. LMA I 635. Tomek, Kirchengeschichte Ósterreichs 77. Heuwieser, Geschichte I 128 s. Lowe, Deutschiand 146. Stern/Bartmuss 106 s. Ahiheim 165 ss. Stadtmüller 135 califica la eliminación del peligro avaro como «el impedimento principal para la misión y dominio del territorio del Danubio». Winter-Günther 20. Daniel-Rops 515 ss. Kaickhoff 52 s. Klebel, Siediungsgeschichte 49 s. Reindel, Bayern im Karolingerreich 230. Epperlein, Kari 53. De Bayac 198 s., 206 ss. Riché, Die Karolinger 116, 139. Steinbach, Das Frankenreich 63 s. McKitterick, The Frankish kingdoms 62. Er-délyi, Slawen, Awaren, Ungams 154 s. Hellmann, Neue Kráfte in Osteuropa 360. Desde finales del período merovingio se recurrió cada vez más a los obispos para cometidos militares y campañas bélicas y hasta consiguieron montarse «un poder militar propio»: Kaiser, Bischofsherrschaft 73 ss., espec. 76. Para la «redemptio» ver también

[37] Angenendt, Das Mittelalter 211.

Aquisgrán. Con «mano dadivosa» distribuyó él parte de aquellos tesoros a los obispos, hasta la misma Inglaterra, aunque al señor papa le envió «una gran parte». Toda la cristiandad occidental se regocijó «con el tesoro obtenido por la gracia de Cristo».

Y pronto volvió a regocijarse. Pues ya al año siguiente, cuando Tudun, un príncipe avaro, se hizo bautizar en Aquisgrán, Pipino, hijo de Carlos, acompañado de nuevo por obispos y prelados de Saizburgo, Passau, Aquileya y otros lugares de Italia, penetró en el «anillo» y lo destruyó. Pero ya antes continuó haciendo enormes botines de piedras y metales preciosos, cuyo destino fue asimismo Aquisgrán, donde probablemente se montó entonces un tesoro especial. (Durante los siglo s vi y vil los khaganes avaros habían arrancado de Bizancio pagos anuales de hasta 120.000 sólidos; con la repentina afluencia de tesoros el valor de los metales preciosos debió de bajar en el reino franco aproximadamente un tercio de su cotización.) Quince carretas tirada cada una por cuatro bueyes, fueron necesarias para transportar la increíble rapiña de «la guerra santa» hasta las manos de Carlos en Aquisgrán. No se recuerda, comenta Einhard con entusiasmo, ninguna otra guerra en la cual los francos se enriqueciesen con un botín tan grande. Y aunque laico (que sin duda figuró al frente de muchas iglesias), agrega en tono mojigato que «con razón puede decirse que los francos habían despojado legítimamente a los hunos de lo que éstos antes habían arrebatado a otros pueblos de forma ilegítima».

169

Pero las campañas se prolongaron todavía mucho tiempo hasta el sometimiento de los avaros; incursiones armadas hubo todavía los años 797, 799, 802 y 803. «Los margraves friulanos y de la marca oriental estuvieron de continuo en pie de guerra» (Zöllner); con «casi cada año una nueva acción» (Brackmann).

Se discute ciertamente la dureza de la guerra. Los *Anales* reales ocultan ciertamente las atrocidades cometidas; otras fuentes informan de las grandes crueldades cometidas por los francos. También Einhard escribe que Carlos llevó a cabo la empresa con mayor pasión y esfuerzo que todas las otras, «con la máxima obstinación». «La Panonia despoblada por completo y la destrucción de la residencia del khan, donde hoy no es posible encontrar rastro alguno de vida humana, son testigos de las muchas batallas sangrientas, que se combatieron esos años. En ellas sucumbió toda la nobleza huna, y con ella su fama.»

Los avaros se levantaron repetidas veces contra sus opresores; en el 799 derrotaron al margrave Erich de Friul en Fiume, en una batalla por la elevada fortaleza de Tersatto (Tarsatica), y poco después al prefecto real (gobernador) de Baviera Geroíd I, cuñado de Carlos, un paladín de dotes y dinamismo singulares, cuyo recuerdo se mantuvo vivo especialmente en el monasterio de Reichenau, «ensalzado como un mártir» (Stormer). También cayeron en la guerra los margraves Erich Kadaloh y Gotchram. Y así en el 803 toda Hungría occidental, hasta cerca de la actual Belgrado, quedó incorporada de alguna manera al reino franco como «Marca panonia».

En el 826 se menciona por última vez a los avaros. De hecho desaparecieron de la historia. Y durante el reinado de Carlos nada impresionó tanto a los historiadores y poetas coetáneos y posteriores —que en numerosos poemas exaltaron a Pipino, hijo de Carlos como caudillo de las campañas— como el expolio del inmenso tesoro de los avaros y la total destrucción de su reino. Un siglo después todavía se alude al «desierto» al este de Baviera. Y todavía en el siglo XX se entusiasmaron los historiadores por semejante hazaña del «gran» franco, pasmándose de las

consecuencias, la secuela de la miseria, de la nueva miseria, el continuado derramamiento de sangre y el expolio permanente. Más aún, se trataba naturalmente una vez más de una «proeza», de un «mérito icomparable de Carlomagno a la historia alemana» (Heuwieser). Pues, *«sin la guerra de Carlos contra los avaros no hubieran sido posibles las campañas de Enrique el León contra los vendos ni las batallas prusianas de los caballeros alemanes»* (Klebel). Y naturalmente esa acción del rey constituye precisamente «una época decisiva... para la historia de la Iglesia austríaca» (Tomek).

170

Pero mientras rey e Iglesia nadaban en las riquezas robadas sangrientamente, la miseria y el hambre cundían entre el pueblo. Como a lo largo de todo el reinado de Carlos apareció una vez más la hambruna y la desnutrición crónica, multiplicándose los pordioseros. Y esto no sólo a consecuencia de las catástrofes naturales, las inundaciones, las epidemias, sino también y sobre todo a causa de las espantosas condiciones sociales, de la explotación continuada por parte de los *potentes,* de la clase superior: con el aumento de gabelas, el agravamiento de los impuestos por encima de lo permitido, con el alza de los precios, el fraude en pesos y medidas, el endeudamiento, la pignoración, el robo de las propiedades... Desde el período de los merovingios cristianos los pobres no sólo estaban oprimidos sino que eran despreciados; las gentes pudientes los sentían como una carga, en tiempos de carestía azuzaban a los perros contra los indigentes y hasta los obispos hubieron de prohibir la presencia de los pordioseros con jaurías de perros. Regularmente apoyaron a iglesias y monasterios «sólo algunos hombres, elegidos por el clero» (Mollat), en el período carolingio habitualmente 12 según parece. Y por tal preeminencia hubieron de realizar todas las contraprestaciones posibles.

En tiempos de penuria los pobres comían pan de granos de uva, raíces de helécho y hierba. No son pocos los anales carolingios que consignan al menos las catástrofes por hambre. En el 784 «en Galia y en Germania sucumbió un tercio de la población...». «Muchos recogían a los hambrientos en su casa, los mataban y los ponían en salmuera», «la gente se comía a la gente, los hermanos a sus hermanos, las madres a sus hijos». ¿Qué podía hacerse para remediarlo? Responde Pierre Riché: «Sólo se podía rezar más para acelerar el final de la época mala».

Mas a quienes enseñaban al pueblo, que pasaba hambre y que a veces de hambre moría, les iba bien, y a muchos cada vez mejor. Pues, como se habían aprovechado del asesinato de los sajones, también ahora se beneficiaron de la guerra contra los avaros. Resultó altamente valiosa, sobre todo para la Iglesia austríaca, que a lo largo de un milenio, hasta la secularización de 1803, se hizo inmensamente rica.[38]

---

[38] Ann. reg. Franc. a. 792 s. Mühibacher I 249 s. Hofmann, Fossa Carolina 437 ss. Resumen 451 ss. Epperlein, Kari 53 s. De Bayac 218. Einhard, Vita Karoli 13. Ann. reg. Franc. a. 796; 805; 826. Annal. Lauresham a. 796. LThK III² 748. LMA III 2144 s., 2163 (Dirimeier) IV 1350 s. (Stórmer). Mühibacher 1251 ss. Hauck II 420. Cartellieri 1209. Naegle 174. Maier, Kirchengeschichte von Kámten II 6 ss. Tomek, Kirchengeschichte Ósterreichs 77 s. Herrmann, Slawish-germanische Beziehungen 68 ss., 76 ss. (con numerosos textos de las fuentes). Stadtmüller 136. Lowe, Deutschiand 146. Stern/Bartmuss 107 s. Ahiheim 166 s. Zollner, Die politische Stellung 224 s. Kosminski I 195. Epperlein, Kari 54 s. Heuwieser, Geschichte I 130, 298. Bullough, Kari 166s. Klebel, Die Ostgrenze 2 ss. Id., Siediungsgeschichte 49 (cerrada por C.). Preidel, Slawische, Altertumskunde I 120 ss. Váczy, Die Anfánge 19. Brackmann 60 s., 65 s., 90 ss. Riché, Die Weit der Karolinger 67 ss. Kaickhoff, Kari 23 ss., 53 s. Steinbach, das Frankenreich 64. Sobre los tesoros legendarios a todas luces de los avaros ver también Kollautz, Die Awaren 143 ss. y 164 ss. Sobre

Una vez más la Iglesia beneficiaria de la guerra

Así como las guerras sajonas de Carlos abrieron Sajonia a la misión cristiana, así también —piensa Ranke— sus guerras casi eclesiásticas contra los avaros abrieron el espacio hasta el Raab, la nueva «Marca panonia» (Hungría occidental), un territorio más eslavo que avaro según parece. Cierto que ya otros habían predicado allí, y a través de los monasterios fundados ya por Tassilo III, como los de Innichen o Kremsmünster, habían impulsado una conversión sistemática de los eslavos, contribuyendo a ello la correspondiente labor de los obispos. Pero, sobre todo en la Panonia avara, la población eslava se convirtió al cristianismo gracias al monje irlandés Virgilio, que fue obispo de Saizburgo y que se vio hostilizado por Roma y por Bonifacio.

Por lo demás es difícil de decir quién contribuyó más a esta «colonización del sureste», a esta «germanización» de la región oriental de los Alpes, qué monasterios, qué iglesias episcopales o qué otros nobles, aunque sin duda diferentes en cada caso. Lo que sí sabemos con certeza es que por doquier combatientes y misioneros, poder civil y eclesiástico, germanización y cristianización fueron de la mano. Y es que la Iglesia, que recibió grandes propiedades rurales, tenía que cristianizar los territorios expoliados y vincular al reino franco la población sometida.

Ya antes de la expedición armada del 796 Pipino había discutido en su campamento militar, a orillas del Danubio, con los obispos Arn de Saizburgo, Paulino de Aquileya y otros prelados la cristianización de los avaros, y ciertamente que también había aireado ya la división del país conquistado en diócesis misioneras. Los arzobispos y obispos de los territorios limítrofes acompañaron además a los invasores: Am de Saizburgo, un favorito de Carlos (y desde el 798 arzobispo, como consecuencia de las guerras avaras), acudió con tropas bávaras, mientras el patriarca Paulino de Aquileya lo hacía con tropas italianas. (Su sucesor, el patriarca Ursus, pronto discutió con el arzobispo Arn, pues sus respectivos misioneros chocaron entre sí ¡y ninguno de ellos quedó satisfecho!)

Después de la guerra Aquileya había adquirido extensos territorios, aumentando también por doquier sus posesiones los grandes obispados bávaros de Saizburgo, Freising, Ratisbona y Passau. Y en el siglo IX se extendieron aún más: Ratisbona en Burgenland y en Eslovaquia meridional; Freising en Carintia y los Alpes dolomíticos; Passau hasta la Selva vienesa y el Raab; Saizburgo adentrándose en Panonia, hasta el lago Balatón y la desembocadura del Drau. Pingües frutos de la victoriosa campaña depredadora. Aquellos «campesinos» de los monasterios se asentaron hasta el lago Balatón y Cinco Iglesias. Los alemanes se establecieron preferentemente a orillas del Danubio, mientras que los eslavos se desviaron hacia los ríos menores. Los *sclavi* se identificaron entonces con los *servi,* los siervos de la gleba. Esclavización y difusión de la buena nueva fueron indisolublemente unidas; Estado e Iglesia trabajaron también aquí hombro con hombro. Y como al conquistador le seguía el misionero, a

---

la pobreza de las masas, ver Riché y sobre todo Mollat, espec. 31 ss.,38s.,41 ss.

ambos les siguió la servidumbre.[39]

172

La Marca panonia, expoliada así por Carlos y después cristianizada, volvió a perderse en el 895 con la conquista de la tierra por los magiares, desapareciendo en parte el cristianismo. Pero los obispados y los monasterios bávaros conservaron también entonces «sus posesiones territoriales, por bien o mal que fuesen las cosas» (Dannenbauer). Y tras la expulsión de los húngaros volvieron a establecer conexiones allí los obispados de Passau, Salzburgo, Brixen, Ratisbona, Eichstátt, Freising y muchos monasterios, especialmente los de Niederalteich y Tegemsee. Contaron para ello con las condiciones indispensables para toda gran «colonización»: hombres y medios, los clientes y el dinero necesarios. El cristianismo pudo expandirse allí de nuevo en los siglo s X yXI y establecerse definitivamente en tiempos de Esteban el Santo. Se ponía así una base para ulteriores «excursiones» piadosas hacia el este mediante las cruzadas. Las tres primeras (1096-1099, 1147-1149, 1189-1192) marcharon a Oriente a través de la Hungría cristianizada.[40]

Pero ya antes habían entrado en la lista los eslavos.

3. EMPIZA LA OFENSIVA SISTEMÁTICA CONTRA LOS ESLAVOS

Aunque mucho antes de Carlos I hubo conflictos ocasionales entre francos y eslavos, se dio sin embargo una infiltración progresiva hacia Turingia y Baviera, hasta los ríos Raab y Regen, Main y Regnitz («esquinas del reino»), y no se detuvo la penetración de gentes de origen serbio y bohemio durante los siglo s vil y viu por la autoridad estatal franca, porque no se pudo o no se quiso. La conquista eslava del país en el siglo VIII en la zona de Main superior pudo incluso haberse realizado de acuerdo con el reino. Pero fue Carlos el primer soberano franco, que inició una política sistemática antieslava, se metió en los asuntos internos de los eslavos y sometió a tributo a diversas tribus vecinas hasta la frontera del Oder.

Fue la destrucción del reino avaro la que señaló el comienzo de la cristianización de los eslavos de Moravia. Poco después de la primera campaña contra los avaros (791) entraron bajo soberanía franca.[41]

173

Pero este nuevo éxito no calmó el espíritu agresivo del rey. Y siguió en la lista

---

[39] Alcuino ep. 107. Comp. ep. 110 s. Hauck II 420 ss. Stadtmüller 132 ss. Váczy 1 3 ss. Maier, Kirchengeschichte von Kámten II 6 ss., 12 ss. Tomek, Kirchengeschichte Ósterreichs 78 s. Zagiba 280 ss. Preidel I 124 s. Kawerau, Geschichte der mittelal-terlichen Kirche 130. Reindel, Bayem im Karolingerreich 242 ss. Bosi, Geschichte Bayerns I 46 s., 67. Id., Europa im Mittelalter 175. Id., Bayerische Geschichte 60 ss. Brackmann 61 ss., 82 ss., 94 ss. Epperlein, Kari 55. Stórmer I 215. Huter 453. Heuwieser, Geschichte I 130 ss., 148 s., 206 s. Novy, Die Anfánge 18 s. Fleckenstein, Grundiagen und Beginn 96. Borst, Ranke 477. Para el ulterior aumento de posesiones de los obispados y monasterios bávaros en el curso de los siglo s siguientes ver Prinz, Entwickiung 355 ss., 373 ss.

[40] Stadtmüller 129. Kawerau, Geschichte der mittelalterlichen Kirche 130. Dannenbauer, Grundiagen 438 ss.

[41] Ann. reg. Franc. 789. LMA III 1779 ss. Stadtmüller 137. Heuwieser I 148 s. Preidel I 89. Reindel, Grundiegung 151.

Bohemia, rodeada ya por el reino franco en tres de sus lados. Apenas hubo Carlos vencido definitivamente a sajones y avaros, emprendió otra acción bélica a gran escala. El 805, año en que su capitular de Diedenhof limitaba el comercio de armas con los eslavos, lanzó tres ejércitos contra los bohemios, que las fuentes francas llaman *beheimi (boemani)* y *Cichu-Windones* (vendos checos). A las órdenes de su hijo mayor hizo atacar Bohemia por tres lados devastándolo todo hasta más allá del Elba, por el que avanzó con barcos un cuarto ejército hasta Magdeburgo. Y mientras sus tropas operaban literalmente de forma devastadora matando incluso a Lecho, el duque bohemio, su majestad se divertía cazando durante meses en los Vosgos.

Aunque «la verdadera caza era la caza del hombre, la guerra» (Riché). Ya en el 806 siguió una nueva expedición bélica contra Bohemia, que en realidad no fue más que una repetición de la última. De nuevo avanzaron tres columnas de ejército desde Baviera a través de Fichtelgebirge y desde el norte contra los bohemios, que buscaron refugio en los bosques infranqueables. También fueron sometidas las tribus eslavas asentadas al este del *limes sorabicus* obligándolas a un tributo de oro, plata y ganado, que los bohemios pagaron al menos hasta mediados del siglo XI. Siguieron otros ataques victoriosos contra los paganos del este y del norte. Todavía en el 806 ordenó Carlos la guerra contra los eslavos del Elba, vecinos de Bohemia. Después de morir en la lucha uno de sus príncipes se sometieron. Y finalmente también se doblegó a los wilzos.[42]

Como canta Notker el Tartamudo, monje de St. Gallen, de su héroe Eishere de Thurgau, que figuraba en el séquito imperial, bohemios, wilzos y avaros «fueron segados como la hierba del prado». Hasta siete, ocho o nueve de aquellos «sapos» *(ranunculi)* solía pasear «ensartados en su lanza». Y nuestro *monachus sangallensís* hace decir a su campeón de Thurgau con un lenguaje realmente cristiano: «En vano mi señor rey y yo nos hemos esforzado con esta clase de gusanos *(vermículos)».*[43]

Lo que eran los eslavos para el monje del siglo IX, que llegó a ser un beato de la Iglesia católica, «sapos» y «gusanos», lo continuaron siendo durante muchos siglo s para muchísimos cristianos.

Desde finales del siglo VII la «misión eslava» fue el primer objetivo del emperador Carlomagno. Dejemos de lado si perseguía preferentemente la cristianización o la imposición de tributos. Cualquier rechazo de los impuestos se interpretó como una rebelión y como motivo para una nueva guerra. Pero las campañas continuadas —también a lo largo del siglo IX— y la aplicación consciente del «principio *"divide et impera"»* (Novy) debían de impedir cualquier asociación estable de las tribus serbias.
174

Especial atención merece el hecho de que la guerra contra los bohemios empezase poco después de la visita de León III el año 804 a Carlos y el que desde entonces las ofensivas contra los eslavos se llevasen a cabo de una manera sistemática, a diferencia

---

[42] Ann. reg. Franc. a. 805 ss. Chron. Moiss. a. 805. Ann. Mettens. a. 805. Ann. Quedlinb. a. 805. Ann Lobiens. a. 805. LMA II 335 s. Cartellieri 1227. Aufhauer, Ba-yer. Missionsgeschichte I. Stadtmüller 137. Naegle I 39 ss. Hellmann, Kari und die slawische Weit 717 s, Herrmann, Slawisch-germanische Beziehungen 84. Branck-mann 67 s., 97. Reindel, Die politische Entwickiung 188 s. Id., Grundiegung 256 s. Jenkins 39. De Bayac 294 s. Riché, Die Weit der Karolinger 95. Ver asimismo Fried-mann, Untersuchungen zur Geschichte 25 ss. Chropovsky, Das Grossmáhrische Reich 162. Henn, Deutschiand Herz 17 s.

[43] Notker, Gesta Karoli 2, 12. Daddey, Lexikon 869. dtv-Lexikon XIII 170. Zollner, Die politische Stellung 150.

de todos los choques anteriores que se organizaban a toda prisa. «Sólo con el envío del botín avaro al papa y con la fundación del arzobispado de Saizburgo se llegó a un proceso planificado, y tales sucesos están a su vez... íntimamente asociados al acuerdo de alianza entre Carlos y León III el año 796». «Al comienzo de la misión carolingia entre los eslavos se encuentra el pacto de Carlomagno con Roma» (Brackmann).

Al finalizar todas aquellas campañas de rapiña una cuarta parte de lo que hoy es el sureste europeo se hallaba bajo soberanía franca: Bohemia, Moravia, Hungría occidental y el noroeste de los Balcanes.[44]

Los años 808 y 810 aún emprendió Carlos algunas campañas contra los daneses, que excepcionalmente fueron guerras defensivas. En el 808 el rey Góttrik había irrumpido en Albingia septentrional, había destruido el puerto báltico de los abodritas, que rivalizaba con los puertos daneses, y dos años después había invadido Frisia con una flota de 200 barcos y derrotado a los frisones en tres batallas. La defensa de Carlos no había tenido mucho éxito y Góttrik amenazaba con avanzar de inmediato sobre Aquisgrán. Carlos, que debió de temerse una derrota peligrosa y quizá hasta de proporciones catastróficas, inspeccionó su flota y a tambor batiente reclutó tropas en todo el imperio. Pero el rey danés no llegó: uno de sus guardaespaldas le había asesinado.

La «fuerza expansiva» de los francos se había agotado para entonces, al igual que el gusto por la guerra de muchos, especialmente de los campesinos libres; y el hambre de tierras de la nobleza se había saciado en buena parte. Al año siguiente Carlos firmó la paz con los daneses (cuyo país habían desgarrado las luchas partidistas y por el trono), y en seguida envió tres ejércitos en las direcciones más diversas: «uno a través del Elba contra los linones, el cual devastó su territorio y reconstruyó la fortaleza de Hohbeck sobre el Elba, destruida el año anterior por los wilzos; el otro marchó a tierras de Panonia para poner fin a las luchas con hunos y eslavos; y, finalmente, el tercero, contra los bretones para castigar su deslealtad. Todos cumplieron felizmente con sus objetivos y regresaron sin pérdidas» *(Annales regni Francorum)*.[45]

Las pérdidas eran casi siempre por la otra parte. En su gran mayoría. Y la desgracia también. Pero de eso, significativamente, las fuentes francas apenas hablan; por lo demás, como hacen todavía hoy los historiadores (y yo hablo aquí; como en general sólo del *caso normal* y corriente). Ellos se atienen justamente a lo que leen. ¿A qué, si no? ¿No es eso lo correcto? Pues ciertamente que no. Porque, cuando se proclaman tantos triunfos, tanta victoria y prosperidad, tanta prosperidad y victoria, siempre hay también mucho de lo contrario. Y no sólo entre los vencidos. Pero de eso callan casi siempre los cantores, desde los analistas antiguos hasta los eruditos de hoy. Generalmente ante Carlos «el Grande» todos caen boca abajo.

175

¿Por qué? ¿No será a causa del renacimiento carolingio, por llamarlo de alguna manera? El cual, tanto por motivo como por contexto, se asoció sobre todo con la «reforma» de la Iglesia franca; y que, como ésta, tuvo en lo esencial el mismo objetivo, para nadie más favorable que para la Iglesia, para-los clérigos y monjas y su mínimo —¡en general!— de conocimientos, formación y «enmienda» precisamente de las

[44] Ann. reg. Franc. 805 s. Stadtmüller 137. Brachmann 67 s. Novy, Die Anfánge des bóhmischen Staates I. Teil 158. Herrmann, Die Slawen in Deutschiand 260.

[45] Ann. reg. Franc. a. 808; 810 s. HEG I 555. Epperlein, Kari 57 ss. De Bayac, Kari 298 s.

obras cristianas, el Antiguo Testamento y el Nuevo, los padres de la Iglesia... Mientras que, por ejemplo, ya bajo el hijo y sucesor de Carlos, Luis el Piadoso, volvió a interrumpirse la creación de una gramática alemana y la recopilación de literatura germánica.[46]

Naturalmente nadie niega otros logros ciertos, como la transmisión de textos clásicos antiguos. Pero esto no ocupó el primer puesto. Y sobre todo: hasta el «renacimiento carolingio» fue un fruto de las guerras carolingias. Y cualquier cosa que se diga en favor de ese rey franco no puede entenderse sin tales guerras. Única y exclusivamente las guerras, única y exclusivamente esa agresión brutal con sus mil injusticias y sufrimientos, única y exclusivamente ese terror de miles de formas en provecho del imperio y de la Iglesia contribuyeron a otorgar a Carlos I el atributo de «el Grande». ¿Y quién lo fue? ¿El imperio?, ¿la Iglesia? Nobleza y clero. Y en especial la nobleza alta y el alto clero. Sólo ellos fueron los grandes beneficiarios. Pues incluso la masa del propio pueblo en un noventa a noventa y cinco por ciento, o quizá más, no obtuvo nada. Ni siquiera la paz en el propio suelo, pues las guerras en Baviera y en Sajonia, al menos por algún tiempo, fueron ya guerras civiles.

De acuerdo con el crimen, de acuerdo con la santidad

«Karolus serenissimus augustus a Deo coronatus magnus pacificas» (Carlos, emperador serenísimo, grande y pacífico, coronado por Dios), como rezaba ya desde el 801 el comienzo de su título prolijo, aquel César pacificador, coronado por Dios y reinante también *«per misericordiam Dei»* (por la misericordia de Dios), el que desde el 802 se llamó también *«imperator christianissimus»* y que (supuestamente) murió con las palabras del Salmo 31: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», aquel hombre había preparado una matanza tras otra, y en sus 46 años de gobierno —del 768 al 814— había guerreado casi de continuo con cerca de 50 campañas militares, pues sólo dos años (790 y 807) no combatió... «Un período feliz para la Iglesia» (Daniel-Rops). Nada tiene de extraño que en las *Chansons de geste* —los poemas épicos franceses de la alta Edad Media— cabalgue en la batalla ya «con más de doscientos años», acompañado de sus paladines más valientes. Combatió contra los longobardos, los frisones, los bávaros, los avaros, los eslavos, los vascos y los árabes en España, los bizantinos en Italia meridional, con guerras ofensivas planificadas casi con frialdad y con las que infligió la muerte, una muerte a menudo cruel y terrible, a innumerables personas.

176

Y no sólo mató en las guerras, sino que también hizo asesinar a 4.500 prisioneros y desterró a miles de familias. O, como se dice en una de las poesías litúrgicas más antiguas en honor de Carlos: «Abatió a millares, limpió la tierra de la cizaña [!] pagana..., convirtió a los infieles, quebrantó las estatuas de los dioses, expulsó a los dioses extranjeros». Para él personalmente, según su biógrafo Einhard, las guerras contra los sajones y los avaros fueron más importantes que todos los otros cometidos

[46] LMA II 187 ss. (Fleckenstein).

políticos. Más aún, para ciertos círculos eclesiásticos del siglo X las guerras sajonas figuraban en primer plano como su obra más importante en favor de la misión cristiana.[47]

No se trata sólo, aunque ya es bastante, de que Carlos «el Grande» de hecho matase, subyugase y esclavizase sin pausa (exceptuados en general los inviernos), que no fuese más que guerrero, conquistador, asesino y depredador a escala máxima —lo cual, según nos enseñan desde hace mucho los más eruditos de los eruditos, era entonces tan habitual, tan del «buen» estilo de la época, que el criticarlo sería un craso anacronismo, desde nuestro tiempo «ilustrado» (en realidad no menos conquistador, asesino y depredador), además de que resultaría arbitrario, rigorista, moralista y cuadriculado en extremo—. No, se trata además de que Carlos «el Grande» llevó a cabo todo ese increíble derramamiento de sangre con la participación más intensa del cristianismo y de la Iglesia de su tiempo. (¡Que, naturalmente, también eran «hijos de su tiempo»!) Y que esa Iglesia jamás protestó, aprovechándose más bien a fondo de todo ello. Se trata de que el Estado feudal cristiano y la Iglesia feudal cristiana formaron una sola cosa, y una sola cosa en el crimen precisamente.

Carlos, en efecto, cuyo verdadero «libro de Estado» fue la Biblia, y entre cuyas obras preferidas se encontraba la *Ciudad de Dios* de Agustín, no sólo gobernó y actuó como rey de los francos sino también cual protector ilustrado de la Iglesia, como interlocutor y aliado del papa, según lo prueban su legislación, su correspondencia epistolar redactada por eclesiásticos y sus colaboradores más cercanos. Aquel monarca fue una especie de rey-sacerdote, fue *«rector et devotus sanctae ecclesiae defensor et adiutor im ómnibus»* (guía y devoto defensor y ayudante de la santa Iglesia en todas las cosas).

177

Imperio e Iglesia se entrelazaron indisolublemente en el *imperíum christianum,* sin que apenas se diferenciasen las dietas políticas y los concilios eclesiásticos. Carlos convocó sínodos, cuya presidencia ostentó; eligió obispos y abades a su arbitrio y en Sajonia instituyó los obispados que necesitaba. Cuando necesitó un arzobispado para sus ataques contra los avaros, hizo que el papa erigiese el de Saizburgo. Dispuso también de los bienes eclesiásticos, enriqueciendo a los papas y a los obispos con territorios. Les otorgó numerosos privilegios de inmunidad y sancionó la violación de la inmunidad eclesiástica con la pena real duplicada de 600 sólidos. Libró de impuestos a los obispos y les concedió el derecho de acuñar moneda. Castigó con pena capital el saqueo e incendio de las iglesias. Pero sobre todo impuso la obligación universal del diezmo en favor del clero y exigió a escala estatal los diezmos para las iglesias episcopales. También legó a la Iglesia, de la que se preocupó especialmente en sus últimos años, tres cuartas partes de su dinero efectivo (mientras que a sus hijos y nietos en su conjunto sólo les dejó la dozava parte, y otro tanto a la servidumbre palaciega). Y también los prelados dependieron por entero de él, aunque la influencia de los mismos durante su reinado —considerándole al menos todos los obispos francos como cabeza universal de la Iglesia— creció notablemente: con Carlos marchaban a la guerra, actuaban como jueces al lado de los condes y estaban a la

[47] Mühibacher I 289. Classen, Romanum gubernans imperium 4 ss. Daniel-Rops 524. De Bayac 277 s. Sobre la importancia del título ver asimismo Ullmann, Die Machtstellung 172.

cabeza de la corte real.[48]

Al círculo más estrecho de colaboradores y amigos del soberano pertenecieron el arzobispo Beornrad de Sens, Paulino el patriarca de Aquileya, Teodulfo obispo de Orléans, y el anglosajón Alcuino, primer director de la escuela monástica de York y más tarde abad de Saint-Martin de Tours, quien tuvo una influencia casi decisiva en la política imperial. Entre sus confidentes más cercanos, que controlaban especialmente la vida palatina, figuraron asimismo algunos otros abades, como su primo Adalhard, abad de Corbie, y su sucesor el abad Wala, también primo de Carlos. Mayor aún fue la influencia que tuvo sobre el monarca Angilberto, abad de Saint-Riquier, quien además hizo dos hijos a Berma, la hija menor de Carlos, a los quince y a los veinte años (que luego serian los historiadores Harnit y Nithard), y que, debido a los «milagros» acaecidos en su tumba, fue venerado como santo, y como santo aparece en una *Vita* del siglo XII.

178

Fuirad, abad de Saint-Denis, dirigió al principio la capilla palatina como capellán primero y fue «la figura descollante entre los colaboradores de Carlos de la primera época». Su sucesor fue Angilram, que fue obispo de Metz y que en el 791 murió en la campaña contra los avaros, y el sucesor de éste el arzobispo Hildibaid de Colonia, que «en tiempos de Carlos ocupó el primer puesto en el palacio de Aquisgrán» (Fleckenstein). La capilla palatina, que en sí era una institución puramente espiritual fue adquiriendo consecuentemente cada vez más peso político. Su director, el archicapellán (con rango de arzobispo sin cargo arzobispal) era el primer consejero del monarca y uno de los dignatarios más elevados del imperio. Durante el reinado de Carlos fueron exclusivamente eclesiásticos los que desarrollaron la actividad administrativa escrita, los llamados *referendarii,* que con los merovingios habían sido laicos por lo general. La capilla palatina estuvo asociada con el epicentro del gobierno, la cancillería palatina, la cual se clericalizó por completo bajo los carolingios y a cuyo frente estaba el canciller o archicanciller, que habitualmente era un clérigo. (Desde mediados del siglo IX en Alemania el cargo de archicapellán y archicanciller lo ejerció la misma persona. Y finalmente el primado del imperio, el arzobispo de Maguncia se convirtió también en el funcionario supremo del rey).[49]

Pero también fuera del gobierno central, de la *capilla* y de la cancillería reales en gran parte clericalizadas, el clero franco tuvo una influencia grande y múltiple sobre la vida pública. Dignatarios eclesiásticos ejercieron cargos puramente civiles. En el imperio, dividido en 300 condados, tenían que mirar por sus intereses al lado de los condes. Viajaban también como emisarios reales *(missi dominici),* siendo un instrumento eficaz de centralización, aunque nada agradable, entre otras cosas por sus gastos elevados. (Un obispo en tales funciones podía recabar al día para sí y sus

[48] HEG I 565. HKG III/l 22. Mühibacher 1 287 ss. Sommerlad II 57, 70 s., 78 ss. Wissig 159. Müller-Mertens 54 ss. Steinbach, Das Frankenreich 70. Fleckenstein, Das grossfränkische Reich 280 s. Riché, Die Karolinger 117 escribe: «Carlos fue un guerrero de cuerpo y alma, gustó del estruendo de la lucha y no conoció reposo alguno». Ver asimismo 160 ss.

[49] HEG I 561 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 361 ss., 561 s. Grupp II 16. Grierson, Der grosse Konig 291. Fleckenstein, Kart der Grosse und sein Hof 32 ss. Id., Die Hofkapelle 47 ss. Id., Grundiagen und Beginn 83 s. Konecny 76. Hpperlein, KarI 87 s., 193. Kóhier, Die Ottonische Reichskirche 153. Tellenbach, Europa 408 s., 415 ss. Dawson 216 ss. Aubin, Die Umwandiung 138. Kasten 56 s. Haend-ler, Die lateinische Kirche 78. Hiawitschka, Franken, Alemannen 29 s. Angenendt, Das Frühmittelalter 261. Ver también 288, 305, 320.

acompañantes cuarenta libretas de pan, tres jabalíes, un cochinillo, tres gallinas, tres modios de bebida y cuatro modios de pienso para los caballos.)

A finales del siglo IX y comienzos del X el cargo de emisario real para Italia estuvo asociado en principio al cargo episcopal. El discurso de uno de tales emisarios, que se nos ha conservado, empieza así: «Nosotros hemos sido enviados por nuestro señor, el emperador Carlos, para vuestra salvación eterna, y os recomendamos que viváis virtuosamente según la ley de Dios y justamente según la ley del mundo. Queremos haceros saber ante todo que debéis creer en el *único* Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo...». Tales *missi dominici,* cuya actividad en los respectivos lugares empezaba de ordinario con un servicio litúrgico, controlaban varias veces al año la actividad judicial, militar y administrativa, para lo que celebraban juicios inquisitoriales. A una con los condes también los obispos y abades participaban cada primavera en la dieta o asamblea imperial, que iba asociada a un reclutamiento de tropas, bien en la residencia real o en el respectivo territorio del avance militar. Obispos y abades tenían que ocuparse también de asuntos militares y naturalmente afrontar asimismo contingentes armados, conducirlos a la batalla, en contra del derecho canónico, y no pocas veces hasta tomar el mando de grandes ejércitos.

179

Y así como el clero intervenía en el Estado, así también el rey intervenía en la Iglesia. Con sus capitulares regulaba la santificación del domingo, el canto eclesiástico o la recepción de los novicios en los monasterios. Se ocupaba del mobiliario de los oratorios, de la ordenación de la liturgia así como de la formación y conducta de los eclesiásticos. En el 790 introdujo el *Sacramentarium Hadrianum,* es decir el ordenamiento básico de la misa romana. A menudo convirtió las leyes canónicas en leyes del imperio, y los crímenes contra las leyes imperiales se castigaron con penas eclesiásticas.

Carlos hasta se inmiscuyó en cuestiones dogmáticas, por ejemplo en la disputa adopcionista, y quiso «desarraigar por todos los medios la perniciosa peste» y hasta entregar a los «herejes» hispanos a los sarracenos. Actuó celosamente en la controversia de las imágenes, en la que se enfrentó al papa, por lo que también un gran concilio de los obispos occidentales convocado por el rey en Frankfurt (794) condenó las doctrinas de los iconodulos. Como escribió el papa León III en su primera carta, Carlos se sentía «representante de Dios, señor y padre, rey y sacerdote, guía y protector de todos los cristianos». Por la otra parte, el papa Adriano I ya en el 785 celebraba que Carlos, rey de francos y longobardos y patricio de los romanos, «llevando a cabo nuestras exhortaciones hubiese incorporado a su soberanía a los bárbaros de todo el Oriente y el Occidente».

Más aún, «el Grande» fue también personalmente un fiel católico, que gustó de imponer a sus subditos la moral cristiana, inculcándola vivamente a las pobres almas. Mas no sólo titubeó en arrebatar a los hijos de su hermano Carlomán la mitad del reino franco, sino que despidió también a cuantas mujeres acabaron siéndole desagradables: a la franca Himiltrud, que ya antes de su primer matrimonio le había dado un hijo: el jorobadito Pipino; igual que a su primera mujer legítima, la hija del rey longobardo. Después tuvo otras tres esposas muriendo todas tres jóvenes de una enfermedad; y la cuarta, Líutgard, compartió su lecho cuando aún vivía la tercera, Fastrada. Y a ellas se sumaron —sin que el alto clero le hiciese el menor reproche— una serie de concubinas, a las que ya anciano mantuvo en su palacio (conocemos los

nombres de cuatro, pero hubo otras). Con ellas tuvo ocho retoños extramatrimoniales, cuatro hijos y cuatro hijas; los cuales vinieron al mundo antes, durante y sobre todo después de que naciesen los once hijos de matrimonios canónicos, cuatro varones y siete mujeres.

180

En la muerte de su adorada Hildegard (783), beata de la Iglesia, hasta «los corazones de bronce de los guerreros se conmovieron hasta el llanto y se vieron caer sus lágrimas entre los escudos y espadas». ¡Y cuál no fue la conmoción de Carlos! Casi año tras año, o al menos cada dos años, ella le había dado un hijo. (En tres historiadores he leído tres cifras diferentes: seis, ocho y diez hijos.) Pero a los pocos meses ya desposó a la número tres.

El más cristiano de todos los gobernantes, que tan a pecho se tomaba la(s) y virtud(es) de sus francos, en su propio hogar llevaba una vida relajada y hedonística. Mientras la Iglesia sólo permitía el comercio sexual dentro del matrimonio y exclusivamente para traer al mundo nuevos cristianos, sin interrumpir el coito y en una única posición, las hijas de Carlos fornicaban con sus amantes, y Alcuino advertía contra «las palomas coronadas que revoloteaban por las estancias de palacio». Incluso había prostitutas en los palacios reales. ¿Y por qué no, si satisfacían también al ejército franco y hasta a los peregrinos en los lugares de peregrinación, como en Saint Martin de Tours? ¿Por qué no, cuando hasta en los monasterios había por entonces muchos «casos vergonzosos de lascivia», sin que faltasen los sodomitas entre los monjes? Qué distinto a este respecto el panorama entre los germanos gentiles.

Y, sin embargo, Carlos, «el padre de la Iglesia», como le llama ya en el año 800 Teodulfo de Orléans, era personalmente un cristiano fervoroso, un católico practicante, que observaba con supuesto rigor los ayunos eclesiásticos, que en sus viajes iniciaba regularmente su jornada acudiendo a la iglesia en cualquier lugar que se encontrase y asistiendo a misa cada día. Varias veces al día e incluso de noche visitaba la Marienkirche de Aquisgrán. Gustaba de hacerse leer *De civitate Dei* de Agustín. Poseían un amplio arsenal de reliquias. En un medallón llevaba como talismán «en vida e incluso en muerte» algunos cabellos de la Madre de Dios (naturalmente falsos). Llenó la basílica de Aquisgrán con (pretendidas) reliquias de apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, para protección del imperio y remisión de sus pecados. Incluso bajo su trono de piedra pudieron deslizarse algunas reliquias y en su tumba se depositó un relicario.

La propia ciudad de Aquisgrán fue designada en el siglo XII *«sacra civitas»* (ciudad sagrada) y en toda Alemania —las más de las veces enmarcada en leyendas— llegó a ser una «ciudad mística», una «especie de santuario nacional» (Meuthen), un lugar de peregrinación importantísimo, y en buena medida gracias a Carlos. La Iglesia lo exaltó por encima de las masas, presentándolo como *«rex et sacerdos»,* como rey y sacerdote, cual «señalado con el nombre de Cristo» y su imperio como *«corpus christianum», «imperium christianum».* Más aún, para los *Librí Carolini,* «nuestro rey» *(noster rex),* «nuestro emperador» *(noster imperator)* es el propio Cristo. «Cristo es vencedor, Cristo es rey, Cristo es emperador» decía el estribillo de los laudes, de las letanías, que a finales del siglo VIII se cantaban en el reino franco en las grandes festividades de la Iglesia y en la presencia del rey. Y en Roma se hacía memoria de él en las oraciones de la misa, y en la liturgia del sábado en tiempo de ayuno a la

mención de su nombre se doblaba la rodilla por mandato del papa Adriano I. El sínodo de Maguncia (813) le exalta como «el guía piadoso de la Iglesia», y el monje Notker de Sankt Gallen (muerto en 912) cual «obispo de los obispos»; más aún «cual imagen de Dios, no de palabra sino de hecho» (Lówe). Y el arzobispo de Milán Odilberto habla de él como «iluminado por el Espíritu Santo».[50]

181

Ni fue eso todo. Tras haber sabido que incluso se hablaba de curaciones de enfermos y de milagros en la tumba de Carlos, en 1165 el papa Pascual III, antipapa de Alejandro III, lo canonizó a instancias del emperador Federico I y de su canciller Reinaldo de Dassel. En favor de su canonización adujo Barbarroja los servicios de Carlos en favor de la Iglesia y de la fe: por su conversión de los bárbaros llegó a ser un «verdadero apóstol» *(verus apostolus)* y su esfuerzo hizo de él un «mártir» *(eum martyrem fecit),* y un hueso del brazo de san Carlos se conservó como reliquia en un relicario precioso. El papa Gregorio IX refrendó la canonización y los papas posteriores no la declararon nula asintiendo más bien las distintas iglesias a la veneración del emperador Carlos como santo. En los devocionarios de la Edad Media aparece con su oración propia. En Aquisgrán se le nombró patrón de la ciudad y como tal se le veneraba todavía en el siglo XVII. Incluso en 1899 el entonces canónigo Adolf Bertram escribía en su *Historia del obispado de Hildesheím* que allí se «veneraba a Carlomagno grandemente como su primer fundador y como santo».[51]

Un estudio del año 1967 enumera no menos de 109 «lugares de culto de san Carlos». Entre ellos figuran Aquisgrán (donde todavía hoy se celebra en la catedral el día de la muerte de Carlos, el 28 de enero, y en el que yo de niño celebraba mi onomástica), Bremen, Bruselas, Dortmund, Frankfurt («uno de los lugares principales del culto de Carlos»: Kótz-sche), Fulda, Halle, Ingelheim, Colonia, Constanza, Lüttich, Maguncia, Minden, Münster, Nuremberg, Ratisbona, Estrasburgo, Tréveris, Viena, Würzburg y Zurich. También es digno de atención que Carlos recibiese veneración cúltica en todo el territorio sajón.[52]

182

A lo largo de siglo s Carlos «el Grande», Carlomagno, ha sido considerado como el modelo ideal de gobernante, y para muchos, para muchísimos, lo sigue siendo todavía hoy.

Voltaire y Gibbon estigmatizaron su barbarie y le negaron grandeza personal.

---

[50] Libri Carol. 2, 28. Einhard, Vita Karoli c. 24. Theod. von Orle Carm. 32 v. 4 (MG Poetae latini I 523). Cartellieri, Weltgeschichte 1225. Aerssen, Kirchengeschich-te 114 s. Wein 94. Gontard, Die Pápste 176. Voigt, Staat 356 ss. Holtzmann, Geschichte der sáchsischen Kaiserzeit I 11 ss. Bosi, Geschichte Bayerns I 50. Lowe, Von Theoderich 49 s. Maier, Mittelmeerweit 357. Tellenbach, Europa 417 ss., 428. Kauf-mann, Vom Talismán 29 ss. Steinbach, Das Frankenreich 60 s. Ewig, Zurn christiichen Konigsgedankek 64 ss. Hirsch, Der mittelalterliche Kaisergedanke 27. Braun-íeis, KarI der Grosse in Selbstzeugnissen 32, 70 s. Grierson, Der grosse Konig 270. Hay 338. Zóllner, Die politische Siellung 187 ss. Konecny 65 ss. Meuthen, Aachen in der Geschichte 376 ss. Schramm, Kaiser, Konige I 307 ss., 389 ss. Id., Kart 312 ss. Antón, Fürstenspiegel 109 ss. Epperlein, KarI 95, 136 ss., 146 ss. Borst, Kaisertum und N. 43, 235 ss. Deér, Die Vorrechte 89 s. Wemple, Wornen 78 s. Southern 30. Fink 64 s. De Bayac 228. Fleckenstein, Das grossfránkische Reich 280 ss. Riché, Die Weit der Karolinger 80. Id., Die Karolinger 114, 149, 162 s., 170. Boussard 98 ss. Para la tradición secular *hostil* a Carlos, ver Rundnagel, Der Usprung der gegenwárti-gen Beurteilung 91 ss. Para la valoración (enaltecedora) de Carlos entre los investigadores actuales ver la amplia síntesis de Bullough, Europae Pater 59 ss.

[51] Bertram 17. Zender, Die Verehrung 104. Beissel, Die Verehrung der Heiligen I 117.

[52] Zender, Die Verehrung 102, 106 ss.

Ranke, por el contrario, hasta lo encontró «demasiado grande para una biografía» calificando su actividad «tal vez como el gobierno más grandioso de cuantos se han dado»; y en su *Weltgeschichte,* en la que ni Alejandro ni César ni los héroes cristianos Constantino y Otón I adquieren tanta importancia ni merecen tanta atención como Carlos, hasta ve vinculada al nombre de éste «irrevocablemente la idea de grandeza moral [!] e histórica».

A comienzos del siglo XIX se exaltó a Napoleón en todo su alcance como «un Carlomagno redivivo». Tras la fundación del Reich alemán en el siglo XIX los alemanes redescubrieron la «germanidad» de Carlos y su espíritu belicoso y hasta los eruditos británicos reflexionaron si no había que llamarle «Karl» mejor que «Charles».

En la era fascista, cuando mediaba la segunda guerra mundial, se celebró el 2 de abril de 1942 el 1.200 aniversario del nacimiento de Carlo-magno, se le presentó como «Carlos el Unificador», «el europeo», en un sentido anticomunista y sobre todo antisoviético; tendencia ésta que retomó en los años de Adenauer, cuando se movilizó cada vez más el «Occidente cristiano» contra el «comunismo ateo». Curiosamente fue el cardenal Frings de Colonia, quien no sólo fue el primero que defendió abiertamente en Alemania el rearme de los alemanes sino que en septiembre del 1952 afirmaba: «La realización del ideal de alcanzar el imperio de Carlomagno nunca ha estado tan cerca como ahora».[53]

El imperio carolingio, el *«imperiun christianum»,* como lo llamó Alcuino desde el 798, el *«regnum sanctae ecclesiae» (Libri Carolini),* se extendía desde el mar del Norte hasta los Pirineos y hasta el Adriático. Abarcaba lo que hoy es Francia, Bélgica, Holanda, Alemania occidental, Suiza, la mayor parte de Italia, la Marca Hispánica y Córcega. Su extensión aproximada fue de 1.200.000 kilómetros cuadrados, casi tanta como la del imperio romano occidental y la casi totalidad de cuanto quedaba al noreste y al sur de ese «reino de la Iglesia» fue presa de un expolio general.[54]

[53] Ranke, Weltgeschichte V Teil 2 1884, 106. Ver al respecto Borst, KarI der Grosse 448 ss. Epperlein, KarI 155 s. Kalckhoff242 s. Bullough, Kari 11.

[54] Hay 338. Braunfeis, Kari der Grosse in Selbstzeugnissen 148. Ullmann, Die Machtsteliung 162. Novy, Die Anfánge 2 ss. Steinbach, Das Frankenreich 65. Mont-gomery I 162. Riché, Die Karolinger 117. McKitterick, The Frankish kingdoms 78.

Karlheinz Deschner

HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO

Volumen 8

Siglo IX: Desde Luis I el Piadoso hasta las primeras luchas contra los sarracenos

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

TOMO VIII

Siglo IX: Desde Luis I el Piadoso hasta las primeras luchas contra los sarracenos

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo
Ediciones Martínez Roca, S. A.
Traducción de Claudio Gancho

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o

préstamo públicos.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums: 9. und 10. Jahrhunden*

© 1997, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1997, Ediciones Martínez Roca, S. A. Enrié Granados, 84, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-2296-4
Depósito legal B. 40.444-1997
Fotocomposición de Fort, S. A., Rosselló, 33, 08029 Barcelona
Impreso por Libergraf, S. L., Constitució, 19,08014 Barcelona
Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

NOTA

Ante la abundancia de materiales relativos a la evolución y desarrollo de las relaciones entre Iglesia e Imperio durante los siglos IX-X (correspondientes a los volúmenes 8 y 9 de la versión castellana), el autor no ha podido prestar la atención debida a los acontecimientos de la Iglesia hispana. Consciente de la involuntaria laguna, promete llenarla de manera adecuada en próximos volúmenes de esta *Historia criminal del cristianismo.*

ÍNDICE

15 Réplica
19 De quién es el pan que me como
37 1. El emperador Luis I el Piadoso (Ludovico Pío) (814-840)
40 Matar y rezar
44 «Nueva acometida a la reforma...», hasta cinco litros de vino y cuatro litros de cerveza por día y canónigo
45 Lucha por el «patrimonio eclesiástico» y contra la iglesia propia
47 Reforma matrimonial)' eclipses lunares, o de la superstición del emperador
49 «... ese juego asesino que es la caza»
52 Purificación de Aquisgrán de «reos de alta traición» y de prostitutas
55 El emperador, el clero y la unidad imperial
57 La Ordinatio Imperii (817) y la ironía de la historia
59 Luis el Piadoso manda desollar y tonsurar a sus parientes y hace una confesión pública de sus pecados
62 La avaricia de los grandes y los que nada tenían
64 Política exterior o «los amables alicientes del verano...»
64 Guerra contra daneses, sorbios y vascos
65 Guerra contra los bretones
66 Guerra contra abodritos y vascos
67 Guerra contra los croatas
69 Guerra en España y contra los bretones
72 Guerra contra los búlgaros
73 La situación romana: Por qué se canonizó al papa asesino León III
74 Fraude con la corona y la coronación imperial: Esteban IV (816-817) y Pascual I (817-824)
77 El papa Pascual, que saca ojos y corta cabezas, es declarado santo y de nuevo se le borra del calendario
78 El coemperador Lotario I y la «Constitutio Romana»
80 Los obispos francos humillan al emperador y rechazan ser juzgados por nadie
82 Católicos entre sí: el primer levantamiento
87 Católicos entre sí: segundo levantamiento
91 Mucho peor que Canossa, y todo «según la sentencia de los sacerdotes»

95 La chusma episcopal sin conciencia cambia una vez más de frente
97 La «Causa Ebonis»
100 La lucha del emperador en favor de Carlos (el Calvo) y contra los nietos, o en favor del «orden» y contra la «peste»
103 Muerte del emperador
105 Lo franco y lo cómico
106 Los hombres del aquilón

111 2. Los hijos y los nietos
113 Se hicieron cristianos... y excelentes
115 Frentes siempre cambiantes o juramentos de lealtad baratos «como las zarzamoras»
117 La batalla de Fontenoy o «a donde la disposición divina conduzca la causa...»
120 El emperador Lotario se alía con los paganos y devasta las iglesias; Luis el Germánico corta cabezas
121 Los juramentos de Estrasburgo (842) como la voluntad de Dios y de los clerizontes
123 Una curiosa opinión de historiadores antiguos y modernos
124 Los tratados de Verdún (843) y de Meersen (870)
127 Luis, rey de los bávaros por la gracia de Dios
132 Carlos el Calvo y el Oeste
134 Asesinatos y muertes en Bretaña
135 Carlos el Calvo liquida a sus sobrinos
138 Luis el Germánico ataca el reino franco occidental
141 Los eslavos se infiltran
144 ... y del «derecho de los pueblos civilizados contra la barbarie»
145 El gusano eslavo y el pueblo franco de Dios
148 En 400 años, 170 guerras contra los eslavos
151 La Gran Moravia
152 La estirpe de Luis: un suave trabajo al amparo de la cruz y «la creación sangrienta de la espada»
157 ... y de nuevo hijos católicos contra el padre católico
160 El príncipe Carlos (emperador Carlos III el Gordo) en lucha con los malos espíritus

163 3. El papado a mediados del siglo IX
165 Sergio 11, o «... tan bien como podamos»
167 El Vaticano se convierte en castillo y un papa santo en constructor de fortificaciones
168 Por primera vez un papa garantiza el reino de los cielos al que revienta en la guerra
170 El emperador Luis II (850-875) fracasa en la cuestión sucesoria
171 Las Decretales Seudoisidorianas, «las falsificaciones más osadas y más graves jamás cometidas...»
177 Anastasio Bibliotecario o el estreno de un antipapa
179 Nicolás I, un pavo real de papa, «...cual si fuese el soberano del orbe terráqueo»
184 La querella matrimonial de Lotario II: El emperador Lotario I divide su imperio
185 El abad Huberto; «prostitutas, perros y halcones de caza» y 6.600 mártires
187 El arzobispo Gunthar de Colonia revela un falso secreto de confesión
188 Nicolás I en lucha con el episcopado franco oriental y con el emperador

191 «Escuchad, señor papa Nicolás...» Buitres coronados y cambio de frente papal
194 Desde el idilio familiar bajo el papa Adriano hasta la muer te abnegada del emperador Luis II «por la causa de Cristo»
195 Deposición y rehabilitación de Anastasio: la muerte de Lotario II, un «juicio de Dios»
196 Aclamaciones para Carlos el Calvo con el saludo entusiasta de los obispos
199 El emperador Luis II muere agotado por Cristo, y la Iglesia le hereda
201 Roma pierde Bulgaria
202 Sexo, pastoral, pequeños sobornos y degüellos en la corte de Bizancio
204 Consejo papal para Bulgaria: ¡A la batalla no con una cola de caballo sino con la cruz!
205 Roma gana Bohemia y Moravia. Llegan los «apóstoles de los eslavos»
207 Al duque Ratislav le sacan los ojos y al arzobispo Metodio lo trata a fustazos el obispo de Passau
208 Incursiones en el este o «ninguno escapó de allí, a excepción del obispo Embricho...»
210 Prohibición definitiva de la liturgia eslava y exaltación de los «apóstoles de los eslavos» a patronos del país y a «santos de moda»
213 **4. Juan VIII (872-882), un papa como Dios manda**
215 Una «iniciativa fresca» o el primer papa almirante
216 Los negocios de Juan con Carlos el Calvo, el «libertador del mundo»
219 Muere Luis el Germánico: el último adiós del abad Regino
220 Pésame de Carlos el Calvo y primera batalla de los «enemigos hereditarios» por el Rin
222 Juan corteja a Carlos, cuyos «méritos no pueden ser expresados por la lengua humana...»
223 Muerte después de 37 años de gobierno «en el fracaso de la mayor miseria»
225 Juan ensalza a Carlomán y corona a Luis el Tartamudo
227 El rey sacristán Bosón sube a las candilejas
229 El papa Juan quiere «antes y sobre todo» llamar al emperador
230 Última llamada a Bosón:«...ahora es el día de la salvación» o el cuádruple juego de Juan
232 Contactos francos entre parientes
233 A cambio de la cesión de barcos de guerra y otras ayudas, Juan se decide a reconocer al patriarca Focio, dos veces depuesto y anatematizado
234 De Carlomán a Carlos III el Gordo
236 El papa Juan a la caza de sarracenos; los católicos colaboran con ellos
238 Asesinato de caudillos musulmanes prisioneros: condición papal para la readmisión en la Iglesia
240 Los cantaradas de Juan y el primer asesinato papal
261 **Bibliografía**

15

RÉPLICA

Después de aproximadamente treinta años de preparación, en septiembre de 1986 apareció en Alemania el primer volumen de *Kriminalgeschichte des Christentums (Historia criminal del cristianismo)* de Karlheinz Deschner, concebida en diez volúmenes. En octubre de 1988 se publicó el segundo volumen y en octubre de 1990 el tercero. Con ello se cerraba la época primera, la Antigüedad.

Tres volúmenes imponentes, que representan cerca de 1.600 páginas, con unas 350 de notas científicas, alrededor de medio millar de personajes y otros tantos topónimos y miles de citas de fuentes primarias y secundarias. En total una verdadera vía láctea de nombres, fechas, dogmas, títulos y datos.

Una acusación tan fundada y tan fundamental contra el cristianismo (y no sólo contra la Iglesia) jamás se había formulado. En cualquier caso, la parte atacada se atuvo en principio a la regla de Oggersheim: aguardar.

Cuando los cristianos competentes y profesionales no consiguieron ignorarlo, cuando decenas de miles de lectores devoraban cada dos años un nuevo volumen del *«Krimi»* histórico de Deschner, cuando el número de las salidas anuales de la Iglesia se multiplicaba rápidamente por seis y muchos de los disidentes aducían razones históricas en apoyo de su decisión, y concretamente las crueldades que Deschner airea, entonces a los ministeriales atacados del cristianismo organizado les pareció que aquello pasaba de castaño oscuro. Y en 1992 pasaron al contraataque.

Hans Reinhard Seeliger, profesor de Teología Histórica en la Universitat-Gesamthochschule Siegen, organizó, bajo el título de *¿Criminalización del cristianismo? La historia de la Iglesia de Deschner en el banco de prueba,* un simposio de tres días en la Katholische Akademie Schwerte am Nordrand des Sauerlandes.

Entre los días 1 y 3 de octubre de 1992 se pronunciaron conferencias, que de un modo general o particular versaron sobre los 23 capítulos de los tres volúmenes aparecidos hasta la fecha. La mayor parte de los conferenciantes eran profesores de Alemania y de Austria: ordinarios, extraordinarios, supernumerarios, eméritos, además de un catedrático y de un honorario. Dos pertenecen a la orden de los dominicos y uno es franciscano. El espectro de las especialidades se extiende desde la historia antigua de la Iglesia, la patrología, la arqueología cristiana, la historia antigua, la filología antigua y la judaística hasta la teología histórica y sistemática. Al grupo se sumaron un catedrático de derecho penal, de derecho procesal y de criminología (¡pues se trata de una historia *criminal!)* así como un doctor recién titulado en medicina de Friburgo.

16

También fue invitado Karlheinz Deschner —un gesto caballeresco— para que expusiese «la concepción básica y general de su obra». Uno solo contra veintidós, un desafío muy tentador para un espíritu combativo como Deschner. Pese a lo cual rehusó la invitación. Acerca del tema propuesto ya había él disertado ampliamente en la introducción general a su obra: *Sobre la temática, la metodología, la cuestión*

de la objetividad y los problemas de la historiografía en general (60 páginas impresas). A lo cual nada tenía que añadir, como escribió el propio Deschner a los organizadores.

El conjunto de las conferencias apareció en forma de libro en la católica Traditionsverlag Herder de Friburgo, editadas por el iniciador Hans Reinhard Seeliger, con un total de 320 páginas. En la cubierta, «La quema por hereje del dominico Savonarola en Florencia» de Fra Bartolommeo.

¿Una broma? ¿Una aspiración? Como quiera que sea, el editor escribe en su introducción que «una "degollación" del autor-habría sido fácil de ejecutar» (11).

Naturalmente que el libro aparecido en Herder, bastante caro por cierto, no ha sido un bestseller. Pero aun con un pequeño número de ejemplares cumplió su función de pantalla, cuando en adelante con la referencia tan erudita a dicho volumen colectivo se entrelaza el veredicto de que allí más de veinte expertos han demostrado que Deschner trabaja de una forma nada científica y que escribe con parcialidad. Cuando ahora alguien remitiéndose a Deschner formula a la Iglesia preguntas dolorosas, el iniciado sólo necesita sonreír con expresión compasiva y remitir a dicho volumen — naturalmente sin haberlo leído — y con ese truco mágico de la autoridad todo el mosaico histórico de la *Historia criminal* se diluye en una complacencia, y el alma seducida por Deschner debe seguir creyendo que el cristianismo y su(s) Iglesia(s) jamás han tenido una historia criminal, sino única y exclusivamente una historia sacra.

El filósofo Hermann Josef Schmidt, profesor en Dortmund, ha analizado a fondo el volumen editado por Seeliger en Herder y ha publicado su dictamen catastrófico bajo el título *Das «einhellige» oder scheinheilige*

«Urteil der Wissenschaft»? Nachdenkliches zur katholischen Kritik an Karlheinz Deschners «Kriminalgeschichte des Christentums»[1]

17

Deschner partía del supuesto de que el lector interesado puede juzgar por sí mismo qué punto de vista resulta más convincente, qué autor está más cerca de la «verdad» crítica e histórica. Deschner, que de continuo recomienda a su público que examine lo que él dice, no que le «crea», cree por su parte en la resaca de la razón.

Pero callar en este caso sería autolesivo y ajeno a la realidad. *Calumniare audacter, semper aliquid haeret:* ¡No seas tímido en calumniar!

¡Siempre queda algo! Un científico extranjero recordaba con especial énfasis ese viejo (y verdadero) cinismo: Deschner debería tomar posiciones tajantes, inmediatas y claras frente a sus críticos de Schwerte.

Una gripe maligna en el invierno de 1996 dificultó a Deschner la redacción del quinto volumen de la *Historia criminal.* Entonces tomó de nuevo el volumen de Herder, como una especie de gimnasia espiritual para convalecientes, y buscó un modus operandi. ¿Analizar críticamente todo el largo texto de trescientas páginas? Imposible. Sólo cabía proceder en forma selectiva: escoger un artículo y analizarlo a fondo.

Deschner se decidió por la ponencia *Kaiser Konstantin: ein Grosser der*

[1] En Clara und Paul Reinsdorf (eds.), *Drahtzieher Gottes. Die Kirchen aufdem Marsch iris 21. Jahrhundert,* Aschaffenburg, Alibri 1995. También el estudio de Oliver Benjamín Hemmerle, *Klerikale Kontinuitaten: Wer sie lehrte, was sie lehren. Biographisch-bibliographische Annotationen zu ausgewiihlten Deschner-Kritikern, ihren Lehrern und Vorbildern.*

Geschichte? de Maria R.-Alföldi (la única mujer en el corro de Schwerte). Bien mirado, dicha conferencia responde al nivel medio del volumen. Algunos textos ceden a todo tipo de crítica. Unos pocos se abstienen al menos de la difamación personal e intentan hacer justicia a las peculiaridades y la aportación de Deschner.[2] Maria R.-Alföldi ocupa un punto medio, siendo por tanto representativa de la obra.

Maria Radnóti-Alföldi, nacida en 1926 en Budapest, se doctoró en 1949, en 1961 fue nombrada profesora en Munich y trabajó desde entonces como consejera científica y más tarde como profesora en el seminario de Historia griega y romana de la Universidad de Frankfurt del Main en ciencias auxiliares para la arqueología y para la historia y cultura de las provincias romanas. Entre las disciplinas auxiliares de la historia se cuentan la epigrafía, la papirología, la gliptografía y la sigilografía. Maria Radnóti-Alföldi ha publicado sobre todo obras de numismática, como *Die constantinische Goldpragung: Untersuchungen zu ihrer Bedeutung für Kaiserpolitik und Hofkunst* (1963) y *Antike Numismatik: Theorie, Praxis, Bibliographie* (1978).

18

La profesora Radnóti-Alföldi es miembro correspondiente de la Academia de Ciencias y Literatura de Maguncia. Seeliger, el iniciadorSchwerte, la presenta como una «investigadora de Constantino de prestigio internacional» (148). Su conferencia fue acogida con especial simpatía en Schwerte; pero aquí parecía un corifeo para torpedear como historiadora la fiabilidad de Deschner. ¿Cuántos blancos hizo realmente? Eso es lo que Karlheinz Deschner analiza en la réplica siguiente.

Hermann Gieselbusch

Reinbek, 23 de agosto de 1996 Sachbuchlektorat Rowohlt Verlag

[2] Por conversaciones con Karlheinz Deschner yo sé que está especialmente agradecido a cuatro conferenciantes por su cortesía: el profesor Ulrich Faust O.S.B., decano de la sección histórica de la Bayerische Benediktinerakademie; el profesor Theodor Baumeister O.F.M.. de la Universidad de Maguncia: el profesor Erich Feldmann, de la Universidad de Münster y. por encima de todos, el profesor Gert Haendler, de la Universidad de Rostock.

19

DE QUIÉN ES EL PAN QUE ME COMO
o «Frente a cualquier forma de poder sobre el vientre»
por Karlheinz Deschner

Maria R.-Alföldi reseña y censura en apenas 12 páginas (148-159), y bajo el título de *Kaiser Konstantin: ein Grosser der Geschichte?,* las 72 páginas (213-285) del capítulo «San Constantino, el primer emperador cristiano, "símbolo de diecisiete siglos de historia eclesiástica"», que figuran en el primer volumen de mi *Historia criminal del cristianismo* [pp. 169-222 de la ed. castellana]. Casi al comienzo encuentra «difícil dar, aunque sólo sea en forma aproximada, el contenido de las explicaciones de Deschner» (149). ¿Por qué? Sin duda porque le desagrada el contenido mismo, dividido en diez subtítulos y en consecuencia perfectamente reseñado, como le desagrada la orientación nada académica, que ella califica de «popular» y hasta «populista» (159), «marcada por una fuerte tendenciosidad» (149), que yo reconocía ya explícitamente en mi «Introducción general» (I, 36 y ss.). Y al final de su informe exhorta a un manejo precavido de la historiografía ¡en lo que no puedo más que estar de acuerdo con toda mi energía!

El ensayo de Maria R.-Alföldi está en la tercera parte, que el editor titula «Modelo de crítica concreta». Modelo, *pars pro toto.* Ahora someto yo dicho artículo, siguiendo muy de cerca el texto, a una crítica detallada. Necesariamente esa crítica de la crítica tiene que recoger pequeñeces, por lo que casi forzosamente tiene que resultar de lectura algo laboriosa. Hay muchas cosas que pueden dar la sensación de afán de crítica, pedantería y dureza. Difícilmente puede ser de otro modo, si la respuesta ha de resultar convincente. De la misma manera muchas piedrecitas forman un mosaico de perfiles claros y capaz de decir algo, en lo que los espíritus pueden dividirse. «Se lee que Constantino falsificó su genealogía...» (149). Efectivamente, se lee. ¿Y qué? ¿Es falso? La autora no lo dice; sólo lo sugiere... Un alfilerazo, parte de la táctica para hacerme subliminalmente indigno de crédito, para descalificarme. El que Constantino, para tildar de usurpadores a los corregentes, atribuyese a su padre Constancio Cloro una ascendencia mucho más noble, el que hiciese presentar como cristiano a quien había sido pagano y hasta perseguidor de los cristianos, según el padre de la Iglesia Lactancio, lo disimula la autora de la crítica y rebaja la falsificación de la ascendencia como una «pasajera maniobra propagandística» (149). Se lee, agrega dicha autora, que Constantino «había encontrado comprometedores a sus antepasados». Bueno, ¿y qué? ¿Es falso? (Véase más arriba.)

20

«De su madre Helena se cuentan toda clase de chismes, poniendo siempre de manifiesto una opinión desfavorable a la misma [!]; estuvo sujeta a la situación de su tiempo y naturalmente condicionada por su clase. Deschner la arrastra por el fango sin el menor miramiento» (149).

De nuevo ignora la señora Alföldi los motivos de esa «opinión desfavorable». La

presenta como «sujeta a la situación» (lo que las más de las veces es una opinión) y, cosa que ella aquí no atenúa, «condicionada por su clase». Pero con ello silencia una vez más que también prelados eminentes divulgaron «chismes», que por ello Constantino condenó al obispo Eustaquio de Antioquía a un exilio sin retorno y que el padre de la Iglesia Ambrosio llega a decir de Helena que «Cristo la había elevado del fango al trono».

«Los primeros años de gobierno del joven emperador en occidente no son más que guerras espantosas contra los pobres germanos, que después fueron hechos prisioneros y degollados sin compasión.» Todo aparece como terriblemente exagerado por mí, como no verdadero, aunque una vez más esto no se dice. Tanto las fuentes antiguas como las investigaciones modernas confirman que la barbarie de Constantino fue ya en su tiempo algo infrecuente y espantoso. Sin embargo, la señora crítica prefiere unas insinuaciones discretas, unas ironías hirientes, que me presentan como un historiador oscurantista, sin que ella con decente alevosía lo exprese abiertamente; aunque tampoco retrocede ante tal perspectiva bajo la presión del peso de la prueba (véanse pp. 154,156) y hasta falsea sin más mi texto (p. 150).

Piensa la señora que a Majencio, víctima de Constantino, «siempre lo disculpa, pese a su demostrado despotismo» (149). ¿Siempre? Como si yo no hubiera escrito también de Majencio que «agobió a la clase terrateniente», que «añadió nuevas cargas tributarias a las ya vigentes», y desde luego obtuvo «en primer término su dinero allí precisamente donde existía casi sin límites»; esto último no dejaba de ser una empresa loable. Además, yo no le disculpo. Aduzco la autoridad de un investigador, que en la segunda mitad del volumen 28 de la Realencyclopädie de Pauly-Wissowa explica con tanta extensión como fuerza por qué defiende a Majencio, cuya situación comparó «a la de un jabalí acosado» (Groag).

En cualquier caso el bando cristiano viene difamando hasta hoy «al impío tirano» y falsea sistemáticamente su biografía (véanse p. 220 y ss.). Ya el obispo Eusebio, «padre de la historiografía eclesiástica», y a quien Jacob Burckhardt califica de «el primer historiador de la Antigüedad total y absolutamente desleal», afirma por ejemplo de «la brutalidad sangrienta del tirano» Majencio: «Es incalculable... el número de senadores a quienes hizo ajusticiar, asesinándolos en masa...». En realidad no se conoce ningún nombre de senador ejecutado por Majencio. Tampoco la tradición aporta «ni una sola prueba concreta» de la crueldad que se le atribuye. Asimismo, ni en Roma ni en África se sostiene la hostilidad contra los cristianos, que los historiadores eclesiásticos le achacan. Muchos de los favores que hizo al clero se le atribuyeron después a Constantino. Las mismas fuentes cristianas confirman la tolerancia de Majencio. El obispo Optato de Mileve le califica correctamente como libertador de la Iglesia.

21

La autora no menciona nada de todo esto. Más bien critica sin cues tionarlo el que «Constantino figure como agresor» (p. 149). ¡Como si Constantino no hubiera sido el que declaró la guerra, y no Majencio!

¡Como si no hubiera sido Constantino el que avanzó desde el Rin sobre Roma, cuando Majencio partió de Roma hacia el Rin! ¡Como si Constantino no hubiese abatido o hubiese hecho abatir y matar a los demás corregentes! ¡Y como si Constantino no hubiera eliminado de inmediato al padre de Majencio!

«La conducción de la guerra [de Contantino], sus batallas, están empapadas de

sangre, y sobre todo las que todavía lamentan los germanos, en adelante sujetos a servidumbre, rebosan de crueldad» (149). Ahora bien, de acuerdo con la tradición yo escribo que Constantino ahogó en sangre las sublevaciones de sus enemigos germanos, que hizo devorar por los osos a los reyes de los mismos en la arena de Tréveris y que tales espectáculos, conocidos como «juegos francos», alcanzaron el punto culminante anual de la temporada convirtiéndolos en una institución permanente (del 14 al 20 de julio). Sin embargo, no manifiesto compasión —por mucho que lo sienta—, ni «rebosan de crueldad las [batallas] que todavía lamentan los germanos». Lo que no sería ninguna contradicción.

Inmediatamente después la señora Alföldi me cita: «Al final "el hijo del vencido fue pasado por las armas con todos sus partidarios políticos" (1, 223)» y continúa: «mas por entonces ya hacía años que no vivía Rómulo, el hijo de Majencio. Y no se sabe si fue eliminado brutalmente un segundo hijo». Que Rómulo Valerio «hacía años» que no vivía puede ser cierto. Pero el año exacto de su muerte lo conocemos tan mal como el de su nacimiento. Y yo ni siquiera nombro a Rómulo Valerio. Y me habría equivocado, si a su tiempo no hubiera muerto ningún otro hijo de Majencio. Pero invito a reflexionar que, por ejemplo, Karl Hönn en su biografía *Konstantin der Grosse. Leben einer Zeitenwennde* escribe de Majencio en p. 107: «Sus hijos [!] fueron asesinados». Según esto, incluso fueron varios los hijos del vencido que acabaron víctimas de Constantino. Pero la propia señora R.-Alföldi interrumpe mi cita en mitad de la frase y subraya: «...toda la casa de Majencio [fue] exterminada». Ése es el hecho decisivo.

22

«El autor no tiene conocimiento de que los altos dignatarios paganos fueron perdonados con extraordinaria prudencia e incorporados al servicio» (149 y ss.). ¡Ya lo creo que sí! En la página 220 escribo: «Más bien vemos cómo los aristócratas romanos más ilustres volvieron bajo Constantino a sus puestos y dignidades».

Ciertamente continúa siendo falsa la afirmación de que la inmediata guerra civil contra Maximino Daia «no la llevó a cabo Constantino, como sugiere Deschner, sino su corregente Licinio» (150). Pero yo relato que

«Constantino y [!] Licinio», «dos [!] hombres amados por la divinidad», pusieron en marcha aquel proceso armado, pero que «Licinio» se enfrentó con un enemigo «que ostentaba ya divisas cristianas» y que «Licinio» antes de la batalla del 30 de abril del 313 había ordenado: «Fuera el casco para rezar...». En todo este conflicto no se menciona para nada a Constantino.

Pero mientras la señora Alföldi me señala con tiza, como hace a menudo, reprochándome engañar al lector, es ella la que lo hace. Y mientras declara que yo sugiero que Constantino llevó a cabo la guerra, sugiere ella ya con la frase siguiente, y de nuevo contra la veracidad, «una vez más se leen descripciones extremadamente emocionales de atrocidades de toda índole» (150). Tales descripciones, como advierto claramente, me llegan en su conjunto de los padres de la Iglesia Eusebio y Lactancío. En consecuencia, con más motivo tengo que aparecer como autor, cuando la señora me cita una vez más en la frase inmediata: «A los soldados de Licino se les llama simplemente "carniceros"» (150). (Entre paréntesis: ¡de repente interesa Licinio! ¡Y no Constantino, como me había imputado falsamente dos líneas antes!)

Para mí los soldados son carniceros: ¡qué falta de seriedad! La profesora de ciencias auxiliares para la arqueología, etcétera, se horroriza.

¡Carnicería, jefe de carniceros, especie de carnicero, fama de carnicero, muerte de carnicero, eso es lo que hay que decir y escribir, suena bien, merece todos los honores, como la misma batalla! Pero carniceros es simplemente poco fino.

Con «solapada acritud» (150) —eso es lo que se me reprocha— comento yo después la soberanía universal de aquel a quien ella misma tilda de «bizantinismo». «Fuerza a la Iglesia a entrar bajo su férula; y ésta a su vez, según Deschner, se doblega gustosa y oportunista para llegar al dinero y al poder.» Pero eso sólo sería «un determinado grupo de palacio perfectamente delimitable...».

23

No, porque la Iglesia *en su conjunto* consiguió a través de Constantino (y sus inmediatos sucesores) un influjo eminente y prestigio. Lo que resulta indiscutible. Por todo el imperio exaltaban los obispos al dictador. Sus muestras de favor se derramaron hasta sobre las jerarquías de países lejanos, y llegaron al clero católico en su conjunto, que ahora era una casta reconocida y privilegiada, en forma de dinero, honores, títulos, basílicas y otros edificios, en forma de exención de cargas e impuestos, liberación de prestar juramento y de la obligación de testificar, permiso para utilizar la posta estatal, derecho a admitir últimas disposiciones y legados; más aún, el soberano —¡como harían muchos otros en el futuro!— delegó en los prelados parte del poder estatal aunque personalmente decidía también en cuestiones de fe. No pocos prelados imitaron ya en sus sedes episcopales el estilo y ceremonial de la residencia imperial. Una y otra vez se dice en las fuentes «los hizo respetables y envidiables a los ojos de todos», «con sus órdenes y leyes aún les procuró mayor prestigio», «con munificencia imperial abrió todos los tesoros...». Pronto, y precisamente los padres más grandes de la Iglesia, como Ambrosio, Crisóstomo, Jerónimo y Cirilo de Alejandría, ensalzarán a Constantino, que no sólo se autotitulaba co-obispo, «obispo para los intereses exteriores» *(episkopos tôn ektós),* sino que modestamente no dudaba en llamarse «nuestra divinidad» *(nostrum numen).*

Mi crítica me echa en cara el que «no se diga que otros pasan a la oposición»... Porque no es relevante; la resistencia incomparablemente significativa de los cismáticos y herejes se discute a lo largo de varias páginas. ¡Y qué remedio! «Que la historia eclesiástica haya sido la primera en dar a su héroe el sobrenombre de "el Grande" es una vez más falso. Fue el ateniense Praxágoras...» (150). ¿Qué significa aquí «una vez más»? ¿Y qué significa «falso»? Yo lo expreso de forma correcta: «La historiografía eclesiástica ha dado a Constantino el sobrenombre de "el Grande"». Y para demostrar que eso es falso y poder reprocharme otra «faltilla» la señora profesora R.-Alföldi introduce de contrabando, y en forma tan disimulada como infame, el inciso «la primera», ¡que falta en mi texto!

Pues bien, no todo habla en mi favor, hay algo que me falta: «A todas luces una deficiente técnica de investigación», por ejemplo, que me atribuye el editor. Seguramente que la señora R.-Alföldi tiene en abundancia esa «técnica de la investigación». Por ello en buena medida le desagrada también mi polémica. Y especialmente polémico me encuentra contra la Iglesia, los militares y la guerra. En consecuencia, ni polémica ni populista, no, con hábil elegancia sugiere ella: «En esa forma de compartir la dirección del Estado ve él [Deschner] simplemente la traición a Cristo en persona. Su tendenciosidad culmina en el giro especialmente elegido: "Pero exactamente eso, la magnitud del estrago, que deja el crimen sin castigo, pasó a ser la moral de la Iglesia y ha continuado siéndolo"» (150 y ss.).

24

Ahora bien, la siempre obscena asociación de trono y altar, especial mente en incontables matanzas desde el siglo IV hasta hoy, no es un producto de mi «tendenciosidad» (149), sino algo bastante espantoso. Mas como en muchísimos conformistas de profesión, tampoco en ella fluye apenas la sangre; en realidad, ni una sola gota, mientras que a mí me recuerda, a lo que parece, con todo horror: «las batallas están inundadas de sangre» (149). ¡como si yo la hubiera vertido!

Por el contrario ignora, sin duda con el grueso del gremio de los historiadores, la perversidad que conocemos por la historia, que época tras época conduce moralmente al absurdo y el completo descrédito ético: la práctica absolutamente lamentable de colgar a los pequeños bribones y de ensalzar a los grandes. Nada específicamente cristiano, sin duda. Ya el obispo africano Cipriano, mártir y santo, censuraba esa práctica en el paganismo y lamentaba que cuando la sangre se derrama en privado, el acto se califica de delito atroz; pero si se derrama públicamente, es valentía. «La magnitud del estrago es la que deja el crimen sin castigo...» (251 y ss.).

Mi «tendenciosidad» culminaría, según Maria R.-Alföldi, en ese giro, silenciando por completo que procede de san Cipriano. Mientras que yo, según se dice inmediatamente después, cada vez me hago «más indiferenciado y sensible...» (151). Porque en tanto que ella, sólo en un inciso habla en forma sumaria y con la frialdad de la investigadora del «fin trágico» de los parientes de Constantino, yo narro evidentemente «cada vez más indiferenciado y sensible» que el gran santo y el santo grande hizo ahorcar en Marsella a su suegro Maximiano (310), después hizo estrangular a sus cuñados Licinio y Basianbo, mandó asesinar en Cartago a Liciniano, hijo de Licinio, ordenó envenenar a su propio hijo Crispo (a la vez que asesinaba a muchos de sus amigos) e hizo ahogar en el baño a su esposa Fausta, madre de cinco hijos... Además de que personalmente mandó al infierno a otros parricidas mediante la terrible insaculación hacía largo tiempo desaparecida *(poena cullei,* el ahogamiento especialmente lento dentro de un saco de cuero).

Ni basta esto para el cada vez más sensible: analizo también «los cambios en la legislación penal siempre con trazos negativos» (151), me reprocha indignada la profesora. Y de nuevo faltando a la verdad, en el caso de que no haya sobrevolado simplemente sobre mi trabajo dándole una ojeada por encima. Pues yo reconozco muy bien —y desde luego no siempre en forma negativa— que la evolución jurídica «a menudo seguía las tendencias humanizantes del derecho antiguo (pagano) o de la filosofía (pagana), que en ocasiones reforzó, y así hay que admitirlo, bajo influencia cristiana». Y a propósito del primer emperador cristiano subrayo que

«Constantino atenuó el rigor de muchas disposiciones penales, tal vez incluso bajo influencia cristiana, aunque a menudo es difícil de precisar. Por ejemplo, puso trabas legales al repudio unilateral de la esposa (aunque no lo abolió), mejoró la protección del deudor frente a sus acreedores, y reemplazó la pena capital de la crucifixión con rotura de las piernas (atestiguada legalmente todavía en 320) por la pena del garrote. También prohibió Constantino las marcas a fuego en el rostro (de los condenados a la lucha de los gladiadores y a los trabajos de minería), "porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios..."»; aunque no pretendo ocultar la proposición segunda: «¡y también se podían marcar a fuego manos y pantorrillas!». Así lo expongo en la página 266.

25

Pero la crítica no hace ni una sola vez el intento de rectificar lo que yo trato «siempre» de un modo negativo y fundamentar su reprimenda. Y es que naturalmente eso no encaja de manera alguna en su concepto apologético de que el déspota altamente celebrado hasta hoy por teólogos e historiadores (que «bajo la influencia de concepciones cristianas», como le exalta el *Handbuch der Kirchengeschichte,* muestra «un respeto creciente a la dignidad de la persona humana», el «respeto cristiano a la vida del hombre»: Baus, católico), aquel santo usurero hiciera por ejemplo cortar la lengua a los delatores antes de su ejecución, mandase matar en el rapto de una novia al personal doméstico que hubiera participado, hiciese quemar a los esclavos e hiciera matar a las nodrizas echándoles plomo derretido en la boca, que ordenase ejecutar de inmediato, sin investigación ni presentación de testigos, a todo esclavo y doméstico que hubiera acusado a su amo (¡exceptuando curiosamente los casos de adulterio, alta traición o delito fiscal!); que practicaba la astrología y permitía legalmente sortilegios, encantamientos y curas simpáticas y que castigaba la simple administración de «bebedizos» con el destierro y la confiscación de bienes, y en caso de muerte, con el desgarramiento por aves de rapiña o con la crucifixión.

Sobre todas esas cosas y muchas más, la experta en Constantino no dice una sola palabra. Por el contrario, a seguida de la falsa noticia continúa diciendo que yo trato siempre de forma negativa la legislación penal constantiniana, que hasta «tildo de antisemitismo al emperador», y esto «a pesar del hecho conocido de que en aquel tiempo los judíos aún podían practicar libremente su fe» (151).

Como si la libre práctica de su fe por parte de los judíos estuviera en contradicción con el antisemitismo del emperador, un soberano que se burla de los judíos como ciegos espirituales, una «nación odiosa» a la que atribuye una «demencia innata»; a quienes permite la visita a Jerusalén un solo día al año, les prohíbe tajantemente que tengan esclavos cristianos, con lo que empieza su alejamiento de la agricultura, de tan graves consecuencias. Más aún, suya es la primera ley antijudía sobre la conversión al judaísmo (otoño del 315) amenazando ya con la hoguera al judío que se convierte y al cristiano convertido.

26

Tampoco es cierto que yo recoja sólo de forma «titubeante» la reserva de Constantino frente a los paganos (151). Frente a los paganos concedo en la página 278 que el regente mantuvo «en principio una notable reserva». Destaco su posición como *Pontifex máximus* durante toda su vida, como presidente del colegio de sacerdotes paganos, subrayando que su pontificado supremo, que simbolizaba la alianza con la religión pagana, figura siempre en los textos oficiales a la cabeza de sus cargos y funciones.

Por el contrario, la especialista en el emperador silencia que su héroe, con el aumento del poder y la libertad de movimientos, atacó también con creciente rigor a los paganos. Lo que se echa de ver sobre todo en sus últimos años de gobierno, aunque tampoco entraba en sus intereses oponerse frontalmente a la gran mayoría del imperio. Así y todo, prohibió la reconstrucción de los templos ruinosos y también ordenó ya el cierre de templos. En todas las provincias fueron además robados y «saqueados sin miramiento» (Tinnefeld) para él, sus favoritos, para las iglesias; de hecho se llegó a «un latrocinio de obras de arte como jamás se había dado» (Kornemann). Y después dispuso también Constantino su destrucción;

«destruyó hasta los cimientos aquellos templos que los idólatras tenían en mayor

veneración». «A una señal yacían en el suelo templos enteros», relata en tono triunfal el obispo Eusebio. Ni tardó el potentado en ordenar la quema de los quince libros de Porfirio *Contra los cristianos,* en los que se adelantaba «a toda la crítica bíblica de la Edad Moderna» (Poulsen), «sin que todavía hoy haya sido refutado», al decir del teólogo Harnack.

Acerca de todo esto Maria R.-Alföldi una vez más guarda silencio absoluto. Por el contrario, advierte «la reserva de Constantino frente a los paganos, que no puede negarse» y que yo supuestamente sólo abordo «de forma titubeante» y en seguida pone sobre la mesa otra falsedad: la de que «una vez más, apenas he visto» que su «severidad» contra los herejes respondía al deseo de «asegurar la paz interna» (151).

En realidad, y así lo hago constar en las páginas 277 y ss., la lucha del emperador contra los «herejes» no se interesaba tanto por la religión «como por la unidad de la Iglesia... y con ello por la unidad del imperio... el soberano deseaba la unidad de la Iglesia para fortalecimiento del Estado, odiaba "la gangrena de la discordia"». Dejo claro que Constantino, como él mismo afirma, deseaba la «unión de todos los servidores de Dios» y que también el Estado «pudiera gozar de sus frutos». Subrayo que por ello el regente «buscaba la unidad estatal más que ninguna otra cosa», que en sus cartas a obispos, sínodos y comunidades conjuraba «incansable a la unidad, a la concordia», «la paz y el entendimiento», «la armonía y la unión», que una y otra vez postulaba «un ordenamiento unitario» y de continuo exigía que en «la Iglesia católica hubiera una única fe», «que la Iglesia universal fuese *una»...,* y a la postre resulta que todo esto «una vez más, apenas lo he visto...».

27

Por el contrario, la autora de nuevo no concreta lo más mínimo la «severidad» imperial contra los herejes, apenas rozada. El primer emperador cristiano en lucha contra cristianos no encaja bien en el cuadro. Ni una palabra en consecuencia sobre el hecho de que Constantino en un duro decreto contra los «herejes» (en el supuesto de que el obispo Eusebio, que lo transmite, no lo haya falseado) les imputa a todos «mentiras» y «necedad», les increpa como a «enemigos de la verdad» e «inductores a la ruina». Ni una palabra sobre el hecho de que durante años combatió a los donatistas africanos, les quitó las iglesias y propiedades, envió soldados contra ellos, con lo que aun antes de que se asesinase a los paganos se llegó a la primera persecución de cristianos realizada en nombre de la Iglesia, al asalto de basílicas, al asesinato de hombres y mujeres, a la eliminación de dos obispos donatistas y también a una sangrienta guerra de campesinos, pues los perseguidos se unieron con los siervos de la gleba que sufrían graves vejámenes. Y asimismo ni una palabra naturalmente sobre la lucha contra la Iglesia marcionita, tal vez mayor y en todo caso más antigua que la católica. Prohibió sus cultos litúrgicos, confiscó sus bienes inmuebles, destruyó sus casas de oración. De ese modo la experta, eliminando en buena medida todo lo perjudicial, puede acabar aplicando el atributo de

«Grande... no sin motivo» (159), en definitiva no sólo al asesino de miles de personas sino también a un autócrata desenfrenado, al primer emperador que estableció su voluntad personal como «fuente inmediata de derecho» (Schwartz).

Todo lo dicho hasta ahora se refiere simplemente a algo más de dos páginas del texto de la historiadora.

Ahora ofrece en apretada tipografía algunos «fallos y enfoques especialmente molestos». Pero como ya en la tipografía mayor había podido decir poco, y sobre todo poco esencial, y sí muchas inexactitudes y rectificaciones, que eran falsificaciones, torsiones eufemísticas, sugerencias desleales, ocultaciones, algo que las más de las veces se aparta de lo esencial —todo ello típico de la exposición histórica que mira de soslayo al poder de la Iglesia o del Estado—, nos figuramos ciertamente los puntos relevantes que ofrecerá en letra menuda.

No quiero aburrir con todo ello. Pero, *pars pro toto,* ofreceré un par de ejemplos (de los diez que figuran).

El nombre de un senador del tiempo de Constantino aparecería «escrito siempre "Anylinus"» (152). Dicho nombre aparece dos veces. ¿A qué entonces el «siempre»? Y la escritura «Anylinus» no es en absoluto falsa, pues así lo escribe siempre, entre otros, el «padre de la historia eclesiástica», el obispo Eusebio. Y por supuesto se pueden escribir innumerables nombres en griego o en latín sin cometer el menor lapsus. Pero ella afirma: «se llama en realidad Annulinus...».

28

Acerca de la página 223 anota: «"Pero todavía en los últimos años de su vida Constantino se hizo representar en una estatua de pórfido bajo la figura de Helios (...)", cosa que para Deschner representa su eminente falsedad» (152). Pero de eso no se habla para nada en mi contexto. Pues de lo que se trata allí no es del emperador, sino de los padres de la Iglesia, que con ayuda de mentiras legendarias contradictorias entre sí convierten su victoria sobre Majencio en una victoria del cristianismo sobre el paganismo creando así una «religiosidad» política y militante, la «teología imperial», de fatales consecuencias hasta las dos guerras mundiales. En cambio, según refiero en la página 223, en las monedas de Constantino aún aparece durante largo tiempo Juppiter Conservator así como Marte, y más tiempo aún el invencible dios solar, Sol Invictus. Y sigue después la frase que ella aduce y que yo cito completa hasta el final: «Pero todavía en los últimos años de su vida Constantino se hizo representar en una estatua de pórfido bajo la figura de Helios, e incluso la víspera de su muerte estableció una ley, por la que "los sacerdotes paganos quedaban exentos a perpetuidad de todos los tributos inferiores". Pues personalmente era de la opinión de que jamás había cambiado al dios al que oraba».

¿Dónde habría yo meramente sugerido aquí la «eminente falsedad» de Constantino? La investigadora lo inventa.

En la misma página (152) recoge y combate mi observación de que la cabeza de Licinio aparece al comienzo «en las monedas, lo mismo que la de Constantino, con un "nimbo", una aureola de santidad, como símbolo de su iluminación divina» (233).

¿De qué se trata? Mientras Constantino necesitó a Licinio para deshacerse de sus enemigos, los padres de la Iglesia alaban y ensalzan también a Licinio. Pero tan pronto como Constantino se vuelve contra Licinio, los groseros oportunistas satanizan a quien hasta entonces había sido «amado de Dios», lo transforman sin más en un monstruo ¡y de repente es cruel y depravado! Todo lo que se le ocurre a la crítica es esto: «La equiparación de nimbo y aureola de santidad no se da en la Antigüedad tardía» (152). Se desvía de lo esencial. Y una vez más tampoco aquí entra en mis incriminaciones de fuste y envergadura, en el asunto que importa; y en su lugar presenta detalles accesorios, como el de que «no se da en la Antigüedad tardía...». ¡Como si ése fuera mi tema! ¿Y es que vale la objeción en sí misma? Porque

¿qué significa aquí Antigüedad tardía? ¿Cuánto se prolonga? ¿Hasta el 313?, ¿hasta el 375?, ¿hasta el 476?, ¿o tal vez hasta mediados del siglo VII? No existe al respecto una *communis opinio.* Y todo el mundo sabe que tales divisiones en épocas, tales coordinaciones y límites temporales, comportan siempre una cierta arbitrariedad; siempre son aparentes, porque en realidad no hay puntos fijos.

29 Lo que sí consta es que el nimbo, que en forma de una nube que oculta o ilumina, señala manifestaciones divinas, aparece ya en Homero; distingue a dioses, héroes y reyes, como Venus, Neptuno, Mitra y Alejandro; finalmente, en el siglo IV se traspasa de Constantino a Cristo y desde comienzos del siglo V aparece regularmente y de un modo general en las representaciones de ángeles, apóstoles y santos. (¡Sagaces teólogos católicos descubren el nimbo, la gloria, la aureola de santidad, ya en el Nuevo Testamento!) Como quiera que sea, la incriminada «equiparación entre nimbo y aureola de santidad», primero, no juega papel alguno en mi contexto; segundo, es objetivamente correcta; y tercero, también temporalmente encaja con la Antigüedad tardía.

Acerca de mis páginas 243 y ss., Maria R.-Alföldi advierte repetidas veces que «*divus* es apostrofado como título de los emperadores, *sacer y sanctus* eran considerados en el entorno imperial como arrogación suprema» (153). Pero yo digo claramente que, primero, «a Constantino no se le pudo ya llamar *divus,* como todavía se había hecho con Diocleciano y los corregentes», y segundo, que yo nunca he utilizado los términos *sacer* y *sanctus,* ni como arrogación suprema ni en modo alguno.

Un último ejemplo sobre el ingenio crítico de Maria R.-Alföldi sacado de su inserción en letra pequeña acerca de «los fallos y enfoques especialmente molestos» (151). Me cita: «Las monedas acuñadas en las cecas de sus hijos cristianos nos lo presentan subiendo al cielo, como ya antes su padre», y descubre aquí «una vez más lo poco que es capaz de controlarse Deschner, cuando formula su crítica: ha continuado ignorando a todas luces cómo precisamente en las monedas se ha transmitido la clásica *consecrado* pagana con el águila de Constancio Cloro, que se eleva de la pira en llamas» (153).

Así que no solamente me falta la «técnica de la investigación»; me falta también conocimiento. Por lo demás soy muy consciente de ello. ¿Y a quién no le falta conocimiento? Pero en modo alguno he continuado «ignorando a todas luces», para que ella rellene mi supuesta laguna cognoscitiva. En efecto, ella misma me cita al presentar a Constantino «subiendo al cielo, como ya antes su padre...». Y hace ya casi cuarenta años, como puede leerse en mi libro *Abermals krähte der Hahn,* me eran conocidas numerosas ascensiones al cielo de señoríos paganos y judíos: las de Cibeles, Heracles, Attis, Mitra, César y Homero, Henoc, Moisés, Elías... Cierto que «mencionar la "ascensión al cielo" es al menos equívoco» (153). Pero ¿por qué? ¿Acaso sólo el Señor Jesús ascendió real y verdaderamente?

30 María R.-Alföldi, que ya encontraba «difícil» presentar, «aunque sólo fuese de manera aproximada», el contenido de mi capítulo sobre Constantino, ya había tenido problemas con la lectura de las «citas antepuestas como lema», según confiesa al comienzo de la segunda parte de su texto. Para ella la selección, una vez más, «no era precisamente razonable», aunque al mismo tiempo era «todavía más característica que las peculiaridades ahora señaladas», a saber: «tendencia y agitación ya como

preludio» (153 y ss.). Pero toda historiografía sin excepción es tendenciosa.

¡La honrada lo reconoce! Y es que cada una tiene su tendencia y orientación; cada una aboga por o contra algo, y en consecuencia «vota» por algo o contra algo. Es evidente que cada historiador está subjetivamente marcado de antemano y atado. Cada uno tiene sus determinantes, sus premisas y predilecciones; cada uno tiene sus sistemas de valores, sus hipótesis y sus mecanismos de selección, sus proyecciones y egoísmos, sus pautas de significado y tipificaciones así como sus modelos de interpretación. Cada uno examina, investiga y aclara el mundo y la historia en el sentido de su concepción del mundo. Y el más peligroso es siempre aquel que lo niega, quien actúa de forma no partidista y simula una neutralidad axiológica, una inocencia teórico-científica, en una palabra, quien simula una objetividad que presumiblemente no existe, al menos en la teología y en la historiografía (véase para todo esto mi «Introducción general» en el volumen primero, pp. 37 y ss.). «¡Objetivo lo es sólo quien carece de ideas!», dice Johann Gustav Droysen.

Se trata de seis citas. La primera de Agustín, que exalta de forma concisa las guerras y victorias de Constantino; la segunda del obispo Eusebio, historiador de la Iglesia, que celebra la abolición de toda clase de «culto a los ídolos» por obra del soberano. En otras tres citas de teólogos de finales del siglo XX, el primer emperador cristiano es para Peter Stockmeier «un ejemplo luminoso»; para Kurt Aland fue «cristiano de corazón y no sólo con arreglo a la actuación externa». Y Karl Baus califica su postura espiritual como «la de un verdadero creyente». Cierra la serie un texto de Percy Bysshe Shelley, «precoz y grandioso lírico de comienzos del siglo XIX, que para Deschner es evidentemente el único que ha dicho la verdad» (154): «... ese monstruo Constantino... ese verdugo hipócrita y frío degolló a su hijo, estranguló a su mujer, asesinó a su suegro y a su cuñado y mantuvo en su corte una caterva de sacerdotes sanguinarios y cerriles, de los que uno solo se habría bastado para poner a media humanidad en contra de la otra media y obligarlas a matarse mutuamente».

31

Pues bien, la afirmación de Shelley no es para mí en modo alguno «la única verdad», aunque esa visión de las cosas seguramente se acerca a lo ocurrido más que la visión de los mojigatos antiguos y modernos citados antes que él.

Antes de pasar a la tercera y última parte de la crítica de Alföldi quiero detenerme en algunos de los reproches de su apartado segundo.

Me ilustra, por ejemplo, sobre algunos *termini technici,* que yo describí hace décadas al exponer el culto al soberano y su influencia en el Nuevo Testamento, y sugiere —un truco tan popular como burdo— la «burla» de que se presenten cual conocidos títulos como «salvador y benefactor»; «no vale la pena». Como si no supiera también ella que la gran mayoría de los creyentes todavía hoy no tiene la menor idea de esos antecedentes (y de centenares más) y del hecho de que en el cristianismo no hay *nada* original —con claros plagios que van desde la fiesta de Navidad hasta la Ascensión—. ¡De eso viven en efecto las Iglesias! Por lo demás, mi «burla» no se agota con la frase —por mí supuestamente «destacada con verdadera ironía»— «el "salvador y benefactor" había preparado la batalla decisiva con acciones religioso-políticas...».

Ella no tiene nada decisivo que aducir; de ahí que una y otra vez sólo pueda zaherir con sugerencias infundadas y tenga que exagerar deformando, escamotear las cuestiones o simplemente faltar a la verdad. Pero la pedantería doctrinaria, casi

ridícula no sólo en la consideración de quien se dispone al debate, que a menudo se me atribuye, demuestra más que muchas otras cosas lo poco fundado que resulta todo esto. Por ejemplo, cuando censura (p. 154 y ss.) como «no conforme a la realidad» el empleo de expresiones modernas, desconocidas en la Antigüedad, como *«aggressor»* (sic) y «guerra ofensiva», que inducen «a error» a los lectores. Sin embargo, son muchísimos los historiadores modernos que utilizan vocablos nuevos para épocas antiguas; en mi capítulo sobre Constantino cito al decano Otto Seeck con la expresión «guerra ofensiva» o «guerra de ataque».

Desde la manifiesta falta de objeciones serias, hasta critica que en mí estén «relativamente subrepresentadas las disertaciones en comparación con las monografías» (155). Pero eso basta. Tampoco aquí hay ninguna norma. Ciertamente que «se escriben muchísimas cosas nuevas en forma precisamente de disertación»; demasiadas. Pero «muchísimas cosas nuevas» no necesariamente son muchísimas cosas buenas, que son las que me importan. Y ciertamente que a ella no le pregunto por lo bueno.

La señora R.-Alföldi me reprocha también «desconocimiento» sobre la composición étnica de los francos.

32

El joven emperador Constantino, escribo en la página 217, había vencido como dueño de Britania y Galia a los francos y después había mandado que «sus reyes Ascarico y Merogaisio fuesen destrozados por osos hambrientos para edificación general». Algo después completo el dato diciendo que aquellos reyes «francos» eran posiblemente brúcteros o tubantes. Pero esto, contraataca ella, no revela, «como tal vez pretende, erudición y saber, sino el desconocimiento del hecho histórico de que "los francos" eran una anfictionía, en los cuales [sic] muy bien tenían también su sitio los brúcteros y los tubantes» (156).

Pero ¿es que mi texto lo excluye? Esto es lo que digo: «Es posible que los reyes "francos" fuesen brúcteros o tubantes en realidad». Constantino, por su parte, había vencido a la tribu germánica de los «brúcteros» junto al Rin. Pero existían también los «boructuarios», como informa Beda, que sólo muchísimo más tarde, hacia finales del siglo VII, ocupaban el territorio entre Lippe y Ruhr y cayeron bajo dominio sajón. Cuando el obispo misionero Suitberto (fallecido en 713) intentó «instruir» a dichos brúcteros de Westfalia, hubo de huir de los sajones. Con lo cual de primeras en modo alguno los brácteros se abrieron (por entero) a los francos. Y aunque en tiempo de Constantino una parte de ellos pertenecía a los francos, no dejaron por ello de ser brúcteros, como los sajones no dejaron de serlo al estar bajo dominio franco.

Yo no cito nunca de forma absurda. Y cuando aduzco citas, lo hago con todo cuidado. Naturalmente, por lo regular cito «entresacando del conjunto» (154); es algo que comparto con todos los citadores del mundo. Pero sorprendentemente surge la calumnia de que ofrezco «citas de literatura especializada antigua y moderna por lo general mutiladas» (154). Y, aunque no insisto en el «por lo general», que resulta especialmente infame, es algo que habría que sustentar con abundancia de pruebas.

¿Dónde están?

Ciertamente, Maria R.-Alföldi puede apuntarse un tanto: el de que he confundido la basílica de Letrán con la basílica del Forum Roma-num.

¡Bingo!

Compendio mi presentación del emperador, incorporo también datos ya discutidos que me parecen especialmente sólidos, y confronto con todo ello a modo de conclusión, y asimismo brevemente, la «contraimagen de Constantino» esbozada por la señora crítica.

Con vistas a su carrera Constantino I falseó la religión de su padre Constancio Cloro, un antiguo guardaespaldas imperial, se alzó ilegal-mente a la autoridad de emperador y en un afán de poder sin igual destruyó el sistema diocleciano de la tetrarquía haciendo asesinar a tres coemperadores. Constantino guerreó a lo largo de toda su vida. Fue agresivo «desde el comienzo» (Stallknecht); no tuvo ante sus ojos «más que ese objetivo de una soberanía mayor» (Vogt), aplicando una y otra vez «una dureza terrible» (Kornemann): en 306 contra los brúcteros, en 310 de nuevo contra los brúcteros, en 312 contra el coemperador Majencio, en 313 contra los francos, en 314 contra los sármatas, en 315 contra los godos, y aproximadamente por las mismas fechas también contra el coemperador Licinio, con lo cual Constantino puede haber aniquilado a más de 20.000 de sus adversarios; en 320 contra los alamanes, en 322 contra los sármatas, en 323 contra los godos, mandando quemar vivo a quienquiera que les ayudase; en 324 contra el coemperador Licinio, en una «guerra de religión», antes de la cual Constantino ya se había alineado con obispos castrenses, «santos y puros», reza con su soldadesca para acabar cubriendo el campo de batalla con 40.000 cadáveres y hundir 130 naves con 5.000 marineros frente a la costa escarpada de Gallí-poli.

[33]

Constantino promete con juramento a Licinio respetarle la vida; pero un año después lo hace estrangular liquidando asimismo a muchos de sus partidarios destacados en todas las ciudades de Oriente. «Cada emperador cristiano se esforzó por emular a este gran modelo —asegura el teólogo católico Stockmeier—; discrecionalmente fue posible remitirse a él para poner un ideal [!] ante los ojos de los príncipes.» Efectivamente, pasó a ser «la figura ideal del príncipe cristiano por antonomasia» (Lowe).

Todo esto, aquí simplemente apuntado, lo refleja R.-Alföldi (148) en la frase: «Empieza por afianzarse, después gana paso a paso los territorios de sus corregentes, para finalmente en 324 reunir todo el imperio romano bajo su cetro». Vista así, la historia es ciertamente un asunto limpio y aséptico. Ahí apenas corre sangre, aunque no deja de añadir: «Repetidas veces hubo de combatir en las fronteras para asegurar el territorio imperial».

En 328 marcha Constantino contra los godos, en 329 contra los alamanes, en 332 de nuevo contra los godos, cuyas pérdidas, agravadas por el hambre y el frío, se calcularon en cientos de miles. Y todavía en 337, año de su muerte, el «creador del imperio mundial *cristiano»* (Dólger) quiso acometer una cruzada contra los persas acompañado de muchos obispos castrenses.

Pero de todo esto, con lo que Constantino fundó el Occidente cristiano y que por vez primera hizo de Constantino «el Grande» —como *mutatis mutandis* ocurrió más tarde con Carlos I—, se encuentra muy poco en Maria R.-Alföldi, y más bien de manera forzada en su polémica contra mí. Tampoco de la crueldad personal del emperador, para quien las vidas humanas «no tenían ningún valor» (Seeck), de los «juegos francos» iniciados por él (14-20 de julio), de los *«ludí gothici»* (4-9 de febrero) en los que hizo arrojar a las fieras de la arena a centenares de prisioneros, no se

encuentra absolutamente nada. Algo parecido cabe decir del asesinato de sus parientes más próximos. Probablemente apunta a esa matanza brutal (que su hijo Constancio II continuó el mismo año de la muerte del progenitor, como las matanzas de parientes que luego serían la regla en las dinastías cristianas), probablemente alude a ese rasgo esencial y terrible del emperador grande y santo la frase femenina de Maria R.Alföldi, que difícilmente podía resultar más grotesca: «Parece incluso que propendía al genio colérico» (158).

34 El mantenimiento de las torturas incluso antes del juicio, deseado por el príncipe ideal cristiano que fue Constantino —«y los métodos previstos para las mismas eran crueles» (Grant)—, no merece una sola palabra por parte de la «especialista en Constantino de prestigio internacional» (148). Lo mismo ocurre con los tormentos horribles de los esclavos. Si los esclavos morían a consecuencia de los golpes de sus amos, dispone Constantino (18 de abril de 326) que los homicidas «estén libres de culpa» *(culpa nudi surtí)* y que «los amos no teman ninguna investigación» *(quaestionem)...* Y Su Majestad prohíbe incluso expresamente en un decreto posterior que se abra ningún proceso, ¡tanto si la muerte había sido intencionada como si no! Sobre todo ello calla por completo la defensora del «Grande». También silencia casi todos los detalles del apartado especialmente importante, y por lo mismo el más largo, «De la Iglesia pacifista a la Iglesia del páter castrense». En él se estudia el hecho fundamental, que hasta hoy desautoriza a la Iglesia católica: sus teólogos de *los tres primeros siglos* ni en Oriente ni en Occidente permitieron el servicio militar y hasta prohibieron la legítima defensa y la pena de muerte, la condena capital así como la ejecución o simplemente la denuncia, que conduce a la misma (y según el ordenamiento canónico del santo obispo romano Hipólito del siglo ni, ni siquiera los cazadores podían ser cristianos). Y entonces (313) Constantino declara el cristianismo religión permitida, otorgándole una multitud de privilegios, especialmente a los jerarcas, e inmediatamente los hasta ese momento pacifistas entregan al Estado de repente procristiano las víctimas como ovejas conducidas al matadero. ¡Ahora quien en tiempo de guerra abandonaba las armas era expulsado y los soldados mártires de antaño desaparecieron de los calendarios eclesiásticos!

En este contexto combato yo contra los defensores antiguos y modernos de tan inaudita traición, y entre otros también contra Hans von Campenhausen; a lo que Maria R.-Alföldi, con el olfato para lo esencial que le es propio, no sabe decir otra cosa que esta frase: «La manera de citar "de los teólogos liberales"... representa un punto culminante» (156).

¿Y cómo aparece ahora su «contraimagen de Constantino esbozada con algunos rasgos» (157)? Tengo que esquematizarla aquí una vez más, y a ser posible *utilizando las mismas palabras:* la frontera debilitada la refuerza de nuevo el soberano, introduce un sistema tributario más efectivo, con el aumento de los ingresos se reestructura de nuevo el territorio imperial y la burocracia aumenta considerablemente. Profesiones y misiones —éste no es mi alemán— se hacen necesariamente hereditarias, los fallos se eliminan a la mayor brevedad posible, surge un poderoso estado mayor y se funda la nueva residencia de Constantinopla en un lugar estratégicamente decisivo.

35 Personalmente Constantino posee indudables dotes militares y sabe utilizar sus enormes posibilidades como emperador soberano. Puede ser clemente, pero sabe

actuar con mano dura cuando su posición peligra; a pesar de todo en los comienzos se mantuvo como un político prudente y realista. De forma vigorosa intenta llenar las simas entre las viejas creencias y la nueva fe, prefiere ciertamente a los cristianos, pero también aquí las más de las veces con cautela y realismo, aunque pesa mucho el problema de la guerra justa de los buenos cristianos que eran atacados. Resumiento, un intrépido innovador, su obra se ha mantenido sorprendentemente por mucho tiempo y sirve de base practicable al futuro: «también en este sentido es nuevo el cristianismo, que históricamente continuó y continúa hasta hoy» (159).

¿No suena bien y muy familiarmente académico el que la autora «resuma el estado actual de la ciencia respecto del emperador Constantino», como dice el editor en la solapa? ¿Corre ahí la sangre? ¿Revientan en la mierda tribus y pueblos? ¡No, la mierda la amontono yo! Mi «celo desmesurado, más aún, cargado de resentimiento, extraña», resulta «indigno de crédito», hace imposibles «unas discusiones auténticas». Y así, a mi empeño se aplica «sin limitación la grave frase del poeta francés Paul Valéry, cuando dice: "La historiografía representa el producto más peligroso que jamás se ha cocido en la cocina venenosa del intelecto humano"». (De paso: «cuando dice...» resulta un tanto torpe, pesado e inútil por completo. Y ya no de paso: la profesora de Ciencias Auxiliares de la Arqueología ofrece en una nota a pie de página el tenor original de la frase. Paso por alto el error tipográfico *«dangeureux».* Pero de «la cocina venenosa del intelecto humano», en la que «jamás» «se ha cocido» algo, no se encuentra ni una sola sílaba en Valéry. De haberme *yo* permitido semejantes libertades en la traducción, habría tenido garantizadas por parte de la profesora de Ciencias auxiliares expresiones como *«traduttore, traditore»,* «tendenciosidad» y hasta «falsificación».)

36

Por lo demás, también yo estoy convencido de lo atinado de la sentencia de Valéry, de su significado, de la importancia de esa frase por lo que respecta a la habitual historiografía dominada por categorías de poder político, por lo que hace a una historiografía, que ciertamente sataniza con celo todo pequeño gangsterismo, a menudo incluso puramente hipotético y preparado al efecto, mientras que a través de los tiempos hace sumisa la corte a los grandes criminales de la historia. De continuo esa historiografía establece los ideales más perniciosos. De continuo sus seudoideales perversos y malignos corrompen a la humanidad. De continuo ha concurrido a la miseria resultante de una manera de pensar profundamente amoral, despreciadora del hombre y encaminada exclusivamente al poder y exclusivamente embriagada por el éxito, siendo apenas menos responsable que los perros sanguinarios a los que glorifica. Y que el cristianismo. El cristianismo, del que R.-Alföldi en conexión inmediata con la «obra» de Constantino dice (159): «También el cristianismo es nuevo en este sentido». La frase tiene resonancias indecentes y cínicas frente a su traición entonces inaudita; pero resulta incuestionablemente cierta. Y nada ha sido tan fatal para los pueblos, en especial para los cristianos, nada pronuncia el veredicto tan aniquilador para ese mismo cristianismo, como precisamente el hecho tan celebrado de que continuó y continúa «históricamente hasta hoy».

Si a la historiografía tradicional, que sólo corona a los vencedores y cultiva la hagiografía, siguiera otro tipo de consideración y enjuiciamiento de la historia, críticos con el poder y realmente éticos, ¿habría algo más que desear, habría algo más provechoso para los pueblos, para los pueblos oprimidos y vejados de continuo? Y

así también yo recuerdo para concluir la palabra de un poeta y pensador, la sentencia del Premio Nobel de Literatura Elias Canetti, que figura al comienzo del primer volumen de la *Historia criminal del cristianismo:* «Para los historiadores las guerras vienen a ser algo sagrado; rompen a modo de tormentas saludables o por lo menos inevitables que, cayendo desde la esfera de lo sobrenatural, vienen a interferir en el curso lógico y aclarado de los acontecimientos mundiales. Odio ese respeto de los historiadores por lo sucedido, sólo porque ocurrió, sus falsas reglas deducidas *aposteriori,* su impotencia que los induce a postrarse ante cualquier forma de poder».

37

CAPÍTULO 1. EL EMPERADOR LUIS I EL PIADOSO (LUDOVICO PÍO) (814-840)

> «El imperio de Luis tenía que ser de hecho un imperio de paz...
> Lo cual, sin embargo, no excluía guerras contra los paganos, sino que las exigía precisamente, ya que se les tenía por aliados de Satán.»
>
> HEINRICH FICHTENAU[1]

> «¿Cómo se comportó la Iglesia durante todo ese triste período? Es interesante observar cómo la Iglesia consigue la supremacía en el momento en que empieza a decaer el poder imperial. Es seguro que los obispos francos jugaron ahí un papel decisivo... Según todas las apariencias, varones como Agobardo y Wala, Pascasio, Radberto, Bernardo de Vienne y Ebón de Reims tuvieron en sus manos los hilos de tan complicadas intrigas y aprovecharon la avaricia y la ambición de los laicos con el propósito nobilísimo y desinteresado de la mayor gloria de Dios.»
>
> H. DANIEL-ROPS[2]

> «Mas como cada uno, impulsado por sus malas pasiones, sólo buscaba su propio provecho, el imperio fue empeorando de día en día.»
>
> *NITHARDI HISTOMARUM*[3]

> «... y la miseria de los hombres se multiplicaba día tras día.»
>
> *ANNALES XANTENSES* (834)[4]

39

Carlomagno, el santo, no sólo se mostró activo en los campos de batalla. Por lo que sabemos tuvo también diecinueve hijos, ocho varones y once hembras, y desde luego con nueve mujeres diferentes (de todos modos una cifra casi modesta, si se compara con los 61 hijos del obispo Enrique de Lüttich, aquel trabajador incansable en la viña del Señor que fue el papa Gregorio X del siglo XIII, el cual tuvo «14 hijos en 22 meses»).

Mas pese a la bendición carolingia de los hijos no hubo ningún problema en el asunto de la sucesión.

En caso de muerte Carlomagno había dividido el imperio entre sus tres hijos mediante la denominada *Divisio regnorum.* Además, cada uno debía asumir la *defensio sancti Petri,* la protección de la Iglesia romana. Mas de forma totalmente inesperada el padre vio bajar a la tumba a los dos mayores: Pipino en 810 y al año siguiente Carlos, al que como principal heredero le estaba asignada la corona imperial desde hacía largo tiempo. Todo ello afectó de tal manera al soberano, que hasta pensó en hacerse monje. De sus hijos «legítimos» sólo quedaba el menor y, como él bien sabía, el menos idóneo para el trono: se trataba de Luis, nacido el 778 en Chasseneuil cerca de Poitiers. Sería entronizado emperador ya a la edad de treinta y seis años,

[1] Fichtenau, Das karolingische Imperium 217.
[2] Daniel-Rops 554.
[3] Nith. hist. 1, 3.
[4] Ann. Xant. 834.

para luego ser depuesto y de nuevo entronizado, perdiendo una vez más el trono y recuperándolo más tarde.

¿Bien está lo que bien acaba? Como quiera que sea, Luis el Piadoso tenía lo que más vale: ya desde pequeño «había aprendido a temer y amar siempre a Dios», como informa hacia 837 uno de sus biógrafos coetáneos, el ilustre franco Thegan, el corepíscopo del obispado de Tréveris, pavorde o prepósito de la fundación de St. Cassius en Bonn. Desde 781 fue Luis virrey de Aquitania, habiendo sido ungido por el papa Adriano I. Y el domingo 11 de septiembre del 813 su padre le hizo proclamar su sucesor en Aquisgrán y le hizo coronar como coemperador, aunque renunciando a cualquier posible participación por parte del papa y de cualquier eclesiástico.

Pero todo ocurrió delante de un altar y ocurrió «para gloria de nuestro Señor Jesucristo» tras largas oraciones de ambos soberanos. Carlos exhortó al hijo y sucesor a amar y temer especialmente al Todopoderoso, guardar en todo sus mandamientos, regir sus Iglesias, honrar a los sacerdotes como a padres y amar al pueblo como a su hijo. A los hombres orgullosos y malvados tenía que forzarlos a entrar en el camino de la salvación, ayudar a los monasterios y procurarse servidores temerosos de Dios. Apenas hubo terminado su exhortación en el Señor, y después de que Luis hubiese prometido observar todo lo ordenado, le mandó que se impusiera él mismo una segunda corona imperial. Tras lo cual el pueblo gritó: «¡Viva el emperador Luis!», y acto seguido ambos monarcas oyeron misa.

40

A partir de aquella coronación Carlos, que ya estaba bastante decrépito y cojeaba de un pie, no hizo —si hemos de creer al obispo Thegan— más que rezar, dar limosnas y «mejorar» o «corregir magníficamente» *(optime correxerat),* como dice el propio Thegan, los cuatro evangelios, la palabra infalible de Dios, antes de morir el 28 de enero de 814. Dejaba a su hijo un imperio gigantesco, *fruto en su casi totalidad de las rapiñas* que tanto él como sus ilustres predecesores y antepasados habían llevado a cabo, y que constaba de cuatro unidades fuertes: Francia, el centro del Estado con las cortes regias y las grandes abadías, Germania, Aquitania e Italia.[5]

Matar y rezar

Dos campos que desde largo tiempo atrás definían a cualquier soberano cristiano y que durante muchos siglos continuarían definiéndolos de manera decisiva, marcaron también la vida del joven Luis: la guerra y la Iglesia.

Todos los cristianos nobles tenían que aprender desde su temprana infancia el denominado oficio de la guerra. De ordinario, ya antes de la pubertad debían estar entrenados en la lucha ecuestre y con 14 o 15 años, y a veces incluso antes, tenían que ser capaces de manejar las armas. Y naturalmente «los nobles ardían en deseos

[5] Ann. reg. Franc. 781; 806; 813. Thegan 3; 6 (aquí Luis se corona a sí mismo), Astron. 3 s.; 20. LMA V 2171. Simson I 1 ss. Mülbacher II 7. Hartmann, Geschichte Italiens III 1. H. 77 s. Reinhardt 29 s. Klebel, Herzogtümer 74. Aubin 144. Classen 109 ss. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste I 296 ss. Steinbach, Das Frankenreich 68 s. 71. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 104. Schlesinger, Kaisertum 116 ss. Konecny, Eherecht 3. Deschner, Das Kreuz 186. Rau I 213. Riché, Die Welt 21. Schieffer, Die Karolinger 112. Boshof, Ludwig der Fromme 86 ss.

de entrar en batalla» (Riché).

También Luis, que contaba con un cuerpo vigoroso y brazos fuertes y que en el arte de cabalgar, tensar el arco y arrojar la lanza «no tenía parigual», pero que según los resultados de la investigación era un hombre pacífico, acompañó ya a su padre en su deseo de aniquilar a los ávaros al menos hasta el bosque de Viena. Poco después, en 793, y de nuevo por orden paterna, apoya a su hermano Pipino en una campaña de castigo por Italia meridional. Antes el joven católico celebró «la fiesta del nacimiento de Cristo en Rávena», como escribe el autor de la segunda biografía coetánea (la única completa) de Luis —estando a sus propios datos era un eclesiástico desconocido de la capilla palatina, que desde el 814 vivía en la corte imperial y que por sus conocimientos astronómicos había sido nombrado *astronomus*—; después, «habiendo juntado las fuerzas, irrumpen en la provincia de Benevento y doquiera llegan lo devastan todo...».

41

Y sin embargo, Luis era un cristiano especialmente bueno, mejor aún que su santo padre. En una gran cantidad de testimonios coetáneos, entre los cuales figuran no menos de 28 documentos de Fulda pertenecientes a los años 819-838, se le llama *«pius», «piissimus»:* por lo demás un predicado de los soberanos convertido desde largo tiempo atrás en una muletilla rutinaria. Pero a menudo se habla con entusiasmo de la «piedad» de Luis; más aún, el clérigo franco Ermoldo Nigelo en su panegírico épico *«in honorem Hludovici Christianissimi Caesaris Augusti»* (del que ciertamente esperaba la anulación de su condena de destierro), cree que Luis hasta gobernaba «con ayuda de *su pietas».* Por otra parte, sabemos que el emperador no recibió en vida el sobrenombre de *«pius»* (el Piadoso, le Pieux, il Pio, the Pious, incluso Louis le Débonnaire, el Bonachón, una moderna deformación de los historiadores franceses), sino que habitualmente se le designaba *Hludovicus imperator.* Dicho apelativo de «piadoso» se le otorgó lo más pronto a finales del siglo IX. Pero ya de niño había recibido Luis el virreinato de Aquitania junto con un consejo de regencia y allí reemprendió la campaña de Benevento en la primavera del 794, acompañado de algunos *«comites»* de su padre. De ese modo no sólo pudo recortar el poder de la nobleza nativa, sino penetrar a menudo en el vecino país meridional, aunque ciertamente que sólo por orden superior; requisito necesario para todas las acciones

de política exterior y especialmente militares del virrey.

Por orden de Carlos también irrumpió de continuo en España el hijo piadoso y pacífico. Sometió y destruyó Lérida. «Desde allí —escribe el Astronomus—, y después de haber devastado y quemado las demás ciudades, avanzó hasta Huesca. El territorio de la ciudad, abundante en campos de frutales, fue arrasado, devastado y quemado por las tropas y todo lo que se encontró fuera de la ciudad fue aniquilado por la acción devastadora del fuego.»

Como casi siempre ocurría por entonces, únicamente el invierno impidió al joven Luis proseguir las acciones típicas de la cultura cristiana. Por lo demás, el héroe católico no sólo pegó fuego a las ciudades, sino que en ocasiones también quemó hombres, aunque únicamente «según el derecho del talión» *(Anonymi vita Hludovici).* Todo muy bíblico: ojo por ojo y diente por diente. Y, según la misma fuente, apenas «ejecutado esto, al rey y a sus consejeros les pareció necesario iniciar el ataque contra Barcelona». Y después que los sitiados, hambrientos durante semanas, habían devorado los viejos cueros que servían de cortina en las puertas y

otros, impulsados por la desesperación y miseria de la guerra. se habían lanzado de cabeza desde las murallas, el malvado enemigo se rindió. Y Luis lo celebró «con una fiesta de acción de gracias digna de Dios», marchó con los sacerdotes, «que le precedían a él y al ejército, en solemne procesión y entre cantos de alabanza, entró por la puerta de la ciudad y se encaminó a la iglesia de la Cruz santa y victoriosa...».
42

Naturalmente el rey Luis volvió de continuo contra el malvado vecino español, pues nada le quedaba más cerca. El Astronomus informa de tales ataques cada nuevo año. «Pero al verano siguiente le pareció necesario marchar con gran poderío militar contra España y avanzando por Barcelona llegó hasta Tarragona haciendo prisioneros a cuantos encontró, poniendo en fuga a otros mientras el ejército destruía todos los lugares, castillos y ciudades hasta Tortosa entregándolos a las llamas devoradoras.» Una y otra vez caían por sorpresa y por la espalda contra el enemigo totalmente indefenso: «asolaron por completo el país de los enemigos..., combatieron valientemente y les obligaron con la ayuda de Cristo a emprender la huida. Cuando les echaban mano los mataban y cargaban alegres con el botín... Pero el rey Luis regresó a casa después de haber recibido alegremente a los suyos y de haber asolado por entero el país enemigo».

Un cristianismo genuino.

A este respecto se lee de Luis en una antigua obra estándar católica que «siempre andaba de buen ánimo», que su ánimo era «noble» y su corazón estaba «adornado de todas las buenas costumbres» (Wetzer/Welte). Una espada ensangrentada y un corazón de oro es algo que encaja perfectamente en esta religión; ¿no era incluso un reflejo lejano y modesto del buen Dios y de su manejo del fuego infernal?

Así se expresa, en efecto, con su teológica afilada como un cuchillo el doctor de la Iglesia y papa Gregorio I «Magno»: «El Dios omnipotente, en tanto que bondadoso, no siente ninguna complacencia en el tormento de los desdichados; pero en tanto que justo se define como no compasivo mediante el castigo del malvado por toda la eternidad».

Una religión cómoda. Algo que sirve para todos los casos.

Justamente con ese Dios, bondadoso pero «no compasivo por toda la eternidad» con los malvados —y todos los enemigos lo son—, se daba todo tipo de robos y asesinatos, como ocurría ya en tiempos de los dichosos merovingios y de los pipínidas y se repetía de continuo en el Occidente cristiano. Y de nuevo leemos: «Mas con la confianza en la ayuda de Dios, los nuestros, aunque muy inferiores en número, obligaron a emprender la huida a los enemigos y llenaron el camino de los fugitivos con muchos muertos y sus manos no cesaron en la matanza *(et eo usque manus ab eorum caede non continuerunt)* hasta que desapareció el sol y con él la luz del día y las sombras cubrieron la tierra y aparecieron las estrellas luminosas para iluminar la noche. Con la asistencia de Cristo partieron de allí con gran alegría y llevando muchos tesoros a los suyos».
43

Casi romántico, como una pequeña sangría. Y desde luego siempre con Dios, con su ayuda, su bendición y su protección. Cuando por ejemplo se colgaba a alguno, «a casi todos los demás se les quitaban las mujeres y los hijos», para añadir de inmediato: «Después el rey y su pueblo regresaron a casa con la protección de Dios».

A veces Luis no podía dirigir y llevar a cabo «en persona» una campaña militar.

Pero al año siguiente marchaba de nuevo contra Tortosa, «y de tal modo sitiaba y dañaba la ciudad con arietes, disparos de honderos, tejadillos protectores y otras máquinas de guerra, que los habitantes de la tal ciudad perdían la esperanza...». O la emprendía de nuevo contra los vascos. Sólo con que corriese el «rumor» de que pretendían levantarse, decretaba el rey una nueva campaña de castigo «para el bien público» entregando «todas sus posesiones al pillaje del ejército; finalmente, cuando estaba arruinado cuanto parecía pertenecerles, acudían solicitando clemencia y terminaban considerando como un gran don, después de haberlo perdido todo, la obtención del perdón» *(Anonymi vita Hludovici).*

Así se educa a los suyos. En una palabra, cada vez se afianza más la opinión del investigador Fichtenau de que con Ludovico Pío «la doctrina cristiana llegó a las capas más bajas...».

Pues para que la sangre de todos los asesinados bárbaramente no salpicase demasiado, para que esta crónica de la crueldad no se desbordase por completo, se pondera siempre con mayor énfasis lo espiritual y divino, para embadurnarlo después dignamente con la sangre. Y así como Luis «no tuvo parigual en tensar el arco o en arrojar la lanza» ni en el empleo de las técnicas militares y de los instrumentos de muerte, así también quien había sido educado en el severo espíritu monástico, el *«Adjutor Dei»,* el ayudante y por así decirlo cómplice de Dios, lo que siempre quiere decir cómplice de la Iglesia, poseyó una dignidad curiosamente sacerdotal y hasta diríase que unas rodillas de propiedades eclesiásticas. Por ello en el mismo contexto el corepíscopo Thegan dice de él: «Nunca levantó la voz para la risotada». Y asimismo: «Cuando cada mañana acudía a la iglesia a orar, doblaba siempre las rodillas y tocaba el suelo con la frente orando humildemente por largo tiempo y a veces con lágrimas...». Y el biógrafo episcopal agrega a continuación: «y siempre le adornaban todas las buenas costumbres». Más aún, «impulsado por una piedad sagrada no dejaba de llevar a cabo nada de cuanto pensaba que podía redundar en honor de la santa Iglesia de Dios», enfatiza a su vez el Anonymus.

44

Luis el Piadoso estuvo desde su infancia bajo la influencia del clero. Por lo cual desde muy temprano estuvo tan sujeto a la Iglesia, que de no haberlo impedido su padre se habría hecho monje. Y, como celebra también el Astronomus después de su muerte, «tan solícito fue del servicio divino y de la exaltación de la santa Iglesia, que a juzgar por sus obras se le podría llamar sacerdote más que rey». Piadoso, superclerical y hasta más bien hostil a la cultura impuesta por su padre, Luis no sólo sustituyó en Aquisgrán a los cortesanos sensuales por clérigos, sino que expulsó también a todas las prostitutas y encerró a su hermana en un monasterio.

De acuerdo con ello sus medidas de gobierno estuvieron marcadas por concepciones eclesiásticas y propulsadas en parte, y a menudo por entero, por prelados de la Iglesia. También cuando a partir del 819 se dieron cambios personales entre sus consejeros, cuando murió el arzobispo Hildebaldo de Colonia y el abad Helisacar se retiró, los nuevos consejeros y sobre todos el capellán mayor y director de la capilla palatina, abad Hilduino de Saint-Denis, abad asimismo de Saint-Germaindes-Prés, de Saint-Médard en Soissons, Saint-Ouen en Rouen y Salonne, no sólo estaban naturalmente cercanos a la Iglesia, sino que a su vez eran clérigos en su mayoría y en los asuntos eclesiásticos representaban una «orientación todavía más radical que la de sus predecesores» (Konecny) y más tarde serían los enemigos más

encarnizados de su segunda mujer Judit.[6]

«Nueva acometida a la reforma…», hasta cinco litros de vino y cuatro litros de cerveza por día y canónigo

Especialmente en los primeros años después de asumir el gobierno general Luis mandó convocar una serie de sínodos en Aquisgrán y pronto hizo que se reuniera el alto clero para aconsejar los detalles de una gran reforma eclesiástica. Porque para su programa de la *«renovado regni Francorum»* la unidad de la Iglesia venía a ser el requisito indispensable para conseguir la unidad del imperio.

Así, por ejemplo, en la asamblea de Aquisgrán de finales del verano del 816 en las *«Institutiones Aquisgranenses»* se establece una regla para las canonesas; pero sobre todo se renovó la Regla de los canónigos de Chrodegang de Metz, que este santo obispo, descendiente de una de las «primerísimas» familias «de la nobleza franca», había fundado hacia el 755 en el sentido de la *«vita communis».* Frente a su «reforma» en el marco local se siguió de hecho una reforma que afectaba a todos, y muy especialmente «se persiguió entonces una orientación mucho más fuerte incluso de los canónigos hacia el ideal monástico» (W. Hartmann). Una cierta idea de todo ello nos la proporcionan, por ejemplo, las prescripciones acerca de la comida y de la bebida del gran sínodo de Aquisgrán de 816. Cada canónigo —tan «iguales» eran todos ya en aquella época de comienzos del feudalismo— recibiría la misma cantidad de alimentos y de bebidas, consistente no sólo en cuatro «libras» diarias de pan, sino también entre uno y cinco litros de vino según las regiones. ¡Y hasta un suplemento de cuatro litros de cerveza, asimismo diarios! Por descontado que los investigadores ven «combatido» por vez primera el «ideal» monástico. (O como titula Wilfried Hartmann a este respecto: «a) Nueva acometida a la reforma». En el siglo XII la comida del domingo que hacía el cabildo de Bamberg constaba de ocho platos, en el XVIII la comida de aniversario del abad Ebracher constaba de veintiocho.)[7]

45

Lo que entonces (como hoy) estaba en el centro de interés del alto clero lo reflejan con bastante fidelidad los documentos, a saber: que su reino es «de este mundo».

---

[6] Para los excesos sexuales del clero (alto), a los que nos hemos referido al comienzo, véase también: Mynarek, Eros 29 ss. 49 ss. etc. Ranke-Heinemann, Eunuchen 118 ss. Herrmann, H. Kirchenfürsten 165 ss. Deschner, Das Kreuz 124 ss. 132 ss. 181 ss. Id. Opus Diaboli 92 ss. Para el problema de las mujeres dentro de la Iglesia en el pasado y en el presente, véase por ej. Deschner/Herrmann 83 ss. Moia, Für die Frauen *passim.* Id. Géint d'Pafen 109 ss. 6 Greg. dial. 4, 44. Ann. reg. Franc. 809. Astron. 3 s; 6; 10; 13 ss. Ermold. Nig. in honor. Hlud. 1, 56. Wetzer/Welte VI 626 ss. LMA I 1153; III 2160. HEG I 1009 s; Simson I 37 s. Mühlbacher II 7 s. 13, 148. Konecny, Eherecht 1 ss. espec. 10,15. Fichtenau, Das karolingische Imperium 215 s. Schieffer, Ludwig der Fromme 58 ss. espec. 62 ss. 70 ss. Id. Die Karolinger 112 ss. Riché 179 s. Id. Die Welt 92 s. Wattenbach/Dümmler/Huf II 239, 261 s. Hartmann. Die Synoden 153 ss. 165. Fried, Der Weg 369. Véase también 401 s. Boshof, Ludwig der Fromme 5 s. 27 ss. 74 ss. Schmitz 79.

[7] LMA II 1948 s. V 451 s. 903 s. 907 s. Hartmann, Die Synoden 155 ss. Para la «reforma monástica» bajo Luis, véase asimismo Oexle 112 ss. Consultar también 141 s nota 216. además, Goetz 108; Deschner, Dornroschenträume 169.

Lucha por el «patrimonio eclesiástico» y contra la iglesia propia

Ya en 813 una gran cantidad de cánones de los cinco *«concilia»* francos (en Arles, Reims, Maguncia, Chalón y Tours) había recordado el patrimonio eclesiástico, los edificios de los templos y las donaciones a las iglesias; más aún, cada uno de los cinco sínodos trató el tema de los diezmos. Por lo demás, el afán de dinero de los eclesiásticos lo ilustra el hecho de que hubiera que prohibir (aunque no sólo en aquella época)

¡el establecimiento de mercados en la iglesia! Hay que pensar, sin embargo, que ya en los tiempos bíblicos la casa del Señor había sido convertida en «una cueva de ladrones». Nada tiene pues de extraño que después de la Navidad del 818 un *«conventus»* celebrado en Aquisgrán

«tratase ampliamente sobre el estado de la Iglesia y de los monasterios»; ni que ya el capítulo 1 de la asamblea imperial de 818-819 se dedicase a la protección del patrimonio eclesiástico; ni que los capítulos 7 y 8 versasen sobre las donaciones a la Iglesia; mientras que el capítulo 12 entendía sobre los diezmos de las aldeas de nueva fundación y el 14 volvía una vez más sobre los diezmos y novenos de la Iglesia. Tampoco tenía nada de extraño que el capítulo 29 y último insistiera en el tema de los bienes eclesiásticos así como en el problema de las iglesias propias, que ya habían sido tratados a lo largo de los capítulos 6-14.

Una iglesia propia *(ecclesia propria)* era una denominada casa de Dios (monasterio), que estaba sujeta al derecho de propiedad privada, formando parte de la propiedad de un terrateniente civil o eclesiástico, la cual le estaba enteramente sometida tanto en el orden económico como en el espiritual. Así como a cada iglesia rural ya en el siglo IX le pertenecían por entero sus ingresos y fincas, así también el terrateniente de una iglesia propia disponía del edificio del templo como del resto de sus posesiones privadas. Disponía del usufructo completo de todos los bienes de la iglesia en cuestión junto con sus rentas, sus bienes, edificios, esquilmo y sobre todo tipo de impuestos, especialmente los diezmos, las regalías, los señoríos, etc. A él correspondían el nombramiento y destitución de los clérigos o (en los monasterios propios) de los abades.

46

La institución de las iglesias propias, iniciada ya en la Antigüedad sobre suelo romano, acabó difundiéndose por toda Europa y alcanzó su apogeo en los Estados germánicos de los siglos IX y x. Así pues, desde que se impuso la obligación general del diezmo y valía la pena construir una iglesia y convertirse en su propietario, las iglesias propias resultaron cada vez más lucrativas trocándose en objetos deseados de especulación económica, de compra, trueque, préstamo, donación, herencia, etc. En una palabra, las «casas de Dios» llegaron a ser «una inversión de capital rentable» (Schieffer), una «empresa productiva» (Nylander).

A ello se debió sin duda el que la Iglesia combatiera progresivamente en la Baja Edad Media la institución de las iglesias propias, que al principio había soportado por largo tiempo y que desde el período carolingio había conseguido el reconocimiento de hecho y de derecho. Sin embargo, curiosamente empezó por combatirla para guardar las apariencias, cuando se puso de manifiesto la especial perversidad de que los laicos dispusieran de los cargos eclesiásticos en las iglesias propias; más tarde combatió el usufructo privado por parte de los seglares, ciertamente más importante,

hasta amenazar con la excomunión y acabar prohibiendo radicalmente la institución ¡mientras que permanecía incólume el señorío de los obispos y los monasterios sobre las iglesias propias![8]

Así, Luis el Piadoso, sometido como estaba a una fuerte influencia eclesiástica, también ensayó ciertas innovaciones radicales de política agraria respecto del patrimonio de la Iglesia, debiendo los laicos terratenientes renunciar a unas fuentes esenciales de ingresos y renunciar sobre todo a cualquier influencia sobre la ocupación de los ministerios eclesiásticos. El resultado de todo ello fue un enfrentamiento frontal del emperador con la nobleza.

Una y otra vez, sin embargo, los obispos recuerdan el «patrimonio eclesiástico» utilizado en provecho del Estado y la «injusticia» cometida contra tal patrimonio insistiendo en su devolución. Así lo hicieron en la dieta imperial de Attingny del 822, volviendo sobre el tema al año siguiente en Compiégne, al igual que en otras declaraciones precedentes y posteriores.

47

En un discurso ante el sínodo del 822 también abogó enérgicamente en favor del patrimonio eclesiástico el venerable Agobardo, arzobispo de Lyon, cuya gran misión vital fue la «cristianización del mundo» (Bos-hof) y —evidentemente sin la autorización del emperador— la lucha contra los judíos (a los que Agobardo ataca en cinco tratados ¡adelantándose a la consigna nazi de «No compréis a ningún judío»!). Pero el patrimonio eclesiástico tenía que ser sacrosanto en la medida de lo posible. En consecuencia el arzobispo declaraba inviolables todos los cánones, pues habían sido dictados por los concilios en consonancia con la Sagrada Escritura y bajo la inspiración del Espíritu santo. Luego cualquier transgresión de los mismos era una resistencia a Dios y cualquier secularización del patrimonio eclesiástico representaba una violación de los derechos divinos.

Ello hace que todo cuanto el clero quiera tener, arrebañar y retener, pertenezca a Dios. ¡Y a Dios no se le puede estafar en ningún caso! (Y el mundo creyente debe aprender que en la práctica Dios es siempre la cuadrilla de prelados afanosos de dinero y de poder.)

Luis el Piadoso también reforzó y fomentó la posición excepcional de los monasterios en la economía nacional mediante el otorgamiento de numerosas franquicias, derechos de moneda y exenciones de aranceles, y mediante la renuncia a las prestaciones de servicio militar. Esa política la continuaron sus sucesores, haciéndose cada vez más frecuentes sobre todo las concesiones mercantiles y monetarias.[9]

Reforma matrimonial y eclipses lunares, o de la superstición del emperador

[8] LThK III[1] 592 s. IIP 527 s. LMA III 1705 ss. (Schieffer). Nylander 24. Lassmann 229. Hartmann, Der Rechtliche Zustand 397 ss. Id. Die Synoden 161 ss. Ehlers 30. Brunner 37 s.

[9] LMA I 216 s. (Boshof). Mülhbacher II 63. Konecny, Eherecht 14 s. Boshof. Erzbischof Agobard 100. Hartmann, Die Synoden 166 s. Véase también 187,192 s. Deschner, Abermals 453. Y fundamental para la Edad Media, Gurjewitsch 274 ss.: «La única prescripción de la Iglesia orientada a una redistribución parcial de los bienes se limitaba a una exhortación a dar limosna».

Apenas puede sorprender que el código virtuoso y moral de la Iglesia se difundiera aún más bajo aquel soberano clerical, aunque a menudo sólo sobre el papel, como suele ocurrir. Especialmente vale esto para el derecho y la política matrimoniales de Luis. Se identificó por completo con los deseos del clero, y aquí no precisamente en favor del Estado. En efecto, si los merovingios cristianos todavía se habían entregado resueltamente a la poligamia, comportándose de manera parecida los primeros carolingios, hasta el punto de que durante largo tiempo la concubina llegó a tener casi el mismo rango que la esposa, de modo que la misma Iglesia la toleró en ocasiones, según lo certifica por ejemplo el sínodo de Maguncia (852, c. 15), Luis el Piadoso ya ni siquiera toleró el concubinato monógamo.

Al principio él mismo había vivido en abierto concubinato. Ya en 794, rondando los dieciséis años, se le había emparejado con Ermengarda, hija del conde Ingram de la familia de los Robertinos, para preservarle sin duda de los desenfrenos, de «los ardorosos impulsos de su carne», como anota un biógrafo anónimo. Efectivamente, según parece ya antes había tenido relaciones con mujeres, de las que nacieron Alpais y Arnulfo. Pero desde que se hizo con el gobierno soberano vivió tanto en su matrimonio primero como en el segundo de acuerdo con el derecho canónico, sin tomar ninguna manceba ni anular a capricho ninguno de sus matrimonios. De igual modo también a sus hijos los casó en matrimonios monógamos, al menos a los que le habían nacido de Ermengarda: Lotario (795), Pipino (hacia 797) y Luis (hacia 806), mientras que alguna de sus hijas tal vez sólo posteriormente contrajo tal matrimonio monógamo.

48

Con su reforma del derecho matrimonial, inspirada únicamente en las normas de la Iglesia, ciertamente que el monarca fracasó, por cuanto que la renuncia a la precedente pluralidad de formas matrimoniales así como a las formas especiales de matrimonio del soberano puso en peligro la unidad del imperio a la que aspiraba y comportó una notable inseguridad jurídica. Y después de él se volvió a las viejas concepciones jurídicas. En el imperio del Luis el Germánico y de Carlos el Calvo prevaleció con mucho el propio provecho sobre la doctrina eclesiástica, de la que las más de las veces sólo se tuvo un recuerdo, para eliminar a rivales políticos o a socios malquistos.[10]

El emperador fomentó asimismo la superstición cristiana, como por lo demás había hecho ya antes una larga serie de sus predecesores.

De continuo se habían llevado de Roma cadáveres sagrados, incluso hurtándolos, como el de san Marcelino y el de san Pedro (por mediación de Ratleik, el escribano de Einhardo, a través de Michelstadt en Odenwald); cadáveres que, según aseguran los anales imperiales, «se hicieron famosos por muchas señales y virtudes milagrosas». También llegaron «los restos del bienaventurado mártir Sebastián», el «santo del ejército», patrón de los soldados, además de protector contra la peste y las epidemias del ganado. Y asimismo «las reliquias del santo combatiente de Cristo» pronto proporcionaron «una cantidad tan grande de bendiciones que superan todo

[10] Ermold. Nig. in honor. Hlud. 2. Astron. 8. Konecny. Eherecht 2, 12 s. 21. Schieffer, Die Karolinger 114, 119 s. Werner, Die Nachkommen 4, 443 s. Riché, Die Karolinger 179. Boshop, Ludwig der Fromme 59 s. Wemple 79 s.

número. Y su calidad las hizo casi increíbles...». Pero, agrega el Anonymus eclesiástico —y esto ni siquiera por su propio ingenio, como ocurre a menudo, sino plagiando los anales imperiales—, «todo es posible para aquel que cree» *(omnia possibüia esse credenti).*[11]

Pronto reaccionó también el soberano de todos los francos, cuando inquietaron su ánimo algunos «signos», cosas de las que «se ocupó... mucho», como movimientos de los astros, cometas terribles, terremotos, eclipses lunares, grano caído del cielo, «sonidos increíbles... durante la noche», «relámpagos frecuentes y desacostumbrados, caída de piedras con el granizo, contagios de personas y ganado». No menos le conmovió el ayuno de una muchacha de unos doce años de la aldea de Commercy cerca de Toul, quien, naturalmente, «después de haber recibido la sagrada cena» de manos de un sacerdote, no comía ni bebía; ocurrió más bien, según refieren los anales imperiales, que «mientras persistía en el ayuno, no tomó ningún alimento corporal ni experimentó ningún deseo de alimentos, pasando así tres años enteros». Tales cosas le quitaban el sueño al atento emperador. Por lo mismo apenas pegaba ojo durante toda la noche, sino que aguardaba la mañana «entre cantos de alabanza y oraciones a Dios», y así tuvo claro «que tales signos maravillosos anunciaban una grave desgracia para el género humano». Por ello ordenó ayunos y oraciones incesantes a la vez que abundantes limosnas para obtener la reconciliación con la divinidad irritada por los pecadores que ni se arrepentían ni hacían penitencia. Las limosnas no sólo para los pobres, sino también evidentemente para los servidores de Dios, sacerdotes seculares y monjes, «y mandó que cuantos pudieran hacerlo celebrasen misa; no tanto por miedo a su bienestar cuanto por solicitud hacia la

---

[11] Astron. 40. Ann. reg. Fr. 826 s. Ann. Fuld. 828. LThK IX1 391 ss. Fichtinger 344. Véase también Deschner, Abermals 268.

Casi increíble, y sin embargo cierto, es también lo que sigue, que no sólo participa del afán de curiosidades por su conexión con el patrón de las sociedades de tiradores, sino también porque demuestra cómo semejante desvarío cristiano continúa tomándose completamente en serio.

El sábado 22 de enero de 1977 inició la «Kgl. privil. Hauptschützengesellschaft Würzburg» (HSG) en la iglesia local de los agustinos con una «celebración del "oficio litúrgico de Sebastián"», con «desfiles de banderas», incluidas las de otros «amigos tiradores», con «reyes» y «maestros tiradores honorarios», y hasta con una «hermana tiradora» y con un «grupo de trompas de caza» junto al «oficio divino», en el que «el celebrante de los [sic] Santo Ministerio» expuso en su sermón que «la sociedad de tiradores, agrupada en torno al blanco que reúne a todos los tiradores, realiza el ideal de la Iglesia», viniendo a decir que la Iglesia contribuye «efectivamente al deporte, la comunión y la sociedad» y, en ese sentido «se realizan en la HSG amor, lealtad y comunión, la sociedad de tiradores contribuye a la misión de Cristo y al reino de Dios». ¿No es magnífico cómo se acerca aquí la real sociedad privilegiada de tiradores de Würzburg y lo cerca que está el blanco del «ideal de la Iglesia» y del «reino de Dios»? ¿Hay que seguir extrañándose de que los padres agustinos adornaran de nuevo la mesa del altar (!) con una reliquia, y en concreto con la punta de una flecha de las que debieron de taladrar a san Sebastián? No cabe más que lamentar eternamente que a la real sociedad privilegiada de tiradores de Würzburg se le «ofreciese el "trago de Sebastián" según un antiguo privilegio» a continuación del oficio divino, trago que «ese año fue un Iphöfer Julius Echterberg de 1975», trago que no fluyó de la calavera de su santo a las gargantas de los tiradores. La real y privilegiada HSG debería haberse dirigido (y es posible que lo haga en el futuro) a Ebersberger en la Alta Baviera, donde al menos antes los habitantes de Ebersberger «bebían vino bendecido en la supuesta calavera de Sebastián» (Lexikon für Theologie und Kirche).

La referencia a la sociedad de tiradores de Würzburg —«en honor de SAN SEBASTIAN»— se la debo a un lector, que el 28.1.1977 me envió la correspondiente hoja suelta con la advertencia final: «Me ahorro las explicaciones al respecto después de que todo se ha podido conocer claramente. Está fuera de duda que para fin de año me daré de baja en la HSG razonando los motivos. Por lo demás, no se comprende.».

Iglesia que le estaba confiada», pese a que muchos signos, como él mismo sabía, «apuntaban a un cambio del imperio y a la muerte del príncipe...». Después de todo ello, «se entregó a la caza en las Ardenas» *(Anonymi vita Hludovici).*[12]

49

Año tras año guerras, asesinatos, mortandades, esclavizamientos. Y día tras día asistencia a misa y oraciones humildes y prolongadas. Mas todo se completa aquí —y no sólo aquí— como la cosa más natural del mundo «para gloria de la santa Iglesia».

A lo cual se añadía además la caza.

«... ESE JUEGO ASESINO QUE ES LA CAZA»

Para Luis el Piadoso la caza arrinconaba todos los años durante algunos meses hasta la guerra y la diplomacia, aunque por lo demás representaba una posibilidad de prepararse para la guerra. Con ello las gigantescas selvas de comienzos de la Edad Media quedaron empobrecidas de caza, «vacías hasta la inedia», de modo que un antiguo poeta sajón hasta pudo hablar de la «tumba del bosque» *(waldes hlêo).* Sin embargo, «en el mes de agosto, cuando los ciervos están más gordos, se entregaba a la caza hasta que llegaba la temporada de los jabalíes». Esto ocurría simplemente «según la costumbre de los reyes francos». También de Pipino, hijo de Luis y rey de Aquitania, se relata la misma pasión. Incluso el clérigo Ermoldo Nigelo, que vivía en la corte aquitana, exhorta a Pipino para que no abandone los deberes de su alta vocación a causa de su desmesurada pasión por la caza y los perros.

Y la caza continuó siendo un ejercicio feudal y principesco a través de los siglos (para cometer el supuesto pecado de «anacronismo» histórico). Pues, como dice Christian Weisse, «de todos los placeres caballerescos no hay ninguno que agrade más a los grandes señores que ese juego asesino que es la caza». Y Friedrich Heer, que ha puesto de relieve la estrecha conexión entre caza y guerra, entre la caza de animales y la caza de hombres especialmente entre los nobles desde los tiempos de Carlos «el Grande», intenta analizar desde la psicología profunda y la metapolítica el «placer asesino de la caza de aquellos grandes señores».[13]

---

[12] Ann. reg. Franc. 823. Astron. 37; 42.

[13] «Caza y nobleza forman un todo, fieles al *halalí* [canto] cortesano», escribe Karl August Groskreuz en su incursión, densa de sentidos ocultos y a menudo con un lenguaje maravilloso, por la anatomía de los hombres-cerdos; una obra absolutamente singular en la literatura alemana contemporánea. «Exactamente 116.106 fueron las criaturas que el duque Juan I, príncipe elector de Sajonia, acosó, cazó y mató durante su gobierno (1611-1655), de las cuales 3192 jabalíes y en la estadística venatoria de la corte aparecen 27 erizos "abatidos" personalmente por él. El corrompido duque de Schubart, Carlos Eugenio de Württemberg, hizo capturar en los montes de su territorio exactamente 5218 piezas, entre las cuales figuraban 330 jabalíes, para celebrar su cumpleaños el 20 de febrero de 1763 con una matanza divertida; las hizo transportar en jaulas sin respetar para nada las épocas de veda, exactamente igual que los tiránicos Visconti de Milán. Dice Burkhardt que "la institución estatal más importante es la caza del jabalí por el príncipe; quien atenta contra la misma es ejecutado entre tormentos. El pueblo temeroso tiene que alimentar para él a cinco mil perros de caza, procurando el bienestar de los mismos bajo la más grave responsabilidad"».

Carlos IX de Francia fue un cazador a la vez que enemigo cruel de los animales, que personalmente mataba jabalíes y hurgaba en sus entrañas, y que en 1572 dio también su asentimiento a su madre Catalina de Médicis para la aniquilación de los hugonotes; después de lo cual llegaron «las bodas de sangre de París», la «Noche de san Bartolomé», en la cual y al grito de combate «¡Viva la misa! ¡Matadlos, matadlos!» los

50

Cierto que la gente se entregaba y entrega a la caza sobre todo por el «placer» que produce, mas también en razón del provecho, pues por ejemplo a comienzos de la Edad Media un cierto Othere en dos días y sólo con seis auxiliares («lanzas») abatió 60 caballos salvajes. «Los occidentales aniquilan bosques, destruyen "biotopos" y exterminan la mitad de la población animal», escribe Johannes Fried en su valiosa obra *Die Formierung Europas.*

Tampoco a Luis el Piadoso le detuvo nada, ni milagros ni signos ni epidemia alguna. Incluso cuando en 820 estalló una epidemia singularmente fuerte entre hombres y animales, que en todo el imperio franco apenas perdonó «una franja del territorio», el apasionado Nemrod no renunció a «su habitual cacería de otoño». «Cacería de otoño», una suavización historiográfica. Porque el acoso de los animales hasta herirlos y matarlos en el coto de caza *(brolium, foresta, forét,* bosque) celosamente protegido —incluso de los monjes— se prolongaba a menudo desde finales de verano hasta el invierno (especialmente con cetrerías para la caza de aves) preferentemente en Aquisgrán, en los Vosgos, las Ardenas, Eifel, en Franconia, como por ejemplo la hacienda Frankfurt en Kreuznach. Pero los merovingios también eligieron como estancia la región cercana a París en razón de sus extensos bosques; siglos más tarde el bosque aún se mantenía allí incólume.

A ello se sumaban especiales cotos de muerte en la inmediata proximidad de los palacios —los carolingios tenían sus propios «palacetes de caza» (más tarde hubo también especiales tratados venatorios)— con vistas a la caza con un séquito pequeño, y en ocasiones con invitados estatales y grandes festines. Así, en la visita del rey danés Harald a Ingelheim Luis le invitó a una cacería en una isla del Rin, con los consiguientes asados de ciervos, corzos, jabalíes y osos abatidos, «obteniendo también el clero algunas porciones excelentes». Y todo ello en medio del bosque, bajo una tienda airosa. Efectivamente, primero «la cacería de otoño» y después, «según la costumbre heredada que cada vez le resultaba más querida», de nuevo «la Natividad del Señor y la fiesta de Pascua» con la subsiguiente guerra del verano. A continuación los ciervos cebados. Y luego los rijosos jabalíes... El emperador «se divertía en otoño con la caza como de costumbre»; «se divertía hasta el período invernal en los...

---

católicos degollaron en pocas horas a veinte mil y quizá hasta treinta mil hugonotes. Después se celebraron jubilosos oficios divinos de rito romano, pro cesiones suntuosas y el papa Gregorio XIII hasta acuñó una medalla conmemorativa con un ángel que atraviesa a un hugonote y tiene el rostro del representante de Cristo.

También el emperador Francisco José abatió en una batida de cincuenta a setenta piezas. Y el emperador Guillermo II, con ocasión de sus 150.000 piezas cobradas, hizo levantar un monolito en la campiña de Prusia oriental. Caza y guerra van estrechamente unidas y, si bien se mira, la caza resulta más repugnante aún que la guerra por cuanto casi siempre se realiza contra animales indefensos por completo. Véase sobre todo Grosskreuz, Der Schnauzenkuss 81 s. Heer, Europäische Geistesgeschichte 384 s. Id. Europa 66, 88, 93. Goetz 199. Rösener 111. Al caballero y al cazador los designa M. Gilsenan 113 s. como «los dos símbolos clásicos de una determinada forma de soberanía». Deschner, Die Politik der Pápsten I 572. Id. Opus Diaboli 31.

La infinita desgracia de los animales en la historia cristiana, tanto en la guerra como en la paz, habitualmente la silencian por completo los historiadores. Por ello resultan tanto más meritorias las excepciones de algunos científicos, como Singer, Befreiung der Tiere, una obra absolutamente necesaria, *passim.* Véase espec. también el apéndice 1, 275 ss. Asimismo Singer/Dahl 280 ss. Hermann, H. Passion der Grausamkeit 26 ss. Moia, Géint d'Pafen, 193 ss. Véase también Deschner, Warum ich Christ, Atheist, Agnostiker bin 167 ss. Lo que yo pienso 93 ss. Escándalos 55 ss. Aforismos mordaces 84 ss.

bosques con la caza»; «allí cazaba hasta que le apetecía y mientras se lo permitía el inminente frío del invierno»; practicaba «la pesca y la caza, a las que era aficionado desde hacía tanto tiempo». Y de nuevo celebraba «dignamente, cual correspondía» diversas fiestas, y en especial «la festividad del Nacimiento del Señor y las restantes» y sobre todas la de su Resurrección. Seguía entonces una nueva y festiva guerrita. «Pero en el mes de agosto, cuando los ciervos...»

51 Todo esto se lee como una sátira; pero no es un montaje mío, es el montaje de los propios soberanos. Son los puntos culminantes del año cristiano imperial. Y en ocasiones la caza domina todo el año, como ocurrió por ejemplo en el año 825. Apenas había celebrado en Aquisgrán «la sagrada fiesta de Pascua», a primeros de abril, «con la riente primavera marchó a cazar a Nimega». A mediados de mayo, vuelta a Aquisgrán para una asamblea imperial; después «partida hacia Remiremont en el bosque de los Vosgos para cazar»; «concluida la caza, marcha hacia Aquisgrán» para otra asamblea imperial en agosto; una vez más viaje a Nimega y «al terminar la cacería de otoño regresó a Aquisgrán a comienzos del invierno». Gobernar resulta agobiante. Es necesario el esparcimiento. No sólo mediante la matanza de ciervos, corzos, ciervas y jabalinas, también con la matanza de lobos, osos, búfalos *(bubalus),* bisontes *(urus),* etcétera. En los bosques alemanes había muchas especies de animales. Y allí aguardaban simplemente para derramar su sangre para el emperador. Y para la aristocracia, naturalmente, que también acosaba a muerte a la «caza», la perseguía a caballo y la remataba, la asaeteaba y alanceaba en batidas con jaurías de canes especiales de persecución, presa y despedazamiento.

Todo hace suponer que ya a comienzos de la Edad Media los nobles monteros habían desarrollado «una técnica formal de caza con traillas» (Schwenk) con muchos tipos de perros: pachones, perros de jauría, sabuesos, galgos, perros pastores, perdigueros, zarceros, lebreles, perros pajareros, perros de castor. Desde los terrier, los spitzer y pintscher, que se cuentan entre los perros de caza más antiguos, pasando por los pointer. setter, wachtel, spaniel, hasta los dogos, se creó y perfeccionó al máximo todo tipo de perros para satisfacer el placer asesino de los nobles, incluso en los monasterios, como el de Saint-Hubert en las Ar-denas; perros que aparecían amorosamente reproducidos en los manuscritos monásticos y hasta en los altares de las iglesias. En efecto, la nobleza eclesiástica se mantuvo aquí firme, pese a las prohibiciones de los concilios. Y así. obispos, abades y simples sacerdotes hasta se procuraron costosas traillas prefiriendo siempre el alboroto de la gran jauría a la misa dominical, pues «estimaban en menos los himnos de los ángeles que el ladrido de los perros» (obispo Jonás de Orleans).

52 Ya desde su infancia los hijos de los nobles eran educados para la caza. También Carlos, hijo de Luis, acompañaba a su padre ya a los tres años, junto con su madre Judit, como ocurrió el año 826 en Ingelheim. Y tan pronto como el pequeño Carlos divisaba la pieza —lo cuenta Ermoldo Nigelo, un clérigo franco, tal vez monje—, quería «perseguirla a toda costa, siguiendo el ejemplo de su padre». Suspiraba por un caballo y por tener armas. «Pero otros jóvenes dan caza a la cría que huye y se la llevan incólume a Carlos. En seguida la atrapa con sus armas de juguete y golpea al animal tembloroso.»

El entrenamiento empieza pronto. Así se educaba en el Occidente cristiano. Eso

era «lo decoroso»...

Matar hombres y animales. Y rezar. Para ambas cosas había sido adiestrado Luis el Piadoso desde pequeño. Una actividad resultaba tan connatural como la otra. El mentado Astronomus escribe: «El sentimiento piadoso del rey había sido ya educado desde su primera infancia para el servicio divino y para la exaltación de la santa Iglesia, de modo que a juzgar por sus obras se le podría haber designado como un sacerdote más que como un rey». Consiguió, en efecto, que «todo el clero de Aquitania», que hasta entonces «estaba más entregado al ejercicio de cabalgar, al servicio de la guerra y a blandir la lanza», se comportase después en forma casi opuesta. Pues desde entonces floreció, gracias a Luis —quien, sin embargo, ni siquiera en período de ayuno (!) abandonaba por completo la práctica ecuestre—, el servicio divino a la vez que la ciencia profana «más rápidamente de lo que hubiera podido creerse». En efecto, aquel clero, que antes de Luis «estaba hundido por completo» *(conlapsus erat),* floreció por obra del joven rey, quien también reformó, restauró o fundó de nueva planta muchos monasterios —supuestamente 25 hasta el 814— en el ámbito de su jurisdicción, de modo «que personalmente quiso imitar el ejemplo memorable de su tío abuelo Carlomán y con ello pensaba alcanzar la cima de la vida devota».[14]

Ahora bien, de todo ello no resultó nada. El poder supo mejor. Porque cuando ya habían muerto sus dos hermanos mayores, Pipino y Carlos, «despertó en él la esperanza de la soberanía de todo el imperio» *(Anonymi vita Hludovici).* Y el pío potentado ya no se atribuyó el simple título de *«rex Francorum»,* sino que desde el mismo comienzo se llamó *«imperator Augustus».*[15]

Purificación de Aquisgrán de «reos de alta traición» y de prostitutas

53

A la muerte de su padre tenía Luis treinta y seis años; se hallaba entonces precisamente en el palacio de Doué-la-Fontaine (Saumur), en Aquitania. el vasto territorio entre el Atlántico y el Ródano, entre el Loira y la cadena de los Pirineos, que no había sido sometido de forma definitiva hasta el 768 tras largos y encarnizados combates. Para empezar ordenó un funeral religioso con oraciones, himnos y una misa cantada. Después marchó a Orleans, donde el obispo local Teodulfo, un experto cortesano, lo ensalzó en una oda compuesta para la ocasión en un tono tan ampuloso como exaltado; y siguió por París hasta Aquisgrán, visitando ante todo los templos y monasterios de Saint-Aignan, SaintMesmin, Sainte-Geneviéve, Saint-Germain-des-

[14] Ann. reg. Franc. 820, 825 ss. Thegan 19. Astron. 19, 32, 35, 40 ss. 46, 57 ss. LMA III 2160; V 270 ss. (Schwenk) HKG III/l, 120, 126. Simson I 34 s, 344. Watten-bach/Dümmler/Huf II 239. Mühlbacher II 48, 133, 143. Brühl, Fodrum 31 ss. Fichtenau, Lebensordnungen 196 s. Fried, Die Formierung 12, 14. Voss 161. Los detalles sobre la caza los debo sobre todo al libro de Pierre Riché Die Welt der Karolinger 41 ss. 114, que contiene abundante material y en muchos aspectos vale la pena leerlo. Véase espec. 94; la cita aquí es de Ermoldo Nigelo. Boshof, Ludwig der Fromme 63. Werner. Die Ursprünge 421 s. Para todo el conjunto: Lindner, Geschichte des deut-schen Weidwerks II 235 ss.; Jarnut estudia la historia jurídica y social, Die früh-mittelalterliche Jagd 765 ss.

[15] Astron. 20. Schieffer, Die Karolinger 117. Fried, Der Weg 341 s.

Prés y Saint-Denis, tumba de su abuelo Pipino. Y en todas partes, dice el Astrónomo, la alta nobleza corría a su encuentro «apostando por él en número cada vez mayor». Incluso Wala, primo de Carlos I y uno de sus consejeros más influyentes, el hombre del que tal vez menos se lo había esperado, prestó de inmediato a Luis el juramento de fidelidad.

Todavía de camino ordenó el nuevo soberano limpiar de elementos indignos el palacio de Aquisgrán, donde el clero palaciego, rodeado de prostitutas, se había entregado bajo san Carlos a una vida de desenfreno; y a la vez mandaba «mantener cuidadosamente arrestados hasta su llegada a algunos que se habían hecho culpables por actos de lascivia particularmente espantosos y por el orgullo insolente del crimen de lesa majestad».

Supuestamente en la corte y en las aldeas circundantes se encontraba una chusma de «rameras, ladrones, asesinos y otros criminales» (Simson). Durante esa medida profiláctica fue asesinado en Aquisgrán un mensajero de Luis, el conde Warnar, y su primo Lamberto fue herido gravemente; también pereció su adversario Hoduino. Por su parte, el monarca piadoso, aunque en ocasiones iracundo, el «emperador siempre bondadoso para con los demás», en su «clemencia» hizo que al «casi» indultado Tulio «únicamente le sacasen los ojos», como anota enfáticamente el Astronomus.[16]

Y todavía antes de que Luis entrase en Aquisgrán se eliminó allí a algunas personas como «reos de alta traición». Pronto desaparecieron quienes precisamente en los últimos tiempos habían ejercido una influencia decisiva en la corte de Carlos, como fueron los hijos de Bernardo, un hermano del rey Pipino. A un primo segundo de Carlos, llamado Adalhardo, que era abad de Corbie en la Somme y que para entonces era ya un anciano, lo depuso sin interrogatorio ni juicio alguno, le despojó de sus bienes y lo hizo desembarcar en el monasterio de SaintFilibert, en la lejana isla atlántica de Herí frente a la costa aquitana; y a su hermana Gundrada, la amiga de Alcuino, que a su vez era abadesa de media docena de monasterios, la hizo encerrar en una casa de freilas de Poitiers. Su hermano, el conde Wala, tomó la iniciativa y, adelantándose a la cólera de Luis, se retiró de inmediato al monasterio de Corbie, del cual expulsó el emperador a Bernar, que era el tercero y menor de los hermanos y que allí vivía como un simple monje, desterrándolo al monasterio de Lérins en una isla frente a las costas de Provenza.

54

También Bertha y Gisla, las hijas amadísimas de Carlos I y hermanas carnales de Luis, con numerosos cortejadores y con una vida amorosa muy airada, «la única mancha en la corte imperial», y que «desde largo tiempo atrás» venían irritando al Piadoso, fueron encerradas en diversos monasterios. Todo ello en contra frontalmente de la disposición paterna de que se les permitiese elegir entre matrimonio y velo, y frontalmente en contra de la promesa jurada que el propio Luis hizo en 813 de «ejercer siempre una clemencia inmutable» con sus hermanas y hermanos, los sobrinos y demás parientes. Sin embargo, el alejamiento de palacio de las hermanas, a las que después apenas se menciona, con destino desconocido, fue una de las primeras medidas de gobierno de Luis. Y probablemente la conducta

[16] Ann. reg. Franc. 814. Astron. 21, 23, 44. Simson I 10 ss. 33 s. Mühlbacher II 7 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 220 s. Weinrich, Wala 28 ss. Semmler, Ludwig der Fromme 28 ss. Fried, Der Weg 342 s. Kasten 100 s.

«inmoral» de las mismas sólo fue un pretexto para el novato en Aquisgrán. En realidad lo que más temía era sin duda su injerencia, su rebeldía y su familiaridad con los funcionarios que desde hacía mucho tiempo dirigían lo asuntos del Estado: las temía porque podían manejar el poder mejor que él mismo.

Pero mientras el emperador no siempre se mostró indulgente dentro del círculo familiar, ni tampoco con parientes cercanos —como sus hermanastros Drogo, Hugo y Teoderico, «bastardos» de su santo padre habidos de las concubinas Regina y Adalindis y arrinconados desde el primer momento—, se mostró muy solícito con sus propios descendientes. A los hijos ya mencionados Lotario y Pipino los nombró virreyes de Baviera y Aquitania; a su retoño ilegítimo Arnulfo lo hizo conde de Sens y a su yerno Bego de Toulouse, de la familia de los Gerhardinos, que desde aproximadamente el 806 estaba unido a su hija Alpais, habida asimismo antes de su matrimonio, le otorgó el condado de París.

Más tarde fueron también preferidos los Güelfos, parientes de la ambiciosa emperatriz Judit, su segunda esposa. Su madre Heilwig recibió como obsequio la aristocrática abadía real de Chelles; su hermano Rodolfo, los monasterios de Saint-Riquier y de Jumiéges; su hermano Conrado, que se alzó como magnate en Alamania, obtuvo Sankt Gallen y como esposa a Adelaida, hija del conde Hugo de Tours, suegro de Luis.[17]

Apenas asentado el monarca en el palacio aquisgranense, no sólo asumió «todos los reinos, que Dios había dado a su padre» —bella expresión para referirse a uno de los grandes depredadores de la historia universal—, sino que se hizo mostrar, como era de suponer, «ante todo y con gran premura todos los tesoros de su padre, en oro. plata, piedras preciosas», etcétera, y naturalmente envió «la mayor parte del tesoro a Roma en tiempos del bienaventurado papa León...», según refiere el corepíscopo Thegan. Allí siempre había más necesidad que en cualquier otra parte. Y también el padre de Luis había enviado a la «Santa Sede» con gran generosidad bienes masivamente robados. Pues, como bien sabe el *Fausto* de Goethe:

55

La Iglesia tiene un buen estómago, ha devorado países enteros
y así y todo nunca se ve harta...[18]

El emperador, el clero y la unidad imperial

Luís el Piadoso se mostró aún más complaciente con la clerecía que su padre, y los numerosos historiadores que le llaman devoto, clerical y mojigato llevan toda la razón. Ya a comienzos de su reinado renovó el joven monarca «todas las ordenanzas

[17] Nithardi hist. 2. Astron. 21, 23. Simson I 17 ss. 20 ss. HKG III/l, 120 s. LMA I 105, 2023; V 162 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 92 s, 108 s, 144. Mühlbacher II 8 ss. Weinrich, Wala 30 s, 33 ss. Konecny, Eherecht 11 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 221 s. Hartmann, Die Synoden 153. Schieffer, Die Karolinger 112 ss. 120. Riché, Die Karolinger 180, 183 s. Fried, Der Weg 342 s. Boshof, Ludwig der Fromme 91 ss. Para Adalhardo: Kasten *passim.*

[18] Thegan 8. Para las increíbles riquezas de las Iglesias hoy y sus métodos de explotación, véase H. Herrmann, Die Kirche und unser Geld *passim.* Id. Caritas-Legende 93 ss. 255 ss. Id. Kirchenaustritt 80 ss. Id. Pecunia non olet 226 ss. Además, Deschner/Herrmann 69 ss. 249 ss. 265 ss. Deschner, Das Kapital der Kirche 299 ss.

que en tiempos de sus antecesores se habían dictado en favor de la Iglesia de Dios». Para ello se apoyó casi exclusivamente en clérigos, en su mayoría «aquitanos», refiriéndose a los cuales dice una vez más el obispo Thegan, personaje bienquisto al emperador, que «se fio de sus consejeros más de lo necesario».[19]

Con excepción del archicapellán Hildebaldo de Colonia, Luis no dejó en su puesto a ninguno de los hombres que hasta entonces habían dirigido el Estado, nombrando para casi todos los cargos de responsabilidad de la corte a gente nueva y muy en especial a quienes ya habían ejercido una influencia decisiva en Aquitania.

Entre ellos figuraba el sacerdote Helisacar, que ya desde el 808 había presidido la cancillería aquitana y que ahora, en Aquisgrán, se hizo cargo de la cancillería imperial. Pronto se vio generosamente recompensado con la abadía de Saint-Aubin, más tarde con la de Saint-Riquier y quizá también con la extraordinariamente rica de Saint-Jumiéges junto con sus amplias posesiones, que se extendían desde el Loira al Escalda. En agradecimiento el sacerdote y abad en la sublevación del 830 se pasó al bando de los enemigos de Luis.[20]

Pero el que probablemente llegó a ser el consejero más importante del emperador fue el visigodo Witiza, a quien él veneraba grandemente, con su programático nombre monacal de Benito, y que era hijo del conde de Maguelone, uno de los temidos espadones. Como quiera que fuese, el tal Benito, educado en las cortes de Pipino III y de Carlos I (su fiesta se celebra el 11 de febrero), tomó parte como buen cristiano —como «buen cristiano», ciertamente, a la vez que como «gran soldado»— en las campañas militares de Pipino y de Carlos, antes de que la muerte trágica de su hermano lo empujase a vestir la cogulla monacal. Pero fracasó una y otra vez en su carrera de asceta. Abandonó el monasterio de Saint-Seine en Dijon, porque le pareció demasiado laxo. Después, en la heredad paterna de Aniane, en Montpellier, ahuyentó con su rigorismo a los primeros discípulos. Profesó entonces las reglas monásticas de Pacomio y Basilio, pues la Regla de Benito de Nursia sólo la encontraba útil «para débiles y principiantes». Mas cuando de nuevo entró en una crisis «vocacional», ensalzó precisamente dicha Regla, denostada «para débiles y principiantes», como la única norma válida de una existencia monacal.

56

Pero difícilmente puede hablarse de debilidad en la Regla benedictina. Cuando los monjes eran reprendidos por un prelado, tenían que postrarse a sus pies hasta tanto que él les diera permiso para levantarse. Y si un monje huía, ordenaba Benito devolverlo a rastras con las piernas trabadas y azotarlo. También ordenó el santo disponer una cárcel en cada monasterio; y las cárceles monacales de la Edad Media eran bárbaras, siendo las condiciones de existencia en las mismas «extremadamente duras», pues la prisión «se equiparaba en las consecuencias a un castigo corporal» (Schild). Además aquella reforma monástica contenía «siempre una punta de acritud contra la ciencia y la cultura humanas» (Fried).[21]

---

[19] Thegan 10, 20.

[20] Ann. reg. Franc. 827. LMA IV 2121; V 806. Simson I 23 s.

[21] LThK II[3] 200 s. LMA IV 1168 s. (Schild). Fichtenau, Das karolingische Imperium 202. Riché, Die Karolinger 335 s. Boshof, Ludwig der Fromme 46 ss. Fried, Der Weg 345 s. También Prinz, Askese und Kultur 61 ss. enjuicia «más bien en sentido negativo» la transmisión de la cultura literaria en los monasterios. Lo característico del monasterio no sería una transmisión organizada del saber, sino una «educación provocativa». Para la situación en la Alta Edad Media, véase Illmer *passim,* espec. 65 s, 89 ss.

El abad Benito de Aniane —a quien Luis confió primero el monasterio de Maursmünster en Alsacia y después, muy cerca de Aquisgrán, el monasterio de Inden (Kornelimünster), una nueva fundación generosamente dotada con bienes de la corona, una especie de «monasterio modelo» en todo el imperio— permanecía mucho más tiempo en la corte que en su monasterio. El soberano acudía de todos modos con frecuencia al mismo, por lo que se le dio el nombre de «el Monje». Benito, que mandaba sobre todos los monasterios francos, continuó siendo hasta su muerte (821) el hombre clave de la corte, donde se ocupaba de menudencias, memoriales y reclamaciones a la vez que de las cosas importantes y graves, aconsejando sobre todo al emperador en la vasta reforma político-eclesiástica iniciada en 816.

El movimiento reformista del abad, inspirado en la Regla de Benito de Nursia, perseguía la formación de un único pueblo cristiano a partir de los numerosos pueblos del imperio —lo que respondía exactamente a la política estatal—; pretendía hacer del cristianismo la base de toda la vida pública; más aún, quería establecer la *«Civitas Dei»* sobre la tierra: un Dios, una Iglesia, un emperador, cuyo cargo contaba siempre dentro de la Iglesia más que cualquier ministerio conferido por Dios.

Por ello los prelados estaban fuertemente interesados en la unidad del imperio y precisamente sus caudillos defendieron con pasión la idea de tal unidad. Pero en modo alguno les interesaba en primer término el imperio, sino la Iglesia, teniendo ante los ojos el provecho de ésta sobre todo. Porque el principio de división, profundamente arraigado en la concepción del Estado y del derecho, condujo en su aplicación consecuente a un número cada vez mayor de reinos fraccionados según que un soberano dejara mayor número de hijos y herederos legítimos, y en consecuencia condujo también a unos reinos separados cada vez más pequeños, es decir, a una mayor fragmentación. Pero con la ruptura de la asociación estatal se rompió también la asociación eclesiástica: los bienes raíces, numerosos y a menudo muy dispersos, de iglesias y monasterios pertenecían a distintos señores, la administración del patrimonio eclesiástico y su control se hicieron más difíciles, mientras que su confiscación, especialmente en tiempos de crisis, podía llevarse a cabo de forma más fácil y rápida. En una palabra, para nadie fueron mayores los inconvenientes de la fragmentación y las ventajas de la unidad del imperio que para los obispos.

57

En efecto, la reforma monástica de Benito, su «principio de *una regula»,* no sólo afectó a la vida monacal, a los denominados asuntos espirituales. Tan importante al menos, si es que no más, era el patrimonio eclesiástico. El emperador no quería que se dividiera ni mermase ni en su reinado ni en el de sus sucesores. Por lo demás prohibió también la ya largamente floreciente caza de almas, la atracción con halagos de niños y niñas al monasterio para poder así llegar a su fortuna; con ello prohibía un negocio muy en boga desde la Antigüedad y, dentro de lo que cabe practicado todavía hoy como era el de desheredar a los parientes en favor de las iglesias.[22]

153 ss. con resultados asimismo muy negativos en su conjunto.

[22] Astron. 28. Vita Benedicti 35. LThK II[1] 147 s. IP 200 s. LMA I 1864 ss. Simson 124 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1. 94. Mühlbacher II 11 ss. 19 ss. 25 ss. 40. Cartellieri I 240. Löwe, Deutschland 171 s. Steinbach, Das Frankenreich 71 s. Mayer, Staatsauffassung 172 ss. Zöllner 232 ss. Sprandel 100. Haendler 117 s. Kasten 91 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 197 s. Schieffer, Die Karolinger 114 s. Riché, Die Karolinger 334 ss. Hartmann, Die Synoden 153 ss. Id. Herrscher der Karolingerzeit 46. Schneider, Das

Además del hasta entonces canciller aquitano, el presbítero y abad Helisacar, y además del abad Benito de Aniane, el hombre que sin duda ejerció la máxima influencia sobre el emperador, especialmente desde el 819, fue Hilduino, abad de Saint-Denis, Saint-Médard en Soissons y SaintGermain-des-Prés en París (¡un monasterio que en su entorno inmediato poseía más de 75.000 hectáreas de terreno!). Después de muerto el archicapellán y arzobispo Hildebaldo de Colonia, el abad Hilduino dirigió la capilla palatina, la clerecía cortesana e impuso poco a poco el título de

«archicapellán» *(archicapellanus).* En una primera sublevación contra Luis en 830 cierto que el abad Hilduino, como el abad Helisacar, se pasó al bando de los enemigos del emperador, en el que se encontraba entre otros el caudillo del episcopado galo, el arzobispo Agobardo de Lyon, el gran enemigo de los judíos, que precisamente había destacado de manera especial bajo el rey Luis.[23]

La *Ordinatio Imperii* (817) y la ironía de la historia

58

El cambio básico constitucional, adoptado en la asamblea imperial que se celebró en Aquisgrán en julio del 817 y a la que asistieron numerosos grandes civiles y eclesiásticos y que —según el uso franco— fue precedida de un triduo de ayunos, oraciones y misas, ordenaba la unidad indivisible de la soberanía en el imperio franco. La nueva ley de sucesión al trono, la *Ordinatio impertí,* sustituía a la *Divisio regnorum,* la ley de división de los reinos y del ordenamiento sucesorio, dictada por Carlos I el 6 de febrero del 806 (la cual, de acuerdo con el derecho hereditario franco, preveía la repartición del imperio entre todos los hijos del emperador) y ordenaba algo nuevo en la historia de los francos y contrario al uso hasta entonces vigente de las divisiones del imperio y del tradicional derecho hereditario de todos los hijos legítimos del rey: configuraba ahora la *imitas impertí* sobre el modelo de la *unitas eccle-siae,* condenando cualquier división como un crimen contra el *Corpus Christi.* Con ello quedaban anuladas antiquísimas ordenanzas de sucesión al trono y viejos principios jurídicos, no sin favorecer los intereses de la Iglesia y «especialmente a los círculos del clero alto» (Schieffer).

Naturalmente todo el asunto se había discutido en todos sus detalles al nivel más alto. Mas como todo ello era contrario a unas concepciones imperiales profundamente arraigadas y resultaba nuevo por completo, se imponía «como ocurre siempre en tales casos», al decir de Bernhard Simson, «revestir el nuevo derecho, que quería crearse, con un nimbo religioso, con la aureola de la inspiración y la providencia divinas». Con una gazmoñería bien ensayada, con tres días de largos ayunos generales, con rogativas, celebración de misas, etcétera, se procedió a conocer la voluntad del Altísimo y finalmente el piadoso príncipe anunció algo que estaba decidido desde largo tiempo atrás, y que afectaba principalmente «al santo interés de

Frankenreich 38. Goetz 68 s. Fried, Der Weg 346 ss. Staubach 34 habla de la afición «maniática» de Luis al monacato y a las cuestiones de disciplina monástica.

[23] Thegan 36. LMA V 10 s, 20, 625. Simson I 23 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1,133. Levison 517. Riché, Die Karolingier 339 s. Schieffer, Die Karolinger 121.

la Iglesia», como una inspiración repentina de Dios. Así, ahora ya no se debía dividir el imperio obedeciendo al amor de Luis por sus hijos, sino que por obediencia a «Dios» sería más bien el hijo mayor, Lotario, quien se convertiría en el único soberano. Y así, también «por inspiración divina», fue elegido coemperador y coronado inmediatamente después, inculcándole ahora Luís —como en tiempos lo había hecho su padre con él— la protección de la Iglesia y en especial la de la Sede apostólica. Por lo demás, Lotario recibió la corona de su propia mano, sin intervención alguna papal o episcopal, y también recibió la mayor parte del imperio.

Los hijos menores, Pipino y Luis, obtuvieron el título de reyes a la vez que algunos territorios relativamente pequeños, aunque tampoco insignificantes: Pipino obtuvo Aquitania, Vasconia y la Marca de Toulouse con algunos otros condados, mientras que Luis recibía la mayor parte de Baviera, la Marca Oriental, Panonia y Carintia. Con vistas a prevenir tras la muerte de Luis el desmembramiento del imperio en reinos fragmentarios, ambos quedaron expresamente sometidos a Lotario, con notables recortes en los ámbitos más importantes de dominio restringiendo su autoridad a la política interna y, como reyes vasallos, estaban obligados a informar al emperador cada año. Sólo con la anuencia del emperador podían casarse, teniendo además que obedecer a la asamblea imperial. Para decirlo en pocas palabras, los hermanos menores fueron excluidos de cualquier participación igualitaria en la regencia.

59

Por otra parte, los reyes vasallos tenían el derecho de proveer a discreción todos los cargos en sus reinos, y no sólo los cargos civiles, como los condados, sino también los cargos eclesiásticos como eran las sedes episcopales y las abadías. Y por supuesto los obispados y monasterios francos (Saint-Denis, Saint-Germain-des-Prés, Reims, Tréveris, Fulda, etcétera) conservaban sus más bien extensas posesiones en Aquitania, Italia y otros territorios dependientes.

En la asamblea imperial de Aquisgrán del 817 los reinos fragmentarios se convirtieron así en partes del imperio. No formaban Estados autónomos, sino que estaban sometidos a Lotario, el soberano de todo el imperio, quedando excluida cualquier partición ulterior consecuente por ejemplo a otros herederos legales de sus hermanos. Todos juraron observar las disposiciones, que el emperador firmó de su propia mano.[24]

La ironía de la historia: la *Divisio regnorum de Carlos I,* dictada el 806, preveía la *partición* del imperio entre sus tres hijos. Mas como los dos hijos mayores murieron, quedó Luis como único soberano y el imperio permaneció indiviso. La *Ordinatio imperii* de Luis, promulgada el 817, intentaba asegurar la *unidad* del imperio en cualquier circunstancia. Pero la empresa fracasó —no obstante la inspiración divina— y el imperio se dividió. Y ello no sólo porque Bernardo, rey de Italia y sobrino del emperador, pasó por alto la *Ordinatio imperii* sin llamar la atención, sino también porque ninguno de los hijos menores del emperador estuvo de acuerdo con ella. El nuevo ordenamiento sólo condujo —como suele ocurrir— a una nueva contienda, a

[24] MGCap. I 270 ss. Ann. reg. Fr. 817. HKG III/l, 125. LMA III 1133 s. VI 1434 s. Simson I 100 ss. 112 s. Mühlbacher II 22 ss. Cartellieri I 243. Reinhardt, Untersu-chungen 31 s. Conrad 102. Steinbach, Das Frankenreich 71 s. Tellenbach, Die Un-teilbarkeit 113. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 104 s. Schieffer, Die Karolinger 117 s. Hartmann, Die Synoden 160 s. Schneider, Das Frankenreich 38. Semmler, Ludwig der Fromme 28 ss. Fried, Der Weg 350 ss. que incluye también (en la cita) a grupos dirigentes de la nobleza. Boshof, Ludwig der Fromme 129 ss. Werner, Die Ursprünge 421 ss.

continuas rivalidades dentro de la casa imperial y con ello al comienzo de la gran crisis del *Imperium* carolingio.

Luis el Piadoso manda desollar y tonsurar a sus parientes y hace una confesión pública de sus pecados

La primera rebelión contra el nuevo ordenamiento de Luis, que había de asegurar la unidad del Imperio y de la Iglesia, del trono y el altar, partió de Bernardo de Italia. El hijo único del rey Pipino, el depredador del tesoro de los ávaros, educado tras la muerte de su padre (810) en el monasterio de Fulda, adoptó oficialmente después de la asamblea imperial de Aquisgrán (septiembre del 813) el título de «rey de los longobardos». Con el cambio de soberano había prestado vasallaje al nuevo emperador y «de nuevo incólume», como dice el corepíscopo Thegan, había regresado a Italia, pero sin haber sido incluido en la ley de división del imperio y ni siquiera haber sido mencionado en la misma. Mas cuando en virtud de la *Ordinatio imperii* hubo de someterse a Lotario I, hijo de Luis, como antes lo había estado a Carlomagno, su abuelo, y al emperador Luis, se rebeló con numerosos magnates de su reino. Por lo demás, y según refieren las fuentes de forma unánime, tal iniciativa no partió del joven soberano, que por entonces frisaba en los 20 años, sino de sus consejeros.

60

Algunos meses después de publicada la *Ordinatio imperii* del 817 Bernardo, olvidado por entero en la misma, junto con «algunos hombres perversos» *(Annales regni Francorum)* —entre los que figuraban el poeta de la corte, obispo Teodulfo de Orleans, los obispos Anselmo de Milán y Wolfoldo de Cremona así como algunos abades, según una fuente antigua —, montó una «sublevación», muy extendida aunque mal organizada. Se pretendía destronar a Luis y poner a Bernardo en su puesto. Mas todo hace suponer que no se trataba tanto de un destronamiento cuanto de asegurar la persistencia del pequeño reino de Bernardo.

El emperador movilizó grandes contingentes de tropas, exigió además a los abades y abadesas que «prestasen el servicio militar», porque «por astucia de Satán el rey Bernardo se había aprestado a la sedición», partió hacia el sur a marchas forzadas e hizo ocupar los pasos de los Alpes hacia Italia. Pero ya antes de que la sublevación hubiera empezado propiamente y sin ni siquiera haber cruzado las espadas, Bernardo se presentó con sus leales en Chalons-sur-Saône al parecer por su libre decisión. Depuso las armas y se arrojó a los pies del emperador. De forma parecida actuaron los grandes de Bernardo, quienes «apenas iniciado el primer interrogatorio declararon abiertamente y *motu proprio* todo el curso del asunto». Pero en vano. Luis los hizo apresar, los envió a Aquisgrán y allí, en la primavera del 818, durante la asamblea imperial, de manera delicada —como repite el analista imperial— y sólo después de que «hubiera pasado el tiempo de ayuno de la cuaresma» los hizo condenar a muerte, al menos a todos los considerados civiles, para después «indultarles» la pena de muerte por el cruel castigo de arrancarles los ojos: «simplemente se les privó de la vista»; lo que «jurídicamente era irreprochable» (Boshof).

Como verdugo del «rey siempre bondadoso con los demás», del monarca «que siempre solía ejercitar la clemencia», «de sentimientos misericordiosos por

naturaleza», actuó el conde Bertmundo de Lyon. El rey Bernardo, a quien antes Luis había llamado hijo suyo, y que a su vez acababa de ser padre de un niño con el nombre del abuelo Pipino, se vio duramente castigado, y con razón. Se defendió y murió con las cuencas de los ojos vaciadas, «no obstante la manera clemente de actuar del emperador», dos días después, el 17 de abril del 818. También su tesorero y asesor Reginardo, al igual que Reginhar, hijo del conde Meginhar, cuyo abuelo Hadrad había tramado en 785 la conspiración de los turingios contra el emperador Carlos, se defendieron y sucumbieron al terrible procedimiento, por «no haber soportado con la suficiente paciencia el que les sacasen los ojos» *(Anonymi vita Hludovicí).*

61 Los demás lo superaron. Y los obispos, abades y demás sacerdotes implicados escaparon como siempre mucho mejor librados, pues sólo fueron juzgados por el sínodo de sus iguales y el estado clerical —lo que debería animar abiertamente a la criminalidad— siempre protegía de lo peor. Desgraciadamente no protegía a los «laicos» de lo peor del clero. Sus rebeldes fueron conducidos a diversos monasterios el 17 de abril de 818, mientras que otros cómplices seglares o fueron desterrados o se les impuso la tonsura monacal, siéndoles confiscados sus bienes.[25]

Todos sospecharon de la crueldad de Luis el Piadoso, en especial contra el joven y alegre Bernardo, a quien sus consejeros engañaron. Pero ahora se hizo desconfiado, de modo que hasta a sus pequeños hermanastros, los hijos de Carlos I no nacidos de «matrimonio legítimo», les obligó a hacerse la tonsura encerrando a Drogo en Luxeuil, a Hugo en Charroux y a Teuderico en un lugar desconocido. Todo ello contra la voluntad de los mismos y contra su propia promesa jurada de ser inmutablemente misericordioso con sus hermanas, hermanos y demás parientes. Pero así frenaba cualquier eventual aspiración al imperio, cualquier participación en el gobierno. Más tarde se reconcilió con ambos y mediante la concesión de cargos y prebendas eclesiásticas compró su lealtad permanente. Su hermanastro Drogo fue obispo de Metz ya a los 20 años; su hermanastro Hugo fue abad del rico monasterio de Saint-Quentin y abad asimismo de los de Saint-Omer (Sithiu) y Lobbes; Teuderico parece que murió a edad temprana.[26]

Al brutal comportamiento del emperador contribuyó probablemente su influyente amigo el abad Benito de Aniane. En todo caso no deja de sorprender el que, apenas fallecido el santo en 821, ya en la asamblea imperial de Diedenhofen celebrada en el otoño perdonase Luis a los rebeldes supervivientes. Más aún, a los hermanos Adalhardo y Wala, que languidecían en un destierro de años, los devolvió de nuevo a la corte y los convirtió en sus consejeros importantes.

En agosto del 822 Luis hizo una confesión pública de sus culpas en la dieta imperial de Attigny del Aisne. Lamentó su crimen contra su joven sobrino Bernardo, muerto miserablemente; lamentó la dureza de su corazón contra sus pequeños hermanastros, a los que impuso la tonsura clerical, y contra Adalhardo y Wala,

---

[25] Einh. vita Karoli 19. Ann. reg. Franc. 812 ss. espec. 817 s. Thegan 22 s. Astron. 29 s, 39, 42. Nith. hist. 1,2. Reginon. chron. 818. LMA I 1983, VI 2171. Simson I 8 s. espec. 112 ss. 120 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 102 ss. Cartellieri I 244. Mühlbacher II 30 ss. Faulhaber 36. Mohr 80 s. Bund 393 ss. Sprigade 71 ss. Schaab 65 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 241 s. Noble 315 ss. Riché, Die Karolinger 181 s. Boshof, Ludwig der Fromme 141 ss.

[26] Thegan 24. Nith. hist. 1, 2. Astron. 35. Chron. Moiss. 817. Simson I 127 s, 177. Mühlbacher II 32 s, 62. Schaab 167. Sprigade 73 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 243. Riché, Die Karolinger 182.

primos de su padre. Fue aquel un procedimiento singular en la historia de los francos, una humillación del emperador procedente del clero, detrás de la cual estaban tal vez de manera muy especial los primos de Carlos profundamente humillados en el pasado. En cualquier caso el acto penitencial impuesto por los prelados no disminuyó a los ojos del pueblo el prestigio del soberano, mientras él exaltaba el de los obispos, aun cuando ellos reconocieran de paso su negligencia tanto respecto de la doctrina como del ministerio «en muchos lugares, que no sería posible enumerar».[27] No, ahí se impone la discreción.

62

La avaricia de los grandes y los que nada tenían

Con el desarrollo de tales acontecimientos, lejos de mejorar, la situación del Estado más bien se agravó. El egoísmo, la insatisfacción y la desobediencia cundían por doquier. Las campañas militares cada vez reportaban menos éxitos en tanto que crecían las intrigas en la corte, las violaciones del derecho y la explotación por parte de los funcionarios, aumentando asimismo la venalidad y la brutalidad de la nobleza.

Cierto que las continuas querellas de dentro y las guerras de fuera a menudo habían hecho más ricos a los ricos; pero los pobres seguían siendo pobres o se empobrecían aún más. Se vieron por añadidura más explotados, oprimidos y humillados por la avidez de los magnates y de los sacerdotes. Los señores civiles y eclesiásticos dictaban los precios, desollaban a sus siervos y les hacían pasar hambre. Incluso, según un biógrafo de Luis, sus emisarios reales encontraron «una muchedumbre incontable de oprimidos», a quienes la injusticia de los funcionarios había privado de la herencia o de la libertad. Mas las intrigas de los grandes, sus luchas y rivalidades, su afán por explotar a los demás y procurarse prebendas cada vez más sustanciosas, la corrupción que reinaba en la Iglesia y la simonía que se daba sobre todo en Roma contribuyeron a incrementar más todavía la miseria de las masas.

Y mientras tanto muchos poderosos y ricos se entregaban a la caza, al juego, a la borrachera y la intemperancia; se abandonaban a la venganza de sangre y a todo tipo de excesos sexuales, mientras que en ocasiones vivían bajo el mismo techo con ladrones y criminales, sobornaban y se dejaban sobornar, apaleaban a quienes dependían de ellos casi como a personas sin ningún derecho, los azotaban, les hacían cortar la lengua y los mataban. Y mientras que los obispos nadaban en la abundancia, el lujo y la borrachera de poder, mientras que sacerdotes y monjes abandonaban sus casas y monasterios vagando de un lado para otro en busca de placeres y operaciones usurarias y mientras que dilapidaban el patrimonio eclesiástico, se emborrachaban, fornicaban y predicaban que «los derechos de los señores eran iguales por naturaleza», empujaban a la masa del pueblo a una pobreza cada vez mayor, la engañaban con falsos pesos y medidas y con precios que les chupaban la sangre. No pocos de los explotados emigraron o se defendieron formando bandas de salteadores, con lo que se multiplicaron los atracos, robos y asesinatos.

63

[27] Ann. reg. Franc. 822. Astron. 35. Simson I 177 ss. Mühlbacher II 61 ss. Schieffer, Die Karolinger 121. Riché, Die Karolinger 183. Boshof, Ludwig der Fromme 147.

En su Historia de la Iglesia medieval Karl Kupisch escribe que también «salieron mal» los diferentes intentos de reforma eclesiástica apoyados por Luis el Piadoso; y ello porque «en la Iglesia tales esfuerzos tuvieron poco éxito, debido a que después de la muerte de Carlo-magno el alto episcopado aspiró a la independencia y al aumento de las riquezas. También en los monasterios los resultados fueron muy modestos».

Fue una época, se lamenta Pascasio Radberto, abad de Corbie y testigo presencial, que «rompió los lazos de la fraternidad y de la sangre, hizo brotar por doquier las enemistades, separó a los lugareños, apagó la fe y el amor, dañó incluso a las iglesias y provocó corrupción en todas partes...». En una palabra, fue una época cristiana, una época como la que ya conocemos en lo esencial desde los primeros siglos. Y, de nuevo en lo esencial, también la conocemos en todos los siglos posteriores. Fue una época, como señala el franco Nithard, uno de los pocos escritores laicos de la primera Edad Media, en la cual el imperio fue empeorando de continuo, «porque cada uno, empujado por sus malas pasiones, sólo buscaba el propio provecho». Y esto último volvería a contar desde luego en muchos períodos históricos, hasta hoy mismo.

A los males dominantes empujaron las catástrofes naturales: lluvias casi interminables, riadas, grandes incendios, como ocurrió el año 823 cuando sólo en Sajonia ardieron por el rayo 23 aldeas «de día y con un cielo claro». Los terremotos sacudieron el mundo, las epidemias se desataron sobre todas las criaturas, y en ocasiones «apenas una franja de tierra» se vio libre de las mismas en todo el imperio. Hicieron estragos algunos inviernos duros, largos y con mucha nieve, en los que sucumbieron hombres y animales, y hasta las grandes vías de agua del Rin, del Danubio y del Elba se helaron, a veces durante muchas semanas, de modo que podían cruzarlos carros cargados de mercancías «como por un puente»; a comienzos de la primavera seguía el deshielo devastador. Hubo veranos extraordinariamente secos y calurosos. Fueron frecuentes las hambrunas. La producción agrícola de la Alta Edad Media está «lejos de mostrar un alto grado de dominio de la naturaleza, sino más bien un bajo nivel de cultivo» (Bentzien). La mortandad fue en aumento. Y la miseria creció de continuo en aquellos primeros veinte años.[28]

Y a ello se sumó, como siempre, la política exterior.

64

Política exterior o «los amables alicientes del verano...»

Luis el Piadoso hizo la guerra casi año tras año cual convenía a un soberano cristiano y creyente, debido sobre todo a conflictos dinásticos y a problemas de política interna. Pero una y otra vez traspasó también las fronteras o las hizo traspasar, aunque ya como soberano universal casi nunca participó personalmente en las campañas sino que hacía que otros combatiesen por él; en efecto, ése era ya desde hacía largo tiempo el método de todos los gobernantes en unas matanzas para entonces mucho mayores.

[28] Ann. reg. Franc. 820 ss. Nith. hist. 1, 3. LMA VI 1201, 1754. Simson I 300 ss. (con abundantes citas de las fuentes). Mühlbacher II 11, espec. 64 ss. Kupisch 14. Riché, Die Karolinger 187. Duby 11 ss. Véase asimismo Schneider, Das Frankenreich 77. Geremek 7 ss. 21 ss. Bentzien 53. Cipolla/Borchardt 30 ss.

Apenas interesaban ya los pactos.

Poco después de la subida al trono del emperador, por ejemplo, el rey sarraceno Abulaz, padre de Abderramán, emir de Córdoba (796-822), solicitó una paz de tres años. «Ésta se observó al comienzo —informa el biógrafo anónimo de Luis—, pero más tarde volvió a ser rechazada cual poco ventajosa y se proclamó la guerra contra los sarracenos.» «Tras la derogación de la paz ficticia, se declaró la guerra», según él mismo comenta otra vez. Ni los merovingios ni los carolingios supieron utilizar la paz. Y así, bajo aquellos príncipes cristianos las matanzas eran casi tan regulares como las oraciones; y en cualquier caso tan pronto como los caballos encontraban forraje, «seguían los amables alicientes del verano...», anota la misma fuente poco después. Entonces apenas se dejaba pasar ninguno de tales alicientes sin golpear en alguno de los puntos cardinales, en varios y a veces en todos al mismo tiempo. Y, naturalmente, «con la ayuda de Cristo...».[29]

Finalmente, la guerra contra los paganos y los enemigos de la santa Iglesia era un deber sagrado. Y así como ya los clerizontes guerreros acompañaban a la primera Majestad cristiana, también lo hicieron los monarcas carolingios. «Cada obispo debe celebrar tres misas con tres salmos: una por el rey, otra por el ejército de los francos y la tercera por la tribulación momentánea.» Con ello los espadones francos saqueaban sin freno alguno el territorio enemigo; antes el saqueo estaba prohibido. Pero después se aplicó «una política de tierra quemada...; y quienquiera que caía en manos de la leva era eliminado. Aquitania, Bretaña, Sajorna, Septimania y muchas otras regiones fueron hasta tal punto devastadas, que las secuelas pudieron rastrearse durante siglos» (Riché).[30]

Guerra contra daneses, sorbios y vascos

La investigación más reciente atribuye sí a Luis el Piadoso el «intento de una fundamentación ética general para su política» (R. Schneider). Pero, además de que el intento no es todavía una realidad, la política no la hacían únicamente el emperador y su corte. Y cuando al comienzo de su reinado ordenó Luis hacer indagaciones en todos los territorios de su imperio, como el corepíscopo Thegan escribe con ingenuidad casi conmovedora, de «si alguien había cometido algún desafuero», sus hombres encontraron «una multitud innumerable de oprimidos, bien fuese porque se les había privado de la herencia paterna o porque se les había arrebatado la libertad; cosa que funcionarios, condes y delegados solían hacer de forma maliciosa...». ¡Con lo que se trataba ya a los propios súbditos como después se trató sólo a los enemigos!

65

En 815 un ejército sajón-abodrito atacó a los daneses; pero, tras una serie de devastaciones «por doquier», regresó con cuarenta rehenes sin haber logrado nada. En 816 Luis envió a sus tropas contra los sorbios. Esta vez «cumplieron eficazmente» *(strenue compleverunt,* Anales imperiales) las órdenes del emperador y les atacaron, como dicen las fuentes, «con tanta rapidez como facilidad con la ayuda de Cristo», y

[29] Astron. 25 s, 34.

[30] Riché, Die Welt 98 ss.

«con la ayuda de Dios obtuvieron la victoria». El emperador, sin embargo, «se entregó a la caza en el bosque de los Vosgos». Asimismo en el otro extremo del imperio, en las pendientes septentrionales de los Pirineos, se sublevaron los vascos que fueron sometidos «por completo» *(Annales regni Francorum),* aunque sólo tras dos campañas militares. Después de lo cual, según el Anonymus, «desearon ardientemente la sumisión», que precisamente intentaban rechazar.[31]

Guerra contra los bretones

Repetidas veces llevó a cabo Luis campañas devastadoras contra los levantiscos bretones, cuyos príncipes pretendieron en varias circunstancias el título de rey. En varias ocasiones atacó al «pueblo mendaz, orgulloso y rebelde», que ni siquiera su padre había logrado dominar enteramente y que ya los merovingios, antes de Carlos y Pipino, quisieron someter en repetidos intentos.

En el verano del 818 marchó en persona —casi su única campaña militar como emperador— con un ejército de francos, borgoñones, alamanes, sajones y turingios contra los «rebeldes bretones, que en su audacia osaron nombrar rey a uno de los suyos, de nombre Marmano, rechazando cualquier obediencia» (Anonymus). Los altivos cristianos, que miraban por encima del hombro a las gentes que les resultaban tan extrañas, reclamaban la «soberanía» con sumisión y tributos. El rechazo del homenaje, del tributo (cincuenta libras de plata «desde antiguo»), les bastó ciertamente como motivo de guerra. Así y todo puede que también movieran a Luis motivos clericales. La Iglesia bretona seguía siendo todavía bastante autónoma; es decir, estaba regida principalmente por la Iglesia escocesa, que se apartaba de las normas benedictinas y escapaba de forma notable a la influencia de Roma. El clero franco abominaba sobre todo de la mayor libertad del derecho matrimonial bretón y de la celebración de matrimonios entre parientes cercanos.

66

Ya al comienzo de la marcha peregrinó Luis en París de un templo a otro. Y de camino visitó monasterio tras monasterio y, según la costumbre, fue abundantemente agasajado por los abades Hilduino de SaintDenis, Durando de Saint-Aignan, celoso funcionario de su cancillería, por el abad Fridugis de Saint-Martin-en-Tours, etcétera. Después continuó devastando el país, pero todo «sin gran esfuerzo» al decir del analista imperial. El piadoso soberano, del que su coetáneo el obispo Thegan exalta cuidadoso que «progresaba de día en día en virtudes sagradas, cuya enumeración llevaría demasiado lejos», aplastó a los bretones con su prepotencia. Redujo a cenizas el conjunto de las construcciones a excepción de las iglesias, y en medio de todos los incendios y asesinatos se hizo informar ampliamente sobre el monaquismo del país por el abad Matmonoco de Landevennec.

Matar y rezar, rezar y matar; así todo iba bien y todo estaba permitido, al menos en la guerra, con tal de que ocurriera en favor del bando «ortodoxo». El rey Mormano, que degolló a una parte del séquito franco, cayó a manos de un guarda de los caballos

[31] Thegan 13, 15. Astron. 25 s. Ann. reg. Franc. 815 s. Simson I 52 s, 64 s. Mühlbacher II 44 s. R. Schneider, Das Frankenreich 37. Kretschmann, Die stammesmässige Zusammensetzung 23

imperiales, Choslo, que le hundió la lanza en las sienes y después le cortó la cabeza con la espada antes de sucumbir a su vez a manos de un bretón, el cual por su parte murió a manos del escudero de Choslo, al que todavía consiguió atravesar el bretón, ya agonizante: vistas interiores de la guerra, cabría decir que una instantánea de la muerte dulce y honrosa por la patria... Una gran multitud fue hecha prisionera, se les arrebató abundante ganado y los bretones se sometieron «a las condiciones impuestas por el emperador, cualesquiera que fuesen... Y fueron seleccionados y tomados los rehenes que él ordenó y todo el territorio se organizó a su voluntad», escribe el Astronomus.[32]

Guerra contra abodritos y vascos

En 819 envió Luis un ejército a través del Elba contra los abodritos. A su príncipe desertor Sclaomir (809-819) lo apresaron y condujeron a Aquisgrán, ocuparon su territorio y a él lo desterraron. Poco después volvieron a derrotarle; pero estando todavía en Sajonia sucumbió a una enfermedad administrándole en el ínterin el sacramento del santo bautismo. El pueblo eslavo de las riberas del Elba era todavía totalmente pagano y la supremacía de Luis aún se vio expuesta a graves sublevaciones durante los años 838 y 839.

67

También contra los levantiscos vascos o sus parientes los vascones obtuvo el príncipe, tan a menudo exaltado como pacífico, una victoria sangrienta en 819.

Desde la derrota de Roncesvalles Gascuña fue para los francos una especie de tierra de nadie, sólo con gran esfuerzo vigilada por el conde de Toulouse. Cierto que ya emperador nunca más volvió Luis a visitar personalmente el territorio de su temprana experiencia de combatiente; pero en 816 puso la zona limítrofe con la España islámica bajo el reforzado control de un conde de Burdeos y duque de los vascones. Y en 819 su hijo Pipino, mediante una incursión militar contra Gascuña, que a comienzos de la Edad Media era un ducado independiente, «impuso la tranquilidad en aquella provincia de forma tan completa, que ya no se dio allí ningún rebelde o desobediente». Entretanto el soberano —según observan de nuevo el analista imperial y el Astronomus— «se entregaba a la caza en las Ardenas como de costumbre». Y desde luego durante los años veinte los choques con los moros fueron continuos.[33]

Guerra contra los croatas

El emperador sostuvo con gran esfuerzo una guerra de tres años contra los croatas.

Los croatas eran eslavos, que en los primeros siglos cristianos vivían como nómadas o seminómadas en la región de los Cárpatos y que en el siglo VII emigraron

[32] Ann. reg. Franc. 818. Thegan 25. Astron. 30. LMA II 615 ss. Simson I 128 ss. Mühlbacher II 42 s. Schieffer, Die Karolinger 124. Boshof, Ludwig der Fromme 100 s.

[33] Ann. reg. Franc. 819, 821. Ann. Bertin. 839. Ann. Sith. 819. Astron. 31 s. dtv Lexikon VII 127. LMA IV 1126 s. Simson I 140 s. 151. Dümmler 166 ss. Schieffer, Die Karolinger 123 s. Friedmann 193.

a Dalmacia y Panonia. Pero no sabemos casi nada sobre su historia en aquella época y en la inmediatamente posterior. Hacia el 800 fueron sometidos durante la matanza de los ávaros, aunque de forma aún no definitiva, mientras que eclesiásticamente la Croacia panónica y dálmata quedaba sujeta al patriarca de Aquileya.

En 819 el duque de la Panonia inferior, Ljudevit Posavski (fallecido en 823), que gobernaba los territorios entre el Drave y el Sava, se alzó contra derecho, instigado ciertamente por el patriarca Fortunato de Grado, quien puso a disposición de Ljudevit hasta los obreros, canteros y albañiles, forzados a la construcción de una fortaleza.

Cierto que en tiempos el patriarca había mantenido muy buenas relaciones con el poderoso emperador, había aparecido reiteradamente en el norte y por vez primera se había presentado en palacio ya en el verano del 803 con ricos presentes. El propio soberano había otorgado amplios privilegios a la ciudad de Salz del Saale (hoy Bad Neustadt), y entre otros un beneficio en el imperio franco. Pero ahora el acomodaticio príncipe de la Iglesia, cediendo a su ambición de riquezas y de poder, creyó en la potencia más fuerte de las tribus eslavas, en el futuro del vecino reino eslavo, allí olfateó que prosperaría, y prestó en consecuencia su colaboración. (Tales giros hacia el este se dan una y otra vez en el curso de los siglos entre prelados ambiciosos de poder, y naturalmente también y sobre todo en Roma... hasta por ejemplo el papa León XIII, que antes de la primera guerra mundial tuvo una trayectoria brillante no sólo en Francia sino asimismo y más aún en Rusia.)

68

Pero si en tiempos el patriarca Fortunato había buscado la protección de Carlos frente a la venganza de los bizantinos, ahora, al ser enviado a la corte del emperador Luis, huyó a Bizancio. Hay mentecatos y oportunistas, incluso ilustrados, que de continuo deslizan en los oídos de todo el mundo una frase superestúpida, que resulta muy útil para pescar en río revuelto: la historia no se repite. Pero todo lo que es típico y notorio en la historia, la traición, la opresión, la estupidez, la explotación, las crisis económicas, las oscilaciones de la moneda, los crímenes y los asesinatos cometidos en nombre del Estado, todo se repite incesantemente. El causante, sin embargo, quien abre la danza en torno al becerro de oro y quien se burla de los danzantes, es siempre el mismo, *semper ídem.*

Cierto que con su rebelión contra el poder central franco en 819 Ljudevit logró de momento afianzarse contra el margrave Cadolah de Fríuli; pero después fue vencido junto al río Drave por el sucesor de Cadolah, el margrave Balderico de Fríuli (quien a su vez no sobrevivió a su retirada ignominiosa) siendo expulsado del país. Sin embargo, Ljudevit aún pudo vencer a Borna, el soberano de los croatas costeros, con quien en 818 había viajado a la asamblea palatina de Aquisgrán. Allí sucumbió el propio suegro de Ljudevit, Dragamoso, como compañero de armas de Borna, aunque éste consiguió huir gracias a su escolta personal. El príncipe croata intentó también sacar provecho de los francos y desde las plazas fuertes de la costa presentó una resistencia eficaz al rival que había penetrado en Dalmacia. Le atacó unas veces por la retaguardia y otras por los flancos, según dicen de día y de noche, obligándole al final a una retirada desastrosa, «pues habían caído tres mil de sus soldados habiéndose apoderado de más de trescientos caballos», según cuenta el analista imperial, mientras que el soberano se recuperaba una vez más de las fatigas del gobierno en el coto de Eifel. En 820 de nuevo apareció Borna en Aquisgrán a fin de preparar allí una guerra total contra Ljudevit; pero falleció al año siguiente,

probablemente de muerte violenta.

En 820, tan pronto como los caballos encontraron forraje fuera, tres ejércitos de Luis avanzaron a la vez desde tres puntos distintos, desde Italia, desde Carintia y desde Baviera y Panonia superior, sobre el territorio de Ljudevit, «del tirano» *(Anonymi vita Hludovici)* y saquearon «casi todo el país» *(Annales regni Francorum),* aunque sin obtener resultados duraderos. Más aún, una parte considerable de la tropa (que cruzó Panonia) sucumbió a una epidemia, mientras que Luis el Piadoso se dedicaba «como de costumbre a la caza» en las Ardenas. Y ya al año siguiente (821) de nuevo tres de sus huestes de degolladores arrasaban «todo el territorio» de Ljudevit, en tanto que su Majestad «pasaba el resto del verano y la mitad del otoño cazando en el lejano bosque de los Vosgos» (Anales imperiales).

69

Durante el 822 se combatió en casi todos los puntos cardinales.

En el sureste las tropas avanzaron desde Italia sobre Panonia. El croata tuvo esta vez que retirarse a Serbia, donde disfrutó de la protección y hospitalidad de un príncipe serbio, al que asesinó alevosamente para adueñarse de su fortaleza y de su ciudad. (Pero entretanto, y antes de que el propio Ljudevit se retirase en 823 al castillo de Srb, a orillas del Una, donde «fue muerto por alguien de forma artera», siendo por lo demás huésped de un tío del príncipe croata Borna, todo el territorio entre el Drave y el Save volvió a la soberanía franca.)[34]

En el norte, donde los sajones habían edificado por orden de Luis una fortaleza en Delbende, al otro lado del Elba, se estableció una guarnición, expulsando «del país a los eslavos, que lo habían habitado hasta entonces» *(Annales regni Francorum).*[35]

Y también en el suroeste y en el noroeste arreciaron los robos y los asesinatos.

Guerra en España y contra los bretones

Los condes de la Marca Hispánica penetraron por el Segre «hasta el interior de España» y «de allí regresaron felizmente con un gran botín», después de «haberlo asolado e incendiado todo», como escribe el Astronomus. El analista imperial anota asimismo la devastación de los cam pos, la quema de las aldeas y «el botín no pequeño», agregando a renglón seguido: «De igual manera, después del equinoccio de otoño los condes de la Marca Bretona llevaron a cabo una incursión en las posesiones de un bretón rebelde llamado Wihomarco y todo lo devastaron a sangre y fuego». Y por qué no iban a hacerlo, cuando en definitiva la dignidad imperial se entendía «como una misión divina y como un ministerio eclesiástico» (Schieffer). Pero Luis se entregó después «a la caza en las Ardenas» y más tarde acudió a una dieta imperial en Frank-furt. donde tenía que «recibir de todos los eslavos orientales... embajadas con presentes»: de los abodritos, los sorbios, los wiltzos, los bohemios, los moravos, los predenecentros (un grupo oriental de los abodritos, en el cantón de

[34] Ann. reg. Franc. 819 ss. Thegan 27. Astron. 32 s, 36. Ann. Sith 820. LMA II 463; V 1538, 2055. Simson I 149 ss. 158 ss. 173 ss. Mühlbacher II 54 ss. Hauptmann, Kroaten, Goten 325 ss. Id. Kroaten im Wandel der Jahrhunderte 12. Vernadsky 265, 279. Cartellieri I 245 ss. Zatschek 69 s. Pirchegger, Karantanien 272 ss. Schulze, Vom Reich der Franken 379. McKitterick 129. Bahic/Belosevic 81 ss.

[35] Ann. reg. Franc. 822.

Branitschevo) así como de los ávaros de Panonia, pueblo éste que después desapareció de la historia para siempre.[36]

70 Pues en la corte se hacían pagar espléndidamente dejando sentir todo su poder. Incluso al lejano príncipe Grimoaldo de Benevento le obligó el emperador desde su subida al trono «mediante pacto y juramentos *(pacto et sacramentis)* a que ingresase anualmente 7.000 sólidos de oro en el tesoro real» *(Anonymi vita Hludovici)*[37]

En 824 el monarca marchó de nuevo con tres grupos de ejército —él personalmente mandaba uno— contra los bretones y su príncipe Wihomarco, sucesor de Mormano. Los otros dos cuerpos de ejército estaban al mando de los hijos del emperador Pipino y Luis, a los que evidentemente se unieron de manera muy especial los caudillos de los cantones limítrofes, los condes de Tours, Orleans y Nantes.

Al igual que en el otoño los tordos y otros pájaros caen en apretadas bandadas sobre los viñedos para comerse las uvas, así también los francos irrumpían al comienzo de la cosecha y saqueaban los abundantes productos del país. Así lo cuenta en el canto cuarto de su epopeya el sacerdote franco Ermoldo Nigelo, quien armado de escudo y espada acompañó a la expedición militar contra los bretones, cantándola (no sin cierta ironía personal) como una gran proeza de Luis. «Buscan las riquezas escondidas en bosques, pantanos y tumbas. Se llevaron consigo a unos hombres desgraciados, ovejas y bueyes. Los francos lo asolaron todo. De acuerdo con las órdenes del emperador las iglesias fueron respetadas, pero todo lo demás fue pasto de las llamas.»

A lo largo de cuarenta días, informan las fuentes francas, Luis el Piadoso asoló «todo el país a sangre y fuego», «lo castigó con una gran devastación» *(magna plaga),* él que no dejaba de ser «el más piadoso de los emperadores», como lo ensalza el corepíscopo Thegan, «pues ya antes respetaba a sus enemigos, cumpliendo la palabra del evangelista que dice "Perdonad y se os perdonará"». Luis destruyó campos y bosques, aniquiló buena parte de los rebaños, mató a muchos bretones, se llevó a muchos prisioneros y regresó con rehenes «del pueblo desleal». (El rey Wihomarco fue cercado poco después en su propia casa por las gentes del conde Lamberto de Nantes, que lo mataron a palos.)

Menos «afortunadamente» terminó el mismo año una expedición militar contra Pamplona, cuando de regreso a través de los Pirineos parece que los francos tuvieron su merecido en el mismo desfiladero de Roncesvalles, donde según cuenta la leyenda, la retaguardia de Carlo-magno fue aniquilada en 778 luego de haber destruido la ciudad vasca de Pamplona. Ahora, apenas medio siglo después, en aquella oscura garganta las tropas de los condes Aeblo y Asenario «fueron exterminados por los habitantes desleales de las montañas... casi hasta el último hombre». Los dos condes escaparon con vida «tras la pérdida de todo su ejército» (Astronomus)[38]

71 En su legislación el emperador empezó de nuevo a apoyarse claramente en la

[36] Ibid. Astron. 35 s. Simson I 187 ss. Schieffer cit. según HKG III/l, 141.

[37] Astron. 23.

[38] Ann. reg. Franc. 824. Thegan 31. 49. Astron. 30, 37. Tusculum Lexikon 90 s. LMA III 2160 s. Simson I 216 ss. Mühlbacher II 43 s. Dümmler I 24 s. Ermoldus Nigellus cit. según Riché, Die Welt 98. Antón, Die Iren 606 ss. Godman 45 ss. 250 ss.

Iglesia, con cuyos representantes había tenido que vivir experiencias tan dolorosas sin haber podido o sabido sacar ninguna lección. Como quiera que fuese luchó abiertamente por el honor y la protección de aquella Iglesia, por su exaltación y naturalmente también por la dignidad de sus servidores, a quienes había que prestar reverencia y cuya predicación había que escuchar. Reclamó ayunos, la santificación del domingo, la erección de escuelas para la formación del clero, y también se vio obligado a exhortar a los obispos «para que cumplieran sus deberes pastorales en todo su alcance».[39]

Mas no podía abandonarse únicamente a Dios y a la Iglesia. De ahí que en aquellos tiempos siempre difíciles, cada vez que Luis imploraba la bendición del cielo sobre sus proyectos, nunca olvidaba lo que sobre todo confería a los mismos su eficacia decisiva. Así, cuando sólo algunos años después impuso a todos un ayuno de tres días y solicitó el apoyo del Altísimo, pensando en los enemigos de los cristianos ordenó al mismo tiempo que todos los sujetos al servicio militar estuviesen listos con caballos y armas, con ropas, carretas y provisiones, para que llegado el caso pudieran intervenir de inmediato. Así tenía que ser: a quien se ayuda. Dios le ayuda...[40]

Desde luego cuando en 826, estando en la corte real de Salz sobre el Saale, supo de la defección del ilustre Aizo y de la revuelta que había provocado en la Marca Hispánica, donde había puesto de su lado los castillos que poseía, a los condes sin ninguna lealtad y a la población enormemente explotada, y a menudo expulsada o esclavizada por sus cortes, el monarca decidió de inmediato reflexionar a fondo sobre el feo asunto y sobre todo empezó por dejar que su cólera se desvaneciese con la cacería de otoño *(«autumnali venatione»).*

Entretanto Aizo puso guarniciones en los castillos tomados, conquistó otros, tanteó a los moros, que contaban en la península con un Estado que funcionaba bien y con los que la población de godos y autóctonos —que ya bajo Carlos I se habían lamentado amargamente de la opresión que sufrían por parte de los condes cristianos y de sus esbirros— se entendía mejor de cuanto hubiera podido esperarse. Día tras día trataban y negociaban entre sí con la plata acuñada por los francos y las monedas de oro árabes. Y Aizo, que evidentemente intentaba arrancar a los francos la Marca Hispánica, no dejó de contactar con el emir de Córdoba Abderramán II (822-852), y a fe que con gran éxito.

Luis el Piadoso, por su parte, envió primero (827) hacia el sur al abad Helisacar, su antiguo canciller, y después a su hijo Pipino, rey de Aquitania, «con innumerables tropas francas». Pero los moros, que habían cruzado el Ebro. que habían saqueado las regiones de Barcelona y Gerona, que habían pegado fuego a las iglesias y asesinado cruelmente a los sacerdotes llevándose consigo a muchos cristianos, pudieron regresar a Zaragoza sin ni siquiera haber visto el cuerpo de ejército franco, que por los motivos que fuese llegó demasiado tarde; lo que ciertamente permitía barruntar «imágenes de matanzas horribles en un futuro inmediato», como advierte el Astrónomo. En consecuencia el monarca, tan piadoso como supersticioso, cuando tuvo noticia de los signos terribles envió «tropas auxiliares para proteger el mencionado margraviato y hasta que llegó el invierno se entretuvo con la caza en los bosques cercanos a Compiegne y Quierzy». En 828 otra expedición de su hijo Lotario

[39] Mühlbacher II 58 s.

[40] Simson I 311 con referencias de las fuentes.

«con un numeroso ejército franco» tampoco obtuvo resultado alguno. Y Aizo desaparece de la historia sin dejar rastro.[41]

72

Guerra contra los búlgaros

También estalló un conflicto con los búlgaros.

Su kan Omurtag (815-hacia 831), que fue el primer soberano búlgaro en negociar directamente con los francos, había enviado a Luis desde el 824 repetidas embajadas —también con presentes— buscando unas delimitaciones de fronteras a la vez que el establecimiento de unas relaciones pacíficas. Pero una y otra vez Luis había hecho esperar a los embajadores de forma inadecuada y había dado largas al kan. Finalmente, y tras el fracaso de todas sus tentativas, en 827, avanzó en barco por el río Drave hasta la Panonia inferior, devastó el país y hasta puso allí funcionarios búlgaros. Ante la pérdida de Panonia el joven Luis acometió al año siguiente una expedición militar contra los búlgaros; pero evidentemente sin éxito, aunque los monjes de Fulda alardeasen de haber cantado durante la cuaresma (del 19 de febrero hasta el 4 de abril) mil misas y otros tantos salmos por la prosperidad de las tropas imperiales. Ya al año siguiente los búlgaros volvieron a remontar el Drave «y pegaron fuego a algunas aldeas de los nuestros cercanas al río» *(Annales Fuldenses)*. La corte imperial calificó «las acometidas y devastaciones de los infieles» —también los sarracenos hicieron estragos en la Marca Hispánica— al igual que otras calamidades como «justos castigos de Dios».[42]

Algo más de «fortuna» tuvo evidentemente en su tiempo el margrave de Tuscia, Bonifacio, a quien el emperador había confiado la protección de Córcega. ¡Y en la «caza» de los corsarios infieles el celoso defensor de la isla avanzó hasta las costas de África!

Desembarcó entre Útica y Cartago, atacó a grandes masas de aborígenes, «los puso en fuga cinco o más veces y abatió a una gran multitud de africanos», aunque también perdió «un número considerable de su propia gente». De todos modos dejó tras de sí «un gran temor con aquella acción» *(Annales regni Francorum)*.[43]

73

Especialmente en el último decenio del gobierno de Luis los conflictos externos disminuyeron notablemente. La casa soberana católica bastante tenía ya que hacer con las revoluciones de palacio. Esto era ya algo que ocurría también desde largo tiempo atrás en otras cortes del Occidente cristiano, ya desde los comienzos de esta soberanía universal.

Y eso sucedía, por ejemplo, en Roma.

La situación romana: Por qué se canonizó al papa asesino León III

[41] Ann. reg. Franc. 826 ss. Astron. 40 ss. LMA VI 1406. Simson I 47 ss. 267 ss. 273 ss.

[42] Ann. reg. Franc. 824 ss. Ann. Fuldens. 828 s. LMA VI 1407. Simson I 223 235 s, 253, 277. 297 s. Mühlbacher II 57 s. Schieffer, Die Karolinger 123.

[43] Ann. reg. Franc. 828. Astron. 42. Simson I 299.

A la muerte del viejo emperador Carlos había soplado en el Tíber un viento mañanero. Apenas desapareció el 28 de enero del 814, a la edad de setenta y dos años, y le hubo sucedido Luis en el gobierno, el alto clero de más allá de los Alpes descubrió que frente al hijo podía comportarse de otro modo. De nuevo se aspiraba ahora a una mayor autonomía y poder, se quería «libertad de acción» especialmente dentro del Estado de la Iglesia. Y se consiguió.

Cuando todavía aquel mismo año la Ciudad Eterna combatía al papa León III, que era profundamente odiado, hizo que inmediatamente cayesen a montones «los criminales de lesa majestad» —en 1673 lo canonizaron centenares de asesinos de escritorio en virtud de una curación milagrosa de sus ojos y su lengua ¡tras una mutilación que, según las fuentes, nunca pasó de mera tentativa!—. Hasta al piadoso Luis le desconcertó «que el primer sacerdote del mundo impusiera unos castigos tan severos» (Anonymus). En tiempos su mismo padre, Carlos, había cambiado en destierro las numerosas sentencias de muerte dictadas por León contra sus enemigos de la nobleza romana. Y el año 815, cuando León llevaba más de dos décadas sobre la silla que Pedro nunca había ocupado, estando ya enfermo de muerte sacudió el gobierno del santo una nueva rebelión que comportaba la revuelta nobiliaria a la vez que la insurrección de los campesinos. Había arrebatado violentamente bienes para «la cámara apostólica» y había hecho decapitar a los propietarios cuyos bienes había confiscado pronunciando montones de sentencias capitales. Y naturalmente también su preciosa vida era objeto de persecución.

Los romanos se amotinaron, escribe el analista imperial, «y empezaron por saquear las fincas rústicas, que el papa se había procurado en los últimos tiempos en el territorio de las distintas ciudades, y después les pegaron fuego. En seguida decidieron marchar sobre Roma y tomar por la fuerza lo que les había sido arrebatado, según lamentaban». Avanzaron sobre la ciudad; pero fueron rechazados por el duque franco Winigis, aunque ya anciano y débil como el papa. Cual consuelo en su tribulación (no para sus súbditos) el enfermo pontífice acabó celebrando misa varias veces al día. Y el duque Winigis se hizo monje algunos años después, muriendo asimismo al poco tiempo.

74

Pero ¿por qué León III entró en el martirologio romano en el siglo XVII? ¿Por qué se declaró santo a este asesino monstruoso? (¡Un papa, entre paréntesis, que durante los 21 años de su pontificado no convocó por propia iniciativa ningún sínodo que dictase cánones para el afianzamiento de la disciplina eclesiástica!) No se le canonizó por su brutalidad, ni por sus liquidaciones y menos aún por su genuflexión frente a Carlos «el Grande» —si no la primera, sí que fue la última *proskynesis* de un papa ante un emperador occidental—, al que en exclusiva debía su supervivencia (más en el cargo que en la dignidad). No, se le canonizó, porque en la Navidad del 800 había colocado la corona sobre la cabeza de Carlos; porque forzó de forma tan impresionante la pasión de dominio, el afán de supremacía nunca saciado de los papas; porque con esa señal irradiante a través de los tiempos, con ese «rasgo de genio» (de Rosa), había inscrito de una vez para siempre en el triste libro de la historia la aspiración de caudillaje absoluto de los papas. Sólo por eso también Franz Xaver Seppelt, historiador católico de los papas, ve resplandecer el nombre de León III en el «catálogo de los santos», pese a todas las fatalidades de su largo pontificado y de

todos los cadáveres que cubren su camino:

¡Santo, santo, santo! (su fiesta, el 12 de junio).[44]

Fraude con la corona y la coronación imperial: Esteban IV (816-817) y Pascual I (817-824)

León había muerto el 12 de junio del 816.

Su sucesor Esteban IV, un noble romano educado desde niño en Letrán, al que se eligió papa al cabo de diez días sin consultar al emperador, sólo gobernó unos meses; pero su ilustre familia proporcionó en el curso del siglo otros dos papas. Todavía en el mes de agosto Esteban partió de Roma y, acompañado del rey Bernardo, cruzó «con la mayor celeridad» los Alpes encaminándose a Reims, donde en los primeros días de octubre Luis, cubierto de oro y piedras preciosas, se prosternó tres veces ante el papa entre los cantos de alabanza del clero y siguiendo el ceremonial bizantino; tras lo cual saludó al pontífice con las palabras del salmo: «Bendito el que viene en nombre del Señor». El abrazo, los besos, la procesión por la iglesia, el Tedeum y nuevos cantos de alabanza. Y durante los dos días siguientes «muchos regalos recíprocos» y «banquetes suculentos» (Anales imperiales). El emperador ofreció al príncipe eclesiástico plata, copas con incrustaciones de piedras preciosas, una vajilla de oro, caballos cargados de tesoros, etcétera. Esteban fue moderado en sus regalos, con algo de oro y ropas, de modo que «recibió cien veces más regalos de cuantos él había llevado de Roma» (Ermoldo Nigelo). No hay duda de que las dádivas producen gozo, y el propio papa lo experimentó personalmente.

75

Y Su Santidad, que no se olvidó de calificar a Luis como «un segundo rey David» (Thegan), se obstinó en coronar emperador al emperador durante una misa solemne en la catedral de Notre Dame de Reims, donde se decía que había sido bautizado Clodoveo. Todo ello pese a que tres años antes, en 813, Luis se había coronado a sí mismo como emperador en Aquisgrán por orden de su padre y de nuevo en la misma ciudad, tras la muerte de Carlomagno, había sido aclamado solemnemente emperador, siendo «ya "emperador" indiscutible» (Eichmann) incluso desde la perspectiva curial. Sin embargo, aquello no podía ni debía bastar. La cooperación de Roma podía y debía ser necesaria para el crédito de la dignidad cesárea. Los papas querían conferir coronas imperiales, por mezquinos que pudieran luego mostrarse con los emperadores. Pero Esteban tenía ya una corona en su maleta de viaje, «una corona de oro de admirable belleza, adornada con las piedras preciosas de mayor valor» (Thegan), ¡una corona que el papa presentó como la corona del emperador Constantino! (El Manual católico de la historia de la Iglesia presenta honradamente entre comillas esa «corona de Constantino».)

---

[44] Ann. reg. Franc. 815. Astron. 25. Wetzer/Welte VI 458. HEG I 580 s. LThK VI[1] 494. Kelly 113 s. LMA V 1877 s. Simson I 60ss, 234. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 96. Gregorovius I/2 478. Mühlbacher II 14. Stratmann, Die Heiligen IV 173. Cartellieri I 241. Haller, Papsttum II 18, 24. Seppelt/Schwaiger 96 s. Seppelt II 186 s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 102. Schieffer, Die Karolinger 180. Hartmann, Die Synoden 120. 286. Moser 73. Peter de Rosa da por hecho que le sacaron los ojos y le cortaron la lengua: Gottes Erste Diener 58.

El fraude, que jurídicamente no tenía ningún alcance, podía y debía por supuesto recordar el origen romano del imperio así como la relación de los dos soberanos en una especie de «eje» Aquisgrán-Roma. Pero sobre todo era una vinculación con la jugada de su predecesor, una prolongación y con ello un nuevo avance en favor de la visión romana de las cosas, de los aspectos supremos de la historia y, en cierto modo, de la concepción papal «de la dignidad del emperador..., del derecho del papa a la coronación imperial y de la transmisión papal del imperio» (Seppelt). El imperio se legalizaba ahora solemnemente como el «Sacro Imperio».

En su tiempo Esteban IV ungió también al joven monarca y a su esposa Ermingarda, con lo que por vez primera unió la coronación de un emperador con la unción. Curiosamente la unción personal apareció en la Iglesia de Occidente, cuando en la Iglesia oriental, en la que mucho antes que entre los occidentales sólo se ungían el altar y la casa de Dios, era aún desconocida y sólo más tarde la tomó de Occidente.

Después de la bendición el papa Esteban oró de forma bien significativa: «Oh Cristo, soberano del mundo y de todas las edades, que has querido ver Roma como la capital del orbe terráqueo...». Luis, por su parte, emitió públicamente un juramento de protección a la Iglesia romana, que pronto fue conocido bajo el nombre de *Paclum Hludowicianum* y que enlazaba con generosos servicios de amistad anteriores de los francos al tiempo que aseguraba la elección interna del obispo romano y su jurisdicción ordinaria enumerando asimismo todas las posesiones territoriales del papa. En una palabra, le otorgaba privilegios de enorme alcance garantizando sus bienes eclesiásticos a la vez que sus derechos soberanos, aunque buscando claramente asegurar la exigencia de supremacía franca.

76

El afán de poder y de posesiones estuvo como siempre en el primer plano, mientras que la política de reforma de la Iglesia tan fomentada por Luis continuó «curiosamente sin una participación reconocible de los papas» (Schieffer). No obstante: «Mientras el papa estuvo presente solían conversar cada día sobre lo mejor para la santa Iglesia de Dios *(de utilitate sanctae Dei aecclesiae).* Pero después que el emperador le hubo cargado de grandes e incontables regalos, tres veces más de los que él mismo había recibido de él, según solía hacer siempre, que daba más que recibía, le permitió volver de nuevo a Roma...» (Thegan). «El papa... regresó a Roma, habiendo conseguido todo lo que deseaba» (Astronomus). Efectivamente llegó allí con una carga abundante de oro y plata, y sobre todo con la garantía de sus posesiones y la confirmación de privilegios e inmunidades. También había obtenido una donación imperial complementaria: el territorio de la corona franca de Vendeuvre (en Bar-sur-Aube). Pero desapareció ya en el invierno siguiente, el 24 de enero del 817, y todavía obró algunos milagros después de muerto.[45]

Pascual I (817-824), sucesor de Esteban, se hizo confirmar en seguida por el

[45] Ann. reg. Franc. 816. Thegan 16 ss. Astron. 26. LP Vita Steph. IV 2, 49 ss. JW I, 316 ss. LThK IX[1] 805, IX2 1039s. HKG III/l 124. HEG I 584. Kühner, Lexikon Kelly 114 s. Simson I 67 ss. Mühlbacher II 14 ss. Gregorovius 12, 482 s. Cartellieri I 241. Eichmann I 15 ss. 40 ss. Sobre la corona en general: II 57 ss. Fritze, Papst 43 ss. Aubin 152. Haller II 24. Seppelt II 200 ss. Ullmann 215 ss. espec. 218. Gontard 177. Dawson 252. Ermoldus Nigellus cit. según Riché, Die Welt 91. Id. Die Karolinger 115. O. Engels 25 s. Fried, Der Weg 344 s. Boshof, Ludwig der Fromme 136 ss. un tanto apologético como de costumbre, porque para él tampoco la interpretación de Fried «es demostrable». O en p. 162, nota 389 «sin que podamos entrar aquí en detalles, no convence».

emperador el *Pactum Hludowicianum* establecido con su antecesor; es decir, todo el alcance de las promesas de donación y de las donaciones efectivas llevadas a cabo por Pipino y Carlos, abuelo y padre respectivamente de Luis, así como la autonomía del Estado de la Iglesia, los derechos papales de soberanía y sobre todo la libre elección del papa. El documento, muy controvertido, que no se menciona ni una sola vez en el libro oficial de los papas y del que sólo se ha transmitido una copia (no el original) en las recopilaciones canónicas del siglo XI-XII, fue considerado durante largo tiempo como una falsificación, dada la singularidad de sus fórmulas, que difieren de los diplomas habituales. Pero hoy se le tiene en general por auténtico, tanto formal como objetivamente, incluidas sus diversas falsificaciones e interpolaciones, como por ejemplo la inserción de Cerdeña, Córcega y Sicilia, que evidentemente refleja el viejo afán de acaparamiento.[46]

El acta de Reims del 816 todavía experimentó en Roma, durante la Pascua del 823, una recapitulación y una ampliación importantes.

77

Por entonces, en efecto, Lotario I, hijo de Luis, se hallaba en Italia donde, aconsejado por Wala. intentaba desde el 822 mantener el dominio de Pipino y Bernardo. Pascual I, sucesor de Esteban, un papa duro que suscitaba muchos odios y que a su vez había sido consagrado sin consultar al emperador, aunque disculpándose por ello, rogó a Lotario que acudiera a Roma para la fiesta de la Pascua. Y el día de Pascua (5 de abril de 823) en la iglesia de San Pedro celebró con Lotario, que ya en 817 había sido coronado emperador por su padre en Aquisgrán, el mismo ritual con que su predecesor había coronado a Luis el Piadoso en Reims. Y de nuevo la coronación, que a Lotario le vino muy a propósito justo cuando se supo el embarazo de la emperatriz, tuvo el mismo objetivo: vincular el imperio a Roma, hacer que la unción y coronación por el papa aparecieran como indispensables incluso para el emperador nombrado y coronado ya por las instancias civiles. Y de hecho «se reconoció cada vez más» (Kelly) el «derecho» de los papas a la coronación imperial así como el «derecho» de Roma y de San Pedro a ser el lugar de la coronación, para lo que se creaba aquí un prejuicio. Es digno de notarse el hecho de que por primera vez en esta segunda coronación de Lotario se entregó también una espada; por entonces se intensificó asimismo la cooperación en la misión del norte. Pero la espada, que el papa entregó a Lotario además de la corona, era símbolo tanto de la protección como de la violencia, un signo de la obligación de exterminar el «mal».[47]

El papa Pascual, que saca ojos y corta cabezas, es declarado santo y de nuevo se le borra del calendario

Pero el mal nadie lo conoció nunca mejor que los papas.

Pascual, por ejemplo, lo conoció personalmente en sus propios ministros, y desde

[46] Ann. reg. Franc. 817. Kelly 115. LMA VI 1612. HEG I 585. Mühlbacher II 18. Gregorovius I 2, 484. Seppelt II 2=3 ss. Hahn 15 ss. Prinz, Grundlagen und Anfänge 108. Boshof, Ludwig der Fromme 139 s.

[47] Ann. reg. Franc. 823. Astron. 36. Kühner, Lexikon 56. Kelly 115. LMA VI 1752. Mühlbacher II 34. Cartellieri I 241, 247. Gregorovius II 1, 487. Schnürer II 29. Eichmann I 47 s. Seppelt II 205. Ullmann 233 ss. Aubin 152. Riché, Die Karolinger 184. Schieffer, Die Karolinger 121 s.

luego en las cabezas dirigentes del partido profranco; lo que no deja de ser interesante. Por ello dos de los funcionarios papales más altos, Primicerio Teodoro, perteneciente a la nobleza alta (y todavía en 821 nuncio en la corte franca) y su yerno el nomenclátor León tras la marcha de Lotario (823) y «a causa de su lealtad a Lotario» (Astronomus), porque según cuentan también los Anales imperiales, «se mantuvieron absolutamente leales al joven emperador Lotario», fueron cegados y decapitados por el personal de servicio del papa en el palacio de Letrán, sin ningún proceso jurídico. Por ello se le atribuyó todo al papa o «a su aprobación», dice el Astrónomo.

Todo el asunto recuerda en cierto modo el procedimiento sangriento de san León III en el año 815. Pero en 823 el monarca envió también sus jueces a Roma, retirándose durante el resto del verano y en el otoño a la comarca de Worms para la práctica de la caza en la región de Eifel. Pascual, sin embargo (tan querido de los romanos, que en la misma inhumación de su cadáver provocaron tumultos), rechazó cualquier complicidad y se sustrajo al proceso, quizá con motivos suficientes para ello, emitiendo públicamente el juramento de limpieza con asistencia de treinta y cuatro obispos y de cinco presbíteros y diáconos —era éste un «medio de prueba», que ya había utilizado san León III en diciembre del 800, y especialmente frecuente entre los funcionarios eclesiásticos—. Al mismo tiempo anatematizó a los asesinados como reos de alta traición, declaró su muerte como un acto de justicia, ya que habían recibido su merecido como criminales de lesa majestad, y tomó a los asesinos como servidores de san Pedro *(de familia sancti Petri)* otorgándoles «su más decidida protección» *(Annales regni Francorum).*[48]

78

El emperador Luis se resignó. Y el papa Pascual I murió en 824 en medio de *la familia sancti Petri.* El hombre era astuto mientras que Luis era evidentemente superior y duro. A los monjes de Fulda, que le llevaron una noticia desagradable, los hizo encarcelar sin demora y a su abad Rabano Mauro le amenazó con la excomunión. En la propia Roma abominaban de su gobierno rigoroso, que perturbaba por completo el Estado. Y como no sólo su proyectada inhumación sino también la subsiguiente elección papal estaban bajo el signo de graves tumultos, el cadáver de Pascual permaneció largo tiempo insepulto, hasta que su sucesor pudo darle tierra, aunque no en San Pedro.

En cambio el nombre de Pascual consiguió mucho más adelante, a finales del siglo XVI, entrar en el santoral de la Iglesia católica (su fiesta, el 14 de mayo) por obra del historiador César Baronio —a quien hubo que amenazar con la excomunión para obligarle a aceptar la dignidad cardenalicia—, para más tarde, en el año 1963, ser borrado del mismo y eliminada su fiesta.[49]

---

[48] Ann. reg. Franc. 823. Thegan 30. Astron. 37 s. Ann. Sith. 823. Kelly 114 s. LMA III 1673 ss. espec. 1681. HKG III/l, 129. Simson I 202 ss. Mühlbacher II 34 s. Gregorovius I 2, 488. Hartmann, Geschichte Italiens III 1.111 ss. Cartellieri I 246 s. Haller II 25. Seppelt II 205 s. Seppelt/Schwaiger 97. Gontard 177. Zimmermann, Papstabsctzungen 37 s.

[49] Ann. reg. Franc, 824. Thegan 30. LThK I[1] 985 informa que Baronio hubo de ser obligado a aceptar la dignidad cardenalicia bajo amenaza de excomunión. LThK I[3] 31 subraya el hecho penoso. Kelly 116, Simson I 213 ss. Gregorovius I 2, 489. Seppelt II 206.

El coemperador Lotario I y la *«Constitutio Romana»*

Cuando tras el fallecimiento de Pascual estallaron las luchas encarnizadas entre pueblo y nobleza, en las que ésta consiguió convertir en *Pontifex maximus* al arcipreste Eugenio de Santa Sabina, acudió por segunda vez a Roma el joven y enérgico emperador Lotario I, que había desarrollado un enorme talento político. Protestó contra el asesinato de sus secuaces, «que habían sido leales al emperador, a él y a los francos», protestó contra «la ignorancia y debilidad de algunos papas», contra la codicia de sus jueces, contra la enajenación ilegal de bienes en nombre de los papas así como contra la completa incapacidad del gobierno clerical. Y su proceder fue aplaudido por la población romana agradecida.

79

Las capitulares del emperador Luis ya habían condenado la simonía y el afán de lucro de los obispos en Italia, que a menudo explotaban oficialmente a sus parroquias, dejaban que se hundiesen las iglesias y pasaban por alto las disposiciones de un sínodo celebrado en Roma el 826 bajo Eugenio II, que imponían a los sacerdotes la obligación de no jugar, no practicar la usura, no ir de caza de fieras o aves, no vender el utillaje de las iglesias, no ir de prostitutas, etcétera. (Por lo demás, es el único sínodo romano en toda la primera mitad del siglo IX del que se conservan las actas. Y en el primer cuarto de siglo evidentemente ¡no hubo en Roma ninguna asamblea eclesiástica!) Emprendió entonces Lotario una investigación a fondo de numerosos crímenes y abusos, de «la situación romana, que ya desde largo tiempo atrás había degenerado en una gran confusión por el comportamiento perverso de varios papas», como dice el analista imperial. «Cada vez más aterrador se presentaba el panorama de las injustas confiscaciones de bienes llevadas a cabo, al igual que la arbitrariedad y la codicia, con las que habían administrado los funcionarios papales» (Simson).

Por descontado que los pontífices no se detuvieron ni ante los monasterios, atentando contra sus propiedades y especialmente contra los más prósperos.

Por ejemplo contra Farfa.

Dicho monasterio benedictino, fundado hacia el año 700, se contaba entre las abadías más ricas de Italia en la Edad Media. Sito entre Roma y Rieti, había gozado de la protección de los reyes longobardos; pero sus inmensas posesiones rurales dentro y fuera de la Sabina las debía sobre todo a los duques de Spoleto y a muchos donantes particulares. Dotado por Carlos I con la inmunidad franca, el derecho de elección abacial y la exención ya desde el 775 y confirmado por los emperadores siguientes tanto en sus posesiones como en su posición jurídica, podía además exhibir bulas pontificias refrendando sus privilegios. Todavía pocos días antes de su muerte así lo reconoció Esteban IV, aunque contra el impuesto anual de 10 sólidos de oro.

Sin embargo, otros papas habían de ignorar una y otra vez, en virtud de su dominio territorial sobre la Sabina, la inmunidad imperial de Farfa y habían intentado someter la rica abadía. Adriano le había arrebatado algunas fincas y lo mismo hizo León III; con la afirmación de que Farfa pertenecía «por derecho y por dominio a la Iglesia romana», san Pascual entabló incluso un proceso ante el tribunal imperial contra el abad Ingoaldo; proceso que perdió. (Pero ya algunos años después, en 829 —los papas apenas pueden ceder, pues siempre llevan razón, se trata de Dios—, Gregorio IV abrió un nuevo pleito sobre Farfa.)

Tras un proceso formal Lotario condenó al papa Eugenio II (824-827) a la devolución de todos los bienes confiscados a los romanos, desterró entre las muestras de regocijo del pueblo a los jueces papales a Francia y ordenó el regreso de quienes habían sido perseguidos bajo Pascual I. Y el 11 de noviembre del 824, mediante una nueva regulación de las relaciones francopapales, la denominada *«Constitutio Romana»* (que limitaba a su vez el *Pactum Hludowicianum* de 817),[50] restablecía la potestad suprema del emperador en el Estado de la Iglesia así como la dependencia del papa; ponía la administración del Estado eclesiástico bajo el control de un permanente *missus* pontificio e imperial, ante el que cada *«electus»,* el que iba a ser consagrado papa, antes tenía que pronunciar el juramento de fidelidad al emperador *«pro conservatione omnium».*

80

Con ello volvía a ser necesaria la confirmación de la elección papal por parte del emperador, como lo había sido desde Justiniano hasta que Italia se separó de Constantinopla; el *Pactum Hludowicianum* quedaba en parte anulado y el poder imperial sobre la curia alcanzaba su culminación, en especial cuando la disposición se extendió más allá del imperio bizantino, aunque ciertamente sin éxito duradero. De todos modos Juan IX la sancionó expresamente en un sínodo romano (898), para impedir los tumultos casi habituales en las elecciones de papa. Más aún, la constitución de Lotario entró en las colecciones canónicas del tiempo de Gregorio VII, aunque, a quién puede extrañar, «mutilada y debidamente ajustada» (Mühlbacher).[51]

Los obispos francos humillan al emperador y rechazan ser juzgados por nadie

Al igual que los pastores de Roma, también los del imperio fueron haciéndose cada vez más levantiscos. Ello no se debió ciertamente a ellos solos, se debió también a sus compañeros y a sus ocasionales enemigos civiles. Pues los sacerdotes siempre saben muy bien cuándo tienen que echarse al suelo, cuándo pueden ladrar y echar la zarpa y cuándo morder.

Luis el Piadoso, mucho más débil que su «gran» padre, mucho menos enérgico y brutal, también obtuvo en consecuencia «éxitos» mucho menores en política exterior contra daneses, búlgaros y moros, al igual que en el imperio y, pese a su celo reformista o quizá por él, asimismo en la Iglesia.

---

[50] Constitutio Romana: MG Capit. I 323 s. Véase asimismo De imperatoria potestate in urbe Roma libellus: MG ss. III 720. LP Vita Eugen 2, 69 s. JW 1, 320 ss. Ann. reg. Fr. 824. Astron. 38. Kühner, Lexikon 56. Kelly 116 ss. 133. LMA III 176 s, IV 295, VI 1752. HKG III/l 129 s. Simson I 225 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 115 ss. Mühlbacher II 35 s. Cartellieri I 247. Gregorovius I 2, 487 s. Seppelt II 205, 208 s. Haller II 25 s. Steinbach. Das Frankenreich 73. Löwe, Deutschland 174. Fis-cher, Königtum, Adel 81. Prinz, Grundlagen und Anfänge 108. Schieffer, Die Karo-linger 121 s. Hartmann, Die Synoden 173 ss.

[51] MG Cap. 2, 4. MG Conc. 2, 606 ss. Astron. 35. Altaner/Stuiber 225 s. Kraft 448. Simson I 303, 315 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II I1, 96 ss. 128 s. Dümmler I 48 ss. Cartellieri I 245. Steinbach, Das Frankenreich 72 s. Voigt. Staat und Kirche 419 s. Faulhaber 46 ss. 100 ss. Mohr 91 s. Löwe, Deutschland 181 s. Halphen, The Church 444. Bund 398 ss. Schieffer, Die Karolinger 121,127. Riché, Die Karolinger 183, 185. Véase asimismo Gurjewitsch 196 ss.

Cierto que los obispos estaban preparados para ungir a los reyes, para coronarlos y elevarlos por encima de todos los laicos; pero a cambio también querían estar por encima de todos los príncipes. Aspiraban a un Estado teocrático e hicieron de Luis un rey «por su gracia» (Halphen). Y ya muy pronto éste renunció frente a Roma al derecho de confirmación de la elección papal, a la inspección del Estado eclesiástico y en política interior a veces se sometió todavía mucho más al episcopado.

81

En agosto de 822 compareció el emperador ante la dieta imperial de Attingny en la iglesia del lugar haciendo una confesión pública de sus pecados. Ocurrió todo por consejo de los prelados. Reconoció su complicidad en la muerte de su sobrino Bernardo, el agravio cometido contra sus hermanastros, primos y otros. Se humilló como nunca su padre lo hizo ni lo habría hecho y se sometió a la sentencia de los sacerdotes.

¡Entonces Agobardo de Lyon reclamó la devolución de todos los bienes, que los príncipes anteriores habían arrebatado a la Iglesia!

Luis lo soportó arrepentido y expidió tropas en todas direcciones: envió un ejército a Panonia, otro a la Marca Hispánica y un tercero a la Marca Bretona, entregándose personalmente «según la costumbre de los reyes francos, a la caza durante la estación del otoño...». Reflexionar una y otra vez sobre todo ello es parte de la cultura occidental, y una parte nada accesoria sino esencial y básica.

Ni más ni menos.

Los obispos, en efecto, se esforzaban por someter el Estado y en 829 exigieron en París, remontándose a las arrogantes enseñanzas del papa Gelasio I, que nadie pudiera juzgarlos, que solamente serían responsables ante Dios y que los demás grandes, en cambio, se les sujetaran a ellos, los obispos. Efectivamente, su *«auctoritas»* estaba incluso por encima de la *«potestas»* del rey y del emperador, que de otro modo se convertiría en un tirano y cualquier derecho moral desaparecería con su dominio.

Su arrogancia, revestida a veces con la retórica de una modestia aparente y de una falsa humildad —la notoria hipocresía mojigata—, difícilmente podía ser mayor. Alababan, y en este punto con toda razón, la humildad de los emperadores, porque la humildad en los demás siempre la encuentran muy meritoria. Pero ellos siempre se presentaban como aquéllos a quienes el Señor otorgaba la potestad de atar y desatar y recordaban autocomplacientes la supuesta palabra del emperador Constantino a los obispos (según la ominosa Historia de la Iglesia de Rufino): «Dios os ha constituido sacerdotes y os ha dado el poder de juzgarnos también a nosotros. Por ello seremos juzgados con razón por vosotros, mientras que vosotros no podéis ser juzgados por hombres». Demasiado hermoso para ser cierto. Por el contrario se les cree gustosamente, abogan con toda firmeza por el patrimonio eclesiástico, que ellos mismos no mantenían unido y del que a menudo disponían como de una posesión privada. Sólo a los envidiosos, declaraban ellos, les parecía excesivo. De hecho, si se administrase «rectamente», «nunca podría ser demasiado».

Eso es lo que ahora perseguimos nosotros.

Si todo ello delataba ya una arrogancia episcopal y un afán de dominio difícilmente superables, pronto la ejercieron de forma aún más odiosa en la disputa de Luis con sus hijos.

82

Y sin embargo, ¿no la había provocado el propio soberano con su devoción? ¿No la había provocado él mismo en las deliberaciones de Aquisgrán, celebradas a mediados de diciembre del 828, cuando según el uso acreditado se atribuyeron a la cólera divina por los pecados de la cristiandad todas las desgracias, las hambrunas, la pobreza, las epidemias, las malas cosechas, la espantosa superstición, la insurrección de los magnates, la codicia de los funcionarios, de los condes, la venalidad, la simonía, la degeneración moral del clero, la prostitución, la pederastía, la sodomía, las correrías de los paganos... y en una palabra todos los males del mundo? Para los sacerdotes, en cambio, se reclamaba la exención de derechos, la renuncia del emperador a cualquier intervención en los asuntos eclesiásticos. ¿No tenía él como cometido señalado por los obispos el investigar cuáles eran los pecados especiales que desencadenaban la miseria, para que ellos pudieran expiarlos debidamente? También en el sínodo de París (829) los prelados atribuyeron explícitamente a la autoridad eclesiástica la primacía sobre la potestad real.[52]

Pero Luis se deslizó hacia los peores compromisos en política interior, con innegables consecuencias para la historia universal, a través de un acontecimiento que normalmente se considera de buen agüero: el nacimiento de un niño, de un hijo, en edad avanzada del padre.

Católicos entre sí: el primer levantamiento

La emperatriz Ermengarda había dado tres hijos al soberano: Lotario (795), Pipino (797) y Luis (806). Cuando ella murió el 3 de octubre del 818 en Angers después de aproximadamente veinte años de matrimonio, se temió que el piadoso viudo se encerrase en un monasterio. Y, naturalmente, para el clero era preferible «una mentalidad monástica en el trono... que no un emperador en hábito monacal entre los muros de un monasterio» (Luden). Y así se le presentó en una especie de concurso de belleza, en una «exploración», como dice de forma poco delicada el prosaico analista imperial, una selección de la alta nobleza. Y el carolingio, nada insensible a las mujeres, se decidió por la hija del conde Güelfo, Judit, que no sólo se recomendaba por su alcurnia —el antiguo linaje de los Güelfos de origen franco, pero después afianzado y poderoso sobre todo en Alamania y en Baviera—, sino que supuestamente reunía todas las perfecciones, siendo extraordinariamente «dulce y seductora» (arzobispo Agobardo), a la vez que rica, ingeniosa y educada. A los pocos meses de la muerte de su primera mujer, el emperador la desposó a comienzos del 819. Tras haber dado a luz una hija, llamada Gisela, el 13 de junio de 823 alumbró un hijo en el nuevo palacio de Frankfurt, al que en recuerdo del abuelo se le dio el nombre de Carlos y más tarde el sobrenombre de «el Calvo».[53]

83

Debido a los esfuerzos de la madre por asegurar al pequeño rezagado una herencia

[52] Simson I 300 ss. con abundantes referencias de las fuentes. Dümmler I 46 s. Cartellieri I 252. Dörries II 217. Weinrich, Wala 60 ss. Goetz 27. Duby 12.

[53] Ann. reg. Franc. 819. Nith. hist. 1, 2. Thegan 25 s. Astron. 8, 32. Simson I 145 ss. (aquí la cita de Luden). Mühlbacher II39 s. Konecny, Die Frauen 99s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 250 ss. (aquí la cita de Agobardo).

como la de sus hermanastros y a causa de tales intervenciones ahora continuas de la tan atractiva como tenaz joven güelfa, la historia tomó otro curso. La propia *Ordinatio imperii* de Luis, el orden de sucesión de 817, establecido por «inspiración de Dios» y jurado de forma tan solemne, que ya había dividido el imperio entre sus tres hijos habidos del primer matrimonio, se vio radicalmente trastocada, adoptando ahora no una división tripartita sino cuatripartita.

El príncipe Carlos en 829 contaba sólo seis años, cuando en la dieta imperial de Worms Luis le designó rey de Alamania, la tierra originaria de su madre, otorgándole además Alsacia, Retia y algunos territorios de Borgoña. Y a consecuencia de las cabalas que ahora empezaban a hacerse, debidas sobre todo a la emperatriz, Luis se enemistó con sus hijos mayores, Lotario se enfrentó a sus hermanos y éstos se pusieron contra él, acabando enfrentados todos los hermanos. El resultado fue la desmoralización, la corrupción, el cohecho y las traiciones sin cuento. Y bien sabe Dios que no fue casual el que todas estas cosas precedieran a la señal: el 1 de julio la luna se oscureció en el crepúsculo y de nuevo el 25 de diciembre del 828 a media noche. Más aún, durante el inmediato «tiempo sagrado de ayuno de la cuaresma», antes de la «sagrada fiesta de Pascua», un terremoto nocturno acompañado de un viento tempestuoso arrancó en Aquisgrán «una parte no pequeña [del tejado] de la iglesia de la santa Madre de Dios» cubierto con planchas de plomo (Anales imperiales). La conclusión fue que pronto desaparecería el imperio, porque, según Nithard, «cada uno empujado por sus malas pasiones sólo buscaba su provecho, empeorando de día en día».[54]

La primera sublevación de 830 contra el soberano abrió en el Occidente piadoso y tan amigo de la familia un decenio de continuas rebeliones palaciegas y de guerras civiles.

Se comprende que los hijos mayores del emperador estuvieran irritados por el curso de los acontecimientos. Y especialmente Lotario, cuyo reino quedaba gravemente menguado en favor de Carlos, y que veía además en peligro su futura supremacía. Mas también a la pareja más joven de Pipino y Luis le amenazaba otra pérdida de territorio. Igualmente la jerarquía eclesiástica, preocupada por la unidad del imperio, temió por su idea de la misma. La situación se agravó aún más cuando Lotario, que desde finales del 825 actuaba formalmente como regente con igualdad de derechos en la corte de Luis, marchó en el otoño a Italia y Wala fue relegado a su monasterio de Corbie. Pero en su lugar llegó como tesorero, como «segundo en la jerarquía», el conde Bernardo de Barcelona, hasta entonces odiado por los magnates más destacados, un hombre al parecer especialmente altanero y ambicioso que en todas partes reclutaba secuaces otorgando realengos.

84

Por su parte Luis, después de «haber puesto en orden» el Estado, se marchó naturalmente «a su finca de Frankfurt para la cacería de otoño» «y allí cazó todo el tiempo que le plugo», anotan los biógrafos. Sólo ya de cara al invierno regresó de nuevo a Aquisgrán para celebrar las festividades sucesivas de san Martín, san Andrés y el sagrado espectáculo de Navidad. Y todo ello, asegura el analista imperial, «con

[54] Ann. reg. Franc. 828 s. Thegan 35 s. Astron. 43. Nith. hist. 1, 3. Mühlbacher II 40 s. Simson I 325 ss. Faulhaber 50 s. Sprigade 80 s. Boshof, Erzbischof Agobar 195 ss. Weinrich, Wala 70 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 252 ss.

gozo y júbilo».

Gozo y júbilo que por lo demás iban a faltarle.

Bernardo, descendiente de la alta nobleza franca e hijo de Guillermo — conde de Toulouse, muy considerado bajo Carlos I y que por consejo de su amigo Benito de Aniane terminó siendo monje de un gran ascetismo—, sentía escasa inclinación por los gustos del emperador. Parece que le atraía mucho más, según malas lenguas especialmente episcopales, el lecho de la joven emperatriz. Y Luis el Piadoso había protegido a aquel hombre desde pequeño, lo había sacado de pila en el bautizo y más tarde le había nombrado conde de Barcelona y puesto al frente de la Marca Hispánica, en la cual había combatido con éxito la sublevación goda bajo Aizo.

Como partidario de la emperatriz se llamó a Bernardo a la corte en 829 y con su ayuda se intentó romper el «partido de la unidad imperial». Pero ocurrió justamente lo contrario. La llamada de Bernardo, escribe el propio panegirista de Luis, el Astrónomo, fue un paso, que «lejos de ahogar la semilla de la discordia más bien la multiplicó». También Nithard, nieto de Carlomagno, que en la querella fraterna se unió a Carlos el Calvo, por encargo del cual documentó la historia de su tiempo, dice de Bernardo: «En vez de afianzar el Estado titubeante, lo hundió por completo con el abuso insensato de la violencia».[55]

El tesorero debió de contribuir rápidamente al poder y prestigo de su propio partido. Pero el grupo era relativamente pequeño, formado sobre todo por su hermano Heriberto, su primo Odón, los hermanos de la emperatriz Conrado y Rodolfo y, naturalmente, se contaba también la propia Judit, supuestamente el espíritu malo del emperador. En cambio, el grupo de sus adversarios era grande e influyente, pues en él confluían los descontentos, los humillados y todos los que esperaban mejorar con una sublevación o con un cambio de la situación, la jauría de aquellos que «como perros y aves de rapiña buscaban hacer mal a otros para así sacar provecho» (Astronomus). Circulaban rumores, tal vez calumnias, campañas en toda regla, que partían de los prelados versados en tales maniobras, los cuales imputaban a la emperatriz todo lo imaginable, incluido el adulterio con Bernardo y con otros.

85

«Las gentes humildes disfrutaban con todo ello —comenta el arzobispo Agobardo—, los ilustres y grandes sufrían con que el bando imperial se hubiera manchado, el palacio deshonrado y la fama de los francos oscurecida, porque la señora practicaba juegos frívolos incluso en presencia de eclesiásticos.» El abad Regino de Prüm habla asimismo de su «múltiple fornicación» *(multimodam fornicationem),* cosa que al menos no es segura.

A Judit se le atribuían también artes diabólicas y brujería perniciosa. Pero precisamente en 829 el sínodo de París había condenado los amuletos, la magia, los presagios, la adivinación, la interpretación del futuro y de los sueños y quiso ver castigados «con especial severidad» a todos cuantos de ese modo «sirven al diablo abominable».

Bernardo, sin embargo, apenas si aparece un poco menos dañino. El santo abad Pascasio Radberto, biógrafo de Wala, que había sido educado en el monasterio de monjas de Soissons, ve al infame tesorero revolcarse en todos los lodazales

[55] Ann. reg. Franc. 827, 829. Nith. hist. 1, 3. Astron. 43. LMA I 1985. Simson I 330 ss. Mühlbacher II 74 ss. Schieffer, Die Karolinger 127 s. Véase también la nota siguiente.

inmundos, devastar el palacio como un jabalí salvaje y hasta ocupar el lecho de la emperatriz. «El palacio ha pasado a ser una casa alegre, en la que manda la adúltera y gobierna el adúltero, en la que se amontonan los crímenes y en la que especialmente se practican encantamientos malvados y brujeriles de toda índole.» Por el contrario el «grande y benigno emperador» marcha engañado «como un cordero inocente al matadero...».

Bernardo no tenía en la corte a su mujer Dhuoda —autora del *Liber manualis,* una guía fervorosa para la práctica de la vida cristiana—, sino que la había enviado a Uzés. Hasta el día de hoy no se ha demostrado si las suposiciones del santo contenían algo de verdad; pero la campaña ciertamente que tuvo éxito. *Calumniare audacter...*

Para escapar de tan desoladora situación interna, una vez más quiso el emperador marchar con todo el ejército imperial contra Bretaña ¡y precisamente el mismo 14 de abril, Jueves Santo! Según parece esto disgustó «a todo el pueblo» *(Annales Bertiniani).* De hecho sólo los poderosos se irritaron por la nueva regulación en favor del tardío Carlos, que ahora precisamente de acuerdo con el derecho consuetudinario franco tenía que recibir una parte de la herencia común. Lo cual perjudicaba a los tres hijos del primer matrimonio de Luis y hermanastros de Carlos: Pipino I de Aquitania, Luis de Baviera y muy en especial Lotario. Éste partió rápidamente de Italia y cruzó los Alpes para defender su derecho según la resolución de 817. De su lado se pusieron príncipes civiles y eclesiásticos, todos los cuales luchaban en apariencia por la unidad del imperio, aunque en realidad lo hacían más aún por sus intereses.

Al frente de la conjura figuraban antiguos partidarios del emperador, algunos que fueron sus consejeros, el en tiempos canciller Helisacar, el archicanciller y abad Hilduino de Saint-Denis, el obispo Jesse de Amiens y, sobre todo, el abad Wala, que por entonces tenía 56 años y era el jefe espiritual de la sublevación y el enemigo más peligroso de Luis. Él acuñó la consigna *«Pro principe contra principem»* y su monasterio de Corbie se convirtió de hecho en «el centro» y «cuartel general» (Weinrich) de los rebeldes. (A lo largo de los siglos algunos monasterios católicos se convirtieron en centrales de conjurados y conspiradores, como ocurrió por ejemplo durante la segunda guerra mundial en la preparación y disolución de la «Gran Croacia», paraíso clerofascista de asesinos.)[56]

86 Los sublevados, que aprovechando la campaña de Luis contra los bretones se reunieron en el monasterio de Corbie, reprochaban al emperador el que «contra la religión cristiana..., sin ningún provecho para el Estado y sin una necesidad determinada hubiese ordenado para el tiempo de ayuno una marcha general del ejército y hubiera fijado la reunión del mismo en la frontera extrema del imperio para el día de la Cena del Señor».

Los rebeldes no sólo querían alejar a Bernardo y a la joven emperatriz con su séquito, sino también al viejo emperador, y a ser posible poner a Lotario en su lugar.

Tras diversas torturas a Judit se la amenazó incluso con la muerte y se le arrancó la promesa de que forzaría al emperador a tonsurarse el cabello y a entrar en el monasterio. Ella misma tenía que tomar el velo y recluirse entre las monjas de la

[56] Thegan 36. Astron. 44. Ann. Fuldens. 830. Ann. Bertin. 830. Regin. chron. 838. Pasch. Radbert. Epitaph. Arsenii 2, 8. Agobardo, Lib. apologet. 2. LMA III 934. IV 2121, V 2123, VI 2170. Simson I 329, 335 s. Mühlbacher II 74 ss. Boshof, Erzbischof Agobard 196 ss. 208. Weinrich, Wala 70 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 167 s. Bund 401 ss. Riché, Die Karolinger 184 s, 187. Id. Die Welt 117. 222 s.

Santa Cruz (Sainte-Croix) de Poitiers. Sus hermanos, los güelfos Conrado y Rodolfo, fueron tonsurados como monjes para alejarlos de la política y encerrados en monasterios aquitanos bajo la vigilancia del rey Pipino. El consejero imperial más odiado, Bernardo, conde de Barcelona y duque de Septimania, el «profanador del lecho matrimonial paterno», se salvó refugiándose en España con el consentimiento de Luis. (En 844 Carlos el Calvo mandó decapitar como reo de lesa majestad al antiguo favorito de su madre.) Heriberto, hermano de Bernardo y supuesto cómplice, «fue castigado con la pérdida de los ojos» y encerrado en una cárcel italiana, mientras que su primo Odón era exiliado.

A Luis y al pequeño Carlos los mantuvo Lotario «en libertad vigilada». Por encargo suyo los monjes del monasterio de Médard, en Soissons, intentaron familiarizar al emperador con la vida ascética y moverlo a entrar libremente en su estado. Pero el piadoso Luis estaba ahora muy lejos de todo ello.

Lotario, que perseguía con saña a los partidarios de la princesa recluida, evitó de todos modos en la dieta imperial de Compiégne (mayo del 830) privar a su padre de todo el poder. Se contentó con anular sus disposiciones del último año y con que por lo demás pudiera creer que tenía la sartén por el mango. Pero mientras los grandes se enemistaban cada vez más entre sí buscando cada uno su provecho personal y lejos de mejorar la situación crecía la desconfianza en el nuevo gobierno, el emperador consiguió indisponer a sus dos hijos menores contra el mayor. Por medio de un monje, llamado Guntbaldo, ofreció a Luis y a Pipino una ampliación de sus reinos, con lo que rápidamente se los atrajo a su bando y dividió a los aliados, sobre todo porque a los hermanos les pareció que la supremacía de Lotario no era menos opresiva que la del padre.

87

Por todo ello el golpe de Estado fracasó por completo. En la dieta imperial de Nimega (octubre del 830) el monarca recuperó la libertad, Lotario se sometió y los cabecillas de su partido fueron encarcelados y condenados en la dieta imperial de Aquisgrán que se celebró en febrero. El abad Wala de Corbie, que de primeras tuvo que desaparecer de su monasterio —ya en 774 prisión del rey longobardo Desiderio—, apareció en un nido rocoso de difícil acceso sobre el lago de Ginebra, desde el que sólo veía la nieve de los Alpes y el cielo. El obispo Jesse de Amiens fue despojado de su dignidad por los prelados, el abad Hilduino fue sustituido como archicapellán por el abad Fulco y recluido en el monasterio de Korvei, en Sajonia; también el abad Helisacar fue desterrado. Peor les fue, como de costumbre, a los llamados laicos, que perdieron cargos y bienes. El propio Lotario, destronado como corregente, regresó a Italia después de haber prometido «no cometer jamás tales cosas».

La emperatriz salió en seguida del monasterio con la dispensa explícita de Gregorio IV y de los obispos francos, y aprovechando su parentesco como cojuramentada *(sacramentales),* emitió un juramento de purificación que la eximía de cualquier otra «prueba», juramento que también pronunció el reaparecido conde Bernardo. Judit fue rehabilitada con más poder que antes. Y naturalmente también sus dos hermanos tonsurados volvieron a dejar por mucho tiempo la cogulla monacal.[57]

[57] Nith. hist. 1, 3. Ann. Bertin. 830 s. Astron. 44 ss. Thegan 36. Ann. Mett. 830. Pasch. Radbert. Vita Walae

CATÓLICOS ENTRE SÍ: SEGUNDO LEVANTAMIENTO

Dado que Lotario estaba ahora circunscrito a Italia, el emperador asignó en febrero del 831 a sus otros hijos —Pipino, Luis y Carlos— unos reinos *(regna)* aproximadamente iguales. Pero a pesar de la notable ampliación de los mismos el conflicto continuó latente al querer unos la unidad imperial y ambicionar otros más influencia o más tierras; todo dictado por el egoísmo más descarado y también en buena medida por los esfuerzos incesantes de la emperatriz para favorecer a su retoño, el rezagado Carlos. Pipino, hijo del emperador, se rebeló en Aquitania y la perdió, pasando a manos del hijo de Judit. Y la nobleza del país, que desleal había abandonado a Pipino, prestó juramento de fidelidad al nuevo soberano. No obstante lo cual aquella nobleza apenas fue menos oportunista que el episcopado, pasándose habitualmente de uno a otro, y desde luego al bando en el que esperaba pescar más dinero, más tierras y más poder (todo lo cual proporcionaba más honor y más nobleza; por algo se llamaba nobleza superior...).

[88]

En la Pascua del 832 se sublevó el duque de Baviera Luis (el Germánico).

Con todas las tropas bávaras y hasta eslavas, incluyendo a clientes, siervos y esclavos *(liberis et servís et sclavis),* emprendió una campaña militar para recuperar Alamania, que entretanto había pasado a su hermanastro Carlos (el Calvo). Avanzando paso a paso hasta Worms es verdad que Luis el Germánico «lo había arrasado todo espantosamente»; pero al faltarle los refuerzos esperados de francos y sajones, en mayo de 831 capituló en Augsburgo y fue devuelto a su territorio. Había prometido con juramento «nunca más cometer semejantes acciones o dar su consentimiento a quienes las hicieran» *(Annales Bertiniani),* y ya al año siguiente quebrantaba su juramento.

Como el pequeño Carlos tenía que recibir Aquitania, todavía en octubre Pipino fue sometido en Limoges, depuesto y desterrado con su mujer y su hijo a Tréveris «para enmendar sus malas costumbres». Pero escapó durante el traslado y alcanzó Aquitania, perseguido de cerca por su padre, quien tras graves pérdidas hubo de retirarse.

Y ya a comienzos del año siguiente (833) los tres hermanos mayores se aliaron para atacar a su padre con una mayor fuerza militar, pisoteando sus juramentos de vasallaje y sus deberes filiales. Apelaron al pueblo «para establecer un gobierno justo». Y es que también Luis el Germánico (que ya se había levantado una y otra vez en 838 y 839) y Pipino de Aquitania se sentían postergados y amenazados. Con un ejército movilizado a toda prisa Lotario marchó a Borgoña junto con el papa Gregorio IV (827-844), que aun desde Italia había intentado ganarse al clero franco. Los arzobispos de la región, Bernardo de Vienne y Agobardo de Lyon, se pasaron de inmediato a su campo. El último era el enemigo rabioso de los judíos, que ahora,

---

9 s. LMA III 225, 295, 1682. Simson I 335 ss. 341 ss. 351 ss. II 1 ss. 232 ss. Mühlbacher II 82 ss. Dümmler I 56 ss. 65 ss. Cartellieri I 253 ss. 286 s. Sprigade 80 ss. Weinrich, Wala 74 ss. Konecny, Die Frauen 97 s. Fichtenau, Das Karolingische Imperium 257 s, 267 s. Schieffer, Die Karolinger 128 ss. Riché, Die Karolinger 187 s.

despreciando también el cuarto mandamiento, publicó un manifiesto en el que abogaba por el derecho de los hijos contra el padre.

Lotario se reunió con sus hermanos y se puso de nuevo a la cabeza de los sublevados. Pero en los primeros momentos la mayoría de los dirigentes eclesiásticos francos continuaron del lado del viejo soberano. En una carta recordaron «al hermano papa» el juramento de lealtad que había pronunciado en favor de Luis el Piadoso y hasta le amenazaban con duras medidas disciplinarias entre las que no se excluía la excomunión. Un pequeño grupo de prelados, del que formaban parte el abad Wala y Agobardo, se mantuvo sin embargo fiel al papa que reclamaba obediencia a su mandato, aunque fuera opuesto al de Luis, porque el Thegan 39. astron. 47 s. Ann. Fuldens. 832. Ann. Bertin. 832 s. Nith. hist. 1, 3 s. LMA I 216, VI 2170. HKG III/l 140. HBG I 263 s. Simson II 17 ss. 32 ss. Cartellieri I 244, 246 s. 256. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 133 ss. Steinbach, Das Frankenreich 73. Haller II 38. Seppelt/Schwaiger 98 s. Aubin 153 s. Bund 405 ss. Flec-kenstein, Grundlagen und Beginn 105 s, 124 s. Schieffer, Die Karolinger 127 s, 130 s. Riché. Die Karolinger 188 s.ministerio eclesiástico era más importante que el civil, la dirección de las almas más relevante que todo lo temporal y el papado estaba ciertamente por encima de la autoridad imperial; una afirmación ésta que los papas posteriores lanzarían incesantemente contra los emperadores. Mas aunque Gregorio llevase toda la razón, insultó a los obispos (únicamente a sus adversarios, desde luego) calificándolos de viento y de cañas vacilantes, de personas débiles y sin carácter y de egoístas serviles frente a la autoridad civil.[58]

89

Como Luis corría el peligro de ser derrotado, cada vez eran menos los prelados que permanecían a su lado. El papa se burlaba de sus escritos altaneros y estúpidos y discutía especialmente el reproche que por doquier le habían hecho los imperiales diciendo que se había convertido en mero instrumento de los hijos para lanzar la excomunión contra los enemigos de aquéllos.

Entre Estrasburgo y Basilea, en la extensa llanura de Rotfeld cerca de Colmar — que según parece muy pronto la voz popular llamó «Campo de mentiras» *(Campus-mentitus)* y que los analistas suabos calificaron como

«el oprobio de los francos» *(Francorum dedecus)*—, acamparon unos y otros en junio del 833 a una jornada de marcha en orden de batalla. Y mientras que Gregorio IV con la vieja táctica mojigata no hacía más que insistir en el único objetivo de establecer la paz entre los partidos contendientes y mientras que sólo brevemente *(non diu),* según Thegan, trató por encargo de los hijos con su padre, asumió de hecho «el papel rector» en las negociaciones «que culminaron en la deposición del emperador» (Dawson) y se dejó «inducir a un lamentable veredicto de culpabilidad contra el emperador» (Grotz S.J.).

Está claro que el papa tenía que justificar la sublevación a los ojos de la masa y ganarse al resto titubeante para el bando de los rebeldes. Justo después de su regreso al campamento de los hermanos casi todo el ejército de Luis (pese a su adicional juramento de lealtad de batirse contra sus hijos como contra los enemigos) se pasó alevosamente al bando de éstos «como un torrente impetuoso», escribe el

[58] Thegan 39. astron. 47 s. Ann. Fuldens. 832. Ann. Bertin. 832 s. Nith. hist. 1, 3 s. LMA I 216, VI 2170. HKG III/l 140. HBG I 263 s. Simson II 17 ss. 32 ss. Cartellieri I 244, 246 s. 256. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 133 ss. Steinbach, Das Frankenreich 73. Haller II 38. Seppelt/Schwaiger 98 s. Aubin 153 s. Bund 405 ss. Flec-kenstein, Grundlagen und Beginn 105 s, 124 s. Schieffer, Die Karolinger 127 s, 130 s. Riché. Die Karolinger 188 s.

Astrónomo, «en parte seducido por los regalos y en parte aterrado por las amenazas». El clero del bando de Lotario reconoció en ello un milagro divino. Y entonces casi todos los obispos, que antes habían amenazado a Gregorio IV con su deposición, también cambiaron de frente, de modo que el papa, que había cumplido con su obligación, pudo regresar a Roma con el beneplácito de Lotario.[59]

Mas el viejo emperador hubo de rendirse incondicionalmente aquel verano. Se le consideró entonces como derrocado por la mano de Dios, como un «no-rey», como un segundo Saúl, y los obispos y otros «le hicieron mucho daño», como dice el corepíscopo Thegan. Para empezar Lotario se lo había llevado consigo a través de los Vosgos. pasando por Metz y Verdun, hasta Soissons, donde Luis fue encerrado en el monasterio de Saint-Médard; le arrebataron al príncipe Carlos, que apenas contaba diez años, depositándolo en el monasterio de Prüm en la región de Eifel bajo un severo régimen carcelario cual si se tratase de un gran criminal, como diría Carlos más tarde, aunque no le hicieron monje. Pero los hermanos de la emperatriz sí fueron tonsurados y enviados a Aquitania, territorio de Pipino, en tanto que ella era conducida de inmediato con Gregorio a Italia y allí fue desterrada a Tortona.

Con la aprobación papal se decretó el traspaso del imperio de manos del viejo emperador —designado ahora por los obispos como «el antiguo emperador», «el venerable varón» y también «el Señor Luis»— a las de Lotario. Éste se cobró la mayor parte del botín de la herencia asignada a su pequeño hermanastro, con la excepción de Alamania (que Luis el Germánico recibió con casi toda la parte oriental del imperio).

A partir de entonces el vencedor dató sus documentos por «el gobierno del emperador Lotario en Francia». También de los diplomas de Luis (el Germánico) desapareció la soberanía suprema del emperador. Luis ya no firmó los documentos como rex Baioariorum sino simplemente como *rex* fechándolos por sus años de gobierno *«in orientali Francia»* (por primera vez el 19 de octubre de 833). Únicamente Pipino de Aquitania continuó con la datación del emperador. Por lo demás, el imperio se distribuyó de nuevo entre los tres hermanos.

Y cuando Lotario ocupó como emperador el puesto de su padre y quedó como principal ganador, también los otros dos hermanos se beneficiaron; y los territorios de los tres se mantuvieron independientes. A su hermanastro Carlos lo postergaron por completo, desheredándolo.[60]

Por su parte Rabano Mauro, abad de Fulda y uno de los paladines de la unidad del imperio, abrazó el partido de Luis el Piadoso y en un tratado dedicado al mismo escribió que era «totalmente inadmisible que los hijos se rebelasen contra el padre y

---

[59] Ann. Xantens. 833. Thegan 42. Ann. Fuldens. 833. Ann. Bertin. 833. Astron. 48. Nith. hist. 1, 4. Pasch. Radbert Epit. Arsen. 2, 14 ss. LMA III 1405. HKG III/l, 141. Dümmler I 74 ss. Simson II 31 ss. 44 ss. 61. Mühlbacher II 98 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 138. Cartellieri I 256. Voigt, Staat und Kirche 448 ss. Boshof, Erzbischof Agobard 216 ss. Sprigade 78 s. Grotz 22. Steinbach, Das Frankenreich 74. Weinrich, Wala 79 ss. Dawson 245 s. expone todavía la táctica papal en favor del papa. Seppelt/Schwaiger 99. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 125. Fichtenau, Das karolingische Imperium 278 s. Riché, Die Karolinger 189 s. Schieffer, Die Karolinger 131 s. Ullmann 246 ss. Bund 407 ss.

[60] Astron. 48. Thegan 42 ss. Ann. Bertin. 833. Ann. Remens. 833. Ann. Fuldens. 834. Dümmler I 79 ss. Simson II 52 ss. 62 ss. 76. Mühlbacher II 100 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 139. Cartellieri I 257. Boshof, Erzbischof Agobard 240 s, 253. Voigt, Staat und Kirche 448 ss. Bund 409 ss. Schieffer, Die Karolinger 132 s. Riché, Die Karolinger 190.

los súbditos contra su soberano». Rabano mostró la injusticia del complot contra Luis. Ni Lotario estaba autorizado a destronar a su padre ni el episcopado podía condenarle y excomulgarlo. (Después del 840 el *«Praeceptor Germaniae»* tomó partido por Lotario y algunos años después por Luis el Germánico, por lo que en 847 pudo convertirse en arzobispo de Maguncia.[61]

Por el contrario, al menos una parte del clero alto, capitaneada por Agobardo de Lyon, Ebón de Reims y Jesse de Amiens, se apoyó en las tesis aprobadas ya en 829: «Un soberano, que no ha cumplido los deberes de su función, ya no es un rey sino un tirano, y debe ser depuesto. Quien ha quebrantado los pactos de 817 y mediante el "juicio de Dios" de la asamblea general de Alsacia fue despojado de su poder, tiene que confesar públicamente su culpa y hacer la penitencia canónica».[62]

91

Mucho peor que Canossa. y todo «según la sentencia de los sacerdotes»

Cuando el 1 de octubre de 833 se celebró en Compiègne una dieta general del imperio bajo la presidencia de Lotario para poner remedio a aquella tragedia cristiana, el arzobispo Agobardo, que en tiempos había gozado del favor especial de Luis y que le debía mucho, reclamó en un escrito propio la penitencia canónica para el ex emperador depuesto

(domnus dudum imperator) y pecador público. Pero no sólo aquella vez había acosado al soberano; a su esposa Judit la había declarado poseída por el diablo y capaz de cualquier iniquidad, había proclamado que su corte estaba contaminada «por la inmundicia de los crímenes» y había justificado sin reservas y de forma apasionada la rebelión de los hijos.

Agobardo era sobre todo, como la mayoría de las gentes de su gremio, un gran odiador, con un odio que abarcaba a los paganos, a los «herejes» y muy especialmente a los judíos. Contra éstos redactó cinco libros furibundos en los que ya se encuentra la famosa consigna nazi: «¡No le compréis a ningún judío!». Así se pudo equiparar a la estimada luminaria eclesiástica (ya antes ciertamente del período nazi) «con los enemigos más brutales de los judíos de todos los tiempos»; en 1934 el jesuíta Rahner pudo presentar a Agobardo —junto a otros padres de la Iglesia enemigos de los judíos— como defensor animoso de la Iglesia católica. El emperador Luis, por el contrario, había otorgado numerosos salvoconductos a los judíos.[63]

Pero ¿cómo interpretaban la derrota de Luis los prelados reunidos en Compiègne, que con todos los grandes habían emitido un juramento de lealtad a Lotario? Por supuesto que como una consecuencia de su desobediencia a las exhortaciones de los sacerdotes. Había cometido muchas maldades contra Dios y contra los hombres y había conducido a sus súbditos al borde de la catástrofe. Y así se le declaraba «tirano»,

---

[61] Cit. ibid. 191. Véase también LMA V 144. HBG I 263 s. Simson II 54 ss. 80 ss. Para la obra espiritual de Rabano Mauro, Haendler 125 ss.

[62] Según Riché, Die Karolinger 190.

[63] LThK I[1]143 s. LMA I 216 s. Mühlbacher II 103 ss. Rahner 181. Véase asimismo Deschner, Abermals 453, 460. Boshof, Erzbischof Agobard 244. Wiegand 221, 232, 247. Oepke 292 s.

mientras que a su hijo y sucesor victorioso lo proclamaban «amigo de Cristo Señor». Ellos, los «representantes de Cristo», los «portadores de las llaves del reino de los cielos», exigieron del viejo soberano una confesión general de sus pecados, le exigieron una renuncia al mundo y le presentaron un documento con sus crímenes, a fin de que «como en un espejo pudiera contemplar lo abominable de sus acciones».

En su reciente *Historia de los concilios,* Wilfried Hartmann observa al respecto: «Tales procedimientos sólo fueron posibles porque el episcopado franco ya había formulado en 829, en París, ciertas tesis que preveían una especie de control del soberano político por parte de los obispos». Así, el canon 55 proclamaba: «Si alguien gobierna con piedad, justicia y clemencia, se le llama merecidamente rey; pero quienes gobiernan de un modo impío, injusto y cruel no se llaman reyes sino tiranos». Pero si un rey ha de ser calificado de justo o de impío, lo determinan naturalmente los prelados.

92

¡Y qué dichosos habían sido bajo el padre de Luis y desde mucho tiempo atrás!

A todos les recordaron «cómo este imperio se había expandido en paz, unión y gloria gracias a la administración del eminentísimo emperador Carlos, de feliz memoria, y gracias al trabajo de sus predecesores...». En realidad merovingios y carolingios, y sobre todo el «eminentísimo» Carlos, habían guerreado sin descanso y aquellos príncipes de los francos *no habían sido más que salteadores y carniceros,* explotadores y esclavizadores; para decirlo en dos palabras, no habían sido más que occidentales cristianos. ¡Por lo que todavía hoy los ensalza la casi totalidad de los historiadores!

Como en su tiempo lo hicieron ya los piadosos pastores de almas. Los cuales, por otra parte, despreciaron al hijo, al menos al tiempo de su humillación y su derrota, al vencido que por su «estrechez de miras» y su «negligencia», como ya entonces escribieron, hundió el imperio «en el deshonor y la miseria, de modo que no sólo causó tristeza a los amigos sino que se convirtió también en objeto de burla para los enemigos, y cómo el mismo príncipe fue negligente en el cargo que se le había confiado, y muchas de las cosas que desagradaban a Dios y a los hombres las llevó a cabo él mismo, indujo a otros a hacerlas o permitió que sucedieran, y con muchos proyectos perversos irritó a Dios y fue motivo de escándalo para la santa Iglesia... y cómo por justo juicio divino se le arrebató de repente la potestad cesárea».

En grupos y trabajando en común, los príncipes eclesiásticos presionaron al prisionero, «inventaron muchas acusaciones contra el emperador», le hicieron ver «insistentemente cómo había ofendido a Dios y escandalizado a la santa Iglesia...». Y así debió haber obedecido «gustoso su consejo y sus muy saludables exhortaciones»; pero eso no es cierto. También se lee, en efecto, que «se resistió, sin embargo, y no se plegó a la voluntad de ellos; pero todos los obispos lo asediaron duramente, y sobre todo aquéllos a los que había honrado sacándolos del estado de la más baja servidumbre...» (Thegan). «Y atormentaron al emperador hasta inducirle a deponer las armas y a cambiar sus vestiduras, y lo expulsaron del umbral de la iglesia, de modo que nadie osó hablar con él fuera de quienes estaban autorizados para hacerlo» *(Annales Bertiniani).* Los *Annales Fuldenses* recuerdan que depuso «las armas de acuerdo con la sentencia de los obispos, siendo encerrado para que hiciera penitencia».

Luis debió de ser profundamente humillado en Saint-Médard, donde los prelados

volvieron a leerle la cartilla, teniendo que postrarse hasta tres o más veces ante los obispos y una multitud de otros clérigos, debiendo confesar todo cuanto ellos evidentemente le habían inculcado con palabras precisas —lo que todavía hoy se llama lavado de cerebro— y teniendo que solicitar su perdón.

93

Para paladear su maldad los jerarcas habían escenificado este espectáculo ante el altar de la Marienkirche del monasterio. En presencia de una gran muchedumbre del pueblo mandaron leerle tres o cuatro veces al emperador —«en voz alta y entre un copioso torrente de lágrimas...»—, tendido en una vestimenta penitencial de crines, la confesión de sus pecados que ellos habían redactado, en la cual le hacían responsable de casi todas las miserias del imperio, aunque él sólo hubiera participado en las mismas de una manera mediata y pasiva. Especialmente le recriminaban tres crímenes capitales: *sacrilegium, homicidium, periurium;* y le achacaban asimismo haber turbado la paz pública y haber ordenado destierros, muertes y asesinatos, profanaciones de templos, pillajes de iglesias, confiscaciones, saqueos, estupros, guerras civiles, violaciones del derecho divino y humano, escándalos y perjurios, incapacidad política y reparto caprichoso del imperio... Todo «según la sentencia de los sacerdotes». Hubo de entregar por escrito a los prelados este largo libelo infamatorio; hubo de deponer las armas al pie del altar, «ante los restos del santo confesor Medardo y del santo mártir Sebastián»; hubo de despojarse de su manto y entre salmos y oraciones recibir el hábito de penitente, con el que los señores eclesiásticos lo revistieron de inmediato con sus propias manos.[64]

Todo el proceso tenía, por una parte, que aniquilar moralmente al emperador y hacerle incapaz de regresar al trono y hasta de portar armas: el derecho canónico lo excluía, como muy bien sabía Luis, después de una penitencia canónica pública. Por otra parte, la increíble degradación tenía que demostrar a las claras la total superioridad de los obispos.

En un memorial, en el que ellos mismos se jactaban de ser «los representantes de Cristo y portadores de las llaves del reino de los cielos y quienes tenían el derecho de atar y desatar en la tierra como en el cielo», anunciaban también a la comunidad de los cristianos: «Porque este príncipe ha administrado negligentemente el cargo que se le había confiado, ha ofendido a Dios y escandalizado a la santa Iglesia con muchas decisiones reprobables y muy recientemente ha llevado a la ruina total al pueblo que le estaba sujeto, le ha sido arrebatada la potestad cesárea en virtud de una sentencia divina y recta, por decisión divina y con la autoridad eclesiástica». «Era la venganza del partido eclesiástico» (F. Schneider).

Se trataba de las mismas gentes, aunque en esta ocasión incrementadas con los nuevos oportunistas, que ya en 830 habían activado la exaltación, y eran sobre todo, aunque no ciertamente los únicos, los dirigentes eclesiásticos de Francia occidental, Borgoña y Aquitania, los arzobispos de Reims, Lyon, Vienne y Narbona con los obispos de Amiens, Auxerre y Troyes.[65]

94

---

[64] Nith. hist. 1, 3. Thegan 43. Ann. Bertin. 833: Ann. Fuldens. 834. Astron. 48 s. LMA I 216 s. V 2124. HKG III/l 141. Simson II 63 ss. 66 ss. Mühlbacher II 105 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 139 s. Dümmler I 84 ss. Cartellieri I 257 s. Mohr 98 ss. Schoffel I 53. Zatschek 74. Wiegand 221. Boshof, Erzbischof Agobard 228 ss. 241 ss. Bund 413 ss. Schieffer, Die Karolinger 133. Riché, Die Karolinger 190. Hartmann, Die Synoden 188.

[65] Simson II 72 ss. Mühlbacher II 109 s. Sommerlad II 192s. Schoffel I 53.

Hacía 33 años que Carlos I había juzgado al papa León III. ¡Ahora el episcopado franco juzgaba al emperador! Con la deplorable ceremonia, el mayor oprobio en la vida de Luis y una de las humillaciones más profundas que cualquier príncipe haya podido sufrir, mucho peor que la de Canossa, Luis el Piadoso fue también excluido de la comunión eclesiástica y en adelante sólo pudo tratar y hablar con algunas personas perfectamente especificadas. Por ello, cuando a Lotario se le reprochó la prisión de su padre, pudo replicar con razón que los obispos lo habían condenado a la misma. También dijo que «nadie había compartido más que él la felicidad y la desgracia de su padre, que no se le podía recriminar como culpa el haber tomado la soberanía que se le ofreció, pues que ellos mismos habían depuesto y traicionado al emperador; ni tampoco se le podía reprochar el encarcelamiento, pues era bien sabido que se le había impuesto por sentencia de los obispos».

En calidad de carcelero del depuesto Luis actuó el arzobispo Otgar de Maguncia.[66]

El papel principal en esta tragedia, que entre 833 y 843 desencadenó una serie de guerras civiles, lo representó el arzobispo Ebón de Reims, amigo íntimo de Agobardo de Lyon y auténtico prototipo de la ingratitud y perfidia eclesiásticas, a la vez que un hombre con notables éxitos misioneros. Años antes, en efecto, «por consejo del emperador y con la autorización del papa partió al país de los daneses, para predicar el evangelio, habiendo convertido y bautizado a muchos...».

De hecho este prelado, nombrado por el papa Pascual I legado del norte en el marco de la política escandinava de los carolingios, pasa por ser el iniciador de la misión nórdica. En tiempos Carlomagno había admitido en su escuela palatina al descendiente de «unos pastores de cabras», al hijo de un siervo de la gleba. Y Luis, rey de Aquitania, lo había distinguido desde joven con su amistad, le había elegido para bibliotecario de la corte y en 816, ya emperador, lo nombró arzobipo de Reims y abad de Saint-Remi, elevándolo casi de la nada hasta convertirlo en uno de los primeros prohombres del imperio. Pero ahora aquel hombre arrojaba del trono en su hora más triste al amigo y protector imperial, que todavía seguía favoreciendo con frecuencia a los príncipes eclesiásticos. He aquí lo que escribe el corepíscopo Thegan: «Buscaron entonces a un hombre arrogante y cruel, al obispo Ebón de Reims, de un linaje originariamente esclavo, para que mortificase de forma inhumana al emperador con las mentiras de los demás». Era, pues, un prelado arrogante y cruel mientras que los demás mentían como posesos, con lo que toda la santa jauría cayó sobre el soberano. «Decían cosas inauditas, hacían cosas inauditas lanzándole reproches a diario...» Y ningún otro más que Ebón condenó personalmente a la penitencia canónica en octubre del 833, en Saint-Médard de Soissons, a su antiguo protector. Por ello parece que Lotario le dio la abadía de Saint-Vaast.

95

Desde Compiègne empujaron a Luis, «el más piadoso de los príncipes», como le designa Thegan más de una vez, hasta Aquisgrán. Y quien lo empujaba era también un príncipe católico: ¡su propio hijo! Y en Aquisgrán toda la camarilla católica «no sólo no se comportó de un modo más humano —como lamentan los anuarios de Saint-Bertin—, sino que sus enemigos aún se mostraron mucho más sañudos contra él, empeñados como estaban día y noche en quebrantar su ánimo con humillaciones

[66] Astron. 51. Mühlbacher II 110 ss. Simson II 73 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 140. Cartellieri I 258. Schoffel I 53.

tan graves, para que abandonase por propia decisión el mundo y se recluyese en un monasterio».[67]

La chusma episcopal sin conciencia cambia una vez más de frente

Tras la deposición de Luis en 833, durante largos años no sólo se sucedieron duras luchas entre padre e hijos sino también entre los hermanos con frecuentes cambios de frentes. El afán de dominio sobre diversas porciones de soberanía indujo a coaliciones cambiantes de conformidad con las ventajas que se esperaban. Ése fue el principio político más firme, el *punctum saliens* por antonomasia.

Al comienzo es evidente que los tres hermanos buscaban la forma de aumentar su poder: Pipino de Aquitania y Luis el Germánico contra Lotario, y éste contra los dos. También los cabecillas de la nobleza, Hugo, Lamberto y Matfrido, combatieron entre sí «por la cuestión de quién de ellos tenía que ocupar el segundo puesto en el imperio detrás de Lotario». En una palabra, continúa Nithard, «cada uno atendía a su propio provecho», como hacen todavía hoy los políticos (en su mayoría). (¿«Anacrónicos» de nuevo?)[68]

Entre tales contiendas cambiaron una vez más los vientos. No sólo daba que pensar el comportamiento codicioso y prepotente de Lotario, también preocupaba a todas luces el tratamiento inmisericorde que daba a su padre trayéndolo y llevándolo de continuo. Luis el Germánico, que con el nuevo giro era sin duda el que menos tenía que arriesgar, había ya intervenido durante el invierno del 833-834 en favor de su padre, siendo apoyado en su intento por Rabano Mauro, abad de Fulda. Y también Pipino de Aquitania cambió evidentemente de actitud, sobre todo porque se temía un ataque de Lotario contra su reino, decidido como andaba éste por embolsarse toda la ganancia dando la impresión de que aspiraba al dominio sobre el reino. Mas cuando ambos hermanos marcharon contra él al frente de sendos ejércitos, Luis desde el este y Pipino desde el oeste, perdió el valor, emprendió la fuga y abandonó al anciano emperador en Saint-Denis así como al joven Carlos, al que había sacado de Prüm.

96

Mientras el 28 de febrero Lotario huía a Borgoña con su séquito, la chusma sin conciencia de los príncipes eclesiásticos, que había destronado a Luis, acudió a Saint-Denis y ya al día siguiente, 1 de marzo del 834, volvió a recibirlo solemnemente en la iglesia y le prestó vasallaje. «Apenas se había alejado Lotario, se reunieron los obispos presentes en la iglesia de san Dionisio, declararon al emperador exento de toda penitencia canónica y le impusieron sus vestiduras reales y sus armas» *(Annales Bertiniani)* —de las que le habían despojado— «y humildemente entonaron cantos de alabanza a Dios» *(laudes Deo devote referunt),* según cuenta Nithard.

Los prelados en su mayoría cambiaron inmediatamente de frente. Por descontado que ya antes habían preguntado a Luis «si cuando le fuera devuelta la soberanía, estaría dispuesto a restablecer y fomentar con todas sus fuerzas el imperio y sobre

[67] Astron. 54. Thegan 44 s. Ann. Bertin. 833 s. Flod 2, 20. LMA III 1527 s. Dümmler I 86 ss. Simson I 207 ss. II 75. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 140. Bertram 33. Boshof, Agobard von Lyon 251. Schoffel 52 s. Haller II 42. Seppelt/Schwaiger 100. McKeon 437 ss.

[68] Nith. hist. 1, 4.

todo el servicio del Dios verdadero y conductor de todo orden». Y naturalmente el piadoso Luis «se había declarado sin más dispuesto a hacerlo». Por lo cual «se decretó inmediatamente su reposición» (Nithard). Y por supuesto que el emperador sabía lo que tenía que hacer ahora, como era arrancar «lo mucho malo que había arraigado y sobre todo lo siguiente: ordenó a su hijo Pipino, a través del abad Hermoldo, devolver sin dilación a las iglesias de su reino los bienes eclesiásticos que él personalmente había donado a los suyos o que éstos se habían apropiado por su cuenta. También envió emisarios a las ciudades y monasterios de alrededor para restablecer la vida clerical desacreditada casi por completo...» *(Anonymi vita Hludovicí).*

Entretanto Lotario había reforzado su ejército en las diócesis de sus partidarios más leales, los arzobispos de Lyon y Vienne.

Y mientras el emperador Luis, después de haber celebrado «con su habitual devoción la sagrada festividad de la Pascua», se divertía de nuevo a sus anchas con la matanza deportiva de animales, cazando y pescando, primero en las Ardenas y, después de Pentecostés, también en los Vosgos, el partido de Lotario se imponía en una batalla sangrienta sobre un contingente imperial muy superior. Se luchó en la frontera de la Marca Bretona, en la que combatieron el obispo Jonás de Orleans, el abad Bosón de Fleury y muchos otros prelados. Entre los grandes de Luis fueron muchos los caídos, figurando también entre las víctimas su canciller el abad Teotón de Marmoutier les Tours.

Con ello Lotario se envalentonó.

97

Marchó contra Châlon sur Saône, un importante arsenal de sus enemigos, incendió todos los contornos y, tras un acuerdo con la ciudad que ardió varios días, mandó saquearla y reducirla a cenizas. En una buena actuación católica, «primero fueron saqueadas y devastadas las iglesias a la manera de unos vencedores crueles» y después fueron decapitados los jefes de los defensores: el conde Gauzhelmo de Rosellón, el conde Sani-la y el vasallo real Madahelmo —el corepíscopo Thegan habla en seguida de «mártires»—, en tanto que los demás condes fueron encarcelados. Hasta la hermana del duque Bernardo de Septimania, la monja Gerber-ga, acabó como «envenenadora» en un tonel y murió ahogada en el Sao-na. Thegan escribe: «Y él la atormentó largamente y por fin la mandó matar tras la sentencia de las mujeres de sus indignos consejeros, cumpliendo el vaticinio del salmista: "Y con los puros eres puro y con los perversos perverso"».

Al principio Lotario hizo oídos sordos al consejo de su padre «para que se volviera de sus malos caminos»; pero evitó un enfrentamiento con el ejército de sus hermanos y de Luis, que se acercaba a Blois con el supuesto propósito de «liberar al pueblo» *(Annales Bertiniani)* y después se echó a los pies de su progenitor a una con los personajes más prominentes de su séquito para jurarle lealtad y obediencia y para prometerle que no volvería a salir de Italia sin una orden paterna.

Los partidarios de Lotario quedaron en libertad para marchar; pero la mayoría y los más notables le siguieron, entre ellos los condes Hugo, Lamberto, Matfrido, Godofredo, etcétera, que perdieron así sus bienes, feudos y cargos francos. Lotario, sin embargo, les indemnizó, porque sin tener en cuenta los juramentos primeros, los intermedios y los más recientes, les entregó las posesiones de fundadores francos sitas en Italia, donándoles monasterios enteros, como San Salvatore en Brescia, la famosa abadía de Bobbio, una fundación de san Columbano y hasta posesiones

papales —*maximeque ecclesiam sancti Petri*—, y todo ello de la manera más cruel, *crudelissima* (Astronomus).

También algunos prelados —los arzobispos Agobardo de Lyon, Bernardo de Vienne, Bartolomé de Narbona, los obispos Jesse de Amiens, Elias de Troyes, Herebaldo de Auxerre y el abad Wala de Corbie— abandonaron por precaución, y en contra de toda norma canónica, sus obispados. Y casi todos siguieron a Lotario, tras el que se cerraron los pasos de los Alpes, en su marcha hacia el sur, para regresar tras la muerte de Luis con el futuro emperador. Muchos de ellos, sin embargo, fueron víctimas de una peste que hizo estragos en 837.[69]

La «Causa Ebonis»

Entretanto, en noviembre del 834, en la dieta imperial de Attigny, de nuevo se había evocado la mala situación general, y de nuevo se había prometido poner remedio. Mas todo lo que ocurrió de hecho fue el mandato del emperador para que se devolvieran lo antes posible los bienes eclesiásticos enajenados en Aquitania. La miseria del pueblo persistía inmutable.

98

En una asamblea imperial, convocada el 2 de febrero del 835 en el palacio de Diedenhofen, que fue sobre todo una asamblea eclesiástica, reclamó Luis que se repitiera de forma explícita y más solemne la declaración de nulidad de su deposición y penitencia canónica, que ya se había formulado en Saint-Denis. Y, naturalmente, también los venerables prelados estuvieron ahora de acuerdo; «una gran asamblea de casi todos los obispos y abades de todo el imperio» declaró naturalmente «indigna» la resolución de Compiègne —que era la suya—, y declaró anuladas por una nueva «sentencia de Dios» las maquinaciones de los enemigos imperiales y la «deslealtad de los malvados y enemigos de Dios». Y «finalmente aprobaron y confirmaron, todos sin excepción y de forma unánime, que después de que con la ayuda de Dios las intrigas de aquéllos se habían convertido en infamias y el emperador había sido restituido a los honores paternos y de nuevo revestido debidamente con la dignidad regia, en adelante fuera respetado por todos con la obediencia y sumisión más fiel e incondicional como su emperador y señor» *(Annales Bertiniani).*

Así, al año justo de la liberación de Luis, aquellos siempre repugnantes oportunistas procedieron de nuevo y en la forma más solemne a la reposición del soberano dentro de la asamblea imperial celebrada en la catedral de Metz el 28 de febrero del 835. Allí su hermanastro Drogo, rodeado de 44 obispos, le impuso de nuevo la corona. Estando al tenor literal de los *Annales Bertiniani,* que son la continuación franco-occidental de los Anales imperiales interrumpidos en 829 y nuestra fuente más importante para la época que se extiende desde Carlos el Calvo hasta los tiempos de Carlomán y de Luis III (882), el acto se desarrolló así: «Y después

[69] Ann. Bertin. 834. Nith. hist. 1, 3 ss. Astron. 50 ss. Thegan 48 ss. Simson II 79 ss. 84 ss. 102 ss. 113 ss. Dümmler I 90 ss. 97 ss. Mühlbacher II 110 ss. 116 ss. 132. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 140 s, 145. Cartellieri I 259. Steinbach, Das Frankenreich 74. Hoffmann 11 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 269, 284. Hlawitschka, Franken 54 s. Riché, Die Karolinger 191. Schieffer, Die Karolinger 133 s. Götting 56 ss.

de haber celebrado la santa misa y luego de haber comunicado al pueblo presente todos los detalles del asunto, los santos y venerables sacerdotes tomaron del altar consagrado una corona, símbolo de la soberanía, y se la impusieron por su propia mano entre el inmenso júbilo de todos los presentes»; y ello «porque con las realidades había también cambiado la voluntad de Dios» (Bund).

Pero el prelado que en 833 había sido el primer protagonista del vergonzoso espectáculo de la deposición del emperador, el hasta entonces «abanderado» del partido antiimperialista, el arzobispo Ebón de Reims, «Ebón el campesino más impresentable» *(turpissimus rusticus),* como le califica su coetáneo el corepíscopo Thegan, aunque también era «el apóstol del norte» (Dawson), no había acompañado a Lotario a Italia sino que se escondió en París. Y allí lo apresaron en la primavera del 834 sus colegas el obispo local Erquenrado y el obispo Rothad de Sois-sons y lo llevaron preso a Fulda. Y ahora, desde luego no por su propia voluntad, inmediatamente después de la reposición eclesiástica oficial del monarca, sube al pulpito de la basílica de san Esteban de Metz, condena «sinceramente delante de todo el pueblo» la deposición de Luis, realizada contra todo derecho, «en oposición a la ley y a todos los mandamientos de la justicia», y celebra su reposición conforme a la justicia y a sus títulos.

99

En los primeros momentos cierto que los obispos no se atrevieron a enviar a Ebón al desierto, pues temían «que pudiera convertirse en delator contra ellos». Pero más tarde, y a propuesta del emperador, los 44 prelados asistentes lo depusieron por unanimidad al igual que a algunos de los prelados que habían escapado a Italia. La misma emperatriz parece que intervino con toda energía aunque inútilmente ante los obispos en favor de Ebón. Uno tras otro fueron pronunciando la fórmula. «¡Después de tu confesión renuncia a tu cargo!»

Constituye un placer singular comprobar cómo Ebón, después de que los «laicos» fueran excluidos a causa de la protesta episcopal, se defendió con toda razón contra el hecho de que sólo a él se le pidieran cuentas, mientras que no se molestaba a los demás obispos que habían participado en los acontecimientos del 833. Éstos se disculparon por la «situación forzosa» en la que se encontraban, sin que «en su corazón hubieran asentido en modo alguno» al acto doloroso. Pero externamente lo habían apoyado de forma resuelta e incluso, como también entonces, mediante un doble protocolo: con la declaración de cada obispo firmada de su puño y letra y con un documento común firmado asimismo por todos.

Ahora estaban ciertamente contentos de tener un chivo expiatorio, alguien en tiempos delegado por ellos mismos, pero con cuya múltiple condena podían ofrecer un ejemplo y cohonestar su miserable papel, ¡un papel que sólo pocos años después iban a seguir representando! Un papel en el que un sinnúmero de ellos brillaron y brillan a través de los tiempos. El infame no encontró ni un solo defensor entre todos los infames *in Christo.*

Pero siete arzobispos cantaron a voz en cuello durante la misa...[70]

La *«Causa Ebonis»* fue retomada durante muchos años y cohonestada en los procesos sinodales de los francos de Occidente por los denominados clérigos de

[70] Ann. Bertin. 835. Astron. 54. Thegan 56. LMA I 661. Simson II 75, 120 s, 126 ss. 132 s. Mühlbacher II 121 s. Hartmann, Die Synoden 188 s.

Ebón, entre los que también figuraban obispos. Ebón volvió a la prisión de Fulda, después estuvo bajo la vigilancia más estrecha del obispo Frechulfo de Lisieux y finalmente fue entregado al abad Bosón de Fleury. Más tarde también perdió el favor de su protector Lotario I, que a las pocas semanas de la muerte de Luis lo había repuesto como arzobispo de Reims; pero gracias a Luis el Germánico en 845 pescó la diócesis vacante de Hildesheim, para lo cual intentó justificar el paso anticanónico a otro obispado mediante un escrito falsificado del papa Gregorio IV. De hecho en la batalla por su reposición «había realizado o mandado llevar a cabo numerosas falsificaciones».[71]

100

El acto solemne de la coronación en Metz no puso fin ni a la enemistad entre los parientes carolingios ni a la codicia del alto clero, siempre ambicioso de mayor poder.

En un sínodo de Aquisgrán, celebrado en febrero del 836, el episcopado refrendó una vez más, tras hacer suyos algunos proyectos reformistas anteriores, la preeminencia de la potestad sacerdotal sobre la potestad regia. Ya el prefacio recurre a la famosa doctrina de las dos potestades de Gelasio I (492-496), que hace del Estado el policía de los papas. Los sínodos carolingios la recogen por vez primera en el 829, en el canon 3 del celebrado en París. Por lo demás, los obispos en Aquisgrán —donde se exhortan a sí mismos a la «simplicidad» evitando la

«codicia» y donde ven cómo los monasterios de monjas «en parte han degenerado en burdeles» y en lugares «en los que florece el crimen»— proclamaron naturalmente su lealtad al emperador. Y aunque a todas luces son ellos precisamente los que «han errado mucho y muchas veces», por descontado son «principalmente» los demás los únicos culpables, recordando en particular «la ignominiosa defección» de los hijos del emperador así como «la perversión y deslealtad de algunos grandes». Y desde luego que todo ello sólo podrá terminar bien si «se restablece por completo el honor de la santa Iglesia de Dios y los obispos vuelven a ser capaces de administrar bien el ministerio que Cristo les ha confiado».[72]

La lucha del emperador en favor de Carlos (el Calvo) y contra los nietos, o en favor del «orden» y contra la «peste»

Cierto que con todo ello la confianza de Luis en los dirigentes eclesiásticos pudo resquebrajarse un tanto. En cualquier caso permaneció sordo a reclamaciones y ruegos, aparte de que Pipino tuvo de todos modos que devolver los bienes eclesiásticos sustraídos. Incluso la reforma monacal, impulsada antes con tanta intensidad con la colaboración de Benito de Aniane, apenas si preocupó ya al soberano. Más bien toleró ahora la vida regalada que cada vez se extendía más en la orden, como por ejemplo en Saint-Germain-des-Prés o en Saint-Denis. Abad y monjes se repartían allí los ingresos; más aún, los monjes sustraían sus dotaciones a la intervención del abad, que ni podía reducirlas ni exigir prestaciones por las mismas

[71] LMA III 1527 ss. Mühlbacher II 123, 217 s. Hartmann, Fälschungsverdacht und Fälschungsnachweis 111 ss.

[72] Syn. Aachen 836 c. 5 s, 12, 14. Simson II 148 ss. Mühlbacher II 126 ss. Hartmann, Die Synoden 190 ss.

ni agrandar el convento sin aumentar también los correspondientes ingresos. Y todo ello garantizado formalmente mediante documentos imperiales. (A finales del siglo XIII y comienzos del XIV, de los ingresos anuales de 33.000 libras de París la abadía de Saint-Denis no daba para ayuda de los pobres una cuarta parte, como la Iglesia exigió durante un milenio, hasta el siglo XVII, sino menos de 1.000 libras, equivalentes a un tres por ciento del presupuesto. Por lo demás eso bastaba a los ascetas para que los días festivos y en tiempo de ayuno «montasen espectaculares repartos»: Geremek.)

101 Únicamente la joven esposa y la dotación del hijo común parecían interesar realmente al monarca ya entrado en años.[73]

La nueva división del imperio, decidida en la dieta imperial de Aquisgrán (837) en favor de Carlos el Calvo —a quien el emperador Luis, movido «por los ruegos apremiantes de la emperatriz» (Astronomus), otorgó un territorio considerable y además la parte mejor del imperio, como eran todas las tierras entre Frisia y el Mosa hasta bien dentro de Borgoña, tierras que aún se ampliarían alrededor de Aquitania— acabó provocando un nuevo conflicto y condujo a la sublevación de Luis el Germánico. No sin razón se sintió éste perjudicado, pues en la dieta imperial de Nimega, celebrada en el verano del 838, su padre volvió a quitarle todas las regiones de fuera de Baviera, que le habían correspondido tras el aprisionamiento del emperador en el «Campo de las mentiras» y la división del imperio y que, en agradecimiento del soberano por su liberación, se le habían dejado hasta entonces: Alamania, Alsacia, Franconia oriental, Sajonia y Turingia.

Algunos enemigos personales de Baviera habían irritado al monarca; entre ellos se encontraba probablemente el arzobispo de Maguncia Otgar, que había sido carcelero del emperador y que de nuevo supo ganarse el favor supremo. Aquellas tierras se consideraban ahora como «confiscadas».

«Hubo entre ambos una disputa bastante acalorada y Luis tuvo que devolverlo todo a su padre» *(Annales Bertiniani),* por cuanto se decía que el rey de Baviera quería de nuevo «apropiarse toda la mitad del imperio más allá del Rin» *(Nithardi historiarum).*

En la dieta imperial de Quierzy (septiembre de 838) el emperador impuso una corona a Carlos, que acababa de cumplir 15 años, alcanzando así la mayoría de edad. Fue un gesto muy infrecuente, que no se había dado con ninguno de sus hermanastros al empezar a gobernar. Y Pipino de Aquitania, desde hacía años partidario leal de su padre, se puso también entonces del lado de Carlos como «aliado». Carlos obtuvo otras asignaciones territoriales, por lo que sus posesiones crecieron y crecieron. Se celebró un desfile del rey bávaro en Maguncia —«aquí el piadoso padre, allí el hijo malcriado»—. Pero cuando los francos orientales, los turingios y los alamanes, a los que de primeras se había ganado Luis el Germánico, se apartaron de él, todas las tribus francas orientales menos las bávaras lo abandonaron y él huyó de nuevo a Baviera.

102 Entretanto había muerto a finales del otoño del 838 Pipino I, rey de Aquitania. En sus documentos se había llamado *«rex Aquitanorum»,* ya en 814 su padre le había nombrado virrey, fue depuesto en 832, pero tras una reconciliación se le confirió de

[73] Mühlbacher II 126, 128. Geremek 52. Staubach 30 ss.

nuevo el gobierno aquitano, aunque sin muchas esperanzas de que pudiera ejercerlo. A su muerte Luis el Piadoso, evidentemente presionado por su mujer que sólo pensaba en aumentar el poder de su hijo, desestimó el derecho sucesorio de sus dos nietos Pipino y Carlos, hijos de Pipino, el mayor de los cuales, Pipino II, acababa de alcanzar la mayoría de edad. Y así, en 839 entregó Aquitania a su propio hijo Carlos, quien por lo demás tuvo dificultades al comienzo para hacer pie allí.

El territorio al sur del Loira conservaba una fuerte impronta de cultura romana y, según el escritor eclesiástico Salviano, en el siglo V era la región más rica de las Galias. Bastante autónoma hasta entonces, Aquitania había desarrollado bajo la afluencia de los vascos paganos y de otros pueblos muchas formas de particularismo. Y así, los «romanos» fueron a menudo objeto de burlas y difamaciones por parte de los francos. Durante las numerosas campañas militares contra los duques aquitanos, contra su duque Hunaldo encerrado en el monasterio así como contra su hijo Waifar acosado peor que cualquier animal y asesinado alevosamente, los francos «devastaron sistemáticamente Aquitania, para quebrantar su resistencia dañando su economía» (Claude). Tras ocho guerras asesinas Pipino III aplastó el territorio; pero ni él ni Carlo-magno consiguieron someterlo por completo.

En el otoño del 839 envió Luis un cuerpo de ejército contra el propio nieto. Fue aquel un ataque especialmente vergonzoso, porque Pipino I, padre del muchacho, a lo largo de sus últimos años siempre había mantenido una lealtad inconmovible al emperador y al imperio. Pero apenas desaparecido Pipino. Luis abandonó con la mayor sangre fría a sus propios nietos y empezó a «establecer el orden en Aquitania». Pipino II, sin embargo, acompañado de sus partidarios, «practicó el robo y la tiranía... recorriendo el país, como suelen hacer tales gentes», según comenta el prelado Ebroín de Poitiers, jefe de los imperiales. Por ello el «noble obispo» rogó al soberano que «no dejase que se extendiera a su alrededor aquella enfermedad, sino que oportunamente llevase la curación con su presencia antes de que aquella peste contagiase a la mayoría» (Astronomus).

Así que el piadoso Luis respondió del «orden» y la «curación» luchando contra la «enfermedad» y la «peste» —durante dos milenios éstas han sido también las consignas clericales contra todo lo que no encaja con el egoísmo sacerdotal— y esperando «con la ayuda de Dios regresar vencedor de Aquitania». Había roto lazos fuertes y en una guerra fatigosa también consiguió éxitos parciales. Pero sus tropas fueron diezmadas por «graves calamidades» y por una enervante guerra de guerrillas, especialmente en los nidos rocosos de Auvergne, con todo tipo de correrías y pillajes, una paralizante ola de calor y una epidemia, «mientras que los demás regresaban entre las mayores dificultades».

103

También en los territorios del norte las sublevaciones sacudieron la supremacía de Luis.

Así, en el otoño del 839, mientras su majestad se entregaba personalmente «a los placeres de la caza en las Ardenas», un ejército franco oriental-turingio marchó a las órdenes de los condes Adalgar y Egilo contra los sorbios, en tanto que otro ejército sajón lo hacía contra obodritos y linones. Fueron conquistadas once plazas fuertes de los sorbios, su rey Czismislaw murió en combate y su sucesor hubo de mandar rehenes y abandonar el país.

El emperador se retiró a su cuartel de invierno en Poitiers, por entonces la ciudad

más rica de Aquitania; allí celebró las fiestas del Nacimiento, de la Epifanía del Señor y de la Purificación de la bienaventurada y purísima Virgen María al tiempo que se esforzaba por el sometimiento de Aquitania. Entonces recibió otra mala noticia: su hijo Luis reivindicaba «en su ya inveterada petulancia el dominio del imperio hasta el Rin» *(Annales Bertiniani).*

El padre, en efecto, tras una discusión muy penosa se había reconciliado el año anterior en el palacio de Worms con Lotario, el «hijo pródigo» (Nithard), sin duda el más desleal de sus hijos y el que más disgustos le ocasionó. Y esto —supuestamente con el aplauso de todos— a costa del desheredado Luis (arrebatándole hasta territorios de Baviera entre el Lech y el Danubio junto con las tierras orientales de los Alpes). El monarca pretendía proteger así al joven Carlos, por causa del cual precisamente también había despojado de su legítima herencia a sus nietos, los hijos de su hijo Pipino. Ahora expulsaba a Luis persiguiéndolo a través de Turingia «hasta la frontera de los bárbaros», de modo que éste hubo de comprarse el regreso a través del territorio eslavo y sólo «con gran trabajo» *(Annales Fuldenses)* pudo volver a Baviera.[74]

Pero inmediatamente después desaparecía el soberano del escenario de su agitada vida sobre la tierra.

Muerte del emperador

Luis el Piadoso, cuyos pulmones se habían obstruido, cuyo pecho se había debilitado y que prematuramente había envejecido, viéndose afectado además por una úlcera incurable, tal vez un enfisema pulmonar, empezó a languidecer con frecuentes opresiones del pecho, con náuseas y con un rechazo total de los alimentos. Después de pasar por el palacio real de Salz en el Saale franco y tras haber llegado en barco por el Main hasta Frankfurt, el domingo 20 de junio del 840 moría Luis I, en una «vivienda veraniega a manera de tienda», en una islita del Rin aguas abajo de Maguncia. El islote estaba frente a Ingelheim y se trataba del suntuoso palacio carolingio, en el que en tiempos su padre había sometido al duque bávaro Tassilo y a su familia a un proceso tristemente célebre; más tarde Carlos IV lo transformó en monasterio y finalmente quedó derruido durante la guerra de los Campesinos y la guerra de los Treinta Años.

104

El emperador murió poco después de que —precisamente al comienzo del «ayuno sagrado» tan solemnemente iniciado por él, aunque no estaba obligado al mismo— hiciera los preparativos de la guerra contra su hijo Luis, cuya última sublevación también había aplastado y al que además había declarado que «tuviera presente cómo había conducido amargamente a la tumba las canas de su padre y había despreciado los mandamientos y amenazas del Dios y Padre de todos nosotros».

Luis había sido treinta y siete años rey de Aquitania y veintisiete emperador. Sus

[74] Ann. Bertin. 838 s, 844. Ann. Fuldens. 838, 840. Einh. vita Kar. 3, 5. Ann. reg. Fr. 760 ss. Astron. 59 ss. Nith. hist. 1, 6 ss. LMA I 829 s. (Claude), VI 2170. HBG I 264. Simson II148 ss. 171 ss. 176 ss. 195 ss. 217 ss. 222 ss. Dümmler I 268. Mühlbacher II 133 ss. 137 ss. 144 ss. Novy, Die Anfänge 162 s. Schieffer, Die Karolinger 136 s. Riché, Die Karolinger 192. Id. Die Welt 22.

más allegados, su mujer Judit y su hijo Carlos, estaban lejos de él, en Aquitania. En cambio rodeaban su lecho mortuorio varios prelados, entre los que se encontraba su antiguo carcelero Otgar de Maguncia. Mientras pudo el emperador se hizo la señal de la cruz en la frente y sobre el pecho. También se había hecho colocar previsoramente sobre el pecho una (supuesta) astilla de la cruz de Cristo. Y el Astrónomo, que no parece haber asistido personalmente a los hechos, dice que «durante cuarenta días el cuerpo del Señor fue su único alimento, y por ello alababa la justicia del Señor, pues decía: "Eres justo, oh Señor, porque en el tiempo de ayuno dejé de hacerlo y ahora me obligas a cumplir esta obligación penitencial"».

Poco antes de que el soberano expirase gritó «dos veces con todas sus fuerzas como encolerizado: *Hutz, hutz!,* es decir, ¡Fuera! De lo cual se deduce que vio un espíritu malo, cuya compañía no pudo soportar ni en vida ni en muerte. Después alzó los ojos al cielo y cuanto más oscuro aparecía tanto más risueño lo contemplaba él, de modo que casi parecía sonreír. Así alcanzó el final de la vida terrena y entró, según creemos, felizmente en el descanso, pues con verdad ha dicho el verdadero Maestro: "No puede morir mal quien ha vivido bien"» *(Anonymi vita Hludovici).*

El cadáver de Luis el Piadoso fue trasladado a Metz y allí, en el viejo panteón familiar de los carolingios, lo depositó «con todo honor» junto a su madre Hildegarda —aunque ausentes todos los hijos— su hermanastro Drogo. En tiempos de la Revolución francesa el cadáver fue sacado del sarcófago.[75]

105

Lo franco y lo cómico

La sangrienta contienda familiar, que año tras año afectó a todo el imperio franco, se vio naturalmente (o, por mejor decir, sobrenaturalmente) acompañada por señales milagrosas del cielo y de la tierra; señales nefastas, por lo general de consecuencias terribles, cuidadosamente registradas por los anuarios, y en especial los Xantenos.

Hubo por ejemplo temblores de tierra «en plena noche», eclipses de luna y de sol y tempestades terribles. Cuando el emperador Luis cayó en manos de Lotario, creció el nivel de los ríos en proporciones desconocidas y los vientos los hicieron innavegables. «Mas con su liberación los elementos se mostraron tan conjurados, que pronto la fuerza de los vientos se calmó y el aspecto del cielo apareció con una luminosidad como nunca se había visto desde mucho tiempo antes.»

Y una y otra vez los cometas: «un cometa terrible en la constelación de Scorpio»; «y poco después la muerte de Pipino». O bien: «un cometa en la constelación de Virgo». Dicho cometa «recorrió en veinticinco días, cosa que resulta maravillosa de contar, los signos de Leo, Cáncer y Géminis y finalmente puso en la cabeza de Tauro y bajo los pies del Auriga el cuerpo ígneo con la larga cabellera». A los tres años murió el emperador.

La «iglesia de Santa María. Madre de Dios», ya mencionada, perdió la mayor parte de la techumbre, mientras que la iglesuela «en honor del santo mártir Jorge» se conservó intacta en medio del fuego devorador, lo que constituye «un milagro

[75] Astron. 62 ss. Ann. Berton. 840. Ann. Fuldens. 840. Ann. Xantens. 840. Nith. hist. 1, 8. Dümmler I 135 ss. Simson II 228 ss. Mühlbacher II 47, 148. Schieffer, Die Karolinger 137.

asombroso». Y en el momento en que un fuerte terremoto sacudió casi toda la Galia «el famoso Angilberto fue solemnemente conducido a Centulum y allí se le encontró, veintinueve años después de su muerte, en un estado de incorrupción total, sin que hubiese sido embalsamado». También algo «asombroso» a decir verdad. Después de todo a Angilberto siempre le había ido bien (o «casi») y siendo capellán de la corte y abad de Saint-Riquier vivió en concubinato con Berta, hija de Carlos, cuando ella tenía quince y veinte años y le hizo dos hijos. Uno de ellos fue el historiador Nithard, que es precisamente quien nos refiere el grandioso milagro (en sus «Historias», redactadas por encargo de Carlos el Calvo, que no dejan de ser muy partidistas, pero que constituyen la fuente más importante sobre las luchas fratricidas).[76]

Exagerando un poco casi podemos decir que el clérigo Gerwardo, bibliotecario palatino de Luis el Piadoso, en sus *Annales Xantenses* escribió una historia natural más que una historia del Estado o del país.

Después de los eclipses lunares de 831 y 832, sublevación de Luis contra su padre. En 834 las aguas inundan en el norte «buena parte del territorio» y «los paganos irrumpen en el famosísimo Wyk de Durstede». Eclipse lunar del 835: de nuevo «paganos en... Frisia... Y una vez más devastaron Durstede». Febrero de 836: «al comienzo de la noche hubo luces admirables», y de nuevo cayeron «los gentiles sobre los cristianos». En 837 fuertes vientos huracanados, un cometa «con una gran cola en el este..., y los paganos devastaron Walcheren llevándose de allí prisioneras a muchas mujeres con inmensos bienes de toda índole».

106

Al año siguiente «truenos», «bochorno», «terremotos», «fuego en forma de un dragón en el aire»: empieza a expandirse «una doctrina herética». Y al otro año un terrible viento huracanado, costas inundadas por el oleaje, casas, palacios, personas que desaparecen a montones y flotas enteras hundidas. Todos creen que el diablo se ha presentado con todos los ejércitos infernales. Pero «ese mismo año llegaron a Vreden los cuerpos de los santos Felicísimo y Agapito y el de santa Felicitas». ¿No es algo maravilloso? Por el contrario, unos fenómenos luminosos y un eclipse solar anuncian claramente en el año 840 la muerte del emperador; mientras que las iluminaciones del cielo en forma de verdaderas bengalas presagian la furia de los cristianos «con un gran baño de sangre por ambas partes» y también «muchas cosas imperdonables» de los ste-llingas en Sajonia. Y así sucesivamente una y otra vez.[77]

La contienda familiar atizada por el clero la habían aprovechado sobre todo el episcopado y la alta nobleza. Y especialmente en la última época del gobierno de Luis consiguieron un mayor «peso específico» en política. Pero también los enemigos exteriores del imperio se aprovecharon de la misma, particularmente los normandos.

Los hombres del aquilón

Los normandos, también llamados vikingos y gentes del norte, fueron conocidos en la Edad Media como «hombres del aquilón» y eran escandinavos. Desde finales del

[76] Astron. 42 s, 51 s, 58 s, 62. Nith. hist. 2, 10; 3, 5; 4, 5. LMA I 634, 2023, VI 1201.
[77] Ann. Xantens. 831 ss.

siglo VIII hasta el XI, y siendo al principio todavía paganos, por afán de aventura y de botín y empujados por la insatisfacción con sus condiciones de vida invadieron otras tierras, acabando por asentarse aquí y allá en Frisia, en la desembocadura del Loira y en otras cabezas de puente.

Su táctica de gran movilidad y reputada como diabólica estaba llena de argucias, con especial preferencia por el ataque relámpago. De repente aparecían sus velas en el horizonte, y antes de que pudiera intervenir la vigilancia costera ya habían partido con su botín. En el bando cristiano, por lo demás, los caudillos civiles y eclesiásticos eran «a menudo los primeros» en huir a la desbandada (Riché). Hincmaro de Reims, el famoso arzobispo, había prohibido la retirada de los sacerdotes, «que no tienen mujer ni hijos que alimentar», pero en 882 huyó personalmente a toda prisa, escapando de los invasores.

107

Mas no todos los prelados fueron pusilánimes como liebres. Cuando en el asedio de París del 885 los intrusos asesinaban a cuantos no buscaron refugio en la Île de París, en tanto que los francos por su parte obsequiaban

«al enemigo con aceite, cera y pez hirviendo», tampoco el abad de SaintGermain se anduvo con chiquitas, pues «con el disparo de una única saeta consiguió atravesar a siete hombres» —sin duda más de lo que hubiera podido soñar cualquier católico— «y bromeando mandó que los llevaran a la cocina».

Los saqueos de los normandos empezaron en 793 con el asalto por sorpresa al monasterio de la isla de Lindisfarne (más tarde conocida como Holy Island). El monasterio había sido fundado en el siglo VII por monjes irlandeses y escoceses, frente a la costa septentrional inglesa de Northumberland, y al parecer era una abadía muy rica. Logró sobrevivir y fue adquiriendo cada vez más tierras en el continente; pero fue de nuevo abandonada en 850. Los vikingos noruegos, que habitualmente permanecían durante semanas en alta mar, necesitaban provisiones oportunas, para lo que degollaban el ganado del monasterio y lo subían a bordo de sus barcos en forma de dragón, robando a la vez todos los tesoros y asesinando a los monjes.

Las gentes del norte invadieron Irlanda, sobre la que se desencadenó la catástrofe en 820. «El mar vomitó oleadas de extranjeros sobre Erin, y no hubo puerto ni lugar ni fortificación ni burgo ni refugio alguno sin flotas de vikingos y piratas», informan los anales del Ulster. Las gentes del norte cayeron sobre Inglaterra y desde allí fueron invadiendo cada vez más el imperio franco, especialmente Franconia occidental con sus largas y atrayentes costas; y desde 799 también atacaron el territorio frisón. Se apoderaban de cosas de valor y se llevaban rehenes para recabar el dinero de su rescate. Y no sólo devastaban los lugares costeros, sino que con sus rápidos veleros remontaban los ríos incendiando ciudades como York, Canterbury, Chartres, Nantes, París, Tours, Burdeos, Hamburgo, donde redujeron a cenizas la sede episcopal. Gustosos se lanzaban sobre los monasterios, como hicieron por ejemplo con los de Jumiéges y SaintWandrille. En la costa atlántica los monjes tuvieron que abandonar en 836 el monasterio de Noirmoutier, que venía siendo atacado desde el año 820.

Difícilmente puede ser casual que los ataques normandos empezasen a menudear de manera alarmante al tiempo en que las contiendas familiares de los carolingios eran más enconadas y cuando la fuerza defensiva del imperio era más débil de cara al exterior; es decir, mediada la década de los años treinta del siglo IX. Ni es casual que los piratas nórdicos, sobre todo los daneses, por entonces los enemigos más temibles,

regresaran año tras año. Desde entonces y a lo largo de todo el siglo la marea normanda invadió el mundo cristiano.

108

Los años 834 y 835 los vikingos daneses cayeron sobre el centro comercial más importante del norte, «la famosísima Wyk del Durstede y la devastaron con inaudita crueldad». Pero de «los paganos», hombres que todavía seguían fervorosamente apegados a sus antiguos dioses, los Ases, «cayó una cantidad no pequeña» *(Annales Xantenses).* Asimismo entre los años 834 y 837 fue cuatro veces saqueada y en parte incendiada Dorestad (Dorestate, Duristate), importante centro comercial de los Países Bajos que fue abandonado (cerca de la desembocadura del Rin y al sur de la actual Wijk-bij-Duurstede) y que fue sede temporal o permanente del obispo de Utrecht.

En 836 los normandos pegaron fuego a Amberes y a la ciudad portuaria de Witla, en la desembocadura del río Mosa. En 837 atacaron por sorpresa la isla de Walcheren, «mataron a muchos y despojaron por completo de sus bienes a un número mayor aún de habitantes; después de instalarse allí por algún tiempo y de haber recaudado un tributo arbitrario de los habitantes, prosiguieron en su correría hacia Dorestad y allí exigieron tributos del mismo modo» *(Annales Beríiniani).* En 838 una tempestad impidió un nuevo ataque, pero en 839 asolaron otra vez Frisia. También devastaron los territorios del Loira hasta Nantes; un «azote de Dios» del que los escritores monásticos aún se lamentaban —quizá también exagerando—: «Piratas, asesinos, salteadores, profanadores, devastadores, sanguinarios, diabólicos y, en una palabra, paganos...».[78]

¡Ah, cuánto mejores eran los cristianos en sus expediciones militares!

Mas ¿por qué también los wikingos devastaban de aquel modo? Wielant Hopfner escribe: «Habían tenido sus primeras experiencias con el cristianismo. Su coetáneo Carlomagno había dictado las "Leyes sajonas" para imponer la conversión forzosa a los sajones. Las expresiones más frecuentes en las mismas suenan así: "Será castigado con la muerte..., deberá ser muerto..., se prohíbe bajo pena de muerte..., pertenece a la propiedad de la Iglesia..., deberá ser ejecutado"...». De hecho las leyes sanguinarias de Carlos, que podrían calificarse de derivación de la Buena Nueva, amenazaban con un estereotipado *«morte moriatur»* todo cuanto se pretendía extirpar entre los sajones; de las catorce disposiciones de la *Capitulado* que imponen la pena de muerte, diez se refieren exclusivamente a crímenes contra el cristianismo.

Los normandos sabían evidentemente que los carolingios «habían enriquecido a la Iglesia más allá de toda medida» con tesoros que procedían «en primer término» de los saqueados «lugares de culto paganos». «Los cronistas cristianos revelan, en efecto, que monasterios e iglesias "habían sido edificados magníficamente" o que "habían sido decorados de forma maravillosa". ¿De dónde podían proceder aquellas riquezas, si no era de las propiedades y de la prestación personal de la población germánica?»

109

Pero aquellos hombres habían sido desollados por sus caudillos cristianos en un

---

[78] Ann. Bertin. 837 s. Ann. Xantens. 834 s. Nith. hist. 1, 3. LMA III 1264 s, V 1999 s, VI 1249 s. Dümmler I 102 ss. 122, 193 s. Mühlbacher II 49 s, 131 s, 135. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 143 ss. Stembach, Das Frankenreich 74. Aubin 154. Mayr-Harting 94 ss. Riché, Die Karolinger 193. Id. Die Welt 298 ss. Schieffer, Die Karolinger 134 s, 138, 144. Hopfner, Wikinger 11 ss.

79 Hopfner ibid. Mühlbacher II 251. Riché, Die Welt 299 ss.

régimen que diríase de normalidad. Y ahora tenían también que imponer enormes tributos a los normandos; en 845, por ejemplo, 7.000 libras; en 861, 5.000 libras; al año siguiente, 6.000, y en 866, otras 4.000 libras. Con lo cual los dominadores, para proporcionarse «reservas», a veces exigían más que los normandos. En fin cabe sospechar que no pocos de tales dineros iban también a los bolsillos cristianos.

También merece atención lo siguiente.

No sólo los caudillos militares y los príncipes llamaron al país a los normandos contra incómodos rivales. No sólo incitaron naturalmente a los normandos contra los normandos. Cuando aquella calamidad pública se fue progresivamente agravando y, especialmente en el bando franco occidental, se hizo muy poco en contra, entonces el pueblo organizó la resistencia y tomó personalmente las armas contra los piratas, que cada vez penetraban más adentro. ¡Y quien se las sustrajo no fue el enemigo del país, sino la propia aristocracia! Era ésta en efecto la que temía que sus campesinos, los «conjurados» francos, pudieran también alzarse contra ella «como opresores no menos duros» (Mühlbacher) y pudieran encontrar ocasión «para librarse de sus señores» (Riché).

Por lo demás, también aquí supo el clero llevar las aguas violentas a sus molinos. Y así, los prelados reunidos en Meaux en 845 proclamaron: «Los agresores son ciertamente crueles; pero está bien justificado, pues los cristianos eran desobedientes a las instrucciones de Dios y de la Iglesia».[79]

También en el sur crecía el peligro de los enemigos externos. También allí atacaron al imperio los árabes, las «flotas de piratas sarracenos» *(Saracenorum pyraticae).* ¡Únicamente los cristianos no robaban! ¡Ni mataban! Pero los perros sarracenos infieles atacaron las Baleares, Córcega y Cerdeña. Y desde 827 empezaron a establecerse en Sicilia. En 838 asaltaron Marsella y «se llevaron consigo a todas las monjas que allí se encontraban y cuyo número no era pequeño, así como a todos los eclesiásticos y laicos masculinos, arrasaron la ciudad y se apoderaron asimismo de todos los tesoros de las iglesias cristianas» *(Annales Bertiniani).* Los eslavos a su vez amenazaban la frontera oriental. Y la penuria devoraba a las propias gentes. «Por este tiempo el imperio de los francos llegó a estar en sí mismo muy desolado y la miseria de las gentes se multiplicaba día tras día» *(Annales Xantenses)*.[80]

Y continuó creciendo después de la muerte de Luis el Piadoso.

[79] Hopfner ibid. Mühlbacher II 251. Riché, Die Welt 299 ss.

[80] Ann. Bertin. 838. Ann. Xantens. 834.

111

CAPITULO 2. LOS HIJOS Y LOS NIETOS

Sobre Luis II el Germánico: «Fue un príncipe muy cristiano,
de fe católica... celosísimo cumplidor de cuanto exigían la religión, la paz y la justicia. Era de espíritu muy astuto *(callidissimus)...,* en las batallas salió muchas veces victorioso y fue solícito como un anfitrión en el apresto de las armas, pues los instrumentos de la guerra fueron su tesoro más grande».

REGINONIS CHRONICA [1]

Sobre Carlos II el Calvo: «Carlos marchó a Aquisgrán en la cuaresma y allí permaneció hasta después de la fiesta de Pascua; pero su ejército no hizo más que saquear, incendiar y tomar prisioneros, sin que ni las mismas iglesias y altares de Dios escaparan a su codicia y desvergüenza».

ANNALES BERTINIANI [2]

Sobre Carlos III el Gordo (hijo menor de Luis II): «Y cuando ya debía marchar, cayó enfermo, viéndose forzado a poner al menor de sus hijos, Carlos, al frente de aquel ejército y encomendando al Señor el éxito de la causa... confiando en la ayuda de Dios redujo
a cenizas todas las casas de aquella región; lo que había sido escondido en el bosque o enterrado en los campos, lo encontró él con los suyos y expulsó o mató a cuantos se toparon con él. Carlomán devastó asimismo a sangre y fuego el reino de Sventiboido».

ANNALES FULDENSES [3]

Sobre Carlomán (hijo mayor de Luis II): «Pero este rey ilustrísimo fue muy instruido en las ciencias, devoto de la religión cristiana, justo, pacífico y adornado con toda nobleza de costumbres... llevó a cabo muchísimas guerras junto con su padre y más aún sin él
en los reinos de los eslavos y siempre obtuvo la palma de la victoria en ellas; agrandó y amplió con la espada las fronteras de su imperio».

REGINONIS CHRONICA [4]

113

SE HICIERON CRISTIANOS... Y EXCELENTES

Apenas desaparecido Luis el Piadoso en 840, su hijo mayor reclamó el derecho a la soberanía universal y amenazó a los enemigos con la muerte. Y entonces estallaron guerras sangrientas entre Lotario I (fallecido en 855), Luis II el Germánico (fallecido en 876) y Carlos II el Calvo (fallecido en 877). Los tres eran hermanos, eran cristianos y católicos. Todos perjuraron. Todos maniobraron «con donaciones, promesas y amenazas» (Tellenbach). «Cada uno espiaba cualquier signo de debilidad en los otros para caer sobre la parte de la herencia de sus hermanos o, tras la muerte de éstos, de sus sobrinos» (Fried). Y entretanto se armaban, se juraban mutuamente «paz» y «amistad» y proclamaban su «nostalgia y amor». Antes de finalizar el siglo aquellos reyes se encontraron alrededor de unas cien veces.

[1] Regin. chron. 876.
[2] Ann. Bertin. 854.
[3] Ann. Fuldens. 869.
[4] Regin. chron. 880.

Son muchas las cosas que recuerdan la era de los merovingios, las matanzas que siguieron a la muerte de Clodoveo y las contiendas entre sus hijos y nietos. También el embrutecimiento extremo se parece al de aquella época horrorosa, aunque en la Bizancio cristiana las cosas se desarrollaron de forma muy similar. Pierre Riché encuentra entre los carolingios un catálogo completo de todos los tipos de empleo de la violencia física y encuentra cada caso descrito con detalle y perfectamente evaluado con vistas a la imposición de las penas legales. Y, entre otras cosas, se habla de «orejas cortadas con resultado de sordera o no sordera, de párpados arrancados, de ojos sacados, de narices rebanadas total o parcialmente, de lenguas cortadas, de dientes rotos, de barbas mesadas, de dedos machacados, de manos y pies cortados a hachazos, de testículos extirpados».[5]

Se habían hecho cristianos.

Eruditos conformistas quieren explicarlo todo por el espíritu de la época. Perfectamente. Pero el espíritu de la época era cristiano. ¿O todavía no era lo bastante cristiano? Eso es lo que dicen siempre los apologistas. Pero ¿cuándo fue lo bastante cristiano y católico? ¿Acaso en el siglo XX, cuando los católicos croatas en masa hicieron exactamente lo mismo?

114

Se habían hecho cristianos. Y los «guardianes del orden» vengaban tales monstruosidades de forma no menos brutal, según el viejo y acreditado principio bíblico de mal por mal, ojo por ojo y diente por diente (Levítico 24,20; Deuteronomio 19,21). El registro de penas va desde el hecho de cortar la lengua, sacar los ojos o castrar hasta el hecho de quemar viva a una persona o ahogarla por inmersión. Y aunque algunos clérigos aislados protestaron, en general —según escribe Riché— «los mismos eclesiásticos impusieron castigos terribles a sus iguales», no ciertamente a los príncipes de la Iglesia.

Tampoco entre los diversos grupos nobiliarios cesó ni un momento la lucha por los cargos. Y como entre los merovingios, se dieron también entonces las traiciones, estando a la orden del día los cambios en las constelaciones políticas. Se emitían los juramentos de lealtad para romperlos y volver a perjurar. Todo giraba en torno a la acumulación de posesiones y dominio, en torno al afán de poder y de gloria. Todos aquellos *potentes, maiores, optimates, nobiles,* como entonces se llamaba a los personajes ilustres (porque destacaban sobre los demás y les arrebataban muchas cosas), querían siempre más, ser aún más ricos, más «ilustres» y lograr feudos cada vez mayores con los que todo tipo de injusticia les estaba permitida, aunque preferían la astucia y cualquier forma de alevosía a la fuerza bruta, la contienda o la guerra. ¡Y todo ello entre príncipes cristianos y católicos, entre hermanos carnales!

Los reyes son de una avidez insaciable, cierto. Mas no piensan sólo en sí mismos. El pueblo, la «masa», aún tardará mucho tiempo en jugar un papel, y no digamos ya los siervos de la gleba, enteramente sometidos. Incluso parece que este último grupo aumentó entonces, debido sobre todo a los incontables fugitivos que se ajustaban como jornaleros asalariados; pero a los que sus amos terratenientes los convertían en siervos de la gleba o simplemente se los donaban a un magnate. Y esa clase social, la más pobre y más numerosa, en la cual se daban a su vez diversos grados de limitación de la libertad, de esclavitud, y que seguía excluida de la mayor parte de los derechos

[5] Fried, Die Formierung 61. Riché, Die Welt 298.

de los hombres «libres», de la nobleza, esa clase que sin embargo lo sostenía todo, absolutamente todo, no aparece en las fuentes. Como una rara excepción, en un texto del abad inglés Elfrico de Eynsham se abre paso a finales del milenio el lamento de un campesino:

«¡Ay!, ¡ay! Es una gran desgracia que yo no sea libre».

Cierto que el propio Carlos I se lamentaba «de que muchos, que evidentemente son libres, se vean violentamente oprimidos por los grandes». También Luis el Piadoso sabía de «una muchedumbre incontable de oprimidos, a los que les había sido arrebatada la herencia paterna o la libertad». Pero en ambos casos se trataba de personas libres, que habían perdido su libertad; no de siervos que, como la mayoría, eran esclavos desde siempre. Por ello, cuando en la Alta Edad Media se habla de «pueblo», no hay que imaginar una muchedumbre anónima en toda regla de gentes más o menos siervas y no pertenecientes a la nobleza. No, aquellas gentes no existían en modo alguno para los gobernantes. «Por lo general —subraya Karl J. Leyser— el *populus.* el pueblo, que actuaba en las contiendas legales, elegía obispos, ponía o deponía reyes, estaba compuesto por nobles y su séquito, por pequeñas jerarquías, en las cuales ocupaban a su vez la primera posición los más ilustres y los de mejor alcurnia.»

115

Los reyes apenas tenían tiempo para pensar en las clases más bajas. En cambio pensaban en sus aliados y cómplices, especialmente en la alta nobleza, que no se contentaba con el honor correspondiente a su servicio y que buscaba los bienes y los feudos reales, sobre todo cuando a su vez tenía que preocuparse de sus secuaces. De ahí que prevaleciese por doquier una competencia y rivalidad incesante, que no tenía en cuenta más que el propio interés y la propia hambre de tierras. Pero el suelo y las fincas rurales escaseaban desde las gigantescas correrías de Carlomagno.[6]

Frentes siempre cambiantes o juramentos de lealtad baratos «como las zarzamoras»

Lotario heredó en exclusiva la dignidad imperial, aunque con la imposición de asegurar el derecho hereditario de sus hermanos. Así, a su regreso de Italia, donde había dejado a su hijo Luis II, Lotario reclamó para sí todo el imperio, «su» imperio. El clero alto también se pasó en su mayor parte al «sucesor del padre en el imperio franco»: los arzobispos Hetti de Tréveris, Amalwino de Bisanz. Otgar de Maguncia, enemigo mortal de Luis el Germánico, los obispos de Metz, Toul, Lüttich, Lausa-na, Worms, Paderborn, Chur, el abad de Fulda y más tarde arzobispo de Maguncia Rabano Mauro, entre otros. También fue restituido a todos sus cargos y honores el arzobispo Ebón de Reims, partidario de Lotario, que había sido expulsado y permaneció encarcelado durante años; pero huyendo de Carlos tuvo de nuevo que buscar refugio en Lotario, el cual le donó los monasterios de Stavelot y de Bobbio,

[6] Thegan 13. Riché, Die Welt 302 s. Leyser, Herrschaft und Konflikt 15. Fried, Der Weg 368 ss. Schneider, Das Frankenreich 74 ss. Werner, Die Ursprünge 450. Para la servidumbre creciente de los campesinos libres durante los siglos IX-XI: Rösener, Bauern 18 ss. espec. 26 ss. Véase asimismo Schneider, Das Frankenreich 76 ss. Y acerca de la «ambivalencia» de la Iglesia cabe consultar Bentzien 54 s. Majoros en Umeljic 13.

hasta que cayó en desgracia de su protector y perdió las abadías, si bien Luis el Germánico le otorgó el obispado de Hildesheim.[7]

Mas no sólo se pasaron a Lotario los combatientes de viejas luchas; lo hicieron hasta los prelados del entorno más cercano al antiguo emperador. Y sobre todos Drogo, hijo de Carlomagno, obispo de Metz y ar-chicapellán de Luis el Piadoso, que entregó a Lotario la corona, la espada y el cetro de su difunto padre.

116

Como los grandes, «empujados por la esperanza o el temor», acudían de todas partes a Lotario, mientras que Luis y Carlos perdían muchos vasallos, aquél tensó demasiado el arco sopesando «con qué medios podría adueñarse sin estorbos de todo el imperio». Para ello resolvió «lanzarse» primero contra Luis y «destruir su poder» (Nithard). Mas cuando éste le enseñó los dientes, ajustó con él un acuerdo de moratoria y decidió arremeter contra Carlos y «perseguirlo hasta la aniquilación» con un ejército poderoso, como escribe el historiador de las guerras fratricidas, conde Nithard, nieto «ilegítimo» de Carlos, que luchó con la pluma y la espada por la causa de Carlos el Calvo y que cayó en 845 siendo uno de los pocos escritores laicos de la Alta Edad Media.[8]

Gracias a los manejos incesantes de su madre, ahora ya derrocada, Carlos el Calvo tenía a la muerte de Luis el Piadoso la probabilidad de hacerse con la mitad del imperio. Pero Lotario avanzó primero hacia el Sena y después hacia el Loira y en el otoño del 840 puso en aprietos a Carlos. Además, éste no sólo tenía a su hermano por enemigo, sino que también Pipino de Aquitania y los bretones, cada vez más conscientes de su fuerza, se alzaron en armas contra él. Más aún: doquiera llegaba Lotario las gentes se pasaban a su bando; lo que no era más que una muestra del habitual oportunismo del clero y de la nobleza. Así, una hija de Carlomagno, Rotilde, abadesa de Faremoutier, se hizo confirmar por Lotario su posesión monástica. Y así corrieron a él, entre otros, «el abad Hilduino de Saint-Denis y el conde Gerardo de París abandonando a Carlos y rompiendo el juramento que le habían hecho». Y, como ellos, también otros «prefirieron a la manera de los esclavos quebrantar su lealtad y librarse de sus juramentos antes que abandonar por algún tiempo sus posesiones y bienes» (Nithard).

Pero Carlos no quiso renunciar «al imperio que Dios le había otorgado»; sobre todo cuando «Dios y su padre se lo habían otorgado con el asentimiento del propio Lotario». De ahí que las embajadas se sucedieran de una parte y de la otra; y entre los emisarios figuró también Nithard, a quien Lotario le privó inmediatamente de sus bienes y derechos por haberle fallado. El nuevo emperador era, en efecto, un hombre que sólo buscaba, al decir del partidario de Carlos, «las trazas para poder engañar y superar a Carlos sin entrar en batalla»; mientras que, naturalmente, el propio amo de Nithard perseguía «la paz por pura justicia». Como quiera que fuese, por el momento ambos se abstuvieron de guerrear.

Sin embargo, apenas logrado el acuerdo provisional con Carlos, ya se puso Lotario a preparar de nuevo la guerra contra Luis «pensando con toda su alma en someter a

---

[7] Nith. hist. 2, 1. Ann. Bertin. 840. Ann. Xantens. 840. Ann. Fuldens. 840. Regin. chron. 840. Flod. hist. Remens. 2, 20. Mühlbacher II 151 ss. Dümmler I 139 ss. 148, 168, 253 s. Riché, Die Welt 302 s. Schieffer, Die Karolinger 140. Fried, Die Formierung 5 s, 60 s.

[8] Nith. hist. 2, 1; 4. Ann. Fuldens. 840. LMA VI 1201. Mühlbacher II 152 ss. Werner, Die Ursprünge Frankreichs 430.

Luis por la astucia o por la fuerza o aniquilarlo por completo, que era lo que más deseaba». Pero Luis, abandonado y traicionado por muchos de sus seguidores, hubo de retirarse a Baviera, donde llegó a un pacto con Carlos. En el ínterin éste había aprovechado el tiempo para pequeñas matanzas y grandes plegarias, por ejemplo en Saint-Denis, en Saint-Germain y últimamente en Aquisgrán, donde la víspera de «la sagrada fiesta de Pascua» del 841 unos enviados de Aquitania le llevaron milagrosamente «una corona y todos los ornamentos regios, así como vasos litúrgicos» y, otro milagro, «tantas libras de oro y tan increíble cantidad de piedras preciosas intactas», pese a que «por doquier se cernía el peligro de robo» (!). Lo que sin duda fue «una gracia especial», «una demostración especial del dedo de Dios» (Nithard).

117 Quién de los dos, Carlos o Luis, pidió ayuda, no lo sabemos, porque las fuentes se contradicen. Pero ambos acabaron «unidos tanto por su amor fraterno como por sus campamentos» *(Annales Bertiniani)* en una gloriosa fusión cristiana. En aquel perpetuo vaivén de frentes, vasallajes y juramentos cambiantes, cada uno de los tres soberanos se había esforzado mediante el empleo de la fuerza, los dones, las promesas y las amenazas porque los grandes y nobles irresolutos tomaran conciencia de su obligación. Y es que entre aquellos católicos de la alta nobleza los juramentos de fidelidad resultaban ya tan baratos «como las zarzamoras» (Mühlbacher).

Pero después Luis el Germánico golpeó duramente el 13 de mayo del 841 en el territorio de Ries a los partidarios suabos de Lotario. La mayor parte de los derrotados sucumbió en la huida. (¡Ay, cómo suena todo esto a datos «fríos», a retórica familiar! Pero habría que escuchar los gritos, los llantos y lamentos y habría que ver la catástrofe y el supremo espanto mortal...) Y el 25 de junio del mismo año se libró la batalla aún más sangrienta de Fontenoy *(Fontanetum)* cerca de Auxerre, y por ello entendida sin duda como un juicio de Dios. Fue una batalla con decisiva intervención de la caballería, como desde mucho tiempo atrás venía ocurriendo entre los francos. Allí degollaron católicos a católicos, francos a francos, parientes a parientes. Entre el séquito de Lotario «con tesoros inauditos» y tres emisarios del papa Gregorio IV se encontraba el arzobispo de Rávena Jorge, que quería arrastrar a Carlos el Calvo a su obispado e imponerle la tonsura forzosa; pero cayó prisionero en la huida y según parece fue maltratado.[9]

La batalla de Fontenoy o «a donde la disposición divina conduzca la causa...»

Antes de la matanza se sucedieron las embajadas enviadas por ambas partes, se había conjurado al Señor, la Iglesia y el cristianismo y también, como era ya costumbre inveterada, se había consultado «el parecer» del clero, «para estar gustosamente dispuestos a ir a donde la disposición divina conduzca la causa».

118 Poseemos un extenso relato sobre el encuentro de los dos hermanos, cristianos y católicos, perfectamente atestiguado por todos los bandos (una de las raras batallas

[9] Nith. hist. 2, 2 ss. Ann. Fuldens. 841. Ann. Bertin. 841. LMA IV 626 s. Mühlbacher II 157 ss.

en campo abierto de la historia de la Alta Edad Media). El relato se debe a Nithard, en el libro segundo de sus *Historiae*. Personalmente combatió en el bando de Carlos el Calvo, «prestando no poca ayuda con la asistencia de Dios...».

Inmediatamente después de la agrupación de sus fuerzas armadas Luis y Carlos habían lamentado sucesivamente «todas las miserias», «aquellas circunstancias desesperadas» provocadas por Lotario y más tarde le hicieron ver a éste insistentemente por medio de mensajeros «que se acordase del Dios omnipotente y garantizase a sus hermanos y a toda la Iglesia la paz de Dios..., de lo contrario podrían sin duda esperar asistencia de la mano de Dios»; lo que Lotario por lo demás, partiendo apresuradamente de Aquisgrán a Aquitania, consideró como «sin importancia». Tras varias embajadas, unas eficaces y otras meramente exploratorias, hubo movimientos sucesivos aunque siempre fatigosos por el recorrido, la falta de caballos y las luchas. Mas todos «preferían soportar cualquier miseria y aun la misma muerte» antes que perder «su nombre glorioso».

Así se procedió en todo caso con «nobleza de ánimo» y «avanzando alegremente a marchas forzadas», hasta que ambos bandos se encontraron en Auxerre. De nuevo los emisarios cambiaron de frente y los aliados persistían en degollarse unos a otros; eso sí, haciéndolo de un modo cristiano. En consecuencia, «invocando primero a Dios con ayunos y oraciones y después... encontrándose en lucha abierta, sin ningún engaño ni alevosía...». Un asunto limpio.

Pero ambos ejércitos cambiaron una vez más de posición y en Fontenoy en Puisaye se enviaron nuevas palabras de saludo y apaciguamiento. Luis y Carlos recordaron a Lotario «su posición como hermanos, a la Iglesia de Dios y a todo el pueblo cristiano». Y también Lotario solicitó una «suspensión de las hostilidades», aunque aseguró a varios de sus grandes mediante juramento que con todo aquello —y con la habitual palabrería cristiana— buscaba simplemente «lo mejor para todos, el bienestar de los hermanos y de todo el pueblo, como lo exigían la justicia entre hermanos y el pueblo de Cristo». En realidad lo único que aguardaba era la llegada del grueso del ejército de Pipino II desde Aquitania. El 24 de junio se encontraron y el 25 se cumplió «el juicio del Dios omnipotente».

Un «juicio de Dios» prometía de antemano algunas cosas. Así, parece que en el bando de Lotario, el de los vencidos, cayeron 40.000 hombres, número ciertamente exagerado. Pero también el ataque por sorpresa de sus enemigos al amanecer se saldó con el enorme sacrificio de miles de jinetes. Y esto en un episodio de armas que no tuvo efectos inmediatos. Por lo demás, la unidad del imperio quedó irremediablemente rota, desapareciendo asimismo por largo tiempo cualquier hegemonía en Occidente, porque el imperio dejó de dominar a los reyes; emperador y rey tendrán en adelante exactamente el mismo rango.

119

En cierto modo fue la hora del nacimiento del «Estado nacional». Y, como todos sabemos, los Estados nacionales son los que hasta hoy han guerreado con más frecuencia, o al menos con guerras de dimensiones por lo general mucho mayores. Ya Fontenoy, su grandiosa fecha de nacimiento, reportó a todos pérdidas terribles, y muy especialmente a la clase dirigente franca. Los Anales de Fulda hablan de «un baño de sangre por ambos lados, con pérdidas en el pueblo franco como las que nadie recordaba hasta entonces». Y algunas décadas después Regino de Prüm veía en aquella matanza la causa de la debilidad del tardo imperio carolingio y advertía que

la «gloriosa nobleza» franca ya no era capaz en modo alguno de defender el imperio «y no digamos ya de ampliarlo».

Eso era lo peor: ¡no hacer trizas a otros, a eslavos, paganos y sarracenos! Así, por ejemplo, a un coetáneo le turbaba «aquella guerra civil lamentable para todos los cristianos» *(omnibus christianis lamentabile bellum),* porque la espada de los francos, «otrora terrible para todas las naciones, se había cebado en sus propias heridas». Así fue, ¡cuando de un modo auténticamente cristiano y evangélico debería haberse cebado en las heridas de los otros! De hecho hasta el día de hoy se sigue asesinando tanto a no cristianos como a cristianos, aunque especialmente a éstos. Ya en su tiempo Angilberto, un combatiente del ejército de Lota-rio que había luchado en una serie de batallas anteriores, escribía: «Nunca hubo un asesinato peor, ni siquiera en el campo de Marte, jamás la ley de los cristianos había sido tan violada por un baño de sangre». En realidad, sin embargo, venía ocurriendo *esencialmente lo mismo* durante siglos. Y así continuó.

Dígase otro tanto de la mojigatería beata.

Pues al final de la matanza brotaban sin tardanza los sentimientos cristiano-católicos más edificantes. «En todas partes los fugitivos fueron abatidos a golpes, hasta que Luis y Carlos, impulsados por una fervorosa piedad, detuvieron el derramamiento de sangre» *(Annales Bertinia-ní).* Y entonces los vencedores celebraron el día del Señor, la santa misa y «los propios reyes tuvieron compasión de su hermano», ¡del que ciertamente no se esperaban «intenciones injustas»! Sino más bien armonía «en verdadera justicia», «en verdadera lealtad». Y por supuesto, todavía en el mismo campo de batalla, los obispos establecieron de común acuerdo que «los aliados únicamente habían combatido por el derecho y la justicia, cosa que había sido claramente demostrada por el juicio de Dios; por lo que en aquella circunstancia había que tener por instrumento inocente de Dios tanto al consejero como al ejecutor». Con lo cual atestiguaban en favor de sí mismos, como siempre a través de los tiempos, la más hermosa de las inocencias, la inocencia ante Dios, aunque en la confesión querían juzgar a cada uno «según la medida de su culpa» (Nithard).[10]

120

El emperador Lotario se alía con los paganos y devasta las iglesias; Luis el Germánico corta cabezas

Por el contrario, los clérigos del bando de Lotario no vieron en el derramamiento de sangre ningún «juicio de Dios». Se ocultó su derrota con todo tipo de rumores falsos: que Carlos había caído en la batalla, que Luis había sido herido dándose a la fuga... En todo caso Lotario, que ciertamente había sido vencido pero no había sido destrozado por completo ni estaba dispuesto a abandonar, parece que llamó entonces en su ayuda a los normandos daneses, que precisamente antes habían incendiado Rouen y su región, y «les sometió una parte de los cristianos» y hasta les permitió

[10] Nith. hist. 2, 8 ss. 3, 1. Ann. Fuldens. 842. Ann. Bertin. 841. Regin. chron. 841. LMA IV 626 s. HEG I 594. Mühlbacher II 161 ss. 178. Pietzcker 318 ss. Rau I 383 s. Daniel-Rops 556. Schieffer, Die Karolinger 140 s. Riché, Die Karolinger 196 ss.Fried, Die Formierung 61. Schulze, Vom Reich der Franken 326.

que «saqueasen a los restantes pueblos cristianos» (Nithard).

De hecho dio en feudo al rey vikingo Harald Klak la isla de Walcheren y otros territorios frisones, aunque al parecer volvió a quitárselos a los daneses para donárselos de nuevo. Además aprovechó las diferencias de clases, la feudalización de Sajonia, y desencadenó la sublevación de Stellinga, una rebelión de las clases baja y media, de los semilibres y de los libres de la tribu, que se había opuesto de la forma más continuada y dura a la soberanía extranjera de los francos. Según Hans K. Schulze, podría verse en ella «con un poco de imaginación el primer movimiento popular revolucionario en suelo alemán».

El emperador prometió a los amotinados contra la aristocracia hasta el retorno al paganismo. En el caso de que le siguieran recuperarían su derecho, «como lo habían tenido en el tiempo en que todavía eran adoradores de los ídolos» (Nithard).

Pero Luis el Germánico no sólo temía un desarraigo de la fe cristiana, sino también «una colaboración de normandos y de sajones rebeldes». Así que hizo aplastar de un modo sangriento «a los siervos soberbiamente envalentonados» *(Annales Xantenses),* «sofocó con rigor» la sublevación de Stellinga, como dicen los Anales de Fulda o, como bellamente dice otra fuente, mandó aniquilarla «de una manera honrosa para él, mas no sin un justificado derramamiento de sangre, con un terrible baño de sangre»: hizo ahorcar a 14 de sus enemigos y mandó decapitar a 140 cabecillas, «mutilando a una muchedumbre incontable y no dejando con vida a ninguno que aún pudiera levantarse de algún modo contra él».[11]

121

Mientras Luis el Germánico ampliaba hacia el norte con tanto honor y justicia el ámbito de su soberanía, Lotario se armaba, reunía en Diedenhofen un ejército numeroso contra Carlos y avanzaba rápidamente sobre París, de modo que Carlos conjuró a Luis para que le ayudase militarmente con la mayor celeridad posible. Mas como entonces Lotario se hallaba en un aprieto por su guerra en dos frentes y por otras circunstancias, envió a decir a su hermanastro que pactaría con él si «Carlos rompía la alianza que había establecido y refrendado mediante juramento con su hermano Luis; a cambio de ello él quería liberarse de la alianza que había cerrado y refrendado asimismo mediante juramento con su sobrino Pipino» (Nithard). Pero Carlos no quiso, y así Lotario se reunió en Sens con Pipino de Aquitania, a quien precisamente poco antes había querido sacrificar como su enemigo mortal. Y avanzó hasta Le Mans «devastándolo todo con saqueos, incendios, destrozos, robando iglesias y arrancando juramentos, de modo que ni siquiera perdonó los lugares sagrados, pues tomó sin escrúpulo cuantos tesoros pudo encontrar, aunque para salvarlos los hubieran depositado en las iglesias o en las cámaras de sus tesoros, por cuanto él personalmente forzaba a los sacerdotes y a los clérigos de otras categorías a hacer declaraciones juradas; incluso impuso el juramento a las sagradas monjas dedicadas al servicio de Dios», según cuentan los Anales franco-occidentales de Saint-Bertin.

Carlos, por el contrario, marchó de París a Châlons «para celebrar allí la fiesta del Nacimiento del Señor». Tan piadosa era la gente de este bando.[12]

---

[11] Nith. hist. 3, 2; 4, 2 ss. Ann. Bertin. 841 s. Ann. Fuldens. 842. Ann. Xantens. 841 s. LMA IV 1928. Schulze, Vom Reich der Franken 326 s. Schieffer, Die Karolinger 141. Leyser Herrschaft und Konflikt 14.

[12] Nith. hist. 3, 3. Ann. Bertin. 841. Mühlbacher II 170 s.

Los juramentos de Estrasburgo (842) como la voluntad de Dios y de los clerizontes

Aquí y allá los secuaces de Lotario fallaban. Fueron sometidos por la fuerza, viéndose obligados a ceder o a emprender la huida, como ocurrió con el arzobispo Otgar de Maguncia, quien con su soldadesca había querido impedir junto con otros la reunión de Luis y Carlos en Coblenza. Y poco después también Drogo, hijo de Carlomagno y obispo de Metz, que había seguido el partido de Lotario y había dirigido su capilla palatina, se pasó al enemigo.

Los reyes asociados se encontraron en Estrasburgo (la antigua *Argentoratum)* y allí emitieron los juramentos, que Nithard transmitió al pie de la letra. El 14 de febrero de 842 se juraron un pacto de asistencia mutua en forma solemne: lo que hizo Luis en lengua románica y Carlos en lengua alemana (franca). Tales juramentos constituyen el monumento lingüístico francés más antiguo y uno de los testimonios más antiguos del antiguo alto alemán (la lengua oficial, la lengua del Estado, de la Iglesia y de la literatura era el latín en todo el Occidente cristiano; la lengua alemana, *«thiudisca»,* era tenida por «bárbara»).

122

Así sonaba el francés antiguo: *«Pro Deo amur et pro Christian poblo et nostro commun saluament...».* Y así el alemán o antiguo alto alemán (el alemán formado por varios dialectos lo designan las fuentes como *lingua theotista;* de ahí la palabra *deutsch,* «alemán»): *«In Godes minna ind in thes Christianes folches ind unser bedhero gealtnissi...».* Con anterioridad ambos reyes habían hablado a los guerreros reunidos del sentimiento cristiano, de la «compasión con el pueblo cristiano», del mayor bien común y, naturalmente, también de la misericordia de Dios, del juicio del Omnipotente, etcétera. Y entretanto, bellamente envuelto en un lenguaje patético, se acusó al hermano malvado ante los cantaradas de ambos ejércitos de «destruir a nuestros pueblos con incendios, robos y asesinatos».[13]

Cada vez eran más los grandes que abandonaban a Lotario. Por su parte Luis y Carlos partieron de Estrasburgo por separado camino de Worms, donde se volvieron a encontrar apenas diez días más tarde y juntos marcharon a Maguncia después de «haber asolado el campo del cantón de Worms» *(Annales Xantenses).* Allí Carlomán, el hijo mayor de Luis, reforzó el ejército de ambos con tropas bávaras y alamanas. Una vez más partieron por separado aguas abajo del Rin uniendo sus fuerzas militares en Coblenza. Allí escucharon la santa misa en la iglesia de san Castor y rápidamente cruzaron el Mosela. Entretanto huyó el arzobispo de Maguncia Otgar y Lotario cruzando por Aquisgrán —donde saqueó todo el tesoro imperial, incluido «el de santa María» *(Annales Bertiniani)*— y Châlons se encaminó a Troyes, donde el 2 de abril del 842 celebró la sagrada fiesta de Pascua antes de continuar su marcha hacia Lyon.

Luis y Carlos avanzaron sobre Aquisgrán incendiando el territorio de Lotario. Y allí hicieron que el numeroso clero congregado confirmase, «como por una señal de Dios», todo lo egoísta, perjuro y corrupto que era el corazón cristiano de su hermano

[13] Nith. hist. 3, 5. Mühlbacher II 171 ss. 195 s. Véase también Banniard 214.

Lotario. Cómo él —¡y no ellos a la vez!—

«había expulsado del imperio a su padre, la frecuencia con que por su afán de dominio había hecho perjurar al pueblo cristiano, las muchas veces que él personalmente había quebrantado los juramentos hechos a su padre y a sus hermanos, cómo repetidas veces tras la muerte del padre había intentado desheredar y arruinar a sus hermanos, y cuántos asesinatos, adulterios, incendios y vilezas de toda índole había tenido que soportar toda la Iglesia por su insaciable avidez. Proclamaron asimismo que ni poseía la capacidad para regir el Estado ni se podía descubrir rastro alguno de benevolencia en su gobierno. Por tales razones, declararon, no de forma inmerecida sino por justo juicio de Dios omnipotente, había tenido que abandonar primero el campo de batalla y después su imperio. Y todos ellos compartieron la opinión unánime y estuvieron de acuerdo en que el castigo de Dios lo había golpea do por sus pecados habiendo entregado justamente su imperio a sus hermanos como más idóneos para el gobierno» (Nithard).

123

Mas no habrían sido unos mojigatos si de inmediato no hubieran entregado a los reyes la «plena potestad de gobierno» y si no se lo hubieran otorgado todo sin empezar por lo más evidente: por preguntarles «si querían gobernar a la manera del hermano rechazado o según la voluntad de Dios».[14]

¡Pero la voluntad de Dios era la de ellos! Siempre y en todas partes. Ni más ni menos. (¿O es que se ha escuchado jamás a Dios algo que sea diferente de lo que dicen los papas y los obispos?)

Una curiosa opinión de historiadores antiguos y modernos

La situación de Lotario se agravó aún más. Sus seguidores lo abandonaron en masa quebrantando viejos juramentos de lealtad al tiempo que emitían otros nuevos en favor de los nuevos señores, asegurando así nuevas ventajas frente a las antiguas, siempre inseguras... Es la marcha eternamente igual de la historia. Por lo demás, con el permanente cambio de poder y las continuas luchas por la soberanía, la alta nobleza se fue fortaleciendo siempre más y más hasta el punto de que los reyes cayeron bajo su presión consiguiendo y conservando su poder gracias a ella.

En nuestra fuente más importante sobre los continuos vaivenes dinásticos, en los cuatro libros de las *Historias* de Nithard, éste lamenta el desgarro interno, la ruptura del Estado unitario y ve el auténtico ideal en el gobierno de su «gran» antepasado. Así, al final de la obra lamenta el «demencial abandono del bien público», «la persecución egoísta del propio provecho», le irrita el hecho de que «los dos bandos extiendan el robo y la desgracia por todas partes» y recuerda nostálgico el tiempo del «gran Carlos, de feliz memoria». Reinó entonces «por doquier la paz y la concordia... mientras que ahora por doquier pueden verse la desunión y las desavenencias, porque cada uno sigue el camino particular que le agrada. Por todas partes reinaban entonces la abundancia y la alegría, cuando ahora no hay más que miseria y tristeza...».[15]

[14] Nith. hist. 3, 5; 7. 4, 1. Ann. Fuldens. 842. Ann. Bertin. 842. Ann. Xantens. 842. Mühlbacher II 173 ss. Riché, Die Welt 23 ss. Schulze, Vom Reich der Franken 327.

[15] Nith. hist. 4. 7.

124

Estas frases, en la línea de la visión histórica todavía predominante, celebran el Estado de Carlos I como el Estado unitario, el floreciente poder mundial, el imperio universal cristiano como una especie de desarrollo de la idea imperial romana. Y son frases que no dejan de llamar la atención al afirmar «la paz por doquier». En realidad los 46 años del reinado de Carlos fueron una guerra casi ininterrumpida con cerca de cincuenta campañas militares. Por sólo referirnos a los sajones, los «superpaganos», ¡los combatió mortalmente durante treinta y tres años! Por consiguiente lo que acontecía en la periferia del gran imperio depredador en expansión permanente no era algo que afectase a la «paz» interna. Todo lo contrario. Cuanta más «tranquilidad y orden» hubiese dentro, tanto mejor funcionaban las matanzas, los esclavizamientos y las anexiones fuera de las fronteras. Sin embargo, el «por todas partes la abundancia y la alegría» no se dio ni siquiera en el interior del reino. De eso sólo disfrutó el estrato ridiculamente pequeño de los poseedores, la nobleza y el clero, que nadaban en las riquezas ajenas sangrientamente arrebatadas, mientras que la desnutrición crónica se cebaba en el propio pueblo ignominiosamente despojado; la miseria y la hambruna eliminaron en 784 un tercio de la población de Galia y de Germania.

Bajo los nietos de Carlos la guerra exterior fue simplemente sustituida por la guerra interna, por la denominada guerra civil (lo que no deja de ser un pleonasmo, pues cualquier guerra es una guerra civil).

Naturalmente la visión de Nithard no era algo excepcional.

Su coetáneo Floro de Lyon, un diácono poeta y servidor infatigable de la Iglesia, ve las cosas del mismo modo. También él lamenta la triple división del *imperium,* el gobierno de un reyezuelo en vez de la autoridad de un rey. También él glorifica «el imperio en esplendor de la excelsa corona, / uno era el señor y uno también el pueblo, que obedecía al señor... / Allí reinaba la paz y la valentía aterraba a los enemigos». Y después de haber ensalzado el Estado idóneo, el «Estado santificado», con toda la humildad cristiana, exalta Floro con gran elocuencia los avasallamientos en el este, la colocación de «las riendas de la salvación a los vencidos». «Aquí el pueblo pagano se sometió pese a todo al yugo de la Iglesia, / allí el desvarío herético se hundió pisoteado.»[16]

Efectivamente, eso es lo que ha gustado siempre a los cristianos: ¡los paganos bajo el yugo y sus creencias pisoteadas!

Los tratados de Verdún (843) y de Meersen (870)

Pero el cansancio de la guerra se generalizó. Eso significa que para los poderosos los inconvenientes de la guerra eran mayores que las ventajas. Lo cual le ocurría también al clero alto, cuyas grandes posesiones habían sido el objetivo preferido de los incendios y las destrucciones. Tras largas y difíciles negociaciones marcadas por la desconfianza —comisiones mixtas, 120 delegados viajaron antes e inspeccionaron las fronteras— y tras unas conversaciones previas celebradas en junio del 842 en una

[16] LMA IV 577. Cit. según Mühlbacher II 193 s. Para la crítica de Carlos véase la magnífica exposición de Kahl, Karl der Grosse 94 ss. espec. 98 ss.

isla del Saona cerca de Mâcon y otras tenidas en octubre en Coblenza y en noviembre en Diedenhofen, al año siguiente se llegó a un nuevo reparto.

125

En virtud del tratado de Verdún, cuyo texto se desconoce, en agosto de 843 el imperio de Luis el Piadoso fue dividido según el derecho hereditario dinástico, el viejo principio de la igualdad de derechos entre los hermanos. Excluyendo Baviera, Aquitania e Italia, en presencia de los grandes se estableció la división en imperio occidental, oriental y central, en tres territorios de igual extensión, «quisiéranlo los reyes o no lo quisieran».

Luis el Germánico obtuvo su país de origen y todo el imperio oriental, la *Francia orientalis,* todavía designada a veces con sus nombres anteriores Austria, Austrasia (alemán «Ostarrichi» en el «Heliand»). Recibió asimismo en Baviera los territorios al este del Rin y del Aare, los de los sajones, turingios, francos orientales y alamanes (sin los al-sacianos), así como Espira, Worms y Maguncia a la izquierda del Rin. Con lo que. más allá del reino franco-oriental, diríase que la «historia alemana» se independiza desgajándose de los otros dos imperios fragmentados.

Carlos el Calvo heredó Francia occidental, la *Francia occidentalis,* que se extendía desde el norte del Loira hasta el Mosa y el Escalda. A ello se agregaron Aquitania y la Marca Hispánica, creando las condiciones para la formación del pueblo francés, aunque en su tiempo ni la lengua ni las fronteras de nacionalidad y de origen dieron el impulso decisivo, ya que las fronteras se habían trazado más bien de manera totalmente caprichosa sin ni siquiera tener en cuenta los grupos étnicos asociados o las asociaciones de obispados. Carlos también tuvo más o menos en su contra, aunque no de forma armada pues personalmente era un hombre pusilánime, muchos de los países que le fueron asignados: Aquitania, Bretaña, Septimania, la Marca Hispánica.

El territorio central, encajado entre los otros dos *regna,* que históricamente no tuvo ninguna influencia y geográfica y políticamente carecía de organización, el *regnum* de la *Francia Media,* estaba habitado tanto por romanos (borgoñones y provenzales) como por germanos (alamanes, francorrenanos, frisones). Era una franja de territorios alargada, que se extendía desde Italia hasta Frisia y que, a través de los desfiladeros principales de los Alpes orientales, a través de Provenza, Borgoña y Francia central, la posterior Lotaringia, los territorios del Mosa, el Mosela y el bajo Rin, enlazaba el territorio mediterráneo de Benevento con la región septentrional del mar Báltico. Este territorio lo había elegido Lotario I, que a la vez obtuvo el título de emperador junto con las ciudades imperiales de Roma y Aquisgrán. Mas también los otros dos reinos tenían parte en las regiones centrales francas: Luis el Germánico obtuvo el territorio entre el Rin y el Main poblado por francos, en tanto que Carlos el Calvo recibió la Neustria franca entre el Sena y el Escalda.

126

Por su parte Pipino II —hijo de Pipino I, hijo a su vez de Luis el Piadoso, que ya había muerto—, que reclamaba el trono de Aquitania y que durante largos años se opuso a Carlos el Calvo, quien por su parte «castigó al país con numerosas incursiones» aunque a menudo no sin «grandes pérdidas en su propio ejército» *(Annales Fuldenses),* fue hecho prisionero en 864 y encerrado en un monasterio.

Lotaringia, el reino central, no duró mucho (855-900) y a la muerte de Lotario I (855) quedó dividida entre sus tres hijos: Luis II, Lotario II y Carlos. Éste último

murió tempranamente, y tras la desaparición asimismo de Lotario II (869) sus tíos Carlos el Calvo y Luis el Germánico, mediante el tratado de Meersen (870), y haciendo caso omiso de las pretensiones de Luis II, se adueñaron del reino central. Pero cuando el carolingio franco-oriental Arnulfo de Carintia restableció Lotaringia en 895 poniendo allí como rey a su hijo Sventiboldo, éste encontró la muerte el año 900 peleando con la aristocracia local y el reino lotaringio independiente llegó a su fin.

Así, el imperio de Luis el Piadoso, dividido de forma bastante equitativa en las tres porciones correspondientes, presentaba notables diferencias cualitativas, sociales e histérico-culturales a la vez que desde el punto de vista de la organización.

El Occidente e Italia representaban unos países impregnados todavía por la cultura antigua. Comparativamente los pueblos tenían más exigencias. Al menos en algunos puntos había regiones urbanas de población más densa. De una u otra forma existía una cierta cultura literaria, con libros y escuelas. Nos encontramos también aquí con un mayor empeño económico, con comerciantes y artesanos y con clanes aristocráticos más o menos poderosos. Por el contrario, extensos territorios del imperio oriental estaban «subdesarrollados», «cubiertos de bosques, despoblados, "sin cultura" y sin centros intelectuales» (Fried). Cierto que también vivieron allí algunos representantes del llamado «Renacimiento carolingio»: Rabano Mauro, que sólo en la Edad Moderna fue tenido por «praeceptor Germaniae»; Wallafrido Estrabón, embajador de Luis, que se ahogó en el Loira en 849, y Notker Balbulo, el monje de Sankt Gallen.

Tal vez el tratado de Verdún no fuera todavía, como creyeron algunos historiadores antiguos (Waitz, Droysen, Giesebrecht), una especie de «fecha de nacimiento» de las nacionalidades alemana y francesa, de dos pueblos en cuyo interés ciertamente que no se pactó. Pero una historia alemana y una historia francesa se abren paso, empiezan a surgir naciones de tribus más antiguas, de las poblaciones de determinados países, y la conciencia prenacional de las tribus acabará por convertirse en la conciencia nacional; y curiosamente por obra sobre todo del ejército «creador de solidaridad» y reunificador de todos los hombres sujetos al servicio de las armas y oriundos de diferentes tribus y regiones.

127

Por lo demás también la aparición de otros reinos nacionales, por ejemplo en Inglaterra, España, Escandinavia, Polonia, Bohemia y Hungría, marca políticamente la Alta Edad Media. Sin duda que a lo largo de todo el siglo IX aún no se piensa en categorías nacionalistas, ningún pueblo se siente todavía como «unidad nacional» y ninguna persona se siente «alemán» o «francés»; quizá ni aun en el siglo x, aunque es la fase de transición inmediata.

Aquella división del imperio carolingio, a la que siguieron durante el siglo IX nuevas divisiones y reunificaciones, fue un compromiso impuesto por las circunstancias. Por el momento es cierto que acabó con la tradición de abalanzarse unos contra otros; pero también provocó que el imperio fuera perdiendo progresivamente su posición de preeminencia frente al papado, que se preparase la triple división de Alemania, Francia e Italia y que ya nunca más reapareciera la antigua unidad, si dejamos aparte el episodio de Carlos el Gordo.[17]

[17] Nith. hist. 4, 3, espec. 4, 7. Ann. Fuldens. 842 s. Ann. Bertin. 843. Ann. Xantens. 843. Taddey 559, 744,

Luis, rey de los bávaros por la gracia de Dios

A Luis II el Germánico (843-876) se le llama repetidas veces en las fuentes coetáneas (franco-occidentales) *«rex Germanorum» y «rex Germaniae»,* el territorio que gobernaba, designado por su propia cancillería como *«orientalis Francia».* Pero su sobrenombre «el Germánico» no se generalizó hasta el siglo XIX.

Hijo tercero de Luis I el Piadoso, nacido hacia el 805, Luis II había pasado su infancia en la corte y en 817, en la *Ordinatio imperii,* obtuvo el reino de Baviera bajo la autoridad suprema del emperador; allí entraban también, como el padre precisó a su tiempo, «los carintios, bohemios, ávaros y eslavos, que habitan al este de Baviera...». Como el muchacho tenía unos doce años y era demasiado joven para gobernar por sí mismo, lo hizo de hecho apenas diez años después. Pero a más tardar desde el 830 aparece en los documentos como «Luis, rey de los bávaros por la gracia de Dios». Objetivos capitales de su política fueron la expansión hacia el este y la ampliación dentro del imperio carolingio.

Durante el invierno prefería Ratisbona como residencia y allí celebraba las dietas y las asambleas imperiales, mientras que la residencia veraniega era Frankfurt, donde también fundó el monasterio del Salvador. Además del núcleo central, su auténtica base de poder, que controló su «general en jefe», el conde Ernesto, «el primero entre los amigos del rey» hasta su caída en 861 *(Annales Fuldenses),* el monarca gobernó también sobre los suabos, los francos del Rin y del Main, los turingios y los sajones; en una palabra, sobre la mayor parte de los pueblos germánicos del imperio.

128

Luis II el Germánico no fue un soberano «importante», pero sí que fue el más importante entre sus hermanos.

Su largo período de gobierno resultó ya un factor estabilizador en el imperio franco-oriental, pues siguiendo las huellas sangrientas de su «gran» antepasado Carlos I mantuvo una guerra casi ininterrumpida contra los eslavos de Bohemia y Moravia y contra los territorios del noreste. Al tiempo cooperó estrechamente con el episcopado, como lo hicieron también los demás príncipes carolingios, todos los cuales interesaron al alto clero en el logro de sus intereses y en la consecución de sus objetivos. Con lo cual se lo sometieron fuertemente, aunque también ellos acabaron dependiendo cada vez más de la Iglesia; mucho más de cuanto nunca lo hicieron los merovingios.

Luis el Germánico llegó casi a convertirse en el guía y defensor de la Iglesia. Se preocupó por la misión en Moravia, Bohemia y en el norte, desde Bremen y Hamburgo hasta Suecia, donde por lo demás se invocó al ídolo cristiano exclusivamente a causa del fracaso de los dioses antiguos; diríase que se le reconoció simplemente como un dios auxiliar, como un remediador eventual. Luis convocó sínodos, tomó parte en los mismos y sólo con su refrendo tenían fuerza legal las decisiones sinodales. En cualquier caso ésa fue la única legislación del imperio franco

869. LMA IV 577. V 971, 2124 s, 2128s, VI 1289 s. Sobre el tratado de Verdún. véanse, por ejemplo, las indicaciones bibliográficas de Reindel en HBGI 264 nota 120. Mühlbacher II 176 ss. 195 ss. Riché, Die Welt 21, Fried, Die Formierung 1 ss. 16 ss. 61 s, 65. Schulze, Vom Reich der Franken 327 ss.

oriental, del que en su tiempo sólo se habla de una ley estatal.

Hasta el final ejerció el monarca bávaro una influencia decisiva en la ocupación de las sedes episcopales, que como era de esperar otorgó preferentemente a sus favoritos. Así, en 842 hizo obispo de Würzburg al abad Gozbaldo de Niederaltaich (que disponía de abundantes reliquias de mártires romanos). Y para sucesor de Gozbaldo nombró al bávaro Arn, que en total sirvió a cuatro príncipes y (con reliquias sobre el pecho heroico) combatió al menos en cuatro campañas como general en jefe (hasta que en 892 —todo sea por Cristo— murió luchando contra los eslavos). En 845 Luis nombró al expulsado Ebón de Reims obispo de Hildesheim y en 847 puso en la sede arzobispal de Maguncia al erudito abad de Fulda Rabano Mauro.

Los prelados dominaron también en su *«consilium»:* por ejemplo el abad Ratleik de Seligenstadt; el abad de Herrieden, Liutberto, arzobispo de Maguncia desde 863 a instancias del rey; el obispo Salomón I de Constanza; Altfrido, obispo de Hildesheim, quien como consejero del soberano se ocupó de política más que de su diócesis, aunque en diversas fuentes figura como santo y, según la Crónica de Hildesheim, en su tumba se realizaron muchas curaciones milagrosas.

129

El rey estuvo siempre rodeado por miembros del clero alto. Y además de que los carolingios emplearon siempre a eclesiásticos como notarios y que, a diferencia del período merovingio, toda la administración palaciega por escrito estuvo en manos de sacerdotes, también los jefes de la cancillería (cancilleres) o los archicapellanes —la composición de ambos cargos se organizó en su tiempo—, es decir, gentes que ocupaban los puestos más relevantes en su consejo, fueron por supuesto prelados eclesiásticos: el abad Gozbaldo de Niederaltaich, el abad Grimaldo de Weissenburg y Sankt Gallen, pariente de los arzobispos de Tréveris Hetti y Thietgaud, el consultor más importante de Luis. Finalmente, como nuevo director de la cancillería y de la capilla, el archicapellán y arzobispo Liutberto de Maguncia, quien bajo los dos hijos de Luis continuó ocupando el cargo que los arzobispos de Maguncia conservaron permanentemente desde el siglo x, desde Guillermo (965) hijo del emperador Otón I.

Pero la capilla palatina, «un típico producto de la gracia divina» (Fleckenstein), no sólo constituía entonces en la Franconia oriental «el punto de contacto más importante entre la política carolingia y el episcopado bávaro» (Glaser); también bajo los hijos de Luis continuó representando la influencia decisiva de la Iglesia sobre la política. Los obispos siguieron actuando en la cancillería y tomando parte en el gobierno.[18]

Luis el Germánico fue también personalmente un hombre piadoso. En las procesiones públicas caminaba descalzo detrás de la cruz. En su palacio de Frankfurt se hizo construir una capilla (852), en la que servían doce clérigos. Fundó el monasterio femenino de St. Félix y Regula en Zurich. Y todas sus hijas se hicieron

[18] Ann. reg. Franc. 817. Ann. Fuldens. 849. Chronic. Hildesh. 851. LMA III 2176 s. IV 1 s, 445 s, 1615 s. 1713 s, V 71 (Fleckenstein) 910 ss. 2039 s. HBG I 223. 260, 373 s. 467. 530 (Glaser). Dümmler I 26, Lindner, Untersuchungen 227 ss. Schur 24 ss. Pothmann 746 ss. Werner, Die Ursprünge Frankreichs 425. Störmer. Im Karolingerreich UG I 163 s. Prinz, Die innere Entwicklung HBG I 367 s. Schneider, Das Frankenreich 56. Schieí'fer, Die Karolinger 149 s. según Fried, Der Weg 392 s Luis II se mostró reservado con el clero. Voss, Herrschertreffen 9 siguiendo a C. Brühl llama a Luis II no «el Germánico», sino «el Francooriental». Véase al respecto Brühl, Deutschland-Frankreich 140 s.

monjas: Ermingarda, abadesa del monasterio suabo de Buchau; Hildegarda, abadesa del monasterio de Schwarzach en Würzburg; Berta, abadesa de St. Félix y Regula en Zurich.

En octubre de 847 se reunieron en el monasterio Alban de Maguncia obispos, abades y otros eclesiásticos de Franconia oriental. Para la prosperidad del rey y de su familia y para la seguridad del imperio, el sínodo mandó celebrar 3.500 misas y leer 1.700 veces el Salterio de David; y así se lo comunicó al rey. El sínodo le rogó asimismo que, siguiendo el uso de sus antepasados, protegiese a los servidores de la Iglesia y sus posesiones y no prestase oídos a quienes le aconsejaban que se ocupara de los bienes de la Iglesia menos que de sus propios bienes.

No es casual que el tal sínodo dedicase dos cánones a los pobres, tres a la fe y seis a los bienes de la Iglesia y a los diezmos.

Aquel mismo sínodo ordenó la flagelación pública contra una mujer llamada Thiota, de la región de Constanza; una predicadora *(pseudo-prophetissa)* tan sospechosa que, según cuentan los Anales de Fulda, hasta algunos «varones del estado sagrado la siguieron... como a una maestra inspirada por el cielo». Según parece la mujer cayó en la demencia.

130

Y el mismo sínodo de Maguncia amplió también a sangre fría —según una serie de manuscritos— las atribuciones jurisdiccionales del episcopado respecto de las que le había otorgado el sínodo del 813 celebrado en la misma ciudad. Según éste, en efecto, los obispos eran todavía auxiliares de los condes y los jueces en la administración de justicia; pero el sínodo de 847 establecía que «los condes y jueces debían asistir a sus obispos en la administración de justicia, como lo ha establecido el derecho divino...» (!).[19] De ese modo la clerecía participó de forma intensa en la política de Luis

el Germánico. Hubo una unión perfecta entre el trono y el altar: «los obispos están siempre detrás de su rey y el rey detrás de su episcopado». El alto clero llevó a cabo negociaciones políticas y estableció pactos mucho más a menudo que los condes. Los prelados actuaron como emisarios reales, como embajadores ante las potencias extranjeras. E incluso en la guerra ayudaron al rey con nutridas compañías de vasallos y hasta por encargo suyo «figuraron personalmente al frente de su ejército en el campo de batalla, solos o al lado de algunos condes» (Schur). El año 845 hubo de interrumpirse el sínodo de Meaux (continuándolo en París al año siguiente) por cuanto se requirió la ayuda de los obispos en la batalla contra el príncipe bretón Nominoë, quien más tarde, en el mes de noviembre, infligió una severa derrota a Carlos el Calvo en Ballon, cerca de Le Mans.

No existe la menor duda de que el clero aunó su poder siempre creciente y su conciencia de clase cada vez más clara, sobre todo desde los días de Luis el Piadoso, con las correspondientes exigencias. «Con gran énfasis se exige la subordinación y obediencia incluso de los príncipes a los obispos y se rechaza la intervención de los laicos en el ámbito clerical» (Voigt).

Luis II, casado desde 827 con la hija menor de la emperatriz Judit, segunda esposa

[19] Ann. Fuldens. 847. Ann. Bertin. 844. 853. 855. LMA IV 1615, V 2172 s. Dümmler II 426 ss. Mühlbacher I I200, 206 ss. 210, 299. Schur 10 s. 13 ss. Lugge 59 ss. Löwe. Gozbald von Niederaltaich 164 ss. Fried, Die Formierung 16 ss. 57 s. Id. Der Weg 392. Schulz. Vom Reich der Franken 332. Hartmann, Die Synoden 222 ss. 466.

de su padre, la güelfa Hemma, no parece que tuviera asuntos dignos de atención con las mujeres. En todo caso sus relaciones sexuales nunca dieron que hablar. Por eso mismo se dedicó con mayor intensidad a la guerra, un asunto que en el Occidente cristiano solía estar por encima de cualquier reproche y que los investigadores describen, por lo general de una manera seria, como «su política activa y perseverante en el este» (Reindel). La extensa frontera septentrional de su imperio y la oriental, todavía más larga, con más de mil quinientos kilómetros que se prolongaban desde el mar Báltico occidental hasta el mar Adriático, hasta las marcas de Istria y de Fríuli, casi provocaron esa política. Y ello tanto más cuanto que, en comparación con Franconia occidental o con Italia, debido por una parte al desarrollo económico de su país no tan avanzado y, por otra, a su establidad político-militar y a la autoridad de su rey en círculos de la nobleza y de la Iglesia, estaba claramente en mejor posición. A ello contribuyó en buena medida la hábil política matrimonial de Luis, que casó a sus hijos, el mayor Carlomán, el mediano Luis y Carlos III el menor, con mujeres de la alta nobleza franca. A Carlomán en concreto lo casó con una hija del conde Ernesto.

131

Las fronteras orientales del imperio, escribe Johannes Fried, «ciertamente que nunca estuvieron pacificadas por completo, pero no representaron ningún peligro especial» porque los eslavos no contaban con centros políticos poderosos. Sólo al formarse el «Gran Reino de Mo-ravia» la situación fue cambiando poco a poco, debiéndose también en buena parte a que «la misión avanzaba precisamente desde Baviera». Al parecer, según Wilhelm Störmer, Luis también «habría intervenido con gran energía» en las zonas fronterizas orientales, donde «las iglesias (obispados y abadías) fueron para él un elemento de organización importante, pues obtuvieron señoríos feudales sobre todo en la zona del Danubio, en el territorio de despliegue de los ejércitos. También parece que Luis delegó muy hábilmente la misión de los eslavos en iglesias bávaras».

Pero los eslavos defendieron naturalmente sus creencias, mientras que los cristianos no parecían conocer ningún objetivo más sublime que expandir su fe a sangre y fuego. «Los francos podían desfogarse sin ningún tipo de freno, cuando combatían con paganos» (Riché). Con ello, por lo demás, el primer rey franco-oriental seguía la «práctica de sus predecesores», a fin de «mediante repetidos ataques intimidatorios mantener el respeto al status quo» (Schieffer), como se dice en el lenguaje eufemístico de la historiografía alemana sobre todo. A este respecto los investigadores germanos han preferido durante siglos expresiones como «movimiento hacia el este», «reconstrucción del país», «"crecimiento firme" respecto de las posesiones». Incluso cuando hablan sin rodeos de «anexión» o de «incorporación», casi suena como un inocente y natural deslizamiento hacia el cuerpo imperial; se trata simplemente de una «fusión».

Luis el Germánico operó sobre todo en el territorio bohemio-moravo; pero guerreó también contra los obodritos y los sorbios, que habitaban más al norte: en 844 contra los obodritos, cuyo pueblo «se lo sometió Dios», en el lenguaje noble y cristiano de los Anales de Fulda, muriendo en el proceso su rey Gostemysl. Los *Annales Bertiniani* dicen en cambio lacónicamente:

«El rey Luis devastó casi todo el territorio de los eslavos y lo sometió a su dominio». En el año 851 marchó contra los sorbios, a los que venció más con la destrucción de sus campos y cosechas y con el hambre que con las fuerzas militares.

En 856 sometió a los dalemincios entre el Elba y el Mulde. Y todavía en sus últimos años, después del 867, envió de nuevo a su hijo Luis con tropas sajonas y turingias contra los obodritos.

132

Era, según el expresivo Engelbert Mühlbacher, «una tarea difícil, pero muy importante para el futuro, el mantenimiento y ampliación de la soberanía sobre los eslavos más allá del Elba, el Saale y el Bosque de Bohemia, que poco a poco, a medida que la influencia del poder alemán se afianzaba y extendía, también abrió libre cauce a la penetración de la realidad y de la cultura alemanas en los territorios alpinos del sureste y el avance de la colonización; tareas que a la vez abrían nuevos caminos a la ambición de gloria y la proscribían del círculo de las agitaciones internas».

Está claro de lo que se trataba: de un afianzamiento, ampliación y extensión, de «la penetración de la realidad y de la cultura alemanas». Dicho más claramente: se trataba de otra rapiña asesina; o, utilizando una expresión científica (con Schieffer), de «un movimiento más político (y misionero)». Suena noble y neutral. No hagáis daño a nadie... sobre el papel. Y en buena medida con ello se frenaba y paralizaba «la ambición de gloria» en el ámbito intraestatal. En el fondo es la estrategia criminal que a menudo utilizan todavía hoy las grandes potencias. (¿Anacrónico una vez más?)

Y a todos esos ataques en el este, a los que nos referiremos después más detalladamente, se sumó el ataque de Luis al reino franco occidental, a la herencia de su hermanastro Carlos, debilitado no tan sólo por los constantes asaltos de los enemigos exteriores sino también por fuertes «disturbios» y luchas internas, especialmente en Bretaña V Aquitania.[20]

Carlos el Calvo y el Oeste

El reino franco occidental se vio entonces especialmente sacudido por guerras y situaciones parecidas a una guerra civil y por revueltas de la nobleza. Desde el sur, desde España y África, irrumpían los sarracenos, y desde Escandinavia acometían los normandos. Sus piraterías en el mar y aguas arriba de los ríos representaban un sacrificio cada vez mayor de vidas humanas, dinero, pagos tributarios y tesoros eclesiásticos. Pero en el propio territorio florecieron las bandas de ladrones y salteadores, contra las que Carlos dictó la capitular de Servais; y algunos dignatarios eclesiásticos y aristócratas inmensamente ricos, empujados por su afán de botín, a menudo hacían causa común con los bandidos o les recompensaban por sus asesinatos... En todas las épocas resulta más difícil imaginar el mundo subterráneo que las estructuras superpuestas al mismo. Tampoco el rey es mal ejemplo al respecto. Carlos el Calvo, nacido el 13 de junio de 823 en Frankfurt del Main del segundo matrimonio de Luis el Piadoso, desposó a los diecinueve años (842) a

[20] Ann. Bertin. 844, 851, 856, 867. Ann. Fuldens. 844. 851. LMA III 2177, V 2173 (W. Störmer). HBG I 260 (Reindel). HEG I 607 ss. (Schieffer). Dümmler II 424. Mühlbacher II 197 ss. 229 ss. Voigt, Staat und Kirche 431. Schur 11 s. Zatschek 78 ss. 90 ss. Epperlein 268 ss. Prinz, Innere Entwicklung HBG I 368. Véase también 371 s. Werner, Die Ursprünge Frankreichs 437. Riché, Die Karolinger 431. Id. Die Welt 298. Schieffer. Die Karolinger 150. Fried, Die Formierung 65. Hartmann, Die Synoden 208. Schulze. Vom Reich der Franken 378. Tellenbach, Die westliche Kirche F 19.

Irmintrude, hija del conde Odón de Orleans, muerto algunos años antes luchando contra Lotario. Se trataba a todas luces de un matrimonio puramente político, porque de esa manera Carlos «esperaba ganarse a la gran mayoría del pueblo», como escribe Nithard. «Ese mismo año —concluyen los *Annales Xantenses* sus escasas informaciones— en la ciudad de Tours dejaba este mundo la emperatriz Judit, madre de Carlos, después de que su hijo le hubiera arrebatado todos sus bienes».[21]

133

Irmintrude dio a Carlos una hija de nombre Judit y cuatro hijos: Luis, Carlos, Carlomán y Lotario. A los dos menores les obligó el padre a que abrazaran el estado clerical; decisión que alabó el arzobispo Hinc-maro. El tullido Lotario murió en la adolescencia como abad de Saint-Germaind'Auxerre. Así se le ahorró el destino del príncipe Carlomán.

Las dificultades familiares las solucionó Carlos II a la manera de muchos potentados (y no sólo de su tiempo). Cierto que cuando su hija Judit en 861, después de dos matrimonios en las cortes reales inglesas, escapó con el conde flamenco Balduino I y (tras una intervención papal) en 863 se convirtió en su mujer, Carlos no tuvo más remedio que resignarse. Pero cuando en un breve espacio de tiempo, entre los años 865 y 866, murieron sus hijos Lotario, tullido de nacimiento, y Carlos el Niño, subnormal a causa de una lesión, el rey empezó por reconciliarse de un modo muy cristiano con su esposa Irmintrude y la hizo ungir como reina. Pero al hermano de ésta, Guillermo, que inmediatamente después conspiró contra él, Carlos lo hizo decapitar, mientras que Irmintrude entraba en un monasterio.

Carlos, que en una ocasión recibió como regalo del obispo Frechulfo de Lisieux la obra del escritor militar Vegecio sobre el arte de la guerra (¡con la que el cristiano ya hacia el 400 quería oponerse a la decadencia del poder militar romano!), estuvo muy lejos de sentirse personalmente contento pues no le gustaba para nada luchar. En cambio propendía a la crueldad.

Así se echa de ver en su comportamiento con Carlomán. Por consideraciones políticas había obligado al príncipe, que gozaba de muchas simpatías, a que entrase en el estado eclesiástico. O, para decirlo mejor, ya muy joven lo hizo tonsurar como monje, al igual que al tullido Lotario, siendo sucesivamente abad de Saint-Médard, de Saint-Germain-d'Auxerre, de Saint-Armand, Saint-Riquier, Saint-Pierre de Lobbes y Saint-Aroul.

134

Por encargo del rey el abad Carlomán marchó en 868 al frente de un ejército contra los normandos. Pero en 870-872 se sublevó contra su padre; fue encarcelado en Senlis y en 873, en virtud de un escrito de demanda del regente, fue despojado de toda «dignidad» eclesiástica por un sínodo allí congregado. El proceso debió de darlo por bueno, sobre todo porque le abría de nuevo unas perspectivas al trono, aunque también al padre le daba la posibilidad de castigar al hijo con mayor severidad. Por ello cuando los partidarios de éste preparaban su liberación y exaltación a la dignidad de rey, Carlos lo llevó de nuevo ante un tribunal y le hizo sacar los ojos «para que se desvaneciera la demencial esperanza, que los perturbadores de la paz habían puesto en él, y para que la Iglesia de Dios y la cristiandad no se vieran turbadas en el imperio por una sublevación alevosa, además de por la hostilidad de los paganos». Aquel mismo año aún pudo el ciego de Corbie huir a Franconia oriental y acogerse a la

[21] Nith. hist. 4, 6. Ann. Bertin. 842. Ann. Xantens. 843.

protección de su tío Luis el Germánico, quien le dio el monasterio de Echternach, en el que murió algunos años después como abad laico.[22]

Carlos el Calvo sólo pudo mantenerse a la larga con grandes dificultades. No sólo hubo de pasar por crisis notables, originadas por las maquinaciones de su madre para dotarle del mayor territorio posible. A ello se sumaron también los desequilibrios del propio reino, tan diverso por geografía, etnias e historia, así como las tensiones en el sur con los godos hispano-septimanos y con los vascos y las dificultades con los francos del norte. En los comienzos tampoco obtuvo el apoyo de muchos magnates, que prefirieron a Lotario. Sólo tras la derrota de éste en Fontenoy pudo mejorar lentamente su posición.[23]

Pero fueron los independentistas bretones y las pretensiones de su sobrino Pipino II de Aquitania los que enfrentaron a Carlos con los conflictos más peligrosos.

Asesinatos y muertes en Bretaña

Bretaña fue castigada por los francos al menos desde los tiempos de Pipino III el Joven (ya en 753) y de su hijo Carlos «el Grande» con incursiones militares en 786,799 y 811. Y asimismo por el hijo de Carlomagno, Luis el Piadoso, en 818, 824 y 830. En la campaña antibretona del 824 estuvo también presente el hijo de éste, Luis el Germánico. *Ab bove majori discit arare minor,* del buey viejo aprende a arar el buey joven...

Los ocasionales sometimientos de los bretones fueron siempre seguidos por sublevaciones y deserciones. Sin embargo, cuando en 831, en la asamblea palatina de Ingelheim, Luis constituyó al príncipe bretón Nominoë (831-851) como *«missus imperatoris»* en Bretaña, éste mantuvo la lealtad. Sólo cuando en tiempos de Carlos el Calvo algunos magnates carolingios intentaron expandirse, llegaron los enfrentamientos militares con los mismos y posteriormente también con el rey. De resultas Nominoë logró la plena independencia de su tierra y probablemente en 850 se hizo ungir rey por el metropolitano de Dol, a quien él mismo había nombrado. Fue el primer rey de Bretaña nunca sometido de hecho a los francos. Cierto que reconoció la soberanía suprema del lejano emperador Lotario I, pero no las pretensiones de Carlos el Calvo.

135

Mas en una de sus incursiones bélicas Nominoë murió de forma repentina al año siguiente. Carlos creyó poder eliminar rápidamente a su único hijo y sucesor Erispoë (851-857). Pero éste, que ya el 843 había derrotado a los francos en Messac, aniquiló ahora su ejército —«pereciendo incontables caballos»— aun antes de cruzar el río fronterizo en la triple batalla de Jengland-Beslé (en Anjou) durante los días 22-24 de agosto de 851. Al segundo día de batalla Carlos emprendió una huida precipitada y abandonó a sus tropas, que «ya no pensaron más que en darse a la fuga». Y los bretones «o abaten a espada a cuantos se topan o los hacen prisioneros...» (Regino de

[22] Ann. Bertin. 868. 873. Regin. chron. 870. LMA IV 514. Tusculum Lexikon s. Dümmler II 321 ss. 334 s, 356 ss. Simson I 326. Mühlbacher II 334 ss. Grotz s. Sprigade 95 ss. Riché, Die Karolinger 229 s, 237.

[23] Véase por ejemplo Ann. Bertin. 844 s, 850. LMA V 967. HEG I 609. Schieffer. Die Karolinger 144 s. Riché, Die Welt 297. Fried, Die Formierung 64.

Prüm).

Mediante la paz de Angers, Erispoë se reconcilió con Carlos, se encomendó a él como *fidelis regis* (leal al rey), fue a su vez reconocido como rey y pudo duplicar la extensión territorial de su reino mediante la cesión de toda la Marca Bretona en torno a Nantes y Rennes. En 856 su hija fue prometida al hijo mayor de Carlos, Luis II el Tartamudo, que por entonces tenía diez años. Con ello Bretaña se perdía de momento para los francos.

Erispoë procuró asimismo solucionar la crisis eclesiástica, que ya venía de largo tiempo atrás, desde su padre. Éste depuso a los obispos profrancos de las diócesis de Dol, Vannes, Quimper y Léon con el apoyo de san Conwoion (que por ello viajó a Roma) y también eclesiásticamente independizó por completo Bretaña mediante el nombramiento de obispos que le eran leales. Pero en 857 Erispoë fue asesinado por su primo Salomón, que se apoderó del país, expulsó al joven Luis y se autotituló rey «por la gracia de Dios», consiguiendo la suprema independencia para los bretones. Obligados por la necesidad, los francos lo reconocieron en 863, pero murió en 874. También sus dos sucesores, que reinaron y se combatieron mutuamente, murieron al poco tiempo.[24]

Apenas algo menos turbulento resultó el campo de batalla aquitano.

Carlos el Calvo liquida a sus sobrinos

De primeras, Carlos II no tuvo ningún éxito contra su sobrino Pipi-no II. Cierto que por el reparto de Verdún el país pertenecía a Carlos; pero el país, al menos por voluntad de la mayor parte de su población, no quería pertenecerle. Así que lo castigó «con numerosas incursiones», pero a menudo sufrió «enormes pérdidas» *(Annales Fuldenses),* como en junio de 844 en Angulema a manos de Pipino y Guillermo, el hijo apenas mayor de edad del margrave Bernardo. A su tiempo se decantaron por Carlos, entre otros, su tío y primer archicanciller Hugo, hijo (ilegítimo) de Carlos «el Grande», abad de Saint-Quentin y Saint-Ber-tin, y un nieto de san Carlos, el abad Richbodo de Saint-Riquier. Entre los prisioneros se encontraban el archicapellán de Carlos, el obispo Ebroín de Poitiers, el obispo Ragenar de Amiens, el abad Lupo de Fe-rrières y numerosos condes. Carlos había perdido la soberanía sobre casi toda Aquitania.[25]

136

Sólo una acción heroica alegró entonces al rey. Atrajo alevosamente a su campamento y mató de inmediato al conde Bernardo, «que era ingenuo sin que se sospechase de él maldad alguna» *(Annales Fuldenses),* aunque según otro analista había sido un «salteador público» y el amante de la mujer de Carlos.

Sólo después de un modesto éxito contra los normandos que asediaban Aquitania, la mayor parte de la nobleza, que reprochaba a Pipino una protección deficiente, se pasó a Carlos. Y así pudo éste hacerse elegir en Orleans (848) rey de Aquitania por la aristocracia eclesiástica y civil y hacerse ungir y coronar por el arzobispo Wenilo

[24] Ann. Bertin. 851. 856 s. Regin. chron. 860, 866. 874. LMA II 615 ss. III 211 s, 2149. IV 433, V 2172. VI1228 s. HEG I 487 ss. 603 s. Kienast, Der Herzogstitel 143. Werner. Die Ursprünge Frankreichs 437.
[25] Ann. Fuldens. 844. Ann. Bertin. 844. LMA V 159. Mühlbacher II 219 s. Sprigade 89 s.

de Sens, y no por el papa. Era un concepto tradicional tomado del arzobispo Hinkmar, pues éste confirió a Carlos la autoridad sagrada y soberana e hizo de la catedral de Reims el lugar de coronación de los reyes francos.[26]

En colaboración con la Iglesia Carlos reforzó su autoridad mediante la idea del *rex christianus* y sobre todo mediante la constante sacralización de esa autoridad con ayuda de actos ceremoniales y religiosos como la coronación y la unción. En una breve ojeada podemos ver que así ocurrió en el nombramiento de Carlos el Niño, su hijo mayor (855), en la exaltación de su hija Judit a reina de Inglaterra con ocasión de su boda (856) y en la exaltación de su propia esposa Irmintrude (866). Personalmente, después de su coronación en Orleans como rey de Aquitania (848) y en Metz como rey de Lotaringia (869), Carlos se hizo coronar emperador en Roma (875). Y en el año 859, con ocasión de un intento de derrocamiento, demostró su dependencia del clero mediante la declaración de que nadie podía deponerlo si no era «por juicio y sentencia de los obispos» con cuya colaboración había sido consagrado rey; «porque ellos son el trono de Dios, sobre el que Él se sienta y desde el que pronuncia la sentencia. A sus reconvenciones y castigos paternos me someto en todo tiempo...». Una prueba más de la influencia siempre creciente de los sacerdotes sobre la política.

No hay duda de que también Carlos sacó provecho de todo ello. Como los demás carolingios hasta reclamó ocasionalmente la dignidad abacial, como en el caso de Saint-Denis, no sólo protegió el «trono de Dios», sino que también cooperó estrechamente con él. Nadie más que el antiguo canciller de Pipino I, el obispo Ebroín de Poitiers, dirigió a la clerecía palatina como archicapellán de Carlos. Y a Hugo, hijo ilegítimo del mismo Carlos (y de su concubina Regina), abad de Saint-Quentin y SaintBertin y último canciller de Luis el Piadoso, le hizo Carlos su primer canciller antes de que el abad cayera defendiendo su causa en Angulema.

137

Pero por encima de todos elevó Carlos al noble Hinkmar, monje del monasterio de Saint-Denis a sucesor de Ebón de Reims (845). El arzobispo Hinkmar. sin duda el prelado franco más influyente de su tiempo (y que escribió los *Annales Bertiniani* entre los años 861-882 en un tono muy subjetivo y orientados por entero a sus objetivos episcopales; en ellos el hábil falsificador ni siquiera titubeó en falsificar el texto de su predecesor), apoyó sí la fracasada tentativa de Carlos para anexionarse el reino central; pero se opuso enérgicamente a su política imperial y a sus incursiones italianas.

Ya al año de la coronación del rey en Orleans (848) cayó en sus manos Carlos, hijo menor de Pipino. El monarca no sólo era tío suyo, era también su padrino de bautismo *(patrem ex fonte sacro),* al que el muchacho, que por entonces tenía unos doce años, estaba especialmente vinculado tanto por parentesco como por lazos eclesiásticos. Sin embargo, en la asamblea imperial de Chartres presionó al joven príncipe y eventual pretendiente para que proclamase desde el púlpito que «por amor y sin coacción alguna quería hacerse clérigo al servicio de Dios». Inmediatamente después de lo cual los prelados lo tonsuraron y lo encerraron en el monasterio de Corbie. Y cuando en el otoño de 852 el monarca tuvo en su poder al rey Pipino II,

[26] Ann. Fuldens. 843 s. Ann. Bertin. 844. LMA VI 2170 s. HEG I 603. Werner, Die Ursprünge Frankreichs 437 s.

hermano de Carlos, también «con el consentimiento de los obispos y los grandes» (Regino de Prüm) hizo que le impusieran la tonsura en la misma iglesia de Soissons, en la que también se había obligado a Luis el Piadoso a llevar la cruz, encarcelándolo después en el monasterio de san Medardo.[27]

Fracasó un primer intento de fuga de Pipino con ayuda de dos sacerdotes, monjes de la casa; y en un sínodo celebrado en Soissons (853) tuvo que formular un juramento de lealtad a Carlos, hubo de emitir un voto monástico formal, vestir de nuevo la cogulla y volver a la cárcel del monasterio. Fue el año en el que casi todos los aquitanos desertaron de Carlos y al año siguiente, atendiendo a la llamada de aquéllos, Luis el Germánico envió a su hijo Luis III el Joven, quien penetró hasta el territorio de Limoges. Carlos cayó asimismo sobre Aquitania, incluso «durante la cuaresma y la fiesta de Pascua», como censuran los *Annales Bertiniani:*

«Pero su ejército no hizo más que devastar, incendiar y llevarse a gentes prisioneras, sin que ni las iglesias ni los altares de Dios escapasen a su codicia y maldad».

138

El príncipe Luis, durante un breve tiempo elevado por su padre a rey de Aquitania, tendría que haberse impuesto claramente con sus tu-ringios, alamanes y bávaros al malquisto Carlos. Pero la invasión de los francos orientales fracasó en el momento en que el ex rey Pipino, al que probablemente Carlos había dejado fugarse, apareció en escena. Y es que el pueblo, al menos en su mayoría, estaba de parte de Pipino, y de nuevo le hizo rey. Recuperó algunas comarcas de Aquitania; pero, tras la retirada de Luis, al año siguiente (855) fue de nuevo atacado por Carlos. Y a mediados del mes de octubre éste otorgó en Limoges a su hijo Carlos el Niño, menor de edad, el título de virrey de Aquitania e hizo que los obispos lo ungieran. Sin embargo, un año después los aquitanos volvieron a declararse en favor de Pipino, que ahora buscó ayuda entre bretones y normandos; pero en 864 de nuevo cayó en poder de Carlos. Éste lo condenó como «traidor a la patria y al cristianismo a prisión severísima» en el monasterio de Senlis, la prisión imperial de Occidente en la que probablemente murió poco después.[28]

Entretanto Luis el Germánico aceptó una oferta para gobernar el reino de Carlos, que la nobleza franco-occidental le había hecho en 854 y que renovó en 858-859. Y al menos la segunda vez el rey. que ya había huido a Borgoña, pudo afianzarse sin más gracias a la actitud resuelta de los obispos franco-occidentales capitaneados por Hincmaro de Reims.

Luis el Germánico ataca el reino franco occidental

[27] Ann. Bertin. 848 s, 852 ss. 864. Ann. Fuldens. 851. Regin. chron. 853. LMA VI 2170 s. Dümmler I 97 ss. 108 ss. Simson II 90 ss. 126 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 141. Mühlbacher II 224, 227. Bertram 34. Cartellieri 260. Aubin 154 s. Kern 346. Voigt, Staat und Kirche 448 ss. Sprigade 90 ss. Boshof, Erzbischof Agobard 254 ss. Ver. por el contrario, los subterfugios apologéticos en Dawson 253 ss. Rau II ss. Bund 424 ss. Werner, Die Ursprünge 438 ss. Schieffer, Die Karolinger 145.

[28] MG Capit. II 2 63 ss. 277 s. Ann. Bertin. 852 ss. 864. Regin chron. 853. LMA V 29 s, 159, 967 ss. 2174, VI 2170 s. Martindale, Charles the Bald 109, 114. Sprigade 92 ss. Werner, Die Ursprünge 440. Schieffer. Die Karolinger 146.

Desde que Aquitania les fue arrebatada a los hijos del rey y legítimos herederos, Pipino y Carlos, las cosas fueron allí mal y la corrupción llegó a todos los rincones. El país se vio sacudido por una serie de re vueltas y Carlos el Calvo, en otro tiempo deseado por los aquitanos, fue perdiendo cada vez más su favor hasta ser tenido por un tirano holgazán y cruel. Cuando en 853 mandó decapitar al conde Gozberto de Maine, un hombre que hasta entonces le había sido leal, no sólo se hizo odioso a la influyente parentela de éste sino también a la nobleza, que en buena parte simpatizaba con él. Y así, según refieren los Anales del imperio franco oriental rigurosamente coetáneos, los embajadores de Aquitania acudieron «frecuentemente al rey Luis con el ruego de que asumiese personalmente la soberanía sobre ellos o enviase a su hijo para librarlos de la tiranía del rey Carlos *(a Karli regís tyrannide)* y no se vieran forzados a buscar por ejemplo entre gentes extrañas al reino y enemigas de la fe, con el peligro que ello comportaba para la cristiandad, una ayuda que no podían encontrar entre los soberanos ortodoxos y legítimos».[29]

139

En febrero de 854 Carlos el Calvo estipuló con Lotario en Lüttich un pacto especial, refrendado de nuevo con un juramento solemne. El pacto iba dirigido contra Luis, cuyo hijo homónimo, Luis el Joven, había caído entretanto sobre Aquitania, pero con la aparición de Pipino hubo de abandonar el país a toda prisa. Luis el Germánico por su parte también estableció entonces un pacto especial con Lotario, quien sin embargo a instancias de Carlos también renovó el pacto especial con él. Y cuando Lotario, que en su viudedad aún había tomado dos concubinas entre las mujeres a su servicio, enfermó de muerte, los hermanos Luis y Carlos se coaligaron como buitres al acecho, seducidos por el gran botín.[30]

Una semana antes de su muerte el emperador Lotario entró como monje en el monasterio de Prüm. Y antes de que allí el 29 de septiembre de 855 «se despojase del hombre mortal» y alcanzase «la vida eterna», repartió el reino central entre sus hijos: el mayor Luis II recibió Italia y la corona imperial; Lotario II obtuvo los territorios que después se llamaron «Lotaringia», desde el Ródano hasta las costas del mar del Norte; y el pequeño Carlos de Provenza consiguió en conjunto unas posesiones importantes, que Carlos el Calvo acabó engullendo paso a paso.[31]

Pronto estallaron las rivalidades, como era de norma tras los repartos; por algún tiempo hasta pareció que Carlos de Provenza, todavía un muchacho, fuera a recibir la tonsura clerical con la consiguiente división del país. La decidida oposición de los magnates borgoñones, que aspiraban a un país autónomo, lo impidió.

Mas pronto volvieron a crearse unas situaciones hostiles entre los hermanos mayores.

El 1 de marzo de 856 Lotario II estableció en Saint-Quentin un pacto formal con su tío Carlos el Calvo, que se veía enfrentado a dificultades crecientes: unos normandos incendiarios, unos bretones victoriosos, unos aquitanos levantiscos, con los que incluso se coaligaron sus propios grandes, y casi todos los condes del país.

---

[29] Ann. Fuldens. 853 s. Mühlbacher II 229 ss.

[30] Ann. Fuldens. 854. Ann. Bertin. 854. Regin. chron. 855. LMA II 1065. Mühlbacher II 234 s. Werner, Die Ursprünge 441 s.

[31] Ann. Fuldens. 855. Ann. Bertin. 854. Regin. chron. 855. LMA II 1065. Mühlbacher II 234 s. Werner, Die Ursprünge 441 s.

Por lo demás, éstos apenas devastaban y robaban menos que los salteadores normandos, que en 856857 entre otras hazañas incendiaron por dos veces París y pasaron a sangre y fuego regiones enteras a orillas del Loira. Y tras el pacto de Carlos el Calvo con su sobrino Lotario II, también Luis el Germánico buscó y encontró un aliado en su sobrino el emperador Luis de Italia.

De ese modo los reyes carolingios volvían a estar fuertemente enfrentados entre sí. Y en el verano de 858, cuando Carlos había acabado encerrando a los normandos durante semanas en Oissel, una isla del Sena, y cuando en el este Luis el Germánico tenía listos tres ejércitos de moravos, liones abodritos y sorbios para combatir a los eslavos, justamente entonces dos grandes de la nobleza franca occidental, el conde Otón y el abad Adalhardo de Saint-Bertin, solicitaron su intervención armada en el reino de su hermano, cuya corona le ofrecían. Reclamaban la supresión de su «tiranía», pues «con su malvado furor aniquilaba» cuanto los paganos que acometían desde fuera les habían dejado; «en todo el pueblo no había nadie que otorgara crédito a sus promesas o juramentos» *(Annales Fuldenses).*

140

De hecho una gran parte de la nobleza franca occidental pertenecía al partido opositor. En él figuraba también Roberto el Bravo, antepasado de los Capetos, abad laico de los monasterios de Marmoutier y de Saint Martin en Tours. En 852 Carlos le había nombrado conde de An-jou y de Turena; pero ahora se pasó al bando de Luis el Germánico. Y éste prometió «apoyado en la pureza de su conciencia (buena o mala que fuese) ayudarle con la asistencia de Dios». En el otro bando, Hink-mar de Reims advirtió al rey que con la guerra fratricida «corría a su condenación» e impidió la deserción de los obispos. Pero en el verano Luis cruzó Alsacia «para librar al pueblo» penetrando profundamente en el reino franco occidental, donde la nobleza, infiel como de costumbre, lo acogió con los brazos abiertos. En ella figuraba el arzobispo Wenilo de Sens, que tantas mercedes recibió después. ¡Apenas un decenio antes había ungido y coronado personalmente en Orleans a su soberano franco occidental después de que hubiera sido elegido rey!

Carlos rompió el cerco de los normandos y el 12 de noviembre los ejércitos de los dos hermanos se enfrentaron en Brienne del Aube. Primero quiso Carlos «mejorar con el consejo y asistencia de Luis y con la ayuda de Dios lo que hubiera de malo». Después exigió de sus obispos —igualmente en vano— la excomunión eclesiástica contra Luis. Por último abandonó secretamente con unos pocos *(cum paucis latenter)* a sus propias tropas dispuestas ya para la batalla y huyó a Borgoña, por lo que su ejército se pasó a Luis. También Lotario, rompiendo su pacto de alianza, dejó a Carlos en la estacada y se unió al vencedor sin lucha alguna.

Luis, al que tan sin esfuerzo se pasó una gran parte del reino franco occidental, repartió generosamente entre quienes le habían llamado honores y tierras, condados enteros, monasterios, bienes y alodios reales (denominación jurídica de los «bienes de plena propiedad» y libres de toda carga) y pasando por Reims se encaminó a Saint-Quentin, donde, siempre piadoso, celebró la fiesta del Nacimiento del Señor en el monasterio del santo mártir Quintín.[32]

Por lo demás, el episcopado franco occidental resistió al intruso. Los prelados de

[32] Ann. Bertin. 857 s. Ann. Fuldens. 858. LMA I 440 s. Mühlbacher II 235 ss. 242 ss. 262. Werner, Die Ursprünge 441.

las provincias eclesiásticas de Reims y Rouen —el propio responsable arzobispo Hinkmar— hablaron a la conciencia de Luis y le recriminaron haber provocado una miseria mayor que los paganos. Lamentaron la ruina derivada de la guerra de cristianos contra cristianos, cuando el primer deber del rey habría sido ¡volver la espada contra los condenados paganos..., ¡además de proteger los derechos y privilegios eclesiásticos!

141 Y entonces Luis, demasiado seguro de la victoria, licenció rápidamente a su ejército, aunque había recibido el aviso de una sublevación sorbía, además de que en el oeste muy pronto fracasó la «liberación». Los hijos del conde güelfo Conrado se pasaron al bando de Carlos y le incitaron contra su hermano, ahora casi indefenso. Éste huyó precipitadamente a Worms «después de haber arruinado todo el reino y no haber mejorado ninguna cosa» *(Annales Xantenses),* mientras que la victoria de Carlos en una situación más difícil en apariencia fundamentó sorprendentemente su ascensión. Lotario cambió una vez más de campo y al poco de la huida de Luis se pasó de nuevo a Carlos, al que acababa de traicionar, reforzando con un nuevo juramento en Warq, cerca de Me-ziéres, la antigua alianza. Hasta que por fin en junio del 860 Luis y Carlos se garantizaron mutuamente la paz mediante un juramento solemne en la fortaleza de Coblenza, en la que también se encontraba Lotario. Como en 842, el juramento lo formularon en dos lenguas, «de conformidad con la voluntad de Dios y para la estabilidad, honra y defensa de la santa Iglesia...» y también, evidentemente, «para el bien y la paz del pueblo cristiano que nos ha sido confiado», a la vez que «para el mantenimiento de la ley, la justicia y el orden...».[33]

Se vivía justo en unos tiempos de fe profundamente cristiana, cuando poco antes «en muchísimos lugares había caído nieve tinta en sangre», cuando justamente Liutberto de Münster, «el bienaventurado obispo», llenó el monasterio de Freckenhorst con «muchas reliquias» de santos mártires y confesores y hasta con «una parte del pesebre del Señor y de su sepulcro...». No quedaba ahí lo milagroso: se tenía «asimismo polvo de sus pies cuando subió al cielo...». Inmediatamente después leemos que los reyes (cristianos) «devastaron todos los alrededores» de Coblenza. Y al poco tiempo el rey Lotario II habría abandonado «a su legítima esposa» para vivir «públicamente con la concubina». Y el rey Luis habría nombrado conde «al impío Hughardo». Sin duda eran tiempos de profunda fe cristiana. El cronista cierra su informe anual: «Sería harto laborioso relatar la discordia de nuestros reyes y la desgracia que los paganos trajeron a nuestros reinos».[34]

Algo de todo ello contaremos ahora.

Los eslavos se infiltran...

142 Los eslavos, a los que algunos eruditos romanos del primer imperio (Plinio el

[33] Ann. Bertin. 860. Ann. Fuldens. 860. Ann. Xantens. 860. HEG I 604. Mühlbacher II 247 ss. 254 ss. Werner, Die Ursprünge 441. Voss 42.

[34] Ann. Xantens. 861 s. Para el polvo como reliquia y medio de curación: Trüb 108 ss. un libro revelador acerca del culto cristiano de los santos.

Viejo, Tácito, Tolomeo) llamaron *venedi* y más tarde los germanos conocieron como *wendos,* jamás se autodesignaron así, sino como eslovenos *(slove nin,* mz. *slovene),* según consta desde el siglo X El nombre eslavo de *sklabenoi,* atestiguado desde comienzos del siglo VI, se resiste a una explicación etimológica pese a los esfuerzos realizados. Por el contrario, la equiparación de *sclavini, sclavi* (árabe *saqaliba* derivada de dicho nombre y varios siglos más joven, con prisioneros de guerra eslavos, con esclavos, está en relación con el mercado esclavista que prevaleció en los países mediterráneos (católicos e islámicos) y especialmente en España. Y aquí (a diferencia, como se cree, de la «Alta Edad Media intraeuropea») se da una continuidad de la vieja esclavitud que se extiende desde la antigüedad hasta la esclavitud colonialista de la Edad moderna. Y quizá se dé esa continuidad hasta más allá del límite indicado.

Si hasta el presenta la etnogénesis eslava sólo se ha aclarado en sus rasgos generales, la investigación más reciente y en cierta medida unánime afirma que la patria original de los eslavos se encontraba «en algún punto al norte de los Cárpatos» (Vána): en la región del Dniéper medio, en el territorio del Oder-Weichsel, entre el Oder, el Weichsel y el Dniéper medio, tal vez en Ucrania occidental, en las proximidades de los grandes pantanos de Pripjet. Más tarde los eslavos se dividieron en tres grandes ramas. Los eslavos orientales (rusos, ucranianos, rutenos blancos) se establecieron a orillas del Dniéper; los eslavos occidentales (checos, eslovacos, polacos, eslavos del Elba y del mar Báltico), en las proximidades del Weichsel y del Oder; los eslavos meridionales (serbios, croatas, eslovenos, búlgaros) se asentaron en los Balcanes. Un espacio gigantesco, que se extiende entre el mar Negro, el Báltico, el Adriático y el Egeo.[35]

En los siglos V-VI los eslavos fueron dominados primero por los kut(r)igures y después por los avaros. Éstos habían conquistado la llanura occidental siberiana de Irtysch; pero en el 557 alcanzaron las fronteras orientales romanas y en el 561 también el Elba. Tras la emigración de los longobardos, que abandonaron Panonia a las órdenes del rey Alboín y cayeron sobre Italia en 568, los avaros ocuparon el curso medio del Danubio, que ahora pasó a ser el centro de su reino, al que servían como pueblos auxiliares los búlgaros y numerosas tribus eslavas.

Desde mediados del siglo VI los eslavos occidentales cruzaron el Weichsel y lentamente fueron infiltrándose en los territorios germá-nicos del noreste y del centro —que al tiempo de la invasión de los bárbaros habían quedado vacíos en buena medida—; finalizando ya el siglo VI avanzaron hasta las cuencas de los ríos Elba, Saale, Naab y alto Main. Y acabaron por asentarse en el Holstein oriental, el «Wendland» de Hannover y en Turingia, así como en la caldera bohemia, Carintia, Tirol oriental, Estiria y Carniola; regiones en las que poco a poco fueron surgiendo los pueblos polaco, wendo, checo, eslovaco y moravo.[36]

143

Como demuestran las nuevas excavaciones sepulcrales, la penetración de los eslavos desde el sur de Polonia, a través de Bohemia y Mo-ravia, hasta los Balcanes

[35] LMA VII 2000 s. HEG I 160 s. 362 s. Vernadsky 252 ss. Jirecek 61 ss. 81 ss. 100 ss. Dannenbauer II 7. Rice 140, espec. 33 ss. Herrmann, J. Urheimat und Herkunft, Einleitung 12 s.

[36] Muchos textos de las fuentes en Herrmann, Slawisch-germanische Beziehungen 21 ss. LMA III 1779, VII 2001. Hauck II 350 ss. Stadtmüller 88 ss. Ewig 55. Bosl, Europa im Mittelalter 155 s, 175. Störmer, Früher Adel 202. Stern/Bartmuss 116 s. Véase también la recensión de B. Wachter en ZO 1972, 539 ss. Angelow/Ovcarov 58 ss.

se realizó de forma pacífica. En parte del territorio habitaban todavía campesinos germánicos y en parte eran tierras despobladas, como ocurría entre los cursos medios del Elba y del Oder a mediados del siglo VI. Hacia el año 600 informa una fuente bizantina que los eslavos dejaban habitualmente a sus prisioneros que comprasen su rescate o que continuasen entre ellos «libres y como amigos». Los eslavos no eran antibelicistas, como a veces se supone. Más bien mejoraron poco a poco su armamento, su arte de guerrear y sus fortificaciones; especialmente los eslavos fronterizos no iban en ello a la zaga de los pueblos europeos occidentales.

En los siglos VIII y IX todo el territorio al este del Elba estaba habitado por eslavos. Pero se encuentran también en muchas regiones densamente pobladas desde el Holstein oriental y Hamburgo hasta el noreste de Baviera. Allí florecieron la agricultura, la ganadería, la apicultura, la artesanía y el comercio, de modo que a ellos «les corresponde una parte inmensa en la formación de la civilización europea» (Fried). Incluso el proceso de «la formación de la conciencia nacional» empieza entre ellos, como entre los germanos, antes que entre los pueblos románicos, los italianos y los franceses.

En el norte se asentaron las tribus eslavas del Elba, desde el Báltico hasta el curso inferior del mismo río los obodritos, más al este los liutizos (wilzos) y, entre el Elba y el Saale, los sorbios y los daleminzios. Los checos, así llamados sólo en siglos posteriores, habitaban en las montañas bohemias, parte de los moravos en el valle del Morava, los eslovenos (carantanos) y eslavos meridionales en el Danubio y sus afluentes.

En el territorio de los Alpes orientales la zona de asentamiento de los eslavos alpinos en el siglo VIII comprendía aproximadamente la actual Carintia. Carniola, Estiria y la baja Austria con el Danubio como frontera septentrional; su asentamiento occidental lo constituía el Tirol oriental de hoy, donde llegaron hasta el valle de Puster y casi hasta las fuentes del Drave. Naturalmente aquí y allá había también campesinos bávaros, con lo que hubo zonas de población mestiza y, tras las luchas de finales del siglo VI, una coexistencia pacífica.

En general los eslavos habían avanzado en el siglo VII hacia el oeste, alcanzando aproximadamente la línea Elba-Saale—región boscosa de Bohemia. Y hasta el siglo VIII se dieron unas relaciones relativamente pacíficas entre eslavos del Elba y francos. Al menos los eslavos del Elba — sorbios, liutizos (o wilzos, *weletabi* en eslavo) y obodritos—, que habitaban entre Elba/Saale y Oder, es decir, en lo que luego sería territorio alemán (recientemente también designado como «Germania Slavica»), fueron durante siglos independientes en su política y en su economía.[37]

144

… Y DEL «DERECHO DE LOS PUEBLOS CIVILIZADOS CONTRA LA BARBARIE»

Empieza así ya en el siglo VIII lo que más de un milenio después Droysen llamó la lucha con aquella «furia y crueldad», con aquel «odio contra los alemanes, como es el eslavo hasta el día de hoy»; empieza lo que para el sajón Treitschke, hijo de un

[37] LMA III 1779 ss. HEG I 364. Waldmüller 111 ss. Fried, Die Formierung 16. Babic/Belosevic 81 ss. 88 ss. Friesinger 109 ss. Kahl, Zur Rolle der Iren 375 s.

general, y lo que para el punto de vista de los dominadores alemanes significa el «derecho de los pueblos civilizados contra la barbarie»; y para Franz Lüdke (1936) «la poderosa prestación de nuestro pueblo en el pasado». En una palabra, empieza la «Ostkolonisation» alemana, que perdura hasta el siglo XIX.

Se trata de una constante adquisición de terreno, que se opera sobre todo con tres avances poderosos: en el período carolingio, cuando los eslavos intentan protegerse mediante numerosas fortalezas al otro lado de la frontera franca, especialmente en tiempos de Carlomagno, quien en 789 emprendió la primera campaña militar contra los wilzos y las tribus de Havel-Spree a la vez que sometía a sajones y turingios asentados al oeste del Elba. Pero también en el siglo siguiente, y muy en especial durante el reinado de Luis el Germánico, hubo asimismo guerras mayores en la línea Elba-Saale con abodritos, wendos y sorbios los años 844, 846, 858, 862 y 874.

En la parte central de la frontera eslava también avanzaron los ejércitos francos en 805-806, asimismo con Carlos I, sobre Bohemia, región que ya en su tiempo pagó tributo al imperio franco formando parte de los «Estados tributarios adelantados». Y también aquí intervino de nuevo Luis el Germánico, que sobre todo en el territorio fronterizo suroriental de Baviera impulsó una expansión militar y eclesiástica, con la cual consiguió que el 13 de enero del 845 se bautizasen en Ratisbona 14 caudillos *(duces)* bohemios con sus adeptos *(cum hominibus suis),* porque «deseaban abrazar la religión cristiana», pero difícilmente aceptar la soberanía franca. Bohemia, anexionada desde entonces al obispado de Ratisbona, se había adherido por algún tiempo a la Gran Moravia, pero de nuevo fue sometida al «imperio alemán».[38]

En aquel mundo cristiano apenas ocurre que no se combata en algún lugar o en algún tiempo, por ello llama la atención lo que anotan los *Annales Fuldenses* para el 847: «Aquel año no hubo guerras». Se pasman los cronistas de que los cristianos dejen de matarse. Así, en los Anales Xantenos del 850 se dice: «Ese año reinó entre los dos hermanos, el emperador Lotario y el rey Luis, una tal paz, que se reunieron en Eisling —una zona de la región de las Ardenas— durante muchísimos días con una pequeña comitiva dedicándose a la caza, hasta el punto de que muchos se maravillaban del hecho *(ut multi hoc jacto mirarentur),* y en paz se separaron».[39]

145

Efectivamente, la paz es algo que sorprende, algo raro e infrecuente en grado sumo; y no sólo entre cristianos y paganos, sino precisamente entre cristianos. ¿Y hoy? A lo largo de dos mil años reina la guerra entre cristianos. ¡Nunca hubo más guerras en el mundo! ¡Y nunca mayores!

En los últimos cuarenta años del siglo IX se repitieron las revueltas de los bohemios, que «a la manera habitual» quebrantaron la lealtad. En los años 848 y 849 Luis el Germánico envió ejércitos contra los checos; en la incursión del 849 intervinieron también muchos abades y se combatió con fiereza. Los francos hubieron de entregar rehenes para poder regresar sanos y salvos a casa.

Los historiadores mencionan con particular simpatía las guerras de Luis en el este y en el norte, las tentativas de pacificación, la protección de las fronteras, los

[38] Ann. Fuldens. 845. Taddey 727. LMA III 1779. Kaiser 9 s. Véase Huber, Die Metropole 24 ss. Id. Das Verhältnis 58 s. Schieffer, Das Frankenreich, en HEG I 600 s. Hellmann, Die politisch-kirchliche Grundlegung I 862 s. Mühlbacher II 202. Naegle I 43 ss. II 226. Hilsch. Die Bischöfe von Prag 25. Schulze, Vom Reich der Franken 378 s.

[39] Ann. Fuldens. 847. Ann. Xantens. 850.

afianzamientos conseguidos, las consolidaciones, estabilizaciones e integraciones logradas así como las cristianizaciones llevadas a cabo. Hablan de un cinturón de marcas fronterizas, de un sistema de protección extraordinariamente flexible, de una frontera exterior muy móvil del mundo cristiano desde el mar Báltico hasta el Adriático, del asentamiento, organización, etcétera, de lo conseguido gracias a la amplia visión estratégica de Carlos I.

Mas, por hermoso que todo esto pueda sonar, no fue así. Las continuadas incursiones militares más allá de las fronteras hablan un lenguaje tan claro como no pocos castillos fronterizos francos, que siempre fueron también puertas de salida, especialmente los situados en puntos estratégicos clave. Por ejemplo, en el norte contra los daneses la fortaleza de Esesfeld en Itzehoe; en el este, a orillas del Elba, el castillo de Höhbeck, en la ribera alta frente a Lenzen o en Magdeburgo y también en Halle del Saale.[40]

El gusano eslavo y el pueblo franco de Dios

Los eslavos eran paganos y aun en países cristianos como Turingia, Hessen y los cantones franco-orientales continuaron siendo «infieles» por más tiempo que el resto de la población. Consta que su cultura era más alta de lo que a veces se supone. Hemos de tener en cuenta —y no sólo en este punto— que durante mucho tiempo, desde el siglo VII hasta el XI, los relatos francoalemanes sobre los eslavos proceden casi sin excepción de sacerdotes cristianos, que además con frecuencia no fueron testigos presenciales sino que manejaban noticias de segunda o tercera mano. Y, como casi siempre, los cristianos se encontraban en guerra con los eslavos y se mofaban de ellos. Mas cuando se les tenía por aliados, de repente resultaban bienquistos y en ocasiones hasta se resalta que eran «maravillosamente dignos» de cualquier simpatía.

146

También difieren en su enjuiciamiento las historiografías carolingia y otoniana, aunque desde largo tiempo atrás prevalece un cierto odio popular, cuando no una hostilidad hereditaria, debida en buena parte a motivos religiosos, a la oposición de paganos y cristianos. Y esto ya des de la época merovingia. Más tarde gustosamente se condena a los eslavos de una manera global. Cuanto más cristiano se hace el mundo tanto peores se hacen los demás. De hecho todos son «malos», es decir, son gentes separadas de Dios; todos son «infieles», que en la visión medieval derivada de Agustín equivale a «secuaces del diablo, a los que hay que aniquilar con todos los medios, si no se convierten a la causa de Dios» (Lubenow).

A los ojos de los cristianos, los eslavos no eran útiles más que como «esclavos» —palabra que deriva directamente de «slavus»— o como puros objetivos de muerte; gentes que eran escarnecidas como «gusanos» y «segadas como la hierba del prado» por los católicos piadosos, para quienes eran justamente eso, seres infrahumanos, animales. «¿Qué queréis con esos sapos? —hace fanfarronear el monje Notker de Saint-Gallen a un gigantón cristiano—. Siete, ocho y hasta nueve de ellos solía yo

[40] Ann. Fuldens. 849. Ann. Bertin. 853. Schulze, Vom Reich der Franken 378.

ensartar en mi lanza y los zarandeaba murmurando algo para mis adentros.» Los eslavos eran también radicalmente falsos y alevosos. «Los wendos faltaron a su palabra en su habitual deslealtad a Luis», comentan no sólo los Anales de SaintBertin.[41]

Por el contrario, los francos —que como cristianos deberían haber sido «humildes de corazón», como se ordena en Mt 11,29 y con palabras similares en incontables pasajes bíblicos—, en tanto que «pueblo superior», se sentían como algo muy especial. Ya el prólogo de la *«Lex sálica»,* que se remonta a Clodoveo I (el código germano occidental más antiguo) lo señala de forma lapidaria: «La famosa tribu de los francos, que fue creada por Dios mismo valerosa en la guerra y constante en la paz. [...] de noble figura, resplandor sin mancha y belleza extraordinaria, audaz, rápida y arrojada, se convierte a la fe católica y está inmune contra cualquier herejía [...]. Viva Cristo, que ama a los francos».

Y según Otfrido de Weissenburg (nacido después del 870), el primer poeta conocido en lengua alemana, *puer oblatus* y teólogo y que probablemente trabajó por algún tiempo en la capilla palatina de Luis el Germánico, los francos son un pueblo temeroso de Dios y Dios está siempre con ellos; todo cuanto piensan y hacen lo piensan y hacen con Dios, nada emprenden sin su consejo, y no sólo quieren aprender y cantar su palabra sino también cumplirla. Pero el objetivo de Otfrido era, como él mismo confiesa a un metropolitano de Maguncia, reprimir la poesía oral pagana de su tiempo.[42]

147

Según la concepción eclesiástica cada príncipe cristiano tenía que combatir a los paganos dentro del país y en las fronteras. En efecto, según la doctrina agustiniana dominante relativa a la expansión del reino de Dios sobre la tierra había que conquistar el este eslavo para «convertirlo». No es casual que la lectura preferida de Carlomagno fuera el *magnum opus* de Agustín, *La Ciudad de Dios*. Y el propio Carlos, los carolingios, la aristocracia franca a una con la restante clase de los terratenientes, todos sin excepción estuvieron por lo mismo tanto más interesados en el «expolio», el robo y los tributos del este, cuando en el interior del propio país la productividad agrícola era escasa e insignificantes las perspectivas de incrementar los bienes raíces y las fincas. También los territorios de los eslavos fueron siempre un vivero de tropas auxiliares y esclavos.

Cierto que la nobleza cristiana no siempre veía la misión eslava con alegría sin reservas; y naturalmente por un motivo muy egoísta. Con la aceptación del cristianismo por parte de los paganos, al menos por lo que se refería a la clase noble sajona que limitaba directamente con los territorios cristianos, desaparecía un pretexto para atacar, someter y despojar. «Aunque la cristianización de los eslavos no comportaba el agotamiento completo de una importante fuente de ingresos..., ciertamente que al menos dificultaba a los sajones el saqueo de sus vecinos» (Donnert). Y por supuesto que para los cristianos su sangría siempre era más importante que el evangelio; a los príncipes católicos les importaba ante todo el

---

[41] Bonifat. ep. 73. Ann. Bertin. 853. Notker, Gesta Karoli 2, 12. Hauck II 351 ss. Zóllner 195 ss. Donnert 357. Lubenow 10. Fried, Die Formierung 16. Para la situación antes de Bonifacio: M. Werner, Iren und Angelsachsen 239 ss. Acerca de la satanización de quienes diferían en las creencias véase también Patschovskv, Der Ketzer als Teufelsdiener 317 ss. Tellenbach, Die westliche Kirche F 17 ss. 22.

[42] LMA VI 1557 s. Hauck II 728 (sobre Otfrido de Weissenburg, aduciendo fuentes).

poder, la codicia, el incremento de sus posesiones agrarias y de sus rentas feudales, pues como decía el abad Regino «los corazones de los reyes son codiciosos y siempre insaciables». El arzobispo Guillermo de Maguncia dijo que la afirmación de su padre Otón «el Grande», que se trataba de la difusión del cristianismo, era una excusa. Y sin rodeos de ningún género se dice después en la crónica eslava de Helmhold refiriéndose a Enrique el León: «Nunca se habló de cristianismo, sino únicamente de dinero...».

Mas no se trata simplemente «de que el cristianismo hiciera pie por primera vez más allá del Elba y del Saale asociado a los enfrentamientos bélicos» (Fleckenstein). No, la Iglesia cristiana, y naturalmente la Iglesia alemana, fue también una «fuerza impulsora» de toda aquella expansión hacia el este altamente agresiva; una fuerza, para la cual la fe era asimismo un medio al servicio de un fin; una fuerza, escribe Kosminski, que «iba a la caza de diezmos, bienes y prestación personal y que en la "conversión de los paganos veía un negocio sumamente rentable. En ello la ayudó de la manera más enérgica el papado, que fue uno de los principales organizadores de las campañas militares contra el este de Europa, pues esperaba poder extender su esfera de influencia y aumentar sus ingresos».

148

Pero eso se podía enmascarar justamente de forma magnífica con ayuda de la propaganda misionera cristiana, con el permanente parloteo sobre «lo superior», sobre el «Señor»... Especialmente cuando los señores, los obispos y los abades, habían ya participado en aquellas acciones de rapiña y conquista, que se presentaban como cruzadas, al menos desde los carolingios si es que no ya desde los merovingios, en aquellas incursiones militares de los emperadores sajones y sálicos hasta la época de las cruzadas propiamente dichas.[43]

Había dos formas de ganarse a los eslavos.

Una, la misión eclesiástica independiente, como la del obispo Ansgar, que compró muchachos en Dinamarca y Suecia para hacer de ellos clérigos; la misión del obispo Adalberto de Praga a finales del siglo x o la de Günther de Magdeburgo entre los liutizos en los comienzos del siglo XI.

Como esos intentos de conversión tuvieron escaso éxito, la Iglesia optó por la segunda forma: difundir la Buena Nueva a través de los ejércitos estatales, a sangre y fuego o mediante soborno. De todos modos la aceptación del cristianismo era para los eslavos «equivalente a esclavitud» (Herrmann), y tanto más fácil resultaría su aceptación cuanto más eficazmente pudieran demostrar las armas el poder del Dios de los cristianos y la impotencia de los viejos dioses.[44]

En 400 años, 170 guerras contra los eslavos

[43] Véase Bonifat. ep. 80. Regin. chron. 866. Helm. Chron. Slav. 68. LMA V 1931 s. Erdmann, Heidenkrieg in der Liturgie 57. H. Hirsch, Der mittelalterliche Kaisergedanke 22 s. Holtzmann, Geschichte I 179. Donnert. Studien zur Slawenkunde 329. Schlesinger, Die mittelalterliche Ostsiedlung 45. Bünding-Naujoks 67 ss. 113. Kosminski/Skaskin 158 s. Stern/Bartmuss 123. Epperlein 263 ss. Schneider, Das Frankenreich 65. Leyser, Herrschaft und Konflikt 14 ss.

[44] Herrmann, Materielle und geistige Kultur 259 ss. Dörries II 182 s. Leyser, Herrschaft und Konflikt 14 ss.

Pipino II (fallecido en 714) ya había emprendido sus conquistas de Frisia occidental y de Turingia en estrecha asociación con la Iglesia romana y católica, había incorporado su tierra a los territorios anexionados y así había hecho posible la «evangelización», como diría hoy el papa Wojtyla.

Las cosas no discurrieron de forma diferente en las espantosas guerras sajonas de Carlos. Robar y cristianizar eran cosas que pertenecían sin más a su política. Siempre se marchaba con banderas cristianas sobre los sajones, el clérigo y su «bendición» seguían siempre al militar y sus líneas de empuje, del baño de sangre salía siempre el baño del bautismo, y del asesinato masivo la misión. La extinción del reino ávaro en el flanco oriental del Imperium franco, el gran crimen puramente anexionista de Carlos, se llevó a cabo asimismo como una guerra santa y con ayuda de obispos castrenses. Por doquier colaboraron también aquí guerreros y clérigos, y los extensos territorios del sureste conquistados por la espada se «convirtieron» después principalmente por la acción del patriarcado de Aquileya y del arzobispado de Salzburgo.

149

Tras la destrucción del gran reino ávaro siguieron incontables expediciones contra los pueblos eslavos que habitaban allí, algunas ya en la primera mitad del siglo IX pero sobre todo en la segunda. Los campos fueron devastados, los rebaños aniquilados y muchas personas asesinadas. Casi toda la vida de Carlomán, hijo mayor de Luis el Germánico y fallecido en 880, señor de bávaros, carintios, panonios, bohemios y moravos. estuvo llena de guerras. Y todas estuvieron asociadas a la misión. La cruz llegaba siempre con la espada. Mientras que Baviera, preferentemente desde Ratisbona, Palatinado central, se iba anexionando el sureste pieza a pieza, los prelados bávaros impulsaban la cristianización entre los eslavos sometidos. Pero el alto clero acompañaba también a las tropas y en ocasiones hasta las dirigía. Tal sucedió con el obispo Otgar de Eichstätt, quien en 857 al frente de un reclutamiento hizo algunas conquistas en Bohemia; con el obispo Arn de Würzburg en 871-872, que repitió incursión en 892, siendo derrotado con la mayor parte de su mesnada; y en 872 con el obispo Liutberto de Maguncia y el abad Si-gehardo de Fulda.[45]

A comienzos del año 874 los sorbios y suslerios de la frontera turingia se negaron a pagar los impuestos habituales. En respuesta el arzobispo Liutberto de Maguncia y Ratolfo, margrave de la Marca sorbía, cruzaron en el mes de enero el Saale y aplastaron con incendios y destrucciones la rebelión de los pequeños pueblos fronterizos. Fue la última incursión eslava durante el reinado de Luis el Germánico. Pero ya en 877, bajo su hijo homónimo, se repetía un ataque muy similar contra los suslerios y sus vecinos; el rey se hizo «entregar algunos rehenes con no pocos obsequios y los redujo a la antigua servidumbre».[46]

La Iglesia apoyó naturalmente de forma continuada a todos los hijos de Luis el Germánico, como había hecho con éste. A la masa maltratada y exprimida como mera fuerza laboral esclavista se la alimentaba con reproches por sus pecados, con groseros engaños de reliquias, con las llamadas procesiones impetratorias; y tanto más frecuentes cuanto peor iban las cosas; precisamente en los años 873 y 874 hubo

[45] Ann. Fuldens. 857, 871. Regin. chron. 892. Thietm. 1, 4. Schnürer II13. Aufhauser 1. Weller, Württembergische Kirchengeschichte 47 s. Bosl, Herzog, König und Bischof 270. Id. Bayerische Geschichte 61 ss. Id. Europa 175.

[46] Ann. Fuldens. 874, 877. Dümmler II 372.

calamidades especialmente grandes, como ocurría a menudo: deshielos, inundaciones violentas, hambrunas, epidemias, plagas de langosta de modo que «apenas se podía ver el cielo como por un cedazo», y en muchísimos lugares «los pastores de la Iglesia y toda la clerecía les hicieron frente con los relicarios y cruces, invocando la misericordia de Dios». En efecto, «con diversas plagas golpeó el Señor constantemente a su pueblo y lo castigó con la vara de las injusticias cometidas y con los golpes de sus crímenes» *(Annales Xantenses).*

¡El Señor golpeaba sobre las nubes, no el señor sobre el caballo! El Padre amoroso del cielo golpeaba de continuo. Y hacía blanco de continuo. También los Anales de Fulda veían «al pueblo germánico no poco tocado a causa de sus pecados». Aquí los «pecados» y los «crímenes» son siempre los culpables, no la economía natural de la nobleza, su permanente explotación de ventosa. Parecía algo fatídico como las fuerzas de la naturaleza, que una y otra vez golpeaban sobre todo a las personas, de las que escribe el etnólogo Jeggle: «El propio cuerpo no conocía placer alguno, sólo trabajo, también la mujer y los niños eran simples herramientas. La socialización no era otra cosa que el aclimatarse a ese proceso laboral... El trabajo definía el curso del día, las fases del año, los períodos de vida... Trabajo y vida se identificaban». Sucumbió casi un tercio de la población del imperio franco oriental y occidental. Todavía en el verano siguiente sólo en Eschborn (al oeste de Frankfurt) una riada mató a 88 personas. Incluso «la iglesia local fue arrasada con su altar, de modo que no dejó rastro alguno de su estructura ni aun para quienes acababan de verla», y todo ello naturalmente «como consecuencia de nuestros pecados» *(Annales Fuldenses).*[47]

150

Como en tiempo de los carolingios. Estado e Iglesia colaboraron en los ataques de los Otones, de los salios contra los eslavos del Elba, de los duques polacos contra los pomeranios y en las empresas misioneras del arzobispado de Bremen-Hamburgo. Aquí lo «ideal y religioso... está muy estrechamente vinculado... con motivos profanos» (Bünding-Nau-joks). La extensión del imperio cristiano más allá de las fronteras alemanas del este y del norte fue «siempre una obra común de la Iglesia y del Estado, de la predicación y de la coacción; el trabajo del sacerdote que enseña y bautiza seguía a la conquista bélica o se daba de acuerdo con la aprobación obtenida» (Bauer).

Se ha calculado que los francos y sajones católicos en un período de tiempo que no llega a los 400 años, a saber, desde la incursión de Carlomagno contra los liutizos en 789 hasta la acometida de Federico Barba-rroja y Enrique el León contra Polonia en 1157, ¡llevaron a cabo 170 guerras contra los eslavos! De ellas 20 acabaron en un fracaso para las tropas imperiales, y en apenas un tercio de las mismas tuvieron éxito.

En los primeros siglos de la Alta Edad Media los eslavos apenas tuvieron una conciencia común eslava, que aunase a las numerosas tribus, clanes y «civitates». Pero su estructura social y política cambió notablemente, creció el poder de los príncipes y de la aristocracia tribales y poco a poco se llegó a la consolidación de unos Estados tribales.[48]

También en los siglos VII y VIII hubo ya principados eslavos. Una de tales

[47] Ann. Fuldens. 873 ss. Ann. Xantens. 873. Mühlbacher II 333 ss. Jeggle 109 s.

[48] LMA VII 2001 s. HEG I 360, 364, 890. K. Schünemann, Deutsche Kriegsführung im Osten während des Mittelalters, en DAM vol. 2 1938 S, 55 ss. Me refiero aquí a Hensel, Die Slawen im frühen Mittelalter 443. Menzel I 406. Bauer, Der Livlandkreuzzug 27. Bünding-Naujoks véase nota 43. Fried, Die Formierung 20.

federaciones la presidió por ejemplo el «duque» *(dux)* Dervano el Sorbio, que después del 632 se unió al comerciante franco Samo, fundador del primer reino eslavo (620-658) después de que éste en la batalla de Wogastisburg (a orillas del Eger), que se prolongó tres días, infligiese una derrota total al rey merovingio Dagoberto I. Y hacia 740 se formó en los Alpes orientales, entre los eslavos carintios, un ducado cuyo dux Boruth, amigo de los cristianos, pidió ayuda contra los ávaros al duque Odilo de Baviera, poco antes de que éste fuera derrotado por Pipino III, su cuñado, que en un alevoso ataque nocturno cayó sobre el ejército bávaro mientras dormía.

151 Pero en el siglo IX se formó en la parte eslava el gran reino de Moravia y en el X se desarrollaron otros dos grandes Estados eslavos: primero Bohemia, bajo la casa principesca checa de los Premslidas, y después Polonia, bajo los Piastos.

La Gran Moravia

Especial importancia tuvieron para los francos del este los «mora-vos». Surgidos a comienzos del siglo IX de varias tribus pequeñas, una fuente franca los menciona por vez primera en 822. El analista imperial anota entonces que en la dieta de Frankfurt el emperador había recibido de todos los eslavos orientales —y en la lista figuran abodritos, sor-bios, wilzos, bohemios,ávaros, predenecenteros (grupo oriental abodri-to del cantón de Branitschewo) y también moravos *(marvanorum)*— «embajadas con presentes *(cum muneribus)».* Y naturalmente tales «presentes» no eran ofrendas espontáneas sino gravámenes impuestos a todas las poblaciones y sentidos por éstas como opresivos y deshonrosos.[49]

A su tiempo, de algunas pequeñas tribus eslavas se habían formado dos principados rivales: uno en el valle del Morava, capitaneado por Mojmir I (830-846), y el otro en Nitra, la Eslovaquia suroccidental, con el príncipe Pribina a su cabeza. Éste, aunque todavía pagano, en 827-828 hizo que el arzobispo de Salzburgo Adalram consagrase la primera iglesia en su territorio de Neutra; pero en 833 fue expulsado por Mojmir, el primer soberano del reino de la Gran Moravia que las fuentes mencionan. El antepasado de la dinastía de los mojmíridas se anexionó el territorio de Pribina y, todavía sin enfrentamientos abiertos con los francos orientales, continuó gobernando sobre los dos principados, mientras que Pribina huía en 834 al territorio bávaro oriental, donde por orden de Luis el Germánico se hizo cristiano. Más tarde actuó como vasallo franco en Panonia inferior, en el territorio en torno al lago Balatón, donde con ayuda de Salzburgo pronto surgieron numerosas iglesias, se hicieron presentes misioneros salzburgueses y los campesinos bávaros, y muy especialmente las fundaciones y monasterios bávaros adquirieron posesiones territoriales: Altaich, St. Emmeram, Freising... Es decir, que la misión salzburguesa tuvo «un éxito especial» (Prinz) en el principado de Pribina; por cierto que hacia el 860 Pribina fue derrotado por los moravos.

152 El nombre de «Moravia» *(Mähren)* deriva de Morava *(March),* un afluente de la ribera izquierda del Danubio mencionado ya por Tácito como «Marus» *(mar, mor,*

[49] Ann. reg. Fr. 822.

«pantano»). La expresión Gran Moravia se debe a Constantino Porfirogénito en su obra *De administrando imperio* y se ha generalizado entre los investigadores modernos, aunque algunos prefieren la designación de «Moravia antigua» *(Altmähren).* Como quiera que sea, dicho Estado, que constituye el núcleo del reino de Samos, mantuvo también contactos con los ávaros, un gran reino que surgió entre el Bosque bohemio y el río Gran, siendo el Estado tribal más antiguo de los eslavos occidentales y por entonces uno de los Estados de Europa más grandes y más poderosos, al tiempo que un emporio del comercio centroeuropeo. Abarcaba Bohemia, Moravia, Lusacia y los territorios de los obodritos.[50]

La estirpe de Luis: un suave trabajo al amparo de la cruz y «la creación sangrienta de la espada»

Sólo con una lejana dependencia del imperio franco, en los comienzos la Gran Moravia no fue ni favorable a los francos ni cristiana, aunque una y otra vez estuvo expuesta a la intervención militar del imperio franco oriental y a la acción misionera de la Iglesia franca oriental (de Passau sobre Moravia, de Ratisbona sobre Bohemia). Pero en ocasiones se expandió también a costa de sus enemigos, con lo que a los sangrientos conflictos bélicos se sumó la oposición político-eclesiástica entre el obispo de Roma y el patriarca de Constantinopla, y a corto plazo incluso entre el papa y el episcopado franco oriental.[51]

El cristianismo había penetrado en Moravia ya en los albores del siglo IX; algunas décadas después ya había allí iglesias de piedra. Las excavaciones en Mikulcice, metrópoli del gran reino moravo, han descubierto no menos de cinco templos en el interior de unas instalaciones fortificadas de 6 hectáreas, que se remontan a ese período. Y en la región que rodea la fortaleza, con una extensión aproximada de 100 hectáreas, se alzan al menos otras cinco iglesias dentro de los distritos fortificados de los palacios nobiliarios.

Evidentemente los eslavos se defendieron con la fuerza frente a la amenaza de la religión y de la opresión feudal de los francos orientales; y a medida que su resistencia crecía, los guerreros fueron haciéndose cada vez más duros y crueles. El verdadero objeto era la expansión del poder y la explotación, era «el trabajo de colonización». Se pretendía someter a los eslavos e imponerles tributos. La «cristianización» sirvió más o menos como pretexto y excusa. «El suave trabajo al amparo del estandarte de la cruz tenía que ennoblecer la creación sangrienta de la espada. La Iglesia bávara estaba especialmente capacitada para ese noble objetivo...» (Aufhauser).

152

La decisiva escalada eclesial partió de Ratisbona, de su palacio real y de su sede episcopal (donde se retenía a príncipes y señores bohemios como rehenes) y del

---

[50] Ann. Fuldens. 846. LMA VI 106 s, 720 s, VII 232. HBG I 261 ss. 265 s, 443 (Prinz). Al conjunto de las fuentes sobre la historia del reino de la Gran Moravia remite Novy, Die Anfänge 166, nota 67. Para la frontera de dicho reino: Klebel 19 ss. Mühlbacher II 204 s. Graus, Die Entwicklung der Legenden 161 s. Kosminski/Skaskin 151. Schieffer, Die Karolinger 150. Schulze, Vom Reich der Franken 381 s. Erdelyi 155 s. Chropovsky 161 ss.

[51] Hilsch, Die Bischöfe von Prag 25. Graus, Die Entwicklung der Legenden 161 s.

cabildo catedralicio ratisbonense.

Ya antes del 833 operaba el comandante de fronteras (prefecto) Radbod hasta el lago Balatón. En 852 el sínodo de Maguncia da fe de «un cristianismo grosero en el pueblo moravo»... Pero, ya desde Constantino «el Grande», ¿dónde no fue grosero el cristianismo, desde un punto de vista político? En la segunda mitad del siglo IX la nueva religión se convierte ya en una «piedra angular ideológica» (Novy) del gran Estado moravo. Lo que un hagiógrafo anónimo describe honradamente así: «También el reino moravo empezó a ensanchar cada vez más sus territorios y a vencer a sus enemigos...». A comienzos del siglo X Bohemia entera pertenece ya a la diócesis de Ratisbona; en 973 Praga se convierte en sede episcopal y queda sujeta al arzobispado de Maguncia. Pero hasta la Baja Edad Media muchos eslavos no quieren saber nada de sacerdotes cristianos. Y todavía en el siglo XIV los sínodos de Praga arremeten contra los más dispares usos paganos.

Bajo Mojmir el gran reino moravo comprendía Moravia y Eslova-quia; pero según parece había reconocido la supremacía del poderoso vecino, aunque en los años cuarenta del siglo IX el partido pagano levantó cabeza una y otra vez contra el cristianismo y especialmente contra la estrecha anexión a Baviera, a lo que en ocasiones se forzó a Moravia. Luis se mostró cada vez más activo en el este desde el 843, desde el tratado de Verdún, que reforzó su dominio.

A la muerte de Mojmir se rebelaron los moravos, a los que Luis combatió una y otra vez; ya en 844-846 había atacado a los wendos, sometiendo «a todos los reyes de aquellos territorios por la fuerza o por la bondad» *(Annales Bertiniani),* y había matado a un príncipe. Pero cabría atribuirle el hecho de que por entonces aparecieran en Ratisbona catorce caudillos, procedentes de Bohemia que estaba amenazada por Moravia, y se hicieran bautizar. Como quiera que fuese, en agosto del 846 rompió las hostilidades, depuso a Mojmir y, para afianzar su propia soberanía, confirió el gobierno de Moravia a Rastislav (846-870), sobrino de Mojmir. Éste, que probablemente se hizo cristiano, parece que acogió a misioneros alemanes e italianos.

Luis creó así un «orden», según comentan los *Annales Fuldenses,* y «reguló la situación como le plugo... Desde allí regresó a casa a través de Bohemia con gran dificultad y con importantes pérdidas en su ejército». Esto lo leemos sin más de un modo estereotipado y casi formal; pero ¿caemos en la cuenta de lo que supone ese miserable reventar en el camino...?

154

Se sucedieron otras incursiones de Luis contra Bohemia, donde aparece por vez primera su segundo hijo, Luis el Joven. *Ab bove majori discit...* Y hasta el 850 continúan los ataques: por ejemplo, en 848, cuando estando enfermo el rey, envió a «no pocos condes y abades» con sus «numerosas» tropas y «abrió las hostilidades contra los enemigos que solicitaban la paz»; sin embargo, fue «vergonzosamente derrotado», como refieren sus propios cronistas, siendo muchos los francos que cayeron; los Anales de Fulda hablan de un «gran baño de sangre». Y los supervivientes «regresaron a su patria muy humillados; la gentilidad dañó desde el norte a la cristiandad como de costumbre, fortaleciéndose más y más. Pero referirlo más extensamente causaría fastidio» *(Annales Xantenses).*[52]

[52] Ann. Bertin. 846,848 s, 850. Ann. Fuldens. 844 ss. 849. Ann. Xantens. 844 ss. 849. HBG I 265 s. Véase para la Gran Moravia sobre todo las Magnae Moraviae Fontes Historici, 5 vols. 1966-1977. Hauck II 713 ss.

Como tantas otras veces la cristiandad sufría precisamente una hambruna terrible. El antiguo abad de Fulda y más tarde metropolitano de Maguncia, Rabano Mauro, parece que alimentó a más de 300 pobres. Al menos así lo cuentan los Anales de Fulda, que refieren entre otras cosas: «Llegó también hasta él una mujer casi desfallecida solicitando que la reconfortase; pero antes de cruzar el umbral la mujer se derrumbó por la extrema debilidad y expiró. Y como el niño sacase del vestido el pecho de la madre muerta, cual si todavía viviera, e intentase mamar, hizo que muchos al verlo rompiesen en sollozos y en llanto».

El analista sitúa este hecho en el año del Señor de 850. Y al siguiente escribe que el rey Luis atacó de nuevo a los sorbios, los «oprimió pesadamente y, tras la destrucción de los frutos del campo y la supresión de cualquier esperanza en la cosecha, los domó más por el hambre que por la espada».[53]

El año 852, habiendo estallado una nueva epidemia de hambre, un gran sínodo, convocado en Maguncia por el rey y presidido por Rabano Mauro, insiste naturalmente entre otras cosas en los bienes eclesiásticos y en los diezmos (¡y también permite el concubinato de los solteros, ya que no iba contra el precepto de la monogamia!). Pero según el concilio los moravos todavía no se han convertido al cristianismo sino de forma insatisfactoria: *in rudem adhuc christianitatem gentes Maravonisium.*

En todo caso el príncipe Rastislav no quería continuar siendo indefinidamente un vasallo sometido, no quería ser un permanente receptor de las órdenes del rey franco. Lo que pretendía más bien era volver a sacudirse su soberanía. Y, en efecto, él a quien Luis el Germánico había nombrado duque, se destapó como el principal enemigo del reino báva-ro. Así se expresan con cierto laconismo los *Annales Bertiniani* al terminar el relato del año 855: «Luis, el rey de los germanos, se vio atormentado por la frecuente defección de los eslavos».[54]

¿Y la otra parte?

155

Ya en la primavera de aquel mismo año se reanudaron las incursiones hostiles. Al tiempo en que veinte terremotos sacudían Maguncia y ardían muchas casas, no librándose de las llamas ni la iglesia del santo mártir Kilian a causa de un rayo o «por el fuego del cielo», como dicen los Anales de Fulda (y concretamente «mientras el clero cantaba los himnos de vísperas»), y poco después se desencadenaba una tormenta que destruyó los muros de la iglesia «hasta los cimientos», todavía en la primavera de 855 un poderoso ejército de Luis atacó a Rastislav; en el mismo combatieron varios obispos al frente de un contingente bávaro, aunque inútilmente. Y durante el verano el propio Luis marchó sobre Moravia, asimismo «con escaso éxito», «sin ninguna victoria». «Sin embargo, su ejército castigó con saqueos e incendios una gran parte de la provincia y aniquiló por completo un número no pequeño de enemigos, cuando pretendían penetrar en el campamento del rey.» Rastislav se había retirado a una poderosa fortaleza, que Luis no se atrevió a atacar, supuestamente por evitar el sacrificio baldío de sus tropas (¡la consabida sensibilidad

Aufhauser 1. Hilsch, Die Bischöfe von Prag 25. A. von Müller, Geschichte unter uns. Füssen 125 y tabla 25. Hellmann, Grundfragen slawischer Verfassungsgeschichte 387 ss. Novy, Die Anfänge 173. Bosl, Herzog, König und Bischof 271,278 s. Schieffer, Die Karolinger 150. Hartmann, Die Synoden 228 ss.

[53] Ann. Fuldens. 850 s. Rau III 2 s. Véase Geremek 51 s.

[54] Ann. Fuldens. 852, 855. Ann. Bertin. 855. HBG I 266. Hartmann, Die Synoden 228 ss.

de los jefes de ejército!). Y cuando Luis se retiró sin alcanzar la victoria, Rastislav asoló a su vez los territorios bávaros fronterizos.

Pero el año 856 ya está el rey combatiendo de nuevo en el este, donde perdió una gran parte de su cuerpo expedicionario. En agosto empezó por someter sangrientamente «con todo el poder militar» a los daleminzios; desde allí recorrió «el país de los bohemios», perdiendo en la empresa a varios condes bávaros con numerosas tropas. Así y todo, al año siguiente llevó a cabo nuevas maniobras en territorio bohemio. Fue el año en que un rayo «como un dragón de fuego» cuarteó la iglesia de San Pedro de Colonia dejando «medio muertos» a dos clérigos, a un laico (con toda precisión, junto a un altar: el de los santos Pedro y Dionisio y de santa María) y a otros seis orantes, que «apenas sanaron» *(Annales Fuldenses),* cuando ya en 857 el obispo Otgar de Eichstätt con otros grandes invadió de nuevo Bohemia. Y en 858 lo hizo Carlomán, el hijo mayor de Luis, mientras un segundo ejército atacaba a los sorbios y un tercero, a las órdenes del hijo menor y homónimo de Luis, marchaba contra los obodritos, contra los cuales volvió a probar suerte junto con su padre en 862, aunque sin conseguir otra cosa que la pérdida, una vez más. «de algunos de sus grandes» *(Annales Bertiniani).*[55]

En agosto de 864 «el Germánico» volvió a cruzar el Danubio «con un fuerte contingente», sitió a Rastislav en Dowina y le arrancó a él y a sus nobles juramentos de lealtad al tiempo que tomaba «rehenes en la forma en que el rey lo ordenó» *(Annales Fuldenses).* Pero *anno Domini* 869, después de que los eslavos desde el Danubio hasta el curso medio del Elba se hubieran levantado contra sus opresores y hubieran devastado tanto el territorio bávaro como el turingio, los francos avanzaron de nuevo hacia el este con tres ejércitos comandados por los hijos de Luis, que había enfermado de repente: el hijo homónimo con turingios y sajones contra los sorbios; Carlomán con los bávaros contra Svatopluk (Sventiboldo), sobrino de Rastislav; y el hijo menor Carlos con francos y alamanes contra el propio Rastislav.

156

El rey enfermo encomendó «al Señor el éxito de la causa», y así en nada podía fallar. Carlos atacó al atrincherado príncipe bohemio y allí —lo cuentan los Anales de Fulda— «con la ayuda de Dios redujo a ceniza todas las casas de aquella región; lo que había sido escondido en el bosque o enterrado en los campos, lo encontró él con los suyos y expulsó o mató a cuantos se toparon con él. Carlomán devastó asimismo a sangre y fuego el reino de Sventiboldo. sobrino de Rastislav; y tras la devastación de todo el país los hermanos Carlos y Carlomán se reunieron deseándose mutuamente felicidad por la victoria que el cielo les había otorgado».

Mas también el hijo menor, Luis, había infligido entretanto dos derrotas a los sorbios, aniquilando en parte a las tropas mercenarias bohemias y en parte poniéndolas en fuga. Así que todos regresaron con botín abundante. Un año realmente feliz para los francos orientales, sobre todo cuando se anunció que también había muerto Gundacar, un vasallo desleal a todas luces en grado sumo de Carlomán (desleal asimismo). Por ello, tras recibir la noticia, el rey Luis mandó que «todos unidos alabasen al Señor por la muerte del enemigo aniquilado, con el repique de las campanas de todas las iglesias de Ratisbona...».[56]

---

[55] Ann. Fuldens. 855 ss. Ann. Bertin. 856 s, 862.

[56] Ann. Fuldens. 864, 869. Ann. Bertin. 869.

Pese a todo Rastislav pudo rechazar con éxito durante largo tiempo los ataques franco-orientales, pues ya disponía de poderosos centros fortificados, como refieren las fuentes y demuestra la arqueología. Esa estabilización sustrajo la Gran Moravia no tan sólo al reino franco sino también a la Iglesia imperial franca, cuyos obispos y abades a menudo degollaban en el este al frente de sus soldadescas: en 857 el obispo Otgar de Eichstätt, en 871 el obispo Arn de Würzburg, en 872 el citado obispo con Liutberto obispo de Maguncia y el abad Sigehardo de Fulda, en 892 de nuevo el antedicho Arn de Würzburg.

Para los moravos estaba a todas luces claro que sólo el éxito militar no podría librarlos de su poderoso vecino, sobre todo cuando su país estaba también expuesto a las garras de la Iglesia franco-bávara. Por ello aprovecharon hábilmente el juego de fuerzas geopolítico en la región danubiana y en los Balcanes, donde junto a los francos orientales y al poder hegemónico de Bizancio actuaba también el agresivo kanato búlgaro.

Pero mientras Luis el Germánico en sus ataques a Rastislav llegó a aliarse hasta con los búlgaros, cuyo kanato también solicitó misioneros francos, Rastislav combatió sucesivamente en alianza con checos, sorbios, condes francos y hasta con Carlomán hijo de Luis en 858.

157

Es evidente que por lo general el poder reclama más poder, político, económico, religioso y quizá poder de cualquier tipo. Y así también los condes fronterizos franco-orientales se deslizaron de continuo hacia la insurrección. Y entre ellos y sobre todos el que sin duda era el más poderoso de la Marca oriental, el prefecto y conde Radbod, el personaje allí dominante a lo largo de dos décadas. Figuró al lado del conde Ernesto, que también se sublevó, y de algunos otros condes fronterizos de su tiempo. Y probablemente debido a su rebelión del 854 el rey Luis entregaba dos años después la Marca oriental *(Marca orientalis,* por primera vez así llamada) a su hijo Carlomán.[57]

… Y DE NUEVO HIJOS CATÓLICOS CONTRA EL PADRE CATÓLICO

Aunque todos aquellos hijos de un buen padre católico habían sido evidentemente bien educados en el catolicismo, todos estuvieron rodeados de clérigos de alta categoría y probablemente todos conocían también el cuarto mandamiento: Honrarás padre y madre, todos ellos, y no sólo una vez, se alzaron contra su progenitor. Cierto que las luchas dinásticas tenían en el imperio franco una larga tradición. Y precisamente Luis el Germánico debería haber recordado una y otra vez su propia juventud rebelde…

Primero, el año 861, se sublevó el mayor, Carlomán (hacia 830-880), que frisaba en los treinta años y gobernaba en Baviera y Carintia. Como certifica Regino de Prüm, su coetáneo algo más joven, no sólo era «muy ilustre» y «devoto de la religión cristiana», sino que también «amaba la paz», sin que sepamos muy bien lo que por tal entiende el abad Regino. Pues sólo dos líneas después lo exalta también con todo el candor de su religión y de su estado eclesiástico: «Llevó a cabo muchísimas guerras

[57] Ann. Fuldens. 857, 871 s. HBG I 265 s. Mitterauer 91 ss.

en compañía de su padre y muchas más sin él en los reinos de los eslavos y siempre reportó el laurel de la victoria; agrandó y ensanchó con la espada las fronteras de su reino...». Pero, como en la mayor parte de tales casos, debió de ocurrir simplemente así: justo porque Carlomán amaba la paz, tuvo que llevar a cabo tantas guerras, tuvo que agrandar y ensanchar con la espada las fronteras del reino, y aunque «manso» con los suyos, tuvo que ser «terrible» *(terribilis)* con los enemigos.

Como quiera que sea, Carlomán, «extraordinariamente hábil en el ordenamiento de los asuntos del reino» (Regino) y ambicionando evidentemente el poder desde los comienzos, no sólo combatió repetidas veces a los condes francos en las tierras orientales sino que también había preparado perfectamente su rebelión pues, siendo como era amante de la paz, en 858 firmó la paz con Rastislav de Moravia, el enemigo del país, para poder llevar a cabo la guerra contra su propio padre.

158

Y con ayuda del moravo se apoderó «de una gran parte del imperio paterno hasta el Inn» *(Annales Bertiniani).*

En el empeño lo sostuvo su suegro, el poderoso conde Ernesto, «el primero entre los nobles», «el primero entre los amigos del rey», junto con todos sus secuaces, algunos otros condes y el abad Waldo. También el conde Ernesto había combatido antes en Bohemia, hasta allí había conducido en 849 un cuerpo de ejército y en 855 se le menciona otra vez como *«ductor»* de los guerreros que marcharon contra los bohemios. Pero entonces el conde Ernesto perdió su feudos, sin duda a causa de su

«deslealtad». Asimismo destituyó Luis a los hermanos Uto y Berenga-rio, que eran condes, y a su también hermano el abad Waldo; los tres se pasaron al bando de Carlos el Calvo. Y al príncipe eslavo Pribina le costó la vida la alianza de Carlomán con Rastislav. El príncipe lo sacrificó a los moravos; el sucesor de Pribina en el principado del lago Balatón fue su hijo Kozel.

Pero el propio Carlomán, que con el apoyo de Rastislav había arrebatado al padre una gran parte de su reino, recuperó tras su sometimiento aquella parte del reino, aunque hubo de prestar un juramento de garantía a su padre en Ratisbona (862). Le juró «no acometer en adelante con mala intención nada contra su legítima autoridad». No parece que el juramento le preocupase mucho —el relato oficioso resulta un tanto confuso—, puesto que en 863 Luis marchó con un ejército contra él «para frenar a su hijo» *(Annales Fuldenses).* Mas éste fue traicionado por sus mejores tropas al mando del conde Gunakar. El conde, en efecto, mediante la entrega del paso del Schwarza en Semmering, abrió al rey el acceso a Carantania (Carintia). Un margraviato aquel que fue traidor al traidor.

De nuevo Carlomán prometió sumisión con juramento, permaneció más de un año en Ratisbona en «régimen carcelario libre», pero en 864 huyó una vez más haciéndose perjuro, hasta que definitivamente se reconcilió con su padre. Incluso le entregó a comienzo de los años setenta al «rey de los moravos», y Luis el Germánico más tarde muy cristianamente le hizo sacar los ojos haciéndolo desaparecer en un monasterio.[58]

En aquellos círculos de la alta nobleza católica la traición proporcionaba poder y abría puertas; por ello resultaba algo natural. Esto se echa de ver de nuevo en el

[58] Ann. Fuldens. 861 ss. Ann. Bertin. 861 s, 864 ss. 870. Ann. Xantens. 871. Regin. chron. 880. LMA III 2176 s. 96. HBG 265 ss. Mühlbacher II 321 ss. espec. 823 s. Bund 469.

dignatario político más encumbrado, su archicape-llán y archicanciller, el arzobispo Thietmar de Salzburgo (874-907). «En Thietmar apoyó Carlomán sus planes políticos» (Schur). Pero en el complot de los grandes de Baviera, incluidos los obispos, dirigido sobre todo contra Arnulfo, hijo de Carlomán, el arzobispo Thietmar se pasó en 879 a Luis III, viviendo todavía aunque ya muy enfermo Carlomán.

A ese segundo hijo de Luis el Germánico, el príncipe Luis III el Joven (hacia 835-882) estuvieron sometidas Franconia oriental. Sajonia y Turingia. Luego de una temprana defección, ya en 862 se había obligado «con los juramentos más graves» *(districtissimis sacramentis)* «a permanecer fiel a su padre en el futuro» *(Annales Bertiniani),* por lo que fue recompensado con un condado y con la abadía de san Crispín. Pero después el joven Luis urdió tres sublevaciones contra su padre en 866, 871 y 873.

159

Finalmente el consejero de Luis III, el director de su capilla y cancillería, no fue otro que Liutberto, «el noble arzobispo de la ciudad de Maguncia» (863-889). Es verdad que los Anales de Fulda califican a ese noble de «amante de la paz»... Quizá porque en 874, en medio del invierno «mediante saqueos e incendios y sin lucha... redujo a la vieja esclavitud» a los sorbios y siusleros del otro lado del Saale. El metropolitano maguntino pudo también blandir la espada con toda belleza abatiendo por ejemplo en 883 «a no pocos» normandos y en 885 «a muchísimos», y todo ello llevando siempre «madera de la santa cruz».

Son cosas que no se excluyen para nada. Todo lo contrario. Y así el noble prelado de la ciudad de Maguncia, que también en los Anales de Fulda es celebrado como «paciente, humilde y bondadoso», dirigió por una parte la capilla y la cancillería palatinas de Luis, que se revolvió tres veces contra su padre. Y, por otra parte, en 866 mandó aplastar con crueldad una sublevación en Maguncia, en la que murieron algunas de sus gentes. «Algunos en efecto fueron ahorcados, a otros se les cortaron la extremidades de manos y pies, también se les privó de la vista, y algunos, que dejaron toda su hacienda en la baza para escapar de la muerte, fueron desterrados» *(Annales Fuldenses).*

El príncipe y su obispo eran caracteres rudos, pero no ciertamente más de lo que era habitual entre los cristianos. Y desde luego que también la Iglesia bajo Luis III el Joven «participó en los asuntos de gobierno de aquel soberano ambicioso y violento... y se mantuvo como fiel aliada en la política del rey en la guerra y en la paz» (Schur).

En el año 865 Luis el Germánico se había reconciliado casualmente con Carlomán, el hermano mayor de Luis el Joven. Y ya al año siguiente este último se rebeló «incitando a la vez al wendo Rastislav a que irrumpiese y saquease Baviera, a fin de que mientras su padre o sus leales estaban ocupados en aquellos territorios pudiera él llevar adelante su empresa sin estorbos» *(Annales Bertiniani).* Para ello el príncipe Luis incorporó también a sus planes a los condes que su padre había depuesto y que en parte se habían pasado al bando de Carlos el Calvo, y presionó sobre todo a Rastislav «a que fomentase sin titubeos aquella conjuración» *(Annales Fuldenses).*[59]

La segunda y la tercera rebeliones las llevó a cabo Luis III en unión con el príncipe Carlos III, tercer hijo de Luis el Germánico.

160

[59] Ann. Fuldens. 866, 883, 885, 887, 889. Ann. Bertin. 862, 866. LMA V 996. HBG I 277. Schur 24 ss.

El príncipe Carlos (emperador Carlos III el Gordo) en lucha con los malos espíritus

En 871 los dos hermanos «con una multitud no pequeña» ocuparon el cantón de Espira; al año siguiente subsanaron la ruptura con el padre y en 873 pretendieron apoderarse de él con ocasión de una asamblea imperial en Frankfurt. Para ello justamente antes de la dieta imperial de Forchheim, a mitad de la cuaresma «y en presencia de todo el ejército», habían jurado al rey «guardarle lealtad todo el tiempo de su vida». Y entonces partieron hacia Frankfurt «llenos de ideas inicuas, el homónimo (Luis) y Carlos para establecer un gobierno por la fuerza, desatender sus juramentos, despojar del imperio al padre y meterlo en prisión» *(Annales Xantenses).*

Pero el príncipe Carlos, que era el más joven, parece que no pudo resistir la tensión nerviosa y sufrió un ataque epiléptico o, para decirlo en el lenguaje de la época, ocurrió evidentemente «un gran milagro: ante los ojos de todos el espíritu malo entró en Carlos y lo atormentaba horriblemente con gritos estentóreos» *(eumque horribiliter discrepantibus vocibus agitavit).* (Digamos entre paréntesis que en el cristianismo —¡alabado sea Dios!— existió una gran familiaridad a lo largo de toda la antigüedad con los espíritus malos y su defensa. Y todavía hacía poco que desde Maguncia se había combatido en un lugar cerca de Bingen, el palacio Caputmontium,

«Cabeza de los montes», y a lo largo de tres años, a uno de tales «espíritus malos» con sacerdotes, reliquias, cruces, oraciones y agua bendita, y sólo se le dio jaque mate después de que «hubiera destruido con el fuego casi todos los edificios»: *Annales Fuldenses.)*

Por lo que respecta al príncipe Carlos, que después sería conocido como el emperador Carlos III el Gordo y que por breve tiempo gobernaría todo el imperio de Carlomagno, ocurrió que en la dieta imperial de Frankfurt apenas pudieron sujetarlo seis de los varones más fuertes y amenazaba «con morder con la boca abierta (!) *(aperto ore)* a los que lo sujetaban».

Poco después ocurrió otro milagro (y es que un milagro raras veces se da solo): el mismo día los benditos hombres de Dios volvieron a expulsar al *«malignas spiritus»,* haciéndolo con especial éxito el arzobispo Rimberto de Hamburgo-Bremen (que casualmente había sido el discípulo predilecto de su predecesor san Ansgar, el legado papal entre daneses, suecos y eslavos). Pero después el rey, los obispos y demás nobles condujeron al poseso a las tumbas de algunos santos milagrosos a fin de arrancarle para siempre de las garras del diablo. Cosa tanto más necesaria cuanto que «el propio Carlos confesó en voz alta delante de muchos oyentes» —lo que era un tercer milagro— «que había estado expuesto a la violencia enemiga tantas veces como las que había conspirado contra el rey» *(Annales Fuldenses).* Y por fin, otro milagro: el hermano mayor se arrojó a los pies de su padre en vez de arrojar a éste a la cárcel.[60]

161

Vida familiar católica en el nivel más alto. En cualquier caso, una lección bien aprendida: cuando no queda otra elección, la gente se arrastra hasta la cruz.

Pero a través de todas las contiendas familiares de la casa reinante persistieron las matanzas contra los moravos. hasta que Sventiboldo intentó detenerlas en la dieta

[60] Ann. Fuldens. 858, 866, 871 ss. Ann. Bertin. 862, 866. Ann. Xantens. 873. LMA V 2174. Mühlbacher II 325 s, 333 s. Trub 73 ss.

imperial de Forchheim (874). Permanecería leal al rey todos los días de su vida y pagaría año tras año los impuestos fijados «con tal que se le permitiese vivir en paz y tranquilidad» *(quiete agere et pacifice vivere).*[61]

Una vida en paz y tranquilidad... Tal vez, quién sabe, en ocasiones hasta los santos padres de Roma la habrían deseado. Mas no se la concedieron ni a sí mismos ni a los demás.

[61] Ann. Fuldens. 874.

163

CAPITULO 3. EL PAPADO A MEDIADOS DEL SIGLO IX

«¡Luchad virilmente contra esos enemigos de la santa fe, contra esos enemigos de todas las religiones!» EL PAPA LEÓN IV (847-855) ANTES DE UNA BATALLA CONTRA LOS ÁRABES [1]

«Porque si alguno de vosotros tuviera que morir, el Omnipotente sabe que muere por la verdad de la fe, por la redención de su alma y la defensa del territorio cristiano. Por ello obtendrá la recompensa mencionada», la vida eterna.

EL PAPA LEÓN IV EN UNA PROCLAMA «AL EJÉRCITO FRANCO» [2]

La obra falsificada de las Seudoisidorianas (hacia 850) «elevó la posición y el prestigo de la Santa Sede de forma insospechada» (Manfred Hellmann); fue «el regalo más valioso que el papado había recibido jamás» (Walter Ullmann), la «falsificación de mayor éxito de toda la historia de la Iglesia» (Hans Kühner, historiador católico de los papas); «la mayor falsificación legal de la historia» (Grotz, jesuita).[3]

«Se impuso a los reyes y a los tiranos y los dominó con su prestigio, cual si fuese el soberano del orbe terráqueo.»

ABAD RECIÑO DE PRÜM REFIRIÉNDOSE AL PAPA NICOLÁS I (85S-867) [4]

165

«Con el perverso nombramiento de varios papas» la situación en Roma «era de gran desorden», comentan los anales oficiales del imperio el año 824. Tras la muerte de Carlos I el santo papa León III había condenado implacablemente a muerte a centenares de personas en 815, un año antes de que él mismo expirase. Su sucesor Esteban IV se presentó al año siguiente en Reims con una falsa «corona de Constantino». A la muerte de su sucesor Pascual I, un papa duro y odiado, en 824 estallaron tales tumultos que no pudo llevarse a cabo su planeado enterramiento en San Pedro, teniendo que permanecer su cadáver insepulto (de todos modos dicho papa fue canonizado, aunque su fiesta se eliminó en 1963). La elección de su sucesor Eugenio II (824-827) provocó tumultos durante meses, porque nobleza y clero habían presentado dos candidatos rivales. Después al menos discurrieron en paz las elecciones de los dos santos padres inmediatos: Valentín (agosto-septiembre del 827) y Gregorio IV (827-844).[5]

SERGIO II, O «... TAN BIEN COMO PODAMOS»

[1] Véase nota 8.
[2] Véase nota 9.
[3] Véanse notas 10 s, 13.
[4] Regin. chron. 868.
[5] LP 2, 52 ss. JW 1, 318 ss. Ann. reg. Franc. 824. LMA IV 78; VI 1752. Kühner, Lexikon 56 s. Kelly 116 s. Seppelt II 207, 214. Haller II 27. Kolmer 5.

A la muerte de ese papa se sucedieron una vez más las acciones violentas. Pues antes de que la nobleza pudiera nombrar a su hombre, el pueblo había tomado el palacio papal y había sentado al diácono Juan en la sede ambicionada. Toda una aventura, ya que sólo por breve tiempo disfrutó del éxito, un solo día según parece. Después la nobleza lo barrió de Letrán, se deshizo de la oposición y nombró *Pontifex maximus* a un anciano arcipreste enfermo de gota. Sergio II (844-847), que hizo encerrar a su rival en un monasterio (sin que se sepa nada más de su destino), era un representante de la clase superior a la vez que el quinto papa de la casa Colonna, que el Espíritu Santo parecía preferir. La aprobación imperial, requerida por la *Constitutio Romana* de 824, se eliminó con las prisas.

166

Irritado por ello, Lotario I envió a su hijo Luis, entronizado poco antes en Pavía como virrey de Italia, y al arzobispo Drogo de Metz, hijo «natural» de Carlomagno y hermanastro de Luis el Piadoso, con un ejército franco contra Roma. El ejército asoló el Estado de la Iglesia con la misma crueldad que si se tratase de una guerra y de una expedición de castigo. Pero el anciano papa supo domar al joven rey hasta casi humillarlo, a lo que pudo contribuir un incidente: el horror que provocó un caballero del séquito real, que murió entre convulsiones espasmódicas en las escaleras de acceso a San Pedro. Tras una investigación sinodal de varias semanas fue refrendada la elección de Sergio. Por lo demás hubo de admitir que el papa designado sólo podía ser consagrado por orden del emperador y en presencia de sus embajadores; tuvo que prestar un juramento de lealtad a Lotario y coronar y ungir al joven Luis como «rey de los longobardos».

Mas no quiso Sergio actuar simplemente al dictado: cuando se tratase de la unidad del imperio, de la cohesión de Occidente, cuando alguno de los tres hermanos gobernantes rompiese la «unidad lograda con la fe en la Trinidad» o cuando alguno de ellos «prefiriese seguir al autor de la discordia», el papa amenazaba: «Nos nos esforzaremos por castigarle merecidamente con la ayuda de Dios y de acuerdo con las disposiciones canónicas tan bien como podamos».

Sólo tres años duró el pontificado de Sergio II. La simonía fue tan manifiesta como el nepotismo. Benito, hermano del papa, fue nombrado obispo de Albano; era un hombre sin escrúpulos, ávido de poder y dinero. Probablemente arrebató la riendas de manos de Sergio, que estaba enfermo aunque era un hombre de extraordinario carácter y energía; mediante soborno había conseguido el puesto de un enviado imperial en Roma y contra el pago de grandes cantidades había asignado sedes episcopales y otros cargos eclesiásticos. Y todo... «tan bien como podamos...».

Probablemente tales noticias, procedentes de los círculos clericales romanos, puedan exonerar al papa personalmente. De todos modos, cuando en agosto del 846, por ejemplo, aparecieron en la desembocadura del Tíber setenta y cinco naves sarracenas, cuando alrededor de 11.000 hombres y 500 caballos cayeron sobre los barrios de Roma a la derecha del Tíber, que saquearon por completo la iglesia de San Pedro situada fuera de la muralla de Aurelio así como la basílica de San Pablo y se llevaron prisioneros a cuantos no habían huido, «incluidos los moradores de los monasterios, hombres y mujeres» *(Annales Xantenses),* los coetáneos lo vieron como un castigo de la Providencia contra la corrupción que invadía Roma. Pero en modo alguno se aceptó el castigo divino mano sobre mano. Más bien hubo una respuesta

de resistencia al mismo: se expulsó a las tropas intrusas francas así como a las milicias de Spoleto y de la Campagna, y a las flotas de Nápoles y de Amalfi. Y cuando en su regreso precipitado cayó una parte de los salteadores con el botín aprehendido, también entonces se reconoció sin dificultad la mano castigadora del Señor.[6]

167

El Vaticano se convierte en castillo y un papa santo en constructor de fortificaciones

Tras el ataque por sorpresa fue la derrota, la desgracia provocada por sarracenos y paganos, la que enardeció a los fieles. ¿Por qué no se había defendido mejor a «san Pedro»? Una capitular echa la culpa a los pecados de la cristiandad y señala los remedios: ¡arremeter contra las propias maldades, contra los pecados de la carne y contra el robo del patrimonio eclesiástico! Además Lotario I mandó recoger limosnas en todo el imperio e impuso un impuesto especial para la reconstrucción de la iglesia de San Pedro y su protección; a ello contribuyeron el emperador y sus hermanos

«con no pocas libras de plata».

Entretanto había muerto Sergio II. Y el mismo día de su muerte fue elegido su sucesor: un romano educado desde niño en el monasterio benedictino de San Martín y «religioso ejemplar» *(Lexikon für Theolo-gie und Kirche).* Era León IV (847-855), a quien tras un *«interpontifi-cium»* de seis semanas se le consagró papa, y de nuevo sin la aprobación imperial, necesaria desde 824. Según parece, la crisis desatada por los piratas árabes no permitía ninguna demora, aunque con posterioridad se le reclamó el juramento de lealtad al emperador.

Este santo padre alcanzó como maestro de obras de fortificación una fama, que puede decirse se ha mantenido hasta hoy. Transformó, en un empeño que fue importante durante siglos, los arrabales de Roma en la orilla derecha del Tíber, todo el barrio del Vaticano, en un castillo. Era un plan que ya había acariciado León III; pero que sólo León IV llevó a término. En un trabajo de años, inspeccionado personalmente por él a pie o a caballo, reforzó las antiguas murallas de la ciudad, creó nuevas fortificaciones convirtiéndose así en el creador de la *civitas leonina,* a la que modestamente dio su nombre de «ciudad de León». Entre los años 848 y 852 levantó una muralla de casi cuarenta pies de altura y otros tantos de espesor, reforzada con 44 torres. También hizo fortificar otros lugares, como el Centumcellae de los romanos y actual Civitavecchia, que asimismo se llamó Leópolis. (De acuerdo por lo demás con esa modestia personal, en sus bulas antepone regularmente su nombre al de los destinatarios, y a los príncipes ni siquiera les da el habitual título de *dominus.)*

Los trabajos de fortificación de León exigieron abundantes materiales y numerosos operarios, que hubieron de aportar ciudades y monasterios del Estado pontificio, dominios y milicias. Pero el baluarte papal costó también importantes sumas de

[6] LP 2, 86. JW 1, 327 ss. Ann. Bertin. 844. Ann. Xantens. 844, 846. Ann. Feldens. 843. Kühner, Lexikon 57. Kelly 118 s. LThK IX[1] 492. LMA III 1404. Mühlbacher II 213 ss. Hartmann, Geschichte Italiens 1, 221 s. Haller II 27 ss. Seppelt II 220 ss. Seppelt/Schwaiger 100. Grotz 30. Riché, Die Karolinger 212. Schieffer, Die Karolinger 148.

dinero, que salieron sobre todo del imperio franco —cosa que el biógrafo papal silencia por completo— por orden del muy complaciente Lotario, ¡con el extraño efecto de que todo ello redundó en prestigio del papa y de su posición frente al emperador! En la bendición de la ciudad leonina el 27 de junio de 852 se roció con abundante agua bendita el cinturón fortificado del santo en el curso de una procesión (de siete obispos cardenales)... y en los siglos siguientes abundó aún más la sangre. Y es que una cosa va estrechamente unida a la otra.

168 Pero el devastado San Pedro se decoró de nuevo con toda suntuosidad. En el altar mayor se colocaron láminas de oro esmaltadas de piedras preciosas, cada una de las cuales pesaba 216 libras; una cruz de oro, repujada de perlas y esmeraldas, pesaba 1.000 libras, y un *ciborium* o baldaquino de plata sobre el altar pesaba 1.606 libras. Como también se decoraron costosamente San Pablo y muchos templos incluso de provincias, se puede sopesar lo inmensamente rica que era la Iglesia, para la que ya entonces se hacían colectas en todas partes, a causa de su pobreza (como se hacen todavía hoy...).[7]

Por primera vez un papa garantiza el reino de los cielos al que revienta en la guerra

Se comprende que los «hijos de Satán», llegados desde Cerdeña, aparecieran ya el año 849 en el desembocadura del Tíber. mucho antes de que se alzase la fortificación de León. Por fin habían visto lo que se escondía en aquellos templos cristianos y lo que se amontonaba en San Pedro. «La imaginación no alcanza a comprender la riqueza de los tesoros allí amontonados» (Gregorovius).

A toda prisa pudo el santo padre movilizar las armadas de Nápoles, Amalfi y Gaeta —la primera liga de ciudades marítimas meridionales en la Edad Media— hacia donde zarparon las naves de guerra de Su Santidad, el representante de Cristo. Y él mismo acudió personalmente. No para combatir, sino para celebrar la santa misa, bendecir la flota de guerra, dar a los guerreros la sagrada comunión el día de la batalla y orar después de rodillas: «Oh Dios, que sostuviste a Pedro caminando sobre las olas para que no se hundiera, y que a Pablo, que sufrió triple naufragio, lo sacaste del mar profundo, escúchanos clemente y por los méritos de ambos [apóstoles] otorga fuerza a los brazos de estos fieles, que luchan contra los enemigos de tu Iglesia, a fin de que la victoria conseguida glorifique tu santo nombre entre todos los pueblos».

Con fervor espoleó el sumo sacerdote a sus combatientes: «¡Luchad virilmente contra esos enemigos de la santa fe, contra esos enemigos de todas las religiones!».

169 Para los heraldos de la buena nueva, los predicadores del amor a los enemigos, era un negocio indispensable. A la pregunta de los búlgaros sobre la guerra en tiempo de cuaresma respondió el propio León que la guerra era siempre una astucia del diablo y que, cuando no era necesaria, había que abstenerse de la misma. «Mas cuando no

[7] LP 2, 106 ss. JW 1, 329 ss. Wetzer/Welte VI 458 ss. LThK VI 494. Dümmier I 305 s. 393. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 216 s. Gregorovius I 2, 510 ss. Carte-llieri I 284. Haller II 29. Seppelt II 224 s. Grotz 31 s. Hlawitschka, Franken 60. Zim-mermann, Das Papsttum 80.

se puede evitar y cuando se trata de defender la patria y las leyes paternas, no hay duda de que está permitido prepararse para la guerra incluso durante la cuaresma.»

Pero antes de la batalla naval de Ostia León IV había prometido a sus combatientes la «recompensa celestial» en caso de muerte, siendo ésta la anticipación más temprana de la indulgencia de las cruzadas; una promesa con la que muchos otros santos padres seguirían engañándose a través de los tiempos. Ocurrió aquí por vez primera que un papa garantizase generosamente el cielo a todos aquellos que murieran «por la verdadera fe, la salvación de la patria y la defensa de la cristiandad».

El resultado fue un éxito total. No tanto debido a las ciudades marítimas católicas de Nápoles, Amalfi y Gaeta con las galeras pontificias, cuanto por una tempestad, que las naves mayores de los cristianos superaron pero que hundió a las naves más ligeras del enemigo. Pero los fieles piadosos abatieron a los náufragos que vagaban desarmados por la costa, los ahorcaron en Ostia «para que su número no pareciera tan grande» o los enviaron encadenados a Roma, donde en su condición de esclavos de guerra fueron utilizados para la construcción de las fortificaciones vaticanas. Y todo ello se celebró como un milagro del príncipe de los apóstoles.[8]

Para los propios subordinados se tuvo entonces una especie de salvoconducto. Y así el papa León en una proclama «al ejército franco» (852), con ocasión de una campaña militar de Luis II contra los sarracenos de Italia meridional, de nuevo aseguró sin más ni más a cada uno de los que cayesen la entrada en el reino de los cielos: «Pues el Omnipotente sabe que si alguno de vosotros tiene que morir, lo hará por la verdad de la fe, la redención de su alma y la defensa del territorio cristiano. Por ello obtendrá la recompensa citada».

También el santo padre obtuvo su recompensa: fue canonizado, celebrándose su fiesta el 17 de julio, aunque después fue eliminada. Efectivamente, el moro había cumplido con su obligación. Y la ingratitud es la paga del mundo. Pero en los mismos comienzos de su pontificado León ya había obrado un milagro grandioso: libró a Roma de un monstruo subterráneo, tan arrogante como peligroso, que habitaba junto a la iglesia de Santa Lucía. Se trataba de un basilisco (una mezcla espantosa de dragón y gallo, una animal fabuloso cuya mirada era mortífera, ¡la proverbial mirada del basilisco!). Otra vez apagó un fuego devastador simplemente con su oración y la señal de la cruz...

170

El León IV de la historia (al que sin embargo también pertenece esta gigantesca inundación del globo terráqueo con leyendas y mentiras, que quizá contribuyó a forjar la historia más que ninguna otra cosa, esa locura que, como dice Friedrich Schiller refiriéndose al cristianismo en general, «corrompió todo el mundo») fue un papa consciente de su poder y decidido, que se impuso a todas las Iglesias del mundo y sobre todas quiso tener la autoridad suprema. Mas no sólo adoptó aires de soberano con sus «hermanos», los prelados más influyentes, como el patriarca Ignacio de Constantinopla, los arzobispos Hinkmar de Reims, Juan de Rávena y el cardenal presbítero Atanasio, que pronto sería antipapa... No, también se encaró con los príncipes, y muy especialmente con el joven emperador, hijo mayor de Lotario y

[8] Ann. Bertin. 847. LMA V 1878. Gregorovius 12, 509 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 224 s. Cartellieri I 284. Höffner 54. Grotz 32 s. Haller I 52 s. 71. Gontard 178. Seppelt/Schwaiger 101. Ahlheim 172. Bünding-Naujoks 85. Riché, Die Karolinger 212. Schieffer, Die Karolinger 148.

«protector de la Iglesia romana».

El emperador Luis II (850-875) fracasa en la cuestión sucesoria

Luis II, nacido hacia 825, ejerció cargos oficiales desde 840 como virrey de su padre en Italia, donde el papa Sergio II le coronó rey de los longobardos el 15 de junio de 844 y en 850 León IV lo ungió en Roma como coemperador. Allí gobernó con autonomía y pudo estabilizar mucho más el país —en el que las bandas de salteadores caían en plena calle sobre los peregrinos romanos y sobre los mercaderes y hasta llegaban a devastar aldeas enteras—, cuando a la muerte de su padre renunció en favor de sus hermanos Lotario II y Carlos de Provenza a los territorios del reino central al norte de los Alpes.

Luis II pudo así afianzar también su dominio sobre Roma y el Estado de la Iglesia, y se comprende que las relaciones con León IV a menudo fueran tensas, como certifica la muy escasa correspondencia de éste que nos ha llegado. En alguna ocasión León no quiso ver, por motivos de seguridad, a los enviados del emperador, en alguna otra fue asesinado un legado pontificio y por ello hizo él condenar a muerte a tres plenipotenciarios imperiales; por lo demás, bajo su predecesor Pascual I dos altos funcionarios profrancos fueron ejecutados en Letrán «como traidores de lesa majestad».

Naturalmente en Roma alentaron sentimientos y manejos antifrancos y quizá hasta hubo contactos de alta traición con Bizancio. En cualquier caso no existió ninguna confianza entre el papa y el emperador. Desde el 855, año de la muerte de León IV, Luis II fue soberano único. Y desde el 860 — para resumir aquí su vida en una breve ojeada previa— pudo también el emperador hacer valer su autoridad, al menos temporalmente, sobre los principados longobardos de Benevento y Salerno, que desde hacía largo tiempo gozaban de autonomía. Y por fin, tras un asedio de varios años, en 871 hasta pudo conquistar Bari, sede del emir árabe.

171

A decir verdad, Luis II, el cuarto emperador carolingio, no pasó de ser un soberano limitado a Italia, que ni siquiera consiguió adueñarse de todo el territorio meridional. Adelchis, príncipe de Benevento (fallecido en 878), que luchó por su independencia primero contra los francos, después contra los bizantinos y finalmente contra los sarracenos antes de caer víctima de una conjuración de su propia chusma, provocó la ruina del poder imperial en Italia con la captura temporal de Luis. En definitiva dicho emperador fue víctima en Italia meridional no tanto de las inestables condiciones políticas cuanto de las relaciones dinásticas.[9]

Bajo el pontificado de León IV ocurrió también un escándalo de proporciones y consecuencias sin igual en su género. Se tramó en efecto una falsificación eclesiástica, ante la cual palidecen todas las mentiras, fraudes y falta de escrúpulos en que tanto abunda la Edad Media cristiana, exceptuando desde luego la «donación

[9] Ann. Bertin. 850. Wetzer/Welte VI 460. Pierer IV 181. LThK VI[1] 494. Kelly 119 s dtv Lexikon 2, 36. LMA I 145, 634, V 1878, 2177, VI 1752. Mühlbacher II 218 ss. Gröne I 351 ss. espec. 358. Gregorovius 12, 492 ss. 505 ss. Haller II 28 s, 51 s. Seppelt II 221 ss. 234 s. Kühner, Das Imperium der Päpste 95. Gibson/WardPerkins I/II 30 ss. 222 ss. Deschner, Opus Diaboli 22. Schieffer, Die Karolinger 148 s.

constantiniana».

Las Decretales Seudoisidorianas, «las falsificaciones más osadas y más graves jamás cometidas…»

Con toda razón se ha dicho de las falsificaciones seudoisidorianas que «fueron sin duda la falsificación más importante del período carolingio. aunque en modo alguno constituían una excepción» (Dawson), porque el clero católico desde siempre falsificó a más y mejor. Para el jurista protestante Emil Seckel (fallecido en 1924), tal vez el mejor conocedor de las Decretales Seudoisidorianas, éstas representan «la falsificación más audaz y desconcertante de las fuentes del derecho canónico que jamás se haya llevado a cabo». Para Johannes Haller constituyen «las falsificaciones más osadas y más graves jamás cometidas»; más aún, el eminente historiador de los papas (fallecido el 24 de diciembre de 1947) las calificó como «el mayor fraude de la historia universal».

Todavía en el siglo IX Hinkmar de Reims sospechó y quizá conoció la falsificación; pero prescindiendo de algunos fragmentos no la descubrió. El venerable arzobispo de Reims —quien como uno de los consejeros más importantes de los reyes francos occidentales, y especialmente de Carlos el Calvo, no sólo jugó un papel político relevante, sino al que también debemos una animada producción literaria, en la cual destacan «sobre todo dictámenes judiciales ricos en contenido» (Schieffer)—, sí, incluso el príncipe de la Iglesia, falsificó con enorme virtuosismo en cantidades industriales. Y todo ello hasta con una justificación aparente, pues no quería ser víctima de otras falsificaciones eclesiásticas, y entre ellas las seudoisidorianas.

172

Y hubo falsificaciones por doquier. También falsificó el predecesor de Hinkmar, el arzobispo Ebón (fallecido en 853). Y falsificó un sobrino de Hinkmar, Hinkmar el Joven, obispo de Laon, educado en la corte y en sus comienzos protegido por su tío. Fue él incluso el primero en defender en gran medida las falsificaciones seudoisidorianas y probablemente estuvo en conexión con el taller falsificador. Así provocó un violento altercado con su tío y Carlos el Calvo y fue depuesto en 871, aunque siete años después sería en parte rehabilitado.

Pese a las tempranas dudas sobre la autenticidad del colosal fraude católico (ya en el siglo IX y luego en el XIV por el jurista Marsilio de Padua, que fue condenado como «hereje»), la impostura se mantuvo a lo largo de toda la Edad Media, pues la primera demostración contundente de la falsificación sólo llegó con los Centuriatores de Magdeburgo en 1559, que la expusieron en su historia protestante de la Iglesia (1559-1574), financiada por príncipes evangélicos. La falsedad fue definitivamente desvelada en 1628 por el teólogo reformado David Blondel, que después sería profesor de historia en Amsterdam. Como ningún otro antes del siglo XIX distinguió él con admirable agudeza mental lo auténtico de lo falso, aunque todavía en su tiempo hubiera piadosos defensores de la falsificación.

Cierto que aun después de descubrirse el fraude en el siglo XVI los católicos todavía continuaron por largo tiempo haciendo todo lo posible por minimizarlo, cohonestarlo y hasta casi celebrarlo. Hablaron de «leyenda», de «ficción poética» o «de

mentira piadosa», como hace el cardenal Bona (fallecido en 1674), habituado «a tener en cuenta los altos objetivos de la ciencia» (Mast). Una *«fraus pia»,* un fraude piadoso, seguía siendo para el famoso teólogo católico Johann Adam Móhler (fallecido en 1838), que exaltó sin rodeos al Seudoisidoro como «un hombre muy piadoso, de fe profunda, virtuoso y sinceramente procupa-do por el bien de la Iglesia». Tampoco para Rosshirt (1849), compañero de Möhler. es el Seudoisidoro un falsificador en sentido estricto sino «un enamorado del derecho canónico», cuyas inauditas mentiras no tuvieron otro objetivo «que el erudito y científicamente histórico de lograr una colección lo más completa posible de fuentes del derecho canónico».

Un católico como Luden sabe ciertamente que esa colección «está llena de mentira y falsedad»; pero ello afectaría únicamente a los primeros tiempos. Por lo que respecta al siglo IX, en el que apareció, «las más de las veces contiene la verdad» incluso en sus falsedades. No habría creado un derecho canónico nuevo, sino que habría expresado simplemente «lo que ya estaba arraigado en las almas de los hombres», les habría «dado una orientación... y abreviado el camino hacia la meta. Pero a lo que aspira es a la plena soberanía papal...». Y la plena soberanía papal es naturalmente una cosa buena, al margen de cómo se logre ni con qué fines. Wilhelm Neuss todavía en 1946 pensaba de los timadores eruditos que «sus propósitos eran evidentemente buenos». Otros historiadores católicos distinguieron a su vez, en la forma que les caracteriza, entre el falsificador «noble» y el falsificador «común», siendo noble el que falsifica en favor de la Iglesia, y común el que lo hace fuera de ella o directamente contra ella. Cierto que recientemente hasta el historiador jesuita Grotz califica las Decretales Seudoisidorianas como «la mayor falsificación legal de la historia». Porque en el ínterin realmente se ha divulgado el asunto...[10]

173

Las Seudoisidorianas aparecieron hacia el 850 (no antes del 847 ni después del 852) en el reino franco occidental, tal vez en Sens o en Tours, probablemente en el arzobispado de Reims. Se pretendía reforzar el poder de los obispos y del papa frente al Estado, y como no se contaba con bases jurídicas, o al menos bases jurídicas suficientes, se crearon simplemente, se falsificaron. Pero los bribones clericales (si esto no constituye un pleonasmo) presentaron su gigantesco engaño como la obra del doctor de la Iglesia Isidoro de Sevilla, fallecido en Sevilla en 636. Era uno de los autores más conocidos en la Alta Edad Media y el santo más prestigioso de Occidente desde los tiempos de Agustín. Se sabía además que había dejado un voluminoso libro de derecho canónico, por lo cual aquellas falsificaciones jurídicas se consideraron durante toda la Edad Media como obra auténtica de Isidoro, con la influencia que a su autoridad correspondía.

---

[10] Wetzer/Welte VIII 849 ss. (con los citados Mast, Rosshirt, Luden). Pierer II 900, III 817, XIII 662 s. Taddey 536, 968. dtv Lexikon 12, 91; 14, 295 (aquí la cita de Seckel). LMA V 29 s (Schieffer), 1710. También Dümmier I 231 habla de «grandiosas falsificaciones». Cartellieri I 302 s. Seckel, Pseudoisidor 267. Schubert II 416, 537. Haller II 45. Seppelt/Schwaiger 103. Kühner, Das Imperium der Päpste 96 ss. Grotz 46, 48. Neuss 76. Dawson 256 s, quien como siempre argumenta de forma apologética. Muchas citas en Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 8, 61 s, 95 s, 112 ss. 122, 232; Id. en LMA VII 308 s. Id. Zur Überlieferung des Pittaciolus 518. Véase asimismo Brunner 94. Haendler 123 s. Además de lo relativo a las falsificaciones en III cap. 1 (¡187 páginas!) y IV 393 ss. véase por ejemplo Landau 11 ss. Hartmann. Fälschungsverdacht und Fälschungsnachweis 111 ss. 118 ss. Schneider, Ademar von Chabannes 129 ss. Pitz, Erschleichung und Anfechtung *passim*. Ranke-Heinemann, Nein und Amen 157 ss.

a) Contenido y peculiaridades

El contenido de aquel acto criminal es tan extraordinario que los manuscritos y fragmentos conservados hasta hoy llenarían, reducidos a octavo, varios miles de páginas de texto. Probablemente no se trata del trabajo de una sola persona, sino de toda una central de falsificaciones teológicas, de un grupo de clérigos franco-occidentales perfectamente informados. A todas luces eran unos «reformadores», a quienes no agradaba el derecho civil y canónico entonces vigente en el imperio franco y que pese a todas las investigaciones continúan siendo desconocidos hasta el día de hoy. Eruditos sin duda alguna y bien formados en derecho y en archivística, consiguieron reunir con más o menos habilidad un material increíble en el que se mezclaba lo auténtico con lo falso.

174

La obra seudoisidoriana consta de cuatro grandes grupos:

1) La *Hispana Gallica Augustodunensis,* reelaboración falsificada de una colección de cánones hispánicos del siglo VII.

2) Los *Capitula Angilramni,* una colección de leyes conciliares, papales e imperiales auténticas y apócrifas, que supuestamente el papa Adriano I (772-795) había entregado el 14 de septiembre de 786 al obispo Angilram de Metz. un pastor de almas que murió el año 791 en una campaña de Carlos I contra los ávaros. El objetivo de estos capítulos de Angilram respondía al deseo de los prelados francos de evitar en lo posible las acusaciones contra ellos y someterse únicamente al tribunal eclesiástico, pues de herrero a herrero no saltan chispas. Los *Capitula Angilramni* acabaron simplemente por hacer que papas y obispos no pudieran ser acusados y que, como escribe el historiador católico Hans Kühner, «pudieran permitirse todo género de crímenes», ampliando así aún más las grandes falsificaciones sammachianas aparecidas en el siglo VI.

3) El *Benedictas Levita,* un montón enorme de decretos reales e imperiales desde Pipino a Luis el Piadoso, una colección de capitulares en tres libros con un total de 1721 capítulos ¡de los que tres cuartas partes largas son falsos o apócrifos! Las ordenanzas eclesiásticas fueron transformadas en leyes imperiales francas para dotarlas de autoridad estatal y se le atribuyeron a un supuesto diácono de Maguncia, llamado Benedictas Levita, quien en 847 las habría recopilado por encargo de su arzobispo Otgar como continuación de la colección oficial de capitulares del abad Ansegis de Fontenelle (Saint-Wandrille), fallecido en 833.

4) Las Decretales Seudoisidorianas *(Decretales Pseudo-Isidorianae),* la colección más amplia e importante de los cuatro grupos, por cuanto alcanzaron la mayor influencia y éxito: una antología de cartas pontificias y de actas conciliares desde el siglo I hasta el VIII, desde aproximadamente el año 90 hasta el 731. Bajo la apariencia hábilmente preparada de una autenticidad antigua, la colección quiere presentarse como un código completo de derecho canónico de la Iglesia católica. Aquí se falsificaron sin excepción las decretales de los papas de los primeros siglos desde el supuesto Clemente hasta san Milcíades (311-314) sin solución de continuidad, mientras que sólo en parte se falsificaron las decretales desde san Silvestre (314-335) hasta san Gregorio II (714-731). Mediante intercalados se adulteró una larga serie de resoluciones conciliares, desde el celebérrimo concilio de Nicea (325) hasta el sínodo

XIII de Toledo (683). Especial atención merece el hecho de que los clérigos incorporasen a su rotunda falsificación otra aún mayor: la «Donación constantiniana». que con toda probabilidad es un producto de la cancillería del papa Esteban II, lanzado un siglo antes.

175

Esta pieza infame de la historia universal consta aproximadamente de unas diez mil citas y extractos, en cuyo mosaico no siempre se combinan con habilidad lo verdadero y lo falso, aunque incluso lo falso no es totalmente inventado sino que viene a ser un bricolaje de textos auténticos de papas, sínodos y escritores eclesiásticos, con numerosas omisiones, adiciones y cambios. Así y todo figuran más de un centenar de cartas pontificias falsas o falsificadas, por lo general de los tres primeros siglos, en los que no se conocieron decretales romanas. Edictos imperiales del siglo V, de Teodosio II por ejemplo, aparecen como decretales pontificias del siglo I, y algunos pasajes del sínodo de París (829) figuran al pie de la letra en un texto del doctor hispano de la Iglesia fallecido casi dos siglos antes.

«En toda la historia difícilmente podría encontrarse otro ejemplo de una ficción tan completamente falsa y presentada de un modo tan tosco.» Así había enjuiciado en tiempos este asunto el historiador de la Iglesia Ignaz von Dollinger (que tras su excomunión en 1871 apoyó a la Altkatholische Kirche, aun sin adherirse formalmente a la misma). Sep-pelt, historiador de los papas, habla por el contrario de una «falsificación a su modo grandiosa», preparada y apuntalada «con gran perspicacia». El historiador de los papas Kühner la califica sin más como «la falsificación de más graves consecuencias en toda la historia de la Iglesia».[11]

b) Objetivo

Como objetivo de su fraude, que contiene todos los materiales imaginables de tipo litúrgico, dogmático, moral y edificante, señalan los propios embaucadores la compilación sistemática de las dispersas fuentes canónicas. Mentira pura, naturalmente. Su propósito era más bien crear e imponer un nuevo derecho, dado que el antiguo resultaba inservible para el clero; con ello pretendían sobre todo reforzar al máximo el poder de los obispos frente al Estado y también frente a la enorme influencia de los arzobispos metropolitanos.

Con ello se limitaba fuertemente la posibilidad de acusar a los obispos y se dificultaba extraordinariamente, si es que no se hacía imposible en la práctica, su condena y deposición. A quienes de forma panegirista son celebrados como «ojos del Señor», «supremos sacerdotes», «santos», «dioses», etcétera, ningún laico, ningún clérigo inferior, ningún subordinado podía acusarlos, y menos aún ante un tribunal civil, bajo pena de degradación y excomunión. Mas si la acusación se lleva a cabo, serán necesarios 72 testigos de cargo; lo que en la práctica casi excluía de hecho la condena de un obispo. A éste sólo podía juzgarlo un sínodo eclesiástico sancionado

[11] Pierer XIII 662 s. dtv Lexikon 4, 149. LThK VIII[1]549 ss. VIII2 864 ss. LMA I 635,677,1857. Bardenhewer II637 ss. Dümmier I 231 s. Gregorovius I 2, 538. Hauck II 546 ss. Cartellieri I 303. Fuchs/Raab 650 s. Neuss 76 s. Grupp II 176 s. Schubert II 415 s, 536 s. Haller II 45 ss. Seppelt II 236 ss. Kühner, Das Imperium der Päpste 95 s. Ullmann 261 ss. Fuhrmann, Die Fälschungen im Mittelalter 531. Id, Einfluss und Verbreiung I 4, 8, 67,137 ss. 167 ss. 194 ss. 232 s. Schieffer, Kreta, Rom und Laon 15.

por el papa. Con ello la competencia de la justicia civil quedaba descartada por completo. Y es que no sólo el pueblo, también los príncipes están sometidos al obispo. Y tienen que obedecerle, como se exige con gran énfasis, pues está por encima de todos los príncipes y únicamente puede ser juzgado por Dios y el papa o por sus delegados; exigencia que se repite a menudo.

176

Y lo que aprovecha a los obispos aprovecha también y sobre todo al obispo de Roma. De hecho fue él quien más se benefició del monstruoso montaje clerical. Sólo a él pertenece en efecto la plenitud de poder. No es sólo sacerdote, sino también rey. Y si ya la dignidad episcopal está por encima de la real, la dignidad papal se alza como una torre impar. El papa viene a ser «la cabeza de todo el mundo», con palabras que se ponen en boca de Félix II. De ahí que los falsificadores le otorguen hasta el derecho de promulgar leyes estatales.

Pero si subordinaban al papa la mismísima potestad de los reyes, le reconocían sobre todo la «dictadura» dentro de la Iglesia. Todos sin excepción insistían en que el papa es el único legislador y juez de la Iglesia, en que sin su permiso ni un metropolitano ni un sínodo pueden decretar nada válido, en que sin su aprobación ni siquiera podía reunirse un sínodo... Más aún, según aquellos bandidos clericales, los papas de la primera época gozaron de competencias jurídicas como las que jamás tuvieron mucho más tarde sus sucesores.

San León IV se sirvió ya de la falsificación, que los clérigos de Reims le presentaron completa o en extracto. Con mucha más frecuencia la utilizó como código legal el asimismo santo pontífice Nicolás I, que se sirvió de la misma desde el año 864, pues rápidamente comprendió sus enormes ventajas para la sede romana. Y así declaró auténtica una obra, que el arzobispo Hinkmar de Reims reconoció como falsa inmediatamente después de su aparición. Lo cual no impidió que el propio Hinkmar se sirviera repetidamente de ella en la medida en que sus disposiciones le beneficiaban.[12]

Las Decretales Seudoisidorianas a la larga aprovecharon por lo general al papado. De todas las obras que falsamente se atribuyeron a Isidoro de Sevilla fueron las que mayor influencia histórica ejercieron y sin duda la obra más difundida en todas las colecciones medievales de derecho canónico. Una y otra vez se citaban para apoyar y ampliar el poder de Roma, siendo naturalmente los propios papas los que insistían en el valor de tales textos. Nicolás I, Adriano II, Gregorio V, León IX, Gregorio VII, etcétera, las explotaron con fines políticos. El tristemente célebre *Dictatus papae* de Gregorio se apoya en gran medida en este engendro monstruoso. En la querella de las investiduras fue plenamente aceptado y en las luchas entre los emperadores y papas de los siglos XI y XII jugaron un papel extraordinario. La obra de falsificación, escribe Manfred Hellmann, «elevó de una forma insospechada la posición y el prestigio de la santa sede». Fue «el regalo más valioso, que jamás ha recibido el papado», dice Walter Ullmann. Se comprende que fueran por lo general los papas y los obispos, quizá aún más favorecidos por los falsificadores, quienes se aprovecharon y sacaron ventaja de todo ello.

177

[12] Dümmler I 232 ss. Gregorovius I 2, 538. Hauck II 547 ss. Schubert II 415 s. Haller II45 ss. Voigt, Staat und Kirche 431 s. Kantzenbach 62,85 s. Seppelt II237 s. Seppelt/Schwaiger 102. Grotz 47. Ullmann 270. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung I 4, 145 ss.

La influencia de las Decretales Seudoisidorianas sobre la Iglesia y el derecho canónico fue enorme a más tardar ya desde comienzos de la Alta Edad Media y persistió hasta el siglo XIX, cuando de la gran fantasmagoría Pío IX obtuvo, por ejemplo, un gran provecho de cara al dogma de la infalibilidad. Por lo que también dicho papa, todavía después de 1870, al cabo de siglos del descubrimiento de la grandiosa patraña, ¡tuvo palabras de elogio para los autores que seguían insistiendo en la misma! (Merecidamente en 1985 se dio el primer paso para la canonización de Pío IX con el reconocimiento oficial de su «virtud heroica», cuando en tiempos los obispos católicos, los historiadores y diplomáticos católicos le habían calificado de necio y demente; véase al respecto mi obra *Politik der Papste im 20. Jahrhundert,* I, pp. 23 y ss.)

Pero el fabuloso golpe de las Seudoisidorianas se ha dejado sentir casi hasta nuestros días, hasta el *Codex Iuris Canonici* de 1917, que por ejemplo reservaba al papa en exclusiva el derecho de convovar un concilio ecuménico. Cuando en 1962 Juan XXIII convocó uno, pudo apoyarse en no menos de seis autoridades: tres de ellas tomadas de las Decretales Seudoisidorianas y tres derivadas de las mismas.[13]

Mas como para los predicadores del más allá nada hay más importante que el dinero y los bienes de este mundo, en las grandes falsificaciones tampoco se olvidan los diezmos, las prestaciones de servicio en domingos y días festivos, la protección del patrimonio eclesiástico, la inviolabilidad y el carácter inalienable de los bienes eclesiásticos. Lo que el clero ha obtenido una vez, campos, libros, casas, vestiduras, ríos..., todo tipo de bienes muebles e inmuebles, pasa a ser patrimonio de la Iglesia y cualquier ataque al mismo se castiga con la excomunión, la pérdida de todos los cargos y las penas más severas ante los tribunales civiles.[14]

Anastasio Bibliotecario o el estreno de un antipapa

Ya León IV, en cuyo reinado aparecieron las falsificaciones seudoisidorianas, las había aprovechado. Cuando murió el 17 de junio de 855. se quiso elegir como sucesor suyo al cardenal presbítero Adriano. Mas como éste, caso raro en la historia del papado, se negase —quizá porque previese mejores oportunidades más tarde, en lo que de ser así habría atinado de lleno—. la mayoría eligió a Benedicto III (855-858). natural de Roma.

178

Cierto que el cardenal Benedicto ya había marchado en solemne procesión a Letrán, y el clero y la nobleza habían firmado asimismo el decreto de elección, que había sido enviado al emperador con el ruego de su visto bueno. Pero justamente un grupo leal al emperador había escogido para papa al cardenal Anastasio

[13] Nicolás I defiende las Decretales seudoisidorianas en su carta de enero de 865 a los obispos galos: Mansi 15, 693 ss. MG Epp. VI 393 s. CIC can. 222 $ 1. Taddey 968. Kelly 328. Schubert II 416. Grupp II176 s. Wühr 106 s, 116. Seppelt/Schwaiger 103. Ullmann cit. en Kühner, Imperium der Päpste 95 ss. Fuhrmann, Die Fälschungen im Mittelalter 531. Id. Einfluss und Verbreitung 4,167 ss. 194 ss. Para la discusión de la influencia de las Decretales suedoisidorianas, véase asimismo Fuhrmann, Päpstlicher Primat 313 ss. Hellmann, Die Synode von Hohenaltheim 298.

[14] Pierer XIII 662 s. Dümmler I 252 s. Gregorovius I 2, 538. Haller II 46 ss. Ullmann 273 s.

(bibliotecario), un hombre que pertenecía a la alta nobleza, gozaba de grandes dotes y hasta poseía una buena formación. Y según Wattenbach no sólo era «un hombre sabio y un zorro astuto», sino que también era hijo del rico obispo Arsenio de Orte, a quien por lo demás el propio Anastasio (en una carta al arzobispo Ado) llama tío suyo, como todavía lo siguen haciendo los historiadores católicos del siglo XX —Seppelt, por ejemplo—. mientras que otros ignoran el hecho.

Pero el cardenal Anastasio estuvo en oposición al último papa y evidentemente por miedo a su venganza había permanecido alejado cinco años de su iglesia romana. Como rival tan influyente como hábil y preparado fue combatido por León IV durante casi todo su pontificado y fue excomulgado, desterrado y depuesto en varios sínodos a finales del 850 y en los meses de mayo, junio y diciembre de 853; una condena inmortalizada en San Pedro mediante una estatua con comentario.

Anastasio había encontrado protección en el territorio de soberanía del emperador Luis II y éste rechazó varias veces entregar al fugitivo, tal como el papa reclamaba incesantemente. Y cuando ahora los emisarios romanos de Benedicto pretendían presentar como era de obligación el decreto de elección al emperador, fueron apresados en el camino cerca de Gubbio por uno de los cabecillas imperiales, el obispo Arsenio de Orte, padre de Anastasio, quien les hizo cambiar de opinión de modo que en la corte intercedieron por él.

Después de declarada inválida la elección de Benedicto, Anastasio, que había sido expulsado oficialmente de la Iglesia aunque un tanto al margen de la legalidad, fue elegido papa en Orte. Regresó a Roma acompañado de los emisarios imperiales y allí muchos se pasaron a su bando mientras que hacía encadenar a los nuevos emisarios de Benedicto. Después de lo cual inició su gobierno en San Pedro retirando el insulto grabado en la pared y con la destrucción y quema de imágenes de santos rompiendo con un hacha (a fin de cuentas era un magnífico conocedor de la historia de la Iglesia) incluso las figuras de Cristo y de María. Después mandó abrir las puertas de Letrán, se sentó en la silla papal y ordenó la expulsión de su enemigo, que estaba sentado en la basílica sobre otro trono.

Ese cometido lo realizó el obispo Romano de Bagnorea. Con una banda armada hasta los dientes irrumpió en el templo, golpeó a Benedicto de Sessel y entre burlas e insultos lo despojó de las vestiduras pontificias. Mas gracias al favor popular y a un cambio de opinión de los imperiales —después de tres días de ayuno general—, el maltratado pudo endosarlas de nuevo, mientras que al papa Anastasio le arrancaban sus insignias y lo expulsaban ignominiosamente del palacio, aunque gracias a los enviados *(missi)* imperiales sólo se le impuso un arresto domiciliario. Benedicto mandó sí restablecer el documento condenatorio en San Pedro, pero readmitió en la Iglesia al ex papa, aunque sólo fuese como laico, y poco a poco se encumbró de nuevo.
179

Ya Nicolás I, sucesor de Benedicto, hizo abad a Anastasio. Y asimismo, como pequeña compensación por todas las injurias recibidas de la madre Iglesia, le confió la dirección y los ingresos del monasterio de Santa María in Trastevere y lo tomó incluso como «una especie de secretario particular» y de asesor, especialmente en asuntos bizantinos. Anastasio aprovechó la oportunidad para destruir los materiales del archivo papal que lo inculpaban.[15]

[15] LP 2, 140 ss. JW 1,235 s. Ann. Bertin. 855. Kühner, Lexikon 59 s. Kelly 121 s. LThK IV³ 1090. LMA I

NICOLÁS I, UN PAVO REAL DE PAPA, «… CUAL SI FUESE EL SOBERANO DEL ORBE TERRÁQUEO»

Nicolás I (853-867) era hijo de un clérigo y casi puede decirse que se crió en Letrán. Bajo los reinados de tres papas —Sergio II, León IV y Benedicto III— logró una influencia cada vez mayor. Y cuando murió Benedicto y el cardenal presbítero Adriano se negó a ser candidato papal, Nicolás ocupó el puesto del papa difunto, aunque según los *Annales Bertiniani* —la continuación más importante de los Anales imperiales interrumpidos en 829— «más a consecuencia de la presencia y del favor del rey Luis y de los grandes que por elección de la clerecía».[16]

En efecto, el emperador Luis II, que había partido de Roma poco antes de la muerte de Benedicto, regresó inmediatamente después y había ayudado al diácono Nicolás a satisfacer su ambición de honores. Y Nicolás se tomó de inmediato el desquite a su manera con una visita de despedida a Luis, que de nuevo partía de Roma. Rodeado del clero y de la nobleza, hizo que a la llegada el emperador llevase su caballo de las riendas durante un tramo, se hizo después agasajar en la tienda imperial con magníficos presentes y en la despedida mandó repetir el homenaje humillante.

Con tamaño orgullo se abría aquel pontificado.

Según parece ya en enero de 754 Pipino III había celebrado el denigrante ritual en su palacio de Ponthion como homenaje a Esteban II después de su travesía invernal de los Alpes. Pero la fuente franca (los *Annales Mettenses Priores)* ignora el hecho. Más bien muestra al papa y su comitiva cubiertos de saco y ceniza postrados en tierra y suplicantes ante Pipino... Cosa que confirman otras informaciones.

180

Entretanto habían cambiado las relaciones de poder. Principados y reinos se habían hundido y, no sin su intervención, los prelados romanos habían alcanzado cotas cada vez más altas. Montones de violencias, contiendas y guerras habían contribuido al esclavizamiento y al engaño. Se consiguieron los denominados derechos con privilegios e inmunidades, se fueron esquilmando las magníficas regiones del Estado pontificio desde Rávena a Terracina. se reclutaron fuerzas de choque terrestres y marítimas, se montaron las falsificaciones más grandes de la historia, como la tristemente famosa Donación constantiniana y las apenas menos famosas Seudoisidorianas, de las que precisamente ya se sirvió el papa Nicolás y que incluían expresamente aquellas pretendidas donaciones gigantescas de tierras.[17]

Nicolás I (858-867), a quien especialmente los católicos gustan de dar el apelativo de «el Grande» —lo que siempre promete algo—, no es casual que para Leopold von Ranke figure entre aquellos personajes a los que cabe considerar «como sistemas vivientes». Y esto casi promete aún más.

---

573 s. Wattenbach/Dümmler/Huf 2, 349. HKG III/l, 193. Gregorovius I 2, 519 ss. 540. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 237 ss. 245 s. Gröne I 361. Haller II 52 ss. Seppelt II 230 ss. Seppelt/Schwaiger 103. Haller II 54 s. Grotz 33 ss.

[16] LP 2.151 ss. JW 1. 341 ss. Ann. Bertin. 858. Kelly 123. Gregorovius I 2, 522. Seppelt II 241. Seppelt/Schwaiger 103. Haller II 54 s. Grotz 18, 40.

[17] Ann. Mett. prior. 753. Kelly 123. Haller II 54 ss. Seppelt II 241.

Nicolás enlaza con otros «Grandes», con las ambiciones papales de León I, Gelasio I y Gregorio I.

Con León I, quien con su obligada y sin igual modestia pone al papa junto a Dios y a Cristo, el «sumo sacerdote eterno», «semejante a él e igual al Padre» (!). Con el papa Gelasio I, quien, pese a ser «el menor de todos los hombres», una y otra vez reclama abiertamente que se le rinda homenaje como «al apóstol Pedro», como «al vicario de Cristo»; quien pone la autoridad del papa por encima de la *potestas* del emperador y exige que también el emperador cumpla las órdenes de la sede pontificia, de «la sede angelical» e incline «piadoso la cerviz» ante él (!). Y con Gregorio I, quien a su vez demuestra con toda humildad cómo la Sagrada Escritura llama «a los sacerdotes en ocasiones dioses y en ocasiones ángeles»; pero a quien hasta su sucesor el papa Sabiniano le reprocha «la pasión de la propia fama».

Ahora bien, las pretensiones y arrogancias de sus «grandes» predecesores no pasaron de ser puras ilusiones, que la historia en modo alguno confirmó —como queda probado especialmente en el volumen II—. Nicolás, sin embargo, no sólo aprovechó ocasionalmente la tan anhelada plenitud de poder imperial —para lo que se sirvió ya de las Seudoisidorianas sin mencionarlas—, sino que recogió abundantemente lo que había sido sembrado, potenciándolo aún más con un lenguaje retórico, aunque no por su propio ingenio sino por el de su brillante e íntimo compañero de lucha, Anastasio (el Bibliotecario), quien desde 861-862 había recuperado su influencia y que evidentemente redactó muchos de los augustos escritos.

181 El papa Nicolás I desarrolló el primado de jurisdicción papal, que aparece por vez primera en los planteamientos de León IV. Aspiraba a un poder universal. Si el señor papa «se lo ha confiado todo, no falta nada que le haya entregado». *(Wenn,* «si», no es sólo la más alemana de todas las palabras, como piensa Hebbel.) Y en tanto que otorgados por Dios, nadie puede recortar los privilegios de la «sede apostólica». Pues bien, Nicolás atribuía a los papas el «principado del poder divino» y con renovada humildad les llamaba «los príncipes de toda la tierra», identificando simplemente toda la tierra con «la Iglesia». Más aún, por primera vez se autotituló «representante de Dios». El papa no puede ser juzgado por nadie, ni siquiera por el emperador, en tanto que él puede juzgar a todos, incluidos por supuesto los concilios, los Estados y los soberanos. Pues aunque a éstos les compete una cierta autonomía, tanto en la política exterior como en la interna han de regirse por los principios eclesiásticos, deben mantener alejada de la Iglesia cualquier desdicha y han de cumplir sus órdenes y sanciones bajo la amenaza de castigos terrenales y eternos, de la excomunión eclesiástica y del infierno.

No basta con eso. Si no se obedece a la autoridad civil de la Iglesia, los fieles tienen el deber de desobedecer a la autoridad civil. Y es que nunca se tiene en cuenta —¡hasta hoy mismo!— el mandamiento paulino de ¡Estad sujetos a la autoridad! No, lo que ahora cuenta para ellos es su vieja artimaña de: Tenéis que obedecer a Dios antes que a los hombres. ¡Y en la práctica, conviene recordarlo siempre, Dios son ellos! Todos tienen que bailar al compás que ellos marcan. Con la autoridad civil sólo se puede estar mientras ella está con la Iglesia, o al menos no va contra ella. De lo contrario se cometería una grave injusticia, injusticia que nunca puede darse del lado papal ¡porque Dios está siempre de su parte! Piensan que jurar por el derecho en el

fondo es lo mismo que jurar por Dios. Así escribe el papa Nicolás al reino franco: «Advertid si gobiernan según derecho; de no ser así. hay que verlos más como tiranos que como reyes, a los que debemos resistir y oponernos en vez de estarles sujetos».

¿Fue Nicolás I, a quien muchos llaman el primer papa —tras un centenar aproximado de predecesores—, un teócrata, un precursor de la hegemonía universal de los pontífices? El tema lo discuten los intérpretes. Pero sí que constituye una especie de puente hacia Gregorio VII y hacia Inocencio III, aunque muchas de las citas pertinentes en modo alguno sean originales y las cartas estén las más de las veces marcadas por Anastasio, no tan sólo en lo relativo al lenguaje, también por lo que hace a la ideología, con lo que no dejan de ser controvertidas.[18]

Es un hecho el proceder altivo de este papa, su estilo marcadamente monárquico y autoritario. «Se impuso a los reyes y a los tiranos y los dominó con su prestigio, cual si fuese el soberano del orbe terráqueo» *(dominas orbis terrarum).* El ambicioso pontífice se aprovechó en la práctica de la continuada erosión del poder imperial, de la debilidad de los carolingios, que le permitió más que cualquier otro acontecimiento reforzar y fortalecer siempre más y más el papado; que le permitió, como se exalta desde el lado católico, «elevarse a la altura excelsa de una posición mundial, que dejó muy por detrás todos los otros poderes», mientras que para los Centuriatores de Magdeburgo con él se inicia el dominio del Anticristo sobre la Iglesia.

182

Nicolás, ensalzado y temido, reivindicó en virtud de la autoridad de los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo la potestad suprema y la inviolabilidad de sus dictámenes. Nada estaba por encima de su dignidad, nada por encima de sus derechos, a los que ni siquiera alcanzaba. En todas partes quiso imponer la supremacía de su ministerio. Para ello recopiló en una repetición frecuente cuanto de alguna manera, aunque sólo fuese aproximada, habían dicho o hecho sus ambiciosos predecesores, aunando en un coro las que antes sólo habían sido voces sueltas. El procedimiento era poco original, pero resultaba imponente. Incluso el *Handbuch der Kirchengeschichte,* aparecido con *Imprimatur,* se ve obligado a admitir que «un gobierno central de la Iglesia como el que persiguió Nicolás era algo que el derecho canónico tradicional ignoraba; el primero en desarrollarlo como un sistema fue el Seudo-Isidoro». Es decir, que una falsificación fantástica prefabrica el futuro.

Entretanto Nicolás afirma y no sólo propala sino que también actúa de forma coherente y apremia a la puesta en práctica. Y sus principios, exigencias, negativas y protestas contra cualquier tipo de intervención de emperadores y reyes en la Iglesia, su rechazo de cualquier especie de Iglesia nacional o estatal representaron, según el historiador católico Seppelt, «una lucha incansable y enconada».[19]

Nicolás empezó por imponer su autoridad a los metropolitanos, pues afirmaba: «El papa tiene el derecho de regular los asuntos de todas las iglesias, todos los sínodos han de convocarse únicamente por orden suya, los metropolitanos están sujetos a su autoridad; donde el derecho canónico calla, puede él crear derecho nuevo».

Cierto que los metropolitanos poco quisieron saber de todo esto. Y menos aún el

[18] Epist. sive Praef. MG Epp VII 395 ss. Kelly 123 s. LMA I 573, VI 1168 s. HKG III/l 164. Gregorovius 12,536 ss. Haller II 69 ss. Seppelt II 243 ss. Kühner, Das Imperium 101 s. Riché, Die Karolinger 212 s.
[19] Regin. chron. 868. Kelly 124. Wattenbach/Dümmler/Huf 2, 349. HKG III/l 165. Haller II 55, 69 ss. Riché, Die Karolinger 212 s.

arzobispo Juan de Rávena (850-861). una ciudad que como residencia de los emperadores, de los reyes godos y de los exarcas, había sido desde siglos atrás una rival de Roma y después de ésta la sede metropolitana más poderosa de Italia. En el año 666 sus príncipes eclesiásticos habían obtenido del emperador Constante II un privilegio de autogobierno («autocefalía»), aunque habían vuelto a perderlo. Más tarde, con ayuda de los carolingios, habían esperado en vano un Estado eclesiástico propio; en una palabra, ya no cesó la lucha por la influencia, las posesiones territoriales y la independencia de Roma. Más bien se agudizó cuando el belicoso arzobispo Juan ocupó la sede ravenatense y con él colaboró vigorosamente su hermano el dux Jorge, el caudillo civil en aquel territorio. El prelado Juan aspiraba a la autonomía y al dominio del país, ambicionaba los bienes pontificios, se hizo con ellos, extorsionó con impuestos, depuso a los clérigos de tendencias prorro-manas, intentó impedir la comunicación de los obispos de su archidióce-sis con el papa así como los negocios de sus empleados, a los que afrentó. Al final se le imputaron todo tipo de agravios y desmanes y naturalmente también la «herejía», de modo que Nicolás, que despreciaba la resistencia del obispo «como una telaraña», emplazó tres veces al protegido del emperador y acabó lanzando contra él la suspensión de los cargos eclesiásticos y la excomunión. Mas sólo cuando el emperador evitó al ahora ya excomulgado pudo Nicolás imponerse y obligar a Juan a la sumisión y a numerosos tributos y sobre todo a la devolución de «las posesiones arrebatadas a san Pedro». Se logró una paz aparente, que no iba a durar mucho.[20]

183

Y naturalmente también en otros lugares se levantaron los hermanos en el episcopado contra san Nicolás. Con especial virulencia lo hizo Hinkmar de Reims (845-882), el metropolitano más poderoso no sólo en el reino franco. Inútilmente había soñado con convertirse en vicario del papa y, con la ayuda del rey, separar de Roma la Iglesia franco-occidental, bajo el primado de Reims por supuesto.

El arzobispo Hinkmar vivió en abierto conflicto con su respondón sufragáneo, el obispo Rothad de Soissons. Apoyándose en las falsificaciones seudoisidorianas, quiso éste conservar algunos derechos, ciertos o supuestos, que Hinkmar le negaba. Derecho antiguo y nuevo, o mejor injusticias viejas y nuevas se enfrentaban. Pero como Rothad —también en esto de plena conformidad con las Seudoisidorianas— rechazaba asimismo todas las intrusiones del poder civil en el ámbito eclesiástico, en los bienes y beneficios clericales, se granjeó también la enemistad del rey, y así en el otoño del 862 pudo Hinkmar deponer «de acuerdo con las leyes canónicas» al insubordinado obispo y encerrarlo en un monasterio. Ocurrió «junto a la tumba martirial de los santos Crispín y Crispiniano en Soissons», según cuenta el analista de Saint-Bertin. que para esas fechas lo era el mismísimo arzobispo Hinkmar. Y así no nos sorprende para nada que su hermano en Cristo, el obispo Rothad, figure «como un nuevo faraón y como un hombre transformado en animal». Pero el papa Nicolás, tras un intercambio de escritos eruditos entre Roma y Reims, consiguió el sometimiento de Hinkmar y la reposición de Rothad en 865. Lo más interesante es que «el procedimiento discurrió de acuerdo por completo con las reglas de las falsas decretales...», para decirlo una vez más con palabras del Handbuch der Kirchenges-

[20] Kelly 123. HKG III/l 164 ss. Gregorovius I 2, 522 s. Seppelt II 249 ss. Riché, Die Karolinger 212 s.

chichte ya citado.

184 En sus discusiones con Hinkmar el propio papa no sólo se refiere a las mismas sino que las califica de válidas desde mucho tiempo atrás fundamentando en ellas tanto el procedimiento como su sentencia. Se supone incluso que el obispo Rothad habría sido el portador de la falsificación a Roma y quizá uno de los falsificadores, aunque queda abierta la cuestión de si el papa había conocido el carácter espúreo de las decretales.

Como quiera que sea, al papa Nicolás le agradaba, como a todos los pregoneros de la humildad cristiana, el que alguien se le sometiera por entero; como cuando un prelado, consciente de su culpa, suplicaba anhelante la gracia de Su Santidad con estas devotas palabras: «Al Dios omnipotente, a san Pedro y a la incomparable clemencia de Vuestra Alteza encomiendo mi pequeñez, a Vos que lleváis la representación de Dios y que os sentáis en la venerable silla del príncipe supremo como verdadero apóstol... En todo quiero obedecer vuestras órdenes como a Dios, en cuyo lugar y en cuyo nombre lo ejecutáis todo».[21]

Repugnante.

Pero si ya el hecho de someterse de esa forma a Roma no era del gusto de todos los prelados, fueron muchos los príncipes que se rebelaron contra los pontífices prepotentes. Esto lo ilustra muy bien la disputa, que corresponde en gran parte al pontificado de Nicolás I; disputa en que tras las aparentes implicaciones de teología moral lo que realmente se descubre no es más que una descarada política de poder.

La querella matrimonial de Lotario II: El emperador Lotario I divide su imperio

El hijo mayor de Luis el Piadoso, el emperador Lotario I, murió el 29 de septiembre del 855 en el monasterio doméstico carolingio de Prüm (en Tréveris) con la tonsura y entre ejercicios monacales. Todo ello después de haber vivido los últimos años de su vida en concubinato con dos muchachas de su servidumbre. Sólo seis días vistió el hábito penitencial. Por su alma debieron de combatir también encarnizadamente los espíritus de la luz y de las tinieblas; pero los ángeles buenos obtuvieron la palma, gracias a la intercesión de los monjes de Prüm, generosamente agraciados con tesoros y tierras (a cambio de lo cual el cielo se mostraba reconocido).

Poco antes de su muerte había repartido su imperio entre sus tres hijos; lo que debilitó aún más el poder imperial, ya tocado. A Luis II, el mayor (855-875), que desde el 840 era virrey de Italia en representación de Lotario, le tocó ese territorio y la corona imperial. Pero el imperio quedó prácticamente limitado a Italia, transmitiéndose a través de la coronación por el papa, en contra de la idea que había prevalecido hasta entonces.

185 Lotario II (855-869), hijo mediano de Lotario I, recibió el territorio carolingio originario, los territorios centrales francos en torno a las ciudades de Aquisgrán y Metz, con Borgoña septentrional, el *regnum Hlot-harii,* que más tarde recibió su

[21] Ann. Bertin. 861 s. Kelly 123. HKG III/l 166. Haller II 71. Seppelt II 252 ss. Rau II 2 s.

nombre por el que todavía se conoce, así como el territorio renano limítrofe por el norte hasta Frisia. Lotaringia, por la que se combatió violentamente durante el resto del siglo, haciéndolo primero los hermanos de Lotario, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, la obtuvo finalmente en 925 el rey Enrique I como elemento firme del reino franco-oriental alemán, aunque no sin una primera campaña militar.

Carlos de Provenza. el hijo menor del emperador, que sufría de epilepsia y del que no se esperaba que tuviera descendencia ni una larga vida, obtuvo Provenza, Borgoña meridional y el ducado de Lyon. Su hermano Lotario quiso encerrarlo de inmediato en un monasterio, pero los grandes se lo impidieron. Carlos murió de hecho rondando los 23 años en enero del 863 en Lyon, y los dos hermanos mayores se repartieron su herencia. Las relaciones entre ambos empeoraron de continuo, sucediéndose los ataques mutuos aunque sin resultados definitivos.

El escandaloso asunto matrimonial de Lotario II, que a lo largo de una década marcó la historia franca, tuvo una especial importancia tanto en la política eclesiástica como en la profana. Hizo del papado la última instancia en las causas matrimoniales y, por otra parte, contribuyó a que el imperio franco-oriental, Alemania, incorporase la Lotaringia.[22]

El abad Hucberto; «prostitutas, perros y halcones de caza» y 6.600 mártires

Según el testimonio del obispo Advencio de Metz, el menor de edad Lotario ya había estado prometido formalmente por su padre con Waldrada. Estaba unido con ella en un matrimonio germánico «Friedel» (antiguo alto alemán *friedila,* «querida», «esposa»), que se estipulaba especialmente cuando se daba diferencia de estado, parentesco del marido por casamiento o rapto de la mujer. Pero inmediatamente después de la muerte de su padre, y por motivos puramente políticos, Lotario II había desposado a Teutberga, hija del conde borgoñón Bosón, cuyo hermano el conde Hucberto dominaba como abad de Saint-Maurice el paso de los Alpes desde Italia al valle del Ródano; y el control de los pasos alpinos más importantes procuró a Lotario una posición para eventuales ataques contra Borgoña. Sin embargo, el matrimonio no tuvo hijos y con vistas a asegurar la continuidad de su reino Lotario II repudió al cabo de un año (857) a Teutberga para desposar a su anterior querida Waldrada. Al igual que Teutberga, procedía de la alta nobleza franca y, según varias fuentes, debió de ser hermana del arzobispo Gunther de Colonia. Ya antes de subir al trono Lotario (855) ella le había dado un hijo, Hugo, y dos hijas, Berta y Gisla, que más tarde fueron considerados de igual condición.[23]

186

Ahora bien, desde los tiempos de Luis el Piadoso (Ludovico Pío), y evidentemente bajo la influencia de sus consejeros clericales, se habían abierto paso por vez primera

[22] Ann. Bertin. 855, 863. Regin chron. 855. Ann. Fuldens. 855. LMA II 428 s, V 971. 2124 s, 2177. Dümmler I 391 s, 397, 399. II 4. Mühlbacher II 233 s. Hauck II 530. Zöllner 245 ss. Schlesinger. Karolingische Königswahlen 234 s. Nienast, Deutschland und Frankreich I 51 s. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 126 s. Fried, Der Weg 397 s.

[23] LMA III 1629. Mühlbacher II 259. Hauck II 560 s. Hartmann, Die Syno-den 274.

determinadas concepciones cristianas de tipo moral. Lotario alimentó de por vida una pasión ardorosa, que los cristianos de la época sólo podían entender como producto de oscura brujería. Regino de Prüm consideraba al rey «encendido por el diablo» y hasta el sabio arzobispo Hinkmar aplicaba todo su saber para dilucidar la cuestión de «si puede ser cierto, como muchos aseguran, que haya mujeres que con sus encantamientos son capaces de despertar un odio inextinguible entre marido y esposa y asimismo de encender un amor indecible entre hombre y mujer, de modo que el hombre ya no puede tener comercio carnal con su esposa y sólo suspira por otras mujeres». Se entiende que el arzobispo diera una respuesta afirmativa y hasta la confirmara con una historia espeluznante y toda una lista de encantamientos y brujerías, sabiendo además que como existe un demonio especial para cada vicio, también hay demonios especiales para la lascivia.

A lo largo de doce años y hasta su muerte luchó Lotario por conseguir el divorcio; empeño en que contó con el apoyo de los arzobispos de Colonia y de Tréveris así como de la mayoría de los prelados lotarin-gios. Y naturalmente con ese motivo hizo donaciones piadosas, como las otorgadas al monasterio de San Pedro, donaciones por todos los motivos imaginables, como la salvación del alma de su hermano menor, que estaba allí enterrado, la salvación de su hijo Hugo, de su querida mujer Waldrada. la expiación de sus propios pecados... Son muchos los motivos para enriquecer monasterios e iglesias.

Con vistas a conseguir el divorcio Lotario acusó entonces a Teutberga

—con la divulgación de numerosos detalles— de incesto con su propio hermano el abad Hucberto y de un aborto provocado artificialmente. En respuesta inició el abad una vasta campaña de robos y asesinatos con «una banda de criminales», llevó una vida escandalosa de trato con mujeres y en

«prostitutas, perros y halcones de caza» dilapidó los ingresos de una abadía que era muy famosa por las reliquias de la Legión tebana: 6.600 hombres que habían sufrido martirio bajo Dioclecia-no, aunque el dato se conoció por vez primera sólo casi siglo y medio después. (¡Y una cifra que por sí sola supera varias veces la supuesta suma de *todos* los mártires cristianos en *los tres primeros siglosl)* Pero la especial incriminación del prelado mujeriego era ciertamente falsa. En vano asimismo emprendió Lotario dos campañas contra el abad, que habitaba seguro en sus fortalezas alpinas.

187

El arzobispo Gunthar de Colonia revela un falso secreto de confesión

Como incluso un «juicio de Dios», una «prueba del agua», en la que el traidor de Teutberga sacó del agua hirviendo la mano y el brazo «sin escaldarse», redundase en favor de ella, se echó de ver que ni siquiera bastaba el «juicio de Dios» (ya entonces eran muchos los que lo consideraban una mala artimaña con la que se podía engañar a otros; la Iglesia, sin embargo, toleraba abiertamente dicha práctica del *iudicium Dei,* pese a la oposición de no pocos teólogos; probablemente hasta desarrolló nuevas formas y en especial la «prueba cruzada»). En todo caso el archicapellán real y

arzobispo Gunthar de Colonia (850-870), que había dilapidado el rico patrimonio de la iglesia local, incluidos los vasos sagrados «de oro y plata de todo tipo» *(Annales Xantenses)* en beneficio de su numerosa parentela feudal de hermanos, sobrinos, hermanas y sobrinas, el tal prelado lanzó la mentira de que Teutberga le había revelado su pecado en confesión.

Un sínodo regional, cargado de dolor y paroxismo, convocado en Aquisgrán en febrero de 860 por Gunthar y por los arzobispos Teul-gaud de Tréveris y Wenilo de Rouen, la condenó. Y ella hizo una confesión forzada y por escrito, que confirmó después oralmente, aunque la revocó de inmediato: «Yo, Teutberga, conducida a la perdición por la curiosidad y la debilidad femeninas, atormentada por los remordimientos de conciencia, para salvación de mi alma y en lealtad a mi Señor, delante de Dios y de sus santos ángeles hago una confesión verdadera de que mi hermano, el clérigo Hucberto, me sedujo en mi primera juventud y realizó con mi cuerpo impureza antinatural. Lo testifico por mi conciencia, no movida por insinuación malévola ni empujada por coacción violenta, sino conforme a la simple verdad; así me ayude el Señor, que vino para salvar a los pecadores y que ha prometido el perdón verdadero a quienes confiesan sus pecados de forma sincera y según verdad. Yo no invento nada, yo confieso la verdad con mi boca y la refrendo con este escrito de mi puño y letra, porque para mí, mujer poco inteligente y engañada, confesar abiertamente mi culpa ante los hombres es una desgracia menor que tener que sonrojarme ante el tribunal de Dios y caer en la condenación eterna».

Según Regino de Prüm, el rey había procurado ganarse «a cualquier precio» el beneplácito del príncipe de la Iglesia de Colonia, entonces su archicapellán, y hasta había prometido al gran patrocinador de su parentela desposar a su sobrina. Refiere el abad que en 864 la muchacha fue conducida a palacio y «según se cuenta, después de haberla violentado *(constupratur),* entre las risas y burlas de todos se la devolvió a su tío». Pero la cura de almas nunca ha sido fácil...

188

La sucia comedia se complicó cada vez más. Los venerables padres conciliares quedaron profundamente impresionados por la confesión de Teutberga. Quisieron saber si «aquella mujer» había sido extorsionada por él, cosa que él negó con juramentos y sollozos. Y asimismo aseguró Teutberga que todo lo había confesado con plena libertad y que no quería lamentarlo nunca. Después se le prohibió sí la consumación del matrimonio con Lotario, pero no se anuló dicho matrimonio. La reina desapareció inmediatamente en una cárcel monacal, para que expiase y llorase de por vida su pecado según el deseo de los sinodales. Pero aquel mismo año Teutberga huyó al reino occidental, donde también su hermano del alma Hucberto, sacerdote casado y que más tarde siendo ya abad cayó en combate, habiendo sido expulsado de su abadía, encontró refugio y protección bajo Carlos el Calvo. Éste a su vez empezó ya a acariciar la esperanza de obtener al menos en parte la herencia del sobrino, el territorio de Lotario, aunque sólo en el caso de que continuase su matrimonio con la esposa estéril, en favor de lo cual intervino naturalmente Carlos. Y asimismo lo hizo su influyente prelado Hinkmar de Reims en su escrito *Sobre el divorcio del rey Lotario,* de finales del 860.

Lotario, profundamente amargado, habría preferido silenciar el oprobio de Teutberga; pero ya se había difundido por todas partes. Sin duda que «de buena gana la habría retenido junto a sí»; Teutberga «habría sido idónea para el lecho conyugal,

de no haber estado ensuciada por la funesta mancha del incesto» *(Reginonis chronica).* Así, otro sínodo regional, celebrado en Aquisgrán a finales de abril del 862 (con los obispos de Metz, Verdún, Toul, Tongern, Utrecht y Estrasburgo y bajo la presidencia una vez más de los arzobispos de Colonia y Tréveris) volvió a resultar beneficioso para el rey. Declaró nulo su matrimonio con Teutberga y permitió otro matrimonio canónico. Ya para Navidad Lotario. «embrujado según se dice por artes de encantamiento» *(Ármales Bertiniani),* se casó oficial y solemnemente con la concubina de su juventud, y un obispo del reino de Luis II. Hagen de Bérgamo, coronó reina a Waldrada.[24]

Nicolás I en lucha con el episcopado franco oriental y con el emperador

Hasta entonces, y pese a la manifiesta injusticia de la que Teutberga fue víctima, el papa había callado durante años ignorando sus repetidas llamadas de socorro. Y es que en la práctica el papa dependía del emperador Luis II, hermano de Lotario, soberano de la mayor parte de Italia, incluidos Roma y el Estado de la Iglesia. Sólo cuando en 863-864 Lota rio se indispuso con Luis por la herencia del hermano de ambos, Carlos de Provenza, actuó (con mayor energía) Nicolás contra Lotario. Convocó entonces a todo el episcopado franco, el oriental y el occidental, a un sínodo imperial en Metz, que también se reunió en junio del 863, aunque sólo con la asistencia de los obispos favorables a Lotario.

189

Al mismo acudieron dos legados romanos, que ocuparon la presidencia y a los que el papa nombró sus «asesores de confianza»: eran los obispos Juan de Ficocle (actual Cervia, cerca de Rávena) y Radoaldo de Porto; este último sobornado ya por los bizantinos, como era notorio. Lotario aprovechó al momento la ocasión y sobornó a entrambos. Los legados, en parte ni presentaron las credenciales de su señor y en parte las falsificaron «y no hicieron nada de cuanto se les había encomendado de acuerdo con el mandato sagrado» *(Annales Bertiniani).* Y así los obispos declararon por unanimidad nulo el matrimonio de Lotario y de nuevo condenaron a Teutberga, que no se hallaba presente; lo que iba abiertamente contra el derecho canónico que prohibía juzgar a las personas ausentes.

Se decidió recabar su autorización, cuando el papa no la había reclamado. Con los legados viajaron a Roma los dos metropolitanos: Gunt-har de Colonia, que como especial conocedor de la Biblia y del derecho canónico había preparado las citas escriturísticas en favor del divorcio real, y el muy sencillo pero a la vez muy noble Teutgaud. Ambos viajaron «a la sede del bienaventurado Pedro, que jamás engañó ni se dejó engañar por ninguna herejía...», como afirma intrépido el abad Regino.[25]

---

[24] Ann. Bertin. 860, 862. 864. Regin. chron. 864, 866. Ann. Xantens. 865. MG Cap. II 463 ss. LThK IV^3 942 s. LMA IV 1594 s. Dümmler II 5 ss. 110. Hartmann, Geschichte Italiens III1, 262. Mühlbacher II 260 ss. 270 s, 284. Cartellieri I 295 ss. Brühl, Hinkmariana 58 s. Schrörs 184 ss. Ehrhard, Kirche der Märtyrer 347. Konecny, Die Frauen 97. Seppelt II 260. Grotz 43 s. Hartmann, Die Synoden 274 ss. Fried, Der Weg 398. Staubach 119.

[25] Ann. Bertin. 863. Ann. Fuldens. 863. Ann. Xantens. 864. Regin. chron. 864. Dümmler II 61 ss.

Entretanto en Roma el episcopado del reino occidental había intervenido para lanzar nuevos reproches contra Lotario y hasta había recriminado la indiferencia del papa, que sólo entonces tuvo conocimiento de la coronación de Waldrada. Y como creía reforzar su propio poder a través de Carlos el Calvo, se identificó con la política de éste. Por primera vez intervino decididamente contra Lotario, calificó de adulterino su matrimonio y abrió un proceso disciplinario contra los propios legados, con lo que sacrificó a la nueva política al obispo Radoaldo, que hasta entonces había gozado de su confianza.

Nicolás hizo esperar tres semanas a los dos príncipes eclesiásticos de Colonia y Tréveris, a los que en el otoño de 863 había recibido amistosamente, y mediante un sínodo romano aunque sin la convocatoria de los obispos de la misma provincia —lo que iba contra toda la tradición— los declaró depuestos y excomulgados. Algo inaudito por completo, sin un verdadero proceso judicial, sin acusación ni defensa, sin interrogatorios ni testigos; una violación escandalosa del ordenamiento jurídico, pero que fue recibida con estruendosos aplausos. El mismo castigo recayó sobre los legados de Metz.

190

Por el momento Nicolás no condenó al rey. Pero calificó al sínodo de Metz de «sínodo de salteadores» y «negocio de prostitutas», cuyo protocolo, el *«profanum libellum»,* fue desgarrado y quemado. El papa no aportó ninguna fundamentación jurídica para su sentencia; pero su oposición convirtió el reino de Lotario, ya en vida de éste, en el objeto de discusión entre los fronterizos del este y del oeste.[26]

Cuando en el verano de 864 el papa excomulgó a Gunthar, Lotario, que debía a éste algunos favores, le privó también de su arzobispado y de la dignidad aneja a un archicapellán lotaringio y entregó la sede de Colonia, hecha a su medida, a un güelfo como era el abad Hugo. Pero éste «irrumpió como un lobo rapaz en el rebaño de Dios». Cierto que se le volvió a expulsar rápidamente, pero sólo «después de que hubiera matado a muchísimos en aquel obispado» *(Annales Xantenses).*

El único príncipe eclesiástico que se opuso fue Hinkmar, arzobispo de Reims desde 845 gracias al favor del rey franco occidental. Como solía ocurrir, procedía de círculos feudales y había sido educado en el monasterio de Saint-Denis. Pasaba por ser uno de los personajes más cultos de su tiempo, y mientras defendía celosamente sus derechos arzobispales frente ai papa, aspiraba a su vez con no menor celo a ampliar los propios privilegios frente a sus obispos, y entre ellos a unos títulos jurídicos «en los que sus antecesores ni siquiera habían pensado» (Grotz, S.J.).

Como metropolitano de los obispados lotaringios Hinkmar pertenecía a los obispos de Lotario. pero su diócesis personal estaba en el reino fronterizo de Carlos el Calvo, de quien era el primer estadista y el consejero más influyente. Mas para poder disponer más a su arbitrio como metropolitano, Hinkmar perseguía la anexión de Lotaringia al reino occidental. Por eso precisamente tuvo un enorme interés político en la querella matrimonial de Lotario e hizo de ella la *«cause célèbre».* Y se

---

Mühlbacher II 278 s. Gregorovius I 2, 527. Hartmann, Geschichte Italiens II 1,255 s. Neuss/Oediger 154 ss. Haller II 65 s, 87. Seppelt II 261 s. Grotz 88 ss. Konecny, Die Frauen 109. Hartmann, Die Synoden 280 ss.

[26] Ann. Bertin. 863. Ann. Xantens. 864 s. Dümmler II 68 ss. 71. Mühlbacher II 279 s. Gregorovius I 2, 527 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 256 s. Steinbach, Die Erzonen 851. Haller II 65, 67. Neuss/Oediger 156 s. Seppelt II 262. Grotz 91 s. Konecny, Die Frauen 109. Hartmann, Die Synoden 282 s.

comprende tanto mejor que el rey Carlos II, olfateando de inmediato su provecho, lleno de «compasión» por la «desgracia» de Teutberga, se opusiera tan resueltamente a la separación de su sobrino Lotario, por cuanto su matrimonio sin hijos le garantizaba a él una herencia magnífica.

Así, no sólo acogió a Teutberga sacándola de la prisión monástica y a su mujeriego hermano Hucberto, que había sido depuesto, le otorgó la abadía más famosa del país, Saint-Martin-de-Tours, sino que acabó denegando a Lotario la comunión eclesial y poniendo en duda su realeza. Y el arzobispo Hinkmar se convirtió naturalmente en el fiel portavoz de su señor, buscando cada vez más su provecho en el provecho de su rey, anatematizó el proceder de Lotario en parte con irritación y en parte con burlas y quiso que un sínodo imperial entendiese en el pleito.[27]

191 Pero en su irritación los dos arzobispos partieron de común acuerdo a toda prisa hacia Benevento, donde se hallaba precisamente con un ejército el emperador Luis II, cuyas buenas relaciones iniciales con el papa hacía tiempo que se habían enfriado. «Ciego de cólera» marchó de inmediato sobre Roma, topándose allí con una procesión de rogativas, ordenada por Nicolás profilácticamente con otras procesiones y un ayuno general para pedir la conversión del emperador en su manera de pensar. El papa no salió al encuentro del príncipe, como era habitual. Y los veteranos del emperador cayeron sobre los integrantes de la procesión, maltrataron a los clérigos, tiraron a la basura los estandartes eclesiásticos, destrozaron cruces, incluida la de santa Helena con las supuestas reliquias de la cruz de Jesús. Saquearon y destruyeron iglesias, demolieron casas y cometieron atrocidades contra hombres y mujeres, con heridos y hasta muertos. Y cuando a los pocos días el noble carolingio abandonó Roma, sus tropas no sólo dejaron tras de sí viviendas saqueadas y destruidas, sino también iglesias profanadas, mujeres y monjas violadas... Y la católica Majestad «se dirigió a Rávena y allí celebró la fiesta de Pascua...» *(Annales Bertiniani).*

El papa, a quien probablemente todo aquello le había venido muy bien, se refugió ocultamente en San Pedro donde ayunó a pan y agua dos o tres días. Y aguardó paciente, jugando un poco al mártir. Después el exaltado emperador, impresionado por un caso de muerte, por una afección personal y por los remordimientos de conciencia, cesó ya en su actitud.

«Escuchad, señor papa Nicolás...» Buitres coronados y cambio de frente papal

Por su parte los arzobispos de Colonia y Tréveris anatematizaron a Nicolás I, «que se llama papa, se cuenta como apóstol entre los apóstoles y querría convertirse en el emperador de todo el mundo». Le reprochaban su «arrogancia», su «hipocresía», su «furor tiránico», su «desvarío», y le recriminaban el haber convocado «una especie de

[27] Ann. Xantens. 866. Hinkm. De divortio Lotharii reg. et Tetb. regin. (Migne PL 125, 623 ss.). Dümmler II 13 ss. 38. Mühlbacher II 283. Cartellieri I 296, 312, Mayer, Mittelalterliche Studien 22. Löwe, Deutschland 186. Brühl, Hinkmariana 56 ss. Haller II 63 ss. Neuss/Oediger 158 s. Steinbach, Das Frankenreich 77. Grotz 44 ss. 88 s. Konecny, Die Frauen 105 s, 114 ss. Anton, Fürstenspiegel 282, 329, 425. Penndorf 54 ss. Staubach 150 ss.

sínodo de salteadores a puerta cerrada», que había emitido una «sentencia maldita», «una obra mal hecha, maldita y nula». Y como Nicolás se negase a aceptar tales acusaciones, por intermedio del obispo Hilduino de Cambray, hermano de Gunthar que había sido depuesto por el papa, y con el apoyo de un tropel de gentes armadas depositaron sobre la tumba de San Pedro dicho escrito de acusación sorprendentemente audaz, aquellos «capítulos diabólicos y hasta entonces inauditos» (Hinkmar), que empezaban con «Escuchad, señor papa Nicolás...». Para ello mataron a un centinela de la tumba, abriéndose la retirada a punta de es-pada.[28]

192

Con posterioridad los dos respondones fueron muchísimo menos osados y tras haberse esforzado en vano una y otra vez por ser repuestos en sus cargos murieron desterrados en Italia: Teutgaud en 868 y Gunthar en 871.

Pero el papa Nicolás, a quien los dos obispos habían reprochado no sin cierta parte de verdad el que actuase como emperador de todo el mundo, instigaba a los prelados francos a la desobediencia a su rey —haciendo caso omiso del capítulo 13 de la carta a los Romanos—. Proclamó el derecho de resistencia contra los soberanos incómodos, contra los depravados y los tiranos; idea sobre la que volvería gustosa la Edad Media católica. En 866, «con celo divino», al decir de los Anales de Fulda. excomulgó a Waldrada «con todos sus cómplices, participantes y protectores», amenazó asimismo a Lotario con la excomunión y rechazó los intentos de separación de Teutberga amedrentada en grado sumo así como su anhelada entrada en un monasterio, ¡a no ser que el rey se comprometiese a guardar celibato! «Porque tú cediste a tus impulsos corporales y diste rienda suelta al placer», le escribía el papa en cierta ocasión, «hasta caer en un charco de miseria y hundirte en la más sucia inmundicia».

Como las cosas pintaban cada vez peor para Lotario, sus tíos se lanzaron ahora sobre el botín largamente acechado. En realidad el único heredero legítimo de Lotario era su hermano, el emperador Luis, a quien todavía Lotario había visitado en Benevento poco antes de su muerte. Pero en mayo del 867 Carlos el Calvo y Luis el Germánico concertaron sobre la tumba de Luis el Piadoso, en el monasterio de Saint-Arnulf de Metz, un «tratado de reparto» singularmente vergonzoso del territorio de Lotario. Con asistencia de numerosos obispos del reino occidental y del oriental, se adjudicaron a partes iguales —y en el territorio de la víctima— el esperado incremento «en verdadera fraternidad». Y naturalmente también prometieron protección y defensa a la Iglesia católica. Pero Lotario. cuyo reino corría el peligro de caer en manos de sus tíos, renovó inmediatamente después en Frankfurt un viejo pacto especial de alianza con Luis el Germánico, que parecía ser beneficioso para Luis, pues éste buscó en seguida la mediación del papa y encontró apoyo en los propios obispos, que hasta lo celebraron como a un héroe de la guerra porque acababa de expulsar a los normandos.

Pero el papa Nicolás se mantuvo inflexible. Y gravemente enfermo, apenas dos semanas antes de su muerte, envió al norte un escrito implacable. Murió el 13 de noviembre de 867 «después de muchos trabajos sufridos por Cristo...».[29]

---

[28] Ann. Bertin. 864. Dümmler II 69 ss. Mühlbacher II 280 s. Gregorovius I 2, 528 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 258 ss. Cartellieri I 301 s. Neuss/Oediger 158. Haller II 73 s. Perels, Paspt Nikolaus I, 217 ss. Id. Propagandatechnik 423 ss. Hartmann, Die Synoden 283 s

[29] Regin. chron. 865, 868. Ann. Bertin. 867, 869. Ann. Fuldens. 864, 867. Ann. Xantens. 871. Mühlbacher

193

Su actitud, que respondía a la doctrina de la Iglesia, reportó desde entonces a Nicolás una gran fama. Pero dejando aparte el hecho de que, por ejemplo, ningún papa y ningún obispo protestaron cuando Carlo-magno disolvió su matrimonio y contrajo otro nuevo, hubo evidentemente explosivos motivos políticos que decidieron el proceder de Nicolás. Pues, al esperar más de Carlos el Calvo para su propio poder, cambió de frente, pasándose a su campo y abandonando al emperador Luis II. Para decirlo con el lenguaje de épocas posteriores, de un papa imperial se convirtió en un papa francés. Hizo concebir al soberano franco occidental esperanzas de la dignidad imperial, alentó resueltamente sus planes sobre la herencia del sobrino y hasta «mostró a Carlos la posibilidad de, habida cuenta de las circunstancias, echar mano al imperio ya en vida de Lotario» (Haller). Cierto que Carlos el Calvo, sobornado por Lotario con la cesión de la rica abadía de Saint-Vaast, momentáneamente había cambiado de rumbo, pero rápidamente regresó al bando del papa.[30]

También conviene recordar lo siguiente.

En aquella época el matrimonio estaba todavía muy lejos de tener la importancia eclesiástica que alcanzaría después. Cierto que el moralista católico Bernhard Haring en su teología moral *Das Gesetz Christi* repite en una sola página que el matrimonio fue ya «instituido en el paraíso»; pero en la prueba de «la elevación del matrimonio a sacramento» por Cristo no señala ningún pasaje bíblico que lo demuestre. De hecho la monogamia se tomó del paganismo —¡como todo lo que no se les sustrajo a los judíos!— y durante siglos nadie se preocupó de la bendición nupcial. El propio Nicolás I no exigía la correspondiente ceremonia eclesiástica. Sólo en la Baja Edad Media se da la declaración del consentimiento por parte de la pareja en presencia del sacerdote. ¡Y sólo en el siglo XVI pasa a ser el matrimonio un sacramento regular!

Por ello apenas debe sorprender que en el imperio franco los obispos nada tuvieran que hacer jurídicamente con los problemas matrimoniales y que durante mucho tiempo tampoco quisieran hacerlo. Cuando Luis el Piadoso sometió o intentó someter al arbitraje del sínodo episcopal de Attigny (822) la solución de una querella entre dos matrimonios, ¡los obispos encomendaron el asunto a los laicos, que hubieron de decidir de conformidad con la ley civil! Según Wilfried Hartmann, en el imperio franco parece que todavía hacia 860 «las querellas matrimoniales eran competencia de un tribunal civil». Sólo a finales del siglo IXX fueron los prelados los únicos jueces en cuestiones de separación matrimonial, siendo también éste un derecho que consiguieron.[31]

Mientras Nicolás I agonizaba, uno de sus parientes, el *magister militum* Sergio, saqueó el tesoro de la Iglesia. Y el duque Lamberto de Spoleto y príncipe de Capua aprovechó las honras fúnebres para saquear a finales del 867 los palacios, iglesias y monasterios de Roma y raptar a las muchachas nobles. Los abusos y violencias fueron tales que muchos huyeron de la ciudad.

194

II 294 ss. 305. Seppelt II 265. Grotz 97. Stratmann, Das Recht der Erzbischofsweihe 60. Zapperi 15.

[30] Dümmler II 237 ss. 243 s. Mühlbacher II 289 ss. 299. Gregorovius I 2, 541 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1,278 s. Cartellieri I 301,304, 309. Grupp II 177 s. Pothmann 759. Haller II 68, 76 s, 91, 96. Seppelt/Schwaiger 109 s. Grotz 97, 192 s.

[31] Häring III 322. Véase al respecto Deschner, Das Kreuz 236 ss. espec. 239. Hartmann, Die Synoden 167 (remitiéndose a MG Cap. I 304 s) y 275.

Desde el idilio familiar bajo el papa Adriano hasta la muerte abnegada del emperador Luis II «por la causa de Cristo»

A la muerte del papa se abrió una lucha singularmente enconada por la elección del sucesor; lucha que sostenían el partido imperial y el partido de los «nicolaítas», secuaces del último pontífice, con detenciones y desmanes de todo tipo; y a lo que parece también con renovadas ambiciones del anterior antipapa Anastasio. En medio de aquel caos no sólo retiró y destruyó las actas del archivo papal que lo inculpaban, sino que además hizo sacar los ojos a un enemigo personal suyo, que había buscado refugio en una iglesia.

Al final ocupó el anhelado trono pontificio un sacerdote casado de 75 años. Se llamó Adriano II (867-872) y ya en 855 y 858 había sido nombrado candidato papal; era el sexto papa de la dinastía nobiliaria de los Colonna y un vástago del obispo Talaro de Minturno-Gaeta, de cuya fama parece que supo aprovecharse. A las oraciones del santo padre, que era tuerto y cojeaba, se les atribuían efectos milagrosos. Antes de su ordenación había desposado a la joven Estefanía, con la que tuvo una hija cuyo nombre se desconoce y quizá también algunos hijos, llevando después una tranquila vida de familia en el palacio pontificio.

Repentinamente acabó todo el 10 de marzo de 868, cuando Eleute-rio, uno de los hijos del obispo Arsenio, pidió la mano de la hija del papa, que ya había sido prometida a otro. En plena cuaresma Eleuterio raptó a la muchacha y a su madre Estefanía, esposa del santo padre, y las violó. Y no sólo eso. Cuando el emperador Luis acudió a la llamada de auxilio de Adriano, el decepcionado hijo del obispo asesinó en su furor a las dos mujeres, siendo a su vez degollado. El obispo Arsenio, que evidentemente no había sido ajeno a todo el asunto, huyó de Roma muriendo poco después. Todavía el 8 de marzo de 868, dos días antes del asesinato referido, el papa Adriano escribía una carta a Hinkmar de Reims en la que recordaba a su amadísimo Anastasio (el antipapa Anastasio, supuesto instigador del crimen y hermano del asesino), que había sido reintegrado a su dignidad sacerdotal y había sido nombrado bibliotecario de la Iglesia. Pero ahora, sin interrogatorio, testigos ni defensa, volvió a reducirlo al estado laical y lo excomulgó.

195

Deposición y rehabilitación de Anastasio: la muerte de Lotario II, un «juicio de Dios»

La condena del cardenal presbítero Anastasio la dictó el sínodo romano celebrado el 12 de actubre de 868 sobre la base de gravísimas acusaciones: maquinaciones para promover la discordia entre el emperador y la Iglesia de Roma, saqueo del palacio papal a la muerte de Nicolás I, sustracción de decretos sinodales dictados contra él bajo los papas León IV y Benedicto III, participación en el rapto y asesinato de la mujer y de la hija de Adriano II. En el sínodo el papa echó en cara otros reproches a

Anastasio y declaró: «Pero últimamente —como muchos de vosotros lo habéis oído conmigo de un cierto sacerdote Ado, que incluso es pariente suyo, y como a mí me consta por otros cauces— con la más crasa ingratitud a los favores que Nos le hemos hecho, envió a un hombre a Eleuterio y le incitó a que cometiese algunos homicidios *(exhortans homicidio perpetrari).* Y, ay, se han cometido, como sabéis». Sin embargo, ya a finales del año 869 aparece de nuevo Anastasio como consejero del papa y de nuevo era al menos bibliotecario de la Iglesia romana; lo que proyecta una luz sospechosa sobre el santo padre.[32]

En apoyo de su poder papal frente a los obispos, Adriano, que era hombre profundamente piadoso aunque no de carácter especialmente firme, había recurrido en los mismos comienzos de su pontificado a numerosas sentencias de los padres de la Iglesia, exactamente 21, todas las cuales procedían de las falsificaciones seudoisidorianas.

Pero no era de la fibra de su predecesor. Vaciló, transigió y, por ejemplo, aunque con ciertas reservas pero apoyándose únicamente en sus promesas, anuló la excomunión de Waldrada y el 1 de julio de 869 dio la comunión en Monte Cassino a Lotario, que por ello le colmó de regalos, oro y plata. El rey había asegurado (y su séquito lo confirmó) que no volvería a tener ningún contacto con Waldrada. También «sus cómplices *(fautores)* recibieron junto con él la comunión de manos del papa». Entre ellos figuraba incluso el depuesto arzobispo de Colonia Gunthar, «el autor y promotor de aquel adulterio público»; eso sí, tras pronunciar una declaración especial «delante de Dios y de sus santos...» *(Annales Bertiniani).*

Durante el viaje de regreso, en el que su séquito fue víctima de una epidemia, Lotario sufrió en Lucca un ataque de fiebre y el 8 de agosto de 869 moría en Piacenza. La creencia común lo interpretó como un «juicio de Dios» por el perjurio cometido en Monte Cassino. Enterraron al rey en el pequeño monasterio de San Antonino, extramuros de la ciudad. Pero Teutberga, que pronto debió de visitar su tumba, hizo generosas donaciones al menos a los monjes del lugar, a fin de que orasen por el descanso del alma de su esposo (¡y es que todo tiene su precio!).

196

Ella terminó sus días como abadesa del monasterio de Santa Glodesin-de en Metz, suntuosamente dotado por Lotario. Y su rival Waldrada se hizo monja en Remiremont, junto al Mosela.[33]

Aclamaciones para Carlos el Calvo con el saludo entusiasta de los obispos

[32] LP 2, 173 ss. JW 1, 368 ss. Ann. Bertin. 867 s. Kelly 124. LMA IV 1822. Dümmler II 222 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 270 s. Haller II 89 ss. Cartellieri I 308 s. Seppelt II 285s. El jesuíta Grotz, 16, presenta un cálculo basado en una simple hipótesis, según el cual Talaro, padre de Adriano, habría tenido «unos 20 años» cuando nació su hijo. De lo cual concluye que Talaro era clérigo pero «cierta mente no sacerdote todavía». ¡Como si no se hubieran dado obispos aún más jóve nes! Véase asimismo Grotz ibid. 24 ss. 34,126 ss. 168 ss. Gontard 186. Hartmann, Die Synoden 296 s. Riché, Die Karolinger 218 s.

[33] Ann. Bertin. 869. Regin. chron. 869. Kelly 125. Mühlbacher II 301 s. Seppelt II 287. Zimmermann, Das Papsttum 86. Riché, Die Karolinger 218.

Apenas tuvo noticia del repentino fallecimiento de su sobrino Lotario II, Carlos el Calvo, que fue de por vida uno de los príncipes más ambiciosos, desleales, pusilánimes y afortunados de su tiempo, marchó sobre Lotaringia sin respetar para nada los compromisos contraídos.

La situación era favorable: muerto Lotario, su hijo Hugo era ilegítimo además de ser un niño, Luis el Germánico yacía gravemente enfermo en Ratisbona. Y sus hijos, como convenía a los buenos cristianos, estaban todos en campaña contra los eslavos: el príncipe Luis III combatía con sajones y turingios contra los sorbios, el príncipe Carlomán lo hacía con bávaros contra los moravos, y el príncipe Carlos III sostenía con tropas francas y alamanas al rey enfermo, que «encomendaba a Dios el éxito de la causa». Pero el emperador Luis, hermano de Lotario y el heredero más legítimo, no sólo estaba muy lejos sino que apenas estaba disponible. Desde hacía más de tres años luchaba contra los sarracenos en Italia meridional, donde por fin había cercado por tierra la ciudad de Bari, baluarte sarraceno, y con ayuda de una flota bizantina de 400 barcos recién aparecida también la había aislado por mar.

Por el contrario, Carlos el Calvo que desde años atrás seguía con atención los asuntos de Lotaringia, y especialmente el proceso matrimonial de Lotario II, se hallaba casi a las puertas y para la correría que entonces se iniciaba podía confiar plenamente en la complicidad de muchos obispos, como Hatto de Verdún, Advencio de Metz, Franco de Lüttich, Arnulfo de Toul y otros. También le acompañaba el arzobispo Hinkmar con dos de sus sufragáneos, lo que permite concluir que «desde el comienzo había apoyado» el plan de usurpación y que acompañó «decisivamente» el asalto (Reinhardt).

Cierto que en Attigny algunos obispos y algunos grandes lotaringíos rogaron a Carlos que no franquease la frontera. Pero otra embajada le invitó a marchar lo antes posible a Metz, donde estaba el obispo Advencio, que ahora trabajaba en favor de Carlos con el mismo empeño con que antes lo hiciera a favor de Lotario. El agresor avanzó sin escrúpulos. En Verdún le rindieron vasallaje el obispo del lugar y el de Toul, en Metz lo hicieron otros prelados. Y el 9 de septiembre de 869 Advencio exaltó allí, en la iglesia de San Esteban, al señor Carlos como el sucesor elegido y como el legítimo heredero. Advencio no se cansó de repetir la palabra maravillosa de Dios, el salvador en la tribulación, para hacer ver a todos que tan sólo se trataba de la voluntad de Dios para convertir en su rey y príncipe al señor Carlos allí presente, el heredero legítimo al que Dios mismo había elegido para la salvación de todos. Y como el prelado de Metz hablaron también muchos otros señores eclesiásticos.

197

Engelbert Mühlhaber habla de una «comedia de la justificación». «Los obispos, que un año antes tan solemnemente habían proclamado su patriotismo contra las veleidades anexionistas franco-occidentales, no vacilaron ahora ni un instante en otorgar la bendición eclesiástica al quebrantamiento del derecho del sobrino, al quebrantamiento del tratado frente al hermano. La falsedad y la hipocresía no retrocedieron ante la perspectiva de mezclar el nombre de Dios con sus maquinaciones para ocultar el fin interesado y egoísta. ¿De dónde sacaron ellos, que por el momento no eran más que una minoría, el derecho a disponer de un reino cuya posesión estaba vinculada a la herencia y para instituir un rey extranjero en un reino que sólo conocía una monarquía hereditaria?

¿Obraban ellos de manera diferente a como lo habían hecho los grandes franco-

occidentales, cuando llamaron al rey alemán para que se adueñase de su país? ¿No era Carlos tan usurpador como el rey alemán en su ataque al reino occidental, al que Hinkmar de Reims y en parte los mismos obispos creían no poder condenar con la suficiente contundencia ni humillar con el suficiente rigor?[34]

Carlos, por su parte, insistió en su elección divina haciendo también hincapié en el consenso general de eclesiásticos y nobles; prometió preservar el honor y dignidad de la Iglesia y cuanto había que salvaguardar y proteger, como suele repetirse siempre en tales ocasiones. Que también el arzobispo Hinkmar afirmase solemnemente que el rey Carlos había acudido a Metz guiado por Dios es algo que se entiende por sí mismo. Según lo cual se conectaba con el «gran Dios,¡bendito sea!» y el regio salteador mandó que cada obispo recitara una pequeña oración por su salud (y victoria) y se hizo ungir y coronar, para inmeditamente después distraerse en las Ardenas con la «noble» cacería y estar así entrenado para nuevas empresas.

Por ejemplo, el encuentro con Richildis, la concubina de su juventud y pariente del rey Lotario II, ya que precisamente el 6 de octubre había muerto en Saint-Denis su mujer Irmintrude, madre de ocho hijos. El conde Bosón, hermano de la querida, se la había proporcionado a toda prisa, recibiendo a cambio de aquella tercería amorosa la abadía de Saint-Maurice con otros feudos. Pero el príncipe católico, que no llevaba ni una semana de viudo, apenas tres días después de recibir la noticia de la muerte de su mujer, el 12 de octubre celebró su «reunión» con Richildis, mientras que simultáneamente los normandos, que ya se habían asentado en las orillas del Loira, incendiaban Le Mans y Tours según todas las reglas del arte de la guerra.[34]

198

Incontables veces habían atribuido los obispos la usurpación de Carlos a la acción divina y habían interpretado el robo del país casi como obra de Dios. Por el contrario, el papa Adriano II se empeñó por procurar la sucesión del trono a Luis II, su «amado hijo espiritual», a quien el abad Regino no sólo llama «piadoso» sino también «protector de las iglesias» y «lleno de humilde sumisión a los servidores de Dios», lo que entonces contaba más que cualquier otra virtud. Además, aquel emperador, en su perjuicio ciertamente, guerreó contra los sarracenos que embestían de continuo, los venció y por lo mismo no debía cesar en el empeño para asegurarse por ejemplo su herencia en el norte. De ahí que el santo padre amenazase con la excomunión eclesiástica especialmente a los obispos y a cuantos se alzasen contra su protegido y atentasen contra sus derechos hereditarios. Quería que a los tales los tratasen como a infieles y tiranos. Pero a nadie inquietaron los gritos del papa romano y el propio emperador estaba demasiado lejos y ocupado, como queda dicho.

Y naturalmente a quien menos inquietaron los deseos papales fue a Carlos el Calvo. Se alió más bien con Rorich, el caudillo de los normandos, que entretanto se había convertido al cristianismo, pese a lo cual continuó siendo «el azote de la cristiandad» —por lo demás, como también lo habían sido los cristianos unos para otros desde hacía siglos y siguieron y siguen siéndolo—. Cuando Luis el Germánico, sorprendentemente restablecido, amenazó al usurpador con la guerra y marchó de inmediato a su encuentro, Carlos cambió de actitud.

Tras largas prenegociaciones los dos monarcas se encontraron en Meersen (a

[34] Ann. Bertin. 869. Regin. chron. 869. Dümmler III 57. Mühlbacher II 305 ss. Reinhardt 38 s. Grotz 198 s. Riché, Die Karolinger 237 s.

orillas del Mosa en los Países Bajos, donde ya a mediados del siglo habían pactado repetidas veces los príncipes francos) y el 8 de agosto de 870, exactamente un año después de la muerte de Lotario, se repartieron sin más a partes iguales su reino al norte de los Alpes; los ríos Mosa, Mosela y Saona trazaban aproximadamente la frontera, hasta que diez años después, por los tratados de Verdún (879) y Ribemont (880), toda la parte occidental de Lotaringia pasó de nuevo a Franconia oriental.[35]

Otras protestas del papa sólo llegaron después de consumada la operación. Pero ni Carlos el Calvo, el «tres veces advertido», ni el sin duda más sermoneado arzobispo Hinkmar. a quien el papa romano tal vez con toda razón había increpado abiertamente como el iniciador de la maldad y del robo, ni el resto de los prelados se preocuparon demasiado. El santo padre más bien hubo de escuchar pronto a Carlos que los reyes francos, y no los obispos, reinaban en sus territorios, por lo que él se anexionó tranquilamente lo que le correspondía por el tratado de Meersen.

199 Pero al igual que Adriano había tenido ya que ceder frente a Lotario y Waldrada, también hubo de hacerlo en otros conflictos, en pleitos civiles y eclesiásticos del imperio carolingio, y especialmente en una desavenencia del obispo Hinkmar de Laon y de su poderoso tío Hinkmar de Reims así como de Carlos el Calvo. Protestaba contra las intromisiones, a las que no estaba dispuesto. Carlos suprimió por entero las órdenes romanas que atentaban a sus derechos. El papa hasta tuvo que desmentir algunas cartas personales, que había escrito su secretario. Declaró que se las habían ocultado durante su enfermedad y que eran pura invención. También un sínodo de 30 obispos francos tomó partido por el rey.

El emperador Luis II muere agotado por Cristo, y la Iglesia le hereda

Pareció entonces que al menos en el sur de Italia se abría un horizonte luminoso. Tras un asedio de varios años, en 871 Luis II lograba por fin con ayuda de los bizantinos apoderarse de Bari, el centro sarraceno en la península itálica y sede de un emir árabe. Cierto que aquel mismo año el emperador pudo ser hecho prisionero en un golpe de mano por el duque Adelchis de Benevento, con lo que perdió su posición dominante, aunque no tanto por el incidente cuanto por las desgraciadas circunstancias dinásticas. Su mujer Angilberga, descendiente del clan franco de los Suponidos, había participado en su gobierno con un dinamismo extraordinario, interviniendo incluso en acciones militares (especialmente desde la enfermedad y el accidente de caza de Luis en 864), y sólo le había dado dos hijas. Tras la apertura del caso de la herencia, su intento de que Italia pasase con la corona imperial a los carolingios franco-orientales fracasó por la resistencia de la nobleza del norte de Italia, que en su mayoría se decidió por Carlos el Calvo. Y entonces el papa, en un repentino cambio político, hasta ofreció la corona imperial a Carlos.[36]

---

[35] Regin. chron. 869 s, 874. Taddey 1020, 1235. LMA VI 466 (con abundante bibliografía antigua y moderna). Mühlbacher II 310 ss. Seppelt II 301 s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 115. Werner, Die Ursprünge 441 s. Sobre los encuentros principescos de su tiempo, véase Voss, Herrschertreffen 11.

[36] Ann. Bertin. 871. Kelly 125. LMA V 2177. Mühlbacher II 316 ss. Dümmler II 226 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 275 ss. Haller II 98 ss. Seppelt II 289 s, 300 s. Seppelt/Schwaiger 110. Schieffer,

El emperador Luis II (855-875), hijo mayor de Lotario I, había pasado casi toda su vida en Italia. En el sur del país rivalizaban los intere ses políticos de bizantinos y longobardos, a lo que se sumaron numerosas contiendas locales, que no hacían más que llevar el agua a los molinos de los sarracenos. Contra ellos hizo Luis en 866 un llamamiento a todos los hombres libres de Italia. A menudo alabado y siempre alentado por los papas, guerreó con frecuencia, sometió a los duques de Salerno, Benevento y Capua, combatió durante largo tiempo en Apulia y pudo así naturalmente hacer valer su carácter de emperador únicamente en la Italia imperial, mas no al norte de los Alpes, donde en el «imperio central» gobernaban sus hermanos Lotario II y Carlos de Provenza, de modo que el arzobispo Hinkmar de Reims le llamaba desdeñoso *«imperator Italiae».* Y finalmente hubo incluso de abandonar el sur a sí mismo a causa sobre todo de la hostilidad de sus príncipes cristianos y muy especialmente del emperador romano oriental.

200

Luis II, que «con absoluta generosidad se había agotado por la causa de Cristo» (Richeé), se extinguió en el extranjero, y cuando el 12 de agosto de 875 murió en Brescia, todas sus posesiones personales en Italia las heredó la Iglesia. Nada tiene de sorprendente que el obispo Antón de Brescia y el arzobispo de Milán, Ansberto, anduvieran inmediatamente a la greña por sus restos. El obispo Antón los había ya inhumado en la iglesia de Santa María de su ciudad, cuando el metropolitano milanés, acompañado de los prelados de Bérgamo y de Cremona y de todo el clero, los condujo entre himnos y cánticos a Milán.

Como el emperador no dejó ningún descendiente varón, los beneficiados tenían que ser los carolingios franco-orientales y uno de los primos alemanes del difunto tenía que ser rey de Italia. Parece que el soberano había designado como su sucesor a Carlomán, hijo mayor del monarca alemán; también su viuda Angilberta y sus partidarios actuaron en ese sentido. Pero Luis el Germánico era ya anciano, su reino se enfrentaba al reparto entre tres hijos, los grandes italianos estaban desunidos y el papa Juan VIII había regalado la corona imperial a Carlos el Calvo, a quien al final se la había prometido secretamente Adriano II, predecesor de Juan. En su última actuación ministerial que se nos ha transmitido, Adriano coronó por segunda vez emperador a Luis II en San Pedro a mediados de mayo de 872. Pero este mismo año, que fue el de su muerte, el papa escribió a Carlos: «Nos os aseguramos de forma sincera y leal —aunque este discurso sea secreto y sea una carta que sólo ha de comunicarse a los más íntimos— que... en el caso de que Vuestra Alteza sobreviva al emperador en vida nuestra, y por muchas fanegadas de oro que alguien pudiera ofrecernos, Nos no desearemos ni reclamaremos ni aceptaremos libremente para rey romano y emperador que a ti... En caso de que sobrevivas a nuestro emperador, ... todos nosotros no sólo te queremos como nuestro caudillo y rey, *patricius* y emperador, sino también como protector de la Iglesia presente...».

Sólo en el provecho de la Iglesia romana pensaba también Juan VIII, que fue elegido papa en 872 y que ahora ofrecía el trono imperial al rey de los francos occidentales, cosa que más tarde explicaría así: «Carlos se caracteriza por su virtud, sus luchas por la fe y el derecho, sus esfuerzos por honrar e instruir a los clérigos.

Die Karolinger 164. Brühl, DeutschlandFrankreich 362 s. Para las disputas político-eclesiásticas de Hinkmar, véase, por ejemplo, Boshof, Odo von Beauvais 39 ss. Véase asimismo nota 9.

Por ello le ha elegido Dios para honra y exaltación de la Iglesia romana».

Esto no era en provecho de Italia, ni podía serlo. Allí más bien se sucedieron a toda velocidad unos gobiernos inestables y cambiantes: Carlos el Calvo, Carlomán, Carlos III, Berengario I, Guido. Siglo tras siglo nadie como los papas impidió en el *Regnum Italiae* con tanta tenacidad y egoísmo el desarrollo de un verdadero Estado.[37]

201 Bajo Adriano II Roma había tenido que soportar todo tipo de compromisos y pérdidas penosas. Aunque la pérdida mayor la sufrió a propósito de la querella misionera, que de un conflicto de competencias derivó hacia una lucha entre el este y el oeste en la península balcánica y más allá.

Roma pierde Bulgaria

En la difusión del cristianismo las iglesias del este y del oeste no trabajaron codo con codo sino enfrentadas en una competencia feroz. Cada una de las partes deseaba anexionarse lo más posible. Los francos de Bohemia y Moravia, de Croacia y Serbia, los griegos del territorio de los varegos (ruso antiguo: *varjag* = vikingos) de Kiev, unos señores escandinavos, que se habían establecido allí con su séquito a finales del siglo VIII o principios del IX. También en el reino moravo los predicadores griegos hicieron frente contra los francos. Y cuando el kan Boris de Bulgaria auxilió en 862 al rey franco oriental contra su rebelde retoño Carlomán y los francos tomaron en cuenta la cristianización de Bulgaria, Miguel III de Bizancio derrotó a los búlgaros y los forzó a que recibieran el bautismo de sus sacerdotes.

Los búlgaros, cuya nación surgió en el curso de la Edad Media de la mezcla de tracios, eslavos y protobúlgaros, eran asiáticos del curso medio y alto del Volga, donde habían fundado un kanato (que después se hizo mahometano); se afirmó con su capital Bulgar hasta finales de la Edad Media, en que fue arrollado por la oleada mongola.

Con posterioridad a los hunos algunos grupos nacionales búlgaros llegaron al Danubio y a los Balcanes, donde se asentaron poco a poco hasta convertirse en un vecino peligroso para Bizancio. Como baluarte contra ellos el emperador Anastasio I (491-518), un monofisita convencido, levantó a 65 kilómetros de Constantinopla una muralla desde el mar de Mármara hasta el mar Negro. En tiempos de Justiniano llegaron en continuas oleadas con otras tribus eslavas, en 557 irrumpieron en Tracia, hacia 589 alcanzaron el Peloponeso. En 592 el emperador Mauricio inició contra ellos una guerra, que se prolongó hasta mucho después de haber sido él asesinado. Y en los finales del siglo VII ya habían sometido a los soberanos bizantinos al pago de un tributo anual, forzando en 716 el reconocimiento de su independencia. Su primer reino, fundado en 681 con Pliska como capital, se mantuvo hasta 1018.

202 Por lo demás, los búlgaros se sobreestimaron cuando poco después de mediado el siglo VIII avanzaron por el sur y el suroeste sobre territorio bizantino. El emperador Constantino V Coprónimo a lo largo de veinte años llevó a cabo diez campañas

[37] Regin. chron. 874. Kelly 125. LMA V 2177. Hartmann, Geschichte Italiens 1, 298. Seppelt II 300 ss. Riché. Die Karolinger 219 ss. 240. Schieffer. Die Karolinger 147 s. Kupisch 33.

militares por mar y tierra contra su kan Tervel, aunque sin lograr aniquilarlo. Aunque muy debilitados y pese a las frecuentes sacudidas del trono con asesinatos y destierros de sus príncipes, los búlgaros se repusieron y a las órdenes del kan Krum (803-814), uno de sus soberanos más importantes, realizaron nuevas conquistas, como en 809 la de Serdika (Sofía). Cierto que el emperador Nicéforo I respondió en 811 a la política exterior antibizantina de Krum con una invasión, con la que su poderoso ejército hasta conquistó y destruyó la capital búlgara Pliska; pero el 26 de julio Krum le obligó a emprender la retirada por el desfiladero de Verigava (actual Vurbiski prochod), donde le tendió una emboscada; el emperador perdió la batalla y la vida.

A partir de ese año los zares búlgaros, que ya desde los comienzos se habían denominado «príncipes de Dios», bebieron en la calavera del emperador bizantino, la calavera de Nicéforo repujada en oro, el propio Krum devastó casi todo el territorio de Tracia y llegó hasta las murallas de Constantinopla; pero murió repentinamente en abril de 814 en medio de los preparativos del asedio.

A uno de sus sucesores, el kan Boris I (852-859, fallecido en 907), la aproximación entre el imperio bizantino y el gran reino de Moravia bajo Ratislav le indujo a una alianza con Luis el Germánico, y también a una apertura frente a la Iglesia bávara franco-oriental. De primeras Bizancio lo estorbó, pues en 864, mediante una gran campaña y una imponente demostración de fuerza por tierra y mar, obligó al kan Boris I a renunciar a su alianza con los francos y a comienzos del otoño del 865 forzó a los búlgaros a que se hiciesen bautizar por sacerdotes bizantinos. Y como los grandes de Bulgaria se opusieran, Boris aplastó la sublevación de sus nobles paganos ejecutando a sus mujeres e hijos y aniquilando cruelmente linajes enteros. Motivo suficiente para que después de su muerte se le venerase como a santo. Y todavía durante seis siglos la Bulgaria cristiana y la Bizancio cristiana no dejaron de combatirse mutuamente.[38]

Sexo, pastoral, pequeños sobornos y degüellos en la corte de Bizancio

Cuando el kan Boris I abrazó la cruz en 865, cuando llevó a cabo el paso oficial a la confesión bizantina, recibió el nombre de su imperial padrino: Miguel.

Miguel III de Bizancio (842-867), en modo alguno un emperador tan licencioso como durante largo tiempo lo ha presentado la historia, es verdad que coleccionó caballos, mujeres y al hermoso mozo de cuadra Basileos, casado y deseado de las mujeres, al que convirtió en caballerizo mayor y primer gentilhombre de la corte así como en marido de la propia querida, con la que él sin embargo continuó teniendo relaciones, mientras que Basileos, que más tarde lo mató, se resarcía con la hermana del emperador. Quien gobernaba en realidad era Bardas, tío del emperador, hasta que

[38] Ann. Fuldens. 866. Ann. Xantens. 868. Regin. chron. 868. LThK II³ 594 s, 774 s. LMA I 571 s, 1456. II 369, 458, 914 ss. espec. 916 ss. V1552. HEG I 924 s. Gregorovius I 2, 524 ss. Hauptmann, Due Frühzeit 307 s. Haller II 61. Erben 3. Ostrogorsk 161. Dollinger 127. Novy 175. Grotz 80. Rice 150. Maier, Die Verwandlung 348. Finme 94 ss. Herrmann, J. Wegbereiter einer neuen Welt 53 ss. Angelov/Ovcarov 77.

Basileos también lo asesinó. Una corte imperial cristiana desde hacía ya siglos.

203 Bardas, nombrado César desde 862, era un hombre muy bien dotado y de gran formación, que llegó a fundar una escuela superior privada en Constantinopla y no dejó de estar implicado en el golpe de Estado ciertamente sangriento de 856 así como en la eliminación de Teodora, viuda del emperador. También él había expulsado a su primera esposa y vivía abiertamente en «incesto» con la viuda de su hijo. Esto desagradó tanto al patriarca Ignacio, que en 858 Bardas procedió también enérgicamente a su deposición y destierro nombrando a Focio para sustituirlo aquel mismo año. De ese modo, sexo y pastoral a menudo se superpusieron de la forma más perfecta, como *mutatis mutandis* ocurre a todas luces todavía hoy.

El patriarca Focio (858-867 y 877-886), pariente de la casa imperial, tras la renuncia obligada de su predecesor Ignacio (hijo del depuesto emperador Miguel I), en cinco días y en contra del derecho canónico pasó de laico a patriarca; era un teólogo laico, aunque eso sí, el erudito más importante de su tiempo. Naturalmente protestó contra la presencia de misioneros occidentales en el reino de Bulgaria, contra el celibato de los sacerdotes occidentales, contra la «herejía» occidental que era la inserción en el símbolo de la fe del inciso *«Filioque»* (la procedencia o emanación del Espíritu Santo a la vez del Padre «y del Hijo», que para la Iglesia griega iba a ser la causa principal del cisma de 1054) y contra varias cosas más.

El papa no podía naturalmente mantenerse al margen de la lucha que arreciaba en Oriente entre focianos e ignacianos, que respectivamente combatían la legitimidad del antiguo o del nuevo patriarca. Nicolás I negó el reconocimiento al peligroso rival Focio, y Focio declaró ilegítima la autoridad patriarcal de Ignacio mediante un sínodo. Dos legados papales, sobornados en Oriente, sancionaron la deposición de Ignacio y el nombramiento de Focio. El papa los excomulgó, reconoció como legítimo patriarca a Ignacio y en el sínodo lateranense de 863 pronunció solemnemente la deposición y excomunión de Focio, lo que provocó una irritada correspondencia entre éste, Nicolás y el emperador oriental. En 867 Focio condenó al papa y le declaró a su vez depuesto, cosa que nunca lamentó lo más mínimo, excomulgando asimismo a cuantos en adelante se pusieran de su parte. También en Oriente acabaron por excomulgarlo en el concilio de Constantinopla (869-870), se le restableció y la propia Roma lo reconoció. El papa sólo insistía en que Focio reconociera todos sus crímenes, exigencia que después incluso se dejó de lado, sin duda porque se esperaba la ayuda bizantina contra los árabes. Pero toda aquella contienda acabó por conducir al cisma y a la separación definitiva de Roma del imperio griego.[39]

204 Y a la vez agravó el enfrentamiento a propósito de la cristianización de los eslavos.

Consejo papal para Bulgaria: ¡A la batalla no con una cola de caballo sino con la cruz!

[39] Kelly 123 s. LMA I 1456,1521 s. IV 449 s. V 597 s, 2109 2. HEG I 625 s. HKG III 1, 207 ss. 214 s. Gregorovius I 2, 523 s. Cartellieri I 300 s, 306. Haller II 56 ss. 83 ss. 92 ss. Seppelt II 272. Seppelt/Schwaiger 108. Hunger 181 s.

A una con el patriarca Focio, también el César Bardas fomentó la misión bizantina de los eslavos, a fin de poder resistir mejor a la presión tanto política como eclesiástica del oeste, especialmente en Bulgaria. Por otra parte, el príncipe búlgaro Boris I intentó a su vez escapar a la prepotente influencia del imperio y de la Iglesia bizantinos. Con ese fin aprovechó la inseguridad política de Oriente tras el asesinato de Bardas en 866 por obra del emperador Basileos I para una toma de contacto con Roma con la expectativa de una organización eclesiástica menos dependiente. Nicolás I, cuyas relaciones con Bizancio se habían ido deteriorando cada vez más, envió también en el otoño del 866 a los obispos Pablo de Populonia y Formoso de Portus, futuro papa, quienes bautizaron inmensas multitudes de búlgaros, expulsaron del país a los sacerdotes griegos y presionaron al kan para que admitiese exclusivamente a clérigos romanos y adoptase su liturgia.

Como no sólo la mayor parte de Bulgaria había caído bajo la autoridad eclesiástica de Bizancio, sino que también había sido cristianizada por bizantinos, un sínodo convocado por Focio a finales del verano de 867 condenó la misión latina en Bulgaria y depuso al papa Nicolás I, a quien por lo demás ya no llegó esta (buena) nueva. Pero sus misioneros vigilaban celosamente los logros conseguidos. También los portadores de la salvación franco-bávaros de Luis el Germánico, que llegaron algo más tarde, y entre los que se encontraba Ermenrico obispo de Pas-sau (866-872) especialmente interesado en el sureste, tuvieron que regresar con gran disgusto, pues la misión romana del papa Nicolás no los valoraba demasiado, misión que ya «había llenado el país con prédicas y bautismos» *(Anuales Fuldenses).*

El papa personalmente instruyó a los búlgaros con un escrito titulado *Responso,* con 106 puntos sobre las cuestiones importantes de la vida humana. Por ejemplo, que el patriarca de Roma, que lo era él mismo, era más importante que el de Constantinopla, que debían guardarse de los ritos griegos, a los que atacaba y ridiculizaba, y que debían someterse a Roma. También les decía cómo habían de vestir, cómo desposarse, cuándo habían de comer, cuándo habían de consumar el acto matrimonial, etcétera. ¡Y hasta sonaba a revolucionario, cuando les decía que no habían de entrar en batalla con una cola de caballo como estandarte sino con la cruz! Así acabó por convencerse el kan de los búlgaros, que se confesó servidor de san Pedro y proclamó su sumisión... «¡La obediencia romano-occidental casi había alcanzado las puertas de Constantinopla!» *(Handbuch der Europäischen Geschichte)*.

205

Tampoco el triunfo de Roma duró mucho. Pues como quiera que el príncipe Boris no obtuvo ningún patriarca búlgaro autocéfalo, como quiera que Nicolás I no envió al solicitado obispo Formoso, ni tampoco Adriano II, sucesor de Nicolás, envió al también reclamado diácono Marino, y como quiera que Boris debió de oír además que el papa de Roma y el patriarca de Constantinopla se habían depuesto y excomulgado mutuamente, la Iglesia búlgara siempre cortejada solícitamente por Bizancio pronto viró de nuevo después del concilio de Constantinopla (869-870) hacia aquel patriarcado, con lo que su territorio de misión pasó una vez más a la Iglesia griega. Y entonces, pese a todas las protestas papales, los sacerdotes latinos fueron expulsados. Y por mucho que también Juan VIII se esforzase de inmediato por exhortar y advertir al zar búlgaro, por amenazarle y seducirle con las llaves del reino de los cielos, pese a todos sus esfuerzos por obligar a Bulgaria a que continuase bajo la salvación romana y contra los *«sub fide falsi»,* el país prosiguió bajo la influencia

de Constantinopla, aunque preservando su autonomía. El año 928 la Iglesia búlgara fue reconocida como autocéfala por la Iglesia de Bizancio.

Pero Focio, que superaba a todos los cristianos coetáneos, cayó por segunda vez en 886, retirándose tras los muros de un monasterio con un prestigio como teólogo y erudito que ha pervivido hasta hoy. También el kan Boris, el cruel degollador de su nobleza pagana, el asesino de mujeres y niños, se hizo monje (889) y fue canonizado, convirtiéndose en el santo patrón de los búlgaros (su fiesta se celebra el 2 de mayo).[40]

Merecido, merecido.

Roma gana Bohemia y Moravia. Llegan los «apóstoles de los eslavos»

En Moravia Ratislav había comprendido claramente que una anexión a la provincia eclesiástica de Salzburgo representaría un peligro todavía mayor para su independencia. Así que en el esplendor de su poder luchó por la desvinculación eclesiástica de Baviera, buscó el apoyo de Roma invitando a misioneros italianos y pensó en una Iglesia nacional eslava vinculada únicamente al papa. Pero después de que Nicolás le rechazase por consideración a la Iglesia imperial y a Luis el Germánico, buscó un acercamiento a Bizancio. para él menos peligrosa políticamente que los vecinos francos. De modo que rechazó la misión bávara y rogó a Bizancio (862) que le enviase clérigos griegos. Y pronto César Bardas, sólo unos años antes de su asesinato y el del emperador Miguel por obra de su sucesor Basileos, le envió a los hermanos Constantino y Metodio con sus misioneros. Con ello el gran reino de Moravia no sólo conseguía una independencia de hecho respecto de los francos orientales ganosos de someterlo, sino que lograba un cristianismo eslavo y con el acercamiento a la Iglesia greco-bizantina conseguía ante todo una Iglesia nacional morava.

206

Constantino (más conocido por su posterior nombre de Cirilo) y Metodio, la pareja de hermanos conocida como «apóstoles de los eslavos», procedían de una noble familia de funcionarios de Tesalónica (Saloniki) y se habían formado en el círculo constantinopolitano de Focio. Metodio, el mayor, nacido hacia 815, había sido primero un estratega imperial para luego ser abad. Constantino, el menor, era diácono, tal vez sacerdote, había ocupado la cátedra de Focio y en 860 acabó siendo enviado como embajador imperial a los casares en la Ucrania actual. Ambos tenían ya experiencia en la misión eslava y cuando dos años después Ratislav rogó a Miguel III que le enviase maestros, capaces entre otras cosas de traducir los libros jurídicos bizantinos al eslavo, ambos hermanos marcharon al frente de la delegación misionera.

Los «apóstoles de los eslavos» podían hablar y predicar a los mo-ravos en su lengua materna, eran capaces de celebrar la liturgia cristiana, la misa romana («Liturgia de San Pedro») en la lengua eslava y en la tradición eclesiástica oriental, y también tradujeron la Biblia a la lengua vernácula. De este modo crearon un idioma

[40] Ann. Fuldens. 867. LThK II³ 419, II³ 594 s. LMA II 458, VI 2109 s. Kelly 123 s. HEG I 626 s. HKG III/l 202 ss. 209 ss. Haller II 95. Seppelt II 293 s. Schreiner. Byzanz 16 s. Véase también 73 s.

eclesiástico y litúrgico conocido como «antiguo eslavo eclesiástico». Pero todo ello condujo también a un grave enfrentamiento con el clero franco-latino, que desde hacía tiempo trabajaba en el territorio de Ratislav a lo largo del Danubio. Y más aún cuanto que rápidamente superaron a la misión bávara.

Naturalmente pronto siguieron el reproche de «herejía» y una invitación para que acudieran a Roma. Por lo que Contantino y Metodio en 866-867 se pusieron en camino después de aproximadamente tres años de labor. Marcharon a Panonia, entrevistándose con Kocel (el Chozilo, Chezilo, de las fuentes francas), hijo del príncipe eslavo Pribina, que para entonces ya había muerto. Kocel gobernó hasta su muerte hacia 875 en la fortaleza principal de Mosapurg (Zalavár) sobre el lago Balatón y desde entonces empezó a promover la liturgia eslava. Desde allí partieron los misioneros (868) para Venecia, continuando viaje hasta la corte papal a fin de obtener las bendiciones supremas para su empresa.

207

En efecto, en Roma (donde Constantino, que había adoptado el nombre de Cirilo, murió el año 869) Adriano II refrendó su práctica misional. Aprobó la liturgia eslava, aunque ordenó que las epístolas y los evangelios se leyeran en latín. Mas cuando en 870 Adriano, a ruegos de Kocel que quería librarse de la dependencia franco-oriental y deseaba una Iglesia independiente, nombró a Metodio legado pontificio y arzobispo de Panonia y Moravia, sometiéndole también Metrópolis Sirmium (actual Mitrovica, junto a Belgrado, recuperada desde el asalto ávaro de 582), encontró una enconada resistencia por parte de los obispos de Salzburgo y Passau. Y es que la disposición de Adriano afectaba a sus diócesis, y desde luego no tan sólo a su régimen eclesiástico sino también al avance de la «colonización» franca. Se agudizó así la querella eclesiástica, que ya se prolongaba unos quince años, y que a cada uno le afectaba de alguna manera: «A Metodio en la lengua eclesiástica eslava, a los bávaros en la inviolabilidad de su territorio misionero, al papado en la autoridad directa sobre la Iglesia morava, a los propios moravos en su independencia» (Zóllner). En el fondo a todos les afectaba en lo mismo: en el poder.[41]

Al duque Ratislav le sacan los ojos y al arzobispo Metodio lo trata a fustazos el obispo de Passau

Indisolublemente unido a la querella eclesiástica estuvo el conflicto político. Luis el Germánico irrumpió una vez más en el este avanzando con tres cuerpos de ejército. Después el príncipe Carlomán atacó desde Carintia el principado de Neutra en Eslovaquia, donde gobernaba Svatopluk. sobrino de Ratislav (870-894). Había empezado como príncipe asociado allí donde el arzobispo salzburgués Adalram había consagrado el primer templo cristiano (828) y evidentemente en favor de la Iglesia romana. La «gracia de Dios», «el justo juicio divino», lo libró así de todas las traiciones

[41] LThK II[3] 112 s. LMA V 1244, 1382 s, VI 597. HEG I 601, 609, 627 s, 878 s. Numerosas referencias bibliográficas: HBG I 267 not. 148. HKG III/l 169 ss. Hauck II 718 ss. Stadtmüller 139, 141. Hauptmann, Die Frühzeit 312. Mass, Das Bistum Freising 119 ss. Heuwieser I 152 s. Graus, Die Entwicklung der Legenden 161. Zöllner 202. Prinz, Grundlagen und Anfänge 118. Schulze, Vom Reich der Franken 382 ss. Schreiner, Byzanz 76, 143.

dinásticas que le amenazaban. Carlomán se lo atrajo a su bando y Svatopluk lo entregó a su tío. Carlomán hizo encarcelar a Ratislav en Ratisbona y ya «sin resistencia alguna penetró en su reino, sometió todas sus ciudades y burgos, ordenó y administró el reino con su propia gente y se enriqueció con el tesoro real».

Pero a finales del otoño Ratislav, «cargado de pesadas cadenas», fue llevado a la presencia del rey Luis y, a modo de gracia, le sacaron los ojos y ya ciego volvieron a encerrarlo en una cárcel monástica. (Hubo incluso presagios, «signos milagrosos», a lo largo del año: por las noches un aire como tinto en sangre flotaba sobre Maguncia, también hubo allí dos terremotos al tiempo que una peste bovina arrasaba «con enorme violencia en algunos lugares de Francia». Más aún, durante un sínodo celebrado en la iglesia de San Pedro de Colonia «se escucharon voces de malos espíritus, que hablaban entre sí lamentándose muy dolidamente de que hubieran de ser expulsados de lugares en los que habían habitado tanto tiempo», *Annales Fuldenses.)* El episodio recuerda al «mal espíritu» de Caputmontium.

208

Mas cuando Metodio perdió a su protector Ratislav, los obispos bávaros lo arrestaron también a él y le hicieron encarcelar durante un año en Baviera —aunque se desconoce el lugar preciso—, pero sin duda que detrás estaba «todo el episcopado bávaro en estrecho contacto con el poder político» (Mass). Y Moravia fue entonces administrada por mar-graves alemanes.

Antes, en 870, habían arrastrado a un sínodo de Ratisbona al arzobispo que acababa de ser aprobado por el papa, a un hombre que probablemente representaba un cristianismo más serio que el que proponía el clero franco misionero en Moravia, y se produjo un choque con los prelados bávaros, a quienes todo lo eslavo les resultaba odioso. «Tú enseñas en nuestro territorio» echaron en cara al arrestado, mientras que éste por su parte acusaba a los prelados de Salzburgo y Passau de haber traspasado las «viejas fronteras» por ambición y codicia.

El obispo Ermenrico de Passau tal vez había arrestado a Metodio. Y Ermenrico, un literato culto de la nobleza suaba, que en Fulda había sido discípulo de Rabano y de Rodolfo y en Reichenau de Walafrido Estrabón, habiendo permanecido también durante algún tiempo en la corte de Luis el Germánico en Ratisbona, arremetió incluso —según el papa Juan VIII— contra su hermano *in Christo* con una fusta de arrear a los caballos, durante largo tiempo lo tuvo a la intemperie y a la lluvia en invierno y probablemente también lo encarceló. Como quiera que fuese, desde finales de 870 hasta 873 el arzobispo Metodio permaneció en una cárcel monástica, ya fuese en Freising, en Ratisbona o en Ellwangen, donde Ermenrico había sido monje en tiempos.[42]

Incursiones en el este o «ninguno escapó de allí, a excepción del obispo Embricho…»

[42] Ann. Fuldens. 870. Ann. Bertin. 870. LMA III 2157. VI 1201 s. HBG I 588. HEG I 879. Dümmler II 301 s. Mühlbacher II 321 s. Hauck II 722 ss. Schwarzmaier 60 s. Mass, Das Bistum Freising 123. Burr 50 ss. Bosl, Herzog, König und Bischof 271. Löwe, Deutschland 188. Prinz, Grundlegung und Anfänge 118. Fried, Der Weg 405. Schieffer, Die Karolinger 157. Véase asimismo la nota siguiente.

También el gran príncipe Svatopluk, el verdadero soberano del reino de la Gran Moravia, de todos los territorios de los Sudetes, incluidas Bohemia, Silesia y Hungría central, había conocido las prisiones francas; pero poco a poco se fue demostrando cada vez más útil, también para las cercanas tribus eslavas sometidas y «convertidas» y para los checos orientales. Neutra, la sede principesca, era ya en la segunda mitad del siglo IX sede episcopal, la más oriental de la Iglesia latina.

209

Pero en 871 Svatopluk fue acusado de deslealtad y de nuevo hecho prisionero por los francos, por Carlomán, a cuyo sobrino había sacado de la pila bautismal. Mas como resultó inocente a todas luces, de nuevo hubo que liberarlo recompensándole incluso «con dones regios». Y el príncipe tomó entonces cumplida venganza.

Reanudó la política antifranca de Ratislav, se levantó en armas y todavía en 871 infligió una terrible derrota al ejército bávaro. Los condes fronterizos, Guillermo y Engelscalco, que luchaban contra Moravia, cayeron con otros muchos. «Toda la alegría de los bávaros por tantas victorias conseguidas se trocó en tristeza y lamentos.» Los que no fueron abatidos dieron con sus huesos en la cárcel. Svatopluk, que para los asuntos políticos más importantes se sirvió de sacerdotes cristianos, como Juan de Venecia y el suabo Wiching, continuó siendo para los francos «el cerebro lleno de mentira y astucia», un hombre «inhumano y sanguinario como un lobo» (*Annales Fuldenses).*

Cierto que en 872 se atacó a moravos y bohemios desplegando todo género de violencias, pero de nuevo con escasa «fortuna». Turingios y sajones fueron puestos en fuga «con enormes pérdidas», «los condes fugitivos fueron apaleados por las mujerzuelas de aquella región y derribados de sus caballos a garrotazos». Por el contrario, y desde luego «con la confianza en la asistencia de Dios» (que al mismo tiempo «destruía con fuego del cielo» la catedral de Worms), el pueblo en armas a las órdenes del arzobispo de Maguncia persiguió de forma parecida a cinco duques enemigos, los mató ahogándolos en el Moldava y devastó «una parte no pequeña» del territorio, regresando «sano y salvo a casa; la dirección suprema de aquella expedición corrió a cargo del arzobispo Liutberto».

Otro contingente franco, acaudillado por el obispo Arn de Würzburg — constructor de una catedral en el lugar así como «caudillo responsable de cuatro campañas conocidas» (Lindner)— y el abad Sigehardo de Fulda, corrió «sembrando muertes e incendios» en ayuda de Carlomán, que operaba contra Svatopluk. Pero los bávaros sucumbieron y hubieron de «regresar con pérdida de la mayor parte de los suyos entre grandísimas dificultades». Y otro cuerpo de ejército bávaro, dejado para proteger los barcos a orillas del Danubio, fue enteramente destrozado por tropas de Svatopluk... «Ninguno escapó de allí, a excepción del obispo Embricho de Ratisbona...»

Con incursiones extraordinariamente sangrientas pudo Svatopluk afianzar su soberanía y en 874 la paz de Forchheim le aportó una relativa independencia, incluso en la política eclesial, aunque contra el pago de unos tributos anuales.[43]

210

[43] Ann. Fuldens. 871 s, 874, 884. Ann. Xantens. 871 s. HEG I 608 s, 879. HBG I 270. Dümmler III 390 s. Mass, Das Bistum Freising 62 s. Lindner, Untersuchungen 150,232. Dhondt 25. Schieffer, Die Karolinger 157. Prinz, Grundlegung und Anfänge 118.

Prohibición definitiva de la liturgia eslava y exaltación de los «apóstoles de los eslavos» a patronos del país y a «santos de moda»

Sólo en 873 había obtenido el papa Juan VIII la liberación de Me-todio. Tras su regreso a la diócesis panonia hubo ciertamente de renunciar a la liturgia eslava, a la lengua «bárbara» y celebrar la misa únicamente en latín o en griego «como la canta la Iglesia de Dios expandida por todo el orbe terráqueo». Pero Metodio no se resignó y el papa revocó la prohibición en 880.

Políticamente Svatopluk, señor de la Gran Moravia, apoyó sí la postura de Metodio, aunque personalmente estaba más a favor de la «cultura» occidental, y sobre todo del papado. Así, hizo que su favorito el monje suabo Wiching, educado en el monasterio de Reichenau, fuera elegido por Roma para obispo de Neutra, la primera sede de Svatopluk. Después Wiching fue sufragáneo de Metodio. Sin embargo, intrigó de continuo contra el programa misionero de éste, pese a que en junio de 880 Juan VIII lo había aprobado con su bula *«Industriae tuae»* y sorprendentemente había resuelto contra Wiching después de que Metodio, convocado a Roma, pudiera rebatir de forma meridiana la acusación de «herejía».

Pero el papa Esteban V (885-891), que estaba bajo la influencia del clero francés, prohibió definitivamente el canon eslavo de la misa haciéndolo sustituir por el rito romano, siendo ésta «la última decisión eclesiástica importante de un papa de la época carolingia» *(Handbuch der Europäischen Geschichte).* Pues con ello una parte de los eslavos del sur y del oeste quedó incorporada para siempre al occidente latino. Esteban V rechazó «por entero la falsa doctrina» y recomendó de la forma más calurosa al «rey de los eslavos» al obispo Wiching como ortodoxo. Pero sólo tras la muerte de Metodio hacia 885-886 logró imponerse Wiching contra el sucesor favorito de Metodio.

La tentativa de Metodio por crear con el apoyo de Bizancio una Iglesia nacional eslava se derrumbó por completo. El episcopado báva-ro había vencido en toda la línea. Se produjo una gran conmoción eclesiástica. La liturgia latina desplazó de nuevo a la eslava y la provincia eclesiástica franca sustituyó a la morava, eslovenos y croatas cayeron de nuevo bajo la férula romano-católica, y la misión bizantina acabó en Moravia para siempre. Al igual que en Bulgaria se había impuesto el este, en Moravia prevaleció el oeste. En lo sucesivo sería la línea divisoria entre la cristiandad griega y la romana, entre el gran sureste europeo eslavo y la parte occidental menor de los eslavos, a través de los eslavos meridionales, a través de los Balcanes. Allí se enfrentaron hostilmente Bizancio y Roma con todas las consecuencias catastróficas incluso en el siglo XX, y especialmente en la segunda guerra mundial así como en la guerra de los Balcanes de los años noventa.

El clero «eslavo», seguidor de Metodio, estuvo largo tiempo encarcelado y en parte encadenado en 886, debido sobre todo a la influencia del obispo Wirching; después fue expulsado de Moravia, desde donde huyó principalmente a Bulgaria, aunque también a territorio serbio y croata. Al mismo tiempo en Moravia desapareció de raíz la liturgia eslava y un precioso tesoro de manuscritos de la escuela eslava antigua fue destruido bárbaramente. En contra de la disposición de su predecesor, el papa

Esteban V decretó la prohibición absoluta de lo eslavo en el oficio divino y nombró al franco oriental Wiching arzobispo de Neutra. En ningún sitio se mantuvo la antigua tradición eclesiástica eslava, ni en Moravia ni en Bohemia.

Sólo en el siglo XIV Constantino-Cirilo y Metodio fueron nombrados patronos nacionales de Moravia convirtiéndose de repente en típicos «santos de moda». Consta, sin embargo, inequívocamente que antes de 1347 ni en Bohemia ni en Moravia recibieron veneración cúltica alguna los dos misioneros. Sólo entonces «se descubrieron» también sus reliquias, «de índole comprensiblemente muy dudosa», Grauss.[44]

[44] LThK IIP 112 s. Kelly 127 ss. HEG 141 s, 628,879 s. Haller II 136 s. Schwarzmaier 60 ss. Deschner/Petrovic *passim.* Deschner, Die Politik der Päpste II 210 s. Sobre el posterior desarrollo de las leyendas se extiende Graus, Die Entwicklung der Legenden 161 ss. Id. St. Adalbert und St. Wenzel 205 ss. Para los discípulos de Constantino y Metodio y para la cultura véase Zagiba 15 ss.

213

CAPÍTULO 4. JUAN VIII (872-882), UN PAPA COMO DIOS MANDA

> «Aquel que deba ser elevado por Nos a la dignidad imperial, antes y sobre todo tendrá también que ser llamado y elegido por Nos.»
>
> PAPA JUAN VIII [1]

> «... el mundo había comprendido que en aquello que él exigía y reclamaba al igual que sus predecesores, de lo que en realidad se trataba era de derechos civiles y de dominio terrenal, no de la fe y de la Iglesia.»
>
> JOHANNES HALLER [2]

> «En Roma el obispo de la sede apostólica era otro, de nombre Juan; éste ya antes había sido envenenado por su pariente; pero entonces fue golpeado por el mismo a la vez que por otros compañeros de crimen con un martillo, hasta que éste se le quedó clavado en el cerebro..., pues estaban sedientos tanto de su tesoro como de la dirección del obispado».
>
> 3 *ULDENS* [3]

> «Sin duda en Italia reinaba la más completa anarquía...
> De los nueve papas, que durante los doce años siguientes ocuparon en rápida sucesión la silla de Pedro, apenas uno murió de muerte natural.»
>
> KARL KUPISCH [4]

215

Del sucesor de Adriano, el nativo romano Juan VIII, ya entrado en años y uno de los papas más conocidos de cuantos reinaron entre Nicolás I y Gregorio VII, pensaba el historiador católico Kühner, relativamente crítico: «Todo su empeño estuvo en imponer la paz y la justicia». Pero en realidad Juan VIII fue un papa extraordinariamente ambiguo, un verdadero conspirador que echó las redes literalmente por doquier, no aspirando más que al poder y nimbado por el trágico brillo de la guerra. Ninguno de sus predecesores había lanzado tantas excomuniones; ninguno antes se acomodó tan sin conciencia y con tanta versatilidad a todos los cambios del momento, aunque bastantes de sus predecesores intentaron ya sin rebozo alguno desplegar el poder eclesiástico con objetivos puramente políticos.

UNA «INICIATIVA FRESCA» O EL PRIMER PAPA ALMIRANTE

Inspirado por Gregorio I y por Nicolás I, sus modelos, extremó el rol direccional de los papas. Y al igual que León IV transformó San Pedro, el barrio del Vaticano, la «Ciudad Leonina», en una fortificación, también Juan VIII amuralló la basílica de San

[1] Véase nota 7.
[2] Haller II 132,
[3] Ann. Fuldens. (Altaích) 883.
[4] Kupisch II 38.

Pablo y todo el suburbio anejo, que llamó «Johannipolis». Y como ya su predecesor Adriano —después de haber librado generosamente a Luis II de un juramento, emitido a través del duque Adelchis de Benevento en 871— había impulsado al emperador «a la reanudación de la lucha» (Regino de Prüm), así también el papa Juan acompañó con vigorosas sentencias bíblicas la guerra de Luis contra los sarracenos y, como también hiciera León IV, absolvió de sus pecados a cuantos «caen con piedad católica contra paganos e infieles», prometiéndoles asimismo la paz «de la vida eterna».

Este representante de Cristo también reclutó soldados, obtuvo del rey de Galicia una caballería mora, probablemente fundó el cargo de presidente de los astilleros y seguramente en una «iniciativa fresca» (Seppelt, católico) fundó la primera marina papal: unos barcos ocupados por tropas, con dos castillos defensivos, provistos de máquinas catapultas capaces de lanzar piedras, teas y garfios para el abordaje y movidos por remeros esclavos. Personalmente llevó a cabo empresas militares, fue el primer papa almirante que fue a la caza de sarracenos, consiguiendo matar a muchos de aquellos «animales salvajes» —como él les llamaba con un lenguaje de verdadero santo padre— y arrebatarles 18 naves de Cabo de la Circe. Toda una «gesta heroica», según el católico Daniel-Rops. También puso empeño en evitar cualquier grave contagio colaboracionista amenazando con la excomunión eclesiástica a los cristianos que negociasen con los sarracenos.[5]

216

Los negocios de Juan con Carlos el Calvo, el «libertador del mundo»

A la muerte del emperador Luis II sus tíos Luis el Germánico y Carlos el Calvo reivindicaron la corona imperial. El papa Juan VIII envió sus legados a Carlos, el clero italiano también se decidió por él, con lo que «el tirano de la Galia» cruzó a toda prisa el Gran San Bernardo e irrumpió en Italia, donde «con mano artera arrambló con todos los tesoros que pudo encontrar» *(Annales Fuldenses).* Por el contrario, los franco-orientales Carlos III y Carlomán que cruzaron los Alpes (por orden de su padre) sólo recibieron el apoyo del margrave Berengario de Fríuli, que luego sería rey y emperador (su madre Gisela era hija de Luis el Piadoso).

Pero Luis el Germánico aprovechó la ausencia de su hermano —como ya lo hiciera el año 858— para invadir el reino franco occidental en una incursión de pura venganza. El ejército real, cuentan los *Annales Fuldenses,* «saqueó y devastó cuando pudo encontrar». Cierto que los magnates occidentales se asociaron bajo juramento para rechazar a los invasores; pero también ellos arruinaron el reino de Carlos «toda vez que ellos mismos devastaron como enemigos». Más aún, muchos condes y obispos acudieron a Luis, cuando el incendiario rey franco oriental celebró «la fiesta del Nacimiento del Señor en Attigny» y tras el golpe de mano «la cuaresma y la fiesta de Pascua» en el palacio de Frankfurt *(Annales Bertiniani).*

Carlos el Calvo, a quien ya Nicolás I había designado y propuesto por «inspiración

[5] LP 2, 221 ss. JW 1, 376 ss. Ann. Bertin. 871. Regin. chron. 871 s. Kühner, Lexikon 61. Kelly 126. Hartmann, Geschichte Italiens III 2,6. Gregorovius I 2,550 s, 561. Cartellieri I 316. Haller II 106. Seppelt II 300 ss. Eichmann II 243. Seppelt/Schwaiger 112. Daniel-Rops 600.

divina», disponía indiscutiblemente del poder más fuerte, de modo que pudo ayudar al papa tanto contra la nobleza romana como contra los árabes, con quienes príncipes y ciudades una y otra vez se habían aliado por afán de botín; botín del que también Juan estaba hambriento. Al mismo tiempo, sin embargo, el monarca franco occidental estaba tan amenazado por los salteadores daneses, que el papa creyó tener las manos lo suficientemente libres como para llevar a cabo en Italia sus propios planes políticos.

217

Mas Carlos, que pese a la miseria general explotaba insaciable su reino, aunque haciendo donaciones generosas a la Iglesia local, pareció dilapidar sus tesoros también en el sur y hasta dio la impresión de querer vender formalmente su *imperium.* Y así pudo Carlomán, cuya espada temía como cualquier otra —«pues era tan cobarde como una liebre»—, inducirlo a la retirada «con oro, plata y piedras preciosas en cantidad incontable». Asimismo sobornó «a todo el senado del pueblo romano con oro como Yugurta y se lo ganó para sí» *(Annales Fuldenses).*

Y al propio papa Juan, que ciertamente no era amigo de los carolin-gios franco-orientales, no parece que le dejaran indiferente las ingentes sumas de dinero de Carlos.

Éste naturalmente también había hecho «muchos y preciosos regalos a san Pedro», como cabía esperar. Y así declaraba el «sucesor» del apóstol que Carlos había superado a su padre y hasta a su abuelo; afirmaba que su elección para emperador la había Dios decretado ya «antes de la creación del mundo»; con adulación servil y ridicula, lo celebraba como el astro salvador que se alzaba sobre la humanidad, como el «liberador del mundo» largamente anhelado, el varón de Dios a quien los ángeles le habían señalado el camino a través de territorios impracticables, de pantanos, de pasos desconocidos, de corrientes arrasadoras, etcétera. Y en la Navidad del 875 coronó pomposamente emperador a Carlos el Calvo en la iglesia de San Pedro, exactamente 75 años después de la coronación de su abuelo Carlomagno, mientras que amenazaba con la exclusión, la deposición y el anatema a cuantos, obispos y laicos, apoyasen a Luis el Germánico.

Difícilmente cabe sobrevalorar el cambio operado, el giro total de la historia: en efecto, si en tiempos los emperadores reivindicaron la corona en virtud del derecho hereditario, ¡ahora era el papado, exclusivamente el papado, el que reivindicaba otorgar esa corona a su arbitrio!

Roma hacía a la vez otro gran negocio. Carlos no sólo renunciaba a los derechos del emperador en el Estado de la Iglesia, establecidos por Lotario I en 824; no sólo renunciaba a los ingresos procedentes de los tres monasterios imperiales de San Salvatore, Santa María in Farfa y San Andrés de Soracte, y no sólo renovaba todas las donaciones, que sus predecesores, desde Pipino a Luis II, habían hecho a la Iglesia romana. Sino que el papa obtenía además considerables ampliaciones territoriales en Benevento y Nápoles, las tierras de Samnium y Calabria, las fortalezas fronterizas toscanas de Chiusi y Arezzo así como muy especialmente la soberanía suprema sobre los ducados de Spoleto y Benevento. Esto le granjeó de inmediato la enemistad de dos príncipes vecinos, el duque Adalberto de Toscana y sobre todo la del duque Lamberto de Spoleto, que a comienzos de 878 invadió Roma arrasándola durante cuatro semanas; plaga que los papas posteriores habrían de sufrir permanentemente bajo la sed de venganza de los espoletinos. Y los árabes acosaban al Estado pontificio

más que nunca.

218 Así se sucedieron, por una parte, las incesantes llamadas de socorro de los pontífices, los gritos angustiosos por las devastaciones territoriales y las violaciones jurídicas, de las que Su Santidad por lo demás se hacía personalmente culpable, y siguieron las lamentaciones por los ataques sarracenos y por las correrías cristianas (¡las del duque de Spole-to!). Por otra parte, al «arrodillado» y suplicante emperador el papa Juan, que ya no encontraba «sueño para sus ojos ni alimento para su boca», le prometió de nuevo magnánimemente, si le otorgaba su apoyo, «las moradas del reino de los cielos» y «los prados de la vida eterna entre los ángeles».[6]

Juan VIII trabajó en la destrucción del imperio y del reino de Italia con vistas a incremenar el poder de su propia sede, dominar por igual a obispos y príncipes y dirigir Italia políticamente. «Aquel que deba ser elevado por Nos a la dignidad imperial, antes y sobre todo tendrá también que ser llamado y elegido por Nos», declaraba con osadía asombrosa al tiempo que encandilaba con la corona imperial, a veces simultáneamente, a casi todos los candidatos posibles, como Bosón de Vienne, el rey de Provenza, los hijos de Luis el Germánico, Carlomán y Luis III, y sobre todo al franco occidental Luis II el Tartamudo, hijo de Carlos el Calvo. Y a cada uno le prometía toda exaltación, gloria y salvación en este mundo y en el otro, todos los reinos del mundo. Y a cada uno le inculcaba que era el único candidato, ¡afirmando que en ningún otro había buscado ayuda y asistencia! Y cuando por fin tuvo claro que no podía esperar mucho de los francos, se volvió hacia Bizancio.

Después de que Carlos fuese coronado emperador en Roma a finales de 875, a su regreso también le correspondió la corona del reino de Italia. A los suyos se lo otorga el Señor en sueños. Una asamblea de magnates en Pavía le otorgó la segunda dignidad; era sobre todo un grupo de numerosos obispos, a cuyo frente figuraba el arzobispo Ans-perto de Milán, que fue el primero en jurarle lealtad, bien respaldado como se encontraba. De común acuerdo los grandes nombraron en febrero a Carlos su protector, señor y rey, pues la gracia divina por mediación de los príncipes de los apóstoles y del papa lo había exaltado a la dignidad de emperador.

Llegaron los juramentos recíprocos de fidelidad y también aquí el emperador y el clero se hicieron concesiones. Carlos recomendó fortalecer al papa Juan, honrar a la Iglesia romana, proteger sus posesiones territoriales a la vez que otorgaba a los prelados la permanente potestad de *missi* o representantes del emperador.[7]

219

Muere Luis el Germánico: el último adiós del abad Regino

Luis el Germánico no pensaba, sin embargo, dejar Italia en manos exclusivamente de Carlos. Y cuando los legados papales quisieron investigar los «conflictos» surgidos

---

[6] Ann. Fuldens. 875. Ann. Bertin. 875. Ann. Vedast. 875. Mansi XVII 72 s, 77, 79. LMA V 2177. Mühlbacher II 338 ss. Dümmler II 351, III 73 ss. Gregorovius I 2, 546 s, 554. Haller II, 107 ss. Seppelt/Schwaiger 113. Seppelt II 304 s. Eichmann 151 s. Steinbach, Das Frankenreich 78. Para las pruebas de simpatía de Carlos II hacia el clero, véase también, por ejemplo, Falkenstein 35 ss.

[7] MG Capit. II 98 ss. Haller II 116 ss. 130. Seidmeyer 77. Seppelt II 306. Hlawitschka, Franken 67 ss. Riché, Die Karolinger 241.

entre los hermanos e intentaron solucionarlos «de acuerdo con el derecho canónico y la ley civil», Carlos no quiso en modo alguno recibirlos. En vez de eso envió sus propios emisarios, el arzobispo de Colonia Wiliberto con dos condes, para que se entrevistasen con el emperador. Lo encontraron en el palacio de Ponthion junto con los obispos Juan de Arezzo y Juan de Toscanella, rechazados por Luis, con un sínodo que se prolongó tres semanas y al que asistían muchos eclesiásticos y grandes civiles. Sólo el 4 de julio pudieron presentar al mismo en presencia de Carlos la exigencia de su rey de recibir «una parte del reino del emperador Luis, hijo de su hermano Lotario, según le correspondía por derecho hereditario *(ex hereditate)* y tenía asegurado por juramento».

A ello respondieron los legados romanos con la lectura pública de dos cartas de su señor el papa dirigidas a los obispos y condes franco-orientales, con fecha de 13 de febrero. En ellas el papa se burlaba con extraordinaria dureza «del rey de Baviera», al que comparaba con Caín, reprochándole la envidia contra su hermano, el quebrantamiento de la paz, la falta de lealtad y la provocación incesante. En dos breves apostólicos del mismo día dirigidos a los obispos y grandes franco-occidentales conminaba con la amenaza de excomunión a los tránsfugas que se habían pasado al bando de Luis para que reparasen el agravio, mientras que alababa a los otros por su lealtad «más firme que el diamante».[8]

El 28 de agosto del mismo año moría en el palacio de Frankfurt Luis, que había superado los setenta años y que llevaba enfermo mucho tiempo, aunque se hallaba en plenos preparativos para una guerra contra su hermano Carlos. Al día siguiente Luis fue enterrado en el cercano monasterio de Lorsch, en cuya cripta estaba su sarcófago todavía a comienzos del siglo XVII, desapareciendo después sin dejar el menor rastro.

En un último adiós al rey escribía Regino de Prüm: «Fue un príncipe muy cristiano, de fe católica, bastante instruido no sólo en las ciencias profanas sino también en las eclesiásticas; fue el más fervoroso cumplidor de cuanto exigían la religión, la paz y la justicia. Era de ingenio muy agudo *(ingenio callidissimus)* y prudente en el consejo; en la colación o revocación de los cargos públicos se dejaba guiar por un juicio circunspecto; en las batallas salió extraordinariamente victorioso siendo más diligente en la preparación de las armas que en la de los banquetes, pues los instrumentos de la guerra eran su tesoro más preciado...».

220

El famoso abad, a quien Reinhold Rau atribuye «una inteligencia suficiente para las leyes propias de la constitución del poder», creó aquí *in nuce* un espejo sugerente y casi deslumbrante del príncipe católico: un príncipe muy cristiano y muy astuto, de fe católica, sobremanera victorioso, amigo de las armas siendo las herramientas de la guerra su tesoro más grande, aunque también trabajador incansable por la paz, en una palabra,

«el cumplidor más fervoroso de cuanto la religión... exigía...».

[8] Ann. Bertin. 876. Mühlbacher II345 ss. Riché, Die Karolinger 241 s. Sobre el sínodo de Ponthion del 876, véase asimismo Hartmann, Die Synoden 333 ss.

Pésame de Carlos el Calvo y primera batalla de los «enemigos hereditarios» por el Rin

Carlos el Calvo —asimismo un tipo cristiano inquietante— «se llenó de inmensa alegría» con la noticia de la muerte de su hermano *(Reginonis chronica)* y no tuvo ya más pensamiento que arrebatar a su sobrino la mayor cantidad posible de su herencia paterna. Pero ya antes amenazó a sus parientes católicos «con las cosas más increíbles»; por ejemplo, con un ataque de tal magnitud «que cuando el Rin se hubiera tragado sus caballos, él personalmente cruzaría el lecho seco del río y devastaría todo el reino de Luis» *(Annales Fuldenses)*.[9]

Y el fanfarrón dio al menos los primeros pasos para ello, buscando de inmediato la ampliación de su territorio por el este.

Quiso recuperar la mitad del reino lotaringio, que había dejado a su hermano, avanzando probablemente hasta la frontera del Rin y ocupando en consecuencia los territorios franco-orientales a la izquierda del río en torno a Maguncia, Worms y Espira.

Prometió ricos feudos a los caudillos lotaringios, a quienes convocó para la anexión, amenazó a los que se resistían con el «exterminio» y, conculcando los juramentos que había hecho a su hermano, y a despecho también de los normandos que con cien barcos grandes presionaban a mediados de septiembre sus propios territorios, invadió el reino del que acababa de expirar. Con un ejército considerable pasó por Lotaringia oriental y por Aquisgrán, que con la ilusión de renovar el imperio de su abuelo Carlos I gustosamente habría convertido en su sede principal, y avanzó hasta Colonia, saqueando y devastando el país como los piratas escandinavos. Y siempre acompañado de los dos legados papales, Juan de Arezzo y Juan de Toscanella, «cómplices eclesiásticos de la invasión» (Mühlbacher).

Como el ataque de Franconia occidental había sido totalmente por sorpresa y como Carlomán, hijo mayor de Luis el Germánico, combatía precisamente en el este a los moravos mientras que Carlos, el pequeño, se hallaba en Alemania, Luis III, cuyo territorio corría también inminente peligro, avanzó hacia Deutz con tropas de Sajonia, Turingia y Franconia reclutadas a toda prisa y muy inferiores en número, para enfrentarse a su insaciable tío en el Rin; al mismo tiempo Carlos se detenía en Colonia al otro lado del río. Luis le envió legados, evocó el parentesco, los juramentos, los tratados y hasta la preciosa sangre cristiana por ambas partes y, siendo objeto de burla por parte del enemigo, intentó reforzar la moral de su tropa con ayunos, oraciones, procesiones rogativas y sobre todo con la exploración tradicional (uno de cada diez hombres se sometió al juicio de Dios con agua fría y caliente y con hierro incandescente), y naturalmente «todos salieron ilesos del juicio de Dios» *(Annales Bertiniani)*.

221

Carlos había dado largas a Luis mediante negociaciones y había querido aprovechar el armisticio para caer alevosamente sobre el enemigo con las primeras luces del alba. Pero el arzobispo Wiliberto reveló el plan y cuando el ejército franco occidental, formado supuestamente («según se cuenta») por 50.000 hombres, tras

[9] Ann. Fuldens. 876. Ann. Bertin. 876. Regin. chron. 876. Ann. Vedast. 876. Rau III 8. Hlawitschka, Vom Frankreich 83.

una marcha nocturna agotadora bajo una lluvia torrencial, llegó la mañana del 8 de octubre a Andernach, fue atacado por las tropas de Luis dispuestas para el combate. «Éste se vistió de inmediato la armadura y puso toda su confianza en el Señor...», según palabras de los Anales de Fulda. De nuevo el viejo y buen uso cristiano: quien confía en Dios y vende cara su vida, siempre saldrá victorioso...

Y en efecto: «Como el fuego se extiende por la rastrojera y en un instante todo lo consume, así también destruyeron con la espada el poder de los enemigos y lo aniquilaron» (Regino de Prüm). Todo el bagaje y los tesoros todos de los mercaderes cayeron en manos de los vencedores. Mas los que no pudieron huir «en tal grado fueron despojados por los lugareños, que se envolvieron en heno y paja, con tal de poder ocultar sus vergüenzas...» *(Annales Bertiniani).*

Entre los prisioneros figuraban el abad Gauzlin, canciller del emperador, y el obispo Otulfo de Troyes. El botín fue increíble: armas, armaduras, caballos, el oro y la plata de los grandes así como el tesoro saqueado por Carlos. Él mismo, que cauto como siempre había evitado la batalla, huyó la noche del día siguiente, al parecer «casi desnudo» *(pene nudus),* según refiere el monje de Fulda. La emperatriz, fugitiva asimismo, tuvo un parto prematuro «al canto de los gallos y en pleno camino» *(Annales Bertinianí).* El niño, hijo de Carlos, moría poco después, aunque su alma pudo ser salvada para el cielo, y pronto también el rey Carlos pudo «reponerse». La batalla de Andernach fue la primera librada entre «alemanes» y «franceses» por el Rin.[10]

Después de este debut de los futuros «enemigos hereditarios», el victorioso rey franco oriental aún pudo marchar a Aquisgrán, pero estaba demasiado débil como para poder perseguir al derrotado emperador en su propio territorio (en los Anales franco-occidentales el arzobispo Hinkmar hasta le llama en esta ocasión «salteador»... ¡y cómo le habría llamado en el caso de una victoria!).

En noviembre los tres hermanos franco-orientales se repartieron el imperio de acuerdo con las disposiciones de su padre y se juraron lealtad mutua. Se lo repartieron simplemente en virtud del derecho de herencia y sin coronación alguna, como era habitual en el imperio occidental. Carlomán, el hijo mayor de Luis el Germánico, pasó a ser «rey de Baviera» con Panonia y Carantania. aunque dejó la administración de la última en manos de su hijo Arnulfo. Luis III, el Joven, el «rey de la Francia oriental», recibió Franconia oriental, Turingia, Sajonia y Frisia con las tribus fronterizas sujetas a tributo. Carlos III el Gordo, que era el menor, empezó obteniendo Alamania y Churratia (Coira) y tras la muerte precoz de sus hermanos (880 y 882) gobernó también sobre la herencia de los mismos que se había ampliado notablemente, con lo que ya en 881consiguió la renovación del imperio.[11]

Juan corteja a Carlos, cuyos «méritos no puede expresar la lengua humana...»

[10] Ann. Fuldens. 876. Ann. Bertin. 876. Ann. Hildesheim. 876. Ann. Aquiens. 876. Regin. chron. 876. Mühlbacher II 349 ss. Dümmler II 35 ss. Steinbach, Das Frankenreich 78.

[11] Ann. Fuldens. 876. Regin. chora. 876. LMA V 968 ss. 996, 2174. Mühlbacher II 352 s.

Pero Carlos el Calvo no sólo hubo de retroceder notablemente ante los francos orientales. Tampoco logró nada con los normandos del Sena y del Loira. Más bien se libró de ellos mediante dineros, que naturalmente sacó a las clases acomodadas despojándolas como un gran depredador. Así, impuso un tributo perfectamente calculado por cada terreno señorial *(Hube:* una explotación económica en el marco del feudalismo de la Alta Edad Media) en aquellos territorios de Francia que había ocupado antes de la muerte de Lotario, al igual que en cada hacienda exenta o no exenta de Borgoña. Por esa vía logró el rey cinco mil libras de plata, aunque para el pago del tributo recurrió también por supuesto a los tesoros de la Iglesia. Como Carlos —elogiado abiertamente por el papa como dechado de «virtud» y en razón de «sus luchas por la fe... y sus esfuerzos por honrar al clero»—, también indemnizó tras su fracasada invasión a los combatientes lotaringios que buscaron su protección con abadías y con posesiones rurales de la Iglesia.

Naturalmente el soberano no tuvo voluntad alguna de proteger al papa contra los sarracenos, cada vez más agresivos. Y Juan desde luego no quería haber coronado en vano como emperador a Carlos. Cierto que en el ínterin éste había ampliado el Estado de la Iglesia y había renunciado a ciertos privilegios. Pero Roma, siempre insaciable, quería más —sobre todo cuando el nuevo príncipe también había prometido repetidamente más concesiones— y muy en especial ayuda contra los árabes: cosa que en modo alguno entraba en los cálculos de Carlos.

223

Para ello el papa recurrió a un viejo método bien acreditado: evocó las «nubes de langostas» de los demonios musulmanes, que todo lo devastaban e incendiaban arrastrando a las gentes a la cárcel; evocó crueldades que jamás se dieron y peligros que ya se cernían, como una flota poderosa que ya avanzaba con tropas ingentes para atacar Roma. Lo pintaba negro sobre negro y exhortaba a obispos y magnates, pero sobre todo al emperador. Aparecieron los legados pontificios y por doquier resonaban las llamadas de auxilio. Se decía que los sarracenos saqueaban y destruían las iglesias. Sin embargo los duques Lamberto y Guido, a los que Carlos había asignado la protección del Estado de la Iglesia, no movieron un dedo; también el conde Bosón, instituido virrey en Italia, hizo oídos sordos. Las cartas se sucedían pidiendo «de rodillas» la salvación de la «cristiandad» y sobre todo, naturalmente, la del papado, que lisonjeaba a Carlos el Calvo. «El más ilustre de todos los Césares», le calificaba pomposamente el papa cada vez más aguijoneado, quien también sabía que la sabiduría del emperador «había ido creciendo desde el seno materno» y que «sus méritos no podían ser expresados por la lengua humana...».

Para entonces Carlos había hecho algo que realmente habría podido malquistarle con la corte papal: había forzado a su hijo y sucesor en el trono Luis II el Tartamudo para que repudiase a su esposa Ansgarda y así desposarlo con una dama del gusto de su imperial progenitor. Piénsese, sin embargo, en lo enconadamente que año tras año había luchado el papa Nicolás I contra los amaños matrimoniales de Lotario II y cómo había mantenido la indisolubilidad de aquel matrimonio. Por ello sorprende que ahora el papa Juan no tuviera objeción alguna contra el segundo matrimonio del heredero al trono franco occidental ni fulminase sanciones canónicas contra el príncipe franco.[12]

[12] Mansi XVII 21. Kelly 126. LMA V 154 ss. Dümmler III 39. Mühlbacher II 353 ss. Riché, Die Karolinger

Muerte después de 37 años de gobierno «en el fracaso de la mayor miseria»

Como en Italia nadie movía un dedo por el papa, ni el poderoso duque de Spoleto, a quien incumbía la protección del Estado de la Iglesia, ni menos aún Bosón de Vienne, instituido desde 876 como *missus* imperial en Italia, al emperador no le quedó otro remedio, si quería mantener su credibilidad, su prestigio y la propia Italia, que marchar al sur por precaria que fuese la situación en su propia casa, a causa sobre todo de los normandos. Para calmarlos hubo de sacrificar todo lo sacrificable.

Cuando en agosto de 877 Carlos marchó a Italia acompañado de su esposa, también llevó consigo «un tesoro grandísimo en oro, plata, caballos y otros objetos de valor» *(Annales Bertiniani),* pero con un séquito relativamente pequeño. El ejército de sus grandes, a quienes la aventura italiana gustaba aún menos que al propio emperador, partiría más tarde. ¡Y no sin hacerles prometer que no tocarían ni los bienes eclesiásticos ni sus posesiones familiares! (Pese a lo cual estalló una rebelión de los cabecillas aristócratas, entre los que parece que se encontraba también su propio hijo Luis el Tartamudo.)

224

Pero el papa exaltó con entusiasmo a Carlos, pues lo necesitaba para una guerra. Y hasta celebró oficialmente sus méritos ante un sínodo sagrado en Rávena, al que asistieron no menos de cincuenta obispos, procedentes principalmente del norte y centro de Italia. Y el discurso del papa —que se nos ha conservado— tuvo que ser evidentemente una especie de regalo del anfitrión al emperador esperado, a quien «había sido llamado por Dios» y había sido elegido y coronado por él, Juan, el augusto gran abuelo de los príncipes legítimos. También los prelados reunidos vieron en Carlos al elegido por una «inspiración del Espíritu Santo», confirmaron una vez más su coronación imperial ocurrida ya en 875 y, por indicación de Juan, amenazaron con la excomunión eclesiástica como a «siervos del demonio» a cuantos combatieran aquella «entronización, dispuesta sin duda alguna por Dios».

Los cánones finales del sínodo de Rávena ponen una vez más especial énfasis en la inviolabilidad de los bienes eclesiásticos y prohíben otorgar bienes de la sede apostólica como feudos o de cualquier otra forma, ¡«a no ser que los receptores sean parientes de los papas»! Y fulminan el anatema contra quienes actúen en contrario.[13]

Los sinodales esperaban también protección para sus posesiones por parte del emperador, que pronto iba ya a cruzar el San Bernardo y a cuyo encuentro corrían los emisarios de un papa que lo había llamado tantas veces y de modo tan apremiante. Pues aunque todos los árboles de los bosques se transformasen en lenguas no bastarían para describir la ruina con que los sarracenos le amenazaban. Pero peores aún que los gentiles eran los malos cristianos. Y, sin embargo, nadie escuchaba su grito angustiado, nadie le ayudaba y salvaba más que el emperador. Juan viajó

243.

[13] Ann. Bertin. 877. Mühlbacher I I354 ss. Seppelt II 306 s. Riché, Die Karolinger 243 ss. Hartmann, Die Synoden 243.

personalmente hasta Pavía, pues apenas podía refrenar su deseo de salir al encuentro de Carlos, llegando incluso hasta Vercelli, donde lo recibió «con los máximos honores» *(honore maximo).*

Apenas se habían encontrado ambos en Pavía, la antigua ciudad de la coronación en que la emperatriz se convertiría también en reina de Italia, cuando ya avanzaba por el Brennero con grandes contingentes militares el bávaro Carlomán, hijo mayor de Luis el Germánico y sobrino de Carlos. Así que cruzaron el Po en dirección sur y en Tortona el papa apenas tuvo tiempo de consagrar a toda prisa emperatriz a Richildis, para escapar enseguida hacia Roma por caminos que bien podríamos llamar de contrabandistas, no llevando de hecho en las manos como presente para san Pedro más que un pesado crucifijo de oro puro y adornado con piedras preciosas, «como ninguno antes había sido donado por un rey» *(Annales Vedastini).*

225

La emperatriz regresó a su vez por Mont Cenis con los tesoros de Carlos, mientras que éste huía asimismo, toda vez que no llegó el esperado refuerzo de los grandes de su reino, aunque repetidamente le habían jurado lealtad; al contrario, como también la mayoría de los obispos, se juramentaron contra él. Por lo que Carlos no osó entablar batalla con Carlomán pues, como escribe el analista franco oriental, «a lo largo de su vida acostumbró a volver abiertamente la espalda o a dejar escapar ocultamente a sus soldados, cuando debería haber plantado cara al enemigo» *(Annales Fuldenses).*

Todavía en camino contrajo unas fiebres y, como suponen los cronistas eclesiásticos, enfermó a causa de un medicamento que le proporcionó contra las fiebres su médico de cabecera, el judío Sedequías. Para el autor de los Anales de Saint-Bertin se trataba de «unos polvos», de «un veneno mortal». Según el abad Regino, el tal médico era un «impostor, que engañaba a la gente con imposturas y encantamientos mágicos» *(magias prestigiis incantationibusque... deludebat).* Enfermo de muerte llegó Carlos en una litera a Mont Cenis y al pie del mismo murió «en una mísera cabana» *(Annales Bertiniani)* del caserío Bride de Maurien (Saboya) el 6 de octubre de 877, a la edad de 54 años y después de 37 de gobierno, «en el fracaso de la mayor miseria» *(Annales Fuldenses).*

Lo embalsamaron «con vino y toda clase de perfumes» y lo transportaron desde allí; pero a causa del mal olor pronto lo metieron en un tonel calafateado por dentro y por fuera a la vez que revestido de cuero. Así y todo, la fetidez se fue haciendo cada vez más insoportable, por lo que los restos de Carlos el Calvo no fueron trasladados a Saint-Denis como él había deseado, sino que tal como estaban, en el tonel, los inhumaron en el monasterio de Nantua en Lyon.[14]

Juan ensalza a Carlomán y corona a Luis el Tartamudo

El papa, cuyos planes para convertir el Estado de la Iglesia en el poder dominante de Italia se habían derrumbado por completo con la muerte del emperador, se vio

[14] Mansi XVII 337 ss. Ann. Bertin. 877. Ann. Fuldens. 877. Ann. Vedast. 877. Mühlbacher II 354 ss. Dümmler III 44, 47 ss. 58. Hartmann, Geschichte Italiens III 2, 29 ss. Gregorovius I 2, 555 s. Haller II 114 s. Steinbach, Das Frankenreich 78. Cartellieri I 322. Seppelt II 307. Riché, Die Karolinger 245

entonces indefenso frente a sus enemigos. Tras la huida y muerte de Carlos el reino de Italia fácilmente pasó a manos de su sobrino Carlomán. Y los obispos, que acababan de exaltar en Rávena a Carlos el Calvo como el emperador «más cristiano y clemente», más aún, que habían amenazado con la excomunión precisamente a Carlomán, aquellos mismos obispos le rindieron ahora vasallaje. Otro tanto hizo el papa, compendio y modelo de oportunista. Solemnemente habló de los «inescrutables designios de Dios» y exaltó a Carlomán como el único protector de la Iglesia y su defensor más fiel...

226

Pero el propio bávaro ya estaba afectado por una enfermedad si no de muerte sí ciertamente grave. Y en noviembre se vio obligado a regresar a su palacio de (Alt-)Ötting. También él hizo el viaje de retorno en una litera. Y su ejército fue el introductor en Francia, donde ya las epidemias causaban estragos, de una peste terrible que causó numerosas bajas. Se trataba de la «fiebre italiana» y de una enfermedad que afectaba especialmente a los ojos, «y muchísimos exhalaron el último suspiro a causa de la tos» *(Annales Fuldenses).*[15]

En Italia se presentaron entonces los margraves Lamberto de Spole-to y su yerno Adalberto de Tuscia, ambos estrechamente unidos en sus pretensiones. De nada sirvieron ni el furor del papa ni sus adulaciones a Lamberto. En la primavera de 878 Lamberto, unas veces «el único auxiliador» de Juan y «el defensor más leal» y otras «el hijo de la perdición», se presentó de nuevo repentinamente en Roma para imponer el reconocimiento de Carlomán. Treinta días retuvieron prisionero al papa, que lanzó el rayo de la excomunión contra los depredadores de la Iglesia. Tras la partida de éstos Juan, que había convocado un sínodo general en el reino franco occidental, zarpó a toda prisa con tres veleros rápidos llegados desde Nápoles con rumbo a Génova y Arles. Y el 7 de septiembre de 878 coronó rey en Troyes a Luis II el Tartamudo (877-879), hijo de Carlos el Calvo, pese a que por sus achaques apenas era capaz de gobernar y pese a que el arzobipo Hinkmar, el experto *coronator,* ya lo había coronado en Compiègne el 8 de diciembre del año anterior, y pese a que aquel mismo año el tal Luis acababa de repudiar a su esposa Ans-garda, que le había dado dos hijos, Luis III y Carlomán, contrayendo un segundo matrimonio ¡cuando todavía vivía su primera mujer! La segunda esposa era Adelaida, hija del conde Adalhardo, que en 879 trajo al mundo al póstumo Carlos III «el Simple». A ella no la coronó el papa, pero sí apoyó a Luis el Tartamudo con la «coronación de refuerzo» (Schneidmüller) y lanzando excomuniones contra todos sus enemigos. Y finalmente en su discurso de clausura de Troyes —el primer concilio con presencia de un papa en el imperio franco al norte de los Alpes— exigió de los obispos que con la fuerza de las armas impusieran su regreso a Roma.

Juan había abierto el sínodo el 11 de agosto de 878 y al mismo esperaba que asistiesen los tres reyes franco-orientales con sus obispos, pues quería elegir a su candidato imperial ante un gran foro. Pero ninguno de los francos orientales acudió; más aún, los reyes ni siquiera respondieron a los breves papales, y Carlomán guardó silencio incluso después de una segunda carta pontificia. De Italia no había presentes más que tres obispos, que el propio Juan había llevado consigo.

227

---

[15] Ann. Fuldens. 877. Ann. Bertin 877 s. LMA V 996, 2174 s. Mühlbacher II 357 s. Para el palacio de Öttinger, véase W. Stormer, Die Anfänge des karolingischen Pfalzstifts Altotting 61 ss.

Por lo demás en el sínodo —en el que también compareció, con gran disgusto del arzobispo Hinkmar de Reims, el obispo Hinkmar de Laon, depuesto en 871 y más tarde cegado y que al menos en parte había sido «rehabilitado»— volvió a tratarse entre otras muchas cosas la devolución masiva de los bienes eclesiásticos por parte de los laicos, amenazándoles con la excomunión y con la privación de sepultura en sagrado. Se trató asimismo de una reducción de los impuestos, que según parece gravaban los bienes de la Iglesia desde hacía décadas (aunque sólo fuera porque, como escribía el anciano Hinkmar al nuevo rey, «las iglesias en tiempos ricas habían quedado privadas por completo de recursos»).

Cierto que Luis II el Tartamudo, «constituido rey por la misericordia de Dios y la elección del pueblo» (!), prometió la inviolabilidad de las disposiciones y leyes eclesiásticas. Pero estaba enfermo y ya al año siguiente, tras un empeoramiento repentino de su estado, moría el viernes santo sin haber cumplido los 33 años, envenenado según se dijo.[16]

Mas todavía en vida del rey el papa Juan VIII se había ganado a un hombre, que le acompañó ya a Troyes, que regresó con él a Italia y al que abiertamente pensó en ponerle sobre la cabeza nada menos que la corona imperial: el conde Bosón de Vienne (fallecido en 887).

El rey sacristán Bosón sube a las candilejas

Bosón era hijo del conde lotaringio Biwin, abad laico de Gorze y sobrino de Teutberga, esposa de Lotario II, así como del hermano de ésta el abad Hucberto de Saint-Maurice. Tras el desposorio de Carlos el Calvo con Richildis, hermana de Bosón que éste le había presentado, empezó su ascensión al servicio del rey, que le obsequió con numerosos señoríos y cargos en Aquitania, Borgoña e Italia. Todavía en 869 recibió Bosón la abadía de Saint-Maurice, dos años después era camarero y *magister ostiariorum* de Luis, hijo de Carlos y virrey de Aquitania, que él administraba ahora. En 875-876, en el primer viaje de Carlos a Italia, obtuvo Provenza y en febrero de 876, en la asamblea imperial de Pavía, fue nombrado *missus* para Italia y agraciado con los títulos de duque de Lombardía y virrey.

Parece que la piedad de Bosón no iba a la zaga de su crueldad. Al menos disponía de una serie de monasterios, en los que por orden suya se rezaba por él. Al depuesto obispo Hinkmar de Laon, encarcelado varios años, Bosón le hizo sacar los ojos en la cárcel. A su primera mujer Bosón la envenenó y más tarde raptó a Ermengarda, prometida antes del sucesor al trono bizantino y única heredera del emperador Luis II, para casarse con ella al tiempo que le aportaba unas posesiones considerables en Italia septentrional.

228

El papa Juan VIII no sólo dio el visto bueno a la irregularidad de tal matrimonio, sino que aseguró por escrito que trataría a Bosón y Ermengarda como a sus propios hijos. Le pareció en efecto que un advenedizo como Bosón era el más indicado para

[16] Ann. Fuldens. 877. Ann. Bertin. 878. Ann. Vedast. 878. LMA I 96, V 2175 s (Schneidmüller). Gregorovius I 2.556 ss. Haller II 111, 115 ss. Fried, Boso von Vien-ne 193 ss. Riché, Die Karolinger 249 ss. Hartmann, Die Synoden 336 ss.

habérselas con Carlomán en Italia y para poder arrebatarle el reino italiano. Así, nombró a Bosón en 878 «príncipe glorioso» e hijo suyo *per adoptionis gratiam* (un acto que iba a crear tradición), con lo que éste en tanto que *filias adoptivas* quedaba bajo la especial protección espiritual del papa, asumiendo a su vez especiales tareas protectoras del papa, y a quien osase levantarse contra su «hijo» *(predictum filium nostrum)* le amenazaba Juan VIII con la excomunión.

El santo padre encandiló a Bosón, que por encargo de Luis II hubo de acompañarle a Italia, con la corona real de Provenza y hasta con la dignidad cesárea. Se trataba ni más ni menos que de una revuelta bien planificada contra los carolingios, toda vez que Bosón ni siquiera pertenecía a su dinastía. Pero no fue sólo eso: «El papa montó una jugada alevosa a todas luces. Consiguió de Luis el Tartamudo, quien a su vez alimentaba pretensiones sobre Italia, que le enviase tropas en apoyo de Bosón; el carolingio tuvo incluso que promover la ruina de su linaje» (Fried).[17]

Bosón, que en 877 hasta había conspirado abiertamente contra Carlos el Calvo, a quien debía toda su carrera, numerosos altos cargos y grandes territorios, y que había sometido a grave presión a su hijo y sucesor Luis el Tartamudo, acabó también traicionando a los hijos de este Luis III y Carlomán. Para ello, después de que ya antes había firmado *«Boso Dei gratia»,* el 15 de octubre de 879 se hizo elegir rey de Borgoña y de Provenza en el palacio de Mantaille (hoy desaparecido por completo), al sur de Vienne (en Anneyron, departamento del Dróme). Fue una especie de «rey sacristán», pues fue proclamado únicamente por el clero, y en estrecha conexión con la elección episcopal, por 27 arzobispos y obispos, siendo después ungido. Y todo ello naturalmente en virtud de una inspiración divina.

Fue un acontecimiento de enormes consecuencias, porque los prelados del ámbito del Ródano desestimaban con ello la falta de legitimidad de Bosón y sobre todo despreciaban a la dinastía carolingia franco-oriental y postergaban «los derechos de su linaje». Por primera vez desde hacía 130 años se violaba el derecho exclusivo de los carolingios a una corona. Bosón había ignorado a los hijos menores de edad del Tartamudo, los había tenido «por nada», por «hijos ilegítimos», pues por orden de Carlos su madre «había sido rechazada y expulsada» (Regino de Prüm). Y Ermengarda, la ambiciosa esposa de Bosón, no quería vivir por más tiempo, ella hija de emperador y novia de emperador —en 866 había sido prometida a Basileos I—, si no podía hacer rey a su marido.

229

Así, Bosón repartió presentes por doquier y prometió conducirse en todo según los deseos del clero. Además, por supuesto, de que muchos obispos se amoldaron dócilmente no sólo «con las promesas de abadías y posesiones territoriales» sino también «con amenazas» *(Annales Bertiniani).* Sin reparo saqueó después Bosón bienes monásticos y posesiones eclesiásticas de Reims y hasta arremetió contra el realengo papal de Vendeuvre, para poder calmar a los prelados y vasallos más influyentes; gentes que una vez más simularon una *electio per inspirationem,* por cuanto afirmaban que la elección de Bosón se la había inspirado Dios en virtud de su

[17] Ann. Fuldens. 878 s. Ann. Bertin. 876. Regin. chron. 877. Ann. Vedast. 878. LMA II 477 ss. Mühlbacher II 361 s, 368 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2, 30, 56, 60 ss. Dümmler III 78 ss. 87 ss. 113 ss. Gregorovius I 2, 558. Cartellieri I 317 s, 324 ss. Haller II 117 s. Hirsch, Die Erhebung 131 ss. Zollner 120. Fried, Boso von Vienne 193 ss. Konecny, Die Frauen 126 ss. Adegaerd 76 ss. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste II 251 ss. Hlawitschka, Franken 70 s. Id. Nachfolgeprojekte 32. Hartmann, Die Synoden 340.

oración fervorosa. Y es que presentar al *Electus* como predestinado por Dios «ya se había convertido entonces casi en un tópico» (Eichmann), aunque todas las veces era una solemne mentira. «No sólo en la Galia, sino también en Italia brillaba más que todos, de modo que el papa romano Juan, tratándolo como a un hijo, colmó de alabanzas sus nobles sentimientos...», clamaron los obispos en honor de Bosón. Y el asesino de su primera mujer y depredador de la segunda confesó su fe católica, la única que salva, se sometió agradecido al control de los príncipes de la Iglesia y prometió la protección de sus privilegios.

En Lyon, la ciudad más grande del nuevo reino, el arzobispo Aureliano coronó rey a Bosón, no gracias a su nacimiento y su derecho hereditario, sino gracias al clero, que evidentemente se dejó guiar por el papa Juan. Pues al igual que él se arrogó la prerrogativa de elegir a un emperador como soberano protector, también ellos se atribuyeron ahora el derecho de nombrar a capricho un protector, y naturalmente en su mayor provecho posible. Es verdad que los reyes francos se unieron contra el usurpador y que en el verano de 880 conquistaron la fortaleza de Mâcon sobre el Saona, mas no pudieron tomar Vienne porque Carlos inopinadamente levantó el cerco para marchar a Italia. Y Bosón se afirmó contra la resistencia de los carolingios de los reinos occidentales y orientales hasta el fin de su vida el 11 de enero de 887.[18]

El papa Juan quiere «antes y sobre todo» llamar al emperador

Pero el papa insistió en su derecho a elegir y coronar al emperador. «Aquel que deba ser elevado por Nos a la dignidad imperial, antes y sobre todo tendrá también que ser llamado y elegido por Nos», escribió una vez el propio Juan al arzobispo Ansberto de Milán.

230

Pero durante siglos el obispo romano no había tenido derecho de intervención y menos aún de decisión en este asunto. Durante siglos había sido, como los demás patriarcas y obispos, súbdito del emperador, que era el soberano supremo de todos. Fue nada menos que León I «el Grande» (440-461) —el único papa que con Gregorio I lleva tal sobrenombre de «Grande» o «Magno», título raro y supremo con que en la Iglesia católica se designa a un doctor eclesiástico— quien atribuyó al emperador incluso el derecho de anular resoluciones conciliares que afectasen a los dogmas. Y no sólo eso: también le atribuyó —¡y no sólo una vez!— la infalibilidad, la imposibilidad de errar *en la fe,* mientras que «deber» del papa sería «revelar lo que tú sabes y anunciar lo que tú crees...».

Difficile est satiram non scribere.

Cuando Carlos I, consciente de su poder personal, había transmitido su dignidad imperial a su hijo Luis el Piadoso (Ludovico Pío), todavía el papa León III reconoció desde el comienzo la soberanía suprema de Carlos sobre el Estado de la Iglesia. Y hasta en las cuestiones internas de la Iglesia siempre le obedeció y como súbdito suyo dató sus propias monedas pontificias por los años de gobierno del emperador, a quien

[18] Ann. Bertin. 879 s. Ann. Fuldens. 880. Regin. chron. 879. MG Capit. II 365 ss. LMA II 477 s. Dümmler III 122 ss. 145 ss. Eichmann II 59. Fried, Boso 193 ss. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste II 257 ss. Bund 499 ss. Riché, Die Karolinger 252 s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 84 s.

tras la coronación imperial le rindió homenaje doblando la rodilla. Y siguiendo el ejemplo de su padre, también Ludovico Pío entregó la corona imperial a Lotario I su primogénito, al igual que éste designó emperador a su hijo mayor. La bendición eclesiástica por parte del papa se agregó después, sin que por ello se siguiera ningún derecho del papa a disponer. Tal derecho lo derivó Juan VIII de la coronación de Carlos el Calvo incluso respecto de un candidato no carolingio, con lo que los candidatos se encontraron incuestionablemente a gusto.

Última llamada a Bosón: «… ahora es el día de la salvación» o el cuádruple juego de Juan

Naturalmente que se alzaron bastantes adversarios contra las ambiciones papales, sobre todo entre los príncipes civiles y eclesiásticos italianos. Y el arzobispo Ansberto de Milán, que los capitaneaba, ya no compareció en el sínodo convocado en Pavía para diciembre de 878. Entretanto Juan, conducido por Bosón y su esposa, había cruzado Mont Cenis y en Turín con presiones y adulaciones convocó a los grandes italianos en Pavía, para deliberar allí sobre «la situación de la Iglesia santa y la tranquilidad del país». Pero ninguno acudió. Incluso cuando el papa retrasó la fecha y de nuevo apremió a los grandes y a los príncipes de la Iglesia citándolos en Pavía y hasta solicitó tropas al rey franco occidental «para combatir a sus enemigos», todo siguió igual y el santo padre se encontró solo en la ciudad con su paladín.

231

Así que cada uno continuó camino por su parte: Bosón regresando a Provenza y el papa marchando a Roma. Y cuando en mayo de 879 convocó a un sínodo al arzobispo Ansberto con todos sus sufragáneos para discutir entre otras cosas el nombramiento de un nuevo rey de Italia, el de su hijo adoptivo Bosón, por supuesto, Ansberto una vez más no acudió. Ni siquiera se disculpó, por lo que fue excomulgado. Y cuando el metropolitano, que con la conciencia tranquila continuaba celebrando misa y administrando su arzobispado, tampoco se personó en un sínodo romano celebrado en octubre, fue depuesto. Al año siguiente se doblegó y pronunció un juramento de fidelidad al papa.

También desde Italia volvió Juan a dirigirse por última vez a Bosón atrayéndoselo con acentos bíblicos: «El plan secreto, que con ayuda de Dios trazamos con Vos en Troyes, sin ningún género de duda lo mantenemos firme e inmutable en nuestro pecho apostólico como un tesoro escondido y deseamos, mientras vivamos y esté en nuestra mano, llevarlo a término enérgicamente con todas nuestras fuerzas. Por ello, si place a Vuestra Alteza, debéis Vos ponerlo ahora en práctica; pues, como exhorta el Apóstol, ved que ahora es el tiempo adecuado, ahora es el día de la salvación, en el que Vos podéis cumplir eficazmente vuestros deseos con ayuda del Señor».

Es probable, no obstante, que desde largo tiempo atrás el papa Juan hubiera advertido que Bosón ya no podía o no quería servirle.

Así que abandonó, evidentemente por voluntad de Dios, al querido hijo adoptivo, de cuya «cara amistad no quería prescindir por ningún hombre». Y ahora apeló —porque sin duda continuaba siendo el tiempo adecuado, el día de la salvación— a los no estimados reyes francos, al rey suabo Carlos y a Carlomán, cuyos reinos limitaban

con Italia. Johannes Haller escribe al respecto: «Mientras pensó que debía apoyarse en Bosón y hacía hincapié en no haber buscado ayuda en ningún otro, conectó ya con Carlos el Suabo y le prometió todo tipo de encumbramiento, pero aún fue más diligente en sus negociaciones con Carlomán y ya en el verano de 879, cuando ya hacía meses que el hombre estaba paralítico y privado del habla a causa de un ataque de apoplejía, por intermedio de dos obispos le lanzó un grito de socorro. Le aseguraba que de ningún otro quería ayuda, le prometía honor y salvación en ésta y en la otra vida y hasta le amenazaba con el tribunal de Cristo. Incluso al mayor de los hermanos alemanes, Luis III de la Franconia renana y de Sajonia, y por lo mismo el más alejado de los carolingios, intentó seducirlo con la corona imperial romana, que le reportaría una gloria mayor que la de todos sus predecesores y pondría todos los reinos a sus pies. Para ello solicitaba como siempre que el reino de Italia se ajustase a sus deseos...». Y también adoptó Juan a Luis III el Joven, hermano del emperador Carlos III, poco después de que Bosón le defraudase. «Está claro que el papa no juega un doble juego, sino un triple y hasta un cuádruple juego» (Hartmann).[19]

232

En todo caso Bosón no quiso poner en juego por la problemática corona imperial ni por el papa seductor todo lo que ya había logrado. Sin perder el favor apostólico se ocupó ahora de la ampliación y fortalecimiento de su poder en casa, en Provenza. También allí la situación era bastante precaria.

Contactos francos entre parientes

Luis el Tartamudo había tenido dos hijos de su primer matrimonio con Ansgarda: Luis y Carlomán, y al final había designado como su único heredero a Luis III (879-882). También el poderoso Hugo Abbas, primo de Carlos el Calvo y abad laico de Saint-Germain de Auxerre, intervino en favor del mismo. Pero Bosón tenía por ilegítimos *(degeneres)* al hijo del Tartamudo y a su hermano Carlomán y se decidió en consecuencia por el menor de todos, por Carlos III el Simple.

Hasta el mismo canciller de Luis, el abad Gauzlin, le traicionó. El tal abad ya había sido canciller y uno de los hombres de más confianza de Carlos el Calvo, al que también debía algunas de las abadías más ricas: Jumiéges, Saint-Amand, Saint-Germain-des-Prés y en 878 la de SaintDenis. En 884 llegó a ser obispo de París. El abad Gauzlin fue por algún tiempo, junto con el abad Hugo, el hombre más importante del reino franco-occidental. Representaba a la casa de los influentes Rorgonidos, mientras que Hugo Abbas era el jefe del clan familiar de los Güelfos franco-occidentales. Y así, inmeditamente después de la muerte del rey y por miedo al poderoso rival Hugo, el abad Gauzlin a una con la nobleza entre el Sena y el Mosa rogó al franco oriental Luis el Joven que invadiese el reino occidental y le ofreció la corona del país.

Luis no dejó que se lo dijeran dos veces. Pasando por Metz avanzó hasta Verdún, en una marcha en que sus crueldades y devastaciones, sus «maldades de toda índole»,

[19] Ann. Fuldens. 878. Mühlbacher II 362 ss. Haller II 118. Véase Gregorovius I 2, 559. Hartmann, Geschichte Italiens 2, 66 s. Hartmann, Die Synoden 349 ss. con numerosas referencias a las fuentes.

parece que «superaron los crímenes de los paganos» *(Annales Bertiniani).* También Verdún fue saqueada. Pero si en principio había sido el abad Gauzlin quien se había adelantado a los leales del rey, ahora éstos, con el abad laico Hugo a la cabeza, entregaron a Luis la Lotaringia occidental para no perderlo todo. Por dos veces Carlos el Calvo había intentado hacer negocio mediante una violación de la ley incorporando toda la Lotaringia al reino occidental, y ahora pertenecía por entero a Franconia oriental, aunque también por otra violación del derecho.

A cambio Luis el Joven abandonó en seguida a Gauzlin y sus socios, regresó contento y su mujer Liutgarda, ávida y ambiciosa, lo metió en una nueva guerra para conseguir todo el imperio occidental. De nuevo se sirvió ahora de la oposición en el norte, de Gauzlin y sus secuaces, que otra vez le llamó. Y otra vez la oposición, actuando a la manera de comando adelantado, recorrió el país robando y devastando en una especie de anticipo de la llegada de Luis.

233

Por lo demás éste seguía ocupado en Baviera, cuyo rey, su hermano Carlomán, se hundía lastimosamente. Luis partió a toda prisa de Forchheim, donde celebraba precisamente «el Nacimiento del Señor», encaminándose a Baviera. Destronó sin ningún miramiento a Carlomán, incapaz ya de hablar, se apoderó de su territorio y después celebró la Resurrección del Señor en Frankfurt. Entretanto Carlomán había muerto el 22 de marzo de 880. Luis había penetrado más en Franconia occidental, pero se dio por satisfecho con la cesión de Lotaringia occidental.

Ya a finales del verano del 879 el abad Hugo había hecho ungir y coronar reyes a los príncipes franco-occidentales Luis III y Carlomán por mediación del arzobispo Ansegis de Sens. Y para entonces precisamente, en octubre, hubo en el sur un tercer rey, Bosón, duque de Provenza, que era de hecho el primer rey de estirpe no carolingia en el conjunto del antiguo imperio. Cuando dos años después de la muerte de su hermano Carlomán moría también en Frankfurt del Main, el 20 de enero de 882, Luis III el Joven sin dejar hijos (pues su único hijo menor del mismo nombre se había roto el cuello al caer de una ventana del palacio), toda Franconia oriental pasó a manos del hermano menor, el rey suabo Carlos.[20]

A cambio de la cesión de barcos de guerra y otras ayudas, Juan se decide a reconocer al patriarca Focio, dos veces depuesto y anatematizado

Como entretanto el papa Juan tampoco había podido ganarse a los carolingios franco-orientales, en los últimos años de su vida no vaciló en reanudar los contactos con Constantinopla, sobre todo cuando parecía que Italia podía volver a ser bizantina. Bari, que había sido tomada por el emperador Luis II el año 871, ya en 876 había vuelto a Bizancio y sus generales a menudo tenían la supremacía en Italia meridional, afianzándose cada vez más el dominio griego.

[20] Ann. Fuldens. 879 ss. Ann. Bertin. 879. Reegin. chron. 880,882. Ann. Vedast. 879. LMA IV 1146, V 159, 970, 2175 s. Dümmler III 100. Mühlbacher II 369 ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 84 s. Werner, Die Ursprünge 443 ss.

Y así el papa, antes de su marcha al imperio franco, en abril de 878, también había lanzado una llamada de socorro al emperador Basileos I (867-886), un arribista más vertiginoso todavía que Bosón. El antiguo cuidador de caballos había eliminado sin escrúpulos a todos sus rivales, incluido su protector Miguel III, que en 866 le coronó coemperador y a quien—mediante su nueva codificación jurídica de enorme importancia en la historia del derecho— al año siguiente hizo asesinar de noche.
234

En 879 el papa Juan repitió su toma de contacto. Y a cambio de la ayuda militar, de la anunciada cesión de barcos de guerra del emperador romano oriental y del abandono del territorio misional búlgaro en manos de la Iglesia imperial griega, no tuvo empacho alguno en volver a reconocer a Focio como legítimo patriarca, en aceptarlo como hermano en el ministerio y en ensalzarlo calurosamente, pese a todos los anatemas anteriores. ¡Para ello dos de sus predecesores lo habían depuesto de modo irrevocable y lo habían anatematizado solemnemente! También el famoso concilio ecuménico VIII, celebrado en Hagia Sophia (869-870) bajo la presidencia de los legados pontificios y del venerable emperador Basileos I, había refrendado expresamente la deposición de Focio y anulado las consagraciones por él conferidas.

Ahora, en el invierno de 879-880, los enviados de Juan declaraban con su firma en un concilio, el último de la Iglesia universal, y bajo la presidencia del rehabilitado Focio, que ¡condenaban todo lo que se opusiera a su reconocimiento! «Para evitar contiendas el papa asintió con ciertas condiciones», nos explica el teólogo Bernhard Ridder (presidente en tiempos de la internacional Kolpingswerk). Pero sólo para evitar una contienda no ha asentido ningún papa, y en cualquier caso no en asuntos de tal relevancia. En realidad se trataba simplemente de una nueva acomodación a las circunstancias, que además de provocar la desconfianza del rey franco Carlos no tuvo éxito alguno. Ni en Italia meridional, donde con la conquista de Tarento en 880 los griegos volvían a dominar la costa oriental tan importante para ellos, mientras que la costa occidental la abandonaban a los árabes; ni tampoco en el reino búlgaro, que en el futuro también quedó sujeto a la Iglesia griega.[21]

Daniel-Rops, el historiador católico de la Iglesia, no ve al santo padre hundido personalmente en una ciénaga de corrupción, cabalas e hipocresía, sino a todos los actores que lo rodeaban. «En torno a él pululaban las intrigas políticas.» Personalmente se impone como la encarnación de la inocencia... Un truco de los apologistas tan viejo como grosero que funciona en todos los tiempos («El Führer no lo sabe»).[22]

De Carlomán a Carlos III el Gordo

Aquel papa fue en realidad la encarnación del oportunismo. Trabó relaciones con casi todos, y cuanto más poderosos, mejor. Encandiló, aterró y conjuró a cada uno de quienes le parecían apropiados, expidió breves y legados, suplicó ayuda y salvación, aduló, prometió amistad y la salvación eterna del alma, aseguró a cada uno la corona,

[21] LMA I 1461, 1521, V 1396, V I597. Dümmler III 174 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 5s, 79 s. Gregorovius I 2 554, 559. Haller II 119 ss.
[22] Daniel-Rops 602, 606.

que «somete a todos los reinos». Y cuando ya no pudo esperar nada de Carlomán, tullido, privado del habla y enfermo incurable, sus legados le obligaron a hacer una declaración de renuncia en favor de Carlos, su hermano, que no sólo era más joven sino también más dispuesto, más flexible y más dócil al santo padre. Y cuando en Franconia oriental se pusieron de acuerdo para entregar Italia a Carlos III el Suabo (el Gordo), el papa le certificó solemnemente: «Respecto de Bosón podéis estar bien seguro de que en Nos no tendrá ni encontrará ninguna concesión ni asistencia amistosa por nuestra parte, porque Nos os hemos buscado como amigo y auxiliador y de todo corazón queremos trataros y cuidaros como a nuestro hijo queridísimo».

235

Y ahora declaraba tirano a Bosón, su hijo adoptivo y ya rey de Provenza, que pese a todas las tribulaciones y dificultades no representaba allí ninguna utilidad para él. Por el contrario, en enero de 880, en una asamblea imperial celebrada en Rávena y en presencia de los magnates y obispos del país, coronó como rey a Carlos III el Gordo. Todos los grandes, civiles y eclesiásticos, a excepción del papa, le prestaron juramento de lealtad. Mas, para enorme sorpresa del pontífice romano, Carlos no tenía empeño alguno en la corona imperial y menos empeño aún en pelearse «con los paganos y cristianos falsos». Así que en mayo volvió a cruzar los Alpes en su camino de regreso dejando para protección del papa únicamente a los duques de Tuscia y Spoleto, que no le eran demasiado bienquistos.

Realmente desesperado, Juan rogó entonces al rey que enviase a Roma a un *missus* (legado) con plenos podres para cuidar del Estado de san Pedro. Rogó y suplicó una y otra vez. Pero después, cuando la llegada del soberano era inminente, de repente le impuso condiciones en su última carta de 25 de enero de 880, le amenazó, le reprochó sus prisas y le prohibió que traspasase las fronteras del Estado de la Iglesia antes de que para bien de su alma le hubiera dado garantías, antes de que hubiera sancionado párrafo por párrafo y palabra por palabra los deseos del papa expuestos por un legado suyo.

Nada de esto impidió que Carlos emprendiese el viaje a Roma con mucha tranquilidad y deteniéndose algunos meses en el norte de la península. El 12 de febrero del 881 era coronado en San Pedro como emperador romano —con una corona perteneciente al tesoro de la basílica—, siendo el primer emperador de la línea franco-oriental de los carolingios. Triunfó sobre la política papal, aunque sólo después de que el papa hubiera obtenido ya en Rávena la trascendental promesa de Carlos de «respetar los tratados y privilegios de la santa Iglesia romana». Una promesa que el rey de Italia, el *rex Romanorum* como después se llamó, hubo de renovar a lo largo de la Edad Media antes de recibir la corona imperial.[23]

236

Pero Carlos, un soberano cuya acción consistía en poco más que aguardar y no hacer nada, lo que le reportó éxito sobre éxito, en posesión ahora de la dignidad cesárea emprendió el camino de regreso con más calma todavía, pasando un año entero en Pavía y en Milán y haciendo también una excursión al lago de Constanza, siempre perseguido por el clamor pordiosero de Juan. El pontífice romano no veía nada más que desgracias y luto por doquier. Los males crecían día a día, según le

[23] Ann. Bertin. 880. Mansi XVII 161. Dümmler III 105 ss. 176 ss. Mühlbacher II 378 ss. Gregorovius I 2 560. Hartmann, Geschichte Italiens III 2,71 ss. Cartellieri I 326 s. Haller II 128 s. Löwe, Deutschland 196. Steinbach, Das Frankenreich 79. Ull-mann 244. Reinhardt 61 ss. Riché, Die Karolinger 255.

informaba en sus misivas, y sería preferible morir a tener que soportarlos. Deseaba la guerra contra cristianos y sarracenos y rogaba a Carlos que sin tardanza le enviase un ejército para poner orden de una vez. Pero en vano. Así continuaba Juan lamentando su desgracia (a la emperatriz y al archicanciller Liutwardo). El sueño huía de sus párpados y el alimento de sus labios. En medio de las tinieblas esperaba la luz; pero ya no osaba abandonar Roma temiendo ser hecho prisionero y estrangulado.[24]

El papa Juan a la caza de sarracenos; los católicos colaboran con ellos

Todas las acciones acomodaticias del papa estaban en definitiva al servicio de un objetivo: el de agrandar el poder de su casa, el Estado de la Iglesia, sometiéndole especialmente los territorios meridionales de la península itálica. Pero allí precisamente fueron menudeando poco a poco los ataques marítimos de los «piratas» desde el comienzo de la ocupación islámica de la Sicilia bizantina en 827. Eran ataques por sorpresa más o menos espectaculares, cuyo alcance evidentemente se desconocía en el palacio imperial franco. Sobre todo desde el derrumbamiento del poder del emperador Luis, los árabes avanzaban desde Sicilia y Tarento las más de las veces por la costa occidental. Las regiones de Sabina, Lacio y Tuscia fueron devastadas, los territorios papales y los monasterios fueron saqueados y hasta Roma y sus tesoros quedaban bajo amenaza. Juan VIII, por su «celo fanático», «pero sobre todo por su sagrado furor bélico una de las figuras más importantes de la historia tenebrosa de finales del siglo IX» (Eickhoff), acabó haciéndose a la vela como primer papa con una flota propia contra los mahometanos, a los que en el cabo de Circe les arrebató 18 naves y garantizó a cada uno de sus caídos la bienaventuranza eterna. A todo el mundo lo incitaba a la caza de sarracenos: a los italianos, al príncipe dálmata Domagoj, a Carlos el Calvo, a Bosón de Vienne y a muchos otros gobernantes.

La lucha papal, que en modo alguno apuntaba sólo a los sarracenos y a la protección del país, sino que secretamente perseguía también el sometimiento del sur de Italia, ciertamente que no fue muy brillante. Y tanto menos cuanto que los príncipes católicos y los príncipes eclesiásticos colaboraban con los enemigos de Cristo para protegerse contra los emperadores oriental y occidental y contra el santo padre, y también naturalmente en razón de numerosas ventajas comerciales (en el lenguaje apologético de Daniel-Rops: «también los obispos políticos intentaban gobernar de forma autónoma su pequeña embarcación».). Los cristianos establecían alianzas y pactos con los «infieles», reclutaban mercenarios entre ellos, los toleraban en vecindad inmediata, les proveían y protegían y hasta parece que muchos combatieron en las correrías sarracenas contra los cristianos. Nápoles, Gaeta, Amalfi y Salerno estuvieron de parte de los árabes. Y el papa, que luchaba por constituir en torno a sí una liga de Italia meridional, lanzó sentencias bíblicas y rayos de excomunión contra los desleales, a los que en ocasiones compró una alianza.[25]

---

[24] Dümmler III 187 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2, 75 ss.

[25] LMA III 1175 (Ferjancic), V 1538. Hartmann, Geschichte Italiens III 2,83 ss. Gregorovius I 2, 549 ss. Cartellieri I 280 ss. Eickhoff 225 ss. Haller II 106 s. Daniel-Rops 593. Seppelt/Schwaiger 112.

237

Por ejemplo los amalfitanos.

Amalfi, ciudad costera en el golfo de Salerno, comprimida entre la montaña y el mar y los territorios vecinos de Sorrento, Nápoles y Salerno, sólo pudo asegurarse una cierta autonomía mediante una flota poderosa y con alianzas cambiantes. En 846 y 849 combatió del lado de Nápoles contra los sarracenos, más tarde se alió con el emperador Luis II contra Nápoles y luego pactó también con los árabes por intereses comerciales. Entonces Juan VIII para separarla de éstos intentó asegurarse la flota amalfitana (que durante todo el año protegía la costa entre Traetto y Civitavecchia, ambas ciudades pertenecientes a la Iglesia); los amalfitanos habían recibido de él 10.000 piezas de oro *(mancusi),* pero no causaron el menor daño a los sarracenos ni devolvieron al papa un triste denario. Más bien afirmaron pronto que les correspondían 12.000 según contrato y siguieron colaborando con los enemigos del Señor, aunque el papa Juan les había dado 10.000 en 879. Ni siquiera cuando el papa les dio mil piezas de oro suplementarias para el año en curso y prometió la plena exención aduanera de todas sus naves mercantiles en el puerto de Roma —promesa acompañada por otra parte de la amenaza de excomunión y anatema contra el obispo y el prefecto de Amalfi a finales de 879 así como el boicot comercial «en todos los países en que solían comerciar»—, pudo mover a los amalfitanos a la guerra en favor de Su Santidad.

También hubo dificultades con Capua.

La ciudad, sita en Campania, había sido destruida en 456 por los vándalos y en 841 por los sarracenos, durante algunos períodos había sido bizantina y por mucho tiempo longobarda. En 856 había sido construida de nueva planta bajo el obispo Landulfo, un poco alejada de la vieja ubicación en un recodo del Volturno. Al mismo tiempo instituyó Landulfo una dinastía, que desde el 900 llevó el título de principesca. El propio prelado ejerció también la autoridad civil en su territorio y colaboró persistentemente con los enemigos de Cristo, mientras que el santo padre iba a su caza. Los juramentos que Landulfo hizo al emperador, al papa y al príncipe de Salerno lo ataron tan poco como los dogmas eclesiásticos. Sólo el poder y el placer ataban al pastor de almas, que sostenía una corte como un sultán, rodeado de más eunucos que clérigos. Y mientras se aliaba con los sarracenos, pleiteaba con el monasterio de Monte Cassino declarando públicamente, cada vez que veía a un monje, que era del peor augurio para él.[26]

238

Más suerte tuvo Juan VIII con Salerno.

La visitó en 876, hizo que el duque Guaiferio rompiese su alianza con los árabes y lo armó contra Nápoles. El honrado católico no sólo hizo degollar a todos los musulmanes que estaban a su servicio, siguiendo el ejemplo de sus parientes en Benevento, sino que por orden del papa también mandó decapitar a 25 nobles napolitanos que tenía prisioneros.

Asesinato de caudillos musulmanes prisioneros: condición papal

[26] Erchemp, Ystoriola Langob. Benev. deg. 31,40. LMA 1506 s, II 1490. Mühlbacher II 378 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 246 ss. 301, Cuad. 2, 6, 22, 83s. Haller II 107.

PARA LA READMISIÓN EN LA IGLESIA

En Nápoles se hicieron la guerra durante años el prefecto de la ciudad Sergio II y su hermano Atanasio, a quien el papa Juan había nombrado obispo del lugar. El duque, que a ningún precio quería que lo abandonasen los sarracenos, expulsó al competidor Atanasio y con ayuda sarracena intentó arrinconarlo de forma definitiva, pero fracasó.

El papa, en efecto, aprovechó el sínodo celebrado en Gaeta en marzo de 877 para alentar una sublevación en Nápoles y hasta financió con su oro la revolución. El obispo Atanasio sacó los ojos a su propio hermano Sergio y al así maltratado lo envió al santo padre, que lo recibió con grandes muestras de júbilo, haciendo encarcelar al «nuevo Holofernes» y dejando que muriese de hambre. Desde Roma llegaron el oro contante, las sentencias bíblicas y los grandes elogios por «la acción agradable a Dios» en honor del obispo fratricida, del «hombre de Dios», como le llamaba el papa, que amó a Dios más que a la propia carne y sangre y que ¡gobernaba al pueblo cristiano en justicia y santidad como un buen pastor! (Digamos de paso que, como en una revolución croata cayera un dirigente asociado de los griegos y el culpable y sucesor se puso del lado de Roma, también Juan VIII ensalzó al magnicida y le prometió la victoria sobre todos los enemigos visibles e invisibles.)

Pero el obispo Atanasio de Nápoles, que ahora también era el duque del lugar, llegó a ser un discípulo aventajado de su señor romano. Inmediatamente cambió de frente, pasando a representar ahora el papel del hermano liquidado y estableciendo con los musulmanes lazos más estrechos de los que aquél había mantenido. Ni el oro ni el anatema del papa, que éste manejaba sin tino como ningún otro, fueron suficientes para apartarlo de la alianza con los «infieles». Los acogió como guarnición en el puerto de Nápoles, permitió que se establecieran ante los muros de la ciudad y en el Vesubio y después ellos incendiaron Gaeta, Salerno con los ducados longobardos hasta Spoleto y Benevento.

239

Sólo cuando asediaron la misma Nápoles, requisaron armas, caballos y mujeres y el papa sobornó al obispo con dinero, expulsó éste a sus aliados y se vio libre del anatema junto con su ciudad. Pero excomulgado de nuevo acogió a nuevos sarracenos de Sicilia, para cambiar después de campo y ponerse otra vez con el papa y, a una con los reclutamientos de Roma. Capua y Salerno, arremeter contra quienes durante años habían sido sus cómplices. Mas para su readmisión en la Iglesia Juan le había puesto como condición la entrega o la ejecución de los jefes musulmanes apresados. Exigió del obispo que le entregase una lista de sarracenos eminentes y que al resto los pasase por las armas. Al final, sin embargo, el propio papa sufrió una humillación profunda: hubo de aceptar el pago anual de unos tributos a los sarracenos y comprar la paz provisional por una suma de 25.000 denarios de plata.

Pero los diablos infieles se establecieron en Paestum. A otros los llamó el duque Docibilis I de Gaeta por temor al papa y se asentaron a su vez en la desembocadura del Careliano, y desde un castillo poderoso devastaron durante años Campania, Tuscia y Sabina hasta la zona de Roma. Y como ya hiciera con Amalfi. aunque en forma mucho más costosa, Juan compró ahora Gaeta, importante por su posición y su flota, otorgándole en 882 una ampliación de su escaso terreno con el Hin-terland cercano a la costa, que comprendía las ciudades de Fondi y Traetto (actual Minturno).

En 881 y 883 los sarracenos redujeron a polvo y ceniza hasta los monasterios más grandes de Italia meridional, como San Vincenzo de Volturno y Monte Cassino. No así, aunque a menudo se afirme lo contrario, el monasterio imperial de Farfa en Sabina ni el lombardo de No-nantula, por entonces el monasterio más hermoso de Italia y rico como un principado. Durante siete años lo defendió el abad Pedro, puso sus tesoros a buen recaudo y abandonó la abadía. Y mientras los árabes respetaban el monasterio por su belleza, los salteadores cristianos de la región le pegaron fuego dejándolo treinta años en ruinas. «De ese modo el temor de los príncipes católicos a los planes terrenos de un papa fue una de las causas más esenciales que permitió a los sarracenos instalarse en Italia meridional» (Gregorovius). O como resume Johannes Haller: «La política del papa en Italia meridional se vio coronada con el fracaso más rotundo»; «el mundo había comprendido que en aquello que él exigía y reclamaba al igual que sus predecesores, de lo que en realidad se trataba era de derechos civiles y de dominio terreno, no de la fe y de la Iglesia, y no debería haber pensado en prometer el paraíso como eterna soldada feudal para aquella lucha».[27]

240

Las luchas por el poder que Juan VIII llevó a cabo de fronteras afuera también las efectuó de fronteras adentro, tanto contra clérigos influyentes como contra linajes nobiliarios.

Los camaradas de Juan y el primer asesinato papal

Juan tuvo especial aversión, a la vez que miedo, al obispo Formoso de Porto (864-876). Éste había ya destacado con papas anteriores. Bajo Nicolás I como misionero y fundador de la Iglesia búlgara, aunque fracasó en su intento de ser nombrado arzobispo de la misma. Bajo Adriano II como legado en Constantinopla y en otras misiones. Pero el 19 de abril de 876 Juan excomulgó al obispo por supuestas conjuraciones contra el emperador y contra el papa, con sentencia varias veces renovada. También lo separó de su obispado y de todo cargo eclesiástico. Tal vez fue Formoso un competidor en la elección papal de Juan, que ambicionó resueltamente y que hasta consiguió.

Cuando Formoso escapó a su condena refugiándose en el imperio franco-occidental también abandonaron Roma otros personajes; gentes, que habiendo ocupado los cargos más importantes de la corte habían estado durante años en el círculo más estrecho de Juan y que de algún modo se habían convertido en figuras a fuerza de malversaciones, asuntos de faldas, robos y asesinatos.

El tesorero del papa, y tal vez señor de toda la administración, un tal Jorge de Aventino, había matado a su propio hermano por asuntos de mujeres, había saneado sus finanzas desposando a una sobrina del papa Benedicto III para después asesinarla casi públicamente y, tras quedar impune por soborno del juez, casó con Constantina, que le dio estabilidad, siendo como era hábil en el manejo de los hombres y del dinero. A fin de cuentas era hija de Gregorio, maestro de ceremonias papal, el cual ya

[27] Erchemp. Ystor. Lang. Benev. 39, 44. Ann. Fuldens. 891. Mansi XVII 156 s. LMA IV1075 s. Dümmler III 72 s, 172 ss. 189 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2, 49 s, 86 ss. Gregorovius I 2, 550 ss. 584 s. Eickhoff 229 ss. 297 ss. Haller II 113 ss. 123, 127 ss. 132, 145. Schubert II 433. Ahlheim 173.

bajo Adriano II parece que se había enriquecido enormemente con engaños y robos y que como apocrisiario representaba al papa. A tan ilustre círculo pertenecía también Sergio, el jefe de las milicias. Por motivos pecuniarios desposó a una sobrina de Nicolás I, pero la repudió luego para convivir con su concubina franca de nombre Walwisíndula.[28]

Todos estos honorables señores católicos y muchos otros fueron acusados bajo Juan VIII de connivencia con los árabes y con otros enemigos del papa, como el duque de Spoleto y Camerino y Adalberto de Tuscia. Y como circulase el rumor de su inminente liquidación o mutilación, una noche de primavera del año 876 escaparon de la ciudad eterna con una llave falsa por la Porta San Pancrazio. Antes, sin embargo, Jorge y Gregorio habían saqueado Letrán y otros templos, llevándose el tesoro eclesiástico. Juan los excomulgó así como a Formoso, que supuestamente ambicionaba la dignidad papal y que con ayuda de los dineros de las iglesias y los monasterios de su obispado había preparado su fuga.

241

En el sínodo de Troyes del año 878 los obispos en presencia del papa («uniendo nuestras lágrimas a las Vuestras») se volvieron de nuevo contra todos aquellos «hombres malvados y servidores del diablo» y en un lenguaje pomposo decretaron una vez más su «aniquilación con la espada del Espíritu Santo» y una vez más «con el corazón y con la boca, con voluntad unánime y con la autoridad del Espíritu Santo» llevaron «a efecto» su condena y declararon por lo mismo que «como queda dicho, a cuantos Vos habéis excomulgado, los tenemos por excomulgados, y a cuantos Vos habéis expulsado de la Iglesia los tenemos por expulsados, y a cuantos Vos habéis anatematizado los tenemos también por anatematizados». Y después de haber acudido así en socorro de su «santísimo y venerabilísimo señor y padre de los padres, Juan», reclamaron inmediatamente su ayuda «contra los saqueadores de nuestras iglesias», «contra los indignos saqueadores y devastadores de las posesiones y bienes eclesiásticos, así como contra quienes desprecian el sagrado ministerio episcopal...».

Por lo demás, cuatro años más tarde también le tocó el turno al papa romano. El 16 de diciembre de 882 y en una revuelta palaciega, un pariente piadoso, que a su vez quería ser papa y rico, lo envenenó; pero como el veneno no actuase con la suficiente rapidez —según refieren los *Annales Fuldenses* con palabras breves pero impresionantes—, «le golpeó con un martillo hasta que éste se le quedó clavado en el cerebro» *(malleolo, dum usque in cerebro constabat, percusus est, expiravit).* Era el primer asesinato papal. Y el ejemplo creó escuela.[29]

Mientras los cristianos se acometían así unos a otros, no sólo en el estrecho círculo de los papas y no sólo en Italia, mientras sus grandes se extorsionaban mutuamente y mientras en el sur robaban, mataban y quemaban a los sarracenos, en el norte seguían presentes los normandos. En efecto, el peligro normando se había agravado. Hasta el rey franco Carlomán preguntaba el año 884: «¿Puede extrañar que los paganos y pueblos extranjeros se enseñoreen de nosotros y se lleven nuestros bienes temporales, cuando cada uno de nosotros priva con violencia a su prójimo de lo

[28] Ann. Bertin. 876, 878. LMA IV 655. Dümmler III 28 s. Gregorovius I 2, 548. Hartmann, Geschichte Italiens III 2, 22 ss. considera los reproches más o menos infundados o exagerados. Haller II 105, 109. Zimmermann, Papstabsetzungen 49 s.

[29] Ann. Bertin. 878. Ann. Fuldens. (Altaich) 883. Ann. Alam. 883. Kühner, Lexikon 61. Gregorovius I 2, 548 s, 560. Haller II 109, 129 s. Gontard 187 s. Zimmermann, Papstabsetzungen 50 s.

necesario para vivir? ¿Cómo podemos luchar con confianza contra nuestros enemigos y los de la Iglesia, cuando en nuestra propia casa guardamos el botín robado a los pobres [Isaías 33,1] y cuando entramos en campaña para llenar el vientre con lo robado?».[30]

[30] Cit. según Riché, Die Welt 301.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias, revistas científicas y obras de consulta que se citan con más frecuencia en las notas

Adalb. contin. Regin.: Adalbert von Weissenburg/Magdeburg: Continuado Reginonis.
Adam von Bremen, Gesta Hamm.: Gesta Hammaburgensis ecclesiae pontificum.
Agobard, Lib. apologet.: Agobard von Lyon: Liber apologeticus.
AKG: Archiv für Kulturgeschichte. AmrhKG: Archiv für mittelrheinische Kirchengeschichte.
Ann. Alam.: Annaies Alamannici.
Ann. Altah.: Annaies Altahenses maiores. Ann. Bertin.: Annaies Bertiniani.
Ann. Corb.: Annaies Corbeienses. Ann. Einsidl.: Annaies Einsidlenses. Ann. Farf.: Annaies Farfenses.
Ann. Fuldens.: Annaies Fuldenses.
Ann. Hildesh.: Annaies Hildesheímenses. Ann. Laub.: Annaies Laubienses.
Ann. Lob.: Annaies Lobienses.
Ann. Magdeb.: Annaies Magdeburgenses. Ann. Mett.: Annaies Mettenses.
Ann. Mett. prior.: Annaies Mettenses priores. Ann. Quedlinb.: Annaies Quedlinburgenses.
Ann. reg. Franc.: Annaies regni Franco-rum (Reichsannalen).
Ann. Remens.: Annaies Remenses (ver también Flodoard).
Ann. Sangall.: Annaies Sangallenses maiores.
Ann. Vedast.: Annaies Vedastini.
Ann. Weissenb.; Annaies Weissenburgenses.
Ann. Xantens.: Annaies Xantenses.
Arbeo, Vita Haimhr.: Arbeo von Freising: Vita sancti Haimrhammi.
Astron.: Astronomus: Vita Hludowici imperatoris.
AUF: Archiv für Urkundenforschung.

Bonif. ep.: Bonifatius: Briefe.

Chron. Hildesh.: Chronicon Hildesheimense.
CIC: Codex iuris canonici.

DAM: Deutsches Archiv für Geschichte des Mittelalters (1937-1944), desde 1951 (vol. 8) Deutsches Archiv für Erforschung des Mittelalters.
DOP: Dumbarton Oaks Papers, ed. Harvard University 1941 ss.

Einh.: Einhard: Vita Karoli.
Ekkeh.: Ekkehard IV. von St. Gallen: Ca-sus sancti Galli.
Erchemp.: Erchemper von Montecassino: Ystoriola Langobardorum Beneventi degencium.
Ermold. Nig.: Ermoldus Nigellus: In honorem Hludowici Christianissimi Caesaris Augusti.

Flod. de Christi triumph.: Flodoard von Reims: De Christi triumphis.
Flod. Hist. Remens.: Flodoard von Reims: Historiarum ecclesiae Remensis libri IV.
FMSt: Frühmittelalterüche Studien, Berlín 1967 ss.
FrhLG: Forschungen zur oberrheinischen Landesgeschichte.

Greg. dial.: Papst Gregor I.: Dialogi de vita et miraculis patrum Italicorum (4 libros).

HBG: Handbuch der bayerischen Geschichte. I: Das alte Bayern. Das Stammesherzogtum bis zum Ausgang des 12. Jahrhunderts, edit. por Max Spindler, 2.ª ed. revisada, 1981.
HEG: Handbuch der Europaischen Geschichte. I: Europa im Wandel von der Antike zum Mittelalter, edit.

por Theodor Schieder. 3.» ed. 1992.
Helm. Chron. Slav.: Helraold von Bosau, Chronica Slavorum.
HJb: Historisches Jahrbuch.
HKG: Handbuch der Kirchengeschichte, edit. por Hubert Jedin. III/l: Die mittelalterliche Kirche: Vom Frühmittelalter bis zur gregorianischen Reform. Ed. aparte 1985.
HZ: Historische Zeitschrift, Munich 1859 ss.

JGO: Jahrbücher für Geschichte Osteuropas, Munich 1936-1941, Nueva Serie 1953 ss.
JGU: Jahrbuch für Geschichte de UdSSR.
Joh. diac: Johannes Diaconus de Venecia. Chronicon Venetum.
JW: P. Jaffé, Regesta pontificum Romanorum ab condita ecclesia ad annum post Christum natum MCXCVIII, 2ª ed. prep. por G. Wattenbach 1885 ss. Reimpresión 1956.

Liutpr. antapod.: Liutprando de Cremona, Ántapodosis.
Liutpr. hist. Otton.: Historia Ottonis.
Liutpr. Legatio: Legatio ad imperatorem Constantinopolitanum Nicephorum Phocam.
LMA: Lexikon des Mittelalters I-VII 19801995.
LP: Liber Pontificalis, 2 vols. edit. por L. Duchesne 1886 ss *2ª ed.* 1955.
LThK: Lexikon für Theologie und Kirche 1.» ed 1930 ss, 2ª ed. 1957 ss, 3.ª ed. totalmente revisada 1993 ss (vols. aparecidos 1-5).

Mansi: J.D. Mansi (ed.), Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio 31 vols. 1759 ss. Reimpresión y continuación edit. por Petit/Martin. 60 vols. 1901 ss.
MG: Monumenta Germaniae historica 1826 ss.
MG Capit.: Leges. Capitularía. MG Conc: Leges. Concilia.
MG Const.: Leges. Constitutiones. MG Epp.: Epistolae.
MG SS: Scriptores.
MIOG: Mitteilungen des Instituts für Osterreichische Geschichtsforschung 1880 ss.
Nith. hist.: Nithardi historiarum libri IV.
Notk. Gesta Kar.: Notkeri Gesta Karoli.

Pasch. Radb.: Paschasius Radbertus: Vita Walae.
Pasch. Radb. Epit. Ars.: Paschasius Radbertus: Epitaphius Arsenii.
Petr. Damin. Vita Rom.: Petrus Damiani, Vita beati Romualdi.
PL: J.-P. Migne, Patrologiae cursus completus. Series latina.

QFIAB: Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken, Zeitschr. des Preussischen bzw Deutschen Historischen Instituts in Rom, 1898 ss.

Regin. chron.: Regino von Prümm: Reginonis chronica.
Regin. de synod. caus.: Regino von Prüm: De synodalibus causis et disciplinis ecclesiasticis.
Richer: Richer von Reims: Richeri historiarum libri IV.
Ruotg. Vita Brun.: Ruotger von Kóln: Vita Brunonis.

Sett. cent.: Settimane di studio del centro italiano di studi sull'alto medioevo 1953 ss.
StM: Studi medievali 1904 ss. Thegan: Thegani vita Hludovici.

Thietm.: Thietmar von Merseburg: Chronicon.

UG: Unterfrankische Geschichte I.

Vita Bernw.: Vita Sancti Bernwardi Episcopi Hildesheimensis.
Vita Ouldalr.: Vita Sancti Ouldalrici Episcopi Augustani.

Widuk.: Widukind von Corvey: Res Ges-tae Saxonicae.

ZBKG: Zeitschrift für bayerische Kirchengeschichte 1926 ss.

ZBLG: Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte 1928 ss.
ZKG: Zeitschrift für Kirchengeschichte 1876 ss.
ZOF: Zeitschrift für Ostforschung 1952 ss.
ZSRG GM: Zeitschrift der Savignystiftung für Rechtsgeschichte Germanische Abteilung 1880 ss.
ZSRG KA: Zeitschrift der Savignystiftung für Rechtsgeschichte Kanonische Abteilung 1911 ss.

FUENTES SECUNDARIAS

Abb, G./Wentz, G. Das Bistum Brandenburg, 1929.
Achter, I. Die Kölner Petrusreliquien und die Bautatigkeit Erzbischof Brunos (953-965) am Kolner Dom, en Bohner, K. (ed.), Das erste Jahrtausend, 1964.
Ahlheim. K. Von Karl dem Grossen bis zum Beginn des Ersten Kreuzzuges, en: Deschner, K. /ed.). Kirche und Krieg, 1970.
Altaner, B. Patrologie. Leben, Schriften und Lehre der Kirchenvater, 2.ª ed. 1950.
Altaner, B./Stuiber, A. Patrologie. Leben, Schriften und Lehre der Kirchenvater, 8ª ed. 1980.
Althoff, G. Das Bett des Königs in Magdeburg, Zu Thietmar II 28, en: Festschrift für B. Schwinekoper, 1982.
Althoff, G. Der Sachsenherzos Widukind als Monch auf der Reichenau. Ein Beitrag zur Kritik des Widukind-Mythos, en: FMSt 1983.
Althoff, G. Amicitiae und Pacta. Bündnis, Einung, Politik und Gebetsgedenken im beginnenden 10. Jahrhundert, 1992.
Althoff, G. Otto III. 1996.
Althoff, G./Keller, H. Heinrich I. und Otto der Grosse, Neubeginn auf karolingisches Erbe, 2ª ed. corregida 1994.
Ammann, A. M. Abriss der ostslawischen Kirchengeschichte, 1950.
Andreas, W. (ed.), Der Aufstieg des Germanentums und die Welt des Mittelalters, 1940.
Angelov, D./Ovcarov, D. Slawen, Protobulgaren und das Volk der Bulgaren, en: J. Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
Angenendt, A. Taufe und Politik im frühen Mittelalter, en: K. Hauck (ed.) FMSt 7,1973.
Angenendt, A. Kaiserherrschaft und Kónigstaufe. Kaiser, Könige und Päpste als geistliche Patrone in der abendländischen Missionsgeschichte, 1984.
Antón. H. H. Fürstenspiegel und Herrscherethos in der Karolingerzeit. 1968.
Antón. H. H. Die Iren im frühen Mittelalter, II 1982.
Antón, Ff. H. Trier im frühen Mittelalter, en: Quellen und Forschungen aus dem Gebiet der Geschichte, 1987.
Aersten, J. van, Kirchengeschichte für Schule und Haus, 1901.
Aubin. H. Die Umwandlung des Abendlandes duch die Germanen bis zum Ausgang der Karolingerzeit, en: W. Andreas (ed.). Der Aufstieg des Germanentums und die Welt des Mittelalters, 1940.
Auer, L. Der Kriegsdienst des Klerus unter den sáchsischen Kaisern, Parte I: Der Kreis der Teilnehmer. MIÖG1971. Parte II: Verfassungsgeschichtliche Probleme, en MIÖG 1972.
Auer, W. Heiligen-Legende für Schule und Haus. Mit Bild, Leben eines Heiligen, Lehre und Gebet für jeden Tag des Jahres (154-160 millares), 1907.
Aufhauser, J. B. Bayerische Missionsarbeit im Osten wahrend des 9. Jahrhunderts, en: Festgabe für Alois Knopfler. 1917.

Babic. B./Belosevic, J. y otros, Die Südslawen in Jugoslawien, en Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
Babl, K. Emmeram von Regensburg, Legende und Kult, 1973.
Baeger, E. Staat und Kirche, en Dahl (ed.). Die Lehre des Unheils. 1993.
Banniard. M. Europa. Von der Spätantike bis zum frühen Mittealter, 1993.
Bardenhewer, O. Geschichte der altchristilichen Literatur, 5 vols. 1902-1932.
Barraclough, G. Die mittelalterlichen Grundfragen des modernen Deutschlands, 1953.
Bauer, A. Der Livlandkreuzzug, en: R. Wittram (ed.), Baltische Kirchengeschichte, 1956.

Bauer, A./Rau, R. Quellen zur Geschichte der sächsischen Kaiserzeit. Widukinds Sachsengeschichte; Adalberts Fortsetzung der Chronik Reginos. Liutprands Werke, 4ª ed. 1992.
Beck, H.-G. Geschichte der orthodoxen Kirche im byzantinischen Reich, 1980.
Becker. K. Sag Nein zum Krieg, s. a. Bentzien, U. Bauernarbeit im Feudaiismus. Landwirschaftliche Arbeitsgeräte und verfahren in Deutschland von der Mitte des ersten Jahrtausends und Z.bis um 1800,2ª ed. corregida 1990.
Benz, E. Die russische Kirche und das abendländische Christentum, 1966.
Berg, D./Goetz, H.-W. (ed.). Ecclesia et regnum. Beitrage zur Geschichte von Kirche, Recht und Staat im Mittelalter. Festschrift für Franz-Josef Schmale zu seinem 65. Geburtstag, 1989.
Bernhart, J. Der Vatikan als Weltmacht. Geschichte und Gestalt des Papstums, 19.-23. A.1951a.
Berr, A. Die Kirche gegenüber Gewalttaten von Laien (Merowinger-, Karolingerund Ottonenzeit, 1913.
Bertram, A. Geschichte des Bisthums Hildesheim I, 1899.
Beumann. H. Widukind von Korvei. Untersuchungen zur Geschichtsschreibung und Ideengeschichte des 10. Jahrhunderts, 1950.
Beumann. H. (ed.), Karl der Grosse, 1965.
Beumann, H. Grab und Thron Karls des Grossen zu Aachen, en: W.Baunfels/P.E. Schramm (ed.), Karl der Grosse. Lebenswerk und Nachleben, 1967.
Beumann. H. Die Bedeutung Lotharingiens für die ottonische Missionspolitik im Ostcn. 1969.
Beumann, H. Die sakrale Legitimierung des Herrschers im Denken der ottonischen Zeit, en: E. Hlawitschka (ed.). Königswahl und Thronfolge in ottonisch-frühdeutscher Zeit, 1971.
Beumann, H. (ed.). Heidenmission und Kreuzzugsgedanke in der deutschen Ostpolitik des Mittrelalters. 1963, 2ª ed. 1973.
Beumann, H. Laurentius und Mauritius. Zu den missionspolitischen Folgen des Ungarnsieges Ottos des Grossen. Festschrift für W. Schlesinger. 1974.
Beumann, H. Die Einheit des ostfrankischen Reichs und der Kaisergedanke bei der Königserhebung Ludwigs des Kindes, en: Archiv für Diplomatik 23, 1977.
Beumann, H. Otto der Grosse 936-973, en: Beumann. H. (ed.). Kaisergestalten des Mittelalters, 3.ª ed. 1991.
Beumann. H. Otto III. 983-1002 en: Beumann, H. (ed.), Kaisergestalten des Mittelalters. 3.ª ed. 1991.
Beumann, H. Die Ottonen. 3ª ed. aumentada 1994.
Bevreuther, G. Otto II. 973-983, en: Engel/Holtz (ed.). Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters, 1989.
Bevreuther, G. Otto III. 983-1002. en: Engel/Holtz (ed.), Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters, 1989.
Birnbacher, D. Das Dilemma der christlichen Ethik. en: Dahl (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993.
Bloch, P. Erzbischof Bruno in Darstellung des frühen Mittelalters, JKG 1966.
Blum. G. G. Die Taufe des Grossfürsten Vladimir. Historiographie und christliche Deutung, en: ZKG 1988.
Boehmer, A. Erzbischof Giselher von Magdeburg. ein Beitrag zur sächsischen Kaisergeschichte, 1887.
Böhmer. H. Willigis von Mainz, 1895.
Bohner. K. (ed.). Das erste Jahrtausend. Kultur und Kunst im werdenden Abendland an Rhein un Ruhr. 11962, II 1964.
Boshof. E. Erzbischof Agobard von Lyon, 1969.
Boshof, E. Lotharingien-Lothringen: Vom Teilreich zum Herzogtum. en: Heit (ed.), Zwischen Gallia und Germania, 1987.
Boshof, E. Odo von Beauvais. Hinkmar von Reims und die kirchenpolitischen Auseinandersetzungen im westfränkischen Reich. en: Berg/Goetz (ed.). Ecclesia et regnum, 1989.
Boshof. E. Königtum und Königsherrschaft im 10. und 11. Jahrhundert. 1993.
Boshof. E. Ludwig der Fromme, 1996.
Bosl, K. Geschichte Bayerns. I. Vorzeít und Mittelalter, 1952.
Bosl. K. Der Entritt Bohmens und Mahrens in den westlichen Kulturraum im Lichte der Missionsgeschichte, en: Bohmen und Bayern, 1958.
Bosl. K. Probleme der Missionerung des böhmisch-mährischen. Herrschaftsraumes, en: Ciryllo-Methodiana, 1964.
Bosl. K. (ed.), Handbuch der Geschichte der böhmischen Länder, I, 1967.
Bosl, K, Europa im Mittelalter. Weltgeschichte eines Jahrtausends, 1970.
Bosl, K. Bayerische Geschichte, 1971.
Bosl, K. Herzog, König und Bischof im 10. Jahrhundert, en Seibt. F. (ed.). Bohemia Sacra 1974.
Boye, M. Quellenkatalog der Synoden Deutschlands und Reichsitaliens von 922-1059, 1930.

Brackmann, A. Magdeburg als Hauptstadt des deutschen Ostens im frühen Mittelalter, 1937.
Brackmann, A. Gesammelte Aufsatze, 1941.
Brackmann, A. Der Römische Erneuerungsgedanke und seine Bedeutung für fie Reichspolitik der deutschen Kaiserzeit, en: Gesammelte Aufsatze, 1941.
Brackmann, A. Die Anfänge des polnischen Staates, en: Gesammelte Aufsatze, 1941.
Braunfels. W./Schramm, P.E. (ed.), Karl der Grosse. Lebenswerk und Nachleben, 1967.
Brühl, C. Hinkmariana, en DAEM, 1964. Brühl. C. Fodrum, Histum, Servitium regis, 1968.
Brühl, C, Deutschland-Frankreich. Die Geburt zweier Volker, 2ª ed. corregida, 1995.
Brunner, K. Herzogtümer und Marken. Von Ungarnsturm bis ins. 12. Jahrhundert, 1994.
Brüske, W. Untersuchungen zur Geschichte des Lutizenbundes, Deutsch-wendische Beziehungen des 10.-12 Jahrh. 1992.
Buggle, F. Denn sie wissen nicht, was sie glauben. Oder warum man redlicherweise nicht mehr Christ sein kann. 1992. Bund, K. Thronsturz und Herrscherabsetzung im Frühmittelalter, 1979.
Bünding-Naujoks, M. Das Imperium Christianum und die deutschen Ostkriege vom zehnten bis zum zwölften Jahrhundert, en: Beumann, Heidenmission und Kreuzzugsgedanke, 1963.
Burr, V. Anmerkungen zum Konflikt zwischen Methodius und den bayerischen Bischöfen, en: Hellmann/Olesch/Stasiewski/ Zagiba, Cyrillo-Methodiana 1964.
Büttner, H. Geschichte des Elsass, 1939.
Büttner, H. Die Ungarn, das Reich und Europa bis zur Lechfeldschlacht en: Us. für bayerische Landesgeschichte 19/2, 1956.
Büttner, H. Der Weg Ottos des Grossen zum Kaisertum, en: Archiv für mittelrheinische
Kirchengeschichte, 1964. Büttner, H. Heinbrichs I. Südwestund Westpolitik, edit. por Konstanzer Arbeitskreisn für mittelalterliche Geschichte, 1964.
Büttner, H. Die christliche Kirche ostwärts der Elbe bis zun Tode Ottos I. en: Fs. von Zahn, 1968.

Cartellieri, A. Weltgeschichte als Machtgeschichte. 382-911. Die Zeit der Reichsgründungen O, 1927.
Chropovsky, B. Das Grossmahrische Reich, en Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
Cipolla, C. M./Borchardt. K. (ed.), Europaische Wirtschaftsgeschichte, vol. I: Mittelalter,1983.
Classen, P. Karl der Grosse und die Thronfolge im Frankenreich en: Festschrift Heimpel 3, 1972. Classen/Scheiberg (ed.). Festschrift Percy Ernst Schramm I, 1964.
Claude, D. Geschichte der Westgotten, 1970.
Claude, D. Geschichte des Erzbistums Magdeburg bis in das 12. Jahrhundert. Die Geschichte der Erzbischöfe bis auf Ruotger (1124), I, 1972.
Claus/Haarnagel/Raddatz. Studien zur europaischen Vorund Frühgeschichte, 1968. Coler, C. (ed.), Ullstein Weltgeschichte, 5 vols. 1965.
Comsa, M. Romanen Walachen Rumänen. en Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986. Conrad. H. Deutsche Rechtsgeschichte, I, Frühzeit und Mittelalter. Ein Lehrbuch, 1954.
Cram, K.-G. Judicium belli. Zum Rechtscharakter des Krieges im deutschen Mittelalter, 1955.

Dahl, E. (ed.), Die Lehre des Unheils. Fundamentalkritik am Christentum, 1993.
Daniel-Rops, H. Die Kirche im Frühmittelalter, 1953.
Dannenbauer, H. Grundlagen der mittelalterlichen Welt, Skizzen und Studien, 1958.
Dannenbauer, H. Die Entstehung Europas. Von der Spätantike bis zum Mittelalter. I
Der Niedergang der alten Welt im Westen, 1952. II Die Anfänge der abendländischen Welt, 1962.
Dauch, B. Die Bischofsstadt als Residenz der geistlichen Fürsten, 1913.
David, P. The Church in Poland from its Origin to 1250. en: The Cambridge History of Poland, 1950.
Dawson, C, Die Gestaltung des Abendlandes. Eine Einführung in die Geschichte der abendländische Einheit. 2.ª ed. 1950.
Deér, J. Papsttum und Normannen. Untersuchungen zu ihren lehnsrechtlichen und kirchenpolitischen Beziehungen, 1972. Deschner, K. (ed.), Kirche und Krieg, 1970.
Deschner. K. Das Kapital der Kirche in der Bundesrepublik, en: G. Szczesny, Club Voltaire IV 1970. Deschner. K. Das Kreuz mit der Kirche. Eine Sexualgeschichte des Christentums, 2.ª ed. 1974.
Deschner, K. (ed.I, Warum ich Christ/Atheist/Agnostiker bin, 1977. Deschner, K. (ed.). Das Christentum im Urteil seiner Gegner, I 1969; II 1971, 1986.
Deschner. K. Opus Diaboli. Fünfzehn unversohnliche Essays über die Arbeit im Weinberg des Herrn. 1987.
Deschner, K. Dornröschenträume und Stallgeruch. Über Franken, die Landschaft meines Lebens 1989.
Deschner, K. Die Politik der Päpste im 20. Jahrhundert. Edición ampliada y actualizada de "Ein Jahrhundert

Heilsgeschichte", I y II, 1991.
Deschner. K. Die unheilvollen Auswirkungen des Christentums, en: Dahl, E. (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993. Deschner, K, Ärgernisse, Aphorismen. 1994.
Deschner, K. Was ich denke, 1994. Deschner. K. Bissige Aphorismen. 1996.
Deschner, K. Abermals krähte der Hahn. Eine kritische Kirchengeschichte. 1962; nueva ed. 1996.
Deschner. K./Herrmann. H. Der Antikatechismus. 200 Gründe gegen die Kirchen und für die Welt. 1991.
Deschner. K./Petrovic, M. Weltkrieg der Religionen. Der ewige Kreuzzug auf dem Balkan. 1995.
Dhondt. J. Das frühe Mittelalter. 1968.
Dölger, F. J. Byzant und die europaische Staatenwelt. Ausgewahlte Vortrage und Aufsatze. 1964.
Dollinger. H. Schwarzbuch der Weltgeschichte. 5000 Jahre der Mensch des Menschen Feind, 1973.
Donnert, F. Studien zur Slawenkunde des deutschen Frühmittelalters vom 7. bis zum beginnenden 11. Jahrhundert, JGU 8, 1964.
Dorn. L. St. Ulrich in der Volksüberlieferung des ehemaligen Bistums Konstanz, JAB 1973.
Dörries, H. Wort und Stunde. I Gesammelte Studien zur Kirchengeshichte des vierten Jahrhunderts, 1966. II Aufsatze zur Geschichte der Kirche im Mittelalter, 1969. III Beiträge zum Verständnis Luthers, 1970.
Dresdner, A. Kulturund Sittengeschichte der italienischen Geistlichkeit im 10. und 11. Jahrhundert, 1890.
Duby, G Die Zeit der Kathedralen. Kunst und Gesellschaft 980-1420, ª ed. 1984.
Dümmler, E. Geschichte des Ostfrankischen Reiches, I: Ludwig der Deutsche bis zun Frieden von Koblenz 860, II: Ludwig der Deutsche vom Koblenzer Frieden bis zum seinen Tode (860-876) 2.» ed. 1887. III: Die letzten Karolinger. Konrad I. 2ª ed. 1888. Reimpresión 1960.
Dvornik, F. The Making of Central and Eastern Europe, 1949.
Dvornik, F. The Patriarch Photius in the Light of Recent Rsearch, Berichte zum XI. Internationalen Byzantinistenkongress, 1958.

Ebner. H. Die Burg als Forschungsproblem mittelalterlicher Verfassungsgeschichte, en: Patze (ed.), Die Burgen im deutschen Sprachraum I 1976.
Ehlers. J. Geschichte Frankreichs im Mittelalter. 1987.
Ehrhard, A. Die Kirche der Märtyrer, 1932.
Eibl, E.-M. Heinrich I. 919-936, en: Engel E./Holtz E. (ed.), Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters, 1889.
Eichmann, E. Die Kaiserkrönung im Abendland. Ein Beitrag zur Geistesgeschichte des Mittelalters. Mit besonderer Berücksichtigung kirchlichen Rechts, der Liturgie und der Kirchenpolitik, 2 vols. 1942.
Eickhoff, E. Seekrieg und Seepolitik zwischen Islam und Abendland. Das Mittelmeer unter byzantinischer und arabischer Hegemonie (650-1040), 1966.
Engel, E./Holtz, E. (ed.), Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters, 1989.
Engels, O. Zum päpstlichfränkischen Bündnis im 8. Jahrhundert, en: Berg/Goetz (ed.),
Ecclesia et regnum, 1989. Ennen, E. Frauen im Mittelalter, 3.ª ed. 1987.
Epperlein, S. Frankische Eroberungspolitik, feudale deutsche Ostexpansion und der Unabhangigkeitskampf der slawischen Stämme bis zum 11. Jahrhundert, en: Herrmann, J. (ed.), Die Slawen in Deutschland, 1970.
Erben, W. Kriegsgeschichte des Mittelalters, 1929.
Erdélyi, I. Slawen, Awaren, Ungarn, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
Erdmann, C, Der ungesalbte König, DA 2, 1938.
Erdmann, C, Forschungen zur politischen Ideenwelt des Frühmittelalters, 1951.
Erdmann, C, Der Heidenkrieg in der Liturgie und die Kaiserkrönung Ottos I. en: Beumann, H. (ed.). Heidenmission und Kreuzzugseedanke in der deutschen Ostpolitik des Mittelalters, 1963, 2ª ed. 1973.
Erkens, F.-R. Die Frau als Herrscherin in ottonischfrühsalischer Zeit, en Euw, A. v./Schreiner P. (ed.), Kaiserin Theophanu. Begegnungen des Ostens und Westens um die Wende des ersten Jahrtausends, 2 vols. 1991.
Euw, A. v./Schreiner, P. (ed.), Kaiserin Theophanu. Begegnungen des Ostens und Westens um die Wende des ersten Jahrtausends, 2 vols. 1991.
Ewig, E. Die Merowingerrzeit. en: P. Rassow (ed.), Deutsche Geschichte im Überblick.
Ein Handbuck, 2ª ed. 1962. Falck, L. Mainz im frühen und hohen Mittelalter (Mitte 5. Jahrhundert bis 1244). 1972. Falco, G. Geist des Mittelalters. Kirche, Kultur, Staat, 1958.
Falkenstein, L. Karl der Grosse und die Entstehung des Aachener Marienstiftes, 1981.

Faulhaber, R. Der Reichseinheitsgedanke in der Literatur der Karolingerzeit bis zum Vertrag von Verdun, 1931.
Feeley-Harnik, G, Herrscherkunst und Herrschaft: Neuere Forschungen zum sakralen Königtum, en: Lüdtke, A. (ed.), Herrschaft, 1991.
Fichtenau. H. Das karolingische Imperium. Soziale und geistige Problematik eines Grossreiches, 1949.
Fichtenau, H. Zu den Urkundenfälschungen Pilgrims von Passau, en: MOL 1964 und in Beitr. z. Mediav. 2,1972.
Fichtenau, H, Lebensordnungen des 10. Jahrhunderts. Studien líber Denkart und Existenz im einstigen Karolingerreich, 2ª ed. 1994.
Fichtinger, C, Lexikon der Heiligen und Päpste, 1980.
Fine, J. The Early Medieval Balkans, 1983. Fischer, F. M. Politiker um Otto den Grossen, 1938.
Fischer, J. Königtum, Adel und Kirche in Königreich Italien (774-875), 1965.
Fischer, J. A. Bischof Uto von Freising (906-907), BAK 1962.
Fischer, J. A. Das Zeitalter des heiligen Ulrich, BAK 1974.
Fischer, P. Strafen und sichernde Massnahmen gegen Tote in germanisches und deutsches Recht, 1936.
Fleckenstein, J. Rex Canonicus. Über Entstehung und Bedeutung des mittelalterlichen Königskanonikates, en: Classen/Scheiber (ed.). Festschrift Percv Ernst Schramm I, 1964.
Fleckenstein, J. Grundlagen und Beginn der deutschen Geschichte, 1974.
Fleckenstein, J. Die Struktur des Hofes Karls des Grossen im Spiegel von Hinkmars De ordine palatii. en: Zeitschrift des Aachener Geschichtsvereins 83, 1976.
Fleckenstein, J. Hofkapelle und Kanzlei unter der Kaiserin Theophanu, en: Euw/Schreiner, Kaiserin Theophanu. 1991.
Fleckenstein, J./Bulst-Thiele. M.L. Begründung und Aufstieg des deutschen Reiches. 1973.
Fleckenstein, J./Schmid, K. Adel und Kirche, 1968.
Franzen, A. Kleine Kirchengeschichte, 1965. Frenzel. H. A. y E. Daten deutscher Dichtung. 2ª ed. 1959.
Fried. J. Boso von Vienne oder Ludwig der Stammler? Der Kaiserkandidat Johanns VIII. en: DA 32, 1976.
Fried, J. Otto III. und Boleslaw Chrobry. Das Widmungsbild des Aachener Evangeliars, der "Akt von Gnesen" und das frühe polnische und ungarische Königtum. Eine Bildanalyse und ihre historischen Folgen. 1989.
Fried, J. Die Formierung Europas 840-1046, 1991.
Fried, J. Der Weg in die Geschichte. Die Ursprung Deutschlands. Bis 1024, 1994.
Friedmann, B. Untersuchungen zur Geschichte des abodritischen Fürstentums bis zum Ende des 10. Jahrhunderts, 1986.
Fries, L. Geschichte, Ñamen, Geschlecht, Leben, Taten und Absterben der Bischöfe von Würzburg und Herzoge zu Franken. Nach zwei der altesten und vorzüglichsten Handschriften herausgegeben. 1924.
Friesinger, H. Alpenslawen und Bayern. en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen. 1986.
Fritze, W.H. Beobachtungen zu Entstehung und Wesen des Lutizenbundes, en: Jahrbuch für die Geschichte Mittel und Ostdeutschlands, 1958.
Fritze, W.H. Papst und FrankenKönig. Studien zu den päpstlich-fränkischen Rechtsbeziehungen von 754 bis 824, 1973.
Fuchs. K./Raab. H. (ed.), dtv-Wortebuch zur Geschichte, 2 vols. 1972.
Fuhrmann, H. Die Fälschungen im Mittelalter. Überlegungen zum mittelalterlichen Wahrheitsbegriff, en HZ vol. 197, 1963.
Fuhrmann, H. Konstantinische Schenkung und abändlendisches Kaisertum. Ein Beitrag zur Überlieferungsgeschichte des Constitutum Constantini, DAM, 1966.
Fuhrmann, H. Papstlicher Primat und pseudoisidorische Dekretalen. en: QFIAB 49, 1969.
Fuhrmann, H. Der angebliche Brief des Erzbischofs Hatto von Mainz an Papst Johannes IX, en: MIÖG 1970.
Fuhrmann, H. Zur Überlieferung des Pittaciolus Bischof Hinkmars von Laon (869), en: DAM 1971.
Fuhrmann, H. Einfluss und Verbreitung der pseudoisidorischen Faischungen. Von ihrem Auftauchen bis in die neuere Zeit. I parte, 1972.
Fuhrmann, H. Die Synode von Hohenaltheim (916) quellenkundlich betrachtet, en: DA 43,1987.

Gelhausen, H. Atheismus ein Stadium der Reife, en: Dahl (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993.
Geremek, B. Geschichte der Armut. Elend und Barmherzigkeit in Europa, 1991.
Gibson, S./Ward-Perkins. B. The Survivine Remains of the Leonine Wall I/II, Papers of the British School, 1979.

Giese. W. Die lancea Domini von Antiochia 1098/99. en: MGH Schriften 33. 1988.
Gilsenan. M. Patrimonialismus im Nordlibanon WillKürherrschaft. Entzauberung und Ästhetik der Gewalt, en: Lüdtke (ed.), Herrschaft 1991.
Glocker, W. Die Verwandten der Ottonen und ihre Badeutung in der Politik. Studien zur Familienpolitik und zur Genealogie des sächsischen Kaiserhauses, 1989.
Godman, P. Poetry of the Carolingian Renaissance, 1985.
Gontard, F. Die Päpste. Regenten zwischen Himmel und Hölle, 1959.
Goody. E. Warum die Macht rechthaben muss: Bemerkungen zur Herrschaft eines
Geschlechts über das andere, en: Lüdtke (ed.), Herrschaft 1991.
Gorich, K. Der Gandersheimer Streit zur Zeit Ottos III. Ein Konflikt um die Metropolitanrechte des Erzbischofs Willigis von Mainz, en: ZRG KA 110, 1993.
Gorich, K. Otto III. Romanus Saxonicus et Italicus. Kaiserliche Rompolitik und sächsische Historiographie, 1993.
Goetting, H, Das Bistum Hildesheim. Die Hildesheimer Bischöfe von 815 bis 1221 (1227). Im Auftrage des Max-Planck-Instituts für Geschichte, 1984.
Goetz, H.-W. Leben im Mittelalter vom 7. bis zum 13. Jahrhundert 5.ª ed. sin cambios 1994.
Graf, G. Die weltlichen Widerstande in Reichsitalien gegen die Herrschaft der Ottonen und die beiden ersten Salier 951-1056, 1936.
Graus, F. Die Entwicklung der Legenden der sog. Slavenapostel, en: JGO, 1971.
Graus, F. St. Adalbert und St. Wenzel. Zur Funktion der mittelalterlichen Heiligenverehrung in Böhmen, en: Grothusen/ Zernak, Europa Slavica, 1980.
Gregorovius, F. Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter. Vom V. bis zum XVI. Jahrhundert, 2ª ed. 2 vols. 1869/1874. Pero casi siempre se utiliza la edición totalmente preparada por W. Kampf para dtv, 1978.
Grivec, F. Konstantin und Method, Lehrer der Slawen. 1960. Grone, V. Papst-Geschichte I, 2.ª ed. 1875.
Groskreutz. K.A. Der Schnauzenkuss, Eine Anatomie der SchweineMenschen, 1995, 2ª ed. 1996.
Grothusen, K.-D./Zernak, K. (ed.), Europa Slavica Europa Orientalis, Festschrift für Herbert Ludat zum 70. Geburtstag, 1980.
Grotz, H. Erbe wider Willen. Hadrian II. (867872) und seine Zeit, 1970.
Grundmann. H. Betrachtungen zur Kaiserkrönung Ottos I. en: Zimmermann, H. (ed.), Otto der Grosse. 1976.
Grupp, G. Kulturgeschichte des Mittelalters, 6 vols. 1907-1925.
Gurjewitsch, A.J. Das Weltbild des mittelalterlichen Menschen. 4.ª ed. sin cambios 1989.

Haefele, H.F. (ed.), Ekkehard IV. St. Galler Klostergeschichten, 3.» ed. 1991.
Haendler, G. Die lateinische Kirche im Zeitalter der Karolinger, 1985.
Hahn, A. Das Hludowicianum. Die Urkunde Ludwigs des Frommen für die römische Kirche von 817, en: Archiv für Diplomatik 21,1975.
Halecki, O. Geschichte Polens, 1963. Haller, J. Das altdeutsche Kaisertum, 1944.
Haller, J. Das Papsttum. Idee und Wirklichkeit IV, 1965.
Hallinger, K. Gorze-Kluny. Studien zu den monastischen Lebensformen und Gegensatzen im Hochmittelalter, 2 vols. 1950/51. Reimpresión 1971.
Hampe, K. Die Berufung Ottos des Grossen nach Rom durch Papst Johann XII. Festschrift K Zeuner, 1910.
Hampe K. Karl der Grosse und Widukind, en: Lammers, W. (ed.), Die Eingliederung der Sachsen, 1970.
Handbuch der Bayerischen Geschichte, edit. por F. Spindler. Vol. I: Das alte Bayern. Das Stammesherzogtum bis zum Ausgang des 12. Jahrhunderts, 2.ª ed. 1981.
Handbuch der Kirchengeschichte. Die mittelalterliche Kirche. I Vom kirchlichen Frühmittelalter zur gregorianischen Reform, vol. III/l, 1985.
Handbuch der Europaischen Geschichte I, edit. por Th. Schieder, 3.ª ed. 1992.
Haring, B. Das Gesetz Chrísti. Moraltheoiogie, 6ª ed. 3 vols. 1961.
Hartmann, C.M. Geschichte Italiens im Mittelalter, 4 vols. 1897 ss. Reimpresiön 1969.
Hartmann, W. Der rechtliche Zustand der Kirchen auf dem Lande: Die Eigenkirche in der frankischen Gesetzgebung des 7. bis 9. Jahrhunderts, en: Settimane di studio del centro italiano di studi sull'alto medioevo, 1982.
Hartmann, W. Fälschungsverdacht und Fälschungsnachweis im früheren Mittelalter, en: MGH Schriften vol. 33, Fälschungen im Mittelalter, 1988.
Hartmann, W. Die Synoden der Karolingerzeit im Frankenreich und in Italien. 1989.

Hartmann. W. Herrscher der Karolingerzeit, en Schnith K.R. (ed.), Mittelalterliche Herrscher in Lebensbildern, 1990.
Hauck, K. Kirchengeschichte Deutschlands. Hauck, K, Die Ausbreitung des Glaubens in Sachsen und die Verteidigung der römischen Kirche als konkurrierende Herrscheraufgaben Karls des Grossen, en: FMSt, 1970.
Hauptmann, L. Kroaten, Goten und Sarmaten, en: Germanoslavica, 1935.
Haverkamp, A. Einführung, en: Heit, A. (ed.), Zwishen Gallia und Germania, 1987.
Hay, D. Das Reich Christi. Das mittelalterliche Europa nimmt Gestalt an, en: D.T. Rice (ed.), Morgen des Abendlandes, 1965.
Heer, F. Europaische Geistesgeschichte, 2ª ed. 1953.
Heer, F. Mittelalter, 1961.
Heer, F. Europa, Mutter der Revolutionen. 1964.
Hehl, E.-D. Iuxta canones et instituta sanctorum palrum. Zum Mainzcr Einfluss auf Synoden des 10. Jahrhunderts, en: Mordek. H. (ed.). Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter, 1991.
Heimpel, H. Bemerkungen zur Geschichte König Heinrichs I. 1937.
Heine, A. (ed.), Adam von Bremen, Hamburgische Kirchengeschichte. Geschichte der Erzbischofe von Hamburg, 1986.
Heine, A. (ed.), Helmod, Chronik der Slaven, 2ª ed. 1990.
Heit, A. (ed.), Zwischen Gallia und Germania, Frankreich und Deutschland. Konstanz und Wandel raumbestimmender Kräfte, 1987.
Hellmann, M, Grundfragen slavischer Verfassungsgeschichte des frühen Mittelalters, en:
Jahrbuch für Geschichte Osteuropas, 1954.
Hellmann, M, Slawisches. insbesonders ostlawisches Herrschertum des Mittelalters, en: Jahrbuch, Verträge und Forschungen 3,1956.
Hellmann. M. Die Ostpolitik Kaiser Ottos II. en: Festschrift für H. Aubin, 1956.
Hellmann, M. Die Synode von Hohenaltheim. Die Entstehung des Deutschen Reiches (Deutschland um 900). Wege der Forschung 1, WBG 1956.
Hellmann, M. Die politischkirchliche Grundlegung der Osthalfte Europas, en: Schieder (ed.), HEG, vol. I; 3.» ed. 1992.
Hellmann, M. Neue Kräfte in Osteuropa, en: Schieder (ed.), HEG, vol. I; 3ª ed. 1992.
Hellmann/Olesch/Stasiewski/Zagiba (ed.), CyrilloMethodiana. Zur Frühgeschichte des Christentums bei den Slawen, 863-1963.1964.
Hensel, W. Die Slawen im frühen Mittelalter. Ihre materielle Kultur, 1965.
Hensel. W. Polen und der Staat der Piasten, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
Hergenrother, J. Handbuch der Kirchengeschichte, revisado por J.P. Kirsch, 2 vols. 1925.
Herrmann, E. Slawisch-germanische Beziehungen im südostdeutschen Raum von der Spatantike bis zum Ungarnsturm. Ein Quellenbuch mit Erlauterungen, 1965.
Herrmann, H, Kleines Worterbuch des Kirchenrechts für Studium und Praxis, 1972.
Herrmann H. Die Kirche und unser Geld, 1990.
Herrmann, H, Kirchenfürsten. Zwischen Hirtenwort und Schäferstündchen, 1992.
Herrmann, H. Die Caritas-Legende. Wie die Kirchen die Nachstenliebe vermarkten, 1993.
Herrmann, H, Pecunia non olet, en: Dahl (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993.
Herrmann, H. Passion der Grausamkeit. 2000 Jahre Folter im Namen Gottes, 1994.
Herrmann, J. Materielle und geistige Kultur, en Id. (ed.), Die Slawen in Deutschland, 1970. Herrmann, J. (ed.), Die Slawen in Deutschland. Geschichte und Kultur der slawischen
Stämme ostlich von Oder und Neisse vom 6. bis 12. Jahrhundert, 1970.
Herrmann, J. Urheimat und Herkunft der Slawen, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
Herrmann, J. Wegbereiter einer neuen Welt der Welt der Staaten und Völker des euro-
päischen Mittelalters, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
Herrmann, J. (ed.). Welt der Slawen, Geschichte, Gesellschaft, Kultur, 1986. Herrmann J./Struve, K.W. Die Nordwestslawen zwischen Germanen und Deutschen, en:
Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986. Herrmann, R. Thuringische Kirchengeschichte, 2 vols. 1937/47.
Hertling, L. Geschichte der katholischen Kirche, 1949.
Heuwieser, M. Geschichte des Bistums Passau, 1. Die Frühgeschichte. Von der Gründung bis zum Ende der Karolingerzeit, 1939.
Hiestand, R. Byzanz und das Regnum Italicum im 10. Jahrhundert, 1964.
Hilsch. P. Die Bischöfe von Prag in der frühen Stauferzeit. Ihre Stellung zwischen Reichsund Landesgewalt

von Daniel I. (1148-1167) bis Heinrich (1182-1197), 1969.
Hilsch, P. Die Stellung des Bischofs von Prag im Mittelalter ein Gradmesser böhmischer "Souverenität"? en: ZO 1974.
Hirsch, H. Der mittelalterliche Kaisergedanke in den liturgischen Gebeten. en: Beumann (ed.), Heidenmission und Kreuzzugsgedanke, 1963, 2.ª ed. 1973.
Hirsch. P. Die Erhebung Berengars I. von Friaul zum König von Italien, 1910.
Hlawitschka, E. Franken, Alemannen. Bayern und Burgunder in Oberitalien (774-962). Zum Verständnis der fränkischen Königsherrschaft in Italien (Forsch. z. oberrhein. Landesgesch. 8), 1960.
Hlawitswchka, E. Lotharingien und das Reich an der Schwelle der deutschen Geschichte, 1968.
Hlawitschka, E. (ed.). Königswahl und Thronfolge in ottonischfrügdeutscher Zeit, 1971.
Hlawitschka, E. Nachfolgeprojekte aus der Spätzeit Kaiser Karls III. en: DA 34, 1978.
Hlawitschka, E.Vom Frankenreich zur Formierung der europäischen Staatenund Völkergemeinschaft 840-1046. Ein Studienbuch zur Zeit der spaten Karolinger, der Ottonen un der frühen Salier in der Geschichte Mitteleuropas, 1986.
Hlawitschka, E. Kaiser Otto I.(der Grosse), en: Schnith, K.R. (ed.), Mittelalterliche
Herrscher in Lebensbildern, 1990.
Hlawitschka. E. Kaiser Otto II. en: Schnith, K.R. (ed.), Mittelalterliche Herrscher in Lebensbildern, 1990.
Hlawitschka, E. Der König einer Übergangsphase und die Herrscher der frühdeutschen Zeit: Konrad I. und die Liudolfinger/ Ottonen, en: Schnith, K.R. (ed.), Mittelalterliche Herrscher in Lebensbildern, 1990.
Hoffmann. U. König, Adel und Reich im Urteil frankischer und deutscher Historiker des 9.-11. Jahrhunderts, 1968. Höffner, J. Christentum und Menschenwürde, 1947.
Holtzmann, R. Aufsätze zur deutschen Geschichte im Mittelelberaum, 1962.
Holtzmann, R. Das Laurentius-Kloster zu Calbe, en: Aufsätze zur deutschen Geschichte im Mittelmeerraum, 1962.
Holtzmann, R. Geschichte der sächsischen Kaiserzeit, 900,1024, 2 vols. 1955.
Höman, B.Geschichte des ungarischen Mittelalters, I: Von den ältesten Zeiten bis zum Ende des XII. Jahrhunderts. II: Vom Ende des XII. Jahrhunderts bis zu den Anfängen des Hauses Anjou, 1940 y 1943.
Hopfner, W. Wikinger und Christentum, en: Nordische Zeitung, Cuad. 2, 1987.
Horger, H. Die "Ulrichsjubiläen" des 17. bis 19. Jahrhunderts und ihre Auswirkung auf die Volksfrömmigkeit in Ulrichspfarreien, en: Z.f.b.L. 37, 1974.
Huber, A.K. Die Metropole Mainz und die böhmischen Länder, en: Archiv für Kirchengeschichte von Böhmen-Mähren-Schlesien III, 1973.
Huber. A.K. Das Verhältnis der Bischöfe von Prag und Olmütz zueinander. Ein Überblick, en: Archiv für Kirchengeschichte von Bohmen-Mahren-Schlesien III, 1973.
Hunger, H. (ed.), Byzantinische Geisteswelt. Von Konstantin dem Grossen bis zum Fall Konstantinopels, 1958.

Illmer, D. Erziehung und Wissenvermittlung im frühen Mittelalter. Ein Beitrag zur Entstehungsgeschichte der Schule, 1979.

Janin/Sedov/Petrovic Tolocko, Die Ostslawen und die kiewer Rus, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
Janner, F. Geschichte der Bischöfe von Regensburg, 3 vols. 1883-1886.
Jarnut, J. Die Eroberung Bergamos, en: DA 1974.
Jaschke. K.-U. Königskanzlei und imperiales Königtum en 10. Jahrhundert, en: HJB 84, 1964.
Jedlicki, S. Die Anfänge des polnischen Staates, en: HZ 152, 1935.
Jeggle, U. Alltag, en: Bausinger, H. Grundzüge der Volkskunde, 1978.
Jirecek, C. Geschichte der Serben I, 1911.

Kahl, H.D. Zum Geist der deutschen Slawenmission des Hochmittelalters, en: Beumann (ed.), Heidenmission, 1963.
Kahl, H.D. Karl der Grosse und die Sachsen. Stufen und Motiven einer historischen "Eskalation", en: Ludat/Schwinges (ed.), Politik, Gesellschaft, Geschichtsschreibung, 1982.
Kahl, H.D. Zur Rolle der Iren im östlichen Vorfeld des agilolfingischen und frühkatholischen Baiern. en: Löwe, H. (ed.), Die Iren und Europa im früheren Mittelalter, 1982.

Kaiser, V. Die Gründung des Bistums Prag, en: Archiv für Kirchengeschichte von Böhmen-Mähren-Schlesien III, 1973.
Kalischer, E. Beiträge zur Handelsgeschichte der Kloster zur Zeit der Grossgrundherrschaften, 1911.
Kallfelz. H. (ed.), Lebensbeschreibungen einiger Bischöfe des 10.12. Jahrhunderts, 2.ª ed. 1986.
Kämpf, H. (ed.). Die Entstehung des Deutschen Reichs. 1980.
Kampf. W. (ed.). Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter. Vom V. bis XVI. Jahrhundert. vol. I, 2 y vol. II, 1. 2.ª ed. 1978.
Kantzenbach, F.W. Die Geschichte der christlichen
Kirche im Mittelalter, 1967.
Karpf, E. Herrscherlegitimation und Reichsbegriff in der ottonischen Geschichtsschreibung des 10. Jahrhunderts, 1985.
Kasten, B. Adalhard von Corbie. Die Biographie eines karolingischen Politikers und
Klostervorstehers, en: Studia humaniora. Düsseldorfer Studien zu Mittelalter und Renaissance, 3 vols. Kehr, P. Die Kanzlei Ludwigs des Rindes. Abhandlunmg der Akademie Berlín, 1939. Reller, H. Das Kaisertum Ottos des Grossen im Verständnis seiner Zeit, en: DA 20, 1964.
Keller, H. Zur Struktur der Königsherrschfat im karolingischen und nachkarolingischen Italien, QFIAB, 47, 1967.
Kelly, J.N.D. Reclams Lexikon der Päpste, 1988.
Kern. F. Gottesgnadentum und Widerstandsrecht im früheren Mittelalter. Zur Entwicklungsgeschichte der Monarchie, 2.ª ed. 1954, 6ª ed. 1973.
Ketrzynski, S. The Introduction of Christianity and the Early Kings of Poland, en: The Cambridge History of Poland, 1950.
Kienast. W. Der Herzogstitel in Frankreich und Deutschland, 1968.
Kienast, W. Deutschland und Frankreich in der deutschen Kaiserzeit (9001270), 2ª ed. 1974.
Kindlers Literatur Lexikon 1968. Klauser, T. Die liturgischen Austausschbeziehungen zwischen der römischen und der frankisch-deutschen Kirche vom 8. bis 11. Jahrhundert, en: HJ 53, 1933.
Klebel. E. Herzogtümer und Marken bis 900, en: DA 2. 1938.
Klebel, E. Die Ostgrenze des Karolingischen Reiches, en: Wege der Forschung I, 1956.
Kliemt, H. Der Glaube als Feind der Aufklärung. en: Dahl (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993.
Köhler, O. Die Ottonische Reichskirche. Ein Forschungsbericht, en: Fleckenstein/Schmid, Adel und Kirche, 1968.
Kolb, P./Krenig, E.-G. (ed.), Unterfränkische Geschichte I. 3ª ed. 1991.
Kolmer, L. Christus als beleidigte Majestät. Von der Lex "Quisquis" (397) bis zur Dekretale "Vergentis" (1199), en: Mordek (ed.). Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter. 1991.
Konecny. S. Die Frauen des karolingischen Königshauses. Die politische Bedeutung der Ehe und die Stellung der Frau in der fränkischen Herrscherfamilie vom 7. bis zum 10. Jahrhundert, 1976.
Konecny, S. Eherecht und Ehepolitik unter Ludwig dem Frommen, en: MIÖG 85, 1977.
Köpke, R./Dümmler. E. Kaiser Otto der Grosse. Jahrbücher der deutschen Geschichte, 1876.
Kosminski, J.A./Skaskin, S.D. Geschichte des Mittelalters, 1958. Kosman. O. Deutschland und Polen um das Jahr 1000. Gedanken zu einem Buch von Herbert Ludat, en: ZOF 21, 1972
Kötzschke. R./Ebert, W. Geschichte der ostdeutschen Kolonisation, 1937.
Kraft, H. Kirchenväter Lexikon, 1966. Krah, A. Absetzungsverfahren als Spiegelbild von Königsmacht. Untersuchungen zum Krafterverhältnis zwischen Königtum und Adel im Karolingerreich und seinen Nachfolgestaaten, 1987.
Kraus, A. Geschichte Bayerns. Von den Anfängen bis zur Gegenwart, 1983.
Kühner, H. Lexikon der Päpste von Petrus bis Paul VI. s.a. Kühner, H. Das IMperium der Päpste. Kirchengeschichte Weltgeschichte Zeitgeschichte. Von Petrus bis heute, 1977.
Kupisch, K. Kirchengeschichte II. Die christliche Europa. Grosse und Verfall des Sacrum Imperium, 2.ª ed. 1984.

Lacarra, J.M. Mauren unbd Christen in Spanien (711-1035), en: Schieder (ed.), HEG I, 3ª ed. 1992.
Ladner, G.B. Die Papstbildnisse des Altertums und des Mittelalters, 1984.
Lammers, W. (ed.), Die Eingliederung der Sachsen in das Frankenreich, 1970.
Landau, P. Gefälschtes Recht in den Rechtssammlungen bis Gratian, en: MGH Schriften, vol. 33, Fälschungen im Mittelalter, 1988.
Lassmann. H. Die Testamente der Bamberger Fürstbischöfe von Albrecht Graf von Wertheim bis Johann Gottfried von Aschhausen, en: Historischer Verein Bamberg, 1972.

Last, M. Zur Einrichtung geistlicher Konvente in Sachsen während des frühen Mittelalters, en: FMS 4, 1970.
Lautemann, W. Mittelalter, 1970.
Levison, W. Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit. Ausgewählte Aufsätze, 1948.
Lexikon des Mittelalters LMA, vols. I-VII, 1980/1995.
Leyser, K. The Battle at the Lech, 955. A Study in TenthCentury Warfare, History 50, 1965.
Leyser, K.J. Herrschaft und Konflikt. König und Adel im ottonischen Sachsen, 1984.
Lindner. K. Geschichte des deutschen Weidwerks II: Die Jagd im frühen Mittelalter, 1940.
Lindner, K. Untersuchungen zur Frühgeschichte des Bistums Würzburg und des Würzburger Raumes. Veroffentlichungen des Max-Planck-Instituts für Geschichte 35,1972.
Lintzel, M. Zu den deutschen Königswahlen der Ottonenzeit, 1948.
Lintzel. M. Miszellen zur Geschichte des 10. Jahrhunderts, 1953, y en: Id. Ausgewählte Schriften, vol. 2, 1961.
Lintzel, M. Zur Designation und Wahl König Heinrichs I. (DA 6), 1943 y en: Hlawitschka, E. (ed.), Königswahl und Thronfolge in ottonisch-frühdeutscher Zeit, 1971.
Lippelt, H. Thietmar von Merseburg. Reichsbischof und Chronist (Mitteldeutsche Forschungen 72), 1973.
Lippert, W. Die Aufrichtung der deutschen Herrschaft im Meissner Land, en: W. Lippert (ed.), Meissnisch-sachsische Forschungen, 1929.
Lobbedey, U. Zur archäologischen Erforschung westfälischer Frauenklöster des 9. Jahrhunderts. en: FMSt 4, 1970.
Looshorn, J. Geschichte des Bisthums Bamberg, nach den Quellen bearbeitet, 7 vols. 1886-1910.
Lotter, F. Die Vita Brunonis des Ruotger. Ihre historiographische und ideengeschichtliche Stellung. Bonner historische Forschungen 9, 1958.
Lotter, F. Das Bild Brunos I. von Köln in der Vita des Ruotger, en: Jb. des Kölner Geschichtsvereins 40. 1966.
Lotter, F. Heiliger und Gehenkter. Zur Todesstrafe in hagiographischen Episodenerzahlungen des Mittelalters, en: Berg/Goetz (ed.), Ecclesia et regnum, 1989.
Löwe. H. Gozbald von Niederaltaich und Papst Gregor IV, en: Festschrift B. Bischoff, 1971.
Löwe, H. Deutschland im fränkischen Reich, 9.ª ed. revisada 1973.
Löwe, H. (ed.), Die Iren und Europa im früheren Mittelalter, 1982.
Lubenow, H. Die Slawenkriege der Ottonen und Salier in den Anschauungen ihrer Zeit. 1919.
Ludat, H, Piasten und Ottonen, en: L'Europe aux IXe-XIe siècles, 1968.
Ludat, H. An Elbe und Oder um das Jahr 1000. Skizzen zur Politik des Ottonenreiches und der slawischer Machte in Mitteleuropa, 1971, 2.ª ed. 1995.
Ludat, H./Schwingen, R.C. (ed.), Politik, Gesellschaft, Geschichtsschreibung. Giessener Festgabe für Frantisek Graus zum 60. Geburtstag. 1982.
Lüdtke, F. König Heinrich L, 1936.
Lugge, M, "Gallia" und "Francia" im Mittelalter, 1960.

Maier, A. Kirchengeschichte von Kärnten, Cuad. 2, Mittelalter, 1953.
Maier, F.G. Die Verwandlung der Mittelmeerwelt, 1968.
Maschke, E. Der Peterspfennig in Polen und dem deutschen Osten, 1933.
Mass. J. Bischof Arno von Freising 854/55-875. Cyrillo Methodiana. Zur Frühgeschichte des Christentums bei den Slawen 863-1963, 1964.
Mass. J. Das Bistum Freising in der späten Karolingerzeit. Die Bischöfe Arno (854-875), Arnold (875-883) und Waldo (884-906), 1969.
Mayer. T. Staatsauffassung in der Karolingerzeit, HZ 173,1952. Mayer, Th. Mittelalterliche Studien, 1959.
Mayr-Harting. H. The coming of Christianity to Anglo-Saxon England, 1972.
McKeon, P.R. Archbishop Ebbo of Reims, en: Church History, 1974.
McKitterick, R. The Frankish kingdoms under the Carolingians, 751-987, 1983.
Menzel, W. Geschichte der Deutschen I. 1872.
Meyers Taschenlexikon Geschichte, 2ª ed. 1989.
Meyer, O. In der Harmonie von Kirche und Reich, en: Kolb/Krenig (ed.), Unterfränkische Geschichte. Von der germanischen Landnahme bis zum hohen Mittelalter. vol.l, 3ª ed. 1991.
Mitterauer, M. Karolingische Markgrafen im Südosten. Frankische Reichsaristokratie und bayerischer Stammesadel im österreichischen Raum, 1963.
Moehs. T.E. Gregorius V 996-999. A biographical study. 1972.
Mohr. W. Die karolingische Reichsidee, 1962.

Moia, N. Für die Frauen. Pour les femmes, 1992.
Moia, N. Géint d'Pafen, 1994.
Montgomery of Alamein, B.L. Weltgeschichte der Schlachten und Kriegszüge, 2 vols. 1975.
Monumenta Germanie Historica, Schriften vol. 33. Fälschungen im Mittelalter. Internationaler Kongress der Monumenta Germaniae Historica. Teil II u. III, 1988.
Mordek. H. (ed.), Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter. Festschrift Horst Fuhrmann zum 65. Geburtstag, 1991.
Moser. B. (ed.), Das Papsttum. Epochen und Gestalten, 1983.
Mühlbacher. E. Deutsche Geschichte unter den Karolingern, 2 vols. Reimpresión s.a. Mulert, H, Gott im Schicksal? 1947.
Müller. A. von. Geschichte unter unseren Füssen. Archaologische Forschungen in Europa, 1968.
Müller. H. Heribert, Kanzler Ottos III und Erzbischof von Köln. 1977.
Müller-Mertens, E./Huschner, W. Reichsintegration im Spiegel der Herrschaftspraxis Kaiser Konrads II. 1992.
Mynarek, H. Eros und Klerus. Vom Elend des Zölibats, 1978.
Mynarek. H. Mystik und Vernunft. Zwei Pole einer Entiwicklung, 1991.
Mynarek, H. Denkverbot. Fundamentalismus in Christentum und Islam, 1992.
Mynarek. H. Wie "progressive" Theologen das Christentum "retten", en: Dahl (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993. Naegle, A. Einführung des Christentums in Böhmen, 2 vols. 1915/1918.

Neuss, W. Die Kirche des Mittelalters, 1946.
Neuss, W./Oediger, F.W. Das Bistum Köln von den Anfängen bis zum Ende des 12. Jahrhunderts, 1964.
Nitschke, A. Der misshandelte Papst, Folgen ottonischer Italienpolitik, en: Gedenkschrift für J. Leuschner, 1983.
Nitzch, F. Geschichte des deutschen Volkes. Noble. ThF.X. The Revolt of King Bernhard of Italy in 817, en: Studi medievali III, 15, 1974.
Novy. R. Die Anfänge des böhmischen Staates, 1969.
Nylander, J. Das kirchliche Benefizialwesen Schwedens während des Mittelalters, 1953.

Odegaard, Ch.E. The Empress Engelberga, en: Speculum 26,1951.
Oepke, A. Das Neue Gottesvolk. 1950.
Oesterle, H.J. Die sogenante Kopfoperation Karls III. 887, en: AKG 61, 1979.
Oexle, O.G. Forschungen zu monastischen und geistlichen Gemeinschaften im Westfränkischen Bereich, 1978.
Ostrogorsky, G. Geschichte des byzantinischen Staates, 2.ª ed. 1952, 3ª ed. 1962.

Parisse, M. Lothringen Geschichte eines Grenzlandes. Edición alemana H.-W. Herrmann, 1984.
Patschovsky, A. Der Ketzer als Teufelsdiener, en: Mordek (ed.). Papsttum. Kirche und Recht, 1991. Patze, H. (ed.), Die Burgen im deutschen Sprachraum I.1976.
Patzold, B. Otto I. 936-973, en: Engel/Holtz (ed.). Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters, 1989.
Pauler, R. Das Regnum Italiae in ottonischer Zeit. Markgrafen. Grafen und Bischöfe als politische Krafte, 1982.
Penndorf, U. Das Problem der "Reichseinheitsidee" nach der Teilung von Verdun, 1974.
Perels, E. Papst Nikolaus I. und Anastasius Bibliothecarius, 1920.
Perels, E. Propagandatechnik im 9. Jahrhundert. Ein Originalaktenstück für Erzbischof Gunthar von Köln, en: AUF 15, 1938.
Pfeifer, W. Die Bistümer Prag und Meissen. Eine tausendjährige Nachbarschaft, en: Archiv für Kirchengeschichte von BöhmenMahren-Schlesien III, 1973.
Pfeifer, G. Die Bamberg-Urkunde Ottos II. für den Herzog von Bayern, en: HVB 1973.
Pierer's Universal Lexikon. Vergangenheit und Gegenwart, 19 vols. 1857-1865.
Pietzcker. F. Die Schlacht bei Fontenoy 841. Rechtsformen im Krieg des frühen Mittelalters, en ZSRGGA 81, 1964.
Pitz, E. Wirtschaftsund Sozialgeschichte Deutschlands im Mittelalter, 1979.
Pitz, E. Erschleichung und Anfechtung von Herrscherund Papsturkunden vom 4. bis 10. Jahrhundert, en: MGH Schriften 33. Fälschungen im Mittelalter, 1988.
Plötzl, W. Die Anfänge der Ulrichsverehrung im Bistum Augsburg und im Reich, en: Jahrbuch des Vereins für Augsburger Bistumsgeschichte, 1973.

Poppe, A. Once again concerning the baptism of Olga, archontissa of Rus', en: DOP 46,1992.
Portmann. M.L. Die Darstellung der Frau in der Geschichtsschreibung des früheren Mittelalters, 1958.
Pothmann, A. Altfrid. Ein Charakterbild seiner Persönlichkeit: Das erste Jahrtausend, Textband I,1964.
Prinz, F. Klerus und Krieg im frühen Mittelalter, Untersuchungen zur Rolle der Kirche beim Aufbau der Königsherrschaft, 1971.
Prinz. F. Askese und Kultur. Vorund frühbenediktinisches Monchtum an der Wiege Europas, 1980.
Prinz. F. Die innere Entwicklung: Staat, Gesellschaft, Kirche, Wirschaft, en: Spindler (ed), HBG 2ª ed. 1981.
Prinz, F. Grundlagen und Anfänge. Deutschland bis 1056, 1985.

Rahner, Juda und Rom, en: Stimmen der Zeit, 65 Jg. 1934.
Ranke-Heinemann. U. Eunuchen für das Himmelreich. Katholische Kirche und Sexualität, 1988.
Ranke-Heinemann, U. Nein und Amen. Anleitung zum Glaubenszweifel, 1992.
Rassow, P. (ed.), Deutsche Geschichte im Überblick. Ein Handbuch. 2ª ed. 1962.
Rau, R. Quellen zur karolingischen Reichsgeschichte. I Parte, Die Reichsannalen/Einhard Leben Karls des Grossen/Zwei "Leben" Ludwigs/Nithard Geschichten, reimpresión 1987. II Parte, Jahrbücher von St. Bertin/Jahrbücher von St. Vaast/ Xantener Jahrbücher, reimpresión 1992. III Parte, Jahrbücher von Fulda/Regino Chronik/Notker Taten Karls, reimpr. 1992.
Reindel, K. Herzog Arnulf und das Regnum Bavariae (ZBLG 17), 1953/54.
Reimpresión en: Die Entstehung des dt. Reiches. Wege der Forschung 1. 1956. Reindel. K. Bayern im Karolingerreich. en: H. Beumann (ed.), Karl der Grosse, 1965.
Reindel, K. Bayern vom Zeitalter der Karolinger bis zum Ende der Welfenherrschaft (788-1180) en: Spindler (ed.). HBG, 2ª ed. 1981.
Reindel, K. Grundlegung: das Zeitalter der Angilolfinger (bis 788). en: HBG vol.I, M. Spindler (ed.), 1981.
Reindel, K. Königtum und Kaisertum der Liudolfinger und frühen Salier in Deutschland und Italien (919-1056), en Schindler (ed.), HEG, vol. I. 3ª ed. 1992.
Reinhardt, U. Untersuchungen zur Stellung der Geistlichen bei den Königswahlen im Fränkischen und Deutschen Reich, 1975.
Rentschler, M. Liudprand von Cremona. Eine Studie zum ostwestlichen Kulturgefalle im Mittelalter, 1981.
Rhode, G. Kleine Geschichte Polen, 1965. 3ª ed. corregida 1980.
Riché, P. Die Welt der Karolinger, 1984.
Riché, P. Die Karolinger. Eine Familie formt Europa, 3ª ed.1991.
Rice, D.T. (ed.), Morgen des Abendlandes, 1965.
Rice, D.T. Schmeltztiegel der Völker. Osteuropa und der Aufstieg der Slawen, en: Rice, Morgen des Abendlandes, 1965.
Ridder, B. Geschichte der katholischen Kirche für Schule und Haus in Überblikken, vol. II Das Christentum und die abendländische Kultur. 1953.
Rosa, P. de, Gottes erste Diener. Die dunkle Seite des Papsttums, 1989.
Rösener, W. Bauern im Mittelalter, 4.ªed. sin cambios 1991.

Schaab, M. Die Blendung als politische Massnahme im abendlandischen Frühund Hochmittelalter. Diss. Masch. 1955.
Scharf, J. Studien zu Smaragdus und Jonter. Radegund (t 587) und der Nonnenaufstand von Poitiers (589), en: MIÖG vol. 87, 1979.
Schieder. T. (ed.), Handbuch der Europäischen Geschichte, vol. 1, 3ª ed. 1992.
Schieffer, R. Ludwig 'der Fromme'. Zur Entstehung eines karolingischen Herrscherbeinamen, en FMSt vol. 16, 1982.
Schieffer, R. Kreta, Rom und Laon. Vier Briefe des Papstes Vitalian vom Jahre 668, en: Mordek, H. (ed.). Papsttum. Kirche und Recht im Mittelalter, 1991.
Schieffer, R. Die Karolinger. 1992.
Schieffer, T. Voraussetzungen und Grundlagen der Europaischen Geschichte. Die Europaische Welt um 400, en: Schieder (ed.), HEG, vol. 1, 3.ª ed. 1992.
Schieffer, T. Das Karolingerreich. Der Aufstieg der Karolinger (687-751), en: Schieder (ed.), HEG vol. I, 3ª ed. 1992.
Schieffer, T. Das Ostfrankische Reich (887-918), en: Schieder (ed.). HEG vol. I, 3ª ed. 1992.
Schieffer, T. Burgund (879-1038). en: Schieder, HEG vol. I, 3ª ed. 1992.
Schieffer, T. Nordund Mittelitalien (888-962), en Scheider (ed.), HEG vol. I, 3ª ed. 1992. Schlesinger, W. Kaisertum und Reichsteilung. Zur divisio regnorum von 806, en: Forschungen zu Staat und

Verfassung, Festschrift Fritz Hartung, 1958.
Schlesinger, W. Kirchengeschichte Sachsens im Mittelalter, I: Von den Anfängen christlicher Verkündigung bis zum Ende des Investiturstreites, 1962.
Schlesinger, W. Die Anfänge der deutschen Königswahl, en: Die Entstehung des Deutschen reiches, 1956, y con notas complementarias en: W. Schlesinger, Beiträge zur deutschen Verfassungsgeschichte des Mittelalters 1, 1963.
Schlesinger, W. Karolingische Königswahlen, en: Zur Geschichte und Problematik der Demokratie. Festschrift Hans Herzfeld, 1958 y en Id. Beiträge zur deutschen Verfassungsgeschichte des Mittelalters 1,1963.
Schlesinger, W. Beobachtungen zur Geschichte und Gestalt der Aachener Pfalz in der Zeit Karls des Grossen, en: Claus/ Haarnagel/Raddatz, Studien zur europäischen Vorund Frühgeschichte, 1968.
Schlesinger, W. Die mittelalterliche Ostsiedlung im Herrschaftsraum der Wettiner und Askanier, en: Deutsche Ostsiedlung in Mittelalter und Neuzeit, 1971.
Schlesinger, W. Die Königserhebung Heinrichs L, der Beginn der deutschen Geschichte und die deutsche Geschichtswissenschaft, en: HZ 1975.
Schlesinger, W. Archäologie des Mittelalters in der Sicht des Historikers, 1974; finalmente en: Ausgewählte Aufsätze, 1987.
Schmid, K, Die Thronfolge Ottos des Grossen, ZRG GA 81, 1964.
Schmid, K. Die Mönchsgemeinschaft von Fulda als sozialgeschichtliches Problem, en: FMSt 4,1970.
Schmid, K. Bemerkungen über Synodalverbrüderungen der Karolingerzeit. en: Festschrift R. Schmidt-Wiegand, 1986.
Schmidt, H.J. Religiose Mittelpunkte und Verbindungen, en: Heit, A. (ed.), Zwischen Gallia und Germania, 1986.
Schmidt, R. Rethra. Das Heiligtum der Lutizen als HeidenMetropole, 1974.
Schmitt, J.-C. Macht der Toten. Macht der Menschen. Gespenstererscheinungen im hohen Mittelalter, en: Lüdtke (ed.), Herrschaft 1991.
Schmitz, G. Intelligente Schreiber. Beobachtungen aus Ansegisund Kapitularienhandschriften, en: Mordek, H. (ed.), Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter, 1991.
Schneider, F. Rom und Romgedanke im Mittelalter. Die geistlichen Grundlagen der Renaissance, 1926.
Schneider, G. Erzbischof Fulco von Reims (883-900) und das Frankenreich, 1973.
Schneider, H, Ademar von Chabannes und Pseudoiisidor der "Mythomane" und der Erzfalscher. en: MGH Schriften vol. 33, Fälschungen im Mittelalter, 1988.
Schneider, H. Eine Freisinger Synodalpredigt aus der Zeit der Ungarneinfälle (Clm 6245) en: Mordek, H. (ed.), Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter, 1991.
Schneider, R. Das Frankenreich, 3.ª ed. 1995.
Schneidmüller, B. Karolingische Tradition und frühes französisches Königtum. Untersuchungen zur Herrschaftslegitimation der westfränkisch-französischen Monarchie im 10. Jahrhundert, 1979.
Schnith, K.R. (ed.), Mittelalterliche Herrscher in Lebensbilder. Von den Karolingern zu den Staufern, 1990.
Schnürer. G. Kirche und Kultur im Mittelalter, I 3ª ed. 1936, II 1926, III 1929.
Schoffel, J.B. Kirchengeschichte Hamburgs, I: Die Hamburgische Kirche im Zeichen der Mission und im Glanze der erzbischöflichen Würde, 1929.
Schramm, P.E. Herrschaftszeichen und Staatssymbolik, 3 vols. 1954/1956.
Schramm, P.E. Kaiser. Könige und Päpste. Gesammelte Aufsätze zur Geschichte des Mittelalters, I y II, 1968.
Schreiner, K, Gregor VIII. nackt auf einem Esel. Entehrende Entblössung und schandbares Reiten im Spiegel einer Miniatur der "Sächsischen Weltchronik", en: Berg/Goetz (ed.), Ecclesia et regnum, 1989.
Schreiner, P. Byzanz, 2ª ed. revisada 1994.
Schröder. I. Zur Rezeption merowingischer Konzilskanones bei Gratian, en: Mordek (ed.), Papsttum, Kirche und Recht, 1991.
Schrörs, H. Hinkmar, Erzbischof von Reims, 1884.
Schubert, H. von, Geschichte der christlichen Kirche im Frühmittelalter, I. 1917, II. 1921.
Schulte, A. Der Adel und die deutsche Kirche im Mittelalter, 1910.
Schulze, H.K. Hegemoniales Kaisertum. Ottonen und Salier.1991.
Schünemann, K, Deutsche Kriegsführung im Osten, DA 2, 1938.
Schur, J. Königtum und Kirche im ostfränfischen Reich, 1931.
Schwarzmaier, H. Ein Brief des Markgrafen Aribo an König Arnulf über die Verhaltnisse in Mähren. FS 6,

1972.
Seckel, E. Pseudoisidor, en: Realencyclopädie für protest. Theologie und Kirche, 16, 1905.
Seibt, F. (ed.), Bohemia Sacra. Das Christentum in Böhmen 973-1973,1974.
Seidlmayer, M. Geschichte Italiens. Vom Zusammenbruch des Römischen Reiches bis zum Ersten Weltkrieg. Mit einem Beitrag. Italien vom ersten zum zweiten Weltkrieg. de T. Schieder, 1962.
Semmler, J. Corvev und Herford in der benediktinischen
Reformbewegung des 9. Jahrhunderts, en: FMSt 4, 1970.
Semmler, J. Ludwig der Fromme 814-840, en: H. Beumann (ed.) Kaisergestalten des Mittelalters. 3.ª ed. 1970.
Seppelt, F.X. Geschichte des Papsttums. Eine Geschichte der Päpste von den Anfängen bis zum Tod Pius' X, 5 vols. 1931-1936.
Seppelt.FX./Schwaiger. G. Geschichte der Päpste. Von den Anfängen bis zur Gegenwart, 1964.
Simson, B. Jahrbücher des Fränkischen Reichs unter Ludwig dem Frommen, I: 814830, reimpres. de la 1ª ed. de 1874. II: 831-840, reimpres. de la 1ª ed. de 1876, 1969. Singer, R, Befreiung der Tiere. Eine neue Ethik zur Behandlung der Tiere, 1982.
Singer. P./Dahl, E. Das gekreuzigte Tier, en: Dahl, E. (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993.
Sommerlad, Th. Die wirtschaftliche Tätigkeit der Kirche in Deutschland. I 1890: II 1905.
Spindler. M. Handbuch der Bayerischen Geschichte. Das alte Bayern. Das Stammesherzogtum bi zum Ausgang des 12. Jahrhunderts, 2.ª ed. vol.l, 1981.
Sprandel. R. Verfassung und Gesellschaft im Mittelalter, 5.ª ed. revisada 1994.
Sprigade, K, Die Einweisung ins Kloster und in den geistlichen Stand als politische Massnahme im frühen Mittelalter, Phil. Diss. Heidelberg 1964, en: FMSt 17, 1983.
Sprotte, F. Biographie des Abtes Servatus Lupus von Ferrières. Nach den Quellen des neunten Jahrhunderts, 188o. Staber, J. Kirchengeschichte des Bistums Regensburg, 1966.
Stachnik, R. Die Bildung des Weltklerus im Frankenreiche von Karl Martell bis auf Ludwig den Frommen. Eine Darstellung ihrer geschichtlichen Entwicklung, 1926.
Stadtmüller, G. Geschichte Südosteuropas. 1950.
Stamer, L. Kirchengeschichte der Pfalz, 2 partes, 1936/1949.
Staubach, N. Das Herrscherbild Karls des Kahlen. Formen und Funktionen monarchischer Repräsentation im frühen Mittelalter, 1981.
Steinbach, F. Das Frankenreich (Brandt/Mever/Just, Handbuch der deutschen Geschichte 1.2), 1957.
Steinbach, F. Die Ezzonen. Das erste Jahrtausend, 1964.
Stern, L./Bartmuss, H.J. Deutschland in der Feudalepoche von der Wende des 576. Jh. bis zur Mitte des 11. Jh. 1973.
Steuer, H. Historische Phasen der Bewaffnung nach Aussagen der archaologischen Quellen Mittelund Nordeuropas im ersten Jahrtausend n.Chr. en: FS 4, 1970.
Stormer, W. Früher Adel, Studien zue politischen Führungsschicht im fränkischdeutschen Reich vom 8.-11. Jahrhundert, 1973.
Stormer, W. Die Anfärige des karolingischen Pfalzstifts Altotting, en: Berg/Goetz (ed.), Ecclesia et regnum, 1989.
Stormer, W. Im Karolingerreich, en: Kolb/Krenig (ed.), Unterfränkische Geschichte. Von der germanischen Landnahme bis zum hohen Mittelalter, vol. 1, 3ª ed. 1991.
Stratmann. F.M. Die Heiligen und der Staat, 4 vols. 1949-1952.
Stratmann, M. Das Recht der Erzbischofsweihe im ostfränkischdeutschen Reich vom 8.bis 13. Jahrhundert (con una ojeada sobre los francos occidentales e Inglaterra), en: Mordek, H. (ed.), Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter, 1991.
Stutz. U. Die rheinische Erzbischöfe und die deutsche Königswahl, en: Fs. H. Brunner, 1910.

Taddey, G. (ed.), Lexikon der Deutschen Geschichte. Personen Ereignisse Institutionen. Von der Zeitwende bis zum Ausgang des 2. Weltkrieges, 1979.
Tangl, G. Die Teilnehmer an den allgemeinen Konzilien des Mittelalters, 1952.
Tellenbach, G. Vom Zusammenleben der abendländischen Völker im Mittelalter, en: Festschrift Gerhard Ritter. 1950.
Tellenbach, G. Europa im Zeitalter der Karolinger (Historia mundi 5), 1956.
Tellenbach, G. Die Unteilbarkeit des Reiches. Ein Beitrag zur Entstehungsgeschichte Deutschlands und Frankreichs, 1956.
Tellenbach, G. Zur Geschichte Kaiser Arnulfs, en: Kämpf, H. (ed.), Die Entstehung des Deutschen Reiches,

1980.
Tellenbach, G. Die westliche Kirche vom 10. bis zum frühen 12. Jahrhundert, 1988.
Thrasolt, E. Das Martyrologium Germaniens. Geschichtliche Gebetslesungen zum taglichen Gedachtnis der deutschen Heiligen, 1939.
Tomek, E. Kirchengeschichte Österreichs, 2 vols. 1935/1948.
Trillmich. W. (ed.), Thietmar von Merseburg. Chronik, 7ª ed. 1992.
Trüb. C:L:P:, Heilige und Krankheit, 1978.
Tüchle, H. Kirchengeschichte Schwabens, I vol. Die Kirche Gottes im Lebensraum des schwäbisch-alamanischen Stammes, 1955.
Tusculum Lexikon der griechischen und lateinischen Literatur vom Altertum bis zur Neuzeit, 1948.

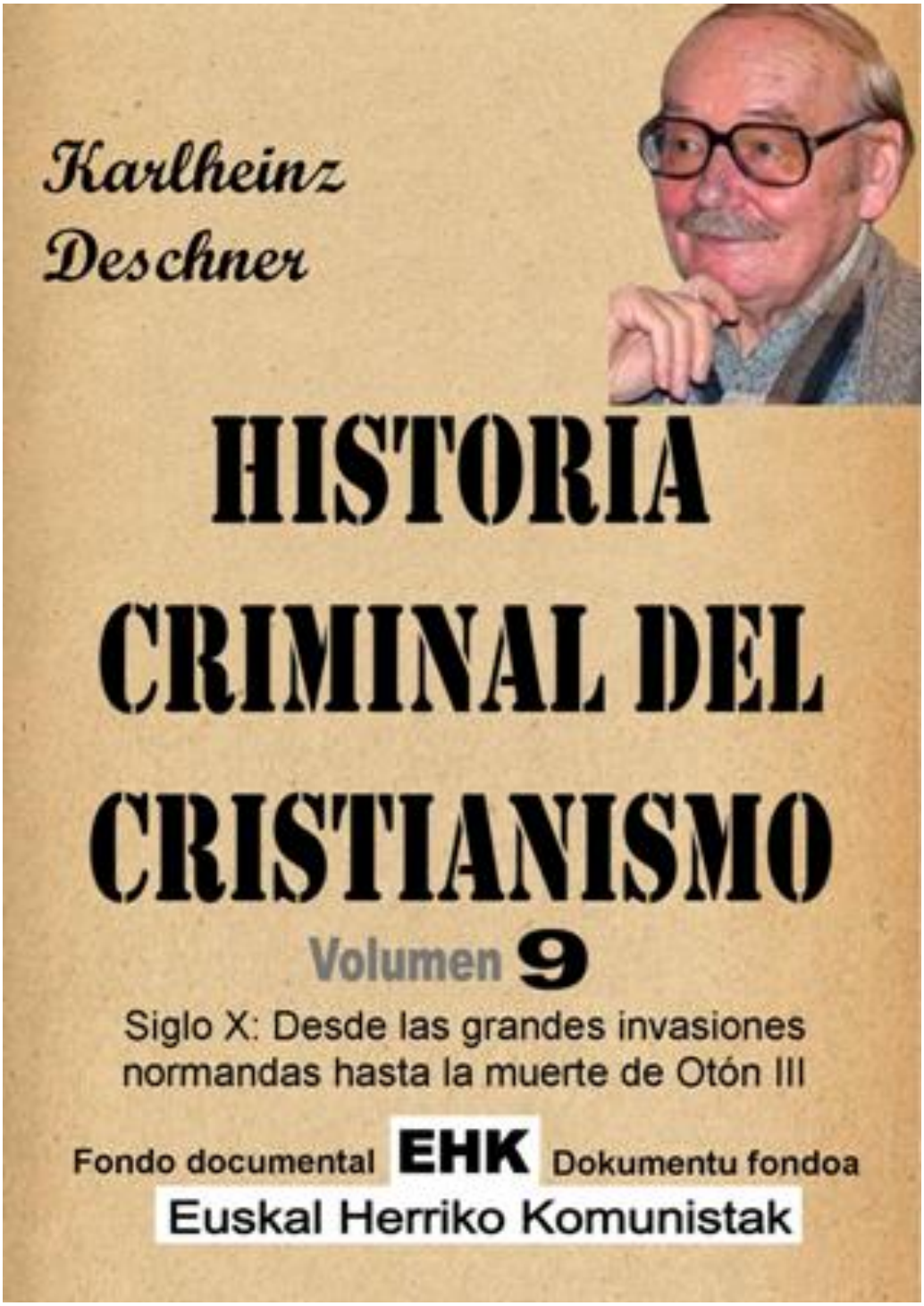
Uhlirz, K. Jahrbücher des Deutschen Reiches unter Otto II. und Otto III. vol.l Otto II. (973-983), 1902; Otto III. (983-1002) preparada por M. Uhlirz, 1954.
Uhlirz, M. Otto III. und das Papsttum: HZ 162, 1940.
Ullmann, W. Die Machtstellung des Papsttums im Mittelalter. Idee und Geschichte, 1960.
Umeljic, V. Die Besatzungszeit und das Genozid im Jugoslawien 1941-1945, 1994.

Valjavec, F. (ed.), Frühes Mittelalter, 1956.
Vehse, O. Die päpstliche Herrschaft in der Sabina bis zur Mitte deds 12. Jahrhunderts, en QFIAB 1929/30.
Vernadsky, G. Das frühe Slawentum. Das Ostslawentum bis zum Mongolensturm, en F. Valjavec (ed.), Frühes Mittelalter, 1956.
Vogel. P.M. Lebensbeschreibungen der Heiligen Gottes auf alle Tage des Jahres. Mit zur Nachfolge ermunternden Lehrstücken, 1963.
Voigt, H.G. Adalbert von Prag, 1898. Voigt. K. Staat und Kirche von Konstantin dem Grossen bis zum Ende der Karolingerzeit, 1965.
Voltaire, Aphorismen und Gedankenblitze, 1979.
Voss, I. Herrschertreffen im frühen und hohen Mittelalter. Untersuchungen zu den Begegnungen der ostfränkischen und westfränkischen Herrscher im 9. und 10. Jahrhundert sowie der deutschen und franzosischen Könige von 11. bis 13. Jahrhundert, 1987.

Waitz, G. Jahrbücher des Deutschen Reichs unter König Heinrich I. 3ª ed. 1885, 4ª ed. aumentada 1963.
Waldmüller, L. Salzburg als Zentrum der bairischen Slawenmission des 8. Jahrhunderts, en Bavaria Christiana, 1973.
Walterscheid, J. Deutsche Heilige. Eine Geschichte des Reiches im Leben deutscher Heiliger, 1934.
Warnke, C, Ursachen und Voraussetzungen der Schenkung Polens an den heiligen Petras, en: Grothusen/Zernak (ed.), Europa Slavica, 1980.
Wattenbach, W./Holtsmann, R. (ed.), Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter. Die Zeit der Sachsen und Salier, I: Das Zeitalter des Ottonischen Staates (900-1050), nueva edición 1967.
Wattenbach/Dümmler/Huf. Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter. Frühzeit und Karolinger, revis. y complet. por Franz Huf, edit. por Heine, A. 1991.
Weinrich, L. Wala. Graf, Mönch und Rebell. Die Biographie eines Karolingers, 1963.
Weinrich, L. Tradition und Individualitat in den Quellen zur Lechfeldschlacht 955, en: Deutsches Archiv tur Forschung. Geschichte des Mittelalters. 1971.
Weitlauíf, M. Der heilige Bischof Udalrich von Augsburg (8904. Juli 973), en: Jb. des Vereins für Augsburger Bistumsgeschichte 7, 1973.
Weller, K. Württembergische Kirchengeschichte bis zum Ende der Stauferzeit, 1936.
Weller. K. Geschichte des schwabischen Stammes bis zum Untergang der Staufer, 1944.
Wemple. S.F. Women in Frankish Society. Marriage and the Cloister 500 to 900. 1981.
Wentz, G./Schwinekoper, B. Das Erzbistum Magdeburg, edit. por Max-Planck-Institut für Geschichte, 1972. Werner. K.F. Die Unruochinger, en: Karl der Grosse. Lebenswerk und Nachleben, 1965 ss.
Werner, K.F. Die Nachkommen Karls des Grossen, en: Karl der Grosse, edit. por W. Braunfels, 1967.
Werner. F.K. Die Ursprünge Frankreichs bis zum Jahr 1000, 1989.
Werner. F.K. Westfranken-Frankreich unter den Spätkarolinger und frühen Kapetingern (888-1060). en: Schieder (ed.). HEG, I; 3ª ed. 1992.
Werner, F.K. Iren und Angelsachsen in Mitteldeutschland. Zur vorbonifatianischen Mission in Hessen und Thüringen. en: Löwe (ed.), Die Iren und Europa, 1982.
Wetzer. H.J./Welte, B. Kirchen-Lexikon oder Enzyklopadie der katholischen Theologie und ihrer

Hilfswissenschaften I-XI, 1847-1854.
Wiegand. F. Agobard von Lyon und die Judenfrage. en: Festschrift für Luitpold von Bayern, s.a. Wies. F.W. Otto der Grosse, Kämpfer und Beter, 2ª ed. 1991.
Wilpert, G. von (ed.), dtv-Lexikon der Weltliteratur, 1971.
Wollasch, J. Das Grabkloster der Kaiserin Adelheid in Selz am Rhein, en: FMSt 2, 1968. Wolter. H, Die Synoden im Reichsgebiet und in Reichsitalien von 916 bis 1056, 1988.
Wühr. W. Studien zu Gregor VII. Kirchenreform und Weltpolitik, 1930.
Wührer, K. Die Anfänge der nordeuropäischen Monarchien, en: Schieder (ed.), HEG I, ª ed. 1992. Zagiba, F. Das abendlandische Bildungswesen bei den Slawen im 8./9. Jahrhundert. Jb. für altbayrische Kirchengeschichte, 1962. Zapperi, R. Der schwangere Mann. Männer. Frauen und die Macht, 1984.

Zatschek. H. Wie das erste Reich der Deutschen entstand. Staatsführung, Reichsgut und Ostsiedlung im Zeitalter der Karolinger, 1940.
Zeissberg, H. Die öffentliche Meinung im 11. Jahrhundert über Deutschlands Politik ge-gen Polen, en: Beumann, Heidenmission, 1963.
Zibermayr, I. St. Wolfgang und die Johanneskirche am Abersee, en: MIÖG, 1952.
Ziegler, A.W. Der Konsens der Freisinger Domherren im Streit um Hethodius. Ein Beitrag zur kirchlichen Rechtsgeschichte, en: Helimann/Olesch y otros, Cyrillo-Methodiana, 1964.
Zimmermann, H. Papstabsetzungen des Mittelalters, en: MIÖG, 1952.
Zimmermann, H. Das dunkle Jahrhundert. Ein historisches Portrat, 1971. Zimmermann, H. (ed.), Otto der Grosse, 1976. Zimmermann, H.Das Papsttum im Mittelalter. Eine Papstgeschichte im Spiegel der Historiographie, 1981.
Zimmermann, H. Gerbert als kaiserlicher Rat, en: Gerberto Scienza, storia e mito. Atti del Gerberti Symposium, Archivum Bobiense, Studi 2, 1985.
Zöllner, E. Die politische Stellung der Volker im Frankenreich (Veroffentl. des Inst. für österr. Gesch. 13), 1950.
Zoepfl, F. Udalrich, Bischof von Augsburg, en: G. von Pöllnitz, Lebensbilder aus dem bayerischen Schwaben, 1952.
Zoepfl, F. Das Bistum Augsburg und seine Bischöfe im Mittealter, 1955.
Zotz, T. Präsenz und Repräsentation. Beobachtungen zur königlichen Herrschaftspraxis im hohen und späten Mittelalter, en: Lüdtke (ed.), Herrschaft, 1991.
Zufferey, M. Der Mauritiuskult im Frühund Ffochmittelalter, en: HJb, 1986.


Karlheinz
Deschner
HISTORIA
CRIMINAL DEL
CRISTIANISMO
Volumen 9
Siglo X: Desde las grandes invasiones
normandas hasta la muerte de Otón III
Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

TOMO IX

Siglo X: Desde las grandes invasiones normandas hasta la muerte de Otón III

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo
Ediciones Martínez Roca, S. A.
Traducción de Claudio Gancho

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums: 9. und 10. Jahrhunden*

© 1997, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1997, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Enric Granados, 84, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-2296-4
Depósito legal B. 748-1998
Fotocomposición de Fort, S. A., Rosselló, 33, 08029 Barcelona
Impreso por Libergraf, S. L., Constitució, 19,08014 Barcelona
Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

ÍNDICE

1 El peligro normando y el emperador Carlos III el Gordo

Matar «con la ayuda de Dios» y ser vencido sin ella

Muertes principescas en Franconia oriental y occidental

Carlos el Gordo, al que todo le cupo en suerte y en todo fracasó

Cuando los cristianos tienen que soportar lo que ellos hacen a otros

De bellis parisiacis o *«Nada de lo que habría sido digno de la majestad cesárea»*

La providencia divina opera alevosamente: Final del dominio normando en Frisia

Política interna, hasta la amputación de los órganos genitales, «de modo que tampoco quedaba ninguna huella...»

El obispo Liutwardo de Vercelli, celebrado y quemado vivo

Veinticinco años de matrimonio josefino; superada la prueba de fuego

«Golpe de estado» de Arnulfo y rápido final de Carlos

2 Arnulfo de Carintia, rey franco-oriental y emperador (887-899)

1. ARNULFO DE CARINTIA: FRANCONIA ORIENTAL Y EL ESTE .

«¡Salve, Arnulfo, rey grande!»

San Emmeram, o «Alabar a Dios sin lengua es algo que produce admiración»

«... Un grito de batalla hasta el cielo»

El empuje (alemán) hacia el este

Guerras devastadoras con Moravia

La «figura clave» en la política de la época, el arzobispo Fulco de Reims, vira como una veleta

Fin del (santo) rey Sventiboldo, o así era entonces la vida en los círculos cristianos más altos

2. ARNULFO DE CARINTIA: EL PAPADO E ITALIA

Lujo y crímenes

Guido y Berengario, guerra civil en Italia y política oportunista de los papas

El papa Farinoso corona a los «tiranos» de Italia y llama a Arnulfo para que los combata

La toma de Bérgamo, o cómo una misa matinal siempre da fuerza

Arnulfo sitia Roma, allí hace rodar cabezas y se convierte en el primer antiemperador francoalemán

Mueren el emperador Arnulfo y el papa Formoso

El sínodo fúnebre, una pieza cómica y macabra de rango papal

Formosianos y antiformosianos

Mueren el emperador Lamberto y el emperador Arnulfo; los húngaros invaden Italia septentrional

Cómo, por obra del obispo de Verona, Luis III se convirtió en Luis el Ciego

3. El rey Luis IV el niño (900-911)

Luis IV el Niño, la marioneta del clero

Empieza el ataque húngaro

«Trabajo positivo de los cristianos alemanes en el este» y «el perro más asqueroso...»

De los «salteadores vagabundos y la familia de pueblos europeos»

La querella de Babenberg (897-906)

4. El rey Conrado i (911-918)

Fracasa el intento de recuperación de Lotaringia

Cómo de «Arnulfo el Justo por la gracia de Dios» se pasó a Arnulfo «el Malo»

Triunfa Salomón, el obispo asesino

5. Enrique I, el primer rey germánico
Así cuida uno de los suyos
Los que se aprovecharon de la matanza de los sajones
Entra en funciones un rey no ungido
Novias lucrativas y un obispo más flexible
«Movimientos de confraternidad» y proximidad de los clerizontes
La «santa Lanza»
De la paz infernal de los cristianos y de sus «valores básicos»
Los historiadores de ayer
... V los historiadores de hoy
La «seguridad de frontera» de Enrique, o «... de allí no escapó ninguno»
«... porque el soldado hiede a podredumbre»; el obispo Thietmar «en la cima de la cultura de su tiempo»
«... el trabajo educativo de años»
«Prueba de eficacia»
San Wenceslao, santa Ludmila y dos cristianos piadosos asesinos de parientes
El santo colaborador y mártir se convierte en el adalid antialemán. Enrique I, «fundador y salvador del imperio alemán»

6. Otón 1 «el Grande» (936-973)
Primero la espada
Protección de la Iglesia, guerra a los paganos
Los obispos, un instrumento provechoso de dominio
Bandas de príncipes y familias católicas: Baviera y los hermanos del rey se rebelan
«Solicitud por los parientes» y sus consecuencias: El levantamiento liudolfino
«Christi bonus odor» (buen olor de Cristo) o «un sacerdocio regio»
«Perlas amables» y una lucha de treinta años por el poder
La batalla de Lechfeld en 955, un «gran don del amor divino»
El obispo Pilgrim de Passau (971-991), un gran falsificador ante el Señor, se erige un monumento literario
Un esclavista y guerrero se convierte en el primer santo católico canonizado de forma oficial y solemne
«Patrón contra ratas y ratones», «el peligro del este» y los 29 apartados de los «huesos sagrados»
Establecimiento de la «colonización del este» alemana, o las «buenas obras» de los margraves Hermann Billung y Gerón
Otón inaugura la evangelización de los wendos y hace «allí tabla rasa»
Otón «el Grande» hace decapitar a 700 prisioneros de guerra eslavos y ordena el exterminio de los redaños
Favores sobre favores para la «capital del este alemán...»
Polonia confía las ovejas al lobo
Santa Olga (fallecida en 969)
San Vladimir, «el grande e igual a los apóstoles»
Política escandinava: ¿Guerra y negocio por amor de Dios?
Se anuncia la «edad tenebrosa»
El papa Sergio III, asesino de dos papas
Aparición del «gobierno romano de rameras»; el papa Juan X en el lecho y en el campo de batalla
Situación anárquica en Italia

185 *El rey Hugo hace valer su autoridad y enriquece a los suyos*
186 *Papas por gracia de Marozia y la noche de bodas del rey Hugo*
189 *Berengario II, rey de Italia*
192 *Juan XII convierte el amor en epicentro de su pontificado*
193 *Juan XII corona emperador a Otón I y éste otorga el Privilegium ottonianum*
195 *El papa conspira con todos los enemigos del imperio*
197 *Un «monstrum» es derribado del trono papal y muere de un «ataque de apoplejía»*
200 *Tumultos y horrores en Roma y en la historiografía*
203 *El clero, el principal apoyo y el beneficiario también en Italia.*
206 *El emperador consigue «uno de los objetivos más importantes de su vida en sus últimos años de gobierno»*

209 **7. El emperador Otón II (973-983)**
211 *Clérigos en la proximidad del soberano*
213 *Guerras por Baviera y Bohemia*
215 *Guerra por Lotaringia*
218 *Guerra en el norte*
222 *Capo di Colonne, la primera gran derrota de la dinastía otoniana*

227 **8. El emperador Otón III (983-1002)**
230 *El conflicto del trono por causa de Enrique el Pendenciero y de los obispos*
231 *En manos de mujeres piadosas y del clero*
234 *Entre dos santos y un futuro papa*
236 *«Nuestro eres tú...»*
237 *Escenas en torno a la santa sede*
242 *El arzobispo Giselher soborna, falsifica y cobra*
244 *Catorce años de guerra permanente contra los eslavos del Elba*
248 *« reunir las legiones», acción concertada en Gnesen en provecho de Roma*
253 *La disputa de Gandersheim*
259 *Notas*

15

CAPITULO 1. EL PELIGRO NORMANDO Y EL EMPERADOR CARLOS III EL GORDO

> «Pero Carlos, que llevaba el título de emperador, partió con un gran ejército contra los normandos y llegó hasta su fortificación: pero entonces le faltó el valor y por mediación de algunos consiguió mediante un tratado que Godofredo se hiciese bautizar con los suyos y logró tomar de nuevo como feudo Frisia y las demás posesiones que Rorich había ocupado.»
>
> *ANNALES BERTINIANI* [1]

> «Cuando el emperador tuvo conocimiento de sus astutos manejos y de todas sus maquinaciones, trató con Enrique, un hombre muy prudente, con el secreto propósito de eliminar mediante un ardid al enemigo, al que había invitado en la frontera extrema del imperio... decidió actuar con astucia más que con violencia.
> En consecuencia, despachó a los enviados con una contestación equívoca y les permitió regresar con Godofredo asegurándoles que por medio de sus emisarios daría a todos los asuntos de su misión una respuesta que satisficiese tanto a él como a Godofredo, sólo para que continuase siéndole leal.
> Después envió a Enrique para que tratase con aquel hombre y junto con él, a fin de ocultar el engaño que estaba en marcha, envió también al venerable obispo de Colonia Wiliberto...
> Y en efecto, Godofredo murió después de que Everardo le hubiese apaleado y los acompañantes de Enrique le atravesasen, siendo asesinados todos los normandos que se encontraban con él. Por consejo del mentado Enrique, sólo algunos días después Hugo fue atraído mediante promesas a Gondrevillc, donde alevosamente fue hecho prisionero y, por orden del emperador, el propio Enrique le sacó los ojos... Acto seguido fue enviado a Alamania. al monasterio de san Galo... Finalmente, en tiempos del rey Sventiboldo fue tonsurado por mi propia mano en el monasterio de Prüm.
>
> ABAD REGINO DE PRÜM [2]

17

MATAR «CON LA AYUDA DE DIOS» Y SER VENCIDO SIN ELLA

Durante casi dos decenios los ataques de los invasores quedaron frenados mediante el pago de tributos por parte de Carlos el Calvo. Pero desde 878-879 los golpes de mano volvieron a menudear. En su tiempo fue precisamente el rey inglés Alfredo «el Grande» —el que favoreció a la Iglesia con donaciones, fundaciones de

[1] Ann. Bertin. 882.

[2] Regin. chron. 885.

monasterios y el envío anual de dinero a Roma, germen de lo que luego sería «el óbolo de san Pedro»—, quien detuvo, al menos de momento, los continuos ataques de los vikingos mediante una reforma del ejército, bases de apoyo, fortalezas de refugio y grandes barcos.

Pero justo bajo la presión de los anglosajones, arreció entonces una nueva oleada normanda, el «gran ejército» que invadió Bretaña por mar y devastó «a sangre y fuego, sin encontrar resistencia, la ciudad de los morinos, Thérouanne. Y cuando vieron lo bien que les iba en los comienzos, recorrieron todo el país de los menapios arrasándolo a sangre y fuego. Después remontaron el Escalda y devastaron por completo a sangre y fuego todo Brabante». También fue incendiado por completo el rico monasterio de Saint-Omer. Cierto que el rey franco-oriental Luis III el Joven, vencedor de Andernach los expulsó; más aún, «con la ayuda de Dios» mató a muchos *(Annales Bertiniani),* mató «por mano de Dios a la mayor parte» *(Reginonis chronicá),* «a más de cinco mil» *(Annales Fuldenses).* Pero también murió Hugo, un hijo ilegítimo del rey; de lo contrario «habría obtenido una gloriosa victoria sobre ellos» *(Annales Vedastini).*

Pero muy raras veces fueron expulsados «y muertos», como se dice en los Anales de Fulda con un bello lenguaje cristiano, «por cuanto Dios les dio lo que se tenían merecido». Ocurrió más bien que el 2 de febrero de 880 los normandos aniquilaron por completo al ejército mandado por el duque sajón Bruno. Allí sucumbió éste, que era hermano de la reina, al igual que cayeron los obispos Teoderico de Minden y Markward de Hildesheim, once condes y dieciocho alabarderos reales con todas sus gentes.[3]

18

Hordas de normandos, que a finales del año 880 penetraron Rin arriba hasta la región de Xanten saqueándolo todo, acabaron reduciendo a cenizas el suntuoso palacio que Carlomagno había construido en Nimega. El 28 de diciembre las gentes del aquilón pegaron fuego al monasterio de Saint-Vaas, en Arras, incendiaron la ciudad y todos los palacios de la región, mataron, saquearon y recorrieron el país hasta el Somme, se llevaron hombres, ganados y caballos, devastaron todos los monasterios de Hisscar, todos los monasterios y lugares junto al mar, destruyeron Amiens y Corbie. reaparecieron en Arras «y mataron a cuantos encontraron, y después de haber asolado a sangre y fuego todo el territorio circundante regresaron sanos y salvos a su campamento» *(Annales Vedastini).*[4]

El 3 de agosto de 881, por lo demás, el joven rey franco-occidental Luis III (el hijo mayor del Tartamudo, de su primer matrimonio con Ansgarda) venció a los salteadores en Saucourt-en-Vimeu (cerca de Abbeville), en la desembocadura del Somme, y una antigua canción altoalemana, el «Ludwigslied». lo «inmortalizó». Compuesta en dialecto francorrenano, es la primera poesía rimada alemana en verso libre, la canción histórica más antigua de la literatura alemana.

Cierto que el desconocido valentón, probablemente un clérigo, difumina la realidad histórica y lo «realza» todo con un sentido cristiano, pero allí están los «héroes de Dios» *(godes holdon),* los francos, los combatientes elegidos del Señor,

---

[3] Ann. Fuldens. 880. Ann.Bertin. 880. Ann. Vedast. 879s. Ann. Fuldens. (Wien) 884. LMA 1409, V 2174. VI 1249. HEG I 619. 941. Bertram 46s. Riché, Dic Karolinger 253s. Ehlers 18.

[4] Ann. Bertin. 881. Ann. Vedasl. 880s. Mühlbacher II 377s.

que luchan contra los «hombres paganos» *(heidine man).* Se apresuran al combate cantando el «Kyrieleison» y Luis en persona avanza como heraldo del Altísimo, lleno de la «fuerza de Dios» *(godes kraft)* y, por supuesto, animado de un noble amor a los enemigos y de misericordia. «A unos los parte por medio, a otros los atraviesa» *(Suman thuruhskluog her, Suman thruhstah her).* Y es que quien confía en Dios sale siempre vencedor. Habría matado «a 9.000 jinetes» *(Annales Fuldenses).* «¡Gloria a ti, Luis, nuestro rey bendito!» *(Uuolar abur Hluduig, Kuning unsér sálig!).*[5]

Ahora, en cambio, avanzaban «las gentes paganas» al mando de sus príncipes Godofredo y Sigfrido. Con la flota y con un ejército reforzado con la caballería penetraron hasta el corazón del imperio franco-oriental, destruyeron Maastricht, Tongern y Lüttich, redujeron a cenizas las ciudades de Colonia y Bonn «con sus iglesias y edificios» *(Annales Fuldenses),* así como las fortalezas de Zülpich, Jülich y Neuss. En Aquisgrán convirtieron en establo de caballos la iglesia de Santa María, que contenía el sepulcro de Carlomagno, y prendieron fuego al magnífico palacio. Asimismo incendiaron los monasterios de Inden (Cornelimünster), Stablo, Malmedy y Prüm. A la insurrecta población rural la degollaron «como ganado bruto» (Regino de Prüm) y las oleadas de fugitivos llegaron hasta Maguncia.

19

Muertes principescas en Franconia oriental y occidental

Desde la cercana Frankfurt el rey Luis III, el vencedor de Andernach, ya enfermo de muerte, envió un ejército contra los intrusos. Pero el 20 de enero de 882 murió el rey «por la Iglesia y por el Imperio», y supuestamente «tras una vida sin ganancia para sí» *(Annales Bertinianí),* y entonces sus tropas regresaron, cuando ya se encontraban ante el campamento fortificado de Elsloo, perseguidas de nuevo por los normandos, que celebraron la muerte de Luis y avanzaron entre incendios y saqueos hasta Coblenza para remontar después el Mosela. El 5 de abril, «día de la santísima Cena del Señor», cayeron sobre Tréveris, ciudad que saquearon «e incendiaron por completo, después de haber expulsado a parte de su población y haber asesinado a los restantes» *(Annales Fuldenses).* Cuando avanzaron contra Metz, Wala obispo del lugar, sucumbió «en la batalla» (Regino de Prüm).

Por el oeste Luis III, el rey franco-occidental, estaba ya en camino para detener a nuevas hordas enemigas en la región del Loira; pero murió el 5 de agosto de 882, cuando apenas contaba veinte años de edad (al parecer, «en un juego», *locando,* según cuentan los *Annales Vedastini,* mientras perseguía a una muchacha a caballo y tras chocar violentamente contra el dintel de la casa paterna de la moza). Es verdad que su hermano Carlomán continuó la lucha con varia fortuna y mediante el pago enorme de 12.000 libras de plata; pero en diciembre de 884, con sólo dieciocho años, también murió víctima de un accidente de caza en el bosque de Bézu (cerca de Andelys), no por la acometida de un jabalí, como se dijo en un primer momento, sino, como aseguran los analistas, por la acción «involuntaria» de un compañero de caza, de uno de los hombres a su servicio «que pretendía ayudarle». Ambos reyes fueron

[5] Ann. Fuldens. 881. Ann. Bertin. 878s. Frenzel 9. Kíndlers Literatur Lexikon IV 1695s. v. Wilpert III 834.

inhumados en Saint-Denis. Cierto que Luis II el Tartamudo tuvo otro hijo de su mujer Adelaida; pero como éste, que luego se llamó Carlos III el Simple, era todavía un niño de cinco años, los grandes del país pusieron su esperanza en la ayuda de Carlos III el Gordo y lo invitaron a Franconia occidental.[6]

Carlos el Gordo, al que todo le cupo en suerte y en todo fracasó

Carlos III el Gordo (839-888), hijo menor de Luis el Germánico, al que los historiadores le dieron el sobrenombre de «el Gordo» *(Crassus)* sólo en el siglo XII pretendiendo con ello expresar su escasa energía, era el heredero de la porción más pequeña del imperio —Alamania y Alsacia— y en los comienzos obtuvo éxitos extraordinarios. Pero simplemente tuvo suerte. Sin ambición, sin afán de heroísmo, sin ansias de poder, todo le llegó como por su propio peso: en 880 Italia, en 881 la corona imperial y más tarde toda Franconia oriental.

20

Desde 876 asentado únicamente en la pequeña porción imperial de Suabia, tras la muerte de sus hermanos —el enfermo rey bávaro Carlomán, que en su último documento de 879 había renunciado en favor de Carlos, y el rey Luis III el Joven, que murió el 20 de enero de 882 en Frankfurt del Main sin herederos— gobernó también sobre los *regna* de éstos. Y a la muerte de los dos reyes franco-occidentales, Luis III, el vencedor de Saucourt, el 5 de agosto de 882 y su hermano Carlomán en diciembre de 884 —aquél, soberano del norte, y éste del sur del imperio occidental—, Carlos III también allí fue reconocido como emperador. En 885 se le sometieron en el palacio de Ponthion todos los grandes, laicos y eclesiásticos, con lo que el imperio franco volvió a surgir en toda su amplitud.[7]

Por lo demás Carlos el Gordo no combatió a los sarracenos, como el papa esperaba, sino a los normandos, como se le pedía de continuo desde el norte de los Alpes. Y, naturalmente, combatió a su manera. Regresando de Italia hizo que primero le rindieran vasallaje en Baviera y después en Worms, antes de que en julio de 882 pusiese cerco, con un poderoso ejército en el que figuraban hasta tropas longobardas, al campamento normando de Asselt (Elsloo), en el curso inferior del Mosa. Pero ni siquiera cuando un incidente favorable vino en su ayuda con el estallido de una terrible tormenta que abrió brecha en el atrincheramiento amurallado, tocó alarma, sino que 12 días después empezó a negociar con los normandos y compró su retirada haciéndoles grandes concesiones.

A cambio de un juramento de vasallaje y de la promesa del príncipe Godofredo de que se haría cristiano, Carlos le entregó la provincia de Frisia. Godofredo, que estaba emparentado con la dinastía real danesa y a quien la fuentes a menudo llaman rey, fue «sacado de la sagrada fuente» personalmente por el emperador y hubo de desposar a Gisla, hija ilegítima de Lotario II y de Waldrada. La tentativa de integrar al príncipe en la dinastía carolingia tuvo un desenlace sangriento. Y según informa el abad

[6] Ann. Fuldens. 881s. 884 (Wien). Ann. Bertin. 881s. Ann. Vedast. 882,884. Regin. chron. 881s. 884. LMA V 997, 2177. Mühlbacher II 379ss. 388ss. Riché, Die Karolinger 253s.

[7] LMA V968s. 2176. Mühlbacher II 381ss. Riché, Die Karolinger 255s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 76s. 79. Brühl. Deutschland-Frankreich 366ss.

Regino, el rey Sigfrido, junto con los demás normandos, recibió «una cantidad incontable de oro y plata»; «muchos miles de libras de plata y oro», al decir de los *Annales Bertiniani,* según los cuales el piadoso emperador «las había tomado del tesoro de San Esteban de Metz y de otros santos y permitió que continuaran como hasta ahora asolando su parte imperial y la de su primo».

Abiertamente fue entonces acusado el archicanciller del emperador y obispo de Vercelli, Liutwardo, de haber sido corrompido por el enemigo y de haber mediado en el acuerdo con el conde Wicberto.

21

(En 887 el mismo príncipe eclesiástico perdió sus cargos palatinos por su adulterio con la emperatriz, pasándose después al bando de Arnulfo de Carintia, enemigo de Carlos; en 899 los húngaros lo mataron a palos.)[8]

Con todo lo cual ciertamente no cesó el azote normando, al menos en el imperio occidental.

CUANDO LOS CRISTIANOS TIENEN QUE SOPORTAR LO QUE ELLOS HACEN A OTROS…

Quien lee los *Annales Vedastini,* obra de un monje del monasterio de Saint-Vaast, en Arras, y descubiertos a mediados del siglo XVIII, se encuentra de continuo con esa miseria, expresada de una forma monótona y gramaticalmente lastimosa. Hablan siempre de «devastación y de asesinatos con incendios» por parte de los salteadores paganos aludiendo una y otra vez a su «sed de sangre humana». Día y noche no dejan de matar «al pueblo cristiano», «pegan fuego a monasterios e iglesias de Dios» y «llevan a cabo sus correrías de manera habitual...».[9]

Todo el mal y desolación que los cristianos provocaron en otros territorios siglo tras siglo lo sufren ahora en sus propias carnes. Y naturalmente sus lamentaciones no tienen fin. Por doquier saqueos, destrucción, esclavizamiento y exterminio. Por doquier monasterios e iglesias reducidos a cenizas, asesinatos de rehenes, gentes que huyen en desbandada y son aniquiladas. Así, «en el año del Señor de 882»: «... y los normandos... arrasaron monasterios e iglesias, mataron a espada o por hambre a los servidores de la palabra divina o los vendieron al otro lado del mar y mataron a los habitantes del país sin encontrar resistencia». Así, «en el año del Señor de 884»:

«Pero los normandos no cesaron... de matar, de destruir iglesias, abatir murallas e incendiar aldeas. En todos los campos yacían los cadáveres de clérigos, de nobles y otros laicos, de mujeres, jóvenes y lactantes». O en 885: «Después empezaron de nuevo los normandos a causar estragos, con su sed de incendios y de muerte...».[10]

---

[8] Ann. Fuldens. (Wien) 882. Ann. Bertin. 882. Ann. Vedast. 882. Regin. chron. 882. LMA V 2042. Mühlbacher II 385ss. Riché. Die Karolinger 255s. Hartmann. Herrscher der Karolingerzeit 77s.

[9] Ann. Vedast. 879s. 884.

[10] Ibíd. 882ss.

De bellis parisiacis o «Nada de lo que habría sido digno de la majestad cesárea»

En noviembre de 885 el «gran ejército» de los invasores se presentó ante las puertas de París. Según parece habían remontado el Sena con incontables barcos pequeños y 700 naves grandes, que transportaban una fuerza de 40.000 hombres. Posiblemente se trataba de un acto de venganza por el asesinato alevoso de su rey Godofredo en mayo de aquel mismo año, cuando también a Hugo le sacaron los ojos.

22

Junto con el conde Odón de París, que posteriormente sería rey, al principio tomó el mando de la ciudad sitiada el obispo Gauzlin (del ilustre linaje de los Rorgonidos, en tiempos uno de los más íntimos de Carlos el Calvo, archicanciller y desde 884 prelado de París). El famoso asedio lo cantó un testigo presencial, el monje Abbón en su epopeya *De bellis parisiacis.* Al enfermar y morir Gauzlin, otro clérigo militar, el abad Ebolo de Saint-Germain-des-Prés, continuó la defensa, que se hizo cada vez más difícil, sobre todo cuando el único ejército franco-oriental enviado para romper el cerco a las órdenes del tristemente famoso conde Enrique abandonó el campo sin haber logrado su objetivo. Los normandos incendiaron todo el territorio circundante según todas las reglas del «arte de la guerra» y en sus asaltos a la ciudad no retrocedieron ante crueldad alguna. Parece que hasta degollaron a sus prisioneros llenando los fosos con sus cadáveres. Como quiera que fuese, «por ambos bandos hubo muchos muertos, aunque fueron todavía más los heridos inutilizados para la lucha»; los normandos «continuaron día tras día el asalto», asediaron París «sin descanso con los más variados recursos de armas, máquinas y arietes; mas como todos ellos [los sitiados] clamaron a Dios con gran fervor, siempre fueron salvados; y la lucha se prolongó en diversas formas aproximadamente ocho meses antes de que el emperador acudiera en su ayuda» *(Annales Vedastini).*[11]

Pero ninguna ayuda fue suficiente, ni la que aportaron las tropas de varios condes ni las tropas eclesiásticas. Walo de Metz, «quien contra la sagrada institución y su dignidad episcopal empuñó las armas y marchó a la guerra», cayó «el año del Señor de 882» huyendo de los normandos. Una y otra vez leemos que no llegó ninguna ayuda, que no hubo resistencia por parte de nadie *(nemine sibi resistente)* o que se avanzó militarmente, pero «sin ningún resultado próspero o provechoso» *(nil prospere vel utile)* y sin que se llevase a cabo «nada digno de memoria» *(nihil dignum memoriae),* si es que no se dice de inmediato: «Y no realizaron allí nada provechoso, sino que regresaron con gran oprobio a su país». Y todo «porque en vez de dar un golpe afortunado, apenas lograron salvarse en una vergonzosa huida, con lo que en su mayoría fueron hechos prisioneros y ejecutados» *(Annales Vedastiní)*.[12]

También el emperador defraudó en general.

Por fin llegó, en octubre, y acampó en la colina de Montmartre. Era un ejército inmenso, pero el general en jefe, el conde Enrique, que personalmente era un verdugo y asesino taimado, cayó con su caballo en una trampa de los normandos y allí murió,

---

[11] Ibíd. 885s. Regin. chron. 887. LMA IV 1146. Mülbacher II 403ss. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 78. Riché, Die Karolinger 256s.

[12] Ann. Vedast. 880,882s. 885. Véase año: «nil utile..» Ann. Bertin. 882. Regin. chron. 882. Mühlbacher II 401.

pues los suyos le dejaron en la estacada. Carlos no pudo resolver nada. Durante semanas estuvo inactivo y «en aquel lugar no llevó a cabo nada de lo que habría sido digno de la autoridad cesárea». Incluso cuando se dijo que ya avanzaba Sena arriba un ejército de socorro al mando del rey normando Sigfrido, rescató París y abandonó «al saqueo» de los normandos los territorios de más allá del Sena, «porque los habitantes de los mismos no querían obedecerle» (Regino de Prüm).

23

También abandonó Borgoña en manos del enemigo del país, que la sometió a extorsión, mientras que de momento él continuó en el oeste. Pero el rey Sigfrido penetró ya en el Oise y marchó detrás de Carlos «devastándolo todo a sangre y fuego; cuando el emperador lo supo —y el fuego le llevó la noticia sin dejar ninguna duda— , regresó a toda prisa a su país». Después Sigfrido prosiguió a conciencia su obra de destrucción. Y también al año siguiente (887) llevaron a cabo los normandos, «según su costumbre, las correrías de castigo hasta el Saona y el Loira... convirtiendo el país en un desierto con los incendios y muertes» *(Ánnales Vedastiní).* Pero el rey Sigfrido regresó en otoño a Frisia, donde lo mataron.[13]

La providencia divina opera alevosamente: Final del dominio normando en Frisia

A veces efectivamente se dieron algunos triunfos.

Por ejemplo, frente a Godofredo. En virtud de su acuerdo con Carlos del año 882, se había hecho cristiano, había desposado a Gisla, hija del rey Lotario II (y de Waldrada), y se había convertido en soberano del territorio que corresponde aproximadamente al de la Holanda actual. Cuando se le inculpó de haber conjurado contra el imperio con su yerno Hugo, hijo ilegítimo del rey Lotario II y hermano de Gisla, «Dios estuvo contra él y el Señor le dio el premio merecido» *(Annales Fuldenses).*

La providencia divina no operaba abiertamente.

El emperador —padrino de Godofredo— lo hizo asesinar por uno de sus acusadores: el conde franco-oriental Enrique, hermano de Poppo. Enrique, «un varón muy prudente», que evidentemente ideó el plan, y Wiliberto, «el venerable obispo de Colonia» (Regino de Prüm), se encontraron con el ingenuo Godofredo «el año de la encarnación divina de 885» en la isla de Betuwe (entre el Bajo Rin y Waal). Al segundo día de las «negociaciones» el obispo Wiliberto llamó de la isla a la esposa de Godofredo, Gisla, «para estimular su celo por la paz» en otros lugares. Y mientras tanto, justo en el curso de los esfuerzos pacifistas del obispo en otros lugares, los acompañantes de Enrique degollaron secretamente al rey. Y no sólo eso. también fueron «acuchillados todos sus acompañantes, todos los normandos que se encontraban en Betuwe».

24

Al cabo de sólo unos días, y por consejo del mismo Enrique, también atrajeron con halagos a Hugo, que «se había conducido imprudentemente con el reino del emperador» *(Annales Fuldenses),* hasta el palacio imperial de Gondreville. Y el noble

[13] Ann. Vedast. 886s. Regin. chron. 887. Ann. Fuldens. (Wien) 886. (Altaich) 886.

conde le sacó personalmente los ojos al tiempo que privaban de sus feudos a todos sus seguidores. Más tarde el abad Regino, que es quien cuenta todo esto, tonsuró por su propia mano a Hugo en el monasterio de Prüm, donde ya su abuelo, el emperador Lotario I, había terminado su vida como monje. Hugo murió a los pocos años, mientras que su hermana Gisla. viuda de Godofredo, terminó sus días en el monasterio femenino de Nivelles, cerca de Namur.[14] Un linaje piadoso.

Por otra parte, también el régimen normando de Frisia llegó a su fin. En el norte fueron derrotados en su lucha con los frisones «y muchísimos de ellos fueron muertos». Y en el año de la muerte de Godofredo vuelven a informar los Anales de Fulda: «Finalmente, los cristianos provocaron entre ellos tal baño de sangre que de tan gran multitud sólo unos pocos sobrevivieron. Después los mismos frisones tomaron al asalto sus naves y hallaron tantos tesoros de oro y plata y tantos utensilios de toda índole que todos, desde el más humilde al más encumbrado, se hicieron ricos». El viejo sueño de todos los hombres, y también de los cristianos: ¡tesoros de oro y plata! Como si no fuera más fácil que un camello pase por el agujero de una aguja... En cualquier caso «el dominio normando en Frisia terminó sin dejar huellas palpables» (Blok).[15]

Mas para entonces, en la Alta Edad Media, los «hombres del aquilón» habían llegado a muchos países, entre los que se encontraban Islandia y Groenlandia, España, Marruecos, Rusia, Bizancio, y la Iglesia los combatió en todas partes, de forma cruenta e incruenta, a través de analistas, autores, obispos y papas. Pero cuando en los siglos XI y XII crearon los mejores ejércitos de caballería en Europa, cuando se convirtieron en los jinetes más arrojados, los constructores más moderaos de fortificaciones (desde mediados del siglo XI desarrollaron la fortaleza con muro y fosos), cuando en Sicilia armaron una poderosa flota de guerra y tuvieron en Jorge de Antioquía a uno de los almirantes más capaces de la Edad Media y cuando asumieron el mando militar, entonces el papado se pasó a su bando y no sólo jugaron un gran papel en las cruzadas, sino que además, al ser «un pueblo avezado en la guerra», como decía Guillermo de Malmesbury, que «apenas podía vivir sin guerrear», se hicieron imprescindibles para los representantes de Cristo.[16]

Sin embargo, durante el gobierno de Carlos III el Gordo no sólo se le reprochó al soberano su escaso espíritu de lucha frente a los normandos, sino que al mismo tiempo creció la inseguridad en el interior, se multiplicaron los salteadores de caminos, los robos a plena luz del día y las inveteradas luchas de familias, también y precisamente, en el imperio franco-oriental, lo que en modo alguno contribuyó a fortalecer el prestigio del emperador.

25

Política interna, hasta la amputación de los órganos genitales, «de modo que tampoco quedaba ninguna huella...»

[14] Ann. Fuldens. 882s. 885. Regin. chron. 885. HEG I 620. Mühlbacher II 398ss. Hartmann. Herrscher der Karolingerzeit 78.

[15] Ann. Fuldens. (Wien) 85. LMA IV 1597 (Blok).

[16] Montgomery I 164ss. 170ss. 182s. Tellenbach, Europa 445s.

Así en 882 estalló una contienda sangrienta entre sajones y turingios, entre Poppo, conde de la Marca Sorbía, y el conde franco Egino, sin que sepamos el motivo de tal guerra, sino simplemente que «Poppo con los turingios sufrió graves pérdidas». También al año siguiente la misma fuente informa de un modo lacónico sobre «una guerra cruel», que también perdió Poppo «como ya venía siendo habitual» *(prout antea solebat).* Huyó «con apenas algunos hombres, mientras que todos los demás sucumbieron». Por otra parte, en el año 880 obtuvo grandes éxitos contra los eslavos, contra dalemincios, bohemios, sorbios «y demás vecinos de alrededor».

«Con la confianza en la ayuda de Dios los derrotó de tal modo que de aquella gran muchedumbre no quedó ninguno» *(Annales Fuldenses).* Perdió la vida en 892.[17]

En la Marca Oriental, el conde Aribo llevó a cabo, a lo largo de dos años y medio, una guerra sangrienta contra los hijos de sus predecesores en el cargo, los margraves Guillermo y Engilscalco, caídos en 871 luchando contra los moravos. Para ello el *«marchio»* hasta se alió con el duque moravo Swatopluk, vasallo del imperio, que le ayudó militarmente varias veces. Y tras la expulsión de Aribo en 882 por los hijos de los margraves, Swatopluk atacó repetidamente la Marca Oriental y degolló «inhumano y sanguinario como un lobo». En 884 Panonia fue saqueada hasta el Raab y la mayor parte del país fue «devastado, destruido y aniquilado a sangre y fuego». En efecto, los moravos irrumpieron allí de nuevo el mismo año «a fin de que, si había quedado algo, devorarlo ahora por completo con la furia de un lobo». También fueron arrasadas todas las posesiones de los hijos de los margraves. Los dos mayores, Megingoz y Poppo, perecieron en su huida ahogados en el Raab. Pero a Werinhar, uno de los hijos de Engilscalco, y a su pariente el conde Wezzilo los mutilaron cortándoles la mano derecha, la lengua y «las partes vergonzosas o los genitales, de modo que no quedó rastro alguno. También algunas de sus gentes regresaron sin la derecha y sin la izquierda». «Siervos y criadas fueron asesinados con sus hijos... Todo esto sucedió sin duda por la misericordia o por la cólera de Dios» *(Annales Fuldenses).* Y ocurrió sin ninguna exigencia de reconciliación por parte del emperador. A él le bastaba el vasallaje de los moravos y su juramento de «mientras viva Carlos no invadir nunca su imperio con un ejército enemigo».

26

Entretanto, la estrella del monarca se hundía cada vez más; la inmensa felicidad de los comienzos de su carrera política se fue desvaneciendo progresivamente. Cierto que, después de la muerte del rey Bosón de Vienne el 11 de enero de 887, también la Provenza, último país que todavía estaba fuera del imperio, regresó formalmente en la primavera de 887, en Kirchen, a la soberanía feudal del emperador, a cambio de lo cual adoptó a Luis, hijo menor de Bosón (y de la hija del rey Luis de Italia). Pero todo ello pesó poco en la balanza frente a su comportamiento con los normandos, su retirada de París, que todos le recriminaron, su entrega de Borgoña y otras devastaciones de los piratas toleradas por largo tiempo, así como su actitud frente a los sucesos escandalosos de su entorno inmediato, especialmente la caída de su archicanciller Liutwardo (fallecido en 899).[18]

---

[17] Ann. Fuldens. 880, 882s. 892. Véase también la nota siguiente.

[18] Ann. Fuldens. 884 (Altaich), 887 (Altaich). Regin. chron. 887. LMA I 929, V 2042. Mühlbacher II 393ss. 397. Mitterauer 188ss. Stormer, Früher Adel 192s. 227s.

El obispo Liutwardo de Vercelli, celebrado y quemado vivo

Este hombre, un suabo de familia muy humilde, según lo presentan las fuentes hostiles, fue monje en Reichenau (un monasterio que a lo largo del siglo x sólo acogía a miembros de la nobleza) y canciller de Carlos ya en su época de rey de Suabia. El arribista aprovechó la carrera de su protector y en 879-880 fue nombrado obispo de Vercelli, archican-ciller y archicapellán de Carlos, llegando a ser su consejero más influyente hasta acabar siendo «honrado y temido por todos, más que el propio emperador» *(Annales Fuldenses).* El advenedizo clerical llegó a disponer de riquezas incalculables al tiempo que se preocupaba solícitamente de sus allegados: un hermano, Chadolt, fue nombrado obispo de Novara en 882, y un sobrino, llamado Liutwardo como él, obtuvo algo más tarde el obispado de Como.

De resultas de su progresiva enfermedad hereditaria, el emperador entregó cada vez más el gobierno a Liutwardo, que acabó por tener en sus manos casi todos los hilos: presidió todas las delegaciones importantes y llevó sobre todo las negociaciones con el papa; en una palabra, el obispo fue «el ministro todopoderoso al lado del soberano débil», fue «sin más, el director de la política de Carlos III» (Schur), «la figura clave... de su gobierno» (Fleckenstein).

Pero poco a poco el obispo Liutwardo fue provocando la cólera creciente de amplios círculos. No sólo porque intentó eliminar a cuantos eran del bando del emperador, ni por su política de abandono frente a los normandos en Elsloo, donde parece que fue sobornado por ellos, sino también por su codicia, por su nepotismo y, sobre todo, por su política genealógica con la que hizo raptar a muchachas de las familias más ilustres de Suabia y de Italia para entregárselas por esposas a sus parientes. Ordenó incluso una irrupción en el monasterio femenino de San Salvatore de Brescia para raptar a una hija del margrave Unruoch de Friuli, nieta de Luis el Piadoso por línea materna, y entregársela a un sobrino... Un partido brillante sin duda. «Pero las monjas de aquel lugar se entregaron a la oración y rogaron al Señor que vengase la afrenta inferida al lugar santo. Su plegaria fue escuchada de inmediato, pues el que pretendía consumar el matrimonio con la muchacha del modo habitual murió aquella misma noche y la muchacha permaneció intacta. Esto le fue revelado... a una monja de dicho monasterio» *(Annales Fuldenses).*[19]

27

Al tío de la raptada, el margrave Berengario de Friuli, la muerte repentina del sobrino del obispo la misma noche de bodas no le pareció suficiente. Marchó a toda prisa a Vercelli «y, llegado allí, robó de las cosas del obispo cuantas deseó». Y no sólo eso. Hasta de acusó de «herejía» a Liutwardo en el sentido de que «empequeñecía a nuestro Redentor afirmando que era uno por la unidad de substancia, no de persona» *(Annales Fuldenses).* También se le acusó de adulterio, cometido con la emperatriz en persona. Y todo ello se expuso a la luz pública en el verano de 887, en la dieta imperial de Kirchen (en Lórrach).

---

[19] Ann. Fuldens. (Wien) 887. LMA V 2042, VII 612s. Mühlbacher II 408s. Schur 31ss. Hartmann. Herrscher der Karolingerzeit 77.

Pero Carlos el Gordo no sólo era tranquilo por naturaleza y hombre sin ambición; también era un enfermo físico, y tal vez psíquico. En la primavera, durante su estancia en el palacio de Bodmann, su enclave preferido junto al lago de Constanza, mandó que le hicieran «una incisión en la cabeza *(incisionem)* por el dolor que sentía»; una falsa traducción menos dramática sugiere que no se trató de una trepanación.

En cualquier caso, el emperador era casi incapaz de gobernar (destino, por cierto, de muchos gobernantes). Y en aquella situación fatal también entregó a su primer hombre a la furia y al desencanto general. Sin mediar palabra con Liutwardo, le privó de muchos feudos «y como a un hereje odiado de todos lo expulsó con oprobio del palacio; pero aquél huyó a Bavicra junto a Arnulfo y con éste pensó en cómo arrebatar el gobierno al emperador...».[20]

VEINTICINCO AÑOS DE MATRIMONIO JOSEFINO; SUPERADA LA PRUEBA DE FUEGO

Pero el ilustre matrimonio no quiso que el adulterio recayese sobre ellos. Y así, Carlos, a los pocos días, llevó a su esposa Richardis «ante la asamblea imperial por el mismo asunto y, parece maravilloso —escribe maravillado el abad Regino—, la emperatriz confesó abiertamente que él jamás se había unido con ella en abrazo carnal, aunque ella hacía más de diez años que vivía en su compañía por matrimonio legalmente celebrado».

28

¿Más de diez años? Veinticinco años, pues ya en 862 Carlos el Gordo había desposado a la hija de Erchanger, conde de Alsacia y Brisgovia. Un cuarto de siglo de matrimonio como hermanos. No, algo todavía más hermoso y puro: «Ella afirmó incluso que no sólo había permanecido libre de su unión sino de toda unión con varón *(omni virili commixtione),* ensalzó la inviolabilidad de su doncellez y se ofreció confiada, si era voluntad de su marido, a demostrarlo mediante el juicio de Dios omnipotente, o bien mediante un duelo o mediante la prueba de las rejas de arado incandescentes, que era una mujer consagrada a Dios». Por ello, después de la separación la emperatriz Richardis se retiró al monasterio de Andlau en Alsacia, que ella había construido en sus posesiones, para no servir más a la vanidad de ningún hombre, sino «para servir a Dios», como dice el abad Regino.[21]

El emperador renunció generosamente a una prueba de la doncellez de Richardis mediante un duelo legal o mediante las rejas de arado incandescentes.

Mas la propaganda eclesiástica se adueñó del maravilloso caso de pureza y, adornándolo con datos fantásticos, hizo que la calumniada emperatriz superase gloriosamente la prueba del fuego. Incluso el *Martyrologium Germaniens* (editado con *Imprimatur* de 6 de mayo de 1939) insiste en la superación de dicha prueba. También se viene exhibiendo durante siglos (en el monasterio de Etival) una camisa de baño que, ceñida al cuerpo desnudo de la heroína puesta a prueba, está tostada en

[20] Ann. Fuldens. (Altaich) 886. Ann. Fuldens. (Wien) 887. Regin. chron. 887. Mühlbacher II 409. Konecny 147s. Oesterle 445ss. Riché, Die Karolinger 257.

[21] Regin. chron. 887. LThK VIII1 878.

los cuatro extremos, pero ni ardió ni tampoco quemó el cuerpo virginal de la emperatriz. Y mientras que el calumniador expía en la horca la sucia mentira, la pobre Richardis (aunque no tan pobre, pues ya a finales de la década de los setenta había recibido una serie de monasterios femeninos) «distribuye a los pobres y monasterios todo cuanto todavía le quedaba».

Y también ella entró en un monasterio viviendo ya exclusivamente para la salvación, de su alma, la humildad y la oración. Por lo que Dios glorificó su sepulcro con milagros y en 1049 el santo papa León IX honró su venerable cadáver, «lo que equivalía a una canonización», según escribe el sacerdote capuchino P. Wilhelm Auer von Reisbach en su *Heiligen-Legende,* editada «con aprobación del Excelentísimo Obispo Ordinario de Augsburgo y con permiso de los Superiores». Y a renglón seguido nos recomienda la oración litúrgica: «Oh Dios, que liberaste a tu santa virgen Richardis de las calumnias de los hombres y la coronaste de gloria eterna, te rogamos nos concedas que, siguiendo su ejemplo y por su intercesión, de tal modo amemos al prójimo de palabra y obra, que obtengamos las recompensas del amor eterno. Amén».

29

Anotemos de paso la bella expresión: siguiendo su ejemplo, de tal modo amemos al prójimo de palabra y obra... Ello no induce a pensar en el pobre Carlos el Gordo. ¡Y tras veinticinco años de matrimonio virginal con una santa —¡dónde queda la paridad!— ni siquiera se le beatifica! Cierto que según el mentado sacerdote capuchino Wilhelm Auer von Reisbach: «Él fue debilitándose cada vez más en el espíritu... y expulsó a la noble mujer, aunque ella se declaró dispuesta a todas las pruebas de su inocencia y pureza».[22]

Con alguien como Carlos el Gordo, que en cada vileza perdía de inmediato los nervios, ciertamente los mojigatos tienen poco que hacer. Ni tienen mucho más los historiadores. Unos y otros exaltan a personajes de otra índole, a hombres con fuerza y sobre todo con fuerza de penetración, a tipos, por ejemplo, con el carácter criminal de Carlos I «el Grande», a bandidos estatales, devoradores de pueblos, azotes de la humanidad, grandes caudillos que saquean cientos de miles de kilómetros cuadrados y pasan sobre los cadáveres como sobre basura, caníbales de estatura secular, terroristas de la historia universal. A eso se llama política universal de los carolingios, mientras que Carlos III el Gordo será siempre «doblemente fracasado» *(Handbuch der Europaischen Geschichte),* y los historiadores en toda regla nada aborrecen más que la debilidad y el fracaso y nada estiman más que la fuerza y el éxito, cualquiera sea su precio. Por el contrario, cuanto mayor es el precio, mayores son las alabanzas.[23]

«Golpe de estado» de Arnulfo y rápido final de Carlos

En junio de 887 Liutwardo de Vercelli fue relevado por su antagonista, el arzobispo Liutberto de Maguncia (863-889), un gallardo debelador de normandos, de los que abatió unas veces «no pocos» y otras «muchísimos» *(Annales Fuldenses):*

[22] LThK VIII1 878. Keller, Reclams Lexikon 436s. Mühlbacher II 410. Thrasolt 522s. Auer, Heiligen-Legende 523. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 78s.
[23] HEG 621.

pero a quien la misma fuente católica llega incluso a calificar de «paciente, humilde y bondadoso», lo que desde el punto de vista cristiano armoniza perfectamente bien. Liutwardo, en tiempos archicapellán de Luis el Germánico y de Luis el Joven, al ser depuesto como canciller buscó refugio en el duque Arnulfo de Carintia. Y el arzobispo Liutberto de Maguncia, que todavía en 887 llegó a ser el consejero más importante del emperador, pronto hizo lo mismo. Su cambio de partido en la asamblea imperial de Tribur, que asimismo estableció la monarquía de Arnulfo, decidió la deposición de Carlos, pero el arzobispo hubo precisamente de «mejorar... su posición maltrecha» (W. Hartmann). ¿Y no se habría comportado con el nuevo señor exactamente igual que antes, de no haber muerto ya en febrero de 889?

30

La sublevación de Arnulfo, su «golpe de estado», empezó al inducir a los bávaros a la defección, y muy pronto marchó con ellos y sus tropas carintias a Frankfurt, donde los franco-orientales, y sobre todo los Con-*radinos, lo* nombraron rey en noviembre de 887. Carlos *evitó al que se* acercaba retirándose a Tribur; pero su tentativa de reclutar en la dieta imperial una fuerza de choque contra Arnulfo fracasó lastimosamente. En torno suyo estalló una poderosa conjuración de la nobleza, que lo forzó a abdicar. Y hasta los alamanes en bloque lo dejaron en la estacada. La corte se disolvió e incluso sus servidores lo abandonaron. La gente se pasó «a porfía» al bando de Arnulfo, escribe el abad Regino, «de modo que a los tres días apenas quedó nadie que le prestase simplemente los servicios de la caridad humana». Un cristianismo práctico (en el doble significado de la palabra).

Y como siempre los obispos desertaron en tropel. En efecto, prestaron vasallaje a Arnulfo «sin excepción y complacientes» (Dümmler). A los dos meses de la deposición de Carlos se presentaba ya ante el nuevo soberano su notario y canciller, el obispo Waldo de Freising. Tampoco la gran asamblea, que se reunió medio año después en Maguncia, tuvo una sola palabra de desaprobación sobre la caída del emperador, a juzgar por las actas sinodales. Todo lo contrario. El sínodo —que una vez más se explaya largo y tendido sobre las inmensas posesiones eclesiásticas y sobre la entrega de los diezmos al clero (cánones 6,11,12,13,17, 22), a la vez que contra la lascivia de los clérigos (algunos de los cuales hasta habían tenido hijos con sus hermanas, hacia 10)— ordena ya desde su canon 1 la plegaria de todos por el nuevo rey Arnulfo y por su esposa.

Naturalmente tampoco resolvió nada el que Carlos enviase al sobrino rebelde el trozo de la supuesta «madera de la Santa Cruz de Cristo», sobre la que en tiempos Arnulfo le había jurado lealtad, «a fin de que, reflexionando sobre sus perjurios, no actuase contra él con tanta crueldad y barbarie». Pues aunque al parecer también el desvergonzado príncipe vertió lágrimas a la vista de la reliquia, naturalmente «dispuso a su arbitrio del imperio» *(Annales Fuldenses).* Así y todo, el arzobispo de Maguncia. Liutberto, no dejó de proporcionar al emperador «convertido en mendigo» el mínimo para vivir, hasta que el nuevo soberano concedió al depuesto —y tras habérselo éste mendigado— un par de palacios en Alamania «por misericordia... y en usufructo hasta el fin de sus días...».[24]

[24] Ann. Fuldens. 883, 885, 887 (Wien), 887 (Altaich). Ann. Vedast. 887s. Regin. chron. 887. 889. LMA V 2039. Dümmler III 300ss. 306s. Mass 77s. 80s. Riché, Die Karolinger 257. Hartmann. Die Synoden 361ss. Id., Herrscher der Karolingerzeit 84. Fricd. DerWeg 429ss.

Pero el final de sus días le llegó sorprendentemente pronto al emperador Carlos III, que moría el 13 de enero de 888, abandonado de todos, en Neudingen, en el curso superior del Danubio; según los *Annales Vedastini* «fue estrangulado por los suyos», lo que no resulta imposible. «En cualquier caso, terminó pronto su vida presente, para alcanzar la celestial, según creemos.» Los Anales de Fulda, sin embargo, presentan así el hecho: «... pues sólo unos días permaneció lleno de piedad en los lugares que el rey le había otorgado, y pasado el Nacimiento de Cristo acabó felizmente su vida el 13 de enero; y mientras lo inhumaban honrosamente en la iglesia de Reichenau muchos de los espectadores vieron el cielo abierto...» (las permanentes mentiras cristianas). Y entretanto el vencedor se dejaba cortejar por la nobleza franco-oriental y eslava en Ratisbona «y allí mismo celebraba dignamente el Nacimiento del Señor y la Pascua».

31

Tras la desaparición del último soberano sobre el conjunto del imperio carolingio surgen, ahora para siempre, los reinos como fragmentos del imperio. El único carolingio bajo los nuevos gobernantes fue Arnulfo de Carintia, aunque fuese un vastago ilegítimo de la dinastía y, por lo mismo, con un derecho al menos dudoso al trono. Los franco-occidentales nombraron rey al conde Odón de París, el legendario defensor de la ciudad. En Borgoña fundaba un nuevo reino el güelfo Rodolfo (888). Y en Italia se disputaban el poder dos miembros de la alta nobleza franca: Berengario de Friuli y Guido de Spoleto.

El Estado carolingio en su conjunto había cumplido su papel. El título de emperador se convirtió en la manzana de la discordia de los pequeños príncipes italianos. El último emperador fantasmal de la dinastía, Luis III el Ciego, hijo de Bosón, murió hacia 928, después de haber sido emperador en Italia en 901 y haber sido allí cegado en 905, con lo que prácticamente quedó incapacitado para gobernar. Pero bajo los carolingios del siglo IX el papado había conseguido un aumento considerable de poder, fundamento de su ulterior ascensión en el siglo XI.[25]

[25] Ann. Fuldens. 887s. (Altaich) Ann. Vedast. 887. Regin. chron. 887s. LMA V 2177s. Riché. Die Karolinger 258ss.

32

CAPÍTULO 2. ARNULFO DE CARINTIA, REY FRANCOORIENTAL Y EMPERADOR (887-899)

«Como su padre Carlomán, también Arnulfo entró en las Marcas surorientales cual comandante a través de la "escuela" política y militar... Cuando, ya enfermo, el emperador Carlos III se fue debilitando políticamente cada vez más. Arnulfo intervino con toda rapidez y en 887 se alió con el depuesto archicanciller Liutvvardo para derribar a Carlos... A partir del sínodo de Frankfurt, en 888, Arnulfo pudo apoyarse firmemente en las iglesias episcopales.»

WILHELM STORMER [1]

«En mí tenéis al adversario más encarnizado de todos los enemigos de la Iglesia de Cristo y de cuantos se oponen a vuestro ministerio sacerdotal.»

ARNULFO DE CARINTIA [2]

«De Franconia partió el rey victorioso hacia Alamania y en la corte real de Ulm celebró dignamente la Navidad del Señor. Desde allí marchó hacia el este... y en julio llegó a Moravia. Allí permaneció durante cuatro semanas —allí se unieron también los húngaros a su campaña—, arrasando el país entero con tal prepotencia... Antes de la Cuaresma el rey visitó por todo el territorio franco-occidental (Lotaringia) monasterios y sedes episcopales para rezar.»

ANNALES FULDENSES [3]

«Anarquía, injusticia e inseguridad jurídica constituyen la característica de la época surgida en el suelo de la estructura feudal de la sociedad...»

L. M. HARTMANN [4]

35

ARNULFO DE CARINTIA: FRANCONIA ORIENTAL Y EL ESTE

Arnulfo «de Carintia» (hacia 850-899) fue el primogénito entre los descendientes extramatrimoniales del rey de Baviera y de Italia, Carlomán, hijo mayor de Luis el Germánico y de su mujer Liutwinde, evidentemente una luitpoldingerina. Además de Ota, su esposa legítima, Arnulfo hizo felices a varias concubinas y tuvo también numerosos hijos extramatrimoniales; pero nada de todo ello molestó al clero. Más bien el príncipe adicto por completo a la Iglesia se vio apoyado por la comunidad de los santos al igual que él le prestó su apoyo, aunque ya había renunciado a una unción.

[1] Stormer en LMA I 1013s.

[2] Véase nota 8.

[3] Ann. Fuldens. 892s

[4] Véase nota 43.

«¡Salve, Arnulfo, rey grande!»

Desde el comienzo existió una relación estrecha entre los obispos y el nuevo soberano, quien en un documento se declara «el adversario más encarnizado de todos los enemigos de la Iglesia»,

«hijo y defensor de la Iglesia católica», y que inmediatamente después de su elevación al trono también demostró su favor mediante donaciones y gestos de benevolencia. «Con generosidad sorprendente» dotó a los obispos con bienes reales, bosques y con derechos de acuñación de moneda, mercado y arbitrios con una

«frecuencia antes desconocida» (Fried). En sus doce años de gobierno convocó cinco sínodos. La autoridad de los prelados le resultó muy favorable frente a los insurgentes poderes particulares. Autoridad que por añadidura pudo sancionar su reinado ilegítimo.

Por otra parte, el poder del soberano favoreció a la Iglesia en el enfrentamiento con los duques y la alta nobleza hereditaria. Por ello también la Iglesia favoreció su causa de inmediato, mandó rezar por él desde el comienzo y en seguida se empeñó en su protección bajo amenaza de penas canónicas. Pero ya se entiende que también le hizo ver claramente los deberes de un regente cristiano sabiendo que en la medida en que lo apoyaba se apoyaba a sí misma. Con ello puso en marcha un proceso que otorgó a la Iglesia una intervención mucho mayor que antes —con las fatales consecuencias que de ello se derivarían— y que «la convirtió en el factor más poderoso dentro del Estado» (Mühlbacher).[5]

36

Mientras que durante años ya ni siquiera aparecen los condes en el entorno del rey, hay una serie de obispos favoritos del rey que permanentemente deciden el rumbo político. Primero fue el arzobispo Thietmar de Salzburgo, archicapellán de Arnulfo, director de la capilla palatina y de la cancillería. Más tarde, en grado aún mayor, fue el canciller y diácono Asperto, nombrado en 891 obispo de Ratisbona por Arnulfo, siguiéndole al frente de la cancillería (desde 893) el obispo Wiching de Neutra. Un político influyente en la proximidad del soberano fue también Hatto I de Maguncia, tan inteligente como taimado, cuya muerte (913) muchos atribuyeron a un rayo justiciero. Hatto descendía de un linaje suabo, partidario de Carlos; pero a la caída del emperador rápidamente se pasó al bando de Arnulfo, recompensándole éste con las abadías de Reichenau. Ellwangen, Lorsch y Weissenburg, y en 891 con el arzobispado de Maguncia. Este prelado acompañó al rey dos veces a Italia e intervino en todos los asuntos públicos importantes. Notable poder político tuvieron asimismo los obispos Salomón III de Constanza (notario desde 884, canciller de Carlos III desde 885 ¡y capellán de Arnulfo ya en 888!), Waldo de Freising, Erchanbald de Eichstátt, Engiimar de Passau y el prócer Adalbero de Augsburgo, a quien Arnulfo nombró preceptor de su hijo.[6]

En mayo de 895 se celebró la asamblea imperial de Tribur (el palacio real de

[5] LMA 1 1013. Dümmler III 476s. 479s. Mühlbacher II 426ss. 445. Schur 41 ss. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 83s., que por lo demás no querría ver en Arnulfo a un soberano «que se apoyó principalmente en la Iglesia», cosa que no expone a satisfacción y más bien se impone lo contrario. Véase también al respecto Fried, Der Weg 434s.

[6] Taddey 494, 1060. LMA I 93. IV 1957s. Dümmler III 303, 401s. 480ss. 497. 590. Schur 48ss. Kehr 2, 8ss. Tellenbach, Zur Geschichte Kaiser Arnulfs 149.

Maguncia), que fue uno de los sínodos más grandes y brillantes del siglo, y en el cual el episcopado franco-oriental, con una asistencia extraordinariamente numerosa, exaltó a Arnulfo con exagerado entusiasmo como el rey «cuyo corazón inflamó con fuego el Espíritu Santo y lo encendió con el celo del amor divino, para que todo el mundo conozca que no fue elegido por un hombre ni a través de un hombre, sino por Dios mismo», como rezan las actas sinodales. Viejas sentencias de los prelados, pues a quien ellos eligen y apoyan ¡es siempre el elegido por Dios!

En el sínodo, convocado según Regino de Prüm, «contra muchísimos laicos, que se esforzaban por reducir la autoridad de los obispos», éstos procuraron con tanto más empeño potenciar su posición. Y así, discutieron detenidamente algunas disputas jurídicas de eclesiásticos y seglares, los malos tratos que recibían los clérigos, heridos y hasta asesinados al parecer con más frecuencia que antes, y hasta parece que hicieron comparecer a un sacerdote al que le habían sacado los ojos. Un canon contiene la orden del rey mandando encarcelar a quienes despreciaban la excomunión eclesiástica ¡sin que rescate alguno pudiera impedir la ejecución de los insubordinados! Se exige además la plena subordinación al papado, ¡«incluso cuando la santa sede impusiera un yugo difícilmente llevadero»! Varios capítulos (13 y 14) versan sobre lo que siempre era lo más importante: el dinero, las posesiones y los diezmos, sin que falte tampoco uno contra los salteadores de iglesias (hacia 31). Según el capítulo 7 los bienes robados a la Iglesia han de devolverse multiplicados por tres, remitiéndose para ello a las falsificaciones seudoisidorianas (que se citan también en otros cánones, como el 8 y el 9, aunque por otra parte se ordena estar atentos a quienes exhiben falsas cartas papales).[7]

37

Naturalmente que el rey otorgó su beneplácito a las resoluciones. Más aún, a la pregunta retórica de hasta qué punto «estaba dispuesto a defender la Iglesia de Cristo y ampliar y exaltar su ministerio» empezó por alentar a los «pastores», a los que apostrofó como «las luminarias más resplandecientes del mundo», a poner manos a la obra con toda energía: «ya sea a tiempo o a destiempo, reprended, amenazad y exhortad con toda paciencia y doctrina, a fin de que con vigilante solicitud y mediante la exhortación continua llevéis a las ovejas de Cristo al redil de la vida eterna». Pero después destacó toda su solidaridad. «En mí tenéis al adversario más encarnizado de todos los enemigos de la Iglesia de Cristo y de cuantos se oponen a vuestro ministerio sacerdotal.»

Nada tiene por ello de sorprendente que los venerables padres conciliares se levantasen de sus asientos y a una con toda la clerecía asistente rompiesen tres o cuatro veces en el grito de «¡Cristo, escúchanos! ¡Salve, Arnulfo, rey grande!» (¿No recuerda el grito de exaltación que todavía ronda nuestros oídos: *Heil...?)* A ello se sumó el repique de campanas y el Tedeum, todo en alabanza de Dios, «que se había dignado otorgar a su Iglesia un consolador tan piadoso y clemente y un auxiliador tan bueno para gloria de su nombre».[8]

Con especial fervor y veneración honró el soberano a su santo patrón, elevado durante su reinado a patrón del imperio, a la categoría de santo imperial.

---

[7] MG Capitul. II 196ss. Ann. Fuldens. 895. Regin. chron. 895. Mühlbacher II 426ss. Hartmann, Die Synoden 367ss. Id. Herrscher der Karolingerzeit 84.

[8] Mühlbacher II 427. Dümmler III 397.

San Emmeram, o «Alabar a Dios sin lengua es algo que produce admiración»

Emmeram, un obispo y mártir muy misterioso (siendo difícil decir qué es lo que fue menos, en el caso de que pudiera haber sido ambas cosas) de finales del siglo vn, en tiempos del príncipe bávaro Teodón fue culpable de la seducción de Uta, hija del duque, que quedó embarazada, y más tarde fue muerto en Helfendorf (actual Kleinhelfendorf, en la Alta Baviera) por el hermano de ésta, Lantperto, cuando se dirigía a Roma. Las tablas con leyendas de la capilla martirial allí levantada han inmortalizado el «suceso» con imágenes y versos:

38

¡Oh crueldad de la pena y tormento,
que Emeram padeció!
Uno a uno los miembros de su cuerpo
el verdugo le arrancó:
los dedos de las manos y los pies
le cortaron a cercén.
Por ello hereda el reino celestial
y lo contempla por la eternidad [9]

Cuándo ocurrió todo esto, si realmente ocurrió, lo ignoramos por completo y es asunto de discusión como casi todo lo relativo a este personaje: su origen, su episcopado y, sobre todo, los motivos que condujeron a su ejecución. La fecha pudo ser el año 685, aunque también el dato es totalmente inseguro. ¿Sucumbió el «mártir» en tanto que representante del poder franco en una Baviera que luchaba por su independencia? ¿Alcanzó la palma del martirio como seductor de la hija embarazada del duque? O tal vez asumió libremente el castigo de la seducción, como supone la piadosa versión de su primer hagiógrafo, el obispo Arbeo de Freising en su *Vita Haimhrammi,* aunque «sin duda ateniéndose únicamente a la idealizante leyenda popular y romántica» al decir del *Kirchen Lexikon* (católico) de Wetzer/Welte, que agrega además: «leyenda popular que está en contradicción con su propio relato».

El obispo Arbeo redactó su obra ya en 772 y evidentemente por motivos egoístas, que según el *Lexikon fiir Theologie und Kirche* (1931, también católico) no fueron otros que «el interés de los lugares de su diócesis en que se veneraba a Emmeram» (por cierto que en la última edición de 1995 ya no se habla de «mártir»). Y el obispo Arbeo, de la casa nobiliaria de los Huosi, que pudo ocupar varias veces la sede episcopal de Freising, fue un prelado muy ambicioso empeñado en ampliar las posesiones y la jurisdicción de su obispado. Mas casi todas las exposiciones populares católicas evidencian un horroroso mal gusto más que patente, que desde luego encaja muy bien con las exudaciones pastorales de Arbeo. Y así, después que el hermano de Uta hubiera dado caza al «santo», que había partido de viaje, éste muere como un gran mártir cristiano. Lantperto, el hijo del duque, había contratado a «cinco matarifes» para que «descuartizasen el cadáver del santo varón Emmeram vena a vena

[9] Babl 99.

y miembro a miembro». Y mientras lo mutilan horriblemente, le sacan los ojos, le cortan la nariz y las orejas, las manos, los pies y las partes deshonestas (aunque naturalmente esto último sólo se supone), el hombre da gracias a Dios «con gran devoción» por la espantosa tortura.[10]

39 La veneración de Emmeram como santo sólo empieza algunas décadas después de su muerte, aunque, eso sí, acompañado con los más bellos milagros, con curaciones de enfermos y expulsiones de demonios, sin que falten los prodigios punitivos (pues los obispos de Ratisbona abusaron una y otra vez de sus posesiones siempre crecientes. ¡Más tarde hasta se le atribuyeron siervos de la gleba al santo!).

El culto glorioso, que todavía se reavivó en el siglo XVII, no sólo se extendió por Baviera en la Alta Edad Media. Pero fue entre los carolingios de Franconia oriental donde Emmeram alcanzó su máxima importancia como santo tribal y bajo Arnulfo llegó a ser el patrón personal del emperador y el auxiliador en las batallas contra los moravos. Sólo a él creyó deber su salvación del peligro de muerte en la campaña de 893 contra Swatopluk. Por ello hizo espléndidas donaciones a los monasterios bávaros y en especial al de St. Emmeram, que recibió toda la ornamentación de su palacio y en 899 su cadáver. Pero en la edición del *Lexikon für Theologie und Kirche* de 1995 ya no tiene sitio: desaparece todo el artículo «St. Emmeram», cuando en la edición de 1931 ocupaba el doble de extensión que la dedicada a la persona del santo.

Como ocurre siempre: los monjes emmeramenses veneraban la memoria de su benefactor, pues anualmente celebraban el día de su muerte un oficio solemne y a lo largo del año elaboraban en su nombre invenciones y falsificaciones de documentos, como la de que les habría testado toda la ciudad de Neustadt. Frente a todas esas trapacerías, hasta «el genuino patrón del monasterio, Emmeram, durante largo tiempo retrocedió cada vez más hacia un segundo plano» (Babl). De todos modos, continúa viviendo en las tablas legendarias de Kleinhelfendorf (y realmente no sólo allí):

Alabar a Dios sin lengua
causa ciertamente admiración.
Pero la chusma impía
ni siquiera pudo soportar
que alabase siempre a Dios
y le hizo cortar la lengua.
Mas sigue alabando a Dios.
Alabemos ese milagro,
suene la lengua en los viejos oídos
sin preguntar por la furia del tirano.[11]

40

«… Un grito de batalla hasta el cielo»

[10] Arbeo, Vita Haimhrammi 16ss. LThK III1 658. En III3 aparece recortado el texto de Emmeram en casi dos terceras partes. Véase también HKG II/2 125. LMA I 888, V 229. Wetzer-Welte III556. Babl 74,80s. La pompa acostumbrada en Vogel II 324ss.

[11] LMA III 1888. Dümmler III 477ss. Babl 99,138ss. 150ss. 188ss.

Arnulfo, marcado por los hechos de armas en las marcas surorientales, tras la separación de algunos condes fronterizos de su padre Carlomán, rey de Baviera, obtuvo poco después de 876 la administración del antiguo ducado esloveno de Carantania, su verdadera base de poder en el este. De ahí también su sobrenombre «de Carintia». Pero mientras pudo golpear en la Panonia inferior, de primeras fracasó (con su padre tullido) en el territorio septentrional del Danubio al chocar con la oposición interna de Baviera. Sus enemigos, primero el conde Ermberto de Isengau y después el margrave Aribo, consiguieron el apoyo de poderosos parientes de Arnulfo, como Luis el Joven y Carlos III el Gordo, hermanos de su padre, que lograron imponerse en Baviera.

De todos modos Arnulfo había tenido que aprender a transigir políticamente, había tenido que aprender a esperar y, naturalmente, a combatir. Se había acreditado como espadón varias veces, y entre ellas en 882 como comandante del cuerpo de ejército bávaro contra los normandos, donde ciertamente no se pudo obtener nada, mientras que a mediados de octubre de 891 los derrotaba en Löwen del Dyle (actual Bélgica). Por lo demás, había sido un claro acto de venganza, pues poco antes, en el mes de junio, en el Geule «un ejército de cristianos, oh dolor, por causa de sus pecados» había sido vencido, y entre los muchos nobles caídos pereció también uno de los comandantes, Sunderold, nombrado por Arnulfo arzobispo de Maguncia (Regino de Prüm).[12]

Pero ahora, en el Dyle, «Dios del cielo les infundió fuerza». Y ello en forma tanto más manifiesta cuanto que los alamanes, reclutados asimismo con subterfugios, se habían vuelto atrás y «el rey los envió a su casa». Pero con qué energía arengó «a los nobles señores de los francos»: «Vosotros, varones, puesto que adoráis al Señor y habéis sido invencibles siempre que con la gracia de Dios defendisteis la patria, cobrad ánimo pensando que vengáis la sangre de vuestros padres derramada por furiosos enemigos totalmente paganos... Ahora, guerreros, adelante, ahora tenéis ante vuestros ojos a los criminales en persona, seguidme... En el nombre de Dios ataquemos a nuestros enemigos, para vengar no nuestra afrenta sino la del Omnipotente» *(Annales Fuldenses).*

De los pechos de los nobles francos «se elevó entonces un grito de batalla hasta el cielo», que pronto fue escuchado, cosa que no siempre ocurre. Mas como ahora «los cristianos se agolparon para matar», arrojaron «a montones» los cuerpos de los paganos al río, «a cientos y a miles... de modo que sus cadáveres retuvieron el agua...». Dos reyes, Sigfrido y Gotfrido, fueron muertos, 16 estandartes reales fueron enviados en triunfo a Baviera y se ordenaron procesiones. Arnulfo en persona «celebró un desfile con todo el ejército alabando a Dios, que había concedido tal victoria a los suyos...».

41

Realmente portentosa, pues sólo *«uno nomine»* había perdido el bando cristiano (¡que debía de ser un verdadero diablo!), mientras que el bando enemigo perdía *«tanta milia hominum».* Historiografía católica. Allí estaban ciertamente los «criminales», aunque al propio tiempo —y lo subraya orgulloso el analista para

[12] Ann. Fuldens. (Altaich) 882. Ann. Fuldens. 891. Regin. chron. 891. LMA I 1013. HBG I 272. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 86.

exaltación de la propia empresa— el que combatía era «el pueblo de los daneses, el más valeroso entre los normandos», que «nunca antes» había sido vencido en un atrincheramiento. Durante siglos se celebró en Löwen aquella admirable victoria, a partir de la cual los normandos dejaron para siempre en paz el imperio franco-oriental (excepción hecha de una correría que realizaron al año siguiente, llegando hasta Bonn y Prüm).

Ciertamente que aquel fue un año milagroso.

Fue, en efecto, el año 891 cuando el obispo Embricho de Ratisbona murió cargado de días y «feliz», y también cuando ardió Ratisbona: «por la cólera divina y de forma milagrosa, la ciudad se vio de repente en llamas y el 10 de agosto ardía con todos sus edificios, incluidas las iglesias, a excepción de la casa de san Emmeram mártir y de la iglesia de san Casiano, que aunque estaban en medio de la ciudad, quedaron protegidas contra el fuego por obra de Dios». Estalló entonces la cólera divina, que devoró (casi) toda la ciudad y también las iglesias; pero dos edificios sagrados se salvaron «por obra de Dios» *(Annales Fuldenses)*.[13]

¡Oh poder maravilloso del Señor!
Tortuosos, aunque rectos, son los caminos
por los que conduces a tus hijos hasta ti; a
menudo resulta extraño de entender, pero al
final triunfa tu alto designio.

El empuje (alemán) hacia el este

El rey Arnulfo hizo construir en Ratisbona un nuevo palacio. La ciudad ya había sido la residencia central de Luis el Germánico, un eje de la misión oriental y centro del comercio caravanero con Bohemia, Moravia y Hungría; todo lo fundamentalmente cristiano y occidental se amontonaba allí: el poder del Estado, la Iglesia y el dinero. Ratisbona fue la ciudad a la que sin duda Arnulfo (que a menudo visitaba también los palacios de Otting y Ranshofen, como ya lo hicieran su padre y su abuelo) se sintió más vinculado, en la que firmó una tercera parte de sus documentos, en la que se celebraron al menos cuatro dietas imperiales y en la que hay testificadas numerosas estancias. Para los investigadores esa elección de su tierra central no sólo refleja su propio pasado «sino también el afianzamiento de la tradición de Luis el Germánico y la prioridad de la política suroriental, así como el fino olfato de Arnulfo para las realidades políticas» (Störmer).

42

Dicho de otro modo: el empuje (alemán) hacia el este se dibuja ya claro en el rey Arnulfo.

Inmediatamente después de su «golpe de estado», Arnulfo se retiró, con vistas al afianzamiento de su posición, a su base de poder más importante, ahora ya bastante

[13] Ann. Fuldens. (Altaich) 891. Regin. chron. 891. HEG I 636. Mulert 42, 60. Véase Deschner, Agnostiker 160 ss, especialmente 165s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 120s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 86.

fuerte, para aplastar sin esfuerzo el intento de rebelión de su joven primo Bernardo en Suabia. Bernardo (hacia 876-891/892), soltero como Arnulfo, era hijo del emperador Carlos III, que en 885 no pudo imponer a Bernardo como sucesor al trono (al igual que dos años después fracasó también Carlos en la adopción de Luis, hijo de Bosón de Vienne y carolingio por línea materna). Pero Bernardo, que ciertamente quería restablecer el imperio originario de su padre, no quiso renunciar a sus derechos al trono aun después de la exaltación de Arnulfo como rey de los franco-orientales. En 889 se sublevó aliándose con los nobles de Retia y Alamania, así como con el abad Bernardo de Saint-Gallen (a quien Arnulfo depuso después), pero fue muerto un año después, cuando el margrave Rodolfo de Retia aplastó la intentona.

Ya a finales del verano de 889, Arnulfo marchó personalmente como general en jefe de un poderoso ejército contra los abodritos, después de haber celebrado poco antes una asamblea en Frankfurt con sus grandes y muchos obispos, entre los que figuraban Sunderold de Maguncia y Wiliberto de Colonia. De todos modos esta vez no pudo conseguir nada en el norte y de nuevo «celebró en Ratisbona de una manera digna la Navidad del Señor».

Y todo continuó con procesiones eclesiásticas, con incursiones guerreras y con rezos y matanzas permanentes. En los últimos años del siglo ix Arnulfo atacó especialmente y casi de manera continuada a Moravia. Cierto que, como el territorio se había ido fortaleciendo progresivamente, había firmado la paz con el mismo en 985 e incluso había querido que Swatopluk fuera el padrino de bautizo de su hijo Sventiboldo. Pero nada de todo eso perduró y pronto regresó Arnulfo a su comportamiento habitual.[14]

Guerras devastadoras con Moravia

«En el año de la encarnación divina de 890», cuenta el abad Regino, el duque de los moravos, «hinchado con la arrogancia del orgullo», se alzó contra el rey. Por lo que éste naturalmente marchó con soldados contra el reino de los moravos «y arrasó todo lo que encontró fuera de las ciudades. Por fin, como todos los árboles frutales habían sido arrancados de raíz, Sventiboldo pidió la paz ¡y la obtuvo bastante tarde, pues hubo de entregar a su hijo como rehén!». Sin embargo, Arnulfo, que en el este practicó claramente la táctica de «tierra quemada», aún tuvo tiempo —como sabemos por otras fuentes— de marchar a Reichenau «para rezar» y celebrar de nuevo en Ratisbona «la Navidad de Cristo».

43

Y de nuevo en 892, esta vez en la residencia real de Ulm, después de haber celebrado «dignamente la Navidad del Señor», marchó «al este» con un propósito mejor: «con la esperanza de encontrarse allí con el duque Sventiboldo». Pero Swatopluk, «aquella cabeza llena de mentira y astucia», no estaba dispuesto a firmar la paz sin más. Hábilmente se negó «a ir a ver al rey», por lo que el rey hubo de ir

[14] Ann. Fuldens. (Altaich) 889. Ann. Alamann. 890. LMA I 1014 (Stormer) 1983, V 969. HBG 1274. Dümmler III 341s. Bosl, Bayerische Geschichte 60ss. Bund 489s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 83s.

hasta él, cosa que le resultó tanto más fácil cuanto que para entonces ya tenía firmemente en el puño Franconia oriental. Y probablemente hasta lamentó las concesiones hechas con anterioridad. «En cualquier caso fue él quien inició la guerra» (Reindel). Y fue él, una vez más, quien ambicionó «la soberanía del rey alemán sobre el Gran Reino de Moravia» (Stadtmüller). Bajo Swatopluk —no sin razón considerado a veces el primer gran paneslavista, que había sido designado por el papa «rey de los eslavos»— el reino había alcanzado su máximo poder.

En el sur se extendió por las dos orillas del Danubio hasta el Drave y el Save, en el este hasta el reino búlgaro, y en el norte casi hasta el Saale, más allá de la Bohemia por él sometida. Y su influencia parece que llegó «hasta los eslavos del Elba y del Weichsel» (Löwe).

Fue precisamente esa amplitud de poder la que sin duda provocó al franco-oriental. Con tres cuerpos de ejército, formados por francos, bávaros y alamanes, en julio de 893 irrumpió una vez más en Moravia y hasta consiguió que combatiesen a su lado los húngaros, aquellos diablos paganos a los que un rey católico llamó al occidente católico, para el que pronto se convertirían en un infierno insoportable, como se le reprochó a Arnulfo (y se le sigue reprochando). «A lo largo de cuatro semanas actuó personalmente con tal prepotencia... que arrasó todo el país». Y una vez más, durante el invierno, visitó en Lotaringia todos «los monasterios y sedes episcopales para rezar» *(Annales Fuldenses)*.[15]

Ese mismo año también Arn. «el venerable obispo de Würzburg» (855-892), partió una vez más a combatir a los eslavos, aunque esta vez perdió la vida. El obispo Arn, a quien los descendientes cristianos de los paganos que le habían dado muerte veneraron como a santo, fue sin duda un hombre con «experiencia oriental». Los investigadores lo presentan como caudillo militar «al menos en cuatro campañas», actuando al mismo tiempo, tan entrelazadas iban ambas cosas, como «mantenedor de los cometidos misionales de su obispado» (Wendehorst) haciendo hincapié en que su «empeño diocesano» estaba «sobre todo al servicio de la cristianización y del perfeccionamiento de la organización eclesiástica» (Störmer).

44

Por desgracia no sabemos mucho de las dotes de mariscal del obispo Ara. Así y todo, el ardoroso guerrero, «representante de una destacada *vita activa*» (Störmer), en un golpe de mano dado en 871 —y lo consignan los Anales de Fulda— fue capaz de robar «644 caballos ensillados y embridados e igual número de escudos», para volver después «alegremente» a los «cometidos misionales» y a continuar la «cristianización» del mundo.

Ya en 893 se dio una nueva campaña contra Moravia. Fue el año en que tuvieron un final desgraciado los hijos de dos margraves, los hermanos Engilscalco I y Guillermo.

El vástago homónimo de Engilscalco, Engilscalco II, había raptado en tiempos a una hija soltera de Arnulfo y había huido con ella a Moravia; mas pronto, recuperado el favor real, de nuevo ejerció de margrave en el este. Con ello, sin embargo, se granjeó la enemistad de los grandes de Baviera y, cuando en 893 se presentó cándidamente en el palacio de Ratisbona, lo condenaron y le sacaron los ojos, según

---

[15] Ann. Fuldens. (Altaich) 892s. Regin. chron. 890. HBG I (Reindel) 274. Mühlbacher II 423s. Stadtmüller 142. Aufhauser 2. Löwe, Deutschland 198. Prinz, Grundlagen und Anfänge 121s.

parece sin el conocimiento del rey. Después de lo cual, cuando su primo Guillermo, temiendo por su vida, se dirigió a Swatopluk, fue decapitado como reo de alta traición. Y cuando un hermano de Guillermo, el conde Rudberto, huyó a refugiarse junto a Swatopluk, éste lo hizo asesinar alevosamente «con muchísimos otros», con todos sus acompañantes. Fueron confiscadas todas las posesiones de los eliminados en las dos orillas del Danubio y en parte se le otorgaron al abad Snelpero, del monasterio Kremsmünster, uno de los que más se aprovecharon de la tragedia. Arnulfo marchó de nuevo contra el reino del duque Swatopluk, esta vez asociado con los búlgaros, y «devastó la mayor parte...», pero cayó en una emboscada y sólo «con gran dificultad» regresó a Baviera. Y en el monasterio de Emmeram se contaba más tarde que el rey atribuía su salvación a san Emmeram, su patrono.[16]

Las incursiones guerreras de los francos en 892 y 893 fracasaron, aunque Arnulfo había atacado cada vez a la Gran Moravia por dos flancos con ayuda de los húngaros y los búlgaros (un viejo procedimiento de «diplomacia política» todavía vigente: dos asociados caen sobre un tercero y después se devoran mutuamente). El poder de Swatopluk se mantuvo incólume.

Pero al año siguiente regresaron los húngaros. Y esta vez sin que nadie los llamase. Y tampoco hicieron la guerra en favor de Arnulfo, sino contra él. «Mataron a todos los hombres y a las mujeres ancianas, sólo a las jóvenes se las llevaron consigo como ganado para satisfacer su placer y arrasaron toda Panonia hasta la destrucción total» *(Annales Fuldenses).* No sin razón exclama irritado el obispo Liutprando de Cremona: «¡Oh ciega tiranía del rey Arnulfo! ¡Oh día desgraciado y doloroso! Para humillar a un sólo hijo de hombre toda Europa se vio sumida en miseria y llanto. ¡Oh ciega ambición, que dejaste viudas a tantas mujeres, privaste a tantos padres de sus hijos, arrebataste la honra a tantas vírgenes y la libertad a tantos sacerdotes de Dios con sus comunidades! ¡Cuántas iglesias se vieron asoladas por ti y cuántos territorios habitados devastaste, oh insensata ambición!».[17]

45

Tras el asalto húngaro pareció a los bávaros que era llegado el tiempo de firmar la paz con Moravia. Pero no duró mucho. Y desde luego debido a las miserias internas, como las grandes hambrunas, que precisamente castigaron por entonces a amplios territorios de Franconia oriental. Dos veces, en 895 y 897, las recuerda el analista casi con las mismas palabras: «en todo el territorio de Baviera, de modo que en muchísimos lugares la gente moría de hambre». Pero también en 893 había habido una epidemia de hambre y en 889 la gente, aunque no ciertamente la clase nobiliaria, había sufrido una hambruna gravísima. Para los nobles lo que contó sobre todo fue que en el ínterin el duque Swatopluk I, aquella «fuente de toda deslealtad», aquel vampiro sediento de sangre humana, en 894 había terminado «infelizmente su vida», y desde luego no sin conjurar por última vez a los suyos a que «no fueran amantes de la paz» *(Annales Fuldenses),* sino que se mantuvieran enemigos de sus pérfidos vecinos.

Y eso mismo era lo que querían los vecinos.

---

[16] Ann. Fuldens. 871, 893 (Altaich). Regin. chron. 892. LMA 1 1014. HBG I 272s. 369. Dümmler III 360s. Mühlbacher II 424. Stormer, Im Karolingerreich 164. Wendchorst cit. ibíd. Hartmann. Herrscher der Karolingerzeit 85, 87.

[17] Ann. Fuldens. (Altaich) 894. Liutpr. antapod. 1,13. Bosl, Handbuch der Geschichte der böhm. Lander I 197s.

El rey Arnulfo. sintiéndose, no sin razón, cada vez más fuerte, supo en todo caso lo que tenía que hacer. Para empezar, en el verano de 897 convocó una dieta imperial en el palacio de Tribur, más tarde «buscó el monasterio de Fulda para orar». Después en la residencia real de Salz, junto al Saale, recibió a los embajadores de los sorbios y posteriormente, en Ratisbona, a varios duques bohemios, los cuales solicitaban ayuda contra sus enemigos los moravos, «de quienes por entonces eran oprimidos de la forma más dura, como ellos mismos atestiguaban. El rey y emperador acogió amistosamente a tales duques, les dijo muchas palabras de consuelo y les hizo regresar a su patria contentos y cargados de dones; y todo el otoño de aquel año lo pasó en lugares cercanos al norte del Danubio y del Regen, con el propósito también de estar pronto con sus leales, si el pueblo antes citado necesitaba su ayuda» *(Annales Fuldenses).*[18]

Ya se comprende que pronto las cosas tomasen ese rumbo. Porque si bien Mojmir II y Swatopluk II, hijos de Swatopluk, después de la muerte de su padre habían firmado la paz con los franco-orientales, pronto no pudieron mantener a nadie bajo su dominio. Ello repercutió también en su paz con los franco-orientales, cuya hora pareció haber llegado. Fue tal el odio que estalló entre ambos hermanos, «que si uno de ellos hubiera podido echar mano y adueñarse del otro, con toda seguridad lo habría condenado a muerte» *(Annales Fuldenses).*

46

Arnulfo, que tomó partido por Swatopluk II, el menor de los hermanos, aprovechó la situación que sin duda Dios le deparaba para arrasar a sangre y fuego el territorio de Mojmir y matar a muchos eslavos. Una buena obra cristiana y católica, que realizaron por él los margraves Liutpold y Aribo, pues también ellos «humillaron con el fuego y la espada..., devastaron y asesinaron» a quienes deberían haber protegido y liberado. Así, el propio Aribo había indispuesto a los hermanos entre sí y desencadenó la guerra civil morava con el fin exclusivo de hacer botín.

Y si bien es cierto que Aribo fue alejado por breve tiempo, pronto, sin embargo, fue perdonado por completo y repuesto en su antiguo cargo.[19]

Con la soberanía exclusiva de Mojmir empezó también el restablecimiento del «ordenamiento» eclesiástico. Mediante el envío de valiosos dones al papa Juan IX, solicitó el príncipe nuevos obispos para su Iglesia sumida en la orfandad, y pronto los obtuvo. Pero la institución de una Iglesia nacional en Moravia intensificó aún más la enemistad con Baviera, pues la guerra se desarrolló entonces con el mismo encarnizamiento cargado además de motivaciones religiosas.

Ya durante el invierno de 898 irrumpieron en Moravia «los príncipes de los bávaros con sus tropas de forma audaz y violenta», la recorrieron «con un gran tropel de hombres», que devastaron, robaron y saquearon y, en una palabra, «reunieron un botín y con él regresaron a casa». Y de nuevo en el verano de 899 los bávaros invadieron Moravia, «saquearon y devastaron cuanto pudieron» y por segunda vez liberaron al joven Swatopluk y a sus compañeros de la cárcel en que se encontraban y «por compasión» los llevaron consigo, no sin antes haber pegado fuego a la ciudad.

Y ya el año 900 provocaron enormes incendios y estragos durante tres semanas en Bohemia y en todo el reino de Moravia sin más objetivo que la destrucción, «y por fin

[18] Ann. Fuldens. 889, 893, 895, 897 (Altaich).

[19] Ibíd. 894, 898. LMA VI 721. Dümmler III 460ss. Mühlbacher II 425, 444.

regresaron felices y contentos a su casa» *(Anna les Fuldenses).* Pero después hubo tarea suficiente con los húngaros.[20]

Y también en el oeste hubo turbulencias.

La «figura clave» en la política de la época, el arzobispo Fulco de Reims, vira como una veleta

Tras la deposición de Carlos III y el reconocimiento de Arnulfo de Carintia el gran Estado carolingio se había disuelto definidamente y en las diversas partes del imperio fue la clase dirigente la que eligió de entre sus propias filas a los reyes de los países sucesores del imperio. Esto recuerda, con todas las diferencias que pueden establecerse, los últimos estertores de la dinastía merovingia.

47

Dos partidos se combatieron en el imperio occidental, cuyas ofertas de sucesión al trono había rehusado Arnulfo. Lo que impulsó el desarrollo de un imperio «alemán» según el acta de 843. El grupo más fuerte coronó al conde robertino Odón de París, hijo de Roberto el Valiente, que era un no carolingio, pues Carlos, el hijo póstumo de Carlos el Tartamudo, todavía no contaba como soberano. La coronación la llevó a cabo el 29 de febrero de 888 en el palacio imperial del Compiègne el joven arzobispo Walther de Sens, que triunfaba por entero en política y del que dependía París como obispado sufragáneo. El rey Odón (888-898), que con ocasión de una incursión guerrera pudo postrarse ante la tumba de un santo, orar «con el mayor fervor» y derramar «muchas lágrimas» *(Annales Vedastini),* llegó a ser, gracias al favor del emperador Carlos el Gordo, soberano de todos los condados (especialmente «belicosos») del Loira, dispuso asimismo de algunas de las abadías más famosas (Saint-Martíin de Tours, Saint-Germain-des-Prés, Saint-Denis, Saint-Amand) y contó con el apoyo de una parte notable del episcopado. Prometió mediante documento incrementar con todas sus fuerzas las posesiones de la Iglesia y defender los dogmas de la fe cristiana; y sólo tras esa promesa obtuvo el juramento de lealtad.

El otro partido, que en el propio reino de Odón se alzó contra él, lo capitaneaba el arzobispo Fulco de Reims (883-900) por el mero hecho de que el arzobispo Walther de Sens, un competidor de su propia sede, había ungido rey a Odón.

Fulco, sucesor desde el 883 de Hinkmaro de Reims con el apoyo del abate Hugo, fue un «personaje clave» en la política (Hlawitschka), un prelado que fortificó en Reims la abadía de Saint-Bertin y que también hizo erigir las dos primeras fortalezas episcopales en Omont y Epernay. Pero Fulco fue sobre todo un oportunista clerical del tipo más edificante. Empezó por favorecer al duque Guido de Spoleto, que había sido adoptado por el papa, le llamó a su lado y poco antes de la elección de Odón le hizo coronar rey en Langres por manos del obispo del lugar, Geilo. Éste, que antes había sido seguidor del usurpador Bosón, a quien debía incrementos considerables de sus posesiones, probablemente esperaba ahora otras ventajas de Guido. Y Fulco estaba emparentado con Guido y habría visto con muy buenos ojos a uno de su estirpe portando la corona real de los franco-occidentales.

Ante la situación política que se abría ante sus ojos, Guido se resignó y regresó a Italia. Pero tras el fracaso con Guido el arzobispo Fulco se sometió al rey Odón y en la primavera del 888 le prestó juramento de fidelidad. Con vistas a librarse del

[20] Ann. Fuldens. 899s. Mühlbacher II 444, 453. Dümmler III 462ss.

aislamiento y afianzar su poder, Fulco, todavía en junio del mismo año, durante la dieta imperial celebrada en Frankfurt, buscó a Arnulfo de Carintia y le ofreció la corona de Franconia occidental. En tan noble empresa el arzobispo estuvo acompañado por los obispos Dodilo de Cambrai, Honorato de Beauvais, Hetilo de Noyon, el arzobispo Juan de Rouen, que había sido expulsado de su obispado, y el abate Rodolfo de Saint-Omer y Saint-Vaast. Este último monasterio está en Arras, y en él escribió un monje coetáneo los Anales de Saint-Vaast, los *Annales Vedastini.*[21]

48

Pero el descalabro de Carlos el Gordo le dio a entender a Arnulfo que el gran *regnum* franco difícilmente podría ser gobernado por un sólo soberano. Y así, no sólo renunció al imperio occidental sino también a Italia y Provenza. Dejó al arzobispo Fulco «sin consejo y consuelo» y en agosto del 888 se encontró con Odón en Worms (tras el triunfo de éste sobre los normandos el 24 de junio en las Argonas). Allí estipuló con él un pacto de amistad y le envió una corona, con la cual Odón se hizo coronar una segunda vez el 13 de novimebre de 888 en Notre-Dame de Reims, en presencia de los embajadores franco-orientales —fue una «coronación de afianzamiento»— ¡a manos del arzobispo de Reims. Fulco!

Pero a más tardar en 892 Fulco también volvió de nuevo las espaldas a Odón, al que había coronado, y se conjuró contra él aliándose entre otros con los obispos de la provincia eclesiástica de Reims, que figuraban entre sus secuaces, como Riculfo de Soissons, Hetilo de Noyon y Herilando de Thérouanne. De fuera de la mentada provincia también se adhirió el obispo Teutbaldo de Langres, que debía a Fulco su prebenda episcopal. Y el 28 de enero de 893 no fue otro que el arzobispo Fulco el que en Reims consagró rey a Carlos III el Simple (893-923), hijo de Luis el Tartamudo, un muchacho que acababa de cumplir los trece años (el sobrenombre se le dio en época posterior). Se trataba ciertamente de un carolingio. el último vástago de la línea franco-occidental, y en consecuencia, de un heredero legítimo del imperio. Pero durante cuatro años, desde 888 hasta 892, Fulco había reconocido a Odón como rey legítimo y le había prestado juramento de lealtad... Y ahora leemos: «Y todos se conjuraron contra el rey Odón» *(Ánnales Vedastini)*[22]

Ciertamente que no fue la «legalidad» de Carlos la que convirtió al prelado en su abogado, sino «la manifiesta enemistad y el odio contra Odón». Incansablemente maquinó contra éste y en favor de su protegido. Instigado por Fulco, también el papa Formoso se decantó por el partido de Carlos, pero continuó otorgando el título de rey a Odón. Y después de la Pascua de 893 el cabeza de la Iglesia de Reims marchó con algunas tropas en compañía del joven rey contra Odón. Pero éste les hizo correr, penetró en Francia, devastó, robó, desoló el país, sitió la ciudad de Reims, que Carlos liberó en septiembre de 893 al mando de un ejército poderoso. «Y así son muchos los

[21] Ann. Vedast. 883, 888, 895s. Regin. chron. 888. LMA III 2047, IV 1018s. VI 1353s. HEG I 634s. Todos los textos de las fuentes en Schneider, Erzbischof Fulco von Reims 39ss. Véase también 43ss. Según Zatschek 223 Arnulfo y Fulco se encontraron en Frankfurt, según Hlawitschka en Lotaringia 70, nota 23 en Worms. Véase asimismo 73s. 116. Dümmler III 3l6s. 320. Hiestand 48s. Penndorf 138ss. Mohr 172ss. Schneidmüller 105ss. Werner, Die Ursprünge 446ss. Rau II 6s. Prinz. Grundlagen und Anfänge 121. Riché. Die Karolinger 258s. 278s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 85.

[22] Ann. Vedast. 888, 893ss. Regin, chron. 888, 893ss. LMA IV 1018. HEGI 635. Todos los textos de las fuentes en Schneider, Erzbischof Fulco 47ss. 54ss. 68ss. 93ss. 105ss. 113ss. Mühlbacher II 432. Dümmler III 320ss. Hlawitschka, Lotharingien 65 ss 76 ss 115ss. Werner, Die Ursprünge 447s. Bund 504s. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 85.

que pierden la vida por ambos bandos; se cometen muchas violencias y maldades, robos incontables y pillajes continuos» (Regino de Prüm). Y fueron precisamente las iglesias y los monasterios las que por más tiempo y una y otra vez fueron saqueados, asolados y destruidos, y naturalmente por fieles cristianos.

49 Se llegó después a un armisticio con el que de primeras el arzobispo Fulco buscó ayuda en Arnulfo a favor de Carlos el Simple, toda vez que el arzobispo tomó posición contra Guido; pero más tarde la buscó en Guido, el enemigo más encarnizado de Arnulfo, al que también hizo saber que Arnulfo preparaba contra él una campaña militar. Transcurrido el armisticio, de nuevo en la primavera de 894 Odón plantó sus huestes guerreras ante las murallas de Reims, por lo que el rey Carlos se refugió en Arnulfo, decidido ahora en favor de Carlos y en contra de Odón; pero esto no cambió la situación política en el imperio franco-occidental.

Cuando Carlos regresó de Franconia oriental, ya Odón le estaba esperando listo para combatir junto al Aisne, y de repente Carlos se vio abandonado por numerosos condes y obispos. Más aún, cuando en la dieta imperial de Worms de 895 Odón consiguió el reconocimiento de Arnulfo, que ya le había fallado a Carlos, éste por consejo de Fulco, su primer estadista, conectó con Sventiboldo, hijo de Arnulfo, que acababa de encaramarse al trono de Lotaringia. Pero apenas había irrumpido en el imperio occidental para apoyar a Carlos, convenció a algunos de los magnates del mismo para que lo dejaran en la estacada; por lo cual Carlos y el arzobispo Fulco, desconfiando de él, se volvieron secretamente a Odón y llegaron a un entendimiento con él aunque sin poder confiarse. Así las cosas, el arzobispo Fulco recurrió a la mediación del papa Formoso para establecer una alianza con el emperador Lamberto, hijo de Guido, que había fallecido a finales de 894. Mas todo se vino abajo, porque a mediados de febrero el propio Arnulfo se impuso en Roma la corona imperial.

En el imperio occidental el desorden era completo: se asesinaba y se firmaba la paz. para continuar luego con las devastaciones y matanzas. Ni siquiera los príncipes de la Iglesia fueron ya sacrosantos. Ya en 850 fue asesinado el obispo David de Lausanne. En 894 al obispo Theutboldo de Langres le sacaron los ojos gentes del séquito de Carlos, como eran el duque Ricardo de Borgoña y sus huestes, y el arzobispo de Sens fue encarcelado. En 895 el arzobispo Fulco pudo escapar a uña de caballo en un encuentro no querido con sus enemigos, pero su acompañante, el conde Adelung, cayó en la trampa.

Después de que a comienzos del verano de 896 Odón hubiese conquistado Reims, el obispo local Fulco, hasta entonces decidido partidario de Carlos, se pasó naturalmente al bando del vencedor y, al menos externamente, estuvo de su parte, «obligado por la necesidad», dicen en su disculpa los *Annales Vedastini* «y le dio satisfacción cumplida en todo lo que le ordenó». Carlos huyó, pero al verano siguiente se unió con Odón, que para entonces había enfermado gravemente. Carlos todavía le aseguró mediante contrato un territorio, así como la sucesión en el cargo de rey. Odón murió a principios de enero de 898.

50 Más tarde Carlos el Simple consiguió «de nuevo el trono paterno» en Reims, convirtiéndose en el único soberano en el imperio franco-occidental. Con ello se habían echado las bases para la restauración caroligia en el oeste. Cierto que Odón no había dejado ningún heredero; mas para disgusto de la nobleza, siempre

demasiado dispuesta para incrementar su poder doméstico, se preocupó por la promoción de la propia estirpe y especialmente a su hermano Roberto —a quien, sin embargo, prudentemente no le legó la corona— le transmitió un importante potencial político: la base para una posición privilegiada de los Robertinos, que en 922/923 Roberto I y en 987 Hugo Capeto supieron aprovechar para hacerse con el trono.

Pero el 16 de junio del 900 el arzobispo Fulco, que para entonces ya había sido elevado a la dignidad de archicanciller, fue golpeado y muerto «en el acto» por un vasallo de Balduino II, conde de Flandes (a consecuencia de una disputa por la posesión de la rica abadía de Saint-Vaast en Arras, que antes había pertenecido a Balduino). Lo cuentan los *Annales Vedastini.* (Algunos años más tarde el obispo Otberto de Estrasburgo fue expulsado y asesinado por sus diocesanos; también Arnusto, arzobispo de Narbona fue asesinado después de haberle sacado los ojos y haberle cortado la lengua y los genitales.)[23]

También jugó un papel específico la «tierra medianera» entre el oeste y el este.

Fin del (santo) rey Sventiboldo, o así era entonces la vida en los círculos cristianos más altos

Lotaringia, que a la muerte de Lotario II y en virtud del tratado de Meersen (870) había quedado dividida entre los francos del oeste y del este, una década después quedaba incorporada por entero, y ahora por el tratado de Ribémont, al imperio franco-oriental, en el que obtuvo una posición especial. Y así continuó siendo, incluso después en tanto que reino parcial, un territorio propiamente autónomo con cancillería separada bajo los soberanos cambiantes; como paisaje histórico continuó siendo algo de *«Germanía»* y de *«Gallia»* o, dicho de otro modo, la «tierra medianera», que para los franco-orientales estaba en la Galia, aunque también para los francos de occidente resultaba casi un territorio y un pueblo extraños, el de los «lotarienses». Incluso cuando desde el siglo X perteneció al *regnum teutonicum,* al denominado Sacro Imperio Romano, «no perteneció a Alemania». En cualquier caso así lo afirma Karl Ferdinand Werner.

A resultas del nacimiento en 893 de su hermanastro Luis IV el Niño, único hijo que Arnulfo tuvo de matrimonio legítimo (con la Conradina Ota), el hijo ilegítimo Sventiboldo perdió la segundad de sucesión al trono. Pero en contra de la inicial resistencia, primero de los grandes franco-orientales y después de los lotaringios, el rey Arnulfo consiguió en la dieta imperial de Worms (895) que el extramatrimonial Sventiboldo —así llamado por su padrino de bautismo, el duque moravo Swatopluk (Sventibaído)— fuese reconocido rey de Lotaringia y le hizo ungir según el modelo franco-occidental. Iba a ser el último reino lotaringio totalmente autónomo y desde luego constituyó un acontecimiento de grandes consecuencias, al menos en beneficio

[23] Ann. Vedast. 893ss. 900. Regin. chron. 893, 895, 903. Todos los textos de las fuentes en Hlawitschka, Lotharingien 117ss. 132ss. 141ss. 161ss. y en Schneider, Erzbischof Fulco 121SS. 130ss. LMA IV 1018s. VI 1354. Berr 43ss. 50ss. 64s. Riché, Die Karolinger 176ss. Werner, Die Ursprünge 448.

de la parte alemana.[24]

51 El rey Sventiboldo (895-900) gobernó bajo la soberanía feudal de su padre un reino parcial autónomo. Impuso hasta de forma violenta y desenfrenada un régimen agitado y convulso en un territorio que desde Frisia al norte hasta Borgoña y Alsacia estaba castigado por salteadores, bandidos y querellas sangrientas y que él perturbó aún más a medida que pudo disponer de mayor autoridad. Promulgó por su cuenta documentos y leyes, dispuso de la herencia imperial, se mostró independiente incluso en política exterior y no se comprometió en las correrías imperiales. Pero gobernó como de costumbre con asesoramiento episcopal. Su capilla palatina la dirigió el arzobispo Hermann I de Colonia y su cancillería la presidió el arzobispoTréveris, que durante algún tiempo tuvo sobre él una influencia muy grande. Pero el año 900 los obispos abandonaron a Sventiboldo y se unieron al nuevo rey Luis IV y al imperio franco-oriental.[25]

El rey Arnulfo lo había urdido todo gran habilidad, incluso en Lotaringia, donde muy oportunamente hizo pasar a cuchillo al grande nativo, el conde Megingaud de Mayenfeldgau, un sobrino del rey Odón (al que una fuente posterior incluso llama *«dux»):* el conde Alberico lo asesinó alevosamente el 28 de agosto «del año de la encarnación divina de 892» en el monasterio de San Sixto de Rethel. Y el rey Arnulfo entregó a su retoño Sventiboldo el feudo y los cargos de Megingaud. Podría decirse que fue un primer paso para su incorporación. Digamos de paso que el asesino del conde Megingaud, el conde Alberico, fue liquidado cuatro años más tarde «en torno a la fiesta de san Andrés» por el conde Esteban. Y, a su vez, el asesino conde Esteban lo fue cinco años después en un ambiente especialmente romántico «por la flecha envenenada *(sagittae toxicataé)* que alguien le disparó a través de la ventana del aposento, cuando por la noche aliviaba su vientre sentado en el retrete...»[26]

Así era la vida en los círculos cristianos de la nobleza, así o de modo parecido se hundían, así o de modo parecido lograban o no mantenerse. Pero todo eso y mil cosas más no dejaban de ser minucias frente a los «grandes hechos históricos».

Cierto que en un primer momento tanto los representantes de la Iglesia como de la alta nobleza, los condes Reginar, Odokar, Wigerich y Richwin permanecieron leales al nuevo rey. Mas pronto Sventiboldo entró en conflicto con las grandes familias feudatarias, especialmente numerosas en Lotaringia (la situación no era nada cómoda, según indican las fuentes a veces entre líneas y a veces de forma más puntual). Y al final también Sventiboldo acabó víctima de la nobleza local.

52 Primero se enemistó con el clan de los Matfridingos, que tenían su hacienda en las Ardenas; lo constituían los condes de Metz, los hermanos Gerardo y Matfrido. A ellos y algunos otros «nobles», como el conde Esteban, «el año de la encarnación divina de 897» Sventiboldo les retiró feudos y dignidades repartiendo sus tierras o sus

---

[24] Ann. Fuldens. 895. Ann. Vedast. 895. Regin. chron. 894s. Taddey 1351. LMA V 2129. Mühlbacher II 435s. Boshof, Lotharingien-Lotringen 141s. 144. Werner, Die Ursprünge 476. Lowe, Deutschland 202s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 122. Hlawitschka, Vom Frankenreich 90s.

[25] Mühlbacher II 435ss. 442s. Lowe, Deutschland 202s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 91. Parisse 119. Boshof, Lotharingien-Lothringen 142s.

[26] Regin. chron. 892, 896, 901. LMA I 1014. Boshof, Lotharingien-Lothringen 141.

posesiones monásticas entre los suyos. «Cuando se quería premiar a un leal o a un pariente, allí estaban las abadías como el mejor regalo» (Parisse). Y, naturalmente, también el rey se apropió de algunos monasterios en Tréveris y Metz.[27]

Finalmente Sventiboldo también se malquistó en 898 con quien hasta entonces había sido su consejero y favorito: el conde Reginar I (Cuello largo), el más poderoso de sus grandes, con amplias posesiones entre el Mosa y el Escalda; era nieto del emperador Lotario 1 y abad laico del monasterio de Echternach en el obispado de Tréveris y de la abadía de San Servacio en Maastricht. El magnate feudal del Mosa llamó en su ayuda a Carlos el Simple, el rey franco-occidental, quien, cauto como su abuelo y como él codicioso, avanzó hasta Aquisgrán y Nimega. Cogido enteramente por sorpresa, Sventiboldo huyó; pero con la ayuda del belicoso obispo Franco de Lüttich y de sus tropas y de otros secuaces en el otoño de 898 forzó sin lucha a Carlos a unas negociaciones y regresó a su reino. Y el tratado de paz de St. Goar al año siguiente, firmado bajo la mediación de Arnulfo, aseguró de momento a Sventiboldo la Lotaringia, aunque ya entonces se pusieron las bases, aunque en secreto, para su caída a la muerte del emperador.

Mientras tanto, sin embargo, el poder del rebelde Reginar se mantenía firme. Junto con otros acosados, como el conde Odakar, se había instalado en el lugar fuertemente fortificado de Durofostum o Durfos, sobre el Mosa, con su hacienda, posesiones, mujer e hijo. En dos campañas «con todas sus fuerzas» (Regino de Prüm) no pudo Sventiboldo conquistarlo. Y como los obispos —a los que hasta entonces había favorecido Sventiboldo, pero que acabó desangrándolos en cierta manera por causa del «patrimonio eclesiástico»— no excomulgaron al partido de los rebeldes, como exigía Sventiboldo, sino que más bien se adherían al mismo, su destino y el del reino de Lotaringia habría quedado sellado, aunque no hubiera golpeado «con un bastón en la cabeza y ofendiendo la dignidad sacerdotal» *(Annales Fuldenses)* a su propio archicanciller, el arzobispo Ratbod de Tréveris, quizá durante el último asedio de Durfos.

53

Los rebeldes agrupados en torno al conde Reginar, así como el alto clero, acabaron exigiendo a Luis el Niño que tomase el poder en Lotaringia. Pero tras recibir su homenaje en Diedenhofen, Luis regresó de nuevo sin haber expulsado a Sventiboldo. Éste reunió nuevos secuaces, mas el 13 de agosto del 900, en un «encuentro» en el Mosa medio o inferior, perdió el reino y la vida. Sus ejecutores fueron los condes Esteban, Matfrido y Gerardo, a los que tres años antes les había privado de sus feudos. Y a los pocos meses del asesinato del rey, el conde Gerardo tomó también por esposa a la reina Ota como recompensa especial.

Y mientras el conde Reginar, enemigo de Sventiboldo, podía ampliar ahora su poder a las abadías de Echternach y San Servacio en Maastricht y adquirir los monasterios de Stavelot y Malmedy, el eliminado Sventiboldo, con el apoyo del clero, fue alcanzando fama de santidad. Al menos en el monasterio de Süsteren, donde sus dos hijas (habidas de Ota), Cecilia y Benedicta, se sucedieron como abadesas y donde él encontró su último descanso, se le empezó a venerar como santo, sobre todo cuando un diente suyo se demostró repetidas veces milagroso en los dolores de muelas. Y asimismo sus dos hijas, cuyas reliquias también hicieron milagros, fueron

[27] Regin chron. 897. Riché, Die Karolinger 269. Boshof, Lotharingien-Lothringen 143. Parisse 119, 132.

veneradas allí como santas.[28]

En la Italia católica las cosas no iban mejor que en el católico reino franco, y menos aún en la corte papal, sobre la que corrían tiempos cada vez más agitados y turbulentos, con tumultos de la nobleza, crímenes clericales y asuntos sobre los que a menudo ni siquiera logramos formarnos una idea clara.

2. ARNULFO DE CARINTIA: EL PAPADO E ITALIA

LUJO Y CRÍMENES

Las luchas que allí se desarrollaron, tan abundantes en intrigas como en sangre, se comprenden sin dificultad tan pronto como pensamos en la vida holgada y en las riquezas de aquellos prelados

-que ya en la antigüedad vivieron así— que nadaban en la abundancia y en un lujo desenfrenado, como el que Gregorovius describe justo a finales del siglo IX. No sólo se reducía a Roma, sino que también afectaba a los obispos de Italia «en la ciudad y en el campo»: «Vivían en residencias suntuosas, que resplandecían de oro, púrpura y terciopelo; comían como príncipes en vajilla de oro; bebían su vino en cálices o cuernas costosísimas. Sus basílicas estaban llenas de hollín, pero sus *obbae* o ánforas barrigudas resplandecían con pinturas. Como en el banquete de Trimalchio, sus sentidos disfrutaban con la vista de bellas bailarinas y con la "sinfonía" de los músicos. Dormían en brazos de sus concubinas sobre cojines de seda en lechos artísticamente recamados de oro, mientras que sus vasallos, colonos y esclavos cuidaban de su residencia principesca. Jugaban a los dados, cazaban y disparaban con arco. Abandonaban su altar, en el que celebraban misa con espuelas en los pies y con un traductor al lado, y sus pulpitos para montar caballos con guarniciones de oro y monturas sajonas y para dejar volar sus halcones. Cuando viajaban les rodeaba el enjambre de sus cortesanos y lo hacían en carros lujosos con corceles de los que ningún rey se habría avergonzado».[29]

54

¿Y no han continuado las cosas durante un milenio del mismo modo o de forma muy parecida?

Juan VIII no había sido aún enterrado, cuando fue elegido su sucesor, Marino I (882-884). Marino (que a veces es designado equivocadamente como Martín II) era hijo de un sacerdote; ya a los doce años había entrado al servicio de la Iglesia romana y más tarde actuó generalmente como legado pontificio (sobre todo en Bizancio contra Focio). Llegó a ser tesorero y más tarde papa, siendo el primer obispo de otra diócesis (la de Caére, hoy Cerveteri) que alcanzaba el papado. Para ello postergó el

[28] Ann. Fuldens. 900. Regin. chron. 898s. Ann. Vedast. 898. Taddey 992, 1351. Dümmler III 466ss. 471ss. 50lss. Mühlbacher II 443. Bund 494ss. Lowe, Deutschland 203. Boshof, Lotharingien-Lothringen 143. Werner, Die Ursprünge 476s. Riché, Die Karolinger 169, 291s. Hlawitschka. Lotharingien 172ss. Id., Vom Frankenreich 91.

[29] Gregorovius I 2. 563.

derecho imperial de confirmación así como los cánones eclesiásticos (en especial el canon 15 del concilio de Nicea) que prohibían el paso de los obispos de una diócesis a otra.

Marino pertenecía al partido de quienes habían sido excomulgados y desterrados por su predecesor, Formoso de Porto, como eran Gregorio y Jorge, que habiendo sido perdonados pronto volvieron a empuñar el timón. Formoso fue restituido de nuevo a su diócesis, el antiguo maestro de ceremonias, Jorge, fue promovido a camarero mayor de la corte y probablemente, aunque esto se discute, el patriarca Focio fue condenado de nuevo.

Poco es lo que sabemos de Adriano III (884-885). Cuando en el verano de 885, tras un breve pontificado, abandonó Roma para ir a encontrarse con el emperador Carlos el Gordo en Worms, sólo pudo llegar a San Cesario del Panaro, en Módena, donde murió repentinamente, quizá de muerte violenta. Existe al menos la sospecha, y curiosamente su cadáver no fue trasladado a Roma sino que lo inhumaron en el monasterio de Nonantula. Pero este santo padre, que en la sequía y la hambruna atormentó a los romanos con duros castigos, fue oficialmente declarado «santo» en 1891. Su fiesta se celebra el 8 de julio.

Pero aunque bajo Adriano III el grupo de los desterrados por el papa Juan aún pudo afianzarse, Esteban V (885-891), que procedía de su círculo más estrecho, se cuidó de su eliminación. Gregorio, el camarero mayor de la corte, que era «muy rico», fue rematado por un compañero curial en el vestíbulo de la basílica de San Pedro «y el suelo de la iglesia, por donde fue arrastrado, quedó enteramente manchado con su sangre»; a su yerno, Jorge del Aventino, que era el tesorero papal, le sacaron los ojos, y la viuda de Gregorio fue azotada desnuda y expulsada de Roma. Después de esta superación de sí mismo el arzobispo Fulco de Reims, acomodaticio como ningún otro, felicitó y alentó al nuevo papa para que aplastase definitivamente a los enemigos de la santa sede.[30] Aunque ciertamente no se pudiera excluir a tales enemigos, se intentó simplemente adaptarse y trabar amistad con ellos, como lo demuestra el comportamiento de Esteban con Guido de Spoleto. Y se inició un cambio completo en la política papal.

55

Guido y Berengario, guerra civil en Italia y política oportunista de los papas

Guido II de Spoleto y Camerino había sucedido a su padre Lamberto, naturalizado desde hacía largo tiempo en Italia, conde de Spoleto desde 842, que no estaba emparentado con los carolingios, pero que pertenecía al linaje franco de los Guido-Lamberlinos. Habiéndose orientado en política exterior hacia los franco-occidentales y vinculado asimismo con lazos familiares a Toscana y Salerno, se convirtió de hecho en el verdadero soberano de Italia central. Y siguiendo las huellas de su predecesor,

[30] LP 2,224s. JW l,425ss. Ann. Fuldens. 883,885 (Altaich). Kühner, Lexikon 62. Kelly 127s. LMA VI 294. Mühlbacher II 392. Gregorovius I 2, 561s. Haller II 133, 140. Seppelt II 322. Zimmermann, Papstabsetzungen 51 s. Id., Das Papsttum 94.

buscó sobre todo ampliar su territorio en el sur a costa en buena parte del Estado de la Iglesia y hasta se propuso fundar en Italia una dinastía propia.

Ya Juan VIII, que odiaba a Guido como el enemigo más pernicioso de la Iglesia, había reclamado de continuo la ayuda del emperador Carlos III halagándole y suplicándole «que pusiera fin al mal inveterado». El sucesor, Marino I, se encontró con el soberano (883) en la rica abadía benedictina de Nonantula (en Módena, Italia septentrional), que ya desde sus comienzos se convirtió también en un importante centro político. Guido fue acusado entonces de maquinaciones de alta traición con el griego Basileus y fue expulsado de su ducado. Fue hecho prisionero, pero escapó y en Italia meridional reclutó tropas moras con las que se alió firmemente. El emperador envió entonces contra él a uno de sus partidarios más destacados y pariente suyo: el margrave Berengario, que desde aproximadamente 875 gobernaba en Friuli; pertenecía a la familia de Uruoch y por lo mismo era miembro de la alta nobleza franca asentada desde hacía largo tiempo en Italia. El nielo del emperador estaba estrechamente emparentado con los carolingios por su madre Gisela, hija de Luis el Piadoso, y apoyó a su rama franco-oriental y sus ambiciones a la corona italiana. Una epidemia en el ejército de Berengario puso pronto fin a la guerra que acababa de estallar; la epidemia se extendió por toda Italia, afectando a la corte y al mismo rey.

56 Pero Guido pudo afianzarse, a finales de 884 fue indultado por Carlos y a trancas y barrancas pudo regresar a su ducado. Acabó alcanzando tal poder que el papa Esteban V, después de haber solicitado la intervención tanto del emperador griego como del emperador franco, se apoyó en quien por el momento era el más fuerte: el archienemigo de la Iglesia, Guido II de Spoleto. Incluso lo adoptó, como lo había hecho Juan VIII con Bosón, y hasta se lo ganó para una campaña contra los sarracenos, cuya fortaleza de Garigliano Guido tomó por asalto y saqueó. En otra ocasión derrotó en Arpaja al caudillo árabe Arrán con 300 compañeros de armas.

Por otra parte, en enero de 888 Berengario fue coronado rey en Pavía con el apoyo principalmente de los obispos de Italia septentrional, y de hecho sólo gobernó sobre el norte de la península (888-924). Guido a su vez permaneció fuera del país en su empeño por obtener la corona franco-occidental; pero tras su fracaso regresó a toda prisa cruzando los Alpes.

Con lo cual en Italia estalló la guerra civil entre los dos príncipes católicos.

Tras su desengaño en Franconia occidental Guido se armó de inmediato contra Berengario; pero en un choque extremadamente sangriento cerca de Brescia (otoño de 888) no consiguió derrotarle. Ambos bandos sufrieron grandes pérdidas y firmaron un breve armisticio, una pausa que sólo sirvió para el ulterior rearme, el reforzamiento y la búsqueda de aliados con vistas al choque inmediato, ocurrido a comienzos del año 889 en Trebia, donde en tiempos Aníbal había derrotado a los romanos. Hubo una matanza espantosa a lo largo de una batalla que se prolongó todo el día y en la que también empuñaron la espada altos eclesiásticos, perdiendo la vida miles de combatientes. Berengario hubo de retirarse y por entonces sólo logró afianzarse al este de Italia septentrional (con el centro en Verona). Entretanto, a mediados de febrero de 889, Guido era proclamado en el palacio imperial de Pavía *senior et rex* por obra principalmente de los obispos del norte de Italia, que «en gran parte eran los mismos que antes habían estado de parte de Berengario» (Dümmler). A cambio Guido hubo de garantizar una vez más la protección de la Iglesia, los

privilegios y honores de los prelados y a muchos les favoreció de tal modo que les otorgó todas las posesiones públicas de sus ciudades y hasta les permitió destruir sus fortificaciones.

El papa Esteban V había empezado por apoyar a Guido. Pero pronto dejó de sentirse seguro con el nuevo poder del espoletino, cuyas tierras hereditarias se encontraban en vecindad inmediata. Cierto que no se atrevió a enfrentársele abiertamente, pero sus llamadas de ayuda fueron tan habituales como las incontables de sus predecesores. Y así, Esteban ya había pedido al emperador bizantino el envío regular de naves de guerra, aun negando el reconocimiento al patriarca Focio. El papa había solicitado asimismo la intervención del emperador Carlos III en Italia, donde de todos modos se presentó seis veces. Mas como en el ínterin el monarca había sido derrocado y muerto, sucediéndole su sobrino el rey Arnulfo de Carintia, a comienzos de 890 invitó a éste en forma apremiante «a visitar Roma y San Pedro y a tomar posesión del reino itálico, liberándolo de los malos cristianos y de los paganos que le amenazaban». Pero al rechazar Arnulfo, impedido como estaba por enemigos de dentro y de fuera, la solicitada ayuda no llegó y Esteban se sometió a «los malos cristianos» y el 21 de febrero de 891 coronó a regañadientes emperador en San Pedro (junto con su esposa Agelrude) a quien ciertamente odiaba pero que en aquel momento era el soberano más poderoso de Italia central. Era el primer emperador que no pertenecía a la casa carolingia; no pasaba de ser un potentado italiano particular, aunque pronto consiguió también nombrar rey a su vástago Lamberto que rondaba los quince años.[31]

57

El papa Formoso corona a los «tiranos» de Italia y llama a Arnulfo para que los combata

Sucesor de Esteban V fue Formoso (891-896), el fundador de la Iglesia búlgara. Implicado en una (supuesta) conjuración contra el emperador y contra Juan VIII y excomulgado por éste en 876, Formoso se había puesto a salvo en el imperio franco-occidental y en su prolongación, el ducado de Spoleto. Más tarde, en 878 y después de haberse reconocido culpable, aseguró con juramento al concilio de Troves que aceptaba su degradación al estado laical, que nunca volvería a ambicionar ningún cargo eclesiástico y que jamás volvería a pisar Roma. Hizo este juramento sobre los cuatro evangelios, sobre la cruz de Cristo, las sandalias del Señor y las reliquias de los apóstoles, reforzándolo además con su firma... ¡y el 6 de octubre de 891 se convertía en papa! Tan capaz como ambicioso, seguro que no acariciaba una ambición mayor; pero como casi todos sus predecesores desde hacía mucho tiempo se declaró indigno. Y sus electores debieron de arrancarlo por la fuerza del altar de la iglesia episcopal de Porto, al que se mantenía abrazado. Hay que decir, sin embargo, que

[31] Ann. Fyuldens. 883s. (Altaich), 888. Regin. chron. 888. Ann. Vedast. 888. Liutpr. antapod. 1. 18s. Kühner, Lexikon 62. LMA I 1933, V 1623s. VI 1232, VII 2128. HEG I 651ss. Mühlbacher II 392, 417, 428s. Dümmler III 313ss. 365ss. Hartmann. Geschichte Italiens III 2. H. 105ss. Gregorovius I 2, 562, 564ss. Cartellieri I 334ss. 346ss. Steinbach, Das Frankenreich 79s. Haller II 128,139ss. Seppelt II 325s. Seppelt/Schwaiger 116. Werner, Die Unruochinger 133ss. Riché, Die Karolinger 258s. 263.

Marino I lo había desvinculado del juramento y lo había repuesto como obispo de Porto. También Marino pertenecía, como Formoso, al partido que se había hecho con el poder mediante el asesinato de Juan VIII.

58

Ya al comienzo de su pontificado lamentaba Formoso las «herejías» y divisiones en la Iglesia. Su principal enemigo fue el diácono Sergio, que luego sería papa tristemente célebre, partidario de los espoletinos o de la facción nacionalista, mientras que Formoso, cuya comparsa había encontrado refugio en Spoleto bajo el pontificado de Juan VIII, recurrió a Arnulfo y a su protegido Berengario. De todos modos, bajo la presión de las circunstancias Formoso reconoció a Guido de Spoleto, el tirano de Italia, según reconocen los cronistas franco-orientales, y aunque siempre renuente, repitió su coronación imperial el 30 de abril de 892 en Ravenna y al tiempo coronó como coemperador a Lamberto, hijo de Guido. Y como siempre, las posesiones y los privilegios papales fueron refrendados con un *pactum.* Pero cuando Guido hubo derrotado una vez más a Berengario y siguiendo la vieja costumbre había secularizado patrimonios del Estado de la Iglesia y cuando parecía que su poder no hacía más que crecer, en el verano de 893 Formoso envió legados al rey Arnulfo con el ruego apremiante, una vez más, de que arrancase el reino de Italia y la herencia de san Pedro «a los malos cristianos», es decir, al «tirano» Guido: *«ut italicum regnum et res sancti Petri ad suas manus a malis christianis eruendum adventaret» (Annales Fuldenses)* [32]

La toma de Bérgamo, o cómo una misa matinal siempre da fuerza

Arnulfo empezó por poner en marcha a su hijo Sventiboldo. Junto con Berengario, éste se enfrentó durante tres semanas ante las murallas de Pavía a Guido, sin esforzarse gran cosa y regresando después, supuestamente sobornado por Guido. Entonces siguió Arnulfo personalmente. En enero de 894. en pleno invierno (todavía en marzo mueren de frío en muchas regiones de Baviera vides, ovejas y abejas), cruzó los Alpes densamente nevados, es probable que por el Brénnero, al frente de un poderoso ejército. En Verona volvió a reforzarse con tropas de Berengario y, «en torno a la Purificación de santa María» (2 de febrero), tras la celebración de la santa misa «al alba», mandó tomar por asalto y en dura lucha la ciudad de Bérgamo. emplazada en alto, y «con la inspiración de Dios» *(Annales Fuldenses)* logró conquistarla. El suceso mereció gran atención de los cronistas coetáneos y de los historiadores de la Edad Media, en buena medida por las muestras de amor al enemigo que allí se dieron.

En efecto, los combatientes de Arnulfo (entre los que figuraban, según consta, el arzobispo Hatto de Maguncia, el obispo Waldo de Freising y el obispo de Neutra, canciller Wiching), fortalecidos con la santa misa, ejecutaron, incluso después de la conquista, a todos los cristianos destacados. A este respecto escribe el obispo Liutprando de Cremona: «Los sacerdotes de Dios fueron atados y arrastrados, las

[32] JW l,435ss. Ann. Fuldens. 893. LMA IV 655s. Dümmler III 372s. Mühlbacher II 429. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 113. Haller II 109,112. Seppelt II 328. Ullmann 245. Bund 490ss. Zimmermann, Papstabsetzungen 53ss.. especialmente 68s. Hartmann. Die Synoden 388.

vírgenes consagradas fueron violadas y las casadas fueron mancilladas. Ni siquiera las iglesias pudieron brindar asilo a los que huían, pues en las mismas se celebraron orgías, exhibiciones indignas y bacanales. ¡Horror espantoso! Hasta hubo mujeres que públicamente se entregaron allí a la lascivia». Y todo ello con la asistencia de los muy venerables señores de Maguncia, Freising y Neutra. Pero una misa matinal siempre da fuerza.

59

Arnulfo mandó colgar de un árbol, armado por completo, al conde Ambrosio, partidario de Guido, así como a un clérigo llamado Godfrido, armado asimismo. En cambio, hizo entrega del obispo Adalberto de Bérgamo al prelado de Maguncia, que naturalmente no le tocó ni un pelo. También Arnulfo se reconcilió rápidamente con el pastor eclesiástico del lugar y ya el 1 de enero de 895 le confirmó todas las posesiones de su Iglesia; también pasaron a manos del prelado bergamasco las tierras del conde Ambrosio de Bérgamo, estrangulado *ante portas*[33]

Pero Arnulfo sólo llegó hasta Lombardía.

Cierto que ya en Milán había datado un documento según «el año primero del gobierno alemán en Italia». Pero varios magnates del país, cuya ambición de grandes feudos el rey no satisfizo, se alzaron contra él pese al juramento de fidelidad que le habían prestado. Y contó sobre todo el hecho de que su ejército estaba muy debilitado por la marcha en lo más severo del invierno, la escasez de víveres y las enfermedades. Por todo ello, en marzo de 894 dio la vuelta en Piacenza. Al sur del Po gobernaba el emperador Guido, «el tirano del reino de Italia» *(Annales Fuldenses),* que justo cuando se disponía para marchar de nuevo contra Bérgamo, durante el invierno del mismo año, sucumbió repentinamente a un vómito de sangre junto al río Taro, en Parma. Le sucedió en el gobierno su hijo Lamberto, que ya compartía la realeza desde 891.

En la Pascua de 892 el papa Formoso había ungido coemperador a Lamberto en Ravenna y mucho más tarde todavía anunció solemnemente que nada le separaría de su «hijo queridísimo», por el que alimentaba sentimientos paternales. En realidad quería librarse casi a cualquier precio de la garra de los Guidos. Y así envió también muy pronto —cosa que irritó en sumo grado al partido espoletino— una embajada al rey Arnulfo, al que de nuevo instó de palabra y mediante el escrito que llevaba consigo para que prestase su ayuda al santo padre, pues ya su predecesor nada había deseado con mayor vehemencia que el derrocamiento de los espoletinos.[34]

Arnulfo sitia Roma, allí hace rodar cabezas y se convierte en el primer antiemperador francoalemán

Tras consultarlo con los obispos Arnulfo se decidió a emprender una nueva marcha sobre Roma.

60

[33] Ann. Fuldens. 893s. Regin. chron. 894. Liutpr. antapod. l,20ss. 1,33. Dümmler III 373ss. Mühlbacher II 429ss. Seppelt II 329. Mass, Das Bistum Freising 86.

[34] Ann. Fuldens. 894s. Liutpr. antapod. 1,28; 1.37. HEG I 654. Dümmler III 379ss. 414s. Zimmermann. Das Papsttum im Mittelalter 96.

En diciembre de 895 sometió la Lombardía. Y tras una marcha extremadamente penosa por la violencia de las tormentas y los aguaceros y la terrible mortandad de los caballos —por primera vez «se ensillaron entonces los bueyes a la manera de los caballos»— a través de Toscana, en febrero de 896 se presentó a las puertas de Roma. Pero los espoletinos y la valerosa viuda de Guido, la emperatriz Agelrude (hija del duque Adelchis de Benevento, que en tiempos había hecho prisionero a Luis II con un golpe de mano), sorprendentemente cerraron las puertas, poniendo la ciudad en estado de defensa.

Ello dio ocasión al primer asedio de Roma por un rey francoalemán. Y de nuevo estuvo allí el Señor. Cuentan los cronistas franco-orientales que todos asistieron a la celebración de la santa misa, confesaron sus pecados, juraron «con lágrimas» lealtad a Arnulfo y «por inspiración de Dios», es decir, «con la aprobación del supremo sacerdote», llevaron a cabo el asalto de la ciudad santa a la primera acometida con la ayuda de san Pancracio, como creyó Arnulfo (que después dedicó al santo dos capillas, en Roding y en Ranshofen). Agelrude desapareció con toda discreción. Más aún, los asaltantes conquistaron Roma «por designio divino, sin que en el bando del rey cayera ni uno sólo de los soldados de su gran ejército». En cambio, en el bando contrario rodaron cabezas ya en la misma entrada. En cualquier caso cuenta el obispo Liutprando que Arnulfo

«para vengar la violencia inferida al papa mandó decapitar a una multitud de romanos ilustres, que salieron corriendo a su encuentro».

A pesar de todo no faltaron las cruces procesionales, las banderas y los cantos de júbilo. Y en una procesión festiva marcharon a San Pedro, donde el papa Formoso, renegando de Lamberto, a quien él mismo había coronado emperador, coronó como emperador a Arnulfo, el «Bastardo», convirtiéndolo en el primer antiemperador francoalemán.

Arnulfo sólo permaneció dos semanas en Roma. Después, a comienzos de marzo, marchó a la conquista de Spoleto tras numerosas muestras de simpatía y provisto a su vez de muchas reliquias, los tesoros más valiosos del papa, con los que ya había abastecido a otros. (Por ejemplo, al influyente Hatto de Maguncia con la supuesta cabeza y un miembro de san Jorge, a los que Hatto levantó una iglesia propia en Reichenau. ¡Allí tenían también una reliquia del evangelista Marcos, autentificada públicamente por el obispo de Constanza! Y eso que había llegado al monasterio en 830 por mediación del obispo Ratoldo de Verona bajo el nombre de «Valens». Anotemos que Jorge, uno de los «dioses militares» cristianos, entró según todas las apariencias en el puesto de un dios arábigo, el belicoso Teandrito; además, «san Jorge» fue probablemente un «hereje», es decir, un arriano, que sólo la leyenda convirtió en católico.)

61

Mas pese a la enorme bendición de las reliquias Arnulfo fue víctima de una grave parálisis antes de lograr su objetivo. Como su padre, Carlomán, sufrió un ataque de apoplejía, la enfermedad hereditaria de la familia, y la campaña que tan victoriosamente había empezado acabó casi como una huida.[35]

[35] Ann. Fuldens. 895s. Regin. chorn. 896. Liutpr. antapod. l,27s. Kühner, Lexikon 63. LMA V 1623s. VII 613. HEG I 655. Dümmler III 414 ss 420ss. 473s. Hartmann. Geschichte Italiens III 2 H. lll ss. Gregorovius I 2, 566. Cartellieri I 350 ss 358ss. Haller II 141s. Seppelt/Schwaiger 116. Steinbach, Das Frankenreich 80, 82. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste II 267. Jarnut, Die Eroberung Bergamos 208ss. Hlawitschka,

Mueren el emperador Arnulfo y el papa Formoso

Mientras que el partido espoletino rápidamente volvía a hacerse con las riendas en Roma, el rey regresaba tocado a Ratisbona, donde aún vivió cuatro años minado por la caquexia progresiva. Y hasta el final, hasta un año antes de su muerte, él que tantos «bastardos» había puesto en el mundo, se vio atormentado por los celos, pues se divulgó el rumor «de un crimen de la reina Ota inaudito desde hacía mucho tiempo»: se decía que «había entregado su cuerpo en una unión adúltera y plebeya». Sólo 72 conjurantes pudieron probar ante un tribunal lo infundado de tan monstruosa sospecha.

Por lo demás no fue el único recelo que atormentó al soberano enfermo de muerte y que murió el 8 de diciembre de 899 rondando los 55 años: el recelo de que sus médicos le hubieran dejado baldado. Uno de ellos huyó y se ocultó en Italia; otro, un cierto Gramán, fue decapitado por ello en Otting. Y «una mujer de nombre Rudpure, convicta mediante una investigación segura de haber sido la instigadora de este crimen, murió en la horca en Aibling» *(Annales Fuldenses),* según parece, en el palacio real de Aibling en Rosenheim, donde ocasionalmente Arnulfo había celebrado «la Navidad del Señor» antes de morir «de la enfermedad más vergonzosa», como apunta Liutprando de Cremona. «En efecto, fue atormentado hasta límites extremos por gusanos pequeñitos, llamados piojos, hasta que entregó su espíritu. Y se afirma que tales bichos de tal modo se multiplicaron en él, que ningún remedio médico pudo proporcionarle ayuda alguna.»[36]

Tras la retirada de Arnulfo. de nuevo Lamberto, con ayuda de su enérgica madre, gobernó grandes territorios de Italia, cuyo reparto concertó con Berengario en el otoño de 896. Fue también el año en que Lamberto hizo ejecutar al rico conde Meginfredo de Milán y mandó sacar los ojos a un hijo y al yerno del mismo. Y seguramente que también el papa Formoso lo habría pasado mal entonces, después de su traición de los espoletinos, de no ser que a las pocas semanas de la partida de Arnulfo de Roma, el 4 de abril de 896, moría víctima de una enfermedad o del veneno.

Su sucesor, Bonifacio VI (abril de 896), hijo de un obispo llamado Adriano, era un hombre, según se rumoreaba, con un pasado oscuro y a quien el papa Juan VIII había degradado dos veces de su estado clerical.

62

Según parece una revuelta popular lo habría puesto tumultuariamente sobre la santa sede. Pero sólo durante 15 días, pues

«según se cuenta» murió de podagra, (que como se sabe es la gota del pie y «especialmente de los pulgares»: Duden). Y el sucesor de Bonifacio se mantuvo un buen año, que en realidad fue muy malo y en cualquier caso curioso en extremo, pues el enemigo jurado de Formoso pronto embelleció su pontificado con un acto singular, con el que sin duda entró para largo en la historia, que ciertamente abarca todos los

Franken 123s. Id.. Lotharingien 122ss. Zimmermann. Das dunkle Jahrhundert 24. Riché, Die Karolinger 263s. Véase también Deschner, Abermals 351.

[36] Ann. Fuldens. 899.

actos, aunque con preferencia los criminales.[37]

El sínodo fúnebre, una pieza cómica *y* macabra de rango papal

Esteban VI (896-897), que también era hijo de un sacerdote, reconoció primero al emperador Arnulfo, pero cuando el emperador Lamberto de Spoleto volvió a adueñarse de Roma, se pasó al bando de éste, que en mayo de 898 volvió a obtener el refrendo explícito del gran sínodo de Ravenna. Pero entre tanto Esteban, como criatura de la casa de los espoletinos, llevó a cabo su venganza de Formoso. Pese a que el propio Formoso le había consagrado obispo y pese a haberse cambiado a la sede romana en contra del derecho canónico, Esteban hizo entonces un proceso en toda forma al papa difunto.

El que había sido inhumado nueve meses antes, y ya en avanzado proceso de descomposición, fue entonces sacado de la tumba por los partidarios de los Guidos, revestido de los ornamentos pontificales y en enero de 897 sentado en la llamada silla apostólica de San Pedro ante el «sínodo del cadáver». Durante tres días se celebró el juicio en toda forma contra la momia engalanada; los tres acusadores fueron los obispos Pedro de Albano, Silvestre de Porto y Pascual (de una sede episcopal desconocida), mientras que el defensor de oficio fue un diácono, que estuvo a su lado y que con voz temblorosa fue respondiendo a los acusadores, aunque naturalmente de forma insatisfactoria.

Se inventaron algunos pretextos; al medio putrefacto se le reprochó la violación de un juramento, del que ya antes le había liberado el papa Marino I. Se le acusó de ambición desmedida del papado, cosa que por supuesto también habría podido reprocharse a incontables papas (y a otros prelados). Le echaron en cara el paso de Porto a Roma, de un obispado a otro, generalmente prohibido según una tradición antigua, aunque en ocasiones se había permitido. En efecto, su terrible juez, el papa Esteban VI, había realizado personalmente dicho traslado al cambiar su sede episcopal de Anagni por la de Roma. (Pero si todas las consagraciones de Formoso fueron inválidas, también lo habría sido la consagración de Esteban como obispo de Anagni oficiada por Formoso ¡y para que no volviera a darse ningún otro traslado Esteban VI se sentaba con todo derecho en el trono papal!)

63

Lo más sorprendente de todo el asunto, que recuerda una pesadilla en el escenario de una clínica psiquiátrica, quizá no lo sea tanto el proceso en sí, la ocurrencia de un santo padre corroído por un odio apenas creíble, cuanto el hecho de que toda una asamblea episcopal, y fuese o no respetable, asistiera durante tres días a aquel gabinete de horror. ¡Como tampoco tiene relevancia alguna en este marco que Formoso fuese o no fuese un bandido! A la humanidad en efecto se le puede ofrecer todo, en especial a la creyente...

Al final de la comedia macabra —calificada por las fuentes como «espectáculo estremecedor», como «sínodo horrendo» *(horrenda synodus)*— se declaró depuesto

[37] Ann. Fuldens. 896. Liutpr. antapod. 1,38. Kelly 131. Duden 958. LMA II414. HEG I 655. Dümmler III 423ss. Seppelt II 330s. Haller II 142.

a Formoso, se declararon inválidas las consagraciones por él realizadas, se suscribió el decreto correspondiente, se le maldijo y se ordenó consagrar a todos los consagrados por él. De acuerdo con el protocolo se le arrancaron al cadáver las vestiduras papales hasta dejarle sólo una camisa, se le envolvió en unos andrajos laicales, se le cortaron un par de dedos de la mano derecha, los dedos del juramento o de la bendición, y entre gritos y risotadas se le arrastró bárbaramente por la iglesia y por las calles. Finalmente, y entre los gritos de protesta de la muchedumbre congregada, se le arrojó a una cueva donde se soterraba a extranjeros innominados y después, luego de haberlo desenterrado otra vez, lo tiraron desnudo al Tíber... precisamente en un momento en que la antigua basílica de Letrán se derrumbaba y los romanos revolvían durante un año los montones de escombros en busca de tesoros.

Tampoco el papa Esteban sobrevivió mucho tiempo al proceso. Aquel mismo año de 897, en julio, fue depuesto en medio de una sublevación popular, tras la cual estaban sin duda el partido franco-oriental de Roma y los secuaces de Formoso (también debieron de contar algunos milagros supuestamente obrados por su miserable cadáver), se le arrancaron sus insignias, lo arrojaron en una prisión monástica y lo estrangularon... para más tarde honrarle con un suntuoso epitafio.[38]

FORMOSIANOS Y ANTIFORMOSIANOS

Durante décadas continuaron combatiéndose en Roma formosianos y antiformosianos, incluso en el campo literario, con ataques y apologías.

En el mismo año de la muerte del papa asesinado se sucedieron los brevísimos pontificados de Romano y Teodoro II. Antes de morir aún pudieron rehabilitar a Formoso en aquellos días turbulentos. Romano, hermano del papa Marino y partidario de Formoso, declaró nulas todas las resoluciones del espectáculo del cadáver. Sólo estuvo en el cargo cuatro meses y no sabemos casi nada de su pontificado. Según una edición revisada del *Liber Pontificalis* «después se hizo monje», lo que equivale a decir que estuvo custodiado en un monasterio.

64

Y Teodoro II, que a finales del otoño de 897 gobernó sólo veinte días, en una asamblea eclesiástica romana anuló por segunda vez todas las disposiciones del concilio del cadáver, reconoció las consagraciones de Formoso, mandó quemar los documentos de deposición de Esteban VI y sepultó con los máximos honores los restos de Formoso hallados por los pescadores del Tíber (o por algunos monjes), ante los cuales, cuando estaban en el sarcófago, hasta algunas imágenes de santos de San Pedro «se inclinaron reverentes. Esto lo he oído yo repetidas veces de algunas personas muy temerosas de Dios en la ciudad de Roma», asegura el obispo

[38] LP 2,229. JW l,439s. Ann. Fuldens. 896. Ann. Laubac. 896. Liutpr. antapod. 1,30 (quien por lo demás atribuye erróneamente al papa Sergio III el juicio del cadáver). Flodoard, de triumphis Christi 12,6. Kelly 131s. Dümmler III 426ss. Gregorovius I 2, 570 ss 579. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 123s. Schubert II 444. Haller II 142. Fischer, Strafen und sichernde Massnahmen 41 s. Seidlmeyer 79s. Seppelt II 331s. Seppelt/Schwaiger 116s. Dhondt 86s. Gontard 189. Hartmann. Die Svnoden 388ss. Zimmermann, Papstabsetzungen 56 sss. Id., Das dunkle Jahrhundert 25s. Id., Das Papsttum 96s.

Liutprando sin pestañear. Ignoramos el día exacto en que Teodoro II inició su pontificado, el día de su muerte y la causa de su temprana desaparición.[39]

Los enemigos de Formoso hicieron entonces papa al obispo Sergio de Caére (hoy Cerveteri), conde de Tusculum. Pero antes aún de su consagración, una lucha callejera —con ayuda de Lamberto de Spoleto, a quien Formoso coronó emperador en 892— eliminó a Juan, el candidato de los formosianos al ambicionado trono, que el antipapa Sergio sólo pudo ocupar en 904. Mientras que éste, con sus hordas violentas ahuyentadas, se hallaba en Tuscia bajo la protección del margrave local Adalberto, dispuesto en cualquier ocasión a caer sobre Roma, Juan IX (898-900), un abad benedictino de Tívoli ordenado sacerdote por Formoso, excomulgó a los sergianos.

Juan IX mandó condenar una vez más el sínodo del cadáver por mediación de un concilio convocado en Ravenna. Por una parte los clérigos consagrados por Formoso y expulsados por Estaban VI fueron repuestos en sus denominadas dignidades, por otra parte, el peón de brega de Esteban VI en la profanación del cadáver de Formoso fue expulsado de la Iglesia. También fue excomulgado y depuesto el presbiterio Sergio, que en diciembre de 897 fue elegido antipapa opuesto a Juan IX, aunque en 904 se convirtió en papa legítimo.

Por desgracia el capítulo 7 del sínodo de Ravenna ordenó quemar las actas del sínodo del cadáver. Pero aquella Iglesia siempre ha gustado de quemar: hombres, casas de Dios, escritos; sobre todo, y de una manera sistemática y temprana, los tratados de los «herejes», aunque tampoco perdonó a los textos de los paganos y de los judíos. Y hasta notarialmente documentó las propias infamias, por ejemplo las actas del concilio de Rímini en 359, las del concilio de Éfeso en 449 y las del concilio de Constantinopla en 867. Y por supuesto el quemar nunca fue prohibido en la comunidad de los santos. Por el contrario, el capítulo 1 de la asamblea de Ravenna prohibió, y el hecho resulta bien elocuente, que en adelante se citase a los muertos ante un tribunal.[40]

65

Mueren el emperador Lamberto y el emperador Arnulfo; los húngaros invaden Italia septentrional

Por lo demás, Juan IX colaboró con el joven Lamberto de Spoleto, cuando su protector llegó también a papa. Así, declaró la coronación imperial de Lamberto como legítima «por tiempo eterno», en tanto que la de Arnulfo la rechazaba por entero como «bárbara» y obtenida del papa «mediante engaño». Y trabajó para él tanto más gustosamente cuanto que Lamberto no sólo mandaba sin discusión sobre la mayor

[39] LP 2,230s. JW 1,441. Liutpr. antapod. 1,31. Kühner, Lexikon 64. Kelly 132. Hartmann, Gcschichte Italiens III 2. H. 125s. Gregorovius I 2,572s. Seppelt/Schwaiger 117. Zimmermann, Papstabsetzungen 59. Hartmann, Die Synoden 390ss.

[40] LP 2,232. JW l,442s. 2,705. Flodoard, de triumphis Christi 12,7. Kühner, Lexikon 65s. Kelly 132s. Gregorovius I 2, 573. Haller II 142. Seppelt II 334. Zimmermann. Das dunkle Jahrhundert 27. Id., Papstabsetzungen 60ss. Hartmann, Die Synoden 390ss. Deschner, Abermals 80s. 96s. 125, 418, 450s. 453, 465ss.

parte de Italia sino que además Arnulfo languidecía en Alemania impotente y enfermo de muerte. Y es que desde el siglo IV al XX, desde san Constantino I hasta Hitler, la historia de la salvación marcha al compás de la historia de los vencedores.

El mismo concilio que anulaba las actas del sínodo del cadáver declaraba también nula la coronación del «bárbaro» Arnulfo. Por el contrario, según parece también en Ravenna se hicieron algunas concesiones al emperador Lamberto, supuestamente presente en el concilio, a cambio de las cuales debía garantizar los privilegios de Roma, y en especial sus posesiones territoriales. En no menos de media docena de cánones exige el papa la devolución de los bienes inmuebles enajenados a la santa sede, sus derechos, sin que se olvide tampoco de amenazar con la excomunión a cuantos se nieguen a pagar el diezmo. Para los jerarcas los bienes y propiedades son santos y por lo general lo más sacrosanto (aunque para «cínicos» como nosotros naturalmente nada hay santo).[41]

Pero el emperador Lamberto, joven, bien dotado, hermoso, murió repentinamente a mediados de octubre durante la caza del jabalí en la región del alto Po, probablemente por una caída del caballo. Aunque el obispo Liutprando de Cremona nos engaña, según confirman otras fuentes antiguas, fingiendo que fue un accidente, cuando en realidad el. emperador habría sido asesinado. En Marengo, en un bosque «de inusitada grandeza y belleza, especialmente adecuado para la caza», le habría matado durante un breve descanso su acompañante Hugo, hijo del conde milanés Maginfredo, ejecutado por Lamberto, para vengar la muerte de su padre, y así lo confesó más tarde. El obispo Liutprando escribe: «No temió la condenación eterna, sino que aplicando todas sus fuerzas y ayudándose de una rama fuerte rompió el cuello al que dormía. Pues de matarle con la espada temía que el veredicto público no le había presentado más que como el culpable del crimen».

66

Como a finales del año *899 también* el emperador Arnulfo sucumbía a una enfermedad en Ratisbona, Berengario de Friuli, viejo enemigo de Lamberto, intentó entonces hacerse con la corona itálica. Pero a finales de septiembre del mismo año sufrió junto al Brenta una sangrienta derrota a manos de los húngaros, en la que también cayeron muchos prelados. Y el obispo Liutvardo de Vercelli, antiguo archicanciller de Carlos el Gordo, fue a su vez muerto en la huida cuando escapaba con sus tesoros, «unos tesoros incomparables que excedían toda medida» (Regino de Prüm), y que él naturalmente quería salvar de los húngaros.

Fue la primera incursión de los magiares en «la desgraciada Italia». Nos la ha transmitido Liutprando, que describe ampliamente la ofensiva poniendo repetidas veces de relieve lo gigantesco e inmenso del ejército de los invasores, aunque después sorprendentemente dice que Berengario les opuso otro tres veces mayor. De ese modo también los húngaros fugitivos tomaron la decisión —ciertamente inútil— de ofrecer a los cristianos a cambio de su retorno a casa la devolución de todo su botín además de la indemnización. Y duramente acosados y perseguidos a través de los amplios campos de Verona hasta el Brenta y atormentados por el gran agotamiento de sus caballos y por el miedo, pronto hicieron una nueva oferta: la entrega de todos sus efectos, prisioneros, armas, caballos; a cambio de escapar únicamente con vida prometieron no volver jamás a poner pie en Italia y a dejar incluso a sus hijos como

[41] Kelly 133. Seppelt 333s. Bund 492s. Hartmann, Die Synoden 392s. 394s.

rehenes. Pero «en el acto» recibieron un nuevo desaire, muy cristiano: «Si de gentes que están en nuestro poder y que ya son como perros muertos aceptásemos recibir como un regalo lo que ya se nos ha entregado y pactar con ellos un. acuerdo, el demente Orestes juraría que habíamos perdido el juicio».

De hecho lo habían perdido. No sólo eran prepotentes, también estaban desunidos; muchos deseaban abiertamente, más que el sometimiento de los paganos, el de ciertos cristianos, para tras la muerte de los mismos «gobernar solos y en cierto modo sin limitaciones».

Mientras tanto los húngaros tendieron una emboscada a los cristianos en tres puntos, con el valor de la desesperación marcharon directamente a través del río, irrumpieron en medio de las sorprendidas tropas de Berengario «y los paganos se entregaron a su placer asesino...». Menos un resto miserable todo el ejército cristiano pereció y la llanura del Po se vio inundada por los vencedores.

Cómo, por obra del obispo de Verona, Luis III se convirtió en Luis el Ciego

En febrero de 901 el papa Benedicto IV (900-903) coronó emperador al joven Luis III de Provenza (890-928). El hijo del rey de Borgoña Bosón y de Irmingarda, a la vez que nieto del emperador Luis II, el año 900 fue llamado al país por los partidarios del emperador Lamberto, fallecido en 898, contra Berengario I. En Pavía fue elevado a *rex Italiae* e inmediatamente después fue recibido amistosamente en Roma y coronado por Benedicto IV. En efecto una parte notable de la nobleza y de los obispos envidiaba la corona de Berengario y evidentemente se sintió desengañada por su derrota contra los húngaros y por su pacto posterior con ellos.

67

Por lo demás, el emperador Luis III no pudo ofrecer resistencia a Berengario, porque los grandes de Italia septentrional pronto volvieron a apoyarle. Mediante el juramento de que no regresaría más a Italia compró Luis ya en 902 la retirada a través de los Alpes, aunque tres años después cedió a una nueva invitación y Berengario, que de primeras había tenido que huir a territorio bávaro, y después también con ayuda militar bávara mediante un golpe de mano en Verona (905), cayó en la trampa, y todo parece indicar que no sin la intervención del obispo del lugar.

Victorioso, Luis había ya licenciado su ejército y, según refiere el abad Regino, «debido a una invitación del obispo Adalhardo de Verona se encaminó a la mentada ciudad con un acompañamiento muy pequeño. Pero los ciudadanos se lo comunicaron con la mayor rapidez a Berengario, que por aquel tiempo vivía como desterrado en Baviera. Éste marchó sin vacilar a Verona con tropas, que había reunido de todas partes, se adueñó con astucia del incauto varón y en la prisión le privó de la luz de los ojos».

«Durante el tiempo nocturno» abrieron las puertas de la ciudad a Berengario; a Luis III, cegado y que ciego sobreviviría casi un cuarto de siglo con el sobrenombre de «el Ciego» y, en la práctica, incapaz de gobernar, se le envió a Provenza, y a un sacerdote llamado Juan «Calzón corto» se le decapitó como cómplice. En 915 el propio Berengario llegó a ser emperador, mas para entonces en Italia no era más que un

título honorífico y el cargo no pasaba de ser una farsa.[42]

Todas las luchas aquí indicadas por el *«regnum Italicum»* reflejan el derrumbamiento de la dinastía carolingia. Todas aquellas campañas, conjuraciones y golpes de mano los llevaron a cabo representantes de las grandes familias francas que se declaraban católicos, los llevaron a cabo Arnulfo, Guido, Lamberto, Berengario, Luis el Ciego. Y todo ese hundimiento de la realeza carolingia tuvo como consecuencia un crecimiento continuo del poder episcopal, ¡como ya antes el ascenso de los reyes carolingios y como antes aún el ascenso y el fracaso de los reyes merovingios!

68

A todos sobrevivió el parasitismo perpetuo de la Iglesia. Donde otros se hundieron ella prosperó como siempre; y eso ocurrió también en esta época: mediante el otorgamiento de inmunidades, mediante el traspaso del poder de los *missi* imperiales (bajo Carlos el Calvo), mediante la acumulación de posesiones. Así, por ejemplo, bajo el gobierno de Guido ya el obispo de Módena se convirtió en el señor efectivo de la ciudad. Asimismo los prelados de Cremona, Parma, Piacenza y Mantua de hecho camparon por sus respetos, disponiendo sobre la autoridad de los condes y sobre la captación de impuestos. Berengario, cuyos archi-cancilleres fueron los obispos Adalhardo de Verona y Arding de Brescia, hizo todo tipo de concesiones a las iglesias por amor a los santos (y por la salvación de su alma). Y bajo Lamberto aún se incrementaron las grandes concesiones al clero. Las ciudades episcopales precisamente casi escaparon al influjo económico y administrativo de la realeza, cuyo poder fue también disminuyendo en consecuencia. «Anarquía, ausencia de derechos e inseguridad jurídica constituyen la nota característica de la época, crecen en el suelo de la estructura feudal de la sociedad, favorecidas por la debilidad y el cambio constante del poder central...» (L. M. Hartmann).[43]

Pero si el poder central era fuerte, asimismo se aprovecha la *Ecclesia,* eternamente oportunista. Y si el poder central era débil, el que se aprovechaba sobre todo era el clero eternamente ambicioso de poder, como lo enseña también la historia bajo el gobierno del hijo y sucesor del emperador Arnulfo.

---

[42] LP 2,233. Ann. Fuldens. 900. Ann. Alamann. 899. Regin. chron. 901, 905. Liutpr. 2.7ss. 2,32ss. LMA V 2177s. HEG I 637,643s. 656s. Mühlbacher II 456s. 460s. Dümmler III 429ss. 507s. 536s. Gregorovius I 2, 573ss. 580. Hartmann, Geschichte Italiens **III** 2. H. 128ss. 176ss. 186. Cartellieri I 360ss. Haller **II** 143. Steinbach, Das Frankenreich 80. Seppelt/Schwaiger 117. Seppelt II 336. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 30ss. Id., Das Papsttum 97. Hlawitschka, Vom Frankenreich 93. Riché, Die Karolinger 264.

[43] Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 182ss. Riché, Die Karolinger 265. Fried, Die Formierung 69s.

69

CAPÍTULO 3. EL REY LUIS IV EL NIÑO (900-911)

«Pero el niño siempre enfermizo no pudo llevar a cabo un gobierno autónomo. La soberanía pasó a la nobleza y al episcopado. Los consejeros *decisivos fueron* el arzobispo Hatto de Maguncia y el obispo Salomón de Constanza.»

ALOIS SCHMID [1]

«De la actividad de los príncipes laicos en el gobierno imperial nada dicen los analistas.»

SCHUR [2]

«En esta época totalmente corrompida se cometieron muchas *infamias en IB Iglesia y se cometerán otras...»*

ABAD *RECINO DE PRÜM* [3]

71

A la muerte del emperador Arnulfo fue proclamado oficialmente rey, en Forchheim el 4 de febrero de 900, su único hijo legítimo, Luis, que sólo contaba seis años y que en la lista de reyes franco-orientales germánicos figura como Luis IV (893-911). Es la primera coronación real segura en la historia franco-oriental germana. Ya en 897 Arnulfo había obligado a los grandes del imperio (excluidos los magnates de Lotaringia autónomos desde 895) a que aceptaran bajo juramento la sucesión de Luis, cuyo gobierno por lo demás sólo podía ser nominal. Y al mes siguiente también le prestó vasallaje la aristocracia lotaringia, aunque sólo con la esperanza de la mayor autonomía posible.

Esa autonomía la esperaban también otros, sobre todo cuando la creciente actividad de una nobleza cada vez más consciente de su propia fuerza, sus feroces querellas, luchas y rivalidades se prestaban a la pesca en río revuelto. Por lo demás en la lucha por la dirección de unas pocas familias nobiliarias que continuaban subiendo, otras famosas quedaron eliminadas, especialmente en Franconia y en Lotaringia.[4]

LUIS IV EL NIÑO, LA MARIONETA DEL CLERO

Aunque ya el padre de Luis IV, el rey y emperador, había colaborado

[1] A. Schmid en LMA V 2175.

[2] Véase nota 5.

[3] Regino. De synod. caus., Praef.

[4] Ann. Fuldens. 900. Regin. chron. 900.LMA V 2175. Mühlbacher II 449. Kehr 16. Heumann, Die Einheit des ostfränkischen Reichs 142ss. Schramm, Kaiser, Konige und Päpste II 299s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 92s. Fleckenstein/Bulst 15. Riché, Die Karolinger 195. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 92.

estrechamente con la Iglesia, aunque ambos habían afianzado su poder en la lucha con la alta nobleza, ahora fueron los prelados casi en exclusiva los que gobernaron en nombre del menor de edad Luis, pupilo de los sacerdotes. A lo largo del siglo IX se habían ido haciendo cada vez más poderosos y ahora, al no verse ya coartados por ninguna realeza fuerte, empuñaron ansiosos el timón del imperio.

Cierto que el pequeño rey, que muy pronto en la historiografía recibió el sobrenombre de «el Niño» *(infans, puer, adolescens),* sólo de una forma puramente externa constituyó el epicentro, agrupándose a su alrededor la vida estatal y celebrándose también en su nombre el ritual tradicional de las dietas imperiales: para el 901 en Ratisbona, para el 903 en Forchheim, para el 906 en Tribur. Y al igual que Luis en las autorizaciones, también trazaba de su propio puño el rasgo ejecutorio en el monograma real. Pero el muchacho, por añadidura siempre enfermizo, nunca consiguió un gobierno personal. Y hubo también algunos magnates «próximos al rey», como los Conradinos, parientes del joven rey por línea materna, o el margrave bávaro Liutpoldo, un pariente paterno más lejano, que determinaron la política imperial sobre todo como representantes del clero. Fue «un gobierno puramente episcopal» (Nitzsch). «De la actividad de los príncipes laicos en el gobierno imperial nada dicen los analistas» (Schur). Y también entre los «intervinientes», los «medianeros», es decir, aquellos altos cargos por cuyo consejo, recomendaciones e insinuaciones el rey Niño confería derechos, otorgaba propiedades e intercambiaba bienes realengos, se encontraban en primer término los funcionarios eclesiásticos.

72

Ya se comprende que también los miembros de la grandeza laica revolvieron en la corte, no siendo ciertamente de los que menos el conde Conrado de Lahngau el Viejo (padre de Conrado el Joven, que luego sería el rey Conrado I) y su hermano Gebhardo. Surgió de hecho un régimen aristocrático más poderoso, unos poderes particulares en frecuente competencia de los que salieron duques y ducados; pero justamente por encima se dio entonces una regencia de prelados. Los obispos acompañaron entonces todos los pasos del joven regente, y no ya como simples marionetas. Y a diferencia de muchos magnates civiles estuvieron también presentes en todos sus viajes. Por lo cual Luis el Niño hasta su temprana muerte nunca fue independiente por completo, sino que de hecho dependió de los hombres rectores de su reino, de los altos clérigos con sus intereses particulares nada insignificantes.[5]

Apenas media docena de ellos tuvo una participación decisiva en el gobierno, y por encima de todos el arzobispo Hatto, elevado ya por Arnulfo, y el obispo Salomón III.

Hatto I de Maguncia (891-913), muy activo, inteligente y taimado, una especie de «papa para Alemania», como lo describió Wolfgang Menzel, intervino de continuo en la política, aunque sin olvidarse del provecho de su Iglesia y de sí mismo. Por lo general ambas cosas van estrechamente unidas formando un todo casi inseparable. Había nacido hacia 850 y era oriundo de la nobleza suabia; empezó apoyándose con su clan en Carlos el Gordo, y al ser éste derrocado se volvió de inmediato a Arnulfo de Carintia, lo que muy pronto se hizo pagar: ya en 888 y 889 Hatto fue agraciado

[5] LMA V 2175. HBG I 275 (K. Reindel encuentra también, como otros, «repre sentada» a la nobleza en la regencia del imperio, aunque destaca el rol destacado de Hatto). HEG I 638. Dümmler III 560s. Mühlbacher II 449ss. Schur 56s. Nitzsch, Geschichte des Deutschen Volkes 272. Hlawitschka, Vom Frankenreich 94. Schieffer, Die Karolinger 195ss. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 92. Eibl 23.

con las abadías ricamente dotadas de Reichenau y de Ellwagen, y dos años después obtuvo el arzobispado de Maguncia, una provincia eclesiástica que era la más amplia del imperio franco-oriental, que se extendía desde Sajonia a Suabia y desde el Elba hasta los Alpes. De ese modo los obispos de Maguncia (que por primera vez desde 870, y de manera permanente desde 965, dirigieron la archi-cancillería, la cancillería real) ocuparon el primer puesto en el Estado y fueron de hecho «hacedores de reyes».
73

Poco después de iniciar Luis su reinado, Hatto supo hacerse con el control del rico monasterio de Lorsch (Lauresham), aunque Arnulfo había garantizado la autonomía del famoso monasterio, que Carlos I había elevado a la categoría de monasterio real y que Luis el Germánico había enriquecido con valiosas posesiones imperiales. Llegó a ser un monasterio con propiedades desde el mar del Norte hasta el lago de Constanza ¡y desde el año 766 recibió unas cien donaciones al año! Finalmente Hatto obtuvo también del favor del soberano el monasterio de Weissenburg.

El arzobispo de Maguncia se movía gustoso en la proximidad del soberano. En 893 fue uno de los dos padrinos de bautizo del joven rey; en 894 formó en el séquito de Arnulfo en sus viajes a Italia y en 896 le acompañó para la coronación imperial; en 899 participó de manera determinante en el encuentro insidioso con Sventiboldo en Saint-Goar y en la elección de Luis al año siguiente. Tampoco se ha de olvidar su presidencia en el importante sínodo del 895, celebrado durante la gran dieta imperial en la residencia palatina de Tribur cerca de Maguncia. En una palabra, el arzobispo Hatto, que ya en tiempos de Arnulfo fue llamado «el corazón del rey», aparece ahora como el regente de hecho.[6]

No fue ciertamente mucho menor la importancia del obispo Salomón III de Constanza (890-919) en los asuntos de gobierno durante el reinado de Luis el Niño, en cuyos últimos años fue el verdadero rector de la cancillería, llevando el título de canciller desde 909. Salomón fue amigo íntimo del influyente Hatto y carecía por completo de escrúpulos. Como el señor feudal más poderoso del país en Suabia eliminó brutalmente por dos veces a los pretendientes ducales.

Ambos obispos representaron a su clase de una manera digna y más que digna por cuanto dominaron el arte allí muy desarrollado de atender sobre todo a los propios intereses materiales, sin que contase para nada si las donaciones procedían de un botín de guerra, de adjudicaciones menos sangrientas o cualesquiera otros negocios lucrativos, como el intercambio beneficioso de bienes monásticos por bienes realengos. «En buena medida Saint-Gallen se convirtió entonces en la perla de la corona. También pudieron serlo los obispados de Maguncia y Constanza, pero de éstos no se conserva ni un sólo documento antiguo. Involuntariamente se tiene la impresión de que los señores concertaban entre sí tales negocios, pues el Niño que se sentaba en el trono ni siquiera sabía de lo que se trataba. Y hasta resulta penoso ver con qué avidez se tendían aquellas manos también a la dote de la reina madre Uta, que por lo *demás con el proceso por adulterio había* quedado en una *situación* muy embarazosa; y así, por "recomendación" de cinco obispos y de Liut-poldo, se hizo que el pequeño rey otorgase a la iglesia de Seben el palacio de Brixen, que formaba

[6] Ann. Fuldens. 893. Widukind 1.22. Meyer, Taschenlexikon Geschichte 41. LMA IV 1957, V 2117. Dümmler III 497s. Menzel I 263. Mühlbacher II 450s. Herrmann, Thüringische Kirchengeschichte I 46. Schur 56. Schieffer, Die Karolinger 196. Hartmann, Die Synoden 367. Id., Herrscher der Karolingerzeit 92. Beumann, Die Ottonen 15.

parte de la dote de su madre y al que después se trasladó la residencia del obispo; y más tarde, de nuevo con el "asentimiento" de varios obispos, de algunos condes y, según se dice, por "recomendación" de la propia Uta, se otorgaron a la iglesia de Ratisbona el palacio de Velden y a la iglesia de Freising el palacio de Fóhring. En uno de tales documentos de donación se dice que era necesario posibilitar el servicio real mediante la solicitud por la Iglesia» (Mühlbacher).[7]

74 Mas también ejerció su influencia en el gobierno del imperio francooriental el arzobispo Thietmar de Salzburgo, cuando al principio era todavía archicapellán y archicanciller. Lo mismo hizo el arzobispo Pilgrim I de Salzburgo (907-923), que el año 908 obtuvo de Luis IV el palacio real de Salzburghofen (en la actual Freilassing) con abundantes pertenencias, arbitrios y dignidades a cambio de la importante salina de Reichenhall, y al año siguiente (junto con el margrave Aribo) también la abadía de Traunsee (Altmünster), hasta que bajo Conrado I se convirtió en su archicapellán (912). Asimismo jugaron un papel importante el arzobispo Rutbod de Tréveris, archicanciller para Lotaringia, los obispos Waldo de Freising, Erchanbaldo de Eichstátt, Tuto de Ratisbona, Rodolfo de Würzburg y Thietelah de Worms.

Finalmente, singular relevancia obtuvo el obispo Adaibero de Augsburgo, preceptor del rey y su segundo padrino, pues junto con Hatto tuvo al niño «en la sagrada fuente del bautismo» *(Annales Fuldenses)* y le impuso el nombre de su abuelo. Los padrinos de bautizo a menudo influyeron profundamente en la política, si es que no estaban metidos de hoz y coz en ella y por eso llegaron a ser padrinos. Ya el obispo Witgar, predecesor de Adaibero, había estado implicado por entero en los asuntos del imperio y había actuado principalmente en los círculos palaciegos de Luis el Germánico y de Carlos el Gordo. Y el propio Adaibero ya había actuado como consejero y acompañante permanente de Arnulfo antes de que, según parece, hasta se convirtiese en el ministro supremo del joven rey, que le llamaba su preceptor más leal, su maestro querido y su padre espiritual. Y así el pueblo, que pronto también lo veneró como beato, creyó que en su tumba se habían producido verdaderos milagros. Únicamente de la actividad de Adaibero en su obispado no tenemos la menor noticia.[8]

Dos acontecimientos fueron especialmente penosos para el imperio franco-oriental en tiempos de Luis el Niño: una prolongada catástrofe, que llegó de fuera, y un desastre relativamente corto de política interior: el ataque de los húngaros y la llamada disputa de Babenberg.

75

Empieza el ataque húngaro

A la muerte de Arnulfo los húngaros rompieron las hostilidades.

---

[7] Mühlbacher II 451.

[8] Ann. Fuldens. 893. LMA I 93, III 2121, VI 2158. Dümmler III 497ss. HBG I 422, 469 ,504. Kehr 3. Cartellieri I 363s. Schur 55ss. Holtzmann, Geschichte der sächsischen Kaiserzeit I 43s. 46s. Sturz 59ss. Mass, Das Bistum Freising 92. Erdmann, Der ungesalbe Kdnig 311ss. Fleckenstein, Die Hofkapellc II 4ss. Id., Grundlagen *und* Beginn 134. Reindel, Herzog Arnulf 238. Lintzel, Miszellen zur Geschichte 313s. Angenendt, Taufe 145s. Bullough, Nach Karl 317. Schieffer, Die Karolinger 196

«El día de su muerte fue para ellos más alegre que todas las festividades, más deseable que todos los tesoros», afirma no sin razón el obispo Liutprando. Su ataque fue inesperado. Con ímpetu increíble y con la secuela de enormes calamidades devastaron amplios territorios de Europa occidental y meridional, y muy especialmente el imperio franco-oriental, adonde ya en tiempos los había llamado Arnulfo como aliados.

También las guerras húngaras fueron principalmente, aunque no de forma exclusiva, guerras de defensa, y no sólo en 907. Desde la victoria del duque bávaro Bertoldo —hijo menor del margrave Liutpoldo, fallecido en Pressburg en 907— el 12 de agosto de 943 en Wels, que constituyó el mayor éxito alemán logrado hasta entonces contra los húngaros, los bávaros tomaron la iniciativa. En 948 obtuvieron otra ventaja. Ya al año siguiente se enfrentaron con los magiares en la propia Hungría. Y también en 950 el duque bávaro Enrique, hermano de Otón I, uno de los príncipes franco-orientales más emprendedores y violentos, llevó de nuevo la ofensiva a territorio húngaro. Obtuvo dos victorias más allá del Theiss, se llevó como botín magníficos tesoros y muchos prisioneros y «regresó a la patria sano y salvo» (Widukind).[9]

Los húngaros o magiares, como se llamaban a sí mismos, eran un pueblo de jinetes nómadas que vivían en tiendas o en cabañas de cañas con un origen en parte ugrofinés y en parte turco. Las fuentes latinas identifican a menudo a estos jinetes rápidos y hábiles manejadores del arco con los hunos y los àvaros. Duramente oprimidos por los pecenegos, un pueblo turco de jinetes nómadas especialmente belicoso y aliado de los búlgaros, en 895 fueron expulsados de sus asentamientos entre el Volga y el Danubio, junto al mar Negro, e irrumpieron desde la llanura del Theiss saqueando y asolando una y otra vez Panonia, Bohemia y el reino moravo, que ya Arnulfo había combatido en 892 luchando hombro con hombro con ellos y que hasta 906 ellos aniquilaron por completo hasta hacerlo desaparecer literalmente. Desde 899 también invadieron Italia septentrional y hasta incendiaron el sur de Francia; pero desde comienzos del siglo x también atacaron en correrías anuales Baviera, Sajonia, Alamania, Alsacia y Lotaringia. Prolongaron sus incursiones durante más de medio siglo constituyendo de hecho una plaga peor que la de los normandos, que para entonces se habían concentrado especialmente en Ostengland.

El *anno domini* de 900 aparecieron por vez primera los húngaros en suelo que fue bávaro y actualmente es austríaco.

76

Por el Enns penetraron en el territorio de Thrangau «asesinando y arrasando a sangre y fuego todo lo que encontraron a lo ancho y a lo largo de cincuenta millas». Por lo demás a finales del otoño un ejército bávaro al mando del conde Liutpoldo de Carintia y del obispo Richar de Passau liquidó en Linz a una pequeña retaguardia húngara, luchando gloriosamente y venciendo con mayor gloria aún, según cuenta el analista. Y es que supuestamente «por gracia de Dios» entre los caídos y ahogados en el Danubio aparecieron 1.200 paganos, pero «apenas un sólo cristiano» *(Annales Fuldenses).*

En 901, tras un ataque a Carantania, los húngaros fueron derrotados en el camino de regreso al Fischa, al este de Viena; y en 902 lo fueron en Moravia junto con los

[9] Liutpr. antapod. 2,1. Widukind 2,36. LMA 1 2025. Hauck III 152s. con otras referencias de las fuentes.

moravos, cuyo reino ya habían saqueado dos años antes los bávaros, como lo habían hecho ya en 890 y en 899. También en 903 se luchó contra los magiares, aunque esta vez con resultado desconocido. Y en 904 los bávaros invitaron a que lo visitase una embajada húngara presidida por su comandante en jefe, Chussal. Primero les ofrecieron un banquete y después los aniquilaron por completo en una espantosa matanza. Y desde luego con la asistencia de Dios.

«Trabajo positivo de los cristianos alemanes en el este» y «el perro más asqueroso…»

Pero parece como si el Señor los hubiese abandonado. Los húngaros regresaron casi todos los años y el 5 de julio de 907, en una guerra ofensiva de los franco-orientales —decidida el 17 de junio del mismo año por obispos bávaros, abades y nobles con el rey Luis el Niño—, infligieron una derrota total al cuerpo de ejército bávaro. Una «fuerte derrota», dicen lacónicamente los *Annales Alamannici*. En el campo de batalla quedaron tendidos no sólo varios condes y muchos nobles más, sino también tres abades y tres obispos: el arzobispo Thietmar de Salzburgo con los obispos Udo de Freising y Zacarías de Seben-Brixen. «La sangre de la nobleza y del episcopado bávaros... y el trabajo positivo (!) quedó interrumpido» (Bosl).

¡Hablar de «trabajo positivo» en un país al que gustosamente se miraba como una antigua posesión, pero que por vez primera Carlos «el Grande» había arrebatado a los àvaros en muchos años de guerras, cuya nobleza en su conjunto había sucumbido y, más aún, cuyo pueblo había desaparecido por entero!

El arzobispo Thietmar de Salzburgo, cuyas «reliquias» se pretende que fueron encontradas en 1602 —oh dichosa fortuna— fue contado en dicha ciudad entre los santos o bienaventurados. Al obispo Zacarías de Seben y al obispo Udo de Freising se les reconoció la *«palma martyrii»* al «haber sacrificado su vida por la fe de Cristo» (Meichelbeck). En la batalla de Turingia, librada el 3 de agosto de 908 contra los húngaros, cayó también el obispo Rodolfo de Würzburg, el iniciador a todas luces de la querella sangrienta de Babenberg. Por el contrario la tradición ignora «casi por completo» la actividad intraeclesial de este prelado. También su sucesor el obispo Thioto, otra criatura de los Conradinos según parece, estuvo por entero «al servicio del imperio»; pero no se oye «prácticamente nada» (Stórmer) de su actividad eclesiástica en la diócesis de Würzburg, que presidió durante casi un cuarto de siglo.[10]

77

Es verdad que en los años 909, 910 y 913 los bávaros liquidaron diversas expediciones húngaras; pero los invasores continuaron devastando las tierras desde los Alpes al mar del Norte y repitieron sus correrías por Alemania, no menos de

[10] Ann. Fuldens. 900ss. Ann. Augiens. 907. Ann. Alamann. 907. Regin. chron. 900. Adalb. cont. Regin. 907s. Liutpr. antapod. 2,2; 2,7. Widukind 1,17; 1.20. Ann. Corbeiens. 907. Ann. Laubac. 908. Ann. Hildesh. 908. LMA VI 1845s. HBG I I"; con numerosas referencias bibliográficas. HEG I 636ss. Dümmler II 457ss. Hauck III 150. Meichelbeck según Fischer, Bischof Uto 63, véase también 57ss. Hóman I 100, Büttner, Die Ungarn, das Reich 433ss. Heuwieser 184. Tomek 109ss. Bosl. Bayeris che Geschichte 64. Brackmann, Gesammeltc Aufsatze 192. Fleckenstein/Bulst 15 Hlawitschka, Vom Frankenreich 94. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 93. Schieffer, Die Karolinger 196s. Stormer, Im Karolingerreich, UG I 165.

veinte entre los años 900 y 955. El obispo Miguel de Ratisbona perdió una oreja en la guerra contra los húngaros, pero también dejó tendido a un enemigo, recibiendo muchos parabienes por ello. ¡Para lo que sirvió! El «trabajo positivo de los alemanes en el este» hemos de confesar que «de nuevo se derrumbó por completo» (Heuwieser).

A este respecto hay que observar dos cosas: primera, que los húngaros, al igual que los normandos, estuvieron informados de las discordias internas del occidente católico y supieron aprovecharlas; segunda, que los príncipes católicos a menudo demostraron escasa solidaridad frente a los húngaros, como frente a los normandos o los árabes, y por lo general prefirieron dedicarse a sus negocios tradicionales que a proteger a sus súbditos contra el enemigo. En cualquier caso eso es lo que le ocurrió al duque Arnulfo «el Malo», que mediante un tratado pudo mantener a los húngaros alejados casi por completo de Baviera durante décadas. Más bien los tres pueblos de sarracenos, normandos y húngaros «en incontables casos se echaron al cuello de sus enemigos en el propio territorio. No hubo vacilaciones en aliarse con ellos. Se enviaban emigrantes con el fin de recuperar la propia posición frente a ellos para animarlos a intervenir». Por otra parte, fue la cristiandad occidental la que

«compuso, precisamente en los siglos IX y X, una multitud de oraciones conmovedoras contra la peste de los paganos» (Tellenbach).[11]

En efecto, ¿no era maravilloso, como algo creado realmente por Dios, el que la peste de los paganos condujera a la composición de oraciones tan abundantes como conmovedoras, que condujera hasta el mismo Dios, porque la necesidad enseña a orar? ¿Y pudo la necesidad ser lo bastante grande? De hecho cuanto mayor es la necesidad tanto mayor es la ganancia de los monjes y clérigos, aunque las iglesias y monasterios se hayan desvanecido en fuego y humo, se vuelven a reconstruir, por lo general más grandes y más hermosos (y, como ocurre todavía hoy, se consigue que los «laicos» lo paguen todo).

78

De ese modo los piadosos señores eclesiásticos hicieron que las incursiones de los húngaros resultasen todavía más terribles de cuanto lo eran en sí, convirtiendo a los húngaros en «instrumentos del diablo», en «Gog y Magog» y declararon que el juicio final era inminente.

Para el obispo Liutprando tales espíritus infernales no tienen Dios ni conciencia. No sólo reducen a ruinas los pueblos y las iglesias, ni simplemente matan a las personas, sino que «para difundir cada vez más el terror, se bebían la sangre de los degollados». El obispo Salomón III de Constanza nos aterra con todas las variantes de imágenes de animales, familiares desde la Biblia y los padres de la Iglesia (incluso respecto de los cristianos): «Ahora penetra en la misma casa de Cristo hasta el perro más asqueroso». Y Regino, abad de Prüm (hasta 899) y de Tréveris (hasta 915), cuenta de los bárbaros verdaderas «atrocidades» (Weinrich), y con la intención de darles visos de mayor autenticidad se sirve de los abundantes topos etnográficos de la antigüedad para describir en serie las malas cualidades de los (nuevos) hunos, muy especialmente su «cruel ferocidad» *(cruentam ferocitatem)* y su «furor de bestias» *(beluino furori);* son gentes que no viven «a la manera de los hombres, sino como el

[11] Adalb. cont. Regin. 909ss. LMA I 1015. HEG 1 639. Dümmler III 556ss. Tomek 109ss. Fleckenstein/Bulst 20. Fischer, Das Zeitalter des heiligen Ulrich 82. Heuwieser I 189. Tellenbach, Europa 447s.

ganado»; «como animales salvajes», dice también Widukind; más aún, «devoran como remedios medicinales los corazones de sus prisioneros partidos en trocitos».[12]

De los «salteadores vagabundos y la familia de pueblos europeos»

Ese particular desprecio alemán hacia el que es diferente, de otra raza o asiático se prolonga a lo largo de los siglos. ¿Y puede un historiador tan benemérito como Albert Hauck (1845-1918) insistir hasta tal punto en que tales «nómadas» con su «falta de cultura»

«sólo podían resultar repulsivos a los germanos sedentarios», en que el sedentario «nada podía ver más odioso» que a «tales bárbaros», y nada podía escuchar más repugnante que su «gruñido desentonado»?

¿Puede Hauck con perfecto derecho tildar una y otra vez a los húngaros de «salteadores» y «bandas de salteadores»? Al antiguo pueblo de cazadores y pastores, un pueblo de guerreros ¿puede calificarlo casi contra su voluntad como «nación que practicaba el robo como una profesión nacional»? ¿No se engaña de medio a medio al afirmar que «no había en absoluto ningún punto de contacto entre aquellos salteadores vagabundos y la familia de pueblos europeos»?

No hay duda de que en forma parecida veían los «grandes alemanes» de Hitler a los «infrahombres» orientales, eslavos y asiáticos (¡y cómo sigue dándose esto todavía hoy entre aquellos teutones cuyo nombre es Legión!). ¿Y no se delata el propio Hauck, cuando en la última cita agrega al «salteadores» el simple e insignificante «vagabundos», cual si al menos en su subconsciente se acordase de otros salteadores, menos vagabundos, más fijos, que tan pronto como les era posible permanecían agazapados sobre su robo y que no sólo conservaban el pequeño botín sino todo el país expoliado?

79

Escribe el teólogo protestante: «Como el imperio alemán del siglo X era conquistador, también la Iglesia germánica se convirtió en la Iglesia misionera de Europa». Exacto. Por eso pudo Europa convalecer con el germanismo. Mas ¿qué diferencia hay aquí entre «conquistador» y salteador?

El propio Hauck vuelve a recordar: «Todavía a finales del siglo IX la tierra eslava es una designación perfectamente habitual de Carintia». Pero ya en el siglo X la cosa mejora, progresa, adelanta: «Entonces la nobleza alemana adquirió grandes posesiones en el país»: «adquirió», qué hermoso. «También los fundadores alemanes designan como propias extensas llanuras»: como propias, tampoco suena mal. Entonces los obispos de Freising y Seben adquieren asimismo «grandes posesiones inmuebles» en el sureste. La diócesis de Salzburgo empieza por aquellas fechas a «extenderse ampliamente hacia el este»... Extenderse, extenderse ampliamente, con fuerza, etc. Hauck ya ni siquiera se toma la molestia de variar un tanto su vocabulario. El asunto es demasiado hermoso y le arrastra, cual si literariamente no pudiera incorporar con la suficiente rapidez toda aquella herencia, aquella extensa

[12] Regin. chron. 889, 901. Widukind 1,18. Liutpr. antapod. 2,2s. Dümmler III 509. Hauck III 149. Weinrich. Tradiüon und Individualitat 294.

apropiación; y naturalmente ni siquiera tiene tiempo para reflexionar si de hecho «no había en absoluto ningún punto de contacto entre aquellos salteadores vagabundos y la familia de pueblos europeos»; entre aquellos monstruos salvajes —como les llama el obispo Pilgrim de Passau, el falsificador de mala memoria— y el pueblo alemán, que ahora empieza «a poner pie firme» en «su» este, para emplear el lenguaje de Hauck. Efectivamente, «es como si hubieran tenido una impresión de lo mucho que significaba para Alemania la expansión hacia el este...».[13]

Pero también para los eslavos significaba mucho, aunque naturalmente en un sentido bien distinto, según que los cristianos asesinasen allí y expropiasen a los «infrahombres» o que «el perro más asqueroso entrase en la misma casa de Cristo», cosa que no siempre resultaba (ni resulta) tan pacífica. Auténtico amor al prójimo. Y buena nueva. Pero precisamente en aquella época, durante el régimen sacristán, estalló en el imperio una guerra civil brutal, la denominada querella de Babenberg (897-906), cuyos orígenes por lo demás se remontan a los últimos años del gobierno de Arnulfo.

80

La querella de Babenberg (897-906)

Franconia, que originariamente presentaba el mayor número de familias de la alta nobleza, también padeció después las mayores querellas y las pérdidas más dolorosas. A finales del siglo IX y comienzos del X sólo los dos linajes más ilustres de los francos luchaban por la supremacía sobre el territorio del Main y por la mejor posición de salida para los años que habían de seguir a la regencia nominal del rey Niño: eran las familias de los Poppones— Babenberg —así llamada por el conde Poppo de Grabfeld y su fortaleza de Babenberg (Bamberg)— y la de los Conradinos.

Los Babenberger eran Adalberto, Adalhardo y Enrique (II), que gobernaban los condados adyacentes a Fulda, en Grabfeld y en las tierras del alto Main y acabaron perdiéndolos todos. Eran hijos de Enrique, mercenario independiente y comandante en jefe de las tropas de Carlos el Gordo, que murió en 886 ante los muros de París combatiendo contra los normandos, y era, como su padre, enemigo de Arnulfo, que por su parte buscó por todos los medios el derrocamiento de ambos. Para ello se sirvió de los Conradinos, los hermanos Conrado, Gebhardo, Eberhardo y Rodolfo, que procedían de las tierras del Mosela y poseían haciendas en el territorio entre el Rin y el Main, en Niederlahngau, en Hessen y en el Wetterau.

El rey Arnulfo, cuyo palacio evitaban los Babenberger, estaba casado con Uta, de la familia de los Conradinos. Promovía la prosperidad de la familia de ésta a costa de los Babenberger y la favoreció con donaciones; más aún, el año 892, tras la muerte en combate de Arn, obispo de Würzburg, hizo obispo de Main a Rodolfo (892-908), de los Conradinos. Con ello queda programado el enfrentamiento sangriento: «una violenta disputa de la discordia y un proceso cargado de odio inconciliable», escribe Regino de Prüm, «el año de la encarnación divina de 897», que compara las «matanzas recíprocas» con un «ardor increíble» que de día en día crece hasta el infinito.

[13] Hauck III 69. 147ss.

«Incontables son los que caen a espada por ambas partes, se cometen mutilaciones de manos y pies; los territorios que les están sujetos son arrasados con robos e incendios.»[14]

Los Conradinos, que gracias al parentesco con el rey Arnulfo avanzaron hacia el este mediante bienes y condados y que durante su reinado y el de su hijo menor de edad ascendieron a la dignidad de duques, fueron preferidos no sólo en Franconia sino también en Lotaringia, donde Gebhardo, de los Conradinos, fue constituido duque oficial y en un documento hasta aparece abiertamente como «duque de Lotaringia». Por el contrario, los Babenberger se vieron cada vez más arrinconados y en 897 hicieron matar cerca de Würzburg al servidor real Trageboto, probablemente a causa de cesiones territoriales. Así las cosas, empezó la querella con el obispo de Würzburg, de primeras sin intervención directa del rey, con quien más tarde, ya bajo Luis el Niño, chocaron sus hermanos Eberhardo y Gebhardo.

81

La situación desembocó en un combate armado. El Babenberger Enrique II encontró la muerte y Eberhardo de los Conradinos resultó gravemente herido. Cuando murió a causa de las heridas, su hermano Gebhardo hizo decapitar inmediatamente al Babenberger Adalhardo que tenía prisionero (902-903). Y entonces entró en acción el régimen de sacristanes. Luis el Niño abrazó el partido de los Conradinos victoriosos y mandó confiscar las posesiones de los desaparecidos Enrique y Adalhardo del partido de los Babenberger, de modo que al menos en parte redundaron en beneficio del obispo de Würzburg. «Después que los Babenberger sucumbieran en la batalla y sus bienes fueran confiscados, el rey Luis el Niño envió el 9 de julio de 903 a Tarassa (Theres), con destino al obispo Rodolfo de Würzburg, "algunos bienes de nuestra propiedad *(juris nostri),* que habían sido de Adalhardo y de Enrique y que por la magnitud de la maldad de éstos... fueron declarados propiedad nuestra".»[15]

En el año 906 el hijo del conde Conrado, que más tarde sería el rey Conrado I, llevó a cabo una serie de operaciones en Lotaringia con un ejército poderoso. Siguiendo el uso consagrado arrasó «con robos e incendios» las posesiones de sus enemigos, los buenos católicos que ya conocemos, a saber, los condes de Metz, los hermanos Gerardo y Matfrido. Tan favorable ocasión la aprovechó naturalmente Adalberto, el último de los Babenberger, y volvió a invadir con sus gentes Wetterau. Hubo varios combates y al final sucumbió el conde Conrado el Viejo en Fritzlar, afianzándose el Babenberger. Eso significa que el vencedor empezó por perseguir «con sus camaradas a los fugitivos y abatió con la espada a una muchedumbre incontable, en especial a los que huían a pie...». El cualificado acaba siendo un experto. Y tras dar cima a este cometido Adalberto se dedicó a todo el territorio; lo que significa que lo recorrió con sus compinches y «todo lo destruyó con muertes y saqueos. Cuando lo hubo terminado regresó con sus camaradas, cargados de botín de guerra y con robos incalculables, a la fortaleza de Bamberg» (Reguío de Prüm).

Bien está lo que bien acaba, debió de pensar el último de los Babenberger. Pero

---

[14] Regin. chron. 892, 897. LMA I 1321. HEG I 638. Dümmler III 522. Mühlbacher II 453. Fleckenstein/Bulst 16. Prinz, Grundlagen und Anfänge 122. Hlawitschka, Der König einer Ubergangsphase 105. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 92s. Stormer, Im Karolingerreich, UG 182s.

[15] Looshorn 25. Véase también la nota siguiente.

todavía en el verano de aquel mismo año la regencia imperial, presidida de hecho por el arzobispo Hatto de Maguncia, amigo íntimo de los Conradinos, le invitó a una asamblea imperial en Tribur. Al no comparecer allí, Hatto y el rey, que tenía 13 años, le pusieron cerco con un ejército imperial en su castillo de Theres (en Schweinfurt). Tres veces se menciona aquí a Luis el Niño en conexión con la querella de Babenberg.

82 Tras larga resistencia atrajeron con halagos y «palabras dulces como la miel» —un sucio recurso de Hatto— al último de los Popponen-Baben-berger, sacándolo de su fortaleza. Arteramente fue hecho prisionero y «el obispo se lo entregó al rey Luis» (Widukind); lo condujeron atado en presencia de todo el ejército y el 9 de septiembre fue decapitado como lo había sido su hermano. La sentencia se ejecutó por instigación también de Conrado el Joven, el futuro rey Conrado I. Con su proceder éste se había preparado el camino hacia la realeza...» (W. Hartmann). Mas también el margrave Liutpoldo, el primer hombre de Baviera después del rey, fue «decisivo» en la guerra contra Adalberto, «habiendo participado asimismo en su captura y ejecución alevosas» (Reindel). Sus riquezas y posesiones fueron anexionadas a los bienes realengos, distribuyéndolos después el rey «entre conocidos varones de ilustre nacimiento» *(Reginonis chronica).* Es decir, entre los enemigos de los Ba-benberger, entre quienes también se benefició Hatto de Maguncia, el canalla mayor de toda aquella chusma, un jerarca cuya astucia hasta tal punto temía el duque y futuro rey Enrique de Sajonia que fundamentó su negativa a acudir a una asamblea en Maguncia con la amenaza de un atentado del prelado del lugar.

La fortaleza de Theres se transformó en una abadía benedictina y el castillo de Adalberto en Babenberg, a una con todo el condado, se lo apropió el rey Luis y después surgió de allí el obispado de Bamberg. Y todavía en la Baja Edad Media se cantaba la traición del arzobispo Hatto, especialmente malquisto entre el pueblo. El hombre no fue ciertamente una excepción. En su libro *De synodalibus causis et disciplinis ecclesiasticis*, dedicado al ilustre Hatto, entonces regente imperial, escribe el abad Regino de Prüm: «En esta época totalmente corrompida se cometieron muchas infamias en la Iglesia y se cometerán otras, que jamás se habían oído en los tiempos antiguos» *(Praefatio).*[16]

Cuando el 24 de septiembre de 911 moría Luis IV el Niño, que acababa de cumplir los dieciocho años y no dejaba heredero, se extinguió la línea franco-oriental de Luis el Germánico y de los Carolingios. Todavía el año anterior el rey siempre enfermizo había luchado personalmente con un ejército imperial contra los húngaros en Lechfeld, sufriendo una grave derrota. Por lo demás tanto los coetáneos como los sucesores se ocuparon tan poco de él que ninguna fuente contemporánea menciona ni el lugar de su muerte ni el de su sepultura.

Poco después de la muerte de Luis, entre los días 7 y 10 de noviembre, en una asamblea de príncipes celebrada en Forchheim, los grandes de Franconia, Sajonia, Alamania y Baviera ofrecieron de primeras la corona del imperio franco-oriental al duque de Sajonia, Otón el Ilustre. Mas como él reinaba sobre Sajonia casi con total

[16] Regin. chron. 902s. 906. Widukind 1,22. Liutpr. antapod. 2,6. LMA IV 1957. HBG I 279 (Reindel) HEG I 638. Mühlbacher II 454ss. Menzel 1 260s. Fríes 72ss. 114s. Schnürer II 42. Holtzmann, Geschichte I 39ss. 62. Lüdtke. König Heinrich I.53. Schieffer, Die Karolinger 196$. Prinz, Grundlagen und Anfänge 122s. Hartmann. Herrscher im Karolingerreich 93. Hlawitschka, Der König einer Ubergangsphase 105. Stormer, Im Karolingerreich 196s. Beumann, Die Oltonen 25.

independencia y de continuo ejercía la autoridad suprema *(supremum imperium),* se negó a aceptarla por motivos de edad y otras consideraciones (de hecho murió un año después). Entonces la nobleza, siempre según Widukind de Corvey (aunque a menudo se pone en duda su información), por consejo de Otón eligió rey de común acuerdo al conde franco Conrado el Joven, jefe de los Conradinos y desde la eliminación de los Babenberger el más poderoso de la estirpe franca. Fue aquélla la primera elección «libre», aunque circunscrita solamente a los grandes, en la historia alemana y en el imperio franco-oriental. Y representó una ruptura definitiva con la tradición, acabando para siempre con la dinastía carolingia. El camino lo había allanado el pacto del arzobispo Hatto con los Conradinos, que significó el hundimiento de los Babenberger y ya antes el de Sventiboldo. En el aspecto dinástico fue un acontecimiento que marcó época, aunque para el pueblo nada cambió de hecho.

83 Por lo demás Lotaringia, donde el nuevo soberano era odiado, se adhirió al imperio franco-occidental por influjo sobre todo de los Reginaros. Y en él permaneció hasta 925, eligiendo todavía como rey aquel mismo año de 911 a Carlos el Simple, hijo póstumo de Luis el Tartamudo, que desde 893 hasta 923 reinó como sucesor del no carolingio Odón. Así se pudo justificar también desde la perspectiva carolingia y legitimista la separación de Lotaringia de Franconia oriental.[17]

[17] Widukind 1,16. Adalb. cont. Rcginon. 911. Liutpr. antapod. 2,3s. LMA VI 1579. HEG I 640. HBG II 282s. Fleckenstein/Bulst 15,17. Schieffer, Die Karolinger 200. Riché, Die Karolinger 292. Hartmann, Herrscher der Karolingerzeit 93. Hlawitschka, Der König einer Ubergangsphase 104. 106. Boshof, Königtum 3.

85

CAPITULO 4. EL REY CONRADO I (911-918)

«Apoyado en sus consejeros, sobre todo el arzobispo de Maguncia y el canciller y obispo Salomón III de Constanza, Conrado persiguió al comienzo una... política firmemente arraigada en la tradición carolingia; pero con tres campañas militares no pudo impedir que Lotaringia se anexionase al imperio occidental.»

HANS-WERNER GOETZ [1]

«Aconsejado por los dignatarios eclesiásticos del tiempo de Luis el Niño más influyentes hasta entonces —el arzobispo Hatto de Maguncia y el obispo Salomón de Constanza—, buscó en el alto clero un apoyo contra los líderes políticos civiles.»

EDUARD HLAWITSCHKA [2]

87

Fracasa el intento de recuperación de Lotaringía

Conrado I (911-918), que residió principalmente en Frankfurt, Weilburg del Lahn y Forchheim, dirigió en la querella de Babenberg (906) a los Conradinos después de la muerte de su padre, Conrado el Viejo de Oberlahngau, y de su tío Gebhardo. A lo largo del decenio de guerra contra los Babenberger y tras su completo exterminio, el clan había afianzado enormemente su propia posición de poder entre los francos del Main. En 906 Conrado en persona derrotó por completo al cabeza del grupo, Adalberto, y ese mismo año vencía asimismo a la pareja lotaringia formada por los hermanos Gerhardo y Matfrido, con lo que obtuvo una posición de duque en Franconia oriental.

En principio lo que importaba al nuevo rey era la recuperación de Lotaringia, pues tras la muerte del último rey carolingio franco-oriental, Luis el Niño, ocurrió que el rey franco-occidental Luis III el Simple (893/898-923), hijo de Luis el Tartamudo y nieto de Carlos el Calvo, se *hizo en 911 con la soberanía de Lotaringia. Carlos el* Simple *(Charles le Simple, simplex, hebetus, stultus;* el francés *sot* es una denominación posterior) ya había realizado un asalto contra Lotaringia en 898. Habiéndole llamado un aliado suyo, el poderoso conde Reginar, que había perdido el favor de Sventiboldo, Carlos avanzó rápidamente hasta Aquisgrán y Nimega. En el ínterin, sin embargo, Sventiboldo se alió con algunos magnates, sobre todo con el obispo Franco de Lüttich, y apoyado por el duque Otón de Sajonia, suegro de Sventiboldo, en 899 se firmó la paz en St. Goar del Rin.

Pero en 911 Carlos logró la anexión. La nobleza lotaringia esperaba con ello una mayor autonomía y los obispos soñaban con nuevas propiedades y derechos. De hecho el primer documento de Carlos III el Simple, fechado el 20 de diciembre, está

[1] Goetz, en LMA V 1337s.

[2] Hlawitschka. Vom Frankenreich 98.

otorgado en favor de los canónigos de la catedral de Kammerich, «tras la obtención de la herencia más rica». Ya en enero tuvo el obispo Dogo de Toul conocimiento documentado de su favor, al igual que el monasterio de los monjes de St. Maximin en Tréveris. El obispo de dicha ciudad, Ratbod, llegó a ser archicapellán de Carlos y era entonces tan firme partidario del imperio franco-occidental como el arzobispo Hermann I de Colonia, en tiempos archicapellán del rey Sventiboldo (y marido de Gerberga, probablemente de la familia de los Conradinos), o el conde Reginar, quien además de sus condados poseía en esa época al menos seis abadías.[3]

88 Cierto que en el invierno de 911-912 Conrado I expulsó a Carlos el Simple de Alsacia, donde durante algún tiempo fue reconocido exclusivamente al igual que en Frisonia. Pero tres campañas militares enviadas contra Lotaringia en 912-913 fracasaron. El rey apenas obtuvo éxito alguno, si prescindimos del hecho de que asedió dos veces Estrasbrugo y la devastó e incendió. Y después del 913 renunció a cualquier recuperación. Pero Carlos el Simple, único rey carolingio tras el fallecimiento de Luis el Niño, inmediatamente después de la elección de Conrado ya no se designó con el título hasta entonces habitual y simple de *«rex»* sin ninguna otra delimitación, sino que recurriendo a ciencia y conciencia a la tradición francocarolingia se autotituló *«rex Francorum»,* como los primeros carolingios. Residió de modo preferente en Metz, Diedenhofen, Herstal y Aquisgrán, pero fracasó con todos sus sueños ambiciosos y murió en prisión (929).[4]

Dado que Conrado debió su ascensión, y en particular la eliminación de los Babenberger, a la colaboración decisiva de los regentes y de la Iglesia imperiales, es decir, a los influyentes prelados franco-orientales, hubo de mostrarse también a disposición de los mismos. Cierto que también debía la corona a los duques, pues sin su elección y consentimiento en modo alguno habría sido coronado. Pero de forma poco prudente se sirvió de la realeza para someter a los duques nacionales de cuyas filas procedía él mismo y que al principio mantuvieron por lo general buenas relaciones con la corte. En cambio tuvo al alto clero a su lado, sobre todo a sus «amigos episcopales» (Hlawitschka), el arzobispo Hatto de Maguncia, fallecido ya en 913, y su canciller, el obispo Salomón III de Constanza.

Conrado I, que ciertamente no carecía de dotes militares pero sí de instinto político, pronto procedió contra los duques *(duces),* especialmente contra su creciente poder en Baviera y Suabia. Y en la lucha contra los poderes regionales actuó también contra las constantes invasiones de los húngaros, que casi año tras año atacaban el imperio, preferentemente Baviera y Suabia, aunque tampoco Franconia, Turingia, Sajorna, Alsacia y hasta Lotaringia se libraron de sus incursiones. Pero contra los húngaros el rey Conrado I fracasó en toda la línea, mientras que los grandes de aquí y allá, como Arnulfo «el Malo» de Baviera y sus tíos suabos, los hermanos Erchanger y Bertoldo, al igual que el conde Udalrico, se impusieron por su victoria del 913 en Inn, después de que el tal Arnulfo «el Malo» hubiera ya derrotado a los húngaros en 909 junto al Rott y en 910 cerca de Neuching. De ese modo se agudizó

[3] LMA IV 2163, V 970. 2175s. HEG I 740. Dümmler III 580s. Schieffer, Die Karolinger 201 s. Werner, Die Ursprünge 476s. Boshof, Königtum 3. Ehlers 20.

[4] HEG I 640, 738ss. especialmente 740s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 124. Fleckenstein/Bulst 19s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 98. Id., Der König einer Ubergangsphase 107. Ehlers 20s. Brühl, Deutschland-Frankreich 404s.

aún más el conflicto con los poderes particulares, los llamados «poderes medios», que iban adquiriendo prestigio y respeto.

89 El rey buscó y encontró apoyo en la Iglesia. El abad laico de Kaiserswerth, el conde de Wormsfeld, de Hessengau y Keldachgau, que también se había hecho ungir por un obispo —es la primera vez que se menciona expresamente esa unción real en el imperio oriental—, se apoyó en el sur, especialmente en el obispo Salomón III de Constanza, y en el norte en el arzobispo Hatto de Maguncia, que gobernó el imperio durante un cuarto de siglo. Y esos estadistas determinantes en tiempos de Luis el Niño también se contaron entre los consejeros preferidos de Conrado.[5]

Cómo de «Arnulfo el Justo por la gracia de Dios» se pasó a Arnulfo «el Malo»

Menos suerte tuvo «Arnulfo, duque de los bávaros y de los territorios adyacentes por la gracia de Dios», para conectar con los círculos eclesiásticos. En su dominio ejerció la soberanía eclesiástica, ocupó obispados y abadías imperiales, tuvo parte en sus ingresos y también manejó las posesiones de los mismos, como ya en tiempos Carlos Martell, con bastante autonomía. Así, por ejemplo, entre los años 907 y 914 secularizó sus bienes, por lo cual el clero, que le había dado el sobrenombre de «el Justo», le puso el remoquete de «el Malo». Desde entonces así se conoció al «destructor de las iglesias», al «enemigo de la Iglesia», pese a que Arnulfo, con la inmensa confiscación de los bienes inmuebles eclesiásticos, no sólo reforzó su poder militar sino que también compró durante décadas la paz con los húngaros a la vez que satisfizo la avidez de sus vasallos.[6]

Arnulfo de Baviera había adoptado muy pronto el título de duque y había reforzado su política autonómica tomando distancias incluso frente al rey. Para vincularse más a los rebeldes, en 913 Conrado desposó a Cunegunda, oriunda de Suabia, madre de Arnulfo, viuda de Liutpoldo de Baviera y hermana de los condes Erchanger y Bertoldo. Pero cuando en 914 Erchanger hizo prisionero al obispo Salomón, canciller de Conrado, y Arnulfo tomó partido por sus tíos suabos, el rey lo expulsó con ayuda de obispos y abades bávaros: el arzobispo Pilgrim de Salzburgo, archicapellán de Conrado desde 912, los obispos Tuto de Ratisbona, Dracholf de Freising, Udalfrido de Eichstátt y Meginberto de Seben. Para decirlo brevemente, en aquella guerra la Iglesia bávara estuvo «por entero del lado del rey» *(Handbuch der Europaischen Geschichte).*

90 El duque Arnulfo buscó y encontró refugio en el enemigo del país, en los húngaros. Y cuando regresó en 916, el rey lo expulsó de nuevo, aconsejado ahora y acompañado incluso por el obispo sajón Adalvardo de Verden, un «misionero eslavo». El rey

---

[5] HBG I 282. HEG I 639s. Barraclough 18. Prinz, Grundlagen und Anfänge 124ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 98. Id., Der König einer Übcrgangsphase 107. Boshof, Königtum 4. Fried, Der Weg 451.

[6] Pierer 1754. LMA I 1015. HBG I 280ss. (con abundantes referencia bibliográficas). Schur 65. Reindel, Herzog Arnulf 214ss. Bullough, Nach Karl 317. Prinz, Grundlagen und Anfänge 123. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 103s. 106, 109. Beumann, Die Ottonen 28s. Eibl, Heinrich I 24. Brunner 54.

Conrado —«un varón siempre manso y sabio y enamorado de la doctrina divina» (arzobispo Adalberto)— penetró en Baviera al frente de tropas numerosas y la incendió como si fuese un país enemigo. Derrotó a Arnulfo, conquistó Ratisbona, su capital, a la que en parte entregó a las llamas y cuyo obispo Tuto era evidentemente uno de los enemigos más encarnizados de Arnulfo. (Tuto fue también beatificado en su Iglesia.) Conrado impuso en Baviera a su hermano y compañero de armas Eberhardo como gobernador. Y mientras que los grandes de la nobleza civil desaparecían cada vez más del entorno del rey, el episcopado bávaro se constituía en el claro vencedor.

Cierto que en 917 Arnulfo pudo reconquistar su ducado y expulsar a Eberhardo, hermano de Conrado. Más aún, volvió a granjearse el apoyo de sus obispos, sobre todo cuando despojó a los ricos monasterios, cuyos bienes ambicionaban los obispos que participaron del botín; es decir, que los monasterios fueron rigorosamente secularizados —«con la cooperación de los prelados» (Prinz)—. Pero a su muerte, acaecida el 14 de julio de 937, el cielo tomó venganza y, como de ordinario, lo hizo con ayuda del infierno. El cadáver de Arnulfo fue sacado por el diablo de en medio de una bacanal celebrada en Ratisbona y arrojado a una tumba pantanosa, a un charco en Scheyern. En cualquier caso así lo cuenta el cronista del monasterio de Tegernsee, que ya a finales del siglo VIII poseía quince iglesias parroquiales y cuyas posesiones, que ya entonces se extendían hasta el Tirol y la baja Austria, había confiscado Arnulfo en favor, por supuesto, del obispado de Passau.[7]

Pero entre los monjes el duque Arnulfo «el Malo» tuvo la peor reputación, lo que favoreció claramente al rey Conrado I. Éste visitaba a menudo los monasterios de Saint-Gallen y Lorsch, Korvei y St. Emmeram, Fulda y Hersfeld, cuyas posesiones solía luego agrandar con donaciones.

Triunfa Salomón, el obispo asesino

Del monasterio salió también el prelado, que proporcionó al rey Conrado el apoyo principal en la parte meridional de su reino: Salomón III de Constanza, uno de los incontables prelados que debían su cargo, su «vocación», a su familia. El nepotismo, una especie de juego de la política feudal de clanes, es sobre todo «famoso, tristemente famoso», por los papas que lo practicaron a lo largo de los siglos, aunque «alcanzó su punto más alto» (Schwaiger) durante los siglos XV, XVI y XVII. Naturalmente que el fenómeno se encuentra también entre otros príncipes eclesiásticos, como cabildos catedralicios y grandes monasterios. «Una y otra vez leemos cómo obispos, abades y abadesas procuran que sus parientes les sucedan en el cargo. Y hasta diócesis enteras se han encontrado durante generaciones como

[7] Fragment. de Arnulfo (MG SS 17,570). Adalb. cont. Regin. 919. LThK X1 341. LMA I 1015, V 1337s. VII 569. HBG I 280ss. 467s. HEG I 641. Dümmler III 598. Lüdtke. König Heinrich 64, 69. Bullough, Nach Karl 319. Reindel, Herzog Arnulf 214, 247s. 257ss. 287. Prinz, Grundlagen und Anfänge 123. Stormer, Im Karolingerreich 198. Hlatwischka, Vom Frankenreich 99. Id., Der König einer Übergangsphase 108. Eibl 23s. Beumann, Die Ottonen 27, 29, 45. Hellmann, Die Synoden 295. Brunner 54ss. Según Schneider, Eine Freisinger Synodalpredigt 98s., en Baviera a menudo se rogó públicamente por el duque Arnulfo, su mujer y sus hijos.

propiedad de clanes nobiliarios» (Angenendt).

91 En Constanza, entre 838 y 919 gobernaron tres obispos de la misma familia perteneciente a la alta nobleza alamana: Salomón I murió en 871; cuatro años después tenía como sucesor a su sobrino Salomón II (875-889) y a éste le sucedía a su vez su sobrino Salomón III (890-919). Una tesis doctoral católica califica a los tres como «los obispos más importantes del siglo IX». El mundo se los debe al nepotismo, que floreció en el cristianismo desde los comienzos, desde los días del Jesús bíblico; aquí existe de hecho una tradición apostólica que se prolonga hasta el siglo XX.[8]

Salomón III, nacido hacia 860, creció en la escuela monástica de Saint-Gallen y al menos durante algún tiempo fue muy aficionado a las mujeres. Así, abusó de la hospitalidad de un hombre ilustre, a cuya hija doncella le hizo un hijo; más tarde convirtió en abadesa de Zurich a la seducida, con lo que ella a su vez «hizo mucho por los suyos y por su alma» *(Casus s. Galli).* Salomón fue nombrado notario en 884, y en 885 canciller de Carlos el Gordo. A la caída de éste se pasó al bando del vencedor, ya en 888 era capellán de Arnulfo y dos años después abad de Saint-Gallen y obispo de Constanza. Fue canciller bajo Luis IV el Niño desde 909 y después, a partir de 911, bajo Conrado I, que le favoreció grandemente y que otorgó muchas donaciones «por consejo de nuestro más leal obispo Salomón», y todo ello a costa en buena medida de los condes alamanes, los hermanos Erchanger y Bertoldo. .

Cuando el margrave Burchard de Retia, el *princeps Alamannorum,* pretendió abiertamente por vez primera la dignidad de duque, de inmediato tuvo resueltamente en su contra a Salomón, «confidente del rey» y «muy superior gracias a una abigarrada muchedumbre de guerreros» *(Casus s. Galli).* En otoño de 911, y por manejos del obispo Burchard I, fue alevosamente asesinado, con lo que fracasó la primera tentativa de fundar un ducado suabo. Mas no contento con esto, el obispo, aliándose con otros grandes eclesiásticos, y muy en especial con los abades de Saint-Gallen y de Reichenau, quiso aniquilar a toda la familia. Así desapareció la viuda de Burchard con todos sus bienes. Los hijos del asesinado, Burchard II, que más tarde sería duque de Suabia, y Udalrico fueron desterrados y sus posesiones entregadas a sus enemigos. Adalberto, hermano de Burchard I y conde de Thurgau, que era muy querido del pueblo, perdió asimismo la vida por instigación de Salomón y probablemente con el asentimiento de los demás prelados franco-orientales.

92 Incluso a la suegra del Burchard menor, Gisla, durante su peregrinación a Roma le quitaron todas sus posesiones y se las repartieron. Poco después el obispo Salomón III combatía con igual dureza al conde palatino suabo Erchanger y a su hermano Bertoldo, pretendientes asimismo de la dignidad ducal; la mujer del emperador Carlos III estaba emparentada con el linaje condal de los Erchanger, en la alta Renania.

El rey Conrado había intentado mediar al principio para impedir el conflicto, y tras una brillante victoria de Erchanger sobre los húngaros, que en 913 habían invadido Suabia, desposó a la hermana del conde Cunegunda, viuda del margrave bávaro Liutpoldo, caído en Pressburg en 907. Como Erchanger y sus aliados se habían hecho dueños de Suabia con aquella nueva derrota de los húngaros, el obispo Salomón no

[8] Taddey 1060. LMA VI 1093s. (Schwaiger). VII 1314. Dümmler III 617. Tüchle I 139ss.Mass. Das Bistum Freising 30. Brühl, Fodrum 37. Angenendt, Taufe und Politik 162.

cesó de acosarlos.

Y así, año tras año, el país fue devastado. Mas por el momento continuaron vencedores los hermanos, a cuyo lado seguía combatiendo victoriosamente Burchard II, hijo del margrave asesinado en 911, cuya familia encontró el destierro permanente. En 914 Echanger hizo prisionero al obispo Salomón, pero en una contraofensiva fue encarcelado por el rey y expulsado del país. Sin embargo, a su regreso, y con ayuda de su hermano Bertoldo y del Burchard menor, derrotó a los seguidores del monarca en Wahlwies, no lejos de Stockach (915). Como Erchanger se hizo proclamar duque, el rey buscó ayuda en la Iglesia y hasta encontró el apoyo del papa Juan X.

El obispo Salomón acabó triunfando en un sínodo que Conrado y el episcopado franco, suabo y bávaro celebraron el 20 de septiembre de 916 en Hohenaltheim (cerca de Nordlingen del Ries). Fue la primera asamblea eclesiástica general congregada en Alemania durante el período postcarolingio, pero en la cual los prelados sajones brillaron por su ausencia, cosa que se criticó duramente.

Los sinodales se pusieron resueltamente del lado del rey, del «ungido del Señor», que sí participó. Ellos refrendaron con todo empeño su juramento de fidelidad y amenazaron con penas eclesiásticas a sus adversarios, con la mención explícita de Arnulfo y de Erchanger. La presidencia la ostentó el legado de Juan X, el obispo Pedro de Orte, uno de los confidentes más cercanos del papa, enviado expresamente «para que arrancase de raíz la cizaña diabólica, brotada en nuestras tierras», según se dijo. El sínodo también se reunió, como consta en las actas, para «poner fin y aplastar la impía rebelión de algunos perversos».

Según la carta acompañante del papa (que a su vez nombraba arzobispo de Reims a un muchacho de quince años) ¡el sínodo debía deliberar sobre los abusos eclesiásticos! Se abogaba así una vez más, junto a las autoexhortaciones, en favor del propio poder, apoyándose fuertemente en las falsificaciones seudoisidorianas. El sínodo exigía los diezmos, la protección del patrimonio eclesiástico y el privilegio de que los clérigos no pudieran ser condenados por jueces laicos: quien denuncia a un obispo o a un sacerdote, denuncia el orden divino del mundo («casi todas las decisiones sobre la seguridad de los obispos frente a las autoridades civiles son citas literales de la colección de decretales del falsificador», Hellmann). Mientras que los prelados —con el ejemplo tristemente famoso del papa León III el año 800, quien sólo siguió «el ejemplo de sus predecesores»— podían librarse de cualquier acusación mediante un juramento de limpieza, se procuró agravar aún más los castigos de la Iglesia contra otros en virtud precisamente de las Decretales seudoisidorianas que se manejaron de manera fraudulenta y cuyo espíritu respiran «plena y totalmente» (Hellmann) las resoluciones sinodales.

93 Así, fueron condenados al encierro de por vida en un monasterio los dos condes hermanos Erchanger y Bertoldo con su sobrino, que se habían puesto en manos del sínodo evidentemente con excesiva confianza y esperando una solución de la disputa entre parientes (mientras que el duque bávaro Arnulfo y su hermano Bertoldo, yernos de Conrado, rehusaron cautamente asistir al sínodo, pese a la invitación que les hicieron). Pero más duro aún fue el rey, a quien por lo demás los sinodales se equipararon. Sólo tres meses después de su asamblea, el 21 de enero de 917 —y fatalmente todo ello recuerda el final de Adalberto de los Babenberger—, Conrado I hizo decapitar al conde palatino Erchanger y a su hermano Bertoldo, sus cuñados, así

como al sobrino de los mismos, Liutfrido, como «traidores de lesa majestad»; «pero detrás de él se encuentra Salomón, el culpable sin duda de semejante acción» (Lüdtke).[9]

El asunto no reportó ninguna ventaja al rey. Todavía en 917 se sublevó en Suabia el Hunfridinger Burchard II, hijo del margrave de Retia asesinado por el obispo Salomón, rival de los ajusticiados, y ocupó el puesto de éstos. Se adueñó de sus propiedades y pronto obtuvo el reconocimiento de los grandes de Suabia como duque *(dux).* Aquel mismo año regresó Arnulfo a Baviera, se rebeló contra el rey y expulsó a su hermano Eberhardo de su «capital». Finalmente, en 917 los húngaros volvieron a invadir y asolar especialmente Suabia, junto con las regiones de Alsacia y Lotaringia, sin que pudiera advertirse ninguna defensa organizada por el monarca. Pero en el otoño de 918 marchó una vez más contra Ratisbona, aunque de nuevo sin éxito.[10]

Poco es lo que sabemos de los últimos tiempos del reinado de Conrado. El 23 de diciembre de 918 desapareció sin dejar hijos en un lugar que desconocemos; más tarde encontró su último descanso en Fulda. Ni pudo frenar a los duques levantiscos ni supo afianzar su propio poder y hasta parece que murió a consecuencia de una herida que sufrió precisamente en la fracasada campaña de Baviera. Mas como sucesor suyo prefirió, según se dice, a su antiguo enemigo: el duque sajón Enrique. Con el fin de restablecer la paz, prevenir cualquier discordia y salvaguardar la unidad del reino, ya en su lecho de muerte hizo jurar a su hermano Eberhardo, expulsado de Baviera, que entregaría las insignias reales al duque sajón Enrique, un hombre con verdadero poder real, con genuino carisma de rey, y que establecería amistad con él. Todo ello si hemos de atender al relato del monje de Corveyer.

94

Porque debería quedar abierta la cuestión de si tan noble gesto, que puso en movimiento a tantas plumas, antiguas y modernas, y que sacudió a incontables lectores, como es la designación del sajón por el franco, tan repetidamente admirada y elogiada, fue realmente un hecho histórico, aunque el relato de Widukind contiene sin duda elementos tópicos y muchos adornos que resultan sospechosos. El monje cronista, que pertenecía a la alta nobleza, estaba orgulloso de su linaje, estaba imbuido de una conciencia nacional sajona y estaba resuelto asimismo a destacar la legitimidad de la dinastía liudolfingia, por lo que tal vez hizo nacer más tarde una leyenda política, ya fuese para dar a la causa una mayor sacralización ya fuese para disimular una usurpación.[11]

---

[9] Ann. Alamann. 911. 913. Ann. Laubac. 911. Adalb. cont. Regin. 913. Ekkeh. Casuss. Galli lss. 29. Taddey 1060. LMA 1015, II 940, III 2123s. V 82, VII 1314. HEG I 638, 641. Waitz, JahrBücher 29ss. Dümmler III 569s. 577ss. 590ss. 597, 605ss. Weller, Württembergischc Kirchengeschichte 91. Id., Geschichte des schwabischen Stammes 148ss. Tüchle 14lss. Büttner, Geschichte des Elsass 169s. Holtzmann, Geschichte 62ss. Lüdtke, König Heinrich 68s. 71ss. Schur 64, 73s. Reindel, Herzog Arnulf 257ss. Fleckenstein/Bulst 16s. 20ss. Hlatwitschka, Vom Frankenreich 98ss. Id., Der König einer Übergangsphase 187ss. Fuhrmann, Die Synode von Hohenaltheim 440ss. Hellmann, Die Synoden 287ss. 300 ss 309s. Brühl, Deutschland-Frankreich 408s. Fried, Der Weg 457.

[10] HEG I 640s. Fleckenstein/Bulst 22. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 109. Fried, Der Weg 458.

[11] Widukind 1,25. Adalb. cont. Regin. 919s. Liutpr. antapod. 2,20. Ekkeh. Casuss. Galli 49. Taddey 1294. LMA I 1015 VI 1588. HEG I 641 s. 669s. HBG I 284. Fleckenstein-Bulst 24s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 125s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 100. Beumann, Die Ottonen 30. Brühl, Deutschland-Frankreich 41ls. (subraya el mal estado de las fuentes). Althoff/Keller, Heinrich I. und Otto der Grosse I 56ss. Schulze,

En último análisis también los merovingios habían robado sus coronas. Y las habían robado los carolingios. Y muchos otros lo hicieron antes y después. Habitualmente, la historia, la historia política, no está marcada más que por una toma brutal, por la violencia. Tal es la base del Estado, que de buena o de mala gana todos aceptan como instancia integradora; al final se integran bien sean los intereses, las posesiones o el potencial y el prestigio de los dominadores, y de forma patente o velada se dan siempre. La violencia es algo profundamente bárbaro y aniquilador, aunque cuanto más hipócrita es la sociedad tanto más gusta de presentarse con el ropaje del derecho y del orden, como «Estado de derecho». Y es que todo Estado descansa sobre el poder, todo poder sobre la violencia, y la violencia, como dice Albert Einstein, siempre atrae a los moralmente mediocres. Todavía hoy sigue vigente la primitiva ecuación: poder igual a derecho. Todavía hoy, y precisamente en el terreno interestatal, el poder da la medida de quién está del lado del derecho. «A un golpe de Estado o a una revolución que triunfa le sigue a la corta o a la larga el reconocimiento del nuevo régimen por otras naciones. Quien gana una guerra decide sobre el nuevo trazado de líneas fronterizas y sobre el contenido de nuevas constituciones; es quien establece las nuevas reglas» (Esther Goody).[12]

Aun cuando la elección de Enrique I hubiera discurrido de un modo totalmente «legal», el supuesto para la usurpación, la acumulación de poder, de violencia por su parte, por parte de sus padres y de sus antepasados, sólo podía imponerse con la prolongada rivalidad, la explotación, la opresión y el derramamiento de sangre.

Y exactamente así debieron de ocurrir las cosas.

Hegemoniales Kaisertum 135. Véase también Deschner, Abermals 39.

[12] Goody. Warum die Macht recht haben muss 69.

95

CAPITULO 5. ENRIQUE I, EL PRIMER REY GERMÁNICO

> «No sabía leer ni escribir, lo que no representaba una excepción entre los reyes de la Alta Edad Media. A este respecto tampoco hizo mucho para la educación de sus hijos.»
>
> ELFIE-MARITA EIBL [1]

> «Sólo en el invierno de 928-929... penetró Enrique en el territorio de los eslavos del Elba y conquistó Brandemburgo. Desde allí se trasladó el rey al sur, donde devastó el territorio de los daleminzios... Otras incursiones bélicas en los años 932 y 934 ampliaron el dominio germánico.»
>
> DlETRICH Q.AUDE [2]

> «Los éxitos de Enrique resultan sorprendentes... El éxito descansa exclusivamente en la fuerza de la espada.» «Pisando los talones de las tropas conquistadoras, y antes aún que el sacerdote, llegó el tratante de esclavos.»
>
> JOHANNF.S FRIED [3]

> «El rey Enrique, el gran promotor de la paz y celoso perseguidor de los paganos, murió el 2 de julio, después de haber obtenido numerosas victorias con audacia y valor y de haber ampliado por doquier las fronteras de su reino.»
>
> *ADALBERTI CONTINUATIO REGINONIS* [4]

97

ASÍ CUIDA UNO DE LOS SUYOS

A la muerte de su padre, el duque de Sajonia Otón el Augusto (912), Enrique había sido elegido duque por los grandes. Y con su elección real en el Estado franco-oriental la soberanía pasó de los francos a los sajones. El comienzo de su gobierno marca al mismo tiempo —al menos de cara a una cuestión debatida ya en el siglo XII— el tránsito definitivo del imperio franco-oriental al «germánico», aunque por una parte sus raíces se prolongan sin duda más allá y, por otra, todavía en el siglo X nadie consideró el imperio otoniano como un imperio «germánico».

Enrique I procedía de la poderosa casa nobiliaria de los Liudolfingios-Otones —emparentada por múltiples lazos con los carolingios— que disponía de abundantes posesiones, especialmente en Sajonia oriental, entre Leine y Harz. Este ilustre linaje (designado unas veces por su representante más antiguo y otras por el más famoso) muestra una vez más hasta qué punto se entrelazan en la historia el afán de poder y la «piedad» y hasta qué punto pueden desarrollarse. Su antepasado, el primero que conocemos con seguridad, el conde sajón Liudolfo (fallecido en 866), con posesiones en las inmediaciones de Harz y en el territorio turingio de Eichsfeld, fue el abuelo de Enrique I y se aprovechó notablemente de la matanza sajona de Carlos I mediante

---

[1] Eibl 31.

[2] Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 18.

[3] Fried, Die Formierung 77. Id., Der Weg 464, 473.

[4] Adalb. cont. Regin. 936.

adjudicaciones de tierras. Casó con la franca Oda, a la que Dios bendijo con una ancianidad de 107 años (falleció en 913); en su compañía peregrinó a Roma en 845-846 y obtuvo del santo padre Sergio II, que otorgaba sedes episcopales y otros bienes eclesiásticos a cambio de fuertes ofrendas, las reliquias de varios santos predecesores en el cargo. Incluso fundó con su esposa en Brunshausen una casa de canonesas (852), que en 881 fue trasladada a Gandersheim, siendo una de las primeras fundaciones monásticas de la nobleza sajona. Como tantas otras sirvió para asegurar el provenir a algunas de sus hijas, y al mismo tiempo la piadosa empresa familiar denunciaba una concepción cristiana de la vida.

El mayor de sus hijos, Bruno, tío de Enrique I, murió en 880 al frente de un ejército sajón contra los daneses; el otro fue Otón el Augusto, padre de Enrique I. Tras el matrimonio de su tía Liutgarda, hija de Liudolfo, con el rey Luis el Joven, obtuvieron diversos privilegios, entre los cuales la garantía de que la dignidad de abadesa estaría reservada a las hijas de la casa liudolfingia. Después de lo cual las hijas fueron sucediéndose una tras otra en el gobierno de la casa. Y hasta la introducción de la reforma protestante en 1589 se mantuvo el estatus de princesa imperial para las abadesas de Gandersheim. Más aún, hasta principios del siglo XIX Gandersheim fue una fundación femenina de la alta nobleza. Así cuida uno de los suyos...

98

Pero que esta fundación piadosa no fue una excepción lo demuestra la fundación femenina de Essen (852-1803), que asimismo se mantuvo casi un milenio hasta su secularización.

Fundada hacia 852 por Altfrido, obispo de Hildesheim, las monjas procedían de las familias más ilustres del imperio. En tiempos del emperador Enrique IV (fallecido en 1106), ¡la abadía femenina poseía más de cien palacios señoriales y más de tres mil haciendas rurales! Las haciendas eran administradas por campesinos dependientes, por siervos (semilibres). Eran habituales los numerosos servidores que atendían a las labores de carpintería, albañilería, al trabajo de los campos y al cuidado de los jardines. Las abadesas de la fundación, que fueron obteniendo propiedad tras propiedad y regalía tras regalía, acabaron elevándose a la dignidad de príncipe imperial. Tras la desaparición de la *vita communis* en el siglo x, la abadesa de la fundación femenina de Essen administró su propia hacienda doméstica con cuatro cargos palaciegos y con numerosa servidumbre que incluía un cocinero, un subcocinero, un panadero y un cervecero. Cada noche el jefe de cocina preguntaba a la abadesa lo que le gustaría comer al día siguiente impartiendo después al cocinero mayor y al mayordomo las órdenes consiguientes. Maitres y sumilleres servían durante la comida.

Los que se aprovecharon de la matanza de los sajones

Otón el Augusto, hijo menor del ilustre Liudolfo, gobernó ya como duque sobre toda Sajonia, aunque poseía también extensos terrenos en Turingia, en Eichsfeld, un territorio sito entre Harz y el bosque de Turingia, en el sur de Thüringgau y en Hessen, donde como abad laico del monasterio de Hersfeld disponía de los abundantes ingresos del diezmo incluso en la margen izquierda del Saale. Como dos

de los hijos de Otón, Thankmar y Liudolfo, murieron antes que él, le sucedió Enrique I, que era el menor. Con lo cual, sin embargo, no sólo empezaba el régimen sajón en el reino franco-oriental, sino que al mismo tiempo se daba el paso del tal reino franco-oriental al germánico.

99

Sólo poco más de un siglo después del aplastamiento sangriento de los sajones, que duró 33 años, y de la predicación otorgada a los mismos «con lengua de hierro» por su degollador, el «apóstol de los sajones», el santo Carlos I, un sajón se convirtió de hecho en el primer rey germánico. A este respecto conviene recordar una y otra vez que precisamente la nobleza sajona pronto emparentó con la franca, que la mayor parte de la misma se pasó a los nuevos señores y que la colaboración se recompensó a menudo con tierras confiscadas. Así, también los Liudolfingios se habían presentado durante la matanza de los sajones por Carlos «cual partidarios del franco» (Struve), y en agradecimiento por la traición, que aceleró también el paso de Sajonia a la prestación feudal, se les recompensó con tierras en el territorio de Leine cuando todavía se libraban las guerras sajonas en el territorio confiscado. Allí y en otros lugares se extendieron gracias, entre otras cosas, a la violenta usurpación de propiedades de Maguncia, lo que a su vez provocó un conflicto con los Conradinos, sobre todo porque Otón el Augusto había desposado a Hadwige de los Babenberger.[5]

Del tiempo de Enrique I se han conservado tan pocas fuentes (en conjunto 41 documentos, de los cuales 22 originales), que bien podría decirse que sobre ningún otro rey medieval «sabemos tan poco» (Eibl). Y los historiadores que hablan de él, como son el monje Widukind (fallecido después de 973), los obispos Liutprando de Cremona (fallecido en 970/972), Adalberto de Magdeburgo (fallecido en 981) y Thietmar de Merseburg (fallecido en 1018), no sólo pertenecen al estado clerical como de costumbre, sino que además son de origen sajón y casi todos estuvieron especialmente vinculados a la casa principesca sajona. Y en su conjunto informan desde una época posterior.

Entra en funciones un rey no ungido

Enrique I, nacido hacia 876, fue elegido rey por sajones y francos a mediados de mayo de 919, cuando ya tenía casi 45 años. Y lo fue en Fritzlar (Hessen septentrional), antigua cabeza de puente de la misión de Bonifacio. En suelo franco, y por tanto cerca de Sajonia, confiaron al nuevo soberano «con lágrimas, en presencia de Cristo y de toda la Iglesia como testigos insobornables, lo que a ellos les había sido confiado» (Thietmar de Merseburg). Recientemente se sospecha que los grandes francos incluso ya antes le habían elegido rey y le habían prestado homenaje. Faltaban los suabos y los bávaros, pero sobre todo los lotaringios. Los suabos estaban luchando precisamente contra Rodolfo II de Hochburgund (912-937), que evidentemente quería expandirse hacia el noreste. Los bávaros, por su parte, habían

[5] Thietm. 1,8. Widukind l,25s. Kelly 119. Kühner, Lexikon 57. LMA III 1670. IV 1102s. VI 1579, 1588 (Struve), VII 1227. HEG I 670. Hlawitschka, Der König einer Übergangszeit 112s. Althoff/Keller I 31ss. 51s. Eibl 21. Para la importancia «social» de las numerosísimas fundaciones de monasterios femeninos sajones: Leyser, Herrschaft und Konflikt 105ss. Véase también la nota siguiente.

derrotado al rey Conrado y hasta le habían condenado a muerte, en tanto que habían entregado la realeza a su duque Arnulfo «el Malo», probablemente en coalición con algunos francos del Main, sin que sepamos cuándo, si antes o después de la elección de Conrado, ni quién era el «contrincante».

100

Como quiera que fuese, hasta la exaltación de Enrique pasó casi medio año después de la muerte de Conrado; señal ciara de la existencia de problemas. En definitiva el nuevo soberano casi venía a presentar un doble déficit de legitimación, toda vez que no era carolingio y ni siquiera franco. Por ello resulta tanto más sorprendente que se convirtiera en «el rey no ungido» y además por decisión enteramente personal, según Widukind, que es el único que lo cuenta. ¿Fue tal vez al principio, aunque modernamente ha habido intentos de mayor matización, algo menos clerical que su predecesor, que se aprovechó de la Iglesia en la lucha contra los condes y pretendientes, lo que a su vez proporcionó a los obispos una mayor influencia? Como quiera que fuese, Enrique, que supuestamente no merecía tal honor, no se hizo ungir como le había ofrecido el metropolitano de Maguncia Heringer (913-927), naturalmente por motivos de prestigio, por cálculo político. En efecto, la bendición eclesiástica del rey se había hecho habitual en Franconia oriental desde los tiempos de Luis IV, especialmente devoto del clero.

Pero Enrique no quiso aparecer como enemigo de los duques, como continuador de la política fracasada de Conrado; en una palabra, no quiso aparecer como el hombre del episcopado. Y así, al principio se apoyó tan sólo, sin ser mínimamente anticlerical y ni siquiera antiepiscopal, en un único notario (Simón) que podría decirse heredado de su predecesor, y no en la cancillería eclesiástica tradicional, en cuya reestructuración titubeó. Y mientras que Conrado había colaborado estrechamente con el clero, Enrique, aspirando a ser algo más que *primas inter pares,* persiguió la colaboración general con los *«maiores»* civiles del reino, naturalmente en favor de su unidad y de su fuerza de choque.

Tal integración la consiguió por vez primera en 919 con el conde suabo Burchard, que acaudilló el reciente ducado todavía sin apenas afianzar y se implicó además abiertamente en un serio conflicto con el vecino rey de Borgoña, Rodolfo II (que dejando atrás la residencia de Zurich por él conquistada inició el avance sobre el territorio del lago de Constanza, obteniendo grandes realengos, el palacio de Bodmann, la abadía de Reichenau y la ciudad episcopal de Constanza, que por entonces era el corazón de Suabia). Y en 921 llegó a un acuerdo con el príncipe bávaro Arnulfo, que sin duda aspiraba más bien a un reino meramente bávaro; todo ello tras una primera incursión bélica fracasada y una segunda que quedó indecisa.

101

Enrique fue atraído hasta las puertas de Ratisbona, aunque evitó una batalla decisiva. Y ello porque, a diferencia de su predecesor Conrado I, el llamado «genio de la vacilación decidida», no buscó por lo general un intercambio abierto de golpes. «Amenaza perfectamente armado, pero combate de mala gana» (Fried). Esto se aplica más bien a su política interna; no ciertamente a su política oriental. De ahí que con los duques de su reino prefiriese negociar y establecer compromisos. Así, dejó en manos de los dos príncipes germánicos del sur los recursos fiscales que correspondían a su territorio, les concedió el gobierno eclesiástico, la capacidad de disponer de las sedes episcopales y de los monasterios reales, y hasta parece que

compartió con ellos algunas competencias de política exterior. Todo ello, por supuesto, única y exclusivamente porque carecía de poder para someterlos por entero. El hecho es que fue aceptado. Y cuando llegó a ser más poderoso y su posición se hizo más estable, acometió también el problema de la autoridad eclesiástica y estrechó sus lazos con el clero.[6]

Novias lucrativas y un obispo más flexible

El gobierno del primer rey germánico muestra una vez más el eje de la política. «Pero el rey crecía y aumentaba en poder de año en año», celebra Widukind de Corvey. El poder... y cuanto más poderoso llega a ser un soberano, tanto más profunda es la inclinación que hace ante él la historiografía. Al menos ésa suele ser la regla, que es de lo que aquí se trata.

Enrique I empezó por buscarse una mujer rica con vistas a reforzar su posición. Rondando los 25 años solicitó la mano de Hatheburg, la hija heredera del conde Erwin de Merseburg, que no tenía hijos varones. La Iglesia desde luego (en la persona de Hatto I) también estaba muy atenta a las posesiones de la muchacha, que también tenían una relevancia política, una puerta de salida hacia el este, con amplias posesiones en aquel territorio. Bajo la influencia manifiesta de la Iglesia, la viuda Hatheburg había tomado el velo. Cualquiera que hubiese sido el egoísmo con que el clero la había conducido al monasterio, con ese mismo egoísmo volvió a sacarla Enrique. «Por su belleza y por la disponibilidad de su rica herencia» la desposó y en ella engendró a su hijo Thankmar.

Pero «la pasión amorosa del rey por su esposa se apagó», denuncia Thietmar de Merseburg. Y entonces vino bien que el «honrado», «prudente» y «hábil jurista», como era el obispo Siegmund de Halberstadt (894-924), aquella «cima de ambición desbordada», combatiese la legitimidad del matrimonio. Aquel «varón que ardía en celo por Cristo», que además «superaba a todos sus contemporáneos por su polivalente conocimiento de la ciencia eclesiástica y civil», supuso un voto precedente de Hatheburg que excluía el matrimonio de Enrique. Y en consecuencia prohibió de inmediato «la ulterior comunidad de vida matrimonial bajo pena de excomunión de la autoridad apostólica». Por lo que el obediente príncipe católico no pudo ya en realidad hacer otra cosa que despedir a su costilla no canónica.

102

Una vez más las cosas discurrieron a pedir de boca, pues ya Enrique ardía en amor «por la joven Matilde a causa de su belleza y de su hacienda». Así que pronto volvió a encerrar a la primera esposa en el monasterio, y ya se entiende que reteniendo su rica dote con abundantes tierras en Sajonia oriental, una base del notable realengo otoniano en torno a Merseburg. Y como con ello Enrique había aumentado su poder en el este, ahora lo extendió hacia el oeste con un segundo matrimonio. El año 909 desposó a la hija del conde Thiederich, la joven Matilde, «por su belleza y su hacienda» (Thietmar) e ilustre además por descender (aunque no por línea masculina) del héroe

[6] Thietm. 1,8. Widukind 1,26. Thaddey 1195,1294.LMA I 98s. IV 981, V2041s. Lüdtke, König Heinrich 78s. Heimpel 36s. Bullogh,Nach Karl 318. Schramm, König. Kaiser und Päpste II 302. Althoff/Keller I 60ss. 66s. 68s. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 112ss. Eibl 24ss. Beumann, Die Ottonen 14, 22ss. 28, 32ss. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 141ss. Fried.Der Weg 462. Beumann, Otto der Grosse 53, habla de uan «doble elección». Schlesinger cit. según Brühl, Deut schland-Frankreich 411ss.

sajón y contrincante de Carlos en la guerra sajona: Widukind. Matilde era su biznieta y, según su biógrafo, «digna de la mayor alabanza» a la vez que sumamente rica, justo por la herencia westfaliana de los Widukindos. Y por supuesto era además muy devota de la Iglesia; en una palabra, una mujer «de grandes prendas tanto en las cosas divinas como en las humanas» *(in divinis quam in humanis profuit,* Thietmar).

De nuevo la sacó Enrique, ahora evidentemente con ayuda del padre de ella, el duque Otón, abad laico de Hersfeld, de un monasterio de monjas, esta vez el monasterio de Herford, donde una abadesa abuela del mismo nombre la educaba, aunque se supone que sin estar destinada al estado religioso. «Salió con las mejillas blancas como la nieve cubiertas de un rojo encendido, cual blancos lirios entreverados con rosas rojas» *(Vita Mathildis).* Ya un día después de su llegada a la santa casa Enrique debió de retozar con su botín. Y su regalo de tornaboda le aportó un notable aumento de influencia en Ostfalia y en Engnern.[7]

Se entiende que este hombre, al que la leyenda a través de los tiempos le atribuyó una actitud nada palaciega y una modestia casi campesina con títulos como «Enrique el Pajarero» y «rey del ejército de los pájaros», tampoco como rey perdiera en el negocio. Incluso el obispo Thietmar, que celebra la «capacidad» de Enrique y sus

«grandes logros», «las hazañas de nuestro rey dignas del recuerdo eterno», no deja de reconocer: «Si se enriqueció durante su reinado, como muchos afirman, que el Dios misericordioso le perdone».[8]

«Movimientos de confraternidad» y proximidad de los clerizontes

Que después de su elección Enrique rechazase la unción real le enajenó al parecer las simpatías del clero, sobre todo porque el afianzamiento del rey siempre generaba derechos a su hacedor. Así, Pedro, el príncipe de los apóstoles, susurró al oído de san Ulrico —Enrique le otorgó en 923 el obispado de Augsburgo-: «Anuncia al rey Enrique que aquella espada sin empuñadura representa a un rey que gobierna su reino sin la bendición episcopal *(sine benedictione pontificali),* mientras que la espada con pomo representa a un rey que mantiene el timón del reino con la bendición divina» *(Vita Oitdalñci).* A partir de ahí se le dio a Enrique el título de *«ensis sine capulo»* (espada sin puño).

103

Esta doctrina de los prelados no debió de postergarla Enrique por demasiado tiempo. Tanto menos cuanto que en el curso de los siglos IX y X los obispos obtuvieron y conservaron cada vez más derechos, y tales que originariamente correspondían al rey, hasta hacerse incluso con los condados. Presumiblemente todo ello fue mucho más importante para el monarca que el consejo de san Pedro y su

[7] Thietm. 1.5; 1,9. Widukind 1,31; 2,11. LMA IV 2036, VI 1579. Waitz 15ss. 113. Dümmler III 584s. Hauck III 21. Lüdtke, König Heinrich 51, 55ss. 164. Eibl 21s. Beumann, Die Ottonen 26. Fried, Der Weg 454s. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 137ss. Acerca de Widukind y su oscuro destino ver, por ejemplo, Althoff, Der Sachsenherzog Widukind 251ss.

[8] Thietm. 1,16; l,18.Eibl 20s. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 134s. El sobrenombre romántico de «el Pajarero» aparece testificado sólo tres siglos después de la muerte de Enrique: Brühl, Deutschland-Frankreich 141.

presentación delante de todo el sínodo.

Sin embargo, Enrique no fue en modo alguno un hombre radicalmente anticlerical. Más bien a los pocos años, tras la inútil tentativa de recortar el poder papal en Alemania —Albert Hauck afirmó en una ocasión: «En la corte de ningún otro rey tuvieron los obispos tan poca influencia como en la de Enrique»—, se fue volviendo cada vez más a la Iglesia. De ahí que lo exalten los cronistas clericales. Enrique levantó templos en Sajonia, donde evidentemente «estaba en la mejor concordia» (Eibl) con los obispos locales. Asistía también con la familia a las oraciones en común de monasterios importantes, como Fulda, Saint-Gallen, Reichenau y Remiremont, el monasterio de los Vosgos en la parte meridional de Lotaringia. Pero en su tiempo —¡tiempos de tribulación!— inundó todo el país una oleada de confraternidad de la nobleza con los monasterios, que en definitiva no era otra cosa que un compromiso pactado de laicos y eclesiásticos con vistas a la mutua asistencia, incluso entre querellas. Curiosamente se llegó a unos «movimientos de confraternidad» regulados, especialmente en la misión y expansión de la Iglesia en las tierras cristianizadas.

De modo muy parecido discurrían las cosas con los florecientes pactos de amistad. Especialmente los pactos de *amicitia* de Enrique con los duques, con «amigos ganados», con los que en esencia buscaba asegurar su soberanía, escapaban a un cálculo puramente oportunista, eran evidentemente esfuerzos integradores, «política de alianza para asegurar la soberanía» (Beumann) y en el fondo una simple camaradería egoísta de los príncipes y de la alta nobleza. Tales amistades con los grandes del reino —que después Otón I rehusó— las pactó Enrique con los duques Eberhardo de Franconia, Arnulfo de Baviera, Giselberto de Lotaringia, también con su predecesor Conrado, con el rey Rodolfo de Hochburgund y varios reyes franco-occidentales. Finalmente «consejo y ayuda» fue también una fórmula de la amistad «construida» frente al «natural» parentesco de la sangre, del que no se distaba mucho en el cristianismo, como a menudo se ha expuesto.

104

Por lo demás, Enrique I estrechó cada vez más sus lazos con la Iglesia imperial; más aún, bien pronto no emprendió nada sin consultar a los obispos, que mantuvieron «de continuo una posición relevante» a su lado (Waitz). Ya en 921, cuando Carlos el Simple le dio la mano de san Dionisio (al que en la Edad Media se tuvo por una persona, mientras que hoy sabemos que fue el resultado de la fusión de tres personajes), por consejo de un prelado bávaro había emprendido una larga campaña contra Arnulfo, duque de Baviera, al que la Iglesia estigmatizaba como el malo, como tirano e hijo de la perdición; pero cuyas grandes secularizaciones volvió ya a anular en parte el duque Bertoldo, hermano de Arnulfo. Y ya en 922 nombró oficialmente Enrique archicapellán suyo al arzobispo Heriger de Maguncia, cuyo ofrecimiento para ungirlo había rechazado, y cada vez se rodeó más de prelados y abades, que asimismo prevalecieron abiertamente en los documentos reales. También confió la educación de su hijo Bruno de cuatro años (929) al obispo Balderico I de Utrecht y lo destinó a la carrera episcopal.

La «santa Lanza»

Finalmente, tras largos meses de ruegos, reclamaciones y amenazas, en 926 Enrique obtuvo del rey Rodolfo II de Hochburgund, contra entrega de oro, plata y otros regalos, una «parte no pequeña del territorio suabo», la ciudad de Basilea y la santa Lanza, que era garantía de victoria y estaba adornada con un supuesto clavo de la cruz de Cristo, siendo según parece un símbolo de las pretensiones al reino de Italia.

La preciosa pieza ocupaba «con mucho el lugar más destacado» (Althoff/Keller) entre las «insignias imperiales» (cuya posesión demostraba la legitimidad de la soberanía). Por lo demás aquella Lanza sagrada unas veces pasó por ser la lanza de Constantino, otras la lanza de Longino, que en la historia de la pasión traspasó el costado de Jesús crucificado y que más tarde, según se contaba, también había sido mártir (junto con su carcelero al que había convertido) al que se invocaba en las oraciones contra las hemorragias y heridas. Finalmente, desde el siglo XI la santa Lanza fue tenida también por la lanza de san Mauricio, un mártir prominente, venerado por los francos como «santo de la guerra» y constituido en «santo imperial», que —¡según la epopeya cristiana!— había muerto gloriosamente en Suiza durante la persecución de Diocleciano como comandante de la Legión Tebana con no menos de 6.600 soldados. Una patraña enlaza con otra en esta historia de iglesias, santos y mártires, y a menudo una resulta mayor que la otra.

105

La rareza sagrada, por la que las tres lanzas santas se funden en una sola (como los tres santos hechos y derechos que forman un san Dionisio, más o menos como en la única naturaleza divina están las tres divinas personas...), aquel «inestimable don del cielo», junto al que naturalmente aparecieron otras lanzas sagradas (aunque menos eficaces) traídas a Europa por los cruzados (1098,1241), adornó desde entonces el tesoro de los reyes germánicos y en 1938 fue trasladado de Viena a Nuremberg, la «ciudad de las jornadas del partido del Reich». Hoy reposa de nuevo en la cámara del tesoro del Viena, aunque ya sin aportar como contrapartida «una parte no pequeña del territorio de Suabia» y ni siquiera la ciudad de Basilea. Por entonces la «joya», «portadora de una reliquia sumamente valiosa... garantizaba como símbolo de soberanía unas victorias soberanas al rey de fe solidísima» (Kämpf), y sobre todo su triunfo, por lo que el año 933 figuró al frente del ejército en la batalla contra los húngaros, para la que Enrique eligió el 15 de marzo, día de san Longino...[9]

Bien fuese porque el rey Enrique I se supiera guiado por la «gracia de Dios», como

[9] Tietm. 1,8. Widukind l,26s. Ruotg. Vita Brunon. 4. Vita Oudalt. 3. LThK II 1 407, Vil 637. LMA III 1076, IV 1161, 2020s. V 2107, VI 412, VII 623s. Waitz 66s. 106ss. Hauck III 17. Lüdtke, Kóniog Heinrich 678s. 97s. 166s. Reinhardt 152ss. Lippelt 148. Erdmann, Der ungesalbte König 334ss. Lintzel, Zu den deutschen Königswahlen 199ss. Heimpel 16ss. 35ss. Holtzmann, Geschichte 69ss. Haller, Das altdeutsche Kaisertum l0ss. Wattenbach-Holtzmann, Geschichte I l00s. Ehrhard, Die Kirche der Märtyrer 103. Véase para la «saga heroica cristiana»: Deschner, Abermals 349ss. Büttner, Heinrichs I. Südwestund Westpolitik 49ss. Schlesinger, Die Königserhebung 538s. Claude, Geschichte I 23ss. 27ss. Kallfelz, Lebensbeschreibungen 12. Fleckenstein. Grundlagen und Beginn 137, 139. Fleckenstein/Bulst 26. Stern/Bartmuss 152ss. 169s. Beumann, Die sakrale Legitimierung 150ss. Id., Die Ottonen 40s. 48. Schneider, Das Frankenreich 72. Hlawitschka, Vom Frankenreich 103, 108. Id., Der König einer Übergangsphase 117s. K. Schmid, Bemerkungen über Synodalverbrüderungen 693ss. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 170. Zufferey 42ss. Giese 486ss. Fried, Die Formierung 76s. Id., Der Weg 462ss. 472. Althoff/Keller I 33, 63ss. 92s. 122s. Amplia información sobre el afianzamiento de la soberanía mediante alianzas y uniones: Althoff, Anicitiae und Pacta *passim,* especialmente 16ss. 52ss. 69ss.

sugiere Widukind. o bien actuase inducido por «razones geopolíticas, como *la ley del Elba»* (Lüdtke), lo cierto es que acabó lanzándose con verdadera furia contra los paganos y emprendió una serie de campañas devastadoras contra los eslavos del Elba. Quizá por ello el arzobispo Adalberto de Magdeburg lo exalta como «adalid de la paz».

De la paz infernal de los cristianos y de sus «valores básicos»

La paz adquirió (¡y no sólo entonces!) un rostro muy preciso para ciertos círculos, y especialmente para los eclesiásticos: «una *pax*, que no consistía en la simple ausencia de guerra y destrucción, sino que constituía la réplica terrena de la *civitas celestis,* en la cual prevalecía por doquier la *iustitia,* el "recto orden", sin que fuera suplantada o destruida en ningún lugar» (Bullough). La *«pax»* así entendida muy bien puede imponerse por doquier a través de la lucha y del horror; más aún, hasta sería necesaria la guerra cuando se lesiona la *«iustitia»,* el «recto orden», que es precisamente el orden cristiano.

Esto no es difícil de demostrarlo, incluso hoy.

La historia cristiana no conoce la paz a cualquier precio. La «paz», el «orden», los «valores cristianos fundamentales» han de salvaguardarse, hay que defenderlos, y en caso de necesidad hasta verter la sangre, hasta la ruina total de aquello contra lo que han de defenderse. Contra «criminales sin conciencia» el papa Pío XII permitía hasta la bomba atómica, hasta la guerra nuclear. Y esto, según lo interpretó entonces el jesuita Gundlach, profesor (y rector interino) de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, hasta el «hundimiento de un pueblo» —con la colaboración intensiva de la Iglesia ya se ha hundido más de un pueblo— y hasta el hundimiento del mundo entero, pues para el fin del mundo permitido por ellos «Dios asume también la responsabilidad». Felizmente, ya en torno al año 2000 no conocemos más guerras, vivimos en una época pacífica por completo, no hay más que medidas «que establecen la paz» y «la mantienen»...

106

Pero ya en su tiempo, cuando se hacía la guerra de forma sencilla y libre casi en una lucha permanente, realmente de lo que se trataba siempre era de la «paz». La *pax* se convirtió cada vez más, y de manera especial bajo Otón I, en un concepto típico de la política cristiana y en el objetivo natural de cualquier matanza (defensiva u ofensiva) de paganos.[10]

Los historiadores de ayer...

En el noreste, sin embargo, Carlomagno ni siquiera acarició proyectos especialmente agresivos. El patriarca Hauck cree incluso que el emperador sólo pensó en fijar en aquellos territorios «las fronteras naturales». «El gran conquistador no tuvo

[10] Widukind 1,26. Véase 1.41. Lüdtke, König Heinrich 123. BündingNaujoks, Imperium Christi 70. Ahlheim 178. Bulloug, Nach Karl 318. Lubenow 12s. 19s. Véase asimismo Deschner. Die Politik II 417ss.

planes de conquista sobre el Elba... Carlos no se dejó inducir a incorporar el territorio wendo al Estado franco... La prueba está sobre todo en que no ocurrió absolutamente nada para convertir a los wendos al cristianismo».

Aunque esto pueda parecer la conclusión un tanto audaz del autor de la *Kirchengeschichte Deutschlands,* que continúa siendo una obra importante, resulta todavía más notable su opinión de que también los carolingios posteriores, Luis el Piadoso, Luis el Germánico, los hijos de éste y los sucesores de uno y otro habían persistido en la idea «defensiva» de Carlos respecto del este, y a lo largo del siglo IX los príncipes franco-orientales no habían ido más allá de esa «política defensiva», sobre la continuada y cansina secuencia que nunca pasó de la defección y el sometimiento, de la denegación del tributo y del forzamiento a entregarlo.

Por el contrario, a los ojos de Albert Hauck el compromiso liudolfingio en el siglo x fue una verdadera «suerte». «Pues aunque al principio los duques sajones sólo luchan por la victoria y el botín, su superioridad en el campo de batalla condujo por su propio peso a que en lugar de la guerra de rapiña se impusiese la guerra de conquista. Es mérito del duque Otón el haber sido el primero en someter realmente territorio wendo al dominio germánico, haber sido el primero en habituar a las tribus wendas a la férula de los príncipes alemanes. Con vigor y éxito continuó Enrique I la obra por él iniciada: en lugar de la política defensiva entró entonces la política de ataque a lo largo de la prolongada frontera wenda.» «En este territorio el duque Otón y el rey Enrique pusieron la base del dominio alemán y con ello la base de la nacionalidad alemana.»

107

«Desde la victoria sobre los daneses en el año 934, la supremacía alemana sobre los eslavos quedó plenamente asegurada. La soberanía alemana sobre el territorio wendo se extendió a lo largo de toda la línea desde Erzgebirge hasta el Eider... En lugar de una dependencia muy laxa se impuso una marcada anexión más o menos definida. Se advierte la importancia de tales éxitos cuando se tiene presente que el territorio, que de ese modo quedó vinculado al imperio, era mayor que cualquiera de las tribus germánicas. Las conquistas wendas son la obra de transcendencia mundial de Enrique I. Mediante las mismas condujo al pueblo alemán hasta el territorio al cual tras casi un milenio iba a desplazarse el epicentro del poder alemán.[11]

Vaya, algo maravilloso. Volumen tras volumen seguiremos las huellas de ese «poder alemán», de la realidad alemana de la que debería gozar el este...

De víctimas no se habla aquí, naturalmente, ni de las propias ni menos aún de las ajenas. ¿Sangre? Diríase que ni una gota. Después de todo es un asunto limpio y absolutamente glorioso. Se vence, y se vence porque se es más fuerte. Se conquista, se domina a un pueblo, se le domina de nuevo, se le somete y se le vuelve a someter. Uno se afirma y rompe la fuerza de una tribu, se la fuerza a reconocer la propia superioridad y sobre todo a aceptar una y otra vez el deber de pagar tributo, se la habitúa al dominio ajeno y se extiende la soberanía alemana. ¡Ah, realmente una causa hermosa! Y no corre la sangre. Y no prevalece la injusticia. Y no hay huidas, ni destierros, ni hay esclavizamientos, ni tribulaciones y muertes. ¡Únicamente el «poder alemán», la «soberanía alemana», la «obra de trascendencia universal»! Y naturalmente a ella dedica algunas páginas el teólogo e historiador de la Iglesia

[11] Hauck III 73s. 76s.

Hasuck, que escribió su *opus magnum* en la era del emperador Guillermo..., mucho antes de que Heinrich Himmler y Alfred Rosenberg «descubrieran su amor al "germánico primitivo" *(urgermanischeri)* Enrique, que provocó una literatura de niveles parecidos...» (Brühl).

… Y LOS HISTORIADORES DE HOY

Pero como ahora la atmósfera política ha cambiado y la situación histórica ha experimentado algún desplazamiento, también la imagen histórica resulta algo diferente. La «obra de trascendencia universal» de Enrique, que naturalmente ya no figura como tal, se minimiza ahora gustosamente, se trata con la mayor sobriedad posible, casi se escamotea y desde luego cambia por completo el enfoque.

108

El medievalista Eduard Hlawitschka, por ejemplo, en un *Studienbuch,* cierto que apenas dedica once páginas a Enrique I, pero su ofensiva en el este no le merece ni media página (menos aún que la «adquisición de la santa Lanza»). Además sólo se trata de un «reforzamiento preventivo de la frontera», de una «previsión», de la «creación de una tropa de caballería», con la que más tarde «se vence y somete a tributo a las pequeñas tribus eslavas vecinas...». Y aun esto como de paso o simplemente para poder utilizar el nuevo y «experimentado» reclutamiento ecuestre contra los húngaros y advertir a los «vecinos eslavos» contra un apoyo de aquéllos.

En un volumen colectivo el mismo erudito nos ofrece una colaboración de diez páginas sobre el rey Enrique I; pero sobre su «obra de trascendencia universal» viene a decir y escribir una sola frase donde simplemente se habla de «luchas fronterizas con los vecinos eslavos del Elba y del Saale —hevelios, daleminzios, wilzos, obodritas y redaños, a los que se suman también los bohemios— a fin de probar las nuevas tropas de caballería y al mismo tiempo advertir a los vecinos eslavos contra un apoyo por parte de los húngaros».

El territorio saqueado o conquistado de una manera sangrienta por Enrique, que Hauck califica con indiscutible admiración como mayor «que cualquiera de las tribus germánicas», a los ojos de Hlawitschka, que escribe cien años después, se convierte simplemente en una especie de lugar de entrenamiento para las tropas, cómodo y cercano, donde se preparaban de cara a la guerra muchísimo más importante contra los húngaros.[12]

De las batallas propiamente dichas los historiadores recientes en general hablan tan poco como Hauck. De ordinario apenas hablan de sangre, pues sería simplemente inadecuado, menos ajeno al tema que a la «especialidad» en cualquier nivel (de profesores titulares). El *Handbuch der Europaischen Geschichte* (1992) menciona en el apartado de «Las luchas en general» una única publicación, y es del año 1938.[13]

La historiografía, especialmente la «futura», no procede ni siquiera por aproximación de forma tan «objetiva» como continúa haciéndolo la mayoría de sus

[12] Hlawitschka, Vom Frankenreich 109s. Id., Der König einer Übergangsphase 111 ss especialmente 118. Brühl, Deutschland-Frankreich 413s.

[13] HEG I 677 nota 32. K. Schünemann, Deutsche Kriegsführung im Oslen während des Mittelalters, DA 2. 1938.

representantes. «Las valoraciones estuvieron siempre influidas por los problemas políticos del presente respectivo.» Este juicio de Gerd Althoff y de Hagen Keller en su estudio en dos volúmenes *Heinrich I. und Otto der Grosse* (1944), aunque reza únicamente con la historiografía de los dos primeros Otones, caracteriza más o menos la historiografía en general. Ambos historiadores quizá lo discutirían. De todo modos la «obra de trascendencia universal» de Enrique tampoco a ellos les arranca más de dos frases sobre Enrique a lo largo de su voluminoso libro. Y también aquí aparecen una vez más sus «campañas contra los eslavos, llevadas a cabo con gran crueldad» —remitiéndose a Widukind—, simplemente «como preparación para la defensa contra los húngaros y sobre todo como piedra de toque para la nueva caballería».[14]

109

Ése fue un motivo, «posiblemente», como se dice en el manual que acabamos de citar. Pero hubo otro motivo: Enrique necesitaba nuevo territorio real, nuevas posibilidades de expansión y nuevas tribus a las que poder desollar; «el tesoro real volvió a llenarse» (Fried). «Hizo tributarios a los pueblos siguientes —celebra Thietmar mencionando "muy pocos" en el "curso glorioso de la vida" de su héroe-: bohemios, daleminzios, obodritas, wilzos, hevelios y redarios.» Cierto que el prelado escribe a renglón seguido: «los cuales volvieron a sublevarse de inmediato...»; pero también de inmediato se les vuelve a atacar «en venganza por ello», como razona con buena lógica cristiana el obispo Thietmar. Mas también se puede suponer naturalmente, siguiendo sobre todo a muchos historiadores alemanes, una *«seguridad de fronteras preventiva* y *tributaria»* (Reindel); se puede hablar de la «protección de fronteras», del esfuerzo de Enrique por «poner un cinturón protector militarmente seguro delante del territorio interior» (Fleckenstein).

En resumen, Albert Hauck lleva razón. Enrique se mostró ofensivo en el este. Y así como en el oeste actuó a menudo y en general de una forma discreta, cauta y hasta flexible, así también en el este intervino sin miramientos de ninguna clase.

La «seguridad de frontera» de Enrique, o «... de allí no escapó ninguno»

Con este rey la guerra contra los paganos —especialmente con la caballería acorazada, que poco a poco se fue convirtiendo en un fenómeno permanente— adquirió allí, donde incluso en tiempos de paz florecía el comercio de esclavos, aquel carácter de terror contra algunos pueblos eslavooccidentales y bálticos, que ha conservado durante siglos. Con la lucha violenta contra bohemios, eslavos del Elba y daneses se asoció enseguida la misión religiosa. Mientras el pueblo alemán crecía de continuo, los eslavos del Elba (obodritas, wilzos, redarios, ucros, hevelios, sorbios, milzenos, daleminzios) fueron diezmados con dureza desacostumbrada, sus aldeas fueron destruidas a centenares y sus gentes expulsadas, deportadas y asesinadas. «El dominio extranjero es la mayor desgracia», lamenta el obispo Thietmar, aunque naturalmente piensa cual corresponde a un prelado cristiano sólo en la opresión del

[14] Althoff/Kellcr 7, 88.

propio pueblo. («La Crónica de Thietmar, querido lector, solicita un poco de benevolencia...», se dice en el prólogo I.)

110

Ya en 906 Enrique I, por encargo de su padre, había atacado a la tribu eslava noroccidental de los daleminzios. De ese modo demostró él su «capacitación como guerrero» y regresó «victorioso tras graves devastaciones e incendios» (Thietmar); acción que por lo demás provocó el primer asalto húngaro contra Sajonia. Por supuesto que Enrique, como cualquier sajón, odiaba a los wendos sin que retrocediese ante cualquier injusticia contra los mismos. Así, a una tropa reclutada en Merseburg entre bandidos, ladrones y salteadores públicos, la «Legión de Merseburg» (que todavía entraba en campaña durante el reinado de Otón I «el Grande», hasta que fue aniquilada por Boleslao I de Bohemia), le permitió todo tipo de crímenes contra los wendos. E imperturbable continuó el reclutamiento de desalmados. En efecto, siempre que advertía «que un ladrón o un salteador era un hombre valiente y hábil para la guerra, le eximía del castigo correspondiente y lo trasladaba a los arrabales de Merseburg, le daba tierras y armas y le ordenaba que respetase a sus conciudadanos, pero que realizase correrías contra los bárbaros que osasen acercarse. Así, la muchedumbre formada por tales gentes constituyó un ejército perfecto para la invasión». Y Merseburg, situada en la misma frontera con el territorio eslavo, se convirtió naturalmente en una buena base de tropelías. Siete años de los diecisiete que reinó los empleó el rey en la lucha contra los pueblos eslavos; fueron las suyas unas guerras profundamente injustas, guerras sin otro objetivo que la opresión y la explotación... Y aun así, fue uno «de aquellos grandes caudillos... como los que el destino otorga a nuestro pueblo una vez en el milenio» (Lüdtke).[15]

En 928 Enrique, que ya tenía 52 años —y para muchos historiadores ya un «genio» totalmente maduro— abrió la serie de luchas germanohevelianas, «muchas batallas» como subraya Widukind, que se prolongaron hasta comienzos de los años cuarenta. Para ello se aprovechó el rey de una paz firmada con los húngaros, y de repente irrumpió durante el invierno, cosa muy infrecuente en su tiempo, contra los heveíios, una tribu de los wilzos sita más allá del Elba, en el curso medio del Havel. (Del nombre germánico de este río, Habula, deriva el nombre originario de la tribu de los hevelios, Habelli; también se supone que tras la inmigración eslava del siglo VI la restante población germánica se mezcló con los eslavos y formó la tribu de los heveíios; fue una de las raíces del árbol posterior que fue la Marca de Brandemburgo.)

En el ataque de Enrique contra los hevelios le había acompañado su hijo Otón, que tenía 16 años... Una buena escuela para la vida. Por lo demás el vástago no sabía por entonces ni leer ni escribir, cosa que el padre coronado no supo a lo largo de su vida, ¡aunque su estatura aventajada confería el verdadero ornato a la dignidad soberana!, según comenta Widukind. El monarca era también capaz de beber mucho. Y era a su vez un gran cazador; durante la caza muchas veces «en una sola batida abatía cuarenta o más jabalíes» (Widukind), si es que no se trata de fanfarronadas de

[15] Thietm. 1.3; 1,10. Widukind 2.3. HEG I 874 (Reindel). Dümmler III 584. Hauck II 87ss. Lüdtke, König Heinrich 1.3. Holtzmann, Geschichte I 88s. Bauer, Der Livlandkreuzzug306, nota 12. Brüske, Untersuchungen zur Geschichte des Liutizenbundes 16. Donnert 289ss. Stern/Bartmuss 174,190. Schlesinger, Kirchengeschichte Sachsens 17. Claude, Geschichte des Erzbistums I 18. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 159. Tellenbach, Vom Zusammenleben 15. Eibl 22. Fried, Der Weg 473s. Brunner 35. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 157ss.

cazador.* Las que sí son ciertas son las matanzas de hombres, que tanto el padre como el hijo practicaron como verdaderos virtuosos. Y sus sucesores siguieron el ejemplo de los antepasados. Lo hicieron los cristianos en su conjunto, y de manera muy especial la minoría nobiliaria.

* «Latín de cazadores» se llaman literalmente en alemán tales fanfarronadas, lo que le da pie al autor para recordar que Otón tampoco entendía latín. *(N. del T.)*

111

Tras numerosos combates se adueñaron, cuando todo estaba helado, del principal punto de apoyo de los hevelios, que era la estratégica fortaleza de Brennabor (Brandenburg), magníficamente situada. Más tarde aún cambiaría diez veces de manos (y según una hipótesis supuestamente bien fundada, ya habría sido el objetivo de Carlomagno en su campaña de 789 contra los wilzos). En 948 se fundó en los aledaños de la fortaleza la primera iglesia episcopal. Y el territorio del Havel medio en torno a Brandemburgo formó más tarde la Marca del Norte, que Otón I entregó al margrave Gerón.

Inmediatamente después de la conquista de Brandemburgo sometió el rey, tras devastar sus tierras, a los daleminzios que habitaban la parte meridional en torno a Meissen y Dresde y a quienes ya Carlomagno, como el propio Enrique en sus años mozos por encargo de su padre y de nuevo en 922, había combatido y cuya fortaleza principal, Gana (nombre tomado del Jahna. un afluente que desemboca en el Elba por la orilla izquierda cerca de Riesa), sólo pudo conquistar tras un asedio de veinte días no dejando en ella piedra sobre piedra. Todos los varones, y probablemente también las mujeres y los niños, fueron degollados; según Widukind todos los adolescentes *(puberes),* chicos y chicas, fueron reducidos a esclavitud. Para asegurarse su dominio, el rey germánico levantó allí, en lo alto de un cerro de 40 metros de altitud sobre el Elba, el castillo de Meissen (Misni), una fortaleza de notable importancia estratégica. Y también de relevancia eclesiástica, pues con ella se relacionó el obispado posterior. Con todo ello acabó el papel político de los daleminzios.

Aquel mismo año, el 4 de septiembre de 929, un ejército sajón derrotó, gracias sobre todo a la superioridad de sus jinetes de pesada armadura, a los eslavos que se habían sublevado en Lenzen, una fortaleza de barrera junto al Priegnitz, en el curso inferior derecho del Elba. Las fuentes, exagerando las cifras, hablan de 120.000 y hasta de 200.000 bajas entre los wendos; los más fueron fugitivos y prisioneros, a los que se quitó la vida alanceándolos o lanzándolos a un lago hasta que se ahogaron. En cualquier caso «se les golpeó de tal modo, que sólo unos pocos escaparon» (obispo Thietmar). «De la gente de a pie de allí no escapó ninguno y de los jinetes sólo muy pocos, y así terminó la batalla con la derrota de todos los enemigos» (el monje Widukind). Según él en Lenzen combatieron los bárbaros, como se designa una y otra vez a los eslavos, pura y simplemente contra el «pueblo de Dios», cuyo rostro irradiaba «claridad y serenidad»; la buena conciencia que el clero testifica en todas las guerras en favor de su soldadesca. Al día siguiente cayó Lenzen, «una victoria gloriosa por favor y gracia de Dios». Todos los habitantes fueron reducidos a esclavitud, y las mujeres y los niños fueron conducidos desnudos. La guarnición de la fortaleza, que era el fortín principal de los eslavos linones, sito en el único paso de importancia estratégica del Elba entre Bardowieck y Magdeburgo, fue decapitada, pese a habérseles asegurado la libre retirada: «No hubo piedad alguna, sólo aniquilación o

esclavitud» (Waitz).

112 Una «proeza de la historia bélica», según un historiador de la época nazi, llevada a cabo por «el más grande de los reyes de Europa» *(regum maximus Europae),* como nos hace saber ya el monje Widukind. También el obispo Thietmar celebró al carnicero como alguien «que supo tratar a los suyos con prudencia, pero que a los enemigos supo superarlos con astucia y valentía». Efectivamente fueron los años gloriosos de 928 y 929, en los que «el personaje poderoso y verdaderamente heroico», «la grandeza revolucionaria y dueña del destino de Enrique I», «el creador del imperio, el gran rey y hombre alemán», «inició su creativa política oriental» y obtuvo aquel suelo, «que el hombre alemán iba a configurar y que la sangre vital de incontables generaciones conformaría de acuerdo con su gente y su patria» (Lüdtke). También Richard Wagner exaltó a Enrique I en su *Lohengrin:* «¡Tu nombre glorioso y grande nunca desaparecerá de esta tierra!».[16]

«... PORQUE EL SOLDADO HIEDE A PODREDUMBRE»; EL OBISPO THIETMAR «EN LA CIMA DE LA CULTURA DE SU TIEMPO»

Orgulloso proclama también el cronista la muerte en combate de

«dos de mis antepasados de nombre Liuthar» en Lenzen: Liuthar de Stade y Liuthar de Walbeck; «cumplidos caballeros de alta alcurnia, ornato y consuelo de la patria...». Las mismas frases a lo largo de milenios: desde la Roma antigua (aquí presente por su «epopeya nacional», *Eneida* de Virgilio 10, 858 y ss.) hasta la correspondiente propaganda de la Guerra Mundial *semper idem.* En cualquier caso lo decisivo, lo que revela y configura la historia es la colosal historiografía de embrutecimiento y opresión, la historiografía de crímenes y catástrofes y sobre todo la glorificación y santificación de todas las orgías indecibles de batallas y matanzas, que sumen al pueblo en el desconcierto y que se repiten de continuo. Pocas veces se ha expresado de forma tan drástica y contundente como en la «Balada del soldado muerto» de Brecht:

113

Y como el soldado hiede a podredumbre,
se adelanta con presteza un santurrón
que agita sobre él el incensario
para que no pueda seguir oliendo mal.

Agitar el incensario es justamente lo que hace el obispo Thietmar de Merseburg cuando, inmediatamente después de recordar a sus antepasados, «ornato y consuelo

[16] Thietm. 1.10:1,16; 1,24. Widukind l,35ss. Ann. Corb. 929. LMA II 550s. 554s. III 439s. IV 2198s. V 1875,2038. Waitz 123ss. 130,144. Kótzschke/Ebert 30. Lüdtke, König Heinrich I 3ss. 15, 124ss. 128, 134ss. Holtzmann, Geschichte 89ss. Donner 332s. Ahlheim 178. Brüske 17ss. Büttner, Die christliche Kirche ostwärts 149s. Claude, Geschichte I 18. Schlesinger, Kirchengeschichtc Sachsens 35s. Id., Die mittelalterliche Ostsicdlung 45. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 159s. Fleckenstein/Bulst 34s. Epperlein 274. Lippert 9ss. Stern/Bartmuss 190s. Beumann, Die Ottonen 44s. Eibl 28s. 31. Cram 155s. Lubenow 16s. Ludat, An Elbe und Oder 9ss. Véase al respecto en nota 2 el epílogo de Lothar Dralle 213. Boshof. Königtum 8. Schulze. Hegemoniales Kaisertum 159ss.

de la patria», relata varios ejemplos y «pruebas», a fin de que «ningún fiel cristiano dude en adelante de la futura resurrección de los muertos...». Porque la permanente matanza cristiana *viribus unitis* del trono y del altar desde comienzos del siglo IV formó un entramado prieto y tradicional con la fe cristiana. Cuanta más sangre se derrama, tanto más necesario resulta el «buen» Dios y muy especialmente la prédica de la resurrección, la mentira de la supervivencia.

Y así Thietmar presenta de inmediato a una persona «que recientemente ha partido de este mundo» y que vuelta de nuevo a la realidad, conversa de la manera más normal con un sacerdote, lo que natural mente garantiza «la fiabilidad de la noticia». Algo «muy parecido vieron y oyeron en mi tiempo unos centinelas de Magdeburgo», continúa el obispo. Vieron y oyeron a su vez en una iglesia a dos muertos y bien muertos «cantar entonadamente». Y también los «ciudadanos más prestigiosos», cuyo testimonio se aduce, vivieron ese placer realmente admirable; de lo que una vez más hay «testigos dignos de crédito».

Asimismo unos difuntos de Deventer ofrecieron el sacrificio de la misa y cantaron en una iglesia y a un sacerdote que los miraba lo arrojaron sin demora y a la noche siguiente lo quemaron sin más ni más delante del altar, reduciéndolo «a polvo y ceniza». Cosa de la que incluso da testimonio Brígida, una prima enferma de Thietmar (hija sin duda de su tío Liuthar, margrave de la marca septenrional de Sajonia), la cual asegura además: «De no impedírmelo mi debilidad, querido hijo, te podría contar mu chas más cosas de todo esto».

¡Y el obispo Thietmar nos las podría contar a nosotros!

Lo único que en consecuencia le interesa a él —que una vez acechó «claramente una conversación de muertos», como ahora podría confirmarlo un «camarada» suyo— es predicar «a todos los fieles» y en «forma clara», como subraya de nuevo, «la certeza de la resurrección y de la recompensa futura según los propios méritos». Así pues, lo que quiere es hacer creer a todos que en la guerra se puede estar orgulloso de ser «ornato y consuelo de la patria», que es posible «caer» en la lucha con el alma tranquila, por cuanto volveremos a resucitar, sí a resucitar, como sus dos antepasados en Lenzen... Y hace que al «incrédulo» todo esto le resulte indudable por las palabras de los profetas: «¡Señor, tus muertos vivirán!». O bien estas otras: «Y los muertos se levantarán en las tumbas, oirán la voz del Hijo de Dios y saltarán de alegría...». En efecto, ¿qué demente podría aún dudar?

114

Siendo todo tan sencillo, tan creíble y sobre todo tan verdadero, especialmente para un obispo cristiano, Thietmar en su obra histórica nos atiborra formalmente con hechos milagrosos, con visiones en sueños, revelaciones, apariciones diabólicas, visiones, signos y prodigios, curaciones y castigos milagrosos, eclipses solares no menos milagrosos etcétera, etcétera. Y, por lo que nos aseguran los investigadores, es su historia la obra de un varón, «salido de una de las mejores escuelas», «que estaba en la cima de la cultura de su tiempo», que tenía «amplísimos conocimientos» (Trillmich). *Ergo* Hepo, deán de Magdeburgo herido en batalla, «apenas si puede emitir un susurro», pero aún puede «cantar muy bellamente los salmos con sus hermanos». *Ergo* en algún lugar pudo renovarse por entero el vino derramado, de modo que no sólo las monjas pudieron beber del mismo «durante largo tiempo, sino que también lo bebieron muchos otros vecinos y huéspedes para alabanza del Señor». Y en otro lugar un cadáver sagrado no hedía, sino que simplemente emitía un olor

tan fuerte como agradable «incluso a más de tres millas según el testimonio de varones muy dignos de crédito».

Se comprende que todo esto y otras cosas chocantes no debemos enjuiciarlo desde la perspectiva actual, según nos enseñan historiadores y teólogos, sino únicamente desde la perspectiva de otra época que creía y pensaba de otro modo. Esto suena a prudente. Pero dejando de lado que todavía hoy hay millones de personas que creen y piensan así, ¿por qué se pensaron y creyeron tan obstinadamente a través de los tiempos todos esos disparates inmortales? Porque miles y cientos de miles de clerizontes obtusos e impostores los metieron con cuchara, porque durante siglos arruinaron los ideales clásicos de la antigüedad griega convirtiendo en «necedad la sabiduría de este mundo» (1 Cor 1,20), porque hundieron el occidente y el oriente en la sima tenebrosa y fatal de la ignorancia y la superstición, de la impostura de reliquias, milagros y peregrinaciones, y enterraron espiritualmente a los pueblos, porque desterraron de las escuelas la cultura general sometiendo y sacrificando toda la educación al cristianismo, porque su locura teológica la convirtieron en la enseñanza por antonomasia, de modo que incluso Tomás de Aquino pudo calificar de «pecado» el afán de conocimiento, si no tiene como objeto «el conocimiento de Dios».

115 Así se pudo extender e interiorizar sin dificultad alguna cualquier desvarío por monstruoso que fuese ¡hasta el límite de cuanto más absurdo más hermoso! Y no sólo la gran muchedumbre de *illiterati et idiotae.* «Basta un pueblo arrobado —ironiza Voltaire— que corre detrás de un par de charlatanes; con el contagio se multiplican los milagros, y ahora es todo el mundo el que está embelesado.»

Hasta bien adentrada la edad moderna las masas cristianas vegetan en un estado de analfabetismo completo. Lo que tampoco tiene nada de raro cuando la misma aristocracia y la mayoría de los príncipes no supieron escribir hasta la época de los Staufer.

Aquella nobleza cristiana sólo había aprendido algo que estaba por encima de todo: y no precisamente el amor al prójimo ni el amor al enemigo ni la buena nueva del evangelio, sino ¡matar, matar y matar![17]

En 931 Enrique marcha contra los obodritas. En 932 conquista y reduce a cenizas Liubusua, que contaba con 10.000 habitantes y era el centro de la tribu eslava de los lusici (que las investigaciones modernas sitúan en torno a Luckau), la fortaleza que ochenta años después, estando protegida por una guarnición alemana, fue conquistada por el príncipe polaco Boleslao Chrobry. (Ocurrió en el curso de la segunda de las tres guerras que el emperador Enrique el Santo, aliado con paganos, llevó a cabo contra Polonia, y a quien a su vez siempre se celebró como ideal del príncipe cristiano, como *rex christianissimus et athleta Christi;* elogios de los que Boieslao también se mostró digno como muchos otros ya que el 20 de agosto de 1012, en la toma de Liubusua, organizó un «lamentable baño de sangre» [obispo Thietmar] y de nuevo pegó fuego a la fortaleza.) Enrique I sometió a tributo la ciudad

[17] Thietm. l.l0ss. 3,2: 4.33; 4,37; 4, 65 etc. Widukind 1,36. Tusculum Lexikon 269. Voltaire 88. Véase al respecto el artículo instructivo de J.-C. Schmitt, Macht der Toten 143ss. Y en general sobre la estrategia de atontamiento a finales del siglo XX: Buggle 3ss. 289ss. 369ss. 398ss. que vale la pena leer. Véase asimismo Gelhausen 162ss.. Kliemt 170ss. y el artículo desenmascarador Wie «progressive» Theologen das Christentum «retten» 193ss. También Id., Denkverbot 57ss. 70ss.

de Lausitz y la de Uckermark mediante una campaña del año 934. «Nada tiene de extraño que tales hazañas entusiasmasen también a la Iglesia», se escribe con admiración todavía en el siglo XX. «Arrastrada por la corriente de vida, que brota con Enrique, también la vida eclesiástica se pone en movimiento...» (Schoffel).[18]

Esto se aplica incluso a los sucesos ocurridos en el norte. En efecto, ese mismo año de 934, en una guerra sangrienta contra los temidos daneses, tenidos casi por invencibles en toda Europa occidental, Enrique venció a su virrey Gnuba, soberano de Haithabu, lo hizo tributario y lo convirtió en su vasallo. Con ello, sin embargo, el rey Enrique creaba también en el norte una nueva base para la expansión del reino de Dios sobre la tierra. Y así arrancó a los paganos «de su falsa creencia y les enseñó a llevar el yugo de Cristo» (Thietmar). Pues, fiel a la vieja estrategia de primero la espada y después la misión, inmediatamente después de aquella derrota Unno, arzobispo de Hamburgo-Bremen inició el trabajo de conversión en Dinamarca y Birka. Poco después sucumbía Gnuba en lucha contra Gorm, rey de Jutlandia septentrional, bajo cuyo hijo el rey Harald Diente Azul los daneses se hicieron cristianos.[19] Era sin duda en el oriente donde había que enfrentarse ahora con los diablos más salvajes, todavía muy lejos del «yugo de Cristo».

116

«... EL TRABAJO EDUCATIVO DE AÑOS»

Los húngaros, «espantosos por su indumentaria y talla, son un pueblo muy salvaje y supera en crueldad a todos los animales depredadores», como escribe el abad Regino de Prüm. Eran gentes que emitían «gruñidos espantosos y bramaban de cien modos», según Ekkehard IV de Saint-Gallen, y en una palabra eran «los hijos del diablo» *(filii Belial, Annales Palidenses).* En 894 habían cruzado por vez primera el Danubio irrumpiendo en la Marca de Panonia y el año 900 cayeron por primera vez sobre Baviera. Desde entonces devastaron con frecuencia los territorios del sur de Alemania y la Iglesia perdió grandes zonas, a su vez previamente robadas. Los límites episcopales de Passauy Salzburgo ya habían retrocedido a comienzos del siglo x hasta el Enns y las estribaciones de los Alpes, pese a la resistencia sangrienta que opusieron hasta los pastores de almas: tras la derrota de Pressburg el 4 de julio de 907 los obispos de Salzburgo, Freising y Seben quedaron tendidos en el campo de batalla con todo el ejército bávaro.

En Sajonia, y por tanto en el norte, los intrusos irrumpieron por vez primera en 906, cuando el joven Enrique llevaba a cabo por encargo de su padre la incursión bélica contra los daleminzios, a los que impuso un pesado tributo. Llamados por éstos en su ayuda, los húngaros asolaron terriblemente el país. Mataron a muchos sajones, a otros se los llevaron prisioneros, y en los años 919 y 924, durante el reinado de Enrique, regresaron; en 926 lo hicieron de nuevo cruzando también el Rin. Sus hordas a caballo inundaron toda Europa occidental: «... *et vastaverunt omnia»,* y todo

[18] Thietm. 1.16s. Véase asimismo 6,59; 6,80. LMA II 359ss. IV 2038. Schöffcl I 107s. Hlawitschka, Der König einer Übergangsphase 119.

[19] Thietm. 1.17. Widukind 1,40. Adam von Bremen 1. 55ss.

lo devastaron, para decirlo con una expresión típica de los anales de la época.

Cuando el rey, en la defensa de su palacio de Werla, se esperaba cualquier otra cosa, casualmente cayó en sus manos un caudillo húngaro. Enrique tomó pie para firmar un armisticio de nueve años (mediante la garantía del pago de un tributo anual) y aprovechó el plazo de gracia para crear un cinturón de defensa con la construcción de nuevas fortalezas y la reparación de las antiguas, sobre todo en la frontera eslava, donde la población residente hubo de trabajar día y noche en la construcción y en avituallarse para un caso de necesidad. Desde la época carolingia es evidente que se multiplicaron los castillos y durante el período otoniano en ellos descansó toda la vida política y, «con ciertas limitaciones, también la eclesiástica» (Schlesinger). Enrique construyó «castillos para salvación del país e iglesias en honor del Señor para la salvación de su alma», informa el obispo Thietmar, reduciendo claramente el cristianismo real a sus valores prácticos fundamentales (en el doble sentido de la expresión): la Iglesia y la guerra.

117

También se afianzaron en forma masiva los monasterios y fundaciones, como los de Hersfeld, Corvey y Saint-Gallen, al igual que numerosos palacios (los de Werla y Merseburg, por ejemplo), al tiempo que se modernizaba y acorazaba la caballería sajona, que se «entrenaba» para la guerra magiar con las continuas matanzas de eslavos al este del Elba y del Saale. La investigación habla también aquí de una «prueba de eficacia» (Beumann). Al cabo de seis años el rey se sintió lo bastante fuerte con «el trabajo educativo de años y el rearme de su pueblo» (Lüdtke) como para romper el armisticio, empeño en el que la Iglesia le ayudó celosamente. Al final también ella había tenido que pagar el tributo húngaro; ése tal vez fue el motivo de que en su despedida del sínodo imperial celebrado en Erfurt (932), y el primero del que hay testimonio durante el reinado de Enrique I, decidiera introducir de inmediato una capitación o impuesto personal en su propio beneficio.

En conexión con dicho sínodo imperial, reunido en junio bajo la presidencia del arzobispo Hildeberto de Maguncia y con asistencia del rey y de numerosos obispos alemanes, la paralela asamblea del pueblo y del ejército también decretó la guerra contra Hungría. Pues, como ya queda dicho, todos creían estar lo bastante armados como para emprender la lucha. El rey habló al «pueblo» en estos términos: «De qué peligros se ve ahora libre vuestro reino, que antes estaba en completo desorden, lo sabéis muy bien vosotros mismos, que con tanta frecuencia habíais tenido que soportar graves padecimientos por vuestras querellas internas y por las luchas exteriores. Pero ahora veis que se han logrado la paz y la unión por la gracia del Altísimo, por nuestro esfuerzo y por vuestro valor, habiendo sido vencidos y sometidos los bárbaros. Lo que ahora debemos hacer todavía es mantenernos unidos contra nuestros enemigos comunes que son los ávaros».

Un enemigo persiste siempre, a través de milenios. ¿Adónde se podría ir sin él? Realmente todo parecía empobrecerse en la ruina y la quiebra. Con la única excepción, ya se entiende, de la Madre Iglesia. Sus riquezas se mantenían a todas luces tan intactas como las de los húngaros salteadores. «Hasta ahora, para llenar vuestro tesoro, os he despojado a vosotros, a vuestros hijos e hijas, pues no teníamos ningún dinero y no nos quedaba más que la vida desnuda. Tomad consejo por lo mismo y decidid lo que hemos de hacer en este trance.

¿He de tomar el tesoro consagrado al servicio de Dios y entregarlo como rescate

por nosotros a los enemigos de Dios? ¿O no debo más bien con el dinero realzar la dignidad del servicio divino, para que más bien nos rescate Dios, que realmente es nuestro creador V redentor?»[20]

118

Preguntas retóricas. Evidentemente pretendían hacerse con el tesoro eclesiástico, si todos querían «ser redimidos por el Dios vivo y verdadero, porque es fiel y justo en todos sus caminos y es santo en todas sus obras». Y así, hambrientos de redención, forzaron «los derechos al cielo» y juraron apoyo al rey.

«Prueba de eficacia»

Ahora bien, a lo largo de todo el milenio medieval ¡nadie extorsionó los tributos de un modo más regular que francos y germanos! Aunque también se pagaron naturalmente con la mayor desgana. Y así, en 932 enviaron a casa con las manos vacías a los emisarios del este que reclamaban la soldada anual, y al año siguiente ya estaban allí los húngaros. En Turingia se dividieron sus huestes. Las tropas sajonas y turingias empezaron por hacerse con el cuerpo de ejército que atacaba Sajonia por el oeste: «Caen los caudillos de los húngaros, su ejército es derrotado y perseguido por todo el territorio, una parte es aniquilada por el hambre y el frío, otros mueren a golpes o son hechos prisioneros, según sus méritos, sufriendo en todo caso una muerte infame», recuerda jubiloso Widukind.[21]

Una visión realmente cristiana del asunto. Se habló también de un juicio de Dios. Un segundo juicio se dio en seguida, el 15 de marzo de 933, por obra del ejército imperial mediante una convocatoria de todas las tribus bajo la presidencia de Enrique en Riade (probablemente Karlbsrieth en la confluencia del Elme y del Unstrut). El obispo Liutprando de Cremona exalta al respecto «el uso laudable y digno de imitación» de los sajones estableciendo «que ningún varón, que haya cumplido los trece años y sea capaz de empuñar las armas, pueda escapar al reclutamiento». Se entraba pues con niños en campaña y se amenazaba con la pena de muerte a quienes se negaban a prestar el servicio militar.

«Aun estando debilitado por la enfermedad, el rey sube como puede a un caballo, reúne a los guerreros en torno suyo y con sus palabras enciende su ardor para la lucha...», continúa el obispo. Y «animado por inspiración divina», el rey agrega: «El ejemplo de los reyes del pasado y los escritos de los santos padres (!) nos enseñan lo que tenemos que hacer». Y entonces los hijos de Dios, bajo el estandarte del arcángel Miguel —que en la Biblia figura como el abanderado de los ángeles en la batalla final—, entran al asalto oponiendo un enérgico y vigoroso «¡Kyrie eleison!» del agrado divino al infernal «¡Hui, hui!» de los «hijos del diablo», mientras el rey en persona «tan pronto aparece en primera fila como en el centro y en la retaguardia»

[20] Thietm. 1.18. Widukind 1,38. Regin. chron. 889. Ekkeh., Casuss. Galli 54; 64. Holtzmann, Geschichte I 39. 83ss. 92s. Lüdtke. König Heinrich I. 168ss. Aufhauser 2s. Haller, Das altdeutsche Kaisertum ll,13s. Stern/Bartmuss 169,173s. Schlesinger, Archäologie des Mittelalters 19. Fleckenstein/Bulst 20. Beumann, Die Ottonen 39s. 44. Para la fortificación véase sobre todo Dannenbauer. Adel, Burg 121ss. 140ss. 150ss. en: Grundlagen der mittelalterliche Welt.

[21] Widukind 1,38. Lüdtke, König Heinrich I 170s. Eibl 29.

(Widukind). Y acabaron derrotando por completo, en una hazaña famosa, a los enemigos del imperio que, como paganos, eran a la vez enemigos de la Iglesia. Y todo «por gracia de la misericordia divina» (Liutprando). Según Flodoardo, canónigo de la catedral de Reims que sin duda exagera aunque no el que más, los muertos fueron 36.000, sin contar los supuestamente incontables que se ahogaron en el río.

119

Como quiera que sea, durante la vida de Enrique ya no vuelven a aparecer los húngaros. Toda una magnífica «prueba de eficacia», un testimonio de «la vitalidad histórica» del imperio alemán (Flekkenstein). La primera victoria sobre los húngaros de un rey germánico, que después fue exaltado por sus paladines como «padre de la patria, señor del mundo y emperador», quedó también «inmortalizada» plásticamente en el palacio de Merseburg, aunque «de todos modos se dieron gracias a la gloria de Dios cual convenía»; lo que significa que se entregó a la Iglesia y probablemente también a los pobres el tributo previamente cobrado al enemigo.[22]

Desde mediados del siglo x prospera el rechazo de los húngaros; tras la victoria de 944 en Welser Haide se pasa a la ofensiva bajo el duque Bertoldo, que los derrota en 948, y en 949 invade Hungría, acompañado entre otros por el obispo Miguel de Ratisbona (quien aun estando herido todavía remató a un húngaro gravemente tocado), hasta que se logró el triunfo frente a los muros de Augsburgo.[23]

Casi contemporáneamente a sus ataques contra los eslavos del Elba emprendió Enrique I una campaña contra los bohemios, cuyas tribus sólo desde el siglo IX merecen la atención de los analistas francos.

San Wenceslao, santa Ludmila y dos cristianos piadosos asesinos de parientes

Inmediatamente después de sus victorias sobre sajones y ávaros Carlomagno había guerreado contra Bohemia, curiosamente justo después de la visita que en 804 le hizo el papa León. Ya en 805 y 806 la hizo atacar cada vez con tres ejércitos, y desde entonces también fue cristianizada por obra sobre todo de misioneros de Ratisbona. Así, en 845 se pudo bautizar también allí a 14 grandes *(duces)* con su séquito *(cum hominibus).*[24]

Tras el hundimiento de la Gran Moravia fue Bohemia la potencia más importante entre los pueblos eslavos occidentales. Los checos asentados en torno a Praga, una de las «capitales» más antiguas de Europa, habían unido todo el país probablemente ya a finales del siglo IX. Por entonces se habían «convertido» el duque Borivoi I y, en un lugar desconocido, su esposa Ludmila, hija de un príncipe sorbio. Siguiendo la tradición, el duque habría sido bautizado en el palacio de Swatopluk de Moravia por el arzobispo Metodio, aunque no consta la fecha del bautismo.

120

---

[22] Widukind 1.38s. Liutpr. antapod. 2.25ss. Flodoard. Ann. 933. LMA VI 593. Waitz 150ss. Lüdtke. König Heinrich I.171ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 160.

[23] Lüdtke, König Heinrich I. 176. Beumann, Die Ottonen 46s.

[24] Ann. Fuldens. 845. LMA II 335s. Bosl, Der Eintritt Bóhmens und Máhrens 43ss. Id., Probleme der Missionierung lss.

Como quiera que sea, con ellos se inicia una nueva serie de príncipes cristianos, la dinastía checa de los Premysl (Primizl), que gobernó Bohemia hasta 1306. También los hijos de dicha pareja principesca, Spytihnev (889-915) y Vratislav I (915-921) —Breslau le debe su nombre—, fueron cristianos. Y lo fueron asimismo los hijos del último, los duques Preyslidos Wenceslao (Václav) I (921-935) y su hermano Boleslao I (929-967 o 973), según varias fuentes el más pequeño y según otras el mayor. Tras la muerte temprana de su padre, el duque Vratislav, ambos muchachos, todavía menores de edad, quedaron bajo la tutoría de su madre Drahomir, hija de un príncipe hevelio, que asimismo era cristiana y que mantuvo la autoridad gubernativa. A los dos muchachos incluso los educó una santa: su abuela santa Ludmila (860-921).

Posteriores leyendas cristianas hicieron de Drahomir y de Boleslao unos paganos, aquélla por asesinar o haber mandado asesinar a su suegra santa Ludmila, y éste a su hermano san Wenceslao. Y todavía en la segunda mitad del siglo XIX la historiografía católica se dejaba llevar por las leyendas y la obra eclesiástica estándar de Wetzer/Welte presentaba a Drahomir como «pagana», que desde el asesinato de Ludmila conectó «con su tendencia pagana al gusto de su corazón».

Pero en el siglo XX, incluso en una obra católica como el *Lexikon für Theologie und Kirche,* ya no se trata de una mujer pagana sino de una «bautizada». Y asimismo Boleslao es «cristiano por completo» y «seguramente desde su juventud» (Naegle). Según el *Handbuch der Kirchengeschichte,* Boleslao I, al igual que su hijo Boleslao II (fallecido en 999), «se fortalecieron por entero en el cristianismo y hasta contribuyeron a su afianzamiento».

El mismo día del asesinato de su hermano mostró el asesino —según una antigua tradición eslava— su confesionalidad mandando al sacerdote Pablo que orase sobre el cadáver de Wenceslao. Y también Drahomir, que el 15 de septiembre de 921 hizo matar por medio de sus secuaces Tunna y Gommon a santa Ludmila, recompensó generosamente a los criminales y levantó una iglesia en honor de san Miguel sobre la tumba de Ludmila (al final el dúo asesino fue objeto de persecución, muriendo Gommon, mientras que Tunna consiguió escapar). Y siglos más tarde ¿acaso no fue un obispo de Würzbug quien quemó a numerosas brujas y después ordenó que se celebrasen misas por sus almas? No se excluye ningún desvarío en una religión capaz de presentar la locura como razón y la razón como locura y cual obra del diablo.[25]

Boleslao permitió también trasladar los restos de su víctima desde su residencia en Stara Boleslav (Altbunalau) a la iglesia de St. Veit en Praga. El traslado se hizo con su consentimiento y quizá hasta por orden suya. Y mandó que Miguel, obispo de Ratisbona, consagrase dicha iglesia con especial participación del pueblo, la nobleza y el clero. El asesino de Wenceslao cuidó además de que su segundo hijo Strachkvas, que después se llamó «Christian», se educase como benedictino en el monasterio de St. Emmeram de Ratisbona, con el que mantenía estrechas relaciones. Milada, hija de Boleslao, fue la primera abadesa del monasterio de St. Georg en Praga, mientras que su otra hija Dubrawka (Dobrawa) casaba en 965 con el duque polaco Mieszko I, de la casa de los Piastos. Según las fuentes polacas con la condición de que él abrazase el cristianismo, cosa que ocurrió al año siguiente, con lo que también Polonia se hizo

[25] Thietm. 1.2. LThK VI1 682, X1 882s. LThK II1 557. LMA II 357s. 461. III 1350s. V 2166. VII 159. Wetzer/Welte XI 864. HKG III 1,272. HEG I 872s. Naegle II 258, 354ss. Hauptmann, Die Frühzeit 321. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 159.

cristiana.[26]

121 Por supuesto que los grupos residuales paganos jugaron un papel importante en la lucha por el poder en Bohemia, así como en los enfrentamientos internos, y más concretamente entre sajones y bávaros. Sin duda que Enrique I procuró ganar influencia en Bohemia donde, como se sospechó, se atrajo a Wenceslao como antagonista de Boleslao, que estuvo sostenido por Arnulfo, duque de Baviera. Cuando en el verano de 921 los dos alemanes llegaron sorprendentemente a un acuerdo, Drahomir vio en ello —y no sin razón— una amenaza para Bohemia, sobre todo cuando santa Ludmila estaba del lado de Arnulfo, dirigida evidentemente por el archipresbítero ratisbonense Pablo, que actuaba en Praga. De ahí que en 921 Drahomir mandase estrangular a su suegra en la fortaleza de Tetin a la vez que expulsaba del país a los sacerdotes bávaros. Al año siguiente Arnulfo marchó sobre Bohemia y sometió a Drahomir. Sólo hacia finales de la década, y tras derrotar a los eslavos del norte, los hevelios y daleminzios, encontró tiempo Enrique para ocuparse de Bohemia. En lucha precisamente contra los eslavos del Elba avanzó desde Meissen (Misnia) hasta el territorio de los daleminzios, en la frontera bohemia, y a través de los Montes Metálicos avanzó hasta Praga, mientras que curiosamente el duque bávaro se aproximaba al mismo tiempo desde el oeste. Fue una guerra mancomunada contra Bohemia; guerra que seguramente perseguía la imposición de tributos, el pago de intereses obligatorios desde Carlos I y seguramente también algo más que el sometimiento de Boleslao, quizá el sofocamiento de un complot de cristianos checos con grupos supervivientes de paganos en favor de Wenceslao, que el mismo año caía víctima de su hermano.[27]

Sobre Václav I, el san Wenceslao de la posterior historiografía católica, circula un aluvión de leyendas, que en la mayoría de los casos no pueden considerarse como fuentes históricas. Conviene también olvidar muchas cosas divulgadas tardíamente por teólogos e historiadores. Baste como ejemplo lo que dice una historia católica de la Iglesia, publicada en el siglo XX con *Imprimatur* y el estilo correspondiente: «Este príncipe solía cocer las hostias y elaborar el vino que se empleaban en el sacrificio de la misa, proclamando así su alto respeto hacia ese misterio sacrosanto» (Aerssen). Y el *Kirchenlexikon* en once volúmenes, de los venerables maestros católicos Wetzer/Welte, sabe incluso que el santo duque, al tiempo de la cosecha (sin más precisiones de lugar y tiempo), molía en un trigal durante la noche el grano necesario para la elaboración de las hostias «y se lo llevaba a casa a las costillas». Pero también reconoce que, aunque «extremadamente templado» en la bebida, a veces «bebía más de la cuenta...», por no hablar de otras cosas.

122 Que Wenceslao promoviese el cristianismo con todas sus fuerzas podemos creerlo ciertamente, cuando a todas luces intentaba dominar a sus checos con ayuda cristiana; es decir, con ayuda de sus vecinos occidentales. Educado por sacerdotes alemanes, se esforzó por establecer la Iglesia bohemia según el modelo de la alemana y en estrecha colaboración con la bávara, habiéndose consagrado personalmente a

---

[26] LThK II1 429, II3 557. LMA II 358, VI 616. Naegle II 288, 354ss. 360ss.

[27] LMA V 2166. HBG I 287 (con referencias bibliográficas). Naegle II 247, 328ss. Hauptmann, Die Frühzeit 321. Lüdtke, König Heinrich I. 137ss. Holtzmann, Geschichte I 90. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 126.

Emmeram, santo de la diócesis de Ratisbona cuya fiesta solía celebrar. Con Wenceslao Bohemia dependió por entero en lo eclesiástico del obispado de Ratisbona, pues estaba incorporada a la diócesis del obispo Tuto. A él se dirigió también Wenceslao cuando en la fortaleza de Praga —donde ya sus predecesores Spytihnev y Vratislav habían erigido una iglesia a santa María y a san Jorge— decidió levantar un nuevo templo cristiano más fastuoso.

Pero el santo nacional de los checos no sólo quería una estrecha vinculación con la Iglesia bávara sino también el *«permanente apoyo político y el sometimiento al imperio alemán»,* porque «sólo eso hacía posible la realización de su programa de gobierno» (Naegle). Justo por eso hubo un amplio descontento en Bohemia, donde una oposición poderosa y al parecer creciente de la nobleza, dirigida sin duda por Boleslao, que aspiraba al trono de su hermano Wenceslao, nada deseaba menos que una orientación bávaro-germana, un sometimiento al gran vecino siempre peligroso y temido, y a su Iglesia, que muchas veces suscitaba un odio profundo. Ya en 922 Arnulfo de Baviera había marchado con un cuerpo de ejército contra Bohemia para proteger, del partido nacionalista checo que ahora lo quería liquidar, a Wenceslao, que por entonces rondaba los 15 años y que a los ojos de sus enemigos hasta aparecía como «un soberano loco». Pues «por sus sentimientos cristianos y germánicos cayó víctima de su hermano y de sus asesinos», en palabras (de tono retórico) del *Martyrologium Germaniens*[28]

Wenceslao, supuestamente advertido de la trama alevosa de su hermano Boleslao en su residencia de Stara Boleslav, no hizo caso de tales maquinaciones y «puso toda su confianza en Dios». Pero Dios le abandonó el 28 de septiembre de 929. El fratricida marchó con presteza a Praga, se apoderó del trono e hizo matar o expulsar del país a muchos seguidores de Wenceslao, que no habían logrado ponerse a salvo, y en especial a los sacerdotes cristianos que le eran particularmente adictos. Boleslao, personalmente cristiano, no quería eliminar el cristianismo de Bohemia; pero sí quería a todas luces acabar con la supremacía alemana sostenida por Wenceslao.

123

«Durante largo tiempo persistió en su rebeldía lleno de orgullo, pero al final el rey le reprimió enérgicamente...», según escribe el obispo Thietmar.[29]

Poco después de su asesinato Wenceslao fue ya venerado como mártir, aunque la canonización oficial sólo fue promovida en los siglos XVII-XVIII. La fama de su

---

[28] Werner/Welte XI 864s. Fichtinger 386. Aerssen, Kirchengeschichte 120. Naegle II 33ss. 62ss. 73,139s. 177s. 188ss. 226. 252ss. 262. Stadtmüller 150. Yhrasolt 334. El opus con Imprimatur del 6 de mayo de 1939 apareció justo antes del comienzo de los millones y millones de martirios alemanes (y otros). La introducción, pese al empleo del vocabulario nazi, quiere ofrecer «retratos de grandes personalidades, luchadores y vencedores», «retratos de todas las épocas de la historia y la cultura cristiano-alemanas, cristianas y nacionales». «Semejante *historia cristiana y alemana, que se ofrece a diario* significa un despertar de nuestra grande y gloriosa (!) historia cristiano-germánica, significa una reflexión sobre nuestra índole cristiano-germánico, significa una siembra de arte cristianogermánica, significa tradición y renovación de la tradición, es decir, obligación y vinculación histórica y a partir de la misma una nueva conciencia cristiano-alemana de la propia realidad y misión, después de tanto desarraigo y deformación por obra de una extranjerización unilateral y antinacional y de un autoencogimiento unilateral y nacional significa una reconstrucción, ahondamiento y extensión, significa una nueva vida desde el antiguo, venerable y sagrado hogar del suelo y la sangre cristiano-germanos» (¡sangre y suelo!), «significa "Me*mentote patrum vestrorum",* Acordaos de vuestros padres y antepasados, de los antepasados cristianos en general y especialmente de los cristiano-germánicos: ¡Sed sus dignos nietos y descendientes!».

[29] Thietm. 2.2. LMA II 358. Naeglc II 264ss. 275, 328.

santidad y de los milagros obrados «por su intervención» fue siempre en aumento y su culto se extendió más allá de la frontera; en los territorios alemanes aparecieron por doquier reliquias de Wenceslao. Los miembros principales, sin embargo, han permanecido en Praga hasta el siglo XX; desde muy pronto allí acudieron grandes peregrinaciones, si es que al menos en esto merecen crédito las viejas leyendas. Como quiera que sea, Wenceslao es uno de los nombres más frecuentes entre los checos.

El santo colaborador y mártir se convierte en el adalid antialemán. Enrique I, «fundador y salvador del imperio alemán»

Para los cronistas medievales, el «mártir» Wenceslao fue un gran héroe militar. Un coral de san Wenceslao, conocido desde el siglo XIII, no sólo se cantaba en la coronación de los reyes bohemios; era también «un canto de batalla de las huestes husitas» *(Lexikon für Theologie und Kirche)* y desde la rebelión husita sirvió para la propaganda antialemana. En una canción puramente religiosa en honor del santo, en vez del verso «consuelo de los afligidos, expulsa todo mal» se cantaba «¡expulsa a los alemanes, a los extranjeros!». Más aún: en un cantoral de finales del siglo xv lucen esplendorosas sobre el estandarte de san Wenceslao estas palabras: «¡Contra los alemanes, contra los traidores de Dios!». Unas veces con los alemanes, otras contra ellos, según la necesidad... es el (supremo) arte vital de esta religión.[30]

Volvamos a Enrique I.

En una cacería por los alrededores del palacio imperial de Bodfeld (cerca de Quedlinburg) el rey sufrió un ataque de apoplejía. Gravemente enfermo, todavía tomó parte en la última dieta imperial convocada por él en Erfurt el año 936. En el palacio de Memleben, a orillas del Unstrut, le dio un segundo ataque, a consecuencia del cual murió la mañana del 2 de julio de 936, cuando contaba alrededor de sesenta años:

124

«El señor poderosísimo y el más grande de los reyes de Europa, a ninguno inferior en todo género de virtud tanto del alma como del cuerpo; y dejó un hijo, más grande aún que él, y a ese hijo le dejó un reino grande y extenso, que él no había heredado de sus padres, sino que lo había conseguido por su propia fuerza y que sólo Dios le otorgó».[31]

Enrique I fue inhumado en Quedlinburg, en la iglesia de San Pedro, al pie del altar y supuestamente «entre el lamento y las lágrimas de muchos pueblos» (Widukind). Mucho más tarde aún le cantaron Hans Sachs, Klopstock («El enemigo está ahí. Empieza la batalla. ¡Salud, victoria!») y Richard Wagner. Y naturalmente, le cantan los historiadores en masa sobre bases científicas. Exactamente después de mil años, «el 20 de abril de 1936», Franz Lüdtke confesaba: «Mientras mi libro ya está imprimiéndose y escribo este prólogo como remate, me topo con un artículo de la revista *Neues Volk, Blätter des Rassenpolitischen Amtes der NSDAP* de 1 de abril (!) de 1936: "Enrique I, fundador y salvador del Reich alemán"; en él se perfila con

[30] LThK X1 823. Naegle II 283ss. 300ss. 312, 319ss.

[31] Thietm. 1,18; 1,21. Widukind 1,41. Eibl 29s.

rasgos destacados la figura señera del rey como una personalidad rectora alemana y a él se le otorga "el lugar de honor que le corresponde según nuestra concepción actual de las necesidades vitales del pueblo alemán y de acuerdo con los conocimientos raciales de nuestros días"».[32]

[32] Lüdtke, König Heinrich I. 5, 189s. 198s. 205. Para la crítica del «loco» Lüdtke: Brühl. Deutschland-Frankreich 413s.

125

CAPÍTULO 6. OTÓN I «EL GRANDE» (936-973)

«... dejando aparte el terror de la competencia penal del rey siempre amable.»

MONJE WIDUKIND DE CORVEY [1]

«Difícilmente un pastor volverá jamás a ejercer la autoridad como él. Fue capaz de erigir seis nuevas sedes episcopales. Vigorosamente obtuvo la victoria sobre la soberbia perniciosa de Berengario. También humilló hasta el polvo la cerviz orgullosa de los lombardos... Los territorios más lejanos le pagaron gustosos sus tributos. Siempre fue un príncipe pacífico...»

OBISPO THIETMAR DE MERSEBURG [2]

«Otón el Grande llevó a cabo sus guerras orientales con la mentalidad del imperialismo cristiano. Política y religión se entrelazaron tan estrechamente que "formaron una unidad indisoluble".»

BÜNDING-NAUJOKS [3]

«En razón de sus prestaciones a la Iglesia romana el papa Juan XIII lo puso en 967 en línea con Constantino el Grande y con Carlomago.»

HELMUT BEUMANN [4]

«... desde el conjunto de la obra llevada a cabo, resultante de unos conceptos vistos con claridad y de unas soluciones concretas bien meditadas y llevadas a efecto de una manera consecuente, ha de figurar sin duda alguna entre los grandes de la historia universal.
La continuación y expansión del tenaz trabajo constructivo de Enrique I no fue más que un signo de su actividad; el otro y más importante es el avance seguro hacia una hegemonía europea que deriva de su nueva idea personal del Estado.» «Y es el único entre nuestros soberanos alemanes de la Edad Media al que la historia ha otorgado de forma duradera el sobrenombre de "el Grande". Fue él quien elevó su imperio a la potencia hegemónica de Europa.»

EDUARD HLAWITSCHKA [5]

127

PRIMERO LA ESPADA...

Enrique I, «el padre de su país, el más grande y el mejor de sus reyes» (Widukind), dejó tres hijos de su segundo matrimonio con Matilde: Otón, Enrique y Bruno. Todavía en la primavera había designado oficialmente como sucesor, en la dieta imperial de Erfurt, al hijo mayor, Otón, nacido el 23 de noviembre de 912 y que contaba por tanto 24 años. El primogénito Thankmar, habido de un primer matrimonio —declarado nulo—, había fallecido para entonces, al igual que Enrique,

[1] Widukind 2,36.

[2] Thietm. Prol. II.

[3] Bünding-Naujoks 71.

[4] Bcumann, Otto der Grosse 51.

[5] Hlawitschka, Kaiser Otto I. 126, 141.

hijo segundo del segundo matrimonio, el preferido de la reina Matilde y al que según parece habría querido ver sobre el trono. Y así —en una ceremonia que crearía tradición en la coronación real de los soberanos alemanes—, Otón I, del linaje sajón de los Liudulfingios, el futuro primer emperador alemán, fue ungido y coronado en Lotaringia (arrebatada por el padre de Otón a Rodolfo, rey de Borgoña), en el palacio carolingio de Aquisgrán, el 7 de agosto de 936. El día acabó con el ritual «banquete de coronación», una orgía imponente de comida y bebida («elemento esencial de todas las celebraciones a las que el rey asistía», Bullough).

Pero al principio habían discutido entre sí los tres arzobispos renanos de Tréveris, Colonia y Maguncia sobre la presidencia en la ceremonia de la coronación. Ruotberto de Tréveris, que pronto sería archicanciller/archicapellán antes de sucumbir a la peste en 956, insistía en la mayor antigüedad de su diócesis episcopal y en su fundación «casi por el bienaventurado apóstol Pedro» *(tamquam a beato Petro apostólo).* Mas también Wilfredo de Colonia quería presidir el acto de la coronación. Al final se convino en que presidiera Hildeberto de Maguncia, asistido por el metropolitano de Colonia. Después, el maguntino, «varón de admirable santidad» (Widukind), en el interior de la capilla y casi bajo el báculo que llevaba, entregó a Otón la espada como primera de las insignias imperiales con estas palabras: «Toma esta espada, con la que has de expulsar a todos los enemigos de Cristo, paganos y herejes, en virtud de la potestad divina a ti conferida y en virtud de todo el imperio de los francos, para afianzamiento de la paz de todos los cristianos». Una frase que, al decir de Pierre Riché, contenía «ya todo el programa de gobierno otomano». En cualquier caso el rey coronado hizo la guerra a los paganos de forma satisfactoria, pero la paz entre los cristianos no la logró jamás ni a un lado ni al otro de los Alpes.[6]

128

Tras la consagración y unción en la basílica «Magni Caroli», Otón, que a propósito se presentó con indumentaria franca, se sentó en el trono de piedra de Caríomagno sito en el coro occidental de la catedral (que todavía puede admirarse en la tribuna de la capilla palatina). Y todo este ceremonial, cuidadosamente preparado sin duda alguna, mostraba al joven monarca como *«rex Francorum»,* cual continuador de las tradiciones carolingias. La Iglesia lo convirtió en *«rex gratia dei»,* rey por la gracia de Dios, «el elegido de Dios» *(a Deo electum),* elevándolo así claramente por encima de toda la nobleza.

Asimismo se echó de ver ya entonces claramente, con la manifiesta referencia a los comienzos del reinado de su padre y predecesor, una nueva posición de poder, una posición clave del clero y la evidente subordinación de los duques. Ya no eran iguales bajo un primero *(primus inter pares),* como con Enrique I, sino que eran «servidores» de un ungido, de un señor por la gracia de Dios. Ellos, a saber, Giselberto de Lotaringia, Eberhardo de Franconia, Hermann de Suabia y Arnulfo de Baviera,

---

[6] Thietm. 2,1. Widukind 2,ls. LMA VI 156s. VII 1104. HEG I 679s. Bütlner, Der Weg Ottos 45s. Holtzmann, Geschichte I 111s . Lintzel. Miszellen 381ss. Schmid, Die Thronfolge Ottos des Grossen 422ss. Grundmann, Betrachtungen 207. Schlesin-ger, Kirchengeschichte I 15. Id., Die Anfänge der deutschen Königswahl 344ss. Erdmann, Forschungen 25ss. Bullough, Nach Karl 318. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 140ss. Fleckenstein-Bulst 42s. Hlawitschka,Vom Frankenreich 113s. Schramm. Kaiser, Könige und Päpste III 39ss. 47ss. 54ss. 157s. Reinhardt 155ss. Beumann.Die Bedeutung Lotharingiens 25. Id., Otto der Grosse 56. Riché, Die Karolinger 300s. Pätzold 33s. Hehl, Iuxta canones 117s. Para las luchas jerárquicas en la edad media: Fichtenau, Lebcnsordnungen 18ss. 25.

prestaron al nuevo soberano, en el banquete real y de una forma solemne, los servicios cortesanos de camarero, trinchante, copero y mariscal; oficios que ya se daban en la corte de los príncipes merovingios y de los que más tarde saldrían los cuatro cargos principales del imperio. Pero Aquisgrán pasó a ser el lugar de coronación de los soberanos alemanes de la Edad Media. A lo largo de seiscientos años, entre 936 y 1531, allí recibieron la corona 34 reyes y 11 reinas.[7]

Protección de la Iglesia, guerra a los paganos

Otón I, que inmediatamente después de su ascensión al trono se hizo ungir por la Iglesia, recibiendo una consagración «superior», fue un príncipe muy creyente y católico a carta cabal. Más aún, tan persuadido estuvo del carácter sagrado de su señorío y soberanía, así como de su coordinación con el clero, «que el ejercicio del poder real fue para él un servicio sacerdotal» (Weitlauff). Su realeza, potenciada por así decirlo con el acto de la unción, anuncia ya desde el comienzo «un cambio de actitud respecto de la Iglesia» y «en cierto modo se convierte en el modelo de las monarquías de la Edad Media» (Struve). Si hemos de creer a Widukind, los súbditos de Otón vieron en él la norma de la justa actuación divina. El rey, que por cierto hablaba con ligero acento sajón, tenía un rostro rubicundo y llevaba luenga barba; estaba de continuo bajo la protección de Dios, fue el apoyo y esperanza de la cristiandad y fue el gran príncipe divino cuya soberanía se asemejaba a la de Dios sobre el universo

129

Al igual que Carlos «el Grande», también Otón «el Grande» veía su cometido principal en la protección de la Iglesia y del papado, apesar de los numerosos incidentes. Casi al pie de la letra renovó en un documento, que todavía se conserva, las habituales promesas de los carolingios a los papas, renovó por escrito las antiguas donaciones y garantizó la ocupación de la sede romana según los cánones eclesiásticos.

Pero además de la *«defensio ecclesiae»* aquel príncipe, que nunca se ponía la corona sin haber antes ayunado, vio su segunda misión fundamental «en la conversión de los paganos a Dios» (Brackmann). En él, precisamente, aparece «con mucha fuerza una conexión bastante larga entre guerra y misión orientales» (Bünding-Naujocks). Y aunque de hecho la Iglesia no representaba un bloque de intereses totalmente unitario, mandaba orar por Otón y sus tropas como algo que caía por su propio peso, habiéndose convertido en norma ya desde el siglo VIII la oración por el ejército en las letanías y en las laudes del oficio divino.[8]

En el combate tremolaba el estandarte imperial con la imagen del arcángel Miguel marchando al frente de los combatientes. Y naturalmente también la «Lanza sagrada» marchaba con ellos. En los apuros militares Otón se postraba de hinojos con gran

---

[7] Widukind 2,1. LMA V 67s. VI 1564. Schlesingcr, Beobachtungen zur Geschichte 419. Fleckenstein, Die Struktur des Hofes 5ss. Hlawitschka, Kaiser Otto I. 127. Beumann, Otto der Grosse 56. Pätzold 34s. Riché, Die Karolinger 300s. Véase también la nota precedente.

[8] LMA VI (Struve) 1566. HEG I 680. Weitlauff 7. Brackmann, Der römische Erneuerungsgedanke 7. Fried, Die Formierung 5. Beumann. Otto der Grosse 50. Lubenow 13ss. Boshof, Königtum 13

fervor ante dicha

«Lanza sagrada», como ocurrió en marzo de 939 al sur de Xanten. Después de la batalla del 2 de octubre frente a las murallas de Andernach, Otón se hincó de rodillas y lloró en una oración de acción de gracias. En algunas asambleas importantes de la Iglesia, como el sínodo general de Ingelheim en 948 y el posterior concilio nacional de Augsburgo, el emperador solicitó programáticamente la defensa del cristianismo y su difusión, a la vez que prometía de manera solemne combatir en todo tiempo con el corazón y las manos en favor de la Iglesia. Destruyó santuarios paganos y estableció bases misioneras cristianas, cuidó de los misioneros y creó diócesis con una organización fuerte. En 967, en la gran asamblea imperial y eclesiástica de Rávena, dio cuenta al papa y a los sinodales de su «actividad misionera» entre los eslavos.

De ese modo Otón I estrechó aún más la tradicional alianza de los carolingios con la Iglesia. Tanto él como sus sucesores desarrollaron las tendencias tradicionales. Él personalmente, así como Otón II y Otón III, los emperadores sajones, dominaron como ningún otro antes o después a la Iglesia occidental. Otón I hizo dictar disposiciones contra los clérigos que iban a la caza de animales y de mujeres y contra los laicos que robaban a los sacerdotes los ingresos de los diezmos. Convocó asimismo asambleas sinodales. En 941 marchó a Würzburg y Espira, en 942 a Ratisbona para participar de cerca en la elección del obispo respectivo. Y por supuesto que los Otones decidieron sobre las sedes episcopales, interviniendo curiosamente el Espíritu Santo en favor de los parientes reales. Y así, Otón hizo arzobispo de Maguncia a su hijo (ilegítimo) Guillermo en 954, arzobispo de Colonia a su hermano Bruno el año precedente y en 956 a su primo Enrique le nombró arzobispo de Tréveris. Los obispos Poppo I y Poppo II de Würzburg, Dietrich de Metz, Berengario de Verdún, Berengario de Cambray, Liudolfo de Osnabrück eran a su vez parientes del rey. Matilde, hija de Otón, fue la primera abadesa de Quedlinburg cuando tenía once años.

130

También a los papas los pusieron y depusieron los Otones a capricho. Otón I destituyó a Juan XII y a Benedicto V; lo mismo hizo Otón III con el usurpador Juan XVI. Sin tales intervenciones la situación eclesiástica de Roma habría sido aún más espantosa. Las majestades católicas tampoco tenían una idea demasiado amable de los «representantes de Cristo». Fue Otón III el primero en rechazar de manera tajante la «donación constantiniana» como una falsificación.

Los obispos, un instrumento provechoso de dominio

Otón I se atrajo sobre todo a los obispos y a los abades de los grandes monasterios imperiales para comprometerlos en «el servicio del imperio». Los clérigos más influyentes, que de ordinario pertenecían a la alta nobleza, salieron a menudo de la capilla del rey, donde originariamente (también) atendían a las tareas espirituales; pero ahora recibieron una formación directamente orientada a los intereses del soberano. Bajo Otón la mayor parte de los obispos en Sajonia, Franconia y Baviera salieron de su cancillería y capilla palatina. En los primeros años de la década de 950 se incrementó notablemente el número de los capellanes: pero desde finales de los

años sesenta se duplicó y hasta triplicó la plantilla del departamento central del imperio. Del período de gobierno de Otón I conocemos a 45 clérigos palatinos, siendo los clérigos seculares algo más numerosos que los monjes, y como ya en tiempos de los carolingios, ejercieron como consejeros, diplomáticos, administradores y hasta mariscales de campo del soberano.

Se comprueba, en efecto, que «la mayoría de los obispos y abades imperiales, formados en la lealtad del imperio y en una concepción honda del cristianismo» (¡) (Hlawitschka) dentro de la capilla palatina, marchasen también a la guerra. Así, por ejemplo, en la campaña de Otón contra Francia en el otoño de 946 los metropolitanos de Maguncia, Tréveris y Reims, junto con otros prelados, se encontraban en el ejército imperial, que devastó con enormes saqueos todo el territorio hasta el Loira y Normandía.

131

Los arzobispos de Tréveris actuaron también como gobernadores en el sur durante los años 946 y 948 y asimismo intervinieron en las campañas militares llevadas a cabo entre los años 953 y 965. Allí estuvo ininterrumpidamente durante cinco años el obispo de Metz, Dietrich —cuyo predecesor Adalberto había intervenido repetidas veces en las guerras y que probablemente también actuó ya en Italia—, siempre a las órdenes de Otón I. Y casi durante el mismo tiempo debió de granjearse el favor del emperador el arzobispo Adaldag de Hamburgo, que influyó poderosamente en la política imperial y eclesiástica otomana y que más tarde, con ayuda de Otón II, hizo la guerra danesa (974) y también difundió en Escandinavia la buena nueva del evangelio y su «honda concepción del cristianismo», que sin duda había adquirido en la capilla palatina, durante algún tiempo incluso como canciller de Otón. Los prelados Otker de Espira y Lantward de Minden, particularmente estimados del emperador, permanecieron, todo sumado, más de siete años en el sur. Durante el gobierno del emperador Otón I fueron en total no menos de 28 los obispos alemanes cuya presencia en Italia está probada, y probablemente no todos combatieron en el ejército por el Señor (cualquiera que sea el Señor que queramos figurarnos) y hasta podríamos asegurar que la mayoría.

Los prelados actuaban como representantes de la política real tanto dentro como fuera de las fronteras. Tuvieron influencia en la administración imperial, sobre los servidores laicos y los clérigos de la corte, en la judicatura y en las estructuras comerciales, impulsaron el desarrollo económico de sus territorios e impusieron la prestación personal. Y su actividad administrativa, económica y militar se mantuvo a lo largo de la Edad Media ejerciendo a la vez un papel determinante en la elección de casi todos los reyes y hasta se puede decir que los arzobispos de Maguncia actuaron a las veces como hacedores de reyes.[9]

Naturalmente la disponibilidad del clero en favor del Estado bien merecía la pena. Pues así como con su ayuda el rey combatía la concentración de poder y los intentos de autonomía de la alta nobleza, especialmente de los duques, así también en su asociación cada vez más estrecha con el imperio obtuvo el clero gran cantidad de derechos administrativos y fiscales y conquistó sobre todo la protección del rey frente

[9] Flodoard. 946. LMA I 104. Schnürer II 119ss. Holtzmann,Geschichte I 130s. 205. 245s. Auer, Kriegsdienst des Klerus I 342s. (en: MIOG: 370). Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III 135. Hlawitschka, Vom Frankenreich 129. Id., Kaiser Otto I. 138s. Riché, Die Karolinger 303s. Fried, Die Formierung 58. Pätzold 44.

a los ataques de la aristocracia contra sus bienes. La anexión de extensos territorios mediante el sometimiento de los pueblos paganos vecinos permitió además una fuerte centralización del poder estatal.

Obispos y abades largamente ejercitados en la obtención de inmunidades (del latín *munus,* «servicio, cargo, favor, regalo») se vieron así agraciados con amplias donaciones territoriales y con nuevos privilegios de inmunidad. Y así lograron entonces una ampliación de derechos, que los protegían de la intervención de condes y duques. Se les otorgó la plena jurisdicción en las denominadas *causae maiores;* las ciudades episcopales y sus habitantes quedaron exentas de la autoridad de los condes, equiparándose la prisión eclesiástica a la prisión condal. Y con frecuencia a tales privilegios de inmunidad, proscripción y jurisdicción se sumaron los derechos de mercado, moneda y peaje; derechos todos que en origen estaban reservados al rey. Un ejemplo: cuando en 965 Otón concedió al arzobispo Adaldag de Bremen-Hamburgo el permiso de establecer en Bremen un mercado, le otorgó asimismo jurisdicción, peaje y moneda, con todos los ingresos derivados de los mismos, por lo cual el arzobispo se convirtió en el soberano de la ciudad de Bremen. Pero el traspaso de todas esas regalías reales o condales a los obispos «fue mucho más allá de lo que antes había sido habitual en Alemania» (Bullough). Por el contrario, bajo los Otones «ya no se concedieron más privilegios de inmunidad a los señores civiles...» (Schott/Romer).[10]

132

Pero así como la amplia incorporación de la Iglesia a los asuntos del Estado contribuyó a estabilizar la monarquía, también la dotación cada vez más generosa de los obispados y monasterios y su prestigio siempre creciente echaron a la vez las bases para la socavación del poder real con la reforma eclesiástica del siglo XI. El monarca, sin embargo, se puso entonces resueltamente del lado del episcopado, y desde luego en perjuicio de sus propios parientes y de los nobles más destacados.

Bandas de príncipes y familias católicas: Baviera y los hermanos del rey se rebelan

La toma absoluta del poder por parte de Otón en el imperio francooriental germánico representó, por una parte, una ruptura con la práctica carolingia de la división de poder en la sucesión al trono en favor de la idea de unidad y de la indivisibilidad del imperio; y por otra parte, al adoptar la tradición carolingia procuró reforzar la posición del rey frente a los magnates.

De ese modo el comienzo de su gobierno provocó de inmediato ciertos movimientos de desestabilización, unos primeros tumultos y hasta algunas luchas sangrientas en el interior del país, en parte debidas a los parientes reales que se consideraban postergados y en parte alentadas por los príncipes que veían asimismo recortados sus derechos. A lo largo de casi veinte años el monarca, que evitaba los

[10] LMA V 390s. (Schott/Romer). Dauch 241. Steinbach, Die Ezzonen 855. Bullough, Nach Karl 322. Stern/Bartmuss 185. Hlawitschka, Kaiser Otto 1. 139s. Id.. Vom Frankenreich 114s. Id., Kaiser Otto I. 127s. Krah, Absetzungsverfahren 261 ss. Riché, Die Karolinger 303. Beumann. Otto der Grosse 56s. Fried, Die Formierung 58. Pätzold 44.

pactos de amistad con la aristocracia imperial, se vio implicado en enfrentamientos de herencia y empujado casi al borde de la ruina, pues sus adversarios encontraron un fuerte respaldo en la alta nobleza, todavía lo bastante poderosa como para levantarse de nuevo a la muerte de Otón I (973) y de Otón II (983). El primero de los Otones hubo de emplear casi la mitad del tiempo de su reinado en el esclarecimiento de las relaciones de poder dentro del Estado y hubo de combatir con cristianos y católicos francos, para no hablar por el momento de las guerras exteriores.

133

Las tensiones afloraron incluso en Sajonia y en Franconia, auténtico corazón del *imperium* otoniano.

Cuando en 936, tras el sometimiento de los eslavos del Elba, el rey hizo margrave al sajón Hermann Billung sobre determinadas franjas fronterizas en el bajo Elba y en 937 asignó al conde Gerón el margraviato del Elba medio y del Saale, Wichmann, hermano mayor de Hermann Billung y cuñado de la reina Matilde, abandonó el ejército. También Ekkehard, primo de Otón, que cayó poco después en lucha contra los eslavos, se vio postergado. Otro tanto le ocurrió a Thankmar, hermanastro de Otón (nacido del primer matrimonio de Enrique I con Hatheburg), que de antemano estaba limitado a la herencia de los bienes privados. Hubo asimismo problemas con el duque franco Eberhardo. Habiendo jugado poco antes un papel determinante en la exaltación de Otón al trono se vio ahora penado tras unos litigios sobre feudos en la región fronteriza francosajona —donde «la destrucción a sangre y fuego nunca cesó» (Widukind)— y sobre la sanción de un vasallo sajón de Otón, no sin que el emperador hubiera solicitado antes el parecer de dos arzobispos y de ocho obispos.[11]

Mas fue con los bávaros con los que estalló un conflicto abierto.

Allí, en efecto, había fallecido el 14 de julio de 937 el temido duque Arnulfo «el Malo». El repetido vencedor de los húngaros se había comportado con insolencia frente a la realeza y había controlado por completo al clero de su territorio. Pero Otón deseaba una adaptación más fuerte y en adelante no estaba dispuesto a tolerar ni la política exterior autónoma de Baviera ni a su cumbre eclesiástica con el privilegio anejo de nombrar obispos; lo que pretendía era transformar el país en un «ducado ministerial». Y así, Eberhardo (937-938), hijo mayor de Arnulfo, se negó a prestar vasallaje a Otón, sobre todo por creerse plenamente legitimado a suceder en el ducado a su padre, que ya en 935 le había nombrado su sucesor.

Eberhardo y sus hermanos se opusieron tenazmente a una incardinación más fuerte. Rechazaron el *«comitatus»,* un concepto político corriente ya entre los antiguos romanos y con un espectro de contenidos más amplio que el cortejo o escolta militar que significaba en tiempos de Otón. Y así se llegó, según el obispo Thietmar, «a desacuerdos muy notables entre nuestros compatriotas y los compañeros de armas». El rey intentó una solución por la vía militar y a comienzos de 938 marchó contra Baviera; pero sufrió un descalabro. Después fueron el conde Wichmann, hermano mayor de Hermann Billung, y Thankmar, hermanastro mayor de Otón, a una con el duque franco Eberhardo, quienes a comienzos del verano de

[11] Widukind 2,6; 2,10. LMA III 1512s. VI 1564. HEG I 681. Hlawitschka, Vom Frankenreich 114s. Id.. Kaiser Otto I 1.127s. Krah, Absetzungsverfahren 261ss. Riché, Die Karolinger 303. Beumann. Otto der Grosse 56s. Fried, Die Formierung 76s. El verdadero «país base» de Otón, el «epicentro de su soberanía real» fue el país de Harzum, Müller-Mertens/HUscher 13s.

938 rompieron las hostilidades contra Otón. Retuvieron como rehén al hermano menor de éste, Enrique, y mientras Eberhardo lo llevaba consigo en una prisión suavizada, Thankmar conquistó Eresburg.

134

El rey marchó entonces a Eresburg (en las proximidades de Obermarsberg junto al Diemel), donde los levantiscos se rindieron, abrieron las puertas y el populacho asaltante empujó a Thankmar, «el joven fatigado por la lucha, hasta la iglesia de San Pedro» (Thietmar). En tiempos los sajones habían venerado allí a Irminsul, hasta que Carlomagno la destruyó. Mas aunque Thankmar, en un acto de «simbolismo político», depositó sobre el altar su collar de oro y sus armas, sus perseguidores lo asesinaron por detrás —muerte supuestamente llorada ante todos por Otón— mediante un lanzazo. Escribe Widukind: «No temieron forzar las puertas e irrumpieron armados en el santuario. Pero Thankmar estaba en pie junto al altar, sobre el que había depositado las armas junto con la cadena de oro... Pero uno de los jinetes, de nombre Mancia, a través de una ventana cercana al altar atravesó por detrás con una lanza a Thankmar y lo mató junto al mismo altar». Y el mentado caballero robó después el oro. El derecho de asilo, que en la época del Imperio romano estaba en principio reservado a los templos y que también en la Franconia merovingia jugó un gran papel, para entonces apenas si se observaba en la práctica.

Tras una nueva expedición de Otón aquel mismo año contra Baviera. depuso a su duque Eberhardo y lo desterró, con lo cual dicho duque desaparece de la historia. En su lugar aparece, con menor libertad y suntuosidad, un hermano del difunto duque Arnulfo llamado Bertoldo de Carintia, un príncipe por gracia de Otón. Desde entonces el rey decidió sobre la sucesión en Baviera y sobre la ocupación de la sede episcopal.[12]

Pero también estaba descontento Enrique, hermano menor de Otón, nacido ya como su antagonista en tanto que hijo del rey. Apoyado por la madre de ambos y por los nobles sajones, no sólo aspiró a la corregencia sino al trono en exclusiva, a hacerse con todo el poder. Y todo ello según parece ya a la muerte de su padre. De ahí que también se hubiese excluido a Enrique de la entronización de Otón en Aquisgrán. Y así se sublevó en 939, poco después de quedar libre, junto con su cuñado, el duque Gilberto de Lotaringia (biznieto de Lotario I), quien en la coronación de Otón todavía actuaba como tesorero, y junto con el duque Eberhardo de Franconia, para quien tan ventajosa resultó la matanza de todos los miembros mayores de los Babenberger. Tras la muerte violenta de Thankmar, hermano del rey, Eberhardo se había entregado forzado por la necesidad; pero antes todavía tuvo tiempo de tramar un complot altamente peligroso con el hermano del rey, Enrique, para llevarlo al poder.

135

Cierto que en marzo de 939 las tropas reales pudieron inclinar de su lado un combate contra los contingentes superiores de Giselberto y de Enrique cerca de Birten, en el bajo Rin (al sur de Xanten). Pero ello sólo se logró con suerte y

---

[12] Thietm. 1,26; 2,2; 2,34. Widukind 2,8; 2,11. Adalb. cont. Regin. 938. LMA I 1015s. 1156ss. III 78,1512s. VI 1564. HBG I 288ss. (con muchos datos bibliográficos). HEG I 68ls. Schramm. Kaiser, Könige und Päpste III 156. Riché. Die Karolinger 302. Fried, Die Formierung 78. Pätzold 38. Hlawitschka, Vom Frankenreich 115s. Id., Kaiser Otto I. 128. Krah, Absetzungsverfahren 258ss. Wies 95s. O.Meyer, In der Harmonie von Kirche und Reich 212. I. Schroder, Zur Rezeptionmerowingischer Konzilskanones 244s. Para la evolución del derecho de asilo ver: Lotter, Heiliger und Gehnkter 9s.

evidentemente gracias a un ataque diversivo en la retaguardia del enemigo, que se atribuyó desde luego a la oración del rey, el cual había permanecido en la orilla derecha del Rin junto con la «Lanza sagrada». «Oh Dios, autor y regidor de todas las cosas, mira a tu pueblo...» Como quiera que fuese, con tal ayuda de Dios «todos fueron muertos o hechos prisioneros o al menos se dieron a la fuga» (Widukind). Pero la sublevación continuó extendiéndose. Los levantiscos encontraron apoyo en el carolingio franco-occidental Luis IV, mientras que Otón se aliaba con los enemigos internos del mismo: el poderoso duque Hugo de Francia, del linaje de los Robertinos, que en 937 había desposado a Hadwig, hermana de Otón; y el conde Heriberto II de Vermandois (quien en 925 había elevado a la dignidad de arzobispo de Reims a su hijo quinceañero Hugo, que ya llevaba dos décadas en el cargo).

Otón, deseoso de impedir la secesión de Lotaringia, mandó devastarla en el verano de 939 mediante una incursión hacia el oeste. Y cuando sus enemigos —entre los cuales había «también algunos hombres de la Iglesia, criminales y enemigos de Dios» (Continuator Reginonis), como el arzobispo Federico de Maguncia, al que Otón instituyó como mediador— quisieron cortarle la retirada hacia Sajonia, muchos de sus seguidores ya emprendieron la huida; pero justamente antes de la catástrofe lo salvó un ejército suabo al mando de los condes conradinos Udo y Conrado Kurzbold, ambos parientes cercanos no sólo del conde suabo sino también del duque Eberhardo. El 2 de octubre de 939 ellos cayeron repentinamente sobre los rebeldes y los derrotaron: Eberhardo de Franconia pereció en la batalla y Giselberto de Lotaringia en su huida fue arrastrado por las aguas del Rin «y nunca más se le encontró» (Widukind).[13]

Ahora bien, en estas grandes sublevaciones contra el rey siempre hubo implicados altos clérigos. Tal ocurrió en el levantamiento de 938-939, en el que intervinieron el obispo Ruthard de Estrasburgo y los obispos Bernain de Verdún, Gauzlin de Toul, un santo (fiesta 7 septiembre), y Adalbero I de Metz, un celoso reformador y abad del monasterio de St. Trond. Metz se convirtió incluso en el lugar de encuentro de todos los enemigos del soberano alemán. Y mientras éste combatía en el oeste la rebelión y en el este los húngaros paganos caían sobre Turingia y Sajonia, el obispo Adalbero, promotor del movimiento reformista lotaringio, en su lucha contra el rey destruía hasta la capilla de Luis el Piadoso en Diedenhofen (Thionville) para que no se trocase en bastión del enemigo.

136

Habría que destacar aquí al nuevo príncipe eclesiástico de Maguncia, quien, al decir de un cronista coetáneo, el Continuator Reginonis, sólo parecía merecer el reproche «de que doquiera alguien se daba a conocer como enemigo del rey, inmediatamente se le asociaba como segundo». En cambio, Federico, canónigo de Hildesheim, ya a finales de junio fue nombrado arzobispo por Otón y el mismo año León VII le nombraba vicario apostólico y legado papal para toda Alemania, a la vez que el santo padre le animaba a «expulsar a los judíos que rechazasen el bautismo». (El cronista y sacerdote Flodoardo de Reims, acreditado en la escolta de los prelados del lugar durante diversas campañas, en 936 y con motivo de una misión política en Roma comió con el pontífice enemigo de los judíos y recibió «una impresión

[13] Thietm. 2,34. Widukind 2,12; 2,15; 2,17; 2,24; 2,26. Adalb. cont. Regin. 939. LMAII 226, III 1512s. IV 1466, 2154, VI 1564. HEG 682. Hlawitschka, Vom

extraordinariamente favorable de su... compasión»: Kelly.) Como León VII, también su vicario, el arzobispo Federico —que entretanto se había ganado sin ningún sentido crítico la fama de enemigo del mundo—, a quien en tiempos, después de una traición al rey, sus propios diocesanos le habían cerrado las puertas, fue un celoso promotor de la severa reforma de los monjes. Le desagradaba el manejo de los bienes eclesiásticos en su diócesis así como la posición privilegiada del monasterio de Fulda. El soberano, por su parte, en 939/940 y 941 puso en prisión monástica al prelado de Maguncia y legado papal para toda Alemania, el cual, como su predecesor desde la contienda de Babenberg, simpatizaba con los Conradinos.

Tras el aplastamiento de los sublevados Otón sometió a su imperio el ducado de Franconia, con lo que ésta perdió su autonomía para siempre. Y en 940 entregó Lotaringia (como sucesor de Giselberto) a su hermano Enrique, al que había perdonado; pero no logró afianzarse y ya en el otoño del mismo año fue expulsado del país. Ambicioso siempre de la corona, a la que sin duda tenía cierto derecho, Enrique urdió un complot para eliminar a su hermano en Quedlinburg, y concretamente en la sagrada fiesta de Pascua (941). Sin embargo, el plan fracasó y Otón hizo decapitar a varios de los conjurados, en su mayoría nobles sajones. El metropolitano de Maguncia, asimismo sospechoso, que el año antes había salido de la cárcel monástica de Fulda, se «purificó» públicamente mediante un «juicio de Dios», la comunión. Y el siempre inquieto amigo del alma, que fue llevado prisionero a Ingclheim y en la Navidad del mismo año aún seguía a los pies del más poderoso, de nuevo recuperó el favor de Otón y luego de tres intentonas ya no volvió a reincidir.[14]

«Solicitud por los parientes» y sus consecuencias: El levantamiento liudolfíno

Para no fracasar, como su padre, con las autoridades ducales, Otón impulsó desde 940 una cierta «política de familia», proveyó de ducados a parientes más o menos bienquistos, dotándoles desde luego con territorios periféricos a fin de mantenerlos alejados de Sajonia y Franconia. También casó a parientes con personas que le eran adictas.

137

Así, a Enrique, su hermano rebelde pero que en el reparto de la herencia evidentemente había sido postergado, le dio primero el ducado de Lotaringia, a todas luces una mala posesión. Más tarde, a la muerte del duque Bertoldo en 947 le otorgó el ducado de Baviera, aunque ignorando por completo el derecho hereditario introducido allí por los Luitpoldingios. Ahora bien, el nuevo señor Enrique I (948-955) había desposado desde hacía ya una década a Judith, parte de dicha familia e

[14] Frankenreich ll6s. Id., Kaiser Otto I. 128s. Pätzold 38s. Wies 98ss. empieza en el «Milagro de Birten» casi a estremecerse ante la emoción o el celo «religioso». Thietm. 2,21. Adalb. cont. Regin. 939s. 954. Kelly 140. LMA I 93s. IV 549s.964s. 1146.HEG I 682. Büttner, Geschichte des Elsass 179ss. Holtzmann I 121ss. 148ss. Auer, Der Kriegsdienst 327ss. Lippelt 60. Steinbach, Die Ezzonen 853. Schmid, Die Thronfolge Ottos des Grossen 490ss. Bullough. Nach Karl 319s. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 144. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 117ss. Pätzold 39s. Karpf 94ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 117. Id., Kaiser Otto I. 129.

hija del antiguo duque Arnulfo. En cualquier caso desde hacía largo tiempo no todos estaban de acuerdo con aquella toma de posesión; entre los descontentos figuraba Herold, arzobispo de Salzburgo (939-958 y fallecido hacia 970). Como partidario de Liudolfo durante la sublevación de 954, abandonó al rey para pasarse abiertamente al bando de sus enemigos. Mas fue hecho prisionero, y como (presunto) colaborador de los húngaros y tras la batalla de Mühldorf del Inn, probablemente el 1 de mayo de 955, Enrique de Baviera le sacó los ojos y lo desterró, cosa que a su vez excitó muchos los ánimos por tratarse de un príncipe de la Iglesia. Ni siquiera en su lecho de muerte quiso el duque arrepentirse de aquella crueldad, pese a pedírselo el obispo Miguel de Ratisbona.

Como su hermano Otón, tampoco Enrique, «el ilustre duque de Baviera», se anduvo con remilgos, siendo «el terror de los bárbaros y de todos los pueblos vecinos, incluidos los griegos» *(Vita Brunonis).* Cuando, por ejemplo, en 951 conquistó Aquileya con vistas a extender su influencia en Italia, hizo castrar al patriarca del lugar, Engelfrido (hacia 944-963).

Cegó a un prelado y castró a otro, pero personalmente fue un buen católico. Al poco de morir el duque, su esposa, Judith de Baviera, vivió «en luto rigoroso» y «en continencia como viuda»; pero fue objeto «de graves habladurías» por causa de su consejero, el obispo Abraham de Freising (957-993). El obispo, no obstante, probó su inocencia mediante un juicio de Dios, la recepción de la comunión eucarística, demostrándose «puro de alma y cuerpo» (obispo Thietmar).

A fin de consolidar más su dominio el rey estableció también lazos dinásticos con los grandes del reino.

Con tal propósito desposó en 947 a su hija Liudgarda, de dieciséis años, con el asimismo jovencísimo Conrado el Rojo, de la Franconia renana, que había sido agraciado con amplias posesiones en Worms y en Espira, que desde hacía tres años era duque de Lotaringia (944-953) y que desde hacía más tiempo era uno de los parientes más allegados a Otón. Asimismo, al año siguiente casó a su hijo mayor, aunque todavía adolescente, Liudolfo, designado sucesor al trono en 946, con Ita, hija de Hermann I de Suabia (926-949), que no tenía hijos varones y era el jefe de los Conradinos francos. A su muerte, en 949, Liudoifo fue duque de Suabia (950-954). Era «un joven de singular fama y presencia», pero que «no marchó lo bastante aprisa como para llegar al poder» *(Vita Brunonis).*[15]

138

Así, el precavido monarca no pudo vincular más estrechamente con la corona mediante ducados o ventajosos contratos matrimoniales a los miembros del linaje real perjudicados por su soberanía exclusiva. Por el contrario, los promocionados aspiraban a un poder mayor, y de ese modo estalló una nueva sublevación —cosa que se repite en estas casas reinantes cristianas de generación en generación-: la de Liudoifo en 953. Se creyó amenazado por su tío Enrique, duque de Baviera, así como por Enrique, un hijo del segundo matrimonio de Otón con Adelaida, nacido a finales de 952 y fallecido ya en 954.

La sublevación, peligrosísima para el rey, pues representaba el alzamiento de

[15] Thietm. 2,4; 2,39ss. Vita Brunon. 17s. LMA IV 2063. Holtzmann, Geschichte I 153, 156. Hirsch, Der mittelalterliche Kaisergedanke 33s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 117s. Id., Kaiser Otto I.129. Fried, Die Formierung 78. Riché, Die Karolinger 302. Pitz, Wirtschaftsund Sozialgeschichte 52 habla de «la configuración de la frontera oriental alemana», de «la pacificación del territorio de asentamiento alemán».

numerosos descontentos, estaba dirigida por Liudoifo, primogénito de Otón en su matrimonio con Edgith y duque de Suabia (que mantenía estrechos contactos con los monasterios de Saint-Gallen, Reichenau, Pfafers y Einsiedeln), y por Conrado el Rojo, yerno de Otón y desde 944 señor de Lotaringia, «desde hacía poco tiempo todavía el duque más valeroso, pero ahora el salteador más criminal». Los dos insurrectos principescos combatieron «con todos los recursos de la violencia y no menos de la astucia, no descansaban ni de día ni de noche, sembraron la desconfianza entre sus enemigos, no dejaron nada por intentar y ante nada retrocedieron. Su gran objetivo era hacerse de alguna manera con el control de las ciudades más importantes y ricas del reino y a partir de ahí, así lo creían, podrían dominar sin dificultad todas las regiones del reino».

Otón calificó a los insurgentes, que pudieron estar aliados con los húngaros sujetos a tributo, de «enemigos del país», «traidores a la patria» y «desertores, que en su blasfema arrogancia creo que gustosísimos me habrían asesinado con sus propias manos o me habrían visto morir con la más amarga de las muertes» *(Vita Brunonis)*.

Casi todos los Luitpoldingios se pasaron al bando de los golpistas, así como la mayor parte de la nobleza bávara en general; también el conde palatino Arnulfo, hijo del duque Arnulfo «el Malo», que ya en la sublevación de 937-938 figuró entre los rebeldes, pero a quien Otón nombró conde palatino y sólo en 953 Enrique, hermano de Otón y duque de Baviera, le nombró su representante (cuando aquél marchó a toda prisa a Maguncia con un cuerpo expedicionario en apoyo del rey).

De parte de los insurrectos, cuya revuelta pronto se extendió a toda Alemania meridional pasando incluso a Sajonia, estuvieron también el arzobispo Heroldo de Salzburgo y Federico, arzobispo de Maguncia, que después en la dieta de Langenzenn (junio de 954) declaró solemnemente que jamás había emprendido nada contra la lealtad debida al rey, aunque de hecho a muchos, incluido el propio monarca «les había despertado el placer por la locura de la guerra civil» *(Vita Brunonis)*. Entregó a los levantiscos Maguncia como punto de apoyo, que Otón atacó inútilmente durante dos meses, en julio y agosto de 953.

139

Como ya ocurriera en la Pascua de 941, el soberano escapó también ahora a un planeado intento de asesinato por parte de sus parientes católicos. Cierto que la subsiguiente guerra civil constituyó un vaivén de incidentes, de asedios y asaltos de diversas fortalezas y ciudades, de combates en torno sobre todo a Maguncia y Ratisbona, aunque se perfiló de primeras desfavorable a Otón y causó, especialmente al pueblo, graves pérdidas en haciendas y vidas humanas; pero el rey «al frente del ejército prendió fuego al país» (Thietmar). También Ratisbona, la capital bávara, que sitió inútilmente durante meses, fue en parte presa de las llamas.

Casi todas las plazas fuertes de Baviera las retuvieron los rebeldes, topándose Otón con las puertas cerradas. A ello se sumó en la primavera de 954 la irrupción de los húngaros, «esa vieja peste de la patria» *(Vita Brunonis),* que en un ataque por sorpresa llegaron hasta el Rin, penetrando en Lotaringia. Los disturbios, disputas y guerras civiles les parecieron naturalmente las ocasiones más propicias para lograr botines sustanciosos. Cuanto más insensatamente se combatieran los cristianos entre sí tanto mejor. Así, los cuerpos de caballería extranjeros aprovecharon también entonces la matanza entre católicos para sus ataques más devastadores contra Alemania y especialmente contra la parte meridional. Sin duda que también esta vez,

como tantas otras veces, los príncipes del imperio se aprovecharon del enemigo exterior como un magnífico aliado. Liudolfo tomó a sueldo, así al menos lo afirma Thietmar. «a arqueros ávaros como aliados contra su padre y rey». También a Conrado el Rojo se le acusó de colaboración con los húngaros.

Y precisamente por ello cambió el sentimiento popular en favor de Otón. Y aunque algunos exponentes de la Iglesia alemana, como los arzobispos Federico y Heroldo, estuvieran del lado de los levantiscos, en un momento decisivo el soberano tal vez se libró de la ruina simplemente por el hecho de que nadie más que un verdadero santo, Ulrico de Augsburgo —consagrado obispo en la festividad de los Santos Inocentes— cambió la carroza por un caballo y con sus guerreros galopó en ayuda de su rey acosado. También en el estadio final de la lucha jugó un papel determinante el reclutamiento de un ejército por parte de Ulrico (junto con el del obispo de Coira).[16]

140

Otón I se había procurado un apoyo eficaz y un contrapeso al poder de los príncipes gracias precisamente a la generosa dotación del episcopado con bienes y regalías, cosa que se manifestó sobre todo en el *servitium regís,* el «servicio del rey», de obispados y abadías. Ellos, naturalmente, descargaron ese peso en sus subordinados, pues un deber de prestación de la alta nobleza resulta inseguro. Pero el personal para «servicio del rey», que a menudo era un servicio de guerra, lo tomó Otón cada vez más de su capilla palatina, a la que prestó particular atención.[17]

En época reciente ha surgido una disputa sobre el sistema imperial-eclesiástico de Otones y Salios, a saber: si ese concepto tipológico de orden creado por la vieja investigación (L. Santifaller) estaba justificado históricamente. Es decir, si Otón había creado un nuevo tipo con el «sistema imperial-eclesiástico» o si —hipótesis con bases más sólidas— sólo se prolongaron y reforzaron ciertas tradiciones carolingias desarrollando de forma más acentuada y consecuente ciertos elementos de continuidad; en la Iglesia imperial carolingia fueron los monasterios los que jugaron un papel decisivo, mientras que en la otoniana ese papel correspondió a los obispados. La denominada autoridad *espiritual* del obispo (que ciertamente carece por completo de fundamento y además descansa por entero en concepciones creyentes tomadas de otras religiones y cuya estrecha conexión con la teología histórico-crítica he demostrado de manera sistemática en *Abermals krahte der Hahn)* hacía largo tiempo que se mezclaba con cometidos político-militares, aunque el principado «mundano» y la orientación «nacional» de los prelados se hizo todavía más patente bajo los Otones. Aquí no aparece nada fundamentalmente nuevo, sino más bien un sistema de dominio que desde siglos se hacía cada vez más patente y con el que los obispos y los abades perseguían también muy claramente sus propios objetivos, que a la larga redundaron en grave perjuicio del Estado.[18]

---

[16] Thietm. 2.6ss. Adalb. cont. Regin. 953s. Widukind 3,13; 3,32ss. Ruolg. Vita Brunon. 16ss. Vita Oudalrici 10LMA I 1016, IV 964s. V 1344, 2039, VI 1564s. HEG I 682, 685s. HBG I 293s. (con amplia bibliografía). Büttner, Geschichte des Elsass 188. Fischer, Das Zeitalter des hciligen Ulrich84, 88s. Falck 60. Weitlauff 37s. Bu-llough. Nach Karl 320. Flcckenstein, Grundlagen und Beginn 145. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 119, 122. Pätzold 40. Wies 139ss. 143ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 121. Sobre la oposición en Sajonia véase especialmente Leyser, Herrschaft und Konflikt 20ss.

[17] LMA VI 1565, VII 1796.

[18] Fried. Die Formierung 165ss. con numerosas referencias bibliográficas.

«Christi bonus odor» (buen olor de Cristo) o «un sacerdocio regio»

Un representante destacado y hasta podríamos decir que el prototipo de un príncipe eclesiástico otoniano fue Bruno, hermano carnal de Otón, el hijo menor del rey Enrique I y de la reina Matilde, que nació en mayo de 925 y que durante los años de 953-965 fue arzobispo de Colonia.

Destinado desde muy pronto al estado clerical, Bruno fue educado desde los cuatro años en la escuela catedralicia por Balderico de Utrecht (918-976), un prelado emparentado con la casa real. Con catorce años, y por deseo de su hermano, llegó Bruno a la corte, en la que pronto ejerció una influencia dominante. Ya en 940, contando quince años, ocupó el puesto de canciller, y en 951, antes incluso de haber sido nombrado obispo llegó —caso muy infrecuente— a archicapellán y archicanciller, consiguiendo así la supervisión de la cancillería palatina. En 953, con veintiocho años, fue nombrado arzobispo de Colonia, finalmente tuvo autoridad sobre varios obispados y abadías y en el punto culminante de la sublevación liudolfina también fue —de hecho— duque de Lotaringia: «archidux», como le llama su primer biógrafo, el monje Ruotger, con la fusión de archiepiscopus y dux, abarcando el doble puesto de Bruno como príncipe de la Iglesia y del reino. Pero también, precisamente en Lotaringia, el santo cubierto de fama «había eliminado con medios militares... todas las resistencias de la nobleza que se oponían a la realeza» (Pätzold).

141

En la corte, donde Bruno aparecía personalmente «con un vestido sencillo y con pieles de oveja a la manera de los campesinos en medio de sus servidores, que vestían púrpura» *(Vita Brunonis),* sin ni siquiera tomar un baño *(«Christi bonus odor»),* se educaron bajo su dirección de la capilla, y especialmente de la cancillería, jóvenes clérigos para obispos y abades, para hombres a quienes la idea de la conversión de los paganos les fuese tan familiar como la idea agustiniana de «la guerra justa», *bellum iustum,* incluida la guerra ofensiva, perfecta para justificar el asesinato en masa de los «infieles».

De ese modo el arzobispo Bruno fue, por una parte, un precursor de la «reforma», que difundió los principios monacales de Gorze, la famosa abadía benedictina de Lotaringia (cuya fecha de fundación de 748 descansa en diplomas falsificados); por otra, sin embargo —dado que nunca se trataba de que algo «le complaciese a él personalmente, sino que agradase a Dios» *(Vita Brunonis)—,* también marchó al frente de su soldadesca, atacó violentamente a condes y otros grandes, despojó asimismo a cristianos y católicos y destruyó fortalezas; «un luchador incansable del Señor en casa y en la guerra», como subraya su biógrafo. Al menos seis veces combatió el santo al frente de un ejército; es lo que los estudiosos llaman una *vita activa.* Puso sitio (en 959 y 960) a Dijon y Troves; combatió con sus tropas en Borgoña, en Francia, e intervino con especial brutalidad contra Lotaringia, que repetidas veces se levantó contra él. Al conde Reginario III lo aplastó militarmente; fue proscrito por el rey, que le confiscó bienes y hacienda, y en Bohemia murió desterrado (973). (Sus hijos Reginario IV y Lamberto, que habían regresado al país tras la muerte de Otón, hubieron de huir al reino franco-occidental al acercarse Otón II hacia 974.) Por el contrario, Bruno prestó ayuda al obispo Berengario de Cambray

(956-962) para que pudiera regresar a la ciudad, cuyos súbditos se habían sublevado contra el prelado durante uno de sus viajes a la corte; después de lo cual Berengario inició un régimen de terror, aprovechando cualquier ocasión para atacar violentamente a sus diocesanos, a muchos de los cuales hizo matar, por todo lo cual no pudo permanecer por mucho tiempo en Cambray. (Su sucesor, el obispo Ansberto [966-971], sólo pudo afianzarse allí con ayuda exterior.)

142 Pese a que el santo arzobispo siempre fue, naturalmente, «Bruno, el hombre de Dios» atento a «las necesidades del pueblo» *(Vita Brunonis),* su mentalidad, íntimamente marcada por ideas monacales y escatológicas, tendía por entero al más allá. Así, en la lucha por el regio hermano, «la luz del orbe terráqueo», «el ungido del Señor», todos los enemigos, cualesquiera que fuesen sus creencias —¡y en el bando cristiano así ha ocurrido durante milenios!—, todos se convertían en verdaderos diablos: «impulsados por el espíritu del odio», todos estaban «inspirados por Satán», y difundían «el veneno de su maldad por todo el cuerpo del reino»: perjuros, ladrones, «la peste del género humano», «lobos rabiosos que devastan la Iglesia de Dios», etcétera. Por el contrario, «el amor» todo lo une en san Bruno: la nobleza más alta, cargos encumbrados, dignidades, sabiduría... junto con la humildad más profunda, la mansedumbre y los progresos diarios en la virtud. Aportaba en consecuencia, como según parece declaró el propio Otón, «un sacerdocio regio a nuestra autoridad real». De esa manera el santo resultaba «amable y terrible a la vez»; era, y todo quedaba en familia, exactamente como su hermano: «siempre amable dejando aparte el terror de la competencia penal». Efectivamente, «entre los mansos y los humildes nadie más manso y humilde que él, y nadie más severo contra los malvados y orgullosos». Y es que el arzobispo Bruno, «agradable olor de Cristo», «no sólo impulsó la política y se ocupó del peligroso oficio de la guerra», para decirlo según sus biógrafos. No, fue también, «día tras día», el refugio de los oprimidos y los pobres. Pero incluso en la guerra hizo cosas buenas y saludables: «asimismo, a través de sus campañas militares llevó a la catedral y a las demás iglesias los tesoros de la salvación, las reliquias de los santos, como apenas lo había hecho ninguno de sus predecesores» (Oediger); «perlas amables y dulces prendas!», «de casi todos los países y confines de la tierra» *(Vita Brunonis).*[19]

«Perlas amables» y una lucha de treinta años por el poder

Pero lo mejor, lo más bello e importante de todos los tesoros de Bruno fueron el báculo y las cadenas de san Pedro. Cierto que tales reliquias (como sin duda muchas otras), adquiridas por el obispo con verdadero «amor» y verdadero «entusiasmo» —

[19] Thietm. 2,23. Vita Brunon.*passim* especialmente 8; 12; 14; 20; 25; 30s. LMA II 753ss. VI 1565s. VII 578; 1 lo4s. Keller, Reclams Lexikon 82s. HEG I 748.751. Holtzmann, Geschichte I 151s. 171ss.200s. 233. Auer, Der Kriegsdienst 336, 340s. Prinz, Klerus und Krieg 175ss. En tono apologético y eufemístico: Kohlcr 180. Steinbach, Die Ezzonen 854. Hallinger 48. Neuss/Oediger 166ss. Fischer, Politiker um Otto den Grossen 98ss. Kallfelz 171ss. Lotter. Die Vita Brunonis 75. Id., Das Bild Brunos I 19ss. Bloch 41 ss. 48. Wattcnbach/Holtzmann I 8. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 147. Bullough, Nach Karl 320s. Pätzold 45.

el báculo de san Pedro se lo llevó de Metz y los eslabones le fueron enviados probablemente desde Roma en 955 por el papa Agapito II—, eran desde luego una solemne mentira. A propósito precisamente del báculo de san Pedro — ¡que todavía en el siglo XX se exhibe en «el tesoro de la catedral» de Colonia!— se desató una lucha por el poder entre los metropolitanos de Colonia y de Tréveris que duró treinta años. La dignidad de una sede episcopal y su posición preferencial —tan importante en la religión de la humildad— respecto de otro obispado dependían esencialmente de si su fundación podía remontarse a san Pedro o alguno de sus discípulos, tema sobre el que naturalmente nada puede decirse.

143

En consecuencia Metz y Tréveris ¡reclamaron el «discipulado de Pedro» (fijado por escrito sólo en el siglo IX)! Y frente a la prepotencia abrumadora que Bruno obtuvo para Colonia, se recurrió a la supuesta sucesión apostólica de la sede de Tréveris y se refrendó con la fábula del báculo de san Pedro, en la que todo es inventado. Y entre otras cosas la resurrección del prelado de Colonia, Materno, ¡cuya existencia en el siglo IV está demostrada históricamente, pero que ya fue enviado a la misión germana por el apóstol Pedro! Al tiempo de su muerte repentina se sacó de Roma el báculo de Pedro y con su milagrosa ayuda Materno, enterrado en Alsacia cuarenta días antes, recobró la vida y más tarde fue obispo de Tréveris.

Por segunda vez —quién hubiera podido imaginarlo— el obispo, que al parecer gustaba de estar entre los vivos, resucitó de entre los muertos en tiempos de Carlomagno y entonces vivió nueve años. Y, como también creen saber los cronistas cristianos, san Materno (valedor contra infecciones y fiebres; su fiesta se celebra el 14 de septiembre) hasta habría sido pariente de Jesús: el famoso joven de Naín. Con lo que Materno habría muerto tres veces y otras tantas habría resucitado, aunque su resurrección en la Biblia sólo Lucas la refiere, callándola los demás evangelistas, quienes sin embargo relatan tantísimos milagros menores de Jesús. Añadamos que en 1059 también el metropolitano de Reims fundamentó sus derechos al primado y a la coronación del rey apelando al báculo de san Pedro, ¡que en tiempos el papa Hormisdas habría entregado a Remigio, obispo de Reims!

Así pues, Bruno de Colonia, probablemente en 953, se apoderó del ominoso báculo, que se encontraba en la catedral de Metz, para anular las pretensiones de Tréveris al primado. Pero en los años sesenta del siglo X se falsificó, por obra sin duda del clero de la catedral de Tréveris, el denominado «diploma de Silvestre», según el cual el papa Silvestre I (314-335) habría confirmado a la iglesia de Tréveris aquellos derechos primaciales sobre los obispados galos y germánicos que ya el propio Pedro le había otorgado. Y en virtud de tal impostura el 22 de enero de 969 el papa Juan XIII reconoció a Teodorico (965-977), arzobispo de Tréveris, el ambicionado primado sobre Galia y Germania.

144

Por desgracia, sin embargo, el tan importante «báculo de Pedro» se encuentra ahora en Colonia. Egberto, arzobispo de Tréveris (977-993), una de las cabezas más cultas formadas en la capilla palatina real y que en 976 fue canciller de Otón II, llegó a un acuerdo con Warin, arzobispo de Colonia (975-985) —quizá aplastado por el peso de las «pruebas históricas» de Tréveris— para repartirse el báculo. Según la concepción cristiana, en efecto, cualquier reliquia parcial vale tanto como una reliquia íntegra puesto que conserva toda su virtualidad salvífica. El arzobispo Egberto,

preocupado tanto de la seguridad material de su diócesis como de la pretensión primacial de Tréveris sobre Galia y Germania hizo preparar una empuñadura sumamente preciosa para adaptarla a su fragmento, con lo que acabó superando notablemente el «original» de Colonia al tiempo que el báculo petrino de Tréveris se convertía en una de las obras maestras «del arte otomano de la orfebrería» (Achter).

Y no sólo eso. Una extensa inscripción de la joya refiere la historia del báculo, según la cual éste habría sido enviado en tiempos por san Pedro «para la resurrección de Materno por él mismo» y censura además suavemente la apropiación del antiguo tesoro eclesiástico de Tréveris por el arzobispo Bruno de Colonia que habría «exigido» el báculo. «Las fuentes escritas presentan con toda crudeza la lucha, que desde mediado el siglo llevó a cabo Tréveris por el primado y el báculo. Cuanto más amenazaba Tréveris con destacarse de la serie de obispados alemanes, tanto más se intensifica el esfuerzo por sobrepujar a los rivales con la demostración de la propia antigüedad y del encargo apostólico» (Achter).[20]

Tras el sometimiento de los levantiscos liudolfinos Otón I consiguió un notable aumento de poder con la victoria sobre los húngaros en Lechfeld (una derrota probablemente habría abierto la vía a nuevos conflictos de política interna).

La batalla de Lechfeld en 955, un «gran don del amor divino»

En Augsburgo —cuyos obispos desde el siglo IV al VIII (desde Zósimo/Dionisio hasta Marciano) son «legendarios» o inventados, pues de acuerdo con las fuentes sólo es seguro el obispo Wicterp, fallecido antes de 772— ya en 910 había sido derrotado por los húngaros el cuerpo de ejército suabofranco al mando de Luis el Niño. En 913 y 926 los invasores habían devastado de nuevo los alrededores de la ciudad. Y como en 954, también al año siguiente irrumpieron en Baviera aprovechándose de la guerra civil que en Alemania había desencadenado la sublevación de los liudolfinos. Saquearon los territorios entre el Danubio y el Iller, saquearon los lugares no fortificados e iniciaron el cerco a la ciudad episcopal de Augsburgo.

145

Pero ahora los rebeldes del propio campamento ya no ponen trabas al rey. Más bien movilizó rápidamente un reclutamiento de casi todas las tribus alemanas, especialmente de Franconia, Baviera, Suabia y hasta Bohemia. Únicamente faltaron el ejército lotaringio y la mayor parte del sajón, que estaba listo contra los eslavos. En compensación combatió en el bando cristiano un verdadero santo: el obispo Ulrico de Augsburgo. En realidad también combatió allí el asesino, el fratricida de un santo, el checo Bolcslao. obligado por Otón en 950 a la prestación de vasallaje mediante una campaña militar.

Cuando el rey alemán se acercó y «vio el gigantesco ejército de los húngaros, le pareció que no podría ser vencido por hombres, si Dios no se compadecía y los

[20] LThK VI1 1019. LMA III 1600. Wetzer/Welte II 673s. Achter, Die Kolner Petrusreliquien 955,977ss. 982ss. Sobre la importancia de la confederación metropolitana de Tréveris véase también Haverkamp, Einführung *passim,* especialmente 123ss. Sobre Tréveris en la Alta Edad Media: Anton 135ss. 163ss. Además: H.-J. Schmidt, Religiose Mittelpunkte und Verbindungen 182ss. Ranke-Heinemann. Nein und Amen 217ss.

mataba» *(Vita Ouldarici).*[21]

Y Dios y Otón cooperaron; aunque Otón no era amigo de promesas y amenazas, a sus héroes les prometió especial «recompensa y favor por su presencia»; les prometió «una recompensa eterna, si tenían que caer, y las alegrías de este mundo, si salían victoriosos» (Thietmar). Así nada podría torcerse, al menos para los combatientes individuales.

Mientras que supuestamente los húngaros «amenazaban con el látigo» a los suyos antes de la batalla *(Vita Oudalrici),* el rey católico empleó todos los recursos espirituales e hizo todo lo que debe hacerse en las matanzas masivas cristianas para sobornar al cielo y preparar metafísicamente a las potenciales víctimas de la batalla. La víspera ya había ordenado un ayuno en el campamento y ahora entre lágrimas prometió erigir un obispado en la fortaleza de Merseburg y transformar en iglesia el gran palacio que acababa de iniciar, todo a cambio de una victoria aquel día. «Se alzó del suelo, mandó celebrar la misa y recibió la comunión que le dio su valiente confesor Ulrico; después tomó sin tardanza el escudo y la Lanza sagrada e irrumpió al frente de sus guerreros contra las filas de los enemigos que ofrecían resistencia...» (Thietmar).

También se equivoca el cronista, pues el «confesor Ulrico», cercado en Augsburgo, no pudo ciertamente dar la comunión al regio general en jefe; pero se ve aquí cómo «sin tardanza» la santa misa, la sagrada comunión y la santa Lanza se convierten en una «tarea sangrienta», como el obispo describe inmediatamente después. Muy bien. (Y exactamente así todavía en las grandes orgías cristianas de aniquilación del siglo XX, dejando aparte que ni la «Lanza sagrada», ahora en el museo, ni ningún rey o prelado mariscal están ya allí-¡por desgracia!—, de los que nunca un elevado número de pérdidas serían suficientes.)[22]

146

El monje Widukind nos ha transmitido además una arenga de Otón, breve pero muy notable, inmediatamente antes de la matanza general: «Que en este aprieto debamos estar de buen ánimo es algo que veis vosotros mismos, mis hombres, que no debéis ver al enemigo en la lejanía (!), sino delante de nosotros. Hasta ahora yo he combatido gloriosamente con vuestros brazos robustos y vuestras armas siempre victoriosas y fuera (!) de mi suelo y de mi reino he vencido en todas partes. ¿Tendría que volver ahora la espalda en mi propio país y reino?... Deberíamos avergonzarnos nosotros, los señores de casi toda Europa, si nos sometiésemos ahora a los enemigos».

Hasta ese momento, confiesa la Majestad alemana, sus hombres evidentemente siempre han combatido al enemigo (¡Otón olvida las numerosas guerras civiles!) «en la lejanía, fuera de mi suelo y de mi reino...». Esto significa simple y llanamente lo que por otra parte nos consta, a saber: que los francos, los alemanes, actuaban exactamente igual que los condenados húngaros, invadiendo territorios y pueblos extranjeros, castigándolos con incendios y asesinatos, llevándose rehenes y prisioneros y anexionándose regiones enteras. Y *sólo de esa manera* sangrienta y depredadora, tan parecida a la de los húngaros, llegaron los francos, los alemanes, a

[21] Thietm. 2,9. Widukind 3,44. Flodoard. 955. Vita Oudalr. 12 LMA I 1212s. V 1786. LThK I1 804. HEG I 686. Pätzold 45.

[22] Thietm. 2.9s. Vita Oudalr. 12.

ser «los señores de casi toda Europa», como alardea la Majestad. La diferencia principal es simplemente de naturaleza cancilleresca e historiográfica y que consiste, ni más ni menos, en una colosal hipocresía; en una represión, para decirlo de un modo más fino o, si se quiere, en una locura «patriótica» (¡hasta hoy «condicionada por la historia contemporánea»!). Consiste simplemente en que la historiografía cristiana siempre demoniza sin excepción a sus antagonistas (paganos) —aquí los húngaros se toman sólo como *pars pro toto—,* los convierte sin más en escoria mientras que a los cristianos, que no difieren (en el doble sentido de la palabra) en seguir al propio diablo, los presenta como brillantes vencedores, cual nobles caballeros y héroes. Y disimulándolo todo eufemísticamente... ¡No! ¡Más bien glorificándolo simplemente de una manera nauseabunda con expresiones tan excelsas como misión, cristianización y difusión de la cultura!

Poco antes de llegar el ejército de socorro alemán, los húngaros levantaron el cerco de Augsburgo, y el 10 de agosto de 955, en las hondonadas del Lech, ante las murallas de la ciudad, la mortandad fue enorme. En ella participaron los escuadrones de caballería extranjeros con una maniobra inesperada. Cruzaron el Lech, rodearon al ejército enemigo y tras una lluvia de flechas atacaron por la retaguardia primero a las tropas checas, que estaban bien entrenadas y que fueron especialmente aniquiladas —estuvieron «mejor provistas de armamento que de fortuna» (Widukind)—, y después a las tropas suabas, que fueron puestas en fuga.

147

Las cosas pintaban mal para los alemanes hasta que el ataque de los jinetes francos, adiestrados a las órdenes de Conrado el Rojo, cambió el curso de la batalla. Conrado, que en el calor de la lucha se había aflojado las cintas de su armadura, cayó víctima de una flecha que le atravesó la garganta. Y el ejército principal, que rodeaba al rey, «los escogidos de entre todos los millares de combatientes» (Widukind), consiguió la victoria. O como dice rebosante de inmensa confianza en Dios el autor de la *Vita Oudalrici:* «En la recíproca matanza cayeron los guerreros de ambos bandos y murieron aquellos que Dios había destinado a morir. Pero Dios, para quien nada es imposible, otorgó la gloriosa victoria al rey Otón. El ejército de los húngaros se dio a la fuga y ya no tuvo fuerzas para combatir. Y aunque había caído un número increíblemente grande de ellos, todavía sobrevivió una muchedumbre tan grande que quienes los vieron acercarse desde los bastiones de la ciudad de Augsburgo creyeron que no llegaban como vencidos hasta que se dieron cuenta de que escapaban dejando de lado la ciudad y a toda prisa intentaban alcanzar la otra orilla del Lech».[23]

La batalla por la llanura del Lech, presumiblemente la mayor del siglo X, empezó y acabó con la ayuda del cielo en la festividad de san Lorenzo, «el gran auxiliador contra los húngaros» (Weinrich). También con un voto de Otón en honor del «Vencedor del fuego», del santo del día (nuevos y grandes «planes de misión» en el este): la creación del obispado de Merseburg. Siguieron después los oficios litúrgicos de acción de gracias: «honor y dignos cantos de alabanza al Dios altísimo en todas las iglesias» (Widukind). Se había combatido a la sombra del estandarte real, del estandarte de san Miguel, y con el apoyo de las tropas de san Ulrico —«las reliquias de san Ulrico fueron muy cuestionadas durante largo tiempo» (Zoepfl)—. Tampoco se ha de olvidar la acción estimulante de la santa Lanza, que Otón llevó en la batalla.

[23] Widukind 3,46s. Vita Oudalr. 12. Vita Brunon. 35.

De ese modo se supone que 20.000 alemanes prevalecieron sobre 120.000 húngaros, a los que ciertamente también se había batido con el gran triunfo del padre de Otón en el Unstrut (933), en Wels junto al Traun (943), en Floss a orillas del Entenbühl (948) y en Italia cerca del Tessino (950), aunque eso sí, estando siempre a la defensiva.

Pero a menudo se ha celebrado la matanza del Lech como una acción especial del «arte de la estrategia» (Erben), sobre todo porque «precisamente no dejó de ser sangrienta», como escribe de forma al parecer inocente el monje Widukind, quizá descendiente del homónimo conde sajón. El mismo día y al siguiente, con la borrachera de sangre y de victoria, el rey persiguió a los húngaros supervivientes y así Gerardo, prepósito de la catedral de Augsburgo, «abatió a cuantos pudo alcanzar». A los fugitivos se les arrojó al Lech, se les quemó junto con los caseríos en los que se habían ocultado y en ocasiones ardieron aldeas enteras de la región. En una palabra, los fugitivos murieron ahogados, quemados, degollados y apaleados. «No pudieron ya encontrar camino alguno ni espesura infranqueable donde a cada paso no los alcanzase la cólera del Señor, que evidentemente permanecía sobre ellos» *(Vita Oudalrici).*

148

Y Otón, el vencedor, el héroe, a quien las tropas proclamaron «imperator» (según noticia discutida de Widukind), no dejaba de pensar en todo. No sólo hizo «consignar cuidadosamente quién había sobrevivido de su ejército», no sólo consoló a san Ulrico por la muerte en combate de su hermano Dietbaldo «y de otros parientes, que asimismo habían hallado allí la muerte», y no sólo envió el cadáver de su yerno, el duque Conrado, «cuidadosamente preparado para su inhumación en Worms», sino que inmediatamente «después de la faena sangrienta» mandó mensajeros para «exhortar a los corazones de los fieles a la alegre alabanza de Cristo; tan gran don del amor divino llenó de júbilo indecible a toda la cristiandad y especialmente a la que estaba confiada al rey y con sentimiento unánime ensalzó al Dios de las alturas con cantos de alabanza y agradecimiento».

Mas tampoco se olvidó Otón de enviar a toda prisa recaderos para que en Baviera se ocupasen todos los pasos y los vados de los ríos y liquidar así al mayor número posible de enemigos en desbandada, cuyos últimos restos («Sólo siete magiares llegaron a Hungría», según Wetzer/Welte) alcanzaron su patria a través de Bohemia. O como el fabricante de tabacos y poeta dominguero de Augsburgo, Philipp Schmid, ya en el siglo XIX, hace decir a san Ulrico en una obra de teatro sobre la batalla y matanza de Lech: «Para limpiar de las brutales bandas de paganos el hogar de un honrado pueblo cristiano».

A propósito de lo cual cabe decir que los húngaros ya no eran en absoluto «paganos salvajes», y menos aún sus gobernantes. Su último caudillo, Bulcsu, contrincante de Otón en el Lech, se había bautizado varios años antes en Constantinopla. Da lo mismo: así como la victoria de Carlos Martell sobre los árabes en Poitiers (732) había «revitalizado el culto de Hilario» (Ewig IV 304), así también un bello fruto de la victoria sobre los húngaros fue ahora «el florecimiento de la veneración al santo del día, san Lorenzo» (Büttner), pues una determinada investigación conduce siempre la historia al punto decisivo. (Y tampoco nos olvidamos de que gracias a las guerras llegaron a las iglesias «los tesoros de salvación, las reliquias de los santos».)

Además a los jefes húngaros atrapados, «y a muchos otros de sus compatriotas se

les sometió a tormento» en Ratisbona *(Vita Oudalrici)* y se les ahorcó. A los prisioneros se les estranguló arrojándolos después en tumbas comunes, tras haberles aligerado del oro y la plata, con los que más tarde se fabricaron cálices, cruces y relicarios. En total pudieron ser asesinados entonces cien mil hombres, lo que les permitió a los húngaros el «acceso a la cultura de la Europa occidental» (Hollzmann).

149 Otón I, que fue recibido en su tierra sajona «con el mayor entusiasmo» (Thietmar), se apellidó desde entonces «el Grande». Y si bien él, según se dice, «entregó por entero a Dios y a su combatiente Mauricio todas las posesiones de tierras y demás propiedades» que obtuvo a lo largo de su vida (Thietmar), el gran estómago de la Iglesia por supuesto que nunca se vio saciado, para decirlo con Goethe. Y así como después de las primeras victorias bávaras sobre los húngaros ya hizo valer de inmediato sus exigencias por medio del obispo Adalberto de Passau, así también ahora ambicionó rápidamente las posesiones que le habían sido robadas en tiempos y que de nuevo había perdido con las invasiones húngaras. Los obispados de Passau, Ratisbona, Freising y Salzburgo, junto con los monasterios bávaros más importantes, recuperaron los bienes abandonados en la Marca Oriental; más aún, Pilgrim, obispo de Passau, penetró con una acción misionera en Hungría, donde —mediante graves falsificaciones de documentos— pretendió convertirse en arzobispo.[24]

El obispo Pilgrim de Passau (971-991), un gran falsificador ante el Señor, se erige un monumento literario

De todos modos no deja de ser curioso que (también) la conversión de los magiares en Hungría se iniciase con unas enormes falsificaciones, aunque la «investigación» piadosa prefiere naturalmente hablar de la «cuestión de Lorch», que «desde hace siglos ha puesto en movimiento muchas plumas» (Heuwieser).

El famoso, tristemente famoso, pastor de almas, que fue educado en el monasterio de Niederaltaich y que ascendió con ayuda de Federico, arzobispo de Salzburgo y tío suyo, está considerado como «un varón importante» en la historia de la Iglesia y su «gobierno» de veinte años (971-991) «iba a sentar las bases para la posterior grandeza del obispado de Passau» (Tomek). El gran falsificador clerical fue también amigo íntimo de san Wolfgang, que a instancias de Pilgrim fue nombrado obispo de Ratisbona en 972 (más tarde patrón de madereros, carpinteros, pastores y barqueros, siendo también invocado como valedor en los dolores de ojos, pies y riñones); fue aquella «una amistad íntima que pronto unió a los dos varones hasta la muerte de Pilgrim, ocurrida en 991» (Janner).

Pero el obispo Pilgrim mantuvo sobre todo las mejores relaciones con los Otones, de los que obtuvo numerosos privilegios. El enérgico promotor de la misión en el

[24] Thietm. 2.10s. Widukind 3,46ss. Vita Oudalr. 12. LMA V 1786. Wetzer/Welte XI 377. HEG I 665s. 686s. Weitlauff 39s. Erben 70. Holtzmann. Geschichte 136. 157ss. 177,217. Zoepfl, Der heilige Bischof 9ss. Büttner. Der Weg Ottos 50. Leyser, The Battie 15ss. Fischer, Das Zeitalter des heiligen Ulrich 85. Zimmermann. Das dunkle Jahrhundert 133. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 145. Wattenbach/Dümmler/Huf II 469. Fried, Der Weg 513ss.

sureste —donde uno de sus muchos misioneros hasta convirtió al cristianismo al gran príncipe Géza (Geycha, 972-997), padre de Esteban I, en la ciudad de Gran (la húngara Esztergom)— quería siempre más: no sólo el mando de la ciudad (dominio radical, aduana, inmunidad) y no sólo la extensión de su obispado por la «Marca Oriental», sino también el palio y el sometimiento del territorio húngaro y de Bohemia a la jurisdicción metropolitana de Passau. Para ello, en las «Falsificaciones de Lorch» presentó la diócesis de Passau como la legítima heredera del obispado romano de Lorch (Lauriacum) sobre el Enns (Alta Austria), que él posteriormente elevó a la categoría de arzobispado. En época romana debió de extenderse sobre toda Panonia, Moravia y Mesia, prolongando su existencia hasta 738.

150

Para demostrar la conexión de su diócesis, fundada en 739, con el arzobispado de Lorch, convertirse personalmente en arzobispo, incrementar su poder, aumentar sus ingresos e independizarse de la metrópoli bávara de Salzburgo, Pilgrim, como hábil escribano de la cancillería real entre 970 y 985, falsificó una serie de documentos: una bula de fundación bajo el nombre del papa Símmaco (498-514) además de documentos sobre el palio atribuidos a papas pertenecientes a los siglos ix y x, como Eugenio II, León VI, Agapito II y Benedicto VI.

También presentó el obispo otros diplomas imperiales y reales, falsos en la forma y en el contenido, pero hábilmente preparados: algunos supuestos documentos imperiales de Carlomagno, Luis el Piadoso y Arnulfo, que hizo redactar por un notario de la cancillería imperial. A todo ello se sumaron adulteraciones y manipulaciones de documentos auténticos de Otón I y Otón II. Así, por ejemplo, un documento del emperador Arnulfo de 9 de septiembre de 898, falsificado por orden de Pilgrim, y que entre otras cosas atribuía la jurisdicción de la ciudad exclusivamente al obispo, constituía el borrador para el diploma de Otón III otorgado el 3 de enero de 999, el cual reservaba al prelado de Passau los derechos de mercado, moneda, peaje, proscripción y autoridad pública en la ciudad.

En los documentos papales falsificados se concede a los obispos de Passau el título arzobispal y a su «arzobispado» territorio magiar y eslavo, el vicariato apostólico en Panonia, Mesia, el país de los hunos y Moravia. Toda la tentativa ambiciosa tenía que ir en perjuicio de Salzburgo, por lo cual Federico, arzobispo titular de la ciudad y tío de Pilgrim, de inmediato presentó una contrafalsificación y aseguró sus derechos mucho más firmes con la rápida simulación de un privilegio del papa Benedicto VI. No obstante los «méritos» del de Passau en la misión húngara —él mismo los destacaba en un escrito que acompañaba sus imposturas—, el papa Benedicto VII dictaminó en favor del prelado de Salzburgo y de su jurisdicción sobre toda Panonia.

Mas aunque los piadosos esfuerzos del obispo Pilgrim no tuvieron éxito alguno, su nombre continuó celebrándose en Passau (al igual que por largo tiempo ocurrió en la «investigación» teológica, como era de esperar); efectivamente, entró en el Cantar de los Nibelungos como tío de Kriemhilde y sus hermanos. Así, se le «erigió un monumento literario», según celebra el *Lexikon für Theologie und Kirche.* De hecho el gran falsificador mandó copiar la saga de los Nibelungos: «El obispo Pilgerin de Pazowe por su afición a los nuevos cantos lo hizo escribir...».[25]

[25] LThK VIl 642, VIII1 280s. X1 960s. dtv Lexikon 14,155s. Kelly 147. LMA IV 1434, V 1761s. 2112. VI 2157. HKG III/l 280. HBG I 224, 305. UHlirz I 96ss. Hauck III 163ss., especialmente 177ss. Zibermayr 120.

151

Ya en 1854 Ernst Dümmler, en un escrito sobre Pilgrim y el arzobispado de Loch, había demostrado las falsificaciones de todos los documentos relativos al palio de Lorch en favor de Passau así como la falta de autenticidad de un documento del emperador Arnulfo en favor del obispo Wiching a través de Pilgrim. Naturalmente que encontró resistencia, sin que se le pudiera rebatir. Una generación después, cuando K. Uhlirz, apoyándose en la edición de los documentos imperiales carolingios y sajones, volvió a probar las falsificaciones sobre Passau, también levantó protestas. Con tal de exculpar al «famoso obispo» (Heuwieser) hasta hubo historiadores dispuestos a acusar a otros prelados menos «famosos», como Wiching o los obispos Diepold y Wolfker que vivieron en los finales del siglo XII. El año 1909 Waldemar Lehr, en su disertación berlinesa, probó una vez más con precisión extrema las falsificaciones cometidas en relación con Pilgrim. La réplica anunciada por W. Peitz nunca llegó. Incluso en la historia del obispado de Passau, aparecida en el «año jubilar de 1939» para celebrar sus 1.200 años de existencia, el autor hubo de reconocer «que bajo el obispo Pilgrim, y mediante una serie de documentos reales y papales espúreos preparados al efecto, se llevó a cabo la tentativa de hacer pasar a los obispos de Passau por sucesores de los arzobispos de Lorch y de asignarles los derechos metropolitanos sobre Hungría».[26]

UN ESCLAVISTA Y GUERRERO SE CONVIERTE EN EL PRIMER SANTO CATÓLICO CANONIZADO DE FORMA OFICIAL Y SOLEMNE

Según parece también el obispo Ulrico de Augsburgo (923-973) alcanzó méritos inmortales. Tras la victoria en el campo del Lech recibió del rey la jurisdicción condal y el derecho de moneda y de mercado. Y pocas décadas después fue declarado santo. Ciertamente que hoy no puede parecer tan santo a los ojos de cuantos siguen manteniendo las ideas tradicionales sobre la santidad.

Ulrico debió su cargo, como era la regla para los obispos desde hacía siglos, a su familia, al linaje de los últimos condes de los Dilingos. Ya su tío, el bienaventurado Adalbero, había sido (desde 887) obispo de Augsburgo, además de consejero del emperador Arnulfo, preceptor de su hijo Luis y, durante la minoría de éste, «casi regente del imperio» *(Lexikon für Theologie und Kirche).* Bajo la tutela del bienaventurado tío, el santo sobrino ejerció como administrador de los bienes del obispado, pero al fallecer su tío (909) renunció al cargo porque Hiltin, el nuevo obispo, «no era lo bastante distinguido». Administró entonces durante catorce años las posesiones de su familia, hasta que en 924, y gracias a sus parientes, fue elegido obispo de Augsburgo. Y aunque en oposición frontal a las leyes canónicas, quiso a toda costa que su sucesor fuese su sobrino Adalbero. Sin estar ordenado ejerció ya como obispo; y así, por el mal ejemplo y por la infracción del derecho canónico,

Pfeiffer. Die Bamberg Urkunde 16ss. Wattenbach/Holtzmann I 285ss. Holtzmann. Geschichte I 252ss. Janner I 354. Heuwieser, Geschichte I 63ss. Tomek 115ss. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 211ss. Fichtenau. Zu den Urkundenfälschungen Pilgrims 96ss. Reindel, Bayern i Karolingerreich 242. Brunner 85ss. especialmente 90ss.

[26] Heuwieser I 63ss.

ambos hubieron de responder ante el sínodo de Ingelheim en septiembre de 972. Mas poco después ambos murieron.

152

En tanto que obispo santo y comandante de las tropas, que rodeó con una muralla la ciudad catedralicia, Ulrico tuvo esclavos, en sus «viajes de inspección» se hizo proteger por sus clientes llevando consigo todo un «tren de carretas» para el transporte de los tributos. También viajó siempre en compañía de «sus vasallos más hábiles», a fin de llevar a cabo ante cualquier tipo de problemas «las negociaciones con la seguridad necesaria» *(Vita Oudalrici)*. Una y otra vez combatió el santo con la espada encima de un caballo. Tal sucedió, por ejemplo, a finales del otoño de 953 con el rey Otón contra Ratisbona. Y como a su regreso ya no pudiera permanecer por más tiempo en la propia ciudad episcopal, se atrincheró en la fortaleza de «Mantahinga» (Schwabmünchen), rechazando los ataques durante todo un invierno. El 6 de febrero de 954 se logró la derrota del conde palatino Arnulfo junto con «las bandas de aquellos desgraciados que habían saqueado la ciudad de Augsburgo». Su derrota fue tan grave que «la mayoría de ellos murió». Y cuando el obispo Ulrico regresó de nuevo a Augsburgo, esto es lo que ocurrió según su biógrafo Gerardo, prepósito catedralicio: «Ninguno de aquellos que en Augsburgo habían hecho botín ofendiendo a María, la santa madre de Dios, escapó sin castigo, a no ser que sin demora hubiese obtenido por sus propios recursos el perdón del venerable obispo».

De hecho abundaron los «milagros punitivos» de toda índole.

Un individuo, que había saqueado en Augsburgo, perdió la razón y exhaló su último suspiro. Otro sucumbió por la coz de un caballo. El hijo del duque de Baviera, el conde palatino Arnulfo, «que había tenido la insolencia de entrar a saco en los bienes de santa María» (aunque «el venerable obispo» había amenazado bajo pena de excomunión eclesiástica que nadie «tuviera la osadía de ni tan siquiera tocar los bienes de santa María que había en su obispado», *Vita Oudalricí),* cayó en la turbulenta batalla frente a las murallas de Ratisbona (954). Un cuarto sujeto, que simplemente había tomado en Augsburgo el trozo de un mantel barato, de inmediato «fue poseído por el diablo y ya no pudo librarse de él, ni en la iglesia ni fuera de ella, ni mediante la aspersión de agua bendita. El diablo nunca se apartaba de su lado. Finalmente emprendió el camino de Augsburgo, devolvió la prenda usurpada y rogó al obispo que en nombre de Cristo le mandase azotar y le otorgase el perdón de su culpa. Y así se vio libre del diablo y regresó curado a su casa». Realmente sabían tratar a las ovejas.

153

Cuando era necesario superar así los males causados y llevar a cabo la reconstrucción, es natural que Ulrico promocionase «de manera especial", como subraya el prepósito catedralicio Gerardo, a los «expoliados clérigos del cabildo» y que «los apoyase de todos modos». Tampoco dejó de apoyarse a sí mismo y ordenó que sus propios bienes, destrozados y en estado lastimoso, «fuesen restablecidos mediante un trabajo infatigable en los campos y en los edificios. El buen escuadrón de sus clientes acudió obediente al trabajo y aportó en el tiempo adecuado todo lo que era posible en la respectiva necesidad». Todo lo que era posible... ¡es algo que ya aparece en un folleto hagiográfico! Realmente sabían manejar a las ovejas, y en especial a las ovejas clientes.

Pero hay que destacar de manera particular la heroica defensa de Augsburgo, que

en 955 llevó a cabo Ulrico hasta que llegó el ejército de Otón y el santo obispo lanzó sus propias tropas a la batalla. Cierto que predicaba y exhortaba: «No devolver mal por mal, sino bien, y sufrir con paciencia la persecución por causa de la justicia». Mas también entraba en sus principios el amar a todos los hombres, «a todos los hombres de buena voluntad, de quienes el coro de los ángeles canta: "Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad"; pero resistir a los malos en todo su obrar perverso, conforme a las palabras del santo profeta David: "El malvado es aniquilado en su presencia..."».

Según los biógrafos de Ulrico, el obispo sólo a sus fuerzas armadas *(milites)* les ordenó «combatir valientemente delante de la puerta», montando luego detrás de las mismas «sobre su caballo *(super caballum),* revestido de la estola y sin la protección del escudo, el arnés y el yelmo». Pero los investigadores sospechan que Ulrico no sólo figuró a menudo en la comitiva del rey (su presencia está probada quince veces), sino que personalmente también «formó parte» de su ejército durante meses (Weitlauff) habiendo luchado asimismo en la batalla de Lech. En ello no se diferenció de su propio hermano Dietbaldo ni de su sobrino Reginbaldo, caídos ambos en combate. Ni tampoco su actuación fue diferente de la del obispo Miguel de Ratisbona (m. 972), que en el fragor de la lucha perdió una oreja; protegido a ojos vistas, según su propio testimonio, por san Emmeram. Cosa tanto más digna de atención cuanto que también el obispo Miguel figuraba entre los príncipes eclesiásticos de Ratisbona, ¡que habían metido mano a los tesoros de Emmeram![27]

154

La hagiografía querría sin duda ver menos manchado de sangre al santo, que no dejó de jugar «un papel determinante en la batalla de Hungría» (Bosl).

La descripción de la vida «del más santo entre todos los hombres de su tiempo» (monje Ekkehard IV), fue redactada ya «con vistas a su canonización» entre 983 y 993 por el joven Gerardo, que figuraba en el círculo de sus más íntimos *(Lexikonfür Theologie und Kirche),* y esmaltada por lo mismo con numerosos relatos milagrosos, visiones, profecías y noticias claramente falsas. Poco después la vida fue presentada en Roma. Y el 31 de enero de 993, en un sínodo lateranense, el papa Juan XV —odiado tanto por el pueblo como por el clero a causa de un nepotismo «de la peor calaña» y de su «codicia enfermiza» (Kühner, autor católico)— canonizó de una manera formal y solemne a Ulrico como el primer católico, no obstante tratarse de un obispo esclavista y guerrero que cedió al nepotismo, pero que .también había «viajado en peregrinación» tres veces a Roma al tiempo que había sido «una joya entre los sacerdotes» (Thietmar).

«PATRÓN CONTRA RATAS Y RATONES», «EL PELIGRO DEL ESTE» Y LOS 29 APARTADOS DE LOS «HUESOS SAGRADOS»

Desde entonces su culto se extendió incontenible. El obispo Gerardo de

[27] Vita Oudalr. *passim,* especialmente 1, 3, 5, 9ss. 21 ss. Arnold von St. Emmeram, Libri duo des. Emmerammo 1.17 (PL 141. 1016). Wetzer/Welte XI 372, 376, 386s. LThK I1 78, 13 126, X1 365ss. LMA I 1213. Babl 167. Zoepfl, Das Bistum Augsburg 66. Weitlauff 8ss. 35,38ss. Bosl, Bayerische Geschichte 75. Kallfelz 12,37, 53 nota 5. Plotzl 83s. 90ss.

Augsburgo (996-1000) y el abad Berno de Reichenau (1008-1048) redactaron la primera *Vita* de Ulrico, importante por su contenido pero mal escrita, eliminando curiosamente todo lo histórico y adobando el relato con citas bíblicas, un lenguaje ampuloso y datos milagreros; los biógrafos posteriores aún interpolaron muchas veces todo ese material. Desde muy pronto hasta peregrinos extranjeros visitaron la capilla funeraria de Ulrico, en la cual el emperador Enrique II mandó depositar también los restos de Otón II. Innumerables fueron las iglesias, capillas y lugares que llevaron el nombre de Ulrico. Ya en los siglos X y XI sus restos fueron motivo de disputa, luchando por su posesión los monasterios más prestigiosos y la misma catedral de Bamberg. En el siglo XII el emperador Federico Barbarroja trasladó por su propia mano el relicario de Ulrico (y pronto los restos aparecieron repartidos: sus despojos internos en Tarso, su «carne» en Antioquía y sus huesos en Tiro).

Naturalmente el pueblo experimentó milagros en la tumba de Ulrico. Cierto que la transformación de un trozo de carne en un pescado sólo está «testificada» literariamente en época tardía. Ulrico ayudó especialmente en las afecciones oculares; en las fiebres curaba un trago del cáliz con que celebraba misa, en las plagas de ratones un poco de tierra de su tumba y en las mordeduras de perros rabiosos la llave de Ulrico, una llave bendecida en su nombre. Se recibía en las casas el «pocilio de Ulrico» y se peregrinaba a los que le estaban dedicados como «santo de los pozos»; también fue patrón de los pescadores, «patrón de los viajeros», «patrón contra ratas y ratones» y especialmente contra los insectos, patrón «en los achaques corporales de todo tipo».

155

Así se mantuvo el pueblo en todo tiempo a la altura espiritual de la época.

La asociación primera y más antigua de san Ulrico se constituyó ya en el siglo XII. Y nada menos que el emperador Federico I perteneció a la misma. También a comienzos de la edad moderna se fundó una «hermandad de Ulrico que floreció rápidamente» y de la que fueron miembros obispos, duques y emperadores. Más aún, al santo se le proclamó entonces, «falsamente» por supuesto, adalid de la libertad protestante frente a la tiranía papal.

Todavía en el siglo XIX se rezaba en una letanía de Ulrico: «San Ulrico / ejemplo vivo de piedad y santidad / hombre según el corazón de Dios / singular enamorado de la oración / modelo de mortificación y penitencia / celoso pastor de tu rebaño...». Y todavía en el «año jubilar de 1955» volvió supuestamente a florecer la veneración a Ulrico, entre otras cosas con la construcción de nuevas iglesias y con la creciente preferencia de los nombres de pila Ulrico y Ulrica. «Manifestaciones de la orientación de la piedad fomentadas por las autoridades» (Hórger), pues «el peligro del este... fue la idea esencial del año de Ulrico en 1955».[28]

Como a comienzos del siglo XVIII se afirmase en Milán que el cuerpo de san Ulrico estaba allí y su cabeza en Roma, Joseph, obispo de Augsburgo y landgrave de Hessen-Damstadt, ordenó en 1762 que se exhumase al santo. Tras algunos trabajos de búsqueda se encontró el cadáver y algunos médicos, como los de cabecera del obispo

---

[28] Thietm. 3,8. Ekkeh. Casis. Galli 51, 57. Wetzer/Welte XI 376, 382. LThK X1 366s. II1 219. Keller, Reclams Lexikon 489. Fichtinger 370. Kühner, Lexikon 74. Kelly 150.LMA IV 931, 1315. Wattenbach/Holtzmann, Geschichtsquellen I 257s. Wattenbach/Dümmler/Huf 463. Zoepfl, Das Bistum Augsburg im Mittelalter 74s. Dorn 116ss. 126ss. Kallfelz 12. 37ss. Kühner, Das Imperium 124. Rummel, Ulrichslitaneien 351s. Hörger, Die «Ulrichsjubiläen» 309. Véase asimismo la nota precedente.

y otros cirujanos y curanderos piadosos registraron en 1764, bajo 29 apartados, los «restos sagrados de san Ulrico»: así, la parte superior de la cabeza, que «con razón puede calificarse de incorrupta, prescindiendo de algunas partículas externas, roídas por los estragos del tiempo». «2) El maxilar inferior con cuatro incisivos y tres molares. 3) En una cajita de plata se encontró un diente con una falange; de ese miembro la historia transmite algo que merece leerse. 4) Se encontraron sueltos un incisivo y una muela. 5) El hueso hioides. 6) Una parte de la laringe», etcétera. En 1971 una nueva comisión médica se puso a trabajar en «los restos sagrados de san Ulrico»...[29]

156

La victoria de Otón sobre los húngaros, los enemigos de la cristiandad, apareció por descontado a los ojos de los coetáneos como una victoria del reino de Dios, como un triunfo de Cristo. Había acabado para siempre con las incursiones húngaras contra el imperio alemán y en consecuencia fue más importante que el enfrentamiento en Riade en 933. «En el recuerdo de todas las tribus (alemanas) fue un acontecimiento que hizo latir fuertemente sus corazones» (Schramm), fue «la hora de nacimiento de la actual Austria» (Pater Grill). Y, sobre todo, ¡«también abrió el camino para la *Ostpolitik* alemana hasta 1945»! (Fischer). Se ve aquí cómo un acontecimiento sublime, que hizo latir fuertemente los corazones, continúa ulcerándose hasta la matanza masiva de Hitler. Y si primero fueron los húngaros los que invadieron Alemania, entonces se volvieron las tornas «y fue posible introducir la misión cristiana en Hungría, mientras que el nombre de Otón resonaba más allá de las fronteras de su imperio» (Schramm).

Porque naturalmente no bastaron las matanzas de rechazo. Hacia 970 el joven duque de Baviera Enrique II abrió la ofensiva. Y mientras arrancaba a los húngaros las marcas carolingias del borde oriental de los Alpes, Boleslao II, que le acompañaba en la campaña, saqueó Moravia y Eslovaquia hasta el Waag. Para la «acción pastoral» en tan extenso territorio ya no bastaba Ratisbona, por lo que en 973 la dieta imperial de Quedlinburg decidió la fundación del obispado de Praga, y probablemente también la de otro para Moravia.[30]

Tras los éxitos espectaculares en el campo de Lech y en el Unstrut contra los eslavos, Otón, el victorioso aniquilador de los paganos, intensificó su misión. En el sureste erigió la «Marca Oriental» bávara, desde el año 976 el campo de acción y anexión de los modernos Babenberg durante trescientos años, tal vez descendientes de los Babenberg antiguos, hasta que fueron relevados por los Habsburgos. En el este sometió el rey en una larga guerra a los bohemios. En el noreste, y continuando los ataques asesinos de su padre, reforzó la cristianización de los eslavos del Elba y fundó dos marcas entre los ríos Elba y Oder.[31]

ESTABLECIMIENTO DE LA «COLONIZACIÓN DEL ESTE» ALEMANA, O LAS «BUENAS

[29] Thummerer, Urkundlicher Bericht 231ss.

[30] Thietm. 2,9s. Vita Brunon.35. LMA V 1786. Hauptmann, Die Frühzeit 324. Keller, Das Kaisertum 247. Fischer, Das Zeitalter des heiligen Ulrich 85. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III 162.

[31] LMA I 1321s. Fried, Die Formierung 79. Riché, Die Karolinger 312. Pätzold 45s.

OBRAS» DE LOS MARGRAVES HERMANN BILLUNG Y GERÓN

El sangriento negocio de la «colonización del este» alemana, que Otón I fundó propiamente, lo remataron para él sobre todo dos sajones que presidieron las dos nuevas marcas en el noreste: Hermann Billung (fallecido en 973), que personalmente estuvo cerca de Otón (la cancillería real evitó darle el título de duque y le nombró «marchio» o «comes»); su familia ocupó condados e iglesias desde Lüneburg hasta Turingia. Y Geró, asimismo amigo personal del rey y uno de sus «ayudantes más fieles» (Keller), «notablemente apto para tal cometido» (Fleckenstein), que gobernó la denominada Marca del Norte. Desde el renovado aplastamiento de los rebeldes redarios (936), la tribu principal de los liutizos, que Otón había encargado a los Billungos, en las décadas siguientes los dos señores feudales sometieron mediante una serie ininterrumpida de guerras y matanzas a los obodritas, sorbios y wilzos.

157

El monje Widukind vio en ello la lucha de un príncipe de Dios contra un pueblo de Satán. Según la jerga de los investigadores el rey apuntaló de ese modo «las relaciones con los eslavos del este» (Schramm). «En años de luchas sangrientas aquellos dos grandes guerreros llevaron felizmente (!) a cabo la tarea que se les había encomendado...» (Holtzmann). «Las zonas fortificadas se convirtieron aisladamente o en su conjunto en barriadas alemanas en cuyos suburbios se colocaban las guarniciones. Caballeros alemanes obtuvieron pequeñas aldeas eslavas en propiedad o en feudo, y con ellos llegaron los sacerdotes. En 948 pareció ya tan afianzada la situación, que se fundaron los primeros obispados» (Hauptmann).

Un admirador especial de Billung, cuyo linaje gobernó durante 170 años en la región delimitada por el mar Báltico, fue el arzobispo Adalberto de Magdeburgo (968-981). Él mismo introdujo en la catedral al gran asesino con repique de campanas y acompañamiento de antorchas, le hizo sentar a la mesa entre los obispos como si fuera el rey y hasta le preparó el lecho del emperador. (Tales muestras de pleitesía se le antojaron excesivas a Otón, quien condenó al arzobispo a enviar a Italia tantos caballos «como habían sido las campanas que mandó tocar y las antorchas que mandó encender». Y es que, según afirma en otra ocasión el obispo Thietmar de Merseburg, «cual el señor, tales eran también sus príncipes. No acumulaban abundancia de alimentos y otros bienes, simplemente disfrutaban siempre de una dorada medianía *(aurea mediocritas).* En su tiempo florecieron todas las virtudes, que leemos, y con su muerte se marchitaron..., aunque sus almas inmortales continúan viviendo y por sus buenas obras gozan de la bienaventuranza eterna».

Las luchas, con las que se empezó por someter a tributo a los eslavos del Elba, fueron largas y enconadas y los dos bandos las llevaron a cabo con una crueldad extrema. Tampoco la cólera de los wendos conoció miramiento alguno. Tras su conquista de Waisleben en 929 asesinaron a todos sus habitantes, ancianos y niños, hombres y mujeres en una muchedumbre incontable; eso al menos es lo que cuenta Widukind. Y en la primavera de 955 parece que prometieron la libre retirada a la guarnición alemana de la fortaleza de Cocarescemier; pero después acuchillaron a todos los indefensos.

158

Ahora bien, los agresores eran los alemanes. Y entre ellos brilló con luz especial Gerón, el «estrangulador de las tribus eslavas» (Donnert), de quien sin embargo el

monje Widukind certifica «el buen celo por el servicio de Dios» y también, naturalmente, «un imponente botín». Más aún, el Cantar de los Nibelungos lo exalta como el lancero más fuerte y más rápido. Vio en la represión de los eslavos «el cometido de su vida» (Bullough), interesándose a la vez por su cristianización. Y es que este espadón, «el protector de nuestro país» (obispo Thietmar), que hizo avanzar la frontera alemana desde el Elba-Saale hasta el Oder, que durante 27 años realizó campañas de pillaje y represión contra los eslavos del Elba, se mostró incansable e invadió sistemáticamente su territorio. Y mientras que hasta los caballeros sajones, ya a comienzos de los años cuarenta, empezaron a quejarse de aquella fatigosa guerra permanente, Gerón, al comienzo del año 950, en pleno invierno, al no tener en perspectiva ningún enfrentamiento se alejó por una sola vez de la frontera, que entre matanzas se había ido desplazando poco a poco hasta el Oder, para emprender una peregrinación a los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo en Roma. De camino se afilió a la confraternidad orante del monasterio de Saint-Gallen y llevó como reliquia insigne el brazo de san Ciríaco —en cuyo honor fundó un monasterio en Frose—, para fomento del culto (y de la destrucción), hasta el lugar en el que con tanta fuerza como infamia difundía la manera de ser alemana y la única religión salvadora.

Allí, poco después de comenzar su gobierno sobre el territorio meridional de los wendos hizo degollar una noche alevosamente a unos treinta caudillos eslavos conjurados contra él, nobles y príncipes que confiando en el carácter inviolable de la hospitalidad habían celebrado una gran bacanal a su mesa, supuestamente adelantándose a su conjura asesina, «lo que ciertamente no pasa de ser una afirmación exculpatoria» (H.K. Schulze). «En aquellos territorios no tuvo Alemania un campeón más valiente que él... Y en la guerra no se había embrutecido», celebra el teólogo Albert Hauck, que aprovecha la oportunidad para destacar la convicción de Gerón de que el hombre es responsable de su vida ante el Señor del cielo, aunque añadiendo a la vez que «frente a los wendos todo lo consideraba lícito».

El monje Widukind relata la diabólica eliminación de los treinta eslavos sin reproche alguno. Incluso subraya después como la mejor cualidad *(quod optimum erat)* del criminal su «laudable celo por el servicio de Dios». En 960 Gerón incluso peregrinó por segunda vez a Roma y a su regreso fundó otro monasterio femenino que por él se llamó Gernrode (Calvera de Gerón), al sur de Quedlinburg. Como abadesa del mismo puso a la viuda de su único hijo Sigfrido, caído en 959, sobrina de Hermann Billung. Y «a su dichosa muerte» (mayo 965) Gerón dejó todos sus bienes al monasterio, en el que también él fue sepultado. «Se cobijó en Dios con todo su patrimonio», escribe el obispo Thietmar. Tal ha sido el último acto de no pocos grandes asesinos que la historia recuerda.[32]

159

[32] Thietm. 2,12; 2,14; 2,19; 2,28. Widukind 2,9; 2,20; 3.54. Taddey 522. LMA IV 2160. Hauck III 107. Hauptmann, Die Frühzeit 321. Keller, Das Kaisertum Ottos 374. Holtzmann, Geshichte I 126, 134s. Id., Aufsätze 3.Kossmann 452s. Bullough, Nach Karl 321. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 17, 29. Stern/Bartmuss l92.Donnert 333ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 161s. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III160. H. K. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 230. Lubenow 18ss. Althoff, Das Bett des Königs 141ss. Fried, Der Weg 500s.

Otón inaugura la evangelización de los wendos y hace «allí tabla rasa»

En la guerra contra los wendos tampoco Otón I retrocedió ante ningún soborno, ninguna traición, ningún asesinato, como lo demuestra no sólo su comportamiento frente a! traidor jefe wendo Tugumir; repetidas veces intervino personalmente para castigar a los eslavos casi hasta su exterminio. «Los príncipes eslavos indígenas fueron expulsados o eliminados, tuvieron que pagar tributos y entregar sus hijos a la esclavitud; los sometidos fueron reducidos a servidumbre» (Fried).

Ya es significativo que en aquel tiempo los términos wendo y pagano se empleasen como sinónimos, porque los wendos continuaban siendo paganos. Es evidente que Enrique I se había esforzado por la conquista y expolio de aquellos territorios más que por su evangelización. Más allá del Elba y del Saale apenas había iglesias. Únicamente había santuarios paganos, bosquecillos sagrados, había ídolos a la vez que un culto de los dioses sin imágenes y, por supuesto, estaban los sacerdotes o los ancianos que antes habían ofrecido sacrificios.

Bajo el gobierno del rey Enrique parece que tampoco la Iglesia se había preocupado en especial de la evangelización del este. Sólo cuando Otón abandonó la práctica de su padre e, imitando el ejemplo de Carlomagno, hizo que los sacerdotes siguiesen a la espada, se pudo esperar que mediante la religión se vinculasen cada vez más los «eslavos de botín» y su territorio. Evidentemente sólo Otón escogió al clero en el este y desde luego, como en otros lugares, un clero militar: «por así decirlo los primeros sacerdotes cristianos llegaron como predicadores de campaña al país de la derecha del Elba y del Saale; las capillas de castillo son las antepasadas de nuestras iglesias; las primeras comunidades cristianas, que aquí se reunieron, estaban formadas por soldados».[33]

Otón estaba ciertamente preparado para tan piadoso servicio de la espada. Según parece ya había participado en las carnicerías de eslavos que su padre había llevado a cabo en 928 y 929, y a su manera había evangelizado: todavía adolescente había dejado preñada a una ilustre eslava prisionera, que le dio a su hijo ilegítimo Guillermo, más tarde arzobispo de Maguncia. (Por lo demás éste, según se asegura, continuaba lleno de ideales ascéticos. Y también de los otros. En cierta ocasión el hijo arzobispal de Otón le confesó al papa sin rodeos: ¡Por soborno, todo!)

160

Para entonces el rey no sólo había «afianzado» todo el territorio expoliado por su padre, sino que lo había «incorporado» sin más, naturalmente bajo luchas constantes. En total una extensión de cincuenta a sesenta mil kilómetros cuadrados. Pues, según fórmula del teólogo Hauck, Otón «hubo de cruzar sus armas con todas las poblaciones wendas» una vez eliminadas las dos tribus meridionales de los sorbios y daleminzios. Y de esa manera previsora la frontera del imperio alemán ya no la trazaron el Saale y el Elba sino el Oder.

Las primeras medidas que tomó Otón justo después de su coronación en Aquisgrán en 936 estaban dirigidas a los eslavos del Elba. Aquel mismo año marchó contra ellos, especialmente contra los redarios. Y en 939 se dio allí otro paso honroso. Porque este príncipe, que veía en la expansión por el este una de sus tareas principales

[33] Hauck III 84ss. 96. Boshof, Königtum 13. Fried, Der Weg 500s.

y que también impulsaba sistemáticamente la evangelización de los sometidos, estaba decidido «a hacer allí tabla rasa» (Holtzmann) y con el firme propósito de «extender el dominio del pueblo de Dios sobre los infieles» (Lubenow).

Y dado que evidentemente no podían romper la resistencia de los eslavos del Elba en una lucha abierta, ni Otón ni sus compañeros los condes retrocedieron ante ningún tipo de perfidia. Por ejemplo, cuando en el invierno de 928-929 conquistaron Brandemburgo, para volver a perderla inmediatamente después, Gerón envió a la ciudad al príncipe hevelio Tugumir, al que tenía prisionero como rehén en Sajonia y al que Otón sobornó ahora con *«multa pecunia».* Se trataba sin duda de un cristiano, que en 939 fue devuelto a los hevelios en Brandemburgo. Tagumir simuló ante ellos una fuga, fue acogido amistosamente y volvió a ser su jefe. Después asesinó en el palacio principesco de la ciudad al último príncipe de la tribu, su propio sobrino, entregó al rey Otón toda la parte meridional del territorio lutizio hasta el Oder y gobernó como vasallo suyo con una guarnición sajona.[34]

Otón «el Grande» hace decapitar a 700 prisioneros de guerra eslavos y ordena el exterminio de los redarios

Después de que Brandemburgo cayera en manos alemanas mediante la traición y el asesinato y luego de que se construyese allí una iglesia y se hubiera afianzado el gobierno de Tugumir, el 1 de octubre de 948 fundó Otón el obispado de Brandemburgo y, simultáneamente, el obispado de Havelberg (cuyo supuesto documento fundacional de 946 es una falsificación posterior que adelanta la fecha) en la ciudadela de Nitzow.

161

Sometido primero al arzobispado de Maguncia y más tarde al arzobispado de Magdeburgo, el obispado de Brandemburgo, que abarcaba diez tribus eslavas, era mucho más grande que la mayoría de las diócesis alemanas. Se extendía desde el Elba al Oder y por el sur acabó incluyendo Lusacia. El obispo de Brandemburgo recibió ya en 948 la mitad de la fortaleza junto con la mitad de todas las aldeas pertenecientes a la misma, así como las ciudadelas de Pritzerbe y Ziesar. «Ciudadelas» *(Burgwarde)* eran las fortalezas menores, que desde mediado el siglo X se denominaron *burgowarde, burgwardium* o *burgwardum* y que se remontaban sin duda a modelos carolingios sobre el Saale. En el curso de la expansión otoniano-sálica por el este aseguraron militarmente el «ámbito de asentamiento» de Magdcburgo hasta el Havel poco más o menos, así como el territorio sorbio hasta el Elba, creando de ese modo un sistema estratégico al servicio del dominio y control del territorio conquistado. A una cabeza de distrito de tales ciudadelas pertenecían de diez a veinte aldeas, cuyos habitantes entonces y todavía en el siglo xi fueron casi exclusivamente eslavos, despojados por completo y forzados a la construcción de fortalezas, servicios de vigilancia y entrega de diezmos y tributos. Muchas de tales cabeceras de distrito

[34] Widukind 2,4; 2,20s. Adalb. cont. Regin. 928. HEG I 679. Hauck III 21s. 77ss. 90s. Holtzmann, Geschichte I 108, 133s. Id., Aufsätze 3. Brüske, Untersuchungen 21s. Stern/Bartmuss 192. Ludat, An Elbe und Oder 10ss. Fleckenstein/Bulst 41, 44, 59s. 70s. Haller II 182. Lubenow 24. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 77.

tenían también una «ciudadela-iglesia». aunque no todas ni mucho menos, como pensaban los estudiosos antiguos.

En 955, el año de la gran batalla contra los húngaros, Hermann Billung marchó dos veces contra los levantiscos obodritas. Allí hasta los hijos de su hermano mayor Wichmann (el Viejo), los condes Wichmann el Joven y Ecberto (el Tuerto), parientes de la reina Matilde, habían amotinado a los príncipes obodritas Nakón y su hermano y corregente Stojgnef; personajes ambos por lo demás cristianos.

Aunque los eslavos por su parte estaban totalmente dispuestos a seguir pagando tributo y sólo querían no ser reducidos enteramente a la condición de siervos, Otón, «emprendedor como era» (Thietmar), también había invadido su país. Sólo dos meses después de su triunfo en el campo de Lech, y evidentemente fortalecido con tal victoria, les infligió una grave derrota el 16 de octubre de 955 junto al riachuelo Raxa, probablemente el Recknitz (en el Mecklenburg oriental), prolongándose la matanza de eslavos hasta bien entrada la noche. Y Otón —a quien el obispo Liutprando llama «santo» y «muy santo» y el teólogo Hauck califica de «una personalidad moralmente mucho más formada que su padre»— a la mañana siguiente, ante la cabeza izada del príncipe obodrita Stojgnef caído al frente de su ejército, hizo decapitar a 700 prisioneros de guerra. Al consejero de Stojgnef le sacaron los ojos y le cortaron la lengua y «después, cuando ya no podía valerse, lo dejaron en medio de los cadáveres» (Widukind). Y el ejecutor de Stojgnef recibió de Otón veinte fanegas de tierra como «recompensa».

Al igual que en la degollación de los treinta jefes eslavos por Gerón, tampoco aquí tiene Widukind una palabra de reproche. Y ya en los años 957. 958 y 960 desencadena Otón nuevas guerras contra los redarios y otras tribus eslavas del Elba. No se trataba de la victoria ni de la recaudación de tributos como en tiempos de Enrique I: se trataba de la aniquilación, de la incorporación de los territorios eslavos al imperio otomano. Se aplicó la guerra «total». Lo único que faltó fue la técnica, que se emplearía un milenio después.[35]

162

En 965 murió Gerón. Dos años más tarde el duque Hermann combatía contra redarios y obodritas. Y después fue arrasado todo el reino obodrita de la naciente Marca de Billung y en lugar de los bosquecillos sagrados de los gentiles se alzaron los templos cristianos. Pues tras la muerte de Nakón, su hijo Mstivoj, con ayuda de Hermann Billung y después de la eliminación de la oposición pagana, permitió en Wagrien por los años 968-972 (sin que se sepa la fecha exacta) la fundación del obispado de Oldenburg (Aldinburg, en eslavo Starigard), que englobaba todas las tribus obodritas. Era una plaza fuerte desde largo tiempo atrás, la fortaleza principal de los wagrios eslavos, donde todavía en 967 consta la existencia de una estatua pagana, que probablemente destruyó el duque. El conjunto del territorio misional wendo de Hamburgo se extendía ahora desde la bahía de Kiel hasta la diócesis de Havelberg.

Por esa época, y muy pocos años antes de su muerte, el emperador Otón I, en un escrito de 1 de enero de 968, prohíbe a los grandes sajones la paz con los derrotados

[35] Thietm. 2,12. Widukind 3,53ss. Liutpr. hist. Otton. 10,17. Taddey 522. LMA II 551, 1101s. III 1762, IV 1980, VI 1009. Hauck III 88ss. 102ss. Holtzmann, Geschichte I 134. 160ss. 179s. Hampe, Karl der Grosse 70. Ahlheim 179. 181. Stern/Bartmuss 193. Pätzold 45s. Fichtenau, Lebensordnungen 220.

redarios y exige la terminación de la lucha mediante el exterminio. «Deseamos además que si, como hemos oído, los redaños han sufrido una derrota tan grave, no obtengan paz alguna por vuestra parte, pues ya sabéis con cuánta frecuencia han quebrantado la lealtad y cuántas molestias han ocasionado. Por ello reconsideradlo con el duque Hermann y poned todas vuestras fuerzas a fin de que vuestra obra culmine con su destrucción *(destructione).* Si fuera necesario, Nos mismo marcharemos contra ellos...»[36]

FAVORES SOBRE FAVORES PARA LA «CAPITAL DEL ESTE ALEMÁN...»

Después de la coronación imperial de Otón se había fundado una serie de nuevos obispados, destacando sobre todo en 968 el arzobispado de Magdeburgo, al que el papa Juan VIII otorgó privilegios cual si se tratase de una especie de Roma del norte. El resultado de todos modos fue una poderosa ciudad industriosa y comercial. Como de ordinario, al sometimiento de los eslavos del Elba, los polacos y los bohemios siguió un comercio floreciente. Por lo que el emperador Otón no sólo hizo enviar oro y piedras preciosas a Magdeburgo sino también reliquias de santos. Y es que la santidad y el comercio van juntos. El comercio es santo y la santidad es asimismo comercio. La Iglesia obtuvo extensas posesiones territoriales, recaudó tributos elevados y por todos los rincones del país sometido levantó sus templos, y durante siglos fue el usufructuario principal a la vez que un apoyo importante del dominio alemán en los territorios conquistados a los eslavos del Elba.

163

Magdeburgo, de la que hay testimonios ya desde la época de Carlomagno que la presentan como fortaleza y emporio de comercio internacional; profundamente adentrada en territorio eslavo —lo que marca su eje de empuje—, estaba como protegida por la corriente y fue la ciudad preferida de Otón. Ya en 937, al poco del comienzo de su reinado, y un año después de que Matilde, su madre, fundase el monasterio femenino de San Servacio en Quedlinburg, había fundado el monasterio de Moritz, ocupado por «monjes de la reforma», y al mismo tiempo y muy cerca del mismo abrió un establecimiento comercial, en el cual se encontraban los mercaderes de las regiones al este del Elba.

En la fundación del monasterio estuvieron representados los dos arzobispos Federico de Maguncia y Adaldag de Hamburgo-Bremen, en tiempos canciller de

---

[36] Widukind 3,70. LMA I 48, VI 1009,1390s. Hauck III 105ss. Para la predicación de la guerra total, el exterminio de pueblos y la difusión de una intolerancia violenta ya y precisamente en la Biblia: Buggle 36ss. 56ss. 68ss.95ss. Sin embargo, resulla muy instructivo, según Streminger, Die Jesuanischc Ethik 126s., que «el en colerizado Yahveh resulte relativamente inofensivo si se le compara con el Padre amoroso del Nuevo Testamento. Véase asimismo Id., Golles Güte 215ss. Baeger 206s. Mynarek, Denkverbot 83ss. Deschner, Die unheilvollen Auswirkungen 182ss. Por lo demás, también la Biblia puede utilizarse para todo, pues en efecto «no sólo contiene el Sermón del Monte con la exigencia del amor a los enemigos, sino también los libros de Samuel con la exigencia del exterminio de pueblos; por ello nada tiene de extraño que se la cite tanto en manifestaciones pacifistas como en los servi cios litúrgicos de campaña anteriores a las campañas de aniquilación...», según escribe Bírnbacher 148. Mas nunca hay que olvidar lo que dice Herrmann. Passion 38: «El verdadero criminal no es el torturador ni el verdugo profesional, sino la multitud anónima de los espectadores».

Otón, así como ocho obispos (desde el de Augs-burgo al de Utrecht). El rey convirtió al monasterio primero en avanzadilla y después en un centro de la misión eslava; lo dotó repetidas veces con donaciones generosas y le asignó numerosas aldeas, clientes, siervos, derechos de peaje, primero con todos los arbitrios devengados en Magdeburgo y más tarde con los derechos de proscripción, mercado y moneda, con los derechos de acuñación de otros lugares, con una serie de tributos como los de la plata y la miel, con diezmos, etcétera, con varias quintas reales y monasterios, como el de Hagenmünster en Maguncia y el femenino de Kesselheim en Maienfeld, e incluso con posesiones en Ostfalen (¡en 60 lugares de la Baja Sajonia!), en Turingia, en Hessen, en las comarcas de Harz, Nahe y Espira, en los Países Bajos... Se conservan no menos de 57 documentos de Otón I en favor del monasterio, 32 de ellos originales.

Incluso, aunque no de inmediato, se le dotó con suelo expoliado, con fortalezas, derechos de diezmo (Schartau, Grabow, Buckau) en los territorios de la derecha del Elba, es decir, en territorios eslavos; más aún, con todo el cantón eslavo de Neletici, al que pertenecían las importantes salinas de Halle. En el cantón de Moraciani, vecino a Magdeburgo, obtuvo 15 castillos y quintas. Allí y en otros cantones eslavos se sumó también el derecho de la tala de árboles, del engorde de los cerdos, y asimismo en Lusacia el diezmo de todos los impuestos e ingresos de la corona y de los condes. La fundación obtuvo la inmunidad, la protección del rey y pronto también la protección del papa.

Con razón pudo éste declarar en 962 que Otón había fundado el monasterio «por causa de la nueva cristiandad». Como patrón de la casa nombró el fundador a su propio *specialis patronus,* el santo de la Iglesia Mauricio, debelador de los paganos; buena prueba de que «los guerreros debían preparar el camino a los misioneros» (Fleckenstein). Hacia 955 mandó iniciar la construcción de la catedral de Magdeburgo en sustitución de la primera iglesia, y la recubrió de mármol —llevado de Italia— oro y piedras preciosas. Y, «con la debida y profunda devoción» (Thietmar), con gran cantidad de reliquias auténticas y, sobre todo, falsas.

164

De primeras Otón sólo obtuvo para Magdeburgo los restos de un cierto Inocencio, uno de los supuestos 6.600 o 6.666 mártires tebanos. Uno era ciertamente muy poco entre tantos héroes. Pero Otón también pudo conseguir del rey borgoñón reliquias del jefe de la Legión Tebana. de san Mauricio, patrón principal de la diócesis de Magdeburgo, probablemente sólo algunas porciones pequeñas dado el carácter precioso de las mismas. (Pero también Enrique II donó a la iglesia magdeburgense otros huesos del mismo Mauricio. Más aún, en 1220 Alberto, ordinario del lugar, obtuvo del conde Otón de Andechs el cráneo del santo, después de que mucho tiempo antes ya san Ulrico de Augsburgo comprase al abad de Reichenau reliquias de Mauricio.) Otón a su vez obtuvo más restos de mártires para la ciudad y finalmente hizo llenar de restos de santos los capiteles de las columnas de la nueva iglesia. Ningún otro lugar fue visitado tan a menudo por Otón, quien se detuvo 22 veces en Magdeburgo. ciudad a la que con un cierto punto de exageración se la ha llamado «capital del este alemán en la Alta Edad Media» (Brackmann).

Algunos años después de la fundación del arzobispado de Magdeburgo se creó el obispado de Praga. También allí el camino lo abrió Otón, y desde luego que asimismo con la espada.

Inmediatamente después de la muerte de Wenceslao y del rey Enrique (935-936),

cuando Boleslao I combatía en Bohemia contra un (innominado) *subregulus,* Otón le envió a éste sin tardanza el refuerzo de tropas sajonas y turingias, que marcharon por separado y a las que también por separado derrotó Boleslao. Asimismo pudo Boleslao eliminar a su rival bohemio, cuya fortaleza redujo «a escombros» en el primer asalto y que consiguió afianzar el propio dominio mediante barrios fortificados y prestaciones de servicio.

Pero el rey alemán desencadenó entonces una guerra de catorce años contra Bohemia, que sólo terminó en 950 con su total sometimiento. Para entonces Otón había vencido a los eslavos septentrionales y con el beneplácito papal había asegurado en 948 su soberanía con la fundación de los tres obispados eslavos de Brandemburgo. Havelberg y Ol-denburg (?). obligando por doquier a la población al pago de los aborrecidos diezmos. En 950 avanzó con un poderoso ejército hasta el corazón de Bohemia y —según la fórmula de investigadores serios— *«restableció la vinculación de Bohemia con el imperio».* También se la designa de forma análoga como *«la incorporación de los territorios periféricos* a la unión imperial». Lo principal es que sobre el papel todo esto ocurrió con el menor derramamiento posible de sangre... Cuanto más sucia es la historia tanto más limpio ha de ser el trabajo de la historiografía, pagada también por el Estado. De quién me como yo el pan... una cooperación de antigüedad venerable.[37]

165

Con la guerra había vencido Otón I a los «bárbaros» de Bohemia, y con la guerra marchó también contra Polonia, que limitaba al noreste.

POLONIA CONFÍA LAS OVEJAS AL LOBO

Así como el imperio ruso fue fundado por el vikingo Riurik (en escandinavo Hrorikr), un sueco, en Alt-Ladoga o (y) Novgorod, así también parece que el normando Dago. probablemente un danés, fundó Polonia hacia 960 con la capital Posen sobre el Warthe. El nombre de Polen, Poloni, Polonia, Polska (que en polaco significa campo, llanura, indicando la tierra llana de cultivo en los claros del bosque, el país de la llanura) sólo se generalizó desde aproximadamente finales del primer milenio. Y según la tradición polaca (de comienzos del siglo XII) el normando Dago se identifica con Mieszko I (hacia 960-992) y era el cuarto descendiente de un cierto Piast, el antepasado de los Piastos (en polaco Piastowie), un linaje que en Polonia gobernó hasta 1370, en Masovia hasta 1526 y en Silesia hasta 1675. Tal vez, como hoy se cree, Mieszko tuvo dos nombres, uno nativo y otro extranjero. Y se discute si los eslavos polacos y pomeranios (de pomorje = junto al mar), establecidos entre el Oder y el Weichsel y combatiéndose en continuas luchas fronterizas, permanecieron ya allí a lo largo de todo el milenio antes de las denominadas épocas de transición y a pesar de los movimientos de pueblos —siendo ésta la tesis de la mayor parte de los

[37] Thietm. 2,7; 2,16s. Widukind 3,8. Flodoard Ann 350. Adalb. cont. Regin. 950. Naegle II 330ss. Holtzmann, GeschichteI 173s. 210,219,235s. Id., Aufsätze 5s. Stern/. Bartmuss 194. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 17ss. 25ss. especialmente 34ss. 45ss. Wentz/Schwinekóper 17s. 42, 81ss. Brackmann, Magdeburg ais Hauptstadt 18,29 etc. Lippelt 151s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 127. Riché, Die Karolinger 301s. 376. Pätzold 46.

investigadores polacos—, o si se trataba no precisamente de una población autóctona sino de inmigrantes, como piensan especialmente los eruditos alemanes.

Como quiera que sea, el tal Dago o Mieszko (a quien sus súbditos polacos llamaban Mescho mientras que las fuentes latinas le designan Misaca o Miseco) es históricamente el primer príncipe de los polacos. Y notable fue la grandeza del nuevo Estado eslavo occidental; de sus diferentes tribus polacas la que dio nombre a Polonia (en polaco Polanie, en latín Poloni, Poliani) aparece por vez primera en 1015 en los Anales de Hildesheim. Se extendía desde el Oder hasta la frontera rusa y por el norte hasta el mar. Incluía también tierras fronterizas (que se perdieron en el siglo XI), como Moravia. Lusacia, la posterior Ruteniaen en el Bug y el San superiores, y fue gobernado enérgicamente por Mieszko.

Los polacos se expandieron desde Gnesen, por el norte superaron el Warthe y por el sur el Oder; pero cayeron bajo la presión del margrave Gerón y acabaron dependiendo del vecino alemán. Ya en 963 el jefe de la Marca Sorbia, esta vez aliado con los redarios, avanzó sobre Lusacia con dos columnas del ejército y contra el nuevo reino. Mieszko I, al igual que sus súbditos todavía paganos, era un objetivo atrayente para la «misión», sobre todo cuando en la Marca Septentrional de Gerón existían ya desde 948 los obispados de Brandemburgo y Havelberg. Mieszko sufrió dos graves derrotas «con enorme violencia» (Widukind) entre el Oder y la margen derecha del Warthe, su hermano fue asesinado, el país saqueado y él mismo se vio forzado a pagar tributo y a reconocer la soberanía germana. Widukind habla de «suprema servidumbre» *(ultimam servitutem).* El curso de la historia polaca quedó así marcado durante décadas.[38]

166

Muy probablemente Boleslao I de Bohemia avanzó a la vez que Gerón sobre el flanco sur de Polonia y se adueñó de Cracovia. Pero en 965 (o 966) Mieszko casó con una hija de Boleslao, la cristiana Dobrawa (Dubravka), y el año siguiente fue una fecha importante pues se hizo romano-católico. Siguieron los misioneros checos, que pronto hicieron pie y en la primera fase de evangelización de Polonia probablemente también trabaron allí clérigos bávaros. Porque cuando Mieszko se hizo bautizar obligó también a su pueblo a hacerlo, y esta «revolución desde arriba» se repitió dos décadas después en la cristianización de Rusia. La fábula del portero del cielo ejerció también en el este su efecto mágico. Un año después de la muerte del matarife y peregrino romano Gerón (20 de mayo de 965) Polonia se hizo cristiana bajo el patrocinio de san Pedro. Mieszko I la puso bajo la «protección» del papa y difícilmente habrá un país al que los papas hayan traicionado tan de continuo y tan sin escrúpulos como la Polonia que desde hace un milenio les ha estado sumisa de forma inquebrantable.

Ya en 968 se fundó un obispado en Posen, siendo su primer obispo el alemán Jordan, al que sucedió otro alemán: Unger. Y Mieszko, que en contra de la prescripción eclesiástica tras la muerte de su primera mujer (977) desposó a la monja Oda del monasterio de Calbe, hija del margrave Thiedrich de la Marca del Norte, se convirtió entonces en paladín del cristianismo en el frente septentrional, pagano

[38] Thietm. 2,14: 2,29. Widukind 3,66s. LMA I 476, VI 616, 2125, VII 52s. 880s. HEG I 905ss. HKG III/l, 262s. Hauptmann, Die Frühzeit 322s. Holtzmann, Geschichte I 180ss. Ketrzynski. The Introduction 16. Halecki 19s. Hensel 236ss.

gozando en sus ofensivas contra los gentiles de la fervorosa asistencia de los cristianos de Bohemia.[39]

Pero en los planes misionales de Otón I entraba también Rusia, aunque el empeño fue vano.

Santa Olga (fallecida en 969)

167

El reino de Kiev (907-1169), denominado progresivamente desde finales del siglo x como el reino de «Rus» (un nombre que apunta al territorio de Roden, hoy Roslag, en la Suecia central) fue la primera institución soberana entre el Bático y el mar Negro y una creación de los vikingos suecos (que se denominaban varegos) y, de manera más precisa, una obra de la dinastía vikinga de los Riuríkidas (que sólo desapareció en 1598) con sus seguidores normandos. El nuevo «Estado», el primero ruso, tuvo en consecuencia un origen sueco y debió su prosperidad sobre todo al comercio con Bizancio. Y más allá del comercio (no sólo con mercancías) se establecieron además lazos muy estrechos, como veremos enseguida.

Hacia 945 el príncipe Igor de Kiev fue derrotado por los drevlianos. La tribu eslava oriental, sujeta a tributo por el principado desde hacía medio siglo, había intentado ya repetidas veces sacudirse la pesada carga y con la muerte de Igor también había logrado una independencia transitoria. Mas cuando su viuda, la gran duquesa Olga (en escandinavo y en griego Helga), venerada como santa por la Iglesia ortodoxa (su fiesta es el 11 de julio), asumió hacia 945 la regencia en nombre de su hijo pequeño Sviatoslav, vengó con toda crueldad la muerte de su marido.

Según la «Crónica Nestor» *(Povest vremennych, Relato de los años pasados)* —un famoso monumento de la antigua cronística rusa, escrito a comienzos del siglo XII— , Olga mandó eliminar dos embajadas de los drevlianos, a cuyos «mejores hombres» la primera vez los hizo enterrar vivos y la segunda los hizo quemar y más tarde ordenó rematar a hachazos a 5.000 personas beodas. Sin duda que esto es fabuloso y exagerado. Pero la princesa —que, como se cantaba en una canción antigua, precedía al país cristiano «como la aurora al sol, como el alba a la luz del día»-hacia el 950 había exterminado de hecho a una parte notable de la nobleza enemiga, había incendiado diversos burgos de los drevlianos, cuyo territorio acabó anexionándose, y en 955 o 957 se hizo bautizar en Kiev o en Constantinopla, en un acto de escasa o ninguna motivación religiosa, pero que debió de aumentar su prestigio político dentro y fuera de las fronteras.

Según Thietmar de Merseburg ya a comienzos del siglo XI Kiev tenía «más de 400 iglesias y ocho mercados» *(mercatus)*. Fue la ciudad rusa más populosa de la Edad Media: en el siglo XIII con aproximadamente 40.000 habitantes antes del ciclón de los mongoles, que avanzaban con la conciencia de ser emisarios de Dios, y después con unos 2.000.

Cuando en 957 santa Olga viajó a la ciudad imperial del Bósforo, no sólo llevaba

[39] Thietm. 4,55. Hauptmann, Die Frühzeit 323s. Holtzmann, Geschichte I 198s. Kossmann 452s. Mayer, Mitlelalterliche Studien 66. Bosl, Europa 236. Rice 155. Rhode 11.

un sacerdote en su séquito sino también muchos mercaderes, lo que no deja de sorprender. Y dos años más tarde aprovechó el cambio de emperador en Bizancio, tras la muerte de Constantino VII Porphyrogennetos, tan relevante en la historia de la cultura como de la Iglesia, para establecer un contacto directo con el oeste. El año 959 solicitó del rey Otón I sacerdotes ¡y sobre todo relaciones comerciales!

168 Pero el monje Libucio de Maguncia, consagrado rápidamente como obispo misionero, murió antes de emprender el viaje. Y el que entonces envió Otón a Kiev para «obispo de los rusos» —el cual había sido primero monje en Tréveris, después abad de Weissenburg y finalmente, en 968, el primer arzobispo de Magdeburgo— regresó fracasado en 962 y, no sin suerte después de todo, habiendo sido expulsado por cristianos hostiles o por una reacción pagana; en el trayecto cayeron varios viajeros. Olga a su vez había relevado a su hijo Sviatoslav, un temerario espadón pagano, y después llamó a Rusia —con una decisión de importancia para la historia universal— no a misioneros occidentales sino bizantinos. Bajo Vladimir de Kiev y con su bautismo en 888-889 se dio el giro definitivo hacia el círculo cultural bizantino, al que en definitiva volverá la aspiración de Moscú a convertirse en «la tercera Roma».[40]

San Vladimir, «el grande e igual a los apóstoles»

El nieto de santa Olga, Vladimir el Santo (980-1015) —como a santo se le venera en la Iglesia ortodoxa de Rus desde el siglo XIII—, empezó por disputar el trono y la soberanía a su hermano Jaropolk luchando con tropas varegas reclutadas en Suecia, según testimonio de sus coetáneos. Para ello exterminó a la familia escandinava que reinaba en Polozk, sobre el Duina, y a Rogneda, la hija superviviente, la obligó por la fuerza a casarse con él; lo que revela un sentido muy fino. Después logró con artimañas adueñarse de Kiev e hizo matar a su hermano Jaropolk. Y cuando sus secuaces del norte quisieron que se les pagase, parece ser, según una fuente antigua, que los encaminó hacia la rica Bizancio no sin antes haber avisado al emperador.

El santo encadenó guerra tras guerra y extorsionó a todos los pueblos sometidos con tributos insoportables. En 981-982 sometió a los wiatitas, en 984 a los radimitas y en el ínterin, en 983, atacó a los jadwigos (o sudauos), un pueblo báltico en el territorio de población prusiana. Ocupó un territorio, que en el siglo XIII la Orden Teutónica convirtió en «el gran desierto», en el que hasta los jadwigos desaparecieron de la historia.

Algunos años después de su ataque al oeste, donde Vladimir además de atacar a Polonia sometió ya a su dominio las fortalezas servénicas entre el alto San y el Bug superior, salvó en el sur al emperador Basileios II *(Bulgaroktónos,* «el matador de

[40] Thietm. 8,32. Según este cronista, ibíd., la población de Kicv estaba formada principalmente por «daneses (danis) avezados a la lucha». Adalb. cont. Regin. 959; 961. dtv vol. 15. 296. LMA I 98s. III 1121ss. 1130s. 1398s. V 1121ss. especialmente 1123s. VI 756s. 1395s. VII 137s. 880s. 1112s. HEG I 694,842, 925ss. 989ss. HKG III/l 275ss. Benz 12s. Ammann 12, Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 163s. Riché, Die Karolinger 313. Beumann, Otto der Grosse 68s. Schreiner, Byzanz 143. Poppe 271ss. Blum 15s. Janin/Sedov/Tolocko 203ss.

búlgaros», 976-1025) de una gran calamidad interna. En medio de la lucha que enfrentaba a las familias de los magnates y que duraba ya muchos años Vladimir envió una tropa de mercenarios, la druzina varego-rusa, que inclinó la victoria del lado de Basileios.

169

Pero la acción del santo llegó más lejos: dicha victoria permitió indirectamente al emperador su triunfo más grande. En 1014, al término de la guerra singularmente brutal contra los búlgaros, que se prolongó quince años, la Majestad cristiana hizo sacar los ojos en Strymontal se supone que a 14.000 soldados —solo uno de cada cien conservó un ojo-¡para después devolver a los ciegos al zar búlgaro Samuel!

Por lo demás Vladimir el Santo solicitó para su protección contra los enemigos del emperador en Bizancio la mano de la nobilísima («nacida entre la púrpura») princesa Ana, hermana del emperador. Y como la corte vacilase en cumplir la promesa en favor del «príncipe bárbaro», en abril de 988 emprendió una campaña contra el Quersoneso, la colonia bizantina más importante en la ribera septentrional del mar Negro (enteramente destruida poco después de 1500 y hoy puro desierto). Se apoderó de la ciudad gracias a la traición del sacerdote Anastasio, a quien recompensó haciéndole prelado de la Iglesia de Kiev y obtuvo también entonces la mano de la princesa bizantina «nacida en Porphyra (el palacio imperial)»; lo que ni siquiera Otón «el Grande» había conseguido para su hijo y coemperador.

Cierto que también la nacida entre la púrpura reclamó su precio. Y Vladimir de Kiev —según el manual católico de historia de la Iglesia— «hubo a cambio de hacerse bautizar» y después obligó al pueblo de Kiev, que lamentaba la pérdida de sus dioses —una vez más la «típica "revolución desde arriba"» (Hösch)—, a bautizarse masivamente en el Dniéper, quizá en el verano de 988.

¡No se hace uno santo en vano, ni en la Iglesia romana ni en la Iglesia ortodoxa!

Así, el primer gran príncipe de Rusia, en cuya historia resplandece con el sobrenombre de «el Grande e igual a los apóstoles», es venerado también en la Iglesia griega-unida, ¡y ciertamente que con el beneplácito de la sede papal!

Finalmente Vladimir destacó de múltiples modos: por la traición y el asesinato, por el fratricidio, por numerosas y sangrientas expediciones de conquista y de esclavizamientos, por la construcción de iglesias, burgos y fortalezas según las últimas técnicas bélicas y también por la destrucción de todos los ídolos y templos paganos de su reino.

En efecto, inmediatamente después de su vuelta del Quersoneso había declarado la guerra al paganismo, que a los comienzos de su reinado todavía cultivaba celosamente incluso según parece con sacrificios humanos, como la muerte sacrificial de un joven varego cristiano. Así, la imagen del dios Perun, la más eminente de las divinidades rusas y polacas a la vez que el señor de todo el mundo, cuyo culto principal se celebraba en Kiev con el fuego perpetuo que ardía ante él, era la que pocos años antes el propio Vladimir había tributado nuevos honores y que ahora fue atada a la cola de un caballo, arrastrada y arrojada al Dniéper. Destruyó también los demás ídolos y poco a poco asoló los lugares sagrados de los antiguos fieles a lo largo y ancho de Rusia a la vez que los reemplazaba por iglesias.

170

¿Qué ocurrió allí para que el santo, el grande e igual a los apóstoles, fuese siempre una sátiro rijoso?

Realmente Vladimir, que residía en un palacio en el que se supone que vivían al menos setecientas personas, debió de haber sido antes de su conversión un libertino obsesionado por las mujeres. Tal es la presentación que hace la «Chronica Nestor», redactada varias veces y enormemente tendenciosa. En ella se dice que «fue insaciable en el placer, haciendo que le llevasen mujeres y doncellas para deshonrarlas, pues era un enamorado del sexo femenino como Salomón». Además de las cinco mujeres legítimas parece que en Wyschegorod, Bielgorod y Berestov tuvo varios harenes con un total de ochocientas concubinas de todos los pueblos vecinos... Un catador fino y masivo, que «siguió practicando la poligamia incluso después del bautismo» (Wetzer/Welte); un «libertino», de quien el obispo Thietmar de Merseburg afirma: «Para excitar aún más su innata disposición al pecado, el rey llevaba una faja estimulante ceñida a los riñones». Y después de haber llevado una larga vida de santidad, en 1015 fue enterrado al lado de su esposa Ana, la nacida entre la púrpura, en medio de la iglesia de la Madre de Dios de Kiev, construida por él mismo y que más tarde se llamó *desjatinnaja cerkov',* la «iglesia décima».[41]

A la muerte de Vladimir, el 15 de julio de 1015, de nuevo estallaron las luchas por la sucesión, en las que pronto murieron sus hijos menores Boris y Gleb (que fueron canonizados en 1072). La tradición hagiográfica atribuye la acción sangrienta a su hermano mayor, el heredero al trono Sviatopolk: «Como autor del asesinato de ambos entra también en cuenta el triunfador de los enfrentamientos, Jaroslav I» (A. Poppe); es decir, «el Sabio», otro hijo de Vladimir el Santo, muy querido entre el clero por sus grandes actividades en política eclesiástica. Jaroslav, por lo demás, no logró imponerse hasta 1036, tras dos décadas de continuas disputas con sus parientes. Y después de su desaparición (1054) sus hijos y nietos de nuevo se enzarzaron en luchas por el poder. Las guerras fratricidas nunca cesaron. Y esto pese al juramento que ligaba a los príncipes pactantes, reforzado aún más por la ceremonia eclesiástica del beso de la cruz. En los 170 años después de la muerte de Jaroslav el Sabio se contaron no menos de 83 guerras civiles y 62 guerras con otros pueblos, llevadas a cabo por el reino de Kiev.

La semilla cristiana floreció cada vez más vigorosa.

Mas, para decirlo con el obispo Thietmar, *«quia nunc paululum declinavi, redeam...* como me he desviado un poco, volveré ahora al asunto».[42]

171

Ya antes de su desgraciado *intermezzo* en Kiev, Otón había sometido los obispados jutlándicos de Schleswig, Ribe y Aarhus al arzobipo Adaldag de Hamburgo-Bremen, sucesor de Unni. Todo ello ocurría en Dinamarca, donde el rey Haroldo Dienteazul todavía era pagano, donde actuaba el margrave Hermann Billung y donde las luchas fronterizas eran frecuentes. Otón pretendía fortalecer así la influencia alemana en el norte y dar un impulso enérgico a la expansión del dominio eclesiástico.

Los esfuerzos «misioneros» por aquellas regiones celestiales volvieron ciertamente a potenciarse mucho más.

---

[41] Thietm. 7,43s. Wetzer/Welte IX 457ss. LMA 11522. II 459s. 1794ss. (se menciona el año 989 como el de la campaña contra Cherson) III 768 ss especialmente 771ss. V 267, 306. 1124 (Hosch). VII 137s. HEG I 841ss, 929ss. 992. Rice 155. Vernadsky 286s. Jirecek I 141. Ammann 15, 21, Hellmann, Slawisches, insbesondere ostsl. 264s. Blum 21s.

[42] Thietm. 7,75. LMA II 459s. V 306 (A. Poppe). Hellmann, Slawisches, insbes. ostsl. 266s. Ammann 23.

Política escandinava: ¿Guerra y negocio por amor de Dios?

En el marco de la política carolingia sobre Escandinavia dos habían sido en los comienzos los anunciadores de la salvación, que desplegaron una actividad destacada.

El año 823 apareció en escena el verdadero iniciador de la buena nueva entre los daneses: el arzobispo Ebón de Reims, nombrado por el papa Pascual I legado del norte. Se trataba de un afortunado oportunista, que repetidas veces había cambiado de frente político en la mejor tradición clerizonte y que además había falsificado en su favor un escrito papal.

Tres años después el rey danés Haroldo Klak se hizo bautizar con su séquito en el palacio de Luis el Piadoso en Ingelheim para obtener la protección del emperador. En su viaje de regreso a Dinamarca se llevó consigo al monje y misionero Ansgar, que habiendo quedado huérfano muy pronto había sido acogido en el monasterio de Corbie. El monje iba bien provisto «de altar portátil y de reliquias» (Walterscheid). Pero apenas se detuvo allí, sino que enseguida se estableció en el condado de Rüstingen en Frisonia que se le había conferido. Después, en 831, cuando en la dieta imperial de Diedenhofen fundó Luis el obispado de Hamburgo como diócesis misionera para daneses, suecos y eslavos del este, nombró obispo de la misma al monje Ansgar. En 831-832 el papa Gregorio IV —como su predecesor Pascual I hiciera con Ebón— le confirió la «jurisdicción misional» secundando entonces Ebón la labor de Ansgar. Pero a los pocos años el arzobipo Ebón —distinguido precisamente por el papa como legado con «autoridad» sobre el otro legado, el santo Ansgar— a menudo durmió en la cárcel y repetidas veces en las del monasterio de Fulda, de Lisieux y de Fleury. Cierto que en ese tiempo Ansgar fue arzobispo; pero la fuerza de choque del imperio franco se fue debilitando cada vez más, especialmente durante los últimos años de Luis.

En 845 los vikingos daneses habían asaltado Hamburgo, habían pegado fuego a la catedral, al monasterio (que en 964 serviría como prisión del papa Benedicto V), la biblioteca y buena parte de la ciudad y habían robado los tesoros de las iglesias. Pero Ansgar, el «apóstol de los vikingos» (Walterscheid), que apenas pudo escapar con algunas venerables reliquias, se consoló con Job: « El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó», y con la «piadosa matrona Ikia», que acogió al fugitivo en su finca. Fue nombrado obispo de la diócesis de Bremen (vacante desde 845), la nueva base misionera, pero sufragánea de Colonia, por lo que durante años se sucedieron las graves disputas con el arzobispo Günther (desde 850).

De Bremen surgieron algunos puntos de apoyo eclesiásticos, aunque muy modestos. Así, en Haithabu (Hedeby), un centro importante de exportación/importación en el norte de Schleswig —Holstein, donde el santo Ansgar —de quien Luis el Piadoso se sirvió repetidas veces como embajador— levantó con permiso del rey Horik I una iglesia, «que convirtió la plaza comercial en la meta preferida de los mercaderes cristianos...» (Radtke); en Ribe (Ripen), la ciudad más antigua de Dinamarca y (ya desde comienzos del siglo VIII) dedicada asimismo por entero al comercio y presumiblemente también a la acuñación de moneda; y quizá en

Birka, rico centro comercial sueco, relativamente grande, que el rey visitaba a menudo, con extensas conexiones (por lo general relacionadas con mercancías de lujo, que ocupan poco espacio y proporcionan mucha ganancia) sobre todo con Europa occidental, aunque también con Rusia, Bizancio y el califato de Bagdad.

Significativamente todos importantes centros comerciales, porque tanto la guerra como el capital han estado estrechamente vinculados a la historia de la salvación... hasta hoy. «Por lo que hace a la posición de Birka es sintomático que la misión cristiana —siguiendo las principales rutas comerciales— se estableciese precisamente en el único asentamiento semiurbano y relativamente poblado de Suecia y que allí obtuviera unos primeros éxitos, aunque transitorios» (H. Ehrhardt).

Y sintomático también que los daneses, cuyo reino existía desde aproximadamente el 800 y que comprendía Jutlandía, las islas y tres regiones del sur de Suecia, no quisieran saber nada del cristianismo. Todavía dos décadas después del bautismo del rey Haroldo Klak, *anno domini* 847, sólo había en la propia diócesis de Ansgar cuatro baptisterios. ¡Y el santo arzobispo Ansgar hubo de comprar alumnos daneses para sus escuelas misionales! ¿Y por qué no? Ya dos siglos y medio antes el santo papa Gregorio I Magno, doctor de la Iglesia, había comprado muchachos esclavos para los monasterios romanos. La Europa cristiana también envió durante largo tiempo y sin escrúpulos esclavos a los países orientales. Junto al poder actúa a la vez el negocio, que es una parte del poder. ¿Y no aprovecha a la fe, a los creyentes, y no se actúa también y precisamente por amor de Dios?[43]

173

Al final la misión escandinava desapareció por completo. Se prohibió simplemente el paso al cristianismo. En toda Dinamarca no hubo ya ninguna iglesia; y en Suecia, donde la población expulsó ya mucho antes al obispo, durante años no hubo ningún clérigo cristiano. (Aunque en aquella época nunca había habido en Suecia más de un sacerdote.) Se pensó incluso —y no sólo una vez— en suprimir el arzobispado de Hamburgo.

Pero en el siglo x empezó de nuevo la predicación del cristianismo en el norte, interviniendo también misioneros ingleses. Curiosamente, sin embargo, sólo después de que de nuevo abriese brecha la espada. Incluso el Manual católico de Historia de la Iglesia reconoce: «La campaña victoriosa de Enrique I contra el rey Gnupa de Jutlandia meridional había abierto en 934 la puerta a los predicadores alemanes». El sometido Gnupa, rey de los vikingos de Haithabu, que poco después cayó combatiendo contra el rey pagano Gorm de Jutlandia, hubo entonces de «llevar el yugo de Cristo» (Thietmar) y pagar tributo, que era lo más importante. Y ya al año siguiente Unni, nombrado arzobispo de Hamburgo por Conrado, antecesor de Enrique, poco antes de su muerte en contra de la elección del clero, marchó a Dinamarca con el beneplácito del rey; pero en toda su vida pudo hacer cristiano a Gorm, que combatía contra los alemanes. Tuvo sí pequeños éxitos en las islas danesas antes de continuar viaje a Suecia, donde en septiembre de 936 murió en Birka, inmediatamente antes de su regreso a Hamburgo.

La predicación cristiana tal vez la toleró entonces en Dinamarca Gorm el Viejo,

[43] Wetzer/Welte I 270s. LThK II 471s. 13 715s. Kelly 115, 118 LMA I 690, II 220ss. (H. Ehrhardt), III 499, 1527, IV 1865 ss (Ch. Radtkc), 1883ss. 1928, VII 804. HEG I 953. Hauck II 698ss. Walterscheid 87ss. Stratmann, Das Recht der Erzbischofsweihe 67s. Haendler 119ss. Friedmann 194s. 198.

enemigo de los cristianos, que da nombre a la primera dinastía danesa fechable: la denominada dinastía Jelling, a la que pertenecieron los reyes siguientes hasta 1375. Y bajo su hijo Haroldo Dienteazul (Blatand), Gormsson (936-hacia 987) empieza la evangelización oficial de los daneses aproximadamente después de 960, cuando Haroldo se hizo bautizar, «con toda probabilidad por presión política del lado alemán» (Skovgaard-Petersen). El acontecimiento lo recuerdan algunos de los testimonios arqueológicos más notables de la Alta Edad Media danesa en Jelling (en la costa oriental de Jutlandia, cerca de Veile), y entre otros la «gran» piedra rúnica erigida por Haroldo Dienteazul. Además de una inscripción conmemorativa de su padre Gorm y de su madre Thorwi, contiene la autodcnominación de Haroldo, «que ganó para sí toda Dinamarca y Noruega y que hizo cristianos a los daneses».[44]

Mucho más éxito que Unni tuvo su sucesor en Hamburgo, el arzobispo Adaldag (937-988).

174

El descendiente de una ilustre familia sajona, que empezó trabajando en la capilla de Enrique I y después como canciller de Otón I, estaba familiarizado con la vida cortesana, pero también como arzobispo siguió ejerciendo una fuerte influencia en la política imperial y eclesiástica otomana. Especialmente fomentó como ningún otro los planes de Otón en el norte. En 947-948 su obispado superó las fronteras alemanas con Dinamarca mediante la creación de las tres diócesis que le estuvieron sometidas, sitas en las ciudades portuarias de Haithabu (Schleswig), Ribe y Aarhus, y a las que el rey favoreció generosamente.

Por primera vez los arzobispos de Hamburgo tenían así sufragáneos. En este caso fue el papa Formoso el que en tiempos decidió que Bremen debía volver a la federación diocesana de la archidiócesis de Colonia, a la que antes había pertenecido. Llegaron con ello las reclamaciones del arzobispo Wicfrido de Colonia, que enseguida reivindicó Bremen. Pero el arzobispo Adaldag no quiso aceptarlo mediante el envío de sacerdotes y mediante la construcción de iglesias por parte de los celosos heraldos de la buena nueva en el norte. Y como apenas tenía escrúpulos, nombró abadesa por ejemplo a la hija del conde Enrique de Stade (abuelo del obispo Thietmar), una muchacha que apenas había cumplido los doce años. Asimismo, habiendo sido en tiempos redactor y escribano de documentos reales, fabricó también una serie de diplomas falsos... Y fue bendecido por el Señor. No sólo se sometió a su jurisdicción en 968 el obispado de Oldenburg en Holstein oriental, con lo que se inició el régimen eclesiástico planeado desde largo tiempo atrás para el territorio obodrita, sino que pudo también afianzar su posición gracias sobre todo a la independencia definitiva respecto del rival de Colonia. En resumidas cuentas el falsificador elevó «notablemente el prestigio del arzobispado durante su largo y eficaz gobierno» *(Lexikon für Theologie und Kirche).*

Las tres nuevas sedes episcopales del norte es verdad que se encontraban todas en territorio danés; pero no estaban muy alejadas del imperio. Y naturalmente sus titulares Hored, Liafdag y Rcginbrand, sufragáneos de Adaldag, debieron de extender su influencia sobre todo en las islas, en Fünen, Seeland y Schonen (que desde hacía

[44] Thietm. 1,17. Adam von Bremen, Gesta Hammaburgens. eccl. pontif. 1,56; 1.59. Amplia información sobre la conversión del rey danés Harald en: Ermoldus Nigellus. Carmen IV v.6Ü6ss. (Poet. lat. aevi Carol. II 75). LMA III502 (Skovgaard-Petersen), IV 1561.1929. V 348. HKG III/l, 264. HEG 1675,953s. Hauck II 706ss. III 80ss.

largo tiempo pertenecía a Dinamarca y que sólo en 1658 pasó a Suecia). Los nuevos obispos misioneros estaban expresamente obligados a trabajar para la conversión de los daneses insulares. Se trataba en efecto de una expansión, de una toma de posesión. En consecuencia aquellos prelados debieron de «aparecer a los ojos de sus diocesanos como avanzadillas enemigas en el propio país. Y eso es lo que sin duda tenían que ser según el plan de Otón» (A. Hauck).[45]

Los daneses se enardecieron por el cristianismo tan escasamente como los eslavos en el este. Al parecer se había logrado bastante cuando los particulares no consideraron el ídolo cristiano inferior a sus propios dioses. Pero incluso tales «éxitos» sólo se alcanzaron a la sombra de las espadas alemanas. Y cuando Haroldo Dienteazul aprovechó las feroces luchas por el poder, que estallaron en Noruega a la muerte del rey Haroldo el de la Hermosa Cabellera (hacia 930, fue el primer soberano único sobre toda Noruega), para organizar una expedición militar con la que puso a Noruega meridional bajo control danés. Y entonces entraron también en acción los «mensajeros de la fe» cristiana. Exactamente igual que había ocurrido tras la victoria del emperador Enrique I sobre los daneses en Dinamarca.

175

La actividad de los señores feudales eclesiásticos y de sus misioneros, su instalación primero en el país y después en las almas de los prepotentes, de los violentos, tuvo enorme importancia para la realeza. Siempre que Otón golpeó, siempre que emprendió una campaña contra daneses, eslavos y húngaros y se afianzó militarmente, siempre echó raíces mediante la Iglesia, siempre creó «en los territorios arrebatados a los mismos obispados y monasterios como puntos de apoyo de su poder» (Kosminski).

Así, en 948 surgieron en territorio danés los obispados de Schleswig, Ribe y Aarhus; ese mismo año, y antes de la evangelización de aquellos territorios, se crearon los obispados eslavos de Brandemburgo y Havelberg, que obtuvo el arzobispo de Maguncia, así como el de Oldenburg, que quedó sujeto al arzobispo Adaldag de Hamburgo-Bremen. Con la fundación del arzobispado de Magdeburgo en 968 se crearon las diócesis de Merseburg, Zeitz y Misnia, y finalmente en 973, año de la muerte de Otón, el obispado de Praga.

Primero el puñetazo militar, después la misión y finalmente la «anexión» estatal. El manifiesto objetivo final de Otón «el Grande» respecto de todos los territorios conquistados era «incorporarlos al imperio alemán, primero en el plano eclesiástico y después en el político, como había sido ya la práctica carolingia» (Brackmann). Pero fue precisamente la estrecha colaboración con el clero, el compadreo de trono y altar en el negocio tan ordinario como sangriento del saqueo, lo que dio a los ataques y abusos otonianos el viso de lo numinoso, la consagración superior, la complacencia divina. O, según se escribe con labia experta, la «misión como elemento» de esa política, la propagación de la fe entre los paganos, el «deber más sublime del emperador», podía «sublimar aún más el prestigio de Otón y su posición de aspirante al cesarismo» (Hlawitschka).[46]

---

[45] VI 1257, 1391. HKG III/l, 264. Hauck II 708ss. III 93s. 99ss (aquí con referencias bibliográficas).

[46] LMA IV 1930. Kominski/Skaskin I 127. Brackmann. Gesammelte Aufsätze 31. Hlawitschka, Kaiser Otto I. 134s. Para la fundación del obispado de Meissen (Misnia) 77ss. especialmente 81ss. Acerca de la realeza «sagrada» también en la edad moderna véase el importante estudio de G. Feeley-Harnik, Hcrrscherkunst 195ss.

Sublimar... Y la aspiración de Otón a lo más alto en el ámbito civil necesitaba naturalmente de lo más alto en el ámbito clerical, de lo más augusto, de lo más sublime, del papado de Roma.

176

Se anuncia la «edad tenebrosa»

¡Como si en su conjunto y aisladamente no hubiera habido edades tenebrosas! Al menos también tenebrosas. Sobre todo tenebrosas. Pero especialmente la época desde finales del siglo IX hasta mediados del siglo XI ha venido en llamarse *«saeculum obscurum».*

Sin embargo, otras épocas —y nunca insistiremos lo bastante en ello—, en las que Roma fue incomparablemente más poderosa y por lo mismo incomparablemente más peligrosa, fueron de hecho mucho más tenebrosas para muchos pueblos. Tales fueron, por ejemplo, la época de las cruzadas y el propio siglo XX. en el que el papado fue el corresponsable de dos guerras mundiales que fomentó intensamente al igual que las formas de actuación fascista en su conjunto. (También habría que recordar aquí su asistencia en la guerra del Vietnam, su caldeamiento del conflicto balcánico, y no sólo del más reciente. Precisamente ahora, cuando escribo esto, aparece un diario alemán con grandes titulares: «El Papa llama a la guerra».)

Pero Franzen, historiador católico de la Iglesia, sugiere que ¡sólo la nobleza fue la causante de aquella tenebrosa época medieval!

«Únicamente a ella corresponde la responsabilidad de la triste situación, porque el papa estuvo indefenso en sus manos desde que no hubo emperador.»

La nobleza como el chivo expiatorio, y una vez más el papado se salva. Así aparece en una historia de la Iglesia de la Editorial Herder, que «tiene por entero en cuenta e incorpora los conocimientos más recientes de la investigación científica, los cuales han cambiado en parte de manera muy notable la conciencia histórica y teológica de nuestro tiempo...». ¿Los conocimientos más recientes? *Esencialmente* son siempre los mismos pobres y viejos subterfugios apologéticos. Se trataba además de un papado que, como Franzen lamenta, «se había hundido y reducido a un obispado territorial ordinario», *a priori* mucho más inofensivo que uno de importancia universal.

El pobre papado. Inocente como siempre. Simple víctima de la «nobleza salvaje y ambiciosa» (aunque se trataba de una nobleza cristiana por entero y por entero romano-católica) «desde que ya no había emperador...». ¿Quiere, pues, decirse que los soberanos del *«saeculum obscurum»,* los Otones y Salios, no eran emperadores?

¿No gobernaba un santo que se llamaba Enrique II? (El cual por cierto guerreó tres veces contra la ya buena católica Polonia ¡y combatiendo además en el bando de los liutizos paganos!) El papado «indefenso en sus manos...». ¿Y cuando ya no estuvo indefenso y se convirtió en una potencia mundana «universal» y fuerte, cada vez más fuerte? Entonces luchó contra los emperadores por el dominio del mundo, haciéndose cien veces más peligrosa y mortífera. Y desde luego «mortífera»,no porque algunos de sus representantes se matasen entre sí, ¡mortífera porque hizo aniquilar a pueblos enteros! Como cuando se gritaba «¡Dios lo quiere!» en la Edad Media, en

1914, en 1941. Y desde entonces una y otra vez.[47]

177

Pero ¿qué ocurría en Roma en tiempo de los Carolingios, los Otones y los Salios?

La turbulencia de aquellos años y la anarquía de las disputas partidistas internas permiten entender la falta de documentos. Es mucho lo que ignoramos de no pocos papas. De algunos todavía no nos consta hoy si fueron legítimos o no. A varios de ellos se les tiene hoy por antipapas, aunque pasan generalmente por legítimos. El monje romano Felipe renunció el mismo día de su elección, el 31 de julio de 768, y voluntariamente regresó al monasterio. El diácono Juan gobernó justo una hora en enero de 844. León VIII gobernó desde 963 hasta 965; pero de mayo a junio del 964 también gobernó Benedicto V, y ambos pasan por legítimos. Por otra parte, al papa Cristóforo, que el año 903 metió en la cárcel y torturó a su inmediato predecesor, León V, tras sólo treinta días de pontificado, hoy ya no se le tiene por papa legítimo aunque así se le consideró durante toda la Edad Media. Por lo demás también el papa Cristóforo pronto dio con sus huesos en la mazmorra, donde su sucesor el papa Sergio III lo estranguló al igual que a su predecesor León V [48]

No pocos papas pasaron por la cárcel de forma transitoria o duradera. Así Esteban VI, que fue estrangulado en ella en 897; Juan X, que en 929 fue asfixiado con un cojín en el calabozo de la fortaleza del Ángel; Benedicto VI, a quien su sucesor, el papa Bonifacio VII, hizo ahorcar allí en 974 por mano del sacerdote Esteban; Juan XIV, que en el mismo Castel Sant'Angelo murió de hambre o envenenado; y Esteban VIII, que horriblemente mutilado sucumbió en la cárcel a sus lesiones en 942. Y entre rejas estuvieron también los papas Benedicto III (m. 858), Juan XI (m. 936) y Benedicto X (m. después de 1073).

En un monasterio encerraron a Constantino II, a quien sacaron los ojos, a Benedicto X, a Cristóforo y a Juan XVI Philagathós, al que asimismo cegaron mutilándole brutalmente nariz, lengua, labios y manos y después lo llevaron por las calles de Roma en una procesión burlesca.

Benedicto V fue desterrado a Hamburgo, donde murió poco después, y Gregorio VI a Colonia, donde también él murió pronto.

¡Y con cuánta frecuencia no se excomulgaron unos a otros! El papa Juan XII excomulgó en 964 a León VIII, que había escapado; el año 974 lo hizo Benedicto VII con el fugitivo Bonifacio VIL El episcopado del imperio anatematizó a Juan XVI y el sínodo de Sulri hizo lo mismo en 1059 con Benedicto X. Los papas Alejandro II y Honorio II se excomulgaron recíprocamente y León IX excomulgó a Benedicto IX (era sobrino de dos papas anteriores y fue el único papa que de facto ejerció sucesivamente tres veces el sagrado ministerio). Y Benedicto IX excomulgó a su vez a Silvestre III, al que expulsó ignominiosamente de Roma, como antes había sido expulsado él mismo. De todo lo cual cabría suponer en el Espíritu Santo una personalidad bastante confusa.[49]

---

[47] Franzen, Kleine Kirchengeshichte 165. Abendzeitung München, 24. Juli 1995. Véase para el siglo xx: Deschner, Die Politik der Päpste I u. II *passim,* así como Deschner/Petrovic, Weltkrieg der Religionen 261ss. Umeljic/?í7.v57'm Dokumentation 281ss.

[48] LP l,470s. JW 1,284. LP 2,86s. JW 1,327. LP 2,246ss. JW 1,466ss. LP 2,251 JW 1, 469ss. LP 2,234 JW l,444s. Zimmermann, Papstabselzungen 158ss.

[49] LP 2,251, JW l,469s. LP 2,229 JW l,439s. 2,705. LP 2,240s. JW l,449ss. 2,706. LP 2,255ss. JW l,477ss. 2.707. LP 2,259 JW l,484s. LP 2,243 JW l,454s. LP 2,244 JW l,457s. LP 2,140ss. JW l,235s. LP 2,279 JW

178

El papa Sergio III, asesino de dos papas

Benedicto IV había fallecido en el verano de 903. Según conjeturas, que por lo demás no se apoyan en ninguna de las fuentes coetáneas, lo hizo eliminar Berengario I, rey de Italia. Sus dos sucesores apenas le sobrevivieron unos meses. El papa León V, que sólo reinó en agosto de 903, fue encerrado en la cárcel por su sucesor, el cardenal Cristóforo. Pero el propio Cristóforo (903-904) sólo pudo ocupar la santa sede hasta el año siguiente. Entonces lo suplantó Sergio III (904-911), un aristócrata romano que antes había sido antipapa contra Juan IX y que poco después de haber tomado posesión del cargo en Letrán fue depuesto, condenado y desterrado por Juan. Con el apoyo del partido de los antiformosianos y del duque Alberico I de Spoleto, Sergio avanzó sobre Roma con una banda armada, se hizo nombrar papa, mandó poner entre rejas a Cristóforo en una cabalozo monacal así como a la propia víctima de éste, León V. Con todo lo cual en sólo ocho años habían desaparecido ocho papas de la escena sagrada.

Después de haber expulsado o eliminado a los cardenales que le eran hostiles, Sergio consiguió por fin, tras siete años de destierro, el objetivo tan largamente perseguido y de inmediato hizo estrangular en la cárcel a sus dos predecesores, León V y Cristóforo, supuestamente por compasión. Mas pese a sus sentimientos de pesar hacia sus colegas fallecidos Sergio no careció de energía y durante siete años ocupó la silla bien caliente.

También gustó este papa de la exactitud burocrática, exigiendo que todo se hiciese con orden. Y así dató su pontificado según un primer período ministerial aunque corto, que apenas si consistió en algo más que su entrada en Letrán en diciembre de 897. De allí volvieron a expulsarlo las hordas del sucesor Juan IX. Como amigo del profanador de cadáveres Esteban VI, volvió a condenar entonces al difunto Formoso, declaró inválidas y nulas todas sus ordenaciones y consagraciones —y Formoso había consagrado a muchos obispos que a su vez habían ordenado a muchos sacerdotes—, privó a sus secuaces de sus cargos y amenazó a sus opositores con enviarlos al destierro en naves ya preparadas al efecto y con la muerte. Sólo unos pocos se opusieron a su gobierno violento, sobre todo cuando la nobleza se puso de su lado. En cambio también otorgó las mejores prebendas a sus partidarios, los caudillos de la aristocracia romana.

179

A las monjas del monasterio Corsarum, a las que donó muchas posesiones territoriales, el asesino de dos papas les mandó cantar a diario cien Kyrieeleison por su alma. ¡Y qué provechosa es esta religión! El asesino especializado se erigió un monumento con la reconstrucción de la basílica de Letrán, que en 897 por inescrutable designio divino fue reducida a escombros por un terremoto. Y aproximadamente cuatro siglos después el Dios soberano permitió que fuera pasto de las llamas el monumento reconstruido, en el que por mucho tiempo se enterró a

---

l,556s. LP 2,261s. JW l,495s. Zimmermann, Papstabsetzungen 198s. Nitschke 40ss. Véase además los textos decisivos en Kühner, Kelly y en LMA.

casi todos los papas, y no en San Pedro.

Modestamente el papa Sergio se inmortalizó en monedas. Cierto que también otros santos padres acuñaron tales monedas, pero Sergio fue el primer papa desde Adriano I (772-795) que lo hizo con su propia efigie. Había eliminado a dos papas, pero su lápida sepulcral de San Pedro alababa y exaltaba su guerra implacable contra los «lobos», que durante siete años lo tuvieron alejado de su legítimo trono.[50]

También es digna de atención la intervención de Sergio en la denominada controversia de la tetragamia.

Dicha controversia, que provocó amplia irritación, se refería a los cuatro matrimonios del emperador León VI el Sabio (886-912). El discípulo del famoso patriarca Focio (al que, debido a su antipatía personal, poco después de ocupar el trono sustituyó por el propio hermano menor, Esteban) había pasado en la cárcel los años anteriores (883-886) por causa de una conspiración contra su padre, Basileios I. (De tales situaciones conocemos también bastantes en la historia de las casas gobernantes cristianas de Occidente.)

Sin embargo, éste no fue el único problema del bizantino que gobernaba desde 886 y que era suegro del emperador Luis el Ciego, a quien Berengario había hecho sacar los ojos en Verona. Tales cosas apenas molestaban a León. Los que sí le atormentaban eran sus matrimonios. Con tres esposas no había logrado ningún descendiente. El derecho matrimonial bizantino prohibía ya una tercera esposa; pero el patriarca Antonios Kauleas (893-901) dispensó una vez más al gobernante. Sin embargo, la emperatriz Eudokia Baiana moría de parto con su hijo recién nacido en 901. Más tarde el monarca engendró un vástago, Constantino VII, en su concubina Zoé Karbonopsina y a comienzos de 906 declaró a la madre del niño su cuarta esposa en contra de la ley que él mismo había decretado y que prohibía el tercer matrimonio.

León el Sabio se hizo famoso por haber dado cima a la labor de codificación jurídica iniciada por su padre, una magna obra en sesenta volúmenes que suplantó la llevada a cabo por Justiniano, y por ser autor de un manual jurídico práctico además de haber escrito canciones litúrgicas, sermones y estudios estratégicos. Todo lo cual encajaba maravillosamente a la vez que buscaba su afianzamiento, si no jurídico sí al menos eclesiástico. Cierto que su nuevo patriarca, antiguo «compañero de estudios» y secretario privado, Nikolaos I Mystikós (901-907, 912-925), había protestado abiertamente, había lanzado la excomunión contra el emperador y había denegado el reconocimiento de Constantino como heredero legítimo. Pero el papa Sergio, que personalmente era muy libertino con las mujeres —como lo demuestra, por ejemplo, el que con 45 años le hiciera a Marozia, de 15, un hijo, el cual con el tiempo sería papa y ocuparía la silla de San Pedro con el nombre de Juan XI—, otorgó la dispensa matrimonial al soberano que ya había sido excluido de la asistencia al culto divino, mientras que el patriarca Nikolaos hubo de sufrir un destierro de años en su monasterio de Galakrenai.[51]

180

[50] LP 2,236ss. JW 1.445ss. Kühner, Lexikon 65s. Kelly 132ss. LMA VII 1787. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 208s. Dümmler III 601. Gregorovius 1,2, 576ss. Cartellieri I 368. Haller II 143. Seppelt II 336s. Seppelt/Schwaiger 118s. Zimmermann. Das dunkle Jahrhundert 27. Id., Papstabsetzungcn 63.

[51] Kelly 136. LMA V 1891, 2178, VI 1165, 2110. HEG I 833ss. Seppelt II 339s. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 35. Beck 120ss. de Rosa 63.

Aparición del «gobierno romano de rameras»; el papa Juan X en el lecho y en el campo de batalla

Durante más de un siglo, y por obra del santo padre Sergio III, el doble asesino, fue determinante el linaje de un cierto Teofilacto, probablemente emparentado con él y que se hizo con el poder en Roma. Dentro de dicho clan figuraron algunas damas ambiciosas y de vida airada y licenciosa. La etiqueta de «gobierno romano de rameras» o «pornocracia» se le puso a este período de los representantes de Cristo a partir del teólogo protestante Valentín Ernst Loescher (editor de la revista teológica *Unschuldige Nachrichten von alten und neuen theologischen Sachen: 1701-1720).* Pero la prostitución, que en sí no es un rasgo tan malo, continuó floreciendo a través de todos los tiempos, tanto entre el clero católico en general como en Roma, donde está lo más santo.

Teofilacto (fallecido a comienzos de la década de 920), miembro de la alta nobleza romana, cónsul, senador, *magister militum,* no sólo estuvo al frente de la administración municipal romana, sino que se encaramó a la dirección de las finanzas papales, convirtiéndose en el jefe supremo de la administración de la Iglesia.

Su mujer, la ambiciosa, enérgica y bella Teodora la Vieja —«la ramera desvergonzada», como le llama el obispo Liutprando de Cremona en su vergonzosa «Antapodosis», a menudo mordaz, irónica y abigarrada, pero que no deja de ser la obra histórica más importante de su época— se dio el título de «senatrix» y fue madre de dos hijas: Teodora la Joven y Marozia, «todavía más fervorosas en el servicio de Venus», y se acostó con el futuro papa Juan X. (Franz Xaver Seppelt, historiador católico de los papas, no querría creerlo, aunque bien pudiera ser «que el nuevo papa no tuviese precisamente una manera cristiana de pensar y que su vida no respondiese a las exigencias de la ley moral y de su alto ministerio».)

181

Marozia (diminutivo de María: Mariuccia, Maruja), la hija no menos seductora de Teodora, y esposa en un primer matrimonio del duque Alberico I, que a la muerte del emperador Lamberto se había apoderado de Spoleto, tuvo sin embargo relaciones con el papa Sergio III, quizá tío suyo, si hemos de creer al obispo Liutprando y al libro oficioso de los papas (incluso Seppelt lo tiene esta vez por «muy probable»). De tales tratos entre ambos nació el papa Juan XI (911-935)*. El teólogo inglés de Rosa asegura que «el papa Sergio la había seducido la primera vez en el palacio de Letrán». Pero situaciones muy parecidas, que en Roma «persistieron durante casi siglo y medio» (Halphen), también se dieron en otras sedes episcopales.[52]

* (*Error: es 931-935: Nota del Escaneador*)

Después que el papa Lando (913-914), hijo del rico príncipe longobardo Taino y una marioneta de Teodora la Vieja (fallecida después de 916), había convertido —supuestamente de forma violenta y sin mediar de hecho consagración alguna— a su protegido Juan de obispo de Bolonia en arzobispo de Ravenna durante nueve años (905-914), parece que Juan —«sin duda una fuerte personalidad» *(Handbuch der*

[52] LP 2,240s. JW l,449ss. LP 2,243 JW l,454s. Liutpr. antapod. 2,47s. Pierer X 524. Kühner. Lexikon 66.LThK VI 470. Kelly 139.LMA VI 321. Gregorovius I 2, 578ss. 583s. Holtzmann, Geschichte I 98s. Haller II 143s. Portmann llls. Seppelt II 337s. 341, 346. Seppelt/Schwaiger 118. Neuss 102 de Rosa 63. Karpf 5ss.

Kirchengeschichte)— pasó más tiempo en el lecho de Teodora que en la iglesia de Ravenna. Quizá no fueron más que rumores, y rumores sobre todo de clerizontes. Pero el obispo Liutprando describe con trazos bastante sorprendentes el ascenso del futuro papa Juan: como los deberes eclesiásticos lo llamaban repetidamente a Roma y como Teodora, la «muy desvergonzada ramera viviera inflamada por el ardor de Venus *(Veneris calore succensa)»,* se había enamorado de la bella estampa del sacerdote, «no sólo quiso fornicar con él, sino que después le obligó a repetirlo de continuo...». Naturalmente los tiempos de espera, por mucho que pudieran acelerarse, resultaban largos y enojosos, especialmente para la hambrienta Teodora. Y así, es realmente asombrosa la rapidez con que ahora se suceden los príncipes de la Iglesia y van dejando su asiento libre a Juan, que cada vez sube más y sobre todo se acerca cada vez más a Roma.

Primero muere «durante aquel trato desvergonzado» el obispo de Bolonia, y Juan pasa a ser obispo de aquella ciudad. Al poco tiempo muere el arzobispo de Ravenna, y Juan se convierte en arzobispo de Ravenna. Y sólo había pasado un corto tiempo, cuando también el papa «fue llamado por Dios». Y ahora está claro que lo ocurrido tenía que ocurrir y todo estaba previsto en el plan salvífico de Dios: Teodora, «cuyo ánimo corrompido no podía soportar que su amante estuviera alejado de ella las doscientas millas que separan Roma de Ravenna, y sólo raras veces pudiera acostarse con él, le obligó a dejar la sede arzobispal ravennatense y —cosa inaudita— tomar posesión en Roma de la suprema dignidad como *pontifex.*

Cierto que Teodora ya no era una jovencita y murió poco después.

182

De todos modos el tan fatigado arzobispo de Ravenna se afianzó entonces en la silla de San Pedro con el nombre de Juan X (914-928) pese a la resistencia clerical. Y ello se lo debió (incluso según Seppelt, que aquí se olvida por entero del Espíritu Santo) «exclusivamente a la familia de Teofilacto». Pero Juan X se mantuvo tantos más años cuanto menos fue el tiempo y la atención que dedicó a sus deberes pastorales, pese a que también a él curiosamente lo hacen figurar los cronistas entre los reformadores del monacato por haber respaldado la severa regla de Cluny. Y ya en la cama se mostró sin duda como el hombre que había ganado prestigio en el campo de batalla.

Las continuas «rencillas» entre los cristianos, la eliminación recíproca (y la de otros) que venían practicando desde hacía decenios, estimularon aún más la actividad de los árabes y entre otras cosas los llevó a establecer una cabeza de puente para sus operaciones en la desembocadura del Garigliano.

Pero apenas Juan fue papa, estableció un pacto militar y creó una gran alianza defensiva con los gobernantes del centro y sur de Italia, formada por tropas de Spoleto, Benevento, Nápoles, Gaeta y sobre todo de los griegos. El emperador de éstos, «como hombre piadoso y temeroso de Dios», envió de inmediato soldados por mar. Y el papa, sin duda mucho más piadoso que el bizantino, hizo jurar a los romanos que no firmarían con los sarracenos «paz alguna, antes de que no los hayamos expulsado de toda Italia».

De hecho consiguió coronar su impulso guerrero «con una serie de hermosos triunfos» (Eickhoff). Por iniciativa papal se empezó por «limpiar» de árabes el valle del Tíber y el territorio salernitano. En mayo de 915 se cercó a los sarracenos que controlaban el Garigliano y en agosto —con la ayuda decisiva de los bizantinos— se

dio la batalla de Garigliano. en la cual parece que muchos combatientes cristianos vieron a los apóstoles Pedro y Pablo. Lo cual a su vez pudo haber contribuido a que fueran muy pocos los enemigos que escaparon de manos de los creyentes ortodoxos, quienes los exterminaron después en los montes. El obispo Liutprando llega a decir: «En la batalla diurna de griegos y latinos no quedó por la misericordia de Dios ni uno solo de los púnicos que no fuera muerto a espada o hecho prisionero de inmediato». Pero el representante de Cristo, que participó personalmente en la lucha, alardeaba ante el arzobispo Hermann de Colonia de haber expuesto su vida y de haber marchado dos veces al combate al frente de los soldados.

Como político realista Juan X pospuso los derechos del emperador Luis III de Provenza, que estaba ciego, y ya en diciembre de 915 coronó emperador en San Pedro al influyente rey Berengario (888-924), que gobernaba Italia septentrional y con quien había establecido relaciones cuando todavía era el atareadísimo arzobispo de Ravenna. Después de Guido y de Lamberto fue el tercer y último emperador de origen italiano. Berengario emitió el juramento tradicional de proteger los intereses y posesiones de la sede romana e hizo donaciones al clero, la nobleza y el pueblo. Pero su imperio no tuvo realmente importancia alguna.[53]

183

Situación anárquica en Italia

En el denominado reino independiente de Italia la autoridad real se fue desmoronando cada vez más. Todo empezó, de un modo típico en la época medieval, con una extraordinaria discontinuidad, con una compleja maraña de instancias clericales, militares y terratenientes y con un entramado de estructuras de poder locales asociadas y contrapuestas y «siempre sostenidas por empresas guerreras de monasterios, iglesias y señores civiles» (Tobacco). Mas por encima de toda la fragmentación feudal se elevaron los grandes señoríos territoriales, especialmente de las influyentes familias de origen franco, que desde la caída del imperio carolingio se combatieron sin cuartel por alcanzar la hegemonía en el *regnum italicum.*

Bajo la jefatura de los condes Adalberto de Ivrea y Olderico, así como con la participación decisiva del arzobispo Lamberto de Milán (921-932), en 920-921 estalló una nueva sublevación contra Berengario. En efecto, al decir del obispo Liutprando fue directamente Lamberto «la causa de aquel levantamiento». Cierto que el rey Berengario acababa de ponerlo al frente de la iglesia de Milán, aunque en contra de la legislación canónica, y como era entonces habitual, le había «exigido una suma nada despreciable de dinero», que Lamberto le pagó: «impulsado por el gran deseo de la sede arzobispal pagó todo cuanto el rey le reclamó...». Pronto, sin embargo, se arrepintió, no porque hubiese actuado contra la ley de la Iglesia, nada de eso, sino «porque no podía olvidar el mucho dinero» desembolsado. Y así empezó «a cavilar su traición al rey».

---

[53] Liutpr. antapod. 2,48. Kelly 137. HKG III/1,226. HEG I 796. Dümmler III 602s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 166s. Gregorovius I 2, 580s. 587s. Haller II 147. Seppelt II 341s. Seppelt/Schwaiger 118. Eickhoff 298s. Falco 167. Erben 53. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 44ss. 54s. 71.

Para hacer frente a los levantiscos Berengario solicitó la ayuda de los húngaros, que devastaron Toscana y pronto aplastaron a los rebeldes. Pero en el invierno de 921-922 éstos eligieron al rey Rodollfo II de la Alta Borgoña, armándole antes probablemente con la santa Lanza. Berengario hubo de retirarse al este y compartir Italia septentrional con Rodolfo, que residió en Pavía, donde rápidamente se personaron los prelados. Sobre todo cuando el nuevo rey derrotó repetidas veces a Berengario y de forma decisiva el 17 de julio de 923, cerca de Fiorenzuola (en las proximidades de Piacenza), donde al parecer cayeron 1.500 hombres. Aun así el vencedor se retiró durante aproximadamente un año al otro lado de los Alpes. Pero el 7 de abril de 924 y en Verona, que era la única ciudad que le quedaba de todo su imperio, Bercngario fue asesinado a traición, probablemente durante el servicio litúrgico de la mañana, por su vasallo y compadre Flamberto, a cuyo hijo en tiempos «había sacado de la sagrada pila bautismal».[54]

184

Dos días después también Flamberto y sus compinches en el regicidio encontraron su final a manos de un joven amigo y familiar de Berengario llamado Milo. Este joven, de quien el obispo Liutprando escribe lacónicamente que «los hizo colgar», «realmente estaba adornado de no pocas e insignes virtudes...».

En Italia septentrional estalló entonces la anarquía más completa. Y allí acudieron los sarracenos y los húngaros; éstos últimos quizá llamados todavía por Berengario para tomar venganza de su derrota en Fiorenzuola. Asediaron Pavía, exigieron un rescate y el 12 de marzo de 924 —una nueva cima en esta crónica de la crueldad— incendiaron la ciudad regia junto con el palacio y 44 iglesias, naturalmente «por nuestros pecados» (Liutprando). Pues lo que fracasa se debe a la mano de Dios que castiga y lo que prospera se debe a la salvífica mano divina. No hay nada más primitivo, pero así se viene repitiendo durante siglos... Juan, obispo del lugar, y el prelado de Vercelli, que se había refugiado junto a él, fueron pasto de las llamas; a ellos se sumaron probablemente todos los habitantes ricos, por encima de doscientos, que pudieron comprar su libertad (¡evidentemente los que estaban libres de pecado!). Y en los años 926-928 se sucedieron otras incursiones de los húngaros por Toscana, llegando hasta las puertas de Roma y hasta Apulia.

Cierto que el rey Rodolfo había regresado a Pavía en el verano de 924, mas no pudo detenerlos. El propio arzobispo Lamberto, que en tiempos había sido el epicentro de la rebelión triunfante contra Berengario por la que llegó Rodolfo al país, se convirtió ahora en el iniciador de un grupo de conjurados, que llamó en contra del rey a su vecino el conde Hugo de Arles y Vienne, parece ser que precisamente cuando Rodolfo partía de nuevo hacia Borgoña. También el papa Juan X se contaba evidentemente entre los enemigos, pues no le había llegado la ayuda del emperador Berengario que se había prometido en la lucha romana por el poder. Y tras el asesinato de Berengario, de inmediato Juan, que rivalizaba con el partido de Marozia, buscó un nuevo aliado y lo invitó a Italia junto con Hugo de Provenza, un grande lombardo.

Pero el duque Burchard de Suabia corrió en ayuda de su yerno el rey. El pariente

---

[54] Liutpr. antapod. 2, 57ss. 2,68ss. Flodoard Ann. 922ss. LMA V 397ss. 710s. (Tobacco) HEG I 657s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 188ss. Hlawitschka, Franken, Al. 102s. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 72.

y protector de san Ulrico, obispo de Augsburgo, cruzó con un ejército los Alpes y fue al encuentro del arzobispo Lamberto de Milán. Pero éste, según refiere Liutprando, «hombre astuto» como era, en modo alguno hizo de menos a Burchard sino que lo acogió con los máximos honores, aunque «con un designio malvado». «Entre otras cosas y como señal de su particular amistad hasta le concedió permiso para cazar un ciervo en su coto, cosa que sólo otorgaba a sus amigos más queridos e ilustres. Entretanto convocó a todos los hombres de Pavía y algunos príncipes italianos para ruina de Burchard y retuvo a éste junto a sí el tiempo que creyó necesario para que pudieran reunirse todos los que habían de matarlo.» Y ya a la mañana siguiente, 29 de abril de 926, ante las puertas de Novara el duque Burchard «trocó la vida por la muerte» traspasado por las lanzas de los italianos que cayeron sobre él. Lo mismo ocurrió con su séquito, que había buscado refugio en la iglesia «del santo confesor Gaudencio», cayendo todos y cada uno «incluso delante del mismo altar».

18

Con ello el rey Rodolfo quedó dueño del campo sin lucha alguna.[55]

El rey Hugo hace valer su autoridad y enriquece a los suyos

No fueron los rivales propiamente dichos los que habían triunfado en Italia, sino un tercero que con anterioridad apenas había participado en la lucha. Hugo de Arles y Vienne, que entretanto se había embarcado rumbo a Pisa apresurándose hacia el territorio en que gobernaba su hermanastro Guido, tras la expulsión de Rodolfo fue recibido allí y saludado solemnemente por los legados del papa Juan X y a comienzos de julio de 926 fue coronado rey de Italia (926-947) por el arzobispo Lamberto de Milán. Poco después también el papa se reunió con él en Mantua, donde parece ser que ambos firmaron un pacto formal. De una parte se trató probablemente de la coronación imperial de Hugo tomada ya entonces en consideración y que luego quedaría en nada; de otra, se habló sobre ampliaciones territoriales en favor de la santa sede en Sabina, el ducado de Spoleto y la marca de Camerino, donde probablemente Pedro, hermano del papa, campaba por sus respetos como margrave.[56]

El rey Hugo empezó por arrinconar a muchos de los grandes que le resultaban sospechosos o malquistos. Los hizo apresar, torturar, cegar y decapitar, a algunos con la complicidad del ordinario del lugar, León de Pavía —«el obispo lo hacía gustoso»—, entre los que se contaban los dos «jueces todopoderosos» de Pavía. Al juez Gezo le sacaron los dos ojos, le cortaron la lengua y le arrebataron sus posesiones. El juez Walperto fue decapitado, sus bienes y propiedades confiscados y apresada su mujer Cristina, «a la que aplicaron diversas torturas para forzarla a declarar dónde se encontraban los tesoros escondidos». Y continúa Liutprando de forma significativa: «A consecuencia de lo cual se extendió el temor al rey no sólo en Pavía sino en toda

[55] Liutpr. 3,2ss. 3,1lss. Flodoard. Ann. 923s. 926. Ann. Alamann. 926. HEG I 658. LMA II 940s. Hartmann. Geschichte Italiens III 2. H. 193ss. Hlawitschka, Franken Al. 104. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 73.

[56] Flodoard Ann. 926. LMA V 158. HEG I 658. Gregorovius I 2.592. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 197. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 73s.

Italia y en vez de despreciarlo, como a los otros reyes, se le rindió todo tipo de honores».

Un proceder enérgico honra a los grandes usureros a través de los tiempos, sobre todo cuando a eso se suma una gran injusticia, como el aprovisionamiento arbitrario de cargos, por ejemplo.

186

El rey Hugo se cuidó solícito de su parentela borgoñona y en especial de los numerosos vástagos de sus tres mancebas: Pezola, Roza y Estefanía. El libertino coronado, .«al que fascinaron los encantos de numerosas concubinas», «se inflamó especialmente en el amor escandaloso» de Estefanía, mientras que a su esposa Berta no sólo le negaba el débito matrimonial sino que «la llenaba de todo género de improperios» (Liutprando).

Hugo dispuso de posiciones de poder tanto político-militares como eclesiásticas mediante las donaciones a su querida parentela. Su hijo Huberto fue conde palatino y margrave de Spoleto, aunque también obtuvo la marca de Tuscia. Su hijo Tedbaldo fue archidiácono de Milán con la vista puesta en la sucesión del arzobispado. Su hijo Gotfrido recibió la rica abadía de Nonatula. Hilduino, emparentado con Hugo y que había sido expulsado de su sede de Lüttich, consiguió el obispado de Verona y poco después también el de Milán. Un sobrino del rey, el arzobispo Manasés, perdió su diócesis de Arles y con el apoyo de su tío marchó a Italia «para, llevado de su ambición, abusar allí de muchas iglesias hasta arruinarlas por completo». «Contra todo derecho humano y divino» obtuvo los obispados de Mantua, Trento y Verona «para devorarlos» (Liutprando). Más tarde vendió Verona a un tal conde Milo, a quien también el papa favorecía. Juan X fue siempre complaciente, venteaba cualquier ventaja y tenía lo que se llama una «mentalidad práctica» o, quizá mejor, «pragmática». Por consideración al rey Rodolfo de Borgoña el papa varias veces mencionado convirtió en cabeza de la iglesia de Reims al pequeño Hugo, hijo del conde Heriberto II de Vermandois, que todavía no había cumplido los cinco años, mientras que otorgaba al padre de la criatura la administración de las posesiones civiles del arzobispado.[57]

Pero la ayuda esperada por el papa no llegó. Bien al contrario, las cosas fueron a peor. Marozia, cuyo padre Teofilacto y cuyo marido Alberico I de Spoleto habían fallecido, contrajo en 926 un segundo matrimonio con el margrave Guido de Toscana (Tuscia). Y con la unión de Spoieto y Toscana aumentó aún más su poder, hasta convertirse en la verdadera soberana de Roma.

Papas por gracia de Marozia y la noche de bodas del rey Hugo

187

La corte papal se rebeló. Evidentemente Juan X no estaba dispuesto a tolerar el nuevo régimen y unirse al partido al que debía su silla. Pero su hermano Pedro, una especie de «margrave» a quien el papa fue concediendo cada vez más poder hasta jugar un papel decisivo en Roma, fue expulsado. Desde Orte, que había convertido en una

[57] Liutpr. antapod. 3,39ss. 4,14. HEG I 660s. Hartmann.Geschichte Italiens III 2. H. 198ss. 248. Seppelt II 344.

fortaleza, atacó después a la ciudad. Quizá reclamó también la ayuda de los húngaros, que incendiaron Tuscia por los cuatro costados; aunque la noticia es insegura y la época es tenebrosa. Pero a finales de 927 los romanos amotinados asesinaron a Pedro en el palacio de Letrán ante los ojos del papa. Al verano siguiente el propio Juan X fue asaltado por una banda de Guido, probablemente durante la misa pontifical en la basílica lateranense; lo secuestraron y más tarde lo condujeron al Castell Sant'Angelo, donde permaneció encarcelado hasta mediados de 929, cuando murió probablemente ahogado con un almohadón. Por obra de Teodora había obtenido el papado y por obra de Marozia, hija de aquélla y ahora soberana absoluta de Roma, volvía a perderlo a la vez que la vida.

Y el sueño imperial de Hugo rápidamente se esfumó.

Los papas siguientes, León VI y Esteban VII, ambos romanos y ambos santos padres por gracia de Marozia, probablemente fueron asimismo asesinados. Los había nombrado aquella mujer, que se hacía llamar *senatrix* y patricia. León VI (928-929) fue papa cuando todavía su predecesor estaba en la cárcel e incluso murió antes que Juan X, a comienzos de 929. A León le siguió Esteban VII (929-931). Y posiblemente ambos no fueron más que ocupantes interinos de una silla reservada al que llegó después. En efecto, Marozia convirtió en el papa Juan XI (931-935) a su propio hijo, engendrado por el papa Sergio III y que acababa de cumplir los veinte años. Y como entonces, año 929, poco después de Juan X, murió también su segundo marido, el margrave Guido de Toscana, Marozia, ya un tanto ajada por el trato con numerosos amantes y con sus dos maridos, en el verano de 932 contrajo un tercer matrimonio con Guido, hermanastro de Hugo de Provenza, que ciertamente estaba ya casado pero que también era rey de Italia (926-948) y estaba en la cima de su poder. Por fin parecía que su sueño imperial estaba a punto de cumplirse.

Con toda probabilidad fue el papa Juan XI quien bendijo el matrimonio de la encopetada pareja, aunque ello iba contra el derecho canónico de la época, pues el rey era cuñado de la novia. Por lo demás se trataba de un hombre sin escrúpulos ni frenos, frecuentador de concubinas y mancebas, un personaje violento, buen cristiano y católico, que había hecho carrera a la sombra de un monarca cegado, el emperador Luis el Ciego, pasando de conde a dux y marchio de Provenza para terminar siendo el gobernante efectivo del reino de la Baja Borgoña. Pero «la debilidad de Hugo por las mujeres» lo eclipsó todo; por lo que nada tiene de extraño que vendiese los obispados y abadías de Italia. Y, sin embargo, era también «un adorador de Dios» y amigo de los «enamorados de la santa fe» (Liutprando). Se trataba de un hombre astuto, que a menudo tuvo tratos con santos como Odón de Cluny y que sobre todo fomentó el «movimiento de renovación» eclesiástico. Todo su período de gobierno, siempre estimulado por las ambiciosas tradiciones carolingias del reino central, la concepción imperial, ciertamente que lo llenaron las campañas militares y el aplastamiento continuado de sublevaciones; mas la corona imperial no la consiguió.

188

Seguramente que también Marozia se veía ya como emperatriz; nada, en efecto, parecía más natural que una coronación por parte de su hijo papal. Pero inmediatamente después de su matrimonio, la misma noche de bodas, en junio de 932, estalló en Castell Sant'Angelo una sublevación repentina. Su hijo Alberico II (habido de su matrimonio con Alberico I, con quien tuvo al menos cuatro hijos) se rebeló con apoyo de los romanos y se hizo con el gobierno de la ciudad. El rey Hugo,

cuyo objetivo vital continuaba siendo el imperio, se descolgó por la noche con una cuerda desde el castillo y huyó a través de la muralla contigua. Pero Marozia y el papa Juan XI, respectivamente madre y hermanastro de Alberico II, desaparecieron en la cárcel y fueron sucesivamente asesinados.[58]

Alberico II (932-954), hijo de Marozia y perteneciente al linaje de los margraves de Spoleto, gobernó entonces sin oposición casi un cuarto de siglo como «príncipe y senator de todos los romanos», con una severa administración en Roma y en el Estado de la Iglesia y —casi— sin ambiciones expansivas. De sentimientos religiosos y hombre pío, hizo donaciones a los monasterios, pero mantuvo a los papas sometidos por entero a su poder. León VII (936-939), Esteban VIII (939-942), Marino II (942-946) y Agapito II (946-955) debieron su exaltación al príncipe Alberico, después de al Espíritu Santo, y se mostraron complacientes con él. Nada ocurría sin orden del príncipe, que también fue un destacado promotor de la reforma monástica de Cluny, en buena medida por motivos políticos y egoístas, como eran los de «expulsar a los barones que vivían en las propiedades monásticas y a sus propios vasallos asentados en tierras monacales, que a la postre sólo podían resultarle peligrosos» (Sackur). Únicamente Esteban VIII quiso sacar los pies del tiesto y en el otoño de 942, parece que tras haber participado en una sublevación contra Alberico, fue encarcelado y mutilado hasta tal punto que murió.[59]

Las repetidas intentonas del rey Hugo por reconquistar Roma fueron inútiles. Ya en 932-933 y de nuevo en 936 se presentó con un cuerpo de ejército ante las murallas de la ciudad de sus sueños, renovando los asaltos baldíos en los años 939, 941 y 942. Liutprando escribe: «Año tras años asedió a Alberico, destruyó cuanto pudo arrasándolo todo a sangre y fuego y le arrebató todas las ciudades menos Roma».

189

Entretanto Hugo rechazó a otros dos rivales, ambos probablemente en 933 durante su lucha por Roma: a uno pacíficamente mediante la cesión de sus derechos de soberanía (no de sus posesiones) en la Baja Borgoña, Rodolfo II de la Alta Borgoña; y mediante un contraataque militar al duque Arnulfo de Baviera, a quien el conde Milo y el obispo Rather de Verona habían llamado y «acogido con muestras de alegría» (Liutprando).

Berengario II, rey de Italia

En Italia el rey Hugo siempre hubo de recelar y combatir sobre todo a las familias a las que él mismo había favorecido más especialmente, de modo que acabaron resultando demasiado peligrosas para quien con justicia puede ser calificado de crónicamente desconfiado y ocasionalmente cruel.

---

[58] Flodoard 946. De triumph. Christi 12,7. Liutpr. antapod. 3,18; 3,43ss. 4,14. Kelly 139. Kühner. Lexikon 68ss. HKG III/I, 226s. HEG I 650ss. 659. LMA I 280s. V 158, VI 321. Dümmler III 603. Gregorovius I 2,.592ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 215ss. Haller II 148ss. Seppelt II 345ss. Seppelt/Schwaiger 118s. Holtzmann, Geschichte I 99. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 74.76ss. 93. 96s. Id., Papstabsetzungen 78. Gontard 191. de Rosa 64.

[59] Liutpr. antapod. 5,3. LMA I 280s. Kühner, Lexikon 69s. Kelly 140s. Seppelt II 348 s (aquí cita de E. Sackur).

En ese grupo entraba también el margrave Berengario II, nieto del emperador Berengario I y partidario de Hugo, con cuya sobrina Willa se casó. Pero tras la liquidación sangrienta de la dinastía tuscia, Hugo sospechó cada vez más de la influencia de la casa Ivrea: Berengario II y su hermanastro Anskar II de Ivrea, margrave de Spoleto-Camerino, cuyos bienes alodiales limitaban por el norte y el sur su propio reino, que se extendía desde los Alpes hasta el principado de Roma y Benevento. Por tal motivo activó Hugo su caída, en la que Anskar sucumbió.

Fracasó, sin embargo, el propósito de Hugo, que quiso eliminar a Berengario II cegándolo. De ese modo había ya suprimido con éxito al margrave Lamberto de Toscana, su propio hermanastro, mediante la simple operación de sacarle los ojos —un instrumento de gobierno tan preferido como eficaz y ciertamente agradable a Dios, que utilizaron tantísimos gobernantes cristianos—. Pero el nuevo plan lo descubrió el hijo de Hugo, el joven rey Lotario (así llamado en memoria de su bisabuelo, el rey Lotario II), corregente desde 931 y un rey «débil», como gustan de calificarle algunos historiadores. Berengario, que una década después «arrebató corona y vida» a Lotario, huyó probablemente en el otoño de 941 y se refugió junto al duque Hermann de Suabia, quien lo remandó a Otón I. Pero a comienzos de 945 regresó y con el consentimiento de Otón conquistó algunos territorios de Italia septentrional, donde se ganó a los grandes italianos mediante promesas de feudos que aún no poseía.

Fue sobre todo el clero el que de nuevo se pasó rápidamente a su bando.

Al sacerdote Adelardo. que mandaba Feste Formicaria (Siegmundskron), sobre el valle del Etsch, por donde Berengario había de pasar pues los demás desfiladeros estaban en manos sarracenas, le prometió bajo juramento el obispado de Como. A Manases, obispo de Adelardo, un pariente del rey Hugo y a quien éste había agraciado con los obispados de Trento, Verona y Mantua, le aseguró la sucesión en el arzobispado de Milán, por lo que Manasés reclamó de todos los italianos el apoyo para Berengario, según refiere Liutprando. También el obispo Guido de Módena cambió de campamento, pues Berengario le ofreció la rica abadía de Nonantula; y Guido «arrastró consigo a una gran multitud». También el arzobispo Arderico de Milán traicionó al rey e invitó al enemigo de éste a su palacio, donde empezó la gran redistribución de bienes.[60]

190

Digamos de paso que no con todos los clerizontes se mostró Berengario complaciente. Al sacerdote Domingo lo hizo castrar, y no porque tuviera tratos con las hijas de Berengario, a las que educaba, sino porque a pesar de su aspecto desagradable en extremo, su corta estatura y su porte desaliñado y sucio mantenía tratos con la madre de las niñas, con Willa, esposa de Berengario y sobrina del rey Hugo. Con tan brutal medida se echó de ver lo que tanto había atraído a la noble princesa en aquel «pequeño clerizonte», supuestamente tan rústico, desaliñado, sucio, ignorante y desde luego cachondo: sus castradores testificaron «que con razón le quería la señora, pues a criterio unánime de todos estaba dotado como Príapo».[61]

Pero el rey Hugo desistió. Tras una guerra de años, tras la repetida devastación a sangre y fuego de los alrededores de Roma, en 946 abandonó la lucha como ya lo

[60] Liutpr. antapod. 3.49; 5.3ss. 5.12; 5.26ss. LMA I 1933s. V 158. HEG I 660s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 232ss. Zimmermann. Das dunkle Jahrhundert 99.

[61] Liutpr. antapod. 5,32.

había hecho otras veces. Traicionado por doquier y sobre todo por aquellos a los que había favorecido, se decidió por su retirada tras veinte años de gobierno. Cierto que después se le ofreció formalmente la corona real. Mas como el verdadero soberano era Berengario II de Ivrea, en la primavera de 947 Hugo, proclamando sus miras pacifistas, se retiró «con todo su dinero» a Provenza... y allí preparó la guerra contra Berengario. Se armó para la batalla decisiva, pero ya el 10 de abril de 948 moría en Arles.

Su hijo Lotario, ahora oficialmente rey exclusivo de Italia, fortaleció un tanto su posición mediante el matrimonio con la güelfa Adelaida, hija del difunto rey Rodolfo II de Borgoña, que tenía 16 años y que desde los 6 le estaba prometida. Quizá intervino también el emperador bizantino; pero lo cierto es que desapareció de repente el 22 de noviembre de 950 en Turín, supuestamente envenenado por Berengario.

Ya el 15 de diciembre del mismo año Berengario II (950-961) y su hijo Adalberto fueron coronados reyes de Italia en San Michele de Pavía, cosa que Otón I consideró una usurpación. Y ya en Pavía parece que los dos nuevos gobernantes arrebataron a la joven viuda de Lotario, Adelaida, el tesoro real, sus joyas y todas sus posesiones personales. Habiendo logrado huir, Adelaida fue hecha prisionera el 20 de abril de 951 en Como y durante cuatro meses estuvo encarcelada probablemente en Garda. Mas con ayuda de Adelardo de Reggio consiguió su libertad. Era el mismo clérigo, que en tiempos había abierto a Berengario el camino de Italia y que a cambio se había convertido en obispo; pero ahora, con una estimación más atinada, había llegado el momento de cambiar una vez más de frente.

191

Adelaida, reconocida como reina legítima, solicitó ayuda al emperador Otón I, y éste intervino. Por primera vez partió hacia Italia y el 23 de septiembre de 951 apareció en Pavía, que la víspera habían abandonado Berengario y su hijo. Sin elección o, mejor dicho, sin coronación, adquirió Otón el título de un rey de los longobardos mientras que su hermano Bruno y el arzobispo Manasés de Milán actuaban como sus archi-capellanes. Aquel mismo otoño casó con la borgoñona Adelaida, unos dieciocho años más joven, solicitó de inmediato en Roma la corona imperial, pero recibió una negativa de Alberico y en febrero del año siguiente regresó de nuevo a Alemania.[62]

Berengario II pronto capituló libremente. En agosto de 952 prestó juramento de vasallaje a Otón en Augsburgo y como tal vasallo obtuvo en feudo el reino de Italia. Las marcas de Verona y Aquileya se agregaron por motivos «geoestratégicos» al ducado de Baviera. Y como el rey alemán en los años siguientes estuvo vinculado al norte, Berengario gobernó en Italia con relativa tranquilidad. Intentó restablecer por la fuerza la independencia de su reino y aprovechó cualquier ocasión para vengarse de cuantos lo habían abandonado, y especialmente de los obispos. También debieron de ser sobre todo los acusadores de Berengario ante Otón, quien más tarde, aconsejado por el arzobispo Bruno de Colonia, envió a Italia a su hijo Liudolfo, duque de Suabia.

El año 956 ocupó éste sin violencia Pavía y derrotó en el campo de batalla (tal vez

[62] Thíetm. 2,5. Liutpr. antadpod. 5,31. Widukind 3.7: 3,9s. Flodoard 950s. Vita Mathild. poster. 15. LMA I 95,145,1933s. V 2128. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 236s. 243ss. H. Keller, Zur Struktur der Königsherrschaft 177ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 170s. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 100.

en Reggio) al rey Adalberto, hijo de Berengario. Pero cuando el 6 de septiembre de 957 Liudolfo sucumbió repentinamente en Piomba (al sur de Lago Maggiore) a una enfermedad febril o al veneno, Berengario arremetió de nuevo contra los obispos, que esta vez le habían traicionado en favor de Liudolfo. Walpert, a quien Berengario personalmente había hecho arzobispo de Milán tras expulsar al desleal arzobispo Manasés, huyó ahora

«medio muerto», según se dice, a través de los Alpes para escapar a la furia de Berengario y Adalberto en tanto que Manasés volvía a ocupar su silla. También cruzaron los Alpes los obispos Waldo de Como y Pedro de Novara. Y mientras Adalberto en 959 irrumpía de nuevo desde Spoleto, que su hermano Guido había conquistado, en la región de Sabina, los lamentos del papa se sumaron a los lamentos de los emigrantes.

192

Juan XII convierte el amor en epicentro de su pontificado

Pero Juan XII no sólo se vio amenazado por los ataques de Berengario y de Adalberto desde el norte contra el Estado de la Iglesia. También en 959 fue derrotado en el sur «en una guerra promovida de propósito» (Zimmermann) contra Capua, Benevento y Salerno. Así el «joven licencioso», el «muchacho inmaduro», el «sinvergüenza con ornamentos de papa», como gustan de criticarle minimizando a todas luces desde el bando católico, se volvió el año 960 hacia el rey Otón solicitando su ayuda. En la línea de la vieja tradición envió de nuevo secretamente a dos emisarios a través de los Alpes, al cardenal diácono Juan y al protoescrinario (presidente de la cancillería, notario) Azzo, por lo que todavía habían de expiar, probablemente por haber hablado demasiado en el norte acerca de la ciudad santa y del santo padre. El cabeza de la Iglesia romana rogaba al rey alemán que liberase al papa y la Iglesia que le había sido confiada, por amor de Dios y de los príncipes de los apóstoles, de las garras de Berengario y Adalberto, y le ofrecía la corona imperial, alejándose así por completo de la política de su padre.[63]

La ayuda era tanto más apremiante cuanto que también entre los romanos crecía la resistencia. Porque el príncipe Alberico, el bizarro vástago de Marozia —hasta Otón había respetado su poder—, descansaba para siempre en Roma desde el 31 de agosto de 954. Pero siguiendo sus deseos, cuya ejecución hubieron de jurar solemnemente al moribundo los grandes de la ciudad, su hijo Octaviano fue su sucesor y ya al año siguiente, con apenas dieciocho años, también fue papa. Resulta no obstante muy problemático saber si Juan XII, como él se designó, había alcanzado ya la edad canónica y si había adquirido una formación eclesiástica. Por el contrario la ordenanza de Alberico tras la muerte del papa Agapito II, asimismo un testarudo, para que su hijo Octaviano se convirtiera en el pontífice supremo sí que iba frontalmente contra la norma canónica. En efecto, el decreto de 1 de marzo de 499,

[63] Thietm. 2,5. Widukind 3,10. Flodoard 952. Liutpr. Liber de Ottone rege 1; 15. Kelly 143. LMA I 95, 1934, V 2039. Hartmann, Geschichte Italiens III 2. H. 250ss. Holtzmann, Geschichte I 188s. Seppelt II 353s. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 134, 137. Id., Papstabsetzungen 235s. Bernhart 93. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 171. Fleckenstein/Bulst 65.

emitido por el papa Símaco I, prohibía designar sucesor en vida del papa reinante.

Juan XII (955-963), retoño extramatrimonial de Alberico, fue un gran cazador, jinete y jugador de dados, que gustaba de invocar a los dioses —los dioses paganos, se entiende— y que según el testimonio de sus coetáneos tenía un pacto con el diablo. En Todi ordenó obispo a un niño de diez años. Llevó a cabo algo anticanónico al realizar una ordenación sacerdotal en una caballeriza, «y ni siquiera en el tiempo legal». Hizo castrar a un clérigo. Celebraba la misa sin comulgar y ordenaba prelados por dinero. Cohabitó con la viuda de su vasallo Rainer, la puso al frente de muchas ciudades y le regaló cruces y cálices de oro de San Pedro. Se acostó con la concubina de su padre, Stephana, y con la hermana de ésta. También durmió con sus propias hermanas y mantuvo relaciones con la viuda Ana y con su sobrina. Violó a piadosas peregrinas, casadas, viudas y doncellas, que acudían a Roma para orar sobre las tumbas de los apóstoles. Por lo que nada tiene de extraño que las malas lenguas lo acusasen de haber hecho del palacio papal un burdel, «un lugar de recreo de mujeres deshonestas» (Liutprando)[64]

193

De todo modos John Kelly, el historiador oxoniense de la Iglesia, cree que esa vida un tanto licenciosa apenas si afectó al prestigio del papa en el ámbito de la Iglesia universal, porque Juan XII, que hasta tal punto había convertido el amor en epicentro de su pontificado, mantuvo las riendas no sólo en el lecho. Más bien atendió al afianzamiento de la autoridad papal y al buen funcionamiento de la administración. Sostuvo materialmente algunos monasterios y en mayo de 958 hasta peregrinó a la abadía de Subiaco (a 80 kilómetros al este de Roma). Y, como su padre, no parece que dejase de interesarse por la reforma del monacato ni por el «movimiento de renovación eclesiástica». ¡Y todavía en su último año de gobierno un concilio romano se pronunciaba contra la simonía clerical! También lo encontramos con armadura, yelmo y empuñando la espada. Su interés principal se centró de hecho en el Estado de la Iglesia y en su expansión. Por ello, poco después de su peregrinación a Subiaco también emprendió, a una con los toscanos y espoletinos, una pequeña guerra contra Capua y Benevento, que fracasó lastimosamente. El rey Berengario II atacó con éxito por la retaguardia al duque de Spoleto, el aliado papal, conquistó el ducado en 959 y saqueó y diezmó el Estado de la Iglesia.[65]

Ello provocó la segunda campaña italiana del rey alemán, quien ya en la primera de 951 había contado con la corona imperial aunque respetando las relaciones de poder existentes en Roma. Pero ahora la situación era sin duda más favorable, pues en lugar de Alberico ahora gobernaba su hijo Juan XII. Difícilmente pudo éste sentirse feliz por completo con la aparición de Otón, a quien su padre aún había mantenido a distancia. Pero bajo la presión de ciertos círculos reformistas pudo afrontar su indignación por la vida escandalosa que llevaba.

---

[64] Liutpr. de Ott. rege 3; Flodoard Ann. 954. Kelly 142ss. Sickel, Alberich II. 104s. Kopke/Rümmler 350ss. Dresdner 62. Haller II 151. Seppelt II 352s. Klauser 187. Zimmermann, Papstabsetzungen 78, 257. Zimmermann, Parteiungen 365ss.

[65] Liutpr. de Ott. rege 10. Kelly 142s. Haller II 151. Fleckenstein/Bulst 65. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 135s.

JUAN XII CORONA EMPERADOR A OTÓN I Y ÉSTE OTORGA EL *PRIVILEGIUM OTTONIANUM*

Comoquiera que fuese, Otón aceptó gustoso la oferta del papa. De las modalidades tuvo que ocuparse en Roma el abad Hatto de Fulda (sobrino de su predecesor Hadamar, pues el nepotismo florece en todas partes), que en 968 sería arzobispo de Maguncia. En mayo de 961 el rey se ocupó personalmente de que su hijo Otón II, que por entonces sólo tenía seis años, fuese elegido rey en Worms y fuese coronado en Aquisgrán, confiándolo después a la tutela de su hermano Bruno, arzobispo de Colonia, y de su hijo Guillermo, arzobispo de Maguncia. En agosto partía Otón de Augsburgo.

194

En vano intentó detenerlo el rey Adalberto en el desfiladero de Verona; con un ejército poderoso expulsó después a Berengario de Pavía, «pues tuvo por conmilitones a los santos apóstoles Pedro y Pablo, como se daba por seguro» (Liutprando). El 31 de enero de 962 se hallaba Otón a las puertas de Roma. Pero se contaba que antes de entrar en la ciudad había dicho a su escudero Ansfrido de Lovaina: «Cuando yo esté orando en las tumbas de los apóstoles mantén tu espada de continuo sobre mi cabeza, pues ya a mis antepasados la lealtad romana a menudo les resultó sospechosa. Cuando hayamos regresado a Monte Mario podrás tú también rezar cuanto quieras».[66]

El 2 de febrero de 962 Otón I fue ungido y coronado emperador con gran pompa en San Pedro de Roma por el papa Juan XII, al que por lo menos doblaba en edad. La corona tal vez fue la misma que hoy se encuentra en la fortaleza palatina de Viena. El papa ungió y coronó asimismo a la esposa de Otón, Adelaida, «la compañera del imperio» que le acompañaba. Y desde entonces imperio y reino alemán permanecieron unidos —hasta la desaparición del «Sacro Imperio Romano» en j 1806— y los papas fueron protagonistas en la colación de la dignidad imperial. Cada rey alemán que en adelante quisiera ser emperador, tendría que marchar a Italia al encuentro del papa. Un asunto realmente explosivo y una tragedia sin fin...

Inmediatamente después de la coronación se le presentó al soberano un documento con vistas a refrendar todos los bienes raíces y «derechos» papales. Y el 13 de febrero de 962 otorgaba el emperador el *Privilegium ottonianum,* el tristemente célebre documento cuyo original no se conserva y que no deja de ser objeto de discusión. En la primera parte renueva la donación de Pipino y garantiza las posesiones del Estado de la Iglesia; pero en la segunda parte obliga a cada papa entre su elección y consagración a emitir un juramento de lealtad en presencia del emisario real o del hijo del emperador, con lo que el emperador obtenía influencia sobre la elección papal. En el fondo todo ello enlazaba con la tradición carolingia.

Pero lo que Otón firmó en su tiempo y lo que durante muchos siglos contó como la base jurídica del Estado de la Iglesia era un diploma con elementos viejos y nuevos, auténticos y apócrifos, que supuestamente presentaba una propiedad antiquísima pero que de hecho se trataba de ampliaciones de reciente invención. Allí aparecen

---

[66] Liutpr. de Ott. rege 2. LThK IV1 841, IV3 1210. LMA I 95, IV 1958. HEG I 690. Sommerlad II 239s. Holtzmann, Geschichte 1116ss. 174s. 201. Vehse 110. Bullough, Nach Karl 322. Seppelt II 355, 358.Bernhart 93. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 139. Id., Papstabsetzungen 183.186. Fleckenstein/Bulst 60. Heer, Mittelalter 532s. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 198s.

ciudades y territorios que nunca pertenecieron a la Iglesia, como Gaeta y Nápoles por ejemplo. También se reclamaba Venecia, Istria, los ducados de Spoleto y Benevento, y por supuesto todo lo que Pipino y Carlomagno habían prometido pero que no mantuvieron. En una palabra, no sólo se garantizó como antigua posesión legítima cuanto pertenecía a la Iglesia *sobre la base de falsificaciones precedentes* sino también cuanto se pensaba conquistar después. El resultado final era un Estado de la Iglesia que comprendía dos terceras partes de Italia.[67]

195

Por ello nada tiene de extraño que en Roma se exaltase al emperador Otón como el tercer Constantino y que se empezase a designarle «el Grande». Por lo demás, el gran Otón mantuvo su promesa con el escaso entusiasmo con que en tiempos lo había hecho el gran Carlos. Aspiraba a toda una serie de territorios, que el papado reclamaba para sí. En la Pentápolis, por ejemplo, que en Roma se asignaba al *Patrimonium Peta,* impuso a los habitantes un juramento que los convertía en súbditos suyos. Parece que también Otón conoció el fraude papal, para cuya mejor aceptación preparó entonces el cardenal Juan *(digitorum mutilas,* mutilado de los dedos) una copia magnífica «con letras de oro» del *Constitutum Constantini,* falsificado desde hacía más de doscientos años, para poder demostrar así oficialmente la «Donación constantiniana» en la coronación imperial de Otón.

Poco después de dicha coronación permitió también Juan XII la erección de un arzobispado en Magdeburgo —un viejo deseo de Otón— a la vez que daba el visto bueno a la fundación del obispado de Merseburg. Después de todo el soberano alemán había impulsado una «grandiosa Ostpolitik frente a las tribus eslavas», para decirlo con Seppelt, historiador católico del papado.

El privilegio papal otorgado el 12 de febrero de 962 habla de la prehistoria de estos sucesos, así como de la derrota húngara y de otras luchas contra el paganismo «en defensa de la santa Iglesia de Dios» *(ad defensionem sanctae Dei ecciesiae).* Y es que la defensa nunca significa aquí únicamente o en primer término rechazo, sino ante todo y sobre todo acometida, ataque, «difusión de la fe cristiana»; significa en la larga frontera oriental del imperio aprovechar la seductora posibilidad de «ganar nuevos pueblos para el cristianismo. La victoria sobre los paganos, húngaros y eslavos, era un supuesto material para la misión...» (Büttner).[68]

El papa conspira con todos los enemigos del imperio

Todavía a mediados de febrero de 962 regresaba Otón a Italia septentrional, donde hasta finales del año 963 combatió a Berengario, que con sus seguidores se había refugiado en diversos castillos. Al poco tiempo pudo ya expulsar al aliado de

[67] Liutpr. de Ott. rege 3. MG Const. I Nt. lOss. Tract. cum Joh. XII. 20ss. Heg I 690s. Kelly 143. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 2s. Hampe, Die Berufung Ottos 153ss. Grundmann 200ss. Haller II 152ss. Bullough, Nach Karl 322. Seppelt II 356s. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 173s. Schulze, Hegemoniales Kaisertum 199ss. Sobre la actitud discrepante de las fuentes coetáneas acerca de la coronación imperial de Otón I, ver Keller, Das Kaisertum 218ss.

[68] Holtzmann, Geschichte I 192. Büttner, Der Weg Ottos 58ss. Haller II 155. Seppelt II 355, 357. Seppelt/Schwaiger 122. Fuhrmann, Konstantinische Schenkung 128ss. Beumann, Otto der Grosse 69.

Berengario, el margrave Huberto de Tuscia, hijo del rey Hugo, y a finales del año siguiente también al hijo de Berengario, Adalberto. Huberto huyó hacia Panonia buscando el apoyo de los húngaros, y Adalberto buscó el de los sarracenos marchando primero a Fraxinetum en Provenza y después a Córcega.

196

Pero allí le llegaron también a Otón malas noticias de Roma, pues al igual que el pío emperador, tampoco el impío papa mantuvo su promesa cuando, al no obtener las ventajas esperadas, empezó más bien a recelar del poder de Otón, de modo que las dos cabezas del cristianismo se acusaron recíprocamente de perjurio.

El papa, en efecto, que había jurado solemnemente lealtad al emperador, ahora que éste guerreaba contra Berengario se pasó al antiguo enemigo. Apenas Otón había vuelto las espaldas a Roma, ya el papa conspiró con media Europa y con potencias más alejadas. A todas partes envió a sus agentes. En su propósito de alta traición contactó con Bizancio. Pero justamente cuando el cardenal Juan iba de camino a Constantinopla con el obispo de Velletri, el correo secreto fue interceptado por el príncipe (longobardo) Pandulfo I de Capua y Benevento (llamado «Cabeza de hierro»: 961-981) y conducido ante Otón. (El príncipe era un leal partidario del emperador, y su hermano Juan fue el* primer arzobispo de Capua, para que también aquí, a ser posible, todo quedase en la familia.) El papa se distanció de inmediato, acusó de desleales *(infideles)* a sus emisarios, se irritó ficticiamente contra el emperador que los había acogido y en 964 se vengó cruelmente de su cardenal.

Su Santidad conspiró también con los viejos enemigos de los cristianos, los húngaros paganos. Parece que algunos legados, disfrazados de misioneros, tenían que inducirlos a nuevos ataques contra Alemania. Pero también las cartas papales a los húngaros cayeron en manos de Otón; era un material de enorme gravedad, que el papa presentó como falso filtrándolo de propósito al emperador.

Más aún, Juan XII se valió incluso de ciertos círculos itálicos hostiles al emperador, aunque algunos se entendían con los sarracenos. Así hizo ahora causa común con su antiguo enemigo el rey Adalberto, hijo mayor de Berengario, contra quien en tiempos había solicitado la ayuda de Otón y en cuyo bando nunca quería figurar según su reciente juramento. Y en el otoño de 962 Adalberto escapó a Fraxinetum huyendo de Otón; allí estaba el conocido nido de piratas, en la costa mediterránea de Provenza —excepcionalmente la única piratería de base «privada» y no estatal (H. R. Singer)—, y con los sarracenos del enclave volvió a pactar una alianza. Diez años después aquella cabeza de puente sarracena fue eliminada por un ejército borgoñés-provenzal apoyado con el bloqueo de una flota bizantina, siendo reducidos a esclavitud los árabes supervivientes. Adalberto pasó entonces vía Córcega a tierra firme y en junio de 963 llegó a Roma, donde fue recibido con todos los honores. Pero a finales de aquel mismo año capituló Berengario II en la fortaleza apenina de San León (al oeste de San Marino) y fue desterrado a Bamberg con su esposa Willa; allí murió el 6 de agosto de 966. Desde entonces el *regnum Italiae* vino a convertirse en la Italia imperial y permaneció unido al imperio alemán.[69]

---

[69] Thietm. 2.13. Adalb. cont. Regin. 963s. Liutpr. de Ott. rege 3s. 6.s. Otto von Freis. Chr. 6,23. LMA II 1490, IV 882 (Singer), VI 1652. HEG I 664, 691. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 4ss. Gregorovius 1 2, 619ss. Hampe, Die Berufung 163ss. Haller II 155s. Id., Das altdeutsche Kaisertum 26. Seppelt II 358s. Schoffel I 115. Fleckenstein/Bulst 67. Prinz, Grundlagen und Anfänge 148s. Fuhrmann, Konstantinische Schenkung 128ss. Zimmermann, Papstabsetzungen 81 ss. 254ss. Id., Das dunkle Jahrhundert 144ss. 154.

197

UN *«MONSTRUM»* ES DERRIBADO DEL TRONO PAPAL Y MUERE DE UN «ATAQUE DE APOPLEJÍA»

En la primavera de 963 Otón, que se hallaba en Pavía, también tuvo noticias de la vida licenciosa del santo padre, que había convertido el palacio papal en un burdel, había dilapidado ciudades enteras en los caprichos de sus prostitutas mientras la lluvia se filtraba por los tejados levantados de las iglesias y caía sobre los altares, sin que hubiera ya mujer decente que se arriesgase a la peregrinación romana por miedo a caer en manos de Su Santidad. El 1 de noviembre de 963 apareció Otón ante las murallas de Roma, y mientras que tras un breve asedio el día 3 se le abrían las puertas de la ciudad, Adalberto y el papa, que armado por completo acababa de oponer una resistencia desesperada en el líber con sus propias tropas, las de Adalberto y las sarracenas, huían a uña de caballo con el tesoro eclesiástico para hacerse fuertes, según parece, en la fortaleza de Tívoli. Pero los romanos juraron lealtad a Otón y se comprometieron a no elegir y ordenar jamás a un papa «sin el con— sentimiento y aprobación del excelso señor emperador Otón y de su hijo el rey Otón». Tal «juramento romano», que refrendaba el paso de la elección papal del «Ottonianum», un juramento que ni los mismos carolingios se habían atrevido a exigir, iba a tener singular importancia en la historia de los papas de la Baja Edad Media.

Tres días después, el 6 de noviembre de 963, se reunió en San Pedro bajo la presidencia del emperador un concilio de cuatro semanas. Al mismo asistieron diecisiete cardenales y más de cincuenta obispos, aunque por desgracia —como el monarca lamentó— no «el señor papa Juan», del que la «soberana y santa congregación» descubrió que «ya ni siquiera pertenecía a los que llegan con piel de oveja pero por dentro son lobos rapaces, sino que su furor era tan patente y tan abiertamente cumplía la obra del diablo, que renunciaba a cualquier divagación».

En una primera invitación de apremiante estilo cortesano al *«summus pontifex et universalis papa»,* a la que éste contestó en tono extremadamente cortante con la amenaza de excomunión a los reunidos en concilio, todavía se le daba el tratamiento de «Vuestra Grandeza» *(magnitudo vestra).* En una segunda invitación se continuaba deseando «salud en el Señor» al *«summo pontifici et universali papae domino Johanni»,* pero ya se le comparaba con Judas, «el traidor y hasta vendedor *(proditor immo venditor)* de nuestro Señor Jesucristo». En la sesión siguiente se le denostaba como «una úlcera cual jamás se había dado» y que convenía quemar con el apropiado hierro candente y abiertamente se le calificaba de *«monstrum».* Pero el papa se entregaba mientras tanto a algo más importante: «ya había marchado al campo con aljaba y arco» (Liutprando).[70]

198

Graf 53s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 126s. Beumann, Otto der Grosse 68.

[70] Adalb. cont. Regin. 963. Liutpr. de Ott. rege 8ss. Ann. Hildesheim. 963. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 6ss. Gregorovius I 2, 620s. Holtzmann, Geschichte I 194. Seppelt II 359. Haller II 156. Boye 55s. Tangí 107ss. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 148. Id., Papstabsetzungen 255ss. Prinz, Gundlagen und Anfänge 149. Gontard 195.

Con todo esmero había trazado el sínodo el largo registro de pecados del representante de Cristo con sacrilegios de toda índole y un montón de acusaciones gravísimas: omisión de la comunión y del rezo de las horas canónicas, irregularidades en la colación de órdenes sagradas, como la ordenación de un diácono en un establo, tráfico de cargos eclesiásticos, dilapidación de los bienes de la Iglesia, desprecio de la señal de la cruz, escarnio de los sacramentos, vuelta al paganismo, pacto con el diablo, pasión por la caza y el juego, diversos delitos de impureza, adulterio, incesto, comercio sexual con la concubina de su padre, con su hermana, etcétera, golpes de mano contra peregrinas en San Pedro, perjurio, saqueo de iglesias, incendios, mutilaciones, castración y asesinato de un cardenal, cegamiento de su padrino, muertes de eclesiásticos, etcétera.

Es posible que haya alguna exageración en este catálogo de vicios y crímenes e incluso que haya falsedades. ¡Pero entonces habrían mentido 17 cardenales y más de 50 obispos! Y en cualquier caso los padres conciliares presididos por el cardenal Benedicto se apoyaban unas veces en su condición de testigos presenciales y otras en un conocimiento seguro. Más aún, juraron de común acuerdo y por su salvación eterna —en la que desde luego difícilmente podían tener una fe recta—, es decir, maldiciéndose a sí mismos en caso de mentira, que Juan XII no sólo había cometido los crímenes mentados sino también otros más perniciosos. También el biógrafo del papa en el *Líber Pontificalis* lo retrata con trazos totalmente negativos.

En la tercera sesión, celebrada el 4 de diciembre de 963, los obispos insistieron, como naturalmente esperaba Otón, si es que no se lo ordenó: «Rogamos por ello a la magnificencia de Vuestra Dignidad imperial que expulséis de la Santa Iglesia Romana a ese monstruo, cuyos vicios no se compensan con ninguna virtud...». Y así, en contra de la resolución de que el papa no podía ser juzgado por nadie —cosa que se había observado en los procesos de León III y de Pascual I—, Juan XII, que no había sido escuchado ni defendido y a quien se había invitado sólo dos veces, y no tres como exigían los cánones, que no hacía tanto tiempo había ungido y coronado a Otón, por deseo de éste aquel día fue depuesto por unanimidad y, asimismo en contra del ordenamiento eclesiástico, se eligió en la basílica de San Pedro, supuestamente *una voce,* a un nuevo papa, evidentemente el candidato del emperador: el 6 de diciembre de 963 fue elevado a la silla papal León VIII (963-965). Como el hasta entonces jefe de la cancillería era seglar, se le confirieron en un proceso acelerado y en un solo día —violando gravemente una vez más los cánones eclesiásticos— todas las órdenes sagradas, desde las llamadas órdenes menores (ostiario o portero, lector, exorcista, acólito y subdiácono) hasta las mayores (diácono y presbítero o sacerdote), y el 6 de diciembre fue consagrado papa por el cardenal Sico de Ostia asistido por los obispos de Porto y de Albano.[71]

199

Aquel golpe de mano irritó profundamente al pueblo de Roma. Al fin y al cabo Juan/Octaviano no dejaba de ser hijo del «gran

Alberico», ni dejaba de ser príncipe y cabeza eclesiástica de los romanos. Así, el 3 de enero de 964 estalló una conspiración urdida por él mismo contra el emperador y

[71] LP 2, 246ss. JW l,466ss. Adalb. cont. Regin. 963. Liutpr. de Ott. rege l0ss. 15s. Kelly 144. LThK VII 11763,823s. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 8ss. Gregorovius I 2. 622. Haller II 155s. Id., Das altdeutsche Kaisertum 26. Seppelt II 360. Fleckenstein/Bulst 67. Zimmermann, Papstabsetzungen 85s. 243s. 248, 255. Id., Das dunkle Jahrhundert 149.

en la que el pontífice, huido a Córcega, habría prometido como recompensa «el dinero de San Pedro y de todas las iglesias» *(beati Petri omniumque ecclesiarum pecuniam).* Fue la primera sublevación de los romanos contra un emperador alemán, una sangrienta lucha callejera, que Otón, avisado aquel mismo día, aplastó sin dificultad, pues sus «guerreros avezados a la lucha, impávidos de corazón y en el empleo de las armas», cayeron sobre los levantiscos «y los pusieron en fuga sin ninguna resistencia, como los halcones a una bandada de pájaros. Ni escondrijos ni cestos ni artesas ni cloacas pudieron proteger a los fugitivos. Por lo que fueron degollados y, como suele ocurrirles a los hombres valientes, con numerosas heridas en la espalda. ¿Quién de los romanos habría sobrevivido entonces a este baño de sangre, si el santo emperador, impulsado por la misericordia que no se les debía, no hubiera detenido y desconvocado a sus guerreros sedientos de sangre?».

Oh, el misericordioso, grande y santo emperador, a quien también los romanos juraron después una vez más lealtad sobre la (supuesta) tumba de san Pedro y le entregaron cien rehenes, a los que él de inmediato dejó ir libres a instancias de su papa. Pero apenas él se hubo partido de Roma, León VIII, «un cordero entre lobos rapaces», fue expulsado en febrero de 964 de la ciudad santa, y Juan XII, por quien sus numerosas queridas apostaron fuerte y con éxito, «pues muchas de ellas eran de noble linaje», regresó aquel mismo mes. Las puertas se le abrieron sin resistencia alguna.

El papa tomó entonces cumplida venganza cristiana de sus dos legados enviados antaño a Otón: al jefe de la cancillería, Azzo, mandó que se le cortase la mano derecha, y al cardenal Juan la nariz, la lengua y dos dedos. El representante alemán en Roma, obispo Otger de Espira, fue azotado y encarcelado por orden del papa. En un sínodo, celebrado en San Pedro a finales de febrero y abierto solemnemente con la introducción procesional de los cuatro evangelios, reconocieron de nuevo a Juan XII casi los mismos cardenales que lo habían depuesto tres meses antes. Y casi los mismos cardenales, que habían exaltado al fugitivo León VIII, lo excomulgaron ahora. Los obispos de Porto y Albano, que habían participado especialmente en la ordenación del papa León, incurrieron en la suspensión canónica mientras que el cardenal Sico de Ostia era expulsado del clero.

200

Mas Juan XII no pudo disfrutar de su victoria. Al tener noticia de que el emperador regresaba escapó a Campaña. Y allí murió «en un lance de honor» (Kämpf), el 14 de mayo de 964, pocos días después de un adulterio, «cuando se divertía con la mujer de cierto varón» (Liutprando), probablemente por la amabilidad del marido burlado o, como también se dice eufemísticamente, por «un ataque de apoplejía». Y ello sin ni tan siquiera «haber recibido el santo viático» (Seppelt).[72]

«Con su reposición la Providencia había protegido su derecho, y con su muerte repentina castigó su indigna conducta.» Así explica la historiografía católica el sabio proceder de la «Providencia». Pero ¿no habría sido más sabio ahorrar a Juan XII su caída, a la Iglesia su conducta escandalosa y a nosotros el papado sin más?[73]

---

[72] Adalb. cont. Regin. 964. Liutpr. de Ott. rege 17ss. K'íhner, Lexikon 70s. Kelly 143s. Hartmann, Gechichte Italiens IV 1. H. lOss. Gregorovius I/2, 624ss. Holtzmann. Geschichte I 196. Haller II 156s. Seppelt II 360s. Seppelt/Schwaiger 123. Kampf, Das Reich 52. Bernhart 93. Gontard 195. Graf 54s. Boye 56. Zimmermann, Papstabsetzungen 258. Id., Das dunkle Jahrhundert 150s. Hlawitschka, Kaiser

[73] Hergenrother II 211s.

TUMULTOS *Y* HORRORES EN ROMA Y EN LA HISTORIOGRAFÍA

Olvidando rápidamente los juramentos prestados, los romanos eligieron entonces a un cardenal que no sólo había participado en la deposición de Juan XII sino también en la elección de su propio predecesor León: Benedicto V (fallecido en 966). Fue entronizado y se le prometió no abandonarle nunca y defenderle en todas las situaciones. Pero el emperador quiso su papa. Repuso a León VIII, saqueó y asoló el territorio romano y en junio de 964 puso cerco a la ciudad, en la cual, pese a los calores, las hambrunas y las epidemias, el papa Benedicto, «un varón digno y piadoso a carta cabal» (Seppelt), empujó a los romanos a la defensa. En ella participó personalmente subiendo a las murallas, alentando a los suyos y lanzando sus anatemas contra el ejército sitiador. Pero forzados por el poderío del enemigo, el hambre y la necesidad, los sitiados abrieron las puertas el 23 de junio, entregaron a Benedicto y sobre la tumba de san Pedro de nuevo prometieron lealtad al emperador y a León VIII. Por su parte Benedicto V, «el invasor» *(invasor,* en expresión de Liutprando), fue condenado públicamente como usurpador en un concilio celebrado el mismo mes de junio de 964. El papa León le arrancó las insignias de su dignidad, «le quitó el palio papal, que se había apropiado, le arrebató de la mano el báculo episcopal y lo rompió en pedazos delante de sus ojos». El papa depuesto fue degradado a la categoría de diácono, fue desterrado a perpetuidad y emprendió el camino del destierro rumbo a Hamburgo, donde murió el 4 de julio del año siguiente.[74]

201

A la muerte de León en 965 los tumultos continuaron en Roma como de costumbre. En rápida secuencia se sucedieron los papas leales al emperador y los antiimperialistas, que mutuamente se combatieron, excomulgaron, mutilaron y asesinaron. En un sínodo de prelados franceses celebrado en Reims en 991, el obispo Arnulfo de Orleans, en uno de los ataques medievales más duros contra el papado, lo vio con toda claridad enteramente corrompido por crímenes e ignominia, vio el presente de la Roma papal «envuelto por una noche tan espantosa, que su desprestigio persistiría en el futuro». Se sabía entonces que ya desde hacía siglos «el Anticristo operaba en Roma», mientras que todavía a mediados del siglo XX el jesuíta Hertling quería hacernos creer que «no se deben aplicar las pautas actuales a aquellos escándalos inauditos».

Pero eso es algo que *siempre* se puede decir. Y es algo que siempre se dice. Con ello se quita importancia a *todo.* Y por eso hasta hoy no ha sido más que una estupidez repetida por doquier; no, peor aún pues, ¿quién es hoy tan imbécil?: no es más que pura hipocresía. Por ese camino dentro de cincuenta o de quinientos años también se podrá justificar el establecimiento y fomento del fascismo por parte de los papas. O la repetida permisión de la guerra ABQ (con el empleo de armas

[74] LP 2,251 JW 1,469s. Liutpr. de Ott. rege 21s. Adalb. cont. Regin. 964s. Kelly 145. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 14s. Gregorovius I 2, 626s. Haller II 157. Gontard 195. Boye 56. Seppelt II 362. Zimmermann. Papstabsetzungen 92ss. 247. Id., Das dunkle Jahrhundert 152. Schreiner, Gregor VIII., nackt auf einem Esel reitend 171s.

atómicas, biológicas y químicas) por el papa Pío XII...

¿No aplicar ninguna de las pautas modernas? ¿Entenderlo todo de acuerdo con la situación y la altura de los tiempos? ¿Comprender el espíritu de la época? Pero ¿quién o qué es eso? ¿No ha sido y sigue siendo siempre «el espíritu propio de los señores», el espíritu cristiano que existe desde siglos? «Nosotros somos los tiempos; como somos nosotros, así son los tiempos.» Quien eso escribió ¡no fue otro que Agustín! Y Johannes Haller, el gran historiador de los papas, insiste: «Ya entonces las cosas no eran diferentes: la que entonces se llamaba Iglesia santa, apostólica y romana, se presenta al espectador como un edificio de dominio muy mundano, en el que bajo el manto de san Pedro luchaban la ambición y la codicia por el trono y los cargos y donde se emplean las mismas armas que en todas partes y la lucha por el poder adquiere formas más rudas y repulsivas que en cualquier otro sitio». Y Haller cita —a pesar de ser aquélla «una época casi iliterata»— a coetáneos, que ya percibían las cosas como nosotros. Tal, por ejemplo, aquel poeta desconocido en su apóstrofe a Roma:

202

Pueblo humilde, congregado de los confines de la tierra, «siervos de los siervos», sí, se llaman ahora tus señores... a los pies de sucios bastardos te postras en el polvo... la codicia y la ambición dominan por entero tus sentidos... Cruel mutilaste en vida los cuerpos de los santos, ahora el hueso de los muertos vale para cualquier venta y aunque la tierra ávida borró los restos de la vida, tú sigues vendiendo falsas reliquias.

Ciertamente que todavía hoy hay cabezas cristianas muy aficionadas a todo esto y que, como siempre, además de gustar de la pátina de lo mórbido llevan a cabo la obra artística de explicar las cabezas de la hidria. Así, el historiador católico Daniel-Rops ante el arsenal de horrores papales piensa que «esas peculiaridades, como se han de reconocer, son también románticas y fascinantes como una novela de Alexander Dumas». Por lo demás «los asuntos escandalosos, los actos de violencia, que en cada época (!) ensuciaron el trono papal, no deben achacarse al ministerio sagrado instituido por Cristo, sino a la opresión que ha tenido que padecer».[75]

¡Y que tales bocazas prosperen! Son frases casi más lamentables que cuanto encubren...

El papa Juan XIII (965-972), hijo sin duda de Teodora la Joven, hermana de Marozia, también era hijo de un obispo según el *Líber Pontificalis.* Durante el cisma entre sus predecesores, León VIII y Juan XII, había mantenido una actitud ambigua y oportunista: había acusado a Juan XII, había asentido a la exaltación de León y después había firmado su deposición. Juan XIII, ambicioso de poder y germanófilo, colaboró estrechamente con el emperador y de común acuerdo con él convocó sínodos en Roma y en Ravenna. Se enemistó con la nobleza local y con el pueblo. Favoreció descaradamente a sus parientes y ya a los pocos meses, mediado diciembre, los romanos capitaneados por el prefecto de la ciudad, Pedro, y por el conde de

[75] Holtzmann, Geschichte II 303. Haller II 145s. Hertling 131. Gontard 199s. Daniel-Rops 686. 689.Véase también Buggle 7s. Deschner, Die Politik der Päpste *passim,* especialmente II 417ss.

Campaña, Rotfredo, lo depusieron, escarnecieron y maltrataron, primero encarcelado en Castell Sant'Angelo y después en Campaña bajo el control de Rotfredo. Mas con ayuda de unos parientes pudo huir a comienzos de 966 y, tras numerosas escaramuzas con sus enemigos, en noviembre de 966 pudo regresar triunfalmente a Roma al frente de un ejército de soldados imperiales y propios.

Poco después Otón —el gran César coronado por Dios, el tercer Constantino, como lo exaltaba el papa en una bula— mandó deportar a tierras germánicas a los nobles que habían tomado parte en la sublevación, mientras que a los caudillos del pueblo, a los doce comandantes de milicias de las doce regiones de Roma y a un decimotercero del Trastévere los hacía ahorcar. Para Pedro, el prefecto de la ciudad apresado en la huida,

203

Su Santidad dio muestras de gran fantasía creativa ideando un tratamiento especialmente bizarro, que hasta creó una cierta escuela en el círculo papal. Primero, por orden del pontífice, al tocayo del Príncipe de los Apóstoles se le tonsuró la barba y lo colgaron de la cabellera; para ello el santo padre se sirvió como picota de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, que (equivocadamente) se tenía por un monumento del santo emperador Constantino I (el llamado *Caballus Constantini),* por lo que se alzaba delante de Letrán. Después, entre una lluvia de golpes, lo pasearon desnudo por la ciudad con una ubre de vaca sobre la cabeza y campanillas en las caderas, cabalgando de espaldas sobre un asno, de modo que el rostro de Pedro miraba a la cola del jumento (como su rienda). Fue encarcelado y finalmente exiliado a Alemania. El carcelero del papa en Campaña, el conde Rotfredo, ya había sido matado a palos, pero por orden imperial fue desenterrado y arrojado fuera de los muros de la ciudad.[76]

El clero, el principal apoyo y el beneficiario también en Italia

Desde 961 hasta su muerte en 973 Otón I permaneció muy poco tiempo en Alemania. Diez de los doce últimos años de su vida los pasó en Italia, en cuya parte meridional llevó a cabo tres guerras contra los árabes musulmanes y contra la cristiana Bizancio. Al norte de los Alpes y en el oeste, donde había conseguido la hegemonía contra Francia y hasta una «corregencia» de hecho al haberse sometido Borgoña, estuvo representado por el arzobispo y archiduque Bruno. La educación y tutoría de su hijo Otón II quedó en manos del arzobispo Guillermo de Maguncia. El soberano atendió personalmente a la salvaguarda de su soberanía especialmente en Roma, donde en 962 fue coronado emperador por el santo padre, ¡y qué santo padre! Se refundaba con ello el *«imperium christianum»* y la futura historia de Alemania quedaba vinculada al futuro del papado, al igual que éste al sistema imperial-eclesiástico alemán.

---

[76] LP 2,253s. JW 1.470ss. Adalb. cont. Regin. 965s. Kelly I45s. LMA V 542. Hartmann, Gechichte Italiens IV 1. H. 17s. Gregorovius I/2.629s. Holtzmann, Geschichte I 203. Haller II 158s. Seppelt II 363ss. Graf 57s. Gontard 196. Zimmermann, Papstabsetzungen 95ss. Id.. Das dunkle Jahrhundert 153s. Id.. Das Papsttum im Mittelalter 101. Beumann, Die Ottonen 101. Schreiner. Gregor VIII., nackt auf einem Esel reitend 172. Althoff/Keller II 198.

En el sur de la península Otón y sus sucesores, en un recurso consciente a la denominada tradición carolingia. reclamaron también el ducado de Benevento, que es como decir el sur continental de Italia, exceptuadas la Apulia meridional bizantina —desde los tiempos del emperador Justiniano—, la baja Calabria y las pequeñas repúblicas marítimas del Tirreno.

204

Los constantes campañas italianas de los emperadores alemanes, especialmente desde Otón I, idealizadas tan a menudo incluso hoy y vistas de una manera romántica —con el resultado de una política que fracasó en el siglo XIII—, fueron objeto de larga y acalorada discusión entre los investigadores. Entre los principales contrincantes hay que mencionar a Heinrich von Sybel (fallecido en 1895), discípulo de Ranke y adversario de Bismarck, que rechazaba la política imperial alemana de la Edad Media, y a Julius Ficker (fallecido en 1902), que la defendía. Tampoco esta controversia tenía nada que ver con la objetividad, que por lo demás es imposible en la historiografía. Desde su punto de vista pequeñoalemán Sybel rechazaba dicha política, que Ficker sostenía desde su posición católica y granalemana. Así, unas concepciones casi exclusivamente de política cotidiana, como eran respectivamente las de la pequeña y la gran Alemania, definieron el debate histórico. Mas como todo esto por el momento no juega papel alguno, también de momento «toda la controversia resulta baldía por completo» (Hlawitschka) para la investigación histórica. Por lo demás Johannes Fried recuerda «la sorprendente visión» de Otón de Freising apenas doscientos años después, para quien «la incursión militar a Italia habría sido un sacrificio que el rey había hecho en apoyo de la Iglesia vacilante; y apenas ésta se había afianzado se volvió contra su auxiliador de antaño, el rey y emperador alemán» dando así pie a la lucha de las investiduras.

Una cosa es cierta: al igual que la Ostpolitik de Otón, también por supuesto su política italiana, pese a las numerosas diferencias de detalle, estuvo al servicio de la ampliación del propio poder y de la explotación sistemática del país.

Estrechamente implicado estuvo también el clero en el sur otoniano —lo que recientemente y con poca fuerza de convicción se ha intentado minimizar y hasta reinterpretar— «ya que se promocionaron especialmente las iglesias y se construyeron en apoyo de la autoridad imperial» *(Handbuch der Europaischen Geschichte).* «El principal apoyo (de Otón) en Italia fueron entonces los obispos, que reforzaron su posición con ayuda alemana. Se les hicieron grandes donaciones...» (Stern/Bartmuss).[77]

Sin duda que ni Otón ni sus sucesores deseaban un episcopado demasiado poderoso. Pero unos príncipes eclesiásticos fuertes también más allá de los Alpes no podían menos de complacerles lo mismo que en Alemania, no obstante las diferencias. En el fondo continuaron la política de los carolingios, muy beneficiosa

[77] HEG I 692. Holtzmann, Geschichte I 204. Büttner, Der Weg Ottos 54. Hay 339. Steinbach. Die Ezzonen 855.Kempf. Das mittelalterliche Kaisertum 228. Kosminski/Skaskin 133. Stern/Bartmuss 188. Zimmermann, Das Papsttum im Mittelalter l00ss. Bullough. Nach Karl 322. Prinz, Grundlagen und Anfänge 149. Hlawitschka. Vom Frankenreich 118s. 124,131. Sobre la tradición de Carlos: Deér38ss. Beumann, Grab und Thron 9ss. Siguiendo las huellas de su padre doctor, el discípulo de Hlawitschka, R. Pauler, intenta una «nueva interpretación»: Das Regnum Italiae *passim,* especialmente 164ss. Sobre la discusión histórica de la política alemana en Italia durante la Edad Media véase sobre todo las muy atinadas reflexiones de Althoff/Keller 2 vols. passim y Fried. Der Weg 529ss.

para el clero, aunque por procedimientos muy diferentes. Para no mencionar el hecho de que también sus enemigos a menudo favorecieron en Italia al clero alto.

Como quiera que fuese, Otón dotó a determinados obispados con tierras reales, con derechos e ingresos públicos. Así, por ejemplo, incrementó notablemente el poder del obispo Aupaldo de Novara, cuyo predecesor Pedro II había luchado abiertamente contra Berengario. Así, el obispo Bruningo de Asti, archicanciller de Lotario y de Berengario, fue también archicanciller de Otón, recibiendo además la potestad civil sobre su ciudad episcopal y sus alrededores. Y su sucesor Rozo, además de otros privilegios jurídicos y económicos, como el derecho de cobrar peajes, establecer mercados y puertos y hasta construir fortificaciones, obtuvo evidentemente asignaciones territoriales mayores aún.

205

El obispo Huberto de Parma (960-980), canciller y archicanciller respectivamente de Berengario II y de Adalberto todavía en el verano de 961, ya en febrero de 962 estuvo presente en la coronación imperial de Otón y al mes siguiente obtuvo el favor supremo. Otón no sólo confirmó a la iglesia episcopal de Parma una serie de donaciones anteriores, la inmunidad, la protección regia y el derecho inquisitorial, sino que confirió también a Huberto los derechos de un conde palatino sobre la ciudad y su entorno, convirtiéndolo así en «soberano absoluto». Más aún, Otón favoreció también al prelado en los condados donde el obispado tenía posesiones, «y además con posesiones eclesiásticas estratégicamente favorables...» (Pauler). Y se comprende que el obispo Huberto acompañase también al emperador en la guerra y que en su tercera campaña italiana asumiese incluso el cargo de archicanciller, pues el hasta entonces archicanciller, el obispo Guido de Módena, acababa precisamente de desertar.[78]

El obispo Guido de Módena (943-968), que de tanto en tanto cambiaba de frente —en 945 empezó por apoyar la elevación de Berengario al trono, poco después respaldaba a Lotario, hijo de Hugo, posteriormente a Otón I antes de pasarse de nuevo al bando del rey Adalberto-obtuvo asimismo provecho de todos los bandos: de Lotario *(«dilectus fidelis noster»)* recibió tierras en el condado de Comacchio y de Berengario II tres castillos. A lo largo de un decenio (de 952 a 961) estuvo en buenas relaciones con su señor Berengario y se comprende que fuera su archicanciller. Pero después se pasó al bando de Otón y continuó ejerciendo con él el mismo cargo y obtuvo a cambio las posesiones de Guido y Conrado, hijos de Berengario. en varios condados, aunque posiblemente sin sacar gran provecho de las mismas. Roland Pauler, que ha seguido paso a paso el rosario de traiciones del príncipe de la Iglesia notoriamente felón, después no puede menos de alabar, como discípulo de Hlawitschka, al consejero supremo de Otón *(summus consiliarius):* «Al principio aspiraba a ampliar su propio poder, para lo que no le pareció demasiado malo ni siquiera el recurso de la traición con vistas a lograr sus objetivos; pero después bajo los respectivos señores cumplió con sus obligaciones como obispo imperial, como archicanciller, missus y ayudante en el campo de batalla como un vasallo civil».[79]

Honor a quien honor se debe.

206

[78] Pauler, Das Regnum Italiae 9ss. 21s. 102ss.

[79] Ibíd. 64ss. El emperador fue también generoso con algunos monasterios italianos; véase por ejemplo Zotz 172ss.

Dicho de otro modo: los crímenes tienen que cometerse en el debido marco personal. Es decir, siempre en complicidad con el más poderoso.

La política de Otón en el sur de Italia estuvo también naturalmente al servicio de la ampliación de poder y del expolio (en tono algo más académico: al servicio del Estado feudal alemán).

El emperador consigue «uno de los objetivos más importantes de su vida en sus últimos años de gobierno»

Los bastiones de Otón en Italia fueron los tres principados longobardos —que separaban el Estado de la Iglesia del sur bizantino— de Capua (con Spoleto y Camerino), Benevento y Salerno, que a la muerte de Otón y sólo por breve tiempo reunió en unión personal el príncipe Pandulfo I Cabeza de hierro. Ya a comienzos de 967 Pandulfo había prestado vasallaje al emperador, al igual que lo hiciera Landulfo de Benevento, viéndose ambos recompensados: aquél con los margraviatos de Spoleto y Camerino, éste con una confirmación generosa de sus posesiones. Cierto que también Bizancio consideraba desde antiguo aquellos territorios longobardos como su esfera de interés y reclamaba su soberanía. Pero en la Navidad de 967 Otón hizo coronar emperador en Roma a su hijo homónimo (a ejemplo de Luis el Piadoso, de Lotario I y de Luis II), siendo éste el único doble imperio de la historia alemana, con vistas a un arreglo amistoso del conflicto mediante el matrimonio con una princesa bizantina. Pero el intento fracasó con la entrega de Benevento y Capua exigida por el emperador Niképhoros Fokas.[80]

Así no se buscó ninguna novia sino que estalló la guerra. Se inició en el sur con motivo de la tercera campaña de Otón en Italia (966). Al año siguiente el basileus bizantino cruzaba los Balcanes al mando de un ejército para penetrar en Italia meridional, sin que alcanzase el objetivo. En respuesta Otón desató las hostilidades. A través de Capua y Benevento cayó sobre Apulia y en el otoño de 968 devastó durante un mes la Calabria griega. «Otón era un hombre belicoso —asegura el historiador de la Iglesia y teólogo Albert Hauck— y estaba sediento de conquistas; nunca pudo resistir a la tentación de acometer una incursión audaz, que prometiera una gran recompensa.» Belicosos lo fueron casi todos aquellos gobernantes católicos ¡desde hacía ya más de medio milenio! Pero ningún castillo se tomó entonces, ni se dio ninguna batalla campal, ni Bari fue conquistada. Los esfuerzos diplomáticos de Liutprando en Constantinopla también fracasaron por completo; a ello se debió que escribiera su panfleto cuajado de incidentes «Embajada al emperador Niképhoros Phokas en Constantinopla» (al que llama «tizón apagado», «vieja», «sátiro», «jabalina», «estúpido», «cerdo» y otras lindezas, asegurando que tenía los «ojillos de un topo» y «una jeta de gorrino», en una palabra, «alguien con quien uno no querría encontrarse a media noche»). El basileus amplió entonces sus exigencias: toda Italia meridional y central, incluida Roma, al tiempo que negaba a Otón el reconocimiento de la dignidad imperial.

[80] LMA I 1908, VI 1652. VII 1295. HEG I 695. Hlawitschka. Vom Frankenreich 130. Id., Kaiser Otto I. 140. Beumann, Die Ottonen l0ls. 108. Pätzold 48. Glocker, Die Verwandten der Ottonen 156s.

207

El soberano de occidente pronto abandonó el territorio de la lucha, pero envió un nuevo contingente de tropas a Suabia y Sajonia. Después de haber oído misa en Benevento, cayó, con la bendición del arzobispo Landulfo sobre Apulia y tras la victoria de Asculum cortó la nariz a los bizantinos derrotados, que al fin y al cabo eran cristianos y «con la nariz cercenada los devolvió a la nueva Roma» (Widukind) siendo aquél «un éxito ciertamente memorable de las armas alemanas» (C. M. Hartmann).

En la primavera de 970 Otón avanzó de nuevo hacia el sur, devastó los alrededores de Nápoles, pegó fuego a Apulia por los cuatro costados y se llevó el ganado. El gobierno cristiano de Bizancio envió mercenarios sarracenos contra el emperador sajón, también cristiano. Y aunque Liutprando alardeaba en un tono muy pastoral de que «los numerosos cobardes (de Niképhoros), sin más coraje que el que les daba su número, fueron aniquilados por nuestros combatientes, pocos pero veteranos en la lucha y sedientos de guerra», lo cierto es que ni Otón I ni Otón II lograron anexionar de manera estable el territorio de Apulia a la parte septentrional del imperio.[81]

Una de las numerosas revoluciones palaciegas de Bizancio puso fin a la lucha en el campo de las armas y de la diplomacia.

La noche del 10 al 11 de diciembre de 969 caía el emperador Niképhoros víctima de una conjuración de su esposa con su primo y rival, el general Juan Tzimiskes. La acción sangrienta redundó también en beneficio de la Iglesia. El patriarca Polyeuktos (956-970) pronto logró que el cambio de soberano le reportase ventajas. Denegó la coronación al asesino hasta tanto que éste se declaró dispuesto a revocar las disposiciones de Niképhoros contra la ampliación de las posesiones monásticas y contra el acceso a la dignidad episcopal sin la previa aprobación del emperador.

En occidente aquella revolución palaciega trajo la paz, que dejó Apulia del lado de Bizancio y Capua y Benevento con el emperador alemán. No se obtuvo la deseada novia, Ana Prophyrogénita; pero sí, además de muchas reliquias, la princesa Theophanu, sobrina del nuevo emperador Juan Tzimiskes, no nacida en Porphyra, en el palacio imperial, pero sí bella y prudente. El 14 de abril de 972 la desposaba Otón, casi de su misma edad, 16 años, en la basílica romana de San Pedro y Juan XIII la coronaba emperatriz.[82]

208

Con ello pudo Otón «el Grande» satisfacer su incesante ambición de que el asesino imperial y emperador de la Roma oriental (tal vez porque no se sentía demasiado seguro en el trono) le reconociese la dignidad de emperador de la Roma occidental... Una dignidad que sin duda alguna reportó a la humanidad muchísimos más crímenes que beneficios. Pero el reconocimiento como segundo imperator con el mismo rango fue para Otón «uno de los objetivos vitales más importantes en sus últimos años de gobierno» (Glocker).[83]

---

[81] Widukind 3,72. Liutpr. Legatio *passim,* especialmente 3: 9. Cita 44. LMA I 821. HEG I 695. Hauck III 217. Hartmann. Geschichte Italiens IV 1. H. Bauer/Rau 239. Beumann, Die Ottonen 108s. Glocker, Die Verwandten der Ottonen 155ss. *Renischler passim,* especialmente 9ss.

[82] LMA V 532. VII 74. Uhlirz, Jahrbücher I 20ss. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 27ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 125s. Beumann. Die Ottonen 109. Glocker, Die Verwandten der Ottonen 154ss. Hlawitschka. Kaiser Otto I. 140. Pätzold 48.

[83] Glocker. Die Verwandten der Ottonen 154.

Cuando el emperador moría en su palacio de Memleben el 7 de mayo de 973 —no sin «el fortalecimiento del santo viático» (Thietmar)—, el imperio alemán comprendía aproximadamente 600.000 kilómetros cuadrados, a los que se sumaban los 150.000 o 160.000 al sur de los Alpes. Y el pueblo, al decir de Widukind, aclamó a Otón por «haber vencido a los arrogantes enemigos, que eran los ávaros (húngaros), sarracenos, daneses y eslavos, con la fuerza de las armas, haber sometido Italia, haber destruido los templos de los ídolos de los vecinos paganos y haber erigido templos a Dios e instituciones eclesiásticas, pregonando muchas otras bondades suyas»(!). El emperador de romanos y rey de pueblos dejaba «a la posteridad muchos y gloriosos monumentos tanto en el campo eclesiástico como en el civil», como dice el monje al cerrar el libro tercero y último de su historia de los sajones. Y una inscripción (en oro laminado) sobre la losa de su sarcófago le califica de «supremo honor de la patria» y «orgullo de la Iglesia».[84]

[84] Thietm. 2,43. Widukind 3,75s. Adam von Bremen, Gesta Hammaburg. eccl. 2,21 llama a Otón «el dominador de todos los pueblos del norte». Holtzmann, Geschichte I 216. Schulze. Hegemoniales Kaisertum 77.

209

CAPITULO 7. EL EMPERADOR OTÓN II (973-983)

«Pallida mors Sarracenorum», la pálida muerte de los sarracenos.

OTÓN I, OBISPO DE FREISING [1]

«Su juventud fue dichosa, pero al final de su vida le visitó la desgracia, porque todos pecamos gravemente.»

THIETMAR DE MERSEBURG [2]

211

Clérigos en la proximidad del soberano

Otón II había nacido el mismo año de la gran derrota de los húngaros en Lech y de la gran matanza de los eslavos aquel mismo otoño. Era el cuarto hijo de Otón (y de su segunda mujer Adelaida). A los seis años fue coronado rey en Aquisgrán, y a los doce (967) coemperador en Roma. Su educación estuvo a cargo del capellán Folkold, obispo de Meissen desde 969, y del monje Ekkehard II de Saint-Gallen. Y sin duda que, además de su piadosa madre, también influyeron sobre el príncipe su tío, el arzobispo Bruno de Colonia, y su hermano Guillermo (¡todo por soborno!), hijo mayor extramatrimonial del emperador y arzobispo de Maguncia. Durante las ausencias de Otón I en 961 y 966, el sucesor al trono le fue encomendado muy especialmente al obispo Guillermo con la recomendación explícita de «para su protección y educación» *(Adalberti continuatio Reginonis).*

Por ello nada tiene de extraño que sus contemporáneos alaben la piedad de Otón ni que Thietmar abiertamente le califique de «inmenso en obras pías». Así, al obispo Giselher de Merseburg, uno de sus favoritos, le donó «primero la abadía de Póhlde, después la fortaleza de Zwenkau con todo lo necesario para el culto de san Juan Bautista; le entregó además todo el territorio de Merseburg, rodeado por la muralla, con judíos, mercaderes y moneda, además de un bosque entre el Saale y el Mulde, es decir, entre los cantones de Siusuli y Pleissnerland, así como Kohren, Nerchau, Pausitz, Taucha, Portitz y Gundorf; y todo se lo confirmó mediante documentos escritos de su puño y letra».

El obispo Giselher, «un mercenario que aspiraba siempre a más» *(mercenarias, ad maiora semper tendens),* no podía naturalmente soportarlo. Y para llegar a ser arzobispo «sobornó con dinero a todos los príncipes, y en particular a los jueces romanos, a los que siempre se les puede comprar todo...», según refiere una vez más

[1] Otto von Freís. 6,26t.

[2] Thietm. III Prol

Thietmar.

Notable influencia logró sobre el *rex iunior* su consejero durante años, el intrigante obispo Dietrich I de Metz; como hijo de la hermana de la reina Matilde y primo tanto de Otón I como del arzobispo Bruno, que le hicieron prelado, también era miembro de la casa imperial y tuvo fama de ser un codicioso insaciable. El obispo Thietmar informa que el príncipe de la iglesia de Metz había sido sobornado por el arzobispo Giselher por «mil libras de oro y plata... para que ocultase la verdad». El propio emperador llegó a decirle, y no sólo «en broma»: «¡Que Dios te harte de dinero en el más allá, porque aquí no podemos hacerlo entre todos!». Cierto que también multiplicó la abundancia de gracia para su ciudad episcopal mediante un imponente fondo de reliquias, que transportó desde Italia, donde los huesos sagrados figuran entre los más nobles tesoros del suelo.

212

Considerable influencia ejerció sobre Otón II el arzobispo Willigis de Maguncia (975-1011), quien actuó como su archicapellán y archicanciller para Alemania, donde todavía hoy se le venera como santo, y no sólo en Maguncia.

También tuvo un gran peso en el gobierno, sobre todo desde la exclusión casi completa de los Luitpoldingios, el obispo Hildibaldo de Worms, que desde el otoño de 977 dirigió la cancillería real alemana; un cargo que como primer canciller conservó hasta su muerte, incluso después de haber sido designado prelado. En pro de su poder episcopal y para asegurar y ampliar diversos títulos patrimoniales y jurídicos del obispado ordenó «la falsificación o alteración de 18 documentos reales de los siglos VII-X» (Seibert). Y, al igual que el arzobispo Willigis. también este enérgico pastor de almas participó durante muchos años en el gobierno de regencia del hijo y sucesor de Otón I. (Y el obispo Burchard de Worms, «uno de los canonistas más importantes de la Edad Media» *[Lexikonfür Theologie und Kirche],* continuó después tal «actividad falsificadora» [Landau] con «una pluma sin escrúpulos» [Seckel].)

En la corte de Otón II jugaron un papel relevante, entre otros, el obispo Hugo de Würzburg (983-990), miembro de la capilla imperial; también ocasionalmente el abad Adso de Montier-en-Der, que pertenecía a la alta nobleza (famoso más tarde por ser autor de un escrito sobre la venida del Anticristo); y asimismo el erudito Gerberto de Aurillac, abad, arzobispo y finalmente papa (Silvestre II).[3]

De ese modo el hijo, aunque con «fuerza» menor, continuó la política y especialmente la política eclesiástica del padre, sin olvidar los asuntos del este y del norte, y contó con el apoyo de casi todos los obispos. Pero en Italia sobrepasó incluso el marco trazado por Otón I y desde el comienzo se propuso conquistar también el sur del país para gobernarlo por entero.[4]

213

[3] Thietm. 2,44; 3,1; 3,13s. 3.16; 4,6. Adalb. cont. Regin. 955, 961,967. Widukind 3,76. LThK XI 920s. 113 799s. Ekkeh. Casuss. Galli 98. LMA I 169s. III 1030, 1766. IV 1468. V 19 (Seibert). VI 1567. Taddey 263s. 1308, 1310s. Uhlirz, Jahrbücher I *passim* y 212. Wattenbach/Holtzmann, Geschichte I 10. Holtzmann, Geschichte I 239ss. Brackmann, Gesammelte Aufsatze 200. O. Meyer, In dcr Harmonie 218. Beyreuther, Otto II. 67s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 163. Landau 29ss. aquí tam bién la cita de Seckel.

[4] LMA VI 1567. Stern/Bartmuss 196s.

Guerras por Baviera y Bohemia

Pese a que su entrada en el gobierno se hizo sin roces, pronto el nuevo soberano se topó con los problemas de su predecesor. Durante siete años Otón II hubo de ocuparse primordialmente en defenderse de los fuertes antagonistas del interior, del círculo de parientes cristianos una vez más, y sobre todo de Enrique II de Baviera (955-976, 985-995).

El duque, cuyo sobrenombre de «el Pendenciero» *(rixosus)* sólo se le dio en la Edad Moderna, era sobrino de Otón I, y por tanto primo de Otón II. Y así como su padre Enrique I de Baviera había sido el enemigo más peligroso de Otón I, su hermano, en sus primeros años de gobierno, así también el hijo, Enrique el Pendenciero, pronto se convirtió en el rival interno más peligroso de Otón II. El poder del ambicioso bávaro era a todas luces enorme. Se extendía desde la denominada Marca del Norte, el actual Oberpfalz (Alto Palatinado), pasando por el territorio central bávaro en torno a los ríos Isar, Inn y Danubio, y la Marca Oriental (Austria actual), hasta las marcas italianas de Aquileya e Istria.

Las razones del poderío de Enrique no están del todo claras, aunque contaron sin duda motivos de rivalidad, afán de poder, ampliación del gobierno, sueños de soberanía y sentimientos de amenaza. La sublevación (974-977) encontró apoyo sobre todo en los demás Luitpoldingios y prendió rápidamente en Suabia y Lotaringia, extendiéndose incluso a Bohemia y Polonia. En ella tomaron parte a favor del rebelde los obispos bávaros Abraham de Freising y dos santos en carne y hueso: san Wolfgang, obispo de Ratisbona, y san Alboín, obispo de Brixen. (Y del hijo del Pendenciero hizo san Wolfgang, educador de los hijos del duque, otro santo especialmente glorioso, con quien por desgracia sólo nos encontraremos en el próximo volumen: el santo emperador Enrique

II.) Mas también los obispos de Tréveris, Metz y Magdeburgo simpatizaron con el bávaro. De hecho fueron precisamente los obispos «los que una y otra vez abrazaron el partido de los levantiscos en el período otoniano»; y desde luego «obispos en toda regla... de las familias nobiliarias más ilustres» (Althoff/Keller).

Como el complot fue descubierto, Enrique fue a parar a la cárcel de Ingelheim. A comienzos del año 976 huyó a Ratisbona, ciudad que tras diversos encuentros armados en territorio bávaro tomó Otón II en el verano del mismo año, mientras que los obispos que combatían en su bando excomulgaron al Pendenciero y a su séquito, pero pudo escapar a Bohemia.

Y es que también en el este había buenos príncipes católicos alzados contra el buen católico del emperador. Así, el polaco Mieszko I, que desde su bautismo había promovido fervorosamente la misión, realizando con ello «la anexión a la Europa cristiana» (Lübke). A su lado, hombro con hombro, su cuñado Boleslao II, premiado con el sobrenombre de «el Piadoso» (967 [¿973?]-999), en contraste con su padre Boleslao I «el Cruel». Fue un celoso promotor del clero, que supuestamente construyó y dotó veinte iglesias y varios monasterios, incluida la casa de beatas en la que fue abadesa su hermana Milada con el nombre de María. Cosme, decán del cabildo de Praga (fallecido en 1125), dice en su *Chronica Boemorum,* la primera crónica bohemia, que en Boleslao II, el rebelde contra el emperador cristiano, «ardía el verdadero y puro amor de Cristo». «Con ferviente celo abrazó cuanto se refería a la

justicia, la fe católica y la religión cristiana.»[5]

214 Pero con ferviente celo atacó también Otón II en tres campañas al príncipe checo que ardía en el amor de Cristo, al compañero de alianza del rebelde Pendenciero. Devastó Bohemia en 975 y 976, mas pese a su poderoso ejército «nada logró contra ambos». Bien al contrario, una numerosa tropa auxiliar bávara que se puso en marcha en apoyo de Otón, pues los bávaros una vez más estaban divididos, fue aniquilada en un campamento de Pilsen. «Los bávaros se bañaban por la tarde sin haber montado la guardia. El enemigo armado ya estaba allí, dejó tendidos en sus tiendas y sobre los prados a los que corrían desnudos y con todo el botín regresó a casa contento y sin pérdidas» (Thietmar).

Mientras el emperador operaba en Bohemia, el Pendenciero aprovechó el tiempo en Baviera y estalló la «rebelión de los tres Enriques», a la que incluso se sumaron sajones poderosos, como el margrave Gunther de Merseburg y el conde Dedi de Wettin. Enrique de Baviera ocupó entonces la ciudad episcopal de Passau, importante para la vinculación con Bohemia. Lo hizo en comandita con Enrique el Joven, a quien en 976 Otón había nombrado duque de Carintia y que ahora le combatía ingrato, el hijo del duque Bertoldo del muy influyente clan de los Luitpoldingios. Y el tercero de los Enriques en cuestión, el obispo Enrique I de Augsburgo, asimismo de la mencionada familia luitpoldingia, aseguraba entretanto la ruta del Danubio, sobre todo mediante la ocupación de Neuburg, de gran importancia estratégica.

Sólo en agosto de 977 pudo Otón someter Bohemia en una tercera campaña y en septiembre también pudo conquistar Passau. Mandó destruirla y en la dieta de Magdeburgo, primavera de 978, ordenó el destierro de los tres Enriques. El Pendenciero marchó a Utrecht al amparo del obispo Folkmar, antes canciller de Otón II, y allí permaneció hasta la muerte del emperador. Entonces el obispo lo liberó y se unió a él. También el duque Enrique III el Joven, de Carintia, permaneció cinco años entre rejas, mientras que el tercer aliado, el obispo Enrique de Augsburgo, sólo estuvo prisionero cuatro meses en Werden. Pero al Pendenciero no sólo le había depuesto el emperador, sino que también le había recortado notablemente el ducado: separó del mismo Carintia así como los territorios al sur de los Alpes que desde 952 pertenecían a Baviera: las marcas de Friuli, Istria, Aquileya, Verona, Trento, que se habían anexionado a Carintia.[6]

215 Por lo demás, la guerra continuó en el este.

El Estado polaco, surgido hacia mediados del siglo x, se fue extendiendo y, evidentemente, afrontó sus «obligaciones» con idéntico escaso entusiasmo que los eslavos entre el Elba y el Oder. De ahí que Otón no sólo restableciese su dependencia

---

[5] LMA II 358s. III 300, IV 2063s. VI 6l6s. (Lübke), 1567. HEG I 696s. HBG I 297s. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 70ss. Naegle II 353s. 366ss. 372s. Staber 26. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 190s. Glocker. Die Verwandten 167ss. 175ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 132. Prinz, Grundlagen und Anfänge 161s. A. Kraus, Geschichte Bayerns 61ss. Fried, Der Weg 552ss. Bcyreuther, Otto II. 68. Althoff/Keller II 150. Según Beumann, Die Ottonen 113, «ya los coetáneos» conocieron el sobrenombre de «el Pendenciero».

[6] Thietm. 3,7; 3,24. Ann. Weissenb. 975; Ann. Hildesh. 976. Ann. Magdeb. 976. LMA II 358, IV 613,2063s. HBG I 224s. 298ss. HEG I 697. Uhlirz I 92ss. Holtzmann, Geschichte I 247ss. Hellmann, Die Ostpolitik Kaiser Ottos II 49ss. Prinz, Grundlagen und Anfänge 162. Fleckenstein/Bulst 82s. Hlawitschka. Vom Frankenreich 132s. Id., Otto II. 147. Beumann, Die Ottonen 115. Fried, DerWeg 554.

en 979 mediante una campaña militar, sino que obligó también a los polacos a un renovado tributo.

Como buen católico, Mieszko I, a la muerte de su mujer, Dobrawa (977), de origen bohemio, sacó del monasterio a la monja Oda, que pertenecía a la alta nobleza sajona. El hecho desagradó en principio al obispo Hildiward de Haíberstadt, pero sin duda que favoreció la difusión ulterior de la buena nueva en Polonia. De todos modos Mieszko, el «rey del norte», disponía de 3.000 jinetes armados. Y mientras que los bandos alemán y polaco se acercaban cada vez más, las relaciones de Polonia con Bohemia se fueron enfriando hasta que estallaron graves enfrentamientos entre los dos países católicos con los que Mieszko conquistó la mayor parte de Silesia y toda la Pequeña Polonia.[7]

También en el oeste hubo conflictos militares.

Guerra por Lotaringia

En tiempos Otón I había establecido allí como duque a su hermano Bruno, arzobispo de Colonia, y éste había colocado en las sedes episcopales de la región a sus discípulos, vinculando también así el inseguro territorio fronterizo al imperio alemán.

Las iglesias episcopales de Lotaringia, también ricas desde largo tiempo atrás, ahora llegaron a ser todavía más ricas e independientes por favor de los emperadores sajones, que se apoyaron en los prelados contra la pretensiones de los grandes señores civiles. Esto condujo a que «otorgasen a los obispos y abades derechos reservados hasta entonces a los condes o que les concediesen su autoridad impositiva sin autorización especial. Así, apenas hay datos precisos sobre la transferencia del derecho de acuñar moneda, y sin embargo en las últimas décadas del siglo x los obispos dispusieron de cecas, haciendo esculpir su cabeza y nombre en las monedas. Se dejaron en sus manos muchos arbitrios comerciales y hasta el nombramiento de un conde elegido por ellos... Finalmente los emperadores colmaron a los prelados de donaciones territoriales regalándoles palacios, bosques, cotos de caza y hasta condados enteros. En el curso de un siglo, desde 950 a 1050, los obispados se transformaron en principados autónomos, cuyos únicos soberanos eran los prelados. En muchos casos los territorios estatales se juntaron y en Lotaringia dieron origen a lo que en la historia se designa Trois-Evéchés (Tres obispados)» (Parisse).

216

A la muerte de Bruno en 965 su ducado quedó vacante hasta que en 977 Otón II se lo entregó al carolingio franco-occidental Carlos, hermano menor del rey francés Lotario (954-986).

Carlos, penúltimo sucesor de Carlomagno por la línea masculina, era en consecuencia carolingio por parte del padre, mas por línea materna descendía de la dinastía de los Otones. En efecto, era hijo menor del rey Luis IV de Francia y de su esposa Gerberga, hermana de Otón I. En muchos aspectos se vio perjudicado por su

[7] LMA V 1204, VI 616s. VII 1481. HEG I 907. Holtzmann, Geschichte I 251s. Rhode 3ss. 7. Fleckenstein/Bulst 85.

hermano Lotario. Por su parte también había ofendido gravemente a su esposa Emma, hija del primer matrimonio de la emperatriz Adelaida: la acusó de adulterio con el ex canciller de Lotario, el obispo Adalbero de Laón (sobrino del arzobispo Adalbero de Reims). Y desde el nombramiento de Carlos como duque de la Baja Lotaringia (977-991) Lotario receló ciertamente de la rivalidad de su desgraciado hermano, triste víctima de la permanente lucha por el poder entre la realeza francesa y la alemana; debió de encontrarla amenazadora, sobre todo porque Carlos, excluido del trono por él —en contra de la tradición carolingia—, al no haber sido compensado con ninguna posesión, aspiraba a la corona francesa.

Por ello, cuando en 977 Otón entregó a Carlos el ducado vacante de la Baja Lotaringia, provocó al rey Lotario, que estaba reñido con su hermano y que emprendió de inmediato una reconquista de Lotaringia. El sólo nombre de Lotario tenía ya un significado programático, pues ya su padre el rey Luis IV, que no por casualidad había desposado a Gerberga, viuda del duque lotaringio, en 939 había intentado recuperar militarmente el territorio, sobre todo porque el reino franco-occidental nunca había renunciado a sus pretensiones sobre Lotaringia. Con la velocidad del rayo irrumpió Lotario en junio de 978 con una fuerza poderosa y, apoyado por el duque Hugo Capeto, avanzó hasta Aquisgrán, donde por muy poco le falló un golpe de mano contra su cuñado Otón II, que precisamente se encontraba por entonces en el palacio.

El monje cronista Richer de Reims describe como testigo presencial el ataque por sorpresa en su obra, importante para la historia de Francia en los finales del siglo x (conservada únicamente en el autógrafo del autor y que se reencontró en Bamberg sólo en el siglo XIX): «Las mesas reales fueron volcadas, los manjares los devoraron los criados del séquito y las insignias reales fueron hurtadas de las habitaciones privadas y transportadas lejos. El águila de hierro en posición de vuelo, que Carlomagno había colocado en el frontispicio del palacio, la giraron hacia el este, pues los germanos la habían virado hacia el oeste dando a entender en forma delicada que los galos alguna vez podrían ser vencidos por su vuelo».

217

Sólo con la huida escapó Otón II a la prisión. Pero en el otoño de 978 contraatacó con un ejército, en el que no sólo combatía el duque Carlos de la Baja Lotaringia, sino que en sus filas se encontraba de nuevo un verdadero santo: san Wolfgang. Se había formado en la escuela monástica de Reichenau y en la catedralicia de Würzburg y le había ordenado sacerdote el héroe de Augsburgo, el obispo Ulrico; desde enero de 973 fue obispo de Ratisbona por iniciativa sobre todo del gran falsificador de documentos, el obispo Pilgrim. En 1052 fue proclamado santo, siendo invocado como patrón de leñadores, carpinteros, barqueros y como auxiliador en las afecciones de ojos y pies y en los dolores de lumbago, y en realidad como un auxiliador

«universal». Más tarde se insertaron en el rosario como medallas del santo las denominadas «hachuelas de Wolfgang», y «también se crearon las cofradías de la azada». En vida fomentó «la piedad y moralidad del pueblo», de obispo «continuó la vida severa del monje, dividiendo su tiempo entre la oración, los trabajos ministeriales y el estudio» *(Lexikon für Theologie und Kirche),* y en ocasiones también realizó pequeñas incursiones bélicas, como justamente entonces contra los malvados franco-occidentales (franceses).

Por lo demás el canónigo de Magdeburgo y fervoroso obispo misionero, Bruno de

Querfurt, bajo la presión de las reformas cluniacenses y de las animosidades personales condenó el ataque del rey a Francia y escribió: «Sería preferible combatir celosamente a los paganos en vez de reunir un ejército estatal contra los hermanos cristianos, los franco-carolingios». Un pacifista y santo católico, como debe ser: «Defendió el principio de la misión pacífica por convencimiento, aunque sin renunciar por entero a la guerra misionera» *(Lexikon für Theologie und Kirche).*

En el otoño de 978 Otón II avanzó hasta París «arrasándolo y destruyéndolo todo» (Thietmar), aunque perdonando iglesias y monasterios. Más aún, les hizo donaciones y oró en ellos. También destruyó los antiguos palacios carolingios de Attigny, Soissons y Compiégne, una pérdida sensible que afectaba a la misma sustancia del poder del reino occidental. Y antes de que el invierno cercano, la falta de vituallas y la aparición de algunas enfermedades le forzaran a regresar en noviembre, reunió en Montmartre a todos los clerizontes de su ejército y les hizo entonar un poderoso Aleluya sobre la ciudad. También san Wolfgang, el elocuente predicador de un evangelio vivo, gritó a su vez: «Ved lo que hace la fe y qué frutos produce». Y cuando en la famosa retirada saltó sobre las aguas encrespadas del Aisne y los suyos le siguieron delante de los franceses perseguidores, «ninguno perdió la vida». Lo que fue casi un milagro, según comentan Wctzer/Welte. En realidad el cuerpo de avituallamiento otoniano sufrió allí un descalabro, que la historiografía francesa celebró incluso como un triunfo, mientras que el cronista alemán escribía: «El emperador regresó a casa envuelto en la aureola de la victoria...» (Thietmar). Los dos bandos vencieron, y eso es algo que conocemos todavía.

218

Carlos, duque de la Baja Lotaringia, intentó sacar provecho de la situación y en 979 se proclamó rey en Laón. Pero fracasó como siempre chocando sobre todo contra las estructuras de poder, y especialmente contra el episcopado que le reprochaba entre otras cosas su vasallaje a un príncipe extranjero y su «fracaso matrimonial». Pero el rey Lotario, debido probablemente a dificultades internas, en un encuentro personal con el emperador Otón, celebrado el mayo de 980 en Margut-sur-Chiers (cerca de Ivois), renunció por entero a sus pretensiones sobre Lotaringia. Sin embargo, poco después de la muerte de Otón se aseguró una prenda: ocupó Verdún en 984 y, tras su expulsión, repitió la ocupación al año siguiente.[8]

También proseguía la lucha por el trono. Repetidas veces combatió el duque Carlos por el poder. Y es posible que en ocasiones lo hiciera en forma un tanto extravagante, como cuando en la toma de Cambrai —aunque no deja de haber dudas al respecto—, inmediatamente después de expulsar a los condes, llamó a su querida esposa para dilapidar con ella en ruidosas orgías las riquezas del palacio prelaticio y dormir en la cama del obispo; pero conductas así no eran nada infrecuente.

El último acto de fuerza de Carlos, con el que por segunda vez ahuyentó al obispo Adalbero de Laón, terminó precisamente en aquella fortaleza, después de que el prelado con su hipocresía de viejo zorro, se reconciliase con Carlos, estrechase cada vez más su amistad con él y le asegurase su lealtad «con los más sacrosantos

[8] Thietm. 3,8. Widukind 2,39. Richer von Reims 3,69ss. especialmente 3,71. LThK XI 960ss.II3 724. Wetzer/Welte IX 97ss. Taddey 162,1323. LMA I 93, II 755s. V 993, 2127. HEG I 697s. VI 1567. VII 830s. Uhlirz, Jahrbücher I 105ss. especialmente 116. Janner I 385. Staber 26. Walterscheid 167ss. Bullough, Nach Karl 323. Hla witschka, Vom Frankenreich 133, 137. Id., Kaiser Otto II. 148, 151. Glocker, Die Verwandten 187ss. 191, 198. Beyreuther, Otto II. 69. Fichtenau, Lebensordnungen 50. Sprandel 101.

juramentos» (Glocker). Pero en marzo de 991, la noche siguiente al Domingo de Ramos, el obispo Adalbero entregó la fortaleza con Carlos dentro a su rival de turno: el rey francés Hugo Capeto. Éste encerró a Carlos, con su familia, en la cárcel de Orleans, en la cual murió en fecha desconocida.

Pero también en el norte trabajaba Otón II.

Guerra en el norte

Los francos habían extendido su imperio en todas direcciones, incluso en Escandinavia. La importante plaza comercial de Haithabu (Hedeby) jugó allí repetidas veces un papel destacado en la historia bélica de Schleswig septentrional. Estaba en territorio danés, aunque no lejos de la frontera con los sajones ¡que desde hacía tiempo tampoco pertenecían a los francos! En el año 804 el rey Gudfred (Gottrik) de Haithabu había negociado con Carlomagno, que se hallaba más allá del Elba, y en 808 y 810 habría de llevar a cabo, violando todos los usos tradicionales, dos guerras de defensa contra el agresivo danés. Por lo demás también éste quiso protegerse y trabajó ya en la Danewerk, llamada «Muralla de Gottrik» (que las fuentes escritas mencionan en el año 808), la imponente fortificación del tipo muralla larga, que tocaba también Haithabu y que los daneses construyeron desde el siglo VIII hasta finales del XII para cerrar el paso hacia Jutlandia entre los mares del Norte y Báltico; un sistema de defensa pensado sobre todo contra francos y alemanes. Así, en el siglo ix se intentó primero la penetración con los misioneros por obra principalmente de san Ansgar, primer arzobispo de Hamburgo-Bremen, que trabajó preferentemente en las plazas comerciales de Dinamarca y de Suecia meridional y que erigió una iglesia en Haithabu, la cual convirtió «la plaza comercial en la meta preferida de los mercaderes cristianos» (Riis).

219

En el siglo x la victoria de Enrique I sobre Gnuba en Haithabu (934) de nuevo volvió a desplazar un poco la frontera hacia arriba. Después Otón I obligó por la fuerza a los daneses, en los que se mezclaba el odio a los alemanes con el odio a los cristianos, a abrazar la Buena Nueva. Y todavía en la Pascua de 973 Harald Gormsson Dienteazul, el primer rey cristiano de Dinamarca, pagó un «impuesto» al emperador alemán, aunque al año siguiente ya no tuvo ningún gusto en repetirlo. Estalló un levantamiento y en la primavera de 974 los daneses firmaron en Nordalbingien un pacto con el noruego Jarl Hakon, que era pagano. En el otoño los derrotó Otón, que avanzó más allá de la Danewerk hasta el límite septentrional de la marca en la zona de Haithabu y levantó en Schleswig la fortaleza feudal, que los daneses conquistaron y arrasaron en 983. Pero la primera consecuencia de aquella derrota danesa de 974 fue la ulterior expansión de la misión cristiana en el norte, y ya se entiende que con los consiguientes tributos. Por ese motivo tras la victoria de los daneses revivió el paganismo entre ellos. Los sacerdotes alemanes fueron expulsados del país y pronto desapareció todo lo que olía a cristiano y alemán.[9]

[9] Thietm. 2.14. Taddey 46. LMA III 534s. IV 1762s. 1865 (Riis), VI 1567. HEG I 953s. Uhlirz I 134s. Holtzmann, Geschichte 1 245s. 275ss. II 279. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 35. Schoffel I 118. Bauer,

La vigorosa revuelta eslava del año 983, en la que se levantaron los liutizos a una con los hevelios, redaños y obodritas, parece ser que se incubó en el templo-fortaleza de Rethra (Riedegost), en la que se daba culto especial al dios de la guerra Svarozic (o Radogost) y que constituía el santuario central *(metropolis sclavorum)* de todas las tribus eslavas del norte y del oeste. Estaban asentados entre los ríos Elba/Saale y Oder, donde gozaban de autonomía frente a los Otones hasta que Otón I y su margrave Gerón eliminaron a sus príncipes y los sometieron a servidumbre mediante una red de burgos fortificados y de iglesias. Pero en un ataque furibundo arrojaron a sus opresores alemanes y cristianos al este del curso medio del Elba, destruyeron la sede episcopal, dispersaron al clero y se aseguraron la independencia durante siglo y medio (en 1068 el obispo Murchard de Halberstadt asoló el país de los liutizos y robó el caballo sagrado que se veneraba en Rethra.)

220

Tampoco los misioneros fueron bienquistos al margrave Thiedrich y al duque Bernardo I de Sajonia (973-1011), que en 973 atacó a la retaguardia de su padre Hermann Billung; durante décadas habían combatido contra daneses y eslavos, habiendo sometido y despojado a las gentes del noreste. Incluso el obispo Thietmar, que flagela las «acciones vergonzosas» de los amotinados, de «los perros rabiosos», nos ofrece su descripción del gran levantamiento eslavo:

«Unos pueblos que después de haber abrazado el cristianismo quedaron sujetos al tributo y servicio de nuestros reyes y emperadores, empuñaron las armas de común acuerdo, oprimidos por la altanería del duque Dietrich». Y en su mención del asalto obodrita contra la fortaleza de Calbe sobre el Milde, donde los eslavos también habían pegado fuego al monasterio de San Lorenzo, confiesa que «salieron en persecución de los nuestros, que huían como ciervos, pues debido a nuestros crímenes *(facinora)* teníamos miedo, mientras que ellos estaban de buen ánimo».

El canónigo Adam de Bremen (fallecido antes de 1085), que a pesar de sus muchos errores está bien informado, utiliza ricas fuentes y aduce también testigos presenciales (eclesiásticos), nos permite conocer mucho mejor los «crímenes» de los cristianos. Así, después de describir una gran matanza de paganos y tras la entrega de 15.000 libras de plata por parte de los sometidos, el mentado canónigo observa: «Los nuestros regresaron triunfadores; pero de cristianismo no se habló una sola palabra. Los vencedores sólo pensaban en el botín».

Inmediatamente después refiere la conversación con un rey danés «sumamente veraz», evidentemente Sven Estrithson, a cuyas conversaciones con el arzobispo Adalberto de Hamburgo asistía Adam, presidente del cabildo catedralicio. En ella escuchó «que los pueblos eslavos podrían ciertamente haberse convertido mucho antes al cristianismo, de no haberles cerrado el paso la avaricia de los sajones; pues, según decía, "el pensamiento de éstos se aplica más al recuento de los impuestos que a la conversión de los paganos". Y los miserables no piensan en los castigos de los que se hacen merecedores por su avaricia, pues primero impidieron con su avidez el cristianismo en Eslavania, después con su crueldad forzaron a los sometidos a la rebelión y ahora no prestan atención a la salvación de las almas de quienes podrían llegar a la fe, porque de ellos no quieren más que dinero».

Adam de Bremen ve en la sublevación un juicio de Dios, un castigo «de nuestra

Der Livlandkreuzzug 306.nota 12. Flec kenstein/Bulst 83.

injusticia» y piensa: «Pues en verdad, así como mientras pecamos nos vemos superados por los enemigos, así también tan pronto como nos convirtamos, venceremos a nuestros enemigos; y si de éstos sólo exigiésemos la fe, ciertamente que tendríamos la paz y al mismo tiempo también habríamos puesto las bases para la salvación de aquellos pueblos».

221

Ya en 980 el obispo Dodilo de Brandemburgo fue estrangulado por sus diocesanos. Ahora, el 29 de junio de 983, los liutizos destruyen el obispado de Havelberg, aniquilan a su guarnición y reducen a escombros sus iglesias. Se destroza lodo lo que recuerda al cristianismo. Tres días después asaltan Brandemburgo, donde ya antes el obispo Folkmar I se privó del martirio por su huida, huyendo también después en el último minuto el margrave Thiedrich con su tropa. El clero bajo que se quedó fue hecho prisionero y algunos murieron; la catedral fue saqueada y devastada; el cadáver de Dodilo —que había sido estrangulado por los suyos, a quienes se había hecho particulamente odioso por la recaudación de los diezmos—, que ya llevaba tres años en la tumba, lo sacaron del sarcófago, le despojaron de sus vestiduras y aquellos «perros rabiosos lo saquearon y arrojaron sin respeto alguno. Todos los tesoros de la iglesia fueron robados y la sangre de muchos fue derramada ignominiosamente. En el puesto de Cristo y de su pescador, el muy venerable Pedro, se celebraron en adelante diversos cultos de superstición diabólica; y no sólo los paganos, ¡también los cristianos alabaron aquel triste cambio!».[10]

En el norte el príncipe obodrita Mistui, un cristiano, al que en todas las campañas acompañaba su capellán Avico, cruzó a su vez el Elba, avanzó sobre Hamburgo robando y destrozándolo todo y mandó pegar fuego a la catedral y la ciudad toda. Y hay que decir que tales «actuaciones bélicas» por parte de «príncipes bautizados» no debieron de constituir «nada extraordinario» en su tiempo (Friedmann).

Y sin embargo algo tan espantoso no se dio naturalmente sin la asistencia suprema en sentido literal. Nuestro obispo cuenta ese fantástico *miraculum,* que «toda la cristiandad debería meditar llena de devoción: una mano de oro descendió de las regiones superiores, con los dedos extendidos hurgó en medio de los tizones y volvió a retirarse llena de los mismos a la vista de todos. Atónitos lo vieron los guerreros mientras Mistui quedaba aterrado y fuera de sí». Para el obispo Thietmar no había duda alguna de que se trataba de un acto celestial de salvación ¡en favor de las reliquias! «Dios acogía de ese modo en el cielo las reliquias de los santos, mientras que los enemigos llenos de terror emprendían la fuga», aunque entonces fueron los cristianos, alemanes, los únicos en huir del eslavo cristiano Mistui, a quien todo, realidad y milagro, le sentó fatal al estómago y al ánimo, porque «más tarde Mistui se quedó loco y hubo de ser atado con cadenas; cuando se le rociaba con agua bendita, gritaba: "¡San Lorenzo me quema!" y murió miserablemente, sin haber recobrado la libertad».

222

---

[10] Thietm. 3,17ss. Ann. Hildesh. 983. Ann. Magdeb. 983. Adam von Bremen, Gesta Hammaburg. 3,21s. LMA I 107,1986, II 193, VI 23s. Uhlirz, Jahrbücher I 203s. Holtzmann, Geschichte I 275s. Id., Das Laurentius-Kloster 167. Abb/Wentz 21. Fleckenstein/Bulst 88. Stern/Bartmuss 194s. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 35. R. Schmidt, Rethra 368. Bullough, Nach Karl 323. Fritze, Beobachtungen lss. BündigNaujoks 71s. A. Heine (edit.), Adam von Bremen 7ss. Beyreuther, Otto II. 71. Lubenow 24ss. Ludat, An Elbe und Oder 2. A. 38ss. 41 s. Herrmann, Die Nordweslslawen 276ss. Friedmann 259ss.

Pero después de que los eslavos a pie y a caballo y sin sufrir pérdidas, lo hubieran asolado todo «con ayuda de sus dioses y capitaneados por trompeteros», los cristianos recobraron el valor. El arzobispo de Magdeburgo, Giseler, el gran especialista en el soborno, particularmente aborrecido por los liutizos, y el obispo Hildeward de Halberstadt unieron sus espadones con las tropas del noble margrave Thiedrich de Merseburg y de otros condes. «Todos ellos —según refiere Thietmar de Merseburg— oyeron misa el sábado por la mañana, fortalecieron cuerpo y alma con el sacramento celestial y con la confianza puesta en Dios arremetieron contra los enemigos que les salieron al encuentro y los derrotaron; sólo algunos de ellos escaparon a una colina. Los vencedores alabaron a Dios, que es tan admirable en todas sus obras, y de nuevo se cumplió la palabra veraz de nuestro maestro Pablo: "No hay prudencia, audacia ni consejo contra el Señor".»[11]

Sin embargo, aunque esta matanza sobre el Tánger (al sur de Stendal), acaecida en agosto de 983, empujó también a los eslavos más allá del Elba, los vencedores ya no les persiguieron. Ya al día siguiente regresaron «todos contentos y felices» entre las aclamaciones y el alborozo general, como ocurre siempre con los carniceros triunfadores. La conquista de Otón «el Grande» (su

«protección de la frontera y su obra misional», Hlawitschka) al este del Elba se había perdido y el Elba quedaba como la frontera oriental del imperio. Y Otón II ya no desarrolló allí por desgracia sus

«actividades propias» (Hlawitschka). Tampoco otras campañas cristianas —después de 983 casi cada año se hizo la guerra a los liutizos— lograron nada. Durante aproximadamente ciento cincuenta años los eslavos del Elba pudieron vivir y desarrollarse de forma independiente; sólo hacia mediados del siglo XII regresaron a sus sedes los obispos de Brandemburgo y de Havelberg.

Únicamente los territorios sorbios del sur, que no tomaron parte en la sublevación, continuaron como hasta entonces bajo dominio alemán. Aquellos sorbios no expulsaron a los misioneros, aunque se burlaban de ellos. Sus caudillos, que en ocasiones hasta se llamaban reyes, tampoco se hicieron bautizar con sus tribus, como a menudo hicieron los jefes de los eslavos noroccidentales. «En la resistencia contra el germanismo y el cristianismo aquellos príncipes eslavos de los territorios del Elba medio evidentemente desaparecieron; ninguna fuente habla de sus sucesores» (Schlesinger).[12]

Capo di Colonne, la primera gran derrota de la dinastía otoniana

En Italia, donde Otón quería continuar con entusiasmo el compromiso de su progenitor, lo que sin duda le importaba a priori era la política ofensiva, la expansión. Sin embargo, cuando en el otoño de 980 marchó al sur, lo hizo sobre todo, según su

[11] Thietm. 3,18s. Uhlirz, Jahrbücher I 203ss. Fleckenstein/Bulsl 88. Stern/Barirauss 195. Schöffel I 118. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg 157s. Beumann, Laurentius und Mauritius 241. Lautemann 198. Friedmann 259ss. especialmente 266.

[12] Schlesinger, Kirchengeschichte I 146. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg 156. Hlawitschka, Otto II. 150, 152. Beyreuther, Otto II. 71.

propia confesión, con vistas a las posesiones de la Iglesia, para devolver a los templos los bienes robados o dilapidados por los obispos. Ya de camino hizo donaciones a casas monásticas y a obispados, como Saint-Gallen y el obispado de Coira. Después se sumaron a la lista las asignaciones a las sedes episcopales y a los monasterios del norte de Italia y por último los que quedaban al sur de Roma.[13]

223

Tampoco en la Ciudad Santa marchaban demasiado bien las cosas.

A Juan XIII, que en 967 había coronado coemperador a Otón II, que tenía doce años, le había sucedido Benedicto VI (973-974). Lo había elegido el partido cesarista, y Otón I lo había confirmado en el cargo. Procuró favorecer al máximo con recursos eclesiásticos a su familia; pero en junio de 974, cuando el cambio de emperador en Alemania lo puso en dificultades, fue depuesto y encerrado en la cárcel de Castell Sant'Angelo. Allí el nuevo papa Bonifacio VII (974, 984-985), retratado por sus coetáneos como un «monstrum», mandó que el sacerdote Esteban y su hermano lo estrangulasen. Al acercarse desde Spoleto el missus imperial, conde Sikko, el papa Bonifacio se puso a salvo de los romanos amotinados refugiándose en dicha fortaleza. Pero cuando Sikko ordenó asaltarla, el santo padre pudo escapar y a través de Italia meridional consiguió huir a Constantinopla, no sin cargar en el equipaje el tesoro de la Iglesia. Y no sin regresar todavía dos veces.

Entretanto en octubre, y con la aprobación del representante alemán, fue elegido papa Benedicto VII (974-983), un noble romano emparentado con el príncipe Alberico II y dócil en gran medida al emperador Otón, tanto en su política eclesiástica al este de Alemania como en su empresa antibizantina en el sur de Italia. A cambio también le apoyó el soberano, sobre todo cuando Bonifacio VII —en una de sus primeras medidas— expulsó de la Iglesia a Benedicto, cuando en el verano de 980 volvió a establecerse en Roma antes de que al año siguiente escapase de nuevo a Constantinopla, para regresar una vez más en 984, bien provisto de armas y de oro de la Roma oriental.[14]

El joven emperador permaneció en Roma, con algunas interrupciones, desde la primavera hasta el otoño y allí se decidió a combatir tanto a los sarracenos como a los bizantinos en Italia meridional y conquistar todo el país.

Así que hubo de ocuparse del refuerzo de su ejército. Y logró disponer de un contingente poderoso, probablemente el más grande del imperio alemán hasta entonces. Llama la atención el que constase principalmente de unidades de los obispos y abades germanos. Tras la carta de llamamiento a las armas de 981 las abadías de Prüm, Hersfeld, Ellwangen y Saint-Gallen, entre otras, proporcionaron cada una 40 jinetes armados, las abadías de Lorsch y Weissenburg 50 respectivamente, 60 las de Fulda y Reichenau, 60 asimismo los obispos de Verdún, Lüttich y Würzburg, los de Tréveris, Salzburgo y Ratisbona aportaron cada uno 70, en tanto que los de Maguncia, Colonia, Estrasburgo y Augsburgo contribuían cada uno con 100 caballeros armados. En conjunto los arzobispos, obispos y abades, los

---

[13] Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 71ss. Seppelt II 371. Fried, Der Weg 557s.

[14] LP 2,255ss. JW l,477ss. 2,707. Kühner, Lexikon 72s. Kelly 146ss. Uhlirz, Jahrbücher II 58s. Gregorovius I 2,639ss. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 68, 97. Según Haller II 160 el asesinato «no está claro». De modo parecido Zimmcrmann, Papstabsetzungen l00ss. Id., Das dunkle Jahrhundert 202s. 224. Holtzmann, Geschichte II 290. Seppelt II 369ss. Seppelt/Schwaiger 124s. Gontard 197s. Beyreuther, Otto II, 69ss.

discípulos del Señor Jesús, el predicador del amor a los enemigos, aportaron 1.482 caballeros armados para aquella batalla general, ¡mientras que los llamados señores civiles sólo contribuyeron con 508! Pero evidentemente ese registro sin fecha sólo representaba una exigencia del emperador.[15]

224

En Italia meridional Otón II combatió de forma explícita las pretensiones eclesiásticas. El antipapa Bonifacio VII se había refugiado en territorio de la Roma oriental, el papa de Roma apoyaba al emperador elevando por ejemplo a la categoría de arzobispado la sede de Salerno y prometiéndole amplias zonas de terreno en territorio bizantino. Lo mismo ocurrió con la elevación de la diócesis de Trani a sede arzobispal. Más aún, todavía en Dalmacia parece ser que el papa maquinó contra Bizancio, y el arzobispado de Dubrovnik, que pertenecía a la Iglesia griega, lo habría puesto bajo la obediencia romana.

Según parece Otón sólo en Roma se decidió por la guerra, recabando después como refuerzo los 2.100 caballeros armados de los grandes eclesiásticos y civiles. Mientras avanzaba hasta Calabria las guarniciones bizantinas se mantuvieron neutrales, aunque no abrieron las puertas al emperador. Pero Abul Kasim, emir de Sicilia, que ya había llevado a cabo algunas conquistas en Calabria y Apulia, llamó a la guerra santa y a mediados de julio de 982, con una poderosa fuerza de choque, se enfrentó al alemán en el continente, en el lugar llamado Capo di Colonne, al sur de Cotrone. «De una y otra parte el pensamiento de los combatientes estaba orientado hacia el más allá» (Uhlirz).

La caballería pesada del emperador rompió con violencia contra las filas sarracenas, dispersándolas en un primer asalto, y el propio emir sucumbió por herida de espada, por lo que después fue venerado como santo mártir. Pero mientras los cristianos, tras el gran éxito inicial y en la creencia de que ya habían alcanzado la victoria, se disponían a descansar en el escenario de la lucha y a celebrar su triunfo, los musulmanes, reforzados con las tropas de reserva, irrumpieron desde los montes, empujaron a los alemanes hasta el mar y los degollaron, eliminando incluso a una parte de sus comandantes, varios duques y una docena de condes, y a otros los hicieron prisioneros. Entre éstos se encontraba el obispo Pedro de Vercelli que permaneció una año en la cárcel árabe. Profanaron los relicarios y en el campo de batalla dejaron tendidos a 4.000 cristianos. Otros, que lograron huir, perecieron víctimas de la sed y del agotamiento.

«Casi cada necrologio alemán registra alguna pérdida en la infausta batalla» (C. M. Hartmann).

225

Fue la primera gran derrota de la dinastía otoniana. Casi todo el ejército alemán sucumbió. «Dios conoce sus nombres» (Thietmar). También el obispo Enrique de Augsburgo, que poco antes había realizado una peregrinación penitencial a Roma, presumiblemente en el séquito del emperador, cayó en medio de sus caballeros armados. En el último momento Otón se salvó de aquel infierno nadando hacia un barco bizantino que pasaba por allí, del que después, mediante un artificio y nadando de nuevo logró escapar. Curiosamente el obispo Otón de Freising le dio el famoso epíteto de *«Pallida mors sarracenorum»* (pálida muerte de los sarracenos), que quedó

[15] MG Constit. I S 436. Sommerlad II 254. Schulte, Der Adel 211. Beyreuther, Otto II. 71. Hlawitschka, Kaiser Otto II. 149.

como su sobrenombre hasta bien entrada la edad moderna.

El emperador Otón, que desde 982 utilizó en ocasiones el título de *Imperator Romanorum Augustas,* pensó de inmediato en una incursión de castigo. Todavía en el camino de regreso, y sin duda pensando en ello, otorgó grandes concesiones al arzobispo de Salerno, dotando también de privilegios a varios monasterios de Italia meridional. Evidentemente una guerra así requería una preparación a fondo y los príncipes alemanes no contaban demasiado en los planes imperiales después del fracaso. Además estaban acosados por daneses y eslavos.

Sin embargo, un año más tarde, a comienzos del verano de 983, en una dieta imperial celebrada en Verona, en la que magnates alemanes e italianos eligieron como sucesor de Otón a su hijo de tres años, se discutieron ya nuevos reclutamientos de tropas y se decidió un segundo asalto.

En pleno verano de 983 el emperador avanzó hasta Bari, aunque sin conseguir éxitos dignos de mención. En septiembre se encontraba de nuevo en Roma, al parecer enfermo de malaria. Y allí murió de repente en brazos de su mujer después de haberse confesado y de haber recibido los sacramentos de los moribundos. Era el 7 de diciembre de 983 y el emperador sólo tenía 28 años. La causa de su muerte nunca se aclaró por completo, aunque evidentemente sucumbió a la fiebre, que debió de ser la malaria. Una fuente habla de constantes hemorragias intestinales por una sobredosis de medicamentos, tal vez un tratamiento enérgico contra la enfermedad. Otón II fue el único emperador alemán que fue enterrado en el pórtico de San Pedro. Pero después de siete siglos su tumba fue destrozada en la reconstrucción de la basílica. Cierto que lo depositaron en otro sarcófago, pero la urna antigua se entregó «con la profanación de la tumba a los cocineros del Quirinal para uso común de un depósito de agua» (Gregorovius).[16]

[16] Thietm. 3,20ss. Ann. Sangall. 982. Extensamente: Uhlirz, Jahrbücher 177ss. 254ss. 262ss. Gregorovius I 2,643s. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 74ss. 85ss. Eykhoff 365ss. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 33s. Zoepfl, Das Bistum Augsburg im Míttelalter 79. Holtzmann, Geschichte I 267ss. Bullough, Nach Karl 323. Slern/Bartmuss 197. Fleckenstein, Grundlagen und Bcginn 191s. Weller, Württembergische Kirchengeschichte 95. Zimmermann, Das dunkle Jahrhundert 222ss. Hlawitschka, Kaiser Otto II. 149. Beyreuther, Otto II. 71s. Fried, Der Weg 560.

227

CAPITULO 8. EL EMPERADOR OTÓN III (983-1002)

«El trabajo misionero estuvo excesivamente entrelazado con objetivos políticos como para que pudiera encontrar un gran eco entre los wendos. Por ello, cuando en 983 los liulizos desencadenaron la gran sublevación, todo el tinglado eclesiástico que se había levantado con las diócesis de Havelberg. Brandemburgo y Oldenburg se derrumbó por completo.»

HANDBUCH DER KIRCHENGESCHICHTE [1]

«Durante muchos años el muchacho real marcha a campaña siendo llevado todavía por algún tiempo en la litera infantil.»

JOHANNES FRIED [2]

«Incesantemente invade el rey a los eslavos con duras campañas bélicas.»

THIETMAR DE MERSEBURG [3]

«El deber imperial de protección a la Iglesia romana fue sin duda para Otón III un cometido muy concreto y aplicó los poderosos recursos del Imperium con una lógica hasta entonces desconocida en defensa de la *libertas* de la Iglesia romana contra los ataques de los gobernadores civiles de Roma.»

KNUT Görich [4]

229

Ya en su tiempo se le dio el honroso sobrenombre de *«Mirabilia mundi»,* Maravillas del mundo, que todavía en el siglo XX se interpreta como «joven con manto de estrellas» (G. Baumer). En la historiografía fluctúa la imagen de su carácter y de su actuación. Pero aquí interesa muy poco si Otón III fue un hombre débil seducido o un genio precozmente maduro, un soñador fantástico o una persona de orientación «pragmática», si era o no amigo de firmes «conceptos de gobierno», si se sentía «alemán» o «no alemán», si despreciaba la rudeza sajona y admiraba el espíritu bizantino, si propendía al ascetismo del ermitaño que huye del mundo o le atraía más bien la espiritualidad sensible de una fe «elevada» como siempre. Lo decisivo, por el contrario —y no sólo en nuestro marco—, es que el emperador Otón III, pese a todas las diferencias puntuales respecto de sus predecesores, pese a todas las desviaciones y peculiaridades, se sintió un guardián de la tradición, del «ordenamiento querido por Dios», un favorecedor de los obispos a los que colmó de privilegios y de asignaciones territoriales, un potenciador firme del poder del imperio y de la Iglesia, un promotor del *Imperium christianum,* de la Europa cristiana, un potentado que se sabía naturalmente *«defensor Ecclesiae»,* defensor del reino de Dios sobre la tierra. Con todo lo cual fue el inesperado continuador de ciertas tradiciones tanto carolingias

[1] HKG III/1,271.

[2] Fried, Die Formierung 82.

[3] Thietm. 4,9.

[4] Gorich, Otto III. 277.

como otonianas, y su política en Italia y sobre todo en el este favoreció en definitiva más a la Iglesia cristiana que al imperio alemán.

Que la vieja idea de la *«renovatio imperii Romanorum»,* la refundación del poder universal romano, no la refería el creyente cristiano Otón III a la Roma antigua sino que la adoptó con un marcado acento cristiano, incluso en el denominado horizonte de la historia de la salvación (el humo azul o negro), realmente no habría de someterse a una duda seria, tanto si quería ser soberano del mundo como si quería ser santo, o ambas cosas a la vez. Lo único decisivo seguía siendo el mantenimiento en el poder, su afianzamiento y a ser posible su expansión, aunque el «concepto» —si es que tenía alguno— pudiera haberse orientado de un modo o de otro.

230

El conflicto del trono por causa de Enrique el Pendenciero y de los obispos

La noticia de la muerte de Otón II en Roma el 7 de diciembre de 983 llegó a Aquisgrán poco después de la coronación de Otón III en Navidad (los mensajeros recorrieron entonces una media de 70 kilómetros al día) y «puso fin a la fiesta de la alegría» (Thietmar). En consecuencia el poder pasó a un niño de tres años, último de los cuatro hijos que Otón II y Theophanu habían tenido. Cuando en 994 el sucesor al trono alcanzó la mayoría de edad según el derecho medieval, tenía catorce años, y al morir en 1002 no había cumplido aún los veintidós.

Inmediatamente después de la muerte de su padre estalló la lucha por la regencia. En ella el duque Enrique II de Baviera, «el Pendenciero», sobrino de Otón «el Grande» y el pariente masculino más cercano, no sólo perseguía el poder para gobernar sino la misma corona. Y como los pactos sólo tenían vigencia *ínter vivos* extinguiéndose con la muerte del pactante, el obispo Volkmar de Utrecht ya a comienzos de 984 liberó de la prisión al duque y en su compañía corrió a Colonia. Allí el arzobispo Warin, a cuya «segura lealtad» el emperador difunto había confiado en tiempos al niño con las insignias de la coronación, se lo entregó sin resistencia alguna. Y entonces el Pendenciero, con una decisión que probablemente facilitó en principio su éxito, mediante promesas y sobornos atrajo a su bando al menos por algún tiempo a todos los arzobispos alemanes —con la excepción de Willigis de Maguncia, el único metropolitano que nunca le apoyó— y a casi todos los obispos bávaros, sajones y muchos otros.

En Sajonia precisamente aprovechó las grandes fiestas cristianas para hacer ostentación de su poder. Después de haber celebrado el Domingo de Ramos en Magdeburgo, cuyo prelado Giselher le favorecía, el 23 de marzo de 984 fue elegido *«publice»* rey en Quedlinburg durante la fiesta de Pascua. Según cuenta Thietmar, que a su vez se encontraba allí, «fue saludado públicamente como rey y distinguido con himnos eclesiásticos». En cambio fueron muy pocos los señores civiles que se unieron a Enrique, y desde luego ningún duque. Pero sí que fueron muchos, «los que por temor de Dios no quisieron convertirse en perjuros» y huyeron de Quedlinburg a la ciudad de Asselburg (en Hohenassel al sur de Burgdorf. Hannover) y allí se reunieron abiertamente contra Enrique (en una especie de *coniuratio,* de liga

juramentada, prohibida ya en las Capitulares carolingias).

El jefe obodrita Mistui, que el año anterior durante la gran sublevación eslava al lado de su capellán católico Avico había pegado fuego a la sede episcopal de Hamburgo, entró en el conflicto del trono apoyando a Enrique. Asimismo los príncipes eslavos Mieszko y Boleslao II, que ya habían apoyado a Enrique en los años setenta, le aseguraron con juramento su ayuda. Más aún, Boleslao, que era católico, aprovechó a su manera la rebelión. En el camino de regreso conquistó a traición Meissen, «mató en una emboscada» al señor de horca y cuchillo Rikdag, puso cerco a la ciudad de Veste, en la que pronto fijó su residencia con una guarnición, y expulsó al obispo del lugar Fokold (969-992) probablemente por dos años.

231

De todos modos la sublevación fracasó al intervenir el metropolitano Willigis de Maguncia y Adalbero de Reims. Y después también el grueso de los prelados se unió de nuevo al victorioso Otón III, o mejor, al gobierno de tutoría. Incluso uno de los partidarios más obstinados de Enrique, Giselher de Magdeburgo, que debía su sede arzobispal al padre de Otón, volvió entonces a cambiar de bando. Hubo negociaciones, escaramuzas y atracos a mano armada y en aquella confusión se secuestró de la fortaleza de Ala (muy cerca de las minas de plata de Goslar) a Adelaida, la hija mayor de Otón II, verosímilmente raptada por el Pendenciero y que después fue abadesa de Quedlinburg (y más tarde también de Gernrode, Vreden y Gandersheim), robando al mismo tiempo «el mucho dinero que allí se guardaba» (Thietmar). Al final, sin embargo, Enrique hubo de someterse el 29 de junio de 984 en la dieta imperial de Rara (en la turingia Rohr), tuvo que entregar el niño Otón a Theophanu y Adelaida y con ello renunciar a la corona.[5]

En manos de mujeres piadosas y del clero

Como Adelaida, la esposa de Otón I y rival de Theophanu, ya en 985 partió de la corte para Italia, la regencia en nombre del sucesor al trono y menor de edad la ejerció durante siete años, en forma hasta entonces inhabitual, su joven madre Theophanu, nacida hacia 955. Dos fueron los prelados que jugaron un papel determinante en el asunto: el arzobispo Willigis y el canciller y obispo de Worms, Hildibald, el falsificador en propio provecho de 18 documentos reales.

No consta con claridad la ascendencia de Theophanu. Probablemente era hija del emperador bizantino Romanos II. De lo que no cabe duda es de que fue una mujer con talento político, ambiciosa, culta y también pía. Conforme con ello, a la muerte de Otón II en 983, se dedicó a la educación de su hijo. Dos de sus hijas fueron monjas:

[5] Thietm. 3,18; 3,25s. 4,lss. 4,7s. Richer 3,96. Ann. Quedlinb. 984s. LMA III 135ss. IV 1468,2063. Uhlirz, Jahrbücher I 206s. II 12ss. 31ss. Holtzmann, Geschichte II 281ss. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 36. Bullough, Nach Karl 323s. Auer, Der Reichskriegsdienst 142. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg 158ss. Prinz, Grundlagen und Anfänge 166s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 135s. Glocker, Der Verwandten 160s. 294ss. Beumann, Die Ottonen 127ss. Id.. Otto III. 73. Althoff, Otto III 39s. 43ss. 124s. Erkens, Die Frau ais Herrscherin 275s. Ludat, An Elbe und Oder 2A. 23ss. Gorich, Otto III. 187ss especialmente 203ss. Véase también 278. Acerca de los Anales Quedlinburgenses extensamente ibíd. 52ss. para la «vinculación romana de la dignidad imperial» y la actitud de «la parte septentrional del imperio o de los sajones» véase ibíd. 113ss.

Sofía, abadesa de Gandersheim, y Adelaida, abadesa de Quedlinburg, mientras que su sobrina Theophanu fue abadesa de Essen. (Más tarde Otón III, durante su presencia en Italia [desde 997], nombró a la abadesa Matilde de Quedlinburg, tía suya, su representante en Sajonia.)

232

La viuda de Otón no sólo se proclamó en ocasiones «Theophanu, emperatriz por la gracia de Dios», sino que incluso masculinizó su nombre en *«Theophanius imperator augustus»,* «Teofanio, emperador augusto» (en el caso de que no se trate de un error de los copistas), y en todo caso al comienzo también gobernó el imperio con bastante rigor. Naturalmente que estuvo rodeada por el alto clero, en cuyas manos también estuvo el sucesor al trono. En 987 nombró preceptor de su hijo de siete años a su favorito Johannes Philagathos, un griego de Calabria, a quien el año 980 Otón II nombró canciller de Italia y en 988 la viuda imperial le hizo arzobispo de Piacenza. Era un prelado muy arrogante, que como antipapa tuvo un destino espantoso. Y en 989 Theophanu encomendó la educación de Otón al capellán sajón Bernward, que más tarde sería obispo de Hildesheim, un santo que manejaba la cruz con la misma seguridad que la espada y que alcanzó una influencia considerable en la corte.

Tras la inesperada muerte de la joven emperatriz en Nimega el 15 de junio de 991, y hasta la mayoría de edad de Otón en 994, gobernó su abuela Adelaida, para entonces más que sexagenaria. La madre de Otón II, ligada por parentesco a media Europa, hermana del rey Conrado de Borgoña y suegra del rey Lotario de Francia, «la madre de los reinos» como la llamó Gerberto de Aurillac, fue a su vez una mujer muy piadosa y terminó como santa (su fiesta el 16 de diciembre). Incluso el *Lexikon für Theologie und Kirche* reconoce (en la primera edición de 1930): «Bajo la influencia de Adalberto de Magdeburgo Adelaida actuó sobre Otón en favor de la posición de poder de la Iglesia». (La tercera edición de 1993 ya sólo habla de su «influencia política».) Apoyada por la abadesa Matilde de Quedlinburg, demostró de hecho mucha más habilidad en la protección del clero que en la dirección de los asuntos del imperio. Fundó numerosos monasterios y derrochó la hacienda real con devoción creciente en iglesias, a las que inmediatamente de hacerse de nuevo con el poder hizo donación tras donación.

Solo la abadía de Selz (Baja Alsacia), su fundación favorita, en la que pasó la mayor parte del tiempo durante los últimos años de su vida antes de que en 999 «entrase gozosa en la morada eterna», recibió en los tres años de su administración del imperio diez palacios, siete herrerías, tres bosques, los ingresos de varias iglesias y capillas así como la inmunidad, el derecho de elección, mercado, moneda y protección real y papal. Así Dios no pudo menos de hacer «en su tumba numerosos milagros» (Thietmar). Aproximadamente la mitad de todos los documentos de donación de Adelaida mencionan monasterios como receptores. Personalmente ella tampoco residió en Pavía, la antigua ciudad real de los longobardos, sino en el monasterio femenino de San Salvador y Julia, quizá porque los ingresos y extensas posesiones de éste constituían una base más apropiada para la recuperación del poder. La señora del imperio estuvo bajo la influencia de la reforma cluniacense, de la que fue un importante apoyo al haber mantenido relaciones amistosas con los abades Mayolo y Odilo (este último fue su biógrafo).

233

Entre estas damas imperiales de Otón I no podemos olvidar a su hija Matilde, mencionada ya alguna vez, a quien su padre hizo nombrar abadesa de Quedlinburg cuando todavía era una niña de once años. También jugó un importante papel político, en especial bajo su hermano Otón II, al que acompañó en sus campañas italianas, y bajo Otón III, cuya representante fue en Sajonia.

Sobre todas estas *dominae imperiales,* y muy particularmente sobre Theophanu y santa Adelaida, ejercieron una influencia extraordinaria sus consejeros espirituales, sobre todo el arzobispo y canciller imperial Willigis de Maguncia, que durante años apenas se separó del lado del joven rey, así como el canciller y obispo Hildibald de Worms. Cuán poco se preocupó de la emperatriz Theophanu cuando no coincidía con sus planes el obispo Willigis, agraciado por el papa con privilegios extraordinarios por encima de todos los arzobispos de Germania y Galia, se echa de ver en la denominada controversia de Gander. Durante algún tiempo aquél fue un gobierno del clero más que un gobierno de mujeres. Sobre todo en la primera mitad del año 993 los obispos Willigis e Hildibald parecen «haber administrado ellos solos el imperio» (Böhmer). Pero también después «siguió creciendo la importancia de los dos regentes eclesiásticos...». Por el contrario, todo considerado, «el prestigio del rey fue mermando de continuo durante el período del gobierno de tutoría» (Glocker). También de otros prelados sabemos bastante; tal sucede con Hatto I de Maguncia o en el siglo XI con los metropolitanos Adalberto de Hamburgo-Bremen y su antagonista Anno II de Colonia: sabemos «todo lo despóticos y arrogantes que se presentaban los obispos, a los que se les había confiado algo así como la regencia del imperio» (Althoff), lo que aprovecharon de hecho para hacerse con la dirección de los asuntos imperiales. También el arzobispo Giselher de Magdeburgo mantuvo evidentemente estrechos contactos con la corte en los años 991-994.

Incluso en los potentados, que gobernaban con mayor o menor autonomía, también su entorno más próximo jugó un papel decisivo en muchos aspectos, debido entre otras cosas al hecho de que sin su mediación nadie tenía acceso al rey; sus allegados podían asegurar o impedir una conversación con él.

Cuando Otón alcanzó la mayoría de edad, la influencia tanto de Adelaida como de los dos príncipes eclesiásticos Willigis e Hildibald se redujo notablemente a juzgar por lo escaso de sus intervenciones. A cambio el joven monarca promovió a otros clerizontes. Así, enseguida nombró canciller en Italia a Heriberto, arzobispo de Colonia (999-1021), su amigo desde la infancia. Cuatro años después asumió también éste la cancillería alemana —lo que no dejaba de ser una señal de la alta estima en que lo tenía Otón— desde la que administró todo el imperio. En 999 Otón nombró papa a su capellán y primo Bruno, que ocupó la «santa sede» con el nombre de Gregorio V.

234

De gran prestigio ante el joven soberano gozaba también el obispo León de Vercelli (998-1026), sucesor de su predecesor Pedro asesinado por el margrave Arduino de Ivrea. El italiano León era desde 996 miembro de la capilla palatina y, junto a Gerberto, tal vez el consejero político más importante de Otón III. Canciller imperial desde el año 1000, no desaprovechó la ocasión para su provecho y el refuerzo de su poder personal y así, por ejemplo, se apoderó de los bienes del conde Arduino y de sus secuaces.

En la corte tuvo además un peso específico Notker, obispo de Lüttich, a quien

Otón agració con algunos condados y que emprendió varios viajes a Italia al servicio del soberano (989-990, 996, 998-1002). A menudo intervino asimismo en los asuntos de gobierno y en otras empresas Enrique I de Würzburg, miembro de la alta nobleza y receptor de donaciones reales, que debía su sede episcopal a su (repulsivo) hermano y canciller Heriberto, quien a su vez en 999 fue nombrado arzobispo de Colonia (otros parientes, tal vez sobrinos, fueron los obispos Heriberto y Gezemann de Eichstátt).

Entre dos santos y un futuro papa

Al igual que Enrique, también el ya mentado san Bernward, des— cendiente de la alta nobleza sajona, fue un típico representante del episcopado imperial otoniano; desde 987 miembro de la capilla palatina, desde 989 educador de Otón y desde 993 obispo de Hildesheim. (También en su familia se acumularon los altos cargos eclesiásticos: su tío Folkmar fue obispo de Utrecht; otro pariente, Erchanbald, ocupó la silla arzobispal de Maguncia; su hermana Judith fue abadesa del monasterio doméstico de Ringelheim, su tía Rotgarda lo fue de la fundación imperial de Hilwartshausen y otra parienta, Frideruna fue asimismo abadesa de Steterburg.)

No obstante las diversas tareas de educación y de gobierno, Bernward aún encontró tiempo para elevar la denominada educación eclesiástica, encontró tiempo durante siete años (1000-1007) para luchar contra el arzobispo Willigis por el monasterio de Gandersheim y vencer; encontró tiempo para levantar fortalezas (un anillo amurallado defendido por torres en torno a su sede episcopal) y burgos (como los de Mundburg y Warenholz). Y con todo ello no sólo manejó la pluma en favor de Otón sino también la espada: en 994-995 contra los eslavos del Elba, en 1000-1001 frente a Tívoli y en el aplastamiento de los tumultos romanos; más aún, todavía en 1006-1007 tomó parte en una expedición guerrera de Enrique II el Santo. Pero el mismo año de su muerte vistió a toda prisa el hábito monacal, la cogulla benedictina... Y también fue canonizado el 21 de diciembre de 1192, pues en definitiva fue «siempre benéfico» para todos y «no hizo más que combatir por la santa Iglesia» (Wetzer/Welte).

235

Durante su estancia romana Otón quedó muy marcado por el sabio Gerberto de Aurillac, su amigo y educador, a quien el joven emperador no negó ningún deseo. Debido a sus eminentes conocimientos, especialmente en los campos de las ciencias naturales, las matemáticas y la música, debido a su saber realmente fenomenal, que debía tanto a la cultura árabe como al mundo eclesiástico, ya había llamado la atención de Otón I. En 982 Gerberto fue nombrado abad del monasterio de Bobbio en Italia septentrional (fue el premio por su victoria en la disputa que el año anterior había mantenido en Ravenna y en presencia de Otón II con el canónigo sajón Ohrtich). En 991 Gerberto fue nombrado arzobispo de Reims, puesto en el que no pudo mantenerse y en el que hasta temió por su vida. En 998 fue arzobispo de Ravenna y un año después, por recomendación del abad Odilo de Cluny, fue elegido papa (Silvestre II).

Ya antes de la coronación imperial de Otón, a Gerberto se le podía encontrar en el

séquito imperial «y así como ya había sabido atraer sobre sí el interés del anciano Otón I y con sus recursos dialécticos había sabido ganarse el beneficioso favor de Otón II, también ahora consiguió ganarse por entero al joven emperador» (Bóhmer), que día y noche quería hablar con él.

En Roma también ejerció influencia notable sobre el soberano san Adalberto, un hijo del príncipe Slavnik de Libice, de la familia más importante de Bohemia después de los Premysiidos. En 983 Adalberto fue nombrado obispo de Praga, pero combatió inútilmente los usos paganos de los checos, haciéndose odioso por su rigor. En 988 marchó a Roma, donde Theophanu le colmó de regalos con la obligación de que orase por la salvación eterna del alma de su marido difunto. En 992 volvió a ocupar su silla de Praga, pero tras la ruptura con el duque Boleslao hacia 994-995 se refugió en Aquisgrán con Otón III, aunque desde allí una vez más hubo de partir para Roma, donde de nuevo estaba Otón. Y tras la retirada de éste hacia el norte en 996, pronto se encontró a su lado en Maguncia, si es que no había cruzado los Alpes en su compañía. Allí, en la ciudad alemana, parece que hasta compartió su dormitorio con él «como un ayudante de cámara muy querido» *(dulcissimus cubicularius).*

236

El biógrafo más antiguo de Adalberto refiere cómo el obispo enseñaba de continuo al joven soberano entreteniéndole «día y noche con conversaciones sagradas» e incitándole «con dulces palabras al amor de la patria celestial». Sea poco o mucho lo que hay de realidad en tales vidas de santos, lo cierto es que mantuvieron un trato extraordinariamente familiar. Y pronto el soberano hizo que en honor de Adalberto, luego misionero y mártir, se levantasen iglesias en Aquisgrán y en Roma y que ya en 999 fuese canonizado.[6]

«NUESTRO ERES TÚ…»

Otón III trabajó siempre en estrecha colaboración con la Roma papal y con los prelados. Con ellos cooperó tal vez en forma todavía más intensa que sus inmediatos predecesores. Fue miembro de varios cabildos catedralicios. Bajo su gobierno conocemos no menos de 35 capellanes de la corte y a través de ellos pudo la Iglesia contactar de forma continuada y en todo tiempo con la misma.

---

[6] Thietm. 4,15; 4,43. Vita Bernw. 2,2ss. Wetzer/Welte I 848ss. Comparar LThK II 96 con LThK I3 129s. 152. LThK II3 286ss. VIl 502, X1 81. Taddey 118, 1194. Kelly 151ss. LMA I 101, 145s. 915s. 2012s. IV 1300ss. 2087, 2155s. V 542s. 1881s. VI136,391,1288s. Uhlirz, Jahrbücher I 188, II 8,266s. Hartmann, Geschichte Italiens IV I. H. 104ss. Bohmer, Willigis 53ss. 71ss. 80ss. Wattenbach/Holtzmann, Geschichte I.11, 46s. 61, 294s. 323. Holtzmann I 240, 273, II 279, 285ss. 301ss. 320ss. Falck 64. Bullough, Nach Karl 323ss. Wollasch 135ss. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 35ss. Voigt, Adalbert 34ss. 46ss. Bosl, Herzog 292s. Stern/Bartmuss 198. Fleckenstein. Grundlagen und Beginn 192s. 195. Id., Hofkapelle und Kanzlei 305ss.. especialmente 307s. Fleckenstein/Bulst 90ss. 96ss. 105. H. Müller, Heribert, Kanzler Ottos lll. *passim,* especialmente 88ss. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 122s. Brackmann, Gesammelte Aufsätze 246s. O. Meyer, In der Harmonie 219s. Zimmermann. Das Papsttum im Mittelalter 104s. Id., Gerbert als kaiserlicher Rat 235ss. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste 216ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 135s. Prinz, Grundlagen und Anfänge 166s. Fried, Die Formierung 82. Beumann, Die Ottonen 131. 133. 135, 137. Id., Otto III. 76s. Glocker, Die Verwandten 93ss. 98. Althoff, Otto III. 57s. 68ss. 78ss. 91 ss. 96ss. 154. Gorich, Otto III. 211ss.

Repetidas veces ocupó el monarca junto con el papa la presidencia de los sínodos. Y a menudo intervino también con éste a favor de la restitución de las posesiones eclesiásticas. Fortaleció el poder de los obispos mediante privilegios de inmunidad, les proporcionó buenos ingresos, con frecuencia cada vez mayor les otorgó pingües derechos de mercado, moneda y peaje, y en el interior de Alemania algunos obtuvieron de él condados enteros, lo que por vez primera y sólo en forma aislada había ocurrido con su padre. Así, al obispado de Lüttich le concedió el condado de Huy, al obispado de Würzburg el condado sito en los cantones francos de Waldsazin y Rangau, al obispado de Paderborn un condado que se extendía por cinco cantones. Naturalmente allí desaparecieron los funcionarios reales. «El obispo era el titular de toda autoridad civil, habiéndose convertido en príncipe en el sentido literal de la palabra»; más aún, «no tenía que someterse a ningún poder político fuera del rey» (A. Hauck). Ya bajo el emperador Otón III «la concepción oficial era que los príncipes eclesiásticos precedían en rango a los príncipes laicos, aun cuando éstos pertenecieran a la familia imperial» (Bóhmer).

Otón III, que fomentó «una política imperial con tendencia misionera» (Fleckenstein), como sin duda no pocos de sus predecesores, fue personalmente más devoto de la religión que otros reyes y emperadores cristianos y dedicó todos sus actos «al provecho de la Iglesia» (Schramm). ¡Otón III tenía quince años cuando fue emperador y veintiuno cuando murió! Y cómo debe de haber influido el alto clero en aquel ánimo receptivo, entusiasta y vital, sobre el que también influyeron el pietismo de su tiempo, la ascética, la mística y el fanatismo cluniacense. «¡Nuestro, nuestro es el imperio romano!» *(Noster, noster est Romanum imperium),* escribía exultante Gerberto (papa Silvestre) al joven emperador. «Nuestro eres tú, César, Emperador de los romanos y Augusto...» ¡Nuestro!

237

Otón agregó a su título fórmulas apostólicas de devoción: «Siervo de Jesucristo», «siervo de los apóstoles», «emperador romano por voluntad de Jesucristo, el difusor más piadoso y leal de la santa Iglesia». Repetidamente se imponía severos ejercicios penitenciales, a veces ayunaba cinco días a la semana y, según parece, muchas veces pasaba noches enteras en oración. En Gnesen se hizo flagelar sobre la tumba de san Adalberto. En el invierno y primavera de 999 hizo una larga peregrinación a pie desde Roma a Benevento para visitar el santuario del arcángel Miguel en el monte Gargano. Ese mismo verano marchó a Subiaco, en la región montañosa de Sabina, para entregarse al recuerdo devoto de san Benito. Con una persona de su confianza, como era el obispo Franco de Worms, se encerró quince días en una cueva *(spelunca)* junto a la iglesia de San Clemente en Roma para hacer penitencia. Lloró repetidas veces con piadosos ermitaños y se llevó consigo «reliquias» de Carlomagno, entre ellas un diente que arrancó del cadáver. «Nuestro eres tú...»[7]

En septiembre de 994, con la ceremonia de armar caballero a Otón (se supone que

[7] Vitas. Níli 92s. Petr. Damián., Vitas. Rom. 25. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 110. 121ss. 133. Looshorn I 52. Según Uhlirz II 275, Otón favoreció (en Italia) aún más a los monasterios y fundaciones canónicas. Incluso hubo fundaciones nuevas «indudablemente con el fin exclusivo de multiplicar los puntos de apoyo a la autoridad imperial». Sobre los componentes políticos y militares de la peregrinación a Monte Gargano: ibíd. 290. Hauck III 62ss. Bohmer, Willigis 73s. Haller, Das altdeutsche Kaisertum 38ss. Holtzmann. Geschichte 175s. Köhler, Die Ottonische Reichskirche 182. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III 137. Fried. Die Formierung 82. Althoff. Otto III. 25, 122s. 130.

en una fiesta cortesana en Sohlingen, aunque sin poder establecer la fecha precisa), terminó la tutoría de Adelaida, la viuda del emperador. Ella se retiró entonces a su monasterio alsaciano de Selz, y Otón asumió el gobierno efectivo. Todavía en el verano de 995, y con el apoyo de tropas polacas y bohemias, llevó a cabo una campaña devastadora contra los obodritas en Ostholstein y Mecklenburg. Con ello amplió sorprendentemente el obispado de Meissen a la vez que multiplicaba los ingresos del diezmo, en el supuesto de que el documento real no esté falsificado como a menudo se piensa y afirma.

Después, el joven soberano marchó con un ejército poderoso al sur. Entre cantos y salmos partió de Ratisbona en 995. Y en pleno invierno, cosa muy infrecuente, cruzó el desfiladero del Brénnero marchando al frente del ejército la santa Lanza, símbolo de sus aspiraciones a Italia y al imperio. En Pavía los grandes italianos le prestaron homenaje de pleitesía y juramento de lealtad. El 20 de mayo apareció Otón ante las puertas de Roma.[8]

Escenas en torno a la santa sede

Entretanto la corte papal andaba muy movida, cosa corriente en aquella época.

238

En los tumultos que siguieron a la muerte de Otón II, en la primavera de 984, Bonifacio VII había regresado de Constantinopla a la Ciudad Santa bien provisto de armas y oro. Hizo deponer y maltratar al papa reinante, Juan XIV (983-984), que en tiempos había sido el canciller italiano de Otón II y el obispo Pedro de Pavía. Lo hizo encerrar durante cuatro meses en una mazmorra de Castell Sant'Angelo y después le dejó morir de hambre o lo envenenó según otras fuentes (la inscripción funeraria en San Pedro pasa decentemente por alto las circunstancias de su muerte). Gobernó como Bonifacio VII menos de un año antes de que lo liquidaran, le despojaran de las vestiduras pontificales, mutilasen su cadáver desnudo cortándole las piernas, lo arrojasen de palacio y lo arrastrasen por las calles.

A Bonifacio VII —a quien la voz popular llamó más tarde «Malefa-tius» y Gerberto de Aurillac «monstrum horrendum», aunque Roma no lo declaró antipapa hasta 1904— le siguió a finales de julio el romano Juan XV (985-996). El cargo, además de al Espíritu Santo, se lo debió evidentemente a la familia de los poderosos Crescencios, un linaje romano de origen desconocido (el nombre auxiliar científico «Crescencios» deriva de un nombre frecuente en la familia). Durante la segunda mitad del siglo X y algo más los Crescencios ejercieron una gran influencia sobre Roma y algunas regiones de su entorno controlando durante algunos períodos el pontificado de la ciudad y recibiendo también apoyo del mismo. Pero cada vez más incurrieron en una contraposición de intereses tanto respecto de los Otones como del papado, que se iba fortaleciendo.

La exaltación al trono de Juan XV, impuesta a todas luces por el patricio Juan

[8] Thietm. 4.19. Ann. Quedlinb. 995. Uhlirz 1197. Seppelt II 374. Prinz. Grundlagen und Anfänge 168s. Hlawitschka, Vom Frankenreich 139. Fried, Otto III. und Boleslaw Chrobry 13ss. Althoff. Otto III. 73ss. 82ss.

Crescencio, se hizo sin previa consulta a la corte alemana. El papa, hijo del sacerdote romano León, no fue amigo de los sacerdotes; favoreció más bien a la nobleza y sobre todo a sus parientes, a los que enriqueció, mientras que personalmente fue odiado por su codicia, venalidad y nepotismo, y precisamente entre el propio clero. Al morir Juan Crescencio en 988, su hermano Crescencio II Nomentano se erigió en dueño y señor del Estado de la Iglesia, y bajo su presión debieron de hacerse «enormes sobornos» (Kelly) como paso previo para una audiencia con el santo padre. Todo es venal en Roma, declaraba un obispo en 991, en un sínodo de Reims, y las sentencias se dictan según el peso del oro. De todos modos, el pontífice sediento de dinero declaró santo a Ulrico de Augsburgo el 31 de enero de 993, en un sínodo lateranense. Fue la primera canonización formal por un papa, aunque canonizó a un obispo que había manejado la espada en las campañas militares de dos soberanos, Enrique I y Otón I, un pastor de almas que había combatido y había matado hasta casi sexagenario.[9]

En marzo de 995 el papa escapó a Sutri huyendo de la presión de Crescencio y del odio del clero, y según la vieja tradición romana pidió ayuda del otro lado de los Alpes. Pero antes de que Otón los cruzase, Juan XV regresó de nuevo a Roma, incluso con todos los honores, aunque pronto sucumbió a un acceso de fiebre.

239

Al acercarse el rey ya hubo tumultos en Verona, donde fueron degollados algunos de sus soldados. En Pavía le llegó la noticia de la muerte de Juan XV. Y cual si se tratase de la ocupación de un obispado imperial, designó papa en Ravenna al joven Bruno, su capellán y primo. Era hijo del duque Otón de Carintia, hijo a su vez de Conrado el Rojo y de Liutgarda, hija de Otón I. A comienzos de mayo de 996 el biznieto del emperador ocupó la silla papal con el nombre de Gregorio V (996-999). Era el primer papa alemán. Y el 21 de mayo Otón III, que tenía dieciséis años, fue coronado emperador por el papa de veinticuatro. Bien puede decirse que la familia lo había copado todo.

En los días inmediatos el soberano visitó las iglesias principales de Roma, y de común acuerdo con Gregorio presidió en la basílica de San Pedro el sínodo de la coronación, que duró tres días y que se ocupó principalmente de una serie de querellas eclesiásticas: la de Reims, la del obispo Odelrico de Cremona que quería exprimir a los mercaderes más poderosos de la ciudad, la disputa del abad Engizo de Brugnato con el obispo Godfrido de Luni acerca del monasterio, donde el papa rompió los documentos presentados al sínodo por el obispo. A pesar de algunas tensiones ocasionales entre emperador y papa se ha destacado ante todo el buen entendimiento, la «actuación concertada» (Althoff) de ambos. Al final Gregorio agradeció al primo su papado, y así resulta perfectamente natural que mandase a los monjes del monasterio de Monte Amiata que rezasen por la estabilidad *(stabilitas)* del imperio.

Pero apenas Otón había vuelto la espalda a Italia, se alzó. Crescencio, convirtiéndose en señor despótico de la ciudad. Todavía en el otoño de 996 hubo de abandonar Gregorio la ciudad durante catorce meses, sin conseguir antes el regreso pese a dos tentativas que hizo con la fuerza de las armas. Residió la mayor parte del

[9] LP 2,259s. JW l,484ss. Kelly 149s. LMA V 542. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 97s. Zimmermann, Papstabsetzungen 104s. Id., Das dunkle Jahrhundert 227ss. Véase asimismo cap. 11, nota 14.

tiempo en Italia septentrional, mediante repetidas embajadas solicitó la ayuda del emperador y en un sínodo celebrado en Pavía (febrero de 997) lanzó la excomunión contra Crescencio. Entonces precisamente se nombró papa en Roma como Juan XVI a Juan Philagathós, arzobispo de Piacenza y padrino tanto de Gregorio como del emperador. No faltaron algunos sobornos, incluso Gregorio V, el reformador papa alemán, se embolsó dinero por sus resoluciones, cosa que Otón III aceptó como legítima.[10]

La expulsión de Gregorio por los romanos y la exaltación como antipapa de Juan Philagathós, que había sido amigo de Theophanu, indujo a Otón a cruzar por segunda vez los Alpes, mientras que en Alemania ejercía el gobierno en su nombre su tía Matilde, abadesa de Quedlinburg.

240

A mediados de febrero de 998 el emperador se presentó ante las puertas de Roma. Y, como siempre, también entonces figuraban algunos prelados en su ejército. Tal el obispo Notger de Lüttich, un veterano combatiente que al menos cuatro veces había marchado a Italia en favor de los Otones, pero que también en 987 destruyó para siempre la difícil fortaleza de Chévremont cercana a Lüttich. Combatiente fue asimismo el obispo de Estrasburgo Wilderod y con él toda una serie de prelados de Italia septentrional con sus huestes guerreras. Entre los abades figuró incluso Odilo de Cluny, un auténtico santo (su fiesta el 2 de enero), quien no obstante su santidad también luchó muchos años con el obispo de Mâcon.

El antipapa Juan XVI, que había ejercido el cargo durante diez meses, intentó en vano ocultarse en una torre fortificada. Una tropa del conde Birichtilo (Bertoldo) de Brisgovia, antepasado de los zeringios y fundador del monasterio de Sulzburg, lo descubrió, lo apresó y, con el consentimiento según parece de Gregorio V y de Otón III, su antiguo discípulo, lo ajustició de forma horrible; pero el conde de Brisgovia pronto (si es que no probablemente por ello, o al menos a pesar de todo lo cual) se vio colmado de honores y agasajos. Y así, ya un año después pudo, como representante del emperador, investir a la hermana de éste. Adelaida, como abadesa con un báculo abacial de oro, enviado desde Roma a Quedlinburg. Y al mismo tiempo el torturador condal obtuvo un privilegio de mercado, moneda y aduana a favor de Villigen, en la Selva Negra, para dar a su mercado local un peso parigual a los mercados de Constanza y de Zurich. Ergo: «Su acción no sólo no le hizo caer en desgracia sino que le granjeó en grado sumo el favor imperial... Ambos "homenajes" indican claramente que Birichtilo se había ganado de manera especial el agradecimiento del emperador...» (Althoff).

¿Y qué es lo que había hecho el noble conde de Brisgovia? Había martirizado lastimosamente al antipapa preso haciéndole sacar los ojos y cortar las manos, la nariz, los labios, la lengua y las orejas. Los Anales de Quedlinburg hacen hincapié desde luego en que los criminales no eran amigos del emperador, sino «amigos de Cristo». Como quiera que fuese, al prisionero maltratado por la soldadesca imperial

[10] Thietm. 4.30. Ann. Quedlinb. 997s. Ann. Hildesh. 996s. Ann. Lamb. 996. Johannes diac. Chronic. Venet. 152s. Martin von Tropppau, Chron. (MG SS XXII 432). Kühner, Lexikon 74. Kelly 150s. LMA IV 1668, V 542, 569s. VI 347s. 1577. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. l00ss. ll0s. Holtzmann, Geschichte II 290. Haller II 162. Gontard 200s. Zimmermann. Das dunkle Jahrhundert 256ss. Id., Papstabsetzungen I04ss. Id., Das Papsttum 103s. Schramm, Kaiser. Könige und Päpste 220ss. Moehs, Gregorius V. 59ss. Wolter. Die Synoden 144ss. Gorich, Otto III. 222. Althoff, Otto III. 82ss.

lo presentaron ante el tribunal del papa, quien lo depuso formalmente y le despojó de sus vestiduras de acuerdo con el ritual practicado en la Iglesia de Cristo. Entonces Gregorio, un papa reformista y con buena formación, cuya inscripción sepulcral exalta su capacidad para predicar en latín, francés y alemán, hizo que a Juan XVI, cegado, casi sordo e incapaz de hablar, lo revistiesen de nuevo en la iglesia con los ornamentos papales para arrancárselos después pieza a pieza.

241

Entretanto había acudido un compatriota de la miserable víctima, san Nilo, un anciano de 88 años admirado en toda Italia. El emperador y el papa lo acogieron con todo respeto en el palacio de Letrán, le besaron las manos y le hicieron tomar asiento entre ambos. Pero él sólo expresó un deseo: que hicieran conducir a su monasterio al pobre Philagathós, que los había sacado de pila a entrambos y al que ellos le habían mutilado y arrancado los ojos; allí en el monasterio quería llorar con él los pecados cometidos. El emperador, al que según parece se le saltaron las lágrimas, estaba dispuesto a ceder; pero el papa quiso disfrutar plenamente de su venganza. Mandó que coronasen al ciego no con la tiara papal sino con una ubre, lo echasen de la iglesia y, montándolo en un asno cuya cola empuñaba a modo de rienda, lo paseasen por Roma —en un remedo macabro— y lo encerrasen en una cárcel monacal, donde parece que vegetó durante años. Si la información es correcta, Otón se habría excusado por intermedio de un alto eclesiástico ante Nilo, quien habría replicado que el emperador y el papa habían obrado contra él la injusticia cometida contra el desgraciado Philagathós y que Dios les perdonaría como ellos habían perdonado al infeliz. Y el mismo día abandonó Roma.[11]

Pero el rebelde Crescencio había huido a Castell Sant'Angelo, que se consideraba inexpugnable. Fue asediado durante dos meses sin interrupción, atacado día y noche según se cuenta, y el 28 de abril fue tomado al asalto por el margrave Ekkehard de Meissen. (El emperador recompensó generosamente con tierras al ilustre guerrero que también había combatido valerosamente contra los eslavos en el este. Pero cuando en 1002 quiso suceder al soberano, que había muerto sin descendencia, fue asesinado en el palacio de Pöhlde, probablemente por venganza personal, a manos de un grupo de la nobleza a cuya cabeza figuraban los condes Enrique y Udo de Katlenburg.)

Tammo, hermano del obispo Bernward de Hildesheim y amigo de Otón, había jurado por orden de éste proteger la vida de Crescencio. Varias fuentes italianas hablan de tales garantías juramentadas, que otras fuentes coetáneas confirman en lo esencial. Pero Crescencio había sido engañado y, «sin que haya que disminuir o negar nada..., fue ejecutado como reo de alta traición a requerimiento del papa, a quien le era malquisto» (Uhlirz). Según parece, por sugerencia del santo padre fue decapitado con otros doce cabecillas en lo más alto de la fortaleza, a la vista de todo el mundo; su cadáver fue arrojado desde las almenas, arrastrado por vacas a través de las calles encenagadas de Roma, y en compañía de los doce ejecutados, fue colgado cabeza abajo de una cruz en el monte Mario encima del Vaticano. El papa no se anduvo con

[11] Thietm. 4.30; 4,43. Ann. Quedlinb. 998. Vitas. Nili 89ss. Johannes diac. Chron. Venet. 154. Kühner. Lexikon 74. Kelly 151ss. LMA II 1805, VI 1288. 1351s. Uhlirz, Jahrbücher II 258ss. Hartmann. Geschichte Italiens IV 1. H. 112ss. Haller II 162. Gontard 201. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste 232ss. Bullough, Nach Karl 324. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 197s. Id., Rex Canonicus 66ss. Nitschke 40ss. Althoff, Otto III. l00ss.

remilgos y la idea del ahorcamiento sin duda que le pareció buena. A un conde de Sabina, llamado Benedicto, con quien el santo padre disputaba la posesión de unas tierras robadas, le forzó a ceder amenazándole con que haría ahorcar ante sus ojos al hijo que tenía prisionero.

242

El papa Gregorio V, a quien los romanos odiaban perdidamente, murió de muerte repentina —«tras haber desempeñado bastante bien el cargo» (obispo Thietmar)— en la primavera de 999, no motivada por el veneno como se rumoreó, sino por la malaria. La *Vita Nili* divulgó también el rumor de que al papa lo habían cegado sacándole los ojos; pero probablemente se trata de una reacción literaria a su crueldad con el antipapa un año antes.[12]

Fuentes alemanas hablan de la «cloaca» romana, que el emperador habría limpiado. Califican a Crescencio de «perversus» y «membrum diaboli». Incluso Gerd Althoff, que precisamente a este respecto echa en cara muchas cosas al emperador y al papa, quiere después exculpar la brutalidad de ambos explicándola «no tanto por circunstancias personales como sed de venganza, desengaños e irritación», sino más bien por «las reglas de juego del siglo X», por las «reglas del tiempo». Cierto que se mostraba clemencia con los vencidos, pero sólo una vez, la primera; en caso de recaída no había compasión alguna.

Pues bien, digamos de paso que hay no pocos ejemplos en contrario y que tales «reglas» eran precisamente «reglas» *cristianas.* Cristianos las hicieron y cristianos las practicaron. El «tiempo» no fue culpable; lo fue el hombre de ese tiempo. Y, hablando con propiedad, ni siquiera él tuvo la culpa, sino que la tuvieron el uso, el derecho, la ley, la manera de pensar, la fe de la época. Pero ¡todo eso era *cristiano* desde hacía siglos! ¡Se podía, se debía ser cristiano a cualquier precio! Incluso, y precisamente, al precio de la vida. Así, lo que aquí interesa siempre son los crímenes que los cristianos cometieron en nombre del cristianismo, de la Iglesia, del Estado o por su propia iniciativa, en buena medida contra los preceptos básicos de su misma religión. Ése es en definitiva nuestro tema. En todo tiempo y lugar el comportamiento de los cristianos ha sido antihumano, con desprecio y negación de la humanidad.

También en el este, por ejemplo. Ya el niño Otón III «se había ganado allí sus esporas», al decir de Wolfgang Menzel, uno de los provocadores alemanes del siglo XIX.[13]

El arzobispo Giselher soborna, falsifica y cobra

Las guerras del este, especialmente las campañas militares contra la anfictionía de los eslavos del Elba, de los liutizos, para imponer el reconocimiento de la soberanía alemana y del cristianismo, se mantuvieron de una manera continuada y cada vez con

[12] Chron. Monast. Casin. (MG SS 34 p. 202). Thietm. 4.30; 4.43. Ann. Quedlinb. 998.Petr. Damiani, Vitas. Romualdi 25. Taddey 304. LMA III 1764s. Uhlirz, Jahrbücher II 261s. 526ss. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 114. Haller II 162. Gontard 201. Althoff, Otto III. 103, 105ss. Gontard 201. Althoff, Otto III. 103, 105ss. (aquí las fuentes italianas entre otras), 122, 130.

[13] Menzel I 302. Althoff, Otto III. 110ss. Para las «reglas» cristianas desde el Antiguo y el Nuevo Testamento véase recientemente Buggle 36ss. 68ss. 95ss.

mayor frecuencia a partir de la sublevación de 983. Precisamente bajo la regencia de Theophanu se inició entonces una política agresiva, «sostenida en el fondo por Giselher de Magdeburgo y por Eckhard de Meissen» (Kretschmann).

243 El arzobispo Giselher, con el que ya nos hemos encontrado repetidas veces, descendía de la nobleza oriental sajona; «de natural noble y noble alcurnia», le califica el obispo Thietmar, quien por lo demás no deja en él hueso sano. Otón I lo admitió en la corte y le hizo obispo de Merseburg en 970. Pero este príncipe de la Iglesia inmensamente ambicioso, que se lavó en todas las aguas sucias, iba a pasar también en el futuro mucho más tiempo en la proximidad de reyes y emperadores que en su propia diócesis. Supo granjearse el favor de los más poderosos, supo obtener grandes y numerosas donaciones y, finalmente, supo convertirse en arzobispo de Magdeburgo (981-1004), meta a la que había dirigido todos sus anhelos y esfuerzos. Esto desde luego sólo en virtud de ciertas disposiciones canónicas y tras la supresión del obispado de Merseburg. Ése fue el motivo de que Thietmar de Merseburg le odiase tanto, además de que en su desenfrenado afán de honores, dignidades e influencia cada vez mayores Giselher no retrocedía ante nada.

Así, en la persecución de su meta parece que hasta hurtó el cuerpo de san Lorenzo, sobornó a todos los príncipes y a la curia romana con fuertes sumas de dinero y obtuvo del papa enormes privilegios, como el derecho extraordinario de consagrar cardenales presbíteros, cardenales diáconos y cardenales subdiáconos; derecho del que, por lo demás, sólo podía presumir una diócesis (la de Tréveris), y eso únicamente en virtud de una falsificación. El arzobispo Giselher de Magdeburgo (o un cómplice suyo) falsificó asimismo; al ver justamente amenazada su influencia con la fundación del arzobispado de Gnesen, falsificó un privilegio papal en favor del arzobispo anterior, Adalberto de Magdeburgo, en el cual se confería a su obispado el primado en «Germania» a la vez que se le reconocía el derecho a 12 cardenales presbíteros, 7 cardenales diáconos y 24 cardenales subdiáconos. Tales exageraciones pronto debieron de parecer tan increíbles que la falsificación no prosperó.

Así y todo, en contra de las disposiciones de un sínodo papal celebrado en septiembre de 981, Giselher supo sacar otras ventajas notables, como fueron los derechos episcopales sobre siete aldeas fortificadas, ocupadas en su mayoría por eslavos paganos, con lo que obtuvo la parte septentrional del disuelto obispado de Merseburg. Consiguió dos monasterios propios: el de Pohlde y la abadía de San Lorenzo de Merseburg, ambos con grandes posesiones territoriales. Otón II, que ya había otorgado en 974 al obispo Giselher de Merseburg el gigantesco bosque del cantón de Chutizi, uno de los mayores complejos boscosos de Alemania, le concedió ahora la fortaleza de Kohren (en Altenburg) así como el palacio real de Priessnitz (en Borna) entregado con anterioridad a Merseburg. El arzobispo se apropió además de otras propiedades inmuebles, que habían pertenecido a Mcrseburg y que en conjunto constituían «sin duda la parte más valiosa del antiguo ajuar de Merseburg» (Claude).

244 Para cohonestar su manera de proceder —ocasionalmente arropada por el emperador— y ocultar un derecho originario, parece que Giselher eliminó todo tipo de actas y documentos. Al menos eso es lo que afirma el obispo Thietmar: «Echó al fuego o hizo asignar a su iglesia mediante el cambio de destinatario los documentos reales o imperiales que contenían donaciones». A este respecto la medievalística

advirtió que la mayor parte de los documentos merseburgenses se los llevó consigo a Magdeburgo el arzobispo Giselher sin que los devolviese cuando se restableció aquella diócesis. «La falsificación y destrucción de otros documentos son perfectamente posibles» (Claude).

Dado que Giselher no sólo era muy ambicioso de cargos y posesiones, sino que además la frontera imperial distaba apenas una jornada de su residencia, se comprende su actividad en las guerras del este por entonces casi continuas. Con persistente regularidad informan las fuentes que año tras año toda la tierra de los eslavos *(totam terram)* era devastada «a sangre y fuego» *(incendiis et caedibus),* de modo que el asesinato con incendio se abría sensatamente en «la fecha habitual» (Bóhmer) de la Asunción de María.[14]

Catorce años de guerra permanente contra los eslavos del Elba

Es evidente que desde la perspectiva histórica actual al menos una parte de la medievalística alemana minimiza con gran decencia ese terror continuado en el este. Así, Eduard Hlawitschka en su *Studienbuch* (!), con motivo de la *Ostpolitik* de Teophanu, dice escuetamente que los sajones «atacaron repetidamente a los eslavos del Elba»; asimismo hablando de la regencia de Adelaida dice en media línea: «luchas contra los liutizos y obodritas en 991-995» y Otón III emprende personalmente «sólo dos breves campañas en el verano de 997» contra los rebeldes.

En realidad se trata de una guerra permanente de casi catorce años, en la cual el imperio, al introducir una nueva *Ostpolitik,* se alió también con los polacos de Mieszko. Eso proporcionaba la ventaja de poder atacar a los liutizos desde dos flancos, desde el oeste y el este, encerrándolos en una tenaza a la vez que permitía un ataque conjunto. (El nombre de «liutizos» aparece en el curso del siglo X en lugar de la vieja designación de «wilzos».) Es probable que la alianza la hubiese dispuesto el arzobispo Giselher, que en 984 todavía estaba con el duque polaco en el bancio de Enrique el Pendenciero.

245

Ya en 985 un ejército sajón, con la participación de Micszko, irrumpió en el territorio liutizo y lo devastó. También otras dos incursiones de los alemanes, en 986 y 987, iban dirigidas contra los liutizos y contra Boleslao de Bohemia, que se negó a entregar la Marca de Meissen (Misnia) ganada en 984 y perdida al año siguiente. Tales ataques también los apoyó Mieszko de Polonia; más aún, en la campaña del año 986 marchó también el rey de seis años, con el propósito evidente de «animar» a los guerreros cada vez más cansados y hasta reacios a la lucha. Y es probable, aunque carecemos de testimonio explícito, que en ambas expediciones militares tomase parte el arzobispo Giselher. Por doquier hubo devastaciones horribles y fueron arrasadas cuarenta y seis plazas fuertes; pero aunque los invasores forzaron la entrega de tributos no recuperaron ninguno de los territorios perdidos.

---

[14] Thietm. 2,37; 3,13ss. Ann. Hildesh.985, 987, 990. Ann. Quedlinb. 985s. 995. HEG I 863. Uhlirz, Jahrbücher II 70s. Hauck III 97, 142ss. Bohmer, Willigis 79. Schlesinger, Kirchengeschichte Sachsens I 305. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg 136ss. 149ss. 157, 161ss. 171, 196ss. Hlawitschka, Vom Frankenreich 137s. 141. Wolter, Die Synoden 123ss. Ludat, An Elbe und Oder 4ss.

En 990 siguió de inmediato una segunda correría contra el territorio eslavo del Elba, que a los ojos de Thietmar de Merseburg estuvo dominada por el diablo. Al estallar el conflicto entre Polonia y Bohemia las tropas alemanas regresaron bajo el mando del arzobispo Giselher y del margrave Ekkehard de Meissen para liberar a los polacos. Pero Boleslao sorprendió a los alemanes, que todavía por la mañana habían oído misa, y mandó desarmar al obispo y al conde hasta tanto que refrendaron la paz con juramento solemne.

En 991, y sin duda durante la celebración de la sagrada Pascua en Quedlinburg, se decidió con Mieszko de Polonia otra guerra en comandita. Otón personalmente, con un gran reclutamiento de tropas sajonas, conquistó y perdió en el mismo año Brandemburgo, una ciudad combatida y reconquistada por ambos bandos y que era la capital de los hevelios, una liga wilza que desde 983 se había asociado a los liutizos. Y allí estaba una vez más el arzobispo Giselher. Méritos especiales contrajo entonces el obispo Milo de Minden con sus sajones occidentales, cuya presencia en un combate contra los liutizos está aquí probada por vez primera.

En 992 se irrumpe de nuevo y por dos veces (en junio y en agosto) en territorio liutizo, aportando su ayuda los piadosos polacos en todas aquellas luchas. Y al segundo enfrentamiento no sólo acudió Otón III con un ejército extraordinariamente grande sino que por vez primera también se presentó el cristiano Boleslao de Bohemia. Así, aquel nuevo asalto sangriento, en el que el clero combatió a la cabeza y en el que cayó el abanderado Diethard, un diácono de la iglesia de Verden, asumió sin más «el carácter de una guerra religiosa» (M. Uhlirz).

Pese a todo ello parece como si los alemanes no hubieran conseguido más que extorsionar con tributos, puesto que en las propias filas hasta se echó de ver el disgusto por las incursiones tan continuadas como estériles. No hay duda de que el gobierno regente intentó elevar el espíritu de lucha mediante donaciones a nobles y monasterios en los territorios fronterizos, sobre todo al tener también de su parte a los bohemios. (Así, por ejemplo, la diócesis de Quedlinburg obtuvo en 993 extensas posesiones en Havelandia, las localidades de Potsdam y Geltow así como una isla que no se precisa.)

246

Ya en 993 se anuncian de inmediato tres nuevas ofensivas de los sajones contra los eslavos, después de las cuales el rey premió con grandes donaciones a los obispos Hildibald de Worms y Giselher de Magdeburgo por méritos especiales. Al fin y al cabo, como sospechan los investigadores, el magdeburgués apenas había faltado en todas aquellas guerras y precisamente en los primeros años noventa había mantenido relaciones intensas con la corte de Otón III, siendo considerado el «valedor de la *Ostpolitik* alemana» (Claude).

En 995 Otón llevó a cabo una incursión de castigo, que asoló el país a lo largo y a lo ancho, por una gran sublevación de todos los liutizos y obodritas que había estallado el año anterior. Esta vez también entraron en liza los cristianos de Polonia y Bohemia, y entre ellos se encontraba Sobebor, el hijo mayor de Slavnik y hermano del santo obispo Adalberto de Praga. Y parece que se destacaron en sumo grado las mesnadas del obispado de Meissen, que experimentó entonces el favor especial del emperador Otón.

En 997 prosiguieron los combates, incendios y saqueos en el territorio de los hevelios, la mayor parte del tiempo bajo el mando supremo del emperador y durante

algunas semanas en un sector particular a las órdenes de Giselher, que perdió algunos de sus hombres echando la culpa a su sucesor en el mando y que hubo de emprender de inmediato la huida, sin perder por ello las simpatías del joven Otón.

El emperador por su parte había confiado al arzobispo la fortaleza de Arneburg (a la izquierda del Elba, en Stendal) como garantía de seguridad. Pero los eslavos se lo atrajeron so pretexto de negociar delante de la fortaleza y le tendieron una emboscada. Y mientras su escolta mordía el polvo el prelado pudo escapar precipitadamente. Thietmar lo cuenta en estos términos: «Llegaron ya a las manos los combatientes de ambos bandos; el obispo, que estaba sentado en el carro, pudo emprender la huida en un caballo, pero de su gente sólo pudieron escapar a la muerte unos pocos. Los eslavos victoriosos —era el 2 de julio— pudieron saquear a mansalva los cadáveres de los caídos lamentando únicamente que el arzobispo se les hubiese escurrido».

Pero no fue bastante con todo ello. Sin esperar a su relevo, el margrave Liuthar, tío de Thietmar, Giselher abandonó la fortaleza pues su servicio de guardia había ya transcurrido; de camino se encontró con el conde, que se incorporaba y a cuyas órdenes quedaba ahora la fortaleza, y el arzobispo «se la encomendó apremiantemente y desapareció». En el ínterin, sin embargo, los eslavos habían penetrado en la fortaleza no vigilada y le habían pegado fuego; al acercarse Liuthar la encontró ya pasto de las llamas y «en vano intentó por medio de un mensajero convencer al arzobispo para que volviese». El prelado se negó a prestar cualquier ayuda y regresó a casa. El conde, por su parte, no pudo apagar el fuego que había prendido en el castillo, hubo de dar «por perdida la puerta abierta a los enemigos», dejarse incriminar después ante el emperador y purificarse mediante un juramento del reproche de culpabilidad.

247

Durante aquellas campañas militares, en el curso de las cuales Otón devastó el país de los eslavos «con incendios y grandes saqueos» *(incendio et magna depredatione vastavit),* también le acompañó el que había sido arzobispo de Reims, Gerberto de Aurillac, y futuro Silvestre II, el primer papa francés. Además en el este combatieron, entre otros, el arzobispo Willigis de Maguncia, pese a su edad, así como el obispo Enrique de Würzburg, ambos con sus tropas, y el obispo Ramward de Minden (996-1002), personaje especialmente significativo que precedía a todos, incluso a los abanderados, con un crucifijo en la mano y arengando a la tropa con voz poderosa contra el enemigo... «Un bello ejemplo de aquellos obispos guerreros del imperio, que sabían manejar la espada lo mismo que la cruz» (Holtzmann). Precisamente entonces cayó «un número muy grande» de los diablos eslavos, convirtiendo al resto de los desgraciados en botín de conquista.[15]

Sin querer minimizar en modo alguno tan «inmensas actividades militares» en el este, recientemente se ha advertido sobre el error de ver aquí unos frentes demasiado fijos, unos Estados belicosos que llevan a cabo acciones sistemáticamente planificadas, una estrategia de reconquista o incluso unos golpes de mano preparados

[15] Thietm. 4,11; 4, 21s. 4,29; 4,38. Ann. Hildesh. 985ss. 990ss. Ann. Quedlinb. 986. Adam 2,41; 2,44. HEG I 702, 864s. 907. M. Uhlirz 156. Uhlirz, Jahrb. II 125s. 145s. 156, 168ss. 188s. 240ss. 468ss. Bohmer, Willigis 176. Holtzmann, Geschichte II 293s. 309s. 325s. Ahlheim 191s. Fleckenstein/Bulst 96,100. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 161ss. 167ss. 180. Lubenow 26ss. Ludat, An Elbe und Oder 2. A. 43ss. Friedmann 165: los obispos de Minden fueron muchas veces «comandantes en el reclutamiento sajón».

desde el poder central. «Las fuerzas motrices más bien parecen haber sido el impulso de venganza, el afán de botín o tributos, a los que se abandonaron los margraves y obispos sajones no pocas veces sin intervención del rey y sin mandato suyo» (Aithoff). Así pudo ocurrir en muchos casos, pero en otros no. Para nosotros —y para las víctimas— tales distinciones no resultan tan relevantes. Y ello porque si condes cristianos y obispos robaban y mataban por su propia cuenta o lo hacían siguiendo consignas del poder central, su actuación forma parte sin duda de la historia criminal del cristianismo.[16]

Todavía en 997 combatió Otón III contra los liutizos. Mas cuando marchó hacia el sur, cuando antepuso la política italiana a la *Ostpolitik —y* desde luego bajo la influencia patente de Gerberto de Aurillac, futuro papa—, quiso tranquilidad en el este y firmó la paz con el enemigo. Se había combatido sin interrupción durante catorce años, al menos con una campaña casi cada año, cuando no con varias. Se reclutó incluso a los bohemios y una y otra vez a los polacos cristianos contra los paganos. Pero de repente se actuó en forma pacífica. Y sólo algunos años después hasta un santo, el emperador Enrique II, llevó a cabo tres largas guerras sangrientas hombro con hombro con los liutizos paganos contra los polacos cristianos, que habían sido tan provechosos a su predecesor, aunque él lo fuera más aún para ellos.

248

(Sin embargo, fue precisamente entonces, en tiempo de las reformas cluniacenses, cuando se había difundido la idea explícita de que la cristiandad constituía una unidad que no debía combatir contra sí misma. Así escribía en 994 en el monasterio de Fleury sobre el Loira, que había aceptado la reforma de Cluny, el erudito abad Abbo en la enconada disputa con su obispo diocesano Arnulfo de Orleans, principal asesor de Hugo Capeto: «La auténtica caballería no combate entre sí en el seno de su madre, la Iglesia, sino que dirige todas sus fuerzas para someter a los enemigos de la santa Iglesia de Dios». Los cristianos no debían atacar a los «creyentes ortodoxos» sino a los paganos, predicaba el reformador... Y en la visita al priorato gascón de La Réole, que le estaba sometido, fue asesinado por sus monjes amotinados.)

«... REUNIR LAS LEGIONES», ACCIÓN CONCERTADA EN GNESEN EN PROVECHO DE ROMA

El hecho de que en Polonia se hubiese fundado el obispado de Posen lo más tarde en 968 y que el país se hubiera hecho cristiano en apenas una década reportó a su soberano ventajas indiscutibles. Mieszko I pudo conquistar poco después toda Pomerania.

Tras la muerte de su mujer, la premislida Dobrawa (977), Mieszko desposó a Oda de Haldensleben. hija de Dietrich, el poderoso margrave de la Marca Septentrional; y a la muerte de éste (985) llegó a una inteligencia con el gobierno imperial como representante de los intereses de su esposa en las Marcas. Y si su matrimonio con Dobrawa había sellado en tiempos la alianza con Bohemia, ésta se rompió a finales de los años ochenta por causa de Silesia. Mieszko entró después en disputa con su

[16] Althoff, Otto III. 64s.

cuñado Boleslao II, a quien apoyaban los liutizos paganos, mientras que el polaco contó con la ayuda de tropas alemanas y pudo retener Silesia. Y esto a pesar de que en el ínterin hasta se había aliado con el antagonista de Otón II, Enrique el Pendenciero; todavía en 984 le prestó vasallaje como a su «rey y señor» sin verse por ello perjudicado. Cierto que ya al año siguiente se pasó al bando de Otón III y al lado de los sajones combatió a los eslavos paganos.

En su prosecución de una política que sabía adónde apuntaba, Mieszko se convirtió en el paladín agresivo del cristianismo en el frente septentrional pagano. Misión y conquistas militares se mezclaron también en Polonia

249

Símbolo de tan estrecha vinculación podría ser la unión directa de la catedral de Posen, ya hacia el año 1000, con la fortaleza local, la más grande y la más fuerte de Polonia con su muralla de más de diez metros de alta y unos veinte de ancha.

En sus ataques contra los liutizos en el territorio de las marcas entre el Elba y el Oder los bohemios cristianos prestaron ayuda ideológica y militar al duque polaco; también habían enviado a Polonia los primeros misioneros. Por lo demás los bohemios no pudieron mantenerlo alejado por mucho tiempo de sus propios territorios de influencia en el sur y en el oeste. Mieszko irrumpió por sorpresa contra los mismos en los finales años ochenta, cuando Bohemia entró repetidas veces en conflicto con el imperio y la Iglesia. No sólo se adueñó de la desembocadura del Oder, sino que también arrebató Silesia a los checos cristianos. Y cuando éstos, en 990, intentaron recuperar su territorio con ayuda de los liutizos paganos, frustró el empeño un ejército sajón al mando del arzobispo Giselher y del margrave Ekkehard de Meissen, aliados con el polaco. Éste, por motivos de seguridad, y sin romper su relación con el imperio alemán, hizo donación de su país a San Pedro, aunque continuó apoyando las ofensivas alemanas contra los liutizos.[17]

El famoso acto de donación, por el cual un cierto *iudex* de nombre Dagome y su esposa, la *senatrix* Ote (Oda), con dos hijos someten su territorio de Gnesen (Schinesghe) a la jurisdicción del papa Juan XV, se nos ha transmitido en el denominado *Documento del iudex Dagome,* que también contiene la descripción geográfica más antigua de las fronteras de Polonia. La regesta, consignada en seis manuscritos y acompañada de una inmensa literatura, es la primera donación conocida de un país a la denominada sede apostólica. Desde luego este acto jurídico no está testificado en ningún otro documento; pero quizá tiene su confirmación en el «óbolo de San Pedro» que Polonia siempre pagó.

Si con ello pretendía Mieszko I asegurar a sus hijos menores de edad la sucesión directa al trono, como se supone, hay que decir que fracasó por completo. En efecto, apenas había muerto cuando le sucedió su famoso hijo (de un primer matrimonio) Boleslao I Chrobry el Valiente (992-1025), que eliminó a sus competidores. Expulsó a su madrastra Oda y a los niños enviándolos a Alemania e hizo cegar a otros dos parientes. Así se aseguró la soberanía exclusiva y, con ello o a pesar de ello, su camino a la fama. Pero su hábil padre y predecesor había preparado con la «Regesta del iudex Dagome» la fundación de una Iglesia propia y consecuentemente la independencia de

[17] PL 139, 464 B (cit. según Sprandel), Thietm. 4,11. LMA I 15, 1019, II 359ss. 2172 VI 616s. VII 82s. 124. LThK I3 14s. II3 1235ss. HEG I 907. Hauptmann, Die Frühzeit 325. Rhode 7ss. llss. Holtzmann, Aufsätze 191s. Kossmann 453. Véase 444. Claude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 163ss. 171s. Hensel 237ss. Sprandel 101.

Polonia frente al imperio alemán.

250

Boleslao, que se consideraba *tributarius Sancti Petri,* fue un cristiano muy piadoso. Había favorecido la misión de Adalberto, cuyo cadáver compró a los paganos de Prusia y lo hizo inhumar en la Marienkirche de Gnesen. Por lo demás también acosó al imperio cristiano, conquistó Pomerania, Breslau y Cracovia, convirtiéndose en el primer rey de la Gran Polonia, que entonces se extendía desde el mar Báltico al norte hasta las crestas de los Sudetes y los Cárpatos al sur, y desde el territorio de los rusos hasta el Oder.

Polonia se convirtió rápidamente en una nación cada vez más poderosa, siendo un aliado muy codiciable para los combatientes católicos. «De común acuerdo con el papa pudo entonces el emperador acometer de nuevo la organización de la misión oriental, que Otón I había tenido que interrumpir» (Hauptmann).[18]

Ambos puede que deseasen fervientemente la muerte martirial de Adalberto de Praga. El tal Adalberto, hijo del príncipe Slavnik de Libice (fallecido en 981) —que dio nombre a los slavnikidas, tal vez emparentados con los premyslidas y ciertamente su abiertos rivales, a los que eliminaron a finales de septiembre de 995 (cuatro de sus hijos perecieron y el quinto desapareció apenas una década más tarde)—, no habría soportado por más tiempo la inmoralidad de sus diocesanos (o, como otros piensan, los roces con su superior Boleslao II, a quien los slavnikidas se le antojaban poderosos en demasía). El obispo viajó a Roma, pero el papa Juan XV le obligó a regresar; se enfrentó a nuevos conflictos, por lo que una vez más emprendió el camino de la capital católica, pero Gregorio V le impuso la vuelta. Permaneció entonces en Maguncia junto al emperador Otón III, con quien compartió dormitorio, y partió después hacia los paganos prussos (pruzzos).

Estos antiguos prusianos, cuya religión estrechamente ligada todavía a la naturaleza conocía numerosos montes, árboles, bosques y manantiales sagrados, se defendieron encarnizadamente contra su cristianización. Sólo después de más de doscientas batallas, que especialmente en el siglo XIII y por obra de la orden teutónica condujeron a la despoblación de territorios enteros, pudieron los prussos ser forzados a la aceptación de la Buena Nueva y sólo en el siglo XVII se fundieron definitivamente con los alemanes.

El obispo Adalberto quiso ya en su tiempo contener a los prussos «con el freno de la sagrada predicación», mas pronto se convirtió en testigo de sangre, en mártir, cosa que probablemente siempre había anhelado (aunque repetidas veces había huido de sus propios diocesanos. y más aún, supuestamente, del duque bohemio Boleslao II, el aniquilador de los slavnikidas, aunque también levantó numerosas iglesias y monasterios, lo que le valió el sobrenombre de «el Piadoso»). El príncipe polaco Boleslao Chrobry compró «enseguida, por una cantidad de dinero, la cabeza y los miembros del glorioso mártir» (Thietmar) y sobre el cadáver se constituyó ya el año 1000 el arzobispado de Gnesen. El emperador, el papa y el propio Boleslao se pusieron de acuerdo para nombrarle rey. Pero probablemente protestaron los príncipes. Y así Otón pudo poner en el banquete, aunque sólo fuese de manera

[18] LMA II 359s. III 430s. VI 617. Heg I 907. Holtzmann, Geschichte II 308s. 322s. Maschke 304ss. Kossmann 449s. Hauptmann, Die Frühzeit 326. Bosl, Europa im Mittelalter 236. Althoff, Otto III. 127s. Hensel 239. Warnke 127ss.

simbólica, su propia corona sobre la cabeza del «amigo y aliado», del «hermano y colaborador del imperio»[19]

251

Pero el obispo Thietmar, que estaba muy lejos de estimar al «taimado» polaco, dice de éste que Otón III en Gnesen «había convertido a un tributario en señor» *(tributarium faciens dominum)* e implora la misericordia de Dios sobre el emperador por «haber exaltado tan alto» a Boleslao, que «se atrevió de continuo a someter poco a poco a obediencia a los que estaban arriba, a seducirlos y ganárselos con el fácil cebo del dinero perecedero para daño de siervos y libres».

Desde el lado polaco las cosas se veían naturalmente de otro modo. En la crónica más antigua del país aparece el Estado de los Piastas, ahora llamado Polonia, dentro del imperium como un reino de la misma condición que Alemania. El mismo duque Boleslao, aquel *«athleta Christi»,* aquel *«rex christianissimus»,* como le ensalzan sus coetáneos, fue colmado de títulos honoríficos romanos. Se le llamó *«populi romani amicus et socius»,* amigo y aliado del pueblo romano, *«frater et cooperator imperii»,* hermano y colaborador del imperio. También dice la crónica más antigua de Polonia que Otón confirió al príncipe polaco honores eclesiásticos, «lo que en el reino de los polacos pertenecía al imperium».

Ahora bien, el *Gallus Anonymus,* el benedictino del sur de Francia, escribió su *«Crónica et gesta ducum sive principum Polonorum»* sólo a comienzos del siglo XII. Había trabajado además en la capilla de Boleslao III Krzywousty (Bocatorcida, 1085-1138); más aún, su obra histórica no sólo se les leyó en la corte polaca a los dignatarios, sino que también fue censurada.

Por ello se mantiene hasta el día de hoy una dura controversia acerca de los límites reales en que se movía la autonomía del soberano polaco, sobre si Otón le nombró patricius o rey y sobre si Polonia fue un país sometido o independiente. Y se comprende que la controversia se dé sobre todo entre investigadores alemanes y polacos o europeos orientales, pues entre tantas otras cosas en ella se deja sentir poderosamente el fantasma del statu quo político.

Una cosa es cierta: Boleslao recibió una reproducción de la santa Lanza (que hoy se encuentra en el tesoro de la catedral de Cracovia), la cual obligaba al receptor a la «defensio ecclesiae» (y entregó en correspondencia el brazo de san Adalberto). También pasaron a Boleslao los derechos del emperador sobre la Iglesia polaca. Con lo cual su prestigio creció enormemente, lo mismo que su ambición. Y en definitiva el provecho de todas aquellas dignidades e insignias no recayó en el imperio romano sino en la Iglesia romana... hasta hoy.[20]

252

Pero la misión nacional en el este estuvo de primeras muy lastrada con el *odium*

---

[19] Thietm. 4.28. LMA II 358s. VII 292ss. 2004. Hartmann, Geschichte Italiens IV 1. H. 106ss. Hauptmann. Die Frühzeit 326. Véase también en Uhlirz el «Exkurs» XVIII: «Los preparativos del viaje a Gnesen» 538ss.

[20] Thietm. 5,10. LMA II 365s. IV 1099. HEG I 908. UHlirz, Jahrbücher II 320s. Holtzmann, Geschichte II 344s. Kossmann 460. David 64. Dvornik, The Making 147. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 199. Erdmann, Forschungen zur politischen Ideenwelt 99ss. Schramm, Herrschaftszeichen 502. Zeissberg 3ss. Ludat, Piasten 330ss. Id., An Elbe und Oder 71ss. 92. Extensamente sobre la santa Lanza: Brackmann. Gesammelte Aufsätze 211ss. especialmente 226ss. Véase asimismo 249ss. 257. Para la santa Lanza puede consultarse el amplio estudio de H. Malissa: Vorläufiger Bericht zur Heiligen Lanze como apéndice de K. Hauck, Erzbischof Adalbert 345ss. Ludat, An Elbe und Oder 2. A. 67ss. especialmente 71 ss. Acerca de la influencia de la política cotidiana véase recientemente Althoff, Otto III. 126s. Gorich, Otto III. 80ss.

del Dios «alemán». Así volvió a demostrarlo de forma drástica en 983 la sublevación liutiza. Por ello Otón declaró independiente a la Iglesia polaca. Como «apóstol al servicio del Señor» (Holtzmann), como «siervo de Jesucristo» —un título paulino que destaca el «rol apostólico-eclesiástico del emperador» y que es expresión de su «muy estrecha colaboración» con el papa (Jedlicki)—, peregrinó el año 1000 a Polonia, fue recibido por Boleslao Chrobry en la frontera «de modo muy amistoso» y, bañado en lágrimas, se postró sobre la tumba del santo mártir en la capital Gnesen.

El cometido de Otón en el este, que también expresa el título que acabamos de citar, *«servus Jesu Christi»,* y que casa tanto con la concepción del emperador como con la del papa, lo había formulado poco antes Gerberto, el futuro papa, en estos términos: «Reunir las legiones, penetrar en el territorio enemigo, detener el ataque de los enemigos, enfrentarse personalmente a los mayores peligros por la patria, *por la religión* y por el bien... del Estado».

Todos los actos de Gnesen respondían a la cooperación de emperador y papa. Sin duda de acuerdo con éste fundó Otón en el año 1000 el arzobispado polaco de Gnesen en la fortaleza del lugar, en presencia del legado papal y de Boleslao I Chrobry y con la oposición del obispo de Posen, el alemán Unger. Otón dio al nuevo obispado un santo eslavo, su amigo Vojtech-Adalberto; le dio un arzobispo eslavo, a Radin-Gaudencio, hermanastro de Adalberto, que había acompañado al santo en su viaje misionero entre los prussos. Y le sometió los obispados sufragáneos de Breslau, Kolberg, Cracovia y probablemente otros.

Con esta concesión decisiva al príncipe polaco el emperador perseguía unos objetivos religiosos y políticos. Polonia, al igual que Hungría, podría así robustecerse en el plano eclesiástico, vincularse más estrechamente al cristianismo y constituir un bastión contra el paganismo en el norte. Al mismo tiempo con ello quería Otón naturalmente afianzar la fuerza de choque del imperio, expandirlo aún más e incorporarle también los países del este europeo.

Por todo ello Polonia era más interesante para los cristianos que Bohemia. Al duque Boleslao, a quien casi abrumaron con honores y muestras de favor, se le asignaron Selencia, Pomerania y Prusia como territorios misionales; con lo que también el papa se prometía una mejora en la situación patrimonial de la Iglesia. En los monasterios de Italia central y en Polonia se formaron misioneros especiales para la misión eslava; con tal fin los extranjeros se acomodaron a la población autóctona hasta en la vestimenta y en el corte de pelo.[21]

253

También respecto de Hungría trabajaron unidos Otón III y el papa. Allí se había hecho bautizar Waik, hijo del duque Gaisas de Hungría en 996, adoptando el nombre de Esteban. El emperador fue su padrino de bautismo y, junto con el papa, autorizó en abril de 1001 la creación del arzobispado de Gran. Asquerio, un discípulo de Adalberto, lo ocupó y como legado papal coronó a Esteban con una corona enviada por Otón. Igual que en Polonia, también en Hungría el emperador y la Iglesia avanzaban de la mano hacia el este. Mas también en el extremo norte y en el sur, en

[21] Ann. Hildesh. 1000. LMA IV 1142, 1523. Uhlirz II 323s. Holtzmann, Geschichte II 342ss. Kossmann I 420 ss especialmente 437ss. Hilsch, Die Stellung des Bischofs von Prag 1, 432. David 62s. Dvornik, The Making 142ss. Jedlicki 524ss. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 198s. Brackmann, Die Anfänge des polinschen Staates 24. Id., Der «Römische Erneuerungsgedanke» 15ss. Calude, Geschichte des Erzbistums Magdeburg I 194s. Ludat, Piasten 338. Beumann Otto III. 94.

Dalmacia, se anunciaban otros éxitos misioneros y triunfos de Otón III. «Se vio como un nuevo apóstol, por lo que en su círculo ideológico ocuparon el primer plano los elementos eclesiásticos» (Schramm).[22]

Más allá del período que estudiamos, ya unas décadas dentro del siglo XI, persiste una disputa entre clerizontes, que se inicia y culmina todavía bajo Otón III y que por lo mismo podemos tratar aquí a modo de apéndice.

La disputa de Gandersheim

Gandersheim, la fundación familiar más antigua de los Liudolfingios, fue creada a mediados del siglo IX por el conde Liudolfo, el antepasado de la casa imperial sajona. El piadoso Varón había destinado primero a tal efecto su hacienda familiar de Brunshausen; pero después eligió un pequeño cortijo rodeado de pantanos en el que se alojaban sus porquerizos. Ahora bien, Brunshausen pertenecía al obispado de Hildesheim, pero el cortijo de los porquerizos, que había terminado por convertirse en el monasterio femenino de Gandersheim, probablemente pertenecía al territorio del arzobispo de Maguncia. En consecuencia el obispo diocesano Altfried de Hildesheim había consagrado a la primera abadesa, destinada originariamente a Brunshausen, mientras que, ahora que trabajaba en Gandersheim, era consagrada simultáneamente por los obispos de Hildesheim y de Maguncia.

La disputa por la fundación ricamente dotada podría decirse que prendió por causa de Sofía, la hija mayor del emperador Otón II y de Teophanu. Ya en 979, cuando aproximadamente con cuatro años Sofía fue confiada al monasterio de Gandersheim y había de convertirse en una «sierva de Dios», se negó en redondo «a recibir el sagrado velo del señor Osdag (su obispo de Hildesheim) y se dirigió a Willigis, pues consideraba contrario a su dignidad ser consagrada por un obispo que no portaba palio» (Vita Bernwardi). Quería un metropolitano, el poderoso arzobispo de Maguncia (como más tarde, al ser elegida abadesa, rogó y obtuvo de nuevo para su consagración abacial a un portador de palio), y es algo que se comprende tratándose de una humilde cristiana. El arzobispo, bajo cuya influencia estimulante probablemente se encontraba la donada, mostró tanta más comprensión cuanto que el arzobispado de Maguncia, desde la fundación del arzobispado de Magdeburgo, ya había perdido los obispados de Brandemburgo y de Havelberg, por lo que quiso evitar más recortes y «evidentemente también podía formular según derecho viejas reclamaciones territoriales sobre la región de Gandersheim» (Goetting).

254

Y así, Willigis exigió por primera vez en el *anno domini* de 987 la jurisdicción sobre el monasterio. Cuando el 18 de octubre Sofía, la hija del emperador que ya había cumplido los doce años, fue consagrada allí monja (Willigis había combatido poco antes en la campaña de Otón III contra Bohemia), hubo un largo y acalorado intercambio de palabras sobre la propiedad de Gandersheim entre el arzobispo y su sufragáneo, el obispo Osdag de Hildesheim. Y todo ello en la misma iglesia, ante el altar, y en presencia del rey que tenía siete años, de la emperatriz Teophanu y de

[22] Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 199s. Schramm, Kaiser, Könige und Päpste III 279.

numerosos obispos y príncipes. Cada uno de los dos hermanos *in Christo* incluía la fundación en su diócesis: Willigis en el arzobispado de Maguncia, y Osdag en su obispado sufragáneo de Hildesheim. Y el «señor Osdag». que en un memorándum contemporáneo figura como *«simplicis animi vir* (varón de ánimo simple) no se dejó intimidar por el arzobispo, sino que «por inspiración divina hizo colocar su silla junto al altar, para defender de ese modo el lugar y su derecho soberano» *(Vita Bemwardi).* Sólo a regañadientes terminó entonces la disputa, mediante un arreglo: Willigis celebró una misa solemne en el altar mayor y después, conjuntamente con Osdag, procedió a la consagración de Sofía, mientras que a las demás «siervas de Dios» las consagraba únicamente el obispo de Hildesheim.[23]

Supuestamente las cosas discurrieron después «en buena paz y armonía» y hubo concordia tanto bajo el obispo Osdag como bajo su sucesor Gerdag (990-992). Pero bajo el santo obispo Bernward de Hildesheim (993-1022) la disputa se reavivó con mucha más fuerza, interviniendo en ella el emperador y el papa y «el veneno de la falsedad puso fin al amor naciente» *(Vita Bemwardi).*

El asunto empezó de nuevo cuando la monja Sofía, que rondaba los veinte años, con gran disgusto de la que era su abadesa y prima Gerbcrga II (949-1001; que también había entrado de niña en el monasterio de Gandersheim; era sobrina de Otón «el Grande» y fue maestra de la canonesa y famosa poetisa Hrotsvit, Roswitha, muerta hacia 975) se escapó del monasterio de Gandersheim para vivir durante varios años sin interrupción en la corte de su real hermano, llevando una vida nada canónica «y haciendo circular toda clase de rumores sobre su persona» *(Vita Bemwardi).* Por lo demás en la corte permaneció justamente el tiempo que Willigis ejerció allí de archicanciiler. Al mismo tiempo que él abandonaba el cargo también la princesa regresaba a Gandersheim. Para el de Maguncia fue un fracaso que en 993 Bernward, capellán de la corte y educador altamente estimado de Otón, fuera nombrado obispo de Hildesheim. Y al igual que la severa abadesa Gerberga, también el nuevo obispo de Hildesheim, el conde sajón Bernward, experimentó un fuerte escándalo con la evasión de Sofía —aunque su propia amiga, la abadesa Matilde de Quedlinburg, en tiempos también había pasado un año entero en Italia bastante alejada de los muros de su monasterio—, lo que naturalmente no implica la menor reticencia pues Bernward superó «personalmente en pureza de costumbres a los varones más encanecidos» (Walterscheid).

255

Por el contrario el arzobispo Willigis, conocedor de la corte como pocos, no podía ver nada desacostumbrado en tales escapadas de monjas que pertenecían a la casa imperial. Y la princesa Sofía, la necesitada de protección *(patrocinando),* instigó al arzobispo «con discursos amargos» y declaró que «el obispo Bernward no tenía que decirle nada y que el monasterio de Gandersheim pertenecía a la diócesis del arzobispo». Indispuso a éste «gravemente contra el señor Bernward» y naturalmente

[23] Vita Bernw. 13; 39. LMA IV IV 1102s. V 148s. Uhlirz, Jahrbücher II 115s. 346ss. Hauck III 268s. Bohmer, Wüligis 87ss. (con otras fuentes), 173. Goetting, Das Bistum Hildesheim 159ss. 180ss. Glocker, Die Verwandten 206ss. Gorich, Otto III. 123ss. Sobre la *Vita Bernwardi* amplio comentario de Gorich ibíd. 92ss. Asimismo Gorich, Der Gandersheimer Streit 56ss. Wolter, Die Synoden 182ss. (amplia bibliografía). Althoff, Otto III. 57s. 160ss. Goetting 159ss. 174ss. Princesas rebeldes dentro de los monasterios se dieron ya en la época merovingia, véase por ejemplo Ennen 53ss. Scheibelreiter *passim.* Véase también al respecto IV 271ss.

lo alentó a renovar sus pretensiones sobre Gandersheim. Más aún, «Sofía estaba de continuo a su lado, habitaba junto a él y día y noche impulsaba su causa»; una bella frase, aunque en el original latino dice ' más y presenta una mayor trabazón: *«Sophia assidue illi cohaerens et cohabitans, haec interdiu noctuque ambiebat».* Lo que ciertamente no significa en ningún caso que la princesa, hermana mayor de Otón III, ocupase más que «el oído benévolo del arzobispo», para decirlo con palabras de Hans Goetting.

Todo ello irritaba al predicador moralista Bernward. Cierto que se lo debía todo a Willigis: éste le había ordenado subdiácono, diácono y sacerdote; probablemente también por su mediación se había convertido en preceptor del emperador y más tarde fue elevado a la sede episcopal de Hildesheim. Por lo demás el carácter y los intereses de ambos no diferían mucho. Sólo que ambos pretendían Gandersheim. Pero las monjas, que por la grave enfermedad de Gerberga estaban ahora bajo la autoridad de Sofía, de vuelta otra vez al monasterio, negaron su obediencia al santo de Hildesheim. Únicamente con la protección de numerosos servidores, el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Cruz, del año 1000 pudo romper el cerco de una muchedumbre, que de haber podido lo habría expulsado de allí *(«cum iniuria»* naturalmente), y lograr el acceso a la iglesia del monasterio y celebrar la santa misa. Pero al llegar el ofertorio las piadosas monjitas arrojaron a los pies sus ofrendas entre salvajes maldiciones, «con increíbles manifestaciones de cólera», con «salvajes insultos contra el obispo», en quien casi un milenio después se encarna para la diócesis de Hildesheim *«el recuerdo de su época dorada»* (Wetzer/Welte). Pues bien, sólo gracias a su escolta armada pudo Bemward escapar de allí sano y salvo.[24]

256

De modo totalmente distinto fue recibido en Gandersheim seis días después el arzobispo Willigis de Maguncia, que llegó asimismo con un gran séquito. Allí expuso sus reclamaciones por la posesión del monasterio mientras que el obispo Bernward de Hildesheim apelaba directamente al papa y al emperador, su antiguo pupilo. Supo entonces claramente «que el veneno inoculado ya sólo podía expulsarlo el antídoto papal e imperial».

Pues entretanto había estallado un tumulto violento durante un sínodo reunido en Gandersheim a finales del otoño del año 1000. El obispo Ekkehard de Schleswig, expulsado por los daneses, actuaba como portavoz de Bernward, que cautelarmente se mantuvo lejos, hubo de abandonar el sínodo porque el príncipe eclesiástico de Maguncia —también hoy venerado como santo no sólo allí— «se enfureció sobre toda ponderación» y amenazó al obispo «con expulsarlo ignominiosamente». El metropolitano, estaba claro, era víctima «de personas malvadas... y únicamente Sofía estuvo de continuo a su lado...». Al final parece que los sinodales refrendaron sus pretcnsiones sobre la posesión de Gandersheim y él dio por zanjada la disputa.

En otro sínodo, convocado por el papa en la ciudad de Pohlde (Harz) el 22 de junio de 1001, junto al legado del papa y del emperador, el cardenal sajón Federico, compareció también el santo obispo Bernward con una vistosa comitiva armada, pues «como obispo introdujo un cambio exactamente según la exigencia del Apóstol»,

[24] Vita Bernw. 16ss. Wetzer/Welte I 851. LMA V 148s. Uhlirz, Jahrbücher II 348s. Bohmer, Willigis 91ss. 176. Walterscheid 269. Leyser, Herrschaft und Konflikt 93 nota 47. Wolter, Die Synoden 184ss. Glocker, Die Verwandten 207ss. Goetting 160,171, 174.

quien también en tiempos de Jesús manejó la espada.

(Santidad supone «siempre una vida sana y llena de sangre, siempre una fuerza suprema y concentrada»: en especial «los santos alemanes son héroes y heroínas alemanas y por ende personalidades conductoras del pueblo alemán», escribía Johannes Walterscheid en 1934, naturalmente, y naturalmente con el Imprimatur del vicario general del cardenal Faulhaber, el gran campeón de la resistencia. Porque en 1934 pareció a los gobernantes «especialmente adecuado introducir al pueblo alemán a semejante consideración de la vida de los santos alemanes», pues en 1934 los santos alemanes habían de ser «los auxiliadores indispensables en la construcción interna de nuestra patria..., quizá incluso caudillos militares, como nuestros grandes obispos de la Edad Media...»)

Estaríamos así de nuevo con nuestro héroe, con san Bernward, y el legado papal, quienes en su tiempo fueron escarnecidos y amenazados «de manera increíble» por obispos hostiles. Estalló «una disputa y tumulto casi indescriptible, pues al representante del papa ni siquiera se le proporcionó un asiento adecuado. Estalló un griterío espantoso, el derecho y la ley fueron menospreciados y desapareció todo ordenamiento canónico». Al final hasta irrumpieron laicos en la iglesia de los varones de Dios. Y naturalmente parece que «los de Maguncia reclamaban armas y lanzaron amenazas inauditas contra el representante del papa y contra el obispo Bernward». «Muerte a los traidores del imperio —clamaban las gentes del arzobispo, de san Willigis—, abajo Bernward, abajo el cardenal Federico.»

257

Pero al día siguiente, bien de madrugada, el arzobispo Willigis secretamente había puesto pies en polvorosa con su cuadrilla; el legado papal lo suspendió solemnemente de toda actividad sacerdotal, cosa que al de Maguncia no preocupó para nada. Más bien sus vasallos pronto atacaron de noche la abadía de Hildwardshausen, un obsequio del emperador a san Bernward y que éste personalmente «había consagrado con la mayor reverencia, había dotado con esmero para el servicio divino y lo había distinguido en gran medida con muchos beneficios y donaciones». Y naturalmente allí campaba su tía como abadesa. Pero entonces «irrumpieron las gentes del arzobispo con la oscuridad de la noche, atacaron por todas partes y lo destruyeron todo por completo».

Cristianos, no, ¡santos que se pelean entre sí!

Quiso entonces el santo obispo Bernward «imponer el derecho» en el monasterio de Gandersheim. Pero las monjas, al acercarse el obispo Bernward, pusieron el monasterio en estado de defensa. Castillo, torres y pasadizos pululaban de gentes armadas de la diócesis y de la archidiócesis de Maguncia hasta el punto de que el santo obispo de nuevo hubo de retirarse precipitadamente al barrio catedralicio de Hildesheim, que él mismo había amurallado y fortificado con torres.[25]

En otro sínodo, celebrado en Frankfurt en el verano de 1.001, y al que una vez más no asistió el obispo Bernward —pretextó una enfermedad—, los prelados alemanes más ilustres se pusieron del lado del de Maguncia. Y cuando el 27 de diciembre de 1001 el papa abrió un concilio en Todi para humillar a Willigis ante los obispos

[25] Vita Bernw. 19 mss. 28ss. Wetzer/Welte XI 1106s. LMA I 2012. Uhlirz, Jahrbücher II 349. Hauck I 270. Bohmer, Willigis 93ss. 100s. 176. Walterscheid Vorwort y 269. Gorich, Otto III. 127s. Althoff. Otto III. 162s. Goetting 183ss. 190ss.

alemanes, sólo tres de éstos se hallaban presentes. Dos de ellos, Sigfrido de Augsburgo y Hugo de Zeits, figuraban desde hacía largo tiempo en el séquito del emperador, el cual moría poco después en Palermo, el 23 de enero de 1002.

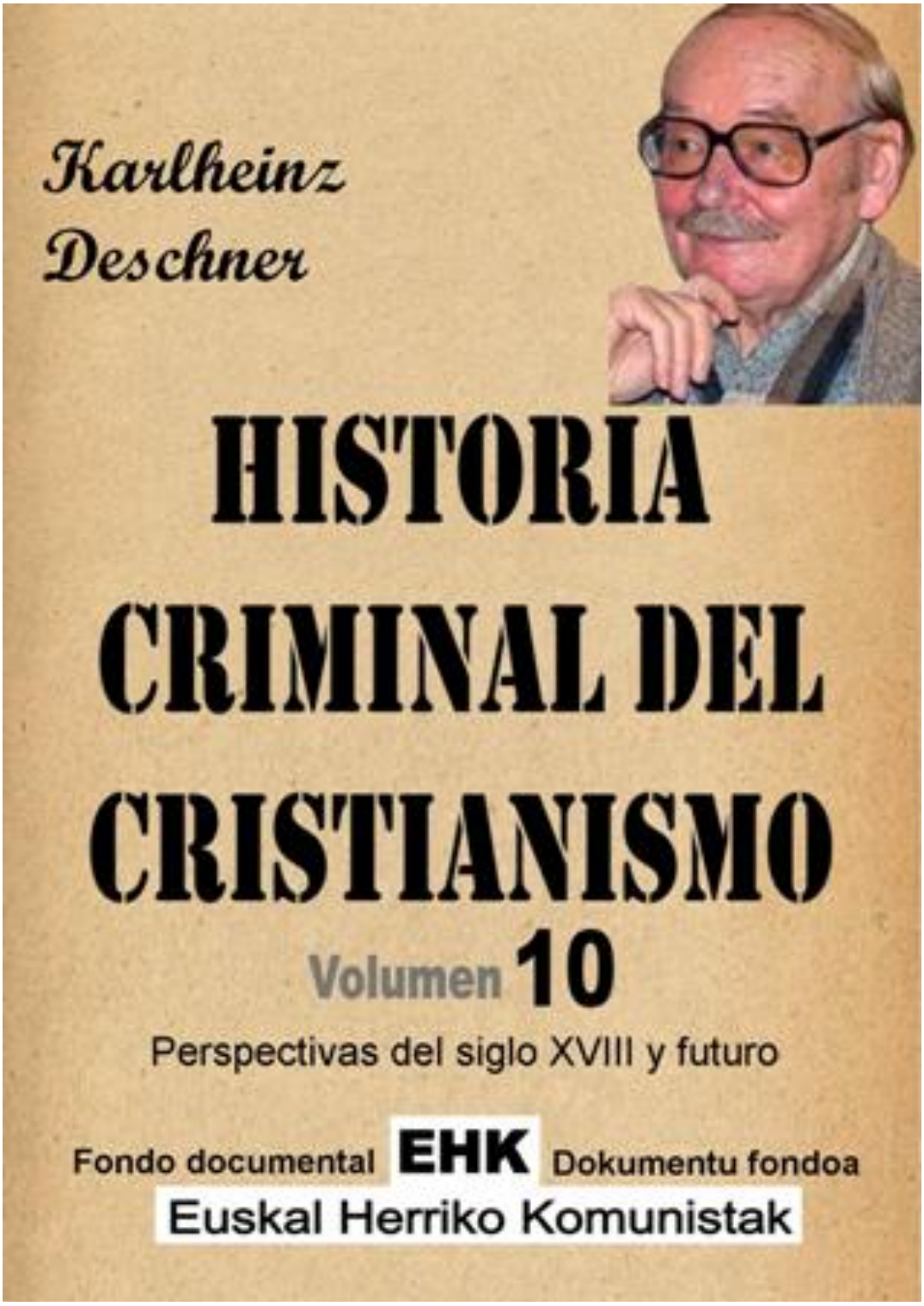
Bernward de Hildesheim sólo «pasó a mejor vida» el 20 de noviembre de 1022 y «pronto fue glorificado en círculos amplísimos por milagros esplendorosos» (Wetzer/Welte). En toda la cristiandad católica fue venerado como santo y auxiliador, pues a mediados del siglo XII la canonización de su adversario, fervorosamente promovida en Maguncia, quedó paralizada por los disturbios que desembocaron en el asesinato del arzobispo Amoldo. Sólo en el siglo XVII consiguió Willigis convertirse en un santo local de Maguncia, hoy casi olvidado, y aun eso simplemente «porque un sagaz prepósito vio en la veneración de sus restos un buen reclamo para incrementar los ingresos de la catedral de San Esteban» (Böhmer).[26]

258

No terminó con ello la disputa de Gandersheim. Sofía, que entretanto se había convertido en abadesa de Gandersheim (1001-1039) —en su silla abacial hasta 1125 sólo se sentaron casi exclusivamente princesas imperiales— y adicionalmente en abadesa de Vreden y Essen, continuó conspirando. Y el arzobispo Willigis siguió reclamando una y otra vez para Maguncia el monasterio de Gandersheim. Incluso después que en enero de 1007 el emperador Enrique II el Santo resolviera el pleito en favor de Hildesheim, la disputa revivió una vez más hacia 1021, poco antes de la muerte de Bernward, ya bajo el arzobispo Aribo II de Maguncia, pariente del emperador Enrique. Y aunque la posición política de Aribo era ya fuerte bajo el citado emperador Enrique y de primeras se fortaleció aún más bajo su sucesor Conrado II —a cuya elección había, colaborado decisivamente y al que había coronado rey en Maguncia el año 1024—, el afortunado luchó por el monasterio hasta 1030 de forma tan encarnizada como estéril con Godehard de Hildesheim, favorito del emperador Enrique y a quien él mismo había consagrado obispo. Por lo demás, otro santo (su fiesta el 5 de mayo).[27]

[26] Wetzer/Welte XI 1107. Bohmer, Willigis l0lss. 167s.

[27] LThK IV3 286s. 814s. LMA I 927, 2013, IV 1102s. 1531, V 1338. Wolter, Die Synoden 227ss. Glocker, Die Verwandten 208s. Gorich, Otto III. 130. Goetting 197ss. 246s.


Karlheinz
Deschner
HISTORIA
CRIMINAL DEL
CRISTIANISMO
Volumen 10
Perspectivas del siglo XVIII y futuro
Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

TOMO X

PERSPECTIVAS DEL SIGLO XVIII Y FUTURO

Reyes de la gracia de Dios y decadencia del papado

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

«Dios camina en los zapatos del diablo. Este pensamiento determinó mi trabajo, mi vida ", escribe Karlheinz Deschner en el epílogo del primer volumen de la *"Historia Criminal del Cristianismo ",* que aparece en 1986. ¡Y ahora, más de un cuarto de siglo después, lo ha terminado! Desde la prehistoria pagana y antisemita del cristianismo a través de la Iglesia Vieja hasta las Cruzadas; Desde la caza de brujas en la Edad Media hasta el genocidio en América Latina y la eventual separación de la iglesia y el estado, el Opus Magnum de Deschner presenta un trabajo de investigación único en alrededor de 6000 páginas.

El Volumen 10 se refiere al declive del papado y la separación gradual de la iglesia

y el estado, en la prehistoria de la cual los ríos de sangre se vuelven a derramar en conflictos en curso, por ejemplo, en la lucha de los poderes cristianos y seculares sobre Escandinavia o en las batallas del Príncipe Eugène más al sur, el codicioso "guardián del cristianismo". Este volumen, también, con su atención al detalle, exactitud y agudeza crítica, confirma que Karlheinz Deschner es considerado el "pensador probablemente más intransigente en los países de habla alemana" (Die Weltwoche) y el crítico de la iglesia contemporánea más importante.

Karlheinz Deschner, nacido en Bamberg en 1914, soldado durante la guerra, estudió derecho, teología, filosofía, estudios literarios e historia. Desde 1958 ha publicado sus obras históricas de desacreditación y provocación sobre crítica religiosa y eclesiástica. La "Historia criminal del cristianismo" se encuadernó en diez volúmenes entre 1986 y 2014 y se publicó en rústica. Se puede encontrar información más detallada sobre el autor y el trabajo en el apéndice.

Ver también: www.deschner.info/

EDITOR DE BOLSILLO ROWOHLT
Publicado por Rowohlt Taschenbuch Verlag,
Reinbek cerca de Hamburgo, mayo de 2014
Copyright © 2013 por Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek cerca de Hamburgo Diseño de portada Agencia de publicidad ZERO, Munich, basada en un diseño de any.way, Hamburgo (ilustración de portada: Colección Dupondt / akg-images)
oración Sabon PostScript (InDesign) en Pinkuin Satz und Datentechnik, Berlín Impresión y encuadernación Druckerei CHBeck, Nördlingen Impreso en Alemania ISBN 978 3 499 63020 0

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Joachim Ackva
Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil

Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

INDICE

11 **CAPÍTULO 1: De la Crónica del Escándalo del Norte**

"... Porque no hay gobierno sin Dios, y donde hay uno, es decretado por Dios ..." 15 • Asesinato y homicidio de las élites 19 • La Unión de Kalmar (1397) 22 • El baño de sangre de Estocolmo (1520) 24 • Gustav I Vasa y “La palabra pura de Dios” 28 • Condiciones danesas 36 • Guerra tras guerra (2) o “Cómo controlar y gobernar como un rey cristiano” 42

49 **CAPÍTULO 2: Karl XII por la gracia de Dios (1697-1718) y la Gran Guerra del Norte (1700-1721)**

«... De buen humor» o «... que cayeron uno encima del otro como ovejas de matadero» 52 • «Señor Jesús, vivo por ti ...» 56 • La guerra como el "deporte del rey" 58 • "Un pequeño ejército de clérigos de campo suecos siempre estuvo allí" 61

67 **CAPÍTULO 3: "Más brillante que el sol ..." Miradas de reojo al cristianismo ortodoxo**

La "Ciudad Santa" Moscú, "Tercera Roma" 70 • Tortura, estaca, decapitación, oración o "Unámonos todos en el amor cristiano!» 73 • "En Tu Nombre Señor ..." o Los Verdaderos Nombres del Señor 79 • El "Tiempo de Confusión" 84 • Levantamiento en Levantamiento; Trono y altar o "... incluso les extrajo la médula a sus piernas" 88

94 **CAPÍTULO 4: Príncipe Eugène, "el noble caballero", y la Guerra de Sucesión española**

Príncipe Eugène y "nuestros valores cristianos" 96 • Mudanza a la casa de los Habsburgo 99 • Ataque en la capital 103 • «‹Genio› para la guerra», «Frenesí contra la paz» 106 • Los valores cristianos rinden frutos 111 • Grandes momentos sobre montones de cadáveres 114 • Cabeza del traidor 119

123 **CAPÍTULO 5: La Guerra de los Siete Años**

Omnipotencia estatal contra la autoridad central del Vaticano 125 • Galicanismo, Episcopalismo, Jansenismo y absolutismo estatal 128 • La guerra entre el Papa y el Emperador Católico 130 • ¿Sigue siendo la tradición de las Cruzadas? 132 • La "revolución diplomática" 138 • La guerra humanizada durante el período de la Ilustración 143 • Hipocresía en ambos bandos 148

154 **CAPÍTULO 6: La decadencia del papado**

En el pantano del nepotismo 155 • Cada vez más hostil a la Francia católica 157 • El rey totalmente cristiano humilla a Inocencio XI (1676-1689) 160 • «... el candidato más digno» 166 • Otras figuras «más dignas» del Santo Colegio 170 • «... un camino de sufrimiento» 172

176 **CAPÍTULO 7: La persecución a los jesuitas. Lucha interna por el poder**

En Portugal 178 • En Francia 180 • En España 182 • Mejor guerra con un gran poder que un Papa jesuita 186

192 **CAPÍTULO 8: Josefismo – "¿Revolución desde arriba?”**

Iglesias estatales hasta Joseph II 193 • La «madre del Josefismo» 196 • Joseph ll o «La reducción del grande ...» 200 • Patentes de tolerancia y «reducción de los monjes» 203 •

«Huele a despotismo ...» 206

211 **CAPÍTULO 9: La pobreza como fenómeno de masas en la era absolutista**
"... Y la espesa oscuridad descansa sobre el país" 213 • Deja que los pequeños vengan a mí 215 • "Disciplina del palo" 216 • Margen de ganancias 219 • "Quien ama a su prójimo como a sí mismo no debe poseer más que el prójimo. (Maestro de la iglesia Basilio) 221 • Debe ser un placer peculiar 225

227 **Post-Marca**
Hermann Gieselbusch
229 Una mezcla irresistible: Karlheinz Deschner y Rowohlt
Apéndice
Notas 247 • Literatura secundaria utilizada 258 • Abreviaturas 267 • Historia criminal del cristianismo. Resumen de los volúmenes 1 al 9 269 • Registro 307 • Sobre el autor 315 • Catálogo de obras 317

11

CAPÍTULO 1. DE LA CRÓNICA DEL ESCÁNDALO DEL NORTE

«Durante siglos se trató de quién podía afirmar su derecho a gobernar el Mar Báltico: Dinamarca, la Liga Hanseática o Suecia. El poder central era aún más débil en Noruega ... 1130-1240 se considera el tiempo de las guerras civiles ... Dinamarca entró en guerras de sucesión en la primera mitad del siglo XIV ... Hacia mediados del siglo XIII los gobernantes intentaron para fortalecer el poder central mediante la propagación de un reino dado por Dios. Según este punto de vista, todos los que criticaron al rey se opusieron indirectamente a Dios. Esta nueva comprensión del poder real fue apoyada fundamentalmente por la iglesia porque hizo que el monarca dependiera estructuralmente de la iglesia» .

HARM G. SCHRÖTER [1]

«Las puertas de Estocolmo se cerraron el tercer día después de la coronación; Trolle (Arzobispo de Uppsala) apareció como demandante u. requirió que el rey hiciera cumplir la prohibición, u. el 8 de noviembre (1520) el rey se fue sin juicio y Derecha 94 altos clérigos, Reichsräthe, Rathsherren u. Ejecutar ciudadanos (baño de sangre de Estocolmo). También en las provincias fueron ejecutadas muchas personas influyentes, entre ellas el viejo Hemming Gadd (Rector de Domo de Linköpping), muchos funcionarios encarcelados, el cuerpo del jefe imperial Sten Sture excavado y cosas por el estilo. quemaron, las casas de los ejecutados fueron saqueadas, sus esposas profanadas, etc. 600 personas perdieron la vida en esta terrible corte porque ellos o los suyos habían participado en el horror de los trolls del arzobispo» .

EL LÉXICO UNIVERSAL DE PIERER [2]

12

"La amenaza constante de Dinamarca y la favorable situación económica que resultó del aislamiento autoinfligido de la política exterior de Christian IV en ese momento dio lugar al plan en Oxenstiema para provocar lo que él consideraba una inevitable batalla final con Dinamarca en este momento, que fue beneficioso para Suecia ...

Torstenson todavía estaba en Holstein en diciembre de 1643 y en Jutlandia en enero de 1644, mientras que Horn invadió Skåne desde el norte. Las primeras islas danesas se perdieron poco tiempo después, y todas las posiciones danesas en el norte de Alemania cayeron en manos suecas. En julio de 1644, la flota danesa dirigida por Christian IV sufrió una derrota táctica en el Fehmambelt, con el propio rey herido; En agosto, una flota holandesa apareció junto a la flota sueca en el Sound. La intervención de Francia y los Países Bajos impidió la aniquilación completa del estado danés, que aparentemente fue planeado a veces, y estaban tan poco interesados en continuar la lucha en el norte como en el excesivo fortalecimiento del poder de Suecia. Al mismo tiempo, la paz de Brömsebro (13 de agosto de 1645) trajo a Suecia el cumplimiento de sueños políticos y territoriales centenarios, para Dinamarca la inevitable renuncia a su igualmente antiguo reclamo nórdico de supremacía ...»

AHASVER VON BRANDT (HEG III) [3]

El siglo XVII había llevado guerra tras guerra a la Europa cristiana (IX 376 y sigs.). Y en el siglo XVIII, con casi setenta años de guerra, las cosas no se veían mucho mejor. Los "estados" estaban, como siempre, por naturaleza, extremadamente fijos

[1] Schröter, historia de Escandinavia 24 y siguientes

[2] Pierer XV 554

[3] Ahasver V. Brandt, HEG III 996 y s.

en dos métodos: si eran poderosos, en la conquista; si no lo fueran, al menos para mantener el status quo. Es decir, el principio que los impulsó, que los subyace profundamente y que domina la historia continuamente, es la competencia, la rivalidad y, tarde o temprano, siempre equivale a violencia y guerra.

13

Extensos conflictos de décadas de duración abrieron la época: la Segunda o Gran Guerra del Norte (1700-1721), después de que la Historiografía polaca contara la tercera, y la Guerra de Sucesión española (1701-1714). Y justo antes de eso, con grandes sacrificios de sangre en ambos lados, el quinto, la Gran Guerra Turca (1683-1699), la ofensiva de Austria y Polonia contra el Imperio Otomano todavía se libró como una "lucha por el cristianismo de Occidente y una cruzada". estilizado» (Duchhardt).

Cerca de Zenta en Tisza (Serbia), el príncipe Eugène de Saboya (1663-1736), el "noble caballero", tenía al nuevo comandante en jefe del emperador, su "primer soldado" y "primer ministro no solo en términos de alcance" (Braubach), un pariente del cardenal Mazarins, que luchó violentamente, tenía el 11 de septiembre de 1697 más de 20,000 otomanos" mucho más allá de la necesidad de una lucha inmediata ... aniquilada por la sed de asesinato» (Kroener). El "Gebhardt", el manual de varios volúmenes de la historia alemana, habla de 25,000 musulmanes asesinados "sin ninguna posibilidad". Al igual que en 1717, la conquista de Belgrado costó 10.000 vidas a los turcos. Friedrich "el Grande" luego elogió al ganador como "fortin triomphateur", como el atlas de la monarquía austriaca, el verdadero emperador. Y los historiadores aún celebran tomar la ciudad como "grandiosa".

El baño de sangre cerca de Slankamen, con 5.000 muertes imperiales, ya era una pérdida para los "incrédulos" ya en 1691: cómo esta guerra a finales del siglo XVII envolvió a las personas en masa, en las fortalecidas batallas de Gran, Neuhäusel, en Ofen, donde solo la revista de pólvora explotaba enormes cantidades de desafortunadas lágrimas se separan donde unidades enteras del ejército perecen, en Belgrado, que cambia de manos varias veces, en las batallas de Parkani (1683), Mohacs (1687), Niš (1689). Pero así fue como Austria, cuando hizo la paz de Karlowitz (noroeste de Belgrado) con el Sultán en 1699, finalmente ganó casi toda Hungría, sin el territorio de Temesvär, más la herencia de la corona húngara en la Casa de Habsburgo, también Transilvania y la mayor parte. Eslavonia (hasta 1918); Austria finalmente se había convertido en una gran potencia europea. No hace falta decir que todo esto no solo sirvió para "salvar a Occidente", sino al menos como intereses dinásticos tangibles, como varios derechos de sucesión al trono, como en la Guerra de Sucesión del Palatinado, la Guerra de Sucesión Española, la Guerra de Sucesión Polaca.

14

Pero en ese momento la lucha contra el "archienemigo del cristianismo", el "heredero enemigo del nombre cristiano", el "enemigo mortal", el "sabueso" se convirtió en una lucha a la que especialmente Inocencio XI constantemente a la deriva, a veces "día y noche", un Santo Padre que, según el Pastor, no conocía otros objetivos políticos (IX 388 y sig.) – Así que la guerra por la supremacía en el sureste, en la región del Danubio, acababa de estallar, estalló en En el noreste, la larga lucha por la hegemonía en la región báltica, el dominium maris Baltici.[4]

[4] Matz, Las 1000 fechas más importantes 76 y siguientes Geiss I 216, III 560, El Pequeño Ploetz 138. El

«... PORQUE NO HAY GOBIERNO SIN DIOS, Y DONDE HAY UNO, ES DECRETADO POR DIOS ...»

Poco se sabe de la historia más antigua de Escandinavia, conocida como la isla de Scandia desde la antigüedad. A principios de la Edad Media, muchos clanes, tribus, paisajes y microdominios más pequeños se expandieron gradualmente en grupos étnicos más grandes, países, los cuatro estados nacionales escandinavos, Dinamarca, Suecia, Noruega e Islandia. Algunas cosas se vuelven más tangibles en la Era Vikinga, la época del "Reichsammlung" (rikssamling), la época de las luchas internas y externas en curso; comenzando en 793 con el ataque al monasterio de la isla Lindisfarne en la costa noreste de Inglaterra y terminando a mediados del siglo XI (V 100 y sigs.! 470 y sigs.!).

15

En Noruega y Dinamarca, se están intentando formar los primeros gobernantes, las primeras centralizaciones ambiciosas y la creación de un imperio unificado. Grandes ejércitos se despliegan uno contra el otro, las conquistas se llevan a mar y tierra, con cientos de barcos, miles de combatientes. En política doméstica se trata de la represión de los opositores, la eliminación de los rivales, la represión, la explotación de las masas dependientes, por lo que en política exterior se trata de la expansión de mansiones a menudo estrechamente relacionadas. Las tormentas vikingas "ilegales", el robo muy lamentado de guerreros campesinos, están siendo reemplazadas por expediciones militares aparentemente legales, por guerras "convencionales" de los reyes. Noruega tuvo nueve reyes en un siglo, "todos vinieron del extranjero como vikingos", todos "expulsados del próximo rey" y todos apoyados o derrocados por Dinamarca (Manual de Historia Europea I).

Era lo que la historia, la historia política, en gran medida, a lo que siempre se reduce, una competencia constante, un engaño constante, engaño, engaño, contratación y ruptura de contratos, un corte de cuello en el sentido figurado, literal, un asesinato continuo y Entonces, el homicidio al servicio de aquellos altos, más altos, por la gracia de Dios, las autoridades, después de todo, según Pablo, San Apóstol de las Naciones (¡y sus notorios seguidores durante milenios!) "Ninguna autoridad sin Dios, y donde haya una, es decretada por Dios" (Rom. 13:1), de la cual la colaboración sangrienta y continua, la obligación absoluta de obedecer los temas siguen.

Los monarcas hicieron todo lo posible para fortalecer y aumentar su poder.

16

Por ejemplo, se aislaron temporalmente de los magnates locales, y en general de todos los nobles no coronados, al tratar de establecer matrimonios solo entre los de su propia especie, solo entre las familias reales. O cooperaron, era oportuno, con la

---

Gran Ploetz 685, 822 y s., 1104 y s. Kunisch, Príncipe Eugène 22, 27. El mismo. Absolutismo 136 y siguientes Deschner / Petroviç, Guerra Mundial 70 y siguientes Duchhardt, Balance 40 y siguientes. 240, 264, 395 y s. Schilling, El nuevo tiempo 161 y sigs. Burkhardt, terminación 146, 151 y sigs. 156 y sigs. Kroener cit. en Burkhardt 15; Dirlmeier / Gestrich et al., Breve historia alemana 210. Ver también Ejército, siete capítulos 96 y s.

nobleza contra el campesinado, la clase media; pero también viceversa con las clases bajas contra la nobleza. Lucharon, parecía ventajoso, contra la Iglesia, pero más a menudo lucharon con ella para aumentar el poder, su gloria, su esplendor. Así, con el fin de demostrar su conexión metafísica, se coronaron según el modelo occidental, en Noruega por primera vez en 1163/1164, en Dinamarca unos años más tarde, en Suecia por primera vez en 1210. La coronación ceremonial de las reinas siguió. Y para ajustar aún más las majestades de la deidad, finalmente algunos fueron canonizados. Cada reino tiene su santo rey, Noruega tiene San Olav, Dinamarca San Knud, Suecia San Erik.[5]

Consideremos, solo ocasionalmente, como en la silueta, algunos de estos gobernantes dados por Dios y prescritos por Dios en el norte escandinavo, el trasfondo histórico solo de esa época de los tiempos modernos, que luego consideraremos con más detalle.

Casi al mismo tiempo que los trenes vikingos noruegos comenzaron el de los daneses, pero tenían ambiciones tempranas como solo robo, solo saqueo (mejor dicho, es decir, robo y saqueo de un estilo mucho más grande). Frisia, que había sido perseguida por ellos desde 834, se incorporó a su área de gobierno durante casi cuatro décadas, hasta el emperador Carlos III en 885, el desprevenido Rey de Dinamarca Gottfried, ¡su niño bautizo! – en la interacción más bella con el arzobispo de Colonia Willibert en una reunión en la isla de Betuwe con sus compañeros apuñalados (V 283 y sigs.!).

En Noruega en ese momento, Harald I Schönhaar (Hårfagre), cerca de Stavanger eiif ejército unido de los pequeños reyes, se convirtió en el primer gobernante único de un imperio, que por supuesto se desmoronó nuevamente bajo su hijo y sucesor Erik I con el epíteto parlante «Blodöx» (hacha de sangre) mató a la mayoría de sus hermanos y coherederos antes de ser asesinado en la batalla de Stainmoor en Northumbria en 954.

17

El medio hermano más joven de Erik, Håkon I "el bueno" (aprox. 935- 959) cae contra los hijos de Erik en Fitje, el hijo de Erik, Harald II Graufell (Graefell) cuida a su rival Sigurd Ladejarl, pero luego es tomado por su hijo Håkon Sigurdsson La Batalla de Hals en el Limfjord fue destruida, al igual que la victoria alrededor de 990 por los granjeros rebeldes.

Ya en los años siguientes, Olaf I Tryggvasson, bisnieto de Haralds I (Schönhaar), realizó viajes militares a las Islas Británicas, fue bautizado allí en 994 y también introdujo el cristianismo en Noruega, donde fue elegido mutilando, matando. Martern "dio al paganismo" verdaderos mártires "(Gerhardt). También alentó la "conversión" de Islandia, pero perdió la vida en la batalla naval en Svolder contra un ejército sueco-danés en 1000, justo cuando su padre Tryggvi Olafsson, el príncipe de Oppland, había muerto de muerte violenta y luego a través de él, Olaf mismo, también su competidor, el pretendiente de la corona Erlend Håkonson, muere de una muerte violenta.

El ganador de la batalla naval, el rey danés Sven Gabelbart, envió una flota a

[5] El pequeño Ploetz 7;. El gran Ploetz 588 y s. Geiss III 250. HEG I 966 y s. Gerhardt, Historia noruega 123. Bohn, Historia danesa 9. Schröter, Historia de Escandinavia 11 ss. 15, 26 ss. Tuchtenhagen, breve historia de Suecia 16 y s.

Inglaterra durante varios años, se expandió al sur, a Holstein, y con la guerra también cubrió a su propio padre, Harald Blauzahn (Blåtand) Gormsson, el primer rey cristiano, bautizado alrededor de 960. Escandinavia, que muere gravemente herida mientras huía.

Sven Gabelbart ocupa la mayor parte de Inglaterra en 1013, luego su hijo Knud "el Grande" continúa la ofensiva paterna y finalmente comanda partes de Suecia a través de Inglaterra, Dinamarca, Noruega. No fue por nada que el "gran", el fiel hijo de la Iglesia, había recorrido su lugar de gracia en lugar de gracia, a veces incluso con los pies descalzos, aunque por supuesto también sobre sangre y cadáveres, cuando persiguió a los magnates ingleses, miembros de la familia real por la espada o al exilio., había dejado que asesinaran a su propio cuñado y salvavidas.

18

No es suficiente Knud "el Grande" también ataca al Rey Olaf II Haraldsson el Gordo (1015-1030), pero un verdadero santo, sí, tanto el "Gran" como el "Santo" están "constantemente en guerra" entre sí, como el erudito de la catedral Adam von Bremen enfatiza «a lo largo de su vida». El noruego es un cristiano aún mejor que su oponente. Olaf, quien restablece el gobierno único en el país y establece el cristianismo como la única religión permitida con toda severidad, a menudo ciega, tortura y mata a los gentiles tan cruelmente como sea posible hasta Knud a finales de julio de 1030 en la Batalla de Stiklestad en Drontheim. Fiordo eliminado por campesinos rebeldes, y Olaf, supuestamente donando una misa por los enemigos caídos inmediatamente antes de su propia muerte heroica, se convierte en un símbolo de resistencia a los daneses, santo nacional, Patrona de todo el norte de Europa, horóscopos milagrosos del cadáver en el campo de batalla; Leyendas y mentiras simplemente disparan a la hierba cristiana (VI 153 y sigs.!)

Noruega finalmente está unida por el rey Harald den Harten (Hardräde, 1047-1066), una "naturaleza guerrera", como sugiere el epíteto ornans, que enfurece a sus propios súbditos y al mundo exterior, donde todavía tiene las coronas danesas e inglesas. intenta rasgarse. Después de desembarcar en la codiciada isla en 1066, fue derrotado en Stamfordbridge, perdiendo ante el rey inglés Harald II La batalla y la vida de Godwinson; Como es bien sabido poco antes de la Batalla de Hastings el 14 de octubre de 1066, en la que Guillermo el Conquistador derrotó a los anglosajones y el rey británico ahora recibió el golpe mortal: un golpe sangriento en una lucha de doscientos años entre Inglaterra y Escandinavia.[6]

Pero año tras año, sí década, siglo tras siglo, continúa en el texto, hacia adentro, hacia afuera, intoxicación con el poder, actos de violencia tras actos de violencia, viajes militares en viajes militares, viajes al oeste, viajes al este, guerra. Reyes, pretendientes, magnates son liquidados; por no hablar de aquellos que no cuentan, que nunca contaron, las masas sin nombre.

19

[6] Pierer XII i24 y s. Wetzer / Welte VII 645 y s. LMA III 2142k 12 IV 1868 y s. 1929 y s. V 1238 y s. VI 1257, 1384 y s. VIII 342, Geiss II 116, 125, 127, 130, 137, III 328, El Gran Ploetz 589, 592., HEG I 946, 954, 987, y s. 968, 987. Gerhardt, Historia de Noruega 48 y s. 76 ss. 84 ss. 88 ss. 99, 101, 109 ss. 114 y ss. 130. HKG III / 1, 264 y s. Wührer, Los reinos escandinavos 95s, 957th El mismo., Inglaterra 944th Bohn, Historia danesa 10 ss. 22. Schröter, Historia de los escandinavos 17

Asesinato y homicidio de las élites.

Habla por sí mismo que cinco de los predecesores de Waldemar I perecen en el trono danés; que entre los siglos XI y XIV en Suecia, cinco clanes nobles diferentes colocaron a los reyes.

Golpeas y matas ...

El 10 de julio de 1086, mata al rey danés Knud IV, el santo de la iglesia de San Albani en Odense; asesinado el 7 de enero de 1131 duque Knud Laward, hijo del rey Erik I de Dinamarca; mata al rey danés Niels en 1134 en Schleswig, el noruego Sigurd Munn en 1155 en Bergen, mata al rey Øystein en Viken dos años después, 1240 Jarl Skule, quien también había sido rey desde el año anterior, en la puerta del monasterio en llamas de Elgeset en Nidaros. El rey Erik IV de Dinamarca, el piadoso cruzado, fue asesinado en un bote en el circuito en 1250, víctima de su hermano Abel, el duque de Schleswig, quien ahora se convirtió en rey y murió en un tren contra los frisones dos años después. Otros permanecen en batallas navales, como 1162 el Rey Håkon Herdebrei en la isla de Sekken en el Romsdalfjord o el Rey Magnus Erlingsson, Primer rey coronado de Noruega, en 1184 en Fimreite en el fiordo Sognefjord. Rey de Noruega Magnus III Después de una guerra en las Islas Británicas, descalzo cae apenas treinta en 1103 en una batalla en Irlanda. El rey noruego Håkon IV (el viejo) muere en 1263 en un ataque con arma de fuego contra Escocia. Otros son ahorcados, como Goldharald, el ambicioso sobrino del Rey de Dinamarca, a quien supuestamente intentó matar. O se queman, como Sigurd Ladejarl y su séquito. O decapitado como 1306 Mariscal Torgils Knutson, el ex guardián del rey sueco Birger Magnusson. Otros murieron de hambre en la mazmorra, como los hermanos menores de Birger en 1318, los duques suecos Erik y Waldemar en la mazmorra de Nyköping, encadenados a la pared por el hermano real. Otros respiran sus vidas después de horribles torturas, 1139 Sigurd Slembe, el pretendiente noruego. Y el hijo de Jorsalafari ("el Conductor de Jerusalén") del rey Sigurd, Magnus el Ciego, fue mutilado, emasculado, cegado, ingresado en un monasterio en la década de 1930 y aniquilado por completo años después. El rey de Dinamarca Christoph I termina en envenenamiento en 1259, así como su hijo Erik V (Erik Glipping) fue asesinado en 1286, ya que Erik IV ya había sido asesinado, y en 1086 también Knud II, medio hermano de Erik I (Ejegod).[7]

20

"... porque no hay gobierno sin Dios, y donde sea que haya uno, es decretado por Dios ..."

Además de las continuas disputas dinásticas, el trono y las crisis gubernamentales, hay encuestas sobre los temas y las territoriales. Excepciones, la política exterior agresiva de nunca obtener potentados.

Knud "el Grande" (1018-1035), por ejemplo, que ya acompañó a su padre a la invasión de Inglaterra en 1013, puede llamarse a sí mismo 1027, ciertamente algo

[7] Pierer IV 701, 703 y s. LMA II 1936. III 504, 2130 s. 2154. IV 1868. V 1239 y s. VI 97 y s. 162 y s. VII 1630, 1896 y s. Gerhardt, Historia noruega 83 y s. 123 ss. 128, 134 ss. 147, 175 ss. Bohn, historia danesa 22 y s. 26, 28. Tuchtenhagen, breve historia de Suecia

corpulento, el rey de todos los ingleses, daneses, noruegos y, en algunos casos, también suecos, por cierto. consigue la alianza con la Iglesia Católica, a pesar de que la regla en Noruega se derrumba durante su vida.

El rey de Dinamarca Waldemar I "el Grande", también un hombre del clero y un día escapó de un ataque contra su vida el 9 de agosto de 1157 ("Roskilder Blutfest"), se afianzó en Pomerania y en Noruega y, a pesar de la guerra civil, lideró con frecuencia Revueltas (1167, 1176, 1180), durante un cuarto de siglo, entre 1159 y 1185, casi todos los años, asociaciones navales contra los Wends, los eslavos occidentales, verdaderas cruzadas con bendiciones papales a los Holstein y Mecklemburgo de hoy, mientras arruinan ruinosamente el Tempelburg Arkona en Rügen, no sin la ayuda especial de su poderoso consejero, el Arzobispo Absalon I de Lund (VII 170, 175!). Aquí el impulso hacia la entonces controvertida región del Mar Báltico se hace evidente durante siglos.

21

Ambos, príncipes seculares y espirituales, cooperan, ambos expanden su poder bajo la apariencia de "pacificación", "cristianización". Después de todo, la monarquía de la gracia de Dios definitivamente había prevalecido en Dinamarca con Waldemar "el Grande" (1157- 1182), es decir, un entendimiento de que "desobediencia al rey era sinónimo de desobediencia a Dios". "Pero esto era cierto solo mientras el rey apareciera como un príncipe cristiano de derecha y no como un gobernante injusto", lo que por supuesto implicaba "el derecho de la Iglesia a supervisar al" príncipe cristiano de derecha› "(Bohn).

Waldemar II Sejr ("el ganador", muerto en 1241) abrió la expansión contra Holstein en la década de 1190 y conquistó toda la costa sur del Báltico a Prusia bajo su dominio. También controla Lübeck, lidera campañas contra Ösel, Prusia, también interviene en Noruega, en Suecia y trae en 1219, la campaña se declara como una cruzada, tan a menudo con la aprobación de la iglesia, el norte de Estonia.

Waldemar IV Atterdag (alrededor de 1321-1375) primero tuvo que luchar por su poder en Dinamarca, en ese momento sin un gobierno central. Entonces él gana en Seeland, no sin la ayuda del obispo de Roskild, asaltando o comprando castillo tras castillo. También aseguró el gobierno sobre la mayor parte de Jutlandia y parte de Fionia. Finalmente recuperó Scania (entonces sueco durante casi tres décadas, como lo es hoy), así como Gotland, la isla en el medio del mar Báltico, y muere, mientras ya intentaba ganar el regimiento sobre Schleswig.

Una y otra vez hay "misiones" y "cruzadas" de los suecos en la región oriental del Báltico, a "Ostland" (Finlandia), en el siglo XII por el rey Erik los Santos, en el siglo XIII por el posterior rey Birger Jarl, el También cooperó más estrechamente con la iglesia, o a través de Torgils Knutsson, quien construyó el fuerte Viborg en Karelia después de 1292, hasta 1617, el punto más fortificado del este de Suecia. Las incursiones en Finlandia a finales y finales de la Edad Media eran típicas de este país, donde en el siglo XIII el obispo Thomas (1220- 1245) luchó contra el paganismo, y en 1323, en la paz de Nöteborg, Finlandia, se convirtió en parte del Imperio sueco. a su vez, en el siglo XVII, un cinturón de fortaleza de más de 100 castillos y fortificaciones protegía a la mayoría de ellos fuera de este imperio.[8]

[8] 20 niños / Hilgemann, dtv-Atlas Weltgeschichte I 162 y s. LMA II 214, IV 479 y s. 1578 ss. V 1238 y s. VIII 1946 y ss. 1949 y ss. Bohn, Historia danesa 11 y s. 20 ss. 23 ss. 29 ss. Schröter, Historia de Escandinavia

22

La Unión de Kalmar (1397)

A finales de la Edad Media en Escandinavia, los tres reinos Dinamarca (con Schleswig-Holstein), Suecia (con Finlandia) y Noruega (con Islandia) se unieron en la Unión de Kalmar en 1397 para formar un reino electoral, nada inusual en ese momento, así como el borgoñón- holandés La unión monárquica polaco-lituana prosperó en el contexto de la política de expansión estatal.

La Unión de Kalmar, que había sido precedida por una Unión Danesa- Noruega (existente hasta 1814) desde 1380, por supuesto no era más que la lucha por más influencia, validez, violencia militar, un sueño típico de gran poder, y por último, pero no menos importante, el intento de ejercer presión económica. para amortiguar la Liga Hanseática, en resumen, para unir políticamente al norte de Europa. El pretencioso proyecto fue estimulado por Margarete I, Una hija del rey Waldemar IV Atterdag, la reina de Noruega, la administradora imperial de Dinamarca, una gobernante nata, también una creyente cristiana, que sin embargo entendió cómo aprovechar la iglesia para sí misma y la idea de la unión para Dinamarca, consejo de su canciller Peder Jensen Lodehat, obispo de Roskilde. De 1397 a 1521, Dinamarca, Suecia y Noruega compartieron varios reyes.

En lo que respecta a los países vecinos, a veces eran gobernados casi "colonialmente", víctimas de una verdadera política de explotación.

23

Así, el poder de Sten Sture el Viejo (1470-1303), administrador del imperio en Suecia, se basó en gran medida en los ingresos que obtuvo de Finlandia, un país que los suecos ya habían sufrido en sangre en 1323, después de largas cruzadas y conquistas, como resultado de "doscientos años Luchas y cruceros» (Schwaiger), finalmente capturado. En el momento de la Gran Guerra del Norte, a principios del siglo XVIII, cuando Finlandia era el hogar de trescientas o cuatrocientas mil personas, casi sesenta de ellas sirvieron en el ejército, de las cuales diez mil permanecieron; los otros perecieron o fueron hechos prisioneros. Y durante siglos, los daneses saquearon Islandia, la "isla solitaria en el Atlántico Norte", que Harald Schönhaar intentó en vano subyugar; Los extranjeros generalmente se sentaban en las sillas de sus obispos, y durante la Reforma casi todas las propiedades de la iglesia y el monasterio de Islandia fueron confiscadas para la corona, hasta que la Unión de Islandia con Dinamarca terminó en 1944, la isla se separó por completo del reino y la república.

Se supone que los países de la Unión se otorgarán mutuamente la paz, en caso de ayuda de emergencia, sobre todo para desterrar el peligro del dominio hanseático en el norte, así como para los expertos en negocios, para quienes, como la mayoría de los ladrones legales, la guerra es solo un sector algo más aventurero y algo arriesgado, Una gama particularmente exótica, por así decirlo, en general, sin embargo, como Brecht se burla, pero nada más que las tiendas, y en lugar de queso, es plomo. E incluso después de los muchos conflictos del siglo XIV, hay un período de paz algo

24 ss. Tuchtenhagen. breve historia de Suecia 24 y s. 30, 58 y s.

más largo, la Escandinavia de Pax: pronto continuará como de costumbre, con rivalidades nacionales, disputas dinásticas, disputas por el trono, con tumultos populares, crisis, guerras. A principios del siglo XVI, Al principio de los cuales un tercio de todos los caballeros Schleswig-Holstein perdieron la vida en la Batalla de Hemmingstedt, las guerras sindicales se libraron casi continuamente durante veinte años, aunque las iglesias como la Catedral de Turku (1509) no se salvaron. Así como los obispos se encuentran entre los principales políticos con una enorme riqueza detrás de ellos, no solo se sientan en el Consejo Imperial, el foro más distinguido de la aristocracia, que presidió el arzobispo danés a fines de la Edad Media, sino que también intervienen directamente en las luchas, instigando levantamientos, liderando los suyos. Persiguiendo oponentes y siendo perseguido, atrapado, asesinado.

24

Sobre todo, la Unión se separa varias veces, pero Dinamarca, con mucho la más rica, la más urbanizada, al menos dos veces más poblada que Noruega y especialmente los suecos, odiando a su enemigo hereditario, odia ser predominante y llevar a los gobernantes del Mar Báltico a gobernar Escandinavia. El rey de Dinamarca Christian I (1448-1481), que nunca aprendió danés por el resto de su vida, vino de la casa de los condes de Oldenburg, también fue conde de Delmenhorst, también duque de Schleswig y Holstein, rey de Noruega y Suecia, ambicioso y codicioso, como Muchos, por supuesto, de los altos señores, después de pagos obligatorios, impuestos, aranceles, contribuciones, impuestos de la iglesia, la "Hamburguesa Olden" – alrededor de 1460, gobernó un complejo de gobernantes que no tenía paralelo en Europa: Dinamarca, Suecia, Finlandia, Noruega, Islandia Groenlandia.[9]

El baño de sangre de Estocolmo (1520)

Si Christian I ya había emprendido la guerra con los suecos, su hijo mayor y sucesor Johann (Hans; 1481-1513), rey de Dinamarca y Noruega, continuó luchando contra ellos. Y el hijo de Johann, el dotado, aunque desequilibrado, errático, Christian II (1513-1523), que a menudo recuerda a su contemporáneo Henry VIII de Inglaterra (IX 265 y sigs.!), Como el esposo de la infanta Isabel de España, yerno del rey español Felipe y cuñado del emperador Karl V, intensifica la lucha anti-sueca. Al hacerlo, trata de reducir y romper el poder de su nobleza y su clero a través de decretos progresivos a favor de los ciudadanos y campesinos, también a través de ejecuciones contra todos los derechos, desde la política exterior del líder de la iglesia sueca, apoyó al joven y ambicioso Arzobispo Gustav Trolle de Uppsala; mientras que su principal contraparte, el jefe imperial sueco Sten Sture the Younger (1512-1520), llamado "el joven Sr. Sten" por los contemporáneos, lucha por una monarquía nacional sueca para

[9] Pierer VIII 22 y s. XV 553 y s. LMA II 1909 y s. V 873 ss. VI 234 h LThK IX 330. El Gran Ploetz 599. Gerhardt, Historia de Noruega 5 ss. 56, 182 ss. especialmente 185. Schwaiger, La reforma to y ss. 18 ss. 99. Jutikkala, historia de Finlandia 39, 68, 72 ss. 178. Zernack, La Era de las Guerras del Norte 60. A.V. Brandt, los países nórdicos 962 y s. 972 y s. Bohn, Historia danesa 52. Olesen, Dinamarca, Noruega e Islandia 27 y s. 32 y s. 35 y s. Schröter, historia de Escandinavia 19, 30, 32 ss. Vogler, la salida de Europa 171 y s.

él y su clan.

25

Pronto, ambos suecos, el jefe del imperio y el arzobispo, están en la guerra civil abierta, en la que los prelados se oponen a Gustav Trolle y juran que "nunca lo tendrá ni lo tolerará como arzobispo en este reino en nuestra vida". Más bien, su sólido castillo Stäket, en el que había huido, debía ser "derribado al suelo y destruido, para que en el futuro ningún traidor nativo, ningún danés u otro extranjero pudiera encontrar ayuda y consuelo allí, como ha sucedido antes". De hecho, Stäket, sobre cuyos sitiadores el arzobispo danés de Lund arroja la maldición, ha sido conquistado, arrasado, y todos sus "santuarios" han sido arruinados; El arzobispo Trolle mismo fue capturado y el ahorcado ejecutó parte de su apego.

El rey Cristiano falló en varias campañas contra Estocolmo, financiadas en gran medida con indulgencias y bienes naturales, que tomó del legado romano. Pero cuando a fines de 1519 León X, inspirado por el gobernante danés, impuso el veredicto a Suecia, Christian ahora está librando una guerra en nombre del Papa y la Iglesia, por así decirlo. Y cuando gane en una escaramuza en el lago helado de Asunden y Sten Sture caiga en enero, el danés lo hará Marzo de 1520 también reconocido como Rey en Suecia y coronado el 4 de noviembre en Estocolmo por el Arzobispo Trolle.

A pesar de las reiteradas promesas solemnes de amnistía, Christian II arrestó a la compañía de coronación en el castillo, el 7 de noviembre los acusó de trolls por "herejía y robo a la iglesia", al día siguiente ante un tribunal espiritual presidido por un obispo danés; Una vez más, los delincuentes en su "unión no cristiana" son culpables de "obvia herejía contra la Iglesia romana", y sus cabezas comienzan a rodar en el mismo mediodía. La "demanda por herejía", particularmente con respecto a los ataques contra la persona y la propiedad de Trolle, era cuestionable bajo la ley canónica, pero era indispensable porque los "herejes" no tenían que cumplir con sus obligaciones.

26

A pesar de toda la sangrienta perfidia, al menos Jürgen Homuth, el verdugo, mostró algo de humor negro, según informa en sus recuerdos: cuando recogió a los dos prelados para el lugar de la ejecución, el obispo Vincent le pidió noticias. No exactamente bueno, fue la respuesta. "Su gracia puede perdonarme, se me ha ordenado que le corte la cabeza".

Así el 8/9. Noviembre de 1520 en Estocolmo decapitó a unas cien personas (IX 145): nobles, cuya oposición el rey también debilitó en Suecia, cuya clase dirigente quería exterminar, clérigos también, muchos ciudadanos de Estocolmo, los tres alcaldes, comerciantes alemanes y, tal vez no imperceptible, Gottfrid Carlsson, "el primer campesino políticamente prominente" en la historia sueca ... Fueron verdaderos y supuestos opositores que murieron allí, algunas personas también, cuyos nombres no aparecían en la acusación. Los cadáveres yacían en tres montones, según su posición, amontonados bajo la lluvia torrencial durante tres días y noches; luego fueron incinerados, al igual que el cadáver de Sten Stures, que había estado en descomposición durante meses.

Desde entonces, el rey ha sido apodado "Tirano Cristiano" y "el malo". También saltó brutalmente con las jerarquías danesas, especialmente en el arzobispado de Lund, donde cinco hombres fueron nombrados obispos en dos años. Siempre que

podía, el monarca buscaba llevar a su gente a las codiciadas sillas del prelado, incluidos tres de sus secretarios. Tenía otros candidatos emboscados, arrojados a prisión y asesinados.

27

Derrocado por la nobleza en 1523, Christian se exilió nueve años. A mediados de abril huyó a los Países Bajos de los Habsburgo con veinte barcos, sus tesoros y el arzobispo Johann von Weeze, buscó la ayuda de su cuñado, el emperador Karl V, pero también se acercó a Lutero. Escuchó sermones de él, intercambió cartas, se convirtió en luterano, aparentemente por convicción, pero luego, dado que necesitaba la ayuda del emperador en la guerra inminente, volvió a ser católico. En 1531 recuperó parte de Noruega, pero fue golpeado nuevamente al año siguiente, capturado, encarcelado en el castillo de Sonderburg y luego encarcelado de por vida en el castillo de Kalundborg en Zelanda, donde murió en 1559. Es la voluntad de Dios, Lutero consuela al regente que fue encarcelado por al menos tres coronas durante al menos 28 años, al menos con sus sirvientes.[10]

El clero también estuvo enredado en el "baño de sangre de Estocolmo" por el Nuncio Giovanni Angelo Arcimboldi, quien en ese momento estaba recolectando indulgencias en el norte. En febrero de 1521, León X "había cometido mil travesuras inútiles y, con la ayuda de los encapuchados, reunió todo el dinero"; ¡lo cual no es malo para un papa, de quien Francesco Vettori, el enviado e historiador florentino, dice que una piedra puede volar sola más fácilmente de lo que León puede unir a mil ducados! (VIII 351 y sigs.!) Las indulgencias papales se dejaron sobornar por todos lados y también aprobaron el desempoderamiento de Trolle.

No menos experimentado que Arcimboldi: su secretario, el clérigo de Westfalia Dietrich Slagheck. Pronto tuvo una gran influencia en el rey y, según el pastor (siempre cubriendo a los superiores), fue "el principal instigador de la masacre de Estocolmo"; que, por cierto, fue seguido por muchas otras decapitaciones, sí, cuyo número se dice que creció a seiscientos; se puede considerar que Estocolmo tenía unos seis mil habitantes en ese momento. Pero las personas también fueron asesinadas en las provincias, fueron encarceladas, saqueadas, violadas; Los capitanes de castillo más importantes todavía terminaban bajo el hacha del verdugo en Finlandia.

28

Los obispos Matthias von Strengnäs y Vinzenz von Skara fueron de los primeros en ser asesinados. Y el sucesor de este último en el obispado de su diócesis no fue otro que Dietrich Slagheck, quien lo puso en el andamio, pero por lo demás no fue aprensivo. Así que ahogó a seis cistercienses del monasterio de Nydall, pero finalmente, y no sin bendiciones papales, se levantó al arzobispo de Lund, la silla muy rentable, antes de que el rey Cristiano lo colgara y lo quemara el 24 de enero de 1522.

Mientras tanto, el Santo Padre había enviado un nuevo nuncio para aclarar la situación, el franciscano Francesco de Potenza, con instrucciones explícitas,

---

[10] Pierer IV 708, XV 554. LThK II 1132, IV 11 12. El Gran Ploetz 599 y sigs. Pastor IV / 1, 602 y ss. Schwaigen La Reforma en los países nórdicos 16 y ss. 19 y ss. 22 y ss. 28 y ss. 33 y ss. 38 y ss. 103 y ss. A. V. Brandt, los países nórdicos 968 y siguientes 972 y siguientes 979. Findeisen, La lucha libre 32. Vogler, la salida de Europa 173 y s. Olesen, Dinamarca, Noruega e Islandia 36 y s. 43. Bohn, historia danesa 47 y s. Buchholz, Suecia con Finlandia 128 y s. 137. Schwarz Lausten, La Reforma en Dinamarca 21 ss. 27

señalando al verdadero pastor, "que la absolución no debería ser demasiado difícil para el rey debido a la ejecución de dos obispos, para que él no te unas a Lutero». El rey, que apenas sufría de remordimiento, que no apreciaba en absoluto los "remedios suaves" (pero porque "lo más eficaz", dijo una vez al egresado Erasmo de Rotterdam, "siempre aquellos que sacudieron todo el cuerpo") – El rey también aseguró que era "un hijo fiel de la Iglesia y no un patrocinador de la herejía". Hizo de su antiguo asesor Slagheck un chivo expiatorio, lo culpó de la carnicería de Estocolmo, el nuncio donó la absolución al rey, recibió la antigua diócesis de Skala en Suecia, y el rey Christian comenzó paso a paso, sin romper el papado, con la introducción de la Reforma, el establecimiento de la iglesia nacional danesa. Restringió los derechos de los obispos, prohibió todas las apelaciones a Roma y permitió que los sacerdotes se casaran.[11]

Sin embargo, Suecia ahora se separó de la Unión de Kalmar y gradualmente ganó la supremacía en la región del Mar Báltico.

Gustav I Vasa y "La Palabra Pura de Dios"

29

El ascenso de Suecia al gran poder en realidad comenzó con la campaña que siguió a la sangrienta acción de Estocolmo, que sacó a los daneses de Suecia y allí un joven de la aristocracia, Gustav Eriksson Vasa, al trono. El ex cortesano con Sten Sture el Joven había perdido a su padre y cuñado en la masacre de la capital, y luego todas sus posesiones. Ahora reunió a la gente, incluidas las personas de la aristocracia, la iglesia, en abril de 1521, con la ayuda del dinero de Lübeck y los campesinos rebeldes, atacaron a varias tropas danesas. elegido rey en el Reichstag en Strängnäs en 1523, proclamado "Rey de los Herederos" en Orebro en 1540 y reconocido como tal por el Reichstag en Västeräs en 1544 (cf. IX 145 y sig.).

El fundador de la Casa de Vasa (1523-1654) se considera el verdadero fundador de la Suecia moderna, un estado feudal absolutista temprano organizado de manera bastante administrativa y militar. Resentido, sin olvidar, inteligente y duro al mismo tiempo, el monarca centró la administración, promovió la minería, el comercio de hierro y acero, mejoró una flota de guerra, mantuvo un ejército permanente, derrotó a la Liga Hanseática en varias batallas y conquistó Finlandia.[12]

Como el "Unido de Suecia", como el "libertador" del dominio danés, como el líder de la Reforma, el primer vasa en el trono de la historia disfruta de la historiografía, y no solo en la historiografía romántica, una reputación bastante halagadora, sí, hay historiadores suecos quienes lo celebran como el rey más importante del país, queda por ver si esto es particularmente recomendable.

Gustav I Vasa ciertamente tuvo una serie de problemas serios, y no menos importante fue la amenaza a su régimen por una inmensa necesidad financiera, una horrenda montaña de deudas: sobre todo a través de gastos militares, como los

---

[11] Pierer IV 708. LMA VIII 188. Pastor IV / 1, 368, 602 ss. Schwaiger, La Reforma en los países nórdicos 23 ss. 28 ss. 36 ss. 40 ss., Jutikkala, Historia de Finlandia 74 y s. Av Brandt, Los países nórdicos 974. Findeisen, La lucha libre 25 y s. Nyberg, El perfil religioso 257 y s.

[12] LThK IV 1111 y s. El Gran Ploetz 1044. HKG IV 315. Schwaiger, La Reforma en los países nórdicos 106 y s. Zernack, La era de las guerras nórdicas 59 y s. Findeisen, La lucha libre 26, 31 y sigs. 56 y s. Av Brandt, Los países nórdicos 976 y ss. 980 y s. 987 Nota 20. Bohn, Historia danesa 40, 46

créditos de Lübeck para su exitosa marcha en Estocolmo, a través de altos costos. su fallido ataque a Gotland, a través de la expansión y el fortalecimiento de las fortificaciones en la capital o en Kalmar, a través de la expansión de nuevos sistemas de defensa en varias ciudades, entre otras cosas debido al mantenimiento costoso del ejército permanente, con el pago constante de salarios en efectivo a una tropa, cuyo permanente La disposición del monarca para la acción se necesitaba con urgencia por razones políticas internas, ya que a veces hubo un escándalo tras otro, casi año tras año en la primera década de su gobierno, a veces incluso varios al año.

30

Al igual que estos sangrientos disturbios, el "Levantamiento de los señores de Västergötland", el "Levantamiento de campanas", el "Dachshund feud", la rebelión más peligrosa, son característicos del reinado de Vasa, así es su explotación de la gente, las encuestas, por supuesto Como resultado de las opresiones, la inflación, el deterioro de las monedas, el chantaje fiscal, el resultado, por así decirlo, de la reorganización de las finanzas reales.

La Iglesia contribuyó más a esto, más ciertamente que volens. Era inmensamente rico en Escandinavia, no solo en relación con las circunstancias de la corte, por lo que el gobernante lidió con abusos ocasionales en sus primeros años en el cargo, pero pronto comenzó a hacerlo, ya que estos no estaban lo suficientemente cerca como para pagar deudas Artículos de la iglesia y del monasterio, para los cuales había modelos históricos en el norte. Por ejemplo, la enérgica reina Margarete ya había usado la tierra de la iglesia para defender sus gastos militares o, unas décadas más tarde y más extensamente, el rey sueco Karl Knutsson Bonde (1448-1457). Gustav I fue por todo, no solo el poder económico de la iglesia, su poder en general.

Gustav 1 Por lo tanto, Vasa entró en conflicto cada vez más con los poderes espirituales, por lo que, notablemente, era mucho menos una cuestión de creencia que de propiedad, de resolver problemas financieros a largo plazo por medio de la extensa propiedad de la iglesia y el monasterio. La reforma, sin duda, significó sobre todo la expropiación, el cobro de recursos clericales, lo que trajo cada vez más regentes al lado de los reformadores, quienes por supuesto eran más fáciles de legitimar la transferencia de la propiedad de la iglesia que las jerarquías católicas. Después de todo, todos los obispos presentes en la gran Asamblea del Reich, el "Reichstag de la Reforma" de Västerås en 1527, finalmente firmaron y sellaron el llamado receso de Västerås, incluso declarando, en cualquier caso, estar satisfechos, "cuán ricos o pobres siempre son Sus gracias. quiere» .

31

Luego, en el exilio, dos obispos protestaron contra la orden de confiscación, del obispo de Polonia Hans Brask von Linköping en 1527, y años después; de Dinamarca Magnus Haraldsson, el obispo de Strängnäs, mientras que ciertos grupos alrededor del rey declararon la propiedad de la iglesia no solo como propiedad de los sacerdotes, sino también como propiedad del pueblo cristiano, cuyo experto era el rey. Entonces el ladrón aparentemente fue directo al ladrón; primero de hecho, luego también formalmente. Gustav I Vasa, por lo tanto, comandaba alrededor de dos tercios de la herencia sueca, mientras que toda su nobleza solo tenía alrededor de un tercio. Pero la tierra a ser trasladada y utilizada por la corte real originalmente debería haber pertenecido a la corona y ahora solo debería ser devuelta, para lo cual se utilizó el hermoso término "reducción".

Además, como cualquier buen político, es decir, un mal político, el potentado no era exactamente escrupuloso, sino más bien, si fuera necesario, y no era raro que las mentiras llamativas fueran capaces de capturar campesinos literalmente soberanos; si no le importaban los acuerdos, serían inoportunos y molesto En su camino hacia la toma del poder, en julio de 1521, le había prometido solemnemente al obispo Hans Brask von Linköping, el líder más dedicado y real de los católicos suecos, antes de unirse al movimiento rebelde, todos los privilegios de la Iglesia, todos sus supuestos derechos, sus fieles, sus Posesiones para proteger y proteger sus bienes. Sin embargo, incluso durante su marcha al poder, durante su "lucha de liberación", hizo todo lo que estaba en su poder para cuidar el obispado y la propiedad de la iglesia y no cuidó en lo más mínimo sus promesas. Y ciertamente no más tarde. La gente estaba dividida en la fe, y si parecía ventajoso, Gustav I giró el viento más de una vez. Si luego se quejaba de su "regimiento no cristiano", su expulsión de los obispos, sacerdotes y monjes, estaba escrito que obligaba a la gente a "desechar la vieja creencia en la que los padres y antepasados y los hombres santos y las Santas Escrituras nos dijeron Afirmó, "insistió, que no podía tratarse de una "nueva enseñanza" en Suecia, que la posesión de iglesias y monasterios no debería ser atacada, que la "herejía luterana" debería ser suprimida, todo permanecería como "desde la antigüedad".

32

Entonces, mientras aniquilaba a un enemigo tras otro, no hizo nada para poner a su gobierno en la luz correcta, glorificándose a sí mismo como un héroe, salvador de la nación, todos los opositores como los malos, Christian II como tiranos, los obispos católicos, cuatro eran rurales para ser vistos como traidores. Y cuando su antiguo canciller, el estudiante y reformador Luther Olaus Petri, escribió una historia sobre Suecia, Vasa le dio instrucciones, sí, dice, incluso una tabla de contenido. Luego, por supuesto, se perdió toda glorificación de su propia era, sus propias batallas y victorias, y todos sus otros méritos en Suecia, incluso encontró que la crítica de "los señores y príncipes cristianos que gobernaban el imperio impunes" también se impuso a sí mismo, pensó que todo "no era muy bueno" y ordenó que todas las copias fueran dibujadas y quemadas.

En cambio, hizo que Peter Swart, el obispo de Västerås, creara una crónica de acuerdo con su gusto real, todos los oponentes desde su punto de vista pintados en colores oscuros, el "Tirano Kristian", el líder campesino particularmente odiado Nils Dacke, cuya cabeza cortada fue ensartado y expuesto en Kalmar, cuya familia diezmó, cuyo hijo de diez años había encarcelado en Estocolmo hasta que murió de "Pestilentia" ... Incluso Olaus Petri fue condenado a muerte a principios de enero de 1540 como traidor, pero contra perdonó una gran multa.

El hombre, a menudo muy aclamado, puso a muchos detrás de las rejas, en la horca, en el andamio, pero le encantaba actuar como un príncipe gentil y afectuoso, como un padre jovial del país, como un hombre muy religioso, por supuesto, que enfatizaba que nunca había ordenado nada más "como proclamando la palabra pura de Dios y el santo evangelio" – y usando principalmente sus "visitas a la iglesia" para robar los últimos tesoros de la iglesia ... (Incidentalmente, “la palabra pura de Dios", el eslogan sacerdotal prefería la prominencia protestante en la escandalosa historia del norte ¡Y más a menudo en la boca y durante mucho tiempo!)

33

Si es necesario, el rey también fue ayudado por amenazas de resignación

ingeniosamente presentadas. Luego acusó a la aristocracia, suponiendo que "le gustaría ver el hacha atascado en mi cráneo, incluso si no quiere sujetarlo usted mismo". Él derramó lágrimas, aparentemente quería renunciar a su oficina o ni siquiera quería ocupar su puesto, como lo hizo cuando eligió tomar las pesadas cargas y solo pudo ser persuadido de hacerlo "suplicando con urgencia". Era un buen actor y sabía lo que necesitaba la chusma. Ocasionalmente, para complacer a la gente, dejaba que sus víctimas se bañaran con burla antes de ser ejecutados, con burlas organizadas, como en febrero de 1527 dos instigadores espirituales de los granjeros de Dalama, los prelados Peder Jakobsson Sunnanväder, canciller temporal del imperio, también obispo de Västeräs así como el canon allí y postuló al Arzobispo de Uppsala, Knut Mikaelsson, a quien había escondido en su mano. También liquidó con éxito al llamado Daljunker en Alemania, el misterioso refugiado que, como el (presunto) hijo del jefe imperial muerto Sten Sture, pidió la corona – "Nils Sture", se llamó a sí mismo "heredero legítimo de Suecia y con la ayuda de los administradores del Reich". – Por eso el rey hizo atrapar y matar a muchos de sus seguidores en Dalarna.

Era, por supuesto, una región donde estalló la agitación y la agitación, donde hubo rebelión especialmente de los granjeros, los mineros, 1529, 1542 también de la gente rural de Smäland, y a menudo eran los mismos círculos que pertenecían a su, Gustav Vasas. Golpe de Estado, que lo llevó al trono, donde, como muchos de sus pares, aumentó y aumentó los impuestos y los impuestos especiales de manera desconsiderada, por supuesto, cómo hacer que otras fuentes de ingresos sean fructíferas, como la llamada Wildmark (erämaa), una enorme y zona deshabitada en el norte de Finlandia, que declaró "propiedad de Dios, el Rey y la Corona" en 1542.

34

No era raro que Gustav I saltara la espada de aquellos a quienes les había garantizado la vida o que estaban comprometidos con un servicio anterior, incluido Anders Pederson, un amigo de la escuela que una vez le salvó la vida. No, no tenía miedo de lanzar sentencias de muerte contra los ayudantes de su fuga. Incluso el poderoso Lübeck, que anteriormente había recibido al refugiado de manera amistosa y lo protegió de sus tramposos daneses, lo cubrió con la guerra, la ciudad, con sus préstamos y suministros de materiales, su flota y soldados, en 1522/1523 luchó para llegar al poder y finalmente su principal oponente había golpeado.

Los eclesiásticos a menudo estaban detrás de los ultrajes e indignados, por ejemplo, el arzobispo de Trondheim, el prelado de Skara, Magnus Haraldsson, quienes huyeron al extranjero. Los monjes franciscanos y dominicos también habían predicado los levantamientos de 1524 y 1527 e incluso organizaron el servicio de inteligencia entre los rebeldes. E incluso durante el llamado "Levantamiento de los señores de Västergötland" en 1529, muchos clérigos lucharon junto con los rebeldes, el obispo de Skara, Magnus Haraldsson, que había coronado a Gustav I Rey de Suecia el año anterior, incluso los dirigió.[13]

Sin embargo, el rey frustró el "obispado" y minó cada vez más la "libertad de la iglesia". No solo buscó los palacios episcopales, las fortalezas, la propiedad del

[13] HKG IV 314. Schwaiger, La reforma en los países nórdicos 106 y s. H2 y s. 110 y s. 1 21 y s. 124 ss.130, 136, 139 ss. Jutikkala, historia de Finlandia 80 y ss. 83 ss. Av Brandt, Países nórdicos 977 ss. 987 Nota 20. Findensein, La lucha libre 27 ss. 34, 36 ss. 38 ss. 43 ss. 47, 49 s34, 60, 109. Buchholz, Suecia con Finlandia 139 y ss.142 y ss.149 y ss.155, 138 y s. 181. Tuchtenhagen, Breve Historia de Suecia 46 ss.

monasterio, sino que también exigió un mayor control del aparato, quería poder usar y eliminar al clero él mismo, quería la restricción, la abolición de su jurisdicción, en resumen, quería el desempoderamiento la iglesia, el único gobierno del estado, su gobierno, quería un imperio central y unificado que solo dependiera de él. En junio de 1527, la gran asamblea imperial en el monasterio dominico en Västerås aseguró todo esto, o creó muchas condiciones para ello. Fue la decisión de la Reforma sueca, tal vez, según algunos, el Reichstag más importante en toda la historia del país.

35

Muchos sacerdotes, incluso y especialmente los prelados, alimentaron el descontento de los oprimidos. Como en otros lugares, algunos incluso comenzaron a exigir no solo la libertad evangélica sino también política y social. Y para los líderes, los monarcas, el poder, el interés fiscal, el interés fiscal era obviamente mayor que el de la religión, que, como de costumbre, se impulsó más o menos en ambos lados.

Sin embargo, el papado, aunque operaba con muchos medios, con militares, con más o menos clandestinidad, no tenía oportunidad de volver a establecerse. El intento de recatolar Suecia fracasó por completo, ya que los Jerarcas estaban más preocupados por la propiedad que por el dogma, si es que lo hicieron.

El rey estaba menos preocupado por cuestiones de culto y creencias que no afectaban sus intereses. Habla por sí mismo que el receso de Vasteras con respecto a la doctrina y la confesión determinó nada más que que el evangelio, la palabra de Dios debe ser predicada "pura" en todo el reino, la fórmula con la cual cada una de las partes religiosas, más o menos, podría estar de acuerdo, aunque no era una expresión de tolerancia sino de una política de equilibrio basada en mentiras y engaños. Gustav Vasa había comenzado con los tesoros de la iglesia y el monasterio a principios de la década de 1520 al permitir que los sacerdotes y los monjes robaran sus tesoros, sus custodias, cálices y santuarios, aunque se lavaba insidiosamente y ocasionalmente mantenía que todo permanecía como estaba "desde la antigüedad". Tiempos» si la "herejía luterana" fue suprimida. De hecho, suprimió la de los papistas e hizo que Suecia declarara oficialmente un imperio evangélico en 1544 en el Reichstag en Vasteras.

"El rey", juzgó un espectador, "hizo la alianza con la Reforma con la intención de poner la conclusión en su bolsillo". Y de manera similar, señala otro, reconoció con "el ojo agudo del realista ... que una reforma en el espíritu de Lutero le daría la oportunidad de romper el poder de la jerarquía y traer su riqueza a sí misma".

36

Ciertamente no había mucho que decir sobre esto. La secularización devolvió el dinero a la corona, impuestos también del clero. La propiedad móvil de la iglesia fue trasladada, al igual que los castillos de los obispos y sus propiedades. ¡Hubo grandes ganancias en el estado, cuyas propiedades se multiplicaron por cinco! En Suecia, donde la iglesia poseía el 21 por ciento de la tierra utilizable, la participación de la corona en la tierra cultivable aumentó del 5,5 al 28 por ciento en 1560. ¿Es de extrañar que el rey agradecido envió a sus misioneros a Laponia para predicar el luteranismo? ¿Pero que el robo de su iglesia también provocó movimientos violentos, que luego sofocó? En cualquier caso, había enriquecido al estado con 12,000 bienes eclesiásticos anteriores hacia el final de su gobierno .

Y la «Iglesia sueca», la iglesia estatal, moldeada doctrinalmente por la ortodoxia luterana, seguía siendo tan intolerante como el papado. En 1595, el descenso de su

confiscación de bienes y exilio llevó a la pena de muerte poco después, la conversión al catolicismo. La conversión fue vista como traición. Cualquier desviación de la dogmática luterana estaba prohibida por los "suecos nacidos" y se castigaba con "interrogatorios domésticos", vergüenza pública, juicios por brujería, blasfemia y cosas similares eran "la orden del día" (Tuchtenhagen). Solo la Ilustración trajo un poco más de libertad, un poco de tolerancia religiosa: 1741 para los reformados, 1781 para los católicos, 1782 para los judíos. Sin embargo, hasta 1860, a los ciudadanos suecos no se les permitía pertenecer a ninguna religión que no fuera su iglesia estatal. Sí: «En 1860, seis mujeres que se habían convertido a la fe católica fueron expulsadas del país.» Y: «No fue hasta 1951 que se introdujo la libertad de religión como principio de la vida religiosa ...» (Léxico para teología e iglesia).[14]

37

Condiciones danesas

Aproximadamente al mismo tiempo que en Suecia, la Reforma se había trasladado a Dinamarca, y en Dinamarca como en Suecia como una acción, sobre todo desde arriba, claramente determinada por el estado, es decir a nivel nacional, era una "reforma principesca" y se usaba allí y allá la realeza masiva para consolidar su propio poder. Incluso más que en Europa Central y Occidental, la Reforma en Escandinavia se convirtió en un funcionario, el brazo extendido del estado.

Christian II, el último rey de la Unión, había luchado contra la aristocracia opositora, tanto secular como espiritual, basada en ciudadanos y campesinos, pero no pudo mantenerse al día después de su regreso de Estocolmo en Dinamarca. Emigró a sus parientes imperiales en los Países Bajos de los Habsburgo, dos semanas después del levantamiento del duque Friedrich von Holstein, tío de Christian, como Frederik I (1523-1533) al nuevo rey danés por la oposición.

En ese momento, a fines de la década de 1520, la Iglesia Católica en Dinamarca seguía siendo la iglesia oficial en el país. Pero el movimiento evangélico ganó más y más terreno, especialmente alrededor de 1530, afectó a todas las grandes ciudades, sí, los viejos creyentes se entusiasmaron porque ahora el evangelio ahora debería ser predicado y discutido en todas partes, los predicadores ahora aparecieron en todas partes, en todo momento y en todos los lugares., en restaurantes públicos y baños de vapor, en herrerías y molinos, en casas de aduanas y gremios, entre bebedores, jugadores, bailarines y luchadores y «otros hombres nobles y eruditos, de los cuales el más sabio parece ser el que puede gritar, conversar y burlarse más ...»

38

De hecho, los mensajeros de la fe fueron comisionados por el rey desde 1528 para enseñar "la palabra pura y clara de Dios a la gente común". Y predicaron cada vez más fanáticos, seguros de la victoria

«... La Palabra de Dios, revelada por la gracia especial de Dios. Conocemos nuestra

[14] Pierer VII 789. VIII 23. XV 554 y s. LThK IV mif. IX 3 30 ss. El Gran Ploetz 1044. HKG IV 317. Pastor IV / 2 103 y s. 517 ss. Schwaiger, La Reforma en los países nórdicos 44 ss. 123 ss. 135 ss. Jutikkala, historia de Finlandia 83 y siguientes Zernack, Suecia como una gran potencia europea 333. Av Brandt, Los países nórdicos 978 y s. Findensein, la lucha libre 38 y siguientes 46 y siguientes Vogler, salida de Europa 173 y siguientes Buchholz, Suecia con Finlandia 144 y siguientes 149 y siguientes 162. Lausten negro, la Reforma en Dinamarca 30 y siguientes. Tuchtenhagen, Breve Historia de Suecia 46 ss. 66 ss.

obligación, que es el mandamiento y la palabra de Dios, y cedemos a la condenación de nuestra dicha... y si perdemos el cuello mil veces... Declararon su sermón como "absolutamente necesario" Escuchar la "Palabra de Dios" y recibirla de manera cristiana. «Y verdaderamente un sermón cristiano es mejor que 600 misas ...»

Para los viejos maestros cristianos, por otro lado, estas fueron, por supuesto, todas las "herejías" malvadas, el nacimiento de los alborotadores, los apóstatas, los falsos apóstoles, los traidores, todo esto "de un espíritu diabólico y furioso", "lo más falso contra toda verdad en la enseñanza de la iglesia santa", "Veneno".

Por supuesto, aquí tampoco uno se contentaba con ataques invectivos, verbales, si ocurría violencia, revuelta o redadas, incitados por los predicadores evangélicos, en Viborg, con permiso real, doce iglesias fueron derribadas, los monasterios franciscanos en particular comenzaron a asaltar, Entre 1528 y 1532 solo quedaban 26 de los 26 monasterios franciscanos daneses. Y en ese momento, más de un tercio de los grandes monasterios del país, los llamados monasterios de hombres, estaban en manos de la nobleza. En Viborg, en Ystad, los monjes fueron atacados, maltratados, en Malmö las figuras fueron derribadas, cortadas, quemadas y destruidas las capillas de la Iglesia de San Peter llegó al fondo y expulsó a los sacerdotes. Del mismo modo, en la Navidad de 1530, la Frauenkirche de Copenhague (Vor Frue) fue profanada, escupió a los santos cuadros bajo burlas y despotricar, los cortó con hachas, destruyó las sillas de los cánones, los paneles, los libros sagrados. Entre los luteranos disturbios también varios concejales de la ciudad – "la peor escoria de la chusma ..."

Antes de su coronación, Frederik había elogiado solemnemente la lucha contra el luteranismo y prometió castigar a todos los predicadores celosos contra el Papa, "el Santo Padre en Roma o la Iglesia romana". Sin embargo, el nuevo señor, que una vez más promovió la nobleza enormemente y destruyó varias revueltas, engañó a los obispos. No conocemos su actitud religiosa interior, personal. Y para el mundo exterior fue neutral en la disputa de la iglesia, comenzó a caminar por la cuerda floja, un acto de equilibrio entre las partes, trató de preservar los derechos de los antiguos creyentes, pero tampoco prohibió a los nuevos creyentes, parecía favorecerlos gradualmente.

39

Así que en 1526 hizo a Hans Tausen, acusado de "herejía", un monje marginado de Johanniter, el "Lutero danés", el primer clérigo en Dinamarca que "se casó por lujuria por la carne" como su capellán de la corte – "este monstruo entre todas las bestias, su La lengua es la cosa más descarada que puedas imaginar». Paul Helgesen, un danés «católico reformista», que más tarde se convirtió en jefe de la Orden Carmelita, se enfureció en ese momento. el veneno de los Lutherei se arrastra", advirtió también, y vio el patio "burlándose de todo lo sagrado".

De hecho, el rey Frederik pudo declarar la verdad de las enseñanzas del reformador alemán, llegó a encontrarse con los evangélicos cada vez más, sin, por supuesto, aceptar su fe o romper por completo con la iglesia romana, a lo que la mayoría de las antiguas familias nobles todavía se mantenían, lo que hicieron. Nunca dejó de robar sus monasterios y propiedades. A principios de la década de 1530, la nobleza danesa ya había conquistado más de un tercio de todos los monasterios del país.

Hubieron disturbios, iconoclasia, los monjes fueron perseguidos, las iglesias fueron profanadas, la copa fue arrancada de la mano de un sacerdote en la catedral

de Viborg durante la "Misa", y Hans Tausen tronó de inmediato y aparentemente bien preparado desde el púlpito en un sermón sobre el Apocalipsis 14:8: «Cayó, cayó, Babilonia, la gran ciudad; porque ella bañó a todas las naciones con el vino de su fornicación». Y cuando Frederik I murió en 1533 y bajo la objeción de los obispos su hijo Christian III (1534-1559) ascendió al trono, un amigo personal y miembro del partido de Lutero, un príncipe que ya había protestado contra Holstein, quien trajo "veneno", según una fuente antigua, a "la herejía luterana", también introdujo la Reforma a Noruega donde el último arzobispo de Nidaros (Trondheim), Olav Engelbrektsson, huyó al extranjero; después de que él promovió sin éxito el regreso del rey Christian II en la "disputa del conde".

40

En esta guerra civil inusualmente sangrienta de dos años, los ciudadanos y campesinos daneses se habían alzado contra el Consejo Imperial, dijo Jürgen Wullenweber, el alcalde revolucionario de Lübeck; conectado con ellos, el joven conde Christoffer von Oldenburg había invadido Seeland para liberar a Christian II y el perseguido arzobispo Trolle regresó para apoderarse de algunas de las diócesis. Dinamarca fue devastada en gran medida en esta lucha de clases, en la cual los factores políticos, económicos y religiosos estaban entrelazados, pero los líderes de ambos lados eran luteranos, muchas casas señoriales se hundieron en escombros y cenizas, numerosos rebeldes perdieron la cabeza, Jürgen Wullenweber, sospechoso de "herejía", fue descuartizado en 1535 en Wolfenbüttel.

El Copenhague hambriento solo se rindió después de un año de asedio, pero el nuevo rey, tan atrevido como piadoso, golpeó a los insurgentes. "Christian III", escribe Jens E. Olesen en un estudio insistente, "fue una persona profundamente religiosa que llevó una vida luterana piadosa y mostró un interés comprometido en cuestiones teológicas. Al rey nunca se le permitió ser molestado en la mañana antes del final de su oración por la iglesia, el reino y el hogar. Leyó los escritos de Lutero por la mañana y luego escuchó un sermón. A veces predicaba personalmente. En la mesa le gustaba discutir temas teológicos. Más tarde en el día, meditó mientras escuchaba salmos. El día terminó como había comenzado con una oración.

41

A pesar de toda la obediencia de Lutero, el verdadero político cristiano fue suficiente para no meterse con el emperador cuando en 1546 intentó obligar a los luteranos alemanes a volver a la vieja creencia en una guerra religiosa. En vano pidieron ayuda a los daneses en ese momento. Y otros intentos del emperador por liquidar las acciones de Lutero no disuadieron a Christian de su política amigable con el emperador. Sin embargo, en Dinamarca, como en sus países vecinos, Noruega e Islandia, el rey finalmente llevó al protestantismo a la victoria, a pesar de que las tendencias lentas que se desaceleraron en los países vecinos no solo sobrevivieron por un tiempo.

El monarca hizo un breve trabajo de los pastores del imperio. Los capturó a todos en un día, el 20 de agosto de 1536, y los reemplazó en la expansión de su regimiento eclesiástico regional con "obispos y superintendentes cristianos" que cumplían con los requisitos; tenían que ejercer su cargo, decía en sus certificados de nombramiento., "Como representantes de nuestro rey". Luther estaba encantado de ver a las jerarquías católicas "exterminadas", expresó su aprobación por carta y también prometió que "interpretaría y respondería lo mejor que pueda", dijo.

Como suele ser el caso, los prelados, una vez gravemente presionados, cedieron en pequeño. El rey los culpó del terror de la guerra civil, la "disputa del conde", pero los liberó cuando renunciaron a sus derechos y riquezas y prometió no evitar la predicación de la "palabra pura de Dios", que dijeron, ampliamente depositados, en una pequeña parte de sus antiguas posesiones como "nobles", podían vivir cómodamente y sin fin, el gobernante naturalmente tenía sus castillos, sus propiedades, bosques, tierras, prelados escandinavos con más de 1000, sí con 2600 tribunales, a veces con docenas de cerraduras.

Solo el obispo de Roskilde se mantuvo firme, no firmó una "carta de compromiso" y murió, arrastrado de fortaleza en fortaleza, solo años después en la prisión del Palacio Real de Copenhague, mientras su sucesor en la silla de Roskilde confirmó los 6000 florines de oro. Los monarcas compraron una confirmación que supuestamente le costó al ministro de oro 1,000 florines de oro.

42

El clero católico permaneció en el servicio eclesiástico, solo ahora, con excepciones imposibles de enseñar aparte, en protestante. Y como con la mayoría de los párrocos, lo mismo ocurrió con los profesores de teología en la Universidad de Copenhague, que siempre ha estado fuertemente orientada a la iglesia. Ahora solo se cambió la denominación, pero la teología siguió siendo la reina de la ciencia y los teólogos continuaron siendo mejor pagados.

En 1546, en el Reichstag en la capital, los católicos perdieron todos los cargos y derechos de herencia, y se les prohibió a sus clérigos vivir en el país con pena de muerte. También en Noruega, que tuvo reyes asociados con Dinamarca hasta 1814, la parte del clero que no quería desperdiciar fue desterrada, en Islandia el obispo ciego de 80 años Ögmundur Palsson von Skalholt fue arrestado, y el obispo Jön Arason von Holar, un acérrimo cazador protestante, junto con dos de sus hijos, también sacerdotes, decapitados. (El célibe vivía de manera bastante abierta y bien luterana con una mujer que dio a luz al menos a seis hijos).

La Dinamarca luterana se protegió temprano contra las influencias "heréticas". La censura general se introdujo ya en 1537; Para proteger el idioma y la verdadera religión, se prohibió la importación de libros en latín, danés y alemán, y en 1576 se renovó la prohibición de importación. También por miedo a los "herejes", de los bautistas, calvinistas, en 1553, el rey Christian III En Dinamarca y Noruega, el acuerdo de todos los extranjeros que no podían definir claramente su afiliación religiosa, sí, dos años más tarde, la prohibición se renovó bajo la amenaza de la pena de muerte para los "herejes", así como para todos los que les concedieron alojamiento. Y en 1569, un fuerte anticatólico, 25 "Libro de denominaciones" completo, todos los extranjeros tienen la opción de firmar o abandonar el país dentro de tres días; Este fue «el primer orden denominacional oficial en Dinamarca» (Olesen).[15]

43

[15] Geiss II 226. HKG IV 3 14 ss. Hergenröther III 132. Gerhardt, historia noruega, 201. Jutikkala, historia de Finlandia 74 y s. Schwaiger, La Reforma en los Países nórdicos 53, 58 y siguientes 61 y siguientes 91 y siguientes Olesen, Dinamarca, Noruega e Islandia 17 y siguientes. 34, 36 ss. 40 ss. 46, 50, 53 ss. ss. 71 ss. 76 ss. Grane, la Reforma estudia 188 ss. 228. Cenizas, centro y periferia 15 s. 19. Schwarz Lausten, La Reforma en Dinamarca 15 ss. 21 ss., 30 ss. 34 y s. 40 y ss. 47, 82 s. 89 y s. 92 y ss. 98 ss. 103, 183 ss

Guerra tras Guerra (2)[16] o «Cómo controlar y gobernar como un rey cristiano»

Después de la muerte de Gustav Vasa, su hijo Erik XIV (1560-1568) (de su primer matrimonio con Katharina von Lauenburg) ordenó por primera vez a Suecia Soñada con una "estrategia de aniquilación", devoró a sus propios agricultores y ciudadanos; quien también continuó la disputa con los católicos; que también desencadenó la llamada "Sturemorde" (24 de mayo de 1567), un crimen importante que nunca se resolvió por completo, la furia loca contra una de las familias más poderosas del país, mediante la cual el rey apuñaló al joven Nils Sture y lo mató a él y a todos sus amigos. – Su "Tribunal Supremo" había emitido previamente alrededor de 300 sentencias de muerte, aunque no todas fueron ejecutadas, y muchas fueron convertidas en multas.

A esto se sumó el conflicto dinástico con los hermanos menores, Duke Johan y Karl (un tercer hermano, Magnus, estaba obviamente debilitado). Según una idea paternal, deberían administrar la gobernación divinamente legitimada junto con Erik en amor mutuo. Pero Erik había retenido a Johan, el duque de Finlandia, prisionero de "traición" durante cuatro años y había liquidado a 30 de sus confidentes, después de lo cual los hermanos menores arrestaron al hombre mayor y, temerosos de su liberación, lo transfirieron del calabozo del castillo al calabozo del castillo hasta el final de su vida en febrero. 1577, como se suponía en aquel entonces y ahora se supone principalmente, a través del envenenamiento (apertura de la tumba y examen esquelético en 1958).

44

En ese momento, Karl, duque de Södermanland, incluso vio al asesino de su hermano Erik en su piadoso hermano Johan, quien había pronunciado tendencias teológicas y se entendía a sí mismo como un "rey modelo cristiano". Y Ludwig von Pastor nos revela una vez más todas las bendiciones de su religión. El rey Johan III se mostró. (1568- 1592) después de su conversión secreta y una confesión general, el apologista de los papas asegura, "muy tranquilo, porque le pesó mucho en el alma que tenía a su hermano sobre la base de una resolución del Reichsrat (también firmada por los obispos luteranos) de El 6 de febrero de 1577 había sido eliminado por veneno. (El duque Karl, por supuesto, habría necesitado una descarga similar más tarde, ya que lo organizó como administrador imperial de Suecia en 1600, incluso unos años antes de convertirse en Karl IX.

Con los Vasa, Gustav I y aún más con Erik XIV, la política de expansión sueca en los estados bálticos realmente comienza, la lucha por el dominio del Mar Báltico, una lucha de más de ciento cincuenta años.

La guerra sigue a la guerra.

Primero el conflicto sobre Livonia, desencadenado por el intento de Rusia de llegar a Dorpat en 1558. Tres años más tarde, Suecia marchó hacia Reval, el importante punto de transbordo para el comercio este- oeste, y consiguió todo el norte de Estonia. Poco después, la Guerra Nórdica de los Siete Años (1563-1570), que, dirigida por lansquenets contratados, permaneció sin decisión, a pesar de la ligera

[16] Véase la subpartida IX 376.

superioridad danesa, y no trajo cambios significativos en el territorio.

Sin embargo, Noruega había sido devastada, Hamar, la ciudad episcopal, se quemó tan completamente como Oslo, donde en 1567 la magnífica catedral se incendió. En Trondheim, la catedral en descomposición gradual, el santuario nacional del país, fue saqueada por las tropas suecas y utilizada como establo de caballos, la tumba de San Robado del rey Olav, sus huesos destrozados.

45

Una guerra con Rusia (1570-1583) siguió inmediatamente después de la Guerra Nórdica de los Siete Años, con Suecia conquistando Narva, convirtiéndose pronto en uno de los puertos más activos del noreste, ganando también Ivangorod y, durante doce años, Ingermanland, acceso ruso al Mar Báltico. Luego, otra guerra con Rusia (1590-1595), razón por la cual, incluido el último conflicto, se habla de una guerra de veinticinco años (interrumpida por varios cese al fuego). En la historia finlandesa se llamaba "Long Feud" y se libró en Finlandia y los Estados Bálticos – «una guerra total en la que todos los residentes del país hostil al que tienes manos fueron asesinados independientemente de su edad y sexo» (Eino Jutikkala).

Inmediatamente después, una gran revuelta campesina estalló en el este de Botnia, el llamado Keulenrieg (1596-1597). Conducidos por el duque Karl con una intención muy egoísta, los campesinos explotados, los hombres del club (sin armas de fuego), se alzaron contra la nobleza, que, sin embargo, los derribó en todas las batallas abiertas, de hecho, dos grandes asociaciones de insurgentes que se rindieron contra todos ellos. promesas hechas al último hombre masacrado. Y más tarde, los mercenarios ducales saquearon los nobles patios, ya que habían saqueado a los campesinos necesitados.

Finalmente, unos años antes de que comenzara la Guerra de Kalmar de los Treinta Años, la Guerra de Kalmar (1611-1613), en la que Dinamarca pronto conquistó Kalmar, la fortaleza sueca clave en el extremo sur, y poco después la ciudad portuaria del norte de Gotemburgo, fundada en 1603, se quemó al oeste (recién fundada por Gustav Adolf en 1618): la última gran derrota de Suecia ante Dinamarca, que en la paz de Knäred el 20 de enero de 1613 no solo extorsiona importantes concesiones de política militar y económica, restricciones drásticas en el comercio del Mar Báltico y el Océano Ártico, sino también la gran suma de uno Million Reichstaler, una anterior «paz de Versalles» (Weibull).[17]

A raíz de la Guerra de los Treinta Años, entre 1617 y 1629, Gustav II convirtió a Adolf Suecia en el estado líder del norte. Inicialmente conquistó numerosas áreas a lo largo de la costa sur del Báltico y luego, en 1630, cuando entró en guerra en Alemania, pasó del Báltico oriental al Báltico occidental. Una vez más, ocupó una gran cantidad de territorios y avanzó a Múnich en la primavera de 1632, supuestamente todos por los motivos más nobles, para la preservación y el fortalecimiento, incluso la salvación del protestantismo alemán.

46

De hecho, sin embargo, esta tremenda expansión tiene menos que ver con la

[17] 1 Pierer XV 555 y s. El gran Ploetz 1044 y s. Gerhardt, Historia noruega 208 ss. Jutikkala, Historia de Finlandia 100 ss. En s. Pastor IX 693. Schwaiger, La Reforma en los países nórdicos 84. A. V. Brandt, los países nórdicos 980 y sigs. 985 y sigs. 988 ss. Zernack, Suecia como una gran potencia europea 333 ss. 337 ss. (Aquí la cita de Curt Weibull). Aguafuerte, la lucha libre 59 ss. 67 ss. 71 ss. 75, 79 ss. 86, 91. Nyberg, el profd religioso 29

religión que con la razón estatal (en términos de la historia como un todo) bastante desastrosa, sobre todo con los objetivos mercantiles, con respecto a los mercados, las cuotas de mercado, la codicia por el poder y la tierra de la aristocracia sueca (cf. IX 347 y sigs., Esp. 357 y sig.! «De hecho, la propaganda sueca, con su enfoque en el motivo religioso, sirvió para disfrazar los verdaderos objetivos de la guerra y para justificar la intervención sueca en la ‹Guerra alemana›. Aquí el foco estaba en el motivo religioso, con el cual la movilización de amplios sectores de la población era bastante posible. La intervención de Gustav Adolf en el Sacro Imperio Romano se emitió como una medida desinteresada, que el rey sueco llevó a cabo por convicción para salvar la fe correcta y apoyar a sus compañeros creyentes entre los príncipes imperiales. Lo que realmente se buscó se mantuvo "secreto" durante el mayor tiempo posible. «Gustav II Adolf fue principalmente un político financiero y económico, estratega militar y organizador del ejército. La piadosa leyenda de Gustav Adolf como "Cristo y héroe" es una construcción de la historiografía nacional alemana que casi no tiene nada en común con la realidad» (Buchholz).

Durante la Guerra de los Treinta Años, ganó la Guerra Sueco-Danesa (1643-1645), en la que Axel Oxenstierna, canciller y cocreador del gran poder sueco. El "imperio de medianoche" en el noreste de Europa se ha convertido en el reino escandinavo más poderoso, busca "redondear" su territorio (IX 383), puede estar planeando acabar temporalmente con el estado danés, y de 1655 a 1660 estalla la Primera Guerra Nórdica, en la que está en contra Dinamarca, Polonia, también está temporalmente en contra de Brandenburgo-Prusia, en la que ocupó casi toda Dinamarca bajo Karl X Gustav, hijo del conde Palatino Johann Kasimir y Katharina Vasa (de ahí el "alemán" en el trono sueco) El 26 de febrero de 1658 en paz, en el llamado pánico, la paz de Roskilde alcanza su mayor extensión, en la paz de Copenhague gana el sur de Suecia, las provincias costeras de Schonen, Blekinge, Halland y la isla de Bornholm.

47

Karl X Gustav (1622-1660) literalmente pelea en este mundo de guerra, pelea el 1 de octubre de 642 en la segunda batalla en Breitenfeld y en la batalla en Jankau, se convierte en comandante en jefe de los ejércitos suecos de Alemania en 1648 y, promovido por la reina Christina, su prima, heredera del trono en 1649, heredera del heredero al año siguiente. Lucha contra Dinamarca, Polonia y Rusia y está en casa en muchos campos de batalla. En 1654, el año de la abdicación de Christina y su coronación como rey, libró la primera guerra de Bremen. De 1655 a 1660 libró la guerra polaca, pronto se hizo cargo de Cracovia, ganó, en alianza con Brandeburgo, la difícil batalla de varios días cerca de Varsovia, siempre consciente de su consejo al consejo de que era mejor "que tomemos un pedazo de" Polonia, "Que alguien más lo quite". De 1656 a 1661 libró la guerra de Moscú. De 1657 a 1658 libró la Primera Guerra Danesa, de 1658 a 1660 la Segunda Guerra Danesa.

E incluso si la "cadena de guerras casi ininterrumpidas" (Beurisen) bajo el hijo y sucesor de Karl X Karl XI (1655-1697) a veces se interrumpe cuando el italiano Magalotti se burla de él en el verano de 1674 como la "caricatura" de un gobernante, un rey que se mueve, "como si estuviera caminando sobre un vidrio", "como si tuviera miedo de todo", ya en La batalla de Fehrbellin se desata el año que viene. Y los suecos también huyen a Riga, otro año después, el 4 de diciembre de 1676, cuando Karl XI gana. en la batalla de invierno en Lund, una de las matanzas más terribles del siglo, con más de la mitad de los carniceros finalmente tirados en el campo de batalla, 8,933

daneses y suecos muertos de 16,000 guerreros. Y medio año después, 12,000 daneses están sujetos a 9,000 suecos en un descanso de ocho horas en Landskrona.

48

Las sangrientas victorias obviamente hacen que el joven regente sea más seguro y tenga más confianza. Se encarga de la recuperación económica del país, la reorganización de sus finanzas, especialmente la reorganización de los militares y especialmente sus propias potencias imperiales. Después de todo, él no es el consentimiento de otros, el garante; de la nobleza, más atado, él es soberano, absoluto, único gobernante. El 9 de diciembre de 1680, el Reichstag atestiguó que, como rey responsable, "controlaba su propia ley de herencia, que había negado por Dios, y solo respondía a Dios por sus acciones". Y en 1693, el Reichstag aprobó la "Declaración de Soberanía", que lo identificó, el undécimo Karl, como un "soberano", como un "rey soberano" que no era responsable de nadie en la tierra, sino que "tiene poder y poder, según su propia voluntad, su imperio dirigir y gobernar como un rey cristiano» .

Solo unos años después de esta declaración, en la Pascua de 1697, Karl XI murió. un cáncer doloroso Su mayor deseo de cumplir con la confirmación inminente del heredero al trono sigue sin cumplirse. Pero había provisto su dote religiosa, así como la influencia de su ejército, a través de numerosos esfuerzos internos, había sentado las bases de algunos de los mayores triunfos de la política exterior de Suecia y, por supuesto, aplastándolos para siempre.[18]

[18] Geiss II 264 y s. 274. III 549. El gran Ploetz 1044 y s. Schnürer, Iglesia Católica y Cultura 358 y s. Bihlmeyer, Historia de la Iglesia III 67 y s. 174 y s. Zernack, La era de las guerras nórdicas 65 y s. El mismo. Suecia como una gran potencia europea 327 y siguientes. La Gran Guerra del Norte 260 ss. El mismo. La expansión del Imperio de Moscú 134 y s. Findeisen, Karl XII 16, 25. El mismo. La lucha libre 191 y ss. 211 ss. Schilling, El nuevo tiempo 167, 169. Kunisch, absolutismo 130 ss. Tuchtenhagen, Breve Historia de Suecia 57 ss. Av Brandt, Países nórdicos 997 ss.

49

CAPÍTULO 2. KARL XII DE LA GRACIA DE DIOS (1697-1718) Y LA GRAN GUERRA NÓRDICA (1700-1721)

> «No hay nada particularmente importante para informar desde aquí, excepto que nos portamos bien y quemamos todos los lugares donde se puede ver al enemigo. El otro día incineré una ciudad entera y colgué a los ciudadanos.
>
> De una carta de Karl XII al teniente general REHNSKÖLD en agosto de 1703. [1]

> "Un pequeño ejército de clérigos de campo suecos siempre estuvo allí, incluso acompañó a los soldados a la refriega, impulsando la retirada de nuevo". "Una y otra vez los historiadores han señalado correctamente que el papel de los clérigos de campo en el ejército sueco difícilmente puede ser sobreestimado". Servicios constantes, incluso en la nieve y el frío sombrío, celebrados bajo la lluvia torrencial, los sermones diarios sobre las tareas especiales del ejército sueco dieron sus frutos. La masa de soldados estaba segura de que Karl XII libró una guerra justa para castigar a sus oponentes. Muchos se sintieron hijos de Dios en busca de la tierra prometida, el rey Karl era Moisés, sus órdenes de ataque tenían una ordenación divina.
>
> Y los predicadores nunca se cansaron de interpretar el Antiguo Testamento de esta manera. Una y otra vez, soldados y oficiales escucharon en horas de oración que los israelitas mataron sin piedad a los enemigos cuyas ciudades y pueblos estaban devastando las órdenes de Dios. ¿No fue suficiente explicación y excusa para su propio comportamiento, no justificó la Biblia la consecuencia del Rey? Y que Karl XII Las aldeas en llamas del enemigo, así como los ejércitos que huían, dieron testimonio de los mandamientos de castigo y retribución de Dios. ¡Dios obviamente todavía estaba con los suecos ganadores!»
>
> JÖRG-PETER FINDEISEN [2]

51

Legendario, desconcertado, controvertido, adorado y glorificado. Carl von Clausewitz le prestó atención, Lenin, Friedrich "el Grande", con todas las críticas elogió al "héroe de guerra sobresaliente" que "cegó los ojos de los hombres de guerra a través de la abundancia de hechos cada vez más brillantes". Voltaire incluso escribió una biografía espectacular de Karl y la contó entre los fenómenos más extraños de los últimos milenios.

A la edad de siete años, ya privado de la vida femenina en la corte, se dice que el príncipe le disparó a su primer lobo, pronto cazó osos junto a su padre y luego decapitó espadas con el joven duque de Holstein- Gottorp, el futuro cuñado, empuñando espadas.

La catequesis comenzó temprano, particularmente sangrienta y particularmente formativa, basada en abominaciones del Antiguo Testamento. Además, envuelto con entusiasmo en el original, las historias de héroes de los romanos. Interesante el futuro rey, no es de extrañar, pero sobre todo la historia de la guerra, especialmente desde la tecnología de fortificación, también el legado militar del padre, el "trabajo de

[1] cita de Beurisen, Karl XII 71. Cf. 60

[2] Ibid. 98 y s.

división", la reestructuración del ejército: el gobernante de 18 años comandaba más de 85,000 soldados a fines de 1700, incluido uno Las primeras flotas de guerra permanentes en todo el mundo, las más modernas y más grandes de la región del Mar Báltico con una gran cantidad de bases marítimas. Y su impulso de fama en la guerra le valió el dinero, al menos en la primera fase de las hostilidades.[3]

52

«... De buen humor» o «... Que cayeron uno encima del otro como ovejas de matadero»

Suecia había abierto más de veinte años de guerra contra Dinamarca, Sajonia, Polonia-Lituania y Rusia por la supremacía en el noreste de August el Fuerte. Era primo de Karl XII, desde 1694 como Friedrich August I Elector de Sajonia, desde 1697, en unión personal, como August II también Rey de Polonia, un país estrechamente vinculado al Gran Ducado de Lituania durante tres siglos, desde Pomerania hasta a Ucrania

El pomposo y encantador constructor del Dresden Zwinger, el Castillo Real de Varsovia, la Corona de Polonia con la ayuda del emperador Leopold I, el zar ruso Pyotr I, también ganó por medio del dinero obligatorio de las elecciones, sobornos y no sin una llamada conversión contingente. Es decir, dependiendo del resultado de las elecciones, el candidato quería ser católico, convertirse en rey o, si no lo hacía, seguir siendo lo que era. En consecuencia, el "acto de conversión" parecía algo difuso a veces: inicialmente no había transgresión formal, sino una promesa general de transgredir, según el secreto de su primo ya convertido, el obispo de Raaber, Christian August von Sachsen.

El nuevo nuncio Giovanni Antonio Davia informó con cautela a Roma que el candidato "te hace pensar que eres católico". Inocencio XII, que una vez fue enviado a Polonia, fue inicialmente reservado, ya que había muchos aspirantes al trono, incluido un pariente de Louis XIV, el Príncipe Conti, que también dirigió un ejército contra el coronado. Era importante para la Santa Sede, como le dijeron a Davia, elegir un buen rey católico, "listo y capaz ... para luchar contra los turcos". Y, por supuesto, los "herejes".

Este último, al menos por motivos religiosos, lo hizo August the Strong cuando comenzó la Gran Guerra del Norte con el asedio de Riga en Livonia en 1700, por cierto, sin la declaración de guerra habitual.

53

La ciudad, uno de los centros comerciales y fortalezas más importantes en el Mar Báltico, fue fundada hace medio milenio por el obispo Albert von Bekeshovede (Bukshövden) y trajo a la vida pagana la "Paz de Dios", en "guerras misioneras", baños de sangre que Roma continuó alimentando. lleno de profunda devoción a María, acaparamiento de tierras económicamente sistemático, asesinato, esclavitud (VII 173 y sigs.! 177 y sigs.!). Luterana desde la Reforma, estas áreas luego quedaron bajo el dominio polaco y luego sueco. Y en los días de Karl, que todavía era menor de edad, había llegado el momento de enriquecer, ampliar, "redondear" a expensas de Suecia,

[3] Taddey, Léxico 208. Findeisen, Karl XII, 5 y s. 10, 13 y s. 20, 23, 28 ss. 36 ss. 40, 246 ss. 249 ss. La lucha libre 221, 223. Prensa, guerras y crisis 22. Tuchtenhagen, Breve Historia de Suecia 57 ss.

al igual que antes, durante el siglo XVII, Suecia había "redondeado" a expensas de otros.

Así, a fines de 1699, las tropas sajonas cruzaron la frontera nacional para tomar apropiadamente a Riga a mano en Nochebuena. Sin embargo, la acción fracasó y otro intento falló en marzo, cuando unidades militares del joven rey danés Friedrich IV (1699-1730) estacionadas en Holstein, nuevamente sin declarar la guerra, atacaron a los soldados suecos. Karl XII pero aterrizó en Zelanda en julio y pronto se paró frente a Copenhague, pero fue "solo porque: DIOS nos ayudará ..."

Obviamente, todo quería guerra.

Solo los rusos parecían tranquilos. Después de todo, el zar Peter acababa de luchar con los turcos y envió un enviado especial, que incluía un cálido mensaje personal, al rey de Suecia, con una afirmación de amor genuino por la paz. El príncipe Andreas Jakobowitsch Schilkow también pudo disipar todos los rumores de una actitud anti-sueca en Rusia y también a una gran delegación en Estocolmo para renovar los contratos anteriores. Pero tan pronto como se completó formalmente la paz con los turcos, el zar hizo arrestar al emisario sueco en Moscú, declaró la guerra a Suecia el 19 de agosto de 1700 y avanzó contra Estonia, donde 15,000 fueron seguidos por el "ataque directo" de Narva el 20 de noviembre. 18,000 rusos contemporáneos fueron fusilados, apuñalados, asesinados, en los que Narowa, el río helado, se ahogó o murió de hambre mientras huía, una de las muchas "piezas de bravura" (chelines) que la investigación histórica alaba al gran rey, pero rara vez olvida Exagerar el número de víctimas, como siempre.

54

La lucha tuvo lugar en una loca tormenta de nieve que irrumpió a favor de los suecos, cuyas voleas mortales además decían "Gloria a Dios, buen efecto", como afirma el historiador Johan Stiernhöök, quien está matando ansiosamente. "Masacramos todo lo que se interpuso en nuestro camino y fue una masacre terrible". Por supuesto, los rusos respondieron, casi cuatro veces más "y nos derribaron a mucha gente buena". ¿Y el señor de todos los rusos? Bueno, Peter había reconocido claramente la desaparición de su ejército de Narva el día antes de la batalla y se había ido a Moscú a tiempo, al menos con la sabia visión: "Los suecos aún nos derrotarán muchas veces, pero nos están enseñando a ganar gradualmente". Y al año siguiente volvieron a ganar a los sajones y rusos cerca de Riga. Karl ganó Kurland, pero, como lo esperaba su entorno, no hizo las paces ni se movió contra el zar, sino que invadió Polonia.[4]

Durante años condujo al Rey August delante de él, atravesando el vasto y devastado país, ya que generalmente él era el que golpeaba a los enfrentamientos opuestos, ejércitos sajones, polacos sajones, rusos sajones; no solo "piezas de bravura", por supuesto, sino "victorias" casi ruidosas; 1702 cerca de Kliszow, 1703

[4] Pierer VI 292, XII 87 y s. XIV 161. XVII 776. Geiss I 217. II 283 ss. III 367 y s. 501. Pequeño Ploetz 144. Gran Ploetz 685 y s. Schick, Historia de la Iglesia de Rusia 258. Pastor XIV / 2, 1156 y ss., Invierno II 23. Jutikkala, Historia de Finlandia 135, 172 y ss. Zernack, La Gran Guerra del Norte 259 y ss. Findeisen, Karl XII 5 y s. 40 y ss. 44 y ss. 49 ss. 56, 60 ss. El mismo., La lucha libre 224 y sigs. 228. Dash, De la paz de Westfalia 20;. Burkhardt, Perfección 315 y sigs. 320, 328 y siguientes Duchhardt, Balance de poder 240 y sigs.

cerca de Pultusk, cerca de Schagarin, 1704 cerca de Jakobsstadt, 1705 cerca de Gemauerthof, 1706 cerca de Fraustadt, ya cerca de Silesia, donde miles de rusos fueron liquidados, incluidos cientos de prisioneros indefensos, incluidos ellos "disparados sin piedad en un círculo y tallado", dijo un testigo presencial sueco, "que se cayeron unos sobre otros como matan ovejas"; la guarnición de la fortaleza también fue sacrificada "hasta el último hombre, ... cada pierna que estaba allí ..."

55

Por supuesto, incluso los suecos no siempre parecían ganadores triunfantes. Un espectador habla una vez de "16,000 tipos de trapos desafortunados, semidesnudos, mal alimentados, con caballos avergonzados y sin artillería, pero insuperables en resistencia y valentía guerrera". ¿Están estos suecos comprometidos incondicionalmente con sus príncipes, una joven cabeza salvaje, lujuriosa, sedienta de acción, que sabe cómo actuar, cómo "tratar", cómo "involucrarse" para hacer "piezas brillantes" de carne de cañón. "Porque", dijo el pastor Jöran Nordberg, confesor y cronista de Karl XII, no les dijo a sus oficiales y soldados: "¡Ve y lucha valientemente!", Sino que dijo: "¡Ven conmigo!" Ante todo. Y este ejemplo, ¿fue "bueno"? – dice que el pastor Nordberg nuevamente recibió a las tropas del rey "con buen humor ... mucho más, ya que soportó todo mal con ellos y se ahorró menos que nadie".

Si está de buen humor, sin duda, sobre todo Karl está en guerra, esta única serie de escaramuzas, batallas, expulsión y esclavitud. Si está de buen humor, causa que los polacos devastan, agota pueblos y ciudades. Varsovia, ya ocupada en 1702, tiene que recaudar 30,000 Reichstaler, Cracovia 60,000 Reichstaler. En la primavera de 1703 Lublin fue desnatado, en el otoño se tomó Torun (Thorn), en cuya fortaleza se amontonaban 6000 soldados sajones, "muertos y muertos". En 1704, en el "año de largas marchas", el rico Lvov fue robado y, a veces, se registró "un botín hermoso, dinero ...".

Los rusos asaltan a Narva a fines del verano, y esta vez 6000 suecos muerden la hierba. Pero en otras ocasiones, el teniente coronel Jon Stälhammar escribe a casa para la Navidad de su esposa, "a veces hubo batallas terribles; de modo que en muchos lugares, 1.500 y 1.700 personas del enemigo yacen muertas en la plaza, tanto rusos como sajones, y el ejército jura a la madre de sus hijos que "nunca se convertirán en soldados", "en lugar de dejar que aprendan latín buscar un cargo honesto ...»[5]

56

«Señor Jesús, vivo por ti ...»

Cuanto más duraba la guerra, más brutalizados eran los civiles, más horribles eran, especialmente porque había muchos grupos de combate irregulares. Los campesinos fueron cazados, medio golpeados hasta la muerte o enteros, obligados a colgarse, pinchando a los niños frente a los ojos de sus padres. Te torturaste por lujuria, por frustración. La tortura se llevó a cabo para obligar a las presas a resistir todo tipo de información, "percepciones", actividades traicioneras, correspondencia, colaboraciones. El alguacil de Sadmann, Johann Heinrich Eckengrön, quien fue

[5] Pierer XII 88. XVII 544. Geiss I 217 y s. II 285, 288. Findeisen, Karl XII 35, 50, 60 ss. 69 ss. 76 ss. 79 y ss. 82, m, 117, 126. Schilling, Die neue Zeit 167. Burkhardt, finalización 317.

asesinado el 3 de septiembre de 1706, no quería morir felizmente en el lugar de la ejecución si era un espía, un traidor y un perjurio contra el zar. "Luego se acostó en el bloque y gritó en el último momento: 'Señor Jesús, vivo por ti, Señor Jesús, ¡me estoy muriendo por ti!'"

El pastor Adrian Vergin de Odenpa, también acusado de espionaje, fue encarcelado, sometido a tortura, "manoseado, azotado y golpeado miserablemente", repetidamente inclinado, es decir, "levantado las manos atadas a la espalda y rápidamente bajó un poco más de modo que los brazos fueron empujados hacia atrás desde las articulaciones hacia el aire». Vergin, descendiente de una antigua familia de pastores y que una vez fue estudiante de teología en Kiel, estuvo sin revocación durante 21 meses en una "prisión tan terrible y pesada", "debe ser peor que un perro", mientras que su esposa con enfermedad terminal o ya muerta yacía en casa y " siete niños pequeños se fueron en la mayor miseria ...»

En el lugar de la ejecución el 27 de junio de 1706, antes de su "decapitación con el hacha", llamó a "Dios, el juez sobre todo", para declarar que su traición nunca se le habría ocurrido. Uno no debería haber entendido su responsabilidad. Quería vivir y morir porque no sabía nada sobre la acusación acusada de espionaje, etc. Y cómo había sido responsable de las lecturas de la sangre en el círculo de ejecución, deseaba a JzM. gobierno feliz, se desnudó y dejó su cuerpo en el suelo y su cuello en el bloque, rezó: Señor Jesús, vivo para ti, etc. y, por lo tanto, se sacrificó» .

57

La miseria creció cuanto más duró la guerra, un proceso demasiado natural, casi banal para enfatizarlo. Ya en 1703, un informe del área de ocupación rusa había demandado a Dorpat, después de que mencionó poco de lo que había sobrevivido: «las áreas restantes y los patios fueron quemados y arruinados ... Ninguno de los gobernantes y poseedores de los bienes está a la mano ...» Qué milagro, luego informa de la misma área, pero de nuevo años después: «La miseria de los campesinos pobres no puede preestablecerse con una pluma

... La gente pobre, huyó de la aldea a este lado [al casco] y miles en el Los bosques que se han escondido languidecen de hambre. Lo que el enemigo atrae es cortado o atormentado por una cruel tortura, o llevado al cautiverio bárbaro. Todo el distrito de Dörptic ahora está desolado y desolado, y no parece ser una apariencia de que este país pueda volver a su estado anterior en la vida humana porque casi todas las personas son asesinadas o llevadas. Los que huyeron a este lado deben morir de hambre porque no tienen nada por lo que vivir».

"Mucha gente fue masacrada, y todo lo que estaba allí fue quemado", informa un coronel Dragoon. Pueblos enteros de Masuria "desaparecieron en un resplandor de fuego, uno por uno". El general conde Magnus Stenbock le informa al rey que "causó un gran temor entre la gente ... Marché con la antorcha en la mano, y donde una aldea estaba en el camino y no había pagado, la encendía en cada esquina y Termina en.» Quemó a los granjeros de inmediato: "No me importó, porque los bromistas no valen la pena".[6]

58

La guerra como el "deporte del rey"

[6] Bienemann, La catástrofe 75 y s. Findeisen, Karl XII 71 y s. 79 y s. 95

Karl, la cabeza del ternero, no pensó diferente; También nos recuerda el lema: "La espada debe hacer lo mejor". De vez en cuando ordenó huevo; «Para colgar a cada residente, a quién puedes conseguir y quemar todas las casas». O él ordenó que "incluso el niño no se salva en la cuna".

El rey era aterrador, soberanamente inescrupuloso, con una sonrisa fría ante el desprecio por la gente. Permaneció completamente indiferente a las dificultades y la miseria, incluso a su propia gente, por supuesto. Aunque siempre podría figurar nuevamente como el padre de aquellos que solo necesitaba, una y otra vez, si la "guerra" lo exigía, compartir su existencia, las dificultades de la vida en el campo y la lucha en su cabeza. Pero también fue capaz de sacrificar a su familia hasta el último hombre, también capaz, por ejemplo, en el otoño de 1700, poco antes de que los puertos bálticos aún se congelaran, cruzar el Mar Báltico con su ejército, y también fue capaz de aconsejar a todos los generales Miles y miles, medio hambrientos, medio congelados, para ser conducidos a una gran carnicería cerca de Narva. Y cuando, después de la victoria empapada de sangre, el Ruhr todavía se extendió, El general Stenbock pronto tuvo apenas 200 horas de servicio, y vio a "personas enfermas y caballos morir", así que eso fue lo que Karl XII llamó A finales de febrero de 1701, fue "muy divertido" con su hermana Ulrike Eleonora y se burló de la "gente de la corte aquí": "sé muy suave" y "enfermizo". Incluso el farmacéutico, aunque poseía todas las especialidades, "tenía que creer en él y en varios otros".

Varios otros ... O también: «aunque algunos», así que después de la catástrofe de la campaña de invierno en Ucrania alrededor de 1708/1709, «aunque algunos estaban descontentos y el frío severo les causó daños ...» ¿daños? Algunos? Miles, miles, que se vieron privados de todo, que dieron sus vidas por sus objetivos egoístas, su fama por la gloria, su manía por el poder, que se congeló miserablemente, pero, como él lo expresó, se descubrió que "un pequeño pasatiempo" era un invierno feliz "... estado».

59

Pero mientras el arrastramiento de todas las víctimas inútiles lo dejó frío, mientras que la terrible derrota "sin emoción visible" y, por cierto, sin queja posterior, no es más que el destino de sus familias, los "desconsolados", para quienes el estado, este " estaba a salvo "," no asumió ninguna responsabilidad "(Åberg) – por lo tanto, aunque nada de esto lo afectó, la muerte de su propia hermana Hedwig Sophia (en Estocolmo en diciembre de 1708) lo hizo extremadamente preocupado, estaba tan conmocionado que lloró «como un niño» (Carlson).

Pero de eso se trataba: ¡sangre real! Más que decir: por su cuenta. ¿Podría algún día tener a un parlamentario de Masuria, identificado por una camisa blanca, derribado instantáneamente solo porque él, un campesino, quería negociar con él, el rey! Karl también prohibió los disparos a reyes, a reyes hostiles, como Frederik IV de Dinamarca o el Rey August, cuando fue sentenciado a muerte. ¿No era tan inusual en ese momento que los oficiales de artillería franceses se hicieran cargo del campamento del rey Guillermo III? comenzó a bombardear, hizo que un mensajero preguntara, "dónde, por favor, mucho, están las habitaciones del monarca para que puedan salvarse de los bombardeos ..." Sí, ¡qué bendito tiempo! Y así, incluso el rey prusiano Friedrich II tenía a su oponente atrapado cerca de Pirna, el elector sajón y el rey polaco August III, hijo y sucesor de August el Fuerte, enviaban un carro con

artículos seleccionados todos los días para que no solo se fuera majestuosa trampa de carne ...

Pero la gente! El "pueblo" nunca fue por la gracia de Dios. Y es por eso que en realidad no tenía nada que consumir, sino que era algo para ser consumido, en lo divino, en los servicios reales, carne de cañón, un medio para ganar tierras y países, para aumentar la riqueza, la fama, el poder. Cuántas cabezas coronadas y otras más altas pueden sentirse así, pueden haber tenido tales mentalidades, cultivarlas, Napoléon I ciertamente, uno para todos, que un siglo después, en 1813 (en Metternich en Dresden), dijo: "Un hombre como yo silba". en la vida de un millón de personas»!

60

El fiasco de la campaña de invierno en las tierras bajas de Dnieper en Worskla, y la muerte de miles, no causaron una impresión notable en el monarca. Todo salió bien, le escribe a la hermana solo hacia fines de año y, por una coincidencia especial, el ejército tuvo la desgracia de sufrir pérdidas, que espero se repongan en poco tiempo. Más y más carne de cañón tuvo que ser eliminada de la gente. En 1698, la fuerza del ejército de Suecia era de 40,000 hombres, una década después 110,000 hombres.

Una y otra vez, el país agotado y desangrado carecía de las reservas para dar el resto al oponente que huía, que casi había caído al suelo. Una y otra vez, el general real persiguió a sus correos a Estocolmo (que nunca debería volver a ver), una y otra vez pidió refuerzos, suministros, dragooners, mosqueteros, piqueros. Una y otra vez instó a los funcionarios y comandantes locales a armar sus brazos para acelerar el reclutamiento. Sin dudas, sin cese al fuego. Simplemente no hay paz! Una y otra vez hubo acercamientos, ofertas, también ventajosas, de la oficina metropolitana que dieron la bienvenida a la generalidad. Pero todas las propuestas de mediación fallaron debido a la terquedad de Karl, su sed casi pueril de batalla: "Lucharemos con los polacos durante diez años y con los rusos durante veinte años". ¡La guerra como un objetivo en la vida, como un cumplimiento de la existencia, atacar, alcanzar, permanecer en la silla, marchar!

El general Stenbock pronto dijo que las cosas iban "milagrosamente". Nada fue más consejos o hechos. "Parece que el rey recibe de Dios solo lo que debe hacer". Y Olof Hermelin, el Secretario de Estado, no se atrevió a decir lo que sabía y pensaba durante el asedio de Torun. «No hay esperanza aquí; todo empeora cada día. Estoy completamente desesperado ... y quién es la causa que no sea el que no quiere tomar consejos ".

61

De hecho, Karl XII gobernó soberanamente, cambió y gobernó como uno solo. E incluso si su padre, el predecesor, había elevado y elevado su posición, había difundido que él, Karl XI, "depende únicamente del Dios más elevado", "solo es razonable ante Dios por sus acciones", que él también tenía sus leyes, ya que deseaba, en resumen, que tenía "poder y autoridad", "para controlar y gobernar su reino como un rey cristiano", lo sintió aún más para su padre Hijo como gobernante absolutista absoluto, como rey por la gracia de Dios; Tal vez desde que tenía solo quince años, contra la tradición, se coronó a sí mismo y desde entonces creyó bajo la protección especial del Altísimo, que nadie necesitaba consejo.[7]

[7] Geiss III 564 y s. Kunisch, Príncipe Eugène, 25. Findeisen, Karl XII 19, 23, 35, 48, 50, 54 ss. 60. 62 ss. 69

«Siempre había un pequeño ejército de clérigos de campo suecos»

Karl tenía su conexión con el Señor de los ejércitos documentada en monedas especiales. "La venganza de Dios expulsó a los daneses", decía. O: "Por la venganza de Dios" Skane sea liberado. O, después de regresar del exilio turco: «He descansado, ahora me he despertado. Obtenga un poder renovado del cielo».

Este gobernante unió constantemente dos áreas: fe y guerra.

Poco después de su coronación, abogó por acelerar la traducción de la Biblia y expandir el ejército, comenzó un programa de armamento casi enorme, y esto con una hambruna desenfrenada en muchas partes de Suecia, particularmente en el norte y en las provincias bálticas; En Finlandia, que también había sido sueca durante mucho tiempo, un tercio de las personas murieron en ese momento.

62

Sin embargo, aunque las condiciones internas del país empeoraron como resultado del estallido del conflicto y la naturaleza de la política de la guerra real, los impuestos y otras tribulaciones aumentaron constantemente, aunque las quejas, los informes de miseria destruyeron tan poco como los reclutas, muchos de los cuales finalmente huyeron hacia o desde los bosques La automutilación intentó escapar, sí, a pesar de que los altos funcionarios y oficiales gradualmente se volvieron más urgentes y urgentes por un alto el fuego, por paz, un grupo de generales incluso se despidió y regresó a Escandinavia: el rey no se vio afectado en gran medida por todo esto, alentándolos a perseverar en el mejor de los casos, referido al futuro más brillante, la "victoria final": "Nuestro Señor estará junto a Suecia como antes, para que el daño hecho a Suecia sea de mayor apoyo y honor", y dio su atención completa más sus preparativos para la guerra, el poder de combate de los militares, el rescate de su reclamo de gran poder.

En Suecia, sin embargo, prevaleció el hambre y la peste, presagios de la victoria final. Y cuando el comerciante holandés Justus van Effen viajó por el país en 1719, solo veía personas mayores o niños, a menudo también niñas como entrenadores de los camiones de correo. “En toda Suecia, no vi a un chico joven entre 20 y 40 años que no fueran soldados. La guerra espantosa costó a casi todos los jóvenes en este desafortunado imperio ...»

Karl reorganizó la artillería el año anterior a su muerte. Desconfiando de su puntería, rara vez los había usado en batallas de campo y prefería atacar con un arma desnuda, combate cuerpo a cuerpo, después de todo, estaba casi enamorado de la vista de picos y bayonetas en la espalda del oponente que huía. Cuando su carne de cañón fue para disparar, vio "el blanco en los ojos del enemigo". Ahora estaba construyendo miles de cuerpos de artillería, introduciendo también un "arma de fuego rápido" y un "cartucho de unidad" mejorado. Y el predicador de la corte Anders

---

ss. 76 ss. 80, 88, 90 ss. 94 y s. 101, 122, 140, 146 y siguientes (aquí también las citas de Åberg y Carlson) 150, 166, 196 ss. 107, 218 y otros El mismo., La lucha, 212 ss. 231. Deschner, los asesinos hacen historia 46. Duchhardt, Balance de poder 53 ss. Kroener, "El volante" 8

Rhyzelius, el confesor de Karl en Lund, donde estaba tan ansioso por reformar al ejército y prepararse para nuevas campañas, enfatizó repetidamente cuán genuinamente el príncipe se consideraba "responsable de Dios". Los mensajes de campesinos y sacerdotes noruegos también dan testimonio de "la profunda fe, la inmersión completa del monarca en oraciones y textos bíblicos" (Findeisen). El día de su muerte, el 30 de noviembre de 1718, cabalgó para predicar en la mañana y para el Adviento cantando en la tarde.

63

No fue coincidencia que las fuerzas armadas de Suecia estuvieran inundadas de sacerdotes de campo, las horas de oración antes de una matanza eran indispensables, los servicios de adoración diarios, los sermones eran comunes, la incitación basada particularmente en la Biblia, especialmente las historias de asesinatos y homicidios en el Antiguo Testamento. "Porque el SEÑOR tu Dios irá contigo ...", como suena tan a menudo. "Todos ceñieron su espada ... y mataron a su hermano, amigo y vecino". "Todas las mañanas callo a todos los malvados de la tierra, para exterminar a todos los malhechores de la ciudad del Señor". "El SEÑOR, mi señal de campo", etc. Las "guerras santas" de los israelitas se convirtieron, como suele ser el caso en la historia de la salvación, en ejemplares para los soldados de Suecia. Una vez más, el "acaparamiento de tierras" bíblico obtuvo su abominación más horrible, la quema de las aldeas, la devastación de los bosques, los campos, la destrucción de ciudades y tribus enteras, todo esto volvió a tener un carácter paradigmático y modelo (cf. 78 y sigs., 85 y sigs.!)

En las interpretaciones de los clérigos, Moisés y el Rey Karl, el "pueblo de Dios" de antaño y los "hijos de Dios" ahora se fusionaron, a quienes el monarca no solo prometió una vez que, como informa su confesor Jöran Nordberg, "pronto todos estarán felices y felices". podría vivir». E incluso si no todos cosecharan los frutos repetidamente prometidos de la "victoria final", la puerta del paraíso estaría abierta a la caída, sí, muy abierta a todos los que siguieron fielmente las órdenes del Rey sin murmurar. "En cualquier caso, los predicadores suecos sabían cómo proclamarlo incansablemente. Dijeron esto a los moribundos, a quienes entregaron el sacramento en el campo de batalla, en las tiendas y chozas enfermas, para que levantaran a los que se quedaron, con estas palabras alentaron a los tímidos, listos para huir» (Findeisen).[8]

64

Después de que Karl devastara Polonia durante años, convirtiera al Wöiwoden (gobernador) de Poznan, Stanislaus I Leszczynski, rey y ahuyentó a August the Strong, lo siguió a su herencia en 1706 y penetró en el bosque de Turingia. En la paz de Altranstädt, cerca de Leipzig, el elector renunció a la corona polaca (hasta 1709) y reconoció a Stanislaus Leszczynski como rey. Prometió abandonar las alianzas con los enemigos de Suecia, especialmente con Rusia, y entregó a Johann Reinhold Patkul, el representante del zar, los suecos, que lo dividió en cuatro en 1707 e impuso enormes sumas a Sajonia, haciendo la enorme suma de 35 millones de Reichstaler como contribuciones (destrucción inesperada, requisiciones), más las leyes de protección del emperador de Viena para los luteranos de Silesia, por el cual Karl se convirtió en el "salvador del protestantismo silesiano" (Schick); que, por supuesto,

[8] Findeisen, Karl XlI. 32, 37 y s. 50, 58, 72, 90 ss. 123 ss. 147 ss. 150, 154 s. 164 y s. 192, 217 y s. 227 y s. 231. El mismo. La lucha libre, 23, 222, 229 y sigs.232 y siguientes.

Joseph I registró los reproches del Papa y nuevamente la réplica del Emperador de que el Santo Padre "podría estar contento de que el Rey de Suecia no me pidiera que me convirtiera en protestante ..."

En pleno verano de 1707, Karl XII se fue Sajonia, no sin haber casi triplicado su ejército de 16,000 efectivos a expensas del estado. Lo condujo de regreso a Polonia, cruzó el Vístula a principios de año, luego el Nemen, la Beresina, atacó a las tropas del zar en Holowczyn y marchó a Rusia. Después de un duro invierno que asustó a su gente de guerra, de los 40,000 hombres iniciales que casi había reducido a la mitad, sin mencionar muchos miles de caballos sacrificados y miserablemente muertos, el rey sufrió el 29 de junio de 1709, ya en el sur, en el La fortaleza ucraniana Poltava, una derrota devastadora que selló el fin del gran poder sueco. "Ahora está completamente con la ayuda de Dios", escribió Pyotr I, inmediatamente después de la victoria, reconociendo claramente la situación del conde Fjodor Apraxin, "la piedra angular de San Petersburgo" (que en ese momento todavía estaba formalmente en suelo sueco).

65

El príncipe derrotado huyó a Turquía, que lo acogió durante años y, instigado por él, comenzó una guerra contra Rusia a fines del otoño de 1710, que, sin embargo, solo inhibió temporalmente su victoria; especialmente porque la antigua alianza anti-sueca volvió a actuar como un todo, aunque Sajonia / Polonia ya no jugó un papel en la lucha, incluso si agosto el Fuerte regresó a Polonia inmediatamente después de revocar su renuncia al trono.

El zar finalmente había conquistado Livonia, Estonia y Finlandia; Dinamarca había ganado Schleswig, Bremen, Verden; Brandeburgo- Prusia ocupó Szczecin y Pomerania Occidental, en resumen, Suecia perdió todos los territorios fuera de su país de origen en 1716. Apenas porque el waq en sí mismo tenía una gran necesidad, pero debido a que incluso podría estar en riesgo de perderse, en el otoño de 1714 Karl cazó después de un asedio, 2000 kilómetros en trece días, después del asediado Stralsund y cayó cuatro años después en una nueva campaña contra los daneses. el 11 de diciembre de 1718 frente a Fredriksten (Frederikshald), una fortaleza al sureste de Oslo, solo por la noche saliendo las trincheras, tal vez, hasta hoy inciertas, por un asesino de nuestras propias filas.[9]

Después de todo, es muy probable que la bala que lo golpeó en el templo fuera disparada de cerca, así como el análisis crítico de la fuente de las publicaciones oficiales respalda la teoría de un asesinato, detrás del cual se suponía que el cuñado, el landgrave Friedrich de Hesse-Kassel se puso de pie, que aspiraba a la corona, así como la hermana de Karl, Karl Friedrich, quien, además, cuando se disparó, estaba muy cerca del rey en el frente.

Sin embargo: "Dejó su imperio como un juguete a los vientos y las olas", resume el historiador sueco-finlandés Hornborg, "pero exigió que sacrificara ciegamente todas sus fuerzas para cualquier uso. Trataba a su gente sin piedad, pero esperaba que lo siguieran aturdidos como máquinas, donde sea que los llevara. Pisoteó Polonia, pero creía que sería un aliado confiable contra Rusia. Le dio al zar Peter una

[9] Pierer XII 88 ss. Dtv-Lexikon 13, 155. Geissl 218 y ss. II 283 y ss. III 561, 563 y s. El Pequeño Ploetz 145. El Gran Ploetz 686, 1046. Chic; Historia de la iglesia 258. Invierno II 30 Burkhardt, terminación 317 y siguientes 322. Findeisen, Karl XII 82, 84, 87, 89 y siguientes. 144, 153 ss. 162 y ss. 187 y ss. 195, 207 y ss. 231 y ss. Ulbert, la política de Alemania en Francia 377 y s.

mano libre durante ocho años, pero creía que su fuerza militar se mantendría al mismo nivel que en el momento de la Batalla de Narva.» [10]

66

Rusia, sobre la cual Karl XII aparentemente tenía tan pocas ideas realistas como Napoléon o Hitler.

[10] Jutikkala, historia de Finlandia 187 h

68

CAPÍTULO 3. «MÁS BRILLANTE QUE EL SOL ...» VISTAS LATERALES DEL CRISTIANISMO ORTODOXO

> «Me gustaría añadir algunas palabras sobre el actual imperio ortodoxo de nuestro gobernante. Es el único emperador (zar) de la cristiandad en la tierra, el líder de la iglesia apostólica, que ya no se encuentra en Roma o Constantinopla, sino en la ciudad santa de Moscú. Solo brilla más que el sol en todo el mundo ...»
>
> De una carta del monje FILOTEO a principios del siglo XVI al zar VASILIJ III, el padre de IVAN IV el Terrible. [1]

El Imperio ruso de Kiev (Kiewskaja Rusj) se había convertido en cristiano en el cambio de milenio a través de su príncipe, a través del St. Vladimir, el nieto de la princesa, también un santo. Y como St. Olga de Kiev (m. 969) diezmó su propia nobleza opuesta, cómo podía tener enemigos, legaciones enteras enterradas vivas, quemadas vivas. Vladimir (980-1015), el "gran y apóstol", crímenes sobre crímenes, asesinato y fratricidio, dirigió una campaña tras otra, devastó los lugares sagrados de los paganos en todo el país y también disfrutó de cinco esposas legítimas, se dice, ochocientos compañeros de cama en varios harenes. Sin embargo, la Iglesia no dudó en incluir a este hombre en la galería de sus santos, no solo la de los ortodoxos rusos, sino también la de los uniados griegos, con la aprobación expresa de la silla papal.

69

No es de extrañar que las semillas crecieran cada vez más espléndidamente: bajo el hijo de Vladimir, el Gran Príncipe Jaroslav el Sabio (1018-1054), bajo sus tres hijos Sviatoslav, Isjaslav y Vsevolod, bajo sus hijos nuevamente, Swiatoslaws e Isjaslawitschen, etc. En resumen, en los dos siglos ¡Después de Vladimir la Santa Muerte, 83 guerras civiles y 62 guerras con otros pueblos se contaron entre los descendientes de los "grandes y apóstoles" en el imperio cristiano de Kiev (V 466 y sigs.)!

En la Alta Edad Media, el Kievan Rus cayó en numerosos regímenes territoriales principescos, que, como la iglesia, hicieron que los campesinos trabajaran para ellos, personas que se volvieron cada vez más dependientes de ellos.

El verdadero surgimiento de Rusia había comenzado con el surgimiento de Moscú inicialmente insignificante (mencionado por primera vez en 1147) en el siglo XIII después de la terrible tormenta mongola (tártaro) (VII 316 y sigs.). En aquel entonces, en poco menos de un siglo, los hombres de Moscú aumentaron su principado, la investigación habla de la "integración del imperio", de alrededor de 500 a más de 15,000 kilómetros cuadrados, al menos pacíficamente. Más bien, durante la Baja Edad Media, en los dos siglos que siguieron a la invasión mongol, se libraron más de cuarenta guerras solo contra los tártaros, unas cuarenta guerras más contra los lituanos, treinta guerras contra la Orden de los Caballeros Teutónicos y cuarenta

[1] citado de Gray, Ivan 70. Ver nota 3 de este capítulo

y cuatro contra otros enemigos, como Suecia o los búlgaros. Y además de todos estos movimientos armados continuos en todas las direcciones, hubo luchas internas continuas e innumerables sacrificios humanos debido a epidemias, solo en Novgorod hacia fines de año. Ya en 1328, Ivan I, conocido como Kalita ("bolsa de dinero"), había hecho un pacto con la Iglesia gracias a él. La dureza de los mongoles o, como se les llama en las crónicas rusas, tártaros, el Chan de la Horda de Oro (tártaro: Altun Ordu), a quien debía las rodillas, la obediencia y el tributo, el derecho a recaudar impuestos, incluida la gran dignidad, tenía a Ivan I no solo fortificará el Kremlin, sino que también construirá allí las primeras iglesias de piedra. Y hacia fines del siglo XV, cuando las condiciones generales se recuperaron un poco, floreció el comercio, la artesanía, el comercio, a pesar de toda la agitación bajo el yugo tártaro, especialmente la Iglesia Ortodoxa. Porque los tártaros, inicialmente más cristianos, luego convertidos al Islam, eran, como despiadados y bárbaros, religiosamente tolerantes. Permitieron que todas las religiones en su corte, incluso el budismo, incluido el cristianismo nestoriano, concedieran al clero ortodoxo ruso una gran cantidad de privilegios, incluso exenciones fiscales completas, y prohibieron a los tártaros usar las tierras de su iglesia, viñedos, en la pena de muerte. Para servir pastos, molinos o personas de la iglesia; cómo castigar severamente la destrucción de equipos litúrgicos, íconos, registros eclesiásticos y similares.[2]

70

La "Ciudad Santa de Moscú", "Tercera Roma"

La ortodoxia próspera, que era mucho más positiva sobre los príncipes que la Iglesia latina, la Iglesia de los Papas, que esencialmente competía con ellos, también contribuyó significativamente al surgimiento del estado. Los metropolitanos promovieron su poder y política desde el principio, a menudo unificando regiones del país desgarradas por violentas disputas; de hecho, hicieron de Moscú el centro espiritual ruso desde el siglo XIV, incluso antes de que se volviera político, antes del estado y la iglesia, si tampoco sin una pelea, no sin derramamiento de sangre, creciendo simbióticamente juntos, el estado apoyándose en la iglesia, la iglesia en el estado.

Ya en 1326, Theognost, el metropolitano de Kiev, la "madre de las ciudades rusas", se mudó a Moscú. Y si durante mucho tiempo se tituló oficialmente "Metropolitano de Kiev", fue precisamente la Iglesia Ortodoxa Rusa la que más y más y casi mesiánicamente propagó la idea de Moscú como la "Tercera Roma", es decir, la idea formulada por primera vez en 1510.

71

Con la caída de Constantinopla, la "ciudad imperial" (grado del zar) en el Bósforo, la "Segunda Roma", Moscú se había convertido en el heredero del Imperio bizantino, y el soberano moskovita era el guardián de la fe ortodoxa no solo en Rusia. Entonces, a principios del siglo XVI, cuando el país comenzó a crecer constantemente, se

[2] El Gran Ploetz 608 y s. 619 y sigs. Schick, historia de la iglesia 101 y ss. Federmann, Popen y Bojaren 59 ss. Donnert, Rusia 27 ss. 31 ss. 35. Schilling, El nuevo tiempo 174 ss. Nolte, Breve historia de Rusia 26. Gray, Ivan 15 y ss.

estimaba que su población era de dos a nueve o diez millones, el monje Philoteas (Filofei) de un monasterio en Pskov escribió a Vasilij III, el padre de Ivan IV el Terrible: «Me gustaría añadir algunas palabras sobre el actual imperio ortodoxo de nuestro gobernante. Es el único emperador (zar) de la cristiandad en la tierra, el líder de la iglesia apostólica, que ya no se encuentra en Roma o Constantinopla, sino en la ciudad santa de Moscú. Solo brilla más que el sol en todo el mundo ... Todos los imperios cristianos han caído y en su lugar se encuentra solo el derecho de nuestro gobernante de acuerdo con los libros de los profetas. Las dos Romas han caído, pero la tercera está de pie y no habrá cuarta.» [3]

En esta construcción histórico-teológica, que combina múltiples motivos seculares y religiosos, ideas de Jerusalén, Roma, Neurome, Bizancio, ahora resultó bien que Ivan III (1462-1505), abuelo de Ivan IV, el terrible, Sophia Palaiologina (Zoe) se casó, sobrina de Constantino XI, el último emperador bizantino que había caído contra los otomanos en las paredes de Constantinopla en 1453 (VIII 233). El matrimonio fue fundado por nada menos que Pablo II, este Santo Padre, quizás un poco homosexual, que se dice que murió de un ataque al corazón "mientras tenía sexo anal con uno de sus chicos lujuriosos favoritos" (Cawthorne, VIII 278 y sig.) La princesa Sofía estaba en Roma huyó, un barrio del Papa, y se suponía que debía promover la causa romana en Moscú como un buen católico.

Ivan III, que gobernó durante cuarenta y tres años, que finalmente creyó que Dios lo había ordenado especialmente para su más alto cargo, llamado "Iván, por la gracia de Dios gobernante de todo el Rusj" y se sintió como el heredero legítimo de la dignidad romana oriental, Ivan III, A quien algunos historiadores también llaman "el grande", no le gustaba la movilidad, viajar, no le gustaba hacer la guerra, al menos

no las armas, donde él mismo estaba a la vanguardia. Se decía que "aumentaba su imperio mientras estaba sentado y durmiendo en casa". No era tan acogedor, por supuesto. Por el contrario, quería, tan ambicioso como tenaz, unir sistemáticamente todas las áreas que estaban ocupadas por cristianos rusos y que a menudo aún son extrañas para los amos extranjeros o las regiones independientes bajo el cetro soviético.

72

La declaración de herencia, como es comprensible, todavía no era suficiente para el potentado. Quería ver la historia, ciertamente no nueva, también anclada metafísicamente, basada en el llamado divino de su poder monárquico, que ahora es difícil de disputar, en la noble idea de ser elegido por Dios para el trono por la eternidad.

Con calma le señaló el del emperador Friedrich III ofreció títulos de rey. "Hemos sido por la gracia de Dios desde el principio, desde nuestros primeros antepasados, gobernantes en nuestro país y, al igual que nuestros antepasados, creemos que nuestro cargo nos lo ha otorgado Dios". Ni siquiera le fue difícil creer que "en su poder y en su cargo era igual al Todopoderoso". Y finalmente, ¿no había ya adaptado el Paul adaptable que todas las autoridades eran de Dios?

Después de varias campañas, Ivan III en la década de 1970 su "herencia, el gran Novgorod", la floreciente república comercial independiente. Conquistó los

[3] dtv-Lexikon 7, 316. El Gran Ploetz 621 y sigs. 978. Schick, historiador de la iglesia. Gray, Ivan 15 ss. 70. Donnert, Rusia 42. Schmidt, historia rusa 4. Nolte, Breve historia de Rusia 57 ss. 65 ss.

Principados de Jaroslav (1463), Rostov (1474), Tver (1485), Vyatka (1489). Una y otra vez en la década de 1990 y aún en la primavera de 1500, libró una guerra contra los lituanos, asegurándole que todo lo que les quitó "pertenecía a Moscú". También estuvo involucrado en conflictos con la Orden Teutónica. E incluso en el año de su muerte, planeó una incursión contra el muy buscado y disputado Smolensk.

Ivan III, casado dos veces, tuvo un hijo y un nieto, Vasilij y Dmitrij, cuya disputa por el trono terminó decapitando a seis de los seguidores de su hijo en el congelado río Moskva y dejando a varias mujeres ahogarse en agujeros perforados en el hielo. Pero en 1505 Vasilij III Como heredero al trono, la política de anexión del padre continuó, tan terco como despiadado, solo "con más piedad" (Gray), un rasgo edificante, que floreció particularmente para su hijo y sucesor Ivan IV.[4]

73

TORTURAR, ESTACAR, DECAPITAR, ORAR O "¡UNÁMONOS TODOS EN EL AMOR CRISTIANO!"

Inmediatamente después de Vasilijs III Muerte en diciembre de 1533, la joven madre de Ivan, la segunda esposa de Vasilijs, Yelena Glinskaja, una distinguida rusa occidental, se hizo cargo de la regencia (1533-1538) para el niño en Moscú. Fue legítimo No es del todo legítimo que la primera esposa del zar, Solomonija Saburova, a pesar de sus violentas protestas, se hubiera divorciado en 1525 con el consentimiento del metropolitano Daniil, ingresada en un monasterio y destituida como monja. Hubo una serie de conspiraciones. Jelena encarceló, encadenó y mató de hambre a varios príncipes, incluido su tío Mikhail Glinsky (más tarde, el tío de Ivan, Yury Glinsky, fue asesinado frente al altar en la Catedral Uspensky de Moscú). Jelena se arrodilló y colgó varias docenas de alborotadores, muchos otros perecieron en una torre del Kremlin. Además, ella era piadosa, regular en la iglesia, también en peregrinaciones y probablemente fue envenenado; En cualquier caso, murió tan repentinamente el 3 de abril de 1538 que fue enterrada unas horas más tarde.

Además de Ivan, de siete años, su amante, el príncipe OvčinTelepnev Obolenskij, lloró su muerte, pero poco después murió de hambre en prisión donde el nuevo regente, el príncipe Vasilij Šujskij, también sospechoso de envenenar a Jelena en el Kremlin; como tenía otro rival, el concejal Feodor Mišurin, azotado y pellizcado desnudo. Bajo los Šujskijs, que desempeñaron un papel de liderazgo en Moscú durante varios años, cooperaron estrechamente con los obispos y los monasterios, todos ellos extremadamente ricos, las condiciones cada vez más caóticas se rompieron.

74

La corrupción y la violencia eran rampantes. Pero la iglesia colmó de privilegios a los nuevos caballeros, entregó 228 certificados de exención de impuestos en 11 años, saqueó la tesorería del estado, robó a la población; tenían pandillas de ladrones asesinados ilesos, incluso los jinetes de los tártaros de Kazanj podrían inundar la

[4] Geiss II 204, 208, 210, 234. Pequeño Ploetz in, HKG V 206 ss. 213. Schick, Historia de la iglesia 101 y ss. 107. Neumann-Hoditz, Peter el grande 9 ss. 14 ss. Cawthome. La vida sexual de los papas 171. Gray, Ivan, 12, 15 ss., 24 ss. 29 ss. 3 2 ss. 68 ss. Donnert, Rusia 37 ss.

frontera, devastar el país, podrían, según un cronista, testificar a su testigo ocular, "derramar la sangre de los cristianos como agua ..." Si demolieran los monasterios Habiendo arrasado el suelo, los incrédulos habitaban y dormían en las iglesias, bebían de los vasos consagrados, robaban los íconos de las piedras preciosas para hacer aretes y collares para sus mujeres; profanaron a las jóvenes monjas; si no se los llevaron en cautiverio, los cegaron, les cortaron las orejas, la nariz, los brazos y las piernas...»

A finales de diciembre de 1543, el joven Ivan decidió que Andrej Šujskij se hiciera pedazos con una jauría de perros. Nunca fuiste aprensivo en estos círculos, especialmente cuando se trataba de coronas. O para consolidar la autocracia zarista contra la aristocracia. El bisabuelo de Ivan, Vasilij II el Ciego, Gran Duque de Moscú, había clavado los ojos de su primo en la lucha por el trono.[5]

Desde temprana edad, el niño solía ser cruel, arrancaba personas de los animales, animales de las personas, también podía arrojar perros, gatos, osos desde las paredes y torres del Kremlin o galopar ocasionalmente por las calles de Moscú y pasar por todos los transeúntes, viejos o jóvenes, derribar Le pidieron a los suplicantes que le cortaran la barba y el cabello, un noble en público debido a "discursos escandalosos" en su presencia, con la lengua afuera, los rebeldes rápidamente eliminados.

En años posteriores, a menudo también ordenó, y en particular a superiores, sin liquidar mucha lectura de plumas, traidores, traidores sospechosos, otros sospechosos. Se sospechaba que el príncipe Michailo Temgrjukovic había enfermado y asesinado a la tercera esposa de Ivan, Marfa; Estaba empalado. El zar había decapitado o envenenado a otros por la misma sospecha. La repentina muerte de su segunda esposa, Marija, había ejecutado a aquellos que se cree que fueron asesinados por magia o veneno.

75

Algunos murieron bajo tortura, como el Príncipe Vjazemskij, otros murieron camino al exilio, como el Príncipe Mikhail Vorotynsky. A veces, una palabra irreflexiva, bastante inofensiva, era suficiente y se corrigió con la pérdida de vidas, como el joven príncipe Dmitrij Obolenskij-Ovcinin, para estar cerca de personas impopulares, a veces conduciendo a la muerte. Esta es probablemente la razón por la cual el príncipe Dmitrij Kurljatev, un confidente del padre de Ivan, fue llevado a un monasterio lejano con su esposa e hijas y estrangulado. Familias enteras fueron víctimas de la venganza de Ivan, incluidos Bojar Michail Morozov, su esposa y sus dos hijos. El boyardo Alexei Bazmanov, uno de los siguientes favoritos de Ivan, tuvo que ser asesinado de acuerdo con las más altas instrucciones de su propio hijo, después de lo cual fue asesinado él mismo. El hijo de diecisiete años del príncipe Alexander Gorbatyj-Sujskij tuvo que presenciar la decapitación de su padre antes de que le cortaran la cabeza. El mismo día, un grupo de otros nobles, el príncipe Dmitrij Sevyrjov, atravesó una estaca engrasada y solo murió después de muchas horas de agonía.

A fines de la década de 1560, la sospecha de Iván fue fatal para tres príncipes de Rostov, al igual que los príncipes influyentes Pyotr Scenjatev e Ivan Turuntaj-Pronskij. En el verano de 1570, el príncipe Pyotr ObolenskijSerebrjannij, Boyar Ivan Vöroncov y otras celebridades tuvieron que morir, el arzobispo Pimen de Novgorod

[5] Gray, Ivan 37 y ss. 42 ss. 48 ss. 59 ss. 82

tuvo que ir oficialmente al monasterio de por vida. Porque, por supuesto, el piadoso Iván no rehuyó eliminar a las personas consagradas. En 1574, los jefes de varios clérigos, un arcipreste, el archimandrita del monasterio Cudov, Levkij y otros delincuentes cayeron en Moscú. Sí, incluso el ex abad Filip, a quien nada menos que él, Ivan, había hecho metropolitano, fue destituido de su cargo nuevamente, sentenciado a cadena perpetua y estrangulado en su celda en diciembre de 1569.

76

El juicio criminal del zar sobre Novgorod fue terrible, anteriormente "Großnovgorod" y tan poderoso que la palabra alada decía: "¿Quién puede contra Dios y Novgorod?" Ivan III había conquistado y anexado la ciudad-estado, temiendo su transición a Lituania. Y cuando Ivan IV tuvo la misma sospecha, en diciembre de 1569 se acercó con su Soldateska, destruyó todos los pueblos y ciudades en los últimos 300 kilómetros e incluso 500 monjes apilados fueron asesinados a golpes en Novgorod.

Al día siguiente, un domingo, celebró un servicio en la catedral de Sofien, luego cenó con toda la pompa de la corte moscovita en el palacio arzobispal, que luego había robado por sus guardias, así como por las iglesias y monasterios de la ciudad, a lo que se unió Zarevic sostuvo sobre la corte de Novgorod. «En el uso de la tortura inhumana, estos interrogatorios fueron similares a los de la Inquisición española. La carne, que ya había sido expuesta por una horrible flagelación, fue quemada a las víctimas con fuegos y sartenes calientes. Las costillas fueron arrancadas de sus cuerpos con tenazas brillantes o frías. Se clavaron clavos en los huesos, las agujas de las manos y los pies se aflojaron con agujas. Algunos de ellos fueron empalados y murieron, o torturados durante horas hasta que fueron brutalmente golpeados hasta la muerte» (Gray).

Otros terminaron atados en el helado Volchow, muchas madres entre ellas; con niños pequeños, atados en la espalda. Cuando reaparecieron, empujaron a los guardias patrullando los botes nuevamente a las profundidades. Los bancos de nieve se volvieron rojo oscuro. Los cadáveres y las extremidades cortadas se apilaron en el agua; Las cabezas, los cascos y la carnicería continuaron durante cinco semanas, 60,000 hombres, mujeres y niños fueron asesinados, la peste y el hambre mataron a muchos sobrevivientes.

77

Y en el verano de 1570 hubo algunas secuelas en Moscú, exigiendo las sospechas de Iván, conjeturas conspiraciones; especialmente ayuda a la traición de Novgorod, nueva comida, nuevas víctimas. Se colocaron horcas y herramientas de tortura en público, 350 personas fueron acusadas de conspiración contra el zar, 200 ejecutadas en cuatro horas, en su mayoría colgadas o cortadas en pedazos, como su consejo Ivan Viskovatyj, que previamente había sido desnudo y atado a sus pies mientras estaba siendo El tesorero Funikov lanzó alternativamente agua hirviendo y fría hasta que sucumbió al dolor.[6]

Suficiente por ahora. Pero todo esto y cosas tan horribles fueron hechos no solo de un gobernante cristiano, sino de un cristiano declarado, creyente y convencido, un déspota flotando en la sangre con rasgos casi misioneros. Entonces, a fines de febrero de 1549, llamó a una multitud reunida en la Plaza Roja de Moscú: «¡Pueblo de Dios,

[6] Pierer XIV 523. HKG V 208. Schick, Historia de la iglesia 104. Gray, Ivan 61, 64 ss. 78, 82 s. 90, 176, 200, 207, 212 ss. 216 y ss. 222 y ss. 250 y s. 257

que Dios nos confió! Con tu creencia en Él, con tu amor por mí: ¡prepárate para perdonar! ... ¡Olvida lo que pasó y lo que no volverá a pasar! ¡Haz enemistad y odio hacia ti! ¡Unámonos todos en el amor cristiano!»

Ivan leyó la Biblia temprano, la vida de los santos, conocía los salmos de memoria, también partes de los Evangelios, y pudo citar libremente de ellos más tarde. Comenzó a identificarse con celebridades en la historia judeocristiana, con Salomón, David, Teodosio y, por supuesto, se consideraba el verdadero autócrata de Rusia, la "autoridad dada por Dios", para hablar con Romanos 13, "siervo de Dios" y así cualquiera que se opusiera a él, no solo por un rebelde, un traidor a la nación, sino también por un despectivo de la fe.

Los episodios extremos de devoción y los excesos de crueldad se combinaron maravillosamente con él, de modo que a menudo aparece como el cristianismo político personificado de la historia. A veces iba a misa durante cuatro o dos horas a las cuatro de la mañana, rezaba fervientemente, luego leía mientras los guardaespaldas, trescientos Opricniki que eligió, la "Hermandad", alimentaban y bebían enormes cantidades de vino y aguardiente de los santos. Las regulaciones, a las que les gustaba discutir temas teológicos, también promovían el programa de reforma de la iglesia, a veces inspeccionaban las cámaras de tortura, acudían a las vísperas por la noche y a la misa nuevamente después de la medianoche.

78

Iván, quien, a pesar de sus sospechas crónicas, sucumbió con bastante facilidad al efecto nimbo, particularmente influyó en dos hombres de iglesia de tipos muy diferentes: primero el arzobispo de Novgorod y el metropolitano Makarij. Recopiló una antología de más de mil vidas de santos rusos, defendió apasionadamente la política tradicional de la iglesia y la unificación de Rusia bajo el liderazgo de Moscú. La educación y el desarrollo de Iván fueron moldeados aún más por el simple sacerdote Silvestre, que temporalmente tenía un poder casi inigualable en la corte. En una colección de leyes que editó, había establecido sus "principios de gobierno": "una instrucción para vivir en estricto temor de Dios con la observancia puntual de todas las devociones prescritas en la iglesia y en el hogar, una invitación y una guía a todas las buenas obras, a la misericordia especialmente contra ellos Pobres, huérfanos, afligidos, errantes, al amor desinteresado de las personas, a la verdadera humildad y perdón cristianos, a la castidad y la sobriedad ...» (Stählin).

El arcipreste Silvestre, en contraste con el metropolitano, negó decididamente a la Iglesia muchos privilegios, especialmente para ser propietaria de sus vastas propiedades, y advirtió al joven zar en particular, su confesor, de la condenación persistente, el tormento eterno del infierno, hundiendo su imaginación en una inundación. de horrores, devastando la conflagración de 1547 que devastó Moscú, el Kremlin con su abundancia de iglesias, iconos sagrados y envolvió a varios miles de personas como castigo de Dios como resultado de sus pecados. "Entonces Dios envió el gran fuego", confesó el propio Ivan en una conferencia de la iglesia, "luego el miedo me golpeó y mis huesos temblaron; mi alma estaba apagada, me conmovió y reconocí mis pecados; Busqué el perdón del clero ...

79

Toda su vida, el zar Iván fue consciente de su pecado, así como sería bueno para un cristiano valiente. Y rezó toda su vida. Rezó por una victoria en la batalla, rezó por los que mató, rezó por el buen nacimiento de sus esposas, de las cuales se decía que

tenía siete, además de un enjambre constante de concubinas, aunque la ley canónica solo permitía tres esposas. Pero los obispos también reconocieron el cuarto matrimonio del zar, rezaron por Anna Alexejevna y al mismo tiempo amenazaron a todos los que tomaron una cuarta mujer para desterrar la iglesia. Después de unos años, sin embargo, Ivan puso a su cuarta esposa en el monasterio y solo tomó una quinta, como la sexta, como amante. Y tan pronto como se casó con su séptima esposa, Marija Feodorovna, aunque sin una bendición de la iglesia, codició como la octava Lady Mary Hastings, una prima de la reina Isabel I de Inglaterra, que está vívidamente relacionada con la felicidad de su padre Henry VIII recuerda (IX 266 y sigs.)[7]

"En tu nombre Señor ..." o Los verdaderos nombres del Señor

El zar conocía su poder sobre todo basado en el poder de la iglesia. Tenía que gobernar con ella, aunque sobre ella. Pero él quería inclinarse en asuntos espirituales. "De ustedes", apostrofó una reunión de sumos sacerdotes y la nobleza en el Kremlin en enero de 1551, "¡pido una instrucción entusiasta, pastores de cristianos, maestros de los zares y nobles, venerables obispos de la Iglesia! ¡No me perdones en mis pecados! ¡Acusame audazmente de mi debilidad! ¡Predica según el Won de Dios, y mi alma vivirá!»

80

Ivan IV, que había sido entronizado en 1547, apenas diecisiete años, en la Catedral de la Ascensión del Kremlin como un "zar y autócrata sagrado y coronado por Dios de toda Rusia" quería gobernar su país como un país verdaderamente cristiano y como guardián de la ortodoxia, y especialmente en Un verdadero espíritu de cruzada lo llenaba en tiempos de guerra, en tiempos de crisis, que por supuesto eran casi siempre. En la lucha contra los tártaros de Kazanj, no solo envió tropas, provisiones, material de guerra, sino también agua bendita de la Catedral del Arcángel y una cruz particularmente milagrosa de Moscú, con la ayuda de la cual se produjo más agua bendita, explotada en el área de batalla y, por lo tanto, podría volverse eficiente. El letrero de campo de Ivan también tenía una cruz, una réplica de una cruz que nuevamente fue muy milagrosa. La imagen sagrada de la Santísima Madre, supuestamente no hecha por manos humanas, también adornaba el estandarte del más alto general, quien finalmente hizo un llamamiento a los líderes de su ejército después de todo tipo de oraciones: «Juntos luchamos por morir por la Santa Iglesia, por la fe cristiana ortodoxa. en cuanto a nuestros hermanos de sangre, los cristianos ortodoxos que soportan un largo cautiverio y sufren de estos tártaros impíos ... Queremos estar listos para dar nuestras vidas; si morimos, no es muerte, sino vida; Si no morimos ahora, moriremos más tarde, y ¿cómo deberíamos liberarnos de estos incrédulos en el futuro? Me mudé contigo ¡Es mejor morir aquí que vivir para ver cómo Cristo es blasfemado y el pueblo cristiano que Dios me ha confiado tiene que sufrir por este pueblo impío de Kazán!»

[7] Schick, Historia de la Iglesia 179 y siguientes K. Stählin, Historia de Rusia desde los comienzos hasta el presente I 1923, 259. Citado por Schick, Historia de la Iglesia 182 y s. Gray, Ivan 47, 59 y s. 66 y s. 72 y ss. 77 ss. 84 ss. 92 ss. 119, 129, 182 ss. 249 ss. 299

A la edad de quince años, en la primavera de 1545, Ivan calentó a los tártaros de Kazanj y luego siguió una campaña contra ellos. No solo inhibieron la expansión moscovita hacia el este, hacia Siberia, sino que, como musulmanes convencidos, también fueron declarados enemigos de los cristianos y de la fe cristiana. Entonces emprendieron no solo una guerra nacional, sino, como explicó el Metropolitano Makarij, una "guerra santa", una especie de cruzada contra ellos, estos descendientes nómadas de la raza turca, los "infieles" contra quienes la "santa Rusia" incluso las mujeres El ataque comenzó. E Iván fue rechazado inicialmente una y otra vez en tres campañas, pero a la vista de Kazanj explicó: «Aquí surgirá una ciudad cristiana. Pondremos fin a Kazanj. Dios lo pondrá en mi mano.

81

El zar se mostró listo para negociar, abierto a reformas del ejército y preparado. Al mismo tiempo, dejó que el arzobispo Timofej, un elocuente defensor, condenara la creciente indecencia y la baja moral de sus disputas como ajenos al honor y al deber. "Dios, Iván y la Iglesia te llaman al arrepentimiento". De lo contrario, el sacerdote amenazó la "ira del zar" y la "maldición de la iglesia"; Trono y altar – ¡como a través de siglos, milenios en el oeste! Y el príncipe Vladimir Andrejevic, primo de Iván, gritó: «Ten valor, zar. ¡Todos luchamos por Dios y por ti con el mismo espíritu!» Sí, cómo, ya que Ivan no debería haber prometido "recompensar a los sobrevivientes, y" ¡gracias a la patria! – "quien sufre la muerte aquí, me ocuparé de la esposa y los hijos ..." Y gritó en voz alta a través de la llanura: "En su nombre, señor ..."

Pero los verdaderos nombres del Señor, en Oriente como en Occidente, en el primer y segundo milenio, no fueron Jesús, ni Cristo, ni Dios ni el diablo, los verdaderos nombres del Señor siempre fueron: riqueza y poder.

La fase final de la batalla por Kazanj, que estuvo completamente rodeada por 150,000 guerreros de Ivan, parece casi una sátira, muy sangrienta, sin embargo, fallas repentinas durante el día y la noche, ofensivas, ataques de socorro desde afuera, horas de matanza contra hombre, grandes pérdidas en ambos Páginas, aquí luchando contra el zar en nombre del Señor, luchando contra los tártaros allí con Mohammed y Allah ... Los sitiadores rusos no solo estuvieron presentes con un experto danés, un maestro de demolición, sino también, entre muchas tiendas de guerra, con tres «Feldkirchen», y mientras las minas explotaban, mientras las cargas de pólvora bien colocadas de partes de la fortificación, extremidades humanas, cabezas, brazos, piernas, giraban en el aire, los atacantes tomaron el sacramento, levantaron oraciones al cielo, el zar saltó frente a la tienda de la iglesia, evaluando el efecto de una detonación, luego volviendo a su oración, una misa, hasta que nuevas explosiones lo volvieron a volar y finalmente hubieron cinco mil tártaros en el campo de batalla.

82

Se dice que el príncipe cristiano sensible derramó "lágrimas de piedad" frente a la pila de cuerpos, pero dejó a sus esposas e hijos a sus carniceros, quienes a su vez recogieron las joyas y las insignias de la corona del Khan. Por lo demás, ordenó "dar gloria al Todopoderoso", inmediatamente participó en un servicio de acción de gracias, construyó una cruz a mano en el centro de la ciudad y también hizo construir y consagrarse una iglesia llamada "Anunciación de María" y él mismo en todo el viaje a casa. Anímate como «desertores de los bárbaros – protectores de los cristianos». Después de todo, el metropolitano había elogiado la sangrienta e importante conquista de Rusia por Kazanj como victoria "para Cristo sobre Mahoma" ... e Iván

en comparación con Constantino "el Grande".

Por supuesto, no estaban satisfechos con el creciente poder de tomar el Kazanj Khanate de Astrakhan. La gente continuó esforzándose hacia el este, empujando a través de los Urales, hacia la inmensidad más allá, atraída por su fertilidad, su riqueza de caza, animales de peletería y peces. Poco después, en 1582, dos años antes de la muerte de Ivan IV, también comenzó la conquista de Siberia, ya que un ministerio siberiano ya se había establecido en Moscú. Y así, el entusiasmo por subyugar al mundo más allá de los Urales en la capital fue apenas menor que después de la captura de Kazanj, sonaron todas las campanas de la iglesia, se celebraron nuevamente los servicios de acción de gracias y la gente gritó en las plazas del Kremlin: «¡Dios le ha dado a Rusia un nuevo principado!»[8]

Sin embargo, el impulso hacia el oeste le ha dado a Moscú más ímpetu.

El avance comenzó a fines del siglo XV con guerras contra Lituania que apenas se iban a ir. Ivan III murió por eso. Su hijo, el gran duque Vasilij, continuó las campañas, especialmente Ivan IV, y a ninguno de los bandos les importó que, como cristianos, lucharan contra los cristianos.

83

En 1558, al comienzo de la Guerra de Livonia (1558-1581), los ejércitos rusos asaltaron el país unos pocos cientos de kilómetros, cayó Narva, cayó Dorpat y ciudad tras ciudad se perdió. El año siguiente trajo nuevas tropas rusas, nueva destrucción sistemática, nuevas abominaciones. Los prisioneros son asesinados, incluso los niños pequeños son asesinados, al igual que más tarde en la masacre de Wende, donde los hombres que fueron asesinados cubrieron a mujeres y niños en toda la ciudad. "Según la voluntad todopoderosa de Dios", Ivan sabía en 1560, cuando comenzó su autogobierno ilimitado, "las tierras de Livonia han sido legalmente parte de nuestro Imperio zarista desde los tiempos del gran gobernante ruso Rurik", con el país costero báltico, la propiedad Los puertos del mar Báltico fueron a comerciar por mar con Occidente. Se aclaró una y otra vez que "Lituania y Kiev tendrían que estar asociadas con Moscú para siempre y Livonia pertenecía al zar, como siempre había sido suyo". Y finalmente, con la excepción de Riga y Reval, había conquistado toda Livonia, pero no por mucho tiempo; En 1582, en la paz de Jam Zapolski (cerca de Pleskau), lo perdió de nuevo.

Los hijos del zar también desaparecieron de manera más o menos notoria.

Ivan, el heredero al trono más viejo y presunto, desde su primer matrimonio, es asesinado en una rabieta en 1582. El heredero real al trono, Fyodor I Ivanovich, es de mente débil y depende de su suegro Boris Godunov, quien realmente gobierna. El hijo menor, Dmitri epiléptico, de nueve años, del séptimo matrimonio del zar, murió en 1591, ni en ese momento, a pesar de interrogar a trescientos testigos, ni en ningún momento hasta hoy circunstancias completamente claras.

En ese momento, muchos otros miembros de la gran familia principesca murieron de una manera enigmática. La sospecha de complicidad es sobre todo Boris Godunow, quien también se rumorea que estuvo involucrado en la muerte del zar Fyodor en 1598 y que lo envenenó. Poco después, la viuda del zar, la hermana de Godunov, va al monasterio; donde algunos de sus adversarios han desaparecido. Y el

[8] El Gran Ploetz 979. Gray, Ivan 68, 96 ss. 105 y s. 110 y ss. 115 y ss. 120 ss. 125 ss. 130 ss. 290 y sigs. Nolte, Breve historia de Rusia 62 y siguientes Schmidt, Historia Rusa 37

ex arzobispo Iov von Rostov, quien se convirtió en el primer patriarca ruso en 1589 a través de Boris Godunov, ahora se asegura de que Boris Godunov sea promovido al nuevo zar (1598- 1605). Hizo que el Patriarcado de Moscú fuera independiente de Constantinopla, presionó la subyugación de Siberia e hizo todo en particular para asegurar el trono de su casa: "el que parecía peligroso para él fue eliminado" (Pierer).

84

Pero el 13 de abril de 1605, el zar Godunow murió repentinamente, y solo unas semanas después de esta sorprendente muerte, su hijo y sucesor, Fjodor Borissowitsch, un niño de quince años, fue derrocado cuando fue estrangulado el 10 de junio, junto con su madre, la Gran Duquesa María. El 20 de junio, el falso Demetrio marchó a Moscú y recibió la corona del zar y felicitó al papa Pablo V en julio, quien también prometió promover su reputación. Sin embargo, tan pronto como el próximo verano, el estafador fue barrido por el pueblo ruso, su cuerpo fue horriblemente destrozado, enterrado, desenterrado de nuevo, quemado y las cenizas todavía fueron disparadas con un disparo de cañón, por cierto, la escena urbana por el asesinato de unos quinientos polacos, «paganos» extranjeros, ajustado, con el cual comenzó el "tiempo de agitación", Smuta 1605-1613 (IX 173 y sigs.!)[9]

El "tiempo de agitación"

Por un lado, estas luchas a menudo superpuestas, en parte político- militares, en parte social-revolucionarias, por nombrar solo los hilos principales, una discusión entre el gobierno y los boyardos, fallaron en la nobleza al tratar de recuperar o restaurar ciertos poderes más antiguos contra el zarismo. para limitar su poder. Por otro lado, partes de las personas trataron de preservarse o liberarse del vínculo de los terrones, el requisito de la servidumbre, y con el apoyo de la gente del pueblo pobre y los cosacos, hubo un gran levantamiento (campesino), cuyo líder es Ivan Isayevich Bolotnikov, esto es controvertido (como se sabe poco sobre Bolotnikov, casi nada sobre sus primeros días), tal vez se intentó el primer gran trastorno social en Rusia, pero fue cegado y ahogado en 1608.

85

La agitación de Bolotnikov, con la que se había practicado la brutalidad durante mucho tiempo en el estado de Moscú, no solo tenía como objetivo, sino sobre todo contra miembros de alto rango de la sociedad, contra boyardos, nobles, terratenientes, que fueron sometidos a los más variados rituales de ejecución, torturas alargadas que a la gente le gusta hacer. colgado de pie, clavado boca abajo en las murallas de la ciudad, cayó de las torres. No hace falta decir que fueron robados; casi también que les quitaron mujeres y niños y los profanaron. Los prisioneros fueron liquidados masivamente en la capital; "Todas las noches", informa Isaak Massa, un comerciante holandés y un importante testigo ocular, "fueron conducidos a cientos en Moscú, asesinados como corderos sacrificados, alineados en fila y golpeados en la cabeza como bueyes y arrojados". bajo el hielo del río Jauza» .

[9] Pierer XIV 523 y s. Geiss II 253, 256 s. III 369 y s. El Gran Ploetz 622, 979 y s. HKGV 208 y s. Pastor XII 471 y s. Schmidt, historia rusa 11 ss. Gray, Ivan 27 ss. 35 ss. 38 y s. 44 y s. 154 y s. 164 ss. 176 ss. 230 ss. 261 ss. 266 ss. 270, 303. Leo, El levantamiento de Strelitzen de 1682 en Moscú 178 ss.

Durante mucho tiempo, los historiadores, no solo los soviéticos, han interpretado el evento como un pronunciado levantamiento social revolucionario, como una rebelión campesina contra la propagación de la servidumbre, mientras que la "última investigación" quiere saber poco más sobre el "modelo de guerra campesina" tan popular en la historiografía soviética. asegure, más bien, que en esta primera gran rebelión rusa "no se estaba librando una" guerra campesina "antifeudal", no un alboroto de las clases bajas contra la clase alta, sino una "lucha por ideas tradicionales y entendidas legítimas de orden con el" verdadero zar " la parte superior». Así es como debe ser "entendido", como se dice expresamente. Del mismo modo, la revuelta poco anterior de Cholopko (1602/1603) no debe entenderse en términos de historia social, no como la primera "sublevación masiva de las clases bajas y como un preludio de la" guerra campesina "de Bolotniköv", sino como una "sublevación del hambre" (Krispin).
86

¡Como si no pudieran haber sido ambos! ¡Como si la hambruna casi inimaginable que barrió a Rusia a principios del siglo XVII no pudiera propagarse como protesta social o indignación! El desastre fue lo suficientemente indignante. Conrad Bussow de Lüneburg, ex embajador sueco en Moscú y luego combatiente Bolotnikovs, estimó que el aumento en los precios del pan entre 1601 y 1603 fue de aproximadamente 25 veces, el número de víctimas de desnutrición y epidemias fue de medio millón, e insistió: «Pero con Dios Para ser testigo de la verdad, vi con mis propios ojos que había gente en la calle que comía hierba en verano y heno como ganado en invierno. Varios estaban muertos, y sus bocas estaban llenas de heno y heces; algunos de ellos, bona venia, se tragaron excrementos humanos y heno. Innumerables niños han sido asesinados, sacrificados, cocinados por sus padres y los padres de sus hijos, incluido el invitado por el anfitrión y viceversa. La carne humana fue picada, horneada en pierogi ... y vendida y comida en el mercado como carne animal» .

Por lo tanto, no fue diferente en el este ortodoxo que en el oeste papal, donde los hermanos y hermanas cristianos que han muerto de hambre en este tipo de necesidades ocasionalmente han sido traídos a la casa desde la Edad Media, atendidos con frialdad, puestos en sal y disfrutados (IV 490, VIII 81 y sigs.!). No hace falta decir que los más pobres de los pobres siempre se convirtieron en las primeras víctimas del orden social, las primeras víctimas de compras especulativas, acuerdos de proveedores, aumentos de precios, usura, medidas equivocadas, etc.

Del mismo modo, el hecho a menudo atestiguado de que el clero, especialmente el alto, se aprovechó de la calamidad general y se enriqueció en la miseria de muchos. Así escribió Isaac Massa, el comerciante holandés en Moscú, donde miles de personas murieron de hambre y pestilencia en lugares y campos abiertos: "Incluso el propio patriarca, el jefe del clero, que era visto en Moscú como si fuera un santo, era dueño un gran suministro de pan y dijo que no lo vendería en anticipación de un aumento en los precios. En muchos monasterios y con muchas personas nobles y ricas, las tiendas estaban llenas de grano y parte de él ya se había podrido durante mucho tiempo, pero no querían venderlo» .
87

De modo que tampoco fue diferente en el cristianismo ortodoxo que en el católico. O no había acumulado grano en 1194, cuando miles y miles murieron de hambre, incluido Raoul von Wanneville, obispo de Lisieux y canciller del Reino Unido, para no aliviar la miseria de los hambrientos y moribundos; pero para "vender caro ..."

(VIII 83)? Lo cual recuerda vívidamente al Santo Padre, el Papa Sabinian, quien ya en 605 durante una hambruna en Roma rechazó rigurosamente a los creyentes cristianos que lo oprimieron, se negó bruscamente a proporcionar ayuda, y luego comenzó a vender su grano a precios de usura, a 13, incluso 30 solidi por bushel (IV 335).

El potencial de conflicto de los Smuta también se vio incrementado por la persecución de los judíos. Debido a su emigración y expulsión de países occidentales, de Baviera, Austria, Silesia, Suiza y España (VIII 242 y sigs.), Se reunieron en el período moderno temprano, privilegiado por los príncipes, en el este, en Polonia, Lituania y Ucrania y luego cayó víctima del odio hacia los extranjeros y la clase alta, así como el celo cristiano por la fe. Pero no solo los ortodoxos. Después de todo, la Polonia católica había sido un bastión del odio hacia los judíos que emanaba del clero durante la mayor parte de la era moderna, que había asociado varios horrores a los "hebreos", desde el nivel del anfitrión hasta el asesinato de niños, la brujería y el envenenamiento.

Los pogroms no comienzan ni terminan con la smuta. Por el contrario. Culminaron, inicialmente, en 1648 en Ucrania, donde comunidades judías enteras fueron exterminadas, en Polonia, donde doscientos mil judíos murieron en el mismo año. "El asesinato estuvo acompañado de un tormento cruel: la piel de las víctimas fue arrancada con vida, fueron cortadas en pedazos, golpeadas hasta la muerte, asadas en fuegos de carbón o escaldadas con agua hirviendo ... Fueron expuestas a la aniquilación completa, y lo menos la pena que se les mostró se consideraba traición. Los cosacos arrastraron los rollos de la ley fuera de las sinagogas y bailaron alrededor bebiendo licor. Luego los judíos fueron puestos sobre ellos y asesinados sin descanso. Miles de niños judíos fueron arrojados a los pozos o enterrados vivos» .
88

En Cracovia, un farmacéutico fue asesinado en 1663, bajo la acusación no probada de ser el autor de un folleto contra la Virgen María, en el orden establecido por el tribunal: primero se pellizca los labios, luego se chamusca la mano, se corta la lengua y finalmente el resto ardió en la hoguera. Al año siguiente, los alumnos de una academia jesuita entran al gueto de Lviv, masacran a unas 100 personas y destruyen sus casas, incluida la sinagoga. Y en Rusia, donde en el siglo XIX vivían dos tercios de todo el mundo judío, los odiados fueron cazados en 284 ciudades en 1904 con la bendición de la iglesia y asesinaron a 50,000 con la aprobación del gobierno (cf. I 2do cap. P. 511 y sigs.! II 48 y sigs., 271 y sigs., 391 y sigs. VI 362 y sigs. VII 12. Cap.! VIII 242 y sigs.! Y otros) .[10]

Insurrección sobre insurrección; Trono y altar o "... incluso les extrajo la médula a sus piernas"

[10] El Gran Ploetz 980. Goldberg, judíos bautizados 163 y s. Czermak, cristianos contra judíos 78 y sigs. Deschner, Opus Diaboli 42 ss. Schmidt, Historia rusa 15 ss. Esp. 17 y s. 20, 22. Krispin, El levantamiento de Bolotnikov 27 y s. 34 ss. 51, 54 ss. 64 ss. León, levantamientos en el Imperio ruso 1 y ss. Roller-Aßfalg, El levantamiento de Moscú de 1648, 70 ss. Ver también Erhardt, De la inquisición 131 y ss. Streminger, la bondad de Dios 150 ss.

Después de la smuta, la casa Holstein-Gottorp-Romanow (1613-1762) se hizo cargo del regimiento, y bajo sus auspicios a menudo era apenas menos corrupto, apenas menos violento.

La continua insatisfacción, la privación de los derechos de las masas, incluso de estratos heterogéneos, ya señalan la nueva "agitación" casi inquebrantable, la revuelta constante en este siglo, en realidad el siglo de los levantamientos en la historia rusa por excelencia y no sin razón como un siglo de " período sedicioso» (buntašnoe vremja) caracterizado.

89

Ha habido una sorprendente abundancia (además de una gran cantidad de pequeños movimientos de levantamiento), particularmente desde mediados del siglo XVII, y, significativamente, los historiadores prestaron poca atención a esto antes de 1917: el levantamiento de Tomsk en 1648, el levantamiento de Moscú en el mismo año, y luego el levantamiento del Bohdan Chmiel'nicky en Ucrania, pero aún no Moskovitic en ese momento; luego los levantamientos de Novgorod en 1650 y Pskov en 1650, el levantamiento de los monjes en el monasterio Solovki en el Mar Blanco en la década de 1960, el levantamiento de cobre de Moscú en 1662, el levantamiento cosaco bajo Stenka Razin 1667-1671, el "Robin Hood ruso", en Moscú se dividió públicamente en cuatro, el levantamiento de Strelitzen de 1682, el levantamiento de Strelitzen de 1698, el levantamiento de Bashkir desde 1705, el levantamiento de Don Cossack bajo Kondratij Bulavin 1707-1708 ... Sin mencionar las formas indirectas de resistencia.

Todo esto refleja un alto 'potencial' de necesidad social, así como la tiranía del estado. Por un lado, la rebelión contra los "poderosos y fuertes", contra los favoritos zaristas, a veces un grupo explotador de diversos orígenes; Por otro lado, todos los mecanismos de subyugación, los diversos medios de presión y los actos arbitrarios de los déspotas. Aquí frentes crecientes, tribulaciones, pobreza desenfrenada, hay una tremenda depravación y enriquecimiento, la adicción constante, la avaricia constante, el número cada vez mayor de personas en cautiverio de intereses, para reprimir la servidumbre, deshonra a Rusia hasta 1861, para esclavizar a través de la deuda.

También había una necesidad cada vez mayor de capital, sobre todo debido a las guerras interminables, el gasto cada vez mayor para el ejército, que se triplicó o triplicó en este seculum, la práctica de reclutamiento y despliegue cada vez mayor, el gasto cada vez mayor también para la corte aumentó de 2000 a 7500 personas en solo unas pocas décadas. Hubo graves crisis monetarias, explosiones de precios y, en ocasiones, falsificaciones extensas. Hasta 1663 solo, bajo Aleksej Michajlovič – debido a su extraordinaria piedad adornada con el atributo del "zar extremadamente gentil" (tišajšij car ') – 7000 personas fueron condenadas a muerte (número estimado de "criminales reales": ¡200!). Y 15,000 personas fueron condenadas a flagelaciones, mutilaciones, mazmorras, bajo la regla, a quien se elogió como "suave" y "gentil".

90

En general: los horrendos castigos, las expediciones punitivas, las ejecuciones masivas de este estado que se está preparando y matando a sí mismo como una superpotencia europea, su abundante tortura, sacando la lengua, colgando, decapitando, ¡los cuartos a menudo son solo sospechosos, inocentes!

Demasiado comprensible es el hambre de los exhaustos, los maltratados por un

gobierno más moderado, por la justicia, la protesta contra el abuso del poder por parte de ministros del zar altamente privilegiados, el grito solo por la extradición que "chupa la sangre de la gente", como un ejemplo solo en lugar de muchos, bajo el zar Aleksej Michajlovič Romanov nuevamente, el tan piadoso y gentil, el dignatario Leontij Stepanovič Pleščeev, jefe de la Oficina Estatal de Moscú (zemskij prikaz), sobre quien se escribió que «se afeitó y raspó sobre las masas del hombre común: no debía ser tratado por los pasteles saturate: si Parteyen entrara en el Canceley antes que él, incluso destrozaría al Marek de sus piernas.

Los insurgentes lo masacraron en el "lobnoe mesto", una parte prominente de la Plaza Roja, antes del sitio oficial de ejecución, pero donde siempre se usaban objetivos políticos o religiosos cada vez más altos para salpicar sangre, decapitar, matar, donde en las procesiones de la ciudad, casi se cuelga simbióticos juntos, incluso servicios de adoración; un lugar respetuoso, a veces, casi por casualidad, también un punto de encuentro con grupos rebeldes.

91

Por ejemplo, inmediatamente después de la liquidación de Pleščeev, el patriarca Iosif apareció en nombre del zar piadoso y llevó consigo no solo a muchas personas de alto rango, confidentes de Aleksej, sino también para promover el bien, apaciguar al mal, la causa del demonio, lo milagroso, el icono de Vladimir "no hecho por el hombre", algo así como un "factor de comunicación" de legitimación del poder que fue muy valorado en los siglos XVI y XVII Porque la antigua cooperación cargada de conflictos del trono y el altar continúa durante todo el siglo hasta que encuentra una conclusión significativa bajo Pyotr I.[11]

Y mientras los cristianos en el norte se enfrentaron, se destrozaron, durante décadas, libraron batallas asesinas contra los turcos en el sur, duplicando, triplicando el imperio de los Habsburgo a través del Príncipe Eugène.

[11] Pierer IV 64. Geiss IV 440. Little Ploetz 130, 144, Big Ploetz 980, 989. Oswalt, Reformas internas 346 y s. Gray, Ivan 106 y siguientes Lion, levantamientos en el Imperio ruso, en: Levantamientos populares en Rusia 1 y siguientes 7 y s. 15 y s. 26 El levantamiento de cobre de Moscú de 1662, 105 y ss. 116. El mismo. El levantamiento de Strelitzen en Moscú en 1682 163 ss. 184 ss. El mismo. La sublevación de los cosacos de Don bajo Kondratij Bulavin, 1707-1708 223 ss. Roller-Aßfalg, El levantamiento de Moscú de 1648 69 ss. 75 ss. 79, 82, 89 ss. 93 ss. 102 ss. Krispin, El levantamiento de Bolotnikov 29 y siguientes Schleuning / Tuchtenhagen, El levantamiento de los cosacos bajo Stepan Razin 1667-1671 131y ss. 156. Moutchnik, El "Levantamiento de Strelitzen" de 1698 a 197 ss.

94

CAPÍTULO 4. PRÍNCIPE EUGÈNE, «EL NOBLE CABALLERO» Y LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA

"La gran inclinación de este príncipe es ir a la guerra sin preocuparse por las causas o consecuencias de la misma, y verse a sí mismo al frente de un ejército donde puede hacer una figura considerable solo ... y allí habiendo crecido bajo los brazos, hasta ahora ha borrado los sentimientos de lástima y arrepentimiento que puede sacrificar la vida de mil personas por un Capricho de fama o venganza".

JONATHAN SWIFT [1]

“Por las batallas ganadas, el Príncipe Eugène recibió algo así como 'comisiones' o 'bonos de éxito', que se pagaron en efectivo como después de la Batalla de Höchstädt. El emperador tomó represalias por el éxito militar, pero también con altos y rentables cargos.

Después de la bravuconería de Turín en 1706, el Príncipe Eugène fue nombrado gobernador general de Milán, una oficina que registró 150,000 florines anualmente, e incluso mucho después de la guerra

... Las victorias de Oudenaarde y Malplaquet también dieron sus frutos... Alrededor de dos tercios de sus ingresos anuales, estimados en alrededor de 300,000 florines, fluían a sus arcas de los Países Bajos cada año» .

HANNE EGGHARDT [2]

«La era de los héroes de Austria es realmente la era de Eugène. Ya hemos sabido qué significan sus victorias para la creación de la nueva Europa Central: Zenta, Höchstädt, Turín, Oudenaarde, Peterwardein y Belgrado son los hitos en el camino hacia la creación de la nueva posición mundial del pueblo alemán y sus emperadores, para eliminar el dominio universal de Francia, la superioridad turca y el peligro.»

WILHELM SCHUßLER [3]

95

"Apariciones que reflejan los recuerdos del último cirujano de Halle, Johann Dietz, un hombre que probablemente no puso en peligro su reputación, después de 1686, cuando se conquistó el horno, ningún turco quedó con vida, todo masacrado, la mayor parte de la piel arrancada El hecho de que la grasa humana se haya tostado y secado para finalmente salir a la venta como una "momia" bien remunerada (Pulvis Mumiae) no es tan inusual, a pesar de su proximidad a un topos literario.

En la Batalla de Peterwardein (1716), al menos 10,000, pero probablemente más de 20,000, los turcos fueron asesinados por los soldados del Príncipe Eugène, y no fue diferente en Zenta (1697) sin una necesidad militar de ello» .

HEINZ DUCHHARDT [4]

El rey Carlos II, el último Habsburgo en el trono español, no era ni física ni mentalmente saludable, apenas era reproductivo y sus súbditos lo llamaban "el hechizado". Declararon dos matrimonios sin hijos (con una princesa francesa y una austriaca) como obra del diablo. Y después de designar al Príncipe Elector Joseph Ferdinand de Baviera, nieto de su hermana Maria Theresia, como único heredero en

[1] Swift cit. cerca de Braubach III 93
[2] Egghardt, Príncipe Eugène 100, 102
[3] Schüßler, Príncipe Eugène 47
[4] Duchhardt, Europa la noche anterior a 70

noviembre de 1698, pero murió tan repentinamente al año siguiente, ¿eso? Los supuestos contemporáneos del veneno hablaron, y otras muertes sorprendentes demostraron ser complicadas por el envenenamiento de parientes cercanos en los círculos nobles de París, el rey español cambió su testamento a principios de octubre de 1700, lo que estableció la indivisibilidad de una monarquía, cuya posesión al menos dominaba dependía de medio continente, a favor del duque Philippe de Anjou, el nieto de 17 años y candidato de Louis XIV, y murió el Día de Todos los Santos cuatro semanas después.

96 Pero mientras el rey Ludwig celebra la colosal concentración de poder franco-española en el Palacio de Versalles, mientras el enviado español Marqués Castelldosrius llama intoxicado: «Los Pirineos han dejado de existir. Formamos una sola nación», mientras que el príncipe francés como Rey Felipe V de España (1700-1746) pronto será bien recibido allí también, en la Baja Italia española, sí, en muchos países europeos, incluido el Papa, el Emperador Leopold I se opone Esta regulación se agudiza y comienza en la primavera de 1701, sin declarar la guerra y violar el territorio de la neutral República de Venecia, con un espectacular cruce de los Alpes Tridentinos bajo su general Príncipe Eugen (a menudo celebrado como el cruce alpino de Hannibal, Bonaparte o Suvorov). Ahora, no solo da forma decisiva a Eugene, sino que él mismo se convierte cada vez más en un modelo a seguir, un ídolo de generaciones enteras (cristianas), incluso siglos, un mito hasta el día de hoy.[5]

Príncipe Eugène y «nuestros valores cristianos»

Sin embargo, el de Saboya no solo figura aquí, incluso sorprendentemente en términos generales debido a él, no cubre el espacio desproporcionadamente grande debido a su papel de héroe, que es tan deseable, no, debido a su audiencia, el tiempo y los tiempos que lo hicieron alegría, el "brillante general", el "gran maestro de la guerra" (Braubach), el "mayor héroe de guerra de nuestro siglo" (Friedrich II de Prusia), el "imperio más poderoso del imperio que Austria tenía hasta ahora" (Schüßler), quien "derramó su sangre trece veces" (el mayor general se retiró Kerchnawe). Pero no como "más de los países de su emperador", solo gana elogios y alabanzas, como "más" también "del Imperio alemán" o, según Seckendorf, el mariscal de campo, en una oda, como un "espíritu protector del mundo alemán", aunque nacional alemán Los motivos eran bastante extraños, aún más, tal vez tentadoramente obvio para algunos hoy en día: ¿los europeos?

97 En cualquier caso, con Eugène, el "protector de Occidente", el "político europeo" (Braubach), en las a menudo terribles masacres turcas de finales del siglo XVII y principios del XVIII, no solo se habían defendido, no, con él, Lo que quisiera una y

[5] Geiss II 286. El Pequeño Ploetz 148. Landmann, Eugène 38. HEG 556L HKGV 146 y s. R. Krebs, en: HEG IV 553. Schüßler, Príncipe Eugène 42.Braubach I 49, 78, 101, 303 y s. Fuchs / Raab, Diccionario de historia alemana II 755. Voss, Historia de Francia, Kunisch, Príncipe Eugène 135 y s. Prensa, Guerras y crisis 451 y siguientes Schindling, Leopold I 183. Duchhardt, Antiguo imperio 24. Egghardt, Príncipe Eugène 72 y ss. Burkhardt, finalización y reorientación 261. Ver ibid. 155

otra vez, lo que siempre hizo, sobre todo atacando y atacando, se había ganado, "conquistó esas vastas áreas donde más tarde a través de la disciplina y el orden militar, a través de la diligencia de los guardias fronterizos y los colonos alemanes desde los pantanos, Los lagos y los huevos del desierto crearon el suelo más fértil de Europa Central y se abrieron nuevas áreas de asentamiento para los colonos alemanes» .

Así que Eugène no es tan cristiano como para decirlo nuevamente, con respecto al cristianismo, debido a su "recepción" por él. Realmente no sabemos lo que él creía o no creía. Eso sigue siendo indistinto, al menos controvertido. Ciertamente, él estaba en la tradición cristiana occidental, cumplió sus deberes como católico, incluidos los impuestos a él como "abad" (por supuesto, no sacerdotes). Asistió a misa, recibió los sacramentos, siguió golpeando el Tedeum e incluso se hizo una coraza con la Madonna estampada en el lado izquierdo de su pecho. Pero mientras así testifica la "piedad y piedad", la "piedad sincera", la "lealtad infantil" a su iglesia y, a pesar de algunas críticas, la adhesión a la institución del papado, tiende a la indiferencia hacia los demás.

Sin embargo, cien años después de la Guerra de los Treinta Años y bajo la influencia de la Ilustración, creía que las disputas denominacionales eran aparentemente anacrónicas, molestias, como una vez confesó al duque de Bevern, "que realmente no merecen tan grandes gritos". El propietario quería absolutamente a sus refugiados rurales de nuevo, ya fuera Raizen eslavo, católico, calvinista u ortodoxo griego, apenas le importaba. Tampoco deberían los asuntos religiosos haberlo determinado en las negociaciones. No era un fanático en materia de creencias, personalmente, obviamente, muy alejado de un estado de ánimo y sentimiento cruzado, y por lo tanto, no era realmente un "miles de cristianos". Sin embargo, lo decisivo es que él, como tal, lleva la memoria de generaciones cristianas enteras y lo convierte en un modelo a seguir, de hecho que, en lo que respecta a Friedrich Carl von Schönborn, el Príncipe-Obispo de Bamberg y Würzburg y el Vicecanciller, él es "el gran modelo a seguir como persona". para la sociedad aristocrática y educada» se convirtió en el «Rey de hombres honestos» .
98

Aquí, Eugène de Saboya también ejerce una especie de poder: porque representa mucho de lo que otros creyentes cristianos "más liberales" ilustrados de su tiempo, especialmente como la llamada élite política, más o menos similar, también representada, creída o ya no creía; porque encarna e irradia gran parte de ese complejo siniestro que uno, una y otra vez, rotundamente retórico y nada significativo, describe con el lema "nuestros valores" o "nuestros valores cristianos", probablemente no con más detalle definido, en su mayoría deliberadamente más oculto que aclarado. No se entiende normas éticas bíblicas, ni los Diez Mandamientos, el Sermón del Monte, ni ninguna cosa hermosa del catálogo cristiano de virtudes, fe, esperanza, amor o cualquier otro arrebato teológico. No "Nuestros valores cristianos", lo que significa que significa poder, violencia, significa resistencia, como escribe el cardenal Richelieu, "aplastar todo", significa expansión, más allá de las fronteras, gobierno creciente, adoctrinamiento y agotamiento de las masas con propósitos nobles y precautorios. Objetivos "Nuestros valores cristianos" es esa mezcla salvaje de glamour falso, devoción, espíritu de subyugación y preparación fatal para el beneficio de menos y para la ruina de muchos.

Incontables "Carmina" fueron escritas en honor a Eugène, y después de la Batalla de Peterwardein también el poema:

99

«Exaltado y gran príncipe,
tú César de nuestro mundo,
viniste, viste, ganaste,
los enemigos fueron derrotados.
¿Qué dirán los últimos tiempos
sobre tus actos?»[6]

Mudanza a la casa de los Habsburgo

De origen italiano, francés de educación, Eugène era el quinto hijo de Eugène Maurice de Saboya, conde de Soissons de Saboya- Carignano, nacido en París el 18 de octubre de 1663. El padre, un joven militar; murió temprano, ya en 1673, en una campaña en Flandes, "con tanta piedad como firmeza", junto con su sospecha (no confirmada) de que había sido envenenado. La madre de Eugène, Olympia Mancini, hija de un barón romano y sobrina del acaudalado cardenal Jules Mazarin, uno de los estadistas más importantes de Europa y mundialmente famoso por su superstición, fue a veces todopoderoso en Francia y brilló durante mucho tiempo como el favorito del joven Louis XIV, como el centro y la reina del Patio interior.

Pero no todos sus sueños se hicieron realidad, ni siquiera al principio, el de su hijo Eugène. Y mientras Olympia tropieza con una existencia poco fiable y aventurera: extravagancias frívolas, festividades intoxicantes, sesiones espiritistas e intrigas judiciales, tal vez también involucradas en un escándalo de asesinatos, envenenamiento de la reina española Marie Louise, la sobrina de Louis XIV, durante todo esto los niños permanecieron más o menos dejarse a sí mismos, o sus camareras y lacayos. Y más tarde, las hermanas sobrevivientes no terminaron en el monasterio voluntariamente, especialmente porque la anciana, Marie Jeanne-Baptiste de Soissons, como Liselotte von der Pfalz, luego duquesa de Orleans y cuñada del rey, le escribió a su tía Sophie, electora de Hannover en 1697. vivió vergonzosamente, «pon un bastardo allí cada año, y realmente no sabes quien es el padre de ella»; Además, ellos y sus compinches noche tras noche "suavemente ciegos" y engañados con muchachos, "Summa, una vida mejor que la que ella llevó, es imposible llevarla". Después de todo, Olimpia, su madre, murió, como el arzobispo de Malinas le informó al príncipe el 10 de octubre de 1708, "muy cristiano bien dotado de los agentes curativos de la Iglesia", así como él también es probablemente diferente con este consuelo.[7]

100

---

[6] Sautter, Léxico biográfico 369. Landmann, Príncipe Eugène 78. Schüßler, Príncipe Eugène 41, 44. Kerchnawe, Príncipe Eugène 7 y s. Braubach, Diplomacia secreta 11. El mismo. I 141 y s. 396 nota 155. III 275. IV 101 y ss. 146, 270. V 15, 22, 25, 119 ss. 344. Egghardt, Príncipe Eugène 62. Deschner, los asesinos hacen historia, 87

[7] Schüßler, Príncipe Eugène 41. Braubach I 21 y s. 31 ss. 43 ss. 51, 57 ss. 61 ss. 68 ss. 71 ss. Egghardt, Príncipe Eugène 11, 20, 26, 113

Eugène también parecía estar enfrentando un mal destino.

No se sabe mucho sobre sus primeros veinte años en París, casi nada sobre la infancia, poco sobre la adolescencia. Completamente inadvertido, un discurso conmemorativo elogió inmediatamente después de su muerte que había escalado a la "perfección" y "solo reveló lo alto que era cuando viejo".

Es retratado como pequeño, como un "gnomo feo", pero de acuerdo con Jonathan Swift "tolerablemente feo", con una nariz corta, rechoncha, es decir, "olfatea", con un labio superior apretado, boca siempre abierta, al igual que Liselotte dijo una vez sobre el Palatinado, "un chico sucio, muy depravado (descuidado) que no daba esperanzas de nada correcto". Se dice que, junto con un primo, el príncipe de Turenne, realizó extrañas escapadas a la aristocracia homosexual. Ambos niños no solo llevaban el nombre de putas notorias, sino que "fingían que estos dos también se usaban y siempre daban un boout venant beau jeu y las damas actuaban".

Si el hermano Philippe había sido elegido para carreras clericales a una edad temprana, ahora se pensaba que él también cuidaría a Eugène. Durante un viaje con la madre a Turín, a la corte de Saboya, el "Caballero de Carignano" de quince años se convirtió en el "Abad de Saboya", que recibió toneladas de toneladas y pequeñas ordenaciones como señal de su "vocación" Llevaba la sotana. Y si "nuestro rey", como Liselotte afirma creíblemente, le dio a Eugène, el "petit salope", la "pequeña perra", como ella lo llama, "una abadía o simplemente una pensión de 2,000 táleros", no se habría ido .
101

El joven, sin embargo, no sentía "inclinación" a la vida espiritual, quería "probarse a sí mismo" militarmente, en la guerra, en los campos de batalla, fue atraído mágicamente por la fama, la fama a través de movimientos de armas grandiosos y ampliamente perseguidos, a través de un monstruoso derramamiento de sangre. En una audiencia con Louis XIV, solicitó un comando militar, una compañía de 40 hombres. "La solicitud fue modesta", dijo más tarde el "Rey Sol", pero el peticionario no. Nunca nadie me miró a la cara tan descaradamente como un gavilán enojado.

Después de que Eugène, como él mismo testifica, siguiendo ejemplos de ancestros nobles, informó al servicio de la patria y la Casa de Borbón, y después de hacer personalmente dos intentos miserablemente fallidos de unirse al ejército con el rey, huyó con su yerno, su amigo Louis Armand Conti, cruzó la frontera y finalmente terminó con el mayor adversario de su anterior maestro, Leopold I.

"Le aseguro, el más amable Emperador, mi lealtad inquebrantable y que dedicaré toda mi fuerza, mi coraje y, si es necesario, mis últimas gotas de sangre al servicio de su Majestad Imperial y al bienestar y prosperidad de su gran casa". Entonces el príncipe ahora se ofreció al potentado del oponente, y tal vez quién sabe, el Habsburgo lo habría rechazado tan burlonamente como el Bourbone, tal vez le habría aconsejado al "pequeño Abbe" como él que rezara en lugar de pelear, especialmente desde que el emperador Leopold I era mucho más piadoso que el Rey Sol (también tenía una inclinación por los consejeros espirituales, por ejemplo, para los dos capuchinos Emmerich Sinelli y el predicador cruzado Marco d'Aviano, que también fue enterrado con los capuchinos). Pero ahora había una gran necesidad en Viena, todos los héroes y ayudantes eran bienvenidos, solo rodaban, a mediados del verano de 1683, los turcos y habían sido dichos en Hainburg, todos los que no escaparon a tiempo, decapitados y el lugar arrasado hasta el suelo. Sin embargo, el emperador

había huido a Passau con el gobierno y una gran parte de los vieneses y supuestamente era el "único que permaneció en calma" en la ciudad llena de gente. "Puso el destino de Viena en las manos de Dios ...", por su parte, con toda confianza en Dios, "enfermo: vómitos y diarrea".[8]

102 En estas circunstancias, la Saboya ahora pudo establecerse en el lado de los Habsburgo y ya participó en la liberación de Viena en la llamada Quinta Guerra Turca en la Batalla de Kahlenberg. No sabes los detalles exactos; él podría haber discutido en este ala, en esa ala, aquí, allá. Ciertamente en contra: su participación en la entrada de los ganadores, en la gran misa junto al Tedeum en la Catedral de San Esteban. Y sin duda: el informe de Eugène Marchese di Borgomanero, muy equilibrado con Madrid, de que el príncipe había luchado valientemente en la batalla y que el emperador lo elogió por ello.

Entonces la carrera del rayo!

La carrera en solo unos pocos años, en menos de diez años de servicio, desde un pequeño voluntario hasta un mariscal de campo, un ascenso únicamente a través de la guerra, el campo de batalla, la matanza de incontables para uno, solo uno que hizo posible este tremendo éxito para él. Todas las gracias, las preferencias: "Solo puedo pagarlas", escribió al canciller Sinzendorf en junio de 1705, "sacrificándome al servicio del emperador hasta la última gota de sangre (a la derniere goutte de mon sang)". Siempre listo, afirma otro momento para aumentar el poder imperial, "para ser útil al Señor", "para servirle y ampliar su monarquía".

Pero lo que hace por el emperador, ¿no lo hace por sí mismo? Al igual que los Habsburgo siempre hicieron desde el principio aumentar sus propias posesiones y convertirlas en bienes inmuebles (VII 361 y sigs.!). Y poco está Eugène tan preocupado como su posición personal, reconocimiento, honor, fama guerrera, incluso si por lo general trata de ocultarlo. Aparentemente modesto, nada lo tienta como el laurel del ganador. Y todo lo que mejora el esplendor y el sonido de su nombre en el mundo también sirve a sus intereses especiales, de los que tendremos que hablar de inmediato, y es aún más importante para él, ya que fue humillado por sus compañeros durante su juventud.

103 Así, el "Abbe de Savoye", una vez despreciado, se convierte en un agitador militante, un catexista, uno para quien el departamento militar, la dominación del ejército va más allá, que constantemente busca aumentar su influencia, que intenta aumentar su condición miserable, su pobre equipo se queja, su mal orden, disciplina. Una y otra vez insiste en una mejor organización, la continuación forzada de un ataque, una campaña, insiste en nuevos ataques, nuevos armamentos, en un aumento considerable en el número de tropas, en el envío de material y dinero. De vez en cuando incluso amenaza con "retirarse", sí, tira todo si vas a la guerra.

Él azotó violentamente el letargo en Viena, "la indiferencia y la falta de actividad de los ministros". "No se hace nada para prepararse para la campaña". "Todo está empeorando, no piensas en nada", "es decir, solo piensas en beber, comer y jugar sin

[8] Braubach I 71, 73 ss. 81 ss. 85 ss. 98. III 85. 397 nota 234. Kerchnawe, Príncipe Eugène 12. Schindling, Leopold I 179, 184. Egghardt, Príncipe Eugène 8, 11, 20 ss. 27 ss. 32, 34 ss. 38, 117 ss.

preocuparte por nada más". "Entiendo cada vez más que su intención es no hacer nada", y para mi gran molestia, veo más que nunca que su objetivo es no hacer nada, y me temo que siempre seguirá siendo así no creas orden». "Todavía estamos aquí", dice enojado, "y creo que toda nuestra vida. La gente ha estado queriendo marchar todos los días durante 14 días, y no nos mudamos de nuestro hoyo.[9]

ATAQUE EN LA CAPITAL

Pero marcha; eso suele ser cierto, el príncipe quiere. Para quien, parece secundario. ¡Porque quién duda de que él también hubiera luchado por Louis XIV, si tan solo lo hubiera querido! Pero él brilló dos veces. ¿Y se refería realmente al emperador? Austria Incluso cuando el regente promovió al joven de 22 años al rango de sargento general prematuramente, sobre muchos, comenzó, independientemente de la seguridad de su "lealtad inquebrantable", independientemente del juramento, su "última gota de sangre" al servicio de la Majestad Imperial y la suya. para arrojar una casa grande, luego "miró a su alrededor para ver si podía avanzar aún más rápido al servicio de otro monarca" (Egghardt). Esto correspondía a la naturaleza ocupada de la madre, a quien le gustaba extender sus antenas a muchos lados. Por lo tanto, viajó con ella a la corte de Madrid en la primavera de 1686, aunque hubo menos éxito allí que con cualquier correspondencia al respecto. Sí, años después, cuando las cosas no iban como deberían, parece haber considerado "si podría tener oportunidades fuera de Austria" (Braubach).[10]

104

La urgencia de arder con ambición y fama por la gloria se vuelve particularmente violenta poco después de la Guerra de Sucesión española, cuando también comienza a luchar por el poder político. Sus cartas, tanto oficiales como personales, están llenas de quejas, ideas, alegaciones, justificaciones. El enemigo es más fuerte de lo que uno cree, escribe: "Yo, por otro lado, tengo un equipo débil, sin dinero ...", confrontaciones retóricas que se repiten, por ejemplo, que el enemigo "actuará con dos armas, pero no puedo solo uno, y mucho menos ofrecer dos cabezas»; o ve el lado opuesto "provisto de grandes cantidades de comida, Fourage y vagón ... Sin embargo, yo no he recibido reclutas ni refuerzos, muy pocos remontantes hasta el día de hoy y no tengo revistas ...» Envía mensajería a mensajería en Viena y «no obtiene lo que se necesita». Se queja de que ya no puede mirar esta miseria y está "completamente dispuesto a reconocer".

No solo amenaza una vez o le permite renunciar a su mando. También busca dejar que uno de los jesuitas influyentes en las cercanías del gobernante, el padre Engelbert Bischoff, trabaje para él, e incluso quiere "cultivar" la amistad con otros jesuitas, incluido el padre Miller, confesor de la emperatriz ("cattivissimo homo"). Pero tampoco quiere nuevas "lamentaciones", sino que está cansado de "tocar la vieja lira". Pero él predica, advierte, enojado, incita, ya sea durante la campaña o en Viena, a donde regresa en enero de 1703 – supuestamente ahogado diez veces ("dix fois") en el camino – encuentra la corte peor que nunca, la situación peor Todavía como ya se

[9] Geiss II 275.Braubach I 90 y s. 96, 106 s. 110, 117, 168, 196 ss. 312 y s. 331 y s. 351 ss. II 22, 28 ss. 35, 110, 140. III 71. Egghardt, Príncipe Eugène 40 y s.

[10] Braubach I 51 ss. 55 ss. 123, 186, 235.V 108. Egghardt, Príncipe Eugène 46, 49

pensó: pereza, ignorancia, «mucha mala voluntad» .

105

Pero donde sea y lo que sea: el ejército, que todavía era bueno en sí mismo, se perdió sin un milagro, sin cambios, el desastre era inevitable. Una y otra vez polémica contra sus poderosos adversarios en Viena, los considera incapaces, egoístas, trata de desplazarlos, trata de separar al anciano flemático, especialmente en sus primeros años sesenta, jura uno, Leopold, a quien le gusta dudar Producir cambios, reformas. Mientras tanto: "Él escucha todo con calma, promete mucho y no hace nada", mientras que el príncipe no tiene miedo de decirle, la corona se tambalea en la cabeza, el cetro amenaza con resbalar y no duda, las principales autoridades de guerra de Austria "burro" por nombrar, sí, los burros más grandes que haya conocido. Y "en manos de estos dos burros, el emperador debe perecer inevitable y rápidamente su monarquía y sus ejércitos": "Es realmente devastador reconocer esto; para ver con tus propios ojos cómo se derrumba todo! Podría llenar volúmenes con informes de lo que está sucediendo mal o inadecuadamente desde aquí.

¡Sí, el pobre príncipe! Entonces, sin comprender la experiencia probada y comprobada del gobierno vienés, según lo cual la mayoría de ellos lo hace solo y agitado es una pena ...

Los conspiradores ya ven su cabello canoso y lo encuentran "malo", por pura pena por Habsburgo, por Austria. Y come, dice, más bien en un pequeño nido en el pan negro de Hungría que en la capital.

Ergo continúa la lucha y la camarilla, con toda amargura, todo desprecio por los responsables, aunque, por supuesto, no busca ningún cambio a su favor; "Por mi parte, he declarado que estoy lejos de luchar por ella, no quiero aceptarla, me han hablado de nuevo y no sé qué decir o hacer, porque en manos de estos dos burros en El emperador, su monarquía y sus ejércitos deben perecer inevitable y rápidamente de estos ciclos económicos. Es realmente cruel reconocer eso, verlo frente a tus ojos y dejar que todo perezca. No, el caballero, el noble, tenía que luchar si, por supuesto, no tenía ninguna intención personal en este proceso, es decir, en su nombramiento como Presidente del Consejo de Guerra de la Corte en junio de 1703. "Lejos de haberlo reclamado No quise aceptarlo. El emperador y el rey me dieron la orden. Conozco mi habilidad inadecuada, pero sin traicionar a mi maestro y al ejército, ya no podría dejarlo en esas manos.

106

No, Majestad no merecía esto, ya que siempre lo tranquilizaba, incluso en ese momento, de su "lealtad constante" y su culpa, "con quien estoy conectado a mi pozo".[11]

Entonces, finalmente, Saboya, con su nombramiento, había adquirido una posición decisiva en la guerra, y además tenía más influencia en la política. Y tarde y temprano, dependiendo de la situación y las necesidades, también podría ofrecer optimismo, por ejemplo, podría asegurarle al emperador "buena voluntad y valentía valiente de todo el ejército" y afirmar que no había un solo hombre "que no se uniera Alegrías que el enemigo hubiera esperado». En otra ocasión, "la valentía de nuestros soldados" le dio "una esperanza casi segura para la pelea, ¡especialmente si les señala que no hay otra posibilidad para ellos que vivir o morir"!

Esto también señaló su famoso eslogan de batalla: "victoria o muerte". Hubo poca

[11] Braubach I 338, 349 ss. 3 5 2 ss. 358 ss. 363 ss. II 11 y s. V 335. Schmidt, Joseph I 189 y s.

victoria en ese momento, 1684, en el tren contra los turcos, la muerte a cambio. La mitad de la infantería del lado cristiano se perdió, el ejército fue diezmado por un total de 23,000 hombres, el regimiento del príncipe podría "considerarse arruinado". Pero en el invierno recibió dinero del duque de Saboya, reclutó a su regimiento ("refrescante", ya mencionado, pero demasiado bueno para no repetirlo, se lo llamó vívidamente vigorizante en mi tiempo como soldado). Y seguimos, a la edad de 22 años: general, el próximo verano, la próxima guerra.[12]

107

«‹Genio› para la guerra», «frenesí contra la paz»

Porque se trata de la guerra.

En la guerra, el soldado es más importante, especialmente cuando comienza a contar. En la guerra, el foco principal está en el general, el glorioso maestro de batalla. En la guerra, el emperador lo necesita aún más de lo habitual; se vuelve indispensable para él. Solo por esta razón, el noble caballero siempre está inclinado a la guerra, para él la paz es básicamente un callejón sin salida en el que uno termina con agotamiento y comienza el estancamiento. Sí, ¡cuánto ve el príncipe en la fase de paz de años posteriores, lo que construyó en una guerra floreciente! Incluso se quejó varias veces al emperador Karl VI de que "la buena disciplina y las tropas antiguas habían disminuido durante la larga paz", que "también había una gran falta de generales y oficiales buenos y experimentados". El 23 de enero de 1702, ya lo había llamado "no ser descrito" por el emperador Leopold ", incluso si nadie lo cree y no ve con los ojos qué gran miseria y miseria hay en el ejército, y yo ante su Majestad Imperial decir con verdad que no he visto nada igual en muchos años.

En principio, teme las complicaciones para el futuro por la conformidad que por la guerra; en principio, afirma tomar las armas incluso con malas perspectivas; fundamentalmente, incluso una "continuación ciertamente no inofensiva de la lucha le parece mejor que una postura suave". O, como él enfatiza en 1724: "¡Y si hay una pelea de nuevo, la certeza de la guerra sigue siendo preferible a la incertidumbre de la paz!"

108

Está muy claro que el conflicto militar continuará. Pero esto incluye un equipo poderoso y, por supuesto, necesita dinero para ellos. Ergo es una de sus máximas nuevamente: "En tiempos peligrosos, el consejo y la acción no son otra cosa que en el ejército y en el dinero". Él llama a "140,000 hombres en pie" que valen más que todos los pergaminos y contratos en el mundo. Básicamente, se justifica ante el coronel canciller bohemio Franz Ulrich Graf Kinsky, a veces el primer asesor del emperador, que "nunca escribió nada más que esa guerra sería mejor que la neutralidad si realmente se pudiera llevar a cabo ..."

Este hombre, según un contemporáneo de alto rango, tenía "genio para la guerra". Y otro, una persona famosa no solo de esos días, Jonathan Swift, tiene toda la razón, de hecho, se da en el clavo con la afirmación: «La gran inclinación del príncipe va a la guerra sin preocuparse por las causas o consecuencias de la misma., y verse a la

[12] Braubach I 117, 258. Egghardt, Príncipe Eugène 45 y s.

cabeza de un ejército, donde puede hacer una figura considerable por sí mismo.

Así que pasa los meses de invierno y primavera en Viena durante mucho tiempo, no para el placer habitual, sino para elaborar nuevos planes operativos y preparar la próxima ronda de armas para principios del verano. Detesta largos debates, discursos, contradicciones, odia dejar pasar el tiempo sin una decisión, en lugar de proceder de acuerdo con su forma de librar la guerra según su evaluación, su temperamento, a veces como jugador, o, como amenaza varias veces, se convierte en todo tíralo abajo. Pero todos los años, de 1683 a 1698, realizaba campañas de forma continua y desde 1701 nuevamente y, preferiblemente, ofensivo, por supuesto. Conduce incansablemente hacia una acción rápida y enérgica, para acelerar las marchas, impulsa incansablemente para llevar a los regimientos a la guerra total. Y si falla una escena de asesinato, algunos historiadores hablan de "teatro de guerra", "gran teatro de guerra", "gran espectáculo de la campaña contra los infieles", de "otros lugares del teatro europeo" y, en ocasiones, también de la "audiencia", por lo que cae en alguna parte una idea, sangrienta, hay otras, hay muchos frentes. Y él, "el noble caballero", que más bien vence que espera, prefiere posponer en lugar de posponer, "le gusta apresurarse a todas partes", como confiesa en marzo de 1707, "donde haya un ejército", especialmente en el verano de 1710 Viena, si era "no un pequeño número de tropas e incluso bello en términos de calidad", "un ejército bello" con "placer en la esgrima", como en julio de 1708 en Oudenaarde, donde los oficiales y él anima, "con qué alegría y cordialidad" (!) se lanzó a la batalla. O cómo, cuando tomó la fortaleza de Le Quesnoy el 3 de julio de 1712, "no podía alabar lo suficiente al emperador", con qué valentía la gente ... saltó sobre las empalizadas, mató a muchos enemigos ... ", que, por supuesto, también los mató explotó una u otra mina "que nos perjudicó y derramó un poco de tripulación".

109

Que demonios Tiene la intención de continuar sus conquistas, por supuesto, porque "lo único que puede hacer en este extremo es tomar medidas extremas y continuar la guerra ..." Lo hace, un mes después, el 3 de agosto de 1712., Liselotte del Palatinado / Orleans, "toda la gente genial con su frenesí contra la paz". Y después de la conquista de Le Quesnoy, condujo con impaciencia al Conde Sinzendorf, el Canciller (en las negociaciones de paz en 1706 y 1709 en La Haya, y en 1714 en Utrecht y también para la continuación de la guerra), uno tenía que "decidir rápidamente" lo que quieres hacer ahora ", dice sus propias sugerencias," está convencido de que si se me permite actuar, lograré una meta en una u otra fortaleza, o tal vez, si los oponentes deben acercarse, una acción feliz ...»

Una acción feliz, de verdad. Sin embargo: tal vez! El es cuidadoso. Y lógicamente, si él lucha contra remedia extrema con remedia extrema, para que la guerra continúe, que es lo principal. Además, lo llama "sin duda que si actuamos con firmeza, aún haremos temblar a estos arrogantes franceses y sus nuevos amigos ..." Y reacciona de manera similar unos años más tarde, cuando se le dio la decisión sobre la guerra o la paz. quiere volver a casa con la puerta, con la convicción de que "la guerra contra los enemigos del nombre cristiano, que ahora ha comenzado tan felizmente, debe continuar con todas nuestras fuerzas".[13]

110

[13] Taddey, Léxico 1127. Schußler, Príncipe Eugène 55 y s. 63 Braubach, I 226, 271, 310, 349 y s. II 188, 233, 260,379.111 38, 93, 110, 348

¡Y qué podría ser mejor en la tierra que continuar felizmente una guerra que comenzó felizmente! ¡Una despedida feliz, muy piadosa, por supuesto, hasta el final!

Incluso después de las "victorias", que no fueron victorias en absoluto, como la Batalla de Luzzara el 15 de agosto de 1702, el general imperial recibió una lluvia de victorias en el campo de cadáveres y el Tedeum canta, e inmediatamente envió las buenas noticias a Viena, junto con un informe más detallado., quien también le confiesa al gobernante "no lamentar que no se pueda disfrutar de la espléndida victoria obtenida". Como en el otro lado del Marqués de Merode-Westerloo "solo podía ver tu propia victoria al no ser golpeado", que el príncipe sabe cómo poner más positivamente en el papel al decir que sí, si tan solo fuera no demasiado tarde para atacar, golpear al enemigo malvado "totaliter" en la cabeza, "en consecuencia, no se habría escuchado a Victori tan grande en muchos años ..."

Sí: sería, hubiera, si. Si él, Eugène, hubiera atacado al otro antes, mientras solo hacía un delgado "empate" y apenas continuaba la pelea a la mañana siguiente, literalmente dejaba solo al triste descanso: al menos 2.500 hombres "perdidos" en el lado imperial, alrededor de 4000 en francés. (La región italiana aún conmemora la Battaglia di Luzzara debido a la gran cantidad de víctimas).

La batalla de Cassano en el Adda el 16 de agosto de 1705 también cuenta a Eugène como una "victoria"; "No se debe describir", señala sobre el granizo de artillería en su informe de batalla, "qué gran incendio, algo que nunca he visto, en ambos lados y sin parar ..." Admite 4.000 hombres de sus propias pérdidas. Los franceses, sin embargo, escribe (que, por supuesto, dicen que tiene un "fracaso" de más de 10,000 hombres, empujándolo gradualmente al lago de Garda), han enterrado a más de 7,000 muertos. Celebra el día "glorioso" con saludo, con Tedeum y, listo para hacer cosas nuevas, inmediatamente solicita al emperador tropas, dinero y material.

111

Con su reputación cada vez mayor y las muchas ventajas asociadas con ella, la una vez tan influyente del Hofburg se siente cada vez más conectado, incluso se distancia decisivamente del jefe de su clan, el duque de Saboya, cuando se dirige a Francia. Así que a mediados del verano de 1696 aseguró a su primo, el margrave Ludwig Wilhelm von Baden-Baden (el temido "Turk Louis"), que una cosa era segura y que él, Eugène, "dejaría que toda Europa viera que ni la sangre ni los intereses de mi casa solo un momento déjame olvidar mi honor, mi deber». Y al mismo tiempo, también le pidió a la Majestad Imperial que "tenga la misericordia de su seguridad" de que "no recordará nada más que renunciar a mi espíritu con mi última gota de sangre con la lealtad y la constancia más complacientes"; por lo que, por supuesto, defiende el estado austriaco y los intereses de la casa de los Habsburgo.

Los Habsburgo confían en él, lo alaban, lo honran sin amarlo. Pero finalmente le deben su creciente poder, enormes expansiones territoriales como nadie más.

Por lo tanto, en el momento de las batallas en Peterwardein y Belgrado con la posterior Paz de Passarowitz (1718), ¡la monarquía había crecido más de tres veces lo que Leopold I ordenó cuando llegó al poder (1658)! Eugen Feldmarschall-Leutnant se convirtió en teniente en 1688, y en ese momento la comunidad de nobles lo incorporó, se convirtió en Caballero de la Orden del Vellocino de Oro. (Desafortunadamente, él mismo tiene que pagar la cadena de oro).[14]

[14] Geiss II 282. Taddey, Léxico 744, Sautter, Léxico biográfico 275. Landmann, Príncipe Eugène 52 y s.

En general, su eterno llamado al dinero, su constante espera de transferencias continuamente a través de los años. Esto se propaga cuando ya es coronel (con un salario anual de al menos 10,000 a 12,000 florines), luego está en el rango general. Parece que necesita dinero apenas para sí mismo; Según su idea de que "tres cosas son necesarias para hacer la guerra: dinero, dinero y más dinero", se dirige a las tropas, su instrumento preferido de guerra, por supuesto, al que se aplica su mayor simpatía: recordamos al héroe nórdico Karl XII. El Príncipe Eugène también pelea, debe ser, en primer plano, peleas, herido una docena de veces, en una lluvia de balas, casi como el soldado más simple.

112

Los valores cristianos rinden frutos

De lo contrario, uno lo lee una y otra vez, es humilde, muy poco exigente, si no pobre, al menos al principio, escribe el general Kerchnawe, "pobremente". Durante mucho tiempo ni siquiera puede dar una propina adecuada. Se viste con modestia y vive con modestia. Suele llevar una discreta falda marrón cortada de una capucha, que le da el sobrenombre de "pequeño capuchino". Y su primera casa, que finalmente tiene, porque al principio tampoco tiene su propio apartamento y se queda en todas partes como huésped. Su primera casa en el último vienés Himmelpfortgasse es solo un pequeño lugar de tres metros de ancho para alojarse, el precio de compra se bombea.

Pero entonces, quién hubiera pensado eso, el que comenzó su ministerio literalmente sin nada en su bolso, solo con su espada en el puño, tenía una fortuna que valía dos millones y medio de florines; Güter bei Wien, un extenso coto de caza para el apasionado asesino de animales, tiene bienes en Hungría, 13 aldeas y cinco aldeas "titulo arendae", aldeas arrendadas por el estado y la finca Vörösmarton; Además: al sur de la actual Budapest, una isla rodeada por el Danubio, de 30 kilómetros de largo y de tres a cinco kilómetros de ancho, la isla de Czepel, con el "oppidum" Räckeve, el castillo que construyó y nueve aldeas. Y por último, pero no menos importante, también recibe los ingresos de los dos monasterios de San Michele della Chiusa y Santa Maria di Casanova en Saboya-Piamonte, cuyo «abad» ha estado con la aprobación papal desde 1688 y permanecerá de por vida. (Un contemporáneo que viaja a Italia informa poco antes de la muerte del príncipe a la vista de San Micheles: "Este fue un monasterio famoso hace mucho tiempo y el gran héroe de guerra, el Príncipe Eugène, todavía obtiene los ingresos de un abad". Se dice que las ganancias de ambas abadías valen al menos 150,000 florines.)

113

Sí, en la segunda mitad de su vida, la persona que anteriormente tenía una necesidad financiera constante y que siempre estaba esperando nuevas transferencias de dinero tenía al menos cinco cerraduras, pero no algunas, pero entre ellas algunas de las más bellas de todo el mundo barroco, los edificios más famosos de su tiempo, de los cuales tenía varios Casi nunca habitado. Había servido a los artistas, pintores, grabadores, los arquitectos Fischer von Erlach y Johann Lukas von Hildebrandt más conocidos, los arquitectos más importantes del barroco austríaco, y en ocasiones más

Braubach I 235, 343 ss. II 118 y ss. Burkhardt, finalización y reorientación 261 y s.

de 800, incluso hasta 1.300 trabajadores de la construcción. Ya a comienzos de siglo pudo invitar a 6000 invitados a un festival de máscaras; y finalmente muestra apenas menos esplendor y esplendor que los emperadores, dice Friedrich "el Grande", incluso que él era "el verdadero emperador, el Atlas de la monarquía de los Habsburgo".

Todo esto devoró enormes sumas. Sin embargo, el origen y el paradero de los fondos apenas están documentados. Hay poca evidencia de esto en los archivos de los Habsburgo. Y el archivo económico del pobre caballero aparentemente ha desaparecido por completo. "En cuanto a la formación de sus activos, también nos faltan los documentos para los gastos financieros para la construcción y el mobiliario de sus palacios y jardines y para su celosa actividad de recolección" (Braubach).

En sus lujosos parques, el mantenimiento de uno solo le cuesta a miles de florines al año, más de una docena de jardineros cuidaban más de 2,000 plantas, algunas de los lugares más exóticos del mundo. Su colección de animales tenía 38 especies de mamíferos y 59 especies de pájaros, sin mencionar los 15,000 volúmenes de su biblioteca, abastecida por agentes de toda Europa, uno de los más grandes y mejor conservados de su tiempo, con especial énfasis en teología e historia; cómo también escondió obras de pintores famosos entre sus pinturas, creaciones de Guido Reni, Hans Holbein, Adriaen Brouwer, Isaak van Ostade, Van Dyck, Paulus Potter, los Brueghels y otros

114

Pero todo esto y más, incluso su contacto personal o postal con Leibniz, a quien admiraba mucho, pero tal vez, como se sospechaba a menudo, no entendía, con Voltaire, Montesquieu o con Jean-Baptiste Rousseau, su poeta favorito, todo esto es directo o comprado indirectamente con sangre, la sangre de miles y miles de guerreros, de civiles, caballos también, infinitamente inocentes, animales indefensos, independientemente, sacrificados incontables ...

¡Oh, el noble! Este príncipe pretencioso y moderado, que en verdad "no perdió la oportunidad de hablar por sí mismo" (De Quincey), que glorificó sus "victorias" con bastantes pintores, escultores, artistas comisionados y pagados por él. izquierda, en Holanda, Inglaterra, en París y Viena; De hecho, este gran estratega tan modesto estaba tan obsesionado con su gloria y su vanidad que hizo triunfar su batalla: centa, Höchstädt, Cassano (!), Turín, Oudenaarde, Malplaquet, Belgrado, en enormes pinturas tan detalladas como respetuosas, sí, incluso impresionantes. en el centro de Roß, como un punto de atracción en las paredes del gran salón de su palacio de la ciudad, es decir, al lugar donde los que acudieron a la audiencia y los visitantes asombrados esperaron su decisión. Así como Eugène se celebra a sí mismo como el ganador turco en la pintura del techo de Martino Altomonte en la sala de mármol del Garden Palace, "como Apolo descansando en las nubes". Cómo se repite a través de Apolo y más a menudo a través de Hércules, la encarnación de una cultura exquisita y fuerza agresiva, símbolos de su existencia, por así decirlo, cómo simboliza su propia gloria a través de dioses y semidioses, incluso su propia "apoteosis" en su Palacio colocado, una estatua con querubines amorosos.

El humano estaba menos atraído por Eugène.[15]

---

[15] Landmann, Príncipe Eugène 78 y s. 87. Kerchnawe, Príncipe Eugène 13 y s. Braubach I 109f 113, 139, 141, 173, 235.V 14 y ss. 20, 29, 55, 57, 68 ss. 121 ss. 337, 354, 363 Nota 7. De Quincey en Braubach I 346. Egghardt, Príncipe Eugène 42 y s. 46, 50, 60, 84, 95, 133. – En esta sección, soy especialmente Hanne Egghardt, Príncipe Eugène. El filósofo en armadura comete (p. 93 y ss. 99, 107, 105 ss. 131, 136 y s. 158

115

Grandes momentos sobre montones de cadáveres

El noble caballero permaneció frío cuando los cristianos violaron y asesinaron como locos después de la conquista del horno, cuando mataron a otomanos y combatientes que luchaban contra calvinistas húngaros y judíos que luchaban con ellos en un terrible frenesí de sangre, como después de Johann Dietz, el observador y más tarde Halleens. Los cirujanos, "ningún turco se fue con vida, todos masacrados, la mayor parte de la piel despojada, la grasa humana frita y seca", luego, según el historiador Duchhardt, para comenzar como una "Mumia" altamente remunerada (Pulvis Mumiae).

Y cuando después de la batalla de Zenta sobre ti. Septiembre de 1697 – "Comando Supremo para el Príncipe Eugène”, "Primera Hora de las Estrellas" es el título de una publicación vienesa en 2007: 25,000 turcos que cubrieron Walstatt o se hundieron en el Tisza, el astuto carnicero informa de la masacre, "dice un horrible baño de sangre". en el que no se tomaron prisioneros: "Mi gente podía pararse sobre los cuerpos de los enemigos como en una isla" – y también sobre los cuerpos de más de 3.500 de sus propios caballos (en otra ocasión, 1703, el "Amigo de los Animales" [Braubach] "Sustitución de la partida de 9000 caballos"). Fue la fundación de la nueva Monarquía Austrohúngara, la nueva "Posición Mundial de la Casa Imperial" (Schüßler).

La "Blitzkrieg" en Bosnia también se llevó a cabo bajo el príncipe con implacable dureza, sin piedad, Sarajevo fue saqueada y quemada por completo con sus más de cien mezquitas, al igual que toda el área, especialmente todas las casas de los turcos, que el general victorioso en Viena, donde a veces su veneración "alcanza un grado cercano a la idolatría" (por Landmann), registra júbilo y alabanza, homenaje, una preciosa espada de honor del emperador también y una medalla de plata con su retrato. Si el príncipe insaciable hubiera asegurado que "solo se hizo un poco más, todo el reino podría ser conquistado y afirmado". Después de todo, fue un "éxito completo".

116

En los próximos años, habrá dos batallas formales de aniquilación, que Eugène pelea junto con su hermano de armas británico John Churchill Duke de Marlborough, un hábil y codicioso director de batalla, quien fue relevado en Londres en 1712 por malversación de dinero público de todas las oficinas. En 1704 cerca de Höchstädt, los franceses y Baviera perdieron la mitad de su ejército, casi 30,000 heridos y caídos, y por la noche, después de separarse felizmente, Eugène informó al Kaiser Leopold que "el Altísimo, tan bellas armas imperiales y aliadas, eran tan perfectas con una que nunca se había oído hablar en el pasado bendito gran Viktori», y por su parte recibió la recompensa del gobernante, a pesar de que faltaba toda la evidencia.

Y la Batalla de Malplaquet el 11 de septiembre de 1709, en la que lucharon casi 200,000 personas, fue una de las más grandes y sangrientas del siglo. "Miles de

ss. 164 ss.), Quien a su vez a menudo se basa en la biografía extremadamente detallada de cinco volúmenes de Max Braubach, Príncipe Eugène de Saboya, que también uso una y otra vez, especialmente I 280 y ss. V 14 y ss. 17, 21 y ss. 53, 61y ss. 71y ss. 78 ss. 91 ss. 106 ss. 122 ss. 172 ss. 351 y s.

soldados fueron masacrados en filas" (Egghardt). El "logro principal en la victoria", sin embargo, tenía en la opinión de todos los involucrados los dos generales, quienes a su vez elogiaron "este glorioso día" y la "magnífica Victoria", incluso si, como Eugène admitió, "perdimos a mucha gente", además, el Los aliados (tropas alemanas, holandesas e inglesas) solo reclaman el campo de batalla, los franceses podrían dejarlo completamente ordenado.[16]

En todos los frentes, Eugene también hace que los oprimidos que se ponen de pie golpeen juntos. Sin embargo, si recibió indignación, encajaba en su propio concepto, como disturbios en el sudeste de Francia, lo avivó fervientemente y aún capitalizó las encuestas de "contingentes de pintura en los Cevennes", porque los Camisards, los descendientes de albigenses y valdenses, estaban allí (VII 140 ss.), Debe hacerse católico por todos los medios cuando uno le quita a los niños a los padres, a las mujeres encarceladas, a los hombres forjados en las galeras, a los predicadores asesinados cuando 600 oponentes fueron abatidos en la guerra de Cévennes el 20 de febrero de 1704, durante el próximo año 200 protestantes quemados vivos, con ruedas, colgados, esta misión, que ha demostrado su valía en la historia de la salvación, impresiona a los guerreros nobles, y la recomienda como "ejemplo" de su propia acción contra la "travesura rebelde" en Hungría, donde se repite la guerra civil. se enciende, en el verano de 1705 insta«a finalmente aferrarse a la agudeza y, tras el rigor de las armas, el fuego y la espada quienes tratarían a estos sujetos traicioneros y envidiosos de tal manera que ellos mismos tendrían que arrastrarse a la cruz y pedir misericordia, pero a sus descendientes siempre les gustaría recordar, para que el deseo de tal insurrección y rebelión desaparezca» .

117

El príncipe expresa la misma brutalidad hacia un levantamiento popular en Baviera, que fue provocado por un reclutamiento forzado ordenado por Viena, la entrega de 12,000 reclutas bávaros al ejército imperial, así como un enorme reclamo fiscal de más de tres millones de florines. Los regimientos del Palatinado, que ya estaban en marcha hacia Italia, fueron devueltos y más de 4,000 agricultores fueron asesinados en el "Sendlinger Mordweihnacht", a las afueras de Munich. En ese momento, el noble príncipe también exigió "continuar lidiando con estos rebeldes con el mismo rigor y no tener compasión por ellos de una vez por todas", ya que "esta chusma" "no merecía misericordia".

También en los Países Bajos, donde ocupó temporalmente el cargo de Gobernador General sin haber estado allí y recibió un ingreso anual de aproximadamente 200,000 florines, tuvo un líder de 70 años decapitado públicamente cuando surgió la resistencia al dominio extranjero.

Después de la agitación en las ciudades, Eugène no quiere luchar abiertamente o en absoluto en la probada y verdadera perfidia después de la agitación en las ciudades, especialmente en Bruselas, la capital, pero también en Gante, Amberes y Malinas. él no ha peleado, quiere evitar cualquier acción brusca, más bien ver que se muestra comprensión, ser complaciente, al menos mientras falten suficientes fuerzas armadas. Así que está de acuerdo en que uno "disimula", finge, oculta el proyecto real

[16] Landmann, Príncipe Eugène 50, 62, 67, 78.Schußler, Príncipe Eugène 42. Kerchnawe, Príncipe Eugène 18 ss. Esp. 27y ss. Braubach I 260, 262 ss. 271, 358. II 74 ss. 305 ss. V 17. Duchhardt, Europa la tarde anterior a los 70. Egghardt, Príncipe Eugène 48, 54, 62 ss. 66 ss. 77 ss.

hasta que haya suficientes militares en el país para "este fermento extraño y escandaloso", "esta chusma insolente y audaz que no merece consideración y todo signo de Suavidad despreciada» para apagar. También considera que el uso de la tortura está permitido en todos los casos en los que ya se sospecha que los condenados no han actuado solos, lo cual podría suponerse fácilmente. Y el 17 de septiembre de 1719, uno de los líderes, François Anneessens, fue ejecutado, ciertamente no era un hombre violento, no un revolucionario, pero, como escribe Max Braubach, "evidentemente un ciudadano acérrimo, convencido de la justicia de su causa, que, por cierto, con valentía y dignidad murió.» [17]

118

No es sorprendente que el creador de una tropa cada vez más perforada en la guerra no la tratara con aprensión. Para su propio regimiento, Eugène exigió "la cría más aguda de hombres" y se jactó incluso como líder del ejército de que "había castigado a muchos con la vida, ¡incluso para el más pequeño (!) Exceso". Y su "Reglamento de disciplina o cría" emitido en 1710 ya anunciaba penas de muerte por mala conducta contra la disciplina de marcha (especialmente contra la disciplina de combate). Por ejemplo, ella ordenó que todos fueran colgados "sin piedad y sin piedad" por la distancia de la unidad, solo 100 pasos en una marcha o 1000 pasos en un descanso del campamento, así como aquellos que saquean iglesias, monasterios, castillos, casas. La tentación de hacerlo a veces especialmente cuando había escasez de alimentos o cuando no había salarios que pagar. Y cuando en el verano de 1698 las tropas quedaron nuevamente sin pago y amotinadas, el príncipe dejó que algunos de los hombres corrieran guanteletes, ahorcaran 20 y disparasen 12.

El argumento con su amigo y camarada de muchos años Claude- Alexandre Conde de Bonneval, quien, por supuesto, no era en modo alguno inferior a los arrebatos de odio de Eugène, demuestra hasta qué punto la irreconciliabilidad de Eugène, incluso la venganza, podría llegar. Y este último hizo todo en su destrucción para destruirlo. Lo hizo llevar a Spielberg cerca de Brno por 40 dragones, en una de las peores mazmorras del imperio, y después de su fuga y su conversión al Islam en Constantinopla fue perseguido con intriga y agentes, incluso con la aprobación del emperador, un ataque de veneno (con polvo de diamante) sobre él, que falló.[18]

119

Cabeza del traidor

Como estadista, el Príncipe Eugène trabajó con los medios de la malicia, la traición, como estratega, como general; Además de sus grandes planes de batalla, a menudo jugaba un doble juego, lidiando repetidamente con el uso de agentes, informantes, desertores, con operaciones subterráneas, y no solo para "llegar al fondo de los trucos y planes del otro lado, pero también para dañar al oponente al incitar conspiraciones y elevar el ánimo, trabajando con elementos insatisfechos en su propia área y posiblemente incluso influyendo decisivamente en el curso de la guerra» .

---

[17] Pierer XV 916. XVI 435. Braubach II 22 ss. 127L IV 142 ss. Blickle, disturbios 40. Egghardt, Príncipe Eugène 102 y s.

[18] Landmann, Príncipe Eugène 43.Braubach IV 194 ss. 210 ss. V 220 ss. 435 n. 76. Egghardt, Príncipe Eugène 67, 103 ss.

El noble caballero ha sido atestiguado por una "preferencia especial por la guerra subterránea" (Braubach), para poder abrir acciones sorprendentemente productivas en el interior del enemigo, sobre todo por el conocimiento adquirido de esta manera. Él, el "Roi des honnetes hommes", como Friedrich Carl von Schönborn, el príncipe obispo de Franconia, lo llama fascinado, ha cubierto toda Europa con su astuta guerra política, una red de espías cuidadosamente inventada, estrictamente protegida de la diplomacia oficial, la de París. Múnich y Berlín a Varsovia, a San Petersburgo, desde Madrid y Venecia al norte de Europa, pero por supuesto también incluyeron cortes reales más pequeñas del imperio: la creación ingeniosamente organizada y dirigida de un hombre, cuyo "secreto", tal memorándum francés de 1719, "impenetrable", cuya "característica más destacada", incluso hacia sus amigos más cercanos, "mentalidad cerrada y simulación" era "ciertamente" una de las "personas mejor informadas de Europa" en ese momento (Duchhardt).

120

Solo se inauguró un grupo muy pequeño, que estaba obligado a mantener el más alto nivel de secreto, incluido Karl VI, cuya participación era necesaria por razones financieras. Tal sistema de espionaje que abarca Europa cuesta una enorme cantidad de dinero. Además, el monarca, que generalmente estaba interesado en el comportamiento de las personas e interesado en su carácter, también se ocupó personalmente de la vigilancia, especialmente en la guerra secreta de los agentes. Quería estimularse, intervenir activamente, por ejemplo, al desenmascarar una "spia doppia", un "doble espía", en resumen, cada "Secret du Prince" también era un "Secret de l'Empereur".

Ahora hay contactos secretos de política exterior, un intercambio confidencial de ideas entre príncipes y estadistas, por supuesto, no era nada nuevo, por así decirlo. Pero en el siglo XVIII, espionaje profesional, espionaje, engaño, engaño, vigilancia secreta, espionaje, traición se había convertido en una forma excelente, y todo tipo de prácticas de ocultamiento, engaño, maniobra y engaño se habían utilizado para abrir fuentes de noticias secretas.: informes dobles, cifras especiales, mal control postal, también mensajeros propios, rutas especialmente seguras, exploradores secretos. Un rendimiento tremendo, un flujo de paquetes con informes de agentes, cartas especiales, con "relaciones" secretas, "anotaciones", "extractos", "particularidades",

Además del "camino Ordinari" a través de la cancillería de la corte al emperador, se exploró una amplia variedad de secretos estatales, oficiales y oficiales, se obtuvieron análisis de la situación política general o conferencias actuales, así como información sobre eventos especiales, intrigas y se estudiaron. Copias de contratos y borradores de contratos, leer la correspondencia de los altos secretarios, correspondencia diplomática, investigar los déficits privados de los príncipes, sus familiares, los "arcanos" de los enviados. Los cómplices de Eugène incluían a empleados, secretarios, ayuda de cámara, embajadores y ministros, y si sus asistentes tuvieron suerte, difícilmente la regla, fueron asumidos como oficiales imperiales después de ser desenmascarados.

121

El noble caballero a veces pagaba fondos especiales, "pensiones", "pensiones", a sus herramientas en bolsas, pero a menudo mediadas a través de la casa bancaria vienesa de los hermanos Palm o los canales correspondientes, aunque, comprensiblemente,

parece que faltan documentos sobre el monto total de estos gastos.

Las donaciones imperiales, supuestamente de una caja privada del monarca, aparentemente fluyen tan abundantemente como las fuentes secretas para ellos.

En Francia, informa el rey prusiano Friedrich II, el jefe de correos de Versalles fue uno de los que compró Eugène durante mucho tiempo, "quien le envió copias de todos los correos de la corte francesa a los generales". En Baviera, al agente sajón Gottfried Freiherr von Schnurbein se le pagó por noticias sobre la corte de Munich, en Kurköln se pagó al poderoso ministro Conde Ferdinand von Plettenberg, y en Venecia al conde polaco Ämilius Villio de Viena. En Berlín, cooperaron con el enviado holandés Baron Ginckel, quien fue muy apreciado por el rey Friedrich Wilhelm, el general imperial y diplomático Graf Königsegg dio ideas sobre importantes internos del gobierno de Madrid, los eventos e intenciones en Inglaterra traicionaron al diplomático británico Henry Davenant y recibieron "considerables sumas de dinero" varias veces» .

Se compraron bastantes espías del noble Saboya mediante pagos regulares, como el real Castellan y el ayuda de cámara Rudolf Wilhelm Eversmann en Potsdam por un salario anual de 100 ducados o el diplomático prusiano Benjamin Friedrich von Reichenbach por solo 600 y luego 900 táleros al año. Uno de los hombres principales en la corte de Berlín, el verdadero Consejo Secreto y Ministro de Estado Friedrich Wilhelm von Grumbkow, un amigo del rey, recibió primero 1,000 ducados, luego 6,000 florines al año, más bonos de soborno únicos.

122

Una remuneración considerable como Grumbkow también disfrutó de "uno de los hombres más hábiles" para los espías "importantes", según el juicio de un competente contemporáneo vienés, "así que ahora vive en Alemania", el ministro sajón-polaco Ernst Christoph von Manteuffel, luego mentor temporal del joven Friedrich (II. d. Gr.), el príncipe heredero prusiano. Por cierto, él también disfrutaba de los pagos ocultos para ganárselo al emperador. Fue siguiendo instrucciones directas de Eugène, quien aseguró al mediador "que este, el medio más poderoso por el cual puedes ganar la confianza del Príncipe Heredero, también puede enseñarte más inclinación hacia la Majestad Imperial, especialmente con mentes tan fugaces que necesariamente debes entrar en tu pasión. para sentirse cómodos con ellos y luego poder operar con beneficio». El 11 de abril, 733 3210 ducados fueron transferidos a Frederick "el Grande", y el mismo día su hermana favorita, la princesa Friederike Sophie Wilhelmine Margravine de Bayreuth, recibió 1000 ducados. (Incluso se consideró, debidamente previsto, sobornos solo para el futuro, para casos que aún son poco utilizables. Por ejemplo, la esposa de Katsch, la principal amante de la corte de la futura esposa del rey, tenía la intención de exponer de 1,000 a 1,200 florines para eliminarlos a todos cometer.)[19]

[19] Braubach, Diplomacia secreta 11 ss. 19L especialmente 25 ss. 52 Notas 81 y 82. Ver también Braubach I 334, II 314 y s. III 81, 123. IV 135 y s. 240 ss. 244, 252 ss. V 3 47 y s. 467 y s. Nota 45 Duchhardt, Balance 36

123

CAPÍTULO 5. LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS

"La Guerra de los Siete Años no fue la Guerra del Gabinete que fue mitigada por la razón, ya que las pérdidas humanas en relación con el número de habitantes fueron comparables a las pérdidas de población en Alemania en las guerras mundiales de nuestro siglo según algunos cálculos recientes. La diplomacia papal no perdió por completo el daño causado por la guerra, pero las palabras individuales de pesar no son muy profundas y a menudo reflejan poco más que las preocupaciones fiscales de los tribunales.

Cualquier intento de intervención humanitaria o una defensa no vinculante para aquellos directamente afectados por la guerra se buscaría en vano en toda la correspondencia de la nunciatura de esa época ... El papado, por otro lado, pudo participar en las carreras oficiales de individuos, principalmente de origen italiano. Sin embargo, esto es solo un reflejo del sistema habitual de recomendación judicial, que se usa aquí en el asalto militar. Además, la Curia solo hizo campaña por las víctimas de la guerra en el rango de príncipe en los tribunales.

Los tres clientes principales fueron el Rey de Polonia atacado en Sajonia y su familia, Friedrich von Hessen-Kassel, a quien Roma consideraba medio prisionero prusiano incluso después de llegar al poder, y el Príncipe Obispo Schaffgotsch desde que huyó de Prusia. A juzgar por el tono compasivo, uno podría pensar que los cientos de miles de muertos y heridos en las campañas, que en la era de los ejércitos mercenarios absolutistas en general, casi nunca fueron conmemorados, pero estos tres señores principescos deberían ser vistos como las verdaderas víctimas de la guerra.»

JOHANNES BURKHARDT [1]

124

"Sería contra la humanidad, si no contra la religión, desear la continuación de una guerra sangrienta como la actual; pero debido a los fracasos de la campaña pasada todavía no hay esperanza de una causa honorable y buena, es menos mal si la guerra continúa, uno tiene que confiar en la misericordia de Dios para darle a las cosas una apariencia diferente» (... è meno male che seguisi la guerra, dovendosi confidare nella misericordia del Signor Dio, che faccia mutar aspetto alle cose)»

Cardenal Secretario de Estado LUIGI MARIA TORRIGIANI al Nuncio Vitaliano BORROMEO en Viena el 17 de diciembre de 1760 [2]

"Según las estimaciones modernas, la lucha titánica de la Guerra de los Siete Años le costó a los combates medio millón de muertos, 180,000 de los cuales eran prusianos ... Un solo regimiento, los Fusileros Jung Braunschweig, consumieron 4,474 hombres durante la guerra. Esto significa que el regimiento fue totalmente aniquilado tres veces ... Desde un punto de vista material, había 60,000 caballos (!) Y 13,000 casas (!) Y nada menos que 139,000,000 táleros en el lado de la pérdida ... No se puede negar que las pérdidas numéricas de la Guerra de los Siete Años se compensaron con asombrosa facilidad ".

El historiador militar inglés CHRISTOPHER DUFFY [3]

En el transcurso del siglo XVII, especialmente en la segunda mitad, la influencia

[1] J. Burkhardt, Adiós 256

[2] cit. Ibíd. 300 y s.

[3] Duffy, Friedrich el Grande 317 y s.

del papado había disminuido gradualmente con la reputación, generalmente se creía que un gobierno espiritual era malo.[4]

Hubieron muchas y muy diferentes razones para esto, y no pocas resultaron de la Iglesia misma.

125

Omnipotencia estatal contra la autoridad central del Vaticano

En un momento se dividió en sus círculos más altos, en el quórum sagrado de los cardenales, en partidos que a menudo eran difíciles, como lo demuestra la larga duración de muchas elecciones papales. El cónclave de 1644 que eligió Inocencio X duró cinco semanas; El cónclave, que eligió a su sucesor Alejandro VII en 1655, duró más del doble, ochenta días. En la elección de Clemente X 1670, el Espíritu Santo, después de todo, la tercera persona de la deidad, para deleite de los satíricos, dudó casi cuatro meses y medio antes de tomar su decisión. Y en la elección de Inocencio XII En 1691, tardó cinco meses del 12 de febrero al 12 de julio, considere: votar casi todos los días, coaliciones que cambian casi a diario, tácticas de confusión, etc.

El Colegio de Cardenales, en el que el Conde Lamberg, enviado de Viena en Roma, cuando escribió al emperador el 14 de abril de 1703, sospechaba más ateos que cristianos, estaba tradicionalmente en desacuerdo. Había varios grupos informales de votantes, estaban los llamados partidos de la corona, el grupo de personas con mentalidad borbónica y los seguidores de los Habsburgo, existía el círculo de Zelanti, especialmente los cardenales relacionados con la Curia, había una influencia externa constante, secreta y oficial, como a través del Ius exclusivae, la exclusión formal, es decir, la prohibición de elegir un candidato al Papa que no sea deseable para los soberanos católicos de Francia, España o Austria, aunque cada corona solo se otorga una vez; existió hasta 1904. Los regentes absolutistas y los estadistas ejercieron su influencia e intereses. El cardenal Mazarin envió sobornos desde París al Cónclave en 1644. Amenazaron con perder beneficios y pensiones, prometieron diócesis y arquidiócesis. Al borde, por así decirlo, del Clemente 'XI. El personal del embajador francés en Roma, Luigi Grimaldi, Príncipe de Mónaco, luchó contra personas de los servicios de seguridad del Vaticano, matando a varias personas. En resumen, siempre se ofreció todo para derribar a un candidato prometedor o para promover a otro.

126

En el transcurso del siglo XVIII, no solo las tres grandes potencias no católicas de Europa, Inglaterra, Prusia, Rusia, la católica, sino también estas, que a su vez se dividieron en los cada vez más violentos partidos franceses y austriacos, se elevaron más o menos por encima de ellas. Siglos de poder del Vaticano. El creciente absolutismo estatal casi llevó a los papas al punto de la insignificancia.

Esto fue particularmente evidente bajo Louis XIV.

El Bourbone, personalmente bastante devoto e incluso equipado con una consagración sagrada, como ya se podía ver a los representantes de Dios en sus predecesores, también intervino sensiblemente en la violencia espiritual del clero, suprimió varias órdenes, confiscó bienes de la iglesia, trajo, como sus ministros,

[4] zarcillo, Los Papas 697

Familiares, amigos, seguidores en los asientos de los obispos y del abad, con un tercio de los nuevos maestros espirituales que vivían en la corte de Versalles en lugar de en sus confines. Ranke, tras el cual ningún príncipe dominó a su clero más perfectamente que Louis XIV, cita al Príncipe Conde en este sentido: si el rey se complaciera en ir a la iglesia protestante, el clero lo seguiría primero.

La omnipotencia estatal estaba empujando más y más. Muchos príncipes se hicieron cada vez más independientes de Roma, del Papa; pero no estaban dirigidos contra la creencia, la religión tradicional, el cristianismo, que por el contrario era útil como un llamado factor de orden, como una domesticación pedagógica del pueblo, seguía siendo bienvenido como siempre; ciertamente no fueron dirigidos contra "Dios", el Señor Dios, el Dios del Señor, para los príncipes, como Schopenhauer en ‹Parerga y Paralipomena II› en el capítulo sobre la religión se burla del sirviente Ruprecht, "con quien se dirige a los niños grandes Persiguiendo camas cuando nada más quiere ayudar; por eso también se preocupan mucho por él ...»

127

Gradualmente, sin embargo, una reticencia y contradicción contra todo lo demasiado dogmático, contra conceptos como la revelación, como lo sobrenatural, una transición del pensamiento teísta a más deísta, a lo más secular. Y este cambio de opinión se apoderó de capas más amplias, lentamente adquiriendo más comprensión de las categorías de razón, naturaleza, tolerancia, que se beneficiaron de la abolición de la servidumbre, la persecución de brujas y la tortura, aunque solo unos pocos podrían haber adivinado que estaban fuera del vínculo. para los papales, la violencia clerical cada vez más en el estado, en la servidumbre de las autoridades seculares. En otras palabras, lo que perdió el Papa, lo que perdieron las jerarquías cristianas, ganaron los príncipes.

Este cambio en el espíritu de los tiempos fue más notable, este cambio en el cristianismo en Francia, donde se decía que 40,000 ateos ya habían vivido bajo Richelieu en París. En cualquier caso, Francia emanaba más o menos ideas y tendencias de la iglesia nacional que amenazaban particularmente al papado entre 1600 y 1800.[5]

Galicanismo, Episcopalismo, Jansenismo y Absolutismo de Estado.

El galicanismo, un término que solo se creó en el siglo XIX como contrapunto al ultramontanismo, era una actitud nacional que se había desarrollado particularmente bien en Francia a finales de la Edad Media, si no antes, y se hizo particularmente poderosa allí en los siglos XVII y XVIII. Esto continuó hasta la Revolución Francesa, hasta la época de Napoléon, y esencialmente se volvió contra el papado romano. Con la ayuda de la Iglesia Galicana, la "ecclesia gallicana", como decían los contemporáneos, Louis XIV, el Rey Católico, libró una lucha abierta de más de treinta años contra la Santa Sede.

[5] LThK V 699. Kelly, Léxico 301, 303, 307. Schopenhauer, Parerga y Paralipomena II, cap. XV Sobre religión § 174. HEG IV 169, 208 y s. Zarcillo, Los Papas 722 y ss. 735, 738. Pastor XIV / 115 ss. 305 ss. 611 ss. XIV / 2 1073 ss. XV 5 y s. 25. Kühner, El Imperio 319. Burkhardt, Despedida 8, 195. 50 y s. 187 y s. Franzen, Pequeña historia de la iglesia 326. Duchhardt, Europa la noche antes de 181

128

La iglesia francesa fue uno de sus instrumentos de gobierno más importantes. Intentó vincularse con las inmunidades y libertades más antiguas y buscó la independencia legal generalizada jurisdiccional y administrativa del curialismo y centralismo papal. Reconociendo la primacía teológica, es decir, la autoridad papal en materia de fe, luchó por las llamadas almas galicanas declaradas por el clero en París en cuatro artículos el 19 de diciembre de 1682, que fueron retirados en 1693 pero prácticamente efectivos hasta el siglo XIX Libertades Al hacerlo, subordinó al Papa, aunque en cuestiones de fe a la máxima autoridad, al consejo general.

El Papa, por otro lado, excomulgó al confesor del rey, el jesuita La Chaize, quien no solo mantuvo contactos con Leibniz y otros "herejes", sino que también llamó a la persecución de los protestantes "odieuses et barbare". Excomulgó al embajador francés en Roma y finalmente se negó a aceptar 35 obispos nombrados por Ludwig. El rey inauguró casualmente al cardenal Fürstenberg en Colonia en 1688, el mismo año en que también ocupó el Aviñón papal.

Al mismo tiempo que el galicanismo estaba cobrando especial importancia, entre el final de la Guerra de los Treinta Años y el comienzo de la Ilustración, el episcopalismo también alcanzó su mayor eficiencia, también en Francia, donde el galicanismo tiene una serie de similitudes o afinidades con ideas episcopalistas., sobre todo la independencia del episcopado y la reducción del poder papal en favor del episcopal. Estos ya no estaban relacionados con los papas, sino directamente con Dios. De esta manera, los defensores del sistema episcopal también podrían representar la superioridad del consejo sobre el papa, el conciliarismo, en lugar de subordinar el consejo al papa.

Especialmente en los siglos XVII y XVIII, el episcopalismo requería una nueva autoconfianza de los obispos, una apreciación de sus derechos y reclamos, especialmente contra el papado, pero también contra los gobernantes, que a menudo resultaban en disputas prolongadas, por ejemplo, sobre el llenado de oficinas espirituales o el derecho a deshacerse de eso. Estado de la iglesia revelado; cómo el absolutismo estatal se convirtió en un foco de conflicto cada vez más poderoso contra el debilitamiento de la violencia espiritual.

129

El jansenismo, un movimiento de reforma intracatólica que se estaba extendiendo rápidamente nuevamente, particularmente en Francia, también influyó en el espíritu de los tiempos, y Pascal y Racine también estaban cerca de él. Volvió al profesor León y luego al obispo Cornelius Jansen von Ypres, quien continuó la doctrina de la gracia de Agustín y quería fundar una iglesia en el espíritu del cristianismo primitivo. Los jansenistas, a veces también llamados "pietistas católicos", incluso formaron su propia iglesia en Holanda. Condenados por bastantes papas, cultivaron una piedad estricta, una práctica sacramental especialmente rigurosa, y lucharon contra las apariencias externas del catolicismo, su esplendor barroco, su peregrinación, su ser de santos y, por último, su principal enemigo, los jesuitas, especialmente su teología moral casuística, el laxismo. y probabilismo – para Pascal simplemente "una pandilla de delincuentes" (Pastor).

Debido a las duras críticas al absolutismo de Louis XIV El rey temía el potencial desestabilizador del movimiento, temía una (más) división religiosa del estado, su asociación con los círculos opositores de la aristocracia y la clase media educada, y

finalmente dejó Port Royal, cerca de París, fuera de la sede y el centro espiritual del jansenismo. que expulsa a las monjas y derriba el monasterio en 1710.[6]

La guerra entre el papa y el emperador católico

Además de España, los Países Bajos españoles y el sur de Alemania, la Guerra de Sucesión española, Italia, donde dos de los territorios más buscados, Milán y Nápoles, pertenecían a la corona española, se había convertido en el principal teatro de guerra y afectaba directamente al Vaticano.

130 Como Papa gobernó durante la guerra y más allá, Clemente XI (1700- 1721), y sin duda contribuyó al debilitamiento de la Santa Sede. Clemente, que fue ordenado sacerdote poco antes de su elección al Papa, ya había sentido simpatía por Francia como cardenal Gian Francesco Albani, siguiendo la línea de su predecesor, y esta preferencia también como papa; por lo cual, por supuesto, en la vieja tradición curial, imparcialidad, una actitud mediadora. Entonces, en marzo de 1701, cuando apareció "como el padre común del cristianismo, como mediador por encima de las partes" o, a fines de agosto de 1705, se recomendó al nuevo emperador Joseph I como "padre de todos los creyentes", se aseguró una "neutralidad" total, mientras que "eso buena conciencia» que tenía, en ocasiones armaduras y procesiones de petición, Oraciones por la paz, especialmente desde que en Roma, mientras se quejaba, escuchó "nada más que asesinato y homicidio"; su propio secretario Breven Zeccadoro fue asesinado en 1702.

Mientras Clemente XI, este pontífice extremadamente piadoso, que leía misa todos los días, confesaba todos los días, de quien se dice que encontró descanso después de frecuentes visitas a iglesias y predicaciones, mientras que el Papa continuó admitiendo neutralidad, advirtió paz, fue su Borbón Obviamente partidario, envió felicitaciones a Philipp V, le brindó ayuda, alabó "el tamaño del alma" de Louis XIV, disfrutó del éxito de sus armas, creyó en su victoria final, en resumen, favoreció a los franceses con favores donde pudo, de modo que el conde Lamberg, el emperador también un enviado piadoso; El Santo Padre fue descrito como un "hipócrita consumado" a principios de mayo de 1702, al igual que su cardenal secretario de Estado Fabricio Paolucci (que no debe confundirse con el general papal Paolucci, quien traicionó a las tropas austriacas en Ficcarolo en junio de 1704 a favor de los franceses) regañó "francés maloliente". El emisario, por supuesto, no parecía particularmente clerical; al menos a veces citaba "la palabra fea" de que los sacerdotes solo podían ser guiados "a través del dinero y el palo" (la borsa ed il bastone).

131 No es de extrañar que las relaciones entre Viena y Roma, entre el emperador católico profundo y el Papa, también se deterioraron, y empeoraron cuando Leopold

[6] dtv léxico 7, 93; 9, 239; 15, 27. LMA IV 1094 y s. LThK III 726 y s. IV 274 ss. VIII 43 si. HEG IV 208 y ss. 215. Pastor XIV / 1 438. Ranke, Los Papas 708 y ss. Franzen, Historia de la pequeña iglesia 325 y ss. Seppelt, El papado en la lucha con el absolutismo estatal 310 y ss. 378, 381, 395. El mismo. El papado en los tiempos modernos 313 ss. 318 ss. 400 ss. Kühner, El imperio 315, 339. Duchhardt, Europa la noche anterior a 143 ss.

I murió el 5 de mayo de 1705 en el Hofburg de Viena y su hijo mayor Joseph I lo abrió. el trono lo siguió.[7]

Ya el 30 de agosto de 1705, el Papa escribió en su propia carta al nuevo gobernante que Dios conoce, el mundo y nosotros mismos sabemos: «No queríamos la neutralidad completa de nuestro padre común en lo más mínimo eliminar No tenemos dudas de que Ew. La Majestad Imperial reconocerá esto cuando, como esperamos firmemente, sigas los impulsos de piedad y justicia que han surgido de tus gloriosos antepasados, así como la dignidad y el honor del patrón de la Iglesia.»

Sin embargo, esta dignidad y honor impidieron que Joseph I (1705- 1711) continuara la guerra tan poco como, por ejemplo, la Clementina, sí, en la misma invocación de su "piedad innata y verdaderamente austríaca", especialmente Joseph, que la Santa Sede hizo más cuando todo tenía miedo de tratar de restaurar la autoridad del emperador en Italia, de las posesiones imperiales allí nuevamente, no solo por intereses imperiales, por la reactivación de los antiguos, aunque controvertidos, feudales derechos feudales, sino también por razones dinásticas, como sí, según la antigua costumbre de los Habsburgo, por propiedad imperial Mach Hausgut (véase VII Décimo cap., Especialmente 361 ss.) – también el padre y predecesor de Joseph Leopold, en un reinado de 47 años lleno de desafíos por turcos y franceses, pero también lleno de la confianza de Dios, nunca se olvidó de la expansión y elevación de su casa. En principio, lo siguiente se aplica (no solo) a esa época: "Los emperadores de los Habsburgo se preocupan principalmente por aumentar su poder doméstico" (Pequeño Ploetz).

132

A principios del otoño de 1706, con la victoria del Príncipe Eugène en Turín y su invasión de Milán, se conquistó el norte de Italia, y un año después la conquista de Nápoles, haciendo que la península en manos del emperador. Sin embargo, durante las campañas, 1704 y 1705, la región imperial ya había dañado el territorio del Vaticano y, en el verano de 1707, pasaron las puertas de Roma, pasando las puertas de Roma. Clemente XI se quejó una y otra vez. sobre ignorar sus derechos, tanto seculares como espirituales, sobre los disturbios de los invasores, las despiadadas requisiciones, los impuestos al clero, el maltrato a los sacerdotes, la corrupción de las iglesias, la celebración de servicios "heréticos" por parte de los predicadores de campo protestantes, la opresión y la explotación de sus súbditos. por los ocupantes que, al menos inicialmente, parecían más libertadores.[8]

Papa Clemente XI pero fue desde el principio y luego cada vez más francófilo, un amigo de los franceses, mientras que el joven Joseph detestaba al "francés diabólico". "Incluso en los primeros años de la juventud", su temor al Papa se sacudió y su cabeza se llenó, según un memorándum escrito alrededor de 1695 para su instrucción, con "nuevas interpretaciones de la ley imperial amarillenta". Joseph presionó para la batalla; finalmente controló el norte y el sur de la península, y el Príncipe Eugène gravó particularmente a los pequeños estados que se consideraban préstamos imperiales, Génova, Toscana, Lucca, Módena, y no menos los ducados de Parma y

[7] Geiss IV 560L zarcillo, los papas730 ss. Pastor XV 9 ss.14 ss. 17, 20 y s. 15 y s. Seppelt, El papado en la lucha con el absolutismo estatal 382 y s. 386. El mismo. El papado en los tiempos modernos 387 y s.

[8] Sautter, Léxico biográfico 223. El pequeño Ploetz 137. HEG IV 585 y s. Seppelt, El papado en la lucha con el absolutismo de estado 385 y s. Pastor XV 27 y s. 31 y s. 34, 42. Burkhardt, Adiós 23. Schmidt, Joseph I 195, 197 y s. Schindling, Leopold I, 171

Piacenza, de los cuales el Papa afirmó que La Santa Sede lo ha tenido con buena razón durante tres siglos. Ergo, le dio a todos los que salieron mal con la gran excomunión, Esto fue especialmente cierto para el Príncipe Eugène, quien, por supuesto, continuó con sus creaciones sin preocupaciones, incluso incitó al emperador a no permitir que la santidad papal de ninguna manera "se mezcle tanto en la Temporalia". Después de todo, mientras una especie de literatura de folletos, una verdadera guerra de plumas, se desarrolló gradualmente, incluso la tesis de que el emperador tenía "un derecho irrevocable no solo para Parma y Piacenza, sino también para toda Italia, la ciudad de Roma y el Patrimonium Petri".

133

Clemente apeló en vano a apelar, en vano amenazó con castigos de la iglesia, en vano llamó a los príncipes seculares y espirituales en busca de ayuda. Sin éxito buscó ayuda de la emperatriz al confesor del emperador. Clemente se volvió hacia el episcopado alemán, los electores episcopales de Maguncia y Tréveris, el gran maestro de la Orden de San Juan, los reyes de Portugal y Polonia, y Venecia. Sin embargo, las repúblicas y ducados italianos permanecieron neutrales o confesaron al emperador. En vano, el romano, su mayor decepción, se volvió hacia Louis XIV, que lo había estado empujando a la guerra contra el emperador por todos los medios durante dos años, pero él mismo no podía o no quería participar porque ya veía que el poder y las posibilidades de su poder se habían excedido.

Pero Clemente se jactó de romper las cadenas de que la violencia secular forjó la iglesia de nacimiento libre; advirtió al emperador, "obviamente desafiando la ira divina", le advirtió "un día antes de una terrible silla de juez" y amenazó: "Cuidado, querido hijo (en nombre de Jesucristo, cuyo lugar representamos indignamente, te hablamos) tenga cuidado de manchar las primicias de su floreciente juventud con la molestia de todo el pueblo cristiano y comenzar su gobierno con insultos a la Iglesia, que es la novia de Cristo, y a sus apóstoles». Por lo tanto, el Papa incluso quería convertirse en mártir; «Porque no consideramos que nuestras vidas sean más preciosas que el cumplimiento de lo que el servicio que nos ha encomendado nos ordena el cielo ...»

Sin embargo, Joseph I, en un manifiesto fechado el 26 de junio de 1708, puede haber escrito, como se escribió una vez, el guión más agudo jamás emitido a un papa por un emperador de los Habsburgo: no le otorgó ningún derecho a los ducados en disputa, menos que nada de soberanía directa, y lo acusó de usurpación. Declaró nula y sin valor la excomunión, enfatizó los derechos ancestrales de los emperadores e imperios a Italia y no estaba irritado "por las bulas papales ... quieren amenazarlos con tantos hechizos".

134

Entonces Clemente solo podía confiar en Dios, podía exponer el Santísimo Sacramento, ordenar oraciones por días, y consejos militares, podía reclutar tropas, armarse. Y cuando los emperadores bajo el general Bonneval en mayo de 1708 ocuparon la pequeña ciudad costera de Comacchio, ubicada en la podelta y parte de los Estados Pontificios durante más de cien años, y tenían la inscripción amurallada en la puerta: "El emperador Joseph, que una vez más desafió los viejos derechos de Italia", decidió Clemens a la guerra, que también comenzó en octubre de 1708.

Pero se convirtió en un breve movimiento armado «sin sangre». El ejército de la Santa Sede, mezclado, mal equipado, incapaz de liderazgo, era irremediablemente

inferior al ataque de los imperialistas bajo el mando del mariscal de campo Conde von Daun, el estado de ánimo general contra el estado sacerdotal, no ayuda a ningún lado, ni siquiera de Francia. El temor del Papa a una ocupación de Roma fue alimentado por el recuerdo del horrible Sacco di Roma (¡VIII 438!) Entonces, literalmente, firmó la última hora, el 15 de enero de 1709, poco antes de la medianoche, el Rendición: en general, condiciones relativamente moderadas. La demanda más fatal de Clemente fue probablemente su reconocimiento de Carlos III, el hermano del emperador Joseph, como rey de España, que siempre había rechazado en favor de Felipe V Pero solo un año después de que comenzara la guerra, Breve llevaba el XI de Clemente. la inscripción: "Carissimo in Christo filio Nostro Carolo Hispaniarum regi catholico" (Nuestro querido hijo Karl, Rey católico de España).[9]

Sin embargo, si el papado continuó entreteniendo tropas o reclutando mercenarios extranjeros a lo largo del siglo XVIII, durante la mayor parte del siglo XIX, hacía mucho tiempo que había desempeñado su papel como potencia militar, aunque ciertamente no era tan continuamente tan cínicamente desde la antigüedad. ¡Practicaste como un poder de guerra y demandante de guerra sin hacer la guerra

tú mismo! Este papel culmina, cuantitativamente, realmente solo en nuestra historia más reciente, más reciente, el tiempo de la Primera, la Segunda Guerra Mundial, la guerra en Vietnam.

Un vívido ejemplo de tal guerra, un tipo extremadamente popular de lucha papal, es decir, la participación altamente eficiente en la guerra sin estar involucrado en ella, es la Guerra de los Siete Años en el siglo de las Luces.

135

¿Sigue siendo la tradición de las cruzadas?

La intensidad con la que el papado estaba interesado en este conflicto, cuánto participó sin intervenir directamente en las luchas, sino que más bien ocultó su participación, fue evidente durante el curso de la guerra, con el motivo religioso resaltado provocativamente en el lado protestante, católico disputado durante mucho tiempo, todo se ha hecho para que la guerra no aparezca como una guerra religiosa. Sin embargo, el hecho mismo de que alrededor de un tercio de la correspondencia oficial entre la Nunciatura y la Secretaría de Estado en Viena durante la Guerra de los Siete Años consiste en informes de guerra, no pocas veces informes de guerra muy detallados, de descripciones militares precisas, habla por sí mismo.

La ciudad santa estaba tan llena de militaria secreta, incluidos los informes del teatro en el extranjero, que incluso fue tratada, incluido el confesor de Clemente XIII jugó su parte; cómo la gente en el régimen antiguo todavía usaba la "diplomacia confesional" para hacer uso de canales de comunicación no oficiales, en Viena y en París, en la corte de Munich del Padre Stadler, en la corte del elector de Colonia del Padre Kellerhofen.

136

La guerra particularmente sangrienta, en la que los católicos Austria y Francia

[9] Geiss II 286, 289 y s. HEG IV 585 y ss. Ranke, Los Papas 732. Pastor, XV 29. 32, 34 y ss. 37 y ss. 40 y ss. Seppelt, El papado en la lucha con el absolutismo estatal 386 y ss. Eso. El papado en los tiempos modernos 392 y siguientes Schmidt, Joseph I 198

lucharon por un lado, Prusia protestante e Inglaterra por el otro, todavía era considerada por muchos contemporáneos, a mediados del siglo de la Ilustración, como una guerra de religión y religión. En investigaciones anteriores, este aspecto es enfatizado por académicos tan destacados como el abogado Johann Jacob Moser y el historiador Leopold von Ranke. Y en 1985, Johannes Burkhardt todavía veía en su tesis de habilitación «Adiós a la guerra religiosa. La Guerra de los Siete Años y la diplomacia papal ", a lo que estoy muy obligado en lo siguiente, ha debilitado las denominaciones que surgieron a fines del siglo XVII y, a veces, incluso en el siglo XVIII, en su efectividad dogmática, pero no en su significado general. Desde un punto de vista político y legal, "una era denominacional en el Reich realmente solo comenzó realmente".[10]

Pero detrás de la enorme actividad denominacional de la curia sigue la tradición de las cruzadas, los baños de sangre entre "herejes" y paganos, la propagación violenta del catolicismo, la vieja estrategia de apaciguar notoriamente su propio campamento, pidiendo paz, tanto más poderosamente Poder librar guerras "santas" con personas ajenas a la religión: el sueño de casi devorar a los piadosos Monsignori durante siglos.

Esta actividad altamente beligerante, ideológica y materialmente apoyada, sirve en el período post-luterano, en el régimen antiguo, particularmente en el establecimiento y la mayor expansión de un servicio permanente de nunciatura, la ocupación de ramas curiales en su mayor parte cuidadosamente ocupada con los más influyentes, siempre preocupados por la colaboración, pero a través de sus siglos. Oposición política de poder para separar las potencias europeas en París y Viena, en los asientos reales en España, Portugal, Polonia, las cortes más grandes de Italia, en Venecia, Florencia, Nápoles, los cantones católicos de Suiza. Porque solo con los soberanos, los representantes responsables de la denominación católica, los diplomáticos papales oficiales fueron acreditados, nunca con los no creyentes.

137

Los apologistas enfatizan la frecuencia y la urgencia de los llamamientos de paz papales. Pero siempre se refieren solo a sus propios creyentes, en todas las acciones de pacificación y mediación del papado "desde la Reforma hasta la Guerra de los Siete Años, la paz nunca se entiende ni se involucra con un poder protestante" (Burkhardt).

A lo largo de los siglos XVI y XVII, las alianzas confesionales mixtas fueron la regla, independientemente de todas las fluctuaciones, el dualismo de poder católico dominado, el viejo antagonismo entre los dos principales competidores católicos, los Habsburgo austríacos y los reyes franceses, la política europea, especialmente la de Vaticano, cooperó con los príncipes protestantes alemanes ya en el período de la Reforma, cuando libró una guerra tras otra contra Karl V, el emperador católico (VIII 433 y sigs.); En la Guerra de los Treinta Años, los franceses católicos lucharon con los luteranos suecos solo para recordarles.

No hace falta decir que, en la medida de lo posible, la Curia romana no hizo nada para lograr una alianza de los poderes católicos, especialmente las dos coronas principales, y para atacar de manera unida contra todos los enemigos de la silla romana, a los turcos les gusta los "herejes". can. Era cierto que hubo menos éxitos que fracasos, fracasos catastróficos, como especialmente en la Guerra de los Treinta

[10] dtv-Lexikon 12, 289. Burkhardt, adiós 1 y ss. 113 y ss. 123, 127 ss. 130 ss. 204 ss.

Años y la Guerra de Sucesión española.[11]

La «Revolución diplomática»

El 1 de mayo de 1756, Viena y Versalles, los opositores de siglos, cerraron ante la espectacular sorpresa de toda Europa; un pacto de alianza y amistad, llamado "revolución diplomática" por la historiografía. Hubo un "cambio de sentido de las alianzas", una inversión completa de la constelación política. En lugar de la anterior oposición de los Habsburgo-Borbón, que había existido al menos desde la Guerra de los Treinta Años, las dos dinastías católicas más importantes se unieron contra los dos principales estados protestantes. Y esto sucedió en un año; en el cual después de la Primera Guerra de Silesia (1740-1742), el comienzo de la lucha por la supremacía en Alemania, y la Segunda Guerra de Silesia (1744-1745) comenzó la Tercera Guerra de Silesia (1756-1763), la Guerra de los Siete Años. (Aquí, mirando hacia el futuro, recuerde a Hitler, a quien le gustaba referirse al rey prusiano y que el 23 de noviembre de 1939 también comparó su decisión de ir a la guerra con Polonia con la decisión de Friedrich de ir a la Primera Guerra de Silesia).

138

Después de la anexión de la provincia austriaca de Silesia, casi toda la Alta y Baja Silesia, junto con el condado de Glatz con (un total de)

1.300.000 otros sujetos en la Paz de Berlín (1742), pero después de la aplicación de Friedrich II de esta "propiedad de ladrón" (Duffy) ya no era el gran oponente de Austria, Francia, sino Prusia; y Francia, ahora del lado de la monarquía del Danubio, se había enfrentado a Inglaterra como el principal enemigo desde el comienzo de la guerra colonial, donde Friedrich fue celebrado como una "providencia de todos", un regalo de providencia.[12]

Las negociaciones secretas sobre el pacto entre Viena y Versalles comenzaron en el otoño de 1755 y se dieron a conocer en el Vaticano el siguiente febrero. En ese momento, muchos monsignori simpatizaban con Francia. El cardenal secretario de Estado Silvio Valenti Gonzaga se inclinó hacia Francia. Según una fuente bien informada, el hombre después de él, el secretario de cifrado Antonio Rota, era "un espía pagado en Francia". Y otros curiales fueron sobornados regularmente por Francia anualmente.

Pero de donde sea que provenga la información, el acuerdo denominacional se incluyó en las discusiones entre Viena y París desde el principio, el entendimiento entre los opositores católicos anteriores, especialmente en Roma, se consideró inmediatamente desde una perspectiva denominacional, ya que las dos principales potencias católicas ahora eran vistas como las únicas. confrontando a los principales estados protestantes, los "heretici", los "acatolici", Prusia e Inglaterra, "el más indigno de todas las naciones", como lo expresó el Papa, "en el mundo conocido hoy".

139

Entonces, ahora lo que muchos de sus predecesores querían, la unión de las potencias líderes católicas. Pero el 29 de agosto de 1756, el rey prusiano los precedió.

---

[11] Burkhardt, adiós z y s. j y s. 12 ss. 19 ss. 24 ss.

[12] HEG IV 450, 456. El Pequeño Ploetz 140h Duffy, Friedrich 21, 246 y s. Burkhardt, adiós 23 ss. 42 ss. 153. Messerschmidt, Consecuencias de Friedrich II 283 y sigs.

Friedrich II tomó una "huelga preventiva". Dejó que su ejército cruzara la frontera hacia Sajonia, un país protestante con una corte católica, explotara a la población bárbaramente, había comenzado la Tercera Guerra de Silesia, la Guerra de los Siete Años, y Roma no tenía problemas con el estado de crisis confesional, al menos psicológica y propagandísticamente, promoviendo el brote. avivado» (Burkhardt). En el apogeo de la masacre, en un breve del 15 de noviembre de 1758, el papa Clemente XIII. Rey Louis XV asegurar que la hermandad de armas entre Francia y Austria fue fundada por "el Dios todopoderoso mismo" (Omnipotens ipse Deus).[13]

Inicialmente, sin embargo, "las hostilidades y los actos de violencia" de los invasores en Sajonia hicieron que Benedicto XIV "levantara el pelo", encontró el enfoque de Prusia "inaudito". Con extrema participación, leyó los informes del teatro de guerra y llamó a las Majestades católicas Franz I, Maria Theresa y Louis XV a la guerra contra los que rompen la paz. También quería movilizar a otros príncipes católicos, específicamente por su religión, por su "oficio apostólico"; Sí, su Secretario de Estado escribió a Viena, hubiera preferido apresurarse a luchar él mismo si hubiera tenido los medios y la autoridad para hacerlo.

Los tiempos, por supuesto, cuando papas y prelados comandaban ejércitos enteros (en detalle: "Clero y Guerra" VI 31 y sigs.l) habían terminado. Después de todo, Urban VIII todavía estaba en peligro en el siglo XVII – pasatiempos favoritos: enriquecimiento del sobrino y la guerra (estableció una fábrica de fusiles en Tivoli) – para lanzar "contra 12,000 hombres al campo", sí, finalmente envió 30,000 guerreros a pie y 6,000 a caballo (IX 355, 366 y sigs.!), Mientras que en el siglo XVIII Benedicto XIV solo ofreció unos pocos miles de combatientes, cuya lista comenzó con rezar el rosario después de ser despertado.[14]

140

Sin embargo, como es habitual, las acciones de política exterior se llevaron a cabo en estrecha cooperación con la Secretaría de Estado, ahora con el nuevo Cardenal Secretario de Estado, Alberigo Archinto. Y también vio que la invasión Frederickian no solo ponía en peligro a Austria, la causa justa de Maria Theresia (1740-1780), la Reina y (desde 1745) Emperatriz, sino también la religión católica. Después de todo, Roma colocó el motivo religioso en primer plano desde el principio, siempre enfatizando la "religión", el "bien de la religión", los "intereses de la religión católica". Al igual que la gobernante piadosa – fue nombrada en contra de la reticencia curial en el canon de medición y creía que "el fuerte brazo de Dios" intervendría en la política mundial por el bien de ella – vio "la religión sagrada en toda Alemania" en peligro y como el objetivo principal de la La guerra no solo exigió el reclamo de Silesia, sino el "mantenimiento de nuestra religión sagrada, de la que doy un apoyo casi exclusivo en Alemania".» »

Al igual que Wenzel Anton Graf von Kaunitz, su canciller consumado, recomendó la nueva alianza con París a la Santa Sede como extremadamente beneficiosa "per la nostra santa religione cattolica". Y como él, Kaunitz, luego del estallido de la guerra el 9 de septiembre de 1756, instruyó a su embajador en Roma, el padre Pius Manzador, el superior barnabita, a "convencer claramente a la corte romana de que la

[13] Pastor XVI /I 422 y sigs. Burkhardt, adiós 32 y ss. 42 y ss. 49 y s. 100 y ss. III. Kroener, Los fundamentos materiales 76

[14] Ranke, Los Papas 612 y ss. Burkhardt, adiós 42 y s. 106 ss. 156

salvación de nuestra religión piadosa ahora es esencial, de ahí la necesidad exigir a la Presidencia pontificia que ayude al tribunal local con fondos lo antes posible ...»

En realidad, Kaunitz, un espíritu libre que fue formado por la Ilustración y que se dice que presentó su confesionario anualmente a la emperatriz, no estaba preocupado por salvar la fe católica, sino por la completa aniquilación del poder prusiano, estaba preocupado por "el rey prusiano", como lo dice varias veces, lanzar "sobre el montón". Para él, Friedrich II, también repetido en su extenso memorándum "Alcaldes del conde Kaunitz sobre el sistema extranjero" del 24 de marzo de 1749, "es el enemigo más grande, más peligroso e implacable de la casa Ertz más translúcida". "En lo que respecta al rey en Prusia, merece dudas especiales en la clase de enemigos naturales de arriba, e incluso antes de las puertas otomanas, para ser visto como el vecino peor y más peligroso de la casa Ertz más translúcida.» »

141

Independientemente de la creencia personal o la incredulidad, el bienestar, la "promoción de nuestra religión sagrada" se enfatizó más o menos y se enfatizó la armonía ideológica. Debería Louis XV Compromiso confesional, la alianza con la Prusia protestante debería haberlo oprimido, supuestamente prefería haberse aliado con la corte de Viena de por vida. Sí, confiesa a su ministro de Asuntos Exteriores, Etienne François Stainville, duque de Choiseul, que no se ha asociado con Viena para ningún otro propósito, "aplastar a Prusia y exterminar al protestantismo".[15]

Ya en el otoño de 1756, el Papa hizo al Breven referido como "Margrave de Brandeburgo" en varios Breven y, a través de la propaganda de guerra curial, lo acusó de luchar por suprimir la religión en Alemania y en las tierras de Maria Theresia, además de expandir su propio territorio, por lo que se temía que "en el reino él volvería lo más bajo en lo divino y lo humano". Porque si el campo católico trató de descartar cualquier sospecha de guerra religiosa como un mero "fantasma de guerra religiosa", el lado prusiano extendió sistemáticamente "el amargo odio austríaco hacia la religión protestante".

Antes de que comenzara la guerra, Friedrich había convocado la situación de peligro político-religioso en innumerables órdenes, memorandos, sospechas y acusaciones. Ahora, en la guerra, tenía, oficial y extraoficialmente, más y más el aspecto denominacional del conflicto que se destacaba y estilizaba como una especie de hombre de ala, como pionero del protestantismo contra Austria, como un nuevo Gustav Adolf (cf. IX 357 y sig.). Incluso su correspondencia política ha sido adornada con denominaciones. Y también quería unir a los príncipes imperiales protestantes en una "Liga evangélica principesca". Sí, el espíritu libre dedicado, el amigo de la Ilustración, hizo que las iglesias protestantes prusianas rezaran por la campaña "para proteger nuestra iglesia y la suya".[16]

142

Friedrich pudo haber creído poco más, bastante menos, que su amigo Voltaire. Pero él sabía cuán útil, especialmente en la guerra, un creyente cristiano podría ser su gobernante. Por lo tanto, el rey también esperaba que sus generales al menos apoyaran plenamente los rituales cristianos, la forma externa de adoración. Todos los

---

[15] Pequeño Ploetz 140. Burkhardt, adiós 42 y ss. 46 ss. 53, 108 ss. 161 y s. 206, 211. Pommerin, Bündnispolitik 113 y ss. esp. 127, 135 y s. 149 y s. 163 y s. Pommerin / Schilling, memorial del conde Kaunitz 165 ss. 205, 208, 228

[16] Pastor XVI / 1 424 s. 479.Burkhardt, adiós 51 y ss. 61 y s. 107 ss. 113 ss. 118

domingos las tropas se reunían para el desfile de la iglesia. "Teníamos que", escribió un participante, "en los trenes frente al resp. Iglesia de marzo, donde todos pertenecían según su religión, y entrar en ella, uno quería o no quería; La cena también se celebraba a menudo, lo cual fue muy edificante y una bendición para mí debido al silencio y la devoción imperantes entre una gran cantidad de guerreros.»[17]

El cristianismo de todas las denominaciones también fue una bendición para las víctimas de la matanza de Guillermo II, Hitler y Stalin, se lee en la "Política de los Papas" I 236 y sigs., II 151 y sigs.! Sin embargo, Friedrich II obligó a sus predicadores, a quienes también se puso de uniforme después de la Primera Guerra de Silesia, durante una campaña para orar durante quince minutos cada mañana y tarde, predicando todos los domingos, celebrando el sacramento cada dos domingos. Un cortesano que observó el servicio de campo de un regimiento el 7 de junio de 1758 comentó: "No hay nada más edificante que ver semejante rebaño de héroes, ante quienes las provincias y los reinos tiemblan, se inclinan ante la omnipotencia divina. Los generales, los otros oficiales y todos los equipos se paran en círculo alrededor del clérigo, a quien dos tambores sirven como altar, y todo reza con la cabeza descubierta al Señor». Las victorias se celebraron con "hogueras" (feu de joie) hechas de mosquetes y cañones, así como con corales piadosos, "Un castillo fuerte es nuestro dios", y una y otra vez con el "Tedeum".[18]

143

La guerra humanizada del período de la Ilustración

Para estar seguros, tenían todas las razones para cantar, para agradecer a Dios. Todos ellos, por supuesto, ¿a quién Dios no dejó vivir? Bueno, ellos murieron; cuán conocido, dulce y honorable, pero solo muy pocos murieron. Sí, tan hermoso, tan gentil, especialmente como ese hombre sin nombre que ahora solo vive a través de un ejército popular, por así decirlo, de Hans Joachim von Zieten. El general había estado en el servicio prusiano desde 1714, luchó en las Guerras de Silesia, ayudó a decidir las batallas en Liegnitz y Torgau (1760), y donde Friedrich perdió más de 5,000 soldados en media hora (16,670 en total), Cuando una bala de cañón arrancó la cabeza de un coracero en Torgau en un duelo de artillería con los austriacos, Zieten solo gritó: "¡Niños, tiene una muerte apacible!"

Pero, sí, solo algunos tuvieron una muerte apacible en estas, en otras guerras, fue solo un hombre afortunado, por así decirlo. Un teniente del regimiento V A continuación, recordó cómo su disparo espontáneo fue disparado de su mano en la Batalla de Zorndorf en 1758 y su rostro fue golpeado por las partes del cerebro de un soldado al que le arrancaron la cabeza mientras una bala le atravesaba el sombrero, otra la falda y otra. el tercero rebotó en su collar".

Suave, por supuesto: casi solo suavemente, el general prusiano von der Schulenburg también murió menos suavemente cuando fue contraatacado a la caballería austríaca en la mañana del 10 de abril de 1741 en la batalla cerca de

[17] Duffy, Friedrich el Grande 83, 210
[18] Duffy, ibid. 211 s.

Mollwitz en la Primera Guerra de Silesia "al principio le dispararon al caballo debajo del cuerpo, luego le cortó la cara, de modo que un ojo colgó de su mejilla, finalmente cuando estaba a punto de sentarse en un caballo nuevo y con el pañuelo. Cuando quería dejar de sangrar, una bala voladora penetra en su cabeza y lo golpea con el estallido y la caída.»[19]

144

Después de todo, los oficiales superiores en ese momento también compartían el riesgo de sus subordinados; solo en los primeros cuatro años de la Guerra de los Siete Años, 33 generales, incluidos dos mariscales de campo, fueron asesinados, merecidamente, uno puede agregar, pero también el menor de ellos suavemente.

Y después, las cosas no salieron bien en el campo de batalla de Zorndorf, plagado de personas heridas y moribundas. "Vinieron", informa un testigo ocular, "desde todas las direcciones, algunos gateando sobre las manos y los pies, algunos con muletas debajo de los brazos, que eran mosquetes, cuyos pistones habían tomado debajo de sus hombros. Las trampas de barro llenas de agua de vez en cuando servían para calmar su sed ... A cada momento se me presentaban nuevas vistas del horror. Vi lugares donde la caballería había sacrificado y personas y caballos estaban acostados entre ellos, lo que más me sorprendió fue la ira que aún se veía en los rostros de los que quedaban. También había restos de municiones quemadas y vagones de pólvora y muchos hombres de artillería medio fritos, que emitían un desagradable olor a fuego. Las bendiciones yacían allí sobre sus últimas piernas y habían cavado sus manos y pies profundamente en miedo y dolor. En otro lugar había un tren entero de carretas rusas de dos ruedas donde se disparó a los caballos, y por todo el Champ de Bataille había caballos, algunos de los cuales arrastraban los intestinos detrás de ellos y otros que saltaban sobre tres patas». Los heridos rusos a menudo fueron enterrados vivos, junto con miles de cadáveres – "todos desnudos, todos negros y horribles a la vista – cuerpos desmembrados, brazos y huesos cortados, cabezas de sable, tripas desgarradas - caballos y personas revolcadas". Esto en cuanto a la guerra humanizada durante el período de la Ilustración.[20]

145

El día después de la batalla, el teniente von Hülsen vio a Friedrich en el polvo y el sudor del día anterior en la sede real. "Era terriblemente hermoso y su expresión era alegre". Sí, el rey, no le recuerda a Karl XII de Suecia? – Estaba "de buen humor". Y le dijo al general von Seydlitz, un caballero altamente calificado y "amado por sí mismo" debido a su humanidad (Bleckwenn): "En general, los rusos son en realidad una chusma, ¿no crees?" "Señor", respondió el general, "no sé si puede llamar a una infantería como la rusa que luchó así y rechazó a nuestras propias tropas".

Friedrich no solo llamó a la chusma rusa una vez. Y si el camino desde aquí hacia la "subhumanidad rusa" de la era de Hitler no estaba del todo completo, era un paso, y ciertamente no solo entonces.

Ni siquiera los grandes contratiempos sacudieron a Friedrich, como la Batalla de Hochkirch el 14 de octubre de 1758, cuando varios cientos de prusianos fueron estrangulados en sus tiendas a las cinco de la mañana "antes de que pudieran abrir los ojos; otros corrieron medio desnudos hacia sus armas». Este día solo le costó al rey 9,000 hombres, un tercio de su ejército, incluidos los dos mariscales de campo

[19] Geiss III 575, 579, 581. Autor, Léxico biográfico 431. Duffy, Friedrich el Grande 244, 285, 310 ss.
[20] Duffy, Friedrich el Grande 55, 286 ss. Kroener, Profesionalismo militar 104

James Keith y el Príncipe Moritz von Dessau. El derrotado se recuperó del desastre "sorprendentemente rápido" (Duffy), ya que pudo convocar al Príncipe Heinrich, su hermano menor, que una vez lo elogió como "general sin errores", con su cuerpo y compensó las pérdidas.

Incluso la terrible derrota de Kunersdorf, casi el fiasco militar de Friedrich, le fue enseñada por austriacos y rusos el 12 de agosto de 1759, donde ahora perdió casi dos tercios de su ejército; 19,000 hombres, incluido el poeta Ewald von Kleist, no parecen haberle robado su tranquilidad. Más bien, él empujó; La culpa del fracaso en todos, pero no en sí mismo, fue culpar de la catástrofe a sus soldados, un "grupo de cobardes", como dijo, sin ningún "sentido de honor".[21]

En general: el príncipe prusiano y su carne de cañón.

146

Por supuesto, ocasionalmente, dependiendo de su estado de ánimo y oportunidad, cultivó, por así decirlo, una escasez prusiana de afabilidad señorial, un tono patriarcal militar aparentemente muy cariñoso, el "nivel de comprensión", como Christopher Duffy lo dice de manera simple y correcta, en el que era muy bueno con los soldados. "– por ejemplo, cuando gritaba junto a los manifestantes en largas columnas:" ¡Hola, niños! ", y los" niños "solían gritar:" ¡Mucho más, Fritz! ¡Hola, Fritz!» ¿Pero fue más barato matar a los devotos?

Christopher Duffy también confirma la afirmación del general von Wamery, el propio oficial de Friedrich, de que el rey generalmente consideraba a sus soldados como "limones" "que son exprimidos y luego desechados". Como también, probablemente durante el período posterior a la masacre de siete años, Georg Heinrich von Berenhorst, oficial prusiano y escritor militar, juzgó en 1797: "En lo que respecta a los oficiales, los expertos finalmente se dieron cuenta de que su señor de la guerra filosófico los consideraba como simples herramientas que el artista consideraba se tira a un lado cuando se vuelven aburridos y no hay mucha gratitud que esperar personalmente ". Para Carl von Clausewitz, el teórico general y militar prusiano, Friedrich, dotado de un instinto seguro de poder, era el "estudiante más obediente de Machiavel" por la atmósfera específica de la "gran política"; para Ernst Moritz Arndt, un déspota al que "el hombre como persona ... nada".[22]

Friedrich, tal vez también dirigido por la idea de que el rango de nobleza implicaba cualidades militares especiales, cultivó el espíritu de casta del cuerpo de oficiales, y mientras se acercaba a él, prácticamente prohibió a los oficiales "tratar con personas comunes y ciudadanos", más bien instó a los suyos. Las relaciones sexuales "siempre con oficiales superiores y sus camaradas", pero sus tratos con los soldados comunes deben limitarse a "lo que se requiere en el servicio".

147

La gente común se convirtió en oficiales relativamente raros, muy probablemente en ausencia de candidatos nobles, durante un conflicto, por ejemplo, la Guerra de los Siete Años. Luego, el propio rey "limpió" sus nobles filas y, para mantener el "espíritu de cuerpo" de sus tropas lo más "sin adulterar" posible, despidió a muchos "elementos"

---

[21] Pierer XV 925 y s. Geiss III 580. Sautter, Léxico biográfico 193, 238. El Pequeño Ploetz 141. Duffy, Friedrich el Grande 283, 286 ss. 291 ss. 297 y sigs. Bleckwenn, montaje y equipo 292

[22] Duffy, Friedrich el Grande 96. Berenhorst, consideraciones sobre el arte de la guerra, sobre su progreso, sus contradicciones y su fiabilidad, cit. después de M. Messerschmidt, secuelas de Friedrich II en Prusia, Alemania 270. También se cita a Clausewitz, Machiavel, Arndt. según Messerschmidt 270 y s. 273. Ver también Berenhorst Kunisch, La pequeña guerra 42

burgueses, "holgura sin adornos", personas que solo obtuvieron la patente de sus oficiales en la guerra Había recibido. Especialmente en los rangos superiores, los no nobles solo llegaron excepcionalmente. En 1786, el año en que murió Friedrich, 689 oficiales nobles se enfrentaron a 22 oficiales burgueses desde los principales hacia arriba. (Los 157 mariscales de campo del siglo XVIII en Austria también provenían de familias nobles, 77 de ellos de alemanes).

Sin embargo, si el rey no se hacía cargo de los oficiales que se habían ido, la masa de la comunidad fallecida a menudo quedaba completamente sin suministros. Los discapacitados fueron los peores; Friedrich expulsó a los antiguos mercenarios del extranjero y permitió que los inválidos prusianos suplicaran. Y si eran demasiado molestos para él, ordenaba una página: "¡Oh, ahuyenta a los plátanos!" "Friedrich", escribe Christopher Duffy, "realmente solo se preocupaba por el bienestar de sus soldados siempre que pudieran mostrarse ocupando un lugar en el orden de batalla. No había lugar en los planes del rey para los lisiados, los ancianos o los soldados gravemente heridos.» [23]

Y como en tantos otros países cristianos de la época ilustrada, las violaciones de las regulaciones fueron castigadas brutalmente. Los palos y los puños eran comunes, también torturabas un poco, lo colgabas, lo fusilabas, te trenzabas ocasionalmente en la bicicleta, te cortabas narices, orejas, quemabas firmas en la piel. Particularmente popular: ejecutar el guantelete, que (durante tres días) podría repetirse treinta y seis veces con golpes constantes y jugando formas alegres para ahogar los gritos de los golpeados, y la mayoría de las víctimas murieron durante las "carreras".

148

No es de extrañar que la instrucción reveladora fuera "el soldado común debe tener más miedo al oficial que al enemigo", un principio rector en el liderazgo de Friedrich, y el vuelo de las banderas en su ejército era extremadamente común. Solo el regimiento Jung- Braunschweig (No. 39) perdió 1.650 hombres en la Guerra de los Siete Años debido a la deserción; Entre 1740 y 1800, el súper fino regimiento de barrio de Potsdam perdió tres oficiales, 93 suboficiales, 32 músicos y 1.525 hombres, sin contar 130 suicidios y 29 ejecuciones. En total, se dice que 80,000 prusianos, 70,000 franceses y 62,000 austriacos desertaron o desertaron en la Guerra de los Siete Años.[24]

Pero volvamos a nuestro problema.

Hipocresía en ambos bandos

No nos preocupa la Guerra de los Siete Años, su curso como tal, sino la pregunta: ¿guerra religiosa? Si o no El lado católico lo negó, el lado protestante, especialmente el rey prusiano, lo reclamó.

De hecho, sin embargo, Friedrich II habría sido el último en librar una guerra debido a la denominación; de hecho, quién podría ser un despilfarrador con la vida de sus soldados, no habría sacrificado a uno por la religión. No, para él la fe era solo

[23] Kunisch, La pequeña guerra estaba bebiendo. especialmente Sj y s. 58, 62. Duffy, Friedrich el Grande 19, 27, 29 ss. 56 ss. 62, 88, 208

[24] Duffy, Friedrich el Grande 88 ss. 91, 93 ss. Kroener, Los Fundamentos Materiales 52, 56

una herramienta de propaganda, un mero medio para un fin. Esperaba, al estampar elocuentemente el sello de la guerra confesional, ganar entre los príncipes protestantes, los neutrales, los simpatizantes, tal vez incluso los combatientes, o al menos evitar que se convirtieran en partidarios de sus enemigos. Y con seguridad, sin duda, Friedrich siguió la agitación entusiasta del periodismo inglés por ir junto con Prusia, mediante el cual el "interés protestante", la "causa protestante", en resumen, el argumento denominacional "al menos tan seguido" (Schlenke) fue probado debería ser como el poder político.[25]

149

Sin embargo, el partido católico pronto se dio cuenta de que el argumento de la guerra religiosa solo podía ser contraproducente para ellos, especialmente si el papado que odiaban los protestantes todavía estaba detrás de él. Cualquier cosa que oliera a controversia religiosa, guerra religiosa, debía evitarse mediante una alianza de príncipes protestantes con Austria y Francia, tenía que mostrar cómo un voluminoso documento de propaganda prusiana advertía que "los evangélicos ahora más que nunca deben preocuparse por su preservación".

Ergo, la gente en Viena no estaba tan entusiasmada con el fuerte entusiasmo de Roma por la alianza y la guerra, que los países protestantes neutrales, Dinamarca o los Países Bajos, tuvieron que agitar. Después de todo, el emperador pudo ganar a varios príncipes protestantes para un ejército de ejecución contra Prusia. Así que trataron de amortiguar la voluntad de la Curia de apoyarlos, sus actividades diplomáticas activas, su promesa de "proporcionar el apoyo más poderoso a la Casa de Austria en caso de tal peligro para la religión común".

Y finalmente encontré entendimiento para eso.

Pronto el lado católico apenas habló del significado religioso del pacto y la guerra. Se entregaron religiosamente inofensivos, se contuvieron, evitaron vergonzosamente todo lo que parecía poner en peligro el equilibrio a este respecto, que los tribunales evangélicos provocaron, tenía que preocupar a sus príncipes.

Sin embargo, al tratar diligentemente de disipar las sospechas de las diversas irritaciones de los protestantes, uno estimuló en secreto la disposición a la guerra de los católicos, mientras que, sin embargo, se tuvo mucho cuidado para evitar la discreción, especialmente para evitar dar corpora delicti o referencias a ella. El agua escrita se alejó del agua bendita en general, en lugar de negociaciones verbales, favoreciendo decididamente cada procedimiento de discusión; Incluso en el siglo XVIII, algunos confesores sirvieron más a la diplomacia romana que a la pastoral. En resumen, jugaste un doble juego. Dejen que Niccolo Oddi, el nuncio en Colonia, el arzobispo Clemente August continúen "animando" armamentos y alineaciones contra Prusia, como dije, con precaución, discretamente.

150

Al principio, sin embargo, después de un año de guerra y la Batalla de Praga perdida el 6 de mayo de 1757, que por supuesto también le había costado a Friedrich más de 14,000 más que los austriacos, las cosas parecían sombrías en Roma y Viena. Se llevaron a cabo súplicas, el ejército se incrementó a 70,000 hombres, y ahora el Nuncio Ignazio Crivelli podía esperar acertadamente en Viena (que rara vez olvidaba esperar durante la guerra), por supuesto "la bendición del Señor"; Después de la

[25] M. Schlenke, Inglaterra y Frederick Prussia 1740-1763, 1963, p.222. Citado de Burkhardt, Abschied 51 y s. Ver también ibid.115 y s.

victoria de los austriacos el 18 de junio de 1757 en Kolin – las pérdidas de los prusianos un total de alrededor de 10.000 personas – solo pudo "agradecer al Señor por la protección única que elogió a la Casa de Austria". Y el Papa Benedicto XIV también rezó y se regocijó ante los cuerpos de los guerreros prusianos, la gente vitoreó en Roma y Viena, no tuvo miedo de enfatizar la gran parte de la religión ("il motivo della religione") en la lucha; La "justicia del Señor" interpretó los sangrientos acontecimientos como una demostración de la providencia celestial, al menos hasta que usted mismo recibió un golpe en la cabeza, lo que luego fue explicado de manera bastante tímida por el consejo inescrutable de Dios, que, sin embargo, cambió nuevamente a su favor. buscado, por ejemplo, a través de días rápidos, exponiendo el Santísimo Sacramento o también en general confiando en la voluntad y justicia del Señor, hasta que la mano del Todopoderoso nuevamente apoyó "le armi cattoliche", nuevos arrebatos de júbilo y oración siguieron ... [26]

Ahora, la diplomacia del secreto papal solo fue realmente exitosa en los primeros años de la guerra, útil, ya que en gran medida hizo que el comportamiento real de Roma fuera irreconocible y prácticamente disipó las sospechas de guerra religiosa.

151

Pero lo que estaba claramente opuesto a un lado, el enemigo, que era indudablemente oportuno, no estaba del todo a su lado. Tan útil como las tácticas de política religiosa de los dos aliados católicos más poderosos hacia los protestantes fueron, sin duda, muchos príncipes católicos podrían ser menos recomendados con el ocultamiento del compromiso papal en esta guerra, con la negación de los intereses religiosos en general. Un estímulo "apostólico", la asistencia del Papa, la estimulación del estilo tradicional, practicado marcialmente durante tantos siglos, sin duda habría traído muchas ventajas al propio campamento y, en ocasiones, podría haberse perdido en secreto.

En el curso de la guerra, sin embargo, el secreto ya no se mantuvo a toda costa, si lo tomaba un poco flojo sin renunciar a él fundamentalmente, especialmente porque las victorias en el lado austríaco fueron seducidas para emerger del fondo, a las creencias religiosas, las cosas comenzaron a ser más morbosas. para ser interpretado por Roma identificándose más abiertamente con los intereses austriacos, volviendo a las viejas ideas de "guerra justa" (bellum iustum), "guerra como un juicio de Dios", al hablar de la "giusta causa" de Maria Theresia, la "giustissima" causa ", sí, el ejército austríaco podría llamar" nostre truppe "," le armi austriache ", como" armi cattoliche ".[27]

Eso, como en todas las guerras, también en una "guerra religiosa", para Clemente XIII. Al observar la Guerra de los Siete Años, solo se insinúa el dinero que juega un papel importante, especialmente desde que Viena casi parecía agotarse en sus primeras etapas. Así, Maria Theresia le entregó al príncipe-obispo cardenal Rodt de Constanza al cónclave, que luego levantó al papa antes mencionado, con la instrucción: "Por cierto, sus seres queridos me conectarían infinitamente si la religión sagrada en toda Alemania se uniera a través de ideas conmovedoras del peligro presente. inmediatamente después de la elección para el futuro, Saint Vatter podría

[26] Pastor XVI / 1 425. Duffy, Friedrich el Grande 262 y s. 266. Burkhardt, adiós no y ss. Cita p. 113. 136 ss. 140 ss. 146 ss.

[27] Burkhardt, Abschied 117 ss. 123 ss. 133 ss. 148, 210, 212 ss.

lograr que mi agotado aerario continúe la guerra persistente con nuestra agotada aeronáutica nuevamente con una generosa suma de dinero ...». Y como informa el cardenal Rodt, el Papa, a pesar de la condición "casi increíble" de su cámara altamente endeudada, dijo "gantz obedientemente" a la solicitud imperial con la declaración de que "al mismo gantz le gustaría contribuir con la suya, que se trata de la preservación de la fe, de la constitución del imperio, y principalmente de la silla papal y la reputación de las iglesias romanas.» [28]

152

El nuevo papa, Clemente XIII (1758-1769), un alumno veneciano y jesuita (al igual que su secretario de estado, el cardenal Luigi Torrigiani era "un gran amigo de los jesuitas"), parecía enormemente noble en este escenario. Por supuesto, se había resistido durante mucho tiempo a su elección y, llorando, había hecho mucho, como le escribió a su hermano, "para eliminar la carga inconcebible sobre mí", pero por otro lado reconoció esta elección como "la obra de Dios" y, por lo tanto, agradeció al emperador de inmediato " por la fuerte ayuda de Austria» en el cónclave. Sí, también era profundamente piadoso y casto (por eso tenía la desnudez de antiguas obras de arte, "estatuas independientes", ocultas en el Vaticano y en otros lugares). Y por pura amabilidad él estaba "siempre sin dinero", más bien su caridad, asegurada por el pastor, era tan grande "que dio todo a los pobres excepto su propia ropa de cama".

Después de todo, también era conocido por cuidar el bienestar de su gente como ninguna otra cosa, sobre todo por los antecedentes penales que registran 10,000 asesinatos en los once años de su gobierno papal, incluidos 4,000 en Roma.

Clemente XIII parecía más disfrazado que su predecesor. surgió como partidarios de Austria y del cielo como partidarios del Papa, al menos sus diplomáticos y teólogos pronto interpretaron los acontecimientos de la guerra de manera cada vez más providencial, y no había duda de que Dios estaba del lado de la "Reina Apostólica", la Emperatriz Maria Theresia no siempre, pero de vez en cuando.[29]

153

Pérdidas de su propio lado, especialmente si uno podría "refrescarlas" nuevamente, los superiores aceptaron con bastante calma, la pérdida de personas del enemigo con bastante tolerancia. La única búsqueda seria de la paz era "con profitto" si era "beneficiosa para la religión católica". En una tesis postdoctoral en la Universidad Católica de Eichstätt sobre el tema Historia moderna y reciente, el autor escribe: "Cualquier intento de intervención humanitaria o defensa, aunque no vinculante, para aquellos directamente afectados por la guerra se buscaría en vano en toda la correspondencia nunciatura de esa época". El papado solo estaba comprometido con la carrera de oficiales de individuos, principalmente de origen italiano, y esto solo dentro del marco del sistema habitual de referencia judicial.[30]

El destino del "hombrecillo", en cuya espalda se libró principalmente la guerra (y las guerras todavía se libran principalmente hoy), quien lo dudaba, se preocupaba menos por el Santo Padre que por el gran Friedrich.

---

[28] Ibid. 205 ss.

[29] Pastor XVl / 1451 ss.463, 469, 478 ss.

[30] Burkhardt, adiós 147 y s. 256 f

154

CAPÍTULO 6. LA DECADENCIA DEL PAPADO

"Los príncipes de la Iglesia estaban a la vanguardia de la política europea en todas partes, que no cooperaron con Roma, sino que fueron agentes de sus países. Una vez más, los dignatarios religiosos, miembros del Consejo Supremo de Iglesias, se convirtieron en opositores del Papa. No se trataba de la reforma de la iglesia, sino de la constelación política de las monarquías. Los gobernantes como el Rey de España o el Rey de Francia despliegan a sus cardenales como jefes de gobierno o ministros de asuntos exteriores en el escenario mundial y al mismo tiempo en la iglesia.

Richelieu habló de la majestad de la realeza como el "segundo después de lo divino". Estos cardenales pasaron de servir la tiara a servir la corona.

FRIEDRICH GONTARD [1]

«Inocencio XI fueron papas importantes de esta época. {1676-1689), que tuvo que librar batallas más feroces con la iglesia estatal de Louis XIV (1661-1715) en Francia, y el erudito y siempre equilibrado Benedicto XIV (1740-1758) ... Como una debilidad del papado uno tiene que pero también indican que no fue capaz de implementar reformas que se habían retrasado mucho».

JOSEF GELMI [2]

Con el Tratado de Westfalia, la secularización progresiva de Europa, la iglesia estatal emergente y la era de la Ilustración temprana, la influencia política y eclesiástica de Roma comenzó a disminuir cada vez más, comenzó un declive general.

155

Incluso los católicos tenían que estar irritados porque el papado condenaba casi exclusivamente el fin de la Guerra de los Treinta Años, y siempre abogaba por su continuación. El legado Fabio Chigi, más tarde Alejandro VII, protestó tres veces, apoyado por todos los cardenales, contra el acuerdo de paz, que Inocencio X luego descartó a granel como injusto, "nulo e inválido", "sin sentido e ineficaz para todos los tiempos" (IX 368).

EN EL PANTANO DEL NEPOTISMO

Inocencio X (Giambattista Pamfili, 1644-1655) fue desacreditado de una manera completamente diferente: por cierto, un descendiente en línea recta de una hija del papa Alejandro VI (VIII 319 y sigs.!) – a través de la relación sombría con su cuñada Olimpia Maidalchini- Pamfili.

La viuda, que era tan ambiciosa como rica, se casó en un segundo matrimonio con el hermano mayor del Papa, Pamfilio Pamfili, y había financiado la carrera del hermano menor, el futuro Santo Padre. Lo visitaba cada dos días en el Vaticano, su

[1] Gontard, Los Papas 425

[2] Gelmi, El Papado en la Era de la Ilustración 231

influencia aumentó constantemente, su riqueza creció rápidamente, las industrias de nepotismo y protección florecieron. Casi tan todopoderoso en Roma como lo fue en el siglo X, Marozia, la prostituta papa consumidora de hombres (¡V 482, 489 y ss.!) Cortejó a los diplomáticos, a los cardenales a favor de la «papessa», se dedicaron novelas enteras a ella, sátiras, mentiras, tal vez chismes maliciosos. Uno habló del "pontificado de Donna Olympia". Una medalla en relieve en Florencia mostraba a un lado la mujer fatal en el Papstornat, en el otro Inocencio X con una capucha de mujer en la rueca. "Murió en sus brazos en 1655 a la edad de ochenta años" (de Rosa). Pero incluso Ludwig von Pastor escribe: "Pero la influencia abrumadora que Olimpia ejerció sobre el viejo Papa es un hecho demasiado, que dañó seriamente su reputación ..."[3]

156

La opinión que se ganó en gran medida del sucesor no fue mucho mejor.

Sin embargo, Alejandro VII (1655-1667), que fue elegido después de un cónclave casi trimestral, habló muy claramente en contra del nepotismo, que había gobernado aquí, y no solo allí, desde el principio, sí «desde el comienzo de la historia del papa y la iglesia... para probar», desde el siglo XV, «el camino de ascenso a la alta nobleza o al rango principesco» (léxico para la teología y la iglesia), «rara vez incluso (a través de) guerras sangrientas», y floreció abundantemente en el siglo XX con el gran Socio fascista Pío XII y sus tres sobrinos, el Príncipe Pacelli, "nuevos aspectos destacados relativamente excesivos" (Gelmi).

El propio Alejandro VII prohibió a sus familiares de Siena visitar Roma, y una persona como Olimpia Maidalchini tuvo que abandonar la ciudad. El Papa, anteriormente u. a. Inquisidor en Malta, se presentó como sensacionalmente ascético ... el mundo, comenzó su extenuante rutina diaria (seis a siete horas de audiencias) con meditaciones espirituales, con lo que leyó la santa misa, también asistió a una segunda. Sí, tuvo una demostración drástica de impermanencia, pronto puso un ataúd en su habitación y una calavera en su escritorio.

Pero tan pronto como gobernó de tal manera y con mucho respeto, en el segundo año de su pontificado, en la primavera de 1656, preguntó a varios asesores y cardenales si no debía usar "parientes dignos para servir a la Santa Sede", y luego solo se duchó con postes y dineros de la iglesia. Varios de su familia recibieron el sombrero rojo. Él nombró a uno como castellano del Castel Sant'Angelo, otro como comandante de las galeras papales. Mario Chigi, el hermano, odiado en Roma por su enriquecimiento, recibió el generalato de la iglesia junto con la supervisión de Borgo y Annona. Para Agostino Chigi, sobrino del Papa, él y Flavio Chigi, que se convirtieron en cardenal y secretario de estado, compraron al sobrino del Principado de Farnese. Además había palacios, bienes, grandes beneficios, en resumen, también Alejandro VII.[4]

157

[3] LThK V 522, Kelly, Léxico de los Reclamos de los Papas 299. Kühner, Lexikon 233 y s. Pastor XIV/1 28 y ss. Natan, Eminencias grises 55 y ss. Gelmi, El papado de la reforma católica 171. de Rosa, Primer siervo de Dios 520

[4] LMA VI 1093 y s. LThK I 370L VII 738 y s. Kelly, Léxico de los Reclamos 301. Pastor XIV/1 313 y ss. 317 y ss. 322 y s. Gelmi, El Papado en la Era de la Ilustración 235 y s.

Cada vez más hostil a la Francia católica

Indudablemente, más perjudicial para la reputación de Alejandro y la Curia en general fue la continua, incluso creciente, hostilidad hacia Francia, primero con su primer ministro Mazarin, luego con el joven Louis XIV.

Julius Mazarin (en realidad Mazarini), descendiente de una antigua familia italiana, estudió en Roma (con jesuitas) y en universidades españolas, luego sirvió como servicio militar y militar papal durante varios años, incluso en 1625 como capitán de infantería en Veltlin. En 1632 se convirtió en clérigo, se convirtió en nuncio en Aviñón y en la corte de París y, después de ganar el favor de Richelieu, se trasladó abiertamente al lado francés en 1639. En 1642, después de la muerte del todopoderoso cardenal, Louis XIII lo nombró. al ministro principal, y él permaneció así bajo su viuda, la regente Anna de Austria. Mazarin, cardenal desde 1641, reunió una inmensa fortuna, mientras que la gente, con impuestos más altos, se abrumaba con nuevos impuestos, vegetada en la necesidad y la miseria. Escapó de una noble conspiración en 1643, entre 1648 y 1653 se involucró en los intrincados eventos de la Fronde, la oposición de los parlamentos y ciertos círculos de la alta aristocracia; tuvo que abandonar el país repetidamente, pero sin perder el control del poder.

Una de las principales mentes de la Fronda y un decidido rival de Mazarin fue Jean-François-Paul de Gondy, cardenal von Retz, coadjutor de su tío Jean François, el arzobispo de París. En 1652, Mazarin lo arrestó durante 15 meses en la Bastilla como centro de maquinaciones contra la corte y autor de muchos manifiestos contra el gobierno; luego encarcelado en Nantes. En 1654 huyó a Roma a través de España, donde encontró la protección del papado, que fue la causa de la hostilidad de Mazarin: el poderoso hombre se vengó apoyando los reclamos de los farneses y estonios sobre Castro y Comacchio, en el territorio papal.

158

Pero mucho más; Sin duda, Mazarin dañó el prestigio de la Cátedra romana al excluirla de participar en la Paz de los Pirineos en noviembre de 1659 en la Isla del Faisán en Bidasoa. La conferencia, desde que los Pirineos formaron la frontera entre España y Francia, puso fin a la larga Guerra Franco-Prusiana (desde 1635) y al dominio aún mayor de España en Europa (desde 1519), y trajo y obtuvo ganancias territoriales en el norte, este y sur El país más fuerte del continente. Hasta ahora, sin embargo, los representantes del Papa han estado tradicionalmente involucrados en conferencias de paz, pero esto ahora se ha evitado. Las partes contratantes, dijo en el documento de paz, querían "dar paz al cristianismo por sí mismas". El Papa fue rechazado, a raíz de la creciente soberanía, el aumento del absolutismo principesco, y tuvo que impresionar aún más a los gobiernos católicos, para imitar la forma en que Mazarin marcó la pauta, un cardenal que también era un secreto en la ciudad del Santo Padre. Agentes entretenidos que ocasionalmente le servían con informes falsos.[5]

Cuando Mazarin murió poco después, el 9 de marzo de 1661, el rey más cristiano Louis XIV intensificó la política antipapal del cardenal. Los diplomáticos relevantes, particularmente Hugues de Lionne, jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores, y el

[5] Pierer VI 760. XI 37L XIV 69 y s. Wetzer/Welte VI 933 y ss. IX 229 y ss. LThK VII 16. VIII 1134. Kelly, Léxico de los Reclamos de los Papas 301. Geiss I 210. Pastor, XIV/1 359 y ss. 368

duque de Crequi, el embajador francés en Roma, tuvieron que apoyarlo firmemente; tuvieron que perturbar, intimidar e insultar al jefe de la iglesia, por ejemplo a través de afirmaciones extraordinarias en las preguntas de la etiqueta que eran tan importantes en ese momento, a través del rechazo de la pisada, entre otras cosas.

159 Luego, el 20 de agosto de 1662, un incidente aparentemente provocado en el lado francés, el maltrato de un soldado del guardaespaldas corso del Papa, condujo a extensiones completamente inapropiadas, la llamada disputa corsa, el ataque a la esposa de Crequi, que había regresado de una visita a la iglesia, y una página murió La vida llegó, y el bombardeo del Palazzo Farnese, la embajada de Francia en ese momento (Francia no tenía su propio edificio de embajadas en Roma), había ido demasiado lejos, había llevado al Papa a una injusticia flagrante, razón por la cual hizo todo lo posible para hacerlo. Para reparar el daño.

Ahora el duque tenía derecho a la satisfacción, pero no la quería tan rápido, sino que quería la humillación de la jerarquía y formulaba demandas que iban desde el depósito, la extradición, el exilio de los incriminados hasta la ejecución de cincuenta corsos y sus oficiales. Alejandro VII estableció una comisión especial y una congregación cardinal para descubrir y castigar a los culpables, hizo una concesión amenazada por el poder militar más fuerte de Europa, y también consintió en la transferencia, remoción, destitución de todos los corsos, e incluso hizo ejecutar a dos de ellos.

Sin embargo, si bien el gobierno francés rechazó cualquier mediación, por ejemplo a través de la duquesa de Saboya, la tía del regente, o la reina Christine, a través de Toscana, Venecia, mientras que varios de los Breven del Papa permanecieron sin respuesta o no fueron aceptados en absoluto, el personal del Los gobernantes católicos que difamaron y aislaron al Santo Padre, los acontecimientos del 20 de agosto en el extranjero, en Alemania y España, también fueron retratados como un intento de asesinato provocado deliberadamente por los familiares del Papa.

El duque Crequi, junto con su esposa, finalmente "huyó" al territorio toscano y continuó incitando al joven rey contra el papado. Y Ludwig también amenazó con ocupar enclaves romanos, invadir los Estados Pontificios, y a pesar de todo esto era tan descarado, ocasionalmente aseguraba a los cantones católicos de Suiza, sin siquiera pensar en atacar a la Santa Sede, sino más bien estar listo para para que derrame su sangre!

160 En realidad, por supuesto, el rey católico hizo todo lo posible para insultar al jefe de la iglesia, tal vez sobre todo haciendo que una pirámide inmortalizara su humillación en los barracones de los soldados papales en su propia capital. "Es extremadamente significativo que los franceses se aseguraran de que esta inscripción se hiciera en las letras más grandes posibles y que aseguraran la ejecución del monumento con la mayor firmeza posible sobornando a los arquitectos papales. Aún no satisfecho con esto, Louis XIV en París hizo glorificar su "victoria" sobre un hombre indefenso a través de monedas conmemorativas y la erección de un monumento en la Place des Victoires» (por Pastor).

Louis XIV pensó que la relación entre el estado y la iglesia era tan "galicana" como su maestro, el cardenal Mazarin, y no pensó de manera diferente a su predecesor y modelo, el cardenal Richelieu. Todos querían debilitar severamente la primacía

romana, políticamente solo otorgarían al Papa un mínimo de derechos, pero al estado tanto como sea posible. Sí, bajo los auspicios del Rey Sol, cuyos teólogos de la corte lo elogiaron como "Dios en la tierra", el descontento creció y aumentó, la relación con el Vaticano empeoró.[6]

El rey totalmente cristiano humilla a Inocencio XI (1676- 1689)

Ningún papa de este período de decadencia podría hacerle frente al rey, ni siquiera Inocencio XI, quien aún mostró la mayor firmeza y de ninguna manera es considerado por muchos como el papa más importante del siglo. A veces, rara vez, había compromisos entre el pontífice y el rey, solo porque a todos les gustaba cambiar de opinión, les gustaba usar para sus propósitos, pero todos se oponían entre sí, tanto interna como externamente, a nivel nacional e internacional. El Papa está allí porque está bastante indefenso, a menudo más complaciente, más dispuesto a ceder, pero el poderoso monarca siempre está dispuesto a usar la fuerza.

161

En 1670, Benedetto Odescalchi, el inocente XI posterior, no pudo resistir a Francia, pero en 1676, en 1676, fue elegido para suceder a Clemente X después de que Louis XIV hubiera dado su consentimiento. Se mantuvo bastante alejado del nepotismo, pero no se publicó un toro que se suponía que lo haría imposible en el futuro debido a la objeción de los cardenales.

También hubo objetos que movieron al Papa mucho más. Así que su pasión de toda la vida fue una cruzada contra el "enemigo hereditario" cristiano, la lucha contra los turcos. Persiguió este objetivo casi fanáticamente (IX 388 y sig.!) Usó sus nuncios, así como todo el capital disponible. Ya como se dice que el cardenal Odescalchi, el hijo de una rica familia de comerciantes de Como, donó para "lo turco", se mencionan sumas de 20,000 florines y 90,000 florines de oro (aurei). E inmediatamente después de su ascenso al trono, envió 50,000 ducados, en su mayoría todavía con su propio dinero, a Varsovia para alimentar la guerra.

Como Papa, por supuesto, podría profundizar en su bolsillo (del cristianismo), podría hacer grandes donaciones al emperador Leopold, al igual que el rey Johann III de Polonia. Sobieski, si pudiera darle a Venecia el mando supremo sobre las galeras papales, incluido el derecho de imponer una orden de 100,000 florines de oro de su clero, podría otorgarle al elector bávaro una orden de 300,000 florines para sus armamentos en la propiedad espiritual de su país. para conceder al rey polaco 500,000 florines, el emperador un total de 1,300,000 florines.

Incansable, año para Jahi; él proporcionó subsidios. Si es necesario, en monasterios más pequeños, se debe monetizar un pedido completo y sacrificarlo a la guerra. Mutatis mutandis recuerda la política de cruzada anti-otomana de Innocent de los "esfuerzos de paz" de Pío 'XII y su cruzada oeste contra este (cf. La política de los papas II 175 y sigs.!), y ciertamente no es casualidad que Pío XII beatificó al undécimo Inocencio en 1956.[7]

---

[6] Pastor XIV/1 365 y ss. 369 y ss. 375 y ss. 381. XIV/2 841 y ss. 912, 919. Gontard, Los Papas 430. Gelmi, El Papado en la Era de la Ilustración 232

[7] LThK V 523 y s. Kühner, Léxico del papa 242 y sigs. Kelly, Léxico de los Reclamos 304 y sigs. HKG V 133

162

Desde el comienzo de su pontificado, Inocencio no había sabido nada más hermoso, nada más noble que pensar en la aniquilación de los turcos, no había ningún tema más convincente sobre el que hablar. "Dios mismo quería la guerra turca", sabía, y amenazó con los castigos más severos para quienes lo desactivaron. Fascinado, en 1678 estudió las cuatro opiniones, quizás comisionadas por él, del capuchino Fra Paolo da Lagni sobre las "perspectivas de una guerra de agresión" y, realmente obsesionado con las cruzadas, luchó para unir a los príncipes occidentales y unirse para luchar contra la luna creciente, el "enemigo hereditario".» Conducir. "Tienes que atacarte a ti mismo".

Paolo da Lagni había vivido en Turquía durante mucho tiempo. Podría ser considerado un experto y pensó que había llegado el momento de comenzar: lo que detuvo a los príncipes cristianos fue solo su miedo, su miedo a los turcos, y era infundado, porque la luna creciente era solo la sombra del poder anterior. Por un lado, su territorio era demasiado grande, por otro lado, la población estaba extremadamente en declive, ni una décima más de lo que solía ser. Además empobrecido, mal gobernado, explotado. Pero los oprimidos anhelan la libertad, especialmente los cristianos que más sufren, pero también muchos otros, los mamelucos árabes, Armenia, los drusos y los maronitas, los mainotes, griegos, búlgaros, todos están esperando ser liberados.

163

El ejército del Imperio Otomano, sin embargo, continúa el franciscano, ya no está en la cima, la flota está debilitada, las tropas son débiles, especialmente en las provincias ricas conquistadas, las fortalezas están descuidadas, su equipo, sus suministros pobres. En general: “Los trabajos en el ejército se adquieren por dinero, no para ir a la guerra, sino como un puente hacia trabajos rentables del servicio civil y para saquear, atormentar, tiranizar y tratar a cristianos, judíos y turcos pobres sin molestias y tratarlos injustamente de miles de maneras. Los oficiales turcos compran su camino libremente desde el campo. No hay maldad en absoluto que el turco no haga por dinero. En el papel, el sultán tiene 100,000 jenízaros y 30,000 spahis, en realidad son solo 40,000 hombres. Los sultanes mismos solían dar un ejemplo de valentía a los soldados. Eso también ha terminado ahora. Durante cuarenta años se han entregado a sus placeres al lujo y los placeres sensuales en medio de sus "tropas de mujeres" ... El reino del sultán se puede comparar con un coloso o la estatua de Nabucodonosor, que se cae si es solo en nombre de Dios., el Señor de los ejércitos, se está ejecutando ... Pero si la causa del cristianismo es beneficiarse de la guerra, debe ser una guerra santa».

Y sobre todo: tiene que ser rápido, «necesita una acción rápida. No puedes esperar ...» «Tienes que atacarte a ti mismo» .

Todo esto era del interés del Papa, para quien no había más aliados codiciados que Louis XIV, el rey más cristiano (ocasionalmente ridiculizado como el "turco más cristiano"), no por su cristianismo, porque había ideas algo diferentes. Pero cuanto más perdieron los Papas su peso político y su validez, más valoraron la violencia de los demás, especialmente la de los más poderosos, que luego con mucho gusto pusieron en marcha para sí mismos, con quienes buscaron y quieren aliarse, hasta hoy. Ya en 1685, se dice que Inocencio le dijo al servidor del abate que Ludwig era

y s. 139 y s. Pastor XIV / 2 695 ss. 704, 803, 807, 813, 890 ss. Ver también 780 ss.

"el único príncipe en el cristianismo a quien respetaba". Si se le permitiera dar al cristianismo una sola cabeza mundana, si él, el Papa, Si tuviera el poder para hacerlo y con la conciencia tranquila pudiera deponer a los otros príncipes, no vacilaría por un momento. Ludwig solo es capaz de tirar al suelo el poder de los otomanos» .[8]

164

En general, inocente XI una buena opinión de la persona del rey o al menos lo hizo. Una y otra vez eso se expresó. Simplemente pensó que había sido engañado, víctima de malos consejos, de los cuales le advirtió que influyera, y también convocó a la salvación real de la que se sentía responsable.

Pero el rey tenía sus propios planes. Sí, se sabía que "el hijo mayor y protector de la iglesia" estaba más inclinado hacia los turcos que los romanos, con quienes también hubo violentas disputas y divisiones en la política de la iglesia. Como resultado de la creciente noción de soberanía, el pronunciado absolutismo de Ludwig y la actitud autoritaria inherentemente rígida del Papa, que, sin embargo, fue menospreciada cada vez más en esta lucha de trece años.

En el centro de la disputa se encontraba la cuestión de las insignias que se remontan a la Edad Media, es decir, la que ahora reclama Ludwig, la regalía temporal, sobre los ingresos (regalía) de una diócesis que quedó vacante después de la muerte de su obispo, y la derecha, la regalía espiritual, para ocupar la diócesis vacante de nuevo. En cualquier caso, Ludwig parecía pensar que el Regalie era una vieja corona correcta. Además, estaban los cuatro artículos de Galicano, que rápidamente se convirtieron en ley estatal, materia de seminarios y escuelas, y todos los profesores debían jurar anualmente, tesis que sirvieron para aumentar el poder del rey, tal como el primero de los cuatro artículos de Galicano afirma que el Solo manda a los papas sobre la violencia espiritual, por lo que no se les permite deponer a un rey y príncipes seculares, que son independientes de cualquier poder de la iglesia en asuntos temporales y están sujetos solo a Dios.[9]

De acuerdo con los principios absolutistas del monarca, presionó cada vez más por el dominio de la iglesia, se permitió poderes arbitrarios también en un área puramente espiritual, intervino implacablemente en el derecho al voto, obligó a las monjas agustinas de Charonne, un monasterio cerca de París, un superior de la orden cisterciense. en. O, contra todo derecho, dio a las abadesas en Toulouse una abadesa que incluso ocupó la abadía bajo supervisión militar. Y cuando, en 1680, después de la muerte del obispo François Caulet von Pamiers, se creó un "Cisma en pequeño" antes de la ocupación de su silla, el director real Foucault instaló un cierto Fortassin por la fuerza de las armas y envió al vicario Michel d'Aubarede y Bernhard Rech, fieles a los romanos Exilio Como Ludwig también se refirió a Emanuel de la Tour, duque de Albret, cardenal de Bouillon en el exilio sin dar una razón.

165

Fue una lucha larga y violenta que el Rey católico, según sus propios obispos, piadoso y temeroso de Dios, libró con la cabeza espiritual de todos los católicos, una lucha hasta su muerte y más allá: enfrentamientos con todos los medios de engaño, soborno y violación de la ley. y una y otra vez la violencia desnuda. Las objeciones y

[8] Pastor XIV / 2 695 ss.757, 801 ss.

[9] LThK VIII 960 y s. Kelly, Léxico de los Reclamos 177, 185, 198, 304 ss. HKG V 134 y s. Seppelt, El papado en los tiempos modernos 336 ss. Pastor XIV / 2843 ss. 877 ss. Gelmi, El papado en la era de la Ilustración 233 y s.

las contradicciones se reemplazaron, explicaciones y contradeclaraciones, una desenmascarada, una disuelta, una llamada, una intentó caer, una cayó, una no se salvó ni con oraciones ni con amenazas, una no escatimó en arbitrariedad, sin presión, sin extorsión, una tentada con carreras, con ricos beneficios, con diócesis, abadías, difundes rumores falsos, niegas, suspendes, excomulgas ...

Hubo intentos de mediación, a menudo por el rey católico Jakob II de Inglaterra, ocasionalmente por la resignada reina Christine de Suecia, quien no siempre fue tan feliz en Roma, que a veces solo rociaba invectivas contra la inocencia, mientras que Ludwig como el Los "héroes del siglo" deberían haber sido elogiados. Después de todo, el Papa apenas perdió una oportunidad sin asegurar al gobernante su inclinación, por supuesto, en los pensamientos sobre la cruzada turca.

Incluso estaba listo para enviar un paquete de pañales, que fueron consagrados a mano, solo comunes a la descendencia de las cabezas coronadas, a la corte de París cuando el Delfín nació con un primer hijo titulado Duque de Borgoña. Incluso el propio Ludwig parecía oler una ventaja al mostrarle al Papa su veneración, aunque sus declaraciones verbales, pura hipocresía. El tono principal fue cuando actuó como representante de L'fitat c'est moi, cuando enfatizó su poder, también sobre la iglesia, el gobierno sobre sus súbditos, el clero y los laicos, cuando se declaró No dejes que el Papa prescriba leyes.

166

El clero inferior estaba dividido; El episcopado, que era particularmente dependiente y amenazado por el rey, estaba casi completamente de su lado, desde el principio y sin resistencia. "¿Cuál de ustedes", preguntó el Papa a los pastores de Francia, "entró en la arena para luchar por la Casa de Israel? ¿Quién se atreve a perseguirlos? ¿Quién de ustedes votó para proteger las libertades de la Iglesia? Hablaste unánimemente por la ley real, y las voces que se escucharon eran solo las de los sirvientes reales, mientras que los obispos permanecieron en silencio y trajeron la vergüenza y la desgracia al clero francés, el olvido eterno, no al francés. El clero será un monumento permanente de deshonor.[10]

Pero la influencia y el prestigio del papado disminuyeron cada vez más; en parte a través del espíritu de la época general, a través del absolutismo principesco y la ilustración anti-iglesia, en parte a través del regimiento de los mismos Santos Padres.

«... EL CANDIDATO MÁS DIGNO»

Incluso bajo Inocencio XI El sucesor, el nepotismo, que para el pobre hijo del hombre literalmente volvió a disparar en la hierba.

Alejandro VIII (1689-1691), que surgió de la familia veneciana Ottoboni, se convirtió en un antiguo curialista y más tarde en un inocente, entre otras cosas, el Gran Inquisidor en Roma. Sin embargo, el cardenal ya había demostrado ser un generoso patriarca del clan. Y dado que él, con sus setenta y nueve elecciones, ya no podía contar con un gobierno largo, declaró en el cónclave "en general" como "el

[10] HKG V 136 y s. Pastor XIV / 2 cap. IV y V passim y otros 845, 847, 850 y sigs.861 y sigs. 877 ss. 890 ss. 897, 931, 947 y ss.

candidato más digno para la tiara" (por Pastor): "Debemos apurarnos lo antes posible". dio las veintitrés horas» y llamó a la suya desde Venecia.

167

El sobrino nieto Pietro Ottoboni, de apenas veinte años, recibió la rica abadía de Chiaravalle y se convirtió en cardenal, gobernador de Nepote y vicecanciller. El negocio estaba a cargo de Giambattista Rubini, hijo de una hermana del Papa, obispo de Vicenza, más tarde también cardenal. Y mientras Antonio Ottoboni, el padre del cardenal Nepot, se convirtió en general de la iglesia y comandante de las tropas papales, el Nepot Marco Ottoboni se convirtió en dueño de la flota y las fortalezas marítimas. Alejandro también le compró el ducado de Fiano, y varias de sus familias se casaron con personalidades de la aristocracia italiana, el propio Marco Tarquinia Colonna; Cornelia Zeno, una gran sobrina del Papa, el Príncipe de Palestrina.

Alejandro VIII no solo revivió el nepotismo, sino que también prefirió notablemente su país de origen. Y cuando incluso comenzó a promover la guerra turca de Venecia con un esfuerzo considerable, cuando levantó una abadía entera para aumentar la bendición monetaria y, a favor de su ciudad natal, permitió que se reunieran tropas en los Estados Pontificios, e incluso proporcionó 1.500 soldados y buques de guerra, recibió una resistencia furiosa.

La búsqueda de dinero de Ottoboni ya era conocida en su período de prelado. También obtuvo el sombrero rojo y la diócesis de Brescia a principios de la década de 1950, donde luchó contra los herejes durante una década. Y como Papa continuó su riguroso papel como guardián de la fe, siguió ciertos puntos de vista galicanos, como la restricción de la infalibilidad papal, y el 7 de diciembre de 1690, también condenó noventa y seis doctrinas de los jansenistas, por lo que respecta a la misericordia, el libre albedrío, el bautismo, la penitencia, la Virgen María, sin embargo, sin aprobar los otros "errores". Atacó bruscamente los restos de los círculos quietistas en Roma, castigando a los "seguidores aún vivos" del sacerdote español Miguel de Molinos con privación de libertad de por vida. El propio Molinos, encarcelado ya en 1685, había sufrido después de once años en la prisión de la Inquisición romana, hoy «uno de los grandes maestros espirituales del Siglo de Oro español» (léxico para la teología y la iglesia).[11]

168

Alejandro estaba menos preocupado por lo "espiritual", por supuesto, y no estaba solo en esto. Se calculó que desde Pablo V (1605-1611), es decir en unas pocas décadas, los Nepots recibieron casi siete millones de fondos estatales Scudi, "junto con otros ingresos" (Kühner). El sucesor de Alejandro Inocencio XII (1691-1700), Antonio Pignatelli, de la Casa principesca del sur de Italia, después de un cónclave extremadamente controvertido de cinco meses, el más largo del siglo XVII, el favor papal de los familiares, supuestamente altamente revolucionario para todos los tiempos, el final por el toro

«Romanum decet pontificem» (1692), el Nepotenbulle. En consecuencia, un papa ya no podía otorgar a sus familiares tierras u oficinas; en general, solo un pariente debe tener acceso al cardinalato, pero solo si es adecuado, por méritos para la iglesia y con un salario precisamente limitado. El mundo lo escuchó con asombro,

[11] Kühner, Léxico de los Papas 248. Kelly, Léxico de los Reclamos de los Papas 306 y s. LThK VII 381 y s. HKG V 143 y s. HEG IV 127. Seppelt, El papado en los tiempos modernos 374 y s. 377 y s. Pastor XIV / 2 983 ss. Loso y ss. 1034 y s. 1037 y s.

especialmente el católico. Por supuesto, fue principalmente en papel.[12]

El toro fue diseñado por Giovanni Francesco Albani, quien luego sucedió a Inocencio como Clemente XI (1700-1721), crió a su sobrino Annibale Albani como cardenal, mientras que otro sobrino, Alessandro Albani, solo se puso morado después del próximo Papa.

Clemente XI El largo pontificado, durante el cual se desencadenó la Guerra de Sucesión española, estuvo lleno de insultos y fracasos.

La jerarquía protestó en vano contra la aceptación de la dignidad real prusiana por Friedrich III, hijo y sucesor del gran elector. El emperador Leopold no consideró retirar su consentimiento para el aumento de rango del hombre de Brandenburgo y, por lo tanto, perder su apoyo contra Louis XIV durante la guerra. Y ciertamente no al rey Friedrich, me preocupaba "qué sentimientos" tenía el Papa hacia él.

169

En vano, Clemente luchó para mantener la guerra de Italia. En vano insistió en la neutralidad de los Estados papales. El ejército del emperador atravesó su país, hizo despiadadamente requisas y reclamó impuestos de guerra. Finalmente, particularmente precario fue su pleno reconocimiento de Carlos III, el hermano del emperador Joseph, como el "Rey católico de España" después de que favoreció a su oponente Felipe V siempre que pudo, seguido de las represalias de Felipe.

En el tratado de paz de Utrecht (1713), el Papa fue completamente ignorado y se le dieron varios territorios con un frío desprecio por su soberanía. Entonces Sicilia, junto con el control de la iglesia, cayó ante el duque Víctor Amadeo II de Saboya. Y cuando los romanos protestaron y anularon a la "monarquía siciliana" en un toro, el nuevo rey le prestó tan poca atención como el príncipe prusiano en su protesta contra el título de "Rey de Prusia".[13]

Clemente XI cayó en un dudoso crepúsculo por el ambicioso advenedizo Giulio Alberoni.

Del cantante de la iglesia en Piacenza se había convertido en el primer ministro de España y el hombre más poderoso del país, y luego, después de una intensa presión, en julio de 1717 al cardenal. Sin embargo, tan pronto como Alberoni llegó a la cita que había anhelado (debido, entre otras cosas, a sus grandes méritos por el puesto de flotillas auxiliares españolas para la guerra turca) el 25 de julio, él, antiguo antagonista de los Habsburgo; el 29 de julio, los barcos armados con tanto entusiasmo con dinero papal contra los turcos no navegaron contra ellos, el enemigo hereditario cristiano, sino contra el emperador católico; para arrebatarle a Cerdeña, que pronto perdió por completo. Pero Clemente, quien prometió la sospechosa paz monarca en el país, ahora parecía estar conspirando con sus oponentes. «Viena estaba muy convencida de esto. Llenos de ira indescriptible, las acusaciones más amargas se hicieron contra Clemente XI. El embajador imperial, el conde Gallas, no creía todas las afirmaciones del Papa de que había sido engañado. Solo vio palabras vacías en él e incluso lo dijo; estaba convencido de que el Papa estaba secretamente de acuerdo con España».[14]

---

[12] Kühner, Léxico de los Papas 248. Kelly, Léxico de los Reclamos de los Papas 307 y s. Seppelt, El papado en los tiempos modernos 379 y s. Pastor XIV / 2 1073 y sigs.

[13] Kühner, Léxico de los Papas 249 y ss. Kelly, Léxico de los Reclamos de los Papas y 309 y ss. Geiss II 284, 287. HKG V 146 y ss. Seppelt, El Papado en los Tiempos Modernos 379, 388 y ss. 393 y s.

[14] Pierer I 265. Kühner, Léxico de los Papas 232. Kelly, Léxico de los Papas Reclam 309. HKG V 149 y s.

170

Otras figuras "más dignas" del Santo Colegio

El sucesor; Inocente XIII (1721-1724), solo 66, pero exhausto debido a la salud, gobernó apenas tres años. Había estudiado con los jesuitas en Roma, pero fue el primer papa en reconocerse públicamente como su oponente. Y apenas entronizado, hizo un vergonzoso servicio al regente francés, duque Philippe II de Orleans. Después de todo, hizo que su ministro, Abbe Guillaume Dubois, "generalmente odiara y detestara como un sucio lascivo" debido a su administración corrupta, cardenal. Dubois tuvo esta dignidad, no la disfrutó por mucho tiempo; dos años después murió de las consecuencias de una amputación, lo que hizo necesario su libertinaje» (Pierer).

En ese momento, cierto Niccolò Coscia desarrolló talentos asombrosos en Roma. Viniendo de Napolitano y primero por el Arzobispo de Benevento, luego bajo Inocencio XIII. Sucesor Benedicto XIII (1724-1730) como de la nada un arzobispo titular, un cardenal (a pesar de la contradicción mayoritaria del cardenal), simplemente tomó el negocio secular de las manos de los políticamente inexpertos, pero todos los más confiables, maniobra con mucho gusto y pronto se convirtió en miembro de la congregación la Inquisición, una cita que solo recibió "el más digno". El oficio de oficio floreció. Casi todo estaba disponible para dinero y regalos, la posición más influyente de los Estados Pontificios, que estaban tropezando con la bancarrota financiera, incluso la Secretaría de Estado.

171

El secretario de Estado Fabrizio Paolucci todavía pudo evitar algunas cosas, su sucesor desde 1726, el cardenal Niccòlo Maria Lercari, dependía completamente de Coscia: se practicaban todas las formas de corrupción, se vendían monopolios, se falsificaban rescriptos, por supuesto también los sobornos particularmente fatales de potencias extranjeras, por supuesto, ellos mismos Las figuras inocentes no son infrecuentes. El cardenal Alderano Cibo, secretario de Estado y antiguo amigo del seno Inocencio XI, Se mudó a una pensión francesa a espaldas del Papa. Entonces, ¿por qué no el amigo igualmente cercano del Papa Benedicto?

Todo sirvió para enriquecer sistemáticamente a este villano sin escrúpulos. El cardenal ganó un considerable dinero de los monopolios que había fundado y arrendado, como una suela de zapatos, un monopolio de jabón. Y aunque el déficit del gobierno aumentó rápidamente después de un corto tiempo y Coscia supuestamente robó dos millones de scudi en un año, la confianza del Santo Padre era inquebrantable. En todo su gobierno, hasta el final, cubrió la existencia criminal del cardenal, cuyo juicio también reveló "mala conducta moral", y declaró todas las advertencias contra su protegido, todos los cargos como calumnia puramente maliciosa y falsa.

Fue solo bajo el próximo Papa que el gángster conoció la gran excomunión, incluida una gran multa y diez años de prisión en el Castel Sant'Angelo, donde se le concedieron tres habitaciones y cocina. Muchos cardenales, sin embargo, estaban

---

Seppelt, El papado en los tiempos modernos 397 y s. Pastor XV 88 y s. 98 ss. 105 ss.

consternados por el trato duro de un miembro del Holy College que, al cambiar el pontificado, pudo escapar del linchamiento de los romanos, que exigieron la muerte de cada presunto Beneventan, el "asesino". Pero aún en el cónclave (con universale scandalo) se le entregó una papeleta de votación a Coscia y se le otorgó el derecho ilimitado de voto activo y pasivo.[15]

Todo esto no era adecuado para aumentar el prestigio del papado. Más bien, el declive casi continuo de su reputación continuó incluso bajo el sucesor.

172

«... UN CAMINO DE SUFRIMIENTO»

Clemente XII (1730-1740), Lorenzo Corsini, hijo mayor de la rica familia noble florentina Corsini, sobrino del cardenal y tesorero general Neri Corsini, lo tuvo. a. Estudió con los jesuitas en el Colegio Romano y decidió solo tarde, a la edad de treinta y tres años, comenzar una carrera en la iglesia.

En casi tres docenas de "Papabili" finalmente salió victorioso de un cónclave extremadamente disputado que duró cuatro meses y siete días; se decía que era un "trabajo de providencia", pero tal vez también una consecuencia, si no es que para decir un triunfo de la vejez y el dolor, ya que tenía setenta y nueve años, ya estaba enfermo, expuesto repetidamente a ataques de debilidad, cada vez más a menudo, y casi permanentemente postrado en cama medio ciego y luego, en 1732, completamente ciego. Según la tradición establecida, pocas semanas después de su elección, nominó a su sobrino Neri (sic) Corsini como cardenal, aunque no estaba interesado ni podía hacer negocios en el estado.

A principios de la década de 1930, el comienzo de la Guerra de Sucesión de Polonia, España, Francia y Cerdeña se combinaron para expulsar al emperador de Italia. Los ejércitos españoles pronto invadieron los Estados Pontificios, y las protestas del Papa dejaron de ser escuchadas. «En Roma, los anunciantes españoles pudieron reclutar tropas sin obstáculos hasta que la población irrumpió en las casas, incluida la embajada española en Piazza di Spagna, para liberar a sus conciudadanos encerrados allí. Las tropas españolas acamparon alrededor de Roma, asesinaron, saquearon y erigieron horcas. Madrid y Nápoles querían obligar a Clemente a hacer concesiones sobre la política de la iglesia en todos los sentidos» (Kühner). Finalmente, ambos gobiernos interrumpen sus relaciones diplomáticas con Roma, y el conflicto con el Reino de Nápoles es particularmente difícil porque su jefe, Bernardo Tanucci, quizás el ministro anticatólico más hostil de un estado católico, está particularmente interesado en defender los derechos de soberanía estatal.

173

El pontificado de Clementina ha sido llamado un solo camino de sufrimiento, y el Papa, gravemente enfermo, no se ha librado de abusos. Lo manejaste a voluntad o simplemente lo ignoraste.

Pero lo más notable al respecto: que la creciente hostilidad emanaba de los gobernantes católicos, "que la corte romana entró en disputas amargas con todos los

[15] Pierer V 370. Kühner, Léxico de los Papas 253 ss. Kelly, Léxico de los Reclamos de los Papas 310 ss. HEG IV 226. Seppelt, El Papado en los Tiempos Modernos 409, 421, 424 ss. Pastor XIV / 2, 681. XV 220, 405, 409, 411, 443, 478 y siguientes 484 y siguientes 607 y siguientes. 616 y s. 636 ss.

estados católicos" (von Ranke). "No puedo negar", informa el embajador veneciano Alvise Mocenigo de Roma en 1737, "hay algo antinatural en ver a los gobiernos católicos en tan grandes desacuerdos con la corte romana que no se puede imaginar una reconciliación sin esta corte". debería lastimar su fuerza vital. Ya sea una mayor ilustración, como muchos suponen, o un espíritu de violencia contra los más débiles, es seguro que los príncipes tomarán medidas rápidas para privar a la Sede Romana de todos sus justos mundanos ".

Casi todo era malo en el país y en el extranjero, las finanzas estaban completamente destrozadas, el poder judicial y la administración eran corruptos. Durante todo su mandato, el Papa luchó por el Concordato con Cerdeña. Dos cardenales, ambos sobornados, habían hecho concesiones no deseadas. El Papa no pudo responder por su forma o contenido, ni ante la ley, y al tratar de compensar el daño causado por la capacidad de compra de los dos cardenales, las negociaciones se intensificaron aún más. El asunto aún no se había resuelto cuando murió.[16]

Ciertamente, el sucesor, elegido sorprendentemente después de un cónclave de seis meses, el más largo de la era moderna, entendía mucho mejor la imagen internacional.

174

Prospero Lorenzo Lambertini, hijo de una familia noble boloñesa empobrecida, quien se hacía llamar Papa Benedicto XIV (1740-1758), era naturalmente amigable, por lo que era propenso a la mediación, pero ciertamente era lo suficientemente sabio como para hacer una virtud de su necesidad. y tomar protestantes para sí mismos. Algunos lo elogiaron en poesía o erigieron sus estatuas en sus villas, y Jan Pitt, relacionado con los dos prominentes William Pitt, decoró un busto de Benedicto con la inscripción: "Jan Pitt, quien nunca dijo nada bueno sobre ningún clérigo romano. Este monumento fue erigido en honor del Papa Benedicto XIV.» Para el historiador británico Macaulay, fue el mejor y más sabio de todos los papas. Incluso Voltaire le dedicó su tragedia "Mahomet". Y cuando un día una sátira fallida se burló de él, tuvo el humor suficiente para mejorarla y enviarla al autor con la esperanza de aumentar las ventas.

Poco después de su ascenso al trono, Benedicto XIV cerró los concordatos con Saboya y el Reino de las Dos Sicilias, haciendo concesiones considerables a sus gobiernos, aunque la pérdida de la Santa Sede en 1753 por la Concordia española fue aún mayor. Durante dos décadas, dos reyes y cinco papas habían luchado sobre el tema principal, el llamado patrocinio universal, con la ayuda de muchos medios. Valenti Gonzaga, nuncio en España, entonces Cardenal Secretario de Estado, recibió primero 45,000 Scudi por el Rey, y luego otros 50,000 Scudi. ¡Ahora el Papa tenía derecho a ocupar 52 puestos espirituales, mientras que el Rey tenía derecho a perdonar a 12,000!

El Papa fue acusado de cumplir demasiado, como lo demuestran muchas controversias político-eclesiásticas, no solo sus concordatos con Saboya, Nápoles, España y Portugal, así como el reconocimiento de Friedrich II por Prusia como rey,

[16] Kühner, Léxico de los papas 233 ss. Kelly, Léxico de los Reclamos modernos 429 y sigs. Gontard, Los Papas 436. Pastor XV 613, 623 y ss. 629 y ss. Köhler, El papado en juicio 175 17 Kühner, Léxico de los Papas 158, 261 y ss. Kelly, Léxico de los Reclamos de los Papas 314 y ss. Seppelt, El Papado en los tiempos modernos 435 ss. 444, 449 ss. Pastor XVI / 1 31 y s. 35 y ss. 41 ss. ss. 66 ss. 72 ss. 78 ss. 90 ss. de los Papas 313 ss. Zarcillo, los papas 719. Seppelt, el papado en los tiempos

algo que los predecesores se habían negado a hacer. Incluso su anuncio en el verano de 1741 de prohibir el paso de tropas a través de los Estados Pontificios, independientemente de quién, permaneció en silencio y humeó. Ni los austriacos ni los españoles se adhirieron a él, de hecho, trasladaron sus habitaciones de invierno al territorio papal e hicieron de los Estados papales un área de marcha, un teatro de guerra.

175

Benedicto XIV se dirigió a los reyes de España y Francia, a Maria Theresia, el emperador Karl VII, llenó el mundo de quejas y quejas, denunció la devastación de su país, la privación de sus habitantes; los asesinatos, peleas callejeras. Uno trata, escribió, los Estados Pontificios como un bien abandonado, uno controla y actúa como si no hubiera Papa. Y, por supuesto, no olvidó "los bienes de la Cátedra Arzobispal en Bolonia y su sobrino", siendo el pastor historiador del Papa; citando una fuente en los Archivos del Estado de Viena, "las fuertes quejas de Benedicto XIV" enfatiza, "cuando experimentó la devastación de su jardín y el saqueo del palacio de su familia por parte de los españoles que habían penetrado en Boloñesa".

Sin duda, los beligerantes no lo escucharon. Ignoraron su continuo lamento, así como su deseo de reconocer el feudo de la Santa Sede sobre los ducados de Parma y Piacenza. "Los dos ejércitos", observó a principios de 1745, "destruyen los Estados Pontificios". Los españoles son los creadores de nuestra desgracia, pero los austriacos quieren vivir enteramente a nuestra costa; si Dios no se compadece de nosotros, nuestro pontificado se hará famoso por el daño que sufrimos.»

Pero el próximo pontificado estuvo dominado esencialmente por el problema jesuita.

176

CAPÍTULO 7. LA PERSECUCIÓN A LOS JESUITAS. LUCHA INTERNA POR EL PODER

> «Como reconocieron algunos contemporáneos, la destrucción de la orden de los jesuitas era solo el siguiente objetivo de este esfuerzo, pero la lucha principal era por la Iglesia y la Sede Apostólica, cuya abundancia jurisdiccional sentía que los poderes seculares católicos sentían que sus derechos eran limitados. Entonces, la lucha contra la Compañía de Jesús es una lucha contra el papado. Los gobernantes no creían que tenían soberanía plena si no tenían soberanía eclesiástica plena (ius circa sacra). De ahí los ataques cada vez mayores contra la administración y la jurisdicción de la iglesia, de ahí la difusión diligente de los principios ajenos a la iglesia en palabras y escritos, de ahí el desprecio y el insulto con los que el gobernador de Cristo fue tratado. El principio predominante en casi todos los estados era que todo el exterior en la vida eclesiástica, los bienes y las personas eclesiásticas, pertenecían a la esfera de la soberanía» .
>
> LUDWIG VON PASTOR [1]

El destino de los discípulos de Loyola ya estaba indicado en Benedicto XIV Aunque no escatimó en su reconocimiento, como Arzobispo de Bolonia expresó su creciente satisfacción con estos "sabios y santos religiosos" (dotti e santi religiosi), luego enfatizó como Papa su incesante utilidad, su obediencia ejemplar, y especialmente Francis Retz, el orden general, por benevolencia; Sí, ocasionalmente rechazó la acusación de crueldad al enumerar su actitud favorablemente atestiguada en la sociedad. También se dice que sirvió a más jesuitas que muchos otros papas. El historiador jesuita Cordara afirmó que en los siete pontificados que presenció, ningún papa reunió a tantos jesuitas como Benedicto XIV Por extraño que parezca, en opinión pública se lo consideraba menos amigable con los jesuitas; como Cordara también confiesa que nunca llegó a un juicio definitivo sobre la disposición real del Papa.[2]

177

Los jesuitas, creados como una orden del Papa extremo para apoyar particularmente a las jerarquías romanas, diferían fundamentalmente de otras comunidades monásticas en muchos aspectos, y a numerosos contemporáneos no les gustaba «toda la dirección» .

El jesuita atrajo la atención en el exterior. No entró en el sabio monje, sino, por así decirlo, civilmente, discretamente, a la manera del país. Y al igual que el traje religioso, que fue odiado durante mucho tiempo en ese momento, desapareció de inmediato o, del mismo modo, desde el principio, el retiro, el ejercicio de penitencia prescrito, así como la oración común del coro, la oración frecuente. Las "gracias de oración" anteriores, al menos en papel, muy elogiadas, gracias de ascetismo, devoción, contemplación, retrocedieron fuertemente de gracias de un tipo

[1] Pastor XVI / 1 921. Ver ibid. 602

[2] Ibid. 218 ss. 269, 319. Seppelt, El Papado en los tiempos modernos 461

completamente diferente.

Se tuvo cuidado con las "almas", la penetración en el sistema de educación superior, en las escuelas, el teatro, las universidades, especialmente en las casas principescas, y preferiblemente en la posición de príncipe confesor (IX 191 y sigs.!); Pero tampoco despreció el festín de las masas piadosas, cuya vida media determinó la locura de la iglesia, con el kitsch religioso más primitivo (IX 189). Y como gracias a la mayor movilidad y flexibilidad de este dotti e santi religiosi, gracias a sus calificaciones indudablemente mayores, al adoctrinamiento, al dominio de grupos sociales importadores enteros y al avance de las misiones, la fama y la envidia crecieron, la enemistad creció al deseo de algunos después de su destrucción

La agitación anti-jesuita fue más fuerte en los círculos clericales, entre los monjes. En España, su país de origen, el dominicano Alonso de Avendano la anuló cada año como hereje, fariseo, hipócrita. Su fraile Melchor Cano, quien después de todo fue asesor de Karl V y Felipe II, regañó al destacamento anticristo anticristo. El general agustino Franz Xaver Vasques los consideró "arrogantes como Lucifer" o, también dice, "una hidra; cada vez que le cortas la cabeza a este monstruo, otro le crece»; sí, él quería que el rey español interviniera con el papa para que el papa pudiera disolver por completo la orden, solo azotar y molestar al cristianismo.

178

En Portugal

El primer curso de acción contra el instituto vino de Portugal bajo el rey José Emanuel I y fue dirigido sobre todo por Sebastião José de Carvalho e Melo, el futuro Marqués de Pombal, "el ministro más grande y más terrible que alguna vez gobernó Portugal" (W. y col. Durant). Como un entusiasta defensor del absolutismo estatal, no solo fue hostil a los jesuitas que lo criaron y promovieron su ascenso, sino también hostil al clero y al papado en general. La lucha contra la iglesia fue al mismo tiempo una lucha contra la Santa Sede, cuya caída Montesquieu, Voltaire y "casi todos los representantes de la nueva ciencia histórica ... en el futuro cercano" esperaban (Elm).

Pombal probablemente también pensó en una iglesia regional independiente de Roma. Utilizó la iglesia contra la iglesia, llevó a familiares y confidentes a altos cargos del clero y luego pudo limpiar el país en su mente sin molestar a la multitud creyente. Cientos de adversarios murieron en sus mazmorras, muriéndose de hambre en agujeros horribles, a menudo "sin cargos, sin investigación, sin juicio", invadidos, hinchados, "en su mayor parte tan débiles que no pudieron mantenerse en pie". Algunos habían perdido la vista debido a la oscuridad en la que habían estado enterrados durante tanto tiempo, otros habían perdido el habla; otros estaban podridos por la humedad de los pies, o comidos por ratas y alimañas» (Riffel).

179

Pombal incluso encarceló a obispos durante años, el obispo de Belem, por ejemplo, o el obispo de Coimbra junto con 33 de sus sacerdotes. Porque no solo estableció comunidades individuales, enteras. Las familias fueron aniquiladas, su cuartel general destruido. También llamó a los monjes de varias órdenes extranjeras, donde "predicaban el evangelio a los salvajes" (Riffel); y a veces los caminos a las cárceles estaban llenos de hermanos del monasterio y sus guardias militares.

Pombal fue especialmente odiado por los jesuitas, y difundió todos los malos rumores, las viejas acusaciones sobre ellos: codicia por dinero, esplendor y poder, desobediencia al Papa, rey y obispos, la lucha constante con prelados, eruditos, opresión de los nativos, negocios prohibidos., Comercio de esclavos. Tenía tumbas y alcantarillas saqueadas por sus riquezas. Y cuando estalló la indignación en Oporto en 1757, el ministro sospechó que los jesuitas los incitaron. Hubo un gran juicio con no pocas sentencias de muerte, pero supuestamente "no hay rastro de evidencia" (por Pastor). En el mismo año, Pombal expulsó a los confesores jesuitas del monarca y su familia del palacio y prohibió a todos los jesuitas entrar al patio. Luego en la noche del 3 Los opositores y agresores de la persona y el imperio de Su Majestad son expulsados de todos los países de Su Majestad; ... y en el caso de la pena capital se ordena que nadie, independientemente de su estatus o profesión, pueda dejarlos en una de sus posesiones o mantenerse en contacto con ellos por palabra o por escrito».

El espíritu libre Pombal, que visita regularmente misa, atacó la orden cada vez con más fuerza y no dudó en 1761 después de levantar a su propio hermano al frente de la Inquisición portuguesa, el jesuita Gabriel Malagrida, de más de setenta años, que prácticamente había manejado mazmorras durante 32 meses, como un fraude; Hipócritas, blasfemos, estrangulados y quemados como "herejes"; Un espectáculo que el rey, el gabinete y el cuerpo diplomático disfrutaron juntos. En total, se dice que más de nueve mil personas fueron víctimas de sus sospechas y avaricia.[3]

180

En Francia

Lo que sucedía en Portugal pronto se repitió más allá de los Pirineos, donde los jesuitas de los galicanos, jansenistas y enciclopedistas tenían oponentes tan decididos que incluso el estudiante jesuita Voltaire ocasionalmente sintió algo de lástima, por eso d'Alembert el 25 de septiembre de 1742 escribió: «Cree con; lejos con debilidad humana. Deje que la canaille janseniana obtenga la canaille jesuítica de nuestros cuellos y no evite que estas arañas se coman entre sí.

Francia también se había opuesto cada vez más a la Compañía de Jesús, y el país sin duda demostró ser particularmente adecuado para la lucha de la iglesia: durante mucho tiempo liderando el camino en las apariencias antipapales y más hostil a los sacerdotes que otras divisiones del cielo; La ilustración inglesa tuvo un impacto desde el norte y la propaganda antirromana de España y Portugal desde el sur, incluida una extensa campaña de panfletos de Pombals y sus compañeros de viaje. También había poderosos, aunque secretos, opositores en la corte.

La tormenta contra los discípulos franceses de Loyola fue exacerbada por el padre Antoine Lavalette, no solo procurador de misión, jefe de misión y prefecto apostólico para todas las ramas jesuitas en las Antillas, sino también un mayorista inteligente,

[3] LThK V794. Riffel, La derogación 75 ss. 90 ss. 95 y s. Seppelt, El papado en los tiempos modernos 462 y s. 465 y s. Pastor XVI / 1 275, 292 y s. 339 ss. 341 ss. 345, 349, 594 y sigs. Ver también 922. Durant, Rousseau 306 y sigs. 309 y sigs. 317 y sigs. Bemecker / Pietschmann, Historia de Portugal 67th Wright, Los jesuitas 181st Elm, La Edad Moderna y los Estados Pontificios 32 y s. Kiechle, Los jesuitas 25

que, por supuesto, sufrió mala suerte. Los ingleses secuestraron sus barcos, los costosos fletes a Europa, los huracanes causaron graves daños, una plaga diezmó a sus trabajadores de las plantaciones negras, su principal socio comercial en Marsella se declaró en quiebra. Lavalette, el hombre de Dios, se endeudó, se hundió en compañías nuevas y riesgosas, aumentó sus déficits, todo el instituto francés se vio envuelto en el caso y perdió un proceso a la vez.

181

La fuerza impulsora de su derrota fue el Parlamento de París. En agosto de 1761, 24 libros de autores jesuitas fueron quemados frente a su edificio principal. En marzo de 1762, bajo el título "Extraits des Assertions" o "Extractos de las constelaciones peligrosas y perecederas de todo tipo, que los jesuitas siempre y constantemente representaban", editaron una extensa compilación en la que los jesuitas afirmaron haber contado 758 falsificaciones, una "Alcantarilla de mentiras".

Una resolución parlamentaria del 6 de agosto de 1762 declaró que "la llamada" Compañía de Jesús, por su naturaleza y esencia, es incompatible con cada estado bien establecido, porque contradice la ley natural, viola y busca toda autoridad espiritual y secular, bajo el velo engañoso de uno instituto religioso en la iglesia y el estado no para introducir una orden que se esfuerza por la perfección evangélica, sino para introducir una corporación política cuyo objetivo es lograr la independencia completa y luego la usurpación del poder por todos los medios, socavando la violencia legal y el Elevar el fanatismo al principio. Sus reglas y votos son intervenciones abusivas en la violencia mundana y la libertad de la Iglesia Galicana, por lo tanto, nulas y sin efecto. Su doctrina, moral y acciones son corruptas, devastadoras para la religión y la moral natural, insultantes para la ley moral cristiana, dañinas para la sociedad civil, inflamatorias e hirientes para los derechos, el poder y la seguridad de la persona santificada del monarca, adecuadas, disturbios en el estado Causar y mantener la corrupción más profunda. Es por eso que la Compañía de Jesús debería ser y será irrevocablemente excluida de Francia y no se debe permitir que nadie la restaure» .

Los jesuitas tuvieron que desalojar sus casas, renunciar a la vida de su comunidad en ocho días, así como cualquier contacto con camaradas que viven en el extranjero; todos sus bienes religiosos fueron confiscados.

182

Se siguió un procedimiento similar o casi más severo, con arrebatos violentos contra la silla romana, en los parlamentos provinciales, en Burdeos y Rennes, en Rouen, Rosellón, Pau y Aix, e incluso en el extranjero, en Louisiana y Martinica. El 3 de marzo de 1763, el Parlamento de Rouen hizo un llamado a todo el mundo católico para destruir conjuntamente la Compañía de Jesús. Al año siguiente, el Parlamento de París apeló al rey a este respecto.

Y el 1 de diciembre de 1764, un edicto de Louis XV La Compañía de Jesús en Francia en la perfección real. Una instrucción que acompañaba dejó en claro que el príncipe consideraba que la orden era útil para el estado y la iglesia debido a su cambio edificante y su enseñanza, pero que la preocupación por la paz en el imperio y la opinión pública contra los jesuitas determina su opinión. había sido.

Sin embargo, el Papa, que ya había declarado ineficaces todas las decisiones parlamentarias contra los jesuitas el 3 de septiembre de 1762, una vez más abogó explícitamente en la constitución del 7 de enero de 1765 por el ahora tan provocativamente ignorado, tan irreligioso, como un orden condenado impío. para

su apreciación por parte de la Iglesia a través del Concilio de Trento, que a su vez atestiguó con los obispos del mundo un alto grado de piedad, santidad, y finalmente confirmó nuevamente todas las manifestaciones de sus predecesores a favor de los jesuitas[4]

En España

El poder de la orden todavía era más fuerte en España, desde donde comenzó y donde no era impopular con la masa de la gente. En una carta fechada el 30 de agosto de 1766, Tanucci habla casi de "fanatismo ... que inspira a las mentes españolas a favor de los jesuitas ..." La política relevante, sin embargo, el absolutismo estatal prevaleciente, se comportó de manera similar a ellos como en Francia.

183

En ese momento, España comandaba a Carlos III, hijo de Felipe V y medio hermano de Fernando VI, quien murió en un trastorno mental en 1759. Le sucedió, anteriormente rey de ambas Sicilias, en el trono español, mientras que en Nápoles Bemardo Tanucci como ministro de justicia; Cancillería; Ministro de la Corte y, finalmente, como Presidente del Consejo de Regencia, sostuvo firmemente las riendas en su mano.

Carlos III era un católico acérrimo, un ávido defensor de la veneración de la Inmaculada Concepción de María. Asistía a misa todos los días, dedicando un cuarto de hora a la oración de la mañana y de la tarde. Algunos también elogiaron su habilidad para no gobernarse a sí mismo, sino a través de algunos "que lo dejaron gobernar mientras pasaba toda su vida cazando" (Leonhard), tal vez también para escapar de la castidad y la melancolía hereditaria de su casa.[5]

Aunque, como dije, Carlos III también era miembro de la Tercera Orden y tenía un franciscano en el "consejo de conciencia", aunque su madre Elisabeth Farnese y su esposa Maria Amalie de Sajonia apoyaron a los jesuitas como confesores y sus hijos jesuitas como educadores. perseguía a los ministros que no solo actuaban en el espíritu del absolutismo ilustrado, sino que, al igual que su antiguo maestro, el Marchese Bernardo Tanucci, también se sentía personalmente conectado con los principales espíritus libres en Francia.

Nacido en Toscana en 1698, Tanucci había estudiado derecho en Pisa, se había convertido en profesor allí, luego Ministro Karls en Nápoles, donde gradualmente prácticamente gobernó solo el reino de ambas Sicilias. Tanucci no estaba en contra de la Iglesia en principio, sino que luchó contra los privilegios del clero. Valoraba los ideales del período cristiano temprano y confesó a un jesuita durante décadas, siempre con lo mismo. Fue un apasionado defensor del poder estatal y se opuso a la introducción de la Inquisición, particularmente la Sede Apostólica. Le gustaba insultar e impedir a los papas, llamaba a los cardenales los animales más dañinos del mundo, no conocía a ningún animal más salvaje que el monje, y entre los monjes era el más odioso de los jesuitas, simplemente "veneno", "veneno jesuita", " Veneno y daño por cáncer».

---

[4] Riffel, El levantamiento 47 y s. 152 y ss. 155, 166. Knaake VI y s. Pastor XVI / 1,604 y s. 609 y s. 630, 642 y s. 657 y s. 663 y s. 673 y s. 689 y siguientes 921 y s. Hartmann, Los jesuitas 87 y ss.

[5] Rousseau 321 ss. 330 ss. Bemecker / Pietschmann, Historia de España 217

184

¿Por qué Tanucci atacó a los jesuitas así más que a cualquier otra orden? Ninguna doctrina teológica lo molestaba, pero su comportamiento, sus demandas insaciables, su codicia por la riqueza, el poder político, su orgullo apenas oculto. Al hacerlo, siempre trataron de dar la impresión de que no se mezclaban con la política; en verdad, ya no estaban interesados (cf. El Confesor Volumen IX 191 y sigs.), Ya que Tanucci vio emerger naturalmente entre ellos la doctrina del asesinato real. Y cuando estalló el llamado motín del sombrero en Madrid en 1766, Tanucci acusó a los jesuitas de incitarlos.[6]

El motivo de la encuesta fue la orden del 10 de marzo de 1766, que en el futuro prohíbe el uso de abrigos largos y sombreros de ala ancha (capa y sombrero) en las ciudades más grandes, ya que no eran españoles y, además, todo tipo de alborotadores, malhechores, la posibilidad de enmascarar y escapar más fácilmente bot. El levantamiento se extendió rápidamente por la capital, se apoderó de Zaragoza, Salamanca, Barcelona, otros lugares, y por supuesto no se trataba solo de preservar el traje nacional, por supuesto, solo quería ver a los españoles en el ministerio, sobre todo quería luchar contra la inflación, el Usura, especialmente los altos precios de los alimentos.

Al principio, los autores de los disturbios estaban completamente en la oscuridad. No se conocían líderes; solo vio la "chusma", las "clases bajas" involucradas en los disturbios. Poco a poco, sin embargo, el clero apareció a la vista, especialmente los monjes eran sospechosos de incendio provocado, y finalmente y cada vez más a menudo los jesuitas.

185

Tanucci, quien también aconsejó al rey como regente español, como lo hizo una vez en Nápoles, inicialmente solo había acusado a los Madriders de este "pueblo común y bárbaro, indigno de la raza humana, digno de ser contado entre los animales más irrazonables". Pero pronto también tuvo "a los sacerdotes y monjes ignorantes, perezosos y viciosos" en su mira, está feliz "por las buenas noticias de que el rey se dio cuenta de que los monjes y sacerdotes eran los instigadores de la agitación". Tanucci le promete a Su Majestad que le suplicará al Espíritu Santo que lo ayude en la Ilustración, y pronto ve que "España ha llegado a la conclusión de que la calamidad ha llegado y aún debe venir del canal espiritual del tipo más intrigante, los jesuitas...»

Incluso el monarca, que siempre es estimulado, finalmente insiste en su eliminación, pero quiere evidencia. Porque lo que era posible en Portugal y Francia también debe ser posible en España. Por lo tanto, continúan siendo rastreados, sospechosos de hacer panfletos contra el gobierno en imprentas ilegales y de despertar a la policía como una inquisición. Hay búsquedas de casas, revisas tu correo sistemáticamente. Un tribunal especial está investigando los disturbios de Madrid. Finalmente, Carlos III decreta el 27 de febrero de 1767, el decreto de exilio expulsando a todos los jesuitas de España y sus posesiones en el extranjero, sus colonias en América del Sur, Filipinas y confiscando sus pertenencias enteras.

En noviembre de 1767, los jesuitas fueron expulsados de Nápoles y Sicilia, en febrero de 1768 del ducado de Parma, en abril de 1768 de la isla de Malta. Casi en todas partes, las deportaciones se manejan de manera similar. Uno rodea,

---

[6] Pierer XVII 236 y s. Geiss II 293. Pastor XVI / 1 701 ss. 706 ss. 718 ss.723, 730 ss. 745, 854, Demel, Historia europea 196

principalmente a media noche o temprano en la mañana, con soldados en sus ramas (incluso contra los cuatro jesuitas de Montevideo, el ejército fue levantado el 6 de julio de 1767), les permitió empacar sus pertenencias en unas pocas horas, las instaló bajo protección militar. Puntos de recogida y enviarlos a paseos inciertos por tierra y mar. Así es como se hace en casi todas partes en España como en sus países vecinos coloniales. 78 jesuitas pierden la vida al cruzar a Córcega; En total, se dice que 500 jesuitas murieron en alta mar.

186

Ignoremos las condiciones verdaderamente caóticas en las que, al menos más o menos remuneradas, las personas expulsadas a menudo se encuentran. "Para la mayoría de los miembros, comenzó un largo camino de sufrimiento en el exilio" (Enciclopedia Teológica Real), un camino de sufrimiento al que no enviaron espíritus libres descarados o protestantes malvados. Incluso el Papa inicialmente se negó en repetidas ocasiones a admitir a los marginados a los Estados Pontificios. Y cuando Clemente sucumbió a un derrame cerebral el 2 de febrero de 1769, la agitación aumentó aún más.[7]

MEJOR GUERRA CON UN GRAN PODER QUE UN PAPA JESUITA

El sucesor de Clemente XIV (1769-1774) se inclinó por los jesuitas; al menos así es como parecía. Era amigo de los jesuitas desde el principio, pronunció un brillante discurso de alabanza a la sociedad, al que debía el comienzo de su ascenso, y se expresó en un cónclave de tres meses a favor y en contra de ellos. Los borbones, sin embargo, no querían un jesuita como nuevo papa o, escribieron el rey Carlos III de España. la reina portuguesa Mariana Victoria, su hermana que todo estaba perdido. Y apenas lo vio de otra manera, vio arrogancia y crueldad rampante bajo un Papa jesuita y ya no era un príncipe a salvo en su vida. Sí, Carlos III, para Palla vicini, el nuevo Cardenal Secretario de Estado, pero "católico ejemplar", ahora llamado "guerra con una gran potencia europea menos dañina que una elección papal que llevaría a un jesuita abierto o secreto a la silla de Petri".

Incluso como Papa, Clemente XIV demostró ser de doble lengua, al menos en sus primeros años en el gobierno no perdió la vacilación que lo caracterizaba. Aunque estaba inclinado hacia las potencias borbónicas, el hecho de que estados como Austria, Prusia y Rusia fueran más amigables con los jesuitas lo irritó considerablemente; varias veces tomó "precauciones contra el envenenamiento" (pastor). Y apenas había muerto de una muerte agonizante el 22 de septiembre de 1774, los rumores inmediatamente circularon sobre su envenenamiento por jesuitas, quienes calificaron la enfermedad como consecuencia de su libertinaje anterior.

187

Pasaron meses y años con la diplomacia cristiana o las obras del Espíritu Santo, con intrigas y amenazas, con visitas a las casas religiosas, con documentos, trucos y falsificaciones; una y otra vez demoras, consolaciones, sobornos, extorsiones.

---

[7] Theol. Cíclope real. 1987 Vol. XVI 663. Pastor XVI / 1, 730 ss. 740 ss. 744 ss. 752 y ss. 756 y s. 767, 773 y s. 777, 864, 881, 883 y s. Seppelt, El papado en los tiempos modernos 472. Bemecker / Pietschmann, Historia de España 209 y s. Kiechle, Los jesuitas 36 y s. También seguir. Nota

La cosa en sí misma no era tan nueva.

Siempre existieron comunidades desafiantes y desacreditadas de los católicos, especialmente entre las órdenes: los templarios; por ejemplo, o los cánones regulares de S. Giorgio en Alga en Venecia, los jerónimos de Fiesoie, los jesuitas, que no tenían nada en común con los jesuitas sino la similitud de nombres, los jesuitas, abolidos por Urban VIII en 1631. El Santo Padre ahora tenía esos casos reunidos y los entregó a una parte modesta en su famoso Breve "Dominus ac Redemptor" del 21 de julio de 1773. Los monasterios o asociaciones similares a los monasterios, favorecidos por los tesoros papales, prosperaron más, más cortos; Eventualmente se estancó hasta que fueron "aún más perjudiciales y más perturbadores que el aumento de la paz entre las masas", de modo que "fue precisamente esta silla apostólica la que los promovió cuando se creó y que su reputación los defendió. apoyado para limitarlos por nuevas leyes o para restaurar la antigua cría, incluso para abolirlos por completo y destruirlos.»[8]

Por ejemplo, informa Clemente XIV, su predecesor Clemente V a través de su toro del 2 de mayo de 1312, la orden de caballeros de los señores del templo, pero "para el mundo cristiano tan bien merecido" y, por lo tanto, "desde la silla apostólica con beneficios especiales, libertades, poderes, Privilegios y concesiones abrumados» – luego«suprimidos y completamente destruidos por su mal general» (ya sea universal diffamationem suppressit et totaliter extinxit).

188

Así, el autor del Breve contra los jesuitas, un día el Santo Padre Pío V conoce el orden regular de los humillados por su falta de buena conducta, su desobediencia a la silla romana, sus disputas internas y externas, "también porque algunos de sus miembros son diferentes por el asesinato de San Carlos Borromeo, Cardenal de la Iglesia Romana, Protector y Visitador de la Orden en la Sede Apostólica, había conspirado, aniquilado y abolido por completo» (extinxit ac penitus abolevit). Así, el 2 de diciembre de 1643, el predecesor Urbano VIII, en conmemoración de la memoria, "suprimió, extinguió y abolió las órdenes regulares S. Ambrosii y S. Barnabae am Haine"; Clemente XIV, informa además, que el predecesor de Inocencio X en un Breve del 29 de octubre de 1650 "suprimió por completo" la Orden de San Basilio de Armenia debido a discrepancias y discordias, y otro Breve del 22 de junio de 1651 en el Percepción de que la congregación regular de los sacerdotes del buen Jesús no podía esperar ningún fruto espiritual en la iglesia, esta congregación se disuelve para siempre ...»

Todos estos, así como otras resoluciones y ejecuciones similares, habían sido realizadas por los predecesores de acuerdo con la "consideración más exhaustiva" y sin, sí, ¡a quién no le sorprende! – sin «el arduo y arduo tipo de investigación que generalmente se usa en las decisiones judiciales, e hizo todo solo (!) De acuerdo con los mandamientos de la prudencia en virtud del poder de perfección con el cual, como gobernador de Cristo en la tierra y como el líder supremo del mundo El mundo cristiano está muy dotado sin dar las órdenes regulares, la opresión que determinaron, la oportunidad y la autoridad para ejercer sus derechos y rechazar esas

[8] Wetzer / Welte V 545 y s. Enciclopedia de la Iglesia Biográfica-Bibliográfica, EW. Bautz, Vol. I (1990) Sp. 1062 y s. Knaake, El Breve XII y s. Pastor XVI / 2, 19 y s. 100 ss. Esp. 115. Ver también 123, 176. Winter, El Josefismo 91

serias acusaciones ...»

El firmante de la cancelación Breve menciona sorprendentemente el frecuente favor de los jesuitas por parte de Roma. Comienza con «Nuestro predecesor, el Papa Pablo III recuerdo digno ", que les dio" privilegios muy significativos "ya en la década de 1540, y continúa: Porque" no menos benévolos y generosos con esta sociedad fueron nuestros otros predecesores ... Julio III, Pablo IV, Pío IV y V, Gregorio XIII, Sixto V, Gregorio XIV, Clemente VIII, Pablo V,, León XI, Gregorio XV, Urbano VIII» El Santo Padre solo enumera, solo nombres, y guarda silencio sobre "otros papas dignos de memoria" entre todos los patrocinadores, donaciones de gracia.

189

Por otro lado, el Fiscal, como debe ser, largo y ancho de su oficina. Además, es obvio que en esta misma sociedad, desde el principio, han surgido diversas semillas de discordia y celos, no solo entre sus propios miembros, sino también con otras órdenes regulares, con el clero mundial, con academias, Universidades y escuelas secundarias públicas e incluso con los príncipes, en cuyas áreas encontraron admisión...».

Hubo poco, de hecho y de personal, que uno no hubiera atraído al pantano de disputas y disputas y, como se dijo una vez, "casi en todo el mundo". Sí, estas molestias aumentaron cada vez más, las quejas aumentaron ("principalmente por su codicia excesiva por los bienes terrenales"), la insurrección, los disturbios, los escándalos y el rencor estallaron cada vez más "en Europa, Asia, América", aunque "el bueno". El olor a Cristo» es tan necesario «para crear fruto» (el olor adicional de Christi necesita sentarse ad fructificandum).

No es de extrañar, el Papa Clemente XIV debe reconocer a la vista de todo esto que incluso los remedios más curativos casi no han demostrado fuerza y efecto, "ha sido en vano lo que nuestros otros predecesores hicieron por él ...", y nuevamente enumera: "Urbano VIII, Clemente IX, X, XI y XII, Alejandro VII y VIII, Inocencio X, XI, XII y XIII y Benedicto XIV ...» ¡Todo gratis! Finalmente, “Nuestros hijos amados en Cristo, los reyes de Francia, España, Portugal y Sicilia, sintieron la necesidad de desterrar y expulsar a los miembros de la orden de sus imperios, territorios y provincias creyendo que este seguía siendo el único e inevitable remedio para tantos males, para evitar que los cristianos se irritaran, atacaran y destrozaran en el regazo de su santa madre, la Iglesia».[9]

190

El clímax del conflicto entre la Santa Sede y los principales príncipes católicos en la Europa moderna se alcanzó en la segunda mitad del siglo XVIII, cerca del estallido de la Revolución Francesa.

[9] Knaake, El Breve 1 ss. 11 ss.

192

CAPÍTULO 8. JOSEFISMO – «¿REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA?»

"El servicio al estado era la religión de la que Joseph II estaba obsesionado".

KARL VOCELKA [1]

«No fue la reforma de la iglesia, sino la modernización y centralización de la estructura del estado multiétnico de las tierras de los Habsburgo que era el objetivo principal de todos, en un sentido amplio, las medidas de Josephine ... Los medios para lograr los objetivos establecidos eran racionalistas– visión estatal utilitaria y la soberanía monárquica absoluta del regente. El concepto del estado fue despojado de todos los fundamentos metafísicos (especialmente bajo Joseph II) ... El estado y la sociedad moderna en desarrollo comenzaron a deshacerse del patrocinio de la iglesia en un amplio proceso de ayuda» .

RUDOLF PRANZL [2]

«Sus medidas, su fanatismo sobre el estado, su creencia en la omnipotencia y la efectividad del estado son grandiosas y devastadoras. El estado es uno y todos. La iglesia debe inclinarse con las gradas; el estado también debería convertirse en soberano sobre él, cambiar de soberano. En 1781, un edicto de tolerancia proclamó la libertad religiosa. Se dice que setecientos monasterios son eliminados por superfluos, el episcopado arrancado del centro romano, insertado en el estado ... Austria estaba profundamente preocupada, justo ahora, en el apogeo de la Revolución Francesa.

De hecho, Joseph II ya había sido revolucionario. En él, el absolutismo ilustrado y la Revolución Francesa tocaron muy de cerca» .

WERNER NAF [3]

193

IGLESIAS ESTATALES HASTA JOSEPH II

El Josefismo, llamado así por el emperador Joseph II (1741-1790), era una forma especial de la vida de la iglesia estatal.

Las iglesias estatales habían existido a lo largo de la historia, incluso en la antigüedad, en la dominación bizantina, en el cesaropapismo. Y, como siempre, era mucho menos sobre religión y cristianismo que un estatismo sólido, mayormente ambicioso y ambicioso, poder político desnudo, ya sea que el estado domine a la iglesia o que la iglesia domine al estado buscado.

En el siglo IV, el emperador Constantino fue el primero e históricamente decisivo en luchar por una alianza con la iglesia cada vez más fortalecida, y colmó de privilegios al episcopado católico, por supuesto, para estar más dispuesto y ser más efectivo en sus ambiciones ofensivas (I 135 y sigs. 241 y sigs. 247 y sigs.). Y después de haber sido durante mucho tiempo la única religión religiosa del imperio, el emperador Justiniano (527-565) intervino aún más decisivamente en el sector

[1] Karl Vocelka, Esplendor y caída del mundo cortesano, Viena 2001, p.39. Citado de Barbara Gant, "Educación nacional" 100

[2] Pranzl, La relación entre el Estado y la Iglesia / Religión 50

[3] Näf, Las épocas de la historia moderna 479

clerical, el llamado ius sacrum, para dar a las iglesias su "cuidado especial porque creía que a través de ellas estaba afirmando su imperio". puede (Little Pauly). Como sacerdote emperador, como regente sacerdotal, regulaba los problemas de fe y disciplina, determinó el liderazgo de los grandes sínodos, como la ocupación de importantes sillas de obispos, y golpeó brutalmente los restos del paganismo; en resumen, el soberano secular es también el señor supremo de la Ecclesia, no está dentro, pero está por encima de él.[4]

194

En los imperios germánicos, las iglesias populares se habían desarrollado de maneras muy diferentes durante la antigüedad tardía, iglesias regionales, cuyos líderes espirituales estaban más conectados con sus soberanos que con la Roma papal. Y desde que Chlodwig I el Merovingio (482-511), el fundador del Imperio de Franconia, se convirtió en católico, ya que había convertido a la Galia en el centro y el punto de apoyo de la historia y había eliminado los restos del dominio romano allí, fue apoyado por muchos pastores. Después de todo, como Constantino, él también tenía "razones políticas importantes para formar un pacto con la Iglesia" (Zippelius).

El potentado merovingio rápidamente ganó más derechos, más poder, ganó soberanía, soberanía sinodal, ganó irresponsabilidad criminal, también otorgó las sillas de obispos cada vez más influyentes y realizó amplias transferencias de propiedad a su favor. Por otro lado, el episcopado se convirtió en un importante poder político y económico. A finales del siglo V solo, el número de monasterios galo aumentó diez veces (IV, noveno cap. 1). Y finalmente, en vista de un período algo posterior, incluso se podría hablar de un estado episcopal o monástico, si es exagerado. En cualquier caso, las iglesias de Franconia conservaron su carácter de iglesias nacionales, pero al mismo tiempo estaban más integradas en la jerarquía romana. El estado feudal y la iglesia imperial feudal bajo los francos crecieron cada vez más juntos en Occidente, estaban inextricablemente unidos en el Imperium christianum de Charlemagne.

Charlemagne, ya celebrado por los contemporáneos como "pater Europae", también fue considerado el "padre de la iglesia", "rex et sacerdos", "sacerdote-rey", sí, sintió que no escribió modestamente al Papa León III, como el "representante de Dios" (IV, 497 y sigs.). Como Rey de los francos y emperador, expandió la organización de la iglesia creada por Bonifacio. Él no solo dirigió el estado, sino que ella también fue su administradora suprema y legisladora, influyó en el nombramiento de altos cargos clericales, elecciones de obispos y abad, los sínodos, que apenas diferían de los días de la corte. Charlemagne tenía la propiedad de la iglesia, diócesis establecidas, al menos reservaba la confirmación. Todavía intervino en asuntos litúrgicos, dogmáticos, intervino en el adopcionismo, la controversia sobre las imágenes. En el Sínodo de Frankfurt de 794, se pronunció contra el Papa por cuestiones de fe. Y en Roma, cuando se mencionó el nombre de Charlemagne, la rodilla se dobló por instrucción papal durante el culto de la Cuaresma.

195

Pero con el colapso de la dinastía carolingia, el declive de las fuerzas seculares, el papado escapó del mecenazgo secular, se hizo igual y finalmente, a través de guerras y abominaciones, a través de lo que probablemente fue el mayor fraude de todos los tiempos (IV, capítulos 13 y 14). Regla universal Por supuesto, su suerte no duró

[4] Cod. Iustin. 1,3,1 / 42 pr. Little Pauly III 20. Zippelius, estado e iglesia 20 ss., 25

mucho, e incluso a fines de la Edad Media, vio rivalidades de poder mucho más peligrosas, los poderes territoriales modernos y su iglesia estatal[5]

En Inglaterra, donde los signos particularmente tempranos de la disolución del centralismo de la iglesia papal aparecieron ya en el siglo XII bajo el rey Henry II, lo que luego llevó al asesinato de Thomas Bekket, arzobispo de Canterbury; En Inglaterra hubo incluso una ruptura definitiva con Roma en el siglo XVI y se estableció la Iglesia de Inglaterra, la nueva iglesia nacional.

La historia de Francia también se caracteriza por las largas y masivas tendencias de "Los von Rom". Especialmente desde el exilio de casi setenta años en Aviñón, el llamado "cautiverio babilónico" de la iglesia (1305 y 1309-1377), el papado, dependiendo del rey francés y la iglesia francesa, quedó bajo un control estatal más estricto a favor del gobernante. Libertades, derechos de propiedad nacional, varios memorandos de la Universidad de París, decretos de varios sínodos. Y en la época de Louis XIV (1643-1715) la forma galicana de absolutismo de la iglesia estatal con ciertas modificaciones también prevaleció en otros países católicos, en España, Portugal, Sicilia, Cerdeña.

196

En Alemania, por fin, la separación moderna del estado y la iglesia ya había surgido bruscamente en el siglo XIV bajo Ludwig IV Bavaria y Karl IV (1346-1378), ambos apoyados por notables teóricos políticos como Marsilius von Padua (VII 493 y sig.) como Wilhelm von Ockham. Y en Austria en ese momento, el archiduque Rudolf IV (1339-1365), el ingenioso, también inteligente, consumador de la Iglesia de San Esteban y fundador de la Universidad de Viena, que fortaleció la violencia soberana contra las iglesias: «En mi país quiero al Papa, arzobispo, Obispo, Archidiácono y Dean.»[6]

Después, en el siglo XVIII, Maria Theresa apenas habló con tanta audacia que probablemente ni siquiera lo había pensado, aunque el josefismo comenzó con ella, más tarde "Josefismo temprano", "Josefismo antes de Joseph II". llamado entre otros.

La "madre del josefismo"

Nacida en la Ilustración del Barroco a la Ilustración e influenciada por ambas, Maria Theresa, Reina de Hungría y Bohemia, Archiduquesa de Austria, defendió en virtud de su padre Karl VI promulgó (legitimando la sucesión femenina) "Sanción pragmática" cuando murió en 1740 a la cabeza de un gran imperio. Cuando tenía veintitrés años, comandaba un gran poder que se extendía desde los Balcanes hasta el Mar del Norte, cuyas finanzas, administración y poder judicial habían quedado destrozados, como si de la noche a la mañana, "de repente expuestos por dinero, tropas y consejos".

197

Sin embargo, pronto ya no había ninguna razón para rumorear sobre el "regimiento de mujeres". Se dice que su mayor oponente, el prusiano Friedrich II, nunca habló de

[5] LMA V 1014. Zippelius, estado e iglesia 28 y ss. 33 ss. 36 ss. 55 ss. 62 ss. Ver también Deschner IV 446 y s. 497 ss. 503 s.

[6] Pierer XII 442. XIV 434. LThK VIII 1343 y s. Zippelius, Estado e Iglesia 62 ss. 69, 93 ss. 98 ss.

la "Reina de Hungría" sin respeto, pero incluso se burló del bárbaro desmembramiento y vacilación de Polonia: "Lloró, pero lo tomó". En cualquier caso, Friedrich siempre se ha mantenido como el "hombre malo en Berlín", el "Charlatán", el "enemigo sin fe y sin conciencia legal", el "monstruo". Y aunque la madre de 16 niños nacidos en Viena en 1717 con el futuro emperador Franz I no era impopular, aunque en algunos aspectos el papel de la madre del país jovial parecía estar escrito en su cuerpo, todavía podía estar cerca de las tropas, pero estaba buscando el cuerpo de oficiales. para calificar y vincular más a la casa gobernante sin olvidar la carne de cañón más barata como un "mater castrorum", como la "madre de los campamentos". Se veía a sí misma como una "general y primera madre", "como una madre y regente", como se dice en un memorándum de 1755/56.

En la guerra ella también intervino personalmente, las órdenes de reposición emitidas, las instrucciones estratégicas, podrían arriesgarlo todo, hacer todo lo posible. Entonces, en diciembre de 1741, poco después de la pérdida de Praga, le aseguró al conde Philipp Joseph Kinsky, su canciller bohemio: "Todos mis ejércitos, todos los húngaros deberían ser destruidos en lugar de renunciar a nada". O, en otra carta, acompañada de un retrato de su pequeño hijo Joseph, incitó al mariscal de campo Ludwig Andreas Graf von Khevenhüller y sus camaradas de armas: «Aquí tienes una reina del mundo entero con su heredero masculino; que piensas de este niño Vea cómo su esposa más amable se ofrece como un ministro fiel; con esto también todo su poder, violencia y todo lo que nuestro imperio es capaz y contiene. Actúa, héroe y vasallo fiel, mientras confías en ti para ser responsable ante Dios y el mundo ... Sigue a tu maestro que descansa en Dios en los actos inmortales de Eugenesia y ten la seguridad de que tú y tu familia en los tiempos actuales y eternos de Toda gracia, favor y gracias a nuestra Majestad y a todos sus descendientes, pero alcanzando la gloria del mundo. Te lo juramos por Nuestra Majestad. ¡Adiós y discutiendo! Maria Theresa.»

Por lo demás, a pesar de toda la impulsividad femenina, su práctica gubernamental era más relevante, pragmática, en línea con las necesidades cambiantes de la época. Por ejemplo, dejó a los oficiales en los rangos más altos que pensaban de manera diferente a ellos, lo que no se debió (solo) a la nobleza de la madre del país ni a sus palabras: "inocencia y misericordia innatas de la casa austríaca".

198

Todavía puede ver lo aparentemente incidental, como las declaraciones sobre los levantamientos de los campesinos bohemios, a quienes concede cierto alivio, aunque dentro del marco de la sumisión estricta, sin afectar fundamentalmente la herencia campesina o incluso la estructura social feudal. Si su padre, el piadoso, intolerante, perseguía a los luteranos, ya un anacronismo, el emperador Karl VI, como continuación de una antigua costumbre, precedió a su gobierno, por así decirlo, como "Constanter continet orbem" (mantiene el imperio unido), entonces eligió a la hija que lo siguió como su lema "Justitia et clementia" (a través de la justicia y la gentileza); pero la mansedumbre cristiana conocía y conoce límites, lo mismo con la justicia cristiana. Al final, el interés fiscal siempre fue más importante que el bienestar del gobierno. Ergo hizo que la Emperatriz cortara 23 de 80 feriados oficiales (con aprobación papal), ganando así 23 días hábiles. Además, la "Constitutio Criminalis Theresiana" emitida en 1768, la "Sentencia embarazosa del cuello", todavía permitía la tortura para forzar confesiones. También se permite quemar, pilas, cuatro

partes. Al mismo tiempo, sin embargo, con toda la barbarie tradicional, uno siempre tenía que prometerle al público algo bueno, algo deseable, algo que esperar. "Las personas sin esperanza", dice Maria Theresia, "no tienen nada que perder y deben ser temidas".[7]

En lo que respecta a la religión, sintió que el papa Clemente XI, el padrino de quien. Pertenecía a la iglesia como una hija estricta de la Iglesia, los jesuitas les enseñaron y fueron sus confesores ("amé y respeté toda mi vida", confesó en el año de la disolución de la orden, "y no vio nada de ellos como edificante"). Ella quería ser piadosa y virtuosa, un modelo a seguir para sus hijas, aunque ella misma, temperamental y vivaz, hacía las cosas un poco más relajadas en los años más jóvenes.

199

Sin embargo, como regente, apreciaba una cierta estabilidad social garantizada por la religión. Eclesiásticamente, en la tradición de sus antepasados de los Habsburgo, estuvo al lado del Papa, lo que de ninguna manera le impidió leer lo que él había indexado o mantener rigurosamente el lugar soberano para las toros papales. Por supuesto, ella escuchaba la misa todos los días, dos veces los domingos y días festivos, y se opuso firmemente al compromiso creciente del clero, todo el rasgo escéptico e irónico de la época, muy alegre y menos benevolente, todo trivial, ridículo. «Nuestros alemanes pierden así la mejor calidad que poseían; ser un poco torpe y rudo, pero heterosexual, veraz y trabajador ...» Sobre todo porque los gigantes de la Ilustración no encuentran piedad. "Nadie", afirma en 1774, "es más débil, más abatido que estos espíritus fuertes; nadie se arrastró y desesperado ante la más mínima desgracia. Sois malos padres; Hijos, maridos, ministros, generales, ciudadanos. Por qué Carecen de la base; toda su filosofía, todos sus principios se basan únicamente en su amor propio; la más mínima repulsión los derriba sin un rescate» .

Por otro lado, aunque cum grano salis avanzado, ella vivió muy consciente de la tradición, moldeada por la creencia en el sexo de una generación que dio a luz a 20 emperadores o reyes, y, como toda esta dinastía, se encontró extraordinariamente "por la gracia de Dios". Y esta gracia de Dios, esto enfatiza la autocomprensión teocrática, que casi liberó a la esfera terrenal tan superdotada, pero que nuevamente obligó a los sujetos a la casa de los gobernantes piadosos, se reflejó en una ceremonia elaborada que involucró a todo el público, en innumerables actividades político-eclesiásticas, en procesiones., "Viajes" a lugares de peregrinación, monasterios, dejando de lado las muchas "actividades religiosas" habituales.

Entre los tesoros de la familia imperial estaban el agua del Jordán, en la que Jesús fue bautizado, un clavo de su cruz, una espina de la corona del sufrimiento, gotas de la sangre del crucificado, un diente, pero a veces también de la santa virgen y mártir Apollonia. ocasión festiva, obtenida del «Tesoro Espiritual Imperial» y dada «a besar».[8]

200

En una instrucción a su nuevo embajador en Roma, Franz Herzan, Reichsgrave von Harras, en la víspera de Año Nuevo de 1779, Maria Theresa resumió el principio

---

[7] Sautter, Léxico biográfico 232, 286. HKG V 315 ss. Dillmann, Maria Theresia 7 ss. 31, 37, 39, 47, 58, 71 ss. 91, 101 ss. 135, 145 ss. Neuhaus, Era del absolutismo 169 y ss. 105, 339 ss. Schieder, Friedrich el grande 148 ss. Dash, desde la paz de Westfalia 144. Invierno, El Josefismo 11 y s. Klueting, El Josefismo 9. Véase también la siguiente nota

[8] Schöppner / König 330 y s. Invierno; Josefismo 23, 42 ss. 86. Dillmann, Maria Theresia 10, 4 6 y s. 56 ss. 101 y s. 119, 131 y s. 138. Schieder, Friedrich el grande 148. Fenske, historia alemana 66 y s.

de la política de su iglesia una vez más; Destacando que no solo no privó al Papa de su posición y su autoridad legítima en asuntos de la iglesia, sino que también dio a otros soberanos el ejemplo del respeto respetuoso por la Santa Sede Apostólica, sin debilitar o ignorar sus derechos originales. «Los límites de la violencia de la iglesia están determinados por su tema sagrado; esto, como su propósito final, es puramente espiritual y consiste en la proclamación de la doctrina y la moral cristiana, la difusión de los sacramentos, la ordenanza de adoración y la disciplina interna de la iglesia. Toda otra violencia que, aparte de estos objetos espirituales, es poseída y ejercida por la Iglesia, los mismos jefes y, en particular, su cabeza, el Papa, no proviene de la institución divina original ...»

En los países de los Habsburgo, la tendencia hacia la vida de la iglesia estatal se hizo particularmente clara. Esto ha sido evidente desde Maria Theresa. Ya "se aprovechó de la supervisión general del estado en asuntos eclesiásticos sin más preámbulos, restringió el sistema monástico y se abstuvo de la opinión de la iglesia en asuntos mundanos" (Fenske). Maria Theresia no era tan ininterrumpidamente católica como algunos historiadores creían. Más bien, la preparación y los comienzos del josefismo (dejando de lado los primeros intentos de su padre Karl VI) se remontan a ella de tal manera que fue descrita como la "madre del josefismo".[9]

Joseph II o "La reducción del grande ..."

Mientras una piedad barroca específica se había desarrollado en Austria en el siglo XVII, el "austro-catolicismo", una alianza de aristocracia y clero, la iglesia estatal también tenía su cabeza cada vez más, fuertemente episcopalista, fuertemente anticurial, si no tan "absolutamente", como se creía desde hace tiempo, pero con la educación más estricta en estados católicos absolutistas como Francia o España.

201

Maria Theresa estaba política y religiosamente dispuesta a reformar.

Aunque estaba bastante ideológicamente distante de la Ilustración, no estaba exactamente cerrado a sus asesores. Por ejemplo, por mucho que le disgustara la laxitud religiosa de su canciller consumado, era lo suficientemente sabia como para ignorar su búsqueda de resignación y mantenerse hasta el final. Casi se podría escribir que, basándose en consideraciones de política estatal, ella abrió las puertas de la monarquía a la Ilustración (Barbara Gant). Sin embargo, a diferencia de su hijo Joseph, su "absolutismo" fue extremadamente teocrático.[10]

Aunque Joseph II se preparó para sus deberes futuros con una consistencia poco frecuente, a pesar de que fue criado política y religiosamente más en el espíritu del antiguo régimen, se convirtió en un "revolucionario desde arriba", aunque esto ha sido relativamente manso desde su co-reinado en 1765, desde el principio pero su regla completa en 1780 se expresó plenamente: la medida en que se basa en el cálculo político o la convicción personal permanece abierta.

Joseph tenía bastantes rasgos ganadores en términos humanos. Puede que haya

[9] HKG V 317. Invierno, Josefismo 98. Fenske, Historia alemana 66. Dash, Del Barroco a la Ilustración 434

[10] HKG V 3 60 ss. Klueting, El Josefismo. Fuentes seleccionadas 4 h Dillmann, Maria Theresia 80. Stollberg-Rilinger, Europa en el Siglo de las Luces 194 y s. Gant, "Educación Nacional" 99 y s.

luchado por una fama histórica demasiado ostentosa, pero detestaba la pompa y el esfuerzo, era sobrio e inquieto, "día y noche", como admitió incluso un crítico, era modesto, vivía modestamente, circuncidado lo antes posible, la lujosa corte de los Habsburgo como los subsidios a la familia imperial. Durante sus frecuentes viajes informativos, pero no muy deseables, Maria Theresa en el extranjero, que recorrió más de 30,000 millas, en su mayoría apareció de incógnito como "Conde von Falkenstein" en un uniforme simple. Por último, pero no menos importante, estos viajes lo hicieron popular entre la gente, su desarrollo del Prater, el Augarten, su relación con los vieneses, su comprensión de los problemas sociales, su disposición a donar.

202 Joseph, de quien se dice que había practicado una gran caridad en su juventud, pensaba particularmente socialmente hacia los enfermos y discapacitados. En general, su interés en el bienestar organizado (eclesiásticamente) ya era evidente como corregente, como lo fue especialmente durante sus estancias en el extranjero, por lo que pudo haber estado menos guiado por las obligaciones religiosas y por el amor cristiano que por la razón: fue relevado de gastos considerables y tuvo que menos miedo a los ataques rebeldes de los pobres.[11]

Deseado como heredero del trono y nacido el 13 de marzo de 1741 en el Hofburg de Viena como el hijo mayor del último Habsburgo y el duque Franz Stephan von Lothringen, tuvo una infancia feliz en los tiempos difíciles de Habsburgo. A pesar de los diferentes rasgos, la madre lo prefería. Era inteligente y brillante, dominaba el francés, el italiano, el latín, tenía conocimientos básicos de húngaro, checo y era musical. Los jesuitas Parhamer y Frantz le dieron instrucción religiosa, y a la edad de siete años recibió al mariscal de campo Karl Graf von Batthyäny, un húngaro, como mentor, quien, según las instrucciones, utilizó la historia y la geografía como base y provocó su debilidad por el ejército, algo que afectó sus propios talentos generales. amor desafortunado Realmente impresionante pero su sentido de la justicia; un hombre, resuelto resueltamente, como confiesa en 1763, castigar la malevolencia por malicia con la mayor severidad y sin ninguna consideración por el nacimiento, "porque no veo la justificación con la que una persona que posee viejas cartas de nobleza puede actuar como un villano impunemente, mientras que alguien que no tenga esos trozos de papel sería colgado en el mismo caso» .

203 Joseph se guio desde el principio por el principio de que cada tema debe ser tratado por igual bajo las leyes. Ya en su primera memoria política "Reveries politiques" (Reveries políticos), escrita en 1763, dice: "Los dos principios fundamentales por los cuales uno debe actuar son el poder ilimitado para poder hacer todo el bien para el estado, y los medios para mantener este estado sin ayuda externa. Para lograr estos dos objetivos, recomendaría 1) menospreciar a los grandes y hacerlos más pobres, ya que no me parece muy útil que haya pequeños reyes y sujetos ricos que vivan en la prosperidad sin preocuparse por qué será del estado... 2) Los medios que propondrépara restaurar el estado de inmediato dará un duro golpe a los elementos más inútiles de una comunidad, es decir, aquellos que viven de su capital. Anunciaría

[11] Wetzer / Welte V 795 y s. Winter, The Josefismo 101 y s. 176 y ss. 189 y s. Baumgart, Joseph II y Maria Theresia 254, 258 ss. 261, 266 y s. Dash, De la paz de Westfalia al Congreso de Viena 244 y s. Reinalter, La reforma social de Joseph II 168 y s.

que de ahora en adelante no pagará una tasa de interés superior al tres por ciento. La reducción de las grandes, que considero más útiles y necesarias, es un objetivo que difícilmente debería admitirse, pero que todos deberían debe vigilar sus acciones...»[12]

PATENTES DE TOLERANCIA Y "REDUCCIÓN DE LOS MONJES"

Lo que hizo que la política josefina, en particular su política religiosa, fuera diferente de las formas relacionadas anteriores, modelos franceses o españoles más antiguos, fue la concentración única de su ataque, su totalidad, radicalismo, todo su vigor impetuoso.

Durante la vida de la madre, las manos de Joseph permanecieron más o menos atadas; hasta qué punto es controvertido. Ella misma lo había convertido, desde la muerte de su padre en 1765, su sucesor al frente del Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana, un corregente en Austria, Bohemia y Hungría. Y poco después de la muerte de la madre, un año después de que comenzó a gobernar como único gobernante, estableció el principio de igualdad con su orden judicial para los alemanes en 1781, a partir de la idea de la igualdad de todas las personas ante la ley y la injusticia de favorecer a la nobleza, el clero Herencia a través.

204

En el mismo año liberó a los campesinos de Austria y Bohemia de la herencia, probablemente también impulsados por varios disturbios. Fue solo en 1775 que un levantamiento que solo pudo ser reprimido por las tropas estalló en Bohemia, también fue la propiedad más grande en Bohemia; el arzobispo de Praga, Antonin Petr Graf Prichovsky, un creador especial de la población rural, que incluso el nuncio papal mostró. En general, el clero tenía la séptima parte de todas las "realidades" del reino allí. En ese momento, 28 castillos fueron saqueados o incendiados por personas explotadas solo en el distrito de Königgrätz.

En 1781, Joseph otorgó la libertad de religión en Bohemia y Moravia, donde Maria Theresa no quería tolerar a los no católicos bajo ninguna circunstancia, a través de una patente de tolerancia (modificada para los respectivos países). Sin embargo, aunque en realidad era una regla del estado en ese momento, solo se aplicaba a las denominaciones acatólicas más grandes, a los luteranos, calvinistas y ortodoxos griegos no unidos, que al menos terminaron con el "protestantismo secreto" austríaco.[13]

Al año siguiente, otro edicto de tolerancia liberó a otra minoría, los judíos, de todo tipo de discriminación y les permitió participar en tierras y propiedades, en empresas comerciales y asistir a escuelas y universidades, aunque, por supuesto, solo restringió a los cientos de miles de judíos de Bohemia y Galicia. unos pocos cientos de judíos de Viena han sido generosamente favorecidos. No es de extrañar que alabaron al

---

[12] Pierer II 402. Wetzer / Welte V 794. Sautter, Léxico biográfico 223 y s. Invierno, El Josefismo 100 y s. Neuhaus, Era del absolutismo 213 y sigs. 216, 219 y ss. Baumgart, Joseph II y Maria Theresia 250 ss. 263. Reinalter, Las reformas sociales 164 ss.

[13] Winter, Josefismo 143, 166 ss. Véase también 182. Baumgart, Joseph II y Maria Theresia 268 ss. Dash, del barroco a la ilustración, 455. Kunisch, Absolutismo 34 y s. Neuhaus, Era del absolutismo 425 y ss. Klueting, Josefismo 167, 252. Stollberg-Rilinger, ff Europa durante la Ilustración 95a Beales, Joseph II 35

emperador en tonos altos. En contraste, Maria Theresia tendió al tradicional antijudaísmo cristiano. En repetidas ocasiones trató de localizar y deportar judíos en Viena. "A menudo he ordenado reducir a los judíos aquí, de ninguna manera aumentarlos, sin pretexto". "No conozco una peor plaga para el estado que esta nación".

204

El emperador también tenía poca simpatía por los judíos. Sus declaraciones filosóficas fueron motivadas por la intención de "hacerlas más útiles para el estado". De esta manera, podrían o deberían derivarse "a través de rutas de alimentos incrementadas y ampliadas de su propia usura y comercio fraudulento", por ejemplo a través de la agricultura, "pero solo en régimen de arrendamiento"; sin embargo, solo "por manos judías" (!) y luego "especialmente" por tierras sin procesar y sin cultivar. También podrían convertirse en transportistas, artesanos, zapateros, sastres, albañiles, carpinteros, y en las ciudades capitales incluso se les permitió visitar las universidades, al menos lo "posible". Por cierto, el gobernante admitió además que todas "esas leyes obligatorias humillantes y supresoras del espíritu" que imponían a los judíos una diferencia en la vestimenta y el vestido o signos externos especiales deberían ser eliminados.

En 1783, su nueva ley de matrimonio introdujo el matrimonio civil y permitió el divorcio en principio. Una nueva ley de herencia ahora colocaba los reclamos de las hijas a la par con los de los hijos. En 1784, proporcionó más protección a los niños que trabajan en fábricas. En 1787, abolió la tortura y restringió la pena de muerte.

Por supuesto, no todo en las ideas reformistas legales o sociales del monarca se inspiró en pensamientos humanitarios. Los cálculos de utilidad jugaron un papel; Este es el caso cuando los delincuentes graves ya no son condenados a la pena de muerte sino a trabajos forzados de por vida, por ejemplo, cuando se conduce un barco a través de peligrosos vórtices del Danubio. Su introducción del alemán como el idioma oficial general en 1784 tampoco tenía la intención de servir a la "germanización" ni a ningún propósito cultural noble, sino más bien a la política de gran poder austriaca, la creación de una monarquía central.[14]

Ya había una iglesia estatal "teresiana" en muchos aspectos, incluida la "disminución de los monjes", la secularización de los monasterios en la Lombardía austriaca. Pero esto resultó ser casi inofensivo en comparación con lo que ahora brillaba sobre la iglesia y el orden.

205

Ciertamente, otros habían trabajado por delante, influyeron en la legislación desde la década de 1750, por ejemplo, al prohibir las mazmorras del monasterio ("Ningún poder judicial era más arbitrario y cruel que el eclesiástico": Winter) o el asilo de la iglesia o al introducir el lugar soberano, según el cual no había bula papal se permitió su publicación sin la aprobación del estado. Al principio, Roma aceptó las restricciones. Pero los deseos de Vienna no conocían límites. Una promemoria del poderoso canciller príncipe Kaunitz, fechada el 21 de junio de 1770, había enfatizado el daño de los religiosos a la sociedad y exigió que se redujera el clero. Su

[14] Invierno, El Josefismo 143, 166 y ss. Kamiel, la política de tolerancia del emperador Joseph II 310. Neuhaus, edad de Absolutismo 426. Baumgart, Joseph II y Maria Theresia 264, 267, 269, 272 y s. Dash, del barroco a la ilustración 455. Kunisch, Absolutismo 34 y s. Fenske, Historia Alemana 67.o Klueting, El Josefismo 241 y s. 251

número es tan exagerado como innecesario, solo desventajoso para el estado y la religión. El celibato no sirve para la reproducción del sexo humano, el clero está "para siempre" privado de la agricultura y el servicio militar, "la magistratura, los fabricantes y las fábricas, el comercio, etc., en una palabra, casi todos los demás usos útiles de la sociedad ... "Además, nadie sabía nada acerca de los monjes en la iglesia, en su época cristiana más perfecta, más temprana," más de 3 saecula ", y más tarde, con su inclusión, el cristianismo se enajenó. En resumen, después de citar nuevos déficits en los asuntos religiosos, fue evidente para el canciller estatal que "el estado del clero en general, y aún más de los monjes, ya que se extiende a ambos sexos, es extremadamente perjudicial para el estado y la sociedad humana misma ...»

El 30 de octubre de 1781, una orden imperial escrita a mano emitió la orden de todas las órdenes, que "vivían solo una vida contemplativa y no hacían nada por lo mejor del vecino y de la sociedad civil". Alrededor de 700 monasterios pronto fueron víctimas de esta ordenanza. Y dado que la admisión de novicios al convento aún existente fue muy difícil durante los próximos doce años, apenas se permitió, la cantidad de personal se redujo. El orden de los terciarios también se disolvió por completo.

Sin embargo, el dinero obtenido de las reducciones del monasterio solo se ha devuelto parcialmente a un "fondo religioso". Después de todo, fue la interferencia en la propiedad y riqueza de la iglesia característica de la política financiera josefina, de hecho, esto es "una fuerza impulsora principal de la abolición del monasterio" (manual de historia de la iglesia).[15]

206

"Huele a despotismo ..."

Joseph II buscó el poder temprano, todo el poder. Quiere dominar tanto a la alta nobleza como al alto clero, a todo el pueblo. "Huele a despotismo", dice una vez. Pero sin este poder, sin este "poder absoluto ... sin este poder ilimitado, ni un estado puede ser feliz, ni un gobernante puede lograr grandes cosas". De hecho, se trataba de obtener la omnipotencia, la omnipotencia y las reformas de la Iglesia solo servían como un medio, un medio que el emperador consideraba particularmente efectivo. Cientos y cientos de decretos religiosos pasaron por su mente. Sus programas estatales de leyes eclesiásticas intentaron regular las preguntas más detalladas. Consideró la duración del sermón en el servicio o el número de velas. Él mismo escribió una orden de servicio para Viena. Y su intromisión ya vergonzosa seguida de burlas y burlas. "Mon frere le sacristain", bromeó el príncipe prusiano. Y el rey Pedro III «Horas de oración pública para el emperador cegado por el diablo» ordenado por Portugal. A pesar de los lazos de siglos, a menudo cercanos, entre Habsburgo y Roma, incluso ventilaba sus estados del papado y el establecimiento de una iglesia nacional austriaca basada en el modelo inglés. Sí, en 1783, durante su estancia en Roma, donde aprendió más sobre la mala gestión y la corrupción de los prelados todos los días,

[15] Wetzer / Welte V 800. HKG V 518 y s. Invierno, El Josefismo 114 y ss. 119 y ss. Baumgart, Joseph II y Maria Theresia 268 y s. Demel, European History 197. Klueting, El Josefismo 11, 147 ss. Ver también 203

habló de abolir los Estados Pontificios para convertirse en rey allí. También le dijo al embajador español en Viena: "Quiero enseñar a mis sujetos que pueden ser católicos sin ser romanos". Los creyentes podrían, si permanecen tranquilos; En general, los creyentes son más manipulables. Y las materias denominacionalmente disciplinadas "eran materias más obedientes en todos los aspectos" (Stollberg-Rilinger). Incluso Voltaire, como la mayoría de los ilustradores, creía que la religión era esencial para la base de todo orden político y moral y para su mantenimiento.[16]

207

Y como para casi todos los dictadores, la educación de los jóvenes también jugó un papel importante para Joseph II, especialmente desde el de las clases bajas, ya que las "escuelas inferiores" le fueron recomendadas como "el medio más efectivo" para "iluminar una nación". Él mismo confesó una vez al escolapio Graciano Marx sobre el propósito de una escuela: "3tio: debe promover la introducción de una buena disciplina y la crianza escolar, ya que una juventud educada, modesta y ordenada es más necesaria que una erudita".[17] Una oración que dice mucho y en su versión más reprensible dice: mejor escuchado que informado.

Se prestó un alto nivel de atención del emperador, pero esto estaba en la misma línea, a los educadores, el pastor, además de la educación. Por supuesto, el potentado tenía otro pastor, si tenía en mente a uno imperial en lugar del pastor de la iglesia. En consecuencia, en lugar de los seminarios clericales teológicos anteriores, abogó por la creación de escuelas de sacerdotes estatales, los llamados seminarios generales; su idea, su "creación favorita": el pastor austriaco, el "pastor josefino".

El "Borrador para el establecimiento de seminarios generales en los países hereditarios imperial y real" se publicó en 1784 e ilustra el ideal del gobernante, que a veces visitaba los edificios destinados durante días. El «pastor josefino» tenía poco que ver con el pastor, especialmente con la iglesia con enfermedades crónicas. Más bien, este hombre educado en el estado se convertiría en una especie de "economista espiritual" o "oficial espiritual" del emperador, su portavoz, por así decirlo, especialmente en lo que respecta a la escuela y los negocios, la cría de ganado y la agricultura. Sin embargo, sobre todo, los estudiantes en el seminario general deben "entrenar la materia ideal", "buenas materias", "buenas materias", como se enfatiza repetidamente. «No hay mención de la iglesia en el sentido romano en el borrador ... El seminarista general no sabe nada acerca de una orientación hacia Roma como el corazón de la iglesia visible» (Invierno). Se planificó un aprendizaje inicial de seis años, luego de cinco años.[18]

208

Los seminarios fueron combatidos ferozmente por los obispos, con la excepción de muy pocos, y los círculos de mentalidad ultramontana los colmaron de calumnias durante mucho tiempo después de su desaparición. El objeto imperial favorito en Viena fue elogiado por ser tan "horrible inmoralidad" que un franciscano franciscano tirolés no pudo hubiera creído si no lo hubiera "visto con sus propios ojos". "Hay

[16] HKG V 517, Notas 17, 521. Schöppner / König, Imágenes de personajes 382. Invierno, Josefismo 103, 107. Gontard, Los Papas. 448. Bernhart, El Vaticano 183. Neuhaus, Edad del absolutismo 214. van Dülmen, El descubrimiento del individuo 58 y s. Stollberg-Rilinger, Europa en el siglo de la Ilustración 94 y siguientes Reinalter, introducción 11 y siguientes Pranzl, La relación entre el estado y la iglesia, en: Reinalter (ed.) Josefismo p. 18

[17] Winter, El Josefismo 183 y ss. Knoll, Arte y cultura 296

[18] Winter, El Josefismo 123 y ss. 134 y ss. 141, 150 y ss. Demel, Historia europea 197

ochenta seminaristas aquí; pero el número de niñas de alegría, a quienes los directores permitieron el libre acceso, con la intención de privar a todos los jóvenes de toda vergüenza, fue mucho mayor. ¿Qué debo decir sobre las tesis que se defienden aquí?

Joseph, por supuesto, permaneció incansable, se mantuvo en forma para el trabajo, sin convertirse en un fanático. "Se emitieron más de 6000 decretos en una década con el objetivo de eliminar cada una de las opiniones de la iglesia en asuntos mixtos, restringiendo la iglesia a la administración sacramental, asuntos dentro de la iglesia y una función de servicio en el estado de bienestar iluminado" (Manual de Historia de la Iglesia).

En la monarquía austríaca, el emperador tuvo que debilitar o retirar muchas reformas hacia el final de su vida. Fracasó por su exceso, su ritmo, la nobleza de la oposición, el clero. Fracasó aún más en Hungría y en las diez provincias de los Países Bajos austríacos, donde en 1787 las reformas de Joseph fueron declaradas inconstitucionales y el propio Joseph en 1789 poco antes de su muerte (20 de febrero de 1790) en el "Manifiesto del pueblo de Brabante".[19]

[19] HKG V 517. Invierno, El Josefismo 113, 151 y s. Klueting, El Josefismo, Introducción 14 y s.

211

CAPÍTULO 9. LA POBREZA COMO UN FENÓMENO MASIVO EN LA EDAD ABSOLUTISTA

«Todos los niños deben ser alentados a trabajar duro y acostumbrarse a su trabajo desde la infancia en adelante. Hay cientos de trabajos que los niños son capaces de hacer en su quinto y sexto año; y lo que haría que el trabajo fuera así, al nunca conocer la ociosidad» .

JHG JUSTI en sus "Fundamentos del poder y la felicidad de los Estados" 1760 [1]

"Con un salario de alrededor de 100 florines al año y costos de vivienda de entre 50 y 70 florines, los trabajadores ... podrían elegir entre un techo sobre sus cabezas y una dieta pobre. Ninguno de ellos era accesible al mismo tiempo ...»

Cita de ERNST BRUCKMÜLLER, Historia Social de Austria [2]

"Usaron liquen, musgo y corteza de árbol para llenar sus estómagos, cavaron codornices y raíces de la tierra, recogieron ortigas y gastaron mucho dinero en el salvado que se cayó de la harina. El asco de la carne de caballo y perro fue superado, y los niños, según un informe de Bavaria, "sacaron la comida de los cerdos de sus comederos".

WILHELM ABEL [3]

213

«... Y LA ESPESA OSCURIDAD DESCANSA SOBRE EL PAÍS»

Concluyo la historia criminal del cristianismo con un tema de los primeros días de mi crítica de la historia. El presente trabajo de diez volúmenes, como todo lo que escribí, surgió del plan original de una "Historia de la miseria humana", que, como el sacerdote austriaco, reformador de la vida, vegetariano, opositor de la energía nuclear y pacifista Johannes Ude (1874 -1965): «No me gusta la injusticia»[4].

En Francia, la crisis del absolutismo, la falta de voluntad de reformar los potentados seculares y espirituales condujo inexorablemente a la revolución política; En Austria, la renovación josefina fracasó: principio rector: "Todo para el pueblo, nada a través del pueblo", sobre todo debido a su exceso en unos pocos años, debido a la resistencia de la nobleza y el clero. La historia criminal del cristianismo, al parecer, está retrocediendo. Pero su parte desalentadora en el empobrecimiento de las personas, en sus dificultades sociales y económicas, en su inmadurez mental, aquí como siempre antes, es grave, a veces más, a veces menos obvio, como ilustran los siguientes ejemplos, la parte por el todo.

En la primera página de su libro "Pobreza masiva y crisis de hambre en la Europa preindustrial", el economista alemán Wilhelm Abel enfatiza que "la historia de Occidente fue en gran medida una historia de necesidad, hambre y miseria. Eso

[1] Justi cit. después de Bruckmüller, historia social de Austria 180
[2] cit. después de Bruckmüller, ibid.130
[3] Abel, Massenarmut 311
[4] Ibid., prólogo

apenas ha penetrado en nuestra conciencia histórica ...» ¡Pero sin duda está estrechamente relacionado con la colosal estupidez en la que se mantuvo a los pueblos occidentales, generación tras generación!

A fines del siglo XIX, según las investigaciones estatales, el analfabetismo todavía era abundante en Europa Central y Oriental: Europa: 57% en Hungría, 77% en Galicia, 78% en Croacia, 80% en Bukovina y 83% en Dalmacia.

214

A principios del siglo XVIII, al menos dos tercios de todos los alemanes no sabían leer ni escribir. Y en Baviera a fines del siglo XVIII, al menos la mitad de todos los residentes eran analfabetos; Sí, en muchas áreas no hay escuelas. "El sistema escolar está completamente descuidado", dice el tribunal de Schongau alrededor de 1800; de la corte de Aichach: "Las escuelas todavía están dormidas"; de la corte de Vohburg: "Nadie puede leer y escribir, y una espesa oscuridad descansa sobre el campo ..." Un testimonio contemporáneo de la Baja Lusacia se queja en 1789 de mala instrucción popular, ignorancia, superstición. "El catecismo de Lutero y la Biblia, como están allí, siguen siendo los únicos libros de los cuales los jóvenes aprenden a deletrear, leer y pensar, bajo la guía de maestros de escuela que apenas pueden leerse a sí mismos ..."

El estudio de Reinhard Wittmann "The Reading Farmer" califica el estado de todas las escuelas del país, donde vivía alrededor del 90% de las personas, hasta principios del siglo XIX, con muy pocas excepciones, "extremadamente patético"; desde los Estados bálticos hasta Suiza, las imágenes fueron "terriblemente similares". La escuela, a menudo la casa más destartalada, un cuerpo extraño repugnante en el pueblo: en invierno, una horda de cincuenta niños se apiñaban en la pequeña sala de estar del maestro durante cinco u ocho horas, si es que estaba allí; si su esposa e hijos no lo "representaban" en consecuencia, mientras él se sentaba sobornado, bebía, jugaba en la taberna, en bautizos de niños, en bodas que imitaban la diversión. En el verano, muchos educadores cuidaban a los gansos, los potros, ya que algunos de ellos eran pastores a tiempo completo de todos modos. Y los niños, una fuerza laboral indispensable en el campo durante la estación cálida, apenas asistían a la "escuela de verano" en toda la región de Europa Central y Central, a pesar de la escolarización obligatoria estatal parcialmente introducida en ese momento.[5]

215

Deja que los pequeños vengan a mí

También había círculos que los niños preferían ver en otro lugar que no fuera la escuela, en minas, por ejemplo, niños de cuatro y cinco años, en túneles estrechos y sudorosos. O, solo tres o cuatro años, cuando se trata de fabricación de primera clase. Deja que los pequeños vengan a mí ...

Algunos de ellos no pudieron ponerlos a trabajar lo suficientemente temprano, como JHG Justi, quien en 1760 en sus "Fundamentos del poder y la felicidad de los Estados" quería "alentar a todos los niños a estar cada vez más ocupados desde la

[5] Wittmann, El granjero lector 6 y ss. Lehmann, fuentes de la situación 193 y s. Proske, Handbuch 16 y ss. Deschner, topless 9 y ss. Especialmente n y s. 198 y s.

infancia y acostumbrarlos a trabajar". Hay "cientos" para hacer, "lo que los niños son capaces de hacer en su quinto y sexto año; y lo que haría que la obra sea su naturaleza, por así decirlo ...» Según la investigación histórica marxista, los niños constituían un «grupo muy importante de trabajadores forzados en los siglos XVII / XVIII Siglo» (Kuszynski). El trabajo infantil fue generalizado y provocó de forma prematura dolor en la adolescencia, ojos inflamados, erupciones cutáneas, quejas asmáticas, etc. Ludwig Mauthner, Podría llamarse "la enfermedad vienesa"; «El envejecimiento y la muerte tempranos (deberían) ser el destino común» de las víctimas. Marx lo llama la "transformación de la sangre de los niños en capital".

Había fábricas que se basaban únicamente en el trabajo infantil, como una fábrica de algodón en Berlín, fundada con el permiso de Friedrich el Grande. El rey también estaba listo para enviar a los fabricantes de hilados de Hirschberger para aumentar la producción (¡crecimiento, crecimiento!), De mil diez a doce años. El orfanato militar de Potsdam suministró hasta 1400 niños para hilar y 700 niñas huérfanas para trabajar en la bolsa de la bobina. En 1748, el rey asignó este potencial de orfanato al productor de seda y damasco Riess. En Oberleutensdorf, Austria, se creó un orfanato en 1755 para la fábrica Waldstein allí, solo para el negocio de fabricación.[6]

216

En lo que respecta a la educación de adultos, no debería sorprendernos que apenas haya una biblioteca educativa en toda la región de Europa Central y Central. La mayoría de los terratenientes obviamente creía que los campesinos, "solo por su propio bien y para torturarlos y torturarlos a voluntad", existían solo para el beneficio económico, el beneficio. "Para el ... granjero como esclavo ... podría ser suficiente si solo entendiera su arado y la agricultura. Ni siquiera necesita leer o escribir» .

El "sabio de Sanssouci" fue casi más generoso cuando escribió a su ministro, el barón de Zedlitz, en 1779: "Es bastante bueno que los maestros de escuela en el país enseñen religión y moralidad a los jóvenes, y no tienen que hacerlo". salir para que las personas se mantengan bonitas con su religión y no vayan a la católica; porque la religión evangélica es la mejor y mucho mejor que la católica; por lo tanto, los maestros de escuela deben hacer un esfuerzo para que las personas mantengan apegos a la religión y los lleven tan lejos que no roben ni asesinen. De lo contrario, es suficiente en el país plano si aprende a leer y escribir un poco; sabes demasiado...»

Sí, demasiado conocimiento le parecía a Friedrich "el Grande" no solo fuera de lugar entre los agricultores. Cuando una vez ordenó a un sacerdote de los monasterios católicos de Halberstadt en 1740, "que, como predicador de campo, pueda ser sugerido a los regimientos que deben salir al campo", agregó de inmediato: "El pequeño sacerdote no necesita ser inteligente, al contrario: cuanto más tonto, mejor ...»[7]

---

[6] Eichler, criadero y casas de trabajo 119. Citado aquí: Jürgen Kuszynski, La historia de la situación de los trabajadores bajo el capitalismo, Vol. 19: Estudios sobre la historia del niño trabajador en Alemania desde 1700 hasta el presente, Berlín 1968, 31 y s. Tennstedt, historia social de la política social 56 y s. Bruckmüller, historia social 179 y s. 230. Deschner, Opus Diaboli 63 y s. Endres, El pobre problema 1013 y s. Ver Langer, Los años de hambre, 364

[7] Wittmann, The Reading Farmer 14

"Disciplina del palo"

217

Si, por supuesto, las condiciones sociales de los pobres también difieren, una y otra vez, incluso dentro de las fronteras nacionales, incluso dentro de la misma área local, depende de muchos factores generales e individuales que no pueden discutirse aquí: en general, la pobreza crece en un amplio rango en nuestro período Siglo XIX, donde entonces: las manifestaciones cambian, ¡la esencia del asunto permanece! – Por ejemplo, Georg Büchner proclamó su "Guerra contra los palacios", azotó el domingo de toda la vida de los propietarios. «Viven en hermosas casas, visten ropas maravillosas, tienen caras regordetas y hablan su propio idioma. Pero la gente yacía ante ellos como fertilizante en el campo ...»).

En particular, la situación de los jornaleros que a menudo están desempleados y desempleados fuera de la temporada es una "lucha por la existencia", como lo muestra Florian Tennstedt, por ejemplo, en su "Historia social de la política social en Alemania". Muchos de estos relativamente independientes, pero dependientes de trabajos ocasionales y, no es de extrañar, acusados de ser "sinvergüenzas" viven en una habitación individual con su familia, a veces incluso con varias familias. Duermen en cantones que no están debajo del sótano, reparados con trapos o musgos, en su mayoría antiguos puestos de ganado, en paja, matorrales y se alimentan peor que nunca en los robos de campo y bosque, cuyo número va "increíblemente al año" (Bleiber).

En comparación con el jornalero libre, el, por ejemplo, el trabajador del Gutstag asociado con la granja señorial tiene ciertas ventajas que resultan de esta posición permanente, pero también puede resultar una desventaja.

La gente solía decir sobre los servicios de primera línea: "Una mansión sin servicios judiciales o sin drones es un pájaro sin alas o un carro sin caballos". O también se dijo: "Si quieres construir todos los campos con gente alquilada, extraes agua con un tamiz". El trabajador no libre de los buenos días estaba, por así decirlo, siempre disponible para su amo, por lo que su bienestar y aflicción dependían principalmente de cómo el empleador lo tratara, lo que, por supuesto, estaba lejos de ser el mejor. Después de todo, la mayoría de los acosadores de todos estos adictos implacables estaban convencidos: "Un castigo señorial enfático generalmente sería más de 100 de los sermones más ágiles". El barón imperial vom und zum Stein, un conservador liberal que conocía bien los "harapos de los príncipes alemanes", observó a un noble en Mecklemburgo en 1802. quien trata a sus siervos como ganado. Si esa no era la regla, no sería la gran excepción.[8]

218

Esto probablemente también se aplica al informe de Georg Schwarick de Repten de diciembre de 1784 sobre su éxodo rural y representa innumerables análogos. «Nací en George Schwarick en Repten, Alemania, mantuve mi Cossäthengüthgen hasta 38 años y durante ese tiempo soporté la guerra de 7 años, la inflación y todo tipo de cosas con el antiguo V. Leipzig, donde yo y mis compañeros sufrimos en todo momento. Pero después de que Herr von Rabenau se casó en esta mansión, fue inmediatamente diferente, pero aún estaba pendiente. Sin embargo, en 1778

[8] Lehmann, fuentes sobre la situación 136. Tennstedt, historia social de la política social 49 y siguientes, Bleiber cit. ibid., sobre G. Büchner: Mahling, El momento religioso y antirreligioso, 193. Deschner, Opus Diaboli 62

comenzó la opresión de sus súbditos, cuando el Señor de Rabenau, cuando envié a mis hijos a la corte, no los trató con el látigo como humanos, sino como ganado, lo que me rompió el corazón y también tuve que temer que lo hicieran. podría haber abandonado el país porque le pedí a él, el de Rabenau, que las heridas de Cristo no lo hicieran. Pero preguntar no ayudó, empeoró. Le dio a mi [!] Pobre hijo 16 a 20 golpes y lo corrió [!] Fuera del patio con los perros, lo que le rompió una gran herida en la pierna. Todavía tenía más miedo a los carros que mover y atrapar ladrillos, pescado, madera, fruta y grano. Mi hijo mayor y mi hija mayor tuvieron que servir al gobierno para el servicio obligatorio y los salarios. Tuve que ir a Lübben por malos caminos; Estaba enfermo y cuando llegué a casa debería estar de vuelta en la corte. Luego vino el malvado perro señorial, Herr von Rabenau, su querido, y quiso morderme. Me senté en la presa por eso. Cuando vio al caballero, me puso en el tablero cerrado en la cruz, y durante 24 horas, aunque mi esposa le pide [!] Por el amor de Dios que me deje salir. Como ahora estoy libre de nuevo, tuve que ... a Lübben con una carga de fruta. Pero debo mencionar que desde la solicitud de mi esposa de que von Rabenau no me dejara salir, mudé a mi hija mayor. También recé por el más sumiso, pero el de Rabenau respondió: "Si el perro muere, tu padre también atrapará al diablo". Así que tuve que llevar fruta sobrecargada a Lübben, y debería cargar a Saltz hacia atrás. Pero como mis caballos ya habían sido abortados y no podía cargar a Saltz, llegué a casa con las manos vacías. Mi dolor comenzó de nuevo, y tuve que acostarme en el tablero cerrado las 24 horas del día, en forma transversal.

219

Y quien tiene el daño se pone en ridículo además de eso. "Nada te pertenece", se jacta el Ostholsteiner von Brokdorf, "el alma le pertenece a Dios, tu cuerpo; Los bienes y todo lo que tienes es mío ... "El Mecklenburg von Bülow humilla a un Schulzen porque" lo paga con piel y cabello ", porque" no tiene cabello en la cabeza que no sea suyo (von Bülows) ...» Lenin habla de la «disciplina del palo», de «la extrema ignorancia e intimidación de los trabajadores, que fueron saqueados y burlados por un puñado de terratenientes».[9]

Margen de ganancias

A principios del siglo XVIII, se decía que los 1.3 millones de personas de Inglaterra eran 1.3 millones de pobres, y en Francia a mediados del siglo XVIII, 3 millones de personas no podían sobrevivir por sí mismas. En Alemania, en el este de Elbia, los campesinos y jornaleros pobres trabajaban en el verano desde el amanecer hasta el anochecer y en el invierno todavía doce o trece horas sin poder vivir más que mano a boca. En Holstein, los más pobres viven con los enfermos y los niños al aire libre o en establos. En Silesia, donde católicos y protestantes luchan entre sí, los tejedores caen en una miseria aún mayor a pesar del frente más duro. En Viena a principios del siglo XIX, los trabajadores podían elegir entre un techo sobre sus cabezas y una dieta exigua por un salario anual de alrededor de 100 florines. Ninguno de los dos era

[9] Bentzien, Bauernarbeit 205 y s. Lehmann, fuentes sobre la situación 188 y s.

accesible al mismo tiempo ...» (Bruckmüller). Para Württemberg se calculó que «el presupuesto mínimo anual para una familia de cinco era de aproximadamente 190 florines. Las ganancias anuales de un tejedor, sin embargo, fueron solo 75 florines; la del socio editorial en Calw, por otro lado, unos 2500 florines ...» Algo similar se sabe de la minería en la región de Harz o de la publicación de algodón en la región sajona de Vogtland. "Incluso si todos los miembros de la familia se ganaran la vida, apenas se alcanzaba el mínimo de subsistencia ..." (Endres).[10]

220

Pero para seguir siendo justos, también hubo mayores márgenes de ganancias, especialmente en el área de la iglesia. Mientras que los sirvientes y los cerveceros oficiales del monasterio franciscano de Bamberg recibían un salario anual de 39 florines a principios del siglo XIX, los cánones allí recibían hasta 10,000 y 12,000 florines al año, trescientos veces más. El preboste de la catedral de Mainz, Graf von Eltz, finalmente recaudó 75,000 florines al año. Y los mejores pastores generalmente no ganaban menos. El Príncipe-Obispo de Passau Leopold Leonhard Graf von Thun tenía más de 80,000 florines al año "a libre disposición".

En cuanto al resto de los territorios espirituales, "en el siglo XVIII, generalmente había 50 clérigos y 260 mendigos por cada 1000 habitantes" (Lütge). Y mientras la difícil situación de muchos y muchos grita al cielo, mientras las innumerables personas mueren prematuramente miserablemente, los explotadores, los aprovechados, también se entregan a los obispos en lujos y lujurias, construyen nuevas residencias magníficas, asientos prestigiosos y refugios de caza con parques atmosféricos, amplias avenidas con pabellones, cuencas, fuentes, grutas, ermitas: «un marco apropiado para las diversas necesidades de representación de la corte» (Kunisch). Clemens August, Elector de Colonia, propietario de varias diócesis a través de la acumulación de oficinas, construye los castillos de placer Poppelsdorf, Brühl, Falkenluft. Y el último Elector Max Franz, el hermano de Joseph II, tiene 129 chambelanes.

221

Los pastores organizan fiestas elaboradas, fiestas de caza, teatro, a menudo se muestran francamente al lado de sus amantes y, en general, les gusta aparecer en los círculos de mujeres. El Príncipe- Obispo de Würzburg juega cartas con mujeres casi regularmente por las noches, pagando con piezas de oro especialmente acuñadas. "Todo el alto clero engordaba en lujuria a expensas de los sujetos", escribió Wolfgang Menzel en su "Historia de los alemanes". "El clero francés era aún más corrupto. El obispo de Estrasburgo, el cardenal Rohan, robó a una niña inocente de sus padres, la deshonró violentamente y la retuvo en su harén en Zabern junto a muchas otras chicas ...»[11]

"Quien ama a su prójimo como a sí mismo no debe poseer más que el

[10] Endres, El pobre problema 1007. Bruckmüllei; Historia social c 230

[11] Menzel III 217 y s. Vehse, historia de las pequeñas granjas alemanas 1161 y s. Schwaiger, Las antiguas diócesis bávaras 129. E Lütge, Historia social y económica alemana 1952, 274, cit. después de Endres, El pobre problema 1007. Kunisch, absolutismo 64. Ver también Deschner, Sueños de la Bella Durmiente y olor estable, 138. Sobre el «salario de los obispos y el alto clero» de hoy en Alemania. Frerk, libro violeta 75 ss.

PRÓJIMO". (MAESTRO DE LA IGLESIA BASILIO)

La pobreza aumentó a fines del siglo XVI, especialmente en el siglo XVII, sobre todo porque muchas personas fueron desarraigadas por las guerras respectivas. (En Berlín, después de la Guerra de los Siete Años, un tercio de la población recibe apoyo para los pobres). Y a medida que la pobreza aumenta, por un lado, y por otro, la adicción a eliminar a los pobres, la dureza del ciudadano aumenta, sí, aumenta. "Hacia lo no medido", señala Fernand Braudel en su historia social de los siglos XV al XVIII. Siglo ya su vez cita: «En el siglo XVI, los Bettlei son cuidados y alimentados; antes de enviarlo lejos. A principios del siglo XVII, estaba afeitado y calvo. Más tarde es azotado; y hacia fines de siglo la represión tomó el último recurso y lo hizo prisionero».

La miseria se ve exacerbada por la hambruna enojada. Y así como hay innumerables encuestas pequeñas de la población rural, especialmente los agricultores, de las grandes guerras campesinas conocidas que están destrozando a los estados, hay impulsos menores a menores de su resistencia, protestas, manifestaciones, disturbios, disturbios, acciones de huelga, actos de sabotaje, por lo que hay además de los más grandes. Hambrunas, en Francia, por ejemplo, once en el siglo XVII y dieciséis en el siglo XVIII, todavía cientos y cientos de hambrunas localizadas. La gente come gatos, ratones, otros animales y personas. Los cronistas y testigos presenciales siguen informando esto. A las puertas de Brandeburgo, las personas hambrientas lloran hacia mediados del siglo XVII: solo nos dan de los animales podridos lo que una persona sana no puede ver. Otros cavan perros y caballos muertos de la tierra para satisfacer el hambre. En 1817, casi el 44% de los habitantes de Colonia recibieron limosnas.

222

Los informes suenan similares en todas las direcciones. Desde Munich se escucha en 1771: «Los pobres y los mendigos cruzaban la ciudad. Algunos también quedaron hambrientos y exhaustos». Otros«deambulan por las tumbas como sombras», cayendo hambrientos de enfermedades mortales. En los pueblos de los Montes Metálicos, se queman las chozas abandonadas de los vecinos para calentarse al menos unos días. A través de Annaberg, montones de pobres se arrastran, "hinchados en sus piernas", "marchitos en la cara", piden "un mordisco de pie y suplicando un mordisco de pan", imitan perros y gatos.

Los años de hambre de 1771, 1772, no solo paralizaron los Montes Metálicos, sino que afectaron la mayor parte de Alemania y Bohemia. También son los días de Ulrich Bräker, el pobre hombre de Toggenburg. Los padres llevan a sus hijos, a sus propios padres a la tumba, a menudo en listones de cerca, a menudo "sin canción ni sonido, sin ataúd ni caja, en su mayoría desnudos y desnudos, muchos con vergüenza expuesta, a menudo por la noche como malhechores, sí como perros pobres, en tercero y quinto Se han lanzado 4 o 5, incluso en agujeros donde medio codo encima de un charco de pegamento (charco de arcilla) ...»[12]

223

[12] Stein, del estado romano al bizantino 196. Endres, El pobre problema 1007. Braudel, Historia social 70 y s. Mirada, disturbios en la sociedad civil 91. Abel, pobreza masiva 152, 185, 212, 234 y s. Langer; Los años del hambre 360, 362, 365 y s.

Multitudes de desposeídos, indígenas, extranjeros, pueblan los caminos rurales, ciudades, mendigos, vagabundos, rameras, jornaleros, criados, sirvientas, artesanos, trabajadores de fabricación, los marginados, Miseri et Mali, que fue tan etiquetado por Friedrich Engels, incluso en la era del absolutismo. El "Lumpenproletariado", repetidamente de patrullas policiales, perseguido por unidades de húsar, deportado de un país a otro, encerrado en prisiones. La colección de edictos de Brandeburgo ofrece más de cien decretos contra mendigos y vagabundos, la mitad del siglo XVIII.

Los gitanos podrían ser tratados como ladrones, y podrían ser ejecutados solo por su estilo de vida. En 1724, 15 de los gitanos capturados en el Fichtelgebirge fueron colgados de inmediato, 15 observados, el resto de ellos, y poco después 25 gitanos en Gießen fueron sometidos a un ciclo sin ningún procedimiento previo: el bendito humor de Dios no se perdió, como muestra el informe de caza de un principado de Renania. Menciona, entre otras cosas, "juego amordazado", una mujer gitana y su bebé. Como regla general, los gitanos deben ser atrapados con las manos en la masa como otras personas cazadas (esto podría repetirse con el robo de pollos). Las patentes penales han durado todo el siglo, y los funcionarios finalmente se ven amenazados si no hacen cumplir la ley de manera más estricta, incluso con la propiedad y la privación del cargo.

Ocasionalmente ejércitos enteros invadieron ciudades más grandes, donde fueron expulsados o engañados o ingresados en hospitales, semi-prisiones, prisiones, los trabajadores encadenados en pares, como en París, donde se dice que el número de mendigos aumentó a 40,000 en el siglo XVII, donde, como en otros países, en Holanda, por ejemplo, en Inglaterra, en casas de trabajo, en "hospicios", "depósitos", "centros correccionales" y su segregación concentrada, su "gran encarcelamiento", como "trabajo caritativo"» Fue válido.

En los hospitales generales, sin embargo, incluso los ancianos, lisiados, cojos desde el amanecer hasta el anochecer tenían que cumplir con su deber; los que fallaron repetidamente terminaron tras las rejas. Al mendigar en flagranti, las mujeres atrapadas en la metrópoli han sido castigadas con tijeras y azotes públicos.
224

Hasta el estallido de la revolución, la mendicidad se consideraba un delito en Francia: «La primera vez en prisión amenazada durante al menos dos meses en el hospital general, la segunda vez en prisión durante al menos tres meses y la letra M (para mendigo, mendigo); la tercera vez que los hombres enfrentan una sentencia de galera de cinco años, las mujeres cinco años en prisión en el hospital general (los tribunales podrían aumentar la duración de este castigo hasta la cadena perpetua)» .

Sin embargo, como París, Roma, el gran azote del diezmo del mundo, a veces se burló, a veces buscando ayuda. Sin embargo, un edicto del Papa Pío IV en 1561 calificó la mendicidad pública como un "crimen" y le prohibió el encarcelamiento, el exilio o el traslado a la cocina. Después de todo, es aquí donde la bella apariencia lo es todo. Décadas más tarde, en 1587, Sixto V enfureció a los mendigos en el toro "Quamvis infirma": "Sus gritos y gemidos perturban a las personas religiosas en las iglesias. Como animales, deambulaban en busca de comida, con un pensamiento para satisfacer el hambre y llenar sus vientres ...» Con el pretexto de la compasión, se concentraban en ciertas casas, incluso conducían allí en procesiones., También atrapado en redadas regulares a través de la administración papal. Y en su "Historia de la pobreza", Bronislaw Geremek llama acertadamente "de importancia

fundamental" el hecho de que la idea de encerrar a los mendigos se convierta en un medio natural de política social en la capital del mundo católico. Eso está totalmente en su línea, en la vieja forma probada de tratar con sus hermanos y hermanas más pobres en Cristo.[13]

225

Debe ser un placer peculiar

Como es bien sabido, la Roma cristiana también una vez adoptó y continuó la esclavitud desde la antigüedad, Pablo, Agustín, Tomás de Aquino, las luces más grandes de esta religión, la esclavitud más elocuentemente propagada en todos los tiempos, la católica siempre ha tenido de generación en generación. impuso una nueva falta de libertad, y entre todas las principales ciudades europeas, Roma papal se aferró a la esclavitud por más tiempo.

Pero admites, escribí hace mucho tiempo y me gustaría repetirlo ahora, no solo porque me trajo un proceso (por su insignificancia) ... sino que admites que los ideales del evangelio son muy altos, ese El cristianismo y las iglesias no deben ser condenados simplemente porque no se dan cuenta plenamente de estos ideales, ni a la mitad, o incluso menos si lo desean. Pero, para repetirlo, el concepto de lo humano y lo demasiado humano es algo amplio si, de siglo a siglo, de milenio a milenio, haces exactamente lo contrario, en resumen, si miras a través de toda su historia como el epítome y la encarnación física y absoluta Cumbre del crimen histórico mundial se informa! Un crimen, junto al cual incluso un sabueso hipertrófico como Hitler casi aparece como un hombre de honor, ha estado predicando violencia desde el principio y no, como la iglesia, ¡paz!

Sí, debe ser un placer peculiar, y este también es un texto antiguo que está cerca de mí y que abarca el volumen de todos los volúmenes que ahora han devorado año tras año, los cuarenta años de mi vida (ver nota 14). – Sí, debe ser un placer peculiar para las personas estupefactas, venderse y destruirse a sí mismas: para la patria, el espacio vital, la libertad, para el este, el oeste, para este y para ese caballero, pero principalmente para aquellos que siempre confunden a Dios con su ventaja y su ventaja con Dios, que sirven el día con un propósito, pero nunca pierden de vista la eternidad, que propagan la paz en paz y la guerra en guerra, y ambos con misma persuasión y misma perfección: allí el niño Cristo, hay cañones; allí la Biblia, allí polvo; allí «amarse unos a otros», allí «mátalos, Dios lo quiere». "¡Juraste que debes ser obediente!" Tienen que morir tan pronto como un criminal mayor y estatal ordena miles, cientos de miles, millones.

226

¡Sí, debe ser un placer peculiar nadar en la sangre de la humanidad y gritar aleluya de siglo en siglo! Debe ser un placer peculiar mentir, fingir, engañar durante casi dos milenios. Debe ser un placer peculiar hacer de la hipocresía el arte de todas las artes y sancionarla una y otra vez, durante eones, sobre todas las rupturas, todas las

[13] Eichler; Cría y casas de trabajo 131. Endres, El pobre problema 1004, 1015 y siguientes, Geremek, Historia de la pobreza 243 y siguientes, 255 y siguientes, 261 y siguientes, 269 y siguientes. Abel, pobreza masiva 187, Braudel, historia social 71 y s. Ulrich von Hutten cita de Ritter; El rediseño 59.

grandes razas de naciones y pueblos en ruinas, para que uno pueda prosperar y vivir por mucho tiempo en la tierra.

¿Dónde más puedes encontrar esta impresionante mezcla de lobo aullador y sinvergüenza de paz, mensaje navideño y pira funeraria, de la leyenda de los santos y la historia del verdugo! ¿En qué otro lugar hablaría este amor que lo abarca todo y el odio que prácticamente lo consume todo? ¿Dónde más hay una religión que mata por amor, tortura por amor, roba por amor, chantajeando, deshonrando, demonizando y condenando! Se convirtió en la gran práctica mundialmente feliz del cristianismo, la plaga desenfrenada de los milenios. Con un triunfo: el cristianismo se convirtió en el anticristo. Ese demonio que pintó en la pared: ¡fue él mismo! El mal contra el que pretendía luchar: ¡era él mismo! Ese infierno que amenazaba: ¡era él mismo! De todas las cosas malas, se convirtió en la peor: no porque otras fueran menos malas, sino porque no podían ser tan largas, no tan intensas, porque no obtuvieron tal poder sobre las personas que se ocupaban del hocus y el pocus, el latín y las mentiras. El pathos pastoral, los gestos de santidad, los horrores y los dulces del más allá, cautivados, consternados y arrastrados a cada crimen, solo sucedió en el nombre de Dios (y en su nombre), que permitió todo, lo hizo todo más fácil, hizo todo posible, pero se hizo a sí mismo, se lavó las manos inocentemente, se aseguró su propia piel, llenó su propio saco y enseñó: "No colecciones tesoros en la tierra", "No juzgues", "Amaos los unos a los otros", "Haz el bien a los que te odian". Hicieron mal a los que amaban a Jesús, que querían obedecer sus mandamientos, les arrancaron la lengua, los ojos, les destrozaron los huesos, los enterraron vivos, los crucificaron, los quemaron, los tapiaron toda la vida, les hicieron toda la desgracia y cada desgracia y dolor, se vengaron de sus hijos e hijos, se sintieron bien y bien, todavía se sienten así. Y sin embargo, golpeó a la humanidad en la cruz. ¿Todo para uno? ¡Todo para ellos! Desde Constantino, la hipocresía y la violencia se han convertido en sellos distintivos de la historia de la iglesia, el asesinato en masa se ha convertido en la práctica de una religión. Matar a uno estaba estrictamente prohibido, matar a miles por un trabajo piadoso no. El todo no se llama enfermedad mental, el todo se llama cristianismo.[14]

[14] Deschner, Opus Diaboli 72, 122. – Para justificar mi perspectiva histórica a menudo criticada, vea la introducción a la "Historia Criminal del Cristianismo" (I pp.11-70): "Sobre el tema, el método, el problema de la objetividad y el problema de toda historiografía» .

POST-MARCA

El Vaticano se fortaleció nuevamente a fines del siglo XIX y XX Su creciente influencia se demostró evidentemente en las dos guerras mundiales y la colaboración con los fascistas de Italia, Alemania, España y Croacia, entre otros, en "Otra vez el gallo cantó" (1962), "Con Dios y los fascistas" (1965), más extensamente en "Un siglo de historia de salvación" 1982/1983 en Kiepenheuer & Witsch.

Rowohlt publicó estos dos volúmenes en 1991 como portadas bajo el título "La política de los papas en el siglo XX". Y dado que el libro de casi mil cuatrocientas páginas también incluye el siglo XIX y también comienza temáticamente donde termina la "historia criminal", "La Política del Papa" puede leerse como una continuación de la "historia criminal", por así decirlo, como su undécimo episodio; tiene casi todos los requisitos previos para esto. Por supuesto, para reescribirlo ahora, rebus sic stantibus, con muchas veces los mismos hechos, eventos, cifras, las mismas fuentes y pruebas, y ofrecerlo al lector no sería razonable para él y para el autor, quien, sin embargo, agradece sinceramente a todos los que le han dado ayudó a llegar tan lejos como nunca se atrevió a esperar.

El significado de gran alcance de este agradecimiento ilumina las consideraciones centrales de mi discurso de cumpleaños (2004) "Por qué no puede salir de su piel durante su vida", para leer en deschner.info (hay s. "La ilustración es molesta ..."), compromiso con mucho rara vez se admite la determinación de todo lo que sentimos, pensamos, hacemos, para bien y para mal. Por lo tanto, he estado al tanto de la impresionante advertencia de Lichtenberg: «Si lees la historia de un gran criminal, siempre gracias; antes de condenarlo, el cielo benevolente que, con su rostro honesto, no lo puso al comienzo de una serie de circunstancias así. Y como el autor de la "Historia Criminal del Cristianismo" también comparte la admisión de Goethe: "No puedo imaginar un crimen que no podría haber hecho bajo

determinadas circunstancias". Sin embargo, si los delincuentes, los más vergonzosos, los más horribles, los potentados seculares y espirituales, no son culpables, por así decirlo, porque están exonerados, por así decirlo, a través de una red altamente compleja de determinantes, esto de ninguna manera significa tolerar sus fechorías, abundantemente documentadas en mi historia criminal. Y también significa que la sociedad no protege a los perpetradores. Más bien, debe protegerse de ellos, ya de manera preventiva, al permitir que todos vivan de una manera humana, libre de explotación y acompañamiento, y desempoderando rigurosamente a sus saboteadores y arruinadores a su debido tiempo.

229

HERMANN GIESELBUSCH

UNA MEZCLA IRRESISTIBLE: KARLHEINZ DESCHNER Y ROWOHLT

Karlheinz Deschner había lanzado su primera novela en papel en una semana en 1955, a la edad de 31 años. "Me apresuré", escribió Deschner 31 años después, "a Ernst Rowohlt, el editor admirado. Estaba justo ahora, por casualidad lo sabía, en Baden en Buhler Höhe. Aparecí sin previo aviso, siesta, todavía me estaba recibiendo y, realmente, sabía mi nombre. ‹¿Eres el hombre que da las conferencias?› Sí, Pero también escribí, y busqué las páginas seleccionadas de la novela en mi chaqueta. Pero el editor de Dos Passos, Wolfe, Faulkner, Hemingway tenía problemas con sus ojos, y no creía en leer a un poeta, no, pero telefoneó al editor de inmediato, y tuve su rechazo dos semanas después.

El ex profesor de Rowohlt fue Wolfgang Weyrauch. Desafortunadamente, su carta de cancelación a Deschner fue víctima de un incendio en el archivo a principios de la década de 1970. Entonces, el primer libro de Deschner no fue publicado por Rowohlt, sino bajo el título "La noche está alrededor de mi casa" en Munich en List. Eso fue en 1956.

Después de este debut tan aclamado, el segundo libro de Deschner, "¿Qué opinas del cristianismo?" También solicitó una contribución al editor de Rowohlt, Wolfgang Weyrauch, miembro del Grupo 47. Weyrauch estaba sorprendido por el comportamiento de Deschner que no era resentido, dijo después, así que después de que "La noche está alrededor de mi casa" en List se había convertido en un éxito espectacular, la "carrera" y la "succión" de este texto de repente se volvió "única" El veredicto del año pasado ya no es más y empujó su rechazo a un estado de ánimo bajo, que eufemísticamente llamó su "día restaurativo". Hubiera sido un encanto de nombre particularmente irónico si el crítico de la iglesia posterior hubiera sido descubierto por un hombre llamado Weyrauch.

230

En el mismo año 1957, nuevamente con List, apareció el panfleto literario de Deschner "Kitsch, Convention and Art". Un libro que sacudió el paisaje literario de los restauradores años 50. Esto estableció a Karlheinz Deschner, este eterno extraño, el no miembro declarado del entonces Grupo 47 dominante (una expresión que no le conviene en absoluto). Ahora era uno de los principales críticos y autor más vendido de todos los editores, libreros y lectores alemanes. Es por eso que su segunda y hasta ahora última novela, "Florencia sin el sol", fue publicada por Paul List en 1958.

Con esto en mente, las siguientes palabras obtienen un sonido claro:

> «Estimado Dr. Deschner, por supuesto, estamos interesados en un trabajo escrito por usted. ¡Desafortunadamente, el título que Dios puso en los zapatos del diablo solo suena demasiado ruidoso! ¿Qué tienes en mente? ¿Una especie de historia de la iglesia atea al estilo Ceram? Pero prefiero no sacar conclusiones atrevidas. ¿No podría obligarse a decirme en otra carta qué va a hacer después de que le haya asegurado nuestra simpatía general por su trabajo? Entonces no tengo que esperar hasta

> principios del próximo año para Expose y capital de prueba. Los editores siempre son impacientes. Una cosa más, por supuesto: ¿no vamos a parecer astutos a los que no son colegas? – Los mejores deseos de su HM Ledig-Rowohlt.»

Entonces, el director junior de Rowohlt Verlag, que todavía tenía su sede en Hamburgo en ese momento, el 10 de septiembre de 1957. "Una especie de historia de la iglesia atea en el estilo de Ceram" – Rowohlt tuvo que saltar directamente a eso, porque olía a asado. Los "Dioses, tumbas y eruditos" de CW Ceram se vendieron por cientos de miles en los ocho años transcurridos desde su publicación en Rowohlt (1949). Y un editor nunca olvida eso.

231

Por qué, en ese momento, en 1957, el contrato entre Deschner y Rowohlt no se realizó, es parte de las cosas pequeñas de toda la historia, que debido a su complejidad se descuida regularmente. El hecho es: Rowohlt no firmó un contrato, Deschner se quedó con List. En ese momento el título del proyecto era "Dios camina en los zapatos del diablo". Ledig-Rowohlt escribió en su carta, que es reveladora, de la cual "va" fue "fue": "Dios entró en los zapatos del diablo". Con esto, este "tipo de historia de la iglesia atea" se desplazó al pasado, se convirtió en algo que ya no era hoy, se convirtió en cerámica arqueológica. Sin embargo, la idea de Deschner no era la arqueología a la Ceram, sino la historiografía a la Deschner: como una anamnesis de una patología crónica grave.

"Dios camina en los zapatos del diablo": a Deschner se le ocurrió el título en la década de 1950 cuando regresó de un paseo de perros a su casa en Tretzendorf para experimentar la siguiente visión: Deschner necesitó 25,000 horas de trabajo en cinco años para su libro, que Rowohlt había rechazado. Mientras tanto se titulaba "El gallo volvió a cantar" y estaba bajo contrato con List. Cuanto más claro se hizo el proyecto del libro, el Munich List Verlag de Múnich se puso frio, "ya estaba preocupado por la venta de sus libros escolares en Baviera" y "pidió una opinión, sobre todas las cosas del ex editor de Rowohlt", en otras palabras, del ahora escritor independiente Wolfgang Weyrauch. De repente hubo un asesinato total, y List, sin pagar el anticipo, canceló el contrato.

> «... un par de superficies de agua, chirrido de rana deshidratada, y allí, tranquilamente bajo los manzanos, dos caballeros de negro. Recogí mis binoculares: como sospechaba, mi padrino [el padrino y padrino de Deschner era el consejero espiritual Leopold Baumann] junto con un invitado, un arch abad de la Baja Baviera. Un poco sin aliento, los seguí a los dos, disfruté caminando sobre el agua, su caminar espiritual, tan tranquilo todo, tranquilo, y de repente pensé: Dios camina en los zapatos del diablo. Este pensamiento determinó mi trabajo, mi vida.

232

"El gallo cantó de nuevo" fue publicado en 1962 por Hans E. Günther Verlag en Stuttgart: esencialmente un dogma cristiano primitivo, y a veces una historia comparativa de la religión. Solo las últimas cien páginas se acercaron a la idea inicial, a saber, la documentación de todos los crímenes del cristianismo.

He saltado de título en título a lo largo de los años:

1962 "El gallo cantó de nuevo", 700 páginas

1964 "Talentos, poetas, aficionados. Obras sobreestimadas y subestimadas en la literatura

alemana contemporánea», Limes Verlag, ocho ensayos en casi 400 páginas.

1965 «Con Dios y los fascistas. El Vaticano, en alianza con Mussolini, Franco, Hitler y Pavelic, Hans E. Günther Verlag, 300 páginas de lectura particularmente digno en el que por primera vez en Alemania la política horrores en Croacia y Serbia se retrata en los años cuarenta

1966, "imágenes de Jesús en una perspectiva teológica", Paul List Verlag, 300 páginas

1966 "El siglo de la barbarie", Kurt Desch Verlag, 530 páginas

1968 "¿Quién enseña en las universidades alemanas?", Limes Verlag, 240 páginas

1968 "Iglesia y fascismo", Jugenddienst-Verlag, 100 páginas

1969 "El cristianismo en el juicio de sus oponentes", Volumen 1, Limes Verlag, 400 páginas

A finales de esta década, en la neblina del año rebelde de 1968, Deschner fue llevado a juicio por "abuso de la iglesia". Este intento de criminalizarlo le devolvió al autor la idea del libro que había concebido 15 años antes: "Dios camina en los zapatos del diablo".

233

Y con eso entro en un período en el que he participado y sobre el cual ahora puedo testificar como cómplice y testigo. Deschner había encontrado un interés todavía vago en un nuevo proyecto con la pequeña y excelente editorial Szczesny con su sofisticado programa crítico de la religión y la iglesia. Desafortunadamente, esta editorial de Munich tuvo que cerrar a fines de la década de 1960. Gerhard Szczesny, cofundador de la Unión Humanista, se unió a Rowohlt Verlag y publicó allí una serie de libros de bolsillo: rororo tele.

Un día de primavera en 1970, Szczesny y yo tuvimos una conversación en el pasillo de la brillante editorial Reinbek. Tenía 52 años en ese momento y estaba a punto de retirarse del equipo literario- periodístico. Tenía 32 años de experiencia y ocasionalmente volteé del negocio de la edición de bolsillo al área de tapa dura. Por ejemplo, en ese momento estaba editando el último libro de CW Ceram, The First American. "Deschner está escribiendo algo nuevo", dijo Szczesny. «Quizás eso sea interesante para Rowohlt. Conoces a Deschner, ¿no?

"¡Oh, sí!", Fue mi pronta respuesta. Como estudiante en Tübingen, me entusiasmaron sus críticas de imágenes de grandes literarios. En aquel entonces, el kitsch, la convención y el arte pertenecían a todas las estanterías de aquellos interesados en la literatura. Deschner había estado trabajando durante años, dijo Szczesny en ese momento, en un trabajo muy grande, una historia secular de la iglesia, una *historia criminal del cristianismo* desde el principio hasta el presente.

Este brillante título saltó de inmediato. Le escribí al autor en Hassfurt: si podía visitarlo. El 18 de abril de 1970, me fui de viaje. Deschner resultó ser un anfitrión amable, un interlocutor interesante, un oyente atento y tan inteligente como cálido y melancólico. Una mezcla irresistible. Para mi tambien. En cualquier caso, eran horas maravillosas ese sábado de abril en la humilde casita de la familia Deschner en Hassfurt con tres hijos, un perro, un gato, varios conejos y conejillos de indias.

234

En el ático estéril, donde Deschner hacía su trabajo literario pesado todos los días del año de 5 a.m. a 11 a.m., miré su colección de materiales: pilas, pilas de hojas de papel con extractos, notas, borradores.

Me apasionaba el proyecto. Como editor editorial casi joven, no podía firmar un proyecto tan importante por mi cuenta. Entonces fui a ver a mi jefe Heinrich Maria

Ledig-Rowohlt para una audiencia y quise contagiarlo con mi entusiasmo por el gran proyecto en la historia criminal del cristianismo. El viejo y cauto zorro Ledig-Rowohlt no se dejó llevar por mi fuego misionero, sino que dictó una primera carta al querido Dr. Karlheinz Deschner. La mediación por el Dr. Mencionó Szczesny, los logros críticos en "kitsch, convención y arte" diplomáticamente. Sin embargo, le gustaría un esquema detallado y detallado. La solicitud de un editor experimentado estaba justificada y era comprensible en todos los aspectos.

Entonces llevé la solicitud de Ledig-Rowohlt a la persona solitaria de Haßfurt, le pedí un horario cuidadosamente preparado con un horario. Durante semanas, el autor luchó con algunas páginas de descripción del proyecto, mi carta permaneció sin respuesta. Pero finalmente llegó una carta de Hassfurt. El preámbulo es característico de él:

> «Comentario preliminar: el autor, que perdona esta confesión, no es amigo de Exposes. Solo le roban el tiempo y apenas reflejan sus últimos libros. Lo siguiente solo debe mostrar brevemente la idea básica y, absolutamente desorganizado y fragmentario, varios de los temas más importantes, el punto de vista del autor: no es ni fascista ni comunista, pero siente que el humanismo, desde la antigüedad hasta la Ilustración hasta el día de hoy, es el activo más valioso. Historia intelectual europea, igual de conectada con los humillados e insultados de todos los pueblos, razas y edades» .

En su forma de trabajar, escribió Deschner, era imposible para él indicar con un cronómetro y un calendario qué se debía poner en papel y entregar como manuscrito y cuándo. Tal trabajo crece día y noche, capa por capa.

235

Eso fue "real" Deschner. Cualquiera que conociera su primer trabajo exhibicionista, "La noche está alrededor de mi casa", sabía que Deschner no era un trabajador literario académico relajado, sino un escritor de principio a fin, un artista que dependía de la inspiración, del amor al amor de la Muse Klio, la de los viejos Los griegos fueron la musa extra para la historiografía.

La exposición realmente "absolutamente desestructurada y fragmentaria" concluye con la frase: "Quiero hacer del trabajo una de las mayores acusaciones que una persona haya planteado contra la historia del hombre".

Las debilidades del diseño desordenado inicialmente se interpusieron en el camino de su implementación. El autor empujó y amenazó un poco. Le escribí con dulzura a Hassfurt: «Puedo entender muy bien tu impaciencia. Los profesores a menudo padecemos la naturaleza viscosa con la que se desarrolla el proceso de toma de decisiones para un libro en nuestra empresa» .

Finalmente, el 22 de junio de 1970, la buena noticia: "Estimado Sr. Deschner", escribí,

> "Afortunadamente, su proyecto de libro con el adorable título Criminal History of Christianity no es uno de los problemas, como resultó. Entonces, el editor realmente quiere ponerse serio y publicar este libro.
>
> Ahora puedo resumir brevemente cómo sería un contrato entre usted y nosotros acerca de su trabajo Historia Criminal del Cristianismo. Alcance: 320 a 350 páginas impresas; Contiene de 40 a 30 páginas del apéndice fuente. El apéndice fuente proporcionará evidencia exacta de las explicaciones en el texto. El texto principal debe

liberarse en gran medida de las anotaciones, notas al pie y similares, y proporcionar una lectura rápida y sin obstáculos. Aquí, el estilo debería ser bastante crítico, a pesar de la realidad. El autor es responsable de la corrección histórica de la representación. El editor no puede comprometerse a verificar los numerosos documentos fuente de difícil acceso como parte de un control de citas.

236

Fecha de entrega: el autor entrega el manuscrito completo del texto y el apéndice fuente a la editorial por duplicado a fines de junio de 1972 como un manuscrito mecanografiado sin extensas correcciones manuscritas. Esta fecha de entrega significa que la fecha de lanzamiento de la obra ya no es el otoño de 1972, sino solo la primavera de 1973.

El editor inicialmente asume una tirada de impresión inicial de 6000 copias a un precio minorista estimado de 20 marcos alemanes.

Les puedo asegurar que, aparte de mí, el Sr. Ledig-Rowohlt sería feliz. Para ganarle, querido Sr. Deschner, como autor. Recuerde indicar con una línea si ya tenemos su título brillante Tener protegidos los *antecedentes penales del cristianismo*.»

Una semana después, el 29 de junio de 1970, Deschner me escribió:

«Para resumir una historia larga: acepto todo. Solo el pequeño avance me decepcionó. (¡De lo contrario, podría haber obtenido mucho más!) Pero espero que al final te vaya mejor. Solicito un cambio. Como vivo de la mano a la boca, el avance no es suficiente para una existencia mínima de mi familia durante la escritura. Así que tengo que hacer un poco de trabajo extra y, por lo tanto, la historia del crimen tomará un poco más de lo que podría prometerles. Pero dado que de todos modos no quiere traer el libro hasta la primavera de 1973, ciertamente no hay nada de malo en entregarlo a fines de 1972. Eso sería todo.

Todo sucedió, por supuesto, de manera muy diferente. Como se anunció, Deschner tuvo que "hacer un poco de trabajo extra" y, en consecuencia, "tomarse un poco más de tiempo para la historia del crimen".

Pasaron un poco más de 16 años hasta que finalmente apareció la "Historia criminal del cristianismo". El contrato de publicación de 1970 consistía en un único volumen reducido de no más de 350 páginas, que habría sido un volumen anoréxico para Deschner, inicialmente con un precio minorista de 20 marcos y un cálculo de circulación de solo 6000 copias.

237

Como todos saben, la tarifa del autor es de alrededor del 10 por ciento del precio minorista con una expectativa de circulación relativamente baja. El adelanto de Rowohlt también fue generoso en este caso, muy por encima de las proporciones contables, en cualquier caso superior a la parte de la tarifa total de la circulación estimada. ¡Y eso cuando no teníamos una línea del manuscrito! Comercialmente, este es un riesgo considerable. No, en realidad una locura, puramente comercial. Y, sin embargo, el avance no pudo mantener a flote a la familia Deschner durante dos años y medio (desde mediados de 1970 hasta la fecha prometida de presentación del manuscrito en diciembre de 1972).

Lo que Deschner en su carta del 29 de junio de 1970 viste en el maravilloso eufemismo "uno u otro pequeño trabajo extra" para ganar pan se ha convertido, me limito a sus publicaciones de libros, a lo largo de los años en una hermosa pila de

volúmenes en su mayoría voluminosos:

1970 "Por qué dejé la iglesia", Kindler Verlag, 200 páginas
1970 "Iglesia y guerra. El camino de la Iglesia a la vida eterna», Hans E. Günther Verlag, 540 páginas
1971 «La fe manipulada. Una crítica de los dogmas cristianos», Kindler Verlag, 330 páginas (más tarde varias veces bajo el título «Der fake Faith»)
1971 «Cristianismo en el juicio de sus oponentes», volumen 2, Limes Verlag, 290 páginas
1974 «La cruz con la iglesia. Una historia sexual del cristianismo, Econ Verlag, 490 páginas
1974 «Iglesia de la no salvación. Argumentos para sacar conclusiones», Wilhelm Heyne Verlag, 127 páginas
1977 «Por qué soy cristiano / ateo / agnóstico», Kiepenheuer & Witsch, 205 páginas
1981 «Un papa viaja a la escena del crimen. Un folleto, "Hoffmann y Campe Verlag, 24 páginas
1982" Un siglo de historia de salvación. La política de los papas en la era de las guerras mundiales», volumen 1, 658 páginas, y al año siguiente
1983 volumen 2, 673 páginas; ambos volúmenes en Kiepenheuer & Witsch
1985 «Solo los seres vivos nadan contra la corriente. Aforismos», Lenos Verlag, 108 páginas
1986 «La iglesia ofendida. O: ¿Quién perturba la paz pública?», Ahriman Verlag, 62 páginas

Y así estamos en 1986, en los cuales, 16 años después de la firma del contrato, la "historia criminal del cristianismo" finalmente comenzó a aparecer. En el momento de la concepción, Deschner tenía unos cuarenta y tantos años, cuando apareció tenía 62 años. ¡Qué paciencia! Este proyecto creció como un árbol. Vine a Hassfurt una o dos veces al año. Las colecciones de material de Deschner y los borradores de más de dos milenios de crimina cristiana llenaron lentamente todo un archivador: en 1986 había crecido a más de 25,000 hojas.

Miremos hacia atrás una vez más: la fecha de entrega del manuscrito contractual "fines de 1972" pasó, el año 1973 pasó y pasaron muchos años más. Pronto, la "historia criminal del cristianismo" también desapareció de las listas de candidatos para los programas de primavera y otoño de Rowohlt y descansó en el grupo de proyectos vagos como una esperanza que se desvanecía. En algún momento, nadie en Reinbek creyó en la realización. Y ya no pude evitar las dudas sobre el éxito del trabajo.

239

Este trabajo adquirió mayores proporciones de año en año. Deschner no es un productor de libros que procesa su concepto una vez que se ha hecho racionalmente. Su creatividad crea un crecimiento constante. Un volumen de un máximo de 350 páginas en 1970 pronto se convirtió en dos: desde Constantino el Grande hasta la Alta Edad Media y desde la Baja Edad Media hasta el presente. Luego tres: desde los inicios hasta Charlemagne, desde el emperador Karl hasta Martín Lutero y desde Lutero hasta nuestros días. A finales de la década de 1970, el autor y el editor discutieron seis volúmenes: un volumen antiguo, dos volúmenes medievales, tres volúmenes tiempos modernos. El jefe de ventas y finanzas de Rowohlt sacudió la cabeza y no creyó una palabra. «Nunca se convierte en nada. Dejemos todo lo utópico los anticipos pagados [ha habido varios] van a financiar perdu y por lo tanto basta. El hombre se acerca a los sesenta y todavía quiere escribir seis o siete o nueve volúmenes gruesos. Tú tampoco crees en eso. Pero entonces, dije valientemente.

La expansión de un proyecto ya ha ocurrido en otros lugares, en todos los géneros literarios, incluso en el estricto campo de la lexicografía. Solo piense en la gran enciclopedia francesa o en el diccionario Grimm del idioma alemán. O tome el verdadero diccionario de la antigüedad y el cristianismo de Dölger, que originalmente se suponía que consistía en tres volúmenes, pero de los cuales ya hay 24 volúmenes en la actualidad, que solo han llegado a la palabra clave "Montanism", que es solo la mitad del alfabeto. En aquel entonces, me consolaba con comparaciones tan cojeantes. Me faltaban los medios para consolar al autor.

La situación económica de Deschner, siempre precaria en su mayoría miserable, se volvió cada vez más deprimente. Incluso más trabajo era impensable. El ataque cardíaco de 1967, con solo 43 años, había sido un recuerdo gravemente mortal. A principios de 1976, Deschner solicitó una beca de investigación de la Fundación Alemana de Investigación para continuar trabajando en la historia criminal del cristianismo. En el punto 4 dice: «He trabajado al margen desde 1970, desde 1973, casi exclusivamente en el proyecto. Me llevará unos cuatro años completar ambos volúmenes. – Una beca de un año sería de gran ayuda para mí» .
240

El único seguidor, el Prof. Dr. Carl Schneider escribió en su declaración:

> «La pregunta es original: ¿cómo se coloca el cristianismo en términos de su contenido intelectual a las respectivas concepciones legales, pero también éticas de esa época? Si a uno le preocupara inicialmente que esta intención pudiera ser demasiado grande para una sola persona en un trabajo de varios volúmenes, no tengo estas preocupaciones en Deschner, siempre que tenga la oportunidad de trabajar en este proyecto durante varios años. El proyecto solo tiene sentido si tiene el tiempo y los medios para ver las fuentes y el material sin restricciones. Pero si este es el caso, creo que es muy probable que Deschner cree algo nuevo y único en la investigación, a saber, un hecho, confrontación incorruptible de la sustancia espiritual del cristianismo con las condiciones del tiempo respectivo y las personas históricas concretas. En estas circunstancias, agradecería que a Deschner se le diera la oportunidad de terminar realmente este trabajo, cuyo primer volumen ya está en el trabajo duro.

El otro proponente, el Prof. Dr. Dr. Hans Albert escribió:

> «Que Deschner ha creado hasta ahora su extenso trabajo sin ningún apoyo institucional en la incansable investigación privada, completamente solo, merece una gran admiración. Habría merecido financiación de instituciones capaces de hacer esto hace mucho tiempo, pero eso, aparentemente gracias al hecho de que no está anclado en ninguna universidad, hasta ahora ha demostrado ser demasiado difícil. Como tal, Deschner pertenecería a una facultad de teología o instituto de investigación teológica donde encontraría mejores oportunidades de trabajo, pero mientras tales instituciones estén vinculadas a la iglesia, es difícil imaginar que apoyarían a un investigador independiente de este campo.
>
> En lo que respecta a su proyecto actual, una historia criminal del cristianismo, dado el trabajo preparatorio disponible hasta la fecha y los logros previos del autor, uno puede esperar con seguridad que conducirá a un trabajo que no solo sea muy interesante en términos de religión e historia de la iglesia, sino también de historia intelectual y general. Como deja claro el solicitante, no es un proyecto que se limita a la investigación de hechos criminales en el sentido más estricto, como podría sugerir el

> título, sino una investigación de las tendencias centrales en la historia del cristianismo. Tal compañía es deseable porque las conexiones que Deschner prevé generalmente no reciben suficiente atención hoy. Su trabajo de investigación tiene una función de corrección, cuya importancia no debe subestimarse. Difícilmente encontrará a alguien hoy que esté dispuesto a dedicar todo su tiempo a un proyecto de este tipo, especialmente porque tales problemas son apenas concebibles en la investigación universitaria. Por lo tanto, me gustaría apoyar la solicitud de Deschner con particular énfasis y abogar por una beca de más de un año si es posible.

241

El DFG naturalmente rechazó la solicitud de Deschner. Deschner casi siempre vivió al borde de la bancarrota. Tuvo que endeudarse y al menos tuvo suerte con sus acreedores: fueron pacientes. Además, los benefactores privados, que ayudaron a la familia de muchas maneras, fueron encontrados repetidamente en la mayor angustia. Sorprendentemente, no fueron las instituciones, las empresas, las fundaciones las que lo patrocinaron, sino siempre las personas que admiraban el trabajo de Deschner y querían ayudar a sus ácaros a mantener al guerrero solitario. Aquí debe destacarse un nombre: Alfred Schwarz de Lucerna. Sin su amistad y generosidad, la "historia criminal del cristianismo" nunca habría aparecido. Su patrocinio silencioso no fue un acto de misericordia único. Fredy Schwarz aún podía leer el primer volumen,

En nuestro mundo administrado, parece nostálgico que esto todavía exista, el amigo personal y el patrocinador, el patrón, el patrón. Para Karlheinz Deschner, estos nobles ayudantes de emergencia siempre han funcionado, y todavía existen en la actualidad. Después de la muerte de Alfred Schwarz, el empresario alemán Herbert Steffen contactó espontáneamente con Deschner: "Soy su nuevo patrón".

En marzo de 1986, puse sobre la mesa la mayor parte del manuscrito del Volumen 1 de la Historia criminal del cristianismo. Era un ... ¿cómo debería decirlo? – un producto artístico abundante, un gran collage, una forma de manuscrito muy poco convencional con muchos, muchos suplementos e innumerables correcciones y adiciones escritas a mano que son difíciles de descifrar. La calculadora en el departamento de fabricación contó los golpes en las hojas troceadas durante un día completo de ocho horas. Al final llegó a 500 páginas impresas. Y todavía faltaban: el título, la introducción, las notas, la lista de abreviaturas, la lista de literatura, el registro, todo en conjunto determinó de 200 a 300 páginas.

242

Una debacle! No podríamos sacar un tomo de 800 páginas para al menos 65 marcas. ¿Cuántos compradores te gustaría tener un mega libro así? Nerviosismo en ambos lados, en el editor y en el autor. Con un corazón pesado y una conciencia culpable, nos resignamos a una solución de emergencia: el Volumen 1 solo está precedido por la "Introducción al trabajo completo", todo el apéndice se mueve al final del Volumen 2. Una mala solución. Tomamos palizas por eso. En docenas de cartas y llamadas telefónicas, tuve que defender algo, si no el hecho, que ni el autor ni yo pensamos que fuera bueno. Pero,¿qué mejor solución podría haber habido?

A principios de los años ochenta, la estrella de la fama de Deschner había perdido su luminosidad. Sus mayores éxitos en libros fueron hace mucho tiempo. En 1986, colegas del departamento de edición y revisores me preguntaron:

«¿Deschner? ¿Sigue vivo? Fue una idea brillante del entonces gerente de publicidad de Rowohlt, Michael Berent, producir un pequeño folleto sobre la vida, el trabajo y la resonancia del erudito y escritor Karlheinz Deschner, que se distribuyó

de forma gratuita y debería tener un valor duradero para los lectores de Deschner. Un medio publicitario muy elaborado. Alfred Schwarz, el mecenas de Lucerna, proporcionó fondos iniciales para que Rowohlt no pudiera ser engañado y se llevara la mayor parte: se publicaron 25,000 copias de este "prospecto", que incluso tuvo una segunda edición.

Este folleto fue publicado junto con el primer volumen de la "Historia Criminal del Cristianismo" justo a tiempo para la Feria del Libro de Frankfurt el 26 de septiembre de 1986. El mismo procedimiento siguió cuando aparecieron los siguientes volúmenes. Con éxito. En cualquier caso, Karlheinz Deschner ha vuelto a estar presente con su obra literaria e historiográfica.

243

El texto narrativo para el segundo volumen de la historia del crimen sobre la antigüedad tardía había estado disponible para Reinbeker Verlag desde marzo de 1986. Por lo tanto, no fue difícil seguir este volumen con los extensos apéndices (notas, bibliografías, abreviaturas, registros) para los volúmenes 1 y 2 como estaba previsto en octubre de 1988. Cuando el tercer volumen de más de 700 páginas sobre la falsificación sistemática, el embotamiento, la explotación y la aniquilación operados por la antigua iglesia se publicó a tiempo dos años después, en octubre de 1990, todos creían en el ritmo bienal y esperaban el décimo volumen final del año. 2004, tal vez para el ochenta cumpleaños del autor.

Resultó diferente. La economía de Deschner, en general agradable, significaba que este trabajador ascéticamente determinado se distraía con demasiada frecuencia de su trabajo principal: la "Historia Criminal del Cristianismo". Otros editores publicaron nuevos libros de Deschner, por ejemplo "The Anti-Catechism" (1991), "The Moloch. Sobre la americanización del mundo» (1992), la colección de aforismos de Rowohlt «Molestias» (1994). La televisión, la radio y la prensa lo atraían fuera de su hacha en Hassfurt. A principios de la década de 1990, Karlheinz Deschner celebró un promedio de cuarenta conferencias públicas entre Kiel y Klagenfurt por año, una gran cantidad de tiempo perdido en su trabajo sobre la historia del crimen, por lo que su cuarto volumen a principios de la Edad Media llegó a las librerías después de cuatro años en lugar de dos.:

El empresario Herbert Steffen de Hunsrück, mecenas de Deschner, estaba preocupado de que el volumen 10 de la historia criminal del cristianismo no se esperara hasta 2018. No imposible, pero no probable y ciertamente no deseable. Steffen hizo posible que todas, o al menos casi todas, las actividades secundarias, especialmente las conferencias que llevan mucho tiempo, se rechacen en favor de los diez volúmenes. Uno de esos "trabajos paralelos" fue el libro bien desarrollado "Guerra Mundial de Religiones", que fue escrito con el abogado constitucional serbio Prof. Milan Petrovic. La Cruzada Eterna en los Balcanes», que apareció en 1995.

244

Después de todo, Deschner ahora podía dedicar tanto tiempo de trabajo a su trabajo principal que el volumen 5 de la historia criminal todavía se entregó en diciembre de 1996 y estaba en los escaparates en enero de 1997. Así que había esperanza para la Bienal de Deschner nuevamente: cada dos años, un nuevo volumen en la historia criminal del cristianismo. Y a la derecha: el Volumen 6 de los siglos XI y XII estaba disponible en marzo de 1999, el Volumen 7 de los siglos XIII y XIV estaba razonablemente retrasado en diciembre de 2001 y estaba disponible para la

venta en enero de 2002. El octavo volumen, que revela los crímenes cometidos por los cristianos desde el exilio de los Papas en Aviñón hasta la Paz de Paz de Augsburgo en 1555, siguió en marzo de 2004.

Solo unas pocas semanas después, el 23 de mayo, Haßfurt fue muy grande, ¡incluso con discursos del alcalde y del administrador del distrito! – Celebramos el 80 cumpleaños de Deschner. Honor tardío del ahora "gran hijo de la ciudad" en el profundamente católico Mainfranken. El siguiente llegó a Karlheinz Deschner el 15 de octubre de 2004, cuando recibió el Premio Wolfram von Eschenbach.

Hablando de precios! En 1988, Jan Philipp Reemtsma otorgó el Premio Arno Schmidt a Karlheinz Deschner, en 1993, Walter Steinmetz, el Premio Alternative Büchner, y en 1993 Deschner también recibió el Premio Internacional Humanista. Ludger Lütkehaus dio el elogio a Deschner en 2001 cuando se otorgó la Confederación Internacional de No Denominaciones y Ateos, seguido en el mismo año por el Premio Ludwig Feuerbach.

245

Por supuesto, en las décadas de trabajo en la historia del crimen, también ha habido fases de depresión, momentos de desesperanza. A la larga, nadie puede hacer frente a una carga tan constante, que la tarea autoimpuesta también significó, soportar años de desgaste. "¡No te rindas ahora!", Era la máxima de Deschner. Mientras tanto, secretamente deseaba liberarse de la carga de su obra literaria (que él llamaba su yugo, "maloche") y vivir libremente, al aire libre y al aire libre. ¡Vive, solo se te permite vivir! En verano le gustaba ir al mar, al mar Báltico, por ejemplo a Bornholm, donde su amigo Hans Henny Jahnn vivió durante un tiempo. O a Noruega, hogar de Knut Hamsuns y país de origen de su amigo Jens Bjomeboe.

Incluso más tarde fue necesario alentar y alentar al autor anciano. Para el desayuno, le escribí una larga carta sobre la edad de su gran hermano Leopold von Ranke, que vivió entre 1795 y 1886, un historiador alemán muy respetado, biógrafo del estado prusiano, principal representante del historicismo y fundador de la historiografía crítica de las fuentes. Según Ranke, el historiador no debe juzgar ni enseñar, sino "mostrar cómo fue en realidad". Este gran historiador, pensé en ese momento, podría servir a Deschner como un ejemplo reconfortante. Ranke se quedó ciego antes de completar su último libro. Tuvo que dictar su multivolumen "Historia alemana en la era de la Reforma", así como los "Doce libros de historia prusiana", varios volúmenes sobre los papas romanos en los últimos cuatro siglos y, sin poder leer con los ojos ciegos, una memorable "historia mundial" de varios volúmenes. Realmente una obra impresionante de antaño, creada en condiciones difíciles. Con este faro de historiografía, quería ayudar a Deschner a que no lo dejara ir, sino que continuara avanzando en su historia del crimen hasta el décimo volumen final.

Sin embargo, después de cumplir 80 años, Deschner tuvo que tomar descansos cada vez más a menudo. Y así, tomó cuatro años para la publicación del noveno volumen (2008) y otros cinco años para la publicación del décimo (2013). Pero con su propia fuerza de voluntad y persistencia, Karlheinz Deschner ha completado su gran trabajo en su 88º año.

246

"Admira mucho y regañó": el contrapunto de Goethe también se aplica a Karlheinz Deschner. El hombre había sido controvertido desde el principio, desde 1956, desde su debut con la novela "La noche está alrededor de mi casa". El elemento de la vida

de Deschner es la crítica, la divulgación, la iluminación. Casi todo lo que escribió y escribió es un folleto. Podrías llamarlo "escritor de disputas". Él toma la palabra de otros, mide sus acciones y quiere ser tratado de la misma manera. Este es exactamente el origen y el objetivo de su monumental "Historia criminal del cristianismo": la revelación meticulosa del grito contradictorio entre las palabras del cielo y los hechos de los cristianos durante dos milenios. Deschner, el crítico de literatura y religión, quiere ser tomado en su palabra. Quien lo hizo, Norbert Ahrens, dijo durante una discusión con Deschner en el Sender Freies Berlin: «Si lees tus publicaciones, me refiero a las que critican la iglesia y la religión, entonces si eres honesto, no puedes evitarlo. Llegue a la conclusión de que en realidad usted es alguien que toma la Iglesia y la religión mucho, mucho más en serio que la mayoría de los cristianos bautizados, incluidos sacerdotes, prelados, obispos.

Karlheinz Deschner ha dedicado 50 años a la "Historia criminal del cristianismo". Durante más de un cuarto de siglo, su historia de edición en Rowohlt y un total de casi 6000 páginas de texto. Una historia sobre la cual el autor escribió en el Volumen 1 en su "Introducción a las obras completas" de 60 páginas: "Y, por supuesto, no se afirma que toda la miseria se deba solo al cristianismo. Tal vez algún día siga igual de miserablemente sin el cristianismo. No lo sabemos Solo sabemos que lo hará y debe continuar con él. No menos importante por esto, hago visible su culpa en todos los casos esenciales que encontré, de la manera más completa posible, pero nunca exagerada, ya que solo puede parecer a aquellos que no tienen idea de la historia cristiana o que han sido engañados al respecto» .

Hoy sabemos mucho más sobre la historia cristiana. Y ya nadie tiene que ser engañado. Gracias a Karlheinz Deschner.

———————

Este texto es una versión revisada y ampliada del artículo "Deschner bei Rowohlt", en: Hermann Gieselbusch / Michael Schmidt-Salomon (ed.), "La ilustración es una molestia ..." Karlheinz Deschner – Leben, Werk Efecto Alibri Verlag 1006

APÉNDICE

LITERATURA SECUNDARIA UTILIZADA

Abel, W., Crisis masiva de pobreza y hambre en la Europa preindustrial. Intento de una sinopsis, 1974

Asche, M., centro y periferia en la historia del norte de Europa en la era de la Reforma y la confesionalización. Intento de delinear problemas, en: Asche, M ./ Schindling (ed.), Dinamarca, Noruega y Suecia en la era de la Reforma y Confesionalización, 2003

Asche, M./Schindling, A. (ed.), Dinamarca, Noruega y Suecia en Era de la Reforma y Confesionalización, Reinos nórdicos y denominaciones 1500 a 1660, 1003

Baumgart, P., Joseph II Y Maria Theresa (1765-1790), en: Schindling, A. / Ziegler, W. (Ed.), Los emperadores La era moderna 1519-1918, Sacro Imperio Romano, Austria, Alemania, 1990

Beates, D., Joseph II y Josefismo en: Reinalter, H./Klueting, H. (ed.). El absolutismo ilustrado en la comparación europea, 2002

Becker, W./Christ, G./Gestrich, A./Kolmer, L., Las iglesias en la historia alemana. Desde la cristianización de los teutones hasta el presente, 1996

Bemecker, WL / Pietschmann, H., Historia de Portugal hasta el presente, 2001

Bentzien, U., trabajo campesino en el feudalismo. Herramientas y procesos agrícolas en Alemania desde mediados del primer milenio CE hasta alrededor de 1800, p. mejorado en]. 1900

Bernecker, WL / Pietschmann, H., Historia de España. Desde los primeros tiempos modernos hasta el presente, cuarta edición revisada y actualizada 2005

Bernhart, J., El Vaticano como potencia mundial. Historia y forma del papsum, del 19 al 23 Mil, 1951

Bienemann, F., El desastre de la ciudad de Dorpat durante la Guerra del Norte. Además de los registros contemporáneos, 1902

Bihlmeycr, K., Historia de la Iglesia, Tercera parte: La era moderna y la última era, 15a edición, 1956

Bihlmeyer, K., Historia de la Iglesia basada en el libro de texto de F. X. von Funk, tercera parte. La era moderna y la última era, décima edición, 1938

Bleckwenn, H., El montaje y equipamiento del ejército prusiano a mediados del siglo XVIII, en: Kroener, B. R. (ed.), Europa en la era de Friedrich el Grande. Economía, sociedad, guerras, 1989

Blickle, P., disturbios en la sociedad estonia 1300-1800, 1988 Bohn, R., Historia danesa 2001

Brandt, A. V., Los países nórdicos de 1448 a 1654, en: HEG III 4to en adelante). 1994

Brandt, A. V., Los países nórdicos desde mediados del siglo XI hasta 1448, en: HEG II

1987
Braubach, M., La diplomacia secreta del Príncipe Eugène de Saboya, 1962
Braubach, M., Príncipe Eugène de Saboya. Una biografía Me levanto en 1963. II general en 1964. III a la cumbre de la gloria en 1964. estadista en 1965. V hombre y destino en 1963
Braudel, F., historia social de los siglos XV al XVIII, 1985 Bremer, K., disputas religiosas. Polémica popular entre los viejos creyentes y los teólogos protestantes en el siglo XVI, 2005
Brendle, F./Schindling, A. (ed.), Clérigos en la guerra, 2009 Bruckmüller, E., Historia social austriaca, 2. A. 2001
Buchholz, W., Suecia con Finlandia, en: Asche M./Schindling A. (ed.), Dinamarca, Noruega y Suecia en la Era de la Reforma y la Confesionalización, 2003
Burkhardt, J., Adiós a la guerra religiosa. La guerra de los siete años y la diplomacia papal, 1935
Burkhardt, J., Finalización y reorientación del imperio moderno temprano 1648- 1763, 2006
Cawthorne, N., La vida sexual de los papas, Crónica del escándalo del Vaticano, 1999
Children, H./Hilgemann, W., dtv- Historia mundial del atlas, 2 vols. 33. A. 1999
Czermak, G., Cristianos contra los judíos. Persecution Story, 1989
Damgaard, P., interpretaciones de la guerra del clero danés 1611-1660. Una visión general, en: Brendle / Schindling (ed.), Clérigos en guerra, 2009
Demel, W., Historia europea del siglo XVIII La sociedad señorial y el sistema europeo de poderes en un cambio acelerado (1689 / 1700-1800), 2000
Deschner, K., Asesinos hacen historia. Aforismos, 2003
Deschner, K., en topless. Por un cielo sin Dios y un mundo sin sacerdotes. Veintidós ataques, réplicas y otras piezas fuertes, 1999
Deschner, K., La política de los papas en el siglo XX, Nueva edición extendida y actualizada de Un siglo de historia de salvación I y II, 1991
Deschner, K., Opus Diaboli. Quince ensayos implacables sobre trabajar en la viña del Señor, 1987
Deschner, K., Sueños de la Bella Durmiente y olor estable. Sobre Franconia, el paisaje de mi vida, 1989
Deschner, K./Petrovic, M., Guerra Mundial de Religiones. La cruzada eterna en los Balcanes, 1995
Dillmann, E., Maria Theresia, 2000
Dirlmeier, U., Gestrich, A. y otros, Breve Historia alemana. Edición revisada y ampliada, 2001
Doering-Manteuffel, S., "¡Ahí ves / a quien el Señor ha elegido!" Política religiosa en el espejo de los sermones de agradecimiento y tristeza sobre la Casa de los Habsburgo, en: Doering-Manteuffel, A./Nowak, K. (ed.), Política religiosa en Alemania. Desde los primeros tiempos modernos hasta el presente. Martin Greschat en su 65 cumpleaños, 1999
Donnert, E., Rusia (860-1917), Desde el principio hasta el final de la era zarista, 1998
dtv-Lexikon. Un diccionario de conversación en 20 volúmenes, 1968 Duchhardt, H., Viejo reich y Estados europeos 1648-1806, 1990
Duchhardt, H., Barroco e Ilustración, cuarta edición revisada y ampliada del volumen

"La era del absolutismo", 2007
Duchhardt, H., Europa en vísperas del modernismo 1650-1800, 2003
Duchhardt, HL, Balance de Poder y Pentarquía. Relaciones internacionales 1700-1785, 1997
Duffy, Chr., Friedrich el grande y su ejército, 1978
Dülmen, A. van, historia alemana en Datos. Volumen 1. Desde los comienzos hasta 1770, 1979
Dülmen, R. van, El descubrimiento del individuo 1500-1800, 1997
Durant, Will y Ariel, Rousseau y la revolución. Una historia cultural de Francia, Alemania e Inglaterra desde 1756 hasta 1789 y el resto de Europa desde 1715 hasta 1789, 1967
Egghardt, H., Príncipe Eugène. El filósofo en armadura. Facetas de una personalidad extraordinaria, 2007
Eichler, H., criaderos y casas de trabajo en las provincias centrales y orientales de Brandenburgo-Prusia. Tu participación en la preparación del capitalismo. Una investigación para el período comprendido entre finales del 17 y la salida del r8. Century, en: Anuario de Historia Económica 1970/1
El Gran Ploetz. La enciclopedia de datos de la historia mundial. Fechas, hechos, relaciones, 33ª edición revisada, 1998
El Pequeño Pauly, léxico de la antigüedad en cinco volúmenes, 1979
El Pequeño Ploetz, fechas principales de la historia mundial, 33ª A. 1980
Elm, V., Los estados modernos y papales. La ilustración y el estado católico romano en el juicio de la historiografía desde el siglo XVIII hasta el posmodernismo, 2001
Enciclopedia de la Edad Media (LMA), 9 vols., Munich, Zurich 1980/1998
Endres, R. El pobre problema en la era del absolutismo, en: Anuario de Investigación del estado de Franconia 34/35, conmemorativo de Gerhard Pfeiffeg 1975
Erhardt, WJ, De la inquisición fuera de juego. Un Apocalipsis de la Iglesia Romana, 1992
Federmann, R., Popen y Bojaren. La misión de Herberstein en el Kremlin, 1963. Fenske, H., historia alemana. Desde la Edad Media hasta el presente, 2002 Findeisen, J.-P., Karl XII de Suecia Un rey que se convirtió en un mito, 1992
Findeisen, J.-P., La lucha por la regla del mar Báltico. Los reyes de la Gran Potencia de Suecia, 1992
Franzen, A., Breve historia de la iglesia, 1965
Frerk, C., Libro violeta finanzas de la iglesia. Cómo el estado financia las iglesias, 2010
Fuchs, K./Raab, H., dtv diccionario de historia, 2 vols., 1972
Gant, B., "Educación nacional": la vigilancia como principio, en: Reinalter, H. (Ed.), Josefismo como Absolutismo ilustrado, 2008
Garve, Chr., Sobre el carácter de los campesinos y su relación con los señores y el gobierno (1786)
Geiss, I., con la colaboración de G.Intemann y M. Sommer, historia a mano, 6 vols., 2002
Gelmi, J., El papado de la reforma católica y la contrarreforma, en: Moser, B. (ed.), El papado. Épocas y figuras, 1983
Gelmi, J., El papado en la era de la Ilustración, en: Moser, B. (ed.), El papado, Épocas y figuras, 1983

Geremek, B., Historia de la pobreza. Miseria y misericordia en Europa, 1991
Gerhardt, M., Historia noruega, 1941
Gestrich, A., De la paz de Westfalia al Congreso de Viena (1648-1814), en: Dirlmeier, Gestrich y otros, Breve historia alemana, 2001
Gestrich, A., Del barroco a la ilustración, en: Becker y otros, Las iglesias en la historia alemana, 1996
Goldberg, J., judíos bautizados en Polonia-Lituania del siglo XVI al siglo XVIII. Intento de integración social, en: Martin / Schulin (ed.), Los judíos como minoría en la historia, 1981
Gontard, F., Los papas. Regentes entre el cielo y el infierno, 1959
Grane, L., Estudios de Reforma. Contribuciones a Lutero y la Reforma danesa, ed. por R. Decot, 1999
Gray, I., Ivan the Terrible, 2002
Hartmann, PC, Los jesuitas 2001
Heer, F., siete capítulos de la historia del horror, sin fecha J. Heine, H., historia de España en el período moderno temprano 1400-1800-, 1984
Heitz, G. / Vogler, G-, Bauer movimientos en Europa desde 16. hasta el siglo XVIII, en: Revista de Historia 1980 Número 5
Hergenröther, J., Manual de historia general de la iglesia, tercer volumen, tercera edición mejorada, 1886
Jedin, H. (ed.), Manual de historia de la iglesia (HKG), edición especial 1970 / 1985
Jutikkala, E., en conexión con Pirinen, K., Historia de Finlandia 1964 Kamiel, J., La política de tolerancia del emperador Joseph II, 1986 Kelly, JND, Léxico de los Reclamos de los Papas, 1988
Kerchnawe, H., Príncipe Eugène de Saboya. Un estudio biográfico militar, 1944. Kiechle, St., Los jesuitas. Saber lo que es correcto, 2009
Klingenstein, G., El ascenso de la casa Kaunitz. Estudios sobre el origen y la educación del canciller Wenzel Anton, 1975
Klueting, H. (ed.), E Josefismo. Fuentes seleccionadas sobre la historia de las reformas Theresianas-Josefinas, 1995
Knaake, DJKF (ed.), El Breve Papa Clemente XIV sobre la abolición de la orden de los jesuitas. Editado del original latino y en traducción alemana y provisto de una introducción, 1903
Knoll, R. Arte y cultura en el Josefismo, en: Reinalter (ed.), El Josefismo como el absolutismo ilustrado, 2008
Köhler, O., El papado en el juicio de la sociedad moderna, en: B. Moser (ed.), El papado. Épocas y figuras, 1983
Krispin, M., El levantamiento de Bolotnikov 1606-1607, en: H.-D. Löwe (ed.), Levantamientos populares en Rusia, 2006
Kroener, BR (ed.), Europa en la era de Friedrich el Grande. Economía, sociedad, guerras. En nombre de la Oficina de Investigación de Historia Militar 1989
Kroener, BR / Pröve, R. (ed.), Guerra y paz. Militar y sociedad en el período moderno temprano, 1996
Kroener, BR, «El volante en la máquina de estado»? La importancia del poder armado en la historia europea moderna temprana, en: Kroener / Pröve (ed.), Guerra y paz, 1996

Kroener, BR, Los Fundamentos Materiales de los esfuerzos de guerra austriacos y prusianos 1756-1763, en: El mismo. (Ed.), Europa en la era de Friedrich el Grande, 1989

Kroener, BR, Profesionalismo militar y carrera social. La nobleza francesa en las guerras europeas 1740-1763, en: El mismo. (Ed.), Europa en la era de Friedrich el Grande. Economía, sociedad, guerras, 1989

Kühner, H., El papa imperio. Historia de la iglesia – historia mundial – historia contemporánea. De Peter al presente, 1977

Kunisch, J. (Ed.), Príncipe Eugène de Saboya and H. Una biografía de Ploetz, 1986

Kunisch, J., absolutismo. Historia europea desde la paz de Westfalia hasta la crisis del régimen de Anciene, 2. A. 1999

Kunisch, J., La pequeña guerra, estudios sobre el ejército del absolutismo, 1973

Landmann, K. von, Príncipe Eugène, 1905

Langer, C., Los años del hambre 1771 y 1772 según fuentes contemporáneas, en: Hojas de la patria sajona 9/1963

Lehmann, H., La era del absolutismo. La gracia de Dios en tiempos de guerra, 1980

Lehmann, R., Fuentes sobre la situación de los agricultores privados en la Baja Lusacia en la era del absolutismo, 1957

Leo, H.-D., Levantamiento de Strelitzen en Moscú en 1682, en: Löwe, H.- D. (ed.), Levantamientos populares en Rusia, 2006

Léxico para teología e iglesia (LThK), 1a ed., 1930 y ss. 3. completamente retrabajo. Edición 1993-2001

Léxico Pierer-Universal del pasado y presente o el último diccionario enciclopédico de ciencia, arte y comercio. Cuarta edición revisada y muy aumentada. 19 vol., 1857 y s.

Löwe, H. -D., El levantamiento de los cosacos de Don bajo Kondratij Bulavin, 1707-1708, en: Löwe, H.-D. (Ed.), Levantamientos populares en Rusia, 2006

Löwe, H.-D. (Ed.), Disturbios de las naciones en Rusia. Desde el momento de la agitación hasta la "Revolución Verde" contra el gobierno soviético, 2006

Löwe, H.-D., El levantamiento del cobre de Moscú de 1662, en: Löwe, H.-D. (Ed.), Levantamientos populares en Rusia, 2006

Löwe, H.-D., Levantamientos en el Imperio ruso desde el viejo Moscú hasta el comienzo de la Rusia soviética: aspectos de una interpretación comparativa, en: Löwe, H.-D. (Ed.), Levantamientos populares en Rusia, 2006

Mahling, F., El momento religioso y antirreligioso en el primer movimiento obrero alemán, en: Definición para A. V., Hamack, 1911

Manual de Historia Europea (HEG) Vol. I. Europa en el cambio de la antigüedad a la Edad Media, ed. por Th. Schiffer, 3. A. 1992

Manual de Historia Europea (HEG) Vol. III. El surgimiento de la Europa moderna, ed. por J. Engel, 4.A. 1994

Mareks, E./Müller, KA de (ed.), Maestro de la política. Una serie de retratos de historia mundial, Volumen dos 1922

Martin, B./Schulin E. (ed.), Los judíos como minoría en la historia, 1981

Matz, K.-J., Las 1000 fechas más importantes de la historia mundial, 2. A. 2002

Maurer, M., iglesia, estado y sociedad en los siglos XVII y XVIII, 1999

Menzel W., historia de los alemanes. 3 vols., 1872

Messerschmidt, M., Consecuencias de Friedrich II en Prusia-Alemania, en: Kroener, BR (ed.), Europa en la era de Friedrich el Grande. Economía, sociedad, guerras, 1989

Mosen B. (ed.), El papado. Épocas y figuras, 1983

Mouschnik, A., "El levantamiento de Strelirzen" de 1698, en: Löwe, H.-D. (Ed.), Levantamientos populares en Rusia, 2006

Näf, W., Las épocas de la historia moderna. Estado y comunidad de estados desde el final de la Edad Media hasta el presente, 1970

Natan, A., Eminencias grises. Asesor secreto en la sombra del poder, 1971 Neuhaus, H. (ed.), Era del absolutismo 1648-1789, 1997

Neumann-Hoditz, R., Peter El Grande. En auto-testimonios y documentos ilustrados, 1983 Oswalt, J., Las reformas internas 1700-1725, en: Zernack, K. (ed.), Manual de la Historia de Rusia, Vol. 2, 1613-1856, I. Medio volumen, 1936 Pastor, L de, Historia de los papas desde la Edad Media, 1955 y ss.

Nolte, H.-H., Breve Historia de Rusia. Con numerosos mapas, diagramas y tablas., 2003

Nyberg, T., El perfil religioso del norte. El desarrollo de la iglesia y la piedad en los países escandinavos desde finales de la Edad Media hasta la Edad Denominacional, en: Asche, M. / Schindling, A. (Ed.), Dinamarca, Noruega y Suecia en la Era de la Reforma y la Confesionalización. Reinos nórdicos y denominaciones 1500 a 1660, 2003

Olesen, J.E., Dinamarca, Noruega e Islandia, en: Asche, M. / Schindling, (ed.), Dinamarca, Noruega y Suecia en la Era de la Reforma y la Confesionalización. Reinos nórdicos y denominaciones 1300 a 1660, 2003

Peters, J. (ed.), Sociedades de propietarios en una comparación europea, 1997

Pommerin, R. / Schilling, L., memorándum del conde Kaunitz sobre la constelación político-política después de la paz de Aquisgrán de 1748, en: Kunisch, J., Expansión y equilibrio. Estudios sobre la política de poder europea del antiguo régimen, en: ZHF Supplement 2, 1986

Pommerin, R., Alianza Política y Sistema de Poderes. Austria y el surgimiento de Rusia en el siglo XVIII, en: Kunisch, J-, expansión y equilibrio. Estudios sobre la política de poder europea del antiguo régimen, en: ZHF Supplement 2, 1986

Pranzl, K., La relación entre Estado e Iglesia / Religión en la Era Theresiana- Josefina, en: Reinalter (Ed.), Josefismo como Absolutismo Ilustrado, 2008

Press, V., guerras y crisis. Alemania 1600-1715, 1991

Proske, W. (ed.), Manual para maestros, padres y estudiantes no confesionales, 1992

Ranke, L. von, Los papas romanos en los últimos cuatro siglos. 2. Auf!., OJ

Reemtsma, J.Ph. incluyendo Falun Discursos y ensayos, 1992

Reinalter, H. (ed.), Josefismo como absolutismo ilustrado, 2008

Reinalter, H., Introducción. Josefismo como una variante del absolutismo ilustrado y sus complejos de reforma, en: Reinaiter, H. (Ed.), Josefismo como Absolutismo ilustrado, 2008

Reinalter, H., Las Reformas Sociales de Joseph II, En: Reinalter, H. Josefismo como absolutismo Absolutismo ilustrado, 2008

Reinalter, H./Klueting, H. (ed.), El absolutismo ilustrado en la comparación europea, 2002

Riffel, C., La abolición de la orden jesuita. Ilustración de los viejos y nuevos cargos

contra ellos. Tercera edición ampliada, 1855
Ritter, G., El rediseño de Europa en el siglo XVI, 1950 Roller-Aßfalg, St., El levantamiento de Moscú de 1648, en: Löwe, H.-D. (Ed.), Levantamientos del pueblo en Rusia, 2006
Rosa, Peter de, primer siervo de Dios. El lado oscuro del papado, 1989
Salzmann, Chr. G., Carl von Carlsberg o Sobre la miseria humana, 1797
Sautter, U., Enciclopedia biográfica de la historia alemana, 2002 Schick, E., Historia de la Iglesia de Rusia en lo básico. Parte I: Desde los inicios hasta la época de Pedro el Grande, 1945
Schieder, Th. Friedrich el Grande. Un reino de contradicciones, 2002
Schilling, H., La nueva era. Del cristianismo Europa a la Europa de los Estados 1250-1750, 1999
Schindling, A., Leopold I 1658-1705, en: Schilling / Ziegler (ed.), Los emperadores de los tiempos modernos 1519-1918, 1990
Schindling, A./Ziegler, W. (ed.), Los emperadores de los tiempos modernos 1519-1818, Santo Imperio Romano, Austria, Germany, 1990
Schleuning, St./Tuchtenhagen, R., El levantamiento cosaco bajo Stepan Razin 1667-1671, en: Löwe, H.-D. (Ed.), Levantamientos populares en Rusia, 2006
Schmidt, Chr. Historia rusa 1547-1917, 1003
Schmidt, H., Joseph I (1705-1711), en: Schindling, A./Ziegler, W. (Ed.), Los emperadores de los tiempos modernos 1519-1918, Sacro Imperio Romano, Austria, Alemania, 1990
Schnüren, G., Iglesia católica y cultura en el período barroco, 1937
Schöppner, A./König, L., Imágenes de personajes de la historia de los apóstoles de las naciones, 4. A. 1910
Schroten HG, Historia de Escandinavia, 1007
Schußler, W., Príncipe Eugène, en: Mareks, E. y KA von Müller (ed.), Maestro de la política. Una serie de retratos de historia mundial, segundo volumen, 1922
Schwaiger, G., La reforma en los países nórdicos, 1962 Schwarz Lausten, M., The Reformation in Denmark, 2008
Schwaiger, G., Los antiguos obispados bávaros de Freising, Passau y Ratisbona, 1959.
Seppelt de 1936, FX, El papado en la lucha con el absolutismo estatal y la ilustración. Por Pablo III Hasta la Revolución Francesa. Recientemente editado por Georg Schwaiger. 2. A. 1959
Seppelt, FX, El Papado en los Tiempos Modernos. Historia de los papas desde la inauguración de Pablo III a la Revolución Francesa (1534-1789),
Spindler, M., Manual de Historia Bávara, Segundo Volumen, Segunda Edición Revisada 1988
Stein, E., Del romano al estado bizantino (284-476 AD), 1928 Stollberg-Rilinger, B., Europa en el siglo de la Ilustración, 2000
Streminger, G., la bondad de Dios y los males del mundo. El problema de Theodicy, 1992
Taddey, G. (ed.), Léxico de la historia alemana. Personas. Eventos Instituciones Desde el cambio de los tiempos hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, 1979
Tennstedt, F. Historia social de la política social en Alemania. Desde el siglo XVIII hasta la Primera Guerra Mundial, 1981

Tuchtenhagen, R., Breve historia de Suecia, 2008 Tuchtenhagen, R., Breve historia de Noruega, 2009

Ulbert, J., La política de Francia sobre Alemania en la segunda y tercera década del siglo XVIII. Sobre la percepción del imperio de los diplomáticos franceses durante el reinado de Felipe de Orleans (1715-1723), 2004

Vehse, E., Historia de los pequeños patios alemanes. Los tribunales espirituales, 4 vols., 1859

Vogler, G., La salida de Europa a los tiempos modernos. 1500-1650, 2003

Voss, J., Historia de Francia 2. Desde la monarquía moderna temprana hasta la Primera República 1500-1800, 1980

Weis, E., Francia desde 1661 hasta 1783, en: HEG IV 3a ed. 1996

Wetzet, H.J./Welte, B. (Hg.), Enciclopedia de la Iglesia o enciclopedia de teología católica y sus ciencias auxiliares, 1847 ss.

Winter E., Josefismo. La historia del catolicismo reformista austríaco 1740-1848, 1962

Winter, E., Rusia y el papado, Parte 2. De la Ilustración a la Gran Revolución Socialista de Octubre, 1961

Wittmann, R., El granjero lector. Sobre la recepción de los esfuerzos educativos por parte de la población campesina en el siglo XVIII, en: D. Berindei / W. Gesemann / A.Hoffmann (ed.) Ao El agricultor de Europa central y oriental en el cambio socioeconómico de los siglos XVIII y XIX Contribuciones a su situación y su reflejo en el periodismo contemporáneo y la literatura, 1973

Wright, J., Los jesuitas. Misión mito poder, 2005/2006 Wührer, K., Los reinos escandinavos en: HEG I 3. A, 1992

Wuehrer, K., Inglaterra bajo la dinastía Wessex, en: HEG I 3. A. 1992 Wührer, K., Los trenes vikingos, en: HEG I 3. A. 1992

Zemack, K., La edad de las Guerras del Norte desde 1558 hasta 1809 como un período moderno temprano, en: Hist. Diario 1981 Zemack, K. (ed.), Manual de la historia de Rusia, Vol. 2, 1613-1856. Del estado marginal al poder hegemónico, primer volumen, 1986

Zemack, K., La expansión del Imperio de Moscú al oeste, sur y este de 1648 a 1689, en: Zemack, K., (ed.), Manual de la historia de Rusia Vol. 2, 1613-1856. Del estado marginal al poder hegemónico, I. Medio volumen, 1986

Zemack, K., Suecia como una gran potencia europea del período moderno temprano, en: Hist. Diario Vol. 232, 1981

Zernack, K., La Gran Guerra del Norte, en: Zemack (ed.), Manual de la historia de Rusia, Vol. 2, 1613-1856, 1. Medio volumen, 1986

Zippelius, R., Estado e Iglesia. Una historia desde la antigüedad hasta el presente, 1997

ABREVIATURAS

de fuentes, revistas científicas y obras de referencia

Cod. Iustin.: Codex Justinianus
HEG: Manual de historia europea, ed. V Th. Schieden vol. 3 ed. V J. Engel. 4ª ed. 1994. Vol. 4 ed. V F. Wagner, 3ª ed. 1996
HKG: Manual de historia de la iglesia, ed. V H. Todos. 6 vols.

LMA: Enciclopedia de la Edad Media, 9 vols, Munich, Zurich 1980/1998
LThK: Léxico para teología e iglesia, 11 vols. Friburgo, Basilea, Roma, Viena
ThRE: Enciclopedia teológica real, 36 vols. Berlín

HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO. RESUMEN DEL VOLUMEN 1 AL 9

VOLUMEN 1: LOS PRIMEROS DÍAS

Desde los orígenes del Antiguo Testamento hasta la muerte de San Agustín (430)

Introducción al trabajo completo: sobre el tema, el método, el problema de la objetividad y los problemas de toda historiografía publicada en 1986, 544 páginas, tapa dura, € 24, – (D) y rororo 19969 / € 12.90 (D) Introducción a las obras completas: sobre el tema, el método, el problema de la objetividad y los problemas de toda la historiografía

Capítulo 1: El comienzo en el Antiguo Testamento

Israel • La conquista de la tierra y el "Querido Dios" • La pena de muerte y la "Guerra Santa" • La abominación de David y la traductor de la Biblia moderna • Judá, Israel y "el horror del Señor" • reacción clerical y el comienzo del sacerdocio • mucho dinero para "Dios" – "San Dinero» • La guerra religiosa macabea • La guerra judía (66-70 d. C.) • "La guerra final de Dios" bajo BarKochba (131-136)

Capítulo 2: Comienza la lucha de dos mil años contra los judíos

Tolerancia de la religión judía por parte del estado pagano • Interpretatio Christiana • La hostilidad hacia los judíos del Nuevo Testamento • Antijudaísmo de la iglesia del siglo II al IV • Maestro de la iglesia y Eframa antisemita • Maestro de la iglesia y antisemita Johannes Crisóstomo • San Enemigos de los judíos Hieronymus e Hilarius von Poitiers • Mentiras antijudías de la iglesia y su influencia en la ley estatal

Capítulo 3: La demonización de los cristianos por parte de los cristianos comienza

Al comienzo del cristianismo no había "ortodoxia" • "herejía" en el Nuevo Testamento • desprecio por los padres, hijos, "falsos mártires" por el amor de Dios • la canción de amor y las «Bestias» del siglo II (Ignacio, Ireneo, Clemens Alexandrinus) • Los «animales en forma humana» del siglo III (Tertuliano, Hipólito, Cipriano) • El «Dios de la paz» y los «Hijos del Diablo» en el siglo IV (Pachomius, Epiphanus, Basilius, Euseb, Johannes Chrysostomos, Ephräm, Hilarius) • El San Jerónimo y su "masacre de ganado para el infierno"

Capítulo 4: El ataque contra el paganismo tiene lugar

El tema antipagano en el cristianismo primitivo • Compromisos y odio pagano en el Nuevo Testamento • La difamación del cosmos, la religión y la cultura paganas (Arístides, Atenágoras, Tatian, Tertuliano, Clemens y otros) • La persecución de los cristianos en el espejo de la historiografía eclesiástica • Los emperadores paganos –

retrospectiva • Celso y Porfirio: los primeros oponentes importantes del cristianismo

Capítulo 5: San Constantino, el primer emperador cristiano. «Firma de diecisiete siglos de historia de la iglesia»

Los nobles antepasados y los horrores en el Rin • Guerra contra Majencio • Primer privilegio del clero cristiano • Guerra contra Maximino Daia • Guerra contra Licinio • Creciente favor para el clero católico • Constantino como Salvador, Redentor y Representante de Dios • De la Iglesia de los Pacifistas a la Iglesia sacerdotes de campo • Una vida cristiana de la familia y el endurecimiento de la legislación penal • La lucha de Constantino contra judíos, "herejes", paganos

Capítulo 6: Persia, Armenia y el cristianismo

St. Gregorio aniquila el paganismo armenio y establece un patriarcado heredable • El primer estado cristiano en el mundo: guerra por guerra "para Cristo" • Planes ofensivos de Constantino y padre de la iglesia Afrahat "instrucción de las guerras"

Capítulo 7: Los hijos cristianos de Constantino y sus sucesores

Establecimiento de la primera dinastía cristiana a través de la masacre de parientes • Primeras guerras entre cristianos piadosos • Estilo de gobierno cristiano de Constancio • Un padre de la iglesia predica el robo y el asesinato • Primeras tormentas del templo, tortura y terror judicial bajo Constancio • Masacre entre los fieles Gallus • Reacción pagana bajo Julián • Cuentos de hadas de terror cristiano • Joviano, Valentiniano I y Valens • Chorros de sangre bajo el católico Valentiniano I • Miedo y temblor bajo el Arian Valens

Capítulo 8: El maestro de la iglesia Atanasio (alrededor de 295-373)

La intrincada naturaleza de Dios y el dominio de la oscuridad • No es una lucha por la fe: por el poder, por Alejandría • El Concilio de Nicea y el credo "Constantino" • Carácter y tácticas de un maestro de iglesia • Más difamación por parte de Atanasio, falsificaciones y la muerte de Arrio • "Campo de batalla" Alejandría bajo los patriarcas Atanasio y Gregorios • Antioquía y el cisma de Meletia • Condiciones de guerra civil en Constantinopla y amenaza de guerra desde el occidente católico • Regreso de Atanasio (346), nuevo escape (356) y refugio de seis años con una belleza de veinte años • Los Sínodos de Arles, Milán, Rímini, Seleukia y el espectáculo tragicómico de los Obispos Lucifer von Cagliari y Liberio de Roma • Padres sin escrúpulos del Consejo y Patriarca Georg, un «lobo» arriano, Monopolio y mártir

Capítulo 9: El maestro de la iglesia Ambrosio (alrededor de 333 o 339- 397)

Política ambrosiana: modelo a seguir para la iglesia hasta hoy • San Ambrosio conduce a la aniquilación de los godos – y experimenta "El hundimiento del mundo ..." • Emperador Teodosio "el Grande": lucha por el catolicismo y "sangre derramada como agua" • La lucha contra el paganismo por Ambrosio • Ambrosio destruye el cristianismo arriano de Occidente • Hallazgos de un maestro de iglesia o "l'elemento soprannaturale" • El caldero contra Priscillian – las primeras ejecuciones de cristianos por cristianos • El maestro de iglesia Ambrosio: un enemigo fanático de los judíos.

Capítulo 10: El maestro de la iglesia Agustín (354-430)

"Genio en todas las áreas de la enseñanza cristiana" y lucha "hasta el último momento" • La campaña de Agustín contra los donatistas • La derrota de Pelagio • El ataque de Agustín al paganismo • El obispo de Hipona y los judíos • Agustín sancionó la "guerra justa", la "guerra santa" y ciertas guerras de agresión

VOLUMEN 2: ANTIGÜEDAD TARDÍA

Desde los "niños emperadores" católicos hasta el exterminio de los vándalos y ostrogodos arrianos bajo Justiniano I

Publicado en 1988, 688 páginas, tapa dura, € 24.00 (D) y rororo 60142 / € 12.95 (D)

Capítulo 1: Los emperadores de los niños católicos

La división del imperio: surgen dos estados católicos obligatorios • Arcadius, Rufinus, Eutrop • El "verano caluroso" • El san Johannes • Crisóstomos y la masacre gótica de Constantinopla • Caza de cabezas, persecución pagana y "herejes" • Honorio, Stilicho, Alarich y las primeras incursiones de cristianos germánicos • La incursión del asesinato de Radagais, Stilichos y más masacre gótica católica romana • La caída de Roma (410) y Agustinos Excusas • Lucha de Honorio contra “herejes”, paganos y judíos • Teodosio II – Cumplimiento de “todas las regulaciones del cristianismo” • Hostilidad agresiva hacia los judíos en el este cristiano • Asesinato después del asesinato en el occidente católico

Capítulo 2: La primacía papal o el “petra scandali”». Triunfo de sigilo y lujuria por el poder

Jesús no estableció el papado ni fue Pedro obispo de Roma • La residencia y la muerte de Peter en Roma no están comprobadas • El cuento de hadas de la tumba de Pedro encontrado • El surgimiento de oficinas eclesiásticas, los asientos metropolitanos y patriarcales y el papado • La falsa lista de obispos romanos • Reclamaciones de primates emergentes • Toda la iglesia antigua no conocía la primacía del honor y el derecho del obispo de Roma, que fue fundado por Jesús. • Al igual que los obispos y los padres de la iglesia, los antiguos concilios no conocían la primacía de Roma. • El asunto de Apiarius. • La contestación de la primacía papal continuó hasta los tiempos modernos

Capítulo 3: Primeras rivalidades y disturbios alrededor del obispado romano

Batalla de san Hipólito contra San Callist • Kornelius contra Novatian • El "Mariscal de Dios" y el "Patrón del ganado cornudo" • Disturbios, asesinatos y coronas de mentiras. Los Papas Marcelino, Marcelo, Milcíades, Silvestre y otros • De todo tipo de derramamiento de sangre y otros mártires. El cisma feliziano • Asesinato El papa Damasus lucha contra el papa Ursinus y otros demonios • Las crecientes demandas de primates bajo Damasus • ¿Inocente I, "el jefe de la oficina episcopal", o simplemente mentiras? • Eulalius contra Bonifaz, "la cumbre apostólica"

Capítulo 4: La batalla por las sillas episcopales de Oriente en el siglo V al Consejo de Calcedonia

Disturbios de monjes y teófilos cambian de frente • Los maestros de la iglesia Hieronymus y sus asociados realizan el "ministerio" de Theopil contra los maestros

de la iglesia Johannes • La humildad de un príncipe de la iglesia • El padre de la iglesia Epiphanius, el Sínodo ad Quercum, asesinato y homicidio en el Palacio Patriarcal • El incendio de Hagia Sophia, el final de Johannes y el "Johanniter" • El patriarca Kyrill compite contra el patriarca Nestorios • La escuela de teología antioqueña y alejandrina • Comienza la lucha por la "Santísima Madre"

El Concilio de Éfeso 431 o un dogma a través del soborno • La "Unión", un comercio de fe casi increíble, y El ladrón de Kyrill con el monje Viktor • San Cirilo como "hereje" – perseguidor e iniciador de la primera "solución final" • Schenute por Atripe (¡aprox. 348-466!) Como jefe del monasterio • San Luchando contra Schenute como gentil – Robo, ruina y asesinato • La disputa eutiquiana • El "sínodo de ladrones" de Éfeso 449 • El Concilio de Calcedonia o: "Clamamos por la piedad" – El 28° canon

Capítulo 5: Papa León I (440-461)

León I predica su prioridad y humillación • ¿Quién era este León? • San León contra San Hilario • El Papa León otorga al emperador la infalibilidad en la fe y el deber de proclamar la fe imperial • Por esto:

«Presta servicio militar bajo Cristo ...» • Colaboración para destruir a los «herejes» bajo «Énfasis en la dignidad humana» • León I como perseguidor de pelagianos, maniqueos y priscilianos y como predicador de amor al enemigo • León "el Grande" demoniza a los judíos • El "gran momento de la humanidad"

Capítulo 6: La guerra en las iglesias y alrededor de las iglesias hasta el emperador Justino (518)

El Este está en llamas o: "... el diablo, tú y Leo" • El Papa León se enfurece contra los "demonios" cristianos del Este • Incluso bajo el emperador Leo I, el Papa León sigue llamando y rechazando la violencia contra "los criminales" todas las negociaciones • Batallas de fe entre cristianos • El papa Hilario, el emperador Anthemius y los ladrones regentes cristianos ladrones • El papa Simplicius cortejó al ladrón al trono Basiliskos y al emperador Zenón • El Henotikon - un intento de unificación religiosa, luchada por Roma, divide el imperio y el cristianismo aún más profundamente • El cisma akakiano comienza y alta traición de la iglesia • Teodorico conquista Italia o «¿Dónde está Dios?» • Colaboración con el poder de ocupación "herético" • El emperador Anastasios y el Papa Gelasio entran en el ring • La doctrina de la doble violencia o el estado como agente judicial de los Papas • El Papa Gelasio combate la "pestilencia" de los cismáticos, los "herejes" y los paganos • Un papa de la paz gobierna no mucho • El cisma de Laurentian, las luchas callejeras y las batallas de la iglesia • La falsificación de Symmachian • "Posición de frente de batalla: imperio gótico y Roma contra Bizancio"

Capítulo 7: Justiniano I (527-565). El teólogo en el trono imperial.

Derrocamiento bajo Justino I (518-527) o de cerdos al emperador católico • Persecución de los monofisitas bajo Justino I. • El libelo Hormisdae • Roma pasa de Rávena a Bizancio • Cruzadas tempranas o todo tipo de historias de salvación árabe-etíopes • Emperador Justiniano – gobernante de la Iglesia • Justiniano emula la humildad de Cristo, organiza “guerras bien y asuntos espirituales ...” • Privilegios de

los obispos y el cansancio de los laicos • Theodora - amante de los muchachos de la casa, patriarcas (?) y esposa del emperador • El Nika- Levantamiento • El emperador Justiniano persigue a cristianos de otras creencias "para que sucumban a la miseria ..." • Para los paganos "una especie de procedimiento de inquisición" • Para los judíos "un destino de vergüenza ..." • El exterminio de Justiniano de los samaritanos • Los Wandals o "Contra aquellos con quienes Dios está enojado ...» • El Arian Geiserich persigue a los católicos • Hunerich y el clero arriano expropia, verbo annen y masacre • El clero católico quiere "una especie de cruzada" contra los Wandals • "... ¡te traemos paz y libertad!" • Felicitaciones papales por la "difusión del reino de Dios" o "Todos eran mendigos" • De la "gran caza de los godos" y muchas cosas del lado • El gran aprovechador del infierno: la iglesia romana • Las piezas de droga del oeste-este o el Papa Asesino Vigilius

VOLUMEN 3: LA ANTIGUA IGLESIA

Falsificación, Estupidez, Explotación, Destrucción

Publicado en 1990, 720 páginas, tapa dura, € 24, – (D) y rororo 60244 / € 12.90 (D)

Capítulo 1: Falsificación cristiana en la antigüedad

Falsificación en el paganismo precristiano • El término "propiedad intelectual" tiene miles de años • Falsificación literaria entre los griegos • Falsificación literaria entre los romanos • Motivos de falsificación • Errores y falsificación en los primeros cultos Falsificación en el Antiguo Testamento y en el Antiguo Testamento su entorno • Biblias del mundo y algunas características especiales de la Biblia cristiana • "Imágenes de personajes del mundo bíblico de las mujeres" • "En este barro, en este barro ..." – Oposición al Antiguo Testamento en los tiempos antiguos y modernos • Los cinco libros de Moisés, que Moisés no hizo escribió • Falsificaciones adicionales en el Antiguo Testamento (y en sus alrededores) • Apocalipsis judíos • Falsificaciones adicionales del judaísmo (de la diáspora) • «cooperación» judía-cristiana

Falsificación en el Nuevo Testamento • El error de Jesús • Heraldo de falsificadores • Las "Sagradas Escrituras" se reúnen o cuatrocientos años de reflexión sobre la tercera persona divina • Cómo la investigación respeta al Espíritu Santo • Los cristianos falsifican más conscientemente que los judíos y mucho más a menudo • Por qué y como fingir • Ni el Evangelio de Mateo ni el Evangelio de Juan (Apocalipsis) proviene de los apóstoles a quienes ella atribuye la Iglesia. • Seis "cartas paulinas" falsas están en el Nuevo Testamento • Todas las "cartas católicas" del Nuevo Testamento son, después de todo, siete Falsificaciones • Ejemplos de interpolaciones en el Nuevo Testamento

Falsificación en el Nuevo Testamento y en los períodos de la Iglesia Antigua • Todos los lados forjados – principalmente los sacerdotes • Incluso en los círculos de la iglesia, los evangelios "apócrifos" se usaban a veces • Evangelios falsificados bajo el nombre de Jesús • Evangelios falsificados u otros escritos bajo el nombre de un solo apóstol • Falsificación Honor de la Santísima Virgen • Falsificaciones en nombre de los apóstoles • Falsos archivos de apóstoles • Cartas falsas y personas falsas • Falsificaciones bajo el nombre de los padres de la iglesia • Un falsificador cristiano: "durante siglos los maestros del mundo occidental ..." • Falsificaciones para establecer la historicidad Jesús • Falsificaciones para elevar la posición cristiana hacia judíos y gentiles • La mayoría de los archivos de mártires son falsos,pero todos fueron considerados documentos históricos completos • Casi todas las listas de obispos para la prueba de la tradición apostólica son falsificadas • Cómo la apologética trata de justificar las falsificaciones cristianas antiguas • El fin justifica los medios – El fraude piadoso está permitido en el cristianismo desde el principio

Capítulo 2: Fraude de milagros y reliquias

Fraude de milagros • La mayoría de los milagros en la Biblia son tan fantásticos

como la mayoría de los otros milagros • Jesús usa prácticas bien conocidas • El arsenal evangélico de los milagros – nada es original • El vértigo de la "evidencia de profecía" cristiana • Milagros en el "Apócrifos" o un atún ahumado vuelve a la vida • Todo lo que los mártires ponen a la sombra • El "Arch mártir" • Monjes y obispos como trabajadores milagrosos • Visiones como enjambres de abejas • La leyenda – "el alimento espiritual de la gente" o "grande, no contaminado" mentiras papistas gordas, bien hechas y aturdidas» • Desde el milagro sigillum mendacii hasta los apologistas católicos

Fraude de reliquias • El culto de las reliquias cristianas solo continúa el culto a los héroes de los griegos • Clasificación jerárquica también en el reino de las reliquias: desde las piezas capitales del cuerpo del santo hasta el cabello y el polvo de la barba • Aumento de la "demanda" de santos muertos, su descubrimiento y sus milagros • De la insignia imperial para engordar o "Al principio hay piedad filial natural..." • "Reliquias de contacto" y esqueletos itinerantes • Restos de María o "toda la miseria de la humanidad ..." • Rarezas y protestas

Capítulo 3: trampa de peregrinación

Peregrinos: una idea ya establecida en tiempos precristianos • Asklepios, el dios de las «manos suaves» y Epidauros, los paganos Lourdes • Sarapis, Isis y la Virgen María • Peregrinación en el judaísmo precristiano • El comienzo de la peregrinación cristiana de Jerusalén – desde el "Invención de la cruz" al culto más preciado del prepucio • La peregrina Aetheria – su "naturaleza ingenua ... y simplicidad crédula... tiene algo extraordinariamente atractivo y ganador" (Obispo August Bludau de Warmia) • ¡Oh maravillosa Jerusalén! • Otras atracciones de peregrinación palestinas • Desde la tumba de Abraham hasta el montón de trabajos de estiércol • En el camino a la cumbre: de los "Santos Topo" a los "Stands" • Más cerca, Dios mío, a ti ... • La peregrinación a un santo, que presumiblemente nunca existió • Los sitios de peregrinación cristiana se enriquecieron rápidamente gracias a las consagraciones • Peregrinación y milagros – para la comercialización de "santuarios" • Los viejos cristianos Lourdes • Los santos engañados «Kyros» y «Johannes» • El St. Los médicos combinan Kosmas y Damián: cera de velas, aceite de lámpara y aumento de potencia • Rarezas romanas

Capítulo 4: Estupidez

La ruina de la educación antigua • Educación entre griegos, romanos y judíos • El cristianismo ha enseñado, desde Jesús, a odiar todo lo que no sirve a Dios • El cristianismo buscó desde el principio, y continúa haciéndolo hoy, para gobernar a los niños a través de los padres • El cristianismo más antiguo es hostil a la educación • Hambre, inmundicia y lágrimas – a través de muchos siglos un gran ideal cristiano • La hostilidad a la educación de los primeros escritores cristianos latinos • El teatro – "la iglesia del diablo" • En lugar de teatro, el teatro de la iglesia – y su censura en el siglo XX • Cómo uno elogió todo lo que fue útil en los tiempos precristianos como "religión cristiana" (Agustín) • "... despectivo de las sagradas escrituras de Dios, se ocupan de la geometría" • "... su nombre suena y su fruto espiritual". St. Evidencia de Ambrosio de la viudez casta: agapornis, nacimiento virginal de la Santísima Madre: buitre, inmortalidad: ave fénix y otras iluminaciones • De las artes exege de San

Agustín lo que él creía y no creía, y que todo lo que una persona necesita saber está en la Biblia • El mundo se está volviendo más y más oscuro

El estallido del engaño cristiano de los espíritus • Creencia en los espíritus en los tiempos precristianos y en el reino no cristiano • Jesús "expulsó a muchos espíritus malignos ..." • El exorcismo es uno de los elementos centrales del cristianismo antiguo • Los "espíritus malignos" en la fe y el juicio de los padres de la iglesia • El Demonios y monjes • Agustín también enseñó todas las tonterías sobre "espíritus malignos" y se convirtió en el "teólogo de la brujería" • Hechizo de defensa cristiana contra "espíritus malignos"

Capítulo 5: Explotación

El Sermón de la Iglesia • La situación fiscal antes de Constantino • Puntos de vista de ricos y pobres en la antigüedad precristiana • La dirección anti-posesiva en el cristianismo antiguo • La dirección favorable a la propiedad en el antiguo cristianismo y el comienzo del lavado • Un banquero cristiano primitivo se convirtió en Papa – y una mirada lateral a las enseñanzas sociales de los papas en el siglo 20 • "Gano mucho dinero, mi esposa hace caridad ..." – de Clemente de Roma a Gregorio de Nisa • Los "revolucionarios" salvan a los ricos. Los maestros de la iglesia Gregorio von Nazianz y Ambrosio de Milán • El casi socialista. El maestro de la iglesia Johannes Crisóstomo y su discípulo Theodoret • El maestro de la iglesia Agustín propaga la *práctica de la Iglesia de* "pobreza ocupada" • Dinero para los mensajeros del evangelio, especialmente para los obispos • Comienza la riqueza de la "Iglesia de los pobres" • Los monjes se convierten en el poder económico más importante de la Iglesia – "con el pretexto de compartir todo con los mendigos, pero en verdad, para hacer mendigos a todos» • Métodos de hacer dinero espiritual • Algunos métodos permitidos de hacer dinero y gastar dinero en la iglesia • Desde que Constantino la «Iglesia de los Pobres» ha gobernado a los ricos • Simonia • Nepotismo • Rastreo hereditario La preservación y consolidación de la esclavitud • La esclavitud en los tiempos precristianos • Pablo, el Nuevo Testamento,los padres de la iglesia y la iglesia abogan por la preservación de la esclavitud • Excusas de disculpa y mentiras sobre la cuestión de la esclavitud • La formación de lo colonial: una nueva forma de esclavitud • El surgimiento del estado obligatorio cristiano – corrupción, explotación, creciente falta de libertad

Capítulo 6: Destrucción

Destrucción cristiana de libros en la antigüedad • Destrucción del libro precristiano • Destrucción de la literatura cristiana por los cristianos *La destrucción del paganismo* • El maestro de la iglesia Johannes Chrysostomos Ruins Temple • San Porfirio predica el evangelio "con gentileza y paciencia ..." • Cómo el Patriarca Teófilo de Alejandría trata con los templos y los tesoros artísticos y con los sentimientos religiosos de los viejos creyentes • La violencia eclesiástica y estatal contra los viejos creyentes • La "cristianización" del robo y la expulsión de "espíritus malignos" • Fue la iglesia la que condujo a la aniquilación • Una ola de terrorismo inundó los países

VOLUMEN 4: EDAD MEDIA TEMPRANA

Desde el rey Chlodwig I (alrededor de 500) hasta la muerte de Charlemagne (814)

Publicado en 1994, 624 páginas, tapa dura, € 24.00 (D) y rororo 60344 / € 11.50 (D)

Descripción general
De sujetos convencidos a maestros convencidos

Capítulo 1: La introducción del cristianismo a los teutones

Difundiendo el cristianismo en Occidente • Métodos y motivos de conversión • Jesucristo se convierte en señor de la guerra germánico o de «Aferrarse a la vida» • Excusas de disculpa • Del contagio • «Destrucción demostrativa ...»

Capítulo 2: Chlodwig, el fundador del Imperio de Franconia

La llegada de los merovingios • El surgimiento cometario de un bandido estatal • Un gran baño de sangre y la primera fecha de la historia de la iglesia alemana • El rey Chlodwig y dos "dioses santos" • La guerra de Borgoña de Chlodwig (500) – «la felicidad del imperio» y un santo Traidor • Los visigodos • La guerra contra los visigodos • ¿Tenemos que liberarnos de la evaluación moral de la historia?

Capítulo 3: Los hijos de Chlodwig

División del imperio y revuelta Auvergnaten • La guerra de Borgoña 523/524 – exigida por un santo, librada contra un santo y un asesino • "Mejor muerto que despojado ..." Un santo ordena asesinar a sus nietos • Morir destrucción del reino de Turingia y el exterminio de su familia real • Más guerras contra los godos y los burgundios • Teodeberto I – "magnus", "religiosus", "princeps christianissimus", "una especie de cumbre" • reyes asesinos y asesinos los papas

Capítulo 4: La invasión Lombarda

La incidencia • Colaboración y celo por la conversión Capítulo 5: Los últimos merovingios • Los nietos de Chlodwig • "... digno de Messalina y Agrippina" • Chilperich I – campañas y canciones espirituales • prelados y empuje de alta nobleza al poder • Revuelta de Gundowalds y desertores episcopales • King Guntram demuestra su santidad • Deseos papales para la guerra

Capítulo 6: Los visigodos se vuelven católicos

La fundación del imperio visigodo español • La catolicización de los suevos • El Arian Leowigild y la Oposición católica • Un rebelde y un traidor se vuelve santo • "... inflamado por el calor de la fe" o "Nunca me convertiré en católico"

Capítulo 7: El papa Gregorio I (590-604)

Vulnerable y orientado a la carrera • La controversia del título con “Más rápido”, la “adicción a la propia gloria” • En el polvo del empleo terrenal

El hombre de doble moralidad: “Pensar de manera diferente a la mayoría ... un crimen casi digno de muerte” • Justo y amoroso contra los judíos? • Negocios antes de la expansión o “propiedad de los pobres” • Los esclavos necesitan y consumen como ganado o “La diversidad de las propiedades” • A veces con el emperador, a veces en contra de él • El Santo Padre recomienda ataques a la espalda, toma de rehenes y pillaje • Papa Gregorio celebra a un asesino imperial • Comienza la propaganda papal en Inglaterra • La educación desprecia y la profecía del fin del mundo • De bueyes, burros y el comentario de trabajo de Gregorio • Incluso el mayor golpe es "hacia adelante ..." • Reliquias – o mentiras, que los rayos se doblan

Capítulo 8: Brunichild, Chlotar II y Dagoberto I o "La cristianización de la idea del rey"

El Papa Gregorio I espera "un animal político salvaje" • La caída de Brunichild y el primer punto culminante en la cristianización de la idea del rey • El alto traidor de Metz • “Miedo y terror” y oración constante bajo Scrooge I • Misión y masacre

Capítulo 9: La Iglesia en el período merovingio

Una especie de úlcera cancerosa sagrada • Ignorante, altamente criminal y bien católico • Dos representantes famosos • Poderosos lamidores de saliva o "Ellos son las personas que actúan ..." • Trono y altar • "... ¿más bien intereses materiales de la Iglesia del Imperio Merovingio"? • "... un nivel bajo", "... un nivel bárbaro" • Pequeña revista de los hombres de Dios • Rebelión en el convento de monjas • "... y fue a Marsella" o sin un judío, el cristiano se mantiene saludable

Capítulo 10: El Llegada de los carolingios

Preludio sangriento bajo el obispo Kunibert, Pippin del hijo mayor Grimoald y St. Sigibert • ... y muchas cosas piadosas • St. Balthilde mata a nueve obispos • Ebroin y Leodegar, anticristo y seguidor de Cristo • Pippin II, "que siempre atacaba inmediatamente a sus enemigos ..." Misión de espada a los frisones • Karl Marteil "... con mucho derramamiento de sangre" y "con la ayuda de Dios"» • El surgimiento del Islam

Capítulo 11: San Bonifacio, "Apóstol de los alemanes" y Roma

Alivio de "toda la suciedad" en Hesse, Turingia y Sajonia, y algo de derramamiento de sangre • Sementales inclinados, monjas santas y un "negocio tan rentable" • El "Pfaffenwinkel" surgió • El principio del fin del Agilolfinger o Baviera ingresa a la red romana • "Continúa la lucha, amado ..." • Guerra sangrienta por Baviera y piedras angulares papales

Capítulo 12: Revuelta del papado y controversia sobre las imágenes

La iglesia maldice a un papa • Roma se rebela contra Bizancio • Quema libros y Batallas: la catolización de los lombardos • Comienza la batalla por las imágenes • Una revolución papal fracasa

Capítulo 13: El surgimiento de los Estados papales a través de guerras y robos

Lavado papal entre Bizancio, Longobardos y Franconia • Zacarías, una lengua

irónica que admira a los Longobardos • La masacre swabia de Karlmann y la diócesis de Constanza • Pippin III – "un buen cristiano" y "un gran soldado" • El "acto más serio de la Edad Media" • Violación abierta de la ley y separación de Bizancio • El culto y el truco con San Pedro • El heredero al trono y rey dirigido por el Papa "por la gracia de Dios" Dos guerras por el Papa

Capítulo 14: El "don Constantino"

La Edad Media católica: El dorado de la falsificación clerical • Algunos ejemplos de falsificación espiritual de archivos del consejo, reliquias y vidas de santos • Ejemplos de falsificación episcopal, especialmente por razones de poder y política de propiedad • Origen y significado del «don Constantiniano» • Detección de falsificación

Capítulo 15: Karl I, el llamado Charlemagne, y los Papas

Excesos criminales en la corte papal durante el cambio de poder en el Imperio de Franconia • Papa Stephan III conduce a otra guerra de los Lombardos • Único gobierno ilegal de Charles y comienza la guerra por el Papa • La codicia de Adriano y el robo de Charlemagne al imperio de los Lombardos • Suficiente no es suficiente • «... envía inmediatamente un ejército» – El Papa Adriano se apresura contra Benevent • Un martirio (falso) y una coronación imperial (casi real)

Capítulo 16: Charlemagne y sus guerras

La sangrienta "obra misionera" de los sajones (771-804) • Robo y cristianización – "una parte de la política del gobierno de Franconia" • La cultura carolingia comienza con los "archienemigos" o con los "cristianos" Banderas en Sajonia» • Misión según «las líneas militares...» • Lento en España o «Las cruzadas comienzan aquí» • El carnicero sajón, «unos ceros demasiado» y «la simple calma de una gran alma...» • "Cómo había paz en todas partes ..." • Los últimos levantamientos, la guerra de aniquilación – y "la alteza silenciosa del ladrón" • Las leyes de sangre de Karl • El robo y la extinción de los Avars (791-803) • El breve juicio de Karl con Tassilo • Obviamente una guerra santa • Una vez más: la iglesia que se aprovecha de la guerra • Comienza la ofensiva sistemática contra los eslavos • Uno en el crimen – uno en santidad

VOLUMEN 5: SIGLOS IX Y X

Desde Ludwig el Piadoso (814) hasta la muerte de Otto III (1002)

Publicado en 1997, 704 páginas, tapa dura, € 27, – (D) y rororo 60556 / € 12.50 (D)

Editorial - De quien su pan como, su canción canto o "Antes de cualquier forma de poder mi estómago"

Capítulo 1: Emperador Ludwig I el Piadoso (814-840)

Mata y reza • "Nuevo intento de reforma ..." – hasta cinco litros de vino y cuatro litros de cerveza por día y canon • Lucha por la "propiedad de la iglesia" y contra la propia iglesia • Reforma matrimonial y eclipses lunares o De la superstición del emperador • "... ese juego de asesinatos, la caza" • Purga de Aachen de “traidores” y putas • El emperador, el clero y la unidad imperial • La ordenación imperii (817) y la ironía de la historia • Ludwig el piadoso permite a los familiares engañar, esquilar e insertar admisión pública de culpa de • La avaricia de los grandes y los que no tienen • Política exterior o "encantos de verano ..." • Guerra contra daneses, sorbos y vascos • Guerra contra los bretones • Guerra contra los abodritas y vascos • Guerra contra los croatas • Guerra en España y contra los bretones • Guerra contra los búlgaros • Condiciones romanas: por qué el papa León III canonizado

vértigo con corona imperial y coronación: Stephan IV (816-817) y Pascual I (817-824) • El papa Pascual ciega y decapita, se santifica y vuelve a ser eliminado en el calendario • El co-emperador Lothar I y la “Constitustitio Romana” • Los obispos de Franconia humillan al emperador y no quieren ser juzgados por nadie mismo • Los católicos entre ellos: el Primer levantamiento • Mucho peor que Canossa – y todo "según el juicio del sacerdote" • La manada episcopal sin escrúpulos cambia de nuevo el frente • La "Causa Ebonis" • La lucha del emperador por Karl (el calvo) y contra los nietos o por «orden» y contra la "plaga" – La muerte del emperador • Franconia y cósmica • Los hombres del viento del norte

Capítulo 2: Los Hijos y Nietos

Las personas se habían vuelto cristianas y nobles • Siempre cambiando frentes o juramentos de lealtad, baratos "como moras" • La batalla de Fontenoy o "Donde la voluntad de Dios conduciría la causa..." • El emperador Lothar se alía con paganos y roba iglesias – Ludwig los jefes alemanes • Los juramentos de Estrasburgo (842), así como Dios y el sacerdote Wille • De una extraña opinión de historiadores antiguos y nuevos • Los contratos de Verdun (843) y Meersen (870) • Ludwig, por la gracia de Dios Rey de Baviera • Carlos el Kahle y Occidente • Asesinato y homicidio en Bretaña • Charles el Calvo mata a sus sobrinos • Ludwig el alemán ataca el Imperio de Franconia Occidental • Los eslavos se infiltran ... • ...y del "derecho de los pueblos culturales contra la barbarie" • Gusanos eslavos y pueblo de Dios franco • En 400 años 170 guerras contra los eslavos • Gran Moravia • La familia Ludwig: trabajo leve bajo la cruz y "la sangrienta creación de la espada" • ... y otra vez Hijos católicos contra el padre católico ... • Príncipe Karl (Emperador Carlos III el Gordo) luchando

contra los espíritus malignos.

Capítulo 3: El papado a mediados del siglo IX

Sergio II. O "... lo mejor que podamos" • El Vaticano se convierte en un fuerte – un santo Papa como constructor de fortalezas • Por primera vez, un papa garantiza el Reino de los Cielos para la guerra de crepes • El emperador Luis II (850–875) falla en la pregunta del sucesor • Las decretales Pseudoisidorische –» «las falsificaciones más serias que jamás se hayan desafiado ...» • a) Alcance y tipo • b) Propósito • Anastasius Bibliothecarius o un oponente debuta • Nikolaus I – una rueda de pavo real papal, "... como si fuera el señor del círculo de la tierra" • Lothars II. Disputa matrimonial: el emperador Lothar I. divide su imperio • Abad Hucbert – "Putas, perros y halcones cazadores" y 6600 mártires • El arzobispo Gunthar de Colonia revela una falsa confesión de confesión • Nikolaus I en la lucha con el episcopado de Franconia Oriental y el emperador • "Escucha, papa Nikolaus ..." – buitres coronados y cambio de frente papal • Desde el idilio familiar bajo el papa Adriano hasta la muerte desinteresada del emperador Luis II "por la causa de Cristo" • Descenso y ascenso de Anastasius: Muerte de Lothar II – un "juicio de Dios" • Salvación y victoria para Carlos el Calvo – y "victoria salvación" de los obispos • El emperador Luis II muere exhausto por Cristo y la iglesia lo hereda • Roma pierde Bulgaria • Sexo, cuidado pastoral, pequeños sobornos y despedidas en la corte de Bizancio • Consejo Pontificio para Bulgaria: ¡no con una cola de caballo, sino con la cruz en la batalla! • Roma gana Bohemia y Moravia – los "Apóstoles eslavos" están llegando • El duque Ratislaw está cegado, el Arzobispo Method es traficado con una fusta por el obispo de Passau • Incursiones en el Este o "Nadie escapó de allí excepto el Obispo Embricho ..." • Prohibición final de la liturgia eslava y el ascenso de los "apóstoles eslavos" a mecenas regionales y "santos de la moda"

Capítulo 4: Juan VIII (872-882): un Papa tal como está en el libro

Nueva iniciativa o el primer papa almirante • El negocio de Juan con Karl el calvo, el "salvador del mundo" • Muere Ludwig el alemán: obituario del abad Regino • Condolencias de Karl el calvo y primera batalla de los "enemigos hereditarios" alrededor del Rin • Juan corteja a Karl, cuyas "virtudes es incapaz de expresar la lengua humana ..." • Muerte después de 37 años de gobierno "por diarrea en gran miseria..." • Juan elogia a Karlmann y corona a Ludwig el Stammler • Rey sacerdote Boso entra en el centro de atención • El emperador quiere «primero y sobre todo» llamó el Papa Juan • Último llamamiento a Boso: «... ahora es el día de la salvación» o el cuádruple juego de Juan • Contactos franconianos con parientes • Contra la transferencia de buques de guerra, etc. Juan quiere reconocer a los dos años depuestos y malditos Patriarcas Fotios • De Karlmann a Karl III el gordo • El papa Juan persigue a los sarracenos: los católicos colaboran con ellos • Asesinato de líderes musulmanes encarcelados: condición papal para el reingreso a la iglesia • Oficial de Johanneische y primer asesinato papal

Capítulo 5: Emergencia normanda y el emperador Karl III, el gordo

Mata "con la ayuda de Dios" y vence sin ellos • Príncipes muriendo en el este y el oeste de Franconia • Charlemagne, ante quien todo cae y todo falla • Cuando los

cristianos tienen que soportar lo que de otra manera les harían a los demás • De bellis Parisiacis o "Nada más imperial Majestad habría sido digna» ». La divina providencia funciona como un niño: fin del gobierno normando en Frisia. • Asuntos domésticos: hasta que se cortaron los genitales, «que no había rastro de ello ...». Obispo Liutward von Vercelli: celebrado y despedido • 25 años de Joseph-matrimonio – Prueba de fuego aprobada • El "golpe de estado" de Arnulf y el rápido final de la vida de Karl

Capítulo 6: Arnulf de Carintia, Rey y Emperador de Franconia Oriental (887-899)

Arnulfo de Carintia: Franconia oriental y Oriente • "Heil Arnolf, el gran rey" • San Emmeram o "Alabado sea Dios sin lengua, / Hace que te preguntes" • Un grito de batalla al cielo" • El impulso (alemán) hacia el este • Guerras devastadoras con Moravia • La" figura clave "política de la época, el arzobispo Fulco von Reims, se vuelve como una veleta

El final (sagrado) del rey Zwentibold o esta era la vida en los círculos cristianos de alto nivel • Arnulfo de Carintia: Papado e Italia • Lujo y crimen • Wido y Berengar – Guerra civil en Italia y Política de oscilación papal • Coronas del Papa Formoso los "tiranos" de Italia y pide a Arnulf que luche contra ellos • La toma de Bérgamo o una misa matutina siempre da fuerza • Arnulf asedia Roma, se dirige allí y se convierte en el primer contra- emperador franco-alemán • Mueren el emperador Arnulfo y el papa Formoso • El sínodo del cadáver – una pieza macabra de rango papal • Formosios y antiformosianos • Los emperadores Lambert y el emperador Arnulfo mueren, los húngaros inundan el norte de Italia • A partir de Ludwig III por el obispo de Verona Louis el ciego

Capítulo 7: Rey Ludwig IV, El niño (900-911)

Ludwig IV, El niño, el títere del clero • Comienza la torre húngara • “Trabajos de reconstrucción cristianos alemanes en el este” y “el perro más desagradable” ... • De «Ladrones inconsistentes y la familia europea de los pueblos» • La pelea de Babenberger

Capítulo 8: Rey Conrado I (911-918)

La recuperación de Lotharingiens falla • A partir de «Arnulfo por la gracia de Dios», «el justo», Arnulfo «el malo» • El obispo asesino Salomón triunfa

Capítulo 9: Heinrich I, el primer rey alemán

Cómo cuidar de los suyos • Profiteadores de la masacre sajona • El rey sin sal interviene • Novias lucrativas y un obispo dócil • “Movimientos de fraternización” y cercanía al sacerdote • La “Lanza sagrada” • La paz infernal de los cristianos y sus “valores básicos” • Historiadores ayer e historiadores de hoy • La "seguridad fronteriza" de Heinrich o "... ninguno de ellos vino" • "porque el soldado apesta a decadencia" – Obispo Tietmar "al nivel de educación de su tiempo" " años de trabajo educativo» • «Prueba de libertad condicional» • St. Wenceslao Ludmila y dos piadosos parientes cristianos asesinos • Santo colaborador y mártir se convierte en héroe de guerra anti- alemán, Heinrich I "Fundador y Salvador del Imperio Alemán"

Capítulo 10: Otto I, "el Grande" (936-973)

Primero la espada ... • Protección de la iglesia, guerra contra los paganos • Los obispos - un instrumento rentable de gobierno • Príncipes católicos y lazos familiares - Baviera y los hermanos reales se rebelan • "Alivio para los familiares" y las consecuencias: el levantamiento de Liudolfinia - "Christi bonus olor" (La agradable fragancia de Cristo) o "un sacerdocio real" • "Perlas encantadoras" y treinta años de lucha por el poder • Lechfeldschlacht 955 – un "gran regalo de amor divino" • Obispo Pilgrim von Passau (971-991), un gran falsificador ante el Señor, hay un monumento literario • Un propietario de esclavos y guerrero es el primer católico en ser canonizado ceremonial y formalmente • "Santo patrón contra ratas y ratones", "El peligro del este" y los 19 números de los "huesos sagrados" • Motivo de la "colonización oriental" alemana» O las «buenas obras» de los margraves Hermann Billung y Gero • Otto abre la cristianización el turno y la "mesa limpia" aquí • Otto "el Grande" ha decapitado a 700 prisioneros de guerra eslavos y ordena el exterminio de los redarianos • A favor del favor de la "capital del este alemán ..." • Polonia confía las ovejas al lobo • La santa Olga (fallecida en 969) • San Vladimir, el "gran apóstol" • Política escandinava: ¿guerra y negocios por el amor de Dios? • Se acerca la «edad oscura» • Papa Sergio III – Asesino de dos papas • Inicio del «regimiento de putas romanas» - Papa Johann X: en la cama y en el campo de batalla • Condiciones anárquicas en Italia • El rey Hugo se apodera y enriquece a los suyos • La gracia de los papas de Marozia y la noche de bodas del rey Hugo • Berengar II se convierte en rey de Italia • Juan XII hace del amor el foco de su pontificado • Juan XII Otto I es coronado emperador y emite el privilegio Ottonianum • El Papa conspira con todos los enemigos imperiales • Un "monstruo" es derrocado por el trono del papa y muere de un "golpe" • Tumulto y abominación en Roma y en la historia • pilar y Beneficiarios también en Italia: el clero • El emperador logra "uno de los objetivos más importantes en la vida en sus últimos años en el gobierno"

Capítulo 11: El emperador Otto II (973-983)

Clérigos cerca de gobernantes • Guerras por Baviera y Bohemia • Guerra por Lotharingia • Guerra en el norte • Capo di Colonne – la primera gran derrota de la dinastía Ottoniana

Capítulo 12: El Emperador Otto III (983-1002)

Conflicto del trono por Heinrich el luchador y los obispos • En manos de mujeres piadosas y el clero • Entre dos santos y un futuro papa • “Nuestro eres tú ...” • Escenas alrededor de la Santa Sede • El arzobispo Giselher cautiva, falsifica y recoge • Catorce años de guerra permanente contra los eslavos del Elba • "... para recoger las legiones" – Acción concertada en Gniezno en beneficio de Roma • La disputa de Gandersheim

VOLUMEN 6: SIGLOS XI Y XII

Desde el emperador Heinrich II, el "santo" (1002), hasta el final de la Tercera Cruzada (1192)

1999 publicado, 656 páginas, encuadernado, € 27, – (D) y rororo 61131 / € 12.90 (D)

Capítulo 1: Emperador Heinrich II el Santo

El aire de la iglesia y sus consecuencias • Heinrich el Santo roba las insignias imperiales y se convierte en rey contra todos los derechos • Gobierno sangriento - reforma y recolección • "Buenos pastores alemanes" y "líder sagrado" • Excursus: clero y guerra • Cuidado pastoral militar o "amor en forma extranjera" - Bendición de los letreros de campo, las armas, el carnicero o "Cristo ha nacido" • Se prohibió estrictamente al clero hacer el servicio militar • La audacia militar de los obispos "casi una especie de requisito previo para la santidad" • Dirigen ejércitos enteros, asesinan y caen en la batalla • El buen ejemplo de los papas • Mata también a los abades • Se construyen prelados y castillos de la iglesia – Inmediatamente después de la elección de las guerras civiles de Heinrich en Suabia y Franconia • Las Guerras Santas de Henry en el oeste • El obispado de Bamberg es creado por una broma de pícaro real • Arduin de Ivrea, el último rey nacional Italia antes de Viktor Emanuel (¡1861!) derribado • Heinrich la Guerra Santa contra la Polonia católica • El Papa Sergio Schweinsmaul emitió la primera llamada a la cruzada • El Papa Benedicto VIII, a quien San Heinrich "entendido y respetado" • Santo Emperador, el Santo Padre y su campaña contra Christian Bizancio • El Sínodo de Pavía 1022 – lucha despiadada contra su propio clero por pura adicción al poder y al beneficio

Capítulo 2: Emperador Konrad II – Comienzo del siglo de Salian

Los salianos • Elección de reyes y guerras civiles • Señor de su iglesia y "simonista" – masacre bajo el sol del sur – pompa y humor de una coronación imperial • "Constitutio de feudis" y Arzobispo Aribert II Milán • El "ataque valiente" del emperador Konrad arroja a los franceses de Borgoña • Estanterías cristianas en Polonia y sus alrededores • San Stefan I, rey de Hungría y "representante de Dios en el país" • El rey asesino Knud "el grande" y Olaf el santo: campeones para Cristo y uno contra el otro

Capítulo 3: Emperador Heinrich III, "el piadoso pacificador"

Aún más posesión y poder para los prelados • El guerrero pacífico • Las sangrientas batallas por Lorena • La guerra contra Polonia y Bohemia y "el venerable testimonio del Antiguo Testamento" • Heinrich, " el piadoso pacificador, advierte la Hungría católica • "Paz de Dios" – y para quién fue usado

Capítulo 4: "Un Papa se aglomera junto a los demás ..." Los Santos Padres a mediados del Siglo IX

Un Papa se ocupa de los planes de matrimonio y vende el Papado • Padres santos: ¿"idiotas" o víctimas? • Santo y general – Papa León IX (1049-1054) • ¿Reforma? Revolución! Deseos de poder mundial basados en mentiras y engaños puros • Víctor II y Esteban IX, el último Papa alemán que gobernó desde Clemente II • Benedicto X, Nicolás II y el nuevo decreto electoral papal • Nicolás II colabora con los normandos • Cadalus -Schisma comienza • St. Anno y su golpe de estado de Kaiserswerth • El final del cisma de Cadalus • Precursor de las cruzadas en Sicilia y España

Capítulo 5: Heinrich IV (1065-1106) y Gregorio VII (1073-1085)

El comienzo del gobierno de Heinrich • Expresiones de humildad del alto clero • Comienzo de la guerra civil en Alemania • La batalla de Homburg – "olvidando toda reverencia cristiana, las personas asesinadas como ganado" • Papa Gregorio VII – el "santo Satanás" toma posesión • Cómo San Gregorio mantiene la jerarquía anterior • El Papa, el subordinado del Emperador, se hace su señor y quiere gobernar el mundo • El Papa Gregorio VII se esfuerza por reinar sobre Francia, Hungría, España, etc. • Un plan de guerra tras otro, buscar víctimas de la batalla o «La realización del reino de Dios en la tierra...» • Una cruzada con dos mujeres cae al agua • Comienza la lucha por el poder y el viejo teatro metafísico de la grasa • «¡Desciende, desciende, maldito por siempre!» • Canossa • Rudolf von Rheinfelden se convierte en contra-rey • Guerra civil en Alemania • El papa Gregorio toma abiertamente la fiesta del contra-rey • La codicia y el dominio de un santo Papa • El despido de Gregorio, profecías incumplidas y sueños de guerra • La batalla de la urraca, un nuevo contra-rey y la tormenta de Heinrich IV en Roma • Vuelo y fin • Mejor lealtad al rey que los paganos • Vida clerical en detalle o "vivió como lobos furiosos" • Contra-papas, Contra-obispos y guerra de Alemania a Roma • Emperador Heinrich IV en las redes del Papa Urbano II.

Capítulo 6: La Primera Cruzada (1096-1099)

Motivos de la cruzada • “Los perros han venido al santuario ...” – Papitación en el Consejo de Clermont • Agitación de la guerra cristiana • Las masacres judías comienzan en Alemania – primeros preludios de la era nazi • La “Cruzada Bauer”» Finaliza, comienza la «cruzada de los príncipes» • El «camino de la cruz ...» • ... y el triunfo

Capítulo 7: El final del período de salación y la disputa de investidura

Los últimos años de Heinrich IV • Tras las huellas del padre traicionado

Capítulo 8: Lothar von Süpplingenburg – Guerra por la Iglesia y el Papa

La nueva fase de la colonización oriental: "donde estaba sentado el demonio y vivían todos los espíritus impuros" • Obispo Otto, el apóstol Pomerania • Otra guerra civil en Alemania – Staufer, Welfen (y un santo reticula al otro) • Luchas de los papas y contra-papas y el canciller cardenal La dirección de Haimerich • Cómo Inocencio II trató con el rey Lothar • Una paz de diez años, una gran guerra y la miseria de la fortuna humana

Capítulo 9: El primer rey Staufer, cruzadas como en la línea de montaje y un maestro de la iglesia sagrada

El "golpe de estado de Coblenza" y otros "asuntos gubernamentales" • Disturbios, levantamientos y guerras en Italia • "Desolar las tierras florecientes" o "Los pobres allí se hicieron ricos aquí por medio de Dios" • Las órdenes de los caballeros – la nueva "gloria de Cristo en la tierra"» • El maestro de la Iglesia Bernhard promete" un gran mercado "• La cruzada de los reyes •" Muerte o bautismo "– la cruzada en U • La Reconquista comienza • "¡Hie Sankt Jakob!" • Fases más ofensivas y el interés de Roma

Capítulo 10: Cara suave de Barbarroja

Dientes, blancos como la nieve ... • Alegrías de un rey • Barbarroja se convierte en emperador – y algunos fenómenos marginales • «... y se fue en paz» • Pacta con el enemigo • Cómo todo es para lo mejor y se entrelaza rápida y sensiblemente • El asedio de Crema o «la suavidad de su rostro ...» • La lucha entre Barbarroja y Alejandro III quemaduras • "¡Recuerda tu dulzura, Señor!" • La tercera y cuarta procesión de Barbarroja a Italia • San Pedro en llamas, Barbarroja en el cenit de su gloria y «una maravillosa pestilencia mortal» • La Liga de los Lombardos y la Paz de Venecia • El Tercer Lateranum • La muerte y sucesores de Alejandro

Capítulo 11: El Tercera Cruzada (1189-1192)

Horca feudal en la "Tierra Santa" • "... les disparamos como gacelas" – La batalla en los cuernos de Hattin • Los papas golpean para atacar • Las cabezas coronadas se levantan • Acre, la masacre de Ricardo Corazón de León y el logro litúrgico del Santo Padre

VOLUMEN 7: SIGLOS XIII Y XIV

por el emperador Heinrich VI (1190) al emperador Ludwig IV de Baviera (1347)

Publicado en 2002, 576 páginas, tapa dura, 29,90 € (D) y rororo 61511 / 12,90 € (D)

Capítulo 1: Emperador Heinrich VI (1190-1197) y el Papa Celestino III (1191-1198)

Heinrich VI comienza • Tuskulums Ende, un esfuerzo conjunto alemán- vaticano • Heinrich VI primer intento en Sicilia • Artes del gobierno – sobornos y asesinatos • "Por la gracia de Dios ... tenemos todo el reino de Sicilia y Apulia en paz" • Plan hereditario y cruzada "alemana" • Con masacres en la tumba del príncipe

Capítulo 2: Inocencio III (1198-1216), el papa más poderoso de la historia

Soborno y fraude como herramientas del comercio • Megalomanía • “Recuperaciones” y nepotismo • Inocente III interviene en Sicilia • La disputa por el trono entre Staufern y Welfen estalla y es avivada por el Papa • Comienza la guerra contra el trono • La inocencia defiende a Welfen • El Papa, el clero y los príncipes en el curso de la Guerra Civil alemana • Asesinato real en el Palacio del Obispo en Bamberg o Obispo Ekbert «en el apogeo de su tiempo»

Capítulo 3: «La mayor epopeya». Cruzada de todos los lugares. La cuarta cruzada (1202-1204). Cruzadas en España. La cruzada de los niños (1212)

¿Basura en la fragancia religiosa? • Preludio a Constantinopla: Christian Zadar es destruido • Historias bizantinas y Occidente • "... un asesinato indescriptible" y una historia discreta • Reliquias y tesoros artísticos cambian de manos • Una prostituta en el trono del patriarca, el grito de Nicetas – y todo eso Todo "ni tan malo" (Jesuit Hertling) • El efímero Imperio latino y el longevo "Sapo Adriático" • Inocente III y los frutos espirituales de la Cuarta Cruzada • En España: guerras contra "no creyentes" y creyentes • La cruzada de los niños que se decía que no había sido el

Capítulo 4: La Cruzada contra los Albigenses

Se queman los primeros "herejes" medievales • El "novi haeretici" – el advenimiento de los cátaros • La teología y la jerarquía cátaras • El albigense – quema a voluntad y una primera cruzada • La "Roma insidiosa, traicionera y fraudulenta" pone la máscara de la pobreza a • La persecución de los valdenses • El Papa convoca al "Dios de la venganza" y ordena "matar a los lobos" • La "causa de Cristo" • Listo para la batalla y la sátira

Capítulo 5: Cruzadas contra el Báltico, Prusia, Stedinger Ostmission o " todos los esclavos ... para aprovechar y desatar de inmediato» .

"Los príncipes compartieron el dinero entre ellos" • "La paz de Dios" llega a Livonia – "una hoja de gloria imperecedera" • "¡Tómalos, destrúyelos, mátalos!" • Antigua Prusia o "el derecho a tomar posesión por conquista ..." • Misión prusiana o "... los

mató a todos" • Gregorio IX sumerge al Stedinger "en el pozo de la condenación"

Capítulo 6: Emperador Friedrich II (1194-1150) y los Papas Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX

Nueva edición de la política Staufer • Viene el sacerdote emperador • Dinero + posesiones = honor, pero suficiente no es suficiente • La disputa alemana sobre el trono se decide en Francia • El cuarto Lateranum (1215) – contra los judíos, contra los «herejes» y por una nueva guerra • El "humilde Honorio" y el comienzo de la Quinta Cruzada • Cómo no ser destruido gracias a un sultán "incrédulo" • El Papa Honorio insta al emperador a la guerra • Gregorio IX (1227-1241) comienza y la próxima cruzada • El papa Gregorio invade el imperio mientras el emperador está en una cruzada • El doble juego de Gregorio en la batalla por Lombardía • Gregorio IX se retira para destruir a Friedrich y muere

Capítulo 7: Comienza la Inquisición

Los inicios de la inquisición papal en Alemania – Konrad von Marburg

Lo más sucio, lo más sagrado • Prisiones de inquisición, lugares de horror inimaginable • Practica Inquisitionis • Tortura, el instrumento más impresionante de la caridad cristiana • “Para los católicos es muy beneficioso si la inquisición es abundante Financiación»

Capítulo 8: El emperador Friedrich II y el papa Inocencio IV

La huida a Lyon • El Consejo de Lyon, las mentiras del cardenal y la deposición del emperador • Dos contra-reyes papales en Alemania y una nueva guerra civil • Parma – Friedrichs II La derrota más grande • "... la actitud noble inaccesible" • Ataques de asesinato contra el emperador y el tremendo papa que vitorea su muerte • "... y la causa de Dios"

Capítulo 9: Fin del Staufer, ascenso del Anjou

Rey Louis el Santo – "Patrón de la Francia católica" • El guerrero sagrado y otras dos cruzadas • La revuelta pastoral • La tormenta mongola y la misión de John von Plano Carpini • El papa Inocencio regatea Reino y muere • El papa Alejandro IV (1254-1261) busca destruir a la gente Staufer a través de Inglaterra • “Mira cómo se aman...” • El papa Urbano IV (1261-1264) y Carlos I de Anjou vienen en el negocio • Charles the Savior está allí • Una batalla por el papado ... •... y una segunda masacre para el papado junto con el mensaje de victoria de Karl

Capítulo 10: Los Habsburgo están llegando

Rudolf de Habsburgo cae a los pies del Papa • Nicolás III y nepotismo • El "más frenético" de los papas y las vísperas sicilianas • Pro domo – o convertir el Reichsgut en propiedad de la casa • Adolf de Nassau se convierte en rey, depuesto y asesinado por Dios • Albrecht I de Habsburgo se convierte en rey y asesinado

Capítulo 11: "... Traicionado como el Redentor". Papa Celestino V (1294) y papa Bonifacio VIII (1294-1303)

Un «ángel papa» renunció • “El pecador arrogante” • Una cuarta parte de todos

los ingresos curiales fueron donados a su propia familia • La guerra de los colonizadores • Carlos II de Anjou y el papa Bonifacio pierde Sicilia • Rey Felipe el Hermoso, "Año Santo" y toro "Unam sanctam" • El asesinato de Anagni o "traicionado como el Redentor"

Capítulo 12: Asesinato de judíos por cristianos en la Edad Media

Persecución medieval de judíos en la Península Ibérica • Persecución medieval de judíos en Francia • Persecución medieval de judíos en Inglaterra • Persecución medieval de judíos en Alemania • La «amabilidad judía» de las cabezas coronadas y el nervio rerum

Capítulo 13: Heinrich VII, un rey francés, un papa francés y la aniquilación de los templarios

Un Mesías de Luxemburgo • Con lanzas y finanzas • El juicio templario, un monstruoso crimen judicial por el Papa y el Rey

Capítulo 14: Emperador Ludwig IV el Bávaro (alrededor de 1281-1347) en batalla con el Papa Juan XXII (1316-1334)

El genio financiero de la Católica • La disputa por la pobreza • Los enfrentamientos tempranos • La batalla en Mühldorf o "Her öheim, no me gustas tanto" • "Por Dios, tu ira debe encontrarse con mi ira ..." • Dos tercios del dinero de la iglesia para la guerra • Roma – entrando y saliendo • ... y retirándose • La muerte de Ludwig o «dulce Reina, Señora nuestra ...»

VOLUMEN 8: SIGLOS XV Y XVI

Desde el exilio de los papas en Aviñón hasta la paz de Augsburgo

Publicado en 2004, 528 páginas, tapa dura, 29,90 € (D) y rororo 61670 / 12,90 € (D)

Capítulo 1: Los comienzos de Karl IV de Luxemburgo-Bohemia (1346- 1378) y Clemente VI (1342-1352), un precursor de los papas del Renacimiento

¿Un nuevo "rey sacerdote"? • Clemente VI (1342-1352) y la Reina de Nápoles • Lujo, orgías y torturas • Introito y Éxito • Otras formas de explotación o todo tiene un precio fijo • Los métodos de robo de los obispos • El clero inferior también usaba • Nuntii et collectores • «Nuestros predecesores entendieron no es ser Papa» • Marsilius de Padua – «nunca un peor hereje», y la muerte del Emperador y el Papa

Capítulo 2: Inocencio VI (1352-1362) y el comienzo de la Guerra de los Cien Años (1338-1453)

Caza de "herejes" • Cardenal Albornoz – el genio de su santidad • Comienza la Guerra de los Cien Años • Guerra de Sucesión en Bretaña • La Batalla de Poitiers

Capítulo 3: Miseria campesina cristiana y felicidad monástica

"No estés triste, todos somos hermanos en Cristo" • Una naturaleza legal como el ganado • "Jacques Bonhomme una buena espalda, soporta todo" • Hambrunas: personas asesinadas y puestas en sal • Riqueza de las iglesias episcopales • Diezmos y dobles diezmos para el clero pobre • Riqueza de los monasterios • "Para consolar a los mineros" o "privar a herederos legítimos de su herencia" • St. Isidoro "Cada uno tiene que ser su propio buey"? • La colocación campesina cisterciense • La llamada liberación en la iglesia • La propiedad de la iglesia era sagrada • Las revueltas campesinas en Normandía, Dinamarca, Noruega y Hungría • La Guerra Campesina de Flandes y la Jacquerie

Capítulo 4: Los Papas Urbano V (1362-1370), Gregorio XI (1370-1378) y el final del exilio de Aviñón

Continúa la caza "herética" • Regreso fallido a Roma y fracasó la unión de la iglesia • "... un golpe de suerte" Asesinato en masa en Alejandría • Gregorio XI lucha contra John Wyclif y otros "herejes": regreso a Roma, baños de sangre y flores

Capítulo 5: El gran cisma occidental (1378-1417 y 1423). Guerra de los papas unos contra otros

Un monstruo y un asesino en masa se convierte en Papa • Guerra contra Nápoles. Urbano VI tiene sus propios cardenales torturados y asesinados • Papa Bonifacio IX (1389-1404) hace que el dinero y las cabezas rueden • En lugar de la malvada dualidad, una trinidad maldita • Papa Juan XXIII. "Así es como se capturan los zorros" • El Concilio de Constanza (1414-1418) desempodera a tres papas

Capítulo 6: Jan Hus y las guerras husitas

Un reformador enciende Bohemia • La Iglesia católica quema a Jan Hus • Comienza la revolución husita • Cuatro cruzadas contra el «gusano venenoso»

Capítulo 7: Europa cristiana hacia mediados del siglo XV

Con especial atención al Papa Eugenio IV, otros pogromos de los judíos y el Consejo de la Orden Teutónica contra el Papa • Gran cabeza rodando bajo el cardenal Giovanni Vitelleschi, el "hijo amado" del Papa • Unión de la iglesia de Eugenio • Los turcos destruyen Bizancio • Continúa la Guerra de los Cien Años (1327-1453) hasta el final • La revuelta de los campesinos • Los caballeros entre ellos • Una bruja se vuelve santa • Incluso un agitador judío se vuelve santo – Incluso un gran asesino de los judíos se vuelve santo • El "Viaje Prusiano" – la Orden Teutónica pide "Temporada" • Tannenberg o el principio del fin

Capítulo 8: Comienza el papado renacentista. Nicolás V, Calixt III, Pío II, Paul II, Sixtus IV, Inocencio VIII

Nicolás V (1447-1455), “el más liberal de todos los papas” • Calixtus III (1455-1458) Guerra turca y nepotismo • Pío II (1458-1464), un pornógrafo se convirtió en Papa • Pablo II (1464-1471), “la piadosa María” • Sixto IV (1471-1484). Guerra y asesinato para Nepots, comienzo de la Inquisición española • Inocencio VIII (1484-1492). La "Edad de Oro de los Bastardos"

Capítulo 9: Los comienzos del largo engaño de la bruja cristiana

Lo que creían las luces de la iglesia pequeña y grande • "Ardiendo", "el houbet abslahn", "arrojado a los animales salvajes". "La prioridad de la iniciativa se encontraba inicialmente en la jurisdicción espiritual" • "Hexenbulle" y "Hexenhammer" iluminan la era moderna

Capítulo 10: Por Alejandro VI (1492-1503) a León X (1515-1521)

La Sagrada Familia • Invasión francesa y turca • Savonarola • Tres guerras de Romaña – y el “polvo blanco” • “El borracho de sangre Julio” toma posesión • Las guerras de Julio II en Perugia y Bolonia • Julio II advierte a los venecianos y a Venecia con la ayuda de Francia Ayuda a los franceses • Papa León X (1513-1521) “Nunc triumphabimus, amici” • Nepotismo y deudas como arena en el mar • Lavado sangriento de León para los Medici

Capítulo 11: La indulgencia. Del católico al protestante Lutero

"... una verdadera formación dogmática nueva" • El "Fuggerei" • Indulgencias para los vivos y los muertos • Progresos en el fraude y las consecuencias de la indulgencia • Las indulgencias. Del "muy buen papa" al "Papstsau"

Capítulo 12: Se llama la Reforma

El reformador permite que los campesinos sacrifiquen o "inciten a dos lenguas falsas del Lutero" • El "hereje" se convierte en un cazador "hereje" • Lutero exige la pena de muerte para magos y brujas • El delantero

Capítulo 13: De "Sacco di Roma" a Augsburgo Paz religiosa

Karl V y Francisco I • Clemens VII. Lavados • II Sacco di Roma – el emperador católico y patrón de la iglesia advierte al Papa con españoles y luteranos • Papa Pablo III (1534-1549) Guerras turcas, Inquisición romana y su traición al emperador en la Guerra de Schmalkaldic • La paz religiosa de Augsburgo: nueva ley y nueva injusticia

VOLUMEN 9: MEDIADOS DEL SIGLO XVI A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII

Desde el genocidio en el Nuevo Mundo hasta el comienzo de la Ilustración

Publicado en 2008, 460 páginas, tapa dura, 29,90 € (D) y rororo 62443 / 14,00 € (D)

Capítulo 1: Holocausto estadounidense o "Primavera de la misión al comienzo de los tiempos modernos"

Papas y portugueses atacan África • Alejandro VI regala un continente – "... y el Día de Colón es una celebración" • Comienza el mayor genocidio de la historia • Herna Cortés, bestia misionera y humana • Pizarro y la destrucción del imperio inca • Cómo Norteamérica se convirtió en cristiana o: "Para matar y desmenuzar todo, grande y pequeño»

Capítulo 2: La Reforma cubre Suiza. Zwingli y Calvin

Zwingli puede renovar la iglesia "solo por sangre" • Calvin ha quemado a Michael Servet

Capítulo 3: Comienza la Contrarreforma. El Concilio de Trento.

«Sacrosancta Tridentina synodus (1545-1563) • Enfoques de reforma anteriores • Fases del Concilio • Influencia de los jesuitas

Capítulo 4: Ignacio de Loyola (1491-1556). Un visionario lloroso hace de la política mundial

"servicio militar para Dios" • "El diario espiritual" o ¿Estaba loco Ignatius von Loyola? • Visiones y "voces" • La constante "mirar hacia arriba" o "Como con un telescopio místico" • Obedecer "ciego" como si fueras "un cadáver"

Capítulo 5: El confesionalismo comienza

La confesionalización comienza ... •... y la iglesia estatal luterana, «Continuación de la guerra de los campesinos ‹por otros medios» » • Cuius regio, eius religio • Lo que el Sr. von Pastor quiere decir

Capítulo 6: Agitación jesuita mundial

En Italia y España • En Francia y Alemania • En Polonia y Suecia • La Unión de Brest • Un teatro de desprestigio histórico mundial. Roma coloca un falso zar en el trono en Moscú • En América del Sur e India • En Japón y China • Apariencia y ser y hostilidad inicial • Adoctrinamiento constante o: cupido ocupandi omnia • La banda de confesores

Capítulo 7: Wittelsbacher y Habsburgo como portadores del Contrarreforma y la guerra de Colonia

Múnich como "Roma alemana", Baviera como estado policial • Nada sobre el "salario de Dios" solo • El cardenal Otto Truchseß von Waldburg, obispo de

Augsburgo y "protector de la nación alemana" – Julius Echter von Mespelbrunn, príncipe-obispo de Wurzburgo y duque de Franconia. Retrato de un "humanista sobresaliente" (Meisner) • Habsburgo salva a Austria para el papado • La Guerra de Colonia "para propagar el santo evangelio"

Capítulo 8: Terror estatal en Occidente. Países Bajos, Francia, Inglaterra y Escocia a finales del siglo XVI.

Terror en los Países Bajos • Sacrificio de sangre de cristianos holandeses bajo el emperador • Rey Felipe II – «todo desde el punto de vista del interés de la iglesia ...» • La iconoclasia • Duque Alba y su regimiento de terror • Terror en Francia • La noche de Bartolomé o la llamada boda de sangre parisina • Cantos gregorianos y puro horror • Terror en Inglaterra, Escocia e Irlanda • Henry y su felicidad conyugal • Henry VIII se convierte en el "jefe terrenal más alto de la Iglesia de Inglaterra" • María la Católica, la sangrienta (1553-1558) • Isabel I (1558-1603), el "gobernante nato" • Escocia y Maria Stuart • Irlanda – premios principales para sacerdotes católicos como la cabeza de un lobo

Capítulo 9: La batalla de barro antes de la gran guerra. Del campo de batalla periodístico a los militares.

"... mocos tan horripilantes y vergonzosos" • "... el reino del Anticristo... la gran madre de la fornicación" • "Cristo Jesús con los cristianos / El diablo con los calvinistas" • "Por el amor de Cristo ... ven con tus alabardas, cañones y rifles ...» o: «Ahoga a Alemania con su propia sangre»

Capítulo 10: La Guerra de los Treinta Años comienza

Unión y Liga. Los Hermanos Cristianos Formados • El Dintel de Praga (23 de mayo de 1618) • La Guerra de Bohemia • El Juicio de Sangre o: "De lo contrario, todo el día fue hermoso" • La guerra salta sobre el imperio • El Papa Gregorio XV (1621-1623) – "Temor y amor a Dios" y constante belicismo • De "lujuria a guerra" o: "No perdonas a nadie quién es él ..."

Capítulo 11: ¿Por qué se peleó en la Guerra de los Treinta Años?

La Guerra Danesa-Baja Sajona (1625-1629) y el Edicto de Restitución (1629) • Wallenstein entra en la arena • "El pueblo sueco marcha ...". Magdeburgo y Breitenfeld • Religión solo pretexto para la guerra • Los Papas y la guerra

Capítulo 12: Pax Christiana o "estilo de vida Chrisdiche" después de la guerra del siglo

Desde el anhelo por la paz y siempre nuevos proyectos de guerra • Guerra por la guerra • En la época del "Rey Sol" * De "libertad de creencia" o "morir como mosquitos ..."

INDICE DE NOMBRES

Abel, duque de Schleswig 19 Abel, Wilhelm 211,113
Absalom I, arzobispo de Lund 20 Adam de Bremen 18
Ahrens, Norbert 244
Albani, Alessandro 168
Albani, Annibale 168
Albani, Giovanni Francesco 130, 168
Alberoni, Giulio 169
Albert, Hans 139
Alejandro VII, Papa 125, 155-157, 159, 190
Alejandro VIII, Papa 166 y s., 190
Alexei Michajlovic Romanov, Zar ruso 90 y s.
Altomonte, Martino 114
Andrejeviü, Vladimir 81
Angelo 27
Anna Alexejevna, cuarta esposa de Ivan IV 79
Anna de Austria 157
Apraxin, Fjodor Graf 64
Arason, Jön, obispo de Hólar 41
Archinto, Alberigo 140
Arcimboldi, Giovanni
Arndt, Ernst Moritz 146
Aubarède, Michel d' 164
August El fuerte (Friedrich August I), Elector de Sajonia 52, 59, 63 y s.
August II, Rey de Polonia 52
August III, Rey de Polonia 59 Agustín 129, 224
Aviano, Marco d' 101

Batthyány, Karl Graf von 202
Baumann, Leopold 231
Bazmanov, Alexej 75
Becket, Thomas 195
Bekeshovede (Bukshövden), Albert de 53
Benedicto XIII, Papa 170
Benedicto XIV, Papa 139 y s., 150, 153, 173 f-, 177. 190
Birger Jarl, Rey de Suecia 11
Birger Magnusson, Rey de Suecia 19 y s.
Bischoff, Engelhardt 104
Bjorneboe, Jens 243
Bleckwenn, H. 145
Bolotnikov, Ivan Isayevich 85 y s.

Bonneval, Claude Alexander Conde de 118, 134
Borgomaero, Carlo Emanuele d'Este Marchese di 101
Borissowitsch, Fjodor 84
Borromäus, Karl 188
Borromeo, Vitaliano 124
Bräkers, Ulrich 112 Brandt, Ahashver von 11
Brask, Hans 31
Braubach, Max 96, 103, 1136, 118
Braudel, Fernand 221
Brouwer, Adriaen 113
Bruckmüller, Ernst 211,219
Buchholz, W. 30, 45
Büchner, Georg 217
Burkhardt, Johannes 123, 136 y s., 139
Bussow, Conrad 86

Cano, Melchior 178
Carlos II, Rey de España 95
Carlos III, Rey de España 16, 134, 168, 183 y s., 186 y s.
Carlsson, Gottfrid 26
Castelldosrius, Manuel 95
Caulet, François 164
Cawthome, N. 72
Ceram, CW 230 y s. 308
Charlemagne ("Carlomagno"), Emperador romano 194, 237
Chigi, Fabio 155, 157 -> Alejandro VII, Papa Chlodwig I, Rey de Franconia 194
Christian August de Sajonia 52.
Christian I, Rey de Dinamarca 24 y s.
Christian II, Rey de Dinamarca 24 y s., 27 y s., 32, 36, 39
Christian III, Rey de Dinamarca 39-41
Christian IV, Rey de Dinamarca 12
Christine, Reina de Suecia 159, 165
Christoffer, Graf von Oldenburg 39
Christoph I, Rey de Dinamarca 20
Churchill, John 115
Cibo, Alderano 170
Clausewitz, Carl von 51, 146
Clemente IX, Papa 190
Clemente V, Papa 188
Clemente X, Papa 125, 161, 190
Clemente XI, Papa 126, 130-134, 168 y s., 190, 198
Clemente XII, Papa (Lorenzo Corsini) 171, 190
Clemente XIII, Papa 135 y s., 139, 151 y s., 186, 189
Clemente XIV, Papa 186, 188, 190
Conde (Príncipe) 126
Constantino ("el Grande"), Emperador romano 82, 193, 226, 237

Conti, Louis Armand 32, 100
Cordara, Giulio Cesare 177
Corsini, Neri 171
Coscia, Niccolö 170
Crequi, Herzog von 139
Crivelli, Ignazio 149 y s.

D'Alembert (Jean-Baptiste le Rond) 181
Dacke, Niels 32
Davenant, Henry 120
Davia,
David, Rey judío 77
De Quincey, Thomas 113
Dessau, Moritz von 145 Dietz, Johann 114
Dmitri, hijo de Ivan IV 83
Dos Passos, John 228
Dubois, Guillaume 169 y s.
Duchhardt, Heinz 13, 94, 114, 119
Duffy, Christopher 138, 145-147
Durant, W. u. A. 178

Eckengrön, Johann Heinrich 56
Effen, Justus van 62
Egghardt, Hanne 93, 103, 111
Elisabeth I, Reina de Inglaterra 79
Elm, Veit 179
Eltz, Graf von 220
Endres, Rudolf 220
Engelbrektsson, Olav 39
Erasmus de Rotterdam 28
Erik ("el santo"), Rey de Suecia 16, 31
Erik I "Blodöx" (hacha de sangre), Rey de Noruega 17
Erik I, Rey de Dinamarca 19 y s.
Erik IV, Rey de Dinamarca 19 y s.
Erik V, Rey de Dinamarca 20
Erik XIV, Rey de Suecia 42 y s.
Eugène Maurice de Saboya-Carignano 98
Eugène, Príncipe de Saboya-Carignano 13, 93 y s., 96-121, 132 y s., 197
Eversmann, Rudolf Wilhelm 121

Farnese, Elisabeth 184
Faulkner, William 229
Felipe V, Rey de España 24, 95, 131 134, 168, 183
Fenske, Hans 200
Fernando VI, Rey de España 183 Beurisen, Jörg Peter 46, 49, 62
Fjodor I Ivanowitsch, Zar ruso 83 y s.

Frantz (jesuita) 202
Franz I Stephan, Emperador del Sacro Imperio Romano 139, 196
Franz I, Rey de Francia 137, 139
Franz Stephan, Duque de Lorena 202
Frederik I, Rey de Dinamarca 37-39
Frederik IV, Rey de Dinamarca 53, 59
Friederike Sophie Wilhelmine, Margravina de Bayreuth 121
Friedrich I, Rey de Prusia 168
Friedrich II ("el grande"), Rey de Prusia 14, 52, 59, 96, 112, 110 y s., 139, 141 y s. 144-149, 152, 196, 216
Friedrich III, emperador del Sacro Imperio Romano 73
Friedrich III, Rey de Prusia 168
Friedrich von Hessen-Kassel 65, 123
Friedrich Wilhelm I, Rey de Prusia 120
Fürstenberg, Wilhelm Egon de 128

Gadd, Hemming 11
Gelmi, Josef 133, 156
Geremek, Bronislaw 224
Ginckel, Barón de 1 20 Harald I Schönhaar (Härfagre), Rey de Noruega 17, 23
Giovanni Antonio 52
Glinskaja, Jelena, zweite Ehefrau Vasilijs III 73 y s.
Glinskij, Jurij 74
Glinskij, Michail 74
Goethe, Johann Wolfgang von 228, 244
Goldharald, Rey de Dinamarca 19
Gondy, Jean-François-Paul 158
Gontard, Friedrich 153
Gonzaga, Silvio Vatenti 138,173
Gorbatyj-Sujskij, Alexander 75
Gormsson, Harald Blauzahn (Blatand) 17
Gottfried, Rey danés 16
Gregorio XIII, Papa 189
Gregorio XIV, Papa 189
Gregorio XV, Papa 189
Grey, Ian 73
Grimaldi, Luigi 1 26
Grumbkow, Friedrich Wilhelm von 121
Gudonow, Boris 83 y s.
Gustav I Eriksson Vasa, Rey de Suecia 28-31, 33-35, 42 y s., 309
Gustav II Adolf, Rey de Suecia 44 y s., 142

Häkon I («el bueno»), Rey de Noruega 17
Häkon II («Gachas De Manada»), Rey de Noruega 19
Häkon IV («el viejo»), Rey de Noruega 19
Häkonsson, Erlend 17

Hamsun, Knut 143
Hannibal, karthagischer Feldherr 96
Harald der Harte (Hardräde), Rey de Noruega 18
Harald II Godwinson, Rey de Inglaterra 18
Harald II Piel gris (Graefell), Rey de Noruega 17
Haraldsson, Magnus 31.34
Hastings, Mary 79
Hedwig Sophia, hermana de Karl XII 59
Helgesen, Paul 38
Hemingway, Emest 229
Henry II, Rey de Inglaterra 195
Henry VIII, Rey de Inglaterra 24, 79
Hermelin, Olof 60
Herzan, Franz 199
Hildebrand, Johann Lukas von 112
Hitler, Adolf 65, 138, 142, 225
Holbein, Hans 113
Homborg, Eirik 65
Homuth, Jürgen 25

Inocencio X, Papa 125, 155 y s., 188, 190
Inocencio XI, Papa 14, 153, 160-163, 165 y s., 170, 190, 310
Inocencio XII, Papa 52, 125, 167f, 190
Inocencio XIII, Papa 169!, 190
Iosif, Patriarca 90
Isabel de España 24
Ivan I ("bolsa de dinero"), Zar ruso 70
Ivan III ("The Great"), Zar ruso 72 y s., 76, 83
Ivan IV ("el terrible"), Zar ruso 67, 71-83
Ivov, arzobispo de Rostov 84

Jacob II, Rey de Inglaterra 165
Jann, Hans Henny 243
Jansen, Cornelius 129
Jaroslav el sabio 69
Johann III Sobieski, Rey de Polonia 161
Johann III, Rey de Suecia 43
Johann Kasimir, Conde Palatino 45
Johann, Arzobispo de Weeze 26
Johann, Duque de Finlandia 42 y s.
Johann, Rey de Dinamarca y Noruega 24
José Emanuel I, Rey de Portugal 178
Joseph Ferdinand de Baviera 93
Joseph I, Emperador del Sacro Imperio Romano 130-134, 168
Joseph II, Emperador de Sacro Imperio Romano 191, 193, 196, 200-209, 220
Julio III, Papa 189

Justi, JHG 211, 215
Justiniano I, Emperador romano oriental 193

Karl Friedrich, sobrino de Karl XII 6 5
Karl IV, Sacro Emperador Romano 195 y s., 200
Karl IX, Rey de Suecia 43
Karl Knutsson Bonde, Rey de Suecia 30
Karl Ritter desde 113
Karl V, Sacro Emperador Romano 24, 26 137, 178
Karl VI, Sacro Emperador Romano 106, 119, 198
Karl VII, Sacro Emperador Romano 174
Karl X Gustav, Rey de Suecia 45 f
Karl XI, Rey de Suecia 46 y s., 55, 60
Karl XII, Rey de Suecia 49, 53, 58-65, en, 145
Karl, duque de Södermanland 42-44
Katharina Vasa, princesa de Suecia 45
Katsch, esposa de 121
Kaunitz, Wenzel Anton Graf von 140 y s., 205
Keith, James 145
Kellerhofen (Pater) 136
Kerchnawe, Hugo 96, 111
Khevenhuller, Ludwig Andreas Graf 197
Kinsky, Franz Ulrich Graf 107
Kinsky, Philipp Joseph 197
Kleist, Ewald von 145
Knud II ("el Grande"), Rey de Dinamarca 17 y s., 20
Knud IV ("El Santo"), Rey de Dinamarca 16, 19
Knutson, Torgil 19, 21
Königsegg, Conde 120
Krispin, M. 86
Kroenet, Bernhard 13
Kühner, Hans 167,172
Kunisch, Johannes 220
Kurljatev, Dimitrij 73
Kuszynski, Jürgen 215 La Chaize (jesuita) 128

Ladejarl, Sigurd 19 Lagni, Paolo da 162
Lamberg, Leopold Joseph von 125, 131
Lambertini, Prospero Lorenzo 173 -> Benedicto XIV, Papa Landmann,
Lavalette, Antoine 181
Laward, Knud 19
Ledig-Rowohlt, Heinrich Maria 230 s., 233, 233
Leibniz, Gottfried Wilhelm 128
Lenin, Wladimir Iljitsch 31 León X, Papa 23 y s.
León XI, Papa 189 León XIII, Papa 194
Leopold I, Sacro Emperador Romano 32, 93, 101, 104 y s., 107 y s., 111, 131 y s.,

161.168
Lercari, Niccölo Maria 170
Lichtenberg, Georg Christoph 227
Lieselotte von der Pfalz/Orleans 99 y s., 108
Lionne, Hugues de 138
Lodehat, Peder Jensen 22
Louis XIII, Rey de Francia 157
Louis XIV, Rey de Francia 51, 95, 99 y s., 103, 126, 131, 133, 153, 157-161, 163-165, 168
Louis XV, Rey de Francia 139, 141, 182
Ludwig IV, Duque de la Alta Baviera 195
Ludwig Wilhelm von Baden-Baden 110 311
Lütge, Friedrich 220
Luther, Martin 26, 28, 35, 39 y s., 237
Lütkehaus, Ludger 243

Macaulay, Thomas Babington 173
Magnus el ciego, Rey de Noruega 20
Magnus Erlingsson, Rey de Noruega 19
Magnus III «Descalzo», Rey de Noruega 19
Maidalchini-Pamfili, Olimpia 155 y s.
Makarij, arzobispo de Novgorod 78.81
Malagrida, Gabriel 180
Mancini, Olympia 99
Manteuffel, Ernst Christoph von 121
Manzador, Pius 140
Marfa, tercera esposa de Ivan IV 75
Margaret I, Reina de Noruega 22.30
Maria Amalie de Sajonia, esposa Carlos III 184
Maria Theresia, reinante archiduquesa de Austria 93, 139-141, 151f, 174, 196, 201, 204
Mariana Victoria, Reina de Portugal 187
Marija Feodorovna, séptima esposa de Ivan IV 79
Marija, segunda esposa de Ivan IV 73
Marsilius de Padua 195
Marx, Gratian 207
Marx, Karl 215
Massa, Isaak 85, 87, 312.
Mauthner, Ludwig 115
Max Franz, Elector Elector Olav ("el Santo"), Rey de Noruega 16, 43
Mazarin, Julius 13, 99, 116, 157f, 160
Medici, Raffaelo de' 27
Menzel, Wolfgang 220
Merode-Westerloo, Jean-Philippe-Eugène de 109
Metternich, Franz Georg Karl Graf von 59
Mikaelsson, Knut 33
Miller (Pater) 104

Misurin, Feodor 74
Mocenigo, Alvise 172
Molinos, Miguel de 167
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, Baron de 113, 179
Morozov, Michail 75
Moser, Johann Jacob 136 Munn, Sigurd 19

Näf, Werner 191
Napoléon I, Emperador de Francia 59, 65, 96
Niels, Rey de Dinamarca 19
Nordberg, Jöran 55,63

Obolenskij-Ovcinin, Dimitrij 74 y s.
Ockham, Wilhelm von 195
Oddi, Niccolo 149
Odescalchi, Benedetto 161
Olaf I Tryggvasson, Rey de Noruega 17
Olaf II Haraldsson («el Gordo»), Rey de Noruega 18
Oläfsson, Tryggvi, pequeño Rey de Oppland 17
Olesen, Jens E. 39, 42
Olga de Kiev, santa 69
Ottade, Isaac de 113
Ottoboni, Antonio 166
Ottoboni, Marco 166 y s.
Ottoboni, Pietro 166
Oxenstiema, Axel 45
Oystein II, Rey de Noruega 19

Pablo II, Papa 72
Pablo III, Papa 189
Pablo IV, Papa 189
Pablo V, Papa 84, 167, 189
Palsson, Ögmundur 41
Paolucci, Fabricio 131
Parhamer (jesuita) 202
Pascal, Blaise 129 y s.
Pastor, Ludwig von 14, 27, 43, 130, 132, 152, 174 y s., 179, 187
Patkul, Johann Reinhold 63
Paulus, heiliger 16, 224
Pederson, Anders 33
Pedro III, Rey de Portugal 107
Petri, Olaus 32
Petrovič, Milán 242
Philippe de Anjou, duque 95
Philippe de Saboya-Carignano 100
Philippe II, duque de Orleans 169

Philoteas (monje) 71
Pignatelli, Antonio 167
Pimen, Arzobispo de Novgorod 76
Pío IV, Papa 189, 223
Pío V, Papa 188 y s.
Pío XII, Papa 156, 162
Pitt, Jan 173
Pitt, William 173
Plesceev, Leontij Stepanovic 90
Pombal, Sebastião José Marqués de (Carvalho e Melo) 178-180
Poolucci, Fabrizio 170
Porter, Paulus 113
Potenza, Francesco de 27 y s.
Pranzl, Rudolf 191
Prichovsky, Antonin Petr Graf 203
Pyotr I, Zar ruso 52 y s., 64 y s., 91

Rabenau, Eduard von 218
Racine, Jean 129
Ranke, Leopold von 126, 136, 243
Razin, Stenka 89
Rech, Bernhard 164
Reemstma, Jan Philipp 243
Reichenbach, Benjamin Friedrich von 121
Reni, Guido 113
Retz, Franziskus 177
Rhyzelius, Anders 62
Richelieu, Armand-Jean du Plessis, Primer duque de 98, 157, 160
Riffel, Caspar 179
Rodt, Franz Konrad von 151
Rohan, Louis-Rene-Edouard 220
Rosa, Peter de 156 Rota, Antonio 138
Rousseau, Jean-Baptiste 113
Rowohlt, Ernst 229
Rubini, Giambattista 166
Rudolf IV, Archiduque de Austria 195

Sabiniano, Papa 87
Saburova, Solomonija 74
Salomo, Rey de Israel 77
Scenjatev, Pjotr 76
Schaffgotsch, Philipp Gotthard von 123
Schick, Erich 64
Schilkow, Andreas Jakobowitsch 53
Schilling, Heinz 53
Schlenke, Manfred 148

Schneider, Carl 238
Schnurbein, Gottfried Freiherr von 120
Schönborn, Friedrich Carl von 97, 119
Schopenhauer, Arthur 127
Schröter, Harm G. 11
Schußler, Wilhelm 93,96,114
Schwaiger, Georg 22
Schwarick, Georg 218
Schwarz, Alfred 240 y s.
Ševyrjov, Dimitrij 76
Seydlitz, Friedrich Wilhelm von 145
Sigurd Jörsalafari («el conductor de Jerusalén»), Rey de Noruega 20
Sigurdsson, Häkon 17
Silvester (Sacerdote) 78
Sinelti, Emmerich 101
Sinzendorf, Philipp Ludwig Wenzel von 102, 109
Sixtus V, Papa 189, 224
Skara, Vinzenz 27
Skule, Jarl 19
Slagheck, Dietrich 27 y s.
Slembe, Sigurd 20
Soissons, Marie Jeanne-Baptiste de 99
Sophia Palaiologina, esposa de Ivan III 71
Sophie, electora de Hannover 99
Sparre, Erik 43
Stadler, Pater 136
Stählin, Karl 78
Stainville, Etienne François 141
Stälhammar, Jon 55
Stalin, Joseph 142
Stanislaus I Lesczynski, Rey de Polonia 63
Steffen, Herbert 240, 242
Stein, Heinrich Friedrich Karl Baron Imperial desde y hasta 217
Steinmetz, Walter 243
Stenbock, Magnus 57 y s., 60
Stiernhöök, Johan 54
Stollberg-Rilinger 207
Strennäs, Matthias de 27
Sture, Sten 11, 22, 24-26, 33
Šujskij, Andrej 75
Šujskij, Vasilij 74
Sunnanväder, Peder Jakobsson 33
Suworow, Alexander 96
Sven Gabelbart, Rey de Dinamarca 17
Swart, Peter, obispo de Västeräs 31
Swift, Jonathan 93, 99 y s., 107

Szczesny, Gerhard 232 y s.

Tanucci, Bernardo 172, 183-185
Tausen, Hans 38 y s.
Temgrjukovic, Michailo 75
Tennstedt, Florian 217
Terco, Nils 33.42
Theodosius ("el Grande"), Emperador Romano del Este 77
Theognost, Metropolitano de Kiev 71
Thomas (Obispo sueco) 21
Thomas Aquinas 224
Thun, Leopold Leonhard Graf von 220
Timofej, Arcipreste 81
Torrigiani, Luigi Maria 124, 151
Tour, Emanuel de la 164
Trolle, Gustav 11, 24 y s., 39
Tuchtenhagen, Ralph 36
Turuntaj-Pronskij, Ivan 76

Ude, Johannes 213
Ulrike Eleonora, hermana de Karl XII, 58
Urbano VIII, Papa 139, 187-190

Vasilij II, Zar ruso 75
Vasilij III, Zar ruso 67, 71, 73
Vasilij, ruso Gran Duque, hijo de Ivan III 83
Vasques, Franz Xaver 178
Vergin, Adrian 56
Vettori, Francesco 27
Viena, Amilio Villio Conde de 120
Viktor Amadeus IL, Duque de Saboya 168
Vincent (Obispo sueco) 25
Viskovatyj, Ivan 77
Vjazemskij (Príncipe) 75
Vladimir, santo 69
Vocelka, Karl 191
Voltaire (François Marie Arouet) 51, 113, 142, 173, 179 y s.
Voroncov, Ivan 76
Vorotynskij, Mikhail 75

Waldemar I, "el Grande", Rey de Dinamarca 19-21
Waldemar II Sejr («el ganador»), Rey de Dinamarca 21
Waldemar IV Atterdag, Rey de Dinamarca 21 y s.
Wamery, Charles-Emmanuel de 146
Weyrauch, Wolfgang 228-231
Wilhelm el Conquistador 18

Wilhelm II, Emperador de Alemania 142
Willibert, Arzobispo de Colonia 16
Wittmann, Reinhard 214
Wolfe, Thomas 229
Wullenweber, Jürgen 39

Zeccadoro (Brevensekretär) 131
Zedlitz, Karl Abraham von 216
Zeno, Cornelia 167
Zieten, Hans-Joachim von 143

315

SOBRE EL AUTOR

Karl Heinrich Leopold Deschner nació en Bamberg el 23 de mayo de 1924. Su padre Karl, silvicultor y piscicultor, católico, provenía de las circunstancias más pobres. Su madre Margarete Karoline, nacida Reischböck, protestante, creció en los castillos de su padre en Franconia y la Baja Baviera. Más tarde se convirtió al catolicismo.

Karlheinz Deschner, el mayor de tres hijos, fue a la escuela primaria en Trossenfurt (Steigerwald) de 1929 a 1933, luego al Seminario franciscano en Dettelbach am Main, donde inicialmente vivió externamente con la familia de su padrino bautismal y compañía, el consejero ministerial Leopold Baumann, luego en el monasterio franciscano. De 1934 a 1942 asistió a las escuelas secundarias antiguas, nuevas y alemanas en Bamberg como estudiantes de internado con carmelitas y niñas inglesas. En marzo de 1942 aprobó el examen de matriculación. Al igual que toda su clase, inmediatamente se ofreció como voluntario de guerra y, herido varias veces, fue un soldado hasta la rendición, más recientemente un paracaidista.

Primero inscrito como estudiante de ciencias forestales en la Universidad de Munich, Deschner asistió a conferencias jurídicas, teológicas, filosóficas y psicológicas en 1946/47 en la Universidad Filosófica-Teológica de Bamberg. De 1947 a 1951 estudió nuevos estudios literarios alemanes, filosofía e historia en la Universidad de Würzburg y recibió su doctorado en 1951 con una tesis sobre "La poesía de Lenau como expresión de desesperación metafísica". Phil. Un matrimonio con Elfi Tuch en el mismo año tuvo tres hijos, Katja (1951), Bärbel (1958) y Thomas (1959 a 1984).

De 1924 a 1964, Deschner vivió en un antiguo puesto de caza de los Príncipes-Obispos de Wurzburgo en Tretzendorf (Steigerwald), luego durante dos años en la casa de campo de un amigo en Fischbrunn (Suiza Hersbrucker). Desde entonces ha vivido en Hassfurt am Main.

Karlheinz Deschner ha publicado novelas, críticas literarias, ensayos, aforismos, pero sobre todo críticas históricas y religiosas. Con los años, Deschner ha fascinado y provocado a su audiencia en más de dos mil conferencias.

En 1971 fue juzgado en Nuremberg "por abuso de la iglesia".

316

Deschner ha estado trabajando en su "Historia criminal del cristianismo" a gran escala desde 1970. Como no hay puestos, puestos de funcionarios, subvenciones de investigación, premios honoríficos, dinero de la fundación para espíritus problemáticos y problemáticos como él, el tremendo trabajo de investigación y el rendimiento solo fue posible gracias a la ayuda desinteresada de algunos amigos y lectores, especialmente gracias al apoyo de su generoso amigo y Los mecenas Alfred Schwarz, que todavía celebró la publicación del primer volumen en septiembre de 1986, pero nunca vio el segundo volumen, ha sido desde entonces por el empresario alemán Herbert Steffen.

En el semestre de verano de 1987, Deschner ocupó un puesto de profesor en la Universidad de Münster sobre el tema de "Historia criminal del cristianismo".

Por su trabajo educativo y por su trabajo literario, Karlheinz Deschner recibió el Premio Arno Schmidt en 1988, después de Koeppen, Wollschläger, Rühmkorf, y en junio de 1993, después de Walter Jens, Dieter Hildebrandt, Gerhard Zwercnz, Robert Jungk, con la alternativa Premio Büchner y, en julio de 1993, después de Sajarov y Dubcek, el primer alemán en recibir el Premio Internacional Humanista. En septiembre de 2001, Deschner recibió el Premio de la Confederación Internacional de No Denominaciones y Ateos, en noviembre de 2001 el Premio Ludwig-Feuerbach de la Confederación para la Libertad de Pensamiento, Augsburgo, 1004, el Premio Wolfram-von-Eschenbach del Distrito de Franconia Media, 2006 el Premio letterario Giordano Bruno, Milano En el mismo año, Deschner fue elegido miembro externo de la Academia Serbia de Ciencias y Artes, en 2007 el «Premio Deschner», lanzado en su 80 cumpleaños por la Fundación Giordano Bruno, fue la primera vez en una ceremonia en el auditorio de la Universidad de Frankfurt am Main. otorgado al teórico británico de la evolución y crítico religioso Richard Dawkins.

El video de 7 minutos de Ricarda Hinz y Jacques Tilly titulado "Los ojos odiosos del Sr. Deschner" trata sobre la "historia criminal del cristianismo". Disponible en: Ricarda Hinz, info@videoteuse.de o www.denkladen.de. Un retrato documental del crítico religioso y eclesiástico Deschner de Peter Kleinert y Marianne Tralau está disponible en DVD con el título "Básicamente soy un creyente que está hecho de dudas". Obtenible en Alibridenkladen, PO Box 100361, 63703 Aschaffenburg, Fax +049 06021/5814560; Correo electrónico: verlag@alibri.de

LOS TRABAJOS LITERARIOS DE KARLHEINZ DESCHNER

Los libros se publican en orden cronológico.

1956 La noche está alrededor de mi casa. Romano
1957 ¿Qué opinas del cristianismo? 18 respuestas a una encuesta sobre kitsch, convención y arte
1957. Un folleto literario
1958 Florencia sin el sol. Romano
1962 El gallo volvió a cantar. Una historia crítica de la iglesia desde el principio hasta Pío XII
1964 Talentos, poetas, aficionados. Obras sobrevaloradas y subestimadas en la literatura alemana contemporánea
1965 Con Dios y los fascistas. El Vaticano en alianza con Mussolini, Franco, Hitler y Pavelic
1966 Visión teológica de Jesús
1966 El siglo de la barbarie
1968 ¿Quién enseña en las universidades alemanas?
1968 Iglesia y fascismo (nueva edición: 2013)
1969 Cristianismo en el juicio de sus oponentes, Volumen 1
1970 Por qué dejé la iglesia
1970 Iglesia y guerra. El camino cristiano a la vida eterna
1971 Fe manipulada. Una crítica a los dogmas cristianos
1971 El cristianismo en el juicio de sus oponentes, Volumen 2
1974 La cruz con la Iglesia. Una historia sexual del cristianismo
1974 Iglesia de la no salvación. Argumentos para sacar conclusiones
1977 Por qué soy cristiano / ateo / agnóstico
1981 Un papa viaja a la escena del crimen. Folleto
1982 Un siglo de historia de salvación. La política de los papas en la era de las guerras mundiales, volumen 1
1983 Un siglo de historia de salvación. La política de los papas en la era de las guerras mundiales, volumen 2
1985 Solo los seres vivos nadan contra la corriente. Aforismos
1986 La Iglesia ofendida o ¿Quién perturba la paz pública? Opinión de expertos en el proceso Bochum § 166

Las obras recopiladas publicadas por Karlheinz Deschner con sus propias contribuciones y las contribuciones de otros autores están marcadas en cursiva.

1986 Historia criminal del cristianismo, Volumen 1: El Periodo Temprano – Desde los orígenes del Antiguo Testamento hasta la muerte de San Agustín (430)
1987 Opus Diaboli. Quince ensayos irreconciliables sobre el trabajo en la Viña del Señor
1988 Historia criminal del cristianismo, Volumen 2: Antigüedad tardía – Desde los

"emperadores" de los niños católicos hasta el exterminio de los Arian Wandals y Ostrogoths bajo Justiniano.

1989 Sueños de la Bella Durmiente y olor estable. Acerca de Franconia, el paisaje de mi vida

1990 Lo que creo

1990 Historia criminal del cristianismo, Volumen 3: La Iglesia vieja – Falsificación, tontería, explotación, exterminio

1991 La política de los papas en el siglo XX (Nueva edición: 2013)

1991 El anti-catecismo. 200 razones contra las iglesias y por el mundo (con Horst Herrmann)

1992 The Moloch. Sobre la americanización del mundo

1994 Los representantes de Dios. Una historia de los Papas en el siglo XX

1994 molestias. Aforismos

1994 Historia Criminal del Cristianismo, Volumen 4: Edad Media Temprana – Desde el Rey Chlodwig I (alrededor de 500) hasta la muerte de Charlemagne (814)

1994 Lo que pienso

1995 Guerra Mundial de Religiones. La Cruzada Eterna en los Balcanes (con Milan Petrovic)

1997 Historia criminal del cristianismo, Volumen 5: siglos IX y X – De Ludwig el Piadoso (814) a la muerte de Otto III (1002)

1997 en topless. Por un cielo sin Dios y un mundo sin sacerdotes. Veintidós ataques, réplicas y otras piezas fuertes.

1998 El Rhön. Pagano y santo de un paisaje solitario

1998 Para un bocado de carne. El más negro de todos los crímenes

1999 Historia criminal del cristianismo, Volumen 6: siglos XI y XII – Desde el emperador Heinrich II, el "Santo" (1002) hasta el final de la Tercera Cruzada (1192)

1999 Entre las rodillas y la condenación. Robert Mächler – ¡Un recuerdo del anticristo creyente

1999 Pequeña nota para la "Gran Ley de Penitencia" del Papa en el Año Santo 2000

2002 Historia Criminal del Cristianismo, Volumen 7: Los siglos XIII y XIV – Por el emperador Heinrich VI (1190) al emperador Ludwig IV de Baviera (t 1347)

2003 Los asesinos hacen historia. Aforismos

2003 Música del olvido. Sobre el paisaje, la vida y la muerte en la obra principal de Hans Henny Jahnn

2004 Historia criminal del cristianismo, Volumen 8: Los siglos XV y XVI: del exilio de los papas en Aviñón a la paz de Augsburgo

2007 poetas y murciélagos de espuma. De Jean Paul a Enzensberger. 24 ensayos sobre literatura y crítica literaria. Con un prólogo de Ludger Lütkehaus

2008 Criminal History of Christianity, Volumen 9: mediados del siglo XVI a principios del siglo XVIII: del genocidio en el Nuevo Mundo al comienzo de la Ilustración

2013 Historia Criminal del Cristianismo, Volumen 10: Siglo XVIII y Perspectivas posteriores

2013 Anónimo como el viento o ninguna ilusión. Aforismos antiguos y nuevos: una selección de última mano

"Un reflector en el abismo más oscuro de la historia del cristianismo".

Süddeutsche Zeitung

"¿Dónde más puedes encontrar esta impresionante mezcla de lobo aullador y chal de paz, mensaje navideño y pira funeraria, la leyenda de los santos y la historia del verdugo! ¿En qué otro lugar hablaría este amor que lo abarca todo y el odio que prácticamente lo consume todo?

¿Dónde más hay una religión que mata por amor, torturas por amor, robos de amor, chantajeado, deshonrado, demonizado y condenado! Se convirtió en la gran práctica mundialmente feliz del cristianismo, la plaga desenfrenada de los milenios. En una palabra: el cristianismo se convirtió en el anticristo. Ese demonio que pintó en la pared: ¡fue él mismo! El mal que pretendía luchar: ¡era él mismo! Ese infierno que lo amenazaba: ¡era él mismo!

Karlheinz Deschner en este libro

www.rororo.de

ISBN 978-3-499-63020-0

€ 12.99 (D)
€ 13,40 (A)